Harry Potter

J.K. ROWLING

HARRY POTTER Y LA PIEDRA FILOSOFAL
J.K. ROWLING

Harry Potter se ha quedado huérfano y vive en casa de sus abominables tíos y del insoportable primo Dudley. Harry se siente muy triste y solo, hasta que un buen día recibe una carta que cambiará su vida para siempre. En ella le comunican que ha sido aceptado como alumno en el colegio interno Hogwarts de magia y hechicería. A partir de ese momento, la suerte de Harry da un vuelco espectacular. En esa escuela tan especial aprenderá encantamientos, trucos fabulosos y tácticas de defensa contra las malas artes. Se convertirá en el campeón escolar de *quidditch*, especie de fútbol aéreo que se juega montado sobre escobas, y se hará un puñado de buenos amigos... aunque también algunos temibles enemigos. Pero sobre todo, conocerá los secretos que le permitirán cumplir con su destino. Pues, aunque no lo parezca a primera vista, Harry no es un chico común y corriente. ¡Es un mago!

Título original: *Harry Potter and the Philosopher's Stone*

Traducción: Alicia Dellepiane

Copyright © J.K. Rowling, 1997
Copyright © Emecé Editores, 1999

El Copyright y la Marca Registrada del nombre y del personaje Harry Potter, de todos los demás nombres propios y personajes, así como de todos los símbolos y elementos relacionados, son propiedad de Warner Bros, 2000

Emecé Editores España, S.A.
Mallorca, 237 - 08008 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

ISBN: 84-7888-445-9
Depósito legal: B-36.730-2000

1ª edición, marzo de 1999
14ª edición, agosto de 2000
Printed in Spain

Impresión: Domingraf, S.L. Impressors
Pol. Ind. Can Magarola, Pasaje Autopista, Nave 12
08100 Mollet del Vallés

Para Jessica, a quien le gustan las historias,
para Anne, a quien también le gustaban,
y para Di, que oyó ésta primero.

1

El niño que vivió

El señor y la señora Dursley, que vivían en el número 4 de Privet Drive, estaban orgullosos de decir que eran muy normales, afortunadamente. Eran las últimas personas que se esperaría encontrar relacionadas con algo extraño o misterioso, porque no estaban para tales tonterías.

El señor Dursley era el director de una empresa llamada Grunnings, que fabricaba taladros. Era un hombre corpulento y rollizo, casi sin cuello, aunque con un bigote inmenso. La señora Dursley era delgada, rubia y tenía un cuello casi el doble de largo de lo habitual, lo que le resultaba muy útil, ya que pasaba la mayor parte del tiempo estirándolo por encima de la valla de los jardines para espiar a sus vecinos. Los Dursley tenían un hijo pequeño llamado Dudley, y para ellos no había un niño mejor que él.

Los Dursley tenían todo lo que querían, pero también tenían un secreto, y su mayor temor era que lo descubriesen: no habrían soportado que se supiera lo de los Potter.

La señora Potter era hermana de la señora Dursley, pero no se veían desde hacía años; tanto era así que la señora Dursley fingía que no tenía hermana, porque su hermana y su marido, un completo inútil, eran lo más opuesto a los Dursley que se pudiera imaginar. Los Dursley se estremecían al pensar qué dirían los vecinos si los Potter apareciesen por la acera. Sabían que los Potter también tenían un hijo pequeño, pero nunca lo habían visto. El niño era otra buena razón para mantener alejados a los Potter: no querían que Dudley se juntara con un niño como aquél.

Nuestra historia comienza cuando el señor y la señora Dursley se despertaron un martes, con un cielo cubierto de nubes grises que amenazaban tormenta. Pero nada había en aquel nublado cielo que sugiriera los acontecimientos extraños y misteriosos que poco después tendrían lugar en toda la región. El señor Dursley canturreaba mientras se ponía su corbata más sosa para ir al trabajo, y la señora Dursley parloteaba alegremente mientras instalaba al ruidoso Dudley en la silla alta.

Ninguno vio la gran lechuza parda que pasaba volando por la ventana.

A las ocho y media, el señor Dursley cogió su maletín, besó a la señora Dursley en la mejilla y trató de despedirse de Dudley con un beso, aunque no pudo, ya que el niño tenía un berrinche y estaba arrojando los cereales contra las paredes. «Tunante», dijo entre dientes el señor Dursley mientras salía de la casa. Se metió en su coche y se alejó del número 4.

Al llegar a la esquina percibió el primer indicio de que sucedía algo raro: un gato estaba mirando un plano de la ciudad. Durante un segundo, el señor Dursley no se dio cuenta de lo que había visto, pero luego volvió la cabeza para mirar otra vez. Sí había un gato atigrado en la esquina de Privet Drive, pero no vio ningún plano. ¿En qué había estado pensando? Debía de haber sido una ilusión óptica. El señor Dursley parpadeó y contempló al gato. Éste le devolvió la mirada. Mientras el señor Dursley daba la vuelta a la esquina y subía por la calle, observó al gato por el espejo retrovisor: en aquel momento el felino estaba leyendo el rótulo que decía «Privet Drive» (no podía ser, los gatos no saben leer los rótulos ni los planos). El señor Dursley meneó la cabeza y alejó al gato de sus pensamientos. Mientras iba a la ciudad en coche no pensó más que en los pedidos de taladros que esperaba conseguir aquel día.

Pero en las afueras ocurrió algo que apartó los taladros de su mente. Mientras esperaba en el habitual embotellamiento matutino, no pudo dejar de advertir una gran cantidad de gente vestida de forma extraña. Individuos con capa. El señor Dursley no soportaba a la gente que llevaba ropa ridícula. ¡Ah, los conjuntos que llevaban los jóvenes! Supuso que debía de ser una moda nueva. Tamborileó con los dedos sobre el volante y su mirada se posó en unos extraños que estaban cerca de él. Cuchicheaban entre sí, muy excitados. El señor Dursley se enfureció al darse cuenta de que dos de los desconocidos no eran jóvenes. Vamos, uno era incluso mayor que él, ¡y vestía una capa verde esmeralda! ¡Qué valor! Pero entonces se le ocurrió que debía de ser alguna tontería publicitaria; era evidente que aquella gente hacía una colecta para algo. Sí, tenía que ser eso. El tráfico avanzó y, unos minutos más tarde, el señor Dursley llegó al aparcamiento de Grunnings, pensando nuevamente en los taladros.

El señor Dursley siempre se sentaba de espaldas a la ventana, en su oficina del noveno piso. Si no lo hubiera hecho así, aquella mañana le habría costado concentrarse en los taladros. No vio las lechuzas que volaban en pleno día, aunque en la calle sí que las veían y las señalaban con la boca abierta, mientras las aves desfilaban una tras otra. La mayoría de aquellas personas no había visto una lechuza ni siquiera de noche. Sin embargo, el señor Dursley tuvo una mañana perfectamente normal, sin lechuzas. Gritó a cinco personas. Hizo llamadas telefónicas importantes y volvió a gritar. Estuvo de muy buen humor hasta la hora de la comida, cuando decidió estirar las piernas y dirigirse a la panadería que estaba en la acera de enfrente.

Había olvidado a la gente con capa hasta que pasó cerca de un grupo que estaba al lado de la panadería. Al pasar los miró enfadado. No sabía por qué, pero le ponían nervioso. Aquel grupo también susurraba con agitación y no llevaba ni una hucha. Cuando regresaba con un donut gigante en una bolsa de papel, alcanzó a oír unas pocas palabras de su conversación.

—Los Potter, eso es, eso es lo que he oído...

—Sí, su hijo, Harry...

El señor Dursley se quedó petrificado. El temor lo invadió. Se volvió hacia los que murmuraban, como si quisiera decirles algo, pero se contuvo.

Se apresuró a cruzar la calle y echó a correr hasta su oficina. Dijo a gritos a su secretaria que no quería que le molestaran, cogió el teléfono y, cuando casi había terminado de marcar los números de su casa, cambió de idea. Dejó el aparato y se atusó los bigotes mientras pensaba... No, se estaba comportando como un estúpido. Potter no era un apellido tan especial. Estaba seguro de que había muchísimas personas que se llamaban Potter y que tenían un hijo llamado Harry. Y pensándolo mejor, ni siquiera estaba seguro de que su sobrino se llamara Harry. Nunca había visto al niño. Podría llamarse Harvey. O Harold. No tenía sentido preocupar a la señora Dursley, siempre se trastornaba mucho ante cualquier mención de su hermana. Y no podía reprochárselo. ¡Si él hubiera tenido una hermana así...! Pero de todos modos, aquella gente de la capa...

Aquella tarde le costó concentrarse en los taladros, y cuando dejó el edificio, a las cinco en punto, estaba todavía tan preocupado que, sin darse cuenta, chocó con un hombre que estaba en la puerta.

—Perdón —gruñó, mientras el diminuto viejo se tambaleaba y casi caía al suelo. Segundos después, el señor Dursley se dio cuenta de que el hombre llevaba una capa violeta. No parecía disgustado por el empujón. Al contrario, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa, mientras decía con una voz tan chillona que llamaba la atención de los que pasaban:

—¡No se disculpe, mi querido señor, porque hoy nada puede molestarme! ¡Hay que alegrarse, porque Quien-usted-sabe finalmente se ha ido! ¡Hasta los *muggles* como usted deberían celebrar este feliz día!

Y el anciano abrazó al señor Dursley y se alejó.

El señor Dursley se quedó completamente helado. Lo había abrazado un desconocido. Y por si fuera poco le había llamado *muggle*, no importaba lo que eso fuera. Estaba desconcertado. Se apresuró a subir a su coche y a dirigirse hacia su casa, deseando que todo fueran imaginaciones suyas (algo que nunca había deseado antes, porque no aprobaba la imaginación).

Cuando entró en el camino del número 4, lo primero que vio (y eso no mejoró su humor) fue el gato atigrado que se había encontrado por la mañana. En aquel momento estaba sentado en la pared de su jardín. Estaba seguro de que era el mismo, pues tenía unas líneas idénticas alrededor de los ojos.

—¡Fuera! —dijo el señor Dursley en voz alta.

El gato no se movió. Sólo le dirigió una mirada severa. El señor Dursley se preguntó si aquélla era una conducta normal en un gato. Trató de calmarse y entró en la casa. Todavía seguía decidido a no decirle nada a su esposa.

La señora Dursley había tenido un día bueno y normal. Mientras comían, le informó de los problemas de la señora Puerta Contigua con su hija, y le contó que Dudley había aprendido una nueva frase («¡no lo haré!»). El señor Dursley trató de comportarse con normalidad. Una vez que acostaron a Dudley, fue al salón a tiempo para ver el informativo de la noche.

—Y por último, observadores de pájaros de todas partes han informado de que hoy las lechuzas de la nación han tenido una conducta poco habitual. Pese a que las lechuzas habitualmente cazan durante la noche y es muy difícil verlas a la luz del día, se han producido cientos de avisos sobre el vuelo de estas aves en todas direcciones, desde la salida del sol. Los expertos son incapaces de explicar la causa por la que las lechuzas han cambiado sus horarios de sueño. —El locutor se permitió una mueca irónica—. Muy misterioso. Y ahora, de nuevo con Jim McGuffin y el pronóstico del tiempo. ¿Habrá más lluvias de lechuzas esta noche, Jim?

—Bueno, Ted —dijo el meteorólogo—, eso no lo sé, pero no sólo las lechuzas han tenido hoy una actitud extraña. Telespectadores de lugares tan apartados como Kent, Yorkshire y Dundee han telefoneado para decirme que en lugar de la lluvia que prometí ayer ¡tuvieron un chaparrón de estrellas fugaces! Tal vez la gente ha comenzado a celebrar antes de tiempo la Noche de las Hogueras. ¡Es la semana que viene, señores! Pero puedo prometerles una noche lluviosa.

El señor Dursley se quedó congelado en su sillón. ¿Estrellas fugaces por toda Gran Bretaña? ¿Lechuzas volando a la luz del día? Y aquel rumor, aquel cuchicheo sobre los Potter...

La señora Dursley entró en el comedor con dos tazas de té. Aquello no iba bien. Tenía que decirle algo a su esposa. Se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Eh... Petunia, querida, ¿has sabido últimamente algo sobre tu hermana?

Como había esperado, la señora Dursley pareció molesta y enfadada. Después de todo, normalmente ellos fingían que ella no tenía hermana.

—No —respondió en tono cortante—. ¿Por qué?

—Hay cosas muy extrañas en las noticias —masculló el señor Dursley—. Lechuzas... estrellas fugaces... y hoy había en la ciudad una cantidad de gente con aspecto raro...

—¿Y qué? —interrumpió bruscamente la señora Dursley

—Bueno, pensé... quizá... que podría tener algo que ver con... ya sabes... *su grupo*.

La señora Dursley bebió su té con los labios fruncidos. El señor Dursley se preguntó si se atrevería a decirle que había oído el apellido «Potter». No, no se atrevería. En lugar de eso, dijo, tratando de parecer despreocupado:

—El hijo de ellos... debe de tener la edad de Dudley, ¿no?

—Eso creo —respondió la señora Dursley con rigidez.

—¿Y cómo se llamaba? Howard, ¿no?

—Harry. Un nombre vulgar y horrible, si quieres mi opinión.

—Oh, sí—dijo el señor Dursley, con una espantosa sensación de abatimiento—. Sí, estoy de acuerdo.

No dijo nada más sobre el tema, y subieron a acostarse. Mientras la señora Dursley estaba en el cuarto de baño, el señor Dursley se acercó lentamente hasta la ventana del dormitorio y escudriñó el jardín delantero. El gato todavía estaba allí. Miraba con atención hacia Privet Drive, como si estuviera esperando algo.

¿Se estaba imaginando cosas? ¿O podría todo aquello tener algo que ver con los Potter? Si fuera así... si se descubría que ellos eran parientes de unos... bueno, creía que no podría soportarlo.

Los Dursley se fueron a la cama. La señora Dursley se quedó dormida rápidamente, pero el señor Dursley permaneció despierto, con todo aquello dando vueltas por su mente. Su último y consolador pensamiento antes de quedarse dormido fue que, aunque los Potter estuvieran implicados en los sucesos, no había razón para que se acercaran a él y a la señora Dursley. Los Potter sabían muy bien lo que él y Petunia pensaban de ellos y de los de su clase... No veía cómo a él y a Petunia podrían mezclarlos en algo que tuviera que ver (bostezó y se dio la vuelta)... No, no podría afectarlos a ellos...

¡Qué equivocado estaba!

El señor Dursley cayó en un sueño intranquilo, pero el gato que estaba sentado en la pared del jardín no mostraba señales de adormecerse. Estaba tan inmóvil como una estatua, con los ojos fijos, sin pestañear, en la esquina de Privet Drive. Apenas tembló cuando se cerró la puertezuela de un coche en la calle de al lado, ni cuando dos lechuzas volaron sobre su cabeza. La verdad es que el gato no se movió hasta la medianoche.

Un hombre apareció en la esquina que el gato había estado observando, y lo hizo tan súbita y silenciosamente que se podría pensar que había surgido de la tierra. La cola del gato se agitó y sus ojos se entornaron.

En Privet Drive nunca se había visto un hombre así. Era alto, delgado y muy anciano, a juzgar por su pelo y barba plateados, tan largos que podría sujetarlos con el cinturón. Llevaba una túnica larga, una capa color púrpura que barría el suelo y botas con tacón alto y hebillas. Sus ojos azules eran claros, brillantes y centelleaban detrás de unas gafas de cristales de media luna. Tenía una nariz muy larga y torcida, como si se la hubiera fracturado alguna vez. El nombre de aquel hombre era Albus Dumbledore.

Albus Dumbledore no parecía darse cuenta de que había llegado a una calle en donde todo lo suyo, desde su nombre hasta sus botas, era mal recibido. Estaba muy ocupado revolviendo en su capa, buscando algo, pero pareció darse cuenta de que lo observaban porque, de pronto, miró al gato, que todavía lo contemplaba con fijeza desde la otra punta de la calle. Por alguna razón, ver al gato pareció divertirlo. Rió entre dientes y murmuró:

—Debería haberlo sabido.

Encontró en su bolsillo interior lo que estaba buscando. Parecía un encendedor de plata. Lo abrió, lo sostuvo alto en el aire y lo encendió. La luz más cercana de la calle se apagó con un leve estallido. Lo encendió otra vez y la siguiente lámpara quedó a oscuras. Doce veces hizo funcionar el Apagador, hasta que las únicas luces que quedaron en toda la calle fueron dos alfileres lejanos: los ojos del gato que lo observaba. Si alguien hubiera mirado por la ventana en aquel momento, aunque fuera la señora Dursley con sus ojos como cuentas, pequeños y brillantes, no habría podido ver lo que sucedía en la calle. Dumbledore volvió a guardar el Apagador dentro de su capa y fue hacia el número 4 de la calle, donde se sentó en la pared, cerca del gato. No lo miró, pero después de un momento le dirigió la palabra.

—Me alegro de verla aquí, profesora McGonagall.

Se volvió para sonreír al gato, pero éste ya no estaba. En su lugar, le dirigía la sonrisa a una mujer de aspecto severo que llevaba gafas de montura cuadrada, que recordaban las líneas que había alrededor de los ojos del gato. La mujer también llevaba una capa, de color esmeralda. Su cabello negro estaba recogido en un moño. Parecía claramente disgustada.

—¿Cómo ha sabido que era yo? —preguntó.

—Mi querida profesora, nunca he visto a un gato tan tieso.

—Usted también estaría tieso si llevara todo el día sentado sobre una pared de ladrillo —respondió la profesora McGonagall.

—¿Todo el día? ¿Cuando podría haber estado de fiesta? Debo de haber pasado por una docena de celebraciones y fiestas en mi camino hasta aquí.

La profesora McGonagall resopló enfadada.

—Oh, sí, todos estaban de fiesta, de acuerdo —dijo con impaciencia—. Yo creía que serían un poquito más prudentes, pero no... ¡Hasta los *muggles* se han dado cuenta de que algo sucede! Salió en las noticias. —Terció la cabeza en dirección a la ventana del oscuro salón de los Dursley—. Lo he oído. Bandadas de lechuzas, estrellas fugaces... Bueno, no son totalmente estúpidos. Tenían que darse cuenta de algo. Estrellas fugaces cayendo en Kent... Seguro que fue Dedalus Diggle. Nunca tuvo mucho sentido común.

—No puede reprochárselo —dijo Dumbledore con tono afable—. Hemos tenido tan poco que celebrar durante once años...

—Ya lo sé —respondió irritada la profesora McGonagall—. Pero ésa no es una razón para perder la cabeza. La gente se ha vuelto completamente descuidada, sale a las calles a plena luz del día, ni siquiera se pone la ropa de los *muggles*, intercambia rumores...

Lanzó una mirada cortante y de soslayo hacia Dumbledore, como si esperara que éste le contestara algo. Pero como no lo hizo, continuó hablando.

—Sería extraordinario que el mismo día en que Quien-usted-sabe parece haber desaparecido al fin, los *muggles* lo descubran todo sobre nosotros. Porque realmente se ha ido, ¿no, Dumbledore?

—Es lo que parece —dijo Dumbledore—. Tenemos mucho que agradecer. ¿Le gustaría tomar un caramelo de limón?

—¿Un qué?

—Un caramelo de limón. Es una clase de dulces de los *muggles* que me gusta mucho.

—No, muchas gracias —respondió con frialdad la profesora McGonagall, como si considerara que aquél no era un momento apropiado para caramelos—. Como le decía, aunque Quien-usted-sabe se haya ido...

—Mi querida profesora, estoy seguro de que una persona sensata como usted puede llamarlo por su nombre, ¿verdad? Toda esa tontería de Quien-usted-sabe... Durante once años intenté persuadir a la gente para que lo llamara por su verdadero nombre, Voldemort. —La profesora McGonagall se echó hacia atrás con temor, pero Dumbledore, ocupado en desenvolver dos caramelos de limón, pareció no darse cuenta—. Todo se volverá muy confuso si seguimos diciendo «Quien-usted-sabe». Nunca he encontrado ningún motivo para temer pronunciar el nombre de Voldemort.

—Sé que usted no tiene ese problema —observó la profesora McGonagall, entre la exasperación y la admiración—. Pero usted es diferente. Todos saben que usted es el único al que Quien-usted... Oh, bueno, Voldemort, tenía miedo.

—Me está halagando —dijo con calma Dumbledore—. Voldemort tenía poderes que yo nunca tuve.

—Sólo porque usted es demasiado... bueno... noble... para utilizarlos.

—Menos mal que está oscuro. No me he ruborizado tanto desde que la señora Pomfrey me dijo que le gustaban mis nuevas orejeras.

La profesora McGonagall le lanzó una mirada dura, antes de hablar.

—Las lechuzas no son nada comparadas con los rumores que corren por ahí. ¿Sabe lo que todos dicen sobre la forma en que desapareció? ¿Sobre lo que finalmente lo detuvo?

Parecía que la profesora McGonagall había llegado al punto que más deseosa estaba por discutir, la verdadera razón por la que había esperado todo el día en una fría pared pues, ni como gato ni como mujer, había mirado nunca a Dumbledore con tal intensidad como lo hacía en aquel momento. Era evidente que, fuera lo que fuera «aquello que todos decían», no lo iba a creer hasta que Dumbledore le dijera que era verdad. Dumbledore, sin embargo, estaba eligiendo otro caramelo y no le respondió.

—Lo que están diciendo —insistió— es que la pasada noche Voldemort

apareció en el valle de Godric. Iba a buscar a los Potter. El rumor es que Lily y James Potter están... están... bueno, que están muertos.

Dumbledore inclinó la cabeza. La profesora McGonagall se quedó boquiabierta.

—Lily y James... no puedo creerlo... No quiero creerlo... Oh, Albus...

Dumbledore se acercó y le dio una palmada en la espalda.

—Lo sé... lo sé... —dijo con tristeza.

La voz de la profesora McGonagall temblaba cuando continuó.

—Eso no es todo. Dicen que quiso matar al hijo de los Potter, a Harry. Pero no pudo. No pudo matar a ese niño. Nadie sabe por qué, ni cómo, pero dicen que como no pudo matarlo, el poder de Voldemort se rompió... y que ésa es la razón por la que se ha ido.

Dumbledore asintió con la cabeza, apesadumbrado.

—¿Es... es verdad? —tartamudeó la profesora McGonagall—. Después de todo lo que hizo... de toda la gente que mató... ¿no pudo matar a un niño? Es asombroso... entre todas las cosas que podrían detenerlo... Pero ¿cómo sobrevivió Harry en nombre del cielo?

—Sólo podemos hacer conjeturas —dijo Dumbledore—. Tal vez nunca lo sepamos.

La profesora McGonagall sacó un pañuelo con puntilla y se lo pasó por los ojos, por detrás de las gafas. Dumbledore resopló mientras sacaba un reloj de oro del bolsillo y lo examinaba. Era un reloj muy raro. Tenía doce manecillas y ningún número; pequeños planetas se movían por el perímetro del círculo. Pero para Dumbledore debía de tener sentido, porque lo guardó y dijo:

—Hagrid se retrasa. Imagino que fue él quien le dijo que yo estaría aquí, ¿no?

—Sí —dijo la profesora McGonagall—. Y yo me imagino que usted no me va a decir por qué, entre tantos lugares, tenía que venir precisamente aquí.

—He venido a entregar a Harry a su tía y su tío. Son la única familia que le queda ahora.

—¿Quiere decir...? ¡No puede referirse a la gente que vive aquí! —gritó la profesora, poniéndose de pie de un salto y señalando al número 4—. Dumbledore... no puede. Los he estado observando todo el día. No podría encontrar a gente más distinta de nosotros. Y ese hijo que tienen... Lo vi dando patadas a su madre mientras subían por la escalera, pidiendo caramelos a gritos. ¡Harry Potter no puede vivir ahí!

—Es el mejor lugar para él —dijo Dumbledore con firmeza—. Sus tíos

podrán explicárselo todo cuando sea mayor. Les escribí una carta.

—¿Una carta? —repitió la profesora McGonagall, volviendo a sentarse—. Dumbledore, ¿de verdad cree que puede explicarlo todo en una carta? ¡Esa gente jamás comprenderá a Harry! ¡Será famoso... una leyenda... no me sorprendería que el día de hoy fuera conocido en el futuro como el día de Harry Potter! Escribirán libros sobre Harry... todos los niños del mundo conocerán su nombre.

—Exactamente —dijo Dumbledore, con mirada muy seria por encima de sus gafas—. Sería suficiente para marear a cualquier niño. ¡Famoso antes de saber hablar y andar! ¡Famoso por algo que ni siquiera recuerda! ¿No se da cuenta de que será mucho mejor que crezca lejos de todo, hasta que esté preparado para asimilarlo?

La profesora McGonagall abrió la boca, cambió de idea, tragó y luego dijo:

—Sí... sí, tiene razón, por supuesto. Pero ¿cómo va a llegar el niño hasta aquí, Dumbledore? —De pronto observó la capa del profesor, como si pensara que podía tener escondido a Harry.

—Hagrid lo traerá.

—¿Le parece... sensato... confiar a Hagrid algo tan importante como eso?

—A Hagrid, le confiaría mi vida—dijo Dumbledore.

—No estoy diciendo que su corazón no esté donde debe estar —dijo a regañadientes la profesora McGonagall—. Pero no me dirá que no es descuidado. Tiene la costumbre de... ¿Qué ha sido eso?

Un ruido sordo rompió el silencio que los rodeaba. Se fue haciendo más fuerte mientras ellos miraban a ambos lados de la calle, buscando alguna luz. Aumentó hasta ser un rugido mientras los dos miraban hacia el cielo, y entonces una pesada moto cayó del aire y aterrizó en el camino, frente a ellos.

La moto era inmensa, pero si se la comparaba con el hombre que la conducía parecía un juguete. Era dos veces más alto que un hombre normal y al menos cinco veces más ancho. Se podía decir que era demasiado grande para que lo aceptaran y además, tan desaliñado... Cabello negro, largo y revuelto, y una barba que le cubría casi toda la cara. Sus manos tenían el mismo tamaño que las tapas del cubo de la basura y sus pies, calzados con botas de cuero, parecían crías de delfín. En sus enormes brazos musculosos sostenía un bulto envuelto en mantas.

—Hagrid —dijo aliviado Dumbledore—. Por fin. ¿Y dónde conseguiste esa moto?

—Me la han prestado; profesor Dumbledore —contestó el gigante, bajando con cuidado del vehículo mientras hablaba—. El joven Sirius Black me la dejó. Lo he traído, señor.

—¿No ha habido problemas por allí?

—No, señor. La casa estaba casi destruida, pero lo saqué antes de que los *muggles* comenzaran a aparecer. Se quedó dormido mientras volábamos sobre Bristol.

Dumbledore y la profesora McGonagall se inclinaron sobre las mantas. Entre ellas se veía un niño pequeño, profundamente dormido. Bajo una mata de pelo negro azabache, sobre la frente, pudieron ver una cicatriz con una forma curiosa, como un relámpago.

—¿Fue allí...? —susurró la profesora McGonagall.

—Sí —respondió Dumbledore—. Tendrá esa cicatriz para siempre.

—¿No puede hacer nada, Dumbledore?

—Aunque pudiera, no lo haría. Las cicatrices pueden ser útiles. Yo tengo una en la rodilla izquierda que es un diagrama perfecto del metro de Londres. Bueno, déjalo aquí, Hagrid, es mejor que terminemos con esto.

Dumbledore se volvió hacia la casa de los Dursley

—¿Puedo... puedo despedirme de él, señor? —preguntó Hagrid.

Inclinó la gran cabeza desgreñada sobre Harry y le dio un beso, raspándolo con la barba. Entonces, súbitamente, Hagrid dejó escapar un aullido, como si fuera un perro herido.

—¡Shhh! —dijo la profesora McGonagall—. ¡Vas a despertar a los *muggles*!

—Lo... siento —lloriqueó Hagrid, y se limpió la cara con un gran pañuelo—. Pero no puedo soportarlo... Lily y James muertos... y el pobrecito Harry tendrá que vivir con *muggles*...

—Sí, sí, es todo muy triste, pero domínate, Hagrid, o van a descubrirnos —susurró la profesora McGonagall, dando una palmada en un brazo de Hagrid, mientras Dumbledore pasaba sobre la verja del jardín e iba hasta la puerta que había enfrente. Dejó suavemente a Harry en el umbral, sacó la carta de su capa, la escondió entre las mantas del niño y luego volvió con los otros dos. Durante un largo minuto los tres contemplaron el pequeño bulto. Los hombros de Hagrid se estremecieron. La profesora McGonagall parpadeó furiosamente. La luz titilante que los ojos de Dumbledore irradiaban habitualmente parecía haberlos abandonado.

—Bueno —dijo finalmente Dumbledore—, ya está. No tenemos nada que hacer aquí. Será mejor que nos vayamos y nos unamos a las celebraciones.

—Ajá —respondió Hagrid con voz ronca—. Voy a devolver la moto a Sirius. Buenas noches, profesora McGonagall, profesor Dumbledore.

Hagrid se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta, se subió a la moto y le dio una patada a la palanca para poner el motor en marcha. Con un estrépito se elevó en el aire y desapareció en la noche.

—Nos veremos pronto, espero, profesora McGonagall —dijo Dumbledore, saludándola con una inclinación de cabeza. La profesora McGonagall se sonó la nariz por toda respuesta.

Dumbledore se volvió y se marchó calle abajo. Se detuvo en la esquina y levantó el Apagador de plata. Lo hizo funcionar una vez y todas las luces de la calle se encendieron, de manera que Privet Drive se iluminó con un resplandor anaranjado, y pudo ver a un gato atigrado que se escabullía por una esquina, en el otro extremo de la calle. También pudo ver el bulto de mantas de las escaleras de la casa número 4.

—Buena suerte, Harry —murmuró. Dio media vuelta y, con un movimiento de su capa, desapareció.

Una brisa agitó los pulcros setos de Privet Drive. La calle permanecía silenciosa bajo un cielo de color tinta. Aquél era el último lugar donde uno esperaría que ocurrieran cosas asombrosas. Harry Potter se dio la vuelta entre las mantas, sin despertarse. Una mano pequeña se cerró sobre la carta y siguió durmiendo, sin saber que era famoso, sin saber que en unas pocas horas le haría despertar el grito de la señora Dursley, cuando abriera la puerta principal para sacar las botellas de leche. Ni que iba a pasar las próximas semanas pinchado y pellizcado por su primo Dudley.. No podía saber tampoco que, en aquel mismo momento, las personas que se reunían en secreto por todo el país estaban levantando sus copas y diciendo, con voces quedas: «¡Por Harry Potter... el niño que vivió!».

2

El vidrio que se desvaneció

Habían pasado aproximadamente diez años desde el día en que los Dursley se despertaron y encontraron a su sobrino en la puerta de entrada, pero Privet Drive no había cambiado en absoluto. El sol se elevaba en los mismos jardincitos, iluminaba el número 4 de latón sobre la puerta de los Dursley y avanzaba en su salón, que era casi exactamente el mismo que aquél donde el señor Dursley había oído las ominosas noticias sobre las lechuzas, una noche

de hacía diez años. Sólo las fotos de la repisa de la chimenea eran testimonio del tiempo que había pasado. Diez años antes, había una gran cantidad de retratos de lo que parecía una gran pelota rosada con gorros de diferentes colores, pero Dudley Dursley ya no era un niño pequeño, y en aquel momento las fotos mostraban a un chico grande y rubio montando su primera bicicleta, en un tiovivo en la feria, jugando con su padre en el ordenador, besado y abrazado por su madre... La habitación no ofrecía señales de que allí viviera otro niño.

Sin embargo, Harry Potter estaba todavía allí, durmiendo en aquel momento, aunque no por mucho tiempo. Su tía Petunia se había despertado y su voz chillona era el primer ruido del día.

—¡Arriba! ¡A levantarse! ¡Ahora!

Harry se despertó con un sobresalto. Su tía llamó otra vez a la puerta.

—¡Arriba! —chilló de nuevo. Harry oyó sus pasos en dirección a la cocina, y después el roce de la sartén contra el fogón. El niño se dio la vuelta y trató de recordar el sueño que había tenido. Había sido bonito. Había una moto que volaba. Tenía la curiosa sensación de que había soñado lo mismo anteriormente.

Su tía volvió a la puerta.

—¿Ya estás levantado? —quiso saber.

—Casi —respondió Harry

—Bueno, date prisa, quiero que vigiles el beicon. Y no te atrevas a dejar que se queme. Quiero que todo sea perfecto el día del cumpleaños de Duddy.

Harry gimió.

—¿Qué has dicho? —gritó con ira desde el otro lado de la puerta.

—Nada, nada...

El cumpleaños de Dudley... ¿cómo había podido olvidarlo? Harry se levantó lentamente y comenzó a buscar sus calcetines. Encontró un par debajo de la cama y, después de sacar una araña de uno, se los puso. Harry estaba acostumbrado a las arañas, porque la alacena que había debajo de las escaleras estaba llena de ellas, y allí era donde dormía.

Cuando estuvo vestido salió al recibidor y entró en la cocina. La mesa estaba casi cubierta por los regalos de cumpleaños de Dudley. Parecía que éste había conseguido el ordenador nuevo que quería, por no mencionar el segundo televisor y la bicicleta de carreras. La razón exacta por la que Dudley podía querer una bicicleta era un misterio para Harry, ya que Dudley estaba muy gordo y aborrecía el ejercicio, excepto si conllevaba pegar a alguien, por supuesto. El saco de boxeo favorito de Dudley era Harry, pero no podía atraparlo muy a menudo. Aunque no lo parecía, Harry era muy rápido.

Tal vez tenía algo que ver con eso de vivir en una oscura alacena, pero Harry había sido siempre flaco y muy bajo para su edad. Además, parecía más pequeño y enjuto de lo que realmente era, porque toda la ropa que llevaba eran prendas viejas de Dudley, y su primo era cuatro veces más grande que él. Harry tenía un rostro delgado, rodillas huesudas, pelo negro y ojos de color verde brillante. Llevaba gafas redondas siempre pegadas con cinta adhesiva, consecuencia de todas las veces que Dudley le había pegado en la nariz. La única cosa que a Harry le gustaba de su apariencia era aquella pequeña cicatriz en la frente, con la forma de un relámpago. La tenía desde que podía acordarse, y lo primero que recordaba haber preguntado a su tía Petunia era cómo se la había hecho.

—En el accidente de coche donde tus padres murieron —había dicho—. Y no hagas preguntas.

«No hagas preguntas»: ésa era la primera regla que se debía observar si se quería vivir una vida tranquila con los Dursley.

Tío Vernon entró a la cocina cuando Harry estaba dando la vuelta al tocino.

—¡Péinate! —bramó como saludo matinal.

Una vez por semana, tío Vernon miraba por encima de su periódico y gritaba que Harry necesitaba un corte de pelo. A Harry le habían cortado más veces el pelo que al resto de los niños de su clase todos juntos, pero no servía para nada, pues su pelo seguía creciendo de aquella manera, por todos lados.

Harry estaba friendo los huevos cuando Dudley llegó a la cocina con su madre. Dudley se parecía mucho a tío Vernon. Tenía una cara grande y rosada, poco cuello, ojos pequeños de un tono azul acuoso, y abundante pelo rubio que cubría su cabeza gorda. Tía Petunia decía a menudo que Dudley parecía un angelito. Harry decía a menudo que Dudley parecía un cerdo con peluca.

Harry puso sobre la mesa los platos con huevos y beicon, lo que era difícil porque había poco espacio. Entretanto, Dudley contaba sus regalos. Su cara se ensombreció.

—Treinta y seis —dijo, mirando a su madre y a su padre—. Dos menos que el año pasado.

—Querido, no has contado el regalo de tía Marge. Mira, está debajo de este grande de mamá y papá.

—Muy bien, treinta y siete entonces —dijo Dudley, poniéndose rojo.

Harry; que podía ver venir un gran berrinche de Dudley, comenzó a comerse el beicon lo más rápido posible, por si volcaba la mesa.

Tía Petunia también sintió el peligro, porque dijo rápidamente:

—Y vamos a comprarte dos regalos más cuando salgamos hoy. ¿Qué te

parece, pichoncito? Dos regalos más. ¿Está todo bien?

Dudley pensó durante un momento. Parecía un trabajo difícil para él. Por último, dijo lentamente.

—Entonces tendré treinta y.. treinta y..

—Treinta y nueve, dulzura —dijo tía Petunia.

—Oh —Dudley se dejó caer pesadamente en su silla y cogió el regalo más cercano—. Entonces está bien.

Tío Vernon rió entre dientes.

—El pequeño tunante quiere que le den lo que vale, igual que su padre. ¡Bravo, Dudley! —dijo, y revolvió el pelo de su hijo.

En aquel momento sonó el teléfono y tía Petunia fue a cogerlo, mientras Harry y tío Vernon miraban a Dudley, que estaba desembalando la bicicleta de carreras, la filmadora, el avión con control remoto, dieciséis juegos nuevos para el ordenador y un vídeo. Estaba rompiendo el envoltorio de un reloj de oro, cuando tía Petunia volvió, enfadada y preocupada ala vez.

—Malas noticias, Vernon —dijo—. La señora Figg se ha fracturado una pierna. No puede cuidarlo. —Volvió la cabeza en dirección a Harry.

La boca de Dudley se abrió con horror, pero el corazón de Harry dio un salto. Cada año, el día del cumpleaños de Dudley, sus padres lo llevaban con un amigo a pasar el día a un parque de atracciones, a comer hamburguesas o al cine. Cada año, Harry se quedaba con la señora Figg, una anciana loca que vivía a dos manzanas. Harry no podía soportar ir allí. Toda la casa olía a repollo y la señora Figg le hacía mirar las fotos de todos los gatos que había tenido.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó tía Petunia, mirando con ira a Harry como si él lo hubiera planeado todo. Harry sabía que debería sentir pena por la pierna de la señora Figg, pero no era fácil cuando recordaba que pasaría un año antes de tener que ver otra vez a *Tibbles*, *Snowy*, el *Señor Paws* o *Tufty*.

—Podemos llamar a Marge —sugirió tío Vernon.

—No seas tonto, Vernon, ella no aguanta al chico.

Los Dursley hablaban a menudo sobre Harry de aquella manera, como si no estuviera allí, o más bien como si pensaran que era tan tonto que no podía entenderlos, algo así como un gusano.

—¿Y qué me dices de... tu amiga... cómo se llama... Yvonne?

—Está de vacaciones en Mallorca —respondió enfadada tía Petunia.

—Podéis dejarme aquí —sugirió esperanzado Harry. Podría ver lo que

quisiera en la televisión, para variar, y tal vez incluso hasta jugaría con el ordenador de Dudley

Tía Petunia lo miró como si se hubiera tragado un limón.

—¿Y volver y encontrar la casa en ruinas? —rezongó.

—No voy a quemar la casa —dijo Harry, pero no le escucharon.

—Supongo que podemos llevarlo al zoológico —dijo en voz baja tía Petunia—... y dejarlo en el coche...

—El coche es nuevo, no se quedará allí solo...

Dudley comenzó a llorar a gritos. En realidad no lloraba, hacía años que no lloraba de verdad, pero sabía que, si retorcía la cara y gritaba, su madre le daría cualquier cosa que quisiera.

—Mi pequeñito Dudley no llores, mamá no dejará que él te estropee tu día especial —exclamó, abrazándolo.

—¡Yo... no... quiero... que... él venga! —exclamó Dudley entre fingidos sollozos—. ¡Siempre lo estropea todo! —Le hizo una mueca burlona a Harry, desde los brazos de su madre.

Justo entonces, sonó el timbre de la puerta.

—¡Oh, Dios, ya están aquí! —dijo tía Petunia en tono desesperado y, un momento más tarde, el mejor amigo de Dudley, Piers Polkiss, entró con su madre. Piers era un chico flacucho con cara de rata. Era el que, habitualmente, sujetaba los brazos de los chicos detrás de la espalda mientras Dudley les pegaba. Dudley suspendió su fingido llanto de inmediato.

Media hora más tarde, Harry, que no podía creer en su suerte, estaba sentado en la parte de atrás del coche de los Dursley, junto con Piers y Dudley, camino del zoológico por primera vez en su vida. A sus tíos no se les había ocurrido una idea mejor, pero antes de salir tío Vernon se llevó aparte a Harry.

—Te lo advierto —dijo, acercando su rostro grande y rojo al de Harry—. Te estoy avisando ahora, chico: cualquier cosa rara, lo que sea, y te quedarás en la alacena hasta la Navidad.

—No voy a hacer nada —dijo Harry—. De verdad...

Pero tío Vernon no le creía. Nadie lo hacía.

El problema era que, a menudo, ocurrían cosas extrañas cerca de Harry y no conseguía nada con decir a los Dursley que él no las causaba.

En una ocasión, tía Petunia, cansada de que Harry volviera de la peluquería como si no hubiera ido, cogió unas tijeras de la cocina y le cortó el pelo casi al rape, exceptuando el flequillo, que le dejó «para ocultar la horrible

cicatriz». Dudley se rió como un tonto, burlándose de Harry, que pasó la noche sin dormir imaginando lo que pasaría en el colegio al día siguiente, donde ya se reían de su ropa holgada y sus gafas remendadas. Sin embargo, a la mañana siguiente, descubrió al levantarse que su pelo estaba exactamente igual que antes de que su tía lo cortara. Como castigo, lo encerraron en la alacena durante una semana, aunque intentó decirles que no podía explicar cómo le había crecido tan deprisa el pelo.

Otra vez, tía Petunia había tratado de meterlo dentro de un repugnante jersey viejo de Dudley (marrón, con manchas anaranjadas). Cuanto más intentaba pasárselo por la cabeza, más pequeña se volvía la prenda, hasta que finalmente le habría sentado como un guante a una muñeca, pero no a Harry. Tía Petunia creyó que debía de haberse encogido al lavarlo y, para su gran alivio, Harry no fue castigado.

Por otra parte, había tenido un problema terrible cuando lo encontraron en el techo de la cocina del colegio. El grupo de Dudley lo perseguía como de costumbre cuando, tanto para sorpresa de Harry como de los demás, se encontró sentado en la chimenea. Los Dursley recibieron una carta amenazadora de la directora del colegio, diciéndoles que Harry andaba trepando por los techos del colegio. Pero lo único que trataba de hacer (como le gritó a tío Vernon a través de la puerta cerrada de la alacena) fue saltar los grandes cubos que estaban detrás de la puerta de la cocina. Harry suponía que el viento lo había levantado en medio de su salto.

Pero aquel día nada iba a salir mal. Incluso estaba bien pasar el día con Dudley y Piers si eso significaba no tener que estar en el colegio, en su alacena, o en el salón de la señora Figg, con su olor a repollo.

Mientras conducía, tío Vernon se quejaba a tía Petunia. Le gustaba quejarse de muchas cosas. Harry, el ayuntamiento, Harry, el banco y Harry eran algunos de sus temas favoritos. Aquella mañana le tocó a los motoristas.

—... haciendo ruido como locos esos gamberros —dijo, mientras una moto los adelantaba.

—Tuve un sueño sobre una moto —dijo Harry recordando de pronto—. Estaba volando.

Tío Vernon casi chocó con el coche que iba delante del suyo. Se dio la vuelta en el asiento y gritó a Harry:

—¡LAS MOTOS NO VUELAN!

Su rostro era como una gigantesca remolacha con bigotes.

Dudley y Piers se rieron disimuladamente.

—Ya sé que no lo hacen —dijo Harry—. Fue sólo un sueño.

Pero deseó no haber dicho nada. Si había algo que desagradaba a los Dursley aún más que las preguntas que Harry hacía, era que hablara de

cualquier cosa que se comportara de forma indebida, no importa que fuera un sueño o un dibujo animado. Parecían pensar que podía llegar a tener ideas peligrosas.

Era un sábado muy soleado y el zoológico estaba repleto de familias. Los Dursley compraron a Dudley y a Piers unos grandes helados de chocolate en la entrada, y luego, como la sonriente señora del puesto preguntó a Harry qué quería antes de que pudieran alejarse, le compraron un polo de limón, que era más barato. Aquello tampoco estaba mal, pensó Harry, chupándolo mientras observaban a un gorila que se rascaba la cabeza y se parecía notablemente a Dudley, salvo que no era rubio.

Fue la mejor mañana que Harry había pasado en mucho tiempo. Tuvo cuidado de andar un poco alejado de los Dursley, para que Dudley y Piers, que comenzaban a aburrirse de los animales cuando se acercaba la hora de comer, no empezaran a practicar su deporte favorito, que era pegarle a él. Comieron en el restaurante del zoológico, y cuando Dudley tuvo una rabieta porque su bocadillo no era lo suficientemente grande, tío Vernon le compró otro y Harry tuvo permiso para terminar el primero.

Más tarde, Harry pensó que debía haber sabido que aquello era demasiado bueno para durar.

Después de comer fueron a ver los reptiles. Estaba oscuro y hacía frío, y había vidrieras iluminadas a lo largo de las paredes. Detrás de los vidrios, toda clase de serpientes y lagartos se arrastraban y se deslizaban por las piedras y los troncos. Dudley y Piers querían ver las gigantescas cobras venenosas y las gruesas pitones que estrujaban a los hombres. Dudley encontró rápidamente la serpiente más grande. Podía haber envuelto el coche de tío Vernon y haberlo aplastado como si fuera una lata, pero en aquel momento no parecía tener ganas. En realidad, estaba profundamente dormida.

Dudley permaneció con la nariz apretada contra el vidrio, contemplando el brillo de su piel.

—Haz que se mueva —le exigió a su padre.

Tío Vernon golpeó el vidrio, pero la serpiente no se movió.

—Hazlo de nuevo —ordenó Dudley.

Tío Vernon golpeó con los nudillos, pero el animal siguió dormitando.

—Esto es aburrido —se quejó Dudley. Se alejó arrastrando los pies.

Harry se movió frente al vidrio y miró intensamente a la serpiente. Si él hubiera estado allí dentro, sin duda se habría muerto de aburrimiento, sin ninguna compañía, salvo la de gente estúpida golpeando el vidrio y molestando todo el día. Era peor que tener por dormitorio una alacena donde la única visitante era tía Petunia, llamando a la puerta para despertarlo: al menos, él podía recorrer el resto de la casa.

De pronto, la serpiente abrió sus ojillos, pequeños y brillantes como cuentas. Lenta, muy lentamente, levantó la cabeza hasta que sus ojos estuvieron al nivel de los de Harry.

Guiñó un ojo.

Harry la miró fijamente. Luego echó rápidamente un vistazo a su alrededor, para ver si alguien lo observaba. Nadie le prestaba atención. Miró de nuevo a la serpiente y también le guiñó un ojo.

La serpiente torció la cabeza hacia tío Vernon y Dudley, y luego levantó los ojos hacia el techo. Dirigió a Harry una mirada que decía claramente:

—Me pasa esto constantemente.

—Lo sé —murmuró Harry a través del vidrio, aunque no estaba seguro de que la serpiente pudiera oírlo—. Debe de ser realmente molesto.

La serpiente asintió vigorosamente.

—A propósito, ¿de dónde vienes? —preguntó Harry

La serpiente levantó la cola hacia el pequeño cartel que había cerca del vidrio. Harry miró con curiosidad.

«Boa Constrictor, Brasil.»

—¿Era bonito aquello?

La boa constrictor volvió a señalar con la cola y Harry leyó: «Este espécimen fue criado en el zoológico».

—Oh, ya veo. ¿Entonces nunca has estado en Brasil?

Mientras la serpiente negaba con la cabeza, un grito ensordecedor detrás de Harry los hizo saltar.

—¡DUDLEY! ¡SEÑOR DURSLEY! ¡VENGAN A VER A LA SERPIENTE! ¡NO VAN A CREER LO QUE ESTÁ HACIENDO!

Dudley se acercó contoneándose, lo más rápido que pudo.

—Quita de en medio —dijo, golpeando a Harry en las costillas. Cogido por sorpresa, Harry cayó al suelo de cemento. Lo que sucedió a continuación fue tan rápido que nadie supo cómo había pasado: Piers y Dudley estaban inclinados cerca del vidrio, y al instante siguiente saltaron hacia atrás aullando de terror.

Harry se incorporó y se quedó boquiabierto: el vidrio que cerraba el cubículo de la boa constrictor había desaparecido. La descomunal serpiente se había desenrollado rápidamente y en aquel momento se arrastraba por el suelo. Las personas que estaban en la casa de los reptiles gritaban y corrían

hacia las salidas.

Mientras la serpiente se deslizaba ante él, Harry habría podido jurar que una voz baja y sibilante decía:

—Brasil, allá voy... Gracias, amigo.

El encargado de los reptiles se encontraba totalmente conmocionado.

—Pero... ¿y el vidrio? —repetía—. ¿Adónde ha ido el vidrio?

El director del zoológico en persona preparó una taza de té fuerte y dulce para tía Petunia, mientras se disculpaba una y otra vez. Piers y Dudley no dejaban de quejarse. Por lo que Harry había visto, la serpiente no había hecho más que darles un golpe juguetón en los pies, pero cuando volvieron al asiento trasero del coche de tío Vernon, Dudley les contó que casi lo había mordido en la pierna, mientras Piers juraba que había intentado estrangularlo. Pero lo peor, para Harry al menos, fue cuando Piers se calmó y pudo decir:

—Harry le estaba hablando. ¿Verdad, Harry?

Tío Vernon esperó hasta que Piers se hubo marchado, antes de enfrentarse con Harry. Estaba tan enfadado que casi no podía hablar.

—Ve... alacena... quédate... no hay comida —pudo decir, antes de desplomarse en una silla. Tía Petunia tuvo que servirle una copa de brandy.

Mucho más tarde, Harry estaba acostado en su alacena oscura, deseando tener un reloj. No sabía qué hora era y no podía estar seguro de que los Dursley estuvieran dormidos. Hasta que lo estuvieran, no podía arriesgarse a ir a la cocina a buscar algo de comer.

Había vivido con los Dursley casi diez años, diez años desgraciados, hasta donde podía acordarse, desde que era un niño pequeño y sus padres habían muerto en un accidente de coche. No podía recordar haber estado en el coche cuando sus padres murieron. Algunas veces, cuando forzaba su memoria durante las largas horas en su alacena, tenía una extraña visión, un relámpago cegador de luz verde y un dolor como el de una quemadura en su frente. Aquello debía de ser el choque, suponía, aunque no podía imaginar de dónde procedía la luz verde. Y no podía recordar nada de sus padres. Sus tíos nunca hablaban de ellos y, por supuesto, tenía prohibido hacer preguntas. Tampoco había fotos de ellos en la casa.

Cuando era más pequeño, Harry soñaba una y otra vez que algún pariente desconocido iba a buscarlo para llevárselo, pero eso nunca sucedió: los Dursley eran su única familia. Pero a veces pensaba (tal vez era más bien que lo deseaba) que había personas desconocidas que se comportaban como si lo conocieran. Eran desconocidos muy extraños. Un hombrecito con un sombrero violeta lo había saludado, cuando estaba de compras con tía Petunia y Dudley Después de preguntarle con ira si conocía al hombre, tía Petunia se los había llevado de la tienda, sin comprar nada. Una mujer anciana con aspecto estrafalario, toda vestida de verde, también lo había saludado alegremente en

un autobús. Un hombre calvo, con un abrigo largo, color púrpura, le había estrechado la mano en la calle y se había alejado sin decir una palabra. Lo más raro de toda aquella gente era la forma en que parecían desaparecer en el momento en que Harry trataba de acercarse.

En el colegio, Harry no tenía amigos. Todos sabían que el grupo de Dudley odiaba a aquel extraño Harry Potter, con su ropa vieja y holgada y sus gafas rotas, y a nadie le gustaba estar en contra de la banda de Dudley.

3

Las cartas de nadie

La fuga de la boa constrictor le acarreó a Harry el castigo más largo de su vida. Cuando le dieron permiso para salir de su alacena ya habían comenzado las vacaciones de verano y Dudley había roto su nueva filmadora, conseguido que su avión con control remoto se estrellara y, en la primera salida que hizo con su bicicleta de carreras, había atropellado a la anciana señora Figg cuando cruzaba Privet Drive con sus muletas.

Harry se alegraba de que el colegio hubiera terminado, pero no había forma de escapar de la banda de Dudley, que visitaba la casa cada día. Piers, Dennis, Malcolm y Gordon eran todos grandes y estúpidos, pero como Dudley era el más grande y el más estúpido de todos, era el jefe. Los demás se sentían muy felices de practicar el deporte favorito de Dudley: cazar a Harry

Por esa razón, Harry pasaba tanto tiempo como le resultara posible fuera de la casa, dando vueltas por ahí y pensando en el fin de las vacaciones, cuando podría existir un pequeño rayo de esperanza: en septiembre estudiaría secundaria y, por primera vez en su vida, no iría a la misma clase que su primo. Dudley tenía una plaza en el antiguo colegio de tío Vernon, Smelting. Piers Polkiss también iría allí. Harry en cambio, iría a la escuela secundaria Stonewall, de la zona. Dudley encontraba eso muy divertido.

—Allí, en Stonewall, meten las cabezas de la gente en el inodoro el primer día —dijo a Harry—. ¿Quieres venir arriba y ensayar?

—No, gracias —respondió Harry—. Los pobres inodoros nunca han tenido que soportar nada tan horrible como tu cabeza y pueden marearse. —Luego salió corriendo antes de que Dudley pudiera entender lo que le había dicho.

Un día del mes de julio, tía Petunia llevó a Dudley a Londres para comprarle su uniforme de Smelting, dejando a Harry en casa de la señora Figg. Aquello no resultó tan terrible como de costumbre. La señora Figg se había fracturado la pierna al tropezar con un gato y ya no parecía tan encariñada con ellos como antes. Dejó que Harry viera la televisión y le dio un pedazo de pastel de chocolate que, por el sabor, parecía que había estado guardado desde hacía años.

Aquella tarde, Dudley desfiló por el salón, ante la famlia, con su uniforme nuevo. Los muchachos de Smelting llevaban frac rojo oscuro, pantalones de color naranja y sombrero de paja, rígido y plano. También llevaban bastones con nudos, que utilizaban para pelearse cuando los profesores no los veían. Debían de pensar que aquél era un buen entrenamiento para la vida futura.

Mientras miraba a Dudley con sus nuevos pantalones, tío Vernon dijo con voz ronca que aquél era el momento de mayor orgullo de su vida. Tía Petunia estalló en lágrimas y dijo que no podía creer que aquél fuera su pequeño Dudley, tan apuesto y crecido. Harry no se atrevía a hablar. Creyó que se le iban a romper las costillas del esfuerzo que hacía por no reírse.

A la mañana siguiente, cuando Harry fue a tomar el desayuno, un olor horrible inundaba toda la cocina. Parecía proceder de un gran cubo de metal que estaba en el fregadero. Se acercó a mirar. El cubo estaba lleno de lo que parecían trapos sucios flotando en agua gris.

—¿Qué es eso? —preguntó a tía Petunia. La mujer frunció los labios, como hacía siempre que Harry se atrevía a preguntar algo.

—Tu nuevo uniforme del colegio —dijo.

Harry volvió a mirar en el recipiente.

—Oh —comentó—. No sabía que tenía que estar mojado.

—No seas estúpido —dijo con ira tía Petunia—. Estoy tiñendo de gris algunas cosas viejas de Dudley. Cuando termine, quedará igual que los de los demás.

Harry tenía serias dudas de que fuera así, pero pensó que era mejor no discutir. Se sentó a la mesa y trató de no imaginarse el aspecto que tendría en su primer día de la escuela secundaria Stonewall. Seguramente parecería que llevaba puestos pedazos de piel de un elefante viejo.

Dudley y tío Vernon entraron, los dos frunciendo la nariz a causa del olor del nuevo uniforme de Harry. Tío Vernon abrió, como siempre, su periódico y Dudley golpeó la mesa con su bastón del colegio, que llevaba a todas partes.

Todos oyeron el ruido en el buzón y las cartas que caían sobre el felpudo.

—Trae la correspondencia, Dudley —dijo tío Vernon, detrás de su periódico.

—Que vaya Harry

—Trae las cartas, Harry.

—Que lo haga Dudley.

—Pégale con tu bastón, Dudley.

Harry esquivó el golpe y fue a buscar la correspondencia. Había tres cartas en el felpudo: una postal de Marge, la hermana de tío Vernon, que estaba de vacaciones en la isla de Wight; un sobre color marrón, que parecía una factura, y una carta para Harry.

Harry la recogió y la miró fijamente, con el corazón vibrando como una gigantesca banda elástica. Nadie, nunca, en toda su vida, le había escrito a él. ¿Quién podía ser? No tenía amigos ni otros parientes. Ni siquiera era socio de la biblioteca, así que nunca había recibido notas que le reclamaran la devolución de libros. Sin embargo, allí estaba, una carta dirigida a él de una manera tan clara que no había equivocación posible.

Señor H. Potter

Alacena Debajo de la Escalera

Privet Drive, 4

Little Whinging

Surrey

El sobre era grueso y pesado, hecho de pergamino amarillento, y la dirección estaba escrita con tinta verde esmeralda. No tenía sello.

Con las manos temblorosas, Harry le dio la vuelta al sobre y vio un sello de lacre púrpura con un escudo de armas: un león, un águila, un tejón y una serpiente, que rodeaban una gran letra H.

—¡Date prisa, chico! —exclamó tío Vernon desde la cocina—. ¿Qué estás haciendo, comprobando si hay cartas-bomba? —Se rió de su propio chiste.

Harry volvió a la cocina, todavía contemplando su carta. Entregó a tío Vernon la postal y la factura, se sentó y lentamente comenzó a abrir el sobre amarillo.

Tío Vernon rompió el sobre de la factura, resopló disgustado y echó una mirada a la postal.

—Marge está enferma —informó a tía Petunia—. Al parecer comió algo en mal estado.

—¡Papá! —dijo de pronto Dudley—. ¡Papá, Harry ha recibido algo!

Harry estaba a punto de desdoblar su carta, que estaba escrita en el mismo pergamino que el sobre, cuando tío Vernon se la arrancó de la mano.

—¡Es mía! —dijo Harry; tratando de recuperarla.

—¿Quién te va a escribir a ti? —dijo con tono despectivo tío Vernon, abriendo la carta con una mano y echándole una mirada. Su rostro pasó del rojo al verde con la misma velocidad que las luces del semáforo. Y no se detuvo ahí. En segundos adquirió el blanco grisáceo de un plato de avena cocida reseca.

—¡Pe... Pe... Petunia! —bufó.

Dudley trató de coger la carta para leerla, pero tío Vernon la mantenía muy alta, fuera de su alcance. Tía Petunia la cogió con curiosidad y leyó la primera línea. Durante un momento pareció que iba a desmayarse. Se apretó la garganta y dejó escapar un gemido.

—¡Vernon! ¡Oh, Dios mío... Vernon!

Se miraron como si hubieran olvidado que Harry y Dudley todavía estaban allí. Dudley no estaba acostumbrado a que no le hicieran caso. Golpeó a su padre en la cabeza con el bastón de Smelting.

—Quiero leer esa carta —dijo a gritos.

—Yo soy quien quiere leerla —dijo Harry con rabia—. Es mía.

—Fuera de aquí, los dos —graznó tío Vernon, metiendo la carta en el sobre.

Harry no se movió.

—¡QUIERO MI CARTA! —gritó.

—¡Déjame verla! —exigió Dudley

—¡FUERA! —gritó tío Vernon y, cogiendo a Harry y a Dudley por el cogote, los arrojó al recibidor y cerró la puerta de la cocina. Harry y Dudley iniciaron una lucha, furiosa pero callada, para ver quién espiaba por el ojo de la cerradura. Ganó Dudley, así que Harry, con las gafas colgando de una oreja, se tiró al suelo para escuchar por la rendija que había entre la puerta y el suelo.

—Vernon —decía tía Petunia, con voz temblorosa—, mira el sobre. ¿Cómo es posible que sepan dónde duerme él? No estarán vigilando la casa, ¿verdad?

—Vigilando, espiando... Hasta pueden estar siguiéndonos —murmuró tío Vernon, agitado.

—Pero ¿qué podemos hacer, Vernon? ¿Les contestamos? Les decimos

que no queremos...

Harry pudo ver los zapatos negros brillantes de tío Vernon yendo y viniendo por la cocina.

—No —dijo finalmente—. No, no les haremos caso. Si no reciben una respuesta... Sí, eso es lo mejor... No haremos nada...

—Pero...

—¡No pienso tener a uno de ellos en la casa, Petunia! ¿No lo juramos cuando recibimos y destruimos aquella peligrosa tontería?

Aquella noche, cuando regresó del trabajo, tío Vernon hizo algo que no había hecho nunca: visitó a Harry en su alacena.

—¿Dónde está mi carta? —dijo Harry, en el momento en que tío Vernon pasaba con dificultad por la puerta—. ¿Quién me escribió?

—Nadie. Estaba dirigida a ti por error —dijo tío Vernon con tono cortante—. La quemé.

—No era un error —dijo Harry enfadado—. Estaba mi alacena en el sobre.

—¡SILENCIO! —gritó el tío Vernon, y unas arañas cayeron del techo. Respiró profundamente y luego sonrió, esforzándose tanto por hacerlo que parecía sentir dolor.

—Ah, sí, Harry, en lo que se refiere a la alacena... Tu tía y yo estuvimos pensando... Realmente ya eres muy mayor para esto... Pensamos que estaría bien que te mudes al segundo dormitorio de Dudley

—¿Por qué? —dijo Harry

—¡No hagas preguntas! —exclamó—. Lleva tus cosas arriba ahora mismo.

La casa de los Dursley tenía cuatro dormitorios: uno para tío Vernon y tía Petunia, otro para las visitas (habitualmente Marge, la hermana de Vernon), en el tercero dormía Dudley y en el último guardaba todos los juguetes y cosas que no cabían en aquél. En un solo viaje Harry trasladó todo lo que le pertenecía, desde la alacena a su nuevo dormitorio. Se sentó en la cama y miró alrededor. Allí casi todo estaba roto. La filmadora estaba sobre un carro de combate que una vez Dudley hizo andar sobre el perro del vecino, y en un rincón estaba el primer televisor de Dudley, al que dio una patada cuando dejaron de emitir su programa favorito. También había una gran jaula que alguna vez tuvo dentro un loro, pero Dudley lo cambió en el colegio por un rifle de aire comprimido, que en aquel momento estaba en un estante con la punta torcida, porque Dudley se había sentado encima. El resto de las estanterías estaban llenas de libros. Era lo único que parecía que nunca había sido tocado.

Desde abajo llegaba el sonido de los gritos de Dudley a su madre.

—No quiero que esté allí... Necesito esa habitación... Échalo...

Harry suspiró y se estiró en la cama. El día anterior habría dado cualquier cosa por estar en aquella habitación. Pero en aquel momento prefería volver a su alacena con la carta a estar allí sin ella.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, todos estaban muy callados. Dudley se hallaba en estado de conmoción. Había gritado, había pegado a su padre con el bastón de Smelting, se había puesto malo a propósito, le había dado una patada a su madre, arrojado la tortuga por el techo del invernadero, y seguía sin conseguir que le devolvieran su habitación. Harry estaba pensando en el día anterior, y con amargura pensó que ojalá hubiera abierto la carta en el vestíbulo. Tío Vernon y tía Petunia se miraban misteriosamente.

Cuando llegó el correo, tío Vernon, que parecía hacer esfuerzos por ser amable con Harry, hizo que fuera Dudley. Lo oyeron golpear cosas con su bastón en su camino hasta la puerta. Entonces gritó.

—¡Hay otra más! Señor H. Potter, El Dormitorio Más Pequeño, Privet Drive, 4...

Con un grito ahogado, tío Vernon se levantó de su asiente y corrió hacia el vestíbulo, con Harry siguiéndolo. Allí tuvo que forcejear con su hijo para quitarle la carta, lo que le resultaba difícil porque Harry le tiraba del cuello. Después de un minuto de confusa lucha, en la que todos recibieron golpes del bastón, tío Vernon se enderezó con la carta de Harry arrugada en su mano, jadeando para recuperar la respiración.

—Vete a tu alacena, quiero decir a tu dormitorio —dijo a Harry sin dejar de jadear—. Y Dudley.. Vete... Vete de aquí.

Harry paseó en círculos por su nueva habitación. Alguien sabía que se había ido de su alacena y también parecía saber que no había recibido su primera carta. ¿Eso significaría que lo intentarían de nuevo? Pues la próxima vez se aseguraría de que no fallaran. Tenía un plan.

El reloj despertador arreglado sonó a las seis de la mañana siguiente. Harry lo apagó rápidamente y se vistió en silencio: no debía despertar a los Dursley. Se deslizó por la escalera sin encender ninguna luz.

Esperaría al cartero en la esquina de Privet Drive y recogería las cartas para el número 4 antes de que su tío pudiera encontrarlas. El corazón le latía aceleradamente mientras atravesaba el recibidor oscuro hacia la puerta.

—¡AAAUUUGGG!

Harry saltó en el aire. Había tropezado con algo grande y fofo que estaba en el felpudo... ¡Algo vivo!

Las luces se encendieron y, horrorizado, Harry se dio cuenta de que aquella cosa fofa y grande era la cara de su tío. Tío Vernon estaba acostado en la puerta, en un saco de dormir, evidentemente para asegurarse de que Harry no hiciera exactamente lo que intentaba hacer. Gritó a Harry durante media hora y luego le dijo que preparara una taza de té. Harry se marchó arrastrando los pies y, cuando regresó de la cocina, el correo había llegado directamente al regazo de tío Vernon. Harry pudo ver tres cartas escritas en tinta verde.

—Quiero... —comenzó, pero tío Vernon estaba rompiendo las cartas en pedacitos ante sus ojos.

Aquel día, tío Vernon no fue a trabajar. Se quedó en casa y tapió el buzón.

—¿Te das cuenta? —aexplicó a tía Petunia, con la boca llena de clavos—. Si no pueden entregarlas, tendrán que dejar de hacerlo.

—No estoy segura de que esto resulte, Vernon.

—Oh, la mente de esa gente funciona de manera extraña, Petunia, ellos no son como tú y yo —dijo tío Vernon, tratando de dar golpes a un clavo con el pedazo de pastel de fruta que tía Petunia le acababa de llevar.

El viernes, no menos de doce cartas llegaron para Harry. Como no las podían echar en el buzón, las habían pasado por debajo de la puerta, por entre las rendijas, y unas pocas por la ventanita del cuarto de baño de abajo.

Tío Vernon se quedó en casa otra vez. Después de quemar todas las cartas, salió con el martillo y los clavos para asegurar la puerta de atrás y la de delante, para que nadie pudiera salir. Mientras trabajaba, tarareaba De puntillas entre los tulipanes y se sobresaltaba con cualquier ruido.

El sábado, las cosas comenzaron a descontrolarse. Veinticuatro cartas para Harry entraron en la casa, escondidas entre dos docenas de huevos, que un muy desconcertado lechero entregó a tía Petunia, a través de la ventana del salón. Mientras tío Vernon llamaba a la oficina de correos y a la lechería, tratando de encontrar a alguien para quejarse, tía Petunia trituraba las cartas en la picadora.

—¿Se puede saber quién tiene tanto interés en comunicarse contigo? —preguntaba Dudley a Harry, con asombro.

La mañana del domingo, tío Vernon estaba sentado ante la mesa del desayuno, con aspecto de cansado y casi enfermo, pero feliz.

—No hay correo los domingos —les recordó alegremente, mientras ponía mermelada en su periódico—. Hoy no llegarán las malditas cartas...

Algo llegó zumbando por la chimenea de la cocina mientras él hablaba y le golpeó con fuerza en la nuca. Al momento siguiente, treinta o cuarenta cartas cayeron de la chimenea como balas. Los Dursley se agacharon, pero Harry saltó en el aire, tratando de atrapar una.

—¡Fuera! ¡FUERA!

Tío Vernon cogió a Harry por la cintura y lo arrojó al recibidor. Cuando tía Petunia y Dudley salieron corriendo, cubriéndose la cara con las manos, tío Vernon cerró la puerta con fuerza. Podían oír el ruido de las cartas, que seguían cayendo en la habitación, golpeando contra las paredes y el suelo.

—Ya está —dijo tío Vernon, tratando de hablar con calma, pero arrancándose, al mismo tiempo, parte del bigote—. Quiero que estéis aquí dentro de cinco minutos, listos para irnos. Nos vamos. Coged alguna ropa. ¡Sin discutir!

Parecía tan peligroso, con la mitad de su bigote arrancado, que nadie se atrevió a contradecirlo. Diez minutos después se habían abierto camino a través de las puertas tapiadas y estaban en el coche, avanzando velozmente hacia la autopista. Dudley lloriqueaba en el asiento trasero, pues su padre le había pegado en la cabeza cuando lo pilló tratando de guardar el televisor, el vídeo y el ordenador en la bolsa.

Condujeron. Y siguieron avanzando. Ni siquiera tía Petunia se atrevía a preguntarle adónde iban. De vez en cuando, tío Vernon daba la vuelta y conducía un rato en sentido contrario.

—Quitárnoslos de encima... perderlos de vista... —murmuraba cada vez que lo hacía.

No se detuvieron en todo el día para comer o beber. Al llegar la noche Dudley aullaba. Nunca había pasado un día tan malo en su vida. Tenía hambre, se había perdido cinco programas de televisión que quería ver y nunca había pasado tanto tiempo sin hacer estallar un monstruo en su juego de ordenador.

Tío Vernon se detuvo finalmente ante un hotel de aspecto lúgubre, en las afueras de una gran ciudad. Dudley y Harry compartieron una habitación con camas gemelas y sábanas húmedas y gastadas. Dudley roncaba, pero Harry permaneció despierto, sentado en el borde de la ventana, contemplando las luces de los coches que pasaban y deseando saber...

Al día siguiente, comieron para el desayuno copos de trigo, tostadas y tomates de lata. Estaban a punto de terminar, cuando la dueña del hotel se acercó a la mesa.

—Perdonen, ¿alguno de ustedes es el señor H. Potter? Tengo como cien de éstas en el mostrador de entrada.

Extendió una carta para que pudieran leer la dirección en tinta verde:

Señor H. Potter

Habitación 17

Hotel Railview

Cokeworth

Harry fue a coger la carta, pero tío Vernon le pegó en la mano. La mujer los miró asombrada.

—Yo las recogeré —dijo tío Vernon, poniéndose de pie rápidamente y siguiéndola.

—¿No sería mejor volver a casa, querido? —sugirió tía Petunia tímidamente, unas horas más tarde, pero tío Vernon no pareció oírla. Qué era lo que buscaba exactamente, nadie lo sabía. Los llevó al centro del bosque, salió, miró alrededor, negó con la cabeza, volvió al coche y otra vez lo puso en marcha. Lo mismo sucedió en medio de un campo arado, en mitad de un puente colgante y en la parte más alta de un aparcamiento de coches.

—Papá se ha vuelto loco, ¿verdad? —preguntó Dudley a tía Petunia aquella tarde. Tío Vernon había aparcado en la costa, los había encerrado y había desaparecido.

Comenzó a llover. Gruesas gotas golpeaban el techo del coche. Dudley gimoteaba.

—Es lunes —dijo a su madre—. Mi programa favorito es esta noche. Quiero ir a algún lugar donde haya un televisor.

Lunes. Eso hizo que Harry se acordara de algo. Si era lunes (y habitualmente se podía confiar en que Dudley supiera el día de la semana, por los programas de la televisión), entonces, al día siguiente, martes, era el cumpleaños número once de Harry. Claro que sus cumpleaños nunca habían sido exactamente divertidos: el año anterior, por ejemplo, los Dursley le regalaron una percha y un par de calcetines viejos de tío Vernon. Sin embargo, no se cumplían once años todos los días.

Tío Vernon regresó sonriente. Llevaba un paquete largo y delgado y no contestó a tía Petunia cuando le preguntó qué había comprado.

—¡He encontrado el lugar perfecto! —dijo—. ¡Vamos! ¡Todos fuera!

Hacia mucho frío cuando bajaron del coche. Tío Vernon señalaba lo que parecía una gran roca en el mar. Y, encima de ella, se veía la más miserable choza que uno se pudiera imaginar. Una cosa era segura, allí no había televisión.

—¡Han anunciado tormenta para esta noche! —anunció alegremente tío Vernon, aplaudiendo—. ¡Y este caballero aceptó gentilmente alquilarnos su bote!

Un viejo desdentado se acercó a ellos, señalando un viejo bote que se balanceaba en el agua grisácea.

—Ya he conseguido algo de comida —dijo tío Vernon—. ¡Así que todos a bordo!

En el bote hacía un frío terrible. El mar congelado los salpicaba, la lluvia les golpeaba la cabeza y un viento gélido les azotaba el rostro. Después de lo que pareció una eternidad, llegaron al peñasco, donde tío Vernon los condujo hasta la desvencijada casa.

El interior era horrible: había un fuerte olor a algas, el viento se colaba por las rendijas de las paredes de madera y la chimenea estaba vacía y húmeda. Sólo había dos habitaciones.

La comida de tío Vernon resultó ser cuatro plátanos y un paquete de patatas fritas para cada uno. Trató de encender el fuego con las bolsas vacías, pero sólo salió humo.

—Ahora podríamos utilizar una de esas cartas, ¿no? —dijo alegremente.

Estaba de muy buen humor. Era evidente que creía que nadie se iba a atrever a buscarlos allí, con una tormenta a punto de estallar. En privado, Harry estaba de acuerdo, aunque el pensamiento no lo alegraba.

Al caer la noche, la tormenta prometida estalló sobre ellos. La espuma de las altas olas chocaba contra las paredes de la cabaña y el feroz viento golpeaba contra los vidrios de las ventanas. Tía Petunia encontró unas pocas mantas en la otra habitación y preparó una cama para Dudley en el sofá. Ella y tío Vernon se acostaron en una cama cerca de la puerta, y Harry tuvo que contentarse con un trozo de suelo y taparse con la manta más delgada.

La tormenta aumentó su ferocidad durante la noche. Harry no podía dormir. Se estremecía y daba vueltas, tratando de ponerse cómodo, con el estómago rugiendo de hambre. Los ronquidos de Dudley quedaron amortiguados por los truenos que estallaron cerca de la medianoche. El reloj luminoso de Dudley, colgando de su gorda muñeca, informó a Harry de que tendría once años en diez minutos. Esperaba acostado a que llegara la hora de su cumpleaños,

pensando si los Dursley se acordarían y preguntándose dónde estaría en aquel momento el escritor de cartas.

Cinco minutos. Harry oyó algo que crujía afuera. Esperó que no fuera a caerse el techo, aunque tal vez hiciera más calor si eso ocurría. Cuatro minutos. Tal vez la casa de Privet Drive estaría tan llena de cartas, cuando regresaran, que podría robar una.

Tres minutos para la hora. ¿Por qué el mar chocaría con tanta fuerza contra las rocas? Y (faltaban dos minutos) ¿qué era aquel ruido tan raro? ¿Las rocas se estaban desplomando en el mar?

Un minuto y tendría once años. Treinta segundos... veinte... diez... nueve... tal vez despertara a Dudley, sólo para mdestarlo... tres... dos... uno...

BUM.

Toda la cabaña se estremeció y Harry se enderezó, mirando fijamente a la puerta. Alguien estaba fuera, llamando.

4

El guardián de las llaves

BUM. Llamaron otra vez. Dudley se despertó bruscamente.

—¿Dónde está el cañón? —preguntó estúpidamente.

Se oyó un crujido detrás de ellos y tío Vernon apareció en la habitación. Llevaba un rifle en las manos: ya sabían lo que contenía el paquete alargado que había llevado.

—¿Quién está ahí? —gritó—. ¡Le advierto... estoy armado!

Hubo una pausa. Luego...

¡UN GOLPE VIOLENTO!

La puerta fue empujada con tal fuerza que se salió de los goznes y, con un golpe sordo, cayó al suelo.

Un hombre gigantesco apareció en el umbral. Su rostro estaba prácticamente oculto por una larga maraña de pelo y una barba desaliñada, pero podían verse sus ojos, que brillaban como escarabajos negros bajo aquella pelambrera.

El gigante se abrió paso doblando la cabeza, que rozaba el techo. Se agachó, cogió la puerta y, sin esfuerzo, la volvió a poner en su lugar. El ruido de la tormenta se apagó un poco. Se volvió para mirarlos.

—Podríamos preparar té. No ha sido un viaje fácil... Se desparramó en el sofá donde Dudley estaba petrificado de miedo.

—Levántate, bola de grasa —dijo el desconocido.

Dudley se escapó de allí y corrió a esconderse junto a su madre, que estaba agazapada detrás de tío Vernon.

—¡Ah! ¡Aquí está Harry! —dijo el gigante.

Harry levantó la vista ante el rostro feroz y peludo, y vio que los ojos negros le sonreían.

—La última vez que te vi eras sólo una criatura —dijo el gigante—. Te pareces mucho a tu padre, pero tienes los ojos de tu madre.

Tío Vernon dejó escapar un curioso sonido.

—¡Le exijo que se vaya enseguida, señor! —dijo—. ¡Esto es allanamiento de morada!

—Bah, cierra la boca, Dursley, grandísimo majadero —dijo el gigante. Se estiró, arrebató el rifle a tío Vernon, lo retorció como si fuera de goma y lo arrojó a un rincón de la habitación.

Tío Vernon hizo otro ruido extraño, como si hubieran aplastado a un ratón.

—De todos modos, Harry —dijo el gigante, dando la espalda a los Dursley—, te deseo un muy feliz cumpleaños. Tengo algo aquí. Tal vez lo he aplastado un poco, pero tiene buen sabor.

Del bolsillo interior de su abrigo negro sacó una caja algo aplastada. Harry la abrió con dedos temblorosos. En el interior había un gran pastel de chocolate pegajoso, con «Feliz Cumpleaños, Harry» escrito en verde.

Harry miró al gigante. Iba a darle las gracias, pero las palabras se perdieron en su garganta y, en lugar de eso, dijo:

—¿Quién es usted?

El gigante rió entre dientes.

—Es cierto, no me he presentado. Rubeus Hagrid, Guardián de las Llaves

y Terrenos de Hogwarts.

Extendió una mano gigantesca y sacudió todo el brazo de Harry

—¿Qué tal ese té, entonces? —dijo, frotándose las manos—. Pero no diría que no si tienen algo más fuerte.

Sus ojos se clavaron en el hogar apagado, con las bolsas de patatas fritas arrugadas, y dejó escapar una risa despectiva. Se inclinó ante la chimenea. Los demás no podían ver qué estaba haciendo, pero cuando un momento después se dio la vuelta, había un fuego encendido, que inundó de luz toda la húmeda cabaña. Harry sintió que el calor lo cubría como si estuviera metido en un baño caliente.

El gigante volvió a sentarse en el sofá, que se hundió bajo su peso, y comenzó a sacar toda clase de cosas de los bolsillos de su abrigo: una cazuela de cobre, un paquete de salchichas, un atizador, una tetera, varias tazas agrietadas y una botella de un liquido color ámbar, de la que tomó un trago antes de empezar a preparar el té. Muy pronto, la cabaña estaba llena del aroma de las salchichas calientes. Nadie dijo una palabra mientras el gigante trabajaba, pero cuando sacó las primeras seis salchichas jugosas y calientes, Dudley comenzó a impacientarse. Tío Vernon dijo en tono cortante:

—No toques nada que él te dé, Dudley.

El gigante lanzó una risa sombría.

—Ese gordo pastel que es su hijo no necesita engordar más, Dursley, no se preocupe.

Le sirvió las salchichas a Harry, el cual estaba tan hambriento que pensó que nunca había probado algo tan maravilloso, pero todavía no podía quitarle los ojos de encima al gigante. Por último, como nadie parecía dispuesto a explicar nada, dijo:

—Lo siento, pero todavía sigo sin saber quién es usted.

El gigante tomó un sorbo de té y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Llámame Hagrid —contesto—. Todos lo hacen. Y como te dije, soy el guardián de las llaves de Hogwarts. Ya lo sabrás todo sobre Hogwarts, por supuesto.

—Pues... yo no... —dijo Harry

Hagrid parecía impresionado.

—Lo lamento —dijo rápidamente Harry

—¿Lo lamento? —preguntó Hagrid, volviéndose a mirar a los Dursley, que retrocedieron hasta quedar ocultos por las sombras—. ¡Ellos son los que tienen que disculparse! Sabía que no estabas recibiendo las cartas, pero nunca pensé

que no supieras nada de Hogwarts. ¿Nunca te preguntaste dónde lo habían aprendido todo tus padres?

—¿El qué? —preguntó Harry

—¿EL QUÉ? —bramó Hagrid—. ¡Espera un segundo!

Se puso de pie de un salto. En su furia parecía llenar toda la habitación. Los Dursley estaban agazapados contra la pared.

—¿Me van a decir —rugió a los Dursley— que este muchacho, ¡este muchacho!, no sabe nada... sobre NADA?

Harry pensó que aquello iba demasiado lejos. Después de todo, había ido al colegio y sus notas no eran tan malas.

—Yo sé algunas cosas —dijo—. Puedo hacer cuentas y todo eso.

Pero Hagrid simplemente agito la mano.

—Me refiero a nuestro mundo Tu mundo. Mi mundo. El mundo de tus padres.

—¿Qué mundo?

Hagrid lo miró como si fuera a estallar.

—¡DURSLEY! —bramó.

Tío Vernon, que estaba muy pálido, susurró algo que sonaba como *mimblewimble*. Hagrid, enfurecido, contempló a Harry.

—Pero tú tienes que saber algo sobre tu madre y tu padre —dijo—. Quiero decir, ellos son famosos. Tú eres famoso.

—¿Cómo? ¿Mi madre y mi padre... eran famosos? ¿En serio?

—No sabías... no sabías... —Hagrid se pasó los dedos por el pelo, clavándole una mirada de asombro—. ¿De verdad no sabes lo que ellos eran? —dijo por último.

De pronto, tío Vernon recuperó la voz

—¡Deténgase! —ordenó—. ¡Deténgase ahora mismo, señor! ¡Le prohíbo que le diga nada al muchacho!

Un hombre más valiente que Vernon Dursley se habría acobardado ante la mirada furiosa que le dirigió Hagrid. Cuando éste habló, temblaba de rabia.

—¿No se lo ha dicho? ¿No le ha hablado sobre el contenido de la carta que Dumbledore le dejó? ¡Yo estaba allí! ¡Vi que Dumbledore la dejaba, Dursley! ¿Y se la ha ocultado durante todos estos años?

—¿Qué es lo que me han ocultado? —dijo Harry en tono anhelante.

—¡DETÉNGASE! ¡SE LO PROHÍBO! —rugió tío Vernon aterrado.

Tía Petunia dejó escapar un gemido de horror.

—Voy a romperles la cabeza —dijo Hagrid—. Harry debes saber que eres un mago.

Se produjo un silencio en la cabaña. Sólo podía oírse el mar y el silbido del viento.

—¿Que soy qué? —dijo Harry con voz entrecortada.

—Un mago —respondió Hagrid, sentándose otra vez en el sofá, que crujió y se hundió—. Y muy bueno, debo añadir, en cuanto te hayas entrenado un poco. Con unos padres como los tuyos ¿qué otra cosa podías ser? Y creo que ya es hora de que leas la carta.

Harry extendió la mano para coger, finalmente, el sobre amarillento, dirigido, con tinta verde esmeralda al «Señor H. Potter, El Suelo de la Cabaña en la Roca, El Mar». Sacó la carta y leyó:

COLEGIO HOGWARTS DE MAGIA

Director: Albus Dumbledore

(Orden de Merlín, Primera Clase,

Gran Hechicero, Jefe de Magos,

Jefe Supremo, Confederación

Internacional de Magos).

Querido señor Potter:

Tenemos el placer de informarle de que dispone de una plaza en el Colegio Hogwarts de Magia. Por favor, observe la lista del equipo y los libros necesarios.

Las clases comienzan el 1 de septiembre. Esperamos su lechuza antes del 31 de julio.

Muy cordialmente, Minerva McGonagall

Directora adjunta

Las preguntas estallaban en la cabeza de Harry como fuegos artificiales, y no sabía cuál era la primera. Después de unos minutos, tartamudeó:

—¿Qué quiere decir eso de que esperan mi lechuza?

—Gorgonas galopantes, ahora me acuerdo —dijo Hagrid, golpeándose la frente con tanta fuerza como para derribar un caballo. De otro bolsillo sacó una lechuza (una lechuza de verdad, viva y con las plumas algo erizadas), una gran pluma y un rollo de pergamino. Con la lengua entre los dientes, escribió una nota que Harry pudo leer al revés.

Querido señor Dumbledore:

Entregué a Harry su carta. Lo llevo mañana a comprar sus cosas.

El tiempo es horrible. Espero que usted esté bien.

Hagrid

Hagrid enrolló la nota y se la dio a la lechuza, que la cogió con el pico. Después fue hasta la puerta y lanzó a la lechuza en la tormenta. Entonces volvió y se sentó, como si aquello fuera tan normal como hablar por teléfono.

Harry se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró rápidamente.

—¿Por dónde iba? —dijo Hagrid. Pero en aquel momento tío Vernon, todavía con el rostro color ceniza, pero muy enfadado, se acercó a la chimenea.

—Él no irá —dijo.

Hagrid gruñó.

—Me gustaría ver a un gran *muggle* como usted deteniéndolo a él —dijo.

—¿Un qué? —preguntó interesado Harry

—Un *muggle* —respondió Hagrid—. Es como llamamos a la gente «no-mágica» como ellos. Y tuviste la mala suerte de crecer en una familia de los más grandes *muggles* que haya visto.

—Cuando lo adoptamos, juramos que íbamos a detener toda esa porquería —dijo tío Vernon—. ¡Juramos que la íbamos a sacar de él! ¡Un

mago, ni más ni menos!

—¿Vosotros lo sabíais? —preguntó Harry—. ¿Vosotros sabíais que yo era... un mago?

—¡Saber! —chilló de pronto tía Petunia—. ¡Saber! ¡Por supuesto que lo sabíamos! ¿Cómo no ibas a serlo, siendo lo que era mi condenada hermana? Oh, ella recibió una carta como ésta de ese... ese colegio, y desapareció, y volvía a casa para las vacaciones con los bolsillos llenos de ranas, y convertía las tazas de té en ratas. Yo era la única que la veía tal como era: ¡una monstruosidad! Pero para mi madre y mi padre, oh no, para ellos era «Lily hizo esto» y «Lily hizo esto otro». ¡Estaban orgullosos de tener una bruja en la familia!

Se detuvo para respirar profundamente y luego continuó. Parecía que hacía años que deseaba decir todo aquello.

—Luego conoció a ese Potter en el colegio y se fueron y se casaron y te tuvieron a ti, y por supuesto que yo sabía que ibas a ser igual, igual de raro, un... un anormal. ¡Y luego, como si no fuera poco, hubo esa explosión y nosotros tuvimos que quedarnos contigo!

Harry se había puesto muy pálido. Tan pronto como recuperó la voz, preguntó:

—¿Explosión? ¡Me dijisteis que habían muerto en un accidente de coche!

—¿ACCIDENTE DE COCHE? —rugió Hagrid dando un salto, tan enfadado que los Dursley volvieron al rincón—. ¿Cómo iban a poder morir Lily y James Potter en un accidente de coche? ¡Eso es un ultraje! ¡Un escándalo! ¡Que Harry Potter no conozca su propia historia, cuando cada chico de nuestro mundo conoce su nombre!

—Pero ¿por qué? ¿Qué sucedió? —preguntó Harry con tono de apremio.

La furia se desvaneció del rostro de Hagrid. De pronto parecía nervioso.

—Nunca habría esperado algo así —dijo en voz baja y con aire preocupado—. No tenía ni idea. Cuando Dumbledore me dijo que podía tener problemas para llegar a ti, no sabía que sería hasta este punto. Ah, Harry, no sé si soy la persona apropiada para decírtelo, pero alguien debe hacerlo. No puedes ir a Hogwarts sin saberlo.

Lanzó una mirada despectiva a los Dursley.

—Bueno, es mejor que sepas todo lo que yo puedo decirte... porque no puedo decírtelo todo. Es un gran misterio, al menos una parte...

Se sentó, miró fijamente al fuego durante unos instantes, y luego continuó.

—Comienza, supongo, con... con una persona llamada... pero es increíble que no sepas su nombre, todos en nuestro mundo lo saben...

—¿Quién?

—Bueno... no me gusta decir el nombre si puedo evitarlo. Nadie lo dice.

—¿Por qué no?

—Gárgolas galopantes, Harry, la gente todavía tiene miedo. Vaya, esto es difícil. Mira, estaba ese mago que se volvió... malo. Tan malo como te puedas imaginar. Peor. Peor que peor. Su nombre era...

Hagrid tragó, pero no le salía la voz.

—¿Quiere escribirlo? —sugirió Harry.

—No... no sé cómo se escribe. Está bien... Voldemort. —Hagrid se estremeció—. No me lo hagas repetir. De todos modos, este... este mago, hace unos veinte años, comenzó a buscar seguidores. Y los consiguió. Algunos porque le tenían miedo, otros sólo querían un poco de su poder, porque él iba consiguiendo poder. Eran días negros, Harry. No se sabía en quién confiar, uno no se animaba a hacerse amigo de magos o brujas desconocidos... Sucedían cosas terribles. Él se estaba apoderando de todo. Por supuesto, algunos se le opusieron y él los mató. Horrible. Uno de los pocos lugares seguros era Hogwarts. Hay que considerar que Dumbledore era el único al que Quien-tú-sabes temía. No se atrevía a apoderarse del colegio, no entonces, al menos.

»Ahora bien, tu madre y tú padre eran la mejor bruja y el mejor mago que yo he conocido nunca. ¡En su época de Hogwarts eran los primeros! Supongo que el misterio es por qué Quien-tú-sabes nunca había tratado de ponerlos de su parte... Probablemente sabía que estaban demasiado cerca de Dumbledore para querer tener algo que ver con el Lado Oscuro.

»Tal vez pensó que podía persuadirlos... O quizá simplemente quería quitarlos de en medio. Lo que todos saben es que él apareció en el pueblo donde vosotros vivíais, el día de Halloween, hace diez años. Tú tenías un año. Él fue a vuestra casa y... y...

De pronto, Hagrid sacó un pañuelo muy sucio y se sonó la nariz con un sonido como el de una corneta.

—Lo siento —dijo—. Pero es tan triste... pensar que tu madre y tu padre, la mejor gente del mundo que podrías encontrar...

»Quien-tú-sabes los mató. Y entonces... y ése es el verdadero misterio del asunto... también trató de matarte a ti. Supongo que quería hacer un trabajo limpio, o tal vez, para entonces, disfrutaba matando. Pero no pudo hacerlo. ¿Nunca te preguntaste cómo te hiciste esa marca en la frente? No es un corte común. Sucedió cuando una poderosa maldición diabólica te tocó. Fue la que terminó con tu madre, tu padre y la casa, pero no funcionó contigo, y por eso eres famoso, Harry. Nadie a quien él hubiera decidido matar sobrevivió, nadie excepto tú, y eso que acabó con algunas de las mejores brujas y de los mejores magos de la época (los McKinnons, los Bones, los Prewetts...) y tú eras muy pequeño. Pero sobreviviste.

Algo muy doloroso estaba sucediendo en la mente de Harry. Mientras Hagrid iba terminando la historia, vio otra vez la cegadora luz verde con más claridad de lo que la había recordado antes y, por primera vez en su vida, se acordó de algo más, de una risa cruel, aguda y fría.

Hagrid lo miraba con tristeza.

—Yo mismo te saqué de la casa en ruinas, por orden de Dumbledore. Y te llevé con esta gente...

—Tonterías —dijo tío Vernon.

Harry dio un respingo. Casi había olvidado que los Dursley estaban allí. Tío Vernon parecía haber recuperado su valor. Miraba con rabia a Hagrid y tenía los puños cerrados.

—Ahora escucha esto, chico —gruñó—: acepto que haya algo extraño acerca de ti, probablemente nada que unos buenos golpes no curen. Y todo eso sobre tus padres... Bien, eran raros, no lo niego y, en mi opinión, el mundo está mejor sin ellos... Recibieron lo que buscaban, al mezclarse con esos brujos... Es lo que yo esperaba: siempre supe que iban a terminar mal...

Pero en aquel momento Hagrid se levantó del sofá y sacó de su abrigo un paraguas rosado. Apuntando a tío Vernon, como con una espada, dijo:

—Le prevengo, Dursley, le estoy avisando, una palabra más y...

Ante el peligro de ser alanceado por la punta de un paraguas empuñado por un gigante barbudo, el valor de tío Vernon desapareció otra vez. Se aplastó contra la pared y permaneció en silencio.

—Así está mejor —dijo Hagrid, respirando con dificultad y sentándose otra vez en el sofá, que aquella vez se aplastó hasta el suelo.

Harry, entre tanto, todavía tenía preguntas que hacer, cientos de ellas.

—Pero ¿qué sucedió con Vol... perdón, quiero decir con Quién-usted-sabe?

—Buena pregunta, Harry Desapareció. Se desvaneció. La misma noche que trató de matarte. Eso te hizo aún más famoso. Ése es el mayor misterio, sabes... Se estaba volviendo más y más poderoso... ¿Por qué se fue?

»Algunos dicen que murió. No creo que le quede lo suficiente de humano para morir. Otros dicen que todavía está por ahí, esperando el momento, pero no lo creo. La gente que estaba de su lado volvió con nosotros. Algunos salieron como de un trance. No creen que pudieran volver a hacerlo si él regresara.

»La mayor parte de nosotros cree que todavía está en alguna parte, pero que perdió sus poderes. Que está demasiado débil para seguir adelante. Porque algo relacionado contigo, Harry, acabó con él. Algo sucedió aquella

noche que él no contaba con que sucedería, no sé qué fue, nadie lo sabe... Pero algo relacionado contigo lo confundió.

Hagrid miró a Harry con afecto y respeto, pero Harry, en lugar de sentirse complacido y orgulloso, estaba casi seguro de que había una terrible equivocación. ¿Un mago? ¿Él? ¿Cómo era posible? Había estado toda la vida bajo los golpes de Dudley y el miedo que le inspiraban tía Petunia y tío Vernon. Si realmente era un mago, ¿por qué no los había convertido en sapos llenos de verrugas cada vez que lo encerraban en la alacena? Si alguna vez derrotó al más grande brujo del mundo, ¿cómo es que Dudley siempre podía pegarle patadas como si fuera una pelota?

—Hagrid —dijo con calma—, creo que está equivocado. No creo que yo pueda ser un mago.

Para su sorpresa, Hagrid se rió entre dientes.

—No eres un mago, ¿eh? ¿Nunca haces que sucedan cosas cuando estás asustado o enfadado?

Harry contempló el fuego. Si pensaba en ello... todas las cosas raras que habían hecho que sus tíos se enfadaran con él, habían sucedido cuando él, Harry, estaba molesto o enfadado: perseguido por la banda de Dudley, de golpe se había encontrado fuera de su alcance; temeroso de ir al colegio con aquel ridículo corte de pelo, éste le había crecido de nuevo y, la última vez que Dudley le pegó, ¿no se vengó de él, aunque sin darse cuenta de que lo estaba haciendo? ¿No le había soltado encima la boa constrictor?

Harry miró de nuevo a Hagrid, sonriendo, y vio que el gigante lo miraba radiante.

—¿Te das cuenta? —dijo Hagrid—. Conque Harry Potter no es un mago... Ya verás, serás muy famoso en Hogwarts.

Pero tío Vernon no iba a rendirse sin luchar.

—¿No le hemos dicho que no irá? —dijo con desagrado—. Irá a la escuela secundaria Stonewall y nos dará las gracias por ello. Ya he leído esas cartas y necesitará toda clase de porquerías: libros de hechizos, varitas y...

—Si él quiere ir, un gran *muggle* como usted no lo detendrá —gruñó Hagrid—. ¡Detener al hijo de Lily y James Potter para que no vaya a Hogwarts! Está loco. Su nombre está apuntado casi desde que nació. Irá al mejor colegio de magia del mundo. Siete años allí y no se conocerá a sí mismo. Estará con jóvenes de su misma clase, lo que será un cambio. Y estará con el más grande director que Hogwarts haya tenido: Albus Dumbled...

—¡NO VOY A PAGAR PARA QUE ALGÚN CHIFLADO VIEJO TONTO LE ENSEÑE TRUCOS DE MAGIA! —gritó tío Vernon.

Pero aquella vez había ido demasiado lejos. Hagrid empuñó su paraguas y lo agitó sobre su cabeza.

—¡NUNCA... —bramó— INSULTE-A-ALBUS-DUMBLEDORE-EN-MI-PRESENCIA!

Agitó el paraguas en el aire para apuntar a Dudley. Se produjo un relámpago de luz violeta, un sonido como de un petardo, un agudo chillido y, al momento siguiente, Dudley saltaba, con las manos sobre su gordo trasero, mientras gemía de dolor. Cuando les dio la espalda, Harry vio una rizada cola de cerdo que salía a través de un agujero en los pantalones.

Tío Vernon rugió. Empujó a tía Petunia y a Dudley a la otra habitación, lanzó una última mirada aterrorizada a Hagrid y cerró con fuerza la puerta detrás de ellos.

Hagrid miró su paraguas y se tiró de la barba.

—No debería enfadarme —dijo con pesar—, pero a lo mejor no ha funcionado. Quise convertirlo en un cerdo, pero supongo que ya se parece mucho a un cerdo y no había mucho por hacer.

Miró de reojo a Harry, bajo sus cejas pobladas.

—Te agradecería que no le mencionaras esto a nadie de Hogwarts —dijo—. Yo... bien, no me está permitido hacer magia, hablando estrictamente. Conseguí permiso para hacer un poquito, para que te llegaran las cartas y todo eso... Era una de las razones por las que quería este trabajo...

—¿Por qué no le está permitido hacer magia? —preguntó Harry.

—Bueno... yo fui también a Hogwarts y, si he de ser franco, me expulsaron. En el tercer año. Me rompieron la varita en dos. Pero Dumbledore dejó que me quedara como guardabosques. Es un gran hombre.

—¿Por qué lo expulsaron?

—Se está haciendo tarde y tenemos muchas cosas que hacer mañana —dijo Hagrid en voz alta—. Tenemos que ir a la ciudad y conseguirte los libros y todo lo demás.

Se quitó su grueso abrigo negro y se lo entregó a Harry

—Puedes taparte con esto —dijo—. No te preocupes si algo se agita. Creo que todavía tengo lirones en un bolsillo.

5

El callejón Diagon

Harry se despertó temprano aquella mañana. Aunque sabía que ya era de día, mantenía los ojos muy cerrados.

«Ha sido un sueño —se dijo con firmeza—. Soñé que un gigante llamado Hagrid vino a decirme que voy a ir a un colegio de magos. Cuando abra los ojos estaré en casa, en mi alacena.»

Se produjo un súbito golpeteo.

«Y ésa es tía Petunia llamando a la puerta», pensó Harry con el corazón abrumado. Pero todavía no abrió los ojos. Había sido un sueño tan bonito...

Toc. Toc. Toc.

—Está bien —rezongó Harry—. Ya me levanto.

Se incorporó y se le cayó el pesado abrigo negro de Hagrid. La cabaña estaba iluminada por el sol, la tormenta había pasado, Hagrid estaba dormido en el sofá y había una lechuza golpeando con su pata en la ventana, con un periódico en el pico.

Harry se puso de pie, tan feliz como si un gran globo se expandiera en su interior. Fue directamente a la ventana y la abrió. La lechuza bajó en picado y dejó el periódico sobre Hagrid, que no se despertó. Entonces la lechuza se posó en el suelo y comenzó a atacar el abrigo de Hagrid.

—No hagas eso.

Harry trató de apartar a la lechuza, pero ésta cerró el pico amenazadoramente y continuó atacando el abrigo.

—¡Hagrid! —dijo Harry en voz alta—. Aquí hay una lechuza...

—Págala —gruñó Hagrid desde el sofá.

—¿Qué?

—Quiere que le pagues por traer el periódico. Busca en los bolsillos.

El abrigo de Hagrid parecía hecho de bolsillos, con contenidos de todo tipo: manojos de llaves, proyectiles de metal, bombones de menta, saquitos de té... Finalmente Harry sacó un puñado de monedas de aspecto extraño.

—Dale cinco *knuts* —dijo soñoliento Hagrid.

—*¿Knuts?*

—Esas pequeñas de bronce.

Harry contó las cinco monedas y la lechuza extendió la pata, para que Harry pudiera meter las monedas en una bolsita de cuero que llevaba atada. Y salió volando por la ventana abierta.

Hagrid bostezó con fuerza, se sentó y se desperezó.

—Es mejor que nos demos prisa, Harry. Tenemos muchas cosas que hacer hoy. Debemos ir a Londres a comprar todas las cosas del colegio.

Harry estaba dando la vuelta a las monedas mágicas y observándolas. Acababa de pensar en algo que le hizo sentir que el globo de felicidad en su interior acababa de pincharse.

—Mm... ¿Hagrid?

—¿Sí? —dijo Hagrid, que se estaba calzando sus colosales botas.

—Yo no tengo dinero y ya oíste a tío Vernon anoche, no va a pagar para que vaya a aprender magia.

—No te preocupes por eso —dijo Hagrid, poniéndose de pie y golpeándose la cabeza—. ¿No creerás que tus padres no te dejaron nada?

—Pero si su casa fue destruida...

—¡Ellos no guardaban el oro en la casa, muchacho! No, la primera parada para nosotros es Gringotts. El banco de los magos. Come una salchicha, frías no están mal, y no me negaré a un pedacito de tu pastel de cumpleaños.

—¿Los magos tienen bancos?

—Sólo uno. Gringotts. Lo dirigen los gnomos.

Harry dejó caer el pedazo de salchicha que le quedaba.

—¿Gnomos?

—Ajá... Así uno tendría que estar loco para intentar robarlos, puedo decírtelo. Nunca te metas con los gnomos,

Harry. Gringotts es el lugar más seguro del mundo para lo que quieras guardar, excepto tal vez Hogwarts. Por otra parte, tenía que visitar Gringotts de todos modos. Por Dumbledore. Asuntos de Hogwarts. —Hagrid se irguió con orgullo—. En general, me utiliza para asuntos importantes. Buscarte a ti... sacar cosas de Gringotts... él sabe que puede confiar en mí. ¿Lo tienes todo? Pues vamos.

Harry siguió a Hagrid fuera de la cabaña. El cielo estaba ya claro y el mar brillaba a la luz del sol. El bote que tío Vernon había alquilado todavía estaba allí, con el fondo lleno de agua después de la tormenta.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Harry; mirando alrededor, buscando otro bote.

—Volando —dijo Hagrid.

—¿Volando?

—Sí... pero vamos a regresar en esto. No debo utilizar la magia, ahora que ya te encontré.

Subieron al bote. Harry todavía miraba a Hagrid, tratando de imaginárselo volando.

—Sin embargo, me parece una lástima tener que remar —dijo Hagrid, dirigiendo a Harry una mirada de soslayo—. Si yo... apresuro las cosas un poquito, ¿te importaría no mencionarlo en Hogwarts?

—Por supuesto que no —respondió Harry, deseoso de ver más magia. Hagrid sacó otra vez el paraguas rosado, dio dos golpes en el borde del bote y salieron a toda velocidad hacia la orilla.

—¿Por qué tendría que estar uno loco para intentar robar en Gringotts? —preguntó Harry.

—Hechizos... encantamientos —dijo Hagrid, desdoblando su periódico mientras hablaba—... Dicen que hay dragones custodiando las cámaras de máxima seguridad. Y además, hay que saber encontrar el camino. Gringotts está a cientos de kilómetros por debajo de Londres, ¿sabes? Muy por debajo del metro. Te morirías de hambre tratando de salir, aunque hubieras podido robar algo.

Harry permaneció sentado pensando en aquello, mientras Hagrid leía su periódico, *El Profeta*. Harry había aprendido de su tío Vernon que a las personas les gustaba que las dejaran tranquilas cuando hacían eso, pero era muy difícil, porque nunca había tenido tantas preguntas que hacer en su vida.

—El Ministerio de Magia está confundiendo las cosas, como de costumbre —murmuró Hagrid, dando la vuelta a la hoja.

—¿Hay un Ministerio de Magia? —preguntó Harry, sin poder contenerse.

—Por supuesto —respondió Hagrid—. Querían que Dumbledore fuera el ministro, claro, pero él nunca dejará Hogwarts, así que el viejo Cornelius Fudge consiguió el trabajo. Nunca ha existido nadie tan chapucero. Así que envía lechuzas a Dumbledore cada mañana, pidiendo consejos.

—Pero ¿qué hace un Ministerio de Magia?

—Bueno, su trabajo principal es impedir que los *muggles* sepan que todavía hay brujas y magos por todo el país.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Vaya, Harry, todos querrían soluciones mágicas para sus problemas. No, mejor que nos dejen tranquilos.

En aquel momento, el bote dio un leve golpe contra la pared del muelle. Hagrid dobló su periódico y subieron los escalones de piedra hacia la calle.

Los transeúntes miraban mucho a Hagrid, mientras recorrían el pueblecito camino de la estación, y Harry no se lo podía reprochar: Hagrid no sólo era el doble de alto que cualquiera, sino que señalaba cosas totalmente corrientes, como los parquímetros, diciendo en voz alta:

—¿Ves eso, Harry? Las cosas que esos *muggles* inventan, ¿verdad?

—Hagrid —dijo Harry, jadeando un poco mientras correteaba para seguirlo—, ¿no dijiste que había dragones en Gringotts?

—Bueno, eso dicen —respondió Hagrid—. Me gustaría tener un dragón.

—¿Te gustaría tener uno?

—Quiero uno desde que era niño... Ya estamos.

Habían llegado a la estación. Salía un tren para Londres cinco minutos más tarde. Hagrid, que no entendía «el dinero *muggle*», como lo llamaba, dio las monedas a Harry para que comprara los billetes.

La gente los miraba más que nunca en el tren. Hagrid ocupó dos asientos y comenzó a tejer lo que parecía una carpa de circo color amarillo canario.

—¿Todavía tienes la carta, Harry? —preguntó, mientras contaba los puntos.

Harry sacó del bolsillo el sobre de pergamino.

—Bien —dijo Hagrid—. Hay una lista con todo lo que necesitas.

Harry desdobló otra hoja, que no había visto la noche anterior, y leyó:

COLEGIO HOGWARTS DE MAGIA

UNIFORME

Los alumnos de primer año necesitarán:

- Tres túnicas sencillas de trabajo (negras).
- Un sombrero puntiagudo (negro) para uso diario.

— Un par de guantes protectores (piel de dragón o semejante).

— Una capa de invierno (negra, con broches plateados).

(Todas las prendas de los alumnos deben llevar etiquetas con su nombre.)

LIBROS

Todos los alumnos deben tener un ejemplar de los siguientes libros:

— *El libro reglamentario de hechizos (clase 1),* Miranda Goshawk.

— *Una historia de la magia,* Bathilda Bagshot.

— *Teoría mágica,* Adalbert Waffling.

— *Guía de transformación para principiantes,* Emeric Switch.

— *Mil hierbas mágicas y hongos,* Phyllida Spore.

— *Filtros y pociones mágicas,* Arsenius Jigger.

— *Animales fantásticos y dónde encontrarlos,* Newt Scamander.

— *Las Fuerzas Oscuras. Una guía para la autoprotección,* Quentin Trimble.

RESTO DEL EQUIPO

1 varita.

1 caldero (peltre, medida 2).

1 juego de redomas de vidrio o cristal.

1 telescopio.

1 balanza de latón.

Los alumnos también pueden traer una lechuza, un gato o un sapo.

SE RECUERDA A LOS PADRES QUE ALOS DE PRIMER AÑO NO SE LES PERMITE TENER ESCOBAS PROPIAS.

—¿Podemos comprar todo esto en Londres? —se preguntó Harry en voz alta.

—Sí, si sabes dónde ir —respondió Hagrid.

Harry no había estado antes en Londres. Aunque Hagrid parecía saber adónde iban, era evidente que no estaba acostumbrado a hacerlo de la forma ordinaria. Se quedó atascado en el torniquete de entrada al metro y se quejó en voz alta porque los asientos eran muy pequeños y los trenes muy lentos.

—No sé cómo los *muggles* se las arreglan sin magia —comentó, mientras subían por una escalera mecánica estropeada que los condujo a una calle llena de tiendas.

Hagrid era tan corpulento que separaba fácilmente a la muchedumbre. Lo único que Harry tenía que hacer era mantenerse detrás de él. Pasaron ante librerías y tiendas de música, ante hamburgueserías y cines, pero en ningún lado parecía que vendieran varitas mágicas. Era una calle normal, llena de gente normal. ¿De verdad habría cantidades de oro de magos enterradas debajo de ellos? ¿Había allí realmente tiendas que vendían libros de hechizos y escobas? ¿No sería una broma pesada preparada por los Dursley? Si Harry no hubiera sabido que los Dursley carecían de sentido del humor, podría haberlo pensado. Sin embargo, aunque todo lo que le había dicho Hagrid era increíble, Harry no podía dejar de confiar en él.

—Es aquí —dijo Hagrid deteniéndose—. El Caldero Chorreante. Es un lugar famoso.

Era un bar diminuto y de aspecto mugriento. Si Hagrid no lo hubiera señalado, Harry no lo habría visto. La gente, que pasaba apresurada, ni lo miraba. Sus ojos iban de la gran librería, a un lado, a la tienda de música, al otro, como si no pudieran ver el Caldero Chorreante. En realidad, Harry tuvo la extraña sensación de que sólo él y Hagrid lo veían. Antes de que pudiera decirlo, Hagrid lo hizo entrar.

Para ser un lugar famoso, estaba muy oscuro y destartalado. Unas ancianas estaban sentadas en un rincón, tomando copitas de jerez. Una de ellas fumaba una larga pipa. Un hombre pequeño que llevaba un sombrero de copa hablaba con el viejo cantinero, que era completamente calvo y parecía una nuez blanda. El suave murmullo de las charlas se detuvo cuando ellos entraron. Todos parecían conocer a Hagrid. Lo saludaban con la mano y le sonreían, y el cantinero buscó un vaso diciendo:

—¿Lo de siempre, Hagrid?

—No puedo, Tom, estoy aquí por asuntos de Hogwarts —respondió

Hagrid, poniendo la mano en el hombro de Harry y obligándole a doblar las rodillas.

—Buen Dios —dijo el cantinero, mirando atentamente a Harry—. ¿Es éste... puede ser...?

El Caldero Chorreante había quedado súbitamente inmóvil y en silencio.

—Válgame Dios —susurró el cantinero—. Harry Potter... todo un honor.

Salió rápidamente del mostrador, corrió hacia Harry y le estrechó la mano, con los ojos llenos de lágrimas.

—Bienvenido, Harry, bienvenido.

Harry no sabía qué decir. Todos lo miraban. La anciana de la pipa seguía chupando, sin darse cuenta de que se le había apagado. Hagrid estaba radiante.

Entonces se produjo un gran movimiento de sillas y, al minuto siguiente, Harry se encontró estrechando la mano de todos los del Caldero Chorreante.

—Doris Crockford, Harry. No puedo creer que por fin te haya conocido.

—Estoy orgullosa, Harry, muy orgullosa.

—Siempre quise estrechar tu mano... estoy muy complacido.

—Encantado, Harry, no puedo decirte cuánto. Mi nombre es Diggle, Dedalus Diggle.

—¡Yo lo he visto antes! —dijo Harry, mientras Dedalus Diggle dejaba caer su sombrero a causa de la emoción—. Usted me saludó una vez en una tienda.

—¡Me recuerda! —gritó Dedalus Diggle, mirando a todos—. ¿Habéis oído eso? ¡Se acuerda de mí!

Harry estrechó manos una y otra vez. Doris Crockford volvió a repetir el saludo.

Un joven pálido se adelantó, muy nervioso. Tenía un tic en el ojo.

—¡Profesor Quirrell! —dijo Hagrid—. Harry, el profesor Quirrell te dará clases en Hogwarts.

—P-P-Potter —tartamudeó el profesor Quirrell, apretando la mano de Harry—. N-no pue-e-do decirte l-lo contento que-e estoy de co-conocerte.

—¿Qué clase de magia enseña usted, profesor Quirrell?

—D-Defensa Contra las Artes O-Oscuras —murmuró el profesor Quirrell, como si no quisiera pensar en ello—. N-no es al-algo que t-tú n-necesites, ¿verdad, P-Potter? —Soltó una risa nerviosa—. Estás reuniendo el e-equipo,

s-supongo. Yo tengo que b-buscar otro l-libro de va-vampiros. —Pareció aterrorizado ante la simple mención.

Pero los demás, no permitieron que el profesor Quirrell acaparara a Harry. Éste tardó más de diez minutos en despedirse de ellos. Al fin, Hagrid se hizo oír.

—Tenemos que irnos. Hay mucho que comprar. Vamos, Harry.

Doris Crockford estrechó la mano de Harry una última vez y Hagrid se lo llevó a través del bar hasta un pequeño patio cerrado, donde no había más que un cubo de basura y hierbajos.

Hagrid miró sonriente a Harry

—Te lo dije, ¿verdad? Te dije que eras famoso. Hasta el profesor Quirrell temblaba al conocerte, aunque te diré que habitualmente tiembla.

—¿Está siempre tan nervioso?

—Oh, sí. Pobre hombre. Una mente brillante. Estaba bien mientras estudiaba esos libros de vampiros, pero entonces cogió un año de vacaciones, para tener experiencias directas... Dicen que encontró vampiros en la Selva Negra y que tuvo un desagradable problema con una hechicera... Y desde entonces no es el mismo. Se asusta de los alumnos, tiene miedo de su propia asignatura... Ahora ¿adónde vamos, paraguas?

¿Vampiros? ¿Hechiceras? La cabeza de Harry era un torbellino. Hagrid, mientras tanto, contaba ladrillos en la pared, encima del cubo de basura.

—Tres arriba... dos horizontales... —murmuraba—. Correcto. Un paso atrás, Harry

Dio tres golpes a la pared, con la punta de su paraguas.

El ladrillo que había tocado se estremeció, se retorció y en el medio apareció un pequeño agujero, que se hizo cada vez más ancho. Un segundo más tarde estaban contemplando un pasaje abovedado lo bastante grande hasta para Hagrid, un paso que llevaba a una calle con adoquines, que serpenteaba hasta quedar fuera de la vista.

—Bienvenido —dijo Hagrid— al callejón Diagon.

Sonrió ante el asombro de Harry Entraron en el pasaje. Harry miró rápidamente por encima de su hombro y vio que la pared volvía a cerrarse.

El sol brillaba iluminando numerosos calderos, en la puerta de la tienda más cercana. «Calderos - Todos los Tamaños - Latón, Cobre, Peltre, Plata - Automáticos - Plegables», decía un rótulo que colgaba sobre ellos.

—Sí, vas a necesitar uno —dijo Hagrid— pero mejor que vayamos primero a conseguir el dinero.

Harry deseó tener ocho ojos más. Movía la cabeza en todas direcciones mientras iban calle arriba, tratando de mirar todo al mismo tiempo: las tiendas, las cosas que estaban fuera y la gente haciendo compras. Una mujer regordeta negaba con la cabeza en la puerta de una droguería cuando ellos pasaron, diciendo: «Hígado de dragón a diecisiete *sickles* la onza, están locos...».

Un suave ulular llegaba de una tienda oscura que tenía un rótulo que decía: «El emporio de las lechuzas. Color pardo, castaño, gris y blanco». Varios chicos de la edad de Harry pegaban la nariz contra un escaparate lleno de escobas. «Mirad —oyó Harry que decía uno—, la nueva Nimbus 2.000, la más veloz.» Algunas tiendas vendían ropa; otras, telescopios y extraños instrumentos de plata que Harry nunca había visto. Escaparates repletos de bazos de murciélagos y ojos de anguilas, tambaleantes montones de libros de encantamientos, plumas y rollos de pergamino, frascos con pociones, globos con mapas de la luna...

—Gringotts —dijo Hagrid.

Habían llegado a un edificio, blanco como la nieve, que se alzaba sobre las pequeñas tiendas. Delante de las puertas de bronce pulido, con un uniforme carmesí y dorado, había...

—Sí, eso es un gnomo —dijo Hagrid en voz baja, mientras subían por los escalones de piedra blanca. El gnomo era una cabeza más bajo que Harry. Tenía un rostro moreno e inteligente, una barba puntiaguda y, Harry pudo notarlo, dedos y pies muy largos. Cuando entraron los saludó. Entonces encontraron otras puertas dobles, esta vez de plata, con unas palabras grabadas encima de ellas.

Entra, desconocido, pero ten cuidado

Con lo que le espera al pecado de la codicia,

Porque aquellos que cogen, pero no se lo han ganado,

Deberán pagar en cambio mucho más,

Así que si buscas por debajo de nuestro suelo

Un tesoro que nunca fue tuyo,

Ladrón, te hemos advertido, ten cuidado

De encontrar aquí algo más que un tesoro.

—Como te dije, hay que estar loco para intentar robar aquí —dijo Hagrid.

Dos gnomos los hicieron pasar por las puertas plateadas y se encontraron

en un amplio vestíbulo de mármol. Un centenar de gnomos estaban sentados en altos taburetes, detrás de un largo mostrador, escribiendo en grandes libros de cuentas, pesando monedas en balanzas de cobre y examinando piedras preciosas con lentes. Las puertas de salida del vestíbulo eran demasiadas para contarlas, y otros gnomos guiaban a la gente para entrar y salir. Hagrid y Harry se acercaron al mostrador.

—Buenos días —dijo Hagrid a un gnomo desocupado—. Hemos venido a sacar algún dinero de la caja de seguridad del señor Harry Potter.

—¿Tiene su llave, señor?

—La tengo por aquí —dijo Hagrid, y comenzó a vaciar sus bolsillos sobre el mostrador, desparramando un puñado de galletas de perro sobre el libro de cuentas del gnomo. Éste frunció la nariz. Harry observó al gnomo que tenía a la derecha, que pesaba unos rubíes tan grandes como carbones brillantes.

—Aquí está —dijo finalmente Hagrid, enseñando una pequeña llave dorada.

El gnomo la examinó de cerca.

—Parece estar todo en orden.

—Y también tengo una carta del profesor Dumbledore —dijo Hagrid, dándose importancia—. Es sobre lo-que-usted-sabe, en la cámara setecientos trece.

El gnomo leyó la carta cuidadosamente.

—Muy bien —dijo, devolviéndosela a Hagrid—. Voy a hacer que alguien los acompañe abajo, a las dos cámaras. ¡Griphook!

Griphook era otro gnomo. Cuando Hagrid guardó todas las galletas de perro en sus bolsillos, él y Harry siguieron a Griphook hacia una de las puertas de salida del vestíbulo.

—¿Qué es lo-que-usted-sabe en la cámara setecientos trece? —preguntó Harry.

—No te lo puedo decir —dijo misteriosamente Hagrid—. Es algo muy secreto. Un asunto de Hogwarts. Dumbledore me lo confió.

Griphook les abrió la puerta. Harry, que había esperado más mármoles, se sorprendió. Estaban en un estrecho pasillo de piedra, iluminado con antorchas. Se inclinaba hacia abajo y había unos raíles en el suelo. Griphook silbó y un pequeño carro llegó rápidamente por los raíles. Subieron (Hagrid con cierta dificultad) y se pusieron en marcha.

Al principio fueron rápidamente a través de un laberinto de retorcidos pasillos. Harry trató de recordar, izquierda, derecha, derecha, izquierda, una bifurcación, derecha, izquierda, pero era imposible. El veloz carro parecía

conocer su camino, porque Griphook no lo dirigía.

A Harry le escocían los ojos de las ráfagas de aire frío, pero los mantuvo muy abiertos. En una ocasión, le pareció ver un estallido de fuego al final del pasillo y se dio la vuelta para ver si era un dragón, pero era demasiado tarde. Iban cada vez más abajo, pasando por un lago subterráneo en el que había gruesas estalactitas y estalagmitas saliendo del techo y del suelo.

—Nunca lo he sabido —gritó Harry a Hagrid, para hacerse oír sobre el estruendo del carro—. ¿Cuál es la diferencia entre una estalactita y una estalagmita?

—Las estalagmitas tienen una eme —dijo Hagrid—. Y no me hagas preguntas ahora, creo que voy a marearme.

Su cara se había puesto verde y, cuando el carro por fin se detuvo, ante la pequeña puerta de la pared del pasillo, Hagrid se bajó y tuvo que apoyarse contra la pared, para que dejaran de temblarle las rodillas.

Griphook abrió la cerradura de la puerta. Una oleada de humo verde los envolvió. Cuando se aclaró, Harry estaba jadeando. Dentro había montículos de monedas de oro. Montones de monedas de plata. Montañas de pequeños *knuts* de bronce.

—Todo tuyo —dijo Hagrid sonriendo.

Todo de Harry, era increíble. Los Dursley no debían saberlo, o se abrían apoderado de todo en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cuántas veces se habían quejado de lo que les costaba mantener a Harry? Y durante todo aquel tiempo, una pequeña fortuna enterrada debajo de Londres le pertenecía.

Hagrid ayudó a Harry a poner una cantidad en una bolsa.

—Las de oro son galeones —explicó—. Diecisiete *sickles* de plata hacen un galeón y veintinueve *knuts* equivalen a un *sickle*, es muy fácil. Bueno, esto será suficiente para un curso o dos, dejaremos el resto guardado para ti. —Se volvió hacia Griphook—. Ahora, por favor, la cámara setecientos trece. ¿Y podemos ir un poco más despacio?

—Una sola velocidad —contestó Griphook.

Fueron más abajo y a mayor velocidad. El aire se volvió cada vez más frío, mientras doblaban por estrechos recodos. Llegaron entre sacudidas al otro lado de una hondonada subterránea, y Harry se inclinó hacia un lado para ver qué había en el fondo oscuro, pero Hagrid gruñó y lo enderezó, cogiéndolo del cuello.

La cámara setecientos trece no tenía cerradura.

—Un paso atrás —dijo Griphook, dándose importancia. Tocó la puerta con uno de sus largos dedos y ésta desapareció—. Si alguien que no sea un gnomo de Gringotts lo intenta, será succionado por la puerta y quedará

atrapado —añadió.

—¿Cada cuánto tiempo comprueban que no se haya quedado nadie dentro? —quiso saber Harry.

—Más o menos cada diez años—dijo Griphook, con una sonrisa maligna.

Algo realmente extraordinario tenía que haber en aquella cámara de máxima seguridad, Harry estaba seguro, y se inclinó anhelante, esperando ver por lo menos joyas fabulosas, pero la primera impresión era que estaba vacía. Entonces vio el sucio paquetito, envuelto en papel marrón, que estaba en el suelo. Hagrid lo cogió y lo guardó en las profundidades de su abrigo. A Harry le hubiera gustado conocer su contenido, pero sabía que era mejor no preguntar.

—Vamos, regresemos en ese carro infernal y no me hables durante el camino; será mejor que mantengas la boca cerrada —dijo Hagrid.

Después de la veloz trayectoria, salieron parpadeando a la luz del sol, fuera de Gringotts. Harry no sabía adónde ir primero con su bolsa llena de dinero. No necesitaba saber cuántos galeones había en una libra, para darse cuenta de que tenía más dinero que nunca, más dinero incluso que el que Dudley tendría jamás.

—Tendrías que comprarte el uniforme —dijo Hagrid, señalando hacia «Madame Malkin, túnicas para todas las ocasiones»—. Oye, Harry; ¿te importa que me dé una vuelta por el Caldero Chorreante? Detesto los carros de Gringotts. —Todavía parecía mareado, así que Harry entró solo en la tienda de Madame Malkin, sintiéndose algo nervioso.

Madame Malkin era una bruja sonriente y regordeta, vestida de color malva.

—¿Hogwarts, guapo? —dijo, cuando Harry empezó a hablar—. Tengo muchos aquí... En realidad, otro muchacho se está probando ahora.

En el fondo de la tienda, un niño de rostro pálido y puntiagudo estaba de pie sobre un escabel, mientras otra bruja le ponía alfileres en la larga túnica negra. Madame Malkin puso a Harry en un escabel al lado del otro, le deslizó por la cabeza una larga túnica y comenzó a marcarle el largo apropiado.

—Hola —dijo el muchacho—. ¿También Hogwarts?

—Sí —respondió Harry.

—Mi padre está en la tienda de al lado, comprando mis libros, y mi madre ha ido calle arriba para mirar las varitas —dijo el chico. Tenía voz de aburrido y arrastraba las palabras—. Luego voy a arrastrarlos a mirar escobas de carrera. No sé por qué los de primer año no pueden tener una propia. Creo que voy a

fastidiar a mi padre hasta que me compre una y la meteré de contrabando de alguna manera.

Harry recordaba a Dudley

—¿Tú tienes escoba propia? —continuó el muchacho.

—No —dijo Harry.

—¿Juegas al menos al *quidditch*?

—No —dijo de nuevo Harry, preguntándose qué diablos sería el *quidditch*.

—Yo sí. Papá dice que sería un crimen que no me eligieran para jugar por mi casa, y la verdad es que estoy de acuerdo. ¿Ya sabes en qué casa vas a estar?

—No —dijo Harry, sintiéndose cada vez más tonto.

—Bueno, nadie lo sabrá realmente hasta que lleguemos allí, pero yo sé que seré de Slytherin, porque toda mi familia fue de allí. ¿Te imaginas estar en Hufflepuff? Yo creo que me iría, ¿no te parece?

—Mmm —contestó Harry, deseando poder decir algo más interesante.

—¡Oye, mira a ese hombre! —dijo súbitamente el chico, señalando hacia la vidriera de delante. Hagrid estaba allí, sonriendo a Harry y señalando dos grandes helados, para que viera por qué no entraba.

—Ése es Hagrid —dijo Harry, contento de saber algo que el otro no sabía—. Trabaja en Hogwarts.

—Oh —dijo el muchacho—, he oído hablar de él. Es una especie de sirviente, ¿no?

—Es el guardabosques —dijo Harry. Cada vez le gustaba menos aquel chico.

—Sí, claro. He oído decir que es una especie de salvaje, que vive en una cabaña en los terrenos del colegio y que de vez en cuando se emborracha. Trata de hacer magia y termina prendiendo fuego a su cama.

—Yo creo que es estupendo —dijo Harry con frialdad.

—¿Eso crees? —preguntó el chico en tono burlón—. ¿Por qué está aquí contigo? ¿Dónde están tus padres?

—Están muertos —respondió en pocas palabras. No tenía ganas de hablar de ese tema con él.

—Oh, lo siento —dijo el otro, aunque no pareció que le importara—. Pero eran de nuestra clase, ¿no?

—Eran un mago y una bruja, si es eso a lo que te refieres

—Realmente creo que no deberían dejar entrar a los otros ¿no te parece? No son como nosotros, no los educaron para conocer nuestras costumbres. Algunos nunca habían oído hablar de Hogwarts hasta que recibieron la carta, ya te imaginarás. Yo creo que debería quedar todo en las familias de antiguos magos. Y a propósito, ¿cuál es tu apellido?

Pero antes de que Harry pudiera contestar, Madame Malkin dijo:

—Ya está listo lo tuyo, guapo.

Y Harry, sin lamentar tener que dejar de hablar con el chico, bajó del escabel.

—Bien, te veré en Hogwarts, supongo —dijo el muchacho.

Harry estaba muy silencioso, mientras comía el helado que Hagrid le había comprado (chocolate y frambuesa con trozos de nueces).

—¿Qué sucede? —preguntó Hagrid.

—Nada —mintió Harry. Se detuvieron a comprar pergamino y plumas. Harry se animó un poco cuando encontró un frasco de tinta que cambiaba de color al escribir. Cuando salieron de la tienda, preguntó:

—Hagrid, ¿qué es el *quidditch*?

—Vaya, Harry; sigo olvidando lo poco que sabes... ¡No saber qué es el *quidditch*!

—No me hagas sentir peor —dijo Harry. Le contó a Hagrid lo del chico pálido de la tienda de Madame Malkin.

—... y dijo que la gente de familia de *muggles* no deberían poder ir...

—Tú no eres de una familia *muggle*. Si hubiera sabido quién eres... Él ha crecido conociendo tu nombre, si sus padres son magos. Ya lo has visto en el Caldero Chorreante. De todos modos, qué sabe él, algunos de los mejores que he conocido eran los únicos con magia en una larga línea de *muggles*. ¡Mira tu madre! ¡Y mira la hermana que tuvo!

—Entonces ¿qué es el *quidditch*?

—Es nuestro deporte. Deporte de magos. Es... como el fútbol en el mundo *muggle*, todos lo siguen. Se juega en el aire, con escobas, y hay cuatro pelotas... Es difícil explicarte las reglas.

—¿Y qué son Slytherin y Hufflepuff?

—Casas del colegio. Hay cuatro. Todos dicen que en Hufflepuff son todos inútiles, pero...

—Seguro que yo estaré en Hufflepuff —dijo Harry desanimado.

—Es mejor Hufflepuff que Slytherin —dijo Hagrid con tono lúgubre—. Las brujas y los magos que se volvieron malos habían estado todos en Slytherin. Quien-tú-sabes fue uno.

—¿Vol... perdón... Quien-tú-sabes estuvo en Hogwarts?

—Hace muchos años —respondió Hagrid.

Compraron los libros de Harry en una tienda llamada Flourish y Blotts, en donde los estantes estaban llenos de libros hasta el techo. Había unos grandiosos forrados en piel, otros del tamaño de un sello, con tapas de seda, otros llenos de símbolos raros y unos pocos sin nada impreso en sus páginas. Hasta Dudley, que nunca leía nada, habría deseado tener alguno de aquellos libros. Hagrid casi tuvo que arrastrar a Harry para que dejara *Hechizos y contrahechizos (encante a sus amigos y confunda a sus enemigos con las más recientes venganzas: Pérdida de Cabello, Piernas de Mantequilla, Lengua Atada y más, mucho más)*, del profesor Vindictus Viridian.

—Estaba tratando de averiguar cómo hechizar a Dudley

—No estoy diciendo que no sea una buena idea, pero no puedes utilizar la magia en el mundo *muggle*, excepto en circunstancias muy especiales —dijo Hagrid—. Y de todos modos, no podrías hacer ningún hechizo todavía, necesitarás mucho más estudio antes de llegar a ese nivel.

Hagrid tampoco dejó que Harry comprara un sólido caldero de oro (en la lista decía de peltre) pero consiguieron una bonita balanza para pesar los ingredientes de las pociones y un telescopio plegable de cobre. Luego visitaron la droguería, tan fascinante como para hacer olvidar el horrible hedor, una mezcla de huevos pasados y repollo podrido. En el suelo había barriles llenos de una sustancia viscosa y botes con hierbas. Raíces secas y polvos brillantes llenaban las paredes, y manojos de plumas e hileras de colmillos y garras colgaban del techo. Mientras Hagrid preguntaba al hombre que estaba detrás del mostrador por un surtido de ingredientes básicos para pociones, Harry examinaba cuernos de unicornio plateados, a veintiún galeones cada uno, y minúsculos ojos negros y brillantes de escarabajos (cinco *knuts* la cucharada).

Fuera de la droguería, Hagrid miró otra vez la lista de Harry

—Sólo falta la varita... Ah, sí, y todavía no te he buscado un regalo de cumpleaños.

Harry sintió que se ruborizaba.

—No tienes que...

—Sé que no tengo que hacerlo. Te diré qué será, te compraré un animal. No un sapo, los sapos pasaron de moda hace años, se burlarán... y no me gustan los gatos, me hacen estornudar. Te voy a regalar una lechuza. Todos los chicos quieren tener una lechuza. Son muy útiles, llevan tu correspondencia

y todo lo demás.

Veinte minutos más tarde, salieron del Emporio de la Lechuza, que era oscuro y lleno de ojos brillantes, susurros y aleteos. Harry llevaba una gran jaula con una hermosa lechuza blanca, medio dormida, con la cabeza debajo de un ala.

Y no dejó de agradecer el regalo, tartamudeando como el profesor Quirrell.

—Ni lo menciones —dijo Hagrid con aspereza—. No creo que los Dursley te hagan muchos regalos. Ahora nos queda solamente Ollivander, el único lugar donde venden varitas, y tendrás la mejor.

Una varita mágica... Eso era lo que Harry realmente había estado esperando.

La última tienda era estrecha y de mal aspecto. Sobre la puerta, en letras doradas, se leía: «Ollivander: fabricantes de excelentes varitas desde el 382 a.C.». En el polvoriento escaparate, sobre un cojín de desteñido color púrpura, se veía una única varita.

Cuando entraron, una campanilla resonó en el fondo de la tienda. Era un lugar pequeño y vacío, salvo por una silla larguirucha donde Hagrid se sentó a esperar. Harry se sentía algo extraño, como si hubieran entrado en una biblioteca muy estricta. Se tragó una cantidad de preguntas que se le acababan de ocurrir, y en lugar de eso, miró las miles de estrechas cajas, amontonadas cuidadosamente hasta el techo. Por alguna razón, sintió una comezón en la nuca. El polvo y el silencio parecían hacer que le picara por alguna magia secreta.

—Buenas tardes —dijo una voz amable.

Harry dio un salto. Hagrid también debió de sobresaltarse porque se oyó un crujido y se levantó rápidamente de la silla.

Un anciano estaba ante ellos; sus ojos, grandes y pálidos, brillaban como lunas en la penumbra del local.

—Hola —dijo Harry con torpeza.

—Ah, sí —dijo el hombre—. Sí, sí, pensaba que iba a verte pronto. Harry Potter. —No era una pregunta—. Tienes los ojos de tu madre. Parece que fue ayer el día en que ella vino aquí, a comprar su primera varita. Veintiséis centímetros de largo, elástica, de sauce. Una preciosa varita para encantamientos.

El señor Ollivander se acercó a Harry. El muchacho deseó que el hombre parpadeara. Aquellos ojos plateados eran un poco lúgubres.

—Tu padre, por otra parte, prefirió una varita de caoba. Veintiocho centímetros y medio. Flexible. Un poquito más poderosa y excelente para transformaciones. Bueno, he dicho que tu padre la prefirió, pero en realidad es

la varita la que elige al mago.

El señor Ollivander estaba tan cerca que él y Harry casi estaban nariz contra nariz. Harry podía ver su reflejo en aquellos ojos velados.

—Y aquí es donde...

El señor Ollivander tocó la luminosa cicatriz de la frente de Harry, con un largo dedo blanco.

—Lamento decir que yo vendí la varita que hizo eso —dijo amablemente—. Treinta y cuatro centímetros y cuarto. Una varita poderosa, muy poderosa, y en las manos equivocadas... Bueno, si hubiera sabido lo que esa varita iba a hacer en el mundo...

Negó con la cabeza y entonces, para alivio de Harry, fijó su atención en Hagrid.

—¡Rubeus! ¡Rubeus Hagrid! Me alegro de verlo otra vez... Roble, cuarenta centímetros y medio, flexible... ¿Era así?

—Así era, sí, señor —dijo Hagrid.

—Buena varita. Pero supongo que la partieron en dos cuando lo expulsaron —dijo el señor Ollivander, súbitamente severo.

—Eh..., sí, eso hicieron, sí —respondió Hagrid, arrastrando los pies—. Sin embargo, todavía tengo los pedazos —añadió con vivacidad.

—Pero no los utiliza, ¿verdad? —preguntó en tono severo.

—Oh, no, señor —dijo Hagrid rápidamente. Harry se dio cuenta de que sujetaba con fuerza su paraguas rosado.

—Mmm —dijo el señor Ollivander, lanzando una mirada inquisidora a Hagrid—. Bueno, ahora, Harry.. Déjame ver. —Sacó de su bolsillo una cinta métrica, con marcas plateadas—. ¿Con qué brazo coges la varita?

—Eh... bien, soy diestro —respondió Harry.

—Extiende tu brazo. Eso es. —Midió a Harry del hombro al dedo, luego de la muñeca al codo, del hombro al suelo, de la rodilla a la axila y alrededor de su cabeza. Mientras medía, dijo—: Cada varita Ollivander tiene un núcleo central de una poderosa sustancia mágica, Harry. Utilizamos pelos de unicornio, plumas de cola de fénix y nervios de corazón de dragón. No hay dos varitas Ollivander iguales, como no hay dos unicornios, dragones o aves fénix iguales. Y, por supuesto, nunca obtendrás tan buenos resultados con la varita de otro mago.

De pronto, Harry se dio cuenta de que la cinta métrica, que en aquel momento le medía entre las fosas nasales, lo hacía sola. El señor Ollivander estaba revoloteando entre los estantes, sacando cajas.

—Esto ya está —dijo, y la cinta métrica se enrolló en el suelo—. Bien, Harry Prueba ésta. Madera de haya y nervios de corazón de dragón. Veintitrés centímetros. Bonita y flexible. Cógela y agítala.

Harry cogió la varita y (sintiéndose tonto) la agitó a su alrededor, pero el señor Ollivander se la quitó casi de inmediato.

—Arce y pluma de fénix. Diecisiete centímetros y cuarto. Muy elástica. Prueba...

Harry probó, pero tan pronto como levantó el brazo el señor Ollivander se la quitó.

—No, no... Ésta. Ébano y pelo de unicornio, veintiún centímetros y medio. Elástica. Vamos, vamos, inténtalo.

Harry lo intentó. No tenía ni idea de lo que estaba buscando el señor Ollivander. Las varitas ya probadas, que estaban sobre la silla, aumentaban por momentos, pero cuantas más varitas sacaba el señor Ollivander, más contento parecía estar.

—Qué cliente tan difícil, ¿no? No te preocupes, encontraremos a tu pareja perfecta por aquí, en algún lado. Me pregunto... sí, por qué no, una combinación poco usual, acebo y pluma de fénix, veintiocho centímetros, bonita y flexible.

Harry tocó la varita. Sintió un súbito calor en los dedos. Levantó la varita sobre su cabeza, la hizo bajar por el aire polvoriento, y una corriente de chispas rojas y doradas estallaron en la punta como fuegos artificiales, arrojando manchas de luz que bailaban en las paredes. Hagrid lo vitoreó y aplaudió y el señor Ollivander dijo:

—¡Oh, bravo! Oh, sí, oh, muy bien. Bien, bien, bien... Qué curioso... Realmente qué curioso...

Puso la varita de Harry en su caja y la envolvió en papel de embalar, todavía murmurando: «Curioso... muy curioso».

—Perdón —dijo Harry—. Pero ¿qué es tan curioso?

El señor Ollivander fijó en Harry su mirada pálida.

—Recuerdo cada varita que he vendido, Harry Potter. Cada una de las varitas. Y resulta que la cola de fénix de donde salió la pluma que está en tu varita dio otra pluma, sólo una más. Y realmente es muy curioso que estuvieras destinado a esa varita, cuando fue su hermana la que te hizo esa cicatriz.

Harry tragó, sin poder hablar.

—Sí, veintiocho centímetros. Ajá. Realmente curioso cómo suceden estas cosas. La varita escoge al mago, recuérdalo... Creo que debemos esperar grandes cosas de ti, Harry Potter... Después de todo, El-que-no-debe-ser-

nombrado hizo grandes cosas... Terribles, sí, pero grandiosas.

Harry se estremeció. No estaba seguro de que el señor Ollivander le gustara mucho. Pagó siete galeones de oro por su varita y el señor Ollivander los acompañó hasta la puerta de su tienda.

Al atardecer, con el sol muy bajo en el cielo, Harry y Hagrid emprendieron su camino otra vez por el callejón Diagon, a través de la pared, y de nuevo por el Caldero Chorreante, ya vacío. Harry no habló mientras salían a la calle y ni siquiera notó la cantidad de gente que se quedaba con la boca abierta al verlos en el metro, cargados con una serie de paquetes de formas raras y con la lechuza dormida en el regazo de Harry. Subieron por la escalera mecánica y entraron en la estación de Paddington. Harry acababa de darse cuenta de dónde estaban cuando Hagrid le golpeó el hombro.

—Tenemos tiempo para que comas algo antes de que salga el tren —dijo.

Le compró una hamburguesa a Harry y se sentaron a comer en unas sillas de plástico. Harry miró a su alrededor. De alguna manera, todo le parecía muy extraño.

—¿Estás bien, Harry? Te veo muy silencioso —dijo Hagrid. Harry no estaba seguro de poder explicarlo. Había tenido el mejor cumpleaños de su vida y, sin embargo, masticó su hamburguesa, intentando encontrar las palabras.

—Todos creen que soy especial —dijo finalmente—. Toda esa gente del Caldero Chorreante, el profesor Quirrell, el señor Ollivander... Pero yo no sé nada sobre magia. ¿Cómo pueden esperar grandes cosas? Soy famoso y ni siquiera puedo recordar por qué soy famoso. No sé qué sucedió cuando Vol... Perdón, quiero decir, la noche en que mis padres murieron.

Hagrid se inclinó sobre la mesa. Detrás de la barba enmarañada y las espesas cejas había una sonrisa muy bondadosa.

—No te preocupes, Harry. Aprenderás muy rápido. Todos son principiantes cuando empiezan en Hogwarts. Vas a estar muy bien. Sencillamente sé tú mismo. Sé que es difícil. Has estado lejos y eso siempre es duro. Pero vas a pasarlo muy bien en Hogwarts, yo lo pasé y, en realidad, todavía lo paso.

Hagrid ayudó a Harry a subir al tren que lo llevaría hasta la casa de los Dursley y luego le entregó un sobre.

—Tu billete para Hogwarts —dijo—. El uno de septiembre, en Kings Cross. Está todo en el billete. Cualquier problema con los Dursley y me envías una carta con tu lechuza, ella sabrá encontrarme... Te veré pronto, Harry.

El tren arrancó de la estación. Harry deseaba ver a Hagrid hasta que se

perdiera de vista. Se levantó del asiento y apretó la nariz contra la ventanilla, pero parpadeó y Hagrid ya no estaba.

6

El viaje desde el andén nueve y tres cuartos

El último mes de Harry con los Dursley no fue divertido. Es cierto que Dudley le tenía miedo y no se quedaba con él en la misma habitación, y que tía Petunia y tío Vernon no lo encerraban en la alacena ni lo obligaban a hacer nada ni le gritaban. En realidad, ni siquiera le dirigían la palabra. Mitad aterrorizados, mitad furiosos, se comportaban como si la silla que Harry ocupaba estuviera vacía. Aunque aquello significaba una mejora en muchos aspectos, después de un tiempo resultaba un poco deprimente.

Harry se quedaba en su habitación, con su nueva lechuza por compañía. Decidió llamarla *Hedwig*, un nombre que encontró en *Una historia de la magia*. Los libros del colegio eran muy interesantes. Por la noche leía en la cama hasta tarde, mientras *Hedwig* entraba y salía a su antojo por la ventana abierta. Era una suerte que tía Petunia ya no entrara en la habitación, porque *Hedwig* llevaba ratones muertos. Cada noche, antes de dormir, Harry marcaba otro día en la hoja de papel que tenía en la pared, hasta el uno de septiembre.

El último día de agosto pensó que era mejor hablar con sus tíos para poder ir a la estación de King Cross, al día siguiente. Así que bajó al salón, donde estaban viendo la televisión. Se aclaró la garganta, para que supieran que estaba allí, y Dudley gritó y salió corriendo.

—Hum... ¿Tío Vernon?

Tío Vernon gruñó, para demostrar que lo escuchaba.

—Hum... necesito estar mañana en King Cross para... para ir a Hogwarts.

Tío Vernon gruñó otra vez.

—¿Podría ser que me lleves hasta allí?

Otro gruñido. Harry interpretó que quería decir sí.

—Muchas gracias.

Estaba a punto de volver a subir la escalera, cuando tío Vernon finalmente habló.

—Qué forma curiosa de ir a una escuela de magos, en tren. ¿Las alfombras mágicas estarán todas pinchadas?

Harry no contestó nada.

—¿Y dónde queda ese colegio, de todos modos?

—No lo sé —dijo Harry; dándose cuenta de eso por primera vez. Sacó del bolsillo el billete que Hagrid le había dado—. Tengo que coger el tren que sale del andén nueve y tres cuartos, a las once de la mañana —leyó.

Sus tíos lo miraron asombrados.

—¿Andén qué?

—Nueve y tres cuartos.

—No digas estupideces —dijo tío Vernon—. No hay ningún andén nueve y tres cuartos.

—Eso dice mi billete.

—Equivocados —dijo tío Vernon—. Totalmente locos, todos ellos. Ya lo verás. Tú espera. Muy bien, te llevaremos a King Cross. De todos modos, tenemos que ir a Londres mañana. Si no, no me molestaría.

—¿Por qué vais a Londres? —preguntó Harry tratando de mantener el tono amistoso.

—Llevamos a Dudley al hospital —gruñó tío Vernon—. Para que le quiten esa maldita cola antes de que vaya a Smeltings.

A la mañana siguiente, Harry se despertó a las cinco, tan emocionado e ilusionado que no pudo volver a dormir. Se levantó y se puso los tejanos: no quería andar por la estación con su túnica de mago, ya se cambiaría en el tren. Miró otra vez su lista de Hogwarts para estar seguro de que tenía todo lo necesario, se ocupó de meter a *Hedwig* en su jaula y luego se paseó por la habitación, esperando que los Dursley se levantaran. Dos horas más tarde, el pesado baúl de Harry estaba cargado en el coche de los Dursley y tía Petunia había hecho que Dudley se sentara con Harry, para poder marcharse.

Llegaron a King Cross a las diez y media. Tío Vernon cargó el baúl de Harry en un carrito y lo llevó por la estación. Harry pensó que era una rara

amabilidad, hasta que tío Vernon se detuvo, mirando los andenes con una sonrisa perversa.

—Bueno, aquí estás, muchacho. Andén nueve, andén diez... Tú andén debería estar en el medio, pero parece que aún no lo han construido, ¿no?

Tenía razón, por supuesto. Había un gran número nueve, de plástico, sobre un andén, un número diez sobre el otro y, en el medio, nada.

—Que tengas un buen curso —dijo tío Vernon con una sonrisa aún más torva. Se marchó sin decir una palabra más. Harry se volvió y vio que los Dursley se alejaban. Los tres se reían. Harry sintió la boca seca. ¿Qué haría? Estaba llamando la atención, a causa de *Hedwig*. Tendría que preguntarle a alguien.

Detuvo a un guarda que pasaba, pero no se atrevió a mencionar el andén nueve y tres cuartos. El guarda nunca había oído hablar de Hogwarts, y cuando Harry no pudo decirle en qué parte del país quedaba, comenzó a molestarse, como si pensara que Harry se hacía el tonto a propósito. Sin saber qué hacer, Harry le preguntó por el tren que salía a las once, pero el guarda le dijo que no había ninguno. Al final, el guarda se alejó, murmurando algo sobre la gente que hacía perder el tiempo. Según el gran reloj que había sobre la tabla de horarios de llegada, tenía diez minutos para coger el tren a Hogwarts y no tenía idea de qué podía hacer. Estaba en medio de la estación con un baúl que casi no podía transportar, un bolsillo lleno de monedas de mago y una jaula con una lechuza.

Hagrid debió de olvidar decirle algo que tenía que hacer, como dar un golpe al tercer ladrillo de la izquierda para entrar en el callejón Diagon. Se preguntó si debería sacar su varita y comenzar a golpear la taquilla, entre los andenes nueve y diez.

En aquel momento, un grupo de gente pasó por su lado y captó unas pocas palabras.

—... lleno de *muggles*, por supuesto...

Harry se volvió para verlos. La que hablaba era una mujer regordeta, que se dirigía a cuatro muchachos, todos con pelo de llameante color rojo. Cada uno empujaba un baúl, como Harry, y llevaban una lechuza.

Con el corazón palpitante, Harry empujó el carrito detrás de ellos. Se detuvieron y los imitó, parándose lo bastante cerca para escuchar lo que decían.

—Y ahora, ¿cuál es el número del andén? —dijo la m adre.

—¡Nueve y tres cuartos! —dijo la voz aguda de una niña, también pelirroja, que iba de la mano de la madre—. Mamá, ¿no puedo ir...?

—No tienes edad suficiente, Ginny Ahora estáte quieta. Muy bien, Percy, tú primero.

El que parecía el mayor de los chicos se dirigió hacia los andenes nueve y diez. Harry observaba, procurando no parpadear para no perderse nada. Pero justo cuando el muchacho llegó a la división de los dos andenes, una larga caravana de turistas pasó frente a él y, cuando se alejaron, el muchacho había desaparecido.

—Fred, eres el siguiente —dijo la mujer regordeta.

—No soy Fred, soy George —dijo el muchacho—. ¿De veras, mujer, puedes llamarte nuestra madre? ¿No te das cuenta de que yo soy George?

—Lo siento, George, cariño.

—Estaba bromeando, soy Fred —dijo el muchacho, y se alejó. Debió pasar, porque un segundo más tarde ya no estaba. Pero ¿cómo lo había hecho? Su hermano gemelo fue tras él: el tercer hermano iba rápidamente hacia la taquilla (estaba casi allí) y luego, súbitamente, no estaba en ninguna parte.

No había nadie más.

—Discúlpeme —dijo Harry a la mujer regordeta.

—Hola, querido —dijo—. Primer año en Hogwarts, ¿no? Ron también es nuevo.

Señaló al último y menor de sus hijos varones. Era alto, flacucho y pecoso, con manos y pies grandes y una larga nariz.

—Sí —dijo Harry—. Lo que pasa es que... es que no se cómo...

—¿Como entrar en el andén? —preguntó bondadosamente, y Harry asintió con la cabeza.

—No te preocupes —dijo—. Lo único que tienes que hacer es andar recto hacia la barrera que está entre los dos andenes. No te detengas y no tengas miedo de chocar, eso es muy importante. Lo mejor es ir deprisa, si estás nervioso. Ve ahora, ve antes que Ron.

—Hum... De acuerdo —dijo Harry.

Empujó su carrito y se dirigió hacia la barrera. Parecía muy sólida.

Comenzó a andar. La gente que andaba a su alrededor iba al andén nueve o al diez. Fue más rápido. Iba a chocar contra la taquilla y tendría problemas. Se inclinó sobre el carrito y comenzó a correr (la barrera se acercaba cada vez más). Ya no podía detenerse (el carrito estaba fuera de control), ya estaba allí... Cerró los ojos, preparado para el choque...

Pero no llegó. Siguió rodando. Abrió los ojos.

Una locomotora de vapor, de color escarlata, esperaba en el andén lleno

de gente. Un rótulo decía: «Expreso de Hogwarts, 11 h». Harry miró hacia atrás y vio una arcada de hierro donde debía estar la taquilla, con las palabras «Andén Nueve y Tres Cuartos».

Lo había logrado.

El humo de la locomotora se elevaba sobre las cabezas de la ruidosa multitud, mientras que gatos de todos los colores iban y venían entre las piernas de la gente. Las lechuzas se llamaban unas a otras, con un malhumorado ulular, por encima del ruido de las charlas y el movimiento de los pesados baúles.

Los primeros vagones ya estaban repletos de estudiantes, algunos asomados por las ventanillas para hablar con sus familiares, otros discutiendo sobre los asientos que iban a ocupar. Harry empujó su carrito por el andén, buscando un asiento vacío. Pasó al lado de un chico de cara redonda que decía:

—Abuelita, he vuelto a perder mi sapo.

—Oh, Neville —oyó que suspiraba la anciana.

Un muchacho de pelos tiesos estaba rodeado por un grupo.

—Déjanos mirar, Lee, vamos.

El muchacho levantó la tapa de la caja que llevaba en los brazos, y los que lo rodeaban gritaron cuando del interior salió una larga cola peluda.

Harry se abrió paso hasta que encontró un compartimiento vacío, cerca del final del tren. Primero puso a *Hedwig* y luego comenzó a empujar el baúl hacia la puerta del vagón. Trató de subirlo por los escalones, pero sólo lo pudo levantar un poco antes de que se cayera golpeándole un pie.

—¿Quieres que te eche una mano? —Era uno de los gemelos pelirrojos, a los que había seguido a través de la barrera de los andenes.

—Sí, por favor —jadeó Harry.

—¡Eh, Fred! ¡Ven a ayudar!

Con la ayuda de los gemelos, el baúl de Harry finalmente quedó en un rincón del compartimiento.

—Gracias —dijo Harry, quitándose de los ojos el pelo húmedo.

—¿Qué es eso? —dijo de pronto uno de los gemelos, señalando la brillante cicatriz de Harry

—Vaya—dijo el otro gemelo—. ¿Eres tú...?

—Es él —dijo el primero—. Eres tú, ¿no? —se dirigió a Harry.

—¿Quién? —preguntó Harry.

—Harry Potter —respondieron a coro.

—Oh, él —dijo Harry—. Quiero decir, sí, soy yo.

Los dos muchachos lo miraron boquiabiertos y Harry sintió que se ruborizaba. Entonces, para su alivio, una voz llegó a través de la puerta abierta del compartimiento.

—¿Fred? ¿George? ¿Estáis ahí?

—Ya vamos, mamá.

Con una última mirada a Harry, los gemelos saltaron del vagón.

Harry se sentó al lado de la ventanilla. Desde allí, medio oculto, podía observar a la familia de pelirrojos en el andén y oír lo que decían. La madre acababa de sacar un pañuelo.

—Ron, tienes algo en la nariz.

El menor de los varones trató de esquivarla, pero la madre lo sujetó y comenzó a frotarle la punta de la nariz.

—Mamá, déjame —exclamó apartándose.

—¿Ah, el pequeñito Ronnie tiene algo en su naricita? —dijo uno de los gemelos.

—Cállate —dijo Ron.

—¿Dónde está Percy? —preguntó la madre.

—Ahí viene.

El mayor de los muchachos se acercaba a ellos. Ya se había puesto la ondulante túnica negra de Hogwarts, y Harry notó que tenía una insignia plateada en el pecho, con la letra P

—No me puedo quedar mucho, mamá —dijo—. Estoy delante, los prefectos tenemos dos compartimientos...

—Oh, ¿tú eres un prefecto, Percy? —dijo uno de los gemelos, con aire de gran sorpresa—. Tendrías que habérnoslo dicho, no teníamos idea.

—Espera, creo que recuerdo que nos dijo algo —dijo el otro gemelo—. Una vez...

—O dos...

—Un minuto...

—Todo el verano...

—Oh, callaos —dijo Percy, el prefecto.

—Y de todos modos, ¿por qué Percy tiene túnica nueva? —dijo uno de los gemelos.

—Porque él es un prefecto—dijo afectuosamente la madre—. Muy bien, cariño, que tengas un buen año. Envíame una lechuza cuando llegues allá.

Besó a Percy en la mejilla y el muchacho se fue. Luego se volvió hacia los gemelos.

—Ahora, vosotros dos... Este año os tenéis que portar bien. Si recibo una lechuza más diciéndome que habéis hecho... estallar un inodoro o...

—¿Hacer estallar un inodoro? Nosotros nunca hemos hecho nada de eso.

—Pero es una gran idea, mamá. Gracias.

—No tiene gracia. Y cuidad de Ron.

—No te preocupes, el pequeño Ronnie estará seguro con nosotros.

—Cállate —dijo otra vez Ron. Era casi tan alto como los gemelos y su nariz todavía estaba rosada, en donde su madre la había frotado.

—Eh, mamá, ¿adivinas a quién acabamos de ver en el tren?

Harry se agachó rápidamente para que no lo descubrieran.

—¿Os acordáis de ese muchacho de pelo negro que estaba cerca de nosotros, en la estación? ¿Sabéis quién es?

—¿Quién?

—¡Harry Potter!

Harry oyó la voz de la niña.

—Mamá, ¿puedo subir al tren para verlo? ¡Oh, mamá, por favor...!

—Ya lo has visto, Ginny y, además, el pobre chico no es algo para que lo mires como en el zoológico. ¿Es él realmente, Fred? ¿Cómo lo sabes?

—Se lo pregunté. Vi su cicatriz. Está realmente allí... como iluminada.

—Pobrecillo... No es raro que esté solo. Fue tan amable cuando me preguntó cómo llegar al andén...

—Eso no importa. ¿Crees que él recuerda cómo era Quien-tú-sabes?

La madre, súbitamente, se puso muy seria.

—Te prohíbo que le preguntes, Fred. No, no te atrevas. Como si necesitara que le recuerden algo así en su primer día de colegio.

—Está bien, quédate tranquila.

Se oyó un silbido.

—Daos prisa —dijo la madre, y los tres chicos subieron al tren. Se asomaron por la ventanilla para que los besara y la hermanita menor comenzó a llorar.

—No llores, Ginny, vamos a enviarte muchas lechuzas.

—Y un inodoro de Hogwarts.

—¡George!

—Era una broma, mamá.

El tren comenzó a moverse. Harry vio a la madre de los muchachos agitando la mano y a la hermanita, mitad llorando, mitad riendo, corriendo para seguir al tren, hasta que éste comenzó a acelerar y entonces se quedó saludando.

Harry observó a la madre y la hija hasta que desaparecieron, cuando el tren giró. Las casas pasaban a toda velocidad por la ventanilla. Harry sintió una ola de excitación. No sabía lo que iba a pasar... pero sería mejor que lo que dejaba atrás.

La puerta del compartimiento se abrió y entró el menor de los pelirrojos.

—¿Hay alguien sentado ahí? —preguntó, señalando el asiento opuesto a Harry—. Todos los demás vagones están llenos.

Harry negó con la cabeza y el muchacho se sentó. Lanzó una mirada a Harry y luego desvió la vista rápidamente hacia la ventanilla, como si no lo hubiera estado observando. Harry notó que todavía tenía una mancha negra en la nariz.

—Eh, Ron.

Los gemelos habían vuelto.

—Mira, nosotros nos vamos a la mitad del tren, porque Lee Jordan tiene una tarántula gigante y vamos a verla.

—De acuerdo —murmuró Ron.

—Harry —dijo el otro gemelo—, ¿te hemos dicho quiénes somos? Fred y George Weasley. Y él es Ron, nuestro hermano. Nos veremos después, entonces.

—Hasta luego —dijeron Harry y Ron. Los gemelos salieron y cerraron la

puerta.

—¿Eres realmente Harry Potter? —dejó escapar Ron.

Harry asintió.

—Oh... bien, pensé que podía ser una de las bromas de Fred y George —dijo Ron—. ¿Y realmente te hiciste eso... ya sabes...?

Señaló la frente de Harry.

Harry se levantó el flequillo para enseñarle la luminosa cicatriz. Ron la miró con atención.

—¿Así que eso es lo que Quien-tú-sabes...?

—Sí —dijo Harry—, pero no puedo recordarlo.

—¿Nada? —dijo Ron en tono anhelante.

—Bueno... recuerdo una luz verde muy intensa, pero nada más.

—Vaya —dijo Ron. Contempló a Harry durante unos instantes y luego, como si se diera cuenta de lo que estaba haciendo, con rapidez volvió a mirar por la ventanilla.

—¿Sois una familia de magos? —preguntó Harry, ya que encontraba a Ron tan interesante como Ron lo encontraba a él.

—Oh, sí, eso creo —respondió Ron—. Me parece que mamá tiene un primo segundo que es contable, pero nunca hablamos de él.

—Entonces ya debes de saber mucho sobre magia.

Era evidente que los Weasley eran una de esas antiguas familias de magos de las que había hablado el pálido muchacho del callejón Diagon.

—Oí que te habías ido a vivir con *muggles* —dijo Ron—. ¿Cómo son?

—Horribles... Bueno, no todos ellos. Mi tía, mi tío y mi primo sí lo son. Me hubiera gustado tener tres hermanos magos.

—Cinco —corrigió Ron. Por alguna razón parecía deprimido—. Soy el sexto en nuestra familia que va a asistir a Hogwarts. Podrías decir que tengo el listón muy alto. Bill y Charlie ya han terminado. Bill era delegado de clase y Charlie era capitán de *quidditch*. Ahora Percy es prefecto. Fred y George son muy revoltosos, pero a pesar de eso sacan muy buenas notas y todos los consideran muy divertidos. Todos esperan que me vaya tan bien como a los otros, pero si lo hago tampoco será gran cosa, porque ellos ya lo hicieron primero. Además, nunca tienes nada nuevo, con cinco hermanos. Me dieron la túnica vieja de Bill, la varita vieja de Charles y la vieja rata de Percy

Ron buscó en su chaqueta y sacó una gorda rata gris, que estaba dormida.

—Se llama *Scabbers* y no sirve para nada, casi nunca se despierta. A Percy, papá le regaló una lechuza, porque lo hicieron prefecto, pero no podían comp... Quiero decir, por eso me dieron a *Scabbers*.

Las orejas de Ron enrojecieron. Parecía pensar que había hablado demasiado, porque otra vez miró por la ventanilla.

Harry no creía que hubiera nada malo en no poder comprar una lechuza. Después de todo, él nunca había tenido dinero en toda su vida, hasta un mes atrás, así que le contó a Ron que había tenido que llevar la ropa vieja de Dudley y que nunca le hacían regalos de cumpleaños. Eso pareció animar a Ron.

—... y hasta que Hagrid me lo contó, yo no tenía idea de que era mago, ni sabía nada de mis padres o Voldemort...

Ron bufó.

—¿Qué? —dijo Harry.

—Has pronunciado el nombre de Quien-tú-sabes —dijo Ron, tan conmocionado como impresionado—. Yo creí que tú, entre todas las personas...

—No estoy tratando de hacerme el valiente, ni nada por el estilo, al decir el nombre —dijo Harry—. Es que no sabía que no debía decirlo. ¿Ves lo que te decía? Tengo muchísimas cosas que aprender... Seguro —añadió, diciendo por primera vez en voz alta algo que últimamente lo preocupaba mucho—, seguro que seré el peor de la clase.

—No será así. Hay mucha gente que viene de familias *muggles* y aprende muy deprisa.

Mientras conversaban, el tren había pasado por campos llenos de vacas y ovejas. Se quedaron mirando un rato, en silencio, el paisaje.

A eso de las doce y media se produjo un alboroto en el pasillo, y una mujer de cara sonriente, con hoyuelos, se asomó y les dijo:

—¿Queréis algo del carrito, guapos?

Harry, que no había desayunado, se levantó de un salto, pero las orejas de Ron se pusieron otra vez coloradas y murmuró que había llevado bocadillos. Harry salió al pasillo.

Cuando vivía con los Dursley nunca había tenido dinero para comprarse golosinas y, puesto que tenía los bolsillos repletos de monedas de oro, plata y bronce, estaba listo para comprarse todas las barras de chocolate que pudiera llevar. Pero la mujer no tenía Mars. En cambio, tenía Grageas Bertie Bott de Todos los Sabores, chicle, ranas de chocolate, empanada de calabaza, pasteles de caldero, varitas de regaliz y otra cantidad de cosas extrañas que Harry no había visto en su vida. Como no deseaba perderse nada, compró un

poco de todo y pagó a la mujer once *sickles* de plata y siete *knuts* de bronce.

Ron lo miraba asombrado, mientras Harry depositaba sus compras sobre un asiento vacío.

—Tenías hambre, ¿verdad?

—Muchísima —dijo Harry, dando un mordisco a una empanada de calabaza.

Ron había sacado un arrugado paquete, con cuatro bocadillos. Separó uno y dijo:

—Mi madre siempre se olvida de que no me gusta la carne en conserva.

—Te la cambio por uno de éstos —dijo Harry, alcanzándole un pastel—. Sírvete...

—No te va a gustar, está seca —dijo Ron—. Ella no tiene mucho tiempo —añadió rápidamente—... Ya sabes, con nosotros cinco.

—Vamos, sírvete un pastel —dijo Harry, que nunca había tenido nada que compartir o, en realidad, nadie con quien compartir nada. Era una agradable sensación, estar sentado allí con Ron, comiendo pasteles y dulces (los bocadillos habían quedado olvidados).

—¿Qué son éstos? —preguntó Harry a Ron, cogiendo un envase de ranas de chocolate—. No son ranas de verdad, ¿no?—Comenzaba a sentir que nada podía sorprenderlo.

—No —dijo Ron—. Pero mira qué cromo tiene. A mí me falta Agripa.

—¿Qué?

—Oh, por supuesto, no debes saber... Las ranas de chocolate llevan cromos, ya sabes, para coleccionar, de brujas y magos famosos. Yo tengo como quinientos, pero no consigo ni a Agripa ni a Ptolomeo.

Harry desenvolvió su rana de chocolate y sacó el cromo. En él estaba impreso el rostro de un hombre. Llevaba gafas de media luna, tenía una nariz larga y encorvada, cabello plateado suelto, barba y bigotes. Debajo de la foto estaba el nombre: *Albus Dumbledore*.

—¡Así que éste es Dumbledore! —dijo Harry.

—¡No me digas que nunca has oído hablar de Dumbledore! —dijo Ron—. ¿Puedo servirme una rana? Podría encontrar a Agripa... Gracias...

Harry dio la vuelta a la tarjeta y leyó:

Albus Dumbledore, actualmente director de Hogwarts. Considerado por

casi todo el mundo Como el más grande mago del tiempo presente, Dumbledore es particularmente famoso por derrotar al mago tenebroso Grindelwald en 1945, por el descubrimiento de las doce aplicaciones de la sangre de dragón, y por su trabajo en alquimia con su compañero Nicolás Flamel. El profesor Dumbledore es aficionado a la música de cámara y a los bolos.

Harry dio la vuelta otra vez al cromo y vio, para su asombro, que el rostro de Dumbledore había desaparecido.

—¡Ya no está!

—Bueno, no iba a estar ahí todo el día —dijo Ron—. Ya volverá. Vaya, me ha salido otra vez Morgana y ya la tengo seis veces repetida... ¿No la quieres? Puedes empezar a coleccionarlos.

Los ojos de Ron se perdieron en las ranas de chocolate, que esperaban que las desenvolvieran.

—Sírvete —dijo Harry—. Pero oye, en el mundo de los *muggles* la gente se queda en las fotos.

—¿Eso hacen? Cómo, ¿no se mueven? —Ron estaba atónito—. ¡Qué raro!

Harry miró asombrado, mientras Dumbledore regresaba al cromo y le dedicaba una sonrisita. Ron estaba más interesado en comer las ranas de chocolate que en buscar magos y brujas famosos, pero Harry no podía apartar la vista de ellos. Muy pronto tuvo no sólo a Dumbledore y Morgana, sino también a Ramón Llull, al rey Salomón, Circe, Paracelso y Merlín. Hasta que finalmente apartó la vista de la druida Cliodna, que se rascaba la nariz, para abrir una bolsa de grageas de todos los sabores.

—Tienes que tener cuidado con ésas —lo previno Ron—. Cuando dice «todos los sabores», es eso lo que quiere decir. Ya sabes, tienes todos los comunes, como chocolate, menta y naranja, pero también puedes encontrar espinacas, hígado y callos. George dice que una vez encontró una con sabor a duende.

Ron eligió una verde, la observó con cuidado y mordió un pedacito.

—Puaj... ¿Ves? Coles.

Pasaron un buen rato comiendo las grageas de todos los sabores. Harry encontró tostadas, coco, judías cocidas, fresa, curry, hierbas, café, sardinas y fue lo bastante valiente para morder la punta de una gris, que Ron no quiso tocar y resultó ser pimienta.

En aquel momento, el paisaje que se veía por la ventanilla se hacía más agreste. Habían desaparecido los campos cultivados y aparecían bosques, ríos

serpenteantes y colinas de color verde oscuro.

Se oyó un golpe en la puerta del compartimiento, y entró el muchacho de cara redonda que Harry había visto al pasar por el andén nueve y tres cuartos. Parecía muy afligido.

—Perdón —dijo—. ¿Por casualidad no habréis visto un sapo?

Cuando los dos negaron con la cabeza, gimió.

—¡La he perdido! ¡Se me escapa todo el tiempo!

—Ya aparecerá —dijo Harry.

—Sí —dijo el muchacho apesadumbrado—. Bueno, si la veis...

Se fue.

—No sé por qué está tan triste —comentó Ron—. Si yo hubiera traído un sapo lo habría perdido lo más rápidamente posible. Aunque en realidad he traído a *Scabbers*, así que no puedo hablar.

La rata seguía durmiendo en las rodillas de Ron.

—Podría estar muerta y no notarías la diferencia —dijo Ron con disgusto—. Ayer traté de volverla amarilla para hacerla más interesante, pero el hechizo no funcionó. Te lo voy a enseñar, mira...

Revolvió en su baúl y sacó una varita muy gastada. En algunas partes estaba astillada y, en la punta, brillaba algo blanco.

—Los pelos de unicornio casi se salen. De todos modos... Acababa de coger la varita cuando la puerta del compartimiento se abrió otra vez. Había regresado el chico del sapo, pero llevaba a una niña con él. La muchacha ya llevaba la túnica de Hogwarts.

—¿Alguien ha visto un sapo? Neville perdió uno —dijo. Tenía voz de mandona, mucho pelo color castaño y los dientes de delante bastante largos.

—Ya le hemos dicho que no —dijo Ron, pero la niña no lo escuchaba. Estaba mirando la varita que tenía en la mano.

—Oh, ¿estás haciendo magia? Entonces vamos a verlo.

Se sentó. Ron pareció desconcertado.

—Eh... de acuerdo. —Se aclaró la garganta—. «Rayo de sol, margaritas, volved amarilla a esta tonta ratita.»

Agitó la varita, pero no sucedió nada. *Scabbers* siguió durmiendo, tan gris como siempre.

—¿Estás seguro de que es el hechizo apropiado? —preguntó la niña—.

Bueno, no es muy efectivo, ¿no? Yo probé unos pocos sencillos, sólo para practicar, y funcionaron. Nadie en mi familia es mago, fue toda una sorpresa cuando recibí mi carta, pero también estaba muy contenta, por supuesto, ya que ésta es la mejor escuela de magia, por lo que sé. Ya me he aprendido todos los libros de memoria, desde luego, espero que eso sea suficiente... Yo soy Hermione Granger. ¿Y vosotros quiénes sois?

Dijo todo aquello muy rápidamente.

Harry miró a Ron y se calmó al ver en su rostro aturdido que él tampoco se había aprendido todos los libros de memoria.

—Yo soy Ron Weasley —murmuró Ron.

—Harry Potter —dijo Harry.

—¿Eres tú realmente? —dijo Hermione—. Lo sé todo sobre ti, por supuesto, conseguí unos pocos libros extra para prepararme más y tú figuras en *Historia de la magia moderna, Defensa contra las Artes Oscuras y Grandes eventos mágicos del siglo XX*.

—¿Estoy yo? —dijo Harry, sintiéndose mareado.

—Dios mío, no lo sabes. Yo en tu lugar habría buscado todo lo que pudiera —dijo Hermione—. ¿Sabéis a qué casa vais a ir? Estuve preguntando por ahí y espero estar en Gryffindor, parece la mejor de todas. Oí que Dumbledore es-tuvo allí, pero supongo que Ravenclaw no será tan mala... De todos modos, es mejor que sigamos buscando el sapo de Neville. Y vosotros dos deberíais cambiaros ya, vamos a llegar pronto.

Y se marchó, llevándose al chico sin sapo.

—Cualquiera que sea la casa que me toque, espero que ella no esté —dijo Ron. Arrojó su varita al baúl—. Qué hechizo más estúpido, me lo dijo George. Seguro que era falso.

—¿En qué casa están tus hermanos? —preguntó Harry

—Gryffindor —dijo Ron. Otra vez parecía deprimido—. Mamá y papá también estuvieron allí. No sé qué van a decir si yo no estoy. No creo que Ravenclaw sea tan mala, pero imagina si me ponen en Slytherin.

—¿Esa es la casa en la que Vol... quiero decir Quien-tú-sabes... estaba?

—Ajá —dijo Ron. Se echó hacia atrás en el asiento, con aspecto abrumado.

—¿Sabes? Me parece que las puntas de los bigotes de *Scabbers* están un poco más claras —dijo Harry, tratando de apartar la mente de Ron del tema de las casas—. Y, a propósito, ¿qué hacen ahora tus hermanos mayores?

Harry se preguntaba qué hacía un mago, una vez que terminaba el colegio.

—Charlie está en Rumania, estudiando dragones, y Bill está en África, ocupándose de asuntos para Gringotts —explicó Ron—. ¿Te enteraste de lo que pasó en Gringotts? Salió en *El Profeta*, pero no creo que las casas de los *muggles* lo reciban: trataron de robar en una cámara de alta seguridad.

Harry se sorprendió.

—¿De verdad? ¿Y qué les ha sucedido?

—Nada, por eso son noticias tan importantes. No los han atrapado. Mi padre dice que tiene que haber un poderoso mago tenebroso para entrar en Gringotts, pero lo que es raro es que parece que no se llevaron nada. Por supuesto, todos se asustan cuando sucede algo así, ante la posibilidad de que Quien-tú-sabes esté detrás de ello.

Harry repasó las noticias en su cabeza. Había comenzado a sentir una punzada de miedo cada vez que mencionaban a Quien-tú-sabes. Suponía que aquello era una parte de entrar en el mundo mágico, pero era mucho más agradable poder decir «Voldemort» sin preocuparse.

—¿Cuál es tu equipo de *quidditch*? —preguntó Ron.

—Eh... no conozco ninguno —confesó Harry.

—¿Cómo? —Ron pareció atónito—. Oh, ya verás, es el mejor juego del mundo... —Y se dedicó a explicarle todo sobre las cuatro pelotas y las posiciones de los siete jugadores, describiendo famosas jugadas que había visto con sus hermanos y la escoba que le gustaría comprar si tuviera el dinero. Le estaba explicando los mejores puntos del juego, cuando otra vez se abrió la puerta del compartimiento, pero esta vez no era Neville, el chico sin sapo, ni Hermione Granger.

Entraron tres muchachos, y Harry reconoció de inmediato al del medio: era el chico pálido de la tienda de túnicas de Madame Malkin. Miraba a Harry con mucho más interés que el que había demostrado en el callejón Diagon.

—¿Es verdad? —preguntó—. Por todo el tren están diciendo que Harry Potter está en este compartimento. Así que eres tú, ¿no?

—Sí —respondió Harry. Observó a los otros muchachos. Ambos eran corpulentos y parecían muy vulgares. Situados a ambos lados del chico pálido, parecían guardaespaldas.

—Oh, éste es Crabbe y éste Goyle —dijo el muchacho pálido con despreocupación, al darse cuenta de que Harry los miraba—. Y mi nombre es Malfoy, Draco Malfoy

Ron dejó escapar una débil tos, que podía estar ocultando una risita. Draco (dragón) Malfoy lo miró.

—Te parece que mi nombre es divertido, ¿no? No necesito preguntarte quién eres. Mi padre me dijo que todos los Weasley son pelirrojos, con pecas y

más hijos que los que pueden mantener.

Se volvió hacia Harry.

—Muy pronto descubrirás que algunas familias de magos son mucho mejores que otras, Potter. No querrás hacerte amigo de los de la clase indebida. Yo puedo ayudarte en eso.

Extendió la mano, para estrechar la de Harry; pero Harry no la aceptó.

—Creo que puedo darme cuenta solo de cuáles son los indebidos, gracias —dijo con frialdad.

Draco Malfoy no se ruborizó, pero un tono rosado apareció en sus pálidas mejillas.

—Yo tendría cuidado, si fuera tú, Potter —dijo con calma—. A menos que seas un poco más amable, vas a ir por el mismo camino que tus padres. Ellos tampoco sabían lo que era bueno para ellos. Tú sigue con gentuza como los Weasley y ese Hagrid y terminarás como ellos.

Harry y Ron se levantaron al mismo tiempo. El rostro de Ron estaba tan rojo como su pelo.

—Repite eso —dijo.

—Oh, vais a pelear con nosotros, ¿eh? —se burló Malfoy.

—Si no os vais ahora mismo... —dijo Harry, con más valor que el que sentía, porque Crabbe y Goyle eran mucho más fuertes que él y Ron.

—Pero nosotros no tenemos ganas de irnos, ¿no es cierto, muchachos? Nos hemos comido todo lo que llevábamos y vosotros parece que todavía tenéis algo.

Goyle se inclinó para coger una rana de chocolate del lado de Ron. El pelirrojo saltó hacia él, pero antes de que pudiera tocar a Goyle, el muchacho dejó escapar un aullido terrible.

Scabbers, la rata, colgaba del dedo de Goyle, con los agudos dientes clavados profundamente en sus nudillos. Crabbe y Malfoy retrocedieron mientras Goyle agitaba la mano para desprenderse de la rata, gritando de dolor, hasta que, finalmente, *Scabbers* salió volando, chocó contra la ventanilla y los tres muchachos desaparecieron. Tal vez pensaron que había más ratas entre las golosinas, o quizás oyeron los pasos porque, un segundo más tarde, Hermione Granger volvió a entrar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirando las golosinas tiradas por el suelo y a Ron que cogía a *Scabbers* por la cola.

—Creo que se ha desmayado —dijo Ron a Harry. Miró más de cerca a la rata—. No, no puedo creerlo, ya se ha vuelto a dormir.

Y era así.

—¿Conocías ya a Malfoy?

Harry le explicó el encuentro en el callejón Diagon.

—Oí hablar sobre su familia —dijo Ron en tono lúgubre—. Son algunos de los primeros que volvieron a nuestro lado después de que Quien-tú-sabes desapareció. Dijeron que los habían hechizado. Mi padre no se lo cree. Dice que el padre de Malfoy no necesita una excusa para pasarse al Lado Oscuro. —Se volvió hacia Hermione—. ¿Podemos ayudarte en algo?

—Mejor que os apresuréis y os cambiéis de ropa. Acabo de ir a la locomotora, le pregunté al conductor y me dijo que ya casi estamos llegando. No os estaríais peleando, ¿verdad? ¡Os vals a meter en líos antes de que lleguemos!

—*Scabbers* se estuvo peleando, no nosotros —dijo Ron, mirándola con rostro severo—. ¿Te importaría salir para que nos cambiemos?

—Muy bien... Vine aquí porque fuera están haciendo chiquilladas y corriendo por los pasillos —dijo Hermione en tono despectivo—. A propósito, ¿te has dado cuenta de que tienes sucia la nariz?

Ron le lanzó una mirada de furia mientras ella salía. Harry miró por la ventanilla. Estaba oscureciendo. Podía ver montañas y bosques, bajo un cielo de un profundo color púrpura. El tren parecía aminorar la marcha.

Él y Ron se quitaron las camisas y se pusieron las largas túnicas negras. La de Ron era un poco corta para él, y se le podían ver los pantalones de gimnasia.

Una voz retumbó en el tren.

—Llegaremos a Hogwarts dentro de cinco minutos. Por favor, dejen su equipaje en el tren, se lo llevarán por separado al colegio.

El estómago de Harry se retorcía de nervios y Ron, podía verlo, estaba pálido debajo de sus pecas. Llenaron sus bolsillos con lo que quedaba de las golosinas y se reunieron con el resto del grupo que llenaba los pasillos.

El tren aminoró la marcha, hasta que finalmente se detuvo. Todos se empujaban para salir al pequeño y oscuro andén. Harry se estremeció bajo el frío aire de la noche. Entonces apareció una lámpara moviéndose sobre las cabezas de los alumnos, y Harry oyó una voz conocida:

—¡Primer año! ¡Los de primer año por aquí! ¿Todo bien por ahí, Harry?

La gran cara peluda de Hagrid rebosaba alegría sobre el mar de cabezas.

—Venid, seguidme... ¿Hay más de primer año? Mirad bien dónde pisáis. ¡Los de primer año, seguidme!

Resbalando y a tientas, siguieron a Hagrid por lo que parecía un estrecho sendero. Estaba tan oscuro que Harry pensó que debía de haber árboles muy tupidos a ambos lados. Nadie hablaba mucho. Neville, el chico que había perdido su sapo, lloriqueaba de vez en cuando.

—En un segundo, tendréis la primera visión de Hogwarts —exclamó Hagrid por encima del hombro—, justo al doblar esta curva.

Se produjo un fuerte ¡oooooh!

El sendero estrecho se abría súbitamente al borde de un gran lago negro. En la punta de una alta montaña, al otro lado, con sus ventanas brillando bajo el cielo estrellado, había un impresionante castillo con muchas torres y torrecillas.

—¡No más de cuatro por bote! —gritó Hagrid, señalando a una flota de botecitos alineados en el agua, al lado de la orilla. Harry y Ron subieron a uno, seguidos por Neville y Hermione.

—¿Todos habéis subido? —continuó Hagrid, que tenía un bote para él solo—. ¡Venga! ¡ADELANTE!

Y la pequeña flota de botes se movió al mismo tiempo, deslizándose por el lago, que era tan liso como el cristal. Todos estaban en silencio, contemplando el gran castillo que se elevaba sobre sus cabezas mientras se acercaban cada vez más al risco donde se erigía.

—¡Bajad las cabezas! —exclamó Hagrid, mientras los primeros botes alcanzaban el peñasco. Todos agacharon la cabeza y los botecitos los llevaron a través de una cortina de hiedra, que escondía una ancha abertura en la parte delantera del peñasco. Fueron por un túnel oscuro que parecía conducirlos justo por debajo del castillo, hasta que llegaron a una especie de muelle subterráneo, donde treparon por entre las rocas y los guijarros.

—¡Eh, tú, el de allí! ¿Es éste tu sapo? —dijo Hagrid, mientras vigilaba los botes y la gente que bajaba de ellos.

—*¡Trevor!* —gritó Neville, muy contento, extendiendo las manos. Luego subieron por un pasadizo en la roca, detrás de la lámpara de Hagrid, saliendo finalmente a un césped suave y húmedo, a la sombra del castillo.

Subieron por unos escalones de piedra y se reunieron ante la gran puerta de roble.

—¿Estáis todos aquí? Tú, ¿todavía tienes tu sapo?

Hagrid levantó un gigantesco puño y llamó tres veces a la puerta del castillo.

7

El sombrero seleccionador

La puerta se abrió de inmediato. Una bruja alta, de cabello negro y túnica verde esmeralda, esperaba allí. Tenía un rostro muy severo, y el primer pensamiento de Harry fue que se trataba de alguien con quien era mejor no tener problemas.

—Los de primer año, profesora McGonagall —dijo Hagrid.

—Muchas gracias, Hagrid. Yo los llevaré desde aquí.

Abrió bien la puerta. El vestíbulo de entrada era tan grande que hubieran podido meter toda la casa de los Dursley en él. Las paredes de piedra estaban iluminadas con resplandecientes antorchas como las de Gringotts, el techo era tan alto que no se veía y una magnífica escalera de mármol, frente a ellos, conducía a los pisos superiores.

Siguieron a la profesora McGonagall a través de un camino señalado en el suelo de piedra. Harry podía oír el ruido de cientos de voces, que salían de un portal situado a la derecha (el resto del colegio debía de estar allí), pero la profesora McGonagall llevó a los de primer año a una pequeña habitación vacía, fuera del vestíbulo. Se reunieron allí, más cerca unos de otros de lo que estaban acostumbrados, mirando con nerviosismo a su alrededor.

—Bienvenidos a Hogwarts —dijo la profesora McGonagall—. El banquete de comienzo de año se celebrará dentro de poco, pero antes de que ocupéis vuestro lugares en el Gran Comedor deberéis ser seleccionados para vuestras casas. La Selección es una ceremonia muy importante porque, mientras estéis aquí, vuestras casas serán como vuestra familia en Hogwarts. Tendréis clases con el resto de la casa que os toque, dormiréis en los dormitorios de vuestras casas y pasaréis el tiempo libre en la sala común de la casa.

»Las cuatro casas se llaman Gryffindor, Hufflepuff, Ravenclaw y Slytherin. Cada casa tiene su propia noble historia y cada una ha producido notables brujas y magos. Mientras estéis en Hogwarts, vuestros triunfos conseguirán que las casas ganen puntos, mientras que cualquier infracción de las reglas hará que los pierdan. Al finalizar el año, la casa que obtenga más puntos será premiada con la copa de la casa, un gran honor. Espero que todos vosotros seréis un orgullo para la casa que os toque.

»La Ceremonia de Selección tendrá lugar dentro de pocos minutos, frente al resto del colegio. Os sugiero que, mientras esperáis, os arregléis lo mejor posible.

Los ojos de la profesora se detuvieron un momento en la capa de Neville, que estaba atada bajo su oreja izquierda, y en la nariz manchada de Ron. Con nerviosismo, Harry trató de aplastar su cabello.

—Volveré cuando lo tengamos todo listo para la ceremonia —dijo la profesora McGonagall—. Por favor, esperad tranquilos.

Salió de la habitación. Harry tragó con dificultad.

—¿Cómo se las arreglan exactamente para seleccionarnos? —preguntó a Ron.

—Creo que es una especie de prueba. Fred dice que duele mucho, pero creo que era una broma.

El corazón de Harry dio un terrible salto. ¿Una prueba? ¿Delante de todo el colegio? Pero él no sabía nada de magia todavía... ¿Qué haría? No esperaba algo así, justo en el momento en que acababan de llegar. Miró temblando a su alrededor y vio que los demás también parecían aterrorizados. Nadie hablaba mucho, salvo Hermione Granger, que susurraba muy deprisa todos los hechizos que había aprendido y se preguntaba cuál necesitaría. Harry intentó no escucharla. Nunca había estado tan nervioso, nunca, ni siquiera cuando tuvo que llevar a los Dursley un informe del colegio que decía que él, de alguna manera, había vuelto azul la peluca de su maestro. Mantuvo los ojos fijos en la puerta. En cualquier momento, la profesora McGonagall regresaría y lo llevaría a su juicio final.

Entonces sucedió algo que le hizo dar un salto en el aire... Muchos de los que estaban atrás gritaron.

—¿Qué es...?

Resopló. Lo mismo hicieron los que estaban alrededor. Unos veinte fantasmas acababan de pasar a través de la pared de atrás. De un color blanco perla y ligeramente transparentes, se deslizaban por la habitación, hablando unos con otros, casi sin mirar a los de primer año. Por lo visto, estaban discutiendo. El que parecía un monje gordo y pequeño, decía:

—Perdonar y olvidar. Yo digo que deberíamos darle una segunda oportunidad...

—Mi querido Fraile, ¿no le hemos dado a Peeves todas las oportunidades que merece? Nos ha dado mala fama a todos y, usted lo sabe, ni siquiera es un fantasma de verdad... ¿Y qué estáis haciendo todos vosotros aquí?

El fantasma, con gorguera y medias, se había dado cuenta de pronto de la presencia de los de primer año.

Nadie respondió.

—¡Alumnos nuevos! —dijo el Fraile Gordo, sonriendo a todos—. Estáis esperando la selección, ¿no?

Algunos asintieron.

—¡Espero veros en Hufflepuff—continuó el Fraile—. Mi antigua casa, ya sabéis.

—En marcha —dijo una voz aguda—. La Ceremonia de Selección va a comenzar.

La profesora McGonagall había vuelto. Uno a uno, los fantasmas flotaron a través de la pared opuesta.

—Ahora formad una hilera —dijo la profesora a los de primer año— y seguidme.

Con la extraña sensación de que sus piernas eran de plomo, Harry se puso detrás de un chico de pelo claro, con Ron tras él. Salieron de la habitación, volvieron a cruzar el vestíbulo, pasaron por unas puertas dobles y entraron en el Gran Comedor.

Harry nunca habría imaginado un lugar tan extraño y espléndido. Estaba iluminado por miles y miles de velas, que flotaban en el aire sobre cuatro grandes mesas, donde los demás estudiantes ya estaban sentados. En las mesas había platos, cubiertos y copas de oro. En una tarima, en la cabecera del comedor, había otra gran mesa, donde se sentaban los profesores. La profesora McGonagall condujo allí a los alumnos de primer año y los hizo detener y formar una fila delante de los otros alumnos, con los profesores a sus espaldas. Los cientos de rostros que los miraban parecían pálidas linternas bajo la luz brillante de las velas. Situados entre los estudiantes, los fantasmas tenían un neblinoso brillo plateado. Para evitar todas las miradas, Harry levantó la vista y vio un techo de terciopelo negro, salpicado de estrellas. Oyó susurrar a Hermione: «Es un hechizo para que parezca como el cielo de fuera, lo leí en la historia de Hogwarts».

Era difícil creer que allí hubiera techo y que el Gran Comedor no se abriera directamente a los cielos.

Harry bajó la vista rápidamente, mientras la profesora McGonagall ponía en silencio un taburete de cuatro patas frente a los de primer año. Encima del taburete puso un sombrero puntiagudo de mago. El sombrero estaba remendado, raído y muy sucio. Tía Petunia no lo habría admitido en su casa.

Tal vez tenían que intentar sacar un conejo del sombrero, pensó Harry algo irreflexiblemente, eso era lo típico de... Al darse cuenta de que todos los del comedor contemplaban el sombrero, Harry también lo hizo. Durante unos pocos segundos, se hizo un silencio completo. Entonces el sombrero se movió. Una rasgadura cerca del borde se abrió, ancha como una boca, y el sombrero comenzó a cantar:

Oh, podrás pensar que no soy bonito,

pero no juzgues por lo que ves.

Me comeré a mí mismo si puedes encontrar

un sombrero más inteligente que yo.

Puedes tener bombines negros,

sombreros altos y elegantes.

Pero yo soy el Sombrero Seleccionador de Hogwarts

y puedo superar a todos.

No hay nada escondido en tu cabeza

que el Sombrero Seleccionador no pueda ver.

Así que pruébame y te diré

dónde debes estar.

Puedes pertenecer a Gryffindor,

donde habitan los valientes.

Su osadía, temple y caballerosidad

ponen aparte a los de Gryffindor.

Puedes pertenecer a Hufflepuff

donde son justos y leales.

Esos perseverantes Hufflepuff

de verdad no temen el trabajo pesado.

O tal vez a la antigua sabiduría de Ravenclaw,

Si tienes una mente dispuesta,

porque los de inteligencia y erudición

siempre encontrarán allí a sus semejantes.

O tal vez en Slytherin

harás tus verdaderos amigos.

Esa gente astuta utiliza cualquier medio

para lograr sus fines.

¡Así que pruébame! ¡No tengas miedo!

¡Y no recibirás una bofetada!

Estás en buenas manos (aunque yo no las tenga).

Porque soy el Sombrero Pensante.

Todo el comedor estalló en aplausos cuando el sombrero terminó su canción. Éste se inclinó hacia las cuatro mesas y luego se quedó rígido otra vez.

—¡Entonces sólo hay que probarse el sombrero! —susurró Ron a Harry—. Voy a matar a Fred.

Harry sonrió débilmente. Sí, probarse el sombrero era mucho mejor que tener que hacer un encantamiento, pero habría deseado no tener que hacerlo en presencia de todos. El sombrero parecía exigir mucho, y Harry no se sentía valiente ni ingenioso ni nada de eso, por el momento. Si el sombrero hubiera mencionado una casa para la gente que se sentía un poco indispuesta, ésa habría sido la suya.

La profesora McGonagall se adelantaba con un gran rollo de pergamino.

—Cuando yo os llame, deberéis poneros el sombrero y sentaros en el taburete para que os seleccionen —dijo—. ¡Abbott, Hannah!

Una niña de rostro rosado y trenzas rubias salió de la fila, se puso el sombrero, que la tapó hasta los ojos, y se sentó. Un momento de pausa.

—¡HUFFLEPUFF!—gritó el sombrero.

La mesa de la derecha aplaudió mientras Hannah iba a sentarse con los de Hufflepuff. Harry vio al fantasma del Fraile Gordo saludando con alegría a la niña.

—¡Bones, Susan!

—¡HUFFLEPUFF! —gritó otra vez el sombrero, y Susan se apresuró a sentarse al lado de Hannah.

—¡Boot, Terry!

—¡RAVENCLAW!

La segunda mesa a la izquierda aplaudió esta vez. Varios Ravenclaws se levantaron para estrechar la mano de Terry, mientras se reunía con ellos.

Brocklehurst, Mandy también fue a Ravenclaw, pero Brown, Lavender resultó la primera nueva Gryffindor, en la mesa más alejada de la izquierda, que estalló en vivas. Harry pudo ver a los hermanos gemelos de Ron, silbando.

Bulstrode, Millicent fue a Slytherin. Tal vez era la imaginación de Harry; después de todo lo que había oído sobre Slytherin, pero le pareció que era un grupo desagradable.

Comenzaba a sentirse decididamente mal. Recordó lo que pasaba en las clases de gimnasia de su antiguo colegio, cuando se escogían a los jugadores para los equipos. Siempre había sido el último en ser elegido, no porque fuera malo, sino porque nadie deseaba que Dudley pensara que lo querían.

—¡Finch-Fletchley, Justin!

—¡HUFFLEPUFF!

Harry notó que, algunas veces, el sombrero gritaba el nombre de la casa de inmediato, pero otras tardaba un poco en decidirse.

—Finnigan, Seamus. —El muchacho de cabello arenoso, que estaba al lado de Harry en la fila, estuvo sentado un minuto entero, antes de que el sombrero lo declarara un Gryffindor.

—Granger, Hermione.

Hermione casi corrió hasta el taburete y se puso el sombrero, muy nerviosa.

—¡GRYFFINDOR! —gritó el sombrero. Ron gruñó.

Un horrible pensamiento atacó a Harry, uno de aquellos horribles pensamientos que aparecen cuando uno está muy intranquilo. ¿Y si a él no lo elegían para ninguna casa? ¿Y si se quedaba sentado con el sombrero sobre los ojos, durante horas, hasta que la profesora McGonagall se lo quitara de la cabeza para decirle que era evidente que se habían equivocado y que era mejor que volviera en el tren?

Cuando Neville Longbottom, el chico que perdía su sapo, fue llamado, se tropezó con el taburete. El sombrero tardó un largo rato en decidirse. Cuando finalmente gritó: ¡GRYFFINDOR!, Neville salió corriendo, todavía con el sombrero puesto y tuvo que devolverlo, entre las risas de todos, a MacDougal, Morag.

Malfoy se adelantó al oír su nombre y de inmediato obtuvo su deseo: el sombrero apenas tocó su cabeza y gritó: ¡SLYTHERIN!

Malfoy fue a reunirse con sus amigos Crabbe y Goyle, con aire de satisfacción.

Ya no quedaba mucha gente.

Moon... Nott... Parkinson... Después unas gemelas, Patil y Patil... Más tarde Perks, Sally-Anne... y, finalmente:

—¡Potter; Harry!

Mientras Harry se adelantaba, los murmullos se extendieron súbitamente como fuegos artificiales.

—¿Ha dicho Potter?

—¿Ese Harry Potter?

Lo último que Harry vio, antes de que el sombrero le tapara los ojos, fue el comedor lleno de gente que trataba de verlo bien. Al momento siguiente, miraba el oscuro interior del sombrero. Esperó.

—Mm —dijo una vocecita en su oreja—. Difícil. Muy difícil. Lleno de valor, lo veo. Tampoco la mente es mala. Hay talento, oh vaya, sí, y una buena disposición para probarse a sí mismo, esto es muy interesante... Entonces, ¿dónde te pondré?

Harry se aferró a los bordes del taburete y pensó: «En Slytherin no, en Slytherin no».

—En Slytherin no, ¿eh? —dijo la vocecita—. ¿Estás seguro? Podrías ser muy grande, sabes, lo tienes todo en tu cabeza y Slytherin te ayudaría en el camino hacia la grandeza. No hay dudas, ¿verdad? Bueno, si estás seguro, mejor que seas ¡GRYFFINDOR!

Harry oyó al sombrero gritar la última palabra a todo el comedor. Se quitó el sombrero y anduvo, algo mareado, hacia la mesa de Gryffindor. Estaba tan aliviado de que lo hubiera elegido y no lo hubiera puesto en Slytherin, que casi no se dio cuenta de que recibía los saludos más calurosos hasta el momento. Percy el prefecto se puso de pie y le estrechó la mano vigorosamente, mientras los gemelos Weasley gritaban: «¡Tenemos a Potter! ¡Tenemos a Potter!». Harry se sentó en el lado opuesto al fantasma que había visto antes. Éste le dio una palmada en el brazo, dándole la horrible sensación de haberlo metido en un cubo de agua helada.

Podía ver bien la Mesa Alta. En la punta, cerca de él, estaba Hagrid, que lo miró y levantó los pulgares. Harry le sonrió. Y allí, en el centro de la Mesa Alta, en una gran silla de oro, estaba sentado Albus Dumbledore. Harry lo reconoció de inmediato, por el cromo de las ranas de chocolate. El cabello plateado de Dumbledore era lo único que brillaba tanto como los fantasmas. Harry también vio al profesor Quirrell, el nervioso joven del Caldero Chorreante. Estaba muy extravagante, con un gran turbante púrpura.

Y ya quedaban solamente tres alumnos para seleccionar. A Turpin, Lisa le tocó Ravenclaw, y después le llegó el turno a Ron. Tenía una palidez verdosa y Harry cruzó los dedos debajo de la mesa. Un segundo más tarde, el sombrero gritó: ¡GRYFFINDOR!

Harry aplaudió con fuerza, junto con los demás, mientras que Ron se desplomaba en la silla más próxima.

—Bien hecho, Ron, excelente —dijo pomposamente Percy Weasley, por encima de Harry, mientras que Zabini, Blaise era seleccionado para Slytherin.

La profesora McGonagall enrolló el pergamino y se llevó el Sombrero Seleccionador.

Harry miró su plato de oro vacío. Acababa de darse cuenta de lo hambriento que estaba. Los pasteles le parecían algo del pasado.

Albus Dumbledore se había puesto de pie. Miraba con expresión radiante a los alumnos, con los brazos muy abiertos, como si nada pudiera gustarle más que verlos allí.

—¡Bienvenidos! —dijo—. ¡Bienvenidos a un año nuevo en Hogwarts! Antes de comenzar nuestro banquete, quiero deciros unas pocas palabras. Y aquí están, ¡Papanatas! ¡Llorones! ¡Baratijas! ¡Pellizco!... ¡Muchas gracias!

Se volvió a sentar. Todos aplaudieron y vitorearon. Harry no sabía si reír o no.

—Está... un poquito loco, ¿no? —preguntó con aire inseguro a Percy.

—¿Loco? —dijo Percy con frivolidad—. ¡Es un genio! ¡El mejor mago del mundo! Pero está un poco loco, sí. ¿Patatas, Harry?

Harry se quedó con la boca abierta. Los platos que había frente a él de pronto estuvieron llenos de comida. Nunca había visto tantas cosas que le gustara comer sobre una mesa: carne asada, pollo asado, chuletas de cerdo y de ternera, salchichas, tocino y filetes, patatas cocidas, asadas y fritas, pudín, guisantes, zanahorias, salsa de carne, salsa de tomate y, por alguna extraña razón, bombones de menta.

Los Dursley nunca habían matado de hambre a Harry, pero tampoco le habían permitido comer todo lo que quería. Dudley siempre se servía lo que Harry deseaba, aunque no le gustara. Harry llenó su plato con un poco de todo, salvo los bombones de menta, y comenzó a comer. Todo estaba delicioso.

—Eso tiene muy buen aspecto —dijo con tristeza el fantasma de la gola, observando a Harry mientras éste cortaba su filete.

—¿No puede...?

—No he comido desde hace unos cuatrocientos años —dijo el fantasma—. No lo necesito, por supuesto, pero uno lo echa de menos. Creo que no me he presentado, ¿verdad? Sir Nicholas de Mimsy-Porpington a su servicio. Fantasma Residente de la Torre de Gryffindor.

—¡Yo sé quién es usted! —dijo súbitamente Ron—. Mi hermano me lo contó. ¡Usted es Nick Casi Decapitado!

—Yo preferiría que me llamaran Sir Nicholas de Mimsy... —comenzó a decir el fantasma con severidad, pero lo interrumpió Seamus Finnigan, el del pelo color arena.

—¿Casi Decapitado? ¿Cómo se puede estar casi decapitado?

Sir Nicholas pareció muy molesto, como si su conversación no resultara como la había planeado.

—Así —dijo enfadado. Se agarró la oreja izquierda y tiró. Teda su cabeza se separó de su cuello y cayó sobre su hombro, como si tuviera una bisagra. Era evidente que alguien había tratado de decapitarlo, pero que no lo había hecho bien. Pareció complacido ante las caras de asombro y volvió a ponerse la cabeza en su sitio, tosió y dijo: ¡Así que nuevos Gryffindors! Espero que este año nos ayudéis a ganar el campeonato para la casa. Gryffindor nunca ha estado tanto tiempo sin ganar. ¡Slytherin ha ganado la copa seis veces seguidas! El Barón Sanguinario se ha vuelto insoportable... Él es el fantasma de Slytherin.

Harry miró hacia la mesa de Slytherin y vio un fantasma horrible sentado allí, con ojos fijos y sin expresión, un rostro demacrado y las ropas manchadas de sangre plateada. Estaba justo al lado de Malfoy que, como Harry vio con mucho gusto, no parecía muy contento con su presencia.

—¿Cómo es que está todo lleno de sangre? —preguntó Seamus con gran interés.

—Nunca se lo he preguntado —dijo con delicadeza Nick Casi Decapitado.

Cuando hubieron comido todo lo que quisieron, los restos de comida desaparecieron de los platos, dejándolos tan limpios como antes. Un momento más tarde aparecieron los postres. Trozos de helados de todos los gustos que uno se pudiera imaginar; pasteles de manzana, tartas de melaza, relámpagos de chocolate, rosquillas de mermelada, bizcochos borrachos, fresas, jalea, arroz con leche...

Mientras Harry se servía una tarta, la conversación se centró en las familias.

—Yo soy mitad y mitad —dijo Seamus—. Mi padre es *muggle*. Mamá no le dijo que era una bruja hasta que se casaron. Fue una sorpresa algo desagradable para él.

Los demás rieron.

—¿Y tú, Neville? —dijo Ron.

—Bueno, mi abuela me crió y ella es una bruja —dijo Neville—, pero la familia creyó que yo era todo un *muggle*, durante años. Mi tío abuelo Algie trataba de sorprenderme descuidado y forzarme a que saliera algo de magia de mí. Una vez casi me ahoga, cuando quiso tirarme al agua en el puerto de Blackpool, pero no pasó nada hasta que cumplí ocho años. El tío abuelo Algie había ido a tomar el té y me tenía cogido de los tobillos y colgando de una ventana del piso de arriba, cuando mi tía abuela Enid le ofreció un merengue y él, accidentalmente, me soltó. Pero yo reboté, todo el camino, en el jardín y la calle. Todos se pusieron muy contentos. Mi abuela estaba tan feliz que lloraba. Y tendríais que haber visto sus caras cuando vine aquí. Creían que no sería tan mágico como para venir. El tío abuelo Algie estaba tan contento que me

compró mi sapo.

Al otro lado de Harry, Percy Weasley y Hermione estaban hablando de las clases. («Espero que empiecen en seguida, hay mucho que aprender; yo estoy particularmente interesada en Transformaciones, ya sabes, convertir algo en otra cosa, por supuesto parece ser que es muy difícil. Hay que empezar con cosas pequeñas, como cerillas en y todo eso...»)

Harry, que comenzaba a sentirse reconfortado y somnoliento, miró otra vez hacia la Mesa Alta. Hagrid bebía copiosamente de su copa. La profesora McGonagall hablaba con el profesor Dumbledore. El profesor Quirrell, con su absurdo turbante, conversaba con un profesor de grasiento pelo negro, nariz ganchuda y piel cetrina.

Todo sucedió muy rápidamente. El profesor de nariz ganchuda miró por encima del turbante de Quirrell, directamente a los ojos de Harry... y un dolor agudo golpeó a Harry en la cicatriz de la frente.

—¡Ay! —Harry se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Percy

—N-nada.

El dolor desapareció tan súbitamente como había aparecido. Era difícil olvidar la sensación que tuvo Harry cuando el profesor lo miró, una sensación que no le gustó en absoluto.

—¿Quién es el que está hablando con el profesor Quirrell? —preguntó a Percy.

—Oh, ¿ya conocías a Quirrell, entonces? No es raro que parezca tan nervioso, ése es el profesor Snape. Su materia es Pociones, pero no le gusta... Todo el mundo sabe que quiere el puesto de Quirrell. Snape sabe muchísimo sobre las Artes Oscuras.

Harry vigiló a Snape durante un rato, pero el profesor no volvió a mirarlo.

Por último, también desaparecieron los postres, y el profesor Dumbledore se puso nuevamente de pie. Todo el salón permaneció en silencio.

—Ejem... sólo unas pocas palabras más, ahora que todos hemos comido y bebido. Tengo unos pocos anuncios que haceros para el comienzo del año.

»Los de primer año debéis tener en cuenta que los bosques del área del castillo están prohibidos para todos los alumnos. Y unos pocos de nuestros antiguos alumnos también deberán recordarlo.

Los ojos relucientes de Dumbledore apuntaron en dirección a los gemelos Weasley.

—El señor Filch, el celador, me ha pedido que os recuerde que no debéis

hacer magia en los recreos ni en los pasillos.

»Las pruebas de *quidditch* tendrán lugar en la segunda semana del curso. Los que estén interesados en jugar para los equipos de sus casas, deben ponerse en contacto con la señora Hooch.

»Y por último, quiero deciros que este año el pasillo del tercer piso, del lado derecho, está fuera de los límites permitidos para todos los que no deseen una muerte muy dolorosa.

Harry rió, pero fue uno de los pocos que lo hizo.

—¿Lo decía en serio? —murmuró a Percy.

—Eso creo —dijo Percy, mirando ceñudo a Dumbledore—. Es raro, porque habitualmente nos dice el motivo por el que no podemos ir a algún lugar. Por ejemplo, el bosque está lleno de animales peligrosos, todos lo saben. Creo que, al menos, debió avisarnos a nosotros, los prefectos.

—¡Y ahora, antes de que vayamos a acostarnos, cantemos la canción del colegio! —exclamó Dumbledore. Harry notó que las sonrisas de los otros profesores se habían vuelto algo forzadas.

Dumbledore agitó su varita, como si tratara de atrapar una mosca, y una larga tira dorada apareció, se elevó sobre las mesas, se agitó como una serpiente y se transformó en palabras.

—¡Que cada uno elija su melodía favorita! —dijo Dumbledor—. ¡Y allá vamos!

Y todo el colegio vociferó:

Hogwarts, Hogwarts, Hogwarts,

enséñanos algo, por favor.

Aun que seamos viejos y calvos

o jóvenes con rodillas sucias,

nuestras mentes pueden ser llenadas

con algunas materias interesantes.

Porque ahora están vacías y llenas de aire,

pulgas muertas y un poco de pelusa.

Así que enséñanos cosas que valga la pena saber,

haz que recordemos lo que olvidamos,

hazlo lo mejor que puedas, nosotros haremos el resto,

y aprenderemos hasta que nuestros cerebros se consuman.

Cada uno terminó la canción en tiempos diferentes. Al final, sólo los gemelos Weasley seguían cantando, con la melodía de una lenta marcha fúnebre. Dumbledore los dirigió hasta las últimas palabras, con su varita y, cuando terminaron, fue uno de los que aplaudió con más entusiasmo.

—¡Ah, la música! —dijo, enjugándose los ojos—. ¡Una magia más allá de todo lo que hacemos aquí! Y ahora, es hora de ir a la cama. ¡Salid al trote!

Los de primer año de Gryffindor siguieron a Percy a través de grupos bulliciosos, salieron del Gran Comedor y subieron por la escalera de mármol. Las piernas de Harry otra vez parecían de plomo, pero sólo por el exceso de cansancio y comida. Estaba tan dormido que ni se sorprendió al ver que la gente de los retratos, a lo largo de los pasillos, susurraba y los señalaba al pasar; o cuando Percy en dos oportunidades los hizo pasar por puertas ocultas detrás de paneles corredizos y tapices que colgaban de las paredes. Subieron más escaleras, bostezando y arrastrando los pies y, cuando Harry comenzaba a preguntarse cuánto tiempo más deberían seguir, se detuvieron súbitamente.

Unos bastones flotaban en el aire, por encima de ellos, y cuando Percy se acercó comenzaron a caer contra él.

—Peeves —susurró Percy a los de primer año—. Es un duende, lo que en las películas llaman *poltergeist*. —Levantó la voz—: Peeves, aparece.

La respuesta fue un ruido fuerte y grosero, como si se desinflara un globo.

—¿Quieres que vaya a buscar al Barón Sanguinario?

Se produjo un chasquido y un hombrecito, con ojos oscuros y perversos y una boca ancha, apareció, flotando en el aire con las piernas cruzadas y empuñando los bastones.

—¡Oooooh! —dijo, con un maligno cacareo—. ¡Los horribles novatos! ¡Qué divertido!

De pronto se abalanzó sobre ellos. Todos se agacharon.

—Vete, Peeves, o el Barón se enterará de esto. ¡Lo digo en serio! —gritó enfadado Percy

Peeves hizo sonar su lengua y desapareció, dejando caer los bastones sobre la cabeza de Neville. Lo oyeron alejarse con un zumbido, haciendo resonar las armaduras al pasar.

—Tenéis que tener cuidado con Peeves —dijo Percy, mientras seguían avanzando—. El Barón Sanguinario es el único que puede controlarlo, ni

siquiera nos escucha a los prefectos. Ya llegamos.

Al final del pasillo colgaba un retrato de una mujer muy gorda, con un vestido de seda rosa.

—¿Santo y seña? —preguntó.

—*Caput draconis* —dijo Percy, y el retrato se balanceó hacia delante y dejó ver un agujero redondo en la pared. Todos se amontonaron para pasar (Neville necesitó ayuda) y se encontraron en la sala común de Gryffindor; una habitación redonda y acogedora, llena de cómodos sillones.

Percy condujo a las niñas a través de una puerta, hacia sus dormitorios, y a los niños por otra puerta. Al final de una escalera de caracol (era evidente que estaban en una de las torres) encontraron, por fin, sus camas, cinco camas con cuatro postes cada una y cortinas de terciopelo rojo oscuro. Sus baúles ya estaban allí. Demasiado cansados para conversar, se pusieron sus pijamas y se metieron en la cama.

—Una comida increíble, ¿no? —murmuró Ron a Harry, a través de las cortinas—. ¡Fuera, *Scabbers*! Te estás comiendo mis sábanas.

Harry estaba a punto de preguntar a Ron si le quedaba alguna tarta de melaza, pero se quedó dormido de inmediato.

Tal vez Harry había comido demasiado, porque tuvo un sueño muy extraño. Tenía puesto el turbante del profesor Quirrell, que le hablaba y le decía que debía pasarse a Slytherin de inmediato, porque ése era su destino. Harry contestó al turbante que no quería estar en Slytherin y el turbante se volvi6 cada vez más pesado. Harry intentó quitárselo, pero le apretaba dolorosamente, y entonces apareció Malfoy, que se burló de él mientras luchaba para quitarse el turbante. Luego Malfoy se convirtió en el profesor de nariz ganchuda, Snape, cuya risa se volvía cada vez más fuerte y fría... Se produjo un estallido de luz verde y Harry se despertó, temblando y empapado en sudor.

Se dio la vuelta y se volvió a dormir. Al día siguiente, cuando se despertó, no recordaba nada de aquel sueño.

8

El profesor de pociones

—Allí, mira.

—¿Dónde?

—Al lado del chico alto y pelirrojo.

—¿El de gafas?

—¿Has visto su cara?

—¿Has visto su cicatriz?

Los murmullos siguieron a Harry desde el momento en que, al día siguiente, salió del dormitorio. Los alumnos que esperaban fuera de las aulas se ponían de puntillas para mirarlo, o se daban la vuelta en los pasillos, observándolo con atención. Harry deseaba que no lo hicieran, porque intentaba concentrarse para encontrar el camino de su clase.

En Hogwarts había 142 escaleras, algunas amplias y despejadas, otras estrechas y destartaladas. Algunas llevaban a un lugar diferente los viernes. Otras tenían un escalón que desaparecía a mitad de camino y había que recordarlo para saltar. Después, había puertas que no se abrían, a menos que uno lo pidiera con amabilidad o les hiciera cosquillas en el lugar exacto, y puertas que, en realidad, no eran sino sólidas paredes que fingían ser puertas. También era muy difícil recordar dónde estaba todo, ya que parecía que las cosas cambiaban de lugar continuamente. Las personas de los retratos seguían visitándose unos a otros, y Harry estaba seguro de que las armaduras podían andar.

Los fantasmas tampoco ayudaban. Siempre era una desagradable sorpresa que alguno se deslizara súbitamente a través de la puerta que se intentaba abrir. Nick Casi Decapitado siempre se sentía contento de señalar el camino indicado a los nuevos Gryffindors, pero Peeves *el Duende* se encargaba de poner puertas cerradas y escaleras con trampas en el camino de los que llegaban tarde a clase. También les tiraba papeleras a la cabeza, corría las alfombras debajo de los pies del que pasaba, les tiraba tizas o, invisible, se deslizaba por detrás, cogía la nariz de alguno y gritaba: ¡TENGO TU NARIZ!

Pero aún peor que Peeves, si eso era posible, era el celador, Argus Filch. Harry y Ron se las arreglaron para chocar con él, en la primera mañana. Filch los encontró tratando de pasar por una puerta que, desgraciadamente, resultó ser la entrada al pasillo prohibido del tercer piso. No les creyó cuando dijeron que estaban perdidos, estaba convencido de que querían entrar a propósito y los amenazó con encerrarlos en los calabozos, hasta que el profesor Quirrell, que pasaba por allí, los rescató.

Filch tenía una gata llamada *Señora Norris*, una criatura flacucha y de color polvoriento, con ojos saltones como linternas, iguales a los de Filch. Patrullaba sola por los pasillos. Si uno infringía una regla delante de ella, o ponía un pie fuera de la línea permitida, se escabullía para buscar a Filch, el cual aparecía

dos segundos más tarde. Filch conocía todos los pasadizos secretos del colegio mejor que nadie (excepto tal vez los gemelos Weasley), y podía aparecer tan súbitamente como cualquiera de los fantasmas. Todos los estudiantes lo detestaban, y la más soñada ambición de muchos era darle una buena patada a la *Señora Norris*.

Y después, cuando por fin habían encontrado las aulas, estaban las clases. Había mucho más que magia, como Harry descubrió muy pronto, mucho más que agitar la varita y decir unas palabras graciosas.

Tenían que estudiar los cielos nocturnos con sus telescopios, cada miércoles a medianoche, y aprender los nombres de las diferentes estrellas y los movimientos de los planetas. Tres veces por semana iban a los invernaderos de detrás del castillo a estudiar Herbología, con una bruja pequeña y regordeta llamada profesora Sprout, y aprendían a cuidar de todas las plantas extrañas y hongos y a descubrir para qué debían utilizarlas.

Pero la asignatura más aburrida era Historia de la Magia, la única clase dictada por un fantasma. El profesor Binns ya era muy viejo cuando se quedó dormido frente a la chimenea del cuarto de profesores y se levantó a la mañana siguiente para dar clase, dejando atrás su cuerpo. Binns hablaba monótonamente, mientras escribía nombres y fechas, y hacia que Elmerico *el Malvado* y Ulrico *el Chiflado* se confundieran.

El profesor Flitwick, el de la clase de Encantamientos, era un brujo diminuto que tenía que subirse a unos cuantos libros para ver por encima de su escritorio. Al comenzar la primera clase, sacó la lista y, cuando llegó al nombre de Harry, dio un chillido de excitación y desapareció de la vista.

La profesora McGonagall era siempre diferente. Harry había tenido razón al pensar que no era una profesora con quien se pudiera tener problemas. Estricta e inteligente, les habló en el primer momento en que se sentaron, el día de su primera clase.

—Transformaciones es una de las magias más complejas y peligrosas que aprenderéis en Hogwarts —dijo—. Cualquiera que pierda el tiempo en mi clase tendrá que irse y no podrá volver. Ya estáis prevenidos.

Entonces transformó un escritorio en un cerdo y luego le devolvió su forma original. Todos estaban muy impresionados y no aguantaban las ganas de empezar, pero muy pronto se dieron cuenta de que pasaría mucho tiempo antes de que pudieran transformar muebles en animales. Después de hacer una cantidad de complicadas anotaciones, les dio a cada uno una cerilla para que intentaran convertirla en una aguja. Al final de la clase, sólo Hermione Granger había hecho algún cambio en la cerilla. La profesora McGonagall mostró a todos cómo se había vuelto plateada y puntiaguda, y dedicó a la niña una excepcional sonrisa.

La clase que todos esperaban era Defensa Contra las Artes Oscuras, pero las lecciones de Quirrell resultaron ser casi una broma. Su aula tenía un fuerte olor a ajo, y todos decían que era para protegerse de un vampiro que había

conocido en Rumania y del que tenía miedo de que volviera a buscarlo. Su turbante, les dijo, era un regalo de un príncipe africano como agradecimiento por haberlo liberado de un molesto zombi, pero ninguno creía demasiado en su historia. Por un lado, porque cuando Seamus Finnigan se mostró deseoso de saber cómo había derrotado al zombi, el profesor Quirrell se ruborizó y comenzó a hablar del tiempo, y por el otro, porque habían notado que el curioso olor salía del turbante, y los gemelos Weasley insistían en que estaba lleno de ajo, para proteger a Quirrell cuando el vampiro apareciera.

Harry se sintió muy aliviado al descubrir que no estaba mucho más atrasado que los demás. Muchos procedían de familias *muggle* y, como él, no tenían ni idea de que eran brujas y magos. Había tantas cosas por aprender que ni siquiera un chico como Ron tenía mucha ventaja.

El viernes fue un día importante para Harry y Ron. Por fin encontraron el camino hacia el Gran Comedor a la hora del desayuno, sin perderse ni una vez.

—¿Qué tenemos hoy? —preguntó Harry a Ron, mientras echaba azúcar en sus cereales.

—Pociones Dobles con los de Slytherin —respondió Ron—. Snape es el Jefe de la Casa Slytherin. Dicen que siempre los favorece a ellos... Ahora veremos si es verdad.

—Ojalá McGonagall nos favoreciera a nosotros —dijo Harry La profesora McGonagall era la jefa de la casa Gryffindor; pero eso no le había impedido darles una gran cantidad de deberes el día anterior.

Justo en aquel momento llegó el correo. Harry ya se había acostumbrado, pero la primera mañana se impresionó un poco cuando unas cien lechuzas entraron súbitamente en el Gran Comedor durante el desayuno, volando sobre las mesas hasta encontrar a sus dueños, para dejarles caer encima cartas y paquetes.

Hedwig no le había llevado nada hasta aquel día. Algunas veces volaba para mordisquearle una oreja y conseguir una tostada, antes de volver a dormir en la lechucería, con las otras lechuzas del colegio. Sin embargo, aquella mañana pasó volando entre la mermelada y la azucarera y dejó caer un sobre en el plato de Harry Este lo abrió de inmediato.

Querido Harry (decía con letra desigual),

sé que tienes las tardes del viernes libres, así que ¿te gustaría venir a tomar una taza de té conmigo, a eso de las tres? Quiero que me cuentes todo lo de tu primera semana. Envíame la respuesta con Hedwig.

Hagrid

Harry cogió prestada la pluma de Ron y contestó: *«Sí, gracias, nos veremos más tarde»*, en la parte de atrás de la nota, y la envió con *Hedwig*.

Fue una suerte que Hagrid hubiera invitado a Harry a tomar el té, porque la clase de Pociones resultó ser la peor cosa que le había ocurrido allí, hasta entonces.

Al comenzar el banquete de la primera noche, Harry había pensado que no le caía bien al profesor Snape. Pero al final de la primera clase de Pociones supo que no se había equivocado. No era sólo que a Snape no le gustara Harry: lo detestaba.

Las clases de Pociones se daban abajo, en un calabozo. Hacía mucho más frío allí que arriba, en la parte principal del castillo, y habría sido igualmente tétrico sin todos aquellos animales conservados, flotando en frascos de vidrio, por todas las paredes.

Snape, como Flitwick, comenzó la clase pasando lista y, como Flitwick, se detuvo ante el nombre de Harry

—Ah, sí —murmuró—. Harry Potter. Nuestra nueva... celebridad.

Draco Malfoy y sus amigos Crabbe y Goyle rieron tapándose la boca. Snape terminó de pasar lista y miró a la clase. Sus ojos eran tan negros como los de Hagrid, pero no tenían nada de su calidez. Eran fríos y vacíos y hacían pensar en túneles oscuros.

—Vosotros estáis aquí para aprender la sutil ciencia y el arte exacto de hacer pociones —comenzó. Hablaba casi en un susurro, pero se le entendía todo. Como la profesora McGonagall, Snape tenía el don de mantener a la clase en silencio, sin ningún esfuerzo—. Aquí habrá muy poco de estúpidos movimientos de varita y muchos de vosotros dudaréis que esto sea magia. No espero que lleguéis a entender la belleza de un caldero hirviendo suavemente, con sus vapores relucientes, el delicado poder de los líquidos que se deslizan a través de las venas humanas, hechizando la mente, engañando los sentidos... Puedo enseñaros cómo embotellar la fama, preparar la gloria, hasta detener la muerte... si sois algo más que los alcornoques a los que habitualmente tengo que enseñar.

Más silencio siguió a aquel pequeño discurso. Harry y Ron intercambiaron miradas con las cejas levantadas. Hermione Granger estaba sentada en el borde de la silla, y parecía desesperada por empezar a demostrar que ella no era un alcornoque.

—¡Potter! —dijo de pronto Snape—. ¿Qué obtendré si añado polvo de raíces de asfódelo a una infusión de ajenjo?

¿Raíz en polvo de qué a una infusión de qué? Harry miró de reojo a Ron, que parecía tan desconcertado como él. La mano de Hermione se agitaba en el aire.

—No lo sé, señor —contestó Harry.

Los labios de Snape se curvaron en un gesto burlón.

—Bah, bah... es evidente que la fama no lo es todo.

No hizo caso de la mano de Hermione.

—Vamos a intentarlo de nuevo, Potter. ¿Dónde buscarías si te digo que me encuentres un bezoar?

Hermione agitaba la mano tan alta en el aire que no necesitaba levantarse del asiento para que la vieran, pero Harry no tenía la menor idea de lo que era un bezoar. Trató de no mirar a Malfoy y a sus amigos, que se desternillaban de risa.

—No lo sé, señor.

—Parece que no has abierto ni un libro antes de venir. ¿No es así, Potter?

Harry se obligó a seguir mirando directamente aquellos ojos fríos. Sí había mirado sus libros en casa de los Dursley, pero ¿cómo esperaba Snape que se acordara de todo lo que había en *Mil hierbas mágicas y hongos*?

Snape seguía haciendo caso omiso de la mano temblorosa de Hermione.

—¿Cuál es la diferencia, Potter; entre acónito y luparia?

Ante eso, Hermione se puso de pie, con el brazo extendido hacia el techo de la mazmorra.

—No lo sé —dijo Harry con calma—. Pero creo que Hermione lo sabe. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

Unos pocos rieron. Harry captó la mirada de Seamus, que le guiñó un ojo. Snape, sin embargo, no estaba complacido.

—Siéntate —gritó a Hermione—. Para tu información, Potter; asfódelo y ajenjo producen una poción para dormir tan poderosa que es conocida como Filtro de Muertos en Vida. Un bezoar es una piedra sacada del estómago de una cabra y sirve para salvarte de la mayor parte de los venenos. En lo que se refiere a acónito y luparia, es la misma planta. Bueno, ¿por qué no lo estáis apuntando todo?

Se produjo un súbito movimiento de plumas y pergaminos. Por encima del ruido, Snape dijo:

—Y se le restará un punto a la casa Gryffindor por tu descaro, Potter.

Las cosas no mejoraron para los Gryffindors a medida que continuaba la clase de Pociones. Snape los puso en parejas, para que mezclaran una poción sencilla para curar forúnculos. Se paseó con su larga capa negra, observando

cómo pesaban ortiga seca y aplastaban colmillos de serpiente, criticando a todo el mundo salvo a Malfoy, que parecía gustarle. En el preciso momento en que les estaba diciendo a todos que miraran la perfección con que Malfoy había cocinado a fuego lento los pedazos de cuernos, multitud de nubes de un ácido humo verde y un fuerte silbido llenaron la mazmorra. De alguna forma, Neville se las había ingeniado para convertir el caldero de Seamus en un engrudo hirviente que se derramaba sobre el suelo, quemando y haciendo agujeros en los zapatos de los alumnos. En segundos, toda la clase estaba subida a sus taburetes, mientras que Neville, que se había empapado en la poción al volcarse sobre él el caldero, gemía de dolor; por sus brazos y piernas aparecían pústulas rojas.

—¡Chico idiota! —dijo Snape con enfado, haciendo desaparecer la poción con un movimiento de su varita—. Supongo que añadiste las púas de erizo antes de sacar el caldero del fuego, ¿no?

Neville lloriqueaba, mientras las pústulas comenzaban a aparecer en su nariz.

—Llévelo a la enfermería —ordenó Snape a Seamus. Luego se acercó a Harry y Ron, que habían estado trabajando cerca de Neville.

—Tu, Harry Potter. ¿Por qué no le dijiste que no pusiera las púas? Pensaste que si se equivocaba quedarías bien, ¿no es cierto? Éste es otro punto que pierdes para Gryffindor.

Aquello era tan injusto que Harry abrió la boca para discutir, pero Ron le dio una patada por debajo del caldero.

—No lo provoques —murmuró—. He oído decir que Snape puede ser muy desagradable.

Una hora más tarde, cuando subían por la escalera para salir de las mazmorras, la mente de Harry era un torbellino y su ánimo estaba por los suelos. Había perdido dos puntos para Gryffindor en su primera semana... ¿Por qué Snape lo odiaba tanto?

—Anímate —dijo Ron—. Snape siempre le quitaba puntos a Fred y a George. ¿Puedo ir a ver a Hagrid contigo?

Salieron del castillo cinco minutos antes de las tres y cruzaron los terrenos que lo rodeaban. Hagrid vivía en una pequeña casa de madera, en el borde del bosque prohibido. Una ballesta y un par de botas de goma estaban al lado de la puerta delantera.

Cuando Harry llamó a la puerta, oyeron unos frenéticos rasguños y varios ladridos. Luego se oyó la voz de Hagrid, diciendo:

—Atrás, *Fang*, atrás.

La gran cara peluda de Hagrid apareció al abrirse la puerta.

—Entrad —dijo— Atrás, *Fang*.

Los dejó entrar, tirando del collar de un imponente perro negro.

Había una sola estancia. Del techo colgaban jamones y faisanes, una cazuela de cobre hervía en el fuego y en un rincón había una cama enorme con una manta hecha de remiendos.

—Estáis en vuestra casa —dijo Hagrid, soltando a *Fang*, que se lanzó contra Ron y comenzó a lamerle las orejas. Como Hagrid, *Fang* era evidentemente mucho menos feroz de lo que parecía.

—Éste es Ron —dijo Harry a Hagrid, que estaba volcando el agua hirviendo en una gran tetera y sirviendo pedazos de pastel.

—Otro Weasley, ¿verdad? —dijo Hagrid, mirando de reojo las pecas de Ron—. Me he pasado la mitad de mi vida ahuyentando a tus hermanos gemelos del bosque.

El pastel casi les rompió los dientes, pero Harry y Ron fingieron que les gustaba, mientras le contaban a Hagrid todo lo referente a sus primeras clases. *Fang* tenía la cabeza apoyada sobre la rodilla de Harry y babeaba sobre su túnica.

Harry y Ron se quedaron fascinados al oír que Hagrid llamaba a Filch «ese viejo bobo».

—Y en lo que se refiere a esa gata, la *Señora Norris*, me gustaría presentársela un día a *Fang*. ¿Sabéis que cada vez que voy al colegio me sigue todo el tiempo? No me puedo librar de ella. Filch la envía a hacerlo.

Harry le contó a Hagrid lo de la clase de Snape. Hagrid, como Ron, le dijo a Harry que no se preocupara, que a Snape no le gustaba ninguno de sus alumnos.

—Pero realmente parece que me odie.

—¡Tonterías! —dijo Hagrid—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Sin embargo, Harry no podía dejar de pensar en que Hagrid había mirado hacia otro lado cuando dijo aquello.

—¿Y cómo está tu hermano Charlie? —preguntó Hagrid a Ron—. Me gustaba mucho, era muy bueno con los animales.

Harry se preguntó si Hagrid no estaba cambiando de tema a propósito. Mientras Ron le hablaba a Hagrid del trabajo de Charles con los dragones, Harry miró el recorte del periódico que estaba sobre la mesa. Era de *El Profeta*.

RECIENTE ASALTO EN GRINGOTTS

Continúan las investigaciones del asalto que tuvo lugar en Gringotts el 31 de julio. Se cree que se debe al trabajo de oscuros magos y brujas desconocidos.

Los gnomos de Gringotts insisten en que no se han llevado nada. La cámara que se registró había sido vaciada aquel mismo día.

«Pero no vamos a decirles qué había allí, así que mantengan las narices fuera de esto, si saben lo que les conviene», declaró esta tarde un gnomo portavoz de Gringotts.

Harry recordó que Ron le había contado en el tren que alguien había tratado de robar en Gringotts, pero su amigo no había mencionado la fecha.

—¡Hagrid! —dijo Harry—. ¡Ese robo en Gringotts sucedió el día de mi cumpleaños! ¡Pudo haber sucedido mientras estábamos allí!

Aquella vez no tuvo dudas: Hagrid decididamente evitó su mirada. Gruñó y le ofreció más pastel. Harry volvió a leer la nota. «La cámara que se registró había sido vaciada aquel mismo día.» Hagrid había vaciado la cámara setecientos trece, si puede llamarse vaciarla a sacar un paquetito arrugado. ¿Sería eso lo que estaban buscando los ladrones?

Mientras Harry y Ron regresaban al castillo para cenar, con los bolsillos llenos del pétreo pastel que fueron demasiado amables para rechazar; Harry pensaba que ninguna de las clases le había hecho reflexionar tanto como aquella merienda con Hagrid. ¿Hagrid habría sacado el paquete justo a tiempo? ¿Dónde podía estar? ¿Sabría algo sobre Snape que no quería decirle?

9

El duelo a medianoche

Harry nunca había creído que pudiera existir un chico al que detestara más que a Dudley, pero eso era antes de haber conocido a Draco Malfoy. Sin embargo, los de primer año de Gryffindor sólo compartían con los de Slytherin

la clase de Pociones, así que no tenía que encontrarse mucho con él. O, al menos, así era hasta que apareció una noticia en la sala común de Gryffindor; que los hizo protestar a todos. Las lecciones de vuelo comenzarían el jueves... y Gryffindor y Slytherin aprenderían juntos.

—Perfecto —dijo en tono sombrío Harry—. Justo lo que siempre he deseado. Hacer el ridículo sobre una escoba delante de Malfoy.

Deseaba aprender a volar más que ninguna otra cosa.

—No sabes aún si vas a hacer un papelón —dijo razonablemente Ron—. De todos modos, sé que Malfoy siempre habla de lo bueno que es en *quidditch*, pero seguro que es pura palabrería.

La verdad es que Malfoy hablaba mucho sobre volar. Se quejaba en voz alta porque los de primer año nunca estaban en los equipos de *quidditch* y contaba largas y jactanciosas historias, que siempre acababan con él escapando de helicópteros pilotados por *muggles*. Pero no era el único: por la forma de hablar de Seamus Finnigan, parecía que había pasado toda la infancia volando por el campo con su escoba. Hasta Ron podía contar a quien quisiera oírlo que una vez casi había chocado contra un planeador con la vieja escoba de Charles. Todos los que procedían de familias de magos hablaban constantemente de *quidditch*. Ron ya había tenido una gran discusión con Dean Thomas, que compartía el dormitorio con ellos, sobre fútbol. Ron no podía ver qué tenía de excitante un juego con una sola pelota, donde nadie podía volar. Harry había descubierto a Ron tratando de animar un cartel de Dean en que aparecía el equipo de fútbol de West Ham, para hacer que los jugadores se movieran.

Neville no había tenido una escoba en toda su vida, porque su abuela no se lo permitía. Harry pensó que ella había actuado correctamente, dado que Neville se las ingeniaba para tener un número extraordinario de accidentes, incluso con los dos pies en tierra.

Hermione Granger estaba casi tan nerviosa como Neville con el tema del vuelo. Eso era algo que no se podía aprender de memoria en los libros, aunque lo había intentado. En el desayuno del jueves, aburrió a todos con estúpidas notas sobre el vuelo que había encontrado en un libro de la biblioteca, llamado *Quidditch a través de los tiempos*. Neville estaba pendiente de cada palabra, desesperado por encontrar algo que lo ayudara más tarde con su escoba, pero todos los demás se alegraron mucho cuando la lectura de Hermione fue interrumpida por la llegada del correo.

Harry no había recibido una sola carta desde la nota de Hagrid, algo que Malfoy ya había notado, por supuesto. La lechuza de Malfoy siempre le llevaba de su casa paquetes con golosinas, que el muchacho abría con perversa satisfacción en la mesa de Slytherin.

Un lechuzón entregó a Neville un paquetito de parte de su abuela. Lo abrió excitado y les enseñó una bola de cristal, del tamaño de una gran canica, que parecía llena de humo blanco.

—¡Es una Recordadora! —explicó—. La abuela sabe que olvido cosas y esto te dice si hay algo que te has olvidado de hacer. Mirad, uno la sujeta así, con fuerza, y si se vuelve roja... oh... —se puso pálido, porque la Recordadora súbitamente se tiñó de un brillo escarlata—... es que has olvidado algo...

Neville estaba tratando de recordar qué era lo que había olvidado, cuando Draco Malfoy que pasaba al lado de la mesa de Gryffindor; le quitó la Recordadora de las manos.

Harry y Ron saltaron de sus asientos. En realidad, deseaban tener un motivo para pelearse con Malfoy, pero la profesora McGonagall, que detectaba problemas más rápido que ningún otro profesor del colegio, ya estaba allí.

—¿Qué sucede?

—Malfoy me ha quitado mi Recordadora, profesora.

Con aire ceñudo, Malfoy dejó rápidamente la Recordadora sobre la mesa.

—Sólo la miraba —dijo, y se alejó, seguido por Crabbe y Goyle.

Aquella tarde, a las tres y media, Harry, Ron y los otros Gryffindors bajaron corriendo los escalones delanteros, hacia el parque, para asistir a su primera clase de vuelo. Era un día claro y ventoso. La hierba se agitaba bajo sus pies mientras marchaban por el terreno inclinado en dirección a un prado que estaba al otro lado del bosque prohibido, cuyos árboles se agitaban tenebrosamente en la distancia.

Los Slytherins ya estaban allí, y también las veinte escobas, cuidadosamente alineadas en el suelo. Harry había oído a Fred y a George Weasley quejarse de las escobas del colegio, diciendo que algunas comenzaban a vibrar si uno volaba muy alto, o que siempre volaban ligeramente torcidas hacia la izquierda.

Entonces llegó la profesora, la señora Hooch. Era baja, de pelo canoso y ojos amarillos como los de un halcón.

—Bueno ¿qué estáis esperando? —bramó—. Cada uno al lado de una escoba. Vamos, rápido.

Harry miró su escoba. Era vieja y algunas de las ramitas de paja sobresalían formando ángulos extraños.

—Extended la mano derecha sobre la escoba —les indicó la señora Hooch— y decid «arriba».

—¡ARRIBA! —gritaron todos.

La escoba de Harry saltó de inmediato en sus manos, pero fue uno de los pocos que lo consiguió. La de Hermione Granger no hizo más que rodar por el suelo y la de Neville no se movió en absoluto. «A lo mejor las escobas saben, como los caballos, cuándo tienes miedo», pensó Harry, y había un temblor en la voz de Neville que indicaba, demasiado claramente, que deseaba mantener sus pies en la tierra.

Luego, la señora Hooch les enseñó cómo montarse en la escoba, sin deslizarse hasta la punta, y recorrió la fila, corrigiéndoles la forma de sujetarla. Harry y Ron se alegraron muchísimo cuando la profesora dijo a Malfoy que lo había estado haciendo mal durante todos esos años.

—Ahora, cuando haga sonar mi silbato, dais una fuerte patada —dijo la señora Hooch—. Mantened las escobas firmes, elevaos un metro o dos y luego bajad inclinándoos suavemente. Preparados... tres... dos...

Pero Neville, nervioso y temeroso de quedarse en tierra, dio la patada antes de que sonara el silbato.

—¡Vuelve, muchacho! —gritó, pero Neville subía en línea recta, como el corcho de una botella... Cuatro metros... seis metros... Harry le vio la cara pálida y asustada, mirando hacia el terreno que se alejaba, lo vio jadear; deslizarse hacia un lado de la escoba y..

BUM... Un ruido horrible y Neville quedó tirado en la hierba. Su escoba seguía subiendo, cada vez más alto, hasta que comenzó a torcer hacia el bosque prohibido y desapareció de la vista.

La señora Hooch se inclinó sobre Neville, con el rostro tan blanco como el del chico.

—La muñeca fracturada —la oyó murmurar Harry—. Vamos, muchacho... Está bien... A levantarse.

Se volvió hacia el resto de la clase.

—No debéis moveros mientras llevo a este chico a la enfermería. Dejad las escobas donde están o estaréis fuera de Hogwarts más rápido de lo que tardéis en decir *quidditch*. Vamos, hijo.

Neville, con la cara surcada de lágrimas y agarrándose la muñeca, cojeaba al lado de la señora Hooch, que lo sostenía.

Casi antes de que pudieran marcharse, Malfoy ya se estaba riendo a carcajadas.

—¿Habéis visto la cara de ese gran zoquete?

Los otros Slytherins le hicieron coro.

—¡Cierra la boca, Malfoy! —dijo Parvati Patil en tono cortante.

—Oh, ¿estás enamorada de Longbottom? —dijo Pansy Parkinson, una chica de Slytherin de rostro duro. Nunca pensé que te podían gustar los gorditos llorones, Parvati.

—¡Mirad! —dijo Malfoy, agachándose y recogiendo algo de la hierba—. Es esa cosa estúpida que le mandó la abuela a Longbottom.

La Recordadora brillaba al sol cuando la cogió.

—Trae eso aquí, Malfoy —dijo Harry con calma. Todos dejaron de hablar para observarlos.

Malfoy sonrió con malignidad.

—Creo que voy a dejarla en algún sitio para que Longbottom la busque... ¿Qué os parece... en la copa de un árbol?

—¡Tráela aquí! —rugió Harry, pero Malfoy había subido a su escoba y se alejaba. No había mentido, sabía volar. Desde las ramas más altas de un roble lo llamó:

—¡Ven a buscarla, Potter!

Harry cogió su escoba.

—¡No! —gritó Hermione Granger—. La señora Hooch dijo que no nos moviéramos. Nos vas a meter en un lío.

Harry no le hizo caso. Le ardían las orejas. Se montó en su escoba, pegó una fuerte patada y subió. El aire agitaba su pelo y su túnica, silbando tras él y, en un relámpago de feroz alegría, se dio cuenta de que había descubierto algo que podía hacer sin que se lo enseñaran. Era fácil, era maravilloso. Empujó su escoba un poquito más, para volar más alto, y oyó los gritos y gemidos de las chicas que lo miraban desde abajo, y una exclamación admirada de Ron.

Dirigió su escoba para enfrentarse a Malfoy en el aire. Éste lo miró asombrado.

—¡Déjala —gritó Harry— o te bajaré de esa escoba!

—Ah, ¿sí? —dijo Malfoy, tratando de burlarse, pero con tono preocupado.

Harry sabía, de alguna manera, lo que tenía que hacer. Se inclinó hacia delante, cogió la escoba con las dos manos y se lanzó sobre Malfoy como una jabalina. Malfoy pudo apartarse justo a tiempo, Harry dio la vuelta y mantuvo firme la escoba. Abajo, algunos aplaudían.

—Aquí no están Crabbe y Goyle para salvarte, Malfoy —exclamó Harry

Parecía que Malfoy también lo había pensado.

—¡Atrápala si puedes, entonces! —gritó. Giró la bola de cristal hacia arriba

y bajó a tierra con su escoba.

Harry vio, como si fuera a cámara lenta, que la bola se elevaba en el aire y luego comenzaba a caer. Se inclinó hacia delante y apuntó el mango de la escoba hacia abajo. Al momento siguiente, estaba ganando velocidad en la caída, persiguiendo a la bola, con el viento silbando en sus orejas mezclándose con los gritos de los que miraban. Extendió la mano y, a unos metros del suelo, la atrapó, justo a tiempo para enderezar su escoba y descender suavemente sobre la hierba, con la Recordadora a salvo.

—¡HARRY POTTER!

Su corazón latió más rápido que nunca. La profesora McGonagall corría hacia ellos. Se puso de pie, temblando.

—Nunca... en todo mis años en Hogwarts...

La profesora McGonagall estaba casi muda de la impresión, y sus gafas centelleaban de furia.

—¿Cómo te has atrevido...? Has podido romperte el cuello...

—No fue culpa de él, profesora...

—Silencio, Parvati.

—Pero Malfoy..

—Ya es suficiente, Weasley. Harry Potter, ven conmigo.

En aquel momento, Harry pudo ver el aire triunfal de Malfoy, Crabbe y Goyle, mientras andaba inseguro tras la profesora McGonagall, de vuelta al castillo. Lo iban a expulsar; lo sabía. Quería decir algo para defenderse, pero no podía controlar su voz. La profesora McGonagall andaba muy rápido, sin siquiera mirarlo. Tenía que correr para alcanzarla. Esta vez sí que lo había hecho. No había durado ni dos semanas. En diez minutos estaría haciendo su maleta. ¿Qué dirían los Dursley cuando lo vieran llegar a la puerta de su casa?

Subieron por los peldaños delanteros y después por la escalera de mármol. La profesora McGonagall seguía sin hablar. Abría puertas y andaba por los pasillos, con Harry corriendo tristemente tras ella. Tal vez lo llevaba ante Dumbledore. Pensó en Hagrid, expulsado, pero con permiso para quedarse como guardabosque. Quizá podría ser el ayudante de Hagrid. Se le revolvió el estómago al imaginarse observando a Ron y los otros convirtiéndose en magos, mientras él andaba por ahí, llevando la bolsa de Hagrid.

La profesora McGonagall se detuvo ante un aula. Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Discúlpeme, profesor Flitwick. ¿Puedo llevarme a Wood un momento?

«¿Wood? —pensó Harry aterrado—. ¿Wood sería el encargado de aplicar

los castigos físicos?»

Pero Wood era sólo un muchacho corpulento de quinto año, que salió de la clase de Flitwick con aire confundido.

—Seguidme los dos —dijo la profesora McGonagall. Avanzaron por el pasillo, Wood mirando a Harry con curiosidad.

—Aquí.

La profesora McGonagall señaló un aula en la que sólo estaba Peeves, ocupado en escribir groserías en la pizarra.

—¡Fuera, Peeves! —dijo con ira la profesora.

Peeves tiró la tiza en un cubo y se marchó maldiciendo. La profesora McGonagall cerró la puerta y se volvió para encararse con los muchachos.

—Potter, éste es Oliver Wood. Wood, te he encontrado un buscador.

La expresión de intriga de Wood se convirtió en deleite.

—¿Está segura, profesora?

—Totalmente —dijo la profesora con vigor—. Este chico tiene un talento natural. Nunca vi nada parecido. ¿Ésta ha sido tu primera vez con la escoba, Potter?

Harry asintió con la cabeza en silencio. No tenía una explicación para lo que estaba sucediendo, pero le parecía que no lo iban a expulsar y comenzaba a sentirse más seguro.

—Atrapó esa cosa con la mano, después de un vuelo de quince metros —explicó la profesora a Wood—. Ni un rasguño. Charlie Weasley no lo habría hecho mejor.

Wood parecía pensar que todos sus sueños se habían hecho realidad.

—¿Alguna vez has visto un partido de *quidditch*, Potter? —preguntó excitado.

—Wood es el capitán del equipo de Gryffindor —aclaró la profesora McGonagall.

—Y tiene el cuerpo indicado para ser buscador —dijo Wood, paseando alrededor de Harry y observándolo con atención—. Ligero, veloz... Vamos a tener que darle una escoba decente, profesora, una Nimbus 2.000 o una Cleansweep 7.

—Hablaré con el profesor Dumbledore para ver si podemos suspender la regla del primer año. Los cielos saben que necesitamos un equipo mejor que el del año pasado. Fuimos aplastados por Slytherin en ese último partido. No

pude mirar a la cara a Severus Snape en vanas semanas...

La profesora McGonagall observó con severidad a Harry, por encima de sus gafas.

—Quiero oír que te entrenas mucho, Potter, o cambiaré de idea sobre tu castigo.

Luego, súbitamente, sonrió.

—Tu padre habría estado orgulloso —dijo—. Era un excelente jugador de *quidditch*.

—Es una broma.

Era la hora de la cena. Harry había terminado de contarle a Ron todo lo sucedido cuando dejó el parque con la profesora McGonagall. Ron tenía un trozo de carne y pastel de riñón en el tenedor; pero se olvidó de llevárselo a la boca.

—¿Buscador? —dijo—. Pero los de primer año nunca... Serías el jugador más joven en...

—Un siglo —terminó Harry, metiéndose un trozo de pastel en la boca. Tenía muchísima hambre después de toda la excitación de la tarde—. Wood me lo dijo.

Ron estaba tan sorprendido e impresionado que se quedó mirándolo boquiabierto.

—Tengo que empezar a entrenarme la semana que viene —dijo Harry—. Pero no se lo digas a nadie, Wood quiere mantenerlo en secreto.

Fred y George Weasley aparecieron en el comedor; vieron a Harry y se acercaron rápidamente.

—Bien hecho —dijo George en voz baja—. Wood nos lo contó. Nosotros también estamos en el equipo. Somos golpeadores.

—Te lo aseguro, vamos a ganar la copa de *quidditch* este curso —dijo Fred—. No la ganamos desde que Charlie se fue, pero el equipo de este año será muy bueno. Tienes que hacerlo bien, Harry. Wood casi saltaba cuando nos lo contó.

—Bueno, tenemos que irnos. Lee Jordan cree que ha descubierto un nuevo pasadizo secreto, fuera del colegio.

—Seguro que es el que hay detrás de la estatua de Gregory Smarmy, que

nosotros encontramos en nuestra primera semana.

Fred y George acababan de desaparecer, cuando se presentaron unos visitantes mucho menos agradables. Malfoy, flanqueado por Crabbe y Goyle.

—¿Comiendo la última cena, Potter? ¿Cuándo coges el tren para volver con los *muggles*?

—Eres mucho más valiente ahora que has vuelto a tierra firme y tienes a tus «amiguitos» —dijo fríamente Harry. Por supuesto que en Crabbe y Goyle no había nada que justificara el diminutivo, pero como la Mesa Alta estaba llena de profesores, no podían hacer más que crujir los nudillos y mirarlo con el ceño fruncido.

—Nos veremos cuando quieras —dijo Malfoy—. Esta noche, si quieres. Un duelo de magos. Sólo varitas, nada de contacto. ¿Qué pasa? Nunca has oído hablar de duelos de magos, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —dijo Ron, interviniendo—. Yo soy su segundo. ¿Cuál es el tuyo?

Malfoy miró a Crabbe y Goyle, valorándolos.

—Crabbe —respondió—. A medianoche, ¿de acuerdo? Nos encontraremos en el salón de los trofeos, nunca se cierra con llave.

Cuando Malfoy se fue, Ron y Harry se miraron.

—¿Qué es un duelo de magos? —preguntó Harry—. ¿Y qué quiere decir que seas mi segundo?

—Bueno, un segundo es el que se hace cargo, si te matan —dijo Ron sin darle importancia. Al ver la expresión de Harry, añadió rápidamente—: Pero la gente sólo muere en los duelos reales, ya sabes, con magos de verdad. Lo máximo que podéis hacer Malfoy y tú es mandaros chispas uno al otro. Ninguno sabe suficiente magia para hacer verdadero daño. De todos modos, seguro que él esperaba que te negaras.

—¿Y si levanto mi varita y no sucede nada?

—La tiras y le das un puñetazo en la nariz —le sugirió Ron.

—Disculpad.

Los dos miraron. Era Hermione Granger.

—¿No se puede comer en paz en este lugar? —dijo Ron.

Hermione no le hizo caso y se dirigió a Harry

—No pude dejar de oír lo que tú y Malfoy estabais diciendo...

—No esperaba otra cosa —murmuró Ron.

—... y no debes andar por el colegio de noche. Piensa en los puntos que perderás para Gryffindor si te atrapan, y lo harán. La verdad es que es muy egoísta de tu parte.

—Y la verdad es que no es asunto tuyo —respondió Harry.

—Adiós —añadió Ron.

De todos modos, pensó Harry, aquello no era lo que llamaría un perfecto final para el día. Estaba acostado, despierto, oyendo dormir a Seamus y a Dean (Neville no había regresado de la enfermería). Ron había pasado toda la velada dándole consejos del tipo de: «Si trata de maldecirte, será mejor que te escapes, porque no recuerdo cómo se hace para pararlo». Tenían grandes probabilidades de que los atraparan Filch o la *Señora Norris*, y Harry sintió que estaba abusando de su suerte al transgredir otra regla del colegio en un mismo día. Por otra parte, el rostro burlón de Malfoy se le aparecía en la oscuridad, y aquélla era la gran oportunidad de vencerlo frente a frente. No podía perderla.

—Once y media —murmuró finalmente Ron—. Mejor nos vamos ya.

Se pusieron las batas, cogieron sus varitas y se lanzaron a través del dormitorio de la torre. Bajaron la escalera de caracol y entraron en la sala común de Gryffindor. Todavía brillaban algunas brasas en la chimenea, haciendo que todos los sillones parecieran sombras negras. Ya casi habían llegado al retrato, cuando una voz habló desde un sillón cercano.

—No puedo creer que vayas a hacer esto, Harry.

Una luz brilló. Era Hermione Granger; con el rostro ceñudo y una bata rosada.

—¡Tu! —dijo Ron furioso—. ¡Vuelve a la cama!

—Estuve a punto de decírselo a tu hermano —contestó enfadada Hermione—. Percy es el prefecto y puede deteneros.

Harry no podía creer que alguien fuera tan entrometido.

—Vamos —dijo a Ron. Empujó el retrato de la Dama Gorda y se metió por el agujero.

Hermione no iba a rendirse tan fácilmente. Siguió a Ron a través del agujero, gruñendo como una gansa enfadada.

—No os importa Gryffindor; ¿verdad? Sólo os importa lo vuestro. Yo no quiero que Slytherin gane la copa de las casas y vosotros vais a perder todos los puntos que yo conseguí de la profesora McGonagall por conocer los encantamientos para cambios.

—Vete.

—Muy bien, pero os he avisado. Recordad todo lo que os he dicho cuando estéis en el tren volviendo a casa m añana. Sois tan...

Pero lo que eran no lo supieron. Hermione había retrocedido hasta el retrato de la Dama Gorda, para volver; y descubrió que la tela estaba vacía. La Dama Gorda se había ido a una visita nocturna y Hermione estaba encerrada, fuera de la torre de Gryffindor.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —preguntó con tono agudo.

—Ése es tu problema —dijo Ron—. Nosotros tenemos que irnos o llegaremos tarde.

No habían llegado al final del pasillo cuando Hermione los alcanzó.

—Voy con vosotros —dijo.

—No lo harás.

—¿No creeréis que me voy a quedar aquí, esperando a que Filch me atrape? Si nos encuentra a los tres, yo le diré la verdad, que estaba tratando de deteneros, y vosotros me apoyaréis.

—Eres una caradura —dijo Ron en voz alta.

—Callaos los dos —dijo Harry en tono cortante—. He oído algo.

Era una especie de respiración.

—¿La *Señora Norris*? —resopló Ron, tratando de ver en la oscuridad.

No era la *Señora Norris*. Era Neville. Estaba enroscado en el suelo, medio dormido, pero se despertó súbitamente al oírlos.

—¡Gracias a Dios que me habéis encontrado! Hace horas que estoy aquí. No podía recordar el nuevo santo y seña para irme a la cama.

—No hables tan alto, Neville. El santo y seña es «hocico de cerdo», pero ahora no te servirá, porque la Dama Gorda se ha ido no sé dónde.

—¿Cómo está tu muñeca? —preguntó Harry

—Bien —contestó, enseñándosela—. La señora Pomfrey me la arregló en un minuto.

—Bueno, mira, Neville, tenemos que ir a otro sitio. Nos veremos más tarde...

—¡No me dejéis! —dijo Neville, tambaléandose—. No quiero quedarme aquí solo. El Barón Sanguinario ya ha pasado dos veces.

Ron miró su reloj y luego echó una mirada furiosa a Hermione y Neville.

—Si nos atrapan por vuestra culpa, no descansaré hasta aprender esa Maldición de los Demonios, de la que nos habló Quirrell, y la utilizaré contra vosotros.

Hermione abrió la boca, tal vez para decir a Ron cómo utilizar la Maldición de los Demonios, pero Harry susurró que se callara y les hizo señas para que avanzaran.

Se deslizaron por pasillos iluminados por el claro de luna, que entraba por los altos ventanales. En cada esquina, Harry esperaba chocar con Filch o la *Señora Norris*, pero tuvieron suerte. Subieron rápidamente por una escalera hasta el tercer piso y entraron de puntillas en el salón de los trofeos.

Malfoy y Crabbe todavía no habían llegado. Las vitrinas con trofeos brillaban cuando las iluminaba la luz de la luna. Copas, escudos, bandejas y estatuas, oro y plata reluciendo en la oscuridad. Fueron bordeando las paredes, vigilando las puertas en cada extremo del salón. Harry empuñó su varita, por si Malfoy aparecía de golpe. Los minutos pasaban.

—Se está retrasando, tal vez se ha acobardado —susurró Ron.

Entonces un ruido en la habitación de al lado los hizo saltar. Harry ya había levantado su varita cuando oyeron unas voces. No era Malfoy.

—Olfatea por ahí, mi tesoro. Pueden estar escondidos en un rincón.

Era Filch, hablando con la *Señora Norris*. Aterrorizado, Harry gesticuló salvajemente para que los demás lo siguieran lo más rápido posible. Se escurrieron silenciosamente hacia la puerta más alejada de la voz de Filch. Neville acababa de pasar, cuando oyeron que Filch entraba en el salón de los trofeos.

—Tienen que estar en algún lado —lo oyeron murmurar—. Probablemente se han escondido.

—¡Por aquí! —señaló Harry a los otros y, aterrados, comenzaron a atravesar una larga galería, llena de armaduras. Podían oír los pasos de Filch, acercándose a ellos. Súbitamente, Neville dejó escapar un chillido de miedo y empezó a correr, tropezó, se aferró a la muñeca de Ron y se golpearon contra una armadura.

Los ruidos eran suficientes para despertar a todo el castillo.

—¡CORRED! —exclamó Harry, y los cuatro se lanzaron por la galería, sin darse la vuelta para ver si Filch los seguía. Pasaron por el quicio de la puerta y corrieron de un pasillo a otro, Harry delante, sin tener ni idea de dónde estaban o adónde iban. Se metieron a través de un tapiz y se encontraron en un pasadizo oculto, lo siguieron y llegaron cerca del aula de Encantamientos, que sabían que estaba a kilómetros del salón de trofeos.

—Creo que lo hemos despistado —dijo Harry, apoyándose contra la pared fría y secándose la frente. Neville estaba doblado en dos, respirando con dificultad.

—Te... lo... dije —añadió Hermione, apretándose el pecho—. Te... lo... dije.

—Tenemos que regresar a la torre Gryffindor —dijo Ron— lo más rápido posible.

—Malfoy te engañó —dijo Hermione a Harry—. Te has dado cuenta, ¿no? No pensaba venir a encontrarse contigo. Filch sabía que iba a haber gente en el salón de los trofeos. Malfoy debió de avisarle.

Harry pensó que probablemente tenía razón, pero no iba a decírselo.

—Vamos.

No sería tan sencillo. No habían dado más de una docena de pasos, cuando se movió un pestillo y alguien salió de un aula que estaba frente a ellos.

Era Peeves. Los vio y dejó escapar un grito de alegría.

—Cállate, Peeves, por favor... Nos vas a delatar.

Peeves cacareó.

—¿Vagabundeando a medianoche, novatos? No, no, no. Malitos, malitos, os agarrarán del cuellecito.

—No, si no nos delatas, Peeves, por favor.

—Debo decírselo a Filch, debo hacerlo —dijo Peeves, con voz de santurrón, pero sus ojos brillaban malévolamente—. Es por vuestro bien, ya lo sabéis.

—Quítate de en medio —ordenó Ron, y le dio un golpe a Peeves. Aquello fue un gran error.

—¡ALUMNOS FUERA DE LA CAMA! —gritó Peeves—. ¡ALUMNOS FUERA DE LA CAMA, EN EL PASILLO DE LOS ENCANTAMIENTOS!

Pasaron debajo de Peeves y corrieron como para salvar sus vidas, recto hasta el final del pasillo, donde chocaron contra una puerta... que estaba cerrada.

—¡Estamos listos! —gimió Ron, mientras empujaban inútilmente la puerta—. ¡Esto es el final!

Podían oír las pisadas: Filch corría lo más rápido que podía hacia el lugar de donde procedían los gritos de Peeves.

—Oh, muévete —ordenó Hermione. Cogió la varita de Harry, golpeó la cerradura y susurró—: *¡Alohomora!*

El pestillo hizo un clic y la puerta se abrió. Pasaron todos, la cerraron rápidamente y se quedaron escuchando.

—¿Adónde han ido, Peeves? —decía Filch—. Rápido, dímelo.

—Di «por favor».

—No me fastidies, Peeves. Dime adónde fueron.

—No diré nada si me lo pides por favor —dijo Peeves, con su molesta vocecita.

—Muy bien... *por favor*.

—¡NADA! Ja, ja. Te dije que no te diría nada si me lo pedías por favor. ¡Ja, ja! —Y oyeron a Peeves alejándose y a Filch maldiciendo enfurecido.

—Él cree que esta puerta está cerrada —susurro Harry—. Creo que nos vamos a escapar. ¡Suéltame, Neville! —Porque Neville le tiraba de la manga desde hacia un minuto—. ¿Qué pasa?

Harry se dio la vuelta y vio, claramente, lo que pasaba. Durante un momento, pensó que estaba en una pesadilla: aquello era demasiado, después de todo lo que había sucedido.

No estaban en una habitación, como él había pensado. Era un pasillo. El pasillo prohibido del tercer piso. Y ya sabían por qué estaba prohibido.

Estaban mirando directamente a los ojos de un perro monstruoso, un perro que llenaba todo el espacio entre el suelo y el techo. Tenía tres cabezas, seis ojos enloquecidos, tres narices que olfateaban en dirección a ellos y tres bocas chorreando saliva entre los amarillentos colmillos.

Estaba casi inmóvil, con los seis ojos fijos en ellos, y Harry supo que la única razón por la que no los había matado ya era porque la súbita aparición lo había cogido por sorpresa. Pero se recuperaba rápidamente: sus profundos gruñidos eran inconfundibles.

Harry abrió la puerta. Entre Filch y la muerte, prefería a Filch.

Retrocedieron y Harry cerró la puerta tras ellos. Corrieron, casi volaron por el pasillo. Filch debía de haber ido a buscarlos a otro lado, porque no lo vieron. Pero no les importaba: lo único que querían era alejarse del monstruo. No dejaron de correr hasta que alcanzaron el retrato de la Dama Gorda en el séptimo piso.

—¿Dónde os habíais metido? —les preguntó, mirando sus rostros sudorosos y rojos y sus batas desabrochadas, colgando de sus hombros.

—No importa... Hocico de cerdo, hocico de cerdo —jadeó Harry, y el retrato se movió para dejarlos pasar. Se atropellaron para entrar en la sala común y se desplomaron en los sillones.

Pasó un rato antes de que nadie hablara. Neville, por otra parte, parecía que nunca más podría decir una palabra.

—¿Qué pretenden, teniendo una cosa así encerrada en el colegio? —dijo finalmente Ron—. Si algún perro necesita ejercicio, es ése.

Hermione había recuperado el aliento y el mal carácter.

—¿Es que no tenéis ojos en la cara? —dijo enfadada—. ¿No visteis lo que había debajo de él?

—¿El suelo? —sugirió Harry—. No miré sus patas, estaba demasiado ocupado observando sus cabezas.

—No, el suelo no. Estaba encima de una trampilla. Es evidente que está vigilando algo.

Se puso de pie, mirándolos indignada.

—Espero que estéis satisfechos. Nos podía haber matado. O peor, expulsado. Ahora, si no os importa, me voy a la cama.

Ron la contempló boquiabierto.

—No, no nos importa —dijo— Nosotros no la hemos arrastrado, ¿no?

Pero Hermione le había dado a Harry algo más para pensar, mientras se metía en la cama. El perro vigilaba algo... ¿Qué había dicho Hagrid? Gringotts era el lugar más seguro del mundo para cualquier cosa que uno quisiera ocultar... excepto tal vez Hogwarts.

Parecía que Harry había descubierto dónde estaba el paquetito arrugado de la cámara setecientos trece.

10

Halloween

Malfoy no podía creer lo que veían sus ojos, cuando vio que Harry y Ron todavía estaban en Hogwarts al día siguiente, con aspecto cansado pero muy alegres. En realidad, por la mañana Harry y Ron pensaron que el encuentro

con el perro de tres cabezas había sido una excelente aventura, y ya estaban preparados para tener otra. Mientras tanto, Harry le habló a Ron del paquete que había sido llevado de Gringotts a Hogwarts, y pasaron largo rato preguntándose qué podía ser aquello para necesitar una protección así.

—Es algo muy valioso, o muy peligroso —dijo Ron.

—O las dos cosas —opinó Harry

Pero como lo único que sabían con seguridad del misterioso objeto era que tenía unos cinco centímetros de largo, no tenían muchas posibilidades de adivinarlo sin otras pistas.

Ni Neville ni Hermione demostraron el menor interés en lo que había debajo del perro y la trampilla. Lo único que le importaba a Neville era no volver a acercarse nunca más al animal.

Hermione se negaba a hablar con Harry y Ron, pero como era una sabihonda mandona, los chicos lo consideraron como un premio. Lo que realmente deseaban en aquel momento era poder vengarse de Malfoy y, para su gran satisfacción, la posibilidad llegó una semana más tarde, por correo.

Mientras las lechuzas volaban por el Gran Comedor, como de costumbre, la atención de todos se fijó de inmediato en un paquete largo y delgado, que llevaban seis lechuzas blancas. Harry estaba tan interesado como los demás en ver qué contenía, y se sorprendió mucho cuando las lechuzas bajaron y dejaron el paquete frente a él, tirando al suelo su tocino. Se estaban alejando, cuando otra lechuza dejó caer una carta sobre el paquete.

Harry abrió el sobre para leer primero la carta y fue una suerte, porque decía:

NO ABRAS EL PAQUETE EN LA MESA *Contiene tu nueva Nimbus 2.000, pero no quiero que todos sepan que te han comprado una escoba, porque también querrán una. Oliver Wood te esperará esta noche en el campo de* quidditch *a las siete, para tu primera sesión de entrenamiento.*

Profesora McGonagall

Harry tuvo dificultades para ocultar su alegría, mientras le alcanzaba la nota a Ron.

—¡Una Nimbus 2.000! —gimió Ron con envidia—. Yo nunca he tocado ninguna.

Salieron rápidamente del comedor para abrir el paquete en privado, antes de la primera clase, pero a mitad de camino se encontraron con Crabbe y

Goyle, que les cerraban el camino. Malfoy le quitó el paquete a Harry y lo examinó.

—Es una escoba —dijo, devolviéndoselo bruscamente, con una mezcla de celos y rencor en su cara—. Esta vez lo has hecho, Potter. Los de primer año no tienen permiso para tener una.

Ron no pudo resistirse.

—No es ninguna escoba vieja —dijo—. Es una Nimbus 2.000. ¿Cuál dijiste que tenías en casa, Malfoy, una Comet 260? —Ron rió con aire burlón—. Las Comet parecen veloces, pero no tienen nada que hacer con las Nimbus.

—¿Qué sabes tú, Weasley, si no puedes comprar ni la mitad del palo? —replicó Malfoy—. Supongo que tú y tus hermanos tenéis que ir reuniendo la escoba ramita a ramita.

Antes de que Ron pudiera contestarle, el profesor Flitwick apareció detrás de Malfoy

—No os estaréis peleando, ¿verdad, chicos? —preguntó con voz chillona.

—A Potter le han enviado una escoba, profesor —dijo rápidamente Malfoy.

—Sí, sí, está muy bien —dijo el profesor Flitwick, mirando radiante a Harry—. La profesora McGonagall me habló de las circunstancias especiales, Potter. ¿Y qué modelo es?

—Una Nimbus 2.000, señor —dijo Harry, tratando de no reír ante la cara de horror de Malfoy—. Y realmente es gracias a Malfoy que la tengo.

Harry y Ron subieron por la escalera, conteniendo la risa ante la evidente furia y confusión de Malfoy.

—Bueno, es verdad —continuó Harry cuando llegaron al final de la escalera de mármol—. Si él no hubiera robado la Recordadora de Neville, yo no estaría en el equipo...

—¿Así que crees que es un premio por quebrantar las reglas? —Se oyó una voz irritada a sus espaldas. Hermione subía la escalera, mirando con aire de desaprobación el paquete de Harry

—Pensaba que no nos hablabas —dijo Harry.

—Sí, continúa así —dijo Ron—. Es mucho mejor para nosotros.

Hermione se alejó con la nariz hacia arriba.

Durante aquel día, Harry tuvo que esforzarse por atender a las clases. Su mente volvía al dormitorio, donde su escoba nueva estaba debajo de la cama, o se iba al campo de *quidditch*, donde aquella misma noche aprendería a jugar. Durante la cena comió sin darse cuenta de lo que tragaba, y luego se apresuró

a subir con Ron, para sacar; por fin, a la Nimbus 2.000 de su paquete.

—Oh —suspiró Ron, cuando la escoba rodó sobre la colcha de la cama de Harry.

Hasta Harry, que no sabía nada sobre las diferencias en las escobas, pensó que parecía maravillosa. Pulida y brillante, con el mango de caoba, tenía una larga cola de ramitas rectas y, escrito en letras doradas: «Nimbus 2.000».

Cerca de las siete, Harry salió del castillo y se encaminó hacia el campo de *quidditch*. Nunca había estado en aquel estadio deportivo. Había cientos de asientos elevados en tribunas alrededor del terreno de juego, para que los espectadores estuvieran a suficiente altura para ver lo que ocurría. En cada extremo del campo había tres postes dorados con aros en la punta. Le recordaron los palitos de plástico con los que los niños *muggles* hacían burbujas, sólo que éstos eran de quince metros de alto.

Demasiado deseoso de volver a volar antes de que llegara Wood, Harry montó en su escoba y do una patada en el suelo. Qué sensación. Subió hasta los postes dorados y luego bajó con rapidez al terreno de juego. La Nimbus 2.000 iba donde él quería con sólo tocarla.

—¡Eh, Potter, baja!

Había llegado Oliver Wood. Llevaba una caja grande de madera debajo del brazo. Harry aterrizó cerca de él.

—Muy bonito —dijo Wood, con los ojos brillantes—. Ya veo lo que quería decir McGonagall, realmente tienes un talento natural. Voy a enseñarte las reglas esta noche y luego te unirás al equipo, para el entrenamiento, tres veces por semana.

Abrió la caja. Dentro había cuatro pelotas de distinto tamaño.

—Bueno —dijo Wood—. El *quidditch* es fácil de entender; aunque no tan fácil de jugar. Hay siete jugadores en cada equipo. Tres se llaman cazadores.

—Tres cazadores —repitió Harry, mientras Wood sacaba una pelota rojo brillante, del tamaño de un balón de fútbol.

—Esta pelota se llama *quaffle* —dijo Wood—. Los cazadores se tiran la *quaffle* y tratan de pasarla por uno de los aros de gol. Obtienen diez puntos cada vez que la *quaffle* pasa por un aro. ¿Me sigues?

—Los cazadores tiran la *quaffle* y la pasan por los aros de gol —recitó Harry—. Entonces es una especie de baloncesto, pero con escobas y seis canastas.

—¿Qué es el baloncesto? —preguntó Wood.

—Olvídalo —respondió rápidamente Harry

—Hay otro jugador en cada lado, que se llama guardián. Yo soy guardián de Gryffindor. Tengo que volar alrededor de nuestros aros y detener los lanzamientos del otro equipo.

—Tres cazadores y un guardián —dijo Harry, decidido a recordarlo todo—. Y juegan con la *quaffle*. Perfecto, ya lo tengo. ¿Y para qué son ésas? —Señaló las tres pelotas restantes.

—Ahora te lo enseñaré—dijo Wood—. Toma esto.

Dio a Harry un pequeño palo, parecido a un bate de béisbol.

—Voy a enseñarte para qué son —dijo Wood—. Esas dos son las *bludgers*.

Enseñó a Harry dos pelotas idénticas, pero negras y un poco más pequeñas que la roja *quaffle*. Harry notó que parecían querer escapar de las tiras que las sujetaban dentro de la caja.

—Quédate atrás —previno Wood a Harry. Se inclinó y soltó una de las *bludgers*.

De inmediato, la pelota negra se elevó en el aire y se lanzó contra la cara de Harry. Harry la rechazó con el bate, para impedir que le rompiera la nariz, y la mandó volando por el aire. Pasó zumbando alrededor de ellos y luego se tiró contra Wood, que se las arregló para sujetarla contra el suelo.

—¿Ves? —dijo Wood jadeando, metiendo la pelota en la caja a la fuerza y asegurándola con las tiras—. Las *bludgers* andan por ahí, tratando de derribar a los jugadores de las escobas. Por eso hay dos golpeadores en cada equipo (los gemelos Weasley son los nuestros). Su trabajo es proteger a su equipo de las *bludgers* y desviarlas hacia el equipo contrario. ¿Lo has entendido?

—Tres cazadores tratan de hacer puntos con la *quaffle*, el guardián vigila los aros y los golpeadores mantienen alejadas las *bludgers* de su equipo —resumió Harry.

—Muy bien —dijo Wood.

—Hum... ¿han matado las *bludgers* alguna vez a alguien? —preguntó Harry, deseando que no se le notara la preocupación.

—Nunca en Hogwarts. Hemos tenido algunas mandíbulas rotas, pero nada peor hasta ahora. Bueno, el último miembro del equipo es el buscador. Ese eres tú. Y no tienes que preocuparte por la *quaffle* o las *bludgers*...

—Amenos que me rompan la cabeza.

—Tranquilo, los Weasley son los oponentes perfectos para las *bludgers*. Quiero decir que ellos son como una pareja de *bludgers* humanos.

Wood buscó en la caja y sacó la última pelota. Comparada con las otras,

era pequeña, del tamaño de una nuez grande. Era de un dorado brillante y con pequeñas alas plateadas.

—Esta dorada —continuó Wood— es la *snitch*. Es la pelota más importante de todas. Cuesta mucho de atrapar por lo rápida y difícil de ver que es. El trabajo del buscador es atraparla. Tendrás que ir y venir entre cazadores, golpeadores, la *quaffle* y las *bludgers*, antes de que la coja el otro buscador, porque cada vez que un buscador la atrapa, su equipo gana ciento cincuenta puntos extra, así que prácticamente acaba siendo el ganador. Por eso molestan tanto a los buscadores. Un partido de *quidditch* sólo termina cuando se atrapa la *snitch*, así que puede durar muchísimo. Creo que el record fue tres meses. Tenían que traer sustitutos para que los jugadores pudieran dormir... Bueno, eso es todo. ¿Alguna pregunta?

Harry negó con la cabeza. Entendía muy bien lo que tenía que hacer; el problema era conseguirlo.

—Todavía no vamos a practicar con la *snitch* —dijo Wood, guardándola con cuidado en la caja—. Está demasiado oscuro y podríamos perderla. Vamos a probar con unas pocas de éstas.

Sacó una bolsa con pelotas de golf de su bolsillo y, unos pocos minutos más tarde, Wood y Harry estaban en el aire. Wood tiraba las pelotas de golf lo más fuertemente que podía en todas las direcciones, para que Harry las atrapara. Éste no perdió ni una y Wood estaba muy satisfecho. Después de media hora se hizo de noche y no pudieron continuar.

—La copa de *quidditch* llevará nuestro nombre este año —dijo Wood lleno de alegría mientras regresaban al castillo—. No me sorprendería que resultaras ser mejor jugador que Charles Weasley. Él podría jugar en el equipo de Inglaterra si no se hubiera ido a cazar dragones.

Tal vez fue porque estaba ocupado tres noches a la semana con las prácticas de *quidditch*, además de todo el trabajo del colegio, la razón por la que Harry se sorprendió al comprobar que ya llevaba dos meses en Hogwarts. El castillo era mucho más su casa de lo que nunca había sido Privet Drive. Sus clases, también, eran cada vez más interesantes, una vez aprendidos los principios básicos.

En la mañana de Halloween se despertaron con el delicioso aroma de calabaza asada flotando por todos los pasillos. Pero lo mejor fue que el profesor Flitwick anunció en su clase de Encantamientos que pensaba que ya estaban listos para empezar a hacer volar objetos, algo que todos se morían por hacer; desde que vieron cómo hacía volar el sapo de Neville. El profesor Flitwick puso a la clase por parejas para que practicaran. La pareja de Harry era Seamus Finnigan (lo que fue un alivio, porque Neville había tratado de llamar su atención). Ron, sin embargo, tuvo que trabajar con Hermione

Granger. Era difícil decir quién estaba más enfadado de los dos. La muchacha no les hablaba desde el día en que Harry recibió su escoba.

—Y ahora no os olvidéis de ese bonito movimiento de muñeca que hemos estado practicando —dijo con voz aguda el profesor; subido a sus libros, como de costumbre—. Agitar y golpear; recordad, agitar y golpear. Y pronunciar las palabras mágicas correctamente es muy importante también, no os olvidéis nunca del mago Baruffio, que dijo «ese» en lugar de «efe» y se encontró tirado en el suelo con un búfalo en el pecho.

Era muy difícil. Harry y Seamus agitaron y golpearon, pero la pluma que debía volar hasta el techo no se movía del pupitre. Seamus se puso tan impaciente que la pinchó con su varita y le prendió fuego, y Harry tuvo que apagarlo con su sombrero.

Ron, en la mesa próxima, no estaba teniendo mucha más suerte.

—*¡Wingardium leviosa!* —gritó, agitando sus largos brazos como un molino.

—Lo estás diciendo mal. —Harry oyó que Hermione lo reñía—. Es *Win-gar-dium levi-o-sa*, pronuncia *gar* más claro y más largo.

—Dilo, tú, entonces, si eres tan inteligente —dijo Ron con rabia.

Hermione se arremangó las mangas de su túnica, agitó la varita y dijo las palabras mágicas. La pluma se elevó del pupitre y llegó hasta más de un metro por encima de sus cabezas.

—¡Oh, bien hecho! —gritó el profesor Flitwick, aplaudiendo—. ¡Mirad, Hermione Granger lo ha conseguido!

Al finalizar la clase, Ron estaba de muy mal humor.

—No es raro que nadie la aguante —dijo a Harry, cuando se abrían paso en el pasillo—. Es una pesadilla, te lo digo en serio.

Alguien chocó contra Harry. Era Hermione. Harry pudo ver su cara y le sorprendió ver que estaba llorando.

—Creo que te ha oído.

—¿Y qué? —dijo Ron, aunque parecía un poco incómodo—. Ya debe de haberse dado cuenta de que no tiene amigos.

Hermione no apareció en la clase siguiente y no la vieron en toda la tarde. De camino al Gran Comedor, para la fiesta de Halloween, Harry y Ron oyeron que Parvati Patil le decía a su amiga Lavender que Hermione estaba llorando en el cuarto de baño de las niñas y que deseaba que la dejaran sola. Ron pareció más molesto aún, pero un momento más tarde habían entrado en el Gran Comedor; donde las decoraciones de Halloween les hicieron olvidar a Hermione.

Mil murciélagos aleteaban desde las paredes y el techo, mientras que otro millar más pasaba entre las mesas, como nubes negras, haciendo temblar las velas de las calabazas. El festín apareció de pronto en los platos dorados, como había ocurrido en el banquete de principio de año.

Harry se estaba sirviendo una patata con su piel, cuando el profesor Quirrell llegó rápidamente al comedor; con el turbante torcido y cara de terror. Todos lo contemplaron mientras se acercaba al profesor Dumbledore, se apoyaba sobre la mesa y jadeaba:

—Un trol... en las mazmorras... Pensé que debía saberlo.

Y se desplomó en el suelo.

Se produjo un tumulto. Para que se hiciera el silencio, el profesor Dumbledore tuvo que hacer salir varios fuegos artificiales de su varita.

—Prefectos —exclamó—, conducid a vuestros grupos a los dormitorios, de inmediato.

Percy estaba en su elemento.

—¡Seguidme! ¡Los de primer año, manteneos juntos! ¡No necesitáis temer al trol si seguís mis órdenes! Ahora, venid conmigo. Haced sitio, tienen que pasar los de primer año. ¡Perdón, soy un prefecto!

—¿Cómo ha podido entrar aquí un trol? —preguntó Harry, mientras subían por la escalera.

—No tengo ni idea, parece ser que son realmente estúpidos —dijo Ron—. Tal vez Peeves lo dejó entrar; como broma de Halloween.

Pasaron entre varios grupos de alumnos que corrían en distintas direcciones. Mientras se abrían camino entre un tumulto de confundidos Hufflepuffs, Harry súbitamente se aferró al brazo de Ron.

—¡Acabo de acordarme... Hermione!

—¿Qué pasa con ella?

—No sabe nada del trol.

Ron se mordió el labio.

—Oh, bueno —dijo enfadado—. Pero que Percy no nos vea.

Se agacharon y se mezclaron con los Hufflepuffs que iban hacia el otro lado, se deslizaron por un pasillo desierto y corrieron hacia el cuarto de baño de las niñas. Acababan de doblar una esquina cuando oyeron pasos rápidos a sus espaldas.

—¡Percy! —susurró Ron, empujando a Harry detrás de un gran buitre de

piedra.

Sin embargo, al mirar; no vieron a Percy, sino a Snape. Cruzó el pasillo y desapareció de la vista.

—¿Qué es lo que está haciendo? —murmuró Harry—. ¿Por qué no está en las mazmorras, con el resto de los profesores?

—No tengo la menor idea.

Lo más silenciosamente posible, se arrastraron por el otro pasillo, detrás de los pasos apagados del profesor.

—Se dirige al tercer piso —dijo Harry, pero Ron levantó la mano.

—¿No sientes un olor raro?

Harry olfateó y un aroma especial llegó a su nariz, una mezcla de calcetines sucios y baño público que nadie limpia.

Y lo oyeron, un gruñido y las pisadas inseguras de unos pies gigantescos. Ron señaló al fondo del pasillo, a la izquierda. Algo enorme se movía hacia ellos. Se ocultaron en las sombras y lo vieron surgir a la luz de la luna.

Era una visión horrible. Más de tres metros y medio de alto y tenía la piel de color gris piedra, un descomunal cuerpo deforme y una pequeña cabeza pelada. Tenía piernas cortas, gruesas como troncos de árbol, y pies achatados y deformes. El olor que despedía era increíble. Llevaba un gran bastón de madera que arrastraba por el suelo, porque sus brazos eran muy largos.

El monstruo se detuvo en una puerta y miró hacia el interior. Agitó sus largas orejas, tomando decisiones con su minúsculo cerebro, y luego entró lentamente en la habitación.

—La llave está en la cerradura —susurró Harry—. Podemos encerrarlo allí.

—Buena idea —respondió Ron con voz agitada.

Se acercaron hacia la puerta abierta con la boca seca, rezando para que el trol no decidiera salir. De un gran salto, Harry pudo empujar la puerta y echarle la llave.

—¡Sí!

Animados con la victoria, comenzaron a correr por el pasillo para volver, pero al llegar a la esquina oyeron algo que hizo que sus corazones se detuvieran: un grito agudo y aterrorizado, que procedía del lugar que acababan de cerrar con llave.

—Oh, no —dijo Ron, tan pálido como el Barón Sanguinario.

—¡Es el cuarto de baño de las chicas! —bufó Harry.

—¡Hermione! —dijeron al unísono.

Era lo último que querían hacer; pero ¿qué opción les quedaba? Volvieron a toda velocidad hasta la puerta y dieron la vuelta a la llave, resoplando de miedo. Harry empujó la puerta y entraron corriendo.

Hermione Granger estaba agazapada contra la pared opuesta, con aspecto de estar a punto de desmayarse. El personaje deforme avanzaba hacia ella, chocando contra los lavamanos.

—¡Distráelo! —gritó Harry desesperado y tirando de un grifo, lo arrojó con toda su fuerza contra la pared.

El trol se detuvo a pocos pasos de Hermione. Se balanceó, parpadeando con aire estúpido, para ver quién había hecho aquel ruido. Sus ojitos malignos detectaron a Harry Vaciló y luego se abalanzó sobre él, levantando su bastón.

—¡Eh, cerebro de guisante! —gritó Ron desde el otro extremo, tirándole una cañería de metal. El ser deforme no pareció notar que la cañería lo golpeaba en la espalda, pero sí oyó el aullido y se detuvo otra vez, volviendo su horrible hocico hacia Ron y dando tiempo a Harry para correr.

—¡Vamos, corre, corre! —Harry gritó a Hermione, tratando de empujarla hacia la puerta, pero la niña no se podía mover. Seguía agazapada contra la pared, con la boca abierta de miedo.

Los gritos y los golpes parecían haber enloquecido al trol. Se volvió y se enfrentó con Ron, que estaba más cerca y no tenía manera de escapar.

Entonces Harry hizo algo muy valiente y muy estúpido: corrió, dando un gran salto y se colgó, por detrás, del cuello de aquel monstruo. La atroz criatura no se daba cuenta de que Harry colgaba de su espalda, pero hasta un ser así podía sentirlo si uno le clavaba un palito de madera en la nariz, pues la varita de Harry todavía estaba en su mano cuando saltó y se había introducido directamente en uno de los orificios nasales del trol.

Chillando de dolor; el trol se agitó y sacudió su bastón, con Harry colgado de su cuello y luchando por su vida. En cualquier momento el monstruo lo destrozaría, o le daría un golpe terrible con el bastón.

Hermione estaba tirada en el suelo, aterrorizada. Ron empuñó su propia varita, sin saber qué iba a hacer; y se oyó gritar el primer hechizo que se le ocurrió:

—¡Wingardium leviosa!

El bastón salió volando de las manos del trol, se elevó, muy arriba, y luego dio la vuelta y se dejó caer con fuerza sobre la cabeza de su dueño. El trol se balanceó y cayó boca abajo con un ruido que hizo temblar la habitación.

Harry se puso de pie. Le faltaba el aire. Ron estaba allí, con la varita todavía levantada, contemplando su obra.

Hermione fue la que habló primero.

—¿Está... muerto?

—No lo creo —dijo Harry—. Supongo que está desmayado.

Se inclinó y retiró su varita de la nariz del trol. Estaba cubierta por una gelatina gris.

—Puaj... qué asco.

La limpió en la piel del trol.

Un súbito portazo y fuertes pisadas hicieron que los tres se sobresaltaran. No se habían dado cuenta de todo el ruido que habían hecho, pero, por supuesto, abajo debían haber oído los golpes y los gruñidos del trol. Un momento después, la profesora McGonagall entraba apresuradamente en la habitación, seguida por Snape y Quirrell, que cerraban la marcha. Quirrell dirigió una mirada al monstruo, se le escapó un gemido y se dejó caer en un inodoro, apretándose el pecho.

Snape se inclinó sobre el trol. La profesora McGonagall miraba a Ron y Harry Nunca la habían visto tan enfadada. Tenía los labios blancos. Las esperanzas de ganar cincuenta puntos para Gryffindor se desvanecieron rápidamente de la mente de Harry.

—¿En qué estabais pensando, por todos los cielos? —dijo la profesora McGonagall, con una furia helada. Harry miró a Ron, todavía con la varita levantada—. Tenéis suerte de que no os haya matado. ¿Por qué no estabais en los dormitorios?

Snape dirigió a Harry una mirada aguda e inquisidora. Harry clavó la vista en el suelo. Deseó que Ron pudiera esconder la varita.

Entonces, una vocecita surgió de las sombras.

—Por favor; profesora McGonagall... Me estaban buscando a mí.

—¡Hermione Granger!

Hermione finalmente se había puesto de pie.

—Yo vine a buscar al trol porque yo... yo pensé que podía vencerlo, porque, ya sabe, había leído mucho sobre el tema.

Ron dejó caer su varita. ¿Hermione Granger diciendo una mentira a su profesora?

—Si ellos no me hubieran encontrado, yo ahora estaría muerta. Harry le clavó su varita en la nariz y Ron lo hizo golpearse con su propio bastón. No tuvieron tiempo de ir a buscar ayuda. Estaba a punto de matarme cuando ellos llegaron.

Harry y Ron trataron de no poner cara de asombro.

—Bueno... en ese caso —dijo la profesora McGonagall, contemplando a los tres niños—... Hermione Granger; eres una tonta. ¿Cómo creías que ibas a derrotar a un trol gigante tú sola?

Hermione bajó la cabeza. Harry estaba mudo. Hermione era la última persona que haría algo contra las reglas, y allí estaba, fingiendo una infracción para librarlos a ellos del problema. Era como si Snape empezara a repartir golosinas.

—Hermione Granger, por esto Gryffindor perderá cinco puntos —dijo la profesora McGonagall—. Estoy muy desilusionada por tu conducta. Si no te ha hecho daño, mejor que vuelvas a la torre Gryffindor. Los alumnos están terminando la fiesta en sus casas.

Hermione se marchó.

La profesora McGonagall se volvió hacia Harry y Ron.

—Bueno, sigo pensando que tuvisteis suerte, pero no muchos de primer año podrían derrumbar a esta montaña. Habéis ganado cinco puntos cada uno para Gryffindor. El profesor Dumbledore será informado de esto. Podéis iros.

Salieron rápidamente y no hablaron hasta subir dos pisos. Era un alivio estar fuera del alcance del olor del trol, además del resto.

—Tendríamos que haber obtenido más de diez puntos—se quejó Ron.

—Cinco, querrás decir; una vez que se descuenten los de Hermione.

—Se portó muy bien al sacarnos de este lío —admitió Ron—. Claro que nosotros la salvamos.

—No habría necesitado que la salváramos si no hubiéramos encerrado esa cosa con ella —le recordó Harry.

Habían llegado al retrato de la Dama Gorda.

—Hocico de cerdo —dijeron, y entraron.

La sala común estaba llena de gente y ruidos. Todos comían lo que les habían subido. Hermione, sin embargo, estaba sola, cerca de la puerta, esperándolos. Se produjo una pausa muy incómoda. Luego, sin mirarse, todos dieron: «Gracias» y corrieron a buscar platos para comer.

Pero desde aquel momento Hermione Granger se convirtió en su amiga. Hay algunas cosas que no se pueden compartir sin terminar unidos, y derrumbar un trol de tres metros y medio es una de esas cosas.

11

Quidditch

Cuando empezó el mes de noviembre, el tiempo se volvió muy frío. Las montañas cercanas al colegio adquirieron un tono gris de hielo y el lago parecía de acero congelado. Cada mañana, el parque aparecía cubierto de escarcha. Por las ventanas de arriba veían a Hagrid descongelando las escobas en el campo de *quidditch*, enfundado en un enorme abrigo de piel de topo, guantes de pelo de conejo y enormes botas de piel de castor.

Iba a comenzar la temporada de *quidditch*. Aquel sábado, Harry jugaría su primer partido, después de semanas de entrenamiento: Gryffindor contra Slytherin. Si Gryffindor ganaba, pasarían a ser segundos en el campeonato de las casas.

Casi nadie había visto jugar a Harry, porque Wood había decidido que sería su arma secreta. Harry también debía mantenerlo en secreto. Pero la noticia de que iba a jugar como buscador se había filtrado, y Harry no sabía qué era peor: que le dijeran que lo haría muy bien o que sería un desastre.

Era realmente una suerte que Harry tuviera a Hermione como amiga. No sabía cómo habría terminado todos sus deberes sin la ayuda de ella, con todo el entrenamiento de *quidditch* que Wood le exigía. La niña también le había prestado *Quidditch a través de los tiempos*, que resultó ser un libro muy interesante.

Harry se enteró de que había setecientas formas de cometer una falta y de que todas se habían consignado durante los Mundiales de 1473; que los buscadores eran habitualmente los jugadores más pequeños y veloces, y que los accidentes más graves les sucedían a ellos; que, aunque la gente no moría jugando al *quidditch*, se sabía de árbitros que habían desaparecido, para reaparecer meses después en el desierto del Sahara.

Hermione se había vuelto un poco más flexible en lo que se refería a quebrantar las reglas, desde que Harry y Ron la salvaron del monstruo, y era mucho más agradable. El día anterior al primer partido de Harry los tres estaban fuera, en el patio helado, durante un recreo, y la muchacha había hecho aparecer un brillante fuego azul, que podían llevar con ellos, en un frasco de mermelada. Estaban de espaldas al fuego para calentarse cuando Snape cruzó el patio. De inmediato, Harry se dio cuenta de que Snape cojeaba. Los

tres chicos se apiñaron para tapar el fuego, ya que no estaban seguros de que aquello estuviera permitido. Por desgracia, algo en sus rostros culpables hizo detener a Snape. Se dio la vuelta, arrastrando la pierna. No había visto el fuego, pero parecía buscar una razón para regañarlos.

—¿Qué tienes ahí, Potter?

Era el libro sobre *quidditch*. Harry se lo enseñó.

—Los libros de la biblioteca no pueden sacarse fuera del colegio —dijo Snape—. Dámelo. Cinco puntos menos para Gryffindor.

—Seguro que se ha inventado esa regla —murmuró Harry con furia, mientras Snape se alejaba cojeando—. Me pregunto qué le pasa en la pierna.

—No sé, pero espero que le duela mucho —dijo Ron con amargura.

En la sala común de Gryffindor había mucho ruido aquella noche. Harry, Ron y Hermione estaban sentados juntos, cerca de la ventana. Hermione estaba repasando los deberes de Harry y Ron sobre Encantamientos. Nunca los dejaba copiar («¿cómo vais a aprender?»), pero si le pedían que revisara los trabajos les explicaba las respuestas correctas.

Harry se sentía inquieto. Quería recuperar su libro sobre *quidditch*, para mantener la mente ocupada y no estar nervioso por el partido del día siguiente. ¿Por qué iba a temer a Snape? Se puso de pie y dijo a Ron y Hermione que le preguntaría a Snape si podía devolverle el libro.

—Yo no lo haría —dijeron al mismo tiempo, pero Harry pensaba que Snape no se iba a negar, si había otros profesores presentes.

Bajó a la sala de profesores y llamó. No hubo respuesta. Llamó otra vez. Nada.

¿Tal vez Snape había dejado el libro allí? Valía la pena intentarlo. Empujó un poco la puerta, miró antes de entrar... y sus ojos captaron una escena horrible.

Snape y Filch estaban allí, solos. Snape tenía la túnica levantada por encima de las rodillas. Una de sus piernas estaba magullada y llena de sangre. Filch le estaba alcanzando unas vendas.

—Esa cosa maldita... —decía Snape—. ¿Cómo puede uno vigilar a tres cabezas al mismo tiempo?

Harry intentó cerrar la puerta sin hacer ruido, pero...

—¡POTTER!

El rostro de Snape estaba crispado de furia y dejó caer su túnica rápidamente, para ocultar la pierna herida. Harry tragó saliva.

—Me preguntaba si me podía devolver mi libro —dijo.

—¡FUERA! ¡FUERA DE AQUÍ!

Harry se fue, antes de que Snape pudiera quitarle puntos para Gryffindor. Subió corriendo la escalera.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Ron, cuando se reunió con ellos—. ¿Qué ha pasado?

Entre susurros, Harry les contó lo que había visto.

—¿Sabéis lo que quiere decir? —terminó sin aliento—. ¡Que trató de pasar por donde estaba el perro de tres cabezas, en Halloween! Allí se dirigía cuando lo vimos... ¡Iba a buscar lo que sea que tengan guardado allí! ¡Y apuesto mi escoba a que fue él quien dejó entrar al monstruo, para distraer la atención!

Hermione tenía los ojos muy abiertos.

—No, no puede ser —dijo—. Sé que no es muy bueno, pero no iba a tratar de robar algo que Dumbledore está custodiando.

—De verdad, Hermione, tú crees que todos los profesores son santos o algo parecido —dijo enfadado Ron—. Yo estoy con Harry. Creo que Snape es capaz de cualquier cosa. Pero ¿qué busca? ¿Qué es lo que guarda el perro?

Harry se fue a la cama con aquellas preguntas dando vueltas en su cabeza. Neville roncaba con fuerza, pero Harry no podía dormir. Trató de no pensar en nada (necesitaba dormir; debía hacerlo, tenía su primer partido de *quidditch* en pocas horas) pero la expresión de la cara de Snape cuando Harry vio su pierna era difícil de olvidar.

La mañana siguiente amaneció muy brillante y fría. El Gran Comedor estaba inundado por el delicioso aroma de las salchichas fritas y las alegres charlas de todos, que esperaban un buen partido de *quidditch*.

—Tienes que comer algo para el desayuno.

—No quiero nada.

—Aunque sea un pedazo de tostada —suplicó Hermione.

—No tengo hambre.

Harry se sentía muy mal. En cualquier momento echaría a andar hacia el terreno de juego.

—Harry, necesitas fuerza —dijo Seamus Finnigan—. Los únicos que el otro equipo marca son los buscadores.

—Gracias, Seamus —respondió Harry, observando cómo llenaba de salsa de tomate sus salchichas.

A las once de la mañana, todo el colegio parecía estar reunido alrededor del campo de *quidditch*. Muchos alumnos tenían prismáticos. Los asientos podían elevarse pero, incluso así, a veces era difícil ver lo que estaba sucediendo.

Ron y Hermione se reunieron con Seamus y Dean en la grada más alta. Para darle una sorpresa a Harry, habían transformado en pancarta una de las sábanas que *Scabbers* había estropeado. Decía: «Potter; presidente», y Dean, que dibujaba bien, había trazado un gran león de Gryffindor. Luego Hermione había realizado un pequeño hechizo y la pintura brillaba, cambiando de color.

Mientras tanto, en los vestuarios, Harry y el resto del equipo se estaban cambiando para ponerse las túnicas color escarlata de *quidditch* (Slytherin jugaba de verde).

Wood se aclaró la garganta para pedir silencio.

—Bueno, chicos —dijo.

—Y chicas —añadió la cazadora Angelina Johnson.

—Y chicas —dijo Wood—. Éste es...

—El grande —dijo Fred Weasley

—El que estábamos esperando —dijo George.

—Nos sabemos de memoria el discurso de Oliver —dijo Fred a Harry—. Estábamos en el equipo el año pasado.

—Callaos los dos —ordenó Wood—. Éste es el mejor equipo que Gryffindor ha tenido en muchos años. Y vamos a ganar.

Les lanzó una mirada que parecía decir: «Si no...».

—Bien. Ya es la hora. Buena suerte a todos.

Harry siguió a Fred y George fuera del vestuario y, esperando que las rodillas no le temblaran, pisó el terreno de juego entre vítores y aplausos.

La señora Hooch hacía de árbitro. Estaba en el centro del campo, esperando a los dos equipos, con su escoba en la mano.

—Bien, quiero un partido limpio y sin problemas, por parte de todos —dijo cuando estuvieron reunidos a su alrededor.

Harry notó que parecía dirigirse especialmente al capitán de Slytherin,

Marcus Flint, un muchacho de quinto año. Le pareció que tenía un cierto parentesco con el trol gigante. Con el rabillo del ojo, vio el estandarte brillando sobre la muchedumbre: «Potter; presidente». Se le aceleró el corazón. Se sintió más valiente.

—Montad en vuestras escobas, por favor.

Harry subió a su Nimbus 2.000.

La señora Hooch dio un largo pitido con su silbato de plata. Quince escobas se elevaron, alto, muy alto en el aire. Y estaban muy lejos.

—Y la *quaffle* es atrapada de inmediato por Angelina Johnson de Gryffindor... Qué excelente cazadora es esta joven y, a propósito, también es muy guapa...

—¡JORDAN!

—Lo siento, profesora.

El amigo de los gemelos Weasley, Lee Jordan, era el comentarista del partido, vigilado muy de cerca por la profesora McGonagall.

—Y realmente golpea bien, un buen pase a Alicia Spinnet, el gran descubrimiento de Oliver Wood, ya que el año pasado estaba en reserva... Otra vez Johnson y.. No, Slytherin ha cogido la *quaffle*, el capitán de Slytherin, Marcus Flint se apodera de la *quaffle* y allá va... Flint vuela como un águila... está a punto de... no, lo detiene una excelente jugada del guardián Wood de Gryffindor y Gryffindor tiene la *quaffle*... Aquí está la cazadora Katie Bell de Gryffindor; buen vuelo rodeando a Flint, vuelve a elevarse del terreno de juego y.. ¡Aaayyyy!, eso ha tenido que dolerle, un golpe de *bludger* en la nuca... La *quaffle* en poder de Slytherin... Adrian Pucey cogiendo velocidad hacia los postes de gol, pero lo bloquea otra *bludger*, enviada por Fred o George Weasley, no sé cuál de los dos... bonita jugada del golpeador de Gryffindor, y Johnson otra vez en posesión de la *quaffle*, el campo libre y allá va, realmente vuela, evita una *bludger*, los postes de gol están ahí... vamos, ahora Angelina... el guardián Bletchley se lanza... no llega... ¡GOL DE GRYFFINDOR!

Los gritos de los de Gryffindor llenaron el aire frío, junto con los silbidos y quejidos de Slytherin.

—Venga, dejadme sitio.

—¡Hagrid!

Ron y Hermione se juntaron para dejarle espacio a Hagrid.

—Estaba mirando desde mi cabaña —dijo Hagrid, enseñando el largo par de binoculares que le colgaban del cuello—. Pero no es lo mismo que estar con toda la gente. Todavía no hay señales de la *snitch*, ¿no?

—No —dijo Ron—. Harry todavía no tiene mucho que hacer.

—Mantenerse fuera de los problemas ya es algo —dijo Hagrid, cogiendo sus binoculares y fijándolos en la manchita que era Harry.

Por encima de ellos, Harry volaba sobre el juego, esperando alguna señal de la *snitch*. Eso era parte del plan que tenían con Wood.

—Manténte apartado hasta que veas la *snitch* —le había dicho Wood—. No queremos que ataques antes de que tengas que hacerlo.

Cuando Angelina anotó un punto, Harry dio unas volteretas para aflojar la tensión, y volvió a vigilar la llegada de la *snitch*. En un momento vio un resplandor dorado, pero era el reflejo del reloj de uno de los gemelos Weasley; en otro, una *bludger* decidió perseguirlo, como si fuera una bala de cañón, pero Harry la esquivó y Fred Weasley salió a atraparla.

—¿Está todo bien, Harry? —tuvo tiempo de gritarle, mientras lanzaba la *bludger* con furia hacia Marcus Flint.

—Slytherin toma posesión —decía Lee Jordan—. El cazador Pucey esquiva dos *bludgers*, a los dos Weasley y al cazador Bell, y acelera... esperen un momento... ¿No es la *snitch*?

Un murmullo recorrió la multitud, mientras Adrian Pucey dejaba caer la *quaffle*, demasiado ocupado en mirar por encima del hombro el relámpago dorado, que había pasado al lado de su oreja izquierda.

Harry la vio. En un arrebato de excitación se lanzó hacia abajo, detrás del destello dorado. El buscador de Slytherin, Terence Higgs, también la había visto. Nariz con nariz, se lanzaron hacia la *snitch*... Todos los cazadores parecían haber olvidado lo que debían hacer y estaban suspendidos en el aire para mirar.

Harry era más veloz que Higgs. Podía ver la pequeña pelota, agitando sus alas, volando hacia delante. Aumentó su velocidad y..

¡PUM! Un rugido de furia resonó desde los Gryffindors de las tribunas... Marcus Flint había cerrado el paso de Harry, para desviarle la dirección de la escoba, y éste se aferraba para no caer.

—¡Falta! —gritaron los Gryffindors.

La señora Hooch le gritó enfadada a Flint, y luego ordenó tiro libre para Gryffindor; en el poste de gol. Pero con toda la confusión, la *snitch* dorada, como era de esperar, había vuelto a desaparecer.

Abajo en las tribunas, Dean Thomas gritaba.

—¡Eh, árbitro! ¡Tarjeta roja!

—Esto no es el fútbol, Dean —le recordó Ron—. No se puede echar a los jugadores en *quidditch*... ¿Y qué es una tarjeta roja?

Pero Hagrid estaba de parte de Dean.

—Deberían cambiar las reglas. Flint ha podido derribar a Harry en el aire.

A Lee Jordan le costaba ser imparcial.

—Entonces... después de esta obvia y desagradable trampa...

—¡Jordan! —lo regañó la profesora McGonagall.

—Quiero decir, después de esta evidente y asquerosa falta...

—¡Jordan, no digas que no te aviso...!

—Muy bien, muy bien. Flint casi mata al buscador de Gryffindor, cosa que le podría suceder a cualquiera, estoy seguro, así que penalti para Gryffindor; la coge Spinnet, que tira, no sucede nada, y continúa el juego, Gryffindor todavía en posesión de la pelota.

Cuando Harry esquivó otra *bludger*, que pasó peligrosamente cerca de su cabeza, ocurrió. Su escoba dio una súbita y aterradora sacudida. Durante un segundo pensó que iba a caer. Se aferró con fuerza a la escoba con ambas manos y con las rodillas. Nunca había experimentado nada semejante.

Sucedió de nuevo. Era como si la escoba intentara derribarlo. Pero las Nimbus 2.000 no decidían súbitamente tirar a sus jinetes. Harry trató de dirigirse hacia los postes de Gryffindor para decirle a Wood que pidiera una suspensión del partido, y entonces se dio cuenta de que su escoba estaba completamente fuera de control. No podía dar la vuelta. No podía dirigirla de ninguna manera. Iba en zigzag por el aire y, de vez en cuando, daba violentas sacudidas que casi lo hacían caer.

Lee seguía comentando el partido.

—Slytherin en posesión... Flint con la *quaffle*... la pasa a Spinnet, que la pasa a Bell... una *bludger* le da con fuerza en la cara, espero que le rompa la nariz (era una broma, profesora), Slytherin anota un tanto, oh, no...

Los de Slytherin vitoreaban. Nadie parecía haberse dado cuenta de la conducta extraña de la escoba de Harry Lo llevaba cada vez más alto, lejos del juego, sacudiéndose y retorciéndose.

—No sé qué está haciendo Harry —murmuró Hagrid. Miró con los binoculares—. Si no lo conociera bien, diría que ha perdido el control de su escoba... pero no puede ser...

De pronto, la gente comenzó a señalar hacia Harry por encima de las gradas. Su escoba había comenzado a dar vueltas y él apenas podía sujetarse. Entonces la multitud jadeó. La escoba de Harry dio un salto feroz y Harry quedó colgando, sujeto sólo con una mano.

—¿Le sucedió algo cuando Flint le cerró el paso? —susurró Seamus.

—No puede ser —dijo Hagrid, con voz temblorosa—. Nada puede interferir en una escoba, excepto la poderosa magia tenebrosa... Ningún chico le puede hacer eso a una Nimbus 2.000.

Ante esas palabras, Hermione cogió los binoculares de Hagrid, pero en lugar de enfocar a Harry comenzó a buscar frenéticamente entre la multitud.

—¿Qué haces? —gimió Ron, con el rostro grisáceo.

—Lo sabía —resopló Hermione—. Snape... Mira.

Ron cogió los binoculares. Snape estaba en el centro de las tribunas frente a ellos. Tenía los ojos clavados en Harry y murmuraba algo sin detenerse.

—Está haciendo algo... Mal de ojo a la escoba —dijo Hermione.

—¿Qué podemos hacer?

—Déjamelo a mí.

Antes de que Ron pudiera decir nada más, Hermione había desaparecido. Ron volvió a enfocar a Harry. La escoba vibraba tanto que era casi imposible que pudiera seguir colgado durante mucho más tiempo. Todos miraban aterrorizados, mientras los Weasley volaban hacía él, tratando de poner a salvo a Harry en una de las escobas. Pero aquello fue peor: cada vez que se le acercaban, la escoba saltaba más alto. Se dejaron caer y comenzaron a volar en círculos, con el evidente propósito de atraparlo si caía. Marcus Flint cogió la *quaffle* y marcó cinco tantos sin que nadie lo advirtiera.

—Vamos, Hermione —murmuraba desesperado Ron.

Hermione había cruzado las gradas hacia donde se encontraba Snape y en aquel momento corría por la fila de abajo. Ni se detuvo para disculparse cuando atropelló al profesor Quirrell y, cuando llegó donde estaba Snape, se agachó, sacó su varita y susurró unas pocas y bien elegidas palabras.

Unas llamas azules salieron de su varita y saltaron a la túnica de Snape. El profesor tardó unos treinta segundos en darse cuenta de que se incendiaba. Un súbito aullido le indicó a la chica que había hecho su trabajo. Atrajo el fuego, lo guardó en un frasco dentro de su bolsillo y se alejó gateando por la tribuna. Snape nunca sabría lo que le había sucedido.

Fue suficiente. Allí arriba, súbitamente, Harry pudo subir de nuevo a su escoba.

—¡Neville, ya puedes mirar! —dijo Ron. Neville había estado llorando dentro de la chaqueta de Hagrid aquellos últimos cinco minutos.

Harry iba a toda velocidad hacia el terreno de juego cuando vieron que se llevaba la mano a la boca, como si fuera a marearse. Tosió y algo dorado cayó en su mano.

—¡Tengo la *snitch*! —gritó, agitándola sobre su cabeza; el partido terminó en una confusión total.

—No es que la haya atrapado, es que casi se la traga —todavía gritaba Flint veinte minutos más tarde. Pero aquello no cambió nada. Harry no había faltado a ninguna regla y Lee Jordan seguía proclamando alegremente el resultado. Gryffindor había ganado por ciento setenta puntos a sesenta. Pero Harry no oía nada. Tomaba una taza de té fuerte, en la cabaña de Hagrid, con Ron y Hermione.

—Era Snape —explicaba Ron—. Hermione y yo lo vimos. Estaba maldiciendo tu escoba. Murmuraba y no te quitaba los ojos de encima.

—Tonterías —dijo Hagrid, que no había oído una palabra de lo que había sucedido—. ¿Por qué iba a hacer algo así Snape?

Harry, Ron y Hermione se miraron, preguntándose qué le iban a decir. Harry decidió contarle la verdad.

—Descubrimos algo sobre él —dijo a Hagrid—. Trató de pasar ante ese perro de tres cabezas, en Halloween. Y el perro lo mordió. Nosotros pensamos que trataba de robar lo que ese perro está guardando.

Hagrid dejó caer la tetera.

—¿Qué sabéis de *Fluffy*? —dijo.

—*¿Fluffy?*

—Ajá... Es mío... Se lo compré a un griego que conocí en el bar el año pasado... y se lo presté a Dumbledore para guardar...

—¿SÍ? —dijo Harry con nerviosismo.

—Bueno, no me preguntéis más —dijo con rudeza Hagrid—. Es un secreto.

—Pero Snape trató de robarlo.

—Tonterías —repitió Hagrid—. Snape es un profesor de Hogwarts, nunca haría algo así.

—Entonces ¿por qué trató de matar a Harry? —gritó Hermione.

Los acontecimientos de aquel día parecían haber cambiado su idea sobre Snape.

—Yo conozco un maleficio cuando lo veo, Hagrid. Lo he leído todo sobre ellos. ¡Hay que mantener la vista fija y Snape ni pestañeaba, yo lo vi!

—Os digo que estáis equivocados —dijo ofuscado Hagrid—. No sé por qué la escoba de Harry reaccionó de esa manera. .. ¡Pero Snape no iba a tratar de

matar a un alumno! Ahora, escuchadme los tres, os estáis metiendo en cosas que no os conciernen y eso es peligroso. Olvidaos de ese perro y olvidad lo que está vigilando. En eso sólo tienen un papel el profesor Dumbledore y Nicolás Flamel...

—¡Ah! —dijo Harry—. Entonces hay alguien llamado Nicolás Flamel que está involucrado en esto, ¿no?

Hagrid pareció enfurecerse consigo mismo.

12

El espejo de Oesed

Se acercaba la Navidad. Una mañana de mediados de diciembre Hogwarts se descubrió cubierto por dos metros de nieve. El lago estaba sólidamente congelado y los gemelos Weasley fueron castigados por hechizar varias bolas de nieve para que siguieran a Quirrell y lo golpearan en la parte de atrás de su turbante. Las pocas lechuzas que habían podido llegar a través del cielo tormentoso para dejar el correo tuvieron que quedar al cuidado de Hagrid hasta recuperarse, antes de volar otra vez.

Todos estaban impacientes de que empezaran las vacaciones. Mientras que la sala común de Gryffindor y el Gran Comedor tenían las chimeneas encendidas, los pasillos, llenos de corrientes de aire, se habían vuelto helados, y un viento cruel golpeaba las ventanas de las aulas. Lo peor de todo eran las clases del profesor Snape, abajo en las mazmorras, en donde la respiración subía como niebla y los hacía mantenerse lo más cerca posible de sus calderos calientes.

—Me da mucha lástima —dijo Draco Malfoy, en una de las clases de Pociones— toda esa gente que tendrá que quedarse a pasar la Navidad en Hogwarts, porque no los quieren en sus casas.

Mientras hablaba, miraba en dirección a Harry. Crabbe y Goyle lanzaron risitas burlonas. Harry, que estaba pesando polvo de espinas de pez león, no les hizo caso. Después del partido de *quidditch*, Malfoy se había vuelto más desagradable que nunca. Disgustado por la derrota de Slytherin, había tratado de hacer que todos se rieran diciendo que un sapo conuna gran boca podía reemplazar a Harry como buscador. Pero entonces se dio cuenta de que nadie

lo encontraba gracioso, porque estaban muy impresionados por la forma en que Harry se había mantenido en su escoba. Así que Malfoy; celoso y enfadado, había vuelto a fastidiar a Harry por no tener una familia apropiada.

Era verdad que Harry no iría a Privet Drive para las fiestas. La profesora McGonagall había pasado la semana antes, haciendo una lista de los alumnos que iban a quedarse allí para Navidad, y Harry puso su nombre de inmediato. Y no se sentía triste, ya que probablemente ésa sería la mejor Navidad de su vida. Ron y sus hermanos también se quedaban, porque el señor y la señora Weasley se marchaban a Rumania, a visitar a Charles.

Cuando abandonaron los calabozos, al finalizar la clase de Pociones, encontraron un gran abeto que ocupaba el extremo del pasillo. Dos enormes pies aparecían por debajo del árbol y un gran resoplido les indicó que Hagrid estaba detrás de él.

—Hola, Hagrid. ¿Necesitas ayuda? —preguntó Ron, metiendo la cabeza entre las ramas.

—No, va todo bien. Gracias, Ron.

—¿Te importaría quitarte de en medio? —La voz fría y gangosa de Malfoy llegó desde atrás—. ¿Estás tratando de ganar algún dinero extra, Weasley? Supongo que quieres ser guardabosques cuando salgas de Hogwarts... Esa choza de Hagrid debe de parecerte un palacio, comparada con la casa de tu familia.

Ron se lanzó contra Malfoy justo cuando aparecía Snape en lo alto de las escaleras.

—¡WEASLEY!

Ron soltó el cuello de la túnica de Malfoy.

—Lo han provocado, profesor Snape —dijo Hagrid, sacando su gran cabeza peluda por encima del árbol—. Malfoy estaba insultando a su familia.

—Lo que sea, pero pelear está contra las reglas de Hogwarts, Hagrid —dijo Snape con voz amable—. Cinco puntos menos para Gryffindor; Weasley, y agradece que no sean más. Y ahora marchaos todos.

Malfoy, Crabbe y Goyle pasaron bruscamente, sonriendo con presunción.

—Voy a atraparlo —dijo Ron, sacando los dientes ante la espalda de Malfoy—. Uno de estos días lo atraparé...

—Los detesto a los dos —añadió Harry—. A Malfoy y a Snape.

—Vamos, arriba el ánimo, ya es casi Navidad —dijo Hagrid—. Os voy a decir qué haremos: venid conmigo al Gran Comedor; está precioso.

Así que los tres siguieron a Hagrid y su abeto hasta el Gran Comedor,

donde la profesora McGonagall y el profesor Flitwick estaban ocupados en la decoración.

El salón estaba espectacular. Guirnaldas de muérdago y acebo colgaban de las paredes, y no menos de doce árboles de Navidad estaban distribuidos por el lugar, algunos brillando con pequeños carámbanos, otros con cientos de velas.

—¿Cuántos días os quedan para las vacaciones? —preguntó Hagrid.

—Sólo uno —respondió Hermione—. Y eso me recuerda... Harry, Ron, nos queda media hora para el almuerzo, deberíamos ir a la biblioteca.

—Sí, claro, tienes razón —dijo Ron, obligándose a apartar la vista del profesor Flitwick, que sacaba burbujas doradas de su varita, para ponerlas en las ramas del árbol nuevo.

—¿La biblioteca? —preguntó Hagrid, acompañándolos hasta la puerta—. ¿Justo antes de las fiestas? Un poco triste, ¿no creéis?

—Oh, no es un trabajo —explicó alegremente Harry—. Desde que mencionaste a Nicolás Flamel, estamos tratando de averiguar quién es.

—¿Qué? —Hagrid parecía impresionado—. Escuchadme... Ya os lo dije... No os metáis. No tiene nada que ver con vosotros lo que custodia ese perro.

—Nosotros queremos saber quién es Nicolás Flamel, eso es todo —dijo Hermione.

—Salvo que quieras ahorrarnos el trabajo —añadió Harry—. Ya hemos buscado en miles de libros y no hemos podido encontrar nada... Si nos das una pista... Yo sé que leí su nombre en algún lado.

—No voy a deciros nada —dijo Hagrid con firmeza.

—Entonces tendremos que descubrirlo nosotros —dijo Ron. Dejaron a Hagrid malhumorado y fueron rápidamente a la biblioteca.

Habían estado buscando el nombre de Flamel desde que a Hagrid se le escapó, porque ¿de qué otra manera podían averiguar lo que quería robar Snape? El problema era la dificultad de buscar; sin saber qué podía haber hecho Flamel para figurar en un libro. No estaba en *Grandes magos del siglo XX*, ni en *Notables nombres de la magia de nuestro tiempo*; tampoco figuraba en *Importantes descubrimientos en la magia moderna* ni en *Un estudio del reciente desarrollo de la hechicería*. Y además, por supuesto, estaba el tamaño de la biblioteca, miles y miles de libros, miles de estantes, cientos de estrechas filas...

Hermione sacó una lista de títulos y temas que había decidido investigar; mientras Ron se paseaba entre una fila de libros y los sacaba al azar. Harry se acercó a la Sección Prohibida. Se había preguntado si Flamel no estaría allí. Pero por desgracia, hacía falta un permiso especial, firmado por un profesor,

para mirar alguno de los libros de aquella sección, y sabía que no iba a conseguirlo. Allí estaban los libros con la poderosa Magia del Lado Oscuro, que nunca se enseñaba en Hogwarts y que sólo leían los alumnos mayores, que estudiaban cursos avanzados de Defensa Contra las Artes Oscuras.

—¿Qué estás buscando, muchacho?

—Nada —respondió Harry.

La señora Pince, la bibliotecaria, empuñó un plumero ante su cara.

—Entonces, mejor que te vayas. ¡Vamos, fuera!

Harry salió de la biblioteca, deseando haber sido más rápido en inventarse algo. Él, Ron y Hermione se habían puesto de acuerdo en que era mejor no consultar a la señora Pince sobre Flamel. Estaban seguros de que ella podría decírselo, pero no podían arriesgarse a que Snape se enterara de lo que estaban buscando.

Harry los esperó en el pasillo, para ver si los otros habían encontrado algo, pero no tenía muchas esperanzas. Después de todo, buscaban sólo desde hacía quince días y en los pocos momentos libres, así que no era raro que no encontraran nada. Lo que realmente necesitaban era una buena investigación, sin la señora Pince pegada a sus nucas.

Cinco minutos más tarde, Ron y Hermione aparecieron negando con la cabeza. Se marcharon a almorzar.

—Vais a seguir buscando cuando yo no esté, ¿verdad? —dijo Hermione—. Si encontráis algo, enviadme una lechuza.

—Y tú podrás preguntarle a tus padres si saben quién es Flamel —dijo Ron—. Preguntarle a ellos no tendrá riesgos.

—Ningún riesgo, ya que ambos son dentistas —respondió Hermione.

Cuando comenzaron las vacaciones, Ron y Harry tuvieron mucho tiempo para pensar en Flamel. Tenían el dormitorio para ellos y la sala común estaba mucho más vacía que de costumbre, así que podían elegir los mejores sillones frente al fuego. Se quedaban comiendo todo lo que podían pinchar en un tenedor de tostar (pan, buñuelos, melcochas) y planeaban formas de hacer que expulsaran a Malfoy, muy divertidas, pero imposibles de llevar a cabo.

Ron también comenzó a enseñar a Harry a jugar al ajedrez mágico. Era igual que el de los *muggles*, salvo que las piezas estaban vivas, lo que lo hacía muy parecido a dirigir un ejército en una batalla. El juego de Ron era muy antiguo y estaba gastado. Como todo lo que tenía, había pertenecido a alguien de su familia, en este caso a su abuelo. Sin embargo, las piezas de ajedrez

viejas no eran una desventaja. Ron las conocía tan bien que nunca tenía problemas en hacerles hacer lo que quería.

Harry jugó con el ajedrez que Seamus Finnigan le había prestado, y las piezas no confiaron en él. Él todavía no era muy buen jugador, y las piezas le daban distintos consejos y lo confundían, diciendo, por ejemplo: «No me envíes a mí. ¿No ves el caballo? Muévelo a él, podemos permitirnos perderlo».

En la víspera de Navidad, Harry se fue a la cama, deseoso de que llegara el día siguiente, pensando en toda la diversión y comida que lo aguardaban, pero sin esperar ningún regalo. Cuando al día siguiente se despertó temprano, lo primero que vio fue unos cuantos paquetes a los pies de su cama.

—¡Feliz Navidad! —lo saludó medio dormido Ron, mientras Harry saltaba de la cama y se ponía la bata.

—Para ti también —contestó Harry—. ¡Mira esto! ¡Me han enviado regalos!

—¿Qué esperabas, nabos? —dijo Ron, volviéndose hacia sus propios paquetes, que eran más numerosos que los de Harry

Harry cogió el paquete que estaba más arriba. Estaba envuelto en papel de embalar y tenía escrito: «Para Harry de Hagrid». Contenía una flauta de madera, toscamente trabajada. Era evidente que Hagrid la había hecho. Harry sopló y la flauta emitió un sonido parecido al canto de la lechuza.

El segundo, muy pequeño, contenía una nota.

«Recibimos tu mensaje y te mandamos tu regalo de Navidad. De tío Vernon y tía Petunia.» Pegada a la nota estaba una moneda de cincuenta peniques.

—Qué detalle —comentó Harry.

Ron estaba fascinado con los cincuenta peniques.

—¡Qué raro! —dijo— ¡Qué forma! ¿Esto es dinero?

—Puedes quedarte con ella —dijo Harry, riendo ante el placer de Ron—. Hagrid, mis tíos... ¿Quién me ha enviado éste?

—Creo que sé de quién es ése —dijo Ron, algo rojo y señalando un paquete deforme—. Mi madre. Le dije que creías que nadie te regalaría nada y.. oh, no —gruñó—, te ha hecho un jersey Weasley.

Harry abrió el paquete y encontró un jersey tejido a mano, grueso y color verde esmeralda, y una gran caja de pastel de chocolate casero.

—Cada año nos teje un jersey —dijo Ron, desenvolviendo su paquete— y el mío siempre es rojo oscuro.

—Es muy amable de parte de tu madre —dijo Harry probando el pastel,

que era delicioso.

El siguiente regalo también tenía golosinas, una gran caja de ranas de chocolate, de parte de Hermione.

Le quedaba el último. Harry lo cogió y notó que era muy ligero. Lo desenvolvió.

Algo fluido y de color gris plateado se deslizó hacia el suelo y se quedó brillando. Ron bufó.

—Había oído hablar de esto —dijo con voz ronca, dejando caer la caja de grageas de todos los sabores, regalo de Hermione—. Si es lo que pienso, es algo verdaderamente raro y valioso.

—¿Qué es?

Harry cogió el género brillante y plateado. El tocarlo producía una sensación extraña, como si fuera agua convertida en tejido.

—Es una capa invisible —dijo Ron, con una expresión de temor reverencial—. Estoy seguro... Pruébatela.

Harry se puso la capa sobre los hombros y Ron lanzó un grito.

—¡Lo es! ¡Mira abajo!

Harry se miró los pies, pero ya no estaban. Se dirigió al espejo. Efectivamente: su reflejo lo miraba, pero sólo su cabeza suspendida en el aire, porque su cuerpo era totalmente invisible. Se puso la capa sobre la cabeza y su imagen desapareció por completo.

—¡Hay una nota! —dijo de pronto Ron—. ¡Ha caído una nota!

Harry se quitó la capa y cogió la nota. La caligrafía, fina y llena de curvas, era desconocida para él. Decía:

Tu padre dejó esto en mi poder antes de morir. Ya es tiempo de que te sea devuelto. Utilízalo bien.

Una muy Feliz Navidad para ti.

No tenía firma. Harry contempló la nota. Ron admiraba la capa.

—Yo daría cualquier cosa por tener una —dijo— Lo que sea. ¿Qué te sucede?

—Nada —dijo Harry Se sentía muy extraño. ¿Quién le había enviado la capa? ¿Realmente había pertenecido a su padre?

Antes de que pudiera decir o pensar algo, la puerta del dormitorio se abrió de golpe y Fred y George Weasley entraron. Harry escondió rápidamente la capa. No se sentía con ganas de compartirla con nadie más.

—¡Feliz Navidad!

—¡Eh, mira! ¡A Harry también le han regalado un jersey Weasley!

Fred y George llevaban jerséis azules, uno con una gran letra F y el otro con la G.

—El de Harry es mejor que el nuestro —dijo Fred cogiendo el jersey de Harry—. Es evidente que se esmera más cuando no es para la familia.

—¿Por qué no te has puesto el tuyo, Ron? —quiso saber George—. Vamos, pruébatelo, son bonitos y abrigan.

—Detesto el rojo oscuro —se quejó Ron, mientras se lo pasaba por la cabeza.

—No tenéis la inicial en los vuestros —observó George—. Supongo que ella piensa que no os vais a olvidar de vuestros nombres. Pero nosotros no somos estúpidos... Sabemos muy bien que nos llamamos Gred y Feorge.

—¿Qué es todo ese ruido?

Percy Weasley asomó la cabeza a través de la puerta, con aire de desaprobación. Era evidente que había ido desenvolviendo sus regalos por el camino, porque también tenía un jersey bajo el brazo, que Fred vio.

—¡P de prefecto! Pruébatelo, Percy, vamos, todos nos lo hemos puesto, hasta Harry tiene uno.

—Yo... no... quiero —dijo Percy, con firmeza, mientras los gemelos le metían el jersey por la cabeza, tirándole las gafas al suelo.

—Y hoy no te sentarás con los prefectos —dijo George—. La Navidad es para pasarla en familia.

Cogieron a Percy y se lo llevaron de la habitación, con los brazos sujetos por el jersey.

Harry no había celebrado en su vida una comida de Navidad como aquélla. Un centenar de pavos asados, montañas de patatas cocidas y asadas, soperas llenas de guisantes con mantequilla, recipientes de plata con una grasa riquísima y salsa de moras, y muchos huevos sorpresa esparcidos por todas las mesas. Estos fantásticos huevos no tenían nada que ver con los flojos artículos de los *muggles*, que Dudley habitualmente compraba, ni con

juguetitos de plástico ni gorritos de papel. Harry tiró uno al suelo y no sólo hizo ¡pum!, sino que estalló como un cañonazo y los envolvió en una nube azul, mientras del interior salían una gorra de contraalmirante y varios ratones blancos, vivos. En la Mesa Alta, Dumbledore había reemplazado su sombrero cónico de mago por un bonete floreado, y se reía de un chiste del profesor Flitwick.

A los pavos les siguieron los pudines de Navidad, flameantes. Percy casi se rompió un diente al morder un *sickle* de plata que estaba en el trozo que le tocó. Harry observaba a Hagrid, que cada vez se ponía más rojo y bebía más vino, hasta que finalmente besó a la profesora McGonagall en la mejilla y, para sorpresa de Harry, ella se ruborizó y rió, con el sombrero medio torcido.

Cuando Harry finalmente se levantó de la mesa, estaba cargado de cosas de las sorpresas navideñas, y que incluían globos luminosos que no estallaban, un juego de Haga Crecer Sus Propias Verrugas y piezas nuevas de ajedrez. Los ratones blancos habían desaparecido, y Harry tuvo el horrible presentimiento de que iban a terminar siendo la cena de Navidad de la *Señora Norris*.

Harry y los Weasley pasaron una velada muy divertida, con una batalla de bolas de nieve en el parque. Más tarde, helados, húmedos y jadeantes, regresaron a la sala común de Gryffindor para sentarse al lado del fuego. Allí Harry estrenó su nuevo ajedrez y perdió espectacularmente con Ron. Pero sospechaba que no habría perdido de aquella manera si Percy no hubiera tratado de ayudarlo tanto.

Después de un té con bocadillos de pavo, buñuelos, bizcocho borracho y pastel de Navidad, todos se sintieron tan hartos y soñolientos que no podían hacer otra cosa que irse a la cama; no obstante, permanecieron sentados y observaron a Percy, que perseguía a Fred y George por toda la torre Gryffindor porque le habían robado su insignia de prefecto.

Fue el mejor día de Navidad de Harry. Sin embargo, algo daba vueltas en un rincón de su mente. En cuanto se metió en la cama, pudo pensar libremente en ello: la capa invisible y quién se la había enviado.

Ron, ahíto de pavo y pastel y sin ningún misterio que lo preocupara, se quedó dormido en cuanto corrió las cortinas de su cama. Harry se inclinó a un lado de la cama y sacó la capa.

De su padre... Aquello había sido de su padre. Dejó que el género corriera por sus manos, más suave que la seda, ligero como el aire. «Utilízalo bien», decía la nota.

Tenía que probarla. Se deslizó fuera de la cama y se envolvió en la capa. Miró hacia abajo y vio sólo la luz de la luna y las sombras. Era una sensación muy curiosa.

«Utilízalo bien.»

De pronto, Harry se sintió muy despierto. Con aquella capa, todo Hogwarts

estaba abierto para él. Mientras estaba allí, en la oscuridad y el silencio, la excitación se apoderó de él. Podía ir a cualquier lado con ella, a cualquier lado, y Filch nunca lo sabría.

Ron gruñó entre sueños. ¿Debía despertarlo? Algo lo detuvo. La capa de su padre... Sintió que aquella vez (la primera vez) quería utilizarla solo.

Salió cautelosamente del dormitorio, bajó la escalera, cruzó la sala común y pasó por el agujero del retrato.

—¿Quién está ahí? —chilló la Dama Gorda. Harry no dijo nada. Anduvo rápidamente por el pasillo.

¿Adónde iría? De pronto se detuvo, con el corazón palpitante, y pensó. Y entonces lo supo. La Sección Prohibida de la biblioteca. Iba a poder leer todo lo que quisiera, para descubrir quién era Flamel. Se ajustó la capa y se dirigió hacia allí.

La biblioteca estaba oscura y fantasmal. Harry encendió una lámpara para ver la fila de libros. La lámpara parecía flotar sola en el aire y hasta el mismo Harry, que sentía su brazo llevándola, tenía miedo.

La Sección Prohibida estaba justo en el fondo de la biblioteca. Pasando con cuidado sobre la soga que separaba aquellos libros de los demás, Harry levantó la lámpara para leer los títulos.

No le decían mucho. Las letras doradas formaban palabras en lenguajes que Harry no conocía. Algunos no tenían títulos. Un libro tenía una mancha negra que parecía sangre. A Harry se le erizaron los pelos de la nuca. Tal vez se lo estaba imaginando, tal vez no, pero le pareció que un murmullo salía de los libros, como si supieran que había alguien que no debía estar allí.

Tenía que empezar por algún lado. Dejó la lámpara con cuidado en el suelo y miró en una estantería buscando un libro de aspecto interesante. Le llamó la atención un volumen grande, negro y plateado. Lo sacó con dificultad, porque era muy pesado y, balanceándolo sobre sus rodillas, lo abrió.

Un grito desgarrador; espantoso, cortó el silencio... ¡El libro gritaba! Harry lo cerró de golpe, pero el aullido continuaba, en una nota aguda, ininterrumpida. Retrocedió y chocó con la lámpara, que se apagó de inmediato. Aterrado, oyó pasos que se acercaban por el pasillo, metió el volumen en el estante y salió corriendo. Pasó al lado de Filch casi en la puerta, y los ojos del celador; muy abiertos, miraron a través de Harry. El chico se agachó, pasó por debajo del brazo de Filch y siguió por el pasillo, con los aullidos del libro resonando en sus oídos.

Se detuvo de pronto frente a unas armaduras. Había estado tan ocupado en escapar de la biblioteca que no había prestado atención al camino. Tal vez era porque estaba oscuro, pero no reconoció el lugar donde estaba. Había armaduras cerca de la cocina, eso lo sabía, pero debía de estar cinco pisos más arriba.

—Usted me pidió que le avisara directamente, profesor, si alguien andaba dando vueltas durante la noche, y alguien estuvo en la biblioteca, en la Sección Prohibida.

Harry sintió que se le iba la sangre de la cara. Filch debía de conocer un atajo para llegar a donde él estaba, porque el murmullo de su voz se acercaba cada vez más y, para su horror, el que le contestaba era Snape.

—¿La Sección Prohibida? Bueno, no pueden estar lejos, ya los atraparemos.

Harry se quedó petrificado, mientras Filch y Snape se acercaban. No podían verlo, por supuesto, pero el pasillo era estrecho y, si se acercaban mucho, iban a chocar contra él. La capa no ocultaba su materialidad.

Retrocedió lo más silenciosamente que pudo. A la izquierda había una puerta entreabierta. Era su única esperanza. Se deslizó, conteniendo la respiración y tratando de no hacer ruido. Para su alivio, entró en la habitación sin que lo notaran. Pasaron por delante de él y Harry se apoyó contra la pared, respirando profundamente, mientras escuchaba los pasos que se alejaban. Habían estado cerca, muy cerca. Transcurrieron unos pocos segundos antes de que se fijara en la habitación que lo había ocultado.

Parecía un aula en desuso. Las sombras de sillas y pupitres amontonados contra las paredes, una papelera invertida y apoyada contra la pared de enfrente... Había algo que parecía no pertenecer allí, como si lo hubieran dejado para quitarlo de en medio.

Era un espejo magnífico, alto hasta el techo, con un marco dorado muy trabajado, apoyado en unos soportes que eran como garras. Tenía una inscripción grabada en la parte superior: *Oesed lenoz aro cut edon isara cut se onotse*.

Ya no oía ni a Filch ni a Snape, y Harry no tenía tanto miedo. Se acercó al espejo, deseando mirar para no encontrar su imagen reflejada. Se detuvo frente a él.

Tuvo que llevarse las manos a la boca para no gritar. Giró en redondo. El corazón le latía más furiosamente que cuando el libro había gritado... Porque no sólo se había visto en el espejo, sino que había mucha gente detrás de él.

Pero la habitación estaba vacía. Respirando agitadamente, volvió a mirar el espejo.

Allí estaba él, reflejado, blanco y con mirada de miedo y allí, reflejados detrás de él, había al menos otros diez. Harry miró por encima del hombro, pero no había nadie allí. ¿O también eran todos invisibles? ¿Estaba en una habitación llena de gente invisible y la trampa del espejo era que los reflejaba, invisibles o no?

Miró otra vez al espejo. Una mujer, justo detrás de su reflejo, le sonreía y agitaba la mano. Harry levantó una mano y sintió el aire que pasaba. Si ella

estaba realmente allí, debía de poder tocarla, sus reflejos estaban tan cerca... Pero sólo sintió aire: ella y los otros existían sólo en el espejo.

Era una mujer muy guapa. Tenía el cabello rojo oscuro y sus ojos... «Sus ojos son como los míos», pensó Harry, acercándose un poco más al espejo. Verde brillante, exactamente la misma forma, pero entonces notó que ella estaba llorando, sonriendo y llorando al mismo tiempo. El hombre alto, delgado y de pelo negro que estaba al lado de ella le pasó el brazo por los hombros. Llevaba gafas y el pelo muy desordenado. Y se le ponía tieso en la nuca, igual que a Harry.

Harry estaba tan cerca del espejo que su nariz casi tocaba su reflejo.

—¿Mamá? —susurró—. ¿Papá?

Entonces lo miraron, sonriendo. Y lentamente, Harry fue observando los rostros de las otras personas, y vio otro par de ojos verdes como los suyos, otras narices como la suya, incluso un hombre pequeño que parecía tener las mismas rodillas nudosas de Harry. Estaba mirando a su familia por primera vez en su vida.

Los Potter sonrieron y agitaron las manos, y Harry permaneció mirándolos anhelante, con las manos apretadas contra el espejo, como si esperara poder pasar al otro lado y alcanzarlos. En su interior sentía un poderoso dolor, mitad alegría y mitad tristeza terrible.

No supo cuánto tiempo estuvo allí. Los reflejos no se desvanecían y Harry miraba y miraba, hasta que un ruido lejano lo hizo volver a la realidad. No podía quedarse allí, tenía que encontrar el camino hacia el dormitorio. Apartó los ojos de los de su madre y susurró: «Volveré». Salió apresuradamente de la habitación.

—Podías haberme despertado —dijo malhumorado Ron.

—Puedes venir esta noche. Yo voy a volver; quiero enseñarte el espejo.

—Me gustaría ver a tu madre y a tu padre —dijo Ron con interés.

—Y yo quiero ver a toda tu familia, todos los Weasley. Podrás enseñarme a tus otros hermanos y a todos.

—Puedes verlos cuando quieras —dijo Ron—. Ven a mi casa este verano. De todos modos, a lo mejor sólo muestra gente muerta. Pero qué lástima que no encontraste a Flamel. ¿No quieres tocino o alguna otra cosa? ¿Por qué no comes nada?

Harry no podía comer. Había visto a sus padres y los vería otra vez aquella noche. Casi se había olvidado de Flamel. Ya no le parecía tan importante. ¿A

quién le importaba lo que custodiaba el perro de tres cabezas? ¿Y qué más daba si Snape lo robaba?

—¿Estás bien? —preguntó Ron—. Te veo raro.

Lo que Harry más temía era no poder encontrar la habitación del espejo. Aquella noche, con Ron también cubierto por la capa, tuvieron que andar con más lentitud. Trataron de repetir el camino de Harry desde la biblioteca, vagando por oscuros pasillos durante casi una hora.

—Estoy congelado —se quejó Ron—. Olvidemos esto y volvamos.

—¡No! —susurró Harry—. Sé que está por aquí.

Pasaron al lado del fantasma de una bruja alta, que se deslizaba en dirección opuesta, pero no vieron a nadie más.

Justo cuando Ron se quejaba de que tenía los pies helados, Harry divisó la pareja de armaduras.

—Es allí... justo allí... ¡sí!

Abrieron la puerta. Harry dejó caer la capa de sus hombros y corrió al espejo.

Allí estaban. Su madre y su padre sonrieron felices al verlo.

—¿Ves? —murmuró Harry.

—No puedo ver nada.

—¡Mira! Míralos a todos... Son muchos...

—Sólo puedo verte a ti.

—Pero mira bien, vamos, ponte donde estoy yo.

Harry dio un paso a un lado, pero con Ron frente al espejo ya no podía ver a su familia, sólo a Ron con su pijama de colores.

Sin embargo, Ron parecía fascinado con su imagen.

—¡Mírame! —dijo.

—¿Puedes ver a toda tu familia contigo?

—No... estoy solo... pero soy diferente... mayor... ¡y soy delegado!

—¿Cómo?

—Tengo... tengo un distintivo como el de Bill y estoy levantando la copa de la casa y la copa de *quidditch*... ¡Y también soy capitán de *quidditch*!

Ron apartó los ojos de aquella espléndida visión y miró excitado a Harry.

—¿Crees que este espejo muestra el futuro?

—¿Cómo puede ser? Si toda mi familia está muerta... déjame mirar de nuevo...

—Lo has tenido toda la noche, déjame un ratito más.

—Pero si estás sosteniendo la copa de *quidditch*, ¿qué tiene eso de interesante? Quiero ver a mis padres.

—No me empujes.

Un súbito ruido en el pasillo puso fin a la discusión. No se habían dado cuenta de que hablaban en voz alta.

—¡Rápido!

Ron tiró la capa sobre ellos justo cuando los luminosos ojos de la *Señora Norris* aparecieron en la puerta. Ron y Harry permanecieron inmóviles, los dos pensando lo mismo: ¿la capa funcionaba con los gatos? Después de lo que pareció una eternidad, la gata dio la vuelta y se marchó.

—No estamos seguros... Puede haber ido a buscar a Filch, seguro que nos ha oído. Vamos.

Y Ron empujó a Harry para que salieran de la habitación.

La nieve todavía no se había derretido a la mañana siguiente.

—¿Quieres jugar al ajedrez, Harry? —preguntó Ron.

—No.

—¿Por qué no vamos a visitar a Hagrid?

—No... ve tú...

—Sé en qué estás pensando, Harry, en ese espejo. No vuelvas esta noche.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Pero tengo un mal presentimiento y, de todos modos, ya has tenido muchos encuentros. Filch, Snape y la *Señora Norris* andan vigilando por

ahí ¿Qué importa si no te ven? ¿Y si tropiezan contigo? ¿Y si chocas con algo?

—Pareces Hermione.

—Te lo digo en serio, Harry, no vayas

Pero Harry sólo tenía un pensamiento en su mente, volver a mirar en el espejo. Y Ron no lo detendría.

La tercera noche encontró el camino más rápidamente que las veces anteriores. Andaba más rápido de lo que habría sido prudente, porque sabía que estaba haciendo ruido, pero no se encontró con nadie.

Y allí estaban su madre y su padre, sonriéndole otra vez, y uno de sus abuelos lo saludaba muy contento. Harry se dejó caer al suelo para sentarse frente al espejo. Nadie iba a im pedir que pasara la noche con su familia. Nadie.

Excepto...

—Entonces de vuelta otra vez, ¿no, Harry?

Harry sintió como si se le helaran las entrañas. Miró para atrás. Sentado en un pupitre, contra la pared, estaba nada menos que Albus Dumbledore. Harry debió de haber pasado justo por su lado, y estaba tan desesperado por llegar hasta el espejo que no había notado su presencia.

—No... no lo había visto, señor.

—Es curioso lo miope que se puede volver uno al ser invisible —dijo Dumbledore, y Harry se sintió aliviado al ver que le sonreía—. Entonces —continuó Dumbledore, bajando del pupitre para sentarse en el suelo con Harry—, tú, como cientos antes que tú, has descubierto las delicias del espejo de Oesed.

—No sabía que se llamaba así, señor.

—Pero espero que te habrás dado cuenta de lo que hace, ¿no?

—Bueno... me mostró a mi familia y...

—Y a tu amigo Ron lo reflejó como capitán.

—¿Cómo lo sabe...?

—No necesito una capa para ser invisible —dijo amablemente Dumbledore—. Y ahora ¿puedes pensar qué es lo que nos muestra el espejo de Oesed a todos nosotros?

Harry negó con la cabeza.

—Déjame explicarte. El hombre más feliz de la tierra puede utilizar el espejo de Oesed como un espejo normal, es decir, se mirará y se verá exactamente como es. ¿Eso te ayuda?

Harry pensó. Luego dijo lentamente:

—Nos muestra lo que queremos... lo que sea que queramos...

—Sí y no —dijo con calma Dumbledore—. Nos muestra ni más ni menos que el más profundo y desesperado deseo de nuestro corazón. Para ti, que nunca conociste a tu familia, verlos rodeándote. Ronald Weasley, que siempre ha sido sobrepasado por sus hermanos, se ve solo y el mejor de todos ellos. Sin embargo, este espejo no nos dará conocimiento o verdad. Hay hombres que se han consumido ante esto, fascinados por lo que han visto. O han enloquecido, al no saber si lo que muestra es real o siquiera posible.

Continuó:

—El espejo será llevado a una nueva casa mañana, Harry, y te pido que no lo busques otra vez. Y si alguna vez te cruzas con él, deberás estar preparado. No es bueno dejarse arrastrar por los sueños y olvidarse de vivir, recuérdalo. Ahora ¿por que no te pones de nuevo esa magnífica capa y te vas a la cama?

Harry se puso de pie.

—Señor... profesor Dumbledore... ¿Puedo preguntarle algo?

—Es evidente que ya lo has hecho —sonrió Dumbledore—. Sin embargo, puedes hacerme una pregunta más.

—¿Qué es lo que ve, cuando se mira en el espejo?

—¿Yo? Me veo sosteniendo un par de gruesos calcetines de lana.

Harry lo miró asombrado.

—Uno nunca tiene suficientes calcetines —explicó Dumbledore—. Ha pasado otra Navidad y no me han regalado ni un solo par. La gente sigue insistiendo en regalarme libros.

En cuanto Harry estuvo de nuevo en su cama, se le ocurrió pensar que tal vez Dumbledore no había sido sincero. Pero es que, pensó mientras sacaba a *Scabbers* de su almohada, había sido una pregunta muy personal.

13

Nicolás Flamel

Dumbledore había convencido a Harry de que no buscara otra vez el espejo de Oesed, y durante el resto de las vacaciones de Navidad la capa invisible permaneció doblada en el fondo de su baúl. Harry deseaba poder olvidar lo que había visto en el espejo, pero no pudo. Comenzó a tener pesadillas. Una y otra vez, soñaba que sus padres desaparecían en un rayo de luz verde, mientras una voz aguda se reía.

—¿Te das cuenta? Dumbledore tenía razón. Ese espejo te puede volver loco —dijo Ron, cuando Harry le contó sus sueños.

Hermione, que volvió el día anterior al comienzo de las clases, consideró las cosas de otra manera. Estaba dividida entre el horror de la idea de Harry vagando por el colegio tres noches seguidas («¡Si Filch te hubiera atrapado!») y desilusionada porque finalmente no hubieran descubierto quién era Nicolás Flamel.

Ya casi habían abandonado la esperanza de descubrir a Flamel en un libro de la biblioteca, aunque Harry estaba seguro de haber leído el nombre en algún lado. Cuando empezaron las clases, volvieron a buscar en los libros durante diez minutos durante los recreos. Harry tenía menos tiempo que ellos, porque los entrenamientos de *quidditch* habían comenzado también.

Wood los hacia trabajar más duramente que nunca. Ni siquiera la lluvia constante que había reemplazado a la nieve podía doblegar su ánimo. Los Weasley se quejaban de que Wood se había convertido en un fanático, pero Harry estaba de acuerdo con Wood. Si ganaban el próximo partido contra Hufflepuff, podrían alcanzar a Slytherin en el campeonato de las casas, por primera vez en siete años. Además de que deseaba ganar; Harry descubrió que tenía menos pesadillas cuando estaba cansado por el ejercicio.

Entonces, durante un entrenamiento en un día especialmente húmedo y lleno de barro, Wood les dio una mala noticia. Se había enfadado mucho con los Weasley, que se tiraban en picado y fingían caerse de las escobas.

—¡Dejad de hacer tonterías! —gritó—. ¡Ésas son exactamente las cosas que nos harán perder el partido! ¡Esta vez el árbitro será Snape, y buscará cualquier excusa para quitar puntos a Gryffindor!

George Weasley, al oír esas palabras, casi se cayó de verdad de su escoba.

—¿Snape va a ser el árbitro? —Escupió un puñado de barro—. ¿Cuándo ha sido árbitro en un partido de *quidditch*? No será imparcial, si nosotros podemos sobrepasar a Slytherin.

El resto del equipo se acercó a George para quejarse.

—No es culpa mía —dijo Wood—. Lo que tenemos que hacer es estar seguros de jugar limpio, así no le daremos excusa a Snape para marcarnos faltas.

Todo aquello estaba muy bien, pensó Harry; pero él tenía otra razón para no querer estar cerca de Snape mientras jugaba a *quidditch*.

Los demás jugadores se quedaron, como siempre, para charlar entre ellos al finalizar el entrenamiento, pero Harry se dirigió directamente a la sala común de Gryffindor; donde encontró a Ron y Hermione jugando al ajedrez. El ajedrez era la única cosa a la que Hermione había perdido, algo que Harry y Ron consideraban muy beneficioso para ella.

—No me hables durante un momento —dijo Ron, cuando Harry se sentó al lado—. Necesito concen... —vio el rostro de Harry—. ¿Qué te sucede? Tienes una cara terrible.

En tono bajo, para que nadie más los oyera, Harry les explicó el súbito y siniestro deseo de Snape de ser árbitro de *quidditch*.

—No juegues —dijo de inmediato Hermione.

—Diles que estás enfermo —añadió Ron.

—Finge que se te ha roto una pierna —sugirió Hermione.

—Rómpete una pierna de verdad —dijo Ron.

—No puedo —dijo Harry—. No hay un buscador suplente. Si no juego, Gryffindor tampoco puede jugar.

En aquel momento Neville cayó en la sala común. Nadie se explicó cómo se las había arreglado para pasar por el agujero del retrato, porque sus piernas estaban pegadas juntas, con lo que reconocieron de inmediato el Maleficio de las Piernas Unidas. Había tenido que ir saltando todo el camino hasta la torre Gryffindor.

Todos empezaron a reírse, salvo Hermione, que se puso de pie e hizo el contramaleficio. Las piernas de Neville se separaron y pudo ponerse de pie, temblando.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hermione, ayudándolo a sentarse junto a Harry y Ron.

—Malfoy —respondió Neville temblando—. Lo encontré fuera de la biblioteca. Dijo que estaba buscando a alguien para practicarlo.

—¡Ve a hablar con la profesora McGonagall! —lo instó Hermione—. ¡Acúsalo!

Neville negó con la cabeza.

—No quiero tener más problemas —murmuró.

—¡Tienes que hacerle frente, Neville! —dijo Ron—. Está acostumbrado a llevarse a todo el mundo por delante, pero ésa no es una razón para echarse al suelo a su paso y hacerle las cosas más fáciles.

—No es necesario que me digas que no soy lo bastante valiente para pertenecer a Gryffindor; eso ya me lo dice Malfoy —dijo Neville, atragantándose.

Harry buscó en los bolsillos de su túnica y sacó una rana de chocolate, la última de la caja que Hermione le había regalado para Navidad. Se la dio a Neville, que parecía estar a punto de llorar.

—Tu vales por doce Malfoys —dijo Harry—. ¿Acaso no te eligió para Gryffindor el Sombrero Seleccionador? ¿Y dónde está Malfoy? En la apestosa Slytherin.

Neville dejó escapar una débil sonrisa, mientras desenvolvía el chocolate.

—Gracias, Harry.. Creo que me voy a la cama... ¿Quieres el cromo? Tú los coleccionas, ¿no?

Mientras Neville se alejaba, Harry miró el cromo de los Magos Famosos.

—Dumbledore otra vez —dijo— Él fue el primero que...

Bufó. Miró fijamente la parte de atrás de la tarjeta. Luego levantó la vista hacia Ron y Hermione.

—¡Lo encontré! —susurró—. ¡Encontré a Flamel! Os dije que había leído ese nombre antes. Lo leí en el tren, viniendo hacia aquí. Escuchad lo que dice: *«El profesor Dumbledore es particularmente famoso por derrotar al mago tenebroso Grindelwald, en 1945, por el descubrimiento de las doce aplicaciones de la sangre de dragón ¡y por su trabajo en alquimia con su compañero Nicolás Flamel!».*

Hermione dio un salto. No estaba tan excitada desde que le dieron la nota de su primer trabajo.

—¡Esperad aquí! —dijo, y se lanzó por la escalera hacia el dormitorio de las chicas. Harry y Ron casi no tuvieron tiempo de intercambiar una mirada de asombro y ya estaba allí de nuevo, con un enorme libro entre los brazos.

—¡Nunca pensé en buscar aquí! —susurró excitada—. Lo saqué de la biblioteca hace semanas, para tener algo ligero para leer.

—¿Ligero? —dijo Ron, pero Hermione le dijo que esperara, que tenía que buscar algo y comenzó a dar la vuelta a las páginas, enloquecida, murmurando para sí misma.

Al fin encontró lo que buscaba.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—¿Podemos hablar ahora? —dijo Ron con malhumor. Hermione hizo caso omiso de él.

—Nicolás Flamel —susurró con tono teatral— es el único descubridor conocido de la Piedra Filosofal.

Aquello no tuvo el efecto que ella esperaba.

—¿La qué? —dijeron Harry y Ron.

—¡Oh, no lo entiendo! ¿No sabéis leer? Mirad, leed aquí. Empujó el libro hacia ellos, y Harry y Ron leyeron:

El antiguo estudio de la alquimia está relacionado con el descubrimiento de la Piedra Filosofal, una sustancia legendaria que tiene poderes asombrosos. La piedra puede transformar cualquier metal en oro puro. También produce el Elixir de la Vida, que hace inmortal al que lo bebe.

Se ha hablado mucho de la Piedra Filosofal a través de los siglos, pero la única Piedra que existe actualmente pertenece al señor Nicolás Flamel, el notable alquimista y amante de la ópera. El señor Flamel, que cumplió seiscientos sesenta y cinco años el año pasado, lleva una vida tranquila en Devon con su esposa Perenela (de seiscientos cincuenta y ocho años).

—¿Veis? —dijo Hermione, cuando Harry y Ron terminaron—. El perro debe de estar custodiando la Piedra Filosofal de Flamel. Seguro que le pidió a Dumbledore que se la guardase, porque son amigos y porque debe de saber que alguien la busca. ¡Por eso quiso que sacaran la Piedra de Gringotts!

—¡Una piedra que convierte en oro y hace que uno nunca muera! —dijo Harry—. ¡No es raro que Snape la busque! Cualquiera la querría.

—Y no es raro que no pudiéramos encontrar a Flamel en ese *Estudio del reciente desarrollo de la hechicería* —dijo Ron—. Él no es exactamente reciente si tiene seiscientos sesenta y cinco años, ¿verdad?

A la mañana siguiente, en la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, mientras copiaban las diferentes formas de tratar las mordeduras de hombre lobo, Harry y Ron seguían discutiendo qué harían con la Piedra Filosofal si tuvieran una. Hasta que Ron dijo que él se compraría su propio equipo de *quidditch* y Harry recordó el partido en que tendría a Snape de árbitro.

—Jugaré —informó a Ron y Hermione—. Si no lo hago, todos los Slytherins pensarán que tengo miedo de enfrentarme con Snape. Les voy a demostrar... les voy a borrar la sonrisa de la cara si ganamos.

—Siempre y cuando no te borren a ti del terreno de juego —dijo Hermione.

Sin embargo, a medida que se acercaba el día del partido, Harry se ponía más nervioso, pese a todo lo que le había dicho a sus amigos. El resto del equipo tampoco estaba demasiado tranquilo. La idea de alcanzar a Slytherin en el torneo de la casa era maravillosa, nadie lo había conseguido en siete años, pero ¿podrían hacerlo con aquel árbitro tan parcial?

Harry no sabía si se lo imaginaba o no, pero veía a Snape por todas partes. Por momentos, hasta se preguntaba si Snape no lo estaría siguiendo para atraparlo. Las clases de Pociones se convirtieron en torturas semanales para Harry, por la forma en que lo trataba Snape. ¿Era posible que Snape supiera que ellos habían averiguado lo de la Piedra Filosofal? Harry no se imaginaba cómo podía saberlo... aunque algunas veces tenía la horrible sensación de que Snape podía leer los pensamientos.

Harry supo, cuando le desearon suerte en la puerta de los vestuarios, la tarde siguiente, que Ron y Hermione se preguntaban si volverían a verlo con vida. Aquello no era lo que uno llamaría reconfortante. Harry casi no oyó las palabras de Wood, mientras se ponía la túnica de *quidditch* y cogía su Nimbus 2.000.

Ron y Hermione, entre tanto, encontraron un sitio en las gradas, cerca de Neville, que no podía entender por qué estaban tan preocupados, ni por qué llevaban sus varitas al partido. Lo que Harry no sabía era que Ron y Hermione habían estado practicando en secreto el Maleficio de las Piernas Unidas. Se les ocurrió la idea cuando Malfoy lo utilizó con Neville, y estaban listos para utilizarlo con Snape, si daba alguna señal de querer hacer daño a Harry

—No te olvides, es *locomotor mortis* —murmuró Hermione, mientras Ron deslizaba su varita en la manga de la túnica.

—Ya lo sé —respondió enfadado—. No me des la lata.

Mientras tanto, en el vestuario, Wood había llevado aparte a Harry

—No quiero presionarte, Potter; pero si alguna vez necesitamos que se capture en seguida la *snitch*, es ahora. Necesitamos terminar el partido antes de que Snape pueda favorecer demasiado a Hufflepuff.

—¡Todo el colegio está allí fuera! —dijo Fred Weasley, espiando a través

de la puerta—. Hasta... ¡Vaya, Dumbledore ha venido al partido!

El corazón de Harry dio un brinco.

—¿Dumbledore? —dijo, corriendo hasta la puerta para asegurarse. Fred tenía razón. Aquella barba plateada era inconfundible.

Harry tenía ganas de reírse a carcajadas, del alivio que sentía. Estaba a salvo. No había forma de que Snape se animara a hacerle algo si Dumbledore estaba mirando.

Tal vez por eso Snape parecía tan enfadado mientras los equipos desfilaban por el terreno de juego, algo que Ron también notó.

—Nunca vi a Snape con esa cara de malo —dijo a Hermione—. Mira, ya salen. ¡Eh!

Alguien había golpeado a Ron en la parte de atrás de la cabeza. Era Malfoy.

—Oh, perdón, Weasley, no te había visto.

Malfoy sonrió burlonamente a Crabbe y Goyle.

—Me pregunto cuánto tiempo durará Potter en su escoba esta vez. ¿Alguien quiere apostar? ¿Qué me dices, Weasley?

Ron no le respondió: Snape acababa de pitar un penalti a favor de Hufflepuff, porque George Weasley le había tirado una *bludger*. Hermione, que tenía los dedos cruzados sobre la falda, observaba sin cesar a Harry, que circulaba sobre el juego como un halcón, buscando la *snitch*.

—¿Sabéis por qué creo que eligen a la gente para la casa de Gryffindor? —dijo Malfoy en voz alta unos minutos más tarde, mientras Snape daba otro penalti a Hufflepuff, sin ningún motivo—. Es gente a la que le tienen lástima. Por ejemplo, está Potter; que no tiene padres, luego los Weasley, que no tienen dinero... Y tú, Longbottom, que no tienes cerebro.

Neville se puso rojo y se volvió en su asiento para encararse con Malfoy

—Yo valgo por doce como tú, Malfoy —tartamudeó.

Malfoy, Crabbe y Goyle estallaron en carcajadas, pero Ron, sin quitar los ojos del partido, intervino.

—Así se habla, Neville.

—Longbottom, si tu cerebro fuera de oro serías más pobre que Weasley, y con eso te digo todo.

La preocupación por Harry estaba a punto de acabar con los nervios de Ron.

—Te prevengo, Malfoy... Una palabra más...

—¡Ron! —dijo de pronto Hermione—. ¡Harry...!

—¿Qué? ¿Dónde?

Harry había salido en un espectacular vuelo, que arrancó gritos de asombro y vivas entre los espectadores. Hermione se puso de pie, con los dedos cruzados en la boca, mientras Harry se lanzaba velozmente hacia el campo, como una bala.

—Tenéis suerte, Weasley, es evidente que Potter ha visto alguna moneda en el campo —dijo Malfoy

Ron estalló. Antes de que Malfoy supiera lo que estaba pasando, Ron estaba encima de él, tirándolo al suelo. Neville vaciló, pero luego se encaramó al respaldo de su silla para ayudar.

—¡Vamos, Harry! —gritaba Hermione, subiéndose al asiento para ver bien a Harry, sin darse cuenta de que Malfoy y Ron rodaban bajo su asiento y sin oír los gritos y golpes de Neville, Crabbe y Goyle.

En el aire, Snape puso en marcha su escoba justo a tiempo para ver algo escarlata que pasaba a su lado, y que no chocó con él por sólo unos centímetros. Al momento siguiente Harry subía con el brazo levantado en gesto de triunfo y la mano apretando la *snitch*.

Las tribunas bullían. Aquello era un récord, nadie recordaba que se hubiera atrapado tan rápido la *snitch*.

—¡Ron! ¡Ron! ¿Dónde estás? ¡El partido ha terminado! ¡Hemos ganado! ¡Gryffindor es el primero! —Hermione bailaba en su asiento y se abrazaba con Parvati Patil, de la fila de delante.

Harry saltó de su escoba, a centímetros del suelo. No podía creerlo. Lo había conseguido... El partido había terminado y apenas había durado cinco minutos. Mientras los de Gryffindor se acercaban al terreno de juego, vio que Snape aterrizaba cerca, con el rostro blanco y los labios tirantes. Entonces Harry sintió una mano en su hombro y, al darse la vuelta, se encontró con el rostro sonriente de Dumbledore.

—Bien hecho —dijo Dumbledore en voz baja, para que sólo Harry lo oyera—. Muy bueno que no buscaras ese espejo... que te mantuvieras ocupado... excelente...

Snape escupió con amargura en el suelo.

Un rato después, Harry salió del vestuario para dejar su Nimbus 2.000 en la

escobera. No recordaba haberse sentido tan contento. Había hecho algo de lo que podía sentirse orgulloso. Ya nadie podría decir que era sólo un nombre célebre. El aire del anochecer nunca había sido tan dulce. Anduvo por la hierba húmeda, reviviendo la última hora en su mente, en una feliz nebulosa: los Gryffindors corriendo para llevarlo en andas, Ron y Hermione en la distancia, saltando como locos, Ron vitoreando en medio de una gran hemorragia nasal...

Harry llegó a la cabaña. Se apoyó contra la puerta de madera y miró hacia Hogwarts, cuyas ventanas despedían un brillo rojizo en la puesta del sol. Gryffindor a la cabeza. Él lo había hecho, le había demostrado a Snape...

Y hablando de Snape.

Una figura encapuchada bajó sigilosamente los escalones delanteros del castillo. Era evidente que no quería ser visto dirigiéndose a toda prisa hacia el bosque prohibido. La victoria se apagó en la mente de Harry mientras observaba. Reconoció a la figura que se alejaba. Era Snape, escabulléndose en el bosque, mientras todos estaban en la cena... ¿Qué sucedía?

Harry saltó sobre su Nimbus 2.000 y se elevó. Deslizándose silenciosamente sobre el castillo, vio a Snape entrando en el bosque. Lo siguió.

Los árboles eran tan espesos que no podía ver adónde había ido Snape. Voló en círculos, cada vez más bajos, rozando las copas de los árboles, hasta que oyó voces. Se deslizó hacia allí y se detuvo sin ruido, sobre un haya.

Con cuidado se detuvo en una rama, sujetando su escoba y tratando de ver a través de las hojas.

Abajo, en un espacio despejado y sombrío, vio a Snape. Pero no estaba solo. Quirrell también estaba allí. Harry no podía verle la cara, pero tartamudeaba como nunca. Harry se esforzó por oír lo que decían.

—... n-no sé p-por qué querías ver-verme j-justo a-aquí, de entre t-todos los l-lugares, Severus...

—Oh, pensé que íbamos a mantener esto en privado —dijo Snape con voz gélida—. Después de todo, los alumnos no deben saber nada sobre la Piedra Filosofal.

Harry se inclinó hacia delante. Quirrell tartamudeaba algo y Snape lo interrumpió.

—¿Ya has averiguado cómo burlar a esa bestia de Hagrid?

—P-p-pero Severus, y-yo...

—Tú no querrás que yo sea tu enemigo, Quirrell —dijo Snape, dando un paso hacia él.

—Y-yo no s-sé qué...

—Tú sabes perfectamente bien lo que quiero decir.

Una lechuza dejó escapar un grito y Harry casi se cae del árbol. Se enderezó a tiempo para oír a Snape decir:

—... tu pequeña parte del abracadabra. Estoy esperando.

—P-pero y-yo no...

—Muy bien —lo interrumpió Snape—. Vamos a tener otra pequeña charla muy pronto, cuando hayas tenido tiempo de pensar y decidir dónde están tus lealtades.

Se echó la capa sobre la cabeza y se alejó del claro. Ya estaba casi oscuro, pero Harry pudo ver a Quirrell inmóvil, como si estuviera petrificado.

—¿Harry, dónde estabas? —preguntó Hermione con voz aguda.

—¡Ganamos! ¡Ganamos! ¡Ganamos! —gritaba Ron al tiempo que daba palmadas a Harry en la espalda—. ¡Y yo le puse un ojo negro a Malfoy y Neville trató de vencer a Crabbe y Goyle él solo! Todavía está inconsciente, pero la señora Pomfrey dice que se pondrá bien. Todos te están esperando en la sala común, vamos a celebrar una fiesta, Fred y George robaron unos pasteles y otras cosas de la cocina...

—Ahora eso no importa —dijo Harry sin aliento—. Vamos a buscar una habitación vacía, ya veréis cuando oigáis esto...

Se aseguró de que Peeves no estuviera dentro antes de cerrar la puerta, y entonces les contó lo que había visto y oído.

—Así que teníamos razón, es la Piedra Filosofal y Snape trata de obligar a Quirrell a que lo ayude a conseguirla. Le preguntó si sabía cómo pasar ante *Fluffy* y dijo algo sobre el «abracadabra» de Quirrell... Eso significa que hay otras cosas custodiando la Piedra, además de *Fluffy*, probablemente cantidades de hechizos, y Quirrell puede haber hecho algunos encantamientos anti-Artes Oscuras que Snape necesita romper...

—¿Quieres decir que la Piedra estará segura mientras Quirrell se oponga a Snape? —preguntó alarmada Hermione.

—En ese caso no durará mucho —dijo Ron.

14

Norberto, el ridgeback noruego

Sin embargo, Quirrell debía de ser más valiente de lo que habían pensado. En las semanas que siguieron se fue poniendo cada vez más delgado y pálido, pero no parecía que su voluntad hubiera cedido.

Cada vez que pasaban por el pasillo del tercer piso, Harry, Ron y Hermione apoyaban las orejas contra la puerta, para ver si *Fluffy* estaba gruñendo, allí dentro. Snape seguía con su habitual mal carácter, lo que seguramente significaba que la Piedra estaba a salvo. Cada vez que Harry se cruzaba con Quirrell, le dirigía una sonrisa para darle ánimo, y Ron les decía a todos que no se rieran del tartamudeo del profesor.

Hermione, sin embargo, tenía en su mente otras cosas, además de la Piedra Filosofal. Había comenzado a hacer horarios para repasar y a subrayar con diferentes colores sus apuntes. A Harry y Ron eso no les habría importado, pero los fastidiaba todo el tiempo para que hicieran lo mismo.

—Hermione, faltan siglos para los exámenes.

—Diez semanas —replicó Hermione—. Eso no son siglos, es un segundo para Nicolás Flamel.

—Pero nosotros no tenemos seiscientos años —le recordó Ron—. De todos modos, ¿para qué repasas si ya te lo sabes todo?

—¿Que para qué estoy repasando? ¿Estás loco? ¿Te has dado cuenta de que tenemos que pasar estos exámenes para entrar en segundo año? Son muy importantes, tendría que haber empezado a estudiar hace un mes, no sé lo que me pasó...

Pero desgraciadamente, los profesores parecían pensar lo mismo que Hermione. Les dieron tantos deberes que las vacaciones de Pascua no resultaron tan divertidas como las de Navidad. Era difícil relajarse con Hermione al lado, recitando los doce usos de la sangre de dragón o practicando movimientos con la varita. Quejándose y bostezando, Harry y Ron pasaban la mayor parte de su tiempo libre en la biblioteca con ella, tratando de hacer todo el trabajo suplementario.

—Nunca podré acordarme de esto —estalló Ron una tarde, arrojando la pluma y mirando por la ventana de la biblioteca con nostalgia. Era realmente el primer día bueno desde hacía meses. El cielo era claro, y las nomeolvides azules y el aire anunciaban el verano.

Harry, que estaba buscando «díctamo» en *Mil hierbas mágicas y hongos* no levantó la cabeza hasta que oyó que Ron decía:

—¡Hagrid! ¿Qué estás haciendo en la biblioteca?

Hagrid apareció con aire desmañado, escondiendo algo detrás de la espalda. Parecía muy fuera de lugar; con su abrigo de piel de topo.

—Estaba mirando —dijo con una voz evasiva que les llamó la atención—. ¿Y vosotros qué hacéis? —De pronto pareció sospechar algo—. No estaréis buscando todavía a Nicolás Flamel, ¿no?

—Oh, lo encontramos hace siglos —dijo Ron con aire grandilocuente—. Y también sabemos lo que custodia el perro, es la Piedra Fi...

—¡¡Shhh!! —Hagrid miró alrededor para ver si alguien los escuchaba—. No podéis ir por ahí diciéndolo a gritos. ¿Qué os pasa?

—En realidad, hay unas pocas cosas que queremos preguntarte —dijo Harry— sobre qué cosas más custodian la Piedra, además de *Fluffy*...

—¡SHHHH! —dijo Hagrid otra vez—. Mirad, venid a verme más tarde, no os prometo que os vaya a decir algo, pero no andéis por ahí hablando, los alumnos no deben saber nada. Van a pensar que yo os lo he contado...

—Te vemos más tarde, entonces —dijo Harry

Hagrid se escabulló.

—¿Qué escondía detrás de la espalda? —dijo Hermione con aire pensativo.

—¿Creéis que tiene que ver con la Piedra?

—Voy a ver en qué sección estaba —dijo Ron, cansado de sus trabajos. Regresó un minuto más tarde, con muchos libros en los brazos. Los desparramó sobre la mesa.

—¡Dragones! —susurró—. ¡Hagrid estaba buscando cosas sobre dragones! Mirad estos dos: *Especies de dragones en Gran Bretaña e Irlanda* y *Del huevo al infierno, guía para guardianes de dragones*...

—Hagrid siempre quiso tener un dragón, me lo dijo el día que lo conocí —dijo Harry

—Pero va contra nuestras leyes —dijo Ron—. Criar dragones fue prohibido por la Convención de Magos de 1709, todos lo saben. Era difícil que los *muggles* no nos detectaran si teníamos dragones en nuestros jardines. De todos modos, no se puede domesticar un dragón, es peligroso. Tendríais que ver las quemaduras que Charlie se hizo con esos dragones salvajes de Rumania.

—Pero no hay dragones salvajes en Inglaterra, ¿verdad? —preguntó Harry

—Por supuesto que hay —respondió Ron—. Verdes en Gales y negros en Escocia. Al ministro de Magia le ha costado trabajo silenciar ese asunto, te lo aseguro. Los nuestros tienen que hacerles encantamientos a los *muggles* que los han visto para que los olviden.

—Entonces ¿en qué está metido Hagrid? —dijo Hermione.

Cuando llamaron a la puerta de la cabaña del guardabosques, una hora más tarde, les sorprendió ver todas las cortinas cerradas. Hagrid preguntó «¿quién es?» antes de dejarlos entrar, y luego cerró rápidamente la puerta tras ellos.

En el interior; el calor era sofocante. Pese a que era un día cálido, en la chimenea ardía un buen fuego. Hagrid les preparó el té y les ofreció bocadillos de comadreja, que ellos no aceptaron.

—Entonces ¿queríais preguntarme algo?

—Sí —dijo Harry No tenía sentido dar más vueltas—. Nos preguntábamos si podías decirnos si hay algo más que custodie a la Piedra Filosofal, además de *Fluffy*.

Hagrid lo miró con aire adusto.

—Por supuesto que no puedo —dijo—. En primer lugar; no lo sé. En segundo lugar, vosotros ya sabéis demasiado, así que tampoco os lo diría si lo supiera. Esa Piedra está aquí por un buen motivo. Casi la roban de Gringotts... Aunque eso ya lo sabíais, ¿no? Me gustaría saber cómo averiguasteis lo de *Fluffy*.

—Oh, vamos, Hagrid, puedes no querer contarnos, pero debes saberlo, tú sabes todo lo que sucede por aquí —dijo Hermione, con voz afectuosa y lisonjera. La barba de Hagrid se agitó y vieron que sonreía. Hermione continuó—: Nos preguntábamos en quién más podía confiar Dumbledore lo suficiente para pedirle ayuda, además de ti.

Con esas últimas palabras, el pecho de Hagrid se ensanchó. Harry y Ron miraron a Hermione con orgullo.

—Bueno, supongo que no tiene nada de malo deciros esto... Dejadme ver... Yo le presté a *Fluffy*... luego algunos de los profesores hicieron encantamientos... el profesor Sprout, el profesor Flitwick, la profesora McGonagall —contó con los dedos—, el profesor Quirrell y el mismo Dumbledore, por supuesto. Esperad, me he olvidado de alguien. Oh, claro, el profesor Snape.

—¿Snape?

—Ajá... No seguiréis con eso todavía, ¿no? Mirad, Snape ayudó a proteger la Piedra, no quiere robarla.

Harry sabía que Ron y Hermione estaban pensando lo mismo que él. Si Snape había formado parte de la protección de la Piedra, le resultaría fácil descubrir cómo la protegían los otros profesores. Es probable que supiera todos los encantamientos, salvo el de Quirrell, y cómo pasar ante *Fluffy*.

—Tu eres el único que sabe cómo pasar ante *Fluffy*, ¿no, Hagrid? —preguntó Harry con ansiedad—. Y no se lo dirás a nadie, ¿no es cierto? ¿Ni siquiera a un profesor?

—Ni un alma lo sabe, salvo Dumbledore y yo —dijo Hagrid con orgullo.

—Bueno, eso es algo —murmuró Harry a los demás—. Hagrid, ¿podríamos abrir una ventana? Me estoy asando.

—No puedo, Harry, lo siento —respondió Hagrid. Harry notó que miraba de reojo hacia el fuego. Harry también miró.

—Hagrid... ¿Qué es eso?

Pero ya sabía lo que era. En el centro de la chimenea, debajo de la cazuela, había un enorme huevo negro.

—Ah —dijo Hagrid, tirándose con nerviosismo de la barba—. Eso... eh...

—¿Dónde lo has conseguido, Hagrid? —preguntó Ron, agachándose ante la chimenea para ver de cerca el huevo— Debe de haberte costado una fortuna.

—Lo gané —explicó Hagrid—. La otra noche. Estaba en la aldea, tomando unas copas y me puse a jugar a las cartas con un desconocido. Creo que se alegró mucho de librarse de él, si he de ser sincero.

—Pero ¿qué vas a hacer cuando salga del cascarón? —preguntó Hermione.

—Bueno, estuve leyendo un poco —dijo Hagrid, sacando un gran libro de debajo de su almohada—. Lo conseguí en la biblioteca: *Crianza de dragones para placer y provecho*. Está un poco anticuado, por supuesto, pero sale todo. Mantener el huevo en el fuego, porque las madres respiran fuego sobre ellos y, cuando salen del cascarón, alimentarlos con brandy mezclado con sangre de pollo, cada media hora. Y mirad, dice cómo reconocer los diferentes huevos. El que tengo es un *ridgeback* noruego. Y son muy raros.

Parecía muy satisfecho de sí mismo, pero Hermione no.

—Hagrid, tú vives en una casa de madera —dijo.

Pero Hagrid no la escuchaba. Canturreaba alegremente mientras alimentaba el fuego.

Así que ya tenían algo más de qué preocuparse: lo que podía sucederle a Hagrid si alguien descubría que ocultaba un dragón ilegal en su cabaña.

—Me pregunto cómo será tener una vida tranquila —suspiró Ron, mientras noche tras noche luchaban con todo el trabajo extra que les daban los profesores. Hermione había comenzado ya a hacer horarios de repaso para Harry y Ron. Los estaba volviendo locos.

Entonces, durante un desayuno, *Hedwig* entregó a Harry otra nota de Hagrid. Sólo decía: «Está a punto de salir».

Ron quería faltar a la clase de Herbología e ir directamente a la cabaña. Hermione no quería ni oír hablar de eso.

—Hermione, ¿cuántas veces en nuestra vida veremos a un dragón saliendo de su huevo?

—Tenemos clases, nos vamos a meter en líos y no vamos a poder hacer nada cuando alguien descubra lo que Hagrid está haciendo...

—¡Cállate! —susurró Harry

Malfoy estaba cerca de ellos y se había quedado inmóvil para escucharlos. ¿Cuánto había oído? A Harry no le gustó la expresión de su cara.

Ron y Hermione discutieron durante todo el camino hacia la clase de Herbología y, al final, Hermione aceptó ir a la cabaña de Hagrid con ellos durante el recreo de la mañana. Cuando al final de las clases sonó la campana del castillo, los tres dejaron sus trasplantadores y corrieron por el parque hasta el borde del bosque. Hagrid los recibió, excitado y radiante.

—Ya casi está fuera —dijo cuando entraron.

El huevo estaba sobre la mesa. Tenía grietas en la cáscara. Algo se movía en el interior y un curioso ruido salía de allí.

Todos acercaron las sillas a la mesa y esperaron, respirando con agitación.

De pronto se oyó un ruido y el huevo se abrió. La cría de dragón aleteó en la mesa. No era exactamente bonito. Harry pensó que parecía un paraguas negro arrugado. Sus alas puntiagudas eran enormes, comparadas con su cuerpo flacucho. Tenía un hocico largo con anchas fosas nasales, las puntas de los cuernos ya le salían y tenía los ojos anaranjados y saltones.

Estornudó. Volaron unas chispas.

—¿No es precioso? —murmuró Hagrid. Alargó una mano para acariciar la cabeza del dragón. Este le dio un mordisco en los dedos, enseñando unos

colmillos puntiagudos.

—¡Bendito sea! Mirad, conoce a su mamá —dijo Hagrid.

—Hagrid —dijo Hermione—. ¿Cuánto tardan en crecer los *ridgebacks* noruegos?

Hagrid iba a contestarle, cuando de golpe su rostro palideció. Se puso de pie de un salto y corrió hacia la ventana.

—¿Qué sucede?

—Alguien estaba mirando por una rendija de la cortina... Era un chico... Va corriendo hacia el colegio.

Harry fue hasta la puerta y miró. Incluso a distancia, era inconfundible:

Malfoy había visto el dragón.

• • •

Algo en la sonrisa burlona de Malfoy durante la semana siguiente ponía nerviosos a Harry, Ron y Hermione. Pasaban la mayor parte de su tiempo libre en la oscura cabaña de Hagrid, tratando de hacerlo entrar en razón.

—Déjalo ir —lo instaba Harry—. Déjalo en libertad.

—No puedo —decía Hagrid—. Es demasiado pequeño. Se morirá.

Miraron el dragón. Había triplicado su tamaño en sólo una semana. Ya le salía humo de las narices. Hagrid no cumplía con sus deberes de guardabosques porque el dragón ocupaba todo su tiempo. Había botellas vacías de brandy y plumas de pollo por todo el suelo.

—He decidido llamarlo *Norberto* —dijo Hagrid, mirando al dragón con ojos húmedos—. Ya me reconoce, mirad. *¡Norberto! ¡Norberto!* ¿Dónde está mamá?

—Ha perdido el juicio —murmuró Ron a Harry.

—Hagrid —dijo Harry en voz muy alta—, espera dos semanas y *Norberto* será tan grande como tu casa. Malfoy se lo contará a Dumbledore en cualquier momento.

Hagrid se mordió el labio.

—Yo... yo sé que no puedo quedarme con él para siempre, pero no puedo echarlo, no puedo.

Harry se volvió hacia Ron súbitamente.

—Charlie —dijo.

—Tu también estás mal de la cabeza —dijo Ron—. Yo soy Ron, ¿recuerdas?

—No... Charlie, tu hermano. En Rumania. Estudiando dragones. Podemos enviarle a *Norberto*. ¡Charlie lo cuidará y luego lo dejará vivir en libertad!

—¡Genial! —dijo Ron—. ¿Qué piensas de eso, Hagrid?

Y al final, Hagrid aceptó que enviaran una lechuza para pedirle ayuda a Charlie.

La semana siguiente pareció alargarse. La noche del miércoles encontró a Harry y Hermione sentados solos en la sala común, mucho después de que todos se fueran a acostar. El reloj de la pared acababa de dar doce campanadas cuando el agujero de la pared se abrió de golpe. Ron surgió de la nada, al quitarse la capa invisible de Harry Había estado en la cabaña de Hagrid, ayudándolo a alimentar a *Norberto*, que ya comía ratas muertas.

—¡Me ha mordido! —dijo, enseñándoles la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado—. No podré escribir en una semana. Os aseguro que los dragones son los animales más horribles que conozco, pero para Hagrid es como si fuera un osito de peluche. Cuando me mordió, me hizo salir porque, según él, yo lo había asustado. Y cuando me fui le estaba cantando una canción de cuna.

Se oyó un golpe en la ventana oscura.

—¡Es *Hedwig!* —dijo Harry, corriendo para dejarla entrar—. ¡Debe de traer la respuesta de Charlie!

Los tres juntaron las cabezas para leer la carta.

Querido Ron:

¿Cómo estás? Gracias por tu carta. Estaré encantado de quedarme con el ridgeback *noruego, pero no será fácil traerlo aquí. Creo que lo mejor será hacerlo con unos amigos que vienen a visitarme la semana que viene. El problema es que no deben verlos llevando un dragón ilegal. ¿Podríais llevar al* ridgeback *noruego a la torre más alta, la medianoche del sábado? Ellos se encontrarán contigo allí y se lo llevarán mientras dure la oscuridad.*

Envíame la respuesta lo antes posible.

Besos,

Charlie

Se miraron.

——Tenemos la capa invisible —dijo Harry—. No será tan difícil... creo que la capa es suficientemente grande para cubrir a *Norberto* y a dos de nosotros.

La prueba de lo mala que había sido aquella semana para ellos fue que aceptaron de inmediato. Cualquier cosa para liberarse de *Norberto*... y de Malfoy.

Se encontraron con un obstáculo. A la mañana siguiente, la mano mordida de Ron se había inflamado y tenía dos veces su tamaño normal. No sabía si convenía ir a ver a la señora Pomfrey ¿Reconocería una mordedura de dragón? Sin embargo, por la tarde no tuvo elección. La herida se había convertido en una horrible cosa verde. Parecía que los colmillos de *Norberto* tenían veneno.

Al finalizar el día, Harry y Hermione fueron corriendo hasta el ala de la enfermería para visitar a Ron y lo encontraron en un estado terrible.

—No es sólo mi mano —susurró— aunque parece que se me vaya a caer a trozos. Malfoy le dijo a la señora Pomfrey que quería pedirme prestado un libro, y vino y se estuvo riendo de mí. Me amenazó con decirle a ella quién me había mordido (yo le había dicho que era un perro, pero creo que no me creyó). No debí pegarle en el partido de *quidditch*. Por eso se está portando así.

Harry y Hermione trataron de calmarlo.

—Todo habrá terminado el sábado a medianoche —dijo Hermione, pero eso no lo tranquilizó. Al contrario, se sentó en la cama y comenzó a temblar.

—¡La medianoche del sábado! —dijo con voz ronca—. Oh, no, oh, no... acabo de acordarme... la carta de Charlie estaba en el libro que se llevó Malfoy, se enterará de la forma en que nos libraremos de *Norberto*.

Harry y Hermione no tuvieron tiempo de contestarle. Apareció la señora Pomfrey y los hizo salir; diciendo que Ron necesitaba dormir.

—Es muy tarde para cambiar los planes —dijo Harry a Hermione—. No

tenemos tiempo de enviar a Charlie otra lechuza y ésta puede ser nuestra única oportunidad de librarnos de *Norberto*. Tendremos que arriesgarnos. Y tenemos la capa invisible y Malfoy no lo sabe.

Encontraron a *Fang,* el perro cazador de jabalíes, sentado afuera, con la cola vendada, cuando fueron a avisar a Hagrid. Éste les habló a través de la ventana.

—No os hago entrar —jadeó— porque *Norberto* está un poco molesto. No es nada importante, ya me ocuparé de él.

Cuando le contaron lo que decía Charlie, se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque tal vez fuera porque *Norberto* acababa de morderle la pierna.

—¡Aaay! Está bien, sólo me ha cogido la bota... está jugando... después de todo es sólo un cachorro.

El cachorro golpeó la pared con su cola, haciendo temblar las ventanas. Harry y Hermione regresaron al castillo con la sensación de que el sábado no llegaría lo bastante rápido.

Tendrían que haber sentido pena por Hagrid, cuando llegó el momento de la despedida, si no hubieran estado tan preocupados por lo que tenían que hacer. Era una noche oscura y llena de nubes y llegaron un poquito tarde a la cabaña de Hagrid, porque tuvieron que esperar a que Peeves saliera del vestíbulo, donde jugaba a tenis contra las paredes.

Hagrid tenía a *Norberto* listo y encerrado en una gran jaula.

—Tiene muchas ratas y algo de brandy para el viaje —dijo Hagrid con voz amable—. Y le puse su osito de peluche por si se siente solo.

Del interior de la jaula les llegaron unos sonidos, que hicieron pensar a Harry que *Norberto* le estaba arrancando la cabeza al osito.

—¡Adiós, *Norberto*! —sollozó Hagrid, mientras Harry y Hermione cubrían la jaula con la capa invisible y se metían dentro ellos también—. ¡Mamá nunca te olvidará!

Cómo se las arreglaron para llevar la jaula hasta la torre del castillo fue algo que nunca supieron. Era casi medianoche cuando trasladaron la jaula de *Norberto* por las escaleras de mármol del castillo y siguieron por pasillos oscuros. Subieron una escalera, luego otra... Ni siquiera uno de los atajos de Harry hizo el trabajo más fácil.

—¡Ya casi llegamos! —resopló Harry, mientras alcanzaban el pasillo que había bajo la torre más alta.

Entonces, un súbito movimiento por encima de ellos casi les hizo soltar la jaula. Olvidando que eran invisibles, se encogieron en las sombras, contemplando las siluetas oscuras de dos personas que discutían a unos tres metros de ellos. Una lámpara brilló.

La profesora McGonagall, con una bata de tejido escocés y una redecilla en el pelo, tenía sujeto a Malfoy por la oreja.

—¡Castigo! —gritaba—. ¡Y veinte puntos menos para Slytherin! Vagando en medio de la noche... ¿Cómo te atreves...?

—Usted no lo entiende, profesora, Harry Potter vendrá. ¡Y con un dragón!

—¡Qué absurda tontería! ¿Cómo te atreves a decir esas mentiras? Vamos, hablaré de ti con el profesor Snape... ¡Vamos, Malfoy!

Después de aquello, la escalera de caracol hacia la torre más alta les pareció lo más fácil del mundo. Cuando salieron al frío aire de la noche, donde se quitaron la capa, felices de poder respirar bien, Hermione dio una especie de salto.

—¡Malfoy está castigado! ¡Podría ponerme a cantar!

—No lo hagas —la previno Harry.

Riéndose de Malfoy, esperaron, con *Norberto* moviéndose en su jaula. Diez minutos más tarde, cuatro escobas aterrizaron en la oscuridad.

Los amigos de Charlie eran muy simpáticos. Enseñaron a Harry y Hermione los arneses que habían preparado para poder suspender a *Norberto* entre ellos. Todos ayudaron a colocar a *Norberto* para que estuviera muy seguro, y luego Harry y Hermione estrecharon las manos de los amigos y les dieron las gracias.

Por fin. *Norberto* se iba... se iba... se había ido.

Bajaron rápidamente por la escalera de caracol, con los corazones tan libres como sus manos, que ya no llevaban la jaula con *Norberto*. Sin el dragón, y con Malfoy castigado, ¿qué podía estropear su felicidad?

La respuesta los esperaba al pie de la escalera. Cuando llegaron al pasillo, el rostro de Filch apareció súbitamente en la oscuridad.

—Bien, bien, bien —susurró Harry—. Tenemos problemas.

Habían dejado la capa invisible en la torre.

15

El bosque prohibido

Las cosas no podían haber salido peor.

Filch los llevó al despacho de la profesora McGonagall, en el primer piso, donde se sentaron a esperar; sin decir una palabra. Hermione temblaba. Excusas, disculpas y locas historias cruzaban la mente de Harry, cada una más débil que la otra. No podía imaginar cómo se iban a librar del problema aquella vez. Estaban atrapados. ¿Cómo podían haber sido tan estúpidos para olvidar la capa? No había razón en el mundo para que la profesora McGonagall aceptara que habían estado vagando durante la noche, para no mencionar la torre más alta de Astronomía, que estaba prohibida, salvo para las clases. Si añadía a todo eso *Norberto* y la capa invisible, ya podían empezar a hacer las maletas.

¿Harry pensaba que las cosas no podían estar peor? Estaba equivocado. Cuando la profesora McGonagall apareció, llevaba a Neville.

—¡Harry! —estalló Neville en cuanto los vio—. Estaba tratando de encontrarte para prevenirte, oí que Malfoy decía que iba a atraparte, dijo que tenías un drag...

Harry negó violentamente con la cabeza, para que Neville no hablara más, pero la profesora McGonagall lo vio. Lo miró como si echara fuego igual que *Norberto* y se irguió, amenazadora, sobre los tres.

—Nunca lo habría creído de ninguno de vosotros. El señor Filch dice que estabais en la torre de Astronomía. Es la una de la mañana. Quiero una explicación.

Ésa fue la primera vez que Hermione no pudo contestar a una pregunta de un profesor. Miraba fijamente sus zapatillas, tan rígida como una estatua.

—Creo que tengo idea de lo que sucedió —dijo la profesora McGonagall—. No hace falta ser un genio para descubrirlo. Te inventaste una historia sobre un dragón para que Draco Malfoy saliera de la cama y se metiera en líos. Te he atrapado. Supongo que te habrá parecido divertido que Longbottom oyera la historia y también la creyera, ¿no?

Harry captó la mirada de Neville y trató de decirle, sin palabras, que aquello no era verdad, porque Neville parecía asombrado y herido. Pobre mete-patas Neville, Harry sabía lo que debía de haberle costado buscarlos en la oscuridad, para prevenirlos.

—Estoy disgustada —dijo la profesora McGonagall—. Cuatro alumnos

fuera de la cama en una noche. ¡Nunca he oído una cosa así! Tu, Hermione Granger, pensé que tenías más sentido común. Y tú, Harry Potter... Creía que Gryffindor significaba más para ti. Los tres sufriréis castigos... Sí, tú también, Longbottom, nada te da derecho a dar vueltas por el colegio durante la noche, en especial en estos días: es muy peligroso y se os descontarán cincuenta puntos de Gryffindor.

—¿Cincuenta? —resopló Harry. Iban a perder el primer puesto, lo que había ganado en el último partido de *quidditch.*

—Cincuenta puntos cada uno —dijo la profesora McGonagall, resoplando a través de su nariz puntiaguda.

—Profesora... por favor...

—Usted, usted no...

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer; Harry Potter. Ahora, volved a la cama, todos. Nunca me he sentido tan avergonzada de alumnos de Gryffindor.

Ciento cincuenta puntos perdidos. Eso situaba a Gryffindor en el último lugar. En una noche, habían acabado con cualquier posibilidad de que Gryffindor ganara la copa de la casa. Harry sentía como si le retorcieran el estómago. ¿Cómo podrían arreglarlo?

Harry no durmió aquella noche. Podía oír el llanto de Neville, que duró horas. No se le ocurría nada que decir para consolarlo. Sabía que Neville, como él mismo, tenía miedo de que amaneciera. ¿Qué sucedería cuando el resto de los de Gryffindor descubrieran lo que ellos habían hecho?

Al principio, los Gryffindors que pasaban por el gigantesco reloj de arena, que informaba de la puntuación de la casa, pensaron que había un error. ¿Cómo iban a tener; súbitamente, ciento cincuenta puntos menos que el día anterior? Y luego, se propagó la historia. Harry Potter; el famoso Harry Potter, el héroe de dos partidos de *quidditch*, les había hecho perder todos esos puntos, él y otros dos estúpidos de primer año.

De ser una de las personas más populares y admiradas del colegio, Harry súbitamente era el más detestado. Hasta los de Ravenclaw y Hufflepuff le giraban la cara, porque todos habían deseado ver a Slytherin perdiendo la copa. Por dondequiera que Harry pasara, lo señalaban con el dedo y no se molestaban en bajar la voz para insultarlo. Los de Slytherin, por su parte, lo aplaudían y lo vitoreaban, diciendo: «¡Gracias, Potter; te debemos una!».

Sólo Ron lo apoyaba.

—Se olvidarán en unas semanas. Fred y George han perdido puntos muchas veces desde que están aquí y la gente los sigue apreciando.

—Pero nunca perdieron ciento cincuenta puntos de una vez, ¿verdad? —dijo Harry tristemente.

—Bueno... no —admitió Ron.

Era un poco tarde para reparar los daños, pero Harry se juró que, de ahí en adelante, no se metería en cosas que no eran asunto suyo. Todo había sido por andar averiguando y espiando. Se sentía tan avergonzado que fue a ver a Wood y le ofreció su renuncia.

—¿Renunciar? —exclamó Wood—. ¿Qué ganaríamos con eso? ¿Cómo vamos a recuperar puntos si no podemos jugar al *quidditch*?

Pero hasta el *quidditch* había perdido su atractivo. El resto del equipo no le hablaba durante el entrenamiento, y si tenían que hablar de él lo llamaban «el buscador».

Hermione y Neville también sufrían. No pasaban tantos malos ratos como Harry porque no eran tan conocidos, pero nadie les hablaba. Hermione había dejado de llamar la atención en clase, y se quedaba con la cabeza baja, trabajando en silencio.

Harry casi estaba contento de que se aproximaran los exámenes. Las lecciones que tenía que repasar alejaban sus desgracias de su mente. Él, Ron y Hermione se quedaban juntos, trabajando hasta altas horas de la noche, tratando de recordar los ingredientes de complicadas pociones, aprendiendo de memoria hechizos y encantamientos y repitiendo las fechas de descubrimientos mágicos y rebeliones de los gnomos.

Y entonces, una semana antes de que empezaran los exámenes, las nuevas resoluciones de Harry de no interferir en nada que no le concerniera sufrieron una prueba inesperada. Una tarde que salía solo de la biblioteca oyó que alguien gemía en un aula que estaba delante de él. Mientras se acercaba, oyó la voz de Quirrell.

—No... no... otra vez no, por favor...

Parecía que alguien lo estaba amenazando. Harry se acerco.

—Muy bien... muy bien. —Oyó que Quirrell sollozaba.

Al segundo siguiente, Quirrell salió apresuradamente del aula, enderezándose el turbante. Estaba pálido y parecía a punto de llorar. Desapareció de su vista y Harry pensó que ni siquiera lo había visto. Esperó hasta que dejaron de oírse los pasos de Quirrell y entonces inspeccionó el aula. Parecía vacía, pero la puerta del otro extremo estaba entreabierta. Harry estaba a mitad de camino, cuando recordó que se había prometido no meterse en lo que no le correspondía.

Al mismo tiempo, habría apostado doce Piedras Filosofales a que Snape acababa de salir del aula y, por lo que Harry había escuchado, Snape debería estar de mejor humor... Quirrell parecía haberse rendido finalmente.

Harry regresó a la biblioteca, en donde Hermione estaba repasándole Astronomía a Ron. Harry les contó lo que había oído.

—¡Entonces Snape lo hizo! —dijo Ron—. Si Quirrell le dijo cómo romper su encantamiento anti-Fuerzas Oscuras...

—Pero todavía queda *Fluffy* —dijo Hermione.

—Tal vez Snape descubrió cómo pasar ante él sin preguntarle a Hagrid —dijo Ron, mirando a los miles de libros que los rodeaban—. Seguro que por aquí hay un libro que dice cómo burlar a un perro gigante de tres cabezas. ¿Qué vamos a hacer, Harry?

La luz de la aventura brillaba otra vez en los ojos de Ron, pero Hermione respondió antes de que Harry lo hiciera.

—Ir a ver a Dumbledore. Eso es lo que debimos hacer hace tiempo. Si se nos ocurre algo a nosotros solos, con seguridad vamos a perder.

—¡Pero no tenemos pruebas! —exclamó Harry—. Quirrell está demasiado atemorizado para respaldarnos. Snape sólo tiene que decir que no sabía cómo entró el trol en Halloween y que él no estaba cerca del tercer piso en ese momento. ¿A quién pensáis que van a creer, a él o a nosotros? No es exactamente un secreto que lo detestamos. Dumbledore creerá que nos lo hemos inventado para hacer que lo echen. Filch no nos ayudaría aunque su vida dependiera de ello, es demasiado amigo de Snape y, mientras más alumnos pueda echar, mejor para él. Y no olvidéis que se supone que no sabemos nada sobre la Piedra o *Fluffy*. Serían muchas explicaciones.

Hermione pareció convencida, pero Ron no.

—Si investigamos sólo un poco...

—No —dijo Harry en tono terminante—: ya hemos investigado demasiado.

Acercó un mapa de Júpiter a su mesa y comenzó a aprender los nombres de sus lunas.

A la mañana siguiente, llegaron notas para Harry, Hermione y Neville, en la mesa del desayuno. Eran todas iguales.

Vuestro castigo tendrá lugar a las once de la noche.

El señor Filch os espera en el vestíbulo de entrada.

Prof M. McGonagall

En medio del furor que sentía por los puntos perdidos, Harry había olvidado que todavía les quedaban los castigos. De alguna manera esperaba que Hermione se quejara por tener que perder una noche de estudio, pero la muchacha no dijo una palabra. Como Harry, sentía que se merecían lo que les tocara.

A las once de aquella noche, se despidieron de Ron en la sala común y bajaron al vestíbulo de entrada con Neville. Filch ya estaba allí y también Malfoy. Harry también había olvidado que a Malfoy lo habían condenado a un castigo.

—Seguidme —dijo Filch, encendiendo un farol y conduciéndolos hacia fuera—. Seguro que os lo pensaréis dos veces antes de faltar a otra regla de la escuela, ¿verdad? —dijo, mirándolos con aire burlón—. Oh, sí... trabajo duro y dolor son los mejores maestros, si queréis mi opinión... es una lástima que hayan abandonado los viejos castigos... colgaros de las muñecas, del techo, unos pocos días. Yo todavía tengo las cadenas en mi oficina, las mantengo engrasadas por si alguna vez se necesitan... Bien, allá vamos, y no penséis en escapar, porque será peor para vosotros si lo hacéis.

Marcharon cruzando el oscuro parque. Neville comenzó a respirar con dificultad. Harry se preguntó cuál sería el castigo que les esperaba. Debía de ser algo verdaderamente horrible, o Filch no estaría tan contento.

La luna brillaba, pero las nubes la tapaban, dejándolos en la oscuridad. Delante, Harry pudo ver las ventanas iluminadas de la cabaña de Hagrid. Entonces oyeron un grito lejano.

—¿Eres tú, Filch? Date prisa, quiero empezar de una vez.

El corazón de Harry se animó: si iban a estar con Hagrid, no podía ser tan malo. Su alivio debió aparecer en su cara, porque Filch dijo:

—Supongo que crees que vas a divertirte con ese papanatas, ¿no? Bueno, piénsalo mejor, muchacho... es al bosque adonde iréis y mucho me habré equivocado si volvéis todos enteros.

Al oír aquello, Neville dejó escapar un gemido y Malfoy se detuvo de golpe.

—¿El bosque? —repitió, y no parecía tan indiferente como de costumbre—. Hay toda clase de cosas allí... dicen que hay hombres lobo.

Neville se aferró de la manga de la túnica de Harry y dejó escapar un ruido ahogado.

—Eso es problema vuestro, ¿no? —dijo Filch, con voz radiante—. Tendríais que haber pensado en los hombres lobo antes de meteros en líos.

Hagrid se acercó hacia ellos, con *Fang* pegado a los talones. Llevaba una gran ballesta y un carcaj con flechas en la espalda.

—Menos mal —dijo—. Estoy esperando hace media hora. ¿Todo bien,

Harry, Hermione?

—Yo no sería tan amistoso con ellos, Hagrid —dijo con frialdad Filch—. Después de todo, están aquí por un castigo.

—Por eso llegáis tarde, ¿no? —dijo Hagrid, mirando con rostro ceñudo a Filch—. ¿Has estado dándoles sermones? Eso no es lo que tienes que hacer. A partir de ahora, me hago cargo yo.

—Volveré al amanecer —dijo Filch— para recoger lo que quede de ellos —añadió con malignidad. Se dio la vuelta y se encaminó hacia el castillo, agitando el farol en la oscuridad.

Entonces Malfoy se volvió hacia Hagrid.

—No iré a ese bosque —dijo, y Harry tuvo el gusto de notar miedo en su voz.

—Lo harás, si quieres quedarte en Hogwarts —dijo Hagrid con severidad—. Hicisteis algo mal y ahora lo vais a pagar.

—Pero eso es para los empleados, no para los alumnos. Yo pensé que nos harían escribir unas líneas, o algo así. Si mi padre supiera que hago esto, él...

—Te dirá que es así como se hace en Hogwarts —gruñó Hagrid—. ¡Escribir unas líneas! ¿Y a quién le serviría eso? Haréis algo que sea útil, o si no os iréis. Si crees que tu padre prefiere que te expulsen, entonces vuelve al castillo y coge tus cosas. ¡Vete!

Malfoy no se movió. Miró con ira a Hagrid, pero luego bajó la mirada.

—Bien, entonces —dijo Hagrid—. Escuchad con cuidado, porque lo que vamos a hacer esta noche es peligroso y no quiero que ninguno se arriesgue. Seguidme por aquí, un momento.

Los condujo hasta el límite del bosque. Levantando su farol, señaló hacia un estrecho sendero de tierra, que desaparecía entre los espesos árboles negros. Una suave brisa les levantó el cabello, mientras miraban en dirección al bosque.

—Mirad allí —dijo Hagrid—. ¿Veis eso que brilla en la tierra? ¿Eso plateado? Es sangre de unicornio. Hay por aquí un unicornio que ha sido malherido por alguien. Es la segunda vez en una semana. Encontré uno muerto el último miércoles. Vamos a tratar de encontrar a ese pobrecito herido. Tal vez tengamos que evitar que siga sufriendo.

—¿Y qué sucede si el que hirió al unicornio nos encuentra a nosotros primero? —dijo Malfoy, incapaz de ocultar el miedo de su voz.

—No hay ningún ser en el bosque que os pueda herir si estáis conmigo o con *Fang* —dijo Hagrid—. Y seguid el sendero. Ahora vamos a dividirnos en dos equipos y seguiremos la huella en distintas direcciones. Hay sangre por

todo el lugar, debieron herirlo ayer por la noche, por lo menos.

—Yo quiero ir con *Fang* —dijo rápidamente Malfoy, mirando los largos colmillos del perro.

—Muy bien, pero te informo de que es un cobarde —dijo Hagrid—. Entonces yo, Harry y Hermione iremos por un lado y Draco, Neville y *Fang*, por el otro. Si alguno encuentra al unicornio, debe enviar chispas verdes, ¿de acuerdo? Sacad vuestras varitas y practicad ahora... está bien... Y si alguno tiene problemas, las chispas serán rojas y nos reuniremos todos... así que tened cuidado... en marcha.

El bosque estaba oscuro y silencioso. Después de andar un poco, vieron que el sendero se bifurcaba. Harry, Hermione y Hagrid fueron hacia la izquierda y Malfoy, Neville y *Fang* se dirigieron a la derecha.

Anduvieron en silencio, con la vista clavada en el suelo. De vez en cuando, un rayo de luna a través de las ramas iluminaba una mancha de sangre azul plateada entre las hojas caídas.

Harry vio que Hagrid parecía muy preocupado.

—¿Podría ser un hombre lobo el que mata los unicornios? —preguntó Harry

—No son bastante rápidos —dijo Hagrid—. No es tan fácil cazar un unicornio, son criaturas poderosamente mágicas. Nunca había oído que hubieran hecho daño a ninguno.

Pasaron por un tocón con musgo. Harry podía oír el agua que corría: debía de haber un arroyo cerca. Todavía había manchas de sangre de unicornio en el serpenteante sendero.

—¿Estás bien, Hermione? —susurró Hagrid—. No te preocupes, no puede estar muy lejos si está tan malherido, y entonces podremos... ¡PONEOS DETRÁS DE ESE ÁRBOL!

Hagrid cogió a Harry y Hermione y los arrastró fuera del sendero, detrás de un grueso roble. Sacó una flecha, la puso en su ballesta y la levantó, lista para disparar. Los tres escucharon. Alguien se deslizaba sobre las hojas secas. Parecía como una capa que se arrastrara por el suelo. Hagrid miraba hacia el sendero oscuro pero, después de unos pocos segundos, el sonido se alejó.

—Lo sabía —murmuró—. Aquí hay alguien que no debería estar.

—¿Un hombre lobo? —sugirió Harry.

—Eso no era un hombre lobo, ni tampoco un unicornio —dijo Hagrid con gesto sombrío—. Bien, seguidme, pero tened cuidado.

Anduvieron más lentamente, atentos a cualquier ruido. De pronto, en un claro un poco más adelante, algo se movió visiblemente.

—¿Quién está ahí? —gritó Hagrid—. ¡Déjese ver... estoy armado!

Y apareció en el claro... ¿era un hombre o un caballo? De la cintura para arriba, un hombre, con pelo y barba rojizos, pero por debajo, el cuerpo de pelaje zaino de un caballo, con una cola larga y rojiza. Harry y Hermione se quedaron boquiabiertos.

—Oh, eres tú, Ronan —dijo aliviado Hagrid—. ¿Cómo estás?

Se acercó y estrechó la mano del centauro.

—Que tengas buenas noches, Hagrid —dijo Ronan. Tenía una voz profunda y acongojada—. ¿Ibas a dispararme?

—Nunca se es demasiado cuidadoso —dijo Hagrid, tocando su ballesta—. Hay alguien muy malvado, perdido en este bosque. Ah, éste es Harry Potter y ella es Hermione Granger. Ambos son alumnos del colegio. Y él es Ronan. Es un centauro.

—Nos hemos dado cuenta —dijo débilmente Hermione.

—Buenas noches —los saludó Ronan—. ¿Estudiantes, no? ¿Y aprendéis mucho en el colegio?

—Eh...

—Un poquito —dijo con timidez Hermione.

—Un poquito. Bueno, eso es algo. —Ronan suspiró. Torció la cabeza y miró hacia el cielo—. Esta noche, Marte está brillante.

—Ajá —dijo Hagrid, lanzándole una mirada—. Escucha, me alegro de haberte encontrado, Ronan, porque hay un unicornio herido. ¿Has visto algo?

Ronan no respondió de inmediato. Se quedó con la mirada clavada en el cielo, sin pestañear, y suspiró otra vez.

—Siempre los inocentes son las primeras víctimas —dijo—. Ha sido así durante los siglos pasados y lo es ahora.

—Sí —dijo Hagrid—. Pero ¿has visto algo, Ronan? ¿Algo desacostumbrado?

—Marte brilla mucho esta noche —repitió Ronan, mientras Hagrid lo miraba con impaciencia—. Está inusualmente brillante.

—Sí, claro, pero yo me refería a algo inusual que esté un poco más cerca de nosotros —dijo Hagrid—. Entonces ¿no has visto nada extraño?

Otra vez, Ronan se tomó su tiempo para contestar. Hasta que, finalmente, dijo:

—El bosque esconde muchos secretos.

Un movimiento en los árboles detrás de Ronan hizo que Hagrid levantara de nuevo su ballesta, pero era sólo un segundo centauro, de cabello y cuerpo negro y con aspecto más salvaje que Ronan.

—Hola, Bane —saludó Hagrid—. ¿Qué tal?

—Buenas noches, Hagrid, espero que estés bien.

—Sí, gracias. Mira, le estaba preguntando a Ronan si había visto algo extraño últimamente. Han herido a un unicornio. ¿Sabes algo sobre eso?

Bane se acercó a Ronan. Miró hacia el cielo.

—Esta noche Marte brilla mucho —dijo simplemente.

—Eso dicen —dijo Hagrid de malhumor—. Bueno, si alguno ve algo, me avisáis, ¿de acuerdo? Bueno, nosotros nos vamos.

Harry y Hermione lo siguieron, saliendo del claro y mirando por encima del hombro a Ronan y Bane, hasta que los árboles los taparon.

—Nunca —dijo irritado Hagrid— tratéis de obtener una respuesta directa de un centauro. Son unos malditos astrólogos. No se interesan por nada más cercano que la luna.

—¿Y hay muchos de ellos aquí? —preguntó Hermione.

—Oh, unos pocos más... Se mantienen apartados la mayor parte del tiempo, pero siempre aparecen si quiero hablar con ellos. Los centauros tienen una mente profunda... saben cosas... pero no dicen mucho.

—¿Crees que era un centauro el que oímos antes? —dijo Harry.

—¿Te pareció que era ruido de cascos? No, en mi opinión, eso era lo que está matando a los unicornios... Nunca he oído algo así.

Pasaron a través de los árboles oscuros y tupidos. Harry seguía mirando por encima de su hombro, con nerviosismo. Tenía la desagradable sensación de que los vigilaban. Estaba muy contento de que Hagrid y su ballesta fueran con ellos. Acababan de pasar una curva en el sendero cuando Hermione se aferró al brazo de Hagrid.

—¡Hagrid! ¡Mira! ¡Chispas rojas, los otros tienen problemas!

—¡Vosotros esperad aquí! —gritó Hagrid—. ¡Quedaos en el sendero, volveré a buscaros!

Lo oyeron alejarse y se miraron uno al otro, muy asustados, hasta que ya no oyeron más que las hojas que se movían alrededor.

—¿Crees que les habrá pasado algo? —susurró Hermione.

—No me importará si le ha pasado algo a Malfoy, pero si le sucede algo a

Neville... está aquí por nuestra culpa.

Los minutos pasaban lentamente. Les parecía que sus oídos eran más agudos que nunca. Harry detectaba cada ráfaga de viento, cada ramita que se rompía. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Dónde estaban los otros?

Por fin, un ruido de pisadas crujientes les anunció el regreso de Hagrid. Malfoy, Neville y *Fang* estaban con él. Hagrid estaba furioso. Malfoy se había escondido detrás de Neville y, en broma, lo había cogido. Neville se aterró y envió las chispas.

—Vamos a necesitar mucha suerte para encontrar algo, después del alboroto que habéis hecho. Bueno, ahora voy a cambiar los grupos... Neville, tú te quedas conmigo y Hermione. Harry, tú vas con *Fang* y este idiota. Lo siento —añadió en un susurro dirigiéndose a Harry— pero a él le va a costar mucho asustarte y tenemos que terminar con esto.

Así que Harry se internó en el corazón del bosque, con Malfoy y *Fang*. Anduvieron cerca de media hora, internándose cada vez más profundamente, hasta que el sendero se volvió casi imposible de seguir, porque los árboles eran muy gruesos. Harry pensó que la sangre también parecía más espesa.

Había manchas en las raíces de los árboles, como si la pobre criatura se hubiera arrastrado en su dolor. Harry pudo ver un claro, más adelante, a través de las enmarañadas ramas de un viejo roble.

—Mira... —murmuró, levantando un brazo para detener a Malfoy

Algo de un blanco brillante relucía en la tierra. Se acercaron más.

Sí, era el unicornio y estaba muerto. Harry nunca había visto nada tan hermoso y tan triste. Sus largas patas delgadas estaban dobladas en ángulos extraños por su caída y su melena color blanco perla se desparramaba sobre las hojas oscuras.

Harry había dado un paso hacia el unicornio, cuando un sonido de algo que se deslizaba lo hizo congelarse en donde estaba. Un arbusto que estaba en el borde del claro se agitó... Entonces, de entre las sombras, una figura encapuchada se acercó gateando, como una bestia al acecho. Harry, Malfoy y *Fang* permanecieron paralizados. La figura encapuchada llegó hasta el unicornio, bajó la cabeza sobre la herida del animal y comenzó a beber su sangre.

—¡AAAAAAAAAAAAAH!

Malfoy dejó escapar un terrible grito y huyó... lo mismo que *Fang*. La figura encapuchada levantó la cabeza y miró directamente a Harry. La sangre del unicornio le chorreaba por el pecho. Se puso de pie y se acercó rápidamente hacia él... Harry estaba paralizado de miedo.

Entonces, un dolor le perforó la cabeza, algo que nunca había sentido, como si la cicatriz estuviera incendiándose. Casi sin poder ver, retrocedió. Oyó

cascos galopando a sus espaldas, y algo saltó limpiamente y atacó a la figura.

El dolor de cabeza era tan fuerte que Harry cayó de rodillas. Pasaron unos minutos antes de que se calmara. Cuando levantó la vista, la figura se había ido. Un centauro estaba ante él. No era ni Ronan ni Bane: éste parecía más joven, tenía cabello rubio muy claro, cuerpo pardo y cola blanca.

—¿Estás bien? —dijo el centauro, ayudándolo a ponerse de pie.

—Sí... gracias... ¿qué ha sido eso?

El centauro no contestó. Tenía ojos asombrosamente azules, como pálidos zafiros. Observó a Harry con cuidado, fijando la mirada en la cicatriz que se veía amoratada en la frente de Harry.

—Tú eres el chico Potter —dijo—. Es mejor que regreses con Hagrid. El bosque no es seguro en esta época en especial para ti. ¿Puedes cabalgar? Así será más rápido... Mi nombre es Firenze —añadió, mientras bajaba sus patas delanteras, para que Harry pudiera montar en su lomo.

Del otro lado del claro llegó un súbito ruido de cascos al galope. Ronan y Bane aparecieron velozmente entre los árboles, resoplando y con los flancos sudados.

—¡Firenze! —rugió Bane—. ¿Qué estás haciendo? Tienes un humano sobre el lomo! ¿No te da vergüenza? ¿Es que eres una mula ordinaria?

—¿Te das cuenta de quién es? —dijo Firenze—. Es el chico Potter. Mientras más rápido se vaya del bosque, mejor.

—¿Qué le has estado diciendo? —gruñó Bane—. Recuerda, Firenze, juramos no oponernos a los cielos. ¿No has leído en el movimiento de los planetas lo que sucederá?

Ronan dio una patada en el suelo con nerviosismo.

—Estoy seguro de que Firenze pensó que estaba obrando lo mejor posible —dijo, con voz sombría.

También Bane dio una patada, enfadado.

—¡Lo mejor posible! ¿Qué tiene eso que ver con nosotros? ¡Los centauros debemos ocuparnos de lo que está vaticinado! ¡No es asunto nuestro el andar como burros buscando humanos extraviados en nuestro bosque!

De pronto, Firenze levantó las patas con furia y Harry tuvo que aferrarse para no caer.

—¿No has visto ese unicornio? —preguntó Firenze a Bane—. ¿No comprendes por qué lo mataron? ¿O los planetas no te han dejado saber ese secreto? Yo me lanzaré contra el que está al acecho en este bosque, con humanos sobre mi lomo si tengo que hacerlo.

Y Firenze partió rápidamente, con Harry sujetándose lo mejor que podía, y dejó atrás a Ronan y Bane, que se internaron entre los árboles.

Harry no entendía lo sucedido.

—¿Por qué Bane está tan enfadado? —preguntó—. Y a propósito, ¿qué era esa cosa de la que me salvaste?

Firenze redujo el paso y previno a Harry que tuviera la cabeza agachada, a causa de las ramas, pero no contestó. Siguieron andando entre los árboles y en silencio, durante tanto tiempo que Harry creyó que Firenze no volvería a hablarle. Sin embargo, cuando llegaron a un lugar particularmente tupido, Firenze se detuvo.

—Harry Potter, ¿sabes para qué se utiliza la sangre de unicornio?

—No —dijo Harry, asombrado por la extraña pregunta—. En la clase de Pociones solamente utilizamos los cuernos y el pelo de la cola de unicornio.

—Eso es porque matar un unicornio es algo monstruoso —dijo Firenze—. Sólo alguien que no tenga nada que perder y todo para ganar puede cometer semejante crimen. La sangre de unicornio te mantiene con vida, incluso si estás al borde de la muerte, pero a un precio terrible. Si uno mata algo puro e indefenso para salvarse a sí mismo, conseguirá media vida, una vida maldita, desde el momento en que la sangre toque sus labios.

Harry clavó la mirada en la nuca de Firenze, que parecía de plata a la luz de la luna.

—Pero ¿quién estaría tan desesperado? —se preguntó en voz alta—. Si te van a maldecir para siempre, la muerte es mejor, ¿no?

—Es así —dijo Firenze— a menos que lo único que necesites sea mantenerte vivo el tiempo suficiente para beber algo más, algo que te devuelva toda tu fuerza y poder, algo que haga que nunca mueras. ¿Harry Potter, sabes qué está escondido en el colegio en este preciso momento?

—¡La Piedra Filosofal! ¡Por supuesto... el Elixir de Vida! Pero no entiendo quién...

—¿No puedes pensar en nadie que haya esperado muchos años para regresar al poder, que esté aferrado a la vida, esperando su oportunidad?

Fue como si un puño de hierro cayera súbitamente sobre la cabeza de Harry. Por encima del ruido del follaje, le pareció oír una vez más lo que Hagrid le había dicho la noche en que se conocieron: «Algunos dicen que murió. En mi opinión, son tonterías. No creo que le quede lo suficiente de humano como para morir».

—¿Quieres decir —dijo con voz ronca Harry— que era Vol...?

—¡Harry! Harry, ¿estás bien?

Hermione corría hacia ellos por el sendero, con Hagrid resoplando detrás.

—Estoy bien —dijo Harry, casi sin saber lo que contestaba—. El unicornio está muerto, Hagrid, está en ese claro de atrás.

—Aquí es donde te dejo —murmuró Firenze, mientras Hagrid corría a examinar al unicornio—. Ya estás a salvo.

Harry se deslizó de su lomo.

—Buena suerte, Harry Potter —dijo Firenze—. Los planetas ya se han leído antes equivocadamente, hasta por centauros. Espero que ésta sea una de esas veces.

Se volvió y se internó en lo más profundo del bosque, dejando a Harry temblando.

Ron se había quedado dormido en la oscuridad de la sala común, esperando a que volvieran. Cuando Harry lo sacudió para despertarlo, gritó algo sobre una falta en *quidditch*. Sin embargo, en unos segundos estaba con los ojos muy abiertos, mientras Harry les contaba, a él y a Hermione, lo que había sucedido en el bosque.

Harry no podía sentarse. Se paseaba de un lado al otro, ante la chimenea. Todavía temblaba.

—Snape quiere la piedra para Voldemort... y Voldemort está esperando en el bosque... ¡Y todo el tiempo pensábam os que Snape sólo quería ser rico!

—¡Deja de decir el nombre! —dijo Ron, en un aterrorizado susurro, como si pensara que Voldemort pudiera oírlos.

Harry no lo escuchó.

—Firenze me salvó, pero no debía haberlo hecho... Bane estaba furioso... Hablaba de interferir en lo que los planetas dicen que sucederá... Deben decir que Voldemort ha vuelto... Bane piensa que Firenze debió dejar que Voldemort me matara. Supongo que eso también está escrito en las estrellas.

—¿Quieres dejar de repetir el nombre? —dijo Ron.

—Así que lo único que tengo que hacer es esperar que Snape robe la Piedra —continuó febrilmente Harry—.. Entonces Voldemort podrá venir y terminar conmigo... Bueno, supongo que Bane estará contento.

Hermione parecía muy asustada, pero tuvo una palabra de consuelo.

—Harry, todos dicen que Dumbledore es al único al que Quien-tú-sabes

siempre ha temido. Con Dumbledore por aquí, Quien-tú-sabes no te tocará. De todos modos, ¿quién puede decir que los centauros tienen razón? A mí me parecen adivinos y la profesora McGonagall dice que ésa es una rama de la magia muy inexacta.

El cielo ya estaba claro cuando terminaron de hablar. Se fueron a la cama agotados, con las gargantas secas. Pero las sorpresas de aquella noche no habían terminado.

Cuando Harry abrió la cama encontró su capa invisible, cuidadosamente doblada. Tenía sujeta una nota:

Por las dudas.

16

A través de la trampilla

En años venideros, Harry nunca pudo recordar cómo se las había arreglado para hacer sus exámenes, cuando una parte de él esperaba que Voldemort entrara por la puerta en cualquier momento. Sin embargo, los días pasaban y no había dudas de que *Fluffy* seguía bien y con vida, detrás de la puerta cerrada.

Hacía mucho calor, en especial en el aula grande donde se examinaban por escrito. Les habían entregado plumas nuevas, especiales, que habían sido hechizadas con un encantamiento antitrampa.

También tenían exámenes prácticos. El profesor Flitwick los llamó uno a uno al aula, para ver si podían hacer que una piña bailara claqué encima del escritorio. La profesora McGonagall los observó mientras convertían un ratón en una caja de rapé. Ganaban puntos las cajas más bonitas, pero los perdían si tenían bigotes. Snape los puso nerviosos a todos, respirando sobre sus nucas mientras trataban de recordar cómo hacer una poción para olvidar.

Harry lo hizo todo lo mejor que pudo, tratando de hacer caso omiso de las punzadas que sentía en la frente, un dolor que le molestaba desde la noche que había estado en el bosque. Neville pensaba que Harry era un caso grave

de nerviosismo, porque no podía dormir por las noches. Pero la verdad era que Harry se despertaba por culpa de su vieja pesadilla, que se había vuelto peor, porque la figura encapuchada aparecía chorreando sangre.

Tal vez porque ellos no habían visto lo que Harry vio en el bosque, o porque no tenían cicatrices ardientes en la frente, Ron y Hermione no parecían tan preocupados por la Piedra como Harry. La idea de Voldemort los atemorizaba, desde luego, pero no los visitaba en sueños y estaban tan ocupados repasando que no les quedaba tiempo para inquietarse por lo que Snape o algún otro estuvieran tramando.

El último examen era Historia de la Magia. Una hora respondiendo preguntas sobre viejos magos chiflados que habían inventado calderos que revolvían su contenido, y estarían libres, libres durante toda una maravillosa semana, hasta que recibieran los resultados de los exámenes. Cuando el fantasma del profesor Binns les dijo que dejaran sus plumas y enrollaran sus pergaminos, Harry no pudo dejar de alegrarse con el resto.

—Esto ha sido mucho más fácil de lo que pensé —dijo Hermione, cuando se reunieron con los demás en el parque soleado—. No necesitaba haber estudiado el Código de Conducta de los Hombres Lobo de 1637 o el levantamiento de Elfrico *el Vehemente*.

A Hermione siempre le gustaba volver a repetir los exámenes, pero Ron dijo que iba a ponerse malo, así que se fueron hacia el lago y se dejaron caer bajo un árbol. Los gemelos Weasley y Lee Jordan se dedicaban a pinchar los tentáculos de un calamar gigante que tomaba el sol en la orilla.

—Basta de repasos —suspiró aliviado Ron, estirándose en la hierba—. Puedes alegrarte un poco, Harry, aún falta una semana para que sepamos lo mal que nos fue, no hace falta preocuparse ahora.

Harry se frotaba la frente.

—¡Me gustaría saber qué significa esto! —estalló enfadado—. Mi cicatriz sigue doliéndome. Me ha sucedido antes, pero nunca tanto tiempo seguido como ahora.

—Ve a ver a la señora Pomfrey —sugirió Hermione.

—No estoy enfermo —dijo Harry—. Creo que es un aviso... significa que se acerca el peligro...

Ron no podía agitarse, hacía demasiado calor.

—Harry, relájate, Hermione tiene razón, la Piedra está segura mientras Dumbledore esté aquí. De todos modos, nunca hemos tenido pruebas de que Snape encontrara la forma de burlar a *Fluffy*. Casi le arrancó la pierna una vez, no va a intentarlo de nuevo. Y Neville jugará al *quidditch* en el equipo de Inglaterra antes de que Hagrid traicione a Dumbledore.

Harry asintió, pero no pudo evitar la furtiva sensación de que se había

olvidado de hacer algo, algo importante. Cuando trató de explicarlo, Hermione dijo:

—Eso son los exámenes. Yo me desperté anoche y estuve a punto de mirar mis apuntes de Transformación, cuando me acordé de que ya habíamos hecho ese examen.

Pero Harry estaba seguro de que aquella sensación inquietante nada tenía que ver con los exámenes. Vio una lechuza que volaba hacia el colegio, por el brillante cielo azul, con una nota en el pico. Hagrid era el único que le había enviado cartas. Hagrid nunca traicionaría a Dumbledore. Hagrid nunca le diría a nadie cómo pasar ante *Fluffy*... nunca... Pero...

Harry, súbitamente, se puso de pie de un salto.

—¿Adónde vas? —preguntó Ron con aire soñoliento.

—Acabo de pensar en algo —dijo Harry. Se había puesto pálido—. Tenemos que ir a ver a Hagrid ahora.

—¿Por qué? —suspiró Hermione, levantándose.

—¿No os parece un poco raro —dijo Harry, subiendo por la colina cubierta de hierba— que lo que más deseara Hagrid fuera un dragón, y que de pronto aparezca un desconocido que casualmente tiene un huevo en el bolsillo? ¿Cuánta gente anda por ahí con huevos de dragón, que están prohibidos por las leyes de los magos? Qué suerte tuvo al encontrar a Hagrid, ¿verdad? ¿Por qué no se me ocurrió antes?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Ron, pero Harry echó a correr por los terrenos que iban hacia el bosque, sin contestarle.

Hagrid estaba sentado en un sillón, fuera de la casa, con los pantalones y las mangas de la camisa arremangados, y desgranaba guisantes en un gran recipiente.

—Hola —dijo sonriente—. ¿Habéis terminado los exámenes? ¿Tenéis tiempo para beber algo?

—Sí, por favor —dijo Ron, pero Harry lo interrumpió.

—No, tenemos prisa, Hagrid, pero tengo que preguntarte algo ¿Te acuerdas de la noche en que ganaste a *Norberto*? ¿Cómo era el desconocido con el que jugaste a las cartas?

—No lo sé —dijo Hagrid sin darle importancia—. No se quitó la capa.

Vio que los tres chicos lo miraban asombrados y levantó las cejas.

—No es tan inusual, hay mucha gente rara en el Cabeza de Puerco, el bar de la aldea. Podría ser un traficante de dragones, ¿no? No llegué a verle la cara porque no se quitó la capucha.

Harry se dejó caer cerca del recipiente de los guisantes.

—¿De qué hablaste con él, Hagrid? ¿Mencionaste Hogwarts?

—Puede ser —dijo Hagrid, con rostro ceñudo, tratando de recordar—. Sí... Me preguntó qué hacía y le dije que era guardabosques aquí... Me preguntó de qué tipo de animales me ocupaba... se lo expliqué... y le conté que siempre había querido tener un dragón... y luego... no puedo recordarlo bien, porque me invitó a muchas copas. Déjame ver... ah sí, me dijo que tenía el huevo de dragón y que podía jugarlo a las cartas si yo quería... pero que tenía que estar seguro de que iba a poder con él, no quería dejarlo en cualquier lado... Así que le dije que, después de *Fluffy*, un dragón era algo fácil.

—¿Y él... pareció interesado en *Fluffy*? —preguntó Harry, tratando de conservar la calma.

—Bueno... sí... es normal. ¿Cuántos perros con tres cabezas has visto? Entonces le dije que *Fluffy* era buenísimo si uno sabía calmarlo: tocando música se dormía en seguida...

De pronto Hagrid pareció horrorizado.

—¡No debí decir eso! —estalló—. ¡Olvidad que lo dije! Eh... ¿adónde vais?

Harry, Ron y Hermione no se hablaron hasta llegar al vestíbulo de entrada, que parecía frío y sombrío, después de haber estado en el parque.

—Tenemos que ir a ver a Dumbledore —dijo Harry—. Hagrid le dijo al desconocido cómo pasar ante *Fluffy*, y sólo podía ser Snape o Voldemort, debajo de la capa... No fue difícil, después de emborrachar a Hagrid. Sólo espero que Dumbledore nos crea. Firenze nos respaldará, si Bane no lo detiene. ¿Dónde está el despacho de Dumbledore?

Miraron alrededor, como si esperaran que alguna señal se lo indicara. Nunca les habían dicho dónde vivía Dumbledore, ni conocían a nadie a quien hubieran enviado a verlo.

—Tendremos que... —empezó a decir Harry pero súbitamente una voz cruzó el vestíbulo.

—¿Qué estáis haciendo los tres aquí dentro?

Era la profesora McGonagall, que llevaba muchos libros.

—Queremos ver al profesor Dumbledore —dijo Hermione con valentía, según les pareció a Ron y Harry.

—¿Ver al profesor Dumbledore? —repitió la profesora, como si pensara que era algo inverosímil—. ¿Por qué?

Harry tragó: «¿Y ahora qué?».

—Es algo secreto —dijo, pero de inmediato deseó no haberlo hecho, porque la profesora McGonagall se enfadó.

—El profesor Dumbledore se fue hace diez minutos —dijo con frialdad—. Recibió una lechuza urgente del ministro de Magia y salió volando para Londres de inmediato.

—¿Se fue? —preguntó Harry con aire desesperado—. ¿Ahora?

—El profesor Dumbledore es un gran mago, Potter, y tiene muchos compromisos...

—Pero esto es importante.

—¿Algo que tú tienes que decir es más importante que el ministro de Magia, Potter?

—Mire —dijo Harry dejando de lado toda precaución—, profesora, se trata de la Piedra Filosofal...

Fue evidente que la profesora McGonagall no esperaba aquello. Los libros que llevaba se deslizaron al suelo y no se molestó en recogerlos.

—¿Cómo es que sabes...? —farfulló.

—Profesora, creo... sé... que Sna... que alguien va a tratar de robar la Piedra. Tengo que hablar con el profesor Dum bledore.

La profesora lo miró entre impresionada y suspicaz.

—El profesor Dumbledore regresará mañana —dijo finalmente—. No sé cómo habéis descubierto lo de la Piedra, pero quedaos tranquilos. Nadie puede robarla, está demasiado bien protegida.

—Pero profesora...

—Harry sé de lo que estoy hablando —dijo en tono cortante. Se inclinó y recogió sus libros—. Os sugiero que salgáis y disfrutéis del sol.

Pero no lo hicieron.

—Será esta noche —dijo Harry una vez que se aseguraron de que la profesora McGonagall no podía oírlos—. Snape pasará por la trampilla esta noche. Ya ha descubierto todo lo que necesitaba saber y ahora ha conseguido quitar de en medio a Dumbledore. Él envió esa nota, seguro que el ministro de Magia tendrá una verdadera sorpresa cuando aparezca Dumbledore.

—Pero ¿qué podemos...?

Hermione tosió. Harry y Ron se volvieron.

Snape estaba allí.

—Buenas tardes —dijo amablemente. Lo miraron sin decir nada.

—No deberíais estar dentro en un día así —dijo con una rara sonrisa torcida.

—Nosotros... —comenzó Harry, sin idea de lo que diría.

—Debéis ser más cuidadosos —dijo Snape—. Si os ven andando por aquí, pueden pensar que vais a hacer alguna cosa mala. Y Gryffindor no puede perder más puntos, ¿no es cierto?

Harry se ruborizó. Se dieron media vuelta para irse, pero Snape los llamó.

—Ten cuidado, Potter, otra noche de vagabundeos y yo personalmente me encargaré de que te expulsen. Que pases un buen día.

Se alejó en dirección a la sala de profesores.

Una vez fuera, en la escalera de piedra, Harry se volvió hacia sus amigos.

—Bueno, esto es lo que tenemos que hacer —susurró con prisa—. Uno de nosotros tiene que vigilar a Snape, esperar fuera de la sala de profesores y seguirlo si sale. Hermione, mejor que eso lo hagas tú.

—¿Por qué yo?

—Es obvio —intervino Ron—. Puedes fingir que estás esperando al profesor Flitwick, ya sabes cómo —la imitó con voz aguda—: «Oh, profesor Flitwick, estoy tan preocupada, creo que tengo mal la pregunta catorce b...».

—Oh, cállate —dijo Hermione, pero estuvo de acuerdo en ir a vigilar a Snape.

—Y nosotros iremos a vigilar el pasillo del tercer piso —dijo Harry a Ron—. Vamos.

Pero aquella parte del plan no funcionó. Tan pronto como llegaron a la puerta que separaba a *Fluffy* del resto del colegio, la profesora McGonagall apareció otra vez, salvo que ya había perdido la paciencia.

—Supongo que creeréis que sois los mejores para vencer todos los encantamientos —dijo con rabia—. ¡Ya son suficientes tonterías! Si me entero de que habéis vuelto por aquí, os quitaré otros cincuenta puntos para Gryffindor. ¡Sí, Weasley, de mi propia casa!

Harry y Ron regresaron a la sala común. Justo cuando Harry acababa de decir: «Al menos Hermione está detrás de Snape», el retrato de la Dama Gorda se abrió y apareció la muchacha.

—¡Lo siento, Harry! —se quejó—. Snape apareció y me preguntó qué estaba haciendo, así que le dije que esperaba al profesor Flitwick. Snape fue a buscarlo, yo tuve que irme y no sé adónde habrá ido Snape.

—Bueno, no queda otro remedio, ¿verdad?

Los otros dos lo miraron asombrados. Estaba pálido y los ojos le brillaban.

—Iré esta noche y trataré de llegar antes y conseguir la Piedra.

—¡Estás loco! —dijo Ron.

—¡No puedes! —dijo Hermione—. ¿Después de todo lo que han dicho Snape y McGonagall? ¡Te van a expulsar!

—¿Y qué? —gritó Harry—. ¿No comprendéis? ¡Si Snape consigue la Piedra, es la vuelta de Voldemort! ¿No habéis oído cómo eran las cosas cuando él trataba de apoderarse de todo? ¡Ya no habrá ningún colegio para que nos expulsen! ¡Lo destruirá o lo convertirá en un colegio para las Artes Oscuras! ¿No os dais cuenta de que perder puntos ya no importa? ¿Creéis que él dejará que vosotros y vuestras familias estéis tranquilos, si Gryffindor gana la copa de la casa? Si me atrapan antes de que consiga la Piedra, bueno, tendré que volver con los Dursley y esperar a que Voldemort me encuentre allí. Será sólo morir un poquito más tarde de lo que debería haber muerto, porque nunca me pasaré al lado tenebroso. Voy a entrar por esa trampilla, esta noche, y nada de lo que digáis me detendrá. Voldemort mató a mis padres, ¿lo recordáis?

Los miró con furia.

—Tienes razón, Harry —dijo Hermione, casi sin voz.

—Voy a llevar la capa invisible —dijo Harry—. Es una suerte haberla recuperado.

—Pero ¿nos cubrirá a los tres? —preguntó Ron.

—¿A... nosotros tres?

—Oh, vamos, ¿no pensarás que te vamos a dejar ir solo?

—Por supuesto que no —dijo Hermione con voz enérgica—. ¿Cómo crees que vas a conseguir la Piedra sin nosotros? Será mejor que vaya a buscar en mis libros, tiene que haber algo que nos sirva...

—Pero si nos atrapan, también os expulsarán a vosotros.

—No, si yo puedo evitarlo —dijo Hermione con severidad—. Flitwick me dijo en secreto que en su examen tengo ciento doce sobre cien. No me van a expulsar después de eso.

Tras la cena, los tres se sentaron en la sala común, lejos de todos. Nadie los molestó: después de todo, ninguno de los de Gryffindor hablaba con Harry,

pero ésa fue la primera noche que no le importó. Hermione revisaba sus apuntes, confiando en encontrar algunos de los encantamientos que deberían conjurar. Harry y Ron no hablaban mucho. Ambos pensaban en lo que harían.

Poco a poco, la sala se fue vaciando y todos se fueron a acostar.

—Será mejor que vayas a buscar la capa —murmuró Ron, mientras Lee Jordan finalmente se iba, bostezando y desperezándose. Harry corrió por las escaleras hasta su dormitorio oscuro. Sacó la capa y entonces su mirada se fijó en la flauta que Hagrid le había regalado para Navidad. La guardó para utilizarla con *Fluffy*: no tenía muchas ganas de cantar...

Regresó a la sala común.

—Es mejor que nos pongamos la capa aquí y nos aseguremos de que nos cubra a los tres... si Filch descubre a uno de nuestros pies andando solo por ahí...

—¿Qué vais a hacer? —dijo una voz desde un rincón. Neville apareció detrás de un sillón, aferrado al sapo *Trevor*, que parecía haber intentado otro viaje a la libertad.

—Nada, Neville, nada —dijo Harry, escondiendo la capa detrás de la espalda.

Neville observó sus caras de culpabilidad.

—Vais a salir de nuevo —dijo.

—No, no, no —aseguró Hermione—. No, no haremos nada. ¿Por qué no te vas a la cama, Neville?

Harry miró al reloj de pie que había al lado de la puerta. No podían perder más tiempo, Snape ya debía de estar haciendo dormir a *Fluffy*.

—No podéis iros —insistió Neville—. Os volverán a atrapar. Gryffindor tendrá más problemas.

—Tú no lo entiendes —dijo Harry—. Esto es importante.

Pero era evidente que Neville haría algo desesperado.

—No dejaré que lo hagáis —dijo, corriendo a ponerse frente al agujero del retrato—. ¡Voy... voy a pelear con vosotros!

—¡Neville! —estalló Ron—. ¡Apártate de ese agujero y no seas idiota!

—¡No me llames idiota! —dijo Neville—. ¡No me parece bien que sigáis faltando a las reglas! ¡Y tú fuiste el que me dijo que hiciera frente a la gente!

—Sí, pero no a nosotros —dijo irritado Ron—. Neville, no sabes lo que estás haciendo.

Dio un paso hacia Neville y el chico dejó caer al sapo *Trevor*, que desapareció de la vista.

—¡Ven entonces, intenta pegarme! —dijo Neville, levantando los puños—. ¡Estoy listo!

Harry se volvió hacia Hermione.

—Haz algo —dijo desesperado. Hermione dio un paso adelante.

—Neville —dijo—, de verdad, siento mucho, mucho, esto.

Levantó la varita.

—*¡Petrificus totalus!* —gritó, señalando a Neville.

Los brazos de Neville se pegaron a su cuerpo. Sus piernas se juntaron. Todo el cuerpo se le puso rígido, se balanceó y luego cayó bocabajo, rígido como un tronco.

Hermione corrió a darle la vuelta. Neville tenía la mandíbula rígida y no podía hablar. Sólo sus ojos se movían, mirándolos horrorizado.

—¿Qué le has hecho? —susurró Harry.

—Es la Inmovilización Total —dijo Hermione angustiada—. Oh, Neville, lo siento tanto...

—Lo comprenderás después, Neville —dijo Ron, mientras se alejaban para cubrirse con la capa invisible.

Pero dejar a Neville inmóvil en el suelo no parecía un buen augurio. En aquel estado de nervios, cada sombra de una estatua les parecía que era Filch, y cada silbido lejano del viento les parecía Peeves que los perseguía.

Al pie de la primera escalera, divisaron a la *Señora Norris*.

—Oh, vamos a darle una patada, sólo una vez —murmuró Ron en el oído de Harry, que negó con la cabeza. Mientras pasaban con cuidado al lado de la gata, ésta volvió la cabeza con sus ojos como linternas, pero no los vio.

No se encontraron con nadie más, hasta que llegaron a la escalera que iba al tercer piso. Peeves estaba flotando a mitad de camino, aflojando la alfombra para que la gente tropezara.

—¿Quién anda por ahí? —dijo súbitamente, mientras subían hacia él. Entornó sus malignos ojos negros—. Sé que estáis aquí, aunque no pueda veros. ¿Aparecidos, fantasmas o estudiantillos detestables?

Se elevó en el aire y flotó, mirándolos de soslayo.

—Llamaré a Filch, debo hacerlo, si algo anda por ahí y es invisible.

Harry tuvo súbitamente una idea.

—Peeves —dijo en un ronco susurró—, el Barón Sanguinario tiene sus propias razones para ser invisible.

Peeves casi se cayó del aire de la impresión. Se sostuvo a tiempo y quedó a unos centímetros de la escalera.

—Lo siento mucho, sanguinaria señoría —dijo en tono meloso—. Fue por mi culpa, ha sido una equivocación... no lo vi... por supuesto que no, usted es invisible, perdone al viejo Peeves por su broma, señor.

—Tengo asuntos aquí, Peeves —gruñó Harry—. Manténte lejos de este lugar esta noche.

—Lo haré, señoría, desde luego que lo haré —dijo Peeves, elevándose otra vez en el aire—. Espero que los asuntos del señor barón salgan a pedir de boca, yo no lo molestaré.

Y desapareció.

—¡Genial, Harry! —susurró Ron.

Unos pocos segundos más tarde estaban allí, en el pasillo del tercer piso. La puerta ya estaba entreabierta.

—Bueno, ya lo veis —dijo Harry con calma—. Snape ya ha pasado ante *Fluffy*.

Ver la puerta abierta les hizo tomar plena conciencia de aquello a lo que tenían que enfrentarse. Por debajo de la capa, Harry se volvió hacia los otros dos.

—Si queréis regresar, no os lo reprocharé —dijo—. Podéis llevaros la capa, no la voy a necesitar.

—No seas estúpido —dijo Ron.

—Vamos contigo —dijo Hermione.

Harry empujó la puerta.

Cuando la puerta crujió, oyeron unos gruñidos. Los tres hocicos del perro olfateaban en dirección a ellos, aunque no podía verlos.

—¿Qué tiene en los pies? —susurró Hermione.

—Parece un arpa —dijo Ron—. Snape debe de haberla dejado ahí.

—Debe despertarse en el momento en que se deja de tocar —dijo Harry—. Bueno, empecemos...

Se llevó a los labios la flauta de Hagrid y sopló. No era exactamente una

melodía, pero desde la primera nota los ojos de la bestia comenzaron a cerrarse. Harry casi ni respiraba. Poco a poco, los gruñidos se fueron apagando, se balanceó, cayó de rodillas y luego se derrumbó en el suelo, profundamente dormido.

—Sigue tocando —advirtió Ron a Harry, mientras salía de la capa y se arrastraba hasta la trampilla. Podía sentir la respiración caliente y olorosa del perro, mientras se aproximaba a las gigantescas cabezas.

—Creo que podemos abrir la trampilla —dijo Ron, espiando por encima del lomo del perro—. ¿Quieres ir delante, Hermione?

—¡No, no quiero!

—Muy bien. —Ron apretó los dientes y anduvo con cuidado sobre las patas del perro. Se inclinó y tiró de la argolla de la trampilla, que se levantó y abrió.

—¿Qué puedes ver? —preguntó Hermione con ansiedad.

—Nada... sólo oscuridad... no hay forma de bajar, hay que dejarse caer.

Harry, que seguía tocando la flauta, hizo un gesto para llamar la atención de Ron y se señaló a sí mismo.

—¿Quieres ir primero? ¿Estás seguro? —dijo Ron—. No sé cómo es de profundo ese lugar. Dale la flauta a Hermione, para que pueda seguir haciéndolo dormir.

Harry le entregó la flauta y, en esos segundos de silencio, el perro gruñó y se estiró, pero en cuanto Hermione comenzó a tocar volvió a su sueño profundo.

Harry se acercó y miró hacia abajo. No se veía el fondo.

Se descolgó por la abertura y quedó suspendido de los dedos. Miró a Ron y dijo:

—Si algo me sucede, no sigáis. Id directamente a la lechucería y enviad a *Hedwig* a Dumbledore. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Ron.

—Nos veremos en un minuto, espero...

Y Harry se dejó caer. Frío, aire húmedo mientras caía, caía, caía y..

¡PAF! Aterrizó en algo mullido, con un ruido suave y extraño. Se incorporó y miró alrededor, con ojos desacostumbrados a la penumbra. Parecía que estaba sentado sobre una especie de planta.

—¡Todo bien! —gritó al cuadradito de luz del tamaño de un sello, que era

la abertura de la trampilla—. ¡Fue un aterrizaje suave, puedes saltar!

Ron lo siguió de inmediato. Aterrizó al lado de Harry

—¿Qué es esta cosa? —fueron sus primeras palabras.

—No sé, alguna clase de planta. Supongo que está aquí para detener la caída. ¡Vamos, Hermione!

La música lejana se detuvo. Se oyó un fuerte ladrido, pero Hermione ya había saltado. Cayó al otro lado de Harry.

—Debemos de estar a kilómetros debajo del colegio —dijo la niña.

—Me alegro de que esta planta esté aquí —dijo Ron.

—¿Te alegras? —gritó Hermione—. ¡Miraos!

Hermione saltó y chocó contra una pared húmeda. Tuvo que luchar porque, en el momento en que cayó, la planta comenzó a extenderse como una serpiente para sujetarle los tobillos. Harry y Ron, mientras tanto, ya tenían las piernas totalmente cubiertas, sin que se hubieran dado cuenta.

Hermione pudo liberarse antes de que la planta la atrapara. En aquel momento miraba horrorizada, mientras los chicos luchaban para quitarse la planta de encima, pero mientras más luchaban, la planta los envolvía con más rapidez.

—¡Dejad de moveros! —ordenó Hermione—. Sé lo que es esto. ¡Es Lazo del Diablo!

—Oh, me alegro mucho de saber cómo se llama, es de gran ayuda —gruñó Ron, tratando de evitar que la planta trepara por su cuello.

—¡Calla, estoy tratando de recordar cómo matarla! —dijo Hermione.

—¡Bueno, date prisa, no puedo respirar! —jadeó Harry, mientras la planta le oprimía el pecho.

—Lazo del Diablo, Lazo del Diablo... ¿Qué dijo el profesor Sprout?... Le gusta la oscuridad y la humedad...

—¡Entonces enciende un fuego! —dijo Harry.

—Sí... por supuesto... ¡pero no tengo madera! —gimió Hermione, retorciéndose las manos.

—¿TE HAS VUELTO LOCA? —preguntó Ron—. ¿ERES UNA BRUJA O NO?

—¡Oh, de acuerdo! —dijo Hermione. Agitó su varita, murmuró algo y envió a la planta unas llamas azules como las que había utilizado con Snape. En segundos, los dos muchachos sintieron que se aflojaban las ligaduras, mientras

la planta se retiraba a causa de la luz y el calor. Retorciéndose y alejándose, se desprendió de sus cuerpos y pudieron moverse.

—Me alegro de que hayas aprendido bien Herbología, Hermione —dijo Harry, mientras se acercaba a la pared, secándose el sudor de la cara.

—Sí —dijo Ron—, y yo me alegro de que Harry no pierda la cabeza en las crisis. Porque eso de «no tengo madera»... francamente...

—Por aquí —dijo Harry, señalando un pasadizo de piedra que era el único camino.

Lo único que podían oír, además de sus pasos, era el goteo del agua en las paredes. El pasadizo bajaba oblicuamente y Harry se acordó de Gringotts. Con un desagradable sobresalto, recordó a los dragones que decían que custodiaban las cámaras, en el banco de los magos. Si encontraban un dragón, un dragón más grande... Con *Norberto* ya habían tenido suficiente...

—¿Oyes algo? —susurró Ron.

Harry escuchó. Un leve tintineo y un crujido, que parecían proceder de delante.

—¿Crees que será un fantasma?

—No lo sé... a mí me parecen alas.

Llegaron hasta el final del pasillo y vieron ante ellos una habitación brillantemente iluminada, con el techo curvándose sobre ellos. Estaba llena de pajaritos brillantes que volaban por toda la habitación. En el lado opuesto, había una pesada puerta de madera.

—¿Crees que nos atacarán si cruzamos la habitación? —preguntó Ron.

—Es probable —contestó Harry—. No parecen muy malos, pero supongo que si se tiran todos juntos... Bueno, no hay nada que hacer... voy a correr.

Respiró profundamente, se cubrió la cara con los brazos y cruzó corriendo la habitación. Esperaba sentir picos agudos y garras desgarrando su cuerpo, pero no sucedió nada. Alcanzó la puerta sin que lo tocaran. Movió la manija, pero estaba cerrada con llave.

Los otros dos lo imitaron. Tiraron y empujaron, pero la puerta no se movía, ni siquiera cuando Hermione probó con su hechizo de Alohomora.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ron.

—Esos pájaros... no pueden estar sólo por decoración —dijo Hermione.

Observaron los pájaros, que volaban sobre sus cabezas, brillando... ¿Brillando?

—¡No son pájaros! —dijo de pronto Harry—. ¡Son llaves! Llaves aladas, mirad bien. Entonces eso debe significar... —Miró alrededor de la habitación, mientras los otros observaban la bandada de llaves—. Sí... mirad ahí. ¡Escobas! ¡Tenemos que conseguir la llave de la puerta!

—¡Pero hay cientos de llaves!

Ron examinó la cerradura de la puerta.

—Tenemos que buscar una llave grande, antigua, de plata, probablemente, como la manija.

Cada uno cogió una escoba y de una patada estuvieron en el aire, remontándose entre la nube de llaves. Trataban de atraparlas, pero las llaves hechizadas se movían tan rápidamente que era casi imposible sujetarlas.

Pero no por nada Harry era el más joven buscador del siglo. Tenía un don especial para detectar cosas que la otra gente no veía. Después de unos minutos moviéndose entre el remolino de plumas de todos los colores, detectó una gran llave de plata, con un ala torcida, como si ya la hubieran atrapado y la hubieran introducido con brusquedad en la cerradura.

—¡Es ésa! —gritó a los otros—. Esa grande... allí... no, ahí... Con alas azul brillante... las plumas están aplastadas por un lado.

Ron se lanzó a toda velocidad en aquella dirección, chocó contra el techo y casi se cae de la escoba.

—¡Tenemos que encerrarla! —gritó Harry, sin quitar los ojos de la llave con el ala estropeada—. Ron, ven desde arriba, Hermione, quédate abajo y no la dejes descender. Yo trataré de atraparla. Bien: ¡AHORA!

Ron se lanzó en picado, Hermione subió en vertical, la llave los esquivó a ambos, y Harry se lanzó tras ella. Iban a toda velocidad hacia la pared, Harry se inclinó hacia delante y, con un ruido desagradable, la aplastó contra la piedra con una sola mano. Los vivas de Ron y Hermione retumbaron por la habitación.

Aterrizaron rápidamente y Harry corrió a la puerta, con la llave retorciéndose en su mano. La metió en la cerradura y le dio la vuelta... Funcionaba. En el momento en que se abrió la cerradura, la llave salió volando otra vez, con aspecto de derrotada, pues ya la habían atrapado dos veces.

—¿Listos? —preguntó Harry a los otros dos, con la mano en la manija de la puerta. Asintieron. Abrió la puerta.

La habitación siguiente estaba tan oscura que no pudieron ver nada. Pero cuando estuvieron dentro la luz súbitamente inundó el lugar, para revelar un espectáculo asombroso.

Estaban en el borde de un enorme tablero de ajedrez, detrás de las piezas negras, que eran todas tan altas como ellos y construidas en lo que parecía

piedra. Frente a ellos, al otro lado de la habitación, estaban las piezas blancas. Harry, Ron y Hermione se estremecieron: las piezas blancas no tenían rostros.

—¿Ahora qué hacemos? —susurró Harry

—Está claro, ¿no? —dijo Ron—. Tenemos que jugar para cruzar la habitación.

Detrás de las piezas blancas pudieron ver otra puerta.

—¿Cómo? —dijo Hermione con nerviosismo.

—Creo —contestó Ron— que vamos a tener que ser piezas.

Se acercó a un caballero negro y levantó la mano para tocar el caballo. De inmediato, la piedra cobró vida. El caballo dio una patada en el suelo y el caballero se levantó la visera del casco, para mirar a Ron.

—¿Tenemos que... unirnos a ustedes para poder cruzar?

El caballero negro asintió con la cabeza. Ron se volvió a los otros dos.

—Esto hay que pensarlo... —dijo—. Supongo que tenemos que ocupar el lugar de tres piezas negras.

Harry y Hermione esperaron en silencio, mientras Ron pensaba. Por fin dijo:

—Bueno, no os ofendáis, pero ninguno de vosotros es muy bueno en ajedrez...

—No nos ofendemos —dijo rápidamente Harry—. Simplemente dinos qué tenemos que hacer.

—Bueno, Harry, tú ocupa el lugar de ese alfil y tú, Hermione, ponte en lugar de esa torre, al lado de Harry.

—¿Y qué pasa contigo?

—Yo seré un caballo.

Las piezas parecieron haber escuchado porque, ante esas palabras, un caballo, un alfil y una torre dieron la espalda a las piezas blancas y salieron del tablero, dejando libres tres cuadrados que Harry, Ron y Hermione ocuparon.

—Las blancas siempre juegan primero en el ajedrez —dijo Ron, mirando al otro lado del tablero—. Sí... mirad.

Un peón blanco se movió hacia delante.

Ron comenzó a dirigir a las piezas negras. Se movían silenciosamente cuando los mandaba. A Harry le temblaban las rodillas. ¿Y si perdían?

—Harry... muévete en diagonal, cuatro casillas a la derecha.

La primera verdadera impresión llegó cuando el otro caballo fue capturado. La reina blanca lo golpeó contra el tablero y lo arrastró hacia fuera, donde se quedó inmóvil, bocabajo.

—Tuve que dejar que sucediera —dijo Ron, conmovido—. Te deja libre para coger ese alfil. Vamos, Hermione.

Cada vez que uno de sus hombres perdía, las piezas blancas no mostraban compasión. Muy pronto, hubo un grupo de piezas negras desplomadas a lo largo de la pared. Dos veces, Ron se dio cuenta justo a tiempo para salvar a Harry y Hermione del peligro. Él mismo jugó por todo el tablero, atrapando casi tantas piezas blancas como las negras que habían perdido.

—Ya casi estamos —murmuró de pronto—. Dejadme pensar... dejadme pensar.

La reina blanca volvió su cara sin rostro hacia Ron.

—Sí... —murmuró Ron—. Es la única forma... tengo que dejar que me cojan.

—¡NO! —gritaron Harry y Hermione.

—¡Esto es ajedrez! —dijo enfadado Ron—. ¡Hay que hacer algunos sacrificios! Yo daré un paso adelante y ella me cogerá... Eso te dejará libre para hacer jaque mate al rey, Harry.

—Pero...

—¿Quieres detener a Snape o no?

—Ron...

—¡Si no os dais prisa va a conseguir la Piedra!

No había nada que hacer.

—¿Listo? —preguntó Ron, con el rostro pálido pero decidido—. Allá voy, y no os quedéis una vez que hayáis ganado.

Se movió hacia delante y la reina blanca saltó. Golpeó a Ron con fuerza en la cabeza con su brazo de piedra y el chico se derrumbó en el suelo. Hermione gritó, pero se quedó en su casillero. La reina blanca arrastró a Ron a un lado. Parecía desmayado.

Muy conmovido, Harry se movió tres casilleros a la izquierda. El rey blanco se quitó la corona y la arrojó a los pies de Harry. Habían ganado. Las piezas saludaron y se fueron, dejando libre la puerta. Con una última mirada de desesperación hacia Ron, Harry y Hermione corrieron hacia la salida y subieron

por el siguiente pasadizo.

—¿Y si él está...?

—Él estará bien —dijo Harry, tratando de convencerse a sí mismo—. ¿Qué crees que nos queda?

—Tuvimos a Sprout en el Lazo del Diablo, Flitwick debe de haber hechizado las llaves, y McGonagall transformó a las piezas de ajedrez. Eso nos deja el hechizo de Quirrell y el de Snape...

Habían llegado a otra puerta.

—¿Todo bien? —susurró Harry.

—Adelante.

Harry empujó y abrió.

Un tufo desagradable los invadió, haciendo que se taparan la nariz con la túnica. Con ojos que lagrimeaban debido al olor, vieron, aplastado en el suelo frente a ellos, un trol más grande que el que habían derribado, inconsciente y con un bulto sangrante en la cabeza.

—Me alegro de que no tengamos que pelear con éste —susurró Harry, mientras pasaban con cuidado sobre una de las enormes piernas—. Vamos, no puedo respirar.

Abrió la próxima puerta, los dos casi sin atreverse a ver lo que seguía... Pero no había nada terrorífico allí, Sólo una mesa con siete botellas de diferente tamaño puestas en fila.

—Snape —dijo Harry—. ¿Qué tenemos que hacer?

Pasaron el umbral y de inmediato un fuego se encendió detrás de ellos. No era un fuego común, era púrpura. Al mismo tiempo, llamas negras se encendieron delante. Estaban atrapados.

—¡Mira! —Hermione cogió un rollo de papel, que estaba cerca de las botellas. Harry miró por encima de su hombro para leerlo:

El peligro yace ante ti, mientras la seguridad está detrás,

dos queremos ayudarte, cualquiera que encuentres,

una entre nosotras siete te dejará adelantarte,

otra llevará al que lo beba para atrás,

dos contienen sólo vino de ortiga,

tres son mortales, esperando escondidos en la fila.

Elige, a menos que quieras quedarte para siempre,

para ayudarte en tu elección, te damos cuatro claves:

Primera, por más astucia que tenga el veneno para ocultarse siempre encontrarás alguno al lado izquierdo del vino de ortiga;

Segunda, son diferentes las que están en los extremos, pero si quieres moverte hacia delante, ninguna es tu amiga;

Tercera, como claramente ves, todas tenemos tamaños diferentes: Ni el enano ni el gigante guardan la muerte en su interior;

Cuarta, la segunda a la izquierda y la segunda a la derecha son gemelas una vez que las pruebes, aunque a primera vista sean diferentes.

Hermione dejó escapar un gran suspiro y Harry, sorprendido, vio que sonreía, lo último que había esperado que hiciera.

—Muy bueno —dijo Hermione—. Esto no es magia... es lógica... es un acertijo. Muchos de los más grandes magos no han tenido una gota de lógica y se quedarían aquí para siempre.

—Pero nosotros también, ¿no?

—Por supuesto que no —dijo Hermione—. Lo único que necesitamos está en este papel. Siete botellas: tres con veneno, dos con vino, una nos llevará a salvo a través del fuego negro y la otra hacia atrás, por el fuego púrpura.

—Pero ¿cómo sabremos cuál beber?

—Dame un minuto.

Hermione leyó el papel varias veces. Luego paseó de un lado al otro de la fila de botellas, murmurando y señalándolas. Al fin, se golpeó las manos.

—Lo tengo —dijo—. La más pequeña nos llevará por el fuego negro, hacia la Piedra.

Harry miró a la diminuta botella.

—Aquí hay sólo para uno de nosotros —dijo—. No hay más que un trago.

Se miraron.

—¿Cuál nos hará volver por entre las llamas púrpura?

Hermione señaló una botella redonda del extremo derecho de la fila.

—Tú bebe de ésa —dijo Harry—. No: vuelve, busca a Ron y coge las escobas del cuarto de las llaves voladoras. Con ellas podréis salir por la trampilla sin que os vea *Fluffy*. Id directamente a la lechucería y enviad a *Hedwig* a Dumbledore, lo necesitamos. Puede ser que yo detenga un poco a Snape, pero la verdad es que no puedo igualarlo.

—Pero Harry... ¿y si Quien-tú-sabes está con él?

—Bueno, ya tuve suerte una vez, ¿no? —dijo Harry, señalando su cicatriz—. Puede ser que la tenga de nuevo.

Los labios de Hermione temblaron, y de pronto se lanzó sobre Harry y lo abrazó.

—¡Hermione!

—Harry.. Eres un gran mago, ya lo sabes.

—No soy tan bueno como tú —contestó muy incómodo, mientras ella lo soltaba.

—¡Yo! —exclamó Hermione—. ¡Libros! ¡Inteligencia! Hay cosas mucho más importantes, amistad y valentía y... ¡Oh, Harry, ten cuidado!

—Bebe primero —dijo Harry—. Estás segura de cuál es cuál, ¿no?

—Totalmente —dijo Hermione. Se tomó de un trago el contenido de la botellita redondeada y se estremeció.

—No es veneno, ¿verdad? —dijo Harry con voz anhelante.

—No... pero parece hielo.

—Rápido, vete, antes de que se termine el efecto.

—Buena suerte... ten cuidado...

—¡VETE!

Hermione giró en redondo y pasó directamente a través del fuego púrpura.

Harry respiró profundamente y cogió la más pequeña de las botellas. Se enfrentó a las llamas negras.

—Allá voy —dijo, y se bebió el contenido de un trago.

Era realmente como si tragara hielo. Dejó la botella y fue hacia delante. Se dio ánimo al ver que las llamas negras lamían su cuerpo pero no lo quemaban. Durante un momento no pudo ver más que fuego oscuro. Luego se encontró al otro lado, en la última habitación.

Ya había alguien allí. Pero no era Snape. Y tampoco era Voldemort.

17

El hombre con dos caras

Era Quirrell.

—¡Usted! —exclamó Harry.

Quirrell sonrió. Su rostro no tenía ni sombra del tic.

—Yo —dijo con calma— me preguntaba si me iba a encontrar contigo aquí, Potter.

—Pero yo pensé... Snape...

—¿Severus? —Quirrell rió, y no fue con su habitual sonido tembloroso y entrecortado, sino con una risa fría y aguda—. Sí, Severus parecía ser el indicado, ¿no? Fue muy útil tenerlo dando vueltas como un murciélago enorme. Al lado de él ¿quién iba a sospechar del po-pobre tar-tamudo p-profesor Quirrell?

Harry no podía aceptarlo. Aquello no podía ser verdad, no podía ser.

—¡Pero Snape trató de matarme!

—No, no, no. Yo traté de matarte. Tu amiga, la señorita Granger, accidentalmente me atropelló cuando corría a prenderle fuego a Snape, en ese partido de *quidditch*. Y rompió el contacto visual que yo tenía contigo. Unos segundos más y te habría hecho caer de esa escoba. Y ya lo habría conseguido, si Snape no hubiera estado murmurando un contramaleficio, tratando de salvarte.

—¿Snape trataba de salvarme a mí?

—Por supuesto —dijo fríamente Quirrell—. ¿Por qué crees que quiso ser árbitro en el siguiente partido? Estaba tratando de asegurarse de que yo no pudiera hacerlo otra vez. Gracioso, en realidad... no necesitaba molestarse. No podía hacer nada con Dumbledore mirando. Todos los otros profesores creyeron que Snape trataba de impedir que Gryffindor ganase, se ha hecho muy impopular... Y qué pérdida de tiempo cuando, después de todo eso, voy a

matarte esta noche.

Quirrell chasqueó los dedos. Unas sogas cayeron del aire y se enroscaron en el cuerpo de Harry, sujetándolo con fuerza.

—Eres demasiado molesto para vivir, Potter. Deslizándote por el colegio, como en Halloween, porque me descubriste cuando iba a ver qué era lo que vigilaba la Piedra.

—¿Usted fue el que dejó entrar al trol?

—Claro. Yo tengo un don especial con esos monstruos. ¿No viste lo que le hice al que estaba en la otra habitación? Desgraciadamente, cuando todos andaban corriendo por ahí para buscarte, Snape, que ya sospechaba de mí, fue directamente al tercer piso para ganarme de mano, y no sólo hizo que mi monstruo no pudiera matarte, sino que ese perro de tres cabezas no mordió la pierna de Snape de la manera en que debería haberlo hecho...

Hizo una pausa:

—Ahora, espera tranquilo, Potter. Necesito examinar este interesante espejo.

De pronto, Harry vio lo que estaba detrás de Quirrell. Era el espejo de Oesed.

—Este espejo es la llave para poder encontrar la Piedra —murmuró Quirrell, dando golpecitos alrededor del marco—. Era de esperar que Dumbledore hiciera algo así... pero él está en Londres... Cuando pueda volver, yo ya estaré muy lejos.

Lo único que se le ocurrió a Harry fue tratar de que Quirrell siguiera hablando y dejara de concentrarse en el espejo.

—Lo vi a usted y a Snape en el bosque... —dijo de golpe.

—Sí —dijo Quirrell, sin darle importancia, paseando alrededor del espejo para ver la parte posterior—. Me estaba siguiendo, tratando de averiguar hasta dónde había llegado. Siempre había sospechado de mí. Trató de asustarme... Como si pudiera, cuando yo tengo a lord Voldemort de mi lado...

Quirrell salió de detrás del espejo y se miró en él con enfado.

—Veo la Piedra... se la presento a mi maestro... pero ¿dónde está?

Harry luchó con las sogas qué lo ataban, pero no se aflojaron. Tenía que evitar que Quirrell centrara toda su atención en el espejo.

—Pero Snape siempre pareció odiarme mucho.

—Oh, sí—dijo Quirrell, con aire casual— claro que sí. Estaba en Hogwarts con tu padre, ¿no lo sabías? Se detestaban. Pero nunca quiso que estuvieras

muerto.

—Pero hace unos días yo lo oí a usted, llorando... Pensé que Snape lo estaba amenazando...

Por primera vez, un espasmo de miedo cruzó el rostro de Quirrell.

—Algunas veces —dijo— me resulta difícil seguir las instrucciones de mi maestro... Él es un gran mago y yo soy débil...

—¿Quiere decir que él estaba en el aula con usted? —preguntó Harry

—Él está conmigo dondequiera que vaya —dijo con calma Quirrell—. Lo conocí cuando viajaba por el mundo. Yo era un joven tonto, lleno de ridículas ideas sobre el mal y el bien. Lord Voldemort me demostró lo equivocado que estaba. No hay ni mal ni bien, sólo hay poder y personas demasiado débiles para buscarlo... Desde entonces le he servido fielmente, aunque muchas veces le he fallado. Tuvo que ser muy severo conmigo. —Quirrell se estremeció súbitamente—. No perdona fácilmente los errores. Cuando fracasé en robar esa Piedra de Gringotts, se disgustó mucho. Me castigó... decidió que tenía que vigilarme muy de cerca...

La voz de Quirrell se apagó. Harry recordó su viaje al callejón Diagon... ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Había visto a Quirrell aquel mismo día y se habían estrechado las manos en el Caldero Chorreante.

Quirrell maldijo entre dientes.

—No comprendo... ¿La Piedra está dentro del espejo? ¿Tengo que romperlo?

La mente de Harry funcionaba a toda máquina.

«Lo que más deseo en el mundo en este momento —pensó— es encontrar la Piedra antes de que lo haga Quirrell. Entonces, si miro en el espejo, podría verme encontrándola... ¡Lo que quiere decir que veré dónde está escondida! Pero ¿cómo puedo mirar sin que Quirrell se dé cuenta de lo que quiero hacer?

Trató de torcerse hacia la izquierda, para ponerse frente al espejo sin que Quirrell lo notara, pero las sogas que tenía alrededor de los tobillos estaban tan tensas que lo hicieron caer. Quirrell no le prestó atención. Seguía hablando para sí mismo.

—¿Qué hace este espejo? ¿Cómo funciona? ¡Ayúdame, Maestro!

Y para el horror de Harry, una voz le respondió, una voz que parecía salir del mismo Quirrell.

—Utiliza al muchacho... Utiliza al muchacho...

Quirrell se volvió hacia Harry.

—Sí... Potter... ven aquí.

Hizo sonar las manos una vez y las sogas cayeron. Harry se puso lentamente de pie.

—Ven aquí —repitió Quirrell—. Mira en el espejo y dime lo que ves.

Harry se aproximó.

«Tengo que mentir —pensó, desesperado—, tengo que mirar y mentir sobre lo que veo, eso es todo.»

Quirrell se le acercó por detrás. Harry respiró el extraño olor que parecía salir del turbante de Quirrell. Cerró los ojos, se detuvo frente al espejo y los volvió a abrir.

Se vio reflejado, muy pálido y con cara de asustado. Pero un momento más tarde, su reflejo le sonrió. Puso la mano en el bolsillo y sacó una piedra de color sangre. Le guiñó un ojo y volvió a guardar la Piedra en el bolsillo y, cuando lo hacía, Harry sintió que algo pesado caía en su bolsillo real. De alguna manera (era algo increíble) había conseguido la Piedra.

—¿Bien? —dijo Quirrell con impaciencia—. ¿Qué es lo que ves?

Harry, haciendo de tripas corazón, contestó:

—Me veo con Dumbledore, estrechándonos las manos —inventó—. Yo... he ganado la copa de la casa para Gryffindor. Quirrell maldijo otra vez.

—Quítate de ahí —dijo. Cuando Harry se hizo a un lado, sintió la Piedra Filosofal contra su pierna. ¿Se atrevería a escapar?

Pero no había dado cinco pasos cuando una voz aguda habló, aunque Quirrell no movía los labios.

—Él miente... él miente...

—¡Potter, vuelve aquí! —gritó Quirrell—. ¡Dime la verdad! ¿Qué es lo que has visto?

La voz aguda se oyó otra vez.

—Déjame hablar con él... cara a cara...

—¡Maestro, no está lo bastante fuerte todavía!

—Tengo fuerza suficiente... para esto.

Harry sintió como si el Lazo del Diablo lo hubiera clavado en el suelo. No podía mover ni un músculo. Petrificado, observó a Quirrell, que empezaba a desenvolver su turbante. ¿Qué iba a suceder? El turbante cayó. La cabeza de Quirrell parecía extrañamente pequeña sin él. Entonces, Quirrell se dio la vuelta lentamente.

Harry hubiera querido gritar, pero no podía dejar salir ningún sonido. Donde tendría que haber estado la nuca de Quirrell, había un rostro, la cara más terrible que Harry hubiera visto en su vida. Era de color blanco tiza, con brillantes ojos rojos y ranuras en vez de fosas nasales, como las serpientes.

—Harry Potter... —susurró.

Harry trató de retroceder, pero sus piernas no le respondían.

—¿Ves en lo que me he convertido? —dijo la cara—. No más que en sombra y quimera... Tengo forma sólo cuando puedo compartir el cuerpo de otro... Pero siempre ha habido seres deseosos de dejarme entrar en sus corazones y en sus mentes... La sangre de unicornio me ha dado fuerza en estas semanas pasadas... tú viste al leal Quirrell bebiéndola para mí en el bosque... y una vez que tenga el Elixir de la Vida seré capaz de crear un cuerpo para mí... Ahora... ¿por qué no me entregas la Piedra que tienes en el bolsillo?

Entonces él lo sabía. La idea hizo que de pronto las piernas de Harry se tambalearan.

—No seas tonto —se burló el rostro—. Mejor que salves tu propia vida y te unas a mí... o tendrás el mismo final que tus padres... Murieron pidiéndome misericordia...

—¡MENTIRA! —gritó de pronto Harry.

Quirrell andaba hacia atrás, para que Voldemort pudiera mirarlo. La cara maligna sonreía.

—Qué conmovedor —dijo—. Siempre consideré la valentía... Sí, muchacho, tus padres eran valientes... Maté primero a tu padre y luchó con valor... Pero tu madre no tenía que morir... ella trataba de protegerte... Ahora, dame esa Piedra, a menos que quieras que tu madre haya muerto en vano.

—¡NUNCA!

Harry se movió hacia la puerta en llamas, pero Voldemort gritó: ¡ATRÁPALO! y, al momento siguiente, Harry sintió la mano de Quirrell sujetando su muñeca. De inmediato, un dolor agudo atravesó su cicatriz y sintió como si la cabeza fuera a partírsele en dos. Gritó, luchando con todas sus fuerzas y, para su sorpresa, Quirrell lo soltó. El dolor en la cabeza amainó...

Miró alrededor para ver dónde estaba Quirrell y lo vio doblado de dolor, mirándose los dedos, que se ampollaban ante sus ojos.

—¡ATRÁPALO! ¡Atrápalo! —rugía otra vez Voldemort, y Quirrell arremetió contra Harry, haciéndolo caer al suelo y apretándole el cuello con las dos manos... La cicatriz de Harry casi lo enceguecía de dolor y, sin embargo, pudo ver a Quirrell chillando desesperado.

—Maestro, no puedo sujetarlo... ¡Mis manos... mis manos! Y Quirrell,

aunque mantenía sujeto a Harry aplastándolo con las rodillas, le soltó el cuello y contempló, aterrorizado, sus manos. Harry vio que estaban quemadas, en carne viva, con ampollas rojas y brillantes.

—¡Entonces mátalo, idiota, y termina de una vez! —exclamó Voldemort.

Quirrell levantó la mano para lanzar un maleficio mortal, pero Harry, instintivamente, se incorporó y se aferró a la cara de Quirrell.

—¡AAAAAAH!

Quirrell se apartó, con el rostro también quemado, y entonces Harry se dio cuenta: Quirrell no podía tocar su piel sin sufrir un dolor terrible. Su única oportunidad era sujetar a Quirrell, que sintiera tanto dolor como para impedir que hiciera el maleficio...

Harry se puso de pie de un salto, cogió a Quirrell de un brazo y lo apretó con fuerza. Quirrell gritó y trató de empujar a Harry. El dolor de cabeza de éste aumentaba y el muchacho no podía ver, solamente podía oír los terribles gemidos de Quirrell y los aullidos de Voldemort: ¡MÁTALO! ¡MÁTALO!, y otras voces, tal vez sólo en su cabeza, gritando: «¡Harry! ¡Harry!».

Sintió que el brazo de Quirrell se iba soltando, supo que estaba perdido, sintió que todo se oscurecía y que caía... caía... caía...

Algo dorado brillaba justo encima de él. ¡La *snitch*! Trató de atraparla, pero sus brazos eran muy pesados.

Pestañeé. No era la *snitch*. Eran un par de gafas. Qué raro.

Pestañeó otra vez. El rostro sonriente de Albus Dumbledore se agitaba ante él.

—Buenas tardes, Harry —dijo Dumbledore.

Harry lo miró asombrado. Entonces recordó.

—¡Señor! ¡La Piedra! ¡Era Quirrell! ¡Él tiene la Piedra! Señor, rápido...

—Cálmate, qúerido muchacho, estás un poco atrasado —dijo Dumbledore—. Quirrell no tiene la Piedra.

—¿Entonces quién la tiene? Señor, yo...

—Harry, por favor, cálmate, o la señora Pomfrey me echará de aquí.

Harry tragó y miró alrededor. Se dio cuenta de que debía de estar en la enfermería. Estaba acostado en una cama, con sábanas blancas de hilo, y cerca había una mesa, con una enorme cantidad de paquetes, que parecían la

mitad de la tienda de golosinas

—Regalos de tus amigos y admiradores —dijo Dumbledore, radiante—. Lo que sucedió en las mazmorras entre tú y el profesor Quirrell es completamente secreto, así que, naturalmente, todo el colegio lo sabe. Creo que tus amigos, los señores Fred y George Weasley, son responsables de tratar de enviarte un inodoro. No dudo que pensaron que eso te divertiría. Sin embargo, la señora Pomfrey consideró que no era muy higiénico y lo confiscó.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Tres días. El señor Ronald Weasley y la señorita Granger estarán muy aliviados al saber que has recuperado el conocimiento. Han estado sumamente preocupados.

—Pero señor, la Piedra...

—Veo que no quieres que te distraiga. Muy bien, la Piedra. El profesor Quirrell no te la pudo quitar. Yo llegué a tiempo para evitarlo, aunque debo decir que lo estabas haciendo muy bien.

—¿Usted llegó? ¿Recibió la lechuza que envió Hermione?

—Nos debimos cruzar en el aire. En cuanto llegué a Londres, me di cuenta de que el lugar en donde debía estar era el que había dejado. Llegué justo a tiempo para quitarte a Quirrell de encima...

—Fue usted.

—Tuve miedo de haber llegado demasiado tarde.

—Casi fue así, no habría podido aguantar mucho más sin que me quitara la Piedra...

—No por la Piedra, muchacho, por ti... El esfuerzo casi te mata. Durante un terrible momento tuve miedo de que fuera así. En lo que se refiere a la Piedra, fue destruida.

—¿Destruida? —dijo Harry sin entender—. Pero su amigo... Nicolás Flamel...

—¡Oh, sabes lo de Nicolás! —dijo contento Dumbledore—. Hiciste bien los deberes, ¿no es cierto? Bien, Nicolás y yo tuvimos una pequeña charla y estuvimos de acuerdo en que era lo mejor.

—Pero eso significa que él y su mujer van a morir, ¿no?

—Tienen suficiente Elixir guardado para poner sus asuntos en orden y luego, sí, van a morir.

Dumbledore sonrió ante la expresión de desconcierto que se veía en el rostro de Harry.

—Para alguien tan joven como tú, estoy seguro de que parecerá increíble, pero para Nicolás y Perenela será realmente como irse a la cama, después de un día muy, muy largo. Después de todo, para una mente bien organizada, la muerte no es más que la siguiente gran aventura. Sabes, la Piedra no era realmente algo tan maravilloso. ¡Todo el dinero y la vida que uno pueda desear! Las dos cosas que la mayor parte de los seres humanos elegirían... El problema es que los humanos tienen el don de elegir precisamente las cosas que son peores para ellos.

Harry yacía allí, sin saber qué decir. Dumbledore canturreó durante un minuto y después sonrió hacia el techo.

—¿Señor? —dijo Harry—. Estuve pensando... Señor, aunque la Piedra ya no esté, Vol... quiero decir Quién-usted-sabe...

—Llámalo Voldemort, Harry. Utiliza siempre el nombre correcto de las cosas. El miedo a un nombre aumenta el miedo a la cosa que se nombra.

—Sí, señor. Bien, Voldemort intentará volver de nuevo, ¿no? Quiero decir... No se ha ido, ¿verdad?

—No, Harry, no se ha ido. Está por ahí, en algún lugar, tal vez buscando otro cuerpo para compartir... Como no está realmente vivo, no se le puede matar. Él dejó morir a Quirrell, muestra tan poca misericordia con sus seguidores como con sus enemigos. De todos modos, Harry, tú tal vez has retrasado su regreso al poder. La próxima vez hará falta algún otro preparado para luchar y, si lo detienen otra vez y otra vez, bueno, puede ser que nunca vuelva al poder.

Harry asintió, pero se detuvo rápidamente, porque eso hacía que le doliera más la cabeza. Luego dijo:

—Señor, hay algunas cosas más que me gustaría saber, si me las puede decir... cosas sobre las que quiero saber la verdad...

—La verdad —Dumbledore suspiró—. Es una cosa terrible y hermosa, y por lo tanto debe ser tratada con gran cuidado. Sin embargo, contestaré tus preguntas a menos que tenga una muy buena razón para no hacerlo. Y en ese caso te pido que me perdones. Por supuesto, no voy a mentirte.

—Bien... Voldemort dijo que sólo mató a mi madre porque ella trató de evitar que me matara. Pero ¿por qué iba a querer matarme a mí en primer lugar?

Aquella vez, Dumbledore suspiró profundamente.

—Vaya, la primera cosa que me preguntas y no puedo contestarte. No hoy. No ahora. Lo sabrás, un día... Quítatelo de la cabeza por ahora, Harry. Cuando seas mayor... ya sé que eso es odioso... bueno, cuando estés listo, lo sabrás.

Y Harry supo que no sería bueno discutir.

—¿Y por qué Quirrell no podía tocarme?

—Tu madre murió para salvarte. Si hay algo que Voldemort no puede entender es el amor. No se dio cuenta de que un amor tan poderoso como el de tu madre hacia ti deja marcas poderosas. No una cicatriz, no un signo visible... Haber sido amado tan profundamente, aunque esa persona que nos amó no esté, nos deja para siempre una protección. Eso está en tu piel. Quirrell, lleno de odio, codicia y ambición, compartiendo su alma con Voldemort, no podía tocarte por esa razón. Era una agonía el tocar a una persona marcada por algo tan bueno.

Entonces Dumbledore se mostró muy interesado en un pájaro que estaba cerca de la cortina, lo que le dio tiempo a Harry para secarse los ojos con la sábana. Cuando pudo hablar de nuevo, Harry dijo:

—¿Y la capa invisible... sabe quién me la mandó?

—Ah... Resulta que tu padre me la había dejado y pensé que te gustaría tenerla. —Los ojos de Dumbledore brillaron—. Cosas útiles... Tu padre la utilizaba sobre todo para robar comida en la cocina, cuando estaba aquí.

—Y hay algo más...

—Dispara.

—Quirrell dijo que Snape...

—El profesor Snape, Harry

—Sí, él... Quirrell dijo que me odia, porque odiaba a mi padre. ¿Es verdad?

—Bueno, ellos se detestaban uno al otro. Como tú y el señor Malfoy. Y entonces, tu padre hizo algo que Snape nunca pudo perdonarle.

—¿Qué?

—Le salvó la vida.

—¿Qué?

—Sí... —dijo Dumbledore, con aire soñador—. Es curiosa la forma en que funciona la mente de la gente, ¿no es cierto? El profesor Snape no podía soportar estar en deuda con tu padre... Creo que se esforzó tanto para protegerte este año porque sentía que así estaría en paz con él. Así podría seguir odiando la memoria de tu padre, en paz...

Harry trató de entenderlo, pero le hacía doler la cabeza, así que lo dejó.

—Y señor, hay una cosa más...

—¿Sólo una?

—¿Cómo pude hacer que la Piedra saliera del espejo?

—Ah, bueno, me alegro de que me preguntes eso. Fue una de mis más brillantes ideas y, entre tú y yo, eso es decir mucho. Sabes, sólo alguien que quisiera encontrar la Piedra, encontrarla, pero no utilizarla, sería capaz de conseguirla. De otra forma, se verían haciendo oro o bebiendo el Elixir de la Vida. Mi mente me sorprende hasta a mí mismo... Bueno, suficientes preguntas. Te sugiero que comiences a comer esas golosinas. Ah, las grageas de todos los sabores. En mi juventud tuve la mala suerte de encontrar una con gusto a vómito y, desde entonces, me temo que dejaron de gustarme. Pero creo que no tendré problema con esta bonita gragea, ¿no te parece?

Sonrió y se metió en la boca una gragea de color dorado. Luego se atragantó y dijo:

—¡Ay de mí! ¡Cera del oído!

La señora Pomfrey era una mujer buena, pero muy estricta.

—Sólo cinco minutos —suplicó Harry

—Ni hablar.

—Usted dejó entrar al profesor Dumbledore...

—Bueno, por supuesto, es el director, es muy diferente. Necesitas descansar.

—Estoy descansando, mire, acostado y todo lo demás. Oh, vamos, señora Pomfrey..

—Oh, está bien —dijo—. Pero sólo cinco minutos.

Y dejó entrar a Ron y Hermione.

—¡Harry!

Hermione parecía lista para lanzarse en sus brazos, pero Harry se alegró de que se contuviera, porque le dolía la cabeza.

—Oh, Harry; estábamos seguros de que te... Dumbledore estaba tan preocupado...

—Todo el colegio habla de ello —dijo Ron—. ¿Qué es lo que realmente pasó?

Fue una de esas raras ocasiones en que la verdadera historia era aún más extraña y apasionante que los más extraños rumores. Harry les contó todo: Quirrell, el espejo, la Piedra y Voldemort. Ron y Hermione eran muy buen público, jadeaban en los momentos apropiados y, cuando Harry les dijo lo que

había debajo del turbante de Quirrell, Hermione gritó muy fuerte.

—¿Entonces la Piedra no existe? —dijo por ultimo Ron—. ¿Flamel morirá?

—Eso es lo que yo dije, pero Dumbledore piensa que... ¿cómo era? Ah, sí: «Para las mentes bien organizadas, la muerte es la siguiente gran aventura».

—Siempre dije que era un chiflado —dijo Ron, muy impresionado por lo loco que estaba su héroe.

—¿Y qué os pasó a vosotros dos? —preguntó Harry.

—Bueno, yo volví —dijo Hermione—, desperté a Ron (tardé un rato largo) y, cuando íbamos a la lechucería para comunicarnos con Dumbledore, lo encontramos en el vestíbulo de entrada, y él ya lo sabía, porque nos dijo: «Harry se fue a buscarlo, ¿no?», y subió al tercer piso.

—¿Crees que él quería que lo hicieras? —dijo Ron—. ¿Enviándote la capa de tu padre y todo eso?

—Bueno —estalló Hermione—. Si lo hizo... eso es terrible... te podían haber matado.

—No, no fue así —dijo Harry con aire pensativo—. Dumbledore es un hombre muy especial. Yo creo que quería darme una oportunidad. Creo que él sabe, más o menos, todo lo que sucede aquí. Acepto que debía de saber lo que íbamos a intentar y, en lugar de detenernos, nos enseñó lo suficiente para ayudarnos. No creo que fuera por accidente que me dejó encontrar el espejo y ver cómo funcionaba. Es casi como si él pensara que yo tenía derecho a enfrentarme a Voldemort, si podía...

—Bueno, sí, está bien —dijo Ron—. Escucha, debes estar levantado para mañana, es la fiesta de fin de curso. Ya están todos los puntos y Slytherin ganó, por supuesto. Te perdiste el último partido de *quidditch*. Sin ti, nos ganó Ravenclaw, pero la comida será buena.

En aquel momento, entró la señora Pomfrey

—Ya habéis estado quince minutos, ahora FUERA—dijo con severidad.

Después de una buena noche de sueño, Harry se sintió casi bien.

—Quiero ir a la fiesta —dijo a la señora Pomfrey, mientras ella le ordenaba todas las cajas de golosinas—. Podré ir, ¿verdad?

—El profesor Dumbledore dice que tienes permiso para ir —dijo con desdén, como si considerara que el profesor Dumbledore no se daba cuenta de lo peligrosas que eran las fiestas—. Y tienes otra visita.

—Oh, bien —dijo Harry—. ¿Quién es?

Mientras hablaba, entró Hagrid. Como siempre que estaba dentro de un lugar, Hagrid parecía demasiado grande. Se sentó cerca de Harry, lo miró y se puso a llorar.

—¡Todo... fue... por mi maldita culpa! —gimió, con la cara entre las manos—. Yo le dije al malvado cómo pasar ante *Fluffy*. ¡Se lo dije! ¡Podías haber muerto! ¡Todo por un huevo de dragón! ¡Nunca volveré a beber! ¡Deberían echarme y obligarme a vivir como un *muggle*!

—¡Hagrid! —dijo Harry, impresionado al ver la pena y el remordimiento de Hagrid, y las lágrimas que mojaban su barba—. Hagrid, lo habría descubierto igual, estamos hablando de Voldemort, lo habría sabido igual aunque no le dijeras nada.

—¡Podrías haber muerto! —sollozó Hagrid—. ¡Y no digas ese nombre!

—¡VOLDEMORT! —gritó Harry, y Hagrid se impresionó tanto que dejó de llorar—. Me encontré con él y lo llamo por su nombre. Por favor, alégrate, Hagrid, salvamos la Piedra, ya no está, no la podrá usar. Toma una rana de chocolate, tengo muchísimas...

Hagrid se secó la nariz con el dorso de la mano y dijo:

—Eso me hace recordar... Te he traído un regalo.

—No será un bocadillo de comadreja, ¿verdad? —dijo preocupado Harry, y finalmente Hagrid se rió.

—No. Dumbledore me dio libre el día de ayer para hacerlo. Por supuesto tendría que haberme echado... Bueno, aquí tienes...

Parecía un libro con una hermosa cubierta de cuero. Harry lo abrió con curiosidad... Estaba lleno de fotos mágicas. Sonriéndole y saludándolo desde cada página, estaban su madre y su padre...

—Envié lechuzas a todos los compañeros de colegio de tus padres, pidiéndoles fotos... Sabía que tú no tenías... ¿Te gusta?

Harry no podía hablar, pero Hagrid entendió.

. . .

Harry bajó solo a la fiesta de fin de curso de aquella noche. Lo había ayudado a levantarse la señora Pomfrey, insistiendo en examinarlo una vez más, así que, cuando llegó, el Gran Comedor ya estaba lleno. Estaba decorado con los colores de Slytherin, verde y plata, para celebrar el triunfo de aquella casa al

ganar la copa durante siete años seguidos. Un gran estandarte, que cubría la pared detrás de la Mesa Alta, mostraba la serpiente de Slytherin.

Cuando Harry entró se produjo un súbito murmullo y todos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Se deslizó en una silla, entre Ron y Hermione, en la mesa de Gryffindor, y trató de hacer caso omiso del hecho de que todos se ponían de pie para mirarlo.

Por suerte, Dumbledore llegó unos momentos después. Las conversaciones cesaron.

—¡Otro año se va! —dijo alegremente Dumbledore—. Y voy a fastidiaros con la charla de un viejo, antes de que podáis empezar con los deliciosos manjares. ¡Qué año hemos tenido! Esperamos que vuestras cabezas estén un poquito más llenas que cuando llegasteis... Ahora tenéis todo el verano para dejarlas bonitas y vacías antes de que comience el próximo año... Bien, tengo entendido que hay que entregar la copa de la casa y los puntos ganados son: en cuarto lugar, Gryffindor, con trescientos doce puntos; en tercer lugar, Hufflepuff, con trescientos cincuenta y dos; Ravenclaw tiene cuatrocientos veintiséis, y Slytherin, cuatrocientos setenta y dos.

Una tormenta de vivas y aplausos estalló en la mesa de Slytherin. Harry pudo ver a Draco Malfoy golpeando la mesa con su copa. Era una visión repugnante.

—Sí, sí, bien hecho, Slytherin —dijo Dumbledore—. Sin embargo, los acontecimientos recientes deben ser tenidos en cuenta.

Todos se quedaron inmóviles. Las sonrisas de los Slytherin se apagaron un poco.

—Así que —dijo Dumbledore— tengo algunos puntos de última hora para agregar. Dejadme ver. Sí... Primero, para el señor Ronald Weasley...

Ron se puso tan colorado que parecía un rábano con insdación.

—... por ser el mejor jugador de ajedrez que Hogwarts haya visto en muchos años, premio a la casa Gryffindor con cincuenta puntos.

Las hurras de Gryffindor llegaron hasta el techo encantado, y las estrellas parecieron estremecerse. Se oyó que Percy le decía a los otros prefectos: «Es mi hermano, ¿sabéis? ¡Mi hermano menor! ¡Consiguió pasar en el juego de ajedrez gigante de McGonagall!».

Por fin se hizo el silencio otra vez.

—Segundo... a la señorita Hermione Granger... por el uso de la fría lógica al enfrentarse con el fuego, premio a la casa Gryffindor con cincuenta puntos.

Hermione enterró la cara entre los brazos. Harry tuvo la casi seguridad de que estaba llorando. Los cambios en la tabla de puntuaciones pasaban ante ellos: Gryffindor estaba cien puntos más arriba.

—Tercero... al señor Harry Potter... —continuó Dumbledore. La sala estaba mortalmente silenciosa—... por todo su temple y sobresaliente valor, premio a la casa Gryffindor con sesenta puntos.

El estrépito fue total. Los que pudieron sumar, además de gritar y aplaudir, se dieron cuenta de que Gryffindor tenía los mismos puntos que Slytherin, cuatrocientos setenta y dos. Si Dumbledore le hubiera dado un punto más a Harry... Pero así no llegaban a ganar.

Dumbledore levantó el brazo. La sala fue recuperando la calma.

—Hay muchos tipos de valentía —dijo sonriendo Dumbledore—. Hay que tener un gran coraje para oponerse a nuestros enemigos, pero hace falta el mismo valor para hacerlo con los amigos. Por lo tanto, premio con diez puntos al señor Neville Longbottom.

Alguien que hubiera estado en la puerta del Gran Comedor habría creído que se había producido una explosión, tan fuertes eran los gritos que salieron de la mesa de Gryffindor. Harry, Ron y Hermione se pusieron de pie y vitorearon a Neville, que, blanco de la impresión, desapareció bajo la gente que lo abrazaba. Nunca había ganado más de un punto para Gryffindor. Harry, sin dejar de vitorear, dio un codazo a Ron y señaló a Malfoy, que no podía haber estado más atónito y horrorizado si le hubieran echado el maleficio de la Inmovilidad Total.

—Lo que significa —gritó Dumbledore sobre la salva de aplausos, porque Ravenclaw y Hufflepuff estaban celebrando la derrota de Slytherin—, que hay que hacer un cambio en la decoración.

Dio una palmada. En un instante, los adornos verdes se volvieron escarlata; los de plata, dorados, y la gran serpiente se desvaneció para dar paso al león de Gryffindor. Snape estrechaba la mano de la profesora McGonagall, con una horrible sonrisa forzada en su cara. Captó la mirada de Harry y el muchacho supo de inmediato que los sentimientos de Snape hacia él no habían cambiado en absoluto. Aquello no lo preocupaba. Parecía que la vida iba a volver a la normalidad en el año próximo, o a la normalidad típica de Hogwarts.

Aquélla fue la mejor noche de la vida de Harry, mejor que ganar un partido de *quidditch*, o que la Navidad, o que hacer que se desmayara el monstruo gigante... Nunca, jamás, olvidaría aquella noche.

Harry casi no recordaba ya que tenían que recibir los resultados de los exámenes, pero éstos llegaron. Para su gran sorpresa, tanto él como Ron pasaron con buenas notas. Hermione, por supuesto, fue la mejor del año. Hasta Neville pasó a duras penas, pues sus buenas notas en Herbología compensaron los desastres en Pociones. Ellos confiaban en que suspendieran a Goyle, que era casi tan estúpido como malo, pero él también aprobó. Era una

lástima, pero como dijo Ron, no se puede tener todo en la vida.

Y de pronto, sus armarios se vaciaron, sus equipajes estuvieron listos, el sapo de Neville apareció en un rincón del cuarto de baño... Todos los alumnos recibieron notas en las que los prevenían para que no utilizaran la magia durante las vacaciones («Siempre espero que se olviden de darnos esas notas», dijo con tristeza Fred Weasley). Hagrid estaba allí para llevarlos en los botes que cruzaban el lago. Subieron al expreso de Hogwarts, charlando y riendo, mientras el paisaje campestre se volvía más verde y menos agreste. Comieron las grageas de todos los sabores, pasaron a toda velocidad por las ciudades de los *muggles*, se quitaron la ropa de magos y se pusieron camisas y abrigos... Y bajaron en el andén nueve y tres cuartos de la estación King Cross.

Tardaron un poco en salir del andén. Un viejo y enjuto guarda estaba al otro lado de la taquilla, dejándolos pasar de dos en dos o de tres en tres, para que no llamaran la atención saliendo de golpe de una pared sólida, pues alarmarían a los *muggles*.

—Tenéis que venir y pasar el verano conmigo —dijo Ron—, los dos. Os enviaré una lechuza.

—Gracias —dijo Harry—. Voy a necesitar alguna perspectiva agradable.

La gente los empujaba mientras se movían hacia la estación, volviendo al mundo *muggle*. Algunos le decían.

—¡Adiós, Harry!

—¡Nos vemos, Potter!

—Sigues siendo famoso —dijo Ron, con sonrisa burlona.

—No allí adonde voy, eso te lo aseguro —respondió Harry.

Él, Ron y Hermione pasaron juntos a la estación.

—¡Allí está él, mamá, allí está, míralo!

Era Ginny Weasley, la hermanita de Ron, pero no señalaba a su hermano.

—¡Harry Potter! —chilló—. ¡Mira, mamá! Puedo ver...

—Tranquila, Ginny. Es de mala educación señalar con el dedo.

La señora Weasley les sonrió.

—¿Un año movido? —les preguntó.

—Mucho —dijo Harry—. Muchas gracias por el jersey y el pastel, señora Weasley

—Oh, no fue nada.

—¿Ya estás listo?

Era tío Vernon, todavía con el rostro púrpura, todavía con bigotes y todavía con aire furioso ante la audacia de Harry, llevando una lechuza en una jaula, en una estación llena de gente común. Detrás, estaban tía Petunia y Dudley, con aire aterrorizado ante la sola presencia de Harry

—¡Usted debe de ser de la familia de Harry! —dijo la señora Weasley

—Por decirlo así —dijo tío Vernon—. Date prisa, muchacho, no tenemos todo el día. —Dio la vuelta para ir hacia la puerta.

Harry esperó para despedirse de Ron y Hermione.

—Nos veremos durante el verano, entonces.

—Espero que... que tengas unas buenas vacaciones —dijo Hermione, mirando insegura a tío Vernon, impresionada de que alguien pudiera ser tan desagradable.

—Oh, lo serán —dijo Harry, y sus amigos vieron, con sorpresa, la sonrisa burlona que se extendía por su cara—. Ellos no saben que no nos permiten utilizar magia en casa. Voy a divertirme mucho este verano con Dudley..

HARRY POTTER Y LA CÁMARA SECRETA

J.K. ROWLING

Tras derrotar una vez más a lord Voldemort, su siniestro enemigo en *Harry Potter y la piedra filosofal*, Harry espera impaciente en casa de sus insoportables tíos el inicio del segundo curso del Colegio Hogwarts de Magia y hechicería. Sin embargo, la espera dura poco, pues un elfo aparece en su habitación y le advierte que una amenaza mortal se cierne sobre la escuela. Así pues, Harry no se lo piensa dos veces y, acompañado de Ron, su mejor amigo, se dirige a Hogwarts en un coche volador. Pero ¿puede un aprendiz de mago defender la escuela de los malvados que pretenden destruirla? Sin saber que alguien ha abierto la Cámara de los Secretos, dejando escapar una serie de monstruos peligrosos, Harry y sus amigos Ron y Hermione tendrán que enfrentarse con arañas gigantes, serpientes encantadas, fantasmas enfurecidos y, sobre todo, con la mismísima reencarnación de su más temible adversario.

Título original: *Harry Potter and the Chamber of Secrets*

Traducción: Adolfo Muñoz García y Nieves Martín Azofra

Copyright © J.K. Rowling, 1998
Copyright © Emecé Editores, 1999

Emecé Editores España, S.A.
Mallorca, 237 - 08008 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

ISBN: 84-7888-495-5
Depósito legal: B-33.840-2000

1ª edición, octubre de 1999
10ª edición, julio de 2000
Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L.
Constitución, 19 08014 Barcelona

Para Séan P.F. Harris,
Gúia en la escapada y amigo en los malos tiempos.

1

El peor cumpleaños

No era la primera vez que en el número 4 de Privet Drive estallaba una discusión durante el desayuno. A primera hora de la mañana, había despertado al señor Vernon Dursley un sonoro ulular procedente del dormitorio de su sobrino Harry.

—¡Es la tercera vez esta semana! —se quejó, sentado a la mesa—. ¡Si no puedes dominar a esa lechuza, tendrá que irse a otra parte!

Harry intentó explicarse una vez más.

—Es que se aburre. Está acostumbrada a dar una vuelta por ahí. Si pudiera dejarla salir aunque sólo fuera de noche...

—¿Acaso tengo cara de idiota? —gruñó tío Vernon, con restos de huevo frito en el poblado bigote—. Ya sé lo que ocurriría si saliera la lechuza.

Cambió una mirada sombría con su esposa, Petunia.

Harry quería seguir discutiendo, pero un eructo estruendoso y prolongado de Dudley, el hijo de los Dursley, ahogó sus palabras.

—¡Quiero más beicon!

—Queda más en la sartén, ricura —dijo tía Petunia, volviendo los ojos a su robusto hijo—. Tenemos que alimentarte bien mientras podamos... No me gusta la pinta que tiene la comida del colegio...

—No digas tonterías, Petunia, yo nunca pasé hambre en Smeltings —dijo con énfasis tío Vernon—. Dudley come lo suficiente, ¿verdad que sí, hijo?

Dudley, que estaba tan gordo que el trasero le colgaba por los lados de la silla, hizo una mueca y se volvió hacia Harry.

—Pásame la sartén.

—Se te han olvidado las palabras mágicas —repuso Harry de mal talante.

El efecto que esta simple frase produjo en la familia fue increíble: Dudley ahogó un grito y se cayó de la silla con un batacazo que sacudió la cocina entera; la señora Dursley profirió un débil alarido y se tapó la boca con las manos, y el señor Dursley se puso de pie de un salto, con las venas de las sienes palpitándole.

—¡Me refería a «por favor»! —dijo Harry inmediatamente—. No me refería a...

—¿QUÉ TE TENGO DICHO —bramó el tío, rociando saliva por toda la mesa— ACERCA DE PRONUNCIAR LA PALABRA CON «M» EN ESTA CASA?

—Pero yo...

—¡CÓMO TE ATREVES A ASUSTAR A DUDLEY! —dijo furioso tío Vernon, golpeando la mesa con el puño.

—Yo sólo...

—¡TE LO ADVERTÍ! ¡BAJO ESTE TECHO NO TOLERARÉ NINGUNA MENCIÓN A TU ANORMALIDAD!

Harry miró el rostro encarnado de su tío y la cara pálida de su tía, que trataba de levantar a Dudley del suelo.

—De acuerdo —dijo Harry—, de acuerdo...

Tío Vernon volvió a sentarse, resoplando como un rinoceronte al que le faltara el aire y vigilando estrechamente a Harry por el rabillo de sus ojos pequeños y penetrantes.

Desde que Harry había vuelto a casa para pasar las vacaciones de verano, tío Vernon lo había tratado como si fuera una bomba que pudiera estallar en cualquier momento; porque Harry no era un muchacho normal. De hecho, no podía ser menos normal de lo que era.

Harry Potter era un mago..., un mago que acababa de terminar el primer curso en el Colegio Hogwarts de Magia. Y si a los Dursley no les gustaba que Harry pasara con ellos las vacaciones, su desagrado no era nada comparado con el de su sobrino.

Añoraba tanto Hogwarts que estar lejos de allí era como tener un dolor de estómago permanente. Añoraba el castillo, con sus pasadizos secretos y sus fantasmas; las clases (aunque quizá no a Snape, el profesor de Pociones); las lechuzas que llevaban el correo; los banquetes en el Gran Comedor; dormir en su cama con dosel en el dormitorio de la torre; visitar a Hagrid, el guardabosques, que vivía en una cabaña en las inmediaciones del bosque prohibido; y, sobre todo, añoraba el *quidditch*, el deporte más popular en el mundo mágico, que se jugaba con seis altos postes que hacían de porterías, cuatro balones voladores y catorce jugadores montados en escobas.

En cuanto Harry llegó a la casa, tío Vernon le guardó en un baúl bajo llave, en la alacena que había bajo la escalera, todos sus libros de hechizos, la varita mágica, las túnicas, el caldero y la escoba de primerísima calidad, la Nimbus 2.000. ¿Qué les importaba a los Dursley si Harry perdía su puesto en el equipo de *quidditch* de Gryffindor por no haber practicado en todo el verano? ¿Qué más les daba a los Dursley si Harry volvía al colegio sin haber hecho los

deberes? Los Dursley eran lo que los magos llamaban *muggles*, es decir, que no tenían ni una gota de sangre mágica en las venas, y para ellos tener un mago en la familia era algo completamente vergonzoso. Tío Vernon había incluso cerrado con candado la jaula de *Hedwig*, la lechuza de Harry, para que no pudiera llevar mensajes a nadie del mundo mágico.

Harry no se parecía en nada al resto de la familia. Tío Vernon era corpulento, carecía de cuello y llevaba un gran bigote negro; tía Petunia tenía cara de caballo y era huesuda; Dudley era rubio, sonrosado y gordo. Harry, en cambio, era pequeño y flacucho, con ojos de un verde brillante y un pelo negro azabache siempre alborotado. Llevaba gafas redondas y en la frente tenía una delgada cicatriz en forma de rayo.

Era esta cicatriz lo que convertía a Harry en alguien muy especial, incluso entre los magos. La cicatriz era el único vestigio del misterioso pasado de Harry y del motivo por el que lo habían dejado, hacia once años, en la puerta de los Dursley.

A la edad de un año, Harry había sobrevivido milagrosamente a la maldición del hechicero tenebroso más importante de todos los tiempos, lord Voldemort, cuyo nombre muchos magos y brujas aún temían pronunciar. Los padres de Harry habían muerto en el ataque de Voldemort, pero Harry se había librado, quedándole la cicatriz en forma de rayo. Por alguna razón desconocida, Voldemort había perdido sus poderes en el mismo instante en que había fracasado en su intento de matar a Harry.

De forma que Harry se había criado con sus tíos maternos. Había pasado diez años con ellos sin comprender por qué motivo sucedían cosas raras a su alrededor, sin que él hiciera nada, y creyendo la versión de los Dursley, que le habían dicho que la cicatriz era consecuencia del accidente de automóvil que se había llevado la vida de sus padres.

Pero más adelante, hacía exactamente un año, Harry había recibido una carta de Hogwarts y así se había enterado de toda la verdad. Ocupó su plaza en el colegio de magia, donde tanto él como su cicatriz se hicieron famosos...; pero el curso escolar había acabado y él se encontraba otra vez pasando el verano con los Dursley, quienes lo trataban como a un perro que se hubiera revolcado en estiércol.

Los Dursley ni siquiera se habían acordado de que aquel día Harry cumplía doce años. No es que él tuviera muchas esperanzas, porque nunca le habían hecho un regalo como Dios manda, y no digamos una tarta... Pero de ahí a olvidarse completamente...

En aquel instante, tío Vernon se aclaró la garganta con afectación y dijo:

—Bueno, como todos sabemos, hoy es un día muy importante.

Harry levantó la mirada, incrédulo.

—Puede que hoy sea el día en que cierre el trato más importante de toda mi vida profesional —dijo tío Vernon.

Harry volvió a concentrar su atención en la tostada. Por supuesto, pensó con amargura, tío Vernon se refería a su estúpida cena. No había hablado de otra cosa en los últimos quince días. Un rico constructor y su esposa irían a cenar, y tío Vernon esperaba obtener un pedido descomunal. La empresa de tío Vernon fabricaba taladros.

—Creo que deberíamos repasarlo todo otra vez —dijo tío Vernon—. Tendremos que estar en nuestros puestos a las ocho en punto. Petunia, ¿tú estarás...?

—En el salón —respondió enseguida tía Petunia—, esperando para darles la bienvenida a nuestra casa.

—Bien, bien. ¿Y Dudley?

—Estaré esperando para abrir la puerta. —Dudley esbozó una sonrisa idiota—. ¿Me permiten sus abrigos, señor y señora Mason?

—¡Les va a parecer adorable! —exclamó embelesada tía Petunia.

—Excelente, Dudley —dijo tío Vernon. A continuación, se volvió hacia Harry—. ¿Y tú?

—Me quedaré en mi dormitorio, sin hacer ruido para que no se note que estoy —dijo Harry, con voz inexpresiva.

—Exacto —corroboró con crueldad tío Vernon—. Yo los haré pasar al salón, te los presentaré, Petunia, y les serviré algo de beber. A las ocho quince...

—Anunciaré que está lista la cena —dijo tía Petunia—. Y tú, Dudley, dirás...

—¿Me permite acompañarla al comedor, señora Mason? —dijo Dudley, ofreciendo su grueso brazo a una mujer invisible.

—¡Mi caballerito ideal! —suspiró tía Petunia.

—¿Y tú? —preguntó tío Vernon a Harry con brutalidad.

—Me quedaré en mi dormitorio, sin hacer ruido para que no se note que estoy —recitó Harry.

—Exacto. Bien, tendríamos que tener preparados algunos cumplidos para la cena. Petunia, ¿sugieres alguno?

—Vernon me ha asegurado que es usted un jugador de golf excelente, señor Mason... Dígame dónde ha comprado ese vestido, señora Mason...

—Perfecto... ¿Dudley?

—¿Qué tal: «En el colegio nos han mandado escribir una redacción sobre

nuestro héroe preferido, señor Mason, y yo la he hecho sobre usted»?

Esto fue más de lo que tía Petunia y Harry podían soportar. Tía Petunia rompió a llorar de la emoción y abrazó a su hijo, mientras Harry escondía la cabeza debajo de la mesa para que no lo vieran reírse.

—¿Y tú, niño?

Al enderezarse, Harry hizo un esfuerzo por mantener serio el semblante.

—Me quedaré en mi dormitorio, sin hacer ruido para que no se note que estoy —repitió.

—Eso espero —dijo el tío duramente—. Los Mason no saben nada de tu existencia y seguirán sin saber nada. Al terminar la cena, tú, Petunia, volverás al salón con la señora Mason para tomar el café y yo abordaré el tema de los taladros. Con un poco de suerte, cerraremos el trato, y el contrato estará firmado antes del telediario de las diez. Y mañana mismo nos iremos a comprar un apartamento en Mallorca.

A Harry aquello no le emocionaba mucho. No creía que los Dursley fueran a quererlo más en Mallorca que en Privet Drive.

—Bien..., voy a ir a la ciudad a recoger los esmóquines para Dudley y para mí. Y tú —gruñó a Harry—, mantente fuera de la vista de tu tía mientras limpia.

Harry salió por la puerta de atrás. Era un día radiante, soleado. Cruzó el césped, se dejó caer en el banco del jardín y canturreó entre dientes: «Cumpleaños feliz..., cumpleaños feliz..., me deseo yo mismo...»

No había recibido postales ni regalos, y tendría que pasarse la noche fingiendo que no existía. Abatido, fijó la vista en el seto. Nunca se había sentido tan solo. Antes que ninguna otra cosa de Hogwarts, antes incluso que jugar al *quidditch*, lo que de verdad echaba de menos era a sus mejores amigos, Ron Weasley y Hermione Granger. Pero ellos no parecían acordarse de él. Ninguno de los dos le había escrito en todo el verano, a pesar de que Ron le había dicho que lo invitaría a pasar unos días en su casa.

Un montón de veces había estado a punto de emplear la magia para abrir la jaula de *Hedwig* y enviarla a Ron y a Hermione con una carta, pero no valía la pena correr el riesgo. A los magos menores de edad no les estaba permitido emplear la magia fuera del colegio. Harry no se lo había dicho a los Dursley; sabía que la única razón por la que no lo encerraban en la alacena debajo de la escalera junto con su varita mágica y su escoba voladora era porque temían que él pudiera convertirlos en escarabajos. Durante las dos primeras semanas, Harry se había divertido murmurando entre dientes palabras sin sentido y viendo cómo Dudley escapaba de la habitación todo lo deprisa que le permitían sus gordas piernas. Pero el prolongado silencio de Ron y Hermione le había hecho sentirse tan apartado del mundo mágico, que incluso el burlarse de Dudley había perdido la gracia..., y ahora Ron y Hermione se habían olvidado de su cumpleaños.

¡Lo que habría dado en aquel momento por recibir un mensaje de Hogwarts, de un mago o una bruja! Casi le habría alegrado ver a su mortal enemigo, Draco Malfoy, para convencerse de que aquello no había sido solamente un sueño...

Aunque no todo el curso en Hogwarts resultó divertido. Al final del último trimestre, Harry se había enfrentado cara a cara nada menos que con el mismísimo lord Voldemort. Aun cuando no fuera más que una sombra de lo que había sido en otro tiempo, Voldemort seguía resultando terrorífico, era astuto y estaba decidido a recuperar el poder perdido. Por segunda vez, Harry había logrado escapar de las garras de Voldemort, pero por los pelos, y aún ahora, semanas más tarde, continuaba despertándose en mitad de la noche, empapado en un sudor frío, preguntándose dónde estaría Voldemort, recordando su rostro lívido, sus ojos muy abiertos, furiosos...

De pronto, Harry se irguió en el banco del jardín. Se había quedado ensimismado mirando el seto... y el seto le devolvía la mirada. Entre las hojas habían aparecido dos grandes ojos verdes.

Una voz burlona resonó detrás de él en el jardín y Harry se puso de pie de un salto.

—Sé qué día es hoy —canturreó Dudley, acercándosele con andares de pato.

Los ojos grandes se cerraron y desaparecieron.

—¿Qué? —preguntó Harry, sin apartar la vista del lugar por donde habían desaparecido.

—Sé qué día es hoy —repitió Dudley a su lado.

—Enhorabuena —respondió Harry—. ¡Por fin has aprendido los días de la semana!

—Hoy es tu cumpleaños —dijo con sorna—. ¿Cómo es que no has recibido postales de felicitación? ¿Ni siquiera en aquel monstruoso lugar has hecho amigos?

—Procura que tu mamá no te oiga hablar sobre mi colegio —contestó Harry con frialdad.

Dudley se subió los pantalones, que no se le sostenían en la ancha cintura.

—¿Por qué miras el seto? —preguntó con recelo.

—Estoy pensando cuál sería el mejor conjuro para prenderle fuego —dijo Harry.

Al oírlo, Dudley trastabilló hacia atrás y el pánico se reflejó en su cara gordita.

—No..., no puedes... Papá dijo que no harías ma-magia... Ha dicho que te echará de casa..., y no tienes otro sitio donde ir..., no tienes amigos con los que quedarte...

—¡Abracadabra! —dijo Harry con voz enérgica—. ¡Pata de cabra! ¡Patatum, patatam!

—¡Mamaaaaaaá! —vociferó Dudley, dando traspiés al salir a toda pastilla hacia la casa—, ¡mamaaaaaaá! ¡Harry está haciendo lo que tú sabes!

Harry pagó caro aquel instante de diversión. Como Dudley y el seto estaban intactos, tía Petunia sabía que Harry no había hecho magia en realidad, pero aun así intentó pegarle en la cabeza con la sartén que tenía a medio enjabonar y Harry tuvo que esquivar el golpe. Luego le dio tareas que hacer, asegurándole que no comería hasta que hubiera acabado.

Mientras Dudley no hacia otra cosa que mirarlo y comer helados, Harry limpió las ventanas, lavó el coche, cortó el césped, recortó los arriates, podó y regó los rosales y dio una capa de pintura al banco del jardín. El sol ardiente le abrasaba la nuca. Harry sabía que no tenía que haber picado el anzuelo de Dudley, pero éste le había dicho exactamente lo mismo que él estaba pensando..., que quizá tampoco en Hogwarts tuviera amigos.

«Tendrían que ver ahora al famoso Harry Potter», pensaba sin compasión, echando abono a los arriates, con la espalda dolorida y el sudor goteándole por la cara.

Eran las siete de la tarde cuando finalmente, exhausto, oyó que lo llamaba tía Petunia.

—¡Entra! ¡Y pisa sobre los periódicos!

Fue un alivio para Harry entrar en la sombra de la reluciente cocina. Encima del frigorífico estaba el pudín de la cena: un montículo de nata montada con violetas de azúcar. Una pieza de cerdo asado chisporroteaba en el horno.

—¡Come deprisa! ¡Los Mason no tardarán! —le dijo con brusquedad tía Petunia, señalando dos rebanadas de pan y un pedazo de queso que había en la mesa. Ella ya llevaba puesto el vestido de noche de color salmón.

Harry se lavó las manos y engulló su miserable cena. No bien hubo terminado, tía Petunia le quitó el plato.

—¡Arriba! ¡Deprisa!

Al cruzar la puerta de la sala de estar, Harry vio a su tío Vernon y a Dudley con esmoquin y pajarita. Acababa de llegar al rellano superior cuando sonó el timbre de la puerta y al pie de la escalera apareció la cara furiosa de tío Vernon.

—Recuerda, muchacho: un solo ruido y...

Harry entró de puntillas en su dormitorio, cerró la puerta y se echó en la cama.

El problema era que ya había alguien sentado en ella.

2

La advertencia de Dobby

Harry no gritó, pero estuvo a punto. La pequeña criatura que yacía en la cama tenía unas grandes orejas, parecidas a las de un murciélago, y unos ojos verdes y saltones del tamaño de pelotas de tenis. En aquel mismo instante, Harry tuvo la certeza de que aquella cosa era lo que le había estado vigilando por la mañana desde el seto del jardín.

La criatura y él se quedaron mirando uno al otro, y Harry oyó la voz de Dudley proveniente del recibidor.

—¿Me permiten sus abrigos, señor y señora Mason?

Aquel pequeño ser se levantó de la cama e hizo una reverencia tan profunda que tocó la alfombra con la punta de su larga y afilada nariz. Harry se dio cuenta de que iba vestido con lo que parecía un almohadón viejo con agujeros para sacar los brazos y las piernas.

—Esto..., hola —saludó Harry, azorado.

—Harry Potter —dijo la criatura con una voz tan aguda que Harry estaba seguro de que se había oído en el piso de abaje—, hace mucho tiempo que Dobby quería conocerle, señor... Es un gran honor...

—Gra-gracias —respondió Harry, que avanzando pegado a la pared alcanzó la silla del escritorio y se sentó. A su lado estaba *Hedwig*, dormida en su gran jaula. Quiso preguntarle «¿Qué es usted?», pero pensó que sonaría demasiado grosero, así que dijo:

—¿Quién es usted?

—Dobby, señor. Dobby a secas. Dobby, el elfo doméstico —contestó la criatura.

—¿De verdad? —dijo Harry—. Bueno, no quisiera ser descortés, pero no me conviene precisamente ahora recibir en mi dormitorio a un elfo doméstico.

De la sala de estar llegaban las risitas falsas de tía Petunia. El elfo bajó la cabeza.

—Estoy encantado de conocerlo —se apresuró a añadir Harry—. Pero, en fin, ¿ha venido por algún motivo en especial?

—Sí, señor —contestó Dobby con franqueza—. Dobby ha venido a decirle, señor..., no es fácil, señor... Dobby se pregunta por dónde empezar...

—Siéntese —dijo Harry educadamente, señalando la cama.

Para consternación suya, el elfo rompió a llorar, y además, ruidosamente.

—¡Sen-sentarme! —gimió—. Nunca, nunca en mi vida...

A Harry le pareció oír que en el piso de abajo hablaban entrecortadamente.

—Lo siento —murmuró—, no quise ofenderle.

—¡Ofender a Dobby! —repuso el elfo con voz disgustada—. A Dobby ningún mago le había pedido nunca que se sentara..., como si fuera un igual.

Harry, procurando hacer «¡chss!» sin dejar de parecer hospitalario, indicó a Dobby un lugar en la cama, y el elfo se sentó hipando. Parecía un muñeco grande y muy feo. Por fin consiguió reprimirse y se quedó con los ojos fijos en Harry, mirándole con devoción.

—Se ve que no ha conocido a muchos magos educados —dijo Harry, intentando animarle.

Dobby negó con la cabeza. A continuación, sin previo aviso, se levantó y se puso a darse golpes con la cabeza contra la ventana, gritando: «¡Dobby malo! ¡Dobby malo!»

—No..., ¿qué está haciendo? —Harry dio un bufido, se acercó al elfo de un salto y tiró de él hasta devolverlo a la cama. *Hedwig* se acababa de despertar dando un fortísimo chillido y se puso a batir las alas furiosamente contra las barras de la jaula.

—Dobby tenía que castigarse, señor —explicó el elfo, que se había quedado un poco bizco—. Dobby ha estado a punto de hablar mal de su familia, señor.

—¿Su familia?

—La familia de magos a la que sirve Dobby, señor. Dobby es un elfo doméstico, destinado a servir en una casa y a una familia para siempre.

—¿Y saben que está aquí? —preguntó Harry con curiosidad.

Dobby se estremeció.

—No, no, señor, no... Dobby tendría que castigarse muy severamente por haber venido a verle, señor. Tendría que pillarse las orejas en la puerta del horno, si llegaran a enterarse.

—Pero ¿no advertirán que se ha pillado las orejas en la puerta del horno?

—Dobby lo duda, señor. Dobby siempre se está castigando por algún motivo, señor. Lo dejan de mi cuenta, señor. A veces me recuerdan que tengo que someterme a algún castigo adicional.

—Pero ¿por qué no los abandona? ¿Por qué no huye?

—Un elfo doméstico sólo puede ser libertado por su familia, señor. Y la familia nunca pondrá en libertad a Dobby... Dobby servirá a la familia hasta el día que muera, señor.

Harry lo miró fijamente.

—Y yo que me consideraba desgraciado por tener que pasar otras cuatro semanas aquí —dijo—. Lo que me cuenta hace que los Dursley parezcan incluso humanos. ¿Y nadie puede ayudarle? ¿Puedo hacer algo?

Casi al instante, Harry deseó no haber dicho nada. Dobby se deshizo de nuevo en gemidos de gratitud.

—Por favor —susurró Harry desesperado—, por favor, no haga ruido. Si los Dursley le oyen, si se enteran de que está usted aquí...

—Harry Potter pregunta si puede ayudar a Dobby... Dobby estaba al tanto de su grandeza, señor, pero no conocía su bondad...

Harry, consciente de que se estaba ruborizando, dijo:

—Sea lo que fuere lo que ha oído sobre mi grandeza, no son más que mentiras. Ni siquiera soy el primero de la clase en Hogwarts, es Hermione, ella...

Pero se detuvo enseguida, porque le dolía pensar en Hermione.

—Harry Potter es humlde y modesto —dijo Dobby, respetuoso. Le resplandecían los ojos grandes y redondos—. Harry Potter no habla de su triunfo sobre El-que-no-debe-ser-nombrado.

—¿Voldemort? —preguntó Harry.

Dobby se tapó los oídos con las manos y gimió:

—¡Señor, no pronuncie ese nombre! ¡No pronuncie ese nombre!

—¡Perdón! —se apresuró a decir—. Sé de muchísima gente a la que no le gusta que se diga..., mi amigo Ron...

Se detuvo. También era doloroso pensar en Ron.

Dobby se inclinó hacia Harry, con los ojos tan abiertos como faros.

—Dobby ha oído —dijo con voz quebrada— que Harry Potter tuvo un segundo encuentro con el Señor Tenebroso, hace sólo unas semanas..., y que Harry Potter escapó nuevamente.

Harry asintió con la cabeza, y a Dobby se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Ay, señor! —exclamó, frotándose la cara con una punta del sucio almohadón que llevaba puesto—. ¡Harry Potter es valiente y arrojado! ¡Ha afrontado ya muchos peligros! Pero Dobby ha venido a proteger a Harry Potter, a advertirle, aunque más tarde tenga que pillarse las orejas en la puerta del horno, de que Harry Potter no debe regresar a Hogwarts.

Hubo un silencio, sólo roto por el tintineo de tenedores y cuchillos que venía del piso inferior, y el distante rumor de la voz de tío Vernon.

—¿Qué-qué? —tartamudeó Harry—. Pero si tengo que regresar; el curso empieza el 1 de septiembre. Eso es lo único que me ilusiona. Usted no sabe lo que es vivir aquí. Yo no pertenezco a esta casa, pertenezco al mundo de Hogwarts.

—No, no, no —chilló Dobby, sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que se daba golpes con las orejas—. Harry Potter debe estar donde no peligre su seguridad. Es demasiado importante, demasiado bueno, para que lo perdamos. Si Harry Potter vuelve a Hogwarts, estará en peligro mortal.

—¿Por qué? —preguntó Harry sorprendido.

—Hay una conspiración, Harry Potter. Una conspiración para hacer que este año sucedan las cosas más terribles en el Colegio Hogwarts de Magia —susurró Dobby, sintiendo un temblor repentino por todo el cuerpo—. Hace meses que Dobby lo sabe, señor. Harry Potter no debe exponerse al peligro: ¡es demasiado importante, señor!

—¿Qué cosas terribles? —preguntó inmediatamente Harry—. ¿Quién las está tramando?

Dobby hizo un extraño ruido ahogado y acto seguido se empezó a golpear la cabeza furiosamente contra la pared.

—¡Está bien! —gritó Harry, sujetando al elfo del brazo para detenerlo—. No puede decirlo, lo comprendo. Pero ¿por qué ha venido usted a avisarme? —Un pensamiento repentino y desagradable lo sacudió—. ¡Un momento! Esto no tiene nada que ver con Vol..., perdón, con Quien-usted-sabe, ¿verdad? Basta con que asiente o niegue con la cabeza —añadió apresuradamente, porque Dobby ya se disponía a golpearse de nuevo contra la pared.

Dobby movió lentamente la cabeza de lado a lado.

—No, no se trata de Aquel-que-no-debe-ser-nombrado, señor.

Pero Dobby tenía los ojos muy abiertos y parecía que trataba de darle una pista. Harry, sin embargo, estaba com pletamente desorientado.

—Él no tiene hermanos, ¿verdad?

Dobby negó con la cabeza, con los ojos más abiertos que nunca.

—Bueno, siendo así, no puedo imaginar quién más podría provocar que en Hogwarts sucedieran cosas terribles —dijo Harry—. Quiero decir que, además, allí está Dumbledore. ¿Sabe usted quién es Dumbledore?

Dobby hizo una inclinación con la cabeza.

—Albus Dumbledore es el mejor director que ha tenido Hogwarts. Dobby lo sabe, señor. Dobby ha oído que los poderes de Dumbledore rivalizan con los de Aquel-que-no-debe-ser-nombrado. Pero, señor —la voz de Dobby se trans-formó en un apresurado susurro—, hay poderes que Dum bledore no..., poderes que ningún mago honesto...

Y antes de que Harry pudiera detenerlo, Dobby saltó de la cama, cogió la lámpara de la mesa de Harry y empezó a golpearse con ella en la cabeza lanzando unos alaridos que destrozaban los tímpanos.

En el piso inferior se hizo un silencio repentino. Dos segundos después, Harry, con el corazón palpitándole frenéticamente, oyó que tío Vernon se acercaba, explicando en voz alta:

—¡Dudley debe de haberse dejado otra vez el televisor encendido, el muy tunante!

—¡Rápido! ¡En el ropero! —dijo Harry, empujando a Dobby, cerrando la puerta y echándose en la cama en el preciso instante en que giraba el pomo de la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó tío Vernon rechinando los dientes, su cara espantosamente cerca de la de Harry—. Acabas de arruinar el final de mi chiste sobre el jugador japonés de golf... ¡Un ruido más, y desearás no haber nacido, mocoso!

Tío Vernon salió de la habitación pisando fuerte con sus pies planos.

Harry, temblando, abrió la puerta del armario y dejó salir a Dobby.

—¿Se da cuenta de lo que es vivir aquí? —le dijo—. ¿Ve por qué debo volver a Hogwarts? Es el único lugar donde tengo..., bueno, donde creo que tengo amigos.

—¿Amigos que ni siquiera escriben a Harry Potter? —preguntó maliciosamente.

—Supongo que habrán estado... ¡Un momento! —dijo Harry, frunciendo el entrecejo—. ¿Cómo sabe usted que mis amigos no me han escrito?

Dobby cambió los pies de posición.

—Harry Potter no debe enfadarse con Dobby. Dobby pensó que era lo mejor...

—¿Ha interceptado usted mis cartas?

—Dobby las tiene aquí, señor —dijo el elfo, y escapando ágilmente del alcance de Harry, extrajo un grueso fajo de sobres del almohadón que llevaba puesto. Harry pudo distinguir la esmerada caligrafía de Hermione, los irregulares trazos de Ron, y hasta un garabato que parecía salido de la mano de Hagrid, el guardabosques de Hogwarts.

Dobby, inquieto, miró a Harry y parpadeó.

—Harry Potter no debe enfadarse... Dobby pensaba... que si Harry Potter creía que sus amigos lo habían olvidado... Harry Potter no querría volver al colegio, señor.

Harry no escuchaba. Se abalanzó sobre las cartas, pero Dobby lo esquivó.

—Harry Potter las tendrá, señor, si le da a Dobby su palabra de que no volverá a Hogwarts. ¡Señor, es un riesgo que no debe afrontar! ¡Dígame que no irá, señor!

—¡Iré! —dijo Harry enojado—. ¡Déme las cartas de mis amigos!

—Entonces, Harry Potter no le deja a Dobby otra opción —dijo apenado el elfo.

Antes de que Harry pudiera hacer algún movimiento, Dobby se había lanzado como una flecha hacia la puerta del dormitorio, la había abierto y había bajado las escaleras corriendo.

Con la boca seca y el corazón en un puño, Harry salió detrás de él, intentando no hacer ruido. Saltó los últimos seis escalones, cayó como un gato sobre la alfombra del recibidor y buscó a Dobby. Del comedor venía la voz de tío Vernon que decía:

—... señor Mason, cuéntele a Petunia aquella divertida anécdota de los fontaneros americanos, se muere de ganas de oírla...

Harry cruzó el vestíbulo, y al llegar a la cocina, sintió que se le venía el mundo encima.

El pudín magistral de tía Petunia, el montículo de nata y violetas de azúcar, flotaba cerca del techo. Dobby estaba en cuclillas sobre el armario que había en un rincón.

—No —rogó Harry con voz ronca—. Se lo ruego..., me matarán.. .

—Harry Potter debe prometer que no irá al colegio.

—Dobby..., por favor...

—Dígalo, señor...

—¡No puedo!

—Entonces Dobby tendrá que hacerlo, señor, por el bien de Harry Potter.

El pudín cayó al suelo con un estrépito capaz de provocar un infarto. El plato se hizo añicos y la nata salpicó ventanas y paredes. Dando un chasquido como el de un látigo, Dobby desapareció.

Del comedor llegaron unos alaridos y tío Vernon entró de sopetón en la cocina y halló a Harry paralizado por el susto y cubierto de la cabeza a los pies con los restos del pudín de tía Petunia.

Al principio le pareció que tío Vernon aún podría disimular el desastre («nuestro sobrino, ya ven..., está muy mal..., se altera al ver a desconocidos, así que lo tenemos en el piso de arriba...»). Llevó a los impresionados Mason de nuevo al comedor, prometió a Harry que, en cuanto se fueran, lo desollaría vivo, y le puso una fregona en las manos. Tía Petunia sacó helado del congelador y Harry, todavía temblando, se puso a fregar la cocina.

Tío Vernon podría haberlo solucionado de esta manera, si no hubiera sido por la lechuza.

En el preciso instante en que tía Petunia estaba ofreciendo a sus invitados unos bombones de menta, una lechuza penetró por la ventana del comedor, dejó caer una carta sobre la cabeza de la señora Mason y volvió a salir. La señora Mason gritó como una histérica y huyó de la casa exclamando algo sobre los locos. El señor Mason se quedó sólo lo suficiente para explicarles a los Dursley que su mujer tenía pánico a los pájaros de cualquier tipo y tamaño, y para preguntarles si aquélla era su forma de gastar bromas.

Harry estaba en la cocina, agarrado a la fregona para no caerse, cuando tío Vernon avanzó hacia él con un destello demoníaco en sus ojos diminutos.

—¡Léela! —dijo hecho una furia y blandiendo la carta que había dejado la lechuza—. ¡Vamos, léela!

Harry la cogió. No se trataba de ninguna felicitación por su cumpleaños.

Estimado Señor Potter:

Hemos recibido la información de que un hechizo levitatorio ha sido usado en su lugar de residencia esta misma noche a las nueve y

doce minutos.

Como usted sabe, a los magos menores de edad no se les permite realizar conjuros fuera del recinto escolar y reincidir en el uso de la magia podría acarrearle la expulsión del colegio (Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad, 1875, artículo tercero).

Asimismo le recordamos que se considera falta grave realizar cualquier actividad mágica que entrañe un riesgo de ser advertida por miembros de la comunidad no mágica o muggles (Sección decimotercera de la Confederación Internacional del Estatuto del Secreto de los Brujos).

¡Que disfrute de unas buenas vacaciones!

Afectuosamente,

Mafalda Hopkirk

Departamento Contra el Uso Indebido de la Magia

Ministerio de Magia

Harry levantó la vista de la carta y tragó saliva.

—No nos habías dicho que no se te permitía hacer magia fuera del colegio —dijo tío Vernon, con una chispa de rabia en los ojos—. Olvidaste mencionarlo... Un grave descuido, me atrevería a decir...

Se echaba por momentos encima de Harry como un gran buldog, enseñando los dientes.

—Bueno, muchacho, ¿sabes qué te digo? Te voy a encerrar... Nunca regresarás a ese colegio... Nunca... Y si utilizas la magia para escaparte, ¡te expulsarán!

Y, riéndose como un loco, lo arrastró escaleras arriba.

Tío Vernon fue tan duro con Harry como había prometido. A la mañana siguiente, mandó poner una reja en la ventana de su dormitorio e hizo una gatera en la puerta para pasarle tres veces al día una mísera cantidad de comida. Sólo lo dejaban salir por la mañana y por la noche para ir al baño. Aparte de eso, permanecía encerrado en su habitación las veinticuatro horas del día.

Al cabo de tres días, no había indicios de que los Dursley se hubieran apiadado de él, y Harry no encontraba la manera de escapar de su situación. Pasaba el tiempo tumbado en la cama, viendo ponerse el sol tras la reja de la ventana y preguntándose entristecido qué sería de él.

¿De qué le serviría utilizar sus poderes mágicos para escapar de la habitación, si luego lo expulsaban de Hogwarts por hacerlo? Por otro lado, la vida en Privet Drive nunca había sido tan penosa. Ahora que los Dursley sabían que no se iban a despertar por la mañana convertidos en murciélagos, había perdido su única defensa. Tal vez Dobby lo había salvado de los horribles sucesos que tendrían lugar en Hogwarts, pero tal como estaban las cosas lo mas probable era que muriese de inanición

Se abrió la gatera y apareció la mano de tía Petunia, que introdujo en la habitación un cuenco de sopa de lata. Harry, a quien las tripas le dolían de hambre, saltó de la cama y se abalanzó sobre el cuenco. La sopa estaba completamente fría, pero se bebió la mitad de un trago. Luego se fue hasta la jaula de *Hedwig* y le puso en el comedero vacío los trozos de verdura embebidos del caldo que quedaban en el fondo del cuenco. La lechuza erizó las plumas y lo miró con expresión de asco intenso.

—No debes despreciarlo, es todo lo que tenemos—dijo Harry con tristeza.

Volvió a dejar el cuenco vacío en el suelo, junto a la gatera, y se echó otra vez en la cama, casi con más hambre que la que tenía antes de tomarse la sopa.

Suponiendo que siguiera vivo cuatro semanas más tarde, ¿qué sucedería si no se presentaba en Hogwarts? ¿Enviarían a alguien a averiguar por qué no había vuelto? ¿Podrían conseguir que los Dursley lo dejaran ir?

La habitación estaba cada vez más oscura. Exhausto, con las tripas rugiéndole y el cerebro dando vueltas a aquellas preguntas sin respuesta, Harry concilió un sueño agitado.

Soñó que lo exhibían en un zoo, dentro de una jaula con un letrero que decía «Mago menor de edad». Por entre los barrotes, la gente lo miraba con ojos asombrados mientras él yacía, débil y hambriento, sobre un jergón. Entre la multitud veía el rostro de Dobby y le pedía ayuda a voces, pero Dobby se excusaba diciendo: «Harry Potter está seguro en este lugar, señor», y desaparecía. Luego llegaban los Dursley, y Dudley repiqueteaba los barrotes de la jaula, riéndose de él.

—¡Para! —dijo Harry, sintiendo el golpeteo en su dolorida cabeza—. Déjame en paz... Basta ya..., estoy intentando dormir...

Abrió los ojos. La luz de la luna brillaba por entre los barrotes de la ventana. Y alguien, con los ojos muy abiertos, lo miraba tras la reja: alguien con la cara llena de pecas, el pelo cobrizo y la nariz larga.

Ron Weasley estaba afuera en la ventana.

3

La Madriguera

—¡Ron! —exclamó Harry, encaramándose a la ventana y abriéndola para poder hablar con él a través de la reja—. Ron, ¿cómo has logrado...? ¿Qué...?

Harry se quedó boquiabierto al darse cuenta de lo que veía. Ron sacaba la cabeza por la ventanilla trasera de un viejo coche de color azul turquesa que estaba detenido ¡ni más ni menos que en el aire! Sonriendo a Harry desde los asientos delanteros, estaban Fred y George, los hermanos gemelos de Ron, que eran mayores que él.

—¿Todo bien, Harry?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ron—. ¿Por qué no has contestado a mis cartas? Te he pedido unas doce veces que vinieras a mi casa a pasar unos días, y luego mi padre vino un día diciendo que te habían enviado un apercibimiento oficial por utilizar la magia delante de los *muggles*.

—No fui yo. Pero ¿cómo se enteró?

—Trabaja en el Ministerio —contestó Ron—. Sabes que no podemos hacer ningún conjuro fuera del colegio.

—¡Tiene gracia que tú me lo digas! —repuso Harry, echando un vistazo al coche flotante.

—¡Esto no cuenta! —explicó Ron—. Sólo lo hemos cogido prestado. Es de mi padre, nosotros no lo hemos encantado. Pero hacer magia delante de esos *muggles* con los que vives...

—No he sido yo, ya te lo he dicho..., pero es demasiado largo para explicarlo ahora. Mira, puedes decir en Hogwarts que los Dursley me tienen encerrado y que no podré volver al colegio, y está claro que no puedo utilizar la magia para escapar de aquí, porque el ministro pensaría que es la segunda vez que utilizo conjuros en tres días, de forma que...

—Deja de decir tonterías —dijo Ron—. Hemos venido para llevarte a casa con nosotros.

—Pero tampoco vosotros podéis utilizar la magia para sacarme...

—No la necesitamos —repuso Ron, señalando con la cabeza hacia los asientos delanteros y sonriendo—. Recuerda a quién he traído conmigo.

—Ata esto a la reja —dijo Fred, arrojándole un cabo de cuerda.

—Si los Dursley se despiertan, me matan —comentó Harry, atando la soga a uno de los barrotes. Fred aceleró el coche.

—No te preocupes —dijo Fred— y apártate.

Harry se retiró al fondo de la habitación, donde estaba *Hedwig*, que parecía haber comprendido que la situación era delicada y se mantenía inmóvil y en silencio. El coche aceleró más y más, y de pronto, con un sonoro crujido, la reja se desprendió limpiamente de la ventana mientras el coche salía volando hacia el cielo. Harry corrió a la ventana y vio que la reja había quedado colgando a sólo un metro del suelo. Entonces Ron fue recogiendo la cuerda hasta que tuvo la reja dentro del coche. Harry escuchó preocupado, pero no oyó ningún sonido que proviniera del dormitorio de los Dursley.

Después de que Ron dejara la reja en el asiento trasero, a su lado, Fred dio marcha atrás para acercarse tanto como pudo a la ventana de Harry.

—Entra —dijo Ron.

—Pero todas mis cosas de Hogwarts... Mi varita mágica, mi escoba...

—¿Dónde están?

—Guardadas bajo llave en la alacena de debajo de las escaleras. Y yo no puedo salir de la habitación.

—No te preocupes —dijo George desde el asiento del acompañante—. Quítate de ahí, Harry.

Fred y George entraron en la habitación de Harry trepando con cuidado por la ventana.

«Hay que reconocer que lo hacen muy bien», pensó Harry cuando George se sacó del bolsillo una horquilla del pelo para forzar la cerradura.

—Muchos magos creen que es una pérdida de tiempo aprender estos trucos *muggles* —observó Fred—, pero nosotros opinamos que vale la pena adquirir estas habilidades, aunque sean un poco lentas.

Se oyó un ligero «clic» y la puerta se abrió.

—Bueno, nosotros bajaremos a buscar tus cosas. Recoge todo lo que necesites de tu habitación y ve dándoselo a Ron por la ventana —susurró George.

—Tened cuidado con el último escalón, porque cruje —les susurró Harry mientras los gemelos se internaban en la oscuridad.

Harry fue cogiendo sus cosas de la habitación y se las pasaba a Ron a través de la ventana. Luego ayudó a Fred y a George a subir el baúl por las escaleras. Oyó toser al tío Vernon.

Una vez en el rellano, llevaron el baúl a través de la habitación de Harry hasta la ventana abierta. Fred pasó al coche para ayudar a Ron a subir el baúl, mientras Harry y George lo empujaban desde la habitación. Centímetro a centímetro, el baúl fue deslizándose por la ventana.

Tío Vernon volvió a toser.

—Un poco más —dijo jadeando Fred, que desde el coche tiraba del baúl—, empujad con fuerza...

Harry y George empujaron con los hombros, y el baúl terminó de pasar de la ventana al asiento trasero del coche.

—Estupendo, vámonos —dijo George en voz baja.

Pero al subir al alféizar de la ventana, Harry oyó un potente chillido detrás de él, seguido por la atronadora voz de tío Vernon.

—¡ESA MALDITA LECHUZA!

—¡Me olvidaba de *Hedwig*!

Harry cruzó a toda velocidad la habitación al tiempo que se encendía la luz del rellano. Cogió la jaula de *Hedwig*, volvió velozmente a la ventana, y se la pasó a Ron. Harry estaba subiendo al alféizar cuando tío Vernon aporreó la puerta, y ésta se abrió de par en par.

Durante una fracción de segundo, tío Vernon se quedó inmóvil en la puerta; luego soltó un mugido como el de un toro furioso y, abalanzándose sobre Harry, lo agarró por un tobillo.

Ron, Fred y George lo asieron a su vez por los brazos, y tiraban de él todo lo que podían.

—¡Petunia! —bramó tío Vernon—. ¡Se escapa! ¡SE ESCAPA!

Pero los Weasley tiraron con más fuerza, y el tío Vernon tuvo que soltar la pierna de Harry. Tan pronto como éste se encontró dentro del coche y hubo cerrado la puerta con un portazo, gritó Ron:

—¡Fred, aprieta el acelerador!

Y el coche salió disparado en dirección a la luna. Harry no podía creérselo: estaba libre. Bajó la ventanilla y, con el aire azotándole los cabellos, volvió la vista para ver alejarse los tejados de Privet Drive. Tío Vernon, tía Petunia y

Dudley estaban asomados a la ventana de Harry, alucinados.

—¡Hasta el próximo verano! —gritó Harry.

Los Weasley se rieron a carcajadas, y Harry se recostó en el asiento, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Suelta a *Hedwig* —dijo a Ron— y que nos siga volando. Lleva un montón de tiempo sin poder estirar las alas.

George le pasó la horquilla a Ron y, en un instante, *Hedwig* salía alborozada por la ventanilla y se quedaba planeando al lado del coche, como un fantasma.

—Entonces, Harry, ¿por qué...? —preguntó Ron impaciente—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Harry les explicó lo de Dobby, la advertencia que le había hecho y el desastre del pudín de violetas. Cuando terminó, hubo un silencio prolongado.

—Muy sospechoso —dijo finalmente Fred.

—Me huele mal —corroboré George—. ¿Así que ni siquiera te dijo quién estaba detrás de todo?

—Creo que no podía —dijo Harry—, ya os he dicho que cada vez que estaba a punto de irse de la lengua, empezaba a darse golpes contra la pared.

Vio que Fred y George se miraban.

—¿Creéis que me estaba mintiendo? —preguntó Harry

—Bueno —repuso Fred—, tengamos en cuenta que los elfos domésticos tienen mucho poder mágico, pero normalmente no lo pueden utilizar sin el permiso de sus amos. Me da la impresión de que enviaron al viejo Dobby para impedirte que regresaras a Hogwarts. Una especie de broma. ¿Hay alguien en el colegio que tenga algo contra ti?

—Sí —respondieron Ron y Harry al unísono.

—Draco Malfoy —dijo Harry—. Me odia.

—¿Draco Malfoy? —dijo George, volviéndose—. ¿No es el hijo de Lucius Malfoy?

—Supongo que sí, porque no es un apellido muy común —contestó Harry—. ¿Por qué lo preguntas?

—He oído a mi padre hablar mucho de él —dijo George—. Fue un destacado partidario de Quien-tú-sabes.

—Y cuando desapareció Quien-tú-sabes —dijo Fred, estirando el cuello para hablar con Harry—, Lucius Malfoy regresó negándolo todo. Mentiras... Mi

padre piensa que él pertenecía al círculo más próximo a Quien-tú-sabes.

Harry ya había oído estos rumores sobre la familia de Malfoy, y no le habían sorprendido en absoluto. En comparación con Malfoy, Dudley Dursley era un muchacho bondadoso, amable y sensible.

—No sé si los Malfoy poseerán un elfo —dijo Harry.

—Bueno, sea quien sea, tiene que tratarse de una familia de magos de larga tradición, y tienen que ser ricos —observó Fred.

—Sí, mamá siempre está diciendo que querría tener un elfo doméstico que le planchase la ropa —dijo George—. Pero lo único que tenemos es un espíritu asqueroso y malvado en el ático, y el jardín lleno de gnomos. Los elfos domésticos están en grandes casas solariegas y en castillos y lugares así, y no en casas como la nuestra.

Harry estaba callado. A juzgar por el hecho de que Draco Malfoy tenía normalmente lo mejor de lo mejor, su familia debía de estar forrada de oro mágico. Podía imaginárselo dándose aires en una gran mansión. También parecía encajar con el tipo de cosas que Malfoy podría hacer, el enviar a un criado para que impidiera que Harry volviese a Hogwarts. ¿Había sido un estúpido al dar crédito a Dobby?

—De cualquier manera, estoy muy contento de que hayamos podido rescatarte —dijo Ron—. Me estaba preocupando que no respondieras a mis cartas. Al principio le echaba la culpa a *Errol*...

—¿Quién es *Errol*?

—Nuestra lechuza macho. Pero está viejo. No sería la primera vez que le da un colapso al hacer una entrega. Así que intenté pedirle a Percy que me prestara a *Hermes*...

—¿Quién?

—La lechuza que nuestros padres compraron a Percy cuando lo nombraron prefecto —dijo Fred desde el asiento delantero.

—Pero Percy no me la quiso dejar —añadió Ron—. Dijo que la necesitaba él.

—Este verano, Percy se está comportando de forma muy rara —dijo George, frunciendo el entrecejo—. Ha estado enviando montones de cartas y pasando muchísimo tiempo encerrado en su habitación... No puede uno estar todo el día sacando brillo a la insignia de prefecto. Te estás desviando hacia el oeste, Fred —añadió, señalando un indicador en el salpicadero. Fred giró el volante.

—¿Vuestro padre sabe que os habéis llevado el coche? —preguntó Harry, adivinando la respuesta.

—Esto..., no —contestó Ron—, esta noche tenía que trabajar. Espero que podamos dejarlo en el garaje sin que nuestra madre se dé cuenta de que nos lo hemos llevado.

—¿Qué hace vuestro padre en el Ministerio de Magia?

—Trabaja en el departamento más aburrido —contestó Ron—: el Departamento Contra el Uso Incorrecto de los Objetos *Muggles*.

—¿El qué?

—Se trata de cosas que han sido fabricadas por los *muggles* pero que alguien las encanta, y que terminan de nuevo en una casa o una tienda *muggle*. Por ejemplo, el año pasado murió una bruja vieja, y vendieron su juego de té a un anticuario. Una mujer *muggle* lo compró, se lo llevó a su casa e intentó servir el té a sus amigos. Fue una pesadilla. Nuestro padre tuvo que trabajar horas extras durante varías semanas.

—¿Qué ocurrió?

—Pues que la tetera se volvió loca y arrojó un chorro de té hirviendo por toda la sala, y un hombre terminó en el hospital con las tenacillas para coger los terrones de azúcar aferradas a la nariz. Nuestro padre estaba desesperado, en el departamento solamente están él y un viejo brujo llamado Perkins, y tuvieron que hacer encantamientos para borrarles la memoria y otros trucos para que no se acordaran de nada.

—Pero vuestro padre..., este coche...

Fred se rió.

—Sí, le vuelve loco todo lo que tiene que ver con los *muggles*, tenemos el cobertizo lleno de chismes *muggles*. Los coge, los hechiza y los vuelve a poner en su sitio. Si viniera a inspeccionar a casa, tendría que arrestarse a sí mismo. A nuestra madre la saca de quicio.

—Ahí está la carretera principal —dijo George, mirando hacia abajo a través del parabrisas—. Llegaremos dentro de diez minutos... Menos mal, porque se está haciendo de día.

Un tenue resplandor sonrosado aparecía en el horizonte, al este.

Fred dejó que el coche fuera perdiendo altura, y Harry vio a la escasa luz del amanecer el mosaico que formaban los campos y los grupos de árboles.

—Vivimos un poco apartados del pueblo —explicó George—. En Ottery Saint Catchpole.

El coche volador descendía más y más. Entre los árboles destellaba ya el borde de un sol rojo y brillante.

—¡Aterrizamos! —exclamó Fred cuando, con una ligera sacudida, tomaron

contacto con el suelo. Aterrizaron junto a un garaje en ruinas en un pequeño corral, y Harry vio por vez primera la casa de Ron.

Parecía como si en otro tiempo hubiera sido una gran pocilga de piedra, pero aquí y allá habían ido añadiendo tantas habitaciones que ahora la casa tenía varios pisos de altura y estaba tan torcida que parecía sostenerse en pie por arte de magia, y Harry sospechó que así era probablemente. Cuatro o cinco chimeneas coronaban el tejado. Cerca de la entrada, clavado en el suelo, había un letrero torcido que decía «La Madriguera». En torno a la puerta principal había un revoltijo de botas de goma y un caldero muy oxidado. Varias gallinas gordas de color marrón picoteaban a sus anchas por el corral.

—No es gran cosa.

—Es una maravilla —repuso Harry, contento, acordándose de Privet Drive.

Salieron del coche.

—Ahora tenemos que subir las escaleras sin hacer el menor ruido —advirtió Fred—, y esperar a que mamá nos llame para el desayuno. Entonces tú, Ron, bajarás las escaleras dando saltos y diciendo: «¡Mamá, mira quién ha llegado esta noche!» Ella se pondrá muy contenta, y nadie tendrá que saber que hemos cogido el coche.

—Bien —dijo Ron—. Vamos, Harry, yo duermo en el...

De repente, Ron se puso de un color verdoso muy feo y clavó los ojos en la casa. Los otros tres se dieron la vuelta.

La señora Weasley iba por el corral espantando a las gallinas, y para tratarse de una mujer pequeña, rolliza y de rostro bondadoso, era sorprendente lo que podía parecerse a un tigre de enormes colmillos.

—¡Ah! —musitó Fred.

—¡Dios mío! —exclamó George.

La señora Weasley se paró delante de ellos, con las manos en las caderas, y paseó la mirada de uno a otro. Llevaba un delantal estampado de cuyo bolsillo sobresalía una varita mágica.

—Así que... —dijo.

—Buenos días, mamá —saludó George, poniendo lo que él consideraba que era una voz alegre y encantadora.

—¿Tenéis idea de lo preocupada que he estado? —preguntó la señora Weasley en un tono aterrador.

—Perdona, mamá, pero es que, mira, teníamos que...

Aunque los tres hijos de la señora Weasley eran más altos que su madre,

se amilanaron cuando descargó su ira sobre ellos.

—¡Las camas vacías! ¡Ni una nota! El coche no estaba..., podíais haber tenido un accidente... Creía que me volvía loca, pero no os importa, ¿verdad?... Nunca, en toda mi vida... Ya veréis cuando llegue a casa vuestro padre, un disgusto como éste nunca me lo dieron Bill, ni Charlie, ni Percy...

—Percy, el prefecto perfecto —murmuró Fred.

—¡PUES PODRÍAS SEGUIR SU EJEMPLO! —gritó la señora Weasley, dándole golpecitos en el pecho con el dedo—. Podríais haberos matado o podría haberos visto alguien, y vuestro padre haberse quedado sin trabajo por vuestra culpa...

Les pareció que la reprimenda duraba horas. La señora Weasley enronqueció de tanto gritar y luego se plantó delante de Harry, que retrocedió asustado.

—Me alegro de verte, Harry, cielo —dijo—. Pasa a desayunar.

La señora Weasley se encaminó hacia la casa y Harry la siguió, después de dirigir una mirada azorada a Ron, que le respondió animándolo con un gesto de la cabeza.

La cocina era pequeña y todo en ella estaba bastante apretujado. En el medio había una mesa de madera que se veía muy restregada, con sillas alrededor. Harry se sentó tímidamente, mirando a todas partes. Era la primera vez que estaba en la casa de un mago.

El reloj de la pared de enfrente sólo tenía una manecilla y carecía de números. En el borde de la esfera había escritas cosas tales como «Hora del té», «Hora de dar de comer a las gallinas» y «Te estás retrasando». Sobre la repisa de la chimenea había unos libros en montones de tres, libros que tenían títulos como *La elaboración de queso mediante la magia*, *El encantamiento en la repostería* o *Por arte de magia: cómo preparar un banquete en un minuto*. Y, a menos que Harry hubiera escuchado mal, la vieja radio que había al lado del fregadero acababa de anunciar que a continuación emitirían el programa «*La hora de las brujas*, con la popular cantante hechicera Celestina Warbeck».

La señora Weasley preparaba el desayuno sin poner demasiada atención en lo que hacía, y en el rato que tardó en freír las salchichas echó unas cuantas miradas de desaprobación a sus hijos. De vez en cuando murmuraba: «cómo se os pudo ocurrir» o «nunca lo hubiera creído».

—Tú no tienes la culpa, cielo —aseguró a Harry, echándole en el plato ocho o nueve salchichas—. Arthur y yo también hemos estado muy preocupados por ti. Anoche mismo estuvimos comentando que si Ron seguía sin tener noticias tuyas el viernes, iríamos a buscarte para traerte aquí. Pero —dijo mientras le servía tres huevos fritos— cualquiera podría haberos visto atravesar medio país volando en ese coche e infringiendo la ley..

Entonces, como si fuera lo más natural, dio un golpecito con la varita

mágica en el montón de platos sucios del fregadero, y éstos comenzaron a lavarse solos, produciendo un suave tintineo.

—¡Estaba nublado, mamá! —dijo Fred.

—¡No hables mientras comes! —le interrumpió la señora Weasley.

—¡Lo estaban matando de hambre, mamá! —dijo George.

—¡Cállate tú también! —atajó la señora Weasley, pero cuando se puso a cortar unas rebanadas de pan para Harry y a untarlas con mantequilla, la expresión se le enterneció.

En aquel momento apareció en la cocina una personita bajita y pelirroja, que llevaba puesto un largo camisón y que, dando un grito, se volvió corriendo.

—Es Ginny —dijo Ron a Harry en voz baja—, mi hermana. Se ha pasado el verano hablando de ti.

—Sí, debe de estar esperando que le firmes un autógrafo, Harry —dijo Fred con una sonrisa, pero se dio cuenta de que su madre lo miraba y hundió la vista en el plato sin decir ni una palabra más. No volvieron a hablar hasta que hubieron terminado todo lo que tenían en el plato, lo que les llevó poquísimo tiempo.

—Estoy que reviento —dijo Fred, bostezando y dejando finalmente el cuchillo y el tenedor—. Creo que me iré a la cama y..

—De eso nada —interrumpió la señora Weasley—. Si te has pasado toda la noche por ahí, ha sido culpa tuya. Así que ahora vete a desgnomizar el jardín, que los gnomos se están volviendo a desmadrar.

—Pero, mamá...

—Y vosotros dos, id con él —dijo ella, mirando a Ron y Fred—. Tú sí puedes irte a la cama, cielo —dijo a Harry—. Tú no les pediste que te llevaran volando en ese maldito coche.

Pero Harry, que no tenía nada de sueño, dijo con presteza:

—Ayudaré a Ron, nunca he presenciado una desgnomización.

—Eres muy amable, cielo, pero es un trabajo aburrido —dijo la señora Weasley—. Pero veamos lo que Lockhart dice sobre el particular.

Y cogió un pesado volumen de la repisa de la chimenea. George se quejó.

—Mamá, ya sabemos desgnomizar un jardín.

Harry echó una mirada a la cubierta del libro de la señora Weasley. Llevaba escritas en letras doradas de fantasía las palabras «Gilderoy Lockhart: *Guía de las plagas en el hogar*». Ocupaba casi toda la portada una fotografía

de un mago muy guapo de pelo rubio ondulado y ojos azules y vivarachos. Como todas las fotografías en el mundo de la magia, ésta también se movía: el mago, que Harry supuso que era Gilderoy Lockhart, guiñó un ojo a todos con descaro. La señora Weasley le sonrió abiertamente.

—Es muy bueno —dijo ella—, conoce al dedillo todas las plagas del hogar, es un libro estupendo...

—A mamá le gusta —dijo Fred, en voz baja pero bastante audible.

—No digas tonterías, Fred —dijo la señora Weasley, ruborizándose—. Muy bien, si crees que sabes más que Lockhart, ponte ya a ello; pero ¡ay de ti si queda un solo gnomo en el jardín cuando yo salga!

Entre quejas y bostezos, los Weasley salieron arrastrando los pies, seguidos por Harry. El jardín era grande y a Harry le pareció que era exactamente como tenía que ser un jardín. A los Dursley no les habría gustado; estaba lleno de maleza y el césped necesitaba un recorte, pero había árboles de tronco nudoso junto a los muros, y en los arriates, plantas exuberantes que Harry no había visto nunca, y un gran estanque de agua verde lleno de ranas.

—Los *muggles* también tienen gnomos en sus jardines, ¿sabes? —dijo Harry a Ron mientras atravesaban el césped.

—Sí, ya he visto esas cosas que ellos piensan que son gnomos —dijo Ron, inclinándose sobre una mata de peonías—. Como una especie de papás Noel gorditos con cañas de pescar...

Se oyó el ruido de un forcejeo, la peonía se sacudió y Ron se levantó, diciendo en tono grave:

—Esto es un gnomo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chillaba el gnomo.

Desde luego, no se parecía a papá Noel: era pequeño y de piel curtida, con una cabeza grande y huesuda, parecida a una patata. Ron lo sujetó con el brazo estirado, mientras el gnomo le daba patadas con sus fuertes piececitos. Ron lo cogió por los tobillos y lo puso cabeza abajo.

—Esto es lo que tienes que hacer —explicó. Levantó al gnomo en lo alto («¡suéltame!», decía éste) y comenzó a voltearlo como si fuera un lazo. Viendo el espanto en el rostro de Harry, Ron añadió—: No les duele. Pero los tienes que dejar muy mareados para que no puedan volver a encontrar su madriguera.

Entonces soltó al gnomo y éste salió volando por el aire y cayó en el campo que había al otro lado del seto, a unos siete metros, con un ruido sordo.

—¡De pena! —dijo Fred—. ¿Qué te apuestas a que lanzo el mío más allá de aquel tocón?

Harry aprendió enseguida que no había que sentir compasión por los gnomos y decidió lanzar al otro lado del seto al primer gnomo que capturase, pero éste, percibiendo su indecisión, le hundió sus afiladísimos dientes en un dedo, y le costó mucho trabajo sacudírselo...

—Caramba, Harry..., eso habrán sido casi veinte metros...

Pronto el aire se llenó de gnomos volando.

—Ya ves que no son muy listos —observó George, cogiendo cinco o seis gnomos a la vez—. En cuanto se enteran de que estamos desgnomizando, salen a curiosear. Ya deberían haber aprendido a quedarse escondidos en su sitio.

Al poco rato vieron que los gnomos que habían aterrizado en el campo, que eran muchos, empezaban a alejarse andando en grupos, con los hombros caídos.

—Volverán —dijo Ron, mientras contemplaban cómo se internaban los gnomos en el seto del otro lado del campo—. Les gusta este sitio... Papá es demasiado blando con ellos, porque piensa que son divertidos...

En aquel momento se oyó la puerta principal de la casa.

—¡Ya ha llegado! —dijo George—. ¡Papá está en casa!

Y fueron corrieron a su encuentro.

El señor Weasley estaba sentado en una silla de la cocina, con las gafas quitadas y los ojos cerrados. Era un hombre delgado, bastante calvo, pero el escaso pelo que le quedaba era tan rojo como el de sus hijos. Llevaba una larga túnica verde polvorienta y estropeada de viajar.

—¡Qué noche! —farfulló, cogiendo la tetera mientras los muchachos se sentaban a su alrededor—. Nueve redadas. ¡Nueve! Y el viejo Mundungus Fletcher intentó hacerme un maleficio cuando le volví la espalda.

El señor Weasley tomó un largo sorbo de té y suspiró.

—¿Encontraste algo, papá? —preguntó Fred con interés.

—Sólo unas llaves que merman y una tetera que muerde —respondió el señor Weasley en un bostezo—. Han ocurrido, sin embargo, algunas cosas bastante feas que no afectaban a mi departamento. A Mortlake lo sacaron para interrogarle sobre unos hurones muy raros, pero eso incumbe al Comité de Encantamientos Experimentales, gracias a Dios.

—¿Para qué sirve que unas llaves encojan? —preguntó George.

—Para atormentar a los *muggles* —suspiró el señor Weasley—. Se les vende una llave que merma hasta hacerse diminuta para que no la puedan encontrar nunca cuando la necesitan... Naturalmente, es muy difícil dar con el

culpable porque ningún *muggle* quiere admitir que sus llaves merman; siempre insisten en que las han perdido. ¡Jesús! No sé de lo que serían capaces para negar la existencia de la magia, aunque la tuvieran delante de los ojos... Pero no os creeríais las cosas que a nuestra gente le ha dado por encantar...

—¿COMO COCHES, POR EJEMPLO?

La señora Weasley había aparecido blandiendo un atizador como si fuera una espada. El señor Weasley abrió los ojos de golpe y dirigió a su mujer una mirada de culpabilidad.

—¿Co-coches, Molly cielo?

—Sí, Arthur, coches —dijo la señora Weasley, con los ojos brillándole—. Imagínate que un mago se compra un viejo coche oxidado y le dice a su mujer que quiere llevárselo para ver cómo funciona, cuando en realidad lo está encantando para que vuele.

El señor Weasley parpadeó.

—Bueno, querida, creo que estarás de acuerdo conmigo en que no ha hecho nada en contra de la ley, aunque quizá debería haberle dicho la verdad a su mujer... Verás, existe una laguna jurídica... siempre y cuando él no utilice el coche para volar. El hecho de que el coche pueda volar no constituye en sí...

—¡Señor Weasley ya se encargó personalmente de que existiera una laguna jurídica cuando usted redactó esa ley! —gritó la señora Weasley—. ¡Sólo para poder seguir jugando con todos esos cachivaches *muggles* que tienes en el cobertizo! ¡Y; para que lo sepas, Harry ha llegado esta mañana en ese coche en el que tú no volaste!

—¿Harry? —dijo el señor Weasley mirando a su esposa sin comprender—. ¿Qué Harry?

Al darse la vuelta, vio a Harry y se sobresaltó.

—¡Dios mío! ¿Es Harry Potter? Encantado de conocerte. Ron nos ha hablado mucho de ti...

—¡Esta noche, tus hijos han ido volando en el coche hasta la casa de Harry y han vuelto! —gritó la señora Weasley—. ¿No tienes nada que comentar al respecto?

—¿Es verdad que hicisteis eso? —preguntó el señor Weasley, nervioso—. ¿Fue bien la cosa? Qui-quiero decir —titubeó, al ver que su esposa echaba chispas por los ojos—, que eso ha estado muy mal, muchachos, pero que muy mal...

—Dejémosles que lo arreglen entre ellos —dijo Ron a Harry en voz baja, al ver que su madre estaba a punto de estallar—. Venga, quiero enseñarte mi habitación.

Salieron sigilosamente de la cocina y, siguiendo un estrecho pasadizo, llegaron a una escalera torcida que subía atravesando la casa en zigzag. En el tercer rellano había una puerta entornada. Antes de que se cerrara de un golpe, Harry pudo ver un instante un par de ojos castaños que estaban espiando.

—Ginny —dijo Ron—. No sabes lo raro que es que se muestre así de tímida. Normalmente nunca se esconde.

Subieron dos tramos más de escalera hasta llegar a una puerta con la pintura desconchada y una placa pequeña que decía «Habitación de Ronald».

Cuando Harry entró, con la cabeza casi tocando el techo inclinado, tuvo que cerrar un instante los ojos. Le pareció que entraba en un horno, porque casi todo en la habitación era de color naranja intenso: la colcha, las paredes, incluso el techo. Luego se dio cuenta de que Ron había cubierto prácticamente cada centímetro del viejo papel pintado con pósteres iguales en que se veía a un grupo de siete magos y brujas que llevaban túnicas de color naranja brillante, sostenían escobas en la mano y saludaban con entusiasmo.

—¿Tu equipo de *quidditch* favorito? —le preguntó Harry

—Los Chudley Cannons —confirmó Ron, señalando la colcha naranja, en la que había estampadas dos letras «C» gigantes y una bala de cañón saliendo disparada—. Van novenos en la liga.

Ron tenía los libros de magia del colegio amontonados desordenadamente en un rincón, junto a una pila de cómics que parecían pertenecer todos a la serie *Las aventuras de Martin Miggs, el «muggle» loco*. Su varita mágica estaba en el alféizar de la ventana, encima de una pecera llena de huevos de rana y al lado de *Scabbers,* la gorda rata gris de Ron, que dormitaba en la parte donde daba el sol.

Harry echó un vistazo por la diminuta ventana, tras pisar involuntariamente una baraja de cartas autobarajables que se hallaba esparcida por el suelo. Abajo, en el campo, podía ver un grupo de gnomos que volvían a entrar de uno en uno, a hurtadillas, en el jardín de los Weasley a través del seto. Luego se volvió hacia Ron, que lo miraba con impaciencia, esperando que Harry emitiera su opinión.

—Es un poco pequeña —se apresuró a decir Ron—, a diferencia de la habitación que tenías en casa de los *muggles.* Además, justo aquí arriba está el espíritu del ático, que se pasa todo el tiempo golpeando las tuberías y gimiendo...

Pero Harry le dijo con una amplia sonrisa:

—Es la mejor casa que he visto nunca.

Ron se ruborizó hasta las orejas.

4

En Flourish y Blotts

La vida en La Madriguera no se parecía en nada a la de Privet Drive. Los Dursley lo querían todo limpio y ordenado; la casa de los Weasley estaba llena de sorpresas y cosas asombrosas. Harry se llevó un buen susto la primera vez que se miró en el espejo que había sobre la chimenea de la cocina, y el espejo le gritó: «¡Vaya pinta! ¡Métete bien la camisa!» El espíritu del ático aullaba y golpeaba las tuberías cada vez que le parecía que reinaba demasiada tranquilidad en la casa. Y las explosiones en el cuarto de Fred y George se consideraban completamente normales. Lo que Harry encontraba más raro en casa de Ron, sin embargo, no era el espejo parlante ni el espíritu que hacía ruidos, sino el hecho de que allí, al parecer, todos le querían.

La señora Weasley se preocupaba por el estado de sus calcetines e intentaba hacerle comer cuatro raciones en cada comida. Al señor Weasley le gustaba que Harry se sentara a su lado en la mesa para someterlo a un interrogatorio sobre la vida con los *muggles*, y le preguntaba cómo funcionaban cosas tales como los enchufes o el servicio de correos.

—¡Fascinante! —decía, cuando Harry le explicaba cómo se usaba el teléfono—. Son ingeniosas de verdad, las cosas que inventan los *muggles* para apañárselas sin magia.

Una mañana soleada, cuando llevaba más o menos una semana en La Madriguera, Harry les oyó hablar sobre Hogwarts. Cuando Ron y él bajaron a desayunar, encontraron al señor y la señora Weasley sentados con Ginny a la mesa de la cocina. Al ver a Harry Ginny dio sin querer un golpe al cuenco de las gachas y éste se cayó al suelo con gran estrépito. Ginny solía tirar las cosas cada vez que Harry entraba en la habitación donde ella estaba. Se metió debajo de la mesa para recoger el cuenco y se levantó con la cara tan colorada y brillante como un tomate. Haciendo como que no lo había visto, Harry se sentó y cogió la tostada que le pasaba la señora Weasley.

—Han llegado cartas del colegio —dijo el señor Weasley entregando a Harry y a Ron dos sobres idénticos de pergamino amarillento, con la dirección escrita en tinta verde—. Dumbledore ya sabe que estás aquí, Harry; a ése no se le escapa una. También han llegado cartas para vosotros dos —añadió, al ver entrar tranquilamente a Fred y George, todavía en pijama.

Hubo unos minutos de silencio mientras leían las cartas. A Harry le indicaban que cogiera el tren a Hogwarts el 1 de septiembre, como de costumbre, en la estación de Kings Cross. Se adjuntaba una lista de los libros de texto que necesitaría para el curso siguiente:

Los estudiantes de segundo curso necesitarán:

—*El libro reglamentario de hechizos* (clase 2), Miranda Goshawk.

—*Recreo con la «banshee»*, Gilderoy Lockhart.

—*Una vuelta con los espíritus malignos*, Gilderoy Lockhart.

—*Vacaciones con las brujas*, Gilderoy Lockhart.

—*Recorridos con los trols*, Gilderoy Lockhart.

—*Viajes con los vampiros*, Gilderoy Lockhart.

—*Paseos con los hombres lobo*, Gilderoy Lockhart.

—*Un año con el Yeti*, Gilderoy Lockhart.

Después de leer su lista, Fred echó un vistazo a la de Harry

—¡También a ti te han mandado todos los libros de Lockhart! —exclamó—. El nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras debe de ser un fan suyo; apuesto a que es una bruja.

En ese instante, Fred vio que su madre lo miraba severamente, y trató de disimular untándose mermelada en el pan.

—Todos estos libros no resultarán baratos —observó George, mirando de reojo a sus padres—. De hecho, los libros de Lockhart son muy caros...

—Bueno, ya nos apañaremos —repuso la señora Weasley aunque parecía preocupada—. Espero que a Ginny le puedan servir muchas de vuestras cosas.

—¿Es que ya vas a empezar en Hogwarts este curso? —preguntó Harry a Ginny

Ella asintió con la cabeza, enrojeciendo hasta la raíz del pelo, que era de color rojo encendido, y metió el codo en el plato de la mantequilla. Afortunadamente, el único que se dio cuenta fue Harry, porque Percy el hermano mayor de Ron, entraba en aquel preciso instante. Ya se había vestido y lucía la insignia de prefecto de Hogwarts en el chaleco de punto.

—Buenos días a todos —saludó Percy con voz segura—. Hace un

hermoso día.

Se sentó en la única silla que quedaba, pero inmediatamente se levantó dando un brinco, y quitó del asiento un plumero gris medio desplumado. O al menos eso es lo que Harry pensó que era, hasta que vio que respiraba.

—*¡Errol!* —exclamó Ron, cogiendo a la maltratada lechuza y sacándole una carta que llevaba debajo del ala—. ¡Por fin! Aquí está la respuesta de Hermione. Le escribí contándole que te íbamos a rescatar de los Dursley

Ron llevó a *Errol* hasta una percha que había junto a la puerta de atrás e intentó que se sostuviera en ella, pero *Errol* volvió a caerse, así que Ron lo dejó en el escurridero, exclamando en voz baja «¡Pobre!». Luego rasgó el sobre y leyó la carta de Hermione en voz alta.

Querido Ron, y Harry, si estás ahí:

Espero que todo saliera bien y que Harry esté estupendamente, y que no hayas tenido que saltarte las normas para sacarlo, Ron, porque eso traería problemas también a Harry. He estado muy preocupada y, si Harry está bien, te ruego que me escribas lo antes posible para contármelo, aunque quizá sería mejor que usaras otra lechuza, porque creo que ésta no aguantará un viaje más.

Por supuesto, estoy muy atareada con los deberes escolares («¿Cómo puede ser?», se preguntó Ron horrorizado. «¡Si estamos en vacaciones!»), y el próximo miércoles nos vamos a Londres a comprar los nuevos libros. ¿Por qué no quedamos en el callejón Diagon?

Contadme qué ha pasado en cuanto podáis. Un beso de

Hermione

—Bueno, no estaría mal, podríamos ir también a comprar vuestro material —dijo la señora Weasley, comenzando a quitar las cosas de la mesa—. ¿Qué vais a hacer hoy?

Harry, Ron, Fred y George planeaban subir la colina hasta un pequeño prado que tenían los Weasley. Como estaba rodeado de árboles que lo protegían de las miradas indiscretas del pueblo que había abajo, allí podían practicar el *quidditch*, con tal de que tuvieran cuidado de no volar muy alto. Aunque no podían usar verdaderas pelotas de *quidditch*, porque si se les escaparan y llegaran a sobrevolar el pueblo, la gente lo vería como un fenómeno de difícil explicación; en su lugar, se arrojaban manzanas. Se turnaban para montar en la Nimbus 2.000 de Harry, que era con mucho la mejor escoba; a la vieja Estrella Fugaz de Ron incluso la adelantaban las mariposas.

Cinco minutos después se encontraban subiendo la colina, con las escobas al hombro. Habían preguntado a Percy si quería ir con ellos, pero les había dicho qué estaba ocupado. Harry sólo había visto a Percy a las horas de comer; el resto del tiempo lo pasaba encerrado en su cuarto.

—Me gustaría saber qué se lleva entre manos —dijo Fred, frunciendo el entrecejo—. No parece el mismo. Recibió los resultados de sus exámenes el día antes de que llegaras tú; tuvo doce M.H.B. y apenas se alegró.

—Matriculas de Honor en Brujería —explicó George, viendo la cara de incomprensión de Harry—. Bill también sacó doce. Si no nos andamos con cuidado, tendremos otro Premio Anual en la familia. Creo que no podría soportar la vergüenza.

Bill era el mayor de los hermanos Weasley. Él y el segundo, Charlie, habían terminado ya en Hogwarts. Harry no había visto nunca a ninguno de los dos, pero sabía que Charlie estaba en Rumania estudiando a los dragones, y Bill en Egipto, trabajando para Gringotts, el banco de los magos.

—No sé cómo se las van a arreglar papá y mamá para comprarnos todo lo que necesitamos este curso —dijo George después de una pausa—. ¡Cinco lotes de los libros de Lockhart! Y Ginny necesitará una túnica y una varita mágica, entre otras cosas.

Harry no decía nada. Se sentía un poco incómodo. En una cámara acorazada subterránea de Gringotts, en Londres, tenía guardada una pequeña fortuna que le habían dejado sus padres. Naturalmente, ese dinero sólo servía en el mundo mágico; no se podían utilizar galeones, *sickles* ni *knuts* en las tiendas *muggles*. A los Dursley nunca les había dicho una palabra sobre su cuenta bancaria en Gringotts. Y la verdad es que no creía que su aversión a todo lo relacionado con el mundo de la magia se hiciera extensiva a un buen montón de oro.

Al domingo siguiente, la señora Weasley los despertó a todos temprano. Después de tomarse rápidamente media docena de emparedados de beicon cada uno, se pusieron las chaquetas y la señora Weasley, cogiendo una maceta de la repisa de la chimenea de la cocina, echó un vistazo dentro.

—Ya casi no nos queda, Arthur —dijo con un suspiro—. Tenemos que comprar un poco más... ¡bueno, los huéspedes primero! ¡Después de ti, Harry, cielo!

Y le ofreció la maceta.

Harry vio que todos lo miraban.

—¿Qué... qué es lo que tengo que hacer? —tartamudeó.

—Él nunca ha viajado con polvos *flu* —dijo Ron de pronto—. Lo siento, Harry, no me acordaba.

—¿Nunca? —le preguntó el señor Weasley—. Pero ¿cómo llegaste al callejón Diagon el año pasado para comprar las cosas que necesitabas?

—En metro...

—¿De verdad? —inquirió interesado el señor Weasley—. ¿Había escaleras mecánicas? ¿Cómo son exactamente...?

—Ahora no, Arthur —le interrumpió la señora Weasley—. Los polvos *flu* son mucho más rápidos, pero la verdad es que si no los has usado nunca...

—Lo hará bien, mamá —dijo Fred—. Harry, primero míranos a nosotros.

Cogió de la maceta un pellizco de aquellos polvos brillantes, se acercó al fuego y los arrojó a las llamas.

Produciendo un estruendo atronador, las llamas se volvieron de color verde esmeralda y se hicieron más altas que Fred. Éste se metió en la chimenea, gritando: «¡Al callejón Diagon!», y desapareció.

—Tienes que pronunciarlo claramente, cielo —dijo a Harry la señora Weasley, mientras George introducía la mano en la maceta—, y ten cuidado de salir por la chimenea correcta.

—¿Qué? —preguntó Harry nervioso, al tiempo que la hoguera volvía a tronar y se tragaba a George.

—Bueno, ya sabes, hay una cantidad tremenda de chimeneas de magos entre las que escoger, pero con tal de que pronuncies claro...

—Lo hará bien, Molly, no te apures —le dijo el señor Weasley, sirviéndose también polvos *flu*.

—Pero, querido, si Harry se perdiera, ¿cómo se lo íbamos a explicar a sus tíos?

—A ellos les daría igual —la tranquilizó Harry—. Si yo me perdiera aspirado por una chimenea, a Dudley le parecería una broma estupenda, así que no se preocupe por eso.

—Bueno, está bien..., ve después de Arthur —dijo la señora Weasley—. Y cuando entres en el fuego, di adónde vas.

—Y mantén los codos pegados al cuerpo —le aconsejó Ron.

—Y los ojos cerrados —le dijo la señora Weasley—. El hollín...

—Y no te muevas —añadió Ron—. O podrías salir en una chimenea equivocada...

—Pero no te asustes y vayas a salir demasiado pronto. Espera a ver a Fred y George.

Haciendo un considerable esfuerzo para acordarse de todas estas cosas, Harry cogió un pellizco de polvos *flu* y se acercó al fuego. Respiró hondo, arrojó los polvos a las llamas y dio unos pasos hacia delante. El fuego se percibía como una brisa cálida. Abrió la boca y un montón de ceniza caliente se le metió en la boca.

—Ca-ca-llejón Diagon —dijo tosiendo.

Le pareció que lo succionaban por el agujero de un enchufe gigante y que estaba girando a gran velocidad... El bramido era ensordecedor... Harry intentaba mantener los ojos abiertos, pero el remolino de llamas verdes lo mareaba... Algo duro lo golpeó en el codo, así que él se lo sujetó contra el cuerpo, sin dejar de dar vueltas y vueltas... Luego fue como si unas manos frías le pegaran bofetadas en la cara. A través de las gafas, con los ojos entornados, vio una borrosa sucesión de chimeneas y vislumbró imágenes de las salas que había al otro lado... Los emparedados de beicon se le revolvían en el estómago. Cerró los ojos de nuevo deseando que aquello cesara, y entonces... cayó de bruces sobre una fría piedra y las gafas se le rompieron.

Mareado, magullado y cubierto de hollín, se puso de pie con cuidado y se quitó las gafas rotas. Estaba completamente solo, pero no tenía ni idea de dónde. Lo único que sabía es que estaba en la chimenea de piedra de lo que parecía ser la tienda de un mago, apenas iluminada, pero no era probable que lo que vendían en ella se encontrara en la lista de Hogwarts.

En un estante de cristal cercano había una mano cortada puesta sobre un cojín, una baraja de cartas manchada de sangre y un ojo de cristal que miraba fijamente. Unas máscaras de aspecto diabólico lanzaban miradas malévolas desde lo alto. Sobre el mostrador había una gran variedad de huesos humanos y del techo colgaban unos instrumentos herrumbrosos, llenos de pinchos. Y; lo que era peor, el oscuro callejón que Harry podía ver a través de la polvorienta luna del escaparate no podía ser el callejón Diagon.

Cuanto antes saliera de allí, mejor. Con la nariz aún dolorida por el topetazo, Harry se fue rápida y sigilosamente hacia la puerta, pero antes de que hubiera salvado la mitad de la distancia, aparecieron al otro lado del escaparate dos personas, y una de ellas era la última a la que Harry habría querido encontrarse en su situación: perdido, cubierto de hollín y con las gafas rotas. Era Draco Malfoy.

Harry repasó apresuradamente con los ojos lo que había en la tienda y encontró a su izquierda un gran armario negro, se metió en él y cerró las puertas, dejando una pequeña rendija para echar un vistazo. Unos segundos más tarde sonó un timbre y Malfoy entró en la tienda.

El hombre que iba detrás de él no podía ser sino su padre. Tenía la misma cara pálida y puntiaguda, y los mismos ojos de un frío color gris. El señor Malfoy cruzó la tienda, mirando vagamente los artículos expuestos, y pulsó un

timbre que había en el mostrador antes de volverse a su hijo y decirle:

—No toques nada, Draco.

Malfoy, que estaba mirando el ojo de cristal, le dijo:

—Creía que me ibas a comprar un regalo.

—Te dije que te compraría una escoba de carreras —le dijo su padre, tamborileando con los dedos en el mostrador.

—¿Y para qué la quiero si no estoy en el equipo de la casa? —preguntó Malfoy, enfurruñado—. Harry Potter tenía el año pasado una Nimbus 2.000. Y obtuvo un permiso especial de Dumbledore para poder jugar en el equipo de Gryffindor. Ni siquiera es muy bueno, sólo porque es famoso... Famoso por tener esa ridícula cicatriz en la frente...

Malfoy se inclinó para examinar un estante lleno de calaveras.

—A todos les parece que Potter es muy inteligente sólo porque tiene esa maravillosa cicatriz en la frente y una escoba mágica...

—Me lo has dicho ya una docena de veces por lo menos —repuso su padre dirigiéndole una mirada fulminante—, y te quiero recordar que sería mucho más... prudente dar la impresión de que tú también lo admiras, porque en la clase todos lo ven como el héroe que hizo desaparecer al Señor Tenebroso... ¡Ah, señor Borgin!

Tras el mostrador había aparecido un hombre encorvado, alisándose el grasiento cabello.

—¡Señor Malfoy, qué placer verle de nuevo! —respondió el señor Borgin con una voz tan pegajosa como su cabello—. ¡Qué honor...! Y ha venido también el señor Malfoy hijo. Encantado. ¿En qué puedo servirles? Precisamente hoy puedo enseñarles, y a un precio muy razonable...

—Hoy no vengo a comprar, señor Borgin, sino a vender —dijo el padre de Malfoy.

—¿A vender? —La sonrisa desapareció gradualmente de la cara del señor Borgin.

—Usted habrá oído, por supuesto, que el ministro está preparando más redadas —empezó el padre de Malfoy, sacando un pergamino del bolsillo interior de la chaqueta y desenrollándolo para que el señor Borgin lo leyera—. Tengo en casa algunos... artículos que podrían ponerme en un aprieto, si el Ministerio fuera a llamar a...

El señor Borgin se caló unas gafas y examinó la lista.

—Pero me imagino que el Ministerio no se atreverá a molestarle, señor.

El padre de Malfoy frunció los labios.

—Aún no me han visitado. El apellido Malfoy todavía inspira un poco de respeto, pero el Ministerio cada vez se entromete más. Incluso corren rumores sobre una nueva Ley de defensa de los *muggles*... Sin duda ese rastrero Arthur Weasley, ese defensor a ultranza de los *muggles*, anda detrás de todo esto...

Harry sintió que lo invadía la ira.

—Y, como ve, algunas de estas cosas podrían hacer que saliera a la luz...

—¿Puedo quedarme con esto? —interrumpió Draco, señalando la mano cortada que estaba sobre el cojín.

—¡Ah, la Mano de la Gloria! —dijo el señor Borgin, olvidando la lista del padre de Malfoy y encaminándose hacia donde estaba Draco—. ¡Si se introduce una vela entre los dedos, alumbrará las cosas sólo para el que la sostiene! ¡El mejor aliado de los ladrones y saqueadores! Su hijo tiene un gusto exquisito, señor.

—Espero que mi hijo llegue a ser algo más que un ladrón o un saqueador, Borgin —repuso fríamente el padre de Malfoy.

Y el señor Borgin se apresuró a decir:

—No he pretendido ofenderle, señor, en absoluto...

—Aunque si no mejoran sus notas en el colegio —añadió el padre de Malfoy, aún más fríamente—, puede, claro está, que sólo sirva para eso.

—No es culpa mía —replicó Draco—. Todos los profesores tienen alumnos enchufados. Esa Hermione Granger mismo...

—Vergüenza debería darte que una chica que no viene de una familia de magos te supere en todos los exámenes —dijo el señor Malfoy bruscamente.

—¡Ja! —se le escapó a Harry por lo bajo, encantado de ver a Draco tan avergonzado y furioso.

—En todas partes pasa lo mismo —dijo el señor Borgin, con su voz almibarada—. Cada vez tiene menos importancia pertenecer a una estirpe de magos.

—No para mí —repuso el señor Malfoy, resoplando de enfado.

—No, señor, ni para mí, señor —convino el señor Borgin, con una inclinación.

—En ese caso, quizá podamos volver a fijarnos en mi lista —dijo el señor Malfoy, lacónicamente—. Tengo un poco de prisa, Borgin, me esperan importantes asuntos que atender en otro lugar.

Se pusieron a regatear. Harry espiaba poniéndose cada vez más nervioso conforme Draco se acercaba a su escondite, curioseando los objetos que estaban a la venta. Se detuvo a examinar un rollo grande de cuerda de ahorcado y luego leyó, sonriendo, la tarjeta que estaba apoyada contra un magnífico collar de ópalos:

Cuidado: no tocar Collar embrujado.

Hasta la fecha se ha cobrado las vidas de diecinueve muggles *que lo poseyeron.*

Draco se volvió y reparó en el armario. Se dirigió hacia él, alargó la mano para coger la manilla...

—De acuerdo —dijo el señor Malfoy en el mostrador—. ¡Vamos, Draco!

Cuando Draco se volvió, Harry se secó el sudor de la frente con la manga.

—Que tenga un buen día, señor Borgin. Le espero en mi mansión mañana para recoger las cosas.

En cuanto se cerró la puerta, el señor Borgin abandonó sus modales afectados.

—Quédese los buenos días, *señor* Malfoy, y si es cierto lo que cuentan, usted no me ha vendido ni la mitad de lo que tiene oculto en su mansión.

Y se metió en la trastienda mascullando. Harry aguardó un minuto por si volvía, y luego, con el máximo sigilo, salió del armario y, pasando por delante de las estanterías de cristal, se fue de la tienda por la puerta delantera.

Sujetándose delante de la cara las gafas rotas, miró en torno. Había salido a un lúgubre callejón que parecía estar lleno de tiendas dedicadas a las artes oscuras. La que acababa de abandonar, Borgin y Burkes, parecía la más grande, pero enfrente había un horroroso escaparate con cabezas reducidas y, dos puertas más abajo, tenían expuesta en la calle una jaula plagada de arañas negras gigantes. Dos brujos de aspecto miserable lo miraban desde el umbral y murmuraban algo entre ellos. Harry se apartó asustado, procurando sujetarse bien las gafas y salir de allí lo antes posible.

Un letrero viejo de madera que colgaba en la calle sobre una tienda en la que vendían velas envenenadas, le indicó que estaba en el callejón Knockturn. Esto no le podía servir de gran ayuda, dado que Harry no había oído nunca el nombre de aquel callejón. Con la boca llena de cenizas, no debía de haber pronunciado claramente las palabras al salir de la chimenea de los Weasley. Intentó tranquilizarse y pensar qué debía hacer.

—¿No estarás perdido, cariño? —le dijo una voz al oído, haciéndole dar un

salto.

Tenía ante él a una bruja decrépita que sostenía una bandeja de algo que se parecía horriblemente a uñas humanas enteras. Lo miraba de forma malévola, enseñando sus dientes sarrosos. Harry se echó atrás.

—Estoy bien, gracias —respondió—. Yo sólo...

—¡HARRY! ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

El corazón de Harry dio un brinco, y la bruja también, con lo que se le cayeron al suelo casi todas las uñas que llevaba en la bandeja, y le echó una maldición mientras la mole de Hagrid, el guardián de Hogwarts, se acercaba con paso decidido y sus ojos de un negro azabache destellaban sobre la hirsuta barba.

—¡Hagrid! —dijo Harry, con la voz ronca por la emoción—. Me perdí..., y los polvos *flu*...

Hagrid cogió a Harry por el pescuezo y le separó de la bruja, con lo que consiguió que a ésta le cayera la bandeja definitivamente al suelo.

Los gritos de la bruja les siguieron a lo largo del retorcido callejón hasta que llegaron a un lugar iluminado por la luz del sol. Harry vio en la distancia un edificio que le resultaba conocido, de mármol blanco como la nieve: era el banco de Gringotts. Hagrid lo había conducido hasta el callejón Diagon.

—¡No tienes remedio! —le dijo Hagrid de mala uva, sacudiéndole el hollín con tanto ímpetu que casi lo tira contra un barril de excrementos de dragón que había a la entrada de una farmacia—. Merodeando por el callejón Knockturn... No sé, Harry, es un mal sitio... Será mejor que nadie te vea por allí.

—Ya me di cuenta —dijo Harry, agachándose cuando Hagrid hizo ademán de volver a sacudirle el hollín—. Ya te he dicho que me había perdido. ¿Y tú, qué hacías?

—Buscaba un repelente contra las babosas carnívoras —gruñó Hagrid—. Están echando a perder las berzas. ¿Estás solo?

—He venido con los Weasley, pero nos hemos separado —explicó Harry—. Tengo que buscarlos... Bajaron juntos por la calle.

—¿Por qué no has respondido a ninguna de mis cartas? —preguntó a Harry, que se veía obligado a trotar a su lado (tenía que dar tres pasos por cada zancada que Hagrid daba con sus grandes botas). Harry se lo explicó todo sobre Dobby y los Dursley.

»¡Condenados *muggles*! —gruñó Hagrid—. Si hubiera sabido...

—¡Harry! ¡Harry! ¡Aquí!

Harry vio a Hermione Granger en lo alto de las escaleras de Gringotts. Ella

bajó corriendo a su encuentro, con su espesa cabellera castaña al viento.

—¿Qué les ha pasado a tus gafas? Hola, Hagrid. ¡Cuánto me alegro de volver a veros! ¿Vienes a Gringotts, Harry?

—Tan pronto como encuentre a los Weasley —respondió Harry.

—No tendréis que esperar mucho —dijo Hagrid con una sonrisa.

Harry y Hermione miraron alrededor. Corriendo por la abarrotada calle llegaban Ron, Fred, George, Percy y el señor Weasley.

—Harry —dijo el señor Weasley jadeando—. Esperábamos que sólo te hubieras pasado una chimenea. —Se frotó su calva brillante—. Molly está desesperada..., ahora viene.

—¿Dónde has salido? —preguntó Ron.

—En el callejón Knockturn —respondió Harry con voz triste.

—¡Fenomenal! —exclamaron Fred y George a la vez.

—A nosotros nunca nos han dejado entrar —añadió Ron, con envidia.

—Y han hecho bien —gruñó Hagrid.

La señora Weasley apareció en aquel momento a todo correr, agitando el bolso con una mano y sujetando a Ginny con la otra.

—¡Ay, Harry... Ay, cielo... Podías haber salido en cualquier parte!

Respirando aún con dificultad, sacó del bolso un cepillo grande para la ropa y se puso a quitarle a Harry el hollín con el que no había podido Hagrid. El señor Weasley le cogió las gafas, les dio un golpecito con la varita mágica y se las devolvió como nuevas.

—Bueno, tengo que irme —dijo Hagrid, a quien la señora Weasley estaba estrujando la mano en ese instante («¡El callejón Knockturn! ¡Menos mal que usted lo ha encontrado, Hagrid!», le decía)—. ¡Os veré en Hogwarts! —dijo, y se alejó a zancadas, con su cabeza y sus hombros sobresaliendo en la concurrida calle.

—¿A que no adiviná is a quién he visto en Borgin y Burkes? —preguntó Harry a Ron y Hermione mientras subían las escaleras de Gringotts—. A Malfoy y a su padre.

—¿Y compró algo Lucius Malfoy? —preguntó el señor Weasley, con acritud.

—No, quería vender.

—Así que está preocupado —comentó el señor Weasley con satisfacción, a pesar de todo—. ¡Cómo me gustaría coger a Lucius Malfoy!

—Ten cuidado, Arthur —le dijo severamente la señora Weasley mientras entraban en el banco y un duende les hacía reverencias en la puerta—. Esa familia es peligrosa, no vayas a dar un paso en falso.

—¿Así que no crees que un servidor esté a la altura de Lucius Malfoy? —preguntó indignado el señor Weasley, pero en aquel momento se distrajo al ver a los padres de Hermione, que estaban ante el mostrador que se extendía a lo largo de todo el gran salón de mármol, esperando nerviosos a que su hija los presentara.

»¡Pero ustedes son *muggles*! —observó encantado el señor Weasley—. ¡Esto tenemos que celebrarlo con una copa! ¿Qué tienen ahí? ¡Ah, están cambiando dinero *muggle*! ¡Mira, Molly! —dijo, señalando emocionado el billete de diez libras esterlinas que el señor Granger tenía en la mano.

—Nos veremos aquí luego —dijo Ron a Hermione, cuando otro duende de Gringotts se disponía a conducir a los Weasley y a Harry a las cámaras acorazadas donde se guardaba el dinero.

Para llegar a las cámaras tenían que subir en unos carros pequeños, conducidos por duendes, que circulaban velozmente sobre unos raíles en miniatura por los túneles que había debajo del banco. Harry disfrutó del vertiginoso descenso hasta la cámara acorazada de los Weasley, pero cuando la abrieron se sintió mal, mucho peor que en el callejón Knockturn. Dentro no había más que un montoncito de *sickles* de plata y un galeón de oro. La señora Weasley repasó los rincones de la cámara antes de echar todas las monedas en su bolso. Harry aún se sintió peor cuando llegaron a la suya. Intentó impedir que vieran el contenido metiendo a toda prisa en una bolsa de cuero unos puñados de monedas.

Cuando salieron a las escaleras de mármol, el grupo se separó. Percy musitó vagamente que necesitaba otra pluma. Fred y George habían visto a su amigo de Hogwarts, Lee Jordan. La señora Weasley y Ginny fueron a una tienda de túnicas de segunda mano. Y el señor Weasley insistía en invitar a los Granger a tomar algo en el Caldero Chorreante.

—Nos veremos dentro de una hora en Flourish y Blotts para compraros los libros de texto —dijo la señora Weasley, yéndose con Ginny—. ¡Y no os acerquéis al callejón Knockturn! —gritó a los gemelos, que ya se alejaban.

Harry, Ron y Hermione pasearon por la tortuosa calle adoquinada. Las monedas de oro, plata y bronce que tintineaban alegremente en la bolsa dentro del bolsillo de Harry estaban pidiendo a gritos que se les diera uso, así que compró tres grandes helados de fresa y mantequilla de cacahuete, que devoraron con avidez mientras subían por el callejón, contemplando los fascinantes escaparates. Ron se quedó mirando un conjunto completo de túnicas de los jugadores del Chudley Cannon en el escaparate de *Artículos de calidad para el juego de quidditch*, hasta que Hermione se los llevó a rastras a la puerta de al lado, donde debían comprar tinta y pergamino. En la tienda de artículos de broma Gambol y Japes encontraron a Fred, George y Lee Jordan, que se estaban abasteciendo de las «Fabulosas bengalas del doctor Filibuster,

que no necesitan fuego porque se prenden con la humedad», y en una tienda muy pequeña de trastos usados, repleta de varitas rotas, balanzas de bronce torcidas y capas viejas llenas de manchas de pociones, encontraron a Percy, completamente absorto en la lectura de un libro aburridísimo que se titulaba *Prefectos que conquistaron el poder*.

—«Estudio sobre los prefectos de Hogwarts y sus trayectorias profesionales» —leyó Ron en voz alta de la contracubierta—. Suena fascinante...

—Marchaos —les dijo Percy de mal humor.

—Desde luego, Percy es muy ambicioso, lo tiene todo planeado; quiere llegar a ministro de Magia... —dijo Ron a Harry y Hermione en voz baja, cuando salieron dejando allí a Percy

Una hora después, se encaminaban a Flourish y Blotts. No eran, ni mucho menos, los únicos que iban a la librería. Al acercarse, vieron para su sorpresa a una multitud que se apretujaba en la puerta, tratando de entrar. El motivo de tal aglomeración lo proclamaba una gran pancarta colgada de las ventanas del primer piso:

GILDEROY LOCKHART

firmará hoy ejemplares de su autobiografía

EL ENCANTADOR

de 12.30 a 16.30 horas

—¡Podremos conocerle en persona! —chilló Hermione—. ¡Es el que ha escrito casi todos los libros de la lista!

La multitud estaba formada principalmente por brujas de la edad de la señora Weasley. En la puerta había un mago con aspecto abrumado, que decía:

—Por favor, señoras, tengan calma..., no empujen..., cuidado con los libros...

Harry, Ron y Hermione consiguieron al fin entrar. En el interior de la librería, una larga cola serpenteaba hasta el fondo, donde Gilderoy Lockhart estaba firmando libros. Cada uno cogió un ejemplar de *Recreo con la «banshee»* y se unieron con disimulo al grupo de los Weasley, que estaban en la cola junto con los padres de Hermione.

—¡Qué bien, ya estáis aquí! —dijo la señora Weasley. Parecía que le faltaba el aliento, y se retocaba el cabello con las manos—. Enseguida nos

tocará.

A medida que la cola avanzaba, podían ver mejor a Gilderoy Lockhart. Estaba sentado a una mesa, rodeado de grandes fotografías con su rostro, fotografías en las que guiñaba un ojo y exhibía su deslumbrante dentadura. El Lockhart de carne y hueso vestía una túnica de color añil, que combinaba perfectamente con sus ojos; llevaba su sombrero puntiagudo de mago desenfadadamente ladeado sobre el pelo ondulado.

Un hombre pequeño e irritable merodeaba por allí sacando fotos con una gran cámara negra que echaba humaredas de color púrpura a cada destello cegador del flash.

—Fuera de aquí —gruñó a Ron, retrocediendo para lograr una toma mejor—. Es para el diario *El Profeta*.

—¡Vaya cosa! —exclamó Ron, frotándose el pie en el sitio en que el fotógrafo lo había pisado.

Gilderoy Lockhart lo oyó y levantó la vista. Vio a Ron y luego a Harry, y se fijó en él. Entonces se levantó de un salto y gritó con rotundidad:

—¿No será ése Harry Potter?

La multitud se hizo a un lado, cuchicheando emocionada. Lockhart se dirigió hacia Harry y cogiéndolo del brazo lo llevó hacia delante. La multitud aplaudió. Harry se notaba la cara encendida cuando Lockhart le estrechó la mano ante el fotógrafo, que no paraba un segundo de sacar fotos, ahumando a los Weasley.

—Y ahora sonríe, Harry —le pidió Lockhart con su sonrisa deslumbrante—. Tú y yo juntos nos merecemos la primera página.

Cuando le soltó la mano, Harry tenía los dedos entumecidos. Quiso volver con los Weasley, pero Lockhart le pasó el brazo por los hombros y lo retuvo a su lado.

—Señoras y caballeros —dijo en voz alta, pidiendo silencio con un gesto de la mano—. ¡Éste es un gran momento! ¡El momento ideal para que les anuncie algo que he mantenido hasta ahora en secreto! Cuando el joven Harry entró hoy en Flourish y Blotts, sólo pensaba comprar mi autobiografía, que estaré muy contento de regalarle. —La multitud aplaudió de nuevo—. Él no sabía —continuó Lockhart, zarandeando a Harry de tal forma que las gafas le resbalaron hasta la punta de la nariz— que en breve iba a recibir de mí mucho más que mi libro *El encantador*. Harry y sus compañeros de colegio contarán con mi presencia. ¡Sí, señoras y caballeros, tengo el gran placer y el orgullo de anunciarles que este mes de septiembre seré el profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras en el Colegio Hogwarts de Magia!

La multitud aplaudió y vitoreó al mago, y Harry fue obsequiado con las obras completas de Gilderoy Lockhart. Tambaleándose un poco bajo el peso de los libros, logró abrirse camino desde la mesa de Gilderoy, en que se

centraba la atención del público, hasta el fondo de la tienda, donde Ginny aguardaba junto a su caldero nuevo.

—Tenlos tú —le farfulló Harry, metiendo los libros en el caldero—. Yo compraré los míos...

—¿A que te gusta, eh, Potter? —dijo una voz que Harry no tuvo ninguna dificultad en reconocer. Se puso derecho y se encontró cara a cara con Draco Malfoy, que exhibía su habitual aire despectivo—. El famoso Harry Potter. Ni siquiera en una librería puedes dejar de ser el protagonista.

—¡Déjale en paz, él no lo ha buscado! —replicó Ginny Era la primera vez que hablaba delante de Harry. Estaba fulminando a Malfoy con la mirada.

—¡Vaya, Potter, tienes novia! —dijo Malfoy arrastrando las palabras. Ginny se puso roja mientras Ron y Hermione se acercaban, con sendos montones de los libros de Lockhart.

—¡Ah, eres tú! —dijo Ron, mirando a Malfoy como se mira un chicle que se le ha pegado a uno en la suela del zapato—. ¿A que te sorprende ver aquí a Harry, eh?

—No me sorprende tanto como verte a ti en una tienda, Weasley —replicó Malfoy—. Supongo que tus padres pasarán hambre durante un mes para pagarte esos libros.

Ron se puso tan rojo como Ginny. Dejó los libros en el caldero y se fue hacia Malfoy, pero Harry y Hermione lo agarraron de la chaqueta.

—¡Ron! —dijo el señor Weasley, abriéndose camino a duras penas con Fred y George—. ¿Qué haces? Vamos afuera, que aquí no se puede estar.

—Vaya, vaya..., ¡si es el mismísimo Arthur Weasley!

Era el padre de Draco. El señor Malfoy había cogido a su hijo por el hombro y miraba con la misma expresión de desprecio que él.

—Lucius —dijo el señor Weasley, saludándolo fríamente.

—Mucho trabajo en el Ministerio, me han dicho —comentó el señor Malfoy—. Todas esas redadas... Supongo que al menos te pagarán las horas extras, ¿no? —Se acercó al caldero de Ginny y sacó de entre los libros nuevos de Lockhart un ejemplar muy viejo y estropeado de la *Guía de transformación para principiantes*—. Es evidente que no —rectificó—. Querido amigo, ¿de qué sirve deshonrar el nombre de mago si ni siquiera te pagan bien por ello?

El señor Weasley se puso aún más rojo que Ron y Ginny.

—Tenemos una idea diferente de qué es lo que deshonra el nombre de mago, Malfoy —contestó.

—Es evidente —dijo Malfoy, mirando de reojo a los padres de Hermione,

que lo miraban con aprensión—, por las compañías que frecuentas, Weasley... Creía que ya no podías caer más bajo.

Entonces el caldero de Ginny saltó por los aires con un estruendo metálico; el señor Weasley se había lanzado sobre el señor Malfoy, y éste fue a dar de espaldas contra un estante. Docenas de pesados libros de conjuros les cayeron sobre la cabeza. Fred y George gritaban: «¡Dale, papá!», y la señora Weasley exclamaba: «¡No, Arthur, no!» La multitud retrocedió en desbandada, derribando a su vez otros estantes.

—¡Caballeros, por favor, por favor! —gritó un empleado.

Y luego, más alto que las otras voces, se oyó:

—¡Basta ya, caballeros, basta ya!

Hagrid vadeaba el río de libros para acercarse a ellos. En un instante, separó a Weasley y Malfoy. El primero tenía un labio partido, y al segundo, una *Enciclopedia de setas no comestibles* le había dado en un ojo. Malfoy todavía sujetaba en la mano el viejo libro sobre transformación. Se lo entregó a Ginny, con la maldad brillándole en los ojos.

—Toma, niña, ten tu libro, que tu padre no tiene nada mejor que darte.

Librándose de Hagrid, que lo agarraba del brazo, hizo una seña a Draco y salieron de la librería.

—No debería hacerle caso, Arthur —dijo Hagrid, ayudándolo a levantarse del suelo y a ponerse bien la túnica—. En esa familia están podridos hasta las entrañas, lo sabe todo el mundo. Son una mala raza. Vamos, salgamos de aquí.

Dio la impresión de que el empleado quería impedirles la salida, pero a Hagrid apenas le llegaba a la cintura, y se lo pensó mejor. Se apresuraron a salir a la calle. Los padres de Hermione todavía temblaban del susto y la señora Weasley, que iba a su lado, estaba furiosa.

—¡Qué buen ejemplo para tus hijos..., peleando en público! ¿Que habrá pensado Gilderoy Lockhart?

—Estaba encantado —repuso Fred—. ¿No le oísteis cuando salíamos de la librería? Le preguntaba al tío ese de *El Profeta* si podría incluir la pelea en el reportaje. Decía que todo era publicidad.

Los ánimos ya se habían calmado cuando el grupo llegó a la chimenea del Caldero Chorreante, donde Harry, los Weasley y todo lo que habían comprado volvieron a La Madriguera utilizando los polvos *flu*. Antes se despidieron de los Granger, que abandonaron el bar por la otra puerta, hacia la calle *muggle* que había al otro lado. El señor Weasley iba a preguntarles cómo funcionaban las paradas de autobús, pero se detuvo en cuanto vio la cara que ponía su mujer.

Harry se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo antes de utilizar los

polvos *flu*. Decididamente, aquél no era su medio de transporte favorito.

5

El sauce boxeador

El final del verano llegó más rápido de lo que Harry habría querido. Estaba deseando volver a Hogwarts, pero por otro lado, el mes que había pasado en La Madriguera había sido el más feliz de su vida. Le resultaba difícil no sentir envidia de Ron cuando pensaba en los Dursley y en la bienvenida que le darían cuando volviera a Privet Drive.

La última noche, la señora Weasley hizo aparecer, por medio de un conjuro, una cena suntuosa que incluía todos los manjares favoritos de Harry y que terminó con un suculento pudín de melaza. Fred y George redondearon la noche con una exhibición de las bengalas del doctor Filibuster, y llenaron la cocina con chispas azules y rojas que rebotaban del techo a las paredes durante al menos media hora. Después de esto, llegó el momento de tomar una última taza de chocolate caliente e ir a la cama.

A la mañana siguiente, les llevó mucho rato ponerse en marcha. Se levantaron con el canto del gallo, pero parecía que quedaban muchas cosas por preparar. La señora Weasley, de mal humor, iba de aquí para allá como una exhalación, buscando tan pronto unos calcetines como una pluma. Algunos chocaban en las escaleras, medio vestidos, sosteniendo en la mano un trozo de tostada, y el señor Weasley, al llevar el baúl de Ginny al coche a través del patio, casi se rompe el cuello cuando tropezó con una gallina despistada.

A Harry no le entraba en la cabeza que ocho personas, seis baúles grandes, dos lechuzas y una rata pudieran caber en un pequeño Ford Anglia. Claro que no había contado con las prestaciones especiales que le había añadido el señor Weasley.

—No le digas a Molly ni media palabra —susurró a Harry al abrir el maletero y enseñarle cómo lo había ensanchado mágicamente para que pudieran caber los baúles con toda facilidad.

Cuando por fin estuvieron todos en el coche, la señora Weasley echó un vistazo al asiento trasero, en el que Harry, Ron, Fred, George y Percy estaban confortablemente sentados, unos al lado de otros, y dijo:

—Los *muggles* saben más de lo que parece, ¿verdad?

—Ella y Ginny iban en el asiento delantero, que había sido alargado hasta tal punto que parecía un banco del parque—. Quiero decir que desde fuera uno nunca diría que el coche es tan espacioso, ¿verdad?

El señor Weasley arrancó el coche y salieron del patio. Harry se volvió para echar una última mirada a la casa. Apenas le había dado tiempo a preguntarse cuándo volvería a verla, cuando tuvieron que dar la vuelta, porque a George se le había olvidado su caja de bengalas del doctor Filibuster. Cinco minutos después, el coche tuvo que detenerse en el corral para que Fred pudiera entrar a coger su escoba. Y cuando ya estaban en la autopista, Ginny gritó que se había olvidado su diario y tuvieron que retroceder otra vez. Cuando Ginny subió al coche, después de recoger el diario, llevaban muchísimo retraso y los ánimos estaban alterados.

El señor Weasley miró primero su reloj y luego a su mujer.

—Molly, querida...

—No, Arthur.

—Nadie nos vería. Este botón de aquí es un accionador de invisibilidad que he instalado. Ascenderíamos en el aire, luego volaríamos por encima de las nubes y llegaríamos en diez minutos. Nadie se daría cuenta...

—He dicho que no, Arthur, no a plena luz del día.

Llegaron a Kings Cross a las once menos cuarto. El señor Weasley cruzó la calle a toda pastilla para hacerse con unos carritos para cargar los baúles, y entraron todos corriendo en la estación. Harry ya había cogido el expreso de Hogwarts el año anterior. La dificultad estaba en llegar al andén nueve y tres cuartos, que no era visible para los ojos de los *muggles*. Lo que había que hacer era atravesar caminando la gruesa barrera que separaba el andén nueve del diez. No era doloroso, pero había que hacerlo con cuidado para que ningún *muggle* notara la desaparición.

—Percy primero —dijo la señora Weasley, mirando con inquietud el reloj que había en lo alto, que indicaba que sólo tenían cinco minutos para desaparecer disimuladamente a través de la barrera.

Percy avanzó deprisa y desapareció. A continuación fue el señor Weasley. Lo siguieron Fred y George.

—Yo pasaré con Ginny, y vosotros dos nos seguís —dijo la señora Weasley a Harry y Ron, cogiendo a Ginny de la mano y empezando a caminar. En un abrir y cerrar de ojos ya no estaban.

—Vamos juntos, sólo nos queda un minuto —dijo Ron a Harry.

Harry se aseguró de que la jaula de *Hedwig* estuviera bien sujeta encima del baúl, y empujó el carrito contra la barrera. No le daba miedo; era mucho

más seguro que usar los polvos *flu*. Se inclinaron sobre la barra de sus carritos y se encaminaron con determinación hacia la barrera, cogiendo velocidad. A un metro de la barrera, empezaron a correr y...

¡PATAPUM!

Los dos carritos chocaron contra la barrera y rebotaron. El baúl de Ron saltó y se estrelló contra el suelo con gran estruendo, Harry se cayó y la jaula de *Hedwig*, al dar en el suelo, rebotó y salió rodando, con la lechuza dentro dando unos terribles chillidos. Todo el mundo los miraba, y un guardia que había allí cerca les gritó:

—¿Qué demonios estáis haciendo?

—He perdido el control del carrito —dijo Harry entre jadeos, sujetándose las costillas mientras se levantaba. Ron salió corriendo detrás de la jaula de *Hedwig,* que estaba provocando tal escena que la multitud hacía comentarios sobre la crueldad con los animales.

—¿Por qué no hemos podido pasar? —preguntó Harry a Ron.

—Ni idea.

Ron miró furioso a su alrededor. Una docena de curiosos todavía los estaban mirando.

—Vamos a perder el tren —se quejó—. No comprendo por qué se nos ha cerrado el paso.

Harry miró el reloj gigante de la estación y sintió náuseas en el estómago. Diez segundos..., nueve segundos... Avanzó con el carrito, con cuidado, hasta que llegó a la barrera, y empujó a continuación con todas sus fuerzas. La barrera permaneció allí, infranqueable.

Tres segundos..., dos segundos..., un segundo...

—Ha partido —dijo Ron, atónito—. El tren ya ha partido. ¿Qué pasará si mis padres no pueden volver a recogernos? ¿Tienes algo de dinero *muggle*?

Harry soltó una risa irónica.

—Hace seis años que los Dursley no me dan la paga semanal.

Ron pegó la cabeza a la fría barrera.

No oigo nada —dijo preocupado—. ¿Qué vamos a hacer? No sé cuánto tardarán mis padres en volver por nosotros.

Echaron un vistazo a la estación. La gente todavía los miraba, principalmente a causa de los alaridos incesantes de *Hedwig*.

—A lo mejor tendríamos que ir al coche y esperar allí —dijo Harry—.

Estamos llamando demasiado la aten...

—¡Harry! —dijo Ron, con los ojos refulgentes—. ¡El coche!

—¿Qué pasa con él?

—¡Podemos llegar a Hogwarts volando!

—Pero yo creía...

—Estamos en un apuro, ¿verdad? Y tenemos que llegar al colegio, ¿verdad? E incluso a los magos menores de edad se les permite hacer uso de la magia si se trata de una verdadera emergencia, sección decimonovena o algo así de la Restricción sobre Chismes...

El pánico que sentía Harry se convirtió de repente en emoción.

—¿Sabes hacerlo volar?

—Por supuesto —dijo Ron, dirigiendo su carrito hacia la salida—. Venga, vamos, si nos damos prisa podremos seguir al expreso de Hogwarts.

Y abriéndose paso a través de la multitud de *muggles* curiosos, salieron de la estación y regresaron a la calle lateral donde habían aparcado el viejo Ford Anglia. Ron abrió el gran maletero con unos golpes de varita mágica. Metieron dentro los baúles, dejaron a *Hedwig* en el asiento de atrás y se acomodaron delante.

—Comprueba que no nos ve nadie —le pidió Ron, arrancando el coche con otro golpe de varita. Harry sacó la cabeza por la ventanilla; el tráfico retumbaba por la avenida que tenían delante, pero su calle estaba despejada.

—Vía libre —dijo Harry.

Ron pulsó un diminuto botón plateado que había en el salpicadero y el coche desapareció con ellos. Harry notaba el asiento vibrar debajo de él, oía el motor, sentía sus propias manos en las rodillas y las gafas en la nariz, pero, a juzgar por lo que veía, se había convertido en un par de ojos que flotaban a un metro del suelo en una lúgubre calle llena de coches aparcados.

—¡En marcha! —dijo a su lado la voz de Ron.

Fue como si el pavimento y los sucios edificios que había a cada lado empezaran a caer y se perdieran de vista al ascender el coche; al cabo de unos segundos, tenían todo Londres bajo sus pies, impresionante y neblinoso.

Entonces se oyó un ligero estallido y reaparecieron el coche, Ron y Harry.

—¡Vaya! —dijo Ron, pulsando el botón del accionador de invisibilidad—. Se ha estropeado.

Los dos se pusieron a darle golpes. El coche desapareció, pero luego

empezó a aparecer y desaparecer de forma intermitente.

—¡Agárrate! —gritó Ron, y apretó el acelerador. Como una bala, penetraron en las nubes algodonosas y todo se volvió neblinoso y gris.

—¿Y ahora qué? —preguntó Harry, pestañeando ante la masa compacta de nubes que los rodeaba por todos lados.

—Tendríamos que ver el tren para saber qué dirección seguir —dijo Ron.

—Vuelve a descender, rápido.

Descendieron por debajo de las nubes, y se asomaron mirando hacia abajo con los ojos entornados.

—¡Ya lo veo! —gritó Harry—. ¡Todo recto, por allí!

El expreso de Hogwarts corría debajo de ellos, parecido a una serpiente roja.

—Derecho hacia el norte —dijo Ron, comprobando el indicador del salpicadero—. Bueno, tendremos que comprobarlo cada media hora más o menos. Agárrate. —Y volvieron a internarse en las nubes. Un minuto después, salían al resplandor de la luz solar.

Aquél era un mundo diferente. Las ruedas del coche rozaban el océano de esponjosas nubes y el cielo era una extensión inacabable de color azul intenso bajo un cegador sol blanco.

—Ahora sólo tenemos que preocuparnos de los aviones —dijo Ron.

Se miraron el uno al otro y rieron. Tardaron mucho en poder parar de reír.

Era como si hubieran entrado en un sueño maravilloso. Aquélla, pensó Harry, era seguramente la manera ideal de viajar: pasando copos de nubes que parecían de nieve, en un coche inundado de luz solar cálida y luminosa, con una gran bolsa de caramelos en la guantera e imaginando las caras de envidia que pondrían Fred y George cuando aterrizaran con suavidad en la amplia explanada de césped delante del castillo de Hogwarts.

Comprobaban regularmente el rumbo del tren a medida que avanzaban hacia el norte, y cada vez que bajaban por debajo de las nubes veían un paisaje diferente. Londres quedó atrás enseguida y fue reemplazado por campos verdes que dieron paso a brezales de color púrpura, a aldeas con diminutas iglesias en miniatura y a una gran ciudad animada por coches que parecían hormigas de variados colores.

Sin embargo, después de varias horas sin sobresaltos, Harry tenía que admitir que parte de la diversión se había esfumado. Los caramelos les habían dado una sed tremenda y no tenían nada que beber. Harry y Ron se habían despojado de sus jerséis, pero al primero se le pegaba la camiseta al respaldo del asiento y a cada momento las gafas le resbalaban hasta la punta de la nariz

empapada de sudor. Había dejado de maravillarse con las sorprendentes formas de las nubes y se acordaba todo el tiempo del tren que circulaba miles de metros más abajo, donde se podía comprar zumo de calabaza muy frío del carrito que llevaba una bruja gordita. ¿Por qué motivo no habrían podido entrar en el andén nueve y tres cuartos?

—No puede quedar muy lejos ya, ¿verdad? —dijo Ron, con la voz ronca, horas más tarde, cuando el sol se hundía en el lecho de nubes, tiñéndolas de un rosa intenso—. ¿Listo para otra comprobación del tren?

Éste continuaba debajo de ellos, abriéndose camino por una montaña coronada de nieve. Se veía mucho más oscuro bajo el dosel de nubes.

Ron apretó el acelerador y volvieron a ascender, pero al hacerlo, el motor empezó a chirriar.

Harry y Ron se intercambiaron miradas nerviosas.

—Seguramente es porque está cansado —dijo Ron—, nunca había hecho un viaje tan largo...

Y ambos hicieron como que no se daban cuenta de que el chirrido se hacía más intenso al tiempo que el cielo se oscurecía. Las estrellas iban apareciendo en el firmamento. Se hacía de noche. Harry volvió a ponerse el jersey, tratando de no dar importancia al hecho de que los limpiaparabrisas se movían despacio, como en protesta.

—Ya queda poco —dijo Ron, dirigiéndose más al coche que a Harry—, ya queda muy poco —repitió, dando unas palmadas en el salpicadero con aire preocupado. Cuando, un poco más adelante, volvieron a descender por debajo de las nubes, tuvieron que aguzar la vista en busca de algo que pudieran reconocer.

—¡Allí! —gritó Harry de forma que Ron y *Hedwig* dieron un bote—. ¡Allí delante mismo!

En lo alto del acantilado que se elevaba sobre el lago, las numerosas torres y atalayas del castillo de Hogwarts se recortaban contra el oscuro horizonte.

Pero el coche había empezado a dar sacudidas y a perder velocidad.

—¡Vamos! —dijo Ron para animar al coche, dando una ligera sacudida al volante—. ¡Venga, que ya llegamos!

El motor chirriaba. Del capó empezaron a salir delgados chorros de vapor. Harry se agarró muy fuerte al asiento cuando se orientaron hacia el lago.

El coche osciló de manera preocupante. Mirando por la ventanilla, Harry vio la superficie calma, negra y cristalina del agua, un par de kilómetros por debajo de ellos. Ron aferraba con tanta fuerza el volante, que se le ponían blancos los nudillos de las manos. El coche volvió a tambalearse.

—¡Vamos! —dijo Ron.

Sobrevolaban el lago. El castillo estaba justo delante de ellos. Ron apretó el pedal a fondo.

Oyeron un estruendo metálico, seguido de un chisporroteo, y el motor se paró completamente.

—¡Oh! —exclamó Ron, en medio del silencio.

El morro del coche se inclinó irremediablemente hacia abajo. Caían, cada vez más rápido, directos contra el sólido muro del castillo.

—¡Noooooo! —gritó Ron, girando el volante; esquivaron el muro por unos centímetros cuando el coche viró describiendo un pronunciado arco y planeó sobre los invernaderos y luego sobre la huerta y el oscuro césped, perdiendo altura sin cesar.

Ron soltó el volante y se sacó del bolsillo de atrás la varita mágica.

—¡ALTO! ¡ALTO! —gritó, dando unos golpes en el salpicadero y el parabrisas, pero todavía estaban cayendo en picado, y el suelo se precipitaba contra ellos...

—¡CUIDADO CON EL ÁRBOL! —gritó Harry, cogiendo el volante, pero era demasiado tarde.

¡¡PAF!!

Con gran estruendo, chocaron contra el grueso tronco del árbol y se dieron un gran batacazo en el suelo. Del abollado capó salió más humo; *Hedwig* daba chillidos de terror; a Harry le había salido un doloroso chichón del tamaño de una bola de golf en la cabeza, al golpearse contra el parabrisas; y, a su lado, Ron emitía un gemido ahogado de desesperación.

—¿Estás bien? —le preguntó Harry inmediatamente.

—¡Mi varita mágica! —dijo Ron con voz temblorosa—. ¡Mira mi varita!

Se había partido prácticamente en dos pedazos, y la punta oscilaba, sujeta sólo por unas pocas astillas.

Harry abrió la boca para decir que estaba seguro de que podrían recomponerla en el colegio, pero no llegó a decir nada. En aquel mismo momento, algo golpeó contra su lado del coche con la fuerza de un toro que les embistiera y arrojó a Harry sobre Ron, al mismo tiempo que el techo del coche recibía otro golpe igualmente fuerte.

—¿Qué ha pasado?

Ron ahogó un grito al mirar por el parabrisas, y Harry sacó la cabeza por la ventanilla en el preciso momento en que una rama, gruesa como una serpiente

pitón, golpeaba en el coche destrozándolo. El árbol contra el que habían chocado les atacaba. El tronco se había inclinado casi el doble de lo que estaba antes, y azotaba con sus nudosas ramas pesadas como el plomo cada centímetro del coche que tenía a su alcance.

—¡Aaaaag! —gritó Ron, cuando una rama retorcida golpeó en su puerta produciendo otra gran abolladura; el parabrisas tembló entonces bajo una lluvia de golpes de ramitas, y una rama gruesa como un ariete aporreó con tal furia el techo, que pareció que éste se hundía.

—¡Escapemos! —gritó Ron, empujando la puerta con toda su fuerza, pero inmediatamente el salvaje latigazo de otra rama lo arrojó hacia atrás, contra el regazo de Harry.

—¡Estamos perdidos! —gimió, viendo combarse el techo.

De repente el suelo del coche comenzó a vibrar: el motor se ponía de nuevo en funcionamiento.

—¡Marcha atrás! —gritó Harry, y el coche salió disparado. El árbol aún trataba de golpearles, y pudieron oír crujir sus raíces cuando, en un intento de arremeter contra el coche que escapaba, casi se arranca del suelo.

—Por poco —dijo Ron jadeando—. ¡Así se hace, coche!

El coche, sin embargo, había agotado sus fuerzas. Con dos golpes secos, las puertas se abrieron y Harry sintió que su asiento se inclinaba hacia un lado y de pronto se encontró sentado en el húmedo césped. Unos ruidos sordos le indicaron que el coche estaba expulsando el equipaje del maletero; la jaula de *Hedwig* salió volando por los aires y se abrió de golpe, y la lechuza salió emitiendo un fuerte chillido de enojo y voló apresuradamente y sin parar en dirección al castillo. A continuación, el coche, abollado y echando humo, se perdió en la oscuridad, emitiendo un ruido sordo y con las luces de atrás encendidas como en un gesto de enfado.

—¡Vuelve! —le gritó Ron, blandiendo la varita rota—. ¡Mi padre me matará!

Pero el coche desapareció de la vista con un último bufido del tubo de escape.

—¿Es posible que tengamos esta suerte? —preguntó Ron embargado por la tristeza mientras se inclinaba para recoger a *Scabbers*, la rata—. De todos los árboles con los que podíamos haber chocado, tuvimos que dar contra el único que devuelve los golpes.

Se volvió para mirar el viejo árbol, que todavía agitaba sus ramas pavorosamente.

—Vamos —dijo Harry, cansado—. Lo mejor que podemos hacer es ir al colegio.

No era la llegada triunfal que habían imaginado. Con el cuerpo agarrotado,

frío y magullado, cada uno cogió su baúl por la anilla del extremo, y los arrastraron por la ladera cubierta de césped, hacia arriba, donde les esperaban las inmensas puertas de roble de la entrada principal.

—Me parece que ya ha comenzado el banquete —dijo Ron, dejando su baúl al principio de los escalones y acercándose sigilosamente para echar un vistazo a través de una ventana iluminada—. ¡Eh, Harry, ven a ver esto... es la Selección!

Harry se acercó a toda prisa, y juntos contemplaron el Gran Comedor.

Sobre cuatro mesas abarrotadas de gente, se mantenían en el aire innumerables velas, haciendo brillar los platos y las copas. Encima de las cabezas, el techo encantado que siempre reflejaba el cielo exterior estaba cuajado de estrellas.

A través de la confusión de los sombreros negros y puntiagudos de Hogwarts, Harry vio una larga hilera de alumnos de primer curso que, con caras asustadas, iban entrando en el comedor. Ginny estaba entre ellos; era fácil de distinguir por el color intenso de su pelo, que revelaba su pertenencia a la familia Weasley. Mientras tanto, la profesora McGonagall, una bruja con gafas y con el pelo recogido en un apretado moño, ponía el famoso Sombrero Seleccionador de Hogwarts sobre un taburete, delante de los recién llegados.

Cada año, este sombrero viejo, remendado, raído y sucio, distribuía a los nuevos estudiantes en cada una de las cuatro casas de Hogwarts: Gryffindor, Hufflepuff, Ravenclaw y Slytherin. Harry se acordaba bien de cuando se lo había puesto, un año antes, y había esperado muy quieto la decisión que el sombrero pronunció en voz alta en su oído. Durante unos escasos y horribles segundos, había temido que lo fuera a destinar a Slytherin, la casa que había dado más magos y brujas tenebrosos que ninguna otra, pero había acabado en Gryffindor, con Ron, Hermione y el resto de los Weasley. En el último trimestre, Harry y Ron habían contribuido a que Gryffindor ganara el campeonato de las casas, venciendo a Slytherin por primera vez en siete años.

Habían llamado a un chaval muy pequeño, de pelo castaño, para que se pusiera el sombrero. Harry desvió la mirada hacia el profesor Dumbledore, el director, que se hallaba contemplando la Selección desde la mesa de los profesores, con su larga barba plateada y sus gafas de media luna brillando a la luz de las velas. Varios asientos más allá, Harry vio a Gilderoy Lockhart, vestido con una túnica color aguamarina. Y al final estaba Hagrid, grande y peludo, apurando su copa.

—Espera... —dijo Harry a Ron en voz baja—. Hay una silla vacía en la mesa de los profesores. ¿Dónde está Snape?

Severus Snape era el profesor que menos le gustaba a Harry. Y Harry resultó ser el alumno que menos le gustaba a Snape, que daba clase de Pociones y era cruel, sarcástico y sentía aversión por todos los alumnos que no fueran de Slytherin, la casa a la que pertenecía.

—¡A lo mejor está enfermo! —dijo Ron, esperanzado.

—¡Quizá se haya ido —dijo Harry—, porque tampoco esta vez ha conseguido el puesto de profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras!

—O quizá lo han echado —dijo Ron con entusiasmo—. Como todo el mundo lo odia...

—O tal vez —dijo una voz glacial detrás de ellos— quiera averiguar por qué no habéis llegado vosotros dos en el tren escolar.

Harry se dio media vuelta. Allí estaba Severus Snape, con su túnica negra ondeando a la fría brisa. Era un hombre delgado de piel cetrina, nariz ganchuda y pelo negro y grasiento que le llegaba hasta los hombros, y en aquel momento sonreía de tal modo que Ron y Harry comprendieron inmediatamente que se habían metido en un buen lío.

—Seguidme —dijo Snape.

Sin atreverse a mirarse el uno al otro, Harry y Ron siguieron a Snape escaleras arriba hasta el gran vestíbulo iluminado con antorchas, donde las palabras producían eco. Un delicioso olor de comida flotaba en el Gran Comedor, pero Snape los alejó de la calidez y la luz y los condujo abajo por la estrecha escalera de piedra que llevaba a las mazmorras.

—¡Adentro! —dijo, abriendo una puerta que se encontraba a mitad del frío corredor, y señalando su interior.

Entraron temblando en el despacho de Snape. Los sombríos muros estaban cubiertos por estantes con grandes tarros de cristal, dentro de los cuales flotaban cosas verdaderamente asquerosas, cuyo nombre en aquel momento a Harry no le interesaba en absoluto. La chimenea estaba apagada y vacía. Snape cerró la puerta y se volvió hacia ellos.

—Así que —dijo con voz melosa— el tren no es un medio de transporte digno para el famoso Harry Potter y su fiel compañero Weasley. Queríais hacer una llegada a lo grande, ¿eh, muchachos?

—No, señor, fue la barrera en la estación de Kings Cross lo que...

—¡Silencio! —dijo Snape con frialdad—. ¿Qué habéis hecho con el coche?

Ron tragó saliva. No era la primera vez que a Harry le daba la impresión de que Snape era capaz de leer el pensamiento. Pero enseguida comprendió, cuando Snape desplegó un ejemplar de *El Profeta Vespertino* de aquel mismo día.

—Os han visto —les dijo enfadado, enseñándoles el titular:

«MUGGLES» DESCONCERTADOS

Y comenzó a leer en voz alta:

—«En Londres, dos *muggles* están convencidos de haber visto un coche viejo sobrevolando la torre del edificio de Correos (...) al mediodía en Norfolk, la señora Hetty Bayliss, al tender la ropa (...) y el señor Angus Fleet, de Peebles, informaron a la policía, etcétera.» En total, seis o siete *muggles*. Tengo entendido que tu padre trabaja en el Departamento Contra el Uso Incorrecto de los Objetos *Muggles* —dijo, mirando a Ron y sonriendo de manera aún más desagradable—. Vaya, vaya..., su propio hijo...

Harry sintió como si una de las ramas más grandes del árbol furioso le acabara de golpear en el estómago. Si alguien averiguara que el señor Weasley había encantado el coche... No se le había ocurrido pensar en eso...

—He percibido, en mi examen del parque, que un ejemplar muy valioso de sauce boxeador parece haber sufrido daños considerables —prosiguió Snape.

—Ese árbol nos ha hecho más daño a nosotros que nosotros a... —se le escapó a Ron.

—¡Silencio! —interrumpió de nuevo Snape—. Por desgracia, vosotros no pertenecéis a mi casa, y la decisión de expulsaros no me corresponde a mí. Voy a buscar a las personas a quienes compete esa grata decisión. Esperad aquí.

Ron y Harry se miraron, palideciendo. Harry ya no sentía hambre, sino un tremendo mareo. Trató de no mirar hacia el estante que había detrás del escritorio de Snape, donde en un gran tarro con líquido verde flotaba una cosa muy larga y delgada. Si Snape había ido en busca de la profesora McGonagall, jefa de la casa Gryffindor, su situación no iba a mejorar mucho. Ella podía ser mejor que Snape, pero era muy estricta.

Diez minutos después, Snape volvió, y se confirmó que era la profesora McGonagall quien lo acompañaba. Harry había visto en varias ocasiones a la profesora McGonagall enfadada, pero, o bien había olvidado lo tensos que podía poner los labios, o es que nunca la había visto tan enfadada. Ella levantó su varita al entrar. Harry y Ron se estremecieron, pero ella simplemente apuntaba hacia la chimenea, donde las llamas empezaron a brotar al instante.

—Sentaos —dijo ella, y los dos se retiraron a dos sillas que había al lado del fuego—. Explicaos —añadió. Sus gafas brillaban inquietantemente.

Ron comenzó a narrar toda la historia, empezando por la barrera de la estación, que no les había dejado pasar.

—... así que no teníamos otra opción, profesora, no pudimos coger el tren.

—¿Y por qué no enviasteis una carta por medio de una lechuza? Imagino

que tenéis alguna lechuza —dijo fríamente la profesora McGonagall a Harry.

Harry se quedó mirándola con la boca abierta. Ahora que la profesora lo mencionaba, parecía obvio que aquello era lo que tenían que haber hecho.

—No-no lo pensé...

—Eso —observó la profesora McGonagall— es evidente.

Llamaron a la puerta del despacho y Snape la abrió, más contento que unas pascuas. Era el director, el profesor Dumbledore.

Harry tenía todo el cuerpo agarrotado. La expresión de Dumbledore era de una severidad inusitada. Miró de tal forma a los dos alumnos que tenía debajo de su gran nariz aguileña, que en aquel momento Harry habría preferido estar con Ron recibiendo los golpes del sauce boxeador.

Hubo un prolongado silencio, tras el cual Dumbledore dijo:

—Por favor, explicadme por qué lo habéis hecho.

Habría sido preferible que hubiera gritado. A Harry le pareció horrible el tono decepcionado que había en su voz. No sabía por qué, pero no podía mirar a Dumbledore a los ojos, y habló con la mirada clavada en sus rodillas. Se lo contó todo a Dumbledore, salvo lo de que el señor Weasley era el propietario del coche encantado, simulando que Ron y él se habían encontrado un coche volador a la salida de la estación. Supuso que Dumbledore les interrogaría inmediatamente al respecto, pero Dumbledore no preguntó nada sobre el coche. Cuando Harry acabó, el director simplemente siguió mirándolos a través de sus gafas.

—Iremos a recoger nuestras cosas —dijo Ron en un tono de voz desesperado.

—¿Qué quieres decir, Weasley? —bramó la profesora McGonagall.

—Bueno, nos van a expulsar, ¿no? —dijo Ron.

Harry miró a Dumbledore.

—Hoy no, señor Weasley —dijo Dumbledore—. Pero quiero dejar claro que lo que habéis hecho es muy grave. Esta noche escribiré a vuestras familias. He de advertiros también que si volvéis a hacer algo parecido, no tendré más remedio que expulsaros.

Por la expresión de Snape, parecía como si sólo se hubieran suprimido las Navidades. Se aclaró la garganta y dijo:

—Profesor Dumbledore, estos muchachos han transgredido el decreto para la restricción de la magia en menores de edad, han causado daños graves a un árbol muy antiguo y valioso... Creo que actos de esta naturaleza...

—Corresponderá a la profesora McGonagall imponer el castigo a estos muchachos, Severus —dijo Dumbledore con tranquilidad—. Pertenecen a su casa y están por tanto bajo su responsabilidad. —Se volvió hacia la profesora McGonagall—. Tengo que regresar al banquete, Minerva, he de comunicarles unas cuantas cosas. Vamos, Severus, hay una tarta de crema que tiene muy buena pinta y quiero probarla.

Al salir del despacho, Snape dirigió a Ron y Harry una mirada envenenada. Se quedaron con la profesora McGonagall, que todavía los miraba como un águila enfurecida.

—Lo mejor será que vayas a la enfermería, Weasley, estás sangrando.

—No es nada —dijo Ron, frotándose enseguida con la manga la herida que tenía en la ceja—. Profesora, quisiera ver la selección de mi hermana.

—La Ceremonia de Selección ya ha concluido —dijo la profesora McGonagall—. Tu hermana está también en Gryffindor.

—¡Bien! —dijo Ron.

—Y hablando de Gryffindor... —empezó a decir severamente la profesora McGonagall.

Pero Harry la interrumpió.

—Profesora, cuando nosotros cogimos el coche, el curso aún no había comenzado, así que, en realidad, a Gryffindor no habría que quitarle puntos, ¿no? —dijo, mirándola con temor.

La profesora McGonagall le dirigió una mirada penetrante, pero Harry estaba seguro de que había estado a punto de sonreír. Tenía los labios menos tensos, eso era evidente.

—No quitaremos puntos a Gryffindor —dijo ella, y Harry se sintió muy aliviado—. Pero vosotros dos seréis castigados.

Eso era menos malo de lo que Harry se había temido. En cuanto a que Dumbledore escribiera a los Dursley, le daba lo mismo. Harry sabía perfectamente que los Dursley lamentarían que el sauce boxeador no lo hubiera aplastado.

La profesora McGonagall volvió a levantar su varita y apuntó con ella al escritorio de Snape. Sonó un ¡plop! y apareció un gran plato de emparedados, dos copas de plata y una jarra de zumo frío de calabaza.

—Comeréis aquí y luego os iréis directamente al dormitorio —indicó—. Yo también tengo que volver al banquete.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Ron profirió un silbido bajo y prolongado.

—Creí que no nos salvábamos —dijo, cogiendo un emparedado.

—Y yo también —contestó Harry, haciendo lo mismo.

—Pero ¿cómo es posible que tengamos tan mala suerte? —dijo Ron con la boca llena de jamón y pollo—. Fred y George deben de haber volado en ese coche cinco o seis veces y nunca los ha visto ningún *muggle*. —Tragó y volvió a dar otro bocado—. ¿Y por qué no pudimos atravesar la barrera?

Harry se encogió de hombros.

—Tendremos que andarnos con mucho cuidado de ahora en adelante —dijo, tomando un refrescante trago de zumo de calabaza—. Si al menos hubiéramos podido subir al banquete...

—Ella no quería que hiciéramos ningún alarde —dijo Ron inteligentemente—. No quiere que nadie llegue a pensar que está bien eso de llegar volando en un coche.

Cuando hubieron comido todos los emparedados que podían (en el plato iban apareciendo más, conforme los engullían), se levantaron y salieron del despacho, y tomaron el camino que llevaba a la torre de Gryffindor. El castillo estaba en calma, parecía que el banquete había concluido. Pasaron por delante de retratos parlantes y armaduras que chirriaban, y subieron por las escaleras de piedra hasta que llegaron finalmente al corredor donde, oculta detrás de una pintura al óleo que representaba a una mujer gorda vestida con un vestido de seda rosa, estaba la entrada secreta a la torre de Gryffindor

—La contraseña —exigió ella, al verlos acercarse.

—Esto... —dijo Harry.

No conocían la contraseña del nuevo curso, porque aún no habían visto a ningún prefecto, pero casi al instante les llegó la ayuda; detrás de ellos oyeron unos pasos veloces y al volverse vieron a Hermione que corría a ayudarles.

—¡Estáis aquí! ¿Dónde os habíais metido? Corren los rumores más absurdos... Alguien decía que os habían expulsado por haber tenido un accidente con un coche volador.

—Bueno, no nos han expulsado —le garantizó Harry.

—¿Quieres decir que habéis venido hasta aquí volando? —preguntó Hermione, en un tono de voz casi tan duro como el de la profesora McGonagall.

—Ahórrate el sermón —dijo Ron impaciente— y dinos cuál es la nueva contraseña.

—Es «somormujo» —dijo Hermione deprisa—, pero ésa no es la cuestión..

No pudo terminar lo que estaba diciendo, sin embargo, porque el retrato de

la señora gorda se abrió y se oyó una repentina salva de aplausos. Al parecer, en la casa de Gryffindor todos estaban despiertos y abarrotaban la sala circular común, de pie sobre las mesas revueltas y las mullidas butacas, esperando a que ellos llegaran. Unos cuantos brazos aparecieron por el hueco de la puerta secreta para tirar de Ron y Harry hacia dentro, y Hermione entró detrás de ellos.

—¡Formidable! —gritó Lee Jordan—. ¡Soberbio! ¡Qué llegada! Habéis volado en un coche hasta el sauce boxeador. ¡La gente hablará de esta proeza durante años!

—¡Bravo! —dijo un estudiante de quinto curso con quien Harry no había hablado nunca.

Alguien le daba palmadas en la espalda como si acabara de ganar una maratón. Fred y George se abrieron camino hasta la primera fila de la multitud y dijeron al mismo tiempo:

—¿Por qué no nos llamasteis?

Ron estaba azorado y sonreía sin saber qué decir. Harry se fijó en alguien que no estaba en absoluto contento. Al otro lado de la multitud de emocionados estudiantes de primero, vio a Percy que trataba de acercarse para reñirles. Harry le dio a Ron con el codo en las costillas y señaló a Percy con la cabeza. Inmediatamente, Ron entendió lo que le quería decir.

—Tenemos que subir..., estamos algo cansados —dijo, y los dos se abrieron paso hacia la puerta que había al otro lado de la estancia, que daba a una escalera de caracol y a los dormitorios.

—Buenas noches —dijo Harry a Hermione, volviéndose. Ella tenía la misma cara de enojo que Percy.

Consiguieron alcanzar el otro extremo de la sala común, recibiendo palmadas en la espalda, y al fin llegaron a la tranquilidad de la escalera. La subieron deprisa, derechos hasta el final, hasta la puerta de su antiguo dormitorio, que ahora lucía un letrero que indicaba «Segundo curso». Penetraron en la estancia que ya conocían; tenía forma circular, con sus cinco camas adoseladas con terciopelo rojo y sus ventanas elevadas y estrechas. Les habían subido los baúles y los habían dejado a los pies de sus camas respectivas.

Ron sonrió a Harry con una expresión de culpabilidad.

—Sé que no tendría que haber disfrutado de este recibimiento, pero la verdad es que...

La puerta del dormitorio se abrió y entraron los demás chicos del segundo curso de la casa Gryffindor: Seamus Finnigan, Dean Thomas y Neville Longbottom.

—¡Increíble! —dijo Seamus sonriendo.

—¡Formidable! —dijo Dean.

—¡Alucinante! —dijo Neville, sobrecogido.

Harry no pudo evitarlo. Él también sonrió.

6

Gilderoy Lockhart

Al día siguiente, sin embargo, Harry apenas sonrió ni una vez. Las cosas fueron de mal en peor desde el desayuno en el Gran Salón. Bajo el techo encantado, que aquel día estaba de un triste color gris, las cuatro grandes mesas correspondientes a las cuatro casas estaban repletas de soperas con gachas de avena, fuentes de arenques ahumados, montones de tostadas y platos con huevos y beicon. Harry y Ron se sentaron en la mesa de Gryffindor junto a Hermione, que tenía su ejemplar de *Viajes con los vampiros* abierto y apoyado contra una taza de leche. La frialdad con que ella dijo «buenos días», hizo pensar a Harry que todavía les reprochaba la manera en que habían llegado al colegio. Neville Longbottom, por el contrario, les saludó alegremente. Neville era un muchacho de cara redonda, propenso a los accidentes, y era la persona con peor memoria de entre todas las que Harry había conocido nunca.

—El correo llegará en cualquier momento —comentó Neville—; supongo que mi abuela me enviará las cosas que me he olvidado.

Efectivamente, Harry acababa de empezar sus gachas de avena cuando un centenar de lechuzas penetraron con gran estrépito en la sala, volando sobre sus cabezas, dando vueltas por la estancia y dejando caer cartas y paquetes sobre la alborotada multitud. Un gran paquete de forma irregular rebotó en la cabeza de Neville, y un segundo después, una cosa gris cayó sobre la taza de Hermione, salpicándolos a todos de leche y plumas.

—*¡Errol!* —dijo Ron, sacando por las patas a la empapada lechuza. *Errol* se desplomó, sin sentido, sobre la mesa, con las patas hacia arriba y un sobre rojo y mojado en el pico.

»¡No. ..! —exclamó Ron.

—No te preocupes, no está muerto —dijo Hermione, tocando a *Errol* con la

punta del dedo.

—No es por eso... sino por esto.

Ron señalaba el sobre rojo. A Harry no le parecía que tuviera nada de particular, pero Ron y Neville lo miraban como si pudiera estallar en cualquier momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—Me han enviado un *howler* —dijo Ron con un hilo de voz.

—Será mejor que lo abras, Ron —dijo Neville, en un tímido susurro—. Si no lo hicieras, sería peor. Mi abuela una vez me envió uno, pero no lo abrí y... —tragó saliva— fue horrible.

Harry contempló los rostros aterrorizados y luego el sobre rojo.

—¿Qué es un *howler*? —dijo.

Pero Ron fijaba toda su atención en la carta, que había empezado a humear por las esquinas.

—Ábrela —urgió Neville—. Será cuestión de unos minutos.

Ron alargó una mano temblorosa, le quitó a *Errol* el sobre del pico con mucho cuidado y lo abrió. Neville se tapó los oídos con los dedos. Harry no comprendió por qué lo había hecho hasta una fracción de segundo después. Por un momento, creyó que el sobre había estallado; en el salón se oyó un bramido tan potente que desprendió polvo del techo.

—... ROBAR EL COCHE, NO ME HABRÍA EXTRAÑADO QUE TE EXPULSARAN; ESPERA A QUE TE COJA, SUPONGO QUE NO TE HAS PARADO A PENSAR LO QUE SUFRIMOS TU PADRE Y YO CUANDO VIMOS QUE EL COCHE NO ESTABA...

Los gritos de la señora Weasley, cien veces más fuertes de lo normal, hacían tintinear los platos y las cucharas en la mesa y reverberaban en los muros de piedra de manera ensordecedora. En el salón, la gente se volvía hacia todos los lados para ver quién era el que había recibido el *howler*, y Ron se encogió tanto en el asiento que sólo se le podía ver la frente colorada.

—... ESTA NOCHE LA CARTA DE DUMBLEDORE, CREÍ QUE TU PADRE SE MORÍA DE LA VERGUENZA, NO TE HEMOS CRIADO PARA QUE TE COMPORTES ASÍ, HARRY Y TÚ PODRÍAIS HABEROS MATADO...

Harry se había estado preguntando cuándo aparecería su nombre. Trataba de hacer como que no oía la voz que le estaba perforando los tímpanos.

—... COMPLETAMENTE DISGUSTADO, EN EL TRABAJO DE TU PADRE ESTÁN HACIENDO INDAGACIONES, TODO POR CULPA TUYA, Y SI VUELVES A HACER OTRA, POR PEQUEÑA QUE SEA, TE SACAREMOS

DEL COLEGIO.

Se hizo un silencio en el que resonaban aún las palabras de la carta. El sobre rojo, que había caído al suelo, ardió y se convirtió en cenizas. Harry y Ron se quedaron aturdidos, como si un maremoto les hubiera pasado por encima. Algunos se rieron y, poco a poco, el habitual alboroto retornó al salón.

Hermione cerró el libro *Viajes con los vampiros* y miró a Ron, que seguía encogido.

—Bueno, no sé lo que esperabas, Ron, pero tú...

—No me digas que me lo merezco —atajó Ron.

Harry apartó su plato de gachas. El sentimiento de culpabilidad le revolvía las tripas. El señor Weasley tendría que afrontar una investigación en su trabajo. Después de todo lo que los padres de Ron habían hecho por él durante el verano...

Pero Harry no tuvo demasiado tiempo para pensar en aquello, porque la profesora McGonagall recorría la mesa de Gryffindor entregando los horarios. Harry cogió el suyo y vio que tenían en primer lugar dos horas de Herbología con los de la casa de Hufflepuff.

Harry, Ron y Hermione abandonaron juntos el castillo, cruzaron la huerta por el camino y se dirigieron a los invernaderos donde crecían las plantas mágicas. El *howler* había tenido al menos un efecto positivo: parecía que Hermione consideraba que ellos ya habían tenido suficiente castigo y volvía a mostrarse amable.

Al dirigirse a los invernaderos, vieron al resto de la clase congregada en la puerta, esperando a la profesora Sprout. Harry, Ron y Hermione acababan de llegar cuando la vieron acercarse con paso decidido a través de la explanada, acompañada por Gilderoy Lockhart. La profesora Sprout llevaba un montón de vendas en los brazos, y sintiendo otra punzada de remordimiento, Harry vio a lo lejos que el sauce boxeador tenía varias de sus ramas en cabestrillo.

La profesora Sprout era una bruja pequeña y rechoncha que llevaba un sombrero remendado sobre la cabellera suelta. Generalmente, sus ropas siempre estaban manchadas de tierra, y si tía Petunia hubiera visto cómo llevaba las uñas, se habría desmayado. Gilderoy Lockhart, sin embargo, iba inmaculado con su túnica amplia color turquesa y su pelo dorado que brillaba bajo un sombrero igualmente turquesa con ribetes de oro, perfectamente colocado.

—¡Hola, qué hay! —saludó Lockhart, sonriendo al grupo de estudiantes—. Estaba explicando a la profesora Sprout la manera en que hay que curar a un sauce boxeador. ¡Pero no quiero que penséis que sé más que ella de botánica! Lo que pasa es que en mis viajes me he encontrado varias de estas especies exóticas y...

—¡Hoy iremos al Invernadero 3, muchachos! —dijo la profesora Sprout,

que parecía claramente disgustada, lo cual no concordaba en absoluto con el buen humor habitual en ella.

Se oyeron murmullos de interés. Hasta entonces, sólo habían trabajado en el Invernadero 1. En el Invernadero 3 había plantas mucho más interesantes y peligrosas. La profesora Sprout cogió una llave grande que llevaba en el cinto y abrió con ella la puerta. A Harry le llegó el olor de la tierra húmeda y el abono mezclados con el perfume intenso de unas flores gigantes, del tamaño de un paraguas, que colgaban del techo. Se disponía a entrar detrás de Ron y Hermione cuando Lockhart lo detuvo sacando la mano rapidísimamente.

—¡Harry! Quería hablar contigo... Profesora Sprout, no le importa si retengo a Harry un par de minutos, ¿verdad?

A juzgar por la cara que puso la profesora Sprout, sí le importaba, pero Lockhart añadió:

—Sólo un momento —y le cerró la puerta del invernadero en las narices.

—Harry —dijo Lockhart. Sus grandes dientes blancos brillaban al sol cuando movía la cabeza—. Harry, Harry, Harry.

Harry no dijo nada. Estaba completamente perplejo. No tenía ni idea de qué se trataba. Estaba a punto de decírselo, cuando Lockhart prosiguió:

—Nunca nada me había impresionado tanto como esto, ¡llegar a Hogwarts volando en un coche! Claro que enseguida supe por qué lo habías hecho. Se veía a la legua. Harry, Harry, Harry.

Era increíble cómo se las arreglaba para enseñar todos los dientes incluso cuando no estaba hablando.

—Te metí el gusanillo de la publicidad, ¿eh? —dijo Lockhart—. Le has encontrado el gusto. Te viste compartiendo conmigo la primera página del periódico y no pudiste resistir salir de nuevo.

—No, profesor, verá...

—Harry, Harry, Harry —dijo Lockhart, cogiéndole por el hombro—. Lo comprendo. Es natural querer probar un poco más una vez que uno le ha cogido el gusto. Y me avergüenzo de mí mismo por habértelo hecho probar, porque es lógico que se te subiera a la cabeza. Pero mira, muchacho, no puedes ir volando en coche para convertirte en noticia. Tienes que tomártelo con calma, ¿de acuerdo? Ya tendrás tiempo para estas cosas cuando seas mayor. Sí, sí, ya sé lo que estás pensando: «¡Es muy fácil para él, siendo ya un mago de fama internacional!» Pero cuando yo tenía doce años, era tan poco importante como tú ahora. ¡De hecho, creo que era menos importante! Quiero decir que hay gente que ha oído hablar de ti, ¿no?, por todo ese asunto con El-que-no-debe-ser-nombrado. —Contempló la cicatriz en forma de rayo que Harry tenía en la frente—. Lo sé, lo sé, no es tanto como ganar cinco veces seguidas el Premio a la Sonrisa más Encantadora, concedido por la revista *Corazón de bruja*, como he hecho yo, pero por algo hay que empezar.

Le guiñó un ojo a Harry y se alejó con paso seguro. Harry se quedó atónito durante unos instantes, y luego, recordando que tenía que estar ya en el invernadero, abrió la puerta y entró.

La profesora Sprout estaba en el centro del invernadero, detrás de una mesa montada sobre caballetes. Sobre la mesa había unas veinte orejeras. Cuando Harry ocupó su sitio entre Ron y Hermione, la profesora dijo:

—Hoy nos vamos a dedicar a replantar mandrágoras. Veamos, ¿quién me puede decir qué propiedades tiene la mandrágora?

Sin que nadie se sorprendiera, Hermione fue la primera en alzar la mano.

—La mandrágora, o mandrágula, es un reconstituyente muy eficaz —dijo Hermione en un tono que daba la impresión, como de costumbre, de que se había tragado el libro de texto—. Se utiliza para volver a su estado original a la gente que ha sido transformada o encantada.

—Excelente, diez puntos para Gryffindor —dijo la profesora Sprout—. La mandrágora es un ingrediente esencial en muchos antídotos. Pero, sin embargo, también es peligrosa. ¿Quién me puede decir por qué?

Al levantar de nuevo velozmente la mano, Hermione casi se lleva por delante las gafas de Harry.

—El llanto de la mandrágora es fatal para quien lo oye —dijo Hermione instantáneamente.

—Exacto. Otros diez puntos —dijo la profesora Sprout—. Bueno, las mandrágoras que tenemos aquí son todavía muy jóvenes.

Mientras hablaba, señalaba una fila de bandejas hondas, y todos se echaron hacia delante para ver mejor. Un centenar de pequeñas plantas con sus hojas de color verde violáceo crecían en fila. A Harry, que no tenía ni idea de lo que Hermione había querido decir con lo de «el llanto de la mandrágora», le parecían completamente vulgares.

—Poneos unas orejeras cada uno —dijo la profesora Sprout.

Hubo un forcejeo porque todos querían coger las únicas que no eran ni de peluche ni de color rosa.

—Cuando os diga que os las pongáis, aseguraos de que vuestros oídos quedan completamente tapados —dijo la profesora Sprout—. Cuando os las podáis quitar, levantaré el pulgar. De acuerdo, poneos las orejeras.

Harry se las puso rápidamente. Insonorizaban completamente los oídos. La profesora Sprout se puso unas de color rosa, se remangó, cogió firmemente una de las plantas y tiró de ella con fuerza.

Harry dejó escapar un grito de sorpresa que nadie pudo oír.

En lugar de raíces, surgió de la tierra un niño recién nacido, pequeño, lleno de barro y extremadamente feo. Las hojas le salían directamente de la cabeza. Tenía la piel de un color verde claro con manchas, y se veía que estaba llorando con toda la fuerza de sus pulmones.

La profesora Sprout cogió una maceta grande de debajo de la mesa, metió dentro la mandrágora y la cubrió con una tierra abonada, negra y húmeda, hasta que sólo quedaron visibles las hojas. La profesora Sprout se sacudió las manos, levantó el pulgar y se quitó ella también las orejeras.

—Como nuestras mandrágoras son sólo plantones pequeños, sus llantos todavía no son mortales —dijo ella con toda tranquilidad, como silo que acababa de hacer no fuera más impresionante que regar una begonia—. Sin embargo, os dejarían inconscientes durante varias horas, y como estoy segura de que ninguno de vosotros quiere perderse su primer día de clase, aseguraos de que os ponéis bien las orejeras para hacer el trabajo. Ya os avisaré cuando sea hora de recoger.

»Cuatro por bandeja. Hay suficientes macetas aquí. La tierra abonada está en aquellos sacos. Y tened mucho cuidado con las *Tentacula Venenosa*, porque les están saliendo los dientes.

Mientras hablaba, dio un fuerte manotazo a una planta roja con espinas, haciéndole que retirara los largos tentáculos que se habían acercado a su hombro muy disimulada y lentamente.

Harry, Ron y Hermione compartieron su bandeja con un muchacho de Hufflepuff que Harry conocía de vista, pero con quien no había hablado nunca.

—Justin Finch-Fletchley —dijo alegremente, dándole la mano a Harry—. Claro que sé quién eres, el famoso Harry Potter. Y tú eres Hermione Granger, siempre la primera en todo. —Hermione sonrió al estrecharle la mano—. Y Ron Weasley. ¿No era tuyo el coche volador?

Ron no sonrió. Obviamente, todavía se acordaba del *howler*.

—Ese Lockhart es famoso, ¿verdad? —dijo contento Justin, cuando empezaban a llenar sus macetas con estiércol de dragón—. ¡Qué tío más valiente! ¿Habéis leído sus libros? Yo me habría muerto de miedo si un hombre lobo me hubiera acorralado en una cabina de teléfonos, pero él se mantuvo sereno y ¡zas! Formidable.

»Me habían reservado plaza en Eton, pero estoy muy contento de haber venido aquí. Naturalmente, mi madre estaba algo disgustada, pero desde que le hice leer los libros de Lockhart, empezó a comprender lo útil que puede resultar tener en la familia a un mago bien instruido...

Después ya no tuvieron muchas posibilidades de charlar. Se habían vuelto a poner las orejeras y tenían que concentrarse en las mandrágoras. Para la profesora Sprout había resultado muy fácil, pero en realidad no lo era. A las mandrágoras no les gustaba salir de la tierra, pero tampoco parecía que quisieran volver a ella. Se retorcían, pataleaban, sacudían sus pequeños puños

y rechinaban los dientes. Harry se pasó diez minutos largos intentando meter una algo más grande en la maceta.

Al final de la clase, Harry, al igual que los demás, estaba empapado en sudor, le dolían varias partes del cuerpo y estaba lleno de tierra. Volvieron al castillo para lavarse un poco, y los de Gryffindor marcharon corriendo a la clase de Transformaciones.

Las clases de la profesora McGonagall eran siempre muy duras, pero aquel primer día resultó especialmente difícil. Todo lo que Harry había aprendido el año anterior parecía habérsele ido de la cabeza durante el verano. Tenía que convertir un escarabajo en un botón, pero lo único que conseguía era cansar al escarabajo, porque cada vez que éste esquivaba la varita mágica, se le caía del pupitre.

A Ron aún le iba peor. Había recompuesto su varita con un poco de celo que le habían dado, pero parecía que la reparación no había sido suficiente. Crujía y echaba chispas en los momentos más raros, y cada vez que Ron intentaba transformar su escarabajo, quedaba envuelto en un espeso humo gris que olía a huevos podridos. Incapaz de ver lo que hacía, aplastó el escarabajo con el codo sin querer y tuvo que pedir otro. A la profesora McGonagall no le hizo mucha gracia.

Harry se sintió aliviado al oír la campana de la comida. Sentía el cerebro como una esponja escurrida. Todos salieron ordenadamente de la clase salvo él y Ron, que todavía estaba dando golpes furiosos en el pupitre con la varita.

—¡Chisme inútil, que no sirves para nada!

—Pídeles otra a tus padres —sugirió Harry cuando la varita produjo una descarga de disparos, como si fuera una traca.

—Ya, y recibiré como respuesta otro *howler* —dijo Ron, metiendo en la bolsa la varita, que en aquel momento estaba silbando— que diga: «Es culpa tuya que se te haya partido la varita.»

Bajaron a comer, pero el humor de Ron no mejoró cuando Hermione le enseñó el puñado de botones que había conseguido en la clase de Transformaciones.

—¿Qué hay esta tarde? —dijo Harry, cambiando de tema rápidamente.

—Defensa Contra las Artes Oscuras —dijo Hermione en el acto.

—¿Por qué —preguntó Ron, cogiéndole el horario— has rodeado todas las clases de Lockhart con corazoncitos?

Hermione le quitó el horario. Se había puesto roja.

Terminaron de comer y salieron al patio. Estaba nublado. Hermione se sentó en un peldaño de piedra y volvió a hundir las narices en *Viajes con los vampiros*. Harry y Ron se pusieron a hablar de *quidditch*, y pasaron varios

minutos antes de que Harry se diera cuenta de que alguien lo vigilaba estrechamente. Al levantar la vista, vio al muchacho pequeño de pelo castaño que la noche anterior se había puesto el sombrero seleccionador. Lo miraba como paralizado. Tenía en las manos lo que parecía una cámara de fotos *muggle* normal y corriente, y cuando Harry miró hacia él, se ruborizó en extremo.

—¿Me dejas, Harry? Soy... soy Colin Creevey —dijo entrecortadamente, dando un indeciso paso hacia delante—. Estoy en Gryffindor también. ¿Podría..., me dejas... que te haga una foto? —dijo, levantando la cámara esperanzado.

—¿Una foto? —repitió Harry sin comprender.

—Con ella podré demostrar que te he visto —dijo Colin Creevey con impaciencia, acercándose un poco más, como si no se atreviera—. Lo sé todo sobre ti. Todos me lo han contado: cómo sobreviviste cuando Quien-tú-sabes intentó matarte y cómo desapareció él, y toda esa historia, y que conservas en la frente la cicatriz en forma de rayo (con los ojos recorrió la línea del pelo de Harry). Y me ha dicho un compañero del dormitorio que si revelo el negativo en la poción adecuada, la foto saldrá con movimiento. —Colin exhaló un soplido de emoción y continuó—: Esto es estupendo, ¿verdad? Yo no tenía ni idea de que las cosas raras que hacía eran magia, hasta que recibí la carta de Hogwarts. Mi padre es lechero y tampoco podía creérselo. Así que me dedico a tomar montones de fotos para enviárselas a casa. Y sería estupendo hacerte una. —Miró a Harry casi rogándole—. Tal vez tu amigo querría sacárnosla para que pudiera salir yo a tu lado. ¿Y me la podrías firmar luego?

—¿Firmar fotos? ¿Te dedicas a firmar fotos, Potter?

En todo el patio resonó la voz potente y cáustica de Draco Malfoy. Se había puesto detrás de Colin, flanqueado, como siempre en Hogwarts, por Crabbe y Goyle, sus amigotes.

—¡Todo el mundo a la cola! —gritó Malfoy a la multitud—. ¡Harry Potter firma fotos!

—No es verdad —dijo Harry de mal humor, apretando los puños—. ¡Cállate, Malfoy!

—Lo que pasa es que le tienes envidia —dijo Colin, cuyo cuerpo entero no era más grueso que el cuello de Crabbe.

—¿Envidia? —dijo Malfoy, que ya no necesitaba seguir gritando, porque la mitad del patio lo escuchaba—. ¿De qué? ¿De tener una asquerosa cicatriz en la frente? No, gracias. ¿Desde cuándo uno es más importante por tener la cabeza rajada por una cicatriz?

Crabbe y Goyle se estaban riendo con una risita idiota.

—Échate al retrete y tira de la cadena, Malfoy —dijo Ron con cara de malas pulgas. Crabbe dejó de reír y empezó a restregarse de manera

amenazadora los nudillos, que eran del tamaño de castañas.

—Weasley, ten cuidado —dijo Malfoy con un aire despectivo—. No te metas en problemas o vendrá tu mamá y te sacará del colegio. —Luego imitó un tono de voz chillón y amenazante—. «Si vuelves a hacer otra...»

Varios alumnos de quinto curso de la casa de Slytherin que había por allí cerca rieron la gracia a carcajadas.

—A Weasley le gustaría que le firmaras una foto, Potter —sonrió Malfoy—. Pronto valdrá más que la casa entera de su familia.

Ron sacó su varita reparada con celo, pero Hermione cerró *Viajes con los vampiros* de un golpe y susurró:

—¡Cuidado!

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué es lo que pasa aquí? —Gilderoy Lockhart caminaba hacia ellos a grandes zancadas, y la túnica color turquesa se le arremolinaba por detrás—. ¿Quién firma fotos?

Harry quería hablar, pero Lockhart lo interrumpió pasándole un brazo por los hombros y diciéndole en voz alta y tono jovial:

—¡No sé por qué lo he preguntado! ¡Volvemos a las andadas, Harry!

Sujeto por Lockhart y muerto de vergüenza, Harry vio que Malfoy se mezclaba sonriente con la multitud.

—Vamos, señor Creevey —dijo Lockhart, sonriendo a Colin—. Una foto de los dos será mucho mejor. Y te la firmaremos los dos.

Colin buscó la cámara a tientas y sacó la foto al mismo tiempo que la campana señalaba el inicio de las clases de la tarde.

—¡Adentro todos, venga, por ahí! —gritó Lockhart a los alumnos, y se dirigió al castillo llevando de los hombros a Harry, que hubiera deseado disponer de un buen conjuro para desaparecer.

»Quisiera darte un consejo, Harry —le dijo Lockhart paternalmente al entrar en el edificio por una puerta lateral—. Te he ayudado a pasar desapercibido con el joven Creevey, porque si me fotografiaba también a mí, tus compañeros no pensarían que te querías dar tanta importancia.

Sin hacer caso a las protestas de Harry, Lockhart lo llevó por un pasillo lleno de estudiantes que los miraban, y luego subieron por una escalera.

—Déjame que te diga que repartir fotos firmadas en este estadio de tu carrera puede que no sea muy sensato. Para serte franco, Harry, parece un poco engreído. Bien puede llegar el día en que necesites llevar un montón de fotos a mano adondequiera que vayas, como me ocurre a mí, pero —rió— no creo que hayas llegado ya a ese punto.

Habían alcanzado el aula de Lockhart y éste dejó libre por fin a Harry, que se arregló la túnica y buscó un asiento al final del aula, donde se parapetó detrás de los siete libros de Lockhart, de forma que se evitaba la contemplación del Lockhart de carne y hueso.

El resto de la clase entró en el aula ruidosamente, y Ron y Hermione se sentaron a ambos lados de Harry.

—Se podía freír un huevo en tu cara —dijo Ron—. Más te vale que Creevey y Ginny no se conozcan, porque fundarían el club de fans de Harry Potter.

—Cállate —le interrumpió Harry. Lo único que le faltaba es que a oídos de Lockhart llegaran las palabras «club de fans de Harry Potter».

Cuando todos estuvieron sentados, Lockhart se aclaró sonoramente la garganta y se hizo el silencio. Se acercó a Neville Longbottom, cogió el ejemplar de *Recorridos con los trols* y lo levantó para enseñar la portada, con su propia fotografía que guiñaba un ojo.

—Yo —dijo, señalando la foto y guiñando el ojo él también— soy Gilderoy Lockhart, Caballero de la Orden de Merlín, de tercera clase, Miembro Honorario de la Liga para la Defensa Contra las Fuerzas Oscuras, y ganador en cinco ocasiones del Premio a la Sonrisa más Encantadora, otorgado por la revista *Corazón de bruja*, pero no quiero hablar de eso. ¡No fue con mi sonrisa con lo que me libré de la *banshee* que presagiaba la muerte!

Esperó que se rieran todos, pero sólo hubo alguna sonrisa.

—Veo que todos habéis comprado mis obras completas; bien hecho. He pensado que podíamos comenzar hoy con un pequeño cuestionario. No os preocupéis, sólo es para comprobar si los habéis leído bien, cuánto habéis asimilado...

Cuando terminó de repartir los folios con el cuestionario, volvió a la cabecera de la clase y dijo:

—Disponéis de treinta minutos. Podéis comenzar... ¡ya! Harry miró el papel y leyó:

1. *¿Cuál es el color favorito de Gilderoy Lockhart?*

2. *¿Cuál es la ambición secreta de Gilderoy Lockhart?*

3. *¿ Cuál es, en tu opinión, el mayor logro hasta la fecha de Gilderoy Lockhart?*

Así seguía y seguía, a lo largo de tres páginas, hasta:

54. ¿Qué día es el cumpleaños de Gilderoy Lockhart, y cuál sería su regalo ideal?

Media hora después, Lockhart recogió los folios y los hojeó delante de la clase.

—Vaya, vaya. Muy pocos recordáis que mi color favorito es el lila. Lo digo en *Un año con el Yeti*. Y algunos tenéis que volver a leer con mayor detenimiento *Paseos con los hombres lobo.* En el capítulo doce afirmo con claridad que mi regalo de cumpleaños ideal sería la armonía entre las comunidades mágica y no mágica. ¡Aunque tampoco le haría ascos a una botella mágnum de whisky envejecido de Ogden!

Volvió a guiñarles un ojo pícaramente. Ron miraba a Lockhart con una expresión de incredulidad en el rostro; Seamus Finnigan y Dean Thomas, que se sentaban delante, se convulsionaban en una risa silenciosa. Hermione, por el contrario, escuchaba a Lockhart con embelesada atención y dio un respingo cuando éste mencionó su nombre.

—... pero la señorita Hermione Granger sí conoce mi ambición secreta, que es librar al mundo del mal y comercializar mi propia gama de productos para el cuidado del cabello, ¡buena chica! De hecho —dio la vuelta al papel—, ¡está perfecto! ¿Dónde está la señorita Hermione Granger?

Hermione alzó una mano temblorosa.

—¡Excelente! —dijo Lockhart con una sonrisa—, ¡excelente! ¡Diez puntos para Gryffindor! Y en cuanto a...

De debajo de la mesa sacó una jaula grande, cubierta por una funda, y la puso encima de la mesa, para que todos la vieran.

—Ahora, ¡cuidado! Es mi misión dotaros de defensas contra las más horrendas criaturas del mundo mágico. Puede que en esta misma aula os tengáis que encarar a las cosas que más teméis. Pero sabed que no os ocurrirá nada malo mientras yo esté aquí. Todo lo que os pido es que conservéis la calma.

En contra de lo que se había propuesto, Harry asomó la cabeza por detrás del montón de libros para ver mejor la jaula. Lockhart puso una mano sobre la funda. Dean y Seamus habían dejado de reír. Neville se encogía en su asiento de la primera fila.

—Tengo que pediros que no gritéis —dijo Lockhart en voz baja—. Podrían enfurecerse.

Cuando toda la clase estaba con el corazón en un puño, Lockhart levantó la funda.

—Sí —dijo con entonación teatral—, duendecillos de Cornualles recién cogidos.

Seamus Finnigan no pudo controlarse y soltó una carcajada que ni siquiera Lockhart pudo interpretar como un grito de terror.

—¿Sí? —Lockhart sonrió a Seamus.

—Bueno, es que no son... muy peligrosos, ¿verdad? —se explicó Seamus con dificultad.

—¡No estés tan seguro! —dijo Lockhart, apuntando a Seamus con un dedo acusador—. ¡Pueden ser unos seres endemoniadamente engañosos!

Los duendecillos eran de color azul eléctrico y medían unos veinte centímetros de altura, con rostros afilados y voces tan agudas y estridentes que era como oír a un montón de periquitos discutiendo. En el instante en que había levantado la funda, se habían puesto a parlotear y a moverse como locos, golpeando los barrotes para meter ruido y haciendo muecas a los que tenían más cerca.

—Está bien —dijo Lockhart en voz alta—. ¡Veamos qué hacéis con ellos! —Y abrió la jaula.

Se armó un pandemónium. Los duendecillos salieron disparados como cohetes en todas direcciones. Dos cogieron a Neville por las orejas y lo alzaron en el aire. Algunos salieron volando y atravesaron las ventanas, llenando de cristales rotos a los de la fila de atrás. El resto se dedicó a destruir la clase más rápidamente que un rinoceronte en estampida. Cogían los tinteros y rociaban de tinta la clase, hacían trizas los libros y los folios, rasgaban los carteles de las paredes, le daban vuelta a la papelera y cogían bolsas y libros y los arrojaban por las ventanas rotas. Al cabo de unos minutos, la mitad de la clase se había refugiado debajo de los pupitres y Neville se balanceaba colgando de la lámpara del techo.

—Vamos ya, rodeadlos, rodeadlos, sólo son duendecillos... —gritaba Lockhart.

Se remangó, blandió su varita mágica y gritó:

—*¡Peskipiski Pestenomi!*

No sirvió absolutamente de nada; uno de los duendecillos le arrebató la varita y la tiró por la ventana. Lockhart tragó saliva y se escondió debajo de su mesa, a tiempo de evitar ser aplastado por Neville, que cayó al suelo un segundo más tarde, al ceder la lámpara.

Sonó la campana y todos corrieron hacia la salida. En la calma relativa que siguió, Lockhart se irguió, vio a Harry, Ron y Hermione y les dijo:

—Bueno, vosotros tres meteréis en la jaula los que quedan. —Salió y cerró la puerta.

—¿Habéis visto? —bramó Ron, cuando uno de los duendecillos que quedaban le mordió en la oreja haciéndole daño.

—Sólo quiere que adquiramos experiencia práctica —dijo Hermione, inmovilizando a dos duendecillos a la vez con un útil hechizo congelador y metiéndolos en la jaula.

—¿Experiencia práctica? —dijo Harry, intentando atrapar a uno que bailaba fuera de su alcance sacando la lengua—. Hermione, él no tenía ni idea de lo que hacía.

—Mentira —dijo Hermione—. Ya has leído sus libros, fíjate en todas las cosas asombrosas que ha hecho...

—Que él dice que ha hecho —añadió Ron.

7

Los «sangre sucia» y una voz misteriosa

Durante los días siguientes, Harry pasó bastante tiempo esquivando a Gilderoy Lockhart cada vez que lo veía acercarse por un corredor. Pero más difícil aún era evitar a Colin Creevey, que parecía saberse de memoria el horario de Harry. Nada le hacía tan feliz como preguntar «¿Va todo bien, Harry?» seis o siete veces al día, y oír «Hola, Colin» en respuesta, a pesar de que la voz de Harry en tales ocasiones sonaba irritada.

Hedwig seguía enfadada con Harry a causa del desastroso viaje en coche, y la varita de Ron, que todavía no funcionaba correctamente, se superó a sí misma el viernes por la mañana al escaparse de la mano de Ron en la clase de Encantamientos y dispararse contra el profesor Flitwick, que era viejo y bajito, y golpearle directamente entre los ojos, produciéndole un gran divieso verde y doloroso en el lugar del impacto. Así que, entre unas cosas y otras, Harry se alegró muchísimo cuando llegó el fin de semana, porque Ron, Hermione y él habían planeado hacer una visita a Hagrid el sábado por la mañana.

Pero el capitán del equipo de *quidditch* de Gryffindor, Oliver Wood, despertó a Harry con un zarandeo varias horas antes de lo que él habría deseado.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry aturdido.

—¡Entrenamiento de *quidditch*! —respondió Wood—. ¡Vamos!

Harry miró por la ventana, entornando los ojos. Una neblina flotaba en el cielo de color rojizo y dorado. Una vez despierto, se preguntó cómo había podido dormir con semejante alboroto de pájaros.

—Oliver —observó Harry con voz ronca—, si todavía está amaneciendo...

—Exacto —respondió Wood. Era un muchacho alto y fornido de sexto curso y, en aquel momento, tenía los ojos brillantes de entusiasmo—. Forma parte de nuestro nuevo programa de entrenamiento. Venga, coge tu escoba y andando —dijo Wood con decisión—. Ningún equipo ha empezado a entrenar todavía. Este año vamos a ser los primeros en empezar...

Bostezando y un poco tembloroso, Harry saltó de la cama e intentó buscar su túnica de *quidditch*.

—¡Así me gusta! —dijo Wood—. Nos veremos en el campo dentro de quince minutos.

Encima de la túnica roja del equipo de Gryffindor se puso la capa para no pasar frío, garabateó a Ron una nota en la que le explicaba adónde había ido y bajó a la sala común por la escalera de caracol, con la Nimbus 2.000 sobre el hombro. Al llegar al retrato por el que se salía, oyó tras él unos pasos y vio que Colin Creevey bajaba las escaleras corriendo, con la cámara colgada del cuello, que se balanceaba como loca, y llevaba algo en la mano.

—¡Oí que alguien pronunciaba tu nombre en las escaleras, Harry! ¡Mira lo que tengo aquí! La he revelado y te la quería enseñar...

Desconcertado, Harry miró la fotografía que Colin sostenía delante de su nariz.

Un Lockhart móvil en blanco y negro tiraba de un brazo que Harry reconoció como suyo. Le complació ver que en la fotografía él aparecía ofreciendo resistencia y rehusando entrar en la foto. Al mirarlo Harry, Lockhart soltó el brazo, jadeando, y se desplomó contra el margen blanco de la fotografía con gesto teatral.

—¿Me la firmas? —le pidió Colin con fervor.

—No —dijo Harry rotundamente, mirando en torno para comprobar que realmente no había nadie en la sala—. Lo siento, Colin, pero tengo prisa. Tengo entrenamiento de *quidditch*.

Y salió por el retrato.

—¡Eh, espérame! ¡Nunca he visto jugar al *quidditch*!

Colin se metió apresuradamente por el agujero, detrás de Harry.

—Será muy aburrido —dijo Harry enseguida, pero Colin no le hizo caso. Los ojos le brillaban de emoción.

—Tú has sido el jugador más joven de la casa en los últimos cien años, ¿verdad, Harry? ¿Verdad que sí? —le preguntó Colin, corriendo a su lado—. Tienes que ser estupendo. Yo no he volado nunca. ¿Es fácil? ¿Ésa es tu escoba? ¿Es la mejor que hay?

Harry no sabía cómo librarse de él. Era como tener una sombra habladora, extremadamente habladora.

—No sé cómo es el *quidditch*, en realidad —reconoció Colin, sin aliento—. ¿Es verdad que hay cuatro bolas? ¿Y que dos van por ahí volando, tratando de derribar a los jugadores de sus escobas?

—Si —contestó Harry de mala gana, resignado a explicarle las complicadas reglas del juego del *quidditch*—. Se llaman *bludgers*. Hay dos bateadores en cada equipo, con bates para golpear las *bludgers* y alejarlas de sus compañeros. Los bateadores de Gryffindor son Fred y George Weasley.

—¿Y para qué sirven las otras pelotas? —preguntó Colin, dando un tropiezo porque iba mirando a Harry con la boca abierta.

—Bueno, la *quaffle*, que es una pelota grande y roja, es con la que se marcan los goles. Tres cazadores en cada equipo se pasan la *quaffle* de uno a otro e intentan introducirla por los postes que están en el extremo del campo, tres postes largos con aros al final.

—¿Y la cuarta bola?

—Es la *snitch* —dijo Harry—, es dorada, muy pequeña, rápida y difícil de atrapar. Ésa es la misión de los buscadores, porque el juego del *quidditch* no finaliza hasta que se atrapa la *snitch*. Y el equipo cuyo buscador la haya atrapado gana ciento cincuenta puntos.

—Y tú eres el buscador de Gryffindor, ¿verdad? —preguntó Colin emocionado.

—Sí —dijo Harry, mientras dejaban el castillo y pisaban el césped empapado de rocío—. También está el guardián, el que guarda los postes. Prácticamente, en eso consiste el *quidditch*.

Pero Colin no descansó un momento y fue haciendo preguntas durante todo el camino ladera abajo, hasta que llegaron al campo de *quidditch*, y Harry pudo deshacerse de él al entrar en los vestuarios. Colin le gritó en voz alta:

—¡Voy a pillar un buen sitio, Harry! —Y se fue corriendo a las gradas.

El resto del equipo de Gryffindor ya estaba en los vestuarios. El único que parecía realmente despierto era Wood. Fred y George Weasley estaban sentados, con los ojos hinchados y el pelo sin peinar, junto a Alicia Spinnet, de cuarto curso, que parecía que se estaba quedando dormida apoyada en la

pared. Sus compañeras cazadoras, Katie Bell y Angelina Johnson, sentadas una junto a otra, bostezaban enfrente de ellos.

—Por fin, Harry, ¿por qué te has entretenido? —preguntó Wood enérgicamente—. Veamos, quiero deciros unas palabras antes de que saltemos al campo, porque me he pasado el verano diseñando un programa de entrenamiento completamente nuevo, que estoy seguro de que nos hará mejorar.

Wood sostenía un plano de un campo de *quidditch*, lleno de líneas, flechas y cruces en diferentes colores. Sacó la varita mágica, dio con ella un golpe en la tabla y las flechas comenzaron a moverse como orugas. En el momento en que Wood se lanzó a soltar el discurso sobre sus nuevas tácticas, a Fred Weasley se le cayó la cabeza sobre el hombro de Alicia Spinnet y empezó a roncar.

Le llevó casi veinte minutos a Wood explicar los esquemas de la primera tabla, pero a continuación hubo otra, y después una tercera. Harry se adormecía mientras el capitán seguía hablando y hablando.

—Bueno —dijo Wood al final, sacando a Harry de sus fantasías sobre los deliciosos manjares que podría estar desayunando en ese mismo instante en el castillo—. ¿Ha quedado claro? ¿Alguna pregunta?

—Yo tengo una pregunta, Oliver —dijo George, que acababa de despertar dando un respingo—. ¿Por qué no nos contaste todo esto ayer cuando estábamos despiertos?

A Wood no le hizo gracia.

—Escuchadme todos —les dijo, con el entrecejo fruncido—, tendríamos que haber ganado la copa de *quidditch* el año pasado. Éramos el mejor equipo con diferencia. Pero, por desgracia, y debido a circunstancias que escaparon a nuestro control...

Harry se removió en el asiento, con un sentimiento de culpa. Durante el partido final del año anterior, había permanecido inconsciente en la enfermería, con la consecuencia de que Gryffindor había contado con un jugador menos y había sufrido su peor derrota de los últimos trescientos años.

Wood tardó un momento en recuperar el dominio. Era evidente que la última derrota todavía lo atormentaba.

—De forma que este año entrenaremos más que nunca... ¡Venga, salid y poned en práctica las nuevas teorías! —gritó Wood, cogiendo su escoba y saliendo el primero de los vestuarios. Con las piernas entumecidas y bostezando, le siguió el equipo.

Habían permanecido tanto tiempo en los vestuarios, que el sol ya estaba bastante alto, aunque sobre el estadio quedaban restos de niebla. Cuando Harry saltó al terreno de juego, vio a Ron y Hermione en las gradas.

—¿Aún no habéis terminado? —preguntó Ron, perplejo.

—Aún no hemos empezado —respondió Harry, mirando con envidia las tostadas con mermelada que Ron y Hermione se habían traído del Gran Comedor—. Wood nos ha estado enseñando nuevas estrategias.

Montó en la escoba y, dando una patada en el suelo, se elevó en el aire. El frío aire de la mañana le azotaba el rostro, consiguiendo despertarle bastante más que la larga exposición de Wood. Era maravilloso regresar al campo de *quidditch*. Dio una vuelta por el estadio a toda velocidad, haciendo una carrera con Fred y George.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Fred, cuando doblaban la esquina a toda velocidad.

Harry miró a las gradas. Colin estaba sentado en uno de los asientos superiores, con la cámara levantada, sacando una foto tras otra, y el sonido de la cámara se ampliaba extraordinariamente en el estadio vacío.

—¡Mira hacia aquí, Harry! ¡Aquí! —chilló.

—¿Quién es ése? —preguntó Fred.

—Ni idea —mintió Harry, acelerando para alejarse lo más posible de Colin.

—¿Qué pasa? —dijo Wood frunciendo el entrecejo y volando hacia ellos. ¿Por qué saca fotos aquél? No me gusta. Podría ser un espía de Slytherin que intentara averiguar en qué consiste nuestro programa de entrenamiento.

—Es de Gryffindor —dijo rápidamente Harry.

—Y los de Slytherin no necesitan espías, Oliver —observó George.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Wood con irritación.

—Porque están aquí en persona —dijo George, señalando hacia un grupo de personas vestidas con túnicas verdes que se dirigían al campo, con las escobas en la mano.

—¡No puedo creerlo! —dijo Wood indignado—. ¡He reservado el campo para hoy! ¡Veremos qué pasa!

Wood se dirigió velozmente hacia el suelo. Debido al enojo aterrizó más bruscamente de lo que habría querido y al desmontar se tambaleó un poco. Harry, Fred y George lo siguieron.

—Flint —gritó Wood al capitán del equipo de Slytherin—, es nuestro turno de entrenamiento. Nos hemos levantado a propósito. ¡Así que ya podéis largaros!

Marcus Flint aún era más corpulento que Wood. Con una expresión de astucia digna de un trol, replicó:

—Hay bastante sitio para todos, Wood.

Angelina, Alicia y Katie también se habían acercado. No había chicas entre los del equipo de Slytherin, que formaban una piña frente a los de Gryffindor y miraban burlonamente a Wood.

—¡Pero yo he reservado el campo! —dijo Wood, escupiendo la rabia—. ¡Lo he reservado!

—¡Ah! —dijo Flint—, pero nosotros traemos una hoja firmada por el profesor Snape. «Yo, el profesor S. Snape, concedo permiso al equipo de Slytherin para entrenar hoy en el campo de *quidditch* debido a su necesidad de dar entrenamiento al nuevo buscador.»

—¿Tenéis un buscador nuevo? —preguntó Wood, preocupado—. ¿Quién es?

Detrás de seis corpulentos jugadores, apareció un séptimo, más pequeño, que sonreía con su cara pálida y afilada: era Draco Malfoy.

—¿No eres tú el hijo de Lucius Malfoy? —preguntó Fred, mirando a Malfoy con desagrado.

—Es curioso que menciones al padre de Malfoy —dijo Flint, mientras el conjunto de Slytherin sonreía aún más—. Déjame que te enseñe el generoso regalo que ha hecho al equipo de Slytherin.

Los siete presentaron sus escobas. Siete mangos muy pulidos, completamente nuevos, y siete placas de oro que decían «Nimbus 2.001» brillaron ante las narices de los de Gryffindor al temprano sol de la mañana.

—Ultimísimo modelo. Salió el mes pasado —dijo Flint con un ademán de desprecio, quitando una mota de polvo del extremo de la suya—. Creo que deja muy atrás la vieja serie 2.000. En cuanto a las viejas Barredoras —sonrió mirando desdeñosamente a Fred y George, que sujetaban sendas Barredora 5—, mejor que las utilicéis para borrar la pizarra.

Durante un momento, a ningún jugador de Gryffindor se le ocurrió qué decir. Malfoy sonreía con tantas ganas que tenía los ojos casi cerrados.

—Mirad —dijo Flint—. Invaden el campo.

Ron y Hermione cruzaban el césped para enterarse de qué pasaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ron a Harry—. ¿Por qué no jugáis? ¿Y qué está haciendo ése aquí?

Miraba a Malfoy, vestido con su túnica del equipo de *quidditch* de Slytherin.

—Soy el nuevo buscador de Slytherin, Weasley —dijo Malfoy, con petulancia—. Estamos admirando las escobas que mi padre ha comprado para todo el equipo.

Ron miró boquiabierto las siete soberbias escobas que tenía delante.

—Son buenas, ¿eh? —dijo Malfoy con sorna—. Pero quizás el equipo de Gryffindor pueda conseguir oro y comprar también escobas nuevas. Podríais subastar las Barredora 5. Cualquier museo pujaría por ellas.

El equipo de Slytherin estalló de risa.

—Pero en el equipo de Gryffindor nadie ha tenido que comprar su acceso —observó Hermione agudamente—. Todos entraron por su valía.

Del rostro de Malfoy se borró su mirada petulante.

—Nadie ha pedido tu opinión, asquerosa *sangre sucia* —espetó él.

Harry comprendió enseguida que lo que había dicho Malfoy era algo realmente grave, porque sus palabras provocaron de repente una reacción tumultuosa. Flint tuvo que ponerse rápidamente delante de Malfoy para evitar que Fred y George saltaran sobre él. Alicia gritó «¡Cómo te atreves!», y Ron se metió la mano en la túnica y, sacando su varita mágica, amenazó «¡Pagarás por esto, Malfoy!», y sacando la varita por debajo del brazo de Flint, la dirigió al rostro de Malfoy

Un estruendo resonó en todo el estadio, y del extremo roto de la varita de Ron surgió un rayo de luz verde que, dándole en el estómago, lo derribó sobre el césped.

—¡Ron! ¡Ron! ¿Estás bien? —chilló Hermione.

Ron abrió la boca para decir algo, pero no salió ninguna palabra. Por el contrario, emitió un tremendo eructo y le salieron de la boca varias babosas que le cayeron en el regazo.

El equipo de Slytherin se partía de risa. Flint se desternillaba, apoyado en su escoba nueva. Malfoy, a cuatro patas, golpeaba el suelo con el puño. Los de Gryffindor rodeaban a Ron, que seguía vomitando babosas grandes y brillantes. Nadie se atrevía a tocarlo.

—Lo mejor es que lo llevemos a la cabaña de Hagrid, que está más cerca —dijo Harry a Hermione, quien asintió valerosamente, y entre los dos cogieron a Ron por los brazos.

—¿Qué ha ocurrido, Harry? ¿Qué ha ocurrido? ¿Está enfermo? Pero podrás curarlo, ¿no? —Colin había bajado corriendo de su puesto e iba dando saltos al lado de ellos mientras salían del campo. Ron tuvo una horrible arcada y más babosas le cayeron por el pecho—. ¡Ah! —exclamó Colin, fascinado y levantando la cámara—, ¿puedes sujetarlo un poco para que no se mueva, Harry?

—¡Fuera de aquí, Colin! —dijo Harry enfadado. Entre él y Hermione sacaron a Ron del estadio y se dirigieron al bosque a través de la explanada.

—Ya casi llegamos, Ron —dijo Hermione, cuando vieron a lo lejos la cabaña del guardián—. Dentro de un minuto estarás bien. Ya falta poco.

Les separaban siete metros de la casa de Hagrid cuando se abrió la puerta. Pero no fue Hagrid el que salió por ella, sino Gilderoy Lockhart, que aquel día llevaba una túnica de color malva muy claro. Se les acercó con paso decidido.

—Rápido, aquí detrás —dijo Harry, escondiendo a Ron detrás de un arbusto que había allí. Hermione los siguió, de mala gana.

—¡Es muy sencillo si sabes hacerlo! —decía Lockhart a Hagrid en voz alta—. ¡Si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy! Te dejaré un ejemplar de mi libro. Pero me sorprende que no tengas ya uno. Te firmaré un ejemplar esta noche y te lo enviaré. ¡Bueno, adiós! —Y se fue hacia el castillo a grandes zancadas.

Harry esperó a que Lockhart se perdiera de vista y luego sacó a Ron del arbusto y lo llevó hasta la puerta principal de la casa de Hagrid. Llamaron a toda prisa.

Hagrid apareció inmediatamente, con aspecto de estar de mal humor, pero se le iluminó la cara cuando vio de quién se trataba.

—Me estaba preguntando cuándo vendríais a verme... Entrad, entrad. Creía que sería el profesor Lockhart que volvía.

Harry y Hermione introdujeron a Ron en la cabaña, donde había una gran cama en un rincón y una chimenea encendida en el otro extremo. Hagrid no pareció preocuparse mucho por el problema de las babosas de Ron, cuyos detalles explicó Harry apresuradamente mientras lo sentaban en una silla.

—Es preferible que salgan a que entren —dijo ufano, poniéndole delante una palangana grande de cobre—. Vomítalas todas, Ron.

—No creo que se pueda hacer nada salvo esperar a que la cosa acabe —dijo Hermione apurada, contemplando a Ron inclinado sobre la palangana—. Es un hechizo difícil de realizar aun en condiciones óptimas, pero con la varita rota...

Hagrid estaba ocupado preparando un té. *Fang*, su perro jabalinero, llenaba a Harry de babas.

—¿Qué quería Lockhart, Hagrid? —preguntó Harry, rascándole las orejas a *Fang*.

—Enseñarme cómo me puedo librar de los duendes del pozo —gruñó Hagrid, quitando de la mesa limpia un gallo a medio pelar y poniendo en su lugar la tetera—. Como si no lo supiera. Y también hablaba sobre una *banshee* a la que venció. Si en todo eso hay una palabra de cierto, me como la tetera.

Era muy raro que Hagrid criticara a un profesor de Hogwarts, y Harry lo

miró sorprendido. Hermione, sin embargo, dijo en voz algo más alta de lo normal:

—Creo que sois injustos. Obviamente, el profesor Dumbledore ha juzgado que era el mejor para el puesto y...

—Era el único para el puesto —repuso Hagrid, ofreciéndoles un plato de caramelos de café con leche, mientras Ron tosía ruidosamente sobre la palangana—. Y quiero decir el único. Es muy difícil encontrar profesores que den Artes Oscuras, porque a nadie le hace mucha gracia. Da la impresión de que la asignatura está maldita. Ningún profesor ha durado mucho. Decidme —preguntó Hagrid, mirando a Ron—, ¿a quién intentaba hechizar?

—Malfoy le llamó algo a Hermione —respondió Harry—. Tiene que haber sido algo muy fuerte, porque todos se pusieron furiosos.

—Fue muy fuerte —dijo Ron con voz ronca, incorporándose sobre la mesa, con el rostro pálido y sudoroso—. Malfoy la llamó *«sangre sucia»*.

Ron se apartó cuando volvió a salirle una nueva tanda de babosas. Hagrid parecía indignado.

—¡No! —bramó volviéndose a Hermione.

—Sí —dijo ella—. Pero yo no sé qué significa. Claro que podría decir que fue muy grosero...

—Es lo más insultante que se le podría ocurrir —dijo Ron, volviendo a incorporarse—. *Sangre sucia* es un nombre realmente repugnante con el que llaman a los hijos de *muggles*, ya sabes, de padres que no son magos. Hay algunos magos, como la familia de Malfoy, que creen que son mejores que nadie porque tienen lo que ellos llaman *sangre limpia*. —Soltó un leve eructo, y una babosa solitaria le cayó en la palma de la mano. La arrojó a la palangana y prosiguió—. Desde luego, el resto de nosotros sabe que eso no tiene ninguna importancia. Mira a Neville Longbottom... es de sangre limpia y apenas es capaz de sujetar el caldero correctamente.

—Y no han inventado un conjuro que nuestra Hermione no sea capaz de realizar —dijo Hagrid con orgullo, haciendo que Hermione se pusiera colorada.

—Es un insulto muy desagradable de oír —dijo Ron, secándose el sudor de la frente con la mano—. Es como decir «sangre podrida» o «sangre vulgar». Son idiotas. Además, la mayor parte de los magos de hoy día tienen sangre mezclada. Si no nos hubiéramos casado con *muggles*, nos habríamos extinguido.

A Ron le dieron arcadas y volvió a inclinarse sobre la palangana.

—Bueno, no te culpo por intentar hacerle un hechizo, Ron —dijo Hagrid con una voz fuerte que ahogaba los golpes de las babosas al caer en la palangana—. Pero quizás haya sido una suerte que tu varita mágica fallara. Si hubieras conseguido hechizarle, Lucius Malfoy se habría presentado en la

escuela. Así no tendrás ese problema.

Harry quiso decir que el problema no habría sido peor que estar echando babosas por la boca, pero no pudo hacerlo porque el caramelo de café con leche se le había pegado a los dientes y no podía separarlos.

—Harry —dijo Hagrid de repente, como acometido por un pensamiento repentino—, tengo que ajustar cuentas contigo. Me han dicho que has estado repartiendo fotos firmadas. ¿Por qué no me has dado una?

Harry sintió tanta rabia que al final logró separar los dientes.

—No he estado repartiendo fotos —dijo enfadado—. Si Lockhart aún va diciendo eso por ahí...

Pero entonces vio que Hagrid se reía.

—Sólo bromeaba —explicó, dándole a Harry unas palmadas amistosas en la espalda, que lo arrojaron contra la mesa—. Sé que no es verdad. Le dije a Lockhart que no te hacía falta, que sin proponértelo eras más famoso que él.

—Apuesto a que no le hizo ninguna gracia —dijo Harry, levantándose y frotándose la barbilla.

—Supongo que no —admitió Hagrid, parpadeando—. Luego le dije que no había leído nunca ninguno de sus libros, y se marchó. ¿Un caramelo de café con leche, Ron? —añadió, cuando Ron volvió a incorporarse.

—No, gracias —dijo Ron con debilidad—. Es mejor no correr riesgos.

—Venid a ver lo que he estado cultivando —dijo Hagrid cuando Harry y Hermione apuraron su té.

En la pequeña huerta situada detrás de la casa de Hagrid había una docena de las calabazas más grandes que Harry hubiera visto nunca. Más bien parecían grandes rocas.

—Van bien, ¿verdad? —dijo Hagrid, contento—. Son para la fiesta de Halloween. Deberán haber crecido lo bastante para ese día.

—¿Qué les has echado? —preguntó Harry.

Hagrid miró hacia atrás para comprobar que estaban solos.

—Bueno, les he echado... ya sabes... un poco de ayuda. Harry vio el paraguas rosa estampado de Hagrid apoyado contra la pared trasera de la cabaña. Ya antes, Harry había sospechado que aquel paraguas no era lo que parecía; de hecho, tenía la impresión de que la vieja varita mágica del colegio estaba oculta dentro. Según las normas, Hagrid no podía hacer magia, porque lo habían expulsado de Hogwarts en el tercer curso, pero Harry no sabía por qué. Cualquier mención del asunto bastaba para que Hagrid carraspeara sonoramente y sufriera de pronto una misteriosa sordera que le duraba hasta

que se cambiaba de tema.

—¿Un hechizo fertilizante, tal vez? —preguntó Hermione, entre la desaprobación y el regocijo—. Bueno, has hecho un buen trabajo.

—Eso es lo que dijo tu hermana pequeña —observó Hagrid, dirigiéndose a Ron—. Ayer la encontré. —Hagrid miró a Harry de soslayo y vio que le temblaba la barbilla—. Dijo que estaba contemplando el campo, pero me da la impresión de que esperaba encontrarse a alguien más en mi casa.

—Guiñó un ojo a Harry—. Si quieres mi opinión, creo que ella no rechazaría una foto fir...

—¡Cállate! —dijo Harry. A Ron le dio la risa y llenó la tierra de babosas.

—¡Cuidado! —gritó Hagrid, apartando a Ron de sus queridas calabazas.

Ya casi era la hora de comer, y como Harry sólo había tomado un caramelo de café con leche en todo el día, tenía prisa por regresar al colegio para la comida. Se despidieron de Hagrid y regresaron al castillo, con Ron hipando de vez en cuando, pero vomitando sólo un par de babosas pequeñas.

Apenas habían puesto un pie en el fresco vestíbulo cuando oyeron una voz.

—Conque estáis aquí, Potter y Weasley. —La profesora McGonagall caminaba hacia ellos con gesto severo—. Cumpliréis vuestro castigo esta noche.

—¿Qué vamos a hacer, profesora? —preguntó Ron, asustado, reprimiendo un eructo.

—Tú limpiarás la plata de la sala de trofeos con el señor Filch —dijo la profesora McGonagall—. Y nada de magia, Weasley... ¡frotando!

Ron tragó saliva. Argus Filch, el conserje, era detestado por todos los estudiantes del colegio.

—Y tú, Potter, ayudarás al profesor Lockhart a responder a las cartas de sus admiradoras —dijo la profesora McGonagall.

—Oh, no... ¿no puedo ayudar con la plata? —preguntó Harry desesperado.

—Desde luego que no —dijo la profesora McGonagall, arqueando las cejas—. El profesor Lockhart ha solicitado que seas precisamente tú. A las ocho en punto, tanto uno como otro.

Harry y Ron pasaron al Gran Comedor completamente abatidos, y Hermione entró detrás de ellos, con su expresión de «no-haber-infringido-las-normas-del-colegio». Harry no disfrutó tanto como esperaba con su pudín de carne y patatas. Tanto Ron como él pensaban que les había tocado la peor parte del castigo.

—Filch me tendrá allí toda la noche —dijo Ron apesadumbrado—. ¡Sin magia! Debe de haber más de cien trofeos en esa sala. Y la limpieza *muggle* no se me da bien.

—Te lo cambiaría de buena gana —dijo Harry con voz apagada—. He hecho muchas prácticas con los Dursley. Pero responder a las admiradoras de Lockhart... será una pesadilla.

La tarde del sábado pasó en un santiamén, y antes de que se dieran cuenta, eran las ocho menos cinco. Harry se dirigió al despacho de Lockhart por el pasillo del segundo piso, arrastrando los pies. Llamó a la puerta a regañadientes.

La puerta se abrió de inmediato. Lockhart le recibió con una sonrisa.

—¡Aquí está el pillo! —dijo—. Vamos, Harry, entra.

Dentro había un sinfín de fotografías enmarcadas de Lockhart, que relucían en los muros a la luz de las velas. Algunas estaban incluso firmadas. Tenía otro montón grande en la mesa.

—¡Tú puedes poner las direcciones en los sobres! —dijo Lockhart a Harry, como si se tratara de un placer irresistible—. El primero es para la adorable Gladys Gudgeon, gran admiradora mía.

Los minutos pasaron tan despacio como si fueran horas. Harry dejó que Lockhart hablara sin hacerle ningún caso, diciendo de cuando en cuando «mmm» o «ya» o «vaya». Algunas veces captaba frases del tipo «La fama es una amiga veleidosa, Harry» o «Serás célebre si te comportas como alguien célebre, que no se te olvide».

Las velas se fueron consumiendo y la agonizante luz desdibujaba las múltiples caras que ponía Lockhart ante Harry. Éste pasaba su dolorida mano sobre lo que le parecía que tenía que ser el milésimo sobre y anotaba en él la dirección de Verónica Smethley.

«Debe de ser casi hora de acabar», pensó Harry, derrotado. «Por favor, que falte poco...»

Y en aquel momento oyó algo, algo que no tenía nada que ver con el chisporroteo de las mortecinas velas ni con la cháchara de Lockhart sobre sus admiradoras.

Era una voz, una voz capaz de helar la sangre en las venas, una voz ponzoñosa que dejaba sin aliento, fría como el hielo.

—Ven..., ven a mí... Deja que te desgarre... Deja que te despedace... Déjame matarte...

Harry dio un salto, y un manchón grande de color lila apareció sobre el nombre de la calle de Verónica Smethley.

—¿Qué? —gritó.

—Pues eso —dijo Lockhart—: ¡seis meses enteros encabezando la lista de los más vendidos! ¡Batí todos los récords!

—¡No! —dijo Harry asustado—. ¡La voz!

—¿Cómo dices? —preguntó Lockhart, extrañado—. ¿Qué voz?

—La... la voz que ha dicho... ¿No la ha oído?

Lockhart miró a Harry desconcertado.

—¿De qué hablas, Harry? ¿No te estarías quedando dormido? ¡Por Dios, mira la hora que es! ¡Llevamos con esto casi cuatro horas! Ni lo imaginaba... El tiempo vuela, ¿verdad?

Harry no respondió. Aguzaba el oído tratando de captar de nuevo la voz, pero no oyó otra cosa que a Lockhart diciéndole que otra vez que lo castigaran, no tendría tanta suerte como aquélla. Harry salió, aturdido.

Era tan tarde que la sala común de Gryffindor estaba prácticamente vacía y Harry se fue derecho al dormitorio. Ron no había regresado todavía. Se puso el pijama y se echó en la cama a esperar. Media hora después llegó Ron, con el brazo derecho dolorido y llevando con él un fuerte olor a limpiametales.

—Tengo todos los músculos agarrotados —se quejó, echándose en la cama—. Me ha hecho sacarle brillo catorce veces a una copa de *quidditch* antes de darle el visto bueno. Y vomité otra tanda de babosas sobre el Premio Especial por los Servicios al Colegio. Me llevó un siglo quitar las babas. Bueno, ¿y tú qué tal con Lockhart?

En voz baja, para no despertar a Neville, Dean y Seamus, Harry le contó a Ron con toda exactitud lo que había oído.

—¿Y Lockhart dijo que no había oído nada? —preguntó Ron. A la luz de la luna, Harry podía verle fruncir el entrecejo—. ¿Piensas que mentía? Pero no lo entiendo... Aunque fuera alguien invisible, tendría que haber abierto la puerta.

—Lo sé—dijo Harry, recostándose en la cama y contemplando el dosel—. Yo tampoco lo entiendo.

8

El cumpleaños de muerte

Llegó octubre y un frío húmedo se extendió por los campos y penetró en el castillo. La señora Pomfrey, la enfermera, estaba atareadísima debido a una repentina epidemia de catarro entre profesores y alumnos. Su poción *Pepperup* tenía efectos instantáneos, aunque dejaba al que la tomaba echando humo por las orejas durante varias horas. Como Ginny Weasley tenía mal aspecto, Percy le insistió hasta que la probó. El vapor que le salía de debajo del pelo producía la impresión de que toda su cabeza estaba ardiendo.

Gotas de lluvia del tamaño de balas repicaron contra las ventanas del castillo durante días y días; el nivel del lago subió, los arriates de flores se transformaron en arroyos de agua sucia y las calabazas de Hagrid adquirieron el tamaño de cobertizos. El entusiasmo de Oliver Wood, sin embargo, no se enfrió, y por este motivo Harry, a última hora de una tormentosa tarde de sábado, cuando faltaban pocos días para Halloween, se encontraba volviendo a la torre de Gryffindor, calado hasta los huesos y salpicado de barro.

Aunque no hubiera habido ni lluvia ni viento, aquella sesión de entrenamiento tampoco habría sido agradable. Fred y George, que espiaban al equipo de Slytherin, habían comprobado por sí mismos la velocidad de las nuevas Nimbus 2.001. Dijeron que lo único que podían describir del juego del equipo de Slytherin era que los jugadores cruzaban el aire como centellas y no se les veía de tan rápido como volaban.

Harry caminaba por el corredor desierto con los pies mojados, cuando se encontró a alguien que parecía tan preocupado como él. Nick Casi Decapitado, el fantasma de la torre de Gryffindor, miraba por una ventana, murmurando para sí: «No cumplo con las características... Un centímetro... Si eso...»

—Hola, Nick —dijo Harry.

—Hola, hola —respondió Nick Casi Decapitado, dando un respingo y mirando alrededor. Llevaba un sombrero de plumas muy elegante sobre su largo pelo ondulado, y una túnica con gorguera, que disimulaba el hecho de que su cuello estaba casi completamente seccionado. Tenía la piel pálida como el humo, y a través de él Harry podía ver el cielo oscuro y la lluvia torrencial del exterior.

—Parecéis preocupado, joven Potter —dijo Nick, plegando una carta transparente mientras hablaba, y metiéndosela bajo el jubón.

—Igual que usted —dijo Harry.

—¡Bah! —Nick Casi Decapitado hizo un elegante gesto con la mano—, un asunto sin importancia... No es que realmente tuviera interés en pertenecer... aunque lo solicitara, pero por lo visto «no cumplo con las características». —A pesar de su tono displicente, tenía amargura en el rostro—. Pero cualquiera

pensaría, cualquiera —estalló de repente, volviendo a sacar la carta del bolsillo—, que cuarenta y cinco hachazos en el cuello dados con un hacha mal afilada serían suficientes para permitirle a uno pertenecer al Club de Cazadores Sin Cabeza.

—Desde luego —dijo Harry, que se dio cuenta de que el otro esperaba que le diera la razón.

—Por supuesto, nadie tenía más interés que yo en que todo resultase limpio y rápido, y habría preferido que mi cabeza se hubiera desprendido adecuadamente, quiero decir que eso me habría ahorrado mucho dolor y ridículo. Sin embargo... —Nick Casi Decapitado abrió la carta y leyó indignado:

Sólo nos es posible admitir cazadores cuya cabeza esté separada del correspondiente cuerpo. Comprenderá que, en caso contrario, a los miembros del club les resultaría imposible participar en actividades tales como los Juegos malabares de cabeza sobre el caballo o el Cabeza Polo. Lamentándolo profundamente, por tanto, es mi deber informarle de que usted no cumple con las características requeridas para pertenecer al club. Con mis mejores deseos,

Sir Patrick Delaney-Podmore

Indignado, Nick Casi Decapitado volvió a guardar la carta.

—¡Un centímetro de piel y tendón sostiene la cabeza, Harry! La mayoría de la gente pensaría que estoy bastante decapitado, pero no, eso no es suficiente para sir Bien Decapitado-Podmore.

Nick Casi Decapitado respiró varias veces y dijo después, en un tono más tranquilo:

—Bueno, ¿y a vos qué os pasa? ¿Puedo ayudaros en algo?

—No —dijo Harry—. A menos que sepa dónde puedo conseguir siete escobas Nimbus 2.001 gratuitas para nuestro partido contra Sly..

El resto de la frase de Harry no se pudo oír porque la ahogó un maullido estridente que llegó de algún lugar cercano a sus tobillos. Bajó la vista y se encontró un par de ojos amarillos que brillaban como luces. Era la *Señora Norris*, la gata gris y esquelética que el conserje, Argus Filch, utilizaba como una especie de segundo de a bordo en su guerra sin cuartel contra los estudiantes.

—Será mejor que os vayáis, Harry —dijo Nick apresuradamente—. Filch no está de buen humor. Tiene gripe y unos de tercero, por accidente, pusieron perdido de cerebro de rana el techo de la mazmorra 5; se ha pasado la mañana limpiando, y si os ve manchando el suelo de barro...

—Bien —dijo Harry, alejándose de la mirada acusadora de la *Señora Norris*. Pero no se dio la prisa necesaria. Argus Filch penetró repentinamente por un tapiz que había a la derecha de Harry, llamado por la misteriosa conexión que parecía tener con su repugnante gata, a buscar como un loco y sin descanso a cualquier infractor de las normas. Llevaba al cuello una gruesa bufanda de tela escocesa, y su nariz estaba de un color rojo que no era el habitual.

—¡Suciedad! —gritó, con la mandíbula temblando y los ojos salidos de las órbitas, al tiempo que señalaba el charco de agua sucia que había goteado de la túnica de *quidditch* de Harry—. ¡Suciedad y mugre por todas partes! ¡Hasta aquí podíamos llegar! ¡Sígueme, Potter!

Así que Harry hizo un gesto de despedida a Nick Casi Decapitado y siguió a Filch escaleras abajo, duplicando el número de huellas de barro.

Harry no había entrado nunca en la conserjería de Filch. Era un lugar que evitaban la mayoría de los estudiantes, una habitación lóbrega y desprovista de ventanas, iluminada por una solitaria lámpara de aceite que colgaba del techo, y en la cual persistía un vago olor a pescado frito. En las paredes había archivadores de madera. Por las etiquetas, Harry imaginó que contenían detalles de cada uno de los alumnos que Filch había castigado en alguna ocasión. Fred y George Weasley tenían para ellos solos un cajón entero. Detrás de la mesa de Filch, en la pared, colgaba una colección de cadenas y esposas relucientes. Todos sabían que él siempre pedía a Dumbledore que le dejara colgar del techo por los tobillos a los alumnos.

Filch cogió una pluma de un bote que había en la mesa y empezó a revolver por allí buscando pergamino.

—Cuánta porquería —se quejaba, furioso—: mocos secos de lagarto silbador gigante..., cerebros de rana..., intestinos de ratón... Estoy harto... Hay que dar un escarmiento... ¿Dónde está el formulario? Ajá...

Encontró un pergamino en el cajón de la mesa y lo extendió ante sí, y a continuación mojó en el tintero su larga pluma negra.

—*Nombre:* Harry Potter. *Delito:* ...

—¡Sólo fue un poco de barro! —dijo Harry.

—Sólo es un poco de barro para ti, muchacho, ¡pero para mí es una hora extra fregando! —gritó Filch. Una gota temblaba en la punta de su protuberante nariz—. *Delito:* ensuciar el castillo. *Castigo propuesto:* ...

Secándose la nariz, Filch miró con desagrado a Harry, entornando los ojos. El muchacho aguardaba su sentencia conteniendo la respiración.

Pero cuando Filch bajó la pluma, se oyó un golpe tremendo en el techo de la conserjería, que hizo temblar la lámpara de aceite.

—¡PEEVES! —bramó Filch, tirando la pluma en un acceso de ira—. ¡Esta

vez te voy a pillar, esta vez te pillo!

Y, olvidándose de Harry, salió de la oficina corriendo con sus pies planos y con la *Señora Norris* galopando a su lado.

Peeves era el *poltergeist* del colegio, burlón y volador, que sólo vivía para causar problemas y embrollos. A Harry, Peeves no le gustaba en absoluto, pero en aquella ocasión no pudo evitar sentirse agradecido. Era de esperar que lo que Peeves hubiera hecho (y, a juzgar por el ruido, esta vez debía de haberse cargado algo realmente grande) sería suficiente para que Filch se olvidase de Harry.

Pensando que tendría que aguardar a que Filch regresara, Harry se sentó en una silla apolillada que había junto a la mesa. Aparte del formulario a medio rellenar, sólo había otra cosa en la mesa: un sobre grande, rojo y brillante con unas palabras escritas con tinta plateada. Tras echar a la puerta una fugaz mirada para comprobar que Filch no volvía en aquel momento, Harry cogió el sobre y leyó:

«EMBRUJORRÁPID»

Curso de magia por correspondencia

para principiantes

Intrigado, Harry abrió el sobre y sacó el fajo de pergaminos que contenía. En la primera página, la misma escritura color de plata con florituras decía:

¿Se siente perdido en el mundo de la magia moderna? ¿Busca usted excusas para no llevar a cabo sencillos conjuros? ¿Ha provocado alguna vez la hilaridad de sus amistades por su torpeza con la varita mágica?

¡Aquí tiene la solución!

«Embrujorrápid» es un curso completamente nuevo, infalible, de rápidos resultados y fácil de estudiar. ¡Cientos de brujas y magos se han beneficiado ya del método «Embrujorrápid»!

La señora Z. Nettles, de Topsham, nos ha escrito lo siguiente:

«¡Me había olvidado de todos los conjuros, y mi familia se reía de mis pociones! ¡Ahora, gracias al curso "Embrujorrápid", soy el centro de atención en las reuniones, y mis amigos me ruegan que les dé la

receta de mi Solución Chispeante!»

El brujo D.J Prod, de Didsbury escribe

«Mi mujer decía que mis encantamientos eran una chapuza, pero después de seguir durante un mes su fabuloso curso Embrujorrápid, ¡la he convertido en una vaca!,Gracias Embrujorrápid,»

Extrañado, Harry hojeó el resto del contenido del sobre. ¿Para qué demonios quería Filch un curso de *Embrujorrápid*? ¿Quería esto decir que no era un mago de verdad? Harry leía «Lección primera: Cómo sostener la varita. Consejos útiles», cuando un ruido de pasos arrastrados le indicó que Filch regresaba. Metiendo los pergaminos en el sobre, lo volvió a dejar en la mesa y en aquel preciso momento se abrió la puerta.

Filch parecía triunfante.

—¡Ese armario evanescente era muy valioso! —decía con satisfacción a la *Señora Norris*—. Esta vez Peeves es nuestro, querida.

Sus ojos tropezaron con Harry y luego se dirigieron como una bala al sobre de *Embrujorrápid* que, como Harry comprendió demasiado tarde, estaba a medio metro de distancia de donde se encontraba antes.

La cara pálida de Filch se puso de un rojo subido. Harry se preparó para acometer un maremoto de furia. Filch se acercó a la mesa cojeando, cogió el sobre y lo metió en un cajón.

—¿Has... lo has leído? —farfulló.

—No —se apresuró a mentir.

Filch se retorcía las manos nudosas.

—Si has leído mi correspondencia privada..., bueno, no es mía..., es para un amigo..., es que claro..., bueno pues...

Harry lo miraba alarmado; nunca había visto a Filch tan alterado. Los ojos se le salían de las órbitas y en una de sus hinchadas mejillas había aparecido un tic que la bufanda de tejido escocés no lograba ocultar.

—Muy bien, vete... y no digas una palabra... No es que..., sin embargo, si no lo has leído... Vete, tengo que escribir el informe sobre Peeves... Vete...

Asombrado de su buena suerte, Harry salió de la conserjería a toda prisa, subió por el corredor y volvió a las escaleras. Salir de la conserjería de Filch sin haber recibido ningún castigo era seguramente un récord.

—¡Harry! ¡Harry! ¿Funcionó?

Nick Casi Decapitado salió de un aula deslizándose. Tras él, Harry podía ver los restos de un armario grande, de color negro y dorado, que parecía haber caído de una gran altura.

—Convencí a Peeves para que lo estrellara justo encima de la conserjería de Filch —dijo Nick emocionado—; pensé que eso le podría distraer.

—¿Ha sido usted? —dijo Harry, agradecido—. Claro que funcionó, ni siquiera me van a castigar. ¡Gracias, Nick!

Se fueron andando juntos por el corredor. Nick Casi Decapitado, según notó Harry, sostenía aún la carta con la negativa de sir Patrick.

—Me gustaría poder hacer algo para ayudarle en el asunto del club —dijo Harry.

Nick Casi Decapitado se detuvo sobre sus huellas, y Harry pasó a través de él. Lamentó haberlo hecho; fue como pasar por debajo de una ducha de agua fría.

—Pero hay algo que podríais hacer por mí —dijo Nick emocionado—. Harry, ¿sería mucho pedir...? No, no vais a querer...

—¿Qué es? —preguntó Harry.

—Bueno, el próximo día de Todos los Santos se cumplen quinientos años de mi muerte —dijo Nick Casi Decapitado, irguiéndose y poniendo aspecto de importancia.

—¡Ah! —exclamó Harry, no muy seguro de si tenía que alegrarse o entristecerse—. ¡Bueno!

—Voy a dar una fiesta en una de las mazmorras mas amplias. Vendrán amigos míos de todas partes del país. Para mí sería un gran honor que vos pudierais asistir. Naturalmente, el señor Weasley y la señorita Granger también están invitados. Pero me imagino que preferiréis ir a la fiesta del colegio. —Miró a Harry con inquietud.

—No —dijo Harry enseguida—, iré...

—¡Mi estimado muchacho! ¡Harry Potter en mi cumpleaños de muerte! Y... —dudó, emocionado—. ¿Tal vez podríais mencionarle a sir Patrick lo horrible y espantoso que os resulto?

—Por supuesto —contestó Harry.

Nick Casi Decapitado le dirigió una sonrisa.

• • •

—¿Un cumpleaños de muerte? —dijo Hermione entusiasmada, cuando Harry se hubo cambiado de ropa y reunido con ella y Ron en la sala común—. Estoy segura de que hay muy poca gente que pueda presumir de haber estado en una fiesta como ésta. ¡Será fascinante!

—¿Para qué quiere uno celebrar el día en que ha muerto? —dijo Ron, que iba por la mitad de su deberes de Pociones y estaba de mal humor—. Me suena a aburrimiento mortal.

La lluvia seguía azotando las ventanas, que se veían oscuras, aunque dentro todo parecía brillante y alegre. La luz de la chimenea iluminaba las mullidas butacas en que los estudiantes se sentaban a leer, a hablar, a hacer los deberes o, en el caso de Fred y George Weasley, a intentar averiguar qué es lo que sucede si se le da de comer a una salamandra una bengala del doctor Filibuster. Fred había «rescatado» aquel lagarto de color naranja, espíritu del fuego, de una clase de Cuidado de Criaturas Mágicas y ahora ardía lentamente sobre una mesa, rodeado de un corro de curiosos.

Harry estaba a punto de comentar a Ron y Hermione el caso de Filch y el curso *Embrujorrápid*, cuando de pronto la salamandra pasó por el aire zumbando, arrojando chispas y produciendo estallidos mientras daba vueltas por la sala. La imagen de Percy riñendo a Fred y George hasta enronquecer, la espectacular exhibición de chispas de color naranja que salían de la boca de la salamandra, y su caída en el fuego, con acompañamiento de explosiones, hicieron que Harry olvidara por completo a Filch y el curso *Embrujorrápid*.

Cuando llegó Halloween, Harry ya estaba arrepentido de haberse comprometido a ir a la fiesta de cumpleaños de muerte. El resto del colegio estaba preparando la fiesta de Halloween; habían decorado el Gran Comedor con los murciélagos vivos de costumbre; las enormes calabazas de Hagrid habían sido convertidas en lámparas tan grandes que tres hombres habrían podido sentarse dentro, y corrían rumores de que Dumbledore había contratado una compañía de esqueletos bailarines para el espectáculo.

—Lo prometido es deuda —recordó Hermione a Harry en tono autoritario—. Y tú le prometiste ir a su fiesta de cumpleaños de muerte.

Así que a las siete en punto, Harry, Ron y Hermione atravesaron el Gran Comedor, que estaba lleno a rebosar y donde brillaban tentadoramente los platos dorados y las velas, y dirigieron sus pasos hacia las mazmorras.

También estaba iluminado con hileras de velas el pasadizo que conducía a la fiesta de Nick Casi Decapitado, aunque el efecto que producían no era alegre en absoluto, porque eran velas largas y delgadas, de color negro

azabache, con una llama azul brillante que arrojaba una luz oscura y fantasmal incluso al iluminar las caras de los vivos. La temperatura descendía a cada paso que daban. Al tiempo que se ajustaba la túnica, Harry oyó un sonido como si mil uñas arañasen una pizarra.

—¿A esto le llaman música? —se quejó Ron. Al doblar una esquina del pasadizo, encontraron a Nick Casi Decapitado ante una puerta con colgaduras negras.

—Queridos amigos —dijo con profunda tristeza—, bienvenidos, bienvenidos... Os agradezco que hayáis venido...

Hizo una floritura con su sombrero de plumas y una reverencia señalando hacia el interior.

Lo que vieron les pareció increíble. La mazmorra estaba llena de cientos de personas transparentes, de color blanco perla. La mayoría se movían sin ánimo por una sala de baile abarrotada, bailando el vals al horrible y trémulo son de las treinta sierras de una orquesta instalada sobre un escenario vestido de tela negra. Del techo colgaba una lámpara que daba una luz azul medianoche. Al respirar les salía humo de la boca; aquello era como estar en un frigorífico.

—¿Damos una vuelta? —propuso Harry, con la intención de calentarse los pies.

—Cuidado no vayas a atravesar a nadie —advirtió Ron, algo nervioso, mientras empezaban a bordear la sala de baile. Pasaron por delante de un grupo de monjas fúnebres, de una figura harapienta que arrastraba cadenas y del Fraile Gordo, un alegre fantasma de Hufflepuff que hablaba con un caballero que tenía clavada una flecha en la frente. Harry no se sorprendió de que los demás fantasmas evitaran al Barón Sanguinario, un fantasma de Slytherin, adusto, de mirada impertinente y que exhibía manchas de sangre plateadas.

—Oh, no —dijo Hermione, parándose de repente—. Volvamos, volvamos, no quiero hablar con Myrtle *la Llorona*.

—¿Con quién? —le preguntó Harry, retrocediendo rápidamente.

—Ronda siempre los lavabos de chicas del segundo piso —dijo Hermione.

—¿Los lavabos?

—Sí. No los hemos podido utilizar en todo el curso porque siempre le dan tales llantinas que lo deja todo inundado. De todas maneras, nunca entro en ellos si puedo evitarlo, es horroroso ir al servicio mientras la oyes llorar.

—¡Mira, comida! —dijo Ron.

Al otro lado de la mazmorra había una mesa larga, cubierta también con terciopelo negro. Se acercaron con entusiasmo, pero ante la mesa se quedaron

inmóviles, horrorizados. El olor era muy desagradable. En unas preciosas fuentes de plata había unos pescados grandes y podridos; los pasteles, completamente quemados, se amontonaban en las bandejas; había un pastel de vísceras con gusanos, un queso cubierto de un esponjoso moho verde y, como plato estrella de la fiesta, un gran pastel gris en forma de lápida funeraria, decorado con unas letras que parecían de alquitrán y que componían las palabras:

Sir Nicholas de Mimsy-Porpington,

fallecido el 31 de octubre de 1492.

Harry contempló, asombrado, que un fantasma corpulento se acercaba y, avanzando en cuclillas para ponerse a la altura de la comida, atravesaba la mesa con la boca abierta para ensartar por ella un salmón hediondo.

—¿Le encuentras el sabor de esa manera? —le preguntó Harry.

—Casi —contestó con tristeza el fantasma, y se alejó sin rumbo.

—Supongo que lo habrán dejado pudrirse para que tenga más sabor —dijo Hermione con aire de entendida, tapándose la nariz e inclinándose para ver más de cerca el pastel de vísceras podrido.

—Vámonos, me dan náuseas —dijo Ron.

Pero apenas se habían dado la vuelta cuando un hombrecito surgió de repente de debajo de la mesa y se detuvo frente a ellos, suspendido en el aire.

—Hola, Peeves —dijo Harry, con precaución.

A diferencia de los fantasmas que había alrededor, Peeves el *poltergeist* no era ni gris ni transparente. Llevaba sombrero de fiesta de color naranja brillante, pajarita giratoria y exhibía una gran sonrisa en su cara ancha y malvada.

—¿Picáis? —invitó amablemente, ofreciéndoles un cuenco de cacahuetes recubiertos de moho.

—No, gracias —dijo Hermione.

—Os he oído hablar de la pobre Myrtle —dijo Peeves, moviendo los ojos—. No has sido muy amable con la pobre Myrtle. —Tomó aliento y gritó—: ¡EH! ¡MYRTLE!

—No, Peeves, no le digas lo que he dicho, le afectará mucho —susurró Hermione, desesperada—. No quise decir eso, no me importa que ella... Eh, hola, Myrtle.

Hasta ellos se había deslizado el fantasma de una chica rechoncha. Tenía la cara más triste que Harry hubiera visto nunca, medio oculta por un pelo lacio y basto y unas gruesas gafas de concha.

—¿Qué? —preguntó enfurruñada.

—¿Cómo estás, Myrtle? —dijo Hermione, fingiendo un tono animado—. Me alegro de verte fuera de los lavabos.

Myrtle sollozó.

—Ahora mismo la señorita Granger estaba hablando de ti —dijo Peeves a Myrtle al oído, maliciosamente.

—Sólo comentábamos..., comentábamos... lo guapa que estás esta noche —dijo Hermione, mirando a Peeves.

Myrtle dirigió a Hermione una mirada recelosa.

—Te estás burlando de mí —dijo, y unas lágrimas plateadas asomaron inmediatamente a sus ojos pequeños, detrás de las gafas.

—No, lo digo en serio... ¿Verdad que estaba comentando lo guapa que está Myrtle esta noche? —dijo Hermione, dándoles fuertemente a Harry y Ron con los codos en las costillas.

—Sí, sí.

—Claro.

—No me mintáis —dijo Myrtle entre sollozos, con las lágrimas cayéndole por la cara, mientras Peeves, que estaba encima de su hombro, se reía entre dientes—. ¿Creéis que no sé cómo me llama la gente a mis espaldas? ¡Myrtle la gorda! ¡Myrtle la fea! ¡Myrtle la desgraciada, la llorona, la triste!

—Se te ha olvidado «la granos» —dijo Peeves al oído.

Myrtle *la Llorona* estalló en sollozos angustiados y salió de la mazmorra corriendo. Peeves corrió detrás de ella, tirándole cacahuetes mohosos y gritándole: «¡La granos! ¡La granos!»

—¡Dios mío! —dijo Hermione con tristeza.

Nick Casi Decapitado iba hacia ellos entre la multitud.

—¿Os lo estáis pasando bien?

—¡Sí! —mintieron.

—Ha venido bastante gente —dijo con orgullo Nick Casi Decapitado—. Mi Desconsolada Viuda ha venido de Kent. Bueno, ya es casi la hora de mi discurso, así que voy a avisar a la orquesta.

La orquesta, sin embargo, dejó de tocar en aquel mismo instante. Se había oído un cuerno de caza y todos los que estaban en la mazmorra quedaron en silencio, a la expectativa.

—Ya estamos —dijo Nick Casi Decapitado con cierta amargura.

A través de uno de los muros de la mazmorra penetraron una docena de caballos fantasma, montados por sendos jinetes sin cabeza. Los asistentes aplaudieron con fuerza; Harry también empezó a aplaudir, pero se detuvo al ver la cara fúnebre de Nick.

Los caballos galoparon hasta el centro de la sala de baile y se detuvieron encabritándose; un fantasma grande que iba delante, y que llevaba bajo el brazo su cabeza barbada y soplaba el cuerno, descabalgó de un brinco, levantó la cabeza en el aire para poder mirar por encima de la multitud, con lo que todos se rieron, y se acercó con paso decidido a Nick Casi Decapitado, ajustándose la cabeza en el cuello.

—¡Nick! —dijo con voz ronca—, ¿cómo estás? ¿Todavía te cuelga la cabeza?

Rompió en una sonora carcajada y dio a Nick Casi Decapitado unas palmadas en el hombro.

—Bienvenido, Patrick —dijo Nick con frialdad.

—¡Vivos! —dijo sir Patrick, al ver a Harry, Ron y Hermione. Dio un salto tremendo pero fingido de sorpresa y la cabeza volvió a caérsele.

La gente se rió otra vez.

—Muy divertido —dijo Nick Casi Decapitado con voz apagada.

—¡No os preocupéis por Nick! —gritó desde el suelo la cabeza de sir Patrick—. ¡Aunque se enfade, no le dejaremos entrar en el club! Pero quiero decir..., mirad el amigo...

—Creo —dijo Harry a toda prisa, en respuesta a una mirada elocuente de Nick— que Nick es terrorífico y esto..., mmm...

—¡Ja! —gritó la cabeza de sir Patrick—, apuesto a que Nick te pidió que dijeras eso.

—¡Si me conceden su atención, ha llegado el momento de mi discurso! —dijo en voz alta Nick Casi Decapitado, caminando hacia el estrado con paso decidido y colocándose bajo un foco de luz de un azul glacial.

»Mis difuntos y afligidos señores y señoras, es para mí una gran tristeza...

Pero nadie le prestaba atención. Sir Patrick y el resto del Club de Cazadores Sin Cabeza acababan de comenzar un juego de Cabeza Hockey y la gente se agolpaba para mirar. Nick Casi Decapitado trató en vano de

recuperar la atención, pero desistió cuando la cabeza de sir Patrick le pasó al lado entre vítores.

Harry sentía mucho frío, y no digamos hambre.

—No aguanto más —dijo Ron, con los dientes castañeteando, cuando la orquesta volvió a tocar y los fantasmas volvieron al baile.

—Vámonos —dijo Harry.

Fueron hacia la puerta, sonriendo e inclinando la cabeza a todo el que los miraba, y un minuto más tarde subían a toda prisa por el pasadizo lleno de velas negras.

Quizás aún quede pudín —dijo Ron con esperanza, abriendo el camino hacia la escalera del vestíbulo.

Y entonces Harry lo oyó.

—*... Desgarrar... Despedazar... Matar...*

Fue la misma voz, la misma voz fría, asesina, que había oído en el despacho de Lockhart.

Trastabilló al detenerse, y tuvo que sujetarse al muro de piedra. Escuchó lo más atentamente que pudo, al tiempo que miraba con los ojos entornados a ambos lados del pasadizo pobremente iluminado.

—Harry, ¿qué...?

—Es de nuevo esa voz... Callad un momento...

—*... deseado... durante tanto tiempo...*

—¡Escuchad! —dijo Harry, y Ron y Hermione se quedaron inmóviles, mirándole.

—*... matar... Es la hora de matar...*

La voz se fue apagando. Harry estaba seguro de que se alejaba... hacia arriba. Al mirar al oscuro techo, se apoderó de él una mezcla de miedo y emoción. ¿Cómo podía irse hacia arriba? ¿Se trataba de un fantasma, para quien no era obstáculo un techo de piedra?

—¡Por aquí! —gritó, y se puso a correr escaleras arriba hasta el vestíbulo. Allí era imposible oír nada, debido al ruido de la fiesta de Halloween que tenía lugar en el Gran Comedor. Harry apretó el paso para alcanzar rápidamente el primer piso. Ron y Hermione lo seguían.

—Harry, ¿qué estamos...?

—¡Chssst!

Harry aguzó el oído. En la distancia, proveniente del piso superior, y cada vez más débil, oyó de nuevo la voz:... *huelo sangre... ¡HUELO SANGRE!*

El corazón le dio un vuelco.

—¡Va a matar a alguien! —gritó, y sin hacer caso de las caras desconcertadas de Ron y Hermione, subió el siguiente tramo saltando los escalones de tres en tres, intentando oír a pesar del ruido de sus propios pasos.

Harry recorrió a toda velocidad el segundo piso, y Ron y Hermione lo seguían jadeando. No pararon hasta que doblaron la esquina del último corredor, también desierto.

—Harry, ¿qué pasaba? —le preguntó Ron, secándose el sudor de la cara. Yo no oí nada...

Pero Hermione dio de repente un grito ahogado, y señaló al corredor.

—¡Mirad!

Delante de ellos, algo brillaba en el muro. Se aproximaron, despacio, intentando ver en la oscuridad con los ojos entornados. En el espacio entre dos ventanas, brillando a la luz que arrojaban las antorchas, había en el muro unas palabras pintadas de más de un palmo de altura.

LA CAMARA DE LOS SECRETOS HA SIDO ABIERTA.

TEMED, ENEMIGOS DEL HEREDERO.

—¿Qué es lo que cuelga ahí debajo? —preguntó Ron, con un leve temblor en la voz.

Al acercarse más, Harry casi resbala por un gran charco de agua que había en el suelo. Ron y Hermione lo sostuvieron, y juntos se acercaron despacio a la inscripción, con los ojos fijos en la sombra negra que se veía debajo. Los tres comprendieron a la vez lo que era, y dieron un brinco hacia atrás.

La *Señora Norris,* la gata del conserje, estaba colgada por la cola en una argolla de las que se usaban para sujetar antorchas. Estaba rígida como una tabla, con los ojos abiertos y fijos.

Durante unos segundos, no se movieron. Luego dijo Ron:

—Vámonos de aquí.

—No deberíamos intentar... —comenzó a decir Harry, sin encontrar las

palabras.

—Hacedme caso —dijo Ron—; mejor que no nos encuentren aquí.

Pero era demasiado tarde. Un ruido, como un trueno distante, indicó que la fiesta acababa de terminar. De cada extremo del corredor en que se encontraban, llegaba el sonido de cientos de pies que subían las escaleras y la charla sonora y alegre de gente que había comido bien. Un momento después, los estudiantes irrumpían en el corredor por ambos lados.

La charla, el bullicio y el ruido se apagaron de repente cuando vieron la gata colgada. Harry, Ron y Hermione estaban solos, en medio del corredor, cuando se hizo el silencio entre la masa de estudiantes, que presionaban hacia delante para ver el truculento espectáculo.

Luego, alguien gritó en medio del silencio:

—¡Temed, enemigos del heredero! ¡Los próximos seréis los *sangre sucia*!

Era Draco Malfoy, que había avanzado hasta la primera fila. Tenía una expresión alegre en los ojos, y la cara, habitualmente pálida, se le enrojeció al sonreír ante el espectáculo de la gata que colgaba inmóvil.

9

La inscripción en el muro

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasa?

Atraído sin duda por el grito de Malfoy, Argus Filch se abría paso a empujones. Vio a la *Señora Norris* y se echó atrás, llevándose horrorizado las manos a la cara.

—¡Mi gata! ¡Mi gata! ¿Qué le ha pasado a la *Señora Norris*? —chilló. Con los ojos fuera de las órbitas, se fijó en Harry—. ¡Tú! —chilló—. ¡Tú! ¡Tú has matado a mi gata! ¡Tú la has matado! ¡Y yo te mataré a ti! ¡Te...!

—¡Argus!

Había llegado Dumbledore, seguido de otros profesores. En unos

segundos, pasó por delante de Harry, Ron y Hermione y sacó a la *Señora Norris* de la argolla.

—Ven conmigo, Argus —dijo a Filch—. Vosotros también, Potter, Weasley y Granger.

Lockhart se adelantó algo asustado.

—Mi despacho es el más próximo, director, nada más subir las escaleras. Puede disponer de él.

—Gracias, Gilderoy —respondió Dumbledore.

La silenciosa multitud se apartó para dejarles paso. Lockhart, nervioso y dándose importancia, siguió a Dumbledore a paso rápido; lo mismo hicieron la profesora McGonagall y el profesor Snape.

Cuando entraron en el oscuro despacho de Lockhart, hubo gran revuelo en las paredes; Harry se dio cuenta de que algunas de las fotos de Lockhart se escondían de la vista, porque llevaban los rulos puestos. El Lockhart de carne y hueso encendió las velas de su mesa y se apartó. Dumbledore dejó a la *Señora Norris* sobre la pulida superficie y se puso a examinarla. Harry, Ron y Hermione intercambiaron tensas miradas y, echando una ojeada a los demás, se sentaron fuera de la zona iluminada por las velas.

Dumbledore acercó la punta de su nariz larga y ganchuda a una distancia de apenas dos centímetros de la piel de la *Señora Norris*. Examinó el cuerpo de cerca con sus lentes de media luna, dándole golpecitos y reconociéndolo con sus largos dedos. La profesora McGonagall estaba casi tan inclinada como él, con los ojos entornados. Snape estaba muy cerca detrás de ellos, con una expresión peculiar, como si estuviera haciendo grandes esfuerzos para no sonreír. Y Lockhart rondaba alrededor del grupo, haciendo sugerencias.

—Puede concluirse que fue un hechizo lo que le produjo la muerte..., quizá la Tortura Metamórfica. He visto muchas veces sus efectos. Es una pena que no me encontrara allí, porque conozco el contrahechizo que la habría salvado.

Los sollozos sin lágrimas, convulsivos, de Filch acompañaban los comentarios de Lockhart. El conserje se desplomó en una silla junto a la mesa, con la cara entre las manos, incapaz de dirigir la vista a la *Señora Norris*. Pese a lo mucho que detestaba a Filch, Harry no pudo evitar sentir compasión por él, aunque no tanta como la que sentía por sí mismo. Si Dumbledore creía a Filch, lo expulsarían sin ninguna duda.

Dumbledore murmuraba ahora extrañas palabras en voz casi inaudible. Golpeó a la *Señora Norris* con su varita, pero no sucedió nada; parecía como si acabara de ser disecada.

—... Recuerdo que sucedió algo muy parecido en Uagadugú —dijo Lockhart—, una serie de ataques. La historia completa está en mi autobiografía. Pude proveer al poblado de varios amuletos que acabaron con el peligro inmediatamente.

Todas las fotografías de Lockhart que había en las paredes movieron la cabeza de arriba abajo confirmando lo que éste decía. A una se le había olvidado quitarse la redecilla del pelo.

Finalmente, Dumbledore se incorporó.

—No está muerta, Argus —dijo con cautela.

Lockhart interrumpió de repente su cálculo del número de asesinatos evitados por su persona.

—¿Que no está muerta? —preguntó Filch entre sollozos, mirando por entre los dedos a la *Señora Norris*—. ¿Y por qué está rígida?

—La han petrificado —explicó Dumbledore.

—Ah, ya me parecía a mí... —dijo Lockhart.

—Pero no podría decir como...

—¡Pregúntele! —chilló Filch, volviendo a Harry su cara con manchas y llena de lágrimas.

—Ningún estudiante de segundo curso podría haber hecho esto —dijo Dumbledore con firmeza—. Es magia negra muy avanzada.

—¡Lo hizo él! —saltó Filch, y su hinchado rostro enrojeció—. ¡Ya ha visto lo que escribió en el muro! Él encontró... en la conserjería... Sabe que soy, que soy un... —Filch hacía unos gestos horribles—. ¡Sabe que soy un *squib*! —concluyó.

—¡No he tocado a la *Señora Norris*! —dijo Harry con voz potente, sintiéndose incómodo al notar que todos lo miraban, incluyendo los Lockhart que había en las paredes—. Y ni siquiera sé lo que es un *squib*.

—¡Mentira! —gruñó Filch—. ¡Él vio la carta de *Embrujorrápid*!

—Si se me permite hablar, señor director —dijo Snape desde la penumbra, y Harry se asustó aún más, porque estaba seguro de que Snape no diría nada que pudiera beneficiarle—, Potter y sus amigos simplemente podrían haberse encontrado en el lugar menos adecuado en el momento menos oportuno —dijo, aunque con una leve expresión de desprecio en los labios, como silo pusiera en duda—; sin embargo, aquí tenemos una serie de circunstancias sospechosas: ¿por qué se encontraban en el corredor del piso superior? ¿Por qué no estaban en la fiesta de Halloween?

Harry, Ron y Hermione se pusieron a dar a la vez una explicación sobre la fiesta de cumpleaños de muerte.

—... había cientos de fantasmas que podrán testificar que estábamos allí.

—Pero ¿por qué no os unisteis a la fiesta después? —preguntó Snape. Los

ojos negros le brillaban a la luz de las velas—. ¿Por qué subisteis al corredor?

Ron y Hermione miraron a Harry.

—Porque..., porque... —dijo Harry, con el corazón latiéndole a toda prisa; algo le decía que parecería muy rebuscado si explicaba que lo había conducido hasta allí una voz que no salía de ningún sitio y que nadie sino él había podido oír—, porque estábamos cansados y queríamos ir a la cama —dijo.

—¿Sin cenar? —preguntó Snape. Una sonrisa de triunfo había aparecido en su adusto rostro—. No sabía que los fantasmas dieran en sus fiestas comida buena para los vivos.

—No teníamos hambre —dijo Ron con voz potente, y las tripas le rugieron en aquel preciso instante.

La desagradable sonrisa de Snape se ensanchó más.

—Tengo la impresión, señor director, de que Potter no está siendo completamente sincero —dijo—. Podría ser una buena idea privarle de determinados privilegios hasta que se avenga a contarnos toda la verdad. Personalmente, creo que debería ser apartado del equipo de *quidditch* de Gryffindor hasta que decida no mentir.

—Francamente, Severus —dijo la profesora McGonagall bruscamente—, no veo razón para que el muchacho deje de jugar al *quidditch*. Este gato no ha sido golpeado en la cabeza con el palo de una escoba. No tenemos ninguna prueba de que Potter haya hecho algo malo.

Dumbledore miraba a Harry de forma inquisitiva. Ante los vivos ojos azul claro del director, Harry se sentía como si le examinaran por rayos X.

—Es inocente hasta que se demuestre lo contrario, Severus —dijo con firmeza.

Snape parecía furioso. Igual que Filch.

—¡Han petrificado a mi gata! —gritó. Tenía los ojos desorbitados—. ¡Exijo que se castigue a los culpables!

—Podremos curarla, Argus —dijo Dumbledore armándose de paciencia—. La señora Sprout ha conseguido mandrágoras recientemente. En cuanto hayan crecido, haré una poción con la que revivir a la *Señora Norris*.

—La haré yo —acometió Lockhart—. Creo que la he preparado unas cien veces, podría hacerla hasta dormido.

—Disculpe —dijo Snape con frialdad—, pero creo que el profesor de Pociones de este colegio soy yo.

Hubo un silencio incómodo.

—Podéis iros —dijo Dumbledore a Harry, Ron y Hermione.

Se fueron deprisa pero sin correr. Cuando estuvieron un piso más arriba del despacho de Lockhart, entraron en un aula vacía y cerraron la puerta con cuidado. Harry miró las caras ensombrecidas de sus amigos.

—¿Creéis que tendría que haberles hablado de la voz que oí?

—No —dijo Ron sin dudar—. Oír voces que nadie puede oír no es buena señal, ni siquiera en el mundo de los magos.

Había algo en la voz de Ron que hizo que Harry le preguntase:

—Tú me crees, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Ron rápidamente—. Pero... tienes que admitir que parece raro...

—Sí, ya sé que parece raro —admitió Harry—. Todo el asunto es muy raro. ¿Qué era lo que estaba escrito en el muro? «La cámara ha sido abierta.» ¿Qué querrá decir?

—El caso es que me suena un poco —dijo Ron despacio—. Creo que alguien me contó una vez una historia de que había una cámara secreta en Hogwarts...; a lo mejor fue Bill.

—¿Y qué demonios es un *squib*? —preguntó Harry.

Para sorpresa de Harry, Ron ahogó una risita.

—Bueno, no es que sea divertido realmente... pero tal como es Filch... —dijo—. Un *squib* es alguien nacido en una familia de magos, pero que no tiene poderes mágicos. Todo lo contrario a los magos hijos de familia *muggle*, sólo que los *squibs* son casos muy raros. Si Filch está tratando de aprender magia mediante un curso de *Embrujorrápid*, seguro que es un *squib*. Eso explica muchas cosas, como que odie tanto a los estudiantes. —Ron sonrió con satisfacción—. Es un amargado.

De algún lugar llegó el sonido de un reloj.

—Es medianoche —señaló Harry—. Es mejor que nos vayamos a dormir antes de que Snape nos encuentre y quiera acusarnos de algo más.

Durante unos días, en la escuela no se habló de otra cosa que de lo que le habían hecho a la *Señora Norris*. Filch mantenía vivo el recuerdo en la memoria de todos haciendo guardia en el punto en que la habían encontrado, como si pensara que el culpable volvería al escenario del crimen. Harry le había visto fregar la inscripción del muro con el *Quitamanchas mágico*

multiusos de la señora Skower, pero no había servido de nada: las palabras seguían tan brillantes como el primer día. Cuando Filch no vigilaba el escenario del crimen, merodeaba por los corredores con los ojos enrojecidos, ensañándose con estudiantes que no tenían ninguna culpa e intentando castigarlos por faltas imaginarias como «respirar demasiado fuerte» o «estar contento».

Ginny Weasley parecía muy afectada por el destino de la *Señora Norris*. Según Ron, era una gran amante de los gatos.

—Pero si no conocías a la *Señora Norris* —le dijo Ron para animarla—. La verdad es que estamos mucho mejor sin ella. —A Ginny le tembló el labio—. Cosas como éstas no suelen suceder en Hogwarts. Atraparán al que haya sido y lo echarán de aquí inmediatamente. Sólo espero que le dé tiempo a petrificar a Filch antes de que lo expulsen. Esto es broma... —añadió apresuradamente, al ver que Ginny se ponía blanca.

Aquel acto vandálico también había afectado a Hermione. Ya era habitual en ella pasar mucho tiempo leyendo, pero ahora prácticamente no hacía otra cosa. Cuando le preguntaban qué buscaba, no obtenían respuesta, y tuvieron que esperar al miércoles siguiente para enterarse.

Harry se había tenido que quedar después de la clase de Pociones, porque Snape le había mandado limpiar los gusanos de los pupitres. Tras comer apresuradamente, subió para encontrarse con Ron en la biblioteca, donde vio a Justin Finch-Fletchey, el chico de la casa de Hufflepuff con el que coincidían en Herbología, que se le acercaba. Harry acababa de abrir la boca para decir «hola» cuando Justin lo vio, cambió de repente de rumbo y se marchó deprisa en sentido opuesto.

Harry encontró a Ron al fondo de la biblioteca, midiendo sus deberes de Historia de la Magia. El profesor Binns les había mandado un trabajo de un metro de largo sobre «La Asamblea Medieval de Magos de Europa».

—No puede ser, todavía me quedan veinte centímetros... —dijo furioso Ron soltando el pergamino, que recuperó su forma de rollo— y Hermione ha llegado al metro y medio con su letra diminuta.

—¿Dónde está? —preguntó Harry, cogiendo la cinta métrica y desenrollando su trabajo.

—En algún lado por allá —respondió Ron, señalando hacia las estanterías—. Buscando otro libro. Creo que quiere leerse la biblioteca entera antes de Navidad.

Harry le contó a Ron que Justin Finch-Fletchey lo había esquivado y se había alejado de él a toda prisa.

—No sé por qué te preocupa, si siempre has pensado que era un poco idiota —dijo Ron, escribiendo con la letra más grande que podía—. Todas esas tonterías sobre lo maravilloso que es Lockhart...

Hermione surgió de entre las estanterías. Parecía disgustada pero dispuesta a hablarles por fin.

—No queda ni uno de los ejemplares que había en el cdegio; se han llevado la *Historia de Hogwarts* —dijo, sentándose junto a Harry y Ron—. Y hay una lista de espera de dos semanas. Lamento haberme dejado en casa mi ejemplar, pero con todos los libros de Lockhart, no me cabía en el baúl.

—¿Para qué lo quieres? —le preguntó Harry.

—Para lo mismo que el resto de la gente —contestó Hermione—: para leer la leyenda de la Cámara de los Secretos.

—¿Qué es eso? —preguntó Harry al instante.

—Eso quisiera yo saber. Pero no lo recuerdo —contestó Hermione, mordiéndose el labio—. Y no consigo encontrar la historia en ningún otro lado.

—Hermione, déjame leer tu trabajo —le pidió Ron desesperado, mirando el reloj.

—No, no quiero —dijo Hermione, repentinamente severa—. Has tenido diez días para acabarlo.

—Sólo me faltan seis centímetros, venga.

Sonó la campana. Ron y Hermione se encaminaron al aula de Historia de la Magia, discutiendo.

Historia de la Magia era la asignatura más aburrida de todas. El profesor Binns, que la impartía, era el único profesor fantasma que tenían, y lo más emocionante que sucedía en sus clases era su entrada en el aula, a través de la pizarra. Viejo y consumido, mucha gente decía de él que no se había dado cuenta de que se había muerto. Simplemente, un día se había levantado para ir a dar clase, y se había dejado el cuerpo en una butaca, delante de la chimenea de la sala de profesores. Desde entonces, había seguido la misma rutina sin la más leve variación.

Aquel día fue igual de aburrido. El profesor Binns abrió sus apuntes y los leyó con un sonsonete monótono, como el de una aspiradora vieja, hasta que casi toda la clase hubo entrado en un sopor profundo, sólo alterado de vez en cuando el tiempo suficiente para tomar nota de un nombre o de una fecha, y volver a adormecerse. Llevaba una media hora hablando cuando ocurrió algo insólito: Hermione alzó la mano.

El profesor Binns, levantando la vista a mitad de una lección horrorosamente aburrida sobre la Convención Internacional de Brujos de 1289, pareció sorprendido.

—¿Señorita...?

—Granger, profesor. Pensaba que quizá usted pudiera hablarnos sobre la

Cámara de los Secretos —dijo Hermione con voz clara.

Dean Thomas, que había permanecido boquiabierto, mirando por la ventana, salió de su trance dando un respingo. Lavender Brown levantó la cabeza y a Neville le resbaló el codo de la mesa.

El profesor Binns parpadeó.

—Mi disciplina es la Historia de la Magia —dijo con su voz seca, jadeante—. Me ocupo de los hechos, señorita Granger, no de los mitos ni de las leyendas. —Se aclaró la garganta con un pequeño ruido que fue como un chirrido de tiza, y prosiguió—: En septiembre de aquel año, un subcomité de hechiceros sardos...

Balbució y se detuvo. De nuevo, en el aire, se agitaba la mano de Hermione.

—¿Señorita Grant?

—Disculpe, señor, ¿no tienen siempre las leyendas una base real?

El profesor Binns la miraba con tal estupor, que Harry adivinó que ningún estudiante lo había interrumpido nunca, ni estando vivo ni estando muerto.

—Veamos —dijo lentamente el profesor Binns—, sí, creo que eso se podría discutir. —Miró a Hermione como si nunca hubiera visto bien a un estudiante—. Sin embargo, la leyenda por la que usted me pregunta es una patraña hasta tal punto exagerada, yo diría incluso absurda...

La clase entera estaba ahora pendiente de las palabras del profesor Binns; éste miró a sus alumnos y vio que todas las caras estaban vueltas hacia él. Harry se sentía completamente desconcertado al ver unas muestras de interés tan inusitadas.

—Muy bien —dijo despacio—. Veamos... la Cámara de los Secretos... Todos ustedes saben, naturalmente, que Hogwarts fue fundado hace unos mil años (no sabemos con certeza la fecha exacta) por los cuatro brujos más importantes de la época. Las cuatro casas del colegio reciben su nombre de ellos: Godric Gryffindor, Helga Hufflepuff, Rowena Ravenclaw y Salazar Slytherin. Los cuatro juntos construyeron este castillo, lejos de las miradas indiscretas de los *muggles*, dado que aquélla era una época en que la gente tenía miedo a la magia, y los magos y las brujas sufrían persecución.

Se detuvo, miró a la clase con los ojos empañados y continuó:

—Durante algunos años, los fundadores trabajaron conjuntamente en armonía, buscando jóvenes que dieran muestras de aptitud para la magia y trayéndolos al castillo para educarlos. Pero luego surgieron desacuerdos entre ellos y se produjo una ruptura entre Slytherin y los demás. Slytherin deseaba ser más selectivo con los estudiantes que se admitían en Hogwarts. Pensaba que la enseñanza de la magia debería reservarse para las familias de magos. Lo desagradaba tener alumnos de familia *muggle*, porque no los creía dignos

de confianza. Un día se produjo una seria disputa al respecto entre Slytherin y Gryffindor, y Slytherin abandonó el colegio.

El profesor Binns se detuvo de nuevo y frunció la boca, como una tortuga vieja llena de arrugas.

—Esto es lo que nos dicen las fuentes históricas fidedignas —dijo—, pero estos simples hechos quedaron ocultos tras la leyenda fantástica de la Cámara de los Secretos. La leyenda nos dice que Slytherin había construido en el castillo una cámara oculta, de la que no sabían nada los otros fundadores.

»Slytherin, según la leyenda, selló la Cámara de los Secretos para que nadie la pudiera abrir hasta que llegara al colegio su auténtico heredero. Sólo el heredero podría abrir la Cámara de los Secretos, desencadenar el horror que contiene y usarlo para librar al colegio de todos los que no tienen derecho a aprender magia.

Cuando terminó de contar la historia, se hizo el silencio, pero no era el silencio habitual, soporífero, de las clases del profesor Binns. Flotaba en el aire un desasosiego, y todo el mundo le seguía mirando, esperando que continuara. El profesor Binns parecía levemente molesto.

—Por supuesto, esta historia es un completo disparate —añadió—. Naturalmente, el colegio entero ha sido registrado varias veces en busca de la cámara, por los magos mejor preparados. No existe. Es un cuento inventado para asustar a los crédulos.

Hermione volvió a levantar la mano.

—Profesor..., ¿a qué se refiere usted exactamente al decir «el horror que contiene» la cámara?

—Se cree que es algún tipo de monstruo, al que sólo podrá dominar el heredero de Slytherin —explicó el profesor Binns con su voz seca y aflautada.

La clase intercambió miradas nerviosas.

—Pero ya les digo que no existe —añadió el profesor Binns, revolviendo en sus apuntes—. No hay tal cámara ni tal monstruo.

—Pero, profesor —comentó Seamus Finnigan—, si sólo el auténtico heredero de Slytherin puede abrir la cámara, nadie más podría encontrarla, ¿no?

—Tonterías, O'Flaherty —repuso el profesor Binns en tono algo airado—, si una larga sucesión de directores de Hogwarts no la han encontrado...

—Pero, profesor —intervino Parvati Patil—, probablemente haya que emplear magia negra para abrirla...

—El hecho de que un mago no utilice la magia negra no quiere decir que no pueda emplearla, señorita Patati —le interrumpió el profesor Binns—.

Insisto, si los predecesores de Dumbledore...

—Pero tal vez sea preciso estar relacionado con Slytherin, y por eso Dumbledore no podría... —apuntó Dean Thomas, pero el profesor Binns ya estaba harto.

—Ya basta —dijo bruscamente—. ¡Es un mito! ¡No existe! ¡No hay el menor indicio de que Slytherin construyera semejante cuarto trastero! Me arrepiento de haberles relatado una leyenda tan absurda. Ahora volvamos, por favor, a la historia, a los hechos evidentes, creíbles y comprobables.

Y en cinco minutos, la clase se sumergió de nuevo en su sopor habitual.

• • •

—Ya sabía que Salazar Slytherin era un viejo chiflado y retorcido —dijo Ron a Harry y Hermione, mientras se abrían camino por los abarrotados corredores al término de las clases, para dejar las bolsas en la habitación antes de ir a cenar—. Pero lo que no sabía es que hubiera sido él quien empezó todo este asunto de la limpieza de sangre. No me quedaría en su casa aunque me pagaran. Sinceramente, si el Sombrero Seleccionador hubiera querido mandarme a Slytherin, yo me habría vuelto derecho a casa en el tren.

Hermione asintió entusiasmada con la cabeza, pero Harry no dijo nada. Tenía el corazón encogido de la angustia.

Harry no había dicho nunca a Ron y Hermione que el Sombrero Seleccionador había considerado seriamente la posibilidad de enviarlo a Slytherin. Recordaba, como si hubiera ocurrido el día anterior, la vocecita que le había hablado al oído cuando, un año antes, se había puesto el Sombrero Seleccionador.

Podrías ser muy grande, ¿sabes?, lo tienes todo en tu cabeza y Slytherin te ayudaría en el camino hacia la grandeza. No hay dudas, ¿verdad?

Pero Harry, que ya conocía la reputación de la casa de Slytherin por los brujos de magia negra que salían de ella, había pensado desesperadamente «¡Slytherin no!», y el som brero había terminado diciendo:

Bueno, si estás seguro, mejor que seas ¡GRYFFINDOR!

Mientras caminaban empujados por la multitud, pasó Colin Creevey.

—¡Eh, Harry!

—¡Hola, Colin! —dijo Harry sin darse cuenta.

—Harry, Harry.., en mi clase un chaval ha estado diciendo que tú eres...

Pero Colin era demasiado pequeño para luchar contra la marea de gente que lo llevaba hacia el Gran Comedor. Le oyeron chillar:

—¡Hasta luego, Harry! —Y desapareció.

—¿Qué es lo que dice sobre ti un chaval de su clase? —preguntó Hermione.

—Que soy el heredero de Slytherin, supongo —dijo Harry, y el corazón se le encogió un poco más al recordar cómo lo había rehuido Justin Finch-Fletchley a la hora de la comida.

—La gente aquí es capaz de creerse cualquier cosa —dijo Ron, con disgusto.

La masa de alumnos se aclaró, y consiguieron subir sin dificultad al siguiente rellano.

—¿Crees que realmente hay una Cámara de los Secretos? —preguntó Ron a Hermione.

—No lo sé —respondió ella, frunciendo el entrecejo—. Dumbledore no fue capaz de curar a la *Señora Norris*, y eso me hace sospechar que quienquiera que la atacase no debía de ser..., bueno..., humano.

Al doblar la esquina se encontraron en un extremo del mismo corredor en que había tenido lugar la agresión. Se detuvieron y miraron. El lugar estaba tal como lo habían encontrado aquella noche, salvo que ningún gato tieso colgaba de la argolla en que se fijaba la antorcha, y que había una silla apoyada contra la pared del mensaje: «La cámara ha sido abierta.»

—Aquí es donde Filch ha estado haciendo guardia —dijo Ron.

Se miraron unos a otros. El corredor se encontraba desierto.

—No hay nada malo en echar un vistazo —dijo Harry, dejando la bolsa en el suelo y poniéndose a gatear en busca de alguna pista.

—¡Esto está chamuscado! —dijo—. ¡Aquí... y aquí!

—¡Ven y mira esto! —dijo Hermione—. Es extraño.

Harry se levantó y se acercó a la ventana más próxima a la inscripción de

la pared. Hermione señalaba al cristal superior, por donde una veintena de arañas estaban escabulléndose, según parecía tratando de penetrar por una pequeña grieta en el cristal. Un hilo largo y plateado colgaba como una soga, y daba la impresión de que las arañas lo habían utilizado para salir apresuradamente.

—¿Habíais visto alguna vez que las arañas se comportaran así? —preguntó Hermione, perpleja.

—Yo no —dijo Harry—. ¿Y tú, Ron? ¿Ron?

Volvió la cabeza hacia su amigo. Ron había retrocedido y parecía estar luchando contra el impulso de salir corriendo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Harry.

—No... no me gustan... las arañas —dijo Ron, nervioso.

—No lo sabía —dijo Hermione, mirando sorprendida a Ron—. Has usado arañas muchas veces en la clase de Pociones...

—Si están muertas no me importa —explicó Ron, quien tenía la precaución de mirar a cualquier parte menos a la ventana—. No soporto la manera en que se mueven.

Hermione soltó una risita tonta.

—No tiene nada de divertido —dijo Ron impetuosamente—. Si quieres saberlo, cuando yo tenía tres años, Fred convirtió mi... mi osito de peluche en una araña grande y asquerosa porque yo le había roto su escoba de juguete. A ti tampoco te harían gracia si estando con tu osito, le hubieran salido de repente muchas patas y...

Dejó de hablar, estremecido. Era evidente que Hermione seguía aguantándose la risa. Pensando que sería mejor cambiar de tema, Harry dijo:

—¿Recordáis toda aquella agua en el suelo? ¿De dónde vendría? Alguien ha pasado la fregona.

—Estaba por aquí —dijo Ron, recobrándose y caminando unos pasos más allá de la silla de Filch para indicárselo—, a la altura de esta puerta.

Asió el pomo metálico de la puerta, pero retiró la mano inmediatamente, como si se hubiera quemado.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry

—No puedo entrar ahí —dijo Ron bruscamente—, es un aseo de chicas.

—Pero Ron, si no habrá nadie dentro —dijo Hermione, poniéndose derecha y acercándose—; aquí es donde está Myrtle *la Llorona*. Venga, echemos un vistazo.

Y sin hacer caso del letrero de «No funciona», Hermione abrió la puerta.

Era el cuarto de baño más triste y deprimente en que Harry había puesto nunca los pies. Debajo de un espejo grande, quebrado y manchado, había una fila de lavabos de piedra en muy mal estado. El suelo estaba mojado y reflejaba la luz triste que daban las llamas de unas pocas velas que se consumían en sus palmatorias. Las puertas de los retretes estaban rayadas y rotas, y una colgaba fuera de los goznes.

Hermione les pidió silencio con un dedo en los labios y se fue hasta el último retrete. Cuando llegó, dijo:

—Hola, Myrtle, ¿qué tal?

Harry y Ron se acercaron a ver. Myrtle *la Llorona* estaba sobre la cisterna del retrete, reventándose un grano de la barbilla.

—Esto es un aseo de chicas —dijo, mirando con recelo a Harry y Ron—. Y ellos no son chicas.

—No —confirmé Hermione—. Sólo quería enseñarles lo... lo bien que se está aquí.

Con la mano, indicó vagamente el espejo viejo y sucio, y el suelo húmedo.

—Pregúntale si vio algo —dijo Harry a Hermione, sin pronunciar, para que le leyera en los labios.

—¿Qué murmuras? —le preguntó Myrtle, mirándole.

—Nada —se apresuró a decir Harry—. Queríamos preguntar...

—¡Me gustaría que la gente dejara de hablar a mis espaldas! —dijo Myrtle, con la voz ahogada por las lágrimas—. Tengo sentimientos, ¿sabéis?, aunque esté muerta.

—Myrtle, nadie quiere molestarte —dijo Hermione—. Harry sólo...

—¡Nadie quiere molestarme! ¡Ésta sí que es buena! —gimió Myrtle—. ¡Mi vida en este lugar no fue más que miseria, y ahora la gente viene aquí a amargarme la muerte!

—Queríamos preguntarte si habías visto últimamente algo raro —dijo Hermione dándose prisa—. Porque la noche de Halloween agredieron a un gato justo al otro lado de tu puerta.

—¿Viste a alguien por aquí aquella noche? —le preguntó Harry.

—No me fijé —dijo Myrtle con afectación—. Me dolió tanto lo que dijo Peeves, que vine aquí e intenté suicidarme. Luego, claro, recordé que estoy..., que estoy...

—Muerta ya —dijo Ron, con la intención de ayudar. Myrtle sollozó trágicamente, se elevó en el aire, se volvió y se sumergió de cabeza en la taza del retrete, salpicándoles, y desapareció de la vista; a juzgar por la procedencia de sus sollozos ahogados, debía de estar en algún lugar del sifón.

Harry y Ron se quedaron con la boca abierta, pero Hermione, que ya estaba harta, se encogió de hombros, y les dijo:

—Tratándose de Myrtle, esto es casi estar alegre. Bueno, vámonos...

Harry acababa de cerrar la puerta a los sollozos gorjeantes de Myrtle, cuando una potente voz les hizo dar un respingo a los tres.

—¡RON!

Percy Weasley, con su resplandeciente insignia de prefecto, se había detenido al final de las escaleras, con una expresión de susto en la cara.

—¡Esos son los aseos de las chicas! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

—Sólo echaba un vistazo —dijo Ron, encogiéndose de hombros—. Buscando pistas, ya sabes...

Percy parecía a punto de estallar. A Harry le recordó mucho a la señora Weasley.

—Marchaos... fuera... de aquí... —dijo, caminando hacia ellos con paso firme y agitando los brazos para echarlos—. ¿No os dais cuenta de lo que podría parecer, volver a este lugar mientras todos están cenando?

—¿Por qué no podemos estar aquí? —repuso Ron acaloradamente, parándose de pronto y enfrentándose a Percy—. ¡Escucha, nosotros no le hemos tocado un pelo a ese gato!

—Eso es lo que dije a Ginny —dijo Percy con contundencia—, pero ella todavía cree que te van a expulsar. No la he visto nunca tan afectada, llorando amargamente. Podrías pensar un poco en ella, y además, todos los de primero están asustados.

—A ti no te preocupa Ginny —replicó Ron, enrojeciendo hasta las orejas—, a ti sólo te preocupa que yo eche a perder tus posibilidades de ser Representante del Colegio.

—¡Cinco puntos menos para Gryffindor! —dijo Percy secamente, llevándose una mano a su insignia de prefecto—. ¡Y espero que esto te enseñe la lección! ¡Se acabó el hacer de detective, o de lo contrario escribiré a mamá!

Y se marchó con el paso firme y la nuca tan colorada como las orejas de Ron.

• • •

Aquella noche, en la sala común, Harry, Ron y Hermione escogieron los asientos más alejados del de Percy. Ron estaba todavía de muy mal humor y seguía emborronando sus deberes de Encantamientos. Cuando, sin darse cuenta, cogió su varita mágica para quitar las manchas, el pergamino empezó a arder. Casi echando tanto humo como sus deberes, Ron cerró de golpe *El libro reglamentario de hechizos* (clase 2). Para sorpresa de Harry, Hermione lo imitó.

—Pero ¿quién podría ser? —dijo con voz tranquila, como si continuara una conversación que hubieran estado manteniendo—. ¿Quién querría echar de Hogwarts a todos los *squibs* y los de familia *muggle*?

—Pensemos —dijo Harry con simulado desconcierto—. ¿Conocemos a alguien que piense que los que vienen de familia *muggle* son escoria?

Miró a Hermione. Hermione miró hacia atrás, poco convencida.

—Si te refieres a Malfoy...

—¡Naturalmente! —dijo Ron—. Ya lo oísteis: «¡Los próximos seréis los *sangre sucia!*» Venga, no hay más que ver su asquerosa cara de rata para saber que es él...

—¿Malfoy, el heredero de Slytherin? —dijo escépticamente Hermione.

—Fíjate en su familia —dijo Harry, cerrando también sus libros—. Todos han pertenecido a Slytherin, él siempre alardea de ello. Podrían perfectamente ser descendientes del mismo Slytherin. Su padre es un verdadero malvado.

—¡Podrían haber conservado durante siglos la llave de la Cámara de los Secretos! —dijo Ron—. Pasándosela de padres a hijos...

—Bueno —dijo cautamente Hermione—, supongo que puede ser.

—Pero ¿cómo podríamos demostrarlo? —preguntó Harry; en tono de misterio.

—Habría una manera —dijo Hermione hablando despacio, bajando aún más la voz y echando una fugaz mirada a Percy—. Por supuesto, sería difícil. Y peligroso, muy peligroso. Calculo que quebrantaríamos unas cincuenta normas del colegio.

—Si, dentro de un mes más o menos, te parece que podrías empezar a explicárnoslo, háznoslo saber, ¿vale? —dijo Ron, airado.

—De acuerdo —repuso fríamente Hermione—. Lo que tendríamos que hacer es entrar en la sala común de Slytherin y hacerle a Malfoy algunas preguntas sin que sospeche que somos nosotros.

—Pero eso es imposible —dijo Harry, mientras Ron se reía.

—No, no lo es —repuso Hermione—. Lo único que nos haría falta es una poción *multijugos*.

—¿Qué es eso? —preguntaron a la vez Harry y Ron.

—Snape la mencionó en clase hace unas semanas.

—¿Piensas que no tenemos nada mejor que hacer en la clase de Pociones que escuchar a Snape? —dijo Ron.

—Esa poción lo transforma a uno en otra persona. ¡Pensad en ello! Nos podríamos convertir en tres estudiantes de Slytherin. Nadie nos reconocería. Y seguramente Malfoy nos diría algo. Lo más probable es que ahora mismo esté alardeando de ello en la sala común de Slytherin.

—Esto del *multijugos* me parece un poco peligroso —dijo Ron, frunciendo el entrecejo—. ¿Y si nos quedamos para siempre convertidos en tres de Slytherin?

—El efecto se pasa después de un rato —dijo Hermione, haciendo un gesto con la mano como para descartar ese inconveniente—, pero lo realmente difícil será conseguir la receta. Snape dijo que se encontraba en un libro llamado *Moste Potente Potions* que se encuentra en la Sección Prohibida de la biblioteca.

Solamente había una manera de conseguir un libro de la Sección Prohibida: con el permiso por escrito de un profesor.

—Será difícil explicar para qué queremos ese libro si no es para hacer alguna de las pociones.

—Creo —dijo Hermione— que si consiguiéramos dar la impresión de que estábamos interesados únicamente en la teoría, tendríamos alguna posibilidad...

—No te fastidia... ningún profesor se va a tragar eso —dijo Ron—. Tendría que ser muy tonto...

10

La «bludger» loca

Después del desastroso episodio de los duendecillos de Cornualles, el profesor Lockhart no había vuelto a llevar a clase seres vivos. Por el contrario, se dedicaba a leer a los alumnos pasajes de sus libros, y en ocasiones representaba alguno de los momentos más emocionantes de su biografía. Habitualmente sacaba a Harry para que lo ayudara en aquellas reconstrucciones; hasta el momento, Harry había tenido que representar los papeles de un ingenuo pueblerino transilvano al que Lockhart había curado de una maldición que le hacía tartamudear, un yeti con resfriado y un vampiro que, cuando Lockhart acabó con él, no pudo volver a comer otra cosa que lechuga.

En la siguiente clase de Defensa Contra las Artes Oscuras sacó de nuevo a Harry, esta vez para representar a un hombre lobo. Si no hubiera tenido una razón muy importante para no enfadar a Lockhart, se habría negado.

—Aúlla fuerte, Harry (eso es...), y en aquel momento, creedme, yo salté (así) tirándolo contra el suelo (así) con una mano, y logré inmovilizarle. Con la otra, le puse la varita en la garganta y, reuniendo las fuerzas que me quedaban, llevé a cabo el dificilísimo hechizo *Homorphus*; él emitió un gemido lastimero (venga, Harry..., más fuerte..., bien) y la piel desapareció..., los colmillos encogieron y... se convirtió en hombre. Sencillo y efectivo. Otro pueblo que me recordará siempre como el héroe que les libró de la terrorífica amenaza mensual de los hombres lobo.

Sonó el timbre y Lockhart se puso en pie.

—Deberes: componer un poema sobre mi victoria contra el hombre lobo Wagga Wagga. ¡El autor del mejor poema será premiado con un ejemplar firmado de *El encantador*!

Los alumnos empezaron a salir. Harry volvió al fondo de la clase, donde lo esperaban Ron y Hermione.

—¿Listos? —preguntó Harry.

—Espera que se hayan ido todos —dijo Hermione, asustada—. Vale, ahora.

Se acercó a la mesa de Lockhart con un trozo de papel en la mano. Harry y Ron iban detrás de ella.

—Esto... ¿Profesor Lockhart? —tartamudeó Hermione—. Yo querría... sacar este libro de la biblioteca. Sólo para una lectura preparatoria. —Le entregó el trozo de papel con mano ligeramente temblorosa—. Pero el problema es que está en la Sección Prohibida, así que necesito el permiso por escrito de un profesor. Estoy convencida de que este libro me ayudaría a comprender lo que explica usted en *Una vuelta con los espíritus malignos*

sobre los venenos de efecto retardado.

—¡Ah, *Una vuelta con los espíritus malignos*! —dijo Lockhart, cogiendo la nota de Hermione y sonriéndole francamente—. Creo que es mi favorito. ¿Te gustó?

—¡Sí! —dijo Hermione emocionada—. ¡Qué gran idea la suya de atrapar al último con el colador del té...!

—Bueno, estoy seguro que a nadie le parecerá mal que ayude un poco a la mejor estudiante del curso —dijo Lockhart afectuosamente, sacando una pluma de pavo real—. Sí, es bonita, ¿verdad? —dijo, interpretando al revés la expresión de desagrado de Ron—. Normalmente la reservo para firmar libros.

Garabateó una floreteada firma sobre el papel y se lo devolvió a Hermione.

—Así que, Harry —dijo Lockhart, mientras Hermione plegaba la nota con dedos torpes y se la metía en la bolsa—, mañana se juega el primer partido de *quidditch* de la temporada, ¿verdad? Gryffindor contra Slytherin, ¿no? He oído que eres un jugador fundamental. Yo también fui buscador. Me pidieron que entrara en la selección nacional, pero preferí dedicar mi vida a la erradicación de las Fuerzas Oscuras. De todas maneras, si necesitaras unas cuantas clases particulares de entrenamiento, no dudes en decírmelo. Siempre me satisface dejar algo de mi experiencia a jugadores menos dotados...

Harry hizo un ruido indefinido con la garganta y luego salió del aula a toda prisa, detrás de Ron y Hermione.

—Es increíble —dijo ella, mientras examinaban los tres la firma en el papel—. Ni siquiera ha mirado de qué libro se trataba.

—Porque es un completo imbécil —dijo Ron—. Pero ¿a quién le importa? Ya tenemos lo que necesitábamos.

—El no es un completo imbécil —chillé Hermione, mientras iban hacia la biblioteca a paso ligero.

—Ya, porque ha dicho que eres la mejor estudiante del curso...

Bajaron la voz al entrar en la envolvente quietud de la biblioteca.

La señora Pince, la bibliotecaria, era una mujer delgada e irascible que parecía un buitre mal alimentado.

—*¿Moste Potente Potions?*—repitió recelosa, tratando de coger la nota de Hermione. Pero Hermione no la soltaba.

—Desearía poder guardarla —dijo la chica, aguantando la respiración.

—Venga —dijo Ron, arrancándole la nota y entregándola a la señora Pince—. Te conseguiremos otro autógrafo. Lockhart firmará cualquier cosa que se esté quieta el tiem po suficiente.

La señora Pince levantó el papel a la luz, como dispuesta a detectar una posible falsificación, pero la nota pasó la prueba. Caminó orgullosamente por entre las elevadas estanterías y regresó unos minutos después llevando con ella un libro grande de aspecto mohoso. Hermione se lo metió en la bolsa con mucho cuidado, e intentó no caminar demasiado rápido ni parecer demasiado culpable.

Cinco minutos después, se encontraban de nuevo refugiados en los aseos fuera de servicio de Myrtle *la Llorona*. Hermione había rechazado las objeciones de Ron argumentando que aquél sería el último lugar en el que entraría nadie en su sano juicio, así que allí tenían garantizada la intimidad. Myrtle *la Llorona* lloraba estruendosamente en su retrete, pero ellos no le prestaban atención, y ella a ellos tampoco.

Hermione abrió con cuidado el *Moste Potente Potions,* y los tres se encorvaron sobre las páginas llenas de manchas de humedad. De un vistazo quedó patente por qué pertenecía a la Sección Prohibida. Algunas de las pociones tenían efectos demasiado horribles incluso para imaginarlos, y había ilustraciones monstruosas, como la de un hombre que parecía vuelto de dentro hacia fuera y una bruja con varios pares de brazos que le salían de la cabeza.

—¡Aquí está! —dijo Hermione emocionada, al dar con la página que llevaba por título *La poción multijugos*. Estaba decorada con dibujos de personas que iban transformándose en otras distintas. Harry imploró que la apariencia de dolor intenso que había en los rostros de aquellas personas fuera fruto de la imaginación del artista.

»Ésta es la poción más complicada que he visto nunca —dijo Hermione, al mirar la receta—. Crisopos, sanguijuelas, *Descurainia sophia* y centinodia —murmuró, pasando el dedo por la lista de los ingredientes—. Bueno, no son difíciles de encontrar, están en el armario de los estudiantes, podemos conseguirlos. ¡Vaya, mirad, polvo de cuerno de bicornio! No sé dónde vamos a encontrarlo..., piel en tiras de serpiente arbórea africana..., eso también será peliagudo... y por supuesto, algo de aquel en quien queramos convertirnos.

—Perdona —dijo Ron bruscamente—. ¿Qué quieres decir con «algo de aquel en quien queramos convertirnos»? Yo no me voy a beber nada que contenga las uñas de los pies de Crabbe.

Hermione continuó como si no lo hubiera oído.

—De momento, todavía no tenemos que preocuparnos porque esos ingredientes los echaremos al final.

Sin saber qué decir, Ron se volvió a Harry, que tenía otra preocupación.

—¿No te das cuenta de cuántas cosas vamos a tener que robar, Hermione? Piel de serpiente arbórea africana en tiras, desde luego eso no está en el armario de los estudiantes, ¿qué vamos a hacer? ¿Forzar los armarios privados de Snape? No sé si es buena idea...

Hermione cerró el libro con un ruido seco.

—Bueno, si vais a acobardaros los dos, pues vale —dijo. Tenía las mejillas coloradas y los ojos más brillantes de lo normal—. Yo no quiero saltarme las normas, ya lo sabéis, pero pienso que aterrorizar a los magos de familia *muggle* es mucho peor que elaborar un poco de poción. Pero si no tenéis interés en averiguar si el heredero es Malfoy, iré derecha a la señora Pince y le devolveré el libro inmediatamente.

—No creí que fuera a verte nunca intentando persuadirnos de que incumplamos las normas —dijo Ron—. Está bien, lo haremos, pero nada de uñas de los pies, ¿vale?

—Pero ¿cuánto nos llevará hacerlo? —preguntó Harry, cuando Hermione, satisfecha, volvió a abrir el libro.

—Bueno, como hay que coger la *Descurainia sophia* con luna llena, y los crisopos han de cocerse durante veintiún días..., yo diría que podríamos tenerla preparada en un mes, si podemos conseguir todos los ingredientes.

—¿Un mes? —dijo Ron—. ¡En ese tiempo, Malfoy puede atacar a la mitad de los hijos de *muggles*! —Hermione volvió a entornar los ojos amenazadoramente, y él añadió sin vacilar—: Pero es el mejor plan que tenemos, así que adelante a toda máquina.

Sin embargo, mientras Hermione comprobaba que no había nadie a la vista para poder salir del aseo, Ron susurró a Harry:

—Sería mucho más sencillo que mañana tiraras a Malfoy de la escoba.

Harry se despertó pronto el sábado por la mañana y se quedó un rato en la cama pensando en el partido de *quidditch*. Se ponía nervioso, sobre todo al imaginar lo que diría Wood si Gryffindor perdía, pero también al pensar que tendrían que enfrentarse a un equipo que iría montado en las escobas de carreras más veloces que había en el mercado. Nunca había tenido tantas ganas de vencer a Slytherin. Después de estar tumbado media hora con las tripas revueltas, se levantó, se vistió y bajó temprano a desayunar. Allí encontró al resto del equipo de Gryffindor, apiñado en torno a la gran mesa vacía. Todos estaban nerviosos y apenas hablaban.

Cuando faltaba poco para las once, el colegio en pleno empezó a dirigirse hacia el estadio de *quidditch*. Hacía un día bochornoso que amenazaba tormenta. Cuando Harry iba hacia los vestuarios, Ron y Hermione se acercaron corriendo a desearle buena suerte. Los jugadores se vistieron sus túnicas rojas de Gryffindor y luego se sentaron a recibir la habitual inyección de ánimo que Wood les daba antes de cada partido.

—Los de Slytherin tienen mejores escobas que nosotros —comenzó—, eso no se puede negar. Pero nosotros tenemos mejores jugadores sobre las escobas. Hemos entrenado más que ellos y hemos volado bajo todas las

circunstancias climatológicas («¡y tanto! —murmuró George Weasley—, no me he secado del todo desde agosto»), y vamos a hacer que se arrepientan del día en que dejaron que ese pequeño canalla, Malfoy, les comprara un puesto en el equipo.

Con la respiración agitada por la emoción, Wood se volvió a Harry.

—Es misión tuya, Harry, demostrarles que un buscador tiene que tener algo más que un padre rico. Tienes que coger la *snitch* antes que Malfoy, o perecer en el intento, porque hoy tenemos que ganar.

—Así que no te sientas presionado, Harry —le dijo Fred, guiñándole un ojo.

Cuando salieron al campo, fueron recibidos con gran estruendo; eran sobre todo aclamaciones de Hufflepuff y de Ravenclaw, cuyos miembros y seguidores estaban deseosos de ver derrotado al equipo de Slytherin, aunque la afición de Slytherin también hizo oír sus abucheos y silbidos. La señora Hooch, que era la profesora de *quidditch,* hizo que Flint y Wood se dieran la mano, y los dos contrincantes aprovecharon para dirigirse miradas desafiantes y apretar bastante más de lo necesario.

—Cuando toque el silbato —dijo la señora Hooch—: tres..., dos..., uno...

Animados por el bramido de la multitud que les apoyaba, los catorce jugadores se elevaron hacia el cielo plomizo. Harry ascendió más que ningún otro, aguzando la vista en busca de la *snitch*.

—¿Todo bien por ahí, cabeza rajada? —le gritó Malfoy, saliendo disparado por debajo de él para demostrarle la velocidad de su escoba.

Harry no tuvo tiempo de replicar. En aquel preciso instante iba hacia él una *bludger* negra y pesada; faltó tan poco para que le golpeara, que al pasar le despeinó.

—¡Por qué poco, Harry! —le dijo George, pasando por su lado como un relámpago, con el bate en la mano, listo para devolver la *bludger* contra Slytherin. Harry vio que George daba un fuerte golpe a la *bludger* dirigiéndola hacia Adrian Pucey, pero la *bludger* cambió de dirección en medio del aire y se fue directa, otra vez, contra Harry.

Harry descendió rápidamente para evitarla, y George logró golpearla fuerte contra Malfoy. Una vez más, la *bludger* viró bruscamente como si fuera un bumerán y se encaminó como una bala hacia la cabeza de Harry.

Harry aumentó la velocidad y salió zumbando hacia el otro extremo del campo. Oía a la *bludger* silbar a su lado. ¿Qué ocurría? Las *bludger* nunca se enconaban de aquella manera contra un único jugador, su misión era derribar a todo el que pudieran...

Fred Weasley aguardaba en el otro extremo. Harry se agachó para que Fred golpeara la *bludger* con todas sus fuerzas.

—¡Ya está! —gritó Fred contento, pero se equivocaba: como si fuera atraída magnéticamente por Harry, la *bludger* volvió a perseguirlo y Harry se vio obligado a alejarse a toda velocidad.

Había empezado a llover. Harry notaba las gruesas gotas en la cara, que chocaban contra los cristales de las gafas. No tuvo ni idea de lo que pasaba con los otros jugadores hasta que oyó la voz de Lee Jordan, que era el comentarista, diciendo: «Slytherin en cabeza por seis a cero.»

Estaba claro que la superioridad de las escobas de Slytherin daba sus resultados, y mientras tanto, la *bludger* loca hacía todo lo que podía para derribar a Harry. Fred y George se acercaban tanto a él, uno a cada lado, que Harry no podía ver otra cosa que sus brazos, que se agitaban sin cesar, y le resultaba imposible buscar la *snitch*, y no digamos atraparla.

—Alguien... está... manipulando... esta... *bludger*... —gruñó Fred, golpeándola con todas sus fuerzas para rechazar un nuevo ataque contra Harry.

—Hay que detener el juego —dijo George, intentando hacerle señas a Wood y al mismo tiempo evitar que la *bludger* le partiera la nariz a Harry.

Wood captó el mensaje. La señora Hooch hizo sonar el silbato y Harry, Fred y George bajaron al césped, todavía tratando de evitar la *bludger* loca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wood, cuando el equipo de Gryffindor se reunió, mientras la afición de Slytherin los abucheaba—. Nos están haciendo papilla. Fred, George, ¿dónde estabais cuando la *bludger* le impidió marcar a Angelina?

—Estábamos ocho metros por encima de ella, Oliver, para evitar que la otra *bludger* matara a Harry —dijo George enfadado—. Alguien la ha manipulado..., no dejará en paz a Harry, no ha ido detrás de nadie más en todo el tiempo. Los de Slytherin deben de haberle hecho algo.

—Pero las *bludger* han permanecido guardadas en el despacho de la señora Hooch desde nuestro último entrenamiento, y aquel día no les pasaba nada... —dijo Wood, perplejo.

La señora Hooch iba hacia ellos. Detrás de ella, Harry veía al equipo de Slytherin que lo señalaban y se burlaban.

—Escuchad —les dijo Harry mientras ella se acercaba—, con vosotros dos volando todo el rato a mi lado, la única posibilidad que tengo de atrapar la *snitch* es que se me meta por la manga. Volved a proteger al resto del equipo y dejadme que me las arregle solo con esa *bludger* loca.

—No seas tonto —dijo Fred—, te partirá en dos.

Wood tan pronto miraba a Harry como a los Weasley

—Oliver, esto es una locura —dijo Alicia Spinnet enfadada—, no puedes

dejar que Harry se las apañe solo con la *bludger*. Esto hay que investigarlo.

—¡Si paramos ahora, perderemos el partido! —argumentó Harry—. ¡Y no vamos a perder frente a Slytherin sólo por una *bludger* loca! ¡Venga, Oliver, diles que dejen que me las apañe yo solo!

—Esto es culpa tuya —dijo George a Wood, enfadado—. «¡Atrapa la *snitch* o muere en el intento!» ¡Qué idiotez decir eso!

Llegó la señora Hooch.

—¿Listos para seguir? —preguntó a Wood.

Wood contempló la expresión absolutamente segura del rostro de Harry.

—Bien —dijo—. Fred y George, ya lo habéis oído..., dejad que se enfrente él solo a la *bludger*.

La lluvia volvió a arreciar. Al toque de silbato de la señora Hooch, Harry dio una patada en el suelo que lo propulsó por los aires, y enseguida oyó tras él el zumbido de la *bludger*. Harry ascendió más y más. Giraba, daba vueltas, se trasladaba en espiral, en zigzag, describiendo tirabuzones. Ligeramente mareado, mantenía sin embargo los ojos completamente abiertos. La lluvia le empañaba los cristales de las gafas y se le metió en los agujeros de la nariz cuando se puso boca abajo para evitar otra violenta acometida de la *bludger*. Podía oír las risas de la multitud; sabía que debía de parecer idiota, pero la *bludger* loca pesaba mucho y no podía cambiar de dirección tan rápido como él. Inició un vuelo a lo montaña rusa por los bordes del campo, intentando vislumbrar a través de la plateada cortina de lluvia los postes de Gryffindor, donde Adrian Pucey intentaba pasar a Wood...

Un silbido en el oído indicó a Harry que la *bludger* había vuelto a pasarle rozando. Dio media vuelta y voló en la dirección opuesta.

—¿Haciendo prácticas de ballet, Potter? —le gritó Malfoy, cuando Harry se vio obligado a hacer una ridícula floritura en el aire para evitar la *bludger*. Harry escapó, pero la *bludger* lo seguía a un metro de distancia. Y en el momento en que dirigió a Malfoy una mirada de odio, vio la dorada *snitch*. Volaba a tan sólo unos centímetros por encima de la oreja izquierda de Malfoy... pero Malfoy, que estaba muy ocupado riéndose de Harry, no la había visto.

Durante un angustioso instante, Harry permaneció suspendido en el aire, sin atreverse a dirigirse hacia Malfoy a toda velocidad, para que éste no mirase hacia arriba y descubriera la *snitch*.

¡PLAM!

Se había quedado quieto un segundo de más. La *bludger* lo alcanzó por fin, le golpeó en el codo, y Harry sintió que le había roto el brazo. Débil, aturdido por el punzante dolor del brazo, desmontó a medias de la escoba empapada por la lluvia, manteniendo una rodilla todavía doblada sobre ella y su brazo derecho colgando inerte. La *bludger* volvió para atacarle de nuevo, y esta

vez se dirigía directa a su cara. Harry cambió bruscamente de dirección, con una idea fija en su mente aturdida: coger a Malfoy.

Ofuscado por la lluvia y el dolor, se dirigió hacia aquella cara de expresión desdeñosa, y vio que Malfoy abría los ojos aterrorizado: pensaba que Harry lo estaba atacando.

—¿Qué...? —exclamó en un grito ahogado, apartándose del rumbo de Harry.

Harry se soltó finalmente de la escoba e hizo un esfuerzo para coger algo; sintió que sus dedos se cerraban en torno a la fría *snitch*, pero sólo se sujetaba a la escoba con las piernas, y la multitud, abajo, profirió gritos cuando Harry empezó a caer, intentando no perder el conocimiento.

Con un golpe seco chocó contra el barro y salió rodando, ya sin la escoba. El brazo le colgaba en un ángulo muy extraño. Sintiéndose morir de dolor, oyó, como si le llegaran de muy lejos, muchos silbidos y gritos. Miró la *snitch* que tenía en su mano buena.

—Ajá —dijo sin fuerzas—, hemos ganado.

Y se desmayó.

Cuando volvió en sí, todavía estaba tendido en el campo de juego, con la lluvia cayéndole en la cara. Alguien se inclinaba sobre él. Vio brillar unos dientes.

—¡Oh, no, usted no! —gimió.

—No sabe lo que dice —explicó Lockhart en voz alta a la expectante multitud de Gryffindor que se agolpaba alrededor—. Que nadie se preocupe: voy a inmovilizarle el brazo.

—¡No! —dijo Harry—, me gusta como está, gracias.

Intentó sentarse, pero el dolor era terrible. Oyó cerca un «¡clic!» que le resultó familiar.

—No quiero que hagas fotos, Colin —dijo alzando la voz.

—Vuelve a tenderte, Harry —dijo Lockhart, tranquilizador—. No es más que un sencillo hechizo que he empleado incontables veces.

—¿Por qué no me envían a la enfermería? —masculló Harry.

—Así debería hacerse, profesor —dijo Wood, lleno de barro y sin poder evitar sonreír aunque su buscador estuviera herido—. Fabulosa jugada, Harry, realmente espectacular, la mejor que hayas hecho nunca, yo diría.

Por entre la selva de piernas que le rodeaba, Harry vio a Fred y George Weasley forcejeando para meter la *bludger* loca en una caja. Todavía se

resistía.

—Apartaos —dijo Lockhart, arremangándose su túnica verde jade.

—No... ¡no! —dijo Harry débilmente, pero Lockhart estaba revoleando su varita, y un instante después la apuntó hacia el brazo de Harry

Harry notó una sensación extraña y desagradable que se le extendía desde el hombro hasta las yemas de los dedos. Sentía como si el brazo se le desinflara, pero no se atrevía a mirar qué sucedía. Había cerrado los ojos y vuelto la cara hacia el otro lado, pero vio confirmarse sus más oscuros temores cuando la gente que había alrededor ahogó un grito y Colin Creevey empezó a sacar fotos como loco. El brazo ya no le dolía... pero tampoco le daba la sensación de que fuera un brazo.

—¡Ah! —dijo Lockhart—. Sí, bueno, algunas veces ocurre esto. Pero el caso es que los huesos ya no están rotos. Eso es lo que importa. Así que, Harry, ahora debes ir a la enfermería. Ah, señor Weasley, señorita Granger, ¿pueden ayudarle? La señora Pomfrey podrá..., esto..., arreglarlo un poco.

Al ponerse en pie, Harry se sintió extrañamente asimétrico. Armándose de valor, miró hacia su lado derecho. Lo que vio casi le hace volver a desmayarse.

Por el extremo de la manga de la túnica asomaba lo que parecía un grueso guante de goma de color carne. Intentó mover los dedos. No le respondieron.

Lockhart no le había recompuesto los huesos: se los había quitado.

A la señora Pomfrey aquello no le hizo gracia.

—¡Tendríais que haber venido enseguida aquí! —dijo hecha una furia y levantando el triste y mustio despojo de lo que, media hora antes, había sido un brazo en perfecto estado—. Puedo recomponer los huesos en un segundo..., pero hacerlos crecer de nuevo...

—Pero podrá, ¿no? —dijo Harry, desesperado.

—Desde luego que podré, pero será doloroso —dijo en tono grave la señora Pomfrey, dando un pijama a Harry—. Tendrás que pasar aquí la noche.

Hermione aguardó al otro lado de la cortina que rodeaba la cama de Harry mientras Ron lo ayudaba a vestirse. Les llevó un buen rato embutir en la manga el brazo sin huesos, que parecía de goma.

—¿Te atreves ahora a defender a Lockhart, Hermione? —le dijo Ron a través de la cortina mientras hacía pasar los dedos inanimados de Harry por el puño de la manga—. Si Harry hubiera querido que lo deshuesaran, lo habría pedido.

—Cualquiera puede cometer un error —dijo Hermione—. Y ya no duele, ¿verdad, Harry?

—No —respondió Harry—, ni duele ni sirve para nada. —Al echarse en la cama, el brazo se balanceó sin gobierno.

Hermione y la señora Pomfrey cruzaron la cortina. La señora Pomfrey llevaba una botella grande en cuya etiqueta ponía *«Crecehuesos»*.

—Vas a pasar una mala noche —dijo ella, vertiendo un líquido humeante en un vaso y entregándoselo—. Hacer que los huesos vuelvan a crecer es bastante desagradable.

Lo desagradable fue tomar el *crecehuesos*. Al pasar, le abrasaba la boca y la garganta, haciéndole toser y resoplar. Sin dejar de criticar los deportes peligrosos y a los profesores ineptos, la señora Pomfrey se retiró, dejando que Ron y Hermione ayudaran a Harry a beber un poco de agua.

—¡Pero hemos ganado! —le dijo Ron, sonriendo tímidamente—. Todo gracias a tu jugada. ¡Y la cara que ha puesto Malfoy... Parecía que te quería matar!

—Me gustaría saber cómo trucó la *bludger* —dijo Hermione intrigada.

—Podemos añadir ésta a la lista de preguntas que le haremos después de tomar la poción *multijugos* —dijo Harry acomodándose en las almohadas—. Espero que sepa mejor que esta bazofia...

—¿Con cosas de gente de Slytherin dentro? Estás de broma —observó Ron.

En aquel momento, se abrió de golpe la puerta de la enfermería. Sucios y empapados, entraron para ver a Harry los demás jugadores del equipo de Gryffindor.

—Un vuelo increíble, Harry —le dijo George—. Acabo de ver a Marcus Flint gritando a Malfoy algo parecido a que tenía la *snitch* encima de la cabeza y no se daba cuenta. Malfoy no parecía muy contento.

Habían llevado pasteles, dulces y botellas de zumo de calabaza; se situaron alrededor de la cama de Harry, y ya estaban preparando lo que prometía ser una fiesta estupenda, cuando se acercó la señora Pomfrey gritando:

—¡Este chico necesita descansar, tiene que recomponer treinta y tres huesos! ¡Fuera! ¡FUERA!

Y dejaron solo a Harry, sin nadie que lo distrajera de los horribles dolores de su brazo inerte.

Horas después, Harry despertó sobresaltado en una total oscuridad, dando un breve grito de dolor: sentía como si tuviera el brazo lleno de grandes astillas. Por un instante pensó que era aquello lo que le había despertado. Pero luego se dio cuenta, con horror, de que alguien, en la oscuridad, le estaba poniendo una esponja en la frente.

—¡Fuera! —gritó, y luego, al reconocer al intruso, exclamó—: ¡Dobby!

Los ojos del tamaño de pelotas de tenis del elfo doméstico miraban desorbitados a Harry a través de la oscuridad. Una sola lágrima le bajaba por la nariz larga y afilada.

—Harry Potter ha vuelto al colegio —susurró triste—. Dobby avisó y avisó a Harry Potter. ¡Ah, señor!, ¿por qué no hizo caso a Dobby? ¿Por qué no volvió a casa Harry Potter cuando perdió el tren?

Harry se incorporó con gran esfuerzo y tiró al suelo la esponja de Dobby.

—¿Qué hace aquí? —dijo—. ¿Y cómo sabe que perdí el tren? —A Dobby le tembló un labio, y a Harry lo acometió una repentina sospecha—. ¡Fue usted! —dijo despacio—. ¡Usted impidió que la barrera nos dejara pasar!

—Sí, señor, claro —dijo Dobby, moviendo vigorosamente la cabeza de arriba abajo y agitando las orejas—. Dobby se ocultó y vigiló a Harry y selló la verja, y Dobby tuvo que quemarse después las manos con la plancha. —Enseñó a Harry diez largos dedos vendados—. Pero a Dobby no le importó, señor, porque pensaba que Harry Potter estaba a salvo, ¡pero no se le ocurrió que Harry Potter pudiera llegar al colegio por otro medio!

Se balanceaba hacia delante y hacia atrás, agitando su fea cabeza.

—¡Dobby se llevó semejante disgusto cuando se enteró de que Harry Potter estaba en Hogwarts, que se le quemó la cena de su señor! Dobby nunca había recibido tales azotes, señor...

Harry se desplomó de nuevo sobre las almohadas.

—Casi consigue que nos expulsen a Ron y a mí —dijo Harry con dureza—. Lo mejor es que se vaya antes de que mis huesos vuelvan a crecer, Dobby, o podría estrangularle.

Dobby sonrió levemente.

—Dobby está acostumbrado a las amenazas, señor. Dobby las recibe en casa cinco veces al día.

Se sonó la nariz con una esquina del sucio almohadón que llevaba puesto; su aspecto eran tan patético que Harry sintió que se le pasaba el enojo, aunque no quería.

—¿Por qué lleva puesto eso, Dobby? —le preguntó con curiosidad.

—¿Esto, señor? —preguntó Dobby, pellizcándose el almohadón—. Es un símbolo de la esclavitud del elfo doméstico, señor. A Dobby sólo podrán liberarlo sus dueños un día si le dan alguna prenda. La familia tiene mucho cuidado de no pasarle a Dobby ni siquiera un calcetín, porque entonces podría dejar la casa para siempre. —Dobby se secó los ojos saltones y dijo de repente—: ¡Harry Potter debe volver a casa! Dobby creía que su *bludger* bastaría para hacerle...

—¿Su *bludger*? —dijo Harry, volviendo a enfurecerse—. ¿Qué quiere decir con «su *bludger*»? ¿Usted es el culpable de que esa bola intentara matarme?

—¡No, matarle no, señor, nunca! —dijo Dobby, asustado—. ¡Dobby quiere salvarle la vida a Harry Potter! ¡Mejor ser enviado de vuelta a casa, gravemente herido, que permanecer aquí, señor! ¡Dobby sólo quería ocasionar a Harry Potter el daño suficiente para que lo enviaran a casa!

—Ah, ¿eso es todo? —dijo Harry irritado—. Me imagino que no querrá decirme por qué quería enviarme de vuelta a casa hecho pedazos.

—¡Ah, si Harry Potter supiera...! —gimió Dobby, mientras le caían más lágrimas en el viejo almohadón—. ¡Si supiera lo que significa para nosotros, los parias, los esclavizados, la escoria del mundo mágico...! Dobby recuerda cómo era todo cuando El-que-no-debe-nombrarse estaba en la cima del poder, señor. ¡A nosotros los elfos domésticos se nos trataba como a alimañas, señor! Desde luego, así es como aún tratan a Dobby, señor —admitió, secándose el rostro en el almohadón—. Pero, señor, en lo principal la vida ha mejorado para los de mi especie desde que usted derrotó al Que-no-debe-ser-nombrado. Harry Potter sobrevivió, y cayó el poder del Señor Tenebroso, surgiendo un nuevo amanecer, señor, y Harry Potter brilló como un faro de esperanza para los que creíamos que nunca terminarían los días oscuros, señor... Y ahora, en Hogwarts, van a ocurrir cosas terribles, tal vez están ocurriendo ya, y Dobby no puede consentir que Harry Potter permanezca aquí ahora que la historia va a repetirse, ahora que la Cámara de los Secretos ha vuelto a abrirse...

Dobby se quedó inmóvil, aterrorizado, y luego cogió la jarra de agua de la mesilla de Harry y se dio con ella en la cabeza, cayendo al suelo. Un segundo después reapareció trepando por la cama, bizqueando y murmurando:

—Dobby malo, Dobby muy malo...

—¿Así que es cierto que hay una Cámara de los Secretos? —murmuró Harry—. Y... ¿dice que se había abierto en anteriores ocasiones? ¡Hable, Dobby! —Sujetó la huesuda muñeca del elfo a tiempo de impedir que volviera a coger la jarra del agua—. Además, yo no soy de familia *muggle*. ¿Por qué va a suponer la cámara un peligro para mi?

—Ah, señor, no me haga más preguntas, no pregunte más al pobre Dobby —tartamudeó el elfo. Los ojos le brillaban en la oscuridad—. Se están planeando acontecimientos terribles en este lugar, pero Harry Potter no debe

encontrarse aquí cuando se lleven a cabo. Váyase a casa, Harry Potter. Váyase, porque no debe verse involucrado, es demasiado peligroso...

—¿Quién es, Dobby? —le preguntó Harry, manteniéndolo firmemente sujeto por la muñeca para impedirle que volviera a golpearse con la jarra del agua—. ¿Quién la ha abierto? ¿Quién la abrió la última vez?

—¡Dobby no puede hablar, señor, no puede, Dobby no debe hablar! —chillé el elfo—. ¡Váyase a casa, Harry Potter, váyase a casa!

—¡No me voy a ir a ningún lado! —dijo Harry con dureza—. ¡Mi mejor amiga es de familia *muggle*, y su vida está en peligro si es verdad que la cámara ha sido abierta!

—¡Harry Potter arriesga su propia vida por sus amigos! —gimió Dobby, en una especie de éxtasis de tristeza—. ¡Es tan noble, tan valiente...! Pero tiene que salvarse, tiene que hacerlo, Harry Potter no puede...

Dobby se quedó inmóvil de repente, y temblaron sus orejas de murciélago. Harry también lo oyó: eran pasos que se acercaban por el corredor.

—¡Dobby tiene que irse! —musitó el elfo, aterrorizado.

Se oyó un fuerte ruido, y el puño de Harry se cerró en el aire. Se echó de nuevo en la cama, con los ojos fijos en la puerta de la enfermería, mientras los pasos se acercaban.

Dumbledore entró en el dormitorio, vestido con un camisón largo de lana y un gorro de dormir. Acarreaba un extremo de lo que parecía una estatua. La profesora McGonagall apareció un segundo después, sosteniendo los pies. Entre uno y otra, dejaron la estatua sobre una cama.

—Traiga a la señora Pomfrey —susurró Dumbledore, y la profesora McGonagall desapareció a toda prisa pasando junto a los pies de la cama de Harry. Harry estaba inmóvil, haciéndose el dormido. Oyó voces apremiantes, y la profesora McGonagall volvió a aparecer, seguida por la señora Pomfrey, que se estaba poniendo un jersey sobre el camisón de dormir. Harry la oyó tomar aire bruscamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la señora Pomfrey a Dumbledore en un susurro, inclinándose sobre la estatua.

—Otra agresión —explicó Dumbledore—. Minerva lo ha encontrado en las escaleras.

—Tenía a su lado un racimo de uvas —dijo la profesora McGonagall—. Suponemos que intentaba llegar hasta aquí para visitar a Potter.

A Harry le dio un vuelco el corazón. Lentamente y con cuidado, se alzó unos centímetros para poder ver la estatua que había sobre la cama. Un rayo de luna le caía sobre el rostro.

Era Colin Creevey. Tenía los ojos muy abiertos y sus manos sujetaban la cámara de fotos encima del pecho.

—¿Petrificado? —susurró la señora Pomfrey.

—Sí —dijo la profesora McGonagall—. Pero me estremezco al pensar... Si Albus no hubiera bajado por chocolate caliente, quién sabe lo que podría haber...

Los tres miraban a Colin. Dumbledore se inclinó y desprendió la cámara de fotos de las manos rígidas de Colin.

—¿Cree que pudo sacar una foto a su atacante? —le preguntó la profesora McGonagall con expectación.

Dumbledore no respondió. Abrió la cámara.

—¡Por favor! —exclamó la señora Pomfrey.

Un chorro de vapor salió de la cámara. A Harry, que se encontraba tres camas más allá, le llegó el olor agrio del plástico quemado.

—Derretido —dijo asombrada la señora Pomfrey—. Todo derretido...

—¿Qué significa esto, Albus? —preguntó apremiante la profesora McGonagall.

—Significa —contestó Dumbledore— que es verdad que han abierto de nuevo la Cámara de los Secretos.

La señora Pomfrey se llevó una mano a la boca. La profesora McGonagall miró a Dumbledore fijamente.

—Pero, Albus..., ¿quién...?

—La cuestión no es *quién* —dijo Dumbledore, mirando a Colin—; la cuestión es *cómo*.

Y a juzgar por lo que Harry pudo vislumbrar de la expresión sombría de la profesora McGonagall, ella no lo comprendía mejor que él.

11

El club de duelo

Al despertar Harry la mañana del domingo, halló el dormitorio resplandeciente con la luz del sol de invierno, y su brazo otra vez articulado, aunque muy rígido. Se sentó enseguida y miró hacia la cama de Colin, pero estaba oculto tras las largas cortinas que el propio Harry había corrido el día anterior. Al ver que se había despertado, la señora Pomfrey se acercó afanosamente con la bandeja del desayuno, y se puso a flexionarle y estirarle a Harry el brazo y los dedos.

—Todo va bien —le dijo, mientras él apuraba torpemente con su mano izquierda las gachas de avena—. Cuando termines de comer, puedes irte.

Harry se vistió lo más deprisa que pudo y salió precipitadamente hacia la torre de Gryffindor, deseoso de hablar con Ron y Hermione sobre Colín y Dobby, pero no los encontró allí. Harry dejó de buscarlos, preguntándose adónde podían haber ido y algo molesto de que no parecieran interesados en saber si él había recuperado o no sus huesos.

Cuando pasó por delante de la biblioteca, Percy Weasley precisamente salía de ella, y parecía estar de mucho mejor humor que la última vez que lo habían encontrado.

—¡Ah, hola, Harry! —dijo—. Excelente jugada la de ayer, realmente excelente. Gryffindor acaba de ponerse a la cabeza de la copa de las casas: ¡ganaste cincuenta puntos!

—¿No has visto a Ron ni a Hermione? —preguntó Harry.

—No, no los he visto —contestó Percy, dejando de sonreír—. Espero que Ron no esté otra vez en el aseo de las chicas...

Harry forzó una sonrisa, siguió a Percy con la vista hasta que desapareció, y se fue derecho al aseo de Myrtle *la Llorona*. No encontraba ningún motivo para que Ron y Hermione estuvieran allí, pero después de asegurarse de que no merodeaban por el lugar Filch ni ningún prefecto, abrió la puerta y oyó sus voces provenientes de un retrete cerrado.

—Soy yo —dijo, entrando en los lavabos y cerrando la puerta. Oyó un golpe metálico, luego otro como de salpicadura y un grito ahogado, y vio a Hermione mirando por el agujero de la cerradura.

—¡Harry! —dijo ella—. Vaya susto que nos has dado. Entra. ¿Cómo está tu brazo?

—Bien —dijo Harry, metiéndose en el retrete. Habían puesto un caldero sobre la taza del inodoro, y un crepitar que provenía de dentro le indicó que habían prendido un fuego bajo el caldero. Prender fuegos transportables y sumergibles era la especialidad de Hermione.

—Pensamos ir a verte, pero decidimos comenzar a preparar la poción *multijugos* —le explicó Ron, después de que Harry cerrara de nuevo la puerta del retrete. Hemos pensado que éste es el lugar más seguro para guardarla.

Harry empezó a contarles lo de Colin, pero Hermione lo interrumpió.

—Ya lo sabemos, oímos a la profesora McGonagall hablar con el profesor Flitwick esta mañana. Por eso pensamos que era mejor darnos prisa.

—Cuanto antes le saquemos a Malfoy una declaración, mejor —gruñó Ron—. ¿No piensas igual? Se ve que después del partido de *quidditch* estaba tan sulfurado que la tomó con Colin.

—Hay alguien más —dijo Harry, contemplando a Hermione, que partía manojos de *centinodia* y los echaba a la poción—. Dobby vino en mitad de la noche a hacerme una visita.

Ron y Hermione levantaron la mirada, sorprendidos. Harry les contó todo lo que Dobby le había dicho... y lo que no le había querido decir. Ron y Hermione lo escucharon con la boca abierta.

—¿La Cámara de los Secretos ya fue abierta antes? —le preguntó Hermione.

—Es evidente —dijo Ron con voz de triunfo—. Lucius Malfoy abriría la cámara en sus tiempos de estudiante y ahora le ha explicado a su querido Draco cómo hacerlo. Está claro. Sin embargo, me gustaría que Dobby te hubiera dicho qué monstruo hay en ella. Me gustaría saber cómo es posible que nadie se lo haya encontrado merodeando por el colegio.

—Quizá pueda volverse invisible —dijo Hermione, empujando unas sanguijuelas hacia el fondo del caldero—. O quizá pueda disfrazarse, hacerse pasar por una armadura o algo así. He leído algo sobre fantasmas camaleónicos...

—Lees demasiado, Hermione —le dijo Ron, echando crisopos encima de las sanguijuelas. Arrugó la bolsa vacía de los crisopos y miró a Harry—. Así que fue Dobby el que no nos dejó coger el tren y el que te rompió el brazo... —Movió la cabeza—. ¿Sabes qué, Harry? Si no deja de intentar salvarte la vida, te va a matar.

La noticia de que habían atacado a Colin Creevey y de que éste yacía como muerto en la enfermería se extendió por todo el colegio durante la mañana del lunes. El ambiente se llenó de rumores y sospechas. Los de primer curso se desplazaban por el castillo en grupos muy compactos, como si temieran que los atacaran si iban solos.

Ginny Weasley, que se sentaba junto a Colin Creevey en la clase de

Encantamientos, estaba consternada, pero a Harry le parecía que Fred y George se equivocaban en la manera de animarla. Se turnaban para esconderse detrás de las estatuas, disfrazados con una piel, y asustarla cuando pasaba. Pero tuvieron que parar cuando Percy se hartó y les dijo que iba a escribir a su madre para contarle que por su culpa Ginny tenía pesadillas.

Mientras tanto, a escondidas de los profesores, se desarrollaba en el colegio un mercado de talismanes, amuletos y otros chismes protectores. Neville Longbottom había comprado una gran cebolla verde, cuyo olor decían que alejaba el mal, un cristal púrpura acabado en punta y una cola podrida de tritón antes de que los demás chicos de Gryffindor le explicaran que él no corría peligro, porque tenía la sangre limpia y por tanto no era probable que lo atacaran.

—Fueron primero por Filch —dijo Neville, con el miedo escrito en su cara redonda—, y todo el mundo sabe que yo soy casi un *squib*.

Durante la segunda semana de diciembre, la profesora McGonagall pasó, como de costumbre, a recoger los nombres de los que se quedarían en el colegio en Navidades. Harry, Ron y Hermione firmaron en la lista; habían oído que Malfoy se quedaba, lo cual les pareció muy sospechoso. Las vacaciones serían un momento perfecto para utilizar la poción *multijugos* e intentar sonsacarle una confesión.

Por desgracia, la poción estaba a medio acabar. Aún necesitaban el cuerno de bicornio y la piel de serpiente arbórea africana, y el único lugar del que podrían sacarlos era el armario privado de Snape. A Harry le parecía que preferiría enfrentarse al monstruo legendario de Slytherin a tener que soportar las iras de Snape si lo pillaba robándole en el despacho.

—Lo que tenemos que hacer —dijo animadamente Hermione, cuando se acercaba la doble clase de Pociones de la tarde del jueves— es distraerle con algo. Entonces uno de nosotros podrá entrar en el despacho de Snape y coger lo que necesitamos. —Harry y Ron la miraron nerviosos—. Creo que es mejor que me encargue yo misma del robo —continué Hermione, como si tal cosa—. A vosotros dos os expulsarían si os pillaran en otra, mientras que yo tengo el expediente limpio. Así que no tenéis más que originar un tumulto lo suficientemente importante para mantener ocupado a Snape unos cinco minutos.

Harry sonrió tímidamente. Provocar un tumulto en la clase de Pociones de Snape era tan arriesgado como pegarle un puñetazo en el ojo a un dragón dormido.

Las clases de Pociones se impartían en una de las mazmorras más espaciosas. Aquella tarde de jueves, la clase se desarrollaba como siempre. Veinte calderos humeaban entre los pupitres de madera, en los que descansaban balanzas de latón y jarras con los ingredientes. Snape rondaba

por entre los fuegos, haciendo comentarios envenenados sobre el trabajo de los de Gryffindor, mientras los de Slytherin se reían a cada crítica. Draco Malfoy, que era el alumno favorito de Snape, hacia burla con los ojos a Ron y Harry, que sabían que si le contestaban tardarían en ser castigados menos de lo que se tarda en decir «injusto».

A Harry la pócima infladora le salía demasiado líquida, pero en aquel momento le preocupaban otras cosas más importantes. Aguardaba una seña de Hermione, y apenas prestó atención cuando Snape se detuvo a mirar con desprecio su poción agnada. Cuando Snape se volvió y se fue a ridiculizar a Neville, Hermione captó la mirada de Harry; y le hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

Harry se agachó rápidamente y se escondió detrás de su caldero, se sacó de un bolsillo una de las bengalas del doctor Filibuster que tenía Fred, y le dio un golpe con la varita. La bengala se puso a silbar y echar chispas. Sabiendo que sólo contaba con unos segundos, Harry se levantó, apuntó y la lanzó al aire. La bengala aterrizó dentro del caldero de Goyle.

La poción de Goyle estalló, rociando a toda la clase. Los alumnos chillaban cuando los alcanzaba la pócima infladora. A Malfoy le salpicó en toda la cara, y la nariz se le empezó a hinchar como un balón; Goyle andaba a ciegas tapándose los ojos con las manos, que se le pusieron del tamaño de platos soperos, mientras Snape trataba de restablecer la calma y de entender qué había sucedido. Harry vio a Hermione aprovechar la confusión para salir discretamente por la puerta.

—¡Silencio! ¡SILENCIO! —gritaba Snape—. Los que hayan sido salpicados por la poción, que vengan aquí para ser curados. Y cuando averigüe quién ha hecho esto...

Harry intentó contener la risa cuando vio a Malfoy apresurarse hacia la mesa del profesor, con la cabeza caída a causa del peso de la nariz, que había llegado a alcanzar el tamaño de un pequeño melón. Mientras la mitad de la clase se apiñaba en torno a la mesa de Snape, unos quejándose de sus brazos del tamaño de grandes garrotes, y otros sin poder hablar debido a la hinchazón de sus labios, Harry vio que Hermione volvía a entrar en la mazmorra, con un bulto debajo de la túnica.

Cuando todo el mundo se hubo tomado un trago de antídoto y las diversas hinchazones remitieron, Snape se fue hasta el caldero de Goyle y extrajo los restos negros y retorcidos de la bengala. Se produjo un silencio repentino.

—Si averiguo quién ha arrojado esto —susurró Snape—, me aseguraré de que lo expulsen.

Harry puso una cara que esperaba que fuera de perplejidad. Snape lo miraba a él, y la campana que sonó al cabo de diez minutos no pudo ser mejor bienvenida.

—Sabe que fui yo —dijo Harry a Ron y Hermione, mientras iban deprisa a

los aseos de Myrtle *la Llorona*—. Podría jurarlo.

Hermione echó al caldero los nuevos ingredientes y removió con brío.

—Estará lista dentro de dos semanas —dijo contenta.

—Snape no tiene ninguna prueba de que hayas sido tú —dijo Ron a Harry, tranquilizándolo—. ¿Qué puede hacer?

—Conociendo a Snape, algo terrible —dijo Harry, mientras la poción levantaba borbotones y espuma.

Una semana más tarde, Harry, Ron y Hermione cruzaban el vestíbulo cuando vieron a un puñado de gente que se agolpaba delante del tablón de anuncios para leer un pergamino que acababan de colgar. Seamus Finnigan y Dean Thomas les hacían señas, entusiasmados.

—¡Van a abrir un club de duelo! —dijo Seamus—. ¡La primera sesión será esta noche! No me importaría recibir unas clases de duelo, podrían ser útiles en estos días...

—¿Por qué? ¿Acaso piensas que se va a batir el monstruo de Slytherin? —preguntó Ron, pero lo cierto es que también él leía con interés el cartel.

—Podría ser útil —les dijo a Harry y Hermione cuando se dirigían a cenar—. ¿Vamos?

Harry y Hermione se mostraron completamente a favor, así que aquella noche, a las ocho, se dirigieron deprisa al Gran Comedor. Las grandes mesas de comedor habían desaparecido, y adosada a lo largo de una de las paredes había una tarima dorada, iluminada por miles de velas que flotaban en el aire. El techo volvía a ser negro, y la mayor parte de los alumnos parecían haberse reunido debajo de él, portando sus varitas mágicas y aparentemente entusiasmados.

—Me pregunto quién nos enseñará —dijo Hermione, mientras se internaban en la alborotada multitud—. Alguien me ha dicho que Flitwick fue campeón de duelo cuando era joven, quizá sea él.

—Con tal de que no sea... —Harry empezó una frase que terminó en un gemido: Gilderoy Lockhart se encaminaba a la tarima, resplandeciente en su túnica color ciruela oscuro, y lo acompañaba nada menos que Snape, con su usual túnica negra.

Lockhart rogó silencio con un gesto del brazo y dijo:

—¡Venid aquí, acercaos! ¿Me ve todo el mundo? ¿Me oís todos? ¡Estupendo! El profesor Dumbledore me ha concedido permiso para abrir este

modesto club de duelo, con la intención de prepararos a todos vosotros por si algún día necesitáis defenderos tal como me ha pasado a mí en incontables ocasiones (para más detalles, consultad mis obras).

»Permitidme que os presente a mi ayudante, el profesor Snape —dijo Lockhart, con una amplia sonrisa—. Él dice que sabe un poquito sobre el arte de batirse, y ha accedido desinteresadamente a ayudarme en una pequeña demostración antes de empezar. Pero no quiero que os preocupéis los más jóvenes: no os quedaréis sin profesor de Pociones después de esta demostración, ¡no temáis!

—¿No estaría bien que se mataran el uno al otro? —susurró Ron a Harry al oído.

En el labio superior de Snape se apreciaba una especie de mueca de desprecio. Harry se preguntaba por qué Lockhart continuaba sonriendo; si Snape lo hubiera mirado como miraba a Lockhart, habría huido a todo correr en la dirección opuesta.

Lockhart y Snape se encararon y se hicieron una reverencia. O, por lo menos, la hizo Lockhart, con mucha floritura de la mano, mientras Snape movía la cabeza de mal humor. Luego alzaron sus varitas mágicas frente a ellos, como si fueran espadas.

—Como veis, sostenemos nuestras varitas en la posición de combate convencional —explicó Lockhart a la silenciosa multitud—. Cuando cuente tres, haremos nuestro primer embrujo. Pero claro está que ninguno de los dos tiene intención de matar.

—Yo no estaría tan seguro —susurró Harry, viendo a Snape enseñar los dientes.

—Una..., dos... y tres.

Ambos alzaron las varitas y las dirigieron a los hombros del contrincante. Snape gritó:

—*¡Expelliarmus!*

Resplandeció un destello de luz roja, y Lockhart despegó en el aire, voló hacia atrás, salió de la tarima, pegó contra el muro y cayó resbalando por él hasta quedar tendido en el suelo.

Malfoy y algunos otros de Slytherin vitorearon. Hermione se puso de puntillas.

—¿Creéis que estará bien? —chilló por entre los dedos con que se tapaba la cara.

—¿A quién le preocupa? —dijeron Harry y Ron al mismo tiempo.

Lockhart se puso de pie con esfuerzo. Se le había caído el sombrero y su

pelo ondulado se le había puesto de punta.

—¡Bueno, ya lo habéis visto! —dijo, tambaleándose al volver a la tarima—. Eso ha sido un encantamiento de desarme; como podéis ver, he perdido la varita... ¡Ah, gracias, señorita Brown! Sí, profesor Snape, ha sido una excelente idea enseñarlo a los alumnos, pero si no le importa que se lo diga, era muy evidente que iba a atacar de esa manera. Si hubiera querido impedírselo, me habría resultado muy fácil. Pero pensé que sería instructivo dejarles que vieran...

Snape parecía dispuesto a matarlo, y quizá Lockhart lo notara, porque dijo:

—¡Basta de demostración! Vamos a colocaros por parejas. Profesor Snape, si es tan amable de ayudarme...

Se metieron entre la multitud a formar parejas. Lockhart puso a Neville con Justin Finch-Fletchley, pero Snape llegó primero hasta donde estaban Ron y Harry

—Ya es hora de separar a este equipo ideal, creo —dijo con expresión desdeñosa—. Weasley, puedes emparejarte con Finnigan. Potter...

Harry se acercó automáticamente a Hermione.

—Me parece que no —dijo Snape, sonriendo con frialdad—. Señor Malfoy, aquí. Veamos qué puedes hacer con el famoso Potter. La señorita Granger que se ponga con Bulstrode.

Malfoy se acercó pavoneándose y sonriendo. Detrás de él iba una chica de Slytherin que le recordó a Harry una foto que había visto en *Vacaciones con las brujas*. Era alta y robusta, y su poderosa mandíbula sobresalía agresivamente. Hermione la saludó con una débil sonrisa que la otra no le devolvió.

—¡Poneos frente a vuestros contrincantes —dijo Lockhart, de nuevo sobre la tarima— y haced una inclinación!

Harry y Malfoy apenas bajaron la cabeza, mirándose fijamente.

—¡Varitas listas! —gritó Lockhart—. Cuando cuente hasta tres, ejecutad vuestros hechizos para desarmar al oponente. Sólo para desarmarlo; no queremos que haya ningún accidente. Una, dos y... tres.

Harry apuntó la varita hacia los hombros de Malfoy, pero éste ya había empezado a la de dos. Su conjuro le hizo el mismo efecto que si le hubieran golpeado en la cabeza con una sartén. Harry se tambaleó pero aguantó, y sin perder tiempo, dirigió contra Malfoy su varita, diciendo:

—*¡Rictusempra!*

Un chorro de luz plateada alcanzó a Malfoy en el estómago, y el chico se retorció, respirando con dificultad.

—¡He dicho sólo desarmarse! —gritó Lockhart a la combativa multitud cuando Malfoy cayó de rodillas; Harry lo había atacado con un encantamiento de cosquillas, y apenas se podía mover de la risa. Harry no volvió a atacar, porque le parecía que no era deportivo hacerle a Malfoy más encantamientos mientras estaba en el suelo, pero fue un error. Tomando aire, Malfoy apuntó la varita a las rodillas de Harry, y dijo con voz ahogada:

—*¡Tarantallegra!*

Un segundo después, a Harry las piernas se le empezaron a mover a saltos, fuera de control, como si bailaran un baile velocísimo.

—¡Alto!, ¡alto! —gritó Lockhart, pero Snape se hizo cargo de la situación.

—*¡Finite incantatem!* —gritó. Los pies de Harry dejaron de bailar, Malfoy dejó de reír y ambos pudieron levantar la vista.

Una niebla de humo verdoso se cernía sobre la sala. Tanto Neville como Justin estaban tendidos en el suelo, jadeando; Ron sostenía a Seamus, que estaba lívido, y le pedía disculpas por los efectos de su varita rota; pero Hermione y Millicent Bulstrode no se habían detenido: Millicent tenía a Hermione agarrada del cuello y la hacía gemir de dolor. Las varitas de las dos estaban en el suelo. Harry se acercó de un salto y apartó a Millicent. Fue difícil, porque era mucho más robusta que él.

—Muchachos, muchachos... —decía Lockhart, pasando por entre los estudiantes, examinando las consecuencias de los duelos—. Levántate, Macmillan..., con cuidado, señorita Fawcett..., pellízcalo con fuerza, Boot, y dejará de sangrar enseguida...

»Creo que será mejor que os enseñe a interceptar los hechizos indeseados —dijo Lockhart, que se había quedado quieto, con aire azorado, en medio del comedor. Miró a Snape y al ver que le brillaban los ojos, apartó la vista de inmediato—. Necesito un par de voluntarios... Longbottom y Finch-Fletchley, ¿qué tal vosotros?

—Mala idea, profesor Lockhart —dijo Snape, deslizándose como un murciélago grande y malévolo—. Longbottom provoca catástrofes con los hechizos más simples, tendríamos que enviar a Finch-Fletchley a la enfermería en una caja de cerillas. —La cara sonrosada de Neville se puso de un rosa aún más intenso—. ¿Qué tal Malfoy y Potter? —dijo Snape con una sonrisa malvada.

—¡Excelente idea! —dijo Lockhart, haciéndoles un gesto para que se acercaran al centro del Salón, al mismo tiempo que la multitud se apartaba para dejarles sitio—. Veamos, Harry —dijo Lockhart—, cuando Draco te apunte con la varita, tienes que hacer esto.

Levantó la varita, intentó un complicado movimiento, y se le cayó al suelo. Snape sonrió y Lockhart se apresuró a recogerla, diciendo:

—¡Vaya, mi varita está un poco nerviosa!

Snape se acercó a Malfoy, se inclinó y le susurró algo al oído. Malfoy también sonrió. Harry miró asustado a Lockhart y le dijo:

—Profesor, ¿me podría explicar de nuevo cómo se hace eso de interceptar?

—¿Asustado? —murmuró Malfoy, de forma que Lockhart no pudiera oírle.

—Eso quisieras tú —le dijo Harry torciendo la boca.

Lockhart dio una palmada amistosa a Harry en el hombro.

—¡Simplemente, hazlo como yo, Harry!

—¿El qué?, ¿dejar caer la varita?

Pero Lockhart no le escuchaba.

—Tres, dos, uno, ¡ya! —gritó.

Malfoy levantó rápidamente la varita y bramó:

—*¡Serpensortia!*

Hubo un estallido en el extremo de su varita. Harry vio, aterrorizado, que de ella salía una larga serpiente negra, caía al suelo entre los dos y se erguía, lista para atacar. Todos se echaron atrás gritando y despejaron el lugar en un segundo.

—No te muevas, Potter —dijo Snape sin hacer nada, disfrutando claramente de la visión de Harry, que se había quedado inmóvil, mirando a los ojos a la furiosa serpiente—. Me encargaré de ella...

—¡Permitidme! —gritó Lockhart. Blandió su varita apuntando a la serpiente y se oyó un disparo: la serpiente, en vez de desvanecerse, se elevó en el aire unos tres metros y volvió a caer al suelo con un chasquido. Furiosa, silbando de enojo, se deslizó derecha hacia Finch-Fletchley y se irguió de nuevo, enseñando los colmillos venenosos.

Harry no supo por qué lo hizo, ni siquiera fue consciente de ello. Sólo percibió que las piernas lo impulsaban hacia delante como si fuera sobre ruedas y que gritaba absurdamente a la serpiente: «¡Déjale!» Y milagrosa e inexplicablemente, la serpiente bajó al suelo, tan inofensiva como una gruesa manguera negra de jardín, y volvió los ojos a Harry. A éste se le pasó el miedo. Sabía que la serpiente ya no atacaría a nadie, aunque no habría podido explicar por qué lo sabía.

Sonriendo, miró a Justin, esperando verlo aliviado, o confuso, o agradecido, pero ciertamente no enojado y asustado.

—¿A qué crees que jugamos? —gritó, y antes de que Harry pudiera contestar, se había dado la vuelta y abandonaba el salón.

Snape se acercó, blandió la varita y la serpiente desapareció en una pequeña nube de humo negro. También Snape miraba a Harry de una manera rara; era una mirada astuta y calculadora que a Harry no le gustó. Fue vagamente consciente de que a su alrededor se oían unos inquietantes murmullos. A continuación, sintió que alguien le tiraba de la túnica por detrás.

—Vamos —le dijo Ron al oído—. Vamos...

Ron lo sacó del salón, y Hermione fue con ellos. Al atravesar las puertas, los estudiantes se apartaban como si les diera miedo contagiarse. Harry no tenía ni idea de lo que pasaba, y ni Ron ni Hermione le explicaron nada hasta llegar a la sala común de Gryffindor, que estaba vacía. Entonces Ron sentó a Harry en una butaca y le dijo:

—Hablas *pársel*. ¿Por qué no nos lo habías dicho?

—¿Que hablo qué? —dijo Harry.

—*¡Pársel!* —dijo Ron—. ¡Puedes hablar con las serpientes!

—Lo sé —dijo Harry—. Quiero decir, que ésta es la segunda vez que lo hago. Una vez, accidentalmente, le eché una boa constrictor a mi primo Dudley en el zoo... Es una larga historia... pero ella me estaba diciendo que no había estado nunca en Brasil, y yo la liberé sin proponérmelo. Fue antes de saber que era un mago...

—¿Entendiste que una boa constrictor te decía que no había estado nunca en Brasil? —repitió Ron con voz débil.

—¿Y qué? —preguntó Harry—. Apuesto a que pueden hacerlo montones de personas.

—Desde luego que no —dijo Ron—. No es un don muy frecuente. Harry, eso no es bueno.

—¿Que no es bueno? —dijo Harry, comenzando a enfadarse—. ¿Qué le pasa a todo el mundo? Mira, si no le hubiera dicho a esa serpiente que no atacara a Justin...

—¿Eso es lo que le dijiste?

—¿Qué pasa? Tú estabas allí... Tú me oíste.

—Hablaste en lengua *pársel* —le dijo Ron—, la lengua de las serpientes. Podías haber dicho cualquier cosa. No te sorprenda que Justin se asustara, parecía como si estuvieras incitando a la serpiente, o algo así. Fue escalofriante.

Harry se quedó con la boca abierta.

—¿Hablé en otra lengua? Pero no comprendo... ¿Cómo puedo hablar en una lengua sin saber que la conozco?

Ron negó con la cabeza. Por la cara que ponían tanto él como Hermione, parecía como si acabara de morir alguien. Harry no alcanzaba a comprender qué era tan terrible.

—¿Me quieres decir qué hay de malo en impedir que una serpiente grande y asquerosa arranque a Justin la cabeza de un mordisco? —preguntó—. ¿Qué importa cómo lo hice si evité que Justin tuviera que ingresar en el Club de Cazadores Sin Cabeza?

—Sí importa —dijo Hermione, hablando por fin, en un susurro—, porque Salazar Slytherin era famoso por su capacidad de hablar con las serpientes. Por eso el símbolo de la casa de Slytherin es una serpiente.

Harry se quedó boquiabierto.

—Exactamente —dijo Ron—. Y ahora todo el colegio va a pensar que tú eres su tatara-tatara-tatara-tataranieto o algo así.

—Pero no lo soy —dijo Harry, sintiendo un inexplicable terror.

—Te costará mucho demostrarlo —dijo Hermione—. Él vivió hace unos mil años, así que bien podrías serlo.

Aquella noche, Harry pasó varias horas despierto. Por una abertura en las colgaduras de su cama, veía que la nieve comenzaba a amontonarse al otro lado de la ventana de la torre, y meditaba.

¿Era posible que fuera un descendiente de Salazar Slytherin? Al fin y al cabo, no sabía nada sobre la familia de su padre. Los Dursley nunca le habían permitido hacerles preguntas sobre sus familiares magos.

En voz baja, trató de decir algo en lengua *pársel*, pero no encontró las palabras. Parecía que era requisito imprescindible estar delante de una serpiente.

«Pero estoy en Gryffindor —pensó Harry—. El Sombrero Seleccionador no me habría puesto en esta casa si tuviera sangre de Slytherin...»

«¡Ah! —dijo en su cerebro una voz horrible—, pero el Sombrero Seleccionador te quería enviar a Slytherin, ¿lo recuerdas?»

Harry se volvió. Al día siguiente vería a Justin en clase de Herbología y le explicaría que le había pedido a la serpiente que se apartara de él, no que lo atacara, algo (pensó enfadado, dando puñetazos a la almohada) de lo que cualquier idiota se habría dado cuenta.

A la mañana siguiente, sin embargo, la nevada que había empezado a caer por la noche se había transformado en una tormenta de nieve tan recia que se suspendió la última clase de Herbología del trimestre. La profesora Sprout quiso tapar las mandrágoras con pañuelos y calcetines, una operación delicada que no habría confiado a nadie más, puesto que el crecimiento de las mandrágoras se había convertido en algo tan importante para revivir a la Señora Norris y a Colin Creevey.

Harry le daba vueltas a aquello, sentado junto a la chimenea, en la sala común de Gryffindor, mientras Ron y Hermione aprovechaban el hueco dejado por la clase de Herbología para echar una partida al ajedrez mágico.

—¡Por Dios, Harry! —dijo Hermione, exasperada, mientras uno de los alfiles de Ron tiraba al suelo al caballero de uno de sus caballos y lo sacaba a rastras del tablero—. Si es tan importante para ti, ve a buscar a Justin.

De forma que Harry se levantó y salió por el retrato, preguntándose dónde estaría Justin.

El castillo estaba más oscuro de lo normal en pleno día, a causa de la nieve espesa y gris que se arremolinaba en todas las ventanas. Tiritando, Harry pasó por las aulas en que estaban haciendo clase, vislumbrando algunas escenas de lo que ocurría dentro. La profesora McGonagall gritaba a un alumno que, a juzgar por lo que se oía, había convertido a su compañero en un tejón. Aguantándose las ganas de echar un vistazo, Harry siguió su camino, pensando que Justin podría estar aprovechando su hora libre para hacer alguna tarea pendiente, y decidió mirar antes que nada en la biblioteca.

Efectivamente, algunos de los de Hufflepuff que tenían clase de Herbología estaban en la parte de atrás de la biblioteca, pero no parecía que estudiasen. Entre las largas filas de estantes, Harry podía verlos con las cabezas casi pegadas unos a otros, en lo que parecía una absorbente conversación. No podía distinguir si entre ellos se encontraba Justin. Se les estaba acercando cuando consiguió entender algo de lo que decían, y se detuvo a escuchar, oculto tras la sección de «Invisibilidad».

—Así que —decía un muchacho corpulento— le dije a Justin que se ocultara en nuestro dormitorio. Quiero decir que si Potter lo ha señalado como su próxima víctima, es mejor que se deje ver poco durante una temporada. Por supuesto, Justin se temía que algo así pudiera ocurrir desde que se le escapó decirle a Potter que era de familia *muggle*. Lo que Justin le dijo exactamente es que le habían reservado plaza en Eton. No es el mejor comentario que se le puede hacer al heredero de Slytherin, ¿verdad?

—¿Entonces estás convencido de que es Potter, Ernie? —preguntó asustada una chica rubia con coletas.

—Hannah —le dijo solemnemente el chico robusto—, sabe hablar *pársel*. Todo el mundo sabe que ésa es la marca de un mago tenebroso. ¿Sabes de

alguien honrado que pueda hablar con las serpientes? Al mismo Slytherin lo llamaban «lengua de serpiente».

Esto provocó densos murmullos. Ernie prosiguió:

—¿Recordáis lo que apareció escrito en la pared? «Temed, enemigos del heredero.» Potter estaba enemistado con Filch. A continuación, el gato de Filch resulta agredido. Ese chaval de primero, Creevey, molestó a Potter en el partido de *quidditch*, sacándole fotos mientras estaba tendido en el barro. Y entonces aparece Creevey petrificado.

—Pero —repuso Hannah, vacilando— parece tan majo... y, bueno, fue él quien hizo desaparecer a Quien-vosotros-sabéis. No puede ser tan malo, ¿no creéis?

Ernie bajó la voz para adoptar un tono misterioso. Los de Hufflepuff se inclinaron y se juntaron más unos a otros, y Harry tuvo que acercarse más para oírlas palabras de Ernie.

—Nadie sabe cómo pudo sobrevivir al ataque de Quien-vosotros-sabéis. Quiero decir que era tan sólo un niño cuando ocurrió, y tendría que haber saltado en pedazos. Sólo un mago tenebroso con mucho poder podría sobrevivir a una maldición como ésa. —Bajó la voz hasta que no fue más que un susurro, y prosiguió—: Por eso seguramente es por lo que Quien-vosotros-sabéis quería matarlo antes que a nadie. No quería tener a otro Señor Tenebroso que le hiciera la competencia. Me pregunto qué otros poderes oculta Potter.

Harry no pudo aguantar más y salió de detrás de la estantería, carraspeando sonoramente. De no estar tan enojado, le habría parecido divertida la forma en que lo recibieron: todos parecían petrificados por su sola visión, y Ernie se puso pálido.

—Hola —dijo Harry—. Busco a Justin Finch-Fletchley.

Los peores temores de los de Hufflepuff se vieron así confirmados. Todos miraron atemorizados a Ernie.

—¿Para qué lo buscas? —le preguntó Ernie, con voz trémula.

—Quería explicarle lo que sucedió realmente con la serpiente en el club de duelo —dijo Harry.

Ernie se mordió los labios y luego, respirando hondo, dijo:

—Todos estábamos allí. Vimos lo que sucedió.

—Entonces te darías cuenta de que, después de lo que le dije, la serpiente retrocedió —le dijo Harry.

—Yo sólo me di cuenta —dijo Ernie tozudamente, aunque temblaba al hablar— de que hablaste en lengua *pársel* y le echaste la serpiente a Justin.

—¡Yo no se la eché! —dijo Harry, con la voz temblorosa por el enojo—. ¡Ni siquiera lo tocó!

—Le anduvo muy cerca —dijo Ernie—. Y por si te entran dudas —añadió apresuradamente—, he de decirte que puedes rastrear mis antepasados hasta nueve generaciones de brujas y brujos y no encontrarás una gota de sangre *muggle*, así que...

—¡No me preocupa qué tipo de sangre tengas! —dijo Harry con dureza—. ¿Por qué tendría que atacar a los de familia *muggle*?

—He oído que odias a esos *muggles* con los que vives —dijo Ernie apresuradamente.

—No es posible vivir con los Dursley sin odiarlos —dijo Harry—. Me gustaría que lo intentaras.

Dio media vuelta y salió de la biblioteca, provocando una mirada reprobatoria de la señora Pince, que estaba sacando brillo a la cubierta dorada de un gran libro de hechizos. Furioso como estaba, iba dando traspiés por el corredor, sin ser consciente de adónde iba. Y al fin se dio de bruces contra una mole grande y dura que lo tiró al suelo de espaldas.

—¡Ah, hola, Hagrid! —dijo Harry, levantando la vista.

Aunque llevaba la cara completamente tapada por un pasamontañas de lana cubierto de nieve, no podía tratarse de nadie más que Hagrid, pues ocupaba casi todo el ancho del corredor con su abrigo de piel de topo. En una de sus grandes manos enguantadas llevaba un gallo muerto.

—¿Va todo bien, Harry? —preguntó Hagrid, quitándose el pasamontañas para poder hablar—. ¿Por qué no estás en clase?

—La han suspendido —contestó Harry, levantándose—. ¿Y tú, qué haces aquí?

Hagrid levantó el gallo sin vida.

—El segundo que matan este trimestre —explicó—. O son zorros o chupasangres, y necesito el permiso del director para poner un encantamiento alrededor del gallinero.

Miró a Harry más de cerca por debajo de sus cejas espesas, cubiertas de nieve.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? Pareces preocupado y alterado.

Harry no pudo repetir lo que decían de él Ernie y el resto de los de Hufflepuff.

—No es nada —repuso—. Mejor será que me vaya, Hagrid, después tengo

Transformaciones y debo recoger los libros.

Se fue con la mente cargada con todo lo que había dicho Ernie sobre él:

«Justin se temía que algo así pudiera ocurrir desde que se le escapó decirle a Potter que era de familia *muggle*...»

Harry subió las escaleras y volvió por otro corredor. Estaba mucho más oscuro, porque el viento fuerte y helado que penetraba por el cristal flojo de una ventana había apagado las antorchas. Iba por la mitad del corredor cuando tropezó y cayó de cabeza contra algo que había en el suelo.

Se volvió y afinó la vista para ver qué era aquello sobre lo que había caído, y sintió que el mundo le venía encima.

Sobre el suelo, rígido y frío, con una mirada de horror en el rostro y los ojos en blanco vueltos hacia el techo, yacía Justin Finch-Fletchley. Y eso no era todo. A su lado había otra figura, componiendo la visión más extraña que Harry hubiera contemplado nunca.

Se trataba de Nick Casi Decapitado, que no era ya transparente ni de color blanco perlado, sino negro y neblinoso, y flotaba inmóvil, en posición horizontal, a un palmo del suelo. La cabeza estaba medio colgando, y en la cara tenía una expresión de horror idéntica a la de Justin.

Harry se puso de pie, con la respiración acelerada y el corazón ejecutando contra sus costillas lo que parecía un redoble de tambor. Miró enloquecido arriba y abajo del corredor desierto y vio una hilera de arañas huyendo de los cuerpos a todo correr. Lo único que se oía eran las voces amortiguadas de los profesores que daban clase a ambos lados.

Podía salir corriendo, y nadie se enteraría de que había estado allí. Pero no podía dejarlos de aquella manera..., tenía que hacer algo por ellos. ¿Habría alguien que creyera que él no había tenido nada que ver?

Aún estaba allí, aterrorizado, cuando se abrió de golpe la puerta que tenía a su derecha. Peeves el *poltergeist* surgió de ella a toda velocidad.

—¡Vaya, si es Potter pipí en el pote! —cacareó Peeves, ladeándole las gafas de un golpe al pasar a su lado dando saltos—. ¿Qué trama Potter? ¿Por qué acecha?

Peeves se detuvo a media voltereta. Boca abajo, vio a Justin y Nick Casi Decapitado. Cayó de pie, llenó los pulmones y, antes de que Harry pudiera impedirlo, gritó:

—¡AGRESIÓN! ¡AGRESIÓN! ¡OTRA AGRESIÓN! NINGUN MORTAL NI FANTASMA ESTÁ A SALVO! SALVESE QUIEN PUEDA! AGREESIÓÓÓÓN!

Pataplún, patapán, pataplún: una puerta tras otra, se fueron abriendo todas las que había en el corredor, y la gente empezó a salir. Durante varios minutos, hubo tal jaleo que por poco no aplastan a Justin y atraviesan el cuerpo de Nick

Casi Decapitado.

Los alumnos acorralaron a Harry contra la pared hasta que los profesores pidieron calma. La profesora McGonagall llegó corriendo, seguida por sus alumnos, uno de los cuales aún tenía el pelo a rayas blancas y negras. La profesora utilizó la varita mágica para provocar una sonora explosión que restaurase el silencio y ordenó a todos que volvieran a las aulas. Cuando el lugar se hubo despejado un poco, llegó corriendo Ernie, el de Hufflepuff.

—¡Te han cogido con las manos en la masa! —gritó Ernie, con la cara completamente blanca, señalando con el dedo a Harry.

—¡Ya vale, Macmillan! —dijo con severidad la profesora McGonagall.

Peeves se meneaba por encima del grupo con una malvada sonrisa, escrutando la escena; le encantaba el follón. Mientras los profesores se inclinaban sobre Justin y Nick Casi Decapitado, examinándolos, Peeves rompió a cantar:

—¡Oh, Potter, eres un zote, estás podrido, te cargas a los estudiantes, y te parece divertido!

—¡Ya basta, Peeves! —gritó la profesora McGonagall, y Peeves escapó por el corredor, sacándole la lengua a Harry.

Los profesores Flitwick y Sinistra, del departamento de Astronomía, fueron los encargados de llevar a Justin a la enfermería, pero nadie parecía saber qué hacer con Nick Casi Decapitado. Al final, la profesora McGonagall hizo aparecer de la nada un gran abanico, y se lo dio a Ernie con instrucciones de subir a Nick Casi Decapitado por las escaleras. Ernie obedeció, abanicando a Nick por el corredor para llevárselo por el aire como si se tratara de un aerodeslizador silencioso y negro. De esa forma, Harry y la profesora McGonagall se quedaron a solas.

—Por aquí, Potter —indicó ella.

—Profesora —le dijo Harry enseguida—, le juro que yo no...

—Eso se escapa de mi competencia, Potter —dijo de manera cortante la profesora McGonagall.

Caminaron en silencio, doblaron una esquina, y ella se paró ante una gárgola de piedra grande y extremadamente fea.

—¡Sorbete de limón! —dijo la profesora.

Se trataba, evidentemente, de una contraseña, porque de repente la gárgola revivió y se hizo a un lado, al tiempo que la pared que había detrás se abría en dos. Incluso aterrorizado como estaba por lo que le esperaba, Harry no pudo dejar de sorprenderse. Detrás del muro había una escalera de caracol que subía lentamente hacia arriba, como si fuera mecánica. Al subirse él y la profesora McGonagall, la pared volvió a cerrarse tras ellos con un golpe sordo.

Subieron más y más dando vueltas, hasta que al fin, ligeramente mareado, Harry vio ante él una reluciente puerta de roble, con una aldaba de bronce en forma de grifo, el animal mitológico con cuerpo de león y cabeza de águila.

Entonces supo adónde lo llevaba. Aquello debía de ser la vivienda de Dumbledore.

12

La poción «multijugos»

Dejaron la escalera de piedra y la profesora McGonagall llamó a la puerta. Ésta se abrió silenciosamente y entraron. La profesora McGonagall pidió a Harry que esperara y lo dejó solo.

Harry miró a su alrededor. Una cosa era segura: de todos los despachos de profesores que había visitado aquel año, el de Dumbledore era, con mucho, el más interesante. Si no hubiera tenido tanto miedo a ser expulsado del colegio, habría disfrutado observando todo aquello.

Era una sala circular, grande y hermosa, en la que se oía multitud de leves y curiosos sonidos. Sobre las mesas de patas largas y finísimas había chismes muy extraños que hacían ruiditos y echaban pequeñas bocanadas de humo. Las paredes aparecían cubiertas de retratos de antiguos directores, hombres y mujeres, que dormitaban encerrados en los marcos. Había también un gran escritorio con pies en forma de zarpas, y detrás de él, en un estante, un sombrero de mago ajado y roto: era el Sombrero Seleccionador.

Harry dudó. Echó un cauteloso vistazo a bs magos y brujas que había en las paredes. Seguramente no haría ningún mal poniéndoselo de nuevo. Sólo para ver si..., sólo para asegurarse de que lo había colocado en la casa correcta.

Se acercó sigilosamente al escritorio, cogió el sombrero del estante y se lo puso despacio en la cabeza. Era demasiado grande y se le caía sobre los ojos, igual que en la anterior ocasión en que se lo había puesto. Harry esperó pero no pasó nada. Luego, una sutil voz le dijo al oído:

—¿No te lo puedes quitar de la cabeza, eh, Harry Potter?

—Mmm, no —respondió Harry—. Esto..., lamento mdestarte, pero quería preguntarte...

—Te has estado preguntando si yo te había mandado a la casa acertada —dijo acertadamente el sombrero—. Sí..., tú fuiste bastante difícil de colocar. Pero mantengo lo que dije... aunque —Harry contuvo la respiración— podrías haber ido a Slytherin.

El corazón le dio un vuelco. Cogió el sombrero por la punta y se lo quitó. Quedó colgando de su mano, mugriento y ajado. Algo mareado, lo dejó de nuevo en el estante.

—Te equivocas —dijo en voz alta al inmóvil y silencioso sombrero. Éste no se movió. Harry se separó un poco, sin dejar de mirarlo. Entonces, un ruido como de arcadas le hizo volverse completamente.

No estaba solo. Sobre una percha dorada detrás de la puerta, había un pájaro de aspecto decrépito que parecía un pavo medio desplumado. Harry lo miró, y el pájaro le devolvió una mirada torva, emitiendo de nuevo su particular ruido. Parecía muy enfermo. Tenía los ojos apagados y, mientras Harry lo miraba, se le cayeron otras dos plumas de la cola.

Estaba pensando en que lo único que le faltaba es que el pájaro de Dumbledore se muriera mientras estaba con él a solas en el despacho, cuando el pájaro comenzó a arder.

Harry profirió un grito de horror y retrocedió hasta el escritorio. Buscó por si hubiera cerca un vaso con agua, pero no vio ninguno. El pájaro, mientras tanto, se había convertido en una bola de fuego; emitió un fuerte chillido, y un instante después no quedaba de él más que un montoncito humeante de cenizas en el suelo.

La puerta del despacho se abrió. Entró Dumbledore, con aspecto sombrío.

—Profesor —dijo Harry nervioso—, su pájaro..., no pude hacer nada..., acaba de arder...

Para sorpresa de Harry, Dumbledore sonrió.

—Ya era hora —dijo—. Hace días que tenía un aspecto horroroso. Yo le decía que se diera prisa.

Se rió de la cara atónita que ponía Harry.

—*Fawkes* es un fénix, Harry. Los fénix se prenden fuego cuando les llega el momento de morir, y luego renacen de sus cenizas. Mira...

Harry dirigió la vista hacia la percha a tiempo de ver un pollito diminuto y arrugado que asomaba la cabeza por entre las cenizas. Era igual de feo que el antiguo.

—Es una pena que lo hayas tenido que ver el día en que ha ardido —dijo

Dumbledore, sentándose detrás del escritorio—. La mayor parte del tiempo es realmente precioso, con sus plumas rojas y doradas. Fascinantes criaturas, los fénix. Pueden transportar cargas muy pesadas, sus lágrimas tienen poderes curativos y son mascotas muy fieles.

Con el susto del incendio de *Fawkes*, Harry se había olvidado del motivo por el que se encontraba allí, pero lo recordó en cuanto Dumbledore se sentó en su silla de respaldo alto, detrás del escritorio, y fijó en él sus ojos penetrantes, de color azul claro.

Sin embargo, antes de que el director pudiera decir otra palabra, la puerta se abrió de improviso e irrumpió Hagrid en el despacho con expresión desesperada, el pasamontañas mal colocado sobre su pelo negro, y el gallo muerto sujeto aún en una mano.

—¡No fue Harry, profesor Dumbledore! —dijo Hagrid deprisa—. Yo hablaba con él segundos antes de que hallaran al muchacho, señor, él no tuvo tiempo...

Dumbledore trató de decir algo, pero Hagrid seguía hablando, agitando el gallo en su desesperación y esparciendo las plumas por todas partes.

—... No puede haber sido él, lo juraré ante el ministro de Magia si es necesario...

—Hagrid, yo...

—Usted se confunde de chico, yo sé que Harry nunca...

—¡Hagrid! —dijo Dumbledore con voz potente—, yo no creo que Harry atacara a esas personas.

—¿Ah, no? —dijo Hagrid, y el gallo dejó de balancearse a su lado—. Bueno, en ese caso, esperaré fuera, señor director.

Y, con cierto embarazo, salió del despacho.

—¿Usted no cree que fui yo, profesor? —repitió Harry esperanzado, mientras Dumbledore limpiaba la mesa de plumas.

—No, Harry —dijo Dumbledore, aunque su rostro volvía a ensombrecerse—. Pero aun así quiero hablar contigo.

Harry aguardó con ansia mientras Dumbledore lo miraba, juntando las yemas de sus largos dedos.

—Quiero preguntarte, Harry, si hay algo que te gustaría contarme —dijo con amabilidad—. Lo que sea.

Harry no supo qué decir. Pensó en Malfoy gritando: «¡Los próximos seréis los *sangre sucia!*», y en la poción *multijugos*, que hervía a fuego lento en los aseos de Myrtle *la Llorona*. Luego pensó en la voz que no salía de ningún sitio, oída en dos ocasiones, y recordó lo que Ron le había dicho: «Oír voces que

nadie más puede oír no es buena señal, ni siquiera en el mundo de los magos.» Pensó, también, en lo que todo el mundo comentaba sobre él, y en su creciente temor a estar de alguna manera relacionado con Salazar Slytherin...

—No —respondió Harry—, no tengo nada que contarle.

La doble agresión contra Justin y Nick Casi Decapitado convirtió en auténtico pánico lo que hasta aquel momento había sido inquietud. Curiosamente, resultó ser el destino de Nick Casi Decapitado lo que preocupaba más a la gente. Se preguntaban unos a otros qué era lo que podía hacer aquello a un fantasma; qué terrible poder podía afectar a alguien que ya estaba muerto. La gente se apresuró a reservar sitio en el expreso de Hogwarts para volver a casa en Navidad.

—Si sigue así la cosa, sólo nos quedaremos nosotros —dijo Ron a Harry y Hermione—. Nosotros, Malfoy, Crabbe y Goyle. Serán unas vacaciones deliciosas.

Crabbe y Goyle, que siempre hacían lo mismo que Malfoy, habían firmado también para quedarse en vacaciones. Pero Harry estaba contento de que la mayor parte de la gente se fuera. Estaba harto de que se hicieran a un lado cuando circulaba por los pasillos, como si fueran a salirle colmillos o a escupir veneno; harto de que a su paso los demás murmuraran, le señalaran y hablaran en voz baja.

Fred y George, sin embargo, encontraban todo aquello muy divertido. Le salían al paso y marchaban delante de él por los corredores gritando:

—Abran paso al heredero de Slytherin, aquí llega el brujo malvado de veras...

Percy desaprobaba tajantemente este comportamiento.

—No es asunto de risa —decía con frialdad.

—Quítate del camino, Percy —decía Fred—. Harry tiene prisa.

—Sí, va a la Cámara de los Secretos a tomar el té con su colmilludo sirviente —decía George, riéndose.

Ginny tampoco lo encontraba divertido.

—¡Ah, no! —gemía cada vez que Fred preguntaba a Harry a quién planeaba atacar a continuación, o cuando, al encontrarse con Harry, George hacía como que se protegía de Harry con un gran diente de ajo.

A Harry no le importaba; incluso le aliviaba que Fred y George pensaran que la idea del heredero de Slytherin era para tomársela a guasa. Pero sus

payasadas parecían enervar a Draco Malfoy, que se amargaba más cada vez que los veía con aquel pitorreo.

—Eso es porque está rabiando de ganas de decir que es él —dijo Ron sentenciosamente—. Ya sabéis cómo aborrece que se le gane en cualquier cosa, y tú te estás llevando toda la gloria de su sucio trabajo.

—No durante mucho tiempo —dijo Hermione en tono satisfecho—. La poción *multijugos* ya está casi lista. Cualquier día revelaremos la verdad sobre él.

Por fin concluyó el trimestre, y sobre el colegio cayó un silencio tan vasto como la nieve en los campos. Más que lúgubre, a Harry le pareció tranquilizador, y se alegró de que él, Hermione y los Weasley pudieran gobernar la torre de Gryffindor, lo que quería decir que podían jugar al *snap explosivo* dando voces y sin molestar a nadie, o podían batirse en privado. Fred, George y Ginny habían preferido quedarse en el colegio a ir a visitar a Bill a Egipto con sus padres. Percy, que desaprobaba lo que llamaba su infantil comportamiento, no pasaba mucho tiempo en la sala común de Gryffindor. Ya les había dicho en tono presuntuoso que se quedaba en Navidad porque era el deber de un prefecto ayudar a los profesores durante los períodos difíciles.

Amaneció el día de Navidad, frío y blanco. Hermione despertó temprano a Harry y Ron, los únicos que quedaban en aquel dormitorio. Iba ya vestida y llevaba regalos para ambos.

—¡Despertad! —dijo en voz alta, abriendo las cortinas de la ventana.

—Hermione..., sabes que no puedes entrar aquí —dijo Ron, protegiéndose los ojos de la luz.

—Feliz Navidad a ti también —le dijo Hermione, arrojándole su regalo—. Me he levantado hace casi una hora, para añadir más crisopos a la poción. Ya está lista.

Harry se sentó en la cama, despertando por completo de repente.

—¿Estás segura?

—Del todo —dijo Hermione, apartando a la rata *Scabbers* para poder sentarse a los pies de la cama—. Si nos decidimos a hacerlo, creo que tendría que ser esta noche.

En aquel momento, *Hedwig* aterrizó en el dormitorio, llevando en el pico un paquete muy pequeño.

—Hola —dijo contento Harry, cuando la lechuza se posó en su cama—, ¿me hablas de nuevo?

La lechuza le picó en la oreja de manera afectuosa, gesto que resultó ser mucho mejor regalo que el que le llevaba, que era de los Dursley. Éstos le enviaban un mondadientes y una nota en la que le pedían que averiguara si podría quedarse en Hogwarts también durante las vacaciones de verano.

El resto de los regalos de Navidad de Harry fueron bastante más generosos. Hagrid le enviaba un bote grande de caramelos de café con leche que Harry decidió ablandar al fuego antes de comérselos; Ron le regaló un libro titulado *Volando con los Cannons*, que trataba de hechos interesantes de su equipo favorito de *quidditch*; y Hermione le había *comprado una lujosa pluma de águila para escribir. Harry abrió el último regalo y encontró un jersey nuevo, tejido a mano por la señora Weasley, y un plumcake.* Cogió la tarjeta con un renovado sentimiento de culpa, acordándose del coche del señor Weasley, que no habían vuelto a ver desde la colisión con el sauce boxeador, y de la cantidad de infracciones que habían planeado para el futuro inmediato.

Nadie podía dejar de asistir a la comida de Navidad en Hogwarts, aunque estuviera atemorizado por tener que tomar luego la poción *multijugos*.

El Gran Comedor relucía por todas partes. No sólo había una docena de árboles de Navidad cubiertos de escarcha, y gruesas serpentinas de acebo y muérdago que se entrecruzaban en el techo, sino que de lo alto caía nieve mágica, cálida y seca. Cantaron villancicos, y Dumbledore los dirigió en algunos de sus favoritos. Hagrid gritaba más fuerte a cada copa de ponche que tomaba. Percy, que no se había dado cuenta de que Fred le había encantado su insignia de prefecto, en la que ahora podía leerse «Cabeza de Chorlito», no paraba de preguntar a todos de qué se reían. Harry ni siquiera se preocupaba por los insidiosos comentarios que desde la mesa de Slytherin hacía Draco Malfoy, en voz alta, sobre su nuevo jersey. Con un poco de suerte, Malfoy recibiría su merecido unas horas después.

Harry y Ron apenas habían terminado su tercer trozo de tarta de Navidad, cuando Hermione les hizo salir del salón con ella para ultimar los planes para la noche.

—Aún nos falta conseguir algo de las personas en que os vais a convertir —dijo Hermione sin darle importancia, como si los enviara al supermercado a comprar detergente—. Y, desde luego, lo mejor será que podáis conseguir algo de Crabbe y de Goyle; como son los mejores amigos de Malfoy, él les contaría cualquier cosa. Y también tenemos que asegurarnos de que los verdaderos Crabbe y Goyle no aparecen mientras lo interrogamos.

»Lo tengo todo solucionado —siguió ella tranquilamente y sin hacer caso de las caras atónitas de Harry y Ron. Les enseñó dos pasteles redondos de chocolate—. Los he rellenado con una simple pócima para dormir. Todo lo que tenéis que hacer es aseguraros de que Crabbe y Goyle los encuentran. Ya sabéis lo glotones que son; seguro que se los tragan. Cuando estén dormidos,

los esconderemos en uno de los armarios de la limpieza y les arrancaremos unos pelos.

Harry y Ron se miraron incrédulos.

—Hermione, no creo...

—Podría salir muy mal...

Pero Hermione los miró con expresión severa, como la que habían visto a veces adoptar a la profesora McGonagall.

—La poción no nos servirá de nada si no tenemos unos pelos de Crabbe y Goyle —dijo con severidad—. Queréis interrogar a Malfoy, ¿no?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Harry—. Pero ¿y tú? ¿A quién se lo vas a arrancar tú?

—¡Yo ya tengo el mío! —dijo Hermione alegre, sacando una botellita diminuta de un bolsillo y enseñándoles un único pelo que había dentro de ella—. ¿Os acordáis de que me batí con Millicent Bulstrode en el club de duelo? ¡Al estrangularme se dejó esto en mi túnica! Y se ha ido a su casa a pasar las Navidades. Así que lo único que tengo que decirles a los de Slytherin es que he decidido volver.

Al marcharse Hermione corriendo para ver cómo iba la poción *multijugos*, Ron se volvió hacia Harry con una expresión fatídica.

—¿Habías oído alguna vez un plan en el que pudieran salir mal tantas cosas?

Pero, para sorpresa de Harry y de Ron, la primera fase de la operación resultó tan sencilla como Hermione había supuesto. Se escondieron en el vacío vestíbulo después de la merienda de Navidad, esperando a Crabbe y a Goyle, que se habían quedado solos en la mesa de Slytherin, acometiendo cuatro porciones de bizcocho. Harry había dejado los pasteles de chocolate en el extremo del pasamanos. Al ver a Crabbe y Goyle salir del Gran Comedor, Harry y Ron se ocultaron rápidamente detrás de una armadura, junto a la puerta principal.

—¿Cuánto puede llegar uno a engordar? —susurró Ron entusiasmado al ver que Crabbe, lleno de alegría, señalaba a Goyle los pasteles y los cogía. Sonriendo de forma estúpida, se metieron los pasteles enteros en la boca. Los masticaron glotonamente durante un momento, poniendo cara de triunfo. Luego, sin el más leve cambio en la expresión, se desplomaron de espaldas en el suelo.

Lo más difícil fue arrastrarlos hasta el armario, al otro lado del vestíbulo. En

cuanto los tuvieron bien escondidos entre las fregonas y los calderos, Harry arrancó un par de pelos como cerdas, de los que Goyle tenía bien avanzada la frente, y Ron arrancó a Crabbe también algunos. Les cogieron asimismo los zapatos, porque los suyos eran demasiado pequeños para el tamaño de los pies de Crabbe y Goyle. Luego, todavía aturdidos por lo que acababan de hacer, corrieron hasta los aseos de Myrtle *la Llorona*.

Apenas podían ver nada a través del espeso humo negro que salía del retrete en que Hermione estaba removiendo el caldero. Subiéndose las túnicas para taparse la cara, Harry y Ron llamaron suavemente a la puerta.

—¿Hermione?

Se oyó el chirrido del cerrojo y salió Hermione, con la cara sudorosa y una mirada inquieta. Tras ella se oía el *gluglu* de la poción que hervía, espesa como melaza. Sobre la taza del retrete había tres vasos de cristal ya preparados.

Harry sacó el pelo de Goyle.

—Bien. Y yo he cogido estas túnicas de la lavandería —dijo Hermione, enseñándoles una pequeña bolsa—. Necesitaréis tallas mayores cuando os hayáis convertido en Crabbe y Goyle.

Los tres miraron el caldero. Vista de cerca, la poción parecía barro espeso y oscuro que borboteaba lentamente.

—Estoy segura de que lo he hecho todo bien —dijo Hermione, releyendo nerviosamente la manchada página de *Moste Potente Potions*—. Parece que es tal como dice el libro... En cuanto la hayamos bebido, dispondremos de una hora antes de volver a convertirnos en nosotros mismos.

—¿Qué se hace ahora? —murmuró Ron.

—La separamos en los tres vasos y echamos los pelos. Hermione sirvió en cada vaso una cantidad considerable de poción. Luego, con mano temblorosa, trasladó el pelo de Millicent Bulstrode de la botella al primero de los vasos.

La poción emitió un potente silbido, como el de una olla a presión, y empezó a salir muchísima espuma. Al cabo de un segundo, se había vuelto de un amarillo asqueroso.

—Aggg..., esencia de Millicent Bulstrode —dijo Ron, mirándolo con aversión—. Apuesto a que tiene un sabor repugnante.

—Echad los vuestros, venga —les dijo Hermione.

Harry metió el pelo de Goyle en el vaso del medio, y Ron, el pelo de Crabbe en el último. Una y otra poción silbaron y echaron espuma, la de Goyle se volvió del color caqui de los mocos, y la de Crabbe, de un marrón oscuro y turbio.

—Esperad —dijo Harry, cuando Ron y Hermione cogieron sus vasos—.

Será mejor que no los bebamos aquí juntos los tres: al convertirnos en Crabbe y Goyle ya no estaremos delgados. Y Millicent Bulstrode tampoco es una sílfide.

—Bien pensado —dijo Ron, abriendo la puerta—. Vayamos a retretes separados.

Con mucho cuidado para no derramar una gota de poción *multijugos,* Harry pasó al del medio.

—¿Listos? —preguntó.

—Listos —le contestaron las voces de Ron y Hermione.

—A la una, a las dos, a las tres...

Tapándose la nariz, Harry se bebió la poción en dos grandes tragos. Sabía a col muy cocida.

Inmediatamente, se le empezaron a retorcer las tripas como si acabara de tragarse serpientes vivas. Se encogió y temió ponerse malo. Luego, un ardor surgido del estómago se le extendió rápidamente hasta las puntas de los dedos de manos y pies. Jadeando, se puso a cuatro patas y tuvo la horrible sensación de estarse derritiendo al notar que la piel de todo el cuerpo le quemaba como cera caliente, y antes de que los ojos y las manos le empezaran a crecer, los dedos se le hincharon, las uñas se le ensancharon y los nudillos se le abultaron como tuercas. Los hombros se le separaron dolorosamente, y un picor en la frente le indicó que el pelo se le caía sobre las cejas. Se le rasgó la túnica al ensanchársele el pecho como un barril que reventara los cinchos. Los pies le dolían dentro de unos zapatos cuatro números menos de su medida...

Todo concluyó tan repentinamente como había comenzado. Harry se encontró tendido boca abajo, sobre el frío suelo de piedra, oyendo a Myrtle sollozar de tristeza al fondo de los aseos. Con dificultad, se desprendió de los zapatos y se puso de pie. O sea que así se sentía uno siendo Goyle. Con una gran mano temblorosa se desprendió de su antigua túnica, que le quedaba a un palmo de los tobillos, se puso la otra y se abrochó los zapatos de Goyle, que eran como barcas. Se llevó una mano a la frente para retirarse el pelo de los ojos, y se encontró sólo con unos pelos cortos, como cerdas, que le nacían en la misma frente. Entonces comprendió que las gafas le nublaban la vista, porque obviamente Goyle no las necesitaba. Se las quitó y preguntó:

—¿Estáis bien? —De su boca surgió la voz baja y áspera de Goyle.

—Sí —contestó, proveniente de su derecha, el gruñido de Crabbe.

Harry abrió su puerta y se acercó al espejo quebrado. Goyle le devolvió la mirada con ojos apagados y hundidos en las cuencas. Harry se rascó una oreja, tal como hacía Goyle.

Se abrió la puerta de Ron. Se miraron. Salvo por estar pálido y asustado, Ron era idéntico a Crabbe en todo, desde el pelo cortado con tazón hasta los

largos brazos de gorila.

—Es increíble —dijo Ron, acercándose al espejo y pinchando con el dedo la nariz chata de Crabbe—. Increíble.

—Mejor que nos vayamos —dijo Harry, aflojándose el reloj que oprimía la gruesa muñeca de Goyle—. Aún tenemos que averiguar dónde se encuentra la sala común de Slytherin. Espero que demos con alguien a quien podamos seguir hasta allí.

Ron dijo, contemplando a Harry:

—No sabes lo raro que se me hace ver a Goyle pensando.

Golpeó en la puerta de Hermione.

—Vamos, tenemos que irnos... Una voz aguda le contestó:

—Me... me temo que no voy a poder ir. Id vosotros sin mí.

—Hermione, ya sabemos que Millicent Bulstrode es fea, nadie va a saber que eres tú.

—No, de verdad... no puedo ir. Daos prisa vosotros, no perdáis tiempo.

Harry miró a Ron, desconcertado.

—Pareces Goyle —dijo Ron—. Siempre pone esta cara cuando un profesor pregunta.

—Hermione, ¿estás bien? —preguntó Harry a través de la puerta.

—Sí, estoy bien... Marchaos.

Harry miró el reloj. Ya habían transcurrido cinco de sus preciosos sesenta minutos.

—Espera aquí hasta que volvamos, ¿vale? —dijo él.

Harry y Ron abrieron con cuidado la puerta de los lavabos, comprobaron que no había nadie a la vista y salieron.

—No muevas así los brazos —susurró Harry a Ron.

—¿Eh?

—Crabbe los mantiene rígidos...

—¿Así?

—Sí, mucho mejor.

Bajaron por la escalera de mármol. Lo que necesitaban en aquel momento

era a alguien de Slytherin a quien pudieran seguir hasta la sala común, pero no había nadie por allí.

—¿Tienes alguna idea? —susurró Harry.

—Cuando los de Slytherin bajan a desayunar, creo que vienen de por allí —dijo Ron, señalando con un gesto de la cabeza la entrada de las mazmorras. Apenas lo había terminado de decir, cuando una chica de pelo largo rizado salió de la entrada.

—Perdona —le dijo Ron, yendo deprisa hacia ella—, se nos ha olvidado por dónde se va a nuestra sala común.

—Me parece que no os entiendo —dijo la chica muy tiesa—. ¿Nuestra sala común? Yo soy de Ravenclaw.

Y se alejó, volviendo recelosa la vista hacia ellos.

Harry y Ron bajaron corriendo los escalones de piedra y se internaron en la oscuridad. Sus pasos resonaban muy fuerte cuando los grandes pies de Crabbe y Goyle golpeaban contra el suelo, pero temían que la cosa no resultara tan fácil como se habían imaginado.

Los laberínticos corredores estaban desiertos. Fueron bajando más y más pisos, mirando constantemente sus relojes para comprobar el tiempo que les quedaba. Después de un cuarto de hora, cuando ya estaban empezando a desesperarse, oyeron un ruido delante.

—¡Eh! —exclamó Ron, emocionado—. ¡Uno de ellos!

La figura salía de una sala lateral. Sin embargo, después de acercarse a toda prisa, se les cayó el alma a los pies: no se trataba de nadie de Slytherin, era Percy.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ron, con sorpresa. Percy lo miró ofendido.

—Eso —contestó fríamente— no es asunto de tu incumbencia. Tú eres Crabbe, ¿no?

—Eh... sí —respondió Ron.

—Bueno, id a vuestros dormitorios —dijo Percy con severidad—. En estos días no es muy prudente merodear por los corredores.

—Pues tú lo haces —señaló Ron.

—Yo —dijo Percy, dándose importancia— soy un prefecto. Nadie va a atacarme.

Repentinamente, resonó una voz detrás de Harry y Ron. Draco Malfoy caminaba hacia ellos, y por primera vez en su vida, a Harry le encantó verlo.

—Estáis ahí —dijo él, mirándolos—. ¿Os habéis pasado todo el tiempo en el Gran Comedor, poniéndoos como cerdos? Os estaba buscando, quería enseñaros algo realmente divertido.

Malfoy echó una mirada fulminante a Percy.

—¿Y qué haces tú aquí, Weasley? —le preguntó con aire despectivo.

Percy se ofendió aún más.

—¡Tendrías que mostrar un poco más de respeto a un prefecto! —dijo—. ¡No me gusta ese tono!

Malfoy lo miró despectivamente e indicó a Harry y a Ron que lo siguieran. A Harry casi se le escapa disculparse ante Percy, pero se dio cuenta justo a tiempo. Él y Ron salieron a toda prisa detrás de Malfoy, que les decía, mientras tomaban el siguiente corredor:

—Ese Peter Weasley...

—Percy —le corrigió automáticamente Ron.

—Como sea —dijo Malfoy—. He notado que últimamente entra y sale mucho por aquí, a hurtadillas. Y apuesto a que sé qué es lo que pasa. Cree que va a pillar al heredero de Slytherin él solito.

Lanzó una risotada breve y burlona. Harry y Ron se cambiaron miradas de emoción.

Malfoy se detuvo ante un trecho de muro descubierto y lleno de humedad.

—¿Cuál es la nueva contraseña? —preguntó a Harry.

—Eh... —dijo éste.

—¡Ah, ya! *«¡Sangre limpia!»* —dijo Malfoy, sin escuchar, y se abrió una puerta de piedra disimulada en la pared. Malfoy la cruzó y Harry y Ron lo siguieron.

La sala común de Slytherin era una sala larga, semisubterránea, con los muros y el techo de piedra basta. Varias lámparas de color verdoso colgaban del techo mediante cadenas. Enfrente de ellos, debajo de la repisa labrada de la chimenea, crepitaba la hoguera, y contra ella se recortaban las siluetas de algunos miembros de la casa Slytherin, acomodados en sillas de estilo muy recargado.

—Esperad aquí —dijo Malfoy a Harry y Ron, indicándoles un par de sillas vacías separadas del fuego—. Voy a traerlo. Mi padre me lo acaba de enviar.

Preguntándose qué era lo que Malfoy iba a enseñarles, Harry y Ron se sentaron, intentando aparentar que se encontraban en su casa.

Malfoy volvió al cabo de un minuto, con lo que parecía un recorte de periódico. Se lo puso a Ron debajo de la nariz.

—Te vas a reír con esto —dijo.

Harry vio que Ron abría los ojos, asustado. Leyó deprisa el recorte, rió muy forzadamente y pasó el papel a Harry.

Era de *El Profeta*, y decía:

INVESTIGACIÓN EN EL MINISTERIO DE MAGIA

Arthur Weasley, director del Departamento Contra el Uso Indebido de la Magia, ha sido multado hoy con cincuenta galeones por embrujar un automóvil muggle.

El señor Lucius Malfoy, miembro del Consejo Escolar del Colegio Hogwarts de Magia, en donde el citado coche embrujado se estrelló a comienzos del presente curso, ha pedido hoy la dimisión del señor Weasley.

«Weasley ha manchado la reputación del Ministerio», declaró el señor Malfoy a nuestro enviado. «Es evidente que no es la persona adecuada para redactar nuestras leyes, y su ridícula Ley de defensa de los muggles *debería ser retirada inmediatamente.»*

El señor Weasley no ha querido hacer declaraciones, si bien su esposa amenazó a los periodistas diciéndoles que si no se marchaban, les arrojaría el fantasma de la familia.

—¿Y bien? —dijo Malfoy impaciente, cuando Harry le devolvió el recorte—. ¿No os parece divertido?

—Ja, ja —rió Harry lúgubremente.

—Arthur Weasley tiene tanto cariño a los *muggles* que debería romper su varita mágica e irse con ellos —dijo Malfoy desdeñosamente—. Por la manera en que se comportan, nadie diría que los Weasley son de sangre limpia.

A Ron (o, más bien, a Crabbe) se le contorsionaba la cara de la rabia.

—¿Qué te pasa, Crabbe? —dijo Malfoy bruscamente.

—Me duele el estómago —gruñó Ron.

—Bueno, pues id a la enfermería y dadles a todos esos *sangre sucia* una patada de mi parte —dijo Malfoy, riéndose—. ¿Sabéis qué? Me sorprende que

El Profeta aún no haya dicho nada de todos esos ataques —continuó diciendo pensativamente—. Supongo que Dumbledore está tapándolo todo. Si no para la cosa pronto, tendrá que dimitir. Mi padre dice siempre que la dirección de Dumbledore es lo peor que le ha ocurrido nunca a este colegio. Le gustan los que vienen de familia *muggle*. Un director decente no habría admitido nunca una basura como el Creevey ése.

Malfoy empezó a sacar fotos con una cámara imaginaria, imitando a Colin, cruel pero acertadamente.

—Potter, ¿puedo sacarte una foto, Potter? ¿Me concedes un autógrafo? ¿Puedo lamerte los zapatos, Potter, por favor?

Bajó las manos y se quedó mirando a Harry y a Ron.

—¿Qué os pasa a vosotros dos?

Demasiado tarde, Harry y Ron se rieron a la fuerza; sin embargo, Malfoy pareció satisfecho. Quizá Crabbe y Goyle fueran siempre lentos para comprender las gracias.

—*San* Potter, el amigo de los *sangre sucia* —dijo Malfoy lentamente—. Ése es otro de los que no tienen verdadero sentimiento de mago, de lo contrario no iría por ahí con esa *sangre sucia* presuntuosa que es Granger. ¡Y se creen que él es el heredero de Slytherin!

Harry y Ron estaban con el corazón en un puño; quizás a Malfoy le faltaban unos segundos para decirles que el heredero era él. Pero en aquel momento...

—Me gustaría saber quién es —dijo Malfoy, petulante—. Podría ayudarle.

A Ron se le quedó la boca abierta, de manera que la cara de Crabbe parecía aún más idiota de lo usual. Afortunadamente, Malfoy no se dio cuenta, y Harry, pensando rápido, dijo:

—Tienes que tener una idea de quién hay detrás de todo esto.

—Ya sabes que no, Goyle, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? —dijo Malfoy bruscamente—. Y mi padre tampoco quiere contarme nada sobre la última vez que se abrió la Cámara de los Secretos. Aunque sucedió hace cincuenta años, y por tanto antes de su época, él lo sabe todo sobre aquello, pero dice que la cosa se mantuvo en secreto y asegura que resultaría sospechoso si yo supiera demasiado. Pero sé algo: la última vez que se abrió la Cámara de los Secretos, murió un *sangre sucia*. Así que supongo que sólo es cuestión de tiempo que muera otro esta vez... Espero que sea Granger —dijo con deleite.

Ron apretaba los grandes puños de Crabbe. Dándose cuenta de que todo se echaría a perder si pegaba a Malfoy, Harry le dirigió una mirada de aviso y dijo:

—¿Sabes si cogieron al que abrió la cámara la última vez?

—Sí... Quienquiera que fuera, lo expulsaron —dijo Malfoy—. Aún debe de estar en Azkaban.

—¿En Azkaban? —preguntó Harry, sin entender.

—Claro, en Azkaban, la prisión mágica, Goyle —dijo Malfoy, mirándole, sin dar crédito a su torpeza—. La verdad es que si fueras más lento irías para atrás.

Se movió nervioso en su silla y dijo:

—Mi padre dice que tengo que mantenerme al margen y dejar que el heredero de Slytherin haga su trabajo. Dice que el colegio tiene que librarse de toda esa infecta *sangre sucia*, pero que yo no debo mezclarme. Naturalmente, él ya tiene bastantes problemas por el momento. ¿Sabéis que el Ministerio de Magia registró nuestra casa la semana pasada? —Harry intentó que la inexpresiva cara de Goyle expresara algo de preocupación—. Sí... —dijo Malfoy—. Por suerte, no encontraron gran cosa. Mi padre posee algunos objetos de Artes Oscuras muy valiosos. Pero afortunadamente nosotros también tenemos nuestra propia cámara secreta debajo del suelo del salón.

—¡Ah! —exclamó Ron.

Malfoy lo miró. Harry hizo lo mismo. Ron se puso rojo, incluso el pelo se le volvió un poco rojo. También se le alargó la nariz. La hora de que disponían llegaba a su fin, de forma que Ron estaba empezando a convertirse en sí mismo, y a juzgar por la mirada de horror que dirigía a Harry, a éste le estaba sucediendo lo mismo.

Se pusieron de pie de un salto.

—Necesito algo para el estómago —gruñó Ron, y sin más preámbulos echaron a correr a lo largo de la sala común de Slytherin, lanzándose contra el muro de piedra y metiéndose por el corredor, y deseando desesperadamente que Malfoy no se hubiera dado cuenta de nada. Harry podía notarse los pies sueltos dentro de los grandes zapatos de Goyle, y tuvo que levantarse los bajos de la túnica al hacerse más pequeño. Subieron los escalones y llegaron al oscuro vestíbulo de entrada, en que se oían los sordos golpes que llegaban del armario en que habían encerrado a Crabbe y Goyle. Dejando los zapatos junto a la puerta del armario, subieron corriendo en calcetines hasta los lavabos de Myrtle *la Llorona*.

—Bueno, no ha sido completamente inútil —dijo Ron, cerrando tras ellos la puerta de los aseos—. Ya sé que todavía no hemos averiguado quién ha cometido las agresiones, pero mañana voy a escribir a mi padre para decirle que miren debajo del salón de Malfoy.

Harry se miró la cara en el espejo roto. Volvía a la normalidad. Se puso las gafas mientras Ron llamaba a la puerta del retrete de Hermione.

—Hermione, sal, tenemos muchas cosas que contarte.

—¡Marchaos! —chilló Hermione.

Harry y Ron se miraron el uno al otro.

—¿Qué pasa? —dijo Ron—. Tienes que estar a punto de volver a la normalidad, nosotros ya...

Pero Myrtle *la Llorona* salió de repente atravesando la puerta del retrete. Harry nunca la había visto tan contenta.

—¡Aaaaaaaah, ya la veréis! —dijo—. ¡Es horrible!

Oyeron descorrerse el cerrojo, y Hermione salió, sollozando, tapándose la cara con la túnica.

—¿Qué pasa? —preguntó Ron, vacilante—. ¿Todavía te queda la nariz de Millicent o algo así?

Hermione se descubrió la cara y Ron retrocedió hasta darse en los riñones con un lavabo.

Tenía la cara cubierta de pelo negro. Los ojos se le habían puesto amarillos y unas orejas puntiagudas le sobresalían de la cabeza.

—¡Era un pelo de gato! —maulló—. ¡Mi-Millicent Bulstrode debe de tener un gato! ¡Y la poción no está pensada para transformarse en animal!

—¡Eh, vaya! —exclamó Ron.

—Todos se van a reír de ti —dijo Myrtle, muy contenta.

—No te preocupes, Hermione —se apresuró a decir Harry—. Te llevaremos a la enfermería. La señora Pomfrey no hace nunca demasiadas preguntas...

Les costó mucho trabajo convencer a Hermione de que saliera de los aseos. Myrtle *la Llorona* los siguió riéndose con ganas.

—¡Pues ya verás cuando todos se enteren de que tienes cola!

13

El diario secretísimo

Hermione pasó varias semanas en la enfermería. Corrieron rumores sobre su desaparición cuando el resto del colegio regresó a Hogwarts al final de las vacaciones de Navidad, porque naturalmente todos creyeron que la habían atacado. Eran tantos los alumnos que se daban una vuelta por la enfermería tratando de echarle la vista encima, que la señora Pomfrey quitó las cortinas de su propia cama y las puso en la de Hermione para ahorrarle la vergüenza de que la vieran con la cara peluda.

Harry y Ron iban a visitarla todas las noches. Cuando comenzó el nuevo trimestre, le llevaban cada día los deberes.

—Si a mí me hubieran salido bigotes de gato, aprovecharía para descansar —le dijo Ron una noche, dejando un montón de libros en la mesita que tenía Hermione junto a la cama.

—No seas tonto, Ron, tengo que mantenerme al día —replicó Hermione rotundamente. Estaba de mucho mejor humor porque ya le había desaparecido el pelo de la cara, y los ojos, poco a poco, recuperaban su habitual color marrón—. ¿Tenéis alguna pista nueva? —añadió en un susurro, para que la señora Pomfrey no pudiera oírla.

—Nada —dijo Harry con tristeza.

—Estaba tan convencido de que era Malfoy... —dijo Ron por centésima vez.

—¿Qué es eso? —preguntó Harry, señalando algo dorado que sobresalía debajo de la almohada de Hermione.

—Nada, una tarjeta para desearme que me ponga bien

—dijo Hermione a toda prisa, intentando esconderla, pero Ron fue más rápido que ella. La sacó, la abrió y leyó en voz alta:

A la señorita Granger deseándole que se recupere muy pronto, de su preocupado profesor Gilderoy Lockhart, Caballero de tercera clase de la Orden de Merlín, Miembro Honorario de la Liga para la Defensa Contra las Fuerzas Oscuras y cinco veces ganador del Premio a la Sonrisa más Encantadora, otorgado por la revista «Corazón de Bruja».

Ron miró a Hermione con disgusto.

—¿Duermes con esto debajo de la almohada?

Pero Hermione no necesitó responder, porque la señora Pomfrey llegó con la medicina de la noche.

—¿A que Lockhart es el tío más pelota que has conocido en tu vida? —dijo Ron a Harry al abandonar la enfermería y empezar a subir hacia la torre de Gryffindor. Snape les había mandado tantos deberes, que a Harry le parecía que no los terminaría antes de llegar al sexto curso. Precisamente Ron estaba diciendo que tenía que haber preguntado a Hermione cuántas colas de rata había que echar a una poción crecepelo, cuando llegó hasta sus oídos un arranque de cólera que provenía del piso superior.

—Es Filch —susurró Harry, y subieron deprisa las escaleras y se detuvieron a escuchar donde no podía verlos.

—Espero que no hayan atacado a nadie más—dijo Ron, alarmado.

Se quedaron inmóviles, con la cabeza inclinada hacia la voz de Filch, que parecía completamente histérico.

—... aun más trabajo para mí. ¡Fregar toda la noche, como si no tuviera otra cosa que hacer! No, ésta es la gota que colma el vaso, me voy a ver a Dumbledore.

Sus pasos se fueron distanciando, y oyeron un portazo a lo lejos.

Asomaron la cabeza por la esquina. Evidentemente, Filch había estado cubriendo su habitual puesto de vigía; se encontraban de nuevo en el punto en que habían atacado a la *Señora Norris*. Buscaron lo que había motivado los gritos de Filch. Un charco grande de agua cubría la mitad del corredor, y parecía que continuaba saliendo agua de debajo de la puerta de los aseos de Myrtle *la Llorona*. Ahora que los gritos de Filch habían cesado, podían oír los gemidos de Myrtle resonando a través de las paredes de los aseos.

—¿Qué le pasará ahora? —preguntó Ron.

—Vamos a ver —propuso Harry, y levantándose la túnica por encima de los tobillos, se metieron en el charco chapoteando, llegaron a la puerta que exhibía el letrero de «No funciona» y, haciendo caso omiso de la advertencia, como de costumbre, entraron.

Myrtle *la Llorona* estaba llorando, si cabía, con más ganas y más sonoramente que nunca. Parecía estar metida en su retrete habitual. Los aseos estaban a oscuras, porque las velas se habían apagado con la enorme cantidad de agua que había dejado el suelo y las paredes empapados.

—¿Qué pasa, Myrtle? —inquirió Harry.

—¿Quién es? —preguntó Myrtle, con tristeza, como haciendo gorgoritos—. ¿Vienes a arrojarme alguna otra cosa?

Harry fue hacia el retrete y le preguntó:

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—No sé —gritó Myrtle, provocando al salir del retrete una nueva oleada de agua que cayó al suelo ya mojado—. Aquí estoy, intentando sobrellevar mis propios problemas, y todavía hay quien piensa que es divertido arrojarme un libro...

—Pero si alguien te arroja algo, a ti no te puede doler —razonó Harry—. Quiero decir, que simplemente te atravesará, ¿no?

Acababa de meter la pata. Myrtle se sintió ofendida y chilló:

—¡Vamos a arrojarle libros a Myrtle, que no puede sentirlo! ¡Diez puntos al que se lo cuele por el estómago! ¡Cincuenta puntos al que le traspase la cabeza! ¡Bien, ja, ja, ja! ¡Qué juego tan divertido, pues para mí no lo es!

—Pero ¿quién te lo arrojó? —le preguntó Harry.

—No lo sé... Estaba sentada en el sifón, pensando en la muerte, y me dio en la cabeza —dijo Myrtle, mirándoles—. Está ahí, empapado.

Harry y Ron miraron debajo del lavabo, donde señalaba Myrtle. Había allí un libro pequeño y delgado. Tenía las tapas muy gastadas, de color negro, y estaba tan humedecido como el resto de las cosas que había en los lavabos. Harry se acercó para cogerlo, pero Ron lo detuvo con el brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—¿Estás loco? —dijo Ron—. Podría resultar peligroso.

—¿Peligroso? —dijo Harry, riendo—. Venga, ¿cómo va a resultar peligroso?

—Te sorprendería saber —dijo Ron, asustado, mirando el librito— que entre los libros que el Ministerio ha confiscado había uno que les quemó los ojos. Me lo ha dicho mi padre. Y todos bs que han leído *Sonetos del hechicero* han hablado en cuartetos y tercetos el resto de su vida. ¡Y una bruja vieja de Bath tenía un libro que no se podía parar nunca de leer! Uno tenía que andar por todas partes con el libro delante, intentando hacer las cosas con una sola mano. Y...

—Vale, ya lo he entendido —dijo Harry. El librito seguía en el suelo, empapado y misterioso—. Bueno, pero si no le echamos un vistazo, no lo averiguaremos —dijo y, esquivando a Ron, lo recogió del suelo.

Harry vio al instante que se trataba de un diario, y la desvaída fecha de la cubierta le indicó que tenía cincuenta años de antigüedad. Lo abrió intrigado. En la primera página podía leerse, con tinta emborronada, «T.M. Ryddle».

—Espera —dijo Ron, que se había acercado con cuidado y miraba por

encima del hombro de Harry—, ese nombre me suena... T.M. Ryddle ganó un premio hace cincuenta años por Servicios Especiales al Colegio.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Harry sorprendido.

—Lo sé porque Filch me hizo limpiar su placa unas cincuenta veces cuando nos castigaron —dijo Ron con resentimiento—. Precisamente fue encima de esta placa donde vomité una babosa. Si te hubieras pasado una hora limpiando un nombre, tú también te acordarías de él.

Harry separó las páginas humedecidas. Estaban en blanco. No había en ellas el más leve resto de escritura, ni siquiera «cumpleaños de tía Mabel» o «dentista, a las tres y media».

—No llegó a escribir nada —dijo Harry, decepcionado.

—Me pregunto por qué querría alguien tirarlo al retrete —dijo Ron con curiosidad.

Harry volvió a mirar las tapas del cuaderno y vio impreso el nombre de un quiosco de la calle Vauxhall, en Londres.

—Debió de ser de familia *muggle* —dijo Harry, especulando—, ya que compró el diario en la calle Vauxhall...

—Bueno, eso da igual —dijo Ron. Luego añadió en voz muy baja—. Cincuenta puntos si lo pasas por la nariz de Myrtle.

Harry, sin embargo, se lo guardó en el bolsillo.

Hermione salió de la enfermería, sin bigotes, sin cola y sin pelaje, a comienzos de febrero. La primera noche que pasó en la torre de Gryffindor, Harry le enseñó el diario de T.M. Ryddle y le contó la manera en que lo habían encontrado.

—¡Aaah, podría tener poderes ocultos! —dijo con entusiasmo Hermione, cogiendo el diario y mirándolo de cerca.

—Si los tiene, los oculta muy bien —repuso Ron—. A lo mejor es tímido. No sé por qué lo guardas, Harry

—Lo que me gustaría saber es por qué alguien intentó tirarlo —dijo Harry—. Y también me gustaría saber cómo consiguió Ryddle el Premio por Servicios Especiales.

—Por cualquier cosa —dijo Ron—. A lo mejor acumuló treinta matrículas de honor en Brujería o salvó a un profesor de los tentáculos de un calamar gigante. Quizás asesinó a Myrtle, y todo el mundo lo consideró un gran

servicio...

Pero Harry estaba seguro, por la cara de interés que ponía Hermione, de que ella estaba pensando lo mismo que él.

—¿Qué pasa? —dijo Ron, mirando a uno y a otro.

—Bueno, la Cámara de los Secretos se abrió hace cincuenta años, ¿no? —explicó Harry—. Al menos, eso nos dijo Malfoy.

—Sí... —admitió Ron.

—Y este diario tiene cincuenta años —dijo Hermione, golpeándolo, emocionada, con el dedo.

—¿Y?

—Venga, Ron, despierta ya —dijo Hermione bruscamente—. Sabemos que la persona que abrió la cámara la última vez fue expulsada hace cincuenta años. Sabemos que a T.M. Ryddle le dieron un premio hace cincuenta años por Servicios Especiales al Colegio. Bueno, ¿y si a Ryddle le dieron el premio por atrapar al heredero de Slytherin? En su diario seguramente estará todo explicado: dónde está la cámara, cómo se abre y qué clase de criatura vive en ella. La persona que haya cometido las agresiones en esta ocasión no querría que el diario anduviera por ahí, ¿no?

—Es una teoría brillante, Hermione —dijo Ron—, pero tiene un pequeño defecto: que no hay nada escrito en el diario.

Pero Hermione sacó su varita mágica de la bolsa.

—¡Podría ser tinta invisible! —susurró.

Y dio tres golpecitos al cuaderno, diciendo:

—*¡Aparecium!*

Pero no ocurrió nada. Impertérrita, volvió a meter la mano en la bolsa y sacó lo que parecía una goma de borrar de color rojo.

—Es un *revelador*, lo compré en el callejón Diagon —dijo ella.

Frotó con fuerza donde ponía «1 de enero». Siguió sin pasar nada.

—Ya te lo decía yo; no hay nada que encontrar aquí —dijo Ron—. Simplemente, a Ryddle le regalaron un diario por Navidad, pero no se molestó en rellenarlo.

Harry no podría haber explicado, ni siquiera a sí mismo, por qué no tiraba a la

basura el diario de Ryddle. El caso es que aunque sabía que el diario estaba en blanco, pasaba las páginas atrás y adelante, concentrado en ellas, como si contaran una historia que quisiera acabar de leer. Y, aunque estaba seguro de no haber oído antes el nombre de T.M. Ryddle, le parecía que ese nombre le decía algo, como si se tratara de un amigo olvidado de la más remota infancia. Pero era absurdo: no había tenido amigos antes de llegar a Hogwarts, Dudley se había encargado de eso.

Sin embargo, Harry estaba determinado a averiguar algo más sobre Ryddle, así que al día siguiente, en el recreo, se dirigió a la sala de trofeos para examinar el premio especial de Ryddle, acompañado por una Hermione rebosante de interés y un Ron muy reticente, que les decía que había visto el premio lo suficiente para recordarlo toda la vida.

La placa de oro bruñido de Ryddle estaba guardada en un armario esquinero. No decía nada de por qué se lo habían concedido.

—Menos mal —dijo Ron—, porque si lo dijera, la placa sería más grande, y en el día de hoy aún no habría acabado de sacarle brillo.

Sin embargo, encontraron el nombre de Ryddle en una vieja Medalla al Mérito Mágico y en una lista de antiguos alumnos que habían recibido el Premio Anual.

—Me recuerda a Percy —dijo Ron, arrugando con disgusto la nariz—: prefecto, Premio Anual..., supongo que sería el primero de la clase.

—Lo dices como si fuera algo vergonzoso —señaló Hermione, algo herida.

El sol había vuelto a brillar débilmente sobre Hogwarts. Dentro del castillo, la gente parecía más optimista. No había vuelto a haber ataques después del cometido contra Justin y Nick Casi Decapitado, y a la señora Pomfrey le encantó anunciar que las mandrágoras se estaban volviendo taciturnas y reservadas, lo que quería decir que rápidamente dejarían atrás la infancia. Una tarde, Harry oyó que la señora Pomfrey decía a Filch amablemente:

—Cuando se les haya ido el acné, estarán listas para volver a ser trasplantadas. Y entonces, las cortaremos y las coceremos inmediatamente. Dentro de poco tendrá a la *Señora Norris* con usted otra vez.

Harry pensaba que tal vez el heredero de Slytherin se había acobardado. Cada vez debía de resultar más arriesgado abrir la Cámara de los Secretos, con el colegio tan alerta y todo el mundo tan receloso. Tal vez el monstruo, fuera lo que fuera, se disponía a hibernar durante otros cincuenta años.

Ernie Macmillan, de Hufflepuff, no era tan optimista. Seguía convencido de que Harry era el culpable y que se había delatado en el club de duelo. Peeves no era precisamente una ayuda, pues iba por los abarrotados corredores

saltando y cantando: *«¡Oh, Potter, eres un zote, estás podrido...!»*, pero ahora además interpretando un baile al ritmo de la canción.

Gilderoy Lockhart estaba convencido de que era él quien había puesto freno a los ataques. Harry le oyó exponerlo así ante la profesora McGonagall mientras los de Gryffindor marchaban en hilera hacia la clase de Transfiguración.

—No creo que volvamos a tener problemas, Minerva —dijo, guiñando un ojo y dándose golpecitos en la nariz con el dedo, con aire de experto—. Creo que esta vez la cámara ha quedado bien cerrada. Los culpables se han dado cuenta de que en cualquier momento yo podía pillarlos y han sido lo bastante sensatos para detenerse ahora, antes de que cayera sobre ellos... Lo que ahora necesita el colegio es una inyección de moral, ¡para barrer los recuerdos del trimestre anterior! No te digo nada más, pero creo que sé qué es exactamente lo que...

De nuevo se tocó la nariz en prueba de su buen olfato y se alejó con paso decidido.

La idea que tenía Lockhart de una inyección de moral se hizo patente durante el desayuno del día 14 de febrero. Harry no había dormido mucho a causa del entrenamiento de *quidditch* de la noche anterior y llegó al Gran Comedor corriendo, algo retrasado. Pensó, por un momento, que se había equivocado de puerta.

Las paredes estaban cubiertas de flores grandes de un rosa chillón. Y, aún peor, del techo de color azul pálido caían confetis en forma de corazones. Harry se fue a la mesa de Gryffindor, en la que estaban Ron, con aire asqueado, y Hermione, que se reía tontamente.

—¿Qué ocurre? —les preguntó Harry, sentándose y quitándose de encima el confeti.

Ron, que parecía estar demasiado enojado para hablar, señaló la mesa de los profesores. Lockhart, que llevaba una túnica de un vivo color rosa que combinaba con la decoración, reclamaba silencio con las manos. Los profesores que tenía a ambos lados lo miraban estupefactos. Desde su asiento, Harry pudo ver a la profesora McGonagall con un tic en la mejilla. Snape tenía el mismo aspecto que si se hubiera bebido un gran vaso de *crecehuesos*.

—¡Feliz día de San Valentín! —gritó Lockhart—. ¡Y quiero también dar las gracias a las cuarenta y seis personas que me han enviado tarjetas! Sí, me he tomado la libertad de preparar esta pequeña sorpresa para todos vosotros... ¡y no acaba aquí la cosa!

Lockhart dio una palmada, y por la puerta del vestíbulo entraron una docena de enanos de aspecto hosco. Pero no enanos así, tal cual; Lockbart les había puesto alas doradas y además llevaban arpas.

—¡Mis amorosos cupidos portadores de tarjetas! —son—rió Lockhart—. ¡Durante todo el día de hoy recorrerán el colegio ofreciéndoos felicitaciones de

San Valentín! ¡Y la diversión no acaba aquí! Estoy seguro de que mis colegas querrán compartir el espíritu de este día. ¿Por qué no pedís al profesor Snape que os enseñe a preparar un filtro amoroso? ¡Aunque el profesor Flitwick, el muy pícaro, sabe más sobre encantamientos de ese tipo que ningún otro mago que haya conocido!

El profesor Flitwick se tapó la cara con las manos. Snape parecía dispuesto a envenenar a la primera persona que se atreviera a pedirle un filtro amoroso.

—Por favor, Hermione, dime que no has sido una de las cuarenta y seis —le dijo Ron, cuando abandonaban el Gran Comedor para acudir a la primera clase. Pero a Hermione de repente le entró la urgencia de buscar el horario en la bolsa, y no respondió.

Los enanos se pasaron el día interrumpiendo las clases para repartir tarjetas, ante la irritación de los profesores, y al final de la tarde, cuando los de Gryffindor subían hacia el aula de Encantamientos, uno de ellos alcanzó a Harry.

—¡Eh, tú! ¡Harry Potter! —gritó un enano de aspecto particularmente malhumorado, abriéndose camino a codazos para llegar a donde estaba Harry.

Ruborizándose al pensar que le iba a ofrecer una felicitación de San Valentín delante de una fila de alumnos de primero, entre los cuales estaba Ginny Weasley, Harry intentó escabullirse. El enano, sin embargo, se abrió camino a base de patadas en las espinillas y lo alcanzó antes de que diera dos pasos.

—Tengo un mensaje musical para entregar a Harry Potter en persona —dijo, rasgando el arpa de manera pavorosa.

—¡Aquí no! —dijo Harry enfadado, tratando de escapar.

—¡Párate! —gruñó el enano, aferrando a Harry por la bolsa para detenerlo.

—¡Suéltame! —gritó Harry, tirando fuerte.

Tanto tiraron que la bolsa se partió en dos. Los libros, la varita mágica, el pergamino y la pluma se desparramaron por el suelo, y la botellita de tinta se rompió encima de todas las demás cosas.

Harry intentó recogerlo todo antes de que el enano comenzara a cantar ocasionando un atasco en el corredor.

—¿Qué pasa ahí? —Era la voz fría de Draco Malfoy, que hablaba arrastrando las palabras. Harry intentó febrilmente meterlo todo en la bolsa rota, desesperado por alejarse antes de que Malfoy pudiera oír su felicitación musical de San Valentín.

—¿Por qué toda esta conmoción? —dijo otra voz familiar, la de Percy Weasley, que se acercaba.

A la desesperada, Harry intentó escapar corriendo, pero el enano se le echó a las rodillas y lo derribó.

—Bien —dijo, sentándose sobre los tobillos de Harry—, ésta es tu canción de San Valentín:

Tiene los ojos verdes como un sapo en escabeche

y el pelo negro como una pizarra cuando anochece.

Quisiera que fuera mío, porque es glorioso,

el héroe que venció al Señor Tenebroso.

Harry habría dado todo el oro de Gringotts por desvanecerse en aquel momento. Intentando reírse con todos los demás, se levantó, con los pies entumecidos por el peso del enano, mientras Percy Weasley hacía lo que podía para dispersar al montón de chavales, algunos de los cuales estaban llorando de risa.

—¡Fuera de aquí, fuera! La campana ha sonado hace cinco minutos, a clase todos ahora mismo —decía, empujando a algunos de los más pequeños—. Tú también, Malfoy.

Harry vio que Malfoy se agachaba y cogía algo, y con una mirada burlona se lo enseñaba a Crabbe y Goyle. Harry comprendió que lo que había recogido era el diario de Ryddle.

—¡Devuélveme eso! —le dijo Harry en voz baja.

—¿Qué habrá escrito aquí Potter? —dijo Malfoy, que obviamente no había visto la fecha en la cubierta y pensaba que era el diario del propio Harry. Los espectadores se quedaron en silencio. Ginny miraba alternativamente a Harry y al diario, aterrorizada.

—Devuélvelo, Malfoy —dijo Percy con severidad.

—Cuando le haya echado un vistazo —dijo Malfoy, burlándose de Harry.

Percy dijo:

—Como prefecto del colegio...

Pero Harry estaba fuera de sus casillas. Sacó su varita mágica y gritó:

—*¡Expelliarmus!*

Y tal como Snape había desarmado a Lockhart, así Malfoy vio que el diario se le escapaba a Malfoy de las manos y salía volando. Ron, sonriendo, lo

atrapó.

—¡Harry! —dijo Percy en voz alta—. No se puede hacer magia en los pasillos. ¡Tendré que informar de esto!

Pero Harry no se preocupó. Le había ganado una a Malfoy, y eso bien valía cinco puntos de Gryffindor. Malfoy estaba furioso, y cuando Ginny pasó por su lado para entrar en el aula, le gritó despechado:

—¡Me parece que a Potter no le gustó mucho tu felicitación de San Valentín!

Ginny se tapé la cara con las manos y entró en clase corriendo. Dando un gruñido, Ron sacó también su varita mágica, pero Harry se la quitó de un tirón. Ron no tenía necesidad de pasarse la clase de Encantamientos vomitando babosas.

Harry no se dio cuenta de que algo raro había ocurrido en el diario de Ryddle hasta que llegaron a la clase del profesor Flitwick. Todos los demás libros estaban empapados de tinta roja. El diario, sin embargo, estaba tan limpio como antes de que la botellita de tinta se hubiera roto. Intentó hacérselo ver a Ron, pero éste volvía a tener problemas con su varita mágica: de la punta salían pompas de color púrpura, y él no prestaba atención a nada más.

Aquella noche, Harry fue el primero de su dormitorio en irse a dormir. En parte fue porque no creía poder soportar a Fred y George cantando: *«Tiene los ojos verdes como un sapo en escabeche»* una vez más, y en parte, porque quería examinar de nuevo el diario de Ryddle, y sabía que Ron opinaba que eso era una pérdida de tiempo.

Se sentó en la cama y hojeó las páginas en blanco; ninguna tenía la más ligera mancha de tinta roja. Luego sacó una nueva botellita de tinta del cajón de la mesita, mojó en ella su pluma y dejó caer una gota en la primera página del diario.

La tinta brilló intensamente sobre el papel durante un segundo y luego, como si la hubieran absorbido desde el interior de la página, se desvaneció. Emocionado, Harry mojó de nuevo la pluma y escribió:

«Mi nombre es Harry Potter.»

Las palabras brillaron un instante en la página y desaparecieron también sin dejar huella. Entonces ocurrió algo.

Rezumando de la página, en la misma tinta que había utilizado él, aparecieron unas palabras que Harry no había escrito:

«Hola, Harry Potter. Mi nombre es Tom Ryddle. ¿Cómo ha llegado a tus

manos mi diario?»

Estas palabras también se desvanecieron, pero no antes de que Harry comenzara de nuevo a escribir:

«Alguien intentó tirarlo por el retrete.»

Aguardó con impaciencia la respuesta de Ryddle.

«Menos mal que registré mis memorias en algo más duradero que la tinta. Siempre supe que habría gente que no querría que mi diario fuera leído.»

«¿Qué quieres decir?», escribió Harry, emborronando la página debido a los nervios.

«Quiero decir que este diario da fe de cosas horribles; cosas que fueron ocultadas; cosas que sucedieron en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería.»

«Es donde estoy yo ahora», escribió Harry apresuradamente. «Estoy en Hogwarts, y también suceden cosas horribles. ¿Sabes algo sobre la Cámara de los Secretos?»

El corazón le latía violentamente. La réplica de Ryddle no se hizo esperar, pero la letra se volvió menos clara, como si tuviera prisa por consignar todo cuanto sabía.

«¡Por supuesto que sé algo sobre la Cámara de los Secretos! En mi época, nos decían que era sólo una leyenda, que no existía realmente. Pero no era cierto. Cuando yo estaba en quinto, la cámara se abrió y el monstruo atacó a varios estudiantes y mató a uno. Yo atrapé a la persona que había abierto la cámara, y lo expulsaron. Pero el director, el profesor Dippet, avergonzado de que hubiera sucedido tal cosa en Hogwarts, me prohibió decir la verdad. Inventaron la historia de que la muchacha había muerto en un espantoso accidente. A mí me entregaron por mi actuación un trofeo muy bonito y muy brillante, con unas palabras grabadas, y me recomendaron que mantuviera la boca cerrada. Pero yo sabía que podía volver a ocurrir. El monstruo sobrevivió, y el que pudo liberarlo no fue encarcelado.»

En su precipitación por escribir, Harry casi vuelca la botellita de la tinta.

«Ha vuelto a suceder. Ha habido tres ataques y nadie parece saber quién está detrás. ¿Quién fue en aquella ocasión?»

«Te lo puedo mostrar, si quieres», contestó Ryddle. «No necesitas leer mis palabras. Podrás ver dentro de mi memoria lo que ocurrió la noche en que lo capturé.»

Harry dudó, y la pluma se detuvo encima del diario. ¿Qué quería decir Ryddle? ¿Cómo podía alguien introducirse en la memoria de otro? Miró asustado la puerta del dormitorio; iba oscureciendo. Cuando retornó la vista al diario, vio que aparecían unas palabras nuevas:

«Deja que te lo enseñe.»

Harry meditó durante una fracción de segundo, y luego escribió una sola palabra:

«Vale.»

Las páginas del diario comenzaron a pasar, como si estuviera soplando un fuerte viento, y se detuvieron a mediados del mes de junio. Con la boca abierta, Harry vio que el pequeño cuadrado asignado al día 13 de junio se convertía en algo parecido a una minúscula pantalla de televisión. Las manos le temblaban ligeramente. Levantó el cuaderno para acercar uno de sus ojos a la ventanita, y antes de que comprendiera lo que sucedía, se estaba inclinando hacia delante. La ventana se ensanchaba, y sintió que su cuerpo dejaba la cama y era absorbido por la abertura de la página en un remolino de colores y sombras.

Notó que pisaba tierra firme y se quedó temblando, mientras las formas borrosas que lo rodeaban se iban definiendo rápidamente.

Enseguida se dio cuenta de dónde estaba. Aquella sala circular con los retratos de gente dormida era el despacho de Dumbledore, pero no era Dumbledore quien estaba sentado detrás del escritorio. Un mago de aspecto delicado, con muchas arrugas y calvo, excepto por algunos pelos blancos, leía una carta a la luz de una vela. Harry no había visto nunca a aquel hombre.

—Lo siento —dijo con voz trémula—. No quería molestarle...

Pero el mago no levantó la vista. Siguió leyendo, frunciendo el entrecejo levemente. Harry se acercó más al escritorio y balbució:

—¿Me-me voy?

El mago siguió sin prestarle atención. Ni siquiera parecía que le hubiera oído. Pensando que tal vez estuviera sordo, Harry levantó la voz.

—Lamento molestarle, me iré ahora mismo —dijo casi a gritos.

Con un suspiro, el mago dobló la carta, se levantó, pasó por delante de Harry sin mirarlo y fue hasta la ventana a descorrer las cortinas.

El cielo, al otro lado de la ventana, estaba de un color rojo rubí; parecía el atardecer. El mago volvió al escritorio, se sentó y, mirando a la puerta, se puso a juguetear con los pulgares.

Harry contempló el despacho. No estaba *Fawkes*, el fénix, ni los artilugios metálicos que hacían ruiditos. Aquello era Hogwarts tal como debía ser en los tiempos de Ryddle, y aquel mago desconocido tenía que ser el director de entonces, no Dumbledore, y él, Harry, era una especie de fantasma, completamente invisible para la gente de hacía cincuenta años.

Llamaron a la puerta.

—Entre —dijo el viejo mago con una voz débil.

Un muchacho de unos dieciséis años entró quitándose el sombrero puntiagudo. En el pecho le brillaba una insignia plateada de prefecto. Era mucho más alto que Harry pero tenía, como él, el pelo de un negro azabache.

—Ah, Ryddle —dijo el director.

—¿Quería verme, profesor Dippet? —preguntó Ryddle. Parecía azorado.

—Siéntese —indicó Dippet—. Acabo de leer la carta que me envió.

—¡Ah! —exclamó Ryddle, y se sentó, cogiéndose las manos fuertemente.

—Muchacho —dijo Dippet con aire bondadoso—, me temo que no puedo permitirle quedarse en el colegio durante el verano. Supongo que querrá ir a casa para pasar las vacaciones...

—No —respondió Ryddle enseguida—, preferiría quedarme en Hogwarts a regresar a ese..., a ese...

—Según creo, pasa las vacaciones en un orfanato *muggle*, ¿verdad? —preguntó Dippet con curiosidad.

—Sí, señor —respondió Ryddle, ruborizándose ligeramente.

—¿Es usted de familia *muggle*?

—A medias, señor —respondió Ryddle—. De padre *muggle* y de madre bruja.

—¿Y tanto uno como otro están...?

—Mi madre murió nada más nacer yo, señor. En el orfanato me dijeron que había vivido sólo lo suficiente para ponerme nombre: Tom por mi padre, y Sorvolo por mi abuelo.

Dippet chasqueó la lengua en señal de compasión.

—La cuestión es, Tom —suspiró—, que se podría haber hecho con usted una excepción, pero en las actuales circunstancias...

—¿Se refiere a los ataques, señor? —dijo Ryddle, y a Harry el corazón le dio un brinco. Se acercó, porque no quería perderse ni una sílaba de lo que allí se dijera.

—Exactamente —dijo el director—. Muchacho, tiene que darse cuenta de lo irresponsable que sería que yo le permitiera quedarse en el castillo al término del trimestre. Especialmente después de la tragedia..., la muerte de esa pobre muchacha... Usted estará muchísimo más seguro en el orfanato. De hecho, el Ministerio de Magia se está planteando cerrar el colegio. No creo que vayamos a poder localizar al..., descubrir el origen de todos estos sucesos tan

desagradables...

Ryddle abrió más los ojos.

—Señor, si esa persona fuera capturada... Si todo terminara...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Dippet, soltando un gallo. Se incorporó en el asiento—. ¿Ryddle, sabe usted algo sobre esas agresiones?

—No, señor —respondió Ryddle con presteza.

Pero Harry estaba seguro de que aquel «no» era del mismo tipo que el que él mismo había dado a Dumbledore.

Dippet volvió a hundirse en el asiento, ligeramente decepcionado.

—Puede irse, Tom.

Ryddle se levantó del asiento y salió de la habitación pisando fuerte. Harry fue tras él.

Bajaron por la escalera de caracol que se movía sola, y salieron al corredor, que ya iba quedando en penumbra, junto a la gárgola. Ryddle se detuvo y Harry hizo lo mismo, mirándolo. Le pareció que Ryddle estaba concentrado: se mordía los labios y tenía la frente fruncida.

Luego, como si hubiera tomado una decisión repentina, salió precipitadamente, y Harry lo siguió en silencio. No vieron a nadie hasta llegar al vestíbulo, cuando un mago de gran estatura, con el cabello largo y ondulado de color castaño rojizo y con barba, llamó a Ryddle desde la escalera de mármol.

—¿Qué hace paseando por aquí tan tarde, Tom?

Harry miró sorprendido al mago. No era otro que Dumbledore, con cincuenta años menos.

—Tenía que ver al director, señor —respondió Ryddle.

—Bien, pues váyase enseguida a la cama —le dijo Dumbledore, dirigiéndole a Ryddle la misma mirada penetrante que Harry conocía tan bien—. Es mejor no andar por los pasillos durante estos días, desde que...

Suspiró hondo, dio las buenas noches a Ryddle y se marchó con paso decidido. Ryddle esperó que se fuera y a continuación, con rapidez, tomó el camino de las escaleras de piedra que bajaban a las mazmorras, seguido por Harry.

Pero, para su decepción, Ryddle no lo condujo a un pasadizo oculto ni a un túnel secreto, sino a la misma mazmorra en que Snape les daba clase. Como las antorchas no estaban encendidas y Ryddle había cerrado casi completamente la puerta, lo único que Harry veía era a Ryddle, que, inmóvil tras la puerta, vigilaba el corredor que había al otro lado.

A Harry le pareció que permanecían allí al menos una hora. Seguía viendo únicamente la figura de Ryddle en la puerta, mirando por la rendija, aguardando inmóvil. Y cuando Harry dejó de sentirse expectante y tenso, y empezaron a entrarle ganas de volver al presente, oyó que se movía alga al otro lado de la puerta.

Alguien caminaba por el corredor sigilosamente. Quienquiera que fuese, pasó ante la mazmorra en la que estaban ocultos él y Ryddle. Éste, silencioso como una sombra, cruzó la puerta y lo siguió, con Harry detrás, que se ponía de puntillas, sin recordar que no le podían oír.

Persiguieron los pasos del desconocido durante unos cinco minutos, cuando de improviso Ryddle se detuvo, inclinando la cabeza hacia el lugar del que provenían unos ruidos. Harry oyó el chirrido de una puerta y luego a alguien que hablaba en un ronco susurro.

—Vamos..., te voy a sacar de aquí ahora..., a la caja...

Algo le resultaba conocido en aquella voz.

De repente, Ryddle dobló la esquina de un salto. Harry lo siguió y pudo ver la silueta de un muchacho alto como un gigante que estaba en cuclillas delante de una puerta abierta, junto a una caja muy grande.

—Hola, Rubeus —dijo Ryddle con voz seria.

El muchacho cerró la puerta de golpe y se levantó.

—¿Qué haces aquí, Tom?

Ryddle se le acercó.

—Todo ha terminado —dijo—. Voy a tener que entregarte, Rubeus. Dicen que cerrarán Hogwarts si los ataques no cesan.

—¿Que vas a...?

—No creo que quisieras matar a nadie. Pero los monstruos no son buenas mascotas. Me imagino que lo dejaste salir para que le diera el aire y...

—¡No ha matado a nadie! —interrumpió el muchachote, retrocediendo contra la puerta cerrada. Harry oía unos curiosos chasquidos y crujidos procedentes del otro lado de la puerta.

—Vamos, Rubeus —dijo Ryddle, acercándose aún más—. Los padres de la chica muerta llegarán mañana. Lo menos que puede hacer Hogwarts es asegurarse de que lo que mató a su hija sea sacrificado…

—¡No fue él! —gritó el muchacho. Su voz resonaba en el oscuro corredor—. ¡No sería capaz! ¡Nunca!

—Hazte a un lado —dijo Ryddle, sacando su varita mágica.

Su conjuro iluminó el corredor con un resplandor repentino. La puerta que había detrás del muchacho se abrió con tal fuerza que golpeó contra el muro que había enfrente. Por el hueco salió algo que hizo a Harry proferir un grito que nadie sino él pudo oír.

Un cuerpo grande, peludo, casi a ras de suelo, y una maraña de patas negras, varios ojos resplandecientes y unas pinzas afiladas como navajas... Ryddle levantó de nuevo la varita, pero fue demasiado tarde. El monstruo lo derribó al escabullirse, enfilando a toda velocidad por el corredor y perdiéndose de vista. Ryddle se incorporó, buscando la varita. Consiguió cogerla, pero el muchachón se lanzó sobre él, se la arrancó de las manos y lo tiró de espaldas contra el suelo, al tiempo que gritaba: ¡NOOOOOOOO!

Todo empezó a dar vueltas y la oscuridad se hizo completa. Harry sintió que caía y aterrizó de golpe con los brazos y las piernas extendidos sobre su cama en el dormitorio de Gryffindor, y con el diario de Ryddle abierto sobre el abdomen.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, se abrió la puerta del dormitorio y entró Ron.

—¡Estás aquí! —dijo.

Harry se sentó. Estaba sudoroso y temblaba.

—¿Qué pasa? —dijo Ron, preocupado.

—Fue Hagrid, Ron. Hagrid abrió la Cámara de los Secretos hace cincuenta años.

14

Cornelius Fudge

Harry, Ron y Hermione siempre habían sabido que Hagrid sentía una desgraciada afición por las criaturas grandes y monstruosas. Durante el curso anterior en Hogwarts había intentado criar un dragón en su pequeña cabaña de madera, y pasaría mucho tiempo antes de que pudieran olvidar al perro gigante de tres cabezas al que había puesto por nombre *Fluffy*. Harry estaba seguro de que si, de niño, Hagrid se enteró de que había un monstruo oculto en algún

lugar del castillo, hizo lo imposible por echarle un vistazo. Seguro que le parecía inhumano haber tenido encerrado al monstruo tanto tiempo y debía de pensar que el pobre tenía derecho a estirar un poco sus numerosas piernas. Podía imaginarse perfectamente a Hagrid, con trece años, intentando ponerle un collar y una correa. Pero también estaba seguro de que él nunca había tenido intención de matar a nadie.

Harry casi habría preferido no haber averiguado el funcionamiento del diario de Ryddle. Ron y Hermione le pedían constantemente que les contase una y otra vez todo lo que había visto, hasta que se cansaba de tanto hablar y de las largas conversaciones que seguían a su relato y que no conducían a ninguna parte.

—A lo mejor Ryddle se equivocó de culpable —decía Hermione—. A lo mejor el que atacaba a la gente era otro monstruo...

—¿Cuántos monstruos crees que puede albergar este castillo? —le preguntó Ron, aburrido.

—Ya sabíamos que a Hagrid lo habían expulsado —dijo Harry, apenado—. Y supongo que entonces los ataques cesaron. Si no hubiera sido así, a Ryddle no le habrían dado ningún premio.

Ron intentó verlo de otro modo.

—Ryddle me recuerda a Percy. Pero ¿por qué tuvo que delatar a Hagrid?

—El monstruo había matado a una persona, Ron —contestó Hermione.

—Y Ryddle habría tenido que volver al orfanato *muggle* si hubieran cerrado Hogwarts —dijo Harry—. No lo culpo por querer quedarse aquí.

Ron se mordió un labio y luego vaciló al decir:

—Tú te encontraste a Hagrid en el callejón Knockturn, ¿verdad, Harry?

—Dijo que había ido a comprar un repelente contra las babosas carnívoras —dijo Harry con presteza.

Se quedaron en silencio. Tras una pausa prolongada, Hermione tuvo una idea elemental.

—¿Por qué no vamos y le preguntamos a Hagrid?

—Sería una visita muy cortés —dijo Ron—. Hola, Hagrid, dinos, ¿has estado últimamente dejando en libertad por el castillo a una cosa furiosa y peluda?

Al final, decidieron no decir nada a Hagrid si no había otro ataque, y como los días se sucedieron sin siquiera un susurro de la voz que no salía de ningún sitio, albergaban la esperanza de no tener que hablar con él sobre el motivo de su expulsión. Ya habían pasado casi cuatro meses desde que petrificaron a

Justin y a Nick Casi Decapitado, y parecía que todo el mundo creía que el agresor, quienquiera que fuese, se había retirado, afortunadamente. Peeves se había cansado por fin de su canción *¡Oh, Potter, eres un zote!*; Ernie Macmillan, un día, en la clase de Herbología, le pidió cortésmente a Harry que le pasara un cubo de hongos saltarines, y en marzo algunas mandrágoras montaron una escandalosa fiesta en el Invernadero 3. Esto puso muy contenta a la profesora Sprout.

—En cuanto empiecen a querer cambiarse unas a las macetas de otras, sabremos que han alcanzado la madurez —dijo a Harry—. Entonces podremos revivir a esos pobrecillos de la enfermería.

• • •

Durante las vacaciones de Semana Santa, los de segundo tuvieron algo nuevo en que pensar. Había llegado el momento de elegir optativas para el curso siguiente, decisión que al menos Hermione se tomó muy en serio.

—Podría afectar a todo nuestro futuro —dijo a Harry y Ron, mientras repasaban minuciosamente la lista de las nuevas materias, señalándolas.

—Lo único que quiero es no tener Pociones —dijo Harry.

—Imposible —dijo Ron con tristeza—. Seguiremos con todas las materias que tenemos ahora. Si no, yo me libraría de Defensa Contra las Artes Oscuras.

—¡Pero si ésa es muy importante! —dijo Hermione, sorprendida.

—No tal como la imparte Lockhart —repuso Ron—. Lo único que me ha enseñado es que no hay que dejar sueltos a los duendecillos.

Neville Longbottom había recibido carta de todos los magos y brujas de su familia, y cada uno le aconsejaba materias distintas. Confundido y preocupado, se sentó a leer la lista de las materias y les preguntaba a todos si pensaban que Aritmancia era más difícil que Adivinación Antigua. Dean Thomas, que, como Harry, se había criado con *muggles*, terminó cerrando los ojos y apuntando a la lista con la varita mágica, y escogió las materias que había tocado al azar. Hermione no siguió el consejo de nadie y las escogió todas.

Harry sonrió tristemente al imaginar lo que habrían dicho tío Vernon y tía Petunia si les consultara sobre su futuro de mago. Pero alguien lo ayudó: Percy Weasley se desvivía por hacerle partícipe de su experiencia.

—Depende de adónde quieras llegar, Harry —le dijo—. Nunca es demasiado pronto para pensar en el futuro, así que yo te recomendaría Adivinación. La gente dice que los estudios *muggles* son la salida más fácil, pero personalmente creo que los magos deberíamos tener completos conocimientos de la comunidad no mágica, especialmente si queremos trabajar en

estrecho contacto con ellos. Mira a mi padre, tiene que tratar todo el tiempo con *muggles*. A mi hermano Charlie siempre le gustó el trabajo al aire libre, así que escogió Cuidado de Criaturas Mágicas. Escoge aquello para lo que valgas, Harry.

Pero lo único que a Harry le parecía que se le daba realmente bien era el *quidditch*. Terminó eligiendo las mismas optativas que Ron, pensando que si era muy malo en ellas, al menos contaría con alguien que podría ayudarle.

A Gryffindor le tocaba jugar el siguiente partido de *quidditch* contra Hufflepuff. Wood los machacaba con entrenamientos en equipo cada noche después de cenar, de forma que Harry no tenía tiempo para nada más que para el *quidditch* y para hacer los deberes. Sin embargo, los entrenamientos iban mejor, y la noche anterior al partido del sábado se fue a la cama pensando que Gryffindor nunca había tenido más posibilidades de ganar la copa.

Pero su alegría no duró mucho. Al final de las escaleras que conducían al dormitorio se encontró con Neville Longbottom, que lo miraba desesperado.

—Harry, no sé quién lo hizo. Yo me lo encontré...

Mirando a Harry aterrorizado, Neville abrió la puerta. El contenido del baúl de Harry estaba esparcido por todas partes. Su capa estaba en el suelo, rasgada. Le habían levantado las sábanas y las mantas de la cama, y habían sacado el cajón de la mesita y el contenido estaba desparramado sobre el colchón.

Harry fue hacia la cama, pisando algunas páginas sueltas de *Recorridos con los trols*. No podía creer lo que había sucedido.

En el momento en que Neville y él hacían la cama, entraron Ron, Dean y Seamus. Dean gritó:

—¿Qué ha sucedido, Harry?

—No tengo ni idea —contestó. Ron examinaba la túnica de Harry. Habían dado la vuelta a todos los bolsillos.

—Alguien ha estado buscando algo —dijo Ron—. ¿Qué te falta?

Harry empezó a coger sus cosas y a dejarlas en el baúl. Hasta que hubo separado el último libro de Lockhart, no se dio cuenta de qué era lo que faltaba.

—Se han llevado el diario de Ryddle —dijo a Ron en voz baja.

—¿Qué?

Harry señaló con la cabeza hacia la puerta del dormitorio, y Ron lo siguió.

Bajaron corriendo hasta la sala común de Gryffindor, que estaba medio vacía, y encontraron a Hermione, sentada, sola, leyendo un libro titulado *La adivinación antigua al alcance de todos*.

A Hermione la noticia la dejó aterrorizada.

—Pero... sólo puede haber sido alguien de Gryffindor. Nadie más conoce la contraseña.

—En efecto —confirmó Harry.

Despertaron al día siguiente con un sol intenso y una brisa ligera y refrescante.

—¡Perfectas condiciones para jugar al *quidditch*! —dijo Wood emocionado a los de la mesa de Gryffindor, llevando los platos con los huevos revueltos—. ¡Harry, levanta el ánimo, necesitas un buen desayuno!

Harry había estado observando la mesa abarrotada de Gryffindor, preguntándose si tendría delante de las narices al nuevo poseedor del diario de Ryddle. Hermione lo intentaba convencer de que notificara el robo, pero a Harry no le gustaba la idea. Tendría que contar todo lo referente al diario a algún profesor, ¿y cuánta gente sabía por qué habían expulsado a Hagrid hacía cincuenta años? No quería ser él quien lo sacara de nuevo a la luz.

Al abandonar el Gran Comedor con Ron y Hermione para ir a recoger su equipo de *quidditch*, otro motivo de preocupación se añadió a la creciente lista de Harry. Acababa de poner los pies en la escalera de mármol cuando oyó de nuevo aquella voz:

—*Matar esta vez... Déjame desgarrar... Despedazar...*

Harry dio un grito, y Ron y Hermione se separaron de él asustados.

—¡La voz! —dijo Harry, mirando a un lado—. Acabo de oírla de nuevo, ¿vosotros no?

Ron, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza. Hermione, sin embargo, se llevó una mano a la frente.

—¡Harry, creo que acabo de comprender algo! ¡Tengo que ir a la biblioteca!

Y se fue corriendo por las escaleras.

—¿Qué habrá comprendido? —dijo Harry distraídamente, mirando alrededor, intentando averiguar de dónde podía provenir la voz.

—Muchas más cosas que yo —respondió Ron, negando con la cabeza.

—Pero ¿por qué habrá tenido que irse a la biblioteca?

—Porque eso es lo que Hermione hace siempre —contestó Ron, encogiéndose de hombros—. Cuando le entra alguna duda, ¡a la biblioteca!

Harry se quedó indeciso, intentando volver a captar la voz, pero los alumnos empezaron a salir del Gran Comedor hablando alto, hacia la puerta principal. Iban al campo de *quidditch*.

—Será mejor que te muevas —dijo Ron—. Son casi las once..., el partido.

Harry subió a la carrera la torre de Gryffindor, cogió su Nimbus 2.000 y se mezcló con la gente que se dirigía hacia el campo de juego. Pero su mente se había quedado en el castillo, donde sonaba la voz que no salía de ningún sitio, y mientras se ponía su túnica de juego en los vestuarios, su único consuelo era saber que todos estaban allí para ver el partido.

Los equipos saltaron al campo de juego en medio del clamor del público. Oliver Wood despegó para hacer un vuelo de calentamiento alrededor de los postes, y la señora Hooch sacó las bolas. Los de Hufflepuff, que jugaban de color amarillo canario, se habían reunido para repasar la táctica en el último minuto.

Harry acababa de montarse en la escoba cuando la profesora McGonagall llegó corriendo al campo, llevando consigo un megáfono de color púrpura.

—El partido acaba de ser suspendido —gritó por el megáfono la profesora, dirigiéndose al estadio abarrotado. Hubo gritos y silbidos. Oliver Wood, con aspecto desolado, aterrizó y fue corriendo a donde estaba la profesora McGonagall sin desmontar de la escoba.

—¡Pero profesora! —gritó—. Tenemos que jugar... la Copa... Gryffindor...

La profesora McGonagall no le hizo caso y continuó gritando por el megáfono:

—Todos los estudiantes tienen que volver a sus respectivas salas comunes, donde les informarán los jefes de sus casas. ¡Id lo más deprisa que podáis, por favor!

Luego bajó el megáfono e hizo una seña a Harry para que se acercara.

—Potter, creo que será mejor que vengas conmigo.

Preguntándose por qué sospecharía de él en aquella ocasión, Harry vio que Ron se separaba de la multitud descontenta y se unía a ellos corriendo para volver al castillo. Para sorpresa de Harry, la profesora McGonagall no se opuso.

—Sí, quizá sea mejor que tú también vengas, Weasley. Algunos de los estudiantes que había a su alrededor rezongaban por la suspensión del partido y otros parecían preocupados. Harry y Ron siguieron a la profesora McGona-

gall y, al llegar al castillo, subieron con ella la escalera de mármol. Pero esta vez no se dirigían a ningún despacho.

—Esto os resultará un poco sorprendente —dijo la profesora McGonagall con voz amable cuando se acercaban a la enfermería—. Ha habido otro ataque... Un ataque doble.

A Harry le dio un brinco el corazón. La profesora McGonagall abrió la puerta y entraron en la enfermería.

La señora Pomfrey atendía a una muchacha de quinto curso con el pelo largo y rizado. Harry reconoció en ella a la chica de Ravenclaw a la que por error habían preguntado cómo se iba a la sala común de Slytherin. Y en la cama de al lado estaba...

—¡Hermione! —gimió Ron.

Hermione yacía completamente inmóvil, con los ojos abiertos y vidriosos.

—Las encontraron junto a la biblioteca —dijo la profesora McGonagall—. Supongo que no podéis explicarlo. Esto estaba en el suelo, junto a ellas...

Levantó un pequeño espejo redondo.

Harry y Ron negaron con la cabeza, mirando a Hermione.

—Os acompañaré a la torre de Gryffindor —dijo con seriedad la profesora McGonagall—. De cualquier manera, tengo que hablar a los estudiantes.

—Todos los alumnos estarán de vuelta en sus respectivas salas comunes a las seis en punto de la tarde. Ningún alumno podrá dejar los dormitorios después de esa hora. Un profesor os acompañará siempre al aula. Ningún alumno podrá entrar en los servicios sin ir acompañado por un profesor. Se posponen todos los partidos y entrenamientos de *quidditch*. No habrá más actividades extraescolares.

Los alumnos de Gryffindor, que abarrotaban la sala común, escuchaban en silencio a la profesora McGonagall, quien al final enrolló el pergamino que había estado leyendo y dijo con la voz entrecortada por la impresión:

—No necesito añadir que rara vez me he sentido tan consternada. Es probable que se cierre el colegio si no se captura al agresor. Si alguno de vosotros sabe de alguien que pueda tener una pista, le ruego que lo diga.

La profesora salió por el agujero del retrato con cierta torpeza, e inmediatamente los alumnos de Gryffindor rompieron el silencio.

—Han caído dos de Gryffindor, sin contar al fantasma, que también es de

Gryffindor, uno de Ravenclaw y otro de Hufflepuff —dijo Lee Jordan, el amigo de los gemelos Weasley, contando con los dedos—. ¿No se ha dado cuenta ningún profesor de que los de Slytherin parecen estar a salvo? ¿No es evidente que todo esto proviene de Slytherin? El heredero de Slytherin, el monstruo de Slytherin... ¿Por qué no expulsan a todos los de Slytherin? —preguntó con fiereza. Hubo alumnos que asintieron y se oyeron algunos aplausos aislados.

Percy Weasley estaba sentado en una silla, detrás de Lee, pero por una vez no parecía interesado en exponer sus puntos de vista. Estaba pálido y parecía ausente.

—Percy está asustado —dijo George a Harry en voz baja—. Esa chica de Ravenclaw.., Penélope Clearwater..., es prefecta. Supongo que Percy creía que el monstruo no se atrevería a atacar a un prefecto.

Pero Harry sólo escuchaba a medias. No parecía poder olvidar la imagen de Hermione, inmóvil sobre la cama de la enfermería, como esculpida en piedra. Y si no pillaban pronto al culpable, él tendría que pasar el resto de su vida con los Dursley. Tom Ryddle había delatado a Hagrid ante la perspectiva del orfanato *muggle* si se cerraba el colegio. Harry entendía perfectamente cómo se había sentido.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ron a Harry al oído—. ¿Crees que sospechan de Hagrid?

—Tenemos que ir a hablar con él —dijo Harry, decidido—. No creo que esta vez sea él, pero si fue el que lo liberó la última vez, también sabrá llegar hasta la Cámara de los Secretos, y algo es algo.

—Pero McGonagall nos ha dicho que tenemos que permanecer en nuestras torres cuando no estemos en clase...

—Creo —dijo Harry, en voz todavía más baja— que ha llegado ya el momento de volver a sacar la vieja capa de mi padre.

Harry sólo había heredado una cosa de su padre: una capa larga y plateada para hacerse invisible. Era su única posibilidad para salir a hurtadillas del colegio y visitar a Hagrid sin que nadie se enterara. Fueron a la cama a la hora habitual, esperaron a que Neville, Dean y Seamus hubieran dejado de hablar sobre la Cámara de los Secretos y se durmieran, y entonces se levantaron, volvieron a vestirse y se cubrieron con la capa.

El recorrido por los corredores oscuros del castillo no fue en absoluto agradable. Harry, que ya en ocasiones anteriores había caminado por allí de noche, no lo había visto nunca, después de la puesta del sol, tan lleno de gente: profesores, prefectos y fantasmas circulaban por los corredores en parejas, buscando cualquier detalle sospechoso. Como, a pesar de llevar la capa invisible, hacían el mismo ruido de siempre, hubo un instante

especialmente tenso cuando Ron se dio un golpe en un dedo del pie, y estaban muy cerca del lugar en que Snape montaba guardia. Afortunadamente, Snape estornudó en el momento preciso en que Ron gritó. Cuando finalmente alcanzaron la puerta principal de roble y la abrieron con cuidado, suspiraron aliviados.

Era una noche clara y estrellada. Avanzaron con rapidez guiándose por la luz de las ventanas de la cabaña de Hagrid, y no se desprendieron de la capa hasta que hubieron llegado ante la puerta.

Unos segundos después de llamar, Hagrid les abrió. Les apuntaba con una ballesta, y *Fang*, el perro jabalinero, ladraba furiosamente detrás de él.

—¡Ah! —dijo, bajando el arma y mirándolos—. ¿Qué hacéis aquí los dos?

—¿Para qué es eso? —preguntó Harry, señalando la ballesta al entrar.

—Nada, nada... —susurró Hagrid—. Estaba esperando... No importa... Sentaos, prepararé té.

Parecía que apenas sabía lo que hacía. Casi apagó el fuego al derramar agua de la tetera metálica, y luego rompió la de cerámica de puros nervios al golpearla con la mano.

—¿Estás bien, Hagrid? —dijo Harry—. ¿Has oído lo de Hermione?

—¡Ah, sí, claro que lo he oído! —dijo Hagrid con la voz entrecortada.

Miró por la ventana, nervioso. Les sirvió sendas jarritas llenas sólo de agua hirviendo (se le había olvidado poner las bolsitas de té). Cuando les estaba poniendo en un plato un trozo de pastel de frutas, aporrearon la puerta.

Se le cayó el pastel. Harry y Ron intercambiaron miradas de pánico, se echaron encima la capa para hacerse invisibles y se retiraron a un rincón oculto. Tras asegurarse de que no se les veía, Hagrid cogió la ballesta y fue otra vez a abrir la puerta.

—Buenas noches, Hagrid.

Era Dumbledore. Entró, muy serio, seguido por otro individuo de aspecto muy raro.

El desconocido era un hombre bajo y corpulento, con el pelo gris alborotado y expresión nerviosa. Llevaba una extraña combinación de ropas: traje de raya diplomática, corbata roja, capa negra larga y botas púrpura acabadas en punta. Sujetaba bajo el brazo un sombrero hongo verde lima.

—¡Es el jefe de mi padre! —musitó Ron—. ¡Cornelius Fudge, el ministro de Magia!

Harry dio un codazo a Ron para que se callara.

Hagrid estaba pálido y sudoroso. Se dejó caer abatido en una de las sillas y miró a Dumbledore y luego a Cornelius Fudge.

—¡Feo asunto, Hagrid! —dijo Fudge, telegráficamente—. Muy feo. He tenido que venir. Cuatro ataques contra hijos de *muggles*. El Ministerio tiene que intervenir.

—Yo nunca... —dijo Hagrid, mirando implorante a Dumbledore—. Usted sabe que yo nunca, profesor Dumbledore, señor...

—Quiero que quede claro, Cornelius, que Hagrid cuenta con mi plena confianza —dijo Dumbledore, mirando a Fudge con el entrecejo fruncido.

—Mira, Albus —dijo Fudge, incómodo—. Hagrid tiene antecedentes. El Ministerio tiene que hacer algo... El consejo escolar se ha puesto en contacto...

—Aun así, Cornelius, insisto en que echar a Hagrid no va a solucionar nada —dijo Dumbledore. Los ojos azules le brillaban de una manera que Harry no había visto nunca.

—Míralo desde mi punto de vista —dijo Fudge, cogiendo el sombrero y haciéndolo girar entre las manos—. Me están presionando. Tengo que acreditar que hacemos algo. Si se demuestra que no fue Hagrid, regresará y no habrá más que decir. Pero tengo que llevármelo. Tengo que hacerlo. Si no, no estaría cumpliendo con mi deber...

—¿Llevarme? —dijo Hagrid, temblando—. ¿Llevarme adónde?

—Sólo por poco tiempo —dijo Fudge, evitando los ojos de Hagrid—. No se trata de un castigo, Hagrid, sino más bien de una precaución. Si atrapamos al culpable, a usted se le dejará salir con una disculpa en toda regla.

—¿No será a Azkaban? —preguntó Hagrid con voz ronca.

Antes de que Fudge pudiera responder, llamaron con fuerza a la puerta.

Abrió Dumbledore. Ahora fue Harry quien recibió un codazo en las costillas, porque había dejado escapar un grito ahogado bien audible.

El señor Lucius Malfoy entró en la cabaña de Hagrid con paso decidido, envuelto en una capa de viaje negra y con una gélida sonrisa de satisfacción. *Fang* se puso a aullar.

—¡Ah, ya está aquí, Fudge! —dijo complacido al entrar—. Bien, bien...

—¿Qué hace usted aquí? —le dijo Hagrid furioso—. ¡Salga de mi casa!

—Créame, buen hombre, que no me produce ningún placer entrar en esta... ¿la ha llamado casa? —repuso Lucius Malfoy contemplando la cabaña con desprecio—. Simplemente, he ido al colegio y me han dicho que el director estaba aquí.

—¿Y qué es lo que quiere de mí, exactamente, Lucius? —dijo Dumbledore. Hablaba cortésmente, pero aún tenía los ojos azules llenos de furia.

—Es lamentable, Dumbledore —dijo perezosamente el señor Malfoy, sacando un rollo de pergamino—, pero el consejo escolar ha pensado que es hora de que usted abandone. Aquí traigo una orden de cese, y aquí están las doce firmas. Me temo que este asunto se le ha escapado de las manos. ¿Cuántos ataques ha habido ya? Otros dos esta tarde, ¿no es cierto? A este ritmo, no quedarán en Hogwarts alumnos de familia *muggle*, y todos sabemos el gran perjuicio que ello supondría para el colegio.

—¿Qué? ¡Vaya, Lucius! —dijo Fudge, alarmado—, Dumbledore cesado... No, no..., lo último que querría, precisamente ahora...

—El nombramiento y el cese del director son competencia del consejo escolar, Fudge —dijo con suavidad el señor Malfoy—. Y como Dumbledore no ha logrado detener las agresiones...

—Pero, Lucius, si Dumbledore no ha logrado detenerlas —dijo Fudge, que tenía el labio superior empapado en sudor—, ¿quién va a poder?

—Ya se verá —respondió el señor Malfoy con una desagradable sonrisa—. Pero como los doce hemos votado...

Hagrid se levantó de un salto, y su enredada cabellera negra rozó el techo.

—¿Y a cuántos ha tenido que amenazar y chantajear para que accedieran, eh, Malfoy? —preguntó.

—Muchacho, muchacho, por Dios, este temperamento suyo le dará un disgusto un día de éstos —dijo Malfoy—. Me permito aconsejarle que no grite de esta manera a los carceleros de Azkaban. No creo que se lo tomen a bien.

—¡Puede quitar a Dumbledore! —chilló Hagrid, y *Fang*, el perro jabalinero, se encogió y gimoteó en su cesta—. ¡Lléveselo, y los alumnos de familia *muggle* no tendrán ni una oportunidad! ¡Y habrá más asesinatos!

—Cálmate, Hagrid —le dijo bruscamente Dumbledore. Luego se dirigió a Lucius Malfoy—. Si el consejo escolar quiere mi renuncia, Lucius, me iré.

—Pero... —tartamudeó Fudge.

—¡No! —gimió Hagrid.

Dumbledore no había apartado sus vivos ojos azules de los ojos fríos y grises de Malfoy.

—Sin embargo —dijo Dumbledore, hablando muy claro y despacio, para que todos entendieran cada una de sus palabras—, sólo abandonaré de verdad el colegio cuando no me quede nadie fiel. Y Hogwarts siempre ayudará al que lo pida.

Durante un instante, Harry estuvo convencido de que Dumbledore les había guiñado un ojo, mirando hacia el rincón donde Ron y él estaban ocultos.

—Admirables sentimientos —dijo Malfoy, haciendo una inclinación—. Todos echaremos de menos su personalísima forma de dirigir el centro, Albus, y sólo espero que su sucesor consiga evitar los... asesinatos.

Se dirigió con paso decidido a la puerta de la cabaña, la abrió, saludó a Dumbledore con una inclinación y le indicó que saliera. Fudge esperaba, sin dejar de manosear su sombrero, a que Hagrid pasara delante, pero Hagrid no se movió, sino que respiró hondo y dijo pausadamente:

—Si alguien quisiera desentrañar este embrollo, lo único que tendría que hacer es seguir a las arañas. Ellas lo conducirían. Eso es todo lo que tengo que decir. —Fudge lo miró extrañado—. De acuerdo, ya voy —añadió, poniéndose el abrigo de piel de topo. Cuando estaba a punto de seguir a Fudge por la puerta, se detuvo y dijo en voz alta—: Y alguien tendrá que darle de comer a *Fang* mientras estoy fuera.

La puerta se cerró de un golpe y Ron se quitó la capa invisible.

—En menudo embrollo estamos metidos —dijo con voz ronca—. Sin Dumbledore. Podrían cerrar el colegio esta misma noche. Sin él, habrá un ataque cada día.

Fang se puso a aullar, arañando la puerta.

15

Aragog

El verano estaba a punto de llegar a los campos que rodeaban el castillo. El cielo y el lago se volvieron del mismo azul claro y en los invernaderos brotaron flores como repollos. Pero sin poder ver a Hagrid desde las ventanas del castillo, cruzando el campo a grandes zancadas con *Fang* detrás, a Harry aquel paisaje no le gustaba; y lo mismo podía decirse del interior del castillo, donde las cosas iban de mal en peor.

Harry y Ron habían intentado visitar a Hermione, pero incluso las visitas a la enfermería estaban prohibidas.

—No podemos correr más riesgos —les dijo severamente la señora Pomfrey a través de la puerta entreabierta—. No, lo siento, hay demasiado peligro de que pueda volver el agresor para acabar con esta gente.

Ahora que Dumbledore no estaba, el miedo se había extendido más aún, y el sol que calentaba los muros del castillo parecía detenerse en las ventanas con parteluz. Apenas se veía en el colegio un rostro que no expresara tensión y preocupación, y si sonaba alguna risa en los corredores, parecía estridente y antinatural, y enseguida era reprimida.

Harry se repetía constantemente las últimas palabras de Dumbledore: «Sólo abandonaré de verdad el colegio cuando no me quede nadie fiel. Y Hogwarts siempre ayudará al que lo pida.» Pero ¿con qué finalidad había dicho aquellas palabras? ¿A quién iban a pedir ayuda, cuando todo el mundo estaba tan confundido y asustado como ellos?

La indicación de Hagrid sobre las arañas era bastante más fácil de comprender. El problema era que no parecía haber quedado en el castillo ni una sola araña a la que seguir. Harry las buscaba adondequiera que iba, y Ron lo ayudaba a regañadientes. Además se añadía la dificultad de que no les dejaban ir solos a ningún lado, sino que tenían que desplazarse siempre en grupo con los alumnos de Gryffindor. La mayoría de los estudiantes parecían agradecer que los profesores los acompañaran siempre de clase en clase, pero a Harry le resultaba muy fastidioso.

Había una persona, sin embargo, que parecía disfrutar plenamente de aquella atmósfera de terror y recelo. Draco Malfoy se pavoneaba por el colegio como si acabaran de darle el Premio Anual. Harry no comprendió por qué Malfoy se sentía tan a gusto hasta que, unos quince días después de que se hubieran ido Dumbledore y Hagrid, estando sentado detrás de él en clase de Pociones, le oyó regodearse de la situación ante Crabbe y Goyle:

—Siempre pensé que mi padre sería el que echara a Dumbledore —dijo, sin preocuparse de hablar en voz baja—. Ya os dije que él opina que Dumbledore ha sido el peor director que ha tenido nunca el colegio. Quizá ahora tengamos un director decente, alguien que no quiera que se cierre la Cámara de los Secretos. McGonagall no durará mucho, sólo está de forma provisional...

Snape pasó al lado de Harry sin hacer ningún comentario sobre el asiento y el caldero solitarios de Hermione.

—Señor —dijo Malfoy en voz alta—, señor, ¿por qué no solicita usted el puesto de director?

—Venga, venga, Malfoy —dijo Snape, aunque no pudo evitar sonreír con sus finos labios—. El profesor Dumbledore sólo ha sido suspendido de sus funciones por el consejo escolar. Me atrevería a decir que volverá a estar con nosotros muy pronto.

—Ya —dijo Malfoy, con una sonrisa de complicidad—. Espero que mi

padre le vote a usted, señor, si solicita el puesto. Le diré que usted es el mejor profesor del colegio, señor.

Snape paseaba sonriente por la mazmorra, afortunadamente sin ver a Seamus Finnigan, que hacía como que vomitaba sobre el caldero.

—Me sorprende que los *sangre sucia* no hayan hecho ya todos el equipaje —prosiguió Malfoy—. Apuesto cinco galeones a que el próximo muere. Qué pena que no sea Granger...

La campana sonó en aquel momento, y fue una suerte, porque al oír las últimas palabras, Ron había saltado del asiento para abalanzarse sobre Malfoy, aunque con el barullo de recoger libros y bolsas, su intento pasó inadvertido.

—Dejadme —protestó Ron cuando lo sujetaron entre Harry y Dean—. No me preocupa, no necesito mi varita mágica, lo voy a matar con las manos...

—Daos prisa, he de llevaros a Herbología —les gritó Snape, y salieron en doble hilera, con Harry, Ron y Dean en la cola, el segundo intentando todavía liberarse. Sólo lo soltaron cuando Snape se quedó en la puerta del castillo y ellos continuaron por la huerta hacia los invernaderos.

La clase de Herbología resultó triste, porque había dos alumnos menos: Justin y Hermione.

La profesora Sprout los puso a todos a podar las higueras de Abisinia, que daban higos secos. Harry fue a tirar un brazado de tallos secos al montón del abono y se encontró de frente con Ernie Mcmillan. Ernie respiró hondo y dijo, muy formalmente:

—Sólo quiero que sepas, Harry, que lamento haber sospechado de ti. Sé que nunca atacarías a Hermione Granger y te quiero pedir disculpas por todo lo que dije. Ahora estamos en el mismo barco y..., bueno...

Avanzó una mano regordeta y Harry la estrechó.

Ernie y su amiga Hannah se pusieron a trabajar en la misma higuera que Ron y Harry.

—Ese tal Draco Malfoy —dijo Ernie, mientras cortaba las ramas secas— parece que se ha puesto muy contento con todo esto, ¿verdad? ¿Sabéis?, creo que él podría ser el heredero de Slytherin.

—Esto demuestra que eres inteligente, Ernie —dijo Ron, que no parecía haber perdonado a Ernie tan fácilmente como Harry.

—¿Crees que es Malfoy, Harry? —preguntó Ernie.

—No —respondió Harry con tal firmeza que Ernie y Hannah se lo quedaron mirando.

Un instante después, Harry vio algo y lo señaló dándole a Ron en la mano

con sus tijeras de podar.

—¡Ah! ¿Qué estás...?

Harry señaló al suelo, a un metro de distancia. Varias arañas grandes correteaban por la tierra.

—¡Anda! —dijo Ron, intentando, sin éxito, hacer como que se alegraba—. Pero no podemos seguirlas ahora...

Ernie y Hannah escuchaban llenos de curiosidad.

Harry contempló a las arañas que se alejaban.

—Parece que se dirigen al bosque prohibido...

Y a Ron aquello aún le hizo menos gracia.

Al acabar la clase, el profesor Snape acompañó a los alumnos al aula de Defensa Contra las Artes Oscuras. Harry y Ron se rezagaron un poco para hablar sin que los oyeran.

—Tenemos que recurrir otra vez a la capa para hacernos invisibles —dijo Harry a Ron—. Podemos llevar con nosotros a *Fang*. Hagrid lo lleva con él al bosque, así que podría sernos de ayuda.

—De acuerdo —dijo Ron, que movía su varita mágica nerviosamente entre los dedos—. Pero... ¿no hay..., no hay hombres lobo en el bosque? —añadió, mientras ocupaban sus puestos habituales al final del aula de Lockhart.

Prefiriendo no responder a aquella pregunta, Harry dijo:

—También hay allí cosas buenas. Los centauros son buenos, y los unicornios también.

Ron no había estado nunca en el bosque prohibido. Harry había penetrado en él en una ocasión, y deseaba no tener que volver a hacerlo.

Lockhart entró en el aula dando un salto, y la clase se lo quedó mirando. Todos los demás profesores del colegio parecían más serios de lo habitual, pero Lockhart estaba tan alegre como siempre.

—¡Venga ya! —exclamó, sonriéndoles a todos—, ¿por qué ponéis esas caras tan largas?

Los alumnos intercambiaron miradas de exasperación, pero no contestó nadie.

—¿Es que no comprendéis —les decía Lockhart, hablándoles muy despacio, como si fueran tontos— que el peligro ya ha pasado? Se han llevado al culpable.

—¿A quién dice? —preguntó Dean Thomas en voz alta.

—Mi querido muchacho, el ministro de Magia no se habría llevado a Hagrid si no hubiera estado completamente seguro de que era el culpable —dijo Lockhart, en el tono que emplearía cualquiera para explicar que uno y uno son dos.

—Ya lo creo que se lo llevaría —dijo Ron, alzando la voz más que Dean.

—Me atrevería a suponer que sé más sobre el arresto de Hagrid que usted, señor Weasley —dijo Lockhart empleando un tono de satisfacción.

Ron comenzó a decir que él no era de la misma opinión, pero se paró en mitad de la frase cuando Harry le arreó una patada por debajo del pupitre.

—Nosotros no estábamos allí, ¿recuerdas? —le susurró Harry.

Pero la desagradable alegría de Lockhart, las sospechas que siempre había tenido de que Hagrid no era bueno, su confianza en que todo el asunto ya había tocado a su fin, irritaron tanto a Harry, que sintió deseos de tirarle *Una vuelta con los espíritus malignos* a su cara de idiota. Pero en lugar de eso, se conformó con garabatearle a Ron una nota:

«Lo haremos esta noche.»

Ron leyó el mensaje, tragó saliva con esfuerzo y miró a su lado, al asiento habitualmente ocupado por Hermione. Entonces parecieron disiparse sus dudas, y asintió con la cabeza.

Aquellos días, la sala común de Gryffindor estaba siempre abarrotada, porque a partir de las seis, los de Gryffindor no tenían otro lugar adonde ir. También tenían mucho de que hablar, así que la sala no se vaciaba hasta pasada la medianoche.

Después de cenar, Harry sacó del baúl su capa para hacerse invisible y pasó la noche sentado encima de ella, esperando que la sala se despejara. Fred y George los retaron a jugar al *snap explosivo* y Ginny se sentó a contemplarlos, muy retraída y ocupando el asiento habitual de Hermione. Harry y Ron perdieron a propósito, intentando acabar pronto, pero incluso así, era bien pasada la medianoche cuando Fred, George y Ginny se marcharon por fin a la cama.

Harry y Ron esperaron a oír cerrarse las puertas de los dos dormitorios antes de coger la capa, echársela encima y salir por el agujero del retrato.

Este recorrido por el castillo también fue difícil, porque tenían que ir esquivando a los profesores. Al fin llegaron al vestíbulo, descorrieron el pasador de la puerta principal y se colaron por ella, intentando evitar que hiciera ruido, y salieron a los campos iluminados por la luz de la luna.

—Naturalmente —dijo Ron de pronto, mientras cruzaban a grandes zancadas el negro césped—, cuando lleguemos al bosque podría ser que no tuviéramos nada que seguir. A lo mejor las arañas no iban en aquella dirección. Parecía que sí, pero...

Su voz se fue apagando, pero conservaba un aire de esperanza.

Llegaron a la cabaña de Hagrid, que parecía muy triste con sus ventanas tapadas. Cuando Harry abrió la puerta, *Fang* enloqueció de alegría al verlos. Temiendo que despertara a todo el castillo con sus potentes ladridos, se apresuraron a darle de comer caramelos de café con leche que había en una lata sobre la chimenea, de tal manera que consiguieron pegarle los dientes de arriba a los de abajo.

Harry dejó la capa sobre la mesa de Hagrid. No la necesitarían en el bosque completamente oscuro.

—Venga, *Fang*, vamos a dar una vuelta —le dijo Harry, dándole unas palmaditas en la pata, y *Fang* salió de la cabaña detrás de ellos, muy contento, fue corriendo hasta el bosque y levantó la pata al pie de un gran árbol. Harry sacó la varita, murmuró: *«¡Lumos!»*, y en su extremo apareció una lucecita diminuta, suficiente para permitirles buscar indicios de las arañas por el camino.

—Bien pensado —dijo Ron—. Yo haría lo mismo con la mía, pero ya sabes..., seguramente estallaría o algo parecido...

Harry le puso una mano en el hombro y le señaló la hierba. Dos arañas solitarias huían de la luz de la varita para protegerse en la sombra de los árboles.

—Vale —suspiró Ron, como resignándose a lo peor—. Estoy dispuesto. Vamos.

De esta forma penetraron en el bosque, con *Fang* correteando a su lado, olfateando las hojas y las raíces de los árboles. A la luz de la varita mágica de Harry, siguieron la hilera ininterrumpida de arañas que circulaban por el camino. Caminaron unos veinte minutos, sin hablar, con el oído atento a otros ruidos que no fueran los de ramas al romperse o el susurro de las hojas. Más adelante, cuando el bosque se volvió tan espeso que ya no se veían las estrellas del cielo y la única luz provenía de la varita de Harry, vieron que las arañas se salían del camino.

Harry se detuvo y miró hacia donde se dirigían las arañas, pero, fuera del pequeño círculo de luz de la varita, todo era oscuridad impenetrable. Nunca se había internado tanto en el bosque. Podía recordar vívidamente que Hagrid, una vez que había entrado con él, le advirtió que no se saliera del camino. Pero ahora Hagrid se hallaba a kilómetros de distancia, probablemente en una celda en Azkaban, y les había indicado que siguieran a las arañas.

Harry notó en la mano el contacto de algo húmedo, dio un salto hacia atrás y pisó a Ron en el pie, pero sólo había sido el hocico de *Fang*.

—¿Qué te parece? —preguntó Harry a Ron, de quien sólo veía los ojos, que reflejaban la luz de la varita mágica.

—Ya que hemos llegado hasta aquí... —dijo Ron.

De forma que siguieron a las arañas que se internaban en la espesura. No podían avanzar muy rápido, porque había tocones y raíces de árboles en su ruta, apenas visibles en la oscuridad. Harry notaba en la mano el cálido aliento de *Fang*. Tuvieron que detenerse más de una vez para que, en cuclillas, a la luz de la varita, Harry pudiera volver a encontrar el rastro de las arañas.

Caminaron durante una media hora por lo menos. Las túnicas se les enganchaban en las ramas bajas y en las zarzas. Al cabo de un rato notaron que el terreno descendía, aunque el bosque seguía igual de espeso.

De repente, *Fang* dejó escapar un ladrido potente, resonante, dándoles un susto tremendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ron en voz alta, mirando en la oscuridad y agarrándose con fuerza al hombro de Harry.

—Algo se mueve por ahí —musitó Harry—. Escucha... Parece de gran tamaño.

Escucharon. A cierta distancia, a su derecha, aquella cosa de gran tamaño se abría camino entre los árboles quebrando las ramas a su paso.

—¡Ah no! —exclamó Ron—, ¡ah no, no, no...!

—Calla —dijo Harry, desesperado—. Te oirá.

—¿Oírme? —dijo Ron en un tono elevado y poco natural—. Yo sí lo he oído. *¡Fang!*

La oscuridad parecía presionarles los ojos mientras aguardaban aterrorizados. Oyeron un extraño ruido sordo, y luego, silencio.

—¿Qué crees que está haciendo? —preguntó Harry

—Seguramente, se está preparando para saltar —contestó Ron.

Aguardaron, temblando, sin atreverse apenas a moverse.

—¿Crees que se ha ido? —susurró Harry.

—No sé...

Entonces vieron a su derecha un resplandor que brilló tanto en la oscuridad que los dos tuvieron que protegerse los ojos con las manos. *Fang* soltó un aullido y echó a correr, pero se enredó en unos espinos y volvió a aullar aún más fuerte.

—¡Harry! —gritó Ron, tan aliviado que la voz apenas le salía—. ¡Harry, es

nuestro coche!

—¿Qué?

—¡Vamos!

Harry siguió a Ron en dirección a la luz, dando tumbos y traspiés, y al cabo de un instante salieron a un claro.

El coche del padre de Ron estaba abandonado en medio de un círculo de gruesos árboles y bajo un espeso tejido de ramas, con los faros encendidos. Ron caminó hacia él, boquiabierto, y el coche se le acercó despacio, como si fuera un perro que saludase a su amo. Un perro de color turquesa.

—¡Ha estado aquí todo el tiempo! —dijo Ron emocionado, contemplando el coche—. Míralo: el bosque lo ha vuelto salvaje...

Los guardabarros del coche estaban arañados y embadurnados de barro. Daba la impresión de que el coche había conseguido llegar hasta allí él solo. A *Fang* no parecía hacerle ninguna gracia, y se mantenía pegado a Harry, temblando. Mientras su respiración se acompasaba, guardó la varita bajo la túnica.

—¡Y creíamos que era un monstruo que nos iba a atacar! —dijo Ron, inclinándose sobre el coche y dándole unas palmadas—. ¡Me preguntaba adónde habría ido!

Harry aguzó la vista en busca de arañas en el suelo iluminado, pero todas habían huido de la luz de los faros.

—Hemos perdido el rastro —dijo—. Tendremos que buscarlo de nuevo.

Ron no habló ni se movió. Tenía los ojos clavados en un punto que se hallaba a unos tres metros del suelo, justo detrás de Harry. Estaba pálido de terror.

Harry ni siquiera tuvo tiempo de volverse. Se oyó un fuerte chasquido, y de repente sintió que algo largo y peludo lo agarraba por la cintura y lo levantaba en el aire, de cara al suelo. Mientras forcejeaba, aterrorizado, oyó más chasquidos, y vio que las piernas de Ron se despegaban del suelo, y oyó a *Fang* aullar y gimotear... y sintió que lo arrastraban por entre los negros árboles.

Levantando como pudo la cabeza, Harry vio que la bestia que lo sujetaba caminaba sobre seis patas inmensamente largas y peludas, y que encima de las dos delanteras que lo aferraban, tenía unas pinzas también negras. Tras él podía oír a otro animal similar, que sin duda era el que había cogido a Ron. Se encaminaban hacia el corazón del bosque. Harry pudo ver a *Fang* que forcejeaba intentando liberarse de un tercer monstruo, aullando con fuerza, pero Harry no habría podido gritar aunque hubiera querido: parecía como si la voz se le hubiese quedado junto al coche, en el claro.

Nunca supo cuánto tiempo pasó en las garras del animal, sólo que de repente hubo la suficiente claridad para ver que el suelo, antes cubierto de

hojas, estaba infestado de arañas. Estaban en el borde de una vasta hondonada en la que los árboles habían sido talados y las estrellas brillaban iluminando el paisaje más terrorífico que se pueda imaginar.

Arañas. No arañas diminutas como aquellas a las que habían seguido por el camino de hojarasca, sino arañas del tamaño de caballos, con ocho ojos y ocho patas negras, peludas y gigantescas. El ejemplar que transportaba a Harry se abría camino, bajando por la brusca pendiente, hacia una telaraña nebulosa en forma de cúpula que había en el centro de la hondonada, mientras sus compañeras se acercaban por todas partes chasqueando sus pinzas, emocionadas a la vista de su presa.

La araña soltó a Harry, y éste cayó al suelo de cuatro patas. A su lado, con un ruido sordo, cayeron Ron y *Fang*. El perro ya no aullaba; se quedó encogido y en silencio en el mismo punto en que había caído. Ron parecía encontrarse tan mal como Harry había supuesto. Su boca se había alargado en una especie de grito mudo y los ojos se le salían de las órbitas.

De pronto Harry se dio cuenta de que la araña que lo había dejado caer estaba hablando. No era fácil darse cuenta de ello, porque chascaba sus pinzas a cada palabra que decía.

—¡Aragog! —llamaba—, ¡Aragog!

Y del medio de la gran tela de araña salió, muy despacio, una araña del tamaño de un elefante pequeño. El negro de su cuerpo y sus piernas estaba manchado de gris, y los ocho ojos que tenía en su cabeza horrenda y llena de pinzas eran de un blanco lechoso. Era ciega.

—¿Qué hay? —dijo, chascando muy deprisa sus pinzas.

—Hombres —dijo la araña que había llevado a Harry.

—¿Es Hagrid? —Aragog se acercó, moviendo vagamente sus múltiples ojos lechosos.

—Desconocidos —respondió la araña que había llevado a Ron.

—Matadlos —ordenó Aragog con fastidio—. Estaba durmiendo...

—Somos amigos de Hagrid —gritó Harry. Sentía como si el corazón se le hubiera escapado del pecho y estuviera retumbando en su garganta.

—Clic, clic, clic —hicieron las pinzas de todas las arañas en la hondonada.

Aragog se detuvo.

—Hagrid nunca ha enviado hombres a nuestra hondonada —dijo despacio.

—Hagrid está metido en un grave problema —dijo Harry, respirando muy deprisa—. Por eso hemos venido nosotros.

—¿En un grave problema? —dijo la vieja araña, en un tono que a Harry se le antojó de preocupación—. Pero ¿por qué os ha enviado?

Harry quiso levantarse, pero decidió no hacerlo; no creía que las piernas lo pudieran sostener. Así que habló desde el suelo, lo más tranquilamente que pudo.

—En el colegio piensan que Hagrid se ha metido en... en... algo con los estudiantes. Se lo han llevado a Azkaban.

Aragog chascó sus pinzas enojado, y el resto de las arañas de la hondonada hizo lo mismo: era como si aplaudiesen, sólo que los aplausos no solían aterrorizar a Harry.

—Pero aquello fue hace años —dijo Aragog con fastidio—. Hace un montón de años. Lo recuerdo bien. Por eso lo echaron del colegio. Creyeron que yo era el monstruo que vivía en lo que ellos llaman la Cámara de los Secretos. Creyeron que Hagrid había abierto la cámara y me había liberado.

—Y tú... ¿tú no saliste de la Cámara de los Secretos? —dijo Harry, notando un sudor frío en la frente.

—¡Yo! —dijo Aragog, chascando de enfado—. Yo no nací en el castillo. Vine de una tierra lejana. Un viajero me regaló a Hagrid cuando yo estaba en el huevo. Hagrid sólo era un niño, pero me cuidó, me escondió en un armario del castillo, me alimentó con sobras de la mesa. Hagrid es un gran amigo mío, y un gran hombre. Cuando me descubrieron y me culparon de la muerte de una muchacha, él me protegió. Desde entonces, he vivido siempre en el bosque, donde Hagrid aún viene a verme. Hasta me encontró una esposa, Mosag, y ya veis cómo ha crecido mi familia, gracias a la bondad de Hagrid...

Harry reunió todo el valor que le quedaba.

—¿Así que tú nunca... nunca atacaste a nadie?

—Nunca —dijo la vieja araña con voz ronca—. Mi instinto me habría empujado a ello, pero, por consideración a Hagrid, nunca hice daño a un ser humano. El cuerpo de la muchacha asesinada fue descubierto en los aseos. Yo nunca vi nada del castillo salvo el armario en que crecí. A nuestra especie le gusta la oscuridad y el silencio.

—Pero entonces... ¿sabes qué es lo que mató a la chica? —preguntó Harry—. Porque, sea lo que sea, ha vuelto a atacar a la gente...

Los chasquidos y el ruido de muchas patas que se movían de enojo ahogaron sus palabras. Al mismo tiempo, grandes figuras negras parecían crecer a su alrededor.

—Lo que habita en el castillo —dijo Aragog— es una antigua criatura a la que las arañas tememos más que a ninguna otra cosa. Recuerdo bien que le rogué a Hagrid que me dejara marchar cuando me di cuenta de que la bestia rondaba por el castillo.

—¿Qué es? —dijo Harry enseguida.

Las pinzas chascaron más fuerte. Parecía que las arañas se acercaban.

—¡No hablamos de eso! —dijo con furia Aragog—. ¡No lo nombramos! Ni siquiera a Hagrid le dije nunca el nombre de esa horrible criatura, aunque me preguntó varias veces.

Harry no quiso insistir, y menos con las arañas que se acercaban cada vez más por todos lados. Aragog parecía cansada de hablar. Iba retrocediendo despacio hacia su tela, pero las demás arañas seguían acercándose, poco a poco, a Harry y Ron.

—En ese caso, ya nos vamos —dijo Harry desesperadamente a Aragog, al oír los crujidos muy cerca.

—¿Iros? —dijo Aragog despacio—. Creo que no...

—Pero, pero...

—Mis hijos e hijas no hacen daño a Hagrid, ésa es mi orden. Pero no puedo negarles un poco de carne fresca cuando se nos pone delante voluntariamente. Adiós, amigo de Hagrid.

Harry miró a todos lados. A muy poca distancia, mucho más alto que él, había un frente de arañas, como un muro macizo, chascando sus pinzas y con sus múltiples ojos brillando en las horribles cabezas negras.

Al coger su varita, Harry sabía que no le iba a servir, que había demasiadas arañas, pero estaba decidido a hacerles frente, dispuesto a morir luchando. Pero en aquel instante se oyó un ruido fuerte, y un destello de luz iluminó la hondonada.

El coche del padre de Ron rugía bajando la hondonada, con los faros encendidos, tocando la bocina, apartando a las arañas al chocar con ellas. Algunas caían del revés y se quedaban agitando sus largas patas en el aire. El coche se detuvo con un chirrido delante de Harry y Ron, y abrió las puertas.

—¡Coge a *Fang*! —gritó Harry, metiéndose por la puerta delantera.

Ron cogió al perro, que no paraba de aullar, por la barriga y lo metió en los asientos de atrás. Las puertas se cerraron de un portazo. Ni Ron puso el pie en el acelerador ni falta que hizo. El motor dio un rugido, y el coche salió atropellando arañas. Subieron la cuesta a toda velocidad, salieron de la hondonada y enseguida se internaron en el bosque chocando contra todo lo que se les ponía por delante, con las ramas golpeando las ventanillas, mientras el coche se abría camino hábilmente a través de los espacios más amplios, siguiendo un camino que obviamente conocía.

Harry miró a Ron. En la boca aún conservaba la mueca del grito mudo, pero sus ojos ya no estaban desorbitados.

—¿Estás bien?

Ron miraba fijamente hacia delante, incapaz de hablar. Se abrieron camino a través de la maleza, con *Fang* aullando sonoramente en el asiento de atrás. Harry vio cómo al rozar un árbol arrancaba de cuajo el retrovisor exterior. Después de diez minutos de ruido y tambaleo, el bosque se aclaró y Harry vio de nuevo algunos trozos de cielo.

El coche frenó tan bruscamente que casi salen por el parabrisas. Habían llegado al final del bosque. *Fang* se abalanzó contra la ventanilla en su impaciencia por salir, y cuando Harry le abrió la puerta, corrió por entre los árboles, con la cola entre las piernas, hasta la cabaña de Hagrid. Harry también salió y, al cabo de un rato, Ron lo siguió, recuperado ya el movimiento en sus miembros, pero aún con el cuello rígido y los ojos fijos. Harry dio al coche una palmada de agradecimiento, y éste volvió a internarse en el bosque y desapareció de la vista.

Harry entró en la cabaña de Hagrid a recoger la capa invisible. *Fang* se había acurrucado en su cesta, temblando debajo de la manta. Cuando Harry volvió a salir, vio a Ron vomitando en el bancal de las calabazas.

—Seguid a las arañas —dijo Ron sin fuerzas, limpiándose la boca con la manga—. Nunca perdonaré a Hagrid. Estamos vivos de milagro.

—Apuesto a que no pensaba que Aragog pudiera hacer daño a sus amigos —dijo Harry.

—¡Ése es exactamente el problema de Hagrid! —dijo Ron, aporreando la pared de la cabaña—. ¡Siempre se cree que los monstruos no son tan malos como parecen, y mira adónde lo ha llevado esa creencia: a una celda en Azkaban!

—No podía dejar de temblar—. ¿Qué pretendía enviándonos allá? Me gustaría saber qué es lo que hemos averiguado.

—Que Hagrid no abrió nunca la Cámara de los Secretos —contestó Harry, echando la capa sobre Ron y empujándole por el brazo para hacerle andar—. Es inocente.

Ron dio un fuerte resoplido. Evidentemente, criar a Aragog en un armario no era su idea de la inocencia.

Al aproximarse al castillo, Harry enderezó la capa para asegurarse de que no se les veían los pies, luego empujó despacio la puerta principal, para que no chirriara, sólo hasta dejarla entreabierta. Cruzaron con cuidado el vestíbulo y subieron la escalera de mármol, conteniendo la respiración al encontrarse con los centinelas que vigilaban los corredores. Por fin llegaron a la sala común de Gryffindor, donde el fuego se había convertido en cenizas y unas pocas brasas. Al hallarse en lugar seguro, se desprendieron de la capa y ascendieron por la escalera circular hasta el dormitorio.

Ron cayó en la cama sin preocuparse de desvestirse. Harry, por el

contrario, no tenía mucho sueño. Se sentó en el borde de la cama, pensando en todo lo que había dicho Aragog.

La criatura que merodeaba por algún lugar del castillo, pensó, se parecía a Voldemort, incluso en el hecho de que otros monstruos no quisieran mencionar su nombre. Pero Ron y él no se encontraban más cerca de averiguar qué era aquello ni cómo había petrificado a sus víctimas. Ni siquiera Hagrid había sabido nunca qué se escondía en la cámara de los Secretos.

Harry subió las piernas a la cama y se reclinó contra las almohadas, contemplando la luna que destellaba para él a través de la ventana de la torre.

No comprendía qué otra cosa podía hacer. Nada de lo que habían intentado hasta el momento les había llevado a ninguna parte. Ryddle había atrapado al que no era, el heredero de Slytherin había escapado y nadie sabía si sería o no la misma persona que había vuelto a abrir la cámara. No quedaba nadie a quien preguntar. Harry se tumbó, sin dejar de pensar en lo que había dicho Aragog.

Estaba adormeciéndose cuando se le ocurrió algo que podía ser su última esperanza, y se incorporó de repente.

—Ron —susurró en la oscuridad—, ¡Ron!

Ron despertó con un aullido como los de *Fang*, abrió unos ojos desorbitados y miró a Harry.

—Ron: la chica que murió. Aragog dijo que fue hallada en unos aseos —dijo Harry, sin hacer caso de los ronquidos de Neville que venían del rincón—. ¿Y si no hubiera abandonado nunca los aseos? ¿Y si todavía estuviera allí?

Bajo la luz de la luna, Ron se frotó los ojos y arrugó la frente. Y entonces comprendió.

—¿No pensarás... en Myrtle *la Llorona*?

16

La Cámara de los Secretos

—Con la cantidad de veces que hemos estado cerca de ella en los aseos —dijo Ron con amargura durante el desayuno del día siguiente—, y no se nos ocurrió preguntarle, y ahora ya ves...

La aventura de seguir a las arañas había sido muy dura. Pero ahora, burlar a los profesores para poder meterse en un lavabo de chicas, pero no uno cualquiera, sino el que estaba junto al lugar en que había ocurrido el primer ataque, les parecía prácticamente imposible.

En la primera clase que tuvieron, Transformaciones, sin embargo, sucedió algo que por primera vez en varias semanas les hizo olvidar la Cámara de los Secretos. A los diez minutos de empezada la clase, la profesora McGonagall les dijo que los exámenes comenzarían el 1 de junio, y sólo faltaba una semana.

—¿Exámenes? —aulló Seamus Finnigan—. ¿Vamos a tener exámenes a pesar de todo?

Sonó un fuerte golpe detrás de Harry. A Neville Longbottom se le había caído la varita mágica, haciendo desaparecer una de las patas del pupitre. La profesora McGonagall volvió a hacerla aparecer con un movimiento de su varita y se volvió hacia Seamus con el entrecejo fruncido.

—El único propósito de mantener el colegio en funcionamiento en estas circunstancias es el de daros una educación —dijo con severidad—. Los exámenes, por lo tanto, tendrán lugar como de costumbre, y confío en que estéis todos estudiando duro.

¡Estudiando duro! Nunca se le ocurrió a Harry que pudiera haber exámenes con el castillo en aquel estado. Se oyeron murmullos de disconformidad en toda el aula, lo que provocó que la profesora McGonagall frunciera el entrecejo aún más.

—Las instrucciones del profesor Dumbledore fueron que el colegio prosiguiera su marcha con toda la normalidad posible —dijo ella—. Y eso, no necesito explicarlo, incluye comprobar cuánto habéis aprendido este curso.

Harry contempló el par de conejos blancos que tenía que convertir en zapatillas. ¿Qué había aprendido durante aquel curso? No le venía a la cabeza ni una sola cosa que pudiera resultar útil en un examen.

En cuanto a Ron, parecía como si le acabaran de decir que tenía que irse a vivir al bosque prohibido.

—¿Te parece que puedo hacer los exámenes con esto? —preguntó a Harry, levantando su varita, que se había puesto a pitar.

Tres días antes del primer examen, durante el desayuno, la profesora

McGonagall hizo otro anuncio a la clase.

—Tengo buenas noticias —dijo, y el Gran Comedor, en lugar de quedar en silencio, estalló en alborozo.

—¡Vuelve Dumbledore! —dijeron varios, entusiasmados.

—¡Han atrapado al heredero de Slytherin! —gritó una chica desde la mesa de Ravenclaw.

—¡Vuelven los partidos de *quidditch*! —rugió Wood emocionado.

Cuando se calmó el alboroto, dijo la profesora McGonagall:

—La profesora Sprout me ha informado de que las mandrágoras ya están listas para ser cortadas. Esta noche podremos revivir a las personas petrificadas. Creo que no hace falta recordaros que alguno de ellos quizá pueda decirnos quién, o qué, los atacó. Tengo la esperanza de que este horroroso curso acabe con la captura del culpable.

Hubo una explosión de alegría. Harry miró a la mesa de Slytherin y no le sorprendió ver que Draco Malfoy no participaba de ella. Ron, sin embargo, parecía más feliz que en ningún otro momento de los últimos días.

—¡Siendo así, no tendremos que preguntarle a Myrtle! —dijo a Harry—. ¡Hermione tendrá la respuesta cuando la despierten! Aunque se volverá loca cuando se entere de que sólo quedan tres días para el comienzo de los exámenes. No ha podido estudiar. Sería más amable por nuestra parte dejarla como está hasta que hubieran terminado.

En aquel mismo instante, Ginny Weasley se acercó y se sentó junto a Ron. Parecía tensa y nerviosa, y Harry vio que se retorcía las manos en el regazo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ron, sirviéndose más gachas de avena.

Ginny no dijo nada, pero miró la mesa de Gryffindor de un lado a otro con una expresión asustada que a Harry le recordaba a alguien, aunque no sabía a quién.

—Suéltalo ya —le dijo Ron, mirándola.

Harry comprendió entonces a quién le recordaba Ginny Se balanceaba ligeramente hacia atrás y hacia delante en la silla, exactamente igual que lo hacía Dobby cuando estaba a punto de revelar información prohibida.

—Tengo algo que deciros —masculló Ginny, evitando mirar directamente a Harry.

—¿Qué es? —preguntó Harry

Parecía como si Ginny no pudiera encontrar las palabras adecuadas.

—¿Qué? —apremió Ron.

Ginny abrió la boca, pero no salió de ella ningún sonido. Harry se inclinó hacia delante y habló en voz baja, para que sólo le pudieran oír Ron y Ginny.

—¿Tiene que ver con la Cámara de los Secretos? ¿Has visto algo o a alguien haciendo cosas sospechosas?

Ginny cogió aire, y en aquel preciso momento apareció Percy Weasley, pálido y fatigado.

—Si has acabado de comer, me sentaré en tu sitio, Ginny. Estoy muerto de hambre. Acabo de terminar la ronda.

Ginny saltó de la silla como si le hubiera dado la corriente, echó a Percy una mirada breve y aterrorizada, y salió corriendo. Percy se sentó y cogió una jarra del centro de la mesa.

—¡Percy! —dijo Ron enfadado—. ¡Estaba a punto de contarnos algo importante!

Percy se atragantó en medio de un sorbo de té.

—¿Qué era eso tan importante? —preguntó, tosiendo.

—Yo le acababa de preguntar si había visto algo raro, y ella se disponía a decir...

—¡Ah, eso! No tiene nada que ver con la Cámara de los Secretos —dijo Percy

—¿Cómo lo sabes? —dijo Ron, arqueando las cejas.

—Bueno, si es imprescindible que te lo diga... Ginny, esto..., me encontró el otro día cuando yo estaba... Bueno, no importa, el caso es que... ella me vio hacer algo y yo, hum, le pedí que no se lo dijera a nadie. Yo creía que mantendría su palabra. No es nada, de verdad, pero preferiría...

Harry nunca había visto a Percy pasando semejante apuro.

—¿Qué hacías, Percy? —preguntó Ron, sonriendo—. Vamos, dínoslo, no nos reiremos.

Percy no devolvió la sonrisa.

—Pásame esos bollos, Harry me muero de hambre.

Harry sabía que todo el misterio podría resolverse al día siguiente sin la ayuda de Myrtle, pero, si se presentaba, no dejaría escapar la oportunidad de hablar

con ella. Y afortunadamente se presentó, a media mañana, cuando Gilderoy Lockhart les conducía al aula de Historia de la Magia.

Lockhart, que tan a menudo les había asegurado que todo el peligro ya había pasado, sólo para que se demostrara enseguida que estaba equivocado, estaba ahora plenamente convencido de que no valía la pena acompañar a los alumnos por los pasillos. No llevaba el pelo tan acicalado como de costumbre, y parecía como si hubiera estado levantado casi toda la noche, haciendo guardia en el cuarto piso.

—Recordad mis palabras —dijo, doblando con ellos una esquina—: lo primero que dirán las bocas de esos pobres petrificados será: «Fue Hagrid.» Francamente, me asombra que la profesora McGonagall juzgue necesarias todas estas medidas de seguridad.

—Estoy de acuerdo, señor —dijo Harry, y a Ron se le cayeron los libros, de la sorpresa.

—Gracias, Harry —dijo Lockhart cortésmente, mientras esperaban que acabara de pasar una larga hilera de alumnos de Hufflepuff—. Nosotros los profesores tenemos cosas mucho más importantes que hacer que acompañar a los alumnos por los pasillos y quedarnos de guardia toda la noche...

—Es verdad —dijo Ron, comprensivo—. ¿Por qué no nos deja aquí, señor? Sólo nos queda este pasillo.

—¿Sabes, Weasley? Creo que tienes razón —respondió Lockhart—. La verdad es que debería ir a preparar mi próxima clase.

Y salió apresuradamente.

—A preparar su próxima clase —dijo Ron con sorna—. A ondularse el cabello, más bien.

Dejaron que el resto de la clase pasara delante y luego enfilaron por un pasillo lateral y corrieron hacia los aseos de Myrtle *la Llorona*. Pero cuando ya se felicitaban uno al otro por su brillante idea...

—¡Potter! ¡Weasley! ¿Qué estáis haciendo?

Era la profesora McGonagall, y tenía los labios más apretados que nunca.

—Estábamos... estábamos... —balbució Ron—. Íbamos a ver...

—A Hermione —dijo Harry. Tanto Ron como la profesora McGonagall lo miraron—. Hace mucho que no la vemos, profesora —continuó Harry, hablando deprisa y pisando a Ron en el pie—, y pretendíamos colarnos en la enfermería, ya sabe, y decirle que las mandrágoras ya están casi listas y, bueno, que no se preocupara.

La profesora McGonagall seguía mirándolo, y por un momento, Harry pensó que iba a estallar de furia, pero cuando habló lo hizo con una voz ronca,

poco habitual en ella.

—Naturalmente —dijo, y Harry vio, sorprendido, que brillaba una lágrima en uno de sus ojos, redondos y vivos—. Naturalmente, comprendo que todo esto ha sido más duro para los amigos de los que están... Lo comprendo perfectamente. Sí, Potter, claro que podéis ver a la señorita Granger. Informaré al profesor Binns de dónde habéis ido. Decidle a la señora Pomfrey que os he dado permiso.

Harry y Ron se alejaron, sin atreverse a creer que se hubieran librado del castigo. Al doblar la esquina, oyeron claramente a la profesora McGonagall sonarse la nariz.

—Ésa —dijo Ron emocionado— ha sido la mejor historia que has inventado nunca.

No tenían otra opción que ir a la enfermería y decir a la señora Pomfrey que la profesora McGonagall les había dado permiso para visitar a Hermione.

La señora Pomfrey los dejó entrar, pero a regañadientes.

—No sirve de nada hablar a alguien petrificado —les dijo, y ellos, al sentarse al lado de Hermione, tuvieron que admitir que tenía razón. Era evidente que Hermione no tenía la más remota idea de que tenía visitas, y que lo mismo daría que lo de que no se preocupara se lo dijeran a la mesilla de noche.

—¿Vería al atacante? —preguntó Ron, mirando con tristeza el rostro rígido de Hermione—. Porque si se apareció sigilosamente, quizá no viera a nadie...

Pero Harry no miraba el rostro de Hermione, porque se había fijado en que su mano derecha, apretada encima de las mantas, aferraba en el puño un trozo de papel estrujado.

Asegurándose de que la señora Pomfrey no estaba cerca, se lo señaló a Ron.

—Intenta sacárselo —susurró Ron, corriendo su silla para ocultar a Harry de la vista de la señora Pomfrey.

No fue una tarea fácil. La mano de Hermione apretaba con tal fuerza el papel que Harry creía que al tirar se rompería. Mientras Ron lo cubría, él tiraba y forcejeaba, y, al fin, después de varios minutos de tensión, el papel salió.

Era una página arrancada de un libro muy viejo. Harry la alisó con emoción y Ron se inclinó para leerla también.

De las muchas bestias pavorosas y monstruos terribles que vagan por nuestra tierra, no hay ninguna más sorprendente ni más letal que el basilisco, conocido como el rey de las serpientes. Esta serpiente, que

puede alcanzar un tamaño gigantesco y cuya vida dura varios siglos, nace de un huevo de gallina empollado por un sapo. Sus métodos de matar son de lo más extraordinario, pues además de sus colmillos mortalmente venenosos, el basilisco mata con la mirada, y todos cuantos fijaren su vista en el brillo de sus ojos han de sufrir instantánea muerte. Las arañas huyen del basilisco, pues es éste su mortal enemigo, y el basilisco huye sólo del canto del gallo, que para él es mortal.

Y debajo de esto, había escrita una sola palabra, con una letra que Harry reconoció como la de Hermione: «Cañerías.»

Fue como si alguien hubiera encendido la luz de repente en su cerebro.

—Ron —musitó—. ¡Esto es! Aquí está la respuesta. El monstruo de la cámara es un basilisco, ¡una serpiente gigante! Por eso he oído a veces esa voz por todo el colegio, y nadie más la ha oído: porque yo comprendo la lengua *pársel*...

Harry miró las camas que había a su alrededor.

—El basilisco mata a la gente con la mirada. Pero no ha muerto nadie. Porque ninguno de ellos lo miró directo a los ojos. Colin lo vio a través de su cámara de fotos. El basilisco quemó toda la película que había dentro, pero a Colin sólo lo petrificó. Justin... ¡Justin debe de haber visto al basilisco a través de Nick Casi Decapitado! Nick lo vería perfectamente, pero no podía morir otra vez... Y a Hermione y la prefecta de Ravenclaw las hallaron con aquel espejo al lado. Hermione acababa de enterarse de que el monstruo era un basilisco. ¡Me apostaría algo a que ella le advirtió a la primera persona a la que encontró que mirara por un espejo antes de doblar las esquinas! Y entonces sacó el espejo y...

Ron se había quedado con la boca abierta.

—¿Y la *Señora Norris*? —susurró con interés.

Harry hizo un gran esfuerzo para concentrarse, recordando la imagen de la noche de Halloween.

—El agua..., la inundación que venía de los aseos de Myrtle *la Llorona*. Seguro que la *Señora Norris* sólo vio el reflejo...

Con impaciencia, examinó la hoja que tenía en la mano. Cuanto más la miraba más sentido le hallaba.

—*¡El canto del gallo para él es mortal!* —leyó en voz alta—. ¡Mató a los gallos de Hagrid! El heredero de Slytherin no quería que hubiera ninguno cuando se abriera la Cámara de los Secretos. *¡Las arañas huyen de él!* ¡Todo encaja!

—Pero ¿cómo se mueve el basilisco por el castillo? —dijo Ron—. Una serpiente asquerosa... alguien tendría que verla...

Harry, sin embargo, le señaló la palabra que Hermione había garabateado al pie de la página.

—Cañerías —leyó—. Cañerías... Ha estado usando las cañerías, Ron. Y yo he oído esa voz dentro de las paredes...

De pronto, Ron cogió a Harry del brazo.

—¡La entrada de la Cámara de los Secretos! —dijo con la voz quebrada—. ¿Y si es uno de los aseos? ¿Y si estuviera en...?

—... los aseos de Myrtle *la Llorona* —terminó Harry

Durante un rato se quedaron inmóviles, embargados por la emoción, sin poder creérselo apenas.

—Esto quiere decir —añadió Harry— que no debo de ser el único que habla *pársel* en el colegio. El heredero de Slytherin también lo hace. De esa forma domina al basilisco.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos directamente a hablar con McGonagall?

—Vamos a la sala de profesores —dijo Harry, levantándose de un salto—. Irá allí dentro de diez minutos, ya es casi el recreo.

Bajaron las escaleras corriendo. Como no querían que los volvieran a encontrar merodeando por otro pasillo, fueron directamente a la sala de profesores, que estaba desierta. Era una sala amplia con una gran mesa y muchas sillas alrededor. Harry y Ron caminaron por ella, pero estaban demasiado nerviosos para sentarse.

Pero la campana que señalaba el comienzo del recreo no sonó. En su lugar se oyó la voz de la profesora McGonagall, amplificada por medios mágicos.

—Todos los alumnos volverán inmediatamente a los dormitorios de sus respectivas casas. Los profesores deben dirigirse a la sala de profesores. Les ruego que se den prisa.

Harry se dio la vuelta hacia Ron.

—¿Habrá habido otro ataque? ¿Precisamente ahora?

—¿Qué hacemos? —dijo Ron, aterrorizado—. ¿Regresamos al dormitorio?

—No —dijo Harry, mirando alrededor. Había una especie de ropero a su izquierda, lleno de capas de profesores—. Si nos escondemos aquí, podremos enterarnos de qué ha pasado. Luego les diremos lo que hemos averiguado.

Se ocultaron dentro del ropero. Oían el ruido de cientos de personas que pasaban por el corredor. La puerta de la sala de profesores se abrió de golpe. Por entre los pliegues de las capas, que olían a humedad, vieron a los profesores que iban entrando en la sala. Algunos parecían desconcertados, otros claramente preocupados. Al final llegó la profesora McGonagall.

—Ha sucedido —dijo a la sala, que la escuchaba en silencio—. Una alumna ha sido raptada por el monstruo. Se la ha llevado a la cámara.

El profesor Flitwick dejó escapar un grito. La profesora Sprout se tapó la boca con las manos. Snape se cogió con fuerza al respaldo de una silla y preguntó:

—¿Está usted segura?

—El heredero de Slytherin —dijo la profesora McGonagall, que estaba pálida— ha dejado un nuevo mensaje, debajo del primero: *«Sus huesos reposarán en la cámara por siempre.»*

El profesor Flitwick derramó unas cuantas lágrimas.

—¿Quién ha sido? —preguntó la señora Hooch, que se había sentado en una silla porque las rodillas no la sostenían—. ¿Qué alumna?

—Ginny Weasley —dijo la profesora McGonagall.

Harry notó que Ron se dejaba caer en silencio y se quedaba agachado sobre el suelo del ropero.

—Tendremos que enviar a todos los estudiantes a casa mañana —dijo la profesora McGonagall—. Éste es el fin de Hogwarts. Dumbledore siempre dijo...

La puerta de la sala de profesores se abrió bruscamente. Por un momento, Harry estuvo convencido de que era Dumbledore. Pero era Lockhart, y llegaba sonriendo.

—Lo lamento..., me quedé dormido... ¿Me he perdido algo importante?

No parecía darse cuenta de que los demás profesores lo miraban con una expresión bastante cercana al odio. Snape dio un paso hacia delante.

—He aquí el hombre —dijo—. El hombre adecuado. El monstruo ha raptado a una chica, Lockhart. Se la ha llevado a la Cámara de los Secretos. Por fin ha llegado tu oportunidad.

Lockhart palideció.

—Así es, Gilderoy —intervino la profesora Sprout—. ¿No decías anoche que sabías dónde estaba la entrada a la Cámara de los Secretos?

—Yo..., bueno, yo... —resopló Lockhart.

—Sí, ¿y no me dijiste que sabías con seguridad qué era lo que había dentro? —añadió el profesor Flitwick.

—¿Yo...? No recuerdo...

—Ciertamente, yo sí recuerdo que lamentabas no haber tenido una oportunidad de enfrentarte al monstruo antes de que arrestaran a Hagrid —dijo Snape—. ¿No decías que el asunto se había llevado mal, y que deberíamos haberlo dejado todo en tus manos desde el principio?

Lockhart miró los rostros pétreos de sus colegas.

—Yo..., yo nunca realmente... Debéis de haberme interpretado mal...

—Lo dejaremos todo en tus manos, Gilderoy —dijo la profesora McGonagall—. Esta noche será una ocasión excelente para llevarlo a cabo. Nos aseguraremos de que nadie te moleste. Podrás enfrentarte al monstruo tú mismo. Por fin está en tus manos.

Lockhart miró en torno, desesperado, pero nadie acudió en su auxilio. Ya no resultaba tan atractivo. Le temblaba el labio, y en ausencia de su sonrisa radiante, parecía flojo y debiluc ho.

—Mu-muy bien —dijo—. Estaré en mi despacho, pre-preparándome.

Y salió de la sala.

—Bien —dijo la profesora McGonagall, resoplando—, eso nos lo quitará de delante. Los Jefes de las Casas deberían ir ahora a informar a los alumnos de lo ocurrido. Decidles que el expreso de Hogwarts los conducirá a sus hogares mañana a primera hora de la mañana. A los demás os ruego que os encarguéis de aseguraros de que no haya ningún alumno fuera de los dormitorios.

Los profesores se levantaron y fueron saliendo de uno en uno.

Aquél fue, seguramente, el peor día de la vida de Harry. Él, Ron, Fred y George se sentaron juntos en un rincón de la sala común de Gryffindor, incapaces de pronunciar palabra. Percy no estaba con ellos. Había enviado una lechuza a sus padres y luego se había encerrado en su dormitorio.

Ninguna tarde había sido tan larga como aquélla, y nunca la torre de Gryffindor había estado tan llena de gente y tan silenciosa a la vez. Cuando faltaba poco para la puesta de sol, Fred y George se fueron a la cama, incapaces de permanecer allí sentados más tiempo.

—Ella sabía algo, Harry —dijo Ron, hablando por primera vez desde que entraran en el ropero de la sala de profesores—. Por eso la han raptado. No se trataba de ninguna estupidez sobre Percy; había averiguado algo sobre la Cá-

mara de los Secretos. Debe de ser por eso, porque ella era... —Ron se frotó los ojos frenético—. Quiero decir, que es de sangre limpia. No puede haber otra razón.

Harry veía el sol, rojo como la sangre, hundirse en el horizonte. Nunca se había sentido tan mal. Si pudiera hacer algo..., cualquier cosa...

—Harry —dijo Ron—, ¿crees que existe alguna posibilidad de que ella no esté...? Ya sabes a lo que me refiero.

—Harry no supo qué contestar. No creía que pudiera seguir viva—. ¿Sabes qué? —añadió Ron—. Deberíamos ir a ver a Lockhart para decirle lo que sabemos. Va a intentar entrar en la cámara. Podemos decirle dónde sospechamos que está la entrada y explicarle que lo que hay dentro es un basilisco.

Harry se mostró de acuerdo, porque no se le ocurría nada mejor y quería hacer algo. Los demás alumnos de Gryffindor estaban tan tristes, y sentían tanta pena de los Weasley, que nadie trató de detenerlos cuando se levantaron, cruzaron la sala y salieron por el agujero del retrato.

Oscurecía mientras se acercaban al despacho de Lockhart. Les dio la impresión de que dentro había gran actividad: podían oír sonido de roces, golpes y pasos apresurados.

Harry llamó. Dentro se hizo un repentino silencio. Luego la puerta se entreabrió y Lockhart asomó un ojo por la rendija.

—¡Ah...! Señor Potter, señor Weasley... —dijo, abriendo la puerta un poco más—. En este momento estaba muy ocupado. Si os dais prisa...

—Profesor, tenemos información para usted —dijo Harry—. Creemos que le será útil.

—Ah..., bueno..., no es muy.. —Lockhart parecía encontrarse muy incómodo, a juzgar por el trozo de cara que veían—. Quiero decir, bueno, bien.

Abrió la puerta y entraron.

El despacho estaba casi completamente vacío. En el suelo había dos grandes baúles abiertos. Uno contenía túnicas de color verde jade, lila y azul medianoche, dobladas con precipitación; el otro, libros mezclados desordenadamente.

Las fotografías que habían cubierto las paredes estaban ahora guardadas en cajas encima de la mesa.

—¿Se va a algún lado? —preguntó Harry.

—Esto..., bueno, sí... —admitió Lockhart, arrancando un póster de sí mismo de tamaño natural y comenzando a enrollarlo—. Una llamada urgente..., insoslayable..., tengo que marchar...

—¿Y mi hermana? —preguntó Ron con voz entrecortada.

—Bueno, en cuanto a eso... es ciertamente lamentable —dijo Lockhart, evitando mirarlo a los ojos mientras sacaba un cajón y empezaba a vaciar el contenido en una bolsa—. Nadie lo lamenta más. que yo...

—¡Usted es el profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras! —dijo Harry—. ¡No puede irse ahora! ¡Con todas las cosas oscuras que están pasando!

—Bueno, he de decir que... cuando acepté el empleo... —murmuró Lockhart, amontonando calcetines sobre las túnicas— no constaba nada en el contrato... Yo no esperaba...

—¿Quiere decir que va a salir corriendo? —dijo Harry sin poder creérselo—. ¿Después de todo lo que cuenta en sus libros?

—Los libros pueden ser mal interpretados —repuso Lockhart con sutileza.

—¡Usted los ha escrito! —gritó Harry.

—Muchacho —dijo Lockhart, irguiéndose y mirando a Harry con el entrecejo fruncido—, usa el sentido común. No habría vendido mis libros ni la mitad de bien si la gente no se hubiera creído que yo hice todas esas cosas. A nadie le interesa la historia de un mago armenio feo y viejo, aunque librara de los hombres lobo a un pueblo. Habría quedado horrible en la portada. No tenía ningún gusto vistiendo. Y la bruja que echó a la *banshee* que presagiaba la muerte tenía un labio leporino. Quiero decir..., vamos, que...

—¿Así que usted se ha estado llevando la gloria de lo que ha hecho otra gente? —dijo Harry, que no daba crédito a lo que oía.

—Harry, Harry —dijo Lockhart, negando con la cabeza—, no es tan simple. Tuve que hacer un gran trabajo. Tuve que encontrar a esas personas, preguntarles cómo lo habían hecho exactamente y encantarlos con el embrujo desmemorizante para que no pudieran recordar nada. Si hay algo que me llena de orgullo son mis embrujos desmemorizantes. Ah..., me ha llevado mucho esfuerzo, Harry. No todo consiste en firmar libros y fotos publicitarias. Si quieres ser famoso, tienes que estar dispuesto a trabajar duro.

Cerró las tapas de los baúles y les echó la llave.

—Veamos —dijo—. Creo que eso es todo. Sí. Sólo queda un detalle.

Sacó su varita mágica y se volvió hacia ellos.

—Lo lamento profundamente, muchachos, pero ahora os tengo que echar uno de mis embrujos desmemorizantes. No puedo permitir que reveléis a todo el mundo mis secretos. No volvería a vender ni un solo libro...

Harry sacó su varita justo a tiempo. Lockhart apenas había alzado la suya cuando Harry gritó:

—*¡Expelliarmus!*

Lockhart salió despedido hacia atrás y cayó sobre uno de los baúles. La varita voló por el aire. Ron la cogió y la tiró por la ventana.

—No debería haber permitido que el profesor Snape nos enseñara esto —dijo Harry furioso, apartando el baúl a un lado de una patada. Lockhart lo miraba, otra vez con aspecto desvalido. Harry lo apuntaba con la varita.

—¿Qué queréis que haga yo? —dijo Lockhart con voz débil—. No sé dónde está la Cámara de los Secretos. No puedo hacer nada.

—Tiene suerte —dijo Harry, obligándole a levantarse a punta de varita—. Creo que nosotros sí sabemos dónde está. Y qué es lo que hay dentro. Vamos.

Hicieron salir a Lockhart de su despacho, descendieron por las escaleras más cercanas y fueron por el largo corredor de los mensajes en la pared, hasta la puerta de los aseos de Myrtle *la Llorona*.

Hicieron pasar a Lockhart delante. A Harry le hizo gracia que temblara.

Myrtle *la Llorona* estaba sentada sobre la cisterna del último retrete.

—¡Ah, eres tú! —dijo ella, al ver a Harry—. ¿Qué quieres esta vez?

—Preguntarte cómo moriste —dijo Harry.

El aspecto de Myrtle cambió de repente. Parecía como si nunca hubiera oído una pregunta que la halagara tanto.

—¡Ooooooh, fue horrible! —dijo encantada—. Sucedió aquí mismo. Morí en este mismo retrete. Lo recuerdo perfectamente. Me había escondido porque Olive Hornby se reía de mis gafas. La puerta estaba cerrada y yo lloraba, y entonces oí que entraba alguien. Decían algo raro. Pienso que debían de estar hablando en una lengua extraña. De cualquier manera, lo que de verdad me llamó la atención es que era un chico el que hablaba. Así que abrí la puerta para decirle que se fuera y utilizara sus aseos, pero entonces... —Myrtle estaba henchida de orgullo, el rostro iluminado— me morí.

—¿Cómo? —preguntó Harry.

—Ni idea —dijo Myrtle en voz muy baja—. Sólo recuerdo haber visto unos grandes ojos amarillos. Todo mi cuerpo quedó como paralizado, y luego me fui flotando... —dirigió a Harry una mirada ensoñadora—. Y luego regresé. Estaba decidida a hacerle un embrujo a Olive Hornby. Ah, pero ella estaba arrepentida de haberse reído de mis gafas.

—¿Exactamente dónde viste los ojos? —preguntó Harry

—Por ahí —contestó Myrtle, señalando vagamente hacia el lavabo que había enfrente de su retrete.

Harry y Ron se acercaron a toda prisa. Lockhart se quedó atrás, con una mirada de profundo terror en el rostro.

Parecía un lavabo normal. Examinaron cada centímetro de su superficie, por dentro y por fuera, incluyendo las cañerías de debajo. Y entonces Harry lo vio: había una diminuta serpiente grabada en un lado de uno de los grifos de cobre.

—Ese grifo no ha funcionado nunca —dijo Myrtle con alegría, cuando intentaron accionarlo.

—Harry —dijo Ron—, di algo. Algo en lengua *pársel*.

—Pero... —Harry hizo un esfuerzo. Las únicas ocasiones en que había logrado hablar en lengua *pársel* estaba delante de una verdadera serpiente. Se concentró en la diminuta figura, intentando imaginar que era una serpiente de verdad.

—Ábrete —dijo.

Miró a Ron, que negaba con la cabeza.

—Lo has dicho en nuestra lengua —explicó.

Harry volvió a mirar a la serpiente, intentando imaginarse que estaba viva. Al mover la cabeza, la luz de la vela producía la sensación de que la serpiente se movía.

—Ábrete —repitió.

Pero ya no había pronunciado palabras, sino que había salido de él un extraño silbido, y de repente el grifo brilló con una luz blanca y comenzó a girar. Al cabo de un segundo, el lavabo empezó a moverse. El lavabo, de hecho, se hundió, desapareció, dejando a la vista una tubería grande, lo bastante ancha para meter un hombre dentro.

Harry oyó que Ron exhalaba un grito ahogado y levantó la vista. Estaba planeando qué era lo que había que hacer.

—Bajaré por él —dijo.

No podía echarse atrás, ahora que habían encontrado la entrada de la cámara. No podía desistir si existía la más ligera, la más remota posibilidad de que Ginny estuviera viva.

—Yo también —dijo Ron.

Hubo una pausa.

—Bien, creo que no os hago falta —dijo Lockhart, con una reminiscencia de su antigua sonrisa—. Así que me...

Puso la mano en el pomo de la puerta, pero tanto Ron como Harry lo apuntaron con sus varitas.

—Usted bajará delante —gruñó Ron.

Con la cara completamente blanca y desprovisto de varita, Lockhart se acercó a la abertura.

—Muchachos —dijo con voz débil—, muchachos, ¿de qué va a servir?

Harry le pegó en la espalda con su varita. Lockhart metió las piernas en la tubería.

—No creo realmente... —empezó a decir, pero Ron le dio un empujón, y se hundió tubería abajo. Harry se apresuró a seguirlo. Se metió en la tubería y se dejó caer.

Era como tirarse por un tobogán interminable, viscoso y oscuro. Podía ver otras tuberías que surgían como ramas en todas las direcciones, pero ninguna era tan larga como aquella por la que iban, que se curvaba y retorcía, descendiendo súbitamente. Calculaba que ya estaban por debajo incluso de las mazmorras del castillo. Detrás de él podía oír a Ron, que hacía un ruido sordo al doblar las curvas.

Y entonces, cuando se empezaba a preguntar qué sucedería cuando llegara al final, la tubería tomó una dirección horizontal, y él cayó del extremo del tubo al húmedo suelo de un oscuro túnel de piedra, lo bastante alto para poder estar de pie. Lockhart se estaba incorporando un poco más allá, cubierto de barro y blanco como un fantasma. Harry se hizo a un lado y Ron salió también del tubo como una bala.

—Debemos encontrarnos a kilómetros de distancia del colegio —dijo Harry, y su voz resonaba en el negro túnel.

—Y debajo del lago, quizá —dijo Ron, afinando la vista para vislumbrar los muros negruzcos y llenos de barro.

Los tres intentaron ver en la oscuridad lo que había delante.

—*¡Lumos!* —ordenó Harry a su varita, y la lucecita se encendió de nuevo—. Vamos —dijo a Ron y a Lockhart, y comenzaron a andar. Sus pasos retumbaban en el húmedo suelo.

El túnel estaba tan oscuro que sólo podían ver a corta distancia. Sus sombras, proyectadas en las húmedas paredes por la luz de la varita, parecían figuras monstruosas.

—Recordad —dijo Harry en voz baja, mientras caminaban con cautela—: al menor signo de movimiento, hay que cerrar los ojos inmediatamente.

Pero el túnel estaba tranquilo como una tumba, y el primer sonido inesperado que oyeron fue cuando Ron pisó el cráneo de una rata. Harry bajó

la varita para alumbrar el suelo y vio que estaba repleto de huesos de pequeños animales. Haciendo un esfuerzo para no imaginarse el aspecto que podría presentar Ginny si la encontraban, Harry fue marcándoles el camino. Doblaron una oscura curva.

—Harry, ahí hay algo... —dijo Ron con la voz ronca, cogiendo a Harry por el hombro.

Se quedaron quietos, mirando. Harry podía ver tan sólo la silueta de una cosa grande y encorvada que yacía de un lado a otro del túnel. No se movía.

—Quizás esté dormido —musitó, volviéndose a mirar a los otros dos. Lockhart se tapaba los ojos con las manos. Harry volvió a mirar aquello; el corazón le palpitaba con tanta rapidez que le dolía.

Muy despacio, abriendo los ojos sólo lo justo para ver, Harry avanzó con la varita en alto.

La luz iluminó la piel de una serpiente gigantesca, una piel de un verde intenso, ponzoñoso, que yacía atravesada en el suelo del túnel, retorcida y vacía. El animal que había dejado allí su muda debía de medir al menos siete metros.

—¡Caray! —exclamó Ron con voz débil.

Algo se movió de pronto detrás de ellos. Gilderoy Lockhart se había caído de rodillas.

—Levántese —le dijo Ron con brusquedad, apuntando a Lockhart con su varita.

Lockhart se puso de pie, pero se abalanzó sobre Ron y lo derribó al suelo de un golpe.

Harry saltó hacia delante, pero ya era demasiado tarde. Lockhart se incorporaba, jadeando, con la varita de Ron en la mano y su sonrisa esplendorosa de nuevo en la cara.

—¡Aquí termina la aventura, muchachos! —dijo—. Cogeré un trozo de esta piel y volveré al colegio, diré que era demasiado tarde para salvar a la niña y que vosotros dos perdisteis el conocimiento al ver su cuerpo destrozado. ¡Despedíos de vuestras memorias!

Levantó en el aire la varita mágica de Ron, recompuesta con celo, y gritó:

—*¡Obliviate!*

La varita estalló con la fuerza de una pequeña bomba. Harry se cubrió la cabeza con las manos y echó a correr hacia la piel de serpiente, escapando de los grandes trozos de techo que se desplomaban contra el suelo. Enseguida vio que se había quedado aislado y tenía ante si una sólida pared formada por las piedras desprendidas.

—¡Ron! —grito—, ¿estás bien? ¡Ron!

—¡Estoy aquí! —La voz de Ron llegaba apagada, desde el otro lado de las piedras caídas—. Estoy bien. Pero este idiota no. La varita se volvió contra él.

Escuchó un ruido sordo y un fuerte «¡ay!», como si Ron le acabara de dar una patada en la espinilla a Lockhart.

—¿Y ahora qué? —dijo la voz de Ron, con desespero—. No podemos pasar. Nos llevaría una eternidad...

Harry miró al techo del túnel. Habían aparecido en él unas grietas considerables. Nunca había intentado mover por medio de la magia algo tan pesado como todo aquel montón de piedras, y no parecía aquél un buen momento para intentarlo. ¿Y si se derrumbaba todo el túnel?

Hubo otro ruido sordo y otro ¡ay! provenientes del otro lado de la pared. Estaban malgastando el tiempo. Ginny ya llevaba horas en la Cámara de los Secretos. Harry sabía que sólo se podía hacer una cosa.

—Aguarda aquí —indicó a Ron—. Aguarda con Lockhart. Iré yo. Si dentro de una hora no he vuelto...

Hubo una pausa muy elocuente.

—Intentaré quitar algunas piedras —dijo Ron, que parecía hacer esfuerzos para que su voz sonara segura—. Para que puedas... para que puedas cruzar al volver. Y..

—¡Hasta dentro de un rato! —dijo Harry, tratando de dar a su voz temblorosa un tono de confianza.

Y partió él solo cruzando la piel de la serpiente gigante. Enseguida dejó de oír el distante jadeo de Ron al esforzarse para quitar las piedras. El túnel serpenteaba continuamente. Harry sentía la incomodidad de cada uno de sus músculos en tensión. Quería llegar al final del túnel y al mismo tiempo le aterrorizaba lo que pudiera encontrar en él. Y entonces, al fin, al doblar sigilosamente otra curva, vio delante de él una gruesa pared en la que estaban talladas las figuras de dos serpientes enlazadas, con grandes y brillantes esmeraldas en los ojos.

Harry se acercó a la pared. Tenía la garganta muy seca. No tuvo que hacer un gran esfuerzo para imaginarse que aquellas serpientes eran de verdad, porque sus ojos parecían extrañamente vivos.

Tenía que intuir lo que debía hacer. Se aclaró la garganta, y le pareció que los ojos de las serpientes parpadeaban.

—¡Ábrete! —dijo Harry, con un silbido bajo, desmayado.

Las serpientes se separaron al abrirse el muro. Las dos mitades de éste se deslizaron a los lados hasta quedar ocultas, y Harry, temblando de la cabeza a

los pies, entró.

17

El heredero de Slytherin

Se hallaba en el extremo de una sala muy grande, apenas iluminada. Altísimas columnas de piedra talladas con serpientes enlazadas se elevaban para sostener un techo que se perdía en la oscuridad, proyectando largas sombras negras sobre la extraña penumbra verdosa que reinaba en la estancia.

Con el corazón latiéndole muy rápido, Harry escuchó aquel silencio de ultratumba. ¿Estaría el basilisco acechando en algún rincón oscuro, detrás de una columna? ¿Y dónde estaría Ginny?

Sacó su varita y avanzó por entre las columnas decoradas con serpientes. Sus pasos resonaban en los muros sombríos. Iba con los ojos entornados, dispuesto a cerrarlos completamente al menor indicio de movimiento. Le parecía que las serpientes de piedra lo vigilaban desde las cuencas vacías de sus ojos. Más de una vez, el corazón le dio un vuelco al creer que alguna se movía.

Al llegar al último par de columnas, vio una estatua, tan alta como la misma cámara, que surgía imponente, adosada al muro del fondo.

Harry tuvo que echar atrás la cabeza para poder ver el rostro gigantesco que la coronaba: era un rostro antiguo y simiesco, con una barba larga y fina que le llegaba casi hasta el final de la amplia túnica de mago, donde unos enormes pies de color gris se asentaban sobre el liso suelo. Y entre los pies, boca abajo, vio una pequeña figura con túnica negra y el cabello de un rojo encendido.

—¡Ginny! —susurró Harry, corriendo hacia ella e hincándose de rodillas—. ¡Ginny! ¡No estés muerta! ¡Por favor, no estés muerta! —Dejó la varita a un lado, cogió a Ginny por los hombros y le dio la vuelta. Tenía la cara tan blanca y fría como el mármol, aunque los ojos estaban cerrados, así que no estaba petrificada. Pero entonces tenía que estar...—. Ginny, por favor, despierta —susurró Harry sin esperanza, agitándola. La cabeza de Ginny se movió, inanimada, de un lado a otro.

—No despertará —dijo una voz suave.

Harry se enderezó de un salto.

Un muchacho alto, de pelo negro, estaba apoyado contra la columna más cercana, mirándole. Tenía los contornos borrosos, como Harry si lo estuviera mirando a través de un cristal empañado. Pero no había dudas sobre quién era.

—Tom... ¿Tom Ryddle?

Ryddle asintió con la cabeza, sin apartar los ojos del rostro de Harry.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no despertará? —dijo Harry desesperado—. ¿Ella no está... no está...?

—Todavía está viva —contestó Ryddle—, pero por muy poco tiempo.

Harry lo miró detenidamente. Tom Ryddle había estudiado en Hogwarts hacía cincuenta años, y sin embargo allí, bajo aquella luz rara, neblinosa y brillante, aparentaba tener dieciséis años, ni un día más.

—¿Eres un fantasma? —preguntó Harry dubitativo.

—Soy un recuerdo —respondió Ryddle tranquilamente— guardado en un diario durante cincuenta años.

Ryddle señaló hacia los gigantescos dedos de los pies de la estatua. Allí se encontraba, abierto, el pequeño diario negro que Harry había hallado en los aseos de Myrtle *la Llorona*. Durante un segundo, Harry se preguntó cómo habría llegado hasta allí. Pero tenía asuntos más importantes en los que pensar.

—Tienes que ayudarme, Tom —dijo Harry, volviendo a levantar la cabeza de Ginny—. Tenemos que sacarla de aquí. Hay un basilisco... No sé dónde está, pero podría llegar en cualquier momento. Por favor, ayúdame...

Ryddle no se movió. Harry, sudando, logró levantar a medias a Ginny del suelo, y se inclinó a recoger su varita.

Pero la varita ya no estaba.

—¿Has visto...?

Levantó los ojos. Ryddle seguía mirándolo... y jugueteaba con la varita de Harry entre los dedos.

—Gracias —dijo Harry, tendiendo la mano para que el muchacho se la devolviera.

Una sonrisa curvó las comisuras de la boca de Ryddle. Siguió mirando a Harry, jugando indolente con la varita.

—Escucha —dijo Harry con impaciencia. Las rodillas se le doblaban bajo el peso muerto de Ginny—. ¡Tenemos que huir! Si aparece el basilisco...

—No vendrá si no es llamado —dijo Ryddle con toda tranquilidad.

Harry volvió a posar a Ginny en el suelo, incapaz de sostenerla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Mira, dame la varita, podría necesitarla.

La sonrisa de Ryddle se hizo más evidente.

—No la necesitarás —repuso.

Harry lo miró.

—¿A qué te refieres, yo no...?

—He esperado este momento durante mucho tiempo, Harry Potter —dijo Ryddle—. Quería verte. Y hablarte.

—Mira —dijo Harry, perdiendo la paciencia—, me parece que no lo has entendido: estamos en la Cámara de los Secretos. Ya tendremos tiempo de hablar luego.

—Vamos a hablar ahora —dijo Ryddle, sin dejar de sonreír, y se guardó en el bolsillo la varita de Harry.

Harry lo miró. Allí sucedía algo muy raro.

—¿Cómo ha llegado Ginny a este estado? —preguntó, hablando despacio.

—Bueno, ésa es una cuestión interesante —dijo Ryddle, con agrado—. Es una larga historia. Supongo que el verdadero motivo por el que Ginny está así es que le abrió el corazón y le reveló todos sus secretos a un extraño invisible.

—¿De qué hablas? —dijo Harry.

—Del diario —respondió Ryddle—. De mi diario. La pequeña Ginny ha estado escribiendo en él durante muchos meses, contándome todas sus penas y congojas: que sus hermanos se burlaban de ella, que tenía que venir al colegio con túnica y libros de segunda mano, que... —A Ryddle le brillaron los ojos—... pensaba que el famoso, el bueno, el gran Harry Potter no llegaría nunca a quererla...

Mientras hablaba, Ryddle mantenía los ojos fijos en Harry. Había en ellos una mirada casi ávida.

—Es una lata tener que oír las tonterías de una niña de once años —siguió—. Pero me armé de paciencia. Le contesté por escrito. Fui comprensivo, fui bondadoso. Ginny, simplemente, me adoraba: *Nadie me ha comprendido nunca como tú, Tom... Estoy tan contenta de poder confiar en este diario... Es*

como tener un amigo que se puede llevar en el bolsillo...

Ryddle se rió con una risa potente y fría que parecía ajena. A Harry se le erizaron los pelos de la nuca.

—Si es necesario que yo lo diga, Harry, la verdad es que siempre he fascinado a la gente que me ha convenido. Así que Ginny me abrió su alma, y era precisamente su alma lo que yo quería. Me hice cada vez más fuerte alimentándome de sus temores y de sus profundos secretos. Me hice más poderoso, mucho más que la pequeña señorita Weasley. Lo bastante poderoso para empezar a alimentar a la señorita Weasley con algunos de mis propios secretos, para empezar a darle un poco de mi alma...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harry, con la boca completamente seca.

—¿Todavía no lo adivinas, Harry Potter? —dijo sin inmutarse Ryddle—. Ginny Weasley abrió la Cámara de los Secretos. Ella retorció el pescuezo a los gallos del colegio y pintarrajeó pavorosos mensajes en las paredes. Ella echó la serpiente de Slytherin contra los cuatro *sangre sucia* y el gato del *squib*.

—No —susurró Harry.

—Sí —dijo Ryddle con calma—. Por supuesto, al principio ella no sabía lo que hacia. Fue muy divertido. Me gustaría que hubieras podido ver las anotaciones que escribía en el diario... Se volvieron mucho más interesantes... *Querido Tom* —recitó, contemplando la horrorizada cara de Harry—, *creo que estoy perdiendo la memoria. He encontrado plumas de gallo en mi túnica y no sé por qué están ahí. Querido Tom, no recuerdo lo que hice la noche de Halloween, pero han atacado a un gato y yo tengo manchas de pintura en la túnica. Querido Tom, Percy me sigue diciendo que estoy pálida y que no parezco yo. Creo que sospecha de mí... Hoy ha habido otro ataque y no sé dónde me encontraba en aquel momento. ¿Qué voy a hacer, Tom? Creo que me estoy volviendo loca. ¡Me parece que soy yo la que ataca a todo el mundo, Tom!*

Harry tenía los puños apretados y se clavaba las uñas en las palmas.

—Le llevó mucho tiempo a esa tonta de Ginny dejar de confiar en su diario —explicó Ryddle—. Pero al final sospechó e intentó deshacerse de él. Y entonces apareciste tú, Harry. Tú lo encontraste, y nada podría haberme hecho tan feliz. De todos los que podrían haberlo cogido, fuiste tú, la persona a la que yo tenía más ganas de conocer...

—¿Y por qué querías conocerme? —preguntó Harry La ira lo embargaba y tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener firme la voz.

—Bueno, verás, Ginny me lo contó todo sobre ti, Harry —dijo Ryddle—. Toda tu fascinante historia. —Sus ojos vagaron por la cicatriz en forma de rayo que Harry tenía en la frente, y su expresión se volvió más ávida—. Quería averiguar más sobre ti, hablar contigo, conocerte si era posible, así que decidí mostrarte mi famosa captura de ese zopenco, Hagrid, para ganarme tu confianza.

—Hagrid es mi amigo —dijo Harry, con voz temblorosa—. Y tú lo acusaste, ¿no? Creí que habías cometido un error, pero...

Ryddle volvió a reírse con su risa sonora.

—Era mi palabra contra la de Hagrid. Bueno, ya te puedes imaginar lo que pensaría el viejo Armando Dippet. Por un lado, Tom Ryddle, pobre pero muy inteligente, sin padres pero muy valeroso, prefecto del colegio, estudiante modelo; por el otro lado, el grandón e idiota de Hagrid, que tenía problemas cada dos por tres, que intentaba criar cachorros de hombre lobo debajo de la cama, que se escapaba al bosque prohibido para luchar con los trols. Pero admito que incluso yo me sorprendí de lo bien que funcionó mi plan. Creía que alguien al fin comprendería que Hagrid no podía ser el heredero de Slytherin. Me había llevado cinco años averiguarlo todo sobre la Cámara de los Secretos y descubrir la entrada oculta... ¡como si Hagrid tuviera la inteligencia o el poder necesarios!

»Sólo el profesor de Transformaciones, Dumbledore, creía en la inocencia de Hagrid. Convenció a Dippet para que retuviera a Hagrid y le enseñara el oficio de guarda. Sí, creo que Dumbledore podría haberlo adivinado. A Dumbledore nunca le gusté tanto como a los otros profesores...

—Me apuesto algo a que Dumbledore descubrió tus intenciones —dijo Harry, rechinando los dientes.

—Bueno, es verdad que él me vigiló mucho más después de la expulsión de Hagrid, me fastidió bastante —dijo Ryddle sin darle importancia—. Me di cuenta de que no sería prudente volver a abrir la cámara mientras siguiera estudiando en el colegio. Pero no iba a desperdiciar todos los años que había pasado buscándola. Decidí dejar un diario, conservándome en sus páginas con mis dieciséis años de entonces, para que algún día, con un poco de suerte, sirviese de guía para que otro siguiera mis pasos y completara la noble tarea de Salazar Slytherin.

—Bueno, pues no la has completado —dijo Harry en tono triunfante—. Nadie ha muerto esta vez, ni siquiera el gato. Dentro de unas pocas horas la pócima de mandrágora estará lista y todos los petrificados volverán a la normalidad.

—¿No te he dicho todavía —dijo Ryddle con suavidad—que ya no me preocupa matar a los *sangre sucia*? Desde hace meses mi nuevo objetivo has sido... tú. —Harry lo miró—. Imagina mi disgusto cuando alguien volvió a abrir mi diario, y ya no eras tú quien me escribía, sino Ginny. Ella te vio con el diario y se puso muy nerviosa. ¿Y si averiguabas cómo funcionaba, y el diario te contaba todos sus secretos? ¿Y si, lo que aún era peor, te decía quién había retorcido el pescuezo a los pollos? Así que esa mocosa esperó a que tu dormitorio quedara vacío y te lo robó. Pero yo ya sabía lo que tenía que hacer. Era evidente que tú ibas detrás del heredero de Slytherin. Por todo lo que Ginny me había dicho sobre ti, yo sabía que irías al fin del mundo para resolver el misterio... y más si atacaban a uno de tus mejores amigos. Y Ginny me había dicho que todo el colegio era un hervidero de rumores porque te habían oído

hablar *pársel*...

»Así que hice que Ginny escribiera en la pared su propia despedida y bajara a esperarte. Luchó y gritó y se puso muy pesada. Pero ya casi no le quedaba vida: había puesto demasiado en el diario, en mí. Lo suficiente para que yo pudiera salir al fin de las páginas. He estado esperándote desde que llegamos. Sabía que vendrías. Tengo muchas preguntas que hacerte, Harry Potter.

—¿Como cuál? —soltó Harry, con los puños aún apretados.

—Bueno —dijo Ryddle, sonriendo—, ¿cómo es que un bebé sin un talento mágico extraordinario derrota al mago más grande de todos los tiempos? ¿Cómo escapaste sin más daño que una cicatriz, mientras que lord Voldemort perdió sus poderes?

En aquel momento apareció un extraño brillo rojo en su mirada.

—¿Por qué te preocupa cómo me libré? —dijo Harry despacio—. Voldemort fue posterior a ti.

—Voldemort —dijo Ryddle imperturbable— es mi pasado, mi presente y mi futuro, Harry Potter...

Sacó del bolsillo la varita de Harry y escribió en el aire con ella tres resplandecientes palabras:

TOM SORVOLO RYDDLE

Luego volvió a agitar la varita, y las letras cambiaron de lugar:

SOY LORD VOLDEMORT

—¿Ves? —susurró—. Es un nombre que yo ya usaba en Hogwarts, aunque sólo entre mis amigos más íntimos, claro. ¿Crees que iba a usar siempre mi sucio nombre *muggle*? ¿Yo, que soy descendiente del mismísimo Salazar Slytherin, por parte de madre? ¿Conservar yo el nombre de un vulgar *muggle* que me abandonó antes de que yo naciera, sólo porque se enteró de que su mujer era bruja? No, Harry. Me di un nuevo nombre, un nombre que sabía que un día temerían pronunciar todos los magos, ¡cuando yo llegara a ser el hechicero más grande del mundo!

A Harry pareció bloqueársele el cerebro. Miraba como atontado a Ryddle, al huérfano que se convirtió en el asesino de sus padres, y de otra mucha

gente... Al final hizo un esfuerzo por hablar.

—No lo eres —dijo. Su voz aparentemente calmada estaba llena de odio.

—¿No soy qué? —preguntó Ryddle bruscamente.

—No eres el hechicero más grande del mundo —dijo Harry, con la respiración agitada—. Lamento decepcionarte pero el mejor mago del mundo es Albus Dumbledore. Todos lo dicen. Ni siquiera cuando eras fuerte te atreviste a apoderarte de Hogwarts. Dumbledore te descubrió cuando estabas en el colegio y todavía le tienes miedo, te escondas donde te escondas.

De la cara de Ryddle había desaparecido la sonrisa, y había ocupado su lugar una mirada de desprecio absoluto.

—¡A Dumbledore lo han echado del castillo gracias a mi simple recuerdo! —dijo Ryddle, irritado.

—No está tan lejos como crees —replicó Harry. Hablaba casi sin pensar, con la intención de asustar a Ryddle y deseando, más que creyendo, que lo que afirmaba fuese verdad.

Ryddle abrió la boca, pero no dijo nada.

Llegaba música de algún lugar. Ryddle se volvió para comprobar que en la cámara no había nadie más. Pero aquella música sonaba cada vez más y más fuerte. Era inquietante, estremecedora, sobrenatural. A Harry le puso los pelos de punta y le pareció que el corazón iba a salírsele del pecho. Luego, cuando la música alcanzó tal fuerza que Harry la sentía vibrar en su interior, surgieron llamas de la columna más cercana a él.

Apareció de repente un pájaro carmesí del tamaño de un cisne, que entonaba hacia el techo abovedado su rara música. Tenía una cola dorada y brillante, tan larga como la de un pavo real, y brillantes garras doradas, con las que sujetaba un fardo de harapos.

El pájaro se encaminó derecho a Harry, dejó caer el fardo a sus pies y se le posó en el hombro. Cuando plegó las grandes alas, Harry levantó la mirada y vio que tenía un pico dorado afilado y los ojos redondos y brillantes.

El pájaro dejó de cantar y acercó su cuerpo cálido a la mejilla de Harry, sin dejar de mirar fijamente a Ryddle.

—Es un fénix —dijo Ryddle, devolviéndole una mirada perspicaz.

—*¿Fawkes?* —musitó Harry, sintiendo la suave presión de las garras doradas.

—Y eso —dijo Ryddle, mirando el fardo que *Fawkes* había dejado caer—, eso no es más que el viejo Sombrero Seleccionador del colegio.

Así era. Remendado, deshilachado y sucio, el sombrero yacía inmóvil a los

pies de Harry.

Ryddle volvió a reír. Rió tan fuerte que su risa se multiplicó en la oscura cámara, como si estuvieran riendo diez Ryddles al mismo tiempo.

—¡Eso es lo que Dumbledore envía a su defensor: un pájaro cantor y un sombrero viejo! ¿Te sientes más seguro, Harry Potter? ¿Te sientes a salvo?

Harry no respondió. No veía la utilidad de *Fawkes* ni del viejo sombrero, pero ya no se sentía solo, y aguardó con creciente valor a que Ryddle dejara de reír.

—A lo que íbamos, Harry —dijo Ryddle, sonriendo todavía con ganas—. En dos ocasiones, en tu pasado, en mi futuro, nos hemos encontrado. Han sido dos ocasiones en que no he logrado matarte. ¿Cómo sobreviviste? Cuéntamelo todo. Cuanto más hables —añadió con voz suave—, más tardarás en morir.

Harry pensó deprisa, sopesando sus posibilidades. Ryddle tenía la varita; él tenía a *Fawkes* y el Sombrero Seleccionador, que no resultarían de gran utilidad en un duelo. No prometían mucho, la verdad. Pero cuanto más tiempo permaneciera Ryddle allí, menos vida le quedaría a Ginny... Harry percibió algo de pronto: en el tiempo que llevaban en la cámara, los contornos de la imagen de Ryddle se habían vuelto más claros, más corpóreos. Si Ryddle y él tenían que luchar, mejor que fuera pronto.

—Nadie sabe por qué perdiste tus poderes al atacarme —dijo bruscamente Harry—. Yo tampoco. Pero sé por qué no pudiste matarme: porque mi madre murió para salvarme. Mi vulgar madre de origen *muggle* —añadió, temblando de rabia—; ella evitó que me mataras. Y yo te he visto de verdad, te vi el año pasado. Eres una ruina. Apenas estás vivo. A esto te ha llevado todo tu poder. Te ocultas. ¡Eres horrible, inmundo!

Ryddle tenía el rostro contorsionado. Forzó una horrible sonrisa.

—O sea que tu madre murió para salvarte. Sí, ése es un potente contrahechizo. Tenía curiosidad, ¿sabes? Porque existe una extraña afinidad entre nosotros, Harry Potter. Incluso tú lo habrás notado. Los dos somos de sangre mezclada, los dos huérfanos, los dos criados por *muggles*. Tal vez somos los dos únicos hablantes de *pársel* que ha habido en Hogwarts después de Slytherin. Incluso nos parecemos físicamente... Pero, después de todo, sólo fue suerte lo que te salvó de mí. Eso es lo que quería saber.

Harry permaneció quieto, tenso, aguardando que Ryddle levantara su varita. Pero Ryddle se limitaba a exagerar más su sonrisa contrahecha.

—Ahora, Harry, voy a darte una pequeña lección. Enfrentemos los poderes de lord Voldemort, heredero de Salazar Slytherin, contra el famoso Harry Potter, que tiene de su parte las mejores armas de Dumbledore.

Ryddle dirigió una mirada socarrona a *Fawkes* y al Sombrero Seleccionador, y luego anduvo unos pasos en dirección opuesta. Harry, notando que el miedo se le extendía por las entumecidas piernas, vio que

Ryddle se detenía entre las altas columnas y dirigía la mirada al rostro de Slytherin, que se elevaba sobre él en la oscuridad. Ryddle abrió la boca y silbó... pero Harry comprendió lo que decía.

—*Háblame, Slytherin, el más grande de los Cuatro de Hogwarts.*

Harry se volvió hacia la estatua. *Fawkes* se balanceaba sobre su hombro.

El gigantesco rostro de piedra de la estatua de Slytherin se movió y Harry vio, horrorizado, que abría la boca, más y más, hasta convertirla en un gran agujero.

Algo se movía dentro de la boca de la estatua. Algo que salía de su interior.

Harry retrocedió hasta dar de espaldas contra la pared de la cámara y cerró fuertemente los ojos. Sintió que el ala de *Fawkes* le rozaba el rostro al emprender el vuelo. Harry quiso gritar: «¡No me dejes!» Pero ¿de qué le podía valer un fénix contra el rey de las serpientes?

Una gran mole golpeó contra el suelo de piedra de la cámara, y Harry notó que toda la estancia temblaba. Sabía lo que estaba ocurriendo, podía sentirlo, podía ver sin abrir los ojos la gran serpiente desenroscándose de la boca de Slytherin. Entonces oyó una voz silbante.

—*Mátalo.*

El basilisco se movía hacia Harry, éste podía oír su pesado cuerpo deslizándose lentamente por el polvoriento suelo. Con los ojos cerrados, Harry comenzó a moverse a ciegas hacia un lado, palpando con las manos el camino. Ryddle reía...

Harry tropezó. Cayó contra la piedra y notó el sabor de la sangre. La serpiente se encontraba a un metro escaso de él, y Harry la oía acercarse.

De repente oyó un ruido fuerte, como un estallido, justo encima de él, y algo pesado lo golpeó con tanta fuerza que lo tiró contra el muro. Esperando que la serpiente le hincara los colmillos, oyó más silbidos enloquecidos y algo que azotaba las columnas.

No pudo evitarlo. Abrió los ojos lo suficiente para vislumbrar qué sucedía.

La serpiente, de un verde brillante y gruesa como el tronco de un roble, se había alzado en el aire y su gran cabeza roma zigzagueaba como borracha entre las columnas. Temblando, Harry se preparó a cerrar los ojos en cuanto el monstruo hiciera ademán de volverse, y entonces vio qué era lo que había enloquecido a la serpiente.

Fawkes planeaba alrededor de su cabeza, y el basilisco le lanzaba furiosos mordiscos con sus colmillos largos y afilados como sables.

Entonces *Fawkes* descendió. Su largo pico de oro se hundió en la carne

del monstruo y un chorro de sangre negruzca salpicó el suelo. La cola de la serpiente golpeaba muy cerca de Harry, y antes de que pudiera cerrar los párpados, el basilisco se volvió. Harry miró de frente a su cabeza y se dio cuenta de que el fénix lo había picado en los ojos, aquellos grandes y prominentes ojos amarillos. La sangre resbalaba hasta el suelo y la serpiente escupía agonizando.

—*¡No!* —oyó Harry gritar a Ryddle—. *¡Deja al pájaro! ¡Deja al pájaro! ¡El chico está detrás de ti! ¡Puedes olerlo! ¡Mátalo!*

La serpiente ciega se balanceaba desorientada, herida de muerte. *Fawkes* describía círculos alrededor de su cabeza, silbando su inquietante canción, picando aquí y allá en el morro lleno de escamas del basilisco, mientras brotaba la sangre de sus ojos heridos.

—¡Ayuda, ayuda! —pedía Harry enloquecido—. ¡Que alguien me ayude!

La cola de la serpiente volvió a golpear contra el suelo. Harry se agachó. Un objeto blando le golpeó en la cara.

El basilisco había lanzado en su furia el Sombrero Seleccionador sobre Harry, y éste lo cogió. Era cuanto le quedaba, su última oportunidad. Se lo caló en la cabeza y se echó al suelo antes de que la serpiente sacudiera la cola de nuevo.

—Ayúdame..., ayúdame... —pensó Harry, apretando los ojos bajo el sombrero—, ¡ayúdame, por favor!

No hubo una voz que le respondiera. En su lugar, el sombrero encogió, como si una mano invisible lo estrujara.

Algo muy duro y pesado golpeó a Harry en lo alto de la cabeza, dejándolo casi sin sentido. Viendo todavía parpadear estrellas en los ojos, cogió el sombrero para quitárselo y notó que debajo había algo largo y duro.

Se trataba de una espada plateada y brillante, con la empuñadura llena de fulgurantes rubíes del tamaño de huevos.

—*¡Mata al chico! ¡Deja al pájaro! ¡El chico está detrás de ti! Olfatea... ¡Huélelo!*

Harry empuñó la espada, dispuesto a defenderse. El basilisco bajó la cabeza, retorció el cuerpo, golpeando contra las columnas, y se volvió para enfrentarse a Harry. Pudo verle las cuencas de los ojos llenas de sangre, y la boca que se abría. Una boca lo bastante grande para tragarlo entero, bordeada de colmillos tan largos como su espada, delgados, brillantes, venenosos...

La bestia arremetió a ciegas. Harry, al esquivarla, dio contra la pared de la cámara. El monstruo arremetió de nuevo, y su lengua bífida azotó un costado de Harry. Entonces levantó la espada con ambas manos.

El basilisco atacó de nuevo, pero esta vez fue directo a Harry, que hincó la

espada con todas sus fuerzas, hundiéndola hasta la empuñadura en el velo del paladar de la serpiente.

Pero mientras la cálida sangre le empapaba los brazos, sintió un agudo dolor encima del codo. Un colmillo largo y venenoso se le estaba hundiendo más y más en el brazo, y se partió cuando el monstruo volvió la cabeza a un lado y con un estremecimiento se desplomó en el suelo.

Harry; apoyado en la pared, se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo. Agarró el colmillo envenenado y se lo arrancó. Pero sabía que ya era demasiado tarde. El veneno había penetrado. La herida le producía un dolor candente que se le extendía lenta pero regularmente por todo el cuerpo. Al extraer el colmillo y ver su propia sangre que le empapaba la túnica, se le nubló la vista. La cámara se disolvió en un remolino de colores apagados.

Una mancha roja pasó a su lado y Harry oyó un ruido de garras.

—*Fawkes* —dijo con dificultad—. Eres estupendo, *Fawkes*... —Sintió que el pájaro posaba su hermosa cabeza en el brazo, donde la serpiente lo había herido.

Oyó unos pasos que resonaban en la cámara, y luego vio una negra sombra delante de él.

—Estás muerto, Harry Potter —dijo sobre él la voz de Ryddle—. Muerto. Hasta el pájaro de Dumbledore lo sabe. ¿Ves lo que hace, Potter? Está llorando.

Harry parpadeó. Sólo un instante vio con claridad la cabeza de *Fawkes*. Por las brillantes plumas le corrían unas lágrimas gruesas como perlas.

—Me voy a sentar aquí a esperar que mueras, Harry Potter. Tómate todo el tiempo que quieras. No tengo prisa.

Harry cayó en un profundo sopor. Todo le daba vueltas.

—Éste es el fin del famoso Harry Potter —dijo la voz distante de Ryddle—. Solo en la Cámara de los Secretos, abandonado por sus amigos, derrotado al fin por el Señor Tenebroso al que él tan imprudentemente se enfrentó. Volverás con tu querida madre *sangre sucia*, Harry... Ella compró con su vida doce años de tiempo para ti... pero al final te ha vencido lord Voldemort. Sabías que sucedería.

Si aquello era morirse, pensó Harry, no era tan desagradable. Incluso el dolor se iba...

Pero ¿de verdad era aquello la muerte? En lugar de oscurecerse, la cámara se volvía más clara. Harry movió un poco la cabeza, y allí estaba *Fawkes*, apoyándole todavía la suya en el brazo. Un charquito de lágrimas brillaba en torno a la herida... Sólo que ya no había herida.

—Márchate, pájaro —dijo de pronto la voz de Ryddle—. Sepárate de él.

¡He dicho que te vayas!

Harry levantó la cabeza. Ryddle apuntaba a *Fawkes* con la varita de Harry Sonó como un disparo y *Fawkes* emprendió el vuelo en un remolino de rojo y oro.

—Lágrimas de fénix... —dijo Ryddle en voz baja, contemplando el brazo de Harry—. Naturalmente... Poderes curativos..., me había olvidado.... —miró a Harry a la cara—. Pero igual da. De hecho, lo prefiero así. Solos tú y yo, Harry Potter..., tú y yo...

Levantó la varita.

Entonces, con un batir de alas, *Fawkes* pasó de nuevo por encima de sus cabezas y dejó caer algo en el regazo de Harry: el diario.

Lo miraron los dos durante una fracción de segundo, Ryddle con la varita levantada. Luego, sin pensar, sin meditar, como si todo aquel tiempo hubiera esperado para hacerlo, Harry cogió el colmillo de basilisco del suelo y lo clavó en el cuaderno.

Se oyó un grito largo, horrible, desgarrado. La tinta salió a chorros del diario, vertiéndose sobre las manos de Harry e inundando el suelo. Ryddle se retorcía, gritando, y entonces...

Desapareció. Se oyó caer al suelo la varita de Harry y luego se hizo el silencio, sólo roto por el goteo de la tinta que aún manaba del diario. El veneno del basilisco había abierto un agujero incandescente en el cuaderno.

Harry se levantó temblando. La cabeza le daba vueltas, como si hubiera recorrido kilómetros con los polvos *flu*. Recogió la varita y el sombrero y, de un fuerte tirón, extrajo la brillante espada del paladar del basilisco.

Le llegó un débil gemido del fondo de la cámara. Ginny se movía. Mientras Harry corría hacia ella, la muchacha se sentó, y sus ojos desconcertados pasaron del inmenso cuerpo del basilisco a Harry, con la túnica empapada de sangre, y luego al cuaderno que éste llevaba en la mano. Profirió un grito estremecido y se echó a llorar.

—Harry..., ah, Harry, intenté decíroslo en el desayuno, pero delante de Percy no fui capaz. Era yo, Harry, pero te juro que no quería... Ryddle me obligaba a hacerlo, se apoderó de mí y... ¿cómo lo has matado? ¿Dónde está Ryddle? Lo último que recuerdo es que salió del diario.

—Ha terminado todo bien —dijo Harry, cogiendo el diario para enseñarle a Ginny el agujero hecho por el colmillo—. Ryddle ya no existe. ¡Mira! Ni él ni el basilisco. Vamos, Ginny, salgamos...

—¡Me van a expulsar! —se lamentó Ginny, incorporándose torpemente con la ayuda de Harry—. Siempre quise estudiar en Hogwarts, desde que vino Bill, y ahora tendré que irme y.. ¿qué pensarán mis padres?

Fawkes los estaba esperando, revoloteando en la entrada de la cámara. Harry apremió a Ginny. Dejaron atrás el cuerpo retorcido e inanimado del basilisco, y a través de la penumbra resonante regresaron al túnel. Harry oyó cerrarse las puertas tras ellos con un suave silbido.

Tras unos minutos de andar por el oscuro túnel, a los oídos de Harry llegó un distante ruido de piedras.

—¡Ron! —gritó Harry, apresurándose—. ¡Ginny está bien! ¡La traigo conmigo!

Oyó que Ron daba un grito ahogado de alegría, y al doblar la última curva vieron su cara angustiada que asomaba por el agujero que había logrado abrir en el montón de piedras.

—¡Ginny! —Ron sacó un brazo por el agujero para ayudarla a pasar—. ¡Estás viva! ¡No me lo puedo creer! ¿Qué ocurrió?

Intentó abrazarla, pero Ginny se apartó, sollozando.

—Pero estás bien, Ginny —dijo Ron, sonriéndole—. Todo ha pasado. ¿De dónde ha salido ese pájaro?

Fawkes había pasado por el agujero después de Ginny.

—Es de Dumbledore —dijo Harry, encogiéndose para pasar.

—¿Y cómo has conseguido esa espada? —dijo Ron, mirando con la boca abierta el arma que brillaba en la mano de Harry.

—Te lo explicaré cuando salgamos —dijo Harry, mirando a Ginny de soslayo.

—Pero...

—Más tarde —insistió Harry. No creía que fuera buena idea decirle en aquel momento quién había abierto la cámara, y menos delante de Ginny—. ¿Dónde está Lockhart?

—Volvió atrás —dijo Ron, sonriendo y señalando con la cabeza hacia el principio del túnel—. No está bien. Ya veréis.

Guiados por *Fawkes*, cuyas alas rojas emitían en la oscuridad reflejos dorados, desanduvieron el camino hasta la tubería. Gilderoy Lockhart estaba allí sentado, tarareando plácidamente.

—Ha perdido la memoria —dijo Ron—. El embrujo desmemorizante le salió por la culata. Le dio a él. No tiene ni idea de quién es, ni de dónde está, ni de quiénes somos. Le dije que se quedara aquí y nos esperara. Es un peligro para sí mismo.

Lockhart los miró a todos afablemente.

—Hola —dijo—. Qué sitio tan curioso, ¿verdad? ¿Vivís aquí?

—No —respondió Ron, mirando a Harry y arqueando las cejas.

Harry se inclinó y miró la larga y oscura tubería.

—¿Has pensado cómo vamos a subir? —preguntó a Ron.

Ron negó con la cabeza, pero *Fawkes* ya había pasado delante de Harry y se hallaba revoloteando delante de él. Los ojos redondos del ave brillaban en la oscuridad mientras agitaba sus alas doradas. Harry lo miró, dubitativo.

—Parece como si quisiera que te cogieras a él... —dijo Ron, perplejo—. Pero pesas demasiado para que un pájaro te suba.

—*Fawkes* —aclaró Harry— no es un pájaro normal.

—Se volvió inmediatamente a los otros—. Vamos a darnos la mano. Ginny, coge la de Ron. Profesor Lockhart...

—Se refiere a usted —aclaró Ron a Lockhart.

—Coja la otra mano de Ginny.

Harry se metió la espada y el Sombrero Seleccionador en el cinto. Ron se agarró a los bajos de la túnica de Harry, y Harry, a las plumas de la cola de *Fawkes,* que resultaban curiosamente cálidas al tacto.

Una extraordinaria luminosidad pareció extenderse por todo el cuerpo del ave, y en un segundo se encontraron subiendo por la tubería a toda velocidad. Harry podía oír a Lockhart que decía:

—¡Asombroso, asombroso! ¡Parece cosa de magia!

El aire helado azotaba el pelo de Harry, y cuando empezaba a disfrutar del paseo, el viaje por la tubería terminó. Los cuatro fueron saltando al suelo mojado junto a Myrtle *la Llorona*, y mientras Lockhart se arreglaba el sombrero, el lavabo que ocultaba la tubería volvió a su lugar cerrando la abertura.

Myrtle los miraba con ojos desorbitados.

—Estás vivo —dijo a Harry sin comprender.

—Pareces muy decepcionada —respondió serio, limpiándose las motas de sangre y de barro que tenía en las gafas.

—No, es que... había estado pensando. Si hubieras muerto, aquí serías bienvenido. Te dejaría compartir mi retrete —le dijo Myrtle, ruborizándose de color plata.

—¡Uf! —dijo Ron, cuando salieron de los aseos al corredor oscuro y desierto—. ¡Harry, creo que le gustas a Myrtle! ¡Ginny, tienes una rival!

Pero por el rostro de Ginny seguían resbalando unas lágrimas silenciosas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ron, mirando a Ginny con impaciencia. Harry señaló hacia delante.

Fawkes iluminaba el camino por el corredor, con su destello de oro. Lo siguieron a grandes zancadas, y en un instante se hallaron ante el despacho de la profesora McGonagall.

Harry llamó y abrió la puerta.

18

La recompensa de Dobby

Hubo un momento de silencio cuando Harry, Ron, Ginny y Lockhart aparecieron en la puerta, llenos de barro, suciedad y, en el caso de Harry, sangre. Luego alguien gritó:

—¡Ginny!

Era la señora Weasley, que estaba llorando delante de la chimenea. Se puso en pie de un salto, seguida por su marido, y se abalanzaron sobre su hija.

Harry, sin embargo, miraba detrás de ellos. El profesor Dumbledore estaba ante la repisa de la chimenea, sonriendo, junto a la profesora McGonagall, que respiraba con dificultad y se llevaba una mano al pecho. *Fawkes* pasó zumbando cerca de Harry para posarse en el hombro de Dumbledore. Sin apenas darse cuenta, Harry y Ron se encontraron atrapados en el abrazo de la señora Weasley

—¡La habéis salvado! ¡La habéis salvado! ¿Cómo lo hicisteis?

—Creo que a todos nos encantaría enterarnos —dijo con un hilo de voz la profesora McGonagall.

La señora Weasley soltó a Harry, que dudó un instante, luego se acercó a la mesa y depositó encima el Sombrero Seleccionador, la espada con rubíes incrustados y lo que quedaba del diario de Ryddle.

Harry empezó a contarlo todo. Habló durante casi un cuarto de hora, mientras los demás lo escuchaban absortos y en silencio. Contó lo de la voz que no salía de ningún sitio; que Hermione había comprendido que lo que él oía era un basilisco que se movía por las tuberías; que él y Ron siguieron a las arañas por el bosque; que Aragog les había dicho dónde había matado a su víctima el basilisco; que había adivinado que Myrtle *la Llorona* había sido la víctima, y que la entrada a la Cámara de los Secretos podía encontrarse en los aseos...

—Muy bien —señaló la profesora McGonagall, cuando Harry hizo una pausa—, así que averiguasteis dónde estaba la entrada, quebrantando un centenar de normas, añadiría yo. Pero ¿cómo demonios conseguisteis salir con vida, Potter?

Así que Harry, con la voz ronca de tanto hablar, les relató la oportuna llegada de *Fawkes* y del Sombrero Seleccionador, que le proporcionó la espada. Pero luego titubeó. Había evitado hablar sobre la relación entre el diario de Ryddle y Ginny. Ella apoyaba la cabeza en el hombro de su madre, y seguía derramando silenciosas lágrimas por las mejillas. ¿Y si la expulsaban?, pensó Harry aterrorizado. El diario de Ryddle no serviría ya como prueba, pues había quedado inservible... ¿cómo podrían demostrar que era el causante de todo?

Instintivamente, Harry miró a Dumbledore, y éste esbozó una leve sonrisa. La hoguera de la chimenea hacía brillar sus lentes de media luna.

—Lo que más me intriga —dijo Dumbledore amablemente—, es cómo se las arregló lord Voldemort para embrujar a Ginny, cuando mis fuentes me indican que actualmente se halla oculto en los bosques de Albania.

Harry se sintió maravillosamente aliviado.

—¿Qué... qué? —preguntó el señor Weasley con voz atónita—. ¿Sabe qui-quién? ¿Ginny embrujada? Pero Ginny no ha... Ginny no ha sido... ¿verdad?

—Fue el diario —dijo inmediatamente Harry, cogiéndolo y enseñándoselo a Dumbledore—. Ryddle lo escribió cuando tenía dieciséis años.

Dumbledore cogió el diario que sostenía Harry y examinó minuciosamente sus páginas quemadas y mojadas.

—Soberbio —dijo con suavidad—. Por supuesto, él ha sido probablemente el alumno más inteligente que ha tenido nunca Hogwarts. —Se volvió hacia los Weasley, que lo miraban perplejos—. Muy pocos saben que lord Voldemort se llamó antes Tom Ryddle. Yo mismo le di clase, hace cincuenta años, en Hogwarts. Desapareció tras abandonar el colegio... Recorrió el mundo..., profundizó en las Artes Oscuras, tuvo trato con los peores de entre los nuestros, acometió peligros, transformaciones mágicas, hasta tal punto que cuando resurgió como lord Voldemort resultaba irreconocible. Prácticamente nadie relacionó a lord Voldemort con el muchacho inteligente y encantador que recibió aquí el Premio Anual.

—Pero Ginny —dijo la señora Weasley—. ¿Qué tiene que ver nuestra Ginny con él?

—¡Su... su diario! —dijo Ginny entre sollozos—. He estado escribiendo en él, y me ha estado contestando durante todo el curso...

—¡Ginny! —exclamó su padre, atónito—. ¿No te he enseñado una cosa? ¿Qué te he dicho siempre? No confíes en cosas que tengan la capacidad de pensar pero de las cuales no sepas dónde tienen el cerebro. ¿Por qué no me enseñaste el diario a mí o a tu madre? Un objeto tan sospechoso como ése, ¡tenía que ser cosa de magia negra!

—No..., no lo sabía —sollozó Ginny—. Lo encontré dentro de uno de los libros que me había comprado mamá. Pensé que alguien lo había dejado allí y se le había olvidado...

—La señorita Weasley debería ir directamente a la enfermería —terció Dumbledore con voz firme—. Para ella ha sido una experiencia terrible. No habrá castigo. Lord Voldemort ha engañado a magos más viejos y más sabios. —Fue a abrir la puerta—. Reposo en cama y tal vez un tazón de chocolate caliente. A mí siempre me anima —añadió, guiñándole un ojo bondadosamente—. La señora Pomfrey estará todavía despierta. Debe de estar dando zumo de mandrágora a las víctimas del basilisco. Seguramente despertarán de un momento a otro.

—¡Así que Hermione está bien! —dijo Ron con alegría.

—No les han causado un daño irreversible —dijo Dumbledore.

La señora Weasley salió con Ginny, y el padre iba detrás, todavía muy impresionado.

—¿Sabes, Minerva? —dijo pensativamente el profesor Dumbledore a la profesora McGonagall—, creo que esto se merece un buen banquete. ¿Te puedo pedir que vayas a avisar a los de la cocina?

—Bien —dijo resueltamente la profesora McGonagall, encaminándose también hacia la puerta—, te dejaré para que ajustes cuentas con Potter y Weasley.

—Eso es —dijo Dumbledore.

Salió, y Harry y Ron miraron a Dumbledore dubitativos. ¿Qué había querido decir exactamente la profesora McGonagall con aquello de «ajustar cuentas»? ¿Acaso los iban a castigar?

—Creo recordar que os dije que tendría que expulsaros si volvíais a quebrantar alguna norma del colegio —dijo Dumbledore.

Ron abrió la boca horrorizado.

—Lo cual demuestra que todos tenemos que tragarnos nuestras palabras

alguna vez —prosiguió Dumbledore, sonriendo—. Recibiréis ambos el Premio por Servicios Especiales al Colegio y... veamos..., sí, creo que doscientos puntos para Gryffindor por cada uno.

Ron se puso tan sonrosado como las flores de San Valentín de Lockhart, y volvió a cerrar la boca.

—Pero hay alguien que parece que no dice nada sobre su participación en la peligrosa aventura —añadió Dumbledore—. ¿Por qué esa modestia, Gilderoy?

Harry dio un respingo. Se había olvidado por completo de Lockhart. Se volvió y vio que estaba en un rincón del despacho, con una vaga sonrisa en el rostro. Cuando Dumbledore se dirigió a él, Lockhart miró con indiferencia para ver quién le hablaba.

—Profesor Dumbledore —dijo Ron enseguida—, hubo un accidente en la Cámara de los Secretos. El profesor Lockhart..

—¿Soy profesor? —preguntó sorprendido—. ¡Dios mío! Supongo que seré un inútil, ¿no?

—... intentó hacer un embrujo desmemorizante y el tiro le salió por la culata —explicó Ron a Dumbledore tranquilamente.

—Hay que ver —dijo Dumbledore, moviendo la cabeza de forma que le temblaba el largo bigote plateado—, ¡herido con su propia espada, Gilderoy!

—¿Espada? —dijo Lockhart con voz tenue—. No, no tengo espada. Pero este chico sí tiene una. —señaló a Harry—. Él se la podrá prestar.

—¿Te importaría llevar también al profesor Lockhart a la enfermería? —dijo Dumbledore a Ron—. Quisiera tener unas palabras con Harry.

Lockhart salió. Ron miró con curiosidad a Harry y Dumbledore mientras cerraba la puerta.

Dumbledore fue hacia una de las sillas que había junto al fuego.

—Siéntate, Harry —dijo, y Harry tomó asiento, incomprensiblemente azorado—. Antes que nada, Harry, quiero darte las gracias —dijo Dumbledore, parpadeando de nuevo—. Debes de haber demostrado verdadera lealtad hacia mí en la cámara. Sólo eso puede hacer que acuda *Fawkes*.

Acarició al fénix, que agitaba las alas posado sobre una de sus rodillas. Harry sonrió con embarazo cuando Dumbledore lo miró directamente a los ojos.

—Así que has conocido a Tom Ryddle —dijo Dumbledore pensativo—. Imagino que tendría mucho interés en verte.

De pronto, Harry mencionó algo que le reconcomía:

—Profesor Dumbledore... Ryddle dijo que yo soy como él. Una extraña afinidad, dijo...

—¿De verdad? —preguntó Dumbledore, mirando a un Harry pensativo, por debajo de sus espesas cejas plateadas—. ¿Y a ti qué te parece, Harry?

—¡Me parece que no soy como él! —contestó Harry, más alto de lo que pretendía—. Quiero decir que yo..., yo soy de Gryffindor, yo soy...

Pero calló. Resurgía una duda que le acechaba.

—Profesor —añadió después de un instante—, el Sombrero Seleccionador me dijo que yo... haría un buen papel en Slytherin. Todos creyeron un tiempo que yo era el heredero de Slytherin, porque sé hablar *pársel*...

—Tú sabes hablar *pársel*, Harry —dijo tranquilamente Dumbledore—, porque lord Voldemort, que es el último descendiente de Salazar Slytherin, habla *pársel*. Si no estoy muy equivocado, él te transfirió algunos de sus poderes la noche en que te hizo esa cicatriz. No era su intención, seguro...

—¿Voldemort puso algo de él en mí? —preguntó Harry, atónito.

—Eso parece.

—Así que yo debería estar en Slytherin —dijo Harry, mirando con desesperación a Dumbledore—. El Sombrero Seleccionador distinguió en mí poderes de Slytherin y...

—Te puso en Gryffindor —dijo Dumbledore reposadamente—. Escúchame, Harry. Resulta que tú tienes muchas de las cualidades que Slytherin apreciaba en sus alumnos, que eran cuidadosamente escogidos: su propio y rarísimo don, la lengua *pársel*..., inventiva..., determinación..., un cierto desdén por las normas —añadió, mientras le volvía a temblar el bigote—. Pero aun así, el sombrero te colocó en Gryffindor. Y tú sabes por qué. Piensa.

—Me colocó en Gryffindor —dijo Harry con voz de derrota— solamente porque yo le pedí no ir a Slytherin...

—Exacto —dijo Dumbledore, volviendo a sonreír—. Eso es lo que te diferencia de Tom Ryddle. Son nuestras elecciones, Harry, las que muestran lo que somos, mucho más que nuestras habilidades. —Harry estaba en su silla, atónito e inmóvil—. Si quieres una prueba de que perteneces a Gryffindor, te sugiero que mires esto con más detenimiento.

Dumbledore se acercó al escritorio de la profesora McGonagall, cogió la espada ensangrentada y se la pasó a Harry. Sin mucho ánimo, Harry le dio la vuelta y vio brillar los rubíes a la luz del fuego. Y luego vio el nombre grabado debajo de la empuñadura: *Godric Gryffindor*:

—Sólo un verdadero miembro de Gryffindor podría haber sacado esto del sombrero, Harry —dijo simplemente Dumbledore.

Durante un minuto, ninguno de los dos dijo nada. Luego Dumbledore abrió uno de los cajones del escritorio de la profesora McGonagall y sacó de él una pluma y un tintero.

—Lo que necesitas, Harry, es comer algo y dormir. Te sugiero que bajes al banquete, mientras escribo a Azkaban: necesitamos que vuelva nuestro guarda. Y tengo que redactar un anuncio para *El Profeta*, además —añadió pensativo—. Necesitamos un nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras. Vaya, parece que no nos duran nada, ¿verdad?

Harry se levantó y se dispuso a salir. Pero apenas tocó el pomo de la puerta, ésta se abrió tan bruscamente que pego contra la pared y rebotó.

Lucius Malfoy estaba allí, con el semblante furioso; y también Dobby, encogido de miedo y cubierto de vendas.

—Buenas noches, Lucius —dijo Dumbledore amablemente.

El señor Malfoy casi derriba a Harry al entrar en el despacho. Dobby lo seguía detrás, pegado a su capa, con una expresión de terror.

—¡Vaya! —dijo Lucius Malfoy, fijos en Dumbledore sus fríos ojos—. Ha vuelto. El consejo escolar lo ha suspendido de sus funciones, pero aun así, usted ha considerado conveniente volver.

—Bueno, Lucius, verá —dijo Dumbledore, sonriendo serenamente—, he recibido una petición de los otros once representantes. Aquello parecía un criadero de lechuzas, para serle sincero. Cuando recibieron la noticia de que la hija de Arthur Weasley había sido asesinada, me pidieron que volviera inmediatamente. Pensaron que, a pesar de todo, yo era el hombre más adecuado para el cargo. Además, me contaron cosas muy curiosas. Algunos incluso decían que usted les había amenazado con echar una maldición sobre sus familias si no accedían a destituirme.

El señor Malfoy se puso aún más pálido de lo habitual, pero seguía con los ojos cargados de furia.

—¿Así que... ha puesto fin a los ataques? —dijo con aire despectivo—. ¿Ha encontrado al culpable?

—Lo hemos encontrado —contestó Dumbledore, con una sonrisa.

—¿Y bien? —preguntó bruscamente Malfoy—. ¿Quién es?

—El mismo que la última vez, Lucius —dijo Dumbledore—. Pero esta vez lord Voldemort actuaba a través de otra persona, por medio de este diario.

Levantó el cuaderno negro agujereado en el centro, y miró a Malfoy atentamente. Harry, por el contrario, no apartaba los ojos de Dobby.

El elfo hacia cosas muy raras. Miraba fijamente a Harry, señalando el diario, y luego al señor Malfoy. A continuación se daba puñetazos en la cabeza.

—Ya veo... —dijo despacio Malfoy a Dumbledore.

—Un plan inteligente —dijo Dumbledore con voz desapasionada, sin dejar de mirar a Malfoy directamente a los ojos—. Porque si Harry, aquí presente —el señor Malfoy dirigió a Harry una incisiva mirada de soslayo—, y su amigo Ron no hubieran descubierto este cuaderno..., Ginny Weasley habría aparecido como culpable. Nadie habría podido demostrar que ella no había actuado libremente...

El señor Malfoy no dijo nada. Su cara se había vuelto de repente como de piedra.

—E imagine —prosiguió Dumbledore— lo que podría haber ocurrido entonces... Los Weasley son una de las familias de sangre limpia más distinguidas. Imagine el efecto que habría tenido sobre Arthur Weasley y su Ley de defensa de los *muggles*, si se descubriera que su propia hija había atacado y asesinado a personas de origen *muggle*. Afortunadamente apareció el diario, con los recuerdos de Ryddle borrados de él. Quién sabe lo que podría haber pasado si no hubiera sido así.

El señor Malfoy hizo un esfuerzo por hablar.

—Ha sido una suerte —dijo fríamente.

Pero Dobby seguía, a su espalda, señalando primero al diario, después a Lucius Malfoy, y luego pegándose en la cabeza.

Y Harry comprendió de pronto. Hizo un gesto a Dobby con la cabeza, y éste se retiró a un rincón, retorciéndose las orejas para castigarse.

—¿Sabe cómo llegó ese diario a Ginny, señor Malfoy? —le preguntó Harry.

Lucius Malfoy se volvió hacia él.

—¿Por qué iba a saber yo de dónde lo cogió esa tonta? —preguntó.

—Porque usted se lo dio —respondió Harry—. En Flourish y Blotts. Usted le cogió su libro de transformación y metió el diario dentro, ¿a que sí?

Vio que el señor Malfoy abría y cerraba las manos.

—Demuéstralo —dijo, furioso.

—Nadie puede demostrarlo —dijo Dumbledore, y sonrió a Harry—, puesto que ha desaparecido del libro todo rastro de Ryddle. Por otro lado, le aconsejo, Lucius, que deje de repartir viejos recuerdos escolares de lord Voldemort. Si algún otro cayera en manos inocentes, Arthur Weasley se asegurará de que le sea devuelto a usted...

Lucius Malfoy se quedó un momento quieto, y Harry vio claramente que su mano derecha se agitaba como si quisiera empuñar la varita. Pero en vez de hacerlo, se volvió a su elfo doméstico.

—¡Nos vamos, Dobby!

Tiró de la puerta, y cuando el elfo se acercó corriendo, le dio una patada que lo envió fuera. Oyeron a Dobby gritar de dolor por todo el pasillo. Harry reflexionó un momento, y entonces tuvo una idea.

—Profesor Dumbledore —dijo deprisa—, ¿me permite que le devuelva el diario al señor Malfoy?

—Claro, Harry —dijo Dumbledore con calma—. Pero date prisa. Recuerda el banquete.

Harry cogió el diario y salió del despacho corriendo. Aún se oían alejándose los gritos de dolor de Dobby, que ya había doblado la esquina del corredor. Rápidamente, preguntándose si sería posible que su plan tuviera éxito, Harry se quitó un zapato, se sacó el calcetín sucio y embarrado, y metió el diario dentro. Luego se puso a correr por el oscuro corredor.

Los alcanzó al pie de las escaleras.

—Señor Malfoy —dijo jadeando y patinando al detenerse—, tengo algo para usted.

Y le puso a Lucius Malfoy en la mano el calcetín maloliente.

—¿Qué diablos...?

El señor Malfoy extrajo el diario del calcetín, tiró éste al suelo y luego pasó la vista, furioso, del diario a Harry.

—Harry Potter, vas a terminar como tus padres uno de estos días —dijo bajando la voz—. También ellos eran unos idiotas entrometidos. —Y se volvió para irse—. Ven, Dobby. ¡He dicho que vengas!

Pero Dobby no se movió. Sostenía el calcetín sucio y embarrado de Harry, contemplándolo como si fuera un tesoro de valor incalculable.

—Mi amo le ha dado a Dobby un calcetín —dijo el elfo asombrado—. Mi amo se lo ha dado a Dobby.

—¿Qué? —escupió el señor Malfoy—. ¿Qué has dicho?

—Dobby tiene un calcetín —dijo Dobby aún sin poder creérselo—. Mi amo lo tiró, y Dobby lo cogió, y ahora Dobby... Dobby es libre.

Lucius Malfoy se quedó de piedra, mirando al elfo. Luego embistió a Harry.

—¡Por tu culpa he perdido a mi criado, mocoso!

Pero Dobby gritó:

—¡Usted no hará daño a Harry Potter!

Se oyó un fuerte golpe, y el señor Malfoy cayó de espaldas. Bajó las escaleras de tres en tres y aterrizó hecho una masa de arrugas. Se levantó, lívido, y sacó la varita, pero Dobby le levantó un dedo amenazador.

—Usted se va a ir ahora —dijo con fiereza, señalando al señor Malfoy—. Usted no tocará a Harry Potter. Váyase ahora mismo.

Lucius Malfoy no tuvo elección. Dirigiéndoles una última mirada de odio, se cubrió por completo con la capa y salió apresuradamente.

—¡Harry Potter ha liberado a Dobby! —chilló el elfo, mirando a Harry. La luz de la luna se reflejaba, a través de una ventana cercana, en sus ojos esféricos—. ¡Harry Potter ha liberado a Dobby!

—Es lo menos que podía hacer, Dobby —dijo Harry, sonriendo—. Pero prométame que no volverá a intentar salvarme la vida.

Una sonrisa amplia, con todos los dientes a la vista, cruzó la fea cara cetrina del elfo.

—Sólo tengo una pregunta, Dobby —dijo Harry, mientras Dobby se ponía el calcetín de Harry con manos temblorosas—. Usted me dijo que esto no tenía nada que ver con El-que-no-debe-ser-nombrado, ¿recuerda? Bueno...

—Era una pista, señor —dijo Dobby, con los ojos muy abiertos, como si resultara obvio—. Dobby le daba una pista. Antes de que cambiara de nombre, el Señor Tenebroso podía ser nombrado tranquilamente, ¿se da cuenta?

—Bien —dijo Harry con voz débil—. Será mejor que me vaya. Hay un banquete, y mi amiga Hermione ya estará recobrada...

Dobby le echó los brazos a Harry en la cintura y lo abrazó con fuerza.

—¡Harry Potter es mucho más grande de lo que Dobby suponía! —sollozó—. ¡Adiós, Harry Potter!

Y dando un sonoro chasquido, Dobby desapareció.

Harry había estado presente en varios banquetes de Hogwarts, pero en ninguno como aquél. Todos iban en pijama, y la celebración duró toda la noche. Harry no sabía si lo mejor había sido cuando Hermione corrió hacia él gritando: «¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido!»; o cuando Justin se levantó de la mesa de Hufflepuff y se le acercó veloz para estrecharle la mano y disculparse infinitamente por haber sospechado de él; o cuando Hagrid llegó, a las tres y media, y dio a Harry y a Ron unas palmadas tan fuertes en los hombros que los tiró contra el postre; o cuando dieron a Gryffindor los cuatrocientos puntos ganados por él y Ron, con lo que se aseguraron la copa de las casas por segundo año consecutivo; o cuando la profesora McGonagall se levantó

para anunciar que el colegio, como obsequio a los alumnos, había decidido prescindir de los exámenes («¡Oh, no!», exclamó Hermione); o cuando Dumbledore anunció que, por desgracia, el profesor Lockhart no podría volver el curso siguiente, debido a que tenía que ingresar en un sanatorio para recuperar la memoria. Algunos de los profesores se unieron al grito de júbilo con el que los alumnos recibieron estas noticias.

—¡Qué pena! —dijo Ron, cogiendo una rosquilla rellena de mermelada—. Estaba empezando a caerme bien.

El resto del último trimestre transcurrió bajo un sol radiante y abrasador. Hogwarts había vuelto a la normalidad, con sólo unas pequeñas diferencias: las clases de Defensa Contra las Artes Oscuras se habían suspendido («pero hemos hecho muchas prácticas», dijo Ron a una contrariada Hermione) y Lucius Malfoy había sido expulsado del consejo escolar. Draco ya no se pavoneaba por el colegio como si fuera el dueño. Por el contrario, parecía resentido y enfurruñado. Y Ginny Weasley volvía a ser completamente feliz.

Muy pronto llegó el momento de volver a casa en el expreso de Hogwarts. Harry, Ron, Hermione, Fred, George y Ginny tuvieron todo un compartimento para ellos. Aprovecharon al máximo las últimas horas en que les estaba permitido hacer magia antes de que comenzaran las vacaciones. Jugaron al *snap explosivo*, encendieron las últimas bengalas del doctor Filibuster de George y Fred, y jugaron a desarmarse unos a otros mediante la magia. Harry estaba adquiriendo en esto gran habilidad.

Estaban llegando a Kings Cross cuando Harry recordó algo.

—Ginny.., ¿qué es lo que le viste hacer a Percy, que no quería que se lo dijeras a nadie?

—¡Ah, eso! —dijo Ginny con una risita—. Bueno, es que Percy tiene novia.

A Fred se le cayeron los libros que llevaba en el brazo.

—¿Qué?

—Es esa prefecta de Ravenclaw, Penélope Clearwater —dijo Ginny—. Es a ella a quien estuvo escribiendo todo el verano pasado. Se han estado viendo en secreto por todo el colegio. Un día los descubrí besándose en un aula vacía. Le afectó mucho cuando ella fue..., ya sabéis..., atacada. No os reiréis de él, ¿verdad? —añadió.

—Ni se me pasaría por la cabeza —dijo Fred, que ponía una cara como si faltase muy poco para su cumpleaños.

—Por supuesto que no —corroboró George con una risita.

El expreso de Hogwarts aminoró la marcha y al final se detuvo.

Harry sacó la pluma y un trozo de pergamino y se volvió a Ron y Hermione.

—Esto es lo que se llama un número de teléfono —dijo Harry, escribiéndolo dos veces y partiendo el pergamino en dos para darles un número a cada uno—. Tu padre ya sabe cómo se usa el teléfono, porque el verano pasado se lo expliqué. Llamadme a casa de los Dursley, ¿vale? No podría aguantar otros dos meses sin hablar con nadie más que con Dudley...

—Pero tus tíos estarán muy orgullosos de ti, ¿no? —dijo Hermione cuando salían del tren y se metían entre la multitud que iba en tropel hacia la barrera encantada—. ¿Y cuando se enteren de lo que has hecho este curso?

—¿Orgullosos? —dijo Harry—. ¿Estás loca? ¿Con todas las oportunidades que tuve de morir, y no lo logré? Estarán furiosos...

Y juntos atravesaron la verja hacia el mundo *muggle*.

HARRY POTTER Y EL PRISIONERO DE AZKABAN

J.K. ROWLING

Por la cicatriz que lleva en la frente, sabemos que Harry Potter no es un niño como los demás, sino el héroe que venció a lord Voldemort, el mago más temible y maligno de todos los tiempos y culpable de la muerte de los padres de Harry. Desde entonces, Harry no tiene más remedio que vivir con sus pesados tíos y su insoportable primo Dudley, todos ellos *muggles*, o sea, personas no magas, que desprecian a su sobrino debido a sus poderes.

Igual que en las dos primeras partes de la serie —*La piedra filosofal* y *La cámara secreta*— Harry aguarda con impaciencia el inicio del tercer curso en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. Tras haber cumplido los trece años, solo y lejos de sus amigos de Hogwarts, Harry se pelea con su bigotuda tía Marge, a la que convierte en globo, y debe huir en un autobús mágico. Mientras tanto, de la prisión de Azkaban se ha escapado un terrible villano, Sirius Black, un asesino en serie con poderes mágicos que fue cómplice de lord Voldemort y que parece dispuesto a eliminar a Harry del mapa. Y por si esto fuera poco, Harry deberá enfrentarse también a unos terribles monstruos, los *dementores*, seres abominables capaces de robarles la felicidad a los magos y de borrar todo recuerdo hermoso de aquellos que osan mirarlos. Lo que ninguno de estos malvados personajes sabe es que Harry, con la ayuda de sus fieles amigos Ron y Hermione, es capaz de todo y mucho más.

Título original: *Harry Potter and the Prisoner of Azkaban*

Traducción: Adolfo Muñoz García y Nieves Martín Azofra

Copyright © J.K. Rowling, 1999
Copyright © Emecé Editores, 2000

Emecé Editores España, S.A.
Mallorca, 237 - 08008 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

ISBN: 84-7888-519-6
Depósito legal: B-36.732-2000

1ª edición, abril de 2000
5ª edición, agosto de 2000
Printed in Spain

Impresión: Domingraf, S.L. Impressors
Pol. Ind. Can Magarola, Pasaje Autopista, Nave 12
08100 Mollet del Vallés

A Jill Prewett y Aine Kiely,
madrinas de Swing.

1

Lechuzas mensajeras

Harry Potter era, en muchos sentidos, un muchacho diferente. Por un lado, las vacaciones de verano le gustaban menos que cualquier otra época del año; y por otro, deseaba de verdad hacer los deberes, pero tenía que hacerlos a escondidas, muy entrada la noche. Y además, Harry Potter era un mago.

Era casi medianoche y estaba tumbado en la cama, boca abajo, tapado con las mantas hasta la cabeza, como en una tienda de campaña. En una mano tenía la linterna y, abierto sobre la almohada, había un libro grande, encuadernado en piel (*Historia de la Magia*, de Adalbert Waffling). Harry recorría la página con la punta de su pluma de águila, con el entrecejo fruncido, buscando algo que le sirviera para su redacción sobre «La inutilidad de la quema de brujas en el siglo XIV».

La pluma se detuvo en la parte superior de un párrafo que podía serle útil. Harry se subió las gafas redondas, acercó la linterna al libro y leyó:

> *En la Edad Media, los no magos (comúnmente denominados* muggles*) sentían hacia la magia un especial temor, pero no eran muy duchos en reconocerla. En las raras ocasiones en que capturaban a un auténtico brujo o bruja, la quema carecía en absoluto de efecto. La bruja o el brujo realizaba un sencillo encantamiento para enfriar las llamas y luego fingía que se retorcía de dolor mientras disfrutaba del suave cosquilleo. A Wendelin la Hechicera le gustaba tanto ser quemada que se dejó capturar no menos de cuarenta y siete veces con distintos aspectos.*

Harry se puso la pluma entre los dientes y buscó bajo la almohada el tintero y un rollo de pergamino. Lentamente y con mucho cuidado, destapó el tintero, mojó la pluma y comenzó a escribir, deteniéndose a escuchar de vez en cuando, porque si alguno de los Dursley, al pasar hacia el baño, oía el rasgar de la pluma, lo más probable era que lo encerraran bajo llave hasta el final del verano en el armario que había debajo de las escaleras.

La familia Dursley, que vivía en el número 4 de Privet Drive, era el motivo de que Harry no pudiera tener nunca vacaciones de verano. Tío Vernon, tía Petunia y su hijo Dudley eran los únicos parientes vivos que tenía Harry. Eran muggles, y su actitud hacia la magia era muy medieval. En casa de los Dursley

nunca se mencionaba a los difuntos padres de Harry; que habían sido brujos. Durante años, tía Petunia y tío Vernon habían albergado la esperanza de extirpar lo que Harry tenía de mago, teniéndolo bien sujeto. Les irritaba no haberlo logrado y vivían con el temor de que alguien pudiera descubrir que Harry había pasado la mayor parte de los últimos dos años en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. Lo único que podían hacer los Dursley aquellos días era guardar bajo llave los libros de hechizos, la varita mágica, el caldero y la escoba al inicio de las vacaciones de verano, y prohibirle que hablara con los vecinos.

Para Harry había representado un grave problema que le quitaran los libros, porque los profesores de Hogwarts le habían puesto muchos deberes para el verano. Uno de los trabajos menos agradables, sobre pociones para encoger; era para el profesor menos estimado por Harry, Snape, que estaría encantado de tener una excusa para castigar a Harry durante un mes. Así que, durante la primera semana de vacaciones, Harry aprovechó la oportunidad: mientras tío Vernon, tía Petunia y Dudley estaban en el jardín admirando el nuevo coche de la empresa de tío Vernon (en voz muy alta, para que el vecindario se enterara), Harry fue a la planta baja, forzó la cerradura del armario de debajo de las escaleras, cogió algunos libros y los escondió en su habitación. Mientras no dejara manchas de tinta en las sábanas, los Dursley no tendrían por qué enterarse de que aprovechaba las noches para estudiar magia.

Harry no quería problemas con sus tíos y menos en aquellos momentos, porque estaban enfadados con él, y todo porque cuando llevaba una semana de vacaciones había recibido una llamada telefónica de un compañero mago.

Ron Weasley, que era uno de los mejores amigos que Harry tenía en Hogwarts, procedía de una familia de magos. Esto significaba que sabía muchas cosas que Harry ignoraba, pero nunca había utilizado el teléfono.

Por desgracia, fue tío Vernon quien respondió:

—¿Diga?

Harry, que estaba en ese momento en la habitación, se quedó de piedra al oír que era Ron quien respondía.

—¿HOLA? ¿HOLA? ¿ME OYE? ¡QUISIERA HABLAR CON HARRY POTTER!

Ron daba tales gritos que tío Vernon dio un salto y alejó el teléfono de su oído por lo menos medio metro, mirándolo con furia y sorpresa.

—¿QUIÉN ES? —voceó en dirección al auricular—. ¿QUIÉN ES?

—¡RON WEASLEY! —gritó Ron a su vez, como si el tío Vernon y él estuvieran comunicándose desde los extremos de un campo de fútbol—. SOY UN AMIGO DE HARRY, DEL COLEGIO.

Los minúsculos ojos de tío Vernon se volvieron hacia Harry; que estaba

inmovilizado.

—¡AQUÍ NO VIVE NINGÚN HARRY POTTER! —gritó tío Vernon, manteniendo el brazo estirado, como si temiera que el teléfono pudiera estallar—. ¡NO SÉ DE QUÉ COLEGIO ME HABLA! ¡NO VUELVA A LLAMAR AQUÍ! ¡NO SE ACERQUE A MI FAMILIA!

Colgó el teléfono como quien se desprende de una araña venenosa.

La bronca que siguió fue una de las peores que le habían echado.

—¡CÓMO TE ATREVES A DARLE ESTE NÚMERO A GENTE COMO... COMO TÚ! —le gritó tío Vernon, salpicándolo de saliva.

Ron, obviamente, comprendió que había puesto a Harry en un apuro, porque no volvió a llamar. La mejor amiga de Harry en Hogwarts, Hermione Granger, tampoco lo llamó. Harry se imaginaba que Ron le había dicho a Hermione que no lo llamara, lo cual era una pena, porque los padres de Hermione, la bruja más inteligente de la clase de Harry, eran muggles, y ella sabía muy bien cómo utilizar el teléfono, y probablemente habría tenido tacto suficiente para no revelar que estudiaba en Hogwarts.

De manera que Harry había permanecido cinco largas semanas sin tener noticia de sus amigos magos, y aquel verano estaba resultando casi tan desagradable como el anterior. Sólo había una pequeña mejora: después de jurar que no la usaría para enviar mensajes a ninguno de sus amigos, a Harry le habían permitido sacar de la jaula por las noches a su lechuza *Hedwig*. Tío Vernon había transigido debido al escándalo que armaba *Hedwig* cuando permanecía todo el tiempo encerrada.

Harry terminó de escribir sobre Wendelin la Hechicera e hizo una pausa para volver a escuchar. Sólo los ronquidos lejanos y ruidosos de su enorme primo Dudley rompían el silencio de la casa. Debía de ser muy tarde. A Harry le picaban los ojos de cansancio. Sería mejor terminar la redacción la noche siguiente...

Tapó el tintero, sacó una funda de almohada de debajo de la cama, metió dentro la linterna, la *Historia de la Magia*, la redacción, la pluma y el tintero, se levantó y lo escondió todo debajo de la cama, bajo una tabla del entarimado que estaba suelta. Se puso de pie, se estiró y miró la hora en la esfera luminosa del despertador de la mesilla de noche.

Era la una de la mañana. Harry se sobresaltó: hacía una hora que había cumplido trece años y no se había dado cuenta.

Harry aún era un muchacho diferente en otro aspecto: en el escaso entusiasmo con que aguardaba sus cumpleaños. Nunca había recibido una tarjeta de felicitación. Los Dursley habían pasado por alto sus dos últimos cumpleaños y no tenía ningún motivo para suponer que fueran a acordarse del siguiente.

Harry atravesó a oscuras la habitación, pasando junto a la gran jaula vacía

de *Hedwig*, y llegó hasta la ventana, que estaba abierta. Se apoyó en el alféizar y notó con agrado en la cara, después del largo rato pasado bajo las mantas, el frescor de la noche. Hacía dos noches que *Hedwig* se había ido. Harry no estaba preocupado por ella (en otras ocasiones se había ausentado durante períodos equivalentes), pero esperaba que no tardara en volver. Era el único ser vivo en aquella casa que no se asustaba al verlo.

Aunque Harry seguía siendo demasiado pequeño y esmirriado para su edad, había crecido varios centímetros durante el último año. Sin embargo, su cabello negro azabache seguía como siempre: sin dejarse peinar. No importaba lo que hiciera con él, el pelo no se sometía. Tras las gafas tenía unos ojos verdes brillantes, y sobre la frente, claramente visible entre el pelo, una cicatriz alargada en forma de rayo.

Aquella cicatriz era la más extraordinaria de todas las características inusuales de Harry. No era, como le habían hecho creer los Dursley durante diez años, una huella del accidente de automóvil que había acabado con la vida de los padres de Harry, porque Lily y James Potter no habían muerto en un accidente de tráfico, sino asesinados. Asesinados por el mago tenebroso más temido de los últimos cien años: lord Voldemort. Harry había sobrevivido a aquel ataque sin otra secuela que la cicatriz de la frente cuando el hechizo de Voldemort, en vez de matarlo, había rebotado contra su agresor. Medio muerto, Voldemort había huido...

Pero Harry había tenido que vérselas con él desde el momento en que llegó a Hogwarts. Al recordar junto a la ventana su último encuentro, Harry pensó que si había cumplido los trece años era porque tenía mucha suerte.

Miró el cielo estrellado, por si veía a *Hedwig*, que quizá regresara con un ratón muerto en el pico, esperando sus elogios. Harry miraba distraído por encima de los tejados y pasaron algunos segundos hasta que comprendió lo que veía.

Perfilada contra la luna dorada y creciendo a cada instante se veía una figura de forma extrañamente irregular que se dirigía hacia Harry batiendo las alas. Se quedó quieto viéndola descender. Durante una fracción de segundo, Harry no supo, con la mano en la falleba, si cerrar la ventana de golpe. Pero entonces la extraña criatura revoloteó sobre una farola de Privet Drive, y Harry, dándose cuenta de lo que era, se hizo a un lado.

Tres lechuzas penetraron por la ventana, dos sosteniendo a otra que parecía inconsciente. Aterrizaron suavemente sobre la cama de Harry, y la lechuza que iba en medio, y que era grande y gris, cayó y quedó allí inmóvil. Llevaba un paquete atado a las patas.

Harry reconoció enseguida a la lechuza inconsciente. Se llamaba *Errol* y pertenecía a la familia Weasley Harry se lanzó inmediatamente sobre la cama, desató los cordeles de las patas de *Errol*, cogió el paquete y depositó a *Errol* en la jaula de *Hedwig*. *Errol* abrió un ojo empañado, ululó débilmente en señal de agradecimiento y comenzó a beber agua a tragos.

Harry volvió al lugar en que descansaban las otras lechuzas. Una de ellas (una hembra grande y blanca como la nieve) era su propia *Hedwig*. También llevaba un paquete y parecía muy satisfecha de sí misma. Dio a Harry un picotazo cariñoso cuando le quitó la carga, y luego atravesó la habitación volando para reunirse con *Errol*. Harry no reconoció a la tercera lechuza, que era muy bonita y de color pardo rojizo, pero supo enseguida de dónde venía, porque además del correspondiente paquete portaba un mensaje con el emblema de Hogwarts. Cuando Harry le cogió la carta a esta lechuza, ella erizó las plumas orgullosamente, estiró las alas y emprendió el vuelo atravesando la ventana e internándose en la noche.

Harry se sentó en la cama, cogió el paquete de *Errol*, rasgó el papel marrón y descubrió un regalo envuelto en papel dorado y la primera tarjeta de cumpleaños de su vida. Abrió el sobre con dedos ligeramente temblorosos. Cayeron dos trozos de papel: una carta y un recorte de periódico.

Supo que el recorte de periódico pertenecía al diario del mundo mágico *El Profeta* porque la gente de la fotografía en blanco y negro se movía. Harry recogió el recorte, lo alisó y leyó:

FUNCIONARIO DEL MINISTERIO DE MAGIA

RECIBE EL GRAN PREMIO

Arthur Weasley, director del Departamento Contra el Uso Incorrecto de los Objetos Muggles, ha ganado el gran premio anual Galleon Draw que entrega el diario El Profeta**.**

El señor Weasley, radiante de alegría, declaró a El Profeta: *«Gastaremos el dinero en unas vacaciones estivales en Egipto, donde trabaja Bill, nuestro hijo mayor, deshaciendo hechizos para el banco mágico Gringotts.»*

La familia Weasley pasará un mes en Egipto, y regresará para el comienzo del nuevo curso escolar de Hogwarts, donde estudian actualmente cinco hijos del matrimonio Weasley.

Observó la fotografía en movimiento, y una sonrisa se le dibujó en la cara al ver a los nueve Weasley ante una enorme pirámide, saludándolo con la mano. La pequeña y rechoncha señora Weasley, el alto y calvo señor Weasley, los seis hijos y la hija tenían (aunque la fotografía en blanco y negro no lo mostrara) el pelo de un rojo intenso. Justo en el centro de la foto aparecía Ron, alto y larguirucho, con su rata *Scabbers* sobre el hombro y con el brazo alrededor de Ginny, su hermana pequeña.

Harry no sabía de nadie que mereciera un premio más que los Weasley,

que eran muy buenos y pobres de solemnidad. Cogió la carta de Ron y la desdobló.

Querido Harry:

¡Feliz cumpleaños!

Siento mucho lo de la llamada de teléfono. Espero que los muggles no te dieran un mal rato. Se lo he dicho a mi padre y él opina que no debería haber gritado.

Egipto es estupendo. Bill nos ha llevado a ver todas las tumbas, y no te creerías las maldiciones que los antiguos brujos egipcios ponían en ellas. Mi madre no dejó que Ginny entrara en la última. Estaba llena de esqueletos mutantes de muggles que habían profanado la tumba y tenían varias cabezas y cosas así.

Cuando mi padre ganó el premio de El Profeta *no me lo podía creer. ¡Setecientos galeones! La mayor parte se nos ha ido en estas vacaciones, pero me van a comprar otra varita mágica para el próximo curso.*

Harry recordaba muy bien cómo se le había roto a Ron su vieja varita mágica. Fue cuando el coche en que los dos habían ido volando a Hogwarts chocó contra un árbol del parque del colegio.

Regresaremos más o menos una semana antes de que comience el curso. Iremos a Londres a comprar la varita mágica y los nuevos libros. ¿Podríamos vernos allí?

¡No dejes que los muggles te depriman!

Intenta venir a Londres.

Ron

Posdata: Percy ha ganado el Premio Anual. Recibió la notificación la semana pasada.

Harry volvió a mirar la foto. Percy, que estaba en el séptimo y último curso de Hogwarts, parecía especialmente orgulloso. Se había colocado la medalla del Premio Anual en el fez que llevaba graciosamente sobre su pelo repeinado.

Las gafas de montura de asta reflejaban el sol egipcio.

Luego Harry cogió el regalo y lo desenvolvió. Parecía una diminuta peonza de cristal. Debajo había otra nota de

Ron:

Harry:

Esto es un chivatoscopio *de bolsillo. Si hay alguien cerca que no sea de fiar, en teoría tiene que dar vueltas y encenderse. Bill dice que no es más que una engañifa para turistas magos, y que no funciona, porque la noche pasada estuvo toda la cena sin parar. Claro que él no sabía que Fred y George le habían echado escarabajos en la sopa.*

Hasta pronto,

Ron

Harry puso el chivatoscopio de bolsillo sobre la mesita de noche, donde permaneció inmóvil, en equilibrio sobre la punta, reflejando las manecillas luminosas del reloj. Lo contempló durante unos segundos, satisfecho, y luego cogió el paquete que había llevado *Hedwig*.

También contenía un regalo envuelto en papel, una tarjeta y una carta, esta vez de Hermione:

Querido Harry:

Ron me escribió y me contó lo de su conversación telefónica con tu tío Vernon. Espero que estés bien.

En estos momentos estoy en Francia de vacaciones y no sabía cómo enviarte esto (¿y si lo abrían en la aduana?), ¡pero entonces apareció Hedwig*! Creo que quería asegurarse de que, para variar, recibías un regalo de cumpleaños. El regalo te lo he comprado por catálogo vía lechuza. Había un anuncio en* El Profeta *(me he suscrito, hay que estar al tanto de lo que ocurre en el mundo mágico). ¿Has visto la foto que salió de Ron y su familia hace una semana? Apuesto a que está aprendiendo montones de cosas, me muero de envidia... los brujos del antiguo Egipto eran fascinantes.*

Aquí también tienen un interesante pasado en cuestión de brujería. He tenido que reescribir completa la redacción sobre Historia de la Magia para poder incluir algunas cosas que he averiguado. Espero que no resulte excesivamente larga: comprende dos pergaminos

más de los que había pedido el profesor Binns.

Ron dice que irá a Londres la última semana de vacaciones. ¿Podrías ir tú también? ¿Te dejarán tus tíos? Espero que sí. Si no, nos veremos en el expreso de Hogwarts el 1 de septiembre.

Besos de

Hermione

Posdata: Ron me ha dicho que Percy ha recibido el Premio Anual. Me imagino que Percy estará en una nube. A Ron no parece que le haga mucha gracia.

Harry volvió a sonreír mientras dejaba a un lado la carta de Hermione y cogía el regalo. Pesaba mucho. Conociendo a Hermione, estaba convencido de que sería un gran libro lleno de difíciles embrujos, pero no. El corazón le dio un vuelco cuando quitó el papel y vio un estuche de cuero negro con unas palabras estampadas en plata: EQUIPO DE MANTENIMIENTO DE ESCOBAS VOLADORAS.

—¡Ostras, Hermione! —murmuró Harry, abriendo el estuche para echar un vistazo.

Contenía un tarro grande de abrillantador de palo de escoba marca Fleetwood, unas tijeras especiales de plata para recortar las ramitas, una pequeña brújula de latón para los viajes largos en escoba y un *Manual de mantenimiento de la escoba voladora*.

Después de sus amigos, lo que Harry más apreciaba de Hogwarts era el *quidditch*, el deporte que contaba con más seguidores en el mundo mágico. Era muy peligroso, muy emocionante, y los jugadores iban montados en escoba. Harry era muy bueno jugando al quidditch. Era el jugador más joven de Hogwarts de los últimos cien años. Uno de sus trofeos más estimados era la escoba de carreras Nimbus 2.000.

Harry dejó a un lado el estuche y cogió el último paquete. Reconoció de inmediato los garabatos que había en el papel marrón: aquel paquete lo había enviado Hagrid, el guardabosques de Hogwarts. Desprendió la capa superior de papel y vislumbró una cosa verde y como de piel, pero antes de que pudiera desenvolverlo del todo, el paquete tembló y lo que estaba dentro emitió un ruido fuerte, como de fauces que se cierran.

Harry se estremeció. Sabía que Hagrid no le enviaría nunca nada peligroso a propósito, pero es que las ideas de Hagrid sobre lo que podía resultar peligroso no eran muy normales: Hagrid tenía amistad con arañas gigantes; había comprado en las tabernas feroces perros de tres cabezas; y había escondido en su cabaña huevos de dragón (lo cual estaba prohibido).

Harry tocó el paquete con el dedo, con temor. Volvió a hacer el mismo ruido de cerrar de fauces. Harry cogió la lámpara de la mesita de noche, la sujetó firmemente con una mano y la levantó por encima de su cabeza, preparado para atizar un golpe. Entonces cogió con la otra mano lo que quedaba del envoltorio y tiró de él.

Cayó un libro. Harry sólo tuvo tiempo de ver su elegante cubierta verde, con el título estampado en letras doradas, *El monstruoso libro de los monstruos*, antes de que el libro se levantara sobre el lomo y escapara por la cama como si fuera un extraño cangrejo.

—Oh... ah —susurró Harry.

Cayó de la cama produciendo un golpe seco y recorrió con rapidez la habitación, arrastrando las hojas. Harry lo persiguió procurando no hacer ruido. Se había escondido en el oscuro espacio que había debajo de su mesa. Rezando para que los Dursley estuvieran aún profundamente dormidos, Harry se puso a cuatro patas y se acercó a él.

—¡Ay!

El libro se cerró atrapándole la mano y huyó batiendo las hojas, apoyándose aún en las cubiertas. Harry gateó, se echó hacia delante y logró aplastarlo. Tío Vernon emitió un sonoro ronquido en el dormitorio contiguo.

Hedwig y *Errol* lo observaban con interés mientras Harry sujetaba el libro fuertemente entre sus brazos, se iba a toda prisa hacia los cajones del armario y sacaba un cinturón para atarlo. El libro monstruoso tembló de ira, pero ya no podía abrirse ni cerrarse, así que Harry lo dejó sobre la cama y cogió la carta de Hagrid.

Querido Harry:

¡Feliz cumpleaños!

He pensado que esto te podría resultar útil para el próximo curso. De momento no te digo nada más. Te lo diré cuando nos veamos.

Espero que los muggles te estén tratando bien.

Con mis mejores deseos,

Hagrid

A Harry le dio mala espina que Hagrid pensara que podía serle útil un libro que mordía, pero dejó la tarjeta de Hagrid junto a las de Ron y Hermione, sonriendo con más ganas que nunca. Ya sólo le quedaba la carta de Hogwarts.

Percatándose de que era más gruesa de lo normal, Harry rasgó el sobre, extrajo la primera página de pergamino y leyó:

Estimado señor Potter:

Le rogamos que no olvide que el próximo curso dará comienzo el 1 de septiembre. El expreso de Hogwarts partirá a las once en punto de la mañana de la estación de King's Cross, anden nueve y tres cuartos.

A los alumnos de tercer curso se les permite visitar determinados fines de semana el pueblo de Hogsmeade. Le rogamos que entregue a sus padres o tutores el documento de autorización adjunto para que lo firmen.

También se adjunta la lista de libros del próximo curso.

Atentamente,

Profesora M. McGonagall

Subdirectora

Harry extrajo la autorización para visitar el pueblo de Hogsmeade, y la examinó, ya sin sonreír. Sería estupendo visitar Hogsmeade los fines de semana; sabía que era un pueblo enteramente dedicado a la magia y nunca había puesto en él los pies. Pero ¿cómo demonios iba a convencer a sus tíos de que le firmaran la autorización?

Miró el despertador. Eran las dos de la mañana.

Decidió pensar en ello al día siguiente, se metió en la cama y se estiró para tachar otro día en el calendario que se había hecho para ir descontando los días que le quedaban para regresar a Hogwarts. Se quitó las gafas y se acostó para contemplar las tres tarjetas de cumpleaños.

Aunque era un muchacho diferente en muchos aspectos, en aquel momento Harry Potter se sintió como cualquier otro:

contento, por primera vez en su vida, de que fuera su cumpleaños.

2

El error de tía Marge

Cuando Harry bajó a desayunar a la mañana siguiente, se encontró a los tres Dursley ya sentados a la mesa de la cocina. Veían la televisión en un aparato nuevo, un regalo que le habían hecho a Dudley al volver a casa después de terminar el curso, porque se había quejado a gritos del largo camino que tenía que recorrer desde el frigorífico a la tele de la salita. Dudley se había pasado la mayor parte del verano en la cocina, con los ojos de cerdito fijos en la pantalla y sus cinco papadas temblando mientras engullía sin parar.

Harry se sentó entre Dudley y tío Vernon, un hombre corpulento, robusto, que tenía el cuello corto y un enorme bigote. Lejos de desearle a Harry un feliz cumpleaños, ninguno de los Dursley dio muestra alguna de haberse percatado de que Harry acababa de entrar en la cocina, pero él estaba demasiado acostumbrado para ofenderse. Se sirvió una tostada y miró al presentador de televisión, que informaba sobre un recluso fugado.

«Tenemos que advertir a los telespectadores de que Black va armado y es muy peligroso. Se ha puesto a disposición del público un teléfono con línea directa para que cualquiera que lo vea pueda denunciarlo.»

—No hace falta que nos digan que no es un buen tipo —resopló tío Vernon echando un vistazo al fugitivo por encima del periódico—. ¡Fijaos qué pinta, vago asqueroso! ¡Fijaos qué pelo!

Lanzó una mirada de asco hacia donde estaba Harry, cuyo pelo desordenado había sido motivo de muchos enfados de tío Vernon. Sin embargo, comparado con el hombre de la televisión, cuya cara demacrada aparecía circundada por una revuelta cabellera que le llegaba hasta los codos, Harry parecía muy bien arreglado.

Volvió a aparecer el presentador.

«El ministro de Agricultura y Pesca anunciará hoy

—¡Un momento! —ladró tío Vernon, mirando furioso a] presentador—. ¡No nos has dicho de dónde se ha escapado ese enfermo! ¿Qué podemos hacer? ¡Ese lunático podría estar acercándose ahora mismo por la calle!

Tía Petunia, que era huesuda y tenía cara de caballo, se dio la vuelta y escudriñó atentamente por la ventana de la cocina. Harry sabía que a tía Petunia le habría encantado llamar a aquel teléfono directo. Era la mujer más entrometida del mundo, y pasaba la mayor parte del tiempo espiando a sus vecinos, que eran aburridísimos y muy respetuosos con las normas.

—¡Cuándo aprenderán —dijo tío Vernon, golpeando la mesa con su puño

grande y amoratado— que la horca es la única manera de tratar a esa gente!

—Muy cierto —dijo tía Petunia, que seguía espiando las judías verdes del vecino.

Tío Vernon apuró la taza de té, miró el reloj y añadió:

—Tengo que marcharme. El tren de Marge llega a las diez.

Harry, cuya cabeza seguía en la habitación con el equipo de mantenimiento de escobas voladoras, volvió de golpe a la realidad.

—¿Tía Marge? —barbotó—. No... no vendrá aquí, ¿verdad?

Tía Marge era la hermana de tío Vernon. Aunque no era pariente consanguíneo de Harry (cuya madre era hermana de tía Petunia), desde siempre lo habían obligado a llamarla «tía». Tía Marge vivía en el campo, en una casa con un gran jardín donde criaba bulldogs. No iba con frecuencia a Privet Drive porque no soportaba estar lejos de sus queridos perros, pero sus visitas habían quedado vívidamente grabadas en la mente de Harry.

En la fiesta que celebró Dudley al cumplir cinco años, tía Marge golpeó a Harry en las espinillas con el bastón para impedir que ganara a Dudley en el juego de las estatuas musicales. Unos años después, por Navidad, apareció con un robot automático para Dudley y una caja de galletas de perro para Harry. En su última visita, el año anterior a su ingreso en Hogwarts, Harry le había pisado una pata sin querer a su perro favorito. *Ripper* persiguió a Harry, obligándole a salir al jardín y a subirse a un árbol, y tía Marge no había querido llamar al perro hasta pasada la medianoche. El recuerdo de aquel incidente todavía hacía llorar a Dudley de la risa.

—Marge pasará aquí una semana —gruñó tío Vernon—. Y ya que hablamos de esto —y señaló a Harry con un dedo amenazador—, quiero dejar claras algunas cosas antes de ir a recogerla.

Dudley sonrió y apartó la vista de la tele. Su entretenimiento favorito era contemplar a Harry cuando tío Vernon lo reprendía.

—Primero —gruñó tío Vernon—, usarás un lenguaje educado cuando te dirijas a tía Marge.

—De acuerdo —contestó Harry con resentimiento—, si ella lo usa también conmigo.

—Segundo —prosiguió el tío Vernon, como si no hubiera oído la puntualización de Harry—: como Marge no sabe nada de tu anormalidad, no quiero ninguna exhibición extraña mientras esté aquí. Compórtate, ¿entendido?

—Me comportaré si ella se comporta —contestó Harry apretando los dientes.

—Y tercero —siguió tío Vernon, casi cerrando los ojos pequeños y

mezquinos, en medio de su rostro colorado—: le hemos dicho a Marge que acudes al Centro de Seguridad San Bruto para Delincuentes Juveniles Incurables.

—¿Qué? —gritó Harry.

—Y eso es lo que dirás tú también, si no quieres tener problemas —soltó tío Vernon.

Harry permaneció sentado en su sitio, con la cara blanca de ira, mirando a tío Vernon, casi incapaz de creer lo que oía. Que tía Marge se presentase para pasar toda una semana era el peor regalo de cumpleaños que los Dursley le habían hecho nunca, incluido el par de calcetines viejos de tío Vernon.

—Bueno, Petunia —dijo tío Vernon, levantándose con dificultad—, me marcho a la estación. ¿Quieres venir; Dudders?

—No —respondió Dudley, que había vuelto a fijarse en la tele en cuanto tío Vernon acabó de reprender a Harry

—Duddy tiene que ponerse elegante para recibir a su tía —dijo tía Petunia alisando el espeso pelo rubio de Dudley—. Mamá le ha comprado una preciosa pajarita nueva.

Tío Vernon dio a Dudley una palmadita en su hombro porcino.

—Vuelvo enseguida —dijo, y salió de la cocina. Harry, que había quedado en una especie de trance causado por el terror; tuvo de repente una idea. Dejó la tostada, se puso de pie rápidamente y siguió a tío Vernon hasta la puerta.

Tío Vernon se ponía la chaqueta que usaba para conducir:

—No te voy a llevar —gruñó, volviéndose hacia Harry; que lo estaba mirando.

—Como si yo quisiera ir —repuso Harry—. Quiero pedirte algo. —Tío Vernon lo miró con suspicacia—. A los de tercero, en Hog... en mi colegio, a veces los dejan ir al pueblo.

—¿Y qué? —le soltó tío Vernon, cogiendo las llaves de un gancho que había junto a la puerta.

—Necesito que me firmes la autorización —dijo Harry apresuradamente.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó tío Vernon con desdén.

—Bueno —repuso Harry, eligiendo cuidadosamente las palabras—, será difícil simular ante tía Marge que voy a ese Centro... ¿cómo se llamaba?

—¡Centro de Seguridad San Bruto para Delincuentes Juveniles Incurables! —bramó tío Vernon.

Y a Harry le encantó percibir una nota de terror en la voz de tío Vernon.

—Ajá —dijo Harry mirando a tío Vernon a la cara, tranquilo—. Es demasiado largo para recordarlo. Tendré que decirlo de manera convincente, ¿no? ¿Qué pasaría si me equivocara?

—Te lo haría recordar a golpes —rugió tío Vernon, abalanzándose contra Harry con el puño en alto. Pero Harry no retrocedió.

—Eso no le hará olvidar a tía Marge lo que yo le haya dicho —dijo Harry en tono serio.

Tío Vernon se detuvo con el puño aún levantado y el rostro desagradablemente amoratado.

—Pero si firmas la autorización, te juro que recordaré el colegio al que se supone que voy, y que actuaré como un mug... como una persona normal, y todo eso.

Harry vio que tío Vernon meditaba lo que le acababa de decir; aunque enseñaba los dientes, y le palpitaba la vena de la sien.

—De acuerdo —atajó de manera brusca—, te vigilaré muy atentamente durante la estancia de Marge. Si al final te has sabido comportar y no has desmentido la historia, firmaré esa cochina autorización.

Dio media vuelta, abrió la puerta de la casa y la cerró con un golpe tan fuerte que se cayó uno de los cristales de arriba.

Harry no volvió a la cocina. Regresó por las escaleras a su habitación. Si tenía que obrar como un auténtico muggle, mejor empezar en aquel momento. Muy despacio y con tristeza, fue recogiendo todos los regalos y tarjetas de cumpleaños y los escondió debajo de la tabla suelta, junto con sus deberes. Se dirigió a la jaula de *Hedwig*. Parecía que *Errol* se había recuperado. *Hedwig* y él estaban dormidos, con la cabeza bajo el ala. Suspiró. Los despertó con un golpecito.

—*Hedwig* —dijo un poco triste—, tendrás que desaparecer una semana. Vete con *Errol*. Ron cuidará de ti. Voy a escribirle una nota para darle una explicación. Y no me mires así.

Hedwig lo miraba con sus grandes ojos ambarinos, con reproche.

—No es culpa mía. No hay otra manera de que me permitan visitar Hogsmeade con Ron y Hermione.

Diez minutos más tarde, *Errol* y *Hedwig* (ésta con una nota para Ron atada a la pata) salieron por la ventana y volaron hasta perderse de vista. Harry, muy triste, cogió la jaula y la escondió en el armario.

Pero no tuvo mucho tiempo para entristecerse. Enseguida tía Petunia le empezó a gritar para que bajara y se preparase para recibir a la invitada.

—¡Péinate bien! —le dijo imperiosamente tía Petunia en cuanto llegó al vestíbulo.

Harry no entendía por qué tenía que aplastarse el pelo contra el cuero cabelludo. A tía Marge le encantaba criticarle, así que cuanto menos se arreglara, más contenta estaría ella.

Oyó crujir la gravilla bajo las ruedas del coche de tío Vernon. Luego, los golpes de las puertas del coche y pasos por el camino del jardín.

—¡Abre la puerta! —susurró tía Petunia a Harry

Harry abrió la puerta con un sentimiento de pesadumbre.

En el umbral de la puerta estaba tía Marge. Se parecía mucho a tío Vernon: era grande, robusta y tenía la cara colorada. Incluso tenía bigote, aunque no tan poblado como el de tío Vernon. En una mano llevaba una maleta enorme; y debajo de la otra se hallaba un perro viejo y con malas pulgas.

—¿Dónde está mi Dudders? —rugió tía Marge—. ¿Dónde está mi sobrinito querido?

Dudley se acercó andando como un pato, con el pelo rubio totalmente pegado al gordo cráneo y una pajarita que apenas se veía debajo de las múltiples papadas. Tía Marge tiró la maleta contra el estómago de Harry (y le cortó la respiración), estrechó a Dudley fuertemente con un solo brazo, y le plantó en la mejilla un beso sonoro.

Harry sabía bien que Dudley soportaba los abrazos de tía Marge sólo porque le pagaba muy bien por ello, y con toda seguridad, al separarse después del abrazo, Dudley encontraría un billete de veinte libras en el interior de su manaza.

—¡Petunia! —gritó tía Marge pasando junto a Harry sin mirarlo, como si fuera un perchero.

Tía Marge y tía Petunia se dieron un beso, o más bien tía Marge golpeó con su prominente mandíbula el huesudo pómulo de tía Petunia.

Entró tío Vernon sonriendo jovialmente mientras cerraba la puerta.

—¿Un té, Marge? —preguntó—. ¿Y qué tomará *Ripper*?

—*Ripper* sorberá el té que se me derrame en el plato —dijo tía Marge mientras entraban todos en tropel en la cocina, dejando a Harry solo en el vestíbulo con la maleta. Pero Harry no lo lamentó; cualquier cosa era mejor que estar con tía Marge. Subió la maleta por las escaleras hasta la habitación de invitados lo más despacio que pudo.

Cuando regresó a la cocina, a tía Marge le habían servido té y pastel de frutas, y *Ripper* lamía té en un rincón, haciendo mucho ruido. Harry notó que tía

Petunia se estremecía al ver a *Ripper* manchando el suelo de té y babas. Tía Petunia odiaba a los anim ales.

—¿Has dejado a alguien al cuidado de los otros perros, Marge? —inquirió tío Vernon.

—El coronel Fubster los cuida —dijo tía Marge con voz de trueno—. Está jubilado. Le viene bien tener algo que hacer. Pero no podría dejar al viejo y pobre *Ripper*. ¡Sufre tanto si no está conmigo...!

Ripper volvió a gruñir cuando se sentó Harry. Tía Marge se fijó en él por primera vez.

—Conque todavía estás por aquí, ¿eh? —bramó.

—Sí —respondió Harry

—No digas sí en ese tono maleducado —gruñó tía Marge—. Demasiado bien te tratan Vernon y Petunia teniéndote aquí con ellos. Yo en su lugar no lo hubiera hecho. Si te hubieran abandonado a la puerta de mi casa te habría enviado directamente al orfanato.

Harry estuvo a punto de decir que hubiera preferido un orfanato a vivir con los Dursley, pero se contuvo al recordar la autorización para ir a Hogsmeade. Se le dibujó en la cara una triste sonrisa.

—¡No pongas esa cara! —rugió tía Marge—. Ya veo que no has mejorado desde la última vez que te vi. Esperaba que el colegio te hubiera enseñado modales. —Tomó un largo sorbo de té, se limpió el bigote y preguntó—: ¿Adónde me has dicho que lo enviáis, Vernon?

—Al colegio San Bruto —dijo con prontitud tío Vernon—. Es una institución de primera categoría para casos desesperados.

—Bien —dijo tía Marge—. ¿Utilizan la vara en San Bruto, chico? —dijo, orientando la boca hacia el otro lado de la mesa.

—Bueeenooo...

Tío Vernon asentía detrás de tía Marge.

—Sí —dijo Harry, y luego, pensando que era mejor hacer las cosas bien, añadió—: sin parar.

—Excelente —dijo tía Marge—. No comprendo esas ñoñerías de no pegar a los que se lo merecen. Una buena paliza es lo que haría falta en el noventa y nueve por ciento de los casos. ¿Te han sacudido con frecuencia?

—Ya lo creo —respondió Harry—, muchísimas veces.

Tía Marge arrugó el entrecejo.

—Sigue sin gustarme tu tono, muchacho. Si puedes hablar tan tranquilamente de los azotes que te dan, es que no te sacuden bastante fuerte. Petunia, yo en tu lugar escribiría. Explica con claridad que con este chico admites la utilización de los métodos más enérgicos.

Tal vez a tío Vernon le preocupara que Harry pudiera olvidar el trato que acababan de hacer; de cualquier forma, cambió abruptamente de tema:

—¿Has oído las noticias esta mañana, Marge? ¿Qué te parece lo de ese preso que ha escapado?

Con tía Marge en casa, Harry empezaba a echar de menos la vida en el número 4 de Privet Drive tal como era antes de su aparición. Tío Vernon y tía Petunia solían preferir que Harry se perdiera de vista, cosa que ponía a Harry la mar de contento. Tía Marge, por el contrario, quería tener a Harry continuamente vigilado, para poder lanzar sugerencias encaminadas a mejorar su comportamiento. A ella le encantaba comparar a Harry con Dudley, y le producía un placer especial entregarle a éste regalos caros mientras fulminaba a Harry con la mirada, como si quisiera que Harry se atreviera a preguntar por qué no le daba nada a él. No dejaba de lanzar indirectas sobre los defectos de Harry.

—No debes culparte por cómo ha salido el chico, Vernon —dijo el tercer día, a la hora de la comida—. Si está podrido por dentro, no hay nada que hacer.

Harry intentaba pensar en la comida, pero le temblaban las manos y el rostro le ardía de ira.

«Tengo que recordar la autorización, tengo que pensar en Hogsmeade, no debo decir nada, no debo levantarme.»

Tía Marge alargó el brazo para coger la copa de vino.

—Es una de las normas básicas de la crianza, se ve claramente en los perros: de tal palo, tal astilla.

En aquel momento estalló la copa de vino que tía Marge tenía en la mano. En todas direcciones salieron volando fragmentos de cristal, y tía Marge parpadeó y farfulló algo. De su cara grande y encarnada caían gotas de vino.

¡Marge! —chilló tía Petunia—. ¡Marge!, ¿te encuentras bien?

—No te preocupes —gruñó tía Marge secándose la cara con la servilleta—. Debo de haber apretado la copa demasiado fuerte. Me pasó lo mismo el otro día, en casa del coronel Fubster. No tiene importancia, Petunia, es que cojo las cosas con demasiada fuerza...

Pero tanto tía Petunia como tío Vernon miraban a Harry suspicazmente, de forma que éste decidió quedarse sin tomar el pudín y levantarse de la mesa lo antes posible.

Se apoyó en la pared del vestíbulo, respirando hondo. Hacía mucho tiempo que no perdía el control de aquella manera, haciendo estallar algo. No podía permitirse que aquello se repitiera. La autorización para ir a Hogsmeade no era lo único que estaba en juego... Si continuaba así, tendría problemas con el Ministerio de Magia.

Harry era todavía un brujo menor de edad y tenía prohibido por la legislación del mundo mágico hacer magia fuera del colegio. Su expediente no estaba completamente limpio. El verano anterior le habían enviado una amonestación oficial en la que se decía claramente que si el Ministerio volvía a tener constancia de que se empleaba la magia en Privet Drive, expulsarían a Harry del colegio.

Oyó a los Dursley levantarse de la mesa y se apresuró a desaparecer escaleras arriba.

Harry soportó los tres días siguientes obligándose a pensar en el *Manual de mantenimiento de la escoba voladora* cada vez que tía Marge se metía con él. El truco funcionó bastante bien, aunque debía de darle aspecto de atontado y tía Marge había empezado a decir que era subnormal.

Por fin llegó la última noche que había de pasar tía Marge en la casa. Tía Petunia preparó una cena por todo lo alto y tío Vernon descorchó varias botellas de vino. Tomaron la sopa y el salmón sin hacer ninguna referencia a los defectos de Harry; durante el pastel de merengue de limón, tío Vernon aburrió a todos con un largo discurso sobre Grunnings, la empresa de taladros para la que trabajaba; luego tía Petunia preparó café y tío Vernon sacó una botella de brandy.

—¿Puedo tentarte, Marge?

Tía Marge había bebido ya bastante vino. Su rostro grande estaba muy colorado.

—Sólo un poquito —dijo con una sonrisita—. Bueno, un poquito más... un poco mas... ya vale.

Dudley se comía su cuarta ración de pastel. Tía Petunia sorbía el café con el dedo meñique estirado. Harry habría querido subir a su habitación, pero tropezó con los ojos pequeños e iracundos de tío Vernon y supo que debía quedarse allí.

—¡Aaah! —dijo tía Marge lamiéndose los labios y dejando la copa vacía en la mesa—. Una comilona estupenda, Petunia. Por las noches me contento con

cualquier frito. Con doce perros que cuidar... —Eructó a sus anchas y se dio una palmada en la voluminosa barriga—. Perdón. Pero me gusta ver a un buen mozo —prosiguió guiñándole el ojo a Dudley—. Serás un hombre de buen tamaño, Dudders, como tu padre. Sí, tomaré una gota más de brandy, Vernon... En cuanto a éste...

Señaló a Harry con la cabeza. El muchacho sintió que se le encogía el estómago.

«El manual», pensó con rapidez.

—Éste no tiene buena planta, ha salido pequeñajo. Pasa también con los perros. El año pasado tuve que pedirle al coronel Fubster que asfixiara a uno, porque era raquítico. Débil. De mala raza.

Harry intentó recordar la página 12 de su libro: «Encantamiento para los que van al revés.»

—Como decía el otro día, todo se hereda. La mala sangre prevalece. No digo nada contra tu familia, Petunia. —Con su mano de pala dio una palmadita sobre la mano huesuda de tía Petunia—. Pero tu hermana era la oveja negra. Siempre hay alguna, hasta en las mejores familias. Y se escapó con un gandul. Aquí tenemos el resultado.

Harry miraba su plato, sintiendo un extraño zumbido en los oídos. «Sujétese la escoba por el palo.» No podía recordar cómo seguía. La voz de tía Marge parecía perforar su cabeza como un taladro de tío Vernon.

—Ese Potter —dijo tía Marge en voz alta, cogiendo la botella de brandy y vertiendo más en su copa y en el mantel—, nunca me dijisteis a qué se dedicaba.

Tío Vernon y tía Petunia estaban completamente tensos. Incluso Dudley había retirado los ojos del pastel y miraba a sus padres boquiabierto.

—No... no trabajaba —dijo tío Vernon, mirando a Harry de reojo—. Estaba parado.

—¡Lo que me imaginaba! —comentó tía Marge echándose un buen trago de brandy y limpiándose la barbilla con la manga—. Un inútil, un vago y un gorrón que...

—No era nada de eso —interrumpió Harry de repente. Todos se callaron. Harry temblaba de arriba abajo. Nunca había estado tan enfadado.

—¡MÁS BRANDY! —gritó tío Vernon, que se había puesto pálido. Vació la botella en la copa de tía Marge—. Tú, chico —gruñó a Harry—, vete a la cama.

—No, Vernon —dijo entre hipidos tía Marge, levantando una mano. Fijó en los de Harry sus ojos pequeños y enrojecidos—. Sigue, muchacho, sigue. Conque estás orgulloso de tus padres, ¿eh? Van y se matan en un accidente de coche... borrachos, me imagino...

—No murieron en ningún accidente de coche —repuso Harry, que sin darse cuenta se había levantado.

—¡Murieron en un accidente de coche, sucio embustero, y te dejaron para que fueras una carga para tus decentes y trabajadores tíos! —gritó tía Marge, inflándose de ira—. Eres un niño insolente, desagradecido y...

Pero tía Marge se cortó en seco. Por un momento fue como si le faltasen las palabras. Se hinchaba con una ira indescriptible... Pero la hinchazón no se detenía. Su gran cara encarnada comenzó a aumentar de tamaño. Se le agrandaron los pequeños ojos y la boca se le estiró tanto que no podía hablar. Al cabo de un instante, saltaron varios botones de su chaqueta de mezclilla y golpearon en las paredes... Se inflaba como un globo monstruoso. El estómago se expandió y reventó la cintura de la falda de mezclilla. Los dedos se le pusieron como morcillas...

—¡MARGE! —gritaron a la vez tío Vernon y tía Petunia, cuando el cuerpo de tía Marge comenzó a elevarse de la silla hacia el techo. Estaba completamente redonda, como un inmenso globo con ojos de cerdito. Ascendía emitiendo leves ruidos como de estallidos. *Ripper* entró en la habitación ladrando sin parar.

—¡NOOOOOOO!

Tío Vernon cogió a Marge por un pie y trató de bajarla, pero faltó poco para que se elevara también con ella. Un instante después, *Ripper* dio un salto y hundió los colmillos en la pierna de tío Vernon.

Harry salió corriendo del comedor, antes de que nadie lo pudiera detener; y se dirigió al armario que había debajo de las escaleras. Por arte de magia, la puerta del armario se abrió de golpe cuando llegó ante ella. En unos segundos arrastró el baúl hasta la puerta de la casa. Subió las escaleras rápidamente, se echó bajo la cama, levantó la tabla suelta y sacó la funda de almohada llena de libros y regalos de cumpleaños. Salió de debajo de la cama, cogió la jaula vacía de *Hedwig*, bajó las escaleras corriendo y llegó al baúl en el instante en que tío Vernon salía del comedor con la pernera del pantalón hecha jirones.

—¡VEN AQUÍ! —bramó—. ¡REGRESA Y ARREGLA LO QUE HAS HECHO!

Pero una rabia imprudente se había apoderado de Harry. Abrió el baúl de una patada, sacó la varita y apuntó con ella a tío Vernon.

—Tía Marge se lo merecía —dijo Harry jadeando—. Se merecía lo que le ha pasado. No te acerques.

Tentó a sus espaldas buscando el tirador de la puerta.

—Me voy —añadió—. Ya he tenido bastante.

Momentos después arrastraba el pesado baúl, con la jaula de *Hedwig* debajo del brazo, por la oscura y silenciosa calle.

3

El *autobús noctámbulo*

Después de alejarse varias calles, se dejó caer sobre un muro bajo de la calle Magnolia, jadeando a causa del esfuerzo. Se quedó sentado, inmóvil, todavía furioso, escuchando los latidos acelerados del corazón. Pero después de estar diez minutos solo en la oscura calle, le sobrecogió una nueva emoción: el pánico. De cualquier manera que lo mirara, nunca se había encontrado en peor apuro. Estaba abandonado a su suerte y totalmente solo en el sombrío mundo muggle, sin ningún lugar al que ir. Y lo peor de todo era que acababa de utilizar la magia de forma seria, lo que implicaba, con toda seguridad, que sería expulsado de Hogwarts. Había infringido tan gravemente el Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad que estaba sorprendido de que los representantes del Ministerio de Magia no se hubieran presentado ya para llevárselo.

Le dio un escalofrío. Miró a ambos lados de la calle Magnolia. ¿Qué le sucedería? ¿Lo detendrían o lo expulsarían del mundo mágico? Pensó en Ron y Hermione, y aún se entristeció más. Harry estaba seguro de que, delincuente o no, Ron y Hermione querrían ayudarlo, pero ambos estaban en el extranjero, y como *Hedwig* se había ido, no tenía forma de comunicarse con ellos.

Tampoco tenía dinero muggle. Le quedaba algo de oro mágico en el monedero, en el fondo del baúl, pero el resto de la fortuna que le habían dejado sus padres estaba en una cámara acorazada del banco mágico Gringotts, en Londres. Nunca podría llevar el baúl a rastras hasta Londres. A menos que...

Miró la varita mágica, que todavía tenía en la mano. Si ya lo habían expulsado (el corazón le latía con dolorosa rapidez), un poco más de magia no empeoraría las cosas. Tenía la capa invisible que había heredado de su padre. ¿Qué pasaría si hechizaba el baúl para hacerlo ligero como una pluma, lo ataba a la escoba, se cubría con la capa y se iba a Londres volando? Podría sacar el resto del dinero de la cámara y.. comenzar su vida de marginado. Era un horrible panorama, pero no podía quedarse allí sentado o tendría que explicarle a la policía muggle por qué se hallaba allí a las tantas de la noche con una escoba y un baúl lleno de libros de encantamientos.

Harry volvió a abrir el baúl y lo fue vaciando en busca de la capa para

hacerse invisible. Pero antes de que la encontrara se incorporó y volvió a mirar a su alrededor.

Un extraño cosquilleo en la nuca le provocaba la sensación de que lo estaban vigilando, pero la calle parecía desierta y no brillaba luz en ninguna casa.

Volvió a inclinarse sobre el baúl y casi inmediatamente se incorporó de nuevo, todavía con la varita en la mano. Más que oírlo, lo intuyó: había alguien detrás de él, en el estrecho hueco que se abría entre el garaje y la valla. Harry entornó los ojos mientras miraba el oscuro callejón. Si se moviera, sabría si se trataba de un simple gato callejero o de otra cosa.

—*¡Lumos!* —susurró Harry. Una luz apareció en el extremo de la varita, casi deslumbrándole. La mantuvo en alto, por encima de la cabeza, y las paredes del nº 2, recubiertas de guijarros, brillaron de repente. La puerta del garaje se iluminó y Harry vio allí, nítidamente, la silueta descomunal de algo que tenía ojos grandes y brillantes.

Se echó hacia atrás. Tropezó con el baúl. Alargó el brazo para impedir la caída, la varita salió despedida de la mano y él aterrizó junto al bordillo de la acera.

Sonó un estruendo y Harry se tapó los ojos con las manos, para protegerlos de una repentina luz cegadora...

Dando un grito, se apartó rodando de la calzada justo a tiempo. Un segundo más tarde, un vehículo de ruedas enormes y grandes faros delanteros frenó con un chirrido exactamente en el lugar en que había caído Harry Era un autobús de dos plantas, pintado de rojo vivo, que había salido de la nada. En el parabrisas llevaba la siguiente inscripción con letras doradas: AUTOBÚS NOCTÁMBULO Durante una fracción de segundo, Harry pensó si no lo habría aturdido la caída. El cobrador, de uniforme rojo salto del autobús y dijo en voz alta sin mirar a nadie:

—Bienvenido al *autobús noctámbulo*, transporte de emergencia para el brujo abandonado a su suerte. Alargue la varita, suba a bordo y lo llevaremos a donde quiera. Me llamo Stan Shunpike. Estaré a su disposición esta no...

El cobrador se interrumpió. Acababa de ver a Harry que seguía sentado en el suelo. Harry cogió de nuevo la varita y se levantó de un brinco. Al verlo de cerca, se dio cuenta de que Stan Shunpike era tan sólo unos años mayor que él: no tendría más de dieciocho o diecinueve. Tenía las orejas grandes y salidas, y un montón de granos.

—¿Qué hacías ahí? —dijo Stan, abandonando los buenos modales.

—Me caí —contestó Harry.

—¿Para qué? —preguntó Stan— con risa burlona.

—No me caí a propósito —contestó Harry enfadado.

Se había hecho un agujero en la rodillera de los vaqueros y le sangraba la mano con que había amortiguado la caída. De pronto recordó por qué se había caído y se volvió para mirar en el callejón, entre el garaje y la valla. Los faros delanteros del autobús noctámbulo lo iluminaban y era evidente que estaba vacío.

—¿Qué miras? —preguntó Stan.

—Había algo grande y negro —explicó Harry, señalando dubitativo—. Como un perro enorme...

Se volvió hacia Stan, que tenía la boca ligeramente abierta. No le hizo gracia que se fijara en la cicatriz de su frente.

—¿Qué es lo que tienes en la frente? —preguntó Stan.

—Nada —contestó Harry, tapándose la cicatriz con el pelo. Si el Ministerio de Magia lo buscaba, no quería ponerles las cosas demasiado fáciles.

—¿Cómo te llamas? —insistió Stan.

—Neville Longbottom —respondió Harry, dando el primer nombre que le vino a la cabeza—. Así que... así que este autobús... —dijo con rapidez, esperando desviar la atención de Stan—. ¿Has dicho que va a donde yo quiera?

—Sí —dijo Stan con orgullo—. A donde quieras, siempre y cuando haya un camino por tierra. No podemos ir por debajo del agua. Nos has dado el alto, ¿verdad? —dijo, volviendo a ponerse suspicaz—. Sacaste la varita y... ¿verdad?

—Sí —respondió Harry con prontitud—. Escucha, ¿cuánto costaría ir a Londres?

—Once *sickles* —dijo Stan—. Pero por trece te damos además una taza de chocolate y por quince una bolsa de agua caliente y un cepillo de dientes del color que elijas.

Harry rebuscó otra vez en el baúl, sacó el monedero y entregó a Stan unas monedas de plata. Entre los dos cogieron el baúl, con la jaula de *Hedwig* encima, y lo subieron al autobús.

No había asientos; en su lugar; al lado de las ventanas con cortinas, había media docena de camas de hierro. A los lados de cada una había velas encendidas que iluminaban las paredes revestidas de madera.

Un brujo pequeño con gorro de dormir murmuró en la parte trasera:

—Ahora no, gracias: estoy escabechando babosas. —Y se dio la vuelta, sin dejar de dormir.

—La tuya es ésta —susurró Stan, metiendo el baúl de Harry bajo la cama

que había detrás del conductor; que estaba sentado ante el volante—. Éste es nuestro conductor; Ernie Prang. Éste es Neville Longbottom, Ernie.

Ernie Prang, un brujo anciano que llevaba unas gafas muy gruesas, le hizo un ademán con la cabeza. Harry volvió a taparse la cicatriz con el flequillo y se sentó en la cama.

—Vámonos, Ernie —dijo Stan, sentándose en su asiento, al lado del conductor.

Se oyó otro estruendo y al momento Harry se encontró estirado en la cama, impelido hacia atrás por la aceleración del autobús noctámbulo. Al incorporarse miró por la ventana y vio, en medio de la oscuridad, que pasaban a velocidad tremenda por una calle irreconocible. Stan observaba con gozo la cara de sorpresa de Harry.

—Aquí estábamos antes de que nos dieras el alto —explicó—. ¿Dónde estamos, Ernie? ¿En Gales?

—Sí —respondió Ernie.

—¿Cómo es que los muggles no oyen el autobús? —preguntó Harry.

—¿Ésos? —respondió Stan con desdén—. No saben escuchar; ¿a que no? Tampoco saben mirar. Nunca ven nada.

—Vete a despertar a la señora Marsh —ordenó Ernie a Stan—. Llegaremos a Abergavenny en un minuto.

Stan pasó al lado de la cama de Harry y subió por una escalera estrecha de madera. Harry seguía mirando por la ventana, cada vez más nervioso. Ernie no parecía dominar el volante. El autobús noctámbulo invadía continuamente la acera, pero no chocaba contra nada. Cuando se aproximaba a ellos, los buzones, las farolas y las papeleras se apartaban y volvían a su sitio en cuanto pasaba.

Stan reapareció, seguido por una bruja ligeramente verde arropada en una capa de viaje.

—Hemos llegado, señora Marsh —dijo Stan con alegría, al mismo tiempo que Ernie pisaba a fondo el freno, haciendo que las camas se deslizaran medio metro hacia delante. La señora Marsh se tapó la boca con un pañuelo y se bajó del autobús tambaleándose. Stan le arrojó el equipaje y cerró las portezuelas con fuerza. Hubo otro estruendo y volvieron a encontrarse viajando a la velocidad del rayo, por un camino rural, entre árboles que se apartaban.

Harry no habría podido dormir aunque viajara en un autobús que no hiciera aquellos ruidos ni fuera a tal velocidad. Se le revolvía el estómago al pensar en lo que podía ocurrirle, y en si los Dursley habrían conseguido bajar del techo a tía Marge.

Stan había abierto un ejemplar de *El Profeta* y lo leía con la lengua entre

los dientes. En la primera página, una gran fotografía de un hombre con rostro triste y pelo largo y enmarañado le guiñaba a Harry un ojo, lentamente. A Harry le resultaba extrañamente familiar.

—¡Ese hombre! —dijo Harry, olvidando por unos momentos sus problemas—. ¡Salió en el telediario de los muggles!

Stan volvió a la primera página y rió entre dientes.

—Es Sirius Black —asintió—. Por supuesto que ha salido en el telediario muggle, Neville. ¿Dónde has estado este tiempo?

Volvió a sonreír con aire de superioridad al ver la perplejidad de Harry. Desprendió la primera página del diario y se la entregó a Harry.

—Deberías leer más el periódico, Neville.

Harry acercó la página a la vela y leyó:

BLACK SIGUE SUELTO

El Ministerio de Magia confirmó ayer que Sirius Black, tal vez el más malvado recluso que haya albergado la fortaleza de Azkaban, aún no ha sido capturado.

«Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para volver a apresarlo, y rogamos a la comunidad mágica que mantenga la calma», ha declarado esta misma mañana el ministro de Magia Cornelius Fudge. Fudge ha sido criticado por miembros de la Federación Internacional de Brujos por haber informado del problema al Primer Ministro muggle. «No he tenido más remedio que hacerlo», ha replicado Fudge, visiblemente enojado. «Black está loco, y supone un serio peligro para cualquiera que se tropiece con él, ya sea mago o muggle. He obtenido del Primer Ministro la promesa de que no revelará a nadie la verdadera identidad de Black. Y seamos realistas, ¿quién lo creería si lo hiciera?»

Mientras que a los muggles se les ha dicho que Black va armado con un revólver (una especie de varita de metal que los muggles utilizan para matarse entre ellos), la comunidad mágica vive con miedo de que se repita la matanza que se produjo hace doce años, cuando Black mató a trece personas con un solo hechizo.

Harry observó los ojos ensombrecidos de Black, la única parte de su cara

demacrada que parecía poseer algo de vida. Harry no había visto nunca a un vampiro, pero había visto fotos en sus clases de Defensa Contra las Artes Oscuras, y Black, con su piel blanca como la cera, parecía uno.

—Da miedo mirarlo, ¿verdad? —dijo Stan, que mientras leía el artículo se había estado fijando en Harry.

—¿Mató a trece personas —preguntó Harry, devolviéndole a Stan la página— con un hechizo?

—Sí —respondió Stan—. Delante de testigos y a plena luz del día. Causó conmoción, ¿no es verdad, Ernie?

—Sí —confirmó Ernie sombríamente.

Para ver mejor a Harry, Stan se volvió en el asiento, con las manos en el respaldo.

—Black era un gran partidario de Quien Tú Sabes —dijo.

—¿Quién? ¿Voldemort? —dijo Harry sin pensar.

Stan palideció hasta los granos. Ernie dio un giro tan brusco con el volante que tuvo que quitarse del camino una granja entera para esquivar el autobús.

—¿Te has vuelto loco? —gritó Stan—. ¿Por qué has mencionado su nombre?

—Lo siento —dijo Harry con prontitud—. Lo siento, se... se me olvidó.

—¡Que se te olvidó! —exclamó Stan con voz exánime—. ¡Caramba, el corazón me late a cien por hora!

—Entonces... entonces, ¿Black era seguidor de Quien Tú Sabes? —soltó Harry como disculpa.

—Sí —confirmó Stan, frotándose todavía el pecho—. Sí, exactamente. Muy próximo a Quien Tú Sabes, según dicen... De cualquier manera, cuando el pequeño Harry Potter acabó con Quien Tú Sabes (Harry volvió a aplastarse el pelo contra la cicatriz), todos los seguidores de Quien Tú Sabes fueron descubiertos, ¿verdad, Ernie? Casi todos sabían que la historia había terminado una vez vencido Quien Tú Sabes, y se volvieron muy prudentes. Pero no Sirius Black. Según he oído, pensaba ser el lugarteniente de Quien Tú Sabes cuando llegara al poder. El caso es que arrinconaron a Black en una calle llena de muggles, Black sacó la varita y de esa manera hizo saltar por los aires la mitad de la calle. Pilló a un mago y a doce muggles que pasaban por allí. Horrible, ¿no? ¿Y sabes lo que hizo Black entonces? —prosiguió Stan con un susurro teatral.

—¿Qué? —preguntó Harry

—Reírse —explicó Stan—. Se quedó allí riéndose. Y cuando llegaron los

refuerzos del Ministerio de Magia, dejó que se lo llevaran como si tal cosa, sin parar de reír a mandíbula batiente. Porque está loco, ¿verdad, Ernie? ¿Verdad que está loco?

—Si no lo estaba cuando lo llevaron a Azkaban, lo estará ahora —dijo Ernie con voz pausada—. Yo me maldeciría a mí mismo si tuviera que pisar ese lugar, pero después de lo que hizo le estuvo bien empleado.

—Les dio mucho trabajo encubrirlo todo, ¿verdad, Ernie? —dijo Stan—. Toda la calle destruida y todos aquellos muggles muertos. ¿Cuál fue la versión oficial, Ernie?

—Una explosión de gas —gruñó Ernie.

—Y ahora está libre —dijo Stan volviendo a examinar la cara demacrada de Black, en la fotografía del periódico—. Es la primera vez que alguien se fuga de Azkaban, ¿verdad, Ernie? No entiendo cómo lo ha hecho. Da miedo, ¿no? No creo que los guardias de Azkaban se lo pusieran fácil, ¿verdad, Ernie?

Ernie se estremeció de repente.

—Sé buen chico y cambia de conversación. Los guardias de Azkaban me ponen los pelos de punta.

Stan retiró el periódico a regañadientes, y Harry se reclinó contra la ventana del autobús noctámbulo, sintiéndose peor que nunca. No podía dejar de imaginarse lo que Stan contaría a los pasajeros noches más tarde: «¿Has oído lo de ese Harry Potter? Hinchó a su tía como si fuera un globo. Lo tuvimos aquí, en el autobús noctámbulo, ¿verdad, Ernie? Trataba de huir...»

Harry había infringido las leyes mágicas, exactamente igual que Sirius Black. ¿Inflar a tía Marge sería considerado lo bastante grave para ir a Azkaban? Harry no sabía nada acerca de la prisión de los magos, aunque todos a cuantos había oído hablar sobre ella empleaban el mismo tono aterrador. Hagrid, el guardabosques de Hogwarts, había pasado allí dos meses el curso anterior. Tardaría en olvidar la expresión de terror que puso cuando le dijeron adónde lo llevaban, y Hagrid era una de las personas más valientes que conocía.

El autobús noctámbulo circulaba en la oscuridad echando a un lado los arbustos, las balizas, las cabinas de teléfono, los árboles, mientras Harry permanecía acostado en el colchón de plumas, deprimido. Después de un rato, Stan recordó que Harry había pagado una taza de chocolate caliente, pero lo derramó todo sobre la almohada de Harry con el brusco movimiento del autobús entre Anglesea y Aberdeen. Brujos y brujas en camisón y zapatillas descendieron uno por uno del piso superior; para abandonar el autobús. Todos parecían encantados de bajarse.

Al final sólo quedó Harry.

—Bien, Neville —dijo Stan, dando palmadas—, ¿a que parte de Londres?

—Al callejón Diagon —respondió Harry.

—De acuerdo —dijo Stan—, agárrate fuerte...

PRUMMMMBBB.

Circularon por Charing Cross como un rayo. Harry se incorporó en la cama, y vio edificios y bancos apretujándose para evitar al autobús. El cielo aclaraba. Reposaría un par de horas, llegaría a Gringotts a la hora de abrir y se iría, no sabía dónde.

Ernie pisó el freno, y el autobús noctámbulo derrapó hasta detenerse delante de una taberna vieja y algo sucia, el Caldero Chorreante, tras la cual estaba la entrada mágica al callejón Diagon.

—Gracias —le dijo a Ernie. Bajó de un salto y con la ayuda de Stan dejó en la acera el baúl y la jaula de *Hedwig*—. Bueno —dijo Harry—, entonces, ¡adiós!

Pero Stan no le prestaba atención. Todavía en la puerta del autobús, miraba con los ojos abiertos de par en par la entrada enigmática del Caldero Chorreante.

—Conque estás aquí, Harry —dijo una voz.

Antes de que Harry se pudiera dar la vuelta, notó una mano en el hombro. Al mismo tiempo, Stan gritó:

—¡Caray! ¡Ernie, ven aquí! ¡Ven aquí!

Harry miró hacia arriba para ver quién le había puesto la mano en el hombro y sintió como si le echaran un caldero de agua helada en el estómago. Estaba delante del mismísimo Cornelius Fudge, el ministro de Magia.

Stan saltó a la acera, tras ellos.

—¿Cómo ha llamado a Neville, señor ministro? —dijo nervioso.

Fudge, un hombre pequeño y corpulento vestido con una capa larga de rayas, parecía distante y cansado.

—¿Neville? —repitió frunciendo el entrecejo—. Es Harry Potter.

—¡Lo sabía! —gritó Stan con alegría—. ¡Ernie! ¡Ernie! ¡Adivina quién es Neville! ¡Es Harry Potter! ¡Veo su cicatriz!

—Sí —dijo Fudge irritado—. Bien, estoy muy orgulloso de que el autobús noctámbulo haya transportado a Harry Potter; pero ahora él y yo tenemos que entrar en el Caldero Chorreante...

Fudge apretó más fuerte el hombro de Harry, y Harry se vio conducido al interior de la taberna. Una figura encorvada, que portaba un farol, apareció por la puerta de detrás de la barra. Era Tom, el dueño desdentado y lleno de

arrugas.

—¡Lo ha atrapado, señor ministro! —dijo Tom—. ¿Querrá tomar algo? ¿Cerveza? ¿Brandy?

—Tal vez un té—contestó Fudge, que aún no había soltado a Harry.

Detrás de ellos se oyó un ruido de arrastre y un jadeo, y aparecieron Stan y Ernie acarreando el baúl de Harry y la jaula de *Hedwig*, y mirando emocionados a su alrededor.

—¿Por qué no nos has dicho quién eras, Neville? —le preguntó Stan sonriendo, mientras Ernie, con su cara de búho, miraba por encima del hombro de Stan con mucho interés.

—Y un salón privado, Tom, por favor —pidió Fudge lanzándoles una clara indirecta.

—Adiós —dijo Harry con tristeza a Stan y Ernie, mientras Tom indicaba a Fudge un pasadizo que salía del bar.

—¡Adiós, Neville! —dijo Stan.

Fudge llevó a Harry por el estrecho pasadizo, tras el farol de Tom, hasta que llegaron a una pequeña estancia. Tom chascó los dedos, y se encendió un fuego en la chimenea. Tras hacer una reverencia, se fue.

—Siéntate, Harry —dijo Fudge, señalando una silla que había al lado del fuego.

Harry se sentó. Se le había puesto carne de gallina en los brazos, a pesar del fuego. Fudge se quitó la capa de rayas y la dejó a un lado. Luego se subió un poco los pantalones del traje verde botella y se sentó enfrente de Harry.

—Soy Cornelius Fudge, ministro de Magia.

Por supuesto, Harry ya lo sabía. Había visto a Fudge en una ocasión anterior, pero como entonces llevaba la capa invisible que le había dejado su padre en herencia, Fudge no podía saberlo.

Tom, el propietario, volvió con un delantal puesto sobre el camisón y llevando una bandeja con té y bollos. Colocó la bandeja sobre la mesa que había entre Fudge y Harry, y salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

—Bueno, Harry —dijo Fudge, sirviendo el té—, no me importa confesarte que nos has traído a todos de cabeza. ¡Huir de esa manera de casa de tus tíos! Había empezado a pensar... Pero estás a salvo y eso es lo importante.

Fudge se untó un bollo con mantequilla y le acercó el plato a Harry.

—Come, Harry, pareces desfallecido. Ahora... te agradará oír que hemos solucionado la hinchazón de la señorita Marjorie Dursley Hace unas horas que

enviamos a Privet Drive a dos miembros del departamento encargado de deshacer magia accidental. Han desinflado a la señorita Dursley y le han modificado la memoria. No guarda ningún recuerdo del incidente. Así que asunto concluido y no hay que lamentar daños.

Fudge sonrió a Harry por encima del borde de la taza. Parecía un tío contemplando a su sobrino favorito. Harry, que no podía creer lo que oía, abrió la boca para hablar; pero no se le ocurrió nada que decir; así que la volvió a cerrar.

—¡Ah! ¿Te preocupas por la reacción de tus tíos? —añadió Fudge—. Bueno, no te negaré que están muy enfadados, Harry, pero están dispuestos a volver a recibirte el próximo verano, con tal de que te quedes en Hogwarts durante las vacaciones de Navidad y de Semana Santa.

Harry carraspeó.

—Siempre me quedo en Hogwarts durante la Navidad y la Semana Santa —observó—. Y no quiero volver nunca a Privet Drive.

—Vamos, vamos. Estoy seguro de que no pensarás así cuando te hayas tranquilizado —dijo Fudge en tono de preocupación—. Después de todo, son tu familia, y estoy seguro de que sentís un aprecio mutuo... eh... muy en el fondo.

No se le ocurrió a Harry desmentir a Fudge. Quería oír cuál sería su destino.

—Así que todo cuanto queda por hacer —añadió Fudge untando de mantequilla otro bollo— es decidir dónde vas a pasar las dos últimas semanas de vacaciones. Sugiero que cojas una habitación aquí, en el Caldero Chorreante, y...

—Un momento —interrumpió Harry—. ¿Y mi castigo?

Fudge parpadeó.

—¿Castigo?

—¡He infringido la ley! ¡El Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad!

—¡No te vamos a castigar por una tontería como ésa! —gritó Fudge, agitando con impaciencia la mano que sostenía el bollo—. ¡Fue un accidente! ¡No se envía a nadie a Azkaban sólo por inflar a su tía!

Pero aquello no cuadraba del todo con el trato que el Ministerio de Magia había dispensado a Harry anteriormente.

—¡El año pasado me enviaron una amonestación oficial sólo porque un elfo doméstico tiró un pastel en la casa de mi tío! —exclamó Harry arrugando el entrecejo—. ¡El Ministerio de Magia me comunicó que me expulsarían de Hogwarts si volvía a utilizarse magia en aquella casa!

Si a Harry no le engañaban los ojos, Fudge parecía embarazado.

—Las circunstancias cambian, Harry... Tenemos que tener en cuenta... Tal como están las cosas actualmente... No querrás que te expulsemos, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Harry.

—Bueno, entonces, ¿por qué protestas? —dijo Fudge riéndose, sin darle importancia—. Ahora cómete un bollo, Harry, mientras voy a ver si Tom tiene una habitación libre para ti.

Fudge salió de la estancia con paso firme, y Harry lo siguió con la mirada. Estaba sucediendo algo muy raro. ¿Por qué lo había esperado Fudge en el Caldero Chorreante si no era para castigarlo por lo que había hecho? Y pensando en ello, seguro que no era normal que el mismísimo ministro de Magia se encargara de problemas como la utilización de la magia por menores de edad.

Fudge regresó acompañado por Tom, el tabernero.

—La habitación 11 está libre, Harry —le comunicó Fudge—. Creo que te encontrarás muy cómodo. Sólo una petición (y estoy seguro de que lo entenderás): no quiero que vayas al Londres muggle, ¿de acuerdo? No salgas del callejón Diagon. Y tienes que estar de vuelta cada tarde antes de que oscurezca. Supongo que lo entiendes. Tom te vigilará en mi nombre.

—De acuerdo —respondió Harry—. Pero ¿por qué...?

—No queremos que te vuelvas a perder —explicó Fudge, riéndose con ganas—. No, no... mejor saber dónde estás... Lo que quiero decir...

Fudge se aclaró ruidosamente la garganta y recogió su capa.

—Me voy. Ya sabes, tengo mucho que hacer.

—¿Han atrapado a Black? —preguntó Harry.

Los dedos de Fudge resbalaron por los broches de plata de la capa.

—¿Qué? ¿Has oído algo? Bueno, no. Aún no, pero es cuestión de tiempo. Los guardias de Azkaban no han fallado nunca, hasta ahora... Y están más irritados que nunca. —Fudge se estremeció ligeramente—. Bueno, adiós. Alargó la mano y Harry, al estrecharla, tuvo una idea repentina.

—¡Señor ministro! ¿Puedo pedirle algo?

—Por supuesto —sonrió Fudge.

—Los de tercer curso, en Hogwarts, tienen permiso para visitar Hogsmeade, pero mis tíos no han firmado la autorización. ¿Podría hacerlo usted?

Fudge parecía incómodo.

—Ah —exclamó—. No, no, lo siento mucho, Harry. Pero como no soy ni tu padre ni tu tutor...

—Pero usted es el ministro de Magia —repuso Harry—. Si me diera permiso...

—No. Lo siento, Harry, pero las normas son las normas —dijo Fudge rotundamente—. Quizá puedas visitar Hogsmeade el próximo curso. De hecho, creo que es mejor que no... Sí. Bueno, me voy. Espero que tengas una estancia agradable aquí, Harry.

Y con una última sonrisa, salió de la estancia. Tom se acercó a Harry sonriendo.

—Si quiere seguirme, señor Potter... Ya he subido sus cosas...

Harry siguió a Tom por una escalera de madera muy elegante hasta una puerta con un número 11 de metal colgado en ella. Tom la abrió con la llave para que Harry pasara.

Dentro había una cama de aspecto muy cómodo, algunos muebles de roble con mucho barniz, un fuego que crepitaba alegremente y, encaramada sobre el armario...

—*¡Hedwig!* —exclamó Harry.

La blanca lechuza dio un picotazo al aire y se fue volando hasta el brazo de Harry.

—Tiene una lechuza muy lista —dijo Tom con una risita—. Ha llegado unos cinco minutos después de usted. Si necesita algo, señor Potter; no dude en pedirlo.

Volvió a hacer una inclinación, y abandonó la habitación.

Harry se sentó en su cama durante un rato, acariciando a *Hedwig* y pensando en otras cosas. El cielo que veía por la ventana cambió rápidamente del azul intenso y aterciopelado a un gris frío y metálico, y luego, lentamente, a un rosa con franjas doradas. Apenas podía creer que acabara de abandonar Privet Drive hacía sólo unas horas, que no hubiera sido expulsado y que tuviera por delante la perspectiva de pasar dos semanas sin los Dursley.

—Ha sido una noche muy rara, *Hedwig* —dijo bostezando.

Y sin siquiera quitarse las gafas, se desplomó sobre la almohada y se quedó dormido.

4

El Caldero Chorreante

Harry tardó varios días en acostumbrarse a su nueva libertad. Nunca se había podido levantar a la hora que quería, ni comer lo que le gustaba. Podía ir donde le apeteciera, siempre y cuando estuviera en el callejón Diagon, y como esta calle larga y empedrada rebosaba de las tiendas de brujería más fascinantes del mundo, Harry no sentía ningún deseo de incumplir la palabra que le había dado a Fudge ni de extraviarse por el mundo muggle.

Desayunaba por las mañanas en el Caldero Chorreante, donde disfrutaba viendo a los demás huéspedes: brujas pequeñas y graciosas que habían llegado del campo para pasar un día de compras; magos de aspecto venerable que discutían sobre el último artículo aparecido en la revista *La transformación moderna*; brujos de aspecto primitivo; enanitos escandalosos; y, en cierta ocasión, una bruja malvada con un pasamontañas de gruesa lana, que pidió un plato de hígado crudo.

Después del desayuno, Harry salía al patio de atrás, sacaba la varita mágica, golpeaba el tercer ladrillo de la izquierda por encima del cubo de la basura, y se quedaba esperando hasta que se abría en la pared el arco que daba al callejón Diagon.

Harry pasaba aquellos largos y soleados días explorando las tiendas y comiendo bajo sombrillas de brillantes colores en las terrazas de los cafés, donde los ocupantes de las otras mesas se enseñaban las compras que habían hecho («es un *lunascopio*, amigo mío, se acabó el andar con los mapas lunares, ¿te das cuenta?») o discutían sobre el caso de Sirius Black («yo no pienso dejar a ninguno de mis chicos que salga solo hasta que Sirius vuelva a Azkaban»). Harry ya no tenía que hacer los deberes bajo las mantas y a la luz de una vela; ahora podía sentarse, a plena luz del día, en la terraza de la Heladería Florean Fortescue, y terminar todos los trabajos con la ocasional ayuda del mismo Florean Fortescue, quien, además de saber mucho sobre la quema de brujas en los tiempos medievales, daba gratis a Harry, cada media hora, un helado de crema y caramelo.

Después de llenar el monedero con galeones de oro, sickles de plata y *knuts* de bronce de su cámara acorazada en Gringotts, necesitó mucho dominio para no gastárselo todo enseguida. Tenía que recordarse que aún le quedaban cinco años en Hogwarts, e imaginarse pidiéndoles dinero a los Dursley para libros de hechizos. Para no caer en la tentación de comprarse un juego de *gobstones* de oro macizo (un juego mágico muy parecido a las

canicas, en el que las bolas lanzan un líquido de olor repugnante a la cara del jugador que pierde un punto). También le tentaba una gran bola de cristal con una galaxia en miniatura dentro, que habría venido a significar que no tendría que volver a recibir otra clase de astronomía. Pero lo que más a prueba puso su decisión apareció en su tienda favorita (Artículos de Calidad para el Juego del Quidditch) a la semana de llegar al Caldero Chorreante.

Deseoso de enterarse de qué era lo que observaba la multitud en la tienda, Harry se abrió paso para entrar; apretujándose entre brujos y brujas emocionados, hasta que vio, en un expositor; la escoba más impresionante que había visto en su vida.

—Acaba de salir... prototipo... —le decía un brujo de mandíbula cuadrada a su acompañante.

—Es la escoba más rápida del mundo, ¿a que sí, papá? —gritó un muchacho más pequeño que Harry, que iba colgado del brazo de su padre.

El propietario de la tienda decía a la gente:

—¡La selección de Irlanda acaba de hacer un pedido de siete de estas maravillas! ¡Es la escoba favorita de los Mundiales!

Al apartar a una bruja de gran tamaño, Harry pudo leer el letrero que había al lado de la escoba:

SAETA DE FUEGO

Este ultimísimo modelo de escoba de carreras dispone de un palo de fresno ultra fino y aerodinámico, tratado con una cera durísima, y está numerado a mano con su propia matrícula. Cada una de las ramitas de abedul de la cola ha sido especialmente seleccionada y afilada hasta conseguir la perfección aerodinámica. Todo ello otorga a la Saeta de Fuego un equilibrio insuperable y una precisión milimétrica. La Saeta de Fuego tiene una aceleración de 0 a 240 km/hora en diez segundos, e incorpora un sistema indestructible de frenado por encantamiento. Preguntar precio en el interior

Preguntar el precio... Harry no quería ni imaginar cuanto costaría la Saeta de Fuego. Nunca le había apetecido nada tanto como aquello... Pero nunca había perdido un partido de quidditch en su Nimbus 2.000, ¿y de qué le servía dejar vacía su cámara de seguridad de Gringotts para comprarse la Saeta de Fuego teniendo ya una escoba muy buena? Harry no preguntó el precio, pero regresó a la tienda casi todos los días sólo para contemplar la Saeta de Fuego. Sin embargo, había cosas que Harry tenía que comprar. Fue a la botica para aprovisionarse de ingredientes para pociones, y como la túnica del colegio le

quedaba ya demasiado corta tanto por las piernas como por los brazos, visitó la tienda de Túnicas para Cualquier Ocasión de la señora Malkin y compró otra nueva. Y lo más importante de todo: tenía que comprar los libros de texto para sus dos nuevas asignaturas: Cuidado de Criaturas Mágicas y Adivinación.

Harry se sorprendió al mirar el escaparate de la librería. En lugar de la acostumbrada exhibición de libros de hechizos, repujados en oro y del tamaño de losas de pavimentar había una gran jaula de hierro que contenía cien ejemplares de *El monstruoso libro de los monstruos*. Por todas partes caían páginas de los ejemplares que se peleaban entre sí, mordiéndose violentamente, enzarzados en furiosos combates de lucha libre.

Harry sacó del bolsillo la lista de libros y la consultó por primera vez. *El monstruoso libro de los monstruos* aparecía mencionado como uno de los textos programados para la asignatura de Cuidado de Criaturas Mágicas. En ese momento Harry comprendió por qué Hagrid le había dicho que podía serle útil. Sintió alivio. Se había preguntado si Hagrid tendría problemas con algún nuevo y terrorífico animal de compañía.

Cuando Harry entró en Flourish y Blotts, el dependiente se acercó a él.

—¿Hogwarts? —preguntó de golpe—. ¿Vienes por los nuevos libros?

—Sí —respondió Harry—. Necesito...

—Quítate de en medio —dijo el dependiente con impaciencia, haciendo a Harry a un lado. Se puso un par de guantes muy gruesos, cogió un bastón grande, con nudos, y se dirigió a la jaula de los libros monstruosos.

—Espere —dijo Harry con prontitud—, ése ya lo tengo.

—¿Sí? —El rostro del dependiente brilló de alivio—. ¡Cuánto me alegro! Ya me han mordido cinco veces en lo que va de día.

Desgarró el aire un estruendoso rasguido. Dos libros monstruosos acababan de atrapar a un tercero y lo estaban desgarrando.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! —gritó el dependiente, metiendo el bastón entre los barrotes para separarlos—. ¡No pienso volver a pedirlos, nunca más! ¡Ha sido una locura! Pensé que no podía haber nada peor que cuando trajeron los doscientos ejemplares del *Libro invisible de la invisibilidad*. Costaron una fortuna y nunca los encontramos... Bueno, ¿en qué puedo servirte?

—Necesito *Disipar las nieblas del futuro*, de Cassandra Vablatsky —dijo Harry, consultando la lista de libros.

—Ah, vas a comenzar Adivinación, ¿verdad? —dijo el dependiente quitándose los guantes y conduciendo a Harry a la parte trasera de la tienda, donde había una sección dedicada a la predicción del futuro. Había una pequeña mesa rebosante de volúmenes con títulos como *Predecir lo impredecible*, *Protégete de los fallos y accidentes*, *Cuando el destino es adverso*.

—Aquí tienes —le dijo el dependiente, que había subido unos peldaños para bajar un grueso libro de pasta negra—: *Disipar las nieblas del futuro, una guía excelente de métodos básicos de adivinación: quiromancia, bolas de cristal, entrañas de animales...*

Pero Harry no escuchaba. Su mirada había ido a posarse en otro libro que estaba entre los que había expuestos en una pequeña mesa: *Augurios de muerte: qué hacer cuando sabes que se acerca lo peor*.

—Yo en tu lugar no leería eso —dijo suavemente el dependiente, al ver lo que Harry estaba mirando—. Comenzarás a ver augurios de muerte por todos lados. Ese libro consigue asustar al lector hasta matarlo de miedo.

Pero Harry siguió examinando la portada del libro. Mostraba un perro negro, grande como un oso, con ojos brillantes. Le resultaba extrañamente familiar...

El dependiente puso en las manos de Harry el ejemplar de *Disipar las nieblas del futuro*.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí —dijo Harry, algo aturdido, apartando los ojos de los del perro y consultando la lista de libros—: Necesito... *Transformación, nivel intermedio* y *Libro reglamentario de hechizos, curso 3º*.

Diez minutos después, Harry salió de Flourish y Blotts con sus nuevos libros bajo el brazo, y volvió al Caldero Chorreante sin apenas darse cuenta de por dónde iba, y chocando con varias personas.

Subió las escaleras que llevaban a su habitación, entró en ella y arrojó los libros sobre la cama. Alguien la había hecho. Las ventanas estaban abiertas y el sol entraba a raudales. Harry oía los autobuses que pasaban por la calle muggle que quedaba detrás de él, fuera de la vista; y el alboroto de la multitud invisible, abajo, en el callejón Diagon. Se vio reflejado en el espejo que había en el lavabo.

—No puede haber sido un presagio de muerte —le dijo a su reflejo con actitud desafiante—. Estaba muerto de terror cuando vi aquello en la calle Magnolia. Probablemente no fue más que un perro callejero.

Alzó la mano de forma automática, e intentó alisarse el pelo.

—Es una batalla perdida —le respondió el espejo con voz silbante.

• • •

Al pasar los días, Harry empezó a buscar con más ahínco a Ron y a Hermione.

Por aquellos días llegaban al callejón Diagon muchos alumnos de Hogwarts, ya que faltaba poco para el comienzo del curso. Harry se encontró a Seamus Finnigan y a Dean Thomas, compañeros de Gryffindor; en la tienda Artículos de Calidad para el Juego del Quidditch, donde también ellos se comían con los ojos la Saeta de Fuego; se tropezó también, en la puerta de Flourish y Blotts, con el verdadero Neville Longbottom, un muchacho despistado de cara redonda. Harry no se detuvo para charlar; Neville parecía haber perdido la lista de los libros, y su abuela, que tenía un aspecto temible, le estaba riñendo. Harry deseó que ella nunca se enterara de que él se había hecho pasar por su nieto cuando intentaba escapar del Ministerio de Magia.

Harry despertó el último día de vacaciones pensando en que vería a Ron y a Hermione al día siguiente, en el expreso de Hogwarts. Se levantó, se vistió, fue a contemplar por última vez la Saeta de Fuego, y se estaba preguntando dónde comería cuando alguien gritó su nombre. Se volvió.

—¡Harry! ¡HARRY!

Allí estaban los dos, sentados en la terraza de la heladería Florean Fortescue. Ron, más pecoso que nunca; Hermione, muy morena; y los dos le llamaban la atención con la mano.

—¡Por fin! —dijo Ron, sonriendo a Harry de oreja a oreja cuando éste se sentó—. Hemos estado en el Caldero Chorreante, pero nos dijeron que habías salido, y luego hemos ido a Flourish y Blotts, y al establecimiento de la señora Malkin, y...

—Compré la semana pasada todo el material escolar. ¿Y cómo os enterasteis de que me alojo en el Caldero Chorreante?

—Mi padre —contestó Ron escuetamente.

Seguro que el señor Weasley, que trabajaba en el Ministerio de Magia, había oído toda la historia de lo que le había ocurrido a tía Marge.

—¿Es verdad que inflaste a tu tía, Harry? —preguntó Hermione muy seria.

—Fue sin querer —respondió Harry, mientras Ron se partía de risa—. Perdí el control.

—No tiene ninguna gracia, Ron —dijo Hermione con severidad—. Verdaderamente, me sorprende que no te hayan expulsado.

—A mí también —admitió Harry—. No sólo expulsado: lo que más temía era ser arrestado. —Miró a Ron—: ¿No sabrá tu padre por qué me ha perdonado Fudge el castigo?

—Probablemente, porque eres tú. ¿No puede ser ése el motivo? —Encogió los hombros, sin dejar de reírse—. El famoso Harry Potter. No me gustaría enterarme de lo que me haría a mí el Ministerio si se me ocurriera inflar a mi tía. Pero primero me tendrían que desenterrar; porque mi madre me habría matado. De cualquier manera, tú mismo le puedes preguntar a mi padre

esta tarde. ¡Esta noche nos alojamos también en el Caldero Chorreante! Mañana podrás venir con nosotros a King's Cross. ¡Ah, y Hermione también se aleja allí!

La muchacha asintió con la cabeza, sonriendo.

—Mis padres me han traído esta mañana, con todas mis cosas del colegio.

—¡Estupendo! —dijo Harry, muy contento—. ¿Habéis comprado ya todos los libros y el material para el próximo curso?

—Mira esto —dijo Ron, sacando de una mochila una caja delgada y alargada, y abriéndola—: una varita mágica nueva. Treinta y cinco centímetros, madera de sauce, con un pelo de cola de unicornio. Y tenemos todos los libros. —Señaló una mochila grande que había debajo de su silla—. ¿Y qué te parecen los libros monstruosos? El librero casi se echó a llorar cuando le dijimos que queríamos dos.

—¿Y qué es todo eso, Hermione? —preguntó Harry, señalando no una sino tres mochilas repletas que había a su lado, en una silla.

—Bueno, me he matriculado en más asignaturas que tú, ¿no te acuerdas? —dijo Hermione—. Son mis libros de Aritmancia, Cuidado de Criaturas Mágicas, Adivinación, Estudio de las Runas Antiguas, Estudios Muggles...

—¿Para qué quieres hacer Estudios Muggles? —preguntó Ron volviéndose a Harry y poniendo los ojos en blanco—. ¡Tú eres de sangre muggle! ¡Tus padres son muggles! ¡Ya lo sabes todo sobre los muggles!

—Pero será fascinante estudiarlos desde el punto de vista de los magos —repuso Hermione con seriedad.

—¿Tienes pensado comer o dormir este curso en algún momento, Hermione? —preguntó Harry mientras Ron se reía.

Hermione no les hizo caso:

—Todavía me quedan diez galeones —dijo comprobando su monedero—. En septiembre es mi cumpleaños, y mis padres me han dado dinero para comprarme el regalo de cumpleaños por adelantado.

—¿Por qué no te compras un libro? —dijo Ron poniendo voz cándida.

—No, creo que no —respondió Hermione sin enfadarse—. Lo que más me apetece es una lechuza. Harry tiene a *Hedwig* y tú tienes a *Errol*...

—No, no es mío. *Errol* es de la familia. Lo único que poseo es a *Scabbers*. —Se sacó la rata del bolsillo—. Quiero que le hagan un chequeo —añadió, poniendo a *Scabbers* en la mesa, ante ellos—. Me parece que Egipto no le ha sentado bien.

Scabbers estaba más delgada de lo normal y tenía mustios los bigotes.

—Ahí hay una tienda de animales mágicos —dijo Harry, que por entonces conocía ya bastante bien el callejón Diagon—. Puedes mirar a ver si tienen algo para *Scabbers*. Y Hermione se puede comprar una lechuza.

Así que pagaron los helados, cruzaron la calle para ir a la tienda de animales.

No había mucho espacio dentro. Hasta el último centímetro de la pared estaba cubierto por jaulas. Olía fuerte y había mucho ruido, porque los ocupantes de las jaulas chillaban, graznaban, silbaban o parloteaban. La bruja que había detrás del mostrador estaba aconsejando a un cliente sobre el cuidado de los tritones de doble cola, así que Harry, Ron y Hermione esperaron, observando las jaulas.

Un par de sapos rojos y muy grandes estaban dándose un banquete con moscardas muertas; cerca del escaparate brillaba una tortuga gigante con joyas incrustadas en el caparazón; serpientes venenosas de color naranja trepaban por las paredes de su urna de cristal; un conejo gordo y blanco se transformaba sin parar en una chistera de seda y volvía a su forma de conejo haciendo «¡plop!». Había gatos de todos los colores, una escandalosa jaula de cuervos, un cesto con pelotitas de piel del color de las natillas que zumbaban ruidosamente y, encima del mostrador; una enorme jaula de ratas negras de pelo lacio y brillante que jugaban a dar saltos sirviéndose de la cola larga y pelada.

El cliente de los tritones de doble cola salió de la tienda y Ron se aproximó al mostrador.

—Se trata de mi rata —le explicó a la bruja—. Desde que hemos vuelto de Egipto está descolorida.

—Ponla en el mostrador —le dijo la bruja, sacando unas gruesas gafas negras del bolsillo.

Ron sacó a *Scabbers* y la puso junto a la jaula de las ratas, que dejaron sus juegos y corrieron a la tela metálica para ver mejor. Como casi todo lo que Ron tenía, *Scabbers* era de segunda mano (antes había pertenecido a su hermano Percy) y estaba un poco estropeada. Comparada con las flamantes ratas de la jaula, tenía un aspecto muy desmejorado.

—Hum —dijo la bruja, cogiendo y levantando a Scabbers—, ¿cuántos años tiene?

—No lo sé —respondió Ron—. Es muy vieja. Era de mi hermano.

—¿Qué poderes tiene? —preguntó la bruja examinando a *Scabbers* de cerca.

—Bueenoooo... —dijo Ron.

La verdad era que *Scabbers* nunca había dado el menor indicio de poseer ningún poder que mereciera la pena. Los ojos de la bruja se desplazaron desde

la partida oreja izquierda de la rata a su pata delantera, a la que le faltaba un dedo, y chascó la lengua en señal de reprobación.

—Ha pasado lo suyo —comentó la bruja.

—Ya estaba así cuando me la pasó Percy —se defendió Ron.

—No se puede esperar que una rata ordinaria, común o de jardín como ésta viva mucho más de tres años —dijo la bruja—. Ahora bien, si buscas algo un poco más resistente, quizá te guste una de éstas...

Señaló las ratas negras, que volvieron a dar saltitos. Ron murmuró:

—Presumidas.

—Bueno, si no quieres reemplazarla, puedes probar a darle este tónico para ratas —dijo la bruja, sacando una pequeña botella roja de debajo del mostrador.

—Vale —dijo Ron—. ¿Cuánto...? ¡Ay!

Ron se agachó cuando algo grande de color canela saltó desde la jaula más alta, se le posó en la cabeza y se lanzó contra *Scabbers*, bufando sin parar.

—¡No, *Crookshanks*, no! —gritó la bruja, pero *Scabbers* salió disparada de sus manos como una pastilla de jabón, aterrizó despatarrada en el suelo y huyó hacia la puerta.

—*¡Scabbers!* —gritó Ron, saliendo de la tienda a toda velocidad, detrás de la rata; Harry lo siguió.

Tardaron casi diez minutos en encontrar a *Scabbers*, que se había refugiado bajo una papelera, en la puerta de la tienda de Artículos de Calidad para el Juego del Quidditch. Ron volvió a guardarse la rata, que estaba temblando. Se estiró y se rascó la cabeza.

—¿Qué ha sido?

—O un gato muy grande o un tigre muy pequeño —respondió Harry.

—¿Dónde está Hermione?

—Supongo que comprando la lechuza.

Volvieron por la calle abarrotada de gente hasta la tienda de animales mágicos. Llegaron cuando salía Hermione, pero no llevaba ninguna lechuza: llevaba firmemente sujeto el enorme gato de color canela.

—¿Has comprado ese monstruo? —preguntó Ron pasmado.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó Hermione, rebosante de alegría.

«Sobre gustos no hay nada escrito», pensó Harry. El pelaje canela del gato era espeso, suave y esponjoso, pero el animal tenía las piernas combadas y una cara de mal genio extrañamente aplastada, como si hubiera chocado de cara contra un tabique. Sin embargo, en aquel momento en que *Scabbers* no estaba a la vista, el gato ronroneaba suavemente, feliz en los brazos de Hermione.

—¡Hermione, ese ser casi me deja sin pelo!

—No lo hizo a propósito, ¿verdad, *Crookshanks*? —dijo Hermione.

—¿Y qué pasa con *Scabbers*? —preguntó Ron, señalando el bolsillo que tenía a la altura del pecho—. ¡Necesita descanso y tranquilidad! ¿Cómo va a tenerlos con ese ser cerca?

—Eso me recuerda que te olvidaste el tónico para ratas —dijo Hermione, entregándole a Ron la botellita roja—. Y deja de preocuparte. *Crookshanks* dormirá en mi dormitorio y *Scabbers* en el tuyo, ¿qué problema hay? El pobre *Crookshanks*... La bruja me dijo que llevaba una eternidad en la tienda. Nadie lo quería.

—Me pregunto por qué —dijo Ron sarcásticamente, mientras emprendían el camino del Caldero Chorreante. Encontraron al señor Weasley sentado en el bar leyendo *El Profeta*.

—¡Harry! —dijo levantando la vista y sonriendo—, ¿cómo estás?

—Bien, gracias —dijo Harry en el momento en que él, Ron y Hermione llegaban con todas sus compras.

El señor Weasley dejó el periódico, y Harry vio la fotografía ya familiar de Sirius Black, mirándole.

—¿Todavía no lo han cogido? —preguntó.

—No —dijo el señor Weasley con el semblante preocupado—. En el Ministerio nos han puesto a todos a trabajar en su busca, pero hasta ahora no se ha conseguido nada.

—¿Tendríamos una recompensa si lo atrapáramos? —preguntó Ron—. Estaría bien conseguir algo más de dinero...

—No seas absurdo, Ron —dijo el señor Weasley, que, visto más de cerca, parecía muy tenso—. Un brujo de trece años no va a atrapar a Black. Lo cogerán los guardianes de Azkaban. Ya lo verás.

En ese momento entró en el bar la señora Weasley cargada con compras y seguida por los gemelos Fred y George, que iban a empezar quinto curso en Hogwarts, Percy, último Premio Anual, y Ginny, la menor de los Weasley.

Ginny, que siempre se había sentido un poco cohibida en presencia de Harry, parecía aún más tímida de lo normal. Tal vez porque él le había salvado

la vida en Hogwarts durante el último curso. Se puso colorada y murmuró «hola» sin mirarlo. Percy, sin embargo, le tendió la mano de manera solemne, como si él y Harry no se hubieran visto nunca, y le dijo:

—Es un placer verte, Harry.

—Hola, Percy —contestó Harry, tratando de contener la risa.

—Espero que estés bien —dijo Percy ceremoniosamente, estrechándole la mano. Era como ser presentado al alcalde.

—Muy bien, gracias...

—¡Harry! —dijo Fred, quitando a Percy de en medio de un codazo, y haciendo ante él una profunda reverencia—. Es estupendo verte, chico...

—Maravilloso —dijo George, haciendo a un lado a Fred y cogiéndole la mano a Harry—. Sencillamente increíble.

Percy frunció el entrecejo.

—Ya vale —dijo la señora Weasley.

—¡Mamá! —dijo Fred, como si acabara de verla, y también le estrechó la mano—. Esto es fabuloso...

—He dicho que ya vale —dijo la señora Weasley, depositando sus compras sobre una silla vacía—. Hola, Harry, cariño. Supongo que has oído ya todas nuestras emocionantes noticias. —Señaló la insignia de plata recién estrenada que brillaba en el pecho de Percy—. El segundo Premio Anual de la familia —dijo rebosante de orgullo.

—Y último —dijo Fred en un susurro.

—De eso no me cabe ninguna duda —dijo la señora Weasley, frunciendo de repente el entrecejo—. Ya me he dado cuenta de que no os han hecho prefectos.

—¿Para qué queremos ser prefectos? —dijo George, a quien la sola idea parecía repugnarle—. Le quitaría a la vida su lado divertido.

Ginny se rió.

—¿Quieres hacer el favor de darle a tu hermana mejor ejemplo? —dijo cortante la señora Weasley.

—Ginny tiene otros hermanos para que le den buen ejemplo —respondió Percy con altivez—. Voy a cambiarme para la cena...

Se fue y George dio un suspiro.

—Intentamos encerrarlo en una pirámide —le dijo a Harry—, pero mi madre nos descubrió.

Aquella noche la cena resulto muy agradable. Tom, el tabernero, junto tres mesas del comedor; y los siete Weasley, Harry y Hermione tomaron los cinco deliciosos platos de la cena.

—¿Cómo iremos a King's Cross mañana, papá? —preguntó Fred en el momento en que probaban un suculento pudín de chocolate.

—El Ministerio pone a nuestra disposición un par de coches —respondió el señor Weasley.

Todos lo miraron.

—¿Por qué? —preguntó Percy con curiosidad.

—Por ti, Percy —dijo George muy serio—. Y pondrán banderitas en el capó, con las iniciales «P. A.» en ellas...

—Por «Presumido del Año» —dijo Fred.

Todos, salvo Percy y la señora Weasley, soltaron una carcajada.

—¿Por qué nos proporciona coches el Ministerio, padre? —preguntó Percy con voz de circunstancias.

—Bueno, como ya no tenemos coche, me hacen ese favor; dado que soy funcionario.

Lo dijo sin darle importancia, pero Harry notó que las orejas se le habían puesto coloradas, como las de Ron cuando se azoraba.

—Menos mal —dijo la señora Weasley con voz firme—. ¿Os dais cuenta de la cantidad de equipaje que lleváis entre unos y otros? Qué buena estampa haríais en el metro muggle... Lo tenéis ya todo listo, ¿verdad?

—Ron no ha metido aún las cosas nuevas en el baúl —dijo Percy con tono de resignación—. Las ha dejado todas encima de mi cama.

—Lo mejor es que vayas a preparar el equipaje, Ron, porque mañana por la mañana no tendremos mucho tiempo —le reprendió la señora Weasley.

Ron miró a Percy con cara de pocos amigos.

Después de la cena todos se sentían algo pesados y adormilados. Uno por uno fueron subiendo las escaleras hacia las habitaciones, para ultimar el equipaje del día siguiente. La habitación de Ron y Percy era contigua a la de Harry. Acababa de cerrar su baúl con llave cuando oyó voces de enfado a través de la pared, y fue a ver qué ocurría.

La puerta de la habitación 12 estaba entreabierta, y Percy gritaba.

—Estaba aquí, en la mesita. Me la quité para sacarle brillo.

—No la he tocado, ¿te enteras? —gritaba Ron a su vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó Harry.

—Mi insignia de Premio Anual ha desaparecido —dijo Percy volviéndose a Harry.

—Lo mismo ha ocurrido con el tónico para ratas de *Scabbers* —añadió Ron, sacando las cosas de su baúl para comprobarlas—. Puede que me lo haya olvidado en el bar...

—¡Tú no te mueves de aquí hasta que aparezca mi insignia! —gritó Percy.

—Yo iré por lo de *Scabbers*, ya he terminado de preparar el equipaje —dijo Harry a Ron.

Harry se hallaba en mitad de las escaleras, que estaban muy oscuras, cuando oyó dos voces airadas que procedían del comedor. Tardó un segundo en reconocer que eran las de los padres de Ron. Se quedó dudando, porque no quería que ellos se dieran cuenta de que los había oído discutiendo, y el sonido de su propio nombre le hizo detenerse y luego acercarse a la puerta del comedor.

—No tiene ningún sentido ocultárselo —decía acaloradamente el señor Weasley—. Harry tiene derecho a saberlo. He intentado decírselo a Fudge, pero se empeña en tratar a Harry como a un niño. Tiene trece años y...

—¡Arthur, la verdad le aterrorizaría! —dijo la señora Weasley en voz muy alta—. ¿Quieres de verdad enviar a Harry al colegio con esa espada de Damocles? ¡Por Dios, está muy tranquilo sin saber nada!

—No quiero asustarlo, ¡quiero prevenirlo! —contestó el señor Weasley—. Ya sabes cómo son Harry y Ron, que se escapan por ahí. Se han internado en el bosque prohibido dos veces. ¡Pero Harry no debe hacer lo mismo en este curso! ¡Cada vez que pienso lo que podía haberle sucedido la otra noche, cuando se escapó de casa...! Si el autobús noctámbulo no lo hubiera recogido, me juego lo que sea a que el Ministerio lo hubiera encontrado muerto.

—Pero no está muerto, está bien, así que ¿de qué sirve...?

—Molly: dicen que Sirius Black está loco, y quizá lo esté, pero fue lo bastante inteligente para escapar de Azkaban, y se supone que eso es imposible. Han pasado tres semanas y no le han visto el pelo. Y me da igual todo lo que declara Fudge a *El Profeta*: no estamos más cerca de pillarlo que de inventar varitas mágicas que hagan los hechizos solas. Lo único que sabemos con seguridad es que Black va detrás...

—Pero Harry estará a salvo en Hogwarts.

—Pensábamos que Azkaban era una prisión completamente segura. Si

Black es capaz de escapar de Azkaban, será capaz de entrar en Hogwarts.

—Pero nadie está realmente seguro de que Black vaya en pos de Harry...

Se oyó un golpe y Harry supuso que el señor Weasley había dado un puñetazo en la mesa.

—Molly, ¿cuántas veces te tengo que decir que... que no lo han dicho en la prensa porque Fudge quería mantenerlo en secreto? Pero Fudge fue a Azkaban la noche que Black se escapó. Los guardias le dijeron a Fudge que hacía tiempo que Black hablaba en sueños. Siempre decía las mismas palabras: «Está en Hogwarts, está en Hogwarts.» Black está loco, Molly, y quiere matar a Harry. Si me preguntas por qué, creo que Black piensa que con su muerte Quien Tú Sabes volvería al poder. Black lo perdió todo la noche en que Harry detuvo a Quien Tú Sabes. Y se ha pasado diez años solo en Azkaban, rumiando todo eso...

Se hizo el silencio. Harry pegó aún más el oído a la puerta.

—Bien, Arthur. Debes hacer lo que te parezca mejor. Pero te olvidas de Albus Dumbledore. Creo que nada le podría hacer daño en Hogwarts mientras él sea el director. Supongo que estará al corriente de todo esto.

—Por supuesto que sí. Tuvimos que pedirle permiso para que los guardias de Azkaban se apostaran en los accesos al colegio. No le hizo mucha gracia, pero accedió.

—¿No le hizo gracia? ¿Por qué no, si están ahí para atrapar a Black?

—Dumbledore no les tiene mucha simpatía a los guardias de Azkaban —respondió el señor Weasley con disgusto—. Tampoco yo se la tengo, si nos ponemos así... Pero cuando se trata con alguien como Black, hay que unir fuerzas con los que uno preferiría evitar.

—Si salvan a Harry...

—En ese caso, no volveré a decir nada contra ellos —dijo el señor Weasley con cansancio—. Es tarde, Molly. Será mejor que subamos...

Harry oyó mover las sillas. Tan sigilosamente como pudo, se alejó para no ser visto por el pasadizo que conducía al bar.

La puerta del comedor se abrió y segundos después el rumor de pasos le indicó que los padres de Ron subían las escaleras.

La botella de tónico para las ratas estaba bajo la mesa a la que se habían sentado. Harry esperó hasta oír cerrarse la puerta del dormitorio de los padres de Ron y volvió a subir por las escaleras, con la botella.

Fred y George estaban agazapados en la sombra del rellano de la escalera, partiéndose de risa al oír a Percy poniendo patas arriba la habitación que compartía con Ron, en busca de la insignia.

—La tenemos nosotros —le susurró Fred al oído—. La hemos mejorado.

En la insignia se leía ahora: Premio Asnal.

Harry lanzó una risa forzada. Le llevó a Ron el tónico para ratas, se encerró en la habitación y se echó en la cama.

Así que Sirius Black iba tras él. Eso lo explicaba todo. Fudge había sido indulgente con él porque estaba muy contento de haberlo encontrado con vida. Le había hecho prometer a Harry que no saldría del callejón Diagon, donde había un montón de magos para vigilarle. Y había mandado dos coches del Ministerio para que fueran todos a la estación al día siguiente, para que los Weasley pudieran proteger a Harry hasta que hubiera subido al tren.

Harry estaba tumbado, escuchando los gritos amortiguados que provenían de la habitación de al lado, y se preguntó por qué no estaría más asustado. Sirius Black había matado a trece personas con un hechizo; los padres de Ron, obviamente, pensaban que Harry se aterrorizaría al enterarse de la verdad. Pero Harry estaba completamente de acuerdo con la señora Weasley en que el lugar más seguro de la Tierra era aquel en que estuviera Albus Dumbledore. ¿No decía siempre la gente que Dumbledore era la única persona que había inspirado miedo a lord Voldemort? ¿No le daría a Black, siendo la mano derecha de Voldemort, tanto miedo como a éste?

Y además estaban los guardias de Azkaban, de los que hablaba todo el mundo. La mayoría de las personas les tenían un miedo irracional, y si estaban apostados alrededor del colegio, las posibilidades de que Black pudiera entrar parecían muy escasas. No, en realidad, lo que más preocupaba a Harry era que ya no tenía ninguna posibilidad de que le permitieran visitar Hogsmeade. Nadie querría dejarle abandonar la seguridad del castillo hasta que hubieran atrapado a Black; de hecho, Harry sospechaba que vigilarían cada uno de sus movimientos hasta que hubiera pasado el peligro.

Arrugó el ceño mirando al oscuro techo. ¿Creían que no era capaz de cuidar de sí mismo? Había escapado tres veces de lord Voldemort. No era un completo inútil...

Sin querer; le vino a la mente la silueta animal que había visto entre las sombras en la calle Magnolia. *Qué hacer cuando sabes que se acerca lo peor...*

—No me van a matar —dijo Harry en voz alta.

—Así me gusta, amigo —contestó el espejo con voz soñolienta.

5

El *dementor*

A la mañana siguiente, Tom despertó a Harry, sonriendo como de costumbre con su boca desdentada y llevándole una taza de té. Harry se vistió, y trataba de convencer a *Hedwig* de que volviera a la jaula cuando Ron abrió de golpe la puerta y entró enfadado, poniéndose la camisa.

—Cuanto antes subamos al tren, mejor —dijo—. Por lo menos en Hogwarts puedo alejarme de Percy. Ahora me acusa de haber manchado de té su foto de Penelope Clearwater. —Ron hizo una mueca—. Ya sabes, su novia. Ha ocultado la cara bajo el marco porque su nariz ha quedado manchada...

—Tengo algo que contarte —comenzó Harry, pero lo interrumpieron Fred y George, que se asomaron a la habitación para felicitar a Ron por haber vuelto a enfadar a Percy.

Bajaron a desayunar y encontraron al señor Weasley, que leía la primera página de *El Profeta* con el entrecejo fruncido, y a la señora Weasley, que hablaba a Ginny y a Hermione de un filtro amoroso que había hecho de joven. Las tres se reían con risa floja.

—¿Qué me ibas a contar? —preguntó Ron a Harry cuando se sentaron.

—Más tarde —murmuró Harry, al mismo tiempo que Percy irrumpía en el comedor.

Con el ajetreo de la partida, Harry tampoco tuvo tiempo de hablar con Ron. Todos estaban muy ocupados bajando los baúles por la estrecha escalera del Caldero Chorreante y apilándolos en la puerta, con *Hedwig* y *Hermes*, la lechuza de Percy, encaramadas en sus jaulas. Al lado de los baúles había un pequeño cesto de mimbre que bufaba ruidosamente.

—Vale, *Crookshanks* —susurró Hermione a través del mimbre—, te dejaré salir en el tren.

—No lo harás —dijo Ron terminantemente—. ¿Y la pobre *Scabbers*?

Se señaló el bolsillo del pecho, donde un bulto revelaba que *Scabbers* estaba allí acurrucada.

El señor Weasley, que había aguardado fuera a los coches del Ministerio, se asomó al interior.

—Aquí están —anunció—. Vamos, Harry.

El señor Weasley condujo a Harry a través del corto trecho de acera hasta

el primero de los dos coches antiguos de color verde oscuro, los dos conducidos por brujos de mirada furtiva con uniforme de terciopelo verde esmeralda.

—Sube, Harry —dijo el señor Weasley, mirando a ambos lados de la calle llena de gente. Harry subió a la parte trasera del coche, y enseguida se reunieron con él Hermione y Ron, y para disgusto de Ron, también Percy

El viaje hasta King's Cross fue muy tranquilo, comparado con el que Harry había hecho en el autobús noctámbulo. Los coches del Ministerio de Magia parecían bastante normales, aunque Harry vio que podían deslizarse por huecos que no podría haber traspasado el coche nuevo de la empresa de tío Vernon. Llegaron a King's Cross con veinte minutos de adelanto; los conductores del Ministerio les consiguieron carritos, descargaron los baúles, saludaron al señor Weasley y se alejaron, poniéndose, sin que se supiera cómo, en cabeza de una hilera de coches parados en el semáforo.

El señor Weasley se mantuvo muy pegado a Harry durante todo el camino de la estación.

—Bien, pues —propuso mirándolos a todos—. Como somos muchos, vamos a entrar de dos en dos. Yo pasaré primero con Harry.

El señor Weasley fue hacia la barrera que había entre los andenes nueve y diez, empujando el carrito de Harry y, según parecía, muy interesado por el Intercity 125 que acababa de entrar por la vía 9. Dirigiéndole a Harry una elocuente mirada, se apoyó contra la barrera como sin querer. Harry lo imitó.

Un instante después, cayeron de lado a través del metal sólido y se encontraron en el andén nueve y tres cuartos. Levantaron la mirada y vieron el expreso de Hogwarts, un tren de vapor de color rojo que echaba humo sobre un andén repleto de magos y brujas que acompañaban al tren a sus hijos. De repente, detrás de Harry aparecieron Percy y Ginny. Jadeaban y parecía que habían atravesado la barrera corriendo.

—¡Ah, ahí está Penelope! —dijo Percy, alisándose el pelo y sonrojándose.

Ginny miró a Harry, y ambos se volvieron para ocultar la risa en el momento en que Percy se acercó sacando pecho (para que ella no pudiera dejar de notar la insignia reluciente) a una chica de pelo largo y rizado.

Después de que Hermione y el resto de los Weasley se reunieran con ellos, Harry y el señor Weasley se abrieron paso hasta el final del tren, pasaron ante compartimentos repletos de gente y llegaron finalmente a un vagón que estaba casi vacío. Subieron los baúles, pusieron a *Hedwig* y a *Crookshanks* en la rejilla portaequipajes, y volvieron a salir para despedirse de los padres de Ron.

La señora Weasley besó a todos sus hijos, luego a Hermione y por último a Harry Éste se sintió embarazado pero muy agradecido cuando ella le dio un abrazo de más.

—Cuídate, Harry ¿Lo harás? —dijo separándose de él, con los ojos especialmente brillantes. Luego abrió su enorme bolso y dijo—: He preparado bocadillos para todos. Aquí los tenéis, Ron... no, no son de conserva de buey.. Fred... ¿dónde está Fred? ¡Ah, estás ahí, cariño...!

—Harry —le dijo en voz baja el señor Weasley—, ven aquí un momento.

Señaló una columna con la cabeza y Harry lo siguió hasta ella. Se pusieron detrás, dejando a los otros con la señora Weasley

—Tengo que decirte una cosa antes de que te vayas —dijo el señor Weasley con voz tensa.

—No es necesario, señor Weasley Ya lo sé.

—¿Que lo sabes? ¿Cómo has podido saberlo?

—Yo... eh... les oí anoche a usted y a su mujer. No pude evitarlo. Lo siento...

—No quería que te enteraras de esa forma —dijo el señor Weasley, nervioso.

—No... Ha sido la mejor manera. Así me he podido enterar y usted no ha faltado a la palabra que le dio a Fudge.

—Harry, debes de estar muy asustado...

—No lo estoy —contestó Harry con sinceridad—. De verdad —añadió, porque el señor Weasley lo miraba incrédulo—. No trato de parecer un héroe, pero Sirius Black no puede ser peor que Voldemort, ¿verdad?

El señor Weasley se estremeció al oír aquel nombre, pero no comentó nada.

—Harry, sabía que estabas hecho..., bueno, de una pasta más dura de lo que Fudge cree. Me alegra que no tengas miedo, pero...

—¡Arthur! —gritó la señora Weasley, que ya hacía subir a los demás al tren—. ¡Arthur!, ¿qué haces? ¡Está a punto de irse!

—Ya vamos, Molly —dijo el señor Weasley Pero se volvió a Harry y siguió hablando, más bajo y más aprisa—. Escucha, quiero que me des tu palabra...

—¿De que seré un buen chico y me quedaré en el castillo? —preguntó Harry con tristeza.

—No exactamente —respondió el señor Weasley, más serio que nunca—. Harry, prométeme que no irás en busca de Black.

Harry lo miró fijamente.

—¿Qué?

Se oyó un potente silbido y pasaron unos guardias cerrando todas las puertas del tren.

—Prométeme, Harry —dijo el señor Weasley hablando aún más aprisa—, que ocurra lo que ocurra...

—¿Por qué iba a ir yo detrás de alguien que sé que quiere matarme? —preguntó Harry, sin comprender.

—Prométeme que, oigas lo que oigas...

—¡Arthur; aprisa! —gritó la señora Weasley.

Salía vapor del tren. Éste había comenzado a moverse. Harry corrió hacia la puerta del vagón, y Ron la abrió y se echó atrás para dejarle paso. Se asomaron por la ventanilla y dijeron adiós con la mano a los padres de los Weasley hasta que el tren dobló una curva y se perdieron de vista.

—Tengo que hablaros a solas —dijo entre dientes a Ron y Hermione en cuanto el tren cogió velocidad.

—Vete, Ginny —dijo Ron.

—¡Qué agradable eres! —respondió Ginny de mal humor; y se marchó muy ofendida.

Harry, Ron y Hermione fueron por el pasillo en busca de un compartimento vacío, pero todos estaban llenos salvo uno que se encontraba justo al final.

En éste sólo había un ocupante: un hombre que estaba sentado al lado de la ventana y profundamente dormido. Harry, Ron y Hermione se detuvieron ante la puerta. El expreso de Hogwarts estaba reservado para estudiantes y nunca habían visto a un adulto en él, salvo la bruja que llevaba el carrito de la comida.

El extraño llevaba una túnica de mago muy raída y remendada. Parecía enfermo y exhausto. Aunque joven, su pelo castaño claro estaba veteado de gris.

—¿Quién será? —susurró Ron en el momento en que se sentaban y cerraban la puerta, eligiendo los asientos más alejados de la ventana.

—Es el profesor R. J. Lupin —susurró Hermione de inmediato.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo pone en su maleta —respondió Hermione señalando el portaequipajes que había encima del hombre dormido, donde había una maleta pequeña y vieja atada con una gran cantidad de nudos. El nombre, «Profesor R. J. Lupin», aparecía en una de las esquinas, en letras medio desprendidas.

—Me pregunto qué enseñará —dijo Ron frunciendo el entrecejo y mirando

el pálido perfil del profesor Lupin.

—Está claro —susurró Hermione—. Sólo hay una vacante, ¿no es así? Defensa Contra las Artes Oscuras.

Harry, Ron y Hermione ya habían tenido dos profesores de Defensa Contra las Artes Oscuras, que habían durado sólo un año cada uno. Se decía que el puesto estaba gafado.

—Bueno, espero que no sea como los anteriores —dijo Ron no muy convencido—. No parece capaz de sobrevivir a un maleficio hecho como Dios manda. Pero bueno, ¿qué nos ibas a contar?

Harry explicó la conversación entre los padres de Ron y las advertencias que el señor Weasley acababa de hacerle. Cuando terminó, Ron parecía atónito y Hermione se tapaba la boca con las manos. Las apartó para decir:

—¿Sirius Black escapó para ir detrás de ti? ¡Ah, Harry, tendrás que tener muchísimo cuidado! No vayas en busca de problemas...

—Yo no busco problemas —respondió Harry, molesto—. Los problemas normalmente me encuentran a mí.

—¡Qué tonto tendría que ser Harry para ir detrás de un chalado que quiere matarlo! —exclamó Ron, temblando.

Se tomaban la noticia peor de lo que Harry había esperado. Tanto Ron como Hermione parecían tenerle a Black más miedo que él.

—Nadie sabe cómo se ha escapado de Azkaban —dijo Ron, incómodo—. Es el primero. Y estaba en régimen de alta seguridad.

—Pero lo atraparán, ¿a que sí? —dijo Hermione convencida—. Bueno, están buscándolo también todos los muggles...

—¿Qué es ese ruido? —preguntó de repente Ron.

De algún lugar llegaba un leve silbido. Miraron por el compartimento.

—Viene de tu baúl, Harry —dijo Ron poniéndose en pie y alcanzando el portaequipajes.

Un momento después, había sacado el chivatoscopio de bolsillo de entre la túnica de Harry. Daba vueltas muy aprisa sobre la palma de la mano de Ron, brillando muy intensamente.

—¿Eso es un chivatoscopio? —preguntó Hermione con interés, levantándose para verlo mejor.

—Sí... Pero claro, es de los más baratos —dijo Ron—. Se puso como loco cuando lo até a la pata de *Errol* para enviárselo a Harry.

—¿No hacías nada malo en ese momento? —preguntó Hermione con perspicacia.

—¡No! Bueno..., no debía utilizar a *Errol*. Ya sabes que no está preparado para viajes largos... Pero ¿de qué otra manera hubiera podido hacerle llegar a Harry el regalo?

—Vuélvelo a meter en el baúl —le aconsejó Harry, porque su silbido les perforaba los oídos— o le despertará.

Señaló al profesor Lupin con la cabeza. Ron metió el chivatoscopio en un calcetín especialmente horroroso de tío Vernon, que ahogó el silbido, y luego cerró el baúl.

—Podríamos llevarlo a que lo revisen en Hogsmeade —dijo Ron, volviendo a sentarse. Fred y George me han dicho que en Dervish y Banges, una tienda de instrumentos mágicos, venden cosas de este tipo.

—¿Sabes más cosas de Hogsmeade? —dijo Hermione con entusiasmo—. He leído que es la única población enteramente no muggle de Gran Bretaña...

—Sí, eso creo —respondió Ron de modo brusco—. Pero no es por eso por lo que quiero ir. ¡Sólo quiero entrar en Honeydukes!

—¿Qué es eso? —preguntó Hermione.

—Es una tienda de golosinas —respondió Ron, poniendo cara de felicidad—, donde tienen de todo... Diablillos de pimienta que te hacen echar humo por la boca... y grandes bolas de chocolate rellenas de *mousse* de fresa y nata de Cornualles, y plumas de azúcar que puedes chupar en clase y parecer que estás pensando lo que vas a escribir a continuación...

—Pero Hogsmeade es un lugar muy interesante —presionó Hermione con impaciencia—. En *Lugares históricos de la brujería* se dice que la taberna fue el centro en que se gestó la revuelta de los duendes de 1612. Y la Casa de los Gritos se considera el edificio más embrujado de Gran Bretaña...

—... Y enormes bolas de helado que te levantan unos centímetros del suelo mientras les das lenguetazos —continuó Ron, que no oía nada de lo que decía Hermione.

Hermione se volvió hacia Harry.

—¿No será estupendo salir del colegio para explorar Hogsmeade?

—Supongo que sí—respondió Harry apesadumbrado—. Ya me lo contaréis cuando lo hayáis descubierto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ron.

—Yo no puedo ir. Los Dursley no firmaron la autorización y Fudge tampoco quiso hacerlo.

Ron se quedó horrorizado.

—¿Que no puedes venir? Pero... hay que buscar la forma… McGonagall o algún otro te dará permiso...

Harry se rió con sarcasmo. La profesora McGonagall, jefa de la casa Gryffindor, era muy estricta.

—Podemos preguntar a Fred y a George. Ellos conocen todos los pasadizos secretos para salir del castillo...

—¡Ron! —le interrumpió Hermione—. Creo que Harry no debería andar saliendo del colegio a escondidas estando suelto Black...

—Ya, supongo que eso es lo que dirá McGonagall cuando le pida el permiso —observó Harry.

—Pero si nosotros estamos con él... Black no se atreverá a...

—No digas tonterías, Ron —interrumpió Hermione—. Black ha matado a un montón de gente en mitad de una calle concurrida. ¿Crees realmente que va a dejar de atacar a Harry porque estemos con él?

Mientras hablaba, Hermione enredaba las manos en la correa de la cesta en que iba *Crookshanks*.

—¡No dejes suelta esa cosa! —exclamó Ron.

Pero ya era demasiado tarde. *Crookshanks* saltó con ligereza de la cesta, se desperezó, bostezó y se subió de un brinco a las rodillas de Ron; el bulto del bolsillo de Ron estaba temblando y él se quitó al gato de encima, dándole un empujón irritado.

—¡Apártate de aquí!

—¡No, Ron! —exclamó Hermione con enfado.

Ron estaba a punto de responder cuando el profesor Lupin se movió. Lo miraron con aprensión, pero él se limitó a volver la cabeza hacia el otro lado, con la boca todavía ligeramente abierta, y siguió durmiendo.

El expreso de Hogwarts seguía hacia el norte, sin detenerse. Y el paisaje que se veía por las ventanas se fue volviendo más agreste y oscuro mientras aumentaban las nubes.

A través de la puerta del compartimento se veía pasar gente hacia uno y otro lado. *Crookshanks* se había instalado en un asiento vacío, con su cara aplastada vuelta hacia Ron, y tenía los ojos amarillentos fijos en su bolsillo superior.

A la una en punto llegó la bruja regordeta que llevaba el carrito de la comida.

—¿Crees que deberíamos despertarlo? —preguntó Ron, incómodo, señalando al profesor Lupin con la cabeza—. Por su aspecto, creo que le vendría bien tomar algo.

Hermione se aproximó cautelosamente al profesor Lupin.

—Eeh... ¿profesor? —dijo—. Disculpe... ¿profesor?

El dormido no se inmutó.

—No te preocupes, querida —dijo la bruja, entregándole a Harry unos pasteles con forma de caldero—. Si se despierta con hambre, estaré en la parte delantera, con el maquinista.

—Está dormido, ¿verdad? —dijo Ron en voz baja, cuando la bruja cerró la puerta del compartimento—. Quiero decir que... no está muerto, claro.

—No, no: respira —susurró Hermione, cogiendo el pastel en forma de caldero que le alargaba Harry

Tal vez no fuera un ameno compañero de viaje, pero la presencia del profesor Lupin en el compartimento tenía su lado bueno. A media tarde, cuando empezó a llover y la lluvia emborronaba las colinas, volvieron a oír a alguien por el pasillo, y las tres personas a las que tenían menos aprecio aparecieron en la puerta: Draco Malfoy y sus dos amigotes, Vincent Crabbe y Gregory Goyle.

Draco Malfoy y Harry se habían convertido en enemigos desde que se conocieron, en su primer viaje en tren a Hogwarts. Malfoy, que tenía una cara pálida, puntiaguda y como de asco, pertenecía a la casa de Slytherin. Era buscador en el equipo de quidditch de Slytherin, el mismo puesto que tenía Harry en el de Gryffindor. Crabbe y Goyle parecían no tener otro objeto en la vida que hacer lo que quisiera Malfoy. Los dos eran corpulentos y musculosos. Crabbe era el más alto, y llevaba un corte de pelo de tazón y tenía el cuello muy grueso. Goyle llevaba el pelo corto y erizado, y tenía brazos de gorila.

—Bueno, mirad quiénes están ahí —dijo Malfoy con su habitual manera de hablar; arrastrando las palabras. Abrió la puerta del compartimento—. El chalado y la rata.

Crabbe y Goyle se rieron como bobos.

—He oído que tu padre por fin ha tocado oro este verano —dijo Malfoy—. ¿No se habrá muerto tu madre del susto?

Ron se levantó tan aprisa que tiró al suelo el cesto de *Crookshanks*. El profesor Lupin roncó.

—¿Quién es ése? —preguntó Malfoy, dando un paso atrás en cuanto se percató de la presencia de Lupin.

—Un nuevo profesor —contestó Harry, que se había levantado también por

si tenía que sujetar a Ron—. ¿Qué decías, Malfoy?

Malfoy entornó sus ojos claros. No era tan idiota como para pelearse delante de un profesor.

—Vámonos —murmuró a Crabbe y Goyle, con rabia.

Y desaparecieron.

Harry y Ron volvieron a sentarse. Ron se frotaba los nudillos.

—No pienso aguantarle nada a Malfoy este curso —dijo enfadado—. Lo digo en serio. Si hace otro comentario así sobre mi familia, le cogeré la cabeza y...

Ron hizo un gesto violento.

—Cuidado, Ron —susurró Hermione, señalando al profesor Lupin—. Cuidado...

Pero el profesor Lupin seguía profundamente dormido.

La lluvia arreciaba a medida que el tren avanzaba hacia el norte; las ventanillas eran ahora de un gris brillante que se oscurecía poco a poco, hasta que encendieron las luces que había a lo largo del pasillo y en el techo de los compartimentos. El tren traqueteaba, la lluvia golpeaba contra las ventanas, el viento rugía, pero el profesor Lupin seguía durmiendo.

—Debemos de estar llegando —dijo Ron, inclinándose hacia delante para mirar a través del reflejo del profesor Lupin por la ventanilla, ahora completamente negra.

Acababa de decirlo cuando el tren empezó a reducir la velocidad.

—Estupendo —dijo Ron, levantándose y yendo con cuidado hacia el otro lado del profesor Lupin, para ver algo fuera del tren—. Me muero de hambre. Tengo unas ganas de que empiece el banquete...

—No podemos haber llegado aún —dijo Hermione mirando el reloj.

—Entonces, ¿por qué nos detenemos?

El tren iba cada vez más despacio. A medida que el ruido de los pistones se amortiguaba, el viento y la lluvia sonaban con más fuerza contra los cristales.

Harry, que era el que estaba más cerca de la puerta, se levantó para mirar por el pasillo. Por todo el vagón se asomaban cabezas curiosas. El tren se paró con una sacudida, y distintos golpes testimoniaron que algunos baúles se habían caído de los portaequipajes. A continuación, sin previo aviso, se apagaron todas las luces y quedaron sumidos en una oscuridad total.

—¿Qué sucede? —dijo detrás de Harry la voz de Ron.

—¡Ay! —gritó Hermione—. ¡Me has pisado, Ron!

Harry volvió a tientas a su asiento.

—¿Habremos tenido una avería?

—No sé...

Se oyó el sonido que produce la mano frotando un cristal mojado, y Harry vio la silueta negra y borrosa de Ron, que limpiaba el cristal y miraba fuera.

—Algo pasa ahí fuera —dijo Ron—. Creo que está subiendo gente...

La puerta del compartimento se abrió de repente y alguien cayó sobre las piernas de Harry, haciéndole daño.

—¡Perdona! ¿Tienes alguna idea de lo que pasa? ¡Ay! Lo siento...

—Hola, Neville —dijo Harry, tanteando en la oscuridad, y tirando hacia arriba de la capa de Neville.

—¿Harry? ¿Eres tú? ¿Qué sucede?

—¡No tengo ni idea! Siéntate...

Se oyó un bufido y un chillido de dolor. Neville había ido a sentarse sobre *Crookshanks*.

—Voy a preguntarle al maquinista qué sucede. —Harry notó que pasaba por su lado, oyó abrirse de nuevo la puerta, y después un golpe y dos fuertes chillidos de dolor.

—¿Quién eres?

—¿Quién eres?

—¿Ginny?

—¿Hermione?

—¿Qué haces?

—Buscaba a Ron...

—Entra y siéntate...

—Aquí no —dijo Harry apresuradamente—. ¡Estoy yo!

—¡Ay! —exclamó Neville.

—¡Silencio! —dijo de repente una voz ronca.

Por fin se había despertado el profesor Lupin. Harry oyó que algo se movía en el rincón que él ocupaba. Nadie dijo nada.

Se oyó un chisporroteo y una luz parpadeante iluminó el compartimento. El profesor Lupin parecía tener en la mano un puñado de llamas que le iluminaban la cansada cara gris. Pero sus ojos se mostraban cautelosos.

—No osováis —dijo con la misma voz ronca, y se puso de pie, despacio, con el puñado de llamas enfrente de él. La puerta se abrió lentamente antes de que Lupin pudiera alcanzarla.

De pie, en el umbral, iluminado por las llamas que tenía Lupin en la mano, había una figura cubierta con capa y que llegaba hasta el techo. Tenía la cara completamente oculta por una capucha. Harry miró hacia abajo y lo que vio le hizo contraer el estómago. De la capa surgía una mano gris, viscosa y con pústulas. Como algo que estuviera muerto y se hubiera corrompido bajo el agua...

Sólo estuvo a la vista una fracción de segundo. Como si el ser que se ocultaba bajo la capa hubiera notado la mirada de Harry, la mano se metió entre los pliegues de la tela negra.

Y entonces aspiró larga, lenta, ruidosamente, como si quisiera succionar algo más que aire.

Un frío intenso se extendió por encima de todos. Harry fue consciente del aire que retenía en el pecho. El frío penetró más allá de su piel, le penetró en el pecho, en el corazón...

Los ojos de Harry se quedaron en blanco. No podía ver nada. Se ahogaba de frío. Oyó correr agua. Algo lo arrastraba hacia abajo y el rugido del agua se hacía más fuerte...

Y entonces, a lo lejos, oyó unos aterrorizados gritos de súplica. Quería ayudar a quien fuera. Intentó mover los brazos, pero no pudo. Una niebla espesa y blanca lo rodeaba, y también estaba dentro de él...

—¡Harry! ¡Harry! ¿Estás bien?

Alguien le daba palmadas en la cara.

—¿Qué?

Harry abrió los ojos. Sobre él había algunas luces y el suelo temblaba... El expreso de Hogwarts se ponía en marcha y la luz había vuelto. Por lo visto había resbalado del asiento y caído al suelo. Ron y Hermione estaban arrodillados a su lado, y por encima de ellos vio a Neville y al profesor Lupin, mirándolo. Harry sentía ganas de vomitar. Al levantar la mano para subirse las gafas, notó su cara cubierta por un sudor frío.

Ron y Hermione lo ayudaron a levantarse y a sentarse en el asiento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ron, asustado.

—Sí —dijo Harry, mirando rápidamente hacia la puerta. El ser encapuchado había desaparecido—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está ese... ese ser? ¿Quién gritaba?

—No gritaba nadie —respondió Ron, aún más asustado.

Harry examinó el compartimento iluminado. Ginny y Neville lo miraron, muy pálidos.

—Pero he oído gritos...

Todos se sobresaltaron al oír un chasquido. El profesor Lupin partía en trozos una tableta de chocolate.

—Toma —le dijo a Harry, entregándole un trozo especialmente grande—. Cómetelo. Te ayudará.

Harry cogió el chocolate, pero no se lo comió.

—¿Qué era ese ser? —le preguntó a Lupin.

—Un *dementor* —respondió Lupin, repartiendo el chocolate entre los demás—. Era uno de los dementores de Azkaban.

Todos lo miraron. El profesor Lupin arrugó el envoltorio vacío de la tableta de chocolate y se lo guardó en el bolsillo.

—Coméoslo —insistió—. Os vendrá bien. Disculpadme, tengo que hablar con el maquinista...

Pasó por delante de Harry y desapareció por el pasillo.

—¿Seguro que estás bien, Harry? —preguntó Hermione con preocupación, mirando a Harry

—No entiendo... ¿Qué ha sucedido? —preguntó Harry, secándose el sudor de la cara.

—Bueno, ese ser... el dementor... se quedó ahí mirándonos (es decir; creo que nos miraba, porque no pude verle la cara), y tú, tú...

—Creí que te estaba dando un ataque o algo así —dijo Ron, que parecía todavía asustado—. Te quedaste como rígido, te caíste del asiento y empezaste a agitarte...

—Y entonces el profesor Lupin pasó por encima de ti, se dirigió al dementor y sacó su varita —explicó Hermione—. Y dijo: «Ninguno de nosotros esconde a Sirius Black bajo la capa. Vete.» Pero el dementor no se movió, así que Lupin murmuró algo y de la varita salió una cosa plateada hacia el dementor. Y éste dio media vuelta y se fue...

—Ha sido horrible —dijo Neville, en voz más alta de lo normal—. ¿Notasteis el frío cuando entró?

—Yo tuve una sensación muy rara —respondió Ron, moviendo los hombros con inquietud—, como si no pudiera ya volver a sentirme contento...

Ginny, que estaba encogida en su rincón y parecía sentirse casi tan mal como Harry, sollozó. Hermione se le acercó y le pasó un brazo por detrás, para reconfortaría.

—Pero ¿no os habéis caído del asiento? —preguntó Harry, extrañado.

—No —respondió Ron, volviendo a mirar a Harry con preocupación—. Ginny temblaba como loca, aunque...

Harry no conseguía entender. Estaba débil y tembloroso, como si se estuviera recuperando de una mala gripe. También sentía un poco de vergüenza. ¿Por qué había perdido el control de aquella manera, cuando los otros no lo habían hecho?

El profesor Lupin regresó. Se detuvo al entrar; miró alrededor y dijo con una breve sonrisa:

—No he envenenado el chocolate, ¿sabéis?

Harry le dio un mordisquito y ante su sorpresa sintió que algo le calentaba el cuerpo y que el calor se extendía hasta los dedos de las manos y de los pies.

—Llegaremos a Hogwarts en diez minutos —dijo el profesor Lupin—. ¿Te encuentras bien, Harry?

Harry no preguntó cómo se había enterado el profesor Lupin de su nombre.

—Sí —dijo, un poco confuso.

No hablaron apenas durante el resto del viaje. Finalmente se detuvo el tren en la estación de Hogsmeade, y se formó mucho barullo para salir del tren: las lechuzas ululaban, los gatos maullaban y el sapo de Neville croaba debajo de su sombrero. En el pequeño andén hacía un frío que pelaba; la lluvia era una ducha de hielo.

—¡Por aquí los de primer curso! —gritaba una voz familiar. Harry, Ron y Hermione se volvieron y vieron la silueta gigante de Hagrid en el otro extremo del andén, indicando por señas a los nuevos estudiantes (que estaban algo asustados) que se adelantaran para iniciar el tradicional recorrido por el lago.

—¿Estáis bien los tres? —gritó Hagrid, por encima de la multitud.

Lo saludaron con la mano, pero no pudieron hablarle porque la multitud los empujaba a lo largo del andén. Harry, Ron y Hermione siguieron al resto de los alumnos y salieron a un camino embarrado y desigual, donde aguardaban al resto de los alumnos al menos cien diligencias, todas tiradas (o eso suponía

Harry) por caballos invisibles, porque cuando subieron a una y cerraron la portezuela, se puso en marcha ella sola, dando botes.

La diligencia olía un poco a moho y a paja. Harry se sentía mejor después de tomar el chocolate, pero aún estaba débil. Ron y Hermione lo miraban todo el tiempo de reojo, como si tuvieran miedo de que perdiera de nuevo el conocimiento.

Mientras el coche avanzaba lentamente hacia unas suntuosas verjas de hierro flanqueadas por columnas de piedra coronadas por estatuillas de cerdos alados, Harry vio a otros dos dementores encapuchados y descomunales, que montaban guardia a cada lado. Estuvo a punto de darle otro frío vahído. Se reclinó en el asiento lleno de bultos y cerró los ojos hasta que hubieron atravesado la verja. El carruaje cogió velocidad por el largo y empinado camino que llevaba al castillo; Hermione se asomaba por la ventanilla para ver acercarse las pequeñas torres. Finalmente, el carruaje se detuvo y Hermione y Ron bajaron.

Al bajar; Harry oyó una voz que arrastraba alegremente las sílabas:

—¿Te has desmayado, Potter? ¿Es verdad lo que dice Longbottom? ¿Realmente te desmayaste?

Malfoy le dio con el codo a Hermione al pasar por su lado, y salió al paso de Harry, que subía al castillo por la escalinata de piedra. Sus ojos claros y su cara alegre brillaban de malicia.

—¡Lárgate, Malfoy! —dijo Ron con las mandíbulas apretadas.

—¿Tú también te desmayaste, Weasley? —preguntó Malfoy, levantando la voz—. ¿También te asustó a ti el viejo dementor; Weasley?

—¿Hay algún problema? —preguntó una voz amable. El profesor Lupin acababa de bajarse de la diligencia que iba detrás de la de ellos.

Malfoy dirigió una mirada insolente al profesor Lupin, y vio los remiendos de su ropa y su maleta desvencijada. Con cierto sarcasmo en la voz, dijo:

—Oh, no, eh... profesor...

Entonces dirigió a Crabbe y Goyle una sonrisita, y subieron los tres hacia el castillo.

Hermione pinchaba a Ron en la espalda para que se diera prisa, y los tres se unieron a la multitud apiñada en la parte superior; a través de las gigantescas puertas de roble, y en el interior del vestíbulo, que estaba iluminado con antorchas y acogía una magnífica escalera de mármol que conducía a los pisos superiores.

A la derecha, abierta, estaba la puerta que daba al Gran Comedor. Harry siguió a la multitud, pero apenas vislumbró el techo encantado, que aquella noche estaba negro y nublado, cuando lo llamó una voz:

—¡Potter, Granger, quiero hablar con vosotros!

Harry y Hermione dieron media vuelta, sorprendidos. La profesora McGonagall, que daba clase de Transformaciones y era la jefa de la casa de Gryffindor; los llamaba por encima de las cabezas de la multitud. Tenía una expresión severa y un moño en la nuca; sus penetrantes ojos se enmarcaban en unas gafas cuadradas. Harry se abrió camino hasta ella con cierta dificultad y un poco de miedo. Había algo en la profesora McGonagall que solía hacer que Harry sintiera que había hecho algo malo.

—No tenéis que poner esa cara de asustados, sólo quiero hablar con vosotros en mi despacho —les dijo—. Ve con los demás, Weasley.

Ron se les quedó mirando mientras la profesora McGonagall se alejaba con Harry y Hermione de la bulliciosa multitud; la acompañaron a través del vestíbulo, subieron la escalera de mármol y recorrieron un pasillo.

Ya en el despacho (una pequeña habitación que tenía una chimenea en la que ardía un fuego abundante y acogedor), hizo una señal a Harry y a Hermione para que se sentaran. También ella se sentó, detrás del escritorio, y dijo de pronto:

—El profesor Lupin ha enviado una lechuza comunicando que te sentiste indispuesto en el tren, Potter.

Antes de que Harry pudiera responder; se oyó llamar suavemente a la puerta, y la señora Pomfrey, la enfermera, entró con paso raudo. Harry se sonrojó. Ya resultaba bastante embarazoso haberse desmayado o lo que le hubiera pasado, para que encima armaran aquel lío.

—Estoy bien —dijo—, no necesito nada...

—Ah, eres tú —dijo la señora Pomfrey, sin escuchar lo que decían e inclinándose para mirarlo de cerca—. Supongo que has estado otra vez metiéndote en algo peligroso.

—Ha sido un dementor; Poppy ——dijo la profesora McGonagall.

Cambiaron una mirada sombría y la señora Pomfrey chascó la lengua con reprobación.

—Poner dementores en un colegio —murmuró echando para atrás la silla de Harry y apoyando una mano en su frente—. No será el primero que se desmaya. Sí, está empapado en sudor. Son seres terribles, y el efecto que tienen en la gente que ya de por sí es delicada...

—¡Yo no soy delicado! —repuso Harry, ofendido.

—Por supuesto que no —admitió distraídamente la señora Pomfrey, tomándole el pulso.

—¿Qué le prescribe? —preguntó resueltamente la profesora McGonagall—

. ¿Guardar cama? ¿Debería pasar esta noche en la enfermería?

—¡Estoy bien! —repuso Harry, poniéndose en pie de un brinco. Le atormentaba pensar en lo que diría Malfoy si lo enviaban por aquello a la enfermería.

—Bueno. Al menos tendría que tomar chocolate —dijo la señora Pomfrey, que intentaba examinar los ojos de Harry.

—Ya he tomado un poco. El profesor Lupin me lo dio. Nos dio a todos.

—¿Sí? —dijo con aprobación la señora Pomfrey—. ¡Así que por fin tenemos un profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras que conoce los remedios!

—¿Estás seguro de que te sientes bien, Potter? —preguntó la profesora McGonagall.

—Sí —dijo Harry.

—Muy bien. Haz el favor de esperar fuera mientras hablo un momento con la señorita Granger sobre su horario. Luego podremos bajar al banquete todos juntos.

Harry salió al corredor con la señora Pomfrey, que se marchó hacia la enfermería murmurando algo para sí. Harry sólo tuvo que esperar unos minutos. A continuación salió Hermione, radiante de felicidad, seguida por la profesora McGonagall, y los tres bajaron las escaleras de mármol, hacia el Gran Comedor.

Estaba lleno de capirotes negros. Las cuatro mesas largas estaban llenas de estudiantes. Sus caras brillaban a la luz de miles de velas. El profesor Flitwick, que era un brujo bajito y con el pelo blanco, salió con un viejo sombrero y un taburete de tres patas.

—¡Nos hemos perdido la selección! —dijo Hermione en voz baja.

Los nuevos alumnos de Hogwarts obtenían casa por medio del Sombrero Seleccionador; que iba gritando el nombre de la casa más adecuada para cada uno (Gryffindor; Ravenclaw, Hufflepuff, Slytherin). La profesora McGonagall se dirigió con paso firme a su asiento en la mesa de los profesores, y Harry y Hermione se encaminaron en sentido contrario, hacia la mesa de Gryffindor, tan silenciosamente como les fue posible. La gente se volvía para mirarlos cuando pasaban por la parte trasera del Comedor y algunos señalaban a Harry. ¿Había corrido tan rápido la noticia de su desmayo delante del dementor?

Él y Hermione se sentaron a ambos lados de Ron, que les había guardado los asientos.

—¿De qué iba la cosa? —le preguntó a Harry.

Comenzó a explicarse en un susurro, pero entonces el director se puso en

pie para hablar y Harry se calló.

El profesor Dumbledore, aunque viejo, siempre daba la impresión de tener mucha energía. Su pelo plateado y su barba tenían más de medio metro de longitud; llevaba gafas de media luna; y tenía una nariz extremadamente curva. Solían referirse a él como al mayor mago de la época, pero no era por eso por lo que Harry le tenía tanto respeto. No se podía menos de confiar en Albus Dumbledore, y cuando Harry lo vio sonreír con franqueza a todos los estudiantes, se sintió tranquilo por vez primera desde que el dementor había entrado en el compartimento del tren.

—¡Bienvenidos! —dijo Dumbledore, con la luz de la vela reflejándose en su barba—. ¡Bienvenidos a un nuevo curso en Hogwarts! Tengo algunas cosas que deciros a todos, y como una es muy seria, la explicaré antes de que nuestro excelente banquete os deje aturdidos. —Dumbledore se aclaró la garganta y continuó—: Como todos sabéis después del registro que ha tenido lugar en el expreso de Hogwarts, tenemos actualmente en nuestro colegio a algunos dementores de Azkaban, que están aquí por asuntos relacionados con el Ministerio de Magia. —Se hizo una pausa y Harry recordó que el señor Weasley había dicho sobre que a Dumbledore no lo le agradaba que los dementores custodiaran el colegio—. Están apostados en las entradas a los terrenos del colegio —continuó Dumbledore—, y tengo que dejar muy claro que mientras estén aquí nadie saldrá del colegio sin permiso. A los dementores no se les puede engañar con trucos o disfraces, ni siquiera con capas invisibles —añadió como quien no quiere la cosa, y Harry y Ron se miraron—. No está en la naturaleza de un dementor comprender ruegos o excusas. Por lo tanto, os advierto a todos y cada uno de vosotros que no debéis darles ningún motivo para que os hagan daño. Confío en los prefectos y en los últimos ganadores de los Premios Anuales para que se aseguren de que ningún alumno intenta burlarse de los dementores.

Percy, que se sentaba a unos asientos de distancia de Harry, volvió a sacar pecho y miró a su alrededor orgullosamente. Dumbledore hizo otra pausa. Recorrió la sala con una mirada muy seria y nadie movió un dedo ni dijo nada.

—Por hablar de algo más alegre —continuó—, este año estoy encantado de dar la bienvenida a nuestro colegio a dos nuevos profesores. En primer lugar, el profesor Lupin, que amablemente ha accedido a enseñar Defensa Contra las Artes Oscuras.

Hubo algún aplauso aislado y carente de entusiasmo. Sólo los que habían estado con él en el tren aplaudieron con ganas, Harry entre ellos. El profesor Lupin parecía un adán en medio de los demás profesores, que iban vestidos con sus mejores togas.

—¡Mira a Snape! —le susurró Ron a Harry en el oído.

El profesor Snape, el especialista en Pociones, miraba al profesor Lupin desde el otro lado de la mesa de los profesores. Era sabido que Snape anhelaba aquel puesto, pero incluso a Harry, que aborrecía a Snape, le

asombraba la expresión que tenía en aquel momento, crispando su rostro delgado y cetrino. Era más que enfado: era odio. Harry conocía muy bien aquella expresión: era la que Snape adoptaba cada vez que lo veía a él.

—En cuanto al otro último nombramiento —prosiguió Dumbledore cuando se apagó el tibio aplauso para el profesor Lupin—, siento deciros que el profesor Kettleburn, nuestro profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas, se retiró al final del pasado curso para poder aprovechar en la intimidad los miembros que le quedan. Sin embargo, estoy encantado de anunciar que su lugar lo ocupará nada menos que Rubeus Hagrid, que ha accedido a compaginar estas clases con sus obligaciones de guardabosques.

Harry, Ron y Hermione se miraron atónitos. Luego se unieron al aplauso, que fue especialmente caluroso en la mesa de Gryffindor. Harry se inclinó para ver a Hagrid, que estaba rojo como un tomate y se miraba las enormes manos, con la amplia sonrisa oculta por la barba negra.

—¡Tendríamos que haberlo adivinado! —dijo Ron, dando un puñetazo en la mesa—. ¿Qué otro habría sido capaz de mandarnos que compráramos un libro que muerde?

Harry, Ron y Hermione fueron los últimos en dejar de aplaudir; y cuando el profesor Dumbledore volvió a hablar, pudieron ver que Hagrid se secaba los ojos con el mantel.

—Bien, creo que ya he dicho todo lo importante —dijo Dumbledore—. ¡Que comience el banquete!

Las fuentes doradas y las copas que tenían delante se llenaron de pronto de comida y bebida. Harry, que de repente se dio cuenta de que tenía un hambre atroz, se sirvió de todo lo que estaba a su alcance, y empezó a comer.

Fue un banquete delicioso. El Gran Comedor se llenó de conversaciones, de risas y del tintineo de los cuchillos y tenedores. Harry, Ron y Hermione, sin embargo, tenían ganas de que terminara para hablar con Hagrid. Sabían cuánto significaba para él ser profesor. Hagrid no era un mago totalmente cualificado; había sido expulsado de Hogwarts en tercer curso por un delito que no había cometido. Fueron Harry, Ron y Hermione quienes, durante el curso anterior; habían limpiado el nombre de Hagrid.

Finalmente, cuando los últimos bocados de tarta de calabaza desaparecieron de las bandejas doradas, Dumbledore anunció que era hora de que todos se fueran a dormir y ellos vieron llegado su momento.

—¡Enhorabuena, Hagrid! —gritó Hermione muy alegre, cuando llegaron a la mesa de los profesores.

—Todo ha sido gracias a vosotros tres —dijo Hagrid mientras los miraba, secando su cara brillante en la servilleta—. No puedo creerlo... Un gran tipo, Dumbledore... Vino derecho a mi cabaña después de que el profesor Kettleburn dijera que ya no podía más. Es lo que siempre había querido.

Embargado de emoción, ocultó la cara en la servilleta y la profesora McGonagall les hizo irse.

Harry, Ron y Hermione se reunieron con los demás estudiantes de la casa Gryffindor que subían en tropel la escalera de mármol y, ya muy cansados, siguieron por más corredores y subieron más escaleras, hasta que llegaron a la entrada secreta de la torre de Gryffindor. Los interrogó un retrato grande de señora gorda, vestida de rosa:

—¿Contraseña?

—¡Dejadme pasar; dejadme pasar! —gritaba Percy desde detrás de la multitud—. ¡La última contraseña es «Fortuna Maior»!

—¡Oh, no! —dijo con tristeza Neville Longbottom. Siempre tenía problemas para recordar las contraseñas.

Después de cruzar el retrato y recorrer la sala común, chicos y chicas se separaron hacia las respectivas escaleras. Harry subió la escalera de caracol sin otro pensamiento que la alegría de estar otra vez en Hogwarts. Llegaron al conocido dormitorio de forma circular; con sus cinco camas con dosel, y Harry, mirando a su alrededor; sintió que por fin estaba en casa.

6

Posos de té y garras de *hipogrifo*

Cuando Harry, Ron y Hermione entraron en el Gran Comedor para desayunar al día siguiente, lo primero que vieron fue a Draco Malfoy, que entretenía a un grupo de gente de Slytherin con una historia muy divertida. Al pasar por su lado, Malfoy hizo una parodia de desmayo, coreado por una carcajada general.

—No le hagas caso —le dijo Hermione, que iba detrás de Harry—. Tú, ni el menor caso. No merece la pena...

—¡Eh, Potter! —gritó Pansy Parkinson, una chica de Slytherin que tenía la cara como un dogo—. ¡Potter! ¡Que vienen los dementores, Potter! ¡Uuuuuuuuuh!

Harry se dejó caer sobre un asiento de la mesa de Gryffindor; junto a

George Weasley.

—Los nuevos horarios de tercero —anunció George, pasándolos—. ¿Qué te ocurre, Harry?

—Malfoy —contestó Ron, sentándose al otro lado de George y echando una mirada desafiante a la mesa de Slytherin.

George alzó la vista y vio que en aquel momento Malfoy volvía a repetir su pantomima.

—Ese imbécil —dijo sin alterarse— no estaba tan gallito ayer por la noche, cuando los dementores se acercaron a la parte del tren en que estábamos. Vino corriendo a nuestro compartimento, ¿verdad, Fred?

—Casi se moja encima —dijo Fred, mirando con desprecio a Malfoy.

—Yo tampoco estaba muy contento —reconoció George—. Son horribles esos dementores...

—Se le hiela a uno la sangre, ¿verdad? —dijo Fred.

—Pero no os desmayasteis, ¿a que no? —dijo Harry en voz baja.

—No le des más vueltas, Harry —dijo George—. Mi padre tuvo que ir una vez a Azkaban, ¿verdad, Ron?, y dijo que era el lugar más horrible en que había estado. Regresó débil y tembloroso... Los dementores absorben la alegría del lugar en que están. La mayoría de los presos se vuelven locos allí.

—De cualquier modo, veremos lo contento que se pone Malfoy después del primer partido de quidditch —dijo Fred—. Gryffindor contra Slytherin, primer partido de la temporada, ¿os acordáis?

La única ocasión en que Harry y Malfoy se habían enfrentado en un partido de quidditch, Malfoy había llevado las de perder. Un poco más contento, Harry se sirvió salchichas y tomate frito.

Hermione se aprendía su nuevo horario:

—Bien, hoy comenzamos asignaturas nuevas —dijo alegremente.

—Hermione —dijo Ron frunciendo el entrecejo y mirando detrás de ella—, se han confundido con tu horario. Mira, te han apuntado para unas diez asignaturas al día. No hay tiempo suficiente.

—Ya me apañaré. Lo he concertado con la profesora McGonagall.

—Pero mira —dijo Ron riendo—, ¿ves la mañana de hoy? A las nueve Adivinación y Estudios Muggles y... —Ron se acercó más al horario, sin podérselo creer—, mira, Aritmancia, todo a las nueve. Sé que eres muy buena estudiante, Hermione, pero no hay nadie capaz de tanto. ¿Cómo vas a estar en tres clases a la vez?

—No seas tonto —dijo Hermione bruscamente—, por supuesto que no voy a estar en tres clases a la vez.

—Bueno, entonces...

—Pásame la mermelada —le pidió Hermione.

—Pero...

—¿Y a ti qué te importa si mi horario está un poco apretado, Ron? —dijo Hermione—. Ya te he dicho que lo he arreglado todo con la profesora McGonagall.

En ese momento entró Hagrid en el Gran Comedor. Llevaba puesto su abrigo largo de ratina y de una de sus enormes manos colgaba un turón muerto, que se balanceaba.

—¿Va todo bien? —dijo con entusiasmo, deteniéndose camino de la mesa de los profesores—. ¡Estáis en mi primera clase! ¡Inmediatamente después del almuerzo! Me he levantado a las cinco para prepararlo todo. Espero que esté bien... Yo, profesor..., francamente...

Les dirigió una amplia sonrisa y se fue hacia la mesa de los profesores, balanceando el turón.

—Me pregunto qué habrá preparado —dijo Ron con curiosidad.

El Gran Comedor se vaciaba a medida que la gente se marchaba a la primera clase. Ron comprobó el horario.

—Lo mejor será que vayamos ya. Mirad, el aula de Adivinación está en el último piso de la torre norte. Tardaremos unos diez minutos en llegar...

Terminaron aprisa el desayuno, se despidieron de Fred y de George, y volvieron a atravesar el Gran Comedor. Al pasar al lado de la mesa de Slytherin, Malfoy volvió a repetir la pantomima. Las estruendosas carcajadas acompañaron a Harry hasta el vestíbulo.

El trayecto hasta la torre norte era largo. Los dos años que llevaban en Hogwarts no habían bastado para conocer todo el castillo, y ni siquiera habían estado nunca en el interior de la torre norte.

—Tiene... que... haber... un atajo —dijo Ron jadeando, mientras ascendían la séptima larga escalera y salían a un rellano que veían por primera vez y donde lo único que había era un cuadro grande que representaba únicamente un campo de hierba.

—Me parece que es por aquí —dijo Hermione, echando un vistazo al corredor desierto que había a la derecha.

—Imposible —dijo Ron—. Eso es el sur. Mira: por la ventana puedes ver una parte del lago...

Harry observó el cuadro. Un grueso caballo tordo acababa de entrar en el campo y pacía despreocupadamente. Harry estaba acostumbrado a que los cuadros de Hogwarts tuvieran movimiento y a que los personajes se salieran del marco para ir a visitarse unos a otros, pero siempre se había divertido viéndolos. Un momento después, haciendo un ruido metálico, entró en el cuadro un caballero rechoncho y bajito, vestido con armadura, persiguiendo al caballo. A juzgar por las manchas de hierba que había en sus rodilleras de hierro, acababa de caerse.

—¡Pardiez! —gritó, viendo a Harry, Ron y Hermione—. ¿Quiénes son estos villanos que osan internarse en mis dominios? ¿Acaso os mofáis de mi caída? ¡Desenvainad, bellacos!

Se asombraron al ver que el pequeño caballero sacaba la espada de la vaina y la blandía con violencia, saltando furiosamente arriba y abajo. Pero la espada era demasiado larga para él. Un movimiento demasiado violento le hizo perder el equilibrio y cayó de bruces en la hierba.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Harry, acercándose al cuadro.

—¡Atrás, vil bellaco! ¡Atrás, malandrín!

El caballero volvió a empuñar la espada y la utilizó para incorporarse, pero la hoja se hundió profundamente en el suelo, y aunque tiró de ella con todas sus fuerzas, no pudo sacarla. Finalmente, se dejó caer en la hierba y se levantó la visera del casco para limpiarse la cara empapada en sudor.

—Disculpe —dijo Harry, aprovechando que el caballero estaba exhausto—, estamos buscando la torre norte. ¿Por casualidad conoce usted el camino?

—¡Una empresa! —La ira del caballero desapareció al instante. Se puso de pie haciendo un ruido metálico y exclamó—: ¡Vamos, seguidme, queridos amigos, y hallaremos lo que buscamos o pereceremos en el empeño! —Volvió a tirar de la espada sin ningún resultado, intentó pero no pudo montar en el caballo, y exclamó—: ¡A pie, pues, bravos caballeros y gentil señora! ¡Vamos!

Y corrió por el lado izquierdo del marco, haciendo un fuerte ruido metálico.

Corrieron tras él por el pasillo, siguiendo el sonido de su armadura. De vez en cuando lo localizaban delante de ellos, cruzando un cuadro.

—¡Endureced vuestros corazones, lo peor está aún por llegar! —gritó el caballero, y lo volvieron a ver enfrente de un grupo alarmado de mujeres con miriñaque, cuyo cuadro colgaba en el muro de una estrecha escalera de caracol.

Jadeando, Harry, Ron y Hermione ascendieron los escalones mareándose cada vez más, hasta que oyeron un murmullo de voces por encima de ellos y se dieron cuenta de que habían llegado al aula.

—¡Adiós! —gritó el caballero asomando la cabeza por el cuadro de unos monjes de aspecto siniestro—. ¡Adiós, compañeros de armas! ¡Si en alguna

ocasión necesitáis un corazón noble y un temple de acero, llamad a sir Cadogan!

—Sí, lo haremos —murmuró Ron cuando desapareció el caballero—, si alguna vez necesitamos a un chiflado.

Subieron los escalones que quedaban y salieron a un rellano diminuto en el que ya aguardaba la mayoría de la clase. No había ninguna puerta en el rellano; Ron golpeó a Harry con el codo y señaló al techo, donde había una trampilla circular con una placa de bronce.

—Sybill Trelawney, profesora de Adivinación —leyó Harry—. ¿Cómo vamos a subir ahí?

Como en respuesta a su pregunta, la trampilla se abrió de repente y una escalera plateada descendió hasta los pies de Harry. Todos se quedaron en silencio.

—Tú primero —dijo Ron con una sonrisa, y Harry subió por la escalera delante de los demás.

Fue a dar al aula de aspecto más extraño que había visto en su vida. No se parecía en nada a un aula; era algo a medio camino entre un ático y un viejo salón de té. Al menos veinte mesas circulares, redondas y pequeñas, se apretujaban dentro del aula, todas rodeadas de sillones tapizados con tela de colores y de cojines pequeños y redondos. Todo estaba iluminado con una luz tenue y roja. Había cortinas en todas las ventanas y las numerosas lámparas estaban tapadas con pañoletas rojas. Hacía un calor agobiante, y el fuego que ardía en la chimenea, bajo una repisa abarrotada de cosas, calentaba una tetera grande de cobre y emanaba una especie de perfume denso. Las estanterías de las paredes circulares estaban llenas de plumas polvorientas, cabos de vela, muchas barajas viejas, infinitas bolas de cristal y una gran cantidad de tazas de té.

Ron fue a su lado mientras la clase se iba congregando alrededor; entre murmullos.

—¿Dónde está la profesora? —preguntó Ron.

De repente salió de las sombras una voz suave:

—Bienvenidos —dijo—. Es un placer veros por fin en el mundo físico.

La inmediata impresión de Harry fue que se trataba de un insecto grande y brillante. La profesora Trelawney se acercó a la chimenea y vieron que era sumamente delgada. Sus grandes gafas aumentaban varias veces el tamaño de sus ojos y llevaba puesto un chal de gasa con lentejuelas. De su cuello largo y delgado colgaban innumerables collares de cuentas, y tenía las manos llenas de anillos y los brazos de pulseras.

—Sentaos, niños míos, sentaos —dijo, y todos se encaramaron torpemente a los sillones o se hundieron en los cojines. Harry, Ron y Hermione

se sentaron a la misma mesa redonda—. Bienvenidos a la clase de Adivinación —dijo la profesora Trelawney, que se había sentado en un sillón de orejas, delante del fuego—. Soy la profesora Trelawney. Seguramente es la primera vez que me veis. Noto que descender muy a menudo al bullicio del colegio principal nubla mi ojo interior.

Nadie dijo nada ante esta extraordinaria declaración. Con movimientos delicados, la profesora Trelawney se puso bien el chal y continuó hablando:

—Así que habéis decidido estudiar Adivinación, la más difícil de todas las artes mágicas. Debo advertiros desde el principio de que si no poseéis la Vista, no podré enseñaros prácticamente nada. Los libros tampoco os ayudarán mucho en este terreno... —Al oír estas palabras, Harry y Ron miraron con una sonrisa burlona a Hermione, que parecía asustada al oír que los libros no iban a ser de mucha utilidad en aquella asignatura—. Hay numerosos magos y brujas que, aun teniendo una gran habilidad en lo que se refiere a transformaciones, olores y desapariciones súbitas, son incapaces de penetrar en los velados misterios del futuro —continuó la profesora Trelawney, recorriendo las caras nerviosas con sus ojos enormes y brillantes—. Es un don reservado a unos pocos. Dime, muchacho —dijo de repente a Neville, que casi se cayó del cojín—, ¿se encuentra bien tu abuela?

—Creo que sí —dijo Neville tembloroso.

—Yo en tu lugar no estaría tan seguro, querido —dijo la profesora Trelawney. El fuego de la chimenea se reflejaba en sus largos pendientes de color esmeralda. Neville tragó saliva. La profesora Trelawney prosiguió plácidamente—. Durante este curso estudiaremos los métodos básicos de adivinación. Dedicaremos el primer trimestre a la lectura de las hojas de té. El segundo nos ocuparemos en quiromancia. A propósito, querida mía —le soltó de pronto a Parvati Patil—, ten cuidado con cierto pelirrojo.

Parvati miró con un sobresalto a Ron, que estaba inmediatamente detrás de ella, y alejó de él su sillón.

—Durante el último trimestre —continuó la profesora Trelawney—, pasaremos a la bola de cristal si la interpretación de las llamas nos deja tiempo. Por desgracia, un desagradable brote de gripe interrumpirá las clases en febrero. Yo misma perderé la voz. Y en torno a Semana Santa, uno de vosotros nos abandonará para siempre. —Un silencio muy tenso siguió a este comentario, pero la profesora Trelawney no pareció notarlo—. Querida —añadió dirigiéndose a Lavender Brown, que era quien estaba más cerca de ella y que se hundió contra el respaldo del sillón—, ¿me podrías pasar la tetera grande de plata?

Lavender dio un suspiro de alivio, se levantó, cogió una enorme tetera de la estantería y la puso sobre la mesa, ante la profesora Trelawney.

—Gracias, querida. A propósito, eso que temes sucederá el viernes 16 de octubre. —Lavender tembló—. Ahora quiero que os pongáis por parejas. Coged una taza de la estantería, venid a mí y os la llenaré. Luego sentaos y

bebed hasta que sólo queden los posos. Removed entonces los posos agitando la taza tres veces con la mano izquierda y poned luego la taza boca abajo en el plato. Esperad a que haya caído la última gota de té y pasad la taza a vuestro compañero, para que la lea. Interpretaréis los dibujos dejados por los posos utilizando las páginas 5 y 6 de *Disipar las nieblas del futuro*. Yo pasaré a ayudaros y a daros instrucciones. ¡Ah!, querido... —asió a Neville por el brazo cuando el muchacho iba a levantarse— cuando rompas la primera taza, ¿serás tan amable de coger una de las azules? Las de color rosa me gustan mucho.

Como es natural, en cuanto Neville hubo alcanzado la balda de las tazas, se oyó el tintineo de la porcelana rota. La profesora Trelawney se dirigió a él rápidamente con una escoba y un recogedor; y le dijo:

—Una de las azules, querido, si eres tan amable. Gracias...

Cuando Harry y Ron llenaron las tazas de té, volvieron a su mesa y se tomaron rápidamente la ardiente infusión.

Removieron los posos como les había indicado la profesora Trelawney, y después secaron las tazas y las intercambiaron.

—Bien —dijo Ron, después de abrir los libros por las páginas 5 y 6—. ¿Qué ves en la mía?

—Una masa marrón y empapada —respondió Harry. El humo fuertemente perfumado de la habitación lo adormecía y atontaba.

—¡Ensanchad la mente, queridos, y que vuestros ojos vean más allá de lo terrenal! —exclamó la profesora Trelawney sumida en la penumbra.

Harry intentó recobrarse:

—Bueno, hay una especie de cruz torcida... —dijo consultando *Disipar las nieblas del futuro*—. Eso significa que vas a pasar penalidades y sufrimientos... Lo siento... Pero hay algo que podría ser el sol. Espera, eso significa mucha felicidad... Así que vas a sufrir; pero vas a ser muy feliz...

—Si te interesa mi opinión, tendrían que revisarte el ojo interior —dijo Ron, y tuvieron que contener la risa cuando la profesora Trelawney los miró.

—Ahora me toca a mí... —Ron miró con detenimiento la taza de Harry, arrugando la frente a causa del esfuerzo. Hay una mancha en forma de sombrero hongo —dijo—. A lo mejor vas a trabajar para el Ministerio de Magia... —Volvió la taza—. Pero por este lado parece más bien como una bellota... ¿Qué es eso? —Cotejó su ejemplar de *Disipar las nieblas del futuro*—. Oro inesperado, como caído del cielo. Estupendo, me podrás prestar. Y aquí hay algo —volvió a girar la taza— que parece un animal. Sí, si esto es su cabeza... parece un hipo..., no, una oveja...

La profesora Trelawney dio media vuelta al oír la carcajada de Harry.

—Déjame ver eso, querido —le dijo a Ron, en tono recriminatorio, y le quitó

la taza de Harry Todos se quedaron en silencio, expectantes.

La profesora Trelawney miraba fijamente la taza de té, girándola en sentido contrario a las agujas del reloj.

—El halcón... querido, tienes un enemigo mortal.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo Hermione en un susurro alto. La profesora Trelawney la miró fijamente—. Todo el mundo sabe lo de Harry y Quien Usted Sabe.

Harry y Ron la miraron con una mezcla de asombro y admiración. Nunca la habían visto hablar así a un profesor. La profesora Trelawney prefirió no contestar. Volvió a bajar sus grandes ojos hacia la taza de Harry y continuó girándola.

—La porra... un ataque. Vaya, vaya... no es una taza muy alegre...

—Creí que era un sombrero hongo —reconoció Ron con vergüenza.

—La calavera... peligro en tu camino...

Toda la clase escuchaba con atención, sin moverse. La profesora Trelawney dio una última vuelta a la taza, se quedó boquiabierta y gritó.

Oyeron romperse otra taza; Neville había vuelto a hacer añicos la suya. La profesora Trelawney se dejó caer en un sillón vacío, con la mano en el corazón y los ojos cerrados.

—Mi querido chico... mi pobre niño... no... es mejor no decir... no... no me preguntes...

—¿Qué es, profesora? —dijo inmediatamente Dean Thomas. Todos se habían puesto de pie y rodearon la mesa de Ron, acercándose mucho al sillón de la profesora Trelawney para poder ver la taza de Harry.

—Querido mío —abrió completamente sus grandes ojos—, tienes el *Grim*.

—¿El qué? —preguntó Harry.

Estaba claro que había otros que tampoco comprendían; Dean Thomas lo miró encogiéndose de hombros, y Lavender Brown estaba anonadada, pero casi todos se llevaron la mano a la boca, horrorizados.

—¡El *Grim*, querido, el *Grim*! —exclamó la profesora Trelawney, que parecía extrañada de que Harry no hubiera comprendido—. ¡El perro gigante y espectral que ronda por los cementerios! Mi querido chico, se trata de un augurio, el peor de los augurios... el augurio de la muerte.

El estómago le dio un vuelco a Harry. Aquel perro de la cubierta del libro *Augurios de muerte*, en Flourish y Blotts, el perro entre las sombras de la calle Magnolia... Ahora también Lavender Brown se llevó las manos a la boca. Todos

miraron a Harry; todos excepto Hermione, que se había levantado y se había acercado al respaldo del sillón de la profesora Trelawney.

—No creo que se parezca a un *Grim* —dijo Hermione rotundamente.

La profesora Trelawney examinó a Hermione con creciente desagrado.

—Perdona que te lo diga, querida, pero percibo muy poca aura a tu alrededor. Muy poca receptividad a las resonancias del futuro.

Seamus Finnigan movía la cabeza de un lado a otro.

—Parece un *Grim* si miras así —decía con los ojos casi cerrados—, pero así parece un burro —añadió inclinándose a la izquierda.

—¡Cuando hayáis terminado de decidir si voy a morir o no...! —dijo Harry, sorprendiéndose incluso a sí mismo. Nadie quería mirarlo.

—Creo que hemos concluido por hoy —dijo la profesora Trelawney con su voz más leve—. Sí... por favor; recoged vuestras cosas...

Silenciosamente, los alumnos entregaron las tazas de té a la profesora Trelawney, recogieron los libros y cerraron las mochilas. Incluso Ron evitó los ojos de Harry.

—Hasta que nos veamos de nuevo —dijo débilmente la profesora Trelawney—, que la buena suerte os acompañe. Ah, querido... —señaló a Neville—, llegarás tarde a la próxima clase, así que tendrás que trabajar un poco más para recuperar el tiempo perdido.

Harry, Ron y Hermione bajaron en silencio la escalera de mano del aula y luego la escalera de caracol, y luego se dirigieron a la clase de Transformaciones de la profesora McGonagall. Tardaron tanto en encontrar el aula que, aunque habían salido de la clase de Adivinación antes de la hora, llegaron con el tiempo justo.

Harry eligió un asiento que estaba al final del aula, sintiéndose el centro de atención: el resto de la clase no dejaba de dirigirle miradas furtivas, como si estuviera a punto de caerse muerto. Apenas oía lo que la profesora McGonagall les decía sobre los *animagos* (brujos que pueden transformarse a voluntad en animales), y no prestaba la menor atención cuando ella se transformó ante los ojos de todos en una gata atigrada con marcas de gafas alrededor de los ojos.

—¿Qué os pasa hoy? —preguntó la profesora McGonagall, recuperando la normalidad con un pequeño estallido y mirándolos—. No es que tenga importancia, pero es la primera vez que mi transformación no consigue arrancar un aplauso de la clase.

Todos se volvieron hacia Harry, pero nadie dijo nada. Hermione levantó la mano.

—Por favor; profesora. Acabamos de salir de nuestra primera clase de Adivinación y... hemos estado leyendo las hojas de té y..

—¡Ah, claro! —exclamó la profesora McGonagall, frunciendo el entrecejo de repente—. No tiene que decir nada más, señorita Granger. Decidme, ¿quién de vosotros morirá este año?

Todos la miraron fijamente.

—Yo —respondió por fin Harry

—Ya veo —dijo la profesora McGonagall, clavando en Harry sus ojos brillantes y redondos como canicas—. Pues tendrías que saber, Potter, que Sybill Trelawney, desde que llegó a este colegio, predice la muerte de un alumno cada año. Ninguno ha muerto todavía. Ver augurios de muerte es su forma favorita de dar la bienvenida a una nueva promoción de alumnos. Si no fuera porque nunca hablo mal de mis colegas... —La profesora McGonagall se detuvo en mitad de la frase y los alumnos vieron que su nariz se había puesto blanca. Prosiguió con más calma—: La adivinación es una de las ramas más imprecisas de la magia. No os ocultaré que la adivinación me hace perder la paciencia. Los verdaderos videntes son muy escasos, y la profesora Trelawney... —Volvió a detenerse y añadió en tono práctico—: Me parece que tienes una salud estupenda, Potter; así que me disculparás que no te perdone hoy los deberes de mañana. Te aseguro que si te mueres no necesitarás entregarlos.

Hermione se echó a reír. Harry se sintió un poco mejor. Lejos del aula tenuemente iluminada por una luz roja y del perfume agobiante, era más difícil aterrorizarse por unas cuantas hojas de té. Sin embargo, no todo el mundo estaba convencido. Ron seguía preocupado y Lavender susurró:

—Pero ¿y la taza de Neville?

Cuando terminó la clase de Transformaciones, se unieron a la multitud que se dirigía bulliciosamente al Gran Comedor; para el almuerzo.

—Animo, Ron —dijo Hermione, empujando hacia él una bandeja de estofado—. Ya has oído a la profesora McGonagall.

Ron se sirvió estofado con una cuchara y cogió su tenedor; pero no empezó a comer.

—Harry —dijo en voz baja y grave—, tú no has visto en ningún sitio un perro negro y grande, ¿verdad?

—Sí, lo he visto —dijo Harry—. Lo vi la noche que abandoné la casa de los Dursley.

Ron dejó caer el tenedor; que hizo mucho ruido.

—Probablemente, un perro callejero —dijo Hermione muy tranquila.

Ron miró a Hermione como si se hubiera vuelto loca.

—Hermione, si Harry ha visto un *Grim*, eso es... eso es terrible —aseguró—. Mi tío Bilius vio uno y.. ¡murió veinticuatro horas más tarde!

—Casualidad —arguyó Hermione sin darle importancia, sirviéndose zumo de calabaza.

—¡No sabes lo que dices! —dijo Ron empezando a enfadarse—. Los *Grims* ponen los pelos de punta a la mayoría de los brujos.

—Ahí tienes la prueba —dijo Hermione en tono de superioridad—. Ven al *Grim* y se mueren de miedo. El *Grim* no es un augurio, ¡es la causa de la muerte! Y Harry todavía está con nosotros porque no es lo bastante tonto para ver uno y pensar: «¡Me marcho al otro barrio!»

Ron movió los labios sin pronunciar nada, para que Hermione comprendiera sin que Harry se enterase. Hermione abrió la mochila, sacó su libro de Aritmancia y lo apoyó abierto en la jarra de zumo.

—Creo que la adivinación es algo muy impreciso —dijo buscando una página—; si quieres saber mi opinión, creo que hay que hacer muchas conjeturas.

—No había nada de impreciso en el *Grim* que se dibujó en la taza —dijo Ron acalorado.

—No estabas tan seguro de eso cuando le decías a Harry que se trataba de una oveja —repuso Hermione con serenidad.

—¡La profesora Trelawney dijo que no tenías un aura adecuada para la adivinación! Lo que pasa es que no te gusta no ser la primera de la clase.

Acababa de poner el dedo en la llaga. Hermione golpeó la mesa con el libro con tanta fuerza que salpicó carne y zanahoria por todos lados.

—Si ser buena en Adivinación significa que tengo que hacer como que veo augurios de muerte en los posos del té, no estoy segura de que vaya a seguir estudiando mucho tiempo esa asignatura. Esa clase fue una porquería comparada con la de Aritmancia.

Cogió la mochila y se fue sin despedirse.

Ron la siguió con la vista, frunciendo el entrecejo.

—Pero ¿de qué habla? ¡Todavía no ha asistido a ninguna clase de Aritmancia!

A Harry le encantó salir del castillo después del almuerzo. La lluvia del día anterior había terminado; el cielo era de un gris pálido, y la hierba estaba mullida y húmeda bajo sus pies cuando se pusieron en camino hacia su primera clase de Cuidado de Criaturas Mágicas.

Ron y Hermione no se dirigían la palabra. Harry caminaba a su lado, en silencio, mientras descendían por el césped hacia la cabaña de Hagrid, en el límite del bosque prohibido. Sólo cuando vio delante tres espaldas que le resultaban muy familiares, se dio cuenta de que debían de compartir aquellas clases con los de Slytherin. Malfoy decía algo animadamente a Crabbe y Goyle, que se reían a carcajadas. Harry creía saber de qué hablaban.

Hagrid aguardaba a sus alumnos en la puerta de la cabaña. Estaba impaciente por empezar; cubierto con su abrigo de ratina, y con *Fang*, el perro jabalinero, a sus pies.

—¡Vamos, daos prisa! —gritó a medida que se aproximaban sus alumnos—. ¡Hoy tengo algo especial para vosotros! ¡Una gran lección! ¿Ya está todo el mundo? ¡Bien, seguidme!

Durante un desagradable instante, Harry temió que Hagrid los condujera al bosque; Harry había vivido en aquel lugar experiencias tan desagradables que nunca podría olvidarlas. Sin embargo, Hagrid anduvo por el límite de los árboles y cinco minutos después se hallaron ante un prado donde no había nada.

—¡Acercaos todos a la cerca! —gritó—. Aseguraos de que tenéis buena visión. Lo primero que tenéis que hacer es abrir los libros...

—¿De qué modo? —dijo la voz fría y arrastrada de Draco Malfoy.

—¿Qué? —dijo Hagrid.

—¿De qué modo abrimos los libros? —repitió Malfoy. Sacó su ejemplar de *El monstruoso libro de los monstruos*, que había atado con una cuerda. Otros lo imitaron. Unos, como Harry, habían atado el libro con un cinturón; otros lo habían metido muy apretado en la mochila o lo habían sujetado con pinzas.

—¿Nadie ha sido capaz de abrir el libro? —preguntó Hagrid decepcionado.

La clase entera negó con la cabeza.

—Tenéis que acariciarlo —dijo Hagrid, como si fuera lo más obvio del mundo—. Mirad...

Cogió el ejemplar de Hermione y desprendió el celo mágico que lo sujetaba. El libro intentó morderle, pero Hagrid le pasó por el lomo su enorme dedo índice, y el libro se estremeció, se abrió y quedó tranquilo en su mano.

—¡Qué tontos hemos sido todos! —dijo Malfoy despectivamente—. ¡Teníamos que acariciarlo! ¿Cómo no se nos ocurrió?

—Yo... yo pensé que os haría gracia —le dijo Hagrid a Hermione,

dubitativo.

—¡Ah, qué gracia nos hace...! —dijo Malfoy—. ¡Realmente ingenioso, hacernos comprar libros que quieren comernos las manos!

—Cierra la boca, Malfoy —le dijo Harry en voz baja. Hagrid se había quedado algo triste y Harry quería que su primera clase fuera un éxito.

—Bien, pues —dijo Hagrid, que parecía haber perdido el hilo—. Así que... ya tenéis los libros y... y... ahora os hacen falta las criaturas mágicas. Sí, así que iré a por ellas. Esperad un momento...

Se alejó de ellos, penetró en el bosque y se perdió de vista.

—Dios mío, este lugar está en decadencia —dijo Malfoy en voz alta—. Estas clases idiotas... A mi padre le dará un patatús cuando se lo cuente.

—Cierra la boca, Malfoy —repitió Harry.

—Cuidado, Potter; hay un dementor detrás de ti.

—¡Uuuuuh! —gritó Lavender Brown, señalando hacia la otra parte del prado.

Trotando en dirección a ellos se acercaba una docena de criaturas, las más extrañas que Harry había visto en su vida. Tenían el cuerpo, las patas traseras y la cola de caballo, pero las patas delanteras, las alas y la cabeza de águila gigante. El pico era del color del acero y los ojos de un naranja brillante. Las garras de las patas delanteras eran de quince centímetros cada una y parecían armas mortales. Cada bestia llevaba un collar de cuero grueso alrededor del cuello, atado a una larga cadena. Hagrid sostenía en sus grandes manos el extremo de todas las cadenas. Se acercaba corriendo por el prado, detrás de las criaturas.

—¡Id para allá! —les gritaba, sacudiendo las cadenas y forzando a las bestias a ir hacia la cerca, donde estaban los alumnos. Todos se echaron un poco hacia atrás cuando Hagrid llegó donde estaban ellos y ató los animales a la cerca.

—*¡Hipogrifos!* —gritó Hagrid alegremente, haciendo a sus alumnos una señal con la mano—. ¿A que son hermosos?

Harry pudo comprender que Hagrid los llamara hermosos. En cuanto uno se recuperaba del susto que producía ver algo que era mitad pájaro y mitad caballo, podía empezar a apreciar el brillo externo del animal, que cambiaba paulatinamente de la pluma al pelo. Todos tenían colores diferentes: gris fuerte, bronce, ruano rosáceo, castaño brillante y negro tinta.

—Venga —dijo Hagrid frotándose las manos y sonriéndoles—, si queréis acercaros un poco...

Nadie parecía querer acercarse. Harry, Ron y Hermione, sin embargo, se aproximaron con cautela a la cerca.

—Lo primero que tenéis que saber de los hipogrifos es que son orgullosos —dijo Hagrid—. Se molestan con mucha facilidad. Nunca ofendáis a ninguno, porque podría ser lo último que hicierais.

Malfoy, Crabbe y Goyle no escuchaban; hablaban en voz baja y Harry tuvo la desagradable sensación de que estaban tramando la mejor manera de incordiar.

—Tenéis que esperar siempre a que el hipogrifo haga el primer movimiento —continuó Hagrid—. Es educado, ¿os dais cuenta? Vais hacia él, os incliná is y esperáis. Si él responde con una inclinación, querrá decir que os permite tocarlo. Si no hace la inclinación, entonces es mejor que os alejéis de él enseguida, porque puede hacer mucho daño con sus garras. Bien, ¿quién quiere ser el primero?

Como respuesta, la mayoría de la clase se alejó aún más. Incluso Harry, Ron y Hermione recelaban. Los hipogrifos sacudían sus feroces cabezas y desplegaban sus poderosas alas; parecía que no les gustaba estar atados.

—¿Nadie? —preguntó Hagrid con voz suplicante.

—Yo —se ofreció Harry.

Detrás de él se oyó un jadeo, y Lavender y Parvati susurraron:

—¡No, Harry, acuérdate de las hojas de té!

Harry no hizo caso y saltó la cerca.

—¡Buen chico, Harry! —gritó Hagrid—. Veamos cómo te llevas con *Buckbeak*.

Soltó la cadena, separó al hipogrifo gris de sus compañeros y le desprendió el collar de cuero. Los alumnos, al otro lado de la cerca, contenían la respiración. Malfoy entornaba los ojos con malicia.

—Tranquilo ahora, Harry —dijo Hagrid en voz baja—. Primero mírale a los ojos. Procura no parpadear. Los hipogrifos no confían en ti si parpadeas demasiado...

A Harry empezaron a irritársele los ojos, pero no los cerró. *Buckbeak* había vuelto la cabeza grande y afilada, y miraba a Harry fijamente con un ojo terrible de color naranja.

—Eso es —dijo Hagrid—. Eso es, Harry. Ahora inclina la cabeza...

A Harry no le hacía gracia presentarle la nuca a *Buckbeak*, pero hizo lo que Hagrid le decía. Se inclinó brevemente y levantó la mirada.

El hipogrifo seguía mirándolo fijamente y con altivez. No se movió.

—Ah —dijo Hagrid, preocupado—. Bien, vete hacia atrás, tranquilo, despacio...

Pero entonces, ante la sorpresa de Harry, el hipogrifo dobló las arrugadas rodillas delanteras y se inclinó profundamente.

—¡Bien hecho, Harry! —dijo Hagrid, eufórico—. ¡Bien, puedes tocarlo! Dale unas palmadas en el pico, vamos.

Pensando que habría preferido como premio poder irse, Harry se acercó al hipogrifo lentamente y alargó el brazo. Le dio unas palmadas en el pico y el hipogrifo cerró los ojos para dar a entender que le gustaba.

La clase rompió en aplausos. Todos excepto Malfoy, Crabbe y Goyle, que parecían muy decepcionados.

—Bien, Harry —dijo Hagrid—. ¡Creo que el hipogrifo dejaría que lo montaras!

Aquello era más de lo que Harry había esperado. Estaba acostumbrado a la escoba; pero no estaba seguro de que un hipogrifo se le pareciera.

—Súbete ahí, detrás del nacimiento del ala —dijo Hagrid—. Y procura no arrancarle ninguna pluma, porque no le gustaría...

Harry puso el pie sobre el ala de *Buckbeak* y se subió en el lomo. *Buckbeak* se levantó. Harry no sabía dónde debía agarrarse: delante de él todo estaba cubierto de plumas.

—¡Vamos! —gritó Hagrid, dándole una palmada al hipogrifo en los cuartos traseros.

A cada lado de Harry, sin previo aviso, se abrieron unas alas de más de tres metros de longitud. Apenas le dio tiempo a agarrarse del cuello del hipogrifo antes de remontar el vuelo. No tenía ningún parecido con una escoba y Harry tuvo muy claro cuál prefería. Muy incómodamente para él, las alas del hipogrifo batían debajo de sus piernas. Sus dedos resbalaban en las brillantes plumas y no se atrevía a asirse con más fuerza. En vez del movimiento suave de su Nimbus 2.000, sentía el zarandeo hacia atrás y hacia delante, porque los cuartos traseros del hipogrifo se movían con las alas.

Buckbeak sobrevoló el prado y descendió. Era lo que Harry había temido. Se echó hacia atrás conforme el hipogrifo se inclinaba hacia abajo. Le dio la impresión de que iba a resbalar por el pico. Luego sintió un fuerte golpe al aterrizar el animal con sus cuatro patas revueltas, y se las arregló para sujetarse y volver a incorporarse.

—¡Muy bien, Harry! —gritó Hagrid, mientras lo vitoreaban todos menos Malfoy, Crabbe y Goyle—. ¡Bueno!, ¿quién más quiere probar?

Envalentonados por el éxito de Harry, los demás saltaron al prado con cautela. Hagrid desató uno por uno los hipogrifos y, al cabo de poco rato, los alumnos hacían timoratas reverencias por todo el prado. Neville retrocedió corriendo en varias ocasiones porque su hipogrifo no parecía querer doblar las rodillas. Ron y Hermione practicaban con el de color castaño, mientras Harry observaba.

Malfoy, Crabbe y Goyle habían escogido a *Buckbeak*. Había inclinado la cabeza ante Malfoy, que le daba palmaditas en el pico con expresión desdeñosa.

—Esto es muy fácil —dijo Malfoy, arrastrando las sílabas y con voz lo bastante alta para que Harry lo oyera—. Tenía que ser fácil, si Potter fue capaz... ¿A que no eres peligroso? —le dijo al hipogrifo—. ¿Lo eres, bestia asquerosa?

Sucedió en un destello de garras de acero. Malfoy emitió un grito agudísimo y un instante después Hagrid se esforzaba por volver a ponerle el collar a *Buckbeak*, que quería alcanzar a un Malfoy que yacía encogido en la hierba y con sangre en la ropa.

—¡Me muero! —gritó Malfoy, mientras cundía el pánico—. ¡Me muero, mirad! ¡Me ha matado!

—No te estás muriendo —le dijo Hagrid, que se había puesto muy pálido—. Que alguien me ayude, tengo que sacarlo de aquí...

Hermione se apresuró a abrir la puerta de la cerca mientras Hagrid levantaba con facilidad a Malfoy. Mientras desfilaban, Harry vio que en el brazo de Malfoy había una herida larga y profunda; la sangre salpicaba la hierba y Hagrid corría con él por la pendiente, hacia el castillo.

Los demás alumnos los seguían temblorosos y más despacio. Todos los de Slytherin echaban la culpa a Hagrid.

—¡Deberían despedirlo inmediatamente! —exclamó Pansy Parkinson, con lágrimas en los ojos.

—¡La culpa fue de Malfoy! —lo defendió Dean Thomas.

Crabbe y Goyle flexionaron los músculos amenazadoramente.

Subieron los escalones de piedra hasta el desierto vestíbulo.

—¡Voy a ver si se encuentra bien! —dijo Pansy.

Y la vieron subir corriendo por la escalera de mármol. Los de Slytherin se alejaron hacia su sala común subterránea, sin dejar de murmurar contra Hagrid; Harry, Ron y Hermione continuaron subiendo escaleras hasta la torre

de Gryffindor.

—¿Creéis que se pondrá bien? —dijo Hermione asustada.

—Por supuesto que sí. La señora Pomfrey puede curar heridas en menos de un segundo —dijo Harry, que había sufrido heridas mucho peores y la enfermera se las había curado con magia.

—Es lamentable que esto haya pasado en la primera clase de Hagrid, ¿no os parece? —comentó Ron preocupado—. Es muy típico de Malfoy eso de complicar las cosas...

Fueron de los primeros en llegar al Gran Comedor para la cena. Esperaban encontrar allí a Hagrid, pero no estaba.

—No lo habrán despedido, ¿verdad? —preguntó Hermione con preocupación, sin probar su pastel de filete y riñones.

—Más vale que no —le respondió Ron, que tampoco probaba bocado.

Harry observaba la mesa de Slytherin. Un grupo prieto y numeroso, en el que figuraban Crabbe y Goyle, estaba sumido en una conversación secreta. Harry estaba seguro de que preparaban su propia versión del percance sufrido por Malfoy.

—Bueno, no puedes decir que el primer día de clase no haya sido interesante —dijo Ron con tristeza.

Tras la cena subieron a la sala común de Gryffindor, que estaba llena de gente, y trataron de hacer los deberes que les había mandado la profesora McGonagall, pero se interrumpían cada tanto para mirar por la ventana de la torre.

—Hay luz en la ventana de Hagrid —dijo Harry de repente.

Ron miró el reloj.

—Si nos diéramos prisa, podríamos bajar a verlo. Todavía es temprano...

—No sé —respondió Hermione despacio, y Harry vio que lo miraba a él.

—Tengo permiso para pasear por los terrenos del colegio —aclaró—. Sirius Black no habrá podido burlar a los dementores, ¿verdad?

Recogieron sus cosas y salieron por el agujero del cuadro, contentos de no encontrar a nadie en el camino hacia la puerta principal, porque no estaban muy seguros de que pudieran salir.

La hierba estaba todavía húmeda y parecía casi negra en aquellos momentos en que el sol se ponía. Al llegar a la cabaña de Hagrid llamaron a la puerta y una voz les contestó:

—Adelante, entrad.

Hagrid estaba sentado en mangas de camisa, ante la mesa de madera limpia; *Fang*, su perro jabalinero, tenía la cabeza en el regazo de Hagrid. Les bastó echar un vistazo para darse cuenta de que Hagrid había estado bebiendo. Delante de él tenía una jarra de peltre casi tan grande como un caldero y parecía que le costaba trabajo enfocar bien las cosas.

—Supongo que es un récord —dijo apesadumbrado al reconocerlos—. Me imagino que soy el primer profesor que ha durado sólo un día.

—¡No te habrán despedido, Hagrid! —exclamó Hermione.

—Todavía no —respondió Hagrid con tristeza, tomando un trago largo del contenido de la jarra—. Pero es sólo cuestión de tiempo, ¿verdad? Después de lo de Malfoy...

—¿Cómo se encuentra Malfoy? —preguntó Ron cuando se sentaron—. No habrá sido nada serio, supongo.

—La señora Pomfrey lo ha curado lo mejor que ha podido —dijo Hagrid con abatimiento—, pero él sigue diciendo que le hace un daño terrible. Está cubierto de vendas... Gime...

—Todo es cuento —dijo Harry—. La señora Pomfrey es capaz de curar cualquier cosa. El año pasado hizo que me volviera a crecer la mitad del esqueleto. Es propio de Malfoy sacar todo el provecho posible.

—El Consejo Escolar está informado, por supuesto —dijo Hagrid—. Piensan que empecé muy fuerte. Debería haber dejado los hipogrifos para más tarde... Tenía que haber empezado con los *gusarajos* o con los *summat*... Creía que sería un buen comienzo... Ha sido culpa mía...

—¡Toda la culpa es de Malfoy, Hagrid! —dijo Hermione con seriedad.

—Somos testigos —dijo Harry—. Dijiste que los hipogrifos atacan al que los ofende. Si Malfoy no prestó atención, el problema es suyo. Le diremos a Dumbledore lo que de verdad sucedió.

—Sí, Hagrid, no te preocupes te apoyaremos —confirmó Ron.

De los arrugados rabillos de los ojos de Hagrid, negros como cucarachas, se escaparon unas lagrimas. Atrajo a Ron y a Harry hacia sí y los estrechó en un abrazo tan fuerte que pudo haberles roto algún hueso.

—Creo que ya has bebido bastante, Hagrid —dijo Hermione con firmeza. Cogió la jarra de la mesa y salió a vaciarla.

—Sí, puede que tengas razón —dijo Hagrid, soltando a Harry y a Ron, que se separaron de él frotándose las costillas. Hagrid se levantó de la silla y siguió a Hermione al exterior; con paso inseguro.

Oyeron una ruidosa salpicadura.

—¿Qué ha hecho? —dijo Harry, asustado, cuando Hermione volvió a entrar con la jarra vacía.

—Meter la cabeza en el barril de agua —dijo Hermione, guardando la jarra.

Hagrid regresó con la barba y los largos pelos chorreando, y secándose los ojos.

—Mejor así —dijo, sacudiendo la cabeza como un perro y salpicándolos a todos—. Habéis sido muy amables por venir a verme. Yo, la verdad...

Hagrid se paró en seco mirando a Harry; como si acabara de darse cuenta de que estaba allí:

—¿QUÉ CREES QUE HACES AQUÍ? —bramó, y tan de repente que dieron un salto en el aire—. ¡NO PUEDES SALIR DESPUÉS DE ANOCHECIDO, HARRY! ¡Y VOSOTROS DOS LO DEJÁIS!

Hagrid se acercó a Harry con paso firme, lo cogió del brazo y lo llevó hasta la puerta.

—¡Vamos! —dijo Hagrid enfadado—. Os voy a acompañar a los tres al colegio. ¡Y que no os vuelva a pillar viniendo a verme a estas horas! ¡No valgo la pena!

7

El *boggart* del armario ropero

Malfoy no volvió a las aulas hasta última hora de la mañana del jueves, cuando los de Slytherin y los de Gryffindor estaban en mitad de la clase de Pociones, que duraba dos horas. Entró con aire arrogante en la mazmorra, con el brazo derecho en cabestrillo y cubierto de vendajes, comportándose, según le pareció a Harry, como si fuera el heroico superviviente de una horrible batalla.

—¿Qué tal, Draco? —dijo Pansy Parkinson, sonriendo como una tonta—. ¿Te duele mucho?

—Sí —dijo Malfoy, con gesto de hombre valiente. Pero Harry vio que guiñaba un ojo a Crabbe y Goyle en el instante en que Pansy apartaba la vista.

—Siéntate —le dijo el profesor Snape amablemente.

Harry y Ron se miraron frunciendo el entrecejo. Si hubieran sido ellos los que hubieran llegado tarde, Snape no los habría mandado sentarse, los habría castigado a quedarse después de clase. Pero Malfoy siempre se había librado de los castigos en las clases de Snape. Snape era el jefe de la casa de Slytherin y generalmente favorecía a los suyos, en detrimento de los demás.

Aquel día elaboraban una nueva pócima: una solución para encoger. Malfoy colocó su caldero al lado de Harry y Ron, para preparar los ingredientes en la misma mesa.

—Profesor —dijo Malfoy—, necesitaré ayuda para cortar las raíces de margarita, porque con el brazo así no puedo.

—Weasley, córtaselas tú —ordenó Snape sin levantar la vista.

Ron se puso rojo como un tomate.

—No le pasa nada a tu brazo —le dijo a Malfoy entre dientes.

Malfoy le dirigió una sonrisita desde el otro lado de la mesa.

—Ya has oído al profesor Snape, Weasley. Córtame las raíces.

Ron cogió el cuchillo, acercó las raíces de Malfoy y empezó a cortarlas mal, dejándolas todas de distintos tamaños.

—Profesor —dijo Malfoy, arrastrando las silabas—, Weasley está estropeando mis raíces, señor.

Snape fue hacia la mesa, aproximó la nariz ganchuda a las raíces y dirigió a Ron una sonrisa desagradable, por debajo de su largo y grasiento pelo negro.

—Dele a Malfoy sus raíces y quédese usted con las de él, Weasley.

—Pero señor...

Ron había pasado el último cuarto de hora cortando raíces en trozos exactamente iguales.

—Ahora mismo —ordenó Snape, con su voz más peligrosa.

Ron cedió a Malfoy sus propias raíces y volvió a empuñar el cuchillo.

—Profesor; necesitaré que me pelen este higo seco —dijo Malfoy, con voz impregnada de risa maliciosa.

—Potter, pela el higo seco de Malfoy —dijo Snape, echándole a Harry la mirada de odio que reservaba sólo para él.

Harry cogió el higo seco de Malfoy mientras Ron trataba de arreglar las raíces que ahora tenía que utilizar él. Harry peló el higo seco tan rápido como pudo, y se lo lanzó a Malfoy sin dirigirle una palabra. La sonrisa de Malfoy era más amplia que nunca.

—¿Habéis visto últimamente a vuestro amigo Hagrid? —les preguntó Malfoy en voz baja.

—A ti no te importa —dijo Ron entrecortadamente, sin levantar la vista.

—Me temo que no durará mucho como profesor —comentó Malfoy, haciendo como que le daba pena—. A mi padre no le ha hecho mucha gracia mi herida...

—Continúa hablando, Malfoy, y te haré una herida de verdad —le gruñó Ron.

—... Se ha quejado al Consejo Escolar y al ministro de Magia. Mi padre tiene mucha influencia, no sé si lo sabéis. Y una herida duradera como ésta... —Exhaló un suspiro prolongado pero fingido—. ¿Quién sabe si mi brazo volverá algún día a estar como antes?

—¿Así que por eso haces teatro? —dijo Harry, cortándole sin querer la cabeza a un ciempiés muerto, ya que la mano le temblaba de furia—. ¿Para ver si consigues que echen a Hagrid?

—Bueno —dijo Malfoy, bajando la voz hasta convertirla en un suspiro—, en parte sí, Potter. Pero hay otras ventajas. Weasley, córtame los ciempiés.

Unos calderos más allá, Neville afrontaba varios problemas. Solía perder el control en las clases de Pociones. Era la asignatura que peor se le daba y el miedo que le tenía al profesor Snape empeoraba las cosas. Su poción, que tenía que ser de un verde amarillo brillante, se había convertido en...

—¡Naranja, Longbottom! —exclamó Snape, levantando un poco con el cazo y vertiéndolo en el caldero, para que lo viera todo el mundo—. ¡Naranja! Dime, muchacho, ¿hay algo que pueda penetrar esa gruesa calavera que tienes ahí? ¿No me has oído decir muy claro que se necesitaba sólo un bazo de rata? ¿No he dejado muy claro que no había que echar más que unas gotas de jugo de sanguijuela? ¿Qué tengo que hacer para que comprendas, Longbottom?

Neville estaba colorado y temblaba. Parecía que se iba a echar a llorar.

—Por favor; profesor —dijo Hermione—, puedo ayudar a Neville a arreglarlo...

—No recuerdo haberle pedido que presuma, señorita Granger —dijo Snape fríamente, y Hermione se puso tan colorada como Neville—. Longbottom, al final de esta clase le daremos unas gotas de esta poción a tu sapo y veremos lo que ocurre. Quizá eso te anime a hacer las cosas correctamente.

Snape se alejó, dejando a Neville sin respiración, a causa del miedo.

—¡Ayúdame! —rogó a Hermione.

—¡Eh, Harry! —dijo Seamus Finnigan, inclinándose para cogerle prestada a Harry la balanza de bronce—. ¿Has oído? *El Profeta* de esta mañana asegura que han visto a Sirius Black.

—¿Dónde? —preguntaron con rapidez Harry y Ron. Al otro lado de la mesa, Malfoy levantó la vista para escuchar con atención.

—No muy lejos de aquí —dijo Seamus, que parecía emocionado—. Lo ha visto una muggle. Por supuesto, ella no entendía realmente. Los muggles piensan que es sólo un criminal común y corriente, ¿verdad? El caso es que telefoneó a la línea directa. Pero cuando llegaron los del Ministerio de Magia, ya se había ido.

—No muy lejos de aquí... —repitió Ron, mirando a Harry de forma elocuente. Dio media vuelta y sorprendió a Malfoy mirando.

—¿Qué, Malfoy? ¿Necesitas que te pele algo más?

Pero a Malfoy le brillaban los ojos de forma malvada y estaban fijos en Harry. Se inclinó sobre la mesa.

—¿Pensando en atrapar a Black tú solo, Potter?

—Exactamente —dijo Harry.

Los finos labios de Malfoy se curvaron en una sonrisa mezquina.

—Desde luego, yo ya habría hecho algo. No estaría en el cole como un chico bueno. Saldría a buscarlo.

—¿De qué hablas, Malfoy? —dijo Ron con brusquedad.

—¿No sabes, Potter...? —musitó Malfoy, casi cerrando sus ojos claros.

—¿Qué he de saber?

Malfoy soltó una risa despectiva, apenas audible.

—Tal vez prefieres no arriesgar el cuello —dijo—. Se lo quieres dejar a los dementores, ¿verdad? Pero en tu caso, yo buscaría venganza. Lo cazaría yo mismo.

—¿De qué hablas? —le preguntó Harry de mal humor.

En aquel momento, Snape dijo en voz alta:

—Deberíais haber terminado de añadir los ingredientes. Esta poción tiene que cocerse antes de que pueda ser ingerida. No os acerquéis mientras está hirviendo. Y luego probaremos la de Longbottom...

Crabbe y Goyle rieron abiertamente al ver a Neville azorado y agitando su poción sin parar. Hermione le murmuraba instrucciones por la comisura de la boca, para que Snape no lo viera. Harry y Ron recogieron los ingredientes no usados, y fueron a lavarse las manos y a lavar los cazos en la pila de piedra que había en el rincón.

—¿Qué ha querido decir Malfoy? —susurró Harry a Ron, colocando las manos bajo el chorro de agua helada que salía de una gárgola—. ¿Por qué tendría que vengarme de Black? Todavía no me ha hecho nada.

—Cosas que inventa —dijo Ron—. Le gustaría que hicieras una locura...

Cuando faltaba poco para que terminara la clase, Snape se dirigió con paso firme a Neville, que se encogió de miedo al lado de su caldero.

—Venid todos y poneos en corro —dijo Snape. Los ojos negros le brillaban—. Y ved lo que le sucede al sapo de Longbottom. Si ha conseguido fabricar una solución para encoger, el sapo se quedará como un renacuajo. Si lo ha hecho mal (de lo que no tengo ninguna duda), el sapo probablemente morirá envenenado.

Los de Gryffindor observaban con aprensión y los de Slytherin con entusiasmo. Snape se puso el sapo *Trevor* en la palma de la mano izquierda e introdujo una cucharilla en la poción de Neville, que había recuperado el color verde. Echó unas gotas en la garganta de *Trevor*.

Se hizo un silencio total, mientras *Trevor* tragaba. Luego se oyó un ligero «¡plop!» y el renacuajo *Trevor* serpenteó en la palma de la mano de Snape. Los de Gryffindor prorrumpieron en aplausos. Snape, irritado, sacó una pequeña botella del bolsillo de su toga, echó unas gotas sobre *Trevor* y éste recobró su tamaño normal.

—Cinco puntos menos para Gryffindor —dijo Snape, borrando la sonrisa de todas las caras—. Le dije que no lo ayudara, señorita Granger. Podéis retiraraos.

Harry, Ron y Hermione subieron las escaleras hasta el vestíbulo. Harry todavía meditaba lo que le había dicho Malfoy, en tanto que Ron estaba furioso por lo de Snape.

—¡Cinco puntos menos para Gryffindor porque la poción estaba bien hecha! ¿Por qué no mentiste, Hermione? ¡Deberías haber dicho que lo hizo Neville solo!

Ella no contestó. Ron miró a su alrededor.

—¿Dónde está Hermione?

Harry también se volvió. Estaban en la parte superior de las escaleras, viendo pasar al resto de la clase que se dirigía al Gran Comedor para almorzar.

—Venía detrás de nosotros —dijo Ron, frunciendo el entrecejo.

Malfoy los adelantó, flanqueado por Crabbe y Goyle. Dirigió a Harry una sonrisa de suficiencia y desapareció.

—Ahí está —dijo Harry

Hermione jadeaba un poco al subir las escaleras a toda velocidad. Con una mano sujetaba la mochila; con la otra sujetaba algo que llevaba metido en la túnica.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó Ron.

—¿El qué? —preguntó a su vez Hermione, reuniéndose con ellos.

—Hace un minuto venías detrás de nosotros y un instante después estabas al pie de las escaleras.

—¿Qué? —Hermione parecía un poco confusa—. ¡Ah, tuve que regresar para coger una cosa! ¡Oh, no...!

En la mochila de Hermione se había abierto una costura. A Harry no le sorprendía; contenía al menos una docena de libros grandes y pesados.

—¿Por qué llevas encima todos esos libros? —le preguntó Ron.

—Ya sabes cuántas asignaturas estudio —dijo Hermione casi sin aliento—. ¿No me podrías sujetar éstos?

—Pero... —Ron daba vueltas a los libros que Hermione le había pasado y miraba las tapas—. Hoy no tienes estas asignaturas. Esta tarde sólo hay Defensa Contra las Artes Oscuras.

—Ya —dijo Hermione, pero volvió a meter todos los libros en la mochila, como si no la hubieran comprendido—. Espero que haya algo bueno para comer. Me muero de ham bre —añadió, y continuó hacia el Gran Comedor.

—¿No tienes la sensación de que Hermione nos oculta algo? —preguntó Ron a Harry.

El profesor Lupin no estaba en el aula cuando llegaron a su primera clase de Defensa Contra las Artes Oscuras. Todos se sentaron, sacaron los libros, las plumas y los pergaminos, y estaban hablando cuando por fin llegó el profesor. Lupin sonrió vagamente y puso su desvencijado maletín en la mesa. Estaba tan desaliñado como siempre, pero parecía más sano que en el tren, como si hubiera tomado unas cuantas comidas abundantes.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Podríais, por favor; meter los libros en la mochila? La lección de hoy será práctica. Sólo necesitaréis las varitas mágicas.

La clase cambió miradas de curiosidad mientras recogía los libros. Nunca habían tenido una clase práctica de Defensa Contra las Artes Oscuras, a menos que se contara la memorable clase del año anterior, en que el antiguo profesor había llevado una jaula con duendecillos y los había soltado en clase.

—Bien —dijo el profesor Lupin cuando todo el mundo estuvo listo—. Si tenéis la amabilidad de seguirme...

Desconcertados pero con interés, los alumnos se pusieron en pie y salieron del aula con el profesor Lupin. Este los condujo a lo largo del desierto corredor. Doblaron una esquina. Al primero que vieron fue a Peeves *el poltergeist*, que flotaba boca abajo en medio del aire y tapaba con chicle el ojo de una cerradura. Peeves no levantó la mirada hasta que el profesor Lupin estuvo a medio metro. Entonces sacudió los pies de dedos retorcidos y se puso a cantar una monótona canción:

—Locatis lunático Lupin, locatis lunático Lupin, locatis lunático Lupin...

Aunque casi siempre era desobediente y maleducado, Peeves solía tener algún respeto por los profesores. Todos miraron de inmediato al profesor Lupin para ver cómo se lo tomaría. Ante su sorpresa, el mencionado seguía sonriendo.

—Yo en tu lugar quitaría ese chicle de la cerradura, Peeves —dijo amablemente—. El señor Filch no podrá entrar a por sus escobas.

Filch era el conserje de Hogwarts, un brujo fracasado y de mal genio que estaba en guerra permanente con los alumnos y por supuesto con Peeves. Pero Peeves no prestó atención al profesor Lupin, salvo para soltarle una sonora pedorreta.

El profesor Lupin suspiró y sacó la varita mágica.

—Es un hechizo útil y sencillo —dijo a la clase, volviendo la cabeza—. Por favor; estad atentos.

Alzó la varita a la altura del hombro, dijo *¡Waddiwasi!* y apuntó a Peeves.

Con la fuerza de una bala, el chicle salió disparado del agujero de la cerradura y fue a taponar la fosa nasal izquierda de Peeves; éste ascendió dando vueltas como en un remolino y se alejó como un bólido, zumbando y echando maldiciones.

—¡Chachi, profesor! —dijo Dean Thomas, asombrado.

—Gracias, Dean —respondió el profesor Lupin, guardando la varita—. ¿Continuamos?

Se pusieron otra vez en marcha, mirando al desaliñado profesor Lupin con creciente respeto. Los condujo por otro corredor y se detuvo en la puerta de la sala de profesores.

—Entrad, por favor —dijo el profesor Lupin abriendo la puerta y cediendo el paso.

En la sala de profesores, una estancia larga, con paneles de madera en las paredes y llena de sillas viejas y dispares, no había nadie salvo un profesor. Snape estaba sentado en un sillón bajo y observó a la clase mientras ésta penetraba en la sala. Los ojos le brillaban y en la boca tenía una sonrisa desagradable. Cuando el profesor Lupin entró y cerró la puerta tras él, dijo Snape:

—Déjela abierta, Lupin. Prefiero no ser testigo de esto. —Se puso de pie y pasó entre los alumnos. Su toga negra ondeaba a su espalda. Ya en la puerta, giró sobre sus talones y dijo—: Posiblemente no le haya avisado nadie, Lupin, pero Neville Longbottom está aquí. Yo le aconsejaría no confiarle nada difícil. A menos que la señorita Granger le esté susurrando las instrucciones al oído.

Neville se puso colorado. Harry echó a Snape una mirada fulminante; ya era desagradable que se metiera con Neville en clase, y no digamos delante de otros profesores.

El profesor Lupin había alzado las cejas.

—Tenía la intención de que Neville me ayudara en la primera fase de la operación, y estoy seguro de que lo hará muy bien.

El rostro de Neville se puso aún más colorado. Snape torció el gesto, pero salió de la sala dando un portazo.

—Ahora —dijo el profesor Lupin llamando la atención del fondo de la clase, donde no había más que un viejo armario en el que los profesores guardaban las togas y túnicas de repuesto. Cuando el profesor Lupin se acercó, el armario tembló de repente, golpeando la pared.

»No hay por qué preocuparse —dijo con tranquilidad el profesor Lupin cuando algunos de los alumnos se echaron hacia atrás, alarmados—. Hay un *boggart* ahí dentro.

Casi todos pensaban que un boggart era algo preocupante. Neville dirigió al profesor Lupin una mirada de terror y Seamus Finnigan vio con aprensión moverse el pomo de la puerta.

—A los boggarts les gustan los lugares oscuros y cerrados —prosiguió el profesor Lupin—: los roperos, los huecos debajo de las camas, el armario de debajo del fregadero... En una ocasión vi a uno que se había metido en un reloj de pared. Se vino aquí ayer por la tarde, y le pregunté al director si se le podía dejar donde estaba, para utilizarlo hoy en una clase de prácticas. La primera pregunta que debemos contestar es: ¿qué es un boggart?

Hermione levantó la mano.

—Es un ser que cambia de forma —dijo—. Puede tomar la forma de aquello que más miedo nos da.

—Yo no lo podría haber explicado mejor —admitió el profesor Lupin, y Hermione se puso radiante de felicidad—. El boggart que está ahí dentro, sumido en la oscuridad, aún no ha adoptado una forma. Todavía no sabe qué es lo que más miedo le da a la persona del otro lado. Nadie sabe qué forma tiene un boggart cuando está solo, pero cuando lo dejemos salir; se convertirá de inmediato en lo que más temamos. Esto significa —prosiguió el profesor Lupin, optando por no hacer caso de los balbuceos de terror de Neville— que ya antes de empezar tenemos una enorme ventaja sobre el boggart. ¿Sabes por qué, Harry?

Era difícil responder a una pregunta con Hermione al lado, que no dejaba de ponerse de puntillas, con la mano levantada. Pero Harry hizo un intento:

—¿Porque somos muchos y no sabe por qué forma decidirse?

—Exacto —dijo el profesor Lupin. Y Hermione bajó la mano algo decepcionada—. Siempre es mejor estar acompañado cuando uno se enfrenta a un boggart, porque se despista. ¿En qué se debería convertir; en un cadáver decapitado o en una babosa carnívora? En cierta ocasión vi que un boggart cometía el error de querer asustar a dos personas a la vez y el muy imbécil se convirtió en media babosa. No daba ni gota de miedo. El hechizo para vencer a un boggart es sencillo, pero requiere fuerza mental. Lo que sirve para vencer a un boggart es la risa. Lo que tenéis que hacer es obligarle a que adopte una forma que vosotros encontréis cómica. Practicaremos el hechizo primero sin la varita. Repetid conmigo: *¡Riddíkulo!*

—*¡Riddíkulo!* —dijeron todos a la vez.

—Bien —dijo el profesor Lupin—. Muy bien. Pero me temo que esto es lo más fácil. Como veis, la palabra sola no basta. Y aquí es donde entras tú, Neville.

El armario volvió a temblar. Aunque no tanto como Neville, que avanzaba como si se dirigiera a la horca.

—Bien, Neville —prosiguió el profesor Lupin—. Empecemos por el principio: ¿qué es lo que más te asusta en el mundo? —Neville movió los labios, pero no dijo nada—. Perdona, Neville, pero no he entendido lo que has dicho —dijo el profesor Lupin, sin enfadarse.

Neville miró a su alrededor, con ojos despavoridos, como implorando ayuda. Luego dijo en un susurro:

—El profesor Snape.

Casi todos se rieron. Incluso Neville se sonrió a modo de disculpa. El profesor Lupin, sin embargo, parecía pensativo.

—El profesor Snape... mm... Neville, creo que vives con tu abuela, ¿es verdad?

—Sí —respondió Neville, nervioso—. Pero no quisiera tampoco que el

boggart se convirtiera en ella.

—No, no. No me has comprendido —dijo el profesor Lupin, sonriendo—. Lo que quiero saber es si podrías explicarnos cómo va vestida tu abuela normalmente.

Neville estaba asustado, pero dijo:

—Bueno, lleva siempre el mismo sombrero: alto, con un buitre disecado encima; y un vestido largo... normalmente verde; y a veces, una bufanda de piel de zorro.

—¿Y bolso? —le ayudó el profesor Lupin.

—Sí, un bolso grande y rojo —confirmó Neville.

—Bueno, entonces —dijo el profesor Lupin—, ¿puedes recordar claramente ese atuendo, Neville? ¿Eres capaz de verlo mentalmente?

—Sí —dijo Neville, con inseguridad, preguntándose qué pasaría a continuación.

—Cuando el boggart salga de repente de este armario y te vea, Neville, adoptará la forma del profesor Snape —dijo Lupin—. Entonces alzarás la varita, así, y dirás en voz alta: *¡Riddíkulo!*, concentrándote en el atuendo de tu abuela. Si todo va bien, el boggart-profesor Snape tendrá que ponerse el sombrero, el vestido verde y el bolso grande y rojo.

Hubo una carcajada general. El armario tembló más violentamente.

—Si a Neville le sale bien —añadió el profesor Lupin—, es probable que el boggart vuelva su atención hacia cada uno de nosotros, por turno. Quiero que ahora todos dediquéis un momento a pensar en lo que más miedo os da y en cómo podríais convertirlo en algo cómico...

La sala se quedó en silencio. Harry meditó... ¿qué era lo que más le aterrorizaba en el mundo?

Lo primero que le vino a la mente fue lord Voldemort, un Voldemort que hubiera recuperado su antigua fuerza. Pero antes de haber empezado a planear un posible contraataque contra un boggart-Voldemort, se le apareció una imagen horrible: una mano viscosa, corrompida, que se escondía bajo una capa negra..., una respiración prolongada y ruidosa que salía de una boca oculta... luego un frío tan penetrante que le ahogaba...

Harry se estremeció. Miró a su alrededor, deseando que nadie lo hubiera notado. La mayoría de sus compañeros tenía los ojos fuertemente cerrados. Ron murmuraba para sí:

—Arrancarle las patas.

Harry adivinó de qué se trataba. Lo que más miedo le daba a Ron eran las

arañas.

—¿Todos preparados? —preguntó el profesor Lupin.

Harry se horrorizó. Él no estaba preparado. Pero no quiso pedir más tiempo. Todos los demás asentían con la cabeza y se arremangaban.

—Nos vamos a echar todos hacia atrás, Neville —dijo el profesor Lupin—, para dejarte el campo despejado. ¿De acuerdo? Después de ti llamaré al siguiente, para que pase hacia delante... Ahora todos hacia atrás, así Neville podrá tener sitio para enfrentarse a él.

Todos se retiraron, arrimándose a las paredes, y dejaron a Neville solo, frente al armario. Estaba pálido y asustado, pero se había arremangado la túnica y tenía la varita preparada.

—A la de tres, Neville —dijo el profesor Lupin, que apuntaba con la varita al pomo de la puerta del armario—. A la una... a las dos... a las tres... ¡ya!

Un haz de chispas salió de la varita del profesor Lupin y dio en el pomo de la puerta. El armario se abrió de golpe y el profesor Snape salió de él, con su nariz ganchuda y gesto amenazador. Fulminó a Neville con la mirada.

Neville se echó hacia atrás, con la varita en alto, moviendo la boca sin pronunciar palabra. Snape se le acercaba, ya estaba a punto de cogerlo por la túnica...

—*¡Ri... Riddíkulo!* —dijo Neville.

Se oyó un chasquido como de látigo. Snape tropezó: llevaba un vestido largo ribeteado de encaje y un sombrero alto rematado por un buitre apolillado. De su mano pendía un enorme bolso rojo.

Hubo una carcajada general. El boggart se detuvo, confuso, y el profesor Lupin gritó:

—¡Parvati! ¡Adelante!

Parvati avanzó, con el rostro tenso. Snape se volvió hacia ella. Se oyó otro chasquido y en el lugar en que había estado Snape apareció una momia cubierta de vendas y con manchas de sangre; había vuelto hacia Parvati su rostro sin ojos, y comenzó a caminar hacia ella, muy despacio, arrastrando los pies y alzando sus brazos rígidos...

—*¡Riddíkulo!* —gritó Parvati.

Se soltó una de las vendas y la momia se enredó en ella, cayó de bruces y la cabeza salió rodando.

—¡Seamus! —gritó el profesor Lupin.

Seamus pasó junto a Parvati como una flecha.

¡Crac! Donde había estado la momia se encontraba ahora una mujer de pelo negro tan largo que le llegaba al suelo, con un rostro huesudo de color verde: una *banshee*. Abrió la boca completamente y un sonido sobrenatural llenó la sala: un prolongado aullido que le puso a Harry los pelos de punta.

—*¡Riddíkulo!* —gritó Seamus.

La *banshee* emitió un sonido ronco y se llevó la mano al cuello. Se había quedado afónica.

¡Crac! La *banshee* se convirtió en una rata que intentaba morderse la cola, dando vueltas en círculo; a continuación... ¡crac!, se convirtió en una serpiente de cascabel que se deslizaba retorciéndose, y luego... ¡crac!, en un ojo inyectado en sangre.

—¡Está despistado! —gritó Lupin—. ¡Lo estamos logrando! ¡Dean!

Dean se adelantó.

¡Crac! El ojo se convirtió en una mano amputada que se dio la vuelta y comenzó a arrastrarse por el suelo como un cangrejo.

—*¡Riddíkulo!* —gritó Dean.

Se oyó un chasquido y la mano quedó atrapada en una ratonera.

—¡Excelente! ¡Ron, te toca!

Ron se dirigió hacia delante.

¡Crac!

Algunos gritaron. Una araña gigante, de dos metros de altura y cubierta de pelo, se dirigía hacia Ron chascando las pinzas amenazadoramente. Por un momento, Harry pensó que Ron se había quedado petrificado. Pero entonces...

—*¡Riddíkulo!* —gritó Ron.

Las patas de la araña desaparecieron y el cuerpo empezó a rodar. Lavender Brown dio un grito y se apartó de su camino a toda prisa. El cuerpo de la araña fue a detenerse a los pies de Harry. Alzó la varita, pero...

—¡Aquí! —gritó el profesor Lupin de pronto, avanzando rápido hacia la araña.

¡Crac!

La araña sin patas había desaparecido. Durante un segundo todos miraron a su alrededor con los ojos bien abiertos, buscándola. Entonces vieron una esfera de un blanco plateado que flotaba en el aire, delante de Lupin, que dijo *¡Riddíkulo!* casi con desgana.

¡Crac!

—¡Adelante, Neville, y termina con él! —dijo Lupin cuando el boggart cayó al suelo en forma de cucaracha. ¡Crac! Allí estaba de nuevo Snape. Esta vez, Neville avanzó con decisión.

—*¡Riddíkulo!* —gritó, y durante una fracción de segundo vislumbraron a Snape vestido de abuela, antes de que Neville emitiera una sonora carcajada y el boggart estallara en mil volutas de humo y desapareciera.

—¡Muy bien! —gritó el profesor Lupin mientras la clase prorrumpía en aplausos—. Muy bien, Neville. Todos lo habéis hecho muy bien. Veamos... cinco puntos para Gryffindor por cada uno de los que se han enfrentado al boggart... Diez por Neville, porque lo hizo dos veces. Y cinco por Hermione y otros cinco por Harry.

—Pero yo no he intervenido —dijo Harry.

—Tú y Hermione contestasteis correctamente a mis preguntas al comienzo de la clase —dijo Lupin sin darle importancia—. Muy bien todo el mundo. Ha sido una clase estupenda. Como deberes, vais a tener que leer la lección sobre los boggart y hacerme un resumen. Me lo entregaréis el lunes. Eso es todo.

Los alumnos abandonaron entusiasmados la sala de profesores. Harry, sin embargo, no estaba contento. El profesor Lupin le había impedido deliberadamente que se enfrentara al boggart. ¿Por qué? ¿Era porque había visto a Harry desmayarse en el tren y pensó que no sería capaz? ¿Había pensado que Harry se volvería a desmayar?

Pero nadie más se había dado cuenta.

—¿Habéis visto cómo he podido con la *banshee*? —decía Seamus.

—¿Y la mano? —dijo Dean, imitándola con la suya.

—¿Y Snape con el sombrero?

—¿Y mi momia?

—Me pregunto por qué al profesor Lupin le dan miedo las bolas de cristal —preguntó Lavender.

—Ha sido la mejor clase de Defensa Contra las Artes Oscuras que hemos tenido. ¿No es verdad? —dijo Ron, emocionado, mientras regresaban al aula para coger las mochilas.

—Parece un profesor muy bueno —dijo Hermione—. Pero me habría gustado haberme enfrentado al boggart yo también.

—¿En qué se habría convertido el boggart? —le preguntó Ron, burlándose—, ¿en un trabajo de clase en el que sólo te pusieran un nueve?

8

La huida de la señora gorda

En muy poco tiempo, la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras se convirtió en la favorita de la mayoría. Sólo Draco Malfoy y su banda de Slytherin criticaban al profesor Lupin:

—Mira cómo lleva la túnica —solía decir Malfoy murmurando alto cuando pasaba el profesor—. Viste como nuestro antiguo elfo doméstico.

Pero a nadie más le interesaba que la túnica del profesor Lupin estuviera remendada y raída. Sus siguientes clases fueron tan interesantes como la primera. Después de los boggarts estudiaron a los *gorros rojos*, unas criaturas pequeñas y desagradables, parecidas a los duendes, que se escondían en cualquier sitio en el que hubiera habido derramamiento de sangre, en las mazmorras de los castillos, en los agujeros de las bombas de los campos de batalla, para dar una paliza a los que se extraviaban. De los gorros rojos pasaron a los *kappas*, unos repugnantes moradores del agua que parecían monos con escamas y con dedos palmeados, y que disfrutaban estrangulando a los que ignorantes que cruzaban sus estanques.

Harry habría querido que sus otras clases fueran igual de entretenidas. La peor de todas era Pociones. Snape estaba aquellos días especialmente propenso a la revancha y todos sabían por qué. La historia del boggart que había adoptado la forma de Snape y el modo en que lo había dejado Neville, con el atuendo de su abuela, se había extendido por todo el colegio. Snape no lo encontraba divertido. A la primera mención del profesor Lupin, aparecía en sus ojos una expresión amenazadora. A Neville lo acosaba más que nunca.

Harry también aborrecía las horas que pasaba en la agobiante sala de la torre norte de la profesora Trelawney, descifrando símbolos y formas confusas, procurando olvidar que los ojos de la profesora Trelawney se llenaban de lágrimas cada vez que lo miraba. No le podía gustar la profesora Trelawney, por más que unos cuantos de la clase la trataran con un respeto que rayaba en la reverencia. Parvati Patil y Lavender Brown habían adoptado la costumbre de rondar la sala de la torre de la profesora Trelawney a la hora de la comida, y siempre regresaban con un aire de superioridad que resultaba enojoso, como si supieran cosas que los demás ignoraban. Habían comenzado a hablarle a Harry en susurros, como si se encontrara en su lecho de muerte.

A nadie le gustaba realmente la asignatura sobre Cuidado de Criaturas Mágicas, que después de la primera clase tan movida se había convertido en algo extremadamente aburrido. Hagrid había perdido la confianza. Ahora pasaban lección tras lección aprendiendo a cuidar a los gusarajos, que tenían que contarse entre las más aburridas criaturas del universo.

—¿Por qué alguien se preocuparía de cuidarlos? —preguntó Ron tras pasar otra hora embutiendo las viscosas gargantas de los gusarajos con lechuga cortada en tiras.

A comienzos de octubre, sin embargo, hubo otra cosa que mantuvo ocupado a Harry, algo tan divertido que compensaba la insatisfacción de algunas clases. Se aproximaba la temporada de quidditch y Oliver Wood, capitán del equipo de Gryffindor; convocó una reunión un jueves por la tarde para discutir las tácticas de la nueva temporada.

En un equipo de quidditch había siete personas: tres cazadores, cuya función era marcar goles metiendo el *quaffle* (un balón como el de fútbol, rojo) por uno de los aros que había en cada lado del campo, a una altura de quince metros; dos golpeadores equipados con fuertes bates para repeler las *bludgers* (dos pesadas pelotas negras que circulaban muy aprisa, zumbando de un lado para otro, intentando derribar a los jugadores); un guardián que defendía los postes sobre los que estaban los aros; y el buscador; que tenía el trabajo más difícil de todos, atrapar la dorada *snitch*, una pelota pequeña con alas, del tamaño de una nuez, cuya captura daba por finalizado el juego y otorgaba ciento cincuenta puntos al equipo del buscador que la hubiera atrapado.

Oliver Wood era un fornido muchacho de diecisiete años que cursaba su séptimo y último curso. Había cierto tono de desesperación en su voz mientras se dirigía a sus compañeros de equipo en los fríos vestuarios del campo de quidditch que se iba quedando a oscuras.

—Es nuestra última oportunidad..., mi última oportunidad... de ganar la copa de quidditch —les dijo, paseándose con paso firme delante de ellos—. Me marcharé al final de este curso, no volveré a tener otra oportunidad. Gryffindor no ha ganado ni una vez en los últimos siete años. De acuerdo, hemos tenido una suerte horrible: heridos..., cancelación del torneo el curso pasado... —Wood tragó saliva, como si el recuerdo aún le pusiera un nudo en la garganta—. Pero también sabemos que contamos con el mejor... equipo... de este... colegio —añadió, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra y con el conocido brillo frenético en los ojos—. Contamos con tres cazadoras estupendas. —Wood señaló a Alicia Spinnet, Angelina Johnson y Katie Bell—. Tenemos dos golpeadores invencibles.

—Déjalo ya, Oliver; nos estás sacando los colores —dijeron Fred y George a la vez, haciendo como que se sonrojaban.

—¡Y tenemos un buscador que nos ha hecho ganar todos los partidos! —dijo Wood, con voz retumbante y mirando a Harry con orgullo incontenible—. Y estoy yo —añadió.

—Nosotros creemos que tú también eres muy bueno —dijo George.

—Un guardián muy chachi —confirmó Fred.

—La cuestión es —continuó Wood, reanudando los paseos— que la copa de quidditch debiera de haber llevado nuestro nombre estos dos últimos años. Desde que Harry se unió al equipo, he pensado que la cosa estaba chupada. Pero no lo hemos conseguido y este curso es la última oportunidad que tendremos para ver nuestro nombre grabado en ella...

Wood hablaba con tal desaliento que incluso a Fred y a George les dio pena.

—Oliver, éste será nuestro año —aseguró Fred.

—Lo conseguiremos, Oliver —dijo Angelina.

—Por supuesto —corroboró Harry.

Con la moral alta, el equipo comenzó las sesiones de entrenamiento, tres tardes a la semana. El tiempo se enfriaba y se hacía más húmedo, las noches más oscuras, pero no había barro, viento ni lluvia que pudieran empañar la ilusión de ganar por fin la enorme copa de plata.

Una tarde, después del entrenamiento, Harry regresó a la sala común de Gryffindor con frío y entumecido, pero contento por la manera en que se había desarrollado el entrenamiento, y encontró la sala muy animada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Ron y Hermione, que estaban sentados al lado del fuego, en dos de las mejores sillas, terminando unos mapas del cielo para la clase de Astronomía.

—Primer fin de semana en Hogsmeade —le dijo Ron, señalando una nota que había aparecido en el viejo tablón de anuncios—. Finales de octubre. Halloween.

—Estupendo —dijo Fred, que había seguido a Harry por el agujero del retrato—. Tengo que ir a la tienda de Zonko: casi no me quedan bombas fétidas.

Harry se dejó caer en una silla, al lado de Ron, y la alegría lo abandonó. Hermione comprendió lo que le pasaba.

—Harry, estoy segura de que podrás ir la próxima vez —le consoló—. Van a atrapar a Black enseguida. Ya lo han visto una vez.

—Black no está tan loco como para intentar nada en Hogsmeade. Pregúntale a McGonagall si puedes ir ahora, Harry. Pueden pasar años hasta la próxima ocasión.

—¡Ron! —dijo Hermione—. Harry tiene que permanecer en el colegio...

—No puede ser el único de tercero que no vaya. Vamos, Harry, pregúntale a McGonagall...

—Sí, lo haré —dijo Harry, decidiéndose.

Hermione abrió la boca para sostener la opinión contraria, pero en ese momento *Crookshanks* saltó con presteza a su regazo.

Una araña muerta y grande le colgaba de la boca.

—¿Tiene que comerse eso aquí delante? —preguntó Ron frunciendo el entrecejo.

—Bravo, *Crookshanks*, ¿la has atrapado tú solito? —dijo Hermione.

Crookshanks masticó y tragó despacio la araña, con los ojos insolentemente fijos en Ron.

—No lo sueltes —pidió Ron irritado, volviendo a su mapa del cielo—. *Scabbers* está durmiendo en mi mochila.

Harry bostezó. Le apetecía acostarse, pero antes tenía que terminar su mapa. Cogió la mochila, sacó pergamino, pluma y tinta, y empezó a trabajar.

—Si quieres, puedes copiar el mío —le dijo Ron, poniendo nombre a su última estrella con un ringorrango y acercándole el mapa a Harry.

Hermione, que no veía con buenos ojos que se copiara, apretó los labios, pero no dijo nada. *Crookshanks* seguía mirando a Ron sin pestañear; sacudiendo el extremo de su peluda cola. Luego, sin previo aviso, dio un salto.

—¡EH! —gritó Ron, apoderándose de la mochila, al mismo tiempo que *Crookshanks* clavaba profundamente en ella sus garras y comenzaba a rasgarla con fiereza—. ¡SUELTA, ESTÚPIDO ANIMAIAL!

Ron intentó arrebatar la mochila a *Crookshanks*, pero el gato siguió aferrándola con sus garras, bufando y rasgándola.

—¡No le hagas daño, Ron! —gritó Hermione. Todos los miraban. Ron dio vueltas a la mochila, con *Crookshanks* agarrado todavía a ella, y *Scabbers* salió dando un salto...

—¡SUJETAD A ESE GATO! —gritó Ron en el momento en que *Crookshanks* soltaba los restos de la mochila, saltaba sobre la mesa y perseguía a la aterrorizada *Scabbers.*

George Weasley se lanzó sobre *Crookshanks*, pero no lo atrapó; *Scabbers* pasó como un rayo entre veinte pares de piernas y se fue a ocultar bajo una vieja cómoda. *Crookshanks* patinó y frenó, se agachó y se puso a dar zarpazos con una pata delantera.

Ron y Hermione se apresuraron a echarse sobre él. Hermione cogió a

Crookshanks por el lomo y lo levantó. Ron se tendió en el suelo y sacó a *Scabbers* con alguna dificultad, tirando de la cola.

—¡Mírala! —le dijo a Hermione hecho una furia, poniéndole a *Scabbers* delante de los ojos—. ¡Está en los huesos! Mantén a ese gato lejos de ella.

—¡*Crookshanks* no sabe lo que hace! —dijo la joven con voz temblorosa—. ¡Todos los gatos persiguen a las ratas, Ron!

—¡Hay algo extraño en ese animal! —dijo Ron, que intentaba persuadir a la frenética *Scabbers* de que volviera a meterse en su bolsillo—. Me oyó decir que *Scabbers* estaba en la mochila.

—Vaya, qué tontería —dijo Hermione, hartándose—. Lo que pasa es que *Crookshanks* la olió. ¿Cómo si no crees que...?

—¡Ese gato la ha tomado con *Scabbers*! —dijo Ron, sin reparar en cuantos había a su alrededor; que empezaban a reírse—. Y *Scabbers* estaba aquí primero. Y está enferma.

Ron se marchó enfadado, subiendo por las escaleras hacia los dormitorios de los chicos.

Al día siguiente, Ron seguía enfadado con Hermione. Apenas habló con ella durante la clase de Herbología, aunque Harry, Hermione y él trabajaban juntos con la misma Vainilla de viento.

—¿Cómo está *Scabbers?* —le preguntó Hermione acobardada, mientras arrancaban a la planta unas vainas gruesas y rosáceas, y vaciaban las brillantes habas en un balde de madera.

—Está escondida debajo de mi cama, sin dejar de temblar —dijo Ron malhumorado, errando la puntería y derramando las habas por el suelo del invernadero.

—¡Cuidado, Weasley, cuidado! —gritó la profesora Sprout, al ver que las habas retoñaban ante sus ojos.

Luego tuvieron Transformaciones. Harry, que estaba resuelto a pedirle después de clase a la profesora McGonagall que le dejara ir a Hogsmeade con los demás, se puso en la cola que había en la puerta, pensando en cómo convencerla. Lo distrajo un alboroto producido al principio de la hilera. Lavender Brown estaba llorando. Parvati la rodeaba con el brazo y explicaba algo a Seamus Finnigan y a Dean Thomas, que escuchaban muy serios.

—¿Qué ocurre, Lavender? —preguntó preocupada Hermione, cuando ella, Harry y Ron se acercaron al grupo.

—Esta mañana ha recibido una carta de casa —susurró Parvati—. Se trata de su conejo *Binky*. Un zorro lo ha matado.

—¡Vaya! —dijo Hermione—. Lo siento, Lavender.

—¡Tendría que habérmelo imaginado! —dijo Lavender en tono trágico—. ¿Sabéis qué día es hoy?

—Eh...

—¡16 de octubre! ¡«Eso que temes ocurrirá el viernes 16 de octubre»! ¿Os acordáis? ¡Tenía razón!

Toda la clase se acababa de reunir alrededor de Lavender. Seamus cabeceó con pesadumbre. Hermione titubeó. Luego dijo:

—Tú, tú... ¿temías que un zorro matara a *Binky*?

—Bueno, no necesariamente un zorro —dijo Lavender; alzando la mirada hacia Hermione y con los ojos llenos de lágrimas—. Pero tenía miedo de que muriera.

—Vaya —dijo Hermione. Volvió a guardar silencio. Luego preguntó—: ¿Era viejo?

—No... —dijo Lavender sollozando—. ¡So... sólo era una cría!

Parvati le estrechó los hombros con más fuerza.

—Pero entonces, ¿por qué temías que muriera? —preguntó Hermione. Parvati la fulminó con la mirada—. Bueno, miradlo lógicamente —añadió Hermione hacia el resto del grupo—. Lo que quiero decir es que..., bueno, *Binky* ni siquiera ha muerto hoy. Hoy es cuando Lavender ha recibido la noticia... —Lavender gimió—. Y no puede haberlo temido, porque la ha pillado completamente por sorpresa.

—No le hagas caso, Lavender —dijo Ron—. Las mascotas de los demás no le importan en absoluto.

La profesora McGonagall abrió en ese momento la puerta del aula, lo que tal vez fue una suerte. Hermione y Ron se lanzaban ya miradas asesinas, y al entrar en el aula se sentaron uno a cada lado de Harry y no se dirigieron la palabra en toda la hora.

Harry no había pensado aún qué le iba a decir a la profesora McGonagall cuando sonara el timbre al final de la clase, pero fue ella la primera en sacar el tema de Hogsmeade.

—¡Un momento, por favor! —dijo en voz alta, cuando los alumnos empezaban a salir—. Dado que sois todos de Gryffindor; como yo, deberíais entregarme vuestras autorizaciones antes de Halloween. Sin autorización no hay visita al pueblo, así que no se os olvide.

Neville levantó la mano.

—Perdone, profesora. Yo... creo que he perdido...

—Tu abuela me la envió directamente, Longbottom —dijo la profesora McGonagall—. Pensó que era más seguro. Bueno, eso es todo, podéis salir.

—Pregúntaselo ahora —susurró Ron a Harry

—Ah, pero... —fue a decir Hermione.

—Adelante, Harry —le incitó Ron con testarudez.

Harry aguardó a que saliera el resto de la clase y se acercó nervioso a la mesa de la profesora McGonagall.

—¿Sí, Potter?

Harry tomó aire.

—Profesora, mis tíos... olvidaron... firmarme la autorización —dijo.

La profesora McGonagall lo miró por encima de sus gafas cuadradas, pero no dijo nada.

—Y por eso... eh... ¿piensa que podría... esto... ir a Hogsmeade?

La profesora McGonagall bajó la vista y comenzó a revolver los papeles de su escritorio.

—Me temo que no, Potter. Ya has oído lo que dije. Sin autorización no hay visita al pueblo. Es la norma.

—Pero... mis tíos... ¿sabe?, son muggles. No entienden nada de... de las cosas de Hogwarts —explicó Harry, mientras Ron le hacía señas de ánimo—. Si usted me diera permiso...

—Pero no te lo doy —dijo la profesora McGonagall poniéndose en pie y guardando ordenadamente sus papeles en un cajón—. El impreso de autorización dice claramente que el padre o tutor debe dar permiso. —Se volvió para mirarlo, con una extraña expresión en el rostro. ¿Era de pena?—. Lo siento, Potter; pero es mi última palabra. Lo mejor será que te des prisa o llegarás tarde a la próxima clase.

No había nada que hacer. Ron llamó de todo a la profesora McGonagall y eso le pareció muy mal a Hermione. Hermione puso cara de «mejor así», lo cual consiguió enfadar a Ron aún más, y Harry tuvo que aguantar que todos sus compañeros de clase comentaran en voz alta y muy contentos lo que harían al llegar a Hogsmeade.

—Por lo menos te queda el banquete. Ya sabes, el banquete de la noche de Halloween.

—Sí —aceptó Harry con tristeza—. Genial.

El banquete de Halloween era siempre bueno, pero sabría mucho mejor si acudía a él después de haber pasado el día en Hogsmeade con todos los demás. Nada de lo que le dijeran le hacía resignarse. Dean Thomas, que era bueno con la pluma, se había ofrecido a falsificar la firma de tío Vernon, pero como Harry ya le había dicho a la profesora McGonagall que no se la habían firmado, no era posible probar aquello. Ron sugirió no muy convencido la capa invisible, pero Hermione rechazó de plano la posibilidad recordándole a Ron lo que les había dicho Dumbledore sobre que los dementores podían ver a través de ellas.

Percy pronunció las palabras que probablemente le ayudaron menos a resignarse:

—Arman mucho revuelo con Hogsmeade, pero te puedo asegurar que no es para tanto —le dijo muy serio—. Bueno, es verdad que la tienda de golosinas es bastante buena, pero la tienda de artículos de broma de Zonko es francamente peligrosa. Y la Casa de los Gritos merece la visita, pero aparte de eso no te pierdes nada.

La mañana del día de Halloween, Harry se despertó al mismo tiempo que los demás y bajó a desayunar muy triste, pero tratando de disimularlo.

—Te traeremos un montón de golosinas de Honeydukes —le dijo Hermione, compadeciéndose de él.

—Sí, montones —dijo Ron. Por fin habían hecho las paces él y Hermione.

—No os preocupéis por mí —dijo Harry con una voz que procuró que le saliera despreocupada—. Ya nos veremos en el banquete. Divertios.

Los acompañó hasta el vestíbulo, donde Filch, el conserje, de pie en el lado interior de la puerta, señalaba los nombres en una lista, examinando detenida y recelosamente cada rostro y asegurándose de que nadie salía sin permiso.

—¿Te quedas aquí, Potter? —gritó Malfoy, que estaba en la cola, junto a Crabbe y a Goyle—. ¿No te atreves a cruzarte con los dementores?

Harry no le hizo caso y volvió solo por las escaleras de mármol y los pasillos vacíos, y llegó a la torre de Gryffindor.

—¿Contraseña? —dijo la señora gorda despertándose sobresaltada.

—*«Fortuna maior»* —contestó Harry con desgana.

El retrato le dejó paso y entró en la sala común. Estaba repleta de chavales de primero y de segundo, todos hablando, y de unos cuantos alumnos mayores que obviamente habían visitado Hogsmeade tantas veces que ya no les interesaba.

—¡Harry! ¡Harry! ¡Hola, Harry! —Era Colin Creevey, un estudiante de segundo que sentía veneración por Harry y nunca perdía la oportunidad de hablar con él—. ¿No vas a Hogsmeade, Harry? ¿Por qué no? ¡Eh! —Colin miró a sus amigos con interés—, ¡si quieres puedes venir a sentarte con nosotros!

—No, gracias, Colin —dijo Harry, que no estaba de humor para ponerse delante de gente deseosa de contemplarle la cicatriz de la frente—.Yo... he de ir a la biblioteca. Tengo trabajo.

Después de aquello no tenía más remedio que dar media vuelta y salir por el agujero del retrato.

—¿Con qué motivo me has despertado? —refunfuñó la señora gorda cuando pasó por allí.

Harry anduvo sin entusiasmo hacia la biblioteca, pero a mitad de camino cambió de idea; no le apetecía trabajar. Dio media vuelta y se topó de cara con Filch, que acababa de despedir al último de los visitantes de Hogsmeade.

—¿Qué haces? —le gruñó Filch, suspicaz.

—Nada —respondió Harry con franqueza.

—¿Nada? —le soltó Filch, con las mandíbulas temblando—. ¡No me digas! Husmeando por ahí tú solo. ¿Por qué no estás en Hogsmeade, comprando bombas fétidas, polvos para eructar y gusanos silbantes, como el resto de tus desagradables amiguitos?

Harry se encogió de hombros.

—Bueno, regresa a la sala común de tu colegio —dijo Filch, que siguió mirándolo fijamente hasta que Harry se perdió de vista.

Pero Harry no regresó a la sala común; subió una escalera, pensando en que tal vez podía ir a la pajarera de las lechuzas, e iba por otro pasillo cuando dijo una voz que salía del interior de un aula:

—¿Harry? —Harry retrocedió para ver quién lo llamaba y se encontró al profesor Lupin, que lo miraba desde la puerta de su despacho—. ¿Qué haces? —le preguntó Lupin en un tono muy diferente al de Filch—. ¿Dónde están Ron y Hermione?

—En Hogsmeade —respondió Harry; con voz que fingía no dar importancia a lo que decía.

—Ah —dijo Lupin. Observó a Harry un momento—. ¿Por qué no pasas? Acabo de recibir un *grindylow* para nuestra próxima clase.

—¿Un qué? —preguntó Harry.

Entró en el despacho siguiendo a Lupin. En un rincón había un enorme depósito de agua. Una criatura de un color verde asqueroso, con pequeños cuernos afilados, pegaba la cara contra el cristal, haciendo muecas y doblando sus dedos largos y delgados.

—Es un demonio de agua —dijo Lupin, observando el *grindylow* ensimismado—. No debería darnos muchas dificultades, sobre todo después de los *kappas*. El truco es deshacerse de su tenaza. ¿Te das cuenta de la extraordinaria longitud de sus dedos? Fuertes, pero muy quebradizos.

El *grindylow* enseñó sus dientes verdes y se metió en una espesura de algas que había en un rincón.

—¿Una taza de té? —le preguntó Lupin, buscando la tetera—. Iba a prepararlo.

—Bueno —dijo Harry, algo embarazado.

Lupin dio a la tetera un golpecito con la varita y por el pitorro salió un chorro de vapor.

—Siéntate —dijo Lupin, destapando una caja polvorienta—. Lo lamento, pero sólo tengo té en bolsitas. Aunque me imagino que estarás harto del té suelto.

Harry lo miró. A Lupin le brillaban los ojos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Harry

—Me lo ha dicho la profesora McGonagall —explicó Lupin, pasándole a Harry una taza descascarillada—. No te preocupa, ¿verdad?

—No —respondió Harry

Pensó por un momento en contarle a Lupin lo del perro que había visto en la calle Magnolia, pero se contuvo. No quería que Lupin creyera que era un cobarde y menos desde que el profesor parecía suponer que no podía enfrentarse a un boggart.

Algo de los pensamientos de Harry debió de reflejarse en su cara, porque Lupin dijo:

—¿Estás preocupado por algo, Harry?

—No —mintió Harry. Sorbió un poco de té y vio que el *grindylow* lo amenazaba con el puño—. Sí —dijo de repente, dejando el té en el escritorio de Lupin—. ¿Recuerda el día que nos enfrentamos al boggart?

—Sí —respondió Lupin.

—¿Por qué no me dejó enfrentarme a él? —le preguntó.

Lupin alzó las cejas.

—Creí que estaba claro —dijo sorprendido.

Harry, que había imaginado que Lupin lo negaría, se quedó atónito.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Bueno —respondió Lupin frunciendo un poco el entrecejo—, pensé que si el boggart se enfrentaba contigo adoptaría la forma de lord Voldemort.

Harry se le quedó mirando, impresionado. No sólo era aquélla la respuesta que menos esperaba, sino que además Lupin había pronunciado el nombre de Voldemort. La única persona a la que había oído pronunciar ese nombre (aparte de él mismo) era el profesor Dumbledore.

—Es evidente que estaba en un error —añadió Lupin, frunciendo el entrecejo—. Pero no creí que fuera buena idea que Voldemort se materializase en la sala de profesores. Pensé que se aterrorizarían.

—El primero en quien pensé fue Voldemort —dijo Harry con sinceridad—. Pero luego recordé a los dementores.

—Ya veo —dijo Lupin pensativamente—. Bien, bien..., estoy impresionado. —Sonrió ligeramente ante la cara de sorpresa que ponía Harry—. Eso sugiere que lo que más miedo te da es... el miedo. Muy sensato, Harry.

Harry no supo qué contestar; de forma que dio otro sorbo al té.

—¿Así que pensabas que no te creía capaz de enfrentarte a un boggart? —dijo Lupin astutamente.

—Bueno..., sí —dijo Harry. Estaba mucho más contento—. Profesor Lupin, usted conoce a los dementores...

Le interrumpieron unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo Lupin.

Se abrió la puerta y entró Snape. Llevaba una copa de la que salía un poco de humo y se detuvo al ver a Harry. Entornó sus ojos negros.

—¡Ah, Severus! —dijo Lupin sonriendo—. Muchas gracias. ¿Podrías dejarlo aquí, en el escritorio? —Snape posó la copa humeante. Sus ojos pasaban de Harry a Lupin—. Estaba enseñando a Harry mi *grindylow* —dijo Lupin con cordialidad, señalando el depósito.

—Fascinante —comentó Snape, sin mirar a la criatura—. Deberías tomártelo ya, Lupin.

—Sí, sí, enseguida —dijo Lupin.

—He hecho un caldero entero. Si necesitas más...

—Seguramente mañana tomaré otro poco. Muchas gracias, Severus.

—De nada —respondió Snape. Pero había en sus ojos una expresión que a Harry no le gustó. Salió del despacho retrocediendo, sin sonreír y receloso.

Harry miró la copa con curiosidad. Lupin sonrió.

—El profesor Snape, muy amablemente, me ha preparado esta poción —dijo—. Nunca se me ha dado muy bien lo de preparar pociones y ésta es especialmente difícil. —Cogió la copa y la olió—. Es una pena que no admita azúcar —añadió, tomando un sorbito y torciendo la boca.

—¿Por qué...? —comenzó Harry.

Lupin lo miró y respondió a la pregunta que Harry no había acabado de formular:

—No me he encontrado muy bien —dijo—. Esta poción es lo único que me sana. Es una suerte tener de compañero al profesor Snape; no hay muchos magos capaces de prepararla.

El profesor Lupin bebió otro sorbo y Harry tuvo el impulso de quitarle la copa de las manos.

—El profesor Snape está muy interesado por las Artes Oscuras —barbotó.

—¿De verdad? —preguntó Lupin, sin mucho interés, bebiendo otro trago de la poción.

—Hay quien piensa... —Harry dudó, pero se atrevió a seguir hablando—, hay quien piensa que sería capaz de cualquier cosa para conseguir el puesto de profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras.

Lupin vació la copa e hizo un gesto de desagrado.

—Asqueroso —dijo—. Bien, Harry. Tengo que seguir trabajando. Nos veremos en el banquete.

—De acuerdo —dijo Harry, dejando su taza de té. La copa, ya vacía, seguía echando humo.

—Aquí tienes —dijo Ron—. Hemos traído todos los que pudimos.

Un chaparrón de caramelos de brillantes colores cayó sobre las piernas de Harry. Ya había anochecido, y Ron y Hermione acababan de hacer su

aparición en la sala común, con la cara enrojecida por el frío viento y con pinta de habérselo pasado mejor que en toda su vida.

—Gracias —dijo Harry, cogiendo un paquete de pequeños y negros diablillos de pimienta—. ¿Cómo es Hogsmeade? ¿Dónde habéis ido?

A juzgar por las apariencias, a todos los sitios. A Dervish y Banges, la tienda de artículos de brujería, a la tienda de artículos de broma de Zonko, a Las Tres Escobas, para tomarse unas cervezas de mantequilla caliente con espuma, y a otros muchos sitios...

—¡La oficina de correos, Harry! ¡Unas doscientas lechuzas, todas descansando en anaqueles, todas con claves de colores que indican la velocidad de cada una!

Honeydukes tiene un nuevo caramelo: daban muestras gratis. Aquí tienes un poco, mira.

—Nos ha parecido ver un ogro. En Las Tres Escobas hay todo tipo de gente...

—Ojalá te hubiéramos traído cerveza de mantequilla. Realmente te reconforta.

—¿Y tú que has hecho? —le preguntó Hermione—. ¿Has trabajado?

—No —respondió Harry—. Lupin me invitó a un té en su despacho. Y entró Snape...

Les contó lo de la copa. Ron se quedó con la boca abierta.

—¿Y Lupin se la bebió? —exclamó—. ¿Está loco?

Hermione miró la hora.

—Será mejor que vayamos bajando El banquete empezará dentro de cinco minutos Pasaron por el retrato entre la multitud, todavía hablando de Snape.

—Pero si él..., ya sabéis... —Hermione bajó la voz, mirando a su alrededor con cautela—. Si intentara envenenar a Lupin, no lo haría delante de Harry.

—Sí, quizá tengas razón —dijo Harry mientras llegaban al vestíbulo y lo cruzaban para entrar en el Gran Comedor. Lo habían decorado con cientos de calabazas con velas dentro, una bandada de murciélagos vivos que revoloteaban y muchas serpentinas de color naranja brillante que caían del techo como culebras de río.

La comida fue deliciosa. Incluso Hermione y Ron, que estaban que reventaban de los dulces que habían comido en Honeydukes, repitieron. Harry no paraba de mirar a la mesa de los profesores. El profesor Lupin parecía alegre y más sano que nunca. Hablaba animadamente con el pequeñísimo profesor Flitwick, que impartía Encantamientos. Harry recorrió la mesa con la

mirada hasta el lugar en que se sentaba Snape. ¿Se lo estaba imaginando o Snape miraba a Lupin y parpadeaba más de lo normal?

El banquete terminó con una actuación de los fantasmas de Hogwarts. Saltaron de los muros y de las mesas para llevar a cabo un pequeño vuelo en formación. Nick Casi Decapitado, el fantasma de Gryffindor; cosechó un gran éxito con una representación de su propia desastrosa decapitación.

Fue una noche tan estupenda que Malfoy no pudo enturbiar el buen humor de Harry al gritarle por entre la multitud, cuando salían del Gran Comedor:

—¡Los dementores te envían recuerdos, Potter!

Harry, Ron y Hermione siguieron al resto de los de su casa por el camino de la torre de Gryffindor, pero cuando llegaron al corredor al final del cual estaba el retrato de la señora gorda, lo encontraron atestado de alumnos.

—¿Por qué no entran? —preguntó Ron intrigado.

Harry miró delante de él, por encima de las cabezas. El retrato estaba cerrado.

—Dejadme pasar; por favor —dijo la voz de Percy. Se esforzaba por abrirse paso a través de la multitud, dándose importancia—. ¿Qué es lo que ocurre? No es posible que nadie se acuerde de la contraseña. Dejadme pasar, soy el Premio Anual.

La multitud guardó silencio entonces, empezando por los de delante. Fue como si un aire frío se extendiera por el corredor. Oyeron que Percy decía con una voz repentinamente aguda:

—Que alguien vaya a buscar al profesor Dumbledore, rápido.

Las cabezas se volvieron. Los de atrás se ponían de puntillas.

—¿Qué sucede? —preguntó Ginny, que acababa de llegar. Al cabo de un instante hizo su aparición el profesor Dumbledore, dirigiéndose velozmente hacia el retrato. Los alumnos de Gryffindor se apretujaban para dejarle paso, y Harry; Ron y Hermione se acercaron un poco para ver qué sucedía.

—¡Anda, mi madr...! —exclamó Hermione, cogiéndose al brazo de Harry.

La señora gorda había desaparecido del retrato, que había sido rajado tan ferozmente que algunas tiras del lienzo habían caído al suelo. Faltaban varios trozos grandes.

Dumbledore dirigió una rápida mirada al retrato estropeado y se volvió. Con ojos entristecidos vio a los profesores McGonagall, Lupin y Snape, que se acercaban a toda prisa.

—Hay que encontrarla —dijo Dumbledore—. Por favor; profesora McGonagall, dígale enseguida al señor Filch que busque a la señora gorda por

todos los cuadros del castillo.

—¡Apañados vais! —dijo una voz socarrona.

Era Peeves, que revoloteaba por encima de la multitud y estaba encantado, como cada vez que veía a los demás preocupados por algún problema.

—¿Qué quieres decir, Peeves? —le preguntó Dumbledore tranquilamente. La sonrisa de Peeves desapareció. No se atrevía a burlarse de Dumbledore. Adoptó una voz empalagosa que no era mejor que su risa.

—Le da vergüenza, señor director. No quiere que la vean. Es un desastre de mujer. La vi correr por el paisaje, hacia el cuarto piso, señor; esquivando los árboles y gritando algo terrible —dijo con alegría—. Pobrecita —añadió sin convicción.

—¿Dijo quién lo ha hecho? —preguntó Dumbledore en voz baja.

—Sí, señor director —dijo Peeves, con pinta de estar meciendo una bomba en sus brazos—. Se enfadó con ella porque no le permitió entrar, ¿sabe? —Peeves dio una vuelta de campana y dirigió a Dumbledore una sonrisa por entre sus propias piernas—. Ese Sirius Black tiene un genio insoportable.

9

La derrota

El profesor Dumbledore mandó que los estudiantes de Gryffindor volvieran al Gran Comedor; donde se les unieron, diez minutos después, los de Ravenclaw, Hufflepuff y Slytherin. Todos parecían confusos.

—Los demás profesores y yo tenemos que llevar a cabo un rastreo por todo el castillo —explicó el profesor Dumbledore, mientras McGonagall y Flitwick cerraban todas las puertas del Gran Comedor—. Me temo que, por vuestra propia seguridad, tendréis que pasar aquí la noche. Quiero que los prefectos monten guardia en las puertas del Gran Comedor y dejo de encargados a los dos Premios Anuales. Comunicadme cualquier novedad —añadió, dirigiéndose a Percy, que se sentía inmensamente orgulloso—. Avisadme por medio de algún fantasma. —El profesor Dumbledore se detuvo

antes de salir del Gran Comedor y añadió—: Bueno, necesitareis...

Con un movimiento de la varita, envió volando las largas mesas hacia las paredes del Gran Comedor. Con otro movimiento, el suelo quedó cubierto con cientos de mullidos sacos de dormir rojos.

—Felices sueños —dijo el profesor Dumbledore, cerrando la puerta.

El Gran Comedor empezó a bullir de excitación. Los de Gryffindor contaban al resto del colegio lo que acababa de suceder.

—¡Todos a los sacos! —gritó Percy—. ¡Ahora mismo, se acabó la charla! ¡Apagaré las luces dentro de diez minutos!

—Vamos —dijo Ron a Hermione y a Harry. Cogieron tres sacos de dormir y se los llevaron a un rincón.

—¿Creéis que Black sigue en el castillo? —susurró Hermione con preocupación.

—Evidentemente, Dumbledore piensa que es posible —dijo Ron.

—Es una suerte que haya elegido esta noche, ¿os dais cuenta? —dijo Hermione, mientras se metían vestidos en los sacos de dormir y se apoyaban en el codo para hablar—. La única noche que no estábamos en la torre...

—Supongo que con la huida no sabrá en qué día vive —dijo Ron—. No se ha dado cuenta de que es Halloween. De lo contrario, habría entrado aquí a saco.

Hermione se estremeció.

A su alrededor todos se hacían la misma pregunta:

—¿Cómo ha podido entrar?

—A lo mejor sabe cómo aparecerse —dijo un alumno de Ravenclaw que estaba cerca de ellos—. Cómo salir de la nada.

—A lo mejor se ha disfrazado —dijo uno de Hufflepuff, de quinto curso.

—Podría haber entrado volando—sugirió Dean Thomas.

—Hay que ver; ¿es que soy la única persona que ha leído *Historia de Hogwarts*? —preguntó Hermione a Harry y a Ron, perdiendo la paciencia.

—Casi seguro —dijo Ron—. ¿Por qué lo dices?

—Porque el castillo no está protegido sólo por muros —indicó Hermione—, sino también por todo tipo de encantamientos para evitar que nadie entre furtivamente. No es tan fácil aparecerse aquí. Y quisiera ver el disfraz capaz de engañar a los dementores. Vigilan cada una de las entradas a los terrenos del colegio. Si hubiera entrado volando, también lo habrían visto. Filch conoce

todos los pasadizos secretos y estarán vigilados.

—¡Voy a apagar las luces ya! —gritó Percy—. Quiero que todo el mundo esté metido en el saco y callado.

Todas las velas se apagaron a la vez. La única luz venía de los fantasmas de color de plata, que se movían por todas partes, hablando con gravedad con los prefectos, y del techo encantado, tan cuajado de estrellas como el mismo cielo exterior. Entre aquello y el cuchicheo ininterrumpido de sus compañeros, Harry se sintió como durmiendo a la intemperie, arrullado por la brisa.

Cada hora aparecía por el salón un profesor para comprobar que todo se hallaba en orden. Hacia las tres de la mañana, cuando por fin se habían quedado dormidos muchos alumnos, entró el profesor Dumbledore. Harry vio que iba buscando a Percy, que rondaba por entre los sacos de dormir amonestando a los que hablaban. Percy estaba a corta distancia de Harry, Ron y Hermione, que fingieron estar dormidos cuando se acercaron los pasos de Dumbledore.

—¿Han encontrado algún rastro de él, profesor? —le preguntó Percy en un susurro.

—No. ¿Por aquí todo bien?

—Todo bajo control, señor.

—Bien. No vale la pena moverlos a todos ahora. He encontrado a un guarda provisional para el agujero del retrato de Gryffindor. Mañana podrás llevarlos a todos.

—¿Y la señora gorda, señor?

—Se había escondido en un mapa de Argyllshire del segundo piso. Parece que se negó a dejar entrar a Black sin la contraseña, y por eso la atacó. Sigue muy consternada, pero en cuanto se tranquilice le diré al señor Filch que restaure el lienzo.

Harry oyó crujir la puerta del salón cuando volvió a abrirse, y más pasos.

—¿Señor director? —Era Snape. Harry se quedó completamente inmóvil, aguzando el oído—. Hemos registrado todo el primer piso. No estaba allí. Y Filch ha examinado las mazmorras. Tampoco ha encontrado rastro de él.

—¿Y la torre de astronomía? ¿Y el aula de la profesora Trelawney? ¿Y la pajarera de las lechuzas?

—Lo hemos registrado todo...

—Muy bien, Severus. La verdad es que no creía que Black prolongara su estancia aquí.

—¿Tiene alguna idea de cómo pudo entrar; profesor? —preguntó Snape.

Harry alzó la cabeza ligeramente, para desobstruirse el otro oído.

—Muchas, Severus, pero todas igual de improbables.

Harry abrió un poco los ojos y miró hacia donde se encontraban ellos. Dumbledore estaba de espaldas a él, pero pudo ver el rostro de Percy, muy atento, y el perfil de Snape, que parecía enfadado.

—¿Se acuerda, señor director; de la conversación que tuvimos poco antes de... comenzar el curso? —preguntó Snape, abriendo apenas los labios, como para que Percy no se enterara.

—Me acuerdo, Severus —dijo Dumbledore. En su voz había como un dejo de reconvención.

—Parece... casi imposible... que Black haya podido entrar en el colegio sin ayuda del interior. Expresé mi preocupación cuando usted señaló...

—No creo que nadie de este castillo ayudara a Black a entrar —dijo Dumbledore en un tono que dejaba bien claro que daba el asunto por zanjado. Snape no contestó—. Tengo que bajar a ver a los dementores. Les dije que les informaría cuando hubiéramos terminado el registro.

—¿No quisieron ayudarnos, señor? —preguntó Percy.

—Sí, desde luego —respondió Dumbledore fríamente—. Pero me temo que mientras yo sea director; ningún dementor cruzará el umbral de este castillo.

Percy se quedó un poco avergonzado. Dumbledore salió del salón con rapidez y silenciosamente. Snape aguardó allí un momento, mirando al director con una expresión de profundo resentimiento. Luego también él se marchó.

Harry miró a ambos lados, a Ron y a Hermione. Tanto uno como otro tenían los ojos abiertos, reflejando el techo estrellado.

—¿De qué hablaban? —preguntó Ron.

Durante los días que siguieron, en el colegio no se habló de otra cosa que de Sirius Black. Las especulaciones acerca de cómo había logrado penetrar en el castillo fueron cada vez más fantásticas; Hannah Abbott, de Hufflepuff, se pasó la mayor parte de la clase de Herbología contando que Black podía transformarse en un arbusto florido.

Habían quitado de la pared el lienzo rasgado de la señora gorda y lo habían reemplazado con el retrato de sir Cadogan y su pequeño y robusto caballo gris. Esto no le hacía a nadie mucha gracia. Sir Cadogan se pasaba la mitad del tiempo retando a duelo a todo el mundo, y la otra mitad inventando

contraseñas ridículamente complicadas que cambiaba al menos dos veces al día.

—Está loco de remate —le dijo Seamus Finnigan a Percy, enfadado—. ¿No hay otro disponible?

—Ninguno de los demás retratos quería el trabajo —dijo Percy—. Estaban asustados por lo que le ha ocurrido a la señora gorda. Sir Cadogan fue el único lo bastante valiente para ofrecerse voluntario.

Lo que menos preocupaba a Harry era sir Cadogan. Lo vigilaban muy de cerca. Los profesores buscaban disculpas para acompañarlo por los corredores, y Percy Weasley (obrando, según sospechaba Harry, por instigación de su madre) le seguía los pasos por todas partes, como un perro guardián extremadamente pomposo. Para colmo, la profesora McGonagall lo llamó a su despacho y lo recibió con una expresión tan sombría que Harry pensó que se había muerto alguien.

—No hay razón para que te lo ocultemos por más tiempo, Potter —dijo muy seriamente—. Sé que esto te va a afectar; pero Sirius Black...

—Ya sé que va detrás de mí —dijo Harry, un poco cansado—. Oí al padre de Ron cuando se lo contaba a su mujer. El señor Weasley trabaja para el Ministerio de Magia.

La profesora McGonagall se sorprendió mucho. Miró a Harry durante un instante y dijo:

—Ya veo. Bien, en ese caso comprenderás por qué creo que no debes ir por las tardes a los entrenamientos de quidditch. Es muy arriesgado estar ahí fuera, en el campo, sin más compañía que los miembros del equipo...

—¡El sábado tenemos nuestro primer partido —dijo Harry, indignado—. ¡Tengo que entrenar; profesora!

La profesora McGonagall meditó un instante. Harry sabía que ella deseaba que ganara el equipo de Gryffindor; al fin y al cabo, había sido ella la primera que había propuesto a Harry como buscador. Harry aguardó conteniendo el aliento.

—Mm... —la profesora McGonagall se puso en pie y observó desde la ventana el campo de quidditch, muy poco visible entre la lluvia—. Bien, te aseguro que me gustaría que por fin ganáramos la copa... De todas formas, Potter; estaría más tranquila si un profesor estuviera presente. Pediré a la señora Hooch que supervise tus sesiones de entrenamiento.

• • •

El tiempo empeoró conforme se acercaba el primer partido de quidditch. Impertérrito, el equipo de Gryffindor entrenaba cada vez más, bajo la mirada de la señora Hooch. Luego, en la sesión final de entrenamiento que precedió al partido del sábado, Oliver Wood comunicó a su equipo una noticia no muy buena:

—¡No vamos a jugar contra Slytherin! —les dijo muy enfadado—. Flint acaba de venir a verme. Vamos a jugar contra Hufflepuff.

—¿Por qué? —preguntaron todos.

—La excusa de Flint es que su buscador aún tiene el brazo lesionado —dijo Wood, rechinando con furia los dientes—. Pero está claro el verdadero motivo: no quieren jugar con este tiempo, porque piensan que tendrán menos posibilidades...

Durante todo el día había soplado un ventarrón y caído un aguacero, y mientras hablaba Wood se oía retumbar a los truenos.

—¡No le pasa nada al brazo de Malfoy! —dijo Harry furioso—. Está fingiendo.

—Lo sé, pero no lo podemos demostrar —dijo Wood con acritud—. Y hemos practicado todos estos movimientos suponiendo que íbamos a jugar contra Slytherin, y en su lugar tenemos a Hufflepuff, y su estilo de juego es muy diferente. Tienen un nuevo capitán buscador; Cedric Diggory...

De repente, Angelina, Alicia y Katie soltaron una carcajada.

—¿Qué? —preguntó Wood, frunciendo la frente anta aquella actitud.

—Es ese chico alto y guapo, ¿verdad? —preguntó Angelina.

—¡Y tan fuerte y callado! —añadió Katie, y volvieron a reírse.

—Es callado porque no es lo bastante inteligente para juntar dos palabras —dijo Fred—. No sé qué te preocupa, Oliver. Los de Hufflepuff son pan comido. La última vez que jugamos con ellos, Harry cogió la snitch al cabo de unos cinco minutos, ¿no os acordáis?

—¡Jugábamos en condiciones muy distintas! —gritó Wood, con los ojos muy abiertos—. Diggory ha mejorado mucho el equipo. ¡Es un buscador excelente! ¡Ya sospechaba que os lo tomaríais así! ¡No debemos confiarnos! ¡Hay que tener bien claro el objetivo! ¡Slytherin intenta pillarnos desprevenidos! ¡Hay que ganar!

—Tranquilízate, Oliver —dijo Fred alarmado—. Nos tomamos muy en serio a Hufflepuff. Muy en serio.

El día anterior al partido, el viento se convirtió en un huracán y la lluvia cayó con más fuerza que nunca. Estaba tan oscuro dentro de los corredores y las aulas que se encendieron más antorchas y faroles. El equipo de Slytherin se daba aires, especialmente Malfoy

—¡Ah, si mi brazo estuviera mejor! —suspiraba mientras el viento golpeaba las ventanas.

Harry no tenía sitio en la cabeza para preocuparse por otra cosa que el partido del día siguiente. Entre clase y clase, Oliver Wood se le acercaba a toda prisa para darle consejos. La tercera vez que sucedió, Wood habló tanto que Harry se dio cuenta de pronto de que llegaba diez minutos tarde a la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, y echó a correr mientras Wood le gritaba:

—¡Diggory tiene un regate muy rápido, Harry! Tendrás que hacerle una vaselina...

Harry frenó al llegar a la puerta del aula de Defensa Contra las Artes Oscuras, la abrió y entró apresuradamente.

—Lamento llegar tarde, profesor Lupin. Yo...

Pero no era Lupin quien lo miraba desde la mesa del profesor; era Snape.

—La clase ha comenzado hace diez minutos, Potter. Así que creo que descontaremos a Gryffindor diez puntos. Siéntate.

Pero Harry no se movió.

—¿Dónde está el profesor Lupin? —preguntó.

—No se encuentra bien para dar clase hoy —dijo Snape con una sonrisa contrahecha—. Creo que te he dicho que te sientes.

Pero Harry permaneció donde estaba.

—¿Qué le ocurre?

A Snape le brillaron sus ojos negros.

—Nada que ponga en peligro su vida —dijo como si deseara lo contrario—. Cinco puntos menos para Gryffindor y si te tengo que volver a decir que te sientes serán cincuenta.

Harry se fue despacio hacia su sitio y se sentó. Snape miró a la clase.

—Como decía antes de que nos interrumpiera Potter, el profesor Lupin no ha dejado ninguna información acerca de los temas que habéis estudiado hasta ahora...

—Hemos estudiado los boggarts, los gorros rojos, los *kappas* y los

grindylows —informó Hermione rápidamente—, y estábamos a punto de comenzar...

—Cállate —dijo Snape fríamente—. No te he preguntado. Sólo comentaba la falta de organización del profesor Lupin.

—Es el mejor profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras que hemos tenido —dijo Dean Thomas con atrevimiento, y la clase expresó su conformidad con murmullos. Snape puso el gesto más amenazador que le habían visto.

—Sois fáciles de complacer. Lupin apenas os exige esfuerzo... Yo daría por hecho que los de primer curso son ya capaces de manejarse con los gorros rojos y los *grindylows* . Hoy veremos...

Harry lo vio hojear el libro de texto hasta llegar al último capítulo, que debía de imaginarse que no habían visto.

—... los hombres lobo —concluyó Snape.

—Pero profesor —dijo Hermione, que parecía incapaz de contenerse—, todavía no podemos llegar a los hombres lobo. Está previsto comenzar con los *hinkypunks*...

—Señorita Granger —dijo Snape con voz calmada—, creía que era yo y no tú quien daba la clase. Ahora, abrid todos el libro por la página 394.—Miró a la clase—: Todos. Ya.

Con miradas de soslayo y un murmullo de descontento, abrieron los libros.

—¿Quién de vosotros puede decirme cómo podemos distinguir entre el hombre lobo y el lobo auténtico?

Todos se quedaron en completo silencio. Todos excepto Hermione, cuya mano, como de costumbre, estaba levantada.

—¿Nadie? —preguntó Snape, sin prestar atención a Hermione. La sonrisa contrahecha había vuelto a su rostro—. ¿Es que el profesor Lupin no os ha enseñado ni siquiera la distinción básica entre...?

—Ya se lo hemos dicho —dijo de repente Parvati—. No hemos llegado a los hombres lobo. Estamos todavía por...

—¡Silencio! —gruñó Snape—. Bueno, bueno, bueno... Nunca creí que encontraría una clase de tercero que ni siquiera fuera capaz de reconocer a un hombre lobo. Me encargaré de informar al profesor Dumbledore de lo atrasados que estáis todos...

—Por favor, profesor —dijo Hermione, que seguía con la mano levantada—. El hombre lobo difiere del verdadero lobo en varios detalles: el hocico del hombre lobo...

—Es la segunda vez que hablas sin que te corresponda, señorita Granger —dijo Snape con frialdad—. Cinco puntos menos para Gryffindor por ser una sabelotodo insufrible.

Hermione se puso muy colorada, bajó la mano y miró al suelo, con los ojos llenos de lágrimas. Un indicio de hasta qué punto odiaban todos a Snape era que lo estaban fulminando con la mirada. Todos, en alguna ocasión, habían llamado sabelotodo a Hermione, y Ron, que lo hacia por lo menos dos veces a la semana, dijo en voz alta:

—Usted nos ha hecho una pregunta y ella le ha respondido. ¿Por qué pregunta si no quiere que se le responda?

Sus compañeros comprendieron al instante que había ido demasiado lejos.

—Te quedarás castigado, Weasley —dijo Snape con voz suave y acercando el rostro al de Ron—. Y si vuelvo a oírte criticar mi manera de dar clase, te arrepentirás.

Nadie se movió durante el resto de la clase. Siguió cada uno en su sitio, tomando notas sobre los hombres lobo del libro de texto, mientras Snape rondaba entré las filas de pupitres examinando el trabajo que habían estado haciendo con el profesor Lupin.

—Muy pobremente explicado... Esto es incorrecto... El *kappa* se encuentra sobre todo en Mongolia... ¿El profesor Lupin te puso un ocho? Yo no te habría puesto más de un tres.

Cuando el timbre sonó por fin, Snape los retuvo:

—Escribiréis una redacción de dos pergaminos sobre las maneras de reconocer y matar a un hombre lobo. Para el lunes por la mañana. Ya es hora de que alguien meta en cintura a esta clase. Weasley, quédate, tenemos que hablar sobre tu castigo.

Harry y Hermione abandonaron el aula con los demás alumnos, que esperaron a encontrarse fuera del alcance de los oídos de Snape para estallar en críticas contra él.

—Snape nunca ha actuado así con ninguno de los otros profesores de Defensa Contra las Artes Oscuras, aunque quisiera el puesto —comentó Harry a Hermione—. ¿Por qué la tiene tomada con Lupin? ¿Será por lo del boggart?

—No sé—dijo Hermione pensativamente—. Pero espero que el profesor Lupin se recupere pronto.

Ron los alcanzó cinco minutos más tarde, muy enfadado.

—¿Sabéis lo que ese... (llamó a Snape algo que escandalizó a Hermione) me ha mandado? Tengo que lavar los orinales de la enfermería. ¡Sin magia! —dijo con la respiración alterada. Tenía los puños fuertemente cerrados—. ¿Por qué no podía haberse ocultado Black en el despacho de Snape, eh? ¡Podía

haber acabado con él!

Al día siguiente, Harry se despertó muy temprano. Tan temprano que todavía estaba oscuro. Por un instante creyó que lo había despertado el ruido del viento. Luego sintió una brisa fría en la nuca y se incorporó en la cama. Peeves flotaba a su lado, soplándole en la oreja.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Harry enfadado.

Peeves hinchó los carrillos, sopló muy fuerte y salió del dormitorio hacia atrás, a toda prisa, riéndose.

Harry tanteó en busca de su despertador y lo miró: eran las cuatro y media. Echando pestes de Peeves, se dio la vuelta y procuró volver a dormirse. Pero una vez despierto fue difícil olvidar el ruido de los truenos que retumbaban por encima de su cabeza, los embates del viento contra los muros del castillo y el lejano crujir de los árboles en el bosque prohibido. Unas horas después se hallaría allí fuera, en el campo de quidditch, batallando en medio del temporal. Finalmente, renunció a su propósito de volver a dormirse, se levantó, se vistió, cogió su Nimbus 2.000 y salió silenciosamente del dormitorio.

Cuando Harry abrió la puerta, algo le rozó la pierna. Se agachó con el tiempo justo de coger a *Crookshanks* por el extremo de la cola peluda y sacarlo a rastras.

—¿Sabes? Creo que Ron tiene razón sobre ti —le dijo Harry receloso—. Hay muchos ratones por aquí. Ve a cazarlos. Vamos —añadió, echando a *Crookshanks* con el pie, para que bajara por la escalera de caracol—. Deja en paz a *Scabbers*.

El ruido de la tormenta era más fuerte en la sala común. Harry tenía demasiada experiencia para creer que se cancelaría el partido. Los partidos de quidditch no se cancelaban por nimiedades como una tormenta. Sin embargo, empezaba a preocuparse. Wood le había indicado quién era Cedric Diggory en el corredor; Diggory estaba en quinto y era mucho mayor que Harry. Los buscadores solían ser ligeros y veloces, pero el peso de Diggory sería una ventaja con aquel tiempo, porque tendría muchas menos posibilidades de que el viento le desviara el rumbo.

Harry pasó ante la chimenea las horas que quedaban hasta el amanecer. De vez en cuando se levantaba para evitar que *Crookshanks* volviera a escabullirse por la escalera que llevaba al dormitorio de los chicos. Al cabo de un tiempo le pareció a Harry que ya era la hora del desayuno y se dirigió él solo hacia el retrato.

—¡En guardia, malandrín! —lo retó sir Cadogan.

—«Cállate ya» contestó Harry, bostezando.

Se reanimó algo tomando un plato grande de gachas de avena y cuando ya había empezado con las tostadas, apareció el resto del equipo.

—Va a ser difícil —dijo Wood, sin probar bocado.

—Deja de preocuparte, Oliver —lo tranquilizó Alicia—. No nos asustamos por un poquito de lluvia.

Pero era bastante más que un poquito de lluvia. El quidditch era tan popular que todo el colegio salió a ver el partido, como de costumbre. Corrían por el césped hasta el campo de quidditch, con la cabeza agachada contra el feroz viento que arrancaba los paraguas de las manos. Poco antes de entrar en el vestuario, Harry vio a Malfoy, a Crabbe y a Goyle camino del campo de quidditch; cubiertos por un enorme paraguas, lo señalaban y se reían.

Los miembros del equipo se pusieron la túnica escarlata y aguardaron la habitual arenga de Wood, pero ésta no se produjo. Wood intentó varias veces hablarles, tragó saliva con un ruido extraño, cabeceó desesperanzado y les indicó por señas que lo siguieran.

El viento era tan fuerte que se tambalearon al entrar en el campo. A causa del retumbar de los truenos, no podían saber si la multitud los aclamaba. La lluvia rociaba los cristales de las gafas de Harry ¿Cómo demonios iba a ver la snitch en aquellas condiciones?

Los de Hufflepuff se aproximaron desde el otro extremo del campo, con la túnica amarillo canario. Los capitanes de ambos equipos se acercaron y se estrecharon la mano. Diggory sonrió a Wood, pero Wood parecía tener ahora la mandíbula encajada y se limitó a hacer un gesto con la cabeza. Harry vio que la boca de la señora Hooch articulaba:

—Montad en las escobas.

Harry sacó del barro el pie derecho y pasó la pierna por encima de la Nimbus 2.000. La señora Hooch se llevó el silbato a los labios y dio un pitido que sonó distante y estridente... Dio comienzo el partido.

Harry se elevó rápidamente, pero la Nimbus 2.000 oscilaba a causa del viento. La sostuvo tan firmemente como pudo y dio media vuelta de cara a la lluvia, con los ojos entornados.

Al cabo de cinco minutos, Harry estaba calado hasta los huesos y helado de frío. Apenas podía ver a sus compañeros de equipo y menos aún la pequeña snitch. Atravesó el campo de un lado a otro, adelantando bultos rojos y amarillos, sin idea de lo que sucedía. El viento no le permitía oír los comentarios. La multitud estaba oculta bajo un mar de capas y de paraguas maltrechos. En dos ocasiones estuvo a punto de ser derribado por una bludger. Su visión estaba tan limitada por el agua de las gafas que no las vio acercarse.

Perdió la noción del tiempo. Era cada vez más difícil sujetar la escoba con firmeza. El cielo se oscureció, como si hubiera llegado la noche en plena mañana. Dos veces estuvo a punto de chocar contra otro jugador; que no sabía

si era de su equipo o del oponente. Todos estaban ahora tan calados, y la lluvia era tan densa, que apenas podía distinguirlos...

Con el primer relámpago llegó el pitido del silbato de la señora Hooch. Harry sólo pudo ver a través de la densa lluvia la silueta de Wood, que le indicaba por señas que descendiera. Todo el equipo aterrizó en el barro, salpicando.

—¡He pedido tiempo muerto! —gritó a sus jugadores—. Venid aquí debajo.

Se apiñaron en el borde del campo, debajo de un enorme paraguas. Harry se quitó las gafas y se las limpió con la túnica.

—¿Cuál es la puntuación?

—Cincuenta puntos a nuestro favor. Pero si no atrapamos la snitch, seguiremos jugando hasta la noche.

—Con esto me resulta imposible —respondió Harry, blandiendo las gafas.

En ese instante apareció Hermione a su lado. Se tapaba la cabeza con la capa e, inexplicablemente, estaba sonriendo.

—¡Tengo una idea, Harry! ¡Dame tus gafas, rápido!

Se las entregó, y ante la mirada de sorpresa del equipo, golpeó las gafas con su varita y dijo:

—*Impervius*. —Y se las devolvió a Harry diciendo—: Ahí las tienes: ¡repelerán el agua!

Wood la hubiera besado:

—¡Magnífico! —exclamó emocionado, mientras ella se alejaba—. ¡De acuerdo, vamos a ello!

El hechizo de Hermione funcionó. Harry seguía entumecido por el frío y más empapado que nunca en su vida, pero podía ver. Lleno de una renovada energía, aceleró la escoba a través del aire turbulento buscando en todas direcciones la snitch, esquivando una bludger; pasando por debajo de Diggory, que volaba en dirección contraria...

Brilló otro rayo, seguido por el retumbar de un trueno. La cosa se ponía cada vez más peligrosa. Harry tenía que atrapar la snitch cuanto antes...

Se volvió, intentando regresar hacia la mitad del campo, pero en ese momento otro relámpago iluminó las gradas y Harry vio algo que lo distrajo completamente: la silueta de un enorme y lanudo perro negro, claramente perfilada contra el cielo, inmóvil en la parte superior y más vacía de las gradas.

Las manos entumecidas le resbalaron por el palo de la escoba y la Nimbus descendió varios metros. Retirándose de los ojos el flequillo empapado, volvió

a mirar hacia las gradas: el perro había desaparecido.

—¡Harry! —gritó Wood angustiado, desde los postes de Gryffindor—. ¡Harry, detrás de ti!

Harry miró hacia atrás con los ojos abiertos de par en par. Cedric Diggory atravesaba el campo a toda velocidad, y entre ellos, en el aire cuajado de lluvia, brillaba una diminuta bola dorada...

Con un sobresalto, Harry pegó el cuerpo al palo de la escoba y se lanzó hacia la snitch como una bala.

—¡Vamos! —gritó a la Nimbus, al mismo tiempo que la lluvia le azotaba la cara—. ¡Más rápido!

Pero algo extraño pasaba. Un inquietante silencio caía sobre el estadio. Ya no se oía el viento, aunque soplaba tan fuerte como antes. Era como si alguien hubiera quitado el sonido, o como si Harry se hubiera vuelto sordo de repente. ¿Qué sucedía?

Y entonces le penetró en el cuerpo una ola de frío horrible y ya conocida, exactamente en el momento en que veía algo que se movía por el campo, debajo de él. Antes de que pudiera pensar, Harry había apartado la vista de la snitch y había mirado hacia abajo. Abajo había al menos cien dementores, con el rostro tapado, y todos señalándole. Fue como si le subiera agua helada por el pecho y le cortara por dentro. Y entonces volvió a oírlo... Alguien gritaba dentro de su cabeza..., una mujer...

—A Harry no. A Harry no. A Harry no, por favor.

—Apártate, estúpida... apártate...

—A Harry no. Te lo ruego, no. Cógeme a mí. Mátame a mí en su lugar...

A Harry se le había enturbiado el cerebro con una especie de niebla blanca. ¿Qué hacía? ¿Por qué montaba una escoba voladora? Tenía que ayudarla. La mujer iba a morir; la iban a matar...

Harry caía, caía entre la niebla helada.

—A Harry no, por favor. Ten piedad, te lo ruego, ten piedad...

Alguien de voz estridente estalló en carcajadas. La mujer gritaba y Harry no se enteró de nada más.

—Ha tenido suerte de que el terreno estuviera blando.

—Creí que se había matado.

—¡Pero si ni siquiera se ha roto las gafas!

Harry oía las voces, pero no encontraba sentido a lo que decían. No tenía ni idea de dónde se hallaba, ni de por qué se encontraba en aquel lugar; ni de qué hacia antes de aquel momento. Lo único que sabía era que le dolía cada centímetro del cuerpo como si le hubieran dado una paliza.

—Es lo más pavoroso que he visto en mi vida.

Horrible... Lo más pavoroso... Figuras negras con capucha... Frío... Gritos...

Harry abrió los ojos de repente. Estaba en la enfermería. El equipo de quidditch de Gryffindor, lleno de barro, rodeaba la cama. Ron y Hermione estaban allí también y parecían haber salido de la ducha.

—¡Harry! —exclamó Fred, que parecía exageradamente pálido bajo el barro—. ¿Cómo te encuentras?

La memoria de Harry fue recuperando los acontecimientos por orden: el relámpago..., el *Grim*..., la snitch..., y los dementores.

—¿Qué sucedió? —dijo incorporándose en la cama, tan de repente que los demás ahogaron un grito.

—Te caíste —explicó Fred—. Debieron de ser... ¿cuántos? ¿Veinte metros?

—Creímos que te habías matado —dijo Alicia, temblando.

Hermione dio un gritito. Tenía los ojos rojos.

—Pero el partido —preguntó Harry—, ¿cómo acabó? ¿Se repetirá?

Nadie respondió. La horrible verdad cayó sobre Harry como una losa.

—¿No habremos... perdido?

—Diggory atrapó la snitch —respondió George— poco después de que te cayeras. No se dio cuenta de lo que pasaba. Cuando miró hacia atrás y te vio en el suelo, quiso que se anulara. Quería que se repitiera el partido. Pero ganaron limpiamente. Incluso Wood lo ha admitido.

—¿Dónde está Wood? —preguntó Harry de repente, notando que no estaba allí.

—Sigue en las duchas —dijo Fred—. Parece que quiere ahogarse.

Harry acercó la cara a las rodillas y se cogió el pelo con las manos. Fred le puso la mano en el hombro y lo zarandeó bruscamente.

—Vamos, Harry, es la primera vez que no atrapas la snitch.

—Tenía que ocurrir alguna vez —dijo George.

—Todavía no ha terminado —dijo Fred—. Hemos perdido por cien puntos, ¿no? Si Hufflepuff pierde ante Ravenclaw y nosotros ganamos a Ravenclaw, y Slytherin...

—Hufflepuff tendrá que perder al menos por doscientos puntos —dijo George.

—Pero si ganan a Ravenclaw...

—Eso no puede ser. Los de Ravenclaw son muy buenos.

—Pero si Slytherin pierde frente a Hufflepuff..

—Todo depende de los puntos... Un margen de cien, en cualquier caso...

Harry guardaba silencio. Habían perdido. Por primera vez en su vida, había perdido un partido de quidditch.

Después de unos diez minutos, la señora Pomfrey llegó para mandarles que lo dejaran descansar.

—Luego vendremos a verte —le dijo Fred—. No te tortures, Harry. Sigues siendo el mejor buscador que hemos tenido.

El equipo salió en tropel, dejando el suelo manchado de barro. La señora Pomfrey cerró la puerta detrás del último, con cara de mal humor. Ron y Hermione se acercaron un poco más a la cama de Harry.

—Dumbledore estaba muy enfadado —dijo Hermione con voz temblorosa—. Nunca lo había visto así. Corrió al campo mientras tú caías, agitó la varita mágica y entonces se redujo la velocidad de tu caída. Luego apuntó a los dementores con la varita y les arrojó algo plateado. Abandonaron inmediatamente el estadio... Le puso furioso que hubieran entrado en el campo... lo oímos...

—Entonces te puso en una camilla por arte de magia —explicó Ron—. Y te llevó al colegio flotando en la camilla. Todos pensaron que estabas...

Su voz se apagó, pero Harry apenas se dio cuenta. Pensaba en lo que le habían hecho los dementores, en la voz que suplicaba. Alzó los ojos y vio a Hermione y a Ron tan preocupados que rápidamente buscó algo que decir.

—¿Recogió alguien la Nimbus?

Ron y Hermione se miraron.

—Eh...

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—Bueno, cuando te caíste... se la llevó el viento —dijo Hermione con voz vacilante.

—¿Y?

—Y chocó... chocó... contra el sauce boxeador.

Harry sintió un pinchazo en el estómago. El sauce boxeador era un sauce muy violento que estaba solo en mitad del terreno del colegio.

—¿Y? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Bueno, ya sabes que al sauce boxeador —dijo Ron— no le gusta que lo golpeen.

—El profesor Flitwick la trajo poco antes de que recuperaras el conocimiento —explicó Hermione en voz muy baja.

Se agachó muy despacio para coger una bolsa que había a sus pies, le dio la vuelta y puso sobre la cama una docena de astillas de madera y ramitas, lo que quedaba de la fiel y finalmente abatida escoba de Harry.

10

El mapa del merodeador

La señora Pomfrey insistió en que Harry se quedara en la enfermería el fin de semana. El muchacho no se quejó, pero no le permitió que tirara los restos de la Nimbus 2.000. Sabía que era una tontería y que la Nimbus no podía repararse, pero Harry no podía evitarlo. Era como perder a uno de sus mejores amigos.

Lo visitó gente sin parar; todos con la intención de infundirle ánimos. Hagrid le envió unas flores llenas de tijeretas y que parecían coles amarillas, y Ginny Weasley, sonrojada, apareció con una tarjeta de saludo que ella misma había hecho y que cantaba con voz estridente salvo cuando se cerraba y se metía debajo del frutero.

El equipo de Gryffindor volvió a visitarlo el domingo por la mañana, esta vez con Wood, que aseguró a Harry con voz de ultratumba que no lo culpaba en absoluto. Ron y Hermione no se iban hasta que llegaba la noche. Pero nada de cuanto dijera o hiciese nadie podía aliviar a Harry, porque los demás sólo conocían la mitad de lo que le preocupaba.

No había dicho nada a nadie acerca del *Grim*, ni siquiera a Ron y a Hermione, porque sabía que Ron se asustaría y Hermione se burlaría. El hecho era, sin embargo, que el *Grim* se le había aparecido dos veces y en las dos ocasiones había habido accidentes casi fatales. La primera casi lo había atropellado el autobús noctámbulo. La segunda había caído de veinte metros de altura. ¿Iba a acosarlo el *Grim* hasta la muerte? ¿Iba a pasar él el resto de su vida esperando las apariciones del animal?

Y luego estaban los dementores. Harry se sentía muy humillado cada vez que pensaba en ellos. Todo el mundo decía que los dementores eran espantosos, pero nadie se desmayaba al verlos... Nadie más oía en su cabeza el eco de los gritos de sus padres antes de morir.

Porque Harry sabía ya de quién era aquella voz que gritaba. En la enfermería, desvelado durante la noche, contemplando las rayas que la luz de la luna dibujaba en el techo, oía sus palabras una y otra vez. Cuando se le acercaban los dementores, oía los últimos gritos de su madre, su afán por protegerlo de lord Voldemort, y las carcajadas de lord Voldemort antes de matarla... Harry dormía irregularmente, sumergiéndose en sueños plagados de manos corruptas y viscosas y de gritos de terror, y se despertaba sobresaltado para volver a oír los gritos de su madre.

Fue un alivio regresar el lunes al bullicio del colegio, donde estaba obligado a pensar en otras cosas, aunque tuviera que soportar las burlas de Draco Malfoy. Malfoy no cabía en sí de gozo por la derrota de Gryffindor. Por fin se había quitado las vendas y lo había celebrado parodiando la caída de Harry. La mayor parte de la siguiente clase de Pociones la pasó Malfoy imitando por toda la mazmorra a los dementores. Llegó un momento en que Ron no pudo soportarlo más y le arrojó un corazón de cocodrilo grande y viscoso. Le dio en la cara y consiguió que Snape le quitara cincuenta puntos a Gryffindor.

—Si Snape vuelve a dar la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, me pondré enfermo —explicó Ron, mientras se dirigían al aula de Lupin, tras el almuerzo—. Mira a ver quién está, Hermione.

Hermione se asomó al aula.

—¡Estupendo!

El profesor Lupin había vuelto al aula. Ciertamente, tenía aspecto de convaleciente. Las togas de siempre le quedaban grandes y tenía ojeras. Sin embargo, sonrió a los alumnos mientras se sentaban, y ellos prorrumpieron inmediatamente en quejas sobre el comportamiento de Snape durante la enfermedad de Lupin.

—No es justo. Sólo estaba haciendo una sustitución ¿Por qué tenía que mandarnos trabajo?

—No sabemos nada sobre los hombres lobo...

—¡... dos pergaminos!

—¿Le dijisteis al profesor Snape que todavía no habíamos llegado ahí? —preguntó el profesor Lupin, frunciendo un poco el entrecejo.

Volvió a producirse un barullo.

—Si, pero dijo que íbamos muy atrasados...

—... no nos escuchó...

—¡... dos pergaminos!

El profesor Lupin sonrió ante la indignación que se dibujaba en todas las caras.

—No os preocupéis. Hablaré con el profesor Snape. No tendréis que hacer el trabajo.

—¡Oh, no! —exclamó Hermione, decepcionada—. ¡Yo ya lo he terminado!

Tuvieron una clase muy agradable. El profesor Lupin había llevado una caja de cristal que contenía un *hinkypunk*, una criatura pequeña de una sola pata que parecía hecha de humo, enclenque y aparentemente inofensiva.

—Atrae a los viajeros a las ciénagas —dijo el profesor Lupin mientras los alumnos tomaban apuntes—. ¿Veis el farol que le cuelga de la mano? Le sale al paso, el viajero sigue la luz y entonces...

El *hinkypunk* produjo un chirrido horrible contra el cristal.

Al sonar el timbre, todos, Harry entre ellos, recogieron sus cosas y se dirigieron a la puerta, pero...

—Espera un momento, Harry —le dijo Lupin—, me gustaría hablar un momento contigo.

Harry volvió sobre sus pasos y vio al profesor cubrir la caja del *hinkypunk*.

—Me han contado lo del partido —dijo Lupin, volviendo a su mesa y metiendo los libros en su maletín—. Y lamento mucho lo de tu escoba. ¿Será posible arreglarla?

—No —contestó Harry—, el árbol la hizo trizas.

Lupin suspiró.

—Plantaron el sauce boxeador el mismo año que llegué a Hogwarts. La gente jugaba a un juego que consistía en aproximarse lo suficiente para tocar el tronco. Un chico llamado Davey Gudgeon casi perdió un ojo y se nos prohibió acercarnos. Ninguna escoba habría salido airosa.

—¿Ha oído también lo de los dementores? —dijo Harry, haciendo un esfuerzo.

Lupin le dirigió una mirada rápida.

—Sí, lo oí. Creo que nadie ha visto nunca tan enfadado al profesor Dumbledore. Están cada vez más rabiosos porque Dumbledore se niega a dejarlos entrar en los terrenos del colegio... Fue la razón por la que te caíste, ¿no?

—Sí —respondió Harry. Dudó un momento y se le escapó la pregunta que le rondaba por la cabeza—. ¿Por qué? ¿Por qué me afectan de esta manera? ¿Acaso soy...?

—No tiene nada que ver con la cobardía —dijo el profesor Lupin tajantemente, como si le hubiera leído el pensamiento—. Los dementores te afectan más que a los demás porque en tu pasado hay cosas horribles que los demás no tienen. —Un rayo de sol invernal cruzó el aula, iluminando el cabello gris de Lupin y las líneas de su joven rostro—. Los dementores están entre las criaturas más nauseabundas del mundo. Infestan los lugares más oscuros y más sucios. Disfrutan con la desesperación y la destrucción ajenas, se llevan la paz, la esperanza y la alegría de cuanto les rodea. Incluso los muggles perciben su presencia, aunque no pueden verlos. Si alguien se acerca mucho a un dementor; éste le quitará hasta el último sentimiento positivo y hasta el último recuerdo dichoso. Si puede, el dementor se alimentará de él hasta convertirlo en su semejante: en un ser desalmado y maligno. Le dejará sin otra cosa que las peores experiencias de su vida. Y el peor de tus recuerdos, Harry, es tan horrible que derribaría a cualquiera de su escoba. No tienes de qué avergonzarte.

—Cuando hay alguno cerca de mí... —Harry miró la mesa de Lupin, con los músculos del cuello tensos— oigo el momento en que Voldemort mató a mi madre.

Lupin hizo con el brazo un movimiento repentino, como si fuera a coger a Harry por el hombro, pero lo pensó mejor. Hubo un momento de silencio y luego...

—¿Por qué acudieron al partido? —preguntó Harry con tristeza.

—Están hambrientos —explicó Lupin tranquilamente, cerrando el maletín, que dio un chasquido—. Dumbledore no los deja entrar en el colegio, de forma que su suministro de presas humanas se ha agotado... Supongo que no pudieron resistirse a la gran multitud que había en el estadio. Toda aquella emoción... El ambiente caldeado... Para ellos, tenía que ser como un banquete.

—Azkaban debe de ser horrible —masculló Harry

Lupin asintió con melancolía.

—La fortaleza está en una pequeña isla, perdida en el mar. Pero no hacen falta muros ni agua para tener a los presos encerrados, porque todos están

atrapados dentro de su propia cabeza, incapaces de tener un pensamiento alegre. La mayoría enloquece al cabo de unas semanas.

—Pero Sirius Black escapó —dijo Harry despacio—. Escapó...

El maletín de Lupin cayó de la mesa. Tuvo que inclinarse para recogerlo:

—Sí —dijo incorporándose—. Black debe de haber descubierto la manera de hacerles frente. Yo no lo habría creído posible... En teoría, los dementores quitan al brujo todos sus poderes si están con él el tiempo suficiente.

—Usted ahuyentó en el tren a aquel dementor —dijo Harry de repente.

—Hay algunas defensas que uno puede utilizar —explicó Lupin—. Pero en el tren sólo había un dementor. Cuantos más hay, más difícil resulta defenderse.

—¿Qué defensas? —preguntó Harry inmediatamente—. ¿Puede enseñarme?

—No soy ningún experto en la lucha contra los dementores, Harry. Más bien lo contrario...

—Pero si los dementores acuden a otro partido de quidditch, tengo que tener algún arma contra ellos.

Lupin vio a Harry tan decidido que dudó un momento y luego dijo:

—Bueno, de acuerdo. Intentaré ayudarte. Pero me temo que no podrá ser hasta el próximo trimestre. Tengo mucho que hacer antes de las vacaciones. Elegí un momento muy inoportuno para caer enfermo.

Con la promesa de que Lupin le daría clases antidementores, la esperanza de que tal vez no tuviera que volver a oír la muerte de su madre, y la derrota que Ravenclaw infligió a Hufflepuff en el partido de quidditch de finales de noviembre, el estado de ánimo de Harry mejoró mucho. Gryffindor no había perdido todas las posibilidades de ganar la copa, aunque tampoco podían permitirse otra derrota. Wood recuperó su energía obsesiva y entrenó al equipo con la dureza de costumbre bajo la fría llovizna que persistió durante todo el mes de diciembre. Harry no vio la menor señal de los dementores dentro del recinto del colegio. La ira de Dumbledore parecía mantenerlos en sus puestos, en las entradas.

Dos semanas antes de que terminara el trimestre, el cielo se aclaró de repente, volviéndose de un deslumbrante blanco opalino, y los terrenos embarrados aparecieron una mañana cubiertos de escarcha. Dentro del castillo había ambiente navideño. El profesor Flitwick, que daba Encantamientos, ya había decorado su aula con luces brillantes que resultaron ser hadas de

verdad, que revoloteaban. Los alumnos comentaban entusiasmados sus planes para las vacaciones. Ron y Hermione habían decidido quedarse en Hogwarts, y aunque Ron dijo que era porque no podía aguantar a Percy durante dos semanas, y Hermione alegó que necesitaba utilizar la biblioteca, no consiguieron engañar a Harry: se quedaban para hacerle compañía y él se sintió muy agradecido.

Para satisfacción de todos menos de Harry, estaba programada otra salida a Hogsmeade para el último fin de semana del trimestre.

—¡Podemos hacer allí todas las compras de Navidad! —dijo Hermione—. ¡A mis padres les encantaría el hilo dental mentolado de Honeydukes!

Resignado a ser el único de tercero que no iría, Harry le pidió prestado a Wood su ejemplar de *El mundo de la escoba*, y decidió pasar el día informándose sobre los diferentes modelos. En los entrenamientos había montado en una de las escobas del colegio, una antigua Estrella Fugaz muy lenta que volaba a trompicones; estaba claro que necesitaba una escoba propia.

La mañana del sábado de la excursión, se despidió de Ron y de Hermione, envueltos en capas y bufandas, y subió solo la escalera de mármol que conducía a la torre de Gryffindor. Habla empezado a nevar y el castillo estaba muy tranquilo y silencioso.

—¡Pss, Harry!

Se dio la vuelta a mitad del corredor del tercer piso y vio a Fred y a George que lo miraban desde detrás de la estatua de una bruja tuerta y jorobada.

—¿Qué hacéis? —preguntó Harry con curiosidad—. ¿Cómo es que no estáis camino de Hogsmeade?

—Hemos venido a darte un poco de alegría antes de imos —le dijo Fred guiñándole el ojo misteriosamente—. Entra aquí...

Le señaló con la cabeza un aula vacía que estaba a la izquierda de la estatua de la bruja. Harry entró detrás de Fred y George. George cerró la puerta sigilosamente y se volvió, mirando a Harry con una amplia sonrisa.

—Un regalo navideño por adelantado, Harry —dijo.

Fred sacó algo de debajo de la capa y lo puso en una mesa, haciendo con el brazo un ademán rimbombante. Era un pergamino grande, cuadrado, muy desgastado. No tenía nada escrito. Harry, sospechando que fuera una de las bromas de Fred y George, lo miró con detenimiento.

—¿Qué es?

—Esto, Harry, es el secreto de nuestro éxito —dijo George, acariciando el pergamino.

—Nos cuesta desprendernos de él —dijo Fred—. Pero anoche llegamos a la conclusión de que tú lo necesitas más que nosotros.

—De todas formas, nos lo sabemos de memoria. Tuyo es. A nosotros ya no nos hace falta.

—¿Y para qué necesito un pergamino viejo? —preguntó Harry.

—¡Un pergamino viejo! —exclamó Fred, cerrando los ojos y haciendo una mueca de dolor; como si Harry lo hubiera ofendido gravemente—. Explícaselo, George.

—Bueno, Harry.. cuando estábamos en primero.. y éramos jóvenes, despreocupados e inocentes... —Harry se rió. Dudaba que Fred y George hubieran sido inocentes alguna vez—. Bueno, más inocentes de lo que somos ahora... tuvimos un pequeño problema con Filch.

—Tiramos una bomba fétida en el pasillo y se molestó.

—Así que nos llevó a su despacho y empezó a amenazamos con el habitual...

—... castigo...

—... de descuartizamiento...

—... y fue inevitable que viéramos en uno de sus archivadores un cajón en que ponía «Confiscado y altamente peligroso».

—No me digáis... —dijo Harry sonriendo.

—Bueno, ¿qué habrías hecho tú? —preguntó Fred— George se encargó de distraerlo lanzando otra bomba fétida, yo abrí a toda prisa el cajón y cogí... esto.

—No fue tan malo como parece —dijo George—. Creemos que Filch no sabía utilizarlo. Probablemente sospechaba lo que era, porque si no, no lo habría confiscado.

—¿Y sabéis utilizarlo?

—Si —dijo Fred, sonriendo con complicidad—. Esta pequeña maravilla nos ha enseñado más que todos los profesores del colegio.

—Me estáis tomando el pelo —dijo Harry, mirando el pergamino.

—Ah, ¿sí? ¿Te estamos tomando el pelo? —dijo George.

Sacó la varita, tocó con ella el pergamino y pronunció:

—Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas.

E inmediatamente, a partir del punto en que había tocado la varita de

George, empezaron a aparecer unas finas líneas de tinta, como filamentos de telaraña. Se unieron unas con otras, se cruzaron y se abrieron en abanico en cada una de las esquinas del pergamino. Luego empezaron a aparecer palabras en la parte superior. Palabras en caracteres grandes, verdes y floreados que proclamaban:

Los señores Lunático, Colagusano, Canuto y Cornamenta

proveedores de artículos para magos traviesos

están orgullosos de presentar

EL MAPA DEL MERODEADOR

Era un mapa que mostraba cada detalle del castillo de Hogwarts y de sus terrenos. Pero lo más extraordinario eran las pequeñas motas de tinta que se movían por él, cada una etiquetada con un nombre escrito con letra diminuta. Estupefacto, Harry se inclinó sobre el mapa. Una mota de la esquina superior izquierda, etiquetada con el nombre del profesor Dumbledore, lo mostraba caminando por su estudio. La gata del portero, la *Señora Norris*, patrullaba por la segunda planta, y Peeves se hallaba en aquel momento en la sala de los trofeos, dando tumbos. Y mientras los ojos de Harry recorrían los pasillos que conocía, se percató de otra cosa: aquel mapa mostraba una serie de pasadizos en los que él no había entrado nunca. Muchos parecían conducir...

—Exactamente a Hogsmeade —dijo Fred, recorriéndolos con el dedo—. Hay siete en total. Ahora bien, Filch conoce estos cuatro. —Los señaló—. Pero nosotros estamos seguros de que nadie más conoce estos otros. Olvídate de éste de detrás del espejo de la cuarta planta. Lo hemos utilizado hasta el invierno pasado, pero ahora está completamente bloqueado. Y en cuanto a éste, no creemos que nadie lo haya utilizado nunca, porque el sauce boxeador está plantado justo en la entrada. Pero éste de aquí lleva directamente al sótano de Honeydukes. Lo hemos atravesado montones de veces. Y la entrada está al lado mismo de esta aula, como quizás hayas notado, en la joroba de la bruja tuerta.

—Lunático, Colagusano, Canuto y Cornamenta —suspiró George, señalando la cabecera del mapa—. Les debemos tanto...

—Hombres nobles que trabajaron sin descanso para ayudar a una nueva generación de quebrantadores de la ley —dijo Fred solemnemente.

—Bien —añadió George—. No olvides borrarlo después de haberlo utilizado.

—De lo contrario, cualquiera podría leerlo —dijo Fred en tono de advertencia.

—No tienes más que tocarlo con la varita y decir: «¡Travesura realizada!», y se quedará en blanco.

—Así que, joven Harry —dijo Fred, imitando a Percy admirablemente—, pórtate bien.

—Nos veremos en Honeydukes —le dijo George, guiñándole un ojo.

Salieron del aula sonriendo con satisfacción.

Harry se quedó allí, mirando el mapa milagroso. Vio que la mota de tinta que correspondía a la *Señora Norris* se volvía a la izquierda y se paraba a olfatear algo en el suelo. Si realmente Filch no lo conocía, él no tendría que pasar por el lado de los dementores. Pero incluso mientras permanecía allí, emocionado, recordó algo que en una ocasión había oído al señor Weasley: «No confíes en nada que piense si no ves dónde tiene el cerebro.»

Aquel mapa parecía uno de aquellos peligrosos objetos mágicos contra los que el señor Weasley les advertía. «Artículos para magos traviesos...» Ahora bien, meditó Harry, él sólo quería utilizarlo para ir a Hogsmeade. No era lo mismo que robar o atacar a alguien... Y Fred y George lo habían utilizado durante años sin que ocurriera nada horrible.

Harry recorrió con el dedo el pasadizo secreto que llevaba a Honeydukes.

Entonces, muy rápidamente, como si obedeciera una orden, enrolló el mapa, se lo escondió en la túnica y se fue a toda prisa hacia la puerta del aula. La abrió cinco centímetros. No había nadie allí fuera. Con mucho cuidado, salió del aula y se colocó detrás de la estatua de la bruja tuerta.

¿Qué tenía que hacer? Sacó de nuevo el mapa y vio con asombro que en él había aparecido una mota de tinta con el rótulo «Harry Potter». Esta mota se encontraba exactamente donde estaba el verdadero Harry, hacia la mitad del corredor de la tercera planta. Harry lo miró con atención. Su otro yo de tinta parecía golpear a la bruja con la varita. Rápidamente, Harry extrajo su varita y le dio a la estatua unos golpecitos. Nada ocurrió. Volvió a mirar el mapa. Al lado de la mota había un diminuto letrero, como un bocadillo de tebeo. Decía: *«Dissendio.»*

—*¡Dissendio!* —susurró Harry, volviendo a golpear con la varita la estatua de la bruja.

Inmediatamente, la joroba de la estatua se abrió lo suficiente para que pudiera pasar por ella una persona delgada. Harry miró a ambos lados del corredor, guardó el mapa, metió la cabeza por el agujero y se impulsó hacia delante. Se deslizó por un largo trecho de lo que parecía un tobogán de piedra y aterrizó en una tierra fría y húmeda. Se puso en pie, mirando a su alrededor. Estaba totalmente oscuro. Levantó la varita, murmuró *¡Lumos!*, y vio que se encontraba en un pasadizo muy estrecho, bajo y cubierto de barro. Levantó el mapa, lo golpeó con la punta de la varita y dijo: «¡Travesura realizada!» El mapa se quedó inmediatamente en blanco. Lo dobló con cuidado, se lo guardó en la túnica, y con el corazón latiéndole con fuerza, sintiéndose al mismo

tiempo emocionado y temeroso, se puso en camino.

El pasadizo se doblaba y retorcía, más parecido a la madriguera de un conejo gigante que a ninguna otra cosa. Harry corrió por él, con la varita por delante, tropezando de vez en cuando en el suelo irregular.

Tardó mucho, pero a Harry le animaba la idea de llegar a Honeydukes. Después de una hora más o menos, el camino comenzó a ascender. Jadeando, aceleró el paso. Tenía la cara caliente y los pies muy fríos.

Diez minutos después, llegó al pie de una escalera de piedra que se perdía en las alturas. Procurando no hacer ruido, comenzó a subir. Cien escalones, doscientos... perdió la cuenta mientras subía mirándose los pies... Luego, de improviso, su cabeza dio en algo duro. Parecía una trampilla. Aguzó el oído mientras se frotaba la cabeza. No oía nada. Muy despacio, levantó ligeramente la trampilla y miró por la rendija.

Se encontraba en un sótano lleno de cajas y cajones de madera. Salió y volvió a bajar la trampilla. Se disimulaba tan bien en el suelo cubierto de polvo que era imposible que nadie se diera cuenta de que estaba allí. Harry anduvo sigilosamente hacia la escalera de madera. Ahora oía voces, además del tañido de una campana y el chirriar de una puerta al abrirse y cerrarse.

Mientras se preguntaba qué haría, oyó abrirse otra puerta mucho más cerca de él. Alguien se dirigía hacia allí.

—Y coge otra caja de babosas de gelatina, querido. Casi se han acabado —dijo una voz femenina.

Un par de pies bajaba por la escalera. Harry se ocultó tras un cajón grande y aguardó a que pasaran. Oyó que el hombre movía unas cajas y las ponía contra la pared de enfrente. Tal vez no se presentara otra oportunidad...

Rápida y sigilosamente, salió del escondite y subió por la escalera. Al mirar hacia atrás vio un trasero gigantesco y una cabeza calva y brillante metida en una caja. Harry llegó a la puerta que estaba al final de la escalera, la atravesó y se encontró tras el mostrador de Honeydukes. Agachó la cabeza, salió a gatas y se volvió a incorporar.

Honeydukes estaba tan abarrotada de alumnos de Hogwarts que nadie se fijó en Harry. Pasó por detrás de ellos, mirando a su alrededor; y tuvo que contener la risa al imaginarse la cara que pondría Dudley si pudiera ver dónde se encontraba. La tienda estaba llena de estantes repletos de los dulces más apetitosos que se puedan imaginar. Cremosos trozos de turrón, cubitos de helado de coco de color rosa trémulo, gruesos caramelos de café con leche, cientos de chocolates diferentes puestos en filas. Había un barril enorme lleno de alubias de sabores y otro de Meigas Fritas, las bolas de helado levitador de las que le había hablado Ron. En otra pared había dulces de efectos especiales: el chicle *droobles*, que hacía los mejores globos (podía llenar una habitación de globos de color jacinto que tardaban días en explotar), la rara seda dental con sabor a menta, diablillos negros de pimienta («¡quema a tus

amigos con el aliento!»); ratones de helado («¡oye a tus dientes rechinar y castañetear!»); crema de menta en forma de sapo («¡realmente saltan en el estómago!»); frágiles plumas de azúcar hilado y caramelos que estallaban.

Harry se apretujó entre una multitud de chicos de sexto, y vio un letrero colgado en el rincón más apartado de la tienda («Sabores insólitos»). Ron y Hermione estaban debajo, observando una bandeja de pirulíes con sabor a sangre. Harry se les acercó a hurtadillas por detrás.

—Uf, no, Harry no querrá de éstos. Creo que son para vampiros —decía Hermione.

—¿Y qué te parece esto? —dijo Ron acercando un tarro de cucarachas a la nariz de Hermione.

—Aún peor —dijo Harry.

A Ron casi se le cayó el bote.

—¡Harry! —gritó Hermione—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo... como lo has hecho...?

—¡Ahí va! —dijo Ron muy impresionado—. ¡Has aprendido a materializarte!

—Por supuesto que no —dijo Harry. Bajó la voz para que ninguno de los de sexto pudiera oírle y les contó lo del mapa del merodeador.

—¿Por qué Fred y George no me lo han dejado nunca? ¡Son mis hermanos!

—¡Pero Harry no se quedará con él! —dijo Hermione, como si la idea fuera absurda—. Se lo entregará a la profesora McGonagall. ¿A que sí, Harry?

—¡No! —contestó Harry

—¿Estás loca? —dijo Ron, mirando a Hermione con ojos muy abiertos—. ¿Entregar algo tan estupendo?

—¡Si lo entrego tendré que explicar dónde lo conseguí! Filch se enteraría de que Fred y George se lo cogieron.

—Pero ¿y Sirius Black? —susurró Hermione—. ¡Podría estar utilizando alguno de los pasadizos del mapa para entrar en el castillo! ¡Los profesores tienen que saberlo!

—No puede entrar por un pasadizo —dijo enseguida Harry—. Hay siete pasadizos secretos en el mapa, ¿verdad? Fred y George saben que Filch conoce cuatro. Y en cuanto a los otros tres... uno está bloqueado y nadie lo puede atravesar; otro tiene plantado en la entrada el sauce boxeador; de forma que no se puede salir; y el que acabo de atravesar yo..., bien..., es realmente difícil distinguir la entrada, ahí abajo, en el sótano... Así que a menos que

supiera que se encontraba allí...

Harry dudó. ¿Y si Black sabía que la entrada del pasadizo estaba allí? Ron, sin embargo, se aclaró la garganta y señaló un rótulo que estaba pegado en la parte interior de la puerta de la tienda:

POR ORDEN DEL MINISTERIO DE MAGIA

Se recuerda a los clientes que hasta nuevo aviso los dementores patrullarán las calles cada noche después de la puesta de sol. Se ha tomado esta medida pensando en la seguridad de los habitantes de Hogsmeade y se levantará tras la captura de Sirius Black. Es aconsejable, por lo tanto, que los ciudadanos finalicen las compras mucho antes de que se haga de noche.

¡Felices Pascuas!

—¿Lo veis? —dijo Ron en voz baja—. Me gustaría ver a Black tratando de entrar en Honeydukes con los dementores por todo el pueblo. De cualquier forma, los propietarios de Honeydukes lo oirían entrar, ¿no? Viven encima de la tienda.

—Sí, pero... —Parecía que Hermione se esforzaba por hallar nuevas objeciones—. Mira, a pesar de lo que digas, Harry no debería venir a Hogsmeade porque no tiene autorización. ¡Si alguien lo descubre se verá en un grave aprieto! Y todavía no ha anochecido: ¿qué ocurriría si Sirius Black apareciera hoy? ¿Si apareciera ahora?

—Pues que las pasaría moradas para localizar aquí a Harry —dijo Ron, señalando con la cabeza la nieve densa que formaba remolinos al otro lado de las ventanas con parteluz. Vamos, Hermione, es Navidad. Harry se merece un descanso.

Hermione se mordió el labio. Parecía muy preocupada.

—¿Me vas a delatar? —le preguntó Harry con una sonrisa.

—Claro que no, pero, la verdad...

—¿Has visto las Meigas Fritas, Harry? —preguntó Ron, cogiéndolo del brazo y llevándoselo hasta el tonel en que estaban—. ¿Y las babosas de gelatina? ¿Y las píldoras ácidas? Fred me dio una cuando tenía siete años. Me hizo un agujero en la lengua. Recuerdo que mi madre le dio una buena tunda con la escoba. —Ron se quedó pensativo, mirando la caja de píldoras—.

¿Creéis que Fred picaría y cogería una cucaracha si le dijera que son cacahuetes?

Después de pagar los dulces que habían cogido, salieron los tres a la ventisca de la calle.

Hogsmeade era como una postal de Navidad. Las tiendas y casitas con techumbre de paja estaban cubiertas por una capa de nieve crujiente. En las puertas había adornos navideños y filas de velas embrujadas que colgaban de los árboles.

A Harry le dio un escalofrío. A diferencia de Ron y Hermione, no había cogido su capa. Subieron por la calle, inclinando la cabeza contra el viento. Ron y Hermione gritaban con la boca tapada por la bufanda.

—Ahí está correos.

—Zonko está allí.

—Podríamos ir a la cabaña de los gritos.

—Os propongo otra cosa —dijo Ron, castañeteando los dientes—. ¿Qué tal si tomamos una cerveza de mantequilla en Las Tres Escobas?

A Harry le apetecía muchísimo, porque el viento era horrible y tenía las manos congeladas. Así que cruzaron la calle y a los pocos minutos entraron en el bar.

Estaba calentito y lleno de gente, de bullicio y de humo. Una mujer guapa y de buena figura servía a un grupo de pendencieros en la barra.

—Ésa es la señora Rosmerta —dijo Ron—. Voy por las bebidas, ¿eh? —añadió sonrojándose un poco.

Harry y Hermione se dirigieron a la parte trasera del bar; donde quedaba libre una mesa pequeña, entre la ventana y un bonito árbol navideño, al lado de la chimenea. Ron regresó cinco minutos más tarde con tres jarras de caliente y espumosa cerveza de mantequilla.

—¡Felices Pascuas! —dijo levantando la jarra, muy contento.

Harry bebió hasta el fondo. Era lo más delicioso que había probado en la vida, y reconfortaba cada célula del cuerpo.

Una repentina corriente de aire lo despeinó. Se había vuelto a abrir la puerta de Las Tres Escobas. Harry echó un vistazo por encima de la jarra y casi se atragantó.

El profesor Flitwick y la profesora McGonagall acababan de entrar en el bar con una ráfaga de copos de nieve. Los seguía Hagrid muy de cerca, inmerso en una conversación con un hombre corpulento que llevaba un sombrero hongo de color verde lima y una capa de rayas finas: era Cornelius Fudge, el

ministro de Magia. En menos de un segundo, Ron y Hermione obligaron a Harry a agacharse y esconderse debajo de la mesa, empujándolo con las manos. Chorreando cerveza de mantequilla y en cuclillas, empuñando con fuerza la jarra vacía, Harry observó los pies de los tres adultos, que se acercaban a la barra, se detenían, se daban la vuelta y avanzaban hacia donde él estaba.

Hermione susurró:

—*¡Mobiliarbo!*

El árbol de Navidad que había al lado de la mesa se elevó unos centímetros, se corrió hacia un lado y, suavemente, se volvió a posar delante de ellos, ocultándolos. Mirando a través de las ramas más bajas y densas, Harry vio las patas de cuatro sillas que se separaban de la mesa de al lado, y oyó a los profesores y al ministro resoplar y suspirar mientras se sentaban.

Luego vio otro par de pies con zapatos de tacón alto y de color turquesa brillante, y oyó una voz femenina:

—Una tacita de alhelí...

—Para mí —indicó la voz de la profesora McGonagall.

—Dos litros de hidromiel caliente con especias...

—Gracias, Rosmerta —dijo Hagrid.

—Un jarabe de cereza y gaseosa con hielo y sombrilla.

—¡Mmm! —dijo el profesor Flitwick, relamiéndose.

—El ron de grosella tiene que ser para usted, señor ministro.

—Gracias, Rosmerta, querida —dijo la voz de Fudge—. Estoy encantado de volver a verte. Tómate tú otro, ¿quieres? Ven y únete a nosotros...

—Muchas gracias, señor ministro.

Harry vio alejarse y regresar los llamativos tacones. Sentía los latidos del corazón en la garganta. ¿Cómo no se le había ocurrido que también para los profesores era el último fin de semana del trimestre? ¿Cuánto tiempo se quedarían allí sentados? Necesitaba tiempo para volver a entrar en Honeydukes a hurtadillas si quería volver al colegio aquella noche... A la pierna de Hermione le dio un tic.

—¿Qué le trae por estos pagos, señor ministro? —dijo la voz de la señora Rosmerta.

Harry vio girarse la parte inferior del grueso cuerpo de Fudge, como si estuviera comprobando que no había nadie cerca. Luego dijo en voz baja:

—¿Qué va a ser; querida? Sirius Black. Me imagino que sabes lo que ocurrió en el colegio en Halloween.

—Sí, oí un rumor —admitió la señora Rosmerta.

—¿Se lo contaste a todo el bar; Hagrid? —dijo la profesora McGonagall enfadada.

—¿Cree que Black sigue por la zona, señor ministro? —susurró la señora Rosmerta.

—Estoy seguro —dijo Fudge escuetamente.

—¿Sabe que los dementores han registrado ya dos veces este local? —dijo la señora Rosmerta—. Me espantaron a toda la clientela. Es fatal para el negocio, señor ministro.

—Rosmerta querida, a mí no me gustan más que a ti —dijo Fudge con incomodidad—. Pero son precauciones necesarias... Son un mal necesario. Acabo de tropezarme con algunos: están furiosos con Dumbledore porque no los deja entrar en los terrenos del castillo.

—Menos mal —dijo la profesora McGonagall tajantemente.

—¿Cómo íbamos a dar clase con esos monstruos rondando por allí?

—Bien dicho, bien dicho —dijo el pequeño profesor Flitwick, cuyos pies colgaban a treinta centímetros del suelo.

—De todas formas —objetó Fudge—, están aquí para defendernos de algo mucho peor. Todos sabemos de lo que Black es capaz...

—¿Sabéis? Todavía me cuesta creerlo —dijo pensativa la señora Rosmerta—. De toda la gente que se pasó al lado Tenebroso, Sirius Black era el último del que hubiera pensado... Quiero decir, lo recuerdo cuando era un raño en Hogwarts. Si me hubierais dicho entonces en qué se iba a convertir; habría creído que habíais tomado demasiado hidromiel.

—No sabes la mitad de la historia, Rosmerta —dijo Fudge con aspereza—. La gente desconoce lo peor.

—¿Lo peor? —dijo la señora Rosmerta con la voz impregnada de curiosidad—. ¿Peor que matar a toda esa gente?

—Desde luego, eso quiero decir —dijo Fudge.

—No puedo creerlo. ¿Qué podría ser peor?

—Dices que te acuerdas de cuando estaba en Hogwarts, Rosmerta —susurró la profesora McGonagall—. ¿Sabes quién era su mejor amigo?

—Pues claro —dijo la señora Rosmerta riendo ligeramente—. Nunca se

veía al uno sin el otro. ¡La de veces que estuvieron aquí! Siempre me hacían reír. ¡Un par de cómicos, Sirius Black y James Potter!

A Harry se le cayó la jarra de la mano, produciendo un fuerte ruido de metal. Ron le dio con el pie.

—Exactamente —dijo la profesora McGonagall—. Black y Potter. Cabecillas de su pandilla. Los dos eran muy inteligentes. Excepcionalmente inteligentes. Creo que nunca hemos tenido dos alborotadores como ellos.

—No sé —dijo Hagrid, riendo entre dientes—. Fred y George Weasley podrían dejarlos atrás.

—¡Cualquiera habría dicho que Black y Potter eran hermanos! —terció el profesor Flitwick—. ¡Inseparables!

—¡Por supuesto que lo eran! —dijo Fudge—. Potter confiaba en Black más que en ningún otro amigo. Nada cambió cuando dejaron el colegio. Black fue el padrino de boda cuando James se casó con Lily. Luego fue el padrino de Harry. Harry no sabe nada, claro. Ya te puedes imaginar cuánto se impresionaría si lo supiera.

—¿Porque Black se alió con Quien Ustedes Saben? —susurró la señora Rosmerta.

—Aún peor; querida... —Fudge bajó la voz y continuó en un susurro casi inaudible—. Los Potter no ignoraban que Quien Tú Sabes iba tras ellos. Dumbledore, que luchaba incansablemente contra Quien Tú Sabes, tenía cierto número de espías. Uno le dio el soplo y Dumbledore alertó inmediatamente a James y a Lily. Les aconsejó ocultarse. Bien, por supuesto que Quien Tú Sabes no era alguien de quien uno se pudiera ocultar fácilmente. Dumbledore les dijo que su mejor defensa era el encantamiento Fidelio.

—¿Cómo funciona eso? —preguntó la señora Rosmerta, muerta de curiosidad.

El profesor Flitwick carraspeó.

—Es un encantamiento tremendamente complicado —dijo con voz de pito— que supone el ocultamiento mágico de algo dentro de una sola mente. La información se oculta dentro de la persona elegida, que es el guardián secreto. Y en lo sucesivo es imposible encontrar lo que guarda, a menos que el guardián secreto opte por divulgarlo. Mientras el guardián secreto se negara a hablar, Quien Tú Sabes podía registrar el pueblo en que estaban James y Lily sin encontrarlos nunca, aunque tuviera la nariz pegada a la ventana de la salita de estar de la pareja.

—¿Así que Black era el guardián secreto de los Potter? —susurró la señora Rosmerta.

—Naturalmente —dijo la profesora McGonagall—. James Potter le dijo a Dumbledore que Black daría su vida antes de revelar dónde se ocultaban, y

que Black estaba pensando en ocultarse él también... Y aun así, Dumbledore seguía preocupado. Él mismo se ofreció como guardián secreto de los Potter.

—¿Sospechaba de Black? —exclamó la señora Rosmerta.

—Dumbledore estaba convencido de que alguien cercano a los Potter había informado a Quien Tú Sabes de sus movimientos —dijo la profesora McGonagall con voz misteriosa—. De hecho, llevaba algún tiempo sospechando que en nuestro bando teníamos un traidor que pasaba información a Quien Tú Sabes.

—¿Y a pesar de todo James Potter insistió en que el guardián secreto fuera Black?

—Así es —confirmó Fudge—. Y apenas una semana después de que se hubiera llevado a cabo el encantamiento Fidelio...

—¿Black los traicionó? —musitó la señora Rosmerta.

—Desde luego. Black estaba cansado de su papel de espía. Estaba dispuesto a declarar abiertamente su apoyo a Quien Tú Sabes. Y parece que tenía la intención de hacerlo en el momento en que murieran los Potter. Pero como sabemos todos, Quien Tú Sabes sucumbió ante el pequeño Harry Potter. Con sus poderes destruidos, completamente debilitado, huyó. Y esto dejó a Black en una situación incómoda. Su amo había caído en el mismo momento en que Black había descubierto su juego. No tenía otra elección que escapar...

—Sucio y asqueroso traidor —dijo Hagrid, tan alto que la mitad del bar se quedó en silencio.

—Chist —dijo la profesora McGonagall.

—¡Me lo encontré —bramó Hagrid—, seguramente fui yo el último que lo vio antes de que matara a toda aquella gente! ¡Fui yo quien rescató a Harry de la casa de Lily y James, después de su asesinato! Lo saqué de entre las ruinas, pobrecito. Tenía una herida grande en la frente y sus padres habían muerto... Y Sirius Black apareció en aquella moto voladora que solía llevar. No se me ocurrió preguntarme lo que había ido a hacer allí. No sabia que él había sido el guardián secreto de Lily y James. Pensé que se había enterado del ataque de Quien Vosotros Sabéis y había acudido para ver en qué podía ayudar. Estaba pálido y tembloroso. ¿Y sabéis lo que hice? ¡ME PUSE A CONSOLAR A AQUEL TRAIDOR ASESINO! —exclamó Hagrid.

—Hagrid, por favor —dijo la profesora McGonagall—, baja la voz.

—¿Cómo iba a saber yo que su turbación no se debía a lo que les había pasado a Lily y a James? ¡Lo que le turbaba era la suerte de Quien Vosotros Sabéis! Y entonces me dijo: «Dame a Harry, Hagrid. Soy su padrino. Yo cuidaré de él...» ¡Ja! ¡Pero yo tenía órdenes de Dumbledore y le dije a Black que no! Dumbledore me había dicho que Harry tenía que ir a casa de sus tíos. Black discutió, pero al final tuvo que ceder. Me dijo que cogiera su moto para llevar a Harry hasta la casa de los Dursley. «No la necesito ya», me dijo.

Tendría que haberme dado cuenta de que había algo raro en todo aquello. Adoraba su moto. ¿Por qué me la daba? ¿Por qué decía que ya no la necesitaba? La verdad es que una moto deja demasiadas huellas, es muy fácil de seguir. Dumbledore sabía que él era el guardián de los Potter. Black tenía que huir aquella noche. Sabía que el Ministerio no tardaría en perseguirlo. Pero ¿y si le hubiera entregado a Harry, eh? Apuesto a que lo habría arrojado de la moto en alta mar. ¡Al hijo de su mejor amigo! Y es que cuando un mago se pasa al lado tenebroso, no hay nada ni nadie que le importe...

Tras la perorata de Hagrid hubo un largo silencio. Luego, la señora Rosmerta dijo con cierta satisfacción:

—Pero no consiguió huir; ¿verdad? El Ministerio de Magia lo atrapó al día siguiente.

—¡Ah, si lo hubiéramos encontrado nosotros...! —dijo Fudge con amargura—. No fuimos nosotros, fue el pequeño Peter Pettigrew: otro de los amigos de Potter. Enloquecido de dolor; sin duda, y sabiendo que Black era el guardián secreto de los Black, él mismo lo persiguió.

—¿Pettigrew...? ¿Aquel gordito que lo seguía a todas partes? —preguntó la señora Rosmerta.

—Adoraba a Black y a Potter. Eran sus héroes —dijo la profesora McGonagall—. No era tan inteligente como ellos y a menudo yo era brusca con él. Podéis imaginaros cómo me pesa ahora... —Su voz sonaba como si tuviera un resfriado repentino.

—Venga, venga, Minerva —le dijo Fudge amablemente—. Pettigrew murió como un héroe. Los testigos oculares (muggles, por supuesto, tuvimos que borrarles la memoria...) nos contaron que Pettigrew había arrinconado a Black. Dicen que sollozaba: «¡A Lily y a James, Sirius! ¿Cómo pudiste...?» Y entonces sacó la varita. Aunque, claro, Black fue más rápido. Hizo polvo a Pettigrew.

La profesora McGonagall se sonó la nariz y dijo con voz llorosa:

—¡Qué chico más alocado, qué bobo! Siempre fue muy malo en los duelos. Tenía que habérselo dejado al Ministerio...

—Os digo que si yo hubiera encontrado a Black antes que Pettigrew, no habría perdido el tiempo con varitas... Lo habría descuartizado, miembro por miembro —gruñó Hagrid.

—No sabes lo que dices, Hagrid —dijo Fudge con brusquedad—. Nadie salvo los muy preparados Magos de Choque del Grupo de Operaciones Mágicas Especiales habría tenido una oportunidad contra Black, después de haberlo acorralado. En aquel entonces yo era el subsecretario del Departamento de Catástrofes en el Mundo de la Magia, y fui uno de los primeros en personarse en el lugar de los hechos cuando Black mató a toda aquella gente. Nunca, nunca lo olvidaré. Todavía a veces sueño con ello. Un cráter en el centro de la calle, tan profundo que había reventado las alcantarillas. Había cadáveres por todas partes. Muggles gritando. Y Black allí, riéndose, con los

restos de Pettigrew delante... Una túnica manchada de sangre y unos... unos trozos de su cuerpo.

La voz de Fudge se detuvo de repente. Cinco narices se sonaron.

—Bueno, ahí lo tienes, Rosmerta —dijo Fudge con la voz tomada—. A Black se lo llevaron veinte miembros del Grupo de Operaciones Mágicas Especiales, y Pettigrew fue investido Caballero de primera clase de la Orden de Merlín, que creo que fue de algún consuelo para su pobre madre. Black ha estado desde entonces en Azkaban.

La señora Rosmerta dio un largo suspiro.

—¿Es cierto que está loco, señor ministro?

—Me gustaría poder asegurar que lo estaba —dijo Fudge—. Ciertamente creo que la derrota de su amo lo trastornó durante algún tiempo. El asesinato de Pettigrew y de todos aquellos muggles fue la acción de un hombre acorralado y desesperado: cruel, inútil, sin sentido. Sin embargo, en mi última inspección de Azkaban pude ver a Black. La mayoría de los presos que hay allí hablan en la oscuridad consigo mismos. Han perdido el juicio... Pero me quedé sorprendido de lo normal que parecía Black. Estuvo hablando conmigo con total sensatez. Fue desconcertante. Me dio la impresión de que se aburría. Me preguntó si había acabado de leer el periódico. Tan sereno como os podáis imaginar; me dijo que echaba de menos los crucigramas. Sí, me quedé estupefacto al comprobar el escaso efecto que los dementores parecían tener sobre él. Y él era uno de los que estaban más vigilados en Azkaban, ¿sabéis? Tenía dementores ante la puerta día y noche.

—Pero ¿qué pretende al fugarse? —preguntó la señora Rosmerta—. ¡Dios mío, señor ministro! No intentará reunirse con Quien Usted Sabe, ¿verdad?

—Me atrevería a afirmar que es su... su... objetivo final —respondió Fudge evasivamente—. Pero esperamos atraparlo antes. Tengo que decir que Quien Tú Sabes, solo y sin amigos, es una cosa... pero con su más devoto seguidor, me estremezco al pensar lo poco que tardará en volver a alzarse...

Hubo un sonido hueco, como cuando el vidrio golpea la madera. Alguien había dejado su vaso.

—Si tiene que cenar con el director, Cornelius, lo mejor será que nos vayamos acercando al castillo.

Todos los pies que había ante Harry volvieron a soportar el cuerpo de sus propietarios. La parte inferior de las capas se balanceó y los llamativos tacones de la señora Rosmerta desaparecieron tras el mostrador. Volvió a abrirse la puerta de Las Tres Escobas, entró otra ráfaga de nieve y los profesores desaparecieron.

—¿Harry?

Las caras de Ron y Hermione se asomaron bajo la mesa. Los dos lo

miraron fijamente, sin saber qué decir.

11

La Saeta de Fuego

Harry no sabía muy bien cómo se las había apañado para regresar al sótano de Honeydukes, atravesar el pasadizo y entrar en el castillo. Lo único que sabía era que el viaje de vuelta parecía no haberle costado apenas tiempo y que no se daba muy clara cuenta de lo que hacía, porque en su cabeza aún resonaban las frases de la conversación que acababa de oír.

¿Por qué nadie le había explicado nada de aquello? Dumbledore, Hagrid, el señor Weasley, Cornelius Fudge... ¿Por qué nadie le había explicado nunca que sus padres habían muerto porque les había traicionado su mejor amigo?

Ron y Hermione observaron intranquilos a Harry durante toda la cena, sin atreverse a decir nada sobre lo que habían oído, porque Percy estaba sentado cerca. Cuando subieron a la sala común atestada de gente, descubrieron que Fred y George, en un arrebato de alegría motivado por las inminentes vacaciones de Navidad, habían lanzado media docena de bombas fétidas. Harry, que no quería que Fred y George le preguntaran si había ido o no a Hogsmeade, se fue a hurtadillas hasta el dormitorio vacío y abrió el armario. Echó todos los libros a un lado y rápidamente encontró lo que buscaba: el álbum de fotos encuadernado en piel que Hagrid le había regalado hacía dos años, que estaba lleno de fotos mágicas de sus padres. Se sentó en su cama, corrió las cortinas y comenzó a pasar las páginas hasta que...

Se detuvo en una foto de la boda de sus padres. Su padre saludaba con la mano, con una amplia sonrisa. El pelo negro y alborotado que Harry había heredado se levantaba en todas direcciones. Su madre, radiante de felicidad, estaba cogida del brazo de su padre. Y allí... aquél debía de ser. El padrino. Harry nunca le había prestado atención.

Si no hubiera sabido que era la misma persona no habría reconocido a Black en aquella vieja fotografía. Su rostro no estaba hundido y amarillento como la cera, sino que era hermoso y estaba lleno de alegría. ¿Trabajaría ya para Voldemort cuando sacaron aquella foto? ¿Planeaba ya la muerte de las dos personas que había a su lado? ¿Se daba cuenta de que tendría que pasar doce años en Azkaban, doce años que lo dejarían irreconocible?

«Pero los dementores no le afectan —pensó Harry, fijándose en aquel rostro agradable y risueño—. No tiene que oír los gritos de mi madre cuando se aproximan demasiado...»

Harry cerró de golpe el álbum y volvió a guardarlo en el armario. Se quitó la túnica y las gafas y se metió en la cama, asegurándose de que las cortinas lo ocultaban de la vista.

Se abrió la puerta del dormitorio.

—¿Harry? —preguntó la dubitativa voz de Ron.

Pero Harry se quedó quieto, simulando que dormía. Oyó a Ron que salía de nuevo y se dio la vuelta para ponerse boca arriba, con los ojos muy abiertos. Sintió correr a través de sus venas, como veneno, un odio que nunca había conocido. Podía ver a Black riéndose de él en la oscuridad, como si tuviera pegada a los ojos la foto del álbum. Veía, como en una película, a Sirius Black haciendo que Peter Pettigrew (que se parecía a Neville Longbottom) volara en mil pedazos. Oía (aunque no sabía cómo sería la voz de Black) un murmullo bajo y vehemente: «Ya está, Señor, los Potter me han hecho su guardián secreto...» Y entonces aparecía otra voz que se reía con un timbre muy agudo, la misma risa que Harry oía dentro de su cabeza cada vez que los dementores se le acercaban.

—Harry..., tienes un aspecto horrible.

Harry no había podido pegar el ojo hasta el amanecer. Al despertarse, había hallado el dormitorio desierto, se había vestido y bajado la escalera de caracol hasta la sala común, donde no había nadie más que Ron, que se comía un sapo de menta y se frotaba el estómago, y Hermione, que había extendido sus deberes por tres mesas.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Harry

—¡Se han ido! Hoy empiezan las vacaciones, ¿no te acuerdas? —preguntó Ron, mirando a Harry detenidamente—. Es ya casi la hora de comer. Pensaba ir a despertarte dentro de un minuto.

Harry se sentó en una silla al lado del fuego. Al otro lado de las ventanas, la nieve seguía cayendo. *Crookshanks* estaba extendido delante del fuego, como un felpudo de pelo canela.

—Es verdad que no tienes buen aspecto, ¿sabes? —dijo Hermione, mirándole la cara con preocupación.

—Estoy bien —dijo Harry.

—Escucha, Harry —dijo Hermione, cambiando con Ron una mirada—.

Debes de estar realmente disgustado por lo que oímos ayer. Pero no debes hacer ninguna tontería.

—¿Como qué? —dijo Harry

—Como ir detrás de Black —dijo Ron, tajante.

Harry se dio cuenta de que habían ensayado aquella conversación mientras él estaba dormido. No dijo nada.

—No lo harás. ¿Verdad que no, Harry? —dijo Hermione.

—Porque no vale la pena morir por Black —dijo Ron.

Harry los miró. No entendían nada.

—¿Sabéis qué veo y oigo cada vez que se me acerca un dementor? —Ron y Hermione negaron con la cabeza, con temor—. Oigo a mi madre que grita e implora a Voldemort. Y si vosotros escucharais a vuestra madre gritando de ese modo, a punto de ser asesinada, no lo olvidaríais fácilmente. Y si descubrierais que alguien que en principio era amigo suyo la había traicionado y le había enviado a Voldemort...

—No puedes hacer nada —dijo Hermione con aspecto afligido—. Los dementores atraparán a Black, lo mandarán otra vez a Azkaban... ¡y se llevará su merecido!

—Ya oísteis lo que dijo Fudge. A Black no le afecta Azkaban como a la gente normal. No es un castigo para él como lo es para los demás.

—Entonces, ¿qué pretendes? —dijo Ron muy tenso—. ¿Acaso quieres... matar a Black?

—No seas tonto —dijo Hermione, con miedo—. Harry no quiere matar a nadie, ¿verdad que no, Harry?

Harry volvió a quedarse callado. No sabía qué pretendía. Lo único que sabía es que la idea de no hacer nada mientras Black estaba libre era insoportable.

—Malfoy sabe algo —dijo de pronto—. ¿Os acordáis de lo que me dijo en la clase de Pociones? «Pero en tu caso, yo buscaría venganza. Lo cazaría yo mismo.»

—¿Vas a seguir el consejo de Malfoy y no el nuestro? —dijo Ron furioso—. Escucha... ¿sabes lo que recibió a cambio la madre de Pettigrew después de que Black lo matara? Mi padre me lo dijo: la Orden de Merlín, primera clase, y el dedo de Pettigrew dentro de una caja. Fue el trozo mayor de él que pudieron encontrar. Black está loco, Harry, y es muy peligroso.

—El padre de Malfoy debe de haberle contado algo —dijo Harry, sin hacer caso de las explicaciones de Ron—. Pertenecía al círculo de allegados de

Voldemort.

—Llámalo Quien Tú Sabes, ¿quieres hacer el favor? —repuso Ron enfadado.

—Entonces está claro que los Malfoy sabían que Black trabajaba para Voldemort...

—¡Y a Malfoy le encantaría verte volar en mil pedazos, como Pettigrew! Contrólate. Lo único que quiere Malfoy es que te maten antes de que tengáis que enfrentaros en el partido de quidditch.

—Harry, por favor —dijo Hermione, con los ojos brillantes de lágrimas—, sé sensato. Black hizo algo terrible, terrible. Pero no... no te pongas en peligro. Eso es lo que Black quiere... Estarías metiéndote en la boca del lobo si fueras a buscarlo. Tus padres no querrían que te hiciera daño, ¿verdad? ¡No querrían que fueras a buscar a Black!

—No sabré nunca lo que querrían, porque por culpa de Black no he hablado con ellos nunca —dijo Harry con brusquedad.

Hubo un silencio en el que *Crookshanks* se estiró voluptuosamente, sacando las garras. El bolsillo de Ron se estremeció.

—Mira —dijo Ron, tratando de cambiar de tema—, ¡estamos en vacaciones! ¡Casi es Navidad! Vamos a ver a Hagrid. No le hemos visitado desde hace un montón de tiempo.

—¡No! —dijo Hermione rápidamente—. Harry no debe abandonar el castillo, Ron.

—Sí, vamos —dijo Harry incorporándose—. ¡Y le preguntaré por qué no mencionó nunca a Black al hablarme de mis padres!

Seguir discutiendo sobre Sirius Black no era lo que Ron había pretendido.

—Podríamos echar una partida de ajedrez —dijo apresuradamente—. O de gobstones. Percy dejó un juego.

—No. Vamos a ver a Hagrid —dijo Harry con firmeza.

Así que recogieron las capas de los dormitorios y se pusieron en camino, cruzando el agujero del retrato («¡En guardia, felones, malandrines!»). Recorrieron el castillo vacío y salieron por las puertas principales de roble.

Caminaron lentamente por el césped, dejando sus huellas en la nieve blanda y brillante, mojando y congelando los calcetines y el borde inferior de las capas. El bosque prohibido parecía ahora encantado. Cada árbol brillaba como plata y la cabaña de Hagrid parecía una tarta helada.

Ron llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

—No habrá salido, ¿verdad? —preguntó Hermione, temblando bajo la capa.

Ron pegó la oreja a la puerta.

—Hay un ruido extraño —dijo—. Escuchad. ¿Es *Fang*?

Harry y Hermione también pegaron el oído a la puerta. Dentro de la cabaña se oían unos suspiros de dolor.

—¿Pensáis que deberíamos ir a buscar a alguien? —dijo Ron, nervioso.

—¡Hagrid! —gritó Harry, golpeando la puerta—. Hagrid, ¿estás ahí?

Hubo un rumor de pasos y la puerta se abrió con un chirrido. Hagrid estaba allí, con los ojos rojos e hinchados, con lágrimas que le salpicaban la parte delantera del chaleco de cuero.

—¡Lo habéis oído! —gritó, y se arrojó al cuello de Harry

Como Hagrid tenía un tamaño que era por lo menos el doble de lo normal, aquello no era cuestión de risa. Harry estuvo a punto de caer bajo el peso del otro, pero Ron y Hermione lo rescataron, cogieron a Hagrid cada uno de un brazo y lo metieron en la cabaña, con la ayuda de Harry Hagrid se dejó llevar hasta una silla y se derrumbó sobre la mesa, sollozando de forma incontrolada. Tenía el rostro lleno de lágrimas que le goteaban sobre la barba revuelta.

—¿Qué pasa, Hagrid? —le preguntó Hermione aterrada.

Harry vio sobre la mesa una carta que parecía oficial.

—¿Qué es, Hagrid?

Hagrid redobló los sollozos, entregándole la carta a Harry, que la leyó en voz alta:

Estimado Señor Hagrid:

En relación con nuestra indagación sobre el ataque de un hipogrifo a un alumno que tuvo lugar en una de sus clases, hemos aceptado la garantía del profesor Dumbledore de que usted no tiene responsabilidad en tan lamentable incidente.

—Estupendo, Hagrid —dijo Ron, dándole una palmadita en el hombro.

Pero Hagrid continuó sollozando y movió una de sus manos gigantescas, invitando a Harry a que siguiera leyendo.

Sin embargo, debemos hacer constar nuestra preocupación en lo que concierne al mencionado hipogrifo. Hemos decidido dar curso a la queja oficial presentada por el señor Lucius Malfoy, y este asunto será, por lo tanto, llevado ante la Comisión para las Criaturas Peligrosas. La vista tendrá lugar el día 20 de abril. Le rogamos que se presente con el hipogrifo en las oficinas londinenses de la Comisión, en el día indicado. Mientras tanto, el hipogrifo deberá permanecer atado y aislado.

Atentamente...

Seguía la relación de los miembros del Consejo Escolar.

—¡Vaya! —dijo Ron—. Pero, según nos has dicho, Hagrid, *Buckbeak* no es malo. Seguro que lo consideran inocente.

—No conoces a los monstruos que hay en la Comisión para las Criaturas Peligrosas... —dijo Hagrid con voz ahogada, secándose los ojos con la manga—. La han tomado con los animales interesantes.

Un ruido repentino, procedente de un rincón de la cabaña de Hagrid, hizo que Harry, Ron y Hermione se volvieran. *Buckbeak*, el hipogrifo, estaba acostado en el rincón, masticando algo que llenaba de sangre el suelo.

—¡No podía dejarlo atado fuera, en la nieve! —dijo con la voz anegada en lágrimas—. ¡Completamente solo! ¡En Navidad!

Harry, Ron y Hermione se miraron. Nunca habían coincidido con Hagrid en lo que él llamaba «animales interesantes» y otras personas llamaban «monstruos terroríficos». Pero *Buckbeak* no parecía malo en absoluto. De hecho, a juzgar por los habituales parámetros de Hagrid, era una verdadera ricura.

—Tendrás que presentar una buena defensa, Hagrid —dijo Hermione sentándose y posando una mano en el enorme antebrazo de Hagrid—. Estoy segura de que puedes demostrar que *Buckbeak* no es peligroso.

—¡Dará igual! —sollozó Hagrid—. Lucius Malfoy tiene metidos en el bolsillo a todos esos diablos de la Comisión. ¡Le tienen miedo! Y si pierdo el caso, *Buckbeak*...

Se pasó el dedo por el cuello, en sentido horizontal. Luego gimió y se echó hacia delante, hundiendo el rostro en los brazos.

—¿Y Dumbledore? —preguntó Harry.

—Ya ha hecho por mí más que suficiente —gimió Hagrid—. Con mantener a los dementores fuera del castillo y con Sirius Black acechando, ya tiene bastante.

Ron y Hermione miraron rápidamente a Harry, temiendo que comenzara a

reprender a Hagrid por no contarle toda la verdad sobre Black. Pero Harry no se atrevía a hacerlo. Por lo menos en aquel momento en que veía a Hagrid tan triste y asustado.

—Escucha, Hagrid —dijo—, no puedes abandonar. Hermione tiene razón. Lo único que necesitas es una buena defensa. Nos puedes llamar como testigos...

—Estoy segura de que he leído algo sobre un caso de agresión con hipogrifo —dijo Hermione pensativa— donde el hipogrifo quedaba libre. Lo consultaré y te informaré de qué sucedió exactamente.

Hagrid lanzó un gemido aún más fuerte. Harry y Hermione miraron a Ron implorándole ayuda.

—Eh... ¿preparo un té? —preguntó Ron. Harry lo miró sorprendido—. Es lo que hace mi madre cuando alguien está preocupado —musitó Ron encogiéndose de hombros.

Por fin, después de que le prometieran ayuda más veces y con una humeante taza de té delante, Hagrid se sonó la nariz con un pañuelo del tamaño de un mantel, y dijo:

—Tenéis razón. No puedo dejarme abatir. Tengo que recobrarme...

Fang, el jabalinero, salió tímidamente de debajo de la mesa y apoyó la cabeza en una rodilla de Hagrid.

—Estos días he estado muy raro —dijo Hagrid, acariciando a *Fang* con una mano y limpiándose las lágrimas con la otra—. He estado muy preocupado por *Buckbeak* y porque a nadie le gustan mis clases.

—De verdad que nos gustan —se apresuró a mentir Hermione.

—¡Sí, son estupendas! —dijo Ron, cruzando los dedos bajo la mesa—. ¿Cómo están los gusarajos?

—Muertos —dijo Hagrid con tristeza—. Demasiada lechuga.

—¡Oh, no! —exclamó Ron. El labio le temblaba.

—Y los dementores me hacen sentir muy mal —añadió Hagrid, con un estremecimiento repentino—. Cada vez que quiero tomar algo en Las Tres Escobas, tengo que pasar junto a ellos. Es como estar otra vez en Azkaban.

Se quedó callado, bebiéndose el té. Harry, Ron y Hermione lo miraban sin aliento. No le habían oído nunca mencionar su estancia en Azkaban. Después de una breve pausa, Hermione le preguntó con timidez:

—¿Tan horrible es Azkaban, Hagrid?

—No te puedes hacer ni idea —respondió Hagrid, en voz baja—. Nunca

me había encontrado en un lugar parecido. Pensé que me iba a volver loco. No paraba de recordar cosas horribles: el día que me echaron de Hogwarts, el día que murió mi padre, el día que tuve que desprenderme de *Norbert*... —Se le llenaron los ojos de lágrimas. *Norbert* era la cría de dragón que Hagrid había ganado cierta vez en una partida de cartas—. Al cabo de un tiempo uno no recuerda quién es. Y pierde el deseo de seguir viviendo. Yo hubiera querido morir mientras dormía. Cuando me soltaron, fue como volver a nacer; todas las cosas volvían a aparecer ante mí. Fue maravilloso. Sin embargo, los dementores no querían dejarme marchar.

—¡Pero si eras inocente! —exclamó Hermione.

Hagrid resopló.

—¿Y crees que eso les importa? Les da igual. Mientras tengan doscientas personas a quienes extraer la alegría, les importa un comino que sean culpables o inocentes. —Hagrid se quedó callado durante un rato, con la vista fija en su taza de té. Luego añadió en voz baja—: Había pensado liberar a *Buckbeak*, para que se alejara volando... Pero ¿cómo se le explica a un hipogrifo que tiene que esconderse? Y... me da miedo transgredir la ley... —Los miró, con lágrimas cayendo de nuevo por su rostro—. No quisiera volver a Azkaban.

La visita a la cabaña de Hagrid, aunque no había resultado divertida, había tenido el efecto que Ron y Hermione deseaban. Harry no se había olvidado de Black, pero tampoco podía estar rumiando continuamente su venganza y al mismo tiempo ayudar a Hagrid a ganar su caso. Él, Ron y Hermione fueron al día siguiente a la biblioteca y volvieron a la sala común cargados con libros que podían ser de ayuda para preparar la defensa de *Buckbeak*. Los tres se sentaron delante del abundante fuego, pasando lentamente las páginas de los volúmenes polvorientos que trataban de casos famosos de animales merodeadores. Cuando alguno encontraba algo relevante, lo comentaba a los otros.

—Aquí hay algo. Hubo un caso, en 1722... pero el hipogrifo fue declarado culpable. ¡Uf! Mirad lo que le hicieron. Es repugnante.

—Esto podría sernos útil. Mirad. Una *mantícora* atacó a alguien salvajemente en 1296 y fue absuelta... ¡Oh, no! Lo fue porque a todo el mundo le daba demasiado miedo acercarse...

Entretanto, en el resto del castillo habían colgado los acostumbrados adornos navideños, que eran magníficos, a pesar de que apenas quedaban estudiantes para apreciarlos. En los corredores colgaban guirnaldas de acebo y muérdago; dentro de cada armadura brillaban luces misteriosas; y en el vestíbulo los doce habituales árboles de Navidad brillaban con estrellas doradas. En los pasillos había un fuerte y delicioso olor a comida que, antes de

Nochebuena, se había hecho tan potente que incluso *Scabbers* sacó la nariz del bolsillo de Ron para olfatear.

La mañana de Navidad, Ron despertó a Harry tirándole la almohada.

—¡Despierta, los regalos!

Harry cogió las gafas y se las puso. Entornando los ojos para ver en la semioscuridad, miró a los pies de la cama, donde se alzaba una pequeña montaña de paquetes. Ron rasgaba ya el papel de sus regalos.

—Otro jersey de mamá. Marrón otra vez. Mira a ver si tú tienes otro.

Harry tenía otro. La señora Weasley le había enviado un jersey rojo con el león de Gryffindor en la parte de delante, una docena de pastas caseras, un trozo de pastel y una caja de turrón. Al retirar las cosas, vio un paquete largo y estrecho que había debajo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ron mirando el paquete y sosteniendo en la mano los calcetines marrones que acababa de desenvolver.

—No sé...

Harry abrió el paquete y ahogó un grito al ver rodar sobre la colcha una escoba magnífica y brillante. Ron dejó caer los calcetines y saltó de la cama para verla de cerca.

—No puedo creerlo —dijo con la voz quebrada por la emoción. Era una Saeta de Fuego, idéntica a la escoba de ensueño que Harry había ido a ver diariamente a la tienda del callejón Diagon. El palo brilló en cuanto Harry le puso la mano encima. La sentía vibrar. La soltó y quedó suspendida en el aire, a la altura justa para que él montara. Sus ojos pasaban del número dorado de la matrícula a las aerodinámicas ramitas de abedul y perfectamente lisas que formaban la cola.

—¿Quién te la ha enviado? —preguntó Ron en voz baja.

—Mira a ver si hay tarjeta —dijo Harry.

Ron rasgó el papel en que iba envuelta la escoba.

—¡Nada! Caramba, ¿quién se gastaría tanto dinero en hacerte un regalo?

—Bueno —dijo Harry, atónito—. Estoy seguro de que no fueron los Dursley.

—Estoy seguro de que fue Dumbledore —dijo Ron, dando vueltas alrededor de la Saeta de Fuego, admirando cada centímetro—. Te envió anónimamente la capa invisible...

—Había sido de mi padre —dijo Harry—. Dumbledore se limitó a remitírmela. No se gastaría en mí cientos de galeones. No puede ir regalando a

los alumnos cosas así.

—Ése es el motivo por el que no podría admitir que fue él —dijo Ron—. Por si algún imbécil como Malfoy lo acusaba de favoritismo. ¡Malfoy! —Ron se rió estruendosamente—. ¡Ya verás cuando te vea montado en ella! ¡Se pondrá enfermo! ¡Ésta es una escoba de profesional!

—No me lo puedo creer —musitó Harry pasando la mano por la Saeta de Fuego mientras Ron se retorcía de la risa en la cama de Harry pensando en Malfoy.

—¿Quién...?

—Ya sé.. quién ha podido ser... ¡Lupin!

—¿Qué? —dijo Harry riéndose también—. ¿Lupin? Mira, si tuviera tanto dinero, podría comprarse una túnica nueva.

—Sí, pero le caes bien —dijo Ron—. Cuando tu Nimbus se hizo añicos, él estaba fuera, pero tal vez se enterase y decidiera acercarse al callejón Diagon para comprártela.

—¿Que estaba fuera? —preguntó Harry—. Durante el partido estaba enfermo.

—Bueno, no se encontraba en la enfermería —dijo Ron—. Yo estaba allí limpiando los orinales, por el castigo de Snape, ¿te acuerdas?

Harry miró a Ron frunciendo el entrecejo.

—No me imagino a Lupin haciendo un regalo como éste.

—¿De qué os reís los dos?

Hermione acababa de entrar con el camisón puesto y llevando a *Crookshanks*, que no parecía contento con el cordón de oropel que llevaba al cuello.

—¡No lo metas aquí! —dijo Ron, sacando rápidamente a *Scabbers* de las profundidades de la cama y metiéndosela en el bolsillo del pijama. Pero Hermione no le hizo caso. Dejó a *Crookshanks* en la cama vacía de Seamus y contempló la Saeta de Fuego con la boca abierta.

—¡Vaya, Harry! ¿Quién te la ha enviado?

—No tengo ni idea. No traía tarjeta.

Ante su sorpresa, Hermione no estaba emocionada ni intrigada. Antes bien, se ensombreció su rostro y se mordió el labio.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Ron.

—No sé —dijo Hermione—. Pero es raro, ¿no os parece? Lo que quiero

decir es que es una escoba magnífica, ¿verdad?

Ron suspiró exasperado:

—Es la mejor escoba que existe, Hermione —aseguró.

—Así que debe de ser carísima...

—Probablemente costó más que todas las escobas de Slytherin juntas —dijo Ron con cara radiante.

—Bueno, ¿quién enviaría a Harry algo tan caro sin si quiera decir quién es?

—¿Y qué más da? —preguntó Ron con impaciencia—. Escucha, Harry, ¿puedo dar una vuelta en ella? ¿Puedo?

—Creo que por el momento nadie debería montar en esa escoba —dijo Hermione.

Harry y Ron la miraron.

—¿Qué crees que va a hacer Harry con ella? ¿Barrer el suelo? —preguntó Ron.

Pero antes de que Hermione pudiera responder; *Crookshanks*, saltó desde la cama de Seamus al pecho de Ron.

—¡LLÉVATELO DE AQUÍ! —bramó Ron, notando que las garras de *Crookshanks* le rasgaban el pijama y que *Scabbers* intentaba una huida desesperada por encima de su hombro. Cogió a *Scabbers* por la cola y fue a propinar un puntapié a *Crookshanks*, pero calculó mal y le dio al baúl de Harry; volcándolo. Ron se puso a dar saltos, aullando de dolor.

A *Crookshanks* se le erizó el pelo. Un silbido agudo y metálico llenó el dormitorio. El chivatoscopio de bolsillo se había salido de los viejos calcetines de tío Vernon y daba vueltas encendido en medio del dormitorio.

—¡Se me había olvidado! —dijo Harry, agachándose y cogiendo el chivatoscopio—. Nunca me pongo esos calcetines si puedo evitarlo...

En la palma de la mano, el chivatoscopio silbaba y giraba. *Crookshanks* le bufaba y enseñaba los colmillos.

—Sería mejor que sacaras de aquí a ese gato —dijo Ron furioso. Estaba sentado en la cama de Harry, frotándose el dedo gordo del pie—. ¿No puedes hacer que pare ese chisme? —preguntó a Harry mientras Hermione salía a zancadas del dormitorio, los ojos amarillos de *Crookshanks* todavía maliciosamente fijos en Ron.

Harry volvió a meter el chivatoscopio en los calcetines y éstos en el baúl. Lo único que se oyó entonces fueron los gemidos contenidos de dolor y rabia

de Ron. *Scabbers* estaba acurrucada en sus manos. Hacía tiempo que Harry no la veía, porque siempre estaba metida en el bolsillo de Ron, y le sorprendió desagradablemente ver que *Scabbers*, antaño gorda, ahora estaba esmirriada; además, se le habían caído partes del pelo.

—No tiene buen aspecto, ¿verdad? —observó Harry.

—¡Es el estrés! —dijo Ron—. ¡Si esa estúpida bola de pelo la dejara en paz, se encontraría perfectamente!

Pero Harry, acordándose de que la mujer de la tienda de animales mágicos había dicho que las ratas sólo vivían tres años, no pudo dejar de pensar que, a menos que *Scabbers* tuviera poderes que nunca había revelado, estaba llegando al final de su vida. Y a pesar de las frecuentes quejas de Ron de que *Scabbers* era aburrida e inútil, estaba seguro de que Ron lamentaría su muerte.

Aquella mañana, en la sala común de Gryffindor; el espíritu navideño estuvo ausente. Hermione había encerrado a *Crookshanks* en su dormitorio, pero estaba enfadada con Ron porque había querido darle una patada. Ron seguía enfadado por el nuevo intento de *Crookshanks* de comerse a *Scabbers*. Harry desistió de reconciliarlos y se dedicó a examinar la Saeta de Fuego que había bajado con él a la sala común. No se sabía por qué, esto también parecía poner a Hermione de malhumor. No decía nada, pero no dejaba de mirar con malos ojos la escoba, como si ella también hubiera criticado a su gato.

A la hora del almuerzo bajaron al Gran Comedor y descubrieron que habían vuelto a arrimar las mesas a los muros, y que ahora sólo había, en mitad del salón, una mesa con doce cubiertos.

Se encontraban allí los profesores Dumbledore, McGonagall, Snape, Sprout y Flitwick, junto con Filch, el conserje, que se había quitado la habitual chaqueta marrón y llevaba puesto un frac viejo y mohoso. Sólo había otros tres alumnos: dos del primer curso, muy nerviosos, y uno de quinto de Slytherin, de rostro huraño.

—¡Felices Pascuas! —dijo Dumbledore cuando Harry, Ron y Hermione se acercaron a la mesa—. Como somos tan pocos, me pareció absurdo utilizar las mesas de los colegios. ¡Sentaos, sentaos!

Harry, Ron y Hermione se sentaron juntos al final de la mesa.

—¡Cohetes sorpresa! —dijo Dumbledore entusiasmado, alargando a Snape el extremo de uno grande de color de plata. Snape lo cogió a regañadientes y tiró. Sonó un estampido, el cohete salió disparado y dejó tras de sí un sombrero de bruja grande y puntiagudo, con un buitre disecado en la punta.

Harry, acordándose del boggart, miró a Ron y los dos se rieron. Snape apretó los labios y empujó el sombrero hacia Dumbledore, que enseguida cambió el suyo por aquél.

—¡A comer! —aconsejó a todo el mundo, sonriendo.

Mientras Harry se servía patatas asadas, las puertas del Gran Comedor volvieron a abrirse. Era la profesora Trelawney, que se deslizaba hacia ellos como si fuera sobre ruedas. Dada la ocasión, se había puesto un vestido verde de lentejuelas que acentuaba su aspecto de libélula gigante.

—¡Sybill, qué sorpresa tan agradable! —dijo Dumbledore, poniéndose en pie.

—He estado consultando la bola de cristal, señor director —dijo la profesora Trelawney con su voz más lejana—. Y ante mi sorpresa, me he visto abandonando mi almuerzo solitario y reuniéndome con vosotros. ¿Quién soy yo para negar los designios del destino? Dejé la torre y vine a toda prisa, pero os ruego que me perdonéis por la tardanza

—Por supuesto —dijo Dumbledore, parpadeando—. Permíteme que te acerque una silla...

E hizo, con la varita, que por el aire se acercara una silla que dio unas vueltas antes de caer ruidosamente entre los profesores Snape y McGonagall. La profesora Trelawney, sin embargo, no se sentó. Sus enormes ojos habían vagado por toda la mesa y de pronto dio un leve grito.

—¡No me atrevo, señor director! ¡Si me siento, seremos trece! ¡Nada da peor suerte! ¡No olvidéis nunca que cuando trece comen juntos, el primero en levantarse es el primero en morir!

—Nos arriesgaremos, Sybill —dijo impaciente la profesora McGonagall—. Por favor, siéntate. El pavo se enfría.

La profesora Trelawney dudó. Luego se sentó en la silla vacía con los ojos cerrados y la boca muy apretada, como esperando que un rayo cayera en la mesa. La profesora McGonagall introdujo un cucharón en la fuente más próxima.

—¿Quieres callos, Sybill?

La profesora Trelawney no le hizo caso. Volvió a abrir los ojos, echó un vistazo a su alrededor y dijo:

—Pero ¿dónde está mi querido profesor Lupin?

—Me temo que ha sufrido una recaída —dijo Dumbledore, animando a todos a que se sirvieran—. Es una pena que haya ocurrido el día de Navidad.

—Pero seguro que ya lo sabías, Sybill.

La profesora Trelawney dirigió una mirada gélida a la profesora McGonagall.

—Por supuesto que lo sabía, Minerva —dijo en voz baja—. Pero no quiero

alardear de saberlo todo. A menudo obro como si no estuviera en posesión del ojo interior, para no poner nerviosos a los demás.

—Eso explica muchas cosas —respondió la profesora McGonagall.

La profesora Trelawney elevó la voz:

—Si te interesa saberlo, he visto que el profesor Lupin nos dejará pronto. Él mismo parece comprender que le queda poco tiempo. Cuando me ofrecí a ver su destino en la bola de cristal, huyó.

—Me lo imagino.

—Dudo —observó Dumbledore, con una voz alegre pero fuerte que puso fin a la conversación entre las profesoras McGonagall y Trelawney— que el profesor Lupin esté en peligro inminente. Severus, ¿has vuelto a hacerle la poción?

—Sí, señor director —dijo Snape.

—Bien —dijo Dumbledore—. Entonces se levantará y dará una vuelta por ahí en cualquier momento. Derek, ¿has probado las salchichas? Son estupendas.

El muchacho de primer curso enrojeció intensamente porque Dumbledore se había dirigido directamente a él, y cogió la fuente de salchichas con manos temblorosas.

La profesora Trelawney se comportó casi con normalidad hasta que, dos horas después, terminó la comida. Atiborrados con el banquete y tocados con los gorros que habían salido de los cohetes sorpresa, Harry y Ron fueron los primeros en levantarse de la mesa, y la profesora dio un grito.

—¡Queridos míos! ¿Quién de los dos se ha levantado primero? ¿Quién?

—No sé —dijo Ron, mirando a Harry con inquietud.

—Dudo que haya mucha diferencia —dijo la profesora McGonagall fríamente—. A menos que un loco con un hacha esté esperando en la puerta para matar al primero que salga al vestíbulo.

Incluso Ron se rió. La profesora Trelawney se molestó.

—¿Vienes? —dijo Harry a Hermione.

—No —contestó Hermione—. Tengo que hablar con la profesora McGonagall.

—Probablemente para saber si puede darnos más clases —bostezó Ron yendo al vestíbulo, donde no había ningún loco con un hacha.

Cuando llegaron al agujero del cuadro, se encontraron a sir Cadogan

celebrando la Navidad con un par de monjes, antiguos directores de Hogwarts y su robusto caballo. Se levantó la visera de la celada y les ofreció un brindis con una jarra de hidromiel.

—¡Felices, hip, Pascuas! ¿La contraseña?

—«Vil bellaco» —dijo Ron.

—¡Lo mismo que vos, señor! —exclamó sir Cadogan, al mismo tiempo que el cuadro se abría hacia delante para dejarles paso.

Harry fue directamente al dormitorio, cogió la Saeta de Fuego y el equipo de mantenimiento de escobas mágicas que Hermione le había regalado para su cumpleaños, bajó con todo y se puso a mirar si podía hacerle algo a la escoba; pero no había ramitas torcidas que cortar y el palo estaba ya tan brillante que resultaba inútil querer sacarle más brillo. Él y Ron se limitaron a sentarse y a admirarla desde cada ángulo hasta que el agujero del retrato se abrió y Hermione apareció acompañada por la profesora McGonagall.

Aunque la profesora McGonagall era la jefa de la casa de Gryffindor; Harry sólo la había visto en la sala común en una ocasión y para anunciar algo muy grave. Él y Ron la miraron mientras sostenían la Saeta de Fuego. Hermione pasó por su lado, se sentó, cogió el primer libro que encontró y ocultó la cara tras él.

—Conque es eso —dijo la profesora McGonagall con los ojos muy abiertos, acercándose a la chimenea y examinando la Saeta de Fuego—. La señorita Granger me acaba de decir que te han enviado una escoba, Potter.

Harry y Ron se volvieron hacia Hermione. Podían verle la frente colorada por encima del libro, que estaba del revés.

—¿Puedo? —pidió la profesora McGonagall. Pero no aguardó a la respuesta y les quitó de las manos la Saeta de Fuego. La examinó detenidamente, de un extremo a otro—. Mmm... ¿y no venía con ninguna nota, Potter? ¿Ninguna tarjeta? ¿Ningún mensaje de ningún tipo?

—Nada —respondió Harry, como si no comprendiera.

—Ya veo... —dijo la profesora McGonagall—. Me temo que me la tendré que llevar; Potter.

—¿Qué?, ¿qué? —dijo Harry, poniéndose de pie de pronto—. ¿Por qué?

—Tendremos que examinarla para comprobar que no tiene ningún hechizo —explicó la profesora McGonagall—. Por supuesto, no soy una experta, pero seguro que la señora Hooch y el profesor Flitwick la desmontarán.

—¿Desmontarla? —repitió Ron, como si la profesora McGonagall estuviera loca.

—Tardaremos sólo unas semanas —aclaró la profesora McGonagall—. Te

la devolveremos cuando estemos seguros de que no está embrujada.

—No tiene nada malo —dijo Harry. La voz le temblaba—. Francamente, profesora...

—Eso no lo sabes —observó la profesora McGonagall con total amabilidad—, no lo podrás saber hasta que hayas volado en ella, por lo menos. Y me temo que eso será imposible hasta que estemos seguros de que no se ha manipulado. Te tendré informado.

La profesora McGonagall dio media vuelta y salió con la Saeta de Fuego por el retrato, que se cerró tras ella.

Harry se quedó mirándola, con la lata de pulimento aún en la mano. Ron se volvió hacia Hermione.

—¿Por qué has ido corriendo a la profesora McGonagall?

Hermione dejó el libro a un lado. Seguía con la cara colorada. Pero se levantó y se enfrentó a Ron con actitud desafiante:

—Porque pensé (y la profesora McGonagall está de acuerdo conmigo) que la escoba podía habérsela enviado Sirius Black.

12

El *patronus*

Harry sabía que la intención de Hermione había sido buena, pero eso no le impidió enfadarse con ella. Había sido propietario de la mejor escoba del mundo durante unas horas y, por culpa de Hermione, ya no sabía si la volvería a ver. Estaba seguro de que no le ocurría nada a la Saeta de Fuego, pero ¿en qué estado se encontraría después de pasar todas las pruebas antihechizos?

Ron también estaba enfadado con Hermione. En su opinión, desmontar una Saeta de Fuego completamente nueva era un crimen. Hermione, que seguía convencida de que había hecho lo que debía, comenzó a evitar la sala común. Harry y Ron supusieron que se había refugiado en la biblioteca y no intentaron persuadirla de que saliera de allí. Se alegraron de que el resto del colegio regresara poco después de Año Nuevo y la torre de Gryffindor volviera

a estar abarrotada de gente y de bullicio.

Wood buscó a Harry la noche anterior al comienzo de las clases.

—¿Qué tal las Navidades? —preguntó. Y luego, sin esperar respuesta, se sentó, bajó la voz y dijo—: He estado meditando durante las vacaciones, Harry. Después del último partido, ¿sabes? Si los dementores acuden al siguiente... no nos podemos permitir que tú... bueno...

Wood se quedó callado, con cara de sentirse incómodo.

—Estoy trabajando en ello —dijo Harry rápidamente—. El profesor Lupin me dijo que me daría unas clases para ahuyentar a los dementores. Comenzaremos esta semana. Dijo que después de Navidades estaría menos atareado.

—Ya —dijo Wood. Su rostro se animó—. Bueno, en ese caso... Realmente no quería perderte como buscador; Harry. ¿Has comprado ya otra escoba?

—No —contestó Harry.

—¿Cómo? Pues será mejor que te des prisa. No puedes montar en esa Estrella Fugaz en el partido contra Ravenclaw.

—Le regalaron una Saeta de Fuego en Navidad —dijo Ron.

—¿Una Saeta de Fuego? ¡No! ¿En serio? ¿Una Saeta de Fuego de verdad?

—No te emociones, Oliver —dijo Harry con tristeza—. Ya no la tengo. Me la confiscaron. —Y explicó que estaban revisando la Saeta de Fuego en aquellos instantes.

—¿Hechizada? ¿Por qué podría estar hechizada?

—Sirius Black —explicó Harry sin entusiasmo—. Parece que va detrás de mí. Así que McGonagall piensa que él me la podría haber enviado.

Desechando la idea de que un famoso asesino estuviera interesado por la vida de su buscador; Wood dijo:

—¡Pero Black no podría haber comprado una Saeta de Fuego! Es un fugitivo. Todo el país lo está buscando. ¿Cómo podría entrar en la tienda de Artículos de Calidad para el Juego del Quidditch y comprar una escoba?

—Ya lo sé. Pero aun así, McGonagall quiere desmontarla.

Wood se puso pálido.

—Iré a hablar con ella, Harry —le prometió—. La haré entrar en razón... Una Saeta de Fuego... ¡una auténtica Saeta de Fuego en nuestro equipo! Ella tiene tantos deseos como nosotros de que gane Gryffindor... La haré entrar en

razón... ¡Una Saeta de Fuego...!

Las clases comenzaron al día siguiente. Lo último que deseaba nadie una mañana de enero era pasar dos horas en una fila en el patio, pero Hagrid había encendido una hoguera de salamandras, para su propio disfrute, y pasaron una clase inusualmente agradable recogiendo leña seca y hojarasca para mantener vivo el fuego, mientras las salamandras, a las que les gustaban las llamas, correteaban de un lado para otro de los troncos incandescentes que se iban desmoronando. La primera clase de Adivinación del nuevo trimestre fue mucho menos divertida. La profesora Trelawney les enseñaba ahora quiromancia y se apresuró a informar a Harry de que tenía la línea de la vida más corta que había visto nunca.

A la que Harry tenía más ganas de acudir era a la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras. Después de la conversación con Wood, quería comenzar las clases contra los dementores tan pronto como fuera posible.

—Ah, sí —dijo Lupin, cuando Harry le recordó su promesa al final de la clase—. Veamos... ¿qué te parece el jueves a las ocho de la tarde? El aula de Historia de la Magia será bastante grande... Tendré que pensar detenidamente en esto... No podemos traer a un dementor de verdad al castillo para practicar...

—Aún parece enfermo, ¿verdad? —dijo Ron por el pasillo, camino del Gran Comedor—. ¿Qué crees que le pasa?

Oyeron un «chist» de impaciencia detrás de ellos. Era Hermione, que había estado sentada a los pies de una armadura, ordenando la mochila, tan llena de libros que no se cerraba.

—¿Por qué nos chistas? —le preguntó Ron irritado.

—Por nada —dijo Hermione con altivez, echándose la mochila al hombro.

—Por algo será —dijo Ron—. Dije que no sabía qué le ocurría a Lupin y tú...

—Bueno, ¿no es evidente? —dijo Hermione con una mirada de superioridad exasperante.

—Si no nos lo quieres decir, no lo hagas —dijo Ron con brusquedad.

—Vale —respondió Hermione, y se marchó altivamente.

—No lo sabe —dijo Ron, siguiéndola con los ojos y resentido—. Sólo quiere que le volvamos a hablar.

A las ocho de la tarde del jueves, Harry salió de la torre de Gryffindor para acudir al aula de Historia de la Magia. Cuando llegó estaba a oscuras y vacía, pero encendió las luces con la varita mágica y al cabo de cinco minutos apareció el profesor Lupin, llevando una gran caja de embalar que puso encima de la mesa del profesor Binn.

—¿Qué es? —preguntó Harry.

—Otro boggart —dijo Lupin, quitándose la capa—. He estado buscando por el castillo desde el martes y he tenido la suerte de encontrar éste escondido dentro del archivador del señor Filch. Es lo más parecido que podemos encontrar a un auténtico dementor. El boggart se convertirá en dementor cuando te vea, de forma que podrás practicar con él. Puedo guardarlo en mi despacho cuando no lo utilicemos, bajo mi mesa hay un armario que le gustará.

—De acuerdo —dijo Harry, haciendo como que no era aprensivo y satisfecho de que Lupin hubiera encontrado un sustituto de un dementor de verdad.

—Así pues... —el profesor Lupin sacó su varita mágica e indicó a Harry que hiciera lo mismo—. El hechizo que trataré de enseñarte es magia muy avanzada... Bueno, muy por encima del Nivel Corriente de Embrujo. Se llama «encantamiento *patronus*».

—¿Cómo es? —preguntó Harry, nervioso.

—Bueno, cuando sale bien invoca a un patronus para que se aparezca —explicó Lupin— y que es una especie de antidementor; un guardián que hace de escudo entre el dementor y tú.

Harry se imaginó de pronto agachado tras alguien del tamaño de Hagrid que empuñaba una porra gigantesca. El profesor Lupin continuó:

—El patronus es una especie de fuerza positiva, una proyección de las mismas cosas de las que el dementor se alimenta: esperanza, alegría, deseo de vivir... y no puede sentir desesperación como los seres humanos, de forma que los dementores no lo pueden herir. Pero tengo que advertirte, Harry, de que el hechizo podría resultarte excesivamente avanzado. Muchos magos cualificados tienen dificultades con él.

—¿Qué aspecto tiene un patronus? —dijo Harry con curiosidad.

—Es según el mago que lo invoca.

—¿Y cómo se invoca?

—Con un encantamiento que sólo funcionará si te concentras con todas tus fuerzas en un solo recuerdo de mucha alegría.

Harry intentó recordar algo alegre. Desde luego, nada de lo que le había

ocurrido en casa de los Dursley le serviría. Al final recordó el instante en que por primera vez montó en una escoba.

—Ya —dijo, intentando recordar lo más exactamente posible la maravillosa sensación de vértigo que había notado en el estómago.

—El encantamiento es así —Lupin se aclaró la garganta—: *¡Expecto patronum!*

—*¡Expecto patronum!* —repitió Harry entre dientes—. *¡Expecto patronum!*

—¿Te estás concentrando con fuerza en el recuerdo feliz?

—Sí... —contestó Harry, obligando a su mente a que retrocediese hasta aquel primer viaje en escoba—. *Expecto patrono*, no, *patronum*... perdón... *¡Expecto patronum! ¡Expecto patronum!*

De repente, como un chorro, surgió algo del extremo de su varita. Era como un gas plateado.

—¿Lo ha visto? —preguntó Harry entusiasmado—. ¡Algo ha ocurrido!

—Muy bien —dijo Lupin sonriendo—. Bien, entonces... ¿estás preparado para probarlo en un dementor?

—Sí —dijo Harry, empuñando la varita con fuerza y yendo hasta el centro del aula vacía. Intentó mantener su pensamiento en el vuelo con la escoba, pero en su mente había otra cosa que trataba de introducirse... Tal vez en cualquier instante volviera a oír a su madre... Pero no debía pensar en ello o volvería a oírla realmente, y no quería... ¿o sí quería?

Lupin cogió la tapa de la caja de embalaje y tiró de ella. Un dementor se elevó despacio de la caja, volviendo hacia Harry su rostro encapuchado. Una mano viscosa y llena de pústulas sujetaba la capa.

Las luces que había en el aula parpadearon hasta apagarse. El dementor salió de la caja y se dirigió silenciosamente hacia Harry, exhalando un aliento profundo y vibrante. Una hola de intenso frío se extendió sobre él.

—*¡Expecto patronum!* —gritó Harry—. *¡Expecto patronum! ¡Expecto. ..!*

Pero el aula y el dementor desaparecían. Harry cayó de nuevo a través de una niebla blanca y espesa, y la voz de su madre resonó en su cabeza, más fuerte que nunca...

—*¡A Harry no! ¡A Harry no! Por favor... haré cualquier cosa...*

—*A un lado... hazte a un lado, muchacha...*

—¡Harry!

Harry volvió de pronto a la realidad. Estaba boca arriba, tendido en el

suelo. Las luces del aula habían vuelto a encenderse. No necesitó preguntar qué era lo que había ocurrido.

—Lo siento —musitó, incorporándose y notando un sudor frío que le corría por detrás de las gafas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lupin.

—Sí...

Para levantarse, Harry se apoyó primero en un pupitre y luego en Lupin.

—Toma. —Lupin le ofreció una rana de chocolate—. Cómetela antes de que volvamos a intentarlo. No esperaba que lo consiguieras la primera vez. Me habría impresionado mucho que lo hubieras hecho.

—Cada vez es peor —musitó Harry, mordiendo la cabeza de la rana—. Esta vez la he oído más alto aún. Y a él... a Voldemort...

Lupin estaba más pálido de lo habitual.

—Harry, si no quieres continuar; lo comprenderé perfectamente...

—¡Sí quiero! —dijo Harry con energía, metiéndose en la boca el resto de la rana—. ¡Tengo que hacerlo! ¿Y si los dementores vuelven a presentarse en el partido contra Ravenclaw? No puedo caer de nuevo. ¡Si perdemos este partido, habremos perdido la copa de quidditch!

—De acuerdo, entonces... —dijo Lupin—. Tal vez quieras seleccionar otro recuerdo feliz. Quiero decir; para concentrarte. Ése no parece haber sido bastante poderoso...

Harry pensó intensamente y recordó que se había sentido muy contento cuando, el año anterior; Gryffindor había ganado la Copa de las Casas. Empuñó otra vez la varita mágica y volvió a su puesto en mitad del aula.

—¿Preparado? —preguntó Lupin, cogiendo la tapa de la caja.

—Preparado —dijo Harry, haciendo un gran esfuerzo por llenarse la cabeza de pensamientos alegres sobre la victoria de Gryffindor; y no con pensamientos oscuros sobre lo que iba a ocurrir cuando la caja se abriera.

—¡Ya! —dijo Lupin, levantando la tapa.

El aula volvió a enfriarse y a quedarse a oscuras. El dementor avanzó con su violenta respiración, abriendo una mano putrefacta en dirección a Harry.

—*¡Expecto patronum!* —gritó Harry—. *¡Expecto patronum! ¡Expecto pat...!*

Una niebla blanca le oscureció el sentido. En tomo a él se movieron unas formas grandes y borrosas... Luego oyó una voz nueva, de hombre, que gritaba aterrorizado:

—¡Lily, coge a Harry y vete! ¡Es él! ¡Vete! ¡Corre! Yo lo detendré.

El ruido de alguien dentro de una habitación, una puerta que se abría de golpe, una carcajada estridente.

—¡Harry! Harry, despierta...

Lupin le abofeteaba las mejillas. Esta vez le costó un minuto comprender por qué estaba tendido en el suelo polvoriento del aula.

—He oído a mi padre —balbuceó Harry—. Es la primera vez que lo oigo. Quería enfrentarse a Voldemort para que a mi madre le diera tiempo de escapar.

Harry notó que en su rostro había lágrimas mezcladas con el sudor. Bajó la cabeza todo lo que pudo para limpiarse las lágrimas con la túnica, haciendo como que se ataba el cordón del zapato, para que Lupin no se diera cuenta de que había llorado.

—¿Has oído a James? —preguntó Lupin con voz extraña.

—Sí... —Con la cara ya seca, volvió a levantar la vista—. ¿Por qué? Usted no conocía a mi padre, ¿o sí?

—Lo... lo conocí, sí —contestó Lupin—. Fuimos amigos en Hogwarts. Escucha, Harry. Tal vez deberíamos dejarlo por hoy Este encantamiento es demasiado avanzado... No debería haberte puesto en este trance...

—No —repuso Harry. Se volvió a levantar—. ¡Lo volveré a intentar! No pienso en cosas bastante alegres, por eso... ¡espere!

Hizo un gran esfuerzo para pensar. Un recuerdo muy feliz..., un recuerdo que pudiera transformarse en un patronus bueno y fuerte...

¡El momento en que se enteró de que era un mago y de que tenía que dejar la casa de los Dursley para ir a Hogwarts! Si eso no era un recuerdo feliz, entonces no sabía qué podía serlo. Concentrado en los sentimientos que lo habían embargado al enterarse de que se iría de Privet Drive, Harry se levantó y se puso de nuevo frente a la caja de embalaje.

—¿Preparado? —dijo Lupin, como si fuera a obrar en contra de su criterio—. ¿Te estás concentrando bien? De acuerdo. ¡Ya!

Levantó la tapa de la caja por tercera vez y el dementor volvió a salir de ella. El aula volvió a enfriarse y a oscurecerse.

—¡EXPECTO PATRONUM! —gritó Harry—. *¡EXPECTO PATRONUM! ¡EXPECTO PATRONUM!*

De nuevo comenzaron los gritos en la mente de Harry, salvo que esta vez sonaban como si procedieran de una radio mal sintonizada. El sonido bajó, subió y volvió a bajar... Todavía seguía viendo al dementor. Se había

detenido... Y luego, una enorme sombra plateada salió con fuerza del extremo de la varita de Harry y se mantuvo entre él y el dementor; y aunque Harry sentía sus piernas como de mantequilla, seguía de pie, sin saber cuánto tiempo podría aguantar.

—*¡Riddíkulo!* —gritó Lupin, saltando hacia delante.

Se oyó un fuerte crujido y el nebuloso patronus se desvaneció junto con el dementor. Harry se derrumbó en una silla, con las piernas temblando, tan cansado como si acabara de correr varios kilómetros. Por el rabillo del ojo vio al profesor Lupin obligando con la varita al boggart a volver a la caja de embalaje. Se había vuelto a convertir en una esfera plateada.

—¡Estupendo! —dijo Lupin, yendo hacia donde estaba Harry sentado—. ¡Estupendo, Harry! Ha sido un buen principio.

—¿Podemos volver a probar? Sólo una vez más.

—Ahora no —dijo Lupin con firmeza—. Ya has tenido bastante por una noche. Ten...

Ofreció a Harry una tableta del mejor chocolate de Honeydukes.

—Cómetelo todo o la señora Pomfrey me matará. ¿El jueves que viene a la misma hora?

—Vale —dijo Harry. Dio un mordisco al chocolate y vio que Lupin apagaba las luces que se habían encendido con la desaparición del dementor. Se le acababa de ocurrir algo—: ¿Profesor Lupin? —preguntó—. Si conoció a mi padre, también conocería a Sirius Black.

Lupin se volvió con rapidez:

—¿Qué te hace pensar eso? —dijo severamente.

—Nada. Quiero decir... me he enterado de que eran amigos en Hogwarts.

El rostro de Lupin se calmó.

—Sí, lo conocí —dijo lacónicamente—. O creía que lo conocía. Será mejor que te vayas, Harry. Se hace tarde.

Harry salió del aula, atravesó el corredor; dobló una esquina, dio un rodeo por detrás de una armadura y se sentó en la peana para terminar el chocolate, lamentando haber mencionado a Black, dado que a Lupin, obviamente, no le había hecho gracia. Luego volvió a pensar en sus padres.

Se sentía extrañamente vacío, a pesar de haber comido tanto chocolate. Aunque era terrible oír dentro de su cabeza los últimos instantes de vida de sus padres, eran las únicas ocasiones en que había oído sus voces, desde que era muy pequeño. Nunca sería capaz de crear un patronus de verdad si en parte deseaba volver a oír la voz de sus padres...

—Están muertos —se dijo con firmeza—. Están muertos y volver a oír el eco de su voz no los traerá a la vida. Será mejor que me controle si quiero la copa de quidditch.

Se puso en pie, se metió en la boca el último pedazo de chocolate y volvió hacia la torre de Gryffindor.

Ravenclaw jugó contra Slytherin una semana después del comienzo del trimestre. Slytherin ganó, aunque por muy poco. Según Wood, eran buenas noticias para Gryffindor; que se colocaría en segundo puesto si ganaba también a Ravenclaw. Por lo tanto, aumentó los entrenamientos a cinco por semana. Esto significaba que, junto con las clases antidementores de Lupin, que resultaban más agotadoras que seis sesiones de entrenamiento de quidditch, a Harry le quedaba tan sólo una noche a la semana para hacer todos los deberes. Aun así, no parecía tan agobiado como Hermione, a la que le afectaba la inmensa cantidad de trabajo. Cada noche, sin excepción, veían a Hermione en un rincón de la sala común, con varias mesas llenas de libros, tablas de Aritmancia, diccionarios de runas, dibujos de muggles levantando objetos pesados y carpetas amontonadas con apuntes extensísimos. Apenas hablaba con nadie y respondía de malos modos cuando alguien la interrumpía.

—¿Cómo lo hará? —le preguntó Ron a Harry una tarde,. mientras el segundo terminaba un insoportable trabajo para Snape sobre *Venenos indetectables*. Harry alzó la vista. A Hermione casi no se la veía detrás de la torre de libros.

—¿Cómo hará qué?

—Ir a todas las clases —dijo Ron—. Esta mañana la oí hablar con la profesora Vector, la bruja que da Aritmancia. Hablaban de la clase de ayer. Pero Hermione no pudo ir, porque estaba con nosotros en Cuidado de Criaturas Mágicas. Y Ernie McMillan me dijo que no ha faltado nunca a una clase de Estudios Muggles. Pero la mitad de esas clases coinciden con Adivinación y tampoco ha faltado nunca a éstas.

Harry no tenía tiempo en aquel momento para indagar el misterio del horario imposible de Hermione. Tenía que seguir con el trabajo para Snape. Dos segundos más tarde volvió a ser interrumpido, esta vez por Wood.

—Malas noticias, Harry. Acabo de ver a la profesora McGonagall por lo de la Saeta de Fuego. Ella... se ha puesto algo antipática conmigo. Me ha dicho que mis prioridades están mal. Piensa que me preocupa más ganar la copa que tu vida. Sólo porque le dije que no me importaba que la escoba te tirase al suelo, siempre que cogieras la snitch. —Wood sacudió la cabeza con incredulidad—. Realmente, por su forma de gritarme... cualquiera habría pensado que le había dicho algo terrible. Luego le pregunté cuánto tiempo la tendría todavía. —Hizo una mueca e imitó la voz de la profesora McGonagall—:

«El tiempo que haga falta, Wood.» Me parece que tendrás que pedir otra escoba, Harry. Hay un cupón de pedido en la última página de *El mundo de la escoba*. Podrías comprar una Nimbus 2.001 como la que tiene Malfoy.

—No voy a comprar nada que le guste a Malfoy —dijo taxativamente.

Enero dio paso a febrero sin que se notara, persistiendo en el mismo frío glaciar. El partido contra Ravenclaw se aproximaba, pero Harry seguía sin solicitar otra escoba. Al final de cada clase de Transformaciones, le preguntaba a la profesora McGonagall por la Saeta de Fuego, Ron expectante junto a él, Hermione pasando a toda velocidad por su lado, con la cara vuelta.

—No, Potter; todavía no te la podemos devolver —le dijo la profesora McGonagall el duodécimo día de interrogatorio, antes de que el muchacho hubiera abierto la boca—. Hemos comprobado la mayoría de los hechizos más habituales, pero el profesor Flitwick cree que la escoba podría tener un maleficio para derribar al que la monta. En cuanto hayamos terminado las comprobaciones, te lo diré. Ahora te ruego que dejes de darme la lata.

Para empeorar aún más las cosas, las clases antidementores de Harry no iban tan bien como esperaba, ni mucho menos. Después de varias sesiones, era capaz de crear una sombra poco precisa cada vez que el dementor se le acercaba, pero su patronus era demasiado débil para ahuyentar al dementor. Lo único que hacía era mantenerse en el aire como una nube semitransparente, vaciando de energía a Harry mientras éste se esforzaba por mantenerlo. Harry estaba enfadado consigo mismo. Se sentía culpable por su secreto deseo de volver a oír las voces de sus padres.

—Esperas demasiado de ti mismo —le dijo severamente el profesor Lupin en la cuarta semana de prácticas—. Para un brujo de trece años, incluso un patronus como éste es una hazaña enorme. Ya no te desmayas, ¿a que no?

—Creí que el patronus embestiría contra los dementores —dijo Harry desalentado—, que los haría desaparecer...

—El verdadero patronus los hace desaparecer —contestó Lupin—. Pero tú has logrado mucho en poco tiempo. Si los dementores hacen aparición en tu próximo partido de quidditch, serás capaz de tenerlos a raya el tiempo necesario para volver al juego.

—Usted dijo que es más dificil cuando hay muchos —repuso Harry

—Tengo total confianza en ti —aseguró Lupin sonriendo—. Toma, te has ganado una bebida. Esto es de Las Tres Escobas y supongo que no lo habrás probado antes...

Sacó dos botellas de su maletín.

—¡Cerveza de mantequilla! —exclamó Harry irreflexivamente—. Sí, me encanta. —Lupin alzó una ceja—. Bueno... Ron y Hermione me trajeron algunas cosas de Hogsmeade —mintió Harry a toda prisa.

—Ya veo —dijo Lupin, aunque parecía algo suspicaz—. Bien, bebamos por la victoria de Gryffindor contra Ravenclaw. Aunque en teoría, como profesor no debo tomar partido —añadió inmediatamente.

Bebieron en silencio la cerveza de mantequilla, hasta que Harry mencionó algo en lo que llevaba algún tiempo meditando.

—¿Qué hay debajo de la capucha de un dementor?

El profesor Lupin, pensativo, dejó la botella.

—Mmm..., bueno, los únicos que lo saben no pueden decimos nada. El dementor sólo se baja la capucha para utilizar su última arma.

—¿Cuál es?

—Lo llaman «Beso del dementor» —dijo Lupin con una amarga sonrisa—. Es lo que hacen los dementores a aquellos a los que quieren destruir completamente. Supongo que tendrán algo parecido a una boca, porque pegan las mandíbulas a la boca de la víctima y... le sorben el alma.

Harry escupió, sin querer; un poco de cerveza de mantequilla.

—¿Las matan?

—No —dijo Lupin—. Mucho peor que eso. Se puede vivir sin alma, mientras sigan funcionando el cerebro y el corazón. Pero no se puede tener conciencia de uno mismo, ni memoria, ni nada. No hay ninguna posibilidad de recuperarse. Uno se limita a existir. Como una concha vacía. Sin alma, perdido para siempre. —Lupin bebió otro trago de cerveza de mantequilla y siguió diciendo—: Es el destino que le espera a Sirius Black. Lo decía *El Profeta* esta mañana. El Ministerio ha dado permiso a los dementores para besarlo cuando lo encuentren.

Harry se quedó abstraído unos instantes, pensando en la posibilidad de sorber el alma por la boca de una persona. Pero luego pensó en Black.

—Se lo merece —dijo de pronto.

—¿Eso piensas? —dijo, como sin darle importancia—. ¿De verdad crees que alguien se merece eso?

—Sí —dijo Harry con altivez—. Por varios motivos.

Le habría gustado hablar con Lupin sobre la conversación que había oído en Las Tres Escobas, sobre Black traicionando a sus padres, aunque aquello habría supuesto revelar que había ido a Hogsmeade sin permiso. Y sabía que a Lupin no le haría gracia. De forma que terminó su cerveza de mantequilla, dio

a Lupin las gracias y salió del aula de Historia de la Magia.

Harry casi se arrepentía de haberle preguntado qué había debajo de la capucha de un dementor. La respuesta había sido tan horrible y lo había sumido hasta tal punto en horribles pensamientos sobre almas sorbidas que se dio de bruces con la profesora McGonagall mientras subía por las escaleras.

—Mira por dónde vas, Potter.

—Lo siento, profesora.

—Fui a buscarte a la sala común de Gryffindor. Bueno, aquí la tienes. Hemos hecho todas las comprobaciones y parece que está bien. En algún lugar tienes un buen amigo, Potter.

Harry se quedó con la boca abierta. La profesora McGonagall sostenía su Saeta de Fuego, que tenía un aspecto tan magnífico como siempre.

—¿Puedo quedármela? —dijo Harry con voz desmayada—. ¿De verdad?

—De verdad —dijo sonriendo la profesora McGonagall—. Tendrás que familiarizarte con ella antes del partido del sábado, ¿no? Haz todo lo posible por ganar; porque si no quedaremos eliminados por octavo año consecutivo, como me acaba de recordar muy amablemente el profesor Snape.

Harry subió por las escaleras hacia la torre de Gryffindor; sin habla, llevando la Saeta de Fuego. Al doblar una esquina, vio a Ron, que se precipitaba hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te la ha dado? ¡Estupendo! ¿Me dejarás que monte en ella? ¿Mañana?

—Sí, por supuesto —respondió Harry con un entusiasmo que no había experimentado desde hacía un mes—. Tendríamos que hacer las paces con Hermione. Sólo quería ayudar...

—Sí, de acuerdo. Está en la sala común, trabajando, para variar.

Llegaron al corredor que llevaba a la torre de Gryffindor; y vieron a Neville Longbottom que suplicaba a sir Cadogan que lo dejara entrar.

—Las escribí, pero se me deben de haber caído en alguna parte.

—¡Id a otro con ese cuento! —vociferaba sir Cadogan.

Luego, viendo a Ron y Harry—: ¡Voto a bríos, mis valientes y jóvenes vasallos! ¡Venid a atar a este demente que trata de forzar la entrada!

—Cierra la boca —dijo Ron al llegar junto a Neville.

—He perdido las contraseñas —les confesó Neville abatido—. Le pedí que me dijera las contraseñas de esta semana, porque las está cambiando

continuamente, y ahora no sé dónde las tengo.

—«Rompetechos» —dijo Harry a sir Cadogan, que parecía muy decepcionado y reacio a dejarlos pasar. Hubo murmullos repentinos y emocionados cuando todos se dieron la vuelta y rodearon a Harry para admirar su Saeta de Fuego.

—¿Cómo la has conseguido, Harry?

—¿Me dejarás dar una vuelta?

—¿Ya la has probado, Harry?

—Ravenclaw no tiene nada que hacer. Todos van montados en Barredoras 7.

—¿Puedo cogerla, Harry?

Después de unos diez minutos en que la Saeta de Fuego fue pasando de mano en mano y admirada desde cada ángulo, la multitud se dispersó y Harry y Ron pudieron ver a Hermione, la única que no había corrido hacia ellos y había seguido estudiando. Harry y Ron se acercaron a su mesa y la muchacha levantó la vista.

—Me la han devuelto —le dijo Harry sonriendo y levantando la Saeta de Fuego.

—¿Lo ves, Hermione? ¡No había nada malo en ella!

—Bueno... Podía haberlo —repuso Hermione—. Por lo menos ahora sabes que es segura.

—Sí, supongo que sí —dijo Harry—. Será mejor que la deje arriba.

—¡Yo la llevaré! —se ofreció Ron con entusiasmo—. Tengo que darle a *Scabbers* el tónico para ratas.

Cogió la Saeta de Fuego y, sujetándola como si fuera de cristal, la subió hasta el dormitorio de los chicos.

—¿Me puedo sentar? —preguntó Harry a Hermione.

—Supongo que sí —contestó Hermione, retirando un montón de pergaminos que había sobre la silla.

Harry echó un vistazo a la mesa abarrotada, al largo trabajo de Aritmancia, cuya tinta todavía estaba fresca, al todavía más largo trabajo para la asignatura de Estudios Muggles («Explicad por qué los muggles necesitan la electricidad»), y a la traducción rúnica en que Hermione se hallaba enfrascada.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó Harry

—Bien. Ya sabes, trabajando duro —respondió Hermione. Harry vio que de

cerca parecía casi tan agotada como Lupin.

—¿Por qué no dejas un par de asignaturas? —preguntó Harry, viéndola revolver entre libros en busca del diccionario de runas.

—¡No podría! —respondió Hermione escandalizada.

—La Aritmancia parece horrible —observó Harry, cogiendo una tabla de números particularmente abstrusa.

—No, es maravillosa —dijo Hermione con sinceridad—. Es mi asignatura favorita. Es...

Pero Harry no llegó a enterarse de qué tenía de maravilloso la Aritmancia. En aquel preciso instante resonó un grito ahogado en la escalera de los chicos. Todos los de la sala común se quedaron en silencio, petrificados, mirando hacia la entrada. Se acercaban unos pasos apresurados que se oían cada vez más fuerte. Y entonces apareció Ron arrastrando una sábana.

—¡MIRA! —gritó, acercándose a zancadas a la mesa de Hermione—. ¡MIRA! —repitió, sacudiendo la sábana delante de su cara.

—¿Qué pasa, Ron?

—*¡SCABBERS!* ¡MIRA! *¡SCABBERS!*

Hermione se apartó de Ron, echándose hacia atrás, muy asombrada. Harry observó la sábana que sostenía Ron. Había algo rojo en ella. Algo que se parecía mucho a...

—¡SANGRE! —exclamó Ron en medio del silencio—. ¡NO ESTÁ! ¿Y SABES LO QUE HABÍA EN EL SUELO?

—No, no —dijo Hermione con voz temblorosa. Ron tiró algo encima de la traducción rúnica de Hermione. Ella y Harry se inclinaron hacia delante. Sobre las inscripciones extrañas y espigadas había unos pelos de gato, largos y de color canela.

13

Gryffindor contra Ravenclaw

Parecía el fin de la amistad entre Ron y Hermione. Estaban tan enfadados que Harry no veía ninguna posibilidad de reconciliarlos.

A Ron le enfurecía que Hermione no se hubiera tomado en ningún momento en serio los esfuerzos de *Crookshanks* por comerse a *Scabbers*, que no se hubiera preocupado por vigilarlo, y que todavía insistiera en la inocencia de *Crookshanks* y en que Ron tenía que buscar a *Scabbers* debajo de las camas.

Hermione, en tanto, sostenía con encono que Ron no tenía ninguna prueba de que *Crookshanks* se hubiera comido a *Scabbers*, que los pelos canela podían encontrarse allí desde Navidad y que Ron había cogido ojeriza a su gato desde el momento en que éste se le había echado a la cabeza en la tienda de animales mágicos.

En cuanto a él, Harry estaba convencido de que *Crookshanks* se había comido a *Scabbers*, y cuando intentó que Hermione comprendiera que todos los indicios parecían demostrarlo, la muchacha se enfadó con Harry también.

—¡Ya sabía que te pondrías de parte de Ron! —chilló Hermione—. Primero la Saeta de Fuego, ahora *Scabbers*, todo es culpa mía, ¿verdad? Lo único que te pido, Harry, es que me dejes en paz. Tengo mucho que hacer.

Ron estaba muy afectado por la pérdida de su rata.

—Vamos, Ron. Siempre te quejabas de lo aburrida que era *Scabbers* —dijo Fred, con intención de animarlo—. Y además llevaba mucho tiempo descolorida. Se estaba consumiendo. Sin duda ha sido mejor para ella morir rápidamente. Un bocado... y no se dio ni cuenta.

—¡Fred! —exclamó Ginny indignada.

—Lo único que hacía era comer y dormir; Ron. Tú también lo decías —intervino George.

—¡En una ocasión mordió a Goyle! —dijo Ron con tristeza—. ¿Te acuerdas, Harry?

—Sí, es verdad —respondió Harry.

—Fue su momento grandioso —comentó Fred, incapaz de contener una sonrisa—. La cicatriz que tiene Goyle en el dedo quedará como un último tributo a su memoria. Venga, Ron. Vete a Hogsmeade y cómprate otra rata. ¿Para qué lamentarse tanto?

En un desesperado intento de animar a Ron, Harry lo persuadió de que acudiera al último entrenamiento del equipo de Gryffindor antes del partido contra Ravenclaw, y podría dar una vuelta en la Saeta de Fuego cuando hubieran terminado. Esto alegró a Ron durante un rato («¡Estupendo! ¿podré marcar goles montado en ella?»). Así que se encaminaron juntos hacia el

campo de quidditch.

La señora Hooch, que seguía supervisando los entrenamientos de Gryffindor para cuidar de Harry, estaba tan impresionada por la Saeta de Fuego como todos los demás. La tomó en sus manos antes del comienzo y les dio su opinión profesional.

—¡Mirad qué equilibrio! Si la serie Nimbus tiene un defecto, es esa tendencia a escorar hacia la cola. Cuando tienen ya unos años, desarrollan una resistencia al avance. También han actualizado el palo, que es algo más delgado que el de las Barredoras. Me recuerda el de la vieja Flecha Plateada. Es una pena que dejaran de fabricarlas. Yo aprendí a volar en una y también era una escoba excelente...

Siguió hablando de esta manera durante un rato, hasta que Wood dijo:

—Señora Hooch, ¿le puede devolver a Harry la Saeta de Fuego? Tenemos que entrenar.

—Sí, claro. Toma, Potter —dijo la señora Hooch—. Me sentaré aquí con Weasley...

Ella y Ron abandonaron el campo y se sentaron en las gradas, y el equipo de Gryffindor rodeó a Wood para recibir las últimas instrucciones para el partido del día siguiente.

—Harry, acabo de enterarme de quién será el buscador de Ravenclaw. Es Cho Chang. Es una alumna de cuarto y es bastante buena. Yo esperaba que no se encontrara en forma, porque ha tenido algunas lesiones. —Wood frunció el entrecejo para expresar su disgusto ante la total recuperación de Cho Chang, y luego dijo—: Por otra parte, monta una Cometa 260, que al lado de la Saeta de Fuego parece un juguete.

—Echó a la escoba una mirada de ferviente admiración y dijo—: ¡Vamos!

Y por fin Harry montó en la Saeta de Fuego y se elevó del suelo.

Era mejor de lo que había soñado. La Saeta giraba al más ligero roce. Parecía obedecer más a sus pensamientos que a sus manos. Corrió por el terreno de juego a tal velocidad que el estadio se convirtió en una mancha verde y gris. Harry le dio un viraje tan brusco que Alicia Spinnet profirió un grito. A continuación descendió en picado con perfecto control y rozó el césped con los pies antes de volver a elevarse diez, quince, veinte metros.

—¡Harry, suelto la snitch! —gritó Wood.

Harry se volvió y corrió junto a una bludger hacia la portería. La adelantó con facilidad, vio la snitch que salía disparada por detrás de Wood y al cabo de diez segundos la tenía en la mano.

El equipo lo vitoreó entusiasmado. Harry soltó la snitch, le dio un minuto de ventaja y se lanzó tras ella esquivando al resto del equipo. La localizó cerca de

una rodilla de Katie Bell, dio un rodeo y volvió a atraparla.

Fue la mejor sesión de entrenamiento que habían tenido nunca. El equipo, animado por la presencia de la Saeta de Fuego, realizó los mejores movimientos de forma impecable, y cuando descendieron, Wood no tenía una sola crítica que hacer, lo cual, como señaló George Weasley, era una absoluta novedad.

—No sé qué problema podríamos tener mañana —dijo Wood—. Tan sólo... Harry, has resuelto tu problema con los dementores, ¿verdad?

—Sí —dijo Harry, pensando en su débil patronus y lamentando que no fuera más fuerte.

—Los dementores no volverán a aparecer; Oliver. Dumbledore se irritaría —dijo Fred con total seguridad.

—Esperemos que no —dijo Wood—. En cualquier caso, todo el mundo ha hecho un buen trabajo. Ahora volvamos a la torre. Hay que acostarse temprano...

—Me voy a quedar un ratito. Ron quiere probar la Saeta —comentó Harry a Wood.

Y mientras el resto del equipo se encaminaba a los vestuarios, Harry fue hacia Ron, que saltó la barrera de las tribunas y se dirigió hacia él.

La señora Hooch se había quedado dormida en el asiento.

—Ten —le dijo Harry entregándole la Saeta de Fuego.

Ron montó en la escoba con cara de emoción y salió zumbando en la noche, que empezaba a caer, mientras Harry paseaba por el extremo del campo, observándolo. Cuando la señora Hooch despertó sobresaltada ya era completamente de noche. Riñó a Harry y a Ron por no despertarla y los obligó a volver al castillo.

Harry se echó al hombro la Saeta de Fuego y los dos salieron del estadio a oscuras, comentando el suave movimiento de la Saeta, su formidable aceleración y su viraje milimétrico. Estaban a mitad de camino cuando Harry, al mirar hacia la izquierda, vio algo que le hizo dar un brinco: dos ojos que brillaban en la oscuridad. Se detuvo en seco. El corazón le latía con fuerza.

—¿Qué ocurre? —dijo Ron.

Harry señaló hacia los ojos. Ron sacó la varita y musitó:

—*¡Lumos!*

Un rayo de luz se extendió sobre la hierba, llegó hasta la base de un árbol e iluminó sus ramas. Allí, oculto en el follaje, estaba *Crookshanks*.

—¡Sal de ahí! —gritó Ron, agachándose y cogiendo una piedra del suelo. Pero antes de que pudiera hacer nada, *Crookshanks* se había desvanecido con un susurro de su larga cola canela.

—¿Lo ves? —dijo Ron furioso, tirando la piedra al suelo—. Aún le permite andar a sus anchas. Seguramente piensa acompañar los restos de *Scabbers* con un par de pájaros.

Harry no respondió. Respiró aliviado. Durante unos segundos había creído que aquellos ojos eran los del *Grim*. Siguieron hacia el castillo. Avergonzado por su instante de terror, Harry no explicó nada a su amigo. Tampoco miró a derecha ni a izquierda hasta que llegaron al bien iluminado vestíbulo.

• • •

Al día siguiente, Harry bajó a desayunar con los demás chicos de su dormitorio, que por lo visto pensaban que la Saeta de Fuego era merecedora de una especie de guardia de honor. Al entrar Harry en el Gran Comedor; todos se volvieron a mirar la Saeta de Fuego, murmurando emocionados. Harry vio con satisfacción que los del equipo de Slytherin estaban atónitos.

—¿Le has visto la cara? —le preguntó Ron con alegría, volviéndose para mirar a Malfoy—. ¡No se lo puede creer! ¡Es estupendo!

Wood también estaba orgulloso de la Saeta de Fuego.

—Déjala aquí, Harry —dijo, poniendo la escoba en el centro de la mesa y dándole la vuelta con cuidado, para que el nombre quedara visible. Los de Ravenclaw y Hufflepuff se acercaron para verla. Cedric Diggory fue a felicitar a Harry por haber conseguido un sustituto tan soberbio para su Nimbus. Y la novia de Percy, Penelope Clearwater, de Ravenclaw, pidió permiso para cogerla.

—Sin sabotajes, ¿eh, Penelope? —le dijo efusivamente Percy mientras la joven examinaba detenidamente la Saeta de Fuego—. Penelope y yo hemos hecho una apuesta —dijo al equipo—. Diez galeones a ver quién gana.

Penelope dejó la Saeta de Fuego, le dio las gracias a Harry y volvió a la mesa.

—Harry, procura ganar —le dijo Percy en un susurro apremiante—, porque no tengo diez galeones. ¡Ya voy, Penelope! —Y fue con ella al terminarse la tostada.

—¿Estás seguro de que puedes manejarla, Potter? —dijo una voz fría y arrastrada.

Draco Malfoy se había acercado para ver mejor; y Crabbe y Goyle estaban

detrás de él.

—Sí, creo que sí —contestó Harry.

—Muchas características especiales, ¿verdad? —dijo Malfoy, con un brillo de malicia en los ojos—. Es una pena que no incluya paracaídas, por si aparece algún dementor.

Crabbe y Goyle se rieron.

—Y es una pena que no tengas tres brazos —le contestó Harry—. De esa forma podrías coger la snitch.

El equipo de Gryffindor se rió con ganas. Malfoy entornó sus ojos claros y se marchó ofendido. Lo vieron reunirse con los demás jugadores de Slytherin, que juntaron las cabezas, seguramente para preguntarle a Malfoy si la escoba de Harry era de verdad una Saeta de Fuego.

A las once menos cuarto el equipo de Gryffindor se dirigió a los vestuarios. El tiempo no podía ser más distinto del que había imperado en el partido contra Hufflepuff. Hacía un día fresco y despejado, con una brisa muy ligera. Esta vez no habría problemas de visibilidad, y Harry, aunque estaba nervioso, empezaba a sentir la emoción que sólo podía producir un partido de quidditch. Oían al resto del colegio que se dirigía al estadio. Harry se quitó las ropas negras del colegio, sacó del bolsillo la varita y se la metió dentro de la camiseta que iba a llevar bajo las ropas de quidditch. Esperaba no necesitarla. Se preguntó de repente si el profesor Lupin estaría entre el público viendo el partido.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —dijo Wood cuando se disponían a salir del vestuario—. Si perdemos este partido, estamos eliminados. Sólo... sólo tenéis que hacerlo como en el entrenamiento de ayer y todo irá de perlas.

Salieron al campo y fueron recibidos con un aplauso tumultuoso. El equipo de Ravenclaw, de color azul, aguardaba ya en el campo. La buscadora, Cho Chang, era la única chica del equipo y a pesar de los nervios, no pudo dejar de notar que era muy guapa. Ella le sonrió cuando los equipos se alinearon uno frente al otro, detrás de sus capitanes, y sintió una ligera sacudida en el estómago que no creyó que tuviera nada que ver con los nervios.

—Wood, Davies, daos la mano —ordenó la señora Hooch.

Y Wood le estrechó la mano al capitán de Ravenclaw.

—Montad en las escobas... Cuando suene el silbato... ¡Tres, dos, uno!

Harry despegó del suelo y la Saeta de Fuego se levantó más rápido que ninguna otra escoba. Planeó por el estadio y empezó a buscar la snitch, escuchando todo el tiempo los comentarios de Lee Jordan, el amigo de los gemelos Fred y George:

—Han empezado a jugar y el objeto de expectación en este partido es la Saeta de Fuego que monta Harry Potter, del equipo de Gryffindor. Según la

revista *El mundo de la escoba*, la Saeta es la escoba elegida por los equipos nacionales para el campeonato mundial de este año.

—Jordan, ¿te importaría explicar lo que ocurre en el partido? —interrumpió la voz de la profesora McGonagall.

—Tiene razón, profesora. Sólo daba algo de información complementaria. La Saeta de Fuego, por cierto, está dotada de frenos automáticos y...

—¡Jordan!

—Vale, vale. Gryffindor tiene la pelota. Katie Bell se dirige a la meta...

Harry pasó como un rayo al lado de Katie y en dirección contraria, buscando a su alrededor un resplandor dorado y notando que Cho Chang le pisaba los talones. La jugadora volaba muy bien. Continuamente se le cruzaba, obligándolo a cambiar de dirección.

—Enséñale cómo se acelera, Harry —le gritó Fred al pasar velozmente por su lado en persecución de una bludger que se dirigía hacia Alicia.

Harry aceleró la Saeta al rodear los postes de la meta de Ravenclaw, seguido de Cho. La vio en el momento en que Katie conseguía el primer tanto del partido y las gradas ocupadas por los de Gryffindor enloquecían de entusiasmo: la snitch, muy próxima al suelo, cerca de una de las barreras.

Harry descendió en picado; Cho lo vio y salió rápidamente tras él. Harry aumentó la velocidad. Estaba embargado de emoción. Su especialidad eran los descensos en picado. Estaba a tres metros de distancia...

Entonces, una bludger impulsada por uno de los golpeadores de Ravenclaw surgió ante Harry veloz como un rayo. Harry viró. La esquivó por un centímetro. Tras esos escasos y cruciales segundos, la snitch desapareció.

Los seguidores de Gryffindor dieron un grito de decepción y los de Ravenclaw aplaudieron a rabiar a su golpeador. George Weasley desfogó su rabia enviando la segunda bludger directamente contra el golpeador que había lanzado contra Harry. El golpeador tuvo que dar en el aire una vuelta de campana para esquivarla.

—¡Gryffindor gana por ochenta a cero! ¡Y miren esa Saeta de Fuego! Potter le está sacando partido. Vean cómo gira. La Cometa de Chang no está a su altura. La precisión y equilibrio de la Saeta es realmente evidente en estos largos...

—¡JORDAN! ¿TE PAGAN PARA QUE HAGAS PUBLICIDAD DE LAS SAETAS DE FUEGO? ¡SIGUE COMENTANDO EL PARTIDO!

Ravenclaw jugaba a la defensiva. Ya habían marcado tres goles, lo cual había reducido la distancia con Gryffindor a cincuenta puntos. Si Cho atrapaba la snitch antes que él, Ravenclaw ganaría. Harry descendió evitando por muy poco a un cazador de Ravenclaw y buscó la snitch por todo el campo,

desesperadamente. Vio un destello dorado y un aleteo de pequeñas alas: la snitch rodeaba la meta de Gryffindor.

Harry aceleró con los ojos fijos en la mota de oro que tenía delante. Pero un segundo después surgió Cho, bloqueándole.

—¡HARRY, NO ES MOMENTO PARA PORTARSE COMO UN CABALLERO! —gritó Wood cuando Harry viró para evitar una colisión—. ¡SI ES NECESARIO, TÍRALA DE LA ESCOBA!

Harry volvió la cabeza y vio a Cho. La muchacha sonreía. La snitch había desaparecido de nuevo. Harry ascendió con la Saeta y enseguida se encontró a siete metros por encima del nivel de juego. Por el rabillo del ojo vio que Cho lo seguía... Prefería marcarlo a buscar la snitch. Bien, pues... si quería perseguirlo, tendría que atenerse a las consecuencias...

Volvió a bajar en picado; Cho, creyendo que había vuelto a ver la snitch, quiso seguirle. Harry frenó muy bruscamente. Cho se precipitó hacia abajo. Harry, una vez más, ascendió veloz como un rayo y entonces la vio por tercera vez: la snitch brillaba por encima del medio campo de Ravenclaw. Aceleró; también lo hizo Cho, muchos metros por debajo. Harry iba delante, acercándose cada vez más a la snitch. Entonces...

—¡Ah! —gritó Cho, señalando hacia abajo.

Harry se distrajo y bajó la vista. Tres dementores altos, encapuchados y vestidos de negro lo miraban.

No se detuvo a pensar. Metió la mano por el cuello de la ropa, sacó la varita y gritó:

—*¡Expecto patronum!*

Algo blanco y plateado, enorme, salió de la punta de la varita. Sabía que había disparado hacia los dementores, pero no se entretuvo en comprobarlo. Con la mente aún despejada, miró delante de él. Ya casi estaba. Alargó la mano, con la que aún empuñaba la varita, y pudo hacerse con la pequeña y rebelde snitch.

Se oyó el silbato de la señora Hooch. Harry dio media vuelta en el aire y vio seis borrones rojos que se le venían encima. Al momento siguiente, todo el equipo lo abrazaba tan fuerte que casi lo derribaron de la escoba. De abajo llegaba el griterío de la afición de Gryffindor.

—¡Éste es mi valiente! —exclamaba Wood una y otra vez.

Alicia, Angelina y Katie besaron a Harry, y Fred le dio un abrazo tan fuerte que Harry creyó que se le iba a salir la cabeza. En completo desorden, el equipo se las ingenió para abrirse camino y volver al terreno de juego. Harry descendió de la escoba y vio a un montón de seguidores de Gryffindor saltando al campo, con Ron en cabeza. Antes de que se diera cuenta, lo rodeaba una multitud alegre que le ovacionaba.

—¡Sí! —gritó Ron, subiéndole a Harry el brazo—. ¡Sí!

—Bien hecho, Harry —le dijo Percy muy contento—. Acabo de ganar diez galeones. Tengo que encontrar a Penelope. Disculpa.

—¡Estupendo, Harry! —gritó Seamus Finnigan.

—¡Muy bien! —dijo Hagrid con voz de trueno, por encima de las cabezas de los de Gryffindor.

—Fue un patronus bastante bueno —susurró una voz a Harry junto al oído.

Harry se volvió y vio al profesor Lupin, que estaba encantado y sorprendido.

—Los dementores no me afectaron en absoluto —dijo Harry emocionado—. No sentí nada.

—Eso sería porque... porque no eran dementores —dijo el profesor Lupin—. Ven y lo verás.

Sacó a Harry de la multitud para enseñarle el borde del terreno de juego.

—Le has dado un buen susto al señor Malfoy —dijo Lupin.

Harry se quedó mirando. Tendidos en confuso montón estaban Malfoy, Crabbe, Goyle y Marcus Flint, el capitán del equipo de Slytherin, todos forcejeando por quitarse unas túnicas largas, negras y con capucha. Parecía como si Malfoy se hubiera puesto de pie sobre los hombros de Goyle. Delante de ellos, muy enfadada, estaba la profesora McGonagall.

—¡Un truco indigno! —gritaba—. ¡Un intento cobarde e innoble de sabotear al buscador de Gryffindor! ¡Castigo para todos y cincuenta puntos menos para Slytherin! Pondré esto en conocimiento del profesor Dumbledore, no os quepa la menor duda. ¡Ah, aquí llega!

Si algo podía ponerle la guinda a la victoria de Gryffindor era aquello. Ron, que se había abierto camino para llegar junto a Harry, se partía de la risa mientras veían a Malfoy forcejeando para quitarse la túnica, con la cabeza de Goyle todavía dentro.

—¡Vamos, Harry! —dijo George, abriéndose camino—. ¡Vamos a celebrarlo ahora en la sala común de Gryffindor!

—Bien —contestó Harry.

Y más contento de lo que se había sentido en mucho tiempo, acompañó al resto del equipo hacia la salida del estadio y otra vez al castillo, vestidos aún con túnica escarlata.

Era como si hubieran ganado ya la copa de quidditch; la fiesta se prolongó todo el día y hasta bien entrada la noche. Fred y George Weasley desaparecieron un par de horas y volvieron con los brazos cargados con botellas de cerveza de mantequilla, refresco de calabaza y bolsas de dulces de Honeydukes.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó Angelina Johnson, mientras George arrojaba sapos de menta a todos.

—Con la ayuda de Lunático, Colagusano, Canuto y Cornamenta —susurró Fred al oído de Harry.

Sólo había una persona que no participaba en la fiesta. Hermione, inverosímilmente sentada en un rincón, se esforzaba por leer un libro enorme que se titulaba *Vida doméstica y costumbres sociales de los muggles británicos*. Harry dejó la mesa en que Fred y George habían empezado a hacer juegos malabares con botellas de cerveza de mantequilla, y se acercó a ella.

—¿No has venido al partido? —le preguntó.

—Claro que sí —respondió Hermione, con voz curiosamente aguda, sin levantar la vista—. Y me alegro mucho de que ganáramos, y creo que tú lo hiciste muy bien, pero tengo que terminar esto para el lunes.

—Vamos, Hermione, ven a tomar algo —dijo Harry, mirando hacia Ron y preguntándose si estaría de un humor lo bastante bueno para enterrar el hacha de guerra.

—No puedo, Harry, aún tengo que leer cuatrocientas veintidós páginas —contestó Hermione, que parecía un poco histérica—. Además... —también miró a Ron—, él no quiere que vaya.

No pudo negarlo, porque Ron escogió aquel preciso momento para decir en voz alta:

—Si *Scabbers* no hubiera muerto, podría comerse ahora unas cuantas moscas de café con leche, le gustaban tanto...

Hermione se echó a llorar. Antes de que Harry pudiera hacer o decir nada, se puso el mamotreto en la axila y, sin dejar de sollozar, salió corriendo hacia la escalera que conducía al dormitorio de las chicas, y se perdió de vista.

—¿No puedes darle una oportunidad? —preguntó Harry a Ron en voz baja.

—No —respondió Ron rotundamente—. Si al menos lo lamentara, pero Hermione nunca admitirá que obró mal. Es como si *Scabbers* se hubiera ido de vacaciones o algo parecido. La fiesta de Gryffindor sólo terminó cuando la profesora McGonagall se presentó a la una de la madrugada, con su bata de tela escocesa y la redecilla en el pelo, para mandarles que se fueran a dormir. Harry y Ron subieron al dormitorio, todavía comentando el partido. Al final,

exhausto, Harry se metió en la cama de dosel, corrió las cortinas para tapar un rayo de luna, se acostó y se durmió inmediatamente.

Tuvo un sueño muy raro. Caminaba por un bosque, con la Saeta de Fuego al hombro, persiguiendo algo de color blanco plateado. El ser serpenteaba por entre los árboles y Harry apenas podía vislumbrarlo entre las hojas. Con ganas de alcanzarlo, apretó el paso, pero al ir más aprisa, su presa lo imitó. Harry echó a correr y oyó un ruido de cascos que adquirían velocidad. Harry corría con desesperación y oía un galope delante de él. Entró en un claro del bosque y...

—¡AAAAAAAAAAAAAAGH! ¡NOOOOOOOOOOO!

Harry despertó tan de repente como si le hubieran golpeado en la cara. Desorientado en medio de la total oscuridad, buscó a tientas las cortinas de la cama. Oía ruidos a su alrededor; y la voz de Seamus Finnigan desde el otro extremo del dormitorio:

—¿Qué ocurre?

A Harry le pareció que se cerraba la puerta del dormitorio. Tras encontrar la separación de las cortinas, las abrió al mismo tiempo que Dean Thomas encendía su lámpara.

Ron estaba incorporado en la cama, con las cortinas echadas a un lado y una expresión de pánico en el rostro.

—¡Black! ¡Sirius Black! ¡Con un cuchillo!

—¿Qué?

—¡Aquí! ¡Ahora mismo! ¡Rasgó las cortinas! ¡Me despertó!

—¿No estarías soñando, Ron? —preguntó Dean.

—¡Mirad las cortinas! ¡Os digo que estaba aquí!

Todos se levantaron de la cama; Harry fue el primero en llegar a la puerta del dormitorio. Se lanzaron por la escalera. Las puertas se abrían tras ellos y los interpelaban voces soñolientas:

—¿Quién ha gritado?

—¿Qué hacéis?

La sala común estaba iluminada por los últimos rescoldos del fuego y llena de restos de la fiesta. No había nadie allí.

—¿Estás seguro de que no soñabas, Ron?

—¡Os digo que lo vi!

—¿Por qué armáis tanto jaleo?

—¡La profesora McGonagall nos ha mandado acostarnos!

Algunas chicas habían bajado poniéndose la bata y bostezando.

—Estupendo, ¿continuamos? —preguntó Fred Weasley con animación.

—¡Todo el mundo a la cama! —ordenó Percy, entrando aprisa en la sala común y poniéndose, mientras hablaba, su insignia de Premio Anual en el pijama.

—Percy... ¡Sirius Black! —dijo Ron, con voz débil—. ¡En nuestro dormitorio! ¡Con un cuchillo! ¡Me despertó!

Todos contuvieron la respiración.

—¡Absurdo! —dijo Percy con cara de susto—. Has comido demasiado, Ron. Has tenido una pesadilla.

—Te digo que...

—¡Venga, ya basta!

Llegó la profesora McGonagall. Cerró la puerta de la sala común y miró furiosa a su alrededor.

—¡Me encanta que Gryffindor haya ganado el partido, pero esto es ridículo! ¡Percy, no esperaba esto de ti!

—¡Le aseguro que no he dado permiso, profesora! —dijo Percy, indignado—. ¡Precisamente les estaba diciendo a todos que regresaran a la cama! ¡Mi hermano Ron tuvo una pesadilla.. .!

—¡NO FUE UNA PESADILLA! —gritó Ron—. PROFESORA, ME DESPERTÉ Y SIRIUS BLACK ESTABA DELANTE DE MÍ, CON UN CUCHILLO EN LA MANO!

La profesora McGonagall lo miró fijamente.

—No digas tonterías, Weasley. ¿Cómo iba a pasar por el retrato?

—¡Hay que preguntarle! —dijo Ron, señalando con el dedo la parte trasera del cuadro de sir Cadogan—. Hay que preguntarle si ha visto...

Mirando a Ron con recelo, la profesora McGonagall abrió el retrato y salió. Todos los de la sala común escucharon conteniendo la respiración.

—Sir Cadogan, ¿ha dejado entrar a un hombre en la torre de Gryffindor?

—¡Sí, gentil señora! —gritó sir Cadogan.

Todos, dentro y fuera de la sala común, se quedaron callados, anonadados.

—¿De... de verdad? —dijo la profesora McGonagall—. Pero ¿y la contraseña?

—¡Me la dijo! —respondió altanero sir Cadogan—. Se sabía las de toda la semana, señora. ¡Las traía escritas en un papel!

La profesora McGonagall volvió a pasar por el retrato para encontrarse con la multitud, que estaba estupefacta. Se había quedado blanca como la tiza.

—¿Quién ha sido? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Quién ha sido el tonto que ha escrito las contraseñas de la semana y las ha perdido?

Hubo un silencio total, roto por un leve grito de terror. Neville Longbottom, temblando desde los pies calzados con zapatillas de tela hasta la cabeza, levantó la mano muy lentamente.

14

El rencor de Snape

En la torre de Gryffindor nadie pudo dormir aquella noche. Sabían que el castillo estaba volviendo a ser rastreado y todo el colegio permaneció despierto en la sala común. esperando a saber si habían atrapado a Black o no. La profesora McGonagall volvió al amanecer para decir que se había vuelto a escapar.

Por cualquier sitio por el que pasaran al día siguiente encontraban medidas de seguridad más rigurosas. El profesor Flitwick instruía a las puertas principales para que reconocieran una foto de Sirius Black. Filch iba por los pasillos, tapándolo todo con tablas, desde las pequeñas grietas de las paredes hasta las ratoneras. Sir Cadogan fue despedido. Lo devolvieron al solitario descansillo del piso séptimo y lo reemplazó la señora gorda. Había sido restaurada magistralmente, pero continuaba muy nerviosa, y accedió a regresar a su trabajo sólo si contaba con protección. Contrataron a un grupo de hoscos troles de seguridad para protegerla. Recorrían el pasillo formando un grupo amenazador; hablando entre gruñidos y comparando el tamaño de sus porras.

Harry no pudo dejar de notar que la estatua de la bruja tuerta del tercer piso seguía sin protección y despejada. Parecía que Fred y George estaban en

lo cierto al pensar que ellos, y ahora Harry, Ron y Hermione, eran los únicos que sabían que allí estaba la entrada de un pasadizo secreto.

—¿Crees que deberíamos decírselo a alguien? —preguntó Harry a Ron.

—Sabemos que no entra por Honeydukes —dijo Ron—. Si hubieran forzado la entrada de la tienda, lo habríamos oído.

Harry se alegró de que Ron lo viera así. Si la bruja tuerta se tapara también con tablas, le intruso ya no podría volver a Hogsmeade.

Ron se convirtió de repente en una celebridad. Por primera vez, la gente le prestaba más atención a él que a Harry, y era evidente que a Ron le complacía. Aunque seguía asustado por lo de aquella noche, le encantaba contarle a todo el mundo los pormenores de lo ocurrido.

—Estaba dormido y oí rasgar las cortinas, pero creí que ocurría en un sueño. Entonces sentí una corriente... Me desperté y vi que una de las cortinas de mi cama estaba caída... Me di la vuelta y lo vi ante mí, como un esqueleto, con toneladas de pelo muy sucio... empuñando un cuchillo largo y tremendo, debía de medir treinta centímetros, me miraba, lo miré, entonces grité y salió huyendo.

—Pero ¿por qué se fue? —preguntó Ron a Harry cuando se marcharon las chicas de segundo que lo habían estado escuchando.

Harry se preguntaba lo mismo. ¿Por qué Black, que se había equivocado de cama, no había decidido silenciar a Ron y luego dirigirse hacia la de Harry? Black había demostrado doce años antes que no le importaba matar a personas inocentes, y en aquella ocasión se enfrentaba a cinco chavales indefensos, cuatro de los cuales estaban dormidos.

—Quizá se diera cuenta de que le iba a costar salir del castillo cuando gritaste y despertaste a los demás —dijo Harry pensativamente—. Habría tenido que matar a todo el colegio para salir a través del retrato... Y entonces se habría encontrado con los profesores...

Neville había caído en desgracia. La profesora McGonagall estaba tan furiosa con él que le había suprimido las futuras visitas a Hogsmeade, le había impuesto un castigo y había prohibido a los demás que le dieran la contraseña para entrar en la torre. El pobre Neville se veía obligado a esperar cada noche la llegada de alguien con quien entrar, mientras los troles de seguridad lo miraban burlona y desagradablemente. Ninguno de aquellos castigos, sin embargo, era ni sombra del que su abuela le reservaba; dos días después de la intrusión de Black, envió a Neville lo peor que un alumno de Hogwarts podía recibir durante el desayuno: un *vociferador*.

Las lechuzas del colegio entraron como flechas en el Gran Comedor; llevando el correo como de costumbre, y Neville se atragantó cuando una enorme lechuza aterrizó ante él, con un sobre rojo en el pico. Harry y Ron, que estaban sentados al otro lado de la mesa, reconocieron enseguida la carta. También Ron había recibido el año anterior un vociferador de su madre.

—¡Cógelo y vete, Neville! —le aconsejó Ron.

Neville no necesitó oírlo dos veces. Cogió el sobre y, sujetándolo como si se tratara de una bomba, salió del Gran Comedor corriendo, mientras la mesa de Slytherin, al verlo, estallaba en carcajadas. Oyeron el vociferador en el vestíbulo. La voz de la abuela de Neville, amplificada cien veces por medio de la magia, gritaba a Neville que había llevado la vergúenza a la familia.

Harry estaba demasiado absorto apiadándose de Neville para darse cuenta de que también él tenía carta. *Hedwig* llamó su atención dándole un picotazo en la muñeca.

—¡Ay! Ah, *Hedwig*, gracias.

Harry rasgó el sobre mientras *Hedwig* picoteaba entre los copos de maíz de Neville. La nota que había dentro decía:

Queridos Harry y Ron:

¿Os apetece tornar el té conmigo esta tarde, a eso de las seis? Iré a recogeros al castillo. ESPERADME EN EL VESTÍBULO. NO TENÉIS PERMISO PARA SALIR SOLOS.

Un saludo,

Hagrid

—Probablemente quiere saber los detalles de lo de Black —dijo Ron.

Así que aquella tarde, a las seis, Harry y Ron salieron de la torre de Gryffindor, pasaron corriendo por entre los troles de seguridad y se dirigieron al vestíbulo. Hagrid los aguardaba ya.

—Bien, Hagrid —dijo Ron—. Me imagino que quieres que te cuente lo de la noche del sábado, ¿no?

—Ya me lo han contado —dijo Hagrid, abriendo la puerta principal y saliendo con ellos.

—Vaya —dijo Ron, un poco ofendido.

Lo primero que vieron al entrar en la cabaña de Hagrid fue a *Buckbeak*, que estaba estirado sobre el edredón de retales de Hagrid, con las enormes alas plegadas y comiéndose un abundante plato de hurones muertos. Al apartar los ojos de la desagradable visión, Harry vio un traje gigantesco de una tela marrón peluda y una espantosa corbata amarilla y naranja, colgados de la puerta del armario.

—¿Para qué son, Hagrid? —preguntó Harry.

—*Buckbeak* tiene que presentarse ante la Comisión para las Criaturas Peligrosas —dijo Hagrid—. Será este viernes. Iremos juntos a Londres. He reservado dos camas en el autobús noctámbulo...

Harry se avergonzó. Se había olvidado por completo de que el juicio de *Buckbeak* estaba próximo, y a juzgar por la incomodidad evidente de Ron, él también lo había olvidado. Habían olvidado igualmente que habían prometido que lo ayudarían a preparar la defensa de *Buckbeak*. La llegada de la Saeta de Fuego lo había borrado de la cabeza de ambos.

Hagrid les sirvió té y les ofreció un plato de bollos de Bath. Pero los conocían demasiado bien para aceptarlos. Ya tenían experiencia con la cocina de Hagrid.

—Tengo algo que comentaros —dijo Hagrid, sentándose entre ellos, con una seriedad que resultaba rara en él.

—¿Qué? —preguntó Harry.

—Hermione —dijo Hagrid.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ron.

—Está muy mal, eso es lo que le pasa. Me ha venido a visitar con mucha frecuencia desde las Navidades. Se encuentra sola. Primero no le hablabais por lo de la Saeta de Fuego. Ahora no le habláis por culpa del gato.

—¡Se comió a *Scabbers*! —exclamó Ron de malhumor.

—¡Porque su gato hizo lo que todos los gatos! —prosiguió Hagrid—. Ha llorado, ¿sabéis? Está pasando momentos muy difíciles. Creo que trata de abarcar más de lo que puede. Demasiado trabajo. Aún encontró tiempo para ayudarme con el caso *Buckbeak*. Por supuesto, me ha encontrado algo muy útil... Creo que ahora va a tener bastantes posibilidades...

—Nosotros también tendríamos que haberte ayudado. Hagrid, lo siento —balbuceó Harry

—¡No os culpo! —dijo Hagrid con un movimiento de la mano—. Ya sé que habéis estado muy ocupados Os he visto entrenar día y noche. Pero tengo que deciros que creía que valorabais más a vuestra amiga que a las escobas o las ratas. Nada más. —Harry y Ron se miraron azorados—. Sufrió mucho cuando se enteró de que Black había estado a punto de matarte, Ron. Hermione tiene buen corazón. Y vosotros dos sin dirigirle la palabra...

—Si se deshiciera de ese gato, le volvería a hablar —dijo Ron enfadado—. Pero todavía lo defiende. Está loco, y ella no admite una palabra en su contra.

—Ah, bueno, la gente suele ponerse un poco tonta con sus animales de compañía —dijo Hagrid prudentemente.

Buckbeak escupió unos huesos de hurón sobre la almohada de Hagrid.

Pasaron el resto del tiempo hablando de las crecientes posibilidades de Gryffindor de ganar la copa de quidditch. A las nueve en punto, Hagrid los acompañó al castillo.

Cuando volvieron a la sala común, un grupo numeroso de gente se amontonaba delante del tablón de anuncios.

—¡Hogsmeade el próximo fin de semana! —dijo Ron, estirando el cuello para leer la nueva nota por encima de las cabezas ajenas—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó a Harry en voz baja, al sentarse.

—Bueno, Filch no ha tapado la entrada del pasadizo que lleva a Honeydukes —dijo Harry aún más bajo.

—Harry —dijo una voz en su oído derecho. Harry se sobresaltó. Se volvió y vio a Hermione, sentada a la mesa que tenían detrás, por un hueco que había en el muro de libros que la ocultaba—, Harry, si vuelves otra vez a Hogsmeade... le contaré a la profesora McGonagall lo del mapa.

—¿Oyes a alguien, Harry? —masculló Ron, sin mirar a Hermione.

—Ron, ¿cómo puedes dejarle que vaya? ¡Después de lo que estuvo a punto de hacerte Sirius Black! Hablo en serio. Le contaré...

—¡Así que ahora quieres que expulsen a Harry! —dijo Ron, furioso—. ¿Es que no has hecho ya bastante daño este curso?

Hermione abrió la boca para responder, pero *Crookshanks* saltó sobre su regazo con un leve bufido. Hermione se asustó de la expresión de Ron, cogió a *Crookshanks* y se fue corriendo hacia los dormitorios de las chicas.

—Entonces ¿qué te parece? —preguntó Ron a Harry, como si no hubiera habido ninguna interrupción—. Venga, la última vez no viste nada. ¡Ni siquiera has estado todavía en Zonko!

Harry miró a su alrededor para asegurarse de que Hermione no podía oír sus palabras:

—De acuerdo —dijo—. Pero esta vez cogeré la capa invisible.

El sábado por la mañana, Harry metió en la mochila la capa invisible, guardó en el bolsillo el mapa del merodeador y bajó a desayunar con los otros. Hermione no dejaba de mirarlo con suspicacia, pero él evitaba su mirada y se aseguró de que ella lo viera subir la escalera de mármol del vestíbulo mientras todos los demás se dirigían a las puertas principales.

—¡Adiós, Harry! —le dijo en voz alta—. ¡Hasta la vuelta!

Ron se sonrió y guiñó un ojo.

Harry subió al tercer piso a toda prisa, sacando el mapa del merodeador mientras corría. Se puso en cuclillas detrás de la bruja tuerta y extendió el mapa. Un puntito diminuto se movía hacia él. Harry lo examinó entornando los ojos. La minúscula inscripción que acompañaba al puntito decía: «NEVILLE LONGBOTTOM.»

Harry sacó la varita rápidamente, musitó *«Dissendio» y* metió la mochila en la estatua, pero antes de que pudiera entrar por ella Neville apareció por la esquina:

—¡Harry! Había olvidado que tú tampoco ibas a Hogsmeade.

—Hola, Neville —dijo Harry, separándose rápidamente de la estatua y volviendo a meterse el mapa en el bolsillo—. ¿Qué haces?

—Nada —dijo Neville, encogiéndose de hombros—. ¿Te apetece una partida de *snap explosivo*?

—Ahora no... Iba a la biblioteca a hacer el trabajo sobre los vampiros, para Lupin.

—¡Voy contigo! —dijo Neville con entusiasmo—. ¡Yo tampoco lo he hecho!

—Eh... ¡Pero si lo terminé anoche! ¡Se me había olvidado!

—¡Estupendo, entonces podrás ayudarme! —dijo Neville—. No me entra todo eso del ajo. ¿Se lo tienen que comer o...?

Neville se detuvo con un estremecimiento, mirando por encima del hombro de Harry.

Era Snape. Neville se puso rápidamente detrás de Harry.

—¿Qué hacéis aquí los dos? —dijo Snape, deteniéndose y mirando primero a uno y después al otro—. Un extraño lugar para reunirse...

Ante el desasosiego de Harry, los ojos negros de Snape miraron hacia las puertas que había a cada lado y luego a la bruja tuerta.

—No nos hemos reunido aquí —explicó Harry—. Sólo nos hemos encontrado por casualidad.

—¿De veras? —dijo Snape—. Tienes la costumbre de aparecer en lugares inesperados, Potter; y raramente te encuentras en ellos sin motivo. Os sugiero que volváis a la torre de Gryffindor, que es donde debéis estar.

Harry y Neville se pusieron en camino sin decir nada. Al doblar la esquina, Harry miró atrás. Snape pasaba una mano por la cabeza de la bruja tuerta,

examinándola detenidamente. Harry se las arregló para deshacerse de Neville en el retrato de la señora gorda, diciendo la contraseña y simulando que se había dejado el trabajo sobre los vampiros en la biblioteca y que volvía por él. Después de perder de vista a los troles de seguridad, volvió a sacar el mapa.

El corredor del tercer piso parecía desierto. Harry examinó el mapa con detenimiento y vio con alivio que la minúscula mota con la inscripción «SEVERUS SNAPE» estaba otra vez en el despacho.

Echó una carrera hasta la estatua de la bruja, abrió la entrada de la joroba y se deslizó hasta encontrar la mochila al final de aquella especie de tobogán de piedra. Borró el mapa del merodeador y echó a correr.

Completamente oculto por la capa invisible, Harry salió a la luz del sol por la puerta de Honeydukes y dio un codazo a Ron en la espalda.

—Soy yo —susurro.

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo Ron entre dientes.

—Snape rondaba por allí.

Echaron a andar por High Street.

—¿Dónde estás? —le preguntaba Ron de vez en cuando, por la comisura de la boca—. ¿Sigues ahí? Qué raro resulta esto...

Fueron a la oficina de correos. Ron hizo como que miraba el precio de una lechuza que iba hasta Egipto, donde estaba Bill, y de esa manera Harry pudo hartarse de curiosear. Por lo menos trescientas lechuzas ululaban suavemente, desde las grises grandes hasta las pequeñísimas *scops* («Sólo entregas locales»), que cabían en la palma de la mano de Harry.

Luego visitaron la tienda de Zonko, que estaba tan llena de estudiantes de Hogwarts que Harry tuvo que tener mucho cuidado para no pisar a nadie y no provocar el pánico. Había artículos de broma para satisfacer hasta los sueños más descabellados de Fred y George. Harry susurró a Ron lo que quería que le comprara y le pasó un poco de oro por debajo de la capa. Salieron de Zonko con los monederos bastante más vacíos que cuando entraron, pero con los bolsillos abarrotados de bombas fétidas, dulces de hipotós, jabón de huevos de rana y una taza que mordía la nariz.

El día era agradable, con un poco de brisa, y a ninguno de los dos le apetecía meterse dentro de ningún sitio, así que siguieron caminando, dejaron atrás Las Tres Escobas y subieron una cuesta para ir a visitar la Casa de los Gritos, el edificio más embrujado de Gran Bretaña. Estaba un poco separada y más elevada que el resto del pueblo, e incluso a la luz del día resultaba escalofriante con sus ventanas cegadas y su jardín húmedo, sombrío y cuajado

de maleza.

—Hasta los fantasmas de Hogwarts la evitan —explicó Ron, apoyado como Harry en la valla, levantando la vista hacia ella—. Le he preguntado a Nick Casi Decapitado... Dice que ha oído que aquí residen unos fantasmas muy bestias. Nadie puede entrar. Fred y George lo intentaron, claro, pero todas las entradas están tapadas.

Harry, agotado por la subida, estaba pensando en quitarse la capa durante unos minutos cuando oyó voces cercanas. Alguien subía hacia la casa por el otro lado de la colina. Un momento después apareció Malfoy, seguido de cerca por Crabbe y Goyle. Malfoy decía:

—... en cualquier momento recibiré una lechuza de mi padre. Tengo que ir al juicio para declarar por lo de mi brazo. Tengo que explicar que lo tuve inutilizado durante tres meses...

Crabbe y Goyle se rieron.

—Ojalá pudiera oír a ese gigante imbécil y peludo defendiéndose: «Es inofensivo, de verdad. Ese hipogrifo es tan bueno como un...» —Malfoy vio a Ron de repente. Hizo una mueca malévola—. ¿Qué haces, Weasley? —Levantó la vista hacia la casa en ruinas que había detrás de Ron—: Supongo que te encantaría vivir ahí, ¿verdad, Ron? ¿Sueñas con tener un dormitorio para ti solo? He oído decir que en tu casa dormís todos en una habitación, ¿es cierto?

Harry sujetó a Ron por la túnica para impedirle que saltara sobre Malfoy.

—Déjamelo a mí— le susurró al oído.

La oportunidad era demasiado buena para no aprovecharla. Harry se acercó sigilosamente a Malfoy, Crabbe y Goyle, por detrás; se agachó y cogió un puñado de barro del camino.

—Ahora mismo estábamos hablando de tu amigo Hagrid —dijo Malfoy a Ron—. Estábamos imaginando lo que dirá ante la Comisión para las Criaturas Peligrosas. ¿Crees que llorará cuando al hipogrifo le corten...?

¡PLAF!

Al golpearle la bola de barro en la cabeza, Malfoy se inclinó hacia delante. Su pelo rubio platino chorreaba barro de repente.

—¿Qué demo...?

Ron se sujetó a la valla para no revolcarse en el suelo de la risa. Malfoy, Crabbe y Goyle se dieron la vuelta, mirando a todas partes. Malfoy se limpiaba el pelo.

—¿Qué ha sido? ¿Quién lo ha hecho?

—Esto está lleno de fantasmas, ¿verdad? —observó Ron, como quien comenta el tiempo que hace.

Crabbe y Goyle parecían asustados. Sus abultados músculos no les servían de mucho contra los fantasmas. Malfoy daba vueltas y miraba como loco el desierto paraje.

Harry se acercó a hurtadillas a un charco especialmente sucio sobre el que había una capa de fango verdoso de olor nauseabundo.

¡PATAPLAF!

Crabbe y Goyle recibieron algo esta vez. Goyle saltaba sin moverse del sitio, intentando quitarse el barro de sus ojos pequeños y apagados.

—¡Ha venido de allá! —dijo Malfoy, limpiándose la cara y señalando un punto que estaba unos dos metros a la izquierda de Harry

Crabbe fue hacia delante dando traspiés, estirando como un zombi sus largos brazos. Harry lo esquivó, cogió un palo y se lo tiró a Crabbe. Le acertó en la espalda. Harry retrocedió riendo en silencio mientras Crabbe ejecutaba en el aire una especie de pirueta para ver quién lo había arrojado. Como Ron era la única persona a la que Crabbe podía ver, fue a él a quien se dirigió. Pero Harry estiró la pierna. Crabbe tropezó, trastabilló y su pie grande y plano pisó la capa de Harry, que sintió un tirón y notó que la capa le resbalaba por la cara.

Durante una fracción de segundo, Malfoy lo miró fijamente.

—¡AAAH! —gritó, señalando la cabeza de Harry

Dio media vuelta y corrió colina abajo como alma que llevara el diablo, con Crabbe y Goyle detrás.

Harry se puso bien la capa, pero ya era demasiado tarde.

—Harry —dijo Ron, avanzando a trompicones y mirando hacia el lugar en que había aparecido la cabeza de su amigo—. Más vale que huyas. Si Malfoy se lo cuenta a alguien... lo mejor será que regreses rápidamente al castillo...

—¡Nos vemos más tarde! —le dijo Harry, y volvió hacia el pueblo a todo correr.

¿Creería Malfoy lo que había visto? ¿Creería alguien a Malfoy? Nadie sabía lo de la capa invisible. Nadie excepto Dumbledore. Harry sintió un retortijón en el estómago. Si Malfoy contaba algo, Dumbledore comprendería perfectamente lo ocurrido.

Volvió a Honeydukes, volvió a bajar a la bodega, por el suelo de piedra, volvió a meterse por la trampilla, se quitó la capa, se la puso debajo del brazo y corrió todo lo que pudo por el pasadizo... Malfoy llegaría antes. ¿Cuánto tiempo le costaría encontrar a un profesor? Jadeando, notando un pinchazo en el costado, Harry no dejó de correr hasta que alcanzó el tobogán de piedra.

Tendría que dejar la capa donde antes. Era demasiado comprometida, en caso de que Malfoy se hubiera chivado a algún profesor. La ocultó en un rincón oscuro y empezó a escalar con rapidez. Sus manos sudorosas resbalaban en los flancos del tobogán. Llegó a la parte interior de la joroba de la bruja, le dio unos golpecitos con la varita, asomó la cabeza y salió. La joroba se cerró y precisamente cuando Harry salía por la estatua, oyó unos pasos ligeros que se aproximaban.

Era Snape. Se acercó a Harry con paso rápido, produciendo un frufrú con la toga negra, y se detuvo ante él.

—¿Y..? —preguntó.

Había en el profesor un aire contenido de triunfo. Harry trató de disimular, demasiado consciente de que tenía el rostro sudoroso y las manos manchadas de barro, que se apresuró a esconder en los bolsillos.

—Ven conmigo, Potter —dijo Snape.

Harry lo siguió escaleras abajo, limpiándose las manos en el interior de la túnica sin que Snape se diera cuenta. Bajaron hasta las mazmorras y entraron en el despacho de Snape. Harry sólo había entrado en aquel lugar en una ocasión y también entonces se había visto en un serio aprieto. Desde aquella vez, Snape había comprado más seres viscosos y repugnantes, y los había metido en tarros. Estaban todos en estanterías, detrás de la mesa, brillando a la luz del fuego de la chimenea y acentuando el aire amenazador de la situación.

—Siéntate —dijo Snape.

Harry se sentó. Snape, sin embargo, permaneció de pie.

—El señor Malfoy acaba de contarme algo muy extraño, Potter —dijo Snape.

Harry no abrió la boca.

—Me ha contado que se encontró con Weasley junto a la Casa de los Gritos. Al parecer; Weasley estaba solo.

Harry siguió sin decir nada.

—El señor Malfoy asegura que estaba hablando con Weasley cuando una gran cantidad de barro le golpeó en la parte posterior de la cabeza. ¿Cómo crees que pudo ocurrir?

Harry trató de parecer sorprendido:

—No lo sé, profesor.

Snape taladraba a Harry con los ojos. Era igual que mirar a los ojos a un hipogrifo: Harry hizo un gran esfuerzo para no parpadear.

—Entonces, el señor Malfoy presenció una extraordinaria aparición. ¿Se te ocurre qué pudo ser; Potter?

—No —contestó Harry, intentando aparentar una curiosidad inocente.

—Tu cabeza, Potter. Flotando en el aire.

Hubo un silencio prolongado.

—Tal vez debería acudir a la señora Pomfrey. Si ve cosas como...

—¿Qué estaría haciendo tu cabeza en Hogsmeade, Potter? —dijo Snape con voz suave—. Tu cabeza no tiene permiso para ir a Hogsmeade. Ninguna parte de tu cuerpo, en realidad.

—Lo sé —dijo Harry, haciendo un esfuerzo para que ni la culpa ni el miedo se reflejaran en su rostro—. Parece que Malfoy tiene alucina...

—Malfoy no tiene alucinaciones —gruñó Snape, y se inclinó hacia delante, apoyando las manos en los brazos del asiento de Harry, para que sus caras quedasen a un palmo de distancia—. Si tu cabeza estaba en Hogsmeade, también estaba el resto.

—He estado arriba, en la torre de Gryffindor —dijo Harry—. Como usted me mandó.

—¿Hay alguien que pueda testificarlo?

Harry no dijo nada. Los finos labios de Snape se torcieron en una horrible sonrisa.

—Bien —dijo, incorporándose—. Todo el mundo, desde el ministro de Magia para abajo, trata de proteger de Sirius Black al famoso Harry Potter. Pero el famoso Harry Potter hace lo que le da la gana. ¡Que la gente vulgar se preocupe de su seguridad! El famoso Harry Potter va donde le apetece sin pensar en las consecuencias.

Harry guardó silencio. Snape le provocaba para que revelara la verdad. Pero no iba a hacerlo. Snape aún no tenía pruebas.

—¡Cómo te pareces a tu padre! —dijo de repente Snape, con los ojos relampagueantes—. También él era muy arrogante. No era malo jugando al quidditch y eso le hacía creerse superior a los demás. Se pavoneaba por todas partes con sus amigos y admiradores. El parecido es asombroso.

—Mi padre no se pavoneaba —dijo Harry, sin poderse contener—. Y yo tampoco.

—Tu padre tampoco respetaba mucho las normas —prosiguió Snape, en sus trece, con el delgado rostro lleno de malicia—. Las normas eran para la gente que estaba por debajo, no para los ganadores de la copa de quidditch. Era tan engreído...

—¡CÁLLESE!

Harry se puso en pie. Lo invadía una rabia que no había sentido desde su última noche en Privet Drive. No le importaba que Snape se hubiera puesto rígido ni que sus ojos negros lo miraran con un fulgor amenazante:

—¿Qué has dicho, Potter?

—¡Le he dicho que deje de hablar de mi padre! Conozco la verdad. Él le salvó a usted la vida. ¡Dumbledore me lo contó! ¡Si no hubiera sido por mi padre, usted ni siquiera estaría aquí!

La piel cetrina de Snape se puso del color de la leche agria.

—¿Y el director te contó las circunstancias en que tu padre me salvó la vida? —susurró—. ¿O consideró que esos detalles eran demasiado desagradables para los delicados oídos de su estimadísimo Potter?

Harry se mordió el labio. No sabía cómo había ocurrido y no quería admitir que no lo sabía. Pero parecía que Snape había adivinado la verdad.

—Lamentaría que salieras de aquí con una falsa idea de tu padre —añadió con una horrible mueca—. ¿Imaginabas algún acto glorioso de heroísmo? Pues permíteme que te desengañe. Tu santo padre y sus amigos me gastaron una broma muy divertida, que habría acabado con mi vida si tu padre no hubiera tenido miedo en el último momento y no se hubiera echado atrás. No hubo nada heroico en lo que hizo. Estaba salvando su propia piel tanto como la mía. Si su broma hubiera tenido éxito, lo habrían echado de Hogwarts.

Snape enseñó los dientes, irregulares y amarillos.

—¡Da la vuelta a tus bolsillos, Potter! —le ordenó de repente.

Harry no se movió. Oía los latidos que le retumbaban en los oídos.

—¡Da la vuelta a tus bolsillos o vamos directamente al director! ¡Dales la vuelta, Potter!

Temblando de miedo, Harry sacó muy lentamente la bolsa de artículos de broma de Zonko y el mapa del merodeador.

Snape cogió la bolsa de Zonko.

—Todo me lo ha dado Ron —dijo Harry, esperando tener la posibilidad de poner a Ron al corriente antes de que Snape lo viera—. Me lo trajo de Hogsmeade la última vez...

—¿De verdad? ¿Y lo llevas encima desde entonces? ¡Qué enternecedor...! ¿Y esto qué es?

Snape acababa de coger el mapa. Harry hizo un enorme esfuerzo por mantenerse impasible.

—Un trozo de pergamino que me sobró —dijo encogiéndose de hombros.

Snape le dio la vuelta, con los ojos puestos en Harry.

—Supongo que no necesitarás un trozo de pergamino tan viejo —dijo—. ¿Puedo tirarlo?

Acercó la mano al fuego.

—¡No! —exclamó Harry rápidamente.

—¿Cómo? —dijo Snape. Las aletas de la nariz le vibraban—. ¿Es otro precioso regalo del señor Weasley? ¿O es... otra cosa? ¿Quizá una carta escrita con tinta invisible? ¿O tal vez... instrucciones para llegar a Hogsmeade evitando a los dementores?

Harry parpadeó. Los ojos de Snape brillaban.

—Veamos, veamos... —susurró, sacando la varita y desplegando el mapa sobre la mesa—. ¡Revela tu secreto! —dijo, tocando el pergamino con la punta de la varita.

No ocurrió nada. Harry enlazó las manos para evitar que temblaran.

—¡Muéstrate! —dijo Snape, golpeando el mapa con energía.

Siguió en blanco. Harry respiró aliviado.

—¡Severus Snape, profesor de este colegio, te ordena enseñar la información que ocultas! —dijo Snape, volviendo a golpear el mapa con la varita.

Como si una mano invisible escribiera sobre él, en la lisa superficie del mapa fueron apareciendo algunas palabras: «El señor Lunático presenta sus respetos al profesor Snape y le ruega que aparte la narizota de los asuntos que no le atañen.»

Snape se quedó helado. Harry contempló el mensaje estupefacto. Pero el mapa no se detuvo allí. Aparecieron más cosas escritas debajo de las primeras líneas: «El señor Cornamenta está de acuerdo con el señor Lunático y sólo quisiera añadir que el profesor Snape es feo e imbécil.»

Habría resultado muy gracioso en otra situación menos grave. Y había más: «El señor Canuto quisiera hacer constar su estupefacción ante el hecho de que un idiota semejante haya llegado a profesor.»

Harry cerró los ojos horrorizado. Al abrirlos, el mapa había añadido las últimas palabras: «El señor Colagusano saluda al profesor Snape y le aconseja que se lave el pelo, el muy guarro.»

Harry aguardó el golpe.

—Bueno... —dijo Snape con voz suave—. Ya veremos.

Se dirigió al fuego con paso decidido, cogió de un tarro un puñado de polvo brillante y lo arrojó a las llamas.

—¡Lupin! —gritó Snape dirigiéndose al fuego—. ¡Quiero hablar contigo!

Totalmente asombrado, Harry se quedó mirando el fuego. Una gran forma apareció en él, revolviéndose muy rápido.

Unos segundos más tarde, el profesor Lupin salía de la chimenea sacudiéndose las cenizas de la toga raída.

—¿Llamabas, Severus? —preguntó Lupin, amablemente.

—Sí —respondió Snape, con el rostro crispado por la furia y regresando a su mesa con amplias zancadas—. Le he dicho a Potter que vaciara los bolsillos y llevaba esto.

Snape señaló el pergamino en el que todavía brillaban las palabras de los señores Lunático, Colagusano, Canuto y Cornamenta. En el rostro de Lupin apareció una expresión extraña y hermética.

—¿Qué te parece? —dijo Snape. Lupin siguió mirando el mapa. Harry tenía la impresión de que Lupin estaba muy concentrado—. ¿Qué te parece? —repitió Snape—. Este pergamino está claramente encantado con Artes Oscuras. Entra dentro de tu especialidad, Lupin. ¿Dónde crees que lo pudo conseguir Potter?

Lupin levantó la vista y con una mirada de soslayo a Harry, le advirtió que no lo interrumpiera.

—¿Con Artes Oscuras? —repitió con voz amable—. ¿De verdad lo crees, Severus? A mí me parece simplemente un pergamino que ofende al que intenta leerlo. Infantil, pero seguramente no peligroso. Supongo que Harry lo ha comprado en una tienda de artículos de broma.

—¿De verdad? —preguntó Snape. Tenía la quijada rígida a causa del enfado—. ¿Crees que una tienda de artículos de broma le vendería algo como esto? ¿No crees que es más probable que lo consiguiera directamente de los fabricantes?

Harry no entendía qué quería decir Snape. Y daba la impresión de que Lupin tampoco.

—¿Quieres decir del señor Colagusano o cualquiera de esas personas? —preguntó—. Harry, ¿conoces a alguno de estos señores?

—No —respondió rápidamente Harry.

—¿Lo ves, Severus? —dijo Lupin, volviéndose hacia Snape—. Creo que es de Zonko.

En ese momento entró Ron en el despacho. Llegaba sin aliento. Se paró de pronto delante de la mesa de Snape, con una mano en el pecho e intentando hablar.

—Yo... le di... a Harry... ese objeto —dijo con la voz ahogada—. Lo compré en Zonko hace mucho tiempo...

—Bien —dijo Lupin, dando una palmada y mirando contento a su alrededor—. ¡Parece que eso lo aclara todo! Me lo llevo, Severus, si no te importa —Plegó el mapa y se lo metió en la toga—. Harry, Ron, venid conmigo. Tengo que deciros algo relacionado con el trabajo sobre los vampiros. Discúlpanos, Severus.

Harry no se atrevió a mirar a Snape al salir del despacho. Él, Ron y Lupin hicieron todo el camino hasta el vestíbulo sin hablar. Luego Harry se volvió a Lupin.

—Señor profesor; yo...

—No quiero disculpas —dijo Lupin. Echó una mirada al vestíbulo vacío y bajó la voz—. Da la casualidad de que sé que este mapa fue confiscado por el señor Filch hace muchos años. Sí, sé que es un mapa —dijo ante los asombrados Harry y Ron—. No quiero saber cómo ha caído en vuestras manos. Me asombra, sin embargo, que no lo entregarais, especialmente después de lo sucedido en la última ocasión en que un alumno dejó por ahí información relativa al castillo. No te lo puedo devolver; Harry.

Harry ya lo suponía, y quería explicarse.

—¿Por qué pensó Snape que me lo habían dado los fabricantes?

—Porque... porque los fabricantes de estos mapas habrían querido sacarte del colegio. Habrían pensado que era muy divertido.

—¿Los conoce? —dijo Harry impresionado.

—Nos hemos visto —dijo Lupin lacónicamente. Miraba a Harry más serio que nunca—. No esperes que te vuelva a encubrir; Harry. No puedo conseguir que te tomes en serio a Sirius Black, pero creía que los gritos que oyes cuando se te aproximan los dementores te habían hecho algún efecto. Tus padres dieron su vida para que tú siguieras vivo, Harry Y tú les correspondes muy mal... cambiando su sacrificio por una bolsa de artículos de broma.

Se marchó y Harry se sintió mucho peor que en el despacho de Snape. Despacio, subieron la escalera de mármol. Al pasar al lado de la estatua de la bruja tuerta, Harry se acordó de la capa invisible. Seguía allí abajo, pero no se atrevió a ir por ella.

—Es culpa mía —dijo Ron de pronto—. Yo te persuadí de que fueras. Lupin tiene razón. Fue una idiotez. No debimos hacerlo.

Dejó de hablar. Habían llegado al corredor en que los troles de seguridad

estaban haciendo la ronda y por el que Hermione avanzaba hacia ellos. Al verle la cara, a Harry no le cupo ninguna duda de que estaba enterada de lo ocurrido. Sintió una enorme desazón. ¿Se lo habría contado a la profesora McGonagall?

—¿Has venido a darte el gusto? —le preguntó Ron cuando se detuvo la muchacha—. ¿O acabas de delatarnos?

—No —respondió Hermione. Tenía en las manos una carta y el labio le temblaba—. Sólo creí que debíais saberlo. Hagrid ha perdido el caso. Van a ejecutar a *Buckbeak*.

15

La final de quidditch

—Me ha enviado esto —dijo Hermione, tendiéndoles la carta. Harry la cogió. El pergamino estaba húmedo; las gruesas lágrimas habían emborronado tanto la tinta que la lectura se hacía difícil en muchos lugares.

Querida Hermione:

Hemos perdido. Me permitirán traerlo a Hogwarts, pero van a fijar la fecha del sacrificio.

A Buckbeak *le ha gustado Londres.*

Nunca olvidaré toda la ayuda que nos has proporcionado.

Hagrid

—No pueden hacerlo —dijo Harry—. No pueden. *Buckbeak* no es peligroso.

—El padre de Malfoy consiguió atemorizar a la Comisión para que tomaran esta determinación —dijo Hermione secándose los ojos—. Ya sabéis cómo es. Son unos viejos imbéciles y los asustó. Pero podremos recurrir. Siempre se

puede. Aunque no veo ninguna esperanza... Nada cambiará.

—Sí, algo cambiará —dijo Ron, decidido—. En esta ocasión no tendrás que hacer tú sola todo el trabajo. Yo te ayudaré.

—¡Ron!

Hermione le echó los brazos al cuello y rompió a llorar. Ron, totalmente aterrado, le dio unas palmadas torpes en la cabeza. Hermione se apartó por fin.

—Ron, de verdad, siento muchísimo lo de *Scabbers* —sollozó.

—Bueno, ya era muy viejo —dijo Ron, aliviado de que ella se hubiera soltado—. Y era algo inútil. Quién sabe, a lo mejor ahora mis padres me compran una lechuza.

Las medidas de seguridad impuestas a los alumnos después de la segunda intrusión de Black impedían que Harry, Ron y Hermione visitaran a Hagrid por las tardes. La única posibilidad que tenían de hablar con él eran las clases de Cuidado de Criaturas Mágicas.

Hagrid parecía conmocionado por el veredicto.

—Todo fue culpa mía. Me quedé petrificado. Estaban todos allí con sus togas negras, y a mí se me caían continuamente las notas y se me olvidaron todas las fechas que me habías buscado, Hermione. Y entonces se levantó Lucius Malfoy, soltó su discurso y la Comisión hizo exactamente lo que él dijo...

—¡Todavía podemos apelar! —dijo Ron con entusiasmo—. ¡No tires la toalla! ¡Estamos trabajando en ello!

Volvían al castillo con el resto de la clase. Delante podían ver a Malfoy, que iba con Crabbe y Goyle, y miraba hacia atrás de vez en cuando, riéndose.

—No servirá de mucho, Ron —le dijo Hagrid con tristeza, al llegar a las escaleras del castillo—. Lucius Malfoy tiene a la Comisión en el bolsillo. Sólo me aseguraré de que el tiempo que le queda a *Buckbeak* sea el más feliz de su vida. Se lo debo...

Hagrid dio media vuelta y volvió a la cabaña, cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—¡Miradlo cómo llora!

Malfoy, Crabbe y Goyle habían estado escuchando en la puerta.

—¿Habíais visto alguna vez algo tan patético? —dijo Malfoy—. ¡Y pensar que es profesor nuestro!

Harry y Ron fueron hacia ellos, pero Hermione llegó antes:

¡PLAF!

Dio a Malfoy una bofetada con todas sus fuerzas. Malfoy se tambaleó. Harry; Ron, Crabbe y Goyle se quedaron atónitos en el momento en que Hermione volvió a levantar la mano.

—¡No te atrevas a llamar «patético» a Hagrid, so puerco... so malvado...!

—¡Hermione! —dijo Ron con voz débil, intentando sujetarle la mano.

—Suéltame, Ron.

Hermione sacó la varita. Malfoy se echó hacia atrás. Crabbe y Goyle lo miraron atónitos, sin saber qué hacer.

—Vámonos —musitó Malfoy. Y en un instante, los tres desaparecieron por el pasadizo que conducía a las mazmorras.

—¡Hermione! —dijo Ron de nuevo, atónito por la sorpresa.

—¡Harry, espero que le ganes en la final de quidditch! —dijo Hermione chillando—. ¡Espero que ganes, porque si gana Slytherin no podré soportarlo!

—Hay que ir a Encantamientos —dijo Ron, mirando todavía a Hermione con los ojos como platos.

Subieron aprisa hacia la clase del profesor Flitwick.

—¡Llegáis tarde, muchachos! —dijo en tono de censura el profesor Flitwick, cuando Harry abrió la puerta del aula—. ¡Vamos, rápido, sacad las varitas! Vamos a trabajar con encantamientos estimulantes. Ya se han colocado todos por parejas.

Harry y Ron fueron aprisa hasta un pupitre que había al fondo y abrieron las mochilas. Ron miró a su alrededor.

—¿Dónde se ha puesto Hermione?

Harry también echó un vistazo. Hermione no había entrado en el aula, pero Harry sabia que estaba a su lado cuando había abierto la puerta.

—Es extraño —dijo Harry mirando a Ron—. Quizás... quizás haya ido a los lavabos...

Pero Hermione no apareció durante la clase.

—Pues tampoco le habría venido mal a ella un encantamiento estimulante —comentó Ron, cuando salían del aula para ir a comer; todos con una dilatada sonrisa. La clase de encantamientos estimulantes los había dejado muy contentos.

Hermione tampoco apareció por el Gran Comedor durante el almuerzo. Cuando terminaron el pastel de manzana, el efecto de los encantamientos estimulantes se estaba perdiendo, y Harry y Ron empezaban a preocuparse.

—¿No le habrá hecho nada Malfoy? —comentó Ron mientras subían aprisa las escaleras hacia la torre de Gryffindor.

Pasaron entre los troles de seguridad, le dieron la contraseña («Pitapatafrita») a la señora gorda y entraron por el agujero del retrato para acceder a la sala común.

Hermione estaba sentada a una mesa, profundamente dormida, con la cabeza apoyada en un libro abierto de Aritmancia. Fueron a sentarse uno a cada lado de ella. Harry le dio con el codo para que despertara.

—¿Qué... qué? —preguntó Hermione, despertando sobresaltada y mirando alrededor con los ojos muy abiertos—. ¿Es hora de marcharse? ¿Qué clase tenemos ahora?

—Adivinación, pero no es hasta dentro de veinte minutos —dijo Harry—. Hermione, ¿por qué no has estado en Encantamientos?

—¿Qué? ¡Oh, no! —chilló Hermione—. ¡Se me olvidó!

—Pero ¿cómo se te pudo olvidar? —le preguntó Harry—. ¡Llegaste con nosotros a la puerta del aula!

—¡Imposible! —aulló Hermione—. ¿Se enfadó el profesor Flitwick? Fue Malfoy. Estaba pensando en él y perdí la noción de las cosas.

—¿Sabes una cosa, Hermione? —le dijo Ron, mirando el libro de Aritmancia que Hermione había empleado como almohada—. Creo que estás a punto de estallar. Tratas de abarcar demasiado.

—No, no es verdad —dijo Hermione, apartándose el pelo de los ojos y mirando alrededor, buscando la mochila infructuosamente—. Me he despistado, eso es todo. Lo mejor será que vaya a ver al profesor Flitwick y me disculpe. ¡Os veré en Adivinación!

Se reunió con ellos veinte minutos más tarde, todavía confusa, a los pies de la escalera que llevaba a la clase de la profesora Trelawney.

—¡Aún no me puedo creer que me perdiera la clase de encantamientos estimulantes! ¡Y apuesto a que nos sale en el examen! ¡El profesor Flitwick me ha insinuado que puede salir!

Subieron juntos y entraron en la oscura y sofocante sala de la torre. En cada mesa había una brillante bola de cristal llena de neblina nacarada. Harry, Ron y Hermione se sentaron juntos a la misma mesa destartalada.

—Creía que no veríamos las bolas de cristal hasta el próximo trimestre —susurró Ron, echando a su alrededor una mirada, por si la profesora Trelawney

estaba cerca.

—No te quejes, esto quiere decir que ya hemos terminado con la quiromancia. Me ponía enfermo verla dar respingos cada vez que me miraba la mano.

—¡Buenos días a todos! —dijo una voz conocida y a la vez indistinta, y la profesora Trelawney hizo su habitual entrada teatral, surgiendo de las sombras. Parvati y Lavender temblaban de emoción, con el rostro encendido por el resplandor lechoso de su bola de cristal—. He decidido que empecemos con la bola de cristal algo antes de lo planeado —dijo la profesora Trelawney, sentándose de espaldas al fuego y mirando alrededor—. Los hados me han informado de que en vuestro examen de junio saldrá la bola, y quiero que recibáis suficientes clases prácticas.

Hermione dio un bufido.

—Bueno, de verdad... los hados le han informado... ¿Quién pone el examen? ¡Ella! ¡Qué predicción tan asombrosa! —dijo, sin preocuparse de bajar la voz.

Era difícil saber si la profesora Trelawney los había oído, ya que su rostro estaba oculto en las sombras. Sin embargo, prosiguió como si no se hubiera enterado de nada.

—Mirar la bola de cristal es un arte muy sutil —explicó en tono soñador—. No espero que ninguno vea nada en la bola la primera vez que mire en sus infinitas profundidades. Comenzaremos practicando la relajación de la conciencia y de los ojos externos —Ron empezó a reírse de forma incontrolada y tuvo que meterse el puño en la boca para ahogar el ruido—, con el fin de liberar el ojo interior y la superconciencia. Tal vez, si tenéis suerte, algunos lleguéis a ver algo antes de que acabe la clase.

Y entonces comenzaron. Harry; por lo menos, se sentía muy tonto mirando la bola de cristal sin comprender; intentando vaciar la mente de pensamientos que continuamente pasaban por ella, por ejemplo «qué idiotez». No facilitaba las cosas el que Ron prorrumpiera continuamente en risitas mudas ni que Hermione chascara la lengua sin parar; en señal de censura.

—¿Habéis visto ya algo? —les preguntó Harry después de mirar la bola en silencio durante un cuarto de hora.

—Sí, aquí hay una quemadura —dijo Ron, señalando la mesa con el dedo—. A alguien se le ha caído la cera de la vela.

—Esto es una horrible pérdida de tiempo —dijo Hermione entre dientes—. En estos momentos podría estar practicando algo útil. Podría ponerme al día en encantamientos estimulantes.

Acompañada por el susurro de la falda, la profesora Trelawney pasó por su lado.

—¿Alguien quiere que le ayude a interpretar los oscuros augurios de la bola mágica? —susurró con una voz que se elevaba por encima del tintineo de sus pulseras.

—Yo no necesito ayuda —susurró Ron—. Es obvio lo que esto quiere decir: que esta noche habrá mucha niebla.

Harry y Hermione estallaron en una carcajada.

—¡Venga! —les llamó la atención la profesora Trelawney, al mismo tiempo que todo el mundo se volvía hacia ellos. Parvati y Lavender los miraban escandalizadas—. Estáis perjudicando nuestras vibraciones clarividentes. —Se aproximó a la mesa de los tres amigos y observó su bola de cristal. A Harry se le vino el mundo encima. Imaginaba lo que pasaría a continuación—: ¡Aquí hay algo! —susurró la profesora Trelawney, acercando el rostro a la bola, que quedó doblemente reflejada en sus grandes gafas—. Algo que se mueve... pero ¿qué es?

Harry habría apostado todo cuanto poseía a que, fuera lo que fuese, no serían buenas noticias. En efecto:

—Muchacho... —La profesora Trelawney suspiró mirando a Harry—. Está aquí, más claro que el agua. Sí, querido muchacho... está aquí acechándote, aproximándose... el *Gr*...

—¡Por Dios santo! —exclamó Hermione—. ¿Otra vez ese ridículo *Grim*?

La profesora Trelawney levantó sus grandes ojos hasta la cara de Hermione. Parvati susurró algo a Lavender y ambas miraron a la muchacha. La profesora Trelawney se incorporó y la contempló con ira.

—Siento decirte que desde el momento en que llegaste a esta clase ha resultado evidente que careces de lo que requiere el noble arte de la adivinación. En realidad, no recuerdo haber tenido nunca un alumno cuya mente fuera tan incorregiblemente vulgar.

Hubo un momento de silencio.

—Bien —dijo de repente Hermione, levantándose y metiendo en la mochila su ejemplar de *Disipar las nieblas del futuro*—. Bien —repitió, echándose la mochila al hombro y casi derribando a Ron de la silla—, abandono. ¡Me voy!

Y ante el asombro de toda la clase, Hermione se dirigió con paso firme hacia la trampilla, la abrió de un golpe y se perdió escaleras abajo.

La clase tardó unos minutos en volver a apaciguarse. Parecía que la profesora Trelawney se había olvidado por completo del *Grim*. Se volvió de repente desde la mesa de Harry y Ron, respirando hondo a la vez que se subía el chal transparente.

—¡Aaaaah! —exclamó de repente Lavender; sobresaltando a todo el mundo—. ¡Aaaah, profesora Trelawney, acabo de acordarme! Usted la ha visto

salir; ¿no es así, profesora? «En torno a Semana Santa, uno de vosotros nos dejará para siempre.» Lo dijo usted hace milenios, profesora.

La profesora Trelawney le dirigió una amable sonrisa.

—Sí, querida. Ya sabía que nos dejaría la señorita Granger. Una siempre tiene la esperanza, sin embargo, de haber confundido los signos... El ojo interior puede ser una cruz, ¿sabéis?

Lavender y Parvati parecían muy impresionadas y se apartaron para que la profesora Trelawney pudiera ponerse en su mesa.

—Hermione se la está buscando, ¿verdad? —susurró Ron a Harry, con expresión sobrecogida.

—Sí...

Harry miró en la bola de cristal, pero no vio nada salvo niebla blanca formando remolinos. ¿De verdad había vuelto a ver al *Grim* la profesora Trelawney? ¿Lo vería él? Lo que menos falta le hacía era otro accidente casi mortal con la final de quidditch cada vez más cerca.

Las vacaciones de Semana Santa no resultaron lo qué se dice relajantes. Los de tercero nunca habían tenido tantos deberes. Neville Longbottom parecía encontrarse al borde del colapso nervioso y no era el único.

—¿A esto lo llaman vacaciones? —gritó Seamus Finnigan una tarde, en la sala común—. Los exámenes están a mil años de distancia, ¿qué es lo que pretenden?

Pero nadie tenía tanto trabajo como Hermione. Aun sin Adivinación, cursaba más asignaturas que ningún otro. Normalmente era la última en abandonar por la noche la sala común y la primera en llegar al día siguiente a la biblioteca. Tenía ojeras como Lupin y parecía en todo momento estar a punto de echarse a llorar.

Ron se estaba encargando de la apelación en el caso de *Buckbeak*. Cuando no hacía sus propios deberes estaba enfrascado en enormes volúmenes que tenían títulos como *Manual de psicología hipogrífica* o *¿Ave o monstruo? Un estudió de la brutalidad del hipogrifo*. Estaba tan absorto en el trabajo que incluso se olvidó de tratar mal a *Crookshanks*.

Harry, mientras tanto, tenía que combinar sus deberes con el diario entrenamiento de quidditch, por no mencionar las interminables discusiones de tácticas con Wood. El partido entre Gryffindor y Slytherin tendría lugar el primer sábado después de las vacaciones de Semana Santa. Slytherin iba en cabeza y sacaba a Gryffindor doscientos puntos exactos.

Esto significaba, como Wood recordaba a su equipo constantemente, que necesitaban ganar el partido con una ventaja mayor; si querían ganar la copa. También significaba que la responsabilidad de ganar caía sobre Harry en gran medida, porque capturar la snitch se recompensaba con ciento cincuenta puntos.

—Así, si les sacamos una ventaja de cincuenta puntos, no tienes más que cogerla —decía Wood a Harry todo el tiempo—. Sólo si les llevamos más de cincuenta puntos, Harry, porque de lo contrario ganaremos el partido pero perderemos la copa. Lo has comprendido, ¿verdad? Tienes que atrapar la snitch sólo si estamos...

—¡YA LO SÉ, OLIVER! —gritó Harry.

Toda la casa de Gryffindor estaba obsesionada por el partido. Gryffindor no había ganado la copa de quidditch desde que el legendario Charlie Weasley (el segundo de los hermanos de Ron) había sido buscador. Pero Harry dudaba de que alguien de Gryffindor; incluido Wood, tuviera tantas ganas de ganar como él. Harry y Malfoy se odiaban más que nunca. A Malfoy aún le dolía el barro que había recibido en Hogsmeade, y le había puesto furioso que Harry se hubiera librado del castigo. Harry no había olvidado el intento de Malfoy de sabotearle en el partido contra Ravenclaw, pero era el asunto de *Buckbeak* lo que le daba más ganas de vencer a Malfoy delante de todo el colegio.

Nadie recordaba un partido precedido de una atmósfera tan cargada. Cuando las vacaciones terminaron, la tensión entre los equipos y entre sus respectivas casas estaba al rojo. En los corredores estallaban pequeñas peleas que culminaron en un desagradable incidente en el que un alumno de cuarto de Gryffindor y otro de sexto de Slytherin terminaron en la enfermería con puerros brotándoles de las orejas.

Harry lo pasaba especialmente mal. No podía ir a las aulas sin que algún Slytherin sacara la pierna y le pusiera la zancadilla. Crabbe y Goyle aparecían continuamente donde estaba él, y se alejaban arrastrando los pies, decepcionados, al verlo rodeado de gente. Wood había dado instrucciones para que Harry fuera acompañado a todas partes, por si los de Slytherin trataban de quitarlo de en medio. Toda la casa de Gryffindor aceptó la misión con entusiasmo, de forma que a Harry le resultaba imposible llegar a tiempo a las clases porque estaba rodeado de una inmensa y locuaz multitud. Estaba más preocupado por la seguridad de su Saeta de Fuego que por la suya propia. Cuando no volaba en ella, la tenía guardada con llave en su baúl, y a menudo volvía corriendo a la torre de Gryffindor para comprobar que seguía allí.

La víspera del partido por la noche, en la sala común de Gryffindor, se abandonaron todas las actividades habituales. Incluso Hermione dejó sus libros.

—No puedo trabajar; no me puedo concentrar —dijo nerviosa.

Había mucho ruido. Fred y George Weasley habían reaccionado a la presión alborotando y gritando más que nunca. Oliver Wood estaba encogido en un rincón, encima de una maqueta del campo de quidditch, y con su varita mágica movía figurillas mientras hablaba consigo mismo. Angelina, Alicia y Katie se reían de las gracias de Fred y George. Harry estaba sentado con Ron y Hermione, algo alejado del barullo, tratando de no pensar en el día siguiente, porque cada vez que lo hacía le acometía la horrible sensación de que algo grande se esforzaba por salir de su estómago.

—Vas a hacer un buen partido —le dijo Hermione, aunque en realidad estaba aterrorizada.

—¡Tienes una Saeta de Fuego! —dijo Ron.

—Sí —admitió Harry.

Fue un alivio cuando Wood, de repente, se puso en pie y gritó:

—¡Jugadores! ¡A la cama!

Harry no durmió bien. Primero soñó que se había quedado dormido y que Wood gritaba: «¿Dónde te habías metido? ¡Tuvimos que poner a Neville en tu puesto!» Luego soñó que Malfoy y el resto del equipo de Slytherin llegaban al terreno de juego montados en dragones. Volaba a una velocidad de vértigo, tratando de evitar las llamaradas de fuego que salían de la boca de la cabalgadura de Malfoy, cuando se dio cuenta de que había olvidado la Saeta de Fuego. Se cayó en el aire y se despertó con un sobresalto.

Tardó unos segundos en comprender que el partido aún no había empezado, que él estaba metido en la cama, y que al equipo de Slytherin no lo dejarían jugar montado en dragones. Tenía mucha sed. Lo más en silencio que pudo, se levantó y fue a servirse un poco de agua de la jarra de plata que había al pie de la ventana.

Los terrenos del colegio estaban tranquilos y silenciosos. Ni un soplo de viento azotaba la copa de los árboles del bosque prohibido. El sauce boxeador estaba quieto y tenía un aspecto inocente. Las condiciones para el partido parecían perfectas.

Harry dejó el vaso y estaba a punto de volverse a la cama cuando algo le llamó la atención. Un animal que no podía distinguir bien rondaba por el plateado césped.

Harry corrió hasta su mesilla, cogió las gafas, se las puso y volvió a la ventana a toda prisa. Esperaba que no se tratara del *Grim*. No en aquel momento, horas antes del partido.

Miró los terrenos con detenimiento y tras un minuto de ansiosa búsqueda volvió a verlo. Rodeaba el bosque... no era el *Grim* ni mucho menos: era un gato. Harry se apoyó aliviado en el alféizar de la ventana al reconocer aquella cola de brocha. Sólo era Patizambo.

Pero... ¿sólo era *Crookshanks*? Harry aguzó la vista y pegó la nariz al cristal de la ventana. *Crookshanks* estaba inmóvil. Harry estaba seguro de que había algo más moviéndose en la sombra de los árboles.

Un instante después apareció: un perro negro, peludo y gigante que caminaba con sigilo por el césped. *Crookshanks* corría a su lado. Harry observó con atención. ¿Qué significaba aquello? Si *Crookshanks* también veía al perro, ¿cómo podía ser un augurio de la muerte de Harry?

—¡Ron! —susurró Harry—. ¡Ron, despierta!

—¿Mmm?

—¡Necesito que me digas si puedes ver una cosa!

—Está todo muy oscuro, Harry —dijo Ron con esfuerzo—. ¿A qué te refieres?

—Ahí abajo...

Harry volvió a mirar por la ventana.

Crookshanks y el perro habían desaparecido. Harry se subió al alféizar para ver si estaban debajo, junto al muro del castillo. Pero no estaban allí. ¿Dónde se habrían metido?

Un fuerte ronquido le indicó que Ron había vuelto a dormirse.

Harry y el resto del equipo de Gryffindor fueron recibidos con una ovación al entrar por la mañana en el Gran Comedor. Harry no pudo dejar de sonreír cuando vio que los de las mesas de Ravenclaw y Hufflepuff también les aplaudían. Los de Slytherin les silbaron al pasar. Malfoy estaba incluso más pálido de lo habitual.

Wood se pasó el desayuno animando a sus jugadores a que comieran, pero él no probó nada. Luego les metió prisa para ir al campo antes de que los demás terminaran. Así podrían hacerse una idea de las condiciones. Cuando salieron del Gran Comedor; volvieron a oír aplausos.

—¡Buena suerte, Harry! —le gritó Cho Chang. Harry se puso colorado.

—Muy bien..., el viento es insignificante. El sol pega algo fuerte y puede perjudicarnos la visión. Tened cuidado. El suelo está duro, nos permitirá un

rápido despegue.

Wood recorrió el terreno de juego, mirando a su alrededor y con el equipo detrás. Vieron abrirse las puertas del castillo a lo lejos y al resto del colegio aproximándose al campo.

—¡A los vestuarios! —dijo Wood escuetamente. Nadie habló mientras se cambiaban y se ponían la túnica escarlata. Harry se preguntó si se sentirían como él: como si hubiera desayunado algo vivo. Antes de que se dieran cuenta, Wood les dijo:

—¡Ha llegado el momento! ¡Adelante...!

Salieron al campo entre el rugido de la multitud. Tres cuartas partes de los espectadores llevaban escarapelas rojas, agitaban banderas rojas con el león de Gryffindor o enarbolaban pancartas con consignas como «ÁNIMO, GRYFFINDOR» y «LA COPA PARA LOS LEONES». Detrás de la meta de Slytherin, sin embargo, unas doscientas personas llevaban el verde; la serpiente plateada de Slytherin brillaba en sus banderas. El profesor Snape se sentaba en la primera fila, de verde como todos los demás y con una sonrisa macabra.

—¡Y aquí llegan los de Gryffindor! —comentó Lee Jordan, que hacía de comentarista, como de costumbre—. ¡Potter, Bell, Johnson, Spinnet, los hermanos Weasley y Wood! Ampliamente reconocido como el mejor equipo que ha visto Hogwarts desde hace años. —Los comentarios de Lee fueron ahogados por los abucheos de la casa de Slytherin—. ¡Y ahora entra en el terreno de juego el equipo de Slytherin, encabezado por su capitán Flint! Ha hecho algunos cambios en la alineación y parece inclinarse más por el tamaño que por la destreza. —Más abucheos de los hinchas de Slytherin. Harry, sin embargo, pensó que Lee tenía razón. Malfoy era el más pequeño del equipo de Slytherin. Los demás eran enormes.

—¡Capitanes, daos la mano! —ordenó la señora Hooch.

Flint y Wood se aproximaron y se estrecharon la mano con mucha fuerza, como si intentaran quebrarle al otro los dedos.

—¡Montad en las escobas! —dijo la señora Hooch—. Tres... dos... uno...

El silbato quedó ahogado por el bramido de la multitud, al mismo tiempo que se levantaban en el aire catorce escobas. Harry sintió que el pelo se le disparaba hacia atrás. Con la emoción del vuelo se le pasaron los nervios. Miró a su alrededor. Malfoy estaba exactamente detrás. Harry se lanzó en busca de la snitch.

—Y Gryffindor tiene el quaffle. Alicia Spinnet, de Gryffindor; con el quaffle, se dirige hacia la meta de Slytherin. Alicia va bien encaminada. Ah, no. Warrington intercepta el quaffle. Warrington, de Slytherin, rasgando el aire. ¡ZAS! Buen trabajo con la bludger por parte de George Weasley. Warrington deja caer el quaffle Lo coge Johnson. Gryffindor vuelve a tenerlo. Vamos, Angelina. Un bonito quiebro a Montagne. ¡Agáchate, Angelina, eso es una

bludger! ¡HA MARCADO! ¡DIEZ A CERO PARA GRYFFINDOR!

Angelina golpeó el aire con el puño, mientras sobrevolaba el extremo del campo. El mar escarlata que se extendía debajo de ella vociferaba de entusiasmo.

—¡AY!

Angelina casi se cayó de la escoba cuando Marcus Flint chocó contra ella.

—¡Perdón! —se disculpó Flint, mientras la multitud lo abucheaba—. ¡Perdona, no te vi!

Un momento después, Fred Weasley lanzó el bate hacia la nuca de Flint. La nariz de Flint dio en el palo de su propia escoba y comenzó a sangrar.

—¡Basta! —gritó la señora Hooch, metiéndose en medio a toda velocidad—. ¡Penalti para Gryffindor por un ataque no provocado sobre su cazadora! ¡Penalti para Slytherin por agresión deliberada contra su cazador!

—¡No diga tonterías, señora! —gritó Fred. Pero la señora Hooch pitó y Alicia retrocedió para lanzar el penalti.

—¡Vamos, Alicia! —gritó Lee en medio del silencio que de repente se había hecho entre el público— SÍ, HA BATIDO AL GUARDAMETA! ¡VEINTE A CERO PARA GRYFFINDOR!

Harry se dio la vuelta y vio que Flint, que seguía sangrando, volaba hacia delante para ejecutar el penalti. Wood estaba delante de la portería de Gryffindor; con las mandíbulas apretadas.

—¡Wood es un soberbio guardameta! —dijo Lee Jordan a la multitud, mientras Flint aguardaba el silbato de la señora Hooch—. ¡Soberbio! Será muy difícil parar este golpe, realmente muy difícil... ¡SÍ! ¡NO PUEDO CREERLO! ¡LO HA PARADO!

Aliviado, Harry se alejó como una bala, buscando la snitch, pero asegurándose al mismo tiempo de que no se perdía ni una palabra de lo que decía Lee. Era esencial mantener a Malfoy apartado de la snitch hasta que Gryffindor sacara a Slytherin más de cincuenta puntos.

—Gryffindor tiene el quaffle, no, lo tiene Slytherin. ¡No! ¡Gryffindor vuelve a tenerlo, y es Katie Bell, Katie Bell lleva el quaffle! Va rápida como un rayo... ¡ESO HA SIDO INTENCIONADO!

Montague, un cazador de Slytherin, había hecho un quiebro delante de Katie y en vez de coger el quaffle, le había cogido a ella la cabeza. Katie dio una voltereta en el aire y consiguió mantenerse en la escoba, pero dejó caer el quaffle.

El silbato de la señora Hooch volvió a sonar; mientras se dirigía a Montague gritándole. Un minuto después, Katie metía otro gol de penalti al

guardameta de Slytherin.

—¡TREINTA A CERO! ¡CHÚPATE ÉSA, TRAMPOSO!

—¡Jordan, si no puedes comentar de manera neutral...!

—¡Lo cuento como es, profesora!

Harry sintió un vuelco de emoción. Acababa de ver la snitch. Brillaba a los pies de uno de los postes de la meta de Gryffindor. Pero aún no debía cogerla. Y si Malfoy la veía...

Simulando una expresión de concentración repentina, dio la vuelta con la Saeta de Fuego y se dirigió a toda velocidad hacia el extremo de Slytherin. Funcionó. Malfoy fue tras él como un bólido, creyendo que Harry había visto la snitch en aquel punto.

¡ZUUUM!

Una de las bludgers, desviada por Derrick, el gigantesco golpe ador de Slytherin, se aproximó y le pasó a Harry rozando el oído derecho. Al momento siguiente...

¡ZUUUM!

La segunda bludger le había arañado el codo. El otro golpeador; Bole, se aproximaba.

Harry vio fugazmente a Bole y a Derrick, que se acercaban muy aprisa con los bates en alto.

En el último segundo viró con la Saeta, y Bole y Derrick se dieron un batacazo.

—¡Ja,ja,ja! —rió Lee Jordan mientras los dos golpeadores de Slytherin se separaban y alejaban, tambaleándose y agarrándose la cabeza—. Es una lástima, chicos. ¡Tendréis que espabilar mucho para vencer a una Saeta de Fuego! Y Gryffindor vuelve a tener el quaffle, porque Johnson lo ha recogido. Flint va a su lado. ¡Métele el dedo en el ojo, Angelina! ¡Era una broma, profesora, era una broma! ¡Oh, no! ¡Flint lleva el quaffle, va volando hacia la meta de Gryffindor! ¡Ahora, Wood, párala!

Pero Flint ya había marcado. Hubo un ovación en la parte de Slytherin y Lee lanzó una expresión tan malsonante que la profesora McGonagall quiso quitarle el megáfono mágico.

—¡Perdón, profesora, perdón! ¡No volverá a ocurrir! Veamos, Gryffindor va ganando por treinta a diez y ahora Gryffindor está en posesión del quaffle.

Se estaba convirtiendo en el partido más sucio que Harry había jugado. Indignados porque Gryffindor se hubiera adelantado tan pronto en el marcador; los de Slytherin estaban recurriendo a cualquier medio para apoderarse del

quaffle. Bole golpeó a Alicia con el bate y arguyó que la había confundido con una bludger. George Weasley, para vengarse, dio a Bole un codazo en la cara. La señora Hooch castigó a los dos equipos con sendos penaltis, y Wood logró evitar otro tanto espectacular; consiguiendo que la puntuación quedara en 40 a 10 a favor de Gryffindor.

La snitch había vuelto a desaparecer. Malfoy seguía de cerca a Harry, mientras éste sobrevolaba el campo de juego buscándola. En cuanto Gryffindor le sacara a Slytherin cincuenta puntos...

Katie marcó: 50 a 10. Fred y George Weasley bajaron en picado para situarse a su lado, con los bates en alto por si a alguno de Slytherin se le ocurría tomar represalias. Bole y Derrick aprovecharon la ausencia de Fred y George para lanzar a Wood las dos bludgers. Le dieron en el estómago, primero una y después la otra. Wood dio una vuelta en el aire, sujetándose a la escoba, sin resuello.

La señora Hooch estaba fuera de sí.

—¡Sólo se puede atacar al guardameta cuando el quaffle está dentro del área! —gritó a Boyle y a Derrick—. ¡Penalti para Gryffindor!

Y Angelina marcó: 60 a 10. Momentos después, Fred Weasley lanzaba a Warrington una bludger, quitándole el quaffle de las manos. Alicia la cogió y volvió a marcar: 70 a 10.

La afición de Gryffindor estaba ronca de tanto gritar. Gryffindor sacaba sesenta puntos de ventaja. Y si Harry cogía la snitch, la copa era suya. Harry notaba que cientos de ojos seguían sus movimientos mientras sobrevolaba el cam po por encima del nivel de juego, con Malfoy siguiéndolo a toda velocidad.

Y entonces la vio: la snitch brillaba a siete metros por encima de él.

Harry aceleró con el viento rugiendo en sus orejas. Estiró la mano, pero de repente la Saeta de Fuego redujo la velocidad.

Horrorizado, miró alrededor. Malfoy se había lanzado hacia delante, había cogido la cola de la Saeta y tiraba de ella.

—¡Serás...!

Harry estaba lo bastante enfadado para golpear a Malfoy, pero no lo podía alcanzar. Malfoy jadeaba por el esfuerzo de sujetar la Saeta de Fuego, pero tenía un brillo de malicia en los ojos. Había logrado lo que quería: la snitch había vuelto a desaparecer.

—¡Penalti! ¡Penalti a favor de Gryffindor! ¡Nunca he visto tácticas semejantes! —chilló la señora Hooch, saliendo disparada hacia el punto donde Malfoy volvía montar en su Nimbus 2.001.

~¡SO CERDO, SO TRAMPOSO! —gritaba Lee Jordan por el megáfono, alejándose de la profesora McGonagall—. ¡ASQUEROSO HIJ. ..!

La profesora McGonagall ni siquiera se molestó en decirle que se callara. La verdad es que levantaba el puño en dirección a Malfoy. Se le había caído el sombrero y también ella gritaba furiosa.

Alicia lanzó el penalti de Gryffindor; pero estaba tan enfadada que lo envió fuera. El equipo de Gryffindor perdía concentración, y los de Slytherin, entusiasmados por la falta de Malfoy contra Harry, cada vez se atrevían a más.

—Slytherin en posesión del quaffle, Slytherin se dirige a la meta... Montague marca —gruñó Lee—: 70 a 20 a favor de Gryffindor...

Harry marcaba en ese momento a Malfoy desde tan cerca que sus rodillas chocaban. Harry no iba a dejar que Malfoy se acercara a la snitch...

—¡Quítate de en medio, Potter! —gritó Malfoy con enojo, e intentó dar la vuelta, pero encontró a Harry bloqueándole el paso.

—Angelina Johnson coge el quaffle. ¡Vamos, Angelina! ¡VAMOS!

Harry miró a su alrededor. Excepto Malfoy, todos los jugadores de Slytherin, incluido el guardameta, habían salido disparados contra Angelina. Iban a bloquearla.

Harry dio la vuelta a la Saeta de Fuego, se agachó hasta quedar paralelo al palo de la escoba y se lanzó hacia delante. Como una bala, se dirigió en dirección a los de Slytherin.

—¡VOOOOOY!

Se dispersaron cuando la Saeta de Fuego se lanzó contra ellos como un torpedo. El camino de Angelina quedó despejado.

—¡HA MARCADO!, ¡HA MARCADO! ¡Gryffindor en cabeza por 80 a 20!

Harry, que casi salió despedido hacia las gradas, frenó en el aire bruscamente, dio la vuelta y regresó veloz al centro del campo.

Y entonces vio algo como para pararle el corazón. Malfoy bajaba a toda velocidad con una expresión de triunfo en la cara. Allí, a unos metros del suelo, había un resplandor dorado.

Harry orientó hacia abajo el rumbo de su saeta, pero Malfoy le llevaba muchísima ventaja.

—¡Vamos!, ¡vamos!, ¡vamos! —dijo para espolear a la escoba. Ya reducía la distancia...

Harry se pegó al palo de la escoba cuando Bole le lanzó una bludger... estaba ya ante los tobillos de Malfoy... a su misma altura...

Harry se echó hacia delante, soltando las dos manos de la escoba. Desvió de un golpe el brazo de Malfoy y..

—¡SÍ!

Recuperó la horizontal, con la mano en el aire, y el estadio se vino abajo. Harry sobrevoló a la multitud con un extraño zumbido en los oídos. La pequeña pelota dorada estaba fuertemente sujeta en su puño, batiendo las alas desesperadamente contra sus dedos.

Wood se acercó a él a toda velocidad, casi cegado por las lágrimas; cogió por el cuello a Harry y sollozó en su hombro irrefrenablemente. Harry sintió dos golpes en la espalda cuando Fred y George se acercaron. Luego oyó las voces de Angelina, Alicia y Katie:

—¡Hemos ganado la copa! ¡Hemos ganado la copa!

Atrapado en un abrazo colectivo, el equipo de Gryffindor bajó a tierra dando gritos con la voz quebrada.

Los grupos de hinchas del equipo escarlata saltaban ya las barreras y entraban en el terreno de juego. Multitud de manos palmeaban las espaldas de los jugadores. Harry estaba aturdido por el ruido y la multitud de cuerpos que lo apretaban. La afición los subió en hombros a él y al resto del equipo. Cuando pudo ver algo, vio a Hagrid cubierto de escarapelas rojas:

—¡Los has vencido, Harry! ¡Los has vencido! ¡Cuando se lo cuente a *Buckbeak*...!

Allí estaba Percy, dando saltos como un loco, olvidado de su dignidad. La profesora McGonagall sollozaba incluso más sonoramente que Wood, y se secaba los ojos con una enorme bandera de Gryffindor. Y allí, abriéndose camino hacia Harry; se encontraban Ron y Hermione. No podían articular palabra. Se limitaron a sonreír mientras Harry era conducido a las gradas, donde Dumbledore esperaba de pie, con la enorme copa de quidditch.

Si hubiera habido un dementor por allí... Mientras Wood le pasaba la copa a Harry, sin dejar de sollozar; mientras la elevaba en el aire, Harry pensó que podía materializar al patronus más robusto del mundo.

16

La predicción de la profesora Trelawney

La euforia por haber ganado la copa de quidditch le duró a Harry al menos una semana. Incluso el clima pareció celebrarlo. A medida que se aproximaba junio, los días se volvieron menos nublados y más calurosos, y lo que a todo el mundo le apetecía era pasear por los terrenos del colegio y dejarse caer en la hierba, con grandes cantidades de zumo de calabaza bien frío, o tal vez jugando una partida improvisada de gobstones, o viendo los fantásticos movimientos del calamar gigante por la superficie del lago.

Pero no podían hacerlo. Los exámenes se echaban encima y, en lugar de holgazanear, los estudiantes tenían que permanecer dentro del castillo haciendo enormes esfuerzos por concentrarse mientras por las ventanas entraban tentadoras ráfagas de aire estival. Incluso se había visto trabajar a Fred y a George Weasley; estaban a punto de obtener el TIMO (Título Indispensable de Magia Ordinaria). Percy se preparaba para el ÉXTASIS (EXámenes Terribles de Alta Sabiduría e Invocaciones Secretas), la titulación más alta que ofrecía Hogwarts. Como Percy quería entrar en el Ministerio de Magia, necesitaba las máximas puntuaciones. Se ponía cada vez más nervioso y castigaba muy severamente a cualquiera que interrumpiera por las tardes el silencio de la sala común. De hecho, la única persona que parecía estar más nerviosa que Percy era Hermione.

Harry y Ron habían dejado de preguntarle cómo se las apañaba para acudir a la vez a varias clases, pero no pudieron contenerse cuando vieron el calendario de exámenes que tenía. La primera columna indicaba:

LUNES

9 en punto: Aritmancia

9 en punto: Transformaciones

Comida

1 en punto: Encantamientos

1 en punto: Runas Antiguas

—¿Hermione? —dijo Ron con cautela, porque aquellos días saltaba fácilmente cuando la interrumpían—. Eeeh... ¿estás segura de que has copiado bien el calendario de exámenes?

—¿Qué? —dijo Hermione bruscamente, cogiendo el calendario y observándolo—. Claro que lo he copiado bien.

—¿Serviría de algo preguntarte cómo vas a hacer dos exámenes a la vez? —le dijo Harry.

—No —respondió Hermione lacónicamente—. ¿Habéis visto mi ejemplar

de *Numerología y gramática*?

—Sí, lo cogí para leer en la cama —dijo Ron en voz muy baja.

Hermione empezó a revolver entre montañas de pergaminos en busca del libro. Entonces se oyó un leve roce en la ventana. *Hedwig* entró aleteando, con un sobre fuertemente atenazado en el pico.

—Es de Hagrid —dijo Harry, abriendo el sobre—. La apelación de *Buckbeak* se ha fijado para el día 6.

—Es el día que terminamos los exámenes —observó Hermione, que seguía buscando el libro de Aritmancia.

—Y tendrá lugar aquí. Vendrá alguien del Ministerio de Magia y un verdugo.

Hermione levantó la vista, sobresaltada.

—¡Traen a un verdugo a la sesión de apelación! Es como si ya estuviera decidido.

—Sí, eso parece —dijo Harry pensativo.

—¡No pueden hacerlo! —gritó Ron—. ¡He pasado años leyendo cosas para su defensa! ¡No pueden pasarlo todo por alto!

Pero Harry tenía la horrible sensación de que la Comisión para las Criaturas Peligrosas había tomado ya su decisión, presionada por el señor Malfoy. Draco, que había estado notablemente apagado desde el triunfo de Gryffindor en la final de quidditch, había recuperado parte de su anterior petulancia. Por los comentarios socarrones que entreoía Harry, Malfoy estaba seguro de que matarían a *Buckbeak*, y parecía encantado de ser el causante. Lo único que podía hacer Harry era contenerse para no imitar a Hermione cuando abofeteó a Malfoy. Y lo peor de todo era que no tenían tiempo ni ocasión de visitar a Hagrid, porque las nuevas y estrictas medidas de seguridad no se habían levantado, y Harry no se atrevía a recoger la capa invisible del interior de la estatua de la bruja.

Comenzó la semana de exámenes y el castillo se sumió en un inusitado silencio. Los alumnos de tercero salieron del examen de Transformaciones el lunes a la hora de la comida, agotados y lívidos, comparando lo que habían hecho y quejándose de la dificultad de los ejercicios, consistentes en transformar una tetera en tortuga. Hermione irritó a todos porque juraba que su tortuga era mucho más galápago, cosa que a los demás les traía sin cuidado.

—La mía tenía un pitorro en vez de cola. ¡Qué pesadilla...!

—¿Las tortugas echan vapor por la boca?

—La mía seguía teniendo un sauce dibujado en el caparazón. ¿Creéis que me quitarán puntos?

Después de una comida apresurada, la clase volvió a subir para el examen de Encantamientos. Hermione había tenido razón: el profesor Flitwick puso en el examen los encantamientos estimulantes. Harry, por los nervios, exageró un poco el suyo, y Ron, que era su pareja en el ejercicio, se echó a reír como un histérico. Tuvieron que llevárselo a un aula vacía y dejarlo allí una hora, hasta que estuvo en condiciones de llevar a cabo el encantamiento. Después de cenar; los alumnos se fueron inmediatamente a sus respectivas salas comunes, pero no a relajarse, sino a repasar Cuidado de Criaturas Mágicas, Pociones y Astronomía.

Hagrid presidió el examen de Cuidado de Criaturas Mágicas, que se celebró la mañana siguiente, con un aire ciertamente preocupado. Parecía tener la cabeza en otra parte. Había llevado un gran cubo de gusarajos al aula, y les dijo que para aprobar tenían que conservar el gusarajo vivo durante una hora. Como los gusarajos vivían mejor si se los dejaba en paz, resultó el examen más sencillo que habían tenido nunca, y además concedió a Harry, a Ron y a Hermione muchas oportunidades de hablar con Hagrid.

—*Buckbeak* está algo deprimido —les dijo Hagrid inclinándose un poco, haciendo como que comprobaba que el gusarajo de Harry seguía vivo—. Ha estado encerrado demasiado tiempo. Pero... en cualquier caso, pasado mañana lo sabremos.

Aquella tarde tuvieron el examen de Pociones: un absoluto desastre. Por más que lo intentó, Harry no consiguió que espesara su «receta para confundir», y Snape, vigilándolo con aire de vengativo placer, garabateó en el espacio de la nota, antes de alejarse, algo que parecía un cero.

A media noche, arriba, en la torre más alta, tuvieron el de Astronomía; el miércoles por la mañana el de Historia de la Magia, en el que Harry escribió todo lo que Florean Fortescue le había contado acerca de la persecución de las brujas en la Edad Media, y hubiera dado cualquier cosa por poderse tomar además en aquella aula sofocante uno de sus helados de nueces y chocolate. El miércoles por la tarde tenían el examen de Herbología, en los invernaderos, bajo un sol abrasador. Luego volvieron a la sala común, con la nuca quemada por el sol y deseosos de encontrarse al día siguiente a aquella misma hora, cuando todo hubiera finalizado.

El penúltimo examen, la mañana del jueves, fue el de Defensa Contra las Artes Oscuras. El profesor Lupin había preparado el examen más raro que habían tenido hasta la fecha. Una especie de carrera de obstáculos fuera, al sol, en la que tenían que vadear un profundo estanque de juegos que contenía un *grindylow*; atravesar una serie de agujeros llenos de gorros rojos; chapotear por entre ciénagas sin prestar oídos a las engañosas indicaciones de un *hinkypunk*; y meterse dentro del tronco de un árbol para enfrentarse con otro boggart.

—Estupendo, Harry —susurró Lupin, cuando el joven bajó sonriente del tronco—. Nota máxima.

Sonrojado por el éxito, Harry se quedó para ver a Ron y a Hermione. Ron lo hizo muy bien hasta llegar al *hinkypunk*, que logró confundirlo y que se hundiese en la ciénaga hasta la cintura. Hermione lo hizo perfectamente hasta llegar al árbol del boggart. Después de pasar un minuto dentro del tronco, salió gritando.

—¡Hermione! —dijo Lupin sobresaltado—. ¿Qué ocurre?

—La pro... profesora McGonagall —dijo Hermione con voz entrecortada, señalando al interior del tronco—. Me... ¡me ha dicho que me han suspendido en todo!

Costó un rato tranquilizar a Hermione. Cuando por fin se recuperó, ella, Harry y Ron volvieron al castillo. Ron seguía riéndose del boggart de Hermione, pero cuando estaban a punto de reñir, vieron algo al final de las escaleras.

Cornelius Fudge, sudando bajo su capa de rayas, contemplaba desde arriba los terrenos del colegio. Se sobresaltó al ver a Harry.

—¡Hola, Harry! —dijo—. ¿Vienes de un examen? ¿Te falta poco para acabar?

—Sí —dijo Harry. Hermione y Ron, como no tenían trato con el ministro de Magia, se quedaron un poco apartados.

—Estupendo día —dijo Fudge, contemplando el lago—. Es una pena..., es una pena... —suspiró ampliamente y miró a Harry—. Me trae un asunto desagradable, Harry, La Comisión para las Criaturas Peligrosas solicitó que un testigo presenciase la ejecución de un hipogrifo furioso. Como tenía que visitar Hogwarts por lo de Black, me pidieron que entrara.

—¿Significa eso que la revisión del caso ya ha tenido lugar? —interrumpió Ron, dando un paso adelante.

—No, no. Está fijada para la tarde —dijo Fudge, mirando a Ron con curiosidad.

—¡Entonces quizá no tenga que presenciar ninguna ejecución! —dijo Ron resueltamente—. ¡El hipogrifo podría ser absuelto!

Antes de que Fudge pudiera responder; dos magos entraron por las puertas del castillo que había a su espalda. Uno era tan anciano que parecía descomponerse ante sus ojos; el otro era alto y fornido, y tenía un fino bigote de color negro. Harry entendió que eran representantes de la Comisión para las Criaturas Peligrosas, porque el anciano miró de soslayo hacia la cabaña de Hagrid y dijo con voz débil:

—Santo Dios, me estoy haciendo viejo para esto. A las dos en punto, ¿no, Fudge?

El hombre del bigote negro toqueteaba algo que llevaba al cinto; Harry advirtió que pasaba el ancho pulgar por el filo de un hacha. Ron abrió la boca para decir algo, pero Hermione le dio con el codo en las costillas y señaló el vestíbulo con la cabeza.

—¿Por qué no me has dejado? —dijo enfadado Ron, entrando en el Gran Comedor para almorzar—. ¿Los has visto? ¡Hasta llevan un hacha! ¡Eso no es justicia!

—Ron, tu padre trabaja en el Ministerio. No puedes ir diciéndole esas cosas a su jefe —respondió Hermione, aunque también ella parecía muy molesta—. Si Hagrid conserva esta vez la cabeza y argumenta adecuadamente su defensa, es posible que no ejecuten a *Buckbeak*...

Pero a Harry le parecía que Hermione no creía en realidad lo que decía. A su alrededor, todos hablaban animados, saboreando por adelantado el final de los exámenes, que tendría lugar aquella tarde, pero Harry, Ron y Hermione, preocupados por Hagrid y *Buckbeak*, permanecieron al margen.

El último examen de Harry y Ron era de Adivinación. El último de Hermione, Estudios Muggles. Subieron juntos la escalera de mármol. Hermione los dejó en el primer piso, y Harry y Ron continuaron hasta el séptimo, donde muchos de su clase estaban sentados en la escalera de caracol que conducía al aula de la profesora Trelawney, repasando en el último minuto.

—Nos va a examinar por separado —les informó Neville, cuando se sentaron a su lado. Tenía *Disipar las nieblas del futuro* abierto sobre los muslos, por las páginas dedicadas a la bola de cristal—. ¿Alguno ha visto algo alguna vez en la bola de cristal? —preguntó desanimado.

—Nanay —dijo Ron.

Miraba el reloj de vez en cuando. Harry se dio cuenta de que calculaba lo que faltaba para el comienzo de la revisión del caso de *Buckbeak*.

La cola de personas que había fuera del aula se reducía muy despacio. Cada vez que bajaba alguien por la plateada escalera de mano, los demás le preguntaban entre susurros:

—¿Qué te ha preguntado? ¿Qué tal te ha ido?

Pero nadie aclaraba nada.

—¡Me ha dicho que, según la bola de cristal, sufriré un accidente horrible si revelo algo! —chilló Neville, bajando la escalera hacia Harry y Ron, que acababa de llegar al rellano en ese momento.

—Es muy lista —refunfuñó Ron—. Empiezo a pensar que Hermione tenía razón —dijo señalando la trampilla con el dedo—: es una impostora.

—Sí—dijo Harry, mirando su reloj. Eran las dos—. Ojalá se dé prisa.

Parvati bajó la escalera rebosante de orgullo.

—Me ha dicho que tengo todas las características de una verdadera vidente —dijo a Ron y a Harry—. He visto muchísimas cosas... Bueno, que os vaya bien.

Bajó aprisa por la escalera de caracol, hasta llegar junto a Lavender.

—Ronald Weasley —anunció desde arriba la voz conocida y susurrante. Ron hizo un guiño a Harry y subió por la escalera de plata.

Harry era el único que quedaba por examinarse. Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, escuchando una mosca que zumbaba en la ventana soleada. Su mente estaba con Hagrid, al otro lado de los terrenos del colegio.

Por fin, después de unos veinte minutos, los pies grandes de Ron volvieron a aparecer en la escalera.

—¿Qué tal? —le preguntó Harry, levantándose.

—Una porquería —dijo Ron—. No conseguía ver nada, así que me inventé algunas cosas. Pero no creo que la haya convencido...

—Nos veremos en la sala común —musitó Harry cuando la voz de la profesora Trelawney anunció:

—¡Harry Potter!

En la sala de la torre hacia más calor que nunca. Las cortinas estaban echadas, el fuego encendido, y el habitual olor mareante hizo toser a Harry mientras avanzaba entre las sillas y las mesas hasta el lugar en que la profesora Trelawney lo aguardaba sentada ante una bola grande de cristal.

—Buenos días, Harry —dijo suavemente—. Si tuvieras la amabilidad de mirar la bola... Tómate tu tiempo, y luego dime lo que ves dentro de ella...

Harry se inclinó sobre la bola de cristal y miró concentrándose con todas sus fuerzas, buscando algo más que la niebla blanca que se arremolinaba dentro, pero sin encontrarlo.

—¿Y bien? —le preguntó la profesora Trelawney con delicadeza—. ¿Qué ves?

El calor y el humo aromático que salía del fuego que había a su lado resultaban asfixiantes. Pensó en lo que Ron le había dicho y decidió fingir.

—Eeh... —dijo Harry—. Una forma oscura...

—¿A qué se parece? —susurró la profesora Trelawney—. Piensa...

La mente de Harry echó a volar y aterrizó en *Buckbeak*.

—Un hipogrifo —dijo con firmeza.

—¿De verdad? —susurró la profesora Trelawney, escribiendo deprisa y con entusiasmo en el pergamino que tenía en las rodillas—. Muchacho, bien podrías estar contemplando la solución del problema de Hagrid con el Ministerio de Magia. Mira más detenidamente... El hipogrifo ¿tiene cabeza?

—Sí —dijo Harry con seguridad.

—¿Estás seguro? —insistió la profesora Trelawney—. ¿Totalmente seguro, Harry? ¿No lo ves tal vez retorciéndose en el suelo y con la oscura imagen de un hombre con un hacha detrás?

—No —dijo Harry, comenzando a sentir náuseas.

—¿No hay sangre? ¿No está Hagrid llorando?

—¡No! —contestó Harry, con crecientes deseos de abandonar la sala y aquel calor—. Parece que está bien. Está volando...

La profesora Trelawney suspiró.

—Bien, querido. Me parece que lo dejaremos aquí... Un poco decepcionante, pero estoy segura de que has hecho todo lo que has podido.

Aliviado, Harry se levantó, cogió la mochila y se dio la vuelta para salir. Pero entonces oyó detrás de él una voz potente y áspera:

—Sucederá esta noche.

Harry dio media vuelta. La profesora Trelawney estaba rígida en su sillón. Tenía la vista perdida y la boca abierta.

—¿Cómo dice? —preguntó Harry.

Pero la profesora Trelawney no parecía oírle. Sus pupilas comenzaron a moverse. Harry estaba asustado. La profesora parecía a punto de sufrir un ataque. El muchacho no sabía si salir corriendo hacia la enfermería. Y entonces la profesora Trelawney volvió a hablar con la misma voz áspera, muy diferente a la suya:

—El Señor de las Tinieblas está solo y sin amigos, abandonado por sus seguidores. Su vasallo ha estado encadenado doce años. Hoy, antes de la medianoche, el vasallo se liberará e irá a reunirse con su amo. El Señor de las Tinieblas se alzará de nuevo, con la ayuda de su vasallo, más grande y más terrible que nunca. Hoy... antes de la medianoche... el vasallo... irá... a reunirse... con su amo...

Su cabeza cayó hacia delante, sobre el pecho. La profesora Trelawney emitió un gruñido. Luego, repentinamente, volvió a levantar la cabeza.

—Lo siento mucho, chico —añadió con voz soñolienta—. El calor del día, ¿sabes...? Me he quedado traspuesta.

Harry se quedó allí un momento, mirándola.

—¿Pasa algo, Harry?

—Usted... acaba de decirme que... el Señor de las Tinieblas volverá a alzarse, que su vasallo va a regresar con él...

La profesora Trelawney se sobresaltó.

—¿El Señor de las Tinieblas? ¿El que no debe nombrarse? Querido muchacho, no se puede bromear con ese tema... Alzarse de nuevo, Dios mío...

—¡Pero usted acaba de decirlo! Usted ha dicho que el Señor de las Tinieblas…

—Creo que tú también te has quedado dormido —repuso la profesora Trelawney—. Desde luego, nunca predeciría algo así.

Harry bajó la escalera de mano y la de caracol, haciéndose preguntas... ¿Acababa de oír a la profesora Trelawney haciendo una verdadera predicción? ¿O había querido acabar el examen con un final impresionante?

Cinco minutos más tarde pasaba aprisa por entre los troles de seguridad que estaban a la puerta de la torre de Gryffindor. Las palabras de la profesora Trelawney resonaban aún en su cabeza. Se cruzó con muchos que caminaban a zancadas, riendo y bromeando, dirigiéndose hacia los terrenos del colegio y hacia una libertad largamente deseada. Cuando llegó al retrato y entró en la sala común, estaba casi desierta. En un rincón, sin embargo, estaban sentados Ron y Hermione.

—La profesora Trelawney me acaba de decir...

Pero se detuvo al fijarse en sus caras.

—*Buckbeak* ha perdido —dijo Ron con voz débil—. Hagrid acaba de enviar esto.

La nota de Hagrid estaba seca esta vez: no había lágrimas en ella. Pero su mano parecía haber temblado tanto al escribirla que apenas resultaba legible.

Apelación perdida. La ejecución será a la puesta del sol. No se puede hacer nada. No vengáis. No quiero que lo veáis.

Hagrid

—Tenemos que ir —dijo Harry de inmediato—. ¡No puede estar allí solo, esperando al verdugo!

—Pero es a la puesta del sol —dijo Ron, mirando por la ventana con los

ojos empañados—. No nos dejarán salir, y menos a ti, Harry...

Harry se tapó la cabeza con las manos, pensando.

—Si al menos tuviéramos la capa invisible...

—¿Dónde está? —dijo Hermione.

Harry le explicó que la había dejado en el pasadizo, debajo de la estatua de la bruja tuerta.

—... Si Snape me vuelve a ver por allí, me veré en un serio aprieto —concluyó.

—Eso es verdad —dijo Hermione, poniéndose en pie—. Si te ve... ¿Cómo se abre la joroba de la bruja?

—Se le dan unos golpecitos y se dice *«¡Dissendio!»* —explicó Harry—. Pero...

Hermione no aguardó a que terminara la frase; atravesó la sala con decisión, abrió el retrato y se perdió de vista.

—¿Habrá ido a cogerla? —dijo Ron, mirando el punto por donde había desaparecido la muchacha.

A eso había ido. Hermione regresó al cuarto de hora, con la capa plateada cuidadosamente doblada y escondida bajo la túnica.

—¡Hermione, no sé qué te pasa últimamente! —dijo Ron, sorprendido—. Primero le pegas a Malfoy, luego te vas de la clase de la profesora Trelawney...

Hermione se sintió halagada.

• • •

Bajaron a cenar con los demás, pero no regresaron luego a la torre de Gryffindor. Harry llevaba escondida la capa en la parte delantera de la túnica. Tenía que llevar los brazos cruzados para que no se viera el bulto. Esperaron en una habitación contigua al vestíbulo hasta asegurarse de que éste estuviese completamente vacío. Oyeron a los dos últimos que pasaban aprisa y cerraban dando un portazo. Hermione asomó la cabeza por la puerta.

—Vale —susurró—. No hay nadie. Podemos taparnos con la capa.

Caminando muy juntos, de puntillas y bajo la capa, para que nadie los viera, bajaron la escalera y salieron. El sol se hundía ya en el bosque prohibido, dorando las ramas más altas de los árboles.

Llegaron a la cabaña y llamaron a la puerta. Hagrid tardó en contestar; cuando por fin lo hizo, miró a su alrededor; pálido y tembloroso, en busca de la persona que había llamado.

—Somos nosotros —susurró Harry—. Llevamos la capa invisible. Si nos dejas pasar; nos la quitaremos.

—No deberíais haber venido —dijo Hagrid, también susurrando.

Pero se hizo a un lado, y ellos entraron. Hagrid cerró la puerta rápidamente y Harry se desprendió de la capa. Hagrid no lloró ni se arrojó al cuello de sus amigos. No parecía saber dónde se encontraba ni qué hacer. Resultaba más trágico verlo así que llorando.

—¿Queréis un té? —invitó.

Sus manos enormes temblaban al coger la tetera.

—¿Dónde está *Buckbeak*, Hagrid? —preguntó Ron, vacilante.

—Lo... lo tengo en el exterior —dijo Hagrid, derramando la leche por la mesa al llenar la jarra—. Está atado en el huerto, junto a las calabazas. Pensé que debía ver los árboles y oler el aire fresco antes de...

A Hagrid le temblaba tanto la mano que la jarra se le cayó y se hizo añicos.

—Yo lo haré, Hagrid —dijo Hermione inmediatamente, apresurándose a limpiar el suelo.

—Hay otra en el aparador —dijo Hagrid sentándose y limpiándose la frente con la manga. Harry miró a Ron, que le devolvió una mirada de desesperanza.

—¿No hay nada que hacer; Hagrid? —preguntó Harry sentándose a su lado—. Dumbledore...

—Lo ha intentado —respondió Hagrid—. No puede hacer nada contra una sentencia de la Comisión. Les ha dicho que *Buckbeak* es inofensivo, pero tienen miedo. Ya sabéis cómo es Lucius Malfoy... Me imagino que los ha amenazado... Y el verdugo, Macnair, es un viejo amigo suyo. Pero será rápido y limpio, y yo estaré a su lado.

Hagrid tragó saliva. Sus ojos recorrían la cabaña buscando algún retazo de esperanza.

—Dumbledore estará presente. Me ha escrito esta mañana. Dice que quiere estar conmigo. Un gran hombre, Dumbledore...

Hermione, que había estado rebuscando en el aparador de Hagrid, dejó escapar un leve sollozo, que reprimió rápidamente. Se incorporó con la jarra en las manos y esforzándose por contener las lágrimas.

—Nosotros también estaremos contigo, Hagrid —comenzó, pero Hagrid

negó con la despeinada cabeza.

—Tenéis que volver al castillo. Os he dicho que no quería que lo vierais. Y tampoco deberíais estar aquí. Si Fudge y Dumbledore te pillan fueran sin permiso, Harry, te verás en un aprieto.

Por el rostro de Hermione corrían lágrimas silenciosas, pero disimuló ante Hagrid preparando el té. Al coger la botella de leche para verter parte de ella en la jarra, dio un grito.

—¡Ron! No... no puedo creerlo. ¡Es *Scabbers*!

Ron la miró boquiabierto.

—¿Qué dices?

Hermione acercó la jarra a la mesa y la volcó. Con un gritito asustado y desesperado por volver a meterse en el recipiente, *Scabbers* apareció correteando por la mesa.

—*¡Scabbers!* —exclamó Ron desconcertado—. *Scabbers*, ¿qué haces aquí?

Cogió a la rata, que forcejeaba por escapar; y la levantó para verla a la luz. Tenía un aspecto horrible. Estaba más delgada que nunca. Se le había caído mucho pelo, dejándole amplias lagunas, y se retorcía en las manos de Ron, desesperada por escapar.

—No te preocupes, *Scabbers* —dijo Ron—. No hay gatos. No hay nada que temer.

De pronto, Hagrid se puso en pie, mirando la ventana fijamente. Su cara, habitualmente rubicunda, se había puesto del color del pergamino.

—Ya vienen...

Harry, Ron y Hermione se dieron rápidamente la vuelta. Un grupo de hombres bajaba por los lejanos escalones de la puerta principal del castillo. Delante iba Albus Dumbledore. Su barba plateada brillaba al sol del ocaso. A su lado iba Cornelius Fudge. Tras ellos marchaban el viejo y débil miembro de la Comisión y el verdugo Macnair.

—Tenéis que iros —dijo Hagrid. Le temblaba todo el cuerpo—. No deben veros aquí... Marchaos ya.

Ron se metió a *Scabbers* en el bolsillo y Hermione cogió la capa.

—Salid por detrás.

Lo siguieron hacia la puerta trasera que daba al huerto. Harry se sentía muy raro y aún más al ver a *Buckbeak* a pocos metros, atado a un árbol, detrás de las calabazas. *Buckbeak* parecía presentir algo. Volvió la cara afilada de un

lado a otro y golpeó el suelo con la zarpa, nervioso.

—No temas, *Buckbeak* —dijo Hagrid con voz suave—. No temas. —Se volvió hacia los tres amigos—. Venga, marchaos.

Pero no se movieron.

—Hagrid, no podemos... Les diremos lo que de verdad sucedió.

—No pueden matarlo...

—¡Marchaos! —ordenó Hagrid con firmeza—. Ya es bastante horrible y sólo faltaría que además os metierais en un lío.

No tenían opción. Mientras Hermione echaba la capa sobre los otros dos, oyeron hablar al otro lado de la cabaña. Hagrid miró hacia el punto por el que acababan de desaparecer.

—Marchaos, rápido —dijo con acritud—. No escuchéis.

Y volvió a entrar en la cabaña al mismo tiempo que alguien llamaba a la puerta de delante.

Lentamente, como en trance, Harry, Ron y Hermione rodearon silenciosamente la casa. Al llegar al otro lado, la puerta se cerró con un golpe seco.

—Vámonos aprisa, por favor —susurró Hermione—. No puedo seguir aquí, no lo puedo soportar...

Empezaron a subir hacia el castillo. El sol se apresuraba a ocultarse; el cielo se había vuelto de un gris claro teñido de púrpura, pero en el oeste había destellos de rojo rubí.

Ron se detuvo en seco.

—Por favor; Ron —comenzó Hermione.

—Se trata de *Scabbers*..., quiere salir.

Ron se inclinaba intentando impedir que *Scabbers* se escapara, pero la rata estaba fuera de sí; chillando como loca, se debatía y trataba de morder a Ron en la mano.

—*Scabbers*, tonta, soy yo —susurró Ron.

Oyeron abrirse una puerta detrás de ellos y luego voces masculinas.

—¡Por favor; Ron, vámonos, están a punto de hacerlo! —insistió Hermione.

—Vale, ¡quédate quieta, *Scabbers*!

Siguieron caminando; al igual que Hermione, Harry procuraba no oír el

sordo rumor de las voces que sonaban detrás de ellos. Ron volvió a detenerse.

—No la puedo sujetar... Calla, *Scabbers*, o nos oirá todo el mundo.

La rata chillaba como loca, pero no lo bastante fuerte para eclipsar los sonidos que llegaban del jardín de Hagrid. Las voces de hombre se mezclaban y se confundían. Hubo un silencio y luego, sin previo aviso, el inconfundible silbido del hacha rasgando el aire. Hermione se tambaleó.

—¡Ya está! —susurró a Harry—. ¡No me lo puedo creer; lo han hecho!

17

El perro, el gato y la rata

A Harry se le quedó la mente en blanco a causa de la impresión. Los tres se habían quedado paralizados bajo la capa invisible. Los últimos rayos del sol arrojaron una luz sanguinolenta sobre los terrenos, en los que las sombras se dibujaban muy alargadas. Detrás de ellos oyeron un aullido salvaje.

—¡Hagrid! —susurró Harry. Sin pensar en lo que hacia, fue a darse la vuelta, pero Ron y Hermione lo cogieron por los brazos.

—No podemos —dijo Ron, blanco como una pared—. Se verá en un problema más serio si se descubre que lo hemos ido a visitar...

Hermione respiraba floja e irregularmente.

—¿Cómo... han podido...? —preguntó jadeando, como si se ahogase—. ¿Cómo han podido?

—Vamos —dijo Ron, tiritando.

Reemprendieron el camino hacia el castillo, andando muy despacio para no descubrirse. La luz se apagaba. Cuando llegaron a campo abierto, la oscuridad se cernía sobre ellos como un embrujo.

—*Scabbers,* estate quieta —susurró Ron, llevándose la mano al pecho. La rata se retorcía como loca. Ron se detuvo, obligando a *Scabbers* a que se metiera del todo en el bolsillo—. ¿Qué te ocurre, tonta? Quédate quieta... ¡AY!

¡Me ha mordido!

—¡Ron, cállate! —susurró Hermione—. Fudge se presentará aquí dentro de un minuto...

—No hay manera.

Scabbers estaba aterrorizada. Se retorcía con todas sus fuerzas, intentando soltarse de Ron.

—¿Qué le ocurre?

Pero Harry acababa de ver a *Crookshanks* acercándose a ellos sigilosamente, arrastrándose y con los grandes ojos amarillos destellando pavorosamente en la oscuridad. Harry no sabía si el gato los veía o se orientaba por los chillidos de *Scabbers*.

—*¡Crookshanks!* —gimió Hermione—. ¡No, vete, *Crookshanks*! ¡Vete!

Pero el gato se acercaba más...

—*Scabbers*... ¡NO!

Demasiado tarde... La rata escapó por entre los dedos de Ron, se echó al suelo y huyó a toda prisa. De un salto, *Crookshanks* se lanzó tras el roedor; y antes de que Harry y Hermione pudieran detenerlo, Ron se salió de la capa y se internó en la oscuridad.

—¡Ron! —gimió Hermione.

Ella y Harry se miraron y lo siguieron a la carrera. Era imposible correr a toda velocidad debajo de la capa, así que se la quitaron y la llevaron al vuelo, ondeando como un estandarte mientras seguían a Ron. Oían delante de ellos el ruido de sus pasos y los gritos que dirigía a *Crookshanks*.

—Aléjate de él..., aléjate... *Scabbers*, ven aquí...

Oyeron un golpe seco.

—¡Te he atrapado! Vete, gato asqueroso.

Harry y Hermione casi chocaron contra Ron. Estaba tendido en el suelo. *Scabbers* había vuelto a su bolsillo y Ron sujetaba con ambas manos el tembloroso bulto.

—Vamos, Ron, volvamos a cubrirnos —dijo Hermione jadeando—. Dumbledore y el ministro saldrán dentro de un minuto.

Pero antes de que pudieran volver a taparse, antes incluso de que pudieran recuperar el aliento, oyeron los pasos de unas patas gigantes. Algo se acercaba a ellos en la oscuridad: un enorme perro negro de ojos claros.

Harry quiso coger la varita, pero era ya demasiado tarde. El perro había

dado un gran salto y sus patas delanteras le golpearon el pecho. Harry cayó de espaldas, con un fardo de pelo. Sintió el cálido aliento del fardo, sus dientes de tres centímetros de longitud...

Pero el empujón lo había llevado demasiado lejos. Se apartó rodando. Aturdido, sintiendo como si le hubieran roto las costillas, trató de ponerse en pie; oyó rugir al animal, preparándose para un nuevo ataque.

Ron se levantó. Cuando el perro volvió a saltar contra ellos, Ron empujó a Harry hacia un lado y el perro mordió el brazo estirado de Ron. Harry embistió y agarró al animal por el pelo, pero éste arrastraba a Ron con tanta facilidad como si fuera un muñeco de trapo.

Entonces, algo surgido de no se sabía dónde golpeó a Harry tan fuerte en la cara que volvió a derribarlo. Oyó a Hermione chillar de dolor y caer también. Harry manoteó en busca de la varita, parpadeando para quitarse la sangre de los ojos.

—*¡Lumos!* —susurró.

La luz de la varita iluminó un grueso árbol. Habían perseguido a *Scabbers* hasta el sauce boxeador; y sus ramas crujían como azotadas por un fortísimo viento y oscilaban de atrás adelante para impedir que se aproximaran.

Al pie del árbol estaba el perro, arrastrando a Ron y metiéndolo por un hueco que había en las raíces. Ron luchaba denodadamente, pero su cabeza y su torso se estaban perdiendo de vista.

—¡Ron! —gritó Harry, intentando seguirlo, pero una gruesa rama le propinó un restallante y terrible trallazo que lo obligó a retroceder.

Lo único que podían ver ya de Ron era la pierna con la que el muchacho se había enganchado en una rama para impedir que el perro lo arrastrase. Un horrible crujido cortó el aire como un pistoletazo. La pierna de Ron se había roto y el pie desapareció en aquel momento.

—Harry, tenemos que pedir ayuda —gritó Hermione. Ella también sangraba. El sauce le había hecho un corte en el hombro.

—¡No! ¡Este ser es lo bastante grande para comérselo! ¡No tenemos tiempo!

—No conseguiremos pasar sin ayuda.

Otra rama les lanzó otro latigazo, con las ramitas enroscadas como puños.

—Si ese perro ha podido entrar, nosotros también —jadeó Harry, corriendo y zigzagueando, tratando de encontrar un camino a través de las ramas que daban trallazos al aire, pero era imposible acercarse un centímetro más sin ser golpeados por el árbol.

—¡Socorro, socorro! —gritó Hermione, como una histérica, dando brincos

sin moverse del sitio—. ¡Por favor...!

Crookshanks dio un salto al frente. Se deslizó como una serpiente por entre las ramas que azotaban el aire y se agarró con las zarpas a un nudo del tronco.

De repente, como si el árbol se hubiera vuelto de piedra, dejó de moverse.

—*¡Crookshanks!* —gritó Hermione, dubitativa. Cogió a Harry por el brazo tan fuerte que le hizo daño—. ¿Cómo sabía...?

—Es amigo del perro —dijo Harry con tristeza—. Los he visto juntos... Vamos. Ten la varita a punto.

En unos segundos recorrieron la distancia que les separaba del tronco, pero antes de que llegaran al hueco que había entre las raíces, *Crookshanks* se metió por él agitando la cola de brocha. Harry lo siguió. Entró a gatas, metiendo primero la cabeza, y se deslizó por una rampa de tierra hasta la boca de un túnel de techo muy bajo. *Crookshanks* estaba ya lejos de él y sus ojos brillaban a la luz de la varita de Harry. Un segundo después, entró Hermione.

—¿Dónde está Ron? —le preguntó con voz aterrorizada.

—Por aquí —indicó Harry, poniéndose en camino con la espalda arqueada, siguiendo a *Crookshanks*.

—¿Adónde irá este túnel? —le preguntó Hermione, sin aliento.

—No sé... Está señalado en el mapa del merodeador; pero Fred y George creían que nadie lo había utilizado nunca. Se sale del límite del mapa, pero daba la impresión de que iba a Hogsmeade...

Avanzaban tan aprisa como podían, casi doblados por la cintura. Por momentos podían ver la cola de *Crookshanks*. El pasadizo no se acababa. Parecía tan largo como el que iba a Honeydukes. Lo único en que podía pensar Harry era en Ron y en lo que le podía estar haciendo el perrazo... Al correr agachado, le costaba trabajo respirar y le dolía...

Y entonces el túnel empezó a elevarse, y luego a serpentear; y *Crookshanks* había desaparecido. En vez de ver al gato, Harry veía una tenue luz que penetraba por una pequeña abertura.

Se detuvieron jadeando, para coger aire. Avanzaron con cautela hasta la abertura. Levantaron las varitas para ver lo que había al otro lado.

Había una habitación, muy desordenada y llena de polvo. El papel se despegaba de las paredes. El suelo estaba lleno de manchas. Todos los muebles estaban rotos, como si alguien los hubiera destrozado. Las ventanas estaban todas cegadas con maderas.

Harry miró a Hermione, que parecía muy asustada, pero asintió con la cabeza.

Harry salió por la abertura mirando a su alrededor. La habitación estaba desierta, pero a la derecha había una puerta abierta que daba a un vestíbulo en sombras. Hermione volvió a cogerse del brazo de Harry. Miraba de un lado a otro con los ojos muy abiertos, observando las ventanas tapadas.

—Harry —susurró—. Creo que estamos en la Casa de los Gritos.

Harry miró a su alrededor. Posó la mirada en una silla de madera que estaba cerca de ellos. Le habían arrancado varios trozos y una pata.

—Eso no lo han hecho los fantasmas—observó.

En ese momento oyeron un crujido en lo alto. Algo se había movido en la parte de arriba. Miraron al techo. Hermione le cogía el brazo con tal fuerza que perdía sensibilidad en los dedos. La miró. Hermione volvió a asentir con la cabeza y lo soltó.

Tan en silencio como pudieron, entraron en el vestíbulo y subieron por la escalera, que se estaba desmoronando. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo, salvo el suelo, donde algo arrastrado escaleras arriba había dejado una estela ancha y brillante.

Llegaron hasta el oscuro descansillo.

—*Nox* —susurraron a un tiempo, y se apagaron las luces de las varitas.

Solamente había una puerta abierta. Al dirigirse despacio hacia ella, oyeron un movimiento al otro lado. Un suave gemido, y luego un ronroneo profundo y sonoro. Cambiaron una última mirada y un último asentimiento con la cabeza.

Sosteniendo la varita ante sí, Harry abrió la puerta de una patada.

Crookshanks estaba acostado en una magnífica cama con dosel y colgaduras polvorientas. Ronroneó al verlos. En el suelo, a su lado, sujetándose la pierna que sobresalía en un ángulo anormal, estaba Ron. Harry y Hermione se le acercaron rápidamente.

—¡Ron!, ¿te encuentras bien?

—¿Dónde está el perro?

—No hay perro —gimió Ron. El dolor le hacía apretar los dientes—. Harry, esto es una trampa...

—¿Qué...?

—Él es el perro. Es un animago...

Ron miraba por encima del hombro de Harry. Harry se dio la vuelta. El hombre oculto en las sombras cerró la puerta tras ellos.

Una masa de pelo sucio y revuelto le caía hasta los codos. Si no le hubieran brillado los ojos en las cuencas profundas y oscuras, habría creído que se trataba de un cadáver. La piel de cera estaba tan estirada sobre los huesos de la cara que parecía una calavera. Una mueca dejaba al descubierto sus dientes amarillos. Era Sirius Black.

—*¡Expeliarmo!* —exclamó, dirigiendo hacia ellos la varita de Ron.

Las varitas que empuñaban Harry y Hermione saltaron de sus manos, y Black las recogió. Dio un paso hacia ellos, con los ojos fijos en Harry.

—Pensé que vendrías a ayudar a tu amigo —dijo con voz ronca. Su voz sonaba como si no la hubiera empleado en mucho tiempo—. Tu padre habría hecho lo mismo por mí. Habéis sido muy valientes por no salir corriendo en busca de un profesor. Muchas gracias. Esto lo hará todo mucho más fácil...

Harry oyó la burla sobre su padre como si Black la hubiera proferido a voces. Notó la quemazón del odio, que no dejaba lugar al miedo. Por primera vez en su vida habría querido volver a tener en su mano la varita, no para defenderse, sino para atacar... para matar. Sin saber lo que hacía, se adelanté, pero algo se movió a sus costados, y dos pares de manos lo sujetaron y lo hicieron retroceder.

—¡No, Harry! —exclamó Hermione, petrificada.

Ron, sin embargo, se dirigió a Black:

—Si quiere matar a Harry, tendrá que matarnos también a nosotros —dijo con fiereza, aunque el esfuerzo que había hecho para levantarse lo había dejado aún más pálido, y oscilaba al hablar.

Algo titiló en los ojos sombríos de Black.

—Échate —le dijo a Ron en voz baja— o será peor para tu pierna.

—¿Me ha oído? —dijo Ron débilmente, apoyándose en Harry para mantenerse en pie—. Tendrá que matarnos a los tres.

—Sólo habrá un asesinato esta noche —respondió Black, acentuando la mueca.

—¿Por qué? —preguntó Harry, tratando de soltarse de Ron y de Hermione—. No le importó la última vez, ¿a que no? No le importó matar a todos aquellos muggles al mismo tiempo que a Pettigrew... ¿Qué ocurre, se ha ablandado usted en Azkaban?

—¡Harry! —sollozó Hermione—. ¡Cállate!

—¡ÉL MATÓ A MIS PADRES! —gritó Harry.

Y haciendo un último esfuerzo se liberó de Ron y de Hermione, y se lanzó.

Había olvidado la magia. Había olvidado que era bajito y poca cosa y que tenía trece años, mientras que Black era un hombre adulto y alto. Lo único que sabía Harry era que quería hacerle a Black todo el daño posible, y que no le importaba el que recibiera a cambio.

Tal vez fuera por la impresión que le produjo ver a Harry cometiendo aquella necedad, pero Black no levantó a tiempo las varitas. Harry sujetó por la muñeca la mano libre de Black, desviando la orientación de las varitas. Tras propinarle un puñetazo en el pómulo, los dos cayeron hacia atrás, contra la pared.

Hermione y Ron gritaron. Vieron un resplandor cegador cuando las varitas que Black tenía en la mano lanzaron un chorro de chispas que por unos centímetros no dieron a Harry en la cara. Harry sintió retorcerse bajo sus dedos el brazo de Black, pero no lo soltó y golpeó con la otra mano.

Pero Black aferró con su mano libre el cuello de Harry.

—No —susurró—. He esperado demasiado tiempo.

Apretó los dedos. Harry se ahogaba. Las gafas se le habían caído hacia un lado.

Entonces vio el pie de Hermione, salido de no se sabía dónde. Black soltó a Harry profiriendo un alarido de dolor. Ron se arrojó sobre la mano con que Black sujetaba la varita y Harry oyó un débil tintineo.

Se soltó del nudo de cuerpos y vio su propia varita en el suelo. Se tiró hacia ella, pero...

—¡Ah!

Crookshanks se había unido a la lucha, clavándole las zarpas delanteras en el brazo. Harry se lo sacudió de encima, pero *Crookshanks* se dirigió como una flecha hacia la varita de Harry.

—¡NO! —exclamó Harry, y propinó a *Crookshanks* un puntapié que lo tiró a un lado bufando. Harry recogió la varita y se dio la vuelta.

—¡Apartaos! —gritó a Ron y a Hermione.

No necesitaron oírlo dos veces. Hermione, sin aliento y con sangre en el labio, se hizo a un lado, recogiendo su varita y la de Ron. Ron se arrastró hasta la cama y se derrumbó sobre ella, jadeando y con la cara ya casi verde, asiéndose la pierna rota con las manos.

Black yacía de cualquier manera junto a la pared. Su estrecho tórax subía y bajaba con rapidez mientras veía a Harry aproximarse muy despacio, apuntándole directamente al corazón con la varita.

—¿Vas a matarme, Harry? —preguntó.

Harry se paró delante de él, sin dejar de apuntarle con la varita, y bajando la vista para observarle la cara. El ojo izquierdo se le estaba hinchando y le sangraba la nariz.

—Usted mató a mis padres —dijo Harry con voz algo temblorosa, pero con la mano firme.

Black lo miró fijamente con aquellos ojos hundidos.

—No lo niego —dijo en voz baja—. Pero si supieras toda la historia...

—¿Toda la historia? —repitió Harry, con un furioso martilleo en los oídos—. Los entregó a Voldemort, eso es todo lo que necesito saber.

—Tienes que escucharme —dijo Black con un dejo de apremio en la voz—. Lo lamentarás si no... si no comprendes...

—Comprendo más de lo que cree —dijo Harry con la voz cada vez más temblorosa—. Usted no la ha oído nunca, ¿verdad? A mi madre, impidiendo que Voldemort me matara... Y usted lo hizo. Lo hizo...

Antes de que nadie pudiera decir nada más, algo canela pasó por delante de Harry como un rayo. *Crookshanks* saltó sobre el pecho de Black y se quedó allí, sobre su corazón. Black cerró los ojos y los volvió a abrir mirando al gato.

—Vete —ordenó Black, tratando de quitarse de encima al animal. Pero *Crookshanks* le hundió las garras en la túnica. Volvió a Harry su cara fea y aplastada, y lo miró con sus grandes ojos amarillos. Hermione, que estaba a su derecha, lanzó un sollozo.

Harry miró a Black y a *Crookshanks*, sujetando la varita aún con más fuerza. ¿Y qué si tenía que matar también al gato? Era un aliado de Black... Si estaba dispuesto a morir defendiéndolo, no era asunto suyo. Si Black quería salvarlo, eso sólo demostraría que le importaba más *Crookshanks* que los padres de Harry...

Harry levantó la varita. Había llegado el momento de vengar a sus padres. Iba a matar a Black. Tenía que matarlo. Era su oportunidad...

Pasaron unos segundos y Harry seguía inmóvil, con la varita en alto. Black lo miraba fijamente, con *Crookshanks* sobre el pecho. En la cama en la que estaba tendido Ron se oía una respiración jadeante. Hermione permanecía en silencio.

Y entonces oyeron algo que no habían oído hasta entonces.

Unos pasos amortiguados. Alguien caminaba por el piso inferior.

—¡ESTAMOS AQUÍ ARRIBA! —gritó Hermione de pronto—. ¡ESTAMOS AQUÍ ARRIBA! ¡SIRIUS BLACK! ¡DENSE PRISA!

Black sufrió tal sobresalto que *Crookshanks* estuvo a punto de caerse.

Harry apretó la varita con una fuerza irracional. *¡Mátalo ya!*, dijo una voz en su cabeza. Pero los pasos que subían las escaleras se oían cada vez más fuertes, y Harry seguía sin moverse.

La puerta de la habitación se abrió de golpe entre una lluvia de chispas rojas y Harry se volvió cuando el profesor Lupin entró en la habitación como un rayo. El profesor Lupin tenía la cara exangüe, y la varita levantada y dispuesta. Miró a Ron, que yacía en la cama; a Hermione, encogida de miedo junto a la puerta; a Harry, que no dejaba de apuntar a Black con la varita; y al mismo Black, desplomado a los pies de Harry y sangrando.

—*¡Expeliarmo!* —gritó Lupin.

La varita de Harry salió volando de su mano. También lo hicieron las dos que sujetaba Hermione. Lupin las cogió todas hábilmente y luego penetró en la habitación, mirando a Black, que todavía tenía a *Crookshanks* protectoramente encaramado en el pecho.

Harry se sintió de pronto como vacío. No lo había matado. Le había faltado valor. Black volvería a manos de los dementores.

Entonces habló Lupin, con una voz extraña que temblaba de emoción contenida:

—¿Dónde está, Sirius?

Harry miró a Lupin. No comprendía qué quería decir. ¿De quién hablaba? Se volvió para mirar de nuevo a Black, cuyo rostro carecía completamente de expresión. Durante unos segundos no se movió. Luego, muy despacio, levantó la mano y señaló a Ron. Desconcertado, Harry se volvió hacia el sorprendido Ron.

—Pero entonces... —murmuró Lupin, mirando tan intensamente a Black que parecía leer sus pensamientos—, ¿por qué no se ha manifestado antes? A menos que... —De repente, los ojos de Lupin se dilataron como si viera algo más allá de Black, algo que no podía ver ninguno de los presentes— ... a menos que fuera él quien... a menos que te transmutaras... sin decírmelo...

Muy despacio, sin apartar los hundidos ojos de Lupin, Black asintió con la cabeza.

—Profesor Lupin, ¿qué pasa? —interrumpió Harry en voz alta—. ¿Qué...?

Pero no terminó la pregunta, porque lo que vio lo dejó mudo. Lupin bajaba la varita. Un instante después, se acercó a Black, le cogió la mano, tiró de él para incorporarlo y para que *Crookshanks* cayese al suelo, y abrazó a Black —como a un hermano.

Harry se sintió como si le hubieran agujereado el fondo del estómago.

—¡NO LO PUEDO CREER! —gritó Hermione.

Lupin soltó a Black y se volvió hacia ella. Hermione se había levantado del suelo y señalaba a Lupin con ojos espantados.

—Usted... usted...

—Hermione...

—¡... usted y él!

—Tranquilízate, Hermione.

—¡No se lo dije a nadie! —gritó Hermione—. ¡Lo he estado encubriendo!

—¡Hermione, escúchame, por favor! —exclamó Lupin—. Puedo explicarlo...

Harry temblaba, no de miedo, sino de una ira renovada.

—Yo confié en usted —gritó a Lupin, flaqueándole la voz— y en realidad era amigo de él.

—Estáis en un error —explicó Lupin—. No he sido amigo suyo durante estos doce años, pero ahora sí... Dejadme que os lo explique...

—¡NO! —gritó Hermione—. Harry, no te fíes de él. Ha ayudado a Black a entrar en el castillo. También él quiere matarte. ¡Es un hombre lobo!

Se hizo un vibrante silencio. Todos miraban a Lupin, que parecía tranquilo, aunque estaba muy pálido.

—Estás acertando mucho menos que de costumbre, Hermione —dijo—. Me temo que sólo una de tres. No es verdad que haya ayudado a Sirius a entrar en el castillo, y te aseguro que no quiero matar a Harry... —Se estremeció visiblemente—. Pero no negaré que soy un hombre lobo.

Ron hizo un esfuerzo por volver a levantarse, pero se cayó con un gemido de dolor. Lupin se le acercó preocupado, pero Ron exclamó:

—¡Aléjate de mí, licántropo!

Lupin se paró en seco. Y entonces, con un esfuerzo evidente, se volvió a Hermione y le dijo:

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Siglos —contestó Hermione—. Desde que hice el trabajo para el profesor Snape.

—Estará encantado —dijo Lupin con poco entusiasmo—. Os puso ese trabajo para que alguno de vosotros se percatara de mis síntomas. ¿Comprobaste el mapa lunar y te diste cuenta de que yo siempre estaba enfermo en luna llena? ¿Te diste cuenta de que el boggart se transformaba en luna al verme?

—Las dos cosas —respondió Hermione en voz baja.

Lupin lanzó una risa forzada.

—Nunca he conocido una bruja de tu edad tan inteligente, Hermione.

—No soy tan inteligente —susurró Hermione—. ¡Si lo fuera, le habría dicho a todo el mundo lo que es usted!

—Ya lo saben —dijo Lupin—. Al menos, el personal docente lo sabe.

—¿Dumbledore lo contrató sabiendo que era usted un licántropo? —preguntó Ron con voz ahogada—. ¿Está loco?

—Hay profesores que opinan que sí —admitió Lupin—. Le costó convencer a ciertos profesores de que yo era de fiar.

—¡Y ESTABA EN UN ERROR! —gritó Harry—. ¡HA ESTADO AYUDÁNDOLO TODO ESTE TIEMPO!

Señalaba a Black, que se había dirigido hacia la cama adoselada y se había echado encima, ocultando el rostro con mano temblorosa. *Crookshanks* saltó a su lado y se subió en sus rodillas ronroneando. Ron se alejó, arrastrando la pierna.

—No he ayudado a Sirius —dijo Lupin—. Si me dejáis, os lo explicaré. Mirad... —Separó las varitas de Harry, Ron y Hermione y las lanzó hacia sus respectivos dueños. Harry cogió la suya asombrado—. Ya veis —prosiguió Lupin, guardándose su propia varita en el cinto—. Ahora vosotros estáis armados y nosotros no. ¿Queréis escucharme?

Harry no sabía qué pensar. ¿Sería un truco?

—Si no lo ha estado ayudando —dijo mirando furiosamente a Black—, ¿cómo sabía que se encontraba aquí?

—Por el mapa —explicó Lupin—. Por el mapa del merodeador. Estaba en mi despacho examinándolo...

—¿Sabe utilizarlo? —le preguntó Harry con suspicacia.

—Por supuesto —contestó Lupin, haciendo con la mano un ademán de impaciencia—. Yo colaboré en su elaboración. Yo soy Lunático... Es el apodo que me pusieron mis amigos en el colegio.

—¿Usted hizo...?

—Lo importante es que esta tarde lo estaba examinando porque tenía la idea de que tú, Ron y Hermione intentaríais salir furtivamente del castillo para visitar a Hagrid antes de que su hipogrifo fuera ejecutado. Y estaba en lo cierto, ¿a que sí? —Comenzó a pasear sin dejar de mirarlos, levantando el polvo con los pies—. Supuse que os cubriríais con la vieja capa de tu padre, Harry.

—¿Cómo sabe lo de la capa?

—¡La de veces que vi a James desaparecer bajo ella! —dijo Lupin, repitiendo el ademán de impaciencia—. Que llevéis una capa invisible no os impide aparecer en el mapa del merodeador. Os vi cruzar los terrenos del colegio y entrar en la cabaña de Hagrid. Veinte minutos más tarde dejasteis a Hagrid y volvisteis hacia el castillo. Pero en aquella ocasión os acompañaba alguien.

—¿Qué dice? —interrumpió Harry—. Nada de eso. No nos acompañaba nadie.

—No podía creer lo que veía —prosiguió Lupin, todavía paseando, sin escuchar a Harry—. Creía que el mapa estaría estropeado. ¿Cómo podía estar con vosotros?

—¡No había nadie con nosotros!

—Y entonces vi otro punto que se os acercaba rápidamente, con la inscripción «Sirius Black». Vi que chocaba con vosotros, vi que arrastraba a dos de vosotros hasta el interior del sauce boxeador.

—¡A uno de nosotros! —dijo Ron enfadado.

—No, Ron —dijo Lupin—. A dos.

Dejó de pasearse y miró a Ron.

—¿Me dejas echarle un vistazo a la rata? —dijo con amabilidad.

—¿Qué? —preguntó Ron—. ¿Qué tiene que ver *Scabbers* en todo esto?

—Todo —respondió Lupin—. ¿Podría echarle un vistazo, por favor?

Ron dudó. Metió la mano en la túnica. *Scabbers* salió agitándose como loca. Ron tuvo que agarrarla por la larga cola sin pelo para impedirle escapar. *Crookshanks*, todavía en las rodillas de Black, se levantó y dio un suave bufido.

Lupin se acercó más a Ron. Contuvo el aliento mientras examinaba detenidamente a *Scabbers*.

—¿Qué? —volvió a preguntar Ron, con cara de asustado y manteniendo a *Scabbers* junto a él—. ¿Qué tiene que ver la rata en todo esto?

—No es una rata —graznó de repente Sirius Black.

—¿Qué quiere decir? ¡Claro que es una rata!

—No lo es —dijo Lupin en voz baja—. Es un mago.

—Un animago —aclaró Black— llamado Peter Pettigrew.

18

Lunático, Colagusano, Canuto y Cornamenta

Era tan absurdo que les costó un rato comprender lo que había dicho. Luego, Ron dijo lo mismo que Harry pensaba:

—Están ustedes locos.

—¡Absurdo! —dijo Hermione con voz débil.

—¡Peter Pettigrew está muerto! ¡Lo mató hace doce años!

Señaló a Black, cuya cara sufría en ese momento un movimiento espasmódico.

—Tal fue mi intención —explicó, enseñando los dientes amarillos—, pero el pequeño Peter me venció. ¡Pero esta vez me vengaré!

Y dejó en el suelo a *Crookshanks* antes de abalanzarse sobre *Scabbers*; Ron gritó de dolor cuando Black cayó sobre su pierna rota.

—¡Sirius, NO! —gritó Lupin, corriendo hacia ellos y separando a Black de Ron—. ¡ESPERA! ¡No puedes hacerlo así! ¡Tienen que comprender! ¡Tenemos que explicárselo!

—Podemos explicarlo después —gruñó Black, intentando desprenderse de Lupin y dando un zarpazo al aire para atrapar a *Scabbers*, que gritaba como un cochinillo y arañaba a Ron en la cara y en el cuello, tratando de escapar.

—¡Tienen derecho... a saberlo... todo! —jadeó Lupin sujetando a Black—. ¡Es la mascota de Ron! ¡Hay cosas que ni siquiera yo comprendo! ¡Y Harry...! ¡Tienes que explicarle la verdad a Harry, Sirius!

Black dejó de forcejear; aunque mantuvo los hundidos ojos fijos en *Scabbers*, a la que Ron protegía con sus manos arañadas, mordidas y manchadas de sangre.

—De acuerdo, pues —dijo Black, sin apartar la mirada de la rata—. Explícales lo que quieras, pero date prisa, Remus. Quiero cometer el asesinato por el que fui encarcelado...

—Están locos los dos —dijo Ron con voz trémula, mirando a Harry y a

Hermione, en busca de apoyo—. Ya he tenido bastante. Me marcho.

Intentó incorporarse sobre su pierna sana, pero Lupin volvió a levantar la varita apuntando a *Scabbers*.

—Me vas a escuchar hasta el final, Ron —dijo en voz baja—. Pero sujeta bien a Peter mientras escuchas.

—¡NO ES PETER, ES *SCABBERS*! —gritó Ron, obligando a la rata a meterse en su bolsillo delantero, aunque se resistía demasiado. Ron perdió el equilibrio. Harry lo cogió y lo tendió en la cama. Sin hacer caso de Black, Harry se volvió hacia Lupin.

—Hubo testigos que vieron morir a Pettigrew —dijo—. Toda una calle llena de testigos.

—¡No vieron, creyeron ver! —respondió Black con furia, vigilando a *Scabbers*, que se debatía en las manos de Ron.

—Todo el mundo creyó que Sirius mató a Peter —confirmó Lupin—. Yo mismo lo creía hasta que he visto el mapa esta noche. Porque el mapa del merodeador nunca miente... Peter está vivo. Ron lo tiene entre las manos, Harry.

Harry bajó la mirada hacia Ron, y al encontrarse sus ojos, se entendieron sin palabras: indudablemente, Black y Lupin estaban locos. Nada de lo que decían tenía sentido. ¿Cómo iba *Scabbers* a ser Peter Pettigrew? Azkaban debía de haber trastornado a Black, después de todo. Pero ¿por qué Lupin le seguía la corriente?

Entonces habló Hermione, con una voz temblorosa que pretendía parecer calmada, como si quisiera que el profesor Lupin recobrara la sensatez.

—Pero profesor Lupin: *Scabbers* no puede ser Pettigrew... Sencillamente es imposible, usted lo sabe.

—¿Por qué no puede serlo? —preguntó Lupin tranquilamente, como si estuvieran en clase y Hermione se limitara a plantear un problema en un experimento con *grindylows* .

—Porque si Peter Pettigrew hubiera sido un animago, la gente lo habría sabido. Estudiamos a los animagos con la profesora McGonagall. Y yo los estudié en la enciclopedia cuando preparaba el trabajo. El Ministerio vigila a los magos que pueden convertirse en animales. Hay un registro que indica en qué animal se convierten y las señales que tienen. Yo busqué «Profesora McGonagall» en el registro, y vi que en este siglo sólo ha habido siete animagos. El nombre de Peter Pettigrew no figuraba en la lista.

Iba a asombrarse Harry de la escrupulosidad con que Hermione hacía los deberes cuando Lupin se echó a reír.

—¡Bien otra vez, Hermione! —dijo—. Pero el Ministerio ignora la existencia

de otros tres animagos en Hogwarts.

—Si se lo vas a contar; date prisa, Remus —gruñó Black, que seguía vigilando cada uno de los frenéticos movimientos de *Scabbers*—. He esperado doce años. No voy a esperar más.

—De acuerdo, pero tendrás que ayudarme, Sirius —dijo Lupin—. Yo sólo sé cómo comenzó...

Lupin se detuvo en seco. Había oído un crujido tras él. La puerta de la habitación acababa de abrirse. Los cinco se volvieron hacia ella. Lupin se acercó y observó el rellano.

—No hay nadie.

—¡Este lugar está encantado! —dijo Ron.

—No lo está —dijo Lupin, que seguía mirando a la puerta, intrigado—. La Casa de los Gritos nunca ha estado embrujada. Los gritos y aullidos que oían los del pueblo los producía yo. —Se apartó el ceniciento pelo de los ojos. Meditó un instante y añadió—: Con eso empezó todo... cuando me convertí en hombre lobo. Nada de esto habría sucedido si no me hubieran mordido... y si no hubiera sido yo tan temerario.

Estaba tranquilo pero fatigado. Iba Ron a interrumpirle cuando Hermione, que observaba a Lupin muy atentamente, se llevó el dedo a la boca.

—¡Chitón!

—Era muy pequeño cuando me mordieron —prosiguió Lupin—. Mis padres lo intentaron todo, pero en aquellos días no había cura. La poción que me ha estado dando el profesor Snape es un descubrimiento muy reciente. Me vuelve inofensivo, ¿os dais cuenta? Si la tomo la semana anterior a la luna llena, conservo mi personalidad al transformarme... Me encojo en mi despacho, convertido en un lobo inofensivo, y aguardo a que la luna vuelva a menguar. Sin embargo, antes de que se descubriera la poción de matalobos, me convertía una vez al mes en un peligroso lobo adulto. Parecía imposible que pudiera venir a Hogwarts. No era probable que los padres quisieran que sus hijos estuvieran a mi merced. Pero entonces Dumbledore llegó a director y se hizo cargo de mi problema. Dijo que mientras tomáramos ciertas precauciones, no había motivo para que yo no acudiera a clase. —Lupin suspiró y miró a Harry—. Te dije hace meses que el sauce boxeador lo plantaron el año que llegué a Hogwarts. La verdad es que lo plantaron porque vine a Hogwarts. Esta casa —Lupin miró a su alrededor melancólicamente—, el túnel que conduce a ella... se construyeron para que los usara yo. Una vez al mes me sacaban del castillo furtivamente y me traían a este lugar para que me transformara. El árbol se puso en la boca del túnel para que nadie se encontrara conmigo mientras yo fuera peligroso.

Harry no sabía en qué pararía la historia, pero aun así escuchaba con gran interés. Lo único que se oía, aparte de la voz de Lupin, eran los chillidos asustados de *Scabbers*.

—En aquella época mis transformaciones eran... eran terribles. Es muy doloroso convertirse en licántropo. Se me aislaba de los humanos para que no los mordiera, de forma que me arañaba y mordía a mí mismo. En el pueblo oían los ruidos y los gritos, y creían que se trataba de espíritus especialmente violentos. Dumbledore alentó los rumores... Ni siquiera ahora que la casa lleva años en silencio se atreven los del pueblo a acercarse. Pero aparte de eso, yo era más feliz que nunca. Por primera vez tenía amigos, tres estupendos amigos: Sirius Black, Peter Pettigrew y tu padre, Harry, James Potter. Mis tres amigos no podían dejar de darse cuenta de mis desapariciones mensuales. Yo inventaba historias de todo tipo. Les dije que mi madre estaba enferma y que tenía que ir a casa a verla... Me aterrorizaba que pudieran abandonarme cuando descubrieran lo que yo era. Pero al igual que tú, Hermione, averiguaron la verdad. Y no me abandonaron. Por el contrario, convirtieron mis metamorfosis no sólo en soportables, sino en los mejores momentos de mi vida. Se hicieron animagos.

—¿Mi padre también? —preguntó Harry atónito.

—Sí, claro —respondió Lupin—. Les costó tres años averiguar cómo hacerlo. Tu padre y Sirius eran los alumnos más inteligentes del colegio y tuvieron suerte porque la transformación en animago puede salir fatal. Es la razón por la que el Ministerio vigila estrechamente a los que lo intentan. Peter necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener de James y Sirius. Finalmente, en quinto, lo lograron. Cada cual tuvo la posibilidad de convertirse a voluntad en un animal diferente.

—Pero ¿en qué le benefició a usted eso? —preguntó Hermione con perplejidad.

—No podían hacerme compañía como seres humanos, así que me la hacían como animales —explicó Lupin—. Un licántropo sólo es peligroso para las personas. Cada mes abandonaban a hurtadillas el castillo, bajo la capa invisible de James. Peter, como era el más pequeño, podía deslizarse bajo las ramas del sauce y tocar el nudo que las deja inmóviles. Entonces pasaban por el túnel y se reunían conmigo. Bajo su influencia yo me volvía menos peligroso. Mi cuerpo seguía siendo de lobo, pero mi mente parecía más humana mientras estaba con ellos.

—Date prisa, Remus —gritó Black, que seguía mirando a *Scabbers* con una horrible expresión de avidez.

—Ya llego, Sirius, ya llego... Al transformarnos se nos abrían posibilidades emocionantes. Abandonábamos la Casa de los Gritos y vagábamos de noche por los terrenos del colegio y por el pueblo. Sirius y James se transformaban en animales tan grandes que eran capaces de tener a raya a un licántropo. Dudo que ningún alumno de Hogwarts haya descubierto nunca tantas cosas sobre el colegio como nosotros. Y de esa manera llegamos a trazar el mapa del merodeador y lo firmamos con nuestros apodos: Sirius era Canuto, Peter Colagusano y James Cornamenta.

—¿Qué animal...? —comenzó Harry, pero Hermione lo interrumpió:

—¡Aun así, era peligroso! ¡Andar por ahí, en la oscuridad, con un licántropo! ¿Qué habría ocurrido si les hubiera dado esquinazo a los otros y mordido a alguien?

—Ése es un pensamiento que aún me reconcome —respondió Lupin en tono de lamentación—. Estuve a punto de hacerlo muchas veces. Luego nos reíamos. Éramos jóvenes e irreflexivos. Nos dejábamos llevar por nuestras ocurrencias. A menudo me sentía culpable por haber traicionado la confianza de Dumbledore. Me había admitido en Hogwarts cuando ningún otro director lo habría hecho, y no se imaginaba que yo estuviera rompiendo las normas que había establecido para mi propia seguridad y la de otros. Nunca supo que por mi culpa tres de mis compañeros se convirtieron ilegalmente en animagos. Pero olvidaba mis remordimientos cada vez que nos sentábamos a planear la aventura del mes siguiente. Y no he cambiado... —Las facciones de Lupin se habían tensado y se le notaba en la voz que estaba disgustado consigo mismo—. Todo este curso he estado pensando si debería decirle a Dumbledore que Sirius es un animago. Pero no lo he hecho. ¿Por qué? Porque soy demasiado cobarde. Decírselo habría supuesto confesar que yo traicionaba su confianza mientras estaba en el colegio, habría supuesto admitir que arrastraba a otros conmigo... y la confianza de Dumbledore ha sido muy importante para mí. Me dejó entrar en Hogwarts de niño y me ha dado un trabajo cuando durante toda mi vida adulta me han rehuido y he sido incapaz de encontrar un empleo remunerado debido a mi condición. Y por eso supe que Sirius entraba en el colegio utilizando artes oscuras aprendidas de Voldemort y de que su condición de animago no tenía nada que ver... Así que, de alguna manera, Snape tenía razón en lo que decía de mí.

—¿Snape? —dijo Black bruscamente, apartando los ojos de *Scabbers* por primera vez desde hacía varios minutos, y mirando a Lupin—. ¿Qué pinta Snape?

—Está aquí, Sirius —dijo Lupin con disgusto—. También da clases en Hogwarts. —Miró a Harry, a Ron y a Hermione—. El profesor Snape era compañero nuestro. —Se volvió otra vez hacia Black—: Ha intentado por todos los medios impedir que me dieran el puesto de profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras. Le ha estado diciendo a Dumbledore durante todo el curso que no soy de fiar. Tiene motivos... Sirius le gastó una broma que casi lo mató, una broma en la que me vi envuelto.

—Le estuvo bien empleado. —Black se rió con una mueca—. Siempre husmeando, siempre queriendo saber lo que tramábamos... para ver si nos expulsaban.

—Severus estaba muy interesado por averiguar adónde iba yo cada mes —explicó Lupin a los tres jóvenes—. Estábamos en el mismo curso, ¿sabéis? Y no nos caíamos bien. En especial, le tenía inquina a James. Creo que era envidia por lo bien que se le daba el quidditch... De todas formas, Snape me había visto atravesar los terrenos del colegio con la señora Pomfrey cierta tarde que me llevaba hacia el sauce boxeador para mi transformación. Sirius pensó que sería divertido contarle a Snape que para entrar detrás de mí bastaba con apretar el nudo del árbol con un palo largo. Bueno, Snape, como es lógico, lo

hizo. Si hubiera llegado hasta aquí, se habría encontrado con un licántropo completamente transformado. Pero tu padre, que había oído a Sirius, fue tras Snape y lo obligó a volver, arriesgando su propia vida, aunque Snape me entrevió al final del túnel. Dumbledore le prohibió contárselo a nadie, pero desde aquel momento supo lo que yo era...

—Entonces, por eso lo odia Snape —dijo Harry—. ¿Pensó que estaba usted metido en la broma?

—Exactamente —admitió una voz fría y burlona que provenía de la pared, a espaldas de Lupin.

Severus Snape se desprendió de la capa invisible y apuntó a Lupin con la varita.

19

El vasallo de lord Voldemort

Hermione dio un grito. Black se puso en pie de un salto. Harry saltó también como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—He encontrado esto al pie del sauce boxeador —dijo Snape, arrojando la capa a un lado y sin dejar de apuntar al pecho de Lupin con la varita—. Muchas gracias, Potter, me ha sido muy útil.

Snape estaba casi sin aliento, pero su cara rebosaba sensación de triunfo.

—Tal vez os preguntéis cómo he sabido que estabais aquí —dijo con los ojos relampagueantes—. Acabo de ir a tu despacho, Lupin. Te olvidaste de tomar la poción esta noche, así que te llevé una copa llena. Fue una suerte. En tu mesa había cierto mapa. Me bastó un vistazo para saber todo lo que necesitaba. Te vi correr por el pasadizo.

—Severus... —comenzó Lupin, pero Snape no lo oyó.

—Le he dicho una y otra vez al director que ayudabas a tu viejo amigo Black a entrar en el castillo, Lupin. Y aquí está la prueba. Ni siquiera se me ocurrió que tuvierais el valor de utilizar este lugar como escondrijo.

—Te equivocas, Severus —dijo Lupin, hablando aprisa—. No lo has oído todo. Puedo explicarlo. Sirius no ha venido a matar a Harry.

—Dos más para Azkaban esta noche —dijo Snape, con los ojos llenos de odio—. Me encantará saber cómo se lo toma Dumbledore. Estaba convencido de que eras inofensivo, ¿sabes, Lupin? Un licántropo domesticado...

—Idiota —dijo Lupin en voz baja—. ¿Vale la pena volver a meter en Azkaban a un hombre inocente por una pelea de colegiales?

¡PUM!

Del final de la varita de Snape surgieron unas cuerdas delgadas, semejantes a serpientes, que se enroscaron alrededor de la boca, las muñecas y los tobillos de Lupin. Este perdió el equilibrio y cayó al suelo, incapaz de moverse. Con un rugido de rabia, Black se abalanzó sobre Snape, pero Snape apuntó directamente a sus ojos con la varita.

—Dame un motivo —susurró—. Dame un motivo para hacerlo y te juro que lo haré.

Black se detuvo en seco. Era imposible decir qué rostro irradiaba más odio. Harry se quedó paralizado, sin saber qué hacer ni a quién creer. Dirigió una mirada a Ron y a Hermione. Ron parecía tan confundido como él, intentando todavía retener a *Scabbers*. Hermione, sin embargo, dio hacia Snape un paso vacilante y dijo casi sin aliento:

—Profesor Snape, no... no perdería nada oyendo lo que tienen que decir; ¿no cree?

—Señorita Granger; me temo que vas a ser expulsada del colegio —dijo Snape—. Tú, Potter y Weasley os encontráis en un lugar prohibido, en compañía de un asesino escapado y de un licántropo. Y ahora te ruego que, por una vez en tu vida, cierres la boca.

—Pero si... si fuera todo una confusión...

—¡CALLATE, IMBÉCIL! —gritó de repente Snape, descompuesto—. ¡NO HABLES DE LO QUE NO COMPRENDES! —Del final de su varita, que seguía apuntando a la cara de Black, salieron algunas chispas. Hermione guardó silencio, mientras Snape proseguía—. La venganza es muy dulce —le dijo a Black en voz baja—. ¡Habría dado un brazo por ser yo quien te capturara!

—Eres tú quien no comprende, Severus —gruñó Black—. Mientras este muchacho meta su rata en el castillo —señaló a Ron con la cabeza—, entraré en él sigilosamente.

—¿En el castillo? —preguntó Snape con voz melosa—. No creo que tengamos que ir tan lejos. Lo único que tengo que hacer es llamar a los dementores en cuanto salgamos del sauce. Estarán encantados de verte, Black... Tanto que te darán un besito, me atrevería a decir...

El rostro de Black perdió el escaso color que tenía.

—Tienes que escucharme —volvió a decir—. La rata, mira la rata...

Pero había un destello de locura en la expresión de Snape que Harry no había visto nunca. Parecía fuera de sí.

—Vamos todos —ordenó. Chascó los dedos y las puntas de las cuerdas con que había atado a Lupin volvieron a sus manos—. Arrastraré al licántropo. Puede que los dementores lo besen también a él.

Sin saber lo que hacía, Harry cruzó la habitación con tres zancadas y bloqueó la puerta.

—Quítate de en medio, Potter. Ya estás metido en bastantes problemas —gruñó Snape—. Si no hubiera venido para salvarte...

—El profesor Lupin ha tenido cientos de oportunidades de matarme este curso —explicó Harry—. He estado solo con él un montón de veces, recibiendo clases de defensa contra los dementores. Si es un compinche de Black, ¿por qué no acabó conmigo?

—No me pidas que desentrañe la mente de un licántropo —susurró Snape—. Quítate de en medio, Potter.

—¡DA USTED PENA! —gritó Harry—. ¡SE NIEGA A ESCUCHAR SÓLO PORQUE SE BURLARON DE USTED EN EL COLEGIO!

—¡SILENCIO! ¡NO PERMITIRÉ QUE ME HABLES ASÍ! —chilló Snape, más furioso que nunca—. ¡De tal palo tal astilla, Potter! ¡Acabo de salvarte el pellejo, tendrías que agradecérmelo de rodillas! ¡Te estaría bien empleado si te hubiera matado! Habrías muerto como tu padre, demasiado arrogante para desconfiar de Black. Ahora quítate de en medio o te quitaré yo. ¡APARTATE, POTTER!

Harry se decidió en una fracción de segundo. Antes de que Snape pudiera dar un paso hacia él había alzado la varita.

—*¡Expeliarmo!* —gritó.

Pero la suya no fue la única voz que gritó. Una ráfaga de aire movió la puerta sobre sus goznes. Snape fue alzado en el aire y lanzado contra la pared. Luego resbaló hasta el suelo, con un hilo de sangre que le brotaba de la cabeza. Estaba sin conocimiento.

Harry miró a su alrededor. Ron y Hermione habían intentado desarmar a Snape en el mismo momento que él. La varita de Snape planeó trazando un arco y aterrizó sobre la cama, al lado de *Crookshanks*.

—No deberías haberlo hecho —dijo Black mirando a Harry—. Tendrías que habérmelo dejado a mí...

Harry rehuyó los ojos de Black. No estaba seguro, ni si—quiera en aquel momento, de haber hecho lo que debía.

—¡Hemos agredido a un profesor...! ¡Hemos agredido a un profesor...! —gimoteaba Hermione, mirando asustada a Snape, que parecía muerto—. ¡Vamos a tener muchos problemas!

Lupin forcejeaba para librarse de las ligaduras. Black se inclinó para desatarlo. Lupin se incorporó, frotándose los lugares entumecidos por las cuerdas.

—Gracias, Harry —dijo.

—Aún no creo en usted —repuso Harry.

—Entonces es hora de que te ofrezcamos alguna prueba —dijo Black—. Muchacho, entrégame a Peter. Ya.

Ron apretó a *Scabbers* aún más fuertemente contra el pecho.

—Venga —respondió débilmente—, ¿quiere que me crea que escapó usted de Azkaban sólo para atrapar a *Scabbers*? Quiero decir... —Miró a Harry y a Hermione en busca de apoyo—. De acuerdo, supongamos que Pettigrew pueda transformarse en rata... Hay millones de ratas. ¿Cómo sabía, estando en Azkaban, cuál era la, que buscaba?

—¿Sabes, Sirius? Ésa es una buena pregunta —observó Lupin, volviéndose hacia Black y frunciendo ligeramente el entrecejo—. ¿Cómo supiste dónde estaba?

Black metió dentro de la túnica una mano que parecía una garra y sacó una página arrugada de periódico, la alisó y se la enseñó a todos. Era la foto de Ron y su familia que había aparecido en el diario *El Profeta* el verano anterior. Sobre el hombro de Ron se encontraba *Scabbers*.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Lupin a Black, estupefacto.

—Fudge —explicó Black—. Cuando fue a inspeccionar Azkaban el año pasado, me dio el periódico. Y ahí estaba Peter, en primera plana... en el hombro de este chico. Lo reconocí enseguida. Cuántas veces lo vi transformarse. Y el pie de foto decía que el muchacho volvería a Hogwarts, donde estaba Harry...

—¡Dios mío! —dijo Lupin en voz baja, mirando a *Scabbers*, luego la foto y otra vez a *Scabbers*—. Su pata delantera...

—¿Qué le ocurre? —preguntó Ron, poniéndose chulito.

—Le falta un dedo —explicó Black.

—Claro —dijo Lupin—. Sencillo... e ingenioso. ¿Se lo cortó él?

—Poco antes de transformarse —dijo Black—. Cuando lo arrinconé, gritó para que toda la calle oyera que yo había traicionado a Lily y a James. Luego, para que no pudiera echarle ninguna maldición, abrió la calle con la varita en su espalda, mató a todos los que se encontraban a siete metros a la redonda y se metió a toda velocidad por la alcantarilla, con las demás ratas...

—¿Nunca lo has oído, Ron? —le preguntó Lupin—. El mayor trozo que encontraron de Peter fue el dedo.

—Mire, seguramente *Scabbers* tuvo una pelea con otra rata, o algo así. Ha estado con mi familia desde siempre.

—Doce años exactamente ¿No te has preguntado nunca por qué vive tanto?

—Bueno, la hemos cuidado muy bien —dijo Ron.

—Pero ahora no tiene muy buen aspecto, ¿verdad? —observó Lupin—. Apostaría a que su salud empeoró cuando supo que Sirius se había escapado.

—¡La ha asustado ese gato loco! —repuso Ron, señalando con la cabeza a *Crookshanks*, que seguía ronroneando en la cama.

Pero no había sido así, pensó Harry inmediatamente. *Scabbers* ya tenía mal aspecto antes de encontrar a *Crookshanks*. Desde que Ron volvió de Egipto. Desde que Black escapó...

—Este gato no está loco —dijo Black con voz ronca. Alargó una mano huesuda y acarició la cabeza mullida de *Crookshanks*—. Es el más inteligente que he visto en mi vida. Reconoció a Peter inmediatamente. Y cuando me encontró supo que yo no era un perro de verdad. Pasó un tiempo antes de que confiara en mí. Finalmente, me las arreglé para hacerle entender qué era lo que pretendía, y me ha estado ayudando...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Hermione en voz baja.

—Intentó que Peter se me acercara, pero no pudo... Así que se apoderó de las contraseñas para entrar en la torre de Gryffindor. Según creo, las cogió de la mesilla de un muchacho...

El cerebro de Harry empezaba a hundirse por el peso de las muchas cosas que oía. Era absurdo... y sin embargo...

—Sin embargo, Peter se olió lo que ocurría y huyó. Este gato, ¿decís que se llama *Crookshanks*?, me dijo que Peter había dejado sangre en las sábanas. Supongo que se mordió... Simular su propia muerte ya había resultado en otra ocasión.

Estas palabras impresionaron a Harry y lo sacaron de su ensimismamiento.

—¿Y por qué fingió su muerte? —preguntó furioso—. Porque sabía que usted lo quería matar; como mató a mis padres.

—No, Harry —dijo Lupin.

—Y ahora ha venido para acabar con él.

—Sí, es verdad —dijo Black, dirigiendo a *Scabbers* una mirada diabólica.

—Entonces yo tendría que haber permitido que Snape lo entregara —gritó Harry.

—Harry —dijo Lupin apresuradamente—, ¿no te das cuenta? Durante todo este tiempo hemos pensado que Sirius había traicionado a tus padres y que Peter lo había perseguido. Pero fue al revés, ¿no te das cuenta? Peter fue quien traicionó a tus padres. Sirius le siguió la pista y...

—¡ESO NO ES CIERTO! —gritó Harry—. ¡ERA SU GUARDIÁN SECRETO! ¡LO RECONOCIÓ ANTES DE QUE USTED APARECIESE! ¡ADMITIÓ QUE LOS MATÓ!

Señalaba a Black, que negaba lentamente con la cabeza. Sus ojos hundidos brillaron de repente.

—Harry..., la verdad es que fue como si los hubiera matado yo —gruñó—. Persuadí a Lily y a James en el último momento de que utilizaran a Peter. Los persuadí de que lo utilizaran a él como guardián secreto y no a mí. Yo tengo la culpa, lo sé. La noche que murieron había decidido vigilar a Peter, asegurarme de que todavía era de fiar. Pero cuando llegué a su guarida, ya se había ido. No había señal de pelea alguna. No me dio buena espina. Me asusté. Me puse inmediatamente en camino hacia la casa de tus padres. Y cuando la vi destruida y sus cuerpos... me di cuenta de lo que Peter había hecho. Y de lo que había hecho yo.

Su voz se quebró. Se dio la vuelta.

—Es suficiente —dijo Lupin, con una nota de acero en la voz que Harry no le había oído nunca—. Hay un medio infalible de demostrar lo que verdaderamente sucedió. Ron, entrégame la rata.

—¿Qué va a hacer con ella si se la doy? —preguntó Ron con nerviosismo.

—Obligarla a transformarse —respondió Lupin—. Si de verdad es sólo una rata, no sufrirá ningún daño.

Ron dudó. Finalmente puso a *Scabbers* en las manos de Lupin. *Scabbers* se puso a chillar sin parar; retorciéndose y agitándose. Sus ojos diminutos y negros parecían salirse de las órbitas.

—¿Preparado, Sirius? —preguntó Lupin.

Black ya había recuperado la varita de Snape, que había caído en la cama. Se aproximó a Lupin y a la rata. Sus ojos húmedos parecían arder.

—¿A la vez? —preguntó en voz baja.

—Venga —respondió Lupin, sujetando a *Scabbers* con una mano y la varita con la otra—. A la de tres. ¡Una, dos y... TRES!

Un destello de luz azul y blanca salió de las dos varitas. Durante un momento *Scabbers* se quedó petrificada en el aire, torcida, en posición extraña. Ron gritó. La rata golpeó el suelo al caer. Hubo otro destello cegador y entonces...

Fue como ver la película acelerada del crecimiento de un árbol. Una cabeza brotó del suelo. Surgieron las piernas y los brazos. Al cabo de un instante, en el lugar de *Scabbers* se hallaba un hombre, encogido y retorciéndose las manos. *Crookshanks* bufaba y gruñía en la cama, con el pelo erizado.

Era un hombre muy bajito, apenas un poco más alto que Harry y Hermione. Tenía el pelo ralo y descolorido, con calva en la coronilla. Parecía encogido, como un gordo que hubiera adelgazado rápidamente. Su piel parecía roñosa, casi como la de *Scabbers*, y le quedaba algo de su anterior condición roedora en lo puntiagudo de la nariz y en los ojos pequeños y húmedos. Los miró a todos, respirando rápida y superficialmente. Harry vio que sus ojos iban rápidamente hacia la puerta.

—Hola, Peter —dijo Lupin con voz amable, como si fuera normal que las ratas se convirtieran en antiguos compañeros de estudios—. Cuánto tiempo sin verte.

—Si... Sirius. Re... Remus —incluso la voz de Pettigrew era como de rata. Volvió a mirar a la puerta—. Amigos, queridos amigos...

Black levantó el brazo de la varita, pero Lupin lo sujetó por la muñeca y le echó una mirada de advertencia. Entonces se volvió a Pettigrew con voz ligera y despreocupada.

—Acabamos de tener una pequeña charla, Peter, sobre lo que sucedió la noche en que murieron Lily y James. Quizás te hayas perdido alguno de los detalles más interesantes mientras chillabas en la cama.

—Remus —dijo Pettigrew con voz entrecortada, y Harry vio gotas de sudor en su pálido rostro—, no lo creerás, ¿verdad? Intentó matarme a mí...

—Eso es lo que hemos oído —dijo Lupin más fríamente—. Me gustaría aclarar contigo un par de puntos, Peter; si fueras tan...

—¡Ha venido porque otra vez quiere matarme! —chilló Pettigrew señalando a Black, y Harry vio que utilizaba el dedo corazón porque le faltaba el índice—. ¡Mató a Lily y a James, y ahora quiere matarme a mí...! ¡Tienes que protegerme, Remus!

El rostro de Black semejaba más que nunca una calavera, mientras miraba a Peter Pettigrew con sus ojos insondables.

—Nadie intentará matarte antes de que aclaremos algunos puntos —dijo

Lupin.

—¿Aclarar puntos? —chilló Pettigrew, mirando una vez más a su alrededor; hacia las ventanas cegadas y hacia la única puerta—. ¡Sabía que me perseguiría! ¡Sabía que volvería a buscarme! ¡He temido este momento durante doce años!

—¿Sabías que Sirius se escaparía de Azkaban cuando nadie lo había conseguido hasta ahora? —preguntó Lupin, frunciendo el entrecejo.

—¡Tiene poderes oscuros con los que los demás sólo podemos soñar! —chilló Pettigrew con voz aguda—. ¿Cómo, si no, iba a salir de allí? Supongo que El Que No Debe Nombrarse le enseñó algunos trucos.

Black comenzó a sacudirse con una risa triste y horrible que llenó la habitación.

—¿Que Voldemort me enseñó trucos? —dijo y Peter Pettigrew retrocedió como si Black acabara de blandir un látigo en su dirección—. ¿Qué te ocurre? ¿Te asustas al oír el nombre de tu antiguo amo? —preguntó Black—. No te culpo, Peter. Sus secuaces no están muy contentos de ti, ¿verdad?

—No sé... qué quieres decir, Sirius —murmuró Pettigrew, respirando más aprisa aún. Todo su rostro brillaba de sudor.

—No te has estado ocultando durante doce años de mí —dijo Black—. Te has estado ocultando de los viejos seguidores de Voldemort. En Azkaban oí cosas. Todos piensan que si no estás muerto, deberías aclararles algunas dudas. Les he oído gritar en sueños todo tipo de cosas. Cosas como que el traidor les había traicionado. Voldemort acudió a la casa de los Potter por indicación tuya y allí conoció la derrota. Y no todos los seguidores de Voldemort han terminado en Azkaban, ¿verdad? Aún quedan muchos libres, esperando su oportunidad, fingiendo arrepentimiento... Si supieran que sigues vivo...

—No entiendo de qué hablas... —dijo de nuevo Pettigrew, con voz más chillona que nunca. Se secó la cara con la manga y miró a Lupin—. No creerás nada de eso, de esa locura...

—Tengo que admitir; Peter, que me cuesta comprender por qué un hombre inocente se pasa doce años convertido en rata —dijo Lupin impasible.

—¡Inocente, pero asustado! —chilló Pettigrew—. Si los seguidores de Voldemort me persiguen es porque yo metí en Azkaban a uno de sus mejores hombres: el espía Sirius Black.

El rostro de Black se contorsionó.

—¿Cómo te atreves? —gruñó, y su voz se asemejó de repente a la del perro enorme que había sido—. ¿Yo, espía de Voldemort? ¿Cuándo he husmeado yo a los que eran más fuertes y poderosos? Pero tú, Peter... no entiendo cómo no comprendí desde el primer momento que eras tú el espía.

Siempre te gustó tener amigos corpulentos para que te protegieran, ¿verdad? Ese papel lo hicimos nosotros: Remus y yo... y James...

Pettigrew volvió a secarse el rostro; le faltaba el aire.

—¿Yo, espía...? Estás loco. No sé cómo puedes decir...

—Lily y James te nombraron guardián secreto sólo porque yo se lo recomendé —susurró Black con tanto odio que Pettigrew retrocedió—. Pensé que era una idea perfecta... una trampa. Voldemort iría tras de mí, nunca pensaría que los Potter utilizarían a alguien débil y mediocre como tú... Sin duda fue el mejor momento de tu miserable vida, cuando le dijiste a Voldemort que podías entregarle a los Potter.

Pettigrew murmuraba cosas, aturdido. Harry captó palabras como «inverosímil» y «locura», pero no podía dejar de fijarse sobre todo en el color ceniciento de la cara de Pettigrew y en la forma en que seguía mirando las ventanas y la puerta.

—¿Profesor Lupin? —dijo Hermione, tímidamente—. ¿Puedo decir algo?

—Por supuesto, Hermione —dijo Lupin cortésmente.

—Pues bien, *Scabbers*..., quiero decir este... este hombre... ha estado durmiendo en el dormitorio de Harry durante tres años. Si trabaja para Quien Usted Sabe, ¿cómo es que nunca ha intentado hacerle daño?

—Eso es —dijo Pettigrew con voz aguda, señalando a Hermione con la mano lisiada—. Gracias. ¿Lo ves, Remus? ¡Nunca le he hecho a Harry el más leve daño! ¿Por qué no se lo he hecho?

—Yo te diré por qué —dijo Black—. Porque no harías nada por nadie si no te reporta un beneficio. Voldemort lleva doce años escondido, dicen que está medio muerto. Tú no cometerías un asesinato delante de Albus Dumbledore por servir a una piltrafa de brujo que ha perdido todo su poder; ¿a que no? Tendrías que estar seguro de que es el más fuerte en el juego antes de volver a ponerte de su parte. ¿Para qué, si no, te alojaste en una familia de magos? Para poder estar informado, ¿verdad, Peter? Sólo por si tu viejo protector recuperaba las fuerzas y volvía a ser conveniente estar con él.

Pettigrew abrió y cerró la boca varias veces. Se había quedado sin habla.

—Eh... ¿Señor Black... Sirius? —preguntó tímidamente Hermione. —A Black le sorprendió que lo interpelaran de esta manera, y miró a Hermione fijamente, como si nadie se hubiera dirigido a él con tal respeto en los últimos años—. Si no le importa que le pregunte, ¿cómo escapó usted de Azkaban? Si no empleó magia negra...

—¡Gracias! —dijo Pettigrew, asintiendo con la cabeza—. ¡Exacto! ¡Eso es precisamente lo que yo...!

Pero Lupin lo silenció con una mirada. Black fruncía ligeramente el

entrecejo con los ojos puestos en Hermione, pero no como si estuviera enfadado con ella: más bien parecía meditar la respuesta.

—No sé cómo lo hice —respondió—. Creo que la única razón por la que nunca perdí la cabeza es que sabía que era inocente. No era un pensamiento agradable, así que los dementores no me lo podían absorber... Gracias a eso conservé la cordura y no olvidé quién era... Gracias a eso conservé mis poderes... así que cuando ya no pude aguantar más me convertí en perro. Los dementores son ciegos, como sabéis. —Tragó saliva—. Se dirigen hacia la gente porque perciben sus emociones... Al convertirme en perro, notaron que mis sentimientos eran menos humanos, menos complejos, pero pensaron, claro, que estaba perdiendo la cabeza, como todo el mundo, así que no se preocuparon. Pero yo me encontraba débil, muy débil, y no tenía esperanza de alejarlos sin una varita. Entonces vi a Peter en aquella foto... comprendí que estaba en Hogwarts, con Harry... en una situación perfecta para actuar si oía decir que el Señor de las Tinieblas recuperaba fuerzas... —Pettigrew negó con la cabeza y movió la boca sin emitir sonido alguno, mirando a Black como hipnotizado—... Estaba dispuesto a hacerlo en cuanto estuviera seguro de sus aliados..., estaba dispuesto a entregarles al último de los Potter. Si les entregaba a Harry, ¿quién se atrevería a pensar que había traicionado a lord Voldemort? Lo recibirían con honores...

—Así que ya veis, tenía que hacer algo. Yo era el único que sabía que Peter estaba vivo...

Harry recordó lo que el padre de Ron le había dicho a su esposa: «Los guardianes dicen que hacía tiempo que Black hablaba en sueños. Siempre decía las mismas palabras: “Está en Hogwarts.”»

—Era como si alguien hubiera prendido una llama en mi cabeza, y los dementores no podían apagarla. No era un pensamiento agradable..., era una obsesión... pero me daba fuerzas, me aclaraba la mente. Por eso, una noche, cuando abrieron la puerta para dejarme la comida, salí entre ellos, en forma de perro. Les resulta tan difícil percibir las emociones animales que se confundieron. Estaba delgado, muy delgado... Lo bastante delgado para pasar a través de los barrotes. Nadé como un perro. Viajé hacia el norte y me metí en Hogwarts con la forma de perro... He vivido en el bosque desde entonces... menos cuando iba a ver el partido de quidditch, claro... Vuelas tan bien como tu padre, Harry... —Miró al muchacho, que esta vez no apartó la vista—. Créeme —añadió Black—. Créeme. Nunca traicioné a James y a Lily. Antes habría muerto.

Y Harry lo creyó. Asintió con la cabeza, con un nudo en la garganta.

—¡No!

Pettigrew se había arrodillado, como si el gesto de asentimiento de Harry hubiera sido su propia sentencia de muerte. Fue arrastrándose de rodillas, humillándose, con las manos unidas en actitud de rezo.

—Sirius, soy yo, soy Peter... tu amigo. No..., tú no...

Black amagó un puntapié y Pettigrew retrocedió.

—Ya hay bastante suciedad en mi túnica sin que tú la toques.

—¡Remus! —chilló Pettigrew volviéndose hacia Lupin, retorciéndose ante él, implorante—. Tú no lo crees. ¿No te habría contado Sirius que habían cambiado el plan?

—No si creía que el espía era yo, Peter —dijo Lupin—. Supongo que por eso no me lo contaste, Sirius —dijo Lupin despreocupadamente, mirándolo por encima de Pettigrew.

—Perdóname, Remus —dijo Black.

—No hay por qué, Canuto, viejo amigo —respondió Lupin, subiéndose las mangas—. Y a cambio, ¿querrás perdonar que yo te creyera culpable?

—Por supuesto —respondió Black, y un asomo de sonrisa apareció en su demacrado rostro. También empezó a remangarse—. ¿Lo matamos juntos?

—Creo que será lo mejor —dijo Lupin con tristeza.

—No lo haréis, no seréis capaces... —dijo Pettigrew. Y se volvió hacia Ron, arrastrándose—. Ron, ¿no he sido un buen amigo?, ¿una buena mascota? No dejes que me maten, Ron. Estás de mi lado, ¿a que sí?

Pero Ron miraba a Pettigrew con repugnancia.

—¡Te dejé dormir en mi cama! —dijo.

—Buen muchacho... buen amo... —Pettigrew siguió arrastrándose hacia Ron—. No lo consentirás... yo era tu rata... fui una buena mascota...

—Si eras mejor como rata que como hombre, no tienes mucho de lo que alardear —dijo Black con voz ronca.

Ron, palideciendo aún más a causa del dolor; alejó su pierna rota de Pettigrew. Pettigrew giró sobre sus rodillas, se echó hacia delante y asió el borde de la túnica de Hermione.

—Dulce criatura... inteligente muchacha... no lo consentirás... ayúdame...

Hermione tiró de la túnica para soltarla de la presa de Pettigrew y retrocedió horrorizada.

Pettigrew temblaba sin control y volvió lentamente la cabeza hacia Harry

—Harry, Harry.. qué parecido eres a tu padre... igual que él...

—¿CÓMO TE ATREVES A HABLAR A HARRY? —bramó Black—. ¿CÓMO TE ATREVES A MIRARLO A LA CARA? ¿CÓMO TE ATREVES A MENCIONAR A JAMES DELANTE DE ÉL?

—Harry —susurró Pettigrew, arrastrándose hacia él con las manos extendidas—, Harry, James no habría consentido que me mataran... James habría comprendido, Harry... Habría sido clemente conmigo...

Tanto Black como Lupin se dirigieron hacia él con paso firme, lo cogieron por los hombros y lo tiraron de espaldas al suelo. Allí quedó, temblando de terror; mirándolos fijamente.

—Vendiste a Lily y a James a lord Voldemort —dijo Black, que también temblaba—. ¿Lo niegas?

Pettigrew rompió a llorar. Era lamentable verlo: parecía un niño grande y calvo que se encogía de miedo en el suelo.

—Sirius, Sirius, ¿qué otra cosa podía hacer? El Señor de las Tinieblas... no tienes ni idea... Tiene armas que no podéis imaginar... Estaba aterrado, Sirius. Yo nunca fui valiente como tú, como Remus y como James. Nunca quise que sucediera... El Que No Debe Nombrarse me obligó.

—¡NO MIENTAS! —BRAMÓ BLACK—. ¡LE HABÍAS ESTADO PASANDO INFORMACIÓN DURANTE UN AÑO ANTES DE LA MUERTE DE LILY Y DE JAMES! ¡ERAS SU ESPÍA!

—¡Estaba tomando el poder en todas partes! —dijo Pettigrew entrecortadamente—. ¿Qué se ganaba enfrentándose a él?

—¿Qué se ganaba enfrentándose al brujo más malvado de la Historia? —preguntó Black, furioso—. ¡Sólo vidas inocentes, Peter!

—¡No lo comprendes! —gimió Pettigrew—. Me habría matado, Sirius.

—¡ENTONCES DEBERÍAS HABER MUERTO! —bramó Black—. ¡MEJOR MORIR QUE TRAICIONAR A TUS AMIGOS! ¡TODOS HABRÍAMOS PREFERIDO LA MUERTE A TRAICIONARTE A TI!

Black y Lupin se mantenían uno al lado del otro, con las varitas levantadas.

—Tendrías que haberte dado cuenta —dijo Lupin en voz baja— de que si Voldemort no te mataba lo haríamos nosotros. Adiós, Peter.

Hermione se cubrió el rostro con las manos y se volvió hacia la pared.

—¡No! —gritó Harry Se adelantó corriendo y se puso entre Pettigrew y las varitas—. ¡No podéis matarlo! —dijo sin aliento—. No podéis.

Tanto Black como Lupin se quedaron de piedra.

—Harry, esta alimaña es la causa de que no tengas padres —gruñó Black—. Este ser repugnante te habría visto morir a ti también sin mover ni un dedo. Ya lo has oído. Su propia piel maloliente significaba más para él que toda tu familia.

—Lo sé —jadeó Harry—. Lo llevaremos al castillo. Lo entregaremos a los dementores. Puede ir a Azkaban. Pero no lo matéis.

—¡Harry! —exclamó Pettigrew entrecortadamente, y rodeó las rodillas de Harry con los brazos—. Tú... gracias. Es más de lo que merezco. Gracias.

—Suéltame —dijo Harry, apartando las manos de Pettigrew con asco—. No lo hago por ti. Lo hago porque creo que mi padre no habría deseado que sus mejores amigos se convirtieran en asesinos por culpa tuya.

Nadie se movió ni dijo nada, salvo Pettigrew, que jadeaba con la mano crispada en el pecho. Black y Lupin se miraron. Y bajaron las varitas a la vez.

—Tú eres la única persona que tiene derecho a decidir; Harry —dijo Black—. Pero piensa, piensa en lo que hizo.

—Que vaya a Azkaban —repitió Harry—. Si alguien merece ese lugar; es él.

Pettigrew seguía jadeante detrás de él.

—De acuerdo —dijo Lupin—. Hazte a un lado, Harry

—Harry dudó—. Voy a atarlo —añadió Lupin—. Nada más, te lo juro.

Harry se quitó de en medio. Esta vez fue de la varita de Lupin de la que salieron disparadas las cuerdas, y al cabo de un instante Pettigrew se retorcía en el suelo, atado y amordazado.

—Pero si te transformas, Peter —gruñó Black, apuntando a Pettigrew con su varita—, te mataremos. ¿Estás de acuerdo, Harry?

Harry bajó la vista para observar la lastimosa figura, y asintió de forma que lo viera Pettigrew.

—De acuerdo —dijo de repente Lupin, como cerrando un trato—. Ron, no sé arreglar huesos como la señora Pomfrey pero creo que lo mejor será que te entablillemos la pierna hasta que te podamos dejar en la enfermería.

Se acercó a Ron aprisa, se inclinó, le golpeó en la pierna con la varita y murmuró:

—*¡Férula!*

Unas vendas rodearon la pierna de Ron y se la ataron a una tablilla. Lupin lo ayudó a ponerse en pie. Ron se apoyó con cuidado en la pierna y no hizo ni un gesto de dolor.

—Mejor —dijo—. Gracias.

—¿Y qué hacemos con el profesor Snape? —preguntó Hermione, en voz baja, mirando a Snape postrado en el suelo.

—No le pasa nada grave —explicó Lupin, inclinándose y tomándole el pulso—. Sólo os pasasteis un poco. Sigue sin conocimiento. Eh... tal vez sea mejor dejarlo así hasta que hayamos vuelto al castillo. Podemos llevarlo tal como está. —Luego murmuro—: *Mobilicorpus*.

El cuerpo inconsciente de Snape se incorporó como si tiraran de él unas cuerdas invisibles atadas a las muñecas, el cuello y las rodillas. La cabeza le colgaba como a una marioneta grotesca. Estaba levantado unos centímetros del suelo y los pies le colgaban. Lupin cogió la capa invisible y se la guardó en el bolsillo.

—Dos de nosotros deberían encadenarse a esto —dijo Black, dándole a Pettigrew un puntapié—, sólo para estar seguros.

—Yo lo haré —se ofreció Lupin.

—Y yo —dijo Ron, con furia y cojeando.

Black hizo aparecer unas esposas macizas. Pettigrew volvió a encontrarse de pie, con el brazo izquierdo encadenado al derecho de Lupin y el derecho al izquierdo de Ron. El rostro de Ron expresaba decisión. Se había tomado la verdadera identidad de *Scabbers* como un insulto. *Crookshanks* saltó ágilmente de la cama y se puso el primero, con la cola alegremente levantada.

20

El Beso del dementor

Harry no había formado nunca parte de un grupo tan extraño. *Crookshanks* bajaba las escaleras en cabeza de la comitiva. Lupin, Pettigrew y Ron lo seguían, como si participaran en una carrera. Detrás iba el profesor Snape, flotando de manera fantasmal, tocando cada peldaño con los dedos de los pies y sostenido en el aire por su propia varita, con la que Sirius le apuntaba. Harry y Hermione cerraban la marcha.

Fue difícil volver a entrar en el túnel. Lupin, Pettigrew y Ron tuvieron que ladearse para conseguirlo.

Lupin seguía apuntando a Pettigrew con su varita. Harry los veía avanzar de lado, poco a poco, en hilera. *Crookshanks* seguía en cabeza. Harry iba

inmediatamente detrás de Sirius, que continuaba dirigiendo a Snape con la varita. Éste, de vez en cuando, se golpeaba la cabeza en el techo, y Harry tuvo la impresión de que Sirius no hacía nada por evitarlo.

—¿Sabes lo que significa entregar a Pettigrew? —le dijo Sirius a Harry bruscamente, mientras avanzaban por el túnel.

—Que tú quedarás libre —respondió Harry

—Sí... —dijo Sirius—. No sé si te lo ha dicho alguien, pero yo también soy tu padrino.

—Sí, ya lo sabía —respondió Harry

—Bueno, tus padres me nombraron tutor tuyo —dijo Sirius solemnemente—, por si les sucedía algo a ellos... —Harry esperó. ¿Quería decir Sirius lo que él se imaginaba?— Por supuesto —prosiguió Black—, comprendo que prefieras seguir con tus tíos. Pero... medítalo. Cuando mi nombre quede limpio... si quisieras cambiar de casa...

A Harry se le encogió el estómago.

—¿Qué? ¿Vivir contigo? —preguntó, golpeándose accidentalmente la cabeza contra una piedra que sobresalía del techo—. ¿Abandonar a los Dursley?

—Claro, ya me imaginaba que no querrías —dijo inmediatamente Sirius—. Lo comprendo. Sólo pensaba que...

—Pero ¿qué dices? —exclamó Harry; con voz tan chirriante como la de Sirius—. ¡Por supuesto que quiero abandonar a los Dursley! ¿Tienes casa? ¿Cuándo me puedo mudar?

Sirius se volvió hacia él. La cabeza de Snape rascó el techo, pero a Sirius no le importó.

—¿Quieres? ¿Lo dices en serio?

—¡Sí, muy en serio!

En el rostro demacrado de Sirius se dibujó la primera sonrisa auténtica que Harry había visto en él. La diferencia era asombrosa, como si una persona diez años más joven se perfilase bajo la máscara del consumido. Durante un momento se pudo reconocer en él al hombre que sonreía en la boda de los padres de Harry.

No volvieron a hablar hasta que llegaron al final del túnel. *Crookshanks* salió el primero, disparado. Evidentemente había apretado con la zarpa el nudo del tronco, porque Lupin, Pettigrew y Ron salieron sin que se produjera ningún rumor de ramas enfurecidas.

Sirius hizo salir a Snape por el agujero y luego se detuvo para ceder el

paso a Harry y a Hermione. No quedó nadie dentro. Los terrenos estaban muy oscuros. La única luz venía de las ventanas distantes del castillo. Sin decir una palabra, emprendieron el camino. Pettigrew seguía jadeando y gimiendo de vez en cuando. A Harry le zumbaba la cabeza. Iba a dejar a los Dursley, iría a vivir con Sirius Black, el mejor amigo de sus padres... Estaba aturdido. ¡Cuando dijera a los Dursley que se iba a vivir con el presidiario que habían visto en la tele...!

—Un paso en falso, Peter; y... —dijo Lupin delante de ellos, amenazador; apuntando con la varita al pecho de Pettigrew.

Atravesaron los terrenos del colegio en silencio, con pesadez. Las luces del castillo se dilataban poco a poco. Snape seguía inconsciente, fantasmalmente transportado por Sirius, la barbilla rebotándole en el pecho. Y entonces...

Una nube se desplazó. De repente, aparecieron en el suelo unas sombras oscuras. La luz de la luna caía sobre el grupo.

Snape tropezó con Lupin, Pettigrew y Ron, que se habían detenido de repente. Sirius se quedó inmóvil. Con un brazo indicó a Harry y a Hermione que no avanzaran.

Harry vio la silueta de Lupin. Se puso rígido y empezó a temblar.

—¡Dios mío! —dijo Hermione con voz entrecortada—. ¡No se ha tomado la poción esta noche! ¡Es peligroso!

—Corred —gritó Sirius—. ¡Corred! ¡Ya!

Pero Harry no podía correr. Ron estaba encadenado a Pettigrew y a Lupin. Saltó hacia delante, pero Sirius lo agarró por el pecho y lo echó hacia atrás.

—Dejádmelo a mí. ¡CORRED!

Oyeron un terrible gruñido. La cabeza de Lupin se alargaba, igual que su cuerpo. Los hombros le sobresalían. El pelo le brotaba en el rostro y las manos, que se retorcían hasta convertirse en garras. A *Crookshanks* se le volvió a erizar el pelo. Retrocedió.

Mientras el licántropo retrocedía, abriendo y cerrando las fauces, Sirius desapareció del lado de Harry. Se había transformado. El perro grande como un oso saltó hacia delante. Cuando el licántropo se liberó de las esposas que lo sujetaban, el perro lo atrapó por el cuello y lo arrastró hacia atrás, alejándolo de Ron y de Pettigrew. Estaban enzarzados, mandíbula con mandíbula, rasgándose el uno al otro con las zarpas.

Harry se quedó como hipnotizado. Estaba demasiado atento a la batalla para darse cuenta de nada más. Fue el grito de Hermione lo que lo alertó.

Pettigrew había saltado para coger la varita caída de Lupin. Ron, inestable a causa de la pierna vendada, se desplomó en el suelo. Se oyó un estallido, se

vio un relámpago y Ron quedó inmóvil en tierra. Otro estallido: *Crookshanks* saltó por el aire y volvió a caer al suelo.

—*¡Expeliarmo!* —exclamó Harry, apuntando a Pettigrew con su varita. La varita de Lupin salió volando y se perdió de vista—. ¡Quédate donde estás! —gritó Harry mientras corría.

Demasiado tarde. Pettigrew también se había transformado. Harry vio su cola pelona azotar el antebrazo de Ron a través de las esposas, y lo oyó huir a toda prisa por la hierba. Oyeron un aullido y un gruñido sordo. Al volverse, Harry vio al hombre lobo adentrándose en el bosque a la carrera.

—Sirius, ha escapado. ¡Pettigrew se ha transformado! —gritó Harry.

Sirius sangraba. Tenía heridas en el hocico y en la espalda, pero al oír las palabras de Harry volvió a salir velozmente y al cabo de un instante el rumor de sus patas se perdió.

Harry y Hermione se acercaron aprisa a Ron.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó Hermione.

Ron tenía los ojos entornados, la boca abierta. Estaba vivo. Oían su respiración. Pero no parecía reconocerlos.

—No sé.

Harry miró desesperado a su alrededor. Black y Lupin habían desaparecido... No había nadie cerca salvo Snape, que seguía flotando en el aire, inconsciente.

—Será mejor que los llevemos al castillo y se lo digamos a alguien —dijo Harry, apartándose el pelo de los ojos y tratando de pensar—. Vamos...

Oyeron un aullido que venía de la oscuridad: un perro dolorido.

—Sirius —murmuró Harry, mirando hacia la negrura.

Tuvo un momento de indecisión, pero no podían hacer nada por Ron en aquel momento, y a juzgar por sus gemidos, Black se hallaba en apuros.

Harry echó a correr; seguido por Hermione. El aullido parecía proceder de los alrededores del lago. Corrieron en aquella dirección y Harry notó un frío intenso sin darse cuenta de lo que podía suponer.

El aullido se detuvo. Al llegar al lago vieron por qué: Sirius había vuelto a transformarse en hombre. Estaba en cuclillas, con las manos en la cabeza.

—¡Noooo! —gemía—. ¡Noooooo, por favor!

Y entonces los vio Harry. Eran los dementores. Al menos cien, y se acercaban a ellos como una masa negra. Se dio la vuelta. Aquel frío ya

conocido penetró en su interior y la niebla empezó a oscurecerle la visión. Por cada lado surgían de la oscuridad más y más dementores. Los estaban rodeando...

—¡Hermione, piensa en algo alegre! —gritó Harry levantando la varita y parpadeando con rapidez para aclararse la visión, sacudiendo la cabeza para alejar el débil grito que había empezado a oír por dentro...

«Voy a vivir con mi padrino. Voy a dejar a los Dursley.»

Se obligó a no pensar más que en Sirius y comenzó a repetir a gritos:

—*¡Expecto patronum! ¡Expecto patronum!*

Black se estremeció. Rodó por el suelo y se quedó inmóvil, pálido como la muerte.

«Todo saldrá bien. Me iré a vivir con él»

—*¡Expecto patronum!* ¡Ayúdame, Hermione! *¡Expecto patronum!*

—*¡Expecto...!* —susurró Hermione—. *¡Expecto... expecto!*

Pero no era capaz. Los dementores se aproximaban y ya estaban a tres metros escasos de ellos. Formaban una sólida barrera en torno a Harry y Hermione, y seguían acercándose...

—*¡EXPECTO PATRONUM!* —gritó Harry, intentando rechazar los gritos de sus oídos—. *¡EXPECTO PATRONUM!*

Un delgado hilo de plata salió de su varita y bailoteó delante de él, como si fuera niebla. En ese instante, Harry notó que Hermione se desmayaba a su lado. Estaba solo, completamente solo...

—*¡Expecto...! ¡Expecto patronum!*

Harry sintió que sus rodillas golpeaban la hierba fría. La niebla le nublaba los ojos. Haciendo un enorme esfuerzo, intentó recordar. Sirius era inocente, inocente... «Todo saldrá bien. Voy a vivir con él.»

—*¡Expecto patronum!* —dijo entrecortadamente.

A la débil luz de su informe patronus, vio detenerse un dementor muy cerca de él. No podía atravesar la niebla plateada que Harry había hecho aparecer, pero sacaba por debajo de la capa una mano viscosa y pútrida. Hizo un ademán como para apartar al patronus.

—¡No... no! —exclamó Harry entrecortadamente—. Es inocente. *¡Expecto patronum!*

Sentía sus miradas y oía su ruidosa respiración como un viento demoníaco. El dementor más cercano parecía haberse fijado en él. Levantó

sus dos manos putrefactas y se bajó la capucha.

En el lugar de los ojos había una membrana escamosa y gris que se extendía por las cuencas. Pero tenía boca: un agujero informe que aspiraba el aire con un estertor de muerte.

Un terror de muerte se apoderó de Harry, impidiéndole moverse y hablar. Su patronus tembló y desapareció. La niebla blanca lo cegaba. Tenía que luchar... *Expecto patronum...* No podía ver..., a lo lejos oyó un grito conocido..., *expecto patronum...* Palpó en la niebla en busca de Sirius y encontró su brazo. No se lo llevarían...

Pero, de repente, un par de manos fuertes y frías rodearon el cuello de Harry. Lo obligaron a levantar el rostro. Sintió su aliento..., iban a eliminarlo primero a él... Sintió su aliento corrupto..., su madre le gritaba en los oídos..., sería lo último que oyera en la vida.

Y entonces, a través de la niebla que lo ahogaba, le pareció ver una luz plateada que adquiría brillo. Se sintió caer de bruces en la hierba.

Boca abajo, demasiado débil para moverse, sintiéndose mal y temblando, Harry abrió los ojos. Una luz cegadora iluminaba la hierba... Habían cesado los gritos, el frío se iba...

Algo hacía retroceder a los dementores... algo que daba vueltas en torno a él, a Sirius y a Hermione. Los estertores dejaban de oírse. Se iban. Volvía a hacer calor.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Harry levantó la cabeza unos centímetros y vio entre la luz a un animal que galopaba por el lago. Con la visión empañada por el sudor, Harry trató de distinguir de qué se trataba. Era brillante como un unicornio. Haciendo un esfuerzo por conservar el sentido, Harry lo vio detenerse al llegar a la otra orilla. Durante un instante vio también, junto al brillo, a alguien que daba la bienvenida al animal y levantaba la mano para acariciarlo. Alguien que le resultaba familiar. Pero no podía ser...

Harry no lo entendía. No podía pensar en nada. Sus últimas fuerzas lo abandonaron y al desmayarse dio con la cabeza en el suelo.

21

El secreto de Hermione

—Asombroso. Verdaderamente asombroso. Fue un milagro que quedaran todos con vida. No he oído nunca nada parecido. Menos mal que se encontraba usted allí, Snape...

—Gracias, señor ministro.

—Orden de Merlín, de segunda clase, diría yo. ¡Primera, si estuviese en mi mano!

—Muchísimas gracias, señor ministro.

—Tiene ahí una herida bastante fea. Supongo que fue Black.

—En realidad fueron Potter; Weasley y Granger, señor ministro.

—¡No!

—Black los había encantado. Me di cuenta enseguida. A juzgar por su comportamiento, debió de ser un hechizo para confundir. Me parece que creían que existía una posibilidad de que fuera inocente. No eran responsables de lo que hacían. Por otro lado, su intromisión pudo haber permitido que Black escapara... Obviamente, creyeron que podían atrapar a Black ellos solos. Han salido impunes en tantas ocasiones anteriores que me temo que se les ha subido a la cabeza... Y naturalmente, el director ha consentido siempre que Potter goce de una libertad excesiva.

—Bien, Snape. ¿Sabe? Todos hacemos un poco la vista gorda en lo que se refiere a Potter.

—Ya. Pero ¿es bueno para él que se le conceda un trato tan especial? Personalmente, intento tratarlo como a cualquier otro. Y cualquier otro sería expulsado, al menos temporalmente, por exponer a sus amigos a un peligro semejante. Fíjese, señor ministro: contra todas las normas del colegio... después de todas las precauciones que se han tomado para protegerlo... Fuera de los límites permitidos, en plena noche, en compañía de un licántropo y un asesino... y tengo indicios de que también ha visitado Hogsmeade, pese a la prohibición.

—Bien, bien..., ya veremos, Snape. El muchacho ha sido travieso, sin duda.

Harry escuchaba acostado, con los ojos cerrados. Estaba completamente aturdido. Las palabras que oía parecían viajar muy despacio hasta su cerebro, de forma que le costaba un gran esfuerzo entenderlas. Sentía los miembros como si fueran de plomo. Sus párpados eran demasiado pesados para levantarlos. Quería quedarse allí acostado, en aquella cómoda cama, para siempre...

—Lo que más me sorprende es el comportamiento de los dementores... ¿Realmente no sospecha qué pudo ser lo que los hizo retroceder; Snape?

—No, señor ministro. Cuando llegué, volvían a sus posiciones, en las entradas.

—Extraordinario. Y sin embargo, Black, Harry y la chica...

—Todos estaban inconscientes cuando llegué allí. Até y amordacé a Black, hice aparecer por arte de magia unas camillas y los traje a todos al castillo.

Hubo una pausa. El cerebro de Harry parecía funcionar un poco más aprisa, y al hacerlo, una sensación punzante se acentuaba en su estómago.

Abrió los ojos.

Todo estaba borroso. Alguien le había quitado las gafas. Se hallaba en la oscura enfermería. Al final de la sala podía vislumbrar a la señora Pomfrey inclinada sobre una cama y dándole la espalda. Bajo el brazo de la señora Pomfrey, distinguió el pelo rojo de Ron.

Harry volvió la cabeza hacia el otro lado. En la cama de la derecha se hallaba Hermione. La luz de la luna caía sobre su cama. También tenía los ojos abiertos. Parecía petrificada, y al ver que Harry estaba despierto, se llevó un dedo a los labios. Luego señaló la puerta de la enfermería. Estaba entreabierta y las voces de Cornelius Fudge y de Snape entraban por ella desde el corredor.

La señora Pomfrey llegó entonces caminando enérgicamente por la oscura sala hasta la cama de Harry Se volvió para mirarla. Llevaba el trozo de chocolate más grande que había visto en su vida. Parecía un pedrusco.

—¡Ah, estás despierto! —dijo con voz animada. Dejó el chocolate en la mesilla de Harry y empezó a trocearlo con un pequeño martillo.

—¿Cómo está Ron? —preguntaron al mismo tiempo Hermione y Harry.

—Sobrevivirá —dijo la señora Pomfrey con seriedad—. En cuanto a vosotros dos, permaneceréis aquí hasta que yo esté bien segura de que estáis... ¿Qué haces, Potter?

Harry se había incorporado, se ponía las gafas y cogió su varita.

—Tengo que ver al director —explicó.

—Potter —dijo con dulzura la señora Pomfrey—, todo se ha solucionado. Han cogido a Black. Lo han encerrado arriba. Los dementores le darán el Beso en cualquier momento.

—¿QUÉ?

Harry saltó de la cama. Hermione hizo lo mismo. Pero su grito se había oído en el pasillo de fuera. Un segundo después, entraron en la enfermería Cornelius Fudge y Snape.

—¿Qué es esto, Harry? —preguntó Fudge, con aspecto agitado—.

Tendrías que estar en la cama... ¿Ha tomado chocolate? —le preguntó nervioso a la señora Pomfrey

—Escuche, señor ministro —dijo Harry—. ¡Sirius Black es inocente! ¡Peter Pettigrew fingió su propia muerte! ¡Lo hemos visto esta noche! No puede permitir que los dementores le hagan eso a Sirius, es...

Pero Fudge movía la cabeza en sentido negativo, sonriendo ligeramente.

—Harry, Harry; estás confuso. Has vivido una terrible experiencia. Vuelve a acostarte. Está todo bajo control.

—¡NADA DE ESO! —gritó Harry—. ¡HAN ATRAPADO AL QUE NO ES!

—Señor ministro, por favor; escuche —rogó Hermione. Se había acercado a Harry y miraba a Fudge implorante—. Yo también lo vi. Era la rata de Ron. Es un animago. Pettigrew, quiero decir. Y..

—¿Lo ve, señor ministro? —preguntó Snape—. Los dos tienen confundidas las ideas. Black ha hecho un buen trabajo con ellos...

—¡NO ESTAMOS CONFUNDIDOS! —gritó Harry.

—¡Señor ministro! ¡Profesor! —dijo enfadada la señora Pomfrey—. He de insistir en que se vayan. ¡Potter es un paciente y no hay que fatigarlo!

—¡No estoy fatigado, estoy intentando explicarles lo ocurrido! —dijo Harry furioso—. Si me escuchan...

Pero la señora Pomfrey le introdujo de repente un trozo grande de chocolate en la boca. Harry se atragantó y la mujer aprovechó la oportunidad para obligarle a volver a la cama.

—Ahora, por favor; señor ministro... Estos niños necesitan cuidados. Les ruego que salgan.

Volvió a abrirse la puerta. Era Dumbledore. Harry tragó con dificultad el trozo de chocolate y volvió a levantarse.

—Profesor Dumbledore, Sirius Black...

—¡Por Dios santo! ¿Es esto una enfermería o qué? Señor director; he de insistir en que...

—Te pido mil perdones, Poppy, pero necesito cambiar unas palabras con el señor Potter y la señorita Granger. He estado hablando con Sirius Black.

—Supongo que le ha contado el mismo cuento de hadas que metió en la cabeza de Potter —espetó Snape—. ¿Algo sobre una rata y sobre que Pettigrew está vivo?

—Eso es efectivamente lo que dice Black —dijo Dumbledore, examinando

detenidamente a Snape por sus gafas de media luna.

—¿Y acaso mi testimonio no cuenta para nada? —gruñó Snape—. Peter Pettigrew no estaba en la Casa de los Gritos ni vi señal alguna de él por allí.

—¡Eso es porque usted estaba inconsciente, profesor! —dijo con seriedad Hermione—. No llegó con tiempo para oír...

—¡Señorita Granger! ¡CIERRE LA BOCA!

—Vamos, Snape —dijo Fudge—. La muchacha está trastornada, hay que ser comprensivos.

—Me gustaría hablar con Harry y con Hermione a solas —dijo Dumbledore bruscamente—. Cornelius, Severus, Poppy Se lo ruego, déjennos.

—Señor director —farfulló la señora Pomfrey—. Necesitan tratamiento, necesitan descanso.

—Esto no puede esperar —dijo Dumbledore—. Insisto.

La señora Pomfrey frunció la boca, se fue con paso firme a su despacho, que estaba al final de la sala, y dio un portazo al cerrar. Fudge consultó la gran saboneta de oro que le colgaba del chaleco.

—Los dementores deberían de haber llegado ya. Iré a recibirlos. Dumbledore, nos veremos arriba.

Fue hacia la puerta y la mantuvo abierta para que pasara Snape. Pero Snape no se movió.

—No creerá una palabra de lo que dice Black, ¿verdad? —susurró con los ojos fijos en Dumbledore.

—Quiero hablar a solas con Harry y con Hermione —repitió Dumbledore.

Snape avanzó un paso hacia Dumbledore.

—Sirius Black demostró ser capaz de matar cuando tenía dieciséis años —dijo Snape en voz baja—. No lo habrá olvidado. No habrá olvidado que intentó matarme.

—Mi memoria sigue siendo tan buena como siempre, Severus —respondió Dumbledore con tranquilidad.

Snape giró sobre los talones y salió con paso militar por la puerta que Fudge mantenía abierta. La puerta se cerró tras ellos y Dumbledore se volvió hacia Harry y Hermione. Los dos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Señor profesor; Black dice la verdad: nosotros vimos a Pettigrew

—Escapó cuando el profesor Lupin se convirtió en hombre lobo.

—Es una rata.

—La pata delantera de Pettigrew... quiero decir; el dedo: él mismo se lo cortó.

—Pettigrew atacó a Ron. No fue Sirius.

Pero Dumbledore levantó una mano para detener la avalancha de explicaciones.

—Ahora tenéis que escuchar vosotros y os ruego que no me interrumpáis, porque tenemos muy poco tiempo —dijo con tranquilidad—. Black no tiene ninguna prueba de lo que dice, salvo vuestra palabra. Y la palabra de dos brujos de trece años no convencerá a nadie. Una calle llena de testigos juró haber visto a Sirius matando a Pettigrew. Yo mismo di testimonio al Ministerio de que Sirius era el guardián secreto de los Potter.

—El profesor Lupin también puede testificarlo —dijo Harry, incapaz de mantenerse callado.

—El profesor Lupin se encuentra en estos momentos en la espesura del bosque, incapaz de contarle nada a nadie. Cuando vuelva a ser humano, ya será demasiado tarde. Sirius estará más que muerto. Y además, la gente confía tan poco en los licántropos que su declaración tendrá muy poco peso. Y el hecho de que él y Sirius sean viejos amigos...

—Pero...

—Escúchame, Harry. Es demasiado tarde, ¿lo entiendes? Tienes que comprender que la versión del profesor Snape es mucho más convincente que la vuestra.

—Él odia a Sirius —dijo Hermione con desesperación—. Por una broma tonta que le gastó.

—Sirius no ha obrado como un inocente. La agresión contra la señora gorda..., entrar con un cuchillo en la torre de Gryffindor... Si no encontramos a Pettigrew, vivo o muerto, no tendremos ninguna posibilidad de cambiar la sentencia.

—Pero usted nos cree.

—Sí, yo sí —respondió en voz baja—. Pero no puedo convencer a los demás ni desautorizar al ministro de Magia.

Harry miró fijamente el rostro serio de Dumbledore y sintió como si se hundiera el suelo bajo sus pies. Siempre había tenido la idea de que Dumbledore lo podía arreglar todo. Creía que podía sacar del sombrero una solución asombrosa. Pero no: su última esperanza se había esfumado.

—Lo que necesitamos es ganar tiempo —dijo Dumbledore despacio. Sus ojos azul claro pasaban de Harry a Hermione.

—Pero... —empezó Hermione, poniendo los ojos muy redondos—. ¡AH!

—Ahora prestadme atención —dijo Dumbledore, hablando muy bajo y muy claro—. Sirius está encerrado en el despacho del profesor Flitwick, en el séptimo piso. Torre oeste, ventana número trece por la derecha. Si todo va bien, esta noche podréis salvar más de una vida inocente. Pero recordadlo los dos: no os pueden ver. Señorita Granger, ya conoces las normas. Sabes lo que está en juego. No deben veros.

Harry no entendía nada. Dumbledore se alejó y al llegar a la puerta se volvió.

—Os voy a cerrar con llave. Son —consultó su reloj— las doce menos cinco. Señorita Granger; tres vueltas deberían bastar. Buena suerte.

—¿Buena suerte? —repitió Harry, cuando la puerta se hubo cerrado tras Dumbledore—. ¿Tres vueltas? ¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que tenemos que hacer?

Pero Hermione rebuscaba en el cuello de su túnica y sacó una cadena de oro muy larga y fina.

—Ven aquí, Harry —dijo perentoriamente—. ¡Rápido!

—Harry, perplejo, se acercó a ella. Hermione estiró la cadena por fuera de la túnica y Harry pudo ver un pequeño reloj de arena que pendía de ella—. Así. —Puso la cadena también alrededor del cuello de Harry—. ¿Preparado? —dijo jadeante.

—¿Qué hacemos? —preguntó Harry sin comprender.

Hermione dio tres vueltas al reloj de arena.

La sala oscura desapareció. Harry tuvo la sensación de que volaba muy rápidamente hacia atrás. A su alrededor veía pasar manchas de formas y colores borrosos. Notaba palpitaciones en los oídos. Quiso gritar; pero no podía oír su propia voz.

Sintió el suelo firme bajo sus pies y todo volvió a aclararse. Se hallaba de pie, al lado de Hermione, en el vacío vestíbulo, y un chorro de luz dorada bañaba el suelo pavimentado penetrando por las puertas principales, que estaban abiertas. Miró a Hermione con la cadena clavándosele en el cuello.

—Hermione, ¿qué...?

—¡Ahí dentro! —Hermione cogió a Harry del brazo y lo arrastró por el vestíbulo hasta la puerta del armario de la limpieza. Lo abrió, empujó a Harry entre los cubos y las fregonas, entró ella tras él y cerró la puerta.

—¿Qué..., cómo...? Hermione, ¿qué ha pasado?

—Hemos retrocedido en el tiempo —susurró Hermione, quitándole a Harry,

a oscuras, la cadena del cuello—. Tres horas.

Harry se palpó la pierna y se dio un fuerte pellizco. Le dolió mucho, lo que en principio descartaba la posibilidad de que estuviera soñando.

—Pero...

—¡Chist! ¡Escucha! ¡Alguien viene! ¡Creo que somos nosotros! —Hermione había pegado el oído a la puerta del armario—. Pasos por el vestíbulo... Sí, creo que somos nosotros yendo hacia la cabaña de Hagrid.

—¿Quieres decir que estamos aquí en este armario y que también estamos ahí fuera?

—Sí —respondió Hermione, con el oído aún pegado a la puerta del armario—. Estoy segura de que somos nosotros. No parecen más de tres personas. Y... vamos despacio porque vamos ocultos por la capa invisible. —Dejó de hablar; pero siguió escuchando—. Acabamos de bajar la escalera principal...

Hermione se sentó en un cubo puesto boca abajo. Harry estaba impaciente y quería que Hermione le respondiera a algunas preguntas.

—¿De dónde has sacado ese reloj de arena?

—Se llama *giratiempo* —explicó Hermione—. Me lo dio la profesora McGonagall el día que volvimos de vacaciones. Lo he utilizado durante el curso para poder asistir a todas las clases. La profesora McGonagall me hizo jurar que no se lo contaría a nadie. Tuvo que escribir un montón de cartas al Ministerio de Magia para que me dejaran tener uno. Les dijo que era una estudiante modelo y que no lo utilizaría nunca para otro fin. Le doy vuelta para volver a disponer de la hora de clase. Gracias a él he podido asistir a varias clases que tenían lugar al mismo tiempo, ¿te das cuenta? Pero, Harry, me temo que no entiendo qué es lo que quiere Dumbledore que hagamos. ¿Por qué nos ha dicho que retrocedamos tres horas? ¿En qué va a ayudar eso a Sirius?

Harry la miró en la oscuridad.

—Quizás ocurriera algo que podemos cambiar ahora —dijo pensativo—. ¿Qué puede ser? Hace tres horas nos dirigíamos a la cabaña de Hagrid...

—Ya estamos tres horas antes, nos dirigimos a la cabaña —explicó Hermione—. Acabamos de oírnos salir.

Harry frunció el entrecejo. Estaba estrujándose el cerebro.

—Dumbledore dijo simplemente... dijo simplemente que podíamos salvar más de una vida inocente... —Y entonces se le ocurrió—: ¡Hermione, vamos a salvar a *Buckbeak*!

—Pero... ¿en qué ayudará eso a Sirius?

—Dumbledore nos dijo dónde está la ventana del despacho de Flitwick, donde tienen encerrado a Sirius con llave. Tenemos que volar con *Buckbeak* hasta la ventana y rescatar a Sirius. Sirius puede escapar montado en *Buckbeak*. ¡Pueden escapar juntos!

Hermione parecía aterrorizada.

—¡Si conseguimos hacerlo sin que nos vean será un milagro!

—Bueno, tenemos que intentarlo, ¿no crees? —dijo Harry. Se levantó y pegó el oído a la puerta—. No parece que haya nadie. Vamos...

Harry empujó y abrió la puerta del armario. El vestíbulo estaba desierto. Tan en silencio y tan rápido como pudieron, salieron del armario y bajaron corriendo los escalones. Las sombras se alargaban. Las copas de los árboles del bosque prohibido volvían a brillar con un fulgor dorado.

—¡Si alguien se asomara a la ventana..! —chilló Hermione, mirando hacia atrás, hacia el castillo.

—Huiremos —dijo Harry con determinación—. Nos internaremos en el bosque. Tendremos que ocultarnos detrás de un árbol o algo así, y estar atentos.

—¡De acuerdo, pero iremos por detrás de los invernaderos! —dijo Hermione, sin aliento—. ¡Tenemos que apartamos de la puerta principal de la cabaña de Hagrid o de lo contrario nos veremos a nosotros mismos! Ya debemos de estar llegando a la cabaña.

Pensando todavía en las intenciones de Hermione, Harry echó a correr delante de ella. Atravesaron los huertos hasta los invernaderos, se detuvieron un momento detrás de éstos y reanudaron el camino a toda velocidad, rodeando el sauce boxeador y yendo a ocultarse en el bosque...

A salvo en la oscuridad de los árboles, Harry se dio la vuelta. Unos segundos más tarde, llegó Hermione jadeando.

—Bueno —dijo con voz entrecortada—, tenemos que ir a la cabaña sin que se note. Que no nos vean, Harry

Anduvieron en silencio entre los árboles, por la orilla del bosque. Al vislumbrar la fachada de la cabaña de Hagrid, oyeron que alguien llamaba a la puerta. Se escondieron tras un grueso roble y miraron por ambos lados. Hagrid apareció en la puerta tembloroso y pálido, mirando a todas partes para ver quién había llamado. Y Harry oyó su propia voz que decía:

—Somos nosotros. Llevamos la capa invisible. Si nos dejas pasar; nos la quitaremos.

—No deberíais haber venido —susurró Hagrid.

Se hizo a un lado y cerró rápidamente la puerta.

—Esto es lo más raro en que me he metido en mi vida —dijo Harry con entusiasmo.

—Vamos a adelantarnos un poco —susurró Hermione—. ¡Tenemos que acercarnos más a *Buckbeak*!

Avanzaron sigilosamente hasta que vieron al nervioso hipogrifo atado a la valla que circundaba la plantación de calabazas de Hagrid.

—¿Ahora? —susurró Harry

—¡No! —dijo Hermione—. Si nos lo llevamos ahora, los hombres de la comisión creerán que Hagrid lo ha liberado. ¡Tenemos que esperar hasta que lo vean atado!

—Eso supone unos sesenta segundos —dijo Harry. Les empezaba a parecer irrealizable.

En ese momento oyeron romperse una pieza de porcelana.

—Ya se le ha caído a Hagrid la jarra de leche —dijo Hermione—. Dentro de un momento encontraré a *Scabbers*.

Efectivamente, minutos después oyeron el chillido de sorpresa de Hermione.

—Hermione —dijo Harry de repente—, ¿y si entráramos en la cabaña y nos apoderásemos de Pettigrew?

—¡No! —exclamó Hermione con temor—. ¿No lo entiendes? ¡Estamos rompiendo una de las leyes más importantes de la brujería! ¡Nadie puede cambiar lo ocurrido, nadie! Ya has oído a Dumbledore... Si nos ven...

—Sólo nos verían Hagrid y nosotros mismos.

—Harry, ¿qué crees que pasaría si te vieras a ti mismo entrando en la cabaña de Hagrid? —dijo Hermione.

—Creería... creería que me había vuelto loco —dijo Harry—. O que había magia oscura por medio.

—Exactamente. No lo comprenderías. Incluso puede que te atacaras a ti mismo. La profesora McGonagall me dijo que han sucedido cosas terribles cuando los brujos se han inmiscuido con el tiempo. ¡Muchos terminaron matando por error su propio yo, pasado o futuro!

—Vale —dijo Harry—, sólo era una idea. Yo pensaba nada más que...

Pero Hermione le dio un codazo y señaló hacia el castillo. Harry movió la cabeza unos centímetros para tener una visión más clara de la puerta central. Dumbledore, Fudge, el anciano de la comisión y Macnair, el verdugo, bajaban los escalones.

—¡Estamos a punto de salir! —dijo Hermione en voz baja.

Efectivamente, un momento después se abrió la puerta trasera de la cabaña de Hagrid y Harry se vio a sí mismo con Ron y con Hermione saliendo por ella con Hagrid. Sin duda era la situación más rara en que se había visto, permanecer detrás del árbol y verse a sí mismo en el huerto de las calabazas.

—No temas, *Buckbeak* —dijo Hagrid—. No temas. —Se volvió hacia los tres amigos—. Venga, marchaos.

—Hagrid, no podemos... Les diremos lo que de verdad sucedió.

—No pueden matarlo...

—¡Marchaos! Ya es bastante horrible y sólo faltaría que además os metierais en un lío.

Harry vio a Hermione echando la capa invisible sobre los tres en el huerto de calabazas.

—Marchaos, rápido. No escuchéis.

Llamaron a la puerta principal de la cabaña de Hagrid. El grupo de la ejecución había llegado. Hagrid dio media vuelta y se metió en la cabaña, dejando entreabierta la puerta de atrás. Harry vio que la hierba se aplastaba a trechos alrededor de la cabaña y oyó alejarse tres pares de pies. Él, Ron y Hermione se habían marchado, pero el Harry y la Hermione que se ocultaban entre los árboles podían ahora escuchar por la puerta trasera lo que sucedía dentro de la cabaña.

—¿Dónde está la bestia? —preguntó la voz fría de Macnair.

—Fu... fuera contestó Hagrid.

Harry escondió la cabeza cuando Macnair apareció en la ventana de Hagrid para mirar a *Buckbeak.* Luego oyó a Fudge.

—Tenemos que leer la sentencia, Hagrid. Lo haré rápido. Y luego tú y Macnair tendréis que firmar. Macnair, tú también debes escuchar. Es el procedimiento.

El rostro de Macnair desapareció de la ventana. Tendría que ser en ese momento o nunca.

—Espera aquí —susurró Harry a Hermione—. Yo lo haré.

Mientras Fudge volvía a hablar; Harry salió disparado de detrás del árbol, saltó la valla del huerto de calabazas y se acercó a *Buckbeak*.

—«La Comisión para las Criaturas Peligrosas ha decidido que el hipogrifo *Buckbeak*, en adelante el condenado, sea ejecutado el día seis de junio a la puesta del sol...»

Guardándose de parpadear; Harry volvió a mirar fijamente los feroces ojos naranja de *Buckbeak* e inclinó la cabeza. *Buckbeak* dobló las escamosas rodillas y volvió a enderezarse. Harry soltó la cuerda que ataba a *Buckbeak* a la valla.

—«... sentenciado a muerte por decapitación, que será llevada a cabo por el verdugo nombrado por la Comisión, Walden Macnair...»

—Vamos, *Buckbeak* —murmuró Harry—, ven, vamos a salvarte. Sin hacer ruido, sin hacer ruido...

—«... por los abajo firmantes.» Firma aquí, Hagrid.

Harry tiró de la cuerda con todas sus fuerzas, pero *Buckbeak* había clavado en el suelo las patas delanteras.

—Bueno, acabemos ya —dijo la voz atiplada del anciano de la Comisión en el interior de la cabaña de Hagrid—. Hagrid, tal vez fuera mejor que te quedaras aquí dentro.

—No, quiero estar con él... No quiero que esté solo.

Se oyeron pasos dentro de la cabaña.

—Muévete, *Buckbeak* —susurró Harry

Harry tiró de la cuerda con más fuerza. El hipogrifo echó a andar agitando un poco las alas con talante irritado. Aún se hallaban a tres metros del bosque y se les podía ver perfectamente desde la puerta trasera de la cabaña de Hagrid.

—Un momento, Macnair; por favor —dijo la voz de Dumbledore—. Usted también tiene que firmar. —Los pasos se detuvieron. *Buckbeak* dio un picotazo al aire y anduvo algo más aprisa.

La cara pálida de Hermione asomaba por detrás de un árbol.

—¡Harry; date prisa! —dijo.

Harry aún oía la voz de Dumbledore en la cabaña. Dio otro tirón a la cuerda. *Buckbeak* se puso a trotar a regañadientes. Llegaron a los árboles...

—¡Rápido, rápido! —gritó Hermione, saliendo como una flecha de detrás del árbol, asiendo también la cuerda y tirando con Harry para que *Buckbeak* avanzara más aprisa. Harry miró por encima del hombro. Ya estaban fuera del alcance de las miradas. Desde allí no veían el huerto de Hagrid.

—¡Para! —le dijo a Hermione—. Podrían oírnos.

La puerta trasera de la cabaña de Hagrid se había abierto de golpe. Harry Hermione y *Buckbeak* se quedaron inmóviles. Incluso el hipogrifo parecía escuchar con atención.

Silencio. Luego...

—¿Dónde está? —dijo la voz atiplada del anciano de la comisión—. ¿Dónde está la bestia?

—¡Estaba atada aquí! —dijo con furia el verdugo—. Yo la vi. ¡Exactamente aquí!

—¡Qué extraordinario! —dijo Dumbledore. Había en su voz un dejo de desenfado.

—*¡Buckbeak!* —exclamó Hagrid con voz ronca.

Se oyó un sonido silbante y a continuación el golpe de un hacha. El verdugo, furioso, la había lanzado contra la valla. Luego se oyó el aullido y en esta ocasión pudieron oír también las palabras de Hagrid entre sollozos:

—¡Se ha ido!, ¡se ha ido! Alabado sea, ¡ha escapado! Debe de haberse soltado solo. *Buckbeak*, qué listo eres.

Buckbeak empezó a tirar de la cuerda, deseoso de volver con Hagrid. Harry y Hermione la sujetaron con más fuerza, hundiendo los talones en tierra.

—¡Lo han soltado! —gruñía el verdugo—. Deberíamos rastrear los terrenos y el bosque.

—Macnair; si alguien ha cogido realmente a *Buckbeak*, ¿crees que se lo habrá llevado a pie? —le preguntó Dumbledore, que seguía hablando con desenfado—. Rastrea el cielo, si quieres... Hagrid, no me iría mal un té. O una buena copa de brandy.

—Por... por supuesto, profesor —dijo Hagrid, al que la alegría parecía haber dejado flojo—. Entre, entre...

Harry y Hermione escuchaban con atención: oyeron pasos, la leve maldición del verdugo, el golpe de la puerta y de nuevo el silencio.

—¿Y ahora qué? —susurró Harry, mirando a su alrededor.

—Tendremos que quedarnos aquí escondidos —dijo Hermione con miedo—. Tenemos que esperar a que vuelvan al castillo. Luego aguardaremos a que pase el peligro y nos acercaremos a la ventana de Sirius volando con *Buckbeak*. No volverá por allí hasta dentro de dos horas... Esto va a resultar difícil...

Miró por encima del hombro, a la espesura del bosque. El sol se ponía en aquel momento.

—Habrá que moverse —dijo Harry, pensando—. Tenemos que ir donde podam os ver el sauce boxeador o no nos enteraremos de lo que ocurre.

—De acuerdo —dijo Hermione, sujetando la cuerda de *Buckbeak* aún más

firme—. Pero hemos de seguir ocultos, Harry, recuérdalo.

Se movieron por el borde del bosque, mientras caía la noche, hasta ocultarse tras un grupo de árboles entre los cuales podían distinguir el sauce.

—¡Ahí está Ron! —dijo Harry de repente.

Una figura oscura corría por el césped y el aire silencioso de la noche les transmitió el eco de su grito.

—Aléjate de él..., aléjate... *Scabbers*, ven aquí...

Y entonces vieron a otras dos figuras que salían de la nada. Harry se vio a sí mismo y a Hermione siguiendo a Ron. Luego vio a Ron lanzándose en picado.

—¡Te he atrapado! Vete, gato asqueroso.

—¡Ahí está Sirius! —dijo Harry. El perrazo había surgido de las raíces del sauce. Lo vieron derribar a Harry y sujetar a Ron—. Desde aquí parece incluso más horrible, ¿verdad? —añadió mientras el perro arrastraba a Ron hasta meterlo entre las raíces—. ¡Eh, mira! El árbol acaba de pegarme. Y también a ti. ¡Qué situación más rara!

El sauce boxeador crujía y largaba puñetazos con sus ramas más bajas. Podían verse a sí mismos corriendo de un lado para otro en su intento de alcanzar el tronco. Y de repente el árbol se quedó quieto.

—*Crookshanks* ya ha apretado el nudo —explicó Hermione.

—Allá vamos... —murmuró Harry—. Ya hemos entrado.

En cuanto desaparecieron, el árbol volvió a agitarse. Unos segundos después, oyeron pasos cercanos. Dumbledore, Macnair, Fudge y el anciano de la Comisión se dirigían al castillo.

—¡En cuanto bajamos por el pasadizo! —dijo Hermione—. ¡Ojalá Dumbledore hubiera venido con nosotros...!

—Macnair y Fudge habrían venido también —dijo Harry con tristeza—. Te apuesto lo que quieras a que Fudge habría ordenado a Macnair que matara a Sirius allí mismo.

Vieron a los cuatro hombres subir por la escalera de entrada del castillo y perderse de vista. Durante unos minutos el lugar quedó vacío. Luego...

—¡Aquí viene Lupin! —dijo Harry al ver a otra persona que bajaba la escalera y se dirigía corriendo hacia el sauce. Harry miró al cielo. Las nubes ocultaban la luna.

Vieron que Lupin cogía del suelo una rama rota y apretaba con ella el nudo del tronco. El árbol dejó de dar golpes y también Lupin desapareció por el

hueco que había entre las raíces.

—¡Ojalá hubiera cogido la capa! —dijo Harry—. Está ahí... —Se volvió a Hermione—. Si saliera ahora corriendo y me la llevara, no la podría coger Snape.

—¡Harry, no nos deben ver!

—¿Cómo puedes soportarlo? —le preguntó a Hermione con irritación—. ¿Estar aquí y ver lo que sucede sin hacer nada? —Dudó—. ¡Voy a coger la capa!

—¡Harry, no!

Hermione sujetó a Harry a tiempo por la parte trasera de la túnica. En ese momento oyeron cantar a alguien. Era Hagrid, que se dirigía hacia el castillo, cantando a voz en grito y oscilando ligeramente al caminar. Llevaba una botella grande en la mano.

—¿Lo ves? —susurró Hermione—. ¿Ves lo que habría ocurrido? ¡Tenemos que estar donde nadie nos pueda ver! ¡No, *Buckbeak*!

El hipogrifo hacia intentos desesperados por ir hacia Hagrid. Harry aferró también la cuerda para sujetar a *Buckbeak*. Observaron a Hagrid, que iba haciendo eses hacia el castillo. Desapareció. *Buckbeak* cejó en sus intentos de escapar. Abatió la cabeza con tristeza.

Apenas dos minutos después las puertas del castillo volvieron a abrirse y Snape apareció corriendo hacia el sauce, en pos de ellos.

Harry cerró fuertemente los puños al ver que Snape se detenía cerca del árbol, mirando a su alrededor. Cogió la capa y la sostuvo en alto.

—Aparta de ella tus asquerosas manos —murmuró Harry entre dientes.

—¡Chist!

Snape cogió la rama que había usado Lupin para inmovilizar el árbol, apretó el nudo con ella y, cubriéndose con la capa, se perdió de vista.

—Ya está —dijo Hermione en voz baja—. Ahora ya estamos todos dentro. Y ahora sólo tenemos que esperar a que volvamos a salir...

Cogió el extremo de la cuerda de *Buckbeak* y lo amarró firmemente al árbol más cercano. Luego se sentó en el suelo seco, rodeándose las rodillas con los brazos.

—Harry, hay algo que no comprendo... ¿Por qué no atraparon a Sirius los dementores? Recuerdo que se aproximaban a él antes de que yo me desmayara.

Harry se sentó también. Explicó lo que había visto. Cómo, en el momento

en que el dementor más cercano acercaba la boca a Sirius, algo grande y plateado llegó galopando por el lago y ahuyentó a los dementores.

Cuando terminó Harry de explicarlo, Hermione tenía la boca abierta.

—Pero ¿qué era?

—Sólo hay una cosa que puede hacer retroceder a los dementores —dijo Harry—. Un verdadero patronus, un patronus poderoso.

—Pero ¿quién lo hizo aparecer?

Harry no dijo nada. Volvió a pensar en la persona que había visto en la otra orilla del lago. Imaginaba quién podía ser... Pero ¿cómo era posible?

—¿No viste qué aspecto tenía? —preguntó Hermione con impaciencia—. ¿Era uno de los profesores?

—No.

—Pero tuvo que ser un brujo muy poderoso para alejar a todos los dementores... Si el patronus brillaba tanto, ¿no lo iluminó? ¿No pudiste ver...?

—Sí que lo vi —dijo Harry pensativo—. Aunque tal vez lo imaginase. No pensaba con claridad. Me desmayé inmediatamente después...

—¿Quién te pareció que era?

—Me pareció —Harry tragó saliva, consciente de lo raro que iba a sonar aquello—, me pareció mi padre.

Miró a Hermione y vio que estaba con la boca abierta. La muchacha lo miraba con una mezcla de inquietud y pena.

—Harry, tu padre está..., bueno..., está muerto —dijo en voz baja.

—Lo sé —dijo Harry rápidamente.

—¿Crees que era su fantasma?

—No lo sé. No... Parecía sólido.

—Pero entonces...

—Quizá tuviera alucinaciones —dijo Harry—. Pero a juzgar por lo que vi, se parecía a él. Tengo fotos suyas... —Hermione seguía mirándolo como preocupada por su salud mental—. Sé que parece una locura —añadió Harry con determinación. Se volvió para echar un vistazo a *Buckbeak*, que metía el pico en la tierra, buscando lombrices. Pero no miraba realmente al hipogrifo.

Pensaba en su padre y en sus tres amigos de toda la vida. Lunático, Colagusano, Canuto y Cornamenta... ¿No habrían estado aquella noche los cuatro en los terrenos del castillo? Colagusano había vuelto a aparecer aquella

noche, cuando todo el mundo pensaba que estaba muerto. ¿Era imposible que su padre hubiera hecho lo mismo? ¿Había visto visiones en el lago? La figura había estado demasiado lejos para distinguirla bien, y sin embargo, antes de perder el sentido, había estado seguro de lo que veía.

Las hojas de los árboles susurraban movidas por la brisa. La luna aparecía y desaparecía tras las nubes. Hermione se sentó de cara al sauce, esperando.

Y entonces, después de una hora...

—¡Ya salen! —exclamó Hermione. Se pusieron en pie. *Buckbeak* levantó la cabeza. Vieron a Lupin, Ron y Pettigrew saliendo con dificultad del agujero de las raíces. Luego salió Hermione. Luego Snape, inconsciente, flotando. A continuación iban Harry y Black. Todos echaron a andar hacia el castillo. El corazón de Harry comenzaba a latir muy fuerte. Levantó la vista al cielo. De un momento a otro pasaría la nube y la luna quedaría al descubierto...

—Harry —musitó Hermione, como si adivinara lo que pensaba él—, tenemos que quedarnos aquí. No nos deben ver. No podemos hacer nada.

—¿Y vamos a consentir que Pettigrew vuelva a escaparse? —dijo Harry en voz baja.

—¿Y cómo esperas encontrar una rata en la oscuridad? —le atajó Hermione—. No podemos hacer nada. Si hemos regresado es sólo para ayudar a Sirius. ¡No debes hacer nada más!

—Está bien.

La luna salió de detrás de la nube. Vieron las pequeñas siluetas detenerse en medio del césped. Luego las vieron moverse.

—¡Mira a Lupin! —susurró Hermione—. Se está transformando.

—¡Hermione! —dijo Harry de repente—. ¡Tenemos que hacer algo!

—No podemos. Te lo estoy diciendo todo el tiempo.

—¡No hablo de intervenir! ¡Es que Lupin se va a adentrar en el bosque y vendrá hacia aquí!

Hermione ahogó un grito.

—¡Rápido! —gimió, apresurándose a desatar a *Buckbeak*—. ¡Rápido! ¿Dónde vamos? ¿Dónde nos ocultamos? ¡Los dementores llegarán de un momento a otro!

—¡Volvamos a la cabaña de Hagrid! —dijo Harry—. Ahora está vacía. ¡Vamos!

Corrieron todo lo aprisa que pudieron. *Buckbeak* iba detrás de ellos a medio galope. Oyeron aullar al hombre lobo a sus espaldas.

Vieron la cabaña. Harry derrapó al llegar a la puerta. La abrió de un tirón y dejó pasar a Hermione y a *Buckbeak*, que entraron como un rayo. Harry entró detrás de ellos y echó el cerrojo. *Fang*, el perro jabalinero, ladró muy fuerte.

—¡Silencio, *Fang*, somos nosotros! —dijo Hermione, avanzando rápidamente hacia él y acariciándole las orejas para que callara—. ¡Nos hemos salvado por poco! —dijo a Harry.

—Sí...

Harry miró por la ventana. Desde allí era mucho más difícil ver lo que ocurría. *Buckbeak* parecía muy contento de volver a casa de Hagrid. Se echó delante del fuego, plegó las alas con satisfacción y se dispuso a echar un buen sueñecito.

—Será mejor que salga —dijo Harry pensativo—. Desde aquí no veo lo que ocurre. No sabremos cuándo llega el momento. —Hermione levantó los ojos para mirarlo. Tenía expresión de recelo—. No voy a intervenir —añadió Harry de inmediato—. Pero si no vemos lo que ocurre, ¿cómo sabremos cuál es el momento de rescatar a Sirius?

—Bueno, de acuerdo. Aguardaré aquí con *Buckbeak*... Pero ten cuidado, Harry. Ahí fuera hay un licántropo y multitud de dementores.

Harry salió y bordeó la cabaña. Oyó gritos distantes. Aquello quería decir que los dementores se acercaban a Sirius... El otro Harry y la otra Hermione irían hacia él en cualquier momento...

Miró hacia el lago, con el corazón redoblando como un tambor. Quienquiera que hubiese enviado al patronus, haría aparición enseguida.

Durante una fracción de segundo se quedó ante la puerta de la cabaña de Hagrid sin saber qué hacer. «No deben verte.» Pero no quería que lo vieran, quería ver él. Tenía que enterarse...

Ya estaban allí los dementores. Surgían de la oscuridad, llegaban de todas partes. Se deslizaban por las orillas del lago. Se alejaban de Harry hacia la orilla opuesta... No tendría que acercarse a ellos.

Echó a correr. No pensaba más que en su padre... Si era él, si era él realmente, tenía que saberlo, tenía que averiguarlo.

Cada vez estaba más cerca del lago, pero no se veía a nadie. En la orilla opuesta veía leves destellos de plata: eran sus propios intentos de conseguir un patronus.

Había un arbusto en la misma orilla del agua. Harry se agachó detrás de él y miró por entre las hojas. En la otra orilla los destellos de plata se extinguieron de repente. Sintió emoción y terror: faltaba muy poco.

—¡Vamos! —murmuró, mirando a su alrededor—. ¿Dónde estás? Vamos, papá.

Pero nadie acudió. Harry levantó la cabeza para mirar el círculo de los dementores del otro lado del lago. Uno de ellos se bajaba la capucha. Era el momento de que apareciera el salvador. Pero no veía a nadie.

Y entonces lo comprendió. No había visto a su padre, se había visto a sí mismo.

Harry salió de detrás del arbusto y sacó la varita.

—*¡EXPECTO PATRONUM!* —exclamó.

Y de la punta de su varita surgió, no una nube informe, sino un animal plateado, deslumbrante y cegador. Frunció el entrecejo tratando de distinguir lo que era. Parecía un caballo. Galopaba en silencio, alejándose de él por la superficie negra del lago. Lo vio bajar la cabeza y cargar contra los dementores... En ese momento galopaba en torno a las formas negras que estaban tendidas en el suelo, y los dementores retrocedían, se dispersaban y huían en la oscuridad. Y se fueron.

El patronus dio media vuelta. Volvía hacia Harry a medio galope, cruzando la calma superficie del agua. No era un caballo. Tampoco un unicornio. Era un ciervo. Brillaba tanto como la luna... Regresaba hacia él.

Se detuvo en la orilla. Sus pezuñas no dejaban huellas en la orilla. Miraba a Harry con sus ojos grandes y plateados. Lentamente reclinó la cornamenta. Y Harry comprendió:

—Cornamenta —susurró.

Pero se desvaneció cuando alargó hacia él las temblorosas yemas de sus dedos.

Harry se quedó así, con la mano extendida. Luego, con un vuelco del corazón, oyó tras él un ruido de cascos. Se dio la vuelta y vio a Hermione, que se acercaba a toda prisa, tirando de *Buckbeak*.

—¿Qué has hecho? —dijo enfadada—. Dijiste que no intervendrías.

—Sólo he salvado nuestra vida... Ven aquí, detrás de este arbusto: te lo explicaré.

Hermione escuchó con la boca abierta el relato de lo ocurrido.

—¿Te ha visto alguien?

—Sí. ¿No me has oído? ¡Me vi a mí mismo, pero creí que era mi padre!

—No puedo creerlo... ¡Hiciste aparecer un patronus capaz de ahuyentar a todos los dementores! ¡Eso es magia avanzadísima!

—Sabía que lo podía hacer —dijo Harry—, porque ya lo había hecho... ¿No es absurdo?

—No lo sé... ¡Harry, mira a Snape!

Observaron la otra orilla desde ambos lados del arbusto. Snape había recuperado el conocimiento. Estaba haciendo aparecer por arte de magia unas camillas y subía a ellas los cuerpos inconscientes de Harry, Hermione y Black. Una cuarta camilla, que sin duda llevaba a Ron, flotaba ya a su lado. Luego, apuntándolos con la varita, los llevó hacia el castillo.

—Bueno, ya es casi el momento —dijo Hermione, nerviosa, mirando el reloj—. Disponemos de unos 45 minutos antes de que Dumbledore cierre con llave la puerta de la enfermería. Tenemos que rescatar a Sirius y volver a la enfermería antes de que nadie note nuestra ausencia.

Aguardaron. Veían reflejarse en el lago el movimiento de las nubes. La brisa susurraba entre las hojas del arbusto que tenían al lado. Aburrido, *Buckbeak* había vuelto a buscar lombrices en la tierra.

—¿Crees que ya estará allí arriba? —preguntó Harry, consultando la hora. Levantó la mirada hacia el castillo y empezó a contar las ventanas de la derecha de la torre oeste.

—¡Mira! —susurró Hermione—. ¿Quién es? ¡Alguien vuelve a salir del castillo!

Harry miró en la oscuridad. El hombre se apresuraba por los terrenos del colegio hacia una de las entradas. Algo brillaba en su cinturón.

—¡Macnair! —dijo Harry—. ¡El verdugo! ¡Va a buscar a los dementores!

Hermione puso las manos en el lomo de *Buckbeak* y Harry la ayudó a montar. Luego apoyó el pie en una rama baja del arbusto y montó delante de ella. Pasó la cuerda por el cuello de *Buckbeak* y la ató también al otro lado, como unas riendas.

—¿Preparada? —susurró a Hermione—. Será mejor que te sujetes a mí.

Espoleó a *Buckbeak* con los talones.

Buckbeak emprendió el vuelo hacia el oscuro cielo. Harry le presionó los costados con las rodillas y notó que levantaba las alas. Hermione se sujetaba con fuerza a la cintura de Harry, que la oía murmurar:

—Ay, ay, qué poco me gusta esto, ay, ay, qué poco me gusta.

Planeaban silenciosamente hacia los pisos más altos del castillo. Harry tiró de la rienda de la izquierda y *Buckbeak* viró. Harry trataba de contar las ventanas que pasaban como relámpagos.

—¡Sooo! —dijo, tirando de las riendas todo lo que pudo.

Buckbeak redujo la velocidad y se detuvieron. Pasando por alto el hecho de que subían y bajaban casi un metro cada vez que *Buckbeak* batía las alas,

podía decirse que estaban inmóviles.

—¡Ahí está! —dijo Harry, localizando a Sirius mientras ascendían junto a la ventana. Sacó la mano y en el momento en que *Buckbeak* bajaba las alas, golpeó en el cristal.

Black levantó la mirada. Harry vio que se quedaba boquiabierto. Saltó de la silla, fue aprisa hacia la ventana y trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—¡Échate hacia atrás! —le gritó Hermione, y sacó su varita, sin dejar de sujetarse con la mano izquierda a la túnica de Harry.

—*¡Alohomora!*

La ventana se abrió de golpe.

—¿Cómo... cómo... ? —preguntó Black casi sin voz, mirando al hipogrifo.

—Monta, no hay mucho tiempo —dijo Harry, abrazándose al cuello liso y brillante de *Buckbeak*, para impedir que se moviera—. Tienes que huir, los dementores están a punto de llegar. Macnair ha ido a buscarlos.

Black se sujetó al marco de la ventana y asomó la cabeza y los hombros. Fue una suerte que estuviera tan delgado. En unos segundos pasó una pierna por el lomo de *Buckbeak* y montó detrás de Hermione.

—¡Arriba, *Buckbeak*! —dijo Harry, sacudiendo las riendas—. Arriba, a la torre. ¡Vamos!

El hipogrifo batió las alas y volvió a emprender el vuelo. Navegaron a la altura del techo de la torre oeste. *Buckbeak* aterrizó tras las almenas con mucho alboroto, y Harry y Hermione se bajaron inmediatamente.

—Será mejor que escapes rápido, Sirius —dijo Harry jadeando—. No tardarán en llegar al despacho de Flitwick. Descubrirán tu huida.

Buckbeak dio una coz en el suelo, sacudiendo la afilada cabeza.

—¿Qué le ocurrió al otro chico? A Ron —preguntó Sirius.

—Se pondrá bien. Está todavía inconsciente, pero la señora Pomfrey dice que se curará. ¡Rápido, vete!

Pero Black seguía mirando a Harry.

—¿Cómo te lo puedo agradecer?

—¡VETE! —gritaron a un tiempo Harry y Hermione.

Black dio la vuelta a *Buckbeak,* orientándolo hacia el cielo abierto.

—¡Nos volveremos a ver! —dijo—. ¡Verdaderamente, Harry, te pareces a

tu padre!

Presionó los flancos de *Buckbeak* con los talones. Harry y Hermione se echaron atrás cuando las enormes alas volvieron a batir. El hipogrifo emprendió el vuelo... Animal y jinete empequeñecieron conforme Harry los miraba... Luego, una nube pasó ante la luna... y se perdieron de vista.

22

Más lechuzas mensajeras

—¡Harry! —Hermione le tiraba de la manga, mirando el reloj—. Tenemos diez minutos para regresar a la enfermería sin ser vistos. Antes de que Dumbledore cierre la puerta con llave.

—De acuerdo —dijo Harry, apartando los ojos del cielo—, ¡vamos!

Entraron por la puerta que tenían detrás y bajaron una estrecha escalera de caracol. Al llegar abajo oyeron voces. Se arrimaron a la pared y escucharon. Parecían Fudge y Snape. Caminaban aprisa por el corredor que comenzaba al pie de la escalera.

—... Sólo espero que Dumbledore no ponga impedimentos —decía Snape—. ¿Le darán el Beso inmediatamente?

—En cuanto llegue Macnair con los dementores. Todo este asunto de Black ha resultado muy desagradable. No tiene ni idea de las ganas que tengo de decir a *El Profeta* que por fin lo hemos atrapado. Supongo que querrán entrevistarle, Snape... Y en cuanto el joven Harry vuelva a estar en sus cabales, también querrá contarle al periódico cómo usted lo salvó.

Harry apretó los dientes. Entrevió la sonrisa hipócrita de Snape cuando él y Fudge pasaron ante el lugar en que estaban escondidos. Sus pasos se perdieron. Harry y Hermione aguardaron unos instantes para asegurarse de que estaban lejos y echaron a correr en dirección opuesta. Bajaron una escalera, luego otra, continuaron por otro corredor y oyeron una carcajada delante de ellos.

—¡Peeves! —susurró Harry, asiendo a Hermione por la muñeca—. ¡Entremos aquí!

Corrieron a toda velocidad y entraron en un aula vacía que encontraron a la izquierda. Peeves iba por el pasillo dando saltos de contento, riéndose a mandíbula batiente.

—¡Es horrible! —susurró Hermione, con el oído pegado a la puerta—. Estoy segura de que se ha puesto así de alegre porque los dementores van a ejecutar a Sirius... —Miró el reloj—. Tres minutos, Harry.

Aguardaron a que la risa malvada de Peeves se perdiera en la distancia. Entonces salieron del aula y volvieron a correr.

—Hermione, ¿qué ocurrirá si no regresamos antes de que Dumbledore cierre la puerta? —jadeó Harry.

—No quiero ni pensarlo —dijo Hermione, volviendo a mirar el reloj—. ¡Un minuto! —Llegaron al pasillo en que se hallaba la enfermería—. Bueno, ya se oye a Dumbledore —dijo nerviosa Hermione—. ¡Vamos, Harry!

Siguieron por el corredor cautelosamente. La puerta se abrió. Vieron la espalda de Dumbledore.

—Os voy a cerrar con llave —le oyeron decir—. Son las doce menos cinco. Señorita Granger; tres vueltas deberían bastar. Buena suerte.

Dumbledore salió de espaldas de la enfermería, cerró la puerta y sacó la varita para cerrarla mágicamente. Asustados, Harry y Hermione se apresuraron. Dumbledore alzó la vista y una sonrisa apareció bajo el bigote largo y plateado.

—¿Bien? —preguntó en voz baja.

—¡Lo hemos logrado! —dijo Harry jadeante—. Sirius se ha ido montado en *Buckbeak*...

Dumbledore les dirigió una amplia sonrisa.

—Bien hecho. Creo... —Escuchó atentamente por si se oía algo dentro de la enfermería—. Sí, creo que ya no estáis ahí dentro. Entrad. Os cerraré.

Entraron en la enfermería. Estaba vacía, salvo por lo que se refería a Ron, que permanecía en la cama. Después de oir la cerradura, se metieron en sus camas. Hermione volvió a esconder el giratiempo debajo de la túnica. Un instante después, la señora Pomfrey volvió de su oficina con paso enérgico.

—¿Ya se ha ido el director? ¿Se me permitirá ahora ocuparme de mis pacientes?

Estaba de muy mal humor. Harry y Hermione pensaron que era mejor aceptar el chocolate en silencio. La señora Pomfrey se quedó allí delante para asegurarse de que se lo comían. Pero Harry apenas se lo podía tragar. Hermione y él aguzaban el oído, con los nervios alterados. Y entonces, mientras tomaban el cuarto trozo del chocolate de la señora Pomfrey, oyeron

un rugido furioso, procedente de algún distante lugar por encima de la enfermería.

—¿Qué ha sido eso? —dijo alarmada la señora Pomfrey.

Oyeron voces de enfado, cada vez más fuertes. La señora Pomfrey no perdía de vista la puerta.

—¡Hay que ver! ¡Despertarán a todo el mundo! ¿Qué creen que hacen?

Harry intentaba oír lo que decían. Se aproximaban.

—Debe de haber desaparecido, Severus. Tendríamos que haber dejado a alguien con él en el despacho. Cuando esto se sepa...

—¡NO HA DESAPARECIDO! —bramó Snape, muy cerca de ellos—. ¡UNO NO PUEDE APARECER NI DESAPARECER EN ESTE CASTILLO! ¡POTTER TIENE ALGO QUE VER CON ESTO!

—Sé razonable, Severus. Harry está encerrado.

¡PLAM!

La puerta de la enfermería se abrió de golpe. Fudge, Snape y Dumbledore entraron en la sala con paso enérgico. Sólo Dumbledore parecía tranquilo, incluso contento. Fudge estaba enfadado, pero Snape se hallaba fuera de sí.

—¡CONFIESA, POTTER! —vociferó—. ¿QUÉ ES LO QUE HAS HECHO?

—¡Profesor Snape! —chilló la señora Pomfrey—, ¡contrólese!

—Por favor, Snape, sé razonable —dijo Fudge—. Esta puerta estaba cerrada con llave. Acabamos de comprobarlo.

—¡LE AYUDARON A ESCAPAR, LO SÉ! —gritó Snape, señalando a Harry y a Hermione. Tenía la cara contorsionada. Escupía saliva.

—¡Tranquilícese, hombre! —gritó Fudge—. ¡Está diciendo tonterías!

—¡NO CONOCE A POTTER! —gritó Snape—. ¡LO HIZO ÉL, SÉ QUE LO HIZO ÉL!

—Ya vale, Severus —dijo Dumbledore con voz tranquila—. Piensa lo que dices. Esta puerta ha permanecido cerrada con llave desde que abandoné la enfermería, hace diez minutos. Señora Pomfrey, ¿han abandonado estos alumnos sus camas?

—¡Por supuesto que no! —dijo ofendida la señora Pomfrey—. ¡He estado con ellos desde que usted salió!

—Ahí lo tienes, Severus —dijo Dumbledore con tranquilidad—. A menos que crea que Harry y Hermione son capaces de encontrarse en dos lugares al mismo tiempo, me temo que no encuentro motivo para seguir molestándolos.

Snape se quedó allí, enfadado, apartando la vista de Fudge, que parecía totalmente sorprendido por su comportamiento, y dirigiéndola a Dumbledore, cuyos ojos brillaban tras las gafas. Snape dio media vuelta (la tela de su túnica produjo un frufrú) y salió de la sala de la enfermería como un vendaval.

—Su colega parece perturbado —dijo Fudge, siguiéndolo con la vista—. Yo en su lugar; Dumbledore, tendría cuidado con él.

—No es nada serio —dijo Dumbledore con calma—, sólo que acaba de sufrir una gran decepción.

—¡No es el único! —repuso Fudge resoplando—. ¡*El Profeta* va a encontrarlo muy divertido! ¡Ya lo teníamos arrinconado y se nos ha escapado entre los dedos! Sólo faltaría que se enterasen también de la huida del hipogrifo, y seré el hazmerreír. Bueno, tendré que irme y dar cuenta de todo al Ministerio...

—¿Y los dementores? —le preguntó Dumbledore—. Espero que se vayan del colegio.

—Sí, tendrán que irse —dijo Fudge, pasándose una mano por el cabello—. Nunca creí que intentaran darle el Beso a un niño inocente..., estaban totalmente fuera de control. Esta noche volverán a Azkaban. Tal vez deberíamos pensar en poner dragones en las entradas del colegio...

—Eso le encantaría a Hagrid —dijo Dumbledore, dirigiendo a Harry y a Hermione una rápida sonrisa. Cuando él y Fudge dejaron la enfermería, la señora Pomfrey corrió hacia la puerta y la volvió a cerrar con llave. Murmurando entre dientes, enfadada, volvió a su despacho.

Se oyó un leve gemido al otro lado de la enfermería. Ron se acababa de despertar. Lo vieron sentarse, rascarse la cabeza y mirar a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Harry? ¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde está Sirius? ¿Dónde está Lupin? ¿Qué ocurre?

Harry y Hermione se miraron.

—Explícaselo tú —dijo Harry, cogiendo un poco más de chocolate.

Cuando Harry; Ron y Hermione dejaron la enfermería al día siguiente a mediodía, encontraron el castillo casi desierto. El calor abrasador y el final de los exámenes invitaban a todo el mundo a aprovechar al máximo la última visita a Hogsmeade. Sin embargo, ni a Ron ni a Hermione les apetecía ir, así que pasearon con Harry por los terrenos del colegio, sin parar de hablar de los extraordinarios acontecimientos de la noche anterior y preguntándose dónde estarían en aquel momento Sirius y *Buckbeak*. Cuando se sentaron cerca del lago, viendo cómo sacaba los tentáculos del agua el calamar gigante, Harry

perdió el hilo de la conversación mirando hacia la orilla opuesta. La noche anterior; el ciervo había galopado hacia él desde allí.

Una sombra los cubrió. Al levantar la vista vieron a Hagrid, medio dormido, que se secaba la cara sudorosa con uno de sus enormes pañuelos y les sonreía.

—Ya sé que no debería alegrarme después de lo sucedido la pasada noche —dijo—. Me refiero a que Black se volviera a escapar y todo eso... Pero ¿a que no adiviná is...?

—¿Qué? —dijeron, fingiendo curiosidad.

—*Buckbeak*. ¡Se escapó! ¡Está libre! ¡Lo estuve celebrando toda la noche!

—¡Eso es estupendo! —dijo Hermione, dirigiéndole una mirada severa a Ron, que parecía a punto de reírse.

—Sí, no lo atamos bien —explicó Hagrid, contemplando el campo satisfecho—. Esta mañana estaba preocupado, pensé que podía tropezarse por ahí con el profesor Lupin. Pero Lupin dice que anoche no comió nada.

—¿Cómo? —preguntó Harry.

—Caramba, ¿no lo has oído? —le preguntó Hagrid, borrando la sonrisa. Bajó la voz, aunque no había nadie cerca—. Snape se lo ha revelado esta mañana a todos los de Slytherin. Creía que a estas alturas ya lo sabría todo el mundo: el profesor Lupin es un hombre lobo. Y la noche pasada anduvo suelto por los terrenos del colegio. En estos momentos está haciendo las maletas, por supuesto.

—¿Que está haciendo las maletas? —preguntó Harry alarmado—. ¿Por qué?

—Porque se marcha —dijo Hagrid, sorprendido de que Harry lo preguntara—. Lo primero que hizo esta mañana fue presentar la dimisión. Dice que no puede arriesgarse a que vuelva a suceder.

Harry se levantó de un salto.

—Voy a verlo —dijo a Ron y a Hermione.

—Pero si ha dimitido...

—No creo que podamos hacer nada.

—No importa. De todas maneras, quiero verlo. Nos veremos aquí mismo más tarde.

La puerta del despacho de Lupin estaba abierta. Ya había empaquetado la mayor parte de sus cosas. Junto al depósito vacío del *grindylow*, la maleta vieja y desvencijada se hallaba abierta y casi llena. Lupin se inclinaba sobre algo que había en la mesa y sólo levantó la vista cuando Harry llamó a la puerta.

—Te he visto venir —dijo Lupin sonriendo. Señaló el pergamino sobre el que estaba inclinado. Era el mapa del merodeador.

—Acabo de estar con Hagrid —dijo Harry—. Me ha dicho que ha presentado usted la dimisión. No es cierto, ¿verdad?

—Me temo que sí —contestó Lupin. Comenzó a abrir los cajones de la mesa y a vaciar el contenido.

—¿Por qué? —preguntó Harry—. El Ministerio de Magia no lo creerá confabulado con Sirius, ¿verdad?

Lupin fue hacia la puerta y la cerró.

—No. El profesor Dumbledore se las ha arreglado para convencer a Fudge de que intenté salvaros la vida —suspiró—. Ha sido el colmo para Severus. Creo que ha sido muy duro para él perder la Orden de Merlín. Así que él... por casualidad... reveló esta mañana en el desayuno que soy un licántropo.

—¿Y se va sólo por eso? —preguntó Harry.

Lupin sonrió con ironía.

—Mañana a esta hora empezarán a llegar las lechuzas enviadas por los padres. No consentirán que un hombre lobo dé clase a sus hijos, Harry. Y después de lo de la última noche, creo que tienen razón. Pude haber mordido a cualquiera de vosotros... No debe repetirse.

—¡Es usted el mejor profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras que hemos tenido nunca! —dijo Harry—. ¡No se vaya!

Lupin negó con la cabeza, pero no dijo nada. Siguió vaciando los cajones. Luego, mientras Harry buscaba un argumento para convencerlo, Lupin añadió:

—Por lo que el director me ha contado esta mañana, la noche pasada salvaste muchas vidas, Harry. Si estoy orgulloso de algo es de todo lo que has aprendido. Háblame de tu patronus.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Harry anonadado.

—¿Qué otra cosa podía haber puesto en fuga a los dementores?

Harry contó a Lupin lo que había ocurrido. Al terminar, Lupin volvía a sonreír:

—Sí, tu padre se transformaba siempre en ciervo —con—firmó—. Lo adivinaste. Por eso lo llamábamos Cornamenta. —Lupin puso los últimos libros

en la maleta, cerró los cajones y se volvió para mirar a Harry—. Toma, la traje la otra noche de la Casa de los Gritos —dijo, entregándole a Harry la capa invisible—: Y... —titubeó y a continuación le entregó también el mapa del merodeador—. Ya no soy profesor tuyo, así que no me siento culpable por devolverte esto. A mí ya no me sirve. Y me atrevo a creer que tú, Ron y Hermione le encontraréis utilidad.

Harry cogió el mapa y sonrió.

—Usted me dijo que Lunático, Colagusano, Canuto y Cornamenta me habrían tentado para que saliera del colegio..., que lo habrían encontrado divertido.

—Sí, lo habríamos hecho —confirmó Lupin, cerrando la maleta—. No dudo que a James le habría decepcionado que su hijo no hubiera encontrado ninguno de los pasadizos secretos para salir del castillo.

Alguien llamó a la puerta. Harry se guardó rápidamente en el bolsillo el mapa del merodeador y la capa invisible.

Era el profesor Dumbledore. No se sorprendió al ver a Harry.

—Tu coche está en la puerta, Remus —anunció.

—Gracias, director.

Lupin cogió su vieja maleta y el depósito vacío del *grindylow*.

—Bien. Adiós, Harry —dijo sonriendo—. Ha sido un verdadero placer ser profesor tuyo. Estoy seguro de que nos volveremos a encontrar en otra ocasión. Señor director; no hay necesidad de que me acompañe hasta la puerta. Puedo ir solo.

Harry tuvo la impresión de que Lupin quería marcharse lo más rápidamente posible.

—Adiós entonces, Remus —dijo Dumbledore escuetamente. Lupin apartó ligeramente el depósito del *grindylow* para estrecharle la mano a Dumbledore. Luego, con un último movimiento de cabeza dirigido a Harry y una rápida sonrisa, salió del despacho.

Harry se sentó en su silla vacía, mirando al suelo con tristeza. Oyó cerrarse la puerta y levantó la vista. Dumbledore seguía allí.

—¿Por qué estás tan triste, Harry? —le preguntó en voz baja—. Tendrías que sentirte muy orgulloso de ti mismo después de lo ocurrido anoche.

—No sirvió de nada —repuso Harry con amargura—. Pettigrew se escapó.

—¿Que no sirvió de nada? —dijo Dumbledore en voz baja—. Sirvió de mucho, Harry. Ayudaste a descubrir la verdad. Salvaste a un hombre inocente de un destino terrible.

«Terrible.» Harry recordó algo. «Más grande y más terrible que nunca.» ¡La predicción de la profesora Trelawney!

—Profesor Dumbledore: ayer; en mi examen de Adivinación, la profesora Trelawney se puso muy rara.

—¿De verdad? —preguntó Dumbledore—. ¿Quieres decir más rara de lo habitual?

—Sí... Habló con una voz profunda, poniendo los ojos en blanco. Y dijo que el vasallo de Voldemort partiría para reunirse con su amo antes de la medianoche. Dijo que el vasallo lo ayudaría a recuperar el poder. —Harry miró a Dumbledore—. Y luego volvió a la normalidad y no recordaba nada de lo que había dicho. ¿Sería una auténtica profecía?

Dumbledore parecía impresionado.

—Pienso que podría serlo —dijo pensativo—. ¿Quién lo habría pensado? Esto eleva a dos el total de sus profecías auténticas. Tendría que subirle el sueldo...

—Pero... —Harry lo miró aterrorizado: ¿cómo podía tomárselo Dumbledore con tanta calma?—, ¡pero yo impedí que Sirius y Lupin mataran a Pettigrew! Esto me convierte en culpable de un posible regreso de Voldemort.

—En absoluto —respondió Dumbledore tranquilamente—. ¿No te ha enseñado nada tu experiencia con el giratiempo, Harry? Las consecuencias de nuestras acciones son siempre tan complicadas, tan diversas, que predecir el futuro es realmente muy difícil. La profesora Trelawney, Dios la bendiga, es una prueba de ello. Hiciste algo muy noble al salvarle la vida a Pettigrew.

—¡Pero si ayuda a Voldemort a recuperar su poder...!

—Pettigrew te debe la vida. Has enviado a Voldemort un lugarteniente que está en deuda contigo. Cuando un mago le salva la vida a otro, se crea un vínculo entre ellos. Y si no me equivoco, no creo que Voldemort quiera que su vasallo esté en deuda con Harry Potter.

—No quiero tener ningún vínculo con Pettigrew —dijo Harry—. Traicionó a mis padres.

—Esto es lo más profundo e insondable de la magia, Harry. Pero confía en mí. Llegará el momento en que te alegres de haberle salvado la vida a Pettigrew.

Harry no podía imaginar cuándo sería. Dumbledore parecía saber lo que pensaba Harry.

—Traté mucho a tu padre, Harry, tanto en Hogwarts como más tarde —dijo dulcemente—. Él también habría salvado a Pettigrew, estoy seguro.

Harry lo miró. Dumbledore no se reina. Se lo podía decir.

—Anoche... pensé que era mi padre el que había hecho aparecer mi patronus. Quiero decir... cuando me vi a mí mismo al otro lado del lago, pensé que lo veía a él.

—Un error fácil de cometer —dijo Dumbledore—. Supongo que estarás harto de oírlo, pero te pareces extraordinariamente a James. Menos en los ojos: tienes los de tu madre.

Harry sacudió la cabeza.

—Fue una idiotez pensar que era él —murmuró—. Quiero decir... ya sé que está muerto.

—¿Piensas que los muertos a los que hemos querido nos abandonan del todo? ¿No crees que los recordamos especialmente en los mayores apuros? Tu padre vive en ti, Harry, y se manifiesta más claramente cuando lo necesitas. ¿De qué otra forma podrías haber creado ese patronus tan especial? Cornamenta volvió a galopar anoche. —Harry tardó un rato en comprender lo que Dumbledore acababa de decirle—. Sirius me contó anoche cómo se convertían en animagos —añadió Dumbledore sonriendo—. Una hazaña extraordinaria... y aún más extraordinario fue que yo no me enterara. Y entonces recordé la muy insólita forma que adoptó tu patronus cuando embistió al señor Malfoy en el partido contra Ravenclaw. Así que anoche viste realmente a tu padre... Lo encontraste dentro de ti mismo.

Y Dumbledore abandonó el despacho dejando a Harry con sus confusos pensamientos.

Nadie en Hogwarts conocía la verdad de lo ocurrido la noche en que desaparecieron *Buckbeak*, Sirius y Pettigrew, salvo Harry; Ron, Hermione y el profesor Dumbledore. Al final del curso, Harry oyó muchas teorías acerca de lo que había sucedido, pero ninguna se acercaba a la verdad.

Malfoy estaba furioso por lo de *Buckbeak*. Estaba convencido de que Hagrid había hallado la manera de esconder el hipogrifo, y parecía ofendido porque el guardabosques hubiera sido más listo que su padre y él. Percy Weasley, mientras tanto, tenía mucho que decir sobre la huida de Sirius.

—¡Si logro entrar en el Ministerio, tendré muchas propuestas para hacer cumplir la ley mágica! —dijo a la única persona que lo escuchaba, su novia Penelope.

Aunque el tiempo era perfecto, aunque el ambiente era tan alegre, aunque sabía que había logrado casi lo imposible al liberar a Sirius, Harry nunca había estado tan triste al final de un curso.

Ciertamente, no era el único al que le apenaba la partida del profesor Lupin. Todo el grupo que acudía con Harry a la clase de Defensa Contra las

Artes Oscuras lamentaba su dimisión.

—Me pregunto a quién nos pondrán el próximo curso —dijo Seamus Finnigan con melancolía.

—Tal vez a un vampiro —sugirió Dean Thomas con ilusión.

Lo que le pesaba a Harry no era sólo la partida de Lupin. No podía dejar de pensar en la predicción de la profesora Trelawney. Se preguntaba continuamente dónde estaría Pettigrew, si estaría escondido o si habría llegado ya junto a Voldemort. Pero lo que más lo deprimía era la perspectiva de volver con los Dursley. Durante media hora, una gloriosa media hora, había creído que viviría en adelante con Sirius, el mejor amigo de sus padres. Era lo mejor que podía imaginar, exceptuando la posibilidad de tener allí otra vez a su padre. Y aunque era una buena noticia no tener noticias de Sirius, porque significaba que no lo habían encontrado, Harry no podía dejar de entristecerse al pensar en el hogar que habría podido tener y en el hecho de que lo había perdido.

Los resultados de los exámenes salieron el último día del curso. Harry, Ron y Hermione habían aprobado todas las asignaturas. Harry estaba asombrado de que le hubieran aprobado Pociones. Sospechaba que Dumbledore había intervenido para impedir que Snape lo suspendiera injustamente. El comportamiento de Snape con Harry durante toda la última semana había sido alarmante. Harry nunca habría creído que la manía que le tenía Snape pudiera aumentar; pero así fue. A Snape se le movía un músculo en la comisura de la boca cada vez que veía a Harry, y se le crispaban los dedos como si deseara cerrarlos alrededor del cuello de Harry.

Percy obtuvo las más altas calificaciones en ÉXTASIS. Fred y George consiguieron varios TIMOS cada uno. Mientras tanto, la casa de Gryffindor; en gran medida gracias a su espectacular actuación en la copa de quidditch, había ganado la Copa de las Casas por tercer año consecutivo. Por eso la fiesta de final de curso tuvo lugar en medio de ornamentos rojos y dorados, y la mesa de Gryffindor fue la más ruidosa de todas, ya que todo el mundo lo estaba celebrando. Incluso Harry, comiendo, bebiendo, hablando y riendo con sus compañeros, consiguió olvidar que al día siguiente volvería a casa de los Dursley.

• • •

Cuando a la mañana siguiente el expreso de Hogwarts salió de la estación, Hermione dio a Ron y a Harry una sorprendente noticia:

—Esta mañana, antes del desayuno, he ido a ver a la profesora McGonagall. He decidido dejar los Estudios Muggles.

—¡Pero aprobaste el examen con el 320 por ciento de eficacia!

—Lo sé —suspiró Hermione—. Pero no puedo soportar otro año como éste. El giratiempo me estaba volviendo loca. Lo he devuelto. Sin los Estudios Muggles y sin Adivinación, volveré a tener un horario normal.

—Todavía no puedo creer que no nos dijeras nada —dijo Ron resentido—. Se supone que somos tus amigos.

—Prometí que no se lo contaría a nadie —dijo gravemente. Se volvió para observar a Harry, que veía cómo desaparecía Hogwarts detrás de una montaña. Pasarían dos meses enteros antes de volverlo a ver—. Alégrate, Harry —dijo Hermione con tristeza.

—Estoy bien —repuso Harry de inmediato—. Pensaba en las vacaciones.

—Sí, yo también he estado pensando en ellas —dijo Ron—. Harry, tienes que venir a pasar unos días con nosotros. Lo comentaré con mis padres y te llamaré. Ya sé cómo utilizar el felétono.

—El teléfono, Ron —le corrigió Hermione—. La verdad, deberías coger Estudios Muggles el próximo curso...

Ron no le hizo caso.

—¡Este verano son los Mundiales de quidditch! ¿Qué dices a eso, Harry? Ven y quédate con nosotros. Iremos a verlos. Mi padre normalmente consigue entradas en el trabajo.

La proposición alegró mucho a Harry.

—Sí... Apuesto a que los Dursley estarán encantados de dejarme ir... Especialmente después de lo que le hice a tía Marge...

Mucho más contento, Harry jugó con Ron y Hermione varias manos de *snap explosivo*, y cuando llegó la bruja con el carrito del té, compró un montón de cosas de comer; aunque nada que contuviera chocolate.

Pero fue a media tarde cuando apareció lo que lo puso de verdad contento...

—Harry —dijo Hermione de repente, mirando por encima del hombro de él—, ¿qué es eso de ahí fuera?

Harry se volvió a mirar. Algo muy pequeño y gris aparecía y desaparecía al otro lado del cristal. Se levantó para ver mejor y distinguió una pequeña lechuza que llevaba una carta demasiado grande para ella. La lechuza era tan pequeña que iba por el aire dando tumbos a causa del viento que levantaba el tren. Harry bajó la ventanilla rápidamente, alargó el brazo y la cogió. Parecía una snitch cubierta de plumas. La introdujo en el vagón con mucho cuidado. La lechuza dejó caer la carta sobre el asiento de Harry y comenzó a zumbar por el compartimento, contenta de haber cumplido su misión. *Hedwig* dio un picotazo al aire con digna actitud de censura. *Crookshanks* se incorporó en el asiento, persiguiendo con sus grandes ojos amarillos a la lechuza. Al notarlo, Ron la

cogió para protegerla.

Harry recogió la carta. Iba dirigida a él. La abrió y gritó:

—¡Es de Sirius!

—¿Qué? —exclamaron Ron y Hermione, emocionados—. ¡Léela en voz alta!

Querido Harry:

Espero que recibas esta carta antes de llegar a casa de tus tíos. No sé si ellos están habituados al correo por lechuza.

Buckbeak *y yo estamos escondidos. No te diré dónde por si ésta cae en malas manos. Tengo dudas acerca de la fiabilidad de la lechuza, pero es la mejor que pude hallar, y parecía deseosa de acometer esta misión.*

Creo que los dementores siguen buscándome, pero no podrán encontrarme. Estoy pensando en dejarme ver por algún muggle a mucha distancia de Hogwarts, para que relajen la vigilancia en el castillo.

Hay algo que no llegué a contarte durante nuestro breve encuentro: fui yo quien te envió la Saeta de Fuego.

—¡Ja! —exclamó Hermione, triunfante—. ¿Lo veis? ¡Os dije que era de él!

—Sí, pero él no la había gafado, ¿verdad? —observó Ron—. ¡Ay!

La pequeña lechuza, que daba gritos de alegría en su mano, le había picado en un dedo de manera al parecer afectuosa.

Crookshanks llevó el envío a la oficina de correos. Utilicé tu nombre, pero les dije que cogieran el oro de la cámara de Gringotts número 711, la mía. Por favor, considéralo como el regalo que mereces que te haga tu padrino por cumplir trece años.

También me gustaría disculparme por el susto que creo que te di aquella noche del año pasado cuando abandonaste la casa de tu tío. Sólo quería verte antes de comenzar mi viaje hacia el norte. Pero creo que te alarmaste al verme.

Te envío en la carta algo que espero que te haga disfrutar más el próximo curso en Hogwarts.

Si alguna vez me necesitas, comunícamelo. Tu lechuza me encontrará.

Volveré a escribirte pronto.

Sirius

Harry miró impaciente dentro del sobre. Había otro pergamino. Lo leyó rápidamente, y se sintió tan contento y reconfortado como si se hubiera tomado de un trago una botella de cerveza de mantequilla.

Yo, Sirius Black, padrino de Harry Potter, autorizo por la presente a mi ahijado a visitar Hogsmeade los fines de semana.

—Esto le bastará a Dumbledore —dijo Harry contento. Volvió a mirar la carta de Sirius—. ¡Un momento! ¡Hay una posdata...!

He pensado que a tu amigo Ron tal vez le guste esta lechuza, ya que por mi culpa se ha quedado sin rata.

Ron abrió los ojos de par en par. La pequeña lechuza seguía gimiendo de emoción.

—¿Quedármela? —preguntó dubitativo. La miró muy de cerca durante un momento, y luego, para sorpresa de Harry y Hermione, se la acercó a *Crookshanks* para que la olfatease.

—¿Qué te parece? —preguntó Ron al gato—. ¿Es una lechuza de verdad?

Crookshanks ronroneó.

—Es suficiente —dijo Ron contento—. Me la quedo.

Harry leyó y releyó la carta de Sirius durante todo el trayecto hasta la estación de King's Cross. Todavía la apretaba en la mano cuando él, Ron y Hermione atravesaron la barrera del andén nueve y tres cuartos. Harry localizó enseguida a tío Vernon. Estaba de pie, a buena distancia de los padres de Ron, mirándolo con recelo. Y cuando la señora Weasley abrazó a Harry, confirmó sus peores suposiciones sobre ellos.

—¡Te llamaré por los Mundiales! —gritó Ron a Harry, al despedirse de ellos. Luego volvió hacia tío Vernon el carrito en que llevaba el baúl y la jaula de *Hedwig*. Su tío lo saludó de la manera habitual.

—¿Qué es eso? —gruñó, mirando el sobre que Harry apretaba en la mano—. Si es otro impreso para que lo firme, ya tienes otra...

—No lo es —dijo Harry con alegría—. Es una carta de mi padrino.

—¿Padrino? —farfulló tío Vernon—. Tú no tienes padrino.

—Sí lo tengo —dijo Harry de inmediato—. Era el mejor amigo de mis padres. Está condenado por asesinato, pero se ha escapado de la prisión de los brujos y ahora se halla escondido. Sin embargo, le gusta mantener el contacto conmigo... Estar al corriente de mis cosas... Comprobar que soy feliz...

Y sonriendo ampliamente al ver la expresión de terror que se había dibujado en el rostro de tío Vernon, Harry se dirigió a la salida de la estación, con *Hedwig* dando picotazos delante de él, para pasar un verano que probablemente sería mucho mejor que el anterior.

HARRY POTTER Y EL CÁLIZ DE FUEGO

J.K. ROWLING

Tras otro abominable verano con los Dursley, Harry se dispone a iniciar el cuarto curso en Hogwarts, la famosa escuela de magia y hechicería. A sus catorce años, a Harry le gustaría ser un joven mago como los demás y dedicarse a aprender nuevos sortilegios, encontrarse con sus amigos Ron y Hermione y asistir con ellos a los Mundiales de quidditch. Sin embargo, al llegar al colegio le espera una gran sorpresa que lo obligará a enfrentarse a los desafíos más temibles de toda su vida. Si logra superarlos, habrá demostrado que ya no es un niño y que está preparado para vivir las nuevas y emocionantes experiencias que el futuro le depara.

Título original: *Harry Potter and the Goblet of Fire*

Traducción: Adolfo Muñoz García y Nieves Martín Azofra

Copyright © J.K. Rowling, 2000
Copyright © Emecé Editores, 2001

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Mallorca, 237 - 08008 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

ISBN: 84-7888-645-1
Depósito legal: B-4.598-2001

1ª edición, marzo de 2001
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Cepellades, Barcelona

Para Peter Rowling,
en recuerdo del señor Ridley,
y para Susan Sladden,
que ayudó a Harry a salir de su alacena

1

La Mansión de los Ryddle

Los aldeanos de Pequeño Hangleton seguían llamándola «la Mansión de los Ryddle» aunque hacía ya muchos años que los Ryddle no vivían en ella. Erigida sobre una colina que dominaba la aldea, tenía cegadas con tablas algunas ventanas, al tejado le faltaban tejas y la hiedra se extendía a sus anchas por la fachada. En otro tiempo había sido una mansión hermosa y, con diferencia, el edificio más señorial y de mayor tamaño en un radio de varios kilómetros, pero ahora estaba abandonada y ruinosa, y nadie vivía en ella.

En Pequeño Hangleton todos coincidían en que la vieja mansión era siniestra. Medio siglo antes había ocurrido en ella algo extraño y horrible, algo de lo que todavía gustaban hablar los habitantes de la aldea cuando los temas de chismorreo se agotaban. Habían relatado tantas veces la historia y le habían añadido tantas cosas, que nadie estaba ya muy seguro de cuál era la verdad. Todas las versiones, no obstante, comenzaban en el mismo punto: cincuenta años antes, en el amanecer de una soleada mañana de verano, cuando la Mansión de los Ryddle aún conservaba su imponente apariencia, la criada había entrado en la sala y había hallado muertos a los tres Ryddle.

La mujer había bajado corriendo y gritando por la colina hasta llegar a la aldea, despertando a todos los que había podido.

—¡Están allí echados con los ojos muy abiertos! ¡Están fríos como el hielo! ¡Y llevan todavía la ropa de la cena!

Llamaron a la policía, y toda la aldea se convirtió en un hervidero de curiosidad, de espanto y de emoción mal disimulada. Nadie hizo el menor esfuerzo en fingir que le apenaba la muerte de los Ryddle, porque nadie los quería. El señor y la señora Ryddle eran ricos, esnobs y groseros, aunque no tanto como Tom, su hijo ya crecido. Los aldeanos se preguntaban por la identidad del asesino, porque era evidente que tres personas que gozan, aparentemente, de buena salud no se mueren la misma noche de muerte natural.

El Ahorcado, que era como se llamaba la taberna de la aldea, hizo su agosto aquella noche, ya que todo el mundo acudió para comentar el triple asesinato. Para ello habían dejado el calor de sus hogares, pero se vieron recompensados con la llegada de la cocinera de los Ryddle, que entró en la taberna con un golpe de efecto y anunció a la concurrencia, repentinamente callada, que acababan de arrestar a un hombre llamado Frank Bryce.

—¡Frank! —gritaron algunos—. ¡No puede ser!

Frank Bryce era el jardinero de los Ryddle y vivía solo en una humilde casita en la finca de sus amos. Había regresado de la guerra con la pierna rígida y una clara aversión a las multitudes y a los ruidos fuertes. Desde entonces, había trabajado para los Ryddle.

Varios de los presentes se apresuraron a pedir una bebida para la cocinera, y todos se dispusieron a oír los detalles.

—Siempre pensé que era un tipo raro —explicó la mujer a los lugareños, que la escuchaban expectantes, después de apurar la cuarta copa de jerez—. Era muy huraño. Debo de haberlo invitado cien veces a una copa, pero no le gustaba el trato con la gente, no señor.

—Bueno —dijo una aldeana que estaba junto a la barra—, el pobre Frank lo pasó mal en la guerra, y le gusta la tranquilidad. Ése no es motivo para...

—¿Y quién aparte de él tenía la llave de la puerta de atrás? —la interrumpió la cocinera levantando la voz—. ¡Siempre ha habido un duplicado de la llave colgado en la casita del jardinero, que yo recuerde! ¡Y anoche nadie forzó la puerta! ¡No hay ninguna ventana rota! Frank no tuvo más que subir hasta la mansión mientras todos dormíamos...

Los aldeanos intercambiaron miradas sombrías.

—Siempre pensé que había algo desagradable en él, desde luego —dijo, gruñendo, un hombre sentado a la barra.

—La guerra lo convirtió en un tipo raro, si os interesa mi opinión —añadió el dueño de la taberna.

—Te dije que no me gustaría tener a Frank de enemigo. ¿A que te lo dije, Dot? —apuntó, nerviosa, una mujer desde el rincón.

—Horroroso carácter —corroboró Dot, moviendo con brío la cabeza de arriba abajo—. Recuerdo que cuando era niño...

A la mañana siguiente, en Pequeño Hangleton, a nadie le cabía ninguna duda de que Frank Bryce había matado a los Ryddle.

Pero en la vecina ciudad de Gran Hangleton, en la oscura y sórdida comisaría, Frank repetía tercamente, una y otra vez, que era inocente y que la única persona a la que había visto cerca de la mansión el día de la muerte de los Ryddle había sido un adolescente, un forastero de piel clara y pelo oscuro. Nadie más en la aldea había visto a semejante muchacho, y la policía tenía la convicción de que eran invenciones de Frank.

Entonces, cuando las cosas se estaban poniendo peor para él, llegó el informe forense y todo cambió.

La policía no había leído nunca un informe tan extraño. Un equipo de médicos había examinado los cuerpos y llegado a la conclusión de que ninguno de los Ryddle había sido envenenado, ahogado, estrangulado, apuñalado ni

herido con arma de fuego y, por lo que ellos podían ver, ni siquiera había sufrido daño alguno. De hecho, proseguía el informe con manifiesta perplejidad, los tres Ryddle parecían hallarse en perfecto estado de salud, pasando por alto el hecho de que estaban muertos. Decididos a encontrar en los cadáveres alguna anormalidad, los médicos notaron que los Ryddle tenían una expresión de terror en la cara; pero, como dijeron los frustrados policías, ¿quién había oído nunca que se pudiera aterrorizar a tres personas hasta matarlas?

Como no había la más leve prueba de que los Ryddle hubieran sido asesinados, la policía no tuvo más remedio que dejar libre a Frank. Se enterró a los Ryddle en el cementerio de Pequeño Hangleton, y durante una temporada sus tumbas siguieron siendo objeto de curiosidad. Para sorpresa de todos y en medio de un ambiente de desconfianza, Frank Bryce volvió a su casita en la mansión.

—Para mí él fue el que los mató, y me da igual lo que diga la policía —sentenció Dot en El Ahorcado—. Y, sabiendo que sabemos que fue él, si tuviera un poco de vergüenza se iría de aquí.

Pero Frank no se fue. Se quedó cuidando el jardín para la familia que habitó a continuación en la Mansión de los Ryddle, y luego para los siguientes inquilinos, porque nadie permaneció mucho tiempo allí. Quizá era en parte a causa de Frank por lo que cada nuevo propietario aseguró que se percibía algo horrendo en aquel lugar, el cual, al quedar deshabitado, fue cayendo en el abandono.

El potentado que en aquellos días poseía la Mansión de los Ryddle no vivía en ella ni le daba uso alguno; en el pueblo se comentaba que la había adquirido por «motivos fiscales», aunque nadie sabía muy bien cuáles podían ser esos motivos. Sin embargo, el potentado continuó pagando a Frank para que se encargara del jardín. A punto de cumplir los setenta y siete años, Frank estaba bastante sordo y su pierna rígida se había vuelto más rígida que nunca, pero todavía, cuando hacía buen tiempo, se lo veía entre los macizos de flores haciendo un poco de esto y un poco de aquello, si bien la mala hierba le iba ganando la partida.

Pero la mala hierba no era lo único contra lo que tenía que bregar Frank. Los niños de la aldea habían tomado la costumbre de tirar piedras a las ventanas de la Mansión de los Ryddle, y pasaban con las bicicletas por encima del césped que con tanto esfuerzo Frank mantenía en buen estado. En una o dos ocasiones habían entrado en la casa a raíz de una apuesta. Sabían que el viejo jardinero profesaba veneración a la casa y a la finca, y les divertía verlo por el jardín cojeando, blandiendo su cayado y gritándoles con su ronca voz. Frank, por su parte, pensaba que los niños querían castigarlo porque, como sus padres y abuelos, creían que era un asesino. Así que cuando se despertó una noche de agosto y vio algo raro arriba en la vieja casa, dio por supuesto

que los niños habían ido un poco más lejos que otras veces en su intento de mortificarlo.

Lo que lo había despertado era su pierna mala, que en su vejez le dolía más que nunca. Se levantó y bajó cojeando por la escalera hasta la cocina, con la idea de rellenar la botella de agua caliente para aliviar la rigidez de la rodilla. De pie ante la pila, mientras llenaba de agua la tetera, levantó la vista hacia la Mansión de los Ryddle y vio luz en las ventanas superiores. Frank entendió de inmediato lo que sucedía: los niños habían vuelto a entrar en la Mansión de los Ryddle y, a juzgar por el titileo de la luz, habían encendido fuego.

Frank no tenía teléfono y, de todas maneras, desconfiaba de la policía desde que se lo habían llevado para interrogarlo por la muerte de los Ryddle. Así que dejó la tetera y volvió a subir la escalera tan rápido como le permitía la pierna mala; regresó completamente vestido a la cocina, y cogió una llave vieja y herrumbrosa del gancho que había junto a la entrada. Tomó su cayado, que estaba apoyado contra la pared, y salió de la casita en medio de la noche.

La puerta principal de la Mansión de los Ryddle no mostraba signo alguno de haber sido forzada, ni tampoco ninguna de las ventanas. Frank fue cojeando hacia la parte de atrás de la casa hasta llegar a una entrada casi completamente cubierta por la hiedra, sacó la vieja llave, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta sigilosamente.

Penetró en la cavernosa cocina. A pesar de que hacia años que Frank no pisaba en ella y de que la oscuridad era casi total, recordaba dónde se hallaba la puerta que daba al vestíbulo y se abrió camino hacia ella a tientas, mientras percibía el olor a decrepitud y aguzaba el oído para captar cualquier sonido de pasos o de voces que viniera de arriba. Llegó al vestíbulo, un poco más iluminado gracias a las amplias ventanas divididas por parteluces que flanqueaban la puerta principal, y comenzó a subir por la escalera, dando gracias a la espesa capa de polvo que cubría los escalones porque amortiguaba el ruido de los pies y del cayado.

En el rellano, Frank torció a la derecha y vio de inmediato dónde se hallaban los intrusos: al final del corredor había una puerta entornada, y una luz titilante brillaba a través del resquicio, proyectando sobre el negro suelo una línea dorada. Frank se fue acercando pegado a la pared, con el cayado firmemente asido. Cuando se hallaba a un metro de la entrada distinguió una estrecha franja de la estancia que había al otro lado.

Pudo ver entonces que estaba encendido el fuego en la chimenea, cosa que lo sorprendió. Se quedó inmóvil y escuchó con toda atención, porque del interior de la estancia llegaba la voz de un hombre que parecía tímido y acobardado.

—Queda un poco más en la botella, señor, si seguís hambriento.

—Luego —dijo una segunda voz. También ésta era de hombre, pero extrañamente aguda y tan iría como una repentina ráfaga de viento helado. Algo tenía aquella voz que erizó los escasos pelos de la nuca de Frank—.

Acércame más al fuego, Colagusano.

Frank volvió hacia la puerta su oreja derecha, que era la buena. Oyó que posaban una botella en una superficie dura, y luego el ruido sordo que hacía un mueble pesado al ser arrastrado por el suelo. Frank vislumbró a un hombre pequeño que, de espaldas a la puerta, empujaba una butaca para acercarla a la chimenea. Vestía una capa larga y negra, y tenía la coronilla calva. Enseguida volvió a desaparecer de la vista.

—¿Dónde está *Nagini*? —dijo la voz iría.

—No... no lo sé, señor —respondió temblorosa la primera voz—. Creo que ha ido a explorar la casa...

—Tendrás que ordeñarla antes de que nos retiremos a dormir, Colagusano —dijo la segunda voz—. Necesito tomar algo de alimento por la noche. El viaje me ha fatigado mucho.

Frunciendo el entrecejo, Frank acercó más la oreja buena a la puerta. Hubo una pausa, y tras ella volvió a hablar el hombre llamado Colagusano.

—Señor, ¿puedo preguntar cuánto tiempo permaneceremos aquí?

—Una semana —contestó la fría voz—. O tal vez más. Este lugar es cómodo dentro de lo que cabe, y todavía no podemos llevar a cabo el plan. Sería una locura hacer algo antes de que acaben los Mundiales de quidditch.

Frank se hurgó la oreja con uno de sus nudosos dedos. Sin duda debido a un tapón de cera, había oído la palabra «quidditch», que no existía.

—¿Los... los Mundiales de quidditch, señor? —preguntó Colagusano. Frank se hurgó aún con más fuerza—. Perdonadme, pero... no comprendo. ¿Por qué tenemos que esperar a que acaben los Mundiales?

—Porque en este mismo momento están llegando al país magos provenientes del mundo entero, idiota, y todos los mangoneadores del Ministerio de Magia estarán al acecho de cualquier signo de actividad anormal, comprobando y volviendo a comprobar la identidad de todo el mundo. Estarán obsesionados con la seguridad, para evitar que los muggles se den cuenta de algo. Por eso tenemos que esperar.

Frank desistió de intentar destaponarse el oído. Le habían llegado con toda claridad las palabras «magos», «muggles» y «Ministerio de Magia». Evidentemente, cada una de aquellas expresiones tenía un significado secreto, y Frank pensó que sólo había dos tipos de personas que hablaran en clave: los espías y los criminales. Así pues, aferró el cayado y aguzó el oído.

—¿Debo entender que Su Señoría está decidido? —preguntó Colagusano en voz baja.

—Desde luego que estoy decidido, Colagusano. —Ahora había un tono de amenaza en la iría voz.

Siguió una ligera pausa, y luego habló Colagusano. Las palabras se le amontonaron por la prisa, como si quisiera acabar de decir la frase antes de que los nervios se lo impidieran:

—Se podría hacer sin Harry Potter, señor.

Hubo otra pausa, ahora más prolongada, y luego se escuchó musitar a la segunda voz:

—¿Sin Harry Potter? Ya veo...

—¡Señor, no lo digo porque me preocupe el muchacho! —exclamó Colagusano, alzando la voz hasta convertirla en un chillido—. El chico no significa nada para mí, ¡nada en absoluto! Sólo lo digo porque si empleáramos a otro mago o bruja, el que fuera, se podría llevar a cabo con más rapidez. Si me permitierais ausentarme brevemente (ya sabéis que se me da muy bien disfrazarme), podría regresar dentro de dos días con alguien apropiado.

—Podría utilizar a cualquier otro mago —dijo con suavidad la segunda voz—, es cierto...

—Muy sensato, señor —añadió Colagusano, que parecía sensiblemente aliviado—. Echarle la mano encima a Harry Potter resultaría muy difícil. Está tan bien protegido...

—¿O sea que te prestas a ir a buscar un sustituto? Me pregunto si tal vez... la tarea de cuidarme se te ha llegado a hacer demasiado penosa, Colagusano. ¡Quién sabe si tu propuesta de abandonar el plan no será en realidad un intento de desertar de mi bando!

—¡Señor! Yo... yo no tengo ningún deseo de abandonaros, en absoluto.

—¡No me mientas! —dijo la segunda voz entre dientes—. ¡Sé lo que digo, Colagusano! Lamentas haber vuelto conmigo. Te doy asco. Veo cómo te estremeces cada vez que me miras, noto el escalofrío que te recorre cuando me tocas...

—¡No! Mi devoción a Su Señoría...

—Tu devoción no es otra cosa que cobardía. No estarías aquí si tuvieras otro lugar al que ir. ¿Cómo voy a sobrevivir sin ti, cuando necesito alimentarme cada pocas horas? ¿Quién ordeñará a *Nagini*?

—Pero ya estáis mucho más fuerte, señor.

—Mentiroso —musitó la segunda voz—. No me encuentro más fuerte, y unos pocos días bastarían para hacerme perder la escasa salud que he recuperado con tus torpes atenciones. ¡Silencio!

Colagusano, que había estado barbotando incoherentemente, se calló al instante. Durante unos segundos, Frank no pudo oír otra cosa que el crepitar de la hoguera. Luego volvió a hablar el segundo hombre en un siseo que era

casi un silbido.

—Tengo mis motivos para utilizar a ese chico, como te he explicado, y no usaré a ningún otro. He aguardado trece años. Unos meses más darán lo mismo. Por lo que respecta a la protección que lo rodea, estoy convencido de que mi plan dará resultado. Lo único que se necesita es un poco de valor por tu parte... Un valor que estoy seguro de que encontrarás, a menos que quieras sufrir la ira de lord Voldemort.

—¡Señor, dejadme hablar! —dijo Colagusano con una nota de pánico en la voz—. Durante el viaje le he dado vueltas en la cabeza al plan... Señor, no tardarán en darse cuenta de la desaparición de Bertha Jorkins. Y, si seguimos adelante, si yo echo la maldición...

—¿«Si»? —susurró la otra voz—. Si sigues el plan, Colagusano, el Ministerio no tendrá que enterarse de que ha desaparecido nadie más. Lo harás discretamente, sin alboroto. Ya me gustaría poder hacerlo por mí mismo, pero en estas condiciones... Vamos, Colagusano, otro obstáculo menos y tendremos despejado el camino hacia Harry Potter. No te estoy pidiendo que lo hagas solo. Para entonces, mi fiel vasallo se habrá unido a nosotros.

—Yo también soy un vasallo fiel —repuso Colagusano con una levísima nota de resentimiento en la voz.

—Colagusano, necesito a alguien con cerebro, alguien cuya lealtad no haya flaqueado nunca. Y tú, por desgracia, no cumples ninguno de esos requisitos.

—Yo os encontré —contestó Colagusano, y esta vez había un claro tono de aspereza en su voz—. Fui el que os encontró, y os traje a Bertha Jorkins.

—Eso es verdad —admitió el segundo hombre, aparentemente divertido—. Un golpe brillante del que no te hubiera creído capaz, Colagusano. Aunque, a decir verdad, ni te imaginabas lo útil que nos sería cuando la atrapaste, ¿a que no?

—Pen... pensaba que podía serlo, señor.

—Mentiroso —dijo de nuevo la otra voz con un regocijo cruel más evidente que nunca—. Sin embargo, no niego que su información resultó enormemente valiosa. Sin ella, yo nunca habría podido maquinar nuestro plan, y por eso recibirás tu recompensa, Colagusano. Te permitiré llevar a cabo una labor esencial para mí; muchos de mis seguidores darían su mano derecha por tener el honor de desem peñarla...

—¿De... de verdad, señor? —Colagusano parecía de nuevo aterrorizado—. ¿Y qué...?

—¡Ah, Colagusano, no querrás que te lo descubra y eche a perder la sorpresa! Tu parte llegará al final de todo... pero te lo prometo: tendrás el honor de resultar tan útil como Bertha Jorkins.

—Vos... Vos... —La voz de Colagusano sonó repentinamente ronca, como si se le hubiera quedado la boca completamente seca—. Vos... ¿vais a matarme... también a mí?

—Colagusano, Colagusano —dijo la voz iría, que ahora había adquirido una gran suavidad—, ¿por qué tendría que matarte? Maté a Bertha porque tenía que hacerlo. Después de mi interrogatorio ya no servía para nada, absolutamente para nada. Y, sin duda, si hubiera vuelto al Ministerio con la noticia de que te había conocido durante las vacaciones, le habrían hecho unas preguntas muy embarazosas. Los magos que han sido dados por muertos deberían evitar encontrarse con brujas del Ministerio de Magia en las posadas del camino...

Colagusano murmuró algo en voz tan baja que Frank no pudo oírlo, pero lo que fuera hizo reír al segundo hombre: una risa completamente amarga, y tan fría como su voz.

—¿Que podríamos haber modificado su memoria? Es verdad, pero un mago con grandes poderes puede romper los encantamientos desmemorizantes, como te demostré al interrogarla. Sería un insulto a su recuerdo no dar uso a la información que le sonsaqué, Colagusano.

Fuera, en el corredor, Frank se dio cuenta de que la mano que agarraba el cayado estaba empapada en sudor. El hombre de la voz fría había matado a una mujer, y hablaba de ello sin ningún tipo de remordimiento, con regocijo. Era peligroso, un loco. Y planeaba más asesinatos: aquel muchacho, Harry Potter, quienquiera que fuese, se hallaba en peligro.

Frank supo lo que tenía que hacer. Aquél era, sin duda, el momento de ir a la policía. Saldría sigilosamente de la casa e iría directo a la cabina telefónica de la aldea. Pero la voz fría había vuelto a hablar, y Frank permaneció donde estaba, inmóvil, escuchando con toda su atención.

—Una maldición más... mi fiel vasallo en Hogwarts... Harry Potter es prácticamente mío, Colagusano. Está decidido. No lo discutiremos más. Silencio... Creo que oigo a *Nagini*...

Y la voz del segundo hombre cambió. Comenzó a emitir unos sonidos que Frank no había oído nunca; silbaba y escupía sin tomar aliento. Frank supuso que le estaba dando un ataque.

Y entonces Frank oyó que algo se movía detrás de él, en el oscuro corredor. Se volvió a mirar, y el terror lo paralizó.

Algo se arrastraba hacia él por el suelo y, cuando se acercó a la línea de luz, vio, estremecido de pavor, que se trataba de una serpiente gigante de al menos cuatro metros de longitud. Horrorizado, Frank observó cómo su cuerpo sinuoso trazaba un sendero a través de la espesa capa de polvo del suelo, aproximándose cada vez más. ¿Qué podía hacer? El único lugar al que podía escapar era la habitación en la que dos hombres tramaban un asesinato, y, si se quedaba donde estaba, sin duda la serpiente lo mataría.

Antes de que hubiera tomado una decisión, la serpiente había llegado al punto del corredor en que él se encontraba e, increíble, milagrosamente, pasó de largo; iba siguiendo los sonido siseantes, como escupitajos, que emitía la voz al otro lado de la puerta y, al cabo de unos segundos, la punta de su cola adornada con rombos había desaparecido por el resquicio de la puerta.

Frank tenía la frente empapada en sudor, y la mano con que sostenía el cayado le temblaba. Dentro de la habitación, la iría voz seguía silbando, y a Frank se le ocurrió una idea extraña, una idea imposible: que aquel hombre era capaz de hablar con las serpientes. No comprendía lo que pasaba. Hubiera querido, más que nada en el mundo, hallarse en su cama con la botella de agua caliente. El problema era que sus piernas no parecían querer moverse. De repente, mientras seguía allí temblando e intentando dominarse, la fría voz volvió a utilizar el idioma de Frank.

—*Nagini* tiene interesantes noticias, Colagusano —dijo.

—¿De... de verdad, señor?

—Sí, de verdad —afirmó la voz—. Según *Nagini*, hay un muggle viejo al otro lado de la puerta, escuchando todo lo que decimos.

Frank no tuvo posibilidad de ocultarse. Oyó primero unos pasos, y luego la puerta de la habitación se abrió de golpe.

Un hombre bajo y calvo con algo de pelo gris, nariz puntiaguda y ojos pequeños y llorosos apareció ante él con una expresión en la que se mezclaban el miedo y la alarma.

—Invítalo a entrar, Colagusano. ¿Dónde está tu buena educación?

La fría voz provenía de la vieja butaca que había delante de la chimenea, pero Frank no pudo ver al que hablaba. La serpiente estaba enrollada sobre la podrida alfombra que había al lado del fuego, como una horrible parodia de perro hogareño.

Con una seña, Colagusano ordenó a Frank que entrara. Aunque todavía profundamente conmocionado, éste agarró el cayado con más fuerza y pasó el umbral cojeando.

La lumbre era la única fuente de luz en la habitación, y proyectaba sobre las paredes largas sombras en forma de araña. Frank dirigió la vista al respaldo de la butaca: el hombre que estaba sentado en ella debía de ser aún más pequeño que su vasallo, porque Frank ni siquiera podía vislumbrar la parte de atrás de su cabeza.

—¿Lo has oído todo, muggle? —dijo la fría voz.

—¿Cómo me ha llamado? —preguntó Frank desafiante, porque, una vez dentro y llegado el momento de hacer algo, se sentía más valiente. Así le había ocurrido siempre en la guerra.

—Te he llamado muggle —explicó la voz con serenidad—. Quiere decir que no eres mago.

—No sé qué quiere decir con eso de mago —dijo Frank, con la voz cada vez más firme—. Todo lo que sé es que he oído cosas que merecerían el interés de la policía. ¡Usted ha cometido un asesinato y planea otros! Y le diré otra cosa —añadió, en un rapto de inspiración—: mi mujer sabe que estoy aquí, y si no he vuelto...

—Tú no tienes mujer —cortó la fría voz, muy suave—. Nadie sabe que estás aquí. No le has dicho a nadie que venías. No mientas a lord Voldemort, muggle, porque él sabe... él siempre sabe...

—¿Es verdad eso? —respondió Frank bruscamente—. ¿Es usted un lord? Bien, no es que sus modales me parezcan muy refinados, milord. Vuélvase y dé la cara como un hombre. ¿Por qué no lo hace?

—Pero es que yo no soy un hombre, muggle —dijo la fría voz, apenas audible por encima del crepitar de las llamas—. Soy mucho, mucho más que un hombre. Sin embargo... ¿por qué no? Daré la cara... Colagusano, ven a girar mi butaca.

El vasallo profirió un quejido.

—Ya me has oído, Colagusano.

Lentamente, con el rostro crispado como si prefiriera hacer cualquier cosa antes que aproximarse a su señor y a la alfombra en que descansaba la serpiente, el hombrecillo dio unos pasos hacia delante y comenzó a girar la butaca. La serpiente levantó su fea cabeza triangular y profirió un silbido cuando las patas del asiento se engancharon en la alfombra.

Y entonces Frank tuvo la parte delantera de la butaca ante sí y vio lo que había sentado en ella. El cayado se le resbaló al suelo con estrépito. Abrió la boca y profirió un grito. Gritó tan alto que no oyó lo que decía la cosa que había en el sillón mientras levantaba una varita. Vio un resplandor de luz verde y oyó un chasquido antes de desplomarse. Cuando llegó al suelo, Frank Bryce ya había muerto.

A trescientos kilómetros de distancia, un muchacho llamado Harry Potter se despertó sobresaltado.

2

La cicatriz

Harry se hallaba acostado boca arriba, jadeando como si hubiera estado corriendo. Acababa de despertarse de un sueño muy vívido y tenía las manos sobre la cara. La antigua cicatriz con forma de rayo le ardía bajo los dedos como si alguien le hubiera aplicado un hierro al rojo vivo.

Se incorporó en la cama con una mano aún en la cicatriz de la frente y la otra buscando en la oscuridad las gafas, que estaban sobre la mesita de noche. Al ponérselas, el dormitorio se convirtió en un lugar un poco más nítido, iluminado por una leve y brumosa luz anaranjada que se filtraba por las cortinas de la ventana desde la farola de la calle.

Volvió a tocarse la cicatriz. Aún le dolía. Encendió la lámpara que tenía a su lado y se levantó de la cama; cruzó el dormitorio, abrió el armario ropero y se miró en el espejo que había en el lado interno de la puerta. Un delgado muchacho de catorce años le devolvió la mirada con una expresión de desconcierto en los brillantes ojos verdes, que relucían bajo el enmarañado pelo negro. Examinó más de cerca la cicatriz en forma de rayo del reflejo. Parecía normal, pero seguía escociéndole.

Harry intentó recordar lo que soñaba antes de despertarse. Había sido tan real... Aparecían dos personas a las que conocía, y otra a la que no. Se concentró todo lo que pudo, frunciendo el entrecejo, tratando de recordar...

Vislumbró la oscura imagen de una estancia en penumbra. Había una serpiente sobre una alfombra... un hombre pequeño llamado Peter y apodado Colagusano... y una voz fría y aguda... la voz de lord Voldemort. Sólo con pensarlo, Harry sintió como si un cubito de hielo se le hubiera deslizado por la garganta hasta el estómago.

Apretó los ojos con fuerza e intentó recordar qué aspecto tenía lord Voldemort, pero no pudo, porque en el momento en que la butaca giró y él, Harry, lo vio sentado en ella, el espasmo de horror lo había despertado... ¿o había sido el dolor de la cicatriz?

¿Y quién era aquel anciano? Porque ya tenía claro que en el sueño aparecía un hombre viejo: Harry lo había visto caer al suelo. Las imágenes le llegaban de manera confusa. Se volvió a cubrir la cara con las manos e intentó representarse la estancia en penumbra, pero era tan difícil como tratar de que el agua recogida en el cuenco de las manos no se escurriera entre los dedos. Voldemort y Colagusano habían hablado sobre alguien a quien habían matado, aunque no podía recordar su nombre... y habían estado planeando un nuevo asesinato: el suyo.

Harry apartó las manos de la cara, abrió los ojos y observó a su alrededor tratando de descubrir algo inusitado en su dormitorio. En realidad, había una

cantidad extraordinaria de cosas inusitadas en él: a los pies de la cama había un baúl grande de madera, abierto, y dentro de él un caldero, una escoba, una túnica negra y diversos libros de embrujos; los rollos de pergamino cubrían la parte de la mesa que dejaba libre la jaula grande y vacía en la que normalmente descansaba *Hedwig*, su lechuza blanca; en el suelo, junto a la cama, había un libro abierto. Lo había estado leyendo por la noche antes de dormirse. Todas las fotos del libro se movían. Hombres vestidos con túnicas de color naranja brillante y montados en escobas voladoras entraban y salían de la foto a toda velocidad, arrojándose unos a otros una pelota roja.

Harry fue hasta el libro, lo cogió y observó cómo uno de los magos marcaba un tanto espectacular colando la pelota por un aro colocado a quince metros de altura. Luego cerró el libro de golpe. Ni siquiera el quidditch (en opinión de Harry, el mejor deporte del mundo) podía distraerlo en aquel momento. Dejó *Volando con los Cannons* en su mesita de noche, se fue al otro extremo del dormitorio y retiró las cortinas de la ventana para observar la calle.

El aspecto de Privet Drive era exactamente el de una respetable calle de las afueras en la madrugada de un sábado. Todas las ventanas tenían las cortinas corridas. Por lo que Harry distinguía en la oscuridad, no había un alma en la calle, ni siquiera un gato.

Y aun así, aun así... Nervioso, Harry regresó a la cama, se sentó en ella y volvió a llevarse un dedo a la cicatriz. No era el dolor lo que le incomodaba: estaba acostumbrado al dolor y a las heridas. En una ocasión había perdido todos los huesos del brazo derecho, y durante la noche le habían vuelto a crecer, muy dolorosamente. No mucho después, un colmillo de treinta centímetros de largo se había clavado en aquel mismo brazo. Y durante el último curso, sin ir más lejos, se había caído desde una escoba voladora a quince metros de altura. Estaba habituado a sufrir extraños accidentes y heridas: eran inevitables cuando uno iba al Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, y él tenía una habilidad especial para atraer todo tipo de problemas.

No, lo que a Harry le incomodaba era que la última vez que le había dolido la cicatriz había sido porque Voldemort estaba cerca. Pero Voldemort no podía andar por allí en esos momentos... La misma idea de que lord Voldemort merodeara por Privet Drive era absurda, imposible.

Harry escuchó atentamente en el silencio. ¿Esperaba sorprender el crujido de algún peldaño de la escalera, o el susurro de una capa? Se sobresaltó al oír un tremendo ronquido de su primo Dudley, en el dormitorio de al lado.

Harry se reprendió mentalmente. Se estaba comportando como un estúpido: en la casa no había nadie aparte de él y de tío Vernon, tía Petunia y Dudley, y era evidente que ellos dormían tranquilos y que ningún problema ni dolor había perturbado su sueño.

Cuando más le gustaban los Dursley a Harry era cuando estaban dormidos; despiertos nunca constituían para él una ayuda. Tío Vernon, tía Petunia y Dudley eran los únicos parientes vivos que tenía. Eran muggles (no

magos) que odiaban y despreciaban la magia en cualquiera de sus formas, lo que suponía que Harry era tan bienvenido en aquella casa como una plaga de termitas. Habían explicado sus largas ausencias durante el curso en Hogwarts los últimos tres años diciendo a todo el mundo que estaba internado en el Centro de Seguridad San Bruto para Delincuentes Juveniles Incurables. Los Dursley estaban al corriente de que, como mago menor de edad, a Harry no le permitían hacer magia fuera de Hogwarts, pero aun así le echaban la culpa de todo cuanto iba mal en la casa. Harry no había podido confiar nunca en ellos, ni contarles nada sobre su vida en el mundo de los magos. La sola idea de explicarles que le dolía la cicatriz y que le preocupaba que Voldemort pudiera estar cerca, le resultaba graciosa.

Y sin embargo había sido Voldemort, principalmente, el responsable de que Harry viviera con los Dursley. De no ser por él, Harry no tendría la cicatriz en la frente. De no ser por él, Harry todavía tendría padres...

Tenía apenas un año la noche en que Voldemort (el mago tenebroso más poderoso del último siglo, un brujo que había ido adquiriendo poder durante once años) llegó a su casa y mató a sus padres. Voldemort dirigió su varita hacia Harry, lanzó la maldición con la que había eliminado a tantos magos y brujas adultos en su ascensión al poder e, increíblemente, ésta no hizo efecto: en lugar de matar al bebé, la maldición había rebotado contra Voldemort. Harry había sobrevivido sin otra lesión que una herida con forma de rayo en la frente, en tanto que Voldemort quedaba reducido a algo que apenas estaba vivo. Desprovisto de su poder y casi moribundo, Voldemort había huido; el terror que había atenazado a la comunidad mágica durante tanto tiempo se disipó, sus seguidores huyeron en desbandada y Harry se hizo famoso.

Fue bastante impactante para él enterarse, el día de su undécimo cumpleaños, de que era un mago. Y aún había resultado más desconcertante descubrir que en el mundo de los magos todos conocían su nombre. Al llegar a Hogwarts, las cabezas se volvían y los cuchicheos lo seguían por dondequiera que iba. Pero ya se había acostumbrado: al final de aquel verano comenzaría el cuarto curso. Y contaba los días que le faltaban para regresar al castillo.

Pero todavía quedaban dos semanas para eso. Abatido, volvió a repasar con la vista los objetos del dormitorio, y sus ojos se detuvieron en las tarjetas de felicitación que sus dos mejores amigos le habían enviado a finales de julio, por su cumpleaños. ¿Qué le contestarían ellos si les escribía y les explicaba lo del dolor de la cicatriz?

De inmediato, la voz asustada y estridente de Hermione Granger le vino a la cabeza:

¿Que te duele la cicatriz? Harry, eso es tremendamente grave... ¡Escribe al profesor Dumbledore! Mientras tanto yo iré a consultar el libro Enfermedades y dolencias mágicas frecuentes... *Quizá encuentre algo sobre cicatrices producidas por maldiciones...*

Sí, ése sería el consejo de Hermione: acudir sin demora al director de Hogwarts, y entretanto consultar un libro. Harry observó a través de la ventana

el oscuro cielo entre negro y azul. Dudaba mucho que un libro pudiera ayudarlo en aquel momento. Por lo que sabía, era la única persona viva que había sobrevivido a una maldición como la de Voldemort, así que era muy improbable que encontrara sus síntomas en *Enfermedades y dolencias mágicas frecuentes*. En cuanto a lo de informar al director, Harry no tenía la más remota idea de adónde iba Dumbledore en sus vacaciones de verano. Por un instante le divirtió imaginárselo, con su larga barba plateada, túnica talar de mago y sombrero puntiagudo, tumbándose al sol en una playa en algún lugar del mundo y dándose loción protectora en su curvada nariz. Pero, dondequiera que estuviera Dumbledore, Harry estaba seguro de que *Hedwig* lo encontraría: la lechuza de Harry nunca había dejado de entregar una carta a su destinatario, aunque careciera de dirección. Pero ¿qué pondría en ella?

Querido profesor Dumbledore: Siento molestarlo, pero la cicatriz me ha dolido esta mañana. Atentamente, Harry Potter.

Incluso en su mente, las palabras sonaban tontas.

Así que intentó imaginarse la reacción de su otro mejor amigo, Ron Weasley, y al instante el pecoso rostro de Ron, con su larga nariz, flotaba ante él con una expresión de desconcierto:

¿Que te duele la cicatriz? Pero... pero no puede ser que Quien-tú-sabes esté ahí cerca, ¿verdad? Quiero decir... que te habrías dado cuenta, ¿no? Intentaría liquidarte, ¿no es cierto? No sé, Harry, a lo mejor las cicatrices producidas por maldiciones duelen siempre un poco... Le preguntaré a mi padre...

El señor Weasley era un mago plenamente cualificado que trabajaba en el Departamento Contra el Uso Incorrecto de los Objetos Muggles del Ministerio de Magia, pero no tenía experiencia en materia de maldiciones, que Harry supiera. En cualquier caso, no le hacía gracia la idea de que toda la familia Weasley se enterara de que él, Harry, se había preocupado mucho a causa de un dolor que seguramente duraría muy poco. La señora Weasley alborotaría aún más que Hermione; y Fred y George, los gemelos de dieciséis años hermanos de Ron, podrían pensar que Harry estaba perdiendo el valor. Los Weasley eran su familia favorita: esperaba que pudieran invitarlo a quedarse algún tiempo con ellos (Ron le había mencionado algo sobre los Mundiales de quidditch), y no quería que esa visita estuviera salpicada de indagaciones sobre su cicatriz.

Harry se frotó la frente con los nudillos. Lo que realmente quería (y casi le avergonzaba admitirlo ante sí mismo) era alguien como... alguien como un padre: un mago adulto al que pudiera pedir consejo sin sentirse estúpido, alguien que lo cuidara, que hubiera tenido experiencia con la magia oscura...

Y entonces encontró la solución. Era tan simple y tan obvia, que no podía

creer que hubiera tardado tanto en dar con ella: Sirius.

Harry saltó de un brinco de la cama, fue rápidamente al otro extremo del dormitorio y se sentó a la mesa. Sacó un trozo de pergamino, cargó de tinta la pluma de águila, escribió «Querido Sirius», y luego se detuvo, pensando cuál sería la mejor forma de expresar su problema y sin dejar de extrañarse de que no se hubiera acordado antes de Sirius. Pero bien mirado no era nada sorprendente: al fin y al cabo, hacía menos de un año que había averiguado que Sirius era su padrino.

Había un motivo muy simple para explicar la total ausencia de Sirius en la vida de Harry: había estado en Azkaban, la horrenda prisión del mundo mágico vigilada por unas criaturas llamadas dementores, unos monstruos ciegos que absorbían el alma y que habían ido hasta Hogwarts en persecución de Sirius cuando éste escapó. Pero Sirius era inocente, ya que los asesinatos por los que lo habían condenado eran en realidad obra de Colagusano, el secuaz de Voldemort a quien casi todo el mundo creía muerto. Harry, Ron y Hermione, sin embargo, sabían que la verdad era otra: el curso anterior habían tenido a Colagusano frente a frente, aunque luego sólo el profesor Dumbledore les había creído.

Durante una hora de gloriosa felicidad, Harry había creído que podría abandonar a los Dursley, porque Sirius le había ofrecido un hogar una vez que su nombre estuviera rehabilitado. Pero aquella oportunidad se había esfumado muy pronto: Colagusano se había escapado antes de que hubieran podido llevarlo al Ministerio de Magia, y Sirius había tenido que huir volando para salvar la vida. Harry lo había ayudado a hacerlo sobre el lomo de un hipogrifo llamado *Buckbeak*, y desde entonces Sirius permanecía oculto. Harry se había pasado el verano pensando en la casa que habría tenido si Colagusano no se hubiera escapado. Había resultado especialmente duro volver con los Dursley sabiendo que había estado a punto de librarse de ellos para siempre.

No obstante, y aunque no pudiera estar con Sirius, éste había sido de cierta ayuda para Harry. Gracias a Sirius, ahora podía tener todas sus cosas con él en el dormitorio. Antes, los Dursley no lo habían consentido: su deseo de hacerle la vida a Harry tan penosa como fuera posible, unido al miedo que les inspiraba su poder, habían hecho que todos los veranos precedentes guardaran bajo llave el baúl escolar de Harry en la alacena que había debajo de la escalera. Pero su actitud había cambiado al averiguar que su sobrino tenía como padrino a un asesino peligroso (oportunamente, Harry había olvidado decirles que Sirius era inocente).

Desde que había vuelto a Privet Drive, Harry había recibido dos cartas de Sirius. No se las había entregado una lechuza, como era habitual en el correo entre magos, sino unos pájaros tropicales grandes y de brillantes colores. A *Hedwig* no le habían hecho gracia aquellos llamativos intrusos y se había resistido a dejarlos beber de su bebedero antes de volver a emprender el vuelo. A Harry, en cambio, le habían gustado: le habían hecho imaginarse palmeras y arena blanca, y esperaba que dondequiera que se encontrara Sirius (él nunca decía dónde, por si interceptaban la carta) se lo estuviera pasando bien. Harry dudaba que los dementores sobrevivieran durante mucho tiempo en un lugar

muy soleado. Quizá por eso Sirius había ido hacia el sur. Las cartas de su padrino (ocultas bajo la utilísima tabla suelta que había debajo de la cama de Harry) mostraban un tono alegre, y en ambas le insistía en que lo llamara si lo necesitaba. Pues bien, en aquel momento lo necesitaba...

La lámpara de Harry pareció oscurecerse a medida que la fría luz gris que precede al amanecer se introducía en el dormitorio. Finalmente, cuando los primeros rayos de sol daban un tono dorado a las paredes y empezaba a oírse ruido en la habitación de tío Vernon y tía Petunia, Harry despejó la mesa de trozos estrujados de pergamino y releyó la carta ya acabada:

Querido Sirius:

Gracias por tu última carta. Vaya pájaro más grande: casi no podía entrar por la ventana.

Aquí todo sigue como siempre. La dieta de Dudley no va demasiado bien. Mi tía lo descubrió ayer escondiendo en su habitación unas rosquillas que había traído de la calle. Le dijeron que tendrían que rebajarle la paga si seguía haciéndolo, y él se puso como loco y tiró la videoconsola por la ventana. Es una especie de ordenador en el que se puede jugar. Fue algo bastante tonto, realmente, porque ahora ni siquiera puede evadirse con su Mega-Mutilation, tercera generación.

Yo estoy bien, sobre todo gracias a que tienen muchísimo miedo de que aparezcas de pronto y los conviertas en murciélagos.

Sin embargo, esta mañana me ha pasado algo raro. La cicatriz me ha vuelto a doler. La última vez que ocurrió fue porque Voldemort estaba en Hogwarts. Pero supongo que es imposible que él ronde ahora por aquí, ¿verdad? ¿Sabes si es normal que las cicatrices producidas por maldiciones duelan años después?

Enviaré esta carta en cuanto regrese *Hedwig*. Ahora está por ahí, cazando. Recuerdos a *Buckbeak* de mi parte.

Harry

«Sí —pensó Harry—, no está mal así.» No había por qué explicar lo del sueño, pues no quería dar la impresión de que estaba muy preocupado. Plegó el pergamino y lo dejó a un lado de la mesa, preparado para cuando volviera *Hedwig*. Luego se puso de pie, se desperezó y abrió de nuevo el armario. Sin mirar al espejo, empezó a vestirse para bajar a desayunar.

3

La invitación

Los tres Dursley ya se encontraban sentados a la mesa cuando Harry llegó a la cocina. Ninguno de ellos levantó la vista cuando él entró y se sentó. El rostro de tío Vernon, grande y colorado, estaba oculto detrás de un periódico sensacionalista, y tía Petunia cortaba en cuatro trozos un pomelo, con los labios fruncidos contra sus dientes de conejo.

Dudley parecía furioso, y daba la sensación de que ocupaba más espacio del habitual, que ya es decir, porque él siempre abarcaba un lado entero de la mesa cuadrada. Cuando tía Petunia le puso en el plato uno de los trozos de pomelo sin azúcar con un temeroso «Aquí tienes, Dudley, cariñín», él la miró ceñudo. Su vida se había vuelto bastante más desagradable desde que había llegado con el informe escolar de fin de curso.

Como de costumbre, tío Vernon y tía Petunia habían logrado encontrar disculpas para las malas notas de su hijo: tía Petunia insistía siempre en que Dudley era un muchacho de gran talento incomprendido por sus profesores, en tanto que tío Vernon aseguraba que no quería «tener por hijo a uno de esos mariquitas empollones». Tampoco dieron mucha importancia a las acusaciones de que su hijo tenía un comportamiento violento. («¡Es un niño un poco inquieto, pero no le haría daño a una mosca!», dijo tía Petunia con lágrimas en los ojos.)

Pero al final del informe había unos bien medidos comentarios de la enfermera del colegio que ni siquiera tío Vernon y tía Petunia pudieron soslayar. Daba igual que tía Petunia lloriqueara diciendo que Dudley era de complexión recia, que su peso era en realidad el propio de un niñito saludable, y que estaba en edad de crecer y necesitaba comer bien: el caso era que los que suministraban los uniformes ya no tenían pantalones de su tamaño. La enfermera del colegio había visto lo que los ojos de tía Petunia (tan agudos cuando se trataba de descubrir marcas de dedos en las brillantes paredes de su casa o de espiar las idas y venidas de los vecinos) sencillamente se negaban a ver: que, muy lejos de necesitar un refuerzo nutritivo, Dudley había alcanzado ya el tamaño y peso de una ballena asesina joven.

Y de esa manera, después de muchas rabietas y discusiones que hicieron temblar el suelo del dormitorio de Harry y de muchas lágrimas derramadas por tía Petunia, dio comienzo el nuevo régimen de comidas. Habían pegado a la puerta del frigorífico la dieta enviada por la enfermera del colegio Smeltings, y el frigorífico mismo había sido vaciado de las cosas favoritas de Dudley

(bebidas gaseosas, pasteles, tabletas de chocolate y hamburguesas) y llenado en su lugar con fruta y verdura y todo aquello que tío Vernon llamaba «comida de conejo». Para que Dudley no lo llevara tan mal, tía Petunia había insistido en que toda la familia siguiera el régimen. En aquel momento le sirvió su trozo de pomelo a Harry, quien notó que era mucho más pequeño que el de Dudley. A juzgar por las apariencias, tía Petunia pensaba que la mejor manera de levantar la moral a Dudley era asegurarse de que, por lo menos, podía comer más que Harry.

Pero tía Petunia no sabía lo que se ocultaba bajo la tabla suelta del piso de arriba. No tenía ni idea de que Harry no estaba siguiendo el régimen. En cuanto éste se había enterado de que tenía que pasar el verano alimentándose de tiras de zanahoria, había enviado a *Hedwig* a casa de sus amigos pidiéndoles socorro, y ellos habían cumplido maravillosamente: *Hedwig* había vuelto de casa de Hermione con una caja grande llena de cosas sin azúcar para picar (los padres de Hermione eran dentistas); Hagrid, el guardabosque de Hogwarts, le había enviado una bolsa llena de bollos de frutos secos hechos por él (Harry ni siquiera los había tocado: ya había experimentado las dotes culinarias de Hagrid); en cuanto a la señora Weasley, le había enviado a la lechuza de la familia, *Errol*, con un enorme pastel de frutas y pastas variadas. El pobre *Errol,* que era viejo y débil, tardó cinco días en recuperarse del viaje. Y luego, el día de su cumpleaños (que los Dursley habían pasado olímpicamente por alto), había recibido cuatro tartas estupendas enviadas por Ron, Hermione, Hagrid y Sirius. Todavía le quedaban dos, y por eso, impaciente por tomarse un desayuno de verdad cuando volviera a su habitación, empezó a comerse el pomelo sin una queja.

Tío Vernon dejó el periódico a un lado con un resoplido de disgusto y observó su trozo de pomelo.

—¿Esto es el desayuno? —preguntó de mal humor a tía Petunia.

Ella le dirigió una severa mirada y luego asintió con la cabeza, mirando de forma harto significativa a Dudley, que había terminado ya su parte de pomelo y observaba el de Harry con una expresión muy amarga en sus pequeños ojos de cerdito.

Tío Vernon lanzó un intenso suspiro que le alborotó el poblado bigote y cogió la cuchara.

Llamaron al timbre de la puerta. Tío Vernon se levantó con mucho esfuerzo y fue al recibidor. Veloz como un rayo, mientras su madre preparaba el té, Dudley le robó a su padre lo que le quedaba de pomelo.

Harry oyó un murmullo en la entrada, a alguien riéndose y a tío Vernon respondiendo de manera cortante. Luego se cerró la puerta y oyó rasgar un papel en el recibidor.

Tía Petunia posó la tetera en la mesa y miró a su alrededor preguntándose dónde se había metido tío Vernon. No tardó en averiguarlo: regresó un minuto después, lívido.

—Tú —le gritó a Harry—. Ven a la sala, ahora mismo.

Desconcertado, preguntándose qué demonios había hecho en aquella ocasión, Harry se levantó, salió de la cocina detrás de tío Vernon y fue con él hasta la habitación contigua. Tío Vernon cerró la puerta con fuerza detrás de ellos.

—Vaya —dijo, yendo hasta la chimenea y volviéndose hacia Harry como si estuviera a punto de pronunciar la sentencia de su arresto—. Vaya.

A Harry le hubiera encantado preguntar «¿Vaya qué?», pero no juzgó prudente poner a prueba el humor de tío Vernon tan temprano, y menos teniendo en cuenta que éste se encontraba sometido a una fuerte tensión por la carencia de alimento. Así que decidió adoptar una expresión de cortés desconcierto.

—Acaba de llegar esto —dijo tío Vernon, blandiendo ante Harry un trozo de papel de color púrpura—. Una carta. Sobre ti.

El desconcierto de Harry fue en aumento. ¿Quién le escribiría a tío Vernon sobre él? ¿Conocía a alguien que enviara cartas por correo?

Tío Vernon miró furioso a Harry; luego bajó los ojos al papel y empezó a leer:

Estimados señor y señora Dursley:

No nos conocemos personalmente, pero estoy segura de que Harry les habrá hablado mucho de mi hijo Ron.

Como Harry les habrá dicho, la final de los Mundiales de quidditch tendrá lugar el próximo lunes por la noche, y Arthur, mi marido, acaba de conseguir entradas de primera clase gracias a sus conocidos en el Departamento de Deportes y Juegos Mágicos.

Espero que nos permitan llevar a Harry al partido, ya que es una oportunidad única en la vida. Hace treinta años que Gran Bretaña no es la anfitriona de la Copa y es extraordinariamente difícil conseguir una entrada. Nos encantaría que Harry pudiera quedarse con nosotros lo que queda de vacaciones de verano y acompañarlo al tren que lo llevará de nuevo al colegio.

Sería preferible que Harry nos enviara la respuesta de ustedes por el medio habitual, ya que el cartero muggle nunca nos ha entregado una carta y me temo que ni siquiera sabe dónde vivimos.

Esperando ver pronto a Harry, se despide cordialmente

Molly Weasley

P. D.: Espero que hayamos puesto bastantes sellos.

Tío Vernon terminó de leer, se metió la mano en el bolsillo superior y sacó otra cosa.

—Mira esto —gruñó.

Levantó el sobre en que había llegado la carta, y Harry tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa. Todo el sobre estaba cubierto de sellos salvo un trocito, delante, en el que la señora Weasley había consignado en letra diminuta la dirección de los Dursley.

—Creo que si que han puesto bastantes sellos —comentó Harry, como si cualquiera pudiera cometer el error de la señora Weasley.

Hubo un fulgor en los ojos de su tío.

—El cartero se dio cuenta —dijo entre sus dientes apretados—. Estaba muy interesado en saber de dónde procedía la carta. Por eso llamó al timbre. Daba la impresión de que le parecía divertido.

Harry no dijo nada. Otra gente podría no entender por qué tío Vernon armaba tanto escándalo porque alguien hubiera puesto demasiados sellos en un sobre, pero Harry había vivido demasiado tiempo con ellos para no comprender hasta qué punto les molestaba cualquier cosa que se saliera de lo ordinario. Nada los aterrorizaba tanto como que alguien pudiera averiguar que tenían relación (aunque fuera lejana) con gente como la señora Weasley.

Tío Vernon seguía mirando a Harry, que intentaba mantener su expresión neutra. Si no hacía ni decía ninguna tontería, podía lograr que lo dejaran asistir al mejor espectáculo de su vida. Esperó a que tío Vernon añadiera algo, pero simplemente seguía mirándolo. Harry decidió rom per el silencio.

—Entonces, ¿puedo ir? —preguntó.

Un ligero espasmo cruzó el rostro de tío Vernon, grande y colorado. Se le erizó el bigote. Harry creía saber lo que tenía lugar detrás de aquel mostacho: una furiosa batalla en la que entraban en conflicto dos de los instintos más básicos en tío Vernon. Permitirle marchar haría feliz a Harry, algo contra lo que tío Vernon había luchado durante trece años. Pero, por otro lado, dejar que se fuera con los Weasley lo que quedaba de verano equivalía a deshacerse de él dos semanas antes de lo esperado, y tío Vernon aborrecía tener a Harry en casa. Para ganar algo de tiempo, volvió a mirar la carta de la señora Weasley.

—¿Quién es esta mujer? —inquirió, observando la firma con desagrado.

—La conoces —respondió Harry—. Es la madre de mi amigo Ron. Lo estaba esperando cuando llegamos en el expreso de Hog... en el tren del

colegio al final del curso.

Había estado a punto de decir «expreso de Hogwarts», y eso habría irritado a tío Vernon. En casa de los Dursley no se podía mencionar el nombre del colegio de Harry.

Tío Vernon hizo una mueca con su enorme rostro como si tratara de recordar algo muy desagradable.

—¿Una mujer gorda? —gruñó por fin—. ¿Con un montón de niños pelirrojos?

Harry frunció el entrecejo pensando que tenía gracia que tío Vernon llamara gordo a alguien cuando su propio hijo, Dudley, acababa de lograr lo que había estado intentando desde que tenía tres años: ser más ancho que alto.

Tío Vernon volvió a examinar la carta.

—Quidditch —murmuró entre dientes—, quidditch. ¿Qué demonios es eso?

Harry sintió una segunda punzada de irritación.

—Es un deporte —dijo lacónicamente— que se juega sobre esc...

—¡Vale, vale! —interrumpió tío Vernon casi gritando.

Con cierta satisfacción, Harry observó que su tío tenía expresión de miedo. Daba la impresión de que sus nervios no aguantarían el sonido de las palabras «escobas voladoras» en la sala de estar. Disimuló volviendo a examinar la carta. Harry descubrió que movía los labios formando las palabras «que nos enviara la respuesta de ustedes por el medio habitual».

—¿Qué quiere decir eso de «el medio habitual»? —preguntó irritado.

—Habitual para nosotros —explicó Harry y, antes de que su tío pudiera detenerlo, añadió—: Ya sabes, lechuzas mensajeras. Es lo normal entre magos.

Tío Vernon parecía tan ofendido como si Harry acabara de soltar una horrible blasfemia. Temblando de enojo, lanzó una mirada nerviosa por la ventana; parecía temeroso de ver a algún vecino con la oreja pegada al cristal.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no menciones tu anormalidad bajo este techo? —dijo entre dientes. Su rostro había adquirido un tono ciruela vivo—. Recuerda dónde estás, y recuerda que deberías agradecer un poco esa ropa que Petunia y yo te hemos da...

—Después de que Dudley la usó —lo interrumpió Harry con frialdad; de hecho, llevaba una sudadera tan grande para él que tenía que dar cinco vueltas a las mangas para poder utilizar las manos y que le caía hasta más abajo de

las rodillas de unos vaqueros extremadamente anchos.

—¡No consentiré que se me hable en ese tono! —exclamó tío Vernon, temblando de ira.

Pero Harry no pensaba resignarse. Ya habían pasado los tiempos en que se había visto obligado a aceptar cada una de las estúpidas disposiciones de los Dursley. No estaba siguiendo el régimen de Dudley, y no se iba a quedar sin ir a los Mundiales de quidditch por culpa de tío Vernon si podía evitarlo. Harry respiró hondo para relajarse y luego dijo:

—Vale, no iré a los Mundiales. ¿Puedo subir ya a mi habitación? Tengo que terminar una carta para Sirius. Ya sabes... mi padrino.

Lo había hecho, había pronunciado las palabras mágicas. Vio cómo la colorada piel de tío Vernon palidecía a ronchas, dándole el aspecto de un helado de grosellas mal mezclado.

—Le... ¿le vas a escribir, de verdad? —dijo tío Vernon, intentando aparentar tranquilidad. Pero Harry había visto cómo se le contraían de miedo los diminutos ojos.

—Bueno, sí... —contestó Harry, como sin darle importancia—. Hace tiempo que no ha tenido noticias mías y, bueno, si no le escribo puede pensar que algo va mal.

Se detuvo para disfrutar el efecto de sus palabras. Casi podía ver funcionar los engranajes del cerebro de tío Vernon debajo de su grueso y oscuro cabello peinado con una raya muy recta. Si intentaba impedir que Harry escribiera a Sirius, éste pensaría que lo maltrataban. Si no lo dejaba ir a los Mundiales de quidditch, Harry se lo contaría a Sirius, y Sirius *sabría* que lo maltrataban. A tío Vernon sólo le quedaba una salida, y Harry pudo ver esa conclusión formársele en el cerebro como si el rostro grande adornado con el bigote fuera transparente. Harry trató de no reírse y de mantener la cara tan inexpresiva como le fuera posible. Y luego...

—Bien, de acuerdo. Puedes ir a esa condenada... a esa estúpida... a esa Copa del Mundo. Escríbeles a esos... a esos Weasley para que vengan a recogerte, porque yo no tengo tiempo para llevarte a ningún lado. Y puedes pasar con ellos el resto del verano. Y dile a tu... tu padrino... dile... dile que vas.

—Muy bien —asintió Harry, muy contento.

Se volvió y fue hacia la puerta de la sala, reprimiendo el impulso de gritar y dar saltos. Iba a... ¡Se iba con los Weasley! ¡Iba a presenciar la final de los Mundiales! En el recibidor estuvo a punto de atropellar a Dudley, que acechaba detrás de la puerta esperando oír una buena reprimenda contra Harry y se quedó desconcertado al ver su amplia sonrisa.

—¡Qué buen desayuno!, ¿verdad? —le dijo Harry—. Estoy lleno, ¿tú no?

Riéndose de la cara atónita de Dudley, Harry subió los escalones de tres

en tres y entró en su habitación como un bólido.

Lo primero que vio fue que *Hedwig* ya había regresado. Estaba en la jaula, mirando a Harry con sus enormes ojos ambarinos y chasqueando el pico como hacía siempre que estaba molesta. Harry no tardó en ver qué era lo que le molestaba en aquella ocasión.

—¡Ay! —gritó.

Acababa de pegarle en un lado de la cabeza lo que parecía ser una pelota de tenis pequeña, gris y cubierta de plumas. Harry se frotó con fuerza la zona dolorida al tiempo que intentaba descubrir qué era lo que lo había golpeado, y vio una lechuza diminuta, lo bastante pequeña para ocultarla en la mano, que, como si fuera un cohete buscapiés, zumbaba sin parar por toda la habitación. Harry se dio cuenta entonces de que la lechuza había dejado caer a sus pies una carta. Se inclinó para recogerla, reconoció la letra de Ron y abrió el sobre. Dentro había una nota escrita apresuradamente:

Harry: ¡MI PADRE HA CONSEGUIDO LAS ENTRADAS! Irlanda contra Bulgaria, el lunes por la noche. Mi madre les ha escrito a los muggles para pedirles que te dejen venir y quedarte. A lo mejor ya han recibido la carta, no sé cuánto tarda el correo muggle. De todas maneras, he querido enviarte esta nota por medio de Pig.

Harry reparó en el nombre «Pig», y luego observó a la diminuta lechuza que zumbaba dando vueltas alrededor de la lámpara del techo. Nunca había visto nada que se pareciera menos a un cerdo. Quizá no había entendido bien la letra de Ron. Siguió leyendo:

Vamos a ir a buscarte tanto si quieren los muggles como si no, porque no te puedes perder los Mundiales. Lo que pasa es que mis padres pensaban que era mejor pedirles su consentimiento. Si dicen que te dejan, envía a Pig *inmediatamente con la respuesta, e iremos a recogerte el domingo a las cinco en punto. Si no te dejan, envía también a* Pig *e iremos a recogerte de todas maneras el domingo a las cinco.*

Hermione llega esta tarde. Percy ha comenzado a trabajar: en el Departamento de Cooperación Mágica Internacional. No menciones nada sobre el extranjero mientras estés aquí a menos que quieras que te mate de aburrimiento.

Hasta pronto,

Ron

—¡Cálmate! —dijo Harry a la pequeña lechuza, que revoloteaba por encima de su cabeza gorjeando como loca (Harry supuso que era a causa del orgullo de haber llevado la carta a la persona correcta)—. ¡Ven aquí! Tienes que llevar la contestación.

La lechuza revoloteó hasta posarse sobre la jaula de *Hedwig*, que le echó una mirada fría, como desafiándola a que se acercara más. Harry volvió a coger su pluma de águila y un trozo de pergamino, y escribió:

Todo perfecto, Ron: los muggles me dejan ir. Hasta mañana a las cinco. ¡Me muero de impaciencia!

Harry

Plegó la nota hasta hacerla muy pequeña y, con inmensa dificultad, la ató a la diminuta pata de la lechuza, que aguardaba muy excitada. En cuanto la nota estuvo asegurada, la lechuza se marchó: salió por la ventana zumbando y se perdió de vista.

Harry se volvió hacia *Hedwig*.

—¿Estás lista para un viaje largo? —le preguntó. *Hedwig* ululó henchida de dignidad.

—¿Puedes hacerme el favor de llevar esto a Sirius? —le pidió, cogiendo la carta—. Espera: tengo que terminarla.

Volvió a desdoblar el pergamino y añadió rápidamente una postdata:

Si quieres ponerte en contacto conmigo, estaré en casa de mi amigo Ron hasta el final del verano. ¡Su padre nos ha conseguido entradas para los Mundiales de quidditch!

Una vez concluida la carta, la ató a una de las patas de *Hedwig*, que permanecía más quieta que nunca, como si quisiera mostrar el modo en que debía comportarse una lechuza mensajera.

—Estaré en casa de Ron cuando vuelvas, ¿de acuerdo? —le dijo Harry.

Ella le pellizcó cariñosamente el dedo con el pico y, a continuación, con un zumbido, extendió sus grandes alas y salió volando por la ventana.

Harry la observó mientras desaparecía. Luego se metió debajo de la cama,

tiró de la tabla suelta y sacó un buen trozo de tarta de cumpleaños. Se lo comió sentado en el suelo, disfrutando de la felicidad que lo embargaba: tenía tarta, mientras que Dudley sólo tenía pomelo; era un radiante día de verano; se iría de casa de los Dursley al día siguiente, la cicatriz ya había dejado de dolerle e iba a presenciar los Mundiales de quidditch. Era difícil, precisamente en aquel momento, preocuparse por algo. Ni siquiera por lord Voldemort.

4

Retorno a La Madriguera

A las doce del día siguiente, el baúl de Harry ya estaba lleno de sus cosas del colegio y de sus posesiones más apreciadas: la capa invisible heredada de su padre, la escoba voladora que le había regalado Sirius y el mapa encantado de Hogwarts que le habían dado Fred y George el curso anterior. Había vaciado de todo comestible el espacio oculto debajo de la tabla suelta de su habitación y repasado dos veces hasta el último rincón de su dormitorio para no dejarse olvidados ninguna pluma ni ningún libro de embrujos, y había despegado de la pared el calendario en que marcaba los días que faltaban para el 1 de septiembre, el día de la vuelta a Hogwarts.

El ambiente en el número 4 de Privet Drive estaba muy tenso. La inminente llegada a la casa de un grupo de brujos ponía nerviosos e irritables a los Dursley. Tío Vernon se asustó mucho cuando Harry le informó de que los Weasley llegarían al día siguiente a las cinco en punto.

—Espero que le hayas dicho a esa gente que se vista adecuadamente —gruñó de inmediato—. He visto cómo van. Deberían tener la decencia de ponerse ropa normal.

Harry tuvo un presentimiento que le preocupó. Muy raramente había visto a los padres de Ron vistiendo algo que los Dursley pudieran calificar de «normal». Los hijos a veces se ponían ropa muggle durante las vacaciones, pero los padres llevaban generalmente túnicas largas en diversos estados de deterioro. A Harry no le inquietaba lo que pensaran los vecinos, pero sí lo desagradables que podían resultar los Dursley con los Weasley si aparecían con el aspecto que aquéllos reprobaban en los brujos.

Tío Vernon se había puesto su mejor traje. Alguien podría interpretarlo como un gesto de bienvenida, pero Harry sabía que lo había hecho para

impresionar e intimidar. Dudley, por otro lado, parecía algo disminuido, lo cual no se debía a que su dieta estuviera por fin dando resultado, sino al pánico. La última vez que Dudley se había encontrado con un mago adulto salió ganando una cola de cerdo que le sobresalía de los pantalones, y tía Petunia y tío Vernon tuvieron que llevarlo a un hospital privado de Londres para que se la extirparan. Por eso no era sorprendente que Dudley se pasara todo el tiempo restregándose la mano nerviosamente por la rabadilla y caminando de una habitación a otra como los cangrejos, con la idea de no presentar al enemigo el mismo objetivo.

La comida (queso fresco y apio rallado) transcurrió casi en total silencio. Dudley ni siquiera protestó por ella. Tía Petunia no probó bocado. Tenía los brazos cruzados, los labios fruncidos, y se mordía la lengua como masticando la furiosa reprimenda que hubiera querido echarle a Harry.

—Vendrán en coche, espero —dijo a voces tío Vernon desde el otro lado de la mesa.

—Ehhh... —Harry no supo qué contestar.

La verdad era que no había pensado en aquel detalle. ¿Cómo irían a buscarlo los Weasley? Ya no tenían coche, porque el viejo Ford Anglia que habían poseído corría libre y salvaje por el bosque prohibido de Hogwarts. Sin embargo, el año anterior el Ministerio de Magia le había prestado un coche al señor Weasley. ¿Haría lo mismo en aquella ocasión?

—Creo que sí —respondió al final.

El bigote de tío Vernon se alborotó con su resoplido. Normalmente hubiera preguntado qué coche tenía el señor Weasley, porque solía juzgar a los demás hombres por el tamaño y precio de su automóvil. Pero, en opinión de Harry, a tío Vernon no le gustaría el señor Weasley aunque tuviera un Ferrari.

Harry pasó la mayor parte de la tarde en su habitación. No podía soportar la visión de tía Petunia escudriñando a través de los visillos cada pocos segundos como si hubieran avisado que andaba suelto un rinoceronte. A las cinco menos cuarto Harry volvió a bajar y entró en la sala. Tía Petunia colocaba y recolocaba los cojines de manera compulsiva. Tío Vernon hacía como que leía el periódico, pero no movía los minúsculos ojos, y Harry supuso que en realidad escuchaba con total atención por si oía el ruido de un coche. Dudley estaba hundido en un sillón, con las manos de cerdito puestas debajo de él y agarrándose firmemente la rabadilla. Incapaz de aguantar la tensión que había en el ambiente, Harry salió de la habitación y se fue al recibidor, a sentarse en la escalera, con los ojos fijos en el reloj y el corazón latiéndole muy rápido por la emoción y los nervios.

Pero llegaron las cinco en punto... y pasaron. Tío Vernon, sudando ligeramente dentro de su traje, abrió la puerta de la calle, escudriñó a un lado y a otro, y volvió a meter la cabeza en la casa.

—¡Se retrasan! —le gruñó a Harry.

—Ya lo sé —murmuró Harry—. A lo mejor hay problemas de tráfico, yo qué sé.

Las cinco y diez... las cinco y cuarto... Harry ya empezaba a preocuparse. A las cinco y media oyó a tío Vernon y a tía Petunia rezongando en la sala de estar.

—No tienen consideración.

—Podríamos haber tenido un compromiso.

—Tal vez creen que llegando tarde los invitaremos a cenar.

—Ni soñarlo —dijo tío Vernon. Harry lo oyó ponerse en pie y caminar nerviosamente por la sala—. Recogerán al chico y se irán. No se entretendrán. Eso... si es que vienen. A lo mejor se han confundido de día. Me atrevería a decir que la gente de su clase no le da mucha importancia a la puntualidad. O bien es que en vez de coche tienen una cafetera que se les ha avena... ¡Ahhhhhhhhhhhh!

Harry pegó un salto. Del otro lado de la puerta de la sala le llegó el ruido que hacían los Dursley moviéndose aterrorizados y descontroladamente por la sala. Un instante después, Dudley entró en el recibidor como una bala, completamente lívido.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry—. ¿Qué ocurre? Pero Dudley parecía incapaz de hablar y, con movimientos de pato y agarrándose todavía las nalgas con las manos, entró en la cocina. En el interior de la chimenea de los Dursley, que tenía empotrada una estufa eléctrica que simulaba un falso fuego, se oían golpes y rasguños.

—¿Qué es eso? —preguntó jadeando tía Petunia, que había retrocedido hacia la pared y miraba aterrorizada la estufa—. ¿Qué es, Vernon?

La duda sólo duró un segundo. Desde dentro de la chimenea cegada se podían oír voces.

—¡Ay! No, Fred... Vuelve, vuelve. Ha habido algún error. Dile a George que no... ¡Ay! No, George, no hay espacio. Regresa enseguida y dile a Ron...

—A lo mejor Harry nos puede oír, papá... A lo mejor puede ayudarnos a salir...

Se oyó golpear fuerte con los puños al otro lado de la estufa.

—¡Harry! Harry, ¿nos oyes?

Los Dursley rodearon a Harry como un par de lobos hambrientos.

—¿Qué es eso? —gruñó tío Vernon—. ¿Qué pasa?

—Han... han intentado llegar con polvos *flu* —explicó Harry, conteniendo

unas ganas locas de reírse—. Pueden viajar de una chimenea a otra... pero no se imaginaban que la chimenea estaría obstruida. Un momento...

Se acercó a la chimenea y gritó a través de las tablas:

—¡Señor Weasley! ¿Me oye?

El martilleo cesó. Alguien, dentro de la chimenea, chistó: «¡Shh!»

—¡Soy Harry, señor Weasley. ..! La chimenea está cegada. No podrán entrar por aquí.

—¡Maldita sea! —dijo la voz del señor Weasley—. ¿Para qué diablos taparon la chimenea?

—Tienen una estufa eléctrica —explicó Harry.

—¿De verdad? —preguntó emocionado el señor Weasley—. ¿Has dicho *ecléctica*? ¿Con enchufe? ¡Santo Dios! ¡Eso tengo que verlo...! Pensemos... ¡Ah, Ron!

La voz de Ron se unió a la de los otros.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Algo ha ido mal?

—No, Ron, qué va —dijo sarcásticamente la voz de Fred—. Éste es exactamente el sitio al que queríamos venir.

—Sí, nos lo estamos pasando en grande —añadió George, cuya voz sonaba ahogada, como si lo estuvieran aplastando contra la pared.

—Muchachos, muchachos... —dijo vagamente el señor Weasley—. Estoy intentando pensar qué podemos hacer... Sí... el único modo... Harry, échate atrás.

Harry se retiró hasta el sofá, pero tío Vernon dio un paso hacia delante.

—¡Esperen un momento! —bramó en dirección a la chimenea—. ¿Qué es lo que pretenden...?

¡BUM!

La estufa eléctrica salió disparada hasta el otro extremo de la sala cuando todas las tablas que tapaban la chimenea saltaron de golpe y expulsaron al señor Weasley, Fred, George y Ron entre una nube de escombros y gravilla suelta. Tía Petunia dio un grito y cayó de espaldas sobre la mesita del café. Tío Vernon la cogió antes de que pegara contra el suelo, y se quedó con la boca abierta, sin habla, mirando a los Weasley, todos con el pelo de color rojo vivo, incluyendo a Fred y George, que eran idénticos hasta el último detalle.

—Así está mejor —dijo el señor Weasley, jadeante, sacudiéndose el polvo de la larga túnica verde y colocándose bien las gafas—. ¡Ah, ustedes deben de

ser los tíos de Harry!

Alto, delgado y calvo, se dirigió hacia tío Vernon con la mano tendida, pero tío Vernon retrocedió unos pasos para alejarse de él, arrastrando a tía Petunia e incapaz de pronunciar una palabra. Tenía su mejor traje cubierto de polvo blanco, así como el cabello y el bigote, lo que lo hacía parecer treinta años más viejo.

—Eh... bueno... disculpe todo esto —dijo el señor Weasley, bajando la mano y observando por encima del hombro el estropicio de la chimenea—. Ha sido culpa mía: no se me ocurrió que podía estar cegada. Hice que conectaran su chimenea a la Red Flu, ¿sabe? Sólo por esta tarde, para que pudiéramos recoger a Harry. Se supone que las chimeneas de los muggles no deben conectarse... pero tengo un conocido en el Equipo de Regulación de la Red Flu que me ha hecho el favor. Puedo dejarlo como estaba en un segundo, no se preocupe. Encenderé un fuego para que regresen los muchachos, y repararé su chimenea antes de desaparecer yo mismo.

Harry sabía que los Dursley no habían entendido ni una palabra. Seguían mirando al señor Weasley con la boca abierta, estupefactos. Con dificultad, tía Petunia se alzó y se ocultó detrás de tío Vernon.

—¡Hola, Harry! —saludó alegremente el señor Weasley—. ¿Tienes listo el baúl?

—Arriba, en la habitación —respondió Harry, devolviéndole la sonrisa.

—Vamos por él —dijo Fred de inmediato. Él y George salieron de la sala guiñándole un ojo a Harry. Sabían dónde estaba su habitación porque en una ocasión lo habían ayudado a fugarse de ella en plena noche. A Harry le dio la impresión de que Fred y George esperaban echarle un vistazo a Dudley, porque les había hablado mucho de él.

—Bueno —dijo el señor Weasley, balanceando un poco los brazos mientras trataba de encontrar palabras con las que romper el incómodo silencio—. Tie... tienen ustedes una casa muy agradable.

Como la sala habitualmente inmaculada se hallaba ahora cubierta de polvo y trozos de ladrillo, este comentario no agradó demasiado a los Dursley. El rostro de tío Vernon se tiñó otra vez de rojo, y tía Petunia volvió a quedarse boquiabierta. Pero tanto uno como otro estaban demasiado asustados para decir nada.

El señor Weasley miró a su alrededor. Le fascinaba todo lo relacionado con los muggles. Harry lo notó impaciente por ir a examinar la televisión y el vídeo.

—Funcionan por *eclectricidad*, ¿verdad? —dijo en tono de entendido—. ¡Ah, sí, ya veo los enchufes! Yo colecciono enchufes —añadió dirigiéndose a tío Vernon—. Y pilas. Tengo una buena colección de pilas. Mi mujer cree que estoy chiflado, pero ya ve.

Era evidente que tío Vernon era de la misma opinión que la señora

Weasley. Se movió ligeramente hacia la derecha para ponerse delante de tía Petunia, como si pensara que el señor Weasley podía atacarlos de un momento a otro.

Dudley apareció de repente en la sala. Harry oyó el golpeteo del baúl en los peldaños y comprendió que el ruido había hecho salir a Dudley de la cocina. Fue caminando pegado a la pared, vigilando al señor Weasley con ojos desorbitados, e intentó ocultarse detrás de sus padres. Por desgracia, las dimensiones de tío Vernon, que bastaban para ocultar a la delgada tía Petunia, de ninguna manera podían hacer lo mismo con Dudley.

—¡Ah, éste es tu primo!, ¿no, Harry? —dijo el señor Weasley, tratando de entablar conversación.

—Sí —dijo Harry—, es Dudley.

Él y Ron se miraron y luego apartaron rápidamente la vista. La tentación de echarse a reír fue casi irresistible. Dudley seguía agarrándose el trasero como si tuviera miedo de que se le cayera. El señor Weasley, en cambio, parecía sinceramente preocupado por el peculiar comportamiento de Dudley. Por el tono de voz que empleó al volver a hablar, Harry comprendió que el señor Weasley suponía a Dudley tan mal de la cabeza como los Dursley lo suponían a él, con la diferencia de que el señor Weasley sentía hacia el muchacho más conmiseración que miedo.

—¿Estás pasando unas buenas vacaciones, Dudley? —preguntó cortésmente.

Dudley gimoteó. Harry vio que se agarraba aún con más fuerza el enorme trasero.

Fred y George regresaron a la sala, transportando el baúl escolar de Harry. Miraron a su alrededor en el momento en que entraron y distinguieron a Dudley. Se les iluminó la cara con idéntica y maligna sonrisa.

—¡Ah, bien! —dijo el señor Weasley—. Será mejor darse prisa.

Se remangó la túnica y sacó la varita. Harry vio a los Dursley echarse atrás contra la pared, como si fueran uno solo.

—*¡Incendio!* —exclamó el señor Weasley, apuntando con su varita al orificio que había en la pared.

De inmediato apareció una hoguera que crepitó como si llevara horas encendida. El señor Weasley se sacó del bolsillo un saquito, lo desanudó, cogió un pellizco de polvos de dentro y lo echó a las llamas, que adquirieron un color verde esmeralda y llegaron más alto que antes.

—Tú primero, Fred —indicó el señor Weasley.

—Voy —dijo Fred—. ¡Oh, no! Esperad...

A Fred se le cayó del bolsillo una bolsa de caramelos, y su contenido rodó en todas direcciones: grandes caramelos con envoltorios de vivos colores.

Fred los recogió a toda prisa y los metió de nuevo en los bolsillos; luego se despidió de los Dursley con un gesto de la mano y avanzó hacia el fuego diciendo: «¡La Madriguera!» Tía Petunia profirió un leve grito de horror. Se oyó una especie de rugido en la hoguera, y Fred desapareció.

—Ahora tú, George —dijo el señor Weasley—. Con el baúl.

Harry ayudó a George a llevar el baúl hasta la hoguera, y lo puso de pie para que pudiera sujetarlo mejor. Luego, gritó «¡La Madriguera!», se volvió a oír el rugido de las llamas y George desapareció a su vez.

—Te toca, Ron —indicó el señor Weasley.

—Hasta luego —se despidió alegremente Ron. Tras dirigirle a Harry una amplia sonrisa, entró en la hoguera, gritó «¡La Madriguera!» y desapareció.

Ya sólo quedaban Harry y el señor Weasley.

—Bueno... Pues adiós —les dijo Harry a los Dursley.

Pero ellos no respondieron. Harry avanzó hacia el fuego; pero, justo cuando llegaba ante él, el señor Weasley lo sujetó con una mano. Observaba atónito a los Dursley.

—Harry les ha dicho adiós —dijo—. ¿No lo han oído?

—No tiene importancia —le susurró Harry al señor Weasley—. De verdad, me da igual.

Pero el señor Weasley no le quitó la mano del hombro.

—No va a ver a su sobrino hasta el próximo verano —dijo indignado a tío Vernon—. ¿No piensa despedirse de él?

El rostro de tío Vernon expresó su ira. La idea de que un hombre que había armado aquel estropicio en su sala de estar le enseñara modales era insoportable. Pero el señor Weasley seguía teniendo la varita en la mano, y tío Vernon clavó en ella sus diminutos ojos antes de contestar con tono de odio:

—Adiós.

—Hasta luego —respondió Harry, introduciendo un pie en la hoguera de color verde, que resultaba de una agradable tibieza. Pero en aquel momento oyó detrás de él un horrible sonido como de arcadas y a tía Petunia que se ponía a gritar.

Harry se dio la vuelta. Dudley ya no trataba de ocultarse detrás de sus padres, sino que estaba arrodillado junto a la mesita del café, resoplando y dando arcadas ante una cosa roja y delgada de treinta centímetros de largo

que le salía de la boca. Tras un instante de perplejidad, Harry comprendió que aquella cosa era la lengua de Dudley... y vio que delante de él, en el suelo, había un envoltorio de colores brillantes.

Tía Petunia se lanzó al suelo, al lado de Dudley, agarró el extremo de su larga lengua y trató de arrancársela; como es lógico, Dudley gritó y farfulló más que antes, intentando que ella desistiera. Tío Vernon daba voces y agitaba los brazos, y el señor Weasley no tuvo más remedio que gritar para hacerse oír.

—¡No se preocupen, puedo arreglarlo! —chilló, avanzando hacia Dudley con la mano tendida.

Pero tía Petunia gritó aún más y se arrojó sobre Dudley para servirle de escudo.

—¡No se pongan así! —dijo el señor Weasley, desesperado—. Es un proceso muy simple. Era el caramelo. Mi hijo Fred... es un bromista redomado. Pero no es más que un encantamiento aumentador... o al menos eso creo. Déjenme, puedo deshacerlo...

Pero, lejos de tranquilizarse, los Dursley estaban cada vez más aterrorizados: tía Petunia sollozaba como una histérica y tiraba de la lengua de Dudley dispuesta a arrancársela; Dudley parecía estar ahogándose bajo la doble presión de su madre y de su lengua; y tío Vernon, que había perdido completamente el control de sí mismo, cogió una figura de porcelana del aparador y se la tiró al señor Weasley con todas sus fuerzas. Éste se agachó, y la figura de porcelana fue a estrellarse contra la descompuesta chimenea.

—¡Vaya! —exclamó el señor Weasley, enfadado y blandiendo la varita—. ¡Yo sólo trataba de ayudar!

Aullando como un hipopótamo herido, tío Vernon agarró otra pieza de adorno.

—¡Vete, Harry! ¡Vete ya! —gritó el señor Weasley, apuntando con la varita a tío Vernon—. ¡Yo lo arreglaré!

Harry no quería perderse la diversión, pero un segundo adorno le pasó rozando la oreja izquierda, y decidió que sería mejor dejar que el señor Weasley resolviera la situación. Entró en el fuego dando un paso, sin dejar de mirar por encima del hombro mientras decía «¡La Madriguera!». Lo último que alcanzó a ver en la sala de estar fue cómo el señor Weasley esquivaba con la varita el tercer adorno que le arrojaba tío Vernon mientras tía Petunia chillaba y cubría con su cuerpo a Dudley, cuya lengua, como una serpiente pitón larga y delgada, se le salía de la boca. Un instante después, Harry giraba muy rápido, y la sala de estar de los Dursley se perdió de vista entre el estrépito de llamas de color esmeralda.

5

Sortilegios Weasley

Harry dio vueltas cada vez más rápido con los codos pegados al cuerpo. Borrosas chimeneas pasaban ante él a la velocidad del rayo, hasta que se sintió mareado y cerró los ojos. Cuando por fin le pareció que su velocidad aminoraba, estiró los brazos, a tiempo para evitar darse de bruces contra el suelo de la cocina de los Weasley al salir de la chimenea.

—¿Se lo comió? —preguntó Fred ansioso mientras le tendía a Harry la mano para ayudarlo a levantarse.

—Sí —respondió Harry poniéndose en pie—. ¿Qué era?

—Caramelo *longuilinguo* —explicó Fred, muy contento—. Los hemos inventado George y yo, y nos hemos pasado el verano buscando a alguien en quien probarlos...

Todos prorrumpieron en carcajadas en la pequeña cocina; Harry miró a su alrededor, y vio que Ron y George estaban sentados a una mesa de madera desgastada de tanto restregarla, con dos pelirrojos a los que Harry no había visto nunca, aunque no tardó en suponer quiénes serían: Bill y Charlie, los dos hermanos mayores Weasley.

—¿Qué tal te va, Harry? —preguntó el más cercano a él, dirigiéndole una amplia sonrisa y tendiéndole una mano grande que Harry estrechó. Estaba llena de callos y ampollas. Aquél tenía que ser Charlie, que trabajaba en Rumania con dragones. Su constitución era igual a la de los gemelos, y diferente de la de Percy y Ron, que eran más altos y delgados. Tenía una cara ancha de expresión bonachona, con la piel curtida por el clima de Rumania y tan llena de pecas que parecía bronceada; los brazos eran musculosos, y en uno de ellos se veía una quemadura grande y brillante.

Bill se levantó sonriendo y también le estrechó la mano a Harry, quien se sorprendió. Sabía que Bill trabajaba para Gringotts, el banco del mundo mágico, y que había sido Premio Anual de Hogwarts, y siempre se lo había imaginado como una versión crecida de Percy: quisquilloso en cuanto al incumplimiento de las normas e inclinado a mandar a todo el mundo. Sin embargo, Bill era (no había otra palabra para definirlo) *guay*: era alto, tenía el pelo largo y recogido en una coleta, llevaba un colmillo de pendiente e iba vestido de manera apropiada para un concierto de rock, salvo por las botas (que, según reconoció Harry, no eran de cuero sino de piel de dragón).

Antes de que ninguno de ellos pudiera añadir nada, se oyó un pequeño estallido y el señor Weasley apareció de pronto al lado de George. Harry no lo había visto nunca tan enfadado.

—¡No ha tenido ninguna gracia, Fred! ¿Qué demonios le diste a ese niño muggle?

—No le di nada —respondió Fred, con otra sonrisa maligna—. Sólo lo dejé caer... Ha sido culpa suya: lo cogió y se lo comió. Yo no le dije que lo hiciera.

—¡Lo dejaste caer a propósito! —vociferó el señor Weasley—. Sabías que se lo comería porque estaba a dieta...

—¿Cuánto le creció la lengua? —preguntó George, con mucho interés.

—Cuando sus padres me permitieron acortársela había alcanzado más de un metro de largo.

Harry y los Weasley prorrumpieron de nuevo en una sonora carcajada.

—¡No tiene gracia! —gritó el señor Weasley—. ¡Ese tipo de comportamiento enturbia muy seriamente las relaciones entre magos y muggles! Me paso la mitad de la vida luchando contra los malos tratos a los muggles, y resulta que mis propios hijos...

—¡No se lo dimos porque fuera muggle! —respondió Fred, indignado.

—No. Se lo dimos porque es un asqueroso bravucón —explicó George—. ¿No es verdad, Harry?

—Sí, lo es —contestó Harry seriamente.

—¡Ésa no es la cuestión! —repuso enfadado el señor Weasley—. Ya veréis cuando se lo diga a vuestra madre.

—¿Cuando me digas qué? —preguntó una voz tras ellos.

La señora Weasley acababa de entrar en la cocina. Era bajita, rechoncha y tenía una cara generalmente muy amable, aunque en aquellos momentos la sospecha le hacía entornar los ojos.

—¡Ah, hola, Harry! —dijo sonriéndole al advertir que estaba allí. Luego volvió bruscamente la mirada a su mando—. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

El señor Weasley dudó. Harry se dio cuenta de que, a pesar de estar tan enfadado con Fred y George, no había tenido verdadera intención de contarle a la señora Weasley lo ocurrido. Se hizo un silencio mientras el señor Weasley observaba nervioso a su mujer. Entonces aparecieron dos chicas en la puerta de la cocina, detrás de la señora Weasley: una, de pelo castaño y espeso e incisivos bastante grandes, era Hermione Granger, la amiga de Harry y Ron; la otra, menuda y pelirroja, era Ginny, la hermana pequeña de Ron. Las dos

sonrieron a Harry, y él les sonrió a su vez, lo que provocó que Ginny se sonrojara: Harry le había gustado desde su primera visita a La Madriguera.

—¿Qué tienes que decirme, Arthur? —repitió la señora Weasley en un tono de voz que daba miedo.

—Nada, Molly —farfulló el señor Weasley—. Fred y George sólo... He tenido unas palabras con ellos...

—¿Qué han hecho esta vez? —preguntó la señora Weasley—. Si tiene que ver con los «Sortilegios Weasley»...

—¿Por qué no le enseñas a Harry dónde va a dormir, Ron? —propuso Hermione desde la puerta.

—Ya lo sabe —respondió Ron—. En mi habitación. Durmió allí la última...

—Podemos ir todos —dijo Hermione, con una significativa mirada.

—¡Ah! —exclamó Ron, cayendo en la cuenta—. De acuerdo.

—Sí, nosotros también vamos —dijo George.

—¡Vosotros os quedáis donde estáis! —gruñó la señora Weasley.

Harry y Ron salieron despacio de la cocina y, acompañados por Hermione y Ginny, emprendieron el camino por el estrecho pasillo y subieron por la desvencijada escalera que zigzagueaba hacia los pisos superiores.

—¿Qué es eso de los «Sortilegios Weasley»? —preguntó Harry mientras subían.

Ron y Ginny se rieron, pero Hermione no.

—Mi madre ha encontrado un montón de cupones de pedido cuando limpiaba la habitación de Fred y George —explicó Ron en voz baja—. Largas listas de precios de cosas que ellos han inventado. Artículos de broma, ya sabes: varitas falsas y caramelos con truco, montones de cosas. Es estupendo: nunca me imaginé que hubieran estado inventando todo eso...

—Hace mucho tiempo que escuchamos explosiones en su habitación, pero nunca supusimos que estuvieran fabricando algo —dijo Ginny—. Creíamos que simplemente les gustaba el ruido.

—Lo que pasa es que la mayor parte de los inventos... bueno, todos, en realidad... son algo peligrosos y, ¿sabes?, pensaban venderlos en Hogwarts para sacar dinero. Mi madre se ha puesto furiosa con ellos. Les ha prohibido seguir fabricando nada y ha quemado todos los cupones de pedido... Además está enfadada con ellos porque no han conseguido tan buenas notas como esperaba...

—Y también ha habido broncas porque mi madre quiere que entren en el

Ministerio de Magia como nuestro padre, y ellos le han dicho que lo único que quieren es abrir una tienda de artículos de broma —añadió Ginny.

Entonces se abrió una puerta en el segundo rellano y asomó por ella una cara con gafas de montura de hueso y expresión de enfado.

—Hola, Percy —saludó Harry.

—Ah, hola, Harry —contestó Percy—. Me preguntaba quién estaría armando tanto jaleo. Intento trabajar, ¿sabéis? Tengo que terminar un informe para la oficina, y resulta muy difícil concentrarse cuando la gente no para de subir y bajar la escalera haciendo tanto ruido.

—No hacemos tanto ruido —replicó Ron, enfadado—. Estamos subiendo con paso normal. Lamentamos haber entorpecido los asuntos reservados del Ministerio.

—¿En qué estás trabajando? —quiso saber Harry.

—Es un informe para el Departamento de Cooperación Mágica Internacional —respondió Percy con aires de suficiencia—. Estamos intentando estandarizar el grosor de los calderos. Algunos de los calderos importados son algo delgados, y el goteo se ha incrementado en una proporción cercana al tres por ciento anual...

—Eso cambiará el mundo —intervino Ron—. Ese informe será un bombazo. Ya me lo imagino en la primera página de *El Profeta*: «Calderos con agujeros.»

Percy se sonrojó ligeramente.

—Puede que te parezca una tontería, Ron —repuso acaloradamente—, pero si no se aprueba una ley internacional bien podríamos encontrar el mercado inundado de productos endebles y de culo demasiado delgado que pondrían seriamente en peligro...

—Sí, sí, de acuerdo —interrumpió Ron, y siguió subiendo.

Percy cerró la puerta de su habitación dando un portazo. Mientras Harry, Hermione y Ginny seguían a Ron otros tres tramos, les llegaban ecos de gritos procedentes de la cocina. El señor Weasley debía de haberle contado a su mujer lo de los caramelos.

La habitación donde dormía Ron en la buhardilla de la casa estaba casi igual que el verano anterior: los mismos pósters del equipo de quidditch favorito de Ron, los Chudley Cannons, que daban vueltas y saludaban con la mano desde las paredes y el techo inclinado; y en la pecera del alféizar de la ventana, que antes contenía huevas de rana, había una rana enorme. Ya no estaba *Scabbers*, la vieja rata de Ron, pero su lugar lo ocupaba la pequeña lechuza gris que había llevado la carta de Ron a Privet Drive para entregársela a Harry. Daba saltos en una jaulita y gorjeaba como loca.

—¡Cállate, *Pig*! —le dijo Ron, abriéndose paso entre dos de las cuatro camas que apenas cabían en la habitación—. Fred y George duermen con nosotros porque Bill y Charlie ocupan su cuarto —le explicó a Harry—. Percy se queda la habitación toda para él porque tiene que trabajar.

—¿Por qué llamas *Pig* a la lechuza? —le preguntó —Harry a Ron.

—Porque es tonto —dijo Ginny—. Su verdadero nombre es *Pigwidgeon*.

—Sí, y ése no es un nombre tonto —contestó sarcásticamente Ron—. Ginny lo bautizó. Le parece un nombre adorable. Yo intenté cambiarlo, pero era demasiado tarde: ya no responde a ningún otro. Así que ahora se ha quedado con *Pig*. Tengo que tenerlo aquí porque no gusta a *Errol* ni a *Hermes*. En realidad, a mí también me molesta.

Pigwidgeon revoloteaba veloz y alegremente por la jaula, gorjeando de forma estridente. Harry conocía demasiado a Ron para tomar en serio sus palabras: siempre se había quejado de su vieja rata *Scabbers*, pero cuando creyó que *Crookshanks*, el gato de Hermione, se la había comido, se disgustó muchísimo.

—¿Dónde está *Crookshanks*? —preguntó Harry a Hermione.

—Fuera, en el jardín, supongo. Le gusta perseguir a los gnomos; nunca los había visto.

—Entonces, ¿Percy está contento con el trabajo? —inquirió Harry, sentándose en una de las camas y observando a los Chudley Cannons, que entraban y salían como balas de los pósters colgados en el techo.

—¿Contento? —dijo Ron con desagrado—. Creo que no habría vuelto a casa si mi padre no lo hubiera obligado. Está obsesionado. Pero no le menciones a su jefe. «Según el señor Crouch... Como le iba diciendo al señor Crouch... El señor Crouch opina... El señor Crouch me ha dicho...» Un día de éstos anunciarán su compromiso matrimonial.

—¿Has pasado un buen verano, Harry? —quiso saber Hermione—. ¿Recibiste nuestros paquetes de comida y todo lo demás?

—Sí, muchas gracias —contestó Harry—. Esos pasteles me salvaron la vida.

—¿Y has tenido noticias de...? —comenzó Ron, pero se calló en respuesta a la mirada de Hermione.

Harry se dio cuenta de que Ron quería preguntarle por Sirius. Ron y Hermione se habían involucrado tanto en la fuga de Sirius que estaban casi tan preocupados por él como Harry. Sin embargo, no era prudente hablar de él delante de Ginny. A excepción de ellos y del profesor Dumbledore, nadie sabía cómo había escapado Sirius ni creía en su inocencia.

—Creo que han dejado de discutir —dijo Hermione para disimular aquel

instante de apuro, porque Ginny miraba con curiosidad tan pronto a Ron como a Harry—. ¿Qué tal si bajamos y ayudamos a vuestra madre con la cena?

—De acuerdo —aceptó Ron.

Los cuatro salieron de la habitación de Ron, bajaron la escalera y encontraron a la señora Weasley sola en la cocina, con aspecto de enfado.

—Vamos a comer en el jardín —les dijo en cuanto entraron—. Aquí no cabemos once personas. ¿Podríais sacar los platos, chicas? Bill y Charlie están colocando las mesas. Vosotros dos, llevad los cubiertos —les dijo a Ron y a Harry. Con más fuerza de la debida, apuntó con la varita a un montón de patatas que había en el fregadero, y éstas salieron de sus mondas tan velozmente que fueron a dar en las paredes y el techo—. ¡Dios mío! —exclamó, apuntando con la varita al recogedor, que saltó de su lugar y empezó a moverse por el suelo recogiendo las patatas—. ¡Esos dos! —estalló de pronto, mientras sacaba cazuelas del armario. Harry comprendió que se refería a Fred y a George—. No sé qué va a ser de ellos, de verdad que no lo sé. No tienen ninguna ambición, a menos que se considere ambición dar tantos problemas como pueden.

Depositó ruidosamente en la mesa de la cocina una cazuela grande de cobre y comenzó a dar vueltas a la varita dentro de la cazuela. De la punta salía una salsa cremosa conforme iba removiendo.

—No es que no tengan cerebro —prosiguió irritada, mientras llevaba la cazuela a la cocina y encendía el fuego con otro toque de la varita—, pero lo desperdician, y si no cambian pronto, se van a ver metidos en problemas de verdad. He recibido más lechuzas de Hogwarts por causa de ellos que de todos los demás juntos. Si continúan así terminarán en el Departamento Contra el Uso Indebido de la Magia.

La señora Weasley tocó con la varita el cajón de los cubiertos, que se abrió de golpe. Harry y Ron se quitaron de en medio de un salto cuando algunos de los cuchillos salieron del cajón, atravesaron volando la cocina y se pusieron a cortar las patatas que el recogedor acababa de devolver al fregadero.

—No sé en qué nos equivocamos con ellos —dijo la señora Weasley posando la varita y sacando más cazuelas—. Llevamos años así, una cosa detrás de otra, y no hay manera de que entiendan... ¡OH, NO, OTRA VEZ!

Al coger la varita de la mesa, ésta lanzó un fuerte chillido y se convirtió en un ratón de goma gigante.

—¡Otra de sus varitas falsas! —gritó—. ¿Cuántas veces les he dicho a esos dos que no las dejen por ahí?

Cogió su varita auténtica, y al darse la vuelta descubrió que la salsa humeaba en el fuego.

—Vamos —le dijo Ron a Harry apresuradamente, cogiendo un puñado de cubiertos del cajón—. Vamos a echarles una mano a Bill y a Charlie.

Dejaron sola a la señora Weasley y salieron al patio por la puerta de atrás.

Apenas habían dado unos pasos cuando *Crookshanks*, el gato color canela y patizambo de Hermione, salió del jardín a toda velocidad con su cola de cepillo enhiesta y persiguiendo lo que parecía una patata con piernas llenas de barro. Harry recordó que aquello era un gnomo. Con su palmo de altura, golpeaba en el suelo con los pies como los palillos en un tambor mientras corría a través del patio, y se zambulló de cabeza en una de las botas de goma que había junto a la puerta. Harry oyó al gnomo riéndose a mandíbula batiente mientras *Crookshanks* metía la pata en la bota intentando atraparlo. Al mismo tiempo, desde el otro lado de la casa llegó un ruido como de choque. Comprendieron qué era lo que había causado el ruido cuando entraron en el jardín y vieron que Bill y Charlie blandían las varitas haciendo que dos mesas viejas y destartaladas volaran a gran altura por encima del césped, chocando una contra otra e intentando hacerse retroceder mutuamente. Fred y George gritaban entusiasmados, Ginny se reía y Hermione rondaba por el seto, aparentemente dividida entre la diversión y la preocupación.

La mesa de Bill se estrelló contra la de Charlie con un enorme estruendo y le rompió una de las patas. Se oyó entonces un traqueteo, y, al mirar todos hacia arriba, vieron a Percy asomando la cabeza por la ventana del segundo piso.

—¿Queréis hacer menos ruido? —gritó.

—Lo siento, Percy —se disculpó Bill con una risita—. ¿Cómo van los culos de los calderos?

—Muy mal —respondió Percy malhumorado, y volvió a cerrar la ventana dando un golpe. Riéndose por lo bajo, Bill y Charlie posaron las mesas en el césped, una pegada a la otra, y luego, con un toquecito de la varita mágica, Bill volvió a pegar la pata rota e hizo aparecer por arte de magia unos manteles.

A las siete de la tarde, las dos mesas crujían bajo el peso de un sinfín de platos que contenían la excelente comida de la señora Weasley, y los nueve Weasley, Harry y Hermione tomaban asiento para cenar bajo el cielo claro, de un azul intenso. Para alguien que había estado alimentándose todo el verano de tartas cada vez más pasadas, aquello era un paraíso, y al principio Harry escuchó más que habló mientras se servía empanada de pollo con jamón, patatas cocidas y ensalada.

Al otro extremo de la mesa, Percy ponía a su padre al corriente de todo lo relativo a su informe sobre el grosor de los calderos.

—Le he dicho al señor Crouch que lo tendrá listo el martes —explicaba Percy dándose aires—. Eso es algo antes de lo que él mismo esperaba, pero me gusta hacer las cosas aún mejor de lo que se espera de mí. Creo que me agradecerá que haya terminado antes de tiempo. Quiero decir que, como ahora hay tanto que hacer en nuestro departamento con todos los preparativos para los Mundiales, y la verdad es que no contamos con el apoyo que necesitaríamos del Departamento de Deportes y Juegos Mágicos... Ludo

Bagman...

—Ludo me cae muy bien —dijo el señor Weasley en un tono afable—. Es el que nos ha conseguido las entradas para la Copa. Yo le hice un pequeño favor: su hermano, Otto, se vio metido en un aprieto a causa de una segadora con poderes sobrenaturales, y arreglé todo el asunto...

—Desde luego, Bagman es una persona muy agradable —repuso Percy desdeñosamente—, pero no entiendo cómo pudo llegar a director de departamento. ¡Cuando lo comparo con el señor Crouch...! Desde luego, si se perdiera un miembro de nuestro departamento, el señor Crouch intentaría averiguar qué ha sucedido. ¿Sabes que Bertha Jorkins lleva desaparecida ya más de un mes? Se fue a Albania de vacaciones y no ha vuelto...

—Sí, le he preguntado a Ludo —dijo el señor Weasley, frunciendo el entrecejo—. Dice que Bertha se ha perdido ya un montón de veces. Aunque, si fuera alguien de mi departamento, me preocuparía...

—Por supuesto, Bertha es un caso perdido —siguió Percy—. Creo que se la han estado pasando de un departamento a otro durante años: da más problemas de los que resuelve. Pero, aun así, Ludo debería intentar encontrarla. El señor Crouch se ha interesado personalmente... Ya sabes que ella trabajó en otro tiempo en nuestro departamento, y creo que el señor Crouch le tiene estima. Pero Bagman no hace más que reírse y decir que ella seguramente interpretó mal el mapa y llegó hasta Australia en vez de Albania. En fin —Percy lanzó un impresionante suspiro y bebió un largo trago de vino de saúco—, tenemos ya bastantes problemas en el Departamento de Cooperación Mágica Internacional para que intentemos encontrar al personal de otros departamentos. Como sabes, hemos de organizar otro gran evento después de los Mundiales. —Se aclaró la garganta como para llamar la atención de todos, y miró al otro extremo de la mesa, donde estaban sentados Harry, Ron y Hermione, antes de continuar—: Ya sabes de qué hablo, papá —levantó ligeramente la voz—: el asunto ultrasecreto.

Ron puso cara de resignación y les susurró a Harry y a Hermione:

—Ha estado intentando que le preguntemos de qué se trata desde que empezó a trabajar. Seguramente es una exposición de calderos de culo delgado.

En el medio de la mesa, la señora Weasley discutía con Bill a propósito de su pendiente, que parecía ser una adquisición reciente.

—... con ese colmillazo horroroso ahí colgando... Pero ¿qué dicen en el banco?

—Mamá, en el banco a nadie le importa un comino lo que me ponga mientras ganen dinero conmigo —explicó Bill con paciencia.

—Y tu pelo da risa, cielo —dijo la señora Weasley, acariciando su varita—. Si me dejaras darle un corte...

—A mí me gusta —declaró Ginny, que estaba sentada al lado de Bill—. Tú estás muy anticuada, mamá. Además, no tienes más que mirar el pelo del profesor Dumbledore...

Junto a la señora Weasley, Fred, George y Charlie hablaban animadamente sobre los Mundiales.

—Va a ganar Irlanda —pronosticó Charlie con la boca llena de patata—. En las semifinales le dieron una paliza a Perú.

—Ya, pero Bulgaria tiene a Viktor Krum —repuso Fred.

—Krum es un buen jugador, pero Irlanda tiene siete estupendos jugadores —sentenció Charlie—. Ojalá Inglaterra hubiera pasado a la final. Fue vergonzoso, eso es lo que fue.

—¿Qué ocurrió? —preguntó interesado Harry, lamentando más que nunca su aislamiento del mundo mágico mientras estaba en Privet Drive. Harry era un apasionado del quidditch. Jugaba de buscador en el equipo de Gryffindor desde el primer curso, y tenía una Saeta de Fuego, una de las mejores escobas de carreras del mundo.

—Fue derrotada por Transilvania, por trescientos noventa a diez —repuso Charlie con tristeza—. Una actuación terrorífica. Y Gales perdió frente a Uganda, y Escocia fue vapuleada por Luxemburgo.

Antes de que tomaran el postre, helado casero de fresas, el señor Weasley hizo aparecer mediante un conjuro unas velas para alumbrar el jardín, que se estaba quedando a oscuras, y para cuando terminaron, las polillas revoloteaban sobre la mesa y el aire templado olía a césped y a madreselva. Harry había comido maravillosamente y se sentía en paz con el mundo mientras contemplaba a los gnomos que saltaban entre los rosales, riendo como locos y corriendo delante de *Crookshanks*.

Ron observó con atención al resto de su familia para asegurarse de que estaban todos distraídos hablando y le preguntó a Harry en voz muy baja:

—¿Has tenido últimamente noticias de Sirius?

Hermione vigilaba a los demás mientras no se perdía palabra.

—Sí —dijo Harry también en voz baja—, dos veces. Parece que está muy bien. Anteayer le escribí. Es probable que envíe la contestación mientras estamos aquí.

Recordó de pronto el motivo por el que había escrito a Sirius y, por un instante, estuvo a punto de contarles a Ron y a Hermione que la cicatriz le había vuelto a doler y el sueño que había tenido... pero no quiso preocuparlos precisamente en aquel momento en que él mismo se sentía tan tranquilo y feliz.

—Mirad qué hora es —dijo de pronto la señora Weasley, consultando su reloj de pulsera—. Ya tendríais que estar todos en la cama, porque mañana os

tendréis que levantar con el alba para llegar a la Copa. Harry, si me dejas la lista de la escuela, te puedo comprar las cosas mañana en el callejón Diagon. Voy a comprar las de todos los demás porque a lo mejor no queda tiempo después de la Copa. La última vez el partido duró cinco días.

—¡Jo! ¡Espero que esta vez sea igual! —dijo Harry entusiasmado.

—Bueno, pues yo no —replicó Percy en tono moralista—. Me horroriza pensar cómo estaría mi bandeja de asuntos pendientes si faltara cinco días del trabajo.

—Desde luego, alguien podría volver a ponerte una caca de dragón, ¿eh, Percy? —dijo Fred.

—¡Era una muestra de fertilizante proveniente de Noruega! —respondió Percy, poniéndose muy colorado—. ¡No era nada personal!

—Sí que lo era —le susurró Fred a Harry, cuando se levantaban de la mesa—. Se la enviamos nosotros.

6

El *traslador*

Cuando, en la habitación de Ron, la señora Weasley lo zarandeó para despertarlo, a Harry le pareció que acababa de acostarse.

—Es la hora de irse, Harry, cielo —le susurró, dejándolo para ir a despertar a Ron.

Harry buscó las gafas con la mano, se las puso y se sentó en la cama. Fuera todavía estaba oscuro. Ron decía algo incomprensible mientras su madre lo levantaba. A los pies del colchón vio dos formas grandes y despeinadas que surgían de sendos líos de mantas.

—¿Ya es la hora? —preguntó Fred, más dormido que despierto.

Se vistieron en silencio, demasiado adormecidos para hablar, y luego, bostezando y desperezándose, los cuatro bajaron la escalera camino de la cocina.

La señora Weasley removía el contenido de una olla puesta sobre el fuego, y el señor Weasley, sentado a la mesa, comprobaba un manojo de grandes entradas de pergamino. Levantó la vista cuando los chicos entraron y extendió los brazos para que pudieran verle mejor la ropa. Llevaba lo que parecía un jersey de golf y unos vaqueros muy viejos que le venían algo grandes y que sujetaba a la cintura con un grueso cinturón de cuero.

—¿Qué os parece? —pregunto—. Se supone que vamos de incógnito... ¿Parezco un muggle, Harry?

—Sí —respondió Harry, sonriendo—. Está muy bien.

—¿Dónde están Bill y Charlie y Pe... Pe... Percy? —preguntó George, sin lograr reprimir un descomunal bostezo.

—Bueno, van a aparecerse, ¿no? —dijo la señora Weasley, cargando con la olla hasta la mesa y comenzando a servir las gachas de avena en los cuencos con un cazo—, así que pueden dormir un poco más.

Harry sabía que aparecerse era algo muy difícil; había que desaparecer de un lugar y reaparecer en otro casi al mismo tiempo.

—O sea, que siguen en la cama... —dijo Fred de malhumor, acercándose su cuenco de gachas—. ¿Y por qué no podemos aparecernos nosotros también?

—Porque no tenéis la edad y no habéis pasado el examen —contestó bruscamente la señora Weasley—. ¿Y dónde se han metido esas chicas?

Salió de la cocina y la oyeron subir la escalera.

—¿Hay que pasar un examen para poder aparecerse? —preguntó Harry.

—Desde luego —respondió el señor Weasley, poniendo a buen recaudo las entradas en el bolsillo trasero del pantalón—. El Departamento de Transportes Mágicos tuvo que multar el otro día a un par de personas por aparecerse sin tener el carné. La aparición no es fácil, y cuando no se hace como se debe puede traer complicaciones muy desagradables. Esos dos que os digo se escindieron.

Todos hicieron gestos de desagrado menos Harry.

—¿Se escindieron? —repitió Harry, desorientado.

—La mitad del cuerpo quedó atrás —explicó el señor Weasley, echándose con la cuchara un montón de melaza en su cuenco de gachas—. Y, por supuesto, estaban inmovilizados. No tenían ningún modo de moverse. Tuvieron que esperar a que llegara el Equipo de Reversión de Accidentes Mágicos y los recompusiera. Hubo que hacer un montón de papeleo, os lo puedo asegurar, con tantos muggles que vieron los trozos que habían dejado atrás...

Harry se imaginó en ese instante un par de piernas y un ojo tirados en la

acera de Privet Drive.

—¿Quedaron bien? —preguntó Harry, asustado.

—Sí —respondió el señor Weasley con tranquilidad—. Pero les cayó una buena multa, y me parece que no van a repetir la experiencia por mucha prisa que tengan. Con la aparición no se juega. Hay muchos magos adultos que no quieren utilizarla. Prefieren la escoba: es más lenta, pero más segura.

—¿Pero Bill, Charlie y Percy sí que pueden?

—Charlie tuvo que repetir el examen —dijo Fred, con una sonrisita—. La primera vez se lo cargaron porque apareció ocho kilómetros más al sur de donde se suponía que tenía que ir. Apareció justo encima de unos viejecitos que estaban haciendo la compra, ¿os acordáis?

—Bueno, pero aprobó a la segunda —dijo la señora Weasley, entre un estallido de carcajadas, cuando volvió a entrar en la cocina.

—Percy lo ha conseguido hace sólo dos semanas —dijo George—. Desde entonces, se ha aparecido todas las mañanas en el piso de abajo para demostrar que es capaz de hacerlo.

Se oyeron unos pasos y Hermione y Ginny entraron en la cocina, pálidas y somnolientas.

—¿Por qué nos hemos levantado tan temprano? —preguntó Ginny, frotándose los ojos y sentándose a la mesa.

—Tenemos por delante un pequeño paseo —explicó el señor Weasley.

—¿Paseo? —se extrañó Harry—. ¿Vamos a ir andando hasta la sede de los Mundiales?

—No, no, eso está muy lejos —repuso el señor Weasley, sonriendo—. Sólo hay que caminar un poco. Lo que pasa es que resulta difícil que un gran número de magos se reúnan sin llamar la atención de los muggles. Siempre tenemos que ser muy cuidadosos a la hora de viajar, y en una ocasión como la de los Mundiales de quidditch...

—¡George! —exclamó bruscamente la señora Weasley, sobresaltando a todos.

—¿Qué? —preguntó George, en un tono de inocencia que no engañó a nadie.

—¿Qué tienes en el bolsillo?

—¡Nada!

—¡No me mientas!

La señora Weasley apuntó con la varita al bolsillo de George y dijo:

—*¡Accio!*

Varios objetos pequeños de colores brillantes salieron zumbando del bolsillo de George, que en vano intentó agarrar algunos: se fueron todos volando hasta la mano extendida de la señora Weasley.

—¡Os dijimos que los destruyerais! —exclamó, furiosa, la señora Weasley, sosteniendo en la mano lo que, sin lugar a dudas, eran más caramelos *longuilinguos*—. ¡Os dijimos que os deshicierais de todos! ¡Vaciad los bolsillos, vamos, los dos!

Fue una escena desagradable. Evidentemente, los gemelos habían tratado de sacar de la casa, ocultos, tantos caramelos como podían, y la señora Weasley tuvo que usar el encantamiento convocador para encontrarlos todos.

—*¡Accio! ¡Accio! ¡Accio!* —fue diciendo, y los caramelos salieron de los lugares más imprevisibles, incluido el forro de la chaqueta de George y el dobladillo de los vaqueros de Fred.

—¡Hemos pasado seis meses desarrollándolos! —le gritó Fred a su madre, cuando ella los tiró.

—¡Ah, una bonita manera de pasar seis meses! —exclamó ella—. ¡No me extraña que no tuvierais mejores notas!

El ambiente estaba tenso cuando se despidieron. La señora Weasley aún tenía el entrecejo fruncido cuando besó en la mejilla a su marido, aunque no tanto como los gemelos, que se pusieron las mochilas a la espalda y salieron sin dirigir ni una palabra a su madre.

—Bueno, pasadlo bien —dijo la señora Weasley—, y portaos como Dios manda —añadió dirigiéndose a los gemelos, pero ellos no se volvieron ni respondieron—. Os enviaré a Bill, Charlie y Percy hacia mediodía —añadió, mientras el señor Weasley, Harry, Ron, Hermione y Ginny se marchaban por el oscuro patio precedidos por Fred y George.

Hacía fresco y todavía brillaba la luna. Sólo un pálido resplandor en el horizonte, a su derecha, indicaba que el amanecer se hallaba próximo. Harry, que había estado pensando en los miles de magos que se concentrarían para ver los Mundiales de quidditch, apretó el paso para caminar junto al señor Weasley.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar todos sin que lo noten los muggles? —preguntó.

—Ha sido un enorme problema de organización —dijo el señor Weasley con un suspiro—. La cuestión es que unos cien mil magos están llegando para presenciar los Mundiales, y naturalmente no tenemos un lugar mágico lo bastante grande para acomodarlos a todos. Hay lugares donde no pueden entrar los muggles, pero imagínate que intentáramos meter a miles de magos

en el callejón Diagon o en el andén nueve y tres cuartos... Así que teníamos que encontrar un buen páramo desierto y poner tantas precauciones anti-muggles como fuera posible. Todo el Ministerio ha estado trabajando en ello durante meses. En primer lugar, por supuesto, había que escalonar las llegadas. La gente con entradas más baratas ha tenido que llegar dos semanas antes. Un número limitado utiliza transportes muggles, pero no podemos abarrotar sus autobuses y trenes. Ten en cuenta que los magos vienen de todas partes del mundo. Algunos se aparecen, claro, pero ha habido que encontrar puntos seguros para su aparición, bien alejados de los muggles. Creo que están utilizando como punto de aparición un bosque cercano. Para los que no quieren aparecerse, o no tienen el carné, utilizamos *trasladores*. Son objetos que sirven para transportar a los magos de un lugar a otro a una hora prevista de antemano. Si es necesario, se puede transportar a la vez un grupo numeroso de personas. Han dispuesto doscientos puntos trasladores en lugares estratégicos a lo largo de Gran Bretaña, y el más próximo lo tenemos en la cima de la colina de Stoatshead. Es allí adonde nos dirigimos.

El señor Weasley señaló delante de ellos, pasado el pueblo de Ottery St. Catchpole, donde se alzaba una enorme montaña negra.

—¿Qué tipo de objetos son los trasladores? —preguntó Harry con curiosidad.

—Bueno, pueden ser cualquier cosa —respondió el señor Weasley—. Cosas que no llamen la atención, desde luego, para que los muggles no las cojan y jueguen con ellas... Cosas que a ellos les parecerán simplemente basura.

Caminaron con dificultad por el oscuro, frío y húmedo sendero hacia el pueblo. Sólo sus pasos rompían el silencio; el cielo se iluminaba muy despacio, pasando del negro impenetrable al azul intenso, mientras se acercaban al pueblo. Harry tenía las manos y los pies helados. El señor Weasley miraba el reloj continuamente.

Cuando emprendieron la subida de la colina de Stoatshead no les quedaban fuerzas para hablar, y a menudo tropezaban en las escondidas madrigueras de conejos o resbalaban en las matas de hierba espesa y oscura. A Harry le costaba respirar, y las piernas le empezaban a fallar cuando por fin los pies encontraron suelo firme.

—¡Uf! —jadeó el señor Weasley, quitándose las gafas y limpiándoselas en el jersey—. Bien, hemos llegado con tiempo. Tenemos diez minutos...

Hermione llegó en último lugar a la cresta de la colina, con la mano puesta en un costado para calmarse el dolor que le causaba el flato.

—Ahora sólo falta el traslador —dijo el señor Weasley volviendo a ponerse las gafas y buscando a su alrededor—. No será grande... Vamos...

Se desperdigaron para buscar. Sólo llevaban un par de minutos cuando un grito rasgó el aire.

—¡Aquí, Arthur! Aquí, hijo, ya lo tenemos.

Al otro lado de la cima de la colina, se recortaban contra el cielo estrellado dos siluetas altas.

—¡Amos! —dijo sonriendo el señor Weasley mientras se dirigía a zancadas hacia el hombre que había gritado. Los demás lo siguieron.

El señor Weasley le dio la mano a un mago de rostro rubicundo y barba escasa de color castaño, que sostenía una bota vieja y enmohecida.

—Éste es Amos Diggory —anunció el señor Weasley—. Trabaja para el Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas. Y creo que ya conocéis a su hijo Cedric.

Cedric Diggory, un chico muy guapo de unos diecisiete años, era capitán y buscador del equipo de quidditch de la casa Hufflepuff, en Hogwarts.

—Hola —saludó Cedric, mirándolos a todos.

Todos le devolvieron el saludo, salvo Fred y George, que se limitaron a hacer un gesto de cabeza. Aún no habían perdonado a Cedric que venciera al equipo de Gryffindor en el partido de quidditch del año anterior.

—¿Ha sido muy larga la caminata, Arthur? —preguntó el padre de Cedric.

—No demasiado —respondió el señor Weasley—. Vivimos justo al otro lado de ese pueblo. ¿Y vosotros?

—Hemos tenido que levantarnos a las dos, ¿verdad, Ced? ¡Qué felicidad cuando tenga por fin el carné de aparición! Pero, bueno, no nos podemos quejar. No nos perderíamos los Mundiales de quidditch ni por un saco de galeones... que es lo que nos han costado las entradas, más o menos. Aunque, en fin, no me ha salido tan caro como a otros...

Amos Diggory echó una mirada bonachona a los hijos del señor Weasley, a Harry y a Hermione.

—¿Son todos tuyos, Arthur?

—No, sólo los pelirrojos —aclaró el señor Weasley, señalando a sus hijos—. Ésta es Hermione, amiga de Ron... y éste es Harry, otro amigo...

—¡Por las barbas de Merlín! —exclamó Amos Diggory abriendo los ojos—. ¿Harry? ¿Harry Potter?

—Ehhh... sí —contestó Harry.

Harry ya estaba acostumbrado a la curiosidad de la gente y a la manera en que los ojos de todo el mundo se iban inmediatamente hacia la cicatriz en forma de rayo que tenía en la frente, pero seguía sintiéndose incómodo.

—Ced me ha hablado de ti, por supuesto —dijo Amos Diggory—. Nos ha contado lo del partido contra tu equipo, el año pasado... Se lo dije, le dije: esto se lo contarás a tus nietos... Les contarás... ¡que venciste a Harry Potter!

A Harry no se le ocurrió qué contestar, de forma que se calló. Fred y George volvieron a fruncir el entrecejo. Cedric parecía incómodo.

—Harry se cayó de la escoba, papá —masculló—. Ya te dije que fue un accidente...

—Sí, pero tú no te caíste, ¿a que no? —dijo Amos de manera cordial, dando a su hijo una palmada en la espalda—. Siempre modesto, mi Ced, tan caballero como de costumbre... Pero ganó el mejor, y estoy seguro de que Harry diría lo mismo, ¿a que sí? Uno se cae de la escoba, el otro aguanta en ella... ¡No hay que ser un genio para saber quién es el mejor!

—Ya debe de ser casi la hora —se apresuró a decir el señor Weasley, volviendo a sacar el reloj—. ¿Sabes si esperamos a alguien más, Amos?

—No. Los Lovegood ya llevan allí una semana, y los Fawcett no consiguieron entradas —repuso el señor Diggory—. No hay ninguno más de los nuestros en esta zona, ¿o sí?

—No que yo sepa —dijo el señor Weasley—. Queda un minuto. Será mejor que nos preparemos.

Miró a Harry y a Hermione.

—No tenéis más que tocar el traslador. Nada más: con poner un dedo será suficiente.

Con cierta dificultad, debido a las voluminosas mochilas que llevaban, los nueve se reunieron en torno a la bota vieja que agarraba Amos Diggory.

Todos permanecieron en pie, en un apretado círculo, mientras una brisa fría barría la cima de la colina. Nadie habló. Harry pensó de repente lo rara que le parecería aquella imagen a cualquier muggle que se presentara en aquel momento por allí: nueve personas, entre las cuales había dos hombres adultos, sujetando en la oscuridad aquella bota sucia, vieja y asquerosa, esperando...

—Tres... —masculló el señor Weasley, mirando al reloj—, dos... uno...

Ocurrió inmediatamente: Harry sintió como si un gancho, justo debajo del ombligo, tirara de él hacia delante con una fuerza irresistible. Sus pies se habían despegado de la tierra; pudo notar a Ron y a Hermione, cada uno a un lado, porque sus hombros golpeaban contra los suyos. Iban todos a enorme velocidad en medio de un remolino de colores y de una ráfaga de viento que aullaba en sus oídos. Tenía el índice pegado a la bota, como por atracción magnética. Y entonces...

Tocó tierra con los pies. Ron se tambaleó contra él y lo hizo caer. El traslador golpeó con un ruido sordo en el suelo, cerca de su cabeza.

Harry levantó la vista. Cedric y los señores Weasley y Diggory permanecían de pie aunque el viento los zarandeaba. Todos los demás se habían caído al suelo.

—Desde la colina de Stoatshead a las cinco y siete —anunció una voz.

7

Bagman y Crouch

Harry se desembarazó de Ron y se puso en pie. Habían llegado a lo que, a través de la niebla, parecía un páramo. Delante de ellos había un par de magos cansados y de aspecto malhumorado. Uno de ellos sujetaba un reloj grande de oro; el otro, un grueso rollo de pergamino y una pluma de ganso. Los dos vestían como muggles, aunque con muy poco acierto: el hombre del reloj llevaba un traje de tweed con chanclos hasta los muslos; su compañero llevaba falda escocesa y poncho.

—Buenos días, Basil —saludó el señor Weasley, cogiendo la bota y entregándosela en mano al mago de la falda, que la echó a una caja grande de trasladores usados que tenía a su lado. Harry vio en la caja un periódico viejo, una lata vacía de cerveza y un balón de fútbol pinchado.

—Hola, Arthur —respondió Basil con voz cansina—. Has librado hoy, ¿eh? Qué bien viven algunos... Nosotros llevamos aquí toda la noche... Será mejor que salgáis de ahí: hay un grupo muy numeroso que llega a las cinco y quince del Bosque Negro. Esperad... voy a buscar dónde estáis... Weasley... Weasley...

Consultó la lista del pergamino.

—Está a unos cuatrocientos metros en aquella dirección. Es el primer prado al que llegáis. El que está a cargo del campamento se llama Roberts. Diggory... segundo prado... Pregunta por el señor Payne.

—Gracias, Basil —dijo el señor Weasley, y les hizo a los demás una seña para que lo siguieran.

Se encaminaron por el páramo desierto, incapaces de ver gran cosa a través de la niebla. Después de unos veinte minutos encontraron una casita de

piedra junto a una verja. Al otro lado, Harry vislumbró las formas fantasmales de miles de tiendas dispuestas en la ladera de una colina, en medio de un vasto campo que se extendía hasta el horizonte, donde se divisaba el oscuro perfil de un bosque. Se despidieron de los Diggory y se encaminaron a la puerta de la casita. Había un hombre en la entrada, observando las tiendas. Nada más verlo, Harry reconoció que era un muggle, probablemente el único que había por allí. Al oír sus pasos se volvió para mirarlos.

—¡Buenos días! —saludó alegremente el señor Weasley.

—Buenos días —respondió el muggle.

—¿Es usted el señor Roberts?

—Sí, lo soy. ¿Quiénes son ustedes?

—Los Weasley... Tenemos reservadas dos tiendas desde hace un par de días, según creo.

—Sí —dijo el señor Roberts, consultando una lista que tenía clavada a la puerta con tachuelas—. Tienen una parcela allí arriba, al lado del bosque. ¿Sólo una noche?

—Efectivamente —repuso el señor Weasley.

—Entonces ¿pagarán ahora? —preguntó el señor Roberts.

—¡Ah! Sí, claro... por supuesto... —Se retiró un poco de la casita y le hizo una seña a Harry para que se acercara—. Ayúdame, Harry —le susurró, sacando del bolsillo un fajo de billetes muggles y empezando a separarlos—. Éste es de... de... ¿de diez libras? ¡Ah, sí, ya veo el número escrito...! Así que ¿éste es de cinco?

—De veinte —lo corrigió Harry en voz baja, incómodo porque se daba cuenta de que el señor Roberts estaba pendiente de cada palabra.

—¡Ah, ya, ya...! No sé... Estos papelitos...

—¿Son ustedes extranjeros? —inquirió el señor Roberts en el momento en que el señor Weasley volvió con los billetes correctos.

—¿Extranjeros? —repitió el señor Weasley, perplejo.

—No es el primero que tiene problemas con el dinero —explicó el señor Roberts examinando al señor Weasley—. Hace diez minutos llegaron dos que querían pagarme con unas monedas de oro tan grandes como tapacubos.

—¿De verdad? —exclamó nervioso el señor Weasley. El señor Roberts rebuscó el cambio en una lata.

—El cámping nunca había estado así de concurrido —dijo de repente, volviendo a observar el campo envuelto en niebla—. Ha habido cientos de

reservas. La gente no suele reservar.

—¿De verdad? —repitió tontamente el señor Weasley, tendiendo la mano para recibir el cambio. Pero el señor Roberts no se lo daba.

—Sí —dijo pensativamente el muggle—. Gente de todas partes. Montones de extranjeros. Y no sólo extranjeros. Bichos raros, ¿sabe? Hay un tipo por ahí que lleva falda escocesa y poncho.

—¿Qué tiene de raro? —preguntó el señor Weasley, preocupado.

—Es una especie de... no sé... como una especie de concentración —explicó el señor Roberts—. Parece como si se conocieran todos, como si fuera una gran fiesta.

En ese momento, al lado de la puerta principal de la casita del señor Roberts, apareció de la nada un mago que llevaba pantalones bombachos.

—*¡Obliviate!* —dijo bruscamente apuntando al señor Roberts con la varita.

El señor Roberts desenfocó los ojos al instante, relajó el ceño y un aire de despreocupada ensoñación le transformó el rostro. Harry reconoció los síntomas de los que sufrían una modificación de la memoria.

—Aquí tiene un plano del campamento —dijo plácidamente el señor Roberts al padre de Ron—, y el cambio.

—Muchas gracias —repuso el señor Weasley.

El mago que llevaba los pantalones bombachos los acompañó hacia la verja de entrada al campamento. Parecía muy cansado. Tenía una barba azulada de varios días y profundas ojeras. Una vez que hubieron salido del alcance de los oídos del señor Roberts, le explicó al señor Weasley:

—Nos está dando muchos problemas. Necesita un encantamiento desmemorizante diez veces al día para tenerlo calmado. Y Ludo Bagman no es de mucha ayuda. Va de un lado para otro hablando de bludgers y quaffles en voz bien alta. La seguridad antimuggles le importa un pimiento. La verdad es que me alegraré cuando todo haya terminado. Hasta luego, Arthur.

Y, sin más, se desapareció.

—Creía que el señor Bagman era el director del Departamento de Deportes y Juegos Mágicos —dijo Ginny sorprendida—. No debería ir hablando de las bludgers cuando hay muggles cerca, ¿no os parece?

—Sí, es verdad —admitió el señor Weasley mientras los conducía hacia el interior del campamento—. Pero Ludo siempre ha sido un poco... bueno... laxo en lo referente a seguridad. Sin embargo, sería imposible encontrar a un director del Departamento de Deportes con más entusiasmo. Él mismo jugó en la selección de Inglaterra de quidditch, ¿sabéis? Y fue el mejor golpeador que han tenido nunca las Avispas de Wimbourne.

Caminaron con dificultad ascendiendo por la ladera cubierta de neblina, entre largas filas de tiendas. La mayoría parecían casi normales. Era evidente que sus dueños habían intentado darles un aspecto lo más muggle posible, aunque habían cometido errores al añadir chimeneas, timbres para llamar a la puerta o veletas. Pero, de vez en cuando, se veían tiendas tan obviamente mágicas que a Harry no le sorprendía que el señor Roberts recelara. En medio del prado se levantaba una extravagante tienda en seda a rayas que parecía un palacio en miniatura, con varios pavos reales atados a la entrada. Un poco más allá pasaron junto a una tienda que tenía tres pisos y varias torretas. Y, casi a continuación, había otra con jardín adosado, un jardín con pila para los pájaros, reloj de sol y una fuente.

—Siempre es igual —comentó el señor Weasley, sonriendo—. No podemos resistirnos a la ostentación cada vez que nos juntamos. Ah, ya estamos. Mirad, éste es nuestro sitio.

Habían llegado al borde mismo del bosque, en el límite del prado, donde había un espacio vacío con un pequeño letrero clavado en la tierra que decía «Weezly».

—¡No podíamos tener mejor sitio! —exclamó muy contento el señor Weasley—. El estadio está justo al otro lado de ese bosque. Más cerca no podíamos estar. —Se desprendió la mochila de los hombros—. Bien —continuó con entusiasmo—, siendo tantos en tierra de muggles, la magia está absolutamente prohibida. ¡Vamos a montar estas tiendas manualmente! No debe de ser demasiado difícil: los muggles lo hacen así siempre... Bueno, Harry, ¿por dónde crees que deberíamos empezar?

Harry no había acampado en su vida: los Dursley no lo habían llevado nunca con ellos de vacaciones, preferían dejarlo con la señora Figg, una vecina anciana. Sin embargo, entre él y Hermione fueron averiguando la colocación de la mayoría de los hierros y de las piquetas, y, aunque el señor Weasley era más un estorbo que una ayuda, porque la emoción lo sobrepasaba cuando trataba de utilizar la maza, lograron finalmente levantar un par de tiendas raídas de dos plazas cada una.

Se alejaron un poco para contemplar el producto de su trabajo. Nadie que viera las tiendas adivinaría que pertenecían a unos magos, pensó Harry, pero el problema era que cuando llegaran Bill, Charlie y Percy serían diez. También Hermione parecía haberse dado cuenta del problema: le dirigió a Harry una risita cuando el señor Weasley se puso a cuatro patas y entró en la primera de las tiendas.

—Estaremos un poco apretados —dijo—, pero cabremos. Entrad a echar un vistazo.

Harry se inclinó, se metió por la abertura de la tienda y se quedó con la boca abierta. Acababa de entrar en lo que parecía un anticuado apartamento de tres habitaciones, con baño y cocina. Curiosamente, estaba amueblado de forma muy parecida al de la señora Figg: las sillas, que eran todas diferentes, tenían cojines de ganchillo, y olía a gato.

—Bueno, es para poco tiempo —explicó el señor Weasley, pasándose un pañuelo por la calva y observando las cuatro literas del dormitorio—. Me las ha prestado Perkins, un compañero de la oficina. Ya no hace cámping porque tiene lumbago, el pobre.

Cogió la tetera polvorienta y la observó por dentro.

—Necesitaremos agua...

—En el plano que nos ha dado el muggle hay señalada una fuente —dijo Ron, que había entrado en la tienda detrás de Harry y no parecía nada asombrado por sus dimensiones internas—. Está al otro lado del prado.

—Bien, ¿por qué no vais por agua Harry, Hermione y tú? —El señor Weasley les entregó la tetera y un par de cazuelas—. Mientras, los demás buscaremos leña para hacer fuego.

—Pero tenemos un horno —repuso Ron—. ¿Por qué no podemos simplemente...?

—¡La seguridad antimuggles, Ron! —le recordó el señor Weasley, impaciente ante la perspectiva que tenían por delante—. Cuando los muggles de verdad acampan, hacen fuego fuera de la tienda. ¡Lo he visto!

Después de una breve visita a la tienda de las chicas, que era un poco más pequeña que la de los chicos pero sin olor a gato, Harry, Ron y Hermione cruzaron el campamento con la tetera y las cazuelas.

Con el sol que acababa de salir y la niebla que se levantaba, pudieron ver el mar de tiendas de campaña que se extendía en todas direcciones. Caminaban entre las filas de tiendas mirando con curiosidad a su alrededor. Hasta entonces Harry no se había preguntado nunca cuántas brujas y magos habría en el mundo; nunca había pensado en los magos de otros países.

Los campistas empezaban a despertar, y las más madrugadoras eran las familias con niños pequeños. Era la primera vez que Harry veía magos y brujas de tan corta edad. Un pequeñín, que no tendría dos años, estaba a gatas y muy contento a la puerta de una tienda con forma de pirámide, dándole con una varita a una babosa, que poco a poco iba adquiriendo el tamaño de una salchicha. Cuando llegaban a su altura, la madre salió de la tienda.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir, Kevin? No... toques... la varita... de papá... ¡Ay!

Acababa de pisar la babosa gigante, que reventó. El aire les llevó la reprimenda de la madre mezclada con los lloros del niño:

—¡Mamá mala!, ¡«rompido» la babosa!

Un poco más allá vieron dos brujitas, apenas algo mayores que Kevin. Montaban en escobas de juguete que se elevaban lo suficiente para que las niñas pasaran rozando el húmedo césped con los dedos de los pies. Un mago

del Ministerio que parecía tener mucha prisa los adelantó, y lo oyeron murmurar ensimismado:

—¡A plena luz del día! ¡Y los padres estarán durmiendo tan tranquilos! Como si lo viera...

Por todas partes, magos y brujas salían de las tiendas y comenzaban a preparar el desayuno. Algunos, dirigiendo miradas furtivas en torno de ellos, prendían fuego con sus varitas. Otros frotaban las cerillas en las cajas con miradas escépticas, como si estuvieran convencidos de que aquello no podía funcionar. Tres magos africanos enfundados en túnicas blancas conversaban animadamente mientras asaban algo que parecía un conejo sobre una lumbre de color morado brillante, en tanto que un grupo de brujas norteamericanas de mediana edad cotilleaba alegremente, sentadas bajo una destellante pancarta que habían desplegado entre sus tiendas, que decía: «Instituto de las brujas de Salem.» Desde el interior de las tiendas por las que iban pasando les llegaban retazos de conversaciones en lenguas extranjeras, y, aunque Harry no podía comprender ni una palabra, el tono de todas las voces era de entusiasmo

—Eh... ¿son mis ojos, o es que se ha vuelto todo verde? —preguntó Ron.

No eran los ojos de Ron. Habían llegado a un área en la que las tiendas estaban completamente cubiertas de una espesa capa de tréboles, y daba la impresión de que unos extraños montículos habían brotado de la tierra. Dentro de las tiendas que tenían las portezuelas abiertas se veían caras sonrientes. De pronto oyeron sus nombres a su espalda:

—¡Harry!, ¡Ron!, ¡Hermione!

Era Seamus Finnigan, su compañero de cuarto curso de la casa Gryffindor. Estaba sentado delante de su propia tienda cubierta de trébol, junto a una mujer de pelo rubio cobrizo que debía de ser su madre, y su mejor amigo, Dean Thomas, también de Gryffindor.

—¿Os gusta la decoración? —preguntó Seamus, sonriendo, cuando los tres se acercaron a saludarlos—. Al Ministerio no le ha hecho ninguna gracia.

—El trébol es el símbolo de Irlanda. ¿Por qué no vamos a poder mostrar nuestras simpatías? —dijo la señora Finnigan—. Tendríais que ver lo que han colgado los búlgaros en sus tiendas. Supongo que estaréis del lado de Irlanda —añadió, mirando a Harry, Ron y Hermione con sus brillantes ojillos.

Se fueron después de asegurarle que estaban a favor de Irlanda, aunque, como dijo Ron:

—Cualquiera dice otra cosa rodeado de todos ésos.

—Me pregunto qué habrán colgado en sus tiendas los búlgaros —dijo Hermione.

—Vamos a echar un vistazo —propuso Harry, señalando una gran área de tiendas que había en lo alto de la ladera, donde la brisa hacía ondear una

bandera de Bulgaria, roja, verde y blanca.

En aquella parte las tiendas no estaban engalanadas con flora, pero en todas colgaba el mismo póster, que mostraba un rostro muy hosco de pobladas cejas negras. La fotografía, por supuesto, se movía, pero lo único que hacía era parpadear y fruncir el entrecejo.

—Es Krum —explicó Ron en voz baja.

—¿Quién? —preguntó Hermione.

—¡Krum! —repitió Ron—. ¡Viktor Krum, el buscador del equipo de Bulgaria!

—Parece que tiene malas pulgas —comentó Hermione, observando la multitud de Krums que parpadeaban, ceñudos.

—¿Malas pulgas? —Ron levantó los ojos al cielo—. ¿Qué más da eso? Es increíble. Y es muy joven, además. Sólo tiene dieciocho años o algo así. Es genial. Esperad a esta noche y lo veréis.

Ya había cola para coger agua de la fuente, así que se pusieron al final, inmediatamente detrás de dos hombres que estaban enzarzados en una acalorada discusión. Uno de ellos, un mago muy anciano, llevaba un camisón largo estampado. El otro era evidentemente un mago del Ministerio: tenía en la mano unos pantalones de mil rayas y parecía a punto de llorar de exasperación.

—Tan sólo tienes que ponerte esto, Archie, sé bueno. No puedes caminar por ahí de esa forma: el muggle de la entrada está ya receloso.

—Me compré esto en una tienda muggle —replicó el mago anciano con testarudez—. Los muggles lo llevan.

—Lo llevan las mujeres muggles, Archie, no los hombres. Los hombres llevan esto —dijo el mago del Ministerio, agitando los pantalones de rayas.

—No me los pienso poner —declaró indignado el viejo Archie—. Me gusta que me dé el aire en mis partes privadas, lo siento.

A Hermione le dio tal ataque de risa en aquel momento que tuvo que salirse de la cola, y no volvió hasta que Archie se fue con el agua.

Volvieron por el campamento, caminando más despacio por el peso del agua. Por todas partes veían rostros familiares: estudiantes de Hogwarts con sus familias. Oliver Wood, el antiguo capitán del equipo de quidditch al que pertenecía Harry, que acababa de terminar en Hogwarts, lo arrastró hasta la tienda de sus padres para que lo conocieran, y le dijo emocionado que acababa de firmar para formar parte de la reserva del Puddlemere United. Cerca de allí se encontraron con Ernie Macmillan, un estudiante de cuarto de la casa Hufflepuff, y luego vieron a Cho Chang, una chica muy guapa que jugaba de buscadora en el equipo de Ravenclaw. Cho Chang le hizo un gesto con la mano y le sonrió. Al devolverle el saludo, Harry se volcó encima un montón de agua. Para que

Ron dejara de reírse, Harry señaló a un grupo de adolescentes a los que no había visto nunca.

—¿Quiénes serán? —preguntó—. No van a Hogwarts, ¿verdad?

—Supongo que estudian en el extranjero —respondió Ron—. Sé que hay otros colegios, pero no conozco a nadie que vaya a ninguno de ellos. Bill se escribía con un chico de Brasil... hace una pila de años... Quería hacer intercambio con él, pero mis padres no tenían bastante dinero. El chico se molestó mucho cuando se enteró de que Bill no iba a ir, y le envió un sombrero encantado que hizo que se le cayeran las orejas para abajo como si fueran hojas mustias.

Harry se rió, y no confesó que le sorprendía enterarse de que existían otros colegios de magia. Al ver a representantes de tantas nacionalidades en el cámping, pensó que había sido un tonto al creer que Hogwarts sería el único. Observó que Hermione no parecía nada sorprendida por la información. Sin duda, ella había tenido noticia de otros colegios de magia al leer algún libro.

—Habéis tardado siglos —dijo George, cuando llegaron por fin a las tiendas de los Weasley.

—Nos hemos encontrado a unos cuantos conocidos —explicó Ron, dejando la cazuela—. ¿Aún no habéis encendido el fuego?

—Papá lo está pasando bomba con los fósforos —contestó Fred.

El señor Weasley no lograba encender el fuego, aunque no porque no lo intentara. A su alrededor, el suelo estaba lleno de fósforos consumidos, pero parecía estar disfrutando como nunca.

—¡Vaya! —exclamaba cada vez que lograba encender un fósforo, e inmediatamente lo dejaba caer de la sorpresa.

—Déjeme, señor Weasley —dijo Hermione amablemente, cogiendo la caja para mostrarle cómo se hacía.

Al final encendieron fuego, aunque pasó al menos otra hora hasta que se pudo cocinar en él. Sin embargo, había mucho que ver mientras esperaban. Habían montado las tiendas delante de una especie de calle que llevaba al estadio, y el personal del Ministerio iba por ella de un lado a otro apresuradamente, y al pasar saludaban con cordialidad al señor Weasley. Éste no dejaba de explicar quiénes eran, sobre todo a Harry y a Hermione, porque sus propios hijos sabían ya demasiado del Ministerio para mostrarse interesados.

—Ése es Cuthbert Mockridge, jefe del Instituto de Coordinación de los Duendes... Por ahí va Gilbert Wimple, que está en el Comité de Encantamientos Experimentales. Ya hace tiempo que lleva esos cuernos... Hola, Arnie... Arnold Peasegood es *desmemorizador*, ya sabéis, un miembro del Equipo de Reversión de Accidentes Mágicos... Y aquéllos son Bode y Croaker... son *inefables*...

—¿Qué son?

—Inefables: del Departamentos de Misterios, secreto absoluto. No tengo ni idea de lo que hacen...

Al final consiguieron una buena fogata, y acababan de ponerse a freír huevos y salchichas cuando llegaron Bill, Charlie y Percy, procedentes del bosque.

—Ahora mismo acabamos de aparecernos, papá —anunció Percy en voz muy alta—. ¡Qué bien, el almuerzo!

Estaban dando cuenta de los huevos y las salchichas cuando el señor Weasley se puso en pie de un salto, sonriendo y haciendo gestos con la mano a un hombre que se les acercaba a zancadas.

—¡Ajá! —dijo—. ¡El hombre del día! ¡Ludo!

Ludo Bagman era con diferencia la persona menos discreta que Harry había visto hasta aquel momento, incluyendo al anciano Archie con su camisón. Llevaba una túnica larga de quidditch con gruesas franjas horizontales negras y amarillas, con la imagen de una enorme avispa estampada sobre el pecho. Su aspecto era el de un hombre de complexión muy robusta en decadencia, y la túnica se le tensaba en torno de una voluminosa barriga que seguramente no había tenido en los tiempos en que jugaba en la selección inglesa de quidditch. Tenía la nariz aplastada (probablemente se la había roto una bludger perdida, pensó Harry); pero los ojos, redondos y azules, y el pelo, corto y rubio, lo hacían parecer un niño muy crecido.

—¡Ah, de la casa! —les gritó Bagman, contento. Caminaba como si tuviera muelles en los talones, y resultaba evidente que estaba muy emocionado—. ¡El viejo Arthur! —dijo resoplando al llegar junto a la fogata—. Vaya día, ¿eh? ¡Vaya día! ¿A que no podíamos pedir un tiempo más perfecto? Vamos a tener una noche sin nubes... y todos los preparativos han salido sin el menor tropiezo... ¡Casi no tengo nada que hacer!

Detrás de él pasó a toda prisa un grupo de magos del Ministerio muy ojerosos, señalando los indicios distantes pero evidentes de algún tipo de fuego mágico que arrojaba al aire chispas de color violeta, hasta una altura de seis o siete metros.

Percy se adelantó apresuradamente con la mano tendida. Aunque desaprobaba la manera en que Ludo Bagman dirigía su departamento, quería causar una buena impresión.

—¡Ah... sí! —dijo sonriendo el señor Weasley—. Éste es mi hijo Percy, que acaba de empezar a trabajar en el Ministerio... y éste es Fred... digo George, perdona... Fred es este de aquí... Bill, Charlie, Ron... mi hija Ginny... y los amigos de Ron: Hermione Granger y Harry Potter.

Bagman apenas reaccionó al oír el nombre de Harry, pero sus ojos se

dirigieron como era habitual hacia la cicatriz que Harry tenía en la frente.

—Éste es Ludo Bagman —continuó presentando el señor Weasley—. Ya lo conocéis: gracias a él hemos conseguido unas entradas tan buenas.

Bagman sonrió e hizo un gesto con la mano como diciendo que no tenía importancia.

—¿No te gustaría hacer una pequeña apuesta, Arthur? —dijo con entusiasmo, haciendo sonar en los bolsillos de su túnica negra y amarilla lo que parecía una gran cantidad de monedas de oro—. Roddy Pontner ya ha apostado a que Bulgaria marcará primero, y yo me he jugado una buena cantidad, porque los tres delanteros de Irlanda son los más fuertes que he visto en años... Y Agatha Timms se ha jugado la mitad de las acciones de su piscifactoría de anguilas a que el partido durará una semana.

—Eh... bueno, bien —respondió el señor Weasley—. Veamos... ¿un galeón a que gana Irlanda?

—¿Un galeón? —Ludo Bagman parecía algo decepcionado, pero disimuló—. Bien, bien... ¿alguna otra apuesta?

—Son demasiado jóvenes para apostar —dijo el señor Weasley—. A Molly no le gustaría...

—Apostaremos treinta y siete galeones, quince sickles y tres knuts a que gana Irlanda —declaró Fred, al tiempo que él y George sacaban todo su dinero en común—, pero a que Viktor Krum coge la snitch. ¡Ah!, y añadiremos una varita de pega.

—¡No le iréis a enseñar al señor Bagman semejante porquería! —dijo Percy entre dientes.

Pero Bagman no pensó que fuera ninguna porquería. Por el contrario, su rostro infantil se iluminó al recibirla de manos de Fred, y, cuando la varita dio un chillido y se convirtió en un pollo de goma, Bagman prorrumpió en sonoras carcajadas.

—¡Estupendo! ¡Hacía años que no veía ninguna tan buena! ¡Os daré por ella cinco galeones!

Percy hizo un gesto de pasmo y desaprobación.

—Muchachos —dijo el señor Weasley—, no quiero que apostéis... Eso son todos vuestros ahorros. Vuestra madre...

—¡No seas aguafiestas, Arthur! —bramó Ludo Bagman, haciendo tintinear con entusiasmo las monedas de los bolsillos—. ¡Ya tienen edad de saber lo que quieren! ¿Pensáis que ganará Irlanda pero que Krum cogerá la snitch? No tenéis muchas posibilidades de acertar, muchachos. Os ofreceré una proporción muy alta. Así que añadiremos cinco galeones por la varita de pega y...

El señor Weasley se dio por vencido cuando Ludo Bagman sacó una libreta y una pluma del bolsillo y empezó a anotar los nombres de los gemelos.

—¡Gracias! —dijo George, tomando el recibo de pergamino que Bagman le entregó y metiéndoselo en el bolsillo delantero de la túnica.

Bagman se volvió al señor Weasley muy contento.

—¿Podría tomar un té con vosotros? Estoy buscando a Barty Crouch. Mi homólogo búlgaro está dando problemas, y no entiendo una palabra de lo que dice. Barty sí podrá: habla ciento cincuenta lenguas.

—¿El señor Crouch? —dijo Percy, abandonando de pronto su tieso gesto de reprobación y estremeciéndose palpablemente de entusiasmo—. ¡Habla más de doscientas! Habla sirenio, duendigonza, trol...

—Todo el mundo es capaz de hablar trol —lo interrumpió Fred con desdén—. No hay más que señalar y gruñir.

Percy le echó a Fred una mirada muy severa y avivó el fuego para volver a calentar la tetera.

—¿Sigue sin haber noticias de Bertha Jorkins, Ludo? —preguntó el señor Weasley, mientras Bagman se sentaba sobre la hierba, entre ellos.

—No ha dado señales de vida —repuso Bagman con toda calma—. Ya volverá. La pobre Bertha... tiene la memoria como un caldero lleno de agujeros y carece por completo de sentido de la orientación. Pongo las manos en el fuego a que se ha perdido. Seguro que regresa a la oficina cualquier día de octubre pensando que todavía es julio.

—¿No crees que habría que enviar ya a alguien a buscarla? —sugirió el señor Weasley al tiempo que Percy le entregaba a Bagman la taza de té.

—Es lo mismo que dice Barty Crouch —contestó Bagman, abriendo inocentemente los redondos ojos—. Pero en este momento no podemos prescindir de nadie. ¡Vaya! ¡Hablando del rey de Roma! ¡Barty!

Junto a ellos acababa de aparecerse un mago que no podía resultar más diferente de Ludo Bagman, el cual se había despatarrado sobre la hierba con su vieja túnica de las Avispas. Barty Crouch era un hombre mayor de pose estirada y rígida que iba vestido con corbata y un traje impecablemente planchado. Llevaba la raya del pelo tan recta que no resultaba natural, y parecía como si se recortara el bigote de cepillo utilizando una regla de cálculo. Le relucían los zapatos. Harry comprendió enseguida por qué Percy lo idolatraba: Percy creía ciegamente en la importancia de acatar las normas con total rigidez, y el señor Crouch había observado de un modo tan escrupuloso la norma de vestir como muggles que habría podido pasar por el director de un banco. Harry pensó que ni siquiera tío Vernon se habría dado cuenta de lo que era en realidad.

—Siéntate un rato en el césped, Barty —lo invitó Ludo con su alegría

habitual, dando una palmada en el césped, a su lado.

—No, gracias, Ludo —dijo el señor Crouch, con una nota de impaciencia en la voz—. Te he buscado por todas partes. Los búlgaros insisten en que tenemos que ponerles otros doce asientos en la tribuna...

—¿Conque era eso lo que querían? —se sorprendió Bagman—. Pensaba que ese tío me estaba pidiendo doscientas aceitunas. ¡Qué acento tan endiablado!

—Señor Crouch —dijo Percy sin aliento, inclinado en una especie de reverencia que lo hacia parecer jorobado—, ¿querría tomar una taza de té?

—¡Ah! —contestó el señor Crouch, mirando a Percy con cierta sorpresa—. Sí... gracias, Weatherby.

A Fred y a George se les atragantó el té de la risa. Percy, rojo como un tomate, se encargó de servirlo.

—Ah, también tengo que hablar contigo, Arthur —dijo el señor Crouch, fijando en el padre de Ron sus ojos de lince—. Alí Bashir está en pie de guerra. Quiere comentarte lo del embargo de alfombras voladoras.

El señor Weasley exhaló un largo suspiro.

—Justo esta semana pasada le he enviado una lechuza sobre este tema. Se lo he dicho más de cien veces: las alfombras están definidas como un artefacto muggle en el Registro de Objetos de Encantamiento Prohibidos. ¿No habrá manera de que lo entienda?

—Creo que no —reconoció el señor Crouch, tomando la taza que le tendía Percy—. Está desesperado por exportar a este país.

—Bueno, nunca sustituirán a las escobas en Gran Bretaña, ¿no os parece? —observó Bagman.

—Alí piensa que en el mercado hay un hueco para el vehículo familiar —repuso el señor Crouch—. Recuerdo que mi abuelo tenía una Axminster de doce plazas. Por supuesto, eso fue antes de que las prohibieran.

Lo dijo como si no quisiera dejar duda alguna de que todos sus antepasados habían respetado escrupulosamente la ley.

—¿Así que has estado ocupado, Barty? —preguntó Bagman en tono jovial.

—Bastante —contestó secamente el señor Crouch—. No es pequeña hazaña organizar trasladores en los cinco continentes, Ludo.

—Supongo que tanto uno como otro os alegraréis de que esto acabe —comentó el señor Weasley.

Ludo Bagman se mostró muy asombrado.

—¿Alegrarme? Nunca lo he pasado tan bien... y, además, no se puede decir que no nos quede de qué preocuparnos. ¿Verdad, Barty? Aún hay mucho que organizar, ¿verdad?

El señor Crouch levantó las cejas mirando a Bagman.

—Hemos acordado no decir nada hasta que todos los detalles...

—¡Ah, los detalles! —dijo Bagman, haciendo un gesto con la mano para echar a un lado aquella palabra como si fuera una nube de mosquitos—. Han firmado, ¿no es así? Se han mostrado conformes, ¿no es así? Te apuesto lo que quieras a que muy pronto estos chicos se enterarán de algún modo. Quiero decir que, como es en Hogwarts donde va a tener lugar...

—Ludo, te recuerdo que tenemos que buscar a los búlgaros —dijo de forma cortante el señor Crouch—. Gracias por el té, Weatherby.

Le devolvió a Percy la taza, que continuaba llena, y aguardó a que Ludo se levantara. Apurando el té que le quedaba, Bagman se puso de pie con esfuerzo acompañado del tintineo de las monedas que llevaba en los bolsillos.

—¡Hasta luego! —se despidió—. Estaréis conmigo en la tribuna principal. ¡Yo seré el comentarista! —Saludó con la mano; Barty Crouch hizo un breve gesto con la cabeza, y tanto uno como otro se desaparecieron.

—¿Qué va a pasar en Hogwarts, papá? —preguntó Fred de inmediato—. ¿A qué se referían?

—No tardaréis en enteraros —contestó el señor Weasley, sonriendo.

—Es información reservada, hasta que el ministro juzgue conveniente levantar el secreto —añadió Percy fríamente—. El señor Crouch ha hecho lo adecuado al no querer revelar nada.

—Cállate, Weatherby —le espetó Fred.

Conforme avanzaba la tarde la emoción aumentaba en el cámping, como una neblina que se hubiera instalado allí. Al oscurecer, el aire aún estival vibraba de expectación, y, cuando la noche llegó como una sábana a cubrir a los miles de magos, desaparecieron los últimos vestigios de disimulo: el Ministerio parecía haberse resignado ya a lo inevitable y dejó de reprimir los ostensibles indicios de magia que surgían por todas partes.

Los vendedores se aparecían a cada paso, con bandejas o empujando carros en los que llevaban cosas extraordinarias: escarapelas luminosas (verdes de Irlanda, rojas de Bulgaria) que gritaban los nombres de los jugadores; sombreros puntiagudos de color verde adornados con tréboles que se movían; bufandas del equipo de Bulgaria con leones estampados que rugían realmente; banderas de ambos países que entonaban el himno nacional cada vez que se las agitaba; miniaturas de Saetas de Fuego que volaban de verdad y figuras coleccionables de jugadores famosos que se paseaban por la palma de la mano en actitud jactanciosa.

—He ahorrado todo el verano para esto —le dijo Ron a Harry mientras caminaban con Hermione entre los vendedores, comprando recuerdos. Aunque Ron se compró un sombrero con tréboles que se movían y una gran escarapela verde, adquirió también una figura de Viktor Krum, el buscador del equipo de Bulgaria. La miniatura de Krum iba de un lado para otro en la mano de Ron, frunciendo el entrecejo ante la escarapela verde que tenía delante.

—¡Vaya, mirad esto! —exclamó Harry, acercándose rápidamente hasta un carro lleno de montones de unas cosas de metal que parecían prismáticos excepto en el detalle de que estaban llenos de botones y ruedecillas.

—Son *omniculares* —explicó el vendedor con entusiasmo—. Se puede volver a ver una jugada... pasarla a cámara lenta, y si quieres te pueden ofrecer un análisis jugada a jugada. Son una ganga: diez galeones cada uno.

—Ahora me arrepiento de lo que he comprado —reconoció Ron, haciendo un gesto desdeñoso hacia el sombrero con los tréboles que se movían y contemplando los omniculares con ansia.

—Deme tres —le dijo Harry al mago con decisión.

—No... déjalo —pidió Ron, poniéndose colorado. Siempre le cohibía el hecho de que Harry, que había heredado de sus padres una pequeña fortuna, tuviera mucho más dinero que él.

—Es mi regalo de Navidad —le explicó Harry, poniéndoles a él y a Hermione los omniculares en la mano—. ¡De los próximos diez años!

—Conforme —aceptó Ron, sonriendo.

—¡Gracias, Harry! —dijo Hermione—. Yo compraré unos programas...

Con los bolsillos considerablemente menos abultados, regresaron a las tiendas. Bill, Charlie y Ginny llevaban también escarapelas verdes, y el señor Weasley tenía una bandera de Irlanda. Fred y George no habían comprado nada porque le habían entregado todo el dinero a Bagman.

Y entonces se oyó el sonido profundo y retumbante de un gong al otro lado del bosque, y de inmediato se iluminaron entre los árboles unos faroles rojos y verdes, marcando el camino al estadio.

—¡Ya es la hora! —anunció el señor Weasley, tan impaciente como los demás—. ¡Vamos!

8

Los Mundiales de quidditch

Cogieron todo lo que habían comprado y, siguiendo al señor Weasley, se internaron a toda prisa en el bosque por el camino que marcaban los faroles. Oían los gritos, las risas, los retazos de canciones de los miles de personas que iban con ellos. La atmósfera de febril emoción se contagiaba fácilmente, y Harry no podía dejar de sonreír. Caminaron por el bosque hablando y bromeando en voz alta unos veinte minutos, hasta que al salir por el otro lado se hallaron a la sombra de un estadio colosal. Aunque Harry sólo podía ver una parte de los inmensos muros dorados que rodeaban el campo de juego, calculaba que dentro podrían haber cabido, sin apretujones, diez catedrales.

—Hay asientos para cien mil personas —explicó el señor Weasley, observando la expresión de sobrecogimiento de Harry—. Quinientos funcionarios han estado trabajando durante todo el año para levantarlo. Cada centímetro del edificio tiene un repelente mágico de muggles. Cada vez que los muggles se acercan hasta aquí, recuerdan de repente que tenían una cita en otro lugar y salen pitando... ¡Dios los bendiga! —añadió en tono cariñoso, encaminándose delante de los demás hacia la entrada más cercana, que ya estaba rodeada de un enjambre de bulliciosos magos y brujas.

—¡Asientos de primera! —dijo la bruja del Ministerio apostada ante la puerta, al comprobar sus entradas—. ¡Tribuna principal! Todo recto escaleras arriba, Arthur, arriba de todo.

Las escaleras del estadio estaban tapizadas con una suntuosa alfombra de color púrpura. Subieron con la multitud, que poco a poco iba entrando por las puertas que daban a las tribunas que había a derecha e izquierda. El grupo del señor Weasley siguió subiendo hasta llegar al final de la escalera y se encontró en una pequeña tribuna ubicada en la parte más elevada del estadio, justo a mitad de camino entre los dorados postes de gol. Contenía unas veinte butacas de color rojo y dorado, repartidas en dos filas. Harry tomó asiento con los demás en la fila de delante y observó el estadio que tenían a sus pies, cuyo aspecto nunca hubiera imaginado.

Cien mil magos y brujas ocupaban sus asientos en las gradas dispuestas en torno al largo campo oval. Todo estaba envuelto en una misteriosa luz dorada que parecía provenir del mismo estadio. Desde aquella elevada posición, el campo parecía forrado de terciopelo. A cada extremo se levantaban tres aros de gol, a unos quince metros de altura. Justo enfrente de la tribuna en que se hallaban, casi a la misma altura de sus ojos, había un panel gigante. Unas letras de color dorado iban apareciendo en él, como si las escribiera la mano de un gigante invisible, y luego se borraban. Al fijarse, Harry se dio cuenta de que lo que se leía eran anuncios que enviaban sus destellos a todo el estadio:

La Moscarda: una escoba para toda la familia: fuerte, segura y con alarma antirrobo incorporada ... Quitamanchas mágico multiusos de la Señora Skower: adiós a las manchas, adiós al esfuerzo ... Harapos finos, moda para magos: Londres, París, Hogsmeade...

Harry apartó los ojos de los anuncios y miró por encima del hombro para ver con quiénes compartían la tribuna. Hasta entonces no había llegado nadie, salvo una criatura diminuta que estaba sentada en la antepenúltima butaca de la fila de atrás. La criatura, cuyas piernas eran tan cortas que apenas sobresalían del asiento, llevaba puesto a modo de toga un paño de cocina y se tapaba la cara con las manos. Aquellas orejas largas como de murciélago le resultaron curiosamente familiares...

—¿Dobby? —preguntó Harry, extrañado.

La diminuta figura levantó la cara y separó los dedos, mostrando unos enormes ojos castaños y una nariz que tenía la misma forma y tamaño que un tomate grande. No era Dobby... pero no cabía duda de que se trataba de un elfo doméstico, como había sido Dobby, el amigo de Harry, hasta que éste lo liberó de sus dueños, la familia Malfoy.

—¿El señor acaba de llamarme Dobby? —chilló el elfo de forma extraña, por el resquicio de los dedos. Tenía una voz aún más aguda que la de Dobby, apenas un chillido flojo y tembloroso que le hizo suponer a Harry (aunque era difícil asegurarlo tratándose de un elfo doméstico) que era hembra. Ron y Hermione se volvieron en sus asientos para mirar. Aunque Harry les había hablado mucho de Dobby, nunca habían llegado a verlo personalmente. Incluso el señor Weasley se mostró interesado.

—Disculpe —le dijo Harry a la elfina—, la he confundido con un conocido.

—¡Yo también conozco a Dobby, señor! —chilló la elfina. Se tapaba la cara como si la luz la cegara, a pesar de que la tribuna principal no estaba excesivamente iluminada—. Me llamo Winky, señor... y usted, señor... —En ese momento reconoció la cicatriz de Harry, y los ojos se le abrieron hasta adquirir el tamaño de dos platos pequeños—. ¡Usted es, sin duda, Harry Potter!

—Sí, lo soy —contestó Harry.

—¡Dobby habla todo el tiempo de usted, señor! —dijo ella, bajando las manos un poco pero conservando su expresión de miedo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Harry—. ¿Qué tal le sienta la libertad?

—¡Ah, señor! —respondió Winky, moviendo la cabeza de un lado a otro—, no quisiera faltarle al respeto, señor, pero no estoy segura de que le hiciera un favor a Dobby al liberarlo, señor.

—¿Por qué? —se extrañó Harry—. ¿Qué le pasa?

—La libertad se le ha subido a la cabeza, señor —dijo Winky con tristeza—. Tiene raras ideas sobre su condición, señor. No encuentra dónde colocarse, señor.

—¿Por qué no? —inquirió Harry.

Winky bajó el tono de su voz media octava para susurrar:

—Pretende que le paguen por trabajar, señor.

—¿Que le paguen? —repitió Harry, sin entender—. Bueno... ¿por qué no tendrían que pagarle?

La idea pareció espeluznar a Winky, que cerró los dedos un poco para volver a ocultar parcialmente el rostro.

—¡A los elfos domésticos no se nos paga, señor! —explicó en un chillido amortiguado—. No, no, no. Le he dicho a Dobby, se lo he dicho, ve a buscar una buena familia y asiéntate, Dobby. Se está volviendo un juerguista, señor, y eso es muy indecoroso en un elfo doméstico. Si sigues así, Dobby, le digo, lo próximo que oiré de ti es que te han llevado ante el Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas, como a un vulgar duende.

—Bueno, ya era hora de que se divirtiera un poco —opinó Harry.

—La diversión no es para los elfos domésticos, Harry Potter —repuso Winky con firmeza desde detrás de las manos que le ocultaban el rostro—. Los elfos domésticos obedecen. No soporto las alturas, Harry Potter... —Miró hacia el borde de la tribuna y tragó saliva—. Pero mi amo me manda venir a la tribuna principal, y vengo, señor.

—¿Por qué te manda venir tu amo si sabe que no soportas las alturas? —preguntó Harry, frunciendo el entrecejo.

—Mi amo... mi amo quiere que le guarde una butaca, Harry Potter, porque está muy ocupado —dijo Winky, inclinando la cabeza hacia la butaca vacía que tenía a su lado—. Winky está deseando volver a la tienda de su amo, Harry Potter, pero Winky hace lo que le mandan, porque Winky es una buena elfina doméstica.

Aterrorizada, echó otro vistazo al borde de la tribuna, y volvió a taparse los ojos completamente. Harry se volvió a los otros.

—¿Así que eso es un elfo doméstico? —murmuró Ron—. Son extraños, ¿verdad?

—Dobby era aún más extraño —aseguró Harry.

Ron sacó los omniculares y comenzó a probarlos, mirando con ellos a la multitud que había abajo, al otro lado del estadio.

—¡Sensacional! —exclamó, girando el botón de retroceso que tenía a un lado—. Puedo hacer que aquel viejo se vuelva a meter el dedo en la nariz una vez... y otra... y otra...

Hermione, mientras tanto, leía con interés su programa forrado de terciopelo y adornado con borlas.

—Antes de que empiece el partido habrá una exhibición de las mascotas de los equipos —leyó en voz alta.

—Eso siempre es digno de ver —dijo el señor Weasley—. Las selecciones nacionales traen criaturas de su tierra para que hagan una pequeña exhibición.

Durante la siguiente media hora se fue llenando lentamente la tribuna. El señor Weasley no paró de estrechar la mano a personas que obviamente eran magos importantes. Percy se levantaba de un salto tan a menudo que parecía que tuviera un erizo en el asiento. Cuando llegó Cornelius Fudge, el mismísimo ministro de Magia, la reverencia de Percy fue tan exagerada que se le cayeron las gafas y se le rompieron. Muy embarazado, las reparó con un golpe de la varita y a partir de ese momento se quedó en el asiento, echando miradas de envidia a Harry, a quien Cornelius Fudge saludó como si se tratara de un viejo amigo. Ya se conocían, y Fudge le estrechó la mano con ademán paternal, le preguntó cómo estaba y le presentó a los magos que lo acompañaban.

—Ya sabe, Harry Potter —le dijo muy alto al ministro de Bulgaria, que llevaba una espléndida túnica de terciopelo negro con adornos de oro y parecía que no entendía una palabra de inglés—. ¡Harry Potter...! Seguro que lo conoce: el niño que sobrevivió a Quien-usted-sabe... Tiene que saber quién es...

El búlgaro vio de pronto la cicatriz de Harry y, señalándola, se puso a decir en voz alta y visiblemente emocionado cosas que nadie entendía.

—Sabía que al final lo conseguiríamos —le dijo Fudge a Harry cansinamente—. No soy muy bueno en idiomas; para estas cosas tengo que echar mano de Barty Crouch. Ah, ya veo que su elfina doméstica le está guardando el asiento. Ha hecho bien, porque estos búlgaros quieren quedarse los mejores sitios para ellos solos... ¡Ah, ahí está Lucius!

Harry, Ron y Hermione se volvieron rápidamente. Los que se encaminaban hacia tres asientos aún vacíos de la segunda fila, justo detrás del padre de Ron, no eran otros que los antiguos amos de Dobby: Lucius Malfoy, su hijo Draco y una mujer que Harry supuso que sería la madre de Draco.

Harry y Draco Malfoy habían sido enemigos desde su primer día en Hogwarts. De piel pálida, cara afilada y pelo rubio platino, Draco se parecía mucho a su padre. También su madre era rubia, alta y delgada, y habría parecido guapa si no hubiera sido por el gesto de asco de su cara, que daba la impresión de que, justo debajo de la nariz, tenía algo que olía a demonios.

—¡Ah, Fudge! —dijo el señor Malfoy, tendiendo la mano al llegar ante el ministro de Magia—. ¿Cómo estás? Me parece que no conoces a mi mujer,

Narcisa, ni a nuestro hijo, Draco.

—¿Cómo está usted?, ¿cómo estás? —saludó Fudge, sonriendo e inclinándose ante la señora Malfoy—. Permítanme presentarles al señor Oblansk... Obalonsk... al señor... Bueno, es el ministro búlgaro de Magia, y, como no entiende ni jota de lo que digo, da lo mismo. Veamos quién más... Supongo que conoces a Arthur Weasley.

Fue un momento muy tenso. El señor Weasley y el señor Malfoy se miraron el uno al otro, y Harry recordó claramente la última ocasión en que se habían visto: había sido en la librería Flourish y Blotts, y se habían peleado. Los fríos ojos del señor Malfoy recorrieron al señor Weasley y luego la fila en que estaba sentado.

—Por Dios, Arthur —dijo con suavidad—, ¿qué has tenido que vender para comprar entradas en la tribuna principal? Me imagino que no te ha llegado sólo con la casa.

Fudge, que no escuchaba, dijo:

—Lucius acaba de aportar una generosa contribución para el Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas, Arthur. Ha venido aquí como invitado mío.

—¡Ah... qué bien! —dijo el señor Weasley, con una sonrisa muy tensa.

El señor Malfoy observó a Hermione, que se puso algo colorada pero le devolvió la mirada con determinación. Harry comprendió qué era lo que provocaba aquella mueca de desprecio en los labios del señor Malfoy: los Malfoy se enorgullecían de ser de *sangre limpia*; lo que quería decir que consideraban de segunda clase a cualquiera que procediera de familia muggle, como Hermione. Sin embargo, el señor Malfoy no se atrevió a decir nada delante del ministro de Magia. Con la cabeza hizo un gesto desdeñoso al señor Weasley, y continuó caminando hasta llegar a sus asientos. También Draco lanzó a Harry, Ron y Hermione una mirada de desprecio, y luego se sentó entre sus padres.

—Asquerosos —murmuró Ron cuando él, Harry y Hermione se volvieron de nuevo hacia el campo de juego.

Un segundo más tarde, Ludo Bagman llegaba a la tribuna principal como si fuera un indio lanzándose al ataque de un fuerte.

—¿Todos listos? —preguntó. Su redonda cara relucía de emoción como un queso de bola grande—. Señor ministro, ¿qué le parece si empezamos?

—Cuando tú quieras, Ludo —respondió Fudge complacido.

Ludo sacó la varita, se apuntó con ella a la garganta y dijo:

—*¡Sonorus!* —Su voz se alzó por encima del estruendo de la multitud que abarrotaba ya el estadio y retumbó en cada rincón de las tribunas—. Damas y

caballeros... ¡bienvenidos! ¡Bienvenidos a la cuadringentésima vigésima segunda edición de la Copa del Mundo de quidditch!

Los espectadores gritaron y aplaudieron. Ondearon miles de banderas, y los discordantes himnos de sus naciones se sumaron al jaleo de la multitud. El enorme panel que tenían enfrente borró su último anuncio (*Grageas multisabores de Bertie Bott: ¡un peligro en cada bocado!*) y mostró a continuación: BULGARIA: 0; IRLANDA: 0.

—Y ahora, sin más dilación, permítanme que les presente a... ¡las mascotas del equipo de Bulgaria!

Las tribunas del lado derecho, que eran un sólido bloque de color escarlata, bramaron su aprobación.

—Me pregunto qué habrán traído —dijo el señor Weasley, inclinándose en el asiento hacia delante—. ¡Aaah! —De pronto se quitó las gafas y se las limpió a toda prisa en la tela de la túnica—. ¡Son *veelas*!

—¿Qué son *vee*...?

Pero un centenar de veelas acababan de salir al campo de juego, y la pregunta de Harry quedó respondida. Las veelas eran mujeres, las mujeres más hermosas que Harry hubiera visto nunca... pero no eran (no podían ser) humanas. Esto lo desconcertó por un momento, mientras trataba de averiguar qué eran realmente: qué podía hacer brillar su piel de aquel modo, con un resplandor plateado; o qué era lo que hacía que, sin que hubiera viento, el pelo dorado se les abriera en abanico detrás de la cabeza. Pero en aquel momento comenzó la música, y Harry dejó de preguntarse sobre su carácter humano. De hecho, no se hizo ninguna pregunta en absoluto.

Las veelas se pusieron a bailar, y la mente de Harry se quedó totalmente en blanco, sólo ocupada por una suerte de dicha. En ese momento, lo único que en el mundo merecía la pena era seguir viendo a las veelas; porque, si ellas dejaban de bailar, ocurrirían cosas terribles...

A medida que las veelas aumentaban la velocidad de su danza, unos pensamientos desenfrenados, aún indefinidos, se iban apoderando de la aturdida mente de Harry. Quería hacer algo muy impresionante, y tenía que ser en aquel mismo instante. Saltar desde la tribuna al estadio parecía una buena idea... pero ¿sería suficiente?

—Harry, ¿qué haces? —le llegó la voz de Hermione desde muy lejos.

Cesó la música. Harry cerró los ojos y volvió a abrirlos. Se había levantado del asiento, y tenía un pie sobre la pared de la tribuna principal. A su lado, Ron permanecía inmóvil, en la postura que habría adoptado si hubiera pretendido saltar desde un trampolín.

El estadio se sumió en gritos de protesta. La multitud no quería que las veelas se fueran, y lo mismo le pasaba a Harry. Por supuesto, apoyaría a Bulgaria, y apenas acertaba a comprender qué hacía en su pecho aquel trébol

grande y verde. Ron, mientras tanto, hacía trizas, sin darse cuenta, los tréboles de su sombrero. El señor Weasley, sonriendo, se inclinó hacia él para quitárselo de las manos.

—Lamentarás haberlos roto en cuanto veas a las mascotas de Irlanda —le dijo.

—¿Eh? —musitó Ron, mirando con la boca abierta a las veelas, que acababan de alinearse a un lado del terreno de juego.

Hermione chasqueó fuerte la lengua y tiró de Harry para que se volviera a sentar.

—¡Lo que hay que ver! —exclamó.

—Y ahora —bramó la voz de Ludo Bagman— tengan la bondad de alzar sus varitas para recibir a... ¡las mascotas del equipo nacional de Irlanda!

En aquel momento, lo que parecía ser un cometa de color oro y verde entró en el estadio como disparado, dio una vuelta al terreno de juego y se dividió en dos cometas más pequeños que se dirigieron a toda velocidad hacia los postes de gol. Repentinamente se formó un arco iris que se extendió de un lado a otro del campo de juego, conectando las dos bolas de luz. La multitud exclamaba «¡oooooooh!» y luego «¡aaaaaaah!», como si estuviera contemplando un castillo de fuegos de artificio. A continuación se desvaneció el arco iris, y las dos bolas de luz volvieron a juntarse y se abrieron: formaron un trébol enorme y reluciente que se levantó en el aire y empezó a elevarse sobre las tribunas. De él caía algo que parecía una lluvia de oro.

—¡Maravilloso! —exclamó Ron cuando el trébol se elevó sobre el estadio dejando caer pesadas monedas de oro que rebotaban al dar en los asientos y en las cabezas de la multitud. Entornando los ojos para ver mejor el trébol, Harry apreció que estaba compuesto de miles de hombrecitos diminutos con barba y chalecos rojos, cada uno de los cuales llevaba una diminuta lámpara de color oro o verde.

—¡Son *leprechauns*! —explicó el señor Weasley, alzando la voz por encima del tumultuoso aplauso de los espectadores, muchos de los cuales estaban todavía buscando monedas de oro debajo de los asientos.

—¡Aquí tienes! —dijo Ron muy contento, poniéndole a Harry un montón de monedas de oro en la mano—. ¡Por los omniculares! ¡Ahora me tendrás que comprar un regalo de Navidad, je, je!

El enorme trébol se disolvió, los leprechauns se fueron hacia el lado opuesto al que ocupaban las veelas, y se sentaron con las piernas cruzadas para contemplar el partido.

—Y ahora, damas y caballeros, ¡demos una calurosa bienvenida a la selección nacional de quidditch de Bulgaria! Con ustedes... ¡Dimitrov!

Una figura vestida de escarlata entró tan rápido montada sobre el palo de

su escoba que sólo se pudo dstinguir un borrón en el aire. La afición del equipo de Bulgaria aplaudió como loca.

—¡Ivanova!

Una nueva figura hizo su aparición zumbando en el aire, igualmente vestida con una túnica de color escarlata.

—¡Zograf!, ¡Levski!, ¡Vulchanov!, ¡Volkov! yyyyyyyyy... ¡Krum!

—¡Es él, es él! —gritó Ron, siguiendo a Krum con los omniculares. Harry se apresuró a enfocar los suyos.

Viktor Krum era delgado, moreno y de piel cetrina, con una nariz grande y curva y cejas negras y muy pobladas. Semejaba una enorme ave de presa. Costaba creer que sólo tuviera dieciocho años.

—Y recibamos ahora con un cordial saludo ¡a la selección nacional de quidditch de Irlanda! —bramó Bagman—. Les presento a... ¡Connolly!, ¡Ryan!, ¡Troy!, ¡Mullet!, ¡Moran!, ¡Quigley! yyyyyyyyy... ¡Lynch!

Siete borrones de color verde rasgaron el aire al entrar en el campo de juego. Harry dio vueltas a una ruedecilla lateral de los omniculares para ralentizar el movimiento de los jugadores hasta conseguir ver la inscripción «Saeta de Fuego» en cada una de las escobas y los nombres de los jugadores bordados en plata en la parte de atrás de las túnicas.

—Y ya por fin, llegado desde Egipto, nuestro árbitro, el aclamado Presimago de la Asociación Internacional de Quidditch: ¡Hasán Mustafá!

Entonces, caminando a zancadas, entró en el campo de juego un mago vestido con una túnica dorada que hacía juego con el estadio. Era delgado, pequeño y totalmente calvo salvo por el bigote, que no tenía nada que envidiar al de tío Vernon. Debajo de aquel bigote sobresalía un silbato de plata; bajo un brazo llevaba una caja de madera, y bajo el otro, su escoba voladora. Harry volvió a poner en velocidad normal sus omniculares y observó atentamente a Mustafá mientras éste montaba en la escoba y abría la caja con un golpe de la pierna: cuatro bolas quedaron libres en ese momento: la quaffle, de color escarlata; las dos bludgers negras, y (Harry la vio sólo durante una fracción de segundo, porque inmediatamente desapareció de la vista) la alada, dorada y minúscula snitch. Soplando el silbato, Mustafá emprendió el vuelo detrás de las bolas.

—¡Comieeeeeeeeenza el partido! —gritó Bagman—. Todos despegan en sus escobas y ¡Mullet tiene la quaffle! ¡Troy! ¡Moran! ¡Dimitrov! ¡Mullet de nuevo! ¡Troy! ¡Levski! ¡Moran!

Aquello era quidditch como Harry no había visto nunca. Se apretaba tanto los omniculares contra los cristales de las gafas que se hacía daño con el puente. La velocidad de los jugadores era increíble: los cazadores se arrojaban la quaffle unos a otros tan rápidamente que Bagman apenas tenía tiempo de decir los nombres. Harry volvió a poner la ruedecilla en posición de «lento»,

apretó el botón de «jugada a jugada» que había en la parte de arriba y empezó a ver el juego a cámara lenta, mientras los letreros de color púrpura brillaban a través de las lentes y el griterío de la multitud le golpeaba los tímpanos.

Formación de ataque «cabeza de halcón», leyó en el instante en que los tres cazadores del equipo irlandés se juntaron, con Troy en el centro y ligeramente por delante de Mullet y Moran, para caer en picado sobre los búlgaros. *Finta de Porskov*, indicó el letrero a continuación, cuando Troy hizo como que se lanzaba hacia arriba con la quaffle, apartando a la cazadora búlgara Ivanova y entregándole la quaffle a Moran. Uno de los golpeadores búlgaros, Volkov, pegó con su pequeño bate y con todas sus fuerzas a una bludger que pasaba cerca, lanzándola hacia Moran. Moran se apartó para evitar la bludger, y la quaffle se le cayó. Levski, elevándose desde abajo, la atrapó.

—¡TROY MARCA! —bramó Bagman, y el estadio entero vibró entre vítores y aplausos—. ¡Diez a cero a favor de Irlanda!

—¿Qué? —gritó Harry, mirando a un lado y a otro como loco a través de los omniculares—. ¡Pero si Levski acaba de coger la quaffle!

—¡Harry, si no ves el partido a velocidad normal, te vas a perder un montón de jugadas! —le gritó Hermione, que botaba en su asiento moviendo los brazos en el aire mientras Troy daba una vuelta de honor al campo de juego.

Harry miró por encima de los omniculares, y vio que los leprechauns, que observaban el partido desde las líneas de banda, habían vuelto a elevarse y a formar el brillante y enorme trébol. Desde el otro lado del campo, las veelas los miraban mal encaradas.

Enfadado consigo mismo, Harry volvió a poner la ruedecilla en velocidad normal antes de que el juego se reanudara.

Harry sabía lo suficiente de quidditch para darse cuenta de que los cazadores de Irlanda eran soberbios. Formaban un equipo perfectamente coordinado, y, por las posiciones que ocupaban, parecía como si cada uno pudiera leer la mente de los otros. La escarapela que llevaba Harry en el pecho no dejaba de gritar sus nombres: «¡Troy... Mullet... Moran!» Al cabo de diez minutos, Irlanda había marcado otras dos veces, hasta alcanzar el treinta a cero, lo que había provocado mareas de vítores atronadores entre su afición, vestida de verde.

El juego se tomó aún más rápido pero también más brutal. Volkov y Vulchanov, los golpeadores búlgaros, aporreaban las bludgers con todas sus fuerzas para pegar con ellas a los cazadores del equipo de Irlanda, y les impedían hacer uso de algunos de sus mejores movimientos: dos veces se vieron forzados a dispersarse y luego, por fin, Ivanova logró romper su defensa, esquivar al guardián, Ryan, y marcar el primer tanto del equipo de Bulgaria.

—¡Meteos los dedos en las orejas! —les gritó el señor Weasley cuando las

veelas empezaron a bailar para celebrarlo.

Harry además cerró los ojos: no quería que su mente se evadiera del juego. Tras unos segundos, se atrevió a echar una mirada al terreno de juego: las veelas ya habían dejado de bailar, y Bulgaria volvía a estar en posesión de la quaffle.

—¡Dimitrov! ¡Levski! ¡Dimitrov! Ivanova... ¡ ¡eh!! —bramó Bagman.

Cien mil magos y brujas ahogaron un grito cuando los dos buscadores, Krum y Lynch, cayeron en picado por en medio de los cazadores, tan veloces como si se hubieran tirado de un avión sin paracaídas. Harry siguió su descenso con los omniculares, entrecerrando los ojos para tratar de ver dónde estaba la snitch...

—¡Se van a estrellar! —gritó Hermione a su lado.

Y así parecía... hasta que en el último segundo Viktor Krum frenó su descenso y se elevó con un movimiento de espiral. Lynch, sin embargo, chocó contra el suelo con un golpe sordo que se oyó en todo el estadio. Un gemido brotó de la afición irlandesa.

—¡Tonto! —se lamentó el señor Weasley—. ¡Krum lo ha engañado!

—¡Tiempo muerto! —gritó la voz de Bagman—. ¡Expertos medimagos tienen que salir al campo para examinar a Aidan Lynch!

—Estará bien, ¡sólo ha sido un castañazo! —le dijo Charlie en tono tranquilizador a Ginny, que se asomaba por encima de la pared de la tribuna principal, horrorizada—. Que es lo que andaba buscando Krum, claro...

Harry se apresuró a apretar el botón de retroceso y luego el de «jugada a jugada» en sus omniculares, giró la ruedecilla de velocidad, y se los puso otra vez en los ojos.

Vio de nuevo, esta vez a cámara lenta, a Krum y Lynch cayendo hacia el suelo. *Amago de Wronski: un desvío del buscador muy peligroso*, leyó en las letras de color púrpura impresas en la imagen. Vio que el rostro de Krum se contorsionaba a causa de la concentración cuando, justo a tiempo, se frenaba para evitar el impacto, mientras Lynch se estrellaba, y comprendió que Krum no había visto la snitch: sólo se había lanzado en picado para engañar a Lynch y que lo imitara. Harry no había visto nunca a nadie volar de aquella manera. Krum no parecía usar una escoba voladora: se movía con tal agilidad que más bien parecía ingrávido. Harry volvió a poner sus omniculares en posición normal, y enfocó a Krum, que volaba en círculos por encima de Lynch, a quien en esos momentos los medimagos trataban de reanimar con tazas de poción. Enfocando aún más de cerca el rostro de Krum, Harry vio cómo sus oscuros ojos recorrían el terreno que había treinta metros más abajo. Estaba aprovechando el tiempo para buscar la snitch sin la interferencia de otros jugadores.

Finalmente Lynch se incorporó, en medio de los vítores de la afición del equipo de Irlanda, montó en la Saeta de Fuego y, dando una patada en la

hierba, levantó el vuelo. Su recuperación pareció otorgar un nuevo empuje al equipo de Irlanda. Cuando Mustafá volvió a pitar, los cazadores se pusieron a jugar con una destreza que Harry no había visto nunca.

En otros quince minutos trepidantes, Irlanda consiguió marcar diez veces más. Ganaban por ciento treinta puntos a diez, y los jugadores comenzaban a jugar de manera más sucia.

Cuando Mullet, una vez más, salió disparada hacia los postes de gol aferrando la quaffle bajo el brazo, el guardián del equipo búlgaro, Zograf, salió a su encuentro. Fuera lo que fuera lo que sucedió, ocurrió tan rápido que Harry no pudo verlo, pero un grito de rabia brotó de la afición de Irlanda, y el largo y vibrante pitido de Mustafá indicó falta.

—Y Mustafá está reprendiendo al guardián búlgaro por juego violento... ¡Excesivo uso de los codos! —informó Bagman a los espectadores, por encima de su clamor—. Y... ¡sí, señores, penalti favorable a Irlanda!

Los leprechauns, que se habían elevado en el aire, enojados como un enjambre de avispas cuando Mullet había sufrido la falta, se apresuraron en aquel momento a formar las palabras: «¡JA, JA, JA!» Las veelas, al otro lado del campo, se pusieron de pie de un salto, agitaron de enfado sus melenas y volvieron a bailar.

Todos a una, los chicos Weasley y Harry se metieron los dedos en los oídos; pero Hermione, que no se había tomado la molestia de hacerlo, no tardó en tirar a Harry del brazo. Él se volvió hacia ella, y Hermione, con un gesto de impaciencia, le quitó los dedos de las orejas.

—¡Fíjate en el árbitro! —le dijo riéndose.

Harry miró el terreno de juego. Hasán Mustafá había aterrizado justo delante de las veelas y se comportaba de una manera muy extraña: flexionaba los músculos y se atusaba nerviosamente el bigote.

—¡No, esto sí que no! —dijo Ludo Bagman, aunque parecía que le hacía mucha gracia—. ¡Por favor, que alguien le dé una palmada al árbitro!

Un medimago cruzó a toda prisa el campo, tapándose los oídos con los dedos, y le dio una patada a Mustafá en la espinilla. Mustafá volvió en sí. Harry, mirando por los omniculares, advirtió que parecía muy embarazado y que les estaba gritando a las veelas, que habían dejado de bailar y adoptaban ademanes rebeldes.

—Y, si no me equivoco, ¡Mustafá está tratando de expulsar a las mascotas del equipo búlgaro! —explicó la voz de Bagman—. Esto es algo que no habíamos visto nunca... ¡Ah, la cosa podría ponerse fea...!

Y, desde luego, se puso fea: los golpeadores del equipo de Bulgaria, Volkov y Vulchanov, habían tomado tierra uno a cada lado de Mustafá, y discutían con él furiosamente señalando hacia los leprechauns, que acababan de formar las palabras: «¡JE, JE, JE!» Pero a Mustafá no lo cohibían los

búlgaros: señalaba al aire con el dedo, claramente pidiéndoles que volvieran al juego, y, como ellos no le hacían caso, dio dos breves soplidos al silbato.

—¡Dos penaltis a favor de Irlanda! —gritó Bagman, y la afición del equipo búlgaro vociferó de rabia—. Será mejor que Volkov y Vulchanov regresen a sus escobas... Sí... ahí van... Troy toma la quaffle...

A partir de aquel instante el juego alcanzó nuevos niveles de ferocidad. Los golpeadores de ambos equipos jugaban sin compasión: Volkov y Vulchanov, en especial, no parecían preocuparse mucho si en vez de a las bludgers golpeaban con los bates a los jugadores irlandeses. Dimitrov se lanzó hacia Moran, que estaba en posesión de la quaffle, y casi la derriba de la escoba.

—¡Falta! —corearon los seguidores del equipo de Irlanda todos a una, y al levantarse a la vez, con su color verde, semejaron una ola.

—¡Falta! —repitió la voz mágicamente amplificada de Ludo Bagman—. Dimitrov pretende acabar con Moran... volando deliberadamente para chocar con ella... Eso será otro penalti... ¡Sí, ya oímos el silbato!

Los leprechauns habían vuelto a alzarse en el aire, y formaron una mano gigante que hacía un signo muy grosero dedicado a las veelas que tenían enfrente. Entonces las veelas perdieron el control. Se lanzaron al campo y arrojaron a los duendes lo que parecían puñados de fuego. A través de sus omniculares, Harry vio que su aspecto ya no era bello en absoluto. Por el contrario, sus caras se alargaban hasta convertirse en cabezas de pájaro con un pico temible y afilado, y unas alas largas y escamosas les nacían de los hombros.

—¡Por eso, muchachos —gritó el señor Weasley para hacerse oír por encima del tumulto—, es por lo que no hay que fijarse sólo en la belleza!

Los magos del Ministerio se lanzaron en tropel al terreno de juego para separar a las veelas y los leprechauns, pero con poco éxito. Y la batalla que tenía lugar en el suelo no era nada comparada con la del aire. Harry movía los omniculares de un lado para otro sin parar porque la quaffle cambiaba de manos a la velocidad de una bala.

—Levski... Dimitrov... Moran... Troy... Mullet... Ivanova... De nuevo Moran... Moran... ¡Y MORAN CONSIGUE MARCAR!

Pero apenas se pudieron oír los vítores de la afición irlandesa, tapados por los gritos de las veelas, los disparos de las varitas de los funcionarios y los bramidos de furia de los búlgaros. El juego se reanudó enseguida: primero Levski se hizo con la quaffle, luego Dimitrov...

Quigley, el golpeador irlandés, le dio a una bludger que pasaba a su lado y la lanzó con todas sus fuerzas contra Krum, que no consiguió esquivarla a tiempo: le pegó de lleno en la cara.

La multitud lanzó un gruñido ensordecedor. Parecía que Krum tenía la nariz rota, porque la cara estaba cubierta de sangre, pero Mustafá no hizo uso

del silbato. La jugada lo había pillado distraído, y Harry no podía reprochárselo: una de las veelas le había tirado un puñado de fuego, y la cola de su escoba se encontraba en llamas.

Harry estaba deseando que alguien interrumpiera el partido para que pudieran atender a Krum. Aunque estuviera de parte de Irlanda, Krum le seguía pareciendo el mejor jugador del partido. Obviamente, Ron pensaba lo mismo.

—¡Esto tiene que ser tiempo muerto! No puede jugar en esas condiciones, míralo...

—¡Mira a Lynch! —le contestó Harry.

El buscador irlandés había empezado a caer repentinamente, y Harry comprendió que no se trataba del «Amago de Wronski»: aquello era de verdad.

—¡Ha visto la snitch! —gritó Harry—. ¡La ha visto! ¡Míralo!

Sólo la mitad de los espectadores parecía haberse dado cuenta de lo que ocurría. La afición irlandesa se levantó como una ola verde, gritando a su buscador... pero Krum fue detrás. Harry no sabía cómo conseguía ver hacia dónde se dirigía. Iba dejando tras él un rastro de gotas de sangre, pero se puso a la par de Lynch, y ambos se lanzaron de nuevo hacia el suelo...

—¡Van a estrellarse! —gritó Hermione.

—¡Nada de eso! —negó Ron.

—¡Lynch sí! —gritó Harry.

Y acertó. Por segunda vez, Lynch chocó contra el suelo con una fuerza tremenda, y una horda de veelas furiosas empezó a darle patadas.

—La snitch, ¿dónde está la snitch? —gritó Charlie, desde su lugar en la fila.

—¡La tiene...! ¡Krum la tiene...! ¡Ha terminado! —gritó Harry.

Krum, que tenía la túnica roja manchada con la sangre que le caía de la nariz, se elevaba suavemente en el aire, con el puño en alto y un destello de oro dentro de la mano.

El tablero anunció «BULGARIA: 160; IRLANDA: 170» a la multitud, que no parecía haber comprendido lo ocurrido. Luego, despacio, como si acelerara un enorme Jumbo, un bramido se alzó entre la afición del equipo de Irlanda, y fue creciendo más y más hasta convertirse en gritos de alegría.

—¡IRLANDA HA GANADO! —voceó Bagman, que, como los mismos irlandeses, parecía desconcertado por el repentino final del juego—. ¡KRUM HA COGIDO LA SNITCH, PERO IRLANDA HA GANADO! ¡Dios Santo, no creo que nadie se lo esperara!

—¿Y para qué ha cogido la snitch? —exclamó Ron, al mismo tiempo que daba saltos en su asiento, aplaudiendo con las manos elevadas por encima de la cabeza—. ¡El muy idiota ha dado por finalizado el juego cuando Irlanda les sacaba ciento sesenta puntos de ventaja!

—Sabía que nunca conseguirían alcanzarlos —le respondió Harry, gritando para hacerse oír por encima del estruendo, y aplaudiendo con todas sus fuerzas—: los cazadores del equipo de Irlanda son demasiado buenos. Quiso terminar lo mejor posible, eso es todo...

—Ha estado magnífico, ¿verdad? —dijo Hermione, inclinándose hacia delante para verlo aterrizar, mientras un enjambre de medimagos se abría camino hacia él entre los leprechauns y las veelas, que seguían peleándose—. Está hecho una pena...

Harry volvió a mirar por los omniculares. Era difícil ver lo que ocurría en aquel momento, porque los leprechauns zumbaban de un lado para otro por el terreno de juego, pero consiguió divisar a Krum entre los medimagos. Parecía más hosco que nunca, y no les dejaba ni que le limpiaran la sangre. Sus compañeros lo rodeaban, moviendo la cabeza de un lado a otro y con aspecto abatido. A poca distancia, los jugadores del equipo de Irlanda bailaban de alegría bajo una lluvia de oro que les arrojaban sus mascotas. Por todo el estadio se agitaban las banderas, y el himno nacional de Irlanda atronaba en cada rincón. Las veelas recuperaron su aspecto habitual, nuevamente hermosas, aunque tristes.

—«Vueno», hemos luchado «vrravamente» —dijo detrás de Harry una voz lúgubre. Miró hacia atrás: era el ministro búlgaro de Magia.

—¡Usted habla nuestro idioma! —dijo Fudge, ofendido—. ¡Y me ha tenido todo el día comunicándome por gestos!

—«Vueno», eso fue muy «divertida» —dijo el ministro búlgaro, encogiéndose de hombros.

—¡Y mientras la selección irlandesa da una vuelta de honor al campo, escoltada por sus mascotas, llega a la tribuna principal la Copa del Mundo de quidditch! —voceó Bagman.

A Harry lo deslumbró de repente una cegadora luz blanca que bañó mágicamente la tribuna en que se hallaban, para que todo el mundo pudiera ver el interior. Entornando los ojos y mirando hacia la entrada, pudo distinguir a dos magos que llevaban, jadeando, una gran copa de oro que entregaron a Cornelius Fudge, el cual aún parecía muy contrariado por haberse pasado el día comunicándose por señas sin razón.

—Dediquemos un fuerte aplauso a los caballerosos perdedores: ¡la selección de Bulgaria! —gritó Bagman.

Y, subiendo por la escalera, llegaron hasta la tribuna los siete derrotados jugadores búlgaros. Abajo, la multitud aplaudía con aprecio. Harry vio miles y miles de omniculares apuntando en dirección a ellos.

Uno a uno, los búlgaros desfilaron entre las butacas de la tribuna, y Bagman los fue nombrando mientras estrechaban la mano de su ministro y luego la de Fudge. Krum, que estaba en último lugar, tenía realmente muy mal aspecto. Los ojos negros relucían en medio del rostro ensangrentado. Todavía agarraba la snitch. Harry percibió que en tierra sus movimientos parecían menos ágiles. Era un poco patoso y caminaba cabizbajo. Pero, cuando Bagman pronunció el nombre de Krum, el estadio entero le dedicó una ovación ensordecedora.

Y a continuación subió el equipo de Irlanda. Moran y Connolly llevaban a Aidan Lynch. El segundo batacazo parecía haberlo aturdido, y tenía los ojos desenfocados. Pero sonrió muy contento cuando Troy y Quigley levantaron la Copa en el aire y la multitud expresó estruendosamente su aprobación. A Harry le dolían las manos de tanto aplaudir.

Al final, cuando la selección irlandesa bajó de la tribuna para dar otra vuelta de honor sobre las escobas (Aidan Lynch montado detrás de Connolly, agarrándose con fuerza a su cintura y todavía sonriendo como aturdido), Bagman se apuntó con la varita a la garganta y susurró: *¡Quietus!*

—Se hablará de esto durante años —dijo con la voz ronca—. Ha sido un giro verdaderamente inesperado. Es una pena que no haya durado más... Ah, ya... ya... ¿Cuánto os debo?

Fred y George acababan de subirse sobre los respaldos de sus butacas y permanecían frente a Ludo Bagman con una amplia sonrisa y la mano tendida hacia él.

9

La Marca Tenebrosa

—No le digáis a vuestra madre que habéis apostado —imploró a Fred y George el señor Weasley, bajando despacio por la escalera alfombrada de púrpura.

—No te preocupes, papá —respondió Fred muy alegre—. Tenemos grandes planes para este dinero, y no queremos que nos lo confisquen.

Por un momento dio la impresión de que el señor Weasley iba a preguntar qué grandes planes eran aquéllos; pero, tras reflexionar un poco, pareció

decidir que prefería no saberlo.

Pronto se vieron rodeados por la multitud que abandonaba el estadio para regresar a las tiendas de campaña. El aire de la noche llevaba hasta ellos estridentes cantos mientras volvían por el camino iluminado de farolas, y los leprechauns no paraban de moverse velozmente por encima de sus cabezas, riéndose a carcajadas y agitando sus faroles. Cuando por fin llegaron a las tiendas, nadie tenía sueño y, dada la algarabía que había en torno a ellos, el señor Weasley consintió en que tomaran todos juntos una última taza de chocolate con leche antes de acostarse. No tardaron en enzarzarse en una agradable discusión sobre el partido. El señor Weasley se mostró en desacuerdo con Charlie en lo referente al comportamiento violento, y no dio por finalizado el análisis del partido hasta que Ginny se cayó dormida sobre la pequeña mesa, derramando el chocolate por el suelo. Entonces los mandó a todos a dormir. Hermione y Ginny se metieron en su tienda, y Harry y el resto de los Weasley se pusieron el pijama y se subieron cada uno a su litera. Desde el otro lado del campamento llegaba aún el eco de cánticos y de ruidos extraños.

—¡Cómo me alegro de haber librado hoy! —murmuró el señor Weasley ya medio dormido—. No me haría ninguna gracia tener que decirles a los irlandeses que se acabó la fiesta.

Harry, que se había acostado en una de las literas superiores, encima de Ron, estaba boca arriba observando la lona del techo de la tienda, en la que de vez en cuando resplandecían los faroles de los leprechauns. Repasaba algunas de las jugadas más espectaculares de Krum, y se moría de ganas de volver a montar en su Saeta de Fuego y probar el «Amago de Wronski». Oliver Wood no había logrado nunca transmitir con sus complejos diagramas la sensación de aquella jugada... Harry se imaginó a sí mismo vistiendo una túnica con su nombre bordado a la espalda e intentó representarse la sensación de oír la ovación de una multitud de cien mil personas cuando Ludo Bagman pronunciaba su nombre ante el estadio: «¡Y con ustedes... Potter!»

Harry no llegaría a saber a ciencia cierta si se había dormido o no (sus fantasías de vuelos en escoba al estilo de Krum podrían muy bien haber acabado siendo auténticos sueños); lo único que supo fue que, de repente, el señor Weasley estaba gritando.

—¡Levantaos! ¡Ron, Harry... deprisa, levantaos, es urgente!

Harry se incorporó de un salto y se golpeó la cabeza con la lona del techo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Intuyó que algo malo ocurría, porque los ruidos del campamento parecían distintos. Los cánticos habían cesado. Se oían gritos, y gente que corría.

Bajó de la litera y cogió su ropa, pero el señor Weasley, que se había puesto los vaqueros sobre el pijama, le dijo:

—No hay tiempo, Harry... Coge sólo tu chaqueta y sal... ¡rápido!

Harry obedeció y salió a toda prisa de la tienda, delante de Ron.

A la luz de los escasos fuegos que aún ardían, pudo ver a gente que corría hacia el bosque, huyendo de algo que se acercaba detrás, por el campo, algo que emitía extraños destellos de luz y hacía un ruido como de disparos de pistola. Llegaban hasta ellos abucheos escandalosos, carcajadas estridentes y gritos de borrachos. A continuación, apareció una fuerte luz de color verde que iluminó la escena.

A través del campo marchaba una multitud de magos, que iban muy apretados y se movían todos juntos apuntando hacia arriba con las varitas. Harry entornó los ojos para distinguirlos mejor. Parecía que no tuvieran rostro, pero luego comprendió que iban tapados con capuchas y máscaras. Por encima de ellos, en lo alto, flotando en medio del aire, había cuatro figuras que se debatían y contorsionaban adoptando formas grotescas. Era como si los magos enmascarados que iban por el campo fueran titiriteros y los que flotaban en el aire fueran sus marionetas, manejadas mediante hilos invisibles que surgían de las varitas. Dos de las figuras eran muy pequeñas.

Al grupo se iban juntando otros magos, que reían y apuntaban también con sus varitas a las figuras del aire. La marcha de la multitud arrollaba las tiendas de campaña. En una o dos ocasiones, Harry vio a alguno de los que marchaban destruir con un rayo originado en su varita alguna tienda que le estorbaba el paso. Varias se prendieron. El griterío iba en aumento.

Las personas que flotaban en el aire resultaron repentinamente iluminadas al pasar por encima de una tienda de campaña que estaba en llamas, y Harry reconoció a una de ellas: era el señor Roberts, el gerente del cámping. Los otros tres bien podían ser su mujer y sus hijos. Con la varita, uno de los de la multitud hizo girar a la señora Roberts hasta que quedó cabeza abajo: su camisón cayó entonces para revelar unas grandes bragas. Ella hizo lo que pudo para taparse mientras la multitud, abajo, chillaba y abucheaba alegremente.

—Dan ganas de vomitar —susurró Ron, observando al más pequeño de los niños muggles, que había empezado a dar vueltas como una peonza, a veinte metros de altura, con la cabeza caída y balanceándose de lado a lado como si estuviera muerto—. Dan verdaderas ganas de vomitar...

Hermione y Ginny llegaron a toda prisa, poniéndose la bata sobre el camisón, con el señor Weasley detrás. Al mismo tiempo salieron de la tienda de los chicos Bill, Charlie y Percy, completamente vestidos, arremangados y con las varitas en la mano.

—Vamos a ayudar al Ministerio —gritó el señor Weasley por encima de todo aquel ruido, arremangándose él también—. Vosotros id al bosque, y no os separéis. ¡Cuando hayamos solucionado esto iré a buscaros!

Bill, Charlie y Percy se precipitaron al encuentro de la multitud. El señor Weasley corrió tras ellos. Desde todos los puntos, los magos del Ministerio se dirigían a la fuente del problema. La multitud que había bajo la familia Roberts

se acercaba cada vez más.

—Vamos —dijo Fred, cogiendo a Ginny de la mano y tirando de ella hacia el bosque.

Harry, Ron, Hermione y George los siguieron. Al llegar a los primeros árboles volvieron la vista atrás. La multitud seguía creciendo. Distinguieron a los magos del Ministerio, que intentaban introducirse por entre el numeroso grupo para llegar hasta los encapuchados que iban en el centro: les estaba costando trabajo. Debían de tener miedo de lanzar algún embrujo que tuviera como consecuencia la caída al suelo de la familia Roberts.

Las farolas de colores que habían iluminado el camino al estadio estaban apagadas. Oscuras siluetas daban tumbos entre los árboles, y se oía el llanto de niños; a su alrededor, en el frío aire de la noche, resonaban gritos de ansiedad y voces aterrorizadas. Harry avanzaba con dificultad, empujado de un lado y de otro por personas cuyos rostros no podía distinguir. De pronto oyó a Ron gritar de dolor.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hermione nerviosa, deteniéndose tan de repente que Harry chocó con ella—. ¿Dónde estás, Ron? Qué idiotez... *¡Lumos!*

La varita se encendió, y su haz de luz se proyectó en el camino. Ron estaba echado en el suelo.

—He tropezado con la raíz de un árbol —dijo de malhumor, volviendo a ponerse en pie.

—Bueno, con pies de ese tamaño, lo difícil sería no tropezar —dijo detrás de ellos una voz que arrastraba las palabras.

Harry, Ron y Hermione se volvieron con brusquedad. Draco Malfoy estaba solo, cerca de ellos, apoyado tranquilamente en un árbol. Tenía los brazos cruzados y parecía que había estado contemplando todo lo sucedido desde un hueco entre los árboles.

Ron mandó a Malfoy a hacer algo que, como bien sabía Harry, nunca habría dicho delante de su madre.

—Cuida esa lengua, Weasley —le respondió Malfoy, con un brillo en los ojos—. ¿No sería mejor que echarais a correr? No os gustaría que la vieran, supongo...

Señaló a Hermione con un gesto de la cabeza, al mismo tiempo que desde el cámping llegaba un sonido como de una bomba y un destello de luz verde iluminaba por un momento los árboles que había a su alrededor.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Hermione desafiante.

—Que van detrás de los muggles, Granger —explicó Malfoy—. ¿Quieres ir por el aire enseñando las bragas? No tienes más que darte una vuelta... Vienen

hacia aquí, y les divertiría muchísimo.

—¡Hermione es bruja! —exclamó Harry.

—Sigue tu camino, Potter —dijo Malfoy sonriendo maliciosamente—. Pero si crees que no pueden distinguir a un *sangre sucia*, quédate aquí.

—¡Te voy a lavar la boca! —gritó Ron. Todos los presentes sabían que sangre sucia era una denominación muy ofensiva para referirse a un mago o bruja que tenía padres muggles.

—No importa, Ron —dijo Hermione rápidamente, agarrándolo del brazo para impedirle que se acercara a Malfoy.

Desde el otro lado de los árboles llegó otra explosión, más fuerte que cualquiera de las anteriores. Cerca de ellos gritaron algunas personas.

Malfoy soltó una risita.

—Qué fácil es asustarlos, ¿verdad? —dijo con calma—. Supongo que papá os dijo que os escondierais. ¿Qué pretende? ¿Rescatar a los muggles?

—¿Dónde están tus padres? —preguntó Harry, a quien le hervía la sangre—. Tendrán una máscara puesta, ¿no?

Malfoy se volvió hacia Harry, sin dejar de sonreír.

—Bueno, si así fuera, me temo que no te lo diría, Potter.

—Venga, vámonos —los apremió Hermione, arrojándole a Malfoy una mirada de asco—. Tenemos que buscar a los otros.

—Mantén agachada tu cabezota, Granger —dijo Malfoy con desprecio.

—Vámonos —repitió Hermione, y arrastró a Ron y a Harry de nuevo al camino.

—¡Os apuesto lo que queráis a que su padre es uno de los enmascarados! —exclamó Ron, furioso.

—¡Bueno, con un poco de suerte, el Ministerio lo atrapará! —repuso Hermione enfáticamente—. ¿Dónde están los otros?

Fred, George y Ginny habían desaparecido, aunque el camino estaba abarrotado de gente que huía sin dejar de echar nerviosas miradas por encima del hombro hacia el campamento.

Un grupo de adolescentes en pijama discutía a voces, un poco apartados del camino. Al ver a Harry, Ron y Hermione, una muchacha de pelo espeso y rizado se volvió y les preguntó rápidamente:

—*Où est Madame Maxime? Nous l'avons perdue...*

—Eh... ¿qué? —preguntó Ron.

—¡Oh...!

La muchacha que acababa de hablar le dio la espalda, y, cuando reemprendieron la marcha, la oyeron decir claramente:

—«Ogwarts.»

—Beauxbatons —murmuró Hermione.

—¿Cómo? —dijo Harry.

—Que deben de ser de Beauxbatons —susurró Hermione—. Ya sabéis: la Academia de Magia Beauxbatons... He leído algunas cosas sobre ella en *Evaluación de la educación mágica en Europa*.

—Ah... Ya... —respondió Harry.

—Fred y George no pueden haber ido muy lejos —dijo Ron, que sacó la varita mágica, la encendió como la de Hermione y entrecerró los ojos para ver mejor a lo largo del camino.

Harry buscó la suya en los bolsillos de la chaqueta, pero no la encontró. Lo único que había en ellos eran los omniculares.

—No, no lo puedo creer... ¡He perdido la varita!

—¿Bromeas?

Ron y Hermione levantaron las suyas lo suficiente para iluminar el terreno a cierta distancia. Harry miró a su alrededor, pero no había ni rastro de la varita.

—A lo mejor te la has dejado en la tienda —dijo Ron.

—O tal vez se te ha caído del bolsillo mientras corríamos —sugirió Hermione, nerviosa.

—Sí —respondió Harry—, tal vez...

No solía separarse de su varita cuando estaba en el mundo mágico, y hallarse sin ella en aquella situación lo hacía sentirse muy vulnerable.

Un crujido los asustó a los tres. Winky, la elfina doméstica, intentaba abrirse paso entre unos matorrales. Se movía de manera muy rara, con mucha dificultad, como si una mano invisible la sujetara por la espalda.

—¡Hay magos malos por ahí! —chilló como loca, mientras se inclinaba hacia delante y trataba de seguir corriendo—. ¡Gente en lo alto! ¡En lo alto del aire! ¡Winky prefiere desaparecer de la vista!

Y se metió entre los árboles del otro lado del camino, jadeando y chillando

como si tratara de vencer la fuerza que la empujaba hacia atrás.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Ron, mirando con curiosidad a Winky mientras ella escapaba—. ¿Por qué no puede correr con normalidad?

—Me imagino que no le dieron permiso para esconderse —explicó Harry. Se acordó de Dobby: cada vez que intentaba hacer algo que a los Malfoy no les hubiera gustado, se veía obligado a golpearse.

—¿Sabéis? ¡Los elfos domésticos llevan una vida muy dura! —dijo, indignada, Hermione—. ¡Es esclavitud, eso es lo que es! Ese señor Crouch la hizo subir a lo alto del estadio, aunque a ella la aterrorizara, ¡y la ha embrujado para que ni siquiera pueda correr cuando aquéllos están arrasando las tiendas de campaña! ¿Por qué nadie hace nada al respecto?

—Bueno, los elfos son felices así, ¿no? —observó Ron—. Ya oíste a Winky antes del partido: «La diversión no es para los elfos domésticos...» Eso es lo que le gusta, que la manden.

—Es gente como tú, Ron —replicó Hermione, acalorada—, la que mantiene estos sistemas injustos y podridos, simplemente porque son demasiado perezosos para...

Oyeron otra fuerte explosión proveniente del otro lado del bosque.

—¿Qué tal si seguimos? —propuso Ron.

Harry lo vio dirigir una mirada inquieta a Hermione. Tal vez fuera cierto lo que Malfoy les había dicho. Tal vez Hermione corría más peligro que ellos. Reemprendieron la marcha. Harry seguía revolviendo en los bolsillos, aunque sabía que la varita no estaba allí.

Siguieron el oscuro camino internándose en el bosque más y más, todavía tratando de encontrar a Fred, George y Ginny. Pasaron junto a unos duendes que se reían a carcajadas, reunidos alrededor de una bolsa de monedas de oro que sin duda habían ganado apostando en el partido, y que no parecían dar ninguna importancia a lo que ocurría en el cámping. Poco después llegaron a una zona iluminada por una luz plateada, y al mirar por entre los árboles vieron a tres veelas altas y hermosas de pie en un claro del bosque, rodeadas por un grupo de jóvenes magos que hablaban a voces.

—Yo gano cien bolsas de galeones al año —gritaba uno de ellos—. Me dedico a matar dragones a cuenta de la Comisión para las Criaturas Peligrosas.

—De eso nada —le gritó su amigo—: tú te dedicas a lavar platos en el Caldero Chorreante. Pero yo soy cazador de vampiros. Hasta ahora he matado a unos noventa...

Un tercer joven, cuyos granos eran visibles incluso a la tenue luz plateada que emitían las veelas, lo cortó:

—Yo estoy a punto de convertirme en el ministro de Magia más joven de todos los tiempos.

A Harry le hizo mucha gracia porque reconoció al de los granos. Se llamaba Stan Shunpike, y en realidad era cobrador en un autobús de tres pisos llamado autobús noctámbulo.

Se volvió para decírselo a Ron, pero vio que éste había adoptado una extraña expresión relajada, y un segundo después su amigo decía en voz muy alta:

—¿Os he contado que he inventado una escoba para ir a Júpiter?

—¡Lo que hay que oír! —exclamó Hermione con un resoplido, y entre ella y Harry agarraron firmemente a Ron de los brazos, le dieron media vuelta y siguieron caminando. Para cuando las voces de las veelas y sus tres admiradores se habían apagado, se encontraban en lo más profundo del bosque. Estaban solos, y todo parecía mucho más silencioso.

Harry miró a su alrededor.

—Creo que podríamos aguardar aquí. Podemos oír a cualquiera a un kilómetro de distancia.

Apenas había acabado de decirlo cuando Ludo Bagman salió de detrás de un árbol, justo delante de ellos.

Incluso a la débil luz de las dos varitas, Harry pudo apreciar que Bagman estaba muy cambiado. Había perdido su aspecto alegre, su rostro ya no tenía aquel color sonrosado y parecía como si le hubieran quitado los muelles de los pies. Se lo veía pálido y tenso.

—¿Quién está ahí? —dijo pestañeando y tratando de distinguir sus rostros—. ¿Qué hacéis aquí solos?

Se miraron unos a otros, sorprendidos.

—Bueno, en el campamento hay una especie de disturbio —explicó Ron.

Bagman lo miró.

—¿Qué?

—El cámping. Unos cuantos han atrapado a una familia de muggles...

Bagman lanzó un juramento.

—¡Maldición! —dijo, muy preocupado, y sin otra palabra desapareció haciendo «¡plin!».

—No se puede decir que el señor Bagman esté a la última, ¿verdad? —observó Hermione frunciendo el entrecejo.

—Pero fue un gran golpeador —puntualizó Ron, que salió del camino para dirigirse a un pequeño claro; se sentó en la hierba seca, al pie de un árbol—. Las Avispas de Wimbourne ganaron la liga tres veces consecutivas estando él en el equipo.

Se sacó del bolsillo la pequeña figura de Krum, lo posó en el suelo y lo observó caminar durante un rato.

Como el auténtico Krum, la miniatura resultaba un poco patosa y encorvada, mucho menos impresionante sobre sus pies que montado en una escoba. Harry permanecía atento a cualquier ruido que llegara del cámping. Todo parecía tranquilo: tal vez el jaleo hubiera acabado.

—Espero que los otros estén bien —dijo Hermione después de un rato.

—Estarán bien —afirmó Ron.

—¿Te imaginas que tu padre atrapa a Lucius Malfoy? —dijo Harry, sentándose al lado de Ron y contemplando la desgarbada miniatura de Krum sobre las hojas caídas en el suelo—. Siempre ha dicho que le gustaría pillarlo.

—Eso borraría la sonrisa de satisfacción de la cara de Draco —comentó Ron.

—Pero esos pobres muggles... —dijo Hermione con nerviosismo—. ¿Y si no pueden bajarlos?

—Podrán —le aseguró Ron—. Hallarán la manera.

—Es una idiotez hacer algo así cuando todo el Ministerio de Magia está por allí —declaró Hermione—. Lo que quiero decir es que ¿cómo esperan salirse con la suya? ¿Creéis que habrán bebido, o simplemente...?

Pero de repente dejó de hablar y miró por encima del hombro. Harry y Ron se apresuraron a mirar también. Parecía que alguien se acercaba hacia ellos dando tumbos. Esperaron, escuchando el sonido de los pasos descompasados tras los árboles. Pero los pasos se detuvieron de repente.

—¿Quién es? —llamó Harry.

Sólo se oyó el silencio. Harry se puso en pie y miró hacia el árbol. Estaba demasiado oscuro para ver muy lejos, pero tenía la sensación de que había alguien justo un poco más allá de donde llegaba su visión.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Y entonces, sin previo aviso, una voz diferente de cualquier otra que hubieran escuchado en el bosque desgarró el silencio. Y no lanzó un grito de terror, sino algo que parecía más bien un conjuro:

—¡MORSMORDRE!

Algo grande, verde y brillante salió de la oscuridad que los ojos de Harry habían intentado penetrar en vano, y se levantó hacia el cielo por encima de las copas de los árboles.

—¿Qué...? —exclamó Ron, poniéndose en pie de un salto y mirando hacia arriba.

Durante una fracción de segundo, Harry creyó que aquello era otra formación de leprechauns. Luego comprendió que se trataba de una calavera de tamaño colosal, compuesta de lo que parecían estrellas de color esmeralda y con una lengua en forma de serpiente que le salía de la boca. Mientras miraban, la imagen se alzaba más y más, resplandeciendo en una bruma de humo verdoso, estampada en el cielo negro como si se tratara de una nueva constelación.

De pronto, el bosque se llenó de gritos. Harry no comprendía por qué, pero la única causa posible era la repentina aparición de la calavera, que ya se había elevado lo suficiente para iluminar el bosque entero como un horrendo anuncio de neón. Buscó en la oscuridad a la persona que había hecho aparecer la calavera, pero no vio a nadie.

—¿Quién está ahí? —gritó de nuevo.

—¡Harry, vamos, muévete! —Hermione lo había agarrado por la parte de atrás de la chaqueta, y tiraba de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry, sobresaltándose al ver la cara de ella tan pálida y aterrorizada.

—¡Es la Marca Tenebrosa, Harry! —gimió Hermione, tirando de él con toda su fuerza—. ¡El signo de Quien-tú-sabes!

—¿El de Voldemort?

—¡Vamos, Harry!

Harry se volvió, mientras Ron recogía a toda prisa su miniatura de Krum, y los tres se dispusieron a cruzar el claro. Pero tan sólo habían dado unos pocos pasos, cuando una serie de ruiditos anunció la repentina aparición, de la nada, de una veintena de magos que los rodearon.

Harry paseó la mirada por los magos y tardó menos de un segundo en darse cuenta de que todos habían sacado la varita mágica y que las veinte varitas los apuntaban. Sin pensarlo más, gritó:

—¡AL SUELO! —y, agarrando a sus dos amigos, los arrastró con él sobre la hierba.

—*¡Desmaius!* —gritaron las veinte voces.

Hubo una serie de destellos cegadores, y Harry sintió que el pelo se le agitaba como si un viento formidable acabara de barrer el claro. Al levantar la

cabeza un centímetro, vio unos chorros de luz roja que salían de las varitas de los magos, pasaban por encima de ellos, cruzándose, rebotaban en los troncos de los árboles y se perdían luego en la oscuridad.

—¡Alto! —gritó una voz familiar—. ¡ALTO! ¡Es mi hijo!

El pelo de Harry volvió a asentarse. Levantó un poco más la cabeza. El mago que tenía delante acababa de bajar la varita. Al darse la vuelta vio al señor Weasley, que avanzaba hacia ellos a zancadas, aterrorizado.

—Ron... Harry... —Su voz sonaba temblorosa—. Hermione... ¿Estáis bien?

—Apártate, Arthur —dijo una voz fría y cortante.

Era el señor Crouch. Él y los otros magos del Ministerio estaban acercándose. Harry se puso en pie de cara a ellos. Crouch tenía el rostro crispado de rabia.

—¿Quién de vosotros lo ha hecho? —dijo bruscamente, fulminándolos con la mirada—. ¿Quién de vosotros ha invocado la Marca Tenebrosa?

—¡Nosotros no hemos invocado eso! —exclamó Harry, señalando la calavera.

—¡No hemos hecho nada! —añadió Ron, frotándose el codo y mirando a su padre con expresión indignada—. ¿Por qué nos atacáis?

—¡No mienta, señor Potter! —gritó el señor Crouch. Seguía apuntando a Ron con la varita, y los ojos casi se le salían de las órbitas: parecía enloquecido—. ¡Lo hemos descubierto en el lugar del crimen!

—Barty... —susurró una bruja vestida con una bata larga de lana—. Son niños, Barty. Nunca podrían haberlo hecho...

—Decidme, ¿de dónde ha salido la Marca Tenebrosa? —preguntó apresuradamente el señor Weasley.

—De allí —respondió Hermione temblorosa, señalando el lugar del que había partido la voz—. Estaban detrás de los árboles. Gritaron unas palabras... un conjuro.

—¿Conque estaban allí? —dijo el señor Crouch, volviendo sus desorbitados ojos hacia Hermione, con la desconfianza impresa en cada rasgó del rostro—. ¿Conque pronunciaron un conjuro? Usted parece muy bien informada de la manera en que se invoca la Marca Tenebrosa, señorita.

Pero, aparte del señor Crouch, ningún otro mago del Ministerio parecía creer ni remotamente que Harry, Ron y Hermione pudieran haber invocado la calavera. Por el contrario, después de oír a Hermione habían vuelto a alzar las varitas y apuntaban a la dirección a la que ella había señalado, tratando de ver algo entre los árboles.

—Demasiado tarde —dijo sacudiendo la cabeza la bruja vestida con la bata larga de lana—. Se han desaparecido.

—No lo creo —declaró un mago de barba escasa de color castaño. Era Amos Diggory, el padre de Cedric—. Nuestros rayos aturdidores penetraron en aquella dirección, así que hay muchas posibilidades de que los hayamos atrapado...

—¡Ten cuidado, Amos! —le advirtieron algunos de los magos cuando el señor Diggory alzó la varita, fue hacia el borde del claro y desapareció en la oscuridad.

Hermione se llevó las manos a la boca cuando lo vio desaparecer.

Al cabo de unos segundos lo oyeron gritar:

—¡Sí! ¡Los hemos capturado! ¡Aquí hay alguien! ¡Está inconsciente! Es... Pero... ¡caray!

—¿Has atrapado a alguien? —le gritó el señor Crouch, con tono de incredulidad—. ¿A quién? ¿Quién es?

Oyeron chasquear ramas, crujir hojas y luego unos pasos sonoros hasta que el señor Diggory salió de entre los árboles. Llevaba en los brazos a un ser pequeño, desmayado. Harry reconoció enseguida el paño de cocina. Era Winky.

El señor Crouch no se movió ni dijo nada mientras el señor Diggory depositaba a la elfina en el suelo, a sus pies. Los otros magos del Ministerio miraban al señor Crouch, que se quedó paralizado durante unos segundos, muy pálido, con los ojos fijos en Winky. Luego pareció despertar.

—Esto... es... imposible —balbuceó—. No...

Rodeó al señor Diggory y se dirigió a zancadas al lugar en que éste había encontrado a Winky.

—¡Es inútil, señor Crouch! —dijo el señor Diggory—. No hay nadie más.

Pero el señor Crouch no parecía dispuesto a creerle. Lo oyeron moverse por allí, rebuscando entre los arbustos.

—Es un poco embarazoso —declaró con gravedad el señor Diggory, bajando la vista hacia la inconsciente Winky—. La elfina doméstica de Barty Crouch... Lo que quiero decir...

—Déjalo, Amos —le dijo el señor Weasley en voz baja—. ¡No creerás de verdad que fue la elfina! La Marca Tenebrosa es una señal de mago. Se necesita una varita.

—Sí —admitió el señor Diggory—. Y ella tenía una varita.

—¿Qué? —exclamó el señor Weasley.

—Aquí, mira. —El señor Diggory cogió una varita y se la mostró—. La tenía en la mano. De forma que, para empezar, se ha quebrantado la cláusula tercera del Código de Usó de la Varita Mágica: «El uso de la varita mágica no está permitido a ninguna criatura no humana.»

Entonces oyeron otro «¡plin!», y Ludo Bagman se apareció justo al lado del padre de Ron. Parecía despistado y sin aliento. Giró sobre si mismo, observando con los ojos desorbitados la calavera verde.

—¡La Marca Tenebrosa! —dijo, jadeando, y casi pisa a Winky al volverse hacia sus colegas con expresión interrogante—. ¿Quién ha sido? ¿Los habéis atrapado? ¡Barty! ¿Qué sucede?

El señor Crouch había vuelto con las manos vacías. Su cara seguía estando espectralmente pálida, y se le había erizado el bigote de cepillo.

—¿Dónde has estado, Barty? —le preguntó Bagman—. ¿Por qué no estuviste en el partido? Tu elfina te estaba guardando una butaca... ¡Gárgolas tragonas! —Bagman acababa de ver a Winky, tendida a sus pies—. ¿Qué le ha pasado?

—He estado ocupado, Ludo —respondió el señor Crouch, hablando aún como a trompicones y sin apenas mover los labios—. Hemos dejado sin sentido a mi elfina.

—¿Sin sentido? ¿Vosotros? ¿Qué quieres decir? Pero ¿por qué...?

De repente, Bagman comprendió lo que sucedía. Levantó la vista hacia la calavera, luego la bajó hacia Winky y terminó dirigiéndola al señor Crouch.

—¡No! —dijo—. ¿Winky? ¿Winky invocando la Marca Tenebrosa? ¡Ni siquiera sabría cómo hacerlo! ¡Para empezar, necesitaría una varita mágica!

—Y tenía una —explicó el señor Diggory—. La encontré con una varita en la mano, Ludo. Si le parece bien, señor Crouch, creó que deberíamos oír lo que ella tenga que decir.

Crouch no dio muestra de haber oído al señor Diggory, pero éste interpretó su silencio como conformidad. Levantó la varita, apuntó a Winky con ella y dijo:

—*¡Enervate!*

Winky se movió lánguidamente. Abrió sus grandes ojos de color castaño y parpadeó varias veces, como aturdida. Ante la mirada de los magos, que guardaban silencio, se incorporó con movimientos vacilantes y se quedó sentada en el suelo.

Vio los pies de Diggory y poco a poco, temblando, fue levantando los ojos hasta llegar a su cara, y luego, más despacio todavía, siguió elevándolos hasta el cielo. Harry vio la calavera reflejada dos veces en sus enormes ojos

vidriosos. Winky ahogó un grito, miró asustada a la multitud de gente que la rodeaba y estalló en sollozos de terror.

—¡Elfina! —dijo severamente el señor Diggory—. ¿Sabes quién soy? ¡Soy miembro del Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas!

Winky se balanceó de atrás adelante sobre la hierba, respirando entrecortadamente. Harry no pudo menos que acordarse de Dobby en sus momentos de aterrorizada desobediencia.

—Como ves, elfina, la Marca Tenebrosa ha sido conjurada en este lugar hace tan sólo un instante —explicó el señor Diggory—. ¡Y a ti te hemos descubierto un poco después, justo debajo! ¡Si eres tan amable de darnos una explicación...!

—¡Yo... yo... yo no lo he hecho, señor! —repuso Winky jadeando—. ¡Ni siquiera hubiera sabido cómo hacerlo, señor!

—¡Te hemos encontrado con una varita en la mano! —gritó el señor Diggory, blandiéndola ante ella.

Cuando la luz verde que iluminaba el claro del bosque procedente de la calavera dio de lleno en la varita, Harry la reconoció.

—¡Eh... es la mía! —exclamo.

Todo el mundo lo miró.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el señor Diggory, sin dar crédito a sus oídos.

—¡Que es mi varita! —dijo Harry—. ¡Se me cayó!

—¿Que se te cayó? —repitió el señor Diggory, extrañado—. ¿Es eso una confesión? ¿La tiraste después de haber invocado la Marca?

—¡Amos, recuerda con quién hablas! —intervino el señor Weasley, muy enojado—. ¿Te parece posible que Harry Potter invocara la Marca Tenebrosa?

—Eh... no, por supuesto —farfulló el señor Diggory—. Lo siento... Me he dejado llevar.

—De todas formas, no fue ahí donde se me cayó —añadió Harry, señalando con el pulgar hacia los árboles que había justo debajo de la calavera—. La eché en falta nada más internarnos en el bosque.

—Así que —dijo el señor Diggory, mirando con severidad a Winky, que se había encogido de miedo— la encontraste tú, ¿eh, elfina? Y la cogiste y quisiste divertirte un rato con ella, ¿eh?

—¡Yo no he hecho magia con ella, señor! —chilló Winky, mientras las lágrimas le resbalaban por ambos lados de su nariz, aplastada y bulbosa—

.¡Yo... yo... yo sólo la cogí, señor! ¡Yo no he conjurado la Marca Tenebrosa, señor, ni siquiera sabría cómo hacerlo!

—¡No fue ella! —intervino Hermione. Estaba muy nerviosa por tener que hablar delante de todos aquellos magos del Ministerio, pero lo hacía con determinación—. ¡Winky tiene una vocecita chillona, y la voz que oímos pronunciar el conjuro era mucho más grave! —Miró a Ron y Harry, en busca de apoyo—. No se parecía en nada a la de Winky, ¿a que no?

—No —confirmó Harry, negando con la cabeza—. Sin lugar a dudas, no era la de un elfo.

—No, era una voz humana —dijo Ron.

—Bueno, pronto lo veremos —gruñó el señor Diggory, sin darles mucho crédito—. Hay una manera muy sencilla de averiguar cuál ha sido el último conjuro efectuado con una varita mágica. ¿Sabías eso, elfina?

Winky temblaba y negaba frenéticamente con la cabeza, batiendo las orejas, mientras el señor Diggory volvía a levantar su varita y juntaba la punta con el extremo de la varita de Harry.

—*¡Prior Incantato!* —dijo con voz potente el señor Diggory.

Harry oyó que Hermione ahogaba un grito, horrorizada, cuando una calavera con lengua en forma de serpiente surgió del punto en que las dos varitas hacían contacto. Era, sin embargo, un simple reflejo de la calavera verde que se alzaba sobre ellos, y parecía hecha de un humo gris espeso: el fantasma de un conjuro.

—*¡Deletrius!* —gritó el señor Diggory, y la calavera se desvaneció en una voluta de humo—. ¡Bien! —exclamó con una expresión incontenible de triunfo, bajando la vista hacia Winky, que seguía agitándose convulsivamente.

—¡Yo no lo he hecho! —chilló la elfina, moviendo los ojos aterrorizada—. ¡No he sido, no he sido, yo ni siquiera sabría cómo hacerlo! ¡Soy una elfina buena, no uso varita, no sé cómo se hace!

—¡Te hemos atrapado con las manos en la masa, elfina! —gritó el señor Diggory—. ¡Te hemos cogido con la varita que ha obrado el conjuro!

—Amos —dijo en voz alta el señor Weasley—, piensa en lo que dices. Son poquísimos los magos que saben llevar a cabo ese conjuro... ¿Quién se lo podría haber enseñado?

—Quizá Amos quiere sugerir que yo tengo por costumbre enseñar a mis sirvientes a invocar la Marca Tenebrosa. —El señor Crouch había hablado impregnando cada sílaba de una cólera fría.

Se hizo un silencio muy tenso. Amos Diggory se asustó.

—No... no... señor Crouch, en absoluto...

—Te ha faltado muy poco para acusar a las dos personas de entre los presentes que son menos sospechosas de invocar la Marca Tenebrosa: a Harry Potter... ¡y a mí mismo! Supongo que conoces la historia del niño, Amos.

—Por supuesto... Todo el mundo la conoce... —musitó el señor Diggory, desconcertado.

—¡Y yo espero que recuerdes las muchas pruebas que he dado, a lo largo de mi prolongada trayectoria profesional, de que desprecio y detesto las Artes Oscuras y a cuantos las practican! —gritó el señor Crouch, con los ojos de nuevo desorbitados.

—Señor Crouch, yo... ¡yo nunca sugeriría que usted tuviera la más remota relación con este incidente! —farfulló Amos Diggory. Su rala barba de color castaño conseguía en parte disimular su sonrojo.

—¡Si acusas a mi elfina me acusas a mí, Diggory! —vociferó el señor Crouch—. ¿Dónde podría haber aprendido la invocación?

—Po... podría haberla aprendido... en cualquier sitio...

—Eso es, Amos... —repuso el señor Weasley—. En cualquier sitio. Winky —añadió en tono amable, dirigiéndose a la elfina, pero ella se estremeció como si él también le estuviera gritando—, ¿dónde exactamente encontraste la varita mágica?

Winky retorcía el dobladillo del paño de cocina tan violentamente que se le deshilachaba entre los dedos.

—Yo... yo la he encontrado... la he encontrado ahí, señor... —susurró— Ahí... entre los árboles, señor.

—¿Te das cuenta, Amos? —dijo el señor Weasley—. Quienesquiera que invocaran la Marca podrían haberse desaparecido justo después de haberlo hecho, dejando tras ellos la varita de Harry. Una buena idea, no usar su propia varita, que luego podría delatarlos. Y Winky tuvo la desgracia de encontrársela un poco después y de haberla cogido.

—¡Pero entonces ella tuvo que estar muy cerca del verdadero culpable! —exclamó el señor Diggory, impaciente—. ¿Viste a alguien, elfina?

Winky comenzó a temblar más que antes. Sus enormes ojos pasaron vacilantes del señor Diggory a Ludo Bagman, y luego al señor Crouch. Tragó saliva y dijo:

—No he visto a nadie, señor... A nadie.

—Amos —dijo secamente el señor Crouch—, soy plenamente consciente de que lo normal, en este caso, sería que te llevaras a Winky a tu departamento para interrogarla. Sin embargo, te ruego que dejes que sea yo quien trate con ella.

El señor Diggory no pareció tomar en consideración aquella sugerencia, pero para Harry era evidente que el señor Crouch era un miembro del Ministerio demasiado importante para decirle que no.

—Puedes estar seguro de que será castigada —agregó el señor Crouch fríamente.

—A... a... amo... —tartamudeó Winky, mirando al señor Crouch con los ojos bañados en lágrimas—. A... a... amo, se lo ruego...

El señor Crouch bajó la mirada, con el rostro tan tenso que todas sus arrugas se le marcaban profundamente. No había ni un asomo de piedad en su mirada.

—Winky se ha portado esta noche de una manera que yo nunca hubiera creído posible —dijo despacio—. Le mandé que permaneciera en la tienda. Le mandé permanecer allí mientras yo solucionaba el problema. Y me ha desobedecido. Esto merece la prenda.

—¡No! —gritó Winky, postrándose a los pies del señor Crouch—. ¡No, amo! ¡La prenda no, la prenda no!

Harry sabía que la única manera de liberar a un elfo doméstico era que su amo le regalara una prenda de su propiedad. Daba pena ver la manera en que Winky se aferraba a su paño de cocina sollozando a los pies de su amo.

—¡Pero estaba aterrorizada! —saltó Hermione indignada, mirando al señor Crouch—. ¡Su elfina siente terror a las alturas, y los magos enmascarados estaban haciendo levitar a la gente! ¡Usted no le puede reprochar que huyera!

El señor Crouch dio un paso atrás para librarse del contacto de su elfina, a la que miraba como si fuera algo sucio y podrido que le podía echar a perder los lustrosos zapatos.

—Una elfina que me desobedece no me sirve para nada —declaró con frialdad, mirando a Hermione—. No me sirve para nada un sirviente que olvida lo que le debe a su amo y a la reputación de su amo.

Winky lloraba con tanta energía que sus sollozos resonaban en el claro del bosque.

Se hizo un silencio muy desagradable al que puso fin el señor Weasley diciendo con suavidad:

—Bien, creo que me llevaré a los míos a la tienda, si no hay nada que objetar. Amos, esa varita ya no nos puede decir nada más. Si eres tan amable de devolvérsela a Harry...

El señor Diggory se la devolvió a Harry, y éste se la guardó en el bolsillo.

—Vamos, vosotros tres —les dijo en voz baja el señor Weasley. Pero Hermione no quería moverse. No apartaba la vista de la elfina, que seguía

sollozando—. ¡Hermione! —la apremió el señor Weasley. Ella se volvió y siguió a Harry y a Ron, que dejaban el claro para internarse entre los árboles.

—¿Qué le va a pasar a Winky? —preguntó Hermione, en cuanto salieron del claro.

—No lo sé —respondió el padre de Ron.

—¡Qué manera de tratarla! —dijo Hermione furiosa—. El señor Diggory, sin dejar de llamarla «elfina»... ¡y el señor Crouch! ¡Sabe que no lo hizo y aun así la va a despedir! Le da igual que estuviera aterrorizada, o alterada... ¡Es como si no fuera humana!

—Es que no lo es —repuso Ron.

Hermione se le enfrentó.

—Eso no quiere decir que no tenga sentimientos, Ron. Da asco la manera...

—Estoy de acuerdo contigo, Hermione —se apresuró a decir el señor Weasley, haciéndole señas de que siguiera adelante—, pero no es el momento de discutir los derechos de los elfos. Me gustaría que estuviéramos de vuelta en la tienda lo antes posible. ¿Qué ocurrió con los otros?

—Los perdimos en la oscuridad —explicó Ron—. Papá, ¿por qué le preocupaba tanto a todo el mundo aquella cosa en forma de calavera?

—Os lo explicaré en la tienda —contestó el señor Weasley con cierto nerviosismo.

Pero cuando llegaron al final del bosque no los dejaron pasar: una multitud de magos y brujas atemorizados se había congregado allí, y al ver aproximarse al señor Weasley muchos de ellos se adelantaron.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Quién la ha invocado, Arthur?

—¡No será... él!

—Por supuesto que no es él —contestó el señor Weasley sin demostrar mucha paciencia—. No sabemos quién ha sido, porque se desaparecieron. Ahora, por favor, perdonadme. Quiero ir a dormir.

Atravesó la multitud seguido de Harry, Ron y Hermione, y regresó al cámping. Ya estaba todo en calma: no había ni rastro de los magos enmascarados, aunque algunas de las tiendas destruidas seguían humeando.

Charlie asomaba la cabeza fuera de la tienda de los chicos.

—¿Qué pasa, papá? —le dijo en la oscuridad—. Fred, George y Ginny

volvieron bien, pero los otros...

—Aquí los traigo —respondió el señor Weasley, agachándose para entrar en la tienda. Harry, Ron y Hermione entraron detrás.

Bill estaba sentado a la pequeña mesa de la cocina, aplicándose una sábana al brazo, que sangraba profusamente. Charlie tenía un desgarrón muy grande en la camisa, y Percy hacía ostentación de su nariz ensangrentada. Fred, George y Ginny parecían incólumes pero asustados.

—¿Los habéis atrapado, papá? —preguntó Bill de inmediato—. ¿Quién invocó la Marca?

—No, no los hemos atrapado —repuso el señor Weasley—. Hemos encontrado a la elfina del señor Crouch con la varita de Harry, pero no hemos conseguido averiguar quién hizo realmente aparecer la Marca.

—¿Qué? —preguntaron a un tiempo Bill, Charlie y Percy.

—¿La varita de Harry? —dijo Fred.

—¿La elfina del señor Crouch? —inquirió Percy, atónito.

Con ayuda de Harry, Ron y Hermione, el señor Weasley les explicó todo lo sucedido en el bosque. Al finalizar el relato, Percy se mostraba indignado.

—¡Bueno, el señor Crouch tiene toda la razón en querer deshacerse de semejante elfina! —dijo—. Escapar cuando él le mandó expresamente que se quedara... Avergonzarlo ante todo el Ministerio... ¿En qué situación habría quedado él si la hubieran llevado ante el Departamento de Regulación y Control...?

—Ella no hizo nada... —lo interrumpió Hermione con brusquedad—. ¡Sólo estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado!

Percy se quedó desconcertado. Hermione siempre se había llevado muy bien con él... Mejor, de hecho, que cualquiera de los demás.

—¡Hermione, un mago que ocupa una posición cómo la del señor Crouch no puede permitirse tener una elfina doméstica que hace tonterías con una varita mágica! —declaró Percy pomposamente, recuperando el aplomo.

—¡No hizo tonterías con la varita! —gritó Hermione—. ¡Sólo la recogió del suelo!

—Bueno, ¿puede explicar alguien qué era esa cosa en forma de calavera? —pidió Ron, impaciente—. No le ha hecho daño a nadie... ¿Por qué le dais tanta importancia?

—Ya te lo dije, Ron, es el símbolo de Quien-tú-sabes —explicó Hermione, antes de que pudiera contestar ningún otro—. He leído sobre el tema en *Auge y calda de las Artes Oscuras*.

—Y no se la había vuelto a ver desde hacia trece años —añadió en voz baja el señor Weasley—. Es natural que la gente se aterrorizara... Ha sido casi cómo volver a ver a Quien-tú-sabes.

—Sigo sin entenderlo —dijo Ron, frunciendo el entrecejo—. Quiero decir que no deja de ser simplemente una señal en el cielo...

—Ron, Quien-tú-sabes y sus seguidores mostraban la Marca Tenebrosa en el cielo cada vez que cometían un asesinato —repuso el señor Weasley—. El terror que inspiraba... No puedes ni imaginártelo: eres demasiado joven. Imagínate que vuelves a casa y ves la Marca Tenebrosa flotando justo encima, y comprendes lo que estás a punto de encontrar dentro... —El señor Weasley se estremeció—. Era lo que más temía todo el mundo... lo peor...

Se hizo el silencio. Luego Bill, quitándose la sábana del brazo para comprobar el estado de su herida, dijo:

—Bueno, quienquiera que la hiciera aparecer esta noche, a nosotros nos fastidió, porque los *mortífagos* echaron a correr en cuanto la vieron. Todos se desaparecieron antes de que nosotros hubiéramos llegado lo bastante cerca para desenmascarar a ninguno de ellos. Afortunadamente, pudimos coger a la familia Roberts antes de que dieran contra el suelo. En estos momentos les están modificando la memoria.

—¿Mortífagos? —repitió Harry—. ¿Qué son los mortífagos?

—Es como se llaman a sí mismos los partidarios de Quien-tú-sabes —explicó Bill—. Creo que esta noche hemos visto lo que queda de ellos; quiero decir, los que se libraron de Azkaban.

—Pero no tenemos pruebas de eso, Bill —observó el señor Weasley—, aunque es probable que tengas razón —agregó, desesperanzado.

—Apuesto a que sí —dijo Ron de pronto—. ¡Papá, encontramos a Draco Malfoy en el bosque, y prácticamente admitió que su padre era uno de aquellos chalados de las máscaras! ¡Y todos sabemos lo bien que se llevaban los Malfoy con Quien-tú-sabes!

—Pero ¿qué pretendían los partidarios de Voldemort...? —empezó a decir Harry.

Todos se estremecieron. Como la mayoría de los magos, los Weasley evitaban siempre pronunciar el nombre de Voldemort.

—Lo siento —añadió apresuradamente Harry—. ¿Qué pretendían los partidarios de Quien-vosotros-sabéis, haciendo levitar a los muggles? Quiero decir, ¿para qué lo hicieron?

—¿Para qué? —dijo el señor Weasley, con una risa forzada—. Harry, ésa es su idea de la diversión. La mitad de los asesinatos de muggles que tuvieron lugar bajo el poder de Quien-tú-sabes se cometieron nada más que por diversión. Me imagino que anoche bebieron bastante y no pudieron aguantar las

ganas de recordarnos que todavía están ahí y son unos cuantos. Una encantadora reunión para ellos —terminó, haciendo un gesto de asco.

—Pero, si eran mortífagos, ¿por qué se desaparecieron al ver la Marca Tenebrosa? —preguntó Ron—. Tendrían que haber estado encantados de verla, ¿no?

—Piensa un poco, Ron —dijo Bill—. Si de verdad eran mortífagos, hicieron lo indecible para no entrar en Azkaban cuando cayó Quien-tú-sabes, y dijeron todo tipo de mentiras sobre que él los había obligado a matar y a torturar a la gente. Estoy seguro de que ellos tendrían aún más miedo que nosotros si volviera. Cuando perdió sus poderes, negaron haber tenido relación con él y se apresuraron a regresar a su vida cotidiana. Imagino que no les guarda mucho aprecio, ¿no crees?

—Entonces... los que hicieron aparecer la Marca Tenebrosa... —dijo Hermione pensativamente— ¿lo hicieron para mostrar su apoyo a los mortífagos o para espantarlos?

—Puede ser cualquier cosa, Hermione —admitió el señor Weasley—. Pero te diré algo: sólo los mortífagos sabían formar la Marca. Me sorprendería mucho que la persona que lo hizo no hubiera sido en otro tiempo un mortífago, aunque no lo sea ahora... Escuchad: es muy tarde, y si vuestra madre se entera de lo sucedido se preocupará muchísimo. Lo que vamos a hacer es dormir unas cuantas horas y luego intentaremos irnos de aquí en uno de los primeros trasladores.

A Harry le zumbaba la cabeza cuando regresó a la litera. Tenía motivos para estar reventado de cansancio, porque eran casi las tres de la madrugada; sin embargo, se sentía completamente despejado... y preocupado.

Hacía tres días (parecía mucho más, pero realmente eran sólo tres días) que había despertado con la cicatriz ardiéndole. Y aquella noche, por primera vez en trece años, había aparecido en el cielo la Marca de lord Voldemort. ¿Qué significaba todo aquello?

Pensó en la carta que le había escrito a Sirius antes de dejar Privet Drive. ¿La habría recibido ya? ¿Cuándo contestaría? Harry estaba acostado de cara a la lona, pero ya no tenía fantasías de escobas voladoras que lo fueran introduciendo en el sueño paulatinamente, y pasó mucho tiempo desde que comenzaron los ronquidos de Charlie hasta que, finalmente, él también cayó dormido.

10

Alboroto en el Ministerio

El señor Weasley los despertó cuando llevaban sólo unas pocas horas durmiendo. Usó la magia para desmontar las tiendas, y dejaron el cámping tan rápidamente como pudieron. Al pasar por al lado del señor Roberts, que estaba a la puerta de su casita, vieron que tenía un aspecto extraño, como de aturdimiento. El muggle los despidió con un vago «Feliz Navidad».

—Se recuperará —aseguró el señor Weasley en voz baja, de camino hacia el páramo—. A veces, cuando se modifica la memoria de alguien, al principio se siente desorientado... y es mucho lo que han tenido que hacerle olvidar.

Al acercarse al punto donde se hallaban los trasladores oyeron voces insistentes. Cuando llegaron vieron a Basil, el que estaba a cargo de los trasladores, rodeado de magos y brujas que exigían abandonar el cámping lo antes posible. El señor Weasley discutió también brevemente con Basil, y terminaron poniéndose en la cola. Antes de que saliera el sol cogieron un neumático viejo que los llevó a la colina de Stoatshead. Con la luz del alba, regresaron por Ottery St. Catchpole hacia La Madriguera, hablando muy poco porque estaban cansados y no pensaban más que en el desayuno. Cuando doblaron el recodo del camino y La Madriguera apareció a la vista, les llegó por el húmedo camino el eco de una persona que gritaba:

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

La señora Weasley, que evidentemente los había estado aguardando en el jardín delantero, corrió hacia ellos, todavía calzada con las zapatillas que se ponía para salir de la cama, la cara pálida y tensa y un ejemplar estrujado de *El Profeta* en la mano.

—¡Arthur, qué preocupada me habéis tenido, qué preocupada!

Le echó a su marido los brazos al cuello, y *El Profeta* se le cayó de la mano. Al mirarlo en el suelo, Harry distinguió el titular «Escenas de terror en los Mundiales de quidditch», acompañado de una centelleante fotografía en blanco y negro que mostraba la Marca Tenebrosa sobre las copas de los árboles.

—Estáis todos bien —murmuraba la señora Weasley como ida, soltando al señor Weasley y mirándolos con los ojos enrojecidos—. Estáis vivos, niños...

Y, para sorpresa de todo el mundo, cogió a Fred y George y los abrazó con tanta fuerza que sus cabezas chocaron.

—¡Ay!, mamá... nos estás ahogando...

—¡Pensar que os reñí antes de que os fuerais! —dijo la señora Weasley, comenzando a sollozar—. ¡No he pensado en otra cosa! Que si os atrapaba Quien-vosotros-sabéis, lo último que yo os había dicho era que no habíais

tenido bastantes TIMOS. Ay, Fred... George...

—Vamos, Molly, ya ves que estamos todos bien —le dijo el señor Weasley en tono tranquilizador, arrancándola de los gemelos y llevándola hacia la casa—. Bill —añadió en voz baja—, recoge el periódico. Quiero ver lo que dice.

Una vez que hubieron entrado todos, algo apretados, en la pequeña cocina y que Hermione hubo preparado una taza de té muy fuerte para la señora Weasley, en el que su marido insistió en echar unas gotas de «whisky envejecido de Ogden», Bill le entregó el periódico a su padre. Éste echó un vistazo a la primera página mientras Percy atisbaba por encima de su hombro.

—Me lo imaginaba —dijo resoplando el señor Weasley—. «Errores garrafales del Ministerio... los culpables en libertad... falta de seguridad... magos tenebrosos yendo por ahí libremente... desgracia nacional...» ¿Quién ha escrito esto? Ah, claro... Rita Skeeter.

—¡Esa mujer la tiene tomada con el Ministerio de Magia! —exclamó Percy furioso—. La semana pasada dijo que perdíamos el tiempo con nimiedades referentes al grosor de los calderos en vez de acabar con los vampiros. Como si no estuviera expresamente establecido en el parágrafo duodécimo de las Orientaciones para el trato de los seres no mágicos parcialmente humanos...

—Haznos un favor, Percy —le pidió Bill, bostezando—, cállate.

—Me mencionan —dijo el señor Weasley, abriendo los ojos tras las gafas al llegar al final del artículo de *El Profeta*.

—¿Dónde? —balbuceó la señora Weasley, atragantándose con el té con whisky—. ¡Si lo hubiera visto, habría sabido que estabas vivo!

—No dicen mi nombre —aclaró el señor Weasley—. Escucha: «Si los magos y brujas aterrorizados que aguardaban ansiosamente noticias del bosque esperaban algún aliento proveniente del Ministerio de Magia, quedaron tristemente decepcionados. Un oficial del Ministerio salió del bosque poco tiempo después de la aparición de la Marca Tenebrosa diciendo que nadie había resultado herido, pero negándose a dar más información. Está por ver si su declaración bastará para sofocar los rumores que hablan de varios cadáveres retirados del bosque una hora más tarde.» Vaya, francamente... —dijo el señor Weasley exasperado, pasándole el periódico a Percy—. No hubo ningún herido, ¿qué se supone que tendría que haber dicho? «Rumores que hablan de varios cadáveres retirados del bosque...» Desde luego, habrá rumores después de publicado esto.

Exhaló un profundo suspiro.

—Molly, voy a tener que ir a la oficina. Habrá que hacer algo.

—Iré contigo, papá —anunció gravemente Percy—. El señor Crouch necesitará todas las manos disponibles. Y podré entregarle en persona mi informe sobre los calderos.

Salió aprisa de la cocina.

La señora Weasley parecía disgustada.

—¡Arthur, te recuerdo que estás de vacaciones! Esto no tiene nada que ver con la oficina. ¿No se las pueden apañar sin ti?

—Tengo que ir, Molly —insistió el señor Weasley—. Por culpa mía están peor las cosas. Me pongo la túnica y me voy...

—Señora Weasley —dijo de pronto Harry, sin poder contenerse—, ¿no ha llegado *Hedwig* trayéndome una carta?

—¿*Hedwig*, cariño? —contestó la señora Weasley como distraída—. No... no, no ha habido correo.

Ron y Hermione miraron a Harry con curiosidad. Harry les dirigió una significativa mirada y dijo:

—¿Te parece bien que deje mis cosas en tu habitación, Ron?

—Sí, claro... Subo contigo —respondió Ron de inmediato—.Hermione...

—Voy con vosotros —se apresuró a contestar ella, y los tres salieron de la cocina y subieron la escalera.

—¿Qué pasa, Harry? —preguntó Ron en cuanto cerraron tras ellos la puerta de la habitación de la buhardilla.

—Hay algo que no os he dicho —explicó Harry—: cuando desperté el domingo por la mañana, la cicatriz me volvía a doler.

La reacción de Ron y Hermione fue muy parecida a como se la había imaginado en su habitación de Privet Drive. Hermione ahogó un grito y comenzó de inmediato a proponer cosas, mencionando varios libros de consulta y a todo el mundo al que se podía recurrir, desde Albus Dumbledore a la señora Pomfrey, la enfermera de Hogwarts.

Ron se había quedado atónito.

—Pero... él no estaba allí... ¿o sí? ¿Estaba por allí Quien-tú-sabes? Quiero decir... la anterior vez que te dolió la cicatriz era porque él estaba en Hogwarts, ¿no?

—Estoy seguro de que esta vez no estaba en Privet Drive —dijo Harry—. Pero yo había estado soñando con él... con él y Peter... ya sabéis, Colagusano. Ahora no puedo recordar todo el sueño, pero sí me acuerdo de que hablaban de matar... a alguien.

Había vacilado un momento antes de decir «me», pero no quiso ver a Hermione aún más asustada de lo que ya estaba.

—Sólo fue un sueño —afirmó Ron para darle ánimos—. Una pesadilla nada más.

—Sí... pero ¿seguro que no fue nada más? —replicó Harry, mirando por la ventana al cielo, que iba poniéndose más brillante—. Es extraño, ¿no? Me duele la cicatriz, y tres días después los mortífagos se ponen en marcha y el símbolo de Voldemort aparece en el cielo.

—¡No... pronuncies... ese... nombre! —dijo Ron entre sus dientes apretados.

—¿Y recordáis lo que dijo la profesora Trelawney al final de este curso? —siguió Harry, sin hacer casó a Ron.

La profesora Trelawney les daba clase de Adivinación en Hogwarts.

Del rostro de Hermione desapareció la expresión de terror, y lanzó un resoplido de burla.

—Harry, ¡no irás a prestar atención a lo que dijo aquel viejo fraude!

—Tú no estabas allí —contestó Harry—. No la oíste. Aquella vez fue diferente. Ya te lo conté, entró en trance. En un trance de verdad. Y dijo que el Señor Tenebroso se alzaría de nuevo... *más grande y más terrible que nunca*... y que lo lograría porque su vasallo iba a regresar con él. Y aquella misma noche escapó Colagusano.

Se hizo un silencio durante el cual Ron hurgaba, sin darse cuenta, en un agujero que había en la colcha de los Chudley Cannons.

—¿Por qué preguntaste si había llegado *Hedwig*, Harry? —preguntó Hermione—. ¿Esperas carta?

—Le escribí a Sirius contándole lo de mi cicatriz —respondió Harry, encogiéndose de hombros—. Espero su respuesta.

—¡Bien pensado! —aprobó Ron, y su rostro se alegró un poco—. ¡Seguro que Sirius sabe qué hay que hacer!

—Esperaba que regresara enseguida —dijo Harry.

—Pero no sabemos dónde está Sirius... Podría estar en África o ve a saber dónde, ¿no? —opinó sensatamente Hermione—. *Hedwig* no va a hacer un viaje así en pocos días.

—Sí, ya lo sé —admitió Harry, pero sintió un peso en el estómago al mirar por la ventana y no ver a *Hedwig*.

—Vamos a jugar a quidditch en el huerto, Harry —propuso Ron—. Vamos, seremos tres contra tres. Jugarán Bill, Charlie, Fred y George... Puedes intentar el «Amago de Wronski»...

—Ron —dijo Hermione, en tono de «no creó que estés siendo muy sensato»—, Harry no tiene ganas de jugar a quidditch justamente ahora... Está preocupado y cansado. Deberíamos ir todos a dormir.

—Sí que me apetece jugar a quidditch —la contradijo Harry—. Vamos, cogeré mi Saeta de Fuego.

Hermione abandonó la habitación, murmurando algo que sonó más o menos cómo a: «¡Hombres!»

Ni Percy ni su padre pararon mucho en casa durante la semana siguiente. Se marchaban cada mañana antes de que se levantara el resto de la familia, y volvían cada noche después de la cena.

—Es un absoluto caos —contaba Percy dándose tono, la noche antes del retorno a Hogwarts—. Me he pasado toda la semana apagando fuegos. La gente no ha dejado de enviarnos vociferadores y, claro, si no se abren enseguida, estallan. Hay quemaduras por todo mi escritorio, y mi mejor pluma quedó reducida a cenizas.

—¿Por qué envían tantos vociferadores? —preguntó Ginny mientras arreglaba con celo su ejemplar de *Mil y una hierbas y hongos mágicos* sobre la alfombrilla que había delante de la chimenea de la sala de estar.

—Para quejarse de la seguridad en los Mundiales —explicó Percy—. Reclaman compensaciones por los destrozos en sus propiedades. Mundungus Fletcher nos ha puesto una demanda por una tienda de doce dormitorios con jacuzzi, pero lo tengo calado: sé a ciencia cierta que estuvo durmiendo bajo una capa levantada sobre unos palos.

La señora Weasley miró el reloj de pared del rincón. A Harry le gustaba aquel reloj. Resultaba completamente inútil si lo que uno quería saber era la hora, pero en otros aspectos era muy informativo. Tenía nueve manecillas de oro, y cada una de ellas llevaba grabado el nombre de un miembro de la familia Weasley. No había números alrededor de la esfera, sino indicaciones de dónde podía encontrarse cada miembro de la familia; indicaciones tales como «En casa», ((En el colegio» y «En el trabajo», pero también «Perdido», «En el hospital» «En la cárcel» y, en la posición en que en los relojes normales está el número doce, ponía «En peligro mortal».

Ocho de las manecillas señalaban en aquel instante la posición «En casa», pero la del señor Weasley, que era la más larga, aún seguía marcando «En el trabajo». La señora Weasley exhaló un suspiro.

—Vuestro padre no había tenido que ir a la oficina un fin de semana desde los días de Quien-vosotros-sabéis —explicó—. Lo hacen trabajar demasiado. Si no vuelve pronto se le va a echar a perder la cena.

—Bueno, papá piensa que tiene que compensar de alguna manera el error que cometió el día del partido, ¿no? —repuso Percy—. A decir verdad, fue un poco imprudente al hacer una declaración pública sin contar primero con la autorización del director de su departamento...

—¡No te atrevas a culpar a tu padre por lo que escribió esa miserable de Skeeter! —dijo la señora Weasley, estallando de repente.

—Si papá no hubiera dicho nada, la vieja Rita habría escrito que era lamentable que nadie del Ministerio informara de nada —intervino Bill, que estaba jugando al ajedrez con Ron—. Rita Skeeter nunca deja bien a nadie. Recuerda que en una ocasión entrevistó a todos los rompedores de maldiciones de Gringotts, y a mí me llamó «gilí del pelo largo».

—Bueno, la verdad es que está un poco largo, cielo —dijo con suavidad la señora Weasley—. Si me dejaras tan sólo que...

—No, mamá.

La lluvia golpeaba contra la ventana de la sala de estar. Hermione se hallaba inmersa en el *Libro reglamentario* de *hechizos, curso 4º*, del que la señora Weasley había comprado ejemplares para ella, Harry y Ron en el callejón Diagon. Charlie zurcía un pasamontañas a prueba de fuego. Harry, que tenía a sus pies el equipo de mantenimiento de escobas voladoras que le había regalado Hermione el día en que cumplió trece años, le sacaba brillo a su Saeta de Fuego. Fred y George estaban sentados en un rincón algo apartado, con las plumas en la mano, cuchicheando con la cabeza inclinada sobre un pedazo de pergamino.

—¿Qué andáis tramando? —les preguntó la señora Weasley de pronto, con los ojos clavados en ellos.

—Son deberes —explicó vagamente Fred.

—No digas tonterías. Todavía estáis de vacaciones —replicó la señora Weasley.

—Sí, nos hemos retrasado bastante —repuso George.

—No estaréis por casualidad redactando un nuevo cupón de pedido, ¿verdad? —dijo con recelo la señora Weasley—. Espero que no se os haya pasado por la cabeza volver a las andadas con los «Sortilegios Weasley».

—¡Mamá! —dijo Fred, levantando la vista hacia ella, con mirada de dolor—. Si mañana se estrella el expreso de Hogwarts y George y yo morimos, ¿cómo te sentirías sabiendo que la última cosa que oímos de ti fue una acusación infundada?

Todos se rieron, hasta la señora Weasley.

—¡Ya viene vuestro padre! —anunció repentinamente, al volver a mirar el reloj.

La manecilla del señor Weasley había pasado de pronto de «En el trabajo» a «Viajando». Un segundo más tarde se había detenido en la indicación «En casa», con las demás manecillas, y lo oyeron en la cocina.

—¡Voy, Arthur! —dijo la señora Weasley, saliendo a toda prisa de la sala.

Un poco después el señor Weasley entraba en la cálida sala de estar, con su cena en una bandeja. Parecía reventado de cansancio.

—Bueno, ahora sí que se va a armar la gorda —dijo, sentándose en un butacón junto al fuego, y jugueteando sin entusiasmo con la coliflor un poco mustia de su plato—. Rita Skeeter se ha pasado la semana husmeando en busca de algún otro lío ministerial del que informar en el periódico, y acaba de enterarse de la desaparición de la pobre Bertha, así que ya tiene titular para *El Profeta* de mañana. Le advertí a Bagman que debería haber mandado a alguien a buscarla hace mucho tiempo.

—El señor Crouch lleva semanas diciendo lo mismo —se apresuró a añadir Percy.

—Crouch tiene suerte de que Rita no se haya enterado de lo de Winky —dijo el señor Weasley irritado—. Habríamos tenido una semana entera de titulares a propósito de que encontraran a su elfina doméstica con la varita con la que se invocó la Marca Tenebrosa.

—Creía que todos estábamos de acuerdo en que esa elfina, aunque sea una irresponsable, no fue quien convocó la Marca —replicó Percy, molesto.

—¡Si te interesa mi opinión, el señor Crouch tiene mucha suerte de que en *El Profeta* nadie sepa lo mal que trata a los elfos! —dijo enfadada Hermione.

—¡Mira por dónde! —repuso Percy—. Hermione, un funcionario de alto rango del Ministerio como es el señor Crouch merece una inquebrantable obediencia por parte de su servicio.

—¡Por parte de su esclava, querrás decir! —contestó Hermione, elevando estridentemente la voz—. Porque a Winky no le pagaba, ¿verdad?

—¡Creo que será mejor que subáis todos a repasar vuestro equipaje! —dijo la señora Weasley, terminando con la discusión—. ¡Vamos, todos, ahora mismo...!

Harry guardó su equipo de mantenimiento de escobas voladoras, se echó al hombro la Saeta de Fuego y subió la escalera con Ron. La lluvia sonaba aún más fuerte en la parte superior de la casa, acompañada del ulular del viento, por no mencionar los esporádicos aullidos del espíritu que habitaba en la buhardilla. *Pigwidgeon* comenzó a gorjear y zumbar por la jaula cuando ellos entraron. La vista de los baúles a medio hacer parecía haberlo excitado.

—Échale unas chucherías lechuciles —dijo Ron, tirándole un paquete a Harry—. Puede que eso lo mantenga callado.

Harry metió las chucherías por entre las barras de la jaula de *Pigwidgeon* y volvió a su baúl. La jaula de *Hedwig* estaba al lado, aún vacía.

—Ya ha pasado más de una semana —comentó Harry, mirando la percha desocupada de *Hedwig*—. No crees que hayan atrapado a Sirius, ¿verdad, Ron?

—No, porque habría salido en *El Profeta* —contestó Ron—. El Ministerio estaría muy interesado en demostrar que son capaces de coger a alguien, ¿no te parece?

—Sí, supongo...

—Mira, aquí tienes lo que mi madre te compró en el callejón Diagon. También te sacó un poco de oro de la cámara acorazada... y te ha lavado los calcetines.

Con cierto esfuerzo puso una pila de paquetes sobre la cama plegable de Harry, y dejó caer al lado la bolsa de dinero y el montón de calcetines. Harry empezó a desenvolver las compras. Además del *Libro reglamentario* de *hechizos, curso 4º*, de Miranda Goshawk, tenía un puñado de plumas nuevas, una docena de rollos de pergamino y recambios para su equipo de preparar pociones: ya casi no le quedaba espina de pez-león ni esencia de belladona. Estaba metiendo en el caldero la ropa interior cuando Ron, detrás de él, lanzó un resoplido de disgusto.

—¿Qué se supone que es esto?

Había cogido algo que a Harry le pareció un largo vestido de terciopelo rojo oscuro. Alrededor del cuello tenía un volante de puntilla de aspecto enmohecido, y puños de puntilla a juego.

Llamaron a la puerta y entró la señora Weasley con unas cuantas túnicas de Hogwarts recién lavadas y planchadas.

—Aquí tenéis —dijo, separándolas en dos montones—. Ahora lo que deberíais hacer es meterlas con cuidado para que no se arruguen.

—Mamá, me has puesto un vestido nuevo de Ginny —dijo Ron, enseñándoselo.

—Por supuesto que no te he puesto ningún vestido de Ginny —negó la señora Weasley—. En vuestra lista de la escuela dice que este curso necesitaréis túnicas de gala... túnicas para las ocasiones solemnes.

—Tienes que estar bromeando —dijo Ron, sin dar crédito a lo que oía—. No voy a ponerme eso, de ninguna manera.

—¡Todo el mundo las lleva, Ron! —replicó enfadada la señora Weasley—. ¡Van todos así! ¡Tu padre también tiene una para las reuniones importantes!

—Antes voy desnudo que ponerme esto —declaró Ron, testarudo.

—No seas tonto —repuso la señora Weasley—. Tienes que tener una túnica de gala: ¡lo pone en la lista! Le compré otra a Harry... Enséñasela, Harry...

Con cierta inquietud, Harry abrió el último paquete que quedaba sobre la cama. Pero no era tan terrible como se había temido, al menos su túnica de gala no tenía puntillas; de hecho, era más o menos igual que las de diario del colegio, salvo que era verde botella en vez de negro.

—Pensé que haría juego con tus ojos, cielo —le dijo la señora Weasley cariñosamente.

—¡Bueno, ésa está bien! —exclamó Ron, molesto, observando la túnica de Harry—. ¿Por qué no me podías traer a mí una como ésa?

—Porque... bueno, la tuya la tuve que comprar de segunda mano, ¡y no había mucho donde escoger! —explicó la señora Weasley, sonrojándose.

Harry apartó la vista. De buena gana les hubiera dado a los Weasley la mitad de lo que tenía en su cámara acorazada de Gringotts, pero sabía que jamás lo aceptarían.

—No pienso ponérmela nunca —repitió Ron testaruda—mente—. Nunca.

—Bien —contestó su madre con brusquedad—. Ve desnudo. Y, Harry, por favor, hazle una foto. No me vendrá mal reírme un rato.

Salió de la habitación dando un portazo. Oyeron detrás de ellos un curioso resoplido. *Pigwidgeon* se acababa de atragantar con una chuchería lechucil demasiado grande.

—¿Por qué ninguna de mis cosas vale para nada? —dijo Ron furioso, cruzando la habitación para quitársela del pico.

11

En el expreso de Hogwarts

Cuando Harry despertó a la mañana siguiente, había en el ambiente una definida tristeza de fin de vacaciones. La copiosa lluvia seguía salpicando

contra la ventana mientras él se ponía los vaqueros y una sudadera. Se vestirían con las túnicas del colegio cuando estuvieran en el expreso de Hogwarts.

Por fin él, Ron, Fred y George bajaron a desayunar. Acababan de llegar al rellano del primer piso, cuando la señora Weasley apareció al pie de la escalera, con expresión preocupada.

—¡Arthur! —llamó mirando hacia arriba—. ¡Arthur! ¡Mensaje urgente del Ministerio!

Harry se echó contra la pared cuando el señor Weasley pasó metiendo mucho ruido, con la túnica puesta del revés, y desapareció de la vista a toda prisa. Cuando Harry y los demás entraron en la cocina, vieron a la señora Weasley buscando nerviosa por los cajones del aparador («¡Tengo una pluma en algún sitio!», murmuraba) y al señor Weasley inclinado sobre el fuego, hablando con...

Para asegurarse de que los ojos no lo habían engañado, Harry los cerró con fuerza y volvió a abrirlos.

Semejante a un enorme huevo con barba, la cabeza de Amos Diggory se encontraba en medio de las llamas. Hablaba muy deprisa, completamente indiferente a las chispas que saltaban en torno a él y a las llamas que le lamían las orejas.

—... Los vecinos muggles oyeron explosiones y gritos, y por eso llamaron a esos... ¿cómo los llaman...?, «pocresías». Arthur, tienes que ir para allá...

—¡Aquí está! —dijo sin aliento la señora Weasley, poniendo en las manos de su marido un pedazo de pergamino, un tarro de tinta y una pluma estrujada.

—... Ha sido una suerte que yo me enterara —continuó la cabeza del señor Diggory—. Tenía que ir temprano a la oficina para enviar un par de lechuzas, y encontré a todos los del Uso Indebido de la Magia que salían pitando. ¡Si Rita Skeeter se entera de esto, Arthur...!

—¿Qué dice Ojoloco que sucedió? —preguntó el señor Weasley, que abrió el tarro de tinta, mojó la pluma y se dispuso a tomar notas.

La cabeza del señor Diggory puso cara de resignación.

—Dice que oyó a un intruso en el patio de su casa. Dice que se acercaba sigilosamente a la casa, pero que los contenedores de basura lo cogieron por sorpresa.

—¿Qué hicieron los contenedores de basura? —inquirió el señor Weasley, escribiendo como loco.

—Por lo que sé, hicieron un ruido espantoso y prendieron fuego a la basura por todas partes —explicó el señor Diggory—. Parece ser que uno de los contenedores todavía andaba por allí cuando llegaron los «pocresías».

El señor Weasley emitió un gruñido.

—¿Y el intruso?

—Ya conoces a Ojoloco, Arthur —dijo la cabeza del señor Diggory, volviendo a poner cara de resignación—. ¿Que alguien se acercó al patio de su casa en medio de la noche? Me parece más probable que fuera un gato asustado que anduviera por allí cubierto de mondas de patata. Pero, si los del Uso Indebido de la Magia le echan las manos encima a Ojoloco, se la ha cargado. Piensa en su expediente. Tenemos que librarlo acusándolo de alguna cosa de poca monta, algo relacionado con tu departamento. ¿Qué tal lo de los contenedores que han explotado?

—Sería una buena precaución —repuso el señor Weasley, con el entrecejo fruncido y sin dejar de escribir a toda velocidad—. ¿Ojoloco no usó la varita? ¿No atacó realmente a nadie?

—Apuesto a que saltó de la cama y comenzó a echar maleficios contra todo lo que tenía a su alcance desde la ventana —contestó el señor Diggory—, pero les costará trabajo demostrarlo, porque no hay heridos.

—Bien, ahora voy —dijo el señor Weasley. Se metió en el bolsillo el pergamino con las notas que había tomado y volvió a salir a toda prisa de la cocina.

La cabeza del señor Diggory miró a la señora Weasley.

—Lo siento, Molly —dijo, más calmado—, siento haber tenido que molestaros tan temprano... pero Arthur es el único que puede salvar a Ojoloco, y se supone que es hoy cuando Ojoloco empieza su nuevo trabajo. ¿Por qué tendría que escoger esta noche...?

—No importa, Amos —repuso la señora Weasley—. ¿Estás seguro de que no quieres una tostada o algo antes de irte?

—Eh... bueno —aceptó el señor Diggory.

La señora Weasley cogió una tostada untada con mantequilla de un montón que había en la mesa de la cocina, la puso en las tenacillas de la chimenea y se la acercó al señor Diggory a la boca.

—«Gacias» —masculló éste, y luego, haciendo «¡plin!», se desvaneció.

Harry oyó al señor Weasley despidiéndose apresuradamente de Bill, Charlie, Percy y las chicas. A los cinco minutos volvió a entrar en la cocina, con la túnica ya bien puesta y pasándose un peine por el pelo.

—Será mejor que me dé prisa. Que tengáis un buen trimestre, muchachos —les dijo el señor Weasley a Harry, Ron y los gemelos, mientras se echaba una capa sobre los hombros y se disponía a desaparecerse—. Molly, ¿podrás llevar tú a los chicos a la estación de King's Cross?

—Por supuesto que sí —asintió ella—. Tú cuida de Ojoloco, que ya nos arreglaremos.

Al desaparecerse el señor Weasley, Bill y Charlie entraron en la cocina.

—¿Alguien mencionó a Ojoloco? —preguntó Bill—. ¿Qué ha hecho ahora?

—Dice que alguien intentó entrar anoche en su casa —explicó la señora Weasley.

—¿*Ojoloco* Moody? —dijo George pensativo, poniéndose mermelada de naranja en la tostada—. ¿No es el chiflado...?

—Tu padre tiene muy alto concepto de él —le recordó severamente la señora Weasley.

—Sí, bueno, papá colecciona enchufes, ¿no? —comentó Fred en voz baja, cuando su madre salió de la cocina—. Dios los cría...

—Moody fue un gran mago en su tiempo —afirmó Bill.

—Es un viejo amigo de Dumbledore, ¿verdad? —dijo Charlie.

—Pero Dumbledore tampoco es lo que se entiende por normal, ¿a que no? —repuso Fred—. Bueno, ya sé que es un genio y todo eso...

—¿Quién es Ojoloco? —preguntó Harry.

—Está retirado, pero antes trabajaba para el Ministerio —explicó Charlie—. Yo lo conocí un día en que papá me llevó con él al trabajo. Era un *auror*: uno de los mejores... un cazador de magos tenebrosos —añadió, viendo que Harry seguía sin entender—. La mitad de las celdas de Azkaban las ha llenado él. Pero se creó un montón de enemigos... sobre todo familiares de los que atrapaba... y, según he oído, en su vejez se ha vuelto realmente paranoico. Ya no confía en nadie. Ve magos tenebrosos por todas partes.

Bill y Charlie decidieron ir a despedirlos a todos a la estación de King's Cross, pero Percy, disculpándose de forma exagerada, dijo que no podía dejar de ir al trabajo.

—En estos momentos no puedo tomarme más tiempo libre —declaró—. Realmente el señor Crouch está empezando a confiar en mí.

—Sí, ¿y sabes una cosa, Percy? —le dijo George muy serio—. Creo que no tardará en aprenderse tu nombre.

La señora Weasley tuvo que habérselas con el teléfono de la oficina de correos del pueblo para pedir tres taxis muggles ordinarios que los llevaran a Londres.

—Arthur intentó que el Ministerio nos dejara unos coches —le susurró a Harry la señora Weasley en el jardín de delante de la casa, mientras

observaban cómo los taxistas cargaban los baúles—. Pero no había ninguno libre... Éstos no parecen estar muy contentos, ¿verdad?

Harry no quiso decirle a la señora Weasley que los taxistas muggles no acostumbraban transportar lechuzas nerviosas, y *Pigwidgeon* estaba armando un barullo inaguantable. Por otro lado, no se pusieron precisamente más contentos cuando unas cuantas bengalas fabulosas del doctor Filibuster, que prendían con la humedad, se cayeron inesperadamente del baúl de Fred al abrirse de golpe. *Crookshanks* se asustó con las bengalas, intentó subirse encima de uno de los taxistas, le clavó las uñas en la pierna, y éste se sobresaltó y gritó de dolor.

El viaje resultó muy incómodo porque iban apretujados en la parte de atrás con los baúles. *Crookshanks* tardó un rato en recobrarse del susto de las bengalas, y para cuando entraron en Londres, Harry, Ron y Hermione estaban llenos de arañazos. Fue un alivio llegar a King's Cross, aunque la lluvia caía aún con más fuerza y se calaron completamente al cruzar la transitada calle en dirección a la estación, llevando los baúles.

Harry ya estaba acostumbrado a entrar en el andén nueve y tres cuartos. No había más que caminar recto a través de la barrera, aparentemente sólida, que separaba los andenes nueve y diez. La única dificultad radicaba en hacerlo con disimulo, para no atraer la atención de los muggles. Aquel día lo hicieron por grupos. Harry, Ron y Hermione (los más llamativos, porque llevaban con ellos a *Pigwidgeon* y a *Crookshanks*) pasaron primero: caminaron como quien no quiere la cosa hacia la barrera, hablando entre ellos despreocupadamente, y la atravesaron... y, al hacerlo, el andén nueve y tres cuartos se materializó allí mismo.

El expreso de Hogwarts, una reluciente máquina de vapor de color escarlata, ya estaba allí, y de él salían nubes de vapor que convertían en oscuros fantasmas a los numerosos alumnos de Hogwarts y sus padres, reunidos en el andén. Harry, Ron y Hermione entraron a coger sitio, y no tardaron en colocar su equipaje en un compartimiento de uno de los vagones centrales del tren. Luego bajaron de un salto otra vez al andén para despedirse de la señora Weasley, de Bill y de Charlie.

—Quizá nos veamos antes de lo que piensas —le dijo Charlie a Ginny, sonriendo, al abrazarla.

—¿Por qué? —le preguntó Fred muy interesado.

—Ya lo verás —respondió Charlie—. Pero no le digas a Percy que he dicho nada, porque, al fin y al cabo, es «información reservada, hasta que el ministro juzgue conveniente levantar el secreto».

—Sí, ya me gustaría volver a Hogwarts este año —dijo Bill con las manos en los bolsillos, mirando el tren con nostalgia.

—¿Por qué? —quiso saber George, intrigado.

—Porque vais a tener un curso muy interesante —explicó Bill,

parpadeando—. Quizá podría hacer algo de tiempo para ir y echar un vistazo a...

—¿A qué?

Pero en aquel momento sonó el silbato, y la señora Weasley los empujó hacia las puertas de los vagones.

—Gracias por la estancia, señora Weasley —dijo Hermione después de que subieron al tren, cerraron la puerta y se asomaron por la ventanilla para hablar con ella.

—Sí, gracias por todo, señora Weasley —dijo Harry.

—El placer ha sido mío —respondió ella—. Os invitaría también a pasar la Navidad, pero... bueno, creo que preferiréis quedaros en Hogwarts, porque con una cosa y otra...

—¡Mamá! —exclamó Ron enfadado—. ¿Qué es lo que sabéis vosotros tres y nosotros no?

—Esta noche os enteraréis, espero —contestó la señora Weasley con una sonrisa—. Va a ser muy emocionante... Desde luego, estoy muy contenta de que hayan cambiado las normas...

—¿Qué normas? —preguntaron Harry, Ron, Fred y George al mismo tiempo.

—Seguro que el profesor Dumbledore os lo explicará... Ahora, portaos bien, ¿eh? ¿Eh, Fred? ¿Eh, George?

El tren pitó muy fuerte y comenzó a moverse.

—¡Decidnos lo que va a ocurrir en Hogwarts! —gritó Fred desde la ventanilla cuando ya las figuras de la señora Weasley, de Bill y de Charlie empezaban a alejarse—. ¿Qué normas van a cambiar?

Pero la señora Weasley tan sólo sonreía y les decía adiós con la mano. Antes de que el tren hubiera doblado la curva, ella, Bill y Charlie habían desaparecido.

Harry, Ron y Hermione regresaron a su compartimiento. La espesa lluvia salpicaba en las ventanillas con tal fuerza que apenas distinguían nada del exterior. Ron abrió su baúl, sacó la túnica de gala de color rojo oscuro y tapó con ella la jaula de *Pigwidgeon* para amortiguar sus gorjeos.

—Bagman nos quería contar lo que va a pasar en Hogwarts —dijo malhumorado, sentándose al lado de Harry—. En los Mundiales, ¿recordáis? Pero mi propia madre es incapaz de decir nada. Me pregunto qué...

—¡Shh! —susurró de pronto Hermione, poniéndose un dedo en los labios y señalando el compartimiento de al lado.

Los tres aguzaron el oído y, a través de la puerta entreabierta, oyeron una voz familiar que arrastraba las palabras.

—... Mi padre pensó en enviarme a Durmstrang antes que a Hogwarts. Conoce al director. Bueno, ya sabéis lo que piensa de Dumbledore: a ése le gustan demasiado los sangre sucia... En cambio, en el Instituto Durmstrang no admiten a ese tipo de chusma. Pero a mi madre no le gustaba la idea de que yo fuera al colegio tan lejos. Mi padre dice que en Durmstrang tienen una actitud mucho más sensata que en Hogwarts con respecto a las Artes Oscuras. Los alumnos de Durmstrang las aprenden de verdad: no tienen únicamente esa porquería de defensa contra ellas que tenemos nosotros...

Hermione se levantó, fue de puntillas hasta la puerta del compartimiento y la cerró para no dejar pasar la voz de Malfoy.

—Así que piensa que Durmstrang le hubiera venido mejor, ¿no? —dijo irritada—. Me gustaría que lo hubieran llevado allí. De esa forma no tendríamos que aguantarlo.

—¿Durmstrang es otra escuela de magia? —preguntó Harry.

—Sí —dijo Hermione desdeñosamente—, y tiene una reputación horrible. Según el libro *Evaluación de la educación mágica en Europa*, da muchísima importancia a las Artes Oscuras.

—Creo que he oído algo sobre ella —comentó Ron pensativamente—. ¿Dónde está? ¿En qué país?

—Bueno, nadie lo sabe —repuso Hermione, levantando las cejas.

—Eh... ¿por qué no? —se extrañó Harry.

—Hay una rivalidad tradicional entre todas las escuelas de magia. A las de Durmstrang y Beauxbatons les gusta ocultar su paradero para que nadie les pueda robar los secretos —explicó Hermione con naturalidad.

—¡Vamos! ¡No digas tonterías! —exclamó Ron, riéndose—. Durmstrang tiene que tener el mismo tamaño que Hogwarts. ¿Cómo van a esconder un castillo enorme?

—¡Pero si también Hogwarts está oculto! —dijo Hermione, sorprendida—. Eso lo sabe todo el mundo. Bueno, todo el mundo que ha leído *Historia de Hogwarts*.

—Sólo tú, entonces —repuso Ron—. A ver, ¿cómo han hecho para esconder un lugar como Hogwarts?

—Está embrujado —explicó Hermione—. Si un muggle lo mira, lo único que ve son unas ruinas viejas con un letrero en la entrada donde dice: «MUY PELIGROSO. PROHIBIDA LA ENTRADA.»

—¿Así que Durmstrang también parece unas ruinas para el que no

pertenece al colegio?

—Posiblemente —contestó Hermione, encogiéndose de hombros—. O podrían haberle puesto repelentes mágicos de muggles, como al estadio de los Mundiales. Y, para impedir que los magos ajenos lo encuentren, pueden haberlo convertido en inmarcable.

—¿Cómo?

—Bueno, se puede encantar un edificio para que sea imposible marcarlo en ningún mapa.

—Eh... si tú lo dices... —admitió Harry.

—Pero creo que Durmstrang tiene que estar en algún país del norte —dijo Hermione reflexionando—. En algún lugar muy frío, porque llevan capas de piel como parte del uniforme.

—¡Ah, piensa en las posibilidades que eso tiene! —dijo Ron en tono soñador—. Habría sido tan fácil tirar a Malfoy a un glaciar y que pareciera un accidente... Es una pena que su madre no quisiera que fuera allí.

La lluvia se hacía aún más y más intensa conforme el tren avanzaba hacia el norte. El cielo estaba tan oscuro y las ventanillas tan empañadas que hacia el mediodía ya habían encendido las luces. El carrito de la comida llegó traqueteando por el pasillo, y Harry compró un montón de pasteles en forma de caldero para compartirlos con los demás.

Varios de sus amigos pasaron a verlos a lo largo de la tarde, incluidos Seamus Finnigan, Dean Thomas y Neville Longbottom, un muchacho de cara redonda extraordinariamente olvidadizo que había sido criado por su abuela, una bruja de armas tomar. Seamus aún llevaba la escarapela del equipo de Irlanda. Parecía que iba perdiendo su magia poco a poco, y, aunque todavía gritaba «¡Troy!, ¡Mullet!, ¡Moran!», lo hacía de forma muy débil y como fatigada. Después de una media hora, Hermione, harta de la inacabable charla sobre quidditch, se puso a leer una vez más el *Libro reglamentario de hechizos, curso 4º*, e intentó aprenderse el encantamiento convocador.

Mientras revivían el partido de la Copa, Neville los escuchaba con envidia.

—Mi abuela no quiso ir —dijo con evidente tristeza—. No compró entradas. Supongo que habrá sido impresionante...

—Lo fue —asintió Ron—. Mira esto, Neville...

Revolvió un poco en su baúl, que estaba colgado en la rejilla portaequipajes, y sacó la miniatura de Viktor Krum.

—¡Vaya! —exclamó Neville maravillado, cuando Ron le puso a Krum en su rechoncha mano.

—Lo vimos muy de cerca, además —añadió Ron—, porque estuvimos en

la tribuna principal...

—Por primera y última vez en tu vida, Weasley.

Draco Malfoy acababa de aparecer en el vano de la puerta. Detrás de él estaban Crabbe y Goyle, sus enormes y brutos amigotes, que parecían haber crecido durante el verano al menos treinta centímetros cada uno. Evidentemente, habían escuchado la conversación a través de la puerta del compartimiento, que Dean y Seamus habían dejado entreabierta.

—No recuerdo haberte invitado a entrar, Malfoy —dijo Harry fríamente.

—¿Qué es eso, Weasley? —preguntó Malfoy, señalando la jaula de *Pigwidgeon*. Una manga de la túnica de gala de Ron colgaba de ella balanceándose con el movimiento del tren, y el puño de puntilla de aspecto enmohecido resaltaba a la vista.

Ron intentó ocultar la túnica, pero Malfoy fue más rápido: agarró la manga y tiró de ella.

—¡Mirad esto! —exclamó Malfoy, encantado, enseñándoles a Crabbe y a Goyle la túnica de Ron—. No pensarás ponerte esto, ¿eh, Weasley? Fueron el último grito hacia mil ochocientos noventa...

—¡Vete a la mierda, Malfoy! —le dijo Ron, con la cara del mismo color que su túnica cuando la desprendió de las manos de Malfoy.

Malfoy se rió de él sonoramente. Crabbe y Goyle se reían también como tontos.

—¿Así que vas a participar, Weasley? ¿Vas a intentar dar un poco de gloria a tu apellido? También hay dinero, por supuesto. Si ganaras podrías comprarte una túnica decente...

—¿De qué hablas? —preguntó Ron bruscamente.

—¿Vas a participar? —repitió Malfoy—. Supongo que tú sí, Potter. Nunca dejas pasar una oportunidad de exhibirte, ¿a que no?

—Malfoy, una de dos: explica de qué estás hablando o vete —dijo Hermione con irritación, por encima de su *Libro reglamentario de hechizos, curso 4º*.

Una alegre sonrisa se dibujó en el pálido rostro de Malfoy.

—¡No me digas que no lo sabéis! —dijo muy contento—. ¿Tú tienes en el Ministerio a un padre y un hermano, y no lo sabes? Dios mío, mi padre me lo dijo hace un siglo... Cornelius Fudge se lo explicó. Pero, claro, mi padre siempre se ha relacionado con la gente más importante del Ministerio... Quizá el rango de tu padre es demasiado bajo para enterarse, Weasley. Sí... seguramente no tratan de cosas importantes con tu padre delante.

Volviendo a reírse, Malfoy hizo una seña a Crabbe y Goyle, y los tres se fueron.

Ron se puso en pie y cerró la puerta corredera del compartimiento dando un portazo tan fuerte que el cristal se hizo añicos.

—¡Ron! —le reprochó Hermione. Luego sacó la varita y susurró—: *¡Reparo!* —Los trozos se recompusieron en una plancha de cristal y regresaron a la puerta.

—Bueno... ha hecho como que lo sabe todo y nosotros no —dijo Ron con un gruñido—. «Mi padre siempre se ha relacionado con la gente más importante del Ministerio...» Mi padre podría haber ascendido cuando hubiera querido... pero prefiere quedarse donde está...

—Por supuesto que sí —asintió Hermione en voz baja—. No dejes que te moleste Malfoy, Ron.

—¿Él? ¿Molestarme a mí? ¡Como si pudiera! —replicó Ron cogiendo uno de los pasteles en forma de caldero que quedaban y aplastándolo.

A Ron no se le pasó el malhumor durante el resto del viaje. No habló gran cosa mientras se cambiaban para ponerse la túnica del colegio, y seguía sonrojado cuando por fin el expreso de Hogwarts aminoró la marcha hasta detenerse en la estación de Hogsmeade, que estaba completamente oscura.

Cuando se abrieron las puertas del tren, se oyó el retumbar de un trueno. Hermione envolvió a *Crookshanks* con su capa, y Ron dejó la túnica de gala cubriendo la jaula de *Pigwidgeon* antes de salir del tren bajo el aguacero con la cabeza inclinada y los ojos casi cerrados. La lluvia caía entonces tan rápida y abundantemente que era como si les estuvieran vaciando sobre la cabeza un cubo tras otro de agua helada.

—¡Eh, Hagrid! —gritó Harry, viendo una enorme silueta al final del andén.

—¿Todo bien, Harry? —le gritó Hagrid, saludándolo con la mano—. ¡Nos veremos en el banquete si no nos ahogamos antes!

Era tradición que los de primero llegaran al castillo de Hogwarts atravesando el lago con Hagrid.

—¡Ah, no me haría gracia pasar el lago con este tiempo! —aseguró Hermione enfáticamente, tiritando mientras avanzaban muy despacio por el oscuro andén con el resto del alumnado. Cien carruajes sin caballo los esperaban a la salida de la estación. Harry, Ron, Hermione y Neville subieron agradecidos a uno de ellos, la puerta se cerró con un golpe seco y un momento después, con una fuerte sacudida, la larga procesión de carruajes traqueteaba por el camino que llevaba al castillo de Hogwarts.

12

El Torneo de los tres magos

Los carruajes atravesaron las verjas flanqueadas por estatuas de cerdos alados y luego avanzaron por el ancho camino, balanceándose peligrosamente bajo lo que empezaba a convertirse en un temporal. Pegando la cara a la ventanilla, Harry podía ver cada vez más próximo el castillo de Hogwarts, con sus numerosos ventanales iluminados reluciendo borrosamente tras la cortina de lluvia. Los rayos cruzaban el cielo cuando su carruaje se detuvo ante la gran puerta principal de roble, que se alzaba al final de una breve escalinata de piedra. Los que ocupaban los carruajes de delante corrían ya subiendo los escalones para entrar en el castillo. También Harry, Ron, Hermione y Neville saltaron del carruaje y subieron la escalinata a toda prisa, y sólo levantaron la vista cuando se hallaron a cubierto en el interior del cavernoso vestíbulo alumbrado con antorchas y ante la majestuosa escalinata de mármol.

—¡Caray! —exclamó Ron, sacudiendo la cabeza y poniéndolo todo perdido de agua—. Si esto sigue así, va a terminar desbordándose el lago. Estoy empapado... ¡Ay!

Un globo grande y rojo lleno de agua acababa de estallarle en la cabeza. Empapado y farfullando de indignación, Ron se tambaleó y cayó contra Harry, al mismo tiempo que un segundo globo lleno de agua caía... rozando a Hermione. Estalló a los pies de Harry, y una ola de agua fría le mojó las zapatillas y los calcetines. A su alrededor, todos chillaban y se empujaban en un intento de huir de la línea de fuego.

Harry levantó la vista y vio, flotando a seis o siete metros por encima de ellos, a Peeves el *poltergeist*, una especie de hombrecillo con un gorro lleno de cascabeles y pajarita de color naranja. Su cara, ancha y maliciosa, estaba contraída por la concentración mientras se preparaba para apuntar a un nuevo blanco.

—¡PEEVES! —gritó una voz irritada—. ¡Peeves, baja aquí AHORA MISMO!

Acababa de entrar apresuradamente desde el Gran Comedor la profesora McGonagall, que era la subdirectora del colegio y jefa de la casa de Gryffindor. Resbaló en el suelo mojado y para no caerse tuvo que agarrarse al cuello de Hermione.

—¡Ay! Perdón, señorita Granger.

—¡No se preocupe, profesora! —dijo Hermione jadeando y frotándose la garganta.

—¡Peeves, baja aquí AHORA! —bramó la profesora McGonagall, enderezando su sombrero puntiagudo y mirando hacia arriba a través de sus gafas de montura cuadrada.

—¡No estoy haciendo nada! —contestó Peeves entre risas, arrojando un nuevo globo lleno de agua a varias chicas de quinto, que gritaron y corrieron hacia el Gran Comedor—. ¿No estaban ya mojadas? ¡Esto son unos chorritos! ¡Ja, ja, ja! —Y dirigió otro globo hacia un grupo de segundo curso que acababa de llegar.

—¡Llamaré al director! —gritó la profesora McGonagall—. Te lo advierto, Peeves...

Peeves le sacó la lengua, tiró al aire los últimos globos y salió zumbando escaleras arriba, riéndose como loco.

—¡Bueno, vamos! —ordenó bruscamente la profesora McGonagall a la empapada multitud—. ¡Vamos, al Gran Comedor!

Harry, Ron y Hermione cruzaron el vestíbulo entre resbalones y atravesaron la puerta doble de la derecha. Ron murmuraba entre dientes y se apartaba el pelo empapado de la cara.

El Gran Comedor, decorado para el banquete de comienzo de curso, tenía un aspecto tan espléndido como de costumbre, y el ambiente era mucho más cálido que en el vestíbulo. A la luz de cientos y cientos de velas que flotaban en el aire sobre las mesas, brillaban las copas y los platos de oro. Las cuatro largas mesas pertenecientes a las casas estaban abarrotadas de alumnos que charlaban. Al fondo del comedor, los profesores se hallaban sentados a lo largo de uno de los lados de la quinta mesa, de cara a sus alumnos. Harry, Ron y Hermione pasaron por delante de los estudiantes de Slytherin, de Ravenclaw y de Hufflepuff, y se sentaron con los demás de la casa de Gryffindor al otro lado del Gran Comedor, junto a Nick Casi Decapitado, el fantasma de Gryffindor. De color blanco perla y semitransparente, Nick llevaba puesto aquella noche su acostumbrado jubón, con una gorguera especialmente ancha que servía al doble propósito de dar a su atuendo un tono festivo y de asegurar que la cabeza se tambaleara lo menos posible sobre su cuello, parcialmente cortado.

—Buenas noches —dijo sonriéndoles.

—¡Pues cómo serán las malas! —contestó Harry, quitándose las zapatillas y vaciándolas de agua—. Espero que se den prisa con la Ceremonia de Selección, porque me muero de hambre.

La selección de los nuevos estudiantes para asignarles casa tenía lugar al comienzo de cada curso; pero, por una infortunada combinación de circunstancias, Harry no había estado presente más que en la suya propia. Estaba deseando que empezara.

Justo en aquel momento, una voz entrecortada y muy excitada lo llamó:

—¡Eh, Harry!

Era Colin Creevey, un alumno de tercero para quien Harry era una especie de héroe.

—Hola, Colin —respondió con poco entusiasmo.

—Harry, ¿a que no sabes qué? ¿A que no sabes qué, Harry? ¡Mi hermano empieza este año! ¡Mi hermano Dennis!

—Eh... bien —dijo Harry.

—¡Está muy nervioso! —explicó Colin, casi saltando arriba y abajo en su asiento—. ¡Espero que le toque Gryffindor! Cruza los dedos, ¿eh, Harry?

—Sí, vale —accedió Harry. Se volvió hacia Hermione, Ron y Nick Casi Decapitado—. Los hermanos generalmente van a la misma casa, ¿no? —comentó. Estaba pensando en los Weasley, que eran siete y todos habían pertenecido a Gryffindor.

—No, no necesariamente —repuso Hermione—. La hermana gemela de Parvati Patil está en Ravenclaw, y son idénticas. Uno pensaría que tenían que estar juntas, ¿verdad?

Harry miró la mesa de los profesores. Había más asientos vacíos de lo normal. Hagrid, por supuesto, estaría todavía abriéndose camino entre las aguas del lago con los de primero; la profesora McGonagall se encontraría seguramente supervisando el secado del suelo del vestíbulo; pero había además otra silla vacía, y no caía en la cuenta de quién era el que faltaba.

—¿Dónde está el nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras? —preguntó Hermione, que también miraba la mesa de los profesores.

Nunca habían tenido un profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras que les durara más de un curso. Con diferencia, el favorito de Harry había sido el profesor Lupin, que había dimitido el curso anterior. Recorrió la mesa de los profesores de un lado a otro: no había ninguna cara nueva.

—¡A lo mejor no han podido encontrar a nadie! —dijo Hermione, preocupada.

Harry examinó la mesa con más cuidado. El pequeño profesor Flitwick, que impartía la clase de Encantamientos, estaba sentado sobre un montón de cojines al lado de la profesora Sprout, que daba Herbología y que en aquellos momentos llevaba el sombrero ladeado sobre el lacio pelo gris. Hablaba con la profesora Sinistra, del departamento de Astronomía. Al otro lado de la profesora Sinistra estaba Snape, el profesor de Pociones, con su pelo grasiento, su nariz ganchuda y su rostro cetrino: la persona a la que Harry tenía menos aprecio en todo Hogwarts. El odio que Harry le profesaba sólo tenía parangón con el que Snape le profesaba a él, un odio que, si eso era posible,

parecía haberse intensificado el curso anterior después de que Harry había ayudado á huir a Sirius ante las desmesuradas narices de Snape. Snape y Sirius habían sido enemigos desde que eran estudiantes.

Al otro lado de Snape había un asiento vacío que Harry adivinó que era el de la profesora McGonagall. En la silla contigua, y en el mismo centro de la mesa, estaba sentado el profesor Dumbledore, el director: su abundante pelo plateado y su barba brillaban a la luz de las velas, y llevaba una majestuosa túnica de color verde oscuro bordada con multitud de estrellas y lunas. Dumbledore había juntado las yemas de sus largos y delgados dedos, y apoyaba sobre ellas la barbilla, mirando al techo a través de sus gafas de media luna, como absorto en sus pensamientos. Harry también miró al techo. Por obra de encantamiento, tenía exactamente el mismo aspecto que el cielo al aire libre, aunque nunca lo había visto tan tormentoso como aquel día. Se arremolinaban en él nubes de color negro y morado. Después de oír un trueno, Harry vio que un rayo dibujaba en el techo su forma ahorquillada.

—¡Que se den prisa! —gimió Ron, al lado de Harry—. Podría comerme un hipogrifo.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando se abrieron las puertas del Gran Comedor y se hizo el silencio. La profesora McGonagall marchaba a la cabeza de una larga fila de alumnos de primero, a los que condujo hasta la parte superior del Gran Comedor, donde se encontraba la mesa de los profesores. Si Harry, Ron y Hermione estaban mojados, lo suyo no era nada comparado con lo de aquellos alumnos de primero. Más que haber navegado por el lago, parecían haberlo pasado a nado. Temblando con una mezcla de frío y nervios, llegaron a la altura de la mesa de los profesores y se detuvieron, puestos en fila, de cara al resto de los estudiantes. El único que no temblaba era el más pequeño de todos, un muchacho con pelo castaño desvaído que iba envuelto en lo que Harry reconoció como el abrigo de piel de topo de Hagrid. El abrigo le venía tan grande que parecía que estuviera envuelto en un toldo de piel negra. Su carita salía del cuello del abrigo con aspecto de estar al borde de la conmoción. Cuando se puso en fila con sus aterrorizados compañeros, vio a Colin Creevey, levantó dos veces el pulgar para darle a entender que todo iba bien y dijo sin hablar, moviendo sólo los labios: «¡Me he caído en el lago!» Parecía completamente encantado por el accidente.

Entonces la profesora McGonagall colocó un taburete de cuatro patas en el suelo ante los alumnos de primero y, encima de él, un sombrero extremadamente viejo, sucio y remendado. Los de primero lo miraban, y también el resto de la concurrencia. Por un momento el Gran Comedor quedó en silencio. Entonces se abrió un desgarrón que el sombrero tenía cerca del ala, formando como una boca, y empezó a cantar:

Hace tal vez mil años

que me cortaron, ahormaron y cosieron.

Había entonces cuatro magos de fama
de los que la memoria los nombres guarda:

El valeroso Gryffindor venía del páramo;
el bello Ravenclaw, de la cañada;
del ancho valle procedía Hufflepuff el suave,
y el astuto Slytherin, de los pantanos.

Compartían un deseo, una esperanza, un sueño:
idearon de común acuerdo un atrevido plan
para educar jóvenes brujos.
Así nació Hogwarts, este colegio.

Luego, cada uno de aquellos fundadores
fundó una casa diferente
para los diferentes caracteres
de su alumnado.

Para Gryffindor
el valor era lo mejor;
para Ravenclaw,
la inteligencia.

Para Hufflepuff el mayor mérito de todos
era romperse los codos.
El ambicioso Slytherin
ambicionaba alumnos ambiciosos.

Estando aún con vida

se repartieron a cuantos venían,

pero ¿cómo seguir escogiendo

cuando estuvieran muertos y en el hoyo?

Fue Gryffindor el que halló el modo:

me levantó de su cabeza,

y los cuatro en mí metieron algo de su sesera

para que pudiera elegiros a la primera.

Ahora ponme sobre las orejas.

No me equivoco nunca:

echaré un vistazo a tu mente

¡y te diré de qué casa eres!

En el Gran Comedor resonaron los aplausos cuando terminó de cantar el Sombrero Seleccionador.

—No es la misma canción de cuando nos seleccionó a nosotros —comentó Harry, aplaudiendo con los demás.

—Canta una canción diferente cada año —dijo Ron—. Tiene que ser bastante aburrido ser un sombrero, ¿verdad? Supongo que se pasa el año preparando la próxima canción.

La profesora McGonagall desplegaba en aquel momento un rollo grande de pergamino.

—Cuando pronuncie vuestro nombre, os pondréis el sombrero y os sentaréis en el taburete —dijo dirigiéndose a los de primero—. Cuando el sombrero anuncie la casa a la que pertenecéis, iréis a sentaros en la mesa correspondiente. ¡Ackerley, Stewart!

Un chico se adelantó, temblando claramente de la cabeza a los pies, cogió el Sombrero Seleccionador, se lo puso y se sentó en el taburete.

—¡Ravenclaw! —gritó el sombrero.

Stewart Ackerley se quitó el sombrero y se fue a toda prisa a sentarse a la mesa de Ravenclaw, donde todos lo estaban aplaudiendo. Harry vislumbró a Cho, la buscadora del equipo de Ravenclaw, que recibía con vítores a Stewart Ackerley cuando se sentaba. Durante un fugaz segundo, Harry sintió el extraño deseo de ponerse en la mesa de Ravenclaw.

—¡Baddock, Malcolm!

—¡Slytherin!

La mesa del otro extremo del Gran Comedor estalló en vítores. Harry vio cómo aplaudía Malfoy cuando Malcolm se reunió con ellos. Harry se preguntó si Baddock tendría idea de que la casa de Slytherin había dado más brujos y brujas oscuros que ninguna otra. Fred y George silbaron a Malcolm Baddock mientras tomaba asiento.

—¡Branstone, Eleanor!

—¡Hufflepuff!

—¡Cauldwell, Owen!

—¡Hufflepuff!

—¡Creevey, Dennis!

El pequeño Dennis Creevey avanzó tambaleándose y se tropezó en el abrigo de piel de topo de Hagrid al mismo tiempo que éste entraba furtivamente en el Gran Comedor a través de una puerta situada detrás de la mesa de los profesores. Unas dos veces más alto que un hombre normal y al menos tres veces más ancho, Hagrid, con su pelo y barba largos, enmarañados y renegridos, daba un poco de miedo. Una impresión falsa, porque Harry, Ron y Hermione sabían que Hagrid tenía un carácter muy bondadoso. Les guiñó un ojo mientras se sentaba a un extremo de la mesa de los profesores, y observó cómo Dennis Creevey se ponía el Sombrero Seleccionador. El desgarrón que tenía el sombrero cerca del ala volvió a abrirse.

—¡Gryffindor! —gritó el sombrero.

Harry aplaudió con los demás de la mesa de Gryffindor cuando Dennis Creevey, sonriendo de oreja a oreja, se quitó el sombrero, lo volvió a poner en el taburete y se fue a toda prisa junto a su hermano.

—¡Colin, me caí! —dijo de modo estridente, arrojándose sobre un asiento vacío—. ¡Fue estupendo! ¡Y algo en el agua me agarró y me devolvió a la barca!

—¡Tranqui! —repuso Colin, igual de emocionado—. ¡Seguramente fue el calamar gigante, Dennis!

—¡Vaya! —exclamó Dennis, como si nadie, en sus mejores sueños, pudiera imaginar nada mejor que ser arrojado al agua en un lago de varias brazas de profundidad, por una sacudida en medio de una tormenta, y ser sacado por un monstruo marino gigante.

—¡Dennis!, ¡Dennis!, ¿has visto a ese chico? ¡El del pelo negro y las gafas!, ¿lo ves? ¿A que no sabes quién es, Dennis?

Harry miró para otro lado y se fijó en el Sombrero Seleccionador, que en aquel instante estaba ocupándose de Emma Dobbs.

La Selección continuó. Chicos y chicas con diferente grado de nerviosismo en la cara se iban acercando, uno a uno, al taburete de cuatro patas, y la fila se acortaba considerablemente conforme la profesora McGonagall iba llamando a los de la ele.

—¡Vamos, deprisa! —gimió Ron, frotándose el estómago.

—¡Por favor, Ron! Recordad que la Selección es mucho más importante que la comida —le dijo Nick Casi Decapitado, al tiempo que «¡Madley, Laura!» se convertía en miembro de la casa Hufflepuff.

—Por supuesto que sí, si uno está muerto —replicó Ron.

—Espero que la remesa de este año en nuestra casa cumpla con los requisitos —comentó Nick Casi Decapitado, aplaudiendo cuando «¡McDonald, Natalie!» llegó a la mesa de Gryffindor—. No queremos romper nuestra racha ganadora, ¿verdad?

Gryffindor había ganado los tres últimos años la Copa de las Casas.

—¡Pritchard, Graham!

—¡Slytherin!

—¡Quirke, Orla!

—¡Ravenclaw!

Por último, con «¡Whitby, Kevin!» («¡Hufflepuff!»), la Ceremonia de Selección dio fin. La profesora McGonagall cogió el sombrero y el taburete, y se los llevó.

—Se acerca el momento —dijo Ron cogiendo el tenedor y el cuchillo y mirando ansioso su plato de oro.

El profesor Dumbledore se puso en pie. Sonreía a los alumnos, con los brazos abiertos en señal de bienvenida.

—Tengo sólo dos palabras que deciros —dijo, y su profunda voz resonó en el Gran Comedor—: ¡A comer!

—¡Obedecemos! —dijeron Harry y Ron en voz alta, cuando por arte de magia las fuentes vacías de repente aparecieron llenas ante sus ojos.

Nick Casi Decapitado observó con tristeza cómo Harry, Ron y Hermione llenaban sus platos de comida.

—¡Ah, «esdo esdá me'or»! —dijo Ron con la boca llena de puré de patata.

—Tenéis suerte de que haya banquete esta noche, ¿sabéis? —comentó Nick Casi Decapitado—. Antes ha habido problemas en las cocinas.

—¿«Po' gué»? ¿«Gué ha sudedido»? —dijo Harry, con la boca llena con un buen pedazo de carne.

—Peeves, por supuesto —explicó Nick Casi Decapitado, moviendo la cabeza, que se tambaleó peligrosamente. Se subió la gorguera un poco más—. Lo de siempre, ya sabéis. Quería asistir al banquete. Bueno, eso está completamente fuera de cuestión, porque ya lo conocéis: es un salvaje; no puede ver un plato de comida y resistir el impulso de tirárselo a alguien. Celebramos una reunión de fantasmas al respecto. El Fraile Gordo estaba a favor de darle una oportunidad, pero el Barón Sanguinario... más prudentemente, a mí parecer... se mantuvo en sus trece.

El Barón Sanguinario era el fantasma de Slytherin, un espectro adusto y mudo cubierto de manchas de sangre de color plateado. Era el único en Hogwarts que realmente podía controlar a Peeves.

—Sí, ya nos pareció que Peeves estaba enfadado por algo —dijo Ron en tono enigmático—. ¿Qué hizo en las cocinas?

—¡Oh, lo normal! —respondió Nick Casi Decapitado, encogiéndose de hombros—. Alborotó y rompió cosas. Tiró cazuelas y sartenes. Lo encontraron nadando en la sopa. A los elfos domésticos los sacó de sus casillas...

¡Paf!

Hermione acababa de golpear su copa de oro. El zumo de calabaza se extendió rápidamente por el mantel, manchando de color naranja una amplia superficie de tela blanca, pero Hermione no se inmutó por ello.

—¿Aquí hay elfos domésticos? —preguntó, clavando los ojos en Nick Casi Decapitado, con expresión horrorizada—. ¿Aquí, en Hogwarts?

—Claro que sí —respondió Nick Casi Decapitado, sorprendido de la reacción de Hermione—. Más que en ninguna otra morada de Gran Bretaña, según creo. Más de un centenar.

—¡Si nunca he visto a ninguno! —objetó Hermione.

—Bueno, apenas abandonan las cocinas durante el día —explicó Nick Casi Decapitado—. Salen de noche para hacer un poco de limpieza... atender los fuegos y esas cosas... Se supone que no hay que verlos. Eso es lo que

distingue a un buen elfo doméstico, que nadie sabe que está ahí.

Hermione lo miró fijamente.

—Pero ¿les pagan? —preguntó—. Tendrán vacaciones, ¿no? Y... y baja por enfermedad, pensiones y todo eso...

Nick Casi Decapitado se rió con tantas ganas que la gorguera se le bajó y la cabeza se le cayó y quedó colgando del fantasmal trocito de piel y músculo que todavía la mantenía unida al cuello.

—¿Baja por enfermedad y pensiones? —repitió, volviendo a colocarse la cabeza sobre los hombros y asegurándola de nuevo con la gorguera—. ¡Los elfos domésticos no quieren bajas por enfermedad ni pensiones!

Hermione miró su plato, que estaba casi intacto, puso encima el tenedor y el cuchillo y lo apartó de ella.

—«Vabos, He'mione» —dijo Ron, rociando sin querer a Harry con trocitos de budín de Yorkshire—. «Va'a», lo siento, «Adry». —Tragó—. ¡Porque te mueras de hambre no vas a conseguir que tengan bajas por enfermedad!

—Esclavitud —dijo Hermione, respirando con dificultad—. Así es como se hizo esta cena: mediante la esclavitud.

Y se negó a probar otro bocado.

La lluvia seguía golpeando con fuerza contra los altos y oscuros ventanales. Otro trueno hizo vibrar los cristales, y el techo que reproducía la tormenta del cielo brilló iluminando la vajilla de oro justo en el momento en que los restos del plato principal se desvanecieron y fueron reemplazados, en un abrir y cerrar de ojos, por los postres.

—¡Tarta de melaza, Hermione! —dijo Ron, dándosela a oler—. ¡Bollo de pasas, mira! ¡Y pastel de chocolate!

Pero la mirada que le dirigió Hermione le recordó hasta tal punto la de la profesora McGonagall que prefirió desistir.

Una vez terminados los postres y cuando los últimos restos desaparecieron de los platos, dejándolos completamente limpios, Albus Dumbledore volvió a levantarse. El rumor de charla que llenaba el Gran Comedor se apagó al instante, y sólo se oyó el silbido del viento y la lluvia golpeando contra los ventanales.

—¡Bien! —dijo Dumbledore, sonriéndoles a todos—. Ahora que todos estamos bien comidos —Hermione lanzó un gruñido—, debo una vez más rogar vuestra atención mientras os comunico algunas noticias:

»El señor Filch, el conserje, me ha pedido que os comunique que la lista de objetos prohibidos en el castillo se ha visto incrementada este año con la inclusión de los yoyós gritadores, los discos voladores con colmillos y los

bumeranes-porrazo. La lista completa comprende ya cuatrocientos treinta y siete artículos, según creo, y puede consultarse en la conserjería del señor Filch.

La boca de Dumbledore se crispó un poco en las comisuras. Luego prosiguió:

—Como cada año, quiero recordaros que el bosque que está dentro de los terrenos del castillo es una zona prohibida a los estudiantes. Otro tanto ocurre con el pueblo de Hogsmeade para todos los alumnos de primero y de segundo.

»Es también mi doloroso deber informaros de que la Copa de quidditch no se celebrará este curso.

—¿Qué? —dijo Harry sin aliento.

Miró a Fred y George, sus compañeros del equipo de quidditch. Le decían algo a Dumbledore moviendo sólo los labios, sin pronunciar ningún sonido, porque debían de estar demasiado consternados para poder hablar. Dumbledore continuó:

—Esto se debe a un acontecimiento que dará comienzo en octubre y continuará a lo largo de todo el curso, acaparando una gran parte del tiempo y la energía de los profesores... pero estoy seguro de que lo disfrutaréis enormemente. Tengo el gran placer de anunciar que este año en Hogwarts...

Pero en aquel momento se escuchó un trueno ensordecedor, y las puertas del Gran Comedor se abrieron de golpe.

En la puerta apareció un hombre que se apoyaba en un largo bastón y se cubría con una capa negra de viaje. Todas las cabezas en el Gran Comedor se volvieron para observar al extraño, repentinamente iluminado por el resplandor de un rayo que apareció en el techo. Se bajó la capucha, sacudió una larga melena en parte cana y en parte negra, y caminó hacia la mesa de los profesores.

Un sordo golpe repitió cada uno de sus pasos por el Gran Comedor. Llegó a un extremo de la mesa de los profesores, se volvió a la derecha y fue cojeando pesadamente hacia Dumbledore. El resplandor de otro rayo cruzó el techo. Hermione ahogó un grito.

Aquella luz había destacado el rostro del hombre, y era un rostro muy diferente de cuantos Harry había visto en su vida. Parecía como labrado en un trozo de madera desgastado por el tiempo y la lluvia, por alguien que no tenía la más leve idea de cómo eran los rostros humanos y que además no era nada habilidoso con el formón. Cada centímetro de la piel parecía una cicatriz. La boca era como un tajo en diagonal, y le faltaba un buen trozo de la nariz. Pero lo que lo hacía verdaderamente terrorífico eran los ojos.

Uno de ellos era pequeño, oscuro y brillante. El otro era grande, redondo como una moneda y de un azul vívido, eléctrico. El ojo azul se movía sin cesar, sin parpadear, girando para arriba y para abajo, a un lado y a otro,

completamente independiente del ojo normal... y luego se quedaba en blanco, como si mirara al interior de la cabeza.

El extraño llegó hasta Dumbledore. Le tendió una mano tan toscamente formada como su cara, y Dumbledore la estrechó, murmurando palabras que Harry no consiguió oír. Parecía estar haciéndole preguntas al extraño, que negaba con la cabeza, sin sonreír, y contestaba en voz muy baja. Dumbledore asintió también con la cabeza, y le mostró al hombre el asiento vacío que había a su derecha.

El extraño se sentó y sacudió su melena para apartarse el pelo entrecano de la cara; se acercó un plato de salchichas, lo levantó hacia lo que le quedaba de nariz y lo olfateó. A continuación se sacó del bolsillo una pequeña navaja, pinchó una de las salchichas por un extremo y empezó a comérsela. Su ojo normal estaba fijo en la salchicha, pero el azul seguía yendo de un lado para otro sin descanso, moviéndose en su cuenca, fijándose tanto en el Gran Comedor como en los estudiantes.

—Os presento a nuestro nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras —dijo animadamente Dumbledore, ante el silencio de la sala—: el profesor Moody.

Lo normal era que los nuevos profesores fueran recibidos con saludos y aplausos, pero nadie aplaudió aquella vez, ni entre los profesores ni entre los alumnos, a excepción de Hagrid y Dumbledore. El sonido de las palmadas de ambos resonó tan tristemente en medio del silencio que enseguida dejaron de aplaudir. Todos los demás parecían demasiado impresionados por la extraña apariencia de Moody para hacer algo más que mirarlo.

—¿Moody? —le susurró Harry a Ron—. ¿*Ojoloco* Moody? ¿Al que tu padre ha ido a ayudar esta mañana?

—Debe de ser él —dijo Ron, con voz asustada.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Hermione en voz muy baja—. ¿Qué le pasó en la cara?

—No lo sé —contestó Ron, observando a Moody con fascinación.

Moody parecía totalmente indiferente a aquella fría acogida. Haciendo caso omiso de la jarra de zumo de calabaza que tenía delante, volvió a buscar en su capa de viaje, sacó una petaca y echó un largo trago de su contenido. Al levantar el brazo para beber, la capa se alzó unos centímetros del suelo, y Harry vio, por debajo de la mesa, parte de una pata de palo que terminaba en una garra.

Dumbledore volvió a aclararse la garganta.

—Como iba diciendo —siguió, sonriendo a la multitud de estudiantes que tenía delante, todos los cuales seguían con la mirada fija en *Ojoloco* Moody—, tenemos el honor de ser la sede de un emocionante evento que tendrá lugar durante los próximos meses, un evento que no se celebraba desde hacía más

de un siglo. Es un gran placer para mí informaros de que este curso tendrá lugar en Hogwarts el Torneo de los tres magos.

—¡Se está quedando con nosotros! —dijo Fred en voz alta.

Repentinamente se quebró la tensión que se había apoderado del Gran Comedor desde la entrada de Moody. Casi todo el mundo se rió, y Dumbledore también, como apreciando la intervención de Fred.

—No me estoy quedando con nadie, señor Weasley —repuso—, aunque, hablando de quedarse con la gente, este verano me han contado un chiste buenísimo sobre un trol, una bruja y un leprechaun que entran en un bar...

La profesora McGonagall se aclaró ruidosamente la garganta.

—Eh... bueno, quizá no sea éste el momento más apropiado... No, es verdad —dijo Dumbledore—. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí, el Torneo de los tres magos! Bien, algunos de vosotros seguramente no sabéis qué es el Torneo de los tres magos, así que espero que los que lo saben me perdonen por dar una breve explicación mientras piensan en otra cosa.

»El Torneo de los tres magos tuvo su origen hace unos setecientos años, y fue creado como una competición amistosa entre las tres escuelas de magia más importantes de Europa: Hogwarts, Beauxbatons y Durmstrang. Para representar a cada una de estas escuelas se elegía un campeón, y los tres campeones participaban en tres pruebas mágicas. Las escuelas se turnaban para ser la sede del Torneo, que tenía lugar cada cinco años, y se consideraba un medio excelente de establecer lazos entre jóvenes magos y brujas de diferentes nacionalidades... hasta que el número de muertes creció tanto que decidieron interrumpir la celebración del Torneo.

—¿El número de muertes? —susurró Hermione, algo asustada.

Pero la mayoría de los alumnos que había en el Gran Comedor no parecían compartir aquel miedo: muchos de ellos cuchicheaban emocionados, y el mismo Harry estaba más interesado en seguir oyendo detalles sobre el Torneo que en preocuparse por unas muertes que habían ocurrido hacía más de cien años.

—En todo este tiempo ha habido varios intentos de volver a celebrar el Torneo —prosiguió Dumbledore—, ninguno de los cuales tuvo mucho éxito. Sin embargo, nuestros departamentos de Cooperación Mágica Internacional y de Deportes y Juegos Mágicos han decidido que éste es un buen momento para volver a intentarlo. Hemos trabajado a fondo este verano para asegurarnos de que esta vez ningún campeón se encuentre en peligro mortal.

»En octubre llegarán los directores de Beauxbatons y de Durmstrang con su lista de candidatos, y la selección de los tres campeones tendrá lugar en Halloween. Un juez imparcial decidirá qué estudiantes reúnen más méritos para competir por la Copa de los tres magos, la gloria de su colegio y el premio en metálico de mil galeones.

—¡Yo voy a intentarlo! —dijo entre dientes Fred Weasley, con la cara iluminada de entusiasmo ante la perspectiva de semejante gloria y riqueza. No debía de ser el único que se estaba imaginando a sí mismo como campeón de Hogwarts. En cada una de las mesas, Harry veía a estudiantes que miraban a Dumbledore con expresión de arrebato, o que cuchicheaban con los vecinos completamente emocionados. Pero Dumbledore volvió a hablar, y en el Gran Comedor se hizo otra vez el silencio.

—Aunque me imagino que todos estaréis deseando llevaros la Copa del Torneo de los tres magos —dijo—, los directores de los tres colegios participantes, de común acuerdo con el Ministerio de Magia, hemos decidido establecer una restricción de edad para los contendientes de este año. Sólo los estudiantes que tengan la edad requerida (es decir, diecisiete años o más) podrán proponerse a consideración. Ésta —Dumbledore levantó ligeramente la voz debido a que algunos hacían ruidos de protesta en respuesta a sus últimas palabras, especialmente los gemelos Weasley, que parecían de repente furiosos— es una medida que estimamos necesaria dado que las tareas del Torneo serán difíciles y peligrosas, por muchas precauciones que tomemos, y resulta muy improbable que los alumnos de cursos inferiores a sexto y séptimo sean capaces de enfrentarse a ellas. Me aseguraré personalmente de que ningún estudiante menor de esa edad engañe a nuestro juez imparcial para convertirse en campeón de Hogwarts. —Sus ojos de color azul claro brillaron especialmente cuando los guiñó hacia los rostros de Fred y George, que mostraban una expresión de desafío—. Así pues, os ruego que no perdáis el tiempo presentándoos si no habéis cumplido los diecisiete años.

»Las delegaciones de Beauxbatons y Durmstrang llegarán en octubre y permanecerán con nosotros la mayor parte del curso. Sé que todos trataréis a nuestros huéspedes extranjeros con extremada cortesía mientras están con nosotros, y que daréis vuestro apoyo al campeón de Hogwarts cuando sea elegido o elegida. Y ya se va haciendo tarde y sé lo importante que es para todos vosotros estar despiertos y descansados para empezar las clases mañana por la mañana. ¡Hora de dormir! ¡Andando!

Dumbledore volvió a sentarse y siguió hablando con *Ojoloco* Moody. Los estudiantes hicieron mucho ruido al ponerse en pie y dirigirse hacia la doble puerta del vestíbulo.

—¡No pueden hacer eso! —protestó George Weasley, que no se había unido a la multitud que avanzaba hacia la salida sino que se había quedado quieto, de pie y mirando a Dumbledore—. Nosotros cumpliremos los diecisiete en abril: ¿por qué no podemos tener una oportunidad?

—No me van a impedir que entre —aseguró Fred con testarudez, mirando a la mesa de profesores con el entrecejo fruncido—. Los campeones tendrán que hacer un montón de cosas que en condiciones normales nunca nos permitirían. ¡Y hay mil galeones de premio!

—Sí —asintió Ron, con expresión soñadora—. Sí, mil galeones...

—Vamos —dijo Hermione—, si no nos movemos nos vamos a quedar aquí

solos.

Harry, Ron, Hermione, Fred y George salieron por el vestíbulo; los gemelos iban hablando de lo que Dumbledore podía hacer para impedir que participaran en el Torneo los menores de diecisiete años.

—¿Quién es ese juez imparcial que va a decidir quiénes serán los campeones? —preguntó Harry.

—No lo sé —respondió Fred—, pero es a él a quien tenemos que engañar. Supongo que un par de gotas de poción envejecedora podrían bastar, George...

—Pero Dumbledore sabe que no tienes la edad —dijo Ron.

—Ya, pero él no es el que decide quién será el campeón, ¿no? —dijo Fred astutamente—. Me da la impresión de que cuando ese juez sepa quién quiere participar escogerá al mejor de cada colegio y no le importará mucho la edad. Dumbledore pretende que no lleguemos a presentarnos.

—¡Pero ha habido muertos! —señaló Hermione con voz preocupada mientras atravesaban una puerta oculta tras un tapiz y comenzaban a subir otra escalera más estrecha.

—Sí —admitió Fred, sin darle importancia—, pero eso fue hace años, ¿no? Además, ¿es que puede haber diversión sin un poco de riesgo? ¡Eh, Ron!, y si averiguamos cómo engañar a Dumbledore, ¿no te gustaría participar?

—¿Qué te parece? —le preguntó Ron a Harry—. Estaría bien participar, ¿no? Pero supongo que elegirán a alguien mayor... No sé si estamos preparados...

—Yo, desde luego, no lo estoy —dijo desde detrás de Fred y George la voz triste de Neville—. Supongo que a mi abuela le gustaría que lo intentara. Siempre me dice que debería mantener alto el honor de la familia. Tendré que... ¡Ay!

Neville acababa de hundir un pie en un peldaño a mitad de la escalera. En Hogwarts había muchos escalones falsos como aquél. Para la mayor parte de los estudiantes que llevaban cierto tiempo en Hogwarts, saltar aquellos escalones especiales se había convertido en un acto inconsciente, pero la memoria de Neville era nefasta. Entre Harry y Ron lo agarraron por las axilas y le liberaron el pie, mientras una armadura que había al final de la escalera se reía con un tintineo de sus piezas de metal.

—¡Cállate! —le dijo Ron, bajándole la visera al pasar.

Fueron hasta la entrada de la torre de Gryffindor, que estaba oculta tras el enorme retrato de una señora gorda con un vestido de seda rosa.

—¿La contraseña? —preguntó cuando los vio aproximarse.

—«¡Tonterías!» —respondió George—. Es lo que me ha dicho abajo un prefecto.

El retrato se abrió hacia ellos para mostrar un hueco en el muro, a través del cual entraron. Un fuego crepitaba en la sala común de forma circular, abarrotada de mesas y de butacones mullidos. Hermione dirigió una mirada sombría a las alegres llamas, y Harry la oyó murmurar claramente «esclavitud» antes de volverse a ellos para darles las buenas noches y desaparecer por la puerta hacia el dormitorio de las chicas.

Harry, Ron y Neville subieron por la última escalera, que era de caracol, para ir a su dormitorio, que se hallaba al final de la torre. Pegadas a la pared había cinco camas con dosel de color carmesí intenso, cada una de las cuales tenía a los pies el baúl de su propietario. Dean y Seamus se metían ya en la cama. Seamus había colgado la escarapela del equipo de Irlanda en la cabecera de la suya, y Dean había clavado con chinchetas el póster de Viktor Krum sobre la mesita de noche. El antiguo póster del equipo de fútbol de West Ham estaba justo al lado.

—Está pirado —comentó Ron suspirando y moviendo la cabeza de lado a lado ante los futbolistas de papel.

Harry, Ron y Neville se pusieron el pijama y se metieron en la cama. Alguien (un elfo doméstico, sin duda) había colocado calentadores entre las sábanas. Era muy placentero estar allí, en la cama, y escuchar la tormenta que azotaba fuera.

—Podría presentarme —dijo Ron en la oscuridad, medio dormido—, si Fred y George descubren cómo hacerlo... El Torneo... nunca se sabe, ¿verdad?

—Supongo que no... —Harry se dio la vuelta en la cama y una serie de nuevas imágenes deslumbrantes se le formaron en la mente: engañaba a aquel juez imparcial y le hacía creer que tenía diecisiete años... Lo elegían campeón de Hogwarts... Se hallaba en el campo, con los brazos alzados delante de todo el colegio, y sus compañeros lo ovacionaban... Acababa de ganar el Torneo de los tres magos, y de entre la borrosa multitud se destacaba claramente el rostro de Cho, resplandeciente de admiración...

Harry sonrió a la almohada, contento de que Ron no pudiera ver lo que él veía.

13

Ojoloco Moody

A la mañana siguiente la tormenta se había ido a otra parte, aunque el techo del Gran Comedor seguía teniendo un aspecto muy triste. Durante el desayuno, unas nubes enormes del color gris del peltre se arremolinaban sobre las cabezas de los alumnos, mientras Harry, Ron y Hermione examinaban sus nuevos horarios. Unos asientos más allá, Fred, George y Lee Jordan discurrían métodos mágicos de envejecerse y engañar al juez para poder participar en el Torneo de los tres magos.

—Hoy no está mal: fuera toda la mañana —dijo Ron pasando el dedo por la columna del lunes de su horario—. Herbología con los de Hufflepuff y Cuidado de Criaturas Mágicas... ¡Maldita sea!, seguimos teniéndola con los de Slytherin...

—Y esta tarde dos horas de Adivinación —gruñó Harry, observando el horario. Adivinación era su materia menos apreciada, aparte de Pociones. La profesora Trelawney siempre estaba prediciendo la muerte de Harry, cosa que a él no le hacía ni pizca de gracia.

—Tendríais que haber abandonado esa asignatura como hice yo —dijo Hermione con énfasis, untando mantequilla en la tostada—. De esa manera estudiaríais algo sensato como Aritmancia.

—Estás volviendo a comer, según veo —dijo Ron, mirando a Hermione y las generosas cantidades de mermelada que añadía a su tostada, encima de la mantequilla.

—He llegado a la conclusión de que hay mejores medios de hacer campaña por los derechos de los elfos —repuso Hermione con altivez.

—Sí... y además tenías hambre —comentó Ron, sonriendo.

De repente oyeron sobre ellos un batir de alas, y un centenar de lechuzas entró volando a través de los ventanales abiertos. Llevaban el correo matutino. Instintivamente, Harry alzó la vista, pero no vio ni una mancha blanca entre la masa parda y gris. Las lechuzas volaron alrededor de las mesas, buscando a las personas a las que iban dirigidas las cartas y paquetes que transportaban. Un cárabo grande se acercó a Neville Longbottom y dejó caer un paquete sobre su regazo. A Neville casi siempre se le olvidaba algo. Al otro lado del Gran Comedor, el búho de Draco Malfoy se posó sobre su hombro, llevándole lo que parecía su acostumbrado suplemento de dulces y pasteles procedentes de su casa. Tratando de olvidar el nudo en el estómago provocado por la desilusión, Harry volvió a sus gachas de avena. ¿Era posible que le hubiera sucedido algo a *Hedwig* y que Sirius no hubiera llegado a recibir la carta?

Sus preocupaciones le duraron todo el recorrido a través del embarrado camino que llevaba al Invernadero 3; pero, una vez en él, la profesora Sprout lo

distrajo de ellas al mostrar a la clase las plantas más feas que Harry había visto nunca. Desde luego, no parecían tanto plantas como gruesas y negras babosas gigantes que salieran verticalmente de la tierra. Todas estaban algo retorcidas, y tenían una serie de bultos grandes y brillantes que parecían llenos de líquido.

—Son *bubotubérculos* —les dijo con énfasis la profesora Sprout—. Hay que exprimirlas, para recoger el pus...

—¿El qué? —preguntó Seamus Finnigan, con asco.

—El pus, Finnigan, el pus —dijo la profesora Sprout—. Es extremadamente útil, así que espero que no se pierda nada. Como decía, recogeréis el pus en estas botellas. Tenéis que poneros los guantes de piel de dragón, porque el pus de un bubotubérculo puede tener efectos bastante molestos en la piel cuando no está diluido.

Exprimir los bubotubérculos resultaba desagradable, pero curiosamente satisfactorio. Cada vez que se reventaba uno de los bultos, salía de golpe un líquido espeso de color amarillo verdoso que olía intensamente a petróleo. Lo fueron introduciendo en las botellas, tal como les había indicado la profesora Sprout, y al final de la clase habían recogido varios litros.

—La señora Pomfrey se pondrá muy contenta —comentó la profesora Sprout, tapando con un corcho la última botella—. El pus de bubotubérculo es un remedio excelente para las formas más persistentes de acné. Les evitaría a los estudiantes tener que recurrir a ciertas medidas desesperadas para librarse de los granos.

—Como la pobre Eloise Migden —dijo Hannah Abbott, alumna de Hufflepuff, en voz muy baja—. Intentó quitárselos mediante una maldición.

—Una chica bastante tonta —afirmó la profesora Sprout, moviendo la cabeza—. Pero al final la señora Pomfrey consiguió ponerle la nariz donde la tenía.

El insistente repicar de una campana procedente del castillo resonó en los húmedos terrenos del colegio, señalando que la clase había finalizado, y el grupo de alumnos se dividió: los de Hufflepuff subieron al aula de Transformaciones, y los de Gryffindor se encaminaron en sentido contrario, bajando por la explanada, hacia la pequeña cabaña de madera de Hagrid, que se alzaba en el mismo borde del bosque prohibido.

Hagrid los estaba esperando de pie, fuera de la cabaña, con una mano puesta en el collar de *Fang*, su enorme perro jabalinero de color negro. En el suelo, a sus pies, había varias cajas de madera abiertas, y *Fang* gimoteaba y tiraba del collar, ansioso por investigar el contenido. Al acercarse, un traqueteo llegó a sus oídos, acompañado de lo que parecían pequeños estallidos.

—¡Buenas! —saludó Hagrid, sonriendo a Harry, Ron y Hermione—. Será mejor que esperemos a los de Slytherin, que no querrán perderse esto: ¡*escregutos* de cola explosiva!

—¿Cómo? —preguntó Ron.

Hagrid señaló las cajas.

—¡Ay! —chilló Lavender Brown, dando un salto hacia atrás.

En opinión de Harry, la interjección «ay» daba cabal idea de lo que eran los escregutos de cola explosiva. Parecían langostas deformes de unos quince centímetros de largo, sin caparazón, horriblemente pálidas y de aspecto viscoso, con patitas que les salían de sitios muy raros y sin cabeza visible. En cada caja debía de haber cien, que se movían unos encima de otros y chocaban a ciegas contra las paredes. Despedían un intenso olor a pescado podrido. De vez en cuando saltaban chispas de la cola de un escreguto que, haciendo un suave «¡fut!», salía despedido a un palmo de distancia.

—Recién nacidos —dijo con orgullo Hagrid—, para que podáis criarlos vosotros mismos. ¡He pensado que puede ser un pequeño proyecto!

—¿Y por qué tenemos que criarlos? —preguntó una voz fría.

Acababan de llegar los de Slytherin. El que había hablado era Draco Malfoy. Crabbe y Goyle le reían la gracia.

Hagrid se quedó perplejo ante la pregunta.

—Sí, ¿qué hacen? —insistió Malfoy—. ¿Para qué sirven?

Hagrid abrió la boca, según parecía haciendo un considerable esfuerzo para pensar. Hubo una pausa que duró unos segundos, al cabo de la cual dijo bruscamente:

—Eso lo sabrás en la próxima clase, Malfoy. Hoy sólo tienes que darles de comer. Pero tendréis que probar con diferentes cosas. Nunca he tenido escregutos, y no estoy seguro de qué les gusta. He traído huevos de hormiga, hígado de rana y trozos de culebra. Probad con un poco de cada.

—Primero el pus y ahora esto —murmuró Seamus.

Nada salvo el profundo afecto que le tenían a Hagrid podría haber convencido a Harry, Ron y Hermione de coger puñados de hígado despachurrado de rana y tratar de tentar con él a los escregutos de cola explosiva. A Harry no se le iba de la cabeza la idea de que aquello era completamente absurdo, porque los escregutos ni siquiera parecían tener boca.

—¡Ay! —gritó Dean Thomas, unos diez minutos después—. ¡Me ha hecho daño!

Hagrid, nervioso, corrió hacia él.

—¡Le ha estallado la cola y me ha quemado! —explicó Dean enfadado, mostrándole a Hagrid la mano enrojecida.

—¡Ah, sí, eso puede pasar cuando explotan! —dijo Hagrid, asintiendo con la cabeza.

—¡Ay! —exclamó de nuevo Lavender Brown—. Hagrid, ¿para qué hacemos esto?

—Bueno, algunos tienen aguijón —repuso con entusiasmo Hagrid (Lavender se apresuró a retirar la mano de la caja). Probablemente son los machos... Las hembras tienen en la barriga una especie de cosa succionadora... creo que es para chupar sangre.

—Ahora ya comprendo por qué estamos intentando criarlos —dijo Malfoy sarcásticamente—. ¿Quién no querría tener una mascota capaz de quemarlo, aguijonearlo y chuparle la sangre al mismo tiempo?

—El que no sean muy agradables no quiere decir que no sean útiles —replicó Hermione con brusquedad—. La sangre de dragón es increíblemente útil por sus propiedades mágicas, aunque nadie querría tener un dragón como mascota, ¿no?

Harry y Ron sonrieron mirando a Hagrid, quien también les dirigió disimuladamente una sonrisa tras su poblada barba. Nada le hubiera gustado más a Hagrid que tener como mascota un dragón, como sabían muy bien Harry, Ron y Hermione: cuando ellos estaban en primer curso, Hagrid había poseído durante un breve período un fiero ridgeback noruego al que llamaba *Norberto*. Sencillamente, Hagrid tenía debilidad por las criaturas monstruosas: cuanto más peligrosas, mejor.

—Bueno, al menos los escregutos son pequeños —comentó Ron una hora más tarde, mientras regresaban al castillo para comer.

—Lo son ahora —repuso Hermione, exasperada—. Cuando Hagrid haya averiguado lo que comen, me temo que pueden hacerse de dos metros.

—Bueno, no importará mucho si resulta que curan el mareo o algo, ¿no? —dijo Ron con una sonrisa pícara.

—Sabes bien que eso sólo lo dije para que Malfoy se callara —contestó Hermione—. Pero la verdad es que sospecho que tiene razón. Lo mejor que se podría hacer con ellos es pisarlos antes de que nos empiecen a atacar.

Se sentaron a la mesa de Gryffindor y se sirvieron patatas y chuletas de cordero. Hermione empezó a comer tan rápido que Harry y Ron se quedaron mirándola.

—Eh... ¿se trata de la nueva estrategia de campaña por los derechos de los elfos? —le preguntó Ron—. ¿Intentas vomitar?

—No —respondió Hermione con toda la elegancia que le fue posible teniendo la boca llena de coles de Bruselas—. Sólo quiero ir a la biblioteca.

—¿Qué? —exclamó Ron sin dar crédito a sus oídos—. Hermione, ¡hoy es

el primer día del curso! ¡Todavía no nos han puesto deberes!

Hermione se encogió de hombros y siguió engullendo la comida como si no hubiera probado bocado en varios días. Luego se puso en pie de un salto, les dijo «¡Os veré en la cena!» y salió a toda velocidad.

Cuando sonó la campana para anunciar el comienzo de las clases de la tarde, Harry y Ron se encaminaron hacia la torre norte, en la que, al final de una estrecha escalera de caracol, una escala plateada ascendía hasta una trampilla circular que había en el techo, por la que se entraba en el aula donde vivía la profesora Trelawney.

Al acercarse a la trampilla recibieron el impacto de un familiar perfume dulzón que emanaba de la hoguera de la chimenea. Como siempre, todas las cortinas estaban corridas. El aula, de forma circular, se hallaba bañada en una luz tenue y rojiza que provenía de numerosas lámparas tapadas con bufandas y pañoletas. Harry y Ron caminaron entre los sillones tapizados con tela de colores, ya ocupados, y los cojines que abarrotaban la habitación, y se sentaron a la misma mesa camilla.

—Buenos días —dijo la tenue voz de la profesora Trelawney justo a la espalda de Harry, que dio un respingo.

Era una mujer sumamente delgada, con unas gafas enormes que hacían parecer sus ojos excesivamente grandes para la cara, y miraba a Harry con la misma trágica expresión que adoptaba cada vez que lo veía. La acostumbrada abundancia de abalorios, cadenas y pulseras brillaba sobre su persona a la luz de la hoguera.

—Estás preocupado, querido mío —le dijo a Harry en tono lúgubre—. Mi ojo interior puede ver por detrás de tu valeroso rostro la atribulada alma que habita dentro. Y lamento decirte que tus preocupaciones no carecen de motivo. Veo ante ti tiempos difíciles... muy difíciles... Presiento que eso que temes realmente ocurrirá... y quizá antes de lo que crees...

La voz se convirtió en un susurro. Ron miró a Harry, y éste le devolvió la mirada muy fríamente. La profesora Trelawney los dejó y fue a sentarse en un sillón grande de orejas ante el fuego, de cara a la clase. Lavender Brown y Parvati Patil, que admiraban intensamente a la profesora Trelawney, estaban sentadas sobre cojines muy cerca de ella.

—Queridos míos, ha llegado la hora de mirar las estrellas —dijo—: los movimientos de los planetas y los misteriosos prodigios que revelan tan sólo a aquellos capaces de comprender los pasos de su danza celestial. El destino humano puede descifrarse en los rayos planetarios, que se entrecruzan...

Pero los pensamientos de Harry se habían lanzado a vagar. Aquel fuego perfumado siempre conseguía adormecerlo y atontarlo, y las divagaciones de la profesora Trelawney nunca lograban lo que se dice encandilarlo... aunque en aquel momento no podía dejar de pensar en lo que ella le acababa de decir: «Presiento que eso que temes realmente ocurrirá...»

Pero Hermione tenía razón, pensó Harry de mal talante: la profesora Trelawney no era más que un fraude. En aquel momento no había nada que él temiera, en absoluto... bueno, salvo que se tuvieran en cuenta los temores de que hubieran atrapado a Sirius. Pero ¿qué sabía la profesora Trelawney? Hacía mucho que había llegado a la conclusión de que su don adivinatorio no era nada más que aprovechar las casualidades y echarle mucho misterio a la cosa.

Excepto, claro está, aquella vez al final del último curso, cuando predijo que Voldemort se alzaría de nuevo. El mismo Dumbledore dijo que aquel trance le parecía auténtico, después de que Harry se lo describió...

—¡Harry! —susurró Ron.

—¿Qué?

Harry miró a su alrededor. Toda la clase se estaba fijando en él. Se sentó más tieso. Había estado a punto de dormirse, entre el calor y sus pensamientos.

—Estaba diciendo, querido mío, que tú naciste claramente bajo la torva influencia de Saturno —dijo la profesora Trelawney con una leve nota de resentimiento en la voz ante el hecho de que Harry no hubiera estado pendiente de sus palabras.

—Perdón, ¿nací bajo qué? —preguntó Harry.

—Saturno, querido mío, ¡el planeta Saturno! —repitió la profesora Trelawney, decididamente irritada porque Harry no parecía impresionado por esta noticia—. Estaba diciendo que Saturno se hallaba seguramente en posición dominante en el momento de tu nacimiento: tu pelo oscuro, tu estatura exigua, las trágicas pérdidas que sufriste tan temprano en la vida... Creo que no me equivoco al pensar, querido mío, que naciste justo a mitad del invierno, ¿no es así?

—No —contestó Harry—. Nací en julio.

Ron se apresuró a convertir su risa en una áspera tos.

Media hora después la profesora Trelawney le dio a cada alumno un complicado mapa circular, con el que intentaron averiguar la posición de cada uno de los planetas en el momento de su nacimiento. Era un trabajo pesado, que requería mucha consulta de tablas horarias y cálculo de ángulos.

—A mí me salen dos Neptunos —dijo Harry después de un rato, observando con el entrecejo fruncido su trozo de pergamino—. No puede estar bien, ¿verdad?

—Aaaaaah —dijo Ron, imitando el tenue tono de la profesora Trelawney—, cuando aparecen en el cielo dos Neptunos es un indicio infalible de que va a nacer un enano con gafas, Harry...

Seamus y Dean, que trabajaban cerca de ellos, se rieron con fuerza, aunque no lo bastante para amortiguar los emocionados chillidos de Lavender Brown.

—¡Profesora, mire! ¡He encontrado un planeta desconocido!, ¿qué es, profesora?

—Es Urano, querida mía —le dijo la profesora Trelawney mirando el mapa.

—¿Puedo echarle yo también un vistazo a tu Urano, Lavender? —preguntó Ron con sorna.

Desgraciadamente, la profesora Trelawney lo oyó, y seguramente fue ése el motivo de que les pusiera tanto trabajo al final de la clase.

—Un análisis detallado de la manera en que os afectarán los movimientos planetarios durante el próximo mes, con referencias a vuestro mapa personal —dijo en un tono duro que recordaba más al de la profesora McGonagall que al suyo propio—. ¡Quiero que me lo entreguéis el próximo lunes, y no admito excusas!

—¡Rata vieja! —se quejó Ron con amargura mientras descendían la escalera con todos los demás de regreso al Gran Comedor, para la cena—. Eso nos llevará todo el fin de semana, ya veras.

—¿Muchos deberes? —les preguntó muy alegre Hermione, al alcanzarlos—. ¡La profesora Vector no nos ha puesto nada!

—Bien, ¡bravo por la profesora Vector! —dijo Ron, de mal humor.

Llegaron al vestíbulo, abarrotado ya de gente que hacía cola para entrar a cenar. Acababan de ponerse en la cola cuando oyeron una voz estridente a sus espaldas:

—¡Weasley! ¡Eh, Weasley!

Harry, Ron y Hermione se volvieron. Malfoy, Crabbe y Goyle estaban ante ellos, muy contentos por algún motivo.

—¿Qué? —contestó Ron lacónicamente.

—¡Tu padre ha salido en el periódico, Weasley! —anunció Malfoy, blandiendo un ejemplar de *El Profeta* y hablando muy alto, para que todos cuantos abarrotaban el vestíbulo pudieran oírlo—. ¡Escucha esto!

MÁS ERRORES EN EL MINISTERIO DE MAGIA

Parece que los problemas del Ministerio de Magia no se acaban,

escribe Rita Skeeter, nuestra enviada especial. Muy cuestionados últimamente por la falta de seguridad evidenciada en los Mundiales de quidditch, y aún incapaces de explicar la desaparición de una de sus brujas, los funcionarios del Ministerio se vieron inmersos ayer en otra situación embarazosa a causa de la actuación de Arnold Weasley, del Departamento Contra el Uso Incorrecto de los Objetos Muggles.

Malfoy levantó la vista.

—Ni siquiera aciertan con su nombre, Weasley, pero no es de extrañar tratándose de un don nadie, ¿verdad? —dijo exultante.

Todo el mundo escuchaba en el vestíbulo. Con un floreo de la mano, Malfoy volvió a alzar el periódico y leyó:

Arnold Weasley, que hace dos años fue castigado por la posesión de un coche volador, se vio ayer envuelto en una pelea con varios guardadores de la ley muggles (llamados «policías») a propósito de ciertos contenedores de basura muy agresivos. Parece que el señor Weasley acudió raudo en ayuda de *Ojoloco* Moody, el anciano ex auror que abandonó el Ministerio cuando dejó de distinguir entre un apretón de manos y un intento de asesinato. No es extraño que, habiéndose personado en la muy protegida casa del señor Moody, el señor Weasley hallara que su dueño, una vez más, había hecho saltar una falsa alarma. El señor Weasley no tuvo otro remedio que modificar varias memorias antes de escapar de la policía, pero rehusó explicar a *El Profeta* por qué había comprometido al Ministerio en un incidente tan poco digno y con tantas posibilidades de resultar muy embarazoso.

—¡Y viene una foto, Weasley! —añadió Malfoy, dándole la vuelta al periódico y levantándolo—. Una foto de tus padres a la puerta de su casa... ¡bueno, si esto se puede llamar casa! Tu madre tendría que perder un poco de peso, ¿no crees?

Ron temblaba de furia. Todo el mundo lo miraba.

—Métetelo por donde te quepa, Malfoy —dijo Harry—. Vamos, Ron...

—¡Ah, Potter! Tú has pasado el verano con ellos, ¿verdad? —dijo Malfoy con aire despectivo—. Dime, ¿su madre tiene al natural ese aspecto de cerdito, o es sólo la foto?

—¿Y te has fijado en tu madre, Malfoy? —preguntó Harry. Tanto él como Hermione sujetaban a Ron por la túnica para impedir que se lanzara contra Malfoy—. Esa expresión que tiene, como si estuviera oliendo mierda, ¿la tiene siempre, o sólo cuando estás tú cerca?

El pálido rostro de Malfoy se puso sonrosado.

—No te atrevas a insultar a mi madre, Potter.

—Pues mantén cerrada tu grasienta bocaza —le contestó Harry, dándose la vuelta.

¡BUM!

Hubo gritos. Harry notó que algo candente le arañaba un lado de la cara, y metió la mano en la túnica para coger la varita. Pero, antes de que hubiera llegado a tocarla, oyó un segundo ¡BUM! y un grito que retumbó en todo el vestíbulo.

—¡AH, NO, TÚ NO, MUCHACHO!

Harry se volvió completamente. El profesor Moody bajaba cojeando por la escalinata de mármol. Había sacado la varita y apuntaba con ella a un hurón blanco que tiritaba sobre el suelo de losas de piedra, en el mismo lugar en que había estado Malfoy.

Un aterrorizado silencio se apoderó del vestíbulo. Salvo Moody, nadie movía un músculo. Moody se volvió para mirar a Harry. O, al menos, lo miraba con su ojo normal. El otro estaba en blanco, como dirigido hacia el interior de su cabeza.

—¿Te ha dado? —gruñó Moody. Tenía una voz baja y grave.

—No —respondió Harry—, sólo me ha rozado.

—¡DÉJALO! —gritó Moody.

—¿Que deje... qué? —preguntó Harry, desconcertado.

—No te lo digo a ti... ¡se lo digo a él! —gruñó Moody, señalando con el pulgar, por encima del hombro, a Crabbe, que se había quedado paralizado a punto de coger el hurón blanco. Según parecía, el ojo giratorio de Moody era mágico, y podía ver lo que ocurría detrás de él.

Moody se acercó cojeando a Crabbe, Goyle y el hurón, que dio un chillido de terror y salió corriendo hacia las mazmorras.

—¡Me parece que no vas a ir a ningún lado! —le gritó Moody, volviendo a apuntar al hurón con la varita.

El hurón se elevó tres metros en el aire, cayó al suelo dando un golpe y rebotó.

—No me gusta la gente que ataca por la espalda —gruñó Moody, mientras el hurón botaba cada vez más alto, chillando de dolor—. Es algo innoble, cobarde, inmundo...

El hurón se agitaba en el aire, sacudiendo desesperado las patas y la cola.

—No... vuelvas... a hacer... eso... —dijo Moody, acompasando cada palabra a los botes del hurón.

—¡Profesor Moody! —exclamó una voz horrorizada.

La profesora McGonagall bajaba por la escalinata de mármol, cargada de libros.

—Hola, profesora McGonagall —respondió Moody con toda tranquilidad, haciendo botar aún más alto al hurón.

—¿Qué... qué está usted haciendo? —preguntó la profesora McGonagall, siguiendo con los ojos la trayectoria aérea del hurón.

—Enseñar —explicó Moody.

—Ens... Moody, ¿eso es un alumno? —gritó la profesora McGonagall al tiempo que dejaba caer todos los libros.

—Sí —contestó Moody.

—¡No! —vociferó la profesora McGonagall, bajando a toda prisa la escalera y sacando la varita. Al momento siguiente reapareció Malfoy con un ruido seco, hecho un ovillo en el suelo con el pelo lacio y rubio caído sobre la cara, que en ese momento tenía un color rosa muy vivo. Haciendo un gesto de dolor, se puso en pie.

—¡Moody, nosotros jamás usamos la transformación como castigo! —dijo con voz débil la profesora McGonagall—. Supongo que el profesor Dumbledore se lo ha explicado.

—Puede que lo haya mencionado, sí —respondió Moody, rascándose la barbilla muy tranquilo—, pero pensé que un buen susto...

—¡Lo que hacemos es dejarlos sin salir, Moody! ¡O hablamos con el jefe de la casa a la que pertenece el infractor...!

—Entonces haré eso —contestó Moody, mirando a Malfoy con desagrado.

Malfoy, que aún tenía los ojos llenos de lágrimas a causa del dolor y la humillación, miró a Moody con odio y murmuró una frase de la que se pudieron entender claramente las palabras «mi padre».

—¿Ah, sí? —dijo Moody en voz baja, acercándose con su cojera unos pocos pasos. Los golpes de su pata de palo contra el suelo retumbaron en todo el vestíbulo—. Bien, conozco a tu padre desde hace mucho, chaval. Dile que Moody vigilará a su hijo muy de cerca... Dile eso de mi parte... Bueno, supongo que el jefe de tu casa es Snape, ¿no?

—Sí —respondió Malfoy, con resentimiento.

—Otro viejo amigo —gruñó Moody—. Hace mucho que tengo ganas de charlar con el viejo Snape... Vamos, adelante... —Y agarró a Malfoy del brazo para conducirlo de camino a las mazmorras.

La profesora McGonagall los siguió unos momentos con la vista; luego apuntó con la varita a los libros que se le habían caído, y, al moverla, éstos se levantaron de nuevo en el aire y regresaron a sus brazos.

—No me habléis —les dijo Ron a Harry y Hermione en voz baja cuando unos minutos más tarde se sentaban a la mesa de Gryffindor, rodeados de gente que comentaba muy animadamente lo que había sucedido.

—¿Por qué no? —preguntó Hermione sorprendida.

—Porque quiero fijar esto en mi memoria para siempre —contestó Ron, con los ojos cerrados y una expresión de inmenso bienestar en la cara—: Draco Malfoy, el increíble hurón botador...

Harry y Hermione se rieron, y Hermione sirvió estofado de buey en los platos.

—Sin embargo, Malfoy podría haber quedado herido de verdad —dijo ella—. La profesora McGonagall hizo bien en detenerlo.

—¡Hermione! —dijo Ron como una furia, volviendo a abrir los ojos—. ¡No me estropees el mejor momento de mi vida!

Hermione hizo un ruido de reprobación y volvió a comer lo más aprisa que podía.

—¡No me digas que vas a volver ahora, por la noche, a la biblioteca! —dijo Harry, observándola.

—No tengo más remedio —repuso Hermione—. Tengo mucho que hacer.

—Pero has dicho que la profesora Vector...

—No son deberes —lo cortó ella.

Cinco minutos después, Hermione ya había dejado limpio el plato y había salido. Su sitio fue inmediatamente ocupado por Fred Weasley.

—¿Qué me decís de Moody? —exclamó—. ¿No es guay?

—Más que guay —dijo George, sentándose enfrente de Fred.

—Superguay —afirmó Lee Jordan, el mejor amigo de los gemelos, ocupando el asiento que había al lado del de George—. Esta tarde hemos tenido clase con él —les dijo a Harry y Ron.

—¿Qué tal fue? —preguntó Harry con interés. Fred, George y Lee intercambiaron miradas muy expresivas.

—Nunca hemos tenido una clase como ésa —aseguró Fred.

—Ése sabe, tío —añadió Lee.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Ron, inclinándose hacia delante.

—Sabe de verdad cómo hacerlo —dijo George con mucho énfasis.

—¿Hacer qué? —preguntó Harry.

—Luchar contra las Artes Oscuras —repuso Fred.

—Lo ha visto todo —explicó George.

—Sorprendente —dijo Lee.

Ron se abalanzó sobre su mochila en busca del horario.

—¡No tenemos clase con él hasta el jueves! —concluyó desilusionado.

14

Maldiciones imperdonables

Los dos días siguientes pasaron sin grandes incidentes, a menos que se cuente como tal el que Neville dejara que se fundiera su sexto caldero en clase de Pociones. El profesor Snape, que durante el verano parecía haber acumulado rencor en cantidades nunca antes conocidas, castigó a Neville a quedarse después de clase. Al final del castigo, Neville sufría un colapso nervioso, porque el profesor Snape lo había obligado a destripar un barril de sapos cornudos.

—Tú sabes por qué Snape está de tan mal humor, ¿verdad? —dijo Ron a Harry, mientras observaban cómo Hermione enseñaba a Neville a llevar a cabo el encantamiento antigrasa para quitarse de las uñas los restos de tripa de sapo.

—Sí —respondió Harry—. Por Moody.

Era comúnmente sabido que Snape ansiaba el puesto de profesor de Artes Oscuras, y era el cuarto año consecutivo que se le escapaba de las manos.

Snape había odiado a los anteriores titulares de la asignatura y nunca se había esforzado en disimularlo. No obstante, parecía especialmente cauteloso a la hora de mostrar cualquier indicio patente de animosidad contra *Ojoloco* Moody. Desde luego, cada vez que Harry los veía juntos (a la hora de las comidas, o cuando coincidían en los corredores), se llevaba la clara impresión de que Snape rehuía los ojos de Moody, tanto el mágico como el normal.

—Me parece que Snape le tiene algo de miedo, ¿no crees? —dijo Harry, pensativo.

—¿Te imaginas que Moody convierte a Snape en un sapo cornudo —dijo, con lágrimas de risa en los ojos— y lo hace botar por toda la mazmorra...?

Los de cuarto curso de Gryffindor tenían tantas ganas de asistir a la primera clase de Moody que el jueves, después de comer, llegaron muy temprano e hicieron cola a la puerta del aula cuando la campana aún no había sonado.

La única que faltaba era Hermione, que apareció puntual.

—Vengo de la...

—... biblioteca —adivinó Ron—. Date prisa o nos quedaremos con los peores asientos.

Y se apresuraron a ocupar tres sillas delante de la mesa del profesor. Sacaron sus ejemplares de *Las fuerzas oscuras: una guía para la autoprotección*, y aguardaron en un silencio poco habitual. No tardaron en oír el peculiar sonido sordo y seco de los pasos de Moody provenientes del corredor antes de que entrara en el aula, tan extraño y aterrorizador como siempre. Entrevieron la garra en que terminaba su pata de palo, que sobresalía por debajo de la túnica.

—Ya podéis guardar los libros —gruñó, caminando ruidosamente hacia la mesa y sentándose tras ella—. No los necesitaréis para nada.

Volvieron a meter los libros en las mochilas. Ron estaba emocionado.

Moody sacó una lista, sacudió la cabeza para apartarse la larga mata de pelo gris del rostro, desfigurado y lleno de cicatrices, y comenzó a pronunciar los nombres, recorriendo la lista con su ojo normal mientras el ojo mágico giraba para fijarse en cada estudiante conforme respondía a su nombre.

—Bien —dijo cuando el último de la lista hubo contestado «presente»—. He recibido carta del profesor Lupin a propósito de esta clase. Parece que ya sois bastante diestros en enfrentamientos con criaturas tenebrosas. Habéis estudiado los boggarts, los gorros rojos, los hinkypunks, los grindylows, los kappas y los hombres lobo, ¿no es eso?

Hubo un murmullo general de asentimiento.

—Pero estáis atrasados, muy atrasados, en lo que se refiere a enfrentaros

a maldiciones —prosiguió Moody—. Así que he venido para prepararos contra lo que unos magos pueden hacerles a otros. Dispongo de un curso para enseñaros a tratar con las mal...

—¿Por qué, no se va a quedar más? —dejó escapar Ron.

El ojo mágico de Moody giró para mirarlo. Ron se asustó, pero al cabo de un rato Moody sonrió. Era la primera vez que Harry lo veía sonreír. El resultado de aquel gesto fue que su rostro pareció aún más desfigurado y lleno de cicatrices que nunca, pero era un alivio saber que en ocasiones podía adoptar una expresión tan amistosa como la sonrisa. Ron se tranquilizó.

—Supongo que tú eres hijo de Arthur Weasley, ¿no? —dijo Moody—. Hace unos días tu padre me sacó de un buen aprieto... Sí, sólo me quedaré este curso. Es un favor que le hago a Dumbledore: un curso y me vuelvo a mi retiro.

Soltó una risa estridente, y luego dio una palmada con sus nudosas manos.

—Así que... vamos a ello. Maldiciones. Varían mucho en forma y en gravedad. Según el Ministerio de Magia, yo debería enseñaros las contramaldiciones y dejarlo en eso. No tendríais que aprender cómo son las maldiciones prohibidas hasta que estéis en sexto. Se supone que hasta entonces no seréis lo bastante mayores para tratar el tema. Pero el profesor Dumbledore tiene mejor opinión de vosotros y piensa que podréis resistirlo, y yo creo que, cuanto antes sepáis a qué os enfrentáis, mejor. ¿Cómo podéis defenderos de algo que no habéis visto nunca? Un mago que esté a punto de echaros una maldición prohibida no va a avisaros antes. No es probable que se comporte de forma caballerosa. Tenéis que estar preparados. Tenéis que estar alerta y vigilantes. Y usted, señorita Brown, tiene que guardar eso cuando yo estoy hablando.

Lavender se sobresaltó y se puso colorada. Le había estado mostrando a Parvati por debajo del pupitre su horóscopo completo. Daba la impresión de que el ojo mágico de Moody podía ver tanto a través de la madera maciza como por la nuca.

—Así que... ¿alguno de vosotros sabe cuáles son las maldiciones más castigadas por la ley mágica?

Varias manos se levantaron, incluyendo la de Ron y la de Hermione. Moody señaló a Ron, aunque su ojo mágico seguía fijo en Lavender.

—Eh... —dijo Ron, titubeando— mi padre me ha hablado de una. Se llama maldición *imperius*, o algo parecido.

—Así es —aprobó Moody—. Tu padre la conoce bien. En otro tiempo la maldición *imperius* le dio al Ministerio muchos problemas.

Moody se levantó con cierta dificultad sobre sus disparejos pies, abrió el cajón de la mesa y sacó de él un tarro de cristal. Dentro correteaban tres arañas grandes y negras. Harry notó que Ron, a su lado, se echaba un poco

hacia atrás: Ron tenía fobia a las arañas.

Moody metió la mano en el tarro, cogió una de las arañas y se la puso sobre la palma para que todos la pudieran ver. Luego apuntó hacia ella la varita mágica y murmuró entre dientes:

—*¡Imperio!*

La araña se descolgó de la mano de Moody por un fino y sedoso hilo, y empezó a balancearse de atrás adelante como si estuviera en un trapecio; luego estiró las patas hasta ponerlas rectas y rígidas, y, de un salto, se soltó del hilo y cayó sobre la mesa, donde empezó a girar en círculos. Moody volvió a apuntarle con la varita, y la araña se levantó sobre dos de las patas traseras y se puso a bailar lo que sin lugar a duda era claqué.

Todos se reían. Todos menos Moody.

—Os parece divertido, ¿verdad? —gruñó—. ¿Os gustaría que os lo hicieran a vosotros?

La risa dio fin casi al instante.

—Esto supone el control total —dijo Moody en voz baja, mientras la araña se hacía una bola y empezaba a rodar—. Yo podría hacerla saltar por la ventana, ahogarse, colarse por la garganta de cualquiera de vosotros...

Ron se estremeció.

—Hace años, muchos magos y brujas fueron controlados por medio de la maldición *imperius* —explicó Moody, y Harry comprendió que se refería a los tiempos en que Voldemort había sido todopoderoso—. Le dio bastante que hacer al Ministerio, que tenía que averiguar quién actuaba por voluntad propia y quién, obligado por la maldición.

»Podemos combatir la maldición *imperius,* y yo os enseñaré cómo, pero se necesita mucha fuerza de carácter, y no todo el mundo la tiene. Lo mejor, si se puede, es evitar caer víctima de ella. ¡ALERTA PERMANENTE! —bramó, y todos se sobresaltaron.

Moody cogió la araña trapecista y la volvió a meter en el tarro.

—¿Alguien conoce alguna más? ¿Otra maldición prohibida?

Hermione volvió a levantar la mano y también, con cierta sorpresa para Harry, lo hizo Neville. La única clase en la que alguna vez Neville levantaba la mano era Herbología, su favorita. El mismo parecía sorprendido de su atrevimiento.

—¿Sí? —dijo Moody, girando su ojo mágico para dirigirlo a Neville.

—Hay una... la maldición *cruciatus* —dijo éste con voz muy leve pero clara.

Moody miró a Neville fijamente, aquella vez con los dos ojos.

—¿Tú te llamas Longbottom? —preguntó, bajando rápidamente el ojo mágico para consultar la lista.

Neville asintió nerviosamente con la cabeza, pero Moody no hizo más preguntas. Se volvió a la clase en general y alcanzó el tarro para coger la siguiente araña y ponerla sobre la mesa, donde permaneció quieta, aparentemente demasiado asustada para moverse.

—La maldición *cruciatus* precisa una araña un poco más grande para que podáis apreciarla bien —explicó Moody, que apuntó con la varita mágica a la araña y dijo—: *¡Engorgio!*

La araña creció hasta hacerse más grande que una tarántula. Abandonando todo disimulo, Ron apartó su silla para atrás, lo más lejos posible de la mesa del profesor.

Moody levantó otra vez la varita, señaló de nuevo a la araña y murmuró:

—*¡Crucio!*

De repente, la araña encogió las patas sobre el cuerpo. Rodó y se retorció cuanto pudo, balanceándose de un lado a otro. No profirió ningún sonido, pero era evidente que, de haber podido hacerlo, habría gritado. Moody no apartó la varita, y la araña comenzó a estremecerse y a sacudirse más violentamente.

—¡Pare! —dijo Hermione con voz estridente.

Harry la miró. Ella no se fijaba en la araña sino en Neville, y Harry, siguiendo la dirección de los ojos de su amiga, vio que las manos de Neville se aferraban al pupitre. Tenía los nudillos blancos y los ojos desorbitados de horror.

Moody levantó la varita. La araña relajó las patas pero siguió retorciéndose.

—*Reducio* —murmuró Moody, y la araña se encogió hasta recuperar su tamaño habitual. Volvió a meterla en el tarro—. Dolor —dijo con voz suave—. No se necesitan cuchillos ni carbones encendidos para torturar a alguien si uno sabe llevar a cabo la maldición *cruciatus*... También esta maldición fue muy popular en otro tiempo. Bueno, ¿alguien conoce alguna otra?

Harry miró a su alrededor. A juzgar por la expresión de sus compañeros, parecía que todos se preguntaban qué le iba a suceder a la última araña. La mano de Hermione tem bló un poco cuando se alzó por tercera vez.

—¿Sí? —dijo Moody, mirándola.

—*Avada Kedavra* —susurró ella.

Algunos, incluido Ron, le dirigieron tensas miradas.

—¡Ah! —exclamó Moody, y la boca torcida se contorsionó en otra ligera sonrisa—. Sí, la última y la peor. *Avada Kedavra*: la maldición asesina.

Metió la mano en el tarro de cristal, y, como si supiera lo que le esperaba, la tercera araña echó a correr despavorida por el fondo del tarro, tratando de escapar a los dedos de Moody, pero él la atrapó y la puso sobre la mesa. La araña correteó por la superficie.

Moody levantó la varita, y, previendo lo que iba a ocurrir, Harry sintió un repentino estremecimiento.

—*¡Avada Kedavra!* —gritó Moody.

Hubo un cegador destello de luz verde y un ruido como de torrente, como si algo vasto e invisible planeara por el aire. Al instante la araña se desplomó patas arriba, sin ninguna herida, pero indudablemente muerta. Algunas de las alumnas profirieron gritos ahogados. Ron se había echado para atrás y casi se cae del asiento cuando la araña rodó hacia él.

Moody barrió con una mano la araña muerta y la dejó caer al suelo.

—No es agradable —dijo con calma—. Ni placentero. Y no hay contramaldición. No hay manera de interceptaría. Sólo se sabe de una persona que haya sobrevivido a esta maldición, y está sentada delante de mí.

Harry sintió su cara enrojecer cuando los ojos de Moody (ambos ojos) se clavaron en los suyos. Se dio cuenta de que también lo observaban todos los demás. Harry miró la limpia pizarra como si se sintiera fascinado por ella, pero no veía nada en absoluto...

De manera que así habían muerto sus padres... exactamente igual que esa araña. ¿También habían resultado sus cuerpos intactos, sin herida ni marca visible alguna? ¿Habían visto el resplandor de luz verde y oído el torrente de muerte acercándose velozmente, antes de que la vida les fuera arrancada?

Harry se había imaginado la muerte de sus padres una y otra vez durante los últimos tres años, desde que se había enterado de que los habían asesinado, desde que había averiguado lo sucedido aquella noche: que Colagusano los había traicionado revelando su paradero a Voldemort, el cual los había ido a buscar a la casa de campo; que Voldemort había matado en primer lugar a su padre; que James Potter había intentado enfrentarse a él, mientras le gritaba a su mujer que cogiera a Harry y echara a correr... y que Voldemort había ido luego hacia Lily Potter y le había ordenado hacerse a un lado para matar a Harry; que ella le había rogado que la matara a ella y no al niño, y se había negado a dejar de servir de escudo a su hijo... y que de aquella manera Voldemort la había matado a ella también, antes de dirigir la varita contra Harry...

Harry estaba al tanto de aquellos detalles porque había oído las voces de sus padres al enfrentarse con los dementores el curso anterior. Porque ésa era la terrible arma de los dementores: obligar a su víctima a revivir los peores recuerdos de su vida, y ahogarla, impotente, en su propia desesperación...

Moody había vuelto a hablar; desde la distancia, según le parecía a Harry. Haciendo un gran esfuerzo, volvió al presente y escuchó lo que decía el profesor.

—*Avada Kedavra* es una maldición que sólo puede llevar a cabo un mago muy poderoso. Podríais sacar las varitas mágicas todos vosotros y apuntarme con ellas y decir las palabras, y dudo que entre todos consiguierais siquiera hacerme sangrar la nariz. Pero eso no importa, porque no os voy a enseñar a llevar a cabo esa maldición.

»Ahora bien, si no existe una contramaldición para *Avada Kedavra,* ¿por qué os la he mostrado? Pues porque tenéis que saber. Tenéis que conocer lo peor. Ninguno de vosotros querrá hallarse en una situación en que tenga que enfrentarse a ella. ¡ALERTA PERMANENTE! —bramó, y toda la clase volvió a sobresaltarse.

»Veamos... esas tres maldiciones, *Avada Kedavra*, *cruciatus* e *imperius*, son conocidas como las *maldiciones imperdonables*. El uso de cualquiera de ellas contra un ser humano está castigado con cadena perpetua en Azkaban. Quiero preveniros, quiero enseñaros a combatirlas. Tenéis que prepararos, tenéis que armaros contra ellas; pero, por encima de todo, debéis practicar la alerta permanente e incesante. Sacad las plumas y copiad lo siguiente...

Se pasaron lo que quedaba de clase tomando apuntes sobre cada una de las maldiciones imperdonables. Nadie habló hasta que sonó la campana; pero, cuando Moody dio por terminada la lección y ellos hubieron salido del aula, todos empezaron a hablar inconteniblemente. La mayoría comentaba cosas sobre las maldiciones en un tono de respeto y temor.

—¿Visteis cómo se retorcía?

—Y cuando la mató... ¡simplemente así!

Hablaban sobre la clase, pensó Harry, como si hubiera sido un espectáculo teatral, pero para él no había resultado divertida. Y, a juzgar por las apariencias, tampoco para Hermione.

—Daos prisa —les dijo muy tensa a Harry y Ron.

—¿No vuelves a la condenada biblioteca? —preguntó Ron.

—No —replicó Hermione, señalando a un pasillo lateral—. Neville.

Neville se hallaba de pie, solo en mitad del pasillo, dirigiendo al muro de piedra que tenía delante la misma mirada horrorizada con que había seguido a Moody durante la demostración de la maldición *cruciatus*.

—Neville... —lo llamó Hermione con suavidad.

Neville la miró.

—Ah, hola —respondió con una voz mucho más aguda de lo usual—. Qué

clase tan interesante, ¿verdad? Me pregunto qué habrá para cenar, porque... porque me muero de hambre, ¿vosotros no?

—Neville, ¿estás bien? —le preguntó Hermione.

—Sí, sí, claro, estoy bien —farfulló Neville atropelladamente, con la voz demasiado aguda—. Una cena muy interesante... clase, quiero decir... ¿Qué habrá para cenar?

Ron le dirigió a Harry una mirada asustada.

—Neville, ¿qué...?

Oyeron tras ellos un retumbar sordo y seco, y al volverse vieron que el profesor Moody avanzaba hacia allí cojeando. Los cuatro se quedaron en silencio, mirándolo con aprensión, pero cuando Moody habló lo hizo con un gruñido mucho más suave que el que le habían oído hasta aquel momento.

—No te preocupes, hijo —le dijo a Neville—. ¿Por qué no me acompañas a mi despacho? Ven... tomaremos una taza de té.

Neville pareció aterrorizarse aún más ante la perspectiva de tomarse un té con Moody. Ni se movió ni habló.

Moody dirigió hacia Harry su ojo mágico.

—Tú estás bien, ¿no, Potter?

—Sí —contestó Harry en tono casi desafiante.

El ojo azul de Moody vibró levemente en su cuenca al escudriñar a Harry. Luego dijo:

—Tenéis que saber. Puede parecer duro, pero tenéis que saber. No sirve de nada hacer como que... bueno... Vamos, Longbottom, tengo algunos libros que podrían interesarte.

Neville miró a sus amigos de forma implorante, pero ninguno dijo nada, así que no tuvo más remedio que dejarse arrastrar por Moody, que le había puesto en el hombro una de sus nudosas manos.

—Pero ¿qué pasaba? —preguntó Ron observando a Neville y Moody doblar la esquina.

—No lo sé —repuso Hermione, pensativa.

—¡Vaya clase!, ¿eh? —comentó Ron, mientras emprendían el camino hacia el Gran Comedor—. Fred y George tenían razón. Este Moody sabe de qué va la cosa, ¿a que sí? Cuando hizo la maldición *Avada Kedavra*, ¿te fijaste en cómo murió la araña, cómo estiró la pata?

Ron enmudeció de pronto ante la mirada de Harry, y no volvió a decir nada

hasta que llegaron al Gran Comedor, cuando se atrevió a comentar que sería mejor que empezaran aquella misma noche con el trabajo para la profesora Trelawney, porque les llevaría unas cuantas horas.

Hermione no participó en la conversación de Harry y Ron durante la cena, sino que comió a toda prisa para volver a la biblioteca. Harry y Ron fueron hacia la torre de Gryffindor, y Harry, que no había pensado en otra cosa durante toda la cena, volvió al tema de las maldiciones imperdonables.

—¿No se meterán en un aprieto Moody y Dumbledore si el Ministerio se entera de que hemos visto las maldiciones? —preguntó, cuando se acercaban a la Señora Gorda.

—Sí, seguramente —contestó Ron—. Pero Dumbledore siempre ha hecho las cosas a su manera, ¿no?, y me parece que Moody se ha estado metiendo en problemas desde hace años. Primero ataca y luego pregunta... Fíjate en lo de los contenedores de basura. «Tonterías...»

La Señora Gorda se hizo a un lado para dejarles paso, y ellos entraron en la sala común de Gryffindor, que estaba muy animada y llena de gente.

—Entonces, ¿nos ponemos con lo de Adivinación? —propuso Harry.

—Deberíamos —respondió Ron refunfuñando.

Fueron por los libros y los mapas al dormitorio, y encontraron a Neville allí solo, sentado en la cama, leyendo. Parecía mucho más tranquilo que al final de la clase de Moody, aunque todavía no estuviera del todo normal. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Estás bien, Neville? —le preguntó Harry.

—Sí, sí —respondió Neville—, estoy bien, gracias. Estoy leyendo este libro que me ha dejado el profesor Moody...

Levantó el libro para que lo vieran. Se titulaba *Las plantas acuáticas mágicas del Mediterráneo y sus propiedades*.

—Parece que la profesora Sprout le ha dicho al profesor Moody que soy muy bueno en Herbología —dijo Neville. Había una tenue nota de orgullo en su voz que Harry no había percibido nunca—. Pensó que me gustaría este libro.

Decirle a Neville lo que la profesora Sprout opinaba de él, pensó Harry, había sido una manera muy hábil de animarlo, porque muy raramente oía decir que fuera bueno en algo. Era un gesto del estilo de los del profesor Lupin.

Harry y Ron cogieron sus ejemplares de *Disipar las nieblas del futuro* y volvieron con ellos a la sala común, encontraron una mesa libre y se pusieron a trabajar en las predicciones para el mes siguiente. Al cabo de una hora habían hecho muy pocos progresos, aunque la mesa estaba abarrotada de trozos de pergamino llenos de cuentas y símbolos, y Harry tenía la cabeza tan neblinosa como si se le hubiera metido dentro todo el humo procedente de la chimenea

de la profesora Trelawney.

—No tengo ni idea de qué significa todo esto —declaró, observando una larga lista de cálculos.

—¿Sabes qué? —dijo Ron, que tenía el pelo de punta a causa de todas las veces que se había pasado los dedos por él llevado por la desesperación—. Creo que tendríamos que usar el método alternativo de Adivinación.

—¿Qué quieres decir? ¿Que nos lo inventemos?

—Claro —contestó Ron, que barrió de la mesa el batiburrillo de cuentas y apuntes, mojó la pluma en tinta y comenzó a escribir—. El próximo lunes —dijo, mientras escribía— es probable que me acatarre debido a la negativa influencia de la conjunción de Marte y Júpiter. —Levantó la vista hacia Harry—. Ya la conoces: pon unas cuantas desgracias y le gustará.

—Bien —asintió Harry, estrujando su primer borrador del trabajo y tirándolo al fuego por encima de las cabezas de un grupo de charlatanes alumnos de primero—. Vale. El lunes tendré riesgo de... resultar quemado.

—La verdad es que sí —dijo Ron con una risita—, porque el próximo lunes volveremos a ver los escregutos. Bien, el martes yo...

—Puedes perder tu más preciada posesión —propuso Harry, echando un vistazo a *Disipar las nieblas del futuro* en busca de ideas.

—Muy bien. Será a causa de... eh... Mercurio. ¿Qué te parece si a ti alguien que pensabas que era amigo tuyo te apuñala por la espalda?

—Sí, eso me gusta —dijo Harry, tomando nota—. Y ocurrirá porque... Venus estará en la duodécima casa celeste.

—Y el miércoles creo que me irá muy mal en una pelea.

—¡Eh, me lo has quitado! Bueno, no pasa nada: puedo perder una apuesta.

—Sí, puedes apostar a que yo gano la pelea.

Continuaron inventando predicciones (que iban aumentando en gravedad) durante otra hora, mientras se iba vaciando la sala común conforme la gente se iba a dormir. *Crookshanks* se les acercó, saltó con agilidad a una silla vacía y miró a Harry acusadoramente, de forma muy semejante a como lo habría hecho Hermione de haber sabido que no estaban haciendo el trabajo de un modo honrado.

Harry contempló la sala, intentando pensar en una desgracia que aún no hubiera puesto, y vio a Fred y George sentados uno al lado del otro contra el muro de enfrente, las cabezas casi juntas y las plumas en la mano, escudriñando un pedazo de pergamino. No era normal ver a Fred y George apartados en un rincón y trabajando en silencio. Les gustaba estar en todos los fregados y

ser siempre el centro de atención. Había algo misterioso en la manera en que trabajaban sobre el trozo de pergamino, y Harry se acordó de cómo se habían puesto a escribir los dos juntos cuando habían vuelto a La Madriguera. Entonces había pensado que debía de tratarse de otro cupón de pedido para los «Sortilegios Weasley», pero esta vez no le daba la misma impresión: en ese caso, seguramente habrían dejado a Lee Jordan participar en la broma. Se preguntó si no estaría más bien relacionado con el Torneo de los tres magos.

Mientras Harry los observaba, George le dirigió a Fred un gesto negativo de la cabeza, tachó algo con la pluma y, en una voz muy baja que sin embargo llegó al otro lado de la sala casi vacía, le dijo:

—No... así da la impresión de que lo estamos acusando. Tenemos que tener cuidado...

En ese momento George levantó la vista y se dio cuenta de que Harry los observaba. Harry sonrió y se apresuró a volver a sus predicciones. No quería que George pensara que los espiaba. Poco después, los gemelos enrollaron el pergamino, les dieron las buenas noches y se fueron a dormir.

Hacía unos diez minutos que Fred y George se habían marchado cuando se abrió el hueco del retrato y Hermione entró en la sala común con un manojo de pergaminos en una mano y en la otra una caja cuyo contenido hacía ruido conforme ella andaba. *Crookshanks* arqueó la espalda, ronroneando.

—¡Hola! —saludó—, ¡acabo de terminar!

—¡Yo también! —contestó Ron con una sonrisa de triunfo, soltando la pluma.

Hermione se sentó, dejó en una butaca vacía las cosas que llevaba, y cogió las predicciones de Ron.

—No vas a tener un mes muy bueno, ¿verdad? —comentó con sorna, mientras *Crookshanks* se hacia un ovillo en su regazo.

—Bueno, al menos no me coge de sorpresa —repuso Ron bostezando.

—Me temo que te vas a ahogar dos veces —dijo Hermione.

—¿Sí? —Ron echó un vistazo a sus predicciones—. Tendré que cambiar una de ellas por ser pisoteado por un hipogrifo desbocado.

—¿No te parece que es demasiado evidente que te lo has inventado? —preguntó Hermione.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Ron, ofendiéndose de broma—. ¡Hemos trabajado como elfos domésticos!

Hermione arrugó el entrecejo.

—No es más que una forma de hablar —se apresuró a decir Ron.

Harry dejó también la pluma. Acababa de predecir su propia muerte por decapitación.

—¿Qué hay en la caja? —inquirió, señalando hacia ella.

—Es curioso que lo preguntes —dijo Hermione, dirigiéndole a Ron una mirada desagradable. Levantó la tapa y les mostró el contenido.

Dentro había unas cincuenta insignias de diferentes colores, pero todas con las mismas letras: «P.E.D.D.O.»

—¿«Peddo»? —leyó Harry, cogiendo una insignia y mirándola—. ¿Qué es esto?

—No es «peddo» —repuso Hermione algo molesta—. Es pe, e, de, de, o: «Plataforma Élfica de Defensa de los Derechos Obreros.»

—No había oído hablar de eso en mi vida —se extrañó Ron.

—Por supuesto que no —replicó Hermione con énfasis—. Acabo de fundarla.

—¿De verdad? —dijo Ron, sorprendido—. ¿Con cuántos miembros cuenta?

—Bueno, si vosotros os afiliáis, con tres —respondió Hermione.

—¿Y crees que queremos ir por ahí con unas insignias en las que pone «peddo»? —dijo Ron.

—Pe, e, de, de, o —lo corrigió Hermione, enfadada—. Iba a poner «Detengamos el Vergonzante Abuso de Nuestras Compañeras las Criaturas Mágicas y Exijamos el Cambio de su Situación Legal», pero no cabía. Así que ése es el encabezamiento de nuestro manifiesto. —Blandió ante ellos el manojo de pergaminos—. He estado documentándome en la biblioteca. La esclavitud de los elfos se remonta a varios siglos atrás. No comprendo cómo nadie ha hecho nada hasta ahora...

—Hermione, métetelo en la cabeza —la interrumpió Ron—: a... ellos... les... gusta. ¡A ellos les gusta la esclavitud!

—Nuestro objetivo a corto plazo—siguió Hermione, hablando aún más alto que Ron y actuando como si no hubiera oído una palabra— es lograr para los elfos domésticos un salario digno y unas condiciones laborales justas. Los objetivos a largo plazo incluyen el cambio de la legislación sobre el uso de la varita mágica y conseguir que haya un representante elfo en el Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas.

—¿Y cómo lograremos todo eso? —preguntó Harry.

—Comenzaremos buscando afiliados —explicó Hermione muy contenta—. Pienso que puede estar bien pedir como cuota de afiliación dos sickles, que

darán derecho a una insignia, y podemos destinar los beneficios a elaborar panfletos para nuestra campaña. Tú serás el tesorero, Ron: tengo arriba una hucha de lata para ti. Y tú, Harry, serás el secretario, así que quizá quieras escribir ahora algo de lo que estoy diciendo, como testimonio de nuestra primera sesión.

Hubo una pausa en la que Hermione les sonrió satisfecha, y Harry permaneció callado, dividido entre la exasperación que le provocaba Hermione y la diversión que le causaba la cara de Ron, el cual parecía hallarse en un estado de aturdimiento. El silencio fue roto por un leve golpeteo en la ventana. Harry miró hacia allí e, iluminada por la luz de la luna, vio una lechuza blanca posada en el alféizar.

—*¡Hedwig!* —gritó, y se levantó de un salto para ir al otro lado de la sala común a abrir la ventana.

Hedwig entró, cruzó la sala volando y se posó en la mesa, sobre las predicciones de Harry.

—¡Ya era hora! —exclamó Harry, yendo aprisa tras ella.

—¡Trae la contestación! —dijo Ron nervioso, señalando el mugriento trozo de pergamino que *Hedwig* llevaba atado a la pata.

Harry se dio prisa en desatarlo y se sentó para leerlo. Una vez desprendida de su carga, *Hedwig* aleteó hasta posarse en una de sus rodillas, ululando suavemente.

—¿Qué dice? —preguntó Hermione con impaciencia.

La carta era muy corta, y parecía escrita con mucha premura. Harry la leyó en voz alta:

Harry:

Salgo ahora mismo hacia el norte. Esta noticia de que tu cicatriz te ha dolido se suma a una serie de extraños rumores que me han llegado hasta aquí. Si vuelve a dolerte, ve directamente a Dumbledore. Me han dicho que ha sacado a Ojoloco de su retiro, lo que significa que al menos él está al tanto de los indicios, aunque sea el único.

Estaremos pronto en contacto. Un fuerte abrazo a Ron y Hermione. Abre los ojos, Harry.

Sirius

Harry miró a Ron y Hermione, que le devolvieron la mirada.

—¿Que viene hacia el norte? —susurró Hermione—. ¿Regresa?

—¿Que Dumbledore está al tanto de los indicios? —dijo Ron, perplejo—. ¿Qué pasa, Harry?

Harry acababa de pegarse con el puño en la frente, ahuyentando a *Hedwig*.

—¡No tendría que haberle contado nada! —exclamó con furia.

—¿De qué hablas? —le preguntó Ron, sorprendido.

—¡Ha pensado que tenía que venir! —repuso Harry, dando un puñetazo en la mesa que hizo que *Hedwig* fuera a posarse en el respaldo de la silla de Ron, ululando indignada—. ¡Regresa porque cree que estoy en peligro! ¡Y a mí no me pasa nada! No tengo nada para ti —le dijo en tono de regañina a *Hedwig*, que abría y cerraba el pico esperando una recompensa—. Si quieres comer tendrás que ir a la lechucería.

Hedwig lo miró con aire ofendido y volvió a salir por la ventana abierta, pegándole en la cabeza con el ala al pasar.

—Harry... —comenzó a decir Hermione, en un tono de voz tranquilizador.

—Me voy a la cama —atajó Harry—. Hasta mañana.

En el dormitorio, Harry se puso el pijama y se metió en su cama de dosel, pero no tenía sueño.

Si Sirius volvía y lo atrapaban, sería culpa suya, de Harry. ¿Por qué demonios no se había callado? Un ratito de dolor y enseguida a contarlo... Si hubiera tenido la sensatez de guardárselo...

Oyó a Ron entrar en el dormitorio poco después, pero no le dijo nada. Permaneció mucho tiempo contemplando el oscuro dosel de la cama. El dormitorio estaba sumido en completo silencio, y, si se hubiera hallado menos agobiado por las preocupaciones, Harry se habría dado cuenta de que la ausencia de los habituales ronquidos de Neville indicaba que alguien más tampoco lograba conciliar el sueño.

15

Beauxbatons y Durmstrang

Como si su cerebro se hubiera pasado la noche discurriendo, Harry se levantó temprano a la mañana siguiente con un plan perfectamente concebido. Se vistió a la pálida luz del alba, salió del dormitorio sin despertar a Ron y bajó a la sala común, en la que aún no había nadie. Allí cogió un trozo de pergamino de la mesa en la que todavía estaba su trabajo para la clase de Adivinación, y escribió en él la siguiente carta:

Querido Sirius:

Creo que lo de que me dolía la cicatriz fue algo que me imaginé, nada más. Estaba medio dormido la última vez que te escribí. No tiene sentido que vengas, aquí todo va perfectamente. No te preocupes por mí, mi cabeza está bien.

Harry

Salió por el hueco del retrato, subió por la escalera del castillo, que estaba sumido en el silencio (sólo lo retrasó Peeves, que intentó vaciar un jarrón grande encima de él, en medio del corredor del cuarto piso), y finalmente llego a la lechucería, que estaba situada en la parte superior de la torre oeste.

La lechucería era un habitáculo circular con muros de piedra, bastante frío y con muchas corrientes de aire, puesto que ninguna de las ventanas tenía cristales. El suelo estaba completamente cubierto de paja, excrementos de lechuza y huesos regurgitados de ratones y campañoles. Sobre las perchas, fijadas a largos palos que llegaban hasta el techo de la torre, descansaban cientos y cientos de lechuzas de todas las razas imaginables, casi todas dormidas, aunque Harry podía distinguir aquí y allá algún ojo ambarino fijo en él. Vio a *Hedwig* acurrucada entre una lechuza común y un cárabo, y se fue aprisa hacia ella, resbalando un poco en los excrementos esparcidos por el suelo.

Le costó bastante rato persuadirla de que abriera los ojos y, luego, de que los dirigiera hacia él en vez de caminar de un lado a otro de la percha arrastrando las garras y dándole la espalda. Evidentemente, seguía dolida por la falta de gratitud mostrada por Harry la noche anterior. Al final, Harry sugirió en voz alta que tal vez estuviera demasiado cansada y que sería mejor pedirle a Ron que le prestara a *Pigwidgeon*, y fue entonces cuando *Hedwig* levantó la pata para que le atara la carta.

—Tienes que encontrarlo, ¿vale? —le dijo Harry, acariciándole la espalda mientras la llevaba posada en su brazo hasta uno de los agujeros del muro—.

Tienes que encontrarlo antes que los dementores.

Ella le pellizcó el dedo, quizá más fuerte de lo habitual, pero ululó como siempre, suavemente, como diciéndole que se quedara tranquilo. Luego extendió las alas y salió al mismo tiempo que lo hacía el sol. Harry la contempló mientras se perdía de vista, sintiendo la ya habitual molestia en el estómago. Había estado demasiado seguro de que la respuesta de Sirius lo aliviaría de las preocupaciones en vez de incrementárselas.

—Le has dicho una mentira, Harry —le espetó Hermione en el desayuno, después que él les contó lo que había hecho—. No te imaginaste que la cicatriz te doliera, y lo sabes.

—¿Y qué? —repuso Harry—. No quiero que vuelva a Azkaban por culpa mía.

—Déjalo —le dijo Ron a Hermione bruscamente, cuando ella abrió la boca para argumentar contra Harry. Y, por una vez, Hermione le hizo caso y se quedó callada.

Durante las dos semanas siguientes, Harry intentó no preocuparse por Sirius. La verdad era que cada mañana, cuando llegaban las lechuzas, no podía dejar de mirar muy nervioso en busca de *Hedwig*, y por las noches, antes de ir a dormir, tampoco podía evitar representarse horribles visiones de Sirius acorralado por los dementores en alguna oscura calle de Londres; pero, entre una cosa y otra, intentaba apartar sus pensamientos de su padrino. Hubiera querido poder jugar al quidditch para distraerse. Nada le iba mejor a una mente atribulada que una buena sesión de entrenamiento. Por otro lado, las clases se estaban haciendo más difíciles y duras que nunca, en especial la de Defensa Contra las Artes Oscuras.

Para su sorpresa, el profesor Moody anunció que les echaría la maldición *imperius* por turno, tanto para mostrarles su poder como para ver si podían resistirse a sus efectos.

—Pero... pero usted dijo que eso estaba prohibido, profesor —le dijo una vacilante Hermione, al tiempo que Moody apartaba las mesas con un movimiento de la varita, dejando un amplio espacio en el medio del aula—. Usted dijo que usarlo contra otro ser humano estaba...

—Dumbledore quiere que os enseñe cómo es —la interrumpió Moody, girando hacia Hermione el ojo mágico y fijándolo sin parpadear en una mirada sobrecogedora—. Si alguno de vosotros prefiere aprenderlo del modo más duro, cuando alguien le eche la maldición para controlarlo completamente, por mí de acuerdo. Puede salir del aula.

Señaló la puerta con un dedo nudoso. Hermione se puso muy colorada, y murmuró algo de que no había querido decir que deseara irse. Harry y Ron se

sonrieron el uno al otro. Sabían que Hermione preferiría beber pus de bubotubérculo antes que perderse una clase tan importante.

Moody empezó a llamar por señas a los alumnos y a echarles la maldición *imperius*. Harry vio cómo sus compañeros de clase, uno tras otro, hacían las cosas más extrañas bajo su influencia: Dean Thomas dio tres vueltas al aula a la pata coja cantando el himno nacional, Lavender Brown imitó una ardilla y Neville ejecutó una serie de movimientos gimnásticos muy sorprendentes, de los que hubiera sido completamente incapaz en estado normal. Ninguno de ellos parecía capaz de oponer ninguna resistencia a la maldición, y se recobraban sólo cuando Moody la anulaba.

—Potter —gruñó Moody—, ahora te toca a ti.

Harry se adelantó hasta el centro del aula, en el espacio despejado de mesas. Moody levantó la varita mágica, lo apuntó con ella y dijo:

—*¡Imperio!*

Fue una sensación maravillosa. Harry se sintió como flotando cuando toda preocupación y todo pensamiento desaparecieron de su cabeza, no dejándole otra cosa que una felicidad vaga que no sabía de dónde procedía. Se quedó allí, inmensamente relajado, apenas consciente de que todos lo miraban.

Y luego oyó la voz de *Ojoloco* Moody, retumbando en alguna remota región de su vacío cerebro: *Salta a la mesa... salta a la mesa...*

Harry, obedientemente, flexionó las rodillas, preparado a dar el salto.

Salta a la mesa...

«Pero ¿por qué?»

Otra voz susurró desde la parte de atrás de su cerebro. «Qué idiotez, la verdad», dijo la voz.

Salta a la mesa...

«No, creo que no lo haré, gracias —dijo la otra voz, con un poco más de firmeza—. No, realmente no quiero...»

¡Salta! ¡Ya!

Lo siguiente que notó Harry fue mucho dolor. Había tratado al mismo tiempo de saltar y de resistirse a saltar. El resultado había sido pegarse de cabeza contra la mesa, que se volcó, y, a juzgar por el dolor de las piernas, fracturarse las rótulas.

—Bien, ¡por ahí va la cosa! —gruñó la voz de Moody.

De pronto Harry sintió que la sensación de vacío desaparecía de su cabeza. Recordó exactamente lo que estaba ocurriendo, y el dolor de las

rodillas aumentó.

—¡Mirad esto, todos vosotros... Potter se ha resistido! Se ha resistido, ¡y el condenado casi lo logra! Lo volveremos a intentar, Potter, y todos los demás prestad atención. Miradlo a los ojos, ahí es donde podéis verlo. ¡Muy bien, Potter, de verdad que muy bien! ¡No les resultará fácil controlarte!

—Por la manera en que habla —murmuró Harry una hora más tarde, cuando salía cojeando del aula de Defensa Contra las Artes Oscuras (Moody se había empeñado en hacerle repetir cuatro veces la experiencia, hasta que logró resistirse completamente a la maldición *imperius*)—, se diría que estamos a punto de ser atacados de un momento a otro.

—Sí, es verdad —dijo Ron, dando alternativamente un paso y un brinco: había tenido muchas más dificultades con la maldición que Harry, aunque Moody le aseguró que los efectos se habrían pasado para la hora de la comida—. Hablando de paranoias... —Ron echó una mirada nerviosa por encima del hombro para comprobar que Moody no estaba en ningún lugar en que pudiera oírlo, y prosiguió—, no me extraña que en el Ministerio estuvieran tan contentos de desembarazarse de él: ¿no le oíste contarle a Seamus lo que le hizo a la bruja que le gritó «¡bu!» por detrás el día de los inocentes? ¿Y cuándo se supone que vamos a ponernos al tanto de la maldición *imperius* con todas las otras cosas que tenemos que hacer?

Todos los alumnos de cuarto habían apreciado un evidente incremento en la cantidad de trabajo para aquel trimestre. La profesora McGonagall les explicó a qué se debía, cuando la clase recibió con quejas los deberes de Transformaciones que ella acababa de ponerles.

—¡Estáis entrando en una fase muy importante de vuestra educación mágica! —declaró con ojos centelleantes—. Se acercan los exámenes para el TIMO.

—¡Pero si no tendremos el TIMO hasta el quinto curso! —objetó Dean Thomas.

—Es verdad, Thomas, pero créeme: ¡tenéis que prepararos lo más posible! La señorita Granger sigue siendo la única persona de la clase que ha logrado convertir un erizo en un alfiletero como Dios manda. ¡Permíteme recordarte que el tuyo, Thomas, aún se hace una pelota cada vez que alguien se le acerca con un alfiler!

Hermione, que se había ruborizado, trató de no parecer demasiado satisfecha de sí misma.

A Harry y Ron les costó contener la risa en la siguiente clase de Adivinación cuando la profesora Trelawney les dijo que les había puesto sobresaliente en los trabajos. Leyó pasajes enteros de sus predicciones, elogiándolos por la indiferencia con que aceptaban los horrores que les deparaba el futuro inmediato. Pero no les hizo tanta gracia cuando ella les mandó repetir el trabajo para el mes siguiente: a los dos se les había agotado

el repertorio de desgracias.

El profesor Binns, el fantasma que enseñaba Historia de la Magia, les mandaba redacciones todas las semanas sobre las revueltas de los duendes en el siglo XVIII; el profesor Snape los obligaba a descubrir antídotos, y se lo tomaron muy en serio porque había dado a entender que envenenaría a uno de ellos antes de Navidad para ver si el antídoto funcionaba; y el profesor Flitwick les había ordenado leer tres libros más como preparación a su clase de encantamientos convocadores.

Hasta Hagrid los cargaba con un montón de trabajo. Los escregutos de cola explosiva crecían a un ritmo sorprendente aunque nadie había descubierto todavía qué comían. Hagrid estaba encantado y, como parte del proyecto, les sugirió ir a la cabaña una tarde de cada dos para observar los escregutos y tomar notas sobre su extraordinario com portamiento.

—No lo haré —se negó rotundamente Malfoy cuando Hagrid les propuso aquello con el aire de un Papá Noel que sacara de su saco un nuevo juguete—. Ya tengo bastante con ver esos bichos durante las clases, gracias.

De la cara de Hagrid desapareció la sonrisa.

—Harás lo que te digo —gruñó—, o seguiré el ejemplo del profesor Moody... Me han dicho que eres un hurón magnifico, Malfoy.

Los de Gryffindor estallaron en carcajadas. Malfoy enrojeció de cólera, pero dio la impresión de que el recuerdo del castigo que le había infligido Moody era lo bastante doloroso para impedirle replicar. Harry, Ron y Hermione volvieron al castillo al final de la clase de muy buen humor: haber visto que Hagrid ponía en su sitio a Malfoy era especialmente gratificante, sobre todo porque éste había hecho todo lo posible el año anterior para que despidieran a Hagrid.

Cuando llegaron al vestíbulo, no pudieron pasar debido a la multitud de estudiantes que estaban arremolinados al pie de la escalinata de mármol, alrededor de un gran letrero. Ron, el más alto de los tres, se puso de puntillas para echar un vistazo por encima de las cabezas de la multitud, y leyó en voz alta el cartel:

TORNEO DE LOS TRES MAGOS

Los representantes de Beauxbatons y Durmstrang llegarán a las seis en punto del viernes 30 de octubre. Las clases se interrumpirán media hora antes.

—¡Estupendo! —dijo Harry—. ¡La última clase del viernes es Pociones! ¡A

Snape no le dará tiempo de envenenarnos a todos!

Los estudiantes deberán llevar sus libros y mochilas a los dormitorios y reunirse a la salida del castillo para recibir a nuestros huéspedes antes del banquete de bienvenida.

—¡Sólo falta una semana! —dijo emocionado Ernie Macmillan, un alumno de Hufflepuff, saliendo de la aglomeración—. Me pregunto si Cedric estará enterado. Me parece que voy a decírselo...

—¿Cedric? —dijo Ron sin comprender, mientras Ernie se iba a toda prisa.

—Diggory —explicó Harry—. Querrá participar en el Torneo.

—¿Ese idiota, campeón de Hogwarts? —gruñó Ron mientras se abrían camino hacia la escalera por entre la bulliciosa multitud.

—No es idiota. Lo que pasa es que no te gusta porque venció al equipo de Gryffindor en el partido de quidditch —repuso Hermione—. He oído que es un estudiante realmente bueno. Y es prefecto.

Lo dijo como si eso zanjara la cuestión.

—Sólo te gusta porque es guapo —dijo Ron mordazmente.

—Perdona, a mí no me gusta la gente sólo porque sea guapa —repuso Hermione indignada.

Ron fingió que tosía, y su tos sonó algo así como: «¡Lockhart!»

El cartel del vestíbulo causó un gran revuelo entre los habitantes del castillo. Durante la semana siguiente, y fuera donde fuera Harry, no había más que un tema de conversación: el Torneo de los tres magos. Los rumores pasaban de un alumno a otro como gérmenes altamente contagiosos: quién se iba a proponer para campeón de Hogwarts, en qué consistiría el Torneo, en qué se diferenciaban de ellos los alumnos de Beauxbatons y Durmstrang...

Harry notó, además, que el castillo parecía estar sometido a una limpieza especialmente concienzuda. Habían restregado algunos retratos mugrientos, para irritación de los retratados, que se acurrucaban dentro del marco murmurando cosas y muriéndose de vergüenza por el color sonrosado de su cara. Las armaduras aparecían de repente brillantes y se movían sin chirriar, y Argus Filch, el conserje, se mostraba tan feroz con cualquier estudiante que olvidara limpiarse los zapatos que aterrorizó a dos alumnas de primero hasta la histeria.

Los profesores también parecían algo nerviosos.

—¡Longbottom, ten la amabilidad de no decir delante de nadie de

Durmstrang que no eres capaz de llevar a cabo un sencillo encantamiento permutador! —gritó la profesora McGonagall al final de una clase especialmente difícil en la que Neville se había equivocado y le había injertado a un cactus sus propias orejas.

Cuando bajaron a desayunar la mañana del 30 de octubre, descubrieron que durante la noche habían engalanado el Gran Comedor. De los muros colgaban unos enormes estandartes de seda que representaban las diferentes casas de Hogwarts: rojos con un león dorado los de Gryffindor, azules con un águila de color bronce los de Ravenclaw, amarillos con un tejón negro los de Hufflepuff, y verdes con una serpiente plateada los de Slytherin. Detrás de la mesa de los profesores, un estandarte más grande que los demás mostraba el escudo de Hogwarts: el león, el águila, el tejón y la serpiente se unían en torno a una enorme hache.

Harry, Ron y Hermione vieron a Fred y George en la mesa de Gryffindor. Una vez más, y contra lo que había sido siempre su costumbre, estaban apartados y conversaban en voz baja. Ron fue hacia ellos, seguido de los demás.

—Es un peñazo de verdad —le decía George a Fred con tristeza—. Pero si no nos habla personalmente, tendremos que enviarle la carta. O metérsela en la mano. No nos puede evitar eternamente.

—¿Quién os evita? —quiso saber Ron, sentándose a su lado.

—Me gustaría que fueras tú —contestó Fred, molesto por la interrupción.

—¿Qué te parece un peñazo? —preguntó Ron a George.

—Tener de hermano a un imbécil entrometido como tú —respondió George.

—¿Ya se os ha ocurrido algo para participar en el Torneo de los tres magos? —inquirió Harry—. ¿Habéis pensado alguna otra cosa para entrar?

—Le pregunté a McGonagall cómo escogían a los campeones, pero no me lo dijo —repuso George con amargura—. Me mandó callar y seguir con la transformación del mapache.

—Me gustaría saber cuáles serán las pruebas —comentó Ron pensativo—. Porque yo creo que nosotros podríamos hacerlo, Harry. Hemos hecho antes cosas muy peligrosas.

—No delante de un tribunal —replicó Fred—. McGonagall dice que puntuarán a los campeones según cómo lleven a cabo las pruebas.

—¿Quiénes son los jueces? —preguntó Harry.

—Bueno, los directores de los colegios participantes deben de formar parte del tribunal —declaró Hermione, y todos se volvieron hacia ella, bastante

sorprendidos—, porque los tres resultaron heridos durante el torneo de mil setecientos noventa y dos, cuando se soltó un basilisco que tenían que atrapar los campeones.

Ella advirtió cómo la miraban y, con su acostumbrado aire de impaciencia cuando veía que nadie había leído los libros que ella conocía, explicó:

—Está todo en *Historia de Hogwarts*. Aunque, desde luego, ese libro no es muy de fiar. Un título más adecuado sería «Historia censurada de Hogwarts», o bien «Historia tendenciosa y selectiva de Hogwarts, que pasa por alto los aspectos menos favorecedores del colegio».

—¿De qué hablas? —preguntó Ron, aunque Harry creyó saber a qué se refería.

—¡De los elfos domésticos! —dijo Hermione en voz alta, lo que le confirmó a Harry que no se había equivocado—. ¡Ni una sola vez, en más de mil páginas, hace la *Historia de Hogwarts* una sola mención a que somos cómplices de la opresión de un centenar de esclavos!

Harry movió la cabeza a un lado y otro con desaprobación y se dedicó a los huevos revueltos que tenía en el plato. Su carencia de entusiasmo y la de Ron no había refrenado lo más mínimo la determinación de Hermione de luchar a favor de los elfos domésticos. Era cierto que tanto uno como otro habían puesto los dos sickles que daban derecho a una insignia de la P.E.D.D.O., pero lo habían hecho tan sólo para no molestarla. Sin embargo, habían malgastado el dinero, ya que si habían logrado algo era que Hermione se volviera más radical. Les había estado dando la lata desde aquel momento, primero para que se pusieran las insignias, luego para que persuadieran a otros de que hicieran lo mismo, y cada noche Hermione paseaba por la sala común de Gryffindor acorralando a la gente y haciendo sonar la hucha ante sus narices.

—¿Sois conscientes de que son criaturas mágicas que no perciben sueldo y trabajan en condiciones de esclavitud las que os cambian las sábanas, os encienden el fuego, os limpian las aulas y os preparan la comida? —les decía furiosa.

Algunos, como Neville, habían pagado sólo para que Hermione dejara de mirarlo con el entrecejo fruncido. Había quien parecía moderadamente interesado en lo que ella decía pero se negaba a asumir un papel más activo en la campaña. A muchos todo aquello les parecía una broma.

Ron alzó los ojos al techo, donde brillaba la luz de un sol otoñal, y Fred se mostró enormemente interesado en su trozo de tocino (los gemelos se habían negado a adquirir su insignia de la P.E.D.D.O.). George, sin embargo, se aproximó a Hermione un poco.

—Escucha, Hermione, ¿has estado alguna vez en las cocinas?

—No, claro que no —dijo Hermione de manera cortante—. Se supone que los alumnos no...

—Bueno, pues nosotros sí —la interrumpió George, señalando a Fred—, un montón de veces, para mangar comida. Y los conocemos, y sabemos que son felices. Piensan que tienen el mejor trabajo del mundo.

—¡Eso es porque no están educados! Les han lavado el cerebro y... —comenzó a decir Hermione acaloradamente, pero las siguientes palabras quedaron ahogadas por el ruido de batir de alas encima de sus cabezas que anunciaba la llegada de las lechuzas mensajeras.

Harry levantó la vista inmediatamente, y vio a *Hedwig*, que volaba hacia él. Hermione se calló de repente. Ella y Ron miraron nerviosos a *Hedwig*, que revoloteó hasta el hombro de Harry, plegó las alas y levantó la pata con cansancio.

Harry le desprendió la respuesta de Sirius de la pata y le ofreció a *Hedwig* los restos de su tocino, que comió agradecida. Luego, tras asegurarse de que Fred y George habían vuelto a sumergirse en nuevas discusiones sobre el Torneo de los tres magos, Harry les leyó a Ron y a Hermione la carta de Sirius en un susurro:

Esa mentira te honra, Harry.

Ya he vuelto al país y estoy bien escondido. Quiero que me envíes lechuzas contándome cuanto sucede en Hogwarts. No uses a Hedwig. *Emplea diferentes lechuzas, y no te preocupes por mí: cuida de ti mismo. No olvides lo que te dije de la cicatriz.*

Sirius

—¿Por qué tienes que usar diferentes lechuzas? —preguntó Ron en voz baja.

—Porque *Hedwig* atrae demasiado la atención —respondió Hermione de inmediato—. Es muy llamativa. Una lechuza blanca yendo y viniendo a donde quiera que se haya ocultado... Como no es un ave autóctona...

Harry enrolló la carta y se la metió en la túnica, preguntándose si se sentía más o menos preocupado que antes. Consideró que ya era algo que Sirius hubiera conseguido entrar en el país sin que lo atraparan. Tampoco podía negarse que la idea de que Sirius estuviera mucho más cerca era tranquilizadora. Por lo menos, no tendría que esperar la respuesta tanto tiempo cada vez que le escribiera.

—Gracias, *Hedwig* —dijo acariciándola. Ella ululó medio dormida, metió el pico un instante en la copa de zumo de naranja de Harry, y se fue, evidentemente ansiosa de echar una larga siesta en la lechucería.

Aquel día había en el ambiente una agradable impaciencia. Nadie estuvo

muy atento a las clases, porque estaban mucho más interesados en la llegada aquella noche de la gente de Beauxbatons y Durmstrang. Hasta la clase de Pociones fue más llevadera de lo usual, porque duró media hora menos. Cuando, antes de lo acostumbrado, sonó la campana, Harry, Ron y Hermione salieron a toda prisa hacia la torre de Gryffindor, dejaron allí las mochilas y los libros tal como les habían indicado, se pusieron las capas y volvieron al vestíbulo.

Los jefes de las casas colocaban a sus alumnos en filas.

—Weasley, ponte bien el sombrero —le ordenó la profesora McGonagall a Ron—. Patil, quítate esa cosa ridícula del pelo.

Parvati frunció el entrecejo y se quitó una enorme mariposa de adorno del extremo de la trenza.

—Seguidme, por favor —dijo la profesora McGonagall—. Los de primero delante. Sin empujar...

Bajaron en fila por la escalinata de la entrada y se alinearon delante del castillo. Era una noche fría y clara. Oscurecía, y una luna pálida brillaba ya sobre el bosque prohibido. Harry, de pie entre Ron y Hermione en la cuarta fila, vio a Dennis Creevey temblando de emoción entre otros alumnos de primer curso.

—Son casi las seis —anunció Ron, consultando el reloj y mirando el camino que iba a la verja de entrada—. ¿Cómo pensáis que llegarán? ¿En el tren?

—No creo —contestó Hermione.

—¿Entonces cómo? ¿En escoba? —dijo Harry, levantando la vista al cielo estrellado.

—No creo tampoco... no desde tan lejos...

—¿En traslador? —sugirió Ron—. ¿Pueden aparecerse? A lo mejor en sus países está permitido aparecerse antes de los diecisiete años.

—Nadie puede aparecerse dentro de los terrenos de Hogwarts. ¿Cuántas veces os lo tengo que decir? —exclamó Hermione perdiendo la paciencia.

Escudriñaron nerviosos los terrenos del colegio, que se oscurecían cada vez más. No se movía nada por allí. Todo estaba en calma, silencioso y exactamente igual que siempre. Harry empezaba a tener un poco de frío, y confió en que se dieran prisa. Quizá los extranjeros preparaban una llegada espectacular... Recordó lo que había dicho el señor Weasley en el cámping, antes de los Mundiales: «Siempre es igual. No podemos resistirnos a la ostentación cada vez que nos juntamos...»

Y entonces, desde la última fila, en la que estaban todos los profesores, Dumbledore gritó:

—¡Ajá! ¡Si no me equivoco, se acercan los representantes de Beauxbatons!

—¿Por dónde? —preguntaron muchos con impaciencia, mirando en diferentes direcciones.

—¡Por allí! —gritó uno de sexto, señalando hacia el bosque.

Una cosa larga, mucho más larga que una escoba (y, de hecho, que cien escobas), se acercaba al castillo por el cielo azul oscuro, haciéndose cada vez más grande.

—¡Es un dragón! —gritó uno de los de primero, perdiendo los estribos por completo.

—No seas idiota... ¡es una casa volante! —le dijo Dennis Creevey.

La suposición de Dennis estaba más cerca de la realidad. Cuando la gigantesca forma negra pasó por encima de las copas de los árboles del bosque prohibido casi rozándolas, y la luz que provenía del castillo la iluminó, vieron que se trataba de un carruaje colosal, de color azul pálido y del tamaño de una casa grande, que volaba hacia ellos tirado por una docena de caballos alados de color tostado pero con la crin y la cola blancas, cada uno del tamaño de un elefante.

Las tres filas delanteras de alumnos se echaron para atrás cuando el carruaje descendió precipitadamente y aterrizó a tremenda velocidad. Entonces golpearon el suelo los cascos de los caballos, que eran más grandes que platos, metiendo tal ruido que Neville dio un salto y pisó a un alumno de Slytherin de quinto curso. Un segundo más tarde el carruaje se posó en tierra, rebotando sobre las enormes ruedas, mientras los caballos sacudían su enorme cabeza y movían unos grandes ojos rojos.

Antes de que la puerta del carruaje se abriera, Harry vio que llevaba un escudo: dos varitas mágicas doradas cruzadas, con tres estrellas que surgían de cada una.

Un muchacho vestido con túnica de color azul pálido saltó del carruaje al suelo, hizo una inclinación, buscó con las manos durante un momento algo en el suelo del carruaje y desplegó una escalerilla dorada. Respetuosamente, retrocedió un paso. Entonces Harry vio un zapato negro brillante, con tacón alto, que salía del interior del carruaje. Era un zapato del mismo tamaño que un trineo infantil. Al zapato le siguió, casi inmediatamente, la mujer más grande que Harry había visto nunca. Las dimensiones del carruaje y de los caballos quedaron inmediatamente explicadas. Algunos ahogaron un grito.

En toda su vida, Harry sólo había visto una persona tan gigantesca como aquella mujer, y ése era Hagrid. Le parecía que eran exactamente igual de altos, pero aun así (y tal vez porque estaba habituado a Hagrid) aquella mujer —que ahora observaba desde el pie de la escalerilla a la multitud, que a su vez la miraba atónita a ella— parecía aún más grande. Al dar unos pasos entró de lleno en la zona iluminada por la luz del vestíbulo, y ésta reveló un hermoso

rostro de piel morena, unos ojos cristalinos grandes y negros, y una nariz afilada. Llevaba el pelo recogido por detrás, en la base del cuello, en un moño reluciente. Sus ropas eran de satén negro, y una multitud de cuentas de ópalo brillaban alrededor de la garganta y en sus gruesos dedos.

Dumbledore comenzó a aplaudir. Los estudiantes, imtando a su director, aplaudieron también, muchos de ellos de puntillas para ver mejor a la mujer.

Sonriendo graciosamente, ella avanzó hacia Dumbledore y extendió una mano reluciente. Aunque Dumbledore era alto, apenas tuvo que inclinarse para besársela.

—Mi querida Madame Maxime —dijo—, bienvenida a Hogwarts.

—«Dumbledog» —repuso Madame Maxime, con una voz profunda—, «espego» que esté bien.

—En excelente forma, gracias —respondió Dumbledore.

—Mis alumnos —dijo Madame Maxime, señalando tras ella con gesto lánguido.

Harry, que no se había fijado en otra cosa que en Madame Maxime, notó que unos doce alumnos, chicos y chicas, todos los cuales parecían hallarse cerca de los veinte años, habían salido del carruaje y se encontraban detrás de ella. Estaban tiritando, lo que no era nada extraño dado que las túnicas que llevaban parecían de seda fina, y ninguno de ellos tenía capa. Algunos se habían puesto bufandas o chales por la cabeza. Por lo que alcanzaba a distinguir Harry (ya que los tapaba la enorme sombra proyectada por Madame Maxime), todos miraban el castillo de Hogwarts con aprensión.

—¿Ha llegado ya «Kagkagov»? —preguntó Madame Maxime.

—Se presentará de un momento a otro —aseguró Dumbledore—. ¿Prefieren esperar aquí para saludarlo o pasar a calentarse un poco?

—Lo segundo, me «paguece» —respondió Madame Maxime—. «Pego» los caballos...

—Nuestro profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas se encargará de ellos encantado —declaró Dumbledore—, en cuanto vuelva de solucionar una pequeña dificultad que le ha surgido con alguna de sus otras... obligaciones.

—Con los escregutos —le susurró Ron a Harry.

—Mis «cogceles guequieguen»... eh... una mano «podegosa» —dijo Madame Maxime, como si dudara que un simple profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas fuera capaz de hacer el trabajo—. Son muy «fuegtes»...

—Le aseguro que Hagrid podrá hacerlo —dijo Dumbledore, sonriendo.

—Muy bien —asintió Madame Maxime, haciendo una leve inclinación—. Y,

«pog favog», dígale a ese «pgofesog Haggid» que estos caballos solamente beben whisky de malta «pugo».

—Descuide —dijo Dumbledore, inclinándose a su vez.

—*Allons-y!* —les dijo imperiosamente Madame Maxime a sus estudiantes, y los alumnos de Hogwarts se apartaron para dejarlos pasar y subir la escalinata de piedra.

—¿Qué tamaño calculáis que tendrán los caballos de Durmstrang? —dijo Seamus Finnigan, inclinándose para dirigirse a Harry y Ron entre Lavender y Parvati.

—Si son más grandes que éstos, ni siquiera Hagrid podrá manejarlos —contestó Harry—. Y eso si no lo han atacado los escregutos. Me pregunto qué le habrá ocurrido.

—A lo mejor han escapado —dijo Ron, esperanzado.

—¡Ah, no digas eso! —repuso Hermione, con un escalofrío—. Me imagino a todos esos sueltos por ahí...

Para entonces ya tiritaban de frío esperando la llegada de la representación de Durmstrang. La mayoría miraba al cielo esperando ver algo. Durante unos minutos, el silencio sólo fue roto por los bufidos y el piafar de los enormes caballos de Madame Maxime. Pero entonces...

—¿No oyes algo? —preguntó Ron repentinamente.

Harry escuchó. Un ruido misterioso, fuerte y extraño llegaba a ellos desde las tinieblas. Era un rumor amortiguado y un sonido de succión, como si una inmensa aspiradora pasara por el lecho de un río...

—¡El lago! —gritó Lee Jordan, señalando hacia él—. ¡Mirad el lago!

Desde su posición en lo alto de la ladera, desde la que se divisaban los terrenos del colegio, tenían una buena perspectiva de la lisa superficie negra del agua. Y en aquellos momentos esta superficie no era lisa en absoluto. Algo se agitaba bajo el centro del lago. Aparecieron grandes burbujas, y luego se formaron unas olas que iban a morir a las embarradas orillas. Por último surgió en medio del lago un remolino, como si al fondo le hubieran quitado un tapón gigante...

Del centro del remolino comenzó a salir muy despacio lo que parecía un asta negra, y luego Harry vio las jarcias...

—¡Es un mástil! —exclamó.

Lenta, majestuosamente, el barco fue surgiendo del agua, brillando a la luz de la luna. Producía una extraña impresión de cadáver, como si fuera un barco hundido y resucitado, y las pálidas luces que relucían en las portillas daban la impresión de ojos fantasmales. Finalmente, con un sonoro chapoteo, el barco

emergió en su totalidad, balanceándose en las aguas turbulentas, y comenzó a surcar el lago hacia tierra. Un momento después oyeron la caída de un ancla arrojada al bajío y el sordo ruido de una tabla tendida hasta la orilla.

A la luz de las portillas del barco, vieron las siluetas de la gente que desembarcaba. Todos ellos, según le pareció a Harry, tenían la constitución de Crabbe y Goyle... pero luego, cuando se aproximaron más, subiendo por la explanada hacia la luz que provenía del vestíbulo, vio que su corpulencia se debía en realidad a que todos llevaban puestas unas capas de algún tipo de piel muy tupida. El que iba delante llevaba una piel de distinto tipo: lisa y plateada como su cabello.

—¡Dumbledore! —gritó efusivamente mientras subía la ladera—. ¿Cómo estás, mi viejo compañero, cómo estás?

—¡Estupendamente, gracias, profesor Karkarov! —respondió Dumbledore.

Karkarov tenía una voz pastosa y afectada. Cuando llegó a una zona bien iluminada, vieron que era alto y delgado como Dumbledore, pero llevaba corto el blanco cabello, y la perilla (que terminaba en un pequeño rizo) no ocultaba del todo el mentón poco pronunciado. Al llegar ante Dumbledore, le estrechó la mano.

—El viejo Hogwarts —dijo, levantando la vista hacia el castillo y sonriendo. Tenía los dientes bastante amarillos, y Harry observó que la sonrisa no incluía los ojos, que mantenían su expresión de astucia y frialdad—. Es estupendo estar aquí, es estupendo... Viktor, ve para allá, al calor... ¿No te importa, Dumbledore? Es que Viktor tiene un leve resfriado...

Karkarov indicó por señas a uno de sus estudiantes que se adelantara. Cuando el muchacho pasó, Harry vio su nariz, prominente y curva, y las espesas cejas negras. Para reconocer aquel perfil no necesitaba el golpe que Ron le dio en el brazo, ni tampoco que le murmurara al oído:

—¡Harry...! ¡Es Krum!

16

El Cáliz de fuego

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Ron asombrado cuando los alumnos de Hogwarts, formados en fila, volvían a subir la escalinata tras la comitiva de Durmstrang—. ¡Krum, Harry! ¡Es Viktor Krum!

—¡Ron, por Dios, no es más que un jugador de quidditch! —dijo Hermione.

—¿Nada más que un jugador de quidditch? —repitió Ron, mirándola como si no pudiera dar crédito a sus oídos—. ¡Es uno de los mejores buscadores del mundo, Hermione! ¡Nunca me hubiera imaginado que aún fuera al colegio!

Cuando volvían a cruzar el vestíbulo con el resto de los estudiantes de Hogwarts, de camino al Gran Comedor, Harry vio a Lee Jordan dando saltos en vertical para poder distinguir la nuca de Krum. Unas chicas de sexto revolvían en sus bolsillos mientras caminaban.

—¡Ah, es increíble, no llevo ni una simple pluma! ¿Crees que accedería a firmarme un autógrafo en el som brero con mi lápiz de labios?

—¡Pero bueno! —bufó Hermione muy altanera al adelantar a las chicas, que habían empezado a pelearse por el lápiz de labios.

—Voy a intentar conseguir su autógrafo —dijo Ron—. No llevarás una pluma, ¿verdad, Harry?

—Las dejé todas en la mochila —contestó.

Se dirigieron a la mesa de Gryffindor. Ron puso mucho interés en sentarse orientado hacia la puerta de entrada, porque Krum y sus compañeros de Durmstrang seguían amontonados junto a ella sin saber dónde sentarse. Los alumnos de Beauxbatons se habían puesto en la mesa de Ravenclaw y observaban el Gran Comedor con expresión crítica. Tres de ellos se sujetaban aún bufandas o chales en torno a la cabeza.

—No hace tanto frío —dijo Hermione, molesta—. ¿Por qué no han traído capa?

—¡Aquí! ¡Ven a sentarte aquí! —decía Ron entre dientes—. ¡Aquí! Hermione, hazte a un lado para hacerle sitio...

—¿Qué?

—Demasiado tarde —se lamentó Ron con amargura.

Viktor Krum y sus compañeros de Durmstrang se habían colocado en la mesa de Slytherin. Harry vio que Malfoy, Crabbe y Goyle parecían muy ufanos por este hecho. En el instante en que miró, Malfoy se inclinaba un poco para dirigirse a Krum.

—Sí, muy bien, hazle la pelota, Malfoy —dijo Ron de forma mordaz—. Apuesto algo a que Krum no tarda en calarte... Seguro que tiene montones de gente lisonjeándolo todo el día... ¿Dónde creéis que dormirán? Podríamos hacerle sitio en nuestro dormitorio, Harry... No me importaría dejarle mi cama:

yo puedo dormir en una plegable.

Hermione exhaló un sonoro resoplido.

—Parece que están mucho más contentos que los de Beauxbatons —comentó Harry.

Los alumnos de Durmstrang se quitaban las pesadas pieles y miraban con expresión de interés el negro techo lleno de estrellas. Dos de ellos cogían los platos y las copas de oro y los examinaban, aparentemente muy impresionados.

En el fondo, en la mesa de los profesores, Filch, el conserje, estaba añadiendo sillas. Como la ocasión lo merecía, llevaba puesto su frac viejo y enmohecido. Harry se sorprendió de verlo añadir cuatro sillas, dos a cada lado de Dumbledore.

—Pero sólo hay dos profesores más —se extrañó Harry—. ¿Por qué Filch pone cuatro sillas? ¿Quién más va a venir?

—¿Eh? —dijo Ron un poco ido. Seguía observando a Krum con avidez.

Habiendo entrado todos los alumnos en el Gran Comedor y una vez sentados a las mesas de sus respectivas casas, empezaron a entrar en fila los profesores, que se encaminaron a la mesa del fondo y ocuparon sus asientos. Los últimos en la fila eran el profesor Dumbledore, el profesor Karkarov y Madame Maxime. Al ver aparecer a su directora, los alumnos de Beauxbatons se pusieron inmediatamente en pie. Algunos de los de Hogwarts se rieron. El grupo de Beauxbatons no pareció avergonzarse en absoluto, y no volvió a ocupar sus asientos hasta que Madame Maxime se hubo sentado a la izquierda de Dumbledore. Éste, sin embargo, permaneció en pie, y el silencio cayó sobre el Gran Comedor.

—Buenas noches, damas, caballeros, fantasmas y, muy especialmente, buenas noches a nuestros huéspedes —dijo Dumbledore, dirigiendo una sonrisa a los estudiantes extranjeros—. Es para mi un placer daros la bienvenida a Hogwarts. Deseo que vuestra estancia aquí os resulte al mismo tiempo confortable y placentera, y confío en que así sea.

Una de las chicas de Beauxbatons, que seguía aferrando la bufanda con que se envolvía la cabeza, profirió lo que inconfundiblemente era una risa despectiva.

—¡Nadie te obliga a quedarte! —susurró Hermione, irritada con ella.

—El Torneo quedará oficialmente abierto al final del banquete —explicó Dumbledore—. ¡Ahora os invito a todos a comer, a beber y a disfrutar como si estuvierais en vuestra casa!

Se sentó, y Harry vio que Karkarov se inclinaba inmediatamente hacia él y trababan conversación.

Como de costumbre, las fuentes que tenían delante se llenaron de comida. Los elfos domésticos de las cocinas parecían haber tocado todos los registros. Ante ellos tenían la mayor variedad de platos que Harry hubiera visto nunca, incluidos algunos que eran evidentemente extranjeros.

—¿Qué es esto? —dijo Ron, señalando una larga sopera llena de una especie de guiso de marisco que había al lado de un familiar pastel de carne y riñones.

—Bullabesa —repuso Hermione.

—Por si acaso, tuya —replicó Ron.

—Es un plato francés —explicó Hermione—. Lo probé en vacaciones, este verano no, el anterior, y es muy rica.

—Te creo sin necesidad de probarla —dijo Ron sirviéndose pastel.

El Gran Comedor parecía mucho más lleno de lo usual, aunque había tan sólo unos veinte estudiantes más que de costumbre. Quizá fuera porque sus uniformes, que eran de colores diferentes, destacaban muy claramente contra el negro de las túnicas de Hogwarts. Una vez desprendidos de sus pieles, los alumnos de Durmstrang mostraban túnicas de color rojo sangre.

A los veinte minutos de banquete, Hagrid entró furtivamente en el Gran Comedor a través de la puerta que estaba situada detrás de la mesa de los profesores. Ocupó su silla en un extremo de la mesa y saludó a Harry, Ron y Hermione con la mano vendada.

—¿Están bien los escregutos, Hagrid? —le preguntó Harry.

—Prosperando —respondió Hagrid, muy contento.

—Sí, estoy seguro de que prosperan —dijo Ron en voz baja—. Parece que por fin han encontrado algo de comer que les gusta, ¿verdad? ¡Los dedos de Hagrid!

En aquel momento dijo una voz:

—«Pegdonad», ¿no «queguéis» *bouillabaisse*?

Se trataba de la misma chica de Beauxbatons que se había reído durante el discurso de Dumbledore. Al fin se había quitado la bufanda. Una larga cortina de pelo rubio plateado le caía casi hasta la cintura. Tenía los ojos muy azules y los dientes muy blancos y regulares.

Ron se puso colorado. La miró, abrió la boca para contestar, pero de ella no salió nada más que un débil gorjeo.

—Puedes llevártela —le dijo Harry, acercándole a la chica la sopera.

—¿Habéis «tegminado» con ella?

—Sí —repuso Ron sin aliento—. Sí, es deliciosa.

La chica cogió la sopera y se la llevó con cuidado a la mesa de Ravenclaw. Ron seguía mirándola con ojos desorbitados, como si nunca hubiera visto una chica. Harry se echó a reír, y el sonido de su risa pareció sacar a Ron de su ensimismamiento.

—¡Es una veela! —le dijo a Harry con voz ronca.

—¡Por supuesto que no lo es! —repuso Hermione ásperamente—. No veo que nadie más se haya quedado mirándola con la boca abierta como un idiota.

Pero no estaba totalmente en lo cierto. Cuando la chica cruzó el Gran Comedor muchos chicos volvieron la cabeza, y algunos se quedaban sin habla, igual que Ron.

—¡Te digo que no es una chica normal! —exclamó Ron, haciéndose a un lado para verla mejor—. ¡Las de Hogwarts no están tan bien!

—En Hogwarts las hay que están muy bien —contestó Harry, sin pensar. Daba la casualidad de que Cho Chang estaba sentada a unas pocas sillas de distancia de la chica del pelo plateado.

—Cuando podáis apartar la vista de ahí —dijo Hermione—, veréis quién acaba de llegar.

Señaló la mesa de los profesores, donde ya se habían ocupado los dos asientos vacíos. Ludo Bagman estaba sentado al otro lado del profesor Karkarov, en tanto que el señor Crouch, el jefe de Percy, ocupaba el asiento que había al lado de Madame Maxime.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Harry sorprendido.

—Son los que han organizado el Torneo de los tres magos, ¿no? —repuso Hermione—. Supongo que querían estar presentes en la inauguración.

Cuando llegaron los postres, vieron también algunos dulces extraños. Ron examinó detenidamente una especie de crema pálida, y luego la desplazó un poco a la derecha, para que quedara bien visible desde la mesa de Ravenclaw. Pero la chica que parecía una veela debía de haber comido ya bastante, y no se acercó a pedirla.

Una vez limpios los platos de oro, Dumbledore volvió a levantarse. Todos en el Gran Comedor parecían emocionados y nerviosos. Con un estremecimiento, Harry se preguntó qué iba a suceder a continuación. Unos asientos más allá, Fred y George se inclinaban hacia delante, sin despegar los ojos de Dumbledore.

—Ha llegado el momento —anunció Dumbledore, sonriendo a la multitud de rostros levantados hacia él—. El Torneo de los tres magos va a dar comienzo. Me gustaría pronunciar unas palabras para explicar algunas cosas antes de que traigan el cofre...

—¿El qué? —murmuró Harry.

Ron se encogió de hombros.

—... sólo para aclarar en qué consiste el procedimiento que vamos a seguir. Pero antes, para aquellos que no los conocéis, permitidme que os presente al señor Bartemius Crouch, director del Departamento de Cooperación Mágica Internacional —hubo un asomo de aplauso cortés—, y al señor Ludo Bagman, director del Departamento de Deportes y Juegos Mágicos.

Aplaudieron mucho más a Bagman que a Crouch, tal vez a causa de su fama como golpeador de quidditch, o tal vez simplemente porque tenía un aspecto mucho más simpático. Bagman agradeció los aplausos con un jovial gesto de la mano, mientras que Bartemius Crouch no saludó ni sonrió al ser presentado. Al recordarlo vestido con su impecable traje en los Mundiales de quidditch, Harry pensó que no le pegaba la túnica de mago. El bigote de cepillo y la raya del pelo, tan recta, resultaban muy raros junto al pelo y la barba de Dumbledore, que eran largos y blancos.

—Los señores Bagman y Crouch han trabajado sin descanso durante los últimos meses en los preparativos del Torneo de los tres magos —continuó Dumbledore—, y estarán conmigo, con el profesor Karkarov y con Madame Maxime en el tribunal que juzgará los esfuerzos de los campeones.

A la mención de la palabra «campeones», la atención de los alumnos aumentó aún más.

Quizá Dumbledore percibió el repentino silencio, porque sonrió mientras decía:

—Señor Filch, si tiene usted la bondad de traer el cofre...

Filch, que había pasado inadvertido pero permanecía atento en un apartado rincón del Gran Comedor, se acercó a Dumbledore con una gran caja de madera con joyas incrustadas. Parecía extraordinariamente vieja. De entre los alumnos se alzaron murmullos de interés y emoción. Dennis Creevey se puso de pie sobre la silla para ver bien, pero era tan pequeño que su cabeza apenas sobresalía de las demás.

—Los señores Crouch y Bagman han examinado ya las instrucciones para las pruebas que los campeones tendrán que afrontar —dijo Dumbledore mientras Filch colocaba con cuidado el cofre en la mesa, ante él—, y han dispuesto todos los preparativos necesarios para ellas. Habrá tres pruebas, espaciadas en el curso escolar, que medirán a los campeones en muchos aspectos diferentes: sus habilidades mágicas, su osadía, sus dotes de deducción y, por supuesto, su capacidad para sortear el peligro.

Ante esta última palabra, en el Gran Comedor se hizo un silencio tan absoluto que nadie parecía respirar.

—Como todos sabéis, en el Torneo compiten tres campeones —continuó Dumbledore con tranquilidad—, uno por cada colegio participante. Se puntuará

la perfección con que lleven a cabo cada una de las pruebas y el campeón que después de la tercera tarea haya obtenido la puntuación más alta se alzará con la Copa de los tres magos. Los campeones serán elegidos por un juez imparcial: el cáliz de fuego.

Dumbledore sacó la varita mágica y golpeó con ella tres veces en la parte superior del cofre. La tapa se levantó lentamente con un crujido. Dumbledore introdujo una mano para sacar un gran cáliz de madera toscamente tallada. No habría llamado la atención de no ser porque estaba lleno hasta el borde de unas temblorosas llamas de color blanco azulado.

Dumbledore cerró el cofre y con cuidado colocó el cáliz sobre la tapa, para que todos los presentes pudieran verlo bien.

—Todo el que quiera proponerse para campeón tiene que escribir su nombre y el de su colegio en un trozo de pergamino con letra bien clara, y echarlo al cáliz —explicó Dumbledore—. Los aspirantes a campeones disponen de veinticuatro horas para hacerlo. Mañana, festividad de Halloween, por la noche, el cáliz nos devolverá los nombres de los tres campeones a los que haya considerado más dignos de representar a sus colegios. Esta misma noche el cáliz quedará expuesto en el vestíbulo, accesible a todos aquellos que quieran competir.

»Para asegurarme de que ningún estudiante menor de edad sucumbe a la tentación —prosiguió Dumbledore—, trazaré una raya de edad alrededor del cáliz de fuego una vez que lo hayamos colocado en el vestíbulo. No podrá cruzar la línea nadie que no haya cumplido los diecisiete años.

»Por último, quiero recalcar a todos los que estén pensando en competir que hay que meditar muy bien antes de entrar en el Torneo. Cuando el cáliz de fuego haya seleccionado a un campeón, él o ella estarán obligados a continuar en el Torneo hasta el final. Al echar vuestro nombre en el cáliz de fuego estáis firmando un contrato mágico de tipo vinculante. Una vez convertido en campeón, nadie puede arrepentirse. Así que debéis estar muy seguros antes de ofrecer vuestra candidatura. Y ahora me parece que ya es hora de ir a la cama. Buenas noches a todos.

—¡Una raya de edad! —dijo Fred Weasley con ojos chispeantes de camino hacia la puerta que daba al vestíbulo—. Bueno, creo que bastará con una poción envejecedora para burlarla. Y, una vez que el nombre de alguien esté en el cáliz, ya no podrán hacer nada. Al cáliz le da igual que uno tenga diecisiete años o no.

—Pero no creo que nadie menor de diecisiete años tenga ninguna posibilidad —objetó Hermione—. No hemos aprendido bastante...

—Habla por ti —replicó George—. Tú lo vas a intentar, ¿no, Harry?

Harry pensó un momento en la insistencia de Dumbledore en que nadie se ofreciera como candidato si no había cumplido los diecisiete años, pero luego volvió a imaginarse a sí mismo ganando el Torneo de los tres magos... Se pre-

guntó hasta qué punto se enfadaría Dumbledore si alguien por debajo de los diecisiete hallaba la manera de cruzar la raya de edad...

—¿Dónde está? —dijo Ron, que no escuchaba una palabra de la conversación, porque escrutaba la multitud para ver dónde se encontraba Krum—. Dumbledore no ha dicho nada de dónde van a dormir los de Durmstrang, ¿verdad?

Pero su pregunta quedó respondida al instante. Habían llegado a la altura de la mesa de Slytherin, y Karkarov les metía prisa en aquel momento a sus alumnos.

—Al barco, vamos —les decía—. ¿Cómo te encuentras, Viktor? ¿Has comido bastante? ¿Quieres que pida que te preparen un ponche en las cocinas?

Harry vio que Krum negaba con la cabeza mientras se ponía su capa de pieles.

—Profesor, a mí sí me gustaría tomar un ponche —dijo otro de los alumnos de Durmstrang.

—No te lo he ofrecido a ti, Poliakov —contestó con brusquedad Karkarov, de cuyo rostro había desaparecido todo aire paternal—. Ya veo que has vuelto a mancharte de comida la pechera de la túnica, niño indeseable...

Karkarov se volvió y marchó hacia la puerta por delante de sus alumnos. Llegó a ella exactamente al mismo tiempo que Harry, Ron y Hermione, y Harry se detuvo para cederle el paso.

—Gracias —dijo Karkarov despreocupadamente, echándole una mirada.

Y de repente Karkarov se quedó como helado. Volvió a mirar a Harry y dejó los ojos fijos en él, como si no pudiera creer lo que veía. Detrás de su director, también se detuvieron los alumnos de Durmstrang. Muy lentamente, los ojos de Karkarov fueron ascendiendo por la cara de Harry hasta llegar a la cicatriz. También sus alumnos observaban a Harry con curiosidad. Por el rabillo del ojo, Harry veía en sus caras la expresión de haber caído en la cuenta de algo. El chico que se había manchado de comida la pechera le dio un codazo a la chica que estaba a su lado y señaló sin disimulo la frente de Harry.

—Sí, es Harry Potter —dijo desde detrás de ellos una voz gruñona.

El profesor Karkarov se dio la vuelta. *Ojoloco* Moody estaba allí, apoyando todo su peso en el bastón y observando con su ojo mágico, sin parpadear, al director de Durmstrang.

Ante los ojos de Harry, Karkarov palideció y le dirigió a Moody una mirada terrible, mezcla de furia y miedo.

—¡Tú! —exclamó, mirando a Moody como si no diera crédito a sus ojos.

—Sí, yo —contestó Moody muy serio—. Y, a no ser que tengas algo que decirle a Potter, Karkarov, deberías salir. Estás obstruyendo el paso.

Era cierto. La mitad de los alumnos que había en el Gran Comedor aguardaban tras ellos, y se ponían de puntillas para ver qué era lo que ocasionaba el atasco.

Sin pronunciar otra palabra, el profesor Karkarov salió con sus alumnos. Moody clavó los ojos en su espalda y, con un gesto de intenso desagrado, lo siguió con la vista hasta que se alejó.

Como al día siguiente era sábado, lo normal habría sido que la mayoría de los alumnos bajaran tarde a desayunar. Sin embargo, Harry, Ron y Hermione no fueron los únicos que se levantaron mucho antes de lo habitual en días de fiesta. Al bajar al vestíbulo vieron a unas veinte personas agrupadas allí, algunas comiendo tostadas, y todas contemplando el cáliz de fuego. Lo habían colocado en el centro del vestíbulo, encima del taburete sobre el que se ponía el Sombrero Seleccionador. En el suelo, a su alrededor, una fina línea de color dorado formaba un círculo de tres metros de radio.

—¿Ya ha dejado alguien su nombre? —le preguntó Ron algo nervioso a una de tercero.

—Todos los de Durmstrang —contestó ella—. Pero de momento no he visto a ninguno de Hogwarts.

—Seguro que lo hicieron ayer después de que los demás nos acostamos —dijo Harry—. Yo lo habría hecho así si me fuera a presentar: preferiría que no me viera nadie. ¿Y si el cáliz te manda a freír espárragos?

Alguien se reía detrás de Harry. Al volverse, vio a Fred, George y Lee Jordan que bajaban corriendo la escalera. Los tres parecían muy nerviosos.

—Ya está —les dijo Fred a Harry, Ron y Hermione en tono triunfal—. Acabamos de tomárnosla.

—¿El qué? —preguntó Ron.

—La poción envejecedora, cerebro de mosquito —respondió Fred.

—Una gota cada uno —explicó George, frotándose las manos con júbilo—. Sólo necesitamos ser unos meses más viejos.

—Si uno de nosotros gana, repartiremos el premio entre los tres —añadió Lee, con una amplia sonrisa.

—No estoy muy convencida de que funcione, ¿sabéis? Seguro que Dumbledore ha pensado en eso —les advirtió Hermione.

Fred, George y Lee no le hicieron caso.

—¿Listos? —les dijo Fred a los otros dos, temblando de emoción—. Entonces, vamos. Yo voy primero...

Harry observó, fascinado, cómo Fred se sacaba del bolsillo un pedazo de pergamino con las palabras: «Fred Weasley, Hogwarts.» Fred avanzó hasta el borde de la línea y se quedó allí, balanceándose sobre las puntas de los pies como un saltador de trampolín que se dispusiera a tirarse desde veinte metros de altura. Luego, observado por todos los que estaban en el vestíbulo, tomó aire y dio un paso para cruzar la línea.

Durante una fracción de segundo, Harry creyó que el truco había funcionado. George, desde luego, también lo creyó, porque profirió un grito de triunfo y avanzó tras Fred. Pero al momento siguiente se oyó un chisporroteo, y ambos hermanos se vieron expulsados del círculo dorado como si los hubiera echado un invisible lanzador de peso. Cayeron al suelo de fría piedra a tres metros de distancia, haciéndose bastante daño, y para colmo sonó un «¡plin!» y a los dos les salió de repente la misma barba larga y blanca.

En el vestíbulo, todos prorrumpieron en carcajadas. Incluso Fred y George se rieron al ponerse en pie y verse cada uno la barba del otro.

—Os lo advertí —dijo la voz profunda de alguien que parecía estar divirtiéndose, y todo el mundo se volvió para ver salir del Gran Comedor al profesor Dumbledore. Examinó a Fred y George con los ojos brillantes—. Os sugiero que vayáis los dos a ver a la señora Pomfrey. Está atendiendo ya a la señorita Fawcett, de Ravenclaw, y al señor Summers, de Hufflepuff, que también decidieron envejecerse un poquito. Aunque tengo que decir que me gusta más vuestra barba que la que les ha salido a ellos.

Fred y George salieron para la enfermería acompañados por Lee, que se partía de risa, y Harry, Ron y Hermione, que también se reían con ganas, entraron a desayunar.

Habían cambiado la decoración del Gran Comedor. Como era Halloween, una nube de murciélagos vivos revoloteaba por el techo encantado mientras cientos de calabazas lanzaban macabras sonrisas desde cada rincón. Se encaminaron hacia donde estaban Dean y Seamus, que hablaban sobre los estudiantes de Hogwarts que tenían diecisiete años o más y que podrían intentar participar.

—Corre por ahí el rumor de que Warrington se ha levantado temprano para echar el pergamino con su nombre —le dijo Dean a Harry—. Sí, hombre, ese tío grande de Slytherin que parece un oso perezoso...

Harry, que se había enfrentado a Warrington en quidditch, movió la cabeza en señal de disgusto.

—¡Espero que no tengamos de campeón a nadie de Slytherin!

—Y los de Hufflepuff hablan todos de Diggory —comentó Seamus con

desdén—. Pero no creo que quiera arriesgarse a perder su belleza.

—¡Escuchad! —dijo Hermione repentinamente.

En el vestíbulo estaban lanzando vítores. Se volvieron todos en sus asientos y vieron entrar en el Gran Comedor, sonriendo con un poco de vergüenza, a Angelina Johnson. Era una chica negra, alta, que jugaba como cazadora en el equipo de quidditch de Gryffindor. Angelina fue hacia ellos, se sentó y dijo:

—¡Bueno, lo he hecho! ¡Acabo de echar mi nombre!

—¡No puedo creerlo! —exclamó Ron, impresionado.

—Pero ¿tienes diecisiete años? —inquirió Harry.

—Claro que los tiene. Porque si no le habría salido barba, ¿no? —dijo Ron.

—Mi cumpleaños fue la semana pasada —explicó Angelina.

—Bueno, me alegro de que entre alguien de Gryffindor —declaró Hermione—. ¡Espero que quedes tú, Angelina!

—Gracias, Hermione —contestó Angelina sonriéndole.

—Sí, mejor tú que Diggory el hermoso —dijo Seamus, lo que arrancó miradas de rencor de unos de Hufflepuff que pasaban al lado.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —preguntó Ron a Harry y Hermione cuando hubieron terminado el desayuno y salían del Gran Comedor.

—Aún no hemos bajado a visitar a Hagrid —comentó Harry.

—Bien —dijo Ron—, mientras no nos pida que donemos los dedos para que coman los escregutos...

A Hermione se le iluminó súbitamente la cara.

—¡Acabo de darme cuenta de que todavía no le he pedido a Hagrid que se afilie a la P.E.D.D.O.! —dijo con alegría—. ¿Querréis esperarme un momento mientras subo y cojo las insignias?

—Pero ¿qué pretende? —dijo Ron, exasperado, mientras Hermione subía por la escalinata de mármol.

—Eh, Ron —le advirtió Harry—, por ahí viene tu amiga...

Los estudiantes de Beauxbatons estaban entrando por la puerta principal, provenientes de los terrenos del colegio, y entre ellos llegaba la chica veela. Los que estaban alrededor del cáliz de fuego se echaron atrás para dejarlos pasar, y se los comían con los ojos.

Madame Maxime entró en el vestíbulo detrás de sus alumnos y los hizo

colocarse en fila. Uno a uno, los alumnos de Beauxbatons fueron cruzando la raya de edad y depositando en las llamas de un blanco azulado sus pedazos de pergamino. Cada vez que caía un nombre al fuego, éste se volvía momentáneamente rojo y arrojaba chispas.

—¿Qué crees que harán los que no sean elegidos? —le susurró Ron a Harry mientras la chica veela dejaba caer al fuego su trozo de pergamino—. ¿Crees que volverán a su colegio, o se quedarán para presenciar el Torneo?

—No lo sé —dijo Harry—. Supongo que se quedarán, porque Madame Maxime tiene que estar en el tribunal, ¿no?

Cuando todos los estudiantes de Beauxbatons hubieron presentado sus nombres, Madame Maxime los hizo volver a salir del castillo.

—¿Dónde dormirán? —preguntó Ron, acercándose a la puerta y observándolos.

Un sonoro traqueteo anunció tras ellos la reaparición de Hermione, que llevaba consigo las insignias de la P.E.D.D.O.

—¡Démonos prisa! —dijo Ron, y bajó de un salto la escalinata de piedra, sin apartar los ojos de la chica veela, que iba con Madame Maxime por la mitad de la explanada.

Al acercarse a la cabaña de Hagrid, al borde del bosque prohibido, el misterio de los dormitorios de los de Beauxbatons quedó disipado. El gigantesco carruaje de color azul claro en el que habían llegado estaba aparcado a unos doscientos metros de la cabaña de Hagrid, y los de Beauxbatons entraron en él de nuevo. Al lado, en un improvisado potrero, pacían los caballos de tamaño de elefantes que habían tirado del carruaje.

Harry llamó a la puerta de Hagrid, y los estruendosos ladridos de *Fang* respondieron al instante.

—¡Ya era hora! —exclamó Hagrid, después de abrir la puerta de golpe y verlos—. ¡Creía que no os acordabais de dónde vivo!

—Hemos estado muy ocupados, Hag... —empezó a decir Hermione, pero se detuvo de pronto, estupefacta, al ver a Hagrid.

Hagrid llevaba su mejor traje peludo de color marrón (francamente horrible), con una corbata a cuadros amarillos y naranja. Y eso no era lo peor: era evidente que había tratado de peinarse usando grandes cantidades de lo que parecía aceite lubricante hasta alisar el pelo formando dos coletas. Puede que hubiera querido hacerse una coleta como la de Bill y se hubiera dado cuenta de que tenía demasiado pelo. A Hagrid aquel tocado le sentaba como a un santo dos pistolas. Durante un instante Hermione lo miró con ojos desorbitados, y luego, obviamente decidiendo no hacer ningún comentario, dijo:

—Eh... ¿dónde están los escregutos?

—Andan entre las calabazas —repuso Hagrid contento—. Se están poniendo grandes: ya deben de tener cerca de un metro. El único problema es que han empezado a matarse unos a otros.

—¡No!, ¿de verdad? —dijo Hermione, echándole a Ron una dura mirada para que se callara, porque éste, viendo el peinado de Hagrid, acababa de abrir la boca para comentar algo.

—Sí —contestó Hagrid con tristeza—. Pero están bien. Los he separado en cajas, y aún quedan unos veinte.

—Bueno, eso es una suerte —comentó Ron. Hagrid no percibió el sarcasmo de la frase.

La cabaña de Hagrid constaba de una sola habitación, uno de cuyos rincones se hallaba ocupado por una cama gigante cubierta con un edredón de retazos multicolores. Delante de la chimenea había una mesa de madera, también de enorme tamaño, y unas sillas, sobre las que colgaban unos cuantos jamones curados y aves muertas. Se sentaron a la mesa mientras Hagrid comenzaba a preparar el té, y no tardaron en hablar sobre el Torneo de los tres magos. Hagrid parecía tan nervioso como ellos a causa del Torneo.

—Esperad y veréis —dijo, entusiasmado—. No tenéis más que esperar. Vais a ver lo que no habéis visto nunca. La primera prueba... Ah, pero se supone que no debo decir nada.

—¡Vamos, Hagrid! —lo animaron Harry, Ron y Hermione.

Pero él negó con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo.

—No, no, no quiero estropearlo por vosotros. Pero os aseguro que será muy espectacular. Los campeones van a tener en qué demostrar su valía. ¡Nunca creí que viviría lo bastante para ver una nueva edición del Torneo de los tres magos!

Terminaron comiendo con Hagrid, aunque no comieron mucho: Hagrid había preparado lo que decía que era un estofado de buey, pero, cuando Hermione sacó una garra de su plato, los tres amigos perdieron gran parte del apetito. Sin embargo, lo pasaron bastante bien intentando sonsacar a Hagrid cuáles iban a ser las pruebas del Torneo, especulando qué candidatos elegiría el cáliz de fuego y preguntándose si Fred y George habrían vuelto a ser barbilampiños.

A media tarde empezó a caer una lluvia suave. Resultaba muy agradable estar sentados junto al fuego, escuchando el suave golpeteo de las gotas de lluvia contra los cristales de la ventana, viendo a Hagrid zurcir calcetines y discutir con Hermione sobre los elfos domésticos, porque él se negó tajantemente a afiliarse a la P.E.D.D.O. cuando ella le mostró las insignias.

—Eso sería jugarles una mala pasada, Hermione —dijo Hagrid gravemente, enhebrando un grueso hilo amarillo en una enorme aguja de hueso—. Lo de cuidar a los humanos forma parte de su naturaleza. Es lo que

les gusta, ¿te das cuenta? Los harías muy desgraciados si los apartaras de su trabajo, y si intentaras pagarles se lo tomarían como un insulto.

—Pero Harry liberó a Dobby, ¡y él se puso loco de contento! —objetó Hermione—. ¡Y nos han dicho que ahora quiere que le paguen!

—Sí, bien, en todas partes hay quien se desmadra. No niego que haya elfos raros a los que les gustaría ser libres, pero nunca conseguirías convencer a la mayoría. No, nada de eso, Hermione.

A Hermione no le hizo ni pizca de gracia su negativa y volvió a guardarse la caja de las insignias en el bolsillo de la capa.

Hacia las cinco y media se hacía de noche, y Ron, Harry y Hermione decidieron que era el momento de volver al castillo para el banquete de Halloween. Y, lo más importante de todo, para el anuncio de los campeones de los colegios.

—Voy con vosotros —dijo Hagrid, dejando la labor—. Esperad un segundo.

Hagrid se levantó, fue hasta la cómoda que había junto a la cama y empezó a buscar algo dentro de ella. No pusieron mucha atención hasta que un olor horrendo les llegó a las narices. Entre toses, Ron preguntó:

—¿Qué es eso, Hagrid?

—¿Qué, no os gusta? —dijo Hagrid, volviéndose con una botella grande en la mano.

—¿Es una loción para después del afeitado? —preguntó Hermione con un hilo de voz.

—Eh... es agua de colonia —murmuró Hagrid. Se había ruborizado—. Tal vez me he puesto demasiada. Voy a quitarme un poco, esperad...

Salió de la cabaña ruidosamente, y lo vieron lavarse con vigor en el barril con agua que había al otro lado de la ventana.

—¿Agua de colonia? —se preguntó Hermione sorprendida—. ¿Hagrid?

—¿Y qué me decís del traje y del peinado? —preguntó a su vez Harry en voz baja.

—¡Mirad! —dijo de pronto Ron, señalando algo fuera de la ventana.

Hagrid acababa de enderezarse y de volverse. Si antes se había ruborizado, aquello no había sido nada comparado con lo de aquel momento. Levantándose muy despacio para que Hagrid no se diera cuenta, Harry, Ron y Hermione echaron un vistazo por la ventana y vieron que Madame Maxime y los alumnos de Beauxbatons acababan de salir del carruaje, evidentemente para acudir, como ellos, al banquete. No oían nada de lo que decía Hagrid, pero se dirigía a Madame Maxime con una expresión embelesada que Harry

sólo le había visto una vez: cuando contemplaba a *Norberto*, el cachorro de dragón.

—¡Se va al castillo con ella! —exclamó Hermione, indignada—. ¡Creía que iba a ir con nosotros!

Sin siquiera volver la vista hacia la cabaña, Hagrid caminaba pesadamente a través de los terrenos de Hogwarts al lado de Madame Maxime. Detrás de ellos iban los alumnos de Beauxbatons, casi corriendo para poder seguir las enormes zancadas de los dos gigantes.

—¡Le gusta! —dijo Ron, incrédulo—. Bueno, si terminan teniendo niños, batirán un récord mundial. Seguro que pesarán alrededor de una tonelada.

Salieron de la cabaña y cerraron la puerta. Fuera estaba ya sorprendentemente oscuro. Se arrebujaron bien en la capa y empezaron a subir la cuesta.

—¡Mirad, son ellos! —susurró Hermione.

El grupo de Durmstrang subía desde el lago hacia el castillo. Viktor Krum caminaba junto a Karkarov, y los otros alumnos de Durmstrang los seguían un poco rezagados. Ron observó a Krum emocionado, pero éste no miró a ningún lado al entrar por la puerta principal, un poco por delante de Hermione, Ron y Harry.

Una vez dentro vieron que el Gran Comedor, iluminado por velas, estaba casi abarrotado. Habían quitado del vestíbulo el cáliz de fuego y lo habían puesto delante de la silla vacía de Dumbledore, sobre la mesa de los profesores. Fred y George, nuevamente lampiños, parecían haber encajado bastante bien la decepción.

—Espero que salga Angelina —dijo Fred mientras Harry, Ron y Hermione se sentaban.

—¡Yo también! —exclamó Hermione—. ¡Bueno, pronto lo sabremos!

El banquete de Halloween les pareció mucho más largo de lo habitual. Quizá porque era su segundo banquete en dos días, Harry no disfrutó la insólita comida tanto como la habría disfrutado cualquier otro día. Como todos cuantos se encontraban en el Gran Comedor —a juzgar por los cuellos que se giraban continuamente, las expresiones de impaciencia, las piernas que se movían nerviosas y la gente que se levantaba para ver si Dumbledore ya había terminado de comer—, Harry sólo deseaba que la cena terminara y anunciaran quiénes habían quedado seleccionados como cam peones.

Por fin, los platos de oro volvieron a su original estado inmaculado. Se produjo cierto alboroto en el salón, que se cortó casi instantáneamente cuando Dumbledore se puso en pie. Junto a él, el profesor Karkarov y Madame Maxime parecían tan tensos y expectantes como los demás. Ludo Bagman sonreía y guiñaba el ojo a varios estudiantes. El señor Crouch, en cambio, no parecía nada interesado, sino más bien aburrido.

—Bien, el cáliz está casi preparado para tomar una decisión —anunció Dumbledore—. Según me parece, falta tan sólo un minuto. Cuando pronuncie el nombre de un campeón, le ruego que venga a esta parte del Gran Comedor, pase por la mesa de los profesores y entre en la sala de al lado —indicó la puerta que había detrás de su mesa—, donde recibirá las primeras instrucciones.

Sacó la varita y ejecutó con ella un amplio movimiento en el aire. De inmediato se apagaron todas las velas salvo las que estaban dentro de las calabazas con forma de cara, y la estancia quedó casi a oscuras. No había nada en el Gran Comedor que brillara tanto como el cáliz de fuego, y el fulgor de las chispas y la blancura azulada de las llamas casi hacia daño a los ojos. Todo el mundo miraba, expectante. Algunos consultaban los relojes.

—De un instante a otro —susurró Lee Jordan, dos asientos más allá de Harry.

De pronto, las llamas del cáliz se volvieron rojas, y empezaron a salir chispas. A continuación, brotó en el aire una lengua de fuego y arrojó un trozo carbonizado de pergamino. La sala entera ahogó un grito.

Dumbledore cogió el trozo de pergamino y lo alejó tanto como le daba el brazo para poder leerlo a la luz de las llamas, que habían vuelto a adquirir un color blanco azulado.

—El campeón de Durmstrang —leyó con voz alta y clara— será Viktor Krum.

—¡Era de imaginar! —gritó Ron, al tiempo que una tormenta de aplausos y vítores inundaba el Gran Comedor. Harry vio a Krum levantarse de la mesa de Slytherin y caminar hacia Dumbledore. Se volvió a la derecha, recorrió la mesa de los profesores y desapareció por la puerta hacia la sala contigua.

—¡Bravo, Viktor! —bramó Karkarov, tan fuerte que todo el mundo lo oyó incluso por encima de los aplausos—. ¡Sabía que serías tú!

Se apagaron los aplausos y los comentarios. La atención de todo el mundo volvía a recaer sobre el cáliz, cuyo fuego tardó unos pocos segundos en volverse nuevamente rojo. Las llamas arrojaron un segundo trozo de pergamino.

—La campeona de Beauxbatons —dijo Dumbledore— es ¡Fleur Delacour!

—¡Es ella, Ron! —gritó Harry, cuando la chica que parecía una veela se puso en pie elegantemente, sacudió la cabeza para retirarse hacia atrás la amplia cortina de pelo plateado, y caminó por entre las mesas de Hufflepuff y Ravenclaw.

—¡Mirad qué decepcionados están todos! —dijo Hermione elevando la voz por encima del alboroto, y señalando con la cabeza al resto de los alumnos de Beauxbatons.

«Decepcionados» era decir muy poco, pensó Harry. Dos de las chicas que no habían resultado elegidas habían roto a llorar, y sollozaban con la cabeza escondida entre los brazos.

Cuando Fleur Delacour hubo desaparecido también por la puerta, volvió a hacerse el silencio, pero esta vez era un silencio tan tenso y lleno de emoción, que casi se palpaba. El siguiente sería el campeón de Hogwarts...

Y el cáliz de fuego volvió a tornarse rojo; saltaron chispas, la lengua de fuego se alzó, y de su punta Dumbledore retiró un nuevo pedazo de pergamino.

—El campeón de Hogwarts —anunció— es ¡Cedric Diggory!

—¡No! —dijo Ron en voz alta, pero sólo lo oyó Harry: el jaleo proveniente de la mesa de al lado era demasiado estruendoso. Todos y cada uno de los alumnos de Hufflepuff se habían puesto de repente de pie, gritando y pataleando, mientras Cedric se abría camino entre ellos, con una amplia sonrisa, y marchaba hacia la sala que había tras la mesa de los profesores. Naturalmente, los aplausos dedicados a Cedric se prolongaron tanto que Dumbledore tuvo que esperar un buen rato para poder volver a dirigirse a la concurrencia.

—¡Estupendo! —dijo Dumbledore en voz alta y muy contento cuando se apagaron los últimos aplausos—. Bueno, ya tenemos a nuestros tres campeones. Estoy seguro de que puedo confiar en que todos vosotros, incluyendo a los alumnos de Durmstrang y Beauxbatons, daréis a vuestros respectivos campeones todo el apoyo que podáis. Al animarlos, todos vosotros contribuiréis de forma muy significativa a...

Pero Dumbledore se calló de repente, y fue evidente para todo el mundo por qué se había interrumpido.

El fuego del cáliz había vuelto a ponerse de color rojo. Otra vez lanzaba chispas. Una larga lengua de fuego se elevó de repente en el aire y arrojó otro trozo de pergamino.

Dumbledore alargó la mano y lo cogió. Lo extendió y miró el nombre que había escrito en él. Hubo una larga pausa, durante la cual Dumbledore contempló el trozo de pergamino que tenía en las manos, mientras el resto de la sala lo observaba. Finalmente, Dumbledore se aclaró la garganta y leyó en voz alta:

—Harry Potter.

17

Los cuatro campeones

Harry permaneció sentado, consciente de que todos cuantos estaban en el Gran Comedor lo miraban. Se sentía aturdido, atontado. Debía de estar soñando. O no había oído bien.

Nadie aplaudía. Un zumbido como de abejas enfurecidas comenzaba a llenar el salón. Algunos alumnos se levantaban para ver mejor a Harry, que seguía inmóvil, sentado en su sitio.

En la mesa de los profesores, la profesora McGonagall se levantó y se acercó a Dumbledore, con el que cuchicheó impetuosamente. El profesor Dumbledore inclinaba hacia ella la cabeza, frunciendo un poco el entrecejo.

Harry se volvió hacia Ron y Hermione. Más allá de ellos, vio que todos los demás ocupantes de la larga mesa de Gryffindor lo miraban con la boca abierta.

—Yo no puse mi nombre —dijo Harry, totalmente confuso—. Vosotros lo sabéis.

Uno y otro le devolvieron la misma mirada de aturdimiento.

En la mesa de los profesores, Dumbledore se irguió e hizo un gesto afirmativo a la profesora McGonagall.

—¡Harry Potter! —llamó—. ¡Harry! ¡Levántate y ven aquí, por favor!

—Vamos —le susurró Hermione, dándole a Harry un leve empujón.

Harry se puso en pie, se pisó el dobladillo de la túnica y se tambaleó un poco. Avanzó por el hueco que había entre las mesas de Gryffindor y Hufflepuff. Le pareció un camino larguísimo. La mesa de los profesores no parecía hallarse más cerca aunque él caminara hacia ella, y notaba la mirada de cientos y cientos de ojos, como si cada uno de ellos fuera un reflector. El zumbido se hacía cada vez más fuerte. Después de lo que le pareció una hora, se halló delante de Dumbledore y notó las miradas de todos los profesores.

—Bueno... cruza la puerta, Harry —dijo Dumbledore, sin sonreír.

Harry pasó por la mesa de profesores. Hagrid, sentado justo en un extremo, no le guiñó un ojo, ni levantó la mano, ni hizo ninguna de sus habituales señas de saludo. Parecía completamente aturdido y, al pasar Harry, lo miró como hacían todos los demás. Harry salió del Gran Comedor y se encontró en una sala más pequeña, decorada con retratos de brujos y brujas. Delante de él, en la chimenea, crepitaba un fuego acogedor.

Cuando entró, las caras de los retratados se volvieron hacia él. Vio que una bruja con el rostro lleno de arrugas salía precipitadamente de los límites de su marco y se iba al cuadro vecino, que era el retrato de un mago con bigotes de foca. La bruja del rostro arrugado empezó a susurrarle algo al oído.

Viktor Krum, Cedric Diggory y Fleur Delacour estaban junto a la chimenea. Con sus siluetas recortadas contra las llamas, tenían un aspecto curiosamente imponente. Krum, cabizbajo y siniestro, se apoyaba en la repisa de la chimenea, ligeramente separado de los otros dos. Cedric, de pie con las manos a la espalda, observaba el fuego. Fleur Delacour lo miró cuando entró y volvió a echarse para atrás su largo pelo plateado.

—¿Qué pasa? —preguntó, creyendo que había entrado para transmitirles algún mensaje—. ¿«Quieguen» que volvamos al «comedog»?

Harry no sabía cómo explicar lo que acababa de suceder. Se quedó allí quieto, mirando a los tres campeones, sorprendido de lo altos que parecían.

Oyó detrás un ruido de pasos apresurados. Era Ludo, que entraba en la sala. Cogió del brazo a Harry y lo llevó hacia delante.

—¡Extraordinario! —susurró, apretándole el brazo—. ¡Absolutamente extraordinario! Caballeros... señorita —añadió, acercándose al fuego y dirigiéndose a los otros tres—. ¿Puedo presentarles, por increíble que parezca, al cuarto campeón del Torneo de los tres magos?

Viktor Krum se enderezó. Su hosca cara se ensombreció al examinar a Harry. Cedric parecía desconcertado: pasó la vista de Bagman a Harry y de Harry a Bagman como si estuviera convencido de que había oído mal. Fleur Delacour, sin embargo, se sacudió el pelo y dijo con una sonrisa:

—¡Oh, un chiste muy «divegtido», «señog» Bagman!

—¿Un chiste? —repitió Bagman, desconcertado—. ¡No, no, en absoluto! ¡El nombre de Harry acaba de salir del cáliz de fuego!

Krum contrajo levemente sus espesas cejas negras. Cedric seguía teniendo el mismo aspecto de cortés desconcierto. Fleur frunció el entrecejo.

—«Pego» es evidente que ha habido un «egog» —le dijo a Bagman con desdén—. Él no puede «competig». Es demasiado joven.

—Bueno... esto ha sido muy extraño —reconoció Bagman, frotándose la barbilla impecablemente afeitada y mirando sonriente a Harry—. Pero, como sabéis, la restricción es una novedad de este año, impuesta sólo como medida extra de seguridad. Y como su nombre ha salido del cáliz de fuego... Quiero decir que no creo que ahora haya ninguna posibilidad de hacer algo para impedirlo. Son las reglas, Harry, y no tienes más remedio que concursar. Tendrás que hacerlo lo mejor que puedas...

Detrás de ellos, la puerta volvió a abrirse para dar paso a un grupo numeroso de gente: el profesor Dumbledore, seguido de cerca por el señor

Crouch, el profesor Karkarov, Madame Maxime, la profesora McGonagall y el profesor Snape. Antes de que la profesora McGonagall cerrara la puerta, Harry oyó el rumor de los cientos de estudiantes que estaban al otro lado del muro.

—¡Madame Maxime! —dijo Fleur de inmediato, caminando con decisión hacia la directora de su academia—. ¡Dicen que este niño también va a «competig»!

En medio de su aturdimiento e incredulidad, Harry sintió una punzada de ira: «¿Niño?»

Madame Maxime se había erguido completamente hasta alcanzar toda su considerable altura. La parte superior de la cabeza rozó en la araña llena de velas, y el pecho gigantesco, cubierto de satén negro, pareció inflarse.

—¿Qué significa todo esto, «Dumbledog»? —preguntó imperiosamente.

—Es lo mismo que quisiera saber yo, Dumbledore —dijo el profesor Karkarov. Mostraba una tensa sonrisa, y sus azules ojos parecían pedazos de hielo—. ¿Dos campeones de Hogwarts? No recuerdo que nadie me explicara que el colegio anfitrión tuviera derecho a dos campeones. ¿O es que no he leído las normas con el suficiente cuidado?

Soltó una risa breve y desagradable.

—*C'est impossible!* —exclamó Madame Maxime, apoyando su enorme mano llena de soberbias cuentas de ópalo sobre el hombro de Fleur—. «Hogwag» no puede «teneg» dos campeones. Es absolutamente injusto.

—Creíamos que tu raya de edad rechazaría a los aspirantes más jóvenes, Dumbledore —añadió Karkarov, sin perder su sonrisa, aunque tenía los ojos más fríos que nunca—. De no ser así, habríamos traído una más amplia selección de candidatos de nuestros colegios.

—No es culpa de nadie más que de Potter, Karkarov —intervino Snape con voz melosa. La malicia daba un brillo especial a sus negros ojos—. No hay que culpar a Dumbledore del empeño de Potter en quebrantar las normas. Desde que llegó aquí no ha hecho otra cosa que traspasar límites...

—Gracias, Severus —dijo con firmeza Dumbledore, y Snape se calló, aunque sus ojos siguieron lanzando destellos malévolos entre la cortina de grasiento pelo negro.

El profesor Dumbledore miró a Harry, y éste le devolvió la mirada, intentando descifrar la expresión de los ojos tras las gafas de media luna.

—¿Echaste tu nombre en el cáliz de fuego, Harry? —le preguntó Dumbledore con tono calmado.

—No —contestó Harry, muy consciente de que todos lo observaban con gran atención. Semioculto en la sombra, Snape profirió una suave exclamación de incredulidad.

—¿Le pediste a algún alumno mayor que echara tu nombre en el cáliz de fuego? —inquirió el director, sin hacer caso a Snape.

—No —respondió Harry con vehemencia.

—¡Ah, «pog» supuesto está mintiendo! —gritó Madame Maxime.

Snape agitaba la cabeza de un lado a otro, con un rictus en los labios.

—Él no pudo cruzar la raya de edad —dijo severamente la profesora McGonagall—. Supongo que todos estamos de acuerdo en ese punto...

—«Dumbledog» pudo «habeg» cometido algún «egog» —replicó Madame Maxime, encogiéndose de hombros.

—Por supuesto, eso es posible —admitió Dumbledore por cortesía.

—¡Sabes perfectamente que no has cometido error alguno, Dumbledore! —repuso airada la profesora McGonagall—. ¡Por Dios, qué absurdo! ¡Harry no pudo traspasar por sí mismo la raya! Y, puesto que el profesor Dumbledore está seguro de que Harry no convenció a ningún alumno mayor para que lo hiciera por él, mi parecer es que eso debería bastarnos a los demás.

Y le dirigió al profesor Snape una mirada encolerizada.

—Señor Crouch... señor Bagman —dijo Karkarov, de nuevo con voz afectada—, ustedes son nuestros jueces imparciales. Supongo que estarán de acuerdo en que esto es completamente irregular.

Bagman se pasó un pañuelo por la cara, redonda e infantil, y miró al señor Crouch, que estaba fuera del círculo iluminado por el fuego de la chimenea y tenía el rostro medio oculto en la sombra. Su aspecto era vagamente misterioso, y la semioscuridad lo hacia parecer mucho más viejo, dándole una apariencia casi de calavera. Pero, al hablar, su voz fue tan cortante como siempre:

—Hay que seguir las reglas, y las reglas establecen claramente que aquellas personas cuyos nombres salgan del cáliz de fuego estarán obligadas a competir en el Torneo.

—Bien, Barty conoce el reglamento de cabo a rabo —dijo Bagman, sonriendo y volviéndose hacia Karkarov y Madame Maxime, como si el asunto estuviera cerrado.

—Insisto en que se vuelva a proponer a consideración el nombre del resto de mis alumnos —dijo Karkarov. La sonrisa y el tono afectado habían desaparecido. De hecho, la expresión de su rostro no era nada agradable—. Vuelve a sacar el cáliz de fuego, y continuaremos añadiendo nombres hasta que cada colegio cuente con dos campeones. No pido más que lo justo, Dumbledore.

—Pero, Karkarov, no es así como funciona el cáliz de fuego —objetó

Bagman—. El cáliz acaba de apagarse y no volverá a arder hasta el comienzo del próximo Torneo.

—¡En el que, desde luego, Durmstrang no participará! —estalló Karkarov—. ¡Después de todos nuestros encuentros, negociaciones y compromisos, no esperaba que ocurriera algo de esta naturaleza! ¡Estoy tentado de irme ahora mismo!

—Ésa es una falsa amenaza, Karkarov —gruñó una voz, junto a la puerta—. Ahora no puedes retirar a tu campeón. Está obligado a competir. Como dijo Dumbledore, ha firmado un contrato mágico vinculante. Te conviene, ¿eh?

Moody acababa de entrar en la sala. Se acercó al fuego cojeando, y, a cada paso que daba, retumbaba la pata de palo.

—¿Que si me conviene? —repitió Karkarov—. Me temo que no te comprendo, Moody.

A Harry le pareció que Karkarov intentaba adoptar un tono de desdén, como si ni siquiera mereciera la pena escuchar lo que Moody decía, pero las manos traicionaban sus sentimientos. Estaban apretadas en sendos puños.

—¿No me entiendes? —dijo Moody en voz baja—. Pues es muy sencillo, Karkarov. Tan sencillo como que alguien eche el nombre de Potter en ese cáliz sabiendo que si sale se verá forzado a participar.

—¡Evidentemente, alguien tenía mucho empeño en que «Hogwag tuviega» el doble de «opogiunidades»! —declaró Madame Maxime.

—Estoy completamente de acuerdo, Madame Máxime —asintió Karkarov, haciendo ante ella una leve reverencia—. Voy a presentar mi queja ante el Ministerio de Magia y la Confederación Internacional de Magos...

—Si alguien tiene motivos para quejarse es Potter —gruñó Moody—, y, sin embargo, es curioso... No le oigo decir ni medio...

—¿Y «pog» qué «tendgía» que «quejagse»? —estalló Fleur Delacour, dando una patada en el suelo—. Va a «podeg pagticipag», ¿no? ¡Todos hemos soñado «dugante» semanas y semanas con «seg» elegidos! Mil galeones en metálico... ¡es una «opogtunidad pog» la que muchos «moguiguían»!

—Tal vez alguien espera que Potter muera por ella —replicó Moody, con un levísimo matiz de exasperación en la voz.

A estas palabras les siguió un silencio extremadamente tenso.

Ludo Bagman, que parecía muy nervioso, se alzaba sobre las puntas de los pies y volvía apoyarse sobre las plantas.

—Pero hombre, Moody... ¡vaya cosas dices! —protestó.

—Como todo el mundo sabe, el profesor Moody da la mañana por perdida si no ha descubierto antes de la comida media docena de intentos de asesinato —dijo en voz alta Karkarov—. Por lo que parece, ahora les está enseñando a sus alumnos a hacer lo mismo. Una rara cualidad en un profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, Dumbledore, pero no dudo que tenías tus motivos para contratarlo.

—Conque imagino cosas, ¿eh? —gruñó Moody—. Conque veo cosas, ¿eh? Fue una bruja o un mago competente el que echó el nombre del muchacho en el cáliz.

—¡Ah!, ¿qué prueba hay de eso? —preguntó Madame Maxime, alzando sus enormes manos.

—¡Que consiguió engañar a un objeto mágico extraordinario! —replicó Moody—. Para hacerle olvidar al cáliz de fuego que sólo compiten tres colegios tuvo que usarse un encantamiento confundidor excepcionalmente fuerte... Porque creo estar en lo cierto al suponer que propuso el nombre de Potter como representante de un cuarto colegio, para asegurarse de que era el único en su grupo...

—Parece que has pensado mucho en ello, Moody —apuntó Karkarov con frialdad—, y la verdad es que te ha quedado una teoría muy ingeniosa... aunque he oído que recientemente se te metió en la cabeza que uno de tus regalos de cumpleaños contenía un huevo de basilisco astutamente disimulado, y lo hiciste trizas antes de darte cuenta de que era un reloj de mesa. Así que nos disculparás si no te tomamos demasiado en serio...

—Hay gente que puede aprovecharse de las situaciones más inocentes —contestó Moody con voz amenazante—. Mi trabajo consiste en pensar cómo obran los magos tenebrosos, Karkarov, como deberías recordar.

—¡Alastor! —dijo Dumbledore en tono de advertencia.

Por un momento, Harry se preguntó a quién se estaba dirigiendo, pero luego comprendió que Ojoloco no podía ser el verdadero nombre de Moody. Éste se calló, aunque siguió mirando con satisfacción a Karkarov, que tenía el rostro encendido de cólera.

—No sabemos cómo se ha originado esta situación —continuó Dumbledore dirigiéndose a todos los reunidos en la sala—. Pero me parece que no nos queda más remedio que aceptar las cosas tal como están. Tanto Cedric como Harry han sido seleccionados para competir en el Torneo. Y eso es lo que tendrán que hacer.

—Ah, «pego, Dumbledog»...

—Mi querida Madame Maxime, si se le ha ocurrido a usted una alternativa, estaré encantado de escucharla.

Dumbledore aguardó, pero Madame Maxime no dijo nada; se limitó a mirarlo duramente. Y no era la única: Snape parecía furioso, Karkarov estaba

lívido. Bagman, en cambio, parecía bastante entusiasmado.

—Bueno, ¿nos ponemos a ello, entonces? —dijo frotándose las manos y sonriendo a todo el mundo—. Tenemos que darles las instrucciones a nuestros campeones, ¿no? Barty, ¿quieres hacer el honor?

El señor Crouch pareció salir de un profundo ensueño.

—Sí —respondió—, las instrucciones. Sí... la primera prueba...

Fue hacia la zona iluminada por el fuego. De cerca, a Harry le pareció que se encontraba enfermo. Se lo veía ojeroso, y la piel, arrugada y reseca, mostraba un aspecto que no era el que tenía durante los Mundiales de quidditch.

—La primera prueba está pensada para medir vuestro coraje —les explicó a Harry, Cedric, Fleur y Krum—, así que no os vamos a decir en qué consiste. El coraje para afrontar lo desconocido es una cualidad muy importante en un mago, muy importante...

»La primera prueba se llevará a cabo el veinticuatro de noviembre, ante los demás estudiantes y el tribunal.

»A los campeones no les está permitido solicitar ni aceptar ayuda de ningún tipo por parte de sus profesores para llevar a cabo las pruebas del Torneo. Harán frente al primero de los retos armados sólo con su varita. Cuando la primera prueba haya dado fin, recibirán información sobre la segunda. Debido a que el Torneo exige una gran dedicación a los campeones, éstos quedarán exentos de los exámenes de fin de año.

El señor Crouch se volvió hacia Dumbledore.

—Eso es todo, ¿no, Albus?

—Creo que sí —respondió Dumbledore, que observaba al señor Crouch con algo de preocupación—. ¿Estás seguro de que no quieres pasar la noche en Hogwarts, Barty?

—No, Dumbledore, tengo que volver al Ministerio—contestó el señor Crouch—. Es un momento muy dificil, tenemos mucho trabajo. He dejado a cargo al joven Weatherby... Es muy entusiasta; a decir verdad, quizá sea demasiado entusiasta...

—Al menos tomarás algo de beber antes de irte... —insistió Dumbledore.

—Vamos, Barty. ¡Yo me voy a quedar! —dijo Bagman muy animado—. Ahora es en Hogwarts donde ocurren las cosas, ya lo sabes. ¡Es mucho más emocionante que la oficina!

—Creo que no, Ludo —contestó Crouch, con algo de su sempiterna impaciencia.

—Profesor Karkarov, Madame Maxime, ¿una bebida antes de que nos retiremos a descansar? —ofreció Dumbledore.

Pero Madame Maxime ya le había pasado a Fleur un brazo por los hombros y la sacaba rápidamente de la sala. Harry las oyó hablar muy rápido en francés al salir al Gran Comedor. Karkarov le hizo a Krum una seña, y ellos tam bién salieron, aunque en silencio.

—Harry, Cedric, os recomiendo que subáis a los dormitorios —les dijo Dumbledore, sonriéndoles—. Estoy seguro de que las casas de Hufflepuff y Gryffindor os aguardan para celebrarlo con vosotros, y no estaría bien privarlas de esta excelente excusa para armar jaleo.

Harry miró a Cedric, que asintió con la cabeza, y salieron juntos.

El Gran Comedor se hallaba desierto. Las velas, casi consumidas ya, conferían a las dentadas sonrisas de las calabazas un aspecto misterioso y titilante.

—O sea —comentó Cedric con una sutil sonrisa— ¡que volvemos a jugar el uno contra el otro!

—Eso parece —repuso Harry. No se le ocurría nada que decir. En su cabeza reinaba una confusión total, como si le hubieran robado el cerebro.

—Bueno, cuéntame —le dijo Cedric cuando entraban en el vestíbulo, pálidamente iluminado por las antorchas—. ¿Cómo hiciste para dejar tu nombre?

—No lo hice —le contestó Harry levantando la mirada hacia él—. Yo no lo puse. He dicho la verdad.

—Ah... vale —respondió Cedric. Era evidente que no le creía—. Bueno... hasta mañana, pues.

En vez de continuar por la escalinata de mármol, Cedric se metió por una puerta que quedaba a su derecha. Harry lo oyó bajar por la escalera de piedra y luego, despacio, comenzó él mismo a subir por la de mármol.

¿Iba a creerle alguien aparte de Ron y Hermione, o pensarían todos que él mismo se había apuntado para el Torneo? Pero ¿cómo podía creer eso nadie, cuando iba a enfrentarse a tres competidores que habían recibido tres años más de educación mágica que él, cuando tendría que enfrentarse a unas pruebas que no sólo serían muy peligrosas, sino que debían ser realizadas ante cientos de personas? Sí, es verdad que había pensado en ser campeón: había dejado volar la imaginación. Pero había sido una locura, realmente, una especie de sueño. En ningún momento había considerado seriamente la posibilidad de entrar...

Pero había alguien que sí lo había considerado, alguien que quería que participara en el Torneo, y se había asegurado de que entraba. ¿Por qué? ¿Para darle un gusto? No sabía por qué, pero le parecía que no. ¿Para verlo

hacer el ridículo? Bueno, seguramente quedaría complacido. ¿O lo había hecho para que muriera? ¿Moody había estado simplemente dando sus habituales muestras de paranoia? ¿No podía haber puesto alguien su nombre en el cáliz de fuego para hacerle una gracia, como parte de un juego? ¿De verdad había alguien que deseaba que muriera?

A Harry no le costó responderse esa última pregunta. Sí, había alguien que deseaba que muriera, había alguien que quería matarlo desde antes de que cumpliera un año: lord Voldemort. Pero ¿cómo podía Voldemort haber echado el nombre de Harry en el cáliz de fuego? Se suponía que estaba muy lejos, en algún país distante, solo, oculto, débil e impotente...

Pero, en aquel sueño que había tenido justo antes de despertarse con el dolor en la cicatriz, Voldemort no se hallaba solo: hablaba con Colagusano, tramaba con él el asesinato de Harry...

Harry se llevó una sorpresa al encontrarse de pronto delante de la Señora Gorda, porque apenas se había percatado de adónde lo llevaban los pies. Fue también sorprendente ver que la Señora Gorda no estaba sola dentro de su marco: la bruja del rostro arrugado —la que se había metido en el cuadro de su vecino cuando él había entrado en la sala donde aguardaban los campeones— se hallaba en aquel momento sentada, muy orgullosa, al lado de la Señora Gorda. Tenía que haber pasado a toda prisa de cuadro en cuadro a través de siete tramos de escalera para llegar allí antes que él. Tanto ella como la Señora Gorda lo miraban con el más vivo interés.

—Bien, bien —dijo la Señora Gorda—, Violeta acaba de contármelo todo. ¿A quién han escogido al final como cam peón?

—«Tonterías» —repuso Harry desanimado.

—¡Cómo que son tonterías! —exclamó indignada la bruja del rostro arrugado.

—No, no, Violeta, ésa es la contraseña —dijo en tono apaciguador la Señora Gorda, girando sobre sus goznes para dejarlo pasar a la sala común.

El jaleo que estalló ante Harry al abrirse el retrato casi lo hace retroceder. Al segundo siguiente se vio arrastrado dentro de la sala común por doce pares de manos y rodeado por todos los integrantes de la casa de Gryffindor, que gritaban, aplaudían y silbaban.

—¡Tendrías que habernos dicho que ibas a participar! —gritó Fred. Parecía en parte enfadado y en parte impresionado.

—¿Cómo te las arreglaste para que no te saliera barba? ¡Increíble! —gritó George.

—No lo hice —respondió Harry—. No sé cómo...

Pero Angelina se abalanzaba en aquel momento hacia él.

—¡Ah, ya que no soy yo, me alegro de que por lo menos sea alguien de Gryffindor...!

—¡Ahora podrás tomarte la revancha contra Diggory por lo del último partido de quidditch, Harry! —le dijo chillando Katie Bell, otra de las cazadoras del equipo de Gryffindor.

—Tenemos algo de comida, Harry. Ven a tomar algo...

—No tengo hambre. Ya comí bastante en el banquete.

Pero nadie quería escuchar que no tenía hambre, nadie quería escuchar que él no había puesto su nombre en el cáliz de fuego, nadie en absoluto se daba cuenta de que no estaba de humor para celebraciones... Lee Jordan había sacado de algún lado un estandarte de Gryffindor y se empeñó en ponérselo a Harry a modo de capa. Harry no pudo zafarse. Cada vez que intentaba escabullirse por la escalera hacia los dormitorios, sus compañeros cerraban filas obligándolo a tomar otra cerveza de mantequilla y llenándole las manos de patatas fritas y cacahuetes. Todos querían averiguar cómo lo había hecho, cómo había burlado la raya de edad de Dumbledore y logrado meter el nombre en el cáliz de fuego.

—No lo hice —repetía una y otra vez—. No sé cómo ha ocurrido.

Pero, para el caso que le hacían, lo mismo le hubiera dado no abrir la boca.

—¡Estoy cansado! —gritó al fin, después de casi media hora—. No, George, en serio... Me voy a la cama.

Lo que quería por encima de todo era encontrar a Ron y Hermione para comentar las cosas con algo de sensatez, pero ninguno de ellos parecía hallarse en la sala común. Insistiendo en que necesitaba dormir, y casi pasando por encima de los pequeños hermanos Creevey, que intentaron detenerlo al pie de la escalera, Harry consiguió desprenderse de todo el mundo y subir al dormitorio tan rápido como pudo.

Para su alivio, vio a Ron tendido en su cama, completamente vestido; no había nadie más en el dormitorio. Miró a Harry cuando éste cerró la puerta tras él.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Harry.

—Ah, hola —contestó Ron.

Le sonreía, pero era una sonrisa muy rara, muy tensa. De pronto Harry se dio cuenta de que todavía llevaba el estandarte de Gryffindor que le había puesto Lee Jordan. Se apresuró a quitárselo, pero lo tenía muy bien atado. Ron permaneció quieto en la cama, observando los forcejeos de Harry para aflojar los nudos.

—Bueno —dijo, cuando por fin Harry se desprendió el estandarte y lo tiró a

un rincón—, enhorabuena.

—¿Qué quieres decir con eso de «enhorabuena»? —preguntó Harry, mirando a Ron. Decididamente había algo raro en la manera en que sonreía su amigo. Era más bien una mueca.

—Bueno... eres el único que logró cruzar la raya de edad —repuso Ron—. Ni siquiera lo lograron Fred y George. ¿Qué usaste, la capa invisible?

—La capa invisible no me hubiera permitido cruzar la línea —respondió Harry.

—Ah, bien. Pensé que, si había sido con la capa, podrías habérmelo dicho... porque podría habernos tapado a los dos, ¿no? Pero encontraste otra manera, ¿verdad?

—Escucha —dijo Harry—. Yo no eché mi nombre en el cáliz de fuego. Ha tenido que hacerlo alguien, no sé quién.

Ron alzó las cejas.

—¿Y por qué se supone que lo ha hecho?

—No lo sé —dijo Harry. Le pareció que sonaría demasiado melodramático contestar «para verme muerto».

Ron levantó las cejas tanto que casi quedan ocultas bajo el flequillo.

—Vale, bien. A mí puedes decirme la verdad —repuso—. Si no quieres que lo sepa nadie más, estupendo, pero no entiendo por qué te molestas en mentirme a mí. No te vas a ver envuelto en ningún lío por decirme la verdad. Esa amiga de la Señora Gorda, esa tal Violeta, nos ha contado a todos que Dumbledore te ha permitido entrar. Un premio de mil galeones, ¿eh? Y te vas a librar de los exámenes finales...

—¡No eché mi nombre en el cáliz! —exclamó Harry, comenzando a enfadarse.

—Vale, tío —contestó Ron, empleando exactamente el mismo tono escéptico de Cedric—. Pero esta mañana dijiste que lo habrías hecho de noche, para que nadie te viera... No soy tan tonto, ¿sabes?

—Pues nadie lo diría.

—¿Sí? —Del rostro de Ron se borró todo asomo de sonrisa, ya fuera forzada o de otro tipo—. Supongo que querrás acostarte ya, Harry. Mañana tendrás que levantarte temprano para alguna sesión de fotos o algo así.

Tiró de las colgaduras del dosel de su cama para cerrarlas, dejando a Harry allí, de pie junto a la puerta, mirando las cortinas de terciopelo rojo que en aquel momento ocultaban a una de las pocas personas de las que nunca habría pensado que no le creería.

18

La comprobación de las varitas mágicas

Al despertar el domingo por la mañana, a Harry le costó un rato recordar por qué se sentía tan mal. Luego, el recuerdo de la noche anterior estuvo dándole vueltas en la cabeza. Se incorporó en la cama y descorrió las cortinas del dosel para intentar hablar con Ron y explicarle las cosas, pero la cama de su amigo se hallaba vacía. Evidentemente, había bajado a desayunar.

Harry se vistió y bajó por la escalera de caracol a la sala común. En cuanto apareció, los que ya habían vuelto del desayuno prorrumpieron en aplausos. La perspectiva de bajar al Gran Comedor, donde estaría el resto de los alumnos de Gryffindor, que lo tratarían como a una especie de héroe, no lo seducía en absoluto. La alternativa, sin embargo, era quedarse allí y ser acorralado por los hermanos Creevey, que en aquel momento le insistían por señas en que se acercara. Caminó resueltamente hacia el retrato, lo abrió, traspasó el hueco y se encontró de cara con Hermione.

—Hola —saludó ella, que llevaba una pila de tostadas envueltas en una servilleta—. Te he traído esto... ¿Quieres dar un paseo?

—Buena idea —le contestó Harry, agradecido.

Bajaron la escalera, cruzaron aprisa el vestíbulo sin desviar la mirada hacia el Gran Comedor y pronto recorrían a zancadas la explanada en dirección al lago, donde estaba anclado el barco de Durmstrang, que se reflejaba en la superficie como una mancha oscura. Era una mañana fresca, y no dejaron de moverse, masticando las tostadas, mientras Harry le contaba a Hermione qué era exactamente lo que había ocurrido después de abandonar la noche anterior la mesa de Gryffindor. Para alivio suyo, Hermione aceptó su versión sin un asomo de duda.

—Bueno, estaba segura de que tú no te habías propuesto —declaró cuando él terminó de relatar lo sucedido en la sala—. ¡Si hubieras visto la cara que pusiste cuando Dumbledore leyó tu nombre! Pero la pregunta es: ¿quién lo hizo? Porque Moody tiene razón, Harry: no creo que ningún estudiante pudiera hacerlo... Ninguno sería capaz de burlar el cáliz de fuego, ni de traspasar la raya de...

—¿Has visto a Ron? —la interrumpió Harry.

Hermione dudó.

—Eh... sí... está desayunando —dijo.

—¿Sigue pensando que yo eché mi nombre en el cáliz?

—Bueno, no... no creo... no en realidad —contestó Hermione con embarazo.

—¿Qué quiere decir «no en realidad»?

—¡Ay, Harry!, ¿es que no te das cuenta? —dijo Hermione—. ¡Está celoso!

—¿Celoso? —repitió Harry sin dar crédito a sus oídos—. ¿Celoso de qué? ¿Es que le gustaría hacer el ridículo delante de todo el colegio?

—Mira —le explicó Hermione armándose de paciencia—, siempre eres tú el que acapara la atención, lo sabes bien. Sé que no es culpa tuya —se apresuró a añadir, viendo que Harry abría la boca para protestar—, sé que no lo vas buscando... pero el caso es que Ron tiene en casa todos esos hermanos con los que competir, y tú eres su mejor amigo, y eres famoso. Cuando te ven a ti, nadie se fija en él, y él lo aguanta, nunca se queja. Pero supongo que esto ha sido la gota que colma el vaso...

—Genial —dijo Harry con amargura—, realmente genial. Dile de mi parte que me cambio con él cuando quiera. Dile de mi parte que por mi encantado... Verá lo que es que todo el mundo se quede mirando su cicatriz de la frente con la boca abierta a donde quiera que vaya...

—No pienso decirle nada —replicó Hermione—. Díselo tú: es la única manera de arreglarlo.

—¡No voy a ir detrás de él para ver si madura! —estalló Harry. Había hablado tan alto que, alarmadas, algunas lechuzas que había en un árbol cercano echaron a volar—. A lo mejor se da cuenta de que no lo estoy pasando bomba cuando me rompan el cuello o...

—Eso no tiene gracia —dijo Hermione en voz baja—, no tiene ninguna gracia. —Parecía muy nerviosa—. He estado pensando, Harry. Sabes qué es lo que tenemos que hacer, ¿no? Hay que hacerlo en cuanto volvamos al castillo.

—Sí, claro, darle a Ron una buena patada en el...

—Escribir a Sirius. Tienes que contarle lo que ha pasado. Te pidió que lo mantuvieras informado de todo lo que ocurría en Hogwarts. Da la impresión de que esperaba que sucediera algo así. Llevo conmigo una pluma y un pedazo de pergamino...

—Olvídalo —contestó Harry, mirando a su alrededor para asegurarse de

que nadie los oía. Pero los terrenos del castillo parecían desiertos—. Le bastó saber que me dolía la cicatriz, para regresar al país. Si le cuento que alguien me ha hecho entrar en el Torneo de los tres magos se presentará en el castillo.

—Él querría que tú se lo dijeras —dijo Hermione con severidad—. Se enterará de todas formas.

—¿Cómo?

—Harry, esto no va a quedar en secreto. El Torneo es famoso, y tú también lo eres. Me sorprendería mucho que *El Profeta* no dijera nada de que has sido elegido campeón... Se te menciona en la mitad de los libros sobre Quien-tú-sabes. Y Sirius preferiría que se lo contaras tú.

—Vale, vale, ya le escribo —aceptó Harry, tirando al lago el último pedazo de tostada.

Lo vieron flotar un momento, antes de que saliera del agua un largo tentáculo, lo cogiera y se lo llevara a la profundidad del lago. Entonces volvieron al castillo.

—¿Y qué lechuza voy a utilizar? —preguntó Harry, mientras subían la pequeña escalinata—. Me pidió que no volviera a enviarle a *Hedwig*.

—Pídele a Ron...

—No le pienso pedir nada a Ron —declaró tajantemente Harry.

—Bueno, pues utiliza cualquiera de las lechuzas del colegio —propuso Hermione—. Están a disposición de todos.

Así que subieron a la lechucería. Hermione le dejó a Harry un trozo de pergamino, una pluma y un frasco de tinta, y luego paseó entre los largos palos observando las lechuzas, mientras Harry se sentaba con la espalda apoyada en el muro y escribía:

Querido Sirius:

Me pediste que te mantuviera al corriente de todo lo que ocurriera en Hogwarts, así que ahí va: no sé si habrás oído ya algo, pero este año se celebra el Torneo de los tres magos, y el sábado por la noche me eligieron cuarto campeón. No sé quién introduciría mi nombre en el cáliz de fuego, porque yo no fui. El otro campeón de Hogwarts es Cedric Diggory, de Hufflepuff.

Se detuvo en aquel punto, meditando. Tuvo la tentación de decir algo sobre la angustia que lo invadía desde la noche anterior, pero no se le ocurrió la manera de explicarlo, de modo que simplemente volvió a mojar la pluma en

la tinta y escribió:

Espero que estés bien, y también Buckbeak.

Harry

—Ya he acabado —le dijo a Hermione poniéndose en pie y sacudiéndose la paja de la túnica.

Al oír aquello, *Hedwig* bajó revoloteando, se le posó en el hombro y alargó una pata.

—No te puedo enviar a ti —le explicó Harry, buscando entre las lechuzas del colegio—. Tengo que utilizar una de éstas.

Hedwig ululó muy fuerte y echó a volar tan repentinamente que las garras le hicieron un rasguño en el hombro. No dejó de darle la espalda mientras Harry le ataba la carta a una lechuza grande. Cuando ésta partió, Harry se acercó a *Hedwig* para acariciarla, pero ella chasqueó el pico con furia y revoloteó hacia el techo, donde Harry no podía alcanzarla.

—Primero Ron y ahora tú —le dijo enfadado—. Y yo no tengo la culpa.

Si Harry había tenido esperanzas de que las cosas mejoraran cuando todo el mundo se hubiera hecho a la idea de que él era campeón, al día siguiente comprobó lo equivocado que estaba. Una vez reanudadas las clases, no pudo seguir evitando al resto del colegio, y resultaba evidente que el resto del colegio, exactamente igual que sus compañeros de Gryffindor, pensaba que era Harry el que se había presentado al Torneo. Pero, a diferencia de sus compañeros de Gryffindor, no parecían favorablemente impresionados.

Los de Hufflepuff, que generalmente se llevaban muy bien con los de Gryffindor, se mostraban ahora muy antipáticos con ellos. Bastó una clase de Herbología para que esto quedara patente. No había duda de que los de Hufflepuff pensaban que Harry le quería robar la gloria a su campeón. Un sentimiento que, tal vez, se veía incrementado por el hecho de que la casa de Hufflepuff no estaba acostumbrada a la gloria, y de que Cedric era uno de los pocos que alguna vez le habían conferido alguna, cuando ganó a Gryffindor al quidditch. Ernie Macmillan y Justin Finch-Fletchley, con quienes Harry solía llevarse muy bien, no le dirigieron la palabra ni siquiera cuando estuvieron trasplantando bulbos botadores a la misma bandeja, pero se rieron de manera bastante desagradable al ver que uno de los bulbos botadores se le escapaba a Harry de las manos y se le estrellaba en la cara. Ron también le había retirado la palabra. Hermione se sentó entre ellos, forzando la conversación;

pero, aunque uno y otro le respondían con normalidad, evitaban el contacto visual entre sí. A Harry le pareció que hasta la profesora Sprout lo trataba de manera distante. Y es que ella era la jefa de la casa Hufflepuff.

En circunstancias normales se hubiera muerto de ganas de ver a Hagrid, pero la asignatura de Cuidado de Criaturas Mágicas implicaba ver también a los de Slytherin. Era la primera vez que se vería con ellos desde su conversión en campeón.

Como era de esperar, Malfoy llegó a la cabaña de Hagrid con su habitual cara de desprecio.

—¡Ah, mirad, tíos, es el campeón! —les dijo a Crabbe y Goyle en cuanto llegaron a donde él podía oírlos—. ¿Habéis traído el libro de autógrafos? Tenéis que daros prisa para que os lo firme, porque no creo que dure mucho: la mitad de los campeones murieron durante el Torneo. ¿Cuánto crees que vas a durar, Potter? Mi apuesta es que diez minutos de la primera prueba.

Crabbe y Goyle le rieron la gracia a carcajadas, pero Malfoy tuvo que dejarlo ahí porque Hagrid salió de la parte de atrás de la cabaña con una torre bamboleante de cajas, cada una de las cuales contenía un escreguto bastante grande. Para espanto de la clase, Hagrid les explicó que la razón de que los escregutos se hubieran estado matando unos a otros era un exceso de energía contenida, y la solución sería que cada alumno le pusiera una correa a un escreguto y lo sacara a dar una vuelta. Lo único bueno de aquello fue que acaparó toda la atención de Malfoy.

—¿Sacarlo a dar una vuelta? —repitió con desagrado, mirando una de las cajas—. ¿Y dónde le vamos a atar la correa? ¿Alrededor del aguijón, de la cola explosiva o del aparato succionador?

—En el medio —dijo Hagrid, mostrándoles cómo—. Eh... tal vez deberíais poneros antes los guantes de piel de dragón, por si acaso. Harry, ven aquí y ayúdame con este grande...

En realidad, la auténtica intención de Hagrid era hablar con Harry lejos del resto de la clase.

Esperó hasta que todo el mundo se hubo alejado con los escregutos, y luego se volvió a Harry y le dijo, muy serio:

—Así que te toca participar, Harry. En el Torneo. Campeón del colegio.

—Uno de los campeones—lo corrigió Harry.

Debajo de las cejas enmarañadas, los ojos de color negro azabache de Hagrid lo observaron con nerviosismo.

—¿No tienes ni idea de quién pudo hacerlo, Harry?

—Entonces, ¿tú sí me crees cuando digo que yo no fui? —le preguntó Harry, haciendo un esfuerzo para disimular el sentimiento de gratitud que le

habían inspirado las palabras de Hagrid.

—Por supuesto —gruñó Hagrid—. Has dicho que no fuiste tú, y yo te creo. Y también te cree Dumbledore.

—Me gustaría saber quién lo hizo —dijo Harry amargamente.

Los dos miraron hacia la explanada. La clase se hallaba en aquel momento muy dispersa, y todos parecían encontrarse en apuros. Los escregutos median casi un metro y se habían vuelto muy fuertes. Ya no eran blandos y descoloridos, porque les había salido una especie de coraza de color gris brillante. Parecían un cruce entre escorpiones gigantes y cangrejos de río, pero seguían sin tener nada que pudiera identificarse como cabeza u ojos. Se habían vuelto vigorosos y difíciles de dominar.

—Parece que lo pasan bien, ¿no? —comentó Hagrid contento.

Harry dio por sentado que se refería a los escregutos, porque sus compañeros de clase, decididamente, no lo estaban pasando nada bien: de vez en cuando estallaba la cola de uno de los escregutos, que salía disparado a varios metros de distancia, y más de un alumno acababa arrastrado por el suelo, boca abajo, e intentaba desesperadamente ponerse en pie.

—Ah, Harry, no sé... —dijo Hagrid de pronto con un suspiro, mirándolo otra vez con preocupación—. Campeón del colegio... Parece que todo te pasa a ti, ¿verdad?

Harry no respondió. Sí, parecía que todo le pasaba a él. Eso era más o menos lo que le había dicho Hermione paseando por el lago, y ése, según ella, era el motivo de que Ron le hubiera retirado la palabra.

Los días siguientes se contaron entre los peores que Harry pasó en Hogwarts. Lo más parecido que había experimentado habían sido aquellos meses, cuando estaba en segundo, en que una gran parte del colegio sospechaba que era él el que atacaba a sus compañeros, pero en aquella ocasión Ron había estado de su parte. Le parecía que podría haber soportado la actitud del resto del colegio si hubiera vuelto a contar con la amistad de Ron, pero no iba a intentar convencerlo de que se volvieran a hablar si él no quería hacerlo. Sin embargo, se sentía solo y no recibía más que desprecio de todas partes.

Era capaz de entender la actitud de los de Hufflepuff, aunque no le hiciera ninguna gracia, porque ellos tenían un campeón propio al que apoyar. Tampoco esperaba otra cosa que insultos por parte de los de Slytherin (les caía muy mal, y siempre había sido así, porque él había contribuido muy a menudo a la victoria de Gryffindor frente a ellos, tanto en quidditch como en la Copa de las Casas). Pero había esperado que los de Ravenclaw encontraran tantos motivos para apoyarlo a él como a Cedric. Y se había equivocado: la mayor parte de los de Ravenclaw parecía pensar que él se desesperaba por

conseguir un poco más de fama y que por eso había engañado al cáliz de fuego para que aceptara su nombre.

Además estaba el hecho de que Cedric quedaba mucho mejor que él como campeón. Era extraordinariamente guapo, con la nariz recta, el pelo moreno y los ojos grises, y aquellos días no se sabía quién era más admirado, si él o Viktor Krum. Harry llegó a ver un día a la hora de la comida que las mismas chicas de sexto que tanto interés habían mostrado en conseguir el autógrafo de Viktor Krum le pedían a Cedric que les firmara en las mochilas.

Mientras tanto, Sirius no contestaba, *Hedwig* no lo dejaba acercarse, la profesora Trelawney le predecía la muerte incluso con más convicción de la habitual, y en la clase del profesor Flitwick le fue tan mal con los encantamientos convocadores que le mandó más deberes (y fue el único al que se los mandó, aparte de Neville).

—De verdad que no es tan dificil, Harry —le decía Hermione para animarlo, al salir de la clase. Ella había logrado que los objetos fueran zumbando a su encuentro desde cualquier parte del aula, como si tuviera algún tipo de extraño imán que atraía borradores, papeleras y lunascopios—. Lo que pasa es que no te concentrabas.

—¿Por qué sería? —contestó Harry con amargura. En ese momento pasó Cedric rodeado de un numeroso grupo de tontitas, todas las cuales miraron a Harry como si fuera un escreguto de cola explosiva especialmente crecido—. Pero no importa. Me muero de ganas de que llegue la dase doble de Pociones que tenemos esta tarde...

La clase doble de Pociones constituía siempre una mala experiencia, pero aquellos días era una verdadera tortura. Estar encerrado en una mazmorra durante hora y media con Snape y los de Slytherin, dispuestos a mortificar a Harry todo lo posible por haberse atrevido a ser campeón del colegio, era una de las cosas más desagradables que Harry pudiera imaginar. Así había sido el viernes anterior, en el que Hermione, sentada a su lado, se pasó la clase repitiéndole en voz baja: «No les hagas caso, no les hagas caso»; y no tenía motivos para pensar que la lección de aquella tarde fuera a ser más llevadera.

Cuando, después de comer, él y Hermione llegaron a la puerta de la mazmorra de Snape, se encontraron a los de Slytherin que esperaban fuera, cada uno con una insignia bien grande en la pechera de la túnica. Por un momento, Harry tuvo la absurda idea de que eran insignias de la P.E.D.D.O. Luego vio que todas mostraban el mismo mensaje en caracteres luminosos rojos, que brillaban en el corredor subterráneo apenas iluminado:

Apoya a CEDRIC DIGGORY:

¡el AUTÉNTICO campeón de Hogwarts!

—¿Te gustan, Potter? —preguntó Malfoy en voz muy alta, cuando Harry se aproximó—. Y eso no es todo, ¡mira!

Apretó la insignia contra el pecho, y el mensaje desapareció para ser reemplazado por otro que emitía un resplandor verde:

POTTER APESTA

Los de Slytherin berrearon de risa. Todos apretaron su insignia hasta que el mensaje POTTER APESTA brilló intensamente por todos lados. Harry notó que se ponía rojo de furia.

—¡Ah, muy divertido! —le dijo Hermione a Pansy Parkinson y su grupo de chicas de Slytherin, que se reían más fuerte que nadie—. Derrocháis ingenio.

Ron estaba apoyado contra el muro con Dean y Seamus. No se rió, pero tampoco defendió a Harry.

—¿Quieres una, Granger? —le dijo Malfoy, ofreciéndosela—. Tengo montones. Pero con la condición de que no me toques la mano. Me la acabo de lavar y no quiero que una sangre sucia me la manche.

La ira que Harry había acumulado durante días y días pareció a punto de reventar un dique en su pecho. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía había cogido la varita mágica. Todos los que estaban alrededor se apartaron y retrocedieron hacia el corredor.

—¡Harry! —le advirtió Hermione.

—Vamos, Potter —lo desafió Malfoy con tranquilidad, también sacando su varita—. Ahora no tienes a Moody para que te proteja. A ver si tienes lo que hay que tener...

Se miraron a los ojos durante una fracción de segundo, y luego, exactamente al mismo tiempo, ambos atacaron:

—*¡Furnunculus!* —gritó Harry.

—*¡Densaugeo!* —gritó Malfoy.

De las varitas salieron unos chorros de luz, que chocaron en el aire y rebotaron en ángulo. El conjuro de Harry le dio a Goyle en la cara, y el de Malfoy a Hermione. Goyle chilló y se llevó las manos a la nariz, donde le brotaban en aquel momento unos forúnculos grandes y feos. Hermione se tapaba la boca con gemidos de pavor.

—¡Hermione! —Ron se acercó a ella apresuradamente, para ver qué le pasaba.

Harry se volvió y vio a Ron que le retiraba a Hermione la mano de la cara. No fue una visión agradable. Los dos incisivos superiores de Hermione, que ya de por si eran más grandes de lo normal, crecían a una velocidad alarmante. Se parecía más y más a un castor conforme los dientes alargados pasaban el labio inferior hacia la barbilla. Los notó allí, horrorizada, y lanzó un grito de terror.

—¿A qué viene todo este ruido? —dijo una voz baja y apagada. Acababa de llegar Snape.

Los de Slytherin se explicaban a gritos. Snape apuntó a Malfoy con un largo dedo amarillo y le dijo:

—Explícalo tú.

—Potter me atacó, señor...

—¡Nos atacamos el uno al otro al mismo tiempo! —gritó Harry.

—... y le dio a Goyle. Mire...

Snape examinó a Goyle, cuya cara no hubiera estado fuera de lugar en un libro de setas venenosas.

—Ve a la enfermería, Goyle —indicó Snape con calma.

—¡Malfoy le dio a Hermione! —dijo Ron—. ¡Mire!

Obligó a Hermione a que le enseñara los dientes a Snape, porque ella hacía todo lo posible para taparlos con las manos, cosa bastante dificil dado que ya le pasaban del cuello de la camisa. Pansy Parkinson y las otras chicas de Slytherin se reían en silencio con grandes aspavientos, y señalaban a Hermione desde detrás de la espalda de Snape.

Snape miró a Hermione fríamente y luego dijo:

—No veo ninguna diferencia.

Hermione profirió un gemido y se le empañaron los ojos. Dando media vuelta, echó a correr por el corredor hasta perderse de vista.

Tal vez fue una suerte que Harry y Ron empezaran a gritar a Snape a la vez, y también que sus voces retumbaran en el corredor de piedra, porque con el alboroto le fue imposible entender lo que le decían exactamente. Pero captó la esencia.

—Muy bien —declaró con su voz más suave—. Cincuenta puntos menos para Gryffindor, y Weasley y Potter se quedarán castigados. Ahora entrad, o tendréis que quedaros castigados una semana entera.

A Harry le zumbaban los oídos. Era tal la injusticia cometida por Snape que sentía el impulso de cortarlo en mil pedazos. Pasó por delante de él, se dirigió

con Ron hacia la parte de atrás de la mazmorra y arrojó violentamente la mochila en el pupitre. También Ron temblaba de cólera, y por un momento Harry creyó que todo iba a volver a ser entre ellos como antes. Pero entonces Ron se fue a sentar con Dean y Seamus, dejándolo solo en el pupitre. Al otro lado de la mazmorra, Malfoy le dio la espalda a Snape y apretó la insignia, sonriendo de satisfacción. La inscripción «POTTER APESTA» brilló en el aula.

La clase dio comienzo, y Harry clavó los ojos en Snape mientras imaginaba que le sucedían cosas horribles. Si hubiera sabido cómo hacer la maldición *cruciatus*... Snape se habría caído de espaldas al suelo y allí se habría quedado, sacudiéndose y retorciéndose como aquella araña...

—¡Antídotos! —dijo Snape, mirándolos a todos con sus fríos ojos negros de brillo desagradable—. Ahora debéis preparar vuestras recetas. Quiero que las elaboréis con mucho cuidado, y luego elegiremos a alguien en quien probarlas...

Los ojos de Snape se posaron en Harry, y éste comprendió lo que se avecinaba: Snape iba a envenenarlo. Harry se imaginó cogiendo el caldero, corriendo hasta el frente de la clase y volcándolo encima del grasiento pelo de Snape.

Pero entonces llamaron a la puerta de la mazmorra, y Harry despertó de sus ensoñaciones.

Era Colin Creevey. Entró en el aula, sonrió a Harry y fue hacia la mesa de Snape.

—¿Sí? —preguntó éste escuetamente.

—Disculpe, señor. Tengo que llevar a Harry Potter arriba.

Snape apuntó su ganchuda nariz hacia Colin y clavó los ojos en él. La sonrisa de Colin desapareció.

—A Potter le queda otra hora de Pociones —contestó Snape con frialdad—. Subirá cuando la clase haya acabado.

Colin se ruborizó.

—Señor..., el señor Bagman quiere que vaya —dijo muy nervioso—. Tienen que ir todos los campeones. Creo que les quieren hacer unas fotos...

Harry hubiera dado cualquier cosa por que Colin no hubiera dicho las últimas palabras. Se arriesgó a echar una ojeada a Ron, pero éste no quitaba la vista del techo.

—Muy bien, muy bien —replicó Snape con brusquedad—. Potter, deje aquí sus cosas. Quiero que vuelva luego para probar el antídoto.

—Disculpe, señor. Tiene que llevarse sus cosas —dijo Colin—. Todos los campeones...

—¡Muy bien! —lo cortó Snape—. ¡Potter, coja su mochila y salga de mi vista!

Harry se echó la bolsa al hombro, se levantó y se dirigió a la puerta. Al pasar por entre los pupitres de los de Slytherin, vio la inscripción «POTTER APESTA» brillando por todos lados.

—Es alucinante, ¿no, Harry? —comentó Colin en cuanto Harry cerró tras él la puerta de la mazmorra—. ¿No te parece? ¿Tú, campeón?

—Sí, realmente alucinante —repuso Harry con pesadumbre, encaminándose hacia la escalinata del vestíbulo—. ¿Para qué quieren las fotos, Colin?

—¡Creo que para *El Profeta*!

—Genial —dijo Harry con tristeza—. Justo lo que necesito. Más publicidad.

—¡Buena suerte! —le deseó Colin cuando llegaron.

Harry llamó a la puerta y entró.

Era un aula bastante pequeña. Habían retirado hacia el fondo la mayoría de los pupitres para dejar un amplio espacio en el medio, pero habían juntado tres de ellos delante de la pizarra, y los habían cubierto con terciopelo. Detrás de los pupitres habían colocado cinco sillas, y Ludo Bagman se hallaba sentado en una de ellas hablando con una bruja a quien Harry no conocía, que llevaba una túnica de color fucsia.

Como de costumbre, Viktor Krum estaba de pie en un rincón, sin hablar con nadie. Cedric y Fleur conversaban. Fleur parecía mucho más contenta de lo que la había visto Harry hasta el momento, y repetía su habitual gesto de sacudir la cabeza para que la luz arrancara reflejos a su largo pelo plateado. Un hombre barrigudo con una enorme cámara de fotos negra que echaba un poco de humo observaba a Fleur por el rabillo del ojo.

Bagman vio de pronto a Harry, se levantó rápidamente y avanzó como a saltos.

—¡Ah, aquí está! ¡El campeón número cuatro! Entra, Harry, entra... No hay de qué preocuparse: no es más que la ceremonia de comprobación de la varita. Los demás miembros del tribunal llegarán enseguida...

—¿Comprobación de la varita? —repitió Harry nervioso.

—Tenemos que comprobar que vuestras varitas se hallan en perfectas condiciones, que no dan ningún problema. Como sabes, son las herramientas más importantes con que vais a contar en las pruebas que tenéis por delante —explicó Bagman—. El experto está arriba en estos momentos, con Dumbledore. Luego habrá una pequeña sesión fotográfica. Esta es Rita Skeeter —añadió, señalando con un gesto a la bruja de la túnica de color fucsia—. Va a escribir para *El Profeta* un pequeño artículo sobre el Torneo.

—A lo mejor no tan pequeño, Ludo —apuntó Rita Skeeter mirando a Harry.

Tenía peinado el cabello en unos rizos muy elaborados y curiosamente rígidos que ofrecían un extraño contraste con su rostro de fuertes mandíbulas; llevaba unas gafas adornadas con piedras preciosas, y los gruesos dedos —que agarraban un bolso de piel de cocodrilo— terminaban en unas uñas de varios centímetros de longitud, pintadas de carmesí.

—Me pregunto si podría hablar un ratito con Harry antes de que empiece la ceremonia —le dijo a Bagman sin apartar los ojos de Harry—. El más joven de los campeones, ya sabes... Por darle un poco de gracia a la cosa.

—¡Por supuesto! —aceptó Bagman—. Es decir, si Harry no tiene inconveniente...

—Eh... —vaciló Harry.

—Divinamente —exclamó Rita Skeeter.

Sin perder un instante, sus dedos como garras cogieron a Harry por el brazo con sorprendente fuerza, lo volvieron a sacar del aula y abrieron una puerta cercana.

—Es mejor no quedarse ahí con todo ese ruido —explicó—. Veamos... ¡Ah, sí, este sitio es bonito y acogedor!

Era el armario de la limpieza. Harry la miró.

—Entra, cielo, está muy bien. Divinamente —repitió Rita Skeeter sentándose a duras penas en un cubo vuelto boca abajo. Empujó a Harry para que se sentara sobre una caja de cartón y cerró la puerta, con lo que quedaron a oscuras—. Veamos...

Abrió el bolso de piel de cocodrilo y sacó unas cuantas velas que encendió con un toque de la varita, y por arte de magia las dejó colgando en medio del aire para que iluminaran el armario.

—¿No te importa que use una pluma a vuelapluma, Harry? Me dejará más libre para hablar...

—¿Una qué? —preguntó Harry.

Rita Skeeter sonrió más pronunciadamente, y Harry contó tres dientes de oro. Volvió a coger el bolso de piel de cocodrilo y sacó de él una pluma de color verde amarillento y un rollo de pergamino que extendió entre ellos, sobre una caja de *Quitamanchas mágico multiusos de la señora Skower*. Se metió en la boca el plumín de la pluma verde amarillenta, la chupó por un momento con aparente fruición y luego la puso sobre el pergamino, donde se quedó balanceándose sobre la punta, temblando ligeramente.

—Probando: mi nombre es Rita Skeeter, periodista de *El Profeta*.

Harry bajó de inmediato la vista a la pluma. En cuanto Rita Skeeter empezó a hablar, la pluma se puso a escribir, deslizándose por la superficie del pergamino:

La atractiva rubia Rita Skeeter, de cuarenta y tres años, cuya despiadada pluma ha pinchado tantas reputaciones demasiado infladas...

—Divinamente —dijo Rita Skeeter una vez más.

Rasgó la parte superior del pergamino, la estrujó y se la metió en el bolso. Entonces se inclinó hacia Harry.

—Bien, Harry, ¿qué te decidió a entrar en el Torneo?

—Eh... —volvió a vacilar Harry, pero la pluma lo distraía. Aunque él no hablara, se deslizaba por el pergamino a toda velocidad, y en su recorrido Harry pudo distinguir una nueva frase:

Una terrible cicatriz, recuerdo del trágico pasado, desfigura el rostro por lo demás muy agradable de Harry Potter, cuyos ojos...

—No mires a la pluma, Harry —le dijo con firmeza Rita Skeeter. De mala gana, Harry la miró a ella—. Bien, ¿qué te decidió a participar en el Torneo?

—Yo no decidí participar —repuso Harry—. No sé cómo llegó mi nombre al cáliz de fuego. Yo no lo puse.

Rita Skeeter alzó una ceja muy perfilada.

—Vamos, Harry, no tengas miedo de verte metido en problemas. Ya sabemos todos que tú no deberías participar. Pero no te preocupes por eso: a nuestros lectores les gustan los rebeldes.

—Pero es que no fui yo —repitió Harry—. No sé quién...

—¿Qué te parecen las pruebas que tienes por delante? —lo interrumpió Rita Skeeter—. ¿Estás emocionado? ¿Nervioso?

—No he pensado realmente... Sí, supongo que estoy nervioso —reconoció Harry. La verdad es que mientras hablaba se le revolvían las tripas.

—En el pasado murieron algunos de los campeones, ¿no? —dijo Rita Skeeter—. ¿Has pensado en eso?

—Bueno, dicen que este año habrá mucha más seguridad —contestó Harry.

Entre ellos, la pluma recorría el pergamino a tal velocidad que parecía que estuviera patinando.

—Desde luego, tú te has enfrentado en otras ocasiones a la muerte, ¿no? —prosiguió Rita Skeeter, mirándolo atentamente—. ¿Cómo dirías que te ha afectado?

—Eh...

—¿Piensas que el trauma de tu pasado puede haberte empujado a probarte a ti mismo, a intentar estar a la altura de tu nombre? ¿Crees que tal vez te sentiste tentado de presentarte al Torneo de los tres magos porque...?

—Yo no me presenté —la cortó Harry, empezando a enfadarse.

—¿Recuerdas algo de tus padres?

—No.

—¿Cómo crees que se sentirían ellos si supieran que vas a competir en el Torneo de los tres magos? ¿Orgullosos?, ¿preocupados?, ¿enfadados?

Harry estaba ya realmente enojado. ¿Cómo demonios iba a saber lo que sentirían sus padres si estuvieran vivos? Podía notar la atenta mirada de Rita Skeeter. Frunciendo el entrecejo, evitó sus ojos y miró las palabras que acababa de escribir la pluma.

Las lágrimas empañan sus ojos, de un verde intenso, cuando nuestra conversación aborda el tema de sus padres, a los que él a duras penas puede recordar.

—¡Yo no tengo lágrimas en los ojos! —dijo casi gritando.

Antes de que Rita pudiera responder una palabra, la puerta del armario de la limpieza volvió a abrirse. Harry miró hacia fuera, parpadeando ante la brillante luz. Albus Dumbledore estaba ante ellos, observándolos a ambos, allí, apretujados en el armario.

—¡Dumbledore! —exclamó Rita Skeeter, aparentemente encantada.

Pero Harry se dio cuenta de que la pluma y el pergamino habían desaparecido de repente de la caja de quitamanchas mágico, y los dedos como garras de Rita se apresuraban a cerrar el bolso de piel de cocodrilo.

—¿Cómo estás? —saludó ella, levantándose y tendiéndole a Dumbledore

una mano grande y varonil—. Supongo que verías mi artículo del verano sobre el Congreso de la Confederación Internacional de Magos, ¿no?

—Francamente repugnante —contestó Dumbledore, echando chispas por los ojos—. Disfruté en especial la descripción que hiciste de mi como un imbécil obsoleto.

Rita Skeeter no pareció avergonzarse lo más mínimo.

—Sólo me refería a que algunas de tus ideas son un poco anticuadas, Dumbledore, y que muchos magos de la calle...

—Me encantaría oír los razonamientos que justifican tus modales, Rita —la interrumpió Dumbledore, con una cortés inclinación y una sonrisa—, pero me temo que tendremos que dejarlo para más tarde. Está a punto de empezar la comprobación de las varitas, y no puede tener lugar si uno de los campeones está escondido en un armario de la limpieza.

Muy contento de librarse de Rita Skeeter, Harry se apresuró a volver al aula. Los otros campeones ya estaban sentados en sillas cerca de la puerta, y él se sentó rápidamente al lado de Cedric y observó la mesa cubierta de terciopelo, donde ya se encontraban reunidos cuatro de los cinco miembros del tribunal: el profesor Karkarov, Madame Maxime, el señor Crouch y Ludo Bagman. Rita Skeeter tomó asiento en un rincón. Harry vio que volvía a sacar el pergamino del bolso, lo extendía sobre la rodilla, chupaba la punta de la pluma a vuelapluma y la depositaba sobre el pergamino.

—Permitidme que os presente al señor Ollivander —dijo Dumbledore, ocupando su sitio en la mesa del tribunal y dirigiéndose a los campeones—. Se encargará de comprobar vuestras varitas para asegurarse de que se hallan en buenas condiciones antes del Torneo.

Harry miró hacia donde señalaba Dumbledore, y dio un respingo de sorpresa al ver al anciano mago de grandes ojos claros que aguardaba en silencio al lado de la ventana. Ya conocía al señor Ollivander. Se trataba de un fabricante de varitas mágicas al que hacía más de tres años, en el callejón Diagon, le había comprado la varita que aún poseía.

—Mademoiselle Delacour, ¿le importaría a usted venir en primer lugar? —dijo el señor Ollivander, avanzando hacia el espacio vacío que había en medio del aula.

Fleur Delacour fue a su encuentro y le entregó su varita.

Como si fuera una batuta, el anciano mago la hizo girar entre sus largos dedos, y de ella brotaron unas chispas de color oro y rosa. Luego se la acercó a los ojos y la examinó detenidamente.

—Sí —murmuró—, veinticinco centímetros... rígida... palisandro... y contiene... ¡Dios mío!...

—Un pelo de la cabeza de una veela —dijo Fleur—, una de mis abuelas.

De forma que Fleur tenía realmente algo de veela, se dijo Harry, pensando que debía contárselo a Ron... Luego recordó que no se hablaba con él.

—Sí —confirmó el señor Ollivander—, sí. Nunca he usado pelo de veela. Me parece que da como resultado unas varitas muy temperamentales. Pero a cada uno la suya, y si ésta le viene bien a usted...

Pasó los dedos por la varita, según parecía en busca de golpes o arañazos. Luego murmuró:

—*¡Orchideous!* —Y de la punta de la varita brotó un ramo de flores—. Bien, muy bien, está en perfectas condiciones de uso —declaró, recogiendo las flores y ofreciéndoselas a Fleur junto con la varita—. Señor Diggory, ahora usted.

Fleur se volvió a su asiento, sonriendo a Cedric cuando se cruzaron.

—¡Ah!, veamos, ésta la hice yo, ¿verdad? —dijo el señor Ollivander con mucho más entusiasmo, cuando Cedric le entregó la suya—. Sí, la recuerdo bien. Contiene un solo pelo de la cola de un excelente ejemplar de unicornio macho. Debía de medir diecisiete palmos. Casi me clava el cuerno cuando le corté la cola. Treinta centímetros y medio... madera de fresno... agradablemente flexible. Está en muy buenas condiciones... ¿La trata usted con regularidad?

—Le di brillo anoche —repuso Cedric con una sonrisa.

Harry miró su propia varita. Estaba llena de marcas de dedos. Con la tela de la túnica intentó frotarla un poco, con disimulo, pero de la punta saltaron unas chispas doradas. Fleur Delacour le dirigió una mirada de desdén, y desistió.

El señor Ollivander hizo salir de la varita de Cedric una serie de anillos de humo plateado, se declaró satisfecho y luego dijo:

—Señor Krum, si tiene usted la bondad...

Viktor Krum se levantó y avanzó hasta el señor Ollivander desgarbadamente, con la cabeza gacha y un andar torpe. Sacó la varita y se quedó allí con el entrecejo fruncido y las manos en los bolsillos de la túnica.

—Mmm —dijo el señor Ollivander—, ésta es una manufactura Gregorovitch, si no me equivoco. Un excelente fabricante, aunque su estilo no acaba de ser lo que yo... Sin embargo...

Levantó la varita para examinarla minuciosamente, sin parar de darle vueltas ante los ojos.

—Sí... ¿Madera de carpe y fibra sensible de dragón? —le preguntó a Krum, que asintió con la cabeza—. Bastante más gruesa de lo usual... bastante rígida... veintiséis centímetros... *¡Avis!*

La varita de carpe produjo un estallido semejante a un disparo, y un montón de pajarillos salieron piando de la punta y se fueron por la ventana abierta hacia la pálida luz del sol.

—Bien —dijo el viejo mago, devolviéndole la varita a Krum—. Ahora queda... el señor Potter.

Harry se levantó y fue hasta el señor Ollivander cruzándose con Krum. Le entregó su varita.

—¡Aaaah, sí! —exclamó el señor Ollivander con ojos brillantes de entusiasmo—. Sí, sí, sí. La recuerdo perfectamente.

Harry también se acordaba. Lo recordaba como si hubiera sido el día anterior.

Cuatro veranos antes, el día en que cumplía once años, había entrado con Hagrid en la tienda del señor Ollivander para comprar una varita mágica. El señor Ollivander le había tomado medidas y luego le fue entregando una serie de varitas para que las probara. Harry cogió y probó casi todas las varitas de la tienda, o al menos eso le pareció, hasta encontrar una que le iba bien, aquélla, que estaba hecha de acebo, medía veintiocho centímetros y contenía una única pluma de la cola de un fénix. El señor Ollivander se había quedado muy sorprendido de que a Harry le fuera tan bien aquella varita. «Curioso —había dicho—... muy curioso.» Y sólo cuando al fin Harry le preguntó qué era lo curioso, le había explicado que la pluma de fénix de aquella varita provenía del mismo pájaro que la del interior de la varita de lord Voldemort.

Harry no se lo había dicho a nadie. Le tenía mucho cariño a su varita, y no había nada que pudiera hacer para evitar aquel parentesco con la de Voldemort, de la misma manera que no podía evitar el suyo con tía Petunia. Pero esperaba que el señor Ollivander no les revelara a los presentes nada de aquello. Le daba la impresión de que, silo hacia, la pluma a vuelapluma de Rita Skeeter explotaría de la emoción.

El anciano mago se pasó mucho más rato examinando la varita de Harry que la de ningún otro. Pero al final hizo manar de ella un chorro de vino y se la devolvió a Harry, declarando que estaba en perfectas condiciones.

—Gracias a todos —dijo Dumbledore, levantándose—. Ya podéis regresar a clase. O tal vez sería más práctico ir directamente a cenar, porque falta poco para que terminen...

Harry se levantó para irse, con la sensación de que al final no todo había ido mal aquel día, pero el hombre de la cámara de fotos negra se levantó de un salto y se aclaró la garganta.

—¡Las fotos, Dumbledore, las fotos! —gritó Bagman—. Todos los campeones y los miembros del tribunal. ¿Qué te parece, Rita?

—Eh... sí, ésas primero —dijo Rita Skeeter, poniendo los ojos de nuevo en Harry—. Y luego tal vez podríamos sacar unas individuales.

Las fotografías llevaron bastante tiempo. Dondequiera que se colocara, Madame Maxime le quitaba la luz a todo el mundo, y el fotógrafo no podía retroceder lo suficiente para que ella cupiera. Por último se tuvo que sentar mientras los demás se quedaban de pie a su alrededor. Karkarov se empeñaba en enroscar la perilla con el dedo para que quedara más curvada. Krum, a quien Harry suponía acostumbrado a aquel tipo de cosas, se escondió al fondo para quedar medio oculto. El fotógrafo parecía querer que Fleur se pusiera delante, pero Rita Skeeter se acercó y tiró de Harry para destacarlo. Luego insistió en que se tomaran fotos individuales de los campeones, tras lo cual por fin pudieron irse.

Harry bajó a cenar. Vio que Hermione no estaba en el Gran Comedor, e imaginó que seguía en la enfermería por lo de los dientes. Cenó solo a un extremo de la mesa, y luego volvió a la torre de Gryffindor pensando en todos los deberes extra que tendría que hacer sobre los encantamientos convocadores. Arriba, en el dormitorio, se encontró con Ron.

—Has recibido una lechuza —le informó éste con brusquedad, señalando la almohada de Harry. La lechuza del colegio lo aguardaba allí.

—Ah, bien —dijo Harry.

—Y tenemos que cumplir el castigo mañana por la noche, en la mazmorra de Snape —añadió Ron.

Entonces salió del dormitorio sin mirar a Harry. Por un momento, Harry pensó en seguirlo, sin saber muy bien si quería hablar con él o pegarle, porque tanto una cosa como otra le resultaban tentadoras. Pero la carta de Sirius era más urgente, así que fue hacia la lechuza, le quitó la carta de la pata y la desenrolló:

Harry:

No puedo decir en una carta todo lo que quisiera, porque sería demasiado arriesgado si interceptaran la lechuza. Tenemos que hablar cara a cara. ¿Podrías asegurarte de estar solo junto a la chimenea de la torre de Gryffindor a la una de la noche del 22 de noviembre?

Sé mejor que nadie que eres capaz de cuidar de ti mismo, y mientras estés cerca de Dumbledore y de Moody no creo que nadie te pueda hacer daño alguno. Sin embargo, parece que alguien está haciendo intentos bastante acertados. El que te presentó al Torneo tuvo que arriesgarse bastante, especialmente con Dumbledore tan cerca.

Estate al acecho, Harry. Sigo queriendo que me informes de cualquier cosa anormal. En cuanto puedas, hazme saber si te viene bien el 22 de noviembre.

Sirius

19

El colacuerno húngaro

La perspectiva de hablar cara a cara con Sirius fue lo único que ayudó a Harry a pasar las siguientes dos semanas, la única luz en un horizonte que nunca había estado tan oscuro. Se le había pasado ya un poco el horror de verse a sí mismo convertido en campeón del colegio, y su lugar empezaba a ocuparlo el miedo a las pruebas a las que tendría que enfrentarse. La primera de ellas estaba cada vez más cerca. Se la imaginaba agazapada ante él como un monstruo horrible que le cerraba el paso. Nunca había tenido tantos nervios. Sobrepasaban con mucho lo que hubiera podido sentir antes de un partido de quidditch, incluido el último, jugado contra Slytherin, en el que se habían disputado la Copa de quidditch. Le resultaba muy difícil pensar en el futuro, porque sentía que toda su vida lo había conducido a la primera prueba... y que terminaría con ella.

En realidad no creía que Sirius lograra hacerlo sentirse mejor en lo que se refería a ejecutar ante cientos de personas un ejercicio desconocido de magia muy difícil y peligrosa, pero la mera visión de un rostro amigo lo ayudaría. Harry le mandó la respuesta diciéndole que se encontraría al lado de la chimenea de la sala común a la hora propuesta, y que Hermione y él pasaban mucho tiempo discutiendo planes para obligar a los posibles rezagados a salir de allí la noche en cuestión. En el peor de los casos, estaban dispuestos a tirar una bolsa de bombas fétidas, aunque esperaban no tener que recurrir a nada de eso, porque si Filch los pillaba los despellejaría.

Mientras tanto, la vida en el castillo se había hecho aún menos llevadera para Harry, porque Rita Skeeter había publicado su artículo sobre el Torneo de los tres magos, que resultó ser no tanto un reportaje sobre el Torneo como una biografía de Harry bastante alterada. La mayor parte de la primera página la ocupaba una fotografía de Harry, y el artículo (que continuaba en las páginas segunda, sexta y séptima) no trataba más que de Harry. Los nombres (mal escritos) de los campeones de Durmstrang y Beauxbatons no aparecían hasta la última línea del artículo, y a Cedric no se lo mencionaba en ningún lugar.

El artículo había aparecido diez días antes, y, cada vez que se acordaba de él, Harry todavía sentía ardores de estómago provocados por la vergüenza. El artículo de Rita Skeeter lo retrataba diciendo un montón de cosas que él no

recordaba haber dicho nunca, y menos aún en aquel cuarto de la limpieza.

Supongo que les debo mi fuerza a mis padres. Sé que estarían orgullosos de mí si pudieran verme en este momento... Sí, algunas noches aún lloro por ellos, no me da vergüenza confesarlo... Sé que no puedo sufrir ningún daño en el Torneo porque ellos me protegen...

Pero Rita Skeeter no se había conformado con transformar sus «eh...» en frases prolijas y empalagosas. También había entrevistado a otra gente sobre él.

Finalmente, Harry ha hallado el amor en Hogwarts: Colin Creevey, su íntimo amigo, asegura que a Harry raramente se lo ve sin la compañía de una tal Hermione Granger, una muchacha de sorprendente belleza, hija de muggles y que, como Harry, está entre los mejores estudiantes del colegio.

Desde que había aparecido el artículo, Harry tuvo que soportar que la gente (especialmente los de Slytherin) le citaran frases al cruzarse con él en los pasillos e hicieran comentarios despectivos.

—¿Quieres un pañuelo, Potter, por si te entran ganas de llorar en clase de Transformaciones?

—¿Desde cuándo has sido tú uno de los mejores estudiantes del colegio, Potter? ¿O se refieren a un colegio fundado por ti y Longbottom?

—¡Eh, Harry!

Más que harto, Harry se detuvo en el corredor y empezó a gritar antes de acabar de volverse:

—Sí, he estado llorando por mi madre muerta hasta quedarme sin lágrimas, y ahora me voy a seguir...

—No... Sólo quería decirte... que se te cayó la pluma.

Era Cho. Harry se puso colorado.

—Ah, perdona —susurró él, recuperando la pluma.

—Buena suerte el martes —le deseó Cho—. Espero de verdad que te vaya bien.

Harry se sintió como un idiota.

A Hermione también le había tocado su ración de disgustos, pero aún no había empezado a gritar a los que se le acercaban sin ninguna mala intención. De hecho, a Harry le admiraba la manera en que ella llevaba la situación.

—¿De sorprendente belleza? ¿Ella? —chilló Pansy Parkinson la primera vez que la tuvo cerca después de la aparición del artículo de Rita Skeeter—. ¿Comparada con quién?, ¿con un primate?

—No hagas caso —dijo Hermione con gran dignidad irguiendo la cabeza y pasando con aire majestuoso por al lado de las chicas de Slytherin, que se reían como tontas—. Como si no existieran, Harry.

Pero Harry no podía pasar por alto las burlas. Ron no le había vuelto a hablar después de decirle lo del castigo de Snape. Harry había tenido la esperanza de que hicieran las paces durante las dos horas que tuvieron que pasarse en la mazmorra encurtiendo sesos de rata, pero coincidió que aquel día se publicó el artículo de Rita Skeeter, que pareció confirmar la creencia de Ron de que a Harry le encantaba ser el centro de atención.

Hermione estaba furiosa con los dos. Iba de uno a otro, tratando de conseguir que se volvieran a hablar, pero Harry se mantenía muy firme: sólo volvería a hablarle a Ron si éste admitía que Harry no se había presentado él mismo al Torneo y le pedía perdón por haberlo considerado mentiroso.

—Yo no fui el que empezó —dijo Harry testarudamente—. El problema es suyo.

—¡Tú lo echas de menos! —repuso Hermione perdiendo la paciencia—. Y sé que él te echa de menos a ti.

—¿Que lo echo de menos? —replicó Harry—. Yo no lo echo de menos...

Pero era una mentira manifiesta. Harry apreciaba mucho a Hermione, pero ella no era como Ron. Tener a Hermione como principal amiga implicaba muchas menos risas y muchas más horas de biblioteca. Harry seguía sin dominar los encantamientos convocadores; parecía tener alguna traba con respecto a ellos, y Hermione insistía en que sería de gran ayuda aprenderse la teoría. En consecuencia, pasaban mucho rato al mediodía escudriñando libros.

Viktor Krum también pasaba mucho tiempo en la biblioteca, y Harry se preguntaba por qué. ¿Estaba estudiando, o buscando algo que le sirviera de ayuda para la primera prueba? Hermione se quejaba a menudo de la presencia de Krum, no porque le molestara, sino por los grupitos de chicas que lo espiaban escondidas tras las estanterías y que con sus risitas no la dejaban concentrarse.

—¡Ni siquiera es guapo! —murmuraba enfadada, observando el perfil de Krum—. ¡Sólo les gusta porque es famoso! Ni se fijarían en él si no supiera hacer el amargo de Rosi.

—El «Amago de Wronski» —dijo Harry con los dientes apretados. Muy lejos de disfrutar corrigiéndole a Hermione aquel término de quidditch, sintió

una punzada de tristeza al imaginarse la expresión que Ron habría puesto si hubiera oído lo del amargo de Rosi.

Resulta extraño pensar que, cuando uno teme algo que va a ocurrir y quisiera que el tiempo empezara a pasar más despacio, el tiempo suele pasar más aprisa. Los días que quedaban para la primera prueba transcurrieron tan velozmente como si alguien hubiera manipulado los relojes para que fueran a doble velocidad. A dondequiera que iba Harry lo acompañaba un terror casi incontrolable, tan omnipresente como los insidiosos comentarios sobre el artículo de *El Profeta*.

El sábado antes de la primera prueba dieron permiso a todos los alumnos de tercero en adelante para que visitaran el pueblo de Hogsmeade. Hermione le dijo a Harry que le iría bien salir del castillo por un rato, y Harry no necesitó mucha persuasión.

—Pero ¿y Ron? —dijo—. ¡No querrás que vayamos con él!

—Ah, bien... —Hermione se ruborizó un poco—. Pensé que podríamos quedar con él en Las Tres Escobas...

—No —se opuso Harry rotundamente.

—Ay, Harry, qué estupidez...

—Iré, pero no quedaré con Ron. Me pondré la capa invisible.

—Como quieras... —soltó Hermione—, pero me revienta hablar contigo con esa capa puesta. Nunca sé si te estoy mirando o no.

De forma que Harry se puso en el dormitorio la capa invisible, bajó la escalera y marchó a Hogsmeade con Hermione.

Se sentía maravillosamente libre bajo la capa. Al entrar en la aldea vio a otros estudiantes, la mayor parte de los cuales llevaban insignias de «Apoya a CEDRIC DIGGORY», aunque aquella vez, para variar, no vio horribles añadidos, y tampoco nadie le recordó el estúpido artículo.

—Ahora la gente se queda mirándome a mí —dijo Hermione de mal humor, cuando salieron de la tienda de golosinas Honeydukes comiendo unas enormes chocolatinas rellenas de crema—. Creen que hablo sola.

—Pues no muevas tanto los labios.

—Vamos, Harry, por favor, quítate la capa sólo un rato. Aquí nadie te va a molestar.

—¿No? —replicó Harry—. Vuélvete.

Rita Skeeter y su amigo fotógrafo acababan de salir de la taberna Las Tres Escobas. Pasaron al lado de Hermione sin mirarla, hablando en voz baja. Harry tuvo que echarse contra la pared de Honeydukes para que Rita Skeeter no le diera con el bolso de piel de cocodrilo. Cuando se hubieron alejado, Harry comentó:

—Deben de estar alojados en el pueblo. Apuesto a que han venido para presenciar la primera prueba.

Mientras hablaba, notó como si el estómago se le llenara de algún líquido segregado por el pánico. Pero no dijo nada de aquello: él y Hermione no habían hablado mucho de lo que se avecinaba en la primera prueba, y Harry tenía la impresión de que Hermione no quería pensar en ello.

—Se ha ido —dijo Hermione, mirando la calle principal a través de Harry—. ¿Qué tal si vamos a tomar una cerveza de mantequilla a Las Tres Escobas? Hace un poco de frío, ¿no? ¡No es necesario que hables con Ron! —añadió irritada, interpretando correctamente su silencio.

La taberna Las Tres Escobas estaba abarrotada de gente, en especial de alumnos de Hogwarts que disfrutaban de su tarde libre, pero también de una variedad de magos que difícilmente se veían en otro lugar. Harry suponía que, al ser Hogsmeade el único pueblo exclusivamente de magos de toda Gran Bretaña, debía de haberse convertido en una especie de refugio para criaturas tales como las arpías, que no estaban tan dispuestas como los magos a disfrazarse.

Era dificil moverse por entre la multitud con la capa invisible, y muy fácil pisar a alguien sin querer, lo que originaba embarazosas situaciones. Harry fue despacio, arrimado a la pared, hasta una mesa vacía que había en un rincón, mientras Hermione se encargaba de pedir las bebidas. En su recorrido por la taberna, Harry vio a Ron, que estaba sentado con Fred, George y Lee Jordan. Resistiendo el impulso de propinarle una buena colleja, consiguió llegar a la mesa y la ocupó.

Hermione se reunió con él un momento más tarde, y le metió bajo la capa una cerveza de mantequilla.

—Creo que parezco un poco boba, sentada aquí sola —susurró ella—. Menos mal que he traído algo que hacer.

Y sacó el cuaderno en que había llevado el registro de los miembros de la P.E.D.D.O. Harry vio su nombre y el de Ron a la cabeza de una lista muy corta. Parecía muy lejano el día en que se habían puesto a inventar juntos aquellas predicciones y había aparecido Hermione y los había nombrado secretario y tesorero respectivamente.

—No sé, a lo mejor tendría que intentar que la gente del pueblo se afiliara a la P.E.D.D.O. —dijo Hermione como si pensara en voz alta.

—Bueno —asintió Harry. Tomó un trago de cerveza de mantequilla tapado con la capa—. ¿Cuándo te vas a hartar de ese rollo de la P.E.D.D.O.?

—¡Cuando los elfos domésticos disfruten de un sueldo decente y de condiciones laborales dignas! —le contestó—. ¿Sabes?, estoy empezando a pensar que ya es hora de emprender acciones más directas. Me pregunto cómo se puede entrar en las cocinas del colegio.

—No tengo ni idea. Pregúntales a Fred y George —dijo Harry.

Hermione se sumió en un silencio ensimismado mientras Harry se bebía su cerveza de mantequilla observando a la gente que había en la taberna. Todos parecían relajados y alegres. Ernie Macmillan y Hannah Abbott intercambiaban los cromos de las ranas de chocolate en una mesa próxima; ambos exhibían en sus capas las insignias de «Apoya a CEDRIC DIGGORY». Al lado de la puerta vio a Cho y a un numeroso grupo de amigos de la casa Ravenclaw. Ella no llevaba ninguna insignia de apoyo a Cedric, lo cual lo animó un poco.

¡Qué no hubiera dado él por ser uno de aquellos que reían y charlaban sin otro motivo de preocupación que los deberes! Se imaginaba cómo se habría sentido allí si su nombre no hubiera salido en el cáliz de fuego. Para empezar, no llevaría la capa invisible. Tendría a Ron a su lado. Los tres estarían contentos, imaginando qué prueba mortalmente peligrosa afrontarían el martes los campeones de los colegios. Tendría muchas ganas de que llegara el martes, para verlos hacer lo que fuera y animar a Cedric como todos los demás, a salvo en su asiento prudentemente alejado...

Se preguntó cómo se sentirían los otros campeones. Las últimas veces que había visto a Cedric, éste estaba rodeado de admiradores y parecía nervioso pero entusiasmado.

Harry se encontraba a Fleur Delacour en los corredores de vez en cuando, y tenía el mismo aspecto de siempre, altanero e imperturbable. Y, en cuanto a Krum, se pasaba el tiempo en la biblioteca, escudriñando libros.

Harry se acordó de Sirius, y el tenso y apretado nudo que parecía tener en el estómago se le aflojó un poco. Hablaría con él doce horas más tarde, porque aquélla era la noche en que habían acordado verse junto a la chimenea de la sala común. Eso suponiendo que todo fuera bien, a diferencia de lo que había ocurrido últimamente con todo lo demás.

—¡Mira, es Hagrid! —dijo Hermione.

De entre la multitud se destacaba la parte de atrás de su enorme cabeza llena de greñas (afortunadamente, había abandonado las coletas). Harry se preguntó por qué no lo había visto nada más entrar, siendo Hagrid tan grande; pero, al ponerse en pie para ver mejor, se dio cuenta de que Hagrid se hallaba inclinado, hablando con el profesor Moody. Hagrid tenía ante él su acostumbrado y enorme pichel, pero Moody bebía de la petaca. La señora Rosmerta, la guapa dueña de la taberna, no ponía muy buena cara ante aquello: miraba a Moody con recelo mientras recogía las copas de las mesas de alrededor. Probablemente le parecía un insulto a su hidromiel con especias, pero Harry conocía el motivo: Moody les había dicho a todos durante su última clase de Defensa Contra las Artes Oscuras que prefería prepararse siempre su

propia comida y bebida, porque a los magos tenebrosos les resultaba muy fácil envenenar una bebida en un momento de descuido.

Mientras Harry los observaba, Hagrid y Moody se levantaron para irse. Harry le hizo un gesto con la mano a Hagrid, pero luego recordó que éste no podía verlo. Moody, sin embargo, se detuvo y miró con su ojo mágico hacia el rincón en que se encontraba él. Le dio a Hagrid una palmada en la región lumbar (porque no podía llegar al hombro), le susurró algo y, a continuación, uno y otro se dirigieron a la mesa de Harry y Hermione.

—¿Va todo bien, Hermione? —le preguntó Hagrid en voz alta.

—Hola —respondió Hermione, sonriendo.

Moody se acercó a la mesa cojeando y se inclinó al llegar. Harry pensó que estaba leyendo el cuaderno de la P.E.D.D.O. hasta que le dijo:

—Bonita capa, Potter.

Harry lo miró muy sorprendido. A unos centímetros de distancia, el trozo de nariz que le faltaba a Moody era especialmente evidente. Moody sonrió.

—¿Su ojo es capaz de... quiero decir, es usted capaz de...?

—Sí, mi ojo ve a través de las capas invisibles —contestó Moody en voz baja—. Es una cualidad que me ha sido muy útil en varias ocasiones, te lo aseguro.

Hagrid también le sonreía a Harry. Éste sabía que Hagrid no lo veía, pero era evidente que Moody le había explicado dónde estaba.

Hagrid se inclinó haciendo también como que leía el cuaderno de la P.E.D.D.O. y le dijo en un susurro tan bajo que sólo pudo oírlo Harry:

—Harry, ven a verme a la cabaña esta noche. Ponte la capa. —Y luego, incorporándose, añadió en voz alta—: Me alegro de verte, Hermione. —Guiñó un ojo, y se fue. Moody lo siguió.

—¿Para qué querrá que vaya a verlo esta noche? —dijo Harry, muy sorprendido.

—¿Eso te ha dicho? —se extrañó Hermione—. Me pregunto qué se trae entre manos. No sé si deberías ir, Harry... —Miró a su alrededor nerviosa y luego dijo entre dientes—: Podrías llegar tarde a tu cita con Sirius.

Era verdad que ir a ver a Hagrid a medianoche supondría tener que apresurarse después para llegar a la una a la sala común de Gryffindor. Hermione le sugirió que le enviara a Hagrid un mensaje con *Hedwig* diciéndole que no podía acudir (siempre y cuando la lechuza aceptara llevar la nota, claro). Pero Harry pensó que sería mejor hacerle una visita rápida para ver qué quería. Tenía bastante curiosidad, porque Hagrid no le había pedido nunca que fuera a visitarlo tan tarde.

A las once y media de esa noche, Harry, que había hecho como que se iba temprano a la cama, volvió a ponerse la capa invisible y bajó la escalera hasta la sala común. Sólo unas pocas personas quedaban en ella. Los hermanos Creevey se habían hecho con un montón de insignias de «Apoya a CEDRIC DIGGORY», e intentaban encantarlas para que dijeran «Apoya a HARRY POTTER», pero hasta aquel momento lo único que habían conseguido era que se quedaran atascadas en POTTER APESTA. Harry pasó a su lado de camino al retrato y esperó aproximadamente un minuto mirando el reloj. Luego Hermione le abrió el retrato de la Señora Gorda, tal como habían convenido. Él lo traspasó subrepticiamente y le susurró un «¡gracias!» antes de irse.

Los terrenos del colegio estaban envueltos en una oscuridad total. Harry bajó por la explanada hacia la luz que brillaba en la cabaña de Hagrid. También el interior del enorme carruaje de Beauxbatons se hallaba iluminado. Mientras llamaba a la puerta de la cabaña, Harry oyó hablar a Madame Maxime dentro de su carruaje.

—¿Eres tú, Harry? —susurró Hagrid, abriendo la puerta.

—Sí —respondió Harry, que entró en la cabaña y se desembarazó de la capa—. ¿Por qué me has hecho venir?

—Tengo algo que mostrarte —repuso Hagrid.

Parecía muy emocionado. Llevaba en el ojal una flor que parecía una alcachofa de las más grandes. Por lo visto, había abandonado el uso de aceite lubricante, pero era evidente que había intentado peinarse, porque en el pelo se veían varias púas del peine rotas.

—¿Qué vas a mostrarme? —dijo Harry con recelo, preguntándose si habrían puesto huevos los escregutos o si Hagrid habría logrado comprarle a otro extraño en alguna taberna un nuevo perro gigante de tres cabezas.

—Cúbrete con la capa, ven conmigo y no hables —le indicó Hagrid—. No vamos a llevar a *Fang*, porque no le gustaría...

—Escucha, Hagrid, no puedo quedarme mucho... Tengo que estar en el castillo a la una.

Pero Hagrid no lo escuchaba. Abrió la puerta de la cabaña y se internó en la oscuridad a zancadas. Harry lo siguió aprisa y, para su sorpresa, advirtió que Hagrid lo llevaba hacia el carruaje de Beauxbatons.

—Hagrid, ¿qué...?

—¡Shhh! —lo acalló Hagrid, y llamó tres veces a la puerta que lucía las varitas doradas cruzadas.

Abrió Madame Maxime. Un chal de seda cubría sus voluminosos hombros. Al ver a Hagrid, sonrió.

—¡Ah, Hagrid! ¿Ya es la «hoga»?

—«Bon suar» —le dijo Hagrid, dirigiéndole una sonrisa y ofreciéndole la mano para ayudarla a bajar los escalones dorados.

Madame Maxime cerró la puerta tras ella. Hagrid le ofreció el brazo, y se fueron bordeando el potrero donde descansaban los gigantescos caballos alados de Madame Maxime. Harry, sin entender nada, corría para no quedarse atrás. ¿Quería Hagrid mostrarle a Madame Maxime? Podía verla cuando quisiera: jamás pasaba inadvertida.

Pero daba la impresión de que Madame Maxime estaba tan en ascuas como Harry, porque un rato después preguntó alegremente:

—¿Adónde me llevas, Hagrid?

—Esto te gustará —aseguró Hagrid—. Merece la pena, confía en mí. Pero no le digas a nadie que te lo he mostrado, ¿eh? Se supone que no puedes verlo.

—Descuida —le dijo Madame Maxime, luciendo sus largas y negras pestañas al parpadear.

Y siguieron caminando. Harry los seguía, cada vez más nervioso y mirando el reloj continuamente. Hagrid debía de tener en mente alguna de sus disparatadas ideas, que podía hacerlo llegar tarde a su cita. Si no llegaban pronto a donde fuera, daría media vuelta para volver al castillo y dejaría a Hagrid disfrutando con Madame Maxime su paseo a la luz de la luna.

Pero entonces, cuando habían avanzado tanto por el perímetro del bosque que ya no se veían ni el castillo ni el lago, Harry oyó algo. Delante había hombres que gritaban. Luego oyó un bramido ensordecedor...

Hagrid llevó a Madame Maxime junto a un grupo de árboles y se detuvo. Harry caminó aprisa a su lado. Durante una fracción de segundo pensó que lo que veía eran hogueras y a hombres que corrían entre ellas. Luego se quedó con la boca abierta.

¡Dragones!

Rugiendo y resoplando, cuatro dragones adultos enormes, de aspecto fiero, se alzaban sobre las patas posteriores dentro de un cercado de gruesas tablas de madera. A quince metros del suelo, las bocas llenas de colmillos lanzaban torrentes de fuego al negro cielo de la noche. Uno de ellos, de color azul plateado con cuernos largos y afilados, gruñía e intentaba morder a los magos que tenía a sus pies; otro verde se retorcía y daba patadas contra el suelo con toda su fuerza; uno rojo, con un extraño borde de pinchos dorados alrededor de la cara, lanzaba al aire nubes de fuego en forma de hongo; el cuarto, negro y gigantesco, era el que estaba más próximo a ellos.

Al menos treinta magos, siete u ocho para cada dragón, trataban de controlarlos tirando de unas cadenas enganchadas a los fuertes collares de cuero que les rodeaban el cuello y las patas. Fascinado, Harry levantó la vista y vio los ojos del dragón negro, con pupilas verticales como las de los gatos, totalmente desorbitados; si se debía al miedo o a la ira, Harry lo ignoraba. Los bramidos de la bestia eran espeluznantes.

—¡No te acerques, Hagrid! —advirtió un mago desde la valla, tirando de la cadena—. ¡Pueden lanzar fuego a una distancia de seis metros, ya lo sabes! ¡Y a este colacuerno lo he visto echarlo a doce!

—¿No es hermoso? —dijo Hagrid con voz embelesada.

—¡Es peligroso! —gritó otro mago—. ¡Encantamientos aturdidores, cuando cuente tres!

Harry vio que todos los cuidadores de los dragones sacaban la varita.

—*¡Desmaius!* —gritaron al unísono.

Los encantamientos aturdidores salieron disparados en la oscuridad como bengalas y se deshicieron en una lluvia de estrellas al chocar contra la escamosa piel de los dragones.

Harry observó que el más próximo se balanceaba peligrosamente sobre sus patas traseras y abría completamente las fauces en un aullido mudo. Las narinas parecían haberse quedado de repente desprovistas de fuego, aunque seguían echando humo. Luego, muy despacio, se desplomó. Varias toneladas de dragón dieron en el suelo con un golpe que pareció hacer temblar los árboles que había tras ellos.

Los cuidadores de los dragones bajaron las varitas y se acercaron a las derribadas criaturas que estaban a su cargo, cada una de las cuales era del tamaño de un cerro. Se dieron prisa en tensar las cadenas y asegurarlas con estacas de hierro, que clavaron en la tierra utilizando las varitas.

—¿Quieres echar un vistazo más de cerca? —le preguntó Hagrid a Madame Maxime, embriagado de emoción.

Se acercaron hasta la valla, seguidos por Harry. En aquel momento se volvió el mago que le había aconsejado a Hagrid que no se acercara, y Harry descubrió quién era: Charlie Weasley.

—¿Va todo bien, Hagrid? —preguntó, jadeante, acercándose para hablar con él—. Ahora no deberían darnos problemas. Les dimos una dosis adormecedora para traerlos, porque pensamos que sería preferible que despertaran en la oscuridad y tranquilidad de la noche, pero ya has visto que no les hizo mucha gracia, ninguna gracia...

—¿De qué razas son, Charlie? —inquirió Hagrid mirando al dragón más cercano, el negro, con algo parecido a la reverencia.

El animal tenía los ojos entreabiertos, y debajo del arrugado párpado negro se veía una franja de amarillo brillante.

—Éste es un colacuerno húngaro —explicó Charlie—. Por allí hay un galés verde común, que es el más pequeño; un hocicorto sueco, que es el azul plateado, y un bola de fuego chino, el rojo.

Charlie miró a Madame Maxime, que se alejaba siguiendo el borde de la empalizada para ir a observar los dragones adormecidos.

—No sabía que la ibas a traer, Hagrid —dijo Charlie, ceñudo—. Se supone que los campeones no tienen que saber nada de lo que les va a tocar, y ahora ella se lo dirá a su alumna, ¿no?

—Sólo pensé que le gustaría verlos. —Hagrid se encogió de hombros, sin dejar de mirar embelesado a los dragones.

—¡Vaya cita romántica, Hagrid! —exclamó Charlie con sorna.

—Cuatro... uno para cada campeón, ¿no? ¿Qué tendrán que hacer?, ¿luchar contra ellos?

—No, sólo burlarlos, según creo —repuso Charlie—. Estaremos cerca, por si la cosa se pusiera fea, y tendremos preparados encantamientos extinguidores. Nos pidieron que fueran hembras en período de incubación, no sé por qué... Pero te digo una cosa: no envidio al que le toque el colacuerno. Un bicho fiero de verdad. La cola es tan peligrosa como el cuerno, mira.

Charlie señaló la cola del colacuerno, y Harry vio que estaba llena de largos pinchos de color bronce.

Cinco de los compañeros de Charlie se acercaron en aquel momento al colacuerno llevando sobre una manta una nidada de enormes huevos que parecían de granito gris, y los colocaron con cuidado al lado del animal. A Hagrid se le escapó un gemido de anhelo.

—Los tengo contados, Hagrid —le advirtió Charlie con severidad. Luego añadió—: ¿Qué tal está Harry?

—Bien —respondió Hagrid, sin apartar los ojos de los huevos.

—Pues espero que siga bien después de enfrentarse con éstos —comentó Charlie en tono grave, mirando por encima del cercado—. No me he atrevido a decirle a mi madre lo que le esperaba en la primera prueba, porque ya le ha dado un ataque de nervios pensando en él... —Charlie imitó la voz casi histérica de su madre—: «¡Cómo lo dejan participar en el Torneo, con lo pequeño que es! ¡Creí que iba a haber un poco de seguridad, creí que iban a poner una edad mínima!» Se puso a llorar a lágrima viva con el artículo de *El Profeta*. «¡Todavía llora cuando piensa en sus padres! ¡Nunca me lo hubiera imaginado! ¡Pobrecillo!»

Harry ya tenía suficiente. Confiando en que Hagrid no lo echaría de menos,

distraído como estaba con la compañía de cuatro dragones y de Madame Maxime, se volvió en silencio y emprendió el camino de vuelta al castillo.

No sabía si se alegraba o no de haber visto lo que le esperaba. Tal vez así era mejor, porque había pasado la primera impresión. Tal vez si se hubiera encontrado con los dragones por primera vez el martes se habría desmayado ante el colegio entero... aunque quizá se desmayara de todas formas. Se enfrentaría armado con su varita mágica, que en aquel momento no le parecía nada más que un palito, contra un dragón de quince metros de altura, cubierto de escamas y de pinchos y que echaba fuego por la boca. Y tendría que burlarlo, observado por todo el mundo: ¿cómo?

Se dio prisa en bordear el bosque. Disponía de quince minutos escasos para llegar junto a la chimenea donde lo aguardaría Sirius, y no recordaba haber tenido nunca tantos deseos de hablar con alguien como en aquel momento. Pero entonces, de repente, chocó contra algo muy duro.

Se cayó hacia atrás con las gafas torcidas y agarrándose la capa.

—¡Ah!, ¿quién está ahí? —dijo una voz.

Harry se apresuró a cerciorarse de que la capa lo cubría por completo, y se quedó tendido completamente inmóvil, observando la silueta del mago con el que había chocado. Reconoció la barbita de chivo: era Karkarov.

—¿Quién está ahí? —repitió Karkarov, receloso, escudriñando en la oscuridad.

Harry permaneció quieto y en silencio. Después de un minuto o algo así, Karkarov pareció pensar que debía de haber chocado con algún tipo de animal. Buscaba a la altura de su cintura, tal vez esperando encontrar un perro. Luego se internó entre los árboles y se dirigió hacia donde se hallaban los dragones.

Muy despacio y con mucho cuidado, Harry se incorporó y reemprendió el camino hacia Hogwarts en la oscuridad, tan rápido como podía sin hacer demasiado ruido.

No le cabía ninguna duda respecto a los propósitos de Karkarov. Había salido del barco a hurtadillas para averiguar en qué consistía la primera tarea. Tal vez hubiera visto a Hagrid y a Madame Maxime por las inmediaciones del bosque: no eran difíciles de ver en la distancia. Todo lo que tendría que hacer sería seguir el sonido de las voces y, como Madame Maxime, se enteraría de qué era lo que les reservaban a los campeones. Parecía que el único campeón que el martes afrontaría algo desconocido sería Cedric.

Harry llegó al castillo, entró a escondidas por la puerta principal y empezó a subir la escalinata de mármol. Estaba sin aliento, pero no se atrevió a ir más despacio: le quedaban menos de cinco minutos para llegar junto al fuego.

—«¡Tonterías!» —le dijo casi sin voz a la Señora Gorda, que dormitaba en su cuadro tapando la entrada.

—Si tú lo dices... —susurró medio dormida, sin abrir los ojos, y el cuadro giró para dejarlo pasar.

Harry entró. La sala común estaba desierta y, dado que olía como siempre, concluyó que Hermione no había tenido que recurrir a las bombas fétidas para asegurarse de que no quedara nadie allí.

Harry se quitó la capa invisible y se echó en un butacón que había delante de la chimenea. La sala se hallaba en penumbra, sin otra iluminación que las llamas. Al lado, en una mesa, brillaban a la luz de la chimenea las insignias de «Apoya a CEDRIC DIGGORY» que los Creevey habían tratado de mejorar. Ahora decía en ellas: «POTTER APESTA DE VERDAD.» Harry volvió a mirar al fuego y se sobresaltó.

La cabeza de Sirius estaba entre las llamas. Si Harry no hubiera visto al señor Diggory de la misma manera en la cocina de los Weasley, aquella visión le habría dado un susto de muerte. Pero, en vez de ello, Harry sonrió por primera vez en muchos días, saltó de la silla, se agachó junto a la chimenea y saludó:

—¿Qué tal estás, Sirius?

Sirius estaba bastante diferente de como Harry lo recordaba. Cuando se habían despedido, Sirius tenía el rostro demacrado y el pelo largo y enmarañado. Pero ahora llevaba el pelo corto y limpio, tenía el rostro más lleno y parecía más joven, mucho más parecido a la única foto que Harry poseía de él, que había sido tomada en la boda de sus padres.

—No te preocupes por mí. ¿Qué tal estás tú? —le preguntó Sirius con el semblante grave.

—Yo estoy...

Durante un segundo intentó decir «bien», pero no pudo. Antes de darse cuenta, estaba hablando como no lo había hecho desde hacía tiempo: de cómo nadie le creía cuando decía que no se había presentado al Torneo, de las mentiras de Rita Skeeter en *El Profeta*, de cómo no podía pasar por los corredores del colegio sin recibir muestras de desprecio... y de Ron, de la desconfianza de Ron, de sus celos...

—... y ahora Hagrid acaba de enseñarme lo que me toca en la primera prueba, y son dragones, Sirius. ¡No voy a contarlo! —terminó desesperado.

Sirius lo observó con ojos preocupados, unos ojos que aún no habían perdido del todo la expresión adquirida en la cárcel de Azkaban: una expresión embotada, como de hechizado. Había dejado que Harry hablara sin interrumpirlo, pero en aquel momento dijo:

—Se puede manejar a los dragones, Harry, pero de eso hablaremos dentro de un minuto. No dispongo de mucho tiempo... He allanado una casa de magos para usar la chimenea, pero los dueños podrían volver en cualquier momento. Quiero advertirte algunas cosas.

—¿Qué cosas? —dijo Harry, sintiendo crecer su desesperación. ¿Era posible que hubiera algo aún peor que los dragones?

—Karkarov —explicó Sirius—. Era un mortífago, Harry. Sabes lo que son los mortífagos, ¿verdad?

—Sí...

—Lo pillaron y estuvo en Azkaban conmigo, pero lo dejaron salir. Estoy seguro de que por eso Dumbledore quería tener un auror en Hogwarts este curso... para que lo vigilara. Moody fue el que atrapó a Karkarov y lo metió en Azkaban.

—¿Dejaron salir a Karkarov? —preguntó Harry, sin entender por qué podían haber hecho tal cosa—. ¿Por qué lo dejaron salir?

—Hizo un trato con el Ministerio de Magia —repuso Sirius con amargura—. Aseguró que estaba arrepentido, y empezó a cantar... Muchos entraron en Azkaban para ocupar su puesto, así que allí no lo quieren mucho; eso te lo puedo asegurar. Y, por lo que sé, desde que salió no ha dejado de enseñar Artes Oscuras a todos los estudiantes que han pasado por su colegio. Así que ten cuidado también con el campeón de Durmstrang.

—Vale —asintió Harry, pensativo—. Pero ¿quieres decir que Karkarov puso mi nombre en el cáliz? Porque, si lo hizo, es un actor francamente bueno. Estaba furioso cuando salí elegido. Quería impedirme a toda costa que participara.

—Sabemos que es un buen actor —dijo Sirius— porque convenció al Ministerio de Magia para que lo dejara libre. Además he estado leyendo con atención *El Profeta*, Harry...

—Tú y el resto del mundo —comentó Harry con amargura.

—... y, leyendo entre líneas el artículo del mes pasado de esa Rita Skeeter, parece que Moody fue atacado la noche anterior a su llegada a Hogwarts. Sí, ya sé que ella dice que fue otra falsa alarma —añadió rápidamente Sirius, viendo que Harry estaba a punto de hablar—, pero yo no lo creo. Estoy convencido de que alguien trató de impedirle que entrara en Hogwarts. Creo que alguien pensó que su trabajo sería mucho más dificil con él de por medio. Nadie se toma el asunto demasiado en serio, porque Ojoloco ve intrusos con demasiada frecuencia. Pero eso no quiere decir que haya perdido el sentido de la realidad: Moody es el mejor auror que ha tenido el Ministerio.

—¿Qué quieres decir? ¿Que Karkarov quiere matarme? Pero... ¿por qué?

Sirius dudó.

—He oído cosas muy curiosas. Últimamente los mortífagos parecen más activos de lo normal. Se desinhibieron en los Mundiales de quidditch, ¿no? Alguno conjuró la Marca Tenebrosa... y además... ¿has oído lo de esa bruja del Ministerio de Magia que ha desaparecido?

—¿Bertha Jorkins?

—Exactamente... Desapareció en Albania, que es donde sitúan a Voldemort los últimos rumores. Y ella estaría al tanto del Torneo de los tres magos, ¿verdad?

—Sí, pero... no es muy probable que ella fuera en busca de Voldemort, ¿no? —dijo Harry.

—Escucha, yo conocí a Bertha Jorkins —repuso Sirius con tristeza—. Coincidimos en Hogwarts, aunque iba unos años por delante de tu padre y de mí. Y era idiota. Muy bulliciosa y sin una pizca de cerebro. No es una buena combinación, Harry. Me temo que sería muy fácil de atraer a una trampa.

—Así que... ¿Voldemort podría haber averiguado algo sobre el Torneo? —preguntó Harry—. ¿Eso es lo que quieres decir? ¿Crees que Karkarov podría haber venido obedeciendo sus órdenes?

—No lo sé —reconoció Sirius—, la verdad es que no lo sé... No me pega que Karkarov vuelva a Voldemort a no ser que Voldemort sea lo bastante fuerte para protegerlo. Pero el que metió tu nombre en el cáliz tenía algún motivo para hacerlo, y no puedo dejar de pensar que el Torneo es una excelente oportunidad para atacarte haciendo creer a todo el mundo que es un accidente.

—Visto así parece un buen plan —comentó Harry en tono lúgubre—. Sólo tendrán que sentarse a esperar que los dragones hagan su trabajo.

—En cuanto a los dragones —dijo Sirius, hablando en aquel momento muy aprisa—, hay una manera, Harry. No se te ocurra emplear el encantamiento aturdidor: los dragones son demasiado fuertes y tienen demasiadas cualidades mágicas para que les haga efecto un solo encantamiento de ese tipo. Se necesita media docena de magos a la vez para dominar a un dragón con ese procedimiento.

—Sí, ya lo sé, lo vi.

—Pero puedes hacerlo solo —prosiguió Sirius—. Hay una manera, y no se necesita más que un sencillo encantamiento. Simplemente...

Pero Harry lo detuvo con un gesto de la mano. El corazón le latía en el pecho como si fuera a estallar. Oía tras él los pasos de alguien que bajaba por la escalera de caracol.

—¡Vete! —le dijo a Sirius entre dientes—. ¡Vete! ¡Alguien se acerca!

Harry se puso en pie de un salto para tapar la chimenea. Si alguien veía la cabeza de Sirius dentro de Hogwarts, armaría un alboroto terrible, y él tendría problemas con el Ministerio. Lo interrogarían sobre el paradero de Sirius...

Harry oyó tras él, en el fuego, un suave «¡plin!», y comprendió que Sirius había desaparecido. Vigiló el inicio de la escalera de caracol. ¿Quién se habría levantado para dar un paseo a la una de la madrugada, impidiendo que Sirius

le dijera cómo burlar al dragón?

Era Ron. Vestido con su pijama de cachemir rojo oscuro, se detuvo frente a Harry y miró a su alrededor.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó.

—¿Y a ti qué te importa? —gruñó Harry—. ¿Qué haces tú aquí a estas horas?

—Me preguntaba dónde estarías... —Se detuvo, encogiéndose de hombros—. Bueno, me vuelvo a la cama.

—Se te ocurrió que podías bajar a husmear un poco, ¿no? —gritó Harry. Sabía que Ron no tenía ni idea de qué era lo que había interrumpido, sabía que no lo había hecho a propósito, pero le daba igual. En ese momento odiaba todo lo que tenía que ver con Ron, hasta el trozo del tobillo que le quedaba al aire por debajo de los pantalones del pijama.

—Lo siento mucho —dijo Ron, enrojeciendo de ira—. Debería haber pensado que no querías que te molestaran. Te dejaré en paz para que sigas ensayando tu próxima entrevista.

Harry cogió de la mesa una de las insignias de «POTTER APESTA DE VERDAD» y se la tiró con todas sus fuerzas. Le pegó a Ron en la frente y rebotó.

—¡Ahí tienes! —chilló Harry—. Para que te la pongas el martes. Ahora a lo mejor hasta te queda una cicatriz, si tienes suerte... Eso es lo que te da tanta envidia, ¿no?

A zancadas, cruzó la sala hacia la escalera. Esperaba que Ron lo detuviera, e incluso le habría gustado que le diera un puñetazo, pero Ron simplemente se quedó allí, en su pijama demasiado pequeño, y Harry, después de subir como una exhalación, se echó en la cama y permaneció bastante tiempo despierto y furioso con él. No lo oyó volver a subir.

20

La primera prueba

Cuando se levantó el domingo por la mañana, Harry puso tan poca atención al vestirse que tardó un rato en darse cuenta de que estaba intentando meter un pie en el sombrero en vez de hacerlo en el calcetín. Cuando por fin se hubo puesto todas las prendas en las partes correctas del cuerpo, salió aprisa para buscar a Hermione, y la encontró a la mesa de Gryffindor del Gran Comedor, desayunando con Ginny. Demasiado intranquilo para comer, Harry aguardó a que Hermione se tomara la última cucharada de gachas de avena y se la llevó fuera para dar otro paseo con ella. En los terrenos del colegio, mientras bordeaban el lago, Harry le contó todo lo de los dragones y lo que le había dicho Sirius.

Aunque muy asustada por las advertencias de Sirius sobre Karkarov, Hermione pensó que el problema más acuciante eran los dragones.

—Primero vamos a intentar que el martes por la tarde sigas vivo, y luego ya nos preocuparemos por Karkarov.

Dieron tres vueltas al lago, pensando cuál sería el encantamiento con el que se podría someter a un dragón. Pero, como no se les ocurrió nada, fueron a la biblioteca. Harry cogió todo lo que vio sobre dragones, y uno y otro se pusieron a buscar entre la alta pila de libros.

—«Embrujos para cortarles las uñas... Cómo curar la podredumbre de las escamas...» Esto no nos sirve: es para chiflados como Hagrid que lo que quieren es cuidarlos...

—«Es extremadamente dificil matar a un dragón debido a la antigua magia que imbuye su gruesa piel, que nada excepto los encantamientos más fuertes puede penetrar...» —leyó Hermione—. ¡Pero Sirius dijo que había uno sencillo que valdría!

—Busquemos pues en los libros de encantamientos sencillos... —dijo Harry, apartando a un lado el *Libro del amante de los dragones*.

Volvió a la mesa con una pila de libros de hechizos y comenzó a hojearlos uno tras otro. A su lado, Hermione cuchicheaba sin parar:

—Bueno, están los encantamientos permutadores... pero ¿para qué cambiarlos? A menos que le cambiaras los colmillos en gominolas o algo así, porque eso lo haría menos peligroso... El problema es que, como decía el otro libro, no es fácil penetrar la piel del dragón. Lo mejor sería transformarlo, pero, algo tan grande, me temo que no tienes ninguna posibilidad: dudo incluso que la profesora McGonagall fuera capaz... Pero tal vez podrías encantarte tú mismo. Tal vez para adquirir más poderes. Claro que no son hechizos sencillos, y no los hemos visto en clase; sólo los conozco por haber hecho algunos ejercicios preparatorios para el TIMO...

—Hermione —pidió Harry, exasperado—, ¿quieres callarte un momento, por favor? Trato de concentrarme.

Pero lo único que ocurrió cuando Hermione se calló fue que el cerebro de Harry se llenó de una especie de zumbido que tampoco lo dejaba concentrarse.

Recorrió sin esperanzas el índice del libro *Maleficios básicos para el hombre ocupado y fastidiado: arranque de cabellera instantáneo* —pero los dragones ni siquiera tienen pelo, se dijo—, *aliento de pimienta* —eso seguramente sería echar más leña al fuego—, *lengua de cuerno* —precisamente lo que necesitaba: darle al dragón una nueva arma...

—¡Oh, no!, aquí vuelve. ¿Por qué no puede leer en su barquito? —dijo Hermione irritada cuando Viktor Krum entró con su andar desgarbado, les dirigió una hosca mirada y se sentó en un distante rincón con una pila de libros—. Vamos, Harry, volvamos a la sala común... El club de fans llegará dentro de un momento y no pararán de cotorrear...

Y, efectivamente, en el momento en que salían de la biblioteca, entraba de puntillas un ruidoso grupo de chicas, una de ellas con una bufanda de Bulgaria atada a la cintura.

Harry apenas durmió aquella noche. Cuando despertó la mañana del lunes, pensó seriamente, por vez primera, en escapar de Hogwarts. Pero en el Gran Comedor, a la hora del desayuno, miró a su alrededor y pensó en lo que dejaría si se fuera del castillo, y se dio cuenta de que no podía hacerlo. Era el único sitio en que había sido feliz... Bueno, seguramente también había sido feliz con sus padres, pero de eso no se acordaba.

En cierto modo, fue un alivio comprender que prefería quedarse y enfrentarse al dragón a volver a Privet Drive con Dudley. Lo hizo sentirse más tranquilo. Terminó con dificultad el tocino (nada le pasaba bien por la garganta) y, al levantarse de la mesa con Hermione, vio a Cedric Diggory dejando la mesa de Hufflepuff.

Cedric seguía sin saber lo de los dragones. Era el único de los campeones que no se habría enterado, si Harry estaba en lo cierto al pensar que Maxime y Karkarov se lo habían contado a Fleur y Krum.

—Nos vemos en el invernadero, Hermione —le dijo Harry, tomando una decisión al ver a Cedric dejar el Gran Comedor—. Ve hacia allí; ya te alcanzaré.

—Llegarás tarde, Harry. Está a punto de sonar la campana.

—Te alcanzaré, ¿vale?

Cuando Harry llegó a la escalinata de mármol, Cedric ya estaba al final de ella, acompañado por unos cuantos amigos de sexto curso. Harry no quería hablar con Cedric delante de ellos, porque eran de los que le repetían frases del artículo de Rita Skeeter cada vez que lo veían. Lo siguió a cierta distancia, y vio que se dirigía hacia el corredor donde se hallaba el aula de Encantamientos. Eso le dio una idea. Deteniéndose a una distancia prudencial de ellos, sacó la varita y apuntó con cuidado.

—*¡Diffindo!*

A Cedric se le rasgó la mochila. Libros, plumas y rollos de pergamino se esparcieron por el suelo, y varios frascos de tinta se rompieron.

—No os molestéis —dijo Cedric, irritado, a sus amigos cuando se inclinaron para ayudarlo a recoger las cosas—. Decidle a Flitwick que no tardaré, vamos.

Aquello era lo que Harry había pretendido. Se guardó la varita en la túnica, esperó a que los amigos de Cedric entraran en el aula y se apresuró por el corredor, donde sólo quedaban Cedric y él.

—Hola —lo saludó Cedric, recogiendo un ejemplar de *Guía de la transformación, nivel superior* salpicado de tinta—. Se me acaba de descoser la mochila... a pesar de ser nueva.

—Cedric —le dijo Harry sin más preámbulos—, la primera prueba son dragones.

—¿Qué? —exclamó Cedric, levantando la mirada.

—Dragones —repitió Harry, hablando con rapidez por si el profesor Flitwick salía para ver lo que le había ocurrido a Cedric—. Han traído cuatro, uno para cada uno, y tenemos que burlarlos.

Cedric lo miró. Harry vio en sus grises ojos parte del pánico que lo embargaba a él desde la noche del sábado.

—¿Estás seguro? —inquirió Cedric en voz baja.

—Completamente —respondió Harry—. Los he visto.

—Pero ¿cómo te enteraste? Se supone que no podemos saber...

—No importa —contestó Harry con premura. Sabía que, si decía la verdad, Hagrid se vería en apuros—. Pero no soy el único que lo sabe. A estas horas Fleur y Krum ya se habrán enterado, porque Maxime y Karkarov también los vieron.

Cedric se levantó con los brazos llenos de plumas, pergaminos y libros manchados de tinta y la bolsa rasgada colgando y balanceándose de un hombro. Miró a Harry con una mirada desconcertada y algo suspicaz.

—¿Por qué me lo has dicho? —preguntó.

Harry lo miró, sorprendido de que le hiciera aquella pregunta. Desde luego, Cedric no la habría hecho si hubiera visto los dragones con sus propios ojos. Harry no habría dejado ni a su peor enemigo que se enfrentara a aquellos dragones sin previo aviso. Bueno, tal vez a Malfoy y a Snape...

—Es justo, ¿no te parece? —le dijo a Cedric—. Ahora todos lo sabemos...

Estamos en pie de igualdad, ¿no?

Cedric seguía mirándolo con suspicacia cuando Harry escuchó tras él un golpeteo que le resultaba conocido. Se volvió y vio que *Ojoloco* Moody salía de un aula cercana.

—Ven conmigo, Potter —gruñó—. Diggory, entra en clase.

Harry miró a Moody, temeroso. ¿Los había oído?

—Eh... profesor, ahora me toca Herbología...

—No te preocupes, Potter. Acompáñame al despacho, por favor...

Harry lo siguió, preguntándose qué iba a suceder. ¿Y si Moody se empeñaba en saber cómo se había enterado de lo de los dragones? ¿Iría a ver a Dumbledore para denunciar a Hagrid, o simplemente lo convertiría a él en un hurón? Bueno, tal vez fuera más fácil burlar a un dragón siendo un hurón, pensó Harry desanimado, porque sería más pequeño y mucho menos fácil de distinguir desde una altura de quince metros...

Entró en el despacho después de Moody, que cerró la puerta tras ellos, se volvió hacia Harry y fijó en él los dos ojos, el mágico y el normal.

—Eso ha estado muy bien, Potter —dijo Moody en voz baja.

No supo qué decir. Aquélla no era la reacción que él esperaba.

—Siéntate —le indicó Moody.

Harry obedeció y paseó la mirada por el despacho. Ya había estado allí cuando pertenecía a dos de sus anteriores titulares. Cuando lo ocupaba el profesor Lockhart, las paredes estaban forradas con fotos del mismo Lockhart, fotos que sonreían y guiñaban el ojo. En los tiempos de Lupin, lo más fácil era encontrarse un espécimen de alguna nueva y fascinante criatura tenebrosa que el profesor hubiera conseguido para estudiarla en clase. En aquel momento, sin embargo, el despacho se encontraba abarrotado de extraños objetos que, según supuso Harry, Moody debía de haber empleado en sus tiempos de auror.

En el escritorio había algo que parecía una peonza grande de cristal algo rajada. Harry enseguida se dio cuenta de que era un chivatoscopio, porque él mismo tenía uno, aunque el suyo era mucho más pequeño que el de Moody. En un rincón, sobre una mesilla, una especie de antena de televisión de color dorado, con muchos más hierrecitos que una antena normal, emitía un ligero zumbido. Y en la pared, delante de Harry, había colgado algo que parecía un espejo pero que no reflejaba el despacho. Por su superficie se movían unas figuras sombrías, ninguna de las cuales estaba claramente enfocada.

—¿Te gustan mis detectores de tenebrismo? —preguntó Moody, mirando a Harry detenidamente.

—¿Qué es eso? —preguntó a su vez Harry, señalando la aparatosa antena dorada.

—Es un sensor de ocultamiento. Vibra cuando detecta ocultamientos o mentiras... No lo puedo usar aquí, claro, porque hay demasiadas interferencias: por todas partes estudiantes que mienten para justificar por qué no han hecho los deberes. No para de zumbar desde que he entrado aquí. Tuve que desconectar el chivatoscopio porque no dejaba de pitar. Es ultrasensible: funciona en un radio de kilómetro y medio. Naturalmente, también puede captar cosas más serias que las chiquilladas —añadió gruñendo.

—¿Y para qué sirve el espejo?

—Ese es mi reflector de enemigos. ¿No los ves, tratando de esconderse? No estoy en verdadero peligro mientras no se les distingue el blanco de los ojos. Entonces es cuando abro el baúl.

Dejó escapar una risa breve y estridente, al tiempo que señalaba el baúl que había bajo la ventana. Tenía siete cerraduras en fila. Harry se preguntó qué habría dentro, hasta que la siguiente pregunta de Moody lo sacó de su ensimismamiento.

—De forma que averiguaste lo de los dragones, ¿eh?

Harry dudó. Era lo que se había temido, pero no le había revelado a Cedric que Hagrid había infringido las normas, y desde luego no pensaba revelárselo a Moody.

—Está bien —dijo Moody, sentándose y extendiendo la pata de palo—. La trampa es un componente tradicional del Torneo de los tres magos y siempre lo ha sido.

—Yo no he hecho trampa —replicó Harry con brusquedad—. Lo averigüé por una especie de... casualidad.

Moody sonrió.

—No pretendía acusarte, muchacho. Desde el primer momento le he estado diciendo a Dumbledore que él puede jugar todo lo limpiamente que quiera, pero que ni Karkarov ni Maxime harán lo mismo. Les habrán contado a sus campeones todo lo que hayan podido averiguar. Quieren ganar, quieren derrotar a Dumbledore. Les gustaría demostrar que no es más que un hombre.

Moody repitió su risa estridente, y su ojo mágico giró tan aprisa que Harry se mareó de sólo mirarlo.

—Bien... ¿tienes ya alguna idea de cómo burlar al dragón? —le preguntó Moody.

—No.

—Bueno, yo no te voy a decir cómo hacerlo —declaró Moody—. No quiero

tener favoritismos. Sólo te daré unos consejos generales. Y el primero es: aprovecha tu punto fuerte.

—No tengo ninguno —contestó Harry casi sin pensarlo.

—Perdona —gruñó Moody—. Si digo que tienes un punto fuerte, es que lo tienes. Piensa, ¿qué se te da mejor?

—El quidditch —repuso con desánimo—, y para lo que me sirve...

—Bien —dijo Moody, mirándolo intensamente con su ojo mágico, que en aquel momento estaba quieto—. Me han dicho que vuelas estupendamente.

—Sí, pero... —Harry lo miró—, no puedo llevar escoba; sólo tendré una varita...

—Mi segundo consejo general —lo interrumpió Moody— es que emplees un encantamiento sencillo para conseguir lo que necesitas.

Harry lo miró sin comprender. ¿Qué era lo que necesitaba?

—Vamos, muchacho... —susurró Moody—. Conecta ideas... No es tan dificil.

Y eso hizo. Lo que mejor se le daba era volar. Tenía que esquivar al dragón por el aire. Para eso necesitaba su Saeta de Fuego. Y para hacerse con su Saeta de Fuego necesitaba...

—Hermione —susurró Harry diez minutos más tarde, al llegar al Invernadero 3 y después de presentarle apresuradas excusas a la profesora Sprout—, me tienes que ayudar.

—¿Y qué he estado haciendo, Harry? —le contestó también en un susurro, mirando con preocupación por encima del arbusto nervioso que estaba podando.

—Hermione, tengo que aprender a hacer bien el encantamiento convocador antes de mañana por la tarde.

Practicaron. En vez de ir a comer, buscaron un aula libre en la que Harry puso todo su empeño en atraer objetos. Seguía costándole trabajo: a mitad del recorrido, los libros y las plumas perdían fuerza y terminaban cayendo al suelo como piedras.

—Concéntrate, Harry, concéntrate...

—¿Y qué crees que estoy haciendo? —contestó él de malas pulgas—. Pero, por alguna razón, se me aparece de repente en la cabeza un dragón

enorme y repugnante... Vale, vuelvo a intentarlo.

Él quería faltar a la clase de Adivinación para seguir practicando, pero Hermione rehusó de plano perderse Aritmancia, y de nada le valdría ensayar solo, de forma que tuvo que soportar la clase de la profesora Trelawney, que se pasó la mitad de la hora diciendo que la posición que en aquel momento tenía Marte con respecto a Saturno anunciaba que la gente nacida en julio se hallaba en serio peligro de sufrir una muerte repentina y violenta.

—Bueno, eso está bien —dijo Harry en voz alta, sin dejarse intimidar—. Prefiero que no se alargue: no quiero sufrir.

Le pareció que Ron había estado a punto de reírse. Por primera vez en varios días miró a Harry a los ojos, pero éste se sentía demasiado dolido con él para que le importara. Se pasó el resto de la clase intentando atraer con la varita pequeños objetos por debajo de la mesa. Logró que una mosca se le posara en la mano, pero no estuvo seguro de que se debiera al encantamiento convocador. A lo mejor era simplemente que la mosca estaba tonta.

Se obligó a cenar algo después de Adivinación y, poniéndose la capa invisible para que no los vieran los profesores, volvió con Hermione al aula vacía. Siguieron practicando hasta pasadas las doce. Se habrían quedado más, pero apareció Peeves, quien pareció creer que Harry quería que le tiraran cosas, y comenzó a arrojar sillas de un lado a otro del aula. Harry y Hermione salieron a toda prisa antes de que el ruido atrajera a Filch, y regresaron a la sala común de Gryffindor, que afortunadamente estaba ya vacía.

A las dos en punto de la madrugada, Harry se hallaba junto a la chimenea rodeado de montones de cosas: libros, plumas, varias sillas volcadas, un juego viejo de gobstones, y *Trevor*, el sapo de Neville. Sólo en la última hora le había cogido el truco al encantamiento convocador.

—Eso está mejor, Harry, eso está mucho mejor —aprobó Hermione, exhausta pero muy satisfecha.

—Bueno, ahora ya sabes qué tienes que hacer la próxima vez que no sea capaz de aprender un encantamiento —dijo Harry, tirándole a Hermione un diccionario de runas para repetir el encantamiento—: amenazarme con un dragón. Bien... —Volvió a levantar la varita—. *¡Accio diccionario!*

El pesado volumen se escapó de las manos de Hermione, atravesó la sala y llegó hasta donde Harry pudo atraparlo.

—¡Creo que esto ya lo dominas, Harry! —dijo Hermione, muy contenta.

—Espero que funcione mañana —repuso Harry—. La Saeta de Fuego estará mucho más lejos que todas estas cosas: estará en el castillo, y yo, en los terrenos allá abajo.

—No importa —declaró Hermione con firmeza—. Siempre y cuando te concentres de verdad, la Saeta irá hasta ti. Ahora mejor nos vamos a dormir, Harry... Lo necesitarás.

Harry había puesto tanto empeño aquella noche en aprender el encantamiento convocador que se había olvidado del miedo. Éste volvió con toda su intensidad a la mañana siguiente. En el colegio había una tensión y emoción enormes en el ambiente. Las clases se interrumpieron al mediodía para que todos los alumnos tuvieran tiempo de bajar al cercado de los dragones. Aunque, naturalmente, aún no sabían lo que iban a encontrar allí.

Harry se sentía extrañamente distante de todos cuantos lo rodeaban, ya le desearan suerte o le dijeran entre dientes al pasar a su lado: «Tendremos listo el paquete de pañuelos de papel, Potter.» Se encontraba en tal estado de nerviosismo que le daba miedo perder la cabeza cuando lo pusieran frente al dragón y liarse a echar maldiciones a diestro y siniestro.

El tiempo pasaba de forma más rara que nunca, como a saltos, de manera que estaba sentado en su primera clase, Historia de la Magia, y al momento siguiente iba a comer... y de inmediato (¿por dónde se había ido la mañana, las últimas horas sin dragones?) la profesora McGonagall entró en el Gran Comedor y fue a toda prisa hacia él. Muchos los observaban.

—Los campeones tienen que bajar ya a los terrenos del colegio... Tienes que prepararte para la primera prueba.

—¡Bien! —dijo Harry, poniéndose en pie. El tenedor hizo mucho ruido al caer al plato.

—Buena suerte, Harry —le susurró Hermione—. ¡Todo irá bien!

—Sí —contestó, con una voz que no parecía la suya.

Salió del Gran Comedor con la profesora McGonagall. Tampoco ella parecía la misma; de hecho, estaba casi tan nerviosa como Hermione. Al bajar la escalinata de piedra y salir a la fría tarde de noviembre, le puso una mano en el hombro.

—No te dejes dominar por el pánico —le aconsejó—, conserva la cabeza serena. Habrá magos preparados para intervenir si la situación se desbordara... Lo principal es que lo hagas lo mejor que puedas, y no quedarás mal ante la gente. ¿Te encuentras bien?

—Sí —se oyó decir Harry—. Sí, me encuentro bien.

Ella lo conducía bordeando el bosque hacia donde estaban los dragones; pero, al acercarse al grupo de árboles detrás del cual habría debido ser claramente visible el cercado, Harry vio que habían levantado una tienda que lo ocultaba a la vista.

—Tienes que entrar con los demás campeones —le dijo la profesora McGonagall con voz temblorosa— y esperar tu turno, Potter. El señor Bagman

está dentro. Él te explicará lo que tienes que hacer... Buena suerte.

—Gracias —dijo Harry con voz distante y apagada:

Ella lo dejó a la puerta de la tienda, y Harry entró.

Fleur Delacour estaba sentada en un rincón, sobre un pequeño taburete de madera. No parecía ni remotamente tan segura como de costumbre; por el contrario, se la veía pálida y sudorosa. El aspecto de Viktor Krum era aún más hosco de lo habitual, y Harry supuso que aquélla era la forma en que manifestaba su nerviosismo. Cedric paseaba de un lado a otro. Cuando Harry entró le dirigió una leve sonrisa a la que éste correspondió, aunque a los músculos de la cara les costó bastante esfuerzo, como si hubieran olvidado cómo se sonreía.

—¡Harry! ¡Bien! —dijo Bagman muy contento, mirándolo—. ¡Ven, ven, ponte cómodo!

De pie en medio de los pálidos campeones, Bagman se parecía un poco a esas figuras infladas de los dibujos animados. Se había vuelto a poner su antigua túnica de las Avispas de Wimbourne.

—Bueno, ahora ya estamos todos... ¡Es hora de poneros al corriente! —declaró Bagman con alegría—. Cuando hayan llegado los espectadores, os ofreceré esta bolsa a cada uno de vosotros para que saquéis la miniatura de aquello con lo que os va a tocar enfrentaros. —Les enseñó una bolsa roja de seda—. Hay diferentes... variedades, ya lo veréis. Y tengo que deciros algo más... Ah, sí... ¡vuestro objetivo es coger el huevo de oro!

Harry miró a su alrededor. Cedric hizo un gesto de asentimiento para indicar que había comprendido las palabras de Bagman y volvió a pasear por la tienda. Tenía la cara ligeramente verde. Fleur Delacour y Krum no reaccionaron en absoluto. Tal vez pensaban que se pondrían a vomitar si abrían la boca; en todo caso, así se sentía Harry. Aunque ellos, al menos, estaban allí voluntariamente...

Y enseguida se oyeron alrededor de la tienda los pasos de cientos y cientos de personas que hablaban emocionadas, reían, bromeaban... Harry se sintió separado de aquella multitud como si perteneciera a una especie diferente. Y, a continuación (a Harry le pareció que no había pasado más que un segundo), Bagman abrió la bolsa roja de seda.

—Las damas primero —dijo tendiéndosela a Fleur Delacour.

Ella metió una mano temblorosa en la bolsa y sacó una miniatura perfecta de un dragón: un galés verde. Alrededor del cuello tenía el número «dos». Y Harry estuvo seguro, por el hecho de que Fleur Delacour no mostró sorpresa alguna sino completa resignación, de que no se había equivocado: Madame Maxime le había dicho qué le esperaba.

Lo mismo que en el caso de Krum, que sacó el bola de fuego chino. Alrededor del cuello tenía el número «tres». Krum ni siquiera parpadeó; se

limitó a mirar al suelo.

Cedric metió la mano en la bolsa y sacó el hocicorto sueco de color azul plateado con el número «uno» atado al cuello. Sabiendo lo que le quedaba, Harry metió la mano en la bolsa de seda y extrajo el colacuerno húngaro con el número «cuatro». Cuando Harry lo miró, la miniatura desplegó las alas y enseñó los minúsculos colmillos.

—¡Bueno, ahí lo tenéis! —dijo Bagman—. Habéis sacado cada uno el dragón con el que os tocará enfrentaros, y el número es el del orden en que saldréis, ¿comprendéis? Yo tendré que dejaros dentro de un momento, porque soy el comentador. Diggory, eres el primero. Tendrás que salir al cercado cuando oigas un silbato, ¿de acuerdo? Bien. Harry.. ¿podría hablar un momento contigo, ahí fuera?

—Eh... sí —respondió Harry sin comprender. Se levantó y salió con Bagman de la tienda, que lo llevó aparte, entre los árboles, y luego se volvió hacia él con expresión paternal.

—¿Qué tal te encuentras, Harry? ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Qué? —dijo Harry—. No, en nada.

—¿Tienes algún plan? —le preguntó Bagman, bajando la voz hasta el tono conspiratorio—. No me importa darte alguna pista, si quieres. Porque —continuó Bagman bajando la voz más aún— eres el más débil de todos, Harry. Así que si te puedo ser de alguna ayuda...

—No —contestó Harry tan rápido que comprendió que había parecido descortés—, no. Y.... ya he decidido lo que voy a hacer, gracias.

—Nadie tendría por qué saber que te he ayudado, Harry —le dijo Bagman guiñándole un ojo.

—No, no necesito nada, y me encuentro bien —afirmó Harry, preguntándose por qué se empeñaba en decirle a todo el mundo que se encontraba bien, cuando probablemente jamás se había encontrado peor en su vida—. Ya tengo un plan. Voy...

Se escuchó, procedente de no se sabía dónde, el sonido de un silbato.

—¡Santo Dios, tengo que darme prisa! —dijo Bagman alarmado, y salió corriendo.

Harry volvió a la tienda y vio a Cedric que salía, con la cara más verde aún que antes. Harry intentó desearle suerte, pero todo lo que le salió de la boca fue una especie de gruñido áspero.

Volvió a entrar, con Fleur y Krum. Unos segundos después oyeron el bramido de la multitud, señal de que Cedric acababa de entrar en el cercado y se hallaba ya frente a la versión real de su miniatura.

Sentarse allí a escuchar era peor de lo que Harry hubiera podido imaginar. La multitud gritaba, ahogaba gemidos como si fueran uno solo, cuando Cedric hacía lo que fuera para burlar al hocicorto sueco. Krum seguía mirando al suelo. Fleur ahora había tomado el lugar de Cedric, caminando de un lado a otro de la tienda. Y los comentarios de Bagman lo empeoraban todo mucho... En la mente de Harry se formaban horribles imágenes al oír: «¡Ah, qué poco ha faltado, qué poco...! ¡Se está arriesgando, ya lo creo...! ¡Eso ha sido muy astuto, sí señor, lástima que no le haya servido de nada!»

Y luego, tras unos quince minutos, Harry oyó un bramido ensordecedor que sólo podía significar una cosa: que Cedric había conseguido burlar al dragón y coger el huevo de oro.

—¡Muy pero que muy bien! —gritaba Bagman—. ¡Y ahora la puntuación de los jueces!

Pero no dijo las puntuaciones. Harry supuso que los jueces las levantaban en el aire para mostrárselas a la multitud.

—¡Uno que ya está, y quedan tres! —gritó Bagman cuando volvió a sonar el silbato—. ¡Señorita Delacour, si tiene usted la bondad!

Fleur temblaba de arriba abajo. Cuando salió de la tienda con la cabeza erguida y agarrando la varita con firmeza, Harry sintió por ella una especie de afecto que no había sentido antes. Se quedaron solos él y Krum, en lados opuestos de la tienda, evitando mirarse.

Se repitió el mismo proceso.

—¡Ah, no estoy muy seguro de que eso fuera una buena idea! —oyeron gritar a Bagman, siempre con entusiasmo—. ¡Ah... casi! Cuidado ahora... ¡Dios mío, creí que lo iba. coger!

Diez minutos después Harry oyó que la multitud volvía a aplaudir con fuerza. También Fleur debía de haberlo logrado. Se hizo una pausa mientras se mostraban las puntuaciones de Fleur. Hubo más aplausos y luego, por tercera vez, sonó el silbato.

—¡Y aquí aparece el señor Krum! —anunció Bagman cuando salía Krum con su aire desgarbado, dejando a Harry completamente solo.

Se sentía mucho más consciente de su cuerpo de lo que era habitual: notaba con claridad la rapidez ala que le bombeaba el corazón, el hormigueo que el miedo le producía en los dedos... Y al mismo tiempo le parecía hallarse fuera de él: veía las paredes de la tienda y oía ala multitud como si estuvieran sumamente lejos...

—¡Muy osado! —gritaba Bagman, y Harry oyó al bola de fuego chino proferir un bramido espantoso, mientras la multitud contenía la respiración, como si fueran uno solo—. ¡La verdad es que está mostrando valor y, sí señores, acaba de coger el huevo!

El aplauso resquebrajó el aire invernal como si fuera una copa de cristal fino. Krum había acabado, y aquél sería el turno de Harry.

Se levantó, notando apenas que las piernas parecían de merengue. Aguardó. Y luego oyó el silbato. Salió de la tienda, sintiendo cómo el pánico se apoderaba rápidamente de todo su cuerpo. Pasó los árboles y penetró en el cercado a través de un hueco.

Lo vio todo ante sus ojos como si se tratara de un sueño de colores muy vivos. Desde las gradas que por arte de magia habían puesto después del sábado lo miraban cientos y cientos de rostros. Y allí, al otro lado del cercado, estaba el colacuerno agachado sobre la nidada, con las alas medio desplegadas y mirándolo con sus malévolos ojos amarillos, como un lagarto monstruoso cubierto de escamas negras, sacudiendo la cola llena de pinchos y abriendo surcos de casi un metro en el duro suelo. La multitud gritaba muchísimo, pero Harry ni sabía ni le preocupaba si eran gritos de apoyo o no. Era el momento de hacer lo que tenía que hacer: concentrarse, entera y absolutamente, en lo que constituía su única posibilidad.

Levantó la varita.

—*¡Accio Saeta de Fuego!* —gritó.

Aguardó, confiando y rogando con todo su ser. Si no funcionaba, si la escoba no acudía... Le parecía verlo todo a través de una extraña barrera transparente y reluciente, como una calima que hacía que el cercado y los cientos de rostros que había a su alrededor flotaran de forma extraña...

Y entonces la oyó atravesando el aire tras él. Se volvió y vio la Saeta de Fuego volar hacia allí por el borde del bosque, descender hasta el cercado y detenerse en el aire, a su lado, esperando que la montara. La multitud alborotaba aún más... Bagman gritaba algo... pero los oídos de Harry ya no funcionaban bien, porque oír no era importante...

Pasó una pierna por encima del palo de la escoba y dio una patada en el suelo para elevarse. Un segundo más tarde sucedió algo milagroso.

Al elevarse y sentir el azote del aire en la cara, al convertirse los rostros de los espectadores en puntas de alfiler de color carne y al encogerse el colacuerno hasta adquirir el tamaño de un perro, comprendió que allá abajo no había dejado únicamente la tierra, sino también el miedo: por fin estaba en su elemento.

Aquello era sólo otro partido de quidditch... nada más, y el colacuerno era simplemente el equipo enemigo...

Miró la nidada, y vio el huevo de oro brillando en medio de los demás huevos de color cemento, bien protegidos entre las patas delanteras del dragón.

«Bien —se dijo Harry a sí mismo—, tácticas de distracción. Adelante.»

Descendió en picado. El colacuerno lo siguió con la cabeza. Sabía lo que el dragón iba a hacer, y justo a tiempo frenó su descenso y se elevó en el aire. Llegó un chorro de fuego justo al lugar en que se habría encontrado si no hubiera dado un viraje en el último instante... pero a Harry no le preocupó: era lo mismo que esquivar una bludger.

—¡Cielo santo, vaya manera de volar! —vociferó Bagman, entre los gritos de la multitud—. ¿Ha visto eso, señor Krum?

Harry se elevó en círculos. El colacuerno seguía siempre su recorrido, girando la cabeza sobre su largo cuello. Si continuaba así, se mearía, pero era mejor no abusar o volvería a echar fuego.

Harry se lanzó hacia abajo justo cuando el dragón abría la boca, pero esta vez tuvo menos suerte. Esquivó las llamas, pero la cola de la bestia se alzó hacia él, y al virar a la izquierda uno de los largos pinchos le raspó el hombro. La túnica quedó desgarrada.

Le escocía. La multitud gritaba, pero la herida no parecía profunda. Sobrevoló la espalda del colacuerno y se le ocurrió una posibilidad...

El dragón no parecía dispuesto a moverse del sitio: tenía demasiado afán por proteger los huevos. Aunque retorcía la cabeza y plegaba y desplegaba las alas sin apartar de Harry sus terribles ojos amarillos, era evidente que temía apartarse demasiado de sus crías. Así pues, tenía que persuadirlo de que lo hiciera, o de lo contrario nunca podría apoderarse del huevo de oro. El truco estaba en hacerlo con cuidado, poco a poco.

Empezó a volar, primero por un lado, luego por el otro, no demasiado cerca para evitar que echara fuego por la boca, pero arriesgándose todo lo necesario para asegurarse de que la bestia no le quitaba los ojos de encima. La cabeza del dragón se balanceaba a un lado y a otro, mirándolo por aquellas pupilas verticales, enseñándole los colmillos...

Remontó un poco el vuelo. La cabeza del dragón se elevó con él, alargando el cuello al máximo y sin dejar de balancearse como una serpiente ante el encantador.

Harry se elevó un par de metros más, y el dragón soltó un bramido de exasperación. Harry era como una mosca para él, una mosca que ansiaba aplastar. Volvió a azotar con la cola, pero Harry estaba demasiado alto para alcanzarlo. Abriendo las fauces, echó una bocanada de fuego... que él consiguió esquivar.

—¡Vamos! —lo retó Harry en tono burlón, virando sobre el dragón para provocarlo—. ¡Vamos, ven a atraparme...! Levántate, vamos...

La enorme bestia se alzó al fin sobre las patas traseras y extendió las correosas alas negras, tan anchas como las de una avioneta, y Harry se lanzó en picado. Antes de que el dragón comprendiera lo que Harry estaba haciendo ni dónde se había metido, éste iba hacia el suelo a toda velocidad, hacia los huevos por fin desprotegidos. Soltó las manos de la Saeta de Fuego... y cogió

el huevo de oro.

Y escapó acelerando al máximo, remontando sobre las gradas, con el pesado huevo seguro bajo su brazo ileso. De repente fue como si alguien hubiera vuelto a subir el volumen: por primera vez llegó a ser consciente del ruido de la multitud, que aplaudía y gritaba tan fuerte como la afición irlandesa en los Mundiales.

—¡Miren eso! —gritó Bagman—. ¡Mírenlo! ¡Nuestro paladín más joven ha sido el más rápido en coger el huevo! ¡Bueno, esto aumenta las posibilidades de nuestro amigo Potter!

Harry vio a los cuidadores de los dragones apresurándose para reducir al colacuerno; y a la profesora McGonagall, el profesor Moody y Hagrid, que iban a toda prisa a su encuentro desde la puerta del cercado, haciéndole señas para que se acercara. Aun desde la distancia distinguía claramente sus sonrisas. Voló sobre las gradas, con el ruido de la multitud retumbándole en los tímpanos, y aterrizó con suavidad, con una felicidad que no había sentido desde hacia semanas. Había pasado la primera prueba, estaba vivo...

—¡Excelente, Potter! —dijo bien alto la profesora McGonagall cuando bajó de la Saeta de Fuego. Viniendo de la profesora McGonagall, aquello era un elogio desmesurado. Le tembló la mano al señalar el hombro de Harry—. Tienes que ir a ver a la señora Pomfrey antes de que los jueces muestren la puntuación... Por ahí, ya está terminando con Diggory.

—¡Lo conseguiste, Harry! —dijo Hagrid con voz ronca—. ¡Lo conseguiste! ¡Y eso que te tocó el colacuerno, y ya sabes lo que dijo Charlie de que era el pe...!

—Gracias, Hagrid —lo cortó Harry para que Hagrid no siguiera metiendo la pata al revelarle a todo el mundo que había visto los dragones antes de lo debido.

El profesor Moody también parecía encantado. El ojo mágico no paraba de dar vueltas.

—Lo mejor, sencillo y bien, Potter —sentenció.

—Muy bien, Potter. Ve a la tienda de primeros auxilios, por favor —le dijo la profesora McGonagall.

Harry salió del cercado aún jadeando y vio a la entrada de la segunda tienda a la señora Pomfrey, que parecía preocupada.

—¡Dragones! —exclamó en tono de indignación, tirando de Harry hacia dentro.

La tienda estaba dividida en cubículos. A través de la tela, Harry distinguió la sombra de Cedric, que no parecía seriamente herido, por lo menos a juzgar por el hecho de que estaba sentado. La señora Pomfrey examinó el hombro de Harry, rezongando todo el tiempo.

—El año pasado dementores, este año dragones... ¿Qué traerán al colegio el año que viene? Has tenido mucha suerte: sólo es superficial. Pero te la tendré que limpiar antes de curártela.

Limpió la herida con un poquito de líquido púrpura que echaba humo y escocía, pero luego le dio un golpecito con la varita mágica y la herida se cerró al instante.

—Ahora quédate sentado y quieto durante un minuto. ¡Sentado! Luego podrás ir a ver tu puntuación. —Salió aprisa del cubículo, y la oyó entrar en el contiguo y preguntar—: ¿Qué tal te encuentras ahora, Diggory?

Harry no podía quedarse quieto: estaba aún demasiado cargado de adrenalina. Se puso de pie para asomarse a la puerta, pero antes de que llegara a ella entraron dos personas a toda prisa: Hermione e, inmediatamente detrás de ella, Ron.

—¡Harry, has estado genial! —le dijo Hermione con voz chillona. Tenía marcas de uñas en la cara, donde se había apretado del miedo—. ¡Alucinante! ¡De verdad!

Pero Harry miraba a Ron, que estaba muy blanco y miraba a su vez a Harry como si éste fuera un fantasma.

—Harry —dijo Ron muy serio—, quienquiera que pusiera tu nombre en el cáliz de fuego, creo que quería matarte.

Fue como si las últimas semanas no hubieran existido, como si Harry viera a Ron por primera vez después de haber sido elegido campeón.

—Lo has comprendido, ¿eh? —contestó Harry fríamente—. Te ha costado trabajo.

Hermione estaba entre ellos, nerviosa, paseando la mirada de uno a otro. Ron abrió la boca con aire vacilante. Harry se dio cuenta de que quería disculparse y comprendió que no necesitaba oír las excusas.

—Está bien —dijo, antes de que Ron hablara—. Olvídalo.

—No —replicó Ron—. Yo no debería haber...

—¡Olvídalo!

Ron le sonrió nerviosamente, y Harry le devolvió la sonrisa.

Hermione, de pronto, se echó a llorar.

—¡No hay por qué llorar! —le dijo Harry, desconcertado.

—¡Sois tan tontos los dos! —gritó ella, dando una patada en el suelo al tiempo que le caían las lágrimas. Luego, antes de que pudieran detenerla, les dio a ambos un abrazo y se fue corriendo, esta vez gritando de alegría.

—¡Cómo se pone! —comentó Ron, negando con la cabeza—. Vamos, Harry, están a punto de darte la puntuación.

Cogiendo el huevo de oro y la Saeta de Fuego, más eufórico de lo que una hora antes hubiera creído posible, Harry salió de la tienda, con Ron a su lado, hablando sin parar.

—Has sido el mejor, ni punto de comparación. Cedric hizo una cosa bastante rara: transformó una roca en un perro labrador, para que el dragón atacara al perro y se olvidara de él. La transformación estuvo bastante bien, y al final funcionó, porque consiguió coger el huevo, pero también se llevó una buena quemadura porque el dragón cambió de opinión de repente y decidió que le interesaba más Diggory que el labrador. Escapó por los pelos. Y Fleur intentó un tipo de encantamiento... Creo que quería ponerlo en trance, o algo así. El caso es que funcionó, se quedó como dormido, pero de repente roncó y echó un buen chorro de fuego. Se le prendió la falda. La apagó echando agua por la varita. Y en cuanto a Krum... no lo vas a creer, pero no se le ocurrió la posibilidad de volar. Sin embargo, creo que después de ti es el que mejor lo ha hecho. Utilizó algún tipo de embrujo que le lanzó a los ojos. El problema fue que el dragón empezó a tambalearse y aplastó la mitad de los huevos de verdad. Le han quitado puntos por eso, porque se suponía que no tenía que causar ningún daño.

Ron tomó aire al llegar con Harry hasta el cercado. Retirado el colacuerno, Harry fue capaz de ver dónde estaban sentados los jueces: justo al otro extremo, en elevados asientos forrados de color oro.

—Cada uno da una puntuación sobre diez—le explicó Ron.

Entornando los ojos, Harry vio a Madame Máxime, la primera del tribunal, levantar la varita, de la que salió lo que parecía una larga cinta de plata que se retorcía formando un ocho.

—¡No está mal! —dijo Ron mientras la multitud aplaudía—. Supongo que te ha bajado algo por lo del hombro...

A continuación le tocó al señor Crouch, que proyectó en el aire un nueve.

—¡Qué bien! —gritó Ron, dándole a Harry un golpecito en la espalda.

Luego le tocaba a Dumbledore. También él proyectó un nueve, y la multitud vitoreó más fuerte que antes.

Ludo Bagman: un diez.

—¿Un diez? —preguntó Harry extrañado—. ¿Y la herida? ¿Por qué me pone un diez?

—¡No te quejes, Harry! —exclamó Ron emocionado.

Y entonces Karkarov levantó la varita. Se detuvo un momento, y luego proyectó en el aire otro número: un cuatro.

—¿Qué? —chilló Ron furioso—. ¿Un cuatro? ¡Cerdo partidista y piojoso, a Krum le diste un diez!

Pero a Harry no le importaba. No le hubiera importado aunque Karkarov le hubiera dado un cero. Para él, la indignación de Ron a su favor valía más que un centenar de puntos. No se lo dijo a Ron, claro, pero al volverse para abandonar el cercado no cabía en sí de felicidad. Y no solamente a causa de Ron: los de Gryffindor no eran los únicos que vitoreaban entre la multitud. A la hora de la verdad, cuando vieron a lo que se enfrentaba, la mayoría del colegio había estado de su parte, tanto como de la de Cedric. En cuanto a los de Slytherin, le daba igual: ya se sentía con fuerza para enfrentarse a ellos.

—¡Estáis empatados en el primer puesto, Harry! ¡Krum y tú! —le dijo Charlie Weasley, precipitándose a su encuentro cuando volvían para el colegio—. Me voy corriendo. Tengo que llegar para enviarle una lechuza a mamá; le prometí que le contaría lo que había sucedido. ¡Pero es que ha sido increíble! Ah, sí... me ordenaron que te dijera que tienes que esperar unos minutos. Bagman os quiere decir algo en la tienda de los campeones.

Ron dijo que lo esperaría, de forma que Harry volvió a entrar en la tienda, que esta vez le pareció completamente distinta: acogedora y agradable. Recordó cómo se había sentido esquivando al colacuerno y lo comparó a la larga espera antes de salir... No había comparación posible: la espera había sido infinitamente peor.

Fleur, Cedric y Krum entraron juntos.

Cedric tenía un lado de la cara cubierto de una pasta espesa de color naranja, que presumiblemente le estaba curando la quemadura. Al verlo, sonrió y le dijo:

—¡Lo has hecho muy bien, Harry!

—Y tú —dijo Harry, devolviéndole la sonrisa.

—¡Muy bien todos! —dijo Ludo Bagman, entrando en la tienda con su andar saltarín y tan encantado como si él mismo hubiera burlado a un dragón—. Ahora, sólo unas palabras. Tenéis un buen período de descanso antes de la segunda prueba, que tendrá lugar a las nueve y media de la mañana del veinticuatro de febrero. ¡Pero mientras tanto os vamos a dar algo en que pensar! Si os fijáis en los huevos que estáis sujetando, veréis que se pueden abrir... ¿Veis las bisagras? Tenéis que resolver el enigma que contiene el huevo porque os indicará en qué consiste la segunda prueba, y de esa forma podréis prepararos para ella. ¿Está claro?, ¿seguro? ¡Bien, entonces podéis iros!

Harry salió de la tienda, se juntó con Ron y se encaminaron al castillo por el borde del bosque, hablando sin parar. Harry quería que le contara con más detalle qué era lo que habían hecho los otros campeones. Luego, al rodear el grupo de árboles detrás del cual Harry había oído por primera vez rugir a los dragones, una bruja apareció de pronto a su espalda.

Era Rita Skeeter. Aquel día llevaba una túnica de color verde amarillento, del mismo tono que la pluma a vuelapluma que tenía en la mano.

—¡Enhorabuena, Harry! —lo felicitó—. Me pregunto si podrías concederme unas palabras. ¿Cómo te sentiste al enfrentarte al dragón? ¿Te ha parecido correcta la puntuación que te han dado?

—No, sólo puedo concederle una palabra —replicó Harry de malas maneras—: ¡adiós!

Y continuó el camino hacia el castillo, al lado de Ron.

21

El Frente de Liberación de los *Elfos* Domésticos

Harry, Ron y Hermione fueron aquella noche a buscar a *Pigwidgeon* a la lechucería para que Harry le pudiera enviar una carta a Sirius diciéndole que había logrado burlar al dragón sin recibir ningún daño. Por el camino, Harry puso a Ron al corriente de todo lo que Sirius le había dicho sobre Karkarov. Aunque al principio Ron se mostró impresionado al oír que Karkarov había sido un mortífago, para cuando entraban en la lechucería se extrañaba de que no lo hubieran sospechado desde el principio.

—Todo encaja, ¿no? —dijo—. ¿No os acordáis de lo que dijo Malfoy en el tren de que su padre y Karkarov eran amigos? Ahora ya sabemos dónde se conocieron. Seguramente en los Mundiales iban los dos juntitos y bien enmascarados... Pero te diré una cosa, Harry: si fue Karkarov el que puso tu nombre en el cáliz, ahora mismo debe de sentirse como un idiota, ¿a que sí? No le ha funcionado, ¿verdad? ¡Sólo recibiste un rasguño! Ven acá, yo lo haré.

Pigwidgeon estaba tan emocionado con la idea del reparto, que daba vueltas y más vueltas alrededor de Harry, ululando sin parar. Ron lo atrapó en el aire y lo sujetó mientras Harry le ataba la carta a la patita.

—No es posible que el resto de las pruebas sean tan peligrosas como ésta... ¿Cómo podrían serlo? —siguió Ron, acercando a *Pigwidgeon* a la ventana—. ¿Sabes qué? Creo que podrías ganar el Torneo, Harry, te lo digo en serio.

Harry sabía que Ron sólo se lo decía para compensar de alguna manera su comportamiento de las últimas semanas, pero se lo agradecía de todas formas. Hermione, sin embargo, se apoyó contra el muro de la lechucería, cruzó los brazos y miró a Ron con el entrecejo fruncido.

—A Harry le queda mucho por andar antes de que termine el Torneo —declaró muy seria—. Si esto ha sido la primera prueba, no me atrevo a pensar qué puede venir después.

—Eres la esperanza personificada, Hermione —le reprochó Ron—. Parece que te hayas puesto de acuerdo con la profesora Trelawney.

Arrojó al mochuelo por la ventana. *Pigwidgeon* cayó cuatro metros en picado antes de lograr remontar el vuelo. La carta que llevaba atada a la pata era mucho más grande y pesada de lo habitual: Harry no había podido vencer la tentación de hacerle a Sirius un relato pormenorizado de cómo había burlado y esquivado al colacuerno volando en torno a él.

Contemplaron cómo desaparecía *Pigwidgeon* en la oscuridad, y luego dijo Ron:

—Bueno, será mejor que bajemos para tu fiesta sorpresa, Harry. A estas alturas, Fred y George ya habrán robado suficiente comida de las cocinas del castillo.

Por supuesto, cuando entraron en la sala común de Gryffindor todos prorrumpieron una vez más en gritos y vítores. Había montones de pasteles y de botellas grandes de zumo de calabaza y cerveza de mantequilla en cada mesa. Lee Jordan había encendido algunas bengalas fabulosas del doctor Filibuster, que no necesitaban fuego porque prendían con la humedad, así que el aire estaba cargado de chispas y estrellitas. Dean Thomas, que era muy bueno en dibujo, había colgado unos estandartes nuevos impresionantes, la mayoría de los cuales representaban a Harry volando en torno a la cabeza del colacuerno con su Saeta de Fuego, aunque un par de ellos mostraban a Cedric con la cabeza en llamas.

Harry se sirvió comida (casi había olvidado lo que era sentirse de verdad hambriento) y se sentó con Ron y Hermione. No podía concebir tanta felicidad: tenía de nuevo a Ron de su parte, había pasado la primera prueba y no tendría que afrontar la segunda hasta tres meses después.

—¡Jo, cómo pesa! —dijo Lee Jordan cogiendo el huevo de oro, que Harry había dejado en una mesa, y sopesándolo en una mano—. ¡Vamos, Harry, ábrelo! ¡A ver lo que hay dentro!

—Se supone que tiene que resolver la pista por sí mismo —objetó Hermione—. Son las reglas del Torneo...

—También se suponía que tenía que averiguar por mí mismo cómo burlar al dragón —susurró Harry para que sólo Hermione pudiera oírlo, y ella sonrió sintiéndose un poco culpable.

—¡Sí, vamos, Harry, ábrelo! —repitieron varios.

Lee le pasó el huevo a Harry, que hundió las uñas en la ranura y apalancó para abrirlo.

Estaba hueco y completamente vacío. Pero, en cuanto Harry lo abrió, el más horrible de los ruidos, una especie de lamento chirriante y estrepitoso, llenó la sala. Lo más parecido a aquello que Harry había oído había sido la orquesta fantasma en la fiesta de cumpleaños de muerte de Nick Casi Decapitado, cuyos componentes tocaban sierras musicales.

—¡Ciérralo! —gritó Fred, tapándose los oídos con las manos.

—¿Qué era eso? —preguntó Seamus Finnigan, observando el huevo cuando Harry volvió a cerrarlo—. Sonaba como una banshee. ¡A lo mejor te hacen burlar a una de ellas, Harry!

—¡Era como alguien a quien estuvieran torturando! —opinó Neville, que se había puesto muy blanco y había dejado caer los hojaldres rellenos de salchicha—. ¡Vas a tener que luchar contra la maldición *cruciatus*!

—No seas tonto, Neville, eso es ilegal —observó George—. Nunca utilizarían la maldición *cruciatus* contra los campeones. Yo creo que se parecía más bien a Percy cantando... A lo mejor tienes que atacarlo cuando esté en la ducha, Harry.

—¿Quieres un trozo de tarta de mermelada, Hermione? —le ofreció Fred.

Hermione miró con desconfianza la fuente que él le ofrecía. Fred sonrió.

—No te preocupes, no le he hecho nada —le aseguró—. Con las que hay que tener cuidado es con las galletas de crema.

Neville, que precisamente acababa de probar una de esas galletas, se atragantó y la escupió. Fred se rió.

—Sólo es una broma inocente, Neville...

Hermione se sirvió un trozo de tarta de mermelada y preguntó:

—¿Has cogido todo esto de las cocinas, Fred?

—Ajá —contestó Fred muy sonriente. Adoptó un tono muy agudo para imitar la voz de un elfo—: «¡Cualquier cosa que podamos darle, señor, absolutamente cualquier cosa!» Son la mar de atentos... Si les digo que tengo un poquito de hambre son capaces de ofrecerme un buey asado.

—¿Cómo te las arreglas para entrar? —preguntó Hermione, con un tono de voz inocentemente indiferente.

—Es bastante fácil —dijo Fred—. Hay una puerta oculta detrás de un cuadro con un frutero. Cuando uno le hace cosquillas a la pera, se ríe y... —Se

detuvo y la miró con recelo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —contestó rápidamente Hermione.

—¿Vas a intentar ahora llevar a los elfos a la huelga? —inquirió George—. ¿Vas a dejar todo eso de la propaganda y sembrar el germen de la revolución?

Algunos se rieron alegremente, pero Hermione no contestó.

—¡No vayas a enfadarlos diciéndoles que tienen que liberarse y cobrar salarios! —le advirtió Fred—. ¡Los distraerás de su trabajo en la cocina!

El que los distrajo en aquel momento fue Neville al convertirse en un canario grande.

—¡Ah, lo siento, Neville! —gritó Fred, por encima de las carcajadas—. Se me había olvidado. Es la galleta de crema que hemos embrujado.

Un minuto después las plumas de Neville empezaron a desprenderse, y, una vez que se hubieron caído todas, su aspecto volvió a ser el de siempre. Hasta él se rió.

—¡Son galletas de canarios! —explicó Fred con entusiasmo—. Las hemos inventado George y yo... Siete sickles cada una. ¡Son una ganga!

Era casi la una de la madrugada cuando por fin Harry subió al dormitorio acompañado de Ron, Neville, Seamus y Dean. Antes de cerrar las cortinas de su cama adoselada, Harry colocó la miniatura del col acuerno húngaro en la mesita de noche, donde el pequeño dragón bostezó, se acurrucó y cerró los ojos. En realidad, pensó Harry, echando las cortinas, Hagrid tenía algo de razón: los dragones no estaban tan mal...

El comienzo del mes de diciembre llevó a Hogwarts vientos y tormentas de aguanieve. Aunque el castillo siempre resultaba frío en invierno por las abundantes corrientes de aire, a Harry le alegraba encontrar las chimeneas encendidas y los gruesos muros cada vez que volvía del lago, donde el viento hacía cabecear el barco de Durmstrang e inflaba las velas negras contra la oscuridad del cielo. Imaginó que el carruaje de Beauxbatons también debía de resultar bastante frío. Notó que Hagrid mantenía los caballos de Madame Maxime bien provistos de su bebida preferida: whisky de malta sin rebajar. Los efluvios que emanaban del bebedero, situado en un rincón del potrero, bastaban para que la clase entera de Cuidado de Criaturas Mágicas se mareara. Esto resultaba inconveniente, dado que seguían cuidando de los horribles escregutos y necesitaban tener la cabeza despejada.

—No estoy seguro de si hibernan o no —dijo Hagrid a sus alumnos, que temblaban de frío, en la siguiente clase, en la huerta de las calabazas—. Lo que vamos a hacer es probar si les apetece echarse un sueñecito... Los

pondremos en estas cajas.

Sólo quedaban diez escregutos. Aparentemente, sus deseos de matarse se habían limitado a los de su especie. Para entonces tenían casi dos metros de largo. El grueso caparazón gris, las patas poderosas y rápidas, las colas explosivas, los aguijones y los aparatos succionadores se combinaban para hacer de los escregutos las criaturas más repulsivas que Harry hubiera visto nunca. Desalentada, la clase observó las enormes cajas que Harry acababa de llevarles, todas provistas de almohadas y mantas mullidas.

—Los meteremos dentro —explicó Hagrid—, les pondremos las tapas, y a ver qué sucede.

Pero no tardó en resultar evidente que los escregutos no hibernaban y que no se mostraban agradecidos de que los obligaran a meterse en cajas con almohadas y mantas, y los dejaran allí encerrados. Hagrid enseguida empezó a gritar: «¡No os asustéis, no os asustéis!», mientras los escregutos se desmadraban por el huerto de las calabazas tras dejarlo sembrado de los restos de las cajas, que ardían sin llama. La mayor parte de la clase (con Malfoy, Crabbe y Goyle a la cabeza) se había refugiado en la cabaña de Hagrid y se había atrincherado allí dentro. Harry, Ron y Hermione, sin embargo, estaban entre los que se habían quedado fuera para ayudar a Hagrid. Entre todos consiguieron sujetar y atar a nueve escregutos, aunque a costa de numerosas quemaduras y heridas. Al final no quedaba más que uno.

—¡No lo espantéis! —les gritó Hagrid a Harry y Ron, que le lanzaban chorros de chispas con las varitas. El escreguto avanzaba hacia ellos con aire amenazador, el aguijón levantado y temblando—. ¡Sólo hay que deslizarle una cuerda por el aguijón para que no les haga daño a los otros!

—¡Por nada del mundo querríamos que sufrieran ningún daño! —exclamó Ron con enojo mientras Harry y él retrocedían hacia la cabaña de Hagrid, defendiéndose del escreguto a base de chispas.

—Bien, bien, bien... esto parece divertido.

Rita Skeeter estaba apoyada en la valía del jardín de Hagrid, contemplando el alboroto. Aquel día llevaba una gruesa capa de color fucsia con cuello de piel púrpura y, colgado del brazo, el bolso de piel de cocodrilo.

Hagrid se lanzó sobre el escreguto que estaba acorralando a Harry y Ron, y lo aplastó contra el suelo. El animal disparó por la cola un chorro de fuego que estropeó las plantas de calabaza cercanas.

—¿Quién es usted? —le preguntó Hagrid a Rita Skeeter, mientras le pasaba al escreguto un lazo por el aguijón y lo apretaba.

—Rita Skeeter, reportera de *El Profeta* —contestó Rita con una sonrisa. Le brillaron los dientes de oro.

—Creía que Dumbledore le había dicho que ya no se le permitía entrar en Hogwarts —contestó ceñudo Hagrid, que se incorporó y empezó a arrastrar el

escreguto hacia sus compañeros.

Rita actuó como si no lo hubiera oído.

—¿Cómo se llaman esas fascinantes criaturas? —preguntó, acentuando aún más su sonrisa.

—Escregutos de cola explosiva —gruñó Hagrid.

—¿De verdad? —dijo Rita, llena de interés—. Nunca había oído hablar de ellos... ¿De dónde vienen?

Harry notó que, por encima de la enmarañada barba negra de Hagrid, la piel adquiría rápidamente un color rojo mate, y se le cayó el alma a los pies. ¿Dónde había conseguido Hagrid los escregutos?

Hermione, que parecía estar pensando lo mismo, se apresuró a intervenir.

—Son muy interesantes, ¿verdad? ¿Verdad, Harry?

—¿Qué? ¡Ah, sí...!, ¡ay!... muy interesantes —dijo Harry al recibir un pisotón.

—¡Ah, pero si estás aquí, Harry! —exclamó Rita Skeeter cuando lo vio—. Así que te gusta el Cuidado de Criaturas Mágicas, ¿eh? ¿Es una de tus asignaturas favoritas?

—Sí —declaró Harry con rotundidad. Hagrid le dirigió una sonrisa.

—Divinamente —dijo Rita—. Divinamente de verdad. ¿Lleva mucho dando clase? —le preguntó a Hagrid.

Harry notó que los ojos de ella pasaban de Dean (que tenía un feo corte en la mejilla) a Lavender (cuya túnica estaba chamuscada), a Seamus (que intentaba curarse varios dedos quemados) y luego a las ventanas de la cabaña, donde la mayor parte de la clase se apiñaba contra el cristal, esperando a que pasara el peligro.

—Éste es sólo mi segundo curso —contestó Hagrid.

—Divinamente... ¿Estaría usted dispuesto a concederme una entrevista? Podría compartir algo de su experiencia con las criaturas mágicas. *El Profeta* saca todos los miércoles una columna zoológica, como estoy segura de que sabrá. Podríamos hablar de estos... eh... «escorbutos de cola positiva».

—Escregutos de cola explosiva —la corrigió Hagrid—. Eh... sí, ¿por qué no?

A Harry aquello le dio muy mala espina, pero no había manera de decírselo a Hagrid sin que Rita Skeeter se diera cuenta, así que aguantó en silencio mientras Hagrid y Rita Skeeter acordaban verse en Las Tres Escobas esa misma semana para una larga entrevista. Luego sonó la campana en el castillo,

señalando el fin de la clase.

—¡Bueno, Harry, adiós! —lo saludó Rita Skeeter con alegría cuando él se iba con Ron y Hermione—. ¡Hasta el viernes por la noche, Hagrid!

—Le dará la vuelta a todo lo que diga Hagrid —dijo Harry en voz baja.

—Mientras no haya importado los escregutos ilegalmente o algo así... —agregó Hermione muy preocupada.

Se miraron entre sí. Ése era precisamente el tipo de cosas de las que Hagrid era perfectamente capaz.

—Hagrid ya ha dado antes muchos problemas, y Dumbledore no lo ha despedido nunca —dijo Ron en tono tranquilizador—. Lo peor que podría pasar sería que Hagrid tuviera que deshacerse de los escregutos. Perdón, ¿he dicho lo peor? Quería decir lo mejor.

Harry y Hermione se rieron y, algo más alegres, se fueron a comer.

Harry disfrutó mucho la clase de Adivinación de aquella tarde. Seguían con los mapas planetarios y las predicciones; pero, como Ron y él eran amigos de nuevo, la clase volvía a resultar muy divertida. La profesora Trelawney, que se había mostrado tan satisfecha de los dos cuando predecían sus horribles muertes, volvió a enfadarse de la risa tonta que les entró en medio de su explicación de las diversas maneras en que Plutón podía alterar la vida cotidiana.

—Me atrevo a pensar —dijo en su voz tenue que no ocultaba el evidente enfado— que algunos de los presentes —miró reveladoramente a Harry— se mostrarían menos frívolos si hubieran visto lo que he visto yo al mirar esta noche la bola de cristal. Estaba yo sentada cosiendo, cuando no pude contener el impulso de consultar la bola. Me levanté, me coloqué ante ella y sondeé en sus cristalinas profundidades... ¿Y a que no diríais lo que vi devolviéndome la mirada?

—¿Un murciélago con gafas? —dijo Ron en voz muy baja.

Harry hizo enormes esfuerzos para no reírse.

—La muerte, queridos míos.

Parvati y Lavender se taparon la boca con las manos, horrorizadas.

—Sí —dijo la profesora Trelawney—, viene acercándose cada vez más, describiendo círculos en lo alto como un buitre, bajando, cerniéndose sobre el castillo...

Miró con enojo a Harry, que bostezaba con descaro.

—Daría más miedo si no hubiera dicho lo mismo ochenta veces antes —comentó Harry, cuando por fin salieron al aire fresco de la escalera que había

bajo el aula de la profesora Trelawney—. Pero si me hubiera muerto cada vez que me lo ha pronosticado, sería a estas alturas un milagro médico.

—Serías un concentrado de fantasma —dijo Ron riéndose alegremente cuando se cruzaron con el Barón Sanguinario, que iba en el sentido opuesto, con una expresión siniestra en los ojos—. Al menos no nos han puesto deberes. Espero que la profesora Vector le haya puesto a Hermione un montón de trabajo. Me encanta no hacer nada mientras ella está...

Pero Hermione no fue a cenar, ni la encontraron en la biblioteca cuando fueron a buscarla. Dentro sólo estaba Viktor Krum. Ron merodeó un rato por las estanterías, observando a Krum y cuchicheando con Harry sobre si pedirle un autógrafo. Pero luego Ron se dio cuenta de que había al acecho seis o siete chicas en la estantería de al lado debatiendo exactamente lo mismo, y perdió todo interés en la idea.

—Pero ¿adónde habrá ido? —preguntó Ron mientras volvían con Harry a la torre de Gryffindor.

—Ni idea... «Tonterías.»

Apenas había empezado la Señora Gorda a despejar el paso, cuando las pisadas de alguien que se acercaba corriendo por detrás les anunciaron la llegada de Hermione.

—¡Harry! —llamó, jadeante, y patinó al intentar detenerse en seco (la Señora Gorda la observó con las cejas levantadas)—. Tienes que venir, Harry. Tienes que venir: es lo más sorprendente que puedas imaginar. Por favor...

Agarró a Harry del brazo e intentó arrastrarlo por el corredor.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—Ya lo verás cuando lleguemos. Ven, ven, rápido...

Harry miró a Ron, y él le devolvió la mirada, intrigado.

—Vale —aceptó Harry, que dio media vuelta para acompañar a Hermione.

Ron se apresuró para no quedarse atrás.

—¡Ah, no os preocupéis por mí! —les gritó bastante irritada la Señora Gorda—. ¡No es necesario que os disculpéis por haberme molestado! No me importa quedarme aquí, franqueando el paso hasta que volváis.

—Muchas gracias —contestó Ron por encima del hombro.

—¿Adónde vamos, Hermione? —preguntó Harry, después de que ella los hubo conducido por seis pisos y comenzaron a bajar la escalinata de mármol que daba al vestíbulo.

—¡Ya lo veréis, lo veréis dentro de un minuto! —dijo Hermione

emocionada.

Al final de la escalinata dobló a la izquierda y fue aprisa hacia la puerta por la que Cedric Diggory había entrado la noche en que el cáliz de fuego eligió su nombre y el de Harry. Harry nunca había estado allí. Él y Ron siguieron a Hermione por otro tramo de escaleras que, en lugar de dar a un sombrío pasaje subterráneo como el que llevaba a la mazmorra de Snape, desembocaba en un amplio corredor de piedra, brillantemente iluminado con antorchas y decorado con alegres pinturas, la mayoría bodegones.

—¡Ah, espera...! —exclamó Harry, a medio corredor—. Espera un minuto, Hermione.

—¿Qué? —Ella se volvió para mirarlo con expresión impaciente.

—Creo que ya sé de qué se trata —dijo Harry.

Le dio un codazo a Ron y señaló la pintura que había justo detrás de Hermione: representaba un gigantesco frutero de plata.

—¡Hermione! —dijo Ron cayendo en la cuenta—. ¡Nos quieres liar otra vez en ese rollo del pedo!

—¡No, no, no es verdad! —se apresuró a negar ella—. Y no se llama «pedo», Ron.

—¿Le has cambiado el nombre? —preguntó Ron, frunciendo el entrecejo—. ¿Qué somos ahora, el Frente de Liberación de los Elfos Domésticos? Yo no me voy a meter en las cocinas para intentar que dejen de trabajar, ni lo sueñes.

—¡No te pido nada de eso! —contestó Hermione un poco harta—. Acabo de venir a hablar con ellos y me he encontrado... ¡Ven, Harry, quiero que lo veas!

Cogiéndolo otra vez del brazo, tiró de él hasta la pintura del frutero gigante, alargó el índice y le hizo cosquillas a una enorme pera verde, que comenzó a retorcerse entre risitas, y de repente se convirtió en un gran pomo verde. Hermione lo accionó, abrió la puerta y empujó a Harry por la espalda, obligándolo a entrar.

Harry alcanzó a echar un rápido vistazo a una sala enorme con el techo muy alto, tan grande como el Gran Comedor que había encima, llena de montones de relucientes ollas de metal y sartenes colgadas a lo largo de los muros de piedra, y una gran chimenea de ladrillo al otro extremo, cuando algo pequeño se acercó a él corriendo desde el medio de la sala.

—¡Harry Potter, señor! —chilló—. ¡Harry Potter!

Un segundo después el elfo le dio un abrazo tan fuerte en el estómago que lo dejó sin aliento, y Harry temió que le partiera las costillas.

—¿Do... Dobby? —dijo, casi ahogado.

—¡Es Dobby, señor, es Dobby! —chilló una voz desde algún lugar cercano a su ombligo—. ¡Dobby ha esperado y esperado para ver a Harry Potter, señor, hasta que Harry Potter ha venido a verlo, señor!

Dobby lo soltó y retrocedió unos pasos, sonriéndole. Sus enormes ojos verdes, que tenían la forma de pelotas de tenis, rebosaban lágrimas de felicidad. Estaba casi igual a como Harry lo recordaba: la nariz en forma de lápiz, las orejas de murciélago, los dedos y pies largos... Lo único diferente era la ropa.

Cuando Dobby trabajaba para los Malfoy, vestía siempre la misma funda de almohadón vieja y sucia. Pero aquel día llevaba la combinación de prendas de vestir más extraña que Harry hubiera visto nunca. Al elegir él mismo la ropa había hecho un trabajo aún peor que los magos que habían ido a los Mundiales. De sombrero llevaba una cubretetera en la que había puesto un montón de insignias, y, sobre el pecho desnudo, una corbata con dibujos de herraduras; a ello se sumaba lo que parecían ser unos pantalones de fútbol de niño, y unos extraños calcetines. Harry reconoció uno de ellos como el calcetín negro que él mismo se había quitado, engañando al señor Malfoy para que se lo pasara a Dobby, con lo cual le había concedido involuntariamente la libertad. El otro era de rayas de color rosa y naranja.

—¿Qué haces aquí, Dobby? —dijo Harry sorprendido.

—¡Dobby ha venido para trabajar en Hogwarts, señor! —chilló Dobby emocionado—. El profesor Dumbledore les ha dado trabajo a Winky y Dobby, señor.

—¿Winky? —se asombró Harry—. ¿Es que también está aquí?

—¡Sí, señor, sí! —Dobby agarró a Harry de la mano y tiró de él entre las cuatro largas mesas de madera que había allí. Cada una de las mesas, según notó Harry al pasar por entre ellas, estaba colocada exactamente bajo una de las cuatro que había arriba, en el Gran Comedor. En aquel momento se hallaban vacías porque la cena había acabado, pero se imaginó que una hora antes habrían estado repletas de platos que luego se enviarían a través del techo a sus correspondientes del piso de arriba.

En la cocina había al menos cien pequeños elfos, que se inclinaban sonrientes cuando Harry, arrastrado por Dobby, pasaba entre ellos. Todos llevaban el mismo uniforme: un paño de cocina estampado con el blasón de Hogwarts y atado a modo de toga, como había visto que hacía Winky.

Dobby se detuvo ante la chimenea de ladrillo.

—¡Winky, señor! —anunció.

Winky estaba sentada en un taburete al lado del fuego. A diferencia de Dobby, ella no había andado apropiándose de ropa. Llevaba una faldita elegante y una blusa con un sombrero azul a juego que tenía agujeros para las orejas. Sin embargo, mientras que todas las prendas del extraño atuendo de Dobby se hallaban tan limpias y bien cuidadas que parecían completamente

nuevas, Winky no parecía dar ninguna importancia a su ropa: tenía manchas de sopa por toda la pechera de la blusa y una quemadura en la falda.

—Hola, Winky —saludó Harry.

A Winky le tembló el labio. Luego rompió a llorar, y las lágrimas se derramaron desde sus grandes ojos castaños y le cayeron a la blusa, como en los Mundiales de quidditch.

—¡Ah, por Dios! —dijo Hermione. Ella y Ron habían seguido a Harry y Dobby hasta el otro extremo de la cocina—. Winky, no llores, por favor, no...

Pero Winky lloró aún con más fuerza. Por su parte, Dobby le sonrió a Harry.

—¿Le apetecería a Harry Potter una taza de té? —chilló bien alto, por encima de los sollozos de Winky.

—Eh... bueno —aceptó Harry.

Al instante, unos seis elfos domésticos llegaron al trote por detrás, llevando una bandeja grande de plata cargada con una tetera, tazas para Harry, Ron y Hermione, una lecherita y un plato lleno de pastas.

—¡Qué buen servicio! —dijo Ron impresionado.

Hermione lo miró con el entrecejo fruncido, pero los elfos parecían encantados. Hicieron una profunda reverencia y se retiraron.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Dobby? —preguntó Harry, mientras Dobby servía el té.

—¡Sólo una semana, Harry Potter, señor! —contestó Dobby muy contento—. Dobby vino para ver al profesor Dumbledore, señor. ¿Sabe, señor?, a un elfo doméstico que ha sido despedido le resulta muy difícil conseguir un nuevo puesto de trabajo.

Al decir esto, Winky redobló la fuerza de sus sollozos. La nariz, que era parecida a un tomate aplastado, le goteaba sobre la blusa, y ella no hacía nada para impedirlo.

—¡Dobby ha viajado por todo el país durante dos años intentando encontrar trabajo, señor! —chilló Dobby—. ¡Pero Dobby no ha encontrado trabajo, señor, porque Dobby quiere que le paguen!

Los elfos domésticos que había por la cocina, que escuchaban y observaban con interés, apartaron la mirada al oír aquellas palabras, como si Dobby hubiera dicho algo grosero y vergonzoso.

Hermione, por el contrario, le dijo:

—¡Me parece muy bien, Dobby!

—¡Gracias, señorita! —respondió Dobby, enseñándole los dientes al sonreír—. Pero la mayor parte de los magos no quieren un elfo doméstico que exige que le paguen, señorita. «¡Pues vaya un elfo doméstico!», dicen, y me dan un portazo. A Dobby le gusta trabajar, pero quiere llevar ropa y quiere que le paguen, Harry Potter... ¡A Dobby le gusta ser libre!

Los elfos domésticos de Hogwarts se alejaban de Dobby poco a poco, como si sufriera una enfermedad contagiosa. Winky se quedó donde estaba, aunque se puso a llorar aún con más fuerza.

—¡Y después, Harry Potter, Dobby va a ver a Winky y se entera de que Winky también ha sido liberada! —dijo Dobby contento.

Al oír esto, Winky se levantó de golpe del taburete y, echándose boca abajo sobre el suelo de losas de piedra, se puso a golpearlo con sus diminutos puños mientras lloraba con verdadero dolor. Hermione se apresuró a dejarse caer de rodillas a su lado, e intentó consolarla, pero nada de lo que decía tenía ningún efecto.

Dobby prosiguió su historia chillando por encima del llanto de Winky.

—¡Y entonces se le ocurrió a Dobby, Harry Potter, señor! «¿Por qué Dobby y Winky no buscan trabajo juntos?», dice Dobby. «¿Dónde hay bastante trabajo para dos elfos domésticos?», pregunta Winky. Y Dobby piensa, ¡y cae en la cuenta, señor! ¡Hogwarts! Así que Dobby y Winky vinieron a ver al profesor Dumbledore, señor, ¡y el profesor Dumbledore los contrató!

Dobby sonrió muy contento, y de los ojos volvieron a brotarle lágrimas de felicidad.

—¡Y el profesor Dumbledore dice que pagará a Dobby, señor, si Dobby quiere que se le pague! ¡Y así Dobby es un elfo libre, señor, y Dobby recibe un galeón a la semana y libra un día al mes!

—¡Eso no es mucho! —dijo Hermione desde el suelo, por encima de los continuados llantos y puñetazos de Winky.

—El profesor Dumbledore le ofreció a Dobby diez galeones a la semana, y librar los fines de semana —explicó Dobby, estremeciéndose repentinamente, como si la posibilidad de tantas riquezas y tiempo libre lo aterrorizara—, pero Dobby regateó hacia abajo, señorita... A Dobby le gusta la libertad, señorita, pero no quiere demasiada, señorita. Prefiere trabajar.

—¿Y cuánto te paga a ti el profesor Dumbledore, Winky? —le preguntó Hermione con suavidad.

Si pensaba que aquella pregunta la alegraría, estaba completamente equivocada. Winky dejó de llorar, pero cuando se sentó miró a Hermione con sus enormes ojos castaños, con la cara empapada y una expresión de furia.

—¡Winky puede ser una elfina desgraciada, pero todavía no recibe paga! —chilló—. ¡Winky no ha caído tan bajo! ¡Winky se siente avergonzada de ser

libre! ¡Como debe ser!

—¿Avergonzada? —repitió Hermione sin comprender—. ¡Pero, vamos, Winky! ¡Es el señor Crouch el que debería avergonzarse, no tú! Tú no hiciste nada incorrecto. ¡Es él el que se portó contigo horriblemente!

Pero, al oír aquellas palabras, Winky se llevó las manos a los agujeros del sombrero y se aplastó las orejas para no oír nada, a la vez que chillaba:

—¡Usted no puede insultar a mi amo, señorita! ¡Usted no puede insultar al señor Crouch! ¡El señor Crouch es un buen mago, señorita! ¡El señor Crouch hizo bien en despedir a Winky, que es mala!

—A Winky le está costando adaptarse, Harry Potter —chilló Dobby en tono confidencial—. Winky se olvida de que ya no está ligada al señor Crouch. Ahora podría decir lo que piensa, pero no lo hará.

—Entonces, ¿los elfos domésticos no pueden decir lo que piensan sobre sus amos? —preguntó Harry.

—¡Oh, no, señor, no! —contestó Dobby, repentinamente serio—. Es parte de la esclavitud del elfo doméstico, señor. Guardamos sus secretos con nuestro silencio, señor. Nosotros sostenemos el honor familiar y nunca hablamos mal de ellos. Aunque el profesor Dumbledore le dijo a Dobby que él no le daba importancia a eso. El profesor Dumbledore dijo que somos libres para... para...

Dobby se puso nervioso de pronto, y le hizo a Harry una seña para que se acercara más. Harry se inclinó hacia él. Entonces Dobby le susurró:

—Dijo que somos libres para llamarlo... para llamarlo... vejete chiflado, si queremos, señor.

Dobby se rió con una risa nerviosa. Estaba asustado.

—Pero Dobby no quiere llamarlo así, Harry Potter —dijo, retomando el tono normal y sacudiendo la cabeza para hacer que sus orejas palmearan la una con la otra—. Dobby aprecia muchísimo al profesor Dumbledore, y estará orgulloso de guardarle sus secretos.

—Pero ¿ahora puedes decir lo que quieras sobre los Malfoy? —le preguntó Harry, sonriendo.

En los inmensos ojos de Dobby había una mirada de temor.

—Dobby... Dobby podría —dijo dudando. Encogió sus pequeños hombros—. Dobby podría decirle a Harry Potter que sus antiguos amos eran... eran... ¡magos tenebrosos!

Dobby se quedó quieto un momento, temblando, horrorizado de su propio atrevimiento. Luego corrió hasta la mesa más cercana y empezó a darse cabezazos contra ella, muy fuerte.

—¡Dobby es malo! ¡Dobby es malo! —chilló.

Harry agarró a Dobby por la parte de atrás de la corbata y tiró de él para separarlo de la mesa.

—Gracias, Harry Potter, gracias —dijo Dobby sin aliento, frotándose la cabeza.

—Sólo te hace falta un poco de práctica —repuso Harry.

—¡Práctica! —chilló Winky furiosa—. ¡Deberías avergonzarte de ti mismo, Dobby, decir eso de tus amos!

—¡Ellos ya no son mis amos, Winky! —replicó Dobby desafiante—. ¡A Dobby ya no le preocupa lo que piensen!

—¡Eres un mal elfo, Dobby! —gimió Winky, con lágrimas brotándole de los ojos—. ¡Pobre señor Crouch!, ¿cómo se las apañará sin Winky? ¡Me necesita, necesita mis cuidados! He cuidado de los Crouch toda mi vida, y mi madre lo hizo antes que yo, y mi abuela antes que ella... ¿Qué dirían si supieran que me han liberado? ¡Ah, el oprobio, la vergüenza! —Volvió a taparse la cara con la falda y siguió llorando.

—Winky —le dijo Hermione con firmeza—, estoy completamente segura de que el señor Crouch se las apaña bien sin ti. Lo hemos visto, ¿sabes?

—¿Han visto a mi amo? —exclamó Winky sin aliento, alzando la cara llena de lágrimas y mirándola con ojos como platos—. ¿Lo ha visto usted aquí, en Hogwarts?

—Sí —repuso Hermione—. Él y el señor Bagman son jueces en el Torneo de los tres magos.

—¿También viene el señor Bagman? —chilló Winky.

Para sorpresa de Harry (y también de Ron y Hermione, por la expresión de sus caras), Winky volvió a indignarse.

—¡El señor Bagman es un mago malo!, ¡un mago muy malo! ¡A mi amo no le gusta, no, nada en absoluto!

—¿Bagman malo? —se extrañó Harry.

—¡Ay, sí! —dijo Winky, afirmando enérgicamente con la cabeza—. ¡Mi amo le contó a Winky algunas cosas! Pero Winky no lo dice... Winky guarda los secretos de su amo... —Volvió a deshacerse en lágrimas, y la oyeron murmurar entre sollozos, con la cabeza otra vez escondida en la falda—: ¡Pobre amo, pobre amo!, ¡ya no tiene a Winky para que lo ayude!

Como fue imposible sacarle a Winky otra palabra sensata, la dejaron llorar y se acabaron el té mientras Dobby les hablaba alegremente sobre su vida como elfo libre y los planes que tenía para su dinero.

—¡Dobby va a comprarse un jersey, Harry Potter! —explicó muy contento, señalándose el pecho desnudo.

—¿Sabes una cosa, Dobby? —le dijo Ron, que parecía haberle tomado aprecio—. Te daré el que me haga mi madre esta Navidad; siempre me regala uno. No te disgusta el color rojo, ¿verdad? —Dobby se emocionó—. Tendremos que encogerlo un poco para que te venga bien, pero combinará perfectamente con la cubretetera.

Cuando se disponían a irse, muchos de los elfos que había por allí se les acercaron a fin de ofrecerles cosas de picar para que las tomaran mientras subían la escalera. Hermione declinó, entristecida por la manera en que los elfos hacían reverencias, pero Harry y Ron se llenaron los bolsillos con empanadillas y pasteles.

—¡Muchísimas gracias! —les dijo Harry a los elfos, que se habían arracimado junto a la puerta para darles las buenas noches—. ¡Hasta luego, Dobby!

—Harry Potter... ¿puede Dobby ir a verlo alguna vez, señor? —preguntó el elfo con timidez.

—Por supuesto que sí —respondió Harry, y Dobby sonrió.

—¿Sabéis una cosa? —comentó Ron cuando Harry, Hermione y él habían dejado atrás las cocinas, y subían hacia el vestíbulo—. He estado todos estos años muy impresionado por la manera en que Fred y George robaban comida de las cocinas. Y, la verdad, no es que sea muy dificil, ¿no? ¡Arden en deseos de obsequiarlo a uno con ella!

—Creo que no podía haberles ocurrido nada mejor a esos elfos, ¿sabéis? —dijo Hermione, subiendo delante de ellos por la escalinata de mármol—. Me refiero a que Dobby viniera a trabajar aquí. Los otros elfos se darán cuenta de lo feliz que es siendo libre, ¡y poco a poco empezarán a desear lo mismo!

—Esperemos que no se fijen mucho en Winky —dijo Harry.

—Ella se animará —afirmó Hermione, aunque parecía un poco dudosa—. En cuanto se le haya pasado el susto y se haya acostumbrado a Hogwarts, se dará cuenta de que está mucho mejor sin ese señor Crouch.

—Parece que lo quiere mucho —apuntó Ron con la boca llena (acababa de empezar un pastel de crema).

—Sin embargo, no tiene muy buena opinión de Bagman, ¿verdad? —comentó Harry—. Me pregunto qué dirá el señor Crouch de él en su casa.

—Seguramente dice que no es un buen director de departamento —repuso Hermione—, y la verdad es que algo de razón sí que tiene, ¿no?

—Aun así preferiría trabajar para él que para Crouch —declaró Ron—. Al menos Bagman tiene sentido del humor.

—Que Percy no te oiga decir eso —le advirtió Hermione, sonriendo ligeramente.

—No, bueno, Percy no trabajaría para alguien que tuviera sentido del humor —dijo Ron, comenzando un relámpago de chocolate—. Percy no reconocería una broma aunque bailara desnuda delante de él llevando la cubretetera de Dobby.

22

Una prueba inesperada

—¡Potter!, ¡Weasley!, ¿queréis atender?

La irritada voz de la profesora McGonagall restalló como un látigo en la clase de Transformaciones del jueves, y tanto Harry como Ron se sobresaltaron.

La clase estaba acabando. Habían terminado el trabajo: las gallinas de Guinea que habían estado transformando en conejillos de Indias estaban guardadas en una jaula grande colocada sobre la mesa de la profesora McGonagall (el conejillo de Neville todavía tenía plumas), y habían copiado de la pizarra el enunciado de sus deberes («Describe, poniendo varios ejemplos, en qué deben modificarse los encantamientos transformadores al llevar a cabo cambios en especies híbridas»). La campana iba a sonar de un momento a otro. Cuando Harry y Ron, que habían estado luchando con dos de las varitas de pega de Fred y George a modo de espadas, levantaron la vista, Ron sujetaba un loro de hojalata, y Harry, una merluza de goma.

—Ahora que Potter y Weasley tendrán la amabilidad de comportarse de acuerdo con su edad —dijo la profesora McGonagall dirigiéndoles a los dos una mirada de enfado cuando la cabeza de la merluza de Harry cayó al suelo (súbitamente cortada por el pico del loro de hojalata de Ron) —, tengo que deciros algo a todos vosotros.

»Se acerca el baile de Navidad: constituye una parte tradicional del Torneo de los tres magos y es al mismo tiempo una buena oportunidad para relacionarnos con nuestros invitados extranjeros. Al baile sólo irán los alumnos de cuarto en adelante, aunque si lo deseáis podéis invitar a un estudiante más joven...

Lavender Brown dejó escapar una risita estridente. Parvati Patil le dio un codazo en las costillas, haciendo un duro esfuerzo por no reírse también, y las dos miraron a Harry. La profesora McGonagall no les hizo caso, lo cual le pareció injusto a Harry, ya que a Ron y a él sí que los había regañado.

—Será obligatoria la túnica de gala —prosiguió la profesora McGonagall—. El baile tendrá lugar en el Gran Comedor, comenzará a las ocho en punto del día de Navidad y terminará a medianoche. Ahora bien... —La profesora McGonagall recorrió la clase muy despacio con la mirada—. El baile de Navidad es por supuesto una oportunidad para que todos echemos una cana al aire —dijo, en tono de desaprobación.

Lavender se rió más fuerte, poniéndose la mano en la boca para ahogar el sonido. Harry comprendió dónde estaba aquella vez lo divertido: la profesora McGonagall, que llevaba el pelo recogido en un moño muy apretado, no parecía haber echado nunca una cana al aire, en ningún sentido.

—Pero eso no quiere decir —prosiguió la profesora McGonagall— que vayamos a exigir menos del comportamiento que esperamos de los alumnos de Hogwarts. Me disgustaré muy seriamente si algún alumno de Gryffindor deja en mal lugar al colegio.

Sonó la campana, y se formó el habitual revuelo mientras recogían las cosas y se echaban las mochilas al hombro.

La profesora McGonagall llamó por encima del alboroto:

—Potter, por favor, quiero hablar contigo.

Dando por supuesto que aquello tenía algo que ver con su merluza de goma descabezada, Harry se acercó a la mesa de la profesora con expresión sombría.

La profesora McGonagall esperó a que se hubiera ido el resto de la clase, y luego le dijo:

—Potter, los campeones y sus parejas...

—¿Qué parejas? —preguntó Harry.

La profesora McGonagall lo miró recelosa, como si pensara que intentaba tomarle el pelo.

—Vuestras parejas para el baile de Navidad, Potter —dijo con frialdad—. Vuestras parejas de baile.

Harry sintió que se le encogían las tripas.

—¿Parejas de baile? —Notó cómo se ponía rojo—. Yo no bailo —se apresuró a decir.

—Sí, claro que bailas —replicó algo irritada la profesora McGonagall—.

Eso era lo que quería decirte. Es tradición que los campeones y sus parejas abran el baile.

Harry se imaginó de repente a sí mismo con sombrero de copa y frac, acompañado de alguna chica ataviada con el tipo de vestido con volantes que tía Petunia se ponía siempre para ir a las fiestas del jefe de tío Vernon.

—Yo no bailo —insistió.

—Es la tradición —declaró con firmeza la profesora McGonagall—. Tú eres campeón de Hogwarts, y harás lo que se espera de ti como representante del colegio. Así que encárgate de encontrar pareja, Potter.

—Pero... yo no...

—Ya me has oído, Potter —dijo la profesora McGonagall en un tono que no admitía réplicas.

Una semana antes, Harry habría pensado que encontrar una pareja de baile era pan comido comparado con enfrentarse a un colacuerno húngaro. Pero, habiendo ya pasado esto último, y teniendo que afrontar la perspectiva de pedirle a una chica que bailara con él, le parecía que era preferible volver a pasar por lo del colacuerno.

Harry nunca había visto que se apuntara tanta gente para pasar las Navidades en Hogwarts. Él siempre lo hacía, claro, porque la alternativa que le quedaba era regresar a Privet Drive, pero siempre había formado parte de una exigua minoría. Aquel año, en cambio, daba la impresión de que todos los alumnos de cuarto para arriba se iban a quedar, y todos parecían también obsesionados con el baile que se acercaba, sobre todo las chicas. Y era sorprendente descubrir de pronto cuántas chicas parecía haber en Hogwarts. Nunca se había dado cuenta de eso. Chicas que reían y cuchicheaban por los corredores del castillo, chicas que estallaban en risas cuando los chicos pasaban por su lado, chicas emocionadas que cambiaban impresiones sobre lo que llevarían la noche de Navidad...

—¿Por qué van siempre en grupo? —se quejó Harry tras cruzarse con una docena aproximada de chicas que se reían y lo miraban—. ¿Cómo se supone que tiene que hacer uno para pedirle algo a una sola?

—¿Quieres echarle el lazo a una? —dijo Ron—. ¿Tienes alguna idea de con cuál lo vas a intentar?

Harry no respondió. Tenía muy claro a quién le hubiera gustado pedírselo, pero no conseguiría reunir el valor... Cho le llevaba un año, era preciosa, jugaba maravillosamente al quidditch y tenía mucho éxito entre la gente.

Ron parecía comprender qué era lo que le pasaba a Harry por la cabeza.

—Mira, no vas a tener ningún problema. Eres un campeón. Acabas de burlar al colacuerno húngaro. Me apuesto a que harían cola para bailar contigo.

En atención a su amistad recientemente reanudada, Ron redujo al mínimo la amargura de su voz. Y, para sorpresa de Harry, resultó que Ron tenía razón.

Al día siguiente, una chica de Hufflepuff con el pelo rizado que iba a tercero y con la que Harry no había hablado jamás le pidió que fuera al baile con ella. Harry se quedó tan sorprendido que dijo que no antes de pararse a pensarlo. La chica se fue bastante dolida, y Harry tuvo que soportar durante toda la clase de Historia de la Magia las burlas de Dean, Seamus y Ron a propósito de ella. Al día siguiente se lo pidieron otras dos, una de segundo y (para horror de Harry) otra de quinto que daba la impresión de que podría pegarle si se negaba.

—Pero si está muy bien —le dijo Ron cuando paró de reírse.

—Me saca treinta centímetros —contestó Harry, aún desconcertado—. ¿Te imaginas cómo será intentar bailar con ella?

Recordaba las palabras de Hermione sobre Krum: «¡Sólo les gusta porque es famoso!» Harry dudaba mucho que alguna de aquellas chicas que le habían pedido ser su pareja hubieran querido ir con él al baile si no hubiera sido campeón de Hogwarts. Luego se preguntó si eso le molestaría en caso de que se lo pidiera Cho.

En conjunto, Harry tenía que admitir que, incluso con la embarazosa perspectiva de tener que abrir el baile, su vida había mejorado mucho después de superar la primera prueba. Ya no le decían todas aquellas cosas tan desagradables por los corredores, y sospechaba que Cedric podía haber tenido algo que ver: tal vez hubiera dicho a sus compañeros de Hufflepuff que lo dejaran en paz, en agradecimiento a la advertencia de Harry. También parecía haber por todas partes menos insignias de «Apoya a CEDRIC DIGGORY». Por supuesto, Draco Malfoy seguía recitándole algún pasaje del artículo de Rita Skeeter a la menor oportunidad, pero cosechaba cada vez menos risas por ello. Y, como para no enturbiar la felicidad de Harry, en *El Profeta* no había aparecido ninguna historia sobre Hagrid.

—No parecía muy interesada en criaturas mágicas, en realidad —les contó Hagrid durante la última clase del trimestre, cuando Harry, Ron y Hermione le preguntaron cómo le había ido en la entrevista con Rita Skeeter.

Para alivio de ellos, Hagrid abandonó la idea del contacto directo con los escregutos, y aquel día se guarecieron simplemente tras la cabaña y se sentaron a una mesa de caballetes a preparar una selección de comida fresca con la que tentarlos.

—Sólo quería hablar de ti, Harry —continuó Hagrid en voz baja—. Bueno, yo le dije que somos amigos desde que fui a buscarte a casa de los Dursley. «¿Nunca ha tenido que regañarlo en cuatro años?», me preguntó. «¿Nunca le ha dado guerra en clase?» Yo le dije que no, y a ella no le hizo ninguna gracia.

Creo que quería que le dijera que eres horrible, Harry.

—Claro que sí —corroboró Harry, echando unos cuantos trozos de hígado de dragón en una fuente de metal, y cogiendo el cuchillo para cortar un poco más—. No puede seguir pintándome como un héroe trágico, porque se hartarían.

—Ahora quiere un nuevo punto de vista, Hagrid —opinó Ron, mientras cascaba huevos de salamandra—. ¡Tendrías que haberle dicho que Harry era un criminal demente!

—¡Pero no lo es! —dijo Hagrid, realmente sorprendido.

—Debería haber ido a hablar con Snape —comentó Harry en tono sombrío—. Le puede decir lo que quiere oír sobre mí en cualquier momento: «Potter no ha hecho otra cosa que traspasar límites desde que llegó a este colegio...»

—¿Ha dicho eso? —se asombró Hagrid, mientras Ron y Hermione se reían—. Bueno, habrás desobedecido alguna norma, Harry, pero en realidad eres bueno.

—Gracias, Hagrid —le dijo Harry sonriendo.

—¿Vas a ir al baile de Navidad, Hagrid? —quiso saber Ron.

—Creo que me daré una vuelta por allí, sí —contestó Hagrid con voz ronca—. Será una buena fiesta, supongo. Tú vas a abrir el baile, ¿no, Harry? ¿Con quién vas a bailar?

—Aún no tengo con quién —contestó Harry, sintiéndose enrojecer de nuevo.

Hagrid no insistió.

Cada día de la última semana del trimestre fue más bullicioso que el anterior. Por todas partes corrían los rumores sobre el baile de Navidad, aunque Harry no daba crédito ni a la mitad de ellos. Por ejemplo, decían que Dumbledore le había comprado a la señora Rosmerta ochocientos barriles de hidromiel con especias. Parecía ser verdad, sin embargo, lo de que había contratado a Las Brujas de Macbeth. Harry no sabía quiénes eran exactamente porque nunca había tenido una radio mágica; pero, viendo el entusiasmo de los que habían crecido escuchando la CM (los Cuarenta Magistrales), suponía que debían de ser un grupo musical muy famoso.

Algunos profesores, como el pequeño Flitwick, desistieron de intentar enseñarles gran cosa al ver que sus mentes estaban tan claramente situadas en otro lugar. En la clase del miércoles los dejó jugar, y él se pasó la mayor parte de la hora comentando con Harry lo perfecto que le había salido el encantamiento convocador que había usado en la primera prueba del Torneo de los tres magos. Otros profesores no fueron tan generosos. Nada apartaría al profesor Binns, por ejemplo, de avanzar pesadamente a través de sus apuntes

sobre las revueltas de los duendes. Dado que Binns no había permitido que su propia muerte alterara el programa, todos supusieron que una tontería como la Navidad no lo iba a distraer lo más mínimo. Era sorprendente cómo podía conseguir que incluso unos altercados sangrientos y fieros como las revueltas de los duendes sonaran igual de aburridos que el informe de Percy sobre los culos de los calderos. También McGonagall y Moody los hicieron trabajar hasta el último segundo de clase, y Snape antes hubiera adoptado a Harry que dejarlos jugar durante una lección. Con una mirada muy desagradable les informó de que dedicaría la última clase del trimestre a un examen sobre antídotos.

—Es un puñetero —dijo amargamente Ron aquella noche en la sala común de Gryffindor—. Colocarnos un examen el último día... Estropearnos el último cachito de trimestre con montones de cosas que repasar...

—Mmm... pero no veo que te estés agobiando mucho —replicó Hermione, mirándolo por encima de sus apuntes de Pociones.

Ron se entretenía levantando un castillo con los naipes explosivos, que era mucho más divertido que hacerlo con la baraja muggle porque el edificio entero podía estallar en cualquier momento.

—Es Navidad, Hermione —le recordó Harry. Estaba arrellanado en un butacón al lado de la chimenea, leyendo *Volando con los Cannons* por décima vez.

Hermione también lo miró a él con severidad.

—Creí que harías algo constructivo, Harry, aunque no quisieras estudiar los antídotos.

—¿Como qué? —inquirió Harry mientras observaba a Joey Jenkins, de los Cannons, lanzarle una bludger a un cazador de los Murciélagos de Ballycastle.

—¡Como pensar en ese huevo!

—Vamos, Hermione, tengo hasta el veinticuatro de febrero —le recordó Harry.

Había metido el huevo en el baúl del dormitorio y no lo había vuelto a abrir desde la fiesta que había seguido a la primera prueba. Después de todo, aún quedaban dos meses y medio hasta el día en que necesitaría saber qué significaba aquel gemido chirriante.

—¡Pero te podría llevar semanas averiguarlo! —objetó Hermione—. Y vas a quedar como un auténtico idiota si todos descifran la siguiente prueba menos tú.

—Déjalo en paz, Hermione. Se merece un descanso —dijo Ron. Y, al colocar en el techo del castillo las últimas dos cartas, el edificio entero estalló y le chamuscó las cejas.

—Muy guapo, Ron... Esas cejas te combinarán a la perfección con la túnica de gala.

Eran Fred y George. Se sentaron a la mesa con Ron y Hermione mientras aquél evaluaba los daños.

—Ron, ¿nos puedes prestar a *Pigwidgeon*? —le preguntó George.

—No, está entregando una carta —contestó Ron—. ¿Por qué?

—Porque George quiere que sea su pareja de baile —repuso Fred sarcásticamente.

—Pues porque queremos enviar una carta, so tonto —dijo George.

—¿A quién seguís escribiendo vosotros dos, eh? —preguntó Ron.

—Aparta las narices, Ron, si no quieres que se te chamusquen también —le advirtió Fred moviendo la varita con gesto amenazador—. Bueno... ¿ya tenéis todos pareja para el baile?

—No —respondió Ron.

—Pues mejor te das prisa, tío, o pillarán a todas las guapas —dijo Fred.

—¿Con quién vas tú? —quiso saber Ron.

—Con Angelina —contestó enseguida Fred, sin pizca de vergüenza.

—¿Qué? —exclamó Ron, sorprendido—. ¿Se lo has pedido ya?

—Buena pregunta —reconoció Fred. Volvió la cabeza y gritó—: ¡Eh, Angelina!

Angelina, que estaba charlando con Alicia Spinnet cerca del fuego, se volvió hacia él.

—¿Qué? —le preguntó.

—¿Quieres ser mi pareja de baile?

Angelina le dirigió a Fred una mirada evaluadora.

—Bueno, vale —aceptó, y se volvió para seguir hablando con Alicia, con una leve sonrisa en la cara.

—Ya lo veis —les dijo Fred a Harry y Ron—: pan comido. —Se puso en pie, bostezó y añadió—: Tendremos que usar una lechuza del colegio, George. Vamos...

En cuanto se fueron, Ron dejó de tocarse las cejas y miró a Harry por encima de los restos del castillo, que ardían sin llama.

—Tendríamos que hacer algo, ¿sabes? Pedírselo a alguien. Fred tiene razón: podemos acabar con un par de trols.

Hermione dejó escapar un bufido de indignación.

—¿Un par de qué, perdona?

—Bueno, ya sabes —dijo Ron, encogiéndose de hombros—. Preferiría ir solo que con... con Eloise Midgen, por ejemplo.

—Su acné está mucho mejor últimamente. ¡Y es muy simpática!

—Tiene la nariz torcida —objetó Ron.

—Ya veo —exclamó Hermione enfureciéndose—. Así que, básicamente, vas a intentar ir con la chica más guapa que puedas, aunque sea un espanto como persona.

—Eh... bueno, sí, eso suena bastante bien —dijo Ron.

—Me voy a la cama —espetó Hermione, y sin decir otra palabra salió para la escalera que llevaba al dormitorio de las chicas.

Deseosos de impresionar a los visitantes de Beauxbatons y Durmstrang, los de Hogwarts parecían determinados a engalanar el castillo lo mejor posible en Navidad. Cuando estuvo lista la decoración, Harry pensó que era la más sorprendente que había visto nunca en el castillo: a las barandillas de la escalinata de mármol les habían añadido carámbanos perennes; los acostumbrados doce árboles de Navidad del Gran Comedor estaban adornados con todo lo imaginable, desde luminosas bayas de acebo hasta búhos auténticos, dorados, que ululaban; y habían embrujado las armaduras para que entonaran villancicos cada vez que alguien pasaba por su lado. Era impresionante oír *Adeste, fideles*... cantado por un yelmo vacío que no sabía más que la mitad de la letra. En varias ocasiones, Filch, el conserje, tuvo que sacar a Peeves de dentro de las armaduras, donde se ocultaba para llenar los huecos de los villancicos con versos de su invención, siempre bastante groseros.

Y Harry aún no había invitado a Cho al baile. Él y Ron se estaban poniendo muy nerviosos aunque, como Harry observó, sin pareja. Ron no haría tanto el ridículo como él, porque se suponía que Harry tenía que abrir el baile con los demás campeones.

—Supongo que siempre quedará Myrtle *la Llorona* —comentó en tono lúgubre, refiriéndose al fantasma que habitaba en los servicios de las chicas del segundo piso.

—Tendremos que hacer de tripas corazón, Harry —le dijo Ron el viernes por la mañana, en un tono que sugería que se proponían asaltar una fortaleza

inexpugnable—. Antes de que volvamos esta noche a la sala común, tenemos que haber conseguido pareja, ¿vale?

—Eh... vale —asintió Harry.

Pero cada vez que vio a Cho aquel día (durante el recreo, y luego a la hora de la comida, y una vez más cuando iba a Historia de la Magia) estaba rodeada de amigas. ¿Es que no iba sola a ninguna parte? ¿Podría pillarla por sorpresa de camino a los servicios? Pero no: también a los servicios iba acompañada de una escolta de cuatro o cinco chicas. Aunque, si no se daba prisa, se adelantaría algún otro.

Le costó concentrarse en el examen de antídotos, y por eso se olvidó de añadir el ingrediente principal (un bezoar), por lo que Snape le puso un cero. Pero no le preocupó: estaba demasiado absorto reuniendo valor para lo que se disponía a hacer. Cuando sonó la campana, cogió la mochila y salió corriendo de la mazmorra.

—Nos vemos en la cena— les dijo a Ron y Hermione, y se abalanzó escaleras arriba.

Sólo tendría que preguntarle a Cho si podía hablar con ella, eso era todo... Se apresuró por los abarrotados corredores en su busca, y (antes incluso de lo que esperaba) la encontró saliendo de una clase de Defensa Contra las Artes Oscuras.

—Eh... Cho... ¿Podría hablar un momento contigo? Tendrían que prohibir las risas tontas, pensó Harry furioso cuando todas las chicas que estaban con Cho empezaron a reírse. Ella, sin embargo, no lo hizo.

—Claro —dijo, y lo siguió adonde no podían oírlos sus compañeras de clase.

Harry se volvió a mirarla y el estómago le dio una sacudida, como si bajando una escalera se hubiera saltado un escalón sin darse cuenta.

—Eh... —balbuceó.

No podía pedírselo. No podía. Pero tenía que hacerlo. Cho lo miraba, y parecía desconcertada. Se le trabó la lengua.

—¿Quieresveviralmailecombigo?

—¿Cómo? —dijo Cho.

—¿Que... querrías venir al baile conmigo? —le preguntó Harry. ¿Por qué tenía que ponerse rojo? ¿Por qué?

—¡Ah! —exclamó Cho, y se puso roja ella también—. ¡Ah, Harry, lo siento muchísimo! —Y parecía verdad—. Ya me he comprometido con otro.

—¡Ah! —dijo Harry.

Qué raro: un momento antes, las tripas se le retorcían como culebras; pero de repente parecía que las tripas se hubieran ido a otra parte.

—Bueno, no te preocupes —añadió.

—Lo siento muchísimo —repitió ella.

—No pasa nada —aseguró Harry.

Se quedaron mirándose, y luego dijo Cho:

—Bueno...

—Sí... —contestó Harry.

—Bueno, hasta luego —se despidió Cho, que seguía muy colorada.

Sin poder contenerse, Harry la llamó.

—¿Con quién vas?

—Con Cedric —dijo ella—. Con Cedric Diggory.

—Ah, bien —respondió Harry.

Y volvió a notar las tripas. Parecía como si durante su breve ausencia hubieran ido a llenarse de plomo.

Olvidándose por completo de la cena, volvió lentamente a la torre de Gryffindor, y la voz de Cho le retumbó en los oídos con cada paso que daba: «Con Cedric... Con Cedric Diggory.» Cedric había empezado a caerle bastante bien, y había estado dispuesto a olvidar que le hubiera ganado al quidditch, y que fuera guapo, y que lo quisiera todo el mundo, y que fuera el campeón favorito de casi todos. Pero en aquel momento comprendió que Cedric era un guapito inepto que no tenía bastante cerebro para llenar un dedal.

—«Luces de colores» —le dijo a la Señora Gorda con la voz apagada. Habían cambiado la contraseña el día anterior.

—¡Sí, cielo, por supuesto! —gorjeó ella, acomodándose su nueva cinta de oropel al tiempo que lo dejaba pasar.

Al entrar en la sala común, Harry miró a su alrededor y para sorpresa suya vio que Ron estaba sentado en un rincón alejado, pálido como un muerto. Ginny se hallaba sentada a su lado, hablando con él en voz muy baja.

—¿Qué pasa, Ron? —dijo Harry al llegar junto a ellos.

Ron lo miró con expresión de horror.

—¿Por qué lo hice? —exclamó con desesperación—. ¡No puedo entender por qué lo hice!

—¿El qué? —le preguntó Harry.

—Eh... simplemente le pidió a Fleur Delacour que fuera al baile con él —explicó Ginny, que parecía estar a punto de sonreír, pero se contuvo y le dio a Ron una palmada de apoyo moral en el brazo.

—¿Que tú qué? —dijo Harry.

—¡No puedo entender por qué lo hice! —repitió Ron—. ¿A qué he jugado? Había gente (estaba todo lleno) y me volví loco... ¡Con todo el mundo mirando! Simplemente la adelanté en el vestíbulo. Estaba hablando con Diggory. Y entonces me vino el impulso... ¡y se lo pedí!

Ron gimió y se tapó la cara con las manos. Siguió hablando, aunque apenas se entendía lo que decía.

—Me miró como si yo fuera una especie de holotúrido. Ni siquiera me respondió. Y luego... no sé... recuperé el sentido y eché a correr.

—Es en parte una veela —dijo Harry—. Tenías razón: su abuela era veela. No es culpa tuya. Estoy seguro de que llegaste cuando estaba desplegando todos sus encantos para atraer a Diggory, y te hicieron efecto a ti. Pero ella pierde el tiempo. Diggory va con Cho Chang.

Ron levantó la mirada.

—Le acabo de pedir que sea mi pareja —añadió Harry con voz apagada—, y me lo ha dicho.

De pronto, Ginny había dejado de sonreír.

—Esto es una estupidez —afirmó Ron—. Somos los únicos que quedamos sin pareja. Bueno, además de Neville. ¿A que no adivinas a quién se lo pidió él? ¡A Hermione!

—¿Qué? —exclamó Harry, completamente anonadado por aquella impactante noticia.

—¡Lo que oyes! —dijo Ron, y recobró parte del color al empezar a reírse—. ¡Me lo contó después de Pociones! Dijo que ella siempre ha sido muy buena con él, que siempre lo ha ayudado con el trabajo y todo eso... Pero ella le contestó que ya tenía pareja. ¡Ja! ¡Como si eso fuera posible! Lo que pasa es que no quería ir con Neville... Porque, claro, ¿quién sería capaz de ir con él?

—¡No digas eso! —dijo Ginny enfadada—. No te rías...

Justo en aquel momento entró Hermione por el hueco del retrato.

—¿Por qué no habéis ido a cenar? —les preguntó al acercarse a ellos.

—Porque... (ah, dejad de reíros) porque les han dado calabazas a los dos —explicó Ginny.

Eso les paralizó la risa.

—Muchas gracias, Ginny —murmuró Ron con amargura.

—¿Están pilladas todas las guapas, Ron? —le dijo Hermione con altivez—. ¿Qué, empieza a parecerte bonita Eloise Midgen? Bueno, no os preocupéis. Estoy segura de que en algún lugar encontraréis a alguien que quiera ir con vosotros.

Pero Ron estaba observando a Hermione como si de repente la viera bajo una luz nueva.

—Hermione, Neville tiene razón: tú eres una chica...

—¡Qué observador! —dijo ella ácidamente.

—¡Bueno, entonces puedes ir con uno de nosotros!

—No, lo siento —espetó Hermione.

—¡Oh, vamos! —insistió Ron—. Necesitamos una pareja: vamos a hacer el ridículo si no llevamos a nadie. Todo el mundo tiene ya pareja...

—No puedo ir con vosotros —repuso Hermione, ruborizándose—, porque ya tengo pareja.

—¡Vamos, no te quedes con nosotros! —dijo Ron—. ¡Le dijiste eso a Neville para librarte de él!

—¿Ah, sí? —replicó Hermione, y en sus ojos brilló una mirada peligrosa—. ¡Que tú hayas tardado tres años en notarlo, Ron, no quiere decir que nadie se haya dado cuenta de que soy una chica!

Ron la miró. Luego volvió a sonreír.

—Vale, vale, ya sabemos que eres una chica. ¿Y ahora quieres venir?

—¡Ya os lo he dicho! —exclamó Hermione muy enfadada—. ¡Tengo pareja!

Y volvió a salir como un huracán hacia el dormitorio de las chicas.

—Es mentira —afirmó Ron, viéndola irse.

—No, no lo es —dijo Ginny en voz baja.

—Entonces, ¿con quién va? —preguntó Ron bruscamente.

—Yo no os lo voy a decir. Eso es cosa de ella —contestó Ginny.

—Bueno —dijo Ron, que parecía extraordinariamente desconcertado—, esto es ridículo. Ginny, tú puedes ir con Harry, y yo...

—No puedo —lo cortó Ginny, y también se puso colorada—. Soy la pareja de... de Neville. Me lo pidió después de que Hermione le dijera que no, y yo pensé... bueno... si no es con él no voy a poder ir, porque aún no estoy en cuarto. —Parecía muy triste—. Creo que voy a bajar a cenar —concluyó. Se levantó y se fue por el hueco del retrato, con la cabeza gacha.

Ron miró a Harry.

—¿Qué mosca les ha picado? —preguntó.

Pero Harry acababa de ver entrar por el hueco del retrato a Parvati y Lavender. Había llegado el momento de emprender acciones drásticas.

—Espera aquí —le pidió a Ron. Se levantó, fue hacia Parvati y le preguntó:

—Parvati, ¿te gustaría ir al baile conmigo?

A Parvati le dio un ataque de risa. Harry esperó que se le pasara cruzando los dedos dentro del bolsillo de la túnica.

—Sí. Vale —contestó al final, poniéndose muy roja.

—Gracias —dijo Harry, aliviado—. Lavender... ¿quieres ir con Ron?

—Ella es la pareja de Seamus —respondió Parvati, y las dos se rieron más que antes.

Harry suspiró.

—¿Sabéis de alguien que pueda ir con Ron? —preguntó, bajando la voz para que Ron no pudiera oírlo.

—¿Qué tal Hermione Granger? —sugirió Parvati.

—Ya tiene pareja.

Parvati se sorprendió mucho.

—Oh... ¿quién es?

Harry se encogió de hombros.

—Ni idea —repuso—. ¿Qué me decís de Ron?

—Bueno... —dijo Parvati pensativamente—, tal vez mi hermana... Padma, ya sabes, de Ravenclaw. Si quieres se lo pregunto.

—Sí, te lo agradezco —respondió Harry—. Me lo dices, ¿vale?

Y volvió con Ron pensando que aquel baile daba más quebraderos de cabeza que otra cosa, y rogando con todas sus fuerzas que Padma Patil no tuviera la nariz torcida.

23

El baile de Navidad

A pesar del sinfín de deberes que les habían puesto a los de cuarto para Navidad, a Harry no le apetecía ponerse a trabajar al final del trimestre, y se pasó la primera semana de vacaciones disfrutando todo lo posible con sus compañeros. La torre de Gryffindor seguía casi tan llena como durante el trimestre, y parecía más pequeña, porque sus ocupantes armaban mucho más jaleo aquellos días. Fred y George habían cosechado un gran éxito con sus galletas de canarios, y durante los dos primeros días de vacaciones la gente iba dejando plumas por todas partes. No tuvo que pasar mucho tiempo, sin embargo, para que los de Gryffindor aprendieran a tratar con muchísima cautela cualquier cosa de comer que les ofrecieran los demás, por si había una galleta de canarios oculta, y George le confesó a Harry que estaban desarrollando un nuevo invento. Harry decidió no aceptar nunca de ellos ni una pipa de girasol. No se le olvidaba lo de Dudley y el caramelo *longuilinguo*.

En aquel momento nevaba copiosamente en el castillo y sus alrededores. El carruaje de Beauxbatons, de color azul claro, parecía una calabaza enorme, helada y cubierta de escarcha, junto a la cabaña de Hagrid, que a su lado era como una casita de chocolate con azúcar glasé por encima, en tanto que el barco de Durmstrang tenía las portillas heladas y los mástiles cubiertos de escarcha. Abajo, en las cocinas, los elfos domésticos se superaban a sí mismos con guisos calientes y sabrosos, y postres muy ricos. La única que encontraba algo de lo cual quejarse era Fleur Delacour.

—Toda esta comida de «Hogwag» es demasiado pesada —la oyeron decir una noche en que salían tras ella del Gran Comedor (Ron se ocultaba detrás de Harry, para que Fleur no lo viera)—. ¡No voy a «podeg lusig» la túnica!

—¡Ah, qué tragedia! —se burló Hermione cuando Fleur salía al vestíbulo—. Vaya ínfulas, ¿eh?

—¿Con quién vas a ir al baile, Hermione?

Ron le hacía aquella pregunta en los momentos más inesperados para ver si, al pillarla por sorpresa, conseguía que le contestara. Sin embargo, Hermione no hacía más que mirarlo con el entrecejo fruncido y responder:

—No te lo digo. Te reirías de mí.

—¿Bromeas, Weasley? —dijo Malfoy tras ellos—. ¡No me dirás que ha conseguido pareja para el baile! ¿La sangre sucia de los dientes largos?

Harry y Ron se dieron la vuelta bruscamente, pero Hermione saludó a alguien detrás de Malfoy:

—¡Hola, profesor Moody!

Malfoy palideció y retrocedió de un salto, buscándolo con la mirada, pero Moody estaba todavía sentado a la mesa de los profesores, terminándose el guiso.

—Eres un huroncito nervioso, ¿eh, Malfoy? —dijo Hermione mordazmente, y ella, Harry y Ron empezaron a subir por la escalinata de mármol riéndose con ganas.

—Hermione —exclamó de repente Ron, sorprendido—, tus dientes...

—¿Qué les pasa?

—Bueno, que son diferentes... Lo acabo de notar.

—Claro que lo son. ¿Esperabas que siguiera con los colmillos que me puso Malfoy?

—No, lo que quiero decir es que son diferentes de como eran antes de la maldición de Malfoy. Están rectos y... de tamaño normal.

Hermione les dirigió de repente una sonrisa maliciosa, y Harry también se dio cuenta: aquélla era una sonrisa muy distinta de la de antes.

—Bueno... cuando fui a que me los encogiera la señora Pomfrey, me puso delante un espejo y me pidió que dijera «ya» cuando hubieran vuelto a su tamaño anterior —explicó—, y simplemente la dejé que siguiera un poco. —Sonrió más aún—. A mis padres no les va a gustar. Llevo años intentando convencerlos de que me dejaran disminuirlos, pero se empeñaban en que siguiera con el aparato. Ya sabéis que son dentistas, y piensan que los dientes y la magia no deberían... ¡Mirad!, ¡ha vuelto *Pigwidgeon*!

El mochuelo de Ron, con un rollito de pergamino atado a la pata, gorjeaba como loco encima de la barandilla adornada con carámbanos. La gente que pasaba por allí lo señalaba y se reía, y unas chicas de tercero se pararon a observarlo.

—¡Ay, mira qué lechuza más chiquitita! ¿A que es preciosa?

—¡Estúpido cretino con plumas! —masculló Ron, corriendo por la escalera para atraparlo—. ¡Hay que llevarle las cartas directamente al destinatario, y sin exhibirse por ahí!

Pigwidgeon gorjeó de contento, sacando la cabeza del puño de Ron. Las chicas de tercero parecían asustadas.

—¡Marchaos por ahí! —les espetó Ron, moviendo el puño en el que tenía atrapado a *Pigwidgeon*, que ululaba más feliz que nunca cada vez que Ron lo balanceaba en el aire—. Ten, Harry —añadió Ron en voz baja, desprendiéndole de la pata la respuesta de Sirius, mientras las chicas de tercero se iban muy escandalizadas.

Harry se la guardó en el bolsillo, y se dieron prisa en subir a la torre de Gryffindor para leerla.

En la sala común todos estaban demasiado ocupados celebrando las vacaciones para fijarse en ellos. Harry, Ron y Hermione se sentaron lejos de todo el mundo, junto a una ventana oscura que se iba llenando poco a poco de nieve, y Harry leyó en voz alta:

Querido Harry:

Mi enhorabuena por haber superado la prueba del dragón. ¡El que metió tu nombre en el cáliz, quienquiera que fuera, no debe de estar nada satisfecho! Yo te iba a sugerir una maldición de conjuntivitis, ya que el punto más débil de los dragones son los ojos...

—Eso es lo que hizo Krum —susurró Hermione.

... pero lo que hiciste es todavía mejor: estoy impresionado.

Aun así, no te confíes, Harry. Sólo has superado una prueba. El que te hizo entrar en el Torneo tiene muchas más posibilidades de hacerte daño, si eso es lo que pretende. Ten los ojos abiertos (especialmente si está cerca ese del que hemos hablado), y procura no meterte en problemas.

Escríbeme. Sigo queriendo que me informes de cualquier cosa extraordinaria que ocurra.

Sirius

—Lo mismo que Moody —comentó Harry en voz baja, volviendo a meterse la carta dentro de la túnica—. «¡Alerta permanente!» Cualquiera pensaría que camino con los ojos cerrados, pegándome contra las paredes.

—Pero tiene razón, Harry —repuso Hermione—: todavía te quedan dos

pruebas. La verdad es que tendrías que echarle un vistazo a ese huevo y tratar de resolver el enigma que encierra.

—¡Para eso tiene siglos, Hermione! —espetó Ron—. ¿Una partida de ajedrez, Harry?

—Sí, vale —contestó Harry, que, al observar la expresión de Hermione, añadió—: Vamos, ¿cómo me iba a concentrar con todo este ruido? Creo que ni el huevo se oiría.

—Supongo que no —reconoció ella suspirando, y se sentó a ver la partida, que culminó con un emocionante jaque mate de Ron ejecutado con un par de temerarios peones y un alfil muy violento.

El día de Navidad, Harry tuvo un despertar muy sobresaltado. Levantó los párpados preguntándose qué era lo que lo había despertado, y vio unos ojos muy grandes, redondos y verdes que lo miraban desde la oscuridad, tan cerca que casi tocaban los suyos.

—¡Dobby! —gritó Harry, apartándose tan aprisa del elfo que casi se cae de la cama—. ¡No hagas eso!

—¡Dobby lo lamenta, señor! —chilló nervioso el elfo, que retrocedió de un salto y se tapó la boca con los largos dedos—. ¡Dobby sólo quería desearle a Harry Potter feliz Navidad y traerle un regalo, señor! ¡Harry Potter le dio permiso a Dobby para venir a verlo de vez en cuando, señor!

—Sí, muy bien —dijo Harry, con la respiración aún alterada, mientras el ritmo cardíaco recuperaba la normalidad—. Pero la próxima vez sacúdeme el hombro o algo así. No te inclines sobre mí de esa manera...

Harry descorrió las colgaduras de su cama adoselada, cogió las gafas que había dejado sobre la mesita de noche y se las puso. Su grito había despertado a Ron, Seamus, Dean y Neville, y todos espiaban a través de sus colgaduras con ojos de sueño y el pelo revuelto.

—¿Te ha atacado alguien, Harry? —preguntó Seamus medio dormido.

—¡No, sólo es Dobby! —susurró Harry—. Vuelve a dormir.

—¡Ah... los regalos! —dijo Seamus, viendo el montón de paquetes que tenía a los pies de la cama.

Ron, Dean y Neville decidieron que, ya que se habían despertado, podían aprovechar para abrir los regalos. Harry se volvió hacia Dobby, que seguía de pie junto a la cama, nervioso y todavía preocupado por el susto que le había dado a Harry. Llevaba una bola de Navidad atada a la punta de la cubretetera.

—¿Puede Dobby darle el regalo a Harry Potter? —preguntó con timidez.

—Claro que sí —contestó Harry—. Eh... yo también tengo algo para ti.

Era mentira. No había comprado nada para Dobby, pero abrió rápidamente el baúl y sacó un par de calcetines enrollados y llenos de bolitas. Eran los más viejos y feos que tenía, de color amarillo mostaza, y habían pertenecido a tío Vernon. La razón de que tuvieran tantas bolitas era que Harry los usaba desde hacia más de un año para proteger el chivatoscopio. Lo desenvolvió y le entregó los calcetines a Dobby, diciendo:

—Perdona, se me olvidó empaquetarlos.

Pero Dobby estaba emocionado.

—¡Los calcetines son lo que más le gusta a Dobby, señor! ¡Son sus prendas favoritas! —aseguró, quitándose los que llevaba, tan dispares, y poniéndose los de tío Vernon—. Ahora ya tengo siete, señor. Pero, señor... —dijo abriendo los ojos al máximo después de subirse los calcetines hasta las perneras del pantalón corto—, en la tienda se han equivocado, Harry Potter: ¡son del mismo color!

—¡Harry, cómo no te diste cuenta de eso! —intervino Ron, sonriendo desde su cama, que se hallaba ya cubierta de papeles de regalo—. Pero ¿sabes una cosa, Dobby? Mira, aquí tienes. Toma estos dos, y así podrás mezclarlos con los de Harry. Y aquí tienes el jersey.

Le entregó a Dobby un par de calcetines de color violeta que acababa de desenvolver, y el jersey tejido a mano que le había enviado su madre.

Dobby se sentía abrumado.

—¡El señor es muy gentil! —chilló con los ojos empañados en lágrimas y haciéndole a Ron una reverencia—. Dobby sabía que el señor tenía que ser un gran mago, siendo el mejor amigo de Harry Potter, pero no sabía que fuera además tan generoso de espíritu, tan noble, tan desprendido...

—Sólo son calcetines —repuso Ron, que se había ruborizado un tanto, aunque al mismo tiempo parecía bastante complacido—. ¡Ostras, Harry! —Acababa de abrir el regalo de Harry, un sombrero de los Chudley Cannons—. ¡Qué guay! —Se lo encasquetó en la cabeza, donde no combinaba nada bien con el color del pelo.

Dobby le entregó entonces un pequeño paquete a Harry, que resultó ser... un par de calcetines.

—¡Dobby los ha hecho él mismo, señor! —explicó el elfo muy contento—. ¡Ha comprado la lana con su sueldo, señor!

El calcetín izquierdo era rojo brillante con un dibujo de escobas voladoras; el derecho era verde con snitchs.

—Son... son realmente... Bueno, Dobby, muchas gracias —le dijo Harry poniéndoselos, con lo que Dobby estuvo a punto otra vez de derramar lágrimas de felicidad.

—Ahora Dobby tiene que irse, señor. ¡Ya estamos preparando la cena de Navidad! —anunció el elfo, y salió a toda prisa del dormitorio, diciendo adiós a los otros al pasar.

Los restantes regalos de Harry fueron mucho más satisfactorios que los extraños calcetines de Dobby, con la obvia excepción del regalo de los Dursley, que consistía en un pañuelo de papel con el que batían su propio récord de mezquindad. Harry supuso que aún se acordaban del caramelo *longuilinguo*. Hermione le había regalado un libro que se titulaba *Equipos de quidditch de Gran Bretaña e Irlanda*; Ron, una bolsa rebosante de bombas fétidas; Sirius, una práctica navaja con accesorios para abrir cualquier cerradura y deshacer todo tipo de nudos, y Hagrid, una caja bien grande de chucherías que incluían todos los favoritos de Harry: grageas multisabores de Bertie Bott, ranas de chocolate, chicle superhinchable y meigas fritas. Estaba también, por supuesto, el habitual paquete de la señora Weasley, que incluía un jersey nuevo (verde con el dibujo de un dragón: Harry supuso que Charlie le había contado todo lo del colacuerno) y un montón de pastelillos caseros de Navidad.

Harry y Ron encontraron a Hermione en la sala común y bajaron a desayunar juntos. Se pasaron casi toda la mañana en la torre de Gryffindor, disfrutando de los regalos, y luego bajaron al Gran Comedor para tomar un magnífico almuerzo que incluyó al menos cien pavos y budines de Navidad, junto con montones de petardos sorpresa.

Por la tarde salieron del castillo: la nieve se hallaba tal cual había caído, salvo por los caminos abiertos por los estudiantes de Durmstrang y Beauxbatons desde sus moradas al castillo. En lugar de participar en la pelea de bolas de nieve entre Harry y los Weasley, Hermione prefirió contemplarla, y a las cinco les anunció que volvía al castillo para prepararse para el baile.

—Pero ¿te hacen falta tres horas? —se extrañó Ron, mirándola sin comprender. Pagó su distracción recibiendo un bolazo de nieve arrojado por George que le pegó con fuerza en un lado de la cabeza—. ¿Con quién vas? —le gritó a Hermione cuando ya se iba; pero ella se limitó a hacer un gesto con la mano y entró en el castillo.

No había cena de Navidad porque el baile incluía un banquete, así que a las siete, cuando se hacía dificil acertar a alguien, dieron por terminada la batalla de bolas de nieve y volvieron a la sala común del castillo. La Señora Gorda estaba sentada en su cuadro, acompañada por su amiga Violeta, y las dos parecían estar algo piripis. En el suelo del cuadro había un montón de cajitas vacías de bombones de licor.

—¡«Cuces de lolores», eso es! —dijo la Señora Gorda con una risita tonta en respuesta a la contraseña, mientras les abría para que pasaran.

Harry, Ron, Seamus, Dean y Neville se pusieron la túnica de gala en el

dormitorio, todos un poco cohibidos, pero ninguno tanto como Ron, que se miraba en la luna del rincón con expresión de terror. Su túnica se parecía más a un vestido de mujer que a cualquier otro tipo de prenda, y la cosa no tenía remedio. En un desesperado intento de hacerla parecer más varonil, utilizó un encantamiento seccionador en el cuello y los puños. No funcionó mal del todo: al menos se había desprendido de las puntillas, aunque el trabajo no resultaba perfecto y los bordes se deshilachaban mientras bajaba la escalera.

—No me cabe en la cabeza que hayáis conseguido a las dos chicas más guapas del curso —susurró Dean.

—Magnetismo animal —replicó Ron de mal humor, tirándose de los hilos sueltos de los puños.

La sala común tenía un aspecto muy extraño, llena de gente vestida de diferentes colores en lugar del usual monocromatismo negro. Parvati aguardaba a Harry al pie de la escalera. Estaba realmente muy guapa, con su túnica de un rosa impactante, el pelo negro en una larga trenza entrelazada con oro y unas pulseras también de oro que le brillaban en las muñecas. Harry dio gracias de que no le hubiera entrado la risa tonta.

—Estás... guapa —dijo algo cohibido.

—Gracias —respondió ella—. Padma te espera en el vestíbulo —le indicó a Ron.

—Bien —contestó Ron, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está Hermione?

Parvati se encogió de hombros y le dijo a Harry:

—¿Quieres que bajemos?

—Vale —aceptó Harry, lamentando no poder quedarse en la sala común.

Fred le guiñó un ojo a Harry cuando éste pasó a su lado para salir por el hueco del retrato.

También el vestíbulo estaba abarrotado de estudiantes que se arremolinaban en espera de que dieran las ocho en punto, hora a la que se abrirían las puertas del Gran Comedor. Los que habían quedado con parejas pertenecientes a diferentes casas las buscaban entre la multitud. Parvati vio a su hermana Padma y la condujo hasta donde estaban Harry y Ron.

—Hola —saludó Padma, que estaba tan guapa como Parvati con su túnica de color azul turquesa brillante. No parecía demasiado entusiasmada con su pareja de baile. Lo miró de arriba abajo, y sus oscuros ojos se detuvieron en el cuello y los puños deshilachados de la túnica de gala de Ron.

—Hola —contestó Ron sin mirarla, pues seguía buscando entre la multitud—. ¡Oh, no...!

Se inclinó un poco para ocultarse detrás de Harry porque pasaba por allí

Fleur Delacour, imponente con su túnica de satén gris plateado y acompañada por Roger Davies, el capitán del equipo de quidditch de Ravenclaw. Cuando pasaron, Ron volvió a enderezarse y a mirar por encima de las cabezas de la multitud.

—¿Dónde estará Hermione? —repitió.

Llegaron unos cuantos de Slytherin subiendo la escalera desde su sala común, que era una de las mazmorras. Malfoy iba al frente. Llevaba una túnica negra de terciopelo con cuello alzado, y Harry pensó que le daba aspecto de cura. De su brazo iba Pansy Parkinson, con una túnica de color rosa pálido con muchos volantes. Tanto Crabbe como Goyle iban de verde: parecían cantos rodados cubiertos de musgo, y, como Harry se alegró de comprobar, ninguno de ellos había logrado encontrar pareja.

Se abrieron las puertas principales de roble, y todo el mundo se volvió para ver entrar a los alumnos de Durmstrang con el profesor Karkarov. Krum iba al frente del grupo, acompañado por una muchacha preciosa vestida con túnica azul a la que Harry no conocía. Por encima de las cabezas pudo ver que una parte de la explanada que había delante del castillo la habían transformado en una especie de gruta llena de luces de colores. En realidad eran cientos de pequeñas hadas: algunas posadas en los rosales que habían sido conjurados allí, y otras revoloteando sobre unas estatuas que parecían representar a Papá Noel con sus renos.

En ese momento los llamó la voz de la profesora McGonagall:

—¡Los campeones por aquí, por favor!

Sonriendo, Parvati se acomodó las pulseras. Ella y Harry se despidieron de Ron y Padma, y avanzaron. Sin dejar de hablar, la multitud se apartó para dejarlos pasar. La profesora McGonagall, que llevaba una túnica de tela escocesa roja y se había puesto una corona de cardos bastante fea alrededor del ala del sombrero, les pidió que esperaran a un lado de la puerta mientras pasaban todos los demás: ellos entrarían en procesión en el Gran Comedor cuando el resto de los alumnos estuviera sentado. Fleur Delacour y Roger Davies se pusieron al lado de las puertas: Davies parecía tan aturdido por la buena suerte de ser la pareja de Fleur que apenas podía quitarle los ojos de encima. Cedric y Cho estaban también junto a Harry, quien no los miró para no tener que hablar con ellos. Entonces volvió a mirar a la chica que acompañaba a Krum. Y se quedó con la boca abierta.

Era Hermione.

Pero estaba completamente distinta. Se había hecho algo en el pelo: ya no lo tenía enmarañado, sino liso y brillante, y lo llevaba recogido por detrás en un elegante moño. La túnica era de una tela añil vaporosa, y su porte no era el de siempre, o tal vez fuera simplemente la ausencia de la veintena de libros que solía cargar a la espalda. Ella también sonreía (con una sonrisa nerviosa, a decir verdad), pero la disminución del tamaño de sus incisivos era más evidente que nunca. Harry se preguntó cómo no se había dado cuenta antes.

—¡Hola, Harry! —saludó ella—. ¡Hola, Parvati!

Parvati le dirigió a Hermione una mirada de descortés incredulidad. Y no era la única: cuando se abrieron las puertas del Gran Comedor, el club de fans de la biblioteca pasó por su lado con aire ofendido, dirigiendo a Hermione miradas del más intenso odio. Pansy Parkinson la miró con la boca abierta al pasar con Malfoy, que ni siquiera fue capaz de encontrar un insulto con el que herirla. Ron, sin embargo, pasó por su lado sin mirarla.

Cuando todos se hubieron acomodado en el Gran Comedor, la profesora McGonagall les dijo que entraran detrás de ella, una pareja tras otra. Lo hicieron así, y todos cuantos estaban en el Gran Comedor los aplaudieron mientras cruzaban la entrada y se dirigían a una amplia mesa redonda situada en un extremo del salón, donde se hallaban sentados los miembros del tribunal.

Habían recubierto los muros del Gran Comedor de escarcha con destellos de plata, y cientos de guirnaldas de muérdago y hiedra cruzaban el techo negro lleno de estrellas. En lugar de las habituales mesas de las casas había un centenar de mesas más pequeñas, alumbradas con farolillos, cada una con capacidad para unas doce personas.

Mientras Harry se esforzaba en no tropezar, Parvati parecía hallarse en la gloria: sonreía a todo el mundo, y llevaba a Harry con tanta determinación que él se sentía como un perro de exhibición al que la dueña obligara a mostrar sus habilidades en un concurso. Al acercarse a la mesa vio a Ron y a Padma. Ron observaba pasar a Hermione con los ojos casi cerrados; Padma parecía estar de mal humor.

Dumbledore sonrió de contento cuando los campeones se acercaron a la mesa principal. La expresión de Karkarov, en cambio, recordaba más bien a la de Ron al ver acercarse a Krum y Hermione. Ludo Bagman, que aquella noche llevaba una túnica de color púrpura brillante con grandes estrellas amarillas, aplaudía con tanto entusiasmo como cualquiera de los alumnos. Y Madame Maxime, que había cambiado su habitual uniforme de satén negro por un vestido de seda suelto de color azul lavanda, aplaudía cortésmente. Pero faltaba el señor Crouch, como no tardó en notar Harry. El quinto asiento de la mesa estaba ocupado por Percy Weasley.

Cuando los campeones y sus parejas llegaron a la mesa, Percy retiró un poco la silla vacía que había a su lado, mirando a Harry. Éste entendió la indirecta y se sentó junto a Percy, que llevaba una reluciente túnica de gala de color azul marino, y lucía una expresión de gran suficiencia.

—Me han ascendido —dijo Percy antes de que a Harry le diera tiempo a preguntarle y con el mismo tono que hubiera empleado para anunciar su elección como gobernador supremo del Universo—. Ahora soy el ayudante personal del señor Crouch, y he venido en representación suya.

—¿Por qué no ha venido él? —preguntó Harry. No le apetecía pasarse la cena escuchando una disertación sobre los culos de los calderos.

—Lamento tener que decir que el señor Crouch no se encuentra bien, nada bien. No se ha encontrado bien desde los Mundiales. No me sorprende: es el exceso de trabajo. No es tan joven como antes. Aunque sigue siendo brillante, desde luego: su mente si que es la misma de siempre. Pero la Copa del Mundo resultó un fiasco para el Ministerio, y además el señor Crouch sufrió un revés personal muy duro a causa del comportamiento indebido de su elfina doméstica, Blinky o como se llame. Como era natural, él la despidió inmediatamente después del incidente; pero, bueno, aunque se las apaña, como yo digo, la verdad es que necesita que lo cuiden, y me temo que desde que ella no está en la casa su vida es mucho menos cómoda. Y a continuación tuvimos que preparar el Torneo, y luego vinieron las secuelas de los Mundiales, con esa repelente Skeeter dando guerra. Pobre hombre, está pasando unas Navidades tranquilas, bien merecidas. Estoy satisfecho de que supiera que contaba con alguien de confianza para ocupar su lugar.

Harry estuvo muy tentado de preguntarle si el señor Crouch ya había dejado de llamarlo Weatherby, pero se contuvo.

Aún no había comida en los brillantes platos de oro; sólo unas pequeñas minutas delante de cada uno de ellos. Harry cogió la suya como dudando, y miró a su alrededor. No había camareros. Observó que Dumbledore leía su menú con detenimiento y luego le decía muy claramente a su plato:

—¡Chuletas de cerdo!

Y las chuletas de cerdo aparecieron sobre él. Captando la idea, los restantes comensales también pidieron a sus respectivos platos lo que deseaban. Harry le echó una mirada a Hermione para ver qué le parecía aquel nuevo y más complicado sistema de cena, que seguramente implicaría más trabajo para los elfos. Pero, por una vez, Hermione no parecía acordarse de la P.E.D.D.O.: estaba absorta en su charla con Viktor Krum, y ni siquiera parecía ver lo que comía.

Harry se dio cuenta de que hasta entonces no había oído hablar a Viktor, pero en aquel momento lo estaba haciendo, y con mucho entusiasmo.

—Bueno, «nosotrros» tenemos también un castillo, no tan «grrande» como éste, ni tan «conforrtable», me «parrece» —le decía a Hermione—. Sólo tiene «cuatrro» pisos, y las chimeneas se «prrenden» únicamente por motivos mágicos. Pero los terrenos del colegio son aún más amplios que los de aquí, aunque en «invierrno» apenas tenemos luz, así que no los «disfrrutamos» mucho. «Perro» en «verrano» volamos a «diarrio», «sobrre» los lagos y las montañas.

—¡Para, para, Viktor! —dijo Karkarov, con una risa en la que no participaban sus fríos ojos—. No sigas dando más pistas, ¡o tu encantadora amiga sabrá exactamente dónde se encuentra el castillo!

Dumbledore sonrió, no sólo con la boca sino también con la mirada.

—Con todo ese secretismo, Igor, se podría pensar que no queréis visitas.

—Bueno, Dumbledore —dijo Karkarov, mostrando plenamente sus dientes amarillos—, todos protegemos nuestros dominios privados, ¿verdad? ¿No guardamos todos con celo los centros de saber en que se aprende lo que nos ha sido confiado? ¿No tenemos motivos para estar orgullosos de ser los únicos conocedores de los secretos de nuestro colegio? ¿No tenemos motivos para protegerlos?

—¡Ah, yo nunca pensaría que conozco todos los secretos de Hogwarts, Igor! —contestó Dumbledore en tono amistoso—. Esta misma mañana, por ejemplo, me equivoqué al ir a los lavabos y me encontré en una sala de bellas proporciones que no había visto nunca y que contenía una magnífica colección de orinales. Cuando volví para contemplarla más detenidamente, la sala había desaparecido. Pero tengo que estar atento a ver si la vuelvo a ver: tal vez sólo sea accesible a las cinco y media de la mañana, o aparezca cuando la luna está en cuarto creciente o menguante, o cuando el que pasa por allí tiene la vejiga excepcionalmente llena.

Harry resopló mirando su plato de *gulasch*. Percy fruncía el entrecejo, pero Harry hubiera jurado que Dumbledore le había guiñado un ojo.

Mientras tanto, Fleur Delacour criticaba la decoración de Hogwarts hablando con Roger Davies.

—Esto no es nada —decía, echando una despectiva mirada a los centelleantes muros del Gran Comedor—. En Navidad, en el palacio de Beauxbatons tenemos «escultugas» de hielo en todo el salón «comedog». «Pog» supuesto, no se «deguiten»: son como «enogmes» estatuas de diamante, «bgillando pog» todos lados. Y la comida es sencillamente «sobegbia». Y tenemos «cogos» de ninfas de «madega» que nos cantan «seguenatas mientgas» comemos. En los salones no hay ni una de estas feas «agmadugas», y si «entgaga» en Beauxbatons un poltergeist lo «expulsaguíamos» de inmediato —añadió, dando un golpe en la mesa con la mano.

Roger Davies la miraba con expresión pasmada, y no acertaba a apuntar con el tenedor cuando pretendía metérselo en la boca. Harry tenía la impresión de que Davies estaba demasiado ocupado mirando a Fleur para enterarse de lo que ella decía.

—Tienes toda la razón —dijo apresuradamente, pegando otro golpe en la mesa con la mano—: de inmediato, sí señor.

Harry echó una mirada al Gran Comedor. Hagrid se hallaba sentado a una de las otras mesas de profesores. Había vuelto a ponerse el horrible traje peludo de color marrón y miraba a la mesa en que Harry se encontraba. Harry lo vio saludar con la mano, y que Madame Maxime, con sus cuentas de ópalo que brillaban a la luz de las velas, le devolvía el saludo.

Hermione le enseñaba a Krum a pronunciar bien su nombre. Él seguía diciendo «Ez-miope».

—Her... mi... o... ne —decía ella, despacio y claro.

—Herr... mio... ne.

—Se acerca bastante —aprobó ella, mirando a Harry y sonriendo.

Cuando se acabó la cena, Dumbledore se levantó y pidió a los alumnos que hicieran lo mismo. Entonces, a un movimiento suyo de varita, las mesas se retiraron y alinearon junto a los muros, dejando el suelo despejado, y luego hizo aparecer por encantamiento a lo largo del muro derecho un tablado. Sobre él aparecieron una batería, varias guitarras, un laúd, un violonchelo y algunas gaitas.

Las Brujas de Macbeth subieron al escenario entre aplausos entusiastas. Eran todas melenudas, e iban vestidas muy modernas, con túnicas negras llenas de desgarrones y aberturas. Cogieron sus instrumentos, y Harry, que las miraba con tanto interés que no advertía lo que se avecinaba, comprendió de repente que los farolillos de todas las otras mesas se habían apagado y que los campeones y sus parejas estaban de pie.

—¡Vamos! —le susurró Parvati—, ¡se supone que tenemos que bailar!

Al levantarse, Harry tropezó con la túnica. Las Brujas de Macbeth empezaron a tocar una melodía lenta, triste. Harry fue hasta la parte más iluminada del salón, evitando cuidadosamente mirar a nadie (aunque vio a Seamus y Dean, que lo saludaban con una risita), y, al momento siguiente, Parvati le agarró las manos, le colocó una en su cintura y le agarró la otra fuertemente.

No era tan terrible como había temido, pensó Harry, dando vueltas lentamente casi sin desplazarse (Parvati lo llevaba). Miraba por encima de la gente, que muy pronto empezó a unirse al baile, de forma que los campeones dejaron de ser el centro de atención. Neville y Ginny bailaban junto a ellos: vio que Ginny hacia muecas de dolor con bastante frecuencia, cada vez que Neville la pisaba. Dumbledore bailaba con Madame Maxime. Era tan pequeño para ella, que apenas llegaba con la punta de su alargado sombrero a hacerle cosquillas en la barbilla, pero ella se movía con bastante gracia para el tamaño que tenía. *Ojoloco* Moody bailaba muy torpemente con la profesora Sinistra, que parecía tem er a la pata de palo.

—Bonitos calcetines, Potter —le dijo Moody al pasar a su lado, viendo con su ojo mágico a través de la túnica de Harry.

—¡Eh... sí! Dobby el elfo los tejió para mí —le respondió Harry, sonriendo.

—¡Es tan siniestro! —susurró Parvati, cuando Moody se alejaba golpeando en el suelo con la pata de palo—. ¡Creo que ese ojo no debería estar permitido!

Harry escuchó con alivio el trémolo final de la gaita. Las Brujas de Macbeth dejaron de tocar, los aplausos volvieron a retumbar en el Gran Comedor y Harry soltó inmediatamente a Parvati.

—Vamos a sentarnos, ¿vale?

—¡Ah, pero si ésta es muy bonita! —dijo ella cuando Las Brujas de Macbeth empezaron a tocar una nueva pieza, mucho más rápida que la anterior.

—A mí no me gusta —mintió Harry, y salió de la zona de baile delante de Parvati.

Pasaron por al lado de Fred y Angelina, los cuales bailaban de forma tan entusiasta que la gente se apartaba por miedo a resultar herida, y se acercaron a la mesa en que estaban Padma y Ron.

—¿Qué hay? —le preguntó Harry a Ron, sentándose y abriendo una botella de cerveza de mantequilla.

Ron no respondió. No quitaba ojo a Hermione y a Krum, que bailaban cerca de ellos. Padma estaba sentada con las piernas y los brazos cruzados, moviendo un pie al compás de la música. De vez en cuando le dirigía una mirada asesina a Ron, que no le hacía el menor caso. Parvati se sentó junto a Harry y cruzó también brazos y piernas. Al cabo de unos minutos se le acercó un chico de Beauxbatons para preguntarle si quería bailar con él.

—No te importa, ¿verdad, Harry? —le preguntó Parvati.

—¿Qué? —dijo Harry, observando a Cho y Cedric.

—Olvídalo —le espetó Parvati, y se marchó con el chico de Beauxbatons. No volvió al terminar la canción.

Hermione se acercó y se sentó en la silla que Parvati había dejado. Estaba un poco sofocada de tanto bailar.

—Hola —la saludó Harry.

Ron no dijo nada.

—Hace calor, ¿no? —comentó Hermione abanicándose con la mano—. Viktor acaba de ir por bebidas.

—¿Viktor? —dijo Ron con furia contenida—. ¿Todavía no te ha pedido que lo llames «Vicky»?

Hermione lo miró sorprendida.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Si no lo sabes, no te lo voy a explicar —replicó Ron mordazmente.

Hermione interrogó con la mirada a Harry, que se encogió de hombros.

—Ron, ¿qué...?

—¡Es de Durmstrang! —soltó Ron—. ¡Compite contra Harry! ¡Contra Hogwarts! Tú, tú estás... —Ron estaba obviamente buscando palabras lo bastante fuertes para describir el crimen de Hermione— ¡confraternizando con el enemigo, eso es lo que estás haciendo!

Hermione se quedó boquiabierta.

—¡No seas idiota! —contestó al cabo—. ¡El enemigo! No comprendo... ¿Quién era el que estaba tan emocionado cuando lo vio llegar? ¿Quién era el que quería pedirle un autógrafo? ¿Quién tiene una miniatura suya en el dormitorio?

Ron prefirió no hacer caso de aquello.

—Supongo que te pidió ser su pareja cuando los dos estabais en la biblioteca.

—Sí, así fue —respondió Hermione, y sus mejillas, que estaban ligeramente subidas de color, se pusieron de un rojo brillante—. ¿Y qué?

—¿Qué pasó? ¿Intentaste afiliarlo a la P.E.D.D.O.?

—¡No, nada de eso! ¡Si de verdad quieres saberlo, me dijo que había ido a la biblioteca todos los días para intentar hablar conmigo, pero que no había conseguido armarse del valor suficiente!

Hermione dijo esto muy aprisa, y se ruborizó tanto que su cara adquirió el mismo tono que la túnica de Parvati.

—Sí, bien, eso es lo que él dice —repuso Ron.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Pues está bien claro! Él es alumno de Karkarov, ¿no? Sabe con quién vas... Intenta aproximarse a Harry, obtener información de él, o acercarse lo bastante para gafarlo.

Hermione reaccionó como si Ron le acabara de pegar una bofetada. Cuando al fin habló, le temblaba la voz.

—Para tu información, no me ha preguntado nada sobre Harry, absolutamente nada.

Inmediatamente Ron cambió de argumento.

—¡Entonces es que espera que lo ayudes a desentrañar el enigma del huevo! Supongo que durante esas encantadoras sesiones de biblioteca os habéis dedicado a pensar juntos...

—¡Yo nunca lo ayudaría a averiguar lo del huevo! —replicó Hermione, ofendida—. Nunca. ¡Cómo puedes decir algo así...! Yo quiero que el Torneo lo gane Harry, y Harry lo sabe, ¿o no?

—Tienes una curiosa manera de demostrarlo —dijo Ron de forma despectiva.

—¡Se supone que la finalidad del Torneo es conocer magos extranjeros y hacer amistad con ellos! —repuso Hermione con voz chillona.

—¡No, no lo es! —gritó Ron—. ¡La finalidad es ganar!

La gente empezaba a mirarlos.

—Ron —dijo Harry en voz baja—, a mí no me parece mal que Hermione haya venido con Krum...

Pero Ron tampoco le hizo caso a Harry.

—¿Por qué no te vas a buscar a Vicky? —dijo—. Seguro que se pregunta dónde estás.

—¡No lo llames Vicky! —Hermione se puso en pie de un salto y salió como un huracán hacia la zona de baile, donde desapareció entre la multitud.

Con una mezcla de ira y satisfacción en la cara, Ron la vio irse.

—¿No vas a pedirme que bailemos? —le preguntó Padma.

—No —contestó Ron, sin dejar de mirar a Hermione.

—Muy bien —espetó Padma.

Se levantó y fue adonde estaban Parvati y el chico de Beauxbatons. Éste se dio tanta prisa en encontrar a otro amigo para ella, que Harry habría jurado que lo había atraído con el encantamiento convocador.

—¿Dónde está Herr... mío... ne? —preguntó una voz.

Krum acababa de acercarse a la mesa con dos cervezas de mantequilla.

—Ni idea —respondió Ron con brusquedad, levantando la vista hacia él—. ¿Se te ha perdido?

Krum volvía a tener su gesto hosco.

—Bueno, si la veis, decidle que tengo las bebidas —dijo, y se fue con su paso desgarbado.

—Te has hecho amigo de Viktor Krum, ¿eh, Ron? —Percy se les había acercado y hablaba frotándose las manos y haciendo ademanes pomposos—. ¡Estupendo! Ésa es la verdadera finalidad del Torneo, ¿sabes?, ¡la cooperación mágica internacional!

Para disgusto de Harry, Percy se apresuró a ocupar el sitio de Padma. En aquel momento la mesa principal se hallaba vacía: el profesor Dumbledore bailaba con la profesora Sprout; Ludo Bagman, con la profesora McGonagall;

Madame Maxime y Hagrid ocupaban un buen espacio mientras valseaban por entre los estudiantes, y al profesor Karkarov no se lo veía por ningún lado. Cuando terminó la siguiente pieza todo el mundo volvió a aplaudir, y Harry vio que Ludo Bagman besaba la mano de la profesora McGonagall y regresaba entre la multitud, hasta que lo abordaron Fred y George.

—¿Qué creen que hacen, molestando a los miembros del Ministerio? —refunfuñó Percy, mirando con recelo a Fred y George—. No hay respeto...

Pero Ludo Bagman se desprendió de Fred y George enseguida y, viendo a Harry, le hizo un gesto con la mano y se acercó a la mesa.

—Espero que mis hermanos no lo hayan importunado, señor Bagman —le dijo Percy de inmediato.

—¿Qué? ¡No, en absoluto, en absoluto! —repuso Bagman—. No, sólo querían decirme algo sobre esas varitas de pega que han inventado. Me han preguntado si yo podría aconsejarlos sobre mercadotecnia. Les he prometido ponerlos en contacto con un par de conocidos míos en la tienda de artículos de broma de Zonko...

A Percy aquello no le hizo ninguna gracia, y Harry estuvo seguro de que se lo contaría a su madre en cuanto llegara a su casa. Daba la impresión de que los planes de Fred y George se habían hecho más ambiciosos de un tiempo a aquella parte, si esperaban vender al público.

Bagman abrió la boca para preguntarle algo a Harry, pero Percy lo distrajo.

—¿Qué tal le parece que va el Torneo, señor Bagman? Nuestro departamento está muy satisfecho. Por supuesto, fue lamentable el contratiempo con el cáliz de fuego —miró fugazmente a Harry—, pero desde entonces parece que todo ha ido bien, ¿no cree?

—¡Ah, sí! —dijo Bagman muy alegre—, todo ha resultado muy divertido. ¿Cómo le va al viejo Barty? Qué pena que no haya podido venir.

—¡Ah, sin duda el señor Crouch no tardará en volver a la carga! —repuso Percy imbuido de importancia—. Pero, mientras tanto, estoy más que deseoso de mejorar las cosas. Por supuesto, no todo consiste en asistir a bailes... —Rió despreocupadamente—. Me las he tenido que ver con asuntos de todo tipo que han surgido en su ausencia. ¿No ha oído que han pillado a Alí Bashir intentando meter de contrabando en el país un cargamento de alfombras voladoras? Y luego hemos estado intentando que los transilvanos firmen la Prohibición universal de los duelos. Tengo una entrevista con el director de su Departamento de Cooperación Mágica para el año nuevo...

—Vamos a dar una vuelta —le susurró Ron a Harry—. Huyamos de Percy...

Pretextando que iban a buscar más bebida, Harry y Ron dejaron la mesa, rodearon la zona de baile y salieron al vestíbulo. La puerta principal estaba abierta, y mientras bajaban la escalinata de piedra distinguieron el centelleo de

las luces de colores repartidas por la rosaleda. Una vez abajo, se encontraron rodeados de arbustos, caminos serpenteantes y grandes estatuas de piedra. Se oía el rumor del agua, probablemente de una fuente. Aquí y allá había gente sentada en bancos labrados. Harry y Ron tomaron uno de los caminos que zigzagueaba entre los rosales, y apenas habían recorrido un corto trecho cuando oyeron una voz tan conocida como desagradable:

—... no veo a qué viene tanto revuelo, Igor.

—¡No puedes negar lo que está pasando, Severus! —La voz de Karkarov sonaba nerviosa y muy baja, como si estuviera tomando precauciones para que nadie pudiera oírlo—. Ha empezado a ser cada vez más evidente durante los últimos meses, y estoy preocupado de verdad, no lo puedo negar...

—Entonces, huye —dijo la voz de Snape—. Huye: yo te disculparé. Pero yo me quedo en Hogwarts.

Snape y Karkarov doblaron la esquina. Snape llevaba la varita en la mano, e iba golpeando los rosales con una expresión de lo más malvada. Muchos de los rosales proferían chillidos, y de ellos surgían unas formas oscuras.

—¡Diez puntos menos para Hufflepuff, Fawcett! —gruñó Snape, cuando una chica pasó corriendo por su lado—. ¡Y diez puntos menos para Ravenclaw, Stebbins! —añadió cuando pasó tras ella un chico—. ¿Y qué hacéis vosotros dos? —preguntó al toparse de improviso con Ron y Harry.

Karkarov, según notó Harry, pareció asustado de verlos allí. Se llevó nerviosamente la mano a la perilla y empezó a ensortijarse el pelo con un dedo.

—Estamos paseando —contestó Ron lacónicamente—. No va contra las normas, ¿o sí?

—¡Seguid paseando, entonces! —gruñó Snape, y los rozó al pasar con su larga capa negra, que se hinchaba tras él.

Karkarov lo siguió apresuradamente. Harry y Ron prosiguieron su camino.

—¿Por qué estará tan preocupado Karkarov? —le cuchicheó Ron.

—¿Y desde cuándo él y Snape se tratan de tú? —dijo Harry pensativamente.

Acababan de llegar hasta una estatua grande de piedra que representaba a un reno del que salían los surtidores de una alta fuente. Sobre un banco de piedra se veía la oscura silueta de dos personas muy grandes que contemplaban el agua a la luz de la luna. Y luego Harry oyó hablar a Hagrid:

—Lo supe en cuanto te vi —decía él, con la voz extrañamente ronca.

Harry y Ron se quedaron de piedra. Daba la impresión de que no debían interrumpir aquella escena... Harry miró a su alrededor y hacia atrás por el camino, y vio a Fleur Delacour y Roger Davies medio ocultos en un rosal

cercano. Le dio una palmada a Ron en el hombro y los señaló con un gesto de cabeza, indicándole que podrían escabullirse fácilmente por aquel lado sin ser notados (Fleur y Davies parecían muy entretenidos), pero Ron, horrorizado al ver a Fleur y poniendo los ojos como platos, negó vigorosamente con la cabeza y tiró de Harry para ocultarse más entre las sombras, tras el reno.

—¿Qué es lo que supiste, «Hagguid»? —le preguntó Madame Maxime, con un evidente ronroneo en su suave voz.

Decididamente, Harry no quería escuchar aquello: sabía que a Hagrid le horrorizaría que lo oyeran (porque a él le pasaría lo mismo). Si hubiera podido, se habría tapado los oídos con los dedos y se habría puesto a canturrear bien fuerte, pero no era posible. En vez de eso, intentó interesarse en un escarabajo que caminaba por la espalda del reno, pero el escarabajo no conseguía ser lo bastante atrayente para que se dejaran de oír las palabras de Hagrid.

—Supe... supe que eras como yo... ¿Fue tu madre o tu padre?

—Eh... no entiendo lo que «quiegues decig», Hagrid.

—En mi caso fue mi madre —explicó Hagrid en voz baja—. Fue una de las últimas de Gran Bretaña. Naturalmente, no la recuerdo muy bien... Me abandonó, ya ves. Cuando yo tenía unos tres años. No era lo que se dice del tipo maternal. Bueno, lo llevan en su naturaleza, ¿no? No sé qué fue de ella... Tal vez haya muerto.

Madame Maxime no decía nada. Y Harry, a pesar de si mismo, apartó los ojos del escarabajo y echó un vistazo por encima de las astas del reno, escuchando... Nunca había oído a Hagrid hablar de su infancia.

—A mi padre se le partió el corazón cuando ella se fue. Mi padre era muy pequeño. Con seis años yo ya podía levantarlo y ponerlo encima del aparador si me enfadaba. Solía hacerlo reír... —La voz de Hagrid era profunda, pero de repente cambió porque lo embargó la emoción. Madame Maxime escuchaba sin moverse, según parecía con la vista fija en la fuente plateada—. Mi padre me crió... pero murió, claro, justo después de que yo vine al colegio. Entonces, me las tuve que apañar por mí mismo. Aunque Dumbledore fue una gran ayuda: fue muy bueno conmigo... —Hagrid sacó un pañuelo grande de seda de lunares y se sonó la nariz muy fuerte—. Bueno... en fin... basta de hablar de mí. ¿Y tú? ¿De qué parte te viene?

Pero Madame Maxime acababa de ponerse repentinamente en pie.

—Hace demasiado «fguío» —dijo, pero el tiempo no era tan frío como su voz—. Me «paguece» que voy a «entgag».

—¿Eh? —exclamó Hagrid, sin entender—. ¡No, no te vayas! ¡Yo no... nunca había conocido a otro!

—¿«Otgo» qué, exactamente? —preguntó Madame Maxime, con un tono gélido.

Harry le hubiera aconsejado a Hagrid que no respondiera. Oculto en la sombra, apretó los dientes, esperando contra toda esperanza que no lo hiciera, pero de nada valía.

—¡Otro semigigante, por supuesto! —repuso Hagrid.

—¡Cómo te «atgueves»! —gritó Madame Maxime. Su voz resonó en el silencioso aire de la noche como la sirena de un barco. Tras él, Harry oyó a Fleur y Roger caerse de su rosal—. ¡Jamás en mi vida me han insultado así! ¿Semigigante? *Moi?* Yo... ¡yo soy de esqueleto grande!

Se marchó furiosa. A medida que pasaba, apartando enojada los arbustos, se levantaban en el aire enjambres de hadas multicolores. Hagrid permaneció sentado en el banco, mirándola. Estaba demasiado oscuro para ver su expresión. Luego, aproximadamente un minuto después, se levantó y se fue a grandes zancadas, no de regreso al castillo sino atravesando los oscuros terrenos de camino a su cabaña.

—Vamos —le dijo Harry a Ron en voz muy baja—, vámonos.

Pero Ron no se movió.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry mirándolo.

Ron tenía una expresión realmente muy seria.

—¿Lo sabías —susurró—, lo de que Hagrid fuera un semigigante?

—No —contestó Harry, encogiéndose de hombros—. ¿Y qué?

Al ver la mirada de Ron comprendió enseguida que una vez más estaba revelando su ignorancia respecto del mundo mágico. Criado con los Dursley, había muchas cosas que todos los magos conocían y que para él continuaban siendo un secreto, aunque aquellas revelaciones se iban haciendo menos frecuentes conforme iba pasando cursos. En aquel momento, sin embargo, se dio cuenta de que la mayoría de los magos no habría dicho «¿y qué?» al averiguar que uno de sus amigos tenía como madre a una giganta.

—Te lo explicaré dentro —contestó Ron en voz baja—. Vamos...

Fleur y Roger Davies habían desaparecido, probablemente metiéndose en algún hueco aún más íntimo entre los arbustos. Harry y Ron volvieron al Gran Comedor. Parvati y Padma estaban sentadas a una mesa distante, entre una multitud de chicos de Beauxbatons, y Hermione seguía bailando con Krum. Harry y Ron ocuparon una mesa bastante alejada de la zona de baile.

—¿Y? —le preguntó Harry a Ron—. ¿Cuál es el problema con los gigantes?

—Bueno, que son, son... —Ron se esforzó por hallar las palabras adecuadas—. No son muy agradables —concluyó de forma poco convincente.

—¿Y eso qué más da? —observó Harry—. ¡Hagrid sí que lo es!

—Ya lo sé, pero... caray, no me extraña que lo mantenga en secreto —dijo Ron, sacudiendo la cabeza—. Siempre creí que alguien le había echado un encantamiento aumentador cuando era niño, o algo así. No quería mencionarlo...

—Pero ¿qué problema hay porque su madre fuera una giganta? —inquirió Harry.

—Bueno, ninguno para los que lo conocemos, porque sabemos que no es peligroso —dijo Ron pensativamente—. Pero... los gigantes son muy fieros, Harry. Como Hagrid dijo, lo llevan en su naturaleza. Son como los trols: les gusta matar; todo el mundo lo sabe. Pero ya no queda ninguno en Gran Bretaña.

—¿Qué les ocurrió?

—Bueno, se estaban extinguiendo, y luego los aurores mataron a muchos. Pero se supone que quedan gigantes en otros países... la mayor parte ocultos en las montañas.

—No sé a quién piensa Maxime que engaña —comentó Harry, observando a Madame Maxime sentada sola en la mesa principal, con aspecto muy sombrío—. Si Hagrid es un semigigante, ella desde luego también lo es. Esqueleto grande... Sólo los dinosaurios tienen un esqueleto mayor que el de ella.

Harry y Ron se pasaron el resto del baile en su rincón hablando sobre los gigantes, sin ningunas ganas de bailar. Harry intentaba no mirar a Cho y Cedric: hacerlo le producía un enorme deseo de dar patadas.

Cuando a la medianoche terminaron de tocar Las Brujas de Macbeth, todo el mundo les dedicó un fuerte aplauso antes de emprender el camino hacia el vestíbulo. Muchos se quejaban de que el baile no durara más, pero Harry estaba muy contento de irse a la cama. Por lo que se refería a él, la noche no había sido muy divertida.

Fuera, en el vestíbulo, Harry y Ron vieron a Hermione despedirse de Krum antes de que volviera al barco. Ella le dirigió a Ron una mirada gélida, y pasó por su lado al subir la escalinata de mármol sin decirle nada. Harry y Ron la siguieron, pero a mitad de la escalinata Harry oyó que alguien lo llamaba:

—¡Eh... Harry!

Era Cedric Diggory. Harry vio que Cho lo esperaba abajo, en el vestíbulo.

—¿Sí? —dijo Harry con frialdad, cuando Cedric hubo subido hasta donde estaba él.

Parecía que Cedric no quería decir nada delante de Ron, así que éste se encogió de hombros, malhumorado, y siguió subiendo la escalinata.

—Escucha... —dijo Cedric en voz muy baja cuando Ron se perdió de vista—. Te debo una por haberme dicho lo de los dragones. ¿Tu huevo de oro gime cuando lo abres?

—Sí —contestó Harry.

—Bien... toma un baño, ¿vale?

—¿Qué?

—Que tomes un baño y... eh... te lleves el huevo contigo, y... eh... reflexiona sobre las cosas en el agua caliente. Te ayudará a pensar... Hazme caso.

Harry se quedó mirándolo.

—Y otra cosa —añadió Cedric—: usa el baño de los prefectos. Es la cuarta puerta a la izquierda de esa estatua de Boris *el Desconcertado* del quinto piso. La contraseña es «Frescura de pino». Tengo que irme... Me quiero despedir.

Volvió a sonreír a Harry y bajó la escalera apresuradamente hasta donde estaba Cho.

Harry regresó solo a la torre de Gryffindor. Aquél era un consejo muy extraño. ¿Por qué un baño podía ayudarlo a desentrañar el enigma del huevo? ¿Le tomaba el pelo Cedric? ¿Trataba de hacerlo quedar en ridículo, para valer más a los ojos de Cho?

La Señora Gorda y su amiga Violeta dormitaban en el cuadro. Harry tuvo que gritar «¡Luces de colores!» para despertarlas, y cuando lo hizo se mostraron muy enfadadas. Entró en la sala común y vio a Hermione y Ron envueltos en una violenta disputa. Se gritaban a tres metros de distancia, los dos rojos como tomates.

—Bueno, pues si no te gusta, ya sabes cuál es la solución, ¿no? —gritó Hermione; el pelo se le estaba desprendiendo de su elegante moño, y tenía la cara tensa de ira.

—¿Ah, sí? —le respondió Ron—, ¿cuál es?

—¡La próxima vez que haya un baile, pídeme que sea tu pareja antes que ningún otro, y no como último recurso!

Ron movió la boca sin articular ningún sonido, como una carpa fuera del agua, mientras Hermione se daba media vuelta y subía como un rayo la escalera que llevaba al dormitorio. Ron se volvió hacia Harry.

—Bueno —balbuceó, atónito—, bueno... ahí está la prueba... Hasta ella se da cuenta de que no tiene razón.

Harry no le contestó. Estaba demasiado contento de haber vuelto a ser amigo de Ron para decir lo que pensaba justo en aquel momento. Pero sabía

que Hermione tenía mucha más razón que él.

24

La primicia de Rita Skeeter

Todos se levantaron tarde el 26 de diciembre. La sala común de Gryffindor se encontraba más silenciosa de lo que había estado últimamente, y muchos bostezos salpicaban las desganadas conversaciones. El pelo de Hermione volvía a estar tan enmarañado como siempre, y ella confesó que había empleado grandes cantidades de poción alisadora; «pero es demasiado lío para hacerlo todos los días», añadió con sensatez mientras rascaba detrás de las orejas a *Crookshanks*, que ronroneaba.

Ron y Hermione parecían haber llegado al acuerdo de no tocar más el tema de su disputa. Volvían a ser muy amables el uno con el otro, aunque algo formales. Ron y Harry la pusieron al tanto de la conversación entre Madame Maxime y Hagrid, pero ella no pareció encontrar tan sorprendente la noticia de que Hagrid era un semigigante.

—Bueno, ya me lo imaginaba —dijo encogiéndose de hombros—. Sabía que no podía ser un gigante puro, porque miden unos siete metros de altura. Pero, la verdad, esa histeria con los gigantes... No creo que todos sean tan horribles. Son los mismos prejuicios que tiene la gente contra los hombres lobo. No es más que intolerancia, ¿verdad?

Daba la impresión de que a Ron le hubiera gustado dar una respuesta mordaz, pero tal vez no quería empezar otra discusión, porque se contentó con negar con la cabeza cuando Hermione no lo veía.

Había llegado el momento de pensar en los deberes que no habían hecho durante la primera semana de vacaciones. Una vez pasado el día de Navidad, todo el mundo se sentía desinflado. Todo el mundo salvo Harry, que otra vez comenzaba a preocuparse.

El problema era que, una vez terminadas las fiestas, el 24 de febrero parecía mucho más cercano, y aún no había hecho nada para descifrar el enigma que encerraba el huevo de oro. Así pues, empezó a sacar el huevo del baúl cada vez que subía al dormitorio; lo abría y lo escuchaba con atención, esperando que algo cobrara sentido de repente. Trataba de pensar a qué le

recordaba aquel sonido, aparte de a una treintena de sierras musicales, pero nunca había oído nada que se le pareciera. Cerró el huevo, lo agitó vigorosamente y lo volvió a abrir para comprobar si el sonido había cambiado, pero no era así. Intentó hacerle al huevo varias preguntas, gritando por encima de los gemidos, pero no le respondía. Incluso tiró el huevo a la otra punta del dormitorio, aunque no creyó que fuera a servirle de nada.

Harry no olvidaba la pista que le había dado Cedric, pero los sentimientos de antipatía que éste le inspiraba entonces le hacían rechazar aquella ayuda siempre que fuera posible. En cualquier caso, le parecía que, si de verdad Cedric hubiera querido echarle una mano, habría sido algo más explícito. Él, Harry, le había explicado qué era exactamente a lo que se iba a enfrentar en la primera prueba... mientras que la idea que Cedric tenía de justa correspondencia consistía en aconsejarle que se tomara un baño. Bueno, él no necesitaba esa birria de ayuda, y menos de alguien que iba por los corredores cogido de la mano de Cho. Y así llegó el primer día del segundo trimestre, y Harry se fue a clase con el habitual peso de los libros, pergaminos y plumas, más el peso en el estómago de la preocupación por el enigma del huevo, como si también lo llevara de un lado a otro.

Todavía había una gruesa capa de nieve alrededor del colegio, y las ventanas del invernadero estaban cubiertas de un vaho tan espeso que no se podía ver nada por ellas en la clase de Herbología. Con aquel tiempo nadie tenía muchas ganas de que llegara la clase de Cuidado de Criaturas Mágicas, aunque, como dijo Ron, los escregutos seguramente los harían entrar en calor, ya fuera por tener que cazarlos o porque arrojarían fuego con la suficiente intensidad para prender la cabaña de Hagrid.

Sin embargo, al llegar a la cabaña de su amigo encontraron ante la puerta a una bruja anciana de pelo gris muy corto y barbilla prominente.

—Daos prisa, vamos, ya hace cinco minutos que sonó la campana —les gritó al verlos acercarse a través de la nieve.

—¿Quién es usted? —le preguntó Harry mirándola fijamente—. ¿Dónde está Hagrid?

—Soy la profesora Grubbly-Plank —dijo con entusiasmo—, la sustituta temporal de vuestro profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas.

—¿Dónde está Hagrid? —repitió Harry.

—Está indispuesto —respondió lacónicamente la mujer.

Hasta los oídos de Harry llegó una risa apenas audible pero desagradable. Se volvió. Estaban llegando Draco Malfoy y el resto de los de Slytherin. Todos parecían contentos, y ninguno se sorprendía de ver a la profesora Grubbly-Plank.

—Por aquí, por favor —les dijo ésta, y se encaminó a grandes pasos hacia el potrero en que tiritaban los enormes caballos de Beauxbatons.

Harry, Ron y Hermione la siguieron volviendo la vista atrás, a la cabaña de Hagrid. Habían corrido todas las cortinas. ¿Estaba allí Hagrid, solo y enfermo?

—¿Qué le pasa a Hagrid? —preguntó Harry, apresurándose para poder alcanzar a la profesora Grubbly-Plank.

—No te importa —respondió ella, como si pensara que él trataba de molestar.

—Sí me importa —replicó Harry acalorado—. ¿Qué le pasa?

La bruja no le hizo caso. Los condujo al otro lado del potrero, donde descansaban los caballos de Beauxbatons, amontonados para protegerse del frío, y luego hacia un árbol que se alzaba en el lindero del bosque. Atado a él había un unicornio grande y muy bello.

Muchas de las chicas exclamaron «¡oooooooooooooh!» al ver al unicornio.

—¡Qué hermoso! —susurró Lavender Brown—. ¿Cómo lo atraparía? ¡Dicen que son sumamente difíciles de coger!

El unicornio era de un blanco tan brillante que a su lado la nieve parecía gris. Piafaba nervioso con sus cascos dorados, alzando la cabeza rematada en un largo cuerno.

—¡Los chicos que se echen atrás! —exclamó con voz potente la profesora Grubbly-Plank, apartándolos con un brazo que le pegó a Harry en el pecho—. Los unicornios prefieren el toque femenino. Que las chicas pasen delante y se acerquen con cuidado. Vamos, despacio...

Ella y las chicas se acercaron poco a poco al unicornio, dejando a los chicos junto a la valla del potrero, observando.

En cuanto la profesora se alejó lo suficiente para no oírlos, Harry se dirigió a Ron.

—¿Qué crees que le pasa? ¿No habrá sido un escreg...?

—No, nadie lo ha atacado, Potter, si es lo que piensas —intervino Malfoy con voz suave—. No: lo que pasa es que le da vergüenza que vean su fea carota.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harry.

Malfoy metió la mano en un bolsillo de la túnica y sacó una página de periódico.

—Aquí tienes —dijo—. No sabes cómo lamento tener que enseñártelo, Potter.

Sonreía de satisfacción mientras Harry cogía la página, la desplegaba y la leía. Ron, Seamus, Dean y Neville miraban por encima de su hombro. Se

trataba de un artículo encabezado con una foto en la que Hagrid tenía pinta de criminal.

EL GIGANTESCO ERROR DE DUMBLEDORE

Albus Dumbledore, el excéntrico director del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, nunca ha tenido miedo de contratar a gente controvertida, nos cuenta Rita Skeeter, corresponsal especial. En septiembre de este año nombró profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras a Alastor *Ojoloco* Moody, el antiguo auror que, como todo el mundo sabe, es un cenizo y además se siente orgulloso de serlo; una decisión que causó gran sorpresa en el Ministerio de Magia, dado el bien conocido hábito que tiene Moody de atacar a cualquiera que haga un repentino movimiento en su presencia. Aun así, *Ojoloco* Moody parece un profesor bondadoso y responsable al lado del ser parcialmente humano que ha contratado Dumbledore para impartir la clase de Cuidado de Criaturas Mágicas.

Rubeus Hagrid, que admite que fue expulsado de Hogwarts cuando cursaba tercero, ha ocupado el puesto de guardabosque del colegio desde entonces, un trabajo en el que Dumbledore lo ha puesto de forma fija. El curso pasado, sin embargo, Hagrid utilizó su misterioso ascendiente sobre el director para obtener el cargo adicional de profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas, por encima de muchos candidatos mejor cualificados.

Hagrid, que es un hombre enorme y de aspecto feroz, ha estado utilizando su nueva autoridad para aterrorizar a los estudiantes que tiene a su cargo con una sucesión de horripilantes criaturas. Mientras Dumbledore hace la vista gorda, Hagrid ha conseguido lesionar a varios de sus alumnos durante una serie de clases que muchos admiten que resultan «aterrorizadoras».

«A mí me atacó un hipogrifo, y a mi amigo Vincent Crabbe le dio un terrible mordisco un gusarajo», nos confiesa Draco Malfoy, un alumno de cuarto curso. «Todos odiamos a Hagrid, pero tenemos demasiado miedo para decir nada.»

No obstante, Hagrid no tiene intención de cesar su campaña de intimidación. El mes pasado, en conversación con una periodista de *El Profeta*, admitió haber creado por cruce unas criaturas a las que ha bautizado como «escregutos de cola explosiva», un cruce altamente peligroso entre mantícoras y cangrejos de fuego. Por supuesto, la creación de nuevas especies de criaturas mágicas es una actividad que el Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas siempre vigila de cerca. Hagrid, según parece, se considera por encima de tales restricciones insignificantes.

«Fue sólo como diversión», dice antes de apresurarse a cambiar de tema.

Por si esto no fuera bastante, *El Profeta* ha descubierto recientemente que Hagrid no es, como ha pretendido siempre, un mago de sangre limpia. De hecho, ni siquiera es enteramente humano. Su madre, revelamos en exclusiva, no es otra que la giganta Fridwulfa, que en la actualidad se halla en paradero desconocido.

Brutales y sedientos de sangre, los gigantes llegaron a estar en peligro de extinción durante el pasado siglo por culpa de sus luchas fratricidas. Los pocos que sobrevivieron se unieron a las filas de El-que-no-debe-ser-nombrado, y fueron responsables de algunas de las peores matanzas de muggles que tuvieron lugar durante su reinado de terror.

En tanto que muchos de los gigantes que sirvieron a El-que-no-debe-ser-nombrado cayeron abatidos por aurores que luchaban contra las fuerzas oscuras, Fridwulfa no se hallaba entre ellos. Es posible que se uniera a una de las comunidades de gigantes que perviven en algunas cadenas montañosas del extranjero. Pero, a juzgar por las travesuras que comete en las clases de Cuidado de Criaturas Mágicas, el hijo de Fridwulfa parece haber heredado su naturaleza brutal.

Lo curioso es que, como todo Hogwarts sabe, Hagrid mantiene una amistad íntima con el muchacho que provocó la caída de Quien-ustedes-saben, y con ella la huida de la propia madre de Hagrid, como del resto de sus partidarios. Tal vez Harry Potter no se halle al corriente de la desagradable verdad sobre su enorme amigo, pero Albus Dumbledore tiene sin duda la obligación de asegurarse de que Harry Potter, al igual que sus compañeros, esté advertido de los peligros que entraña la relación con semigigantes.

Harry terminó de leer y alzó los ojos hacia Ron, que contemplaba boquiabierto la página del periódico.

—¿Cómo se ha enterado? —susurró éste.

Pero no era eso lo que preocupaba a Harry.

—¿Qué quieres decir con eso de «todos odiamos a Hagrid»? —le espetó a Malfoy—. ¿Qué son todas estas mentiras acerca de que a ése —y señaló a Crabbe— le dio un terrible mordisco un gusarajo? ¡Ni siquiera tienen dientes!

Crabbe se reía por lo bajo, muy satisfecho de sí mismo.

—Bien, creo que esto debería poner fin a la carrera docente de ese zoquete —declaró Malfoy con ojos brillantes—. Un semigigante... ¡Y pensar que yo suponía que se había tragado una botella de crecehuesos cuando era joven! A los padres esto no les va a hacer ninguna gracia: ahora

todos tendrán miedo de que se coma a sus hijos, ja, ja...

—¡Mald...!

—¿Estáis atendiendo, por ahí?

La voz de la profesora Grubbly-Plank llegó hasta ellos; las chicas se arracimaban en torno al unicornio, acariciándolo. Harry sentía tanta ira que el artículo de *El Profeta* le temblaba en las manos mientras se volvía con la mirada perdida hacia el unicornio, cuyas propiedades mágicas enumeraba en aquel instante la profesora en voz alta, para que los chicos también se enteraran.

—¡Espero que se quede esta mujer! —dijo Parvati Patil al terminar la clase, cuando todos se dirigían hacia el castillo para la comida—. Esto se parece más a lo que yo me imaginaba de Cuidado de Criaturas Mágicas: criaturas hermosas como los unicornios, no monstruos...

—¿Y qué me dices de Hagrid? —replicó Harry enfadado, subiendo la pequeña escalinata.

—¿Hagrid? —contestó Parvati con dureza—. Puede seguir siendo guardabosque, ¿no?

Desde el baile, Parvati se había mostrado muy fría con Harry. Éste reconocía que debería haberse mostrado más atento con su compañera de baile; pero, después de todo, ella no lo había pasado nada mal. De hecho, le contaba a todo el mundo que estuviera dispuesto a escucharla que se había citado con el chico de Beauxbatons en Hogsmeade el siguiente día que tuvieran permiso para ir allí.

—Ha sido una buena clase —comentó Hermione cuando entraron en el Gran Comedor—. Yo no sabía ni la mitad de las cosas que la profesora Grubbly-Plank nos ha dicho sobre los unic...

—¡Mira esto! —la cortó Harry, y le puso bajo la nariz el artículo de *El Profeta*.

Hermione leyó con la boca abierta. Reaccionó exactamente igual que Ron.

—¿Cómo se ha podido enterar esa espantosa Skeeter? ¿Creéis que se lo diría Hagrid?

—No —contestó Harry, que se abrió camino hasta la mesa de Gryffindor y se echó sobre una silla, furioso—. Ni siquiera nos lo dijo a nosotros. Supongo que le pondría de los nervios que Hagrid no quisiera decirle un montón de cosas negativas sobre mí, y se ha dedicado a hurgar para desquitarse con él.

—Tal vez lo oyó decírselo a Madame Maxime durante el baile —sugirió Hermione en voz baja.

—¡La habríamos visto en el jardín! —objetó Ron—. Además, se supone

que no puede volver a entrar en el colegio. Hagrid dijo que Dumbledore se lo había prohibido...

—A lo mejor tiene una capa invisible —dijo Harry, sirviéndose en el plato un cazo de guiso de pollo, con tanta furia contenida que lo salpicó por todas partes—. Es el tipo de cosas que haría, ¿no?: ocultarse entre los arbustos para espiar a la gente.

—¿Como tú y Ron, te refieres? —preguntó Hermione.

—¡Nosotros no pretendíamos oír! —repuso Ron indignado—. ¡No nos quedó otro remedio! ¡El muy tonto, hablando sobre la giganta de su madre donde cualquiera podía oírlo!

—Tenemos que ir a verlo —dijo Harry—. Esta noche, después de Adivinación. Para decirle que queremos que vuelva... ¿Tú quieres que vuelva? —le preguntó a Hermione.

—Yo... bueno, no voy a fingir que no me haya gustado este agradable cambio, tener por una vez una clase de Cuidado de Criaturas Mágicas como Dios manda... ¡pero quiero que vuelva Hagrid, por supuesto que sí! —se apresuró a añadir Hermione, temblando ante la furiosa mirada de Harry.

De forma que esa noche, después de cenar, los tres volvieron a salir del castillo y se fueron por los helados terrenos del colegio hacia la cabaña de Hagrid. Llamaron a la puerta, y les respondieron los atronadores ladridos de *Fang*.

—¡Somos nosotros, Hagrid! —gritó Harry, aporreando la puerta—. ¡Abre!

No respondió. Oyeron a *Fang* arañar la puerta, quejumbroso, pero ésta siguió cerrada. Llamaron durante otros diez minutos, y Ron incluso golpeó en una de las ventanas, pero no obtuvieron respuesta.

—¿Por qué nos evita? —se lamentó Hermione, cuando finalmente desistieron y emprendieron el regreso al colegio—. Espero que no crea que a nosotros nos importa que sea un semigigante.

Pero parecía que a Hagrid sí le importaba, porque no vieron ni rastro de él en toda la semana. No hizo acto de presencia en la mesa de los profesores a las horas de comer, no lo vieron ir a cumplir con sus obligaciones como guardabosque, y la profesora Grubbly-Plank siguió haciéndose cargo de las clases de Cuidado de Criaturas Mágicas. Malfoy se relamía de gusto siempre que podía.

—¿Se ha perdido vuestro amigo el híbrido? —le susurraba a Harry siempre que había algún profesor cerca, para que éste no pudiera tomar represalias—. ¿Se ha perdido el hombre elefante?

Había una visita programada a Hogsmeade para mediados de enero. Hermione se sorprendió mucho de que Harry pensara ir.

—Pensé que querrías aprovechar la oportunidad de tener la sala común en silencio —comentó—. Tienes que ponerte en serio a pensar en el enigma.

—¡Ah...! Creo... creo que ya estoy sobre la pista —mintió Harry.

—¿De verdad? —dijo Hermione, impresionada—. ¡Bien hecho!

La sensación de culpa le provocó un retortijón de tripas, pero no hizo caso. Después de todo, todavía le quedaban cinco semanas para meditar en el enigma, y eso era como cinco siglos. Además, si iba a Hogsmeade, tal vez pudiera encontrarse con Hagrid y persuadirlo de que volviera.

Él, Ron y Hermione salieron del castillo el sábado, y atravesaron el campo húmedo y frío en dirección a las verjas. Al pasar junto al barco anclado en el lago, vieron salir a cubierta a Viktor Krum, sin otra prenda de ropa que el bañador. A pesar de su delgadez debía de ser bastante fuerte, porque se subió a la borda, estiró los brazos y se tiró al lago.

—¡Está loco! —exclamó Harry, mirando fijamente el renegrido pelo de Krum cuando su cabeza asomó en el medio del lago—. ¡Es enero, debe de estar helado!

—Hace mucho más frío en el lugar del que viene —comentó Hermione—. Supongo que para él está tibia.

—Sí, pero además está el calamar gigante —señaló Ron. No parecía preocupado, más bien esperanzado.

Hermione notó el tono de su voz, y le puso mala cara.

—Es realmente majo, ¿sabéis? —dijo ella—. No es lo que uno podría pensar de alguien de Durmstrang. Me ha dicho que esto le gusta mucho más.

Ron no dijo nada. No había mencionado a Viktor Krum desde el baile, pero el 26 de diciembre Harry había encontrado bajo la cama un brazo en miniatura que tenía toda la pinta de haber sido desgajado de alguna figura que llevara la túnica de quidditch del equipo de Bulgaria.

Mientras recorrían la calle principal, cubierta de nieve enfangada, Harry estuvo muy atento por si vislumbraba a Hagrid, y propuso visitar Las Tres Escobas después de asegurarse de que éste no estaba en ninguna tienda.

La taberna se hallaba tan abarrotada como siempre, pero un rápido vistazo a todas las mesas reveló que Hagrid no se encontraba allí. Desanimado, Harry fue hasta la barra con Ron y Hermione, le pidió a la señora Rosmerta tres cervezas de mantequilla, y lamentó no haberse quedado en Hogwarts escuchando los gemidos del huevo de oro.

—Pero ¿es que ese hombre no va nunca a trabajar? —susurró Hermione de repente—. ¡Mirad!

Señaló el espejo que había tras la barra, y Harry vio a Ludo Bagman allí

reflejado, sentado en un rincón oscuro con unos cuantos duendes. Bagman les hablaba a los duendes en voz baja y muy despacio, y ellos lo escuchaban con los brazos cruzados y miradas amenazadoras.

Harry se dijo que era bastante raro que Bagman estuviera allí, en Las Tres Escobas, un fin de semana, cuando no había ningún acontecimiento relacionado con el Torneo y, por lo tanto, nada que juzgar. Miró el reflejo de Bagman. Parecía de nuevo tenso, tanto como lo había estado en el bosque aquella noche antes de que apareciera la Marca Tenebrosa. Pero en aquel momento Bagman miró hacia la barra, vio a Harry y se levantó.

—¡Un momento, sólo un momento! —oyó que les decía a los duendes, y Bagman se apresuró a acercarse a él cruzando la taberna—. ¡Harry! ¿Cómo estás? —lo saludó; había recuperado su sonrisa infantil—. ¡Tenía ganas de encontrarme contigo! ¿Va todo bien?

—Sí, gracias —respondió Harry.

—Me pregunto si podría decirte algo en privado, Harry —dijo Bagman—. ¿Nos podríais disculpar un momento?

—Eh... vale —repuso Ron, y se fue con Hermione en busca de una mesa.

Bagman condujo a Harry hasta el rincón de la taberna más alejado de la señora Rosmerta.

—Bueno, sólo quería felicitarte por tu espléndida actuación ante el colacuerno húngaro, Harry —dijo Bagman—. Fue realmente soberbia.

—Gracias —contestó Harry, pero sabía que aquello no era todo lo que Bagman quería decirle, porque sin duda podía haberlo felicitado delante de Ron y Hermione.

Sin embargo, Bagman no parecía tener ninguna prisa por hablar. Harry lo vio mirar por el espejo a los duendes, que a su vez los observaban a ellos en silencio con sus ojos oscuros y rasgados.

—Una absoluta pesadilla —dijo Bagman en voz baja al notar que Harry también observaba a los duendes—. Su inglés no es muy bueno... Es como volver a entendérselas con todos los búlgaros en los Mundiales de quidditch... pero al menos aquéllos utilizaban unos signos que cualquier otro ser humano podía entender. Estos parlotean duendigonza... y yo sólo sé una palabra en duendigonza: *bladvak*, que significa «pico de cavar». Y no quiero utilizarla por miedo a que crean que los estoy amenazando. —Se rió con una risa breve y retumbante.

—¿Qué quieren? —preguntó Harry, notando que los duendes no dejaban de vigilar a Bagman.

—Eh... bueno... —dijo Bagman, que de pronto pareció muy nervioso—. Buscan a Barty Crouch.

—¿Y por qué lo buscan aquí? —se extrañó Harry—. Estará en el Ministerio, en Londres, ¿no?

—Eh... en realidad no tengo ni idea de dónde está —reconoció Bagman—. Digamos que... ha dejado de acudir al trabajo. Ya lleva ausente dos semanas. El joven Percy, su ayudante, asegura que está enfermo. Parece que ha estado enviando instrucciones por lechuza mensajera. Pero te ruego que no le digas nada de esto a nadie, porque Rita Skeeter mete las narices por todas partes, y es capaz de convertir la enfermedad de Barty en algo siniestro. Probablemente diría que ha desaparecido como Bertha Jorkins.

—¿Se sabe algo de Bertha Jorkins? —preguntó Harry.

—No —contestó Bagman, recuperando su aspecto tenso—. He puesto a alguna gente en su busca —«¡A buena hora!», pensó Harry—, y todo resulta muy extraño. Hemos comprobado que llegó a Albania, porque allí se vio con su primo segundo. Y luego dejó la casa de su primo para trasladarse al sur a visitar a su tía. Pero parece que desapareció por el camino sin dejar rastro. Que me parta un rayo si comprendo dónde se ha metido. No parece el tipo de persona que se fugaría con alguien, por ejemplo... Pero ¿qué hacemos hablando de duendes y de Bertha Jorkins? Lo que quería preguntarte es cómo te va con el huevo de oro.

—Eh... no muy mal —mintió Harry.

Pero, al parecer, Bagman se dio cuenta de que Harry no era sincero.

—Escucha, Harry —dijo en voz muy baja—, todo esto me hace sentirme culpable. Te metieron en el Torneo, tú no te presentaste, y... —su voz se hizo tan sutil que Harry tuvo que inclinarse para escuchar— si puedo ayudarte, darte un empujoncito en la dirección correcta... Siento debilidad por ti... ¡La manera en que burlaste al dragón! Bueno, sólo espero una indicación por tu parte.

Harry miró la cara de Bagman, redonda y sonrosada, y los azules ojos de bebé, completamente abiertos.

—Se supone que tenemos que descifrarlo por nosotros mismos, ¿no? —repuso, poniendo mucho cuidado en decirlo como sin darle importancia y que no sonara a una acusación contra el director del Departamento de Deportes y Juegos Mágicos.

—Bueno, sí —admitió Bagman—, pero... En fin, Harry, todos queremos que gane Hogwarts, ¿no?

—¿Le ha ofrecido ayuda a Cedric?

Bagman frunció levemente el entrecejo.

—No, no lo he hecho —reconoció—. Yo... bueno, como te dije, siento debilidad por ti. Por eso pensé en ofrecerte...

—Bueno, gracias —respondió Harry—, pero creo que ya casi lo tengo... Me

faltan un par de días.

No sabía muy bien por qué rechazaba la ayuda de Bagman. Tal vez fuera porque era para él casi un extraño, y aceptar su ayuda le parecía que estaba mucho más cerca de hacer trampas que si se la pedía a Ron, Hermione o Sirius.

Bagman parecía casi ofendido, pero no pudo decir mucho más porque en ese momento se acercaron Fred y George.

—Hola, señor Bagman —saludó Fred con entusiasmo—. ¿Podemos invitarlo?

—Eh... no —contestó Bagman, dirigiéndole a Harry una última mirada decepcionada—. No, muchachos, muchas gracias.

Fred y George se quedaron tan decepcionados como Bagman, que miraba a Harry como si éste lo hubiera defraudado.

—Bueno, tengo prisa —dijo—. Me alegro de veros a todos. Buena suerte, Harry.

Salió de la taberna a toda prisa. Los duendes se levantaron de las sillas y fueron tras él. Harry se reunió con Ron y Hermione.

—¿Qué quería? —preguntó Ron en cuanto Harry se sentó.

—Quería ayudarme con el huevo de oro —explicó Harry.

—¡Eso no está bien! —exclamó Hermione muy sorprendida—. ¡Es uno de los jueces! Y además, tú ya lo tienes, ¿no?

—Eh... casi —repuso Harry.

—¡Bueno, no creo que a Dumbledore le gustara enterarse de que Bagman intenta convencerte de que hagas trampa! —opinó Hermione, con expresión muy reprobatoria—. ¡Espero que intente ayudar igual a Cedric!

—Pues no. Se lo he preguntado —respondió Harry.

—¿Y a quién le importa si a Diggory lo están ayudando? —dijo Ron.

Harry, en su interior, se mostró de acuerdo con su amigo

—Esos duendes no parecían muy amistosos —comentó Hermione, sorbiendo la cerveza de mantequilla—. ¿Qué harían aquí?

—Según Bagman, buscar a Crouch —explicó Harry—. Sigue enfermo. No ha ido a trabajar.

—A lo mejor lo está envenenando Percy —sugirió Ron—. Probablemente piensa que, si Crouch la palma, a él lo nombrarán director del Departamento de Cooperación Mágica Internacional.

Hermione le dirigió a Ron una mirada que quería significar «no se bromea sobre esas cosas», y dijo:

—Es curioso que los duendes busquen al señor Crouch... Normalmente tratarían con el Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas.

—Pero Crouch sabe un montón de lenguas —le recordó Harry—. A lo mejor buscan un intérprete.

—¿Ahora te preocupas por los duendecitos? —inquirió Ron—. ¿Estás pensando en fundar la S.P.A.D.A.,o algo así? ¿La Sociedad Protectora de los Asquerosos Duendes Atontados?

—Ja, ja, ja —replicó Hermione con sarcasmo—. Los duendes no necesitan protección. ¿No os habéis enterado de lo que ha contado el profesor Binns sobre las revueltas de los duendes?

—No —respondieron al unísono Harry y Ron.

—Bueno, pues son perfectamente capaces de tratar con los magos —dijo Hermione sorbiendo más cerveza de mantequilla—. Son muy listos. No son como los elfos domésticos, que nunca defienden sus derechos.

—¡Oh! —exclamó Ron, mirando hacia la puerta.

Acababa de entrar Rita Skeeter. Aquel día llevaba una túnica amarillo plátano y las uñas pintadas de un impactante color rosa, e iba acompañada de su barrigudo fotógrafo. Pidió bebidas, y junto con su fotógrafo pasó por en medio de la multitud hasta una mesa cercana a la de Harry, Ron y Hermione, que la miraban mientras se acercaba. Hablaba rápido y parecía muy satisfecha por algo.

—.. no parecía muy contento de hablar con nosotros, ¿verdad, Bozo? ¿Por qué será, a ti qué te parece? ¿Y qué hará con todos esos duendes tras él? ¿Les estaría enseñando la aldea? ¡Qué absurdo! Siempre ha sido un mentiroso. ¿Estará tramando algo? ¿Crees que deberíamos investigar un poco? *El infortunado ex director de Deportes Mágicos, Ludo Bagman*... Ése es un comienzo con mucha garra, Bozo: sólo necesitamos encontrar una historia a la altura del titular.

—¿Qué, tratando de arruinar la vida de alguien más? —preguntó Harry en voz muy alta.

Algunos se volvieron a mirar. Al ver quién le hablaba, Rita Skeeter abrió mucho los ojos, escudados tras las gafas con incrustaciones.

—¡Harry! —dijo sonriendo—. ¡Qué divino! ¿Por qué no te sientas con nos...?

—No me acercaría a usted ni con una escoba de diez metros —contestó Harry furioso—. ¿Por qué le ha hecho eso a Hagrid?

Rita Skeeter levantó sus perfiladísimas cejas.

—Nuestros lectores tienen derecho a saber la verdad, Harry. Sólo cumplo con mi...

—¿Y qué más da que sea un semigigante? —gritó Harry—. ¡Él no tiene nada de malo!

Toda la taberna se había sumido en el silencio. La señora Rosmerta observaba desde detrás de la barra, sin darse cuenta de que el pichel que llenaba de hidromiel rebosaba.

La sonrisa de Rita Skeeter vaciló muy ligeramente, pero casi de inmediato tiró de los músculos de la cara para volver a fijarla en su lugar. Abrió el bolso de piel de cocodrilo, sacó la pluma a vuelapluma y le preguntó:

—¿Me concederías una entrevista para hablarme del Hagrid que tú conoces?, ¿el hombre que hay detrás de los músculos?, ¿sobre vuestra inaudita amistad y las razones que hay para ella? ¿Crees que puede ser para ti algo así como un sustituto del padre?

Hermione se levantó de pronto, agarrando la cerveza de mantequilla como si fuera una granada.

—¡Es usted una mujer horrible! —le dijo con los dientes apretados—. No le importa nada con tal de conseguir su historia, ¿verdad? Cualquiera valdrá, ¿eh? Hasta Ludo Bagman...

—Siéntate, estúpida, y no hables de lo que no entiendes —contestó fríamente Rita Skeeter, arrojándole a Hermione una dura mirada—. Yo sé cosas sobre Ludo Bagman que te pondrían los pelos de punta... y casi les iría bien —añadió, observando el pelo de Hermione.

—Vámonos —dijo Hermione—. Vamos, Harry... Ron.

Salieron. Mucha gente los observó mientras se iban. Harry miró atrás al llegar a la puerta: la pluma a vuelapluma de Rita Skeeter estaba fuera del bolso y se deslizaba de un lado a otro por encima de un pedazo de pergamino puesto sobre la mesa.

—Ahora la tomará contigo, Hermione —dijo Ron con voz baja y preocupada mientras subían la calle, deshaciendo el camino por el que habían llegado.

—¡Que lo intente! —replicó Hermione con voz chillona. Temblaba de rabia—. ¡Ya verá! ¿Conque soy una estúpida? Pagará por esto. Primero Harry, luego Hagrid...

—No hay que hacer enfadar a Rita Skeeter —añadió Ron nervioso—. Te lo digo en serio, Hermione. Te buscará algo para ponerte en evidencia...

—¡Mis padres no leen *El Profeta*, así que no me va a meter miedo! —

contestó Hermione, dando tales zancadas que a Harry y Ron les costaba trabajo seguirla. La última vez que Harry había visto a Hermione tan enfadada, le había pegado una bofetada a Draco Malfoy—. ¡Y Hagrid no va a seguir escondiendo la cabeza! ¡Nunca tendría que haber permitido que lo alterara esa imitación de ser humano! ¡Vamos!

Hermione echó a correr y precedió a sus amigos durante todo el camino de vuelta por la carretera, a través de las verjas flanqueadas por cerdos alados y de los terrenos del colegio, hacia la cabaña de Hagrid.

Las cortinas seguían corridas, y al acercarse oyeron los ladridos de *Fang*.

—¡Hagrid! —gritó Hermione, aporreando la puerta delantera—. ¡Ya está bien, Hagrid! ¡Sabemos que estás ahí dentro! ¡A nadie le importa que tu madre fuera una giganta! ¡No puedes permitir que esa asquerosa de Skeeter te haga esto! ¡Sal, Hagrid, deja de...!

Se abrió la puerta. Hermione dijo «hacer el... » y se calló de repente, porque acababa de encontrarse cara a cara no con Hagrid sino con Albus Dumbledore.

—Buenas tardes —saludó el director en tono agradable, sonriéndoles.

—Que... que... queríamos ver a Hagrid —dijo Hermione con timidez.

—Sí, lo suponía—repuso Dumbledore con ojos risueños—. ¿Por qué no entráis?

—Ah... eh... bien —aceptó Hermione.

Los tres amigos entraron en la cabaña. En cuanto Harry cruzó la puerta, *Fang* se abalanzó sobre él ladrando como loco, e intentó lamerle las orejas. Harry se libró de *Fang* y miró a su alrededor.

Hagrid estaba sentado a la mesa, en la que había dos tazas de té. Parecía hallarse en un estado deplorable. Tenía manchas en la cara, y los ojos hinchados, y, en cuanto al cabello, se había pasado al otro extremo: lejos de intentar dominarlo, en aquellos momentos parecía un entramado de alambres.

—Hola, Hagrid —saludó Harry.

Hagrid levantó la vista.

—... la —respondió, con la voz muy tomada.

—Creo que nos hará falta más té —dijo Dumbledore, cerrando la puerta tras ellos.

Sacó la varita e hizo una floritura con ella, y en medio del aire apareció, dando vueltas, una bandeja con el servicio de té y un plato de bizcochos. Dumbledore la hizo posarse sobre la mesa, y todos se sentaron. Hubo una breve pausa, y luego el director dijo:

—¿Has oído por casualidad lo que gritaba la señorita Granger, Hagrid?

Hermione se puso algo colorada, pero Dumbledore le sonrió y prosiguió:

—Parece ser que Hermione, Harry y Ron aún quieren ser amigos tuyos, a juzgar por la forma en que intentaban echar la puerta abajo.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Harry mirando a Hagrid—. Te tiene que importar un bledo lo que esa vaca... Perdón, profesor —añadió apresuradamente, mirando a Dumbledore.

—Me he vuelto sordo por un momento y no tengo la menor idea de qué es lo que has dicho —dijo Dumbledore, jugando con los pulgares y mirando al techo.

—Eh... bien —dijo Harry mansamente—. Sólo quería decir... ¿Cómo pudiste pensar, Hagrid, que a nosotros podía importarnos lo que esa... mujer escribió de ti?

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos color azabache de Hagrid y cayeron lentamente sobre la barba enmarañada.

—Aquí tienes la prueba de lo que te he estado diciendo, Hagrid —dijo Dumbledore, sin dejar de mirar al techo—. Ya te he mostrado las innumerables cartas de padres que te recuerdan de cuando estudiaron aquí, diciéndome en términos muy claros que, si yo te despidiera, ellos tomarían cartas en el asunto.

—No todos —repuso Hagrid con voz ronca—. No todos los padres quieren que me quede.

—Realmente, Hagrid, si lo que buscas es la aprobación de todo el mundo, me temo que te quedarás en esta cabaña durante mucho tiempo —replicó Dumbledore, mirando severamente por encima de los cristales de sus gafas de media luna—. Desde que me convertí en el director de este colegio no ha pasado una semana sin que haya recibido al menos una lechuza con quejas por la manera en que llevo las cosas. Pero ¿qué tendría que hacer? ¿Encerrarme en mi estudio y negarme a hablar con nadie?

—Ya... pero tú no eres un semigigante —contestó Hagrid con voz ronca.

—¡Hagrid, mira los parientes que tengo yo! —dijo Harry furioso—. ¡Mira a los Dursley!

—Bien observado —aprobó el profesor Dumbledore—. Mi propio hermano, Aberforth, fue perseguido por practicar encantamientos inapropiados en una cabra. Salió todo en los periódicos, pero ¿crees que Aberforth se escondió? ¡No lo hizo! ¡Siguió con lo suyo, como de costumbre, con la cabeza bien alta! La verdad es que no estoy seguro de que sepa leer, así que tal vez no fuera cuestión de valentía...

—Vuelve a las clases, Hagrid —pidió Hermione en voz baja—. Vuelve, por favor: te echamos de menos.

Hagrid tragó saliva. Nuevas lágrimas se derramaron por sus mejillas hasta la barba. Dumbledore se levantó.

—Me niego a aceptar tu dimisión, Hagrid, y espero que vuelvas al trabajo el lunes —dijo—. Nos veremos en el Gran Comedor para desayunar, a las ocho y media. No quiero excusas. Buenas tardes a todos.

Dumbledore salió de la cabaña, deteniéndose sólo para rascarle las orejas a *Fang*. Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Hagrid comenzó a sollozar tapándose la cara con las manos, del tamaño de ruedas de coche. Hermione le dio unas palmadas en el brazo, y al final Hagrid levantó la vista, con los ojos enrojecidos, y dijo:

—Dumbledore es un gran hombre... un gran hombre...

—Sí que lo es —afirmó Ron—. ¿Me puedo tomar uno de estos bizcochos, Hagrid?

—Todos los que quieras —contestó Hagrid, secándose los ojos con el reverso de la mano—. Tiene razón, desde luego; todos tenéis razón: he sido un tonto. A mi padre le hubiera dado vergüenza la forma en que me he comportado... —Derramó más lágrimas, pero se las secó con decisión y dijo—: Nunca os he enseñado fotos de mi padre, ¿verdad? Aquí tengo una...

Hagrid se levantó, fue al aparador, abrió un cajón y sacó de él una foto de un mago de corta estatura. Tenía los mismos ojos negros de él, y sonreía sentado sobre el hombro de su hijo. Hagrid debía de medir entonces sus buenos dos metros y medio de altura, a juzgar por el manzano que había a su lado, pero su rostro era lampiño, joven, redondo y suave: seguramente no tendría más de once años.

—Fue tomada justo después de que entré en Hogwarts —dijo Hagrid con voz ronca—. Mi padre se sentía muy satisfecho... aunque yo no pudiera ser mago, porque mi madre... Ya sabéis. Naturalmente, nunca fui nada del otro mundo en esto de la magia, pero al menos no llegó a enterarse de mi expulsión. Murió cuando yo estaba en segundo.

»Dumbledore fue el único que me defendió después de que faltó mi padre. Me dio el puesto de guardabosque... Confía en la gente. Le da a todo el mundo una segunda oportunidad: eso es lo que lo diferencia de otros directores. Aceptará a cualquiera en Hogwarts, mientras valga. Sabe que uno puede merecer la pena incluso aunque su familia no haya sido... bueno... del todo respetable. Pero hay quien no lo comprende. Los hay que siempre están contra uno... Los hay que pretenden que simplemente tienen esqueleto grande en vez de levantarse y decir: soy lo que soy, no me avergüenzo. Mi padre me decía que no me avergonzara nunca, que había quien estaría contra mí, pero que no merecía la pena molestarse por ellos. Y tenía razón. He sido un idiota. Y, en cuanto a ella, no voy a volver a preocuparme, os lo prometo. Esqueleto grande... Ya le daré esqueleto grande.

Harry, Ron y Hermione se miraron nerviosos unos a otros. Harry antes se

hubiera llevado de paseo a cincuenta escregutos que admitir ante Hagrid que había escuchado su conversación con Madame Maxime, pero Hagrid seguía hablando, aparentemente inconsciente de haber dicho algo extraño.

—¿Sabes una cosa, Harry? —dijo, apartando la mirada de la fotografía de su padre, con los ojos muy brillantes—. Cuando te vi por primera vez, me recordaste un poco a mí mismo. Tus padres muertos, y tú te sentías como si no te merecieras venir a Hogwarts, ¿recuerdas? ¡Y ahora mírate! ¡Campeón del colegio! —Miró a Harry un instante y luego dijo, muy serio—: ¿Sabes lo que me gustaría, Harry? Me gustaría que ganaras, de verdad. Eso les enseñaría a todos... que no hay que ser de sangre limpia para conseguirlo. No te tienes que avergonzar de lo que eres. Eso les enseñaría que es Dumbledore el que tiene razón dejando entrar a cualquiera siempre y cuando sea capaz de hacer magia. ¿Cómo te va con ese huevo, Harry?

—Muy bien —dijo Harry—. Genial.

En el entristecido rostro de Hagrid se dibujó una amplia sonrisa.

—Ése es mi chico... Muéstraselo, Harry, muéstrales quién eres. Véncelos.

No era lo mismo mentir a los demás que hacerlo con Hagrid. Aquella tarde Harry volvió al castillo con Ron y Hermione, incapaz de desvanecer la imagen de la expresión de contento en la cara de Hagrid cuando se lo había imaginado ganando el Torneo. El incomprensible huevo pesaba aquella noche más que nunca en la conciencia de Harry, y, cuando volvió a la cama, se había forjado un propósito muy claro: era ya hora de tragarse el orgullo y ver si la pista de Cedric conducía a alguna parte.

25

El huevo y el ojo

Como Harry no sabía cuánto tiempo tendría que estar bañándose para desentrañar el enigma del huevo de oro, decidió hacerlo de noche, cuando podría tomarse todo el tiempo que quisiera. Aunque no le hacía gracia aceptar más favores de Cedric, decidió también utilizar el cuarto de baño de los prefectos, porque muy pocos tenían acceso a él y era mucho menos probable que lo molestaran allí.

Harry planeó cuidadosamente su incursión. Filch, el conserje, lo había pillado una vez levantado de la cama y paseando en medio de la noche por donde no debía, y no quería repetir aquella experiencia. Desde luego, la capa invisible sería esencial, y para más seguridad Harry decidió llevar el mapa del merodeador, que, juntamente con la capa, constituía la más útil de sus pertenencias cuando se trataba de quebrantar normas. El mapa mostraba todo el castillo de Hogwarts, incluyendo sus muchos atajos y pasadizos secretos y, lo más importante de todo, señalaba a la gente que había dentro del castillo como minúsculas motas acompañadas de un cartelito con su nombre. Las motitas se movían por los corredores en el mapa, de forma que Harry se daría cuenta de antemano si alguien se aproximaba al cuarto de baño.

El jueves por la noche Harry fue furtivamente a su habitación, se puso la capa, volvió a bajar la escalera y, exactamente como había hecho la noche en que Hagrid le mostró los dragones, esperó a que abrieran el hueco del retrato. Esta vez fue Ron quien esperaba fuera para darle a la Señora Gorda la contraseña («Buñuelos de plátano»).

—Buena suerte —le susurró Ron, entrando en la sala común mientras Harry salía.

En aquella ocasión resultaba difícil moverse bajo la capa con el pesado huevo en un brazo y el mapa sujeto delante de la nariz con el otro. Pero los corredores estaban iluminados por la luz de la luna, vacíos y en silencio, y consultando el mapa de vez en cuando Harry se aseguraba de no encontrarse con nadie a quien quisiera evitar. Cuando llegó a la estatua de Boris *el Desconcertado* —un mago con pinta de andar perdido, con los guantes colocados al revés, el derecho en la mano izquierda y viceversa— localizó la puerta, se acercó a ella y, tal como le había indicado Cedric, susurró la contraseña:

—«Frescura de pino.»

La puerta chirrió al abrirse. Harry se deslizó por ella, echó el cerrojo después de entrar y, mirando a su alrededor, se quitó la capa invisible.

Su reacción inmediata fue pensar que merecía la pena llegar a prefecto sólo para poder utilizar aquel baño. Estaba suavemente iluminado por una espléndida araña llena de velas, y todo era de mármol blanco, incluyendo lo que parecía una piscina vacía de forma rectangular, en el centro de la habitación. Por los bordes de la piscina había unos cien grifos de oro, cada uno de los cuales tenía en la llave una joya de diferente color. Había asimismo un trampolín, y de las ventanas colgaban largas cortinas de lino blanco. En un rincón vio un montón de toallas blancas muy mullidas, y en la pared un único cuadro con marco dorado que representaba una sirena rubia profundamente dormida sobre una roca; el largo pelo, que le caía sobre el rostro, se agitaba cada vez que resoplaba.

Harry avanzó mirando a su alrededor. Sus pasos hacían eco en los muros. A pesar de lo magnífico que era el cuarto de baño, y de las ganas que tenía de abrir algunos de los grifos, no podía disipar el recelo de que Cedric le hubiera

tomado el pelo. ¿En qué iba a ayudarlo aquello a averiguar el misterio del huevo? Aun así, puso al lado de la piscina la capa, el huevo, el mapa y una de las mullidas toallas, se arrodilló y abrió unos grifos.

Se dio cuenta enseguida de que el agua llevaba incorporados diferentes tipos de gel de baño, aunque eran geles distintos de cualesquiera que hubiera visto Harry antes. Por uno de los grifos manaban burbujas de color rosa y azul del tamaño de balones de fútbol; otro vertía una espuma blanca como el hielo y tan espesa que Harry pensó que podría soportar su peso si hacia la prueba; de un tercero salía un vapor de color púrpura muy perfumado que flotaba por la superficie del agua. Harry se divirtió un rato abriendo y cerrando los grifos, disfrutando especialmente de uno cuyo chorro rebotaba por la superficie del agua formando grandes arcos. Luego, cuando la profunda piscina estuvo llena de agua, espuma y burbujas (lo que, considerando su tamaño, llevó un tiempo muy corto), Harry cerró todos los grifos, se quitó la bata, el pijama y las zapatillas, y se metió en el agua.

Era tan profunda que apenas llegaba con los pies al fondo, e hizo un par de largos antes de volver a la orilla y quedarse mirando el huevo. Aunque era muy agradable nadar en un agua caliente llena de espuma, mientras por todas partes emanaban vapores de diferentes colores, no le vino a la cabeza ninguna idea brillante ni saltó ninguna chispa de repentina comprensión.

Harry alargó los brazos, levantó el huevo con las manos húmedas y lo abrió. Los gemidos estridentes llenaron el cuarto de baño, reverberando en los muros de mármol, pero sonaban tan incomprensibles como siempre, si no más debido al eco. Volvió a cerrarlo, preocupado porque el sonido pudiera atraer a Filch y preguntándose si no sería eso precisamente lo que había pretendido Cedric. Y entonces alguien habló y lo sobresaltó hasta tal punto que dejó caer el huevo, el cual rodó estrepitosamente por el suelo del baño.

—Yo que tú lo metería en el agua.

Del susto, Harry acababa de tragarse una considerable cantidad de burbujas. Se irguió, escupiendo, y vio el fantasma de una chica de aspecto muy triste sentado encima de uno de los grifos con las piernas cruzadas. Era Myrtle *la Llorona*, a la que usualmente se oía sollozar en la cañería de uno de los váteres tres pisos más abajo.

—¡Myrtle! —exclamó Harry, modesto—. ¡Yo... yo no llevo nada!

La espuma era tan densa que aquello realmente no importaba mucho, pero tenía la desagradable sensación de que Myrtle lo había estado espiando desde que había entrado.

—Cuando te ibas a meter cerré los ojos —dijo ella pestañeando tras sus gruesas gafas—. Hace siglos que no vienes a verme.

—Sí, bueno... —dijo Harry, doblando ligeramente las rodillas para asegurarse de que Myrtle sólo pudiera verle la cabeza—. Se supone que no puedo entrar en tu cuarto de baño, ¿no? Es de chicas.

—Eso no te importaba mucho —dijo Myrtle con voz triste—. Antes te pasabas allí todo el tiempo.

Era cierto, aunque sólo había sido porque Harry, Ron y Hermione habían considerado que los servicios de Myrtle, cerrados entonces por avería, eran un lugar ideal para elaborar en secreto la poción multijugos, una poción prohibida que había convertido a Harry y Ron durante una hora en réplicas vivas de Crabbe y Goyle, con lo que pudieron colarse furtivamente en la sala común de Slytherin.

—Me gané una reprimenda por entrar en él —contestó Harry, lo que era verdad a medias: Percy lo había pillado saliendo en una ocasión de los lavabos de Myrtle—. Después de eso no he querido volver.

—¡Ah, ya veo! —dijo Myrtle malhumorada, toqueteándose un grano de la barbilla—. Bueno... da igual... Yo metería el huevo en el agua. Eso es lo que hizo Cedric Diggory.

—¿También lo espiaste a él? —exclamó Harry indignado—. ¿Te dedicas a venir aquí por las noches para ver bañarse a los prefectos?

—A veces —respondió Myrtle con picardía—, pero eres el primero al que le dirijo la palabra.

—Me siento honrado —dijo Harry—. ¡Tápate los ojos! Se aseguró de que las gafas de Myrtle estaban lo suficientemente cubiertas antes de salir del baño, envolverse firmemente la toalla alrededor del cuerpo e ir a recoger el huevo.

Cuando Harry hubo vuelto al agua, Myrtle miró a través de los dedos y lo apremió:

—Vamos... ¡ábrelo bajo el agua!

Harry hundió el huevo por debajo de la superficie de espuma y lo abrió. Aquella vez no se oyeron gemidos: surgía de él un canto compuesto de gorgoritos, un canto cuyas palabras era incapaz de apreciar.

—Tendrás que sumergir también la cabeza —le indicó Myrtle, que parecía encantada con aquello de dar órdenes—. ¡Vamos!

Harry tomó aire y se sumergió. Y entonces, sentado en el suelo de mármol de la bañera llena de burbujas, oyó un coro de voces misteriosas que cantaban desde el huevo abierto en sus manos:

Donde nuestras voces suenan, ven a buscarnos,

que sobre la tierra no se oyen nuestros cantos.

Y estas palabras medita mientras tanto,

pues son importantes, ¡no sabes cuánto!:

Nos hemos llevado lo que más valoras,

y para encontrarlo tienes una hora.

Pasado este tiempo ¡negras perspectivas!

demasiado tarde, ya no habrá salida.

Harry se dejó impulsar hacia arriba por el agua, rompió la superficie de espuma y se sacudió el pelo de los ojos.

—¿Lo has oído? —preguntó Myrtle.

—Sí... «Donde nuestras voces suenan, ven a buscarnos...» No sé si me convencen... Espera, quiero escuchar de nuevo. —Y volvió a sumergirse.

Tuvo que escuchar la canción otras tres veces para memorizarla. Luego se quedó un rato flotando, haciendo un esfuerzo por pensar, mientras Myrtle lo observaba sentada.

—Tengo que ir en busca de gente que no puede utilizar su voz sobre la tierra —dijo pensativamente—. Eh... ¿quién puede ser?

—Eres de efecto retardado, ¿no?

Nunca había visto a Myrtle *la Llorona* tan contenta, excepto el día en que la dosis de poción multijugos de Hermione le había dejado la cara peluda y cola de gato.

Harry miró a su alrededor, meditando. Si sólo se podían oír las voces bajo el agua, entonces era lógico que pertenecieran a criaturas submarinas. Así se lo dijo a Myrtle *la Llorona*, que sonrió satisfecha.

—Bueno, eso es lo que pensaba Diggory —le explicó—. Estuvo ahí quieto, hablando solo sobre el tema durante un montón de tiempo. Un montón de tiempo, hasta que desaparecieron casi todas las burbujas...

—Criaturas submarinas... —reflexionó Harry en voz alta—. Myrtle, ¿qué criaturas viven en el lago, aparte del calamar gigante?

—¡Uf; de todo! He bajado algunas veces, cuando no me queda más remedio porque alguien tira de la cadena inesperadamente...

Tratando de no imaginarse a Myrtle *la Llorona* bajando hacia el lago por una cañería acompañada del contenido del váter, Harry le preguntó:

—Bueno, ¿hay algo allí que tenga voz humana? Espera... —Harry se acababa de fijar en el cuadro de la sirena dormida—. Myrtle, ¿hay sirenas allí?

—¡Muy bien! —alabó ella muy contenta—. ¡A Diggory le llevó mucho más tiempo! Y eso que ella estaba despierta... —con una expresión de disgusto en la cara, Myrtle señaló con la cabeza a la sirena del cuadro—, riéndose como una tonta, pavoneándose y aleteando.

—Es eso, ¿verdad? —dijo Harry emocionado—. La segunda prueba consiste en ir a buscar a las sirenas del lago y... y...

Pero de repente comprendió lo que estaba diciendo, y se vació de toda la emoción como si él mismo fuera una bañera y le acabaran de quitar el tapón del estómago. No era muy buen nadador, apenas había practicado. Tía Petunia y tío Vernon habían enviado a Dudley a clases de natación, pero a él no lo habían apuntado, sin duda con la esperanza de que se ahogara algún día. Era capaz de hacer dos largos en aquella piscina, pero el lago era muy grande y profundo... y las sirenas seguramente vivirían en el fondo...

—Myrtle —dijo Harry pensativamente—, ¿cómo se supone que me las arreglaré para respirar?

Al oír esto, los ojos de Myrtle se llenaron de lágrimas.

—¡Qué poco delicado! —murmuró ella, tentándose en la túnica en busca de un pañuelo.

—¿Por qué? —preguntó Harry, desconcertado.

—¡Hablar de respirar delante de mi! —contestó con una voz chillona que resonó con fuerza en el cuarto de baño—. ¡Cuando sabes que yo no respiro... que no he respirado desde hace tantos años...! —Se tapó la cara con el pañuelo y sollozó en él de forma estentórea.

Harry recordó lo susceptible que Myrtle había sido siempre en lo relativo a su muerte. Ningún otro fantasma que Harry conociera se tomaba su muerte tan a la tremenda.

—Lo siento. Yo no quería... Se me olvidó...

—¡Ah, claro, es muy fácil olvidarse de que Myrtle está muerta! —dijo ella tragando saliva y mirándolo con los ojos hinchados—. Nadie me echa de menos, ni me echaban de menos cuando estaba viva. Les llevó horas descubrir mi cadáver. Lo sé, me quedé sentada esperándolos. Olive Hornby entró en el baño: «¿Otra vez estás aquí enfurruñada, Myrtle?», me dijo. «Porque el profesor Dippet me ha pedido que te busque...» Y entonces vio mi cadáver... ¡Oooooh, no lo olvidó hasta el día de su muerte! Ya me encargué yo de que no lo olvidara... La seguía por todas partes para recordárselo. Me acuerdo del día en que se casó su hermano...

Pero Harry no escuchaba. Otra vez pensaba en la canción de las sirenas: «Nos hemos llevado lo que más valoras.» Daba la impresión de que iban a robarle algo suyo, algo que tenía que recuperar. ¿Qué sería?

—.... y entonces, claro, fue al Ministerio de Magia para que yo dejara de

seguirla, así que tuve que volver aquí y vivir en mi váter.

—Bien —dijo Harry vagamente—. Bien, ahora estoy más cerca que antes... Vuelve a cerrar los ojos, por favor, que quiero salir.

Tras recoger el huevo del fondo de la piscina, salió, se secó y se volvió a poner el pijama y la bata.

—¿Volverás a visitarme en mis lavabos alguna vez? —preguntó en tono lúgubre Myrtle *la Llorona*, cuando Harry cogía la capa invisible.

—Eh... lo intentaré —repuso Harry, pero pensando para sí que no lo haría a menos que se estropearan todos los demás lavabos del castillo—. Hasta luego, Myrtle... Y gracias por tu ayuda.

—Adiós —dijo ella con tristeza.

Harry se volvió a poner la capa, y la vio meterse a toda velocidad por el grifo.

Fuera, en el oscuro corredor, Harry consultó el mapa del merodeador para comprobar que no había moros en la costa. No, las motas que correspondían a Filch y a la Señora Norris estaban quietas en la conserjería. Aparte de Peeves, que botaba en el piso de arriba por la sala de trofeos, parecía que no se movía nada más. Harry había ya emprendido el camino hacia la torre de Gryffindor cuando vio otra cosa en el mapa... algo evidentemente extraño.

No, Peeves no era lo único que se movía. Había una motita que iba de un lado a otro en una habitación situada en la esquina inferior izquierda: el despacho de Snape. Pero la mota no llevaba la inscripción «Severus Snape», sino «Bartemius Crouch».

Harry miró la mota fijamente. Se suponía que el señor Crouch estaba demasiado enfermo para ir al trabajo o para asistir al baile de Navidad: ¿qué hacía entonces colándose en Hogwarts a la una de la madrugada? Harry observó atentamente los movimientos de la mota por el despacho, que se detenía aquí y allá...

Harry dudó, pensando... y luego lo venció la curiosidad. Dio media vuelta, y continuó andando en sentido contrario, hacia la escalera más cercana. Iba a ver qué se traía Crouch entre manos.

Bajó la escalera lo más silenciosamente que pudo, aunque algunos retratos volvían la cara con curiosidad cuando crepitaba alguna tabla del suelo, o hacia frufrú la tela del pijama. Avanzó muy despacio por el corredor del piso inferior, apartó a un lado un tapiz que había en la mitad del pasillo, y empezó a bajar por una escalera más estrecha, un atajo que lo dejaría dos pisos más abajo. Seguía mirando el mapa, reflexionando. La verdad era que no parecía propio del correcto y legalista señor Crouch meterse furtivamente en el despacho de otro a aquellas horas de la noche.

Y entonces, cuando había descendido media escalera sin pensar en lo que

hacía, concentrado tan sólo en el peculiar comportamiento del señor Crouch, metió una pierna en el escalón falso que Neville siempre olvidaba saltar. Se tambaleó, y el huevo de oro, aún húmedo del baño, se deslizó de debajo de su brazo... Se lanzó hacia delante para intentar cogerlo, pero era ya demasiado tarde: el huevo caía por la larga escalera, repicando como un gong en cada uno de los escalones. Al mismo tiempo se le escurrió la capa invisible. Harry la cogió, pero entonces se le resbaló de la mano el mapa del merodeador y cayó seis escalones más abajo, donde, atrapado como estaba en el peldaño por encima de la rodilla, no podía alcanzarlo.

En su caída, el huevo de oro atravesó el tapiz que había al pie de la escalera, se abrió de golpe y comenzó a gemir estridentemente en el corredor de abajo. Harry sacó la varita e intentó alcanzar con ella el mapa del merodeador para borrar el contenido, pero estaba demasiado lejos para llegar hasta él.

Volviéndose a tapar con la capa, Harry escuchó atentamente, arrugando el entrecejo por el miedo. Casi de inmediato...

—¡PEEVES!

Era el inconfundible grito de caza del conserje Filch. Harry oyó sus pasos arrastrados acercarse más y más, y su sibilante voz que se elevaba furiosamente.

—¿Qué es este estruendo? ¿Es que quieres despertar a todo el castillo? Te voy a coger, Peeves, te voy a coger. Tú... Pero ¿qué es esto?

Los pasos de Filch se detuvieron. Se oyó un chasquido producido por metal al golpear contra otro metal, y los gemidos cesaron. Filch había cogido el huevo y lo había cerrado. Harry permanecía muy quieto, con la pierna aún atrapada en el escalón mágico, escuchando. En cualquier momento Filch apartaría a un lado el tapiz esperando ver a Peeves... y no lo encontraría. Pero si seguía subiendo la escalera vería el mapa del merodeador y, tuviera o no puesta la capa invisible, el mapa del merodeador mostraría el letrero «Harry Potter» en el punto exacto en que se hallaba.

—¿Un huevo? —dijo en voz baja Filch al pie de la escalera—. Cielo mío —evidentemente la *Señora Norris* se encontraba con él—, ¡esto es el enigma del Torneo! ¡Esto pertenece a uno de los campeones!

Harry empezó a encontrarse mal. El corazón le latía muy aprisa.

—¡PEEVES! —bramó Filch con júbilo—. ¡Has estado robando!

Apartó el tapiz, y Harry vio su horrible cara abotargada, y los ojos claros y saltones que observaban la escalera oscura y (para él) desierta.

—¿Te escondes? —dijo con voz melosa—. Te voy a atrapar, Peeves... Te has atrevido a robar uno de los enigmas del Torneo, Peeves. Dumbledore te expulsará por esto, ratero...

Filch empezó a subir por la escalera, acompañado por su escuálida gata de color apagado. Los ojos como faros de la *Señora Norris,* tan parecidos a los de su amo, estaban fijos en Harry. No era la primera vez que éste se preguntaba si la capa invisible surtía efecto con los gatos. Muerto de miedo, vio a Filch acercarse poco a poco en su vieja bata de franela. Intentó sacar el pie del escalón desesperadamente, pero sólo consiguió hundirlo un poco más. De un momento a otro, Filch vería el mapa o se tropezaría con él...

—Filch, ¿qué ocurre?

El conserje se detuvo unos escalones por debajo de Harry, y se volvió. Al pie de la escalera se hallaba la única persona que podía empeorar la situación de Harry: Snape. Llevaba un largo camisón gris y parecía lívido.

—Es Peeves, profesor —susurró Filch con malevolencia—. Tiró este huevo por la escalera.

Snape subió aprisa y se detuvo junto a Filch. Harry apretó los dientes, convencido de que los estruendosos latidos de su corazón no tardarían en delatarlo.

—¿Peeves? —dijo Snape en voz baja, observando el huevo en las manos de Filch—. Pero Peeves no ha podido entrar en mi despacho...

—¿El huevo estaba en su despacho, profesor?

—Por supuesto que no —replicó Snape—. Oí golpes y luego gemidos...

—Sí, profesor, era el huevo.

—Vine a investigar...

—Peeves lo tiró, señor...

—... y al pasar por mi despacho, ¡vi las antorchas encendidas y la puerta de un armario abierta de par en par! ¡Alguien ha estado revolviendo en él!

—Pero Peeves no pudo...

—¡Ya sé que no, Filch! —espetó Snape—. ¡Yo cierro mi despacho con un embrujo que sólo otro mago podría abrir!

—Snape miró escaleras arriba, justo a través de Harry, y luego hacia el corredor de abajo—. Bueno, ahora quiero que vengas a ayudarme a buscar al intruso, Filch.

—Yo... Sí, profesor, pero...

Filch miró con ansia escaleras arriba, hacia Harry. Evidentemente, se resistía a renunciar a aquella oportunidad de acorralar a Peeves. «Vete —imploró Harry para sus adentros—, vete con Snape, vete...» Desde los pies de Filch, la *Señora Norris* miraba en torno. Harry tenía la convicción de que lo

estaba oliendo... ¿Por qué habría echado tanta espuma perfumada en el baño?

—El caso es, profesor —dijo Filch lastimeramente—, que el director tendrá que hacerme caso esta vez. Peeves le ha robado a un alumno, y ésta podría ser mi oportunidad para echarlo del castillo de una vez para siempre.

—Filch, me importa un bledo ese maldito poltergeist. Es mi despacho lo que...

Bum, bum, bum.

Snape se calló de repente. Tanto él como Filch miraron al pie de la escalera. A través del hueco que quedaba entre sus cabezas, Harry vio aparecer cojeando a *Ojoloco* Moody. Moody llevaba su vieja capa de viaje puesta sobre el camisón, y se apoyaba en el bastón, como de costumbre.

—¿Qué es esto, una fiesta nocturna? —gruñó.

—El profesor Snape y yo hemos oído ruidos, profesor —se apresuró a contestar Filch—. Peeves el *poltergeist*, que ha estado tirando cosas como de costumbre. Y además el profesor Snape ha descubierto que alguien ha entrado en su despacho.

—¡Cállate! —le dijo Snape a Filch entre dientes.

Moody dio un paso más hacia la escalera. Harry vio que el ojo mágico de Moody se fijaba en Snape, y luego, sin posibilidad de error, en él mismo.

A Harry el corazón le dio un brinco. Moody podía ver a través de las capas invisibles... Era el único que podía ver todo lo extraño de la escena: Snape en camisón, Filch agarrando el huevo, y él, Harry, atrapado tras ellos en la escalera. La boca de Moody, que era como un tajo torcido, se abrió por la sorpresa. Durante unos segundos, él y Harry se miraron a los ojos. Luego Moody cerró la boca y volvió a dirigir el ojo azul a Snape.

—¿He oído bien, Snape? —preguntó—. ¿Ha entrado alguien en tu despacho?

—No tiene importancia —repuso Snape con frialdad.

—Al contrario —replicó Moody con brusquedad—, tiene mucha importancia. ¿Quién puede estar interesado en entrar en tu despacho?

—Supongo que algún estudiante —contestó Snape. Harry vio que le latía una vena en la grasienta sien—. Ya ha ocurrido antes. Han estado desapareciendo de mi armario privado ingredientes de pociones... Sin duda, alumnos que tratan de probar mezclas prohibidas.

—¿Piensas que buscaban ingredientes de pociones? —dijo Moody—. ¿No escondes nada más en tu despacho?

Harry vio que la cetrina cara de Snape adquiría un desagradable color teja,

y la vena de la sien palpitaba con más rapidez.

—Sabes que no, Moody —respondió en voz peligrosamente suave—, porque tú mismo lo has examinado exhaustivamente.

La cara de Moody se contorsionó en una terrible sonrisa.

—Privilegio de auror, Snape. Dumbledore me dijo que echara un ojo...

—Resulta que Dumbledore confía en mí —dijo Snape, con los dientes apretados—. ¡Me niego a creer que él te diera órdenes de husmear en mi despacho!

—¡Por supuesto que Dumbledore confía en ti! —gruñó Moody—. Es un hombre confiado, ¿no? Cree que hay que dar una segunda oportunidad. Yo, en cambio, pienso que hay manchas que no se quitan. Manchas que no se quitan nunca, ¿me entiendes?

Snape hizo de repente algo muy extraño. Se agarró convulsivamente el antebrazo izquierdo con la mano derecha, como si algo le doliera.

Moody se rió.

—Vuelve a la cama, Snape.

—¡Tú no tienes autoridad para enviarme a ningún lado! —replicó Snape con furia contenida, soltando el brazo como enojado consigo mismo—. Tengo tanto derecho como tú a hacer la ronda nocturna de este colegio.

—Pues sigue haciendo la ronda —contestó Moody, pero su voz resultaba amenazante—. Me muero de ganas de pillarte alguna vez en algún oscuro corredor... Se te ha caído algo, al parecer.

Con una punzada de pánico, Harry vio que Moody señalaba el mapa del merodeador, que seguía tirado en el suelo, seis escalones por debajo de él. Cuando Snape y Filch se volvieron a mirarlo, Harry abandonó toda prudencia: levantó los brazos bajo la capa y los movió para llamar la atención de Moody, mientras gesticulaba con la boca «¡es mío!, ¡mío!».

Snape fue a cogerlo; por la expresión de su cara, parecía que empezaba a entender.

—*¡Accio pergamino!*

El mapa voló por el aire, se deslizó entre los dedos extendidos de Snape y bajó la escalera hasta la mano de Moody.

—Disculpa —dijo Moody con calma—. Es mío, se me ha debido de caer antes.

Pero los negros ojos de Snape pasaban del huevo en los brazos de Filch al mapa en la mano de Moody, y Harry se dio cuenta de que estaba atando

cabos, como sólo él sabía...

—Potter —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó Moody muy tranquilo, plegando el mapa y guardándoselo.

—¡Potter! —gruñó Snape, y entonces volvió la cabeza y miró hacia donde estaba Harry, como si de repente fuera capaz de verlo—. Ese huevo es el de Potter, y ese pergamino pertenece a Potter. Lo he visto antes, ¡lo reconozco! ¡Potter está por aquí! ¡Potter, con su capa invisible!

Snape extendió las manos como un ciego y comenzó a subir por la escalera. Harry hubiera jurado que sus narices de por si grandes se dilataban, intentando descubrir a Harry por el olfato. Atrapado como estaba, Harry se hizo atrás para evitar los dedos de Snape, pero de un momento a otro...

—¡Ahí no hay nada, Snape! —bramó Moody—. ¡Pero me encantará contarle al director lo rápido que pensaste en Harry Potter!

—¿Con qué intención? —inquirió Snape, girando el rostro hacia Moody, pero con las manos todavía extendidas a sólo unos centímetros del pecho de Harry.

—¡Con la intención de darle una pista sobre quién pudo meter a ese muchacho en el Torneo! —contestó Moody, acercándose más al inicio de la escalera—. Lo mismo que yo, está muy interesado en el problema. —La luz de la antorcha titiló en su mutilado rostro, de forma que las cicatrices y el trozo de nariz que le faltaba fueron más evidentes que nunca.

Snape miraba a Moody, y Harry no pudo ver la expresión de su cara. Durante un momento nadie se movió ni dijo nada. Luego Snape bajó las manos lentamente.

—Sólo pensé —dijo intentando aparentar calma— que si Potter había vuelto a pasear por el castillo de noche... (es un mal hábito que tiene) habría que impedirlo. Por... por su propia seguridad.

—¡Ah, ya veo! —repuso Moody en voz baja—. Lo haces por Potter, ¿eh?

Hubo una pausa. Snape y Moody seguían mirándose el uno al otro. La *Señora Norris* emitió un sonoro maullido, todavía escudriñando desde los pies de Filch, como si buscara la fuente del olor del baño de espuma.

—Creo que volveré a la cama —declaró Snape con tono cortante.

—Ésa es la mejor idea que has tenido en toda la noche —dijo Moody—. Ahora, Filch, si me das ese huevo...

—¡No! —Filch agarraba el huevo como si fuera su primogénito—. ¡Profesor Moody, ésta es la prueba de la conducta de Peeves!

—Pero pertenece al campeón al que se lo robó —replicó Moody—. Entrégamelo. Ahora mismo.

Snape bajó la escalera y pasó por al lado de Moody sin decir nada más. Filch le hizo una especie de marramiau a la *Señora Norris*, que miró a Harry fijamente, como sin comprender, antes de volverse y seguir a su amo. Aún con la respiración alterada, Harry oyó a Snape alejarse por el corredor. Filch le entregó el huevo a Moody, y también desapareció de la vista, susurrándole a la *Señora Norris*:

—No importa, cielo mío. Veremos a Dumbledore por la mañana y le diremos lo de Peeves.

Se oyó un portazo. Quedaron solos Harry y Moody, que apoyó el bastón en el primer escalón y empezó a ascender con dificultad hacia él, dando un golpe sordo a cada paso.

—Por un pelo, Potter —murmuró.

—Sí... eh... gracias —dijo Harry débilmente.

—¿Qué es esto? —preguntó Moody, sacando del bolsillo el mapa del merodeador y desplegándolo.

—Un mapa de Hogwarts —explicó Harry, esperando que Moody no tardara en sacarlo del escalón falso: le dolía la pierna.

—¡Por las barbas de Merlín! —susurró Moody, mirando el mapa. Su ojo mágico lo recorría como enloquecido—. Esto... ¡esto si que es un buen mapa, Potter!

—Sí, es... es muy útil —repuso Harry. Estaba a punto de llorar del dolor—. Eh... profesor Moody, ¿cree que podrá ayudarme?

—¿Qué? ¡Ah!, si, claro.

Moody agarró a Harry de los brazos y tiró. La pierna de Harry se liberó del escalón falso, y él se subió al inmediatamente superior.

Moody volvió a observar el mapa.

—Potter... —dijo pensativamente—, ¿no verías por casualidad quién entró en el despacho de Snape? ¿No lo verías en el mapa?

—Eh... sí, lo vi —admitió Harry—. Fue el señor Crouch.

El ojo mágico de Moody recorrió rápidamente toda la superficie del mapa.

—¿Crouch? —preguntó con inquietud—. ¿Estás seguro, Potter?

—Completamente —afirmó Harry.

—Bueno, ya no está aquí —dijo Moody, recorriendo todavía el mapa con

su ojo—. Crouch... Eso es muy, muy interesante.

Quedó en silencio durante más de un minuto, sin dejar de mirar el mapa. Harry comprendió que aquella noticia le revelaba algo a Moody, y hubiera querido saber qué era. No sabía si atreverse a preguntar. Moody le daba aún un poco de miedo, pero acababa de sacarlo de un buen lío.

—Eh... profesor Moody, ¿por qué cree que el señor Crouch ha querido revolver en el despacho de Snape?

El ojo mágico de Moody abandonó el mapa y se fijó, temblando, en Harry. Era una mirada penetrante, y Harry tuvo la impresión de que Moody lo estaba evaluando, considerando si responder o no, o cuánto decir.

—Mira, Potter —murmuró finalmente—, dicen que el viejo Ojoloco está obsesionado con atrapar magos tenebrosos... pero lo de Ojoloco no es nada, nada, al lado de lo de Barty Crouch.

Siguió mirando el mapa. Harry ardía en deseos de saber más.

—Profesor Moody —dijo de nuevo—, ¿piensa usted que esto podría tener algo que ver con... eh... tal vez el señor Crouch crea que pasa algo...?

—¿Como qué? —preguntó Moody bruscamente.

Harry se preguntó cuánto podría decir. No quería que Moody descubriera que tenía una fuente de información externa, porque eso podría llevarlo a hacer insidiosas preguntas sobre Sirius.

—No lo sé —murmuró Harry—. Últimamente han ocurrido cosas raras, ¿no? Ha salido en *El Profeta*. La Marca Tenebrosa en los Mundiales, los mortífagos y todo eso...

Moody abrió de par en par sus dos ojos desiguales.

—Eres agudo, Potter. —El ojo mágico vagó de nuevo por el mapa del merodeador—. Crouch podría pensar de manera parecida —dijo pensativamente—. Es muy posible... Últimamente ha habido algunos rumores... incentivados por Rita Skeeter, claro. Creo que mucha gente se está poniendo nerviosa. —Una forzada sonrisa contorsionó su boca torcida—. ¡Ah, si hay algo que odio —susurró, más para sí mismo que para Harry, y su ojo mágico se clavó en la esquina inferior izquierda del mapa— es un mortífago indultado!

Harry lo miró fijamente. ¿Se estaría refiriendo a lo que él imaginaba?

—Y ahora quiero hacerte una pregunta, Potter —dijo Moody, en un tono mucho más frío.

A Harry le dio un vuelco el corazón. Se lo había estado temiendo. Moody iba a preguntarle de dónde había sacado el mapa, que era un objeto mágico sumamente dudoso. Y si contaba cómo había caído en sus manos tendría que acusar a su propio padre, a Fred y George Weasley, y al profesor Lupin, su

anterior profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras. Moody blandió el mapa ante Harry, que se preparó para lo peor.

—¿Podrías prestármelo?

—¡Ah! —dijo Harry. Le tenía mucho aprecio a aquel mapa pero, por otro lado, se sentía muy aliviado de que Moody no le preguntara de dónde lo había sacado, y no le cabía duda de que le debía un favor—. Sí, vale.

—Eres un buen chico —gruñó Moody—. Haré buen uso de esto: podría ser exactamente lo que yo andaba buscando. Bueno, a la cama, Potter, ya es hora. Vamos...

Subieron juntos la escalera, Moody sin dejar de examinar el mapa como si fuera un tesoro inigualable. Caminaron en silencio hasta la puerta del despacho de Moody, donde él se detuvo y miró a Harry.

—¿Alguna vez has pensado en ser auror, Potter?

—No —respondió Harry, desconcertado.

—Tienes que planteártelo —dijo Moody moviendo la cabeza de arriba abajo y mirando a Harry apreciativamente—. Sí, en serio. Y a propósito... Supongo que no llevabas ese huevo simplemente para dar un paseo por la noche.

—Eh... no —repuso Harry sonriendo—. He estado pensando en el enigma.

Moody le guiñó un ojo, y luego el ojo mágico volvió a moverse como loco.

—No hay nada como un paseo nocturno para inspirarse, Potter. Te veo por la mañana.

Entró en el despacho mirando de nuevo el mapa, y cerró la puerta tras él.

Harry volvió despacio hacia la torre de Gryffindor, sumido en pensamientos sobre Snape y Crouch, y el significado de todo aquello. ¿Por qué fingía Crouch estar enfermo si podía entrar en Hogwarts cuando quisiera? ¿Qué suponía que ocultaba Snape en su despacho?

¡Y Moody pensaba que él, Harry, debía hacerse auror! Una idea interesante... Pero cuando diez minutos después Harry se tendió en la cama silenciosamente, habiendo dejado el huevo y la capa a buen recaudo en el baúl, pensó que antes de escogerlo como carrera debía comprobar si todos los aurores estaban tan llenos de cicatrices.

26

La segunda prueba

—¡Dijiste que ya habías descifrado el enigma! —exclamó Hermione indignada.

—¡Baja la voz! Sólo me falta... afinar un poco, ¿de acuerdo?

Ocupaban un pupitre justo al final del aula de Encantamientos. Aquel día tenían que practicar lo contrario del encantamiento convocador: el encantamiento repulsor. Debido a la posibilidad de que ocurrieran desagradables percances cuando los objetos cruzaban el aula por los aires, el profesor Flitwick había entregado a cada estudiante una pila de cojines con los que practicar, suponiendo que éstos no le harían daño a nadie aunque erraran su diana. No era una idea desacertada, pero no acababa de funcionar. La puntería de Neville, sin ir más lejos, era tan mala que no paraba de lanzar por el aula cosas mucho más pesadas: como, por ejemplo, al propio profesor Flitwick.

—Olvidaos por un minuto del huevo ese, ¿queréis? —susurró Harry, mientras el profesor Flitwick, con aspecto resignado, pasaba volando por su lado e iba a aterrizar sobre un armario grande—. Lo que quiero es hablaros de Snape y Moody...

Aquella clase era el marco ideal para contar secretos, porque la gente se divertía demasiado para prestar atención a las conversaciones de otros. Durante la última media hora, en episodios susurrados, Harry les había relatado su aventura de la noche anterior.

—¿Snape dijo que Moody también había registrado su despacho? —preguntó Ron con los ojos encendidos de interés, mientras repelía un cojín con un movimiento de la varita (el almohadón se elevó en el aire y golpeó contra el sombrero de Parvati, el cual fue a parar al suelo—. Esto... ¿crees que Moody ha venido a vigilar a Snape además de a Karkarov?

—Bueno, no sé si eso es lo que Dumbledore le pidió hacer, pero desde luego es lo que está haciendo —dijo Harry, moviendo la varita sin prestar mucha atención, de forma que el cojín se precipitó del pupitre al suelo—. Moody dijo que si Dumbledore permitía a Snape quedarse aquí era por darle una segunda oportunidad...

—¿Qué? —exclamó Ron, sorprendido, mientras su segundo almohadón salía por el aire rotando, rebotaba en la lámpara del techo y caía pesadamente sobre la mesa de Flitwick—. Harry... ¡a lo mejor Moody cree que fue Snape el que puso tu nombre en el cáliz de fuego!

—Vamos, Ron—dijo Hermione, escéptica—, ya creímos en cierta ocasión que Snape intentaba matar a Harry, y resultó que le estaba salvando la vida, ¿recuerdas?

Mientras hablaba, repelió un cojín, que se fue volando por el aula y aterrizó en la caja a la que se suponía que estaban apuntando todos. Harry miró a Hermione, pensando... Era verdad que Snape le había salvado la vida en una ocasión, pero lo raro era que no había duda alguna de que lo odiaba, lo odiaba tal como había odiado a su padre cuando estudiaban juntos. Le encantaba quitarle puntos a Gryffindor por su causa, y nunca había dejado escapar la ocasión de castigarlo, e incluso de sugerir que lo expulsaran del colegio.

—Me da igual lo que diga Moody —siguió Hermione—. Dumbledore no es tonto. No se equivocó al confiar en Hagrid y en el profesor Lupin, aunque hay muchos que no les habrían dado trabajo; así que ¿por qué no va a tener razón también con Snape, aunque sea un poco...

—... diabólico? —se apresuró a decir Ron—. Vamos, Hermione, a ver, ¿por qué le registran el despacho todos esos buscadores de magos tenebrosos?

—¿Y por qué se hace el enfermo el señor Crouch? —preguntó a su vez Hermione—. Es un poco raro que no pueda venir al baile de Navidad pero que, cuando le apetece, se meta en el castillo en medio de la noche.

—Lo que pasa es que le tienes manía a Crouch por lo de esa elfina, Winky —dijo Ron lanzando un cojín contra la ventana.

—Y tú sólo quieres creer que Snape trama algo —contestó Hermione metiendo el suyo en la caja.

—Yo me conformaría con saber qué hizo Snape en su primera oportunidad, si es que va ya por la segunda —dijo Harry en tono grave. Para su sorpresa, el cojín cruzó el aula sin desviarse y aterrizó de forma impecable sobre el de Hermione.

Para cumplir el encargo de Sirius de ser informado sobre cualquier cosa rara que ocurriera en Hogwarts, Harry le envió aquella noche una lechuza parda con una carta en la que le explicaba todo lo referente a la incursión del señor Crouch en el despacho de Snape y la conversación entre éste y Moody. Luego dedicó toda la atención al problema más apremiante que tenía a la vista: cómo sobrevivir bajo el agua durante una hora el día 24 de febrero.

A Ron le parecía bien la idea de volver a utilizar el encantamiento convocador: Harry le había hablado de las escafandras, y Ron no veía ningún inconveniente a la idea de que Harry llamara una desde la ciudad muggle más próxima. Hermione le echó el plan por los suelos al señalarle que, en el improbable caso de que Harry lograra desenvolverse con ella en el plazo de una hora, lo descalificarían con toda seguridad por quebrantar el Estatuto

Internacional del Secreto de los Brujos: era demasiado pedir que ningún muggle viera la escafandra cruzando el aire en veloz vuelo hacia Hogwarts.

—Por supuesto, la solución ideal sería que te transformaras en un submarino o algo así —comentó ella—. ¡Si hubiéramos dado ya la transformación humana! Pero no creo que empecemos a verla hasta sexto, y si uno no sabe muy bien cómo es la cosa, el resultado puede ser un desastre...

—Sí, ya. No me hace mucha gracia andar por ahí con un periscopio que me salga de la cabeza. A lo mejor, si atacara a alguien delante de Moody, él podría convertirme en uno...

—Sin embargo, no creo que te diera a escoger en qué convertirte —respondió Hermione con seriedad—. No, creo que lo mejor será utilizar algún tipo de encantamiento.

De forma que Harry, diciéndose que pronto habría acumulado bastantes sesiones de biblioteca para el resto de su vida, se volvió a enfrascar en polvorientos volúmenes, buscando algún embrujo que capacitara a un ser humano para sobrevivir sin oxígeno. Pero, a pesar de que él, Ron y Hermione investigaron durante los mediodías, las noches y los fines de semana, y aunque Harry solicitó a la profesora McGonagall un permiso para usar la Sección Prohibida, y hasta le pidió ayuda a la irritable señora Pince, que tenía aspecto de buitre, no encontraron nada en absoluto que capacitara a Harry para sumergirse una hora en el agua y vivir para contarlo.

Harry estaba empezando a sentir accesos de pánico, que ya le resultaban conocidos, y volvió a tener dificultad para concentrarse en las clases. El lago, que para Harry había sido siempre un elemento más de los terrenos del colegio, actuaba como un imán cada vez que en un aula se sentaba próximo a alguna ventana, y le atrapaba la mirada con su gran extensión de agua casi congelada de color gris hierro, cuyas profundidades oscuras y heladas empezaban a parecerle tan distantes como la luna.

Exactamente igual que había ocurrido antes de enfrentarse al colacuerno, el tiempo se puso a correr como si alguien hubiera embrujado los relojes para que fueran más aprisa. Faltaba una semana para el 24 de febrero (aún quedaba tiempo); cinco días (tenía que ir encontrando algo sin demora); tres días (¡por favor, que pueda encontrar algo!, ¡por favor!).

Cuando quedaban dos días, Harry volvió a perder el apetito. Lo único bueno del desayuno del lunes fue el regreso de la lechuza parda que le había enviado a Sirius. Le arrancó el pergamino, lo desenrolló y vio la carta más corta que Sirius le había escrito nunca:

Envíame la lechuza de vuelta indicando la fecha de vuestro próximo permiso para ir a Hogsmeade.

Harry giró la hoja para ver si ponía algo más, pero estaba en blanco.

—Este fin de semana no, el siguiente —susurró Hermione, que había leído la nota por encima del hombro de Harry—. Toma, ten mi pluma y envíale otra vez la lechuza.

Harry anotó la fecha en el reverso de la carta de Sirius, la ató de nuevo a la pata de la lechuza parda y la vio remontar el vuelo. ¿Qué esperaba? ¿Algún consejo sobre cómo sobrevivir bajo el agua? Había estado tan obcecado con contarle a Sirius todo lo relativo a Snape y Moody que se había olvidado por completo de mencionar el enigma del huevo.

—¿Para qué querrá saber lo del próximo permiso para ir a Hogsmeade? —preguntó Ron.

—No lo sé —dijo Harry desanimado. Se había esfumado la momentánea felicidad que lo había embargado al ver la lechuza—. Vamos, nos toca Cuidado de Criaturas Mágicas.

Ya fuera porque Hagrid intentara compensarlos por los escregutos de cola explosiva, o porque sólo quedaran ya dos, o porque intentara demostrar que era capaz de hacer lo mismo que la profesora Grubbly-Plank, el caso es que desde su vuelta había proseguido las clases de ésta sobre los unicornios. Resultó que Hagrid sabía de unicornios tanto como de monstruos, aunque era evidente que encontraba decepcionante la carencia de colmillos venenosos.

Aquel día había logrado capturar dos potrillos de unicornio, que, a diferencia de los unicornios adultos, eran de color dorado. Parvati y Lavender se quedaron extasiadas al verlos, e incluso Pansy Parkinson tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular lo mucho que le gustaban.

—Son más fáciles de ver que los adultos —explicaba Hagrid a la clase—. Cuando tienen unos dos años de edad se vuelven de color plateado, y a los cuatro les sale el cuerno. No se vuelven completamente blancos hasta que son plenamente adultos, más o menos a los siete años. De recién nacidos son más confiados... admiten incluso a los chicos. Vamos, acercaos un poco. Si queréis podéis acariciarlos... Dadles unos terrones de azúcar de ésos.

—¿Estás bien, Harry? —murmuró Hagrid, haciéndose a un lado, mientras la mayoría se arracimaba en torno a los potros.

—Sí.

—Pero un poco nervioso, ¿verdad?

—Un poco.

—Harry —dijo Hagrid apoyándole en el hombro su enorme mano, lo que hizo que las rodillas de Harry se doblaran bajo el peso—, me preocuparía por ti si no te hubiera visto enfrentarte a ese colacuerno. Pero ahora sé que eres capaz de cualquier cosa, así que no estoy nada preocupado. Lo harás muy bien. Ya has descifrado el enigma, ¿no?

Harry afirmó con la cabeza, pero al hacerlo lo acometió un loco impulso de confesar que no tenía ni idea de cómo aguantar una hora bajo el agua. Alzó la vista para mirar a Hagrid. Tal vez fuera de vez en cuando al lago para atender a las criaturas que vivían en él. Porque cuidaba de todos los animales de los terrenos del colegio...

—Vas a ganar —masculló Hagrid, volviendo a darle palmadas en el hombro, de forma que Harry sintió que se hundía cinco centímetros en el suelo embarrado—. Lo sé. Lo presiento. ¡Vas a ganar, Harry!

No tuvo valor para borrar de la cara de Hagrid la feliz sonrisa de confianza. Fingiendo que se interesaba por los pequeños unicornios, hizo un esfuerzo para sonreír a su vez y se adelantó para acariciarles el cuello, como hacían todos.

La noche precedente a la segunda prueba, Harry se sintió como atrapado en una pesadilla. Se daba perfecta cuenta de que, aunque por algún milagro lograra hallar el encantamiento adecuado, le sería muy difícil aprendérselo durante la noche. ¿Cómo había podido dejar que pasara aquello? ¿Por qué no habría empezado antes a plantearse el enigma del huevo? ¿Por qué se había permitido distraerse en las clases? ¿Y si algún profesor hubiera mencionado en alguna ocasión cómo respirar en el agua?

Él, Ron y Hermione estaban en la biblioteca a la puesta del sol, pasando febrilmente página tras página de encantamientos, ocultos unos de otros por enormes pilas de libros amontonados en la mesa. El corazón le daba un vuelco a Harry cada vez que encontraba en una página la palabra «agua», pero casi siempre era algo así como: «Prepare un litro de agua, doscientos gramos de hojas de mandrágora cortadas en juliana y una salamandra...»

—Creo que es imposible —declaró la voz de Ron desde el otro lado de la mesa—. No hay nada. Nada. Lo que más se aproxima a lo que necesitamos es este encantamiento desecador para drenar charcos y estanques, pero no es ni mucho menos lo bastante potente para desecar el lago.

—Tiene que haber alguna manera —murmuró Hermione, acercándose una vela. Tenía los ojos tan fatigados que escudriñaba la diminuta letra de *Encantamientos y embrujos antiguos caldos en el olvido* con la nariz a tres dedos de distancia de la página—. Nunca habrían puesto una prueba que no se pudiera realizar.

—Ahora lo han hecho —replicó Ron—. Harry, lo que tienes que hacer mañana es bajar al lago, meter la cabeza dentro, gritarles a las sirenas que te devuelvan lo que sea que te hayan mangado y ver si te hacen caso. Es tu opción más segura.

—¡Hay una manera de hacerlo! —insistió Hermione enfadada—. ¡Tiene que haberla!

Parecía tomarse como una afrenta personal la falta de información útil que había sobre el tema en la biblioteca. Nunca le había fallado.

—Ya sé lo que tendría que haber hecho —dijo Harry, dejando descansar la cabeza en el libro *Trucos ingeniosos para casos peliagudos*—. Tendría que haber aprendido a hacerme animago como Sirius.

—¡Claro, así podrías convertirte en carpa cuando quisieras! —corroboró Ron.

—O en una rana —añadió Harry con un bostezo. Estaba exhausto.

—Lleva unos cuantos años convertirse en animago, y después hay que registrarse y todo eso —dijo Hermione vagamente, echándole un vistazo al índice de *Problemas mágicos extraordinarios y sus soluciones*—. La profesora McGonagall nos lo dijo, ¿recordáis? Hay que registrarse en el Departamento Contra el Uso Indebido de la Magia, y decir en qué animal se convierte uno y con qué marcas, de qué color... para que no se pueda hacer mal uso de ello.

—Estaba hablando en broma, Hermione —le aclaró Harry cansinamente—. Ya sé que no me puedo convertir en rana mañana por la mañana.

—¡Ah, esto no sirve de nada! —se quejó Hermione cerrando de un golpe los *Problemas mágicos extraordinarios*—. Pero ¡quién demonios va a querer hacerse tirabuzones en los pelos de la nariz!

—A mí no me importaría —dijo la voz de Fred Weasley—. Daría que hablar, ¿no?

Harry, Ron y Hermione levantaron la vista. Fred y George acababan de salir de detrás de unas estanterías.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó Ron.

—Buscaros —repuso George—. McGonagall quiere que vayas, Ron. Y tú también, Hermione.

—¿Por qué? —dijo Hermione, sorprendida.

—Ni idea... pero estaba muy seria —contestó Fred.

—Tenemos que llevaros a su despacho —explicó George.

Ron y Hermione miraron a Harry, que sintió un vuelco en el estómago. ¿Iría a echarles una reprimenda? A lo mejor se había dado cuenta de lo mucho que lo ayudaban, cuando se suponía que tenía que arreglárselas él solo.

—Nos veremos en la sala común —le dijo Hermione a Harry al levantarse con Ron. Los dos parecían nerviosos—. Llévate todos los libros que puedas, ¿vale?

—Bien —asintió Harry, incómodo.

Hacia las ocho, la señora Pince había apagado todas las luces y le metía prisa para que saliera de la biblioteca. Tambaleándose por el peso de todos los libros que pudo coger, volvió a la sala común de Gryffindor, se llevó una mesa a un rincón y siguió buscando. No encontró nada en *Magia disparatada para brujos disparatados*, ni tampoco en Guía *de la brujería medieval*, ni una mención a proezas submarinas en la *Antología de los encantamientos del siglo XVIII*, ni en *Los espantosos moradores de las profundidades*, ni en *Poderes que no sabías que tenías y lo que puedes hacer con ellos ahora que te has enterado*.

Crookshanks se subió al regazo de Harry y se ovilló, ronroneando. La sala común se fue vaciando poco a poco. No paraban de desearle suerte para la mañana siguiente con voces tan alegres y confiadas como la de Hagrid: todos parecían convencidos de que estaba a punto de llevar a cabo otra sorprendente actuación como la de la primera prueba. Harry no les podía contestar; sólo movía la cabeza de arriba abajo, como si tuviera una pelota de goma en mitad de la garganta. Cuando faltaban diez minutos para las doce de la noche, se quedó en la sala a solas con *Crookshanks*. Había mirado ya en todos los libros que tenía, y Ron y Hermione seguían sin volver.

«Me rindo —se dijo a sí mismo—. No puedo. No tendré más remedio que bajar al lago mañana y decírselo a los jueces...»

Se imaginó explicando que no podía hacer la prueba: vio ante sí la cara de sorpresa de Bagman, sus ojos como platos; y la sonrisa de satisfacción de Karkarov, con sus dientes amarillos; casi oyó realmente decir a Fleur Delacour: «Lo sabía... Es demasiado joven, no es más que un niño»; vio a Malfoy, al frente de la multitud, exhibiendo la insignia donde decía «POTTER APESTA»; vio la cara de tristeza y decepción de Hagrid...

Olvidando que tenía a *Crookshanks* en el regazo, se levantó de repente. El gato bufó molesto al caer al suelo, le dirigió a Harry una mirada de enfado y se marchó ofendido con su cola de cepillo levantada, pero en esos momentos Harry subía ya a toda prisa por la escalera de caracol que llevaba al dormitorio. Cogería la capa invisible y volvería a la biblioteca. Si no había más remedio, pasaría la noche en ella.

—*¡Lumos!* —susurró Harry quince minutos después, al abrir la puerta de la biblioteca.

Con la luz de la punta de la varita encendida, pasó por entre las estanterías, cogiendo más libros: libros sobre maleficios y encantamientos, sobre sirenas, tritones y monstruos marinos, sobre brujas y magos famosos, sobre inventos mágicos, sobre cualquier cosa que pudiera incluir una referencia de pasada a la supervivencia bajo el agua. Se los llevó a una mesa y se puso a trabajar, hojeando los libros al delgado haz de luz de la varita. De vez en cuando consultaba el reloj.

La una de la madrugada... las dos de la madrugada... la única forma de aguantar era repetirse una y otra vez: «En el próximo libro, lo encontraré en el próximo libro...»

La sirena del cuadro del baño de los prefectos se estaba riendo. Harry salía a flote como un corcho y se volvía a hundir en el agua espumosa que rodeaba la roca, mientras ella sujetaba la Saeta de Fuego por encima de la cabeza de él.

—¡Ven a cogerla! —le decía entre risas—. ¡Vamos, salta!

—¡No puedo! —respondía jadeando Harry, que intentaba alcanzar la Saeta de Fuego mientras hacía lo imposible por no hundirse—. ¡Dámela!

Pero ella se limité a punzarlo en un costado con el palo de la escoba, riéndose.

—Me haces daño... quita... ¡ay!

—¡Harry Potter debe despertar, señor!

—¡Deja de golpearme!

—¡Dobby debe golpear a Harry Potter para que despierte, señor!

Abrió los ojos. Seguía en la biblioteca. La capa invisible se le había caído al dormirse, y la mejilla que tenía apoyada en el libro *Donde hay una varita, hay una manera* se le había pegado a la página. Se incorporó y se colocó bien las gafas, parpadeando ante la brillante luz del día.

—¡Harry Potter tiene que darse prisa! —chilló Dobby—. La segunda prueba comienza dentro de diez minutos, y Harry Potter...

—¿Diez minutos? —repitió Harry con voz ronca—. ¿Diez... diez minutos?

Miró su reloj. Dobby tenía razón: eran las nueve y veinte. Un enorme peso muerto le cayó del pecho al estómago.

—¡Aprisa, Harry Potter! —lo apremió Dobby, tirándole de la manga—. ¡Se supone que tiene que bajar al lago con los otros campeones, señor!

—Es demasiado tarde, Dobby —dijo Harry desesperanzado—. No puedo afrontar la prueba, porque no sé como...

—¡Harry Potter afrontará la prueba! —exclamó el elfo con su aguda vocecita—. Dobby sabía que Harry no había encontrado el libro adecuado, así que Dobby lo ha hecho por él.

—¿Qué? Pero tú no sabes en qué consiste la segunda prueba.

—¡Claro que Dobby lo sabe, señor! Harry Potter tiene que entrar en el lago, buscar su prenda...

—¿Buscar mi qué?

—... y liberarla de las sirenas y los tritones.

—¿Qué quiere decir «prenda»?

—Su prenda, señor, su prenda. ¡La prenda que le dio este jersey a Dobby!

Dobby tiraba del encogido jersey de color rojo oscuro que llevaba encima de los pantalones cortos.

—¿Qué? —dijo Harry con un hilo de voz—. ¿Tienen... tienen a Ron?

—¡Lo que Harry Potter más puede valorar, señor! —chilló Dobby—. Y pasada una hora...

—«... ¡negras perspectivas!» —recitó Harry, mirando horrorizado al elfo—; «demasiado tarde, ya no habrá salida...» ¿Qué tengo que hacer, Dobby?

—¡Tiene que comerse esto, señor! —dijo el elfo, y, metiéndose la mano en el bolsillo de los pantalones, sacó una bola de algo que parecían viscosas colas de rata de color gris verdoso—. Justo antes de entrar en el lago, señor: *¡branquialgas!*

—¿Para qué? —preguntó Harry, mirando las branquialgas.

—¡Gracias a ellas, Harry Potter podrá respirar bajo el agua, señor!

—Dobby —le dijo Harry frenético—, escucha... ¿estás seguro de eso?

No era fácil olvidar que la última vez que Dobby había intentado ayudarlo había acabado sin huesos en el brazo derecho.

—¡Dobby está completamente seguro, señor! —contestó el elfo muy serio—. Dobby oye cosas, señor. Es un elfo doméstico, y recorre el castillo encendiendo chimeneas y fregando suelos. Dobby oyó a la profesora McGonagall y al profesor Moody en la sala de profesores, hablando sobre la próxima prueba... ¡Dobby no puede permitir que Harry Potter pierda su prenda!

Las dudas de Harry quedaron despejadas. Poniéndose en pie de un salto, se quitó la capa invisible, la guardó en la mochila, cogió las branquialgas y se las metió en el bolsillo, y luego salió a toda velocidad de la biblioteca, con Dobby pisándole los talones.

—¡Dobby tiene que volver a las cocinas, señor! —chilló Dobby al entrar en el corredor—. Si no, se darán cuenta de que no está. ¡Buena suerte, Harry Potter, señor, buena suerte!

—¡Hasta luego, Dobby! —gritó Harry, que echó a correr lo más aprisa que podía por el corredor, y luego bajó los peldaños de la escalera de tres en tres.

En el vestíbulo se encontró con algunos rezagados que dejaban el Gran Comedor después de desayunar y, traspasando las puertas de roble, se dirigían al lago para contemplar la segunda prueba. Se quedaron mirando a

Harry, que pasó a su lado como una flecha, arrollando a Colin y Dennis Creevey al sortear de un salto la breve escalinata de piedra, para luego salir al frío y claro exterior.

Al bajar a la carrera por la explanada, vio que las mismas tribunas que habían rodeado en noviembre el cercado de los dragones estaban ahora dispuestas a lo largo de una de las orillas del lago. Las gradas, llenas a rebosar, se reflejaban en el agua. El eco de la algarabía de la emocionada multitud se propagaba de forma extraña por la superficie del agua y llegaba hasta la orilla por la que Harry corría a toda velocidad hacia el tribunal, que estaba sentado en el borde del lago a una mesa cubierta con tela dorada. Cedric, Fleur y Krum se hallaban junto a la mesa, y lo observaban acercarse.

—Estoy... aquí... —dijo sin aliento Harry, que patinó en el barro al tratar de detenerse en seco y salpicó sin querer la túnica de Fleur.

—¿Dónde estabas? —inquirió una voz severa y autoritaria—. ¡La prueba está a punto de dar comienzo!

Miró hacia el lugar del que provenía la voz. Era Percy Weasley, sentado a la mesa del tribunal. Nuevamente faltaba el señor Crouch.

—¡Bueno, bueno, Percy! —dijo Ludo Bagman, que parecía muy contento de ver a Harry—. ¡Dejémoslo que recupere el aliento!

Dumbledore le sonrió, pero Karkarov y Madame Maxime no parecían nada contentos de verlo... Por las caras, resultaba obvio que habían pensado que no aparecería.

Se inclinó hacia delante poniendo las manos en las rodillas, y respiró hondo. Tenía flato en el costado, que le dolía como un cuchillo clavado entre las costillas, pero no había tiempo para esperar a que se le pasara. Ludo Bagman iba en aquel momento entre los campeones, espaciándolos por la orilla del lago a una distancia de tres metros. Harry quedó en un extremo, al lado de Krum, que se había puesto el bañador y sostenía en la mano la varita.

—¿Todo bien, Harry? —susurró Bagman, distanciándolo un poco más de Krum—. ¿Tienes algún plan?

—Sí —musitó Harry, frotándose las costillas.

Bagman le dio un apretón en el hombro y volvió a la mesa del tribunal. Apuntó a la garganta con la varita como había hecho en los Mundiales, dijo «*¡Sonorus!*», y su voz retumbó por las oscuras aguas hasta las tribunas.

—Bien, todos los campeones están listos para la segunda prueba, que comenzará cuando suene el silbato. Disponen exactamente de una hora para recuperar lo que se les ha quitado. Así que, cuando cuente tres: uno... dos... ¡tres!

El silbato sonó en el aire frío y calmado. Las tribunas se convirtieron en un hervidero de gritos y aplausos. Sin pararse a mirar lo que hacían los otros

campeones, Harry se quitó zapatos y calcetines, sacó del bolsillo el puñado de branquialgas, se lo metió en la boca y entró en el lago.

El agua estaba tan fría que sintió que la piel de las piernas le quemaba como si hubiera entrado en fuego. A medida que se adentraba, la túnica empapada le pesaba cada vez más. El agua ya le llegaba a las rodillas, y los entumecidos pies se deslizaban por encima de sedimentos y piedras planas y viscosas. Masticaba las branquialgas con toda la prisa y fuerza de que era capaz. Eran desagradablemente gomosas, como tentáculos de pulpo. Cuando el agua helada le llegaba a la cintura, se detuvo, tragó las branquialgas y esperó a que sucediera algo.

Se dio cuenta de que había risas entre la multitud, y sabía que debía de parecer tonto, entrando en el agua sin mostrar ningún signo de poder mágico. En la parte del cuerpo que aún no se le había mojado tenía carne de gallina. Medio sumergido en el agua helada y con la brisa levantándole el pelo, empezó a tiritar. Evitó mirar hacia las tribunas. La risa se hacía más fuerte, y los de Slytherin lo silbaban y abucheaban...

Entonces, de repente, sintió como si le hubieran tapado la boca y la nariz con una almohada invisible. Intentó respirar, pero eso hizo que la cabeza le diera vueltas. Tenía los pulmones vacíos, y notaba un dolor agudo a ambos lados del cuello.

Se llevó las manos a la garganta, y notó dos grandes rajas justo debajo de las orejas, agitándose en el aire frío: ¡eran agallas! Sin pararse a pensarlo, hizo lo único que tenía sentido en aquel momento: se echó al agua.

El primer trago de agua helada fue como respirar vida. La cabeza dejó de darle vueltas. Tomó otro trago de agua, y notó cómo pasaba suavemente por entre las branquias y le enviaba oxígeno al cerebro. Extendió las manos y se las miró: parecían verdes y fantasmales bajo el agua, y le habían nacido membranas entre los dedos. Se retorció para verse los pies desnudos: se habían alargado y también les habían salido membranas: era como si tuviera aletas.

El agua ya no parecía helada. Al contrario, resultaba agradablemente fresca y muy fácil de atravesar... Harry nadó, asombrándose de lo lejos y rápido que lo propulsaban por el agua sus pies con aspecto de aletas, y también de lo claramente que veía, y de que no necesitara parpadear. Se había alejado tanto de la orilla que ya no veía el fondo. Se hundió en las profundidades.

Al deslizarse por aquel paisaje extraño, oscuro y neblinoso, el silencio le presionaba los oídos. No veía más allá de tres metros a la redonda, de forma que, mientras nadaba velozmente, las cosas surgían de repente de la oscuridad: bosques de algas ondulantes y enmarañadas, extensas planicies de barro con piedras iluminadas por un levísimo resplandor. Bajó más y más hondo hacia las profundidades del lago, con los ojos abiertos, escudriñando, entre la misteriosa luz gris que lo rodeaba, las sombras que había más allá, donde el agua se volvía opaca.

Pequeños peces pasaban en todas direcciones como dardos de plata. Una o dos veces creyó ver algo más grande ante él, pero al acercarse descubría que no era otra cosa que algún tronco grande y ennegrecido o un denso macizo de algas. No había ni rastro de los otros campeones, de sirenas ni tritones, de Ron ni, afortunadamente, tampoco del calamar gigante.

Unas algas de color esmeralda de sesenta centímetros de altura se extendían ante él hasta donde le alcanzaba la vista, como un prado de hierba muy crecida. Miraba hacia delante sin parpadear, intentando distinguir alguna forma en la oscuridad... y entonces, sin previo aviso, algo lo agarró por el tobillo.

Se retorció para mirar y vio que un grindylow, un pequeño demonio marino con cuernos, le había aferrado la pierna con sus largos dedos y le enseñaba los afilados colmillos. Se apresuró a meterse en el bolsillo la mano membranosa, y buscó a tientas la varita mágica. Pero, para cuando logró hacerse con ella, otros dos grindylows habían salido de las algas y, cogiéndolo de la túnica, intentaban arrastrarlo hacia abajo.

—*¡Relaxo!* —gritó Harry.

Pero no salió ningún sonido de la boca, sino una burbuja grande, y la varita, en vez de lanzar chispas contra los grindylows, les arrojó lo que parecía un chorro de agua hirviendo, porque donde les daba les producía en la piel verde unas ronchas rojas de aspecto infeccioso. Harry se soltó el tobillo del grindylow y escapó tan rápido como pudo, echando a discreción de vez en cuando más chorros de agua hirviendo por encima del hombro. Cada vez que notaba que alguno de los grindylows le volvía a agarrar el tobillo, le lanzaba una patada muy fuerte. Por fin, sintió que su pie había golpeado una cabeza con cuernos; volviéndose a mirar, vio al aturdido grindylow alejarse en el agua, bizqueando, mientras sus compañeros amenazaban a Harry con el puño y se hundían otra vez entre las algas.

Aminoró un tanto, guardó la varita en la túnica, y miró en torno, escuchando, mientras describía en el agua un círculo completo. La presión del silencio contra los tímpanos se había incrementado. Debía de hallarse a mayor profundidad, pero nada se movía salvo las ondulantes algas.

—¿Cómo te va?

Harry creyó que le daba un infarto. Se volvió de inmediato, y vio a Myrtle *la Llorona* flotando vaporosamente delante de él, mirándolo a través de sus gruesas gafas nacaradas.

—¡Myrtle! —intentó gritar Harry.

Pero, una vez más, lo único que le salió de la boca fue una burbuja muy grande. Myrtle *la Llorona* se rió.

—¡Deberías mirar por allá! —le dijo, señalando en una dirección—. No te acompaño. No me gustan mucho: me persiguen cada vez que me acerco.

Harry le hizo un gesto de agradecimiento con la mano, y se fue en la dirección indicada, con cuidado de nadar algo más distanciado de las algas para evitar a otros grindylows que pudieran estar al acecho.

Siguió nadando durante unos veinte minutos, hasta que llegó a unas vastas extensiones de barro negro, que enturbiaba el agua en pequeños remolinos cuando él pasaba aleteando. Luego, por fin, percibió un retazo del canto de las criaturas marinas:

Nos hemos llevado lo que más valoras, y para encontrarlo tienes una hora...

Harry nadó más aprisa, y no tardó en ver aparecer frente a él una roca grande que se alzaba del lodo. Había en ella pinturas de sirenas y tritones que portaban lanzas y parecían estar tratando de dar caza al calamar gigante. Harry pasó la roca, guiado por la canción:

... ya ha pasado media hora, así que no nos des largas si no quieres que lo que buscas se quede criando algas...

De repente, de la oscuridad que lo envolvía todo surgió un grupo de casas de piedra sin labrar y cubiertas de algas. Harry distinguió rostros en las ventanas, rostros que no guardaban ninguna semejanza con el del cuadro de la sirena que había en el baño de los prefectos...

Las sirenas y los tritones tenían la piel cetrina y el pelo verde oscuro, largo y revuelto. Los ojos eran amarillos, del mismo color que sus dientes partidos, y llevaban alrededor del cuello unas gruesas cuerdas con guijarros ensartados. Le dirigieron a Harry sonrisas malévolas. Dos de aquellas criaturas, que enarbolaban una lanza, salieron de sus moradas para observarlo, mientras batían el agua con sus fuertes colas de pez plateadas.

Harry siguió, mirando a su alrededor, y enseguida las casas se hicieron más numerosas. Alrededor de algunas de ellas había jardines de algas, y hasta vio un grindylow que parecían tener de mascota, atado a una estaca a la puerta de una de las moradas. Para entonces las sirenas y los tritones salían de todos lados y lo contemplaban con mucha curiosidad; señalaban sus branquias y las membranas de sus extremidades, y se tapaban la boca con las manos para hablar entre ellos. Harry dobló muy aprisa una esquina, y vio de pronto algo muy raro.

Una multitud de sirenas y tritones flotaba delante de las casas que se alineaban en lo que parecía una versión submarina de la plaza de un pueblo pintoresco. En el medio cantaba un coro de tritones y sirenas para atraer a los

campeones, y tras ellos se erguía una tosca estatua que representaba a una sirena gigante tallada en una mole de piedra. Había cuatro personas ligadas con cuerdas a la cola de la sirena.

Ron estaba atado entre Hermione y Cho Chang. Había también una niña que no parecía contar más de ocho años y cuyo pelo plateado le indicó a Harry que debía de ser hermana de Fleur Delacour. Daba la impresión de que los cuatro se hallaban sumidos en un sueño muy profundo: la cabeza les colgaba sobre los hombros, y de la boca les salía una fina hilera de burbujas.

Se acercó rápidamente a ellos, temiendo que los tritones bajaran las lanzas para atacarlo, pero no hicieron nada. Las cuerdas de algas que sujetaban a los rehenes a la estatua eran gruesas, viscosas y muy fuertes. Por una fracción de segundo, pensó en la navaja que Sirius le había regalado por Navidad y que tenía guardada en el baúl, dentro del castillo, a cuatrocientos metros de allí, donde no le podía servir de nada en absoluto.

Miró a su alrededor. Muchos de los tritones y sirenas que los rodeaban llevaban lanzas. Se acercó rápidamente a un tritón de más de dos metros de altura que lucía una larga barba verde y un collar de colmillos de tiburón, y le pidió por señas la lanza. El tritón se rió y negó con la cabeza.

—No ayudamos —declaró con una voz ronca.

—¡Vamos! —dijo Harry furioso (aunque sólo le salieron burbujas de la boca), e intentó arrancarle la lanza al tritón, pero él tiró de ella, sin dejar de negar ni de reírse.

Harry se volvió y buscó algo afilado... algo...

Había piedras en el fondo del lago. Se hundió para coger una particularmente dentada, y regresó junto a la estatua. Comenzó a cortar las cuerdas que ataban a Ron, y, tras varios minutos de duro trabajo, lo consiguió. Ron flotó, inconsciente, unos centímetros por encima del fondo del lago, balanceándose ligeramente con el flujo del agua.

Harry miró a su alrededor. No había señal de ninguno de los otros campeones. ¿Qué hacían? ¿Por qué no se daban prisa? Se volvió hacia Hermione, levantó la piedra dentada y se dispuso a cortarle las cuerdas también a ella...

De inmediato lo agarraron varios pares de fuertes manos grises. Media docena de tritones lo separaban de Hermione, negando con la cabeza y riéndose.

—Llévate el tuyo —le dijo uno de ellos—. ¡Deja a los otros!

—¡De ninguna manera! —respondió Harry furioso... pero de la boca sólo le salieron dos burbujas grandes.

—Tu misión consiste en liberar a tu amigo... ¡Deja a los otros!

—¡Ella también es amiga mía! —gritó Harry, señalando a Hermione y sin echar por la boca más que una enorme burbuja plateada—. ¡Y tampoco quiero que ellas mueran!

La cabeza de Cho se indinaba sobre el hombro de Hermione. La niña del pelo plateado estaba espectralmente pálida y verdosa. Harry intentó apartar a los tritones, pero ellos se reían más fuerte que antes, deteniéndolo. Harry miró a su alrededor, desesperado. ¿Dónde estaban los otros? ¿Le daría tiempo de subir con Ron a la superficie y volver por Hermione y las otras? ¿Podría encontrarlas otra vez? Miró el reloj para ver cuánto tiempo le quedaba, pero se le había parado.

Entonces los tritones y las sirenas que lo rodeaban señalaron hacia lo alto. Al levantar la vista, Harry vio a Cedric nadando hacia allí. Tenía una enorme burbuja alrededor de la cabeza, que agrandaba extrañamente los rasgos de su cara.

—¡Nos perdimos! —dijo moviendo los labios, sin pronunciar ningún sonido, y estremecido de horror—. ¡Fleur y Krum vienen detrás!

Muy aliviado, Harry vio a Cedric sacar un cuchillo del bolsillo y liberar con él a Cho, para luego subir con ella hasta perderse de vista.

Harry miró a su alrededor, esperando. ¿Dónde estaban Fleur y Krum? El tiempo se agotaba y, de acuerdo con la canción, si la hora de plazo concluía, los rehenes se quedarían allí para siempre.

De pronto, los tritones y las sirenas prorrumpieron en alaridos de excitación. Los que sujetaban a Harry aflojaron las manos, mirando hacia atrás. Harry se volvió y vio algo monstruoso que se dirigía hacia ellos abriéndose paso por el agua: el cuerpo de un hombre en bañador con cabeza de tiburón: era Krum. Parecía que se había transformado, pero mal.

El hombre-tiburón fue directamente hasta Hermione y empezó a morderle las cuerdas. El problema estaba en que los nuevos dientes de Krum se hallaban en una posición poco práctica para morder nada que fuera más pequeño que un delfín, y Harry se dio cuenta de que, si Krum no ponía mucho cuidado, cortaría a Hermione por la mitad. Lanzándose hacia Krum, le dio un golpe en el hombro y le entregó la piedra dentada. Krum la cogió y la usó para liberar a Hermione. Al cabo de unos segundos ya lo había logrado. Cogió a Hermione por la cintura y, sin una mirada hacia atrás, se impulsó rápidamente hacia la superficie con ella.

«¿Y ahora qué?», pensó Harry desesperado. Si estuviera seguro de que llegaría Fleur... pero no había ni rastro de ella.

Cogió la piedra que Krum había tirado al suelo, pero los tritones se acercaron a él y a la niña, negando con la cabeza.

Harry sacó la varita.

—¡Apartaos!

Sólo le salieron burbujas de la boca, pero tenía la clara impresión de que los tritones habían comprendido, porque de repente dejaron de reírse. Sus amarillos ojos estaban fijos en la varita de Harry, y parecían asustados. Podían ser muchos más que él, pero viendo sus caras comprendió que no sabían más de magia que el calamar gigante.

—¡Contaré hasta tres! —gritó. Salió una fila de burbujas, pero levantó tres dedos para asegurarse de que entendían el mensaje—. Uno... —bajó un dedo—, dos... —bajó el segundo.

Se dispersaron. Harry se lanzó hacia la niña y empezó a cortarle las cuerdas que la ataban a la estatua. Y al final la liberó. Cogió a la niña por la cintura y a Ron por el cuello de la túnica, y comenzó a ascender.

El ascenso era muy lento, porque ya no podía usar las manos palmeadas para avanzar. Movió las aletas con furia, pero Ron y la hermana de Fleur eran como sacos de patatas que tiraban de él hacia abajo... Alzó los ojos hacia el cielo, aunque sabía que aún debía de encontrarse muy hondo porque el agua estaba oscura por encima de él.

Los tritones y las sirenas lo acompañaban en la subida. Los vio girar a su alrededor con gracilidad, observando cómo él forcejeaba contra las aguas. ¿Lo arrastrarían a las profundidades cuando el tiempo hubiera concluido? Tal vez devoraban humanos... Las piernas se le agarrotaban del esfuerzo de nadar, y los hombros le dolían terriblemente de arrastrar a Ron y a la niña...

Respiraba con dificultad. Volvían a dolerle los lados del cuello, y era muy consciente de la humedad del agua en la boca... pero, por otro lado, el agua se aclaraba. Podía ver sobre él la luz del día...

Dio un potente coletazo con las aletas, pero descubrió entonces que ya no eran más que pies... El agua que le entraba por la boca le inundaba los pulmones. Empezaba a marearse, pero sabía que la luz y el aire se hallaban sólo a unos tres metros por encima de él. Tenía que llegar... tenía que conseguirlo...

Hizo tal esfuerzo con las piernas que le pareció que los músculos se quejaban a gritos. Incluso su cerebro parecía lleno de agua: no podía respirar, necesitaba oxígeno, tenía que seguir subiendo, no podía parar...

Y entonces notó que rompía con la cabeza la superficie del agua. Un aire limpio, fresco y maravilloso le produjo escozor en la cara empapada. Tomó una bocanada de aquel aire, con la sensación de que nunca había respirado de verdad y, jadeando, tiró de Ron y de la niña hasta la superficie. Alrededor de ellos, por todas partes, emergían unas primitivas cabezas de pelo verde, pero ahora le sonreían.

Desde las tribunas, la multitud armaba muchísimo jaleo: todos estaban de pie, gritando y chillando. Tuvo la impresión de que creían que Ron y la niña habían muerto, pero se equivocaban: tanto uno como otro habían abierto los ojos. La niña parecía asustada y confusa, pero Ron simplemente echó un

chorro de agua por la boca, parpadeó a la brillante luz del día y se volvió hacia Harry.

—Esto está muy húmedo, ¿eh? —comentó; luego miró a la hermana de Fleur—. ¿Para qué la has traído?

—Fleur no apareció. No podía dejarla allí —contestó Harry jadeando.

—Harry, serás ingenuo... —dijo Ron—. ¡No me digas que te tomaste la canción en serio! Dumbledore no nos habría dejado ahogarnos allí.

—Pero la canción decía...

—¡Era sólo para asegurarse de que te dabas prisa en volver! —replicó Ron—. ¡Espero que no perdieras el tiempo allí abajo interpretando el papel de héroe!

Harry se sintió al mismo tiempo estúpido y enfadado. Para Ron había sido muy fácil: había permanecido dormido, no se había dado cuenta de lo sobrecogedor que era el lago y verse rodeado de tritones y sirenas armados de lanzas, que parecían más que capaces de asesinar.

—Vamos —dijo Harry—, ayúdame a llevarla. Creo que no nada muy bien.

Con la compañía de veinte sirenas y tritones, que hacían de guardia de honor cantando sus horribles cánticos que parecían chirridos, llevaron a la hermana de Fleur por el agua hasta la orilla, desde donde los observaban los miembros del tribunal.

Harry vio a la señora Pomfrey prodigando sus atenciones a Hermione, Krum, Cedric y Cho, que estaban envueltos en mantas muy gruesas. Desde la orilla a la que se dirigían, Dumbledore y Ludo Bagman les sonreían, pero Percy, que parecía muy pálido y, en cierto modo, más joven de lo habitual, fue a su encuentro chapoteando en el agua. Mientras tanto, Madame Maxime intentaba sujetar a Fleur Delacour, que estaba completamente histérica y peleaba con uñas y dientes para volver al agua.

—¡«Gabguielle»!, ¡«Gabguielle»! ¿Está viva? ¿Está «heguida»?

—¡Está bien! —intentó decirle Harry, pero llegaba tan cansado que apenas podía hablar, y mucho menos gritar.

Percy agarró a Ron y tiró de él hacia la orilla («¡Déjame en paz, Percy, estoy bien!»); Dumbledore y Bagman cogieron a Harry; Fleur se había soltado de Madame Maxime y corría a abrazar a su hermana.

—Fue «pog» los «guindylows»... Me «atacagon»... ¡Ah, Gabguielle, pensé... pensé...!

—Tú, ven aquí —dijo la voz de la señora Pomfrey.

Agarró a Harry y, llevándolo hasta donde estaban Hermione y los otros, lo

envolvió tan apretado en una manta que le pareció que le había puesto una camisa de fuerza, y lo obligó a beber una poción muy caliente que le hizo salir humo por las orejas.

—¡Muy bien, Harry! —gritó Hermione—. ¡Lo hiciste, averiguaste el modo, y todo por ti mismo!

—Bueno... —contestó Harry. Le hubiera contado lo de Dobby, pero se acababa de dar cuenta de que Karkarov lo miraba. Era el único miembro del tribunal que no se había levantado de la mesa, el único que no mostraba señales de alivio al ver volver sanos y salvos a Harry, Ron y la hermana de Fleur—. Sí, es verdad —dijo Harry, elevando algo la voz para que lo oyera Karkarov.

—Tienes un «escarrabajo» en el pelo, Herr... mío... ne —dijo Krum.

Harry tuvo la impresión de que Krum intentaba recuperar la atención de Hermione, tal vez para recordarle que había sido él quien la había rescatado del lago, pero Hermione se quitó el escarabajo del pelo con un gesto de impaciencia y continuó:

—Pero te has pasado un montón del tiempo, Harry... ¿Te costó mucho encontrarnos?

—No, os encontré sin problemas.

Harry se sentía más idiota a cada momento. Una vez fuera del agua, le parecía evidente que las medidas de seguridad de Dumbledore no habrían permitido la muerte de uno de los rehenes sólo porque el campeón no hubiera conseguido llegar a tiempo. ¿Por qué no había cogido a Ron y se había marchado con él? Habría sido el primero... Ni Cedric ni Krum habían perdido un instante preocupándose por los otros: no se habían tomado en serio la canción de las sirenas.

Dumbledore estaba agachado en la orilla, trabando conversación con la que parecía la jefa de las sirenas, que tenía un aspecto especialmente feroz y salvaje. El director hacía el mismo tipo de ruidos estridentes que las sirenas y los tritones producían fuera del agua: evidentemente, Dumbledore hablaba sirenio. Finalmente se enderezó, se volvió hacia los otros miembros del tribunal y les dijo:

—Me parece que tenemos que hablar antes de dar la puntuación.

Los miembros del tribunal hicieron un corrillo para discutir. La señora Pomfrey había ido a rescatar a Ron de las garras de Percy; lo llevó con Harry y los otros, le dio una manta y un poco de poción pimentónica, y luego fue en busca de Fleur y su hermana. Fleur tenía muchos cortes en la cara y los brazos, y la túnica rasgada; pero no parecía que eso le preocupara, y no permitió que la señora Pomfrey se ocupara de ella.

—Atienda a «Gabguielle» —le dijo, y luego se volvió hacia Harry—. Tú la has salvado —le dijo casi sin resuello—. Aunque no «ega» tu «gueén».

—Sí —asintió Harry, que en ese momento estaba muy arrepentido de no haber dejado a las tres atadas a la estatua.

Fleur se inclinó, besó a Harry dos veces en cada mejilla (él sintió que la cara le ardía, y no le habría extrañado que le hubiera vuelto a salir humo por las orejas), y luego le dijo a Ron:

—Tú también la ayudaste.

—Sí —dijo Ron muy ilusionado—, un poco.

Fleur se abalanzó también sobre él para besarlo. Hermione parecía furiosa, pero justo entonces la voz mágicamente amplificada de Ludo Bagman retumbó junto a ellos y los sobresaltó. En las gradas, la multitud se quedó de repente en silencio.

—Damas y caballeros, hemos tomado una decisión. Murcus, la jefa sirena, nos ha explicado qué ha ocurrido exactamente en el fondo del lago, y hemos puntuado en consecuencia. El total de nuestras puntuaciones, que se dan sobre un máximo de cincuenta puntos a cada uno de los campeones, es el siguiente:

»La señorita Delacour, aunque ha demostrado un uso excelente del encantamiento casco-burbuja, fue atacada por los grindylows cuando se acercaba a su meta, y no consiguió recuperar a su hermana. Le concedemos veinticinco puntos.

Aplaudieron en las tribunas.

—Me «meguezco» un «cego» —dijo Fleur con voz ronca, agitando su magnífica cabellera.

—El señor Diggory, que también ha utilizado el encantamiento casco-burbuja, ha sido el primero en volver con su rehén, aunque lo hizo un minuto después de concluida la hora.

Se escucharon unos vítores atronadores procedentes de la zona de Hufflepuff. Harry vio que, entre la multitud, Cho le dirigía a Cedric una mirada entusiasmada.

—Por tanto le concedemos cuarenta y siete puntos.

A Harry se le cayó el alma a los pies. Si Cedric había llegado demasiado tarde, él desde luego mucho más.

—El señor Viktor Krum ha utilizado una forma de transformación incompleta, que sin embargo dio buen resultado, y ha sido el segundo en volver con su rescatada. Le concedemos cuarenta puntos.

Karkarov aplaudió muy fuerte y de manera muy arrogante.

—El señor Harry Potter ha utilizado con mucho éxito las branquialgas —

prosiguió Bagman—. Volvió en último lugar, y mucho después de terminado el plazo de una hora. Pero la jefa sirena nos ha comunicado que el señor Potter fue el primero en llegar hasta los rehenes, y que el retraso en su vuelta se debió a su firme decisión de salvarlos a todos, no sólo al suyo.

Tanto Ron como Hermione dirigieron a Harry miradas que eran en parte de exasperación, en parte de compasión.

—La mayoría de los miembros del tribunal —y aquí Bagman le dirigió a Karkarov una mirada muy desagradable— están de acuerdo en que esto demuestra una gran altura moral y que merece ser recompensado con la máxima puntuación. No obstante... la puntuación del señor Potter son cuarenta y cinco puntos.

A Harry le dio un vuelco el estómago. Estaba empatado en el primer puesto con Cedric Diggory. Ron y Hermione, muy sorprendidos, miraron a Harry; luego se rieron y empezaron a aplaudir muy fuerte con el resto de la multitud.

—¿Has visto, Harry? —le gritó Ron por encima del estruendo—. ¡Después de todo, no fuiste tan tonto! ¡Estabas demostrando gran altura moral!

Fleur también aplaudía con mucho entusiasmo. Krum, en cambio, no parecía nada contento. Volvió a intentar entablar conversación con Hermione, pero ella estaba demasiado ocupada vitoreando a Harry para escuchar.

—La tercera y última prueba tendrá lugar al anochecer del día veinticuatro de junio —continuó Bagman—. A los campeones se les notificará en qué consiste dicha prueba justo un mes antes. Gracias a todos por el apoyo que les brindáis.

«Ya ha pasado», pensaba Harry algo aturdido mientras la señora Pomfrey se lo llevaba con el resto de los campeones y los rehenes de regresó al castillo, para que se pusieran ropa seca. Ya había pasado todo: había superado la prueba, y no tenía que preocuparse por nada más hasta el 24 de junio...

Mientras subía la escalinata de piedra que daba acceso al castillo, decidió que en cuanto volviera a Hogsmeade le compraría a Dobby un par de calcetines para cada día del año.

27

El regreso de Canuto

Una de las mejores consecuencias de la prueba fue que después todo el mundo estaba deseando conocer los detalles de lo ocurrido bajo el agua, lo que supuso que por una vez Ron compartiera el protagonismo con Harry. Éste notó que la versión que Ron daba de los hechos cambiaba sutilmente cada vez que los contaba. Al principio dijo lo que parecía ser más o menos la verdad; por lo menos, coincidía con la versión de Hermione: Dumbledore había reunido en el despacho de la profesora McGonagall a todos los futuros rehenes y, después de asegurarles que no les pasaría nada y que despertarían al salir del agua, los había dormido mediante un hechizo. Una semana después, sin embargo, Ron contaba un emocionante relato de secuestro en el que se enfrentaba él solo a cincuenta tritones armados hasta los dientes, que habían tenido que reducirlo antes de poder atarlo.

—Pero yo tenía la varita oculta en la manga —le aseguraba a Padma Patil, que parecía haberse vuelto más amable con Ron cuando éste se convirtió en el centro de atención, y le hablaba cada vez que se cruzaba con él por los corredores—. Si hubiera querido, podría haber raptado yo a esos atontados.

—¿Cuándo los ibas a raptar? ¿Mientras se mondaban de risa? —le preguntó Hermione mordazmente. Estaba muy irritable porque le tomaban mucho el pelo a propósito de que fuera ella la persona a la que Viktor Krum más valoraba.

Ron enrojeció hasta las orejas, y en adelante retomó la primera versión de los hechos.

Había empezado marzo, y el tiempo se hizo más seco, pero un viento terrible parecía despellejarles manos y cara cada vez que salían del castillo. Había retrasos en el correo porque el viento desviaba a las lechuzas del camino. La lechuza parda que Harry había enviado a Sirius con la fecha del permiso para ir a Hogsmeade volvió el viernes por la mañana a la hora del desayuno con la mitad de las plumas revueltas. En cuanto Harry le desprendió la carta de Sirius se escapó, temiendo que la enviaran otra vez.

La carta de Sirius era casi tan corta como la anterior:

Id al paso de la cerca que hay al final de la carretera que sale de Hogsmeade (más allá de Dervish y Banges) el sábado a las dos en punto de la tarde. Llevad toda la comida que podáis.

—¡No habrá vuelto a Hogsmeade! —exclamó Ron, sorprendido.

—Eso parece —observó Hermione.

—No puedo creerlo —dijo Harry muy preocupado—. Si lo cogen...

—Hasta ahora no lo han conseguido —le recordó Ron—. Y el lugar ya no está lleno de dementores.

Harry plegó la carta, pensando. La verdad era que quería volver a ver a Sirius. De forma que fue a la última clase de la tarde (doble hora de Pociones) mucho más contento de lo que normalmente se sentía cuando bajaba la escalera que llevaba a las mazmorras.

Malfoy, Crabbe y Goyle habían formado un corrillo a la puerta de la clase con la pandilla de chicas de Slytherin a la que pertenecía Pansy Parkinson. Todos miraban algo que Harry no alcanzó a distinguir, y se reían por lo bajo con muchas ganas. La cara de Pansy asomó por detrás de la ancha espalda de Goyle y los vio acercarse.

—¡Ahí están, ahí están! —anunció con una risa tonta, y el corro se rompió.

Harry vio que Pansy tenía en las manos un ejemplar de la revista *Corazón de bruja*. La foto con movimiento de la portada mostraba a una bruja de pelo rizado que sonreía enseñando los dientes y apuntaba a un bizcocho grande con la varita.

—¡A lo mejor encuentras aquí algo de tu interés, Granger! —dijo Pansy en voz alta, y le tiró la revista a Hermione, que la cogió algo sobresaltada.

En aquel momento se abrió la puerta de la mazmorra, y Snape les hizo señas de que entraran.

Hermione, Harry y Ron se encaminaron hacia su pupitre al final de la mazmorra. En cuanto Snape volvió la espalda para escribir en la pizarra los ingredientes de la poción de aquel día, Hermione se apresuró a hojear la revista bajo el pupitre. Al fin, en las páginas centrales, encontró lo que buscaba. Harry y Ron se inclinaron un poco para ver mejor. Una fotografía en color de Harry encabezaba un pequeño artículo titulado «La pena secreta de Harry Potter»:

> Tal vez sea diferente. Pero, aun así, es un muchacho que padece todos los sufrimientos típicos de la adolescencia, nos revela Rita Skeeter. Privado de amor desde la trágica pérdida de sus padres, a sus catorce años Harry Potter creía haber encontrado consuelo en Hogwarts en su novia, Hermione Granger, una muchacha hija de muggles. Poco sospechaba que no tardaría en sufrir otro golpe emocional en una vida cuajada de pérdidas.
>
> La señorita Granger, una muchacha nada agraciada pero sí muy ambiciosa, parece sentir debilidad por los magos famosos, debilidad que ni siquiera Harry ha podido satisfacer por sí solo. Desde la llegada

a Hogwarts de Viktor Krum, el buscador búlgaro y héroe de los últimos Mundiales de quidditch, la señorita Granger ha jugado con los afectos de ambos muchachos. Krum, que está abiertamente enamorado de la taimada señorita Granger, la ha invitado ya a visitarlo en Bulgaria durante las vacaciones de verano, no sin antes declarar que jamás había sentido lo mismo por ninguna otra chica.

Sin embargo, podrían no ser los dudosos encantos naturales de la señorita Granger los que han conquistado el interés de estos pobres chicos.

«Es fea con ganas —nos declara Pansy Parkinson, una bonita y vivaracha alumna de cuarto curso—, pero es perfectamente capaz de preparar un filtro amoroso, porque es una sabelotodo. Supongo que así lo consigue.»

Como es natural, los filtros amorosos están prohibidos en Hogwarts, y no cabe duda de que Albus Dumbledore estará interesado en investigar estas sospechas. Mientras tanto, las admiradoras de Harry Potter tendremos que conformarnos con esperar que la próxima vez le entregue su corazón a una candidata más digna de él.

—¡Te lo advertí! —le dijo Ron a Hermione entre dientes, mientras ella seguía con la vista fija en el artículo—. ¡Te advertí que no debías picarla! ¡Te ha presentado como una especie de... de mujer fatal!

Del rostro de Hermione desapareció la expresión de aturdimiento, y en su lugar soltó una risotada.

—¿Mujer fatal? —repitió, conteniendo la risa.

—Es como las llama mi madre —murmuró Ron, ruborizándose.

—Si Rita no es capaz más que de esto, es que está perdiendo sus habilidades —dijo Hermione, volviendo a reírse y dejando el número de *Corazón de bruja* sobre una silla vacía—. ¡Qué montón de basura!

Miró a los de Slytherin, que los observaban detenidamente para ver si se enfadaban con el artículo. Hermione les dirigió una sonrisa sarcástica y un gesto de la mano, y tanto ella como Ron y Harry empezaron a sacar los ingredientes que necesitarían para la poción agudizadora del ingenio.

—Pero hay algo muy curioso —dijo Hermione diez minutos después, deteniendo la mano de mortero sobre el almirez lleno de escarabajos—. ¿Cómo puede haberse enterado Rita Skeeter...?

—¿De qué? —se apresuró a preguntar Ron—. Tú no has preparado filtros amorosos, ¿no?

—No seas idiota —le soltó Hermione, comenzando a machacar los

escarabajos—. Quiero decir... ¿cómo se habrá enterado de que Viktor Krum me ha invitado a visitarlo este verano?

Hermione se puso como un tomate al explicar esto, y evitó por todos los medios la mirada de Ron.

—¿Qué? —exclamó éste, dejando caer la mano de mortero, que hizo bastante ruido.

—Me lo pidió justo después de sacarme del lago —susurró Hermione—. Después de volver a transformarse la cabeza. La señora Pomfrey nos dio una manta a cada uno, y luego él me llevó aparte para que no pudieran oírnos, y me dijo que si no tenía nada pensado para el verano, tal vez me gustaría...

—¿Y qué le respondiste? —preguntó Ron, que había recuperado la mano de mortero y lo estaba usando sobre la mesa, bastante lejos de donde tenía el almirez, porque no apartaba los ojos de Hermione.

—Y dijo que nunca había sentido lo mismo por ninguna otra chica —siguió Hermione, poniéndose tan colorada que en aquel momento Ron casi notaba el calor que desprendía—. Pero ¿cómo pudo oírlo Rita Skeeter? Ella no estaba por allí, ¿o sí? A lo mejor tiene una capa invisible, a lo mejor se infiltró en los terrenos del colegio para ver la segunda prueba...

—¿Y qué le respondiste tú? —repitió Ron, pegando tan fuerte con la mano de mortero que hizo una marca en el pupitre.

—Bueno, yo estaba demasiado ocupada intentando averiguar si vosotros dos estabais bien.

—Por fascinante que sea su vida social, señorita Granger —dijo una voz fría detrás de ellos—, le rogaría que no tratara sobre ella en mi clase. Diez puntos menos para Gryffindor.

Snape se había ido acercando sigilosamente a su pupitre mientras hablaban. En aquel momento, toda la clase los observaba. Malfoy aprovechó para lucir ante Harry la inscripción «POTTER APESTA» de su insignia.

—¡Ah...! ¿También leyendo revistas bajo la mesa? —añadió Snape, cogiendo el ejemplar de *Corazón de bruja*—. Otros diez puntos menos para Gryffindor... Ah, claro... —Los negros ojos de Snape relucieron al dar con el artículo de Rita Skeeter—. Potter tiene que estar al día de sus apariciones en la prensa...

Las carcajadas de los de Slytherin resonaron en el aula, y una desagradable sonrisa dibujó una mueca en los delgados labios de Snape. Para indignación de Harry, comenzó a leer el artículo en voz alta.

—«La pena secreta de Harry Potter...» Vaya, vaya, Potter, ¿de qué sufre usted ahora? «Tal vez sea diferente. Pero, aun así...»

Harry notaba que le ardía la cara. Snape se paraba al final de cada frase

para dejar que los de Slytherin se rieran. Leído por Snape, el artículo sonaba diez veces peor.

—«... las admiradoras de Harry Potter tendremos que conformarnos con esperar que la próxima vez le entregue su corazón a una candidata más digna de él.» ¡Qué conmovedor! —dijo Snape con desprecio, cerrando y enrollando la revista ante las risas continuadas de los de Slytherin—. Bueno, creo que lo mejor será que los separe a los tres para que puedan pensar en sus pociones y olvidar por un momento sus enmarañadas vidas amorosas. Weasley, quédese donde está; señorita Granger, allá, con la señorita Parkinson; Potter, a la mesa que está enfrente de la mía. Muévase, ya.

Furioso, Harry echó los ingredientes y la mochila en el caldero, y lo llevó hasta la mesa vacía que había en la parte de delante de la mazmorra. Snape lo siguió, se sentó a su mesa y observó a Harry vaciando el caldero. Decidido a no mirarlo, Harry reanudó la tarea de machacar escarabajos, imaginándose la cara de Snape en cada uno de ellos.

—Toda esta atención por parte de la prensa parece habérsele subido a la cabeza, que ya estaba bastante llena de presunción, Potter —dijo Snape en voz baja, cuando el resto de la clase había vuelto a lo suyo.

Harry no respondió. Sabía que Snape trataba de provocarlo, tal como había hecho en otras ocasiones. Sin duda, quería una excusa para quitarle a Gryffindor cincuenta puntos antes del final de la clase.

—Podrías tener la equivocada impresión de que todo el mundo mágico está pendiente de ti —siguió Snape, pasando a tutearlo y en voz tan baja que nadie más podía oírlo (Harry siguió machacando los escarabajos, aunque ya los había reducido a un polvo finísimo), pero me da igual cuántas veces aparezca tu foto en los periódicos. Para mí, Potter, no eres más que un niño desagradable que cree estar por encima de las reglas.

Harry echó el polvo de escarabajo en el caldero y se puso a cortar las raíces de jengibre. Las manos le temblaban un poco de la cólera, pero no levantaba los ojos, como si no oyera lo que Snape le decía.

—Así que te advertiré algo, Potter —prosiguió Snape, con la voz aún más suave y ponzoñosa—, seas o no una diminuta celebridad: si te pillo volviendo a entrar en mi despacho...

—¡Yo no me he acercado nunca a su despacho! —replicó Harry enojado, olvidando su fingida sordera.

—No me mientas —dijo Snape entre dientes, perforando a Harry con sus insondables ojos negros—. Piel de serpiente arbórea africana, branquialgas... Tanto una como otra salieron de mi armario privado, y sé quién las robó.

Harry le devolvió la mirada a Snape, intentando no pestañear ni parecer culpable. La verdad era que él no le había robado ninguna de aquellas cosas. Era Hermione quien le había cogido la piel de serpiente arbórea africana cuando estaban en segundo: la necesitaban para la poción multijugos. Y,

aunque aquella vez Snape había sospechado de Harry, no había podido demostrarlo. En cuanto a las branquialgas, era evidente que las había robado Dobby.

—No sé de qué me habla —contestó Harry fríamente.

—¡No estabas en el dormitorio la noche en que entraron en mi despacho! —le dijo Snape en voz baja—. ¡Lo sé, Potter! ¡Y aunque *Ojoloco* Moody haya ingresado en tu club de admiradores, no por eso toleraré tu comportamiento! Una nueva incursión nocturna en mi despacho, Potter, ¡y lo pagarás!

—Bien —repuso Harry con serenidad, volviendo a sus raíces de jengibre—, lo tendré en cuenta por si alguna vez siento impulsos de entrar.

Hubo un brillo en los ojos de Snape. Se metió la mano en la túnica negra, y por un momento Harry temió que sacara la varita y le echara una maldición allí mismo. Luego vio que lo que sacaba era un pequeño tarro de cristal con una poción que parecía agua. Harry la observó.

—¿Sabes qué es esto, Potter? —preguntó Snape, y sus ojos volvieron a brillar malévolamente.

—No —respondió Harry, aquella vez con total sinceridad.

—Es Veritaserum, una poción de la verdad tan poderosa que tres gotas bastarían para que descubrieras tus más íntimos secretos ante toda la clase —dijo Snape con la voz impregnada de odio—. Desde luego, el uso de esta poción está severamente controlado por normativa ministerial. Pero, si no vigilas tus pasos, podrías descubrir que mi mano se desliza subrepticiamente —movió un poco el tarro de cristal— hasta el zumo de calabaza de tu cena. Y entonces, Potter... sabremos si has estado o no en mi despacho.

Harry no dijo nada. Una vez más, volvió su atención a las raíces de jengibre, cogió el cuchillo y las partió en rodajas. No le hacía ni pizca de gracia lo de la poción de la verdad, y no dudaba de que Snape fuera capaz de echársela en el zumo. Reprimió un estremecimiento al imaginar todo lo que podría decir en ese caso. Aparte de meter en problemas a un montón de gente (para empezar, a Hermione y a Dobby), estaban todas las otras cosas que ocultaba... como el hecho de mantener contacto con Sirius y (las tripas le dieron un retortijón sólo de pensarlo) lo que sentía por Cho. Metió también en el caldero las raíces de jengibre, preguntándose si debería tomar ejemplo de Moody y limitarse a beber de su propia petaca.

Llamaron a la puerta de la mazmorra.

—Pase —dijo Snape en su tono habitual.

Toda la clase miró hacia la puerta. Entró el profesor Karkarov y se dirigió a la mesa de Snape, enroscándose el pelo de la barbilla en el dedo. Parecía nervioso.

—Tenemos que hablar —dijo Karkarov abruptamente, cuando hubo

llegado hasta Snape. Parecía tan interesado en que nadie más entendiera lo que decía, que apenas movía los labios: daba la impresión de ser un ventrílocuo de poca monta. Sin apartar los ojos de las raíces de jengibre, Harry trató de escuchar.

—Hablaremos después de clase, Karkarov... —susurró Snape, pero Karkarov lo interrumpió.

—Quiero hablar ahora, no quiero que te escabullas, Severus. Me has estado evitando.

—Después de clase —repitió Snape.

Con el pretexto de levantar una taza de medición para ver si había echado en ella suficiente bilis de armadillo, Harry les echó a ambos una mirada de soslayo. Karkarov parecía sumamente preocupado, y Snape, molesto.

Karkarov permaneció detrás de la mesa de Snape durante el resto de la doble clase. Al parecer, quería evitar que Snape se le escapara al final. Interesado en escuchar lo que Karkarov tenía que decir, Harry derramó adrede su frasco de bilis de armadillo dos minutos antes de que sonara la campana, lo que le dio una excusa para agacharse tras el caldero a limpiar el suelo mientras el resto de la clase se dirigía ruidosamente hacia la puerta.

—¿Qué es eso tan urgente? —oyó que Snape le preguntaba a Karkarov en un susurro.

—Esto —dijo Karkarov.

Echando un vistazo por el borde del caldero, Harry vio que Karkarov se subía la manga izquierda de la túnica y le mostraba a Snape algo situado en la parte interior del antebrazo.

—¿Qué te parece? —añadió Karkarov, haciendo aún el mismo esfuerzo por mover los labios lo menos posible—. ¿Ves? Nunca había estado tan clara, nunca desde...

—¡Tapa eso! —gruñó Snape, recorriendo la clase con los ojos.

—Pero tú también tienes que haber notado... —comenzó Karkarov con voz agitada.

—¡Podemos hablar después, Karkarov! —lo cortó Snape—. ¡Potter! ¿Qué está haciendo?

—Limpiando la bilis de armadillo, profesor —contestó haciéndose el inocente, al tiempo que se levantaba y le enseñaba el trapo empapado que tenía en la mano.

Karkarov giró sobre los talones y salió de la mazmorra a zancadas. Parecía tan preocupado como enojado. Como no quería quedarse a solas con un Snape excepcionalmente airado, Harry echó los libros y los ingredientes de

Pociones en la mochila y salió a toda pastilla para contarles a Ron y Hermione lo que había presenciado.

A las doce del día siguiente salieron del castillo bajo un débil sol plateado que brillaba sobre los campos. El tiempo era más suave de lo que había sido en lo que llevaban de año, y cuando llegaron a Hogsmeade los tres se habían quitado la capa y se la habían echado al hombro. En la mochila de Harry llevaban la comida que Sirius les había pedido: una docena de muslos de pollo, una barra de pan y un frasco de zumo de calabaza que les habían servido en la comida.

Fueron a Tiroslargos Moda a comprar un regalo para Dobby, y se divirtieron eligiendo los calcetines más estrambóticos que vieron, incluido un par con un dibujo de refulgentes estrellas doradas y plateadas y otro que chillaba mucho cuando empezaba a oler demasiado. A la una y media subieron por la calle principal, pasaron Dervish y Banges y salieron hacia las afueras del pueblo.

Harry nunca había ido por allí. El ventoso callejón salía del pueblo hacia el campo sin cultivar que rodeaba Hogsmeade. Las casas estaban por allí más espaciadas y tenían jardines más grandes. Caminaron hacia el pie de la montaña que dominaba Hogsmeade, doblaron una curva y vieron al final del camino unas tablas puestas para ayudar a pasar una cerca. Con las patas delanteras apoyadas en la tabla más alta y unos periódicos en la boca, un perro negro, muy grande y lanudo, parecía aguardarlos. Lo reconocieron enseguida.

—Hola, Sirius —saludó Harry, cuando llegaron hasta él.

El perro olió con avidez la mochila de Harry, meneó la cola, y luego se volvió y comenzó a trotar por el campo cubierto de maleza que subía hacia el rocoso pie de la montaña. Harry, Ron y Hermione traspasaron la cerca y lo siguieron.

Sirius los condujo a la base misma de la montaña, donde el suelo estaba cubierto de rocas y cantos rodados, y empezó a ascender por la ladera: un camino fácil para él, con sus cuatro patas; pero Harry, Ron y Hermione se quedaron pronto sin aliento. Siguieron subiendo tras Sirius durante casi media hora por el mismo camino pedregoso, empinado y serpenteante. El perro movía la cola mientras ellos sudaban bajo el sol. A Harry le dolían los hombros por las correas de la mochila.

Al final Sirius se perdió de vista, y, cuando llegaron al lugar en que había desaparecido, vieron una estrecha abertura en la piedra. Se metieron por ella con dificultad y se encontraron en una cueva fresca y oscura. Al fondo, atado a una roca, se hallaba el hipogrifo *Buckbeak*. Mitad caballo gris y mitad águila gigante, sus fieros ojos naranja brillaron al verlos. Los tres se inclinaron notoriamente ante él, y, después de observarlos por un momento, *Buckbeak*

dobló sus escamosas rodillas delanteras y permitió que Hermione se acercara y le acariciara el cuello con plumas. Harry, sin embargo, miraba al perro negro, que acababa de convertirse en su padrino.

Sirius llevaba puesta una túnica gris andrajosa, la misma que llevaba al dejar Azkaban, y estaba muy delgado. Tenía el pelo más largo que cuando se había aparecido en la chimenea, y sucio y enmarañado como el curso anterior.

—¡Pollo! —exclamó con voz ronca, después de haberse quitado de la boca los números atrasados de *El Profeta* y haberlos echado al suelo de la cueva.

Harry sacó de la mochila el pan y el paquete de muslos de pollo y se lo entregó.

—Gracias —dijo Sirius, que lo abrió de inmediato, cogió un muslo y se puso a devorarlo sentado en el suelo de la cueva—. Me alimento sobre todo de ratas. No quiero robar demasiada comida en Hogsmeade, porque llamaría la atención.

Sonrió a Harry, pero a éste le costó esfuerzo devolverle la sonrisa.

—¿Qué haces aquí, Sirius? —le preguntó.

—Cumplir con mi deber de padrino —respondió Sirius, royendo el hueso de pollo de forma muy parecida a como lo habría hecho un perro—. No te preocupes por mí: me hago pasar por un perro vagabundo de muy buenos modales.

Seguía sonriendo; pero, al ver la cara de preocupación de Harry, dijo más seriamente:

—Quiero estar cerca. Tu última carta... Bueno, digamos simplemente que cada vez me huele todo más a chamusquina. Voy recogiendo los periódicos que la gente tira, y, a juzgar por las apariencias, no soy el único que empieza a preocuparse.

Señaló con la cabeza los amarillentos números de *El Profeta* que estaban en el suelo. Ron los cogió y los desplegó.

Harry, sin embargo, siguió mirando a Sirius.

—¿Y si te atrapan? ¿Qué pasará si te descubren?

—Vosotros tres y Dumbledore sois los únicos por aquí que saben que soy un animago —dijo Sirius, encogiéndose de hombros y siguiendo con el pollo.

Ron le dio un codazo a Harry y le pasó los ejemplares de *El Profeta*. Eran dos: el primero llevaba el titular «La misteriosa enfermedad de Bartemius Crouch»; el segundo, «La bruja del Ministerio sigue desaparecida. El ministro de Magia se ocupa ahora personalmente del caso».

Harry miró el artículo sobre Crouch. Las frases le saltaban a los ojos: «No

se lo ha visto en público desde noviembre... la casa parece desierta... El Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas rehúsa hacer comentarios... El Ministerio se niega a confirmar los rumores de enfermedad crítica...»

—Suena como si se estuviera muriendo —comentó Harry—. Pero no puede estar tan enfermo si se ha colado en Hogwarts...

—Mi hermano es el ayudante personal de Crouch —informó Ron a Sirius—. Dice que lo que tiene Crouch se debe al exceso de trabajo.

—Eso sí, la última vez que lo vi de cerca parecía enfermo —añadió Harry pensativamente, sin dejar el periódico—. La noche en que salió mi nombre del cáliz...

—Se está llevando su merecido por despedir a Winky —dijo Hermione con frialdad. Estaba acariciando a *Buckbeak*, que mascaba los huesos de pollo que Sirius iba dejando—. Apuesto a que se arrepiente de haberlo hecho. Apuesto a que ahora que ella no está para cuidarlo se da cuenta de lo que valía.

—Hermione está obsesionada con los elfos domésticos —le explicó Ron a Sirius, dirigiendo a Hermione una mirada severa.

Pero Sirius parecía interesado.

—¿Crouch despidió a su elfina doméstica?

—Sí, en los Mundiales de quidditch —repuso Harry, y se puso a contar la historia de la aparición de la Marca Tenebrosa y de que habían encontrado a Winky con la varita de él en la mano, y del enojo del señor Crouch.

Cuando Harry hubo concluido, Sirius se puso de nuevo en pie y comenzó a pasear de un lado a otro de la cueva.

—A ver si lo he entendido todo bien —dijo después de un rato, blandiendo un nuevo muslo de pollo—. Primero visteis en la tribuna principal a la elfina, que le estaba guardando un sitio a Crouch, ¿no es así?

—Sí —respondieron los tres al mismo tiempo.

—Pero Crouch no apareció en todo el partido.

—No —confirmó Harry—. Me parece que dijo que había estado muy ocupado.

Sirius paseó en silencio por la cueva. Luego preguntó:

—¿Miraste en los bolsillos si estaba la varita después de dejar la tribuna principal, Harry?

—Eh... —Harry intentó recordar—. No —contestó por fin—. No la necesité antes de llegar al bosque. Entonces metí la mano en el bolsillo, y lo único que

encontré fueron los omniculares. —Miró a Sirius—. ¿Crees que el que hizo aparecer la Marca Tenebrosa me robó la varita en la tribuna principal?

—Tal vez —dijo Sirius.

—¡Winky no robó esa varita! —aseguró Hermione con vehemencia.

—La elfina no estaba sola en la tribuna principal, ¿verdad? —dijo Sirius frunciendo el entrecejo mientras seguía paseando—. ¿Quién más había sentado detrás de ti?

—Mucha gente —explicó Harry—. Funcionarios búlgaros... Cornelius Fudge... los Malfoy...

—¡Los Malfoy! —exclamó Ron de repente, tan alto que su voz retumbó en la cueva. *Buckbeak* sacudió la cabeza nervioso—. ¡Seguro que fue Lucius Malfoy!

—¿Nadie más?

—Nadie —dijo Harry.

—Sí, había alguien más: Ludo Bagman —recordó Hermione.

—¡Ah, sí...!

—No sé nada de Bagman, salvo que fue golpeador en las Avispas de Wimbourne —comentó Sirius, sin dejar de pasear—. ¿Cómo es?

—Guay. Se empeña en ofrecerme ayuda para el Torneo de los tres magos.

—¿De verdad? —El ceño de Sirius se hizo más profundo—. ¿Por qué lo hará?

—Dice que tiene debilidad por mí.

—Mmm. —Sirius se quedó pensativo.

—Lo vimos en el bosque justo antes de que apareciera la Marca Tenebrosa —le dijo Hermione a Sirius—. ¿Os acordáis? —añadió volviéndose a Ron y Harry.

—Sí, pero no se quedó en el bosque —observó Ron—. En cuanto le hablamos del altercado, se fue al campamento.

—¿Cómo lo sabes? —objetó Hermione—. ¿Cómo sabes adónde fue al desaparecerse?

—¡Vamos! —exclamó Ron en tono escéptico—. ¿Es que crees que fue Bagman el que hizo aparecer la Marca Tenebrosa?

—Antes sospecho de él que de Winky —replicó Hermione con testarudez.

—Ya te lo he dicho —señaló Ron, dirigiendo a Sirius una significativa mirada—, está obsesionada con los elfos dom...

Pero Sirius levantó la mano para que se callara.

—¿Qué hizo Crouch después de que apareció la Marca Tenebrosa y de que hubieron descubierto a su elfina con la varita de Harry?

—Se fue a mirar entre los arbustos —explicó Harry—, pero no encontró a nadie más.

—Claro —susurró Sirius, paseando de un lado a otro—, claro, quería encontrar a cualquier otro que no fuera su elfina doméstica... ¿Y entonces la despidió?

—Sí —contestó Hermione muy acalorada—, la despidió sólo porque no se había quedado en la tienda y dejado que la pisotearan.

—¡Deja en paz a la elfina, Hermione! —le dijo Ron.

Pero Sirius negó con la cabeza.

—Ella ha calado a Crouch mejor que tú, Ron. Si quieres saber cómo es alguien, mira de qué manera trata a sus inferiores, no a sus iguales.

Se pasó una mano por la cara sin afeitar, intentando pensar.

—Todas esas ausencias de Barty Crouch... Se toma la molestia de enviar a su elfina doméstica para que le guarde un asiento en los Mundiales, pero no aparece para ver el partido; trabaja muy duro para reinstaurar el Torneo, y luego también se ausenta... Nada de eso es propio de él. Si antes de esto había dejado alguna vez de ir al trabajo por enfermedad, me como a *Buckbeak*.

—¿Conoces a Crouch, entonces? —le preguntó Harry.

La cara de Sirius se ensombreció. De pronto pareció tan amenazador como la noche en que Harry lo había visto por primera vez, cuando aún creía que era un asesino.

—Conozco a Crouch muy bien —dijo en voz baja—. Fue el que ordenó que me llevaran a Azkaban... sin juicio.

—¿Qué? —exclamaron a la vez Ron y Hermione.

—¡Bromeas! —dijo Harry.

—No, no bromeo —respondió Sirius, arrancando otro bocado al muslo de pollo—. Crouch era director del Departamento de Seguridad Mágica, ¿no lo sabíais?

Harry, Ron y Hermione negaron con la cabeza.

—Todos pensaban que sería el siguiente ministro de Magia —explicó

Sirius—. Barty Crouch es un gran mago y está sediento de poder. Ah, no, nunca apoyó a Voldemort —añadió, comprendiendo lo que significaba la expresión de Harry—. No, Barty Crouch fue siempre un declarado enemigo del lado tenebroso. Pero, entonces, un montón de gente que estaba también contra el lado tenebroso... Bueno, no lo entenderíais: sois demasiado jóvenes...

—Eso es lo que dijo mi padre en los Mundiales —dijo Ron con un dejo de irritación en la voz—. ¿Por qué no lo intentas?

Sirius sonrió un instante.

—Vale, lo intentaré... —Paseó unos momentos por la cueva, y luego empezó a hablar—: Imaginaos que Voldemort está ahora mismo en su momento de máximo poder. No sabéis quiénes lo apoyan, no sabéis quién es de los suyos y quién no, pero sabéis que puede controlar a la gente para que haga cosas terribles sin poder evitarlo. Tenéis miedo por vosotros mismos, por vuestra familia y por vuestros amigos. Cada semana llegan las noticias de nuevas muertes, nuevas desapariciones, nuevas torturas... El Ministerio de Magia está sumido en el caos, no sabe qué hacer, intenta que los muggles no se den cuenta de nada, pero, entre tanto, también van muriendo muggles. El terror, el pánico y la confusión cunden por todas partes... Así estaban las cosas.

»Bueno, esas situaciones sacan a la luz lo mejor de algunas personas y lo peor de otras. Las intenciones de Crouch tal vez fueran buenas al principio, no lo sé. Ascendió rápidamente en el Ministerio y empezó a aplicar medidas muy duras contra los partidarios de Voldemort. Concedió nuevos poderes a los aurores: por ejemplo, permiso para matar en vez de capturar. Y yo no fui el único al que entregaron a los dementores sin juicio previo. Crouch empleó la violencia contra la violencia, y autorizó el uso de las maldiciones imperdonables contra los sospechosos. Diría que llegó a ser tan cruel y despiadado como los que estaban en el lado tenebroso. Tenía sus partidarios, por supuesto: mucha gente que pensaba que aquél era el mejor modo de hacer las cosas, y muchos magos y brujas pedían que asumiera el poder como nuevo ministro de Magia. Cuando desapareció Voldemort, parecía que era sólo cuestión de tiempo que Crouch ocupara el cargo más alto del escalafón, pero entonces sucedió algo bastante inoportuno. —Sirius sonrió con tristeza—. El propio hijo de Crouch fue descubierto con un grupo de mortífagos que se las habían arreglado para salir de Azkaban. Según parecía, buscaban a Voldemort para reinstaurar su poder.

—¿Pillaron al hijo de Crouch? —preguntó Hermione con voz entrecortada.

—Sí —contestó Sirius, tirándole a *Buckbeak* el hueso de pollo; luego se apresuró a coger la barra de pan y partirla por la mitad—. Un golpe duro para Barty, me imagino. Tal vez debería haber dedicado más tiempo a la familia, tal vez debería haber trabajado algo menos y vuelto a su casa antes, de vez en cuando, para conocer a su propio hijo.

Empezó a devorar el pan a grandes bocados.

—¿Su propio hijo era un mortífago? inquino Harry.

—No lo sé realmente —repuso Sirius, metiéndose más pan en la boca—. Yo ya estaba en Azkaban cuando lo llevaron. Éstas son cosas que en su mayor parte he averiguado después de haber salido. Desde luego, el muchacho fue descubierto en compañía de gente que me apostaría el cuello a que eran mortífagos, pero tal vez sólo estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado, como la elfina doméstica.

—¿Intentó liberar a su hijo? —susurró Hermione.

Sirius soltó una risa que sonó casi como un ladrido.

—¿Liberar a su hijo? ¡Creía que habías entendido cómo es, Hermione! Quería apartar del camino todo lo que pudiera manchar su reputación; había dedicado su vida entera a escalar puestos para llegar a ministro de Magia. Ya lo viste despedir a su elfina doméstica porque lo había vuelto a asociar con la Marca Tenebrosa... ¿No te da eso a entender cómo es? El amor paternal de Crouch se limitó a concederle un juicio y, según parece, no fue más que una oportunidad para demostrar lo mucho que aborrecía al muchacho... Luego lo mandó derecho a Azkaban.

—¿Entregó a su propio hijo a los dementores? —preguntó Harry en voz baja.

—Sí —respondió Sirius, y ya no estaba nada sonriente—. Vi cuando los dementores lo condujeron, los vi a través de los barrotes de mi celda. Lo metieron en una cercana a la mía. No tendría más de diecinueve años. Al caer la noche gritaba llamando a su madre. Al cabo de unos días se calmó, sin embargo... Todos terminan calmándose... salvo cuando gritan en sueños.

Por un momento, al rememorar la prisión, la mirada triste de Sirius resultó más triste que nunca.

—Entonces, ¿sigue en Azkaban? —inquirió Harry.

—No —contestó Sirius con voz apagada—. No, ya no está allí. Murió un año después de entrar.

—¿Murió?

—No fue el único —dijo Sirius con amargura—. La mayoría se vuelven locos, y muchos terminan por dejar de comer. Pierden la voluntad de vivir. Se sabía cuándo iba a morir alguien porque los dementores lo sentían, se excitaban. El muchacho parecía bastante enfermo cuando llegó. Como Crouch era un importante miembro del Ministerio, él y su mujer pudieron visitarlo en el lecho de muerte. Fue la última vez que vi a Barty Crouch, casi llevando a rastras a su mujer cuando pasaron por delante de mi celda. Según parece, ella murió también poco después. De pena. Se consumió igual que el muchacho. Crouch no fue a buscar el cadáver de su hijo. Los propios dementores lo enterraron junto a la fortaleza: yo los vi hacerlo.

Sirius dejó a un lado el pan que acababa de levantar para llevárselo a la boca, y en su lugar cogió el frasco de zumo de calabaza y lo apuró.

—Y de esa forma Crouch lo perdió todo justo cuando parecía que ya lo había alcanzado —continuó, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Había sido un héroe, preparado para convertirse en ministro de Magia; y un instante más tarde su hijo había muerto, su mujer también, el nombre de su familia estaba deshonrado y, según he escuchado después de salir de la cárcel, su popularidad había caído en picado. Cuando el chico murió, a la gente empezó a darle pena y se preguntaron por qué un chico de tan buena familia se había descarriado de aquella manera. La respuesta que encontraron fue que su padre nunca se había preocupado mucho por él. Y por eso el cargo lo consiguió Cornelius Fudge, y a Crouch lo relegaron al Departamento de Cooperación Mágica Internacional.

Hubo un prolongado silencio. Harry recordó la manera en que a Crouch se le salían los ojos de las órbitas al encontrar en el bosque a su desobediente elfina doméstica, la noche de los Mundiales de quidditch. Aquél, pues, era el motivo por el que Crouch se había excedido de tal manera al encontrar a Winky bajo la Marca Tenebrosa. Le había recordado a su hijo, el antiguo escándalo y su caída en desgracia en el Ministerio.

—Moody dice que Crouch está obsesionado con atrapar magos tenebrosos —le dijo Harry a Sirius.

—Sí, he oído que se ha convertido en una especie de manía suya —repuso Sirius, asintiendo con la cabeza—. Seguramente piensa que todavía tiene esperanzas de recobrar su antigua popularidad si atrapa algún mortífago.

—¡Y se coló en Hogwarts para registrar el despacho de Snape! —exclamó Ron eufórico, mirando a Hermione.

—Sí, y eso no tiene ningún sentido —dijo Sirius.

—¡Claro que lo tiene! —exclamó Ron emocionado.

Pero Sirius negó con la cabeza.

—Mira, si Crouch quiere investigar a Snape, ¿por qué no va a las pruebas del Torneo? Sería una excusa ideal para hacer visitas regulares a Hogwarts y tenerlo vigilado.

—O sea, que crees que Snape se trae algo entre manos —dijo Harry, pero Hermione lo interrumpió:

—Me da igual lo que digáis. Dumbledore confía en Snape...

—Vamos, Hermione —dijo Ron impaciente—, ya sabemos que Dumbledore es muy inteligente y todo eso, pero siempre es posible que un mago tenebroso realmente listo lo pueda engañar.

—Entonces, ¿por qué Snape salvó a Harry la vida en primero, eh? ¿Por qué no lo dejó morir?

—No lo sé. A lo mejor le daba miedo que Dumbledore lo pusiera de patitas

en la calle.

—¿Qué piensas tú, Sirius? —preguntó Harry, y Ron y Hermione dejaron de discutir para escuchar.

—Pienso que los dos tenéis algo de razón —contestó Sirius, mirándolos pensativamente—. En cuanto supe que Snape daba clase aquí me pregunté por qué Dumbledore lo había contratado. Snape siempre ha sentido fascinación por las artes oscuras; ya en el colegio era famoso por ello. Era un pelota empalagoso de pelo grasiento —añadió, y Harry y Ron se sonrieron el uno al otro—. Cuando llegó al colegio conocía más maldiciones que la mayoría de los que estaban en séptimo, y formó parte de una pandilla de Slytherin que luego resultaron casi todos mortífagos. —Sirius levantó los dedos y comenzó a contar con ellos los nombres—. Rosier y Wilkes: a los dos los mataron los aurores un año antes de la caída de Voldemort; los Lestrange, que son matrimonio, están en Azkaban; Avery, del que he oído que se quitó de en medio diciendo que había actuado bajo los efectos de la maldición *imperius*, todavía anda suelto. Pero, que yo sepa, contra Snape no hubo denuncias. No es que eso signifique gran cosa: son muchos los que nunca fueron atrapados. Y desde luego Snape es lo bastante listo y astuto para mantenerse al margen de los problemas.

—Snape conoce muy bien a Karkarov, pero lo disimula —dijo Ron.

—¡Sí, tendrías que haber visto la cara que puso Snape cuando Karkarov entró ayer en Pociones! —se apresuró a añadir Harry—. Karkarov quería hablar con Snape, y lo acusó de estar evitándolo. Parecía realmente preocupado. Le mostró a Snape algo que tenía en el brazo, pero no vi qué era.

—¿Que le mostró a Snape algo que tenía en el brazo? —repitió Sirius, desconcertado. Se pasó los dedos distraídamente por el pelo sucio, y volvió a encogerse de hombros—. Bueno, no tengo ni idea de qué puede ser... pero si Karkarov está de verdad preocupado y acude a Snape en busca de soluciones... —Sirius miró la pared de la cueva, y luego hizo una mueca de frustración—. Aún queda el hecho de que Dumbledore confía en Snape, y ya sé que Dumbledore confía en personas de las que otros no se fiarían, pero no creo que le permitiera dar clase en Hogwarts si hubiera estado alguna vez al servicio de Voldemort.

—Entonces, ¿por qué están tan interesados Moody y Crouch en su despacho? —insistió Ron.

—Bueno —dijo Sirius pensativamente—, no me extrañaría que Ojoloco hubiera entrado en el despacho de todos los profesores en cuanto llegó a Hogwarts. Se toma la Defensa Contra las Artes Oscuras muy en serio. No creo que confíe absolutamente en nadie, y no me sorprende después de todo lo que ha visto. Sin embargo, tengo que decir una cosa de Moody, y es que nunca mató si podía evitarlo: siempre cogía a todo el mundo vivo si era posible. Era un tipo duro, pero nunca descendió al nivel de los mortífagos. Crouch, en cambio, es harina de otro costal... ¿Estará de verdad enfermo? Si lo está, ¿cómo hace el esfuerzo de entrar en el despacho de Snape? Y si no lo está... ¿qué se trae entre manos? ¿Qué era tan importante en los Mundiales para que

no apareciera en la tribuna principal? ¿Y qué ha estado haciendo mientras se suponía que tenía que juzgar las pruebas del Torneo?

Sirius se quedó en silencio, aún mirando la pared de la cueva. *Buckbeak* husmeaba por el suelo pedregoso, buscando algún hueso que hubiera pasado por alto.

Al cabo, Sirius levantó la vista y miró a Ron.

—Dices que tu hermano es el ayudante personal de Crouch... ¿Podrías preguntarle si ha visto a Crouch últimamente?

—Puedo intentarlo —respondió Ron dudando—. Pero mejor que no parezca que sospecho que Crouch puede estar tramando algo chungo. Percy lo adora.

—¿Y podrías intentar averiguar si tienen alguna pista sobre Bertha Jorkins? —dijo Sirius, señalando el segundo ejemplar de *El Profeta*.

—Bagman me dijo que no —observó Harry.

—Sí, lo citan en este artículo —dijo Sirius, señalando el periódico con un gesto de cabeza—. Se toma a broma lo de Bertha, y comenta su mala memoria. Bueno, puede que haya cambiado desde que yo la conocí, pero la Bertha de entonces no era nada olvidadiza, todo lo contrario. No tenía muchas luces, pero sí una memoria excelente para el chismorreo. Eso le daba un montón de problemas, porque nunca sabía tener la boca cerrada. Me imagino que en el Ministerio de Magia sería más un estorbo que otra cosa. Tal vez por eso Bagman no se ha molestado demasiado en buscarla...

Sirius exhaló un profundo suspiro y se frotó los ojos.

—¿Qué hora es?

Harry miró el reloj. Luego recordó que no funcionaba desde que se había sumergido en el lago.

—Son las tres y media —informó Hermione.

—Será mejor que volváis al colegio —dijo Sirius, poniéndose en pie—. Ahora escuchad. —Le dirigió a Harry una mirada especialmente dura—. No quiero que os escapéis del colegio para venir a verme, ¿de acuerdo? Conformaos con enviarme notas. Sigo queriendo conocer cualquier cosa rara que ocurra. Pero no salgas de Hogwarts sin permiso: resultaría una oportunidad ideal para atacarte.

—Nadie ha intentado atacarme hasta ahora, salvo un dragón y un par de grindylows —contestó Harry.

Pero Sirius lo miró con severidad.

—Me da igual... No respiraré tranquilo hasta que el Torneo haya finalizado,

y eso no será hasta junio. Y no lo olvidéis: si hablais de mí entre vosotros, llamadme Hocicos, ¿vale?

Le entregó a Harry el frasco y la servilleta vacíos, y se despidió de *Buckbeak* dándole unas palmadas en el cuello.

—Iré con vosotros hasta la entrada del pueblo —dijo—, a ver si me puedo hacer con otro periódico.

Antes de salir de la cueva volvió a transformarse en el perro grande y negro, y todos juntos descendieron por la ladera de la montaña, cruzaron el campo pedregoso y volvieron al punto de la cerca donde estaban las tablas para pasarla con más facilidad. Allí les permitió que le dieran unas palmadas en el cuello en señal de despedida, antes de volverse y salir para dar una vuelta por los alrededores del pueblo.

Los tres emprendieron el camino de vuelta al castillo pasando de nuevo por Hogsmeade.

—Me pregunto si Percy sabrá todo eso de Crouch —dijo Ron, de camino al castillo—. Pero a lo mejor le da igual... a lo mejor lo admiraría más por ello. Sí, Percy adora las normas. Diría que Crouch se negó a saltárselas incluso por su propio hijo.

—Percy no entregaría a los dementores a nadie de su familia —afirmó Hermione severamente.

—No lo sé —dijo Ron—. Si pensara que nos interponíamos en su camino de ascenso... Percy es muy ambicioso, ¿sabes?

Subieron la escalinata de piedra de acceso al castillo, y, al entrar en el vestíbulo, les llegó un delicioso olor a comida procedente del Gran Comedor.

—¡Pobre Hocicos! —dijo Ron, suspirando—. Tiene que quererte mucho, Harry... ¡Imagínate, vivir a base de ratas!

28

La locura del señor Crouch

El domingo después de desayunar, Harry, Ron y Hermione fueron a la lechucería para enviar una carta a Percy, preguntándole, como Sirius les había sugerido, si había visto a Crouch recientemente. Utilizaron a *Hedwig*, porque hacia tiempo que no le encomendaban ninguna misión. Después de observarla perderse de vista desde las ventanas de la lechucería, bajaron a las cocinas para entregar a Dobby sus calcetines nuevos.

Los elfos domésticos les dispensaron una cálida acogida, haciendo reverencias y apresurándose a prepararles un té. Dobby se emocionó con el regalo.

—¡Harry Potter es demasiado bueno con Dobby! —chilló, secándose las lágrimas de sus enormes ojos.

—Me salvaste la vida con esas branquialgas, Dobby, de verdad —dijo Harry.

—¿No hay más pastelitos de nata y chocolate? —preguntó Ron, paseando la vista por los elfos domésticos, que no paraban de sonreír ni de hacer reverencias.

—¡Acabas de desayunar! —dijo Hermione enfadada, pero entre cuatro elfos ya le habían llevado una enorme bandeja de plata llena de pastelitos.

—Deberíamos pedir algo de comida para mandarle a Hocicos —murmuró Harry.

—Buena idea —dijo Ron—. Hay que darle a *Pig* un poco de trabajo. ¿No podríais proporcionarnos algo de comida? —preguntó a los elfos que había alrededor, y ellos se inclinaron encantados y se apresuraron a llevarles más.

—¿Dónde está Winky, Dobby? —quiso saber Hermione, que había estado buscándola con la mirada.

—Winky está junto al fuego, señorita —repuso Dobby en voz baja, abatiendo un poco las orejas.

—¡Dios mío!

Harry también miró hacia la chimenea. Winky estaba sentada en el mismo taburete que la última vez, pero se hallaba tan sucia que se confundía con los ladrillos ennegrecidos por el humo que tenía detrás. La ropa que llevaba puesta estaba andrajosa y sin lavar. Sostenía en las manos una botella de cerveza de mantequilla y se balanceaba ligeramente sobre el taburete, contemplando el fuego. Mientras la miraban, hipó muy fuerte.

—Winky se toma ahora seis botellas al día —le susurró Dobby a Harry.

—Bueno, no es una bebida muy fuerte —comentó Harry.

Pero Dobby negó con la cabeza.

—Para una elfina doméstica sí que lo es, señor —repuso.

Ella volvió a hipar. Los elfos que les habían llevado los pastelitos le dirigieron miradas reprobatorias mientras volvían al trabajo.

—Winky está triste, Harry Potter —dijo Dobby apenado—. Quiere volver a su casa. Piensa que el señor Crouch sigue siendo su amo, señor, y nada de lo que Dobby le diga conseguirá persuadirla de que ahora su amo es Dumbledore.

Harry tuvo una idea brillante.

—Eh, Winky —la llamó, yendo hacia ella e inclinándose para hablarle—, ¿tienes alguna idea de lo que le pasa al señor Crouch? Porque ha dejado de asistir al Torneo de los tres magos.

Winky parpadeó y clavó en Harry sus enormes ojos. Volvió a balancearse ligeramente y luego dijo:

—¿El... el amo ha... dejado... ¡hip!... de asistir?

—Sí —dijo Harry—, no lo hemos vuelto a ver desde la primera prueba. *El Profeta* dice que está enfermo.

Winky se volvió a balancear, mirando a Harry con ojos enturbiados por las lágrimas.

—El amo... ¡hip!... ¿enfermo?

Le empezó a temblar el labio inferior.

—Pero no estamos seguros de que sea cierto —se apresuró a añadir Hermione.

—¡El amo necesita a su... ¡hip!... Winky! —gimoteó la elfina—. El amo no puede ¡hip! apañárselas ¡hip! él solo.

—Hay quien se las arregla para hacer por sí mismo las labores de la casa, ¿sabes, Winky? —le dijo Hermione severamente.

—¡Winky... ¡hip!... no sólo le hacía... ¡hip!... las cosas de la casa al señor Crouch! —chilló Winky indignada, balanceándose más que antes y derramando cerveza de mantequilla por su ya muy manchada blusa—. El amo le... ¡hip!... confiaba a Winky todos sus... ¡hip!... secretos más importantes.

—¿Qué secretos? —preguntó Harry.

Pero Winky negó rotundamente con la cabeza, derramándose encima más cerveza de mantequilla.

—Winky le guarda... ¡hip!... los secretos a su amo —contestó con brusquedad, balanceándose más y poniéndole a Harry cara de pocos amigos—

. Harry Potter quiere... ¡hip!... meter las narices.

—¡Winky no debería hablarle de esa manera a Harry Potter! —la reprendió Dobby enojado—. ¡Harry Potter es noble y valiente, y no quiere meter las narices en ningún lado!

—Quiere meter las narices... ¡hip!... en las cosas privadas y secretas... ¡hip!... de mi amo... ¡hip! Winky es una buena elfina doméstica... ¡hip! Winky guarda sus secretos... ¡hip!... aunque haya quien quiera fisgonear... ¡hip!... y meter las narices. —Winky cerró los párpados y de repente, sin previo aviso, se deslizó del taburete y cayó al suelo delante de la chimenea, donde se puso a roncar muy fuerte. La botella vacía de cerveza de mantequilla rodó por el enlosado.

Media docena de elfos domésticos corrieron hacia ella indignados. Mientras uno cogía la botella, los otros cubrieron a Winky con un mantel grande de cuadros y remetieron las esquinas, ocultándola.

—¡Lamentamos que hayan tenido que ver esto, señores y señorita! —dijo un elfo que tenían al lado y que parecía muy avergonzado—. Esperamos que no nos juzguen a todos por el comportamiento de Winky, señores y señorita.

—¡Se siente desgraciada! —replicó Hermione, exasperada—. ¿Por qué no intentáis animarla en vez de taparla de la vista?

—Le rogamos que nos perdone, señorita —dijo el elfo doméstico, repitiendo la pronunciadísima reverencia—, pero los elfos domésticos no tenemos derecho a sentirnos desgraciados cuando hay trabajo que hacer y amos a los que servir.

—¡Por Dios! —exclamó Hermione enfadada—. ¡Escuchadme todos! ¡Tenéis el mismo derecho que los magos a sentiros desgraciados! ¡Tenéis derecho a cobrar un sueldo y a tener vacaciones y a llevar ropa de verdad! ¡No tenéis por qué obedecer a todo lo que se os manda! ¡Fijaos en Dobby!

—Le ruego a la señorita que deje a Dobby al margen de esto —murmuró Dobby, asustado.

Las alegres sonrisas habían desaparecido de la cara de los elfos. De repente observaban a Hermione como si fuera una peligrosa demente.

—¡Aquí tienen la comida! —chilló un elfo, y puso en los brazos de Harry un jamón enorme, doce pasteles y algo de fruta—. ¡Adiós!

Los elfos domésticos se arremolinaron en torno a los tres amigos y los sacaron de las cocinas, dándoles empujones en la espalda, a la altura de la cintura.

—¡Gracias por los calcetines, Harry Potter! —gritó Dobby con tristeza desde la chimenea, donde se encontraba junto al bulto en que había quedado convertida Winky, arrebujada en el mantel.

—¿No podías cerrar la boca, Hermione? —dijo Ron enojado, cuando la puerta de las cocinas se cerró tras ellos de un portazo—. ¡Ahora ya no querrán que vengamos a visitarlos! ¡Hemos perdido la oportunidad de sacarle algo a Winky sobre Crouch!

—¡Ah, como si eso te preocupara! —se burló Hermione—. ¡Lo que a ti te gusta es que te den de comer!

Después de eso, el día se volvió inaguantable. Harry se hartó hasta tal punto de que Ron y Hermione se metieran el uno con el otro mientras hacían los deberes en la sala común, que por la noche llevó él solo la comida de Sirius a la lechucería.

Pigwidgeon era demasiado pequeño para transportar un jamón a la montaña sin ayuda, así que Harry reclutó también otras dos lechuzas. Cuando se internaron en la oscuridad, componiendo una figura muy extraña las tres con el gran paquete, Harry se inclinó en el alféizar de la ventana y contempló los terrenos del colegio, las oscuras y susurrantes copas de los árboles del bosque prohibido y las velas del barco de Durmstrang ondeando al viento. Un búho real atravesó el humo que salía de la chimenea de Hagrid, se acercó al castillo, planeó alrededor de la lechucería y desapareció de su vista. Vio a Hagrid cavando enérgicamente delante de su cabaña, y se preguntó qué estaría haciendo: era como si preparara un nuevo trozo de huerta. Mientras miraba, Madame Maxime salió del carruaje de Beauxbatons y fue hacia Hagrid. Daba la impresión de que intentaba trabar conversación con él. Hagrid se apoyó en la pala, pero no parecía deseoso de prolongar la charla, porque Madame Maxime volvió a su carruaje poco después.

No le apetecía regresar a la torre de Gryffindor y oír a Ron y Hermione gruñéndose el uno al otro, así que se quedó observando cavar a Hagrid hasta que la oscuridad lo envolvió y, a su alrededor, las lechuzas empezaron a despertar y a pasar zumbando por su lado para internarse en la noche.

Al día siguiente, para el desayuno, se había disipado el mal humor de sus amigos, y, para alivio de Harry, no se cumplieron las pesimistas predicciones de Ron de que los elfos domésticos mandarían a la mesa de Gryffindor una pésima comida por culpa de Hermione: el tocino, los huevos y los arenques ahumados estaban tan ricos como siempre.

Cuando llegaron las lechuzas, ella las miró con impaciencia; parecía que esperaba algo.

—Percy no habrá tenido tiempo de responder —dijo Ron—. Enviamos a *Hedwig* ayer.

—No, no es eso —repuso Hermione—. Me he suscrito a *El Profeta:* ya estoy harta de enterarme de las cosas por los de Slytherin.

—¡Bien pensado! —aprobó Harry, levantando también la vista hacia las lechuzas—. ¡Eh, Hermione, me parece que estás de suerte!

Una lechuza gris bajaba hasta ella.

—Pero no trae ningún periódico —comentó ella decepcionada—. Es...

Para su asombro, la lechuza gris se posó delante de su plato, seguida de cerca por cuatro lechuzas comunes, una parda y un cárabo.

—¿Cuántos ejemplares has pedido? —preguntó Harry, agarrando la copa de Hermione antes de que la tiraran las lechuzas, que se empujaban unas a otras intentando acercarse a ella para entregar la carta primero.

—¿Qué demonios...? —exclamó Hermione, que cogió la carta de la lechuza gris, la abrió y comenzó a leerla—. Pero ¡bueno! ¡Hay que ver! —farfulló, poniéndose colorada.

—¿Qué pasa? —inquirió Ron.

—Es... ¡ah, qué ridículo...!

Le pasó la carta a Harry, que vio que no estaba escrita a mano, sino compuesta a partir de letras que parecían recortadas de *El Profeta*:

eRes una ChicA malVAdA. HaRRy PottEr se merEce alGo MejoR quE tú. vUelve a tU sitIO, mUggle.

—¡Son todas por el estilo! —dijo Hermione desesperada, abriendo una carta tras otra—. «Harry Potter puede llegar mucho más lejos que la gente como tú...» «Te mereces que te escalden en aceite hirviendo... » ¡Ay!

Acababa de abrir el último sobre, y un líquido verde amarillento con un olor a gasolina muy fuerte se le derramó en las manos, que empezaron a llenarse de granos amarillos.

—¡Pus de bubotubérculo sin diluir! —dijo Ron, cogiendo con cautela el sobre y oliéndolo.

Con lágrimas en los ojos, Hermione intentaba limpiarse las manos con una servilleta, pero tenía ya los dedos tan llenos de dolorosas úlceras que parecía que se hubiera puesto un par de guantes gruesos y nudosos.

—Será mejor que vayas a la enfermería —le aconsejó Harry al tiempo que echaban a volar las lechuzas—. Nosotros le explicaremos a la profesora Sprout adónde has ido...

—¡Se lo advertí! —dijo Ron mientras Hermione se apresuraba a salir del

Gran Comedor, soplándose las manos—. ¡Le advertí que no provocara a Rita Skeeter! Fíjate en ésta. —Leyó en voz alta una de las cartas que Hermione había dejado en la mesa—. «He leído en *Corazón de bruja* cómo has jugado con Harry Potter, y quiero decirte que ese chico ya ha pasado por cosas muy duras en esta vida. Pienso enviarte una maldición por correo en cuanto encuentre un sobre lo bastante grande.» ¡Va a tener que andarse con cuidado!

Hermione no asistió a Herbología. Al salir del invernadero para ir a clase de Cuidado de Criaturas Mágicas, Harry y Ron vieron a Malfoy, Crabbe y Goyle descendiendo la escalinata de la puerta del castillo. Pansy Parkinson iba cuchicheando y riéndose tras ellos con el grupo de chicas de Slytherin. Al ver a Harry, Pansy le gritó:

—Potter, ¿has roto con tu novia? ¿Por qué estaba tan alterada en el desayuno?

Harry no le hizo caso: no quería darle la satisfacción de que supiera cuántos problemas les estaba causando el artículo de *Corazón de bruja*.

Hagrid, que en la clase anterior les había dicho que ya habían acabado con los unicornios, los esperaba fuera de la cabaña con una nueva remesa de cajas. Al verlas, a Harry se le cayó el alma a los pies. ¿Les tocaría cuidar otra camada de escregutos? Pero, cuando llegaron lo bastante cerca para echar un vistazo, vieron un montón de animalitos negros de aspecto esponjoso y largo hocico. Tenían las patas delanteras curiosamente planas, como palas, y miraban a la clase sin dejar de parpadear, algo sorprendidos de la atención que atraían.

—Son *escarbatos* —explicó Hagrid cuando la clase se congregó en torno a ellos—. Se encuentran sobre todo en las minas. Les gustan las cosas brillantes... Mirad.

Uno de los escarbatos dio un salto para intentar quitarle de un mordisco el reloj de pulsera a Pansy Parkinson, que gritó y se echó para atrás.

—Resultan muy útiles como detectores de tesoros —dijo Hagrid contento—. Pensé que hoy podríamos divertirnos un poco con ellos. ¿Veis eso? —Señaló el trozo grande de tierra recién cavada en la que Harry lo había visto trabajar desde la ventana de la lechucería—. He enterrado algunas monedas de oro. Tengo preparado un premio para el que coja al escarbato que consiga sacar más. Pero lo primero que tenéis que hacer es quitaros las cosas de valor; luego escoged un escarbato y preparaos para soltarlo.

Harry se quitó el reloj, que sólo llevaba por costumbre, dado que ya no funcionaba, y lo guardó en el bolsillo. Luego cogió un escarbato, que le metió el hocico en la oreja, olfateando. Era bastante cariñoso.

—Esperad —dijo Hagrid mirando dentro de una caja—, aquí queda un escarbato. ¿Quién falta? ¿Dónde está Hermione?

—Ha tenido que ir a la enfermería —explicó Ron.

—Luego te lo explicamos —susurró Harry, viendo que Pansy Parkinson estaba muy atenta.

Era con diferencia lo más divertido que hubieran visto nunca en clase de Cuidado de Criaturas Mágicas. Los escarbatos entraban y salían de la tierra como si ésta fuera agua, y acudían corriendo a su estudiante respectivo para depositar el oro en sus manos. El de Ron parecía especialmente eficiente. No tardó en llenarle el regazo de monedas.

—¿Se pueden comprar y tener de mascotas, Hagrid? —le preguntó emocionado, mientras su escarbato volvía a hundirse en la tierra, salpicándole la túnica.

—A tu madre no le haría gracia, Ron —repuso Hagrid sonriendo—, porque destrozan las casas. Me parece que ya deben de haberlas recuperado todas —añadió paseando por el trozo de tierra excavado, mientras los escarbatos continuaban buscando—. Sólo enterré cien monedas. ¡Ah, ahí está Hermione!

Se acercaba por la explanada. Llevaba las manos llenas de vendajes, y parecía triste. Pansy Parkinson la miró escrutadoramente.

—¡Bueno, comprobemos cómo ha ido la cosa! —dijo Hagrid—. ¡Contad las monedas! Y no merece la pena que intentes robar ninguna, Goyle —agregó, entornando los ojos de color azabache—. Es oro leprechaun: se desvanece al cabo de unas horas.

Goyle se vació los bolsillos, enfurruñado. Resultó que el que más monedas había recuperado era el escarbato de Ron, así que Hagrid le dio como premio una enorme tableta de chocolate de Honeydukes. En esos momentos sonó la campana del colegio anunciando la comida. Todos regresaron al castillo salvo Harry, Ron y Hermione, que se quedaron ayudando a Hagrid a guardar los escarbatos en las cajas. Harry se dio cuenta de que Madame Maxime los observaba por la ventanilla del carruaje.

—¿Qué te ha pasado en las manos, Hermione? —preguntó Hagrid, preocupado.

Hermione le contó lo de los anónimos que había recibido aquella mañana, y el sobre lleno de pus de bubotubérculo.

—¡Bah, no te preocupes! —le dijo Hagrid amablemente, mirándola desde lo alto de su estatura—. Yo también recibí cartas de ésas después de que Rita Skeeter escribió sobre mi madre. «Eres un monstruo y deberían sacrificarte.» «Tu madre mató a gente inocente, y si tú tuvieras un poco de dignidad, te tirarías al lago.»

—¡No! —exclamó Hermione, asustada.

—Sí —dijo Hagrid, levantando las cajas de los escarbatos y arrimándolas a la pared de la cabaña—. Es gente que está chiflada, Hermione. No abras ninguna más. Échalas al fuego según vengan.

—Te has perdido una clase estupenda —le dijo Harry a Hermione de camino al castillo—. Los escarbatos molan, ¿a que sí, Ron?

Pero Ron miraba ceñudo el chocolate que Hagrid le había dado. Parecía preocupado por algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Harry—. ¿No está bueno?

—No es eso —replicó Ron—. ¿Por qué no me dijiste lo del oro?

—¿Qué oro?

—El oro que te di en los Mundiales de quidditch —explicó Ron—. El oro leprechaun que te di en pago de los omniculares. En la tribuna principal. ¿Por qué no me dijiste que había desaparecido?

Harry tuvo que hacer un esfuerzo para entender de qué hablaba Ron.

—Ah... —dijo recordando—. No sé... no me di cuenta de que hubiera desaparecido. Creo que estaba más preocupado por la varita.

Subieron la escalinata de piedra, entraron en el vestíbulo y fueron al Gran Comedor para la comida.

—Tiene que ser estupendo —dijo Ron de repente, cuando ya estaban sentados y habían comenzado a servirse rosbif con budín de Yorkshire— eso de tener tanto dinero que uno no se da cuenta si le desaparece un puñado de galeones.

—¡Mira, esa noche tenía otras cosas en la cabeza! —contestó Harry perdiendo un poco la paciencia—. Y no era el único, ¿recuerdas?

—Yo no sabía que el oro leprechaun se desvanecía —murmuró Ron—. Creí que te estaba pagando. No tendrías que haberme regalado por Navidad el sombrero de los Chudley Cannons.

—Olvídalo, ¿quieres? —le pidió Harry.

Ron ensartó con el tenedor una patata asada y se quedó mirándola. Luego dijo:

—Odio ser pobre.

Harry y Hermione se miraron. Ninguno de los dos sabía qué decir.

—Es un asco —siguió Ron, sin dejar de observar la patata—. No me extraña que Fred y George quieran ganar dinero. A mí también me gustaría. Quisiera tener un escarbato.

—Bueno, ya sabemos qué regalarte la próxima Navidad —dijo Hermione para animarlo. Pero, como continuaba triste, añadió—: Vamos, Ron, podría ser peor. Por lo menos no tienes los dedos llenos de pus. —Hermione estaba te-

niendo dificultades para manejar el tenedor y el cuchillo con los dedos tan rígidos e hinchados—. ¡Odio a esa Skeeter! —exclamó—. ¡Me vengaré de esto aunque sea lo último que haga en la vida!

• • •

Hermione continuó recibiendo anónimos durante la semana siguiente, y, aunque siguió el consejo de Hagrid y dejó de abrirlos, varios de ellos eran vociferadores, así que estallaron en la mesa de Gryffindor y le gritaron insultos que oyeron todos los que estaban en el Gran Comedor. Hasta los que no habían leído *Corazón de bruja* se enteraron de todo lo relativo al supuesto triángulo amoroso Harry-Hermione-Krum. Harry estaba harto de explicar a todo el mundo que Hermione no era su novia.

—Ya pasará —le dijo a Hermione—. Basta con que no hagas caso... La gente terminó por aburrirse de lo que ella escribió sobre mí.

—¡Tengo que enterarme de cómo logra escuchar las conversaciones privadas cuando se supone que tiene prohibida la entrada a los terrenos del colegio! —contestó Hermione irritada.

Hermione se quedó al término de la siguiente clase de Defensa Contra las Artes Oscuras para preguntarle algo al profesor Moody. El resto de la clase estaba deseando marcharse: Moody les había puesto un examen de desvío de maleficios tan duro que muchos de ellos sufrían pequeñas heridas. Harry padecía un caso agudo de orejas bailonas, y tenía que sujetárselas con las manos mientras salía de clase.

—Bueno, ¡por lo menos está claro que Rita no usó una capa invisible! —dijo Hermione jadeando cinco minutos más tarde, cuando alcanzó a Ron y Harry en el vestíbulo y le apartó a éste una mano de la oreja bailona para que pudiera oírla—. Moody dice que no la vio por ningún lado durante la segunda prueba, ni cerca de la mesa del tribunal ni cerca del lago.

—¿Serviría de algo pedirte que lo olvidaras, Hermione? —le preguntó Ron.

—¡No! —respondió ella testarudamente—. ¡Tengo que saber cómo escuchó mi conversación con Viktor! ¡Y cómo averiguó lo de la madre de Hagrid!

—A lo mejor te ha pinchado —dijo Harry.

—¿Pinchado? —repitió Ron sin entender—. ¿Qué quieres decir, que le ha clavado alfileres?

Harry explicó lo que eran los micrófonos ocultos y los equipos de grabación. Ron lo escuchaba fascinado, pero Hermione los interrumpió:

—Pero ¿es que no leeréis nunca *Historia de Hogwarts*?

—¿Para qué? —repuso Ron—. Si tú te la sabes de memoria... Sólo tenemos que preguntarte.

—Todos esos sustitutos de la magia que usan los muggles (electricidad, informática, radar y todas esas cosas) no funcionan en los alrededores de Hogwarts porque hay demasiada magia en el aire. No, Rita está usando la magia para escuchar a escondidas. Si pudiera averiguar lo que es... ¡Ah, y si es ilegal, la tendré en mis redes!

—¿No tenemos ya bastantes motivos de preocupación, para emprender también una *vendetta* contra Rita Skeeter? —le preguntó Ron.

—¡No te estoy pidiendo ayuda! —replicó Hermione—. ¡Me basto yo sola!

Subió por la escalinata de mármol sin volver la vista atrás. Harry estaba seguro de que iba a la biblioteca.

—¿Qué te apuestas a que vuelve con una caja de insignias de «Odio a Rita Skeeter»? —comentó Ron.

Hermione no les pidió que la ayudaran en su venganza contra Rita Skeeter, algo que ambos le agradecían porque el trabajo se amontonaba en los días previos a la semana de Pascua. Harry se maravillaba de que Hermione fuera capaz de investigar medios mágicos de escucha además de cumplir con todo lo que tenían que hacer para clase. Él trabajaba muchísimo sólo para conseguir terminar los deberes, aunque también se ocupaba de enviar a Sirius regularmente paquetes de comida a la cueva de la montaña. Después del último verano, sabía muy bien lo que era pasar hambre. Le incluía notas diciéndole que no ocurría nada extraordinario y que continuaban esperando la respuesta de Percy.

Hedwig no volvió hasta el final de las vacaciones de Pascua. La carta de Percy iba adjunta a un paquete con huevos de Pascua que enviaba la señora Weasley. Tanto el huevo de Ron como el de Harry parecían de dragón, y estaban rellenos de caramelo casero. El de Hermione, en cambio, era más pequeño que un huevo de gallina. Al verlo se quedó decepcionada.

—¿Tu madre no leerá por un casual *Corazón de bruja?* —preguntó en voz baja.

—Sí —contestó Ron con la boca llena de caramelo—. Lo compra por las recetas de cocina.

Hermione miró con tristeza su diminuto huevo.

—¿No queréis ver lo que ha escrito Percy? —dijo Harry.

La carta de Percy era breve y estaba escrita con verdadero mal humor:

Como constantemente declaro a El Profeta, *el señor Crouch se está tomando un merecido descanso. Envía regularmente lechuzas con instrucciones. No, en realidad no lo he visto, pero creo que puedo estar seguro de conocer la letra de mi superior. Ya tengo bastante que hacer en estos días aparte de intentar sofocar esos ridículos rumores. Os ruego que no me volváis a molestar si no es por algo importante. Felices Pascuas.*

Otros años, en primavera, Harry se entrenaba a fondo para el último partido de la temporada. Aquel año, sin embargo, era la tercera prueba del Torneo de los tres magos la que necesitaba prepararse, pero seguía sin saber qué tenía que hacer. Finalmente, en la última semana de mayo, al final de una clase de Transformaciones, lo llamó la profesora McGonagall.

—Esta noche a las nueve en punto tienes que ir al campo de quidditch —le dijo—. El señor Bagman se encontrará allí para hablaros de la tercera prueba.

De forma que aquella noche, a las ocho y media, dejó a Ron y Hermione en la torre de Gryffindor para acudir a la cita. Al cruzar el vestíbulo se encontró con Cedric, que salía de la sala común de Hufflepuff.

—¿Qué crees que será? —le preguntó a Harry, mientras bajaba con él la escalinata de piedra y salían a la oscuridad de una noche encapotada—. Fleur no para de hablar de túneles subterráneos: cree que tendremos que encontrar un tesoro.

—Eso no estaría mal —dijo Harry, pensando que sencillamente le pediría a Hagrid un escarbato para que hiciera el trabajo por él.

Bajaron por la oscura explanada hasta el estadio de quidditch, entraron a través de una abertura en las gradas y salieron al terreno de juego.

—¿Qué han hecho? —exclamó Cedric indignado, parándose de repente.

El campo de quidditch ya no era llano ni liso: parecía que alguien había levantado por todo él unos muros largos y bajos, que serpenteaban y se entrecruzaban en todos los sentidos.

—¡Son setos! —dijo Harry, inclinándose para examinar el que tenía más cerca.

—¡Eh, hola! —los saludó una voz muy alegre.

Ludo Bagman estaba con Krum y Fleur en el centro del terreno de juego. Harry y Cedric se les acercaron franqueando los setos. Fleur sonrió a Harry: su actitud hacia él había cambiado por completo desde que había rescatado a su hermana del lago.

—Bueno, ¿qué os parece? —dijo Bagman contento, cuando Harry y Cedric pasaron el último seto—. Están creciendo bien, ¿no? Dentro de un mes Hagrid

habrá conseguido que alcancen los seis metros. No os preocupéis —añadió sonriente, viendo la expresión de tristeza de Harry y Cedric—, ¡en cuanto la prueba finalice vuestro campo de quidditch volverá a estar como siempre! Bien, supongo que ya habréis adivinado en qué consiste la prueba, ¿no?

Pasó un momento sin que nadie hablara. Luego dijo Krum:

—Un «laberrinto».

—¡Eso es! —corroboró Bagman—. Un laberinto. La tercera prueba es así de sencilla: la Copa de los tres magos estará en el centro del laberinto. El primero en llegar a ella recibirá la máxima puntuación.

—¿Simplemente tenemos que «guecogueg» el «labeguinto»? —preguntó Fleur.

—Sí, pero habrá obstáculos —dijo Bagman, dando saltitos de entusiasmo—. Hagrid está preparando unos cuantos bichejos... y tendréis que romper algunos embrujos... Ese tipo de cosas, ya os imagináis. Bueno, los campeones que van delante en puntuación saldrán los primeros. —Bagman dirigió a Cedric y Harry una amplia sonrisa—. Luego entrará el señor Krum... y al final la señorita Delacour. Pero todos tendréis posibilidades de ganar: eso dependerá de lo bien que superéis los obstáculos. Parece divertido, ¿verdad?

Harry, que conocía de sobra el tipo de animales que Hagrid buscaría para una ocasión como aquélla, pensó que no resultaría precisamente divertido. Sin embargo, como los otros campeones, asintió por cortesía.

—Muy bien. Si no tenéis ninguna pregunta, volveremos al castillo. Está empezando a hacer frío...

Bagman alcanzó a Harry cuando salían del laberinto. Tuvo la impresión de que iba a volver a ofrecerle ayuda, pero justo entonces Krum le dio a Harry unas palmadas en el hombro.

—¿«Podrríamos hablarr»?

—Sí, claro —contestó Harry, algo sorprendido.

—¿Te «imporrta» si caminamos juntos?

—No.

Bagman parecía algo contrariado.

—Te espero, ¿quieres, Harry?

—No, no hace falta, señor Bagman —respondió Harry reprimiendo una sonrisa—. Podré volver yo solo, gracias.

Harry y Krum dejaron juntos el estadio, pero Krum no tomó la dirección del barco de Durmstrang. En vez de eso, se dirigió hacia el bosque.

—¿Por qué vamos por aquí? —preguntó Harry al pasar ante la cabaña de Hagrid y el iluminado carruaje de Beauxbatons.

—No «quierro» que nadie nos oiga —contestó simplemente Krum.

Cuando por fin llegaron a un paraje tranquilo, a escasa distancia del potrero de los caballos de Beauxbatons, Krum se detuvo bajo los árboles y se volvió hacia Harry.

—«Quisierra saberr» —dijo, mirándolo con el entrecejo fruncido— si hay algo «entrre» tú y Herr... mío... ne.

Harry, a quien la exagerada reserva de Krum le había hecho creer que hablaría de algo mucho más grave, lo miró asombrado.

—Nada —contestó. Pero Krum siguió mirándolo ceñudo, y Harry, que volvía a sorprenderse de lo alto que parecía Krum a su lado, tuvo que explicarse—: Somos amigos. No es mi novia y nunca lo ha sido. Todo se lo ha inventado esa Skeeter.

—Herr... mío... ne habla mucho de ti —dijo Krum, mirándolo con recelo.

—Sí —admitió Harry—, porque somos amigos.

No acababa de creer que estuviera manteniendo aquella conversación con Viktor Krum, el famoso jugador internacional de quidditch. Era como si Krum, con sus dieciocho años, lo considerara a él, a Harry, un igual... un verdadero rival.

—«Vosotrros» nunca... «vosotrros» no...

—No —dijo Harry con firmeza.

Krum parecía algo más contento. Miró a Harry durante unos segundos y luego le dijo:

—Vuelas muy bien. Te vi en la «prrimerra prrueba».

—Gracias —contestó, sonriendo de oreja a oreja y sintiéndose de pronto mucho más alto—. Yo te vi en los Mundiales de quidditch. El amago de Wronski... la verdad es que tú...

Pero algo se movió tras los árboles, y Harry, que tenía alguna experiencia del tipo de cosas que se escondían en el bosque, agarró a Krum instintivamente del brazo y tiró de él.

—¿Qué ha sido eso?

Harry negó con la cabeza, mirando al lugar en que algo se había movido, y metió la mano en la túnica para coger la varita. Al instante, de detrás de un alto roble salió tambaleándose un hombre. Harry tardó un momento en darse cuenta de que se trataba del señor Crouch.

Por su aspecto se habría dicho que llevaba días de un lado para otro: a la altura de las rodillas, la túnica estaba rasgada y ensangrentada; tenía la cara llena de arañazos, sin afeitar y con señales de agotamiento, y tanto el cabello como el bigote, habitualmente impecables, reclamaban un lavado y un corte. Su extraña apariencia, sin embargo, no era tan llamativa como la forma en que se comportaba: murmuraba y gesticulaba, como si hablara con alguien que sólo él veía. A Harry le recordó un viejo mendigo que había visto en una ocasión, cuando había acompañado a los Dursley a ir de compras. También aquel hombre conversaba vehementemente con el aire. Tía Petunia había cogido a Dudley de la mano y habían cruzado la calle para evitarlo. Luego tío Vernon dedicó a la familia una larga diatriba sobre lo que él haría con mendigos y vagabundos.

—¿No es uno de los «miembrros» del «trribunal»? —preguntó Krum, mirando al señor Crouch—. ¿No es del «Ministerrio»?

Harry asintió y, tras dudar por un momento, caminó lentamente hacia el señor Crouch, que, sin mirarlo, siguió hablando con un árbol cercano:

—... y cuando hayas acabado, Weatherby, envíale a Dumbledore una lechuza confirmándole el número de alumnos de Durmstrang que asistirán al Torneo. Karkarov acaba de comunicarme que serán doce...

—Señor Crouch... —dijo Harry con cautela.

—... y luego envíale otra lechuza a Madame Máxime, porque tal vez quiera traer a algún alumno más, dado que Karkarov ha completado la docena... Hazlo, Weatherby, ¿querrás? ¿Querrás? —El señor Crouch tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Siguió allí de pie mirando al árbol, moviendo la boca sin pronunciar una palabra. Luego se tambaleó hacia un lado y cayó de rodillas.

—¡Señor Crouch! —exclamó Harry—, ¿se encuentra bien?

Los ojos le daban vueltas. Harry miró a Krum, que lo había seguido hasta los árboles y observaba a Crouch asustado.

—¿Qué le pasa?

—Ni idea —susurró Harry—. Será mejor que vayas a buscar a alguien...

—¡A Dumbledore! —dijo el señor Crouch con voz ahogada. Agarró a Harry de la tela de la túnica y lo atrajo hacia él, aunque los ojos miraban por encima de su cabeza—. Tengo... que ver... a Dumbledore...

—De acuerdo —contestó Harry—. Si se levanta usted, señor Crouch, podemos ir al...

—He hecho... idioteces... —musitó el señor Crouch. Parecía realmente trastornado: los ojos se le movían desorbitados, y un hilo de baba le caía de la barbilla. Cada palabra que pronunciaba parecía costarle un terrible esfuerzo—. Tienes que... decirle a Dumbledore...

—Levántese, señor Crouch —le indicó Harry en voz alta y clara—. ¡Levántese y lo llevaré hasta Dumbledore!

El señor Crouch dirigió los ojos hacia él.

—¿Quién... eres? —susurró.

—Soy alumno del colegio —contestó Harry, mirando a Krum en busca de ayuda, pero éste se mostraba indeciso y nervioso.

—¿No eres de... él? —preguntó Crouch, y se quedó con la mandíbula caída.

—No —respondió, sin tener la más leve idea de lo que quería decir Crouch.

—¿De Dumbledore...?

—Sí.

Crouch tiraba de él hacia sí. Harry trató de soltarse, pero lo agarraba con demasiada fuerza.

—Avisa a... Dumbledore...

—Traeré a Dumbledore si me suelta —le dijo Harry—. Suélteme, señor Crouch, e iré a buscarlo.

—Gracias, Weatherby. Y, cuando termines, me tomaría una taza de té. Mi mujer y mi hijo no tardarán en llegar. Vamos a ir esta noche a un concierto con Fudge y su señora. —Crouch hablaba otra vez con el árbol, completamente ajeno de Harry, que se sorprendió tanto que no notó que lo había soltado—. Sí, mi hijo acaba de sacar doce TIMOS, muy pero que muy bien, sí, gracias, sí, sí que me siento orgulloso. Y ahora, si me puedes traer ese memorándum del ministro de Magia de Andorra, creo que tendré tiempo de redactar una respuesta...

—¡Quédate con él! —le dijo Harry a Krum—. Yo traeré a Dumbledore. Puedo hacerlo más rápido, porque sé dónde está su despacho...

—Está loco —repuso Krum en tono dubitativo, mirando a Crouch, que seguía hablando atropelladamente con el árbol, convencido de que era Percy.

—Quédate con él —repitió Harry comenzando a levantarse, pero su movimiento pareció desencadenar otro cambio repentino en el señor Crouch, que lo agarró fuertemente de las rodillas y lo tiró al suelo.

—¡No me... dejes! —susurró, con los ojos de nuevo desorbitados—. Me he escapado... Tengo que avisar... tengo que decir... ver a Dumbledore... Ha sido culpa mía, sólo mía... Bertha... muerta... sólo culpa mía... mi hijo... culpa mía... Tengo que decírselo a Dumbledore... Harry Potter... el Señor Tenebroso... más fuerte... Harry Potter...

—¡Le traeré a Dumbledore si usted deja que me vaya, señor Crouch! —replicó Harry. Miró nervioso a Krum —. Ayúdame, ¿quieres?

Como de mala gana, Krum avanzó y se agachó al lado del señor Crouch.

—Que no se mueva de aquí —dijo Harry, liberándose del señor Crouch—. Volveré con Dumbledore.

—Date prisa —le gritó Krum mientras Harry se alejaba del bosque corriendo y atravesaba los terrenos del colegio, que estaban sumidos en la oscuridad.

Bagman, Cedric y Fleur habían desaparecido. Subió como un rayo la escalinata de piedra, atravesó las puertas de roble y se lanzó por la escalinata de mármol hacia el segundo piso. Cinco minutos después se precipitaba hacia una gárgola de piedra que decoraba el vacío corredor.

—«¡Sor... sorbete de limón!» —dijo jadeando.

Era la contraseña de la oculta escalera que llevaba al despacho de Dumbledore. O al menos lo había sido dos años antes, porque evidentemente había cambiado, ya que la gárgola de piedra no revivió ni se hizo a un lado, sino que permaneció inmóvil, dirigiendo a Harry su aterrorizadora mirada.

—¡Muévete! —le gritó Harry—. ¡Vamos!

Pero en Hogwarts las cosas no se movían simplemente porque uno les gritara: sabía que no le serviría de nada. Miró a un lado y otro del oscuro corredor. Quizá Dumbledore estuviera en la sala de profesores. Se precipitó a la carrera hacia la escalera.

—¡POTTER!

Snape acababa de salir de la escalera oculta tras la gárgola de piedra. El muro se cerraba a sus espaldas mientras hacía señas a Harry para que fuera hacia él.

—¿Qué hace aquí, Potter?

—¡Tengo que hablar con el profesor Dumbledore! —respondió, retrocediendo por el corredor y resbalando un poco al pararse en seco delante de Snape—. Es el señor Crouch... Acaba de aparecer... Está en el bosque... Pregunta...

—Pero ¿qué está diciendo? —exclamó Snape. Los ojos negros le brillaban—. ¿Qué tonterías son ésas?

—¡El señor Crouch! —gritó—. ¡El del Ministerio! ¡Está enfermo o algo parecido...! Está en el bosque y quiere ver a Dumbledore. ¡Por favor, deme la contraseña!

—El director está ocupado, Potter —dijo Snape curvando sus delgados

labios en una desagradable sonrisa.

—¡Tengo que decírselo a Dumbledore! —gritó.

—¿No me ha oído, Potter?

Harry hubiera jurado que Snape disfrutaba al negarle lo que le pedía en un momento en el que estaba tan asustado.

—Mire —le dijo enfadado—, Crouch no está bien... Está... está como loco... Dice que quiere advertir...

Tras Snape se volvió a abrir el muro. Apareció Dumbledore con una larga túnica verde y expresión de ligera extrañeza.

—¿Hay algún problema? —preguntó, mirando a Harry y Snape.

—¡Profesor! —dijo Harry, adelantándose a Snape—. El señor Crouch está aquí. ¡Está en el bosque, y quiere hablar con usted!

Harry esperaba que Dumbledore le hiciera preguntas pero, para alivio suyo, no fue así.

—Llévame hasta allí —le indicó de inmediato, y fue tras él por el corredor dejando a Snape junto a la gárgola, que a su lado no parecía tan fea.

—¿Qué ha dicho el señor Crouch, Harry? —preguntó Dumbledore cuando bajaban apresuradamente por la escalinata de mármol.

—Dice que quiere advertirle... Dice que ha hecho algo terrible... Menciona a su hijo... y a Bertha Jorkins... y... y a Voldemort... Dice algo de que Voldemort se hace fuerte...

—¿De veras? —dijo Dumbledore, y apresuró el paso para atravesar los terrenos sumidos en completa oscuridad.

—No se comporta con normalidad —comentó Harry, corriendo al lado de Dumbledore—. No parece que sepa dónde está. Habla como si creyera que Percy Weasley está con él, y de repente cambia y pide verlo a usted... Lo he dejado con Viktor Krum.

—¿Cómo? ¿Lo has dejado con Krum? —exclamó Dumbledore bruscamente, y comenzó a dar pasos aún más largos. Harry tuvo que correr para no quedarse atrás—. ¿Sabes si alguien más ha visto al señor Crouch?

—Nadie —respondió—. Krum y yo estábamos hablando. El señor Bagman ya había acabado de explicarnos en qué consiste la tercera prueba, y nosotros nos quedamos atrás. Entonces vimos al señor Crouch salir del bosque.

—¿Dónde están? —preguntó Dumbledore, cuando el carruaje de Beauxbatons se hizo visible.

—Por ahí —contestó Harry adelantándose a Dumbledore y guiándolo por entre los árboles.

No se oía la voz de Crouch, pero sabía hacia dónde tenía que ir. No era mucho más allá del carruaje de Beauxbatons... más o menos por aquella zona...

—¡Viktor! —gritó Harry.

No respondieron.

—Los dejé aquí —explicó—. Tienen que estar por aquí...

—*¡Lumos!* —dijo Dumbledore para encender la varita, y la mantuvo en alto.

El delgado foco de luz se desplazó de un oscuro tronco a otro, iluminando el suelo. Y al final hizo visible un par de pies.

Harry y Dumbledore se acercaron aprisa. Krum estaba tendido en el suelo del bosque. Parecía inconsciente. No había ni rastro del señor Crouch. Dumbledore se inclinó sobre Krum y le levantó un párpado con cuidado.

—Está desmayado —dijo con voz suave. En las gafas de media luna brilló la luz de la varita cuando miró entre los árboles cercanos.

—¿Voy a buscar a alguien? —sugirió Harry—. ¿A la señora Pomfrey?

—No —dijo Dumbledore rápidamente—. Quédate aquí. Levantó en el aire la varita y apuntó con ella a la cabaña de Hagrid. Harry vio que algo plateado salía de ella a gran velocidad y atravesaba por entre los árboles como un pájaro fantasmal. A continuación Dumbledore volvió a inclinarse sobre Krum, le apuntó con la varita y susurró:

—*¡Enervate!*

Krum abrió los ojos. Parecía confuso. Al ver a Dumbledore trató de sentarse, pero él le puso una mano en el hombro y lo hizo permanecer tumbado.

—¡Me atacó! —murmuró Krum, llevándose una mano a la cabeza—. ¡Me atacó el viejo loco! Estaba «mirrando» si venía Potter, y me atacó por «detrrás»!

—Descansa un momento —le indicó Dumbledore. Oyeron un ruido de pisadas antes de ver llegar a Hagrid jadeando, seguido por *Fang*. Había cogido su ballesta.

—¡Profesor Dumbledore! —exclamó con los ojos muy abiertos—. ¡Harry!, ¿qué...?

—Hagrid, necesito que vayas a buscar al profesor Karkarov —dijo Dumbledore—. Han atacado a un alumno suyo. Cuando lo hayas hecho, ten la

bondad de traer al profesor Moody.

—No hará falta, Dumbledore —dijo una voz que era como un gruñido sibilante—. Estoy aquí.

Moody se acercaba cojeando, apoyándose en su bastón y con la varita encendida.

—Maldita pierna —protestó furioso—. Hubiera llegado antes... ¿Qué ha pasado? Snape dijo algo de Crouch...

—¿Crouch? —repitió Hagrid sin comprender.

—¡Hagrid, por favor, ve a buscar a Karkarov! —exclamó Dumbledore bruscamente.

—Ah, sí... ya voy, profesor —dijo Hagrid, y se volvió y desapareció entre los oscuros árboles. *Fang* fue trotando tras él.

—No sé dónde estará Barty Crouch —le dijo Dumbledore a Moody—, pero es necesario que lo encontremos.

—Me pondré a ello —gruñó Moody. Sacó la varita, y penetró en el bosque cojeando.

Ni Dumbledore ni Harry volvieron a decir nada hasta que oyeron los inconfundibles sonidos de Hagrid y *Fang*, que volvían. Karkarov iba muy aprisa tras ellos. Llevaba su lustrosa piel plateada, y parecía nervioso y pálido.

—¿Qué es esto? —gritó al ver en el suelo a Krum, y a Dumbledore y Harry a su lado—. ¿Qué pasa?

—¡Me ha atacado! —dijo Krum, incorporándose en aquel momento y frotándose la cabeza—. El «señorr Crrouch» o como se llame.

—¿Que Crouch te atacó? ¿Que Crouch te atacó? ¿El miembro del tribunal?

—Igor... —comenzó Dumbledore, pero Karkarov se había erguido, agarrándose las pieles con que se cubría.

—¡Traición! —gritó, señalando a Dumbledore—. ¡Es una confabulación! ¡Tú y tu Ministerio de Magia me habéis atraído con falsedades, Dumbledore! ¡No es una competición justa! ¡Primero cuelas a Potter en el Torneo, a pesar de que no tiene la edad! ¡Ahora uno de tus amigos del Ministerio intenta dejar fuera de combate a mi campeón! ¡Todo este asunto huele a corrupción y a trampa, y tú, Dumbledore, tú, con el cuento de entablar lazos entre los magos de distintos países, de restablecer las antiguas relaciones, de olvidar las diferencias... mira lo que pienso de ti!

Karkarov escupió a los pies de Dumbledore. Con un raudo movimiento, Hagrid agarró a Karkarov por las pieles, lo levantó en el aire y lo estampo

contra un árbol cercano.

—¡Pida disculpas! —le ordenó, mientras Karkarov intentaba respirar con el puño de Hagrid en la garganta y los pies en el aire.

—¡Déjalo, Hagrid! —gritó Dumbledore, con un destello en los ojos.

Hagrid retiró la mano que sujetaba a Karkarov al árbol, y éste se deslizó por el tronco y quedó despatarrado entre las raíces. Le cayeron algunas hojas y ramitas en la cabeza.

—¡Hagrid, ten la bondad de acompañar a Harry al castillo! —le dijo Dumbledore con brusquedad.

Resoplando de furia, Hagrid echó una dura mirada a Karkarov.

—Creo que sería mejor que me quedara aquí, director...

—Llevarás a Harry de regreso al colegio, Hagrid —le repitió Dumbledore con firmeza—. Llévalo hasta la torre de Gryffindor. Y, Harry, quiero que no salgas de ella. Cualquier cosa que tal vez quisieras hacer... como enviar alguna lechuza... puede esperar a mañana, ¿me has entendido?

—Eh... sí —dijo Harry, mirándolo. ¿Cómo había sabido Dumbledore que precisamente estaba pensando en enviar a *Pigwidgeon* sin pérdida de tiempo a Sirius contándole lo sucedido?

—Dejaré aquí a *Fang*, director —dijo Hagrid, sin dejar de mirar amenazadoramente a Karkarov, que seguía despatarrado al pie del árbol, enredado con pieles y raíces—. Quieto, *Fang*. Vamos, Harry.

Caminaron en silencio, pasando junto al carruaje de Beauxbatons, y luego subieron hacia el castillo.

—Cómo se atreve —gruñó Hagrid cuando iban a la altura del lago—. Cómo se atreve a acusar a Dumbledore. Como si Dumbledore fuera a hacer algo así, como si él deseara tu entrada en el Torneo. Creo que nunca lo había visto tan preocupado como últimamente. ¡Y tú! —le dijo de pronto, enfadado, a Harry, que lo miraba desconcertado—. ¿Qué hacías paseando con ese maldito Krum? ¡Es de Durmstrang, Harry! ¿Y si te echa un maleficio? ¿Es que Moody no te ha enseñado nada? Imagina que te atrae a su propio...

—¡Krum no tiene nada de malo! —replicó Harry mientras entraban en el vestíbulo—. No ha intentado echarme ningún maleficio. Sólo hemos hablado de Hermione.

—También tendré unas palabras con ella —declaró Hagrid ceñudo, pisando fuerte en los escalones—. Cuanto menos tengáis que ver con esos extranjeros, mejor os irá. No se puede confiar en ninguno de ellos.

—Pues tú te llevabas muy bien con Madame Máxime —señaló Harry, disgustado.

—¡No me hables de ella! —contestó Hagrid, y su aspecto se volvió amenazador por un momento—. ¡Ya la tengo calada! Trata de engatusarme para que le diga en qué va a consistir la tercera prueba. ¡Ja! ¡No hay que fiarse de ninguno!

Hagrid estaba de tan mal humor que Harry se alegró de despedirse de él delante de la Señora Gorda. Traspasó el hueco del retrato para entrar en la sala común, y se apresuró a reunirse con Ron y Hermione para contarles todo lo ocurrido.

29

El sueño

—Hay dos posibilidades —dijo Hermione frotándose la frente—: o el señor Crouch atacó a Viktor, o algún otro los atacó a ambos mientras Viktor no miraba.

—Tiene que haber sido Crouch —señaló Ron—. Por eso no estaba cuando llegaste con Dumbledore. Ya se había dado el piro.

—No lo creo —replicó Harry, negando con la cabeza—. Estaba muy débil. No creo que pudiera desaparecerse ni nada por el estilo.

—No es posible desaparecerse en los terrenos de Hogwarts. ¿No os lo he dicho un montón de veces? —dijo Hermione.

—Vale... A ver qué os parece esta hipótesis —propuso Ron con entusiasmo—: Krum ataca a Crouch... (esperad, esperad a que acabe) ¡y se aplica a sí mismo el encantamiento aturdidor!

—Y el señor Crouch se evapora, ¿verdad? —apuntó Hermione con frialdad.

Rayaba el alba. Harry, Ron y Hermione se habían levantado muy temprano y se habían ido a toda prisa a la lechucería para enviar una nota a Sirius. En aquel momento contemplaban la niebla sobre los terrenos del colegio. Los tres estaban pálidos y ojerosos porque se habían quedado hasta bastante tarde hablando del señor Crouch.

—Vuélvelo a contar, Harry —pidió Hermione—. ¿Qué dijo exactamente el señor Crouch?

—Ya te lo he dicho, lo que explicaba no tenía mucho sentido. Decía que quería advertir a Dumbledore de algo. Desde luego mencionó a Bertha Jorkins, y parecía pensar que estaba muerta. Insistía en que tenía la culpa de unas cuantas cosas... mencionó a su hijo.

—Bueno, eso sí que fue culpa suya —dijo Hermione malhumorada.

—No estaba en sus cabales. La mitad del tiempo parecía creer que su mujer y su hijo seguían vivos, y le daba instrucciones a Percy.

—Y... ¿me puedes recordar qué dijo sobre Quien-tú-sabes? —dijo Ron con vacilación.

—Ya te lo he dicho —repitió Harry con voz cansina—. Dijo que estaba recuperando fuerzas.

Se quedaron callados. Luego Ron habló con fingida calma:

—Pero si Crouch no estaba en sus cabales, como dices, es probable que todo eso fueran desvaríos.

—Cuando trataba de hablar de Voldemort parecía más cuerdo —repuso Harry, sin hacer caso del estremecimiento de Ron—. Tenía verdaderos problemas para decir dos palabras seguidas, pero en esos momentos daba la impresión de que sabía dónde se encontraba y lo que quería. Repetía que tenía que ver a Dumbledore.

Se separó de la ventana y miró las vigas de la lechucería. La mitad de las perchas habían quedado vacías; de vez en cuando entraba alguna lechuza que volvía de su cacería nocturna con un ratón en el pico.

—Si el encuentro con Snape no me hubiera retrasado —dijo con amargura—, podríamos haber llegado a tiempo. «El director está ocupado, Potter. Pero ¿qué dice, Potter? ¿Qué tonterías son ésas, Potter?» ¿Por qué no se quitaría de en medio?

—¡A lo mejor no quería que llegaras a tiempo! —exclamó Ron—. Puede que... espera... ¿Cuánto podría haber tardado en llegar al bosque? ¿Crees que podría haberos adelantado?

—No a menos que se convirtiera en murciélago o algo así —contestó Harry.

—En él no me extrañaría —murmuró Ron.

—Tenemos que ver al profesor Moody —dijo Hermione—. Tenemos que saber si encontró al señor Crouch.

—Si llevaba con él el mapa del merodeador, no pudo serle difícil —opinó

Harry.

—A menos que Crouch hubiera salido ya de los terrenos —observó Ron—, porque el mapa sólo muestra los terrenos del colegio, ¿no?

—¡Chist! —los acalló Hermione de repente.

Alguien subía hacia la lechucería. Harry oyó dos voces que discutían, acercándose cada vez más:

—... eso es chantaje, así de claro, y nos puede acarrear un montón de problemas.

—Lo hemos intentado por las buenas; ya es hora de jugar sucio como él. No le gustaría que el Ministerio de Magia supiera lo que hizo...

—¡Te repito que, si eso se pone por escrito, es chantaje!

—Sí, y supongo que no te quejarás si te llega una buena cantidad, ¿no?

La puerta de la lechucería se abrió de golpe. Fred y George aparecieron en el umbral y se quedaron de piedra al ver a Harry, Ron y Hermione.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntaron al mismo tiempo Ron y Fred.

—Enviar una carta —contestaron Harry y George también a la vez.

—¿A estas horas? —preguntaron Hermione y Fred.

Fred sonrió y dijo:

—Bueno, no os preguntaremos lo que hacéis si no nos preguntáis vosotros.

Sostenía en las manos un sobre sellado. Harry lo miró, pero Fred, ya fuera casualmente o a propósito, movió la mano de tal forma que el nombre del destinatario quedó oculto.

—Bueno, no queremos entreteneros —añadió Fred haciendo una parodia de reverencia y señalando hacia la puerta.

Pero Ron no se movió.

—¿A quién le hacéis chantaje? —inquirió.

La sonrisa desapareció de la cara de Fred. George le dirigió una rápida mirada a su gemelo antes de sonreír a Ron.

—No seas tonto, estábamos de broma —dijo con naturalidad.

—No lo parecía —repuso Ron.

Fred y George se miraron. Luego Fred dijo abruptamente:

—Ya te lo he dicho antes, Ron: aparta las narices si te gusta la forma que tienen. No es que sean una preciosidad, pero...

—Si le estáis haciendo chantaje a alguien, es asunto mío —replicó Ron—. George tiene razón: os podríais meter en problemas muy serios.

—Ya te he dicho que estábamos de broma —dijo George. Se acercó a Fred, le arrancó la carta de las manos y empezó a atarla a una pata de la lechuza que tenía más cerca—. Te estás empezando a parecer a nuestro querido hermano mayor. Sigue así, y te veremos convertido en prefecto.

—Eso nunca.

George llevó la lechuza hasta la ventana y la echó a volar. Luego se volvió y sonrió a Ron.

—Pues entonces deja de decir a la gente lo que tiene que hacer. Hasta luego.

Los gemelos salieron de la lechucería. Harry, Ron y Hermione se miraron.

—¿Creéis que saben algo? —susurró Hermione—, ¿sobre Crouch y todo esto?

—No —contestó Harry—. Si fuera algo tan serio se lo dirían a alguien. Se lo dirían a Dumbledore.

Pero Ron estaba preocupado.

—¿Qué pasa? —le preguntó Hermione.

—Bueno... —dijo Ron pensativamente—, no sé si lo harían. Últimamente están obsesionados con hacer dinero. Me di cuenta cuando andaba por ahí con ellos, cuando... ya sabes.

—Cuando no nos hablábamos. —Harry terminó la frase por él—. Sí, pero el chantaje...

—Es por lo de la tienda de artículos de broma —explicó Ron—. Creí que sólo lo decían para incordiar a mi madre, pero no: es verdad que quieren abrir una. No les queda más que un curso en Hogwarts, así que opinan que ya es hora de pensar en el futuro. Mi padre no puede ayudarlos. Y necesitan dinero para empezar.

Hermione también se mostró preocupada.

—Sí, pero... no harían nada que fuera contra la ley para conseguirlo, ¿verdad?

—No lo sé... —repuso Ron—. Me temo que no les importa demasiado infringir las normas.

—Ya, pero ahora se trata de la ley —dijo Hermione, asustada—, no de una de esas tontas normas del colegio... ¡Por hacer chantaje pueden recibir un castigo bastante más serio que quedarse en el aula! Ron, tal vez fuera mejor que se lo dijeras a Percy...

—¿Estás loca? ¿A Percy? Lo más probable es que hiciera como Crouch y los entregara a la justicia. —Miró la ventana por la que había salido la lechuza de Fred y George, y luego propuso—: Vamos a desayunar.

—¿Creéis que es demasiado temprano para ir a ver al profesor Moody? —preguntó Hermione bajando la escalera de caracol.

—Sí —respondió Harry—. Seguramente nos acribillaría a encantamientos a través de la puerta si lo despertamos al alba: creería que queremos atacarlo mientras está dormido. Será mejor que esperemos al recreo.

La clase de Historia de la Magia nunca había resultado tan lenta. Como Harry ya no llevaba su reloj, a cada rato miraba el de Ron, el cual avanzaba tan despacio que parecía que se hubiera parado también. Estaban tan cansados los tres que de buena gana habrían apoyado la cabeza en la mesa para descabezar un sueño: ni siquiera Hermione tomaba sus acostumbrados apuntes, sino que tenía la barbilla apoyada en una mano y seguía al profesor Binns con la mirada perdida.

Cuando por fin sonó la campana, se precipitaron hacia el aula de Defensa Contra las Artes Oscuras, y encontraron al profesor Moody que salía de allí. Parecía tan cansado como ellos. Se le caía el párpado de su ojo normal, lo que le daba a la cara una apariencia más asimétrica de lo habitual.

—¡Profesor Moody! —gritó Harry, mientras avanzaban hacia él entre la multitud.

—Hola, Potter —saludó Moody. Miró con su ojo mágico a un par de alumnos de primero, que aceleraron nerviosos; luego giró el ojo hacia el interior de la cabeza y los miró a través del cogote hasta que doblaron la esquina. Entonces les dijo—: Venid.

Se hizo atrás para dejarlos entrar en el aula vacía, entró tras ellos cojeando y cerró la puerta.

—¿Lo encontró? —le preguntó Harry, sin preámbulos—. ¿Encontró al señor Crouch?

—No. —Moody fue hacia su mesa, se sentó, extendió su pata de palo con un ligero gemido y sacó la petaca.

—¿Utilizó el mapa? —inquirió Harry.

—Por supuesto —dijo Moody bebiendo un sorbo de la petaca—. Seguí tu ejemplo, Potter: lo llamé para que llegara hasta mí desde mi despacho. Pero Crouch no aparecía por ningún lado.

—¿Así que se desapareció? —preguntó Ron.

—¡Nadie se puede desaparecer en los terrenos del colegio, Ron! —le recordó Hermione—. ¿Podría haberse esfumado de alguna otra manera, profesor?

El ojo mágico de Moody tembló un poco al fijarse en Hermione.

—Tú también valdrías para auror —le dijo—. Tu mente funciona bien, Granger.

Hermione se puso colorada de satisfacción.

—Bueno, no era invisible —observó Harry—, porque el mapa muestra también a los invisibles. Por lo tanto debió de abandonar los terrenos del colegio.

—Pero ¿por sus propios medios? —preguntó Hermione—. ¿O se lo llevó alguien?

—Sí, alguien podría haberlo montado en una escoba y habérselo llevado por los aires, ¿no? —se apresuró a decir Ron, mirando a Moody esperanzado, como si esperara que también le dijera a él que tenía madera de auror.

—No se puede descartar el secuestro —admitió Moody.

—Entonces, ¿cree que estará en algún lugar de Hogsmeade?

—Podría estar en cualquier sitio —respondió Moody moviendo la cabeza—. Lo único de lo que estamos seguros es de que no está aquí.

Bostezó de forma que las cicatrices del rostro se tensaron y la boca torcida reveló que le faltaban unos cuantos dientes. Luego dijo:

—Dumbledore me ha dicho que os gusta jugar a los detectives, pero no hay nada que podáis hacer por Crouch. El Ministerio ya andará buscándolo, porque Dumbledore les ha informado. Ahora, Potter, quiero que pienses sólo en la tercera prueba.

—¿Qué? —exclamó Harry—. Ah, sí...

No había dedicado ni un segundo a pensar en el laberinto desde que había salido de él con Krum la noche anterior.

—Esta prueba te tendría que ir como anillo al dedo —dijo Moody mirando a Harry y rascándose la barbilla llena de cicatrices y con barba de varios días—. Por lo que me ha dicho Dumbledore, has salido bien librado unas cuantas veces de situaciones parecidas. Cuando estabas en primero te abriste camino a través de una serie de obstáculos que protegían la piedra filosofal, ¿no?

—Nosotros lo ayudamos —se apresuró a decir Ron—. Hermione y yo.

Moody sonrió.

—Bien, ayudadlo también a preparar esta prueba, y me llevaré una sorpresa si no gana —dijo—. Y, mientras tanto... alerta permanente, Potter. Alerta permanente.

Echó otro largo trago de la petaca, y su ojo mágico giró hacia la ventana, desde la cual se veía la vela superior del barco de Durmstrang.

—Y vosotros dos —su ojo normal se clavó en Ron y Hermione— no os apartéis de Potter, ¿de acuerdo? Yo estoy alerta, pero, de todas maneras... cuantos más ojos, mejor.

Aquella misma mañana, Sirius envió otra lechuza de respuesta. Bajó revoloteando hasta Harry al mismo tiempo que un cárabo se posaba delante de Hermione con un ejemplar de *El Profeta* en el pico. Ella cogió el periódico, echó un vistazo a las primeras páginas y dijo:

—¡Ja! ¡No se ha enterado de lo de Crouch!

Y se puso a leer con Ron y Harry lo que Sirius tenía que decir sobre los misteriosos sucesos ocurridos hacía ya dos noches.

¿A qué crees que juegas, Harry, dando paseos por el bosque con Viktor Krum? Quiero que me jures, a vuelta de lechuza, que no vas a salir de noche del castillo con ninguna otra persona. En Hogwarts hay alguien muy peligroso. Es evidente que querían impedir que Crouch viera a Dumbledore y probablemente tú te encontraste muy cerca de ellos y en la oscuridad: podrían haberte matado.

Tu nombre no entró en el cáliz de fuego por accidente. Si alguien trata de atacarte, todavía tiene una última oportunidad. No te separes de Ron y Hermione, no salgas de la torre de Gryffindor a deshoras, y prepárate para la última prueba. Practica los encantamientos aturdidores y de desarme. Tampoco te irían mal algunos maleficios. Por lo que respecta a Crouch, no puedes hacer nada. Ten mucho cuidado. Espero la respuesta dándome tu palabra de que no vuelves a comportarte de manera imprudente.

Sirius

—¿Y quién es él para darme lecciones? —dijo Harry algo indignado, doblando la carta de Sirius y guardándosela en la túnica—. ¡Con todas las trastadas que hizo en el colegio!

—¡Está preocupado por ti! —replicó Hermione bruscamente—. ¡Lo mismo que Moody y Hagrid! ¡Así que hazles caso!

—Nadie ha intentado atacarme en todo el año. Nadie me ha hecho nada...

—Salvo meter tu nombre en el cáliz de fuego —le recordó Hermione—. Y lo tienen que haber hecho por algún motivo, Harry. Hocicos tiene razón. Tal vez estén aguardando el momento oportuno, y ese momento puede ser la tercera prueba.

—Mira —dijo Harry algo harto—, supongamos que Hocicos está en lo cierto y que alguien atacó a Krum para secuestrar a Crouch. Bien, en ese caso tendrían que haber estado entre los árboles, muy cerca de nosotros, ¿no? Pero esperaron a que me hubiera ido para actuar, ¿verdad? Parece como si yo no fuera su objetivo.

—¡Si te hubieran asesinado en el bosque no habrían podido hacerlo pasar por un accidente! —repuso Hermione—. Pero si mueres durante una prueba...

—Sin embargo, no tuvieron inconveniente en atacar a Krum —objetó Harry—. ¿Por qué no liquidarme al mismo tiempo? Podrían haber hecho que pareciera que Krum y yo nos habíamos batido en un duelo o algo así.

—Yo tampoco lo comprendo, Harry —dijo Hermione—. Sólo sé que pasan un montón de cosas raras, y no me gusta... Moody tiene razón, Hocicos tiene razón: has de empezar ya a entrenarte para la tercera prueba. Y que no se te olvide contestar a Hocicos prometiéndole que no vas a volver a salir por ahí tú solo.

Los terrenos de Hogwarts nunca resultaban tan atractivos como cuando Harry tenía que quedarse en el castillo. Durante los días siguientes, pasó todo el tiempo libre o bien en la biblioteca, con Ron y Hermione, leyendo sobre maleficios, o bien en aulas vacías en las que entraban a hurtadillas para practicar. Harry se dedicó en especial al encantamiento aturdidor, que nunca había utilizado. El problema era que las prácticas exigían ciertos sacrificios por parte de Ron y Hermione.

—¿No podríamos secuestrar a la *Señora Norris*? —sugirió Ron durante la hora de la comida del lunes cuando, tumbado boca arriba en el medio del aula de Encantamientos, empezaba a despertarse después de que Harry le había aplicado el encantamiento aturdidor por quinta vez consecutiva—. Podríamos aturdirla un poco a ella, o podrías utilizar a Dobby, Harry. Estoy seguro de que para ayudarte haría lo que fuera. No es que me queje... —Se puso en pie con cuidado, frotándose el trasero—. Pero me duele todo...

—Bueno, es que sigues sin caer encima de los cojines —dijo Hermione perdiendo la paciencia mientras volvía a acomodar el montón de almohadones que habían usado para practicar el encantamiento repulsor—. ¡Intenta caer

hacia atrás!

—¡Cuando uno se desmaya no resulta fácil acertar dónde se cae! —replicó Ron con enfado—. ¿Por qué no te pones tú ahora?

—Bueno, creo que Harry ya le ha cogido el truco —se apresuró a decir Hermione—. Y no tenemos que preocuparnos de los encantamientos de desarme porque hace mucho que es capaz de usarlos... Creo que deberíamos comenzar esta misma tarde con los maleficios.

Observó la lista que habían confeccionado en la biblioteca.

—Me gusta la pinta de éste, el embrujo obstaculizador. Se supone que debería frenar a cualquiera que intente atacarte. Vamos a comenzar con él.

Sonó la campana. Recogieron los cojines, los metieron en el armario de Flitwick a toda prisa y salieron del aula.

—¡Nos vemos en la cena! —dijo Hermione, y emprendió el camino hacia el aula de Aritmancia, mientras Harry y Ron se dirigían a la de Adivinación, situada en la torre norte.

Por las ventanas entraban amplias franjas de deslumbrante luz solar que atravesaban el corredor. Fuera, el cielo era de un azul tan brillante que parecía esmaltado.

—En el aula de Trelawney hará un calor infernal: nunca apaga el fuego —comentó Ron empezando a subir la escalera que llevaba a la escalerilla plateada y la trampilla.

No se equivocaba. En la sala, tenuemente iluminada, el calor era sofocante. Los vapores perfumados que emanaban del fuego de la chimenea eran más densos que nunca. A Harry la cabeza le daba vueltas mientras iba hacia una de las ventanas cubiertas de cortinas. Cuando la profesora Trelawney miraba a otro lado para retirar el chal de una lámpara, abrió un resquicio en la ventana y se acomodó en su sillón tapizado con tela de colores de manera que una suave brisa le daba en la cara. Resultaba muy agradable.

—Queridos míos —dijo la profesora Trelawney, sentándose en su butaca de orejas delante de la clase y mirándolos a todos con sus ojos aumentados por las gafas—, casi hemos terminado nuestro estudio de la adivinación por los astros. Hoy, sin embargo, tenemos una excelente oportunidad para examinar los efectos de Marte, ya que en estos momento se halla en una posición muy interesante. Tened la bondad de mirar hacia aquí: voy a bajar un poco la luz...

Apagó las lámparas con un movimiento de la varita. La única fuente de luz en aquel momento era el fuego de la chimenea. La profesora Trelawney se agachó y cogió de debajo del sillón una miniatura del sistema solar contenida dentro de una campana de cristal. Era un objeto muy bello: suspendidas en el aire, todas las lunas emitían un tenue destello al girar alrededor de los nueve planetas y del brillante sol. Harry miró con desgana mientras la profesora Trelawney indicaba el fascinante ángulo que formaba Marte con Neptuno. Los

vapores densamente perfumados lo embriagaban, y la brisa que entraba por la ventana le acariciaba el rostro. Oyó tras la cortina el suave zumbido de un insecto. Los párpados empezaron a cerrársele...

Iba volando sobre un búho real, planeando por el cielo azul claro hacia una casa vieja y cubierta de hiedra que se alzaba en lo alto de la ladera de una colina. Descendieron poco a poco, con el viento soplándole agradablemente en la cara, hasta que llegaron a una ventana oscura y rota del piso superior de la casa, y la cruzaron. Volaron por un corredor lúgubre hasta una estancia que había al final. Atravesaron la puerta y entraron en una habitación oscura que tenía las ventanas cegadas con tablas...

Harry descabalgó del búho, y lo observó revolotear por la habitación e ir a posarse en un sillón con el respaldo vuelto hacia él. En el suelo, al lado del sillón, había dos formas oscuras que se movían.

Una de ellas era una enorme serpiente, y la otra un hombre: un hombre bajo y calvo, de ojos llorosos y nariz puntiaguda. Sollozaba y resollaba sobre la estera, al lado de la chimenea...

—Has tenido suerte, Colagusano —dijo una voz fría y aguda desde el interior de la butaca en que se había posado el búho—. Realmente has tenido mucha suerte. Tu error no lo ha echado todo a perder: está muerto.

—Mi señor —balbuceó el hombre que estaba en el suelo—. Mi señor, estoy... estoy tan agradecido... y lamento hasta tal punto...

—*Nagini* —dijo la voz fría—, lo siento por ti. No vas a poder comerte a Colagusano, pero no importa: todavía te queda Harry Potter...

La serpiente emitió un silbido. Harry vio cómo movía su amenazadora lengua.

—Y ahora, Colagusano —añadió la voz fría—, un pequeño recordatorio de que no toleraré un nuevo error por tu parte.

—Mi señor, no, os lo ruego...

La punta de una varita surgió del sillón, apuntando a Colagusano.

—*¡Crucio!* —exclamó la voz fría.

Colagusano empezó a chillar como si cada miembro de su cuerpo estuviera ardiendo. Los gritos le rompían a Harry los tímpanos al tiempo que la cicatriz de la frente le producía un dolor punzante: también él gritó. Voldemort lo iba a oír, advertiría su presencia...

—¡Harry, Harry!

Abrió los ojos. Estaba tumbado en el suelo del aula de la profesora Trelawney, tapándose la cara con las manos. La cicatriz seguía doliéndole tanto que tenía los ojos llenos de lágrimas. El dolor había sido real. Toda la

clase se hallaba de pie a su alrededor, y Ron estaba arrodillado a su lado, aterrorizado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—¡Por supuesto que no se encuentra bien! —dijo la profesora Trelawney, muy agitada. Clavó en Harry sus grandes ojos—. ¿Qué ha ocurrido, Potter? ¿Una premonición?, ¿una aparición? ¿Qué has visto?

—Nada —mintió Harry. Se sentó, aún tembloroso. No podía dejar de mirar a su alrededor entre las sombras: la voz de Voldemort se había oído tan cerca...

—¡Te apretabas la cicatriz! —dijo la profesora Trelawney—. ¡Te revolcabas por el suelo! ¡Vamos, Potter, tengo experiencia en estas cosas!

Harry levantó la vista hacia ella.

—Creo que tengo que ir a la enfermería. Me duele terriblemente la cabeza.

—¡Sin duda te han estimulado las extraordinarias vibraciones de clarividencia de esta sala! —exclamó la profesora Trelawney—. Si te vas ahora, tal vez pierdas la oportunidad de ver más allá de lo que nunca has...

—Lo único que quiero ver es un analgésico.

Se puso en pie. Todos se echaron un poco para atrás. Parecían asustados.

—Hasta luego —le dijo Harry a Ron en voz baja, y, recogiendo la mochila, fue hacia la trampilla sin hacer caso de la profesora Trelawney, que tenía en la cara una expresión de intensa frustración, como si le acabaran de negar un capricho.

Sin embargo, cuando Harry llegó al final de la escalera de mano, no se dirigió a la enfermería. No tenía ninguna intención de ir allá. Sirius le había dicho qué tenía que hacer si volvía a dolerle la cicatriz, y Harry iba a seguir su consejo: se encaminó hacia el despacho de Dumbledore. Anduvo por los corredores pensando en lo que había visto en el sueño, que había sido tan vívido como el que lo había despertado en Privet Drive. Repasó los detalles en su mente, tratando de asegurarse de que los recordaba todos... Había oído a Voldemort acusar a Colagusano de cometer un error garrafal... pero el búho real le había llevado buenas noticias: el error estaba subsanado, alguien había muerto... De manera que Colagusano no iba a servir de alimento a la serpiente... En su lugar, la serpiente se lo comería a él, a Harry...

Harry pasó de largo la gárgola de piedra que guardaba la entrada al despacho de Dumbledore. Parpadeó extrañado, miró alrededor, comprendió que lo había dejado atrás y dio la vuelta, hasta detenerse delante de la gárgola. Entonces recordó que no conocía la contraseña.

—¿Sorbete de limón? —dijo probando.

La gárgola no se movió.

—Bueno —dijo Harry, mirándola—. Caramelo de pera. Eh... Palo de regaliz. Meigas fritas. Chicle superhinchable. Grageas de todos los sabores de Bertie Bott... No, no le gustan, creo... Vamos, ábrete, ¿por qué no te abres? —exclamó irritado—. ¡Tengo que verlo, es urgente!

La gárgola permaneció inmóvil.

Harry le dio una patada, pero sólo consiguió hacerse un daño terrible en el dedo gordo del pie.

—¡Ranas de chocolate! —gritó enfadado, sosteniéndose sobre un pie—. ¡Pluma de azúcar! ¡Cucurucho de cucarachas!

La gárgola revivió de pronto y se movió a un lado. Harry cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—¿Cucurucho de cucarachas? —dijo sorprendido—. ¡Lo dije en broma!

Se metió rápidamente por el resquicio que había entre las paredes, y accedió a una escalera de caracol de piedra, que empezó a ascender lentamente cuando la pared se cerró tras él, hasta dejarlo ante una puerta de roble pulido con aldaba de bronce.

Oyó que hablaban en el despacho. Salió de la escalera móvil y dudó un momento, escuchando.

—¡Me temo, Dumbledore, que no veo la relación, no la veo en absoluto! —Era la voz del ministro de Magia, Cornelius Fudge—. Ludo dice que Bertha es perfectamente capaz de perderse sin ayuda de nadie. Estoy de acuerdo en que a estas alturas tendríamos que haberla encontrado, pero de todas maneras no tenemos ninguna prueba de que haya ocurrido nada grave, Dumbledore, ninguna prueba en absoluto. ¡Y en cuanto a que su desaparición tenga alguna relación con la de Barty Crouch...!

—¿Y qué cree que le ha ocurrido a Barty Crouch, ministro? —preguntó la voz gruñona de Moody.

—Hay dos posibilidades, Alastor —respondió Fudge—: o bien Crouch ha acabado por tener un colapso nervioso (algo más que probable dada su biografía), ha perdido la cabeza y se ha ido por ahí de paseo...

—Y pasea extraordinariamente aprisa, si ése es el caso, Cornelius —observó Dumbledore con calma.

—O bien... —Fudge parecía incómodo—. Bueno, me reservo el juicio para después de ver el lugar en que lo encontraron, pero ¿decís que fue nada más pasar el carruaje de Beauxbatons? Dumbledore, ¿sabes lo que es esa mujer?

—La considero una directora muy competente... y una excelente pareja de baile —contestó Dumbledore en voz baja.

—¡Vamos, Dumbledore! —dijo Fudge enfadado—. ¿No te parece que puedes tener prejuicios a su favor a causa de Hagrid? No todos son inofensivos... eso suponiendo que realmente se pueda considerar inofensivo a Hagrid, con esa fijación que tiene con los monstruos...

—No tengo más sospechas de Madame Máxime que de Hagrid —declaró Dumbledore sin perder la calma—, y creo que tal vez seas tú el que tiene prejuicios, Cornelius.

—¿Podríamos zanjar esta discusión? —propuso Moody.

—Sí, sí, bajemos —repuso Cornelius impaciente.

—No, no lo digo por eso —dijo Moody—. Lo digo porque Potter quiere hablar contigo, Dumbledore: está esperando al otro lado de la puerta.

30

El *pensadero*

Se abrió la puerta del despacho.

—Hola, Potter —dijo Moody—. Entra.

Harry entró. Ya en otra ocasión había estado en el despacho de Dumbledore: se trataba de una habitación circular, muy bonita, decorada con una hilera de retratos de anteriores directores de Hogwarts de ambos sexos, todos los cuales estaban profundamente dormidos. El pecho se les inflaba y desinflaba al respirar.

Cornelius Fudge se hallaba junto al escritorio de Dumbledore, con sus habituales sombrero hongo de color verde lima y capa a rayas.

—¡Harry! —dijo Fudge jovialmente, adelantándose un poco—. ¿Cómo estás?

—Bien —mintió Harry.

—Precisamente estábamos hablando de la noche en que apareció el señor Crouch en los terrenos —explicó Fudge—. Fuiste tú quien se lo encontró,

¿verdad?

—Sí —contestó Harry. Luego, pensando que no había razón para fingir que no había oído nada de lo dicho, añadió: Pero no vi a Madame Máxime por allí, y no le habría sido fácil ocultarse, ¿verdad?

Con ojos risueños, Dumbledore le sonrió a espaldas de Fudge.

—Sí, bien —dijo Fudge embarazado—. Estábamos a punto de bajar a dar un pequeño paseo, Harry. Si nos perdonas... Tal vez sería mejor que volvieras a clase.

—Yo quería hablar con usted, profesor —se apresuró a decir Harry mirando a Dumbledore, quien le dirigió una mirada rápida e inquisitiva.

—Espérame aquí, Harry —le indicó—. Nuestro examen de los terrenos no se prolongará demasiado.

Salieron en silencio y cerraron la puerta. Al cabo de un minuto más o menos dejaron de oírse, procedentes del corredor de abajo, los secos golpes de la pata de palo de Moody. Harry miró a su alrededor.

—Hola, *Fawkes* —saludó.

Fawkes, el fénix del profesor Dumbledore, estaba posado en su percha de oro, al lado de la puerta. Era del tamaño de un cisne, con un magnifico plumaje dorado y escarlata. Lo saludó agitando en el aire su larga cola y mirándolo con ojos entornados y tiernos.

Harry se sentó en una silla delante del escritorio de Dumbledore. Durante varios minutos se quedó allí, contemplando a los antiguos directores del colegio, que resoplaban en sus retratos, mientras pensaba en lo que acababa de oír y se pasaba distraídamente los dedos por la cicatriz: ya no le dolía.

Se sentía mucho más tranquilo hallándose en el despacho de Dumbledore y sabiendo que no tardaría en hablar con él de su sueño. Harry miró la pared que había tras el escritorio: el Sombrero Seleccionador, remendado y andrajoso, descansaba sobre un estante. Junto a él había una urna de cristal que contenía una magnífica espada de plata con grandes rubíes incrustados en la empuñadura; Harry la reconoció como la espada que él mismo había sacado del Sombrero Seleccionador cuando se hallaba en segundo. Aquélla era la espada de Godric Gryffindor, el fundador de la casa a la que pertenecía Harry. La estaba contemplando, recordando cómo había llegado en su ayuda cuando lo daba todo por perdido, cuando vio que sobre la urna de cristal temblaba un punto de luz plateada. Buscó de dónde provenía aquella luz, y vio un brillante rayito que salía de un armario negro que había a su espalda, con la puerta entreabierta. Harry dudó, miró a *Fawkes* y luego se levantó; atravesó el despacho y abrió la puerta del armario.

Había allí una vasija de piedra poco profunda, con tallas muy raras alrededor del borde: eran runas y símbolos que Harry no conocía. La luz plateada provenía del contenido de la vasija, que no se parecía a nada que

Harry hubiera visto nunca. No hubiera podido decir si aquella sustancia era un líquido o un gas: era de color blanco brillante, plateado, y se movía sin cesar. La superficie se agitó como el agua bajo el viento, para luego separarse formando nubecillas que se arremolinaban. Daba la sensación de ser luz licuada, o viento solidificado: Harry no conseguía comprenderlo.

Quiso tocarlo, averiguar qué tacto tenía, pero casi cuatro años de experiencia en el mundo mágico le habían enseñado que era muy poco prudente meter la mano en un recipiente lleno de una sustancia desconocida, así que sacó la varita de la túnica, echó una ojeada nerviosa al despacho, volvió a mirar el contenido de la vasija y lo tocó con la varita. La superficie de aquella cosa plateada comenzó a girar muy rápido.

Harry se inclinó más, metiendo la cabeza en el armario. La sustancia plateada se había vuelto transparente, parecía cristal. Miró dentro esperando distinguir el fondo de piedra de la vasija, y en vez de eso, bajo la superficie de la misteriosa sustancia, vio una enorme sala, una sala que él parecía observar desde una cúpula de cristal.

Estaba apenas iluminada, y Harry pensó que incluso podía ser subterránea, porque no tenía ventanas, sólo antorchas sujetas en argollas como las que iluminaban los muros de Hogwarts. Bajando la cara de forma que la nariz le quedó a tres centímetros escasos de aquella sustancia cristalina, vio que delante de cada pared había varias filas de bancos, tanto más elevados cuanto más cercanos a la pared, en los que se encontraban sentados muchos brujos de ambos sexos. En el centro exacto de la sala había una silla vacía. Algo en ella le producía inquietud. En los brazos de la silla había unas cadenas, como si al ocupante de la silla se lo soliera atar a ella.

¿Dónde estaba aquel misterioso lugar? No parecía que perteneciera a Hogwarts: nunca había visto en el castillo una sala como aquélla. Además, la multitud que la ocupaba se hallaba compuesta exclusivamente de adultos, y Harry sabía que no había tantos profesores en Hogwarts. Parecían estar esperando algo, pensó, aunque no les veía más que los sombreros puntiagudos. Todos miraban en la misma dirección, sin hablar.

Como la vasija era circular, y la sala que veía, cuadrada, Harry no distinguía lo que había en los cuatro rincones. Se inclinó un poco más, ladeando la cabeza para poder ver...

La punta de la nariz tocó la extraña sustancia.

El despacho de Dumbledore se sacudió terriblemente. Harry fue propulsado de cabeza a la sustancia de la vasija...

Pero no dio de cabeza contra el suelo de piedra: se notó caer por entre algo negro y helado, como si un remolino oscuro lo succionara...

Y, de repente, se hallaba sentado en uno de los últimos bancos de la sala que había dentro de la vasija, un banco más elevado que los otros. Miró hacia arriba esperando ver la cúpula de cristal a través de la que había estado

mirando, pero no había otra cosa que piedra oscura y maciza.

Respirando con dificultad, Harry observó a su alrededor. Ninguno de los magos y brujas de la sala (y eran al menos doscientos) lo miraba. Ninguno de ellos parecía haberse dado cuenta de que un muchacho de catorce años acababa de caer del techo y se había sentado entre ellos. Harry se volvió hacia el mago que tenía a su lado, y profirió un grito de sorpresa que retumbó en toda la silenciosa sala.

Estaba sentado justo al lado de Albus Dumbledore.

—¡Profesor! —dijo Harry en una especie de susurro ahogado—, lo lamento... yo no pretendía... Sólo estaba mirando la vasija que había en su armario... Yo... ¿Dónde estamos?

Pero Dumbledore no respondió ni se inmutó. Hizo caso omiso de Harry. Como todos los demás, estaba vuelto hacia el rincón más alejado de la sala, en el que había una puerta.

Harry miró a Dumbledore desconcertado, luego a toda la multitud que observaba en silencio, y de nuevo a Dumbledore. Y entonces comprendió...

Ya en otra ocasión se había encontrado en un lugar en el que nadie lo veía ni oía. En aquella oportunidad había caído, a través de la página de un diario encantado, en la memoria de otra persona. O mucho se equivocaba, o algo parecido había vuelto a ocurrir.

Levantó la mano derecha, dudó un momento y la movió con brío delante de la cara de Dumbledore, que ni parpadeó, ni lo miró, ni hizo movimiento alguno. Y eso, le pareció a Harry, despejaba cualquier duda. Dumbledore no lo hubiera pasado por alto de aquella manera. Se encontraba dentro de la memoria de alguien, y aquél no era el Dumbledore actual. Sin embargo, tampoco podía hacer muchísimo tiempo de aquello, porque el Dumbledore sentado a su lado ya tenía el pelo plateado. Pero ¿qué lugar era aquél? ¿Qué era lo que aguardaban todos aquellos magos?

Observó con detenimiento. La sala, tal como había supuesto al observarla desde arriba, era seguramente subterránea: pensó que, de hecho, tenía más de mazmorra que de sala. La atmósfera del lugar era sórdida e intimidatoria. No había cuadros en las paredes, ni ningún otro tipo de decoración, sólo aquellas apretadas filas de bancos que se elevaban escalonadamente hacia las paredes, colocados para que todo el mundo tuviera una clara visión de la silla de las cadenas.

Antes de que Harry pudiera llegar a una conclusión sobre el lugar en que se encontraba, oyó pasos. Se abrió la puerta del rincón, y entraron tres personas... O, por lo menos, uno de ellos era una persona, porque los otros dos, que lo flanqueaban, eran dementores.

Notó frío en las tripas. Los dementores, unas criaturas altas que ocultaban la cara bajo una capucha, se dirigieron muy lentamente hacia el centro de la sala, donde estaba la silla, agarrando cada uno, con sus manos de aspecto

putrefacto, uno de los brazos del hombre. Éste parecía a punto de desmayarse, y Harry no se lo podía reprochar: no estando más que en la memoria de alguien, los dementores no le podían causar ningún daño, pero recordaba demasiado bien lo que hacían. La multitud se echó un poco para atrás cuando los dementores colocaron al hombre en la silla con las cadenas para luego salir de la sala. La puerta se cerró tras ellos.

Harry observó al hombre que habían conducido hasta la silla, y vio que se trataba de Karkarov.

A diferencia de Dumbledore, Karkarov parecía mucho más joven: tenía negros el cabello y la perilla. No llevaba sus lustrosas pieles, sino una túnica delgada y raída.

Temblaba. Ante los ojos de Harry, las cadenas de los brazos de la silla emitieron un destello dorado y solas se enroscaron como serpientes en torno a sus brazos, sujetándolo a la silla.

—Igor Karkarov —dijo una voz seca que provenía de la izquierda de Harry. Éste se volvió y vio al señor Crouch de pie ante el banco que había a su lado. Crouch tenía el pelo oscuro, el rostro mucho menos arrugado, y parecía fuerte y enérgico—. Se lo ha traído a este lugar desde Azkaban para prestar declaración ante el Ministerio de Magia. Usted nos ha dado a entender que dispone de información importante para nosotros.

Sujeto a la silla como estaba, Karkarov se enderezó cuanto pudo.

—Así es, señor —dijo, y, aunque la voz le temblaba, Harry pudo percibir en ella el conocido deje empalagoso—. Quiero ser útil al Ministerio. Quiero ayudar. Sé... sé que el Ministerio está tratando de atrapar a los últimos partidarios del Señor Tenebroso. Mi deseo es ayudar en todo lo que pueda...

Se escuchó un murmullo en los bancos. Algunos de los magos y brujas examinaban a Karkarov con interés, otros con declarado recelo. Harry oyó, muy claramente y procedente del otro lado de Dumbledore, una voz gruñona que le resultó conocida y que pronunció la palabra:

—Escoria.

Se inclinó hacia delante para ver quién estaba al otro lado de Dumbledore. Era *Ojoloco* Moody, aunque con aspecto muy diferente. No tenía ningún ojo mágico, sino dos normales, ambos fijos en Karkarov y relucientes de rabia.

—Crouch va a soltarlo —musitó Moody dirigiéndose a Dumbledore—. Ha llegado a un trato con él. Me ha costado seis meses encontrarlo, y Crouch va a dejarlo marchar con tal de que pronuncie suficientes nombres nuevos. Si por mí fuera, oiríamos su información y luego lo mandaríamos de vuelta con los dementores.

Por su larga nariz aguileña, Dumbledore dejó escapar un pequeño resoplido en señal de desacuerdo.

—¡Ah!, se me olvidaba... No te gustan los dementores, ¿eh, Albus? —dijo Moody con sarcasmo.

—No —reconoció Dumbledore con tranquilidad—, me temo que no. Hace tiempo que pienso que el Ministerio se ha equivocado al aliarse con semejantes criaturas.

—Pero con escoria semejante... —replicó Moody en voz baja.

—Dice usted, Karkarov, que tiene nombres que ofrecernos —dijo el señor Crouch—. Por favor, déjenos oírlos.

—Tienen que comprender —se apresuró a decir Karkarov— que El-que-no-debe-ser-nombrado actuaba siempre con el secretismo más riguroso... Prefería que nosotros... quiero decir, sus partidarios (y ahora lamento, muy profundamente, haberme contado entre ellos)...

—No te enrolles —dijo Moody con desprecio.

—... no supiéramos los nombres de todos nuestros compañeros. Él era el único que nos conocía a todos.

—Muy inteligente por su parte, para evitar que gente como tú, Karkarov, pudiera delatarlos a todos —murmuró Moody.

—Aun así, usted dice que dispone de algunos nombres que ofrecernos —observó el señor Crouch.

—Sí... sí —contestó Karkarov entrecortadamente—. Y son nombres de partidarios importantes. Gente a la que vi con mis propios ojos cumpliendo sus órdenes. Ofrezco al Ministerio esta información como prueba de que renuncio a él plena y totalmente, y que me embarga un arrepentimiento tan profundo que a duras penas puedo...

—¿Y esos nombres son...? —lo cortó el señor Crouch.

Karkarov tomó aire.

—Estaba Antonin Dolohov —declaró—. Lo... lo vi torturar a un sinfín de muggles y... y de gente que no era partidaria del Señor Tenebroso.

—Y lo ayudaste a hacerlo —murmuró Moody.

—Ya hemos atrapado a Dolohov —dijo Crouch—. Fue apresado poco después de usted.

—¿De verdad? —exclamó Karkarov, abriendo los ojos—.Me... ¡me alegro de oírlo!

Pero no daba esa impresión. Harry se dio cuenta de que la noticia era para él un duro golpe, porque significaba que uno de los nombres que tenía preparados carecía de utilidad.

—¿Hay más? —preguntó Crouch con frialdad.

—Bueno, sí... estaba Rosier —se apresuró a decir Karkarov—: Evan Rosier.

—Rosier ha muerto —explicó Crouch—. Lo atraparon también poco después que a usted. Prefirió resistir antes que entregarse, y murió en la lucha.

—Pero se llevó con él un trozo de mí —susurró Moody a la derecha de Harry. Lo miró de nuevo, y vio que le indicaba a Dumbledore el trozo que le faltaba en la nariz.

—Se... ¡se lo tenía merecido! —exclamó Karkarov, con una genuina nota de pánico en la voz.

Harry notó que empezaba a preocuparse por no poder dar al Ministerio ninguna información de utilidad. Los ojos de Karkarov se dirigieron a la puerta del rincón, tras la cual, sin duda, aguardaban los dementores.

—¿Alguno más? —preguntó Crouch.

—¡Sí! —dijo Karkarov—. ¡Estaba Travers, que ayudó a matar a los McKinnons! Mulciber... Su especialidad era la maldición *imperius*, ¡y obligó a un sinfín de personas a hacer cosas horrendas! ¡Rookwood, que era espía y le pasó a El-que-no-debe-ser-nombrado mucha información desde el mismo Ministerio!

Harry comprendió que, aquella vez, Karkarov había dado en el clavo. Hubo murmullos entre la multitud.

—¿Rookwood? —preguntó el señor Crouch, haciendo un gesto con la cabeza dirigido a una bruja sentada delante de él, que comenzó a escribir en un trozo de pergamino—. ¿Augustus Rookwood, del Departamento de Misterios?

—El mismo —confirmó Karkarov—. Creo que disponía de una red de magos ubicados en posiciones privilegiadas, tanto dentro como fuera del Ministerio, para recoger información...

—Pero a Travers y Mulciber ya los tenemos —dijo el señor Crouch—. Muy bien, Karkarov. Si eso es todo, se lo devolverá a Azkaban mientras decidimos...

—¡No! —gritó Karkarov, desesperado—. ¡Espere, tengo más!

A la luz de las antorchas, Harry pudo verlo sudar. Su blanca piel contrastaba claramente con el negro del cabello y la barba.

—¡Snape! —gritó—. ¡Severus Snape!

—Snape ha sido absuelto por esta Junta —replicó el señor Crouch con frialdad—. Albus Dumbledore ha respondido por él.

—¡No! —gritó Karkarov, tirando de las cadenas que lo ataban a la silla—. ¡Se lo aseguro! ¡Severus Snape es un mortífago!

Dumbledore se puso en pie.

—Ya he declarado sobre este asunto —dijo con calma—. Es cierto que Severus Snape fue un mortífago. Sin embargo, se pasó a nuestro lado antes de la caída de lord Voldemort y se convirtió en espía a nuestro servicio, asumiendo graves riesgos personales. Ahora no tiene de mortífago más que yo mismo.

Harry se volvió para mirar a *Ojoloco* Moody. A espaldas de Dumbledore, su expresión era de escepticismo.

—Muy bien, Karkarov —dijo Crouch fríamente—, ha sido de ayuda. Revisaré su caso. Mientras tanto volverá a Azkaban...

La voz del señor Crouch se apagó, y Harry miró a su alrededor. La mazmorra se disolvía como si fuera de humo, todo se desvanecía; sólo podía ver su propio cuerpo: todo lo demás era una oscuridad envolvente.

Y entonces volvió la mazmorra. Estaba sentado en un asiento distinto: de nuevo en el banco superior, pero esta vez a la izquierda del señor Crouch. La atmósfera parecía muy diferente: relajada, se diría que alegre. Los magos y brujas hablaban entre sí, casi como si se hallaran en algún evento deportivo. Una bruja sentada en las gradas del medio, enfrente de Harry, atrajo su atención. Tenía el pelo rubio y corto, llevaba una túnica de color fucsia y chupaba el extremo de una pluma de color verde limón: se trataba, sin duda alguna, de una Rita Skeeter más joven que la que conocía. Dumbledore se encontraba de nuevo sentado a su lado, pero vestido con una túnica diferente. El señor Crouch parecía más cansado y demacrado, pero también más temible... Harry comprendió: se trataba de un recuerdo diferente, un día diferente, un juicio distinto.

Se abrió la puerta del rincón, y Ludo Bagman entró en la sala.

Pero no era el Ludo Bagman apoltronado y fondón, sino que se hallaba claramente en la cumbre de su carrera como jugador de quidditch: aún no tenía la nariz rota, y era alto, delgado y musculoso. Bagman parecía nervioso al sentarse en la silla de las cadenas; unas cadenas que no lo apresaron como habían hecho con Karkarov, y Bagman, tal vez animado por ello, miró a la multitud, saludó con la mano a un par de personas y logró esbozar una ligera sonrisa.

—Ludo Bagman, se lo ha traído ante la Junta de la Ley Mágica para responder de cargos relacionados con las actividades de los mortífagos —dijo el señor Crouch—. Hemos escuchado las pruebas que se han presentado contra usted, y nos disponemos a emitir un veredicto. ¿Tiene usted algo que añadir a su declaración antes de que dictemos sentencia?

Harry no daba crédito a sus oídos: ¿Ludo Bagman un mortífago?

—Solamente —dijo Bagman, sonriendo con embarazo—, bueno, que sé que he sido bastante tonto.

Una o dos personas sonrieron con indulgencia desde los asientos. El señor Crouch no parecía compartir sus simpatías: miraba a Ludo Bagman con la más profunda severidad y desagrado.

—Nunca dijiste nada más cierto, muchacho —murmuró secamente alguien detrás de Harry, para que lo oyera Dumbledore. Miró y vio de nuevo a Moody—. Si no supiera que nunca ha tenido muchas luces, creería que una de esas bludgers le había afectado al cerebro...

—Ludovic Bagman, usted fue sorprendido pasando información a los partidarios de lord Voldemort —dijo el señor Crouch—. Por este motivo pido para usted un período de prisión en Azkaban de no menos de...

Pero de los bancos surgieron gritos de enfado. Algunos magos y brujas se habían puesto en pie y dirigían al señor Crouch gestos amenazadores alzando los puños.

—¡Pero ya les he dicho que yo no tenía ni idea! —gritó Bagman de todo corazón por encima de la algarabía, abriendo más sus redondos ojos azules—. ¡Ni la más remota idea! Rookwood era un amigo de la familia... ¡Ni se me pasó por la cabeza que pudiera estar en tratos con Quien-ustedes-saben! ¡Yo creía que la información era para los nuestros! Y Rookwood no paraba de ofrecerme un puesto en el Ministerio para cuando mis días en el quidditch hubieran concluido, ya saben... No puedo seguir parando bludgers con la cabeza el resto de mi vida, ¿verdad?

Hubo risas entre la multitud.

—Se someterá a votación —declaró con frialdad el señor Crouch. Se volvió hacia la derecha de la mazmorra—. El jurado tendrá la bondad de alzar la mano: los que estén a favor de la pena de prisión...

Harry miró hacia la derecha de la mazmorra: nadie levantaba la mano. Muchos de los magos y brujas de la parte superior de la sala empezaron a aplaudir. Una de las brujas del jurado se puso en pie.

—¿Sí? —preguntó Crouch.

—Simplemente, querríamos felicitar al señor Bagman por su espléndida actuación dentro del equipo de Inglaterra en el partido contra Turquía del pasado sábado —dijo la bruja con voz entrecortada.

El señor Crouch parecía furioso. En aquel momento, la mazmorra vibraba con los aplausos. Bagman respondió a ellos poniéndose en pie, inclinándose y sonriendo.

—Una infamia —dijo Crouch al sentarse junto a Dumbledore, mientras Bagman salía de la sala—. Claro que Rookwood le iba a dar un puesto... El día en que Ludo Bagman entre en el Ministerio será un día muy triste...

Y la sala volvió a desvanecerse. Cuando reapareció, Harry observó a su alrededor. El y Dumbledore seguían sentados al lado del señor Crouch, pero el ambiente no podía ser más distinto. El silencio era total, roto solamente por los secos sollozos de una bruja menuda y frágil que se hallaba al lado del señor Crouch. Con manos temblorosas, se apretaba un pañuelo contra la boca. Harry miró a Crouch y lo vio más demacrado y pálido que nunca. En la sien se apreciaban las contracciones de un nervio.

—Tráiganlos —ordenó, y su voz retumbó en la silenciosa mazmorra.

La puerta del rincón volvió a abrirse. Aquella vez entraron seis dementores flanqueando a un grupo de cuatro personas. Harry vio que todo el mundo se volvía a mirar al señor Crouch. Algunos cuchicheaban.

Los dementores colocaron al grupo en cuatro sillas con cadenas que habían puesto en el centro de la mazmorra. Había un hombre robusto que miró a Crouch inexpresivamente; otro hombre más delgado y de aspecto nervioso, cuyos ojos recorrían la multitud; una mujer con cabello negro, brillante y espeso, y párpados caídos, que se sentó en la silla de cadenas como si fuera un trono, y un muchacho de unos veinte años que parecía petrificado: estaba temblando, y el pelo color de paja le caía sobre la cara de piel blanca como la leche y pecosa. La bruja menuda sentada al lado de Crouch comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante en su asiento, lloriqueando sobre el pañuelo.

Crouch se levantó. Miró a los cuatro que tenía ante él con expresión de odio.

—Se los ha traído ante la Junta de la Ley Mágica —dijo pronunciando con claridad— para que podamos juzgarlos por crímenes tan atroces...

—Padre —suplicó el muchacho del pelo color paja—. Por favor, padre...

—... que raramente este juzgado ha oído otros semejantes —siguió Crouch, hablando más alto para ahogar la voz de su hijo—. Hemos oído las pruebas presentadas contra ustedes. Los cuatro están acusados de haber capturado a un auror, Frank Longbottom, y haberlo sometido a la maldición *cruciatus* por creerlo en conocimiento del paradero actual de su jefe exiliado, El-que-no-debe-ser-nombrado...

—¡Yo no, padre! —gritó el muchacho encadenado—. Yo no, padre, lo juro. ¡No vuelvas a enviarme con los dementores...!

—Se los acusa también —continuó el señor Crouch— de haber usado la maldición *cruciatus* contra la mujer de Frank Longbottom cuando él no les proporcionó la información. Planearon restaurar en el poder a El-que-no-debe-ser-nombrado, y volver a la vida de violencia que presumiblemente llevaron ustedes mientras él fue poderoso. Ahora pido al jurado...

—¡Madre! —gritó el muchacho, y la bruja menuda que estaba junto a Crouch sollozó con más fuerza—. ¡No lo dejes, madre! ¡Yo no lo hice, yo no fui!

—Pido a los miembros del jurado —prosiguió el señor Crouch— que levanten las manos si creen, como yo, que estos crímenes merecen la cadena perpetua en Azkaban.

Todos a la vez, los magos y brujas del lado de la derecha, levantaron las manos. La multitud de la parte superior prorrumpió en aplausos, tal cual habían hecho con Bagman, con el entusiasmo plasmado en la cara. El muchacho gritó con desesperación:

—¡No, madre, no! ¡Yo no lo hice, no lo hice, no sabía! ¡No me envíes allí, no lo dejes!

Los dementores volvieron a entrar en la sala. Los tres compañeros del muchacho se levantaron con serenidad de las sillas. La mujer de los párpados caídos miró a Crouch y vociferó:

—¡El Señor Tenebroso se alzará de nuevo, Crouch! ¡Echadnos a Azkaban: podemos esperar! ¡Se alzará de nuevo y vendrá a buscarnos, nos recompensará más que a ningún otro de sus partidarios! ¡Sólo nosotros le hemos sido fieles! ¡Sólo nosotros hemos tratado de encontrarlo!

El muchacho, en cambio, se debatía contra los dementores, aun cuando Harry notó que el frío poder absorbente de éstos empezaba a afectarlo. La multitud los insultaba, algunos puestos en pie, mientras la mujer salía de la sala con decisión y el muchacho seguía luchando.

—¡Soy tu hijo! —le gritó al señor Crouch—. ¡Soy tu hijo!

—¡Tú no eres hijo mío! —chilló el señor Crouch, con los ojos repentinamente desorbitados—. ¡Yo no tengo ningún hijo!

La bruja menuda que estaba a su lado lanzó un gemido ahogado y se desplomó en el asiento. Se había desmayado. Crouch no parecía haberse dado cuenta.

—¡Lleváoslos! —ordenó Crouch a los dementores, salpicando saliva—. ¡Lleváoslos, y que se pudran allí!

—¡Padre, padre, yo no tengo nada que ver! ¡No! ¡No! ¡Por favor, padre!

—Creo, Harry, que ya es hora de volver a mi despacho —le dijo alguien al oído.

Se sobresaltó. Miró a un lado y luego al otro.

Había un Albus Dumbledore sentado a su derecha, que observaba cómo se llevaban los dementores al hijo de Crouch, y otro Albus Dumbledore a su izquierda, mirándolo a él.

—Vamos —le dijo el Dumbledore de la izquierda, agarrándolo del codo.

Harry notó que se elevaba en el aire; la mazmorra se desvaneció. Por un

instante la oscuridad fue total, y luego sintió como si diera una voltereta a cámara lenta y se posara de pronto sobre sus pies en lo que parecía la luz cegadora del soleado despacho de Dumbledore. La vasija de piedra brillaba en el armario, delante de él, y a su lado se encontraba Albus Dumbledore.

—Profesor —dijo Harry con voz entrecortada—, sé que no debería... Yo no pretendía... La puerta del armario estaba algo abierta y...

—Lo comprendo perfectamente —lo tranquilizó Dumbledore. Levantó la vasija, la llevó a su escritorio, la puso sobre la superficie pulida y se sentó en la silla detrás de la mesa. Con una seña, le indicó a Harry que tomara asiento enfrente de él.

Harry lo hizo, sin dejar de mirar la vasija de piedra. El contenido había vuelto a su estado original, blanco plateado, y se arremolinaba y agitaba bajo su atenta mirada.

—¿Qué es? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Esto? Se llama *pensadero* —explicó Dumbledore—. A veces me parece, y estoy seguro de que tú también conoces esa sensación, que tengo demasiados pensamientos y recuerdos metidos en el cerebro.

—Eh... —dijo Harry, que en realidad no podía decir que hubiera sentido nunca nada parecido.

—En esas ocasiones —siguió Dumbledore, señalando la vasija de piedra— uso el pensadero: no hay más que abrir el grifo de los pensamientos que sobran, verterlos en la vasija y examinarlos a placer. Es más fácil descubrir las pautas y las conexiones cuando están así, ¿me entiendes?

—¿Quiere decir que esas cosas son sus pensamientos? —preguntó Harry, observando la sustancia blanca que giraba en la vasija.

—Eso es —asintió Dumbledore—. Déjame que te lo muestre.

Dumbledore sacó la varita de la túnica y apoyó la punta en el canoso pelo de su sien. Al separar la varita, el pelo parecía haberse pegado a la punta, pero luego Harry se dio cuenta de que era una hebra brillante de la misma extraña sustancia plateada que había en el pensadero. Dumbledore añadió a la vasija aquel nuevo pensamiento, y Harry, anonadado, vio su propia cara en la superficie de la vasija.

Dumbledore colocó sus largas manos a cada lado del pensadero y lo movió de forma parecida a un buscador de oro que buscara pepitas... y Harry vio que su cara se transmutaba paulatinamente en la de Snape, que abría la boca y se dirigía al techo con una voz que resonaba ligeramente:

—Está volviendo... y la de Karkarov también... mas intensa y más clara que nunca...

—Una conexión que yo podría haber hecho sin ayuda —dijo Dumbledore

suspirando—, pero no importa. —Miró por encima de sus gafas de media luna a Harry, que a su vez miraba con la boca abierta cómo Snape seguía moviéndose en la superficie de la vasija—. Estaba utilizando el pensadero cuando llegó el señor Fudge a nuestra cita, y lo guardé apresuradamente. Supongo que no dejé bien cerrado el armario. Es lógico que atrajera tu atención.

—Lo siento —murmuró Harry.

Dumbledore movió la cabeza a los lados.

—La curiosidad no es pecado —replicó— Pero tenemos que ser cautos con ella, claro...

Frunciendo el entrecejo ligeramente, tocó con la punta de la varita los pensamientos que había en la vasija. Al instante surgió una chica rolliza y enfurruñada de unos dieciséis años, que empezó a girar despacio, con los pies en la vasija. No vio ni a Harry ni al profesor Dumbledore. Al hablar, su voz resonaba como la de Snape, como si llegara de las profundidades de la vasija de piedra:

—Me echó un maleficio, profesor Dumbledore, y sólo le estaba tomando un poco el pelo, señor. Sólo le dije que lo había visto el jueves besándose con Florence detrás de los invernaderos...

—Pero ¿por qué, Bertha? —dijo con tristeza Dumbledore, mirando a la chica que seguía dando vueltas, en aquel momento en silencio—. Para empezar, ¿por qué tenías que seguirlo?

—¿Bertha? —susurró Harry, mirándola—. ¿Ésa es... ésa era Bertha Jorkins?

—Sí —contestó Dumbledore, volviendo a tocar con la varita los pensamientos de la vasija; Bertha se hundió nuevamente en ellos, y la sustancia recuperó su aspecto opaco y plateado—. Era Bertha en el colegio, tal como la recuerdo.

La luz plateada del pensadero iluminaba el rostro de Dumbledore, y a Harry le sorprendió de repente ver lo viejo que parecía. Sabía, naturalmente, que Dumbledore estaba entrado en años, pero nunca pensaba en él como un viejo.

—Bueno, Harry —dijo Dumbledore en voz baja—, antes de que te perdieras entre mis pensamientos, querías decirme algo.

—Si. Profesor... yo estaba en clase de Adivinación, y... eh... me dormí.

Dudó, preguntándose si iba a recibir una regañina, pero Dumbledore sólo dijo:

—Lo puedo entender. Prosigue.

—Bueno, y soñé. Un sueño sobre lord Voldemort. Estaba torturando a Colagusano... ya sabe usted...

—Sí, lo conozco —dijo Dumbledore enseguida—. Continúa.

—A Voldemort le llegó una carta por medio de una lechuza. Dijo algo como que el error garrafal de Colagusano había quedado reparado. Dijo que había muerto alguien. Y luego dijo que Colagusano no tendría que servir de alimento a la serpiente (había una serpiente al lado del sillón). Dijo... dijo que, en vez de a él, la serpiente podría comerme a mí. Luego utilizó contra Colagusano la maldición *cruciatus*... y la cicatriz empezó a dolerme. Me desperté porque el dolor era muy fuerte.

Dumbledore simplemente lo miró.

—Eh... eso es todo —concluyó Harry.

—Ya veo —respondió Dumbledore en voz baja—. Ya veo. ¿Te había vuelto a doler la cicatriz este curso alguna vez, aparte de cuando lo hizo en verano?

—No, no me... ¿Cómo sabe usted que me desperté este verano con el dolor de la cicatriz? —preguntó Harry, sorprendido.

—Tú no eres el único que se cartea con Sirius —explicó Dumbledore—. Yo también he estado en contacto con él desde que salió el año pasado de Hogwarts. Fui yo quien le sugirió la cueva de la ladera de la montaña como el lugar más seguro para esconderse.

Dumbledore se levantó y comenzó a pasear por detrás del escritorio. De vez en cuando se ponía en la sien la punta de la varita, se sacaba otro pensamiento brillante y plateado, y lo echaba al pensadero. Dentro de éste, los pensamientos empezaron a girar tan rápido que Harry no podía distinguir nada: no era más que un borrón de colores.

—Profesor... —lo llamó después de un par de minutos.

Dumbledore dejó de pasear y miró a Harry.

—Disculpa —dijo, y volvió a sentarse tras el escritorio.

—¿Sabe por qué me duele la cicatriz?

Dumbledore lo observó en silencio durante un momento antes de responder.

—Tengo una teoría, nada más... Me da la impresión de que te duele la cicatriz tanto cuando Voldemort está cerca de ti como cuando a él lo acomete un acceso de odio especialmente intenso.

—Pero... ¿por qué?

—Porque tú y él estáis conectados por una maldición malograda —explicó Dumbledore—. Eso no es una cicatriz ordinaria.

—¿Y piensa que ese sueño... sucedió de verdad?

—Es posible —admitió Dumbledore—. Diría que probable. ¿Viste a Voldemort, Harry?

—No. Sólo la parte de atrás del asiento. Pero... no habría nada que ver, ¿verdad? Quiero decir que... no tiene cuerpo, ¿o sí? Pero... pero entonces, ¿cómo pudo sujetar la varita? —dijo Harry pensativamente.

—Buena pregunta —murmuró Dumbledore—. Buena pregunta...

Ni Harry ni Dumbledore hablaron durante un rato. Dumbledore tenía la vista fija en el otro lado del despacho, y de vez en cuando se ponía la punta de la varita en la sien y añadía otro pensamiento brillante y plateado a la sustancia en continuo movimiento del pensadero.

—Profesor —dijo Harry al fin—, ¿cree que está cobrando fuerzas?

—¿Voldemort? —Dumbledore miró a Harry por encima del pensadero. Era la misma mirada característica y penetrante que le había dirigido en otras ocasiones, y a Harry siempre le daba la impresión de que el director veía a través de él, de una manera en que ni siquiera podía hacerlo el ojo mágico de Moody—. Una vez más, Harry, me temo que sólo puedo hacer suposiciones.

Dumbledore volvió a suspirar, y de pronto pareció más viejo y más débil que nunca.

—Los años del ascenso de Voldemort estuvieron salpicados de desapariciones —explicó—. Ahora Bertha Jorkins ha desaparecido sin dejar rastro en el lugar en que Voldemort fue localizado por última vez. El señor Crouch también ha desaparecido... en estos mismos terrenos. Y ha habido una tercera desaparición, que el Ministerio, lamento tener que decirlo, no considera de importancia porque es la de un muggle. Se llama Frank Bryce; vivía en la aldea donde se crió el padre de Voldemort, y no se lo ha visto desde finales de agosto. Como ves, leo los periódicos muggles, cosa que no hacen mis amigos del Ministerio. —Dumbledore miró a Harry muy serio—. Creo que estas desapariciones están relacionadas, pero el ministro no está de acuerdo conmigo, como tal vez notaras cuando esperabas a la puerta.

Harry asintió con la cabeza. Volvieron a quedarse en silencio, y Dumbledore, de vez en cuando, se sacaba de la cabeza un pensamiento. Harry pensó que quizá debía marcharse, pero la curiosidad lo retuvo en la silla.

—Profesor... —repitió.

—¿Sí, Harry?

—Eh... ¿puedo preguntarle por... esos juicios que presencié en el pensadero?

—Puedes —contestó Dumbledore apesadumbrado—. Asistí a muchos juicios, pero algunos regresan a mi memoria con más claridad que otros... especialmente ahora...

—¿Recuerda... recuerda el juicio en que me encontró?, ¿el del hijo de Crouch? Bien... ¿se referían a los padres de Neville?

Dumbledore dirigió a Harry una mirada penetrante.

—¿No te ha contado nunca Neville por qué lo ha criado su abuela? —inquirió el director.

Harry negó con la cabeza, preguntándose por qué nunca había hablado con Neville del tema en los casi cuatro años que hacía que se conocían.

—Sí, se referían a los padres de Neville —admitió Dumbledore—. Su padre, Frank, era un auror, igual que el profesor Moody. Él y su mujer fueron torturados para sacarles información sobre el paradero de Voldemort después de que éste perdió su poder, tal como oíste.

—Entonces, ¿están muertos? —preguntó Harry en voz baja.

—No —respondió Dumbledore, con una amargura en la voz que nunca antes había notado Harry—, están locos. Se encuentran los dos en el Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas. Creo que Neville va a visitarlos, con su abuela, durante las vacaciones. No lo reconocen.

Harry se quedó horrorizado. No sabía... Nunca, en cuatro años, se había preocupado por averiguar...

—Los Longbottom eran muy queridos —prosiguió Dumbledore—. El ataque contra ellos fue posterior a la caída de Voldemort, cuando todo el mundo se sentía ya a salvo. Aquello provocó una oleada de furia como no he conocido nunca. El Ministerio se sintió muy presionado para capturar a los culpables. Por desgracia, y dada la condición en que se encontraban los Longbottom, su declaración no era de fiar.

—O sea ¿que el hijo del señor Crouch podría haber sido inocente? —dijo Harry pensativamente.

—En cuanto a eso, no tengo ni idea.

Harry se quedó callado una vez más, observando el movimiento de la sustancia del pensadero. Había otras dos preguntas que rabiaba por hacer, pero atañían a la culpabilidad de personas que estaban vivas.

—Eh —dijo—, el señor Bagman...

—Nadie lo ha vuelto a acusar de ninguna actividad tenebrosa —contestó Dumbledore con su voz impasible.

—Bien —dijo Harry apresuradamente, volviendo a observar el contenido

del pensadero, que giraba más despacio porque Dumbledore había dejado de añadir pensamientos—. Y... eh...

Pero el pensadero parecía estar haciendo la pregunta por él. El rostro de Snape volvía a flotar en la superficie. Dumbledore lo miró, y luego levantó la vista hacia Harry.

—Tampoco al profesor Snape —respondió.

Harry miró los ojos de color azul claro de Dumbledore, y lo que realmente quería saber le salió de la boca antes de que pudiera evitarlo:

—¿Qué le hizo pensar que Snape había dejado de apoyar a Voldemort, profesor?

Dumbledore aguantó durante unos segundos la mirada de Harry, y luego dijo:

—Eso, Harry, es un asunto entre el profesor Snape y yo.

Harry comprendió que la entrevista había concluido. Dumbledore no parecía enfadado, pero el tono terminante de su voz daba a entender que era el momento de irse. Se levantó, y lo mismo hizo Dumbledore.

—Harry —lo llamó cuando éste se hubo acercado a la puerta—, por favor, no digas a nadie lo de los padres de Neville. Tiene derecho a contarlo él, cuando esté preparado.

—Sí, profesor —respondió, volviéndose para salir.

—Y...

Harry miró atrás.

Dumbledore estaba sobre el pensadero, con la cara iluminada desde abajo por la luz plateada, y parecía más viejo que nunca. Miró por un momento a Harry, y le dijo:

—Buena suerte en la tercera prueba.

31

La tercera prueba

—¿También Dumbledore cree que Quien-tú-sabes está recuperando fuerzas? —murmuró Ron.

Harry ya había hecho partícipes a Ron y Hermione de todo cuanto había visto en el pensadero y de casi todo lo que Dumbledore le había dicho y mostrado después. Y, naturalmente, también había hecho partícipe a Sirius, a quien había enviado una lechuza en cuanto salió del despacho de Dumbledore. Aquella noche los tres volvieron a quedarse hasta tarde hablando de todas esas cosas en la sala común, hasta que a Harry empezó a darle vueltas la cabeza y comprendió a qué se refería Dumbledore cuando le había dicho que tenía tantos pensamientos en la cabeza que resultaba un alivio sacarlos.

Ron miraba la chimenea. A Harry le pareció que su amigo temblaba un poco, aunque la noche era cálida.

—¿Y confía en Snape? —preguntó Ron—. ¿De verdad confía en Snape, aunque sabe que fue un mortífago?

—Sí —respondió Harry.

Hermione llevaba diez minutos sin hablar. Estaba sentada con la frente apoyada en las manos y mirando al suelo. A Harry se le ocurrió que también a ella le hubiera sido útil un pensadero.

—Rita Skeeter —murmuró al final.

—¿Cómo puedes preocuparte ahora por ella? —exclamó Ron, sin dar crédito a sus oídos.

—No me preocupo por ella —dijo Hermione sin dejar de mirar al suelo—. Sólo estoy pensando... ¿Recordáis lo que me dijo en Las Tres Escobas? «Yo sé cosas sobre Ludo Bagman que te pondrían los pelos de punta...» Supongo que se refería a eso. Ella hizo la crónica del juicio, sabía que les había pasado información a los mortífagos. Y Winky también lo sabía, ¿os acordáis? «¡El señor Bagman es un mago malo!» Seguro que el señor Crouch se puso furioso cuando lo dejaron en libertad y lo comentó en su casa.

—Ya, pero Bagman no pasó la información a sabiendas, ¿o sí?

Hermione se encogió de hombros.

—¿Y Fudge cree que Madame Máxime atacó a Crouch? —preguntó Ron, volviéndose hacia Harry.

—Sí —repuso Harry—, pero sólo porque Crouch desapareció junto al carruaje de Beauxbatons.

—Nosotros nunca sospechamos de ella —comentó Ron pensativo—. Tiene sangre de gigante, y no quiere admitirlo...

—Claro que no quiere admitirlo —dijo Hermione bruscamente, levantando la mirada—. Mira lo que le pasó a Hagrid cuando Rita se enteró de lo de su madre. Mira a Fudge, llegando a rápidas conclusiones sobre ella, sólo porque es semigigante. ¿Para qué iba a querer que lo supieran?, ¿para hacerse víctima de ese tipo de prejuicios? En su lugar, sabiendo lo que me esperaba por decir la verdad, también yo diría que tengo el esqueleto grande. —De pronto Hermione miró el reloj y exclamó asustada—: ¡No hemos practicado nada! ¡Tendríamos que haber preparado el embrujo obstaculizador! ¡Mañana tendremos que ponernos a ello muy en serio! Vamos, Harry, tienes que dormir.

Harry y Ron subieron despacio al dormitorio. Al ponerse el pijama, Harry miró la cama de Neville. Fiel a la palabra que le había dado a Dumbledore, no había contado a Ron ni a Hermione nada sobre los padres de Neville. Mientras se quitaba las gafas y se metía en la cama adoselada, se imaginó cómo sería tener unos padres aún vivos pero incapaces de reconocer a su hijo. A menudo él inspiraba conmiseración por ser huérfano, pero mientras escuchaba los ronquidos de Neville pensó que éste se la merecía más. Allí acostado, a oscuras, Harry sintió un acceso de ira y odio contra los que habían torturado al señor y la señora Longbottom. Recordó los insultos de la multitud mientras el hijo de Crouch y sus compañeros eran retirados de la sala por los dementores... y comprendió cómo se sentía la gente. Luego recordó las súplicas del muchacho y su cara blanca como la leche, y con un estremecimiento pensó que había muerto un año más tarde...

Era Voldemort, se dijo Harry mirando en la oscuridad el dosel de su cama, todo era culpa de Voldemort: él había roto aquellas familias y arruinado todas aquellas vidas...

Ron y Hermione tenían que estudiar para los exámenes, que terminarían el día de la tercera prueba, pero gastaban la mayor parte de sus energías en ayudar a Harry a prepararse.

—No te preocupes por nosotros —le dijo Hermione, cuando Harry se lo hizo ver y les aseguró que no le importaba entrenarse él solo por un rato—. Al menos tendremos sobresaliente en Defensa Contra las Artes Oscuras: en clase nunca habríamos aprendido tantos maleficios.

—Es un buen entrenamiento para cuando seamos aurores —comentó Ron entusiasmado, utilizando el embrujo obstaculizador contra una avispa que acababa de entrar en el aula, que quedó paralizada en pleno vuelo.

Al empezar junio, volvieron la excitación y el nerviosismo al castillo. Todos esperaban con impaciencia la tercera prueba, que tendría lugar una semana antes de fin de curso. Harry aprovechaba cualquier momento para practicar los maleficios, y se sentía más confiado ante aquella prueba que ante las anteriores. Aunque indudablemente sería difícil y peligrosa, Moody tenía razón: él ya se las había apañado en ocasiones anteriores con engendros

monstruosos y barreras encantadas, y por lo menos aquella vez lo sabía de antemano y tenía posibilidades de prepararse para lo que le esperaba.

Harta de pillarlos por todas partes, la profesora McGonagall había dado permiso a Harry para usar el aula vacía de Transformaciones durante la hora de comer. No tardó en dominar el embrujo obstaculizador, un conjuro que servía para detener a los atacantes; la maldición reductora, que le permitiría apartar de su camino objetos sólidos, y el encantamiento brújula, un útil descubrimiento de Hermione que haría que la varita señalara justo hacia el norte y, por lo tanto, le permitiría comprobar si iba en la dirección correcta hacia el centro del laberinto. Sin embargo, seguía teniendo problemas con el encantamiento escudo. Se suponía que creaba alrededor del que lo conjuraba un muro temporal e invisible capaz de desviar maldiciones no muy potentes, pero Hermione logró romperlo con un embrujo piernas de gelatina bien lanzado. Harry anduvo tambaleándose durante diez minutos por el aula antes de que ella diera con el contramaleficio.

—Pero si lo estás haciendo estupendamente —lo animó Hermione, comprobando la lista y tachando los encantamientos que ya tenían bien aprendidos—. Algunos de éstos te pueden ir muy bien.

—Venid a ver esto —dijo Ron desde la ventana. Estaba observando los terrenos del colegio—. ¿Qué estará haciendo Malfoy?

Fueron a ver. Malfoy, Crabbe y Goyle estaban abajo, a la sombra de un árbol. Los dos últimos sonreían de satisfacción, al parecer vigilando algo, mientras Malfoy hablaba cubriéndose la boca con la mano.

—Parece como si estuviera usando un *walkie-talkie* —comentó Harry intrigado.

—Es imposible —repuso Hermione—. Os lo he dicho: ese tipo de aparatos no funcionan en Hogwarts. Vamos, Harry —añadió enérgicamente, dejando la ventana y volviendo al centro del aula—, repitamos el encantamiento escudo.

Por aquellos días, Sirius les enviaba lechuzas a diario. Al igual que Hermione, parecía que su interés primordial era ayudar a que Harry pasara la tercera prueba, antes de preocuparse por otros asuntos. En cada carta le recordaba que, ocurriera lo que ocurriera fuera de los muros de Hogwarts, ni era asunto suyo, ni podía hacer nada al respecto.

Si Voldemort está realmente recobrando fuerzas —escribía—, *lo primero para mí es tu seguridad. No te puede ponerlas manos encima mientras estés bajo la protección de Dumbledore; pero, aun así, es mejor no arriesgarse: entrénate para el laberinto, y luego ya nos ocuparemos de otros asuntos.*

Harry fue poniéndose más nervioso conforme se acercaba el 24 de junio, pero no tanto como ante las dos pruebas anteriores: por un lado, tenía la confianza de que, esta vez, había hecho cuanto estaba en su mano para prepararse para la prueba; por otro, aquél era el último tramo, y, lo hiciera bien o mal, el Torneo iba a finalizar, lo que sería un gran alivio.

El desayuno fue muy bullicioso en la mesa de Gryffindor la mañana de la tercera prueba. Las lechuzas llevaron a Harry una tarjeta de Sirius para desearle buena suerte. No era más que un trozo de pergamino doblado con la huella de una pata de perro, pero Harry la agradeció de todas maneras. Llegó una lechuza para Hermione llevándole su acostumbrado ejemplar de *El Profeta*. Lo desplegó, miró la primera página y escupió sin querer el zumo de calabaza que tenía en la boca.

—¿Qué...? —preguntaron al mismo tiempo Harry y Ron, mirándola.

—Nada —se apresuró a contestar ella, intentando retirar el periódico de la vista. Pero Ron lo cogió.

Miró el titular, y dijo:

—No puede ser. Hoy no. Esa vieja rata...

—¿Qué? —preguntó Harry—. ¿Otra vez Rita Skeeter?

—No —dijo Ron, e, igual que había hecho Hermione, intentó retirar el periódico.

—Es sobre mí, ¿verdad?

—No —contestó Ron, en un tono nada convincente.

Pero, antes de que Harry pudiera pedirles el periódico, Draco Malfoy gritó desde la mesa de Slytherin:

—¡Eh, Potter! ¿Qué tal te encuentras? ¿Te sientes bien? ¿Estás seguro de que no te vas a poner furioso con nosotros?

También Malfoy tenía en la mano un ejemplar de *El Profeta*. A lo largo de la mesa, los de Slytherin se reían y se volvían en las sillas para ver cómo reaccionaba Harry.

—Déjame verlo —le dijo Harry a Ron—. Dámelo.

A regañadientes, Ron le entregó el periódico. Harry le dio la vuelta y vio su propia fotografía bajo un titular muy destacado:

HARRY POTTER, «TRASTORNADO Y PELIGROSO»

El muchacho que derrotó a El-que-no-debe-ser-nombrado es inestable y probablemente peligroso, escribe Rita Skeeter, nuestra corresponsal especial. Recientemente han salido a la luz evidencias alarmantes del extraño comportamiento de Harry Potter que arrojan dudas sobre su idoneidad para competir en algo que exige tanto de sus participantes como el Torneo de los tres magos, e incluso para estudiar en Hogwarts.

Potter, como revela en exclusiva *El Profeta*, pierde el conocimiento con frecuencia en las clases, y a menudo se le oye quejarse de que le duele la cicatriz que tiene en la frente, vestigio de la maldición con la que Quien-ustedes-saben intentó matarlo. El pasado lunes, en medio de una clase de Adivinación, nuestra corresponsal de *El Profeta* presenció que Potter salía de la clase como un huracán, gritando que la cicatriz le dolía tanto que no podía seguir estudiando.

Es posible (nos dicen los máximos expertos del Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas) que la mente de Potter quedara afectada por el ataque infligido por Quien-ustedes-saben, y que la insistencia en que la cicatriz le sigue doliendo sea expresión de una alteración arraigada en lo más profundo del cerebro.

«Podría incluso estar fingiendo —ha dicho un especialista—. Podría tratarse de una manera de reclamar atención.»

Pero *El Profeta* ha descubierto hechos preocupantes relativos a Harry Potter que el director de Hogwarts, Albus Dumbledore, ha ocultado cuidadosamente a la opinión pública del mundo mágico.

«Potter habla la lengua pársel —nos revela Draco Malfoy, un alumno de cuarto curso de Hogwarts—. Hace dos años hubo un montón de ataques contra alumnos, y casi todo el mundo pensaba que Potter era el culpable después de haberlo visto perder los estribos en el club de duelo y arrojarle una serpiente a otro compañero. Pero lo taparon todo. También ha hecho amistad con hombres lobo y con gigantes. En nuestra opinión, sería capaz de cualquier cosa por conseguir un poco de poder.»

La lengua pársel, con la que se comunican las serpientes, se considera desde hace mucho tiempo un arte oscura. De hecho, el hablante de pársel más famoso de nuestros tiempos no es otro que el mismísimo Quien-ustedes-saben. Un miembro de la Liga para la Defensa contra las Fuerzas Oscuras, que no desea que su nombre aparezca aquí, asegura que consideraría a cualquier mago capaz de hablar en pársel «sospechoso a priori: personalmente, no me fiaría de

nadie que hablara con las serpientes, ya que éstas son frecuentemente utilizadas en los peores tipos de magia tenebrosa y están tradicionalmente relacionadas con los malhechores». De forma semejante, añadió: «Cualquiera que busque la compañía de engendros tales como gigantes y hombres lobo parece revelar una atracción por la violencia.»

Albus Dumbledore debería tal vez considerar si es adecuado que un muchacho como éste compita en el Torneo de los tres magos. Hay quien teme que Potter pueda recurrir a las artes oscuras en su afán por ganar el Torneo, cuya tercera prueba tendrá lugar esta noche.

—Ya no me tiene tanto cariño, ¿verdad? —dijo Harry sin darle importancia y doblando el periódico.

En la mesa de Slytherin, Malfoy, Crabbe y Goyle se reían de él, atornillándose el dedo en la sien, poniendo grotescas caras de loco y moviendo la lengua como las serpientes.

—¿Cómo ha sabido que te dolió la cicatriz en clase de Adivinación? —preguntó Ron—;. Ella no podía encontrarse allí, y es imposible que pudiera oír...

—La ventana estaba abierta. La abrí para poder respirar.

—¡Estabas en lo alto de la torre norte! —objetó Hermione—. ¡Tu voz no pudo llegar hasta abajo!

—Bueno, eres tú la que se supone que está investigando métodos mágicos de escucha —dijo Harry—. ¡Dinos tú cómo lo hace!

—Es lo que intento averiguar —admitió Hermione—. Pero... pero...

De repente, la cara de Hermione adquirió una expresión extraña y absorta. Levantó una mano lentamente y se pasó los dedos por el cabello.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ron, frunciendo el entrecejo.

—Sí —musitó Hermione.

Volvió a pasarse los dedos por el cabello y luego se llevó la mano a la boca, como si hablara por un *walkie-talkie* invisible. Harry y Ron se miraron sin comprender.

—Se me acaba de ocurrir algo —explicó Hermione, mirando al vacío—. Creo que sé... porque entonces nadie se daría cuenta... ni siquiera Moody... y ella podría haber llegado al alféizar de la ventana... Pero no puede hacerlo... lo tiene tajantemente prohibido... ¡Creo que la he pillado! Necesito ir dos segundos a la biblioteca... ¡Sólo para asegurarme!

Diciendo esto, Hermione cogió la mochila y salió corriendo del Gran Comedor.

—¡Eh! —la llamó Ron—. ¡Tenemos el examen de Historia de la Magia dentro de diez minutos! Vaya —dijo, volviéndose hacia Harry—, tiene que odiar mucho a esa Skeeter para arriesgarse a llegar tarde al examen. ¿Qué vas a hacer en clase de Binns, leer otra vez?

Como estaba exento de los exámenes de fin de curso por ser campeón de Hogwarts, en todos los que había habido hasta el momento Harry se había sentado al final del aula y había estudiado nuevos maleficios para la tercera prueba.

—Supongo —contestó Harry.

Pero, justo entonces, la profesora McGonagall llegó hacia él bordeando la mesa de Gryffindor.

—Potter, después de desayunar los campeones tenéis que ir a la sala de al lado —dijo.

—¡Pero la prueba no es hasta la noche! —exclamó Harry, manchándose de huevo revuelto la pechera y temiendo haberse confundido de hora.

—Ya lo sé, Potter. Las familias de los campeones están invitadas a la última prueba, ya sabes. Ahora tienes la oportunidad de saludarlos.

Se fue. Harry se quedó mirándola con la boca abierta.

—No esperará que vengan los Dursley, ¿verdad? —le preguntó a Ron, desconcertado.

—Ni idea —dijo Ron—. Será mejor que me dé prisa, Harry, o llegaré tarde al examen de Binns. Hasta luego.

Harry terminó de desayunar en el Gran Comedor, que se iba vaciando rápidamente. Vio que Fleur Delacour se levantaba de la mesa de Ravenclaw y se juntaba con Cedric para entrar en la sala contigua. Krum se marchó cabizbajo, poco después, para unirse a ellos. Harry se quedó donde estaba. Realmente, no quería ir a la sala. No tenía familia, por lo menos no tenía ningún familiar al que le pudiera importar que arriesgara la vida. Pero, justo cuando se iba a levantar, pensando en subir a la biblioteca para dar un último repaso a los maleficios, se abrió la puerta de la sala y Cedric asomó la cabeza.

—¡Vamos, Harry, te están esperando!

Totalmente perplejo, Harry se levantó. No era posible que hubieran llegado los Dursley, ¿o sí? Cruzó el Gran Comedor y abrió la puerta de la sala.

Cedric y sus padres estaban junto a la puerta. Viktor Krum se hallaba en un rincón, hablando en veloz búlgaro con su madre, una señora de pelo negro, y con su padre. Había heredado la nariz ganchuda de éste. Al otro lado de la

sala, Fleur conversaba con su madre en francés. Gabrielle, la hermana pequeña de Fleur, le daba la mano a su madre. Saludó con un gesto a Harry, y él respondió de igual manera. Luego vio, delante de la chimenea, sonriéndole, a Bill y a la señora Weasley.

—¡Sorpresa! —dijo muy emocionada la señora Weasley, mientras Harry les sonreía de oreja a oreja y caminaba hacia ellos—. ¡Pensamos que podíamos venir a verte, Harry! —se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué tal? —lo saludó Bill, sonriéndole y estrechándole la mano—. Charlie quería venir, pero no han podido darle permiso. Dice que estuviste increíble con el colacuerno.

Harry notó que Fleur Delacour miraba a Bill por encima del hombro de su madre con bastante interés. No parecía que le disgustaran ni el pelo largo ni los pendientes con colmillos.

—Muchísimas gracias por venir —murmuró Harry, dirigiéndose a la señora Weasley—. Por un momento pensé... los Dursley...

—Mmm —dijo la señora Weasley, frunciendo los labios. Siempre se refrenaba para no criticar a los Dursley delante de Harry, pero sus ojos refulgían cada vez que alguien los mencionaba.

—Es estupendo volver aquí —comentó Bill mirando la sala (Violeta, la amiga de la Señora Gorda, le guiñó un ojo desde su cuadro)—. Hacía cinco años que no veía este lugar. ¿Sigue por ahí el cuadro del caballero loco, sir Cadogan?

—Sí —contestó Harry, que había conocido a sir Cadogan el curso anterior.

—¿Y la Señora Gorda? —preguntó Bill.

—Ya estaba aquí en mis tiempos —comentó la señora Weasley—. Me echó una buena bronca la noche en que volví al dormitorio a las cuatro de la mañana.

—¿Qué hacías fuera del dormitorio a las cuatro de la mañana? —quiso saber Bill, mirando a su madre sorprendido.

La señora Weasley sonrió, y los ojos le brillaron.

—Tu padre y yo fuimos a dar un paseo a la luz de la luna —explicó—. Lo pilló Apollyon Pringle, que era el conserje por aquellos días. Tu padre aún conserva las señales.

—¿Te gustaría dar una vuelta, Harry? —le ofreció Bill.

—Claro —aceptó Harry, y salieron de la sala.

Al pasar al lado de Amos Diggory, éste se volvió hacia ellos.

—Conque estás aquí, ¿eh? —dijo, mirando a Harry de arriba abajo—. Apuesto a que no te sientes tan ufano ahora que Cedric te ha alcanzado en puntuación, ¿a que no?

—¿Qué? —preguntó Harry.

—No le hagas caso —le dijo Cedric a Harry en voz baja, mirando con severidad a su padre—. Está enfadado desde que leyó el artículo de Rita Skeeter sobre el Torneo de los tres magos. Ya sabes, cuando te hizo aparecer como el único campeón de Hogwarts.

—Pero no se preocupó por corregirla, ¿verdad? —comentó Amos Diggory, lo bastante alto para que Harry lo oyera mientras se dirigía a la puerta con Bill y la señora Weasley—. A pesar de todo le darás una lección, Cedric. Ya lo venciste una vez, ¿no?

—¡Rita Skeeter haría cualquier cosa por causar problemas, Amos! —dijo malhumorada la señora Weasley—. ¡Creí que lo sabrías, trabajando en el Ministerio!

Dio la impresión de que el señor Diggory iba a decir algo hiriente, pero su mujer le puso una mano en el brazo, y él no hizo más que encogerse de hombros y apartarse.

Harry disfrutó mucho la mañana caminando por los terrenos soleados con Bill y la señora Weasley, mostrándoles el carruaje de Beauxbatons y el barco de Durmstrang. La señora Weasley sentía curiosidad por el sauce boxeador, que había sido plantado después de que ella había dejado el colegio, y recordaba con todo detalle al guardabosque que había precedido a Hagrid, un hombre llamado Ogg.

—¿Cómo está Percy? —preguntó Harry cuando caminaban por los invernaderos.

—No muy bien —dijo Bill.

—Está bastante alterado —explicó la señora Weasley bajando la voz y mirando a su alrededor—. El Ministerio quiere que no se hable de la desaparición del señor Crouch, pero a Percy lo han llamado para preguntarle acerca de las instrucciones que Crouch le ha estado enviando. Piensan que pudieran no haber sido escritas realmente por él. Percy está sometido a demasiada tensión. No lo han dejado que sustituya esta noche al señor Crouch en el tribunal. Va a hacerlo Cornelius Fudge.

Volvieron al castillo para la comida.

—¡Mamá... Bill! —exclamó Ron, atónito, acudiendo a la mesa de Gryffindor—. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a ver a Harry en la última prueba —dijo con alegría la señora Weasley—. Tengo que decir que me gusta el cambio, no tener que cocinar. ¿Qué tal el examen?

—Eh... bien —contestó Ron—. No pude recordar todos los nombres de los duendes rebeldes, así que me inventé algunos. Pero bien —añadió, sirviéndose empanada de Cornualles, mientras la señora Weasley lo miraba con severidad—. Todos se llaman cosas como Bodrod *el Barbudo* y Urg *el Guarro*, así que no fue difícil.

Fred, George y Ginny fueron también a sentarse con ellos, y Harry lo pasó tan bien que le parecía estar de vuelta en La Madriguera. No se acordó de preocuparse por la prueba de aquella noche, y hasta que Hermione apareció en medio de la comida no recordó tampoco que ella había tenido una iluminación sobre Rita Skeeter.

—¿Nos vas a decir...?

Hermione negó con la cabeza pidiendo que se callara, y miró a la señora Weasley.

—Hola, Hermione —la saludó ella, mucho menos afectuosa de lo habitual.

—Hola —le respondió Hermione, con una sonrisa que vaciló ante la fría expresión de la señora Weasley.

Harry miró a una y a otra, y luego dijo:

—Señora Weasley, usted no creería esas mentiras que escribió Rita Skeeter en *Corazón de bruja*, ¿verdad? Porque Hermione y yo no somos novios.

—¡Ah! —exclamó la señora Weasley—. No... ¡por supuesto que no!

Pero a partir de ese momento empezó a mostrarse más cariñosa con Hermione.

Harry, Bill y la señora Weasley pasaron la tarde dando un largo paseo por el castillo y volvieron al Gran Comedor para el banquete de la noche. Para entonces, Ludo Bagman y Cornelius Fudge se habían incorporado a la mesa de los profesores. Bagman parecía muy contento, pero Cornelius Fudge, que estaba sentado junto a Madame Máxime, tenía una mirada severa y no hablaba. Madame Máxime no levantaba la vista del plato, y a Harry le pareció que tenía los ojos enrojecidos. Hagrid no dejaba de mirarla desde el otro lado de la mesa.

Hubo más platos de lo habitual, pero Harry, que empezaba a estar realmente nervioso, no comió mucho. Cuando el techo encantado comenzó a pasar del azul a un morado oscuro, Dumbledore, en la mesa de los profesores, se puso en pie y se hizo el silencio.

—Damas y caballeros, dentro de cinco minutos les pediré que vayamos todos hacia el campo de quidditch para presenciar la tercera y última prueba del Torneo de los tres magos. En cuanto a los campeones, les ruego que tengan la bondad de seguir ya al señor Bagman hasta el estadio.

Harry se levantó. A lo largo de la mesa, todos los de Gryffindor lo aplaudieron. Los Weasley y Hermione le desearon buena suerte, y salió del Gran Comedor, con Cedric, Fleur y Krum.

—¿Qué tal te encuentras, Harry? —le preguntó Bagman, mientras bajaban la escalinata de piedra por la que se salía del castillo—. ¿Estás tranquilo?

—Estoy bien —dijo Harry. Era bastante cierto: a pesar de sus nervios, seguía repasando mentalmente los maleficios y encantamientos que había practicado, y saber que los podía recordar todos lo hacía sentirse mejor.

Llegaron al campo de quidditch, que estaba totalmente irreconocible. Un seto de seis metros de altura lo bordeaba. Había un hueco justo delante de ellos: era la entrada al enorme laberinto. El camino que había dentro parecía oscuro y terrorífico.

Cinco minutos después empezaron a ocuparse las tribunas. El aire se llenó de voces excitadas y del ruido de pisadas de cientos de alumnos que se dirigían a sus sitios. El cielo era de un azul intenso pero claro, y empezaban a aparecer las primeras estrellas. Hagrid, el profesor Moody, la profesora McGonagall y el profesor Flitwick llegaron al estadio y se aproximaron a Bagman y los campeones. Llevaban en el sombrero estrellas luminosas, grandes y rojas. Todos menos Hagrid, que las llevaba en la espalda de su chaleco de piel de topo.

—Estaremos haciendo una ronda por la parte exterior del laberinto —dijo la profesora McGonagall a los campeones—. Si tenéis dificultades y queréis que os rescaten, echad al aire chispas rojas, y uno de nosotros irá a salvaros, ¿entendido?

Los campeones asintieron con la cabeza.

—Pues entonces... ya podéis iros —les dijo Bagman con voz alegre a los cuatro que iban a hacer la ronda.

—Buena suerte, Harry —susurró Hagrid, y los cuatro se fueron en diferentes direcciones para situarse alrededor del laberinto.

Bagman se apuntó a la garganta con la varita, murmuró *«¡Sonorus!»*, y su voz, amplificada por arte de magia, retumbó en las tribunas:

—¡Damas y caballeros, va a dar comienzo la tercera y última prueba del Torneo de los tres magos! Permítanme que les recuerde el estado de las puntuaciones: empatados en el primer puesto, con ochenta y cinco puntos cada uno... ¡el señor Cedric Diggory y el señor Harry Potter, ambos del colegio Hogwarts! —Los aplausos y vítores provocaron que algunos pájaros salieran revoloteando del bosque prohibido y se perdieran en el cielo cada vez más oscuro—. En segundo lugar, con ochenta puntos, ¡el señor Viktor Krum, del Instituto Durmstrang! —Más aplausos—. Y, en tercer lugar, ¡la señorita Fleur Delacour, de la Academia Beauxbatons!

Harry pudo distinguir a duras penas, en medio de las tribunas, a la señora

Weasley, Bill, Ron y Hermione, que aplaudían a Fleur por cortesía. Los saludó con la mano, y ellos le devolvieron el saludo, sonriéndole.

—¡Entonces... cuando sople el silbato, entrarán Harry y Cedric! —dijo Bagman—. Tres... dos... uno...

Dio un fuerte pitido, y Harry y Cedric penetraron rápidamente en el laberinto.

Los altísimos setos arrojaban en el camino sombras negras y, ya fuera a causa de su altura y su espesor, o porque estaban encantados, el bramido de la multitud se apagó en cuanto traspasaron la entrada. Harry se sentía casi corno si volviera a estar sumergido. Sacó la varita, susurró *«¡Lumos!»*, y oyó a Cedric que hacía lo mismo detrás de él. Después de unos cincuenta metros, llegaron a una bifurcación. Se miraron el uno al otro.

—Hasta luego —dijo Harry, y tiró por el de la izquierda, mientras Cedric cogía el de la derecha.

Harry oyó por segunda vez el silbato de Bagman: Krum acababa de entrar en el laberinto. Harry se apresuró. El camino que había escogido parecía completamente desierto. Giró a la derecha y corrió, sosteniendo la varita por encima de la cabeza para tratar de ver lo más lejos posible. Pero seguía sin haber nada a la vista.

Se escuchó por tercera vez, distante, el silbato de Ludo Bagman. Ya estaban todos los campeones dentro del laberinto.

Harry miraba atrás a cada rato. Sentía la ya conocida sensación de que alguien lo vigilaba. El laberinto se volvía más oscuro a cada minuto, conforme el cielo se oscurecía. Llegó a una segunda bifurcación.

—*¡Oriéntame!* —le susurró a su varita, poniéndola horizontalmente sobre la palma de la mano.

La varita giró y señaló hacia la derecha, a pleno seto. Eso era el norte, y sabía que tenía que ir hacia el noroeste para llegar al centro del laberinto. La mejor opción era tomar la calle de la izquierda, y girar a la derecha en cuanto pudiera.

También aquella calle estaba vacía, y cuando encontró un desvío a la derecha y lo cogió, volvió a hallar su camino libre de obstáculos. No sabía por qué, pero aquella ausencia de problemas lo desconcertaba. ¿No tendría que haberse encontrado ya con algo? Parecía que el laberinto le estuviera tendiendo una trampa para que se sintiera seguro y confiado. Luego oyó moverse algo justo tras él. Levantó la varita, lista para el ataque, pero el haz de luz que salía de ella se proyectó solamente en Cedric, que acababa de salir de una calle que había a mano derecha. Cedric parecía muy asustado: llevaba ardiendo una manga de la túnica.

—¡Los escregutos de cola explosiva de Hagrid! —dijo entre dientes—. ¡Son enormes! ¡Acabo de escapar ahora mismo!

Movió la cabeza a los lados, y salió de la vista por otro camino. Deseando poner la máxima distancia posible entre él y los escregutos, Harry se alejó a toda prisa. Entonces, al volver una esquina, vio...

Un dementor caminaba hacia él. Avanzaba con sus más de tres metros de altura, el rostro tapado por la capucha, las manos extendidas, putrefactas, llenas de pústulas, palpando a ciegas el camino hacia él. Harry oyó su respiración ruidosa, sintió que su húmeda frialdad empezaba a absorberlo, pero sabía lo que tenía que hacer...

Intentó pensar en la cosa más feliz que se le ocurriera; se concentró con todas sus fuerzas en la idea de salir del laberinto y celebrarlo con Ron y Hermione, levantó la varita y gritó:

—*¡Expecto patronum!*

Un ciervo de plata salió del extremo de su varita y fue galopando hacia el dementor, que cayó de espaldas, tropezando en el bajo de la túnica... Harry no había visto nunca tropezar a un dementor.

—¡Anda! —exclamó, yendo tras el patronus plateado—, ¡tú eres un boggart! *¡Riddíkulo!*

Se oyó un golpe, y el mutable ser estalló en una voluta de humo. El ciervo de plata se desvaneció. A Harry le hubiera gustado que se quedara para acompañarlo... Pero siguió, avanzando todo lo rápida y sigilosamente que podía, aguzando los oídos, con la varita en alto.

Izquierda, derecha, de nuevo izquierda... Dos veces se encontró en callejones sin salida. Repitió el encantamiento brújula, y se dio cuenta de que se había desviado demasiado hacia el este. Volvió sobre sus pasos, tomó una calle a la derecha, y vio una extraña neblina dorada que flotaba delante de él.

Harry se acercó con cautela, apuntando con el haz de luz de la varita. Parecía algún tipo de encantamiento. Se preguntó si podría deshacerse de ella.

—*¡Reducio!* —exclamó.

El encantamiento salió como un disparo y atravesó la niebla, dejándola intacta. Se lo tendría que haber imaginado: la maldición reductora era sólo para objetos sólidos. ¿Qué ocurriría si seguía a través de la niebla? ¿Merecía la pena probar, o sería mejor retroceder?

Seguía dudando cuando un grito agudo quebró el silencio.

—¿Fleur? —gritó Harry.

Nadie contestó. Miró hacia todos lados. ¿Qué le habría sucedido a ella? El grito parecía proceder de delante. Tomó aire, y se internó corriendo en la niebla encantada.

El mundo se puso boca abajo. Harry estaba colgado del suelo, con el pelo

levantado, las gafas suspendidas en el aire y a punto de caerse al cielo sin fondo. Se las colocó encima de la nariz, y comprobó, aterrorizado, su situación: era como si tuviera los pies pegados con cola al césped, que se había convertido en techo, y bajo él se extendía el infinito cielo oscuro y estrellado. Pensó que, si trataba de mover un pie, se caería de la tierra.

«Piensa —se dijo, mientras la sangre le bajaba a la cabeza—. Piensa...»

Pero ninguno de los encantamientos que había estudiado servía para combatir una repentina inversión del cielo y la tierra. ¿Se atrevería a desplazar un pie? Oía la sangre latiendo en los oídos. Tenía dos opciones: intentar moverse, o lanzar chispas rojas para ser rescatado y descalificado.

Cerró los ojos, para no ver el espacio infinito que tenía debajo, y levantó el pie derecho con todas sus fuerzas, separándolo del techo de césped.

De inmediato, el mundo volvió a colocarse. Harry cayó de rodillas a un suelo maravillosamente sólido. La impresión lo dejó momentáneamente sin fuerzas. Volvió a tomar aliento, se levantó y corrió; volvió la vista mientras se alejaba de la niebla dorada, que, a la luz de la luna, centelleaba con inocencia.

Se detuvo en un cruce y miró buscando algún rastro de Fleur. Estaba seguro de que había sido ella la que había gritado. ¿Qué era lo que había encontrado? ¿Estaría bien? No había rastro de chispas rojas: ¿quería eso decir que había logrado salir del peligro, o que se hallaba en un apuro tan grande que ni siquiera podía utilizar la varita? Harry tomó el camino de la derecha con una sensación de creciente angustia... pero, al mismo tiempo, no podía evitar pensar: «una menos».

La Copa tenía que estar cerca, y parecía que Fleur ya no competía. Él había llegado hasta allí... ¿Y si realmente conseguía ganar? Fugazmente, y por primera vez desde que se había visto convertido en campeón, se vio a sí mismo levantando la Copa de los tres magos ante el resto del colegio.

Pasaron otros diez minutos sin más encuentro que el de las calles sin salida. Dos veces torció por la misma calle equivocada. Finalmente dio con una ruta distinta, y comenzó a avanzar por ella, ya no tan aprisa. La varita se balanceaba en su mano haciendo oscilar su sombra en los setos. Luego dobló otra esquina, y se encontró ante un escreguto de cola explosiva.

Cedric tenía razón: era enorme. De unos tres metros de largo, era lo más parecido a un escorpión gigante: tenía el aguijón curvado sobre la espalda, y su grueso caparazón brillaba a la luz de la varita de Harry, con la que le apuntaba.

—*¡Desmaius!*

El encantamiento dio en el caparazón del escreguto y rebotó. Harry se agachó justo a tiempo, pero le llegó olor de pelo quemado: el encantamiento le había chamuscado la parte superior del cabello. El escreguto lanzó una ráfaga de fuego por la cola, y se lanzó raudo hacia él.

—*¡Impedimenta!* —gritó Harry. El embrujo dio de nuevo en el caparazón

del escreguto y rebotó. Harry retrocedió algunos pasos tambaleándose antes de caer—. *¡IMPEDIMENTA!*

El escreguto se hallaba a unos centímetros de él en el momento en que quedó paralizado: había conseguido darle en la parte de abajo, que era carnosa y sin caparazón. Jadeando, Harry se apartó de él y corrió, con todas sus fuerzas, en la dirección opuesta: el embrujo obstaculizador no era permanente, y el escreguto recuperaría de un momento a otro la movilidad de las patas.

Tomó un camino a la izquierda y resultó ser un callejón sin salida; otro a la derecha, y dio en otro. No tuvo más remedio que detenerse y volver a utilizar el encantamiento brújula. Desanduvo lo andado y escogió un camino que parecía ir al noroeste.

Llevaba unos minutos caminando a toda prisa por el nuevo camino, cuando oyó algo en la calle que iba paralela a la suya que lo hizo detenerse en seco.

—¿Qué vas a hacer? —gritaba la voz de Cedric—. ¿Qué demonios pretendes hacer?

Y a continuación se oyó la voz de Krum:

—*¡Crucio!*

El aire se llenó de repente con los gritos de Cedric. Horrorizado, Harry echó a correr, tratando de encontrar la manera de entrar en la calle de Cedric. Como no vio ningún acceso, intentó utilizar de nuevo la maldición reductora. No resultó muy efectiva, pero consiguió hacer un pequeño agujero en el seto, a través del cual metió la pierna y pataleó contra ramas y zarzas hasta conseguir abrir un boquete. Se metió por él rasgándose la túnica y, al mirar a la derecha, vio a Cedric, que se retorcía y sacudía en el suelo, y a Krum de pie a su lado.

Harry salió del agujero y se levantó, apuntando a Krum con la varita justo cuando éste miraba hacia él. Entonces Krum se volvió y echó a correr.

—*¡Desmaius!* —gritó Harry.

El encantamiento pegó a Krum en la espalda. Se detuvo en seco, cayó de bruces y se quedó inmóvil, boca abajo, tendido en la hierba. Harry corrió hacia Cedric, que había dejado de retorcerse y jadeaba con las manos en la cara.

—¿Estás bien? —le preguntó, cogiéndolo del brazo.

—Sí —dijo Cedric sin aliento—. Sí... no puedo creerlo... Venía hacia mí por detrás... Lo oí, me volví y me apuntó con la varita.

Se levantó. Seguía temblando. Los dos miraron a Krum.

—Me cuesta creerlo... Creía que era un tipo legal —dijo Harry, mirando a Krum.

—Yo también lo creía —repuso Cedric.

—¿Oíste antes el grito de Fleur? —preguntó Harry.

—Sí —respondió Cedric—. ¿Crees que Krum la alcanzó también a ella?

—No lo sé.

—¿Lo dejamos aquí? —preguntó Cedric.

—No. Creo que deberíamos lanzar chispas rojas. Alguien vendrá a recogerlo... Si no, lo más fácil es que se lo coma un escreguto.

—Es lo que se merece —musitó Cedric, pero aun así levantó la varita y disparó al aire una lluvia roja que brilló por encima de Krum, marcando el punto en que se encontraba.

Harry y Cedric permanecieron por un momento en la oscuridad, mirando a su alrededor. Luego Cedric dijo:

—Bueno, supongo que lo mejor es seguir...

—¿Qué? —dijo Harry—. Ah... sí... bien...

Fue un instante extraño: él y Cedric se habían sentido brevemente unidos contra Krum, pero enseguida volvieron a comprender que eran contrincantes. Siguieron por el oscuro camino sin hablar; luego Harry giró a la izquierda, y Cedric a la derecha. Pronto dejaron de oírse sus pasos.

Harry siguió adelante, usando el encantamiento brújula para asegurarse de que caminaba en la dirección correcta. Ahora el reto estaba entre él y Cedric. El deseo de llegar el primero a la Copa era en aquel momento más intenso que nunca, pero apenas podía concebir lo que acababa de ver hacer a Krum. El uso de una maldición imperdonable contra un ser humano se castigaba con cadena perpetua en Azkaban: eso era lo que les había dicho Moody. No era posible que Krum deseara la Copa de los tres magos hasta aquel punto... Empezó a caminar más aprisa.

De vez en cuando llegaba a otro callejón sin salida, pero la creciente oscuridad era una señal inequívoca de que se iba acercando al centro del laberinto. Entonces, caminando a zancadas por un camino recto y largo, volvió a percibir que algo se movía, y el haz de luz de la varita iluminó a una criatura extraordinaria, un espécimen al que sólo había visto en una ilustración de *El monstruoso libro de los monstruos*.

Era una esfinge: tenía el cuerpo de un enorme león, con grandes zarpas y una cola larga, amarillenta, que terminaba en un mechón castaño. La cabeza, sin embargo, era de mujer. Volvió a Harry sus grandes ojos almendrados cuando él se acercó. Harry levantó la varita, dudando. No parecía dispuesta a atacarlo, sino que paseaba de un lado a otro del camino, cerrándole el paso.

Entonces habló con una voz ronca y profunda:

—Estás muy cerca de la meta. El camino más rápido es por aquí.

—Eh... entonces, ¿me dejará pasar, por favor? —le preguntó Harry, suponiendo cuál iba a ser la respuesta.

—No —respondió, continuando su paseo—. No a menos que descifres mi enigma. Si aciertas a la primera, te dejaré pasar. Si te equivocas, te atacaré. Si te quedas callado, te dejaré marchar sin hacerte ningún daño.

Se le hizo un nudo en la garganta. Era a Hermione a quien se le daban bien aquellas cosas, no a él. Sopesó sus probabilidades: si el enigma era demasiado difícil, podía quedarse callado y marcharse incólume para intentar encontrar otra ruta alternativa hacia la copa.

—Vale —dijo—. ¿Puedo oír el enigma?

La esfinge se sentó sobre sus patas traseras, en el centro mismo del camino, y recitó:

Si te lo hiciera, te desgarraría con mis zarpas,

pero eso sólo ocurrirá si no lo captas.

Y no es fácil la respuesta de esta adivinanza,

porque está lejana, en tierras de bonanza,

donde empieza la región de las montañas de arena

y acaba la de los toros, la sangre, el mar y la verbena.

Y ahora contesta, tú, que has venido a jugar:

¿a qué animal no te gustaría besar?

Harry la miró con la boca abierta.

—¿Podría decírmelo otra vez... mas despacio? —pidió. Ella parpadeó, sonrió y repitió el enigma.

—¿Todas las pistas conducen a un animal que no me gustaría besar? —preguntó Harry.

Ella se limitó a esbozar su misteriosa sonrisa. Harry tomó aquel gesto por un «sí». Empezó a darle vueltas al acertijo en la cabeza. Había muchos animales a los que no le gustaría besar: de inmediato pensó en un escreguto de cola explosiva, pero intuyó que no era aquélla la respuesta. Tendría que intentar descifrar las pistas...

—«Si te lo hiciera, te desgarraría con mis zarpas» —murmuró Harry, mirándola.

«Puede desgarrarme si me come, pero me desgarraría con los colmillos, no con las zarpas —pensó—. Mejor dejo esta parte para luego...»

—¿Podría repetirme lo que sigue, si es tan amable?

Ella repitió los versos siguientes.

«La respuesta está donde empieza la región de las montañas de arena y acaba la de los toros, la sangre, el mar y la verbena.» El país de los toros, la sangre, el mar y la verbena podría ser España, y la región de las montañas de arena podría ser Marruecos, el Magreb, Arabia. Donde acaba España y empieza Marruecos podría ser el estrecho de Gibraltar, pero no puedo ir ahora tan lejos en busca de la respuesta. Claro que Marruecos y Magreb empiezan por «ma», Arabia lo hace por «ara», y España acaba en «ña». Y si me lo hace, si se da maña, no, si me araña... ¿qué animal no me gustaría besar?»

—¡La araña!

La esfinge pronunció más su sonrisa. Se levantó, extendió sus patas delanteras y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—¡Gracias! —dijo Harry y, sorprendido de su propia inteligencia, echó a correr.

Ya tenía que estar más cerca, tenía que estarlo... la varita le indicaba que iba bien encaminado. Si no encontraba nada demasiado horrible, podría...

Llegó a una bifurcación de caminos.

—¡Oriéntame! —le susurró a la varita, que giró y se paró apuntando al camino de la derecha. Giró corriendo por él, y vio luz delante.

La Copa de los tres magos brillaba sobre un pedestal a menos de cien metros de distancia. Harry acababa de echar a correr cuando una mancha oscura salió al camino, corriendo como una bala por delante de él.

Cedric iba a llegar primero. Corría hacia la copa tan rápido como podía, y Harry sabía que nunca podría alcanzarlo, porque Cedric era mucho más alto y tenía las piernas más largas...

Entonces Harry vio algo inmenso que asomaba por encima de un seto que había a su izquierda y que se movía velozmente por un camino que cruzaba el suyo. Iba tan rápido que Cedric estaba a punto de chocar contra aquello, y, con los ojos fijos en la copa, no lo había visto...

—¡Cedric! —gritó Harry—. ¡A tu izquierda!

Cedric miró justo a tiempo de esquivar la cosa y evitar chocar con ella, pero, en su apresuramiento, tropezó. La varita se le cayó de la mano, mientras

la araña gigante entraba en el camino y se abalanzaba sobre él.

—*¡Desmaius!* —volvió a gritar Harry.

El encantamiento dio de lleno en el gigantesco cuerpo, negro y peludo, pero fue como si le hubiera tirado una piedra: el bicho dio una sacudida, se balanceó un momento y luego corrió hacia Harry, en lugar de hacerlo hacia Cedric.

—*¡Desmaius! ¡Impedimenta! ¡Desmaius!*

Pero no servía de nada: la araña era tan grande, o tan mágica, que los encantamientos no hacían más que provocaría. Antes de que estuviera sobre él, Harry sólo vio la imagen horrible de ocho patas negras brillantes y de pinzas afiladas como cuchillas.

Lo levantó en el aire con sus patas delanteras. Forcejeando como loco, Harry intentaba darle patadas: su pierna pegó en las pinzas del animal, y sintió de inmediato un dolor insoportable. Oyó que Cedric también gritaba *«¡Desmaius!»*, pero sin más éxito que él. Cuando la araña volvió a abrir las pinzas, Harry levantó la varita y gritó:

—*¡Expelliarmus!*

Funcionó: el encantamiento de desarme hizo que el bicho lo soltara, pero eso supuso una caída de casi cuatro metros de altura sobre la pierna herida, que se aplastó bajo su peso. Sin detenerse a pensar, apuntó hacia arriba, a la panza de la araña, tal como había hecho con el escreguto, y gritó *«¡Desmaius!»* al mismo tiempo que Cedric.

Combinados, los dos encantamientos lograron lo que uno solo no podía: el animal se desplomó de lado, sobre un seto, y quedó obstruyendo el camino con una maraña de patas peludas.

—¡Harry! —oyó gritar a Cedric—. ¿Estás bien? ¿Cayó sobre ti?

—¡No! —respondió Harry, jadeando.

Se miró la pierna: sangraba mucho; tenía la túnica manchada con una secreción viscosa de las pinzas. Trató de levantarse, pero la pierna le temblaba y se negaba a soportar el peso de su cuerpo. Se apoyó en el seto, falto de aire, y miró a su alrededor.

Cedric estaba a muy poca distancia de la Copa de los tres magos, que brillaba tras él.

—Cógela —le dijo Harry sin aliento—. Vamos, cógela. Ya has llegado.

Pero Cedric no se movió. Se quedó allí, mirando a Harry. Luego se volvió para observarla. Harry vio la expresión de anhelo en su rostro, iluminado por el resplandor dorado de la Copa. Cedric volvió a mirar a Harry, que se agarraba ahora al seto para sostenerse en pie.

Cedric respiró hondo y dijo:

—Cógela tú. Tú mereces ganar: me has salvado la vida dos veces.

—No es así el Torneo —replicó Harry.

Estaba irritado: la pierna le dolía muchísimo, y tenía todo el cuerpo magullado por sus forcejeos con la araña; pero, después de todos sus esfuerzos, Cedric había llegado antes, igual que había llegado antes a pedirle a Cho que fuera su pareja de baile.

—El primero que llega a la Copa gana. Y el primero has sido tú. Te lo estoy diciendo: yo no puedo ganar ninguna competición con esta pierna.

Cedric se acercó un poco más a la araña desmayada, alejándose de la Copa y negando con la cabeza.

—No —dijo.

—¡Deja de hacer alardes de nobleza! —exclamó Harry irritado—. No tienes más que cogerla, y podremos salir de aquí.

Cedric observó cómo se agarraba al seto para mantenerse en pie.

—Tú me dijiste lo de los dragones —recordó Cedric—. Yo habría caído en la primera prueba si no me lo hubieras dicho.

—A mí también me lo dijeron —espetó Harry, tratando de limpiarse con la túnica la sangre de la pierna—. Y luego tú me ayudaste con el huevo: estamos en paz.

—También a mí me ayudaron con el huevo.

—Seguimos estando en paz —repuso Harry, probando con cautela la pierna, que tembló violentamente al apoyar el peso sobre ella. Se había torcido el tobillo cuando la araña lo había dejado caer.

—Te merecías más puntos en la segunda prueba —dijo Cedric tercamente—. Te rezagaste porque querías salvar a todos los rehenes. Es lo que tendría que haber hecho yo.

—¡Sólo yo fui lo bastante tonto para tomarme en serio la canción! —contestó Harry con amargura—. ¡Coge la Copa!

—No —contestó Cedric, dando unos pasos más hacia Harry.

Éste vio que Cedric era sincero. Quería renunciar a un tipo de gloria que la casa de Hufflepuff no había conquistado desde hacía siglos.

—Vamos, cógela tú —dijo Cedric. Era como si le costara todas sus fuerzas, pero había cruzado los brazos y su rostro no dejaba lugar a dudas: estaba decidido.

Harry miró alternativamente a Cedric y a la Copa. Por un instante esplendoroso, se vio saliendo del laberinto con ella. Se vio sujetando en alto la Copa de los tres magos, oyó el clamor de la multitud, vio el rostro de Cho embriagado de admiración, más nítido de lo que lo había visto nunca... y luego la imagen se desvaneció y volvió a ver la expresión seria y firme de Cedric.

—Vamos los dos —propuso Harry.

—¿Qué?

—La cogeremos los dos al mismo tiempo. Será la victoria de Hogwarts. Empataremos.

Cedric observó a Harry. Descruzó los brazos.

—¿Es... estás seguro?

—Sí —afirmó Harry—. Sí... Nos hemos ayudado el uno al otro, ¿no? Los dos hemos llegado hasta aquí. Tenemos que cogerla juntos.

Por un momento pareció que Cedric no daba crédito a sus oídos. Luego sonrió.

—Adelante, pues —dijo—. Vamos.

Cogió a Harry del brazo, por debajo del hombro, y lo ayudó a ir hacia el pedestal en que descansaba la Copa. Al llegar, uno y otro acercaron sendas manos a las relucientes asas.

—A la de tres, ¿vale? —propuso Harry—. Uno... dos... tres...

Cedric y él agarraron las asas de la Copa.

Al instante, Harry sintió una sacudida en el estómago. Sus pies despegaron del suelo. No podía aflojar la mano que sostenía la Copa de los tres magos: lo llevaba hacia delante, en un torbellino de viento y colores, y Cedric iba a su lado.

32

Hueso, carne y sangre

Harry sintió que los pies daban contra el suelo. La pierna herida flaqueó, y cayó de bruces. La mano, por fin, soltó la Copa de los tres magos.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Cedric sacudió la cabeza. Se levantó, ayudó a Harry a ponerse en pie, y los dos miraron en torno.

Habían abandonado los terrenos de Hogwarts. Era evidente que habían viajado muchos kilómetros, porque ni siquiera se veían las montañas que rodeaban el castillo. Se hallaban en el cementerio oscuro y descuidado de una pequeña iglesia, cuya silueta se podía ver tras un tejo grande que tenían a la derecha. A la izquierda se alzaba una colina. En la ladera de aquella colina se distinguía apenas la silueta de una casa antigua y magnífica.

Cedric miró la Copa y luego a Harry.

—¿Te dijo alguien que la Copa fuera un traslador? —preguntó.

—Nadie —respondió Harry, mirando el cementerio. El silencio era total y algo inquietante—. ¿Será esto parte de la prueba?

—Ni idea —dijo Cedric. Parecía nervioso—. ¿No deberíamos sacar la varita?

—Sí —asintió Harry, contento de que Cedric se hubiera anticipado a sugerirlo.

Las sacaron. Harry seguía observando a su alrededor. Tenía otra vez la extraña sensación de que los vigilaban.

—Alguien viene —dijo de pronto.

Escudriñando en la oscuridad, vislumbraron una figura que se acercaba caminando derecho hacia ellos por entre las tumbas. Harry no podía distinguirle la cara; pero, por la forma en que andaba y la postura de los brazos, pensó que llevaba algo en ellos. Quienquiera que fuera, era de pequeña estatura, y llevaba sobre la cabeza una capa con capucha que le ocultaba el rostro. La distancia entre ellos se acortaba a cada paso, permitiéndoles ver que lo que llevaba el encapuchado parecía un bebé... ¿o era simplemente una túnica arrebujada?

Harry bajó un poco la varita y echó una ojeada a Cedric. Éste le devolvió una mirada de desconcierto. Uno y otro volvieron a observar al que se acercaba, que al fin se detuvo junto a una enorme lápida vertical de mármol, a dos metros de ellos. Durante un segundo, Harry, Cedric y el hombrecillo no hicieron otra cosa que mirarse.

Y entonces, sin previo aviso, la cicatriz empezó a dolerle. Fue un dolor más fuerte que ningún otro que hubiera sentido en toda su vida. Al llevarse las manos a la cara la varita se le resbaló de los dedos. Se le doblaron las rodillas. Cayó al suelo y se quedó sin poder ver nada, pensando que la cabeza le iba a

estallar.

Desde lo lejos, por encima de su cabeza, oyó una voz fría y aguda que decía:

—Mata al otro.

Entonces escuchó un silbido y una segunda voz, que gritó al aire de la noche estas palabras:

—*¡Avada Kedavra!*

A través de los párpados cerrados, Harry percibió el destello de un rayo de luz verde, y oyó que algo pesado caía al suelo, a su lado. El dolor de la cicatriz alcanzó tal intensidad que sintió arcadas, y luego empezó a disminuir. Aterrorizado por lo que vería, abrió los ojos escocidos.

Cedric yacía a su lado, sobre la hierba, con las piernas y los brazos extendidos. Estaba muerto.

Durante un segundo que contuvo toda una eternidad, Harry miró la cara de Cedric, sus ojos abiertos, inexpresivos como las ventanas de una casa abandonada, su boca medio abierta, que parecía expresar sorpresa. Y entonces, antes de que su mente hubiera aceptado lo que veía, antes de que pudiera sentir otra cosa que aturdimiento e incredulidad, alguien lo levantó.

El hombrecillo de la capa había posado su lío de ropa y, con la varita encendida, arrastraba a Harry hacia la lápida de mármol. A la luz de la varita, Harry vio el nombre inscrito en la lápida antes de ser arrojado contra ella:

TOM RYDDLE

El hombre de la capa hizo aparecer por arte de magia unas cuerdas que sujetaron firmemente a Harry, atándolo a la lápida desde el cuello a los tobillos. Harry podía oír el sonido de una respiración rápida y superficial que provenía de dentro de la capucha. Forcejeó, y el hombre lo golpeó: lo golpeó con una mano a la que le faltaba un dedo, y entonces Harry comprendió quién se ocultaba bajo la capucha: Colagusano.

—¡Tú! —dijo jadeando.

Pero Colagusano, que había terminado de sujetarlo, no contestó: estaba demasiado ocupado comprobando la firmeza de las cuerdas, y sus dedos temblaban incontrolablemente hurgando en los nudos. Cuando estuvo seguro de que Harry había quedado tan firmemente atado a la lápida que no podía moverse ni un centímetro, Colagusano sacó de la capa una tira larga de tela negra y se la metió a Harry en la boca. Luego, sin decir una palabra, le dio la espalda y se marchó a toda prisa. Harry no podía decir nada, ni podía ver

adónde había ido Colagusano. No podía volver la cabeza para mirar al otro lado de la lápida: sólo podía ver lo que había justo delante de él.

El cuerpo de Cedric yacía a unos seis metros de distancia. Un poco más allá, brillando a la luz de las estrellas, estaba la Copa de los tres magos. La varita de Harry se encontraba en el suelo, a sus pies. El lío de ropa que Harry había pensado que sería un bebé se hallaba cerca de él, junto a la sepultura. Se agitaba de manera inquietante. Harry lo miró, y la cicatriz le volvió a doler... y de pronto comprendió que no quería ver lo que había dentro de aquella ropa... no quería que el lío se abriera...

Oyó un ruido a sus pies. Bajó la mirada, y vio una serpiente gigante que se deslizaba por la hierba, rodeando la lápida a la que estaba atado. Volvió a oír, cada vez más fuerte, la respiración rápida y dificultosa de Colagusano, que soñaba como si estuviera acarreando algo pesado. Entonces entró en el campo de visión de Harry, que lo vio empujando hasta la sepultura algo que parecía un caldero de piedra, aparentemente lleno de agua. Oyó que salpicaba al suelo, y era más grande que ningún caldero que él hubiera utilizado nunca: era una especie de pila de piedra capaz de contener a un hombre adulto sentado.

La cosa que había dentro del lío de ropa, en el suelo, se agitaba con más persistencia, como si tratara de liberarse. En aquel momento, Colagusano hacía algo en el fondo del caldero con la varita. De repente brotaron bajo él unas llamas crepitantes. La serpiente se alejó reptando hasta adentrarse en la oscuridad.

El líquido que contenía el caldero parecía calentarse muy rápidamente. La superficie comenzó no sólo a borbotear, sino que también lanzaba chispas abrasadoras, como si estuviera ardiendo. El vapor se espesaba emborronando la silueta de Colagusano, que atendía el fuego. El lío de ropa empezó a agitarse más fuerte, y Harry volvió a oírla voz fría y aguda:

—¡Date prisa!

La entera superficie del agua relucía por las chispas. Parecía incrustada de brillantes.

—Ya está listo, amo.

—Ahora... —dijo la voz fría.

Colagusano abrió el lío de ropa, que parecía una túnica, revelando lo que había dentro, y Harry soltó un grito que fue ahogado por lo que Colagusano le había metido en la boca.

Era como si Colagusano hubiera levantado una piedra y dejado a la vista algo oculto, horrendo y viscoso... pero cien veces peor de lo que se pueda decir. Lo que Colagusano había llevado con él tenía la forma de un niño agachado, pero Harry no había visto nunca nada menos parecido a un niño: no tenía pelo, y la piel era de aspecto escamoso, de un negro rojizo oscuro, como carne viva; los brazos y las piernas eran muy delgados y débiles; y la cara... Ningún niño vivo tendría nunca una cara parecida a aquélla: era plana y como

de serpiente, con ojos rojos brillantes.

Parecía incapaz de valerse por sí mismo: levantó los brazos delgados, se los echó al cuello a Colagusano, y éste lo levantó. Al hacerlo se le cayó la capucha, y Harry percibió, a la luz de la fogata, una expresión de asco en el pálido rostro de Colagusano mientras lo llevaba hasta el borde del caldero. Luego vio, por un momento, el rostro plano y malvado iluminado por las chispas que saltaban de la superficie de la poción, y oyó el golpe sordo del frágil cuerpo contra el fondo del caldero.

«Que se ahogue —pensó Harry, mientras la cicatriz le dolía casi más de lo que podía resistir—. Por favor... que se ahogue...»

Colagusano habló. La voz le salió temblorosa, y parecía aterrorizado. Levantó la varita, cerró los ojos y habló a la noche:

—¡Hueso del padre, otorgado sin saberlo, renovarás a tu hijo!

La superficie de la sepultura se resquebrajó a los pies de Harry. Horrorizado, vio que salía de debajo un fino chorro de polvo y caía suavemente en el caldero. La superficie diamantina del agua se agitó y lanzó un chisporroteo; arrojó chispas en todas direcciones, y se volvió de un azul vivido de aspecto ponzoñoso.

En aquel momento, Colagusano estaba lloriqueando. Sacó del interior de su túnica una daga plateada, brillante, larga y de hoja delgada. La voz se le quebraba en sollozos de espanto.

—¡Carne... del vasallo... voluntariamente ofrecida... revivirás a tu señor!

Extendió su mano derecha, la mano a la que le faltaba un dedo. Agarró la daga muy fuerte con la mano izquierda, y la levantó.

Harry comprendió lo que iba a hacer tan sólo un segundo antes de que ocurriera. Cerró los ojos con todas sus fuerzas, pero no pudo taparse los oídos para evitar oír el grito que perforó la noche y que atravesó a Harry como si él también hubiera sido acuchillado con la daga. Oyó un golpe contra el suelo, oyó los jadeos de angustia, y luego el ruido de una salpicadura que le dio asco, como de algo que caía dentro del caldero. Harry no se atrevía a mirar, pero la poción se había vuelto de un rojo ardiente, y producía una luz que traspasaba los párpados de Harry.

Colagusano sollozaba y gemía de dolor. Hasta que notó en la cara su agitada respiración, Harry no se dio cuenta de que se encontraba justo delante de él.

—Sa... sangre del enemigo... tomada por la fuerza... resucitarás al que odias.

Harry no pudo hacer nada para evitarlo, tan firmemente estaba atado. Mirando hacia abajo de soslayo, forcejeando inútilmente con las cuerdas que lo sujetaban a la lápida, vio la brillante daga plateada, temblando en la mano que

le quedaba a Colagusano. Sintió la punta penetrar en el pliegue del codo del brazo derecho, y la sangre escurriendo por la manga de la rasgada túnica. Colagusano, sin dejar de jadear de dolor, se hurgó en el bolsillo en busca de una redoma de cristal y la colocó bajo el corte que le había hecho a Harry de forma que entrara dentro un hilillo de sangre.

Tambaleándose, llevó la sangre de Harry hasta el caldero y la vertió en su interior. Al instante el liquido adquirió un color blanco cegador. Habiendo concluido el trabajo, Colagusano cayó de rodillas al lado del caldero; luego se desplomó de lado y quedó tendido en la hierba, agarrándose el muñón ensangrentado, sollozando y dando gritos ahogados...

El caldero hervía a borbotones, salpicando en todas direcciones chispas de un brillo tan cegador que todo lo demás parecía de una negrura aterciopelada. Nada sucedió...

«Que se haya ahogado —pensó Harry—, que haya salido mal...»

Y entonces, de repente, se extinguieron las chispas que saltaban del caldero. Una enorme cantidad de vapor blanco surgió formando nubes espesas y lo envolvió todo, de forma que no pudo ver ni a Colagusano ni a Cedric ni ninguna otra cosa aparte del vapor suspendido en el aire.

«Ha ido mal —pensó—. Se ha ahogado... Por favor... por favor, que esté muerto...»

Pero entonces, a través de la niebla, vio, aterrorizado, que del interior del caldero se levantaba lentamente la oscura silueta de un hombre, alto y delgado como un esqueleto.

—Vísteme —dijo por entre el vapor la voz fría y aguda, y Colagusano, sollozando y gimiendo, sin dejar de agarrarse el brazo mutilado, alcanzó con dificultad la túnica negra del suelo, se puso en pie, se acercó a su señor y se la colocó por encima con una sola mano.

El hombre delgado salió del caldero, mirando a Harry fijamente... y Harry contempló el rostro que había nutrido sus pesadillas durante los últimos tres años. Más blanco que una calavera, con ojos de un rojo amoratado, y la nariz tan aplastada como la de una serpiente, con pequeñas rajas en ella en vez de orificios.

Lord Voldemort había vuelto.

33

Los mortífagos

Voldemort apartó la vista de Harry y empezó a examinar su propio cuerpo. Las manos eran como grandes arañas blancas; con los largos dedos se acarició el pecho, los brazos, la cara. Los rojos ojos, cuyas pupilas eran alargadas como las de un gato, refulgieron en la oscuridad. Levantó las manos y flexionó los dedos con expresión embelesada y exultante. No hizo el menor caso de Colagusano, que se retorcía sangrando por el suelo, ni de la enorme serpiente, que otra vez había aparecido y daba vueltas alrededor de Harry, emitiendo sutiles silbidos. Voldemort deslizó una de aquellas manos de dedos anormalmente largos en un bolsillo de la túnica, y sacó una varita mágica. También la acarició suavemente, y luego la levantó y apuntó con ella a Colagusano, que se elevó en el aire y fue a estrellarse contra la tumba a la que Harry estaba atado. Cayó a sus pies y quedó allí, desmadejado y llorando. Voldemort volvió hacia Harry sus rojos ojos, y soltó una risa sin alegría, fría, aguda.

La túnica de Colagusano tenía manchas sanguinolentas, pues éste se había envuelto con ella el muñón del brazo.

—Señor... —rogó con voz ahogada—, señor... me prometisteis... me prometisteis...

—Levanta el brazo —dijo Voldemort con desgana.

—¡Ah, señor... gracias, señor...!

Alargó el muñón ensangrentado, pero Voldemort volvió a reírse.

—¡El otro brazo, Colagusano!

—Amo, por favor... por favor...

Voldemort se inclinó hacia él y tiró de su brazo izquierdo. Le retiró la manga por encima del codo, y Harry vio algo en la piel, algo como un tatuaje de color rojo intenso: una calavera con una serpiente que le salía de la boca, la misma imagen que había aparecido en el cielo en los Mundiales de quidditch: la Marca Tenebrosa. Voldemort la examinó cuidadosamente, sin hacer caso del llanto incontrolable de Colagusano.

—Ha retornado —dijo con voz suave—. Todos se habrán dado cuenta... y ahora veremos... ahora sabremos...

Apretó con su largo índice blanco la marca del brazo de Colagusano.

La cicatriz volvió a dolerle, y Colagusano dejó escapar un nuevo alarido. Voldemort retiró los dedos de la marca de Colagusano, y Harry vio que se había vuelto de un negro azabache.

Con expresión de cruel satisfacción, Voldemort se irguió, echó atrás la cabeza y contempló el oscuro cementerio.

—Al notarlo, ¿cuántos tendrán el valor de regresar? —susurró, fijando en las estrellas sus brillantes ojos rojos—. ¿Y cuántos serán lo bastante locos para no hacerlo?

Comenzó a pasear de un lado a otro ante Harry y Colagusano, barriendo el cementerio con los ojos sin cesar. Después de un minuto volvió a mirar a Harry, y una cruel sonrisa torció su rostro de serpiente.

—Estás sobre los restos de mi difunto padre, Harry —dijo con un suave siseo—. Era muggle y además idiota... como tu querida madre. Pero los dos han tenido su utilidad, ¿no? Tu madre murió para defenderte cuando eras niño... A mi padre lo maté yo, y ya ves lo útil que me ha sido después de muerto.

Voldemort volvió a reírse. Seguía paseando, observándolo todo mientras andaba, en tanto la serpiente describía círculos en la hierba.

—¿Ves la casa de la colina, Potter? En ella vivió mi padre. Mi madre, una bruja que vivía en la aldea, se enamoró de él. Pero mi padre la abandonó cuando supo lo que era ella: no le gustaba la magia.

»La abandonó y se marchó con sus padres muggles antes incluso de que yo naciera, Potter, y ella murió dándome a luz, así que me crié en un orfanato muggle... pero juré encontrarlo... Me vengué de él, de este loco que me dio su nombre, Tom Ryddle.

Siguió paseando, dirigiendo sus rojos ojos de una tumba a otra.

—Lo que son las cosas: yo reviviendo mi historia familiar... —dijo en voz baja—. Vaya, me estoy volviendo sentimental... ¡Pero mira, Harry! Ahí vuelve mi verdadera familia...

El aire se llenó repentinamente de ruido de capas. Por entre las tumbas, detrás del tejo, en cada rincón umbrío, se aparecían magos, todos encapuchados y con máscara. Y uno a uno se iban acercando lenta, cautamente, como si apenas pudieran dar crédito a sus ojos. Voldemort permaneció en silencio, aguardando a que llegaran junto a él. Entonces uno de los mortífagos cayó de rodillas, se arrastró hacia Voldemort y le besó el bajo de la negra túnica.

—Señor... señor... —susurró.

Los mortífagos que estaban tras él hicieron lo mismo. Todos se le fueron acercando de rodillas, y le besaron la túnica antes de retroceder y levantarse para formar un círculo silencioso en torno a la tumba de Tom Ryddle, de forma que Harry, Voldemort y Colagusano, que yacía en el suelo sollozando y retorciéndose, quedaron en el centro. Dejaban huecos en el círculo, como si esperaran que apareciera más gente. Voldemort, sin embargo, no parecía aguardar a nadie más. Miró a su alrededor los rostros encapuchados y, aunque

no había viento, un ligero temblor recorrió el círculo, haciendo crujir las túnicas.

—Bienvenidos, mortífagos —dijo Voldemort en voz baja—. Trece años... trece años han pasado desde la última vez que nos encontramos. Pero seguís acudiendo a mi llamada como si fuera ayer... ¡Eso quiere decir que seguimos unidos por la Marca Tenebrosa!, ¿no es así?

Echó atrás su terrible cabeza y aspiró, abriendo los agujeros de la nariz, que tenían forma de rendijas.

—Huelo a culpa —dijo—. Hay un hedor a culpa en el ambiente.

Un segundo temblor recorrió el círculo, como si cada uno de sus integrantes sintiera la tentación de retroceder pero no se atreviera.

—Os veo a todos sanos y salvos, con vuestros poderes intactos... ¡qué apariciones tan rápidas!... y me pregunto: ¿por qué este grupo de magos no vino en ayuda de su señor, al que juraron lealtad eterna?

Nadie habló. Nadie se movió salvo Colagusano, que no dejaba de sollozar por su brazo sangrante.

—Y me respondo —susurró Voldemort—: debieron de pensar que yo estaría acabado, que me había ido. Volvieron ante mis enemigos, adujeron que habían actuado por inocencia, por ignorancia, por encantamiento...

»Y entonces me pregunto a mí mismo: ¿cómo pudieron creer que no volvería? ¿Cómo pudieron creerlo ellos, que sabían las precauciones que yo había tomado, tiempo atrás, para preservarme de la muerte? ¿Cómo pudieron creerlo ellos, que habían sido testigos de mi poder, en los tiempos en que era más poderoso que ningún otro mago vivo?

»Y me respondo: quizá creyeron que existía alguien aún más fuerte, alguien capaz de derrotar incluso a lord Voldemort. Tal vez ahora son fieles a ese alguien... ¿tal vez a ese paladín de la gente común, de los sangre sucia y de los muggles, Albus Dumbledore?

A la mención del nombre de Dumbledore, los integrantes del círculo se agitaron, y algunos negaron con la cabeza o murmuraron algo.

Voldemort no les hizo caso.

—Me resulta decepcionante. Lo confieso, me siento decepcionado...

Uno de los hombres avanzó hacia Voldemort, rompiendo el círculo. Temblando de pies a cabeza, cayó a sus pies.

—¡Amo! —gritó—. ¡Perdonadme, señor! ¡Perdonadnos a todos!

Voldemort rompió a reír. Levantó la varita.

—*¡Crucio!*

El mortífago que estaba en el suelo se retorció y gritó. Harry pensó que los aullidos llegarían a las casas vecinas. «Que venga la policía —pensó desesperado—; cualquiera, quien sea...»

Voldemort levantó la varita. El mortífago torturado yacía en el suelo, jadeando.

—Levántate, Avery —dijo Voldemort con suavidad—. Levántate. ¿Ruegas clemencia? Yo no tengo clemencia. Yo no olvido. Trece largos años... Te exigiré que me pagues por estos trece años antes de perdonarte. Colagusano ya ha pagado parte de su deuda, ¿no es así, Colagusano?

Bajó la vista hacia éste, que seguía sollozando.

—No volviste a mí por lealtad sino por miedo a tus antiguos amigos. Mereces el dolor, Colagusano. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, señor —gimió Colagusano—. Por favor, señor, por favor...

—Aun así, me ayudaste a recuperar mi cuerpo —dijo fríamente Voldemort, mirándolo sollozar en la hierba—. Aunque eres inútil y traicionero, me ayudaste... y lord Voldemort recompensa a los que lo ayudan.

Volvió a levantar la varita e hizo con ella una floritura en el aire. Un rayo de lo que parecía plata derretida salió brillando de ella. Sin forma durante un momento, adquirió luego la de una brillante mano humana, de color semejante a la luz de la luna, que descendió y se adhirió a la muñeca sangrante de Colagusano.

Los sollozos de éste se detuvieron de pronto. Respirando irregular y entrecortadamente, levantó la cabeza y contempló la mano de plata como si no pudiera creerlo. Se había unido al brazo limpiamente, sin señales, como si se hubiera puesto un guante resplandeciente. Flexionó los brillantes dedos y luego, temblando, cogió del suelo una pequeña ramita seca y la estrujó hasta convertirla en polvo.

—Señor —susurró—. Señor... es hermosa... Gracias... mil gracias.

Avanzó de rodillas y besó el bajo de la túnica de Voldemort.

—Que tu lealtad no vuelva a flaquear, Colagusano —le advirtió Voldemort.

—No, mi señor... nunca.

Colagusano se levantó y ocupó su lugar en el círculo, sin dejar de mirarse la mano nueva. En la cara aún le brillaban las lágrimas. Voldemort se acercó entonces al hombre que estaba a la derecha de Colagusano.

—Lucius, mi escurridizo amigo —susurró, deteniéndose ante él—. Me han dicho que no has renunciado a los viejos modos, aunque ante el mundo presentas un rostro respetable. Tengo entendido que sigues dispuesto a tomar la iniciativa en una sesión de tortura de muggles. Sin embargo, nunca

intentaste encontrarme, Lucius. Tu demostración en los Mundiales de quidditch estuvo bien, divertida, me atrevería a decir... pero ¿no hubieras hecho mejor en emplear tus energías en encontrar y ayudar a tu señor?

—Señor, estuve en constante alerta —dijo con rapidez la voz de Malfoy, desde debajo de la capucha—. Si hubiera visto cualquier señal vuestra, una pista sobre vuestro paradero, habría acudido inmediatamente a vuestro lado. Nada me lo habría impedido...

—Y aun así escapaste de la Marca Tenebrosa cuando un fiel mortífago la proyectó en el aire el verano pasado —lo interrumpió Voldemort con suavidad, y el señor Malfoy dejó bruscamente de hablar—. Sí, lo sé todo, Lucius. Me has decepcionado... Espero un servicio más leal en el futuro.

—Por supuesto, señor, por supuesto... Sois misericordioso, gracias.

Voldemort se movió, y se detuvo mirando fijamente al hueco que separaba a Malfoy del siguiente hombre, en el que hubieran cabido bien dos personas.

—Aquí deberían encontrarse los Lestrange —dijo Voldemort en voz baja—. Pero están en Azkaban, sepultados en vida. Fueron fieles, prefirieron Azkaban a renunciar a mí... Cuando asaltemos Azkaban, los Lestrange recibirán más honores de los que puedan imaginarse. Los dementores se unirán a nosotros: son nuestros aliados naturales. Y llamaremos a los gigantes desterrados. Todos mis vasallos devotos volverán a mí, y un ejército de criaturas a quienes todos temen...

Siguió su recorrido. Pasaba ante algunos mortífagos sin decir nada, pero se detenía ante otros y les hablaba:

—Macnair... Colagusano me ha dicho que ahora te dedicas a destruir bestias peligrosas para el Ministerio de Magia. Pronto dispondrás de mejores víctimas, Macnair. Lord Voldemort te proveerá de ellas.

—Gracias, señor... gracias —musitó Macnair.

—Y aquí —Voldemort llegó ante las dos figuras más grandes— tenemos a Crabbe. Esta vez lo harás mejor, ¿no, Crabbe? ¿Y tú, Goyle?

Se inclinaron torpemente, musitando:

—Sí, señor...

—Así será, señor...

—Te digo lo mismo que a ellos, Nott —dijo Voldemort en voz baja, desplazándose hasta una figura encorvada que estaba a la sombra del señor Goyle.

—Señor, me postro ante vos. Soy vuestro más fiel servidor...

—Eso espero —repuso Voldemort.

Llegó ante el hueco más grande de todos, y se quedó mirándolo con sus rojos ojos, inexpresivos, como si pudiera ver a los que faltaban.

—Y aquí tenemos a seis mortífagos desaparecidos... tres de ellos muertos en mi servicio. Otro, demasiado cobarde para venir, lo pagará. Otro que creo que me ha dejado para siempre... ha de morir, por supuesto. Y otro que sigue siendo mi vasallo más fiel, y que ya se ha reincorporado a mi servicio.

Los mortífagos se agitaron. Harry vio que se dirigían miradas unos a otros a través de las máscaras.

—Ese fiel vasallo está en Hogwarts, y gracias a sus esfuerzos ha venido aquí esta noche nuestro joven amigo...

»Sí —continuó Voldemort, y una sonrisa le torció la boca sin labios, mientras los ojos de todos se clavaban en Harry—. Harry Potter ha tenido la bondad de venir a mi fiesta de renacimiento. Me atrevería a decir que es mi invitado de honor.

Se hizo el silencio. Luego, el mortífago que se encontraba a la derecha de Colagusano avanzó, y la voz de Lucius Malfoy habló desde debajo de la máscara.

—Amo, nosotros ansiamos saber... Os rogamos que nos digáis... como habéis logrado... este milagro... cómo habéis logrado volver con nosotros...

—Ah, ésa es una historia sorprendente, Lucius —contestó Voldemort—. Una historia que comienza... y termina... con el joven amigo que tenemos aquí.

Se acercó a Harry con desgana, y ambos fueron entonces el centro de atención. La serpiente seguía dando vueltas alrededor de Harry.

—Naturalmente, sabéis que a este muchacho lo han llamado «mi caída» —dijo Voldemort suavemente, clavando sus rojos ojos en Harry; la cicatriz empezó a dolerle tanto que éste estuvo a punto de chillar de dolor—. Todos sabéis que, la noche en que perdí mis poderes y mi cuerpo, había querido matarlo. Su madre murió para salvarlo, y sin saberlo fue para él un escudo que yo no había previsto... No pude tocarlo.

Voldemort levantó uno de sus largos dedos blancos, y lo puso muy cerca de la mejilla de Harry.

—Su madre dejó en él las huellas de su sacrificio... esto es magia antigua; tendría que haberlo recordado, no me explico cómo lo pasé por alto... Pero no importa: ahora sí que puedo tocarlo.

Harry sintió el contacto de la fría yema del dedo largo y blanco, y creyó que la cabeza le iba a estallar de dolor.

Voldemort rió suavemente en su oído; luego retiró el dedo y siguió dirigiéndose a los mortífagos.

—Me equivoqué, amigos, lo admito. Mi maldición fue desviada por el loco sacrificio de la mujer y rebotó contra mí. Aaah... un dolor por encima de lo imaginable, amigos. Nada hubiera podido prepararme para soportarlo. Fui arrancado del cuerpo, quedé convertido en algo que era menos que espíritu, menos que el más sutil de los fantasmas... y, sin embargo, seguía vivo. Lo que fui entonces, ni siquiera yo lo sé... Yo, que he ido más lejos que nadie en el camino hacia la inmortalidad. Vosotros conocéis mi meta: conquistar la muerte. Y entonces fui puesto a prueba, y resultó que alguno de mis experimentos funcionó bien... porque no llegué a morir aunque la maldición debiera haberme matado. No obstante, quedé tan desprovisto de poder como la más débil criatura viva, y sin ningún recurso que me ayudara... porque no tenía cuerpo, y cualquier hechizo que pudiera haberme ayudado requería la utilización de una varita.

»Sólo recuerdo que me obligué a mí mismo a existir, sin desfallecer. Me establecí en un lugar alejado, en un bosque, y esperé... Sin duda, alguno de mis fieles mortífagos trataría de encontrarme... alguno de ellos vendría y practicaría la magia que yo no podía, para devolverme a un cuerpo. Pero esperé en vano.

Un estremecimiento recorrió de nuevo el círculo de los mortífagos. Voldemort dejó que aquel estremecimiento creciera horriblemente antes de continuar:

—Sólo conservaba uno de mis poderes: el de ocupar los cuerpos de otros. Pero no me atrevía a ir a donde hubiera abundancia de humanos, porque sabía que los aurores seguían buscándome por el extranjero. En ocasiones habité el cuerpo de animales (por supuesto, las serpientes fueron mis preferidos), pero en ellos no estaba mucho mejor que siendo puro espíritu, porque sus cuerpos son poco aptos para realizar magia... y, además, mi posesión de ellos les acortaba la vida. Ninguno duró mucho.

»Luego... hace cuatro años... encontré algo que parecía asegurarme el retorno. Un mago joven y confiado vagaba por el camino del bosque que había convertido en mi hogar. Era la oportunidad con la que había estado soñando, pues se trataba de un profesor del colegio de Dumbledore. Fue fácil doblegarlo a mi voluntad... Me trajo de vuelta a este país, y después de un tiempo ocupé su cuerpo para vigilarlo de cerca mientras cumplía mis órdenes. Pero el plan falló: no logré robar la piedra filosofal. Perdí la oportunidad de asegurarme la vida inmortal. Una vez más, Harry Potter frustró mi intento...

Volvió a hacerse el silencio. Nada se movía, ni siquiera las hojas del tejo. Los mortífagos estaban completamente inmóviles, y en las máscaras les brillaban los ojos, fijos en Voldemort y en Harry.

—Mi vasallo murió cuando dejé su cuerpo, y yo quedé tan debilitado como antes —prosiguió Voldemort—. Volví a mi lejano refugio temiendo que nunca recuperaría mis poderes. Sí, aquéllos fueron mis peores días: no podía esperar encontrarme otro mago cuyo cuerpo pudiera ocupar... y ya había perdido toda esperanza de que mis mortífagos se preocuparan por lo que hubiera sido de mí.

Uno o dos de los enmascarados hicieron gestos de incomodidad, pero Voldemort no hizo caso.

—Y entonces, no hace ni un año, cuando ya había abandonado toda esperanza, sucedió al fin: un vasallo volvió a mí. Colagusano, aquí presente, que había fingido su propia muerte para huir de la justicia, fue descubierto y decidió volver junto a su señor. Me buscó por el país en que se rumoreaba que me había ocultado... ayudado, claro, por las ratas que fue encontrando por el camino. Colagusano tiene una curiosa afinidad con las ratas, ¿no es así? Sus sucios amiguitos le dijeron que, en las profundidades de un bosque albanés, había un lugar que evitaban, en el que animales pequeños como ellas habían encontrado la muerte al quedar poseídos por una sombra oscura.

»Pero su viaje de regreso a mí no careció de tropiezos, ¿verdad, Colagusano? Porque una noche, hambriento, en las lindes del mismo bosque en que esperaba encontrarme, paró imprudentemente en una posada para comer algo... ¿y a quién diríais que halló allí? A la mismísima Bertha Jorkins, una bruja del Ministerio de Magia.

»Ahora veréis cómo el hado favorece a lord Voldemort: aquél podría haber sido el final de Colagusano y de mi última esperanza de regeneración, pero Colagusano (demostrando una presencia de ánimo que nunca habría esperado hallar en él) convenció a Bertha Jorkins de que lo acompañara a un paseo a la luz de la luna; la dominó... y la trajo hasta mí. Y Bertha Jorkins, que podría haberlo echado todo a perder, resultó ser un regalo mejor del que hubiera podido soñar... porque, con un poco de persuasión, se convirtió en una verdadera mina de información.

»Fue ella la que me dijo que el Torneo de los tres magos tendría lugar en Hogwarts durante este curso, y también la que me habló de un fiel mortífago que estaría deseando ayudarme, si conseguía ponerme en contacto con él. Me dijo muchas cosas... pero los medios que utilicé a fin de romper el encantamiento que le habían echado para borrarle la memoria fueron demasiado fuertes, y, cuando le hube sacado toda la información útil, tenía la mente y el cuerpo en tan mal estado que no había arreglo posible. Ya me había servido. No podía encarnarme en su cuerpo, así que me deshice de ella.

Voldemort sonrió con su horrenda sonrisa. Sus rojos ojos tenían una mirada cruel y extraviada.

—El cuerpo de Colagusano, por supuesto, era poco adecuado para mi encarnación, puesto que todos lo creían muerto y, de ser visto, atraería demasiado la atención. Sin embargo, él fue el vasallo que yo necesitaba, dotado de un cuerpo que puso a mi servicio. Y, aunque no es un gran mago, pudo seguir las instrucciones que le daba y que me fueron devolviendo a un cuerpo, al mío propio, aunque débil y rudimentario; un cuerpo que podía habitar mientras aguardaba los ingredientes esenciales para el verdadero renacimiento... Uno o dos encantamientos de mi invención, un poco de ayuda de mi querida *Nagini*... —los ojos de Voldemort se dirigieron a la serpiente, que no dejaba de dar vueltas—, una poción elaborada con sangre de unicornio, y el veneno de reptil que *Nagini* nos proporcionó... y retomé enseguida una forma

casi humana, y me encontré lo bastante fuerte para viajar.

»Ya no había esperanza de robar la piedra filosofal, porque sabía que Dumbledore se habría ocupado de destruirla. Pero estaba deseando abrazar de nuevo la vida mortal, antes de buscar la inmortal. Así que me propuse expectativas más modestas: me conformaría con retornar a mi antiguo cuerpo, y a mi antigua fuerza.

»Sabía que para lograrlo (la poción que me ha revivido esta noche es una vieja joya de la magia oscura) necesitaría tres ingredientes muy poderosos. Bueno, uno de ellos ya estaba a mano, ¿verdad, Colagusano? Carne ofrecida por un vasallo...

»El hueso de mi padre, naturalmente, nos obligaba a desplazarnos a este lugar, donde está enterrado. Pero la sangre de un enemigo... Si por Colagusano hubiera sido, habría utilizado la de cualquier mago, ¿verdad? Cualquier mago que me odiara... ¡y hay tantos que todavía lo hacen! Pero yo sabía a quién tenía que usar si quería ser aun más fuerte de lo que había sido antes de mi caída: quería la sangre de Harry Potter, quería la sangre del que me había desprovisto de fuerza trece años antes, para que la persistente protección que una vez le dio su madre residiera también en mis venas.

»Pero ¿cómo atrapar a Harry Potter? Porque ha estado mejor protegido de lo que incluso él imagina, protegido por medios ingeniados hace tiempo por Dumbledore, cuando se ocupó del futuro del muchacho. Dumbledore invocó magia muy antigua para asegurarse de que el niño no sufría daño mientras se hallaba al cuidado de sus parientes. Ni siquiera yo podía tocarlo allí... Luego, naturalmente, estaban los Mundiales de quidditch. Pensé que su protección se debilitaría en el estadio, lejos de sus parientes y de Dumbledore, pero yo todavía no me encontraba lo bastante fuerte para intentar secuestrarlo en medio de una horda de magos del Ministerio. Y después el muchacho volvería a Hogwarts, donde desde la mañana a la noche estaría bajo la nariz aguileña de ese loco amigo de los muggles. Así que ¿cómo podía atraparlo?

»Pues, por supuesto, aprovechándome de la información de Bertha: usando a mi único mortífago fiel, establecido en Hogwarts, para asegurarme de que el nombre del muchacho entraba en el cáliz de fuego, usándolo para asegurarme de que el muchacho ganaba el Torneo... de que era el primero en tocar la copa, la Copa que mi mortífago habría convertido en un traslador que lo traería aquí, lejos de la protección de Dumbledore, a mis brazos expectantes. Y aquí está... el muchacho que todos vosotros creíais que había sido «mi caída».

Voldemort avanzó lentamente, y volvió su rostro a Harry. Levantó su varita.

—*¡Crucio!*

Fue un dolor muy superior a cualquier otro que Harry hubiera sufrido nunca: los huesos le ardieron, la cabeza parecía que se le iba a partir por la cicatriz, los ojos le daban vueltas como locos. Deseó que terminara... perder el conocimiento... morir...

Y luego cesó. Su cuerpo quedó colgado, sin fuerzas, de las cuerdas que lo ataban a la lápida del padre de Voldemort, y miró aquellos brillantes ojos rojos a través de una especie de niebla. Las carcajadas de los mortífagos resonaban en la noche.

—Creo que veis lo estúpido que es pensar que este niño haya sido alguna vez más fuerte que yo —dijo Voldemort—. Pero no quiero que queden dudas en la mente de nadie.

Harry Potter se libró de mí por pura suerte. Y ahora demostraré mi poder matándolo, aquí y ahora, delante de todos vosotros, sin un Dumbledore que lo ayude ni una madre que muera por él. Le daré una oportunidad. Tendrá que luchar, y no os quedará ninguna duda de quién de nosotros es el más fuerte. Sólo un poquito más, *Nagini* —susurró, y la serpiente se retiró deslizándose por la hierba hacia los mortífagos—. Ahora, Colagusano, desátalo y devuélvele la varita.

34

Priori incantatem

Colagusano se acercó a Harry, que intentó sacudirse su aturdimiento y apoyar en los pies el peso del cuerpo antes de que le desataran las cuerdas. Colagusano levantó su nueva mano plateada, le sacó la bola de tela de la boca, y luego, de un solo golpe, cortó todas las ataduras que sujetaban a Harry a la lápida.

Durante una fracción de segundo, Harry podría haber pensado en huir, pero la pierna herida le temblaba, y los mortífagos cerraban filas, tapando los huecos de los que faltaban y formando un cerco más apretado en torno a Voldemort y él. Colagusano se dirigió hacia el lugar en que yacía el cuerpo de Cedric, y regresó con la varita de Harry, que le puso con brusquedad en la mano, sin mirarlo, para volver luego a ocupar su sitio en el círculo de mortífagos.

—¿Te han dado clases de duelo, Harry Potter? —preguntó Voldemort con voz melosa. Sus rojos ojos brillaban a través de la oscuridad.

Aquellas palabras le hicieron recordar a Harry, como si se tratara de una vida anterior, el club de duelo al que había asistido brevemente en Hogwarts

dos años antes... Todo cuanto había aprendido en él era el encantamiento de desarme, *Expelliarmus*. ¿Y qué utilidad podría tener quitarle la varita a Voldemort, si es que conseguía hacerlo, cuando estaba rodeado de mortífagos y serían por lo menos treinta contra uno? Nunca había aprendido nada que fuera adecuado para aquel momento. Sabía que se iba a enfrentar a aquello contra lo que siempre los había prevenido Moody: la maldición *Avada Kedavra*, que no se podía interceptar. Y Voldemort tenía razón: aquella vez su madre no se encontraba allí para morir por él. Estaba completamente desprotegido...

—Saludémonos con una inclinación, Harry —dijo Voldemort, agachándose un poco, pero sin dejar de presentar a Harry su cara de serpiente—. Vamos, hay que comportarse como caballeros... A Dumbledore le gustaría que hicieras gala de tus buenos modales. Inclínate ante la muerte, Harry.

Los mortífagos volvieron a reírse. La boca sin labios de Voldemort se contorsionó en una sonrisa. Harry no se inclinó. No iba a permitir que Voldemort se burlara de él antes de matarlo... no iba a darle esa satisfacción...

—He dicho que te inclines —repitió Voldemort, alzando la varita.

Harry sintió que su columna vertebral se curvaba como empujada firmemente por una mano enorme e invisible, y los mortífagos rieron más que antes.

—Muy bien —dijo Voldemort con voz suave, y, cuando levantó la varita, la presión que empujaba a Harry hacia abajo desapareció—. Ahora da la cara como un hombre. Tieso y orgulloso, como murió tu padre...

»Señores, empieza el duelo.

Voldemort levantó la varita una vez más, y, antes de que Harry pudiera hacer nada para defenderse, recibió de nuevo el impacto de la maldición *cruciatus*. El dolor fue tan intenso, tan devastador, que olvidó dónde estaba: era como si cuchillos candentes le horadaran cada centímetro de la piel, y la cabeza le fuera a estallar de dolor. Gritó más fuerte de lo que había gritado en su vida.

Y luego todo cesó. Harry se dio la vuelta y, con dificultad, se puso en pie. Temblaba tan incontrolablemente como Colagusano después de cortarse la mano. En su tambaleo llegó hasta el muro de mortífagos, que lo empujaron hacia Voldemort.

—Un pequeño descanso —dijo Voldemort, dilatando de emoción las alargadas rendijas de la nariz—, una breve pausa... Duele, ¿verdad, Harry? No querrás que lo repita, ¿a que no?

Harry no respondió. Moriría como Cedric. Aquellos ojos rojos despiadados se lo estaban diciendo: iba a morir, y no podía hacer nada para evitarlo. Pero a lo que no estaba dispuesto era a doblegarse. No iba a obedecer a Voldemort... no iba a implorarle...

—Te he preguntado si quieres que lo repita —dijo Voldemort con voz

suave—. ¡Respóndeme! *¡Imperio!*

Y, por tercera vez en su vida, Harry sintió la sensación de que su mente se vaciaba de todo pensamiento... Era una bendición, no pensar; era como flotar, soñar... *Di simplemente «no, por piedad»... Di «no, por piedad»... Simplemente dilo...*

«No lo haré —dijo otra voz más fuerte desde la parte de atrás de la cabeza—; no responderé.. .»

Di «no, por piedad»...

«No lo haré, no lo diré...»

Di «no, por piedad»...

—¡NO LO HARÉ!

Y estas palabras brotaron de la boca de Harry. Retumbaron en el cementerio, y la somnolencia desapareció tan de repente como si le hubieran echado un jarro de agua fría. Pero regresaron inmediatamente los dolores que la maldición *cruciatus* le había dejado en todo el cuerpo, y la conciencia del lugar y la situación en que se encontraba.

—¿No lo harás? —dijo Voldemort en voz baja, y los mortífagos no se rieron aquella vez—. ¿No dirás «no, por piedad»? Harry, la obediencia es una virtud que me gustaría enseñarte antes de matarte... ¿tal vez con otra pequeña dosis de dolor?

Voldemort levantó la varita, pero aquella vez Harry estaba listo: con los reflejos adquiridos en los entrenamientos de quidditch, se echó al suelo a un lado. Rodó hasta quedar a cubierto detrás de la lápida de mármol del padre de Voldemort, y la oyó resquebrajarse al recibir la maldición dirigida a él.

—No vamos a jugar al escondite, Harry —dijo la voz suave y fría de Voldemort, acercándose más entre las risas de los mortífagos—. No puedes esconderte de mí. ¿Es que estás cansado del duelo? ¿Preferirías que terminara ya, Harry? Sal, Harry... sal y da la cara. Será rápido... puede que m si quiera sea doloroso, no lo sé... ¡Como nunca me he muerto...!

Harry permaneció agachado tras la lápida, comprendiendo que había llegado su fin. No había esperanza... nadie iba a ayudarlo. Y, al oír a Voldemort acercarse aún más, sólo supo una cosa que escapaba al miedo y a la razón: que no iba a morir agachado como un niño que jugara al escondite, ni iba a morir arrodillado a los pies de Voldemort. Moriría de pie como su padre, intentando defenderse aunque no hubiera defensa posible.

Antes de que Voldemort asomara la cabeza de serpiente por el otro lado de la lápida, Harry se había levantado; agarraba firmemente la varita con una mano, la blandía ante él, y se abalanzaba al encuentro de Voldemort para enfrentarse con él cara a cara.

Voldemort estaba listo. Al tiempo que Harry gritaba *«¡Expelliarmus!»*, Voldemort lanzó su *«¡Avada Kedavra!»*.

De la varita de Voldemort brotó un chorro de luz verde en el preciso momento en que de la de Harry salía un rayo de luz roja, y ambos rayos se encontraron en medio del aire. Repentinamente, la varita de Harry empezó a vibrar como si la recorriera una descarga eléctrica. La mano se le había agarrotado, y no habría podido soltarla aunque hubiera querido. Un estrecho rayo de luz que no era de color rojo ni verde, sino de un dorado intenso y brillante, conectó las dos varitas, y Harry, mirando el rayo con asombro, vio que también los largos dedos de Voldemort aferraban una varita que no dejaba de vibrar.

Y entonces (nada podría haber preparado a Harry para aquello) sintió que sus pies se alzaban del suelo. Tanto él como Voldemort estaban elevándose en el aire, y sus varitas seguían conectadas por el hilo de luz dorada. Se alejaron de la lápida del padre de Voldemort, y fueron a aterrizar en un claro de tierra sin tumbas. Los mortífagos gritaban pidiéndole instrucciones a Voldemort mientras, seguidos por la serpiente, volvían a reunirse y a formar el círculo en torno a ellos. Algunos sacaron las varitas.

El rayo dorado que conectaba a Harry y Voldemort se escindió. Aunque las varitas seguían conectadas, mil ramificaciones se desprendieron trazando arcos por encima de ellos, y se entrelazaron a su alrededor hasta dejarlos encerrados en una red dorada en forma de campana, una especie de jaula de luz, fuera de la cual los mortífagos merodeaban como chacales, profiriendo gritos que llegaban adentro amortiguados.

—¡No hagáis nada! —les gritó Voldemort a los mortífagos.

Harry vio que tenía los ojos completamente abiertos de sorpresa ante lo que estaba ocurriendo, y que forcejeaba en un intento de romper el hilo de luz que seguía uniendo las varitas. Harry agarró la suya con más fuerza utilizando ambas manos, y el hilo dorado permaneció intacto.

—¡No hagáis nada a menos que yo os lo mande! —volvió a gritar Voldemort.

Y, entonces, un sonido hermoso y sobrenatural llenó el aire... Procedía de cada uno de los hilos de la red finamente tejida en torno a Harry y Voldemort. Era un sonido que Harry pudo reconocer, aunque antes sólo lo había oído una vez: era el canto del fénix.

Para Harry era un sonido de esperanza... lo más hermoso y acogedor que había oído en su vida. Sentía como si el canto estuviera dentro de él en vez de rodearlo. Era un sonido que lo conectaba a Dumbledore, como si un amigo le hablara al oído...

No rompas la conexión.

«Lo sé —le dijo Harry a la música—, ya sé que no debo.» Pero, en cuanto lo hubo pensado, se convirtió en algo bastante más difícil de cumplir. Su varita

empezó a vibrar más fuerte que antes... y el rayo que lo unía a Voldemort había cambiado también: era como si unos guijarros de luz se deslizaran de un lado a otro del rayo que unía las varitas. Harry notó que su varita se sacudía en el interior de su mano mientras los guijarros comenzaban a deslizarse hacia su lado lenta pero incesantemente. La dirección del movimiento del rayo era de Voldemort hacia él, y notaba que su varita vibraba con enorme fuerza...

Cuando el más próximo de los guijarros de luz se acercó a la varita de Harry, la madera que tenía entre los dedos se puso tan caliente que a Harry le dio miedo que se prendiera. Cuanto más se acercaba el guijarro, con más fuerza vibraba la varita de Harry. Tuvo la certeza de que, en cuanto tocara la varita, ésta se desharía. Parecía a punto de hacerse astillas entre sus dedos...

Concentró cada célula de su cerebro en obligar al guijarro a retroceder hacia Voldemort, con el canto del fénix en los oídos y los ojos furiosos, fijos. Lentamente, muy lentamente, los guijarros se fueron deteniendo, y luego, con la misma lentitud, comenzaron a desplazarse en sentido opuesto... y entonces fue la varita de Voldemort la que empezó a vibrar con terrible fuerza. Voldemort parecía anonadado y casi temeroso.

Uno de los guijarros de luz temblaba a unos centímetros de distancia de la varita de Voldemort. Harry no sabía por qué lo hacía, no sabía qué podría sacar de aquello... pero se concentró como nunca en su vida en obligar a aquel guijarro de luz a ir hacia la varita de Voldemort, y despacio, muy despacio, el guijarro se movió a través del hilo dorado, tembló por un momento, y luego hizo contacto.

De inmediato, la varita de Voldemort prorrumpió en estridentes alaridos de dolor. A continuación (los rojos ojos de Voldemort se abrieron de terror) una mano de humo denso surgió de la punta de la varita y se desvaneció: el espectro de la mano que le había dado a Colagusano. Más gritos de dolor, y luego empezó a brotar de la punta de la varita de Voldemort algo mucho más grande, algo gris que parecía hecho de un humo casi sólido. Formó una cabeza... a la que siguieron el pecho y los brazos: era el torso de Cedric Diggory.

Esto conmocionó a Harry de tal manera, que si en algún momento podría haber soltado la varita habría sido aquél, pero el instinto se lo impidió, de manera que el rayo de luz dorada siguió intacto, aunque el espeso espectro gris de Cedric Diggory (¿era un espectro?, ¡parecía corpóreo!) salió en su totalidad de la punta de la varita de Voldemort como de un túnel muy estrecho. Y aquella sombra de Cedric se puso de pie, miró a ambos lados el rayo de luz dorada, y habló:

—¡Aguanta, Harry! —dijo.

La voz resonó distante. Harry miró a Voldemort, que contemplaba atónito la escena, con los ojos abiertos como platos. Aquello lo había cogido tan de sorpresa como a Harry. Éste oyó los apagados gritos de terror de los mortífagos, que rondaban fuera de la campana dorada.

Surgieron nuevos gritos de dolor de la varita, y luego algo más brotó de la punta: la densa sombra de una segunda cabeza, rápidamente seguida de los brazos y el torso. Un viejo al que Harry había visto en cierta ocasión en un sueño salía de la punta de la varita exactamente igual que había hecho Cedric... Su espectro, o su sombra, o lo que fuera, cayó junto al de Cedric y, apoyándose sobre su cayado, examinó con alguna sorpresa a Harry, a Voldemort, la red dorada y las varitas conectadas.

—Entonces, ¿era un mago de verdad? —dijo el viejo, fijándose en Voldemort—. Me mató, ése lo hizo... ¡Pelea bien, muchacho!

Pero ya estaba surgiendo una nueva cabeza... y aquélla, gris como una estatua de humo, era la de una mujer. Soportando las sacudidas con ambas manos para no soltar la varita, Harry la vio caer al suelo y levantarse como los otros, observando.

La sombra de Bertha Jorkins contempló con los ojos muy abiertos la batalla que tenía lugar ante ella.

—¡No sueltes! —le gritó, y su voz retumbó al igual que la de Cedric, como si llegara de muy lejos—. ¡No sueltes, Harry, no sueltes!

Ella y los otros dos fantasmas comenzaron a deambular por la parte interior de la campana dorada, mientras los mortífagos hacían algo parecido en la parte de fuera... Las víctimas de Voldemort cuchicheaban rodeando a los duelistas, le susurraban a Harry palabras de ánimo y le decían a Voldemort cosas que Harry no alcanzaba a oír.

Y entonces otra cabeza salió de la punta de la varita de Voldemort... Harry supo quién era en cuanto la vio, lo comprendió como si la hubiera estado esperando desde el momento en que Cedric había surgido de la varita, lo comprendió porque la mujer que salía era la persona en la que más había pensado aquella noche...

La sombra de humo de una mujer joven de pelo largo cayó al suelo tal como había hecho Bertha, se levantó y lo miró... y Harry, con los brazos temblando furiosamente, devolvió la mirada al rostro fantasmal de su madre.

—Tu padre está en camino... —dijo ella en voz baja—. Quiere verte... Todo irá bien... ¡ánimo!...

Y entonces empezó a salir: primero la cabeza, luego el cuerpo, alto y de pelo alborotado como Harry. La forma etérea de James Potter brotó del extremo de la varita de Voldemort, cayó al suelo y se puso de pie como su mujer. Se acercó a Harry, mirándolo, y le habló con la misma voz lejana y resonante que los otros, pero en voz baja, para que Voldemort, cuya cara estaba ahora lívida de terror al verse rodeado por sus víctimas, no pudiera oírlo:

—Cuando la conexión se rompa, desapareceremos al cabo de unos momentos... pero te daremos tiempo... Tienes que alcanzar el traslador, que te llevará de vuelta a Hogwarts. ¿Has comprendido, Harry?

—Sí —contestó éste jadeando, haciendo un enorme esfuerzo por sostener la varita, que se le resbalaba entre los dedos.

—Harry —le cuchicheó la figura de Cedric—, lleva mi cuerpo, ¿lo harás? Llévales el cuerpo a mis padres...

—Lo haré —contestó Harry con el rostro tenso por el esfuerzo.

—Prepárate —susurró la voz de su padre—. Prepárate para correr... ahora...

—¡YA! —gritó Harry.

No hubiera podido aguantar ni un segundo más. Levantó la varita con todas sus fuerzas, y el rayo dorado se partió. La jaula de luz se desvaneció y se apagó el canto del fénix, pero las víctimas de Voldemort no desaparecieron: lo cercaron para servirle a Harry de escudo.

Y Harry corrió como nunca lo había hecho en su vida, golpeando a dos mortífagos atónitos para abrirse paso. Corrió en zigzag por entre las tumbas, notando tras él las maldiciones que le arrojaban, oyéndolas pegar en las lápidas: fue esquivando tumbas y maldiciones, dirigiéndose como una bala hacia el cuerpo de Cedric, olvidado por completo del dolor de la pierna, concentrado con todas sus fuerzas en lo que tenía que hacer.

—¡Aturdidlo! —oyó gritar a Voldemort.

A tres metros de Cedric, Harry se parapetó tras un ángel de mármol para evitar los chorros de luz roja. La punta de una de las alas del ángel cayó rota al ser alcanzada por las maldiciones. Agarrando más fuerte la varita, salió corriendo.

—*¡Impedimenta!* —gritó, apuntando con la varita por encima del hombro a los mortífagos que lo perseguían.

Por un grito amortiguado, pensó que había dado al menos a uno de ellos, pero no tenía tiempo de pararse a mirar. Saltó sobre la Copa y se echó al suelo al oír más maldiciones tras él. Nuevos chorros de luz le pasaron por encima de la cabeza mientras, tumbado, alargaba la mano para coger el brazo de Cedric.

—¡Apartaos! ¡Lo mataré! ¡Es mío! —chilló Voldemort.

La mano de Harry había aferrado a Cedric por la muñeca. Entre él y Voldemort se interponía una lápida, pero Cedric pesaba demasiado para arrastrarlo, y la Copa quedaba fuera de su alcance.

Los rojos ojos de Voldemort destellaron en la oscuridad. Harry lo vio curvar la boca en una sonrisa, y levantar la varita.

—*¡Accio!* —gritó Harry, apuntando a la Copa de los tres magos con la varita.

La Copa voló por el aire hasta él. Harry la cogió por un asa.

Oyó el grito furioso de Voldemort en el mismo instante en que él sentía la sacudida bajo el ombligo que significaba que el traslador había funcionado: se alejaba de allí a toda velocidad en medio de un torbellino de viento y colores, y Cedric iba a su lado. Regresaban...

35

La poción de la verdad

Harry cayó de bruces, y el olor del césped le penetró por la nariz. Había cerrado los ojos mientras el traslador lo transportaba, y seguía sin abrirlos. No se movió. Parecía que le hubieran cortado el aire. La cabeza le daba vueltas sin parar, y se sentía como si el suelo en que yacía fuera la cubierta de un barco. Para sujetarse, se aferró con más fuerza a las dos cosas que estaba agarrando: la fría y bruñida asa de la Copa de los tres magos, y el cuerpo de Cedric. Tenía la impresión de que si los soltaba se hundiría en las tinieblas que envolvían su cerebro. El horror sufrido y el agotamiento lo mantenían pegado al suelo, respirando el olor del césped, aguardando a que alguien hiciera algo... a que algo sucediera... Notaba un dolor vago e incesante en la cicatriz de la frente.

El estrépito lo ensordeció y lo dejó más confundido: había voces por todas partes, pisadas, gritos... Permaneció donde estaba, con el rostro contraído, como si fuera una pesadilla que pasaría...

Un par de manos lo agarraron con fuerza y lo volvieron boca arriba.

—¡Harry!, ¡Harry!

Abrió los ojos.

Miraba al cielo estrellado, y Albus Dumbledore se encontraba a su lado, agachado. Los rodeaban las sombras oscuras de una densa multitud de personas que se empujaban en el intento de acercarse más. Harry notó que el suelo, bajo su cabeza, retumbaba con los pasos.

Había regresado al borde del laberinto. Podía ver las gradas que se elevaban por encima de él, las formas de la gente que se movía por ellas, y las

estrellas en lo alto.

Harry soltó la Copa, pero agarró a Cedric aún con más fuerza. Levantó la mano que le quedaba libre y cogió la muñeca de Dumbledore, cuyo rostro se desenfocaba por momentos.

—Ha retornado —susurró Harry—. Ha retornado. Voldemort.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?

El rostro de Cornelius Fudge apareció sobre Harry vuelto del revés. Parecía blanco y consternado.

—¡Dios... Dios mío, Diggory! —exclamó—. ¡Está muerto, Dumbledore!

Aquellas palabras se reprodujeron, y las sombras que los rodeaban se las repetían a los de atrás, y luego otros las gritaron, las chillaron en la noche: «¡Está muerto!», «¡Está muerto!», «¡Cedric Diggory está muerto!».

—Suéltalo, Harry —oyó que le decía la voz de Fudge, y notó dedos que intentaban separarlo del cuerpo sin vida de Cedric, pero Harry no lo soltó.

Entonces se acercó el rostro de Dumbledore, que seguía borroso.

—Ya no puedes hacer nada por él, Harry. Todo acabó. Suéltalo.

—Quería que lo trajera —musitó Harry: le parecía importante explicarlo—. Quería que lo trajera con sus padres...

—De acuerdo, Harry... Ahora suéltalo.

Dumbledore se inclinó y, con extraordinaria fuerza para tratarse de un hombre tan viejo y delgado, levantó a Harry del suelo y lo puso en pie. Harry se tambaleó. Le iba a estallar la cabeza. La pierna herida no soportaría más tiempo el peso de su cuerpo. Alrededor de ellos, la multitud daba empujones, intentando acercarse, apretando contra él sus oscuras siluetas.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué le ocurre? ¡Diggory está muerto!

—¡Tendrán que llevarlo a la enfermería! —dijo Fudge en voz alta—. Está enfermo, está herido... Dumbledore, los padres de Diggory están aquí, en las gradas...

—Yo llevaré a Harry, Dumbledore, yo lo llevaré...

—No, yo preferiría...

—Amos Diggory viene corriendo, Dumbledore. Viene para acá... ¿No crees que tendrías que decirle, antes de que vea...?

—Quédate aquí, Harry.

Había chicas que gritaban y lloraban histéricas. La escena vaciló ante los

ojos de Harry...

—Ya ha pasado, hijo, vamos... Te llevaré a la enfermería.

—Dumbledore me dijo que me quedara —objetó Harry. La cicatriz de la frente lo hacía sentirse a punto de vomitar. Las imágenes se le emborronaban aún más que antes.

—Tienes que acostarte. Vamos, ven...

Y alguien más alto y más fuerte que Harry empezó a llevarlo, tirando de él por entre la aterrorizada multitud. Harry oía chillidos y gritos ahogados mientras el hombre se abría camino por entre ellos, llevándolo al castillo. Cruzaron la explanada y dejaron atrás el lago con el barco de Durmstrang. Harry ya no oía más que la pesada respiración del hombre que lo ayudaba a caminar.

—¿Qué ha ocurrido, Harry? —le preguntó el hombre al fin, ayudándolo a subir la pequeña escalinata de piedra.

Bum, bum, bum. Era *Ojoloco* Moody.

—La Copa era un traslador —explicó, mientras atravesaban el vestíbulo—. Nos dejó en un cementerio... y Voldemort estaba allí... lord Voldemort.

Bum, bum, bum. Iban subiendo por la escalinata de mármol...

—¿Que el Señor Tenebroso estaba allí? ¿Y qué ocurrió entonces?

—Mató a Cedric... lo mataron...

—¿Y luego?

Bum, bum, bum. Avanzaban por el corredor...

—Con una poción... recuperó su cuerpo...

—¿El Señor Tenebroso ha recuperado su cuerpo? ¿Ha retornado?

—Y llegaron los mortífagos... y luego nos batimos...

—¿Que te batiste con el Señor Tenebroso?

—Me escapé... La varita... hizo algo sorprendente... Vi a mis padres... Salieron de su varita...

—Pasa, Harry... Aquí, siéntate. Ahora estarás bien. Bébete esto...

Harry oyó que una llave hurgaba en la cerradura, y se encontró una taza en las manos.

—Bébetelo... Te sentirás mejor. Vamos a ver, Harry: quiero que me cuentes todo lo que ocurrió exactamente...

Moody lo ayudó a tragar la bebida. Harry tosió por el ardor que la pimienta le dejó en la garganta. El despacho de Moody y el propio Moody aparecieron entonces mucho más claros a sus ojos. Estaba tan pálido como Fudge, y tenía ambos ojos fijos, sin parpadear, en el rostro de Harry:

—¿Ha retornado Voldemort, Harry? ¿Estás seguro? ¿Cómo lo hizo?

—Cogió algo de la tumba de su padre, algo de Colagusano y algo mío —dijo Harry. Su cabeza se aclaraba; la cicatriz ya no le dolía tanto. Veía con claridad el rostro de Moody, aunque el despacho estaba oscuro. Aún oía los gritos que llegaban del distante campo de quidditch.

—¿Qué fue lo que el Señor Tenebroso cogió de ti? —preguntó Moody.

—Sangre —dijo Harry, levantando el brazo. La manga de la túnica estaba rasgada por donde la había cortado Colagusano con la daga.

Moody profirió un silbido largo y sutil.

—¿Y los mortífagos? ¿Volvieron?

—Sí —contestó Harry—. Muchos...

—¿Cómo los trató? —preguntó en voz baja—. ¿Los perdonó?

Pero Harry acababa de recordar repentinamente. Tendría que habérselo dicho a Dumbledore, tendría que haberlo hecho enseguida...

—¡Hay un mortífago en Hogwarts! Hay un mortífago aquí: fue el que puso mi nombre en el cáliz de fuego y se aseguró de que llegara al final del Torneo...

Harry trató de levantarse, pero Moody lo empujó contra el respaldo.

—Ya sé quién es el mortífago —dijo en voz baja

—¿Karkarov? —preguntó Harry alterado—. ¿Dónde está? ¿Lo ha atrapado usted? ¿Lo han encerrado?

—¿Karkarov? —repitió Moody, riendo de forma extraña—. Karkarov ha huido esta noche, al notar que la Marca Tenebrosa le escocía en el brazo. Traicionó a demasiados fieles seguidores del Señor Tenebroso para querer volver a verlos... pero dudo que vaya lejos: el Señor Tenebroso sabe cómo encontrar a sus enemigos.

—¿Karkarov se ha ido? ¿Ha escapado? Pero entonces... ¿no fue él el que puso mi nombre en el cáliz?

—No —dijo Moody despacio—, no fue él. Fui yo.

Harry lo oyó pero no lo creyó.

—No, usted no lo hizo —replicó—. Usted no lo hizo... no pudo hacerlo...

—Te aseguro que sí —afirmó Moody, y su ojo mágico giró hasta fijarse en la puerta. Harry comprendió que se estaba asegurando de que no hubiera nadie al otro lado. Al mismo tiempo, Moody sacó la varita y apuntó a Harry con ella—. Entonces, ¿los perdonó?, ¿a los mortífagos que quedaron en libertad, los que se libraron de Azkaban?

—¿Qué?

Harry miró la varita con que Moody le apuntaba: era una broma pesada, sin duda.

—Te he preguntado —repitió Moody en voz baja— si él perdonó a esa escoria que no se preocupó por buscarlo. Esos cobardes traidores que ni siquiera afrontaron Azkaban por él. Esos apestosos desleales e inútiles que tuvieron el suficiente valor para hacer el idiota en los Mundiales de quidditch pero huyeron a la vista de la Marca Tenebrosa que yo hice aparecer en el cielo.

—¿Que usted...? ¿Qué está diciendo?

—Ya te lo expliqué, Harry, ya te lo expliqué. Si hay algo que odio en este mundo es a los mortífagos que han quedado en libertad. Le dieron la espalda a mi señor cuando más los necesitaba. Esperaba que los castigara, que los torturara. Dime que les ha hecho algo, Harry... —La cara de Moody se iluminó de pronto con una sonrisa demente—. Dime que reconoció que yo, sólo yo le he permanecido leal... y dispuesto a arriesgarlo todo para entregarle lo que él más deseaba: a ti.

—Usted no lo hizo... No puede ser.

—¿Quién puso tu nombre en el cáliz de fuego, en representación de un nuevo colegio? Yo. ¿Quién espantó a todo aquel que pudiera hacerte daño o impedirte ganar el Torneo? Yo. ¿Quién animó a Hagrid a que te mostrara los dragones? Yo. ¿Quién te ayudó a ver la única forma de derrotar al dragón? ¡Yo!

El ojo mágico de Moody dejó de vigilar la puerta. Estaba fijo en Harry. Su boca torcida sonrió más malignamente que nunca.

—No fue fácil, Harry, guiarte por todas esas pruebas sin levantar sospechas. He necesitado toda mi astucia para que no se pudiera descubrir mi mano en tu éxito. Si lo hubieras conseguido todo demasiado fácilmente, Dumbledore habría sospechado. Lo importante era que llegaras al laberinto, a ser posible bien situado. Luego, sabía que podría librarme de los otros campeones y despejarte el camino. Pero también tuve que enfrentarme a tu estupidez. La segunda prueba... ahí fue cuando tuve más miedo de que fracasaras. Estaba muy atento a ti, Potter. Sabía que no habías descifrado el enigma del huevo, así que tenía que darte otra pista...

—No fue usted —dijo Harry con voz ronca—: fue Cedric el que me dio la pista.

—¿Y quién le dijo a Cedric que lo abriera debajo del agua? Yo. Sabía que

te pasaría la información: la gente decente es muy fácil de manipular, Potter. Estaba seguro de que Cedric querría devolverte el favor de haberle dicho lo de los dragones, y así fue. Pero incluso entonces, Potter, incluso entonces parecía muy probable que fracasaras. Yo no te quitaba el ojo de encima... ¡Todas aquellas horas en la biblioteca! ¿No te diste cuenta de que el libro que necesitabas lo tenías en el dormitorio? Yo lo hice llegar hasta allí muy pronto, se lo di a ese Longbottom, ¿no lo recuerdas? *Las plantas acuáticas mágicas del Mediterráneo y sus propiedades*. Ese libro te habría explicado todo lo que necesitabas saber sobre las branquialgas. Suponía que le pedirías ayuda a todo el mundo. Longbottom te lo habría explicado al instante. Pero no lo hiciste... no lo hiciste... Tienes una vena de orgullo y autosuficiencia que podría haberlo arruinado todo.

»¿Qué podía hacer? Pasarte información por medio de otra boca inocente. Me habías dicho en el baile de Navidad que un elfo doméstico llamado Dobby te había hecho un regalo. Así que llamé a ese elfo a la sala de profesores para que recogiera una túnica para lavar, y mantuve con la profesora McGonagall una conversación sobre los retenidos, y sobre si Potter pensaría utilizar las branquialgas. Y tu amiguito el elfo se fue derecho al armario de Snape para proveerte...

La varita de Moody seguía apuntando directamente al corazón de Harry. Por encima de su hombro, en el reflector de enemigos colgado en la pared, vio que se acercaban unas formas nebulosas.

—Tardaste tanto en salir del lago, Potter, que creí que te habías ahogado. Pero, afortunadamente, Dumbledore tomó por nobleza tu estupidez y te dio muy buena nota. Qué respiro.

»Por supuesto, en el laberinto tuviste menos problemas de los que te correspondían —siguió—. Fue porque yo estaba rondando. Podía ver a través de los setos del exterior, y te quité mediante maldiciones muchos obstáculos del camino: aturdí a Fleur Delacour cuando pasó; le eché a Krum la maldición *imperius* para que eliminara a Diggory, y te dejé el camino expedito hacia la Copa.

Harry miró a Moody. No comprendía cómo era posible que el amigo de Dumbledore, el famoso auror, el que había atrapado a tantos mortífagos... No tenía sentido, ningún sentido.

Las nebulosas formas del reflector de enemigos se iban definiendo. Por encima del hombro de Moody vio la silueta de tres personas que se acercaban más y más. Pero Moody no las veía. Tenía su ojo mágico fijo en Harry.

—El Señor Tenebroso no consiguió matarte, Potter, que era lo que quería —susurró Moody—. Imagínate cómo me recompensará cuando vea que lo he hecho por él: yo te entregué (tú eras lo que más necesitaba para poderse regenerar) y luego te maté por él. Recibiré mayores honores que ningún otro mortífago. Me convertiré en su partidario predilecto, el más cercano... más cercano que un hijo...

El ojo normal de Moody estaba desorbitado por la emoción, y el mágico seguía fijo en Harry. La puerta había quedado cerrada con llave, y Harry sabía que jamás conseguiría alcanzar a tiempo su varita para poder salvarse.

—El Señor Tenebroso y yo tenemos mucho en común —dijo Moody, que en aquel momento parecía completamente loco, erguido frente a Harry y dirigiéndole una sonrisa malévola—: los dos, por ejemplo, tuvimos un padre muy decepcionante... mucho. Los dos hemos sufrido la humillación de llevar el nombre paterno, Harry. ¡Y los dos gozamos del placer... del enorme placer de matar a nuestro padre para asegurar el ascenso imparable de la Orden Tenebrosa!

—¡Usted está loco! —exclamó Harry, sin poder contenerse—, ¡está completamente loco!

—¿Loco yo? —dijo Moody, alzando la voz de forma incontrolada—. ¡Ya veremos! ¡Veremos quién es el que está loco, ahora que ha retornado el Señor Tenebroso y que yo estaré a su lado! ¡Ha retornado, Harry Potter! ¡Tú no pudiste con él, y yo podré contigo!

Moody levantó la varita y abrió la boca. Harry metió la mano en la túnica...

—*¡Desmaius!*

Hubo un rayo cegador de luz roja y, con gran estruendo, echaron la puerta abajo.

Moody cayó al suelo de espaldas. Harry, con los ojos aún fijos en el lugar en que se había encontrado la cara de Moody, vio a Albus Dumbledore, al profesor Snape y la profesora McGonagall mirándolo desde el reflector de enemigos. Apartó la mirada del reflector, y los vio a los tres en el hueco de la puerta. Delante, con la varita extendida, estaba Dumbledore.

En aquel momento, Harry comprendió por vez primera por qué la gente decía que Dumbledore era el único mago al que Voldemort temía. La expresión de su rostro al observar el cuerpo inerte de *Ojoloco* Moody era más temible de lo que Harry hubiera podido imaginar. No había ni rastro de su benévola sonrisa, ni del guiño amable de sus ojos tras los cristales de las gafas. Sólo había fría cólera en cada arruga de la cara. Irradiaba una fuerza similar a la de una hoguera.

Entró en el despacho, puso un pie debajo del cuerpo caído de Moody, y le dio la vuelta para verle la cara. Snape lo seguía, mirando el reflector de enemigos, en el que todavía resultaba visible su propia cara. Dirigió una mirada feroz al despacho.

La profesora McGonagall fue directamente hasta Harry.

—Vamos, Potter —susurró. Tenía crispada la fina línea de los labios como si estuviera a punto de llorar—. Ven conmigo, a la enfermería...

—No —dijo Dumbledore bruscamente.

—Tendría que ir, Dumbledore. Míralo. Ya ha pasado bastante por esta noche...

—Quiero que se quede, Minerva, porque tiene que comprender. La comprensión es el primer paso para la aceptación, y sólo aceptando puede recuperarse. Tiene que saber quién lo ha lanzado a la terrible experiencia que ha padecido esta noche, y por qué lo ha hecho.

—Moody... —dijo Harry. Seguía sin poder creerlo—. ¿Cómo puede haber sido Moody?

—Éste no es Alastor Moody —explicó Dumbledore en voz baja—. Tú no has visto nunca a Alastor Moody. El verdadero Moody no te habría apartado de mi vista después de lo ocurrido esta noche. En cuanto te cogió, lo comprendí... y os seguí.

Dumbledore se inclinó sobre el cuerpo desmayado de Moody y metió una mano en la túnica. Sacó la petaca y un llavero. Entonces se volvió hacia Snape y la profesora McGonagall.

—Severus, por favor, ve a buscar la poción de la verdad más fuerte que tengas, y luego baja a las cocinas y trae a una elfina doméstica que se llama Winky. Minerva, sé tan amable de ir a la cabaña de Hagrid, donde encontrarás un perro grande y negro sentado en la huerta de las calabazas. Lleva el perro a mi despacho, dile que no tardaré en ir y luego vuelve aquí.

Si Snape o McGonagall encontraron extrañas aquellas instrucciones, lo disimularon, porque tanto uno como otra se volvieron de inmediato, y salieron del despacho. Dumbledore fue hasta el baúl de las siete cerraduras, metió la primera llave en la cerradura correspondiente, y lo abrió. Contenía una gran cantidad de libros de encantamientos. Dumbledore cerró el baúl, introdujo la segunda llave en la segunda cerradura, y volvió a abrirlo: los libros habían desaparecido, y lo que contenía el baúl era un gran surtido de chivatoscopios rotos, algunos pergaminos y plumas, y lo que parecía una capa invisible que en aquel momento era de color plateado. Harry observó, pasmado, cómo Dumbledore metía la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta llaves en sus respectivas cerraduras, y volvía a abrir el baúl para revelar en cada ocasión diferentes contenidos. Luego introdujo la séptima llave, levantó la tapa, y Harry soltó un grito de sorpresa.

Había una especie de pozo, una cámara subterránea en cuyo suelo, a unos tres metros de profundidad, se hallaba el verdadero *Ojoloco* Moody, según parecía profundamente dormido, flaco y desnutrido. Le faltaba la pata de palo, la cuenca que albergaba su ojo mágico estaba vacía bajo el párpado, y en su pelo entrecano había muchas zonas ralas. Atónito, Harry pasó la vista del Moody que dormía en el baúl al Moody inconsciente que yacía en el suelo del despacho.

Dumbledore se metió en el baúl, se descolgó y cayó suavemente junto al Moody dormido. Se inclinó sobre él.

—Está desmayado... controlado por la maldición *imperius*... y se encuentra muy débil —dijo—. Naturalmente, necesitaba conservarlo vivo. Harry, échame la capa del impostor: Alastor está helado. Tendrá que verlo la señora Pomfrey, pero creo que no se halla en peligro inminente.

Harry hizo lo que le pedía. Dumbledore cubrió a Moody con la capa, asegurándose de que lo tapaba bien, y volvió a salir del baúl. Luego cogió la petaca que estaba sobre el escritorio, desenroscó el tapón y la puso boca abajo. Un líquido espeso y pegajoso salpicó al caer al suelo.

—Poción multijugos, Harry —explicó Dumbledore—. Ya ves qué simple y brillante. Porque Moody jamás bebe si no es de la petaca, todo el mundo lo sabe. Por supuesto, el impostor necesitaba tener a mano al verdadero Moody para poder seguir elaborando la poción. Mira el pelo... —Dumbledore observó al Moody del baúl—. El impostor se lo ha estado cortando todo el año. ¿Ves dónde le falta? Pero me imagino que con la emoción de la noche nuestro falso Moody podría haberse olvidado de tomarla con la frecuencia necesaria: a la hora, cada hora... ya veremos.

Dumbledore apartó la silla del escritorio y se sentó en ella, con los ojos fijos en el Moody inconsciente tendido en el suelo. Harry también lo miraba. Pasaron en silencio unos minutos...

Luego, ante los propios ojos de Harry, la cara del hombre del suelo comenzó a cambiar: se borraron las cicatrices, la piel se le alisó, la nariz quedó completa y se achicó; la larga mata de pelo entrecano pareció hundirse en el cuero cabelludo y volverse de color paja; de pronto, con un golpe sordo, se desprendió la pata de palo por el crecimiento de una pierna de carne; al segundo siguiente, el ojo mágico saltó de la cara reemplazado por un ojo natural, y rodó por el suelo, girando en todas direcciones.

Harry vio tendido ante él a un hombre de piel clara, algo pecoso, con una mata de pelo rubio. Supo quién era: lo había visto en el pensadero de Dumbledore, intentando convencer de su inocencia al señor Crouch mientras se lo llevaba una escolta de dementores... pero ya tenía arrugas en el contorno de los ojos y parecía mucho mayor...

Se oyeron pasos apresurados en el corredor. Snape volvía llevando a Winky. La profesora McGonagall iba justo detrás.

—¡Crouch! —exclamó Snape, deteniéndose en seco en el hueco de la puerta—. ¡Barty Crouch!

—¡Cielo santo! —dijo la profesora McGonagall, parándose y observando al hombre que yacía en el suelo.

A los pies de Snape, sucia, desaliñada, Winky también lo miraba. Abrió completamente la boca para dejar escapar un grito que les horadó los oídos:

—Amo Barty, amo Barty, ¿qué está haciendo aquí?

—Se lanzó al pecho del joven—. ¡Usted lo ha matado! ¡Usted lo ha

matado! ¡Ha matado al hijo del amo!

—Sólo está desmayado, Winky —explicó Dumbledore—. Hazte a un lado, por favor. ¿Has traído la poción, Severus?

Snape le entregó a Dumbledore un frasquito de cristal que contenía un líquido totalmente incoloro: el suero de la verdad con el que había amenazado en clase a Harry. Dumbledore se levantó, se inclinó sobre Crouch y lo colocó sentado contra la pared, justo debajo del reflector de enemigos en el que seguían viéndose con claridad las imágenes de Dumbledore, Snape y McGonagall. Winky seguía de rodillas, temblando, con las manos en la cara. Dumbledore le abrió al hombre la boca y echó dentro tres gotas. Luego le apuntó al pecho con la varita y ordenó:

—*¡Enervate!*

El hijo de Crouch abrió los ojos. Tenía la cara laxa y la mirada perdida. Dumbledore se arrodilló ante él, de forma que sus rostros quedaron a la misma altura.

—¿Me oye? —le preguntó Dumbledore en voz baja.

El hombre parpadeó.

—Sí —respondió.

—Me gustaría que nos explicara —dijo Dumbledore con suavidad— cómo ha llegado usted aquí. ¿Cómo se escapó de Azkaban?

Crouch tomó aliento y comenzó a hablar con una voz apagada y carente de expresión:

—Mi madre me salvó. Sabía que se estaba muriendo, y persuadió a mi padre para que me liberara como último favor hacia ella. Él la quería como nunca me quiso a mí, así que accedió. Fueron a visitarme. Me dieron un bebedizo de poción multijugos que contenía un cabello de mi madre, y ella tomó la misma poción con un cabello mío. Cada uno adquirió la apariencia del otro.

Winky movía hacia los lados la cabeza, temblorosa.

—No diga más, amo Barty, no diga más, ¡o meten a su padre en un lío!

Pero Crouch volvió a tomar aliento y prosiguió en el mismo tono de voz:

—Los dementores son ciegos: sólo percibieron que habían entrado en Azkaban una persona sana y otra moribunda, y luego que una moribunda y otra sana salían. Mi padre me sacó con la apariencia de mi madre por si había prisioneros mirando por las rejas.

»Mi madre murió en Azkaban poco después. Hasta el final tuvo cuidado de seguir bebiendo poción multijugos. Fue enterrada con mi nombre y mi

apariencia. Todos creyeron que era yo.

Parpadeó.

—¿Y qué hizo su padre con usted cuando lo tuvo en casa?

—Representó la muerte de mi madre. Fue un funeral sencillo, privado. La tumba está vacía. Nuestra elfina doméstica me cuidó hasta que sané. Luego mi padre tuvo que ocultarme y controlarme. Usó una buena cantidad de encantamientos para mantenerme sometido. Cuando recobré las fuerzas, sólo pensé en encontrar otra vez a mi señor... y volver a su servicio.

—¿Qué hizo su padre para someterlo? —quiso saber Dumbledore.

—Utilizó la maldición *imperius*. Estuve bajo su control. Me obligó a llevar día y noche una capa invisible. Nuestra elfina doméstica siempre estaba conmigo. Era mi guardiana y protectora. Me compadecía. Persuadió a mi padre para que me hiciera de vez en cuando algún regalo: premios por mi buen comportamiento.

—Amo Barty, amo Barty —dijo Winky por entre las manos, sollozando—. No debería decir más, o tendremos problemas...

—¿No descubrió nadie que usted seguía vivo? —preguntó Dumbledore—. ¿No lo supo nadie aparte de su padre y la elfina?

—Sí. Una bruja del departamento de mi padre, Bertha Jorkins, llegó a casa con unos papeles para que mi padre los firmara. Mi padre no estaba en aquel momento, así que Winky la hizo pasar y volvió a la cocina, donde me encontraba yo. Pero Bertha Jorkins nos oyó hablar, y escuchó a escondidas. Entendió lo suficiente para comprender quién se escondía bajo la capa invisible. Cuando mi padre volvió a casa, ella se le enfrentó. Para que olvidara lo que había averiguado, le tuvo que echar un encantamiento desmemorizante muy fuerte. Demasiado fuerte: según mi padre, le dañó la memoria para siempre.

—¿Quién le mandó meter las narices en los asuntos de mi amo? —sollozó Winky—. ¿Por qué no nos dejó en paz?

—Háblame de los Mundiales de quidditch —pidió Dumbledore.

—Winky convenció a mi padre de que me llevara. Necesitó meses para persuadirlo. Hacía años que yo no salía de casa. Había sido un forofo del quidditch. «Déjelo ir!», le rogaba ella. «Puede ir con su capa invisible. Podrá ver el partido y le dará el aire por una vez.» Le dijo que era lo que hubiera querido mi madre. Le dijo que ella había muerto para darme la libertad, que no me había salvado para darme una vida de preso. Al final accedió.

»Fue cuidadosamente planeado: mi padre nos condujo a Winky y a mí a la tribuna principal bastante temprano. Winky diría que le estaba guardando un asiento a mi padre. Yo me sentaría en él, invisible. Tendríamos que salir cuando todo el mundo hubiera abandonado la tribuna principal. Todo el mundo creería que Winky se encontraba sola.

»Pero Winky no sabía que yo recuperaba fuerzas. Empezaba a luchar contra la maldición *imperius* de mi padre. Había momentos en que me liberaba de ella casi por completo. Aquél fue uno de esos momentos. Era como si despertara de un profundo sueño. Me encontré rodeado de gente, en medio del partido, y vi delante de mí una varita mágica que sobresalía del bolsillo de un muchacho. No me habían dejado tocar una varita desde antes de Azkaban. La robé. Winky no se enteró: tiene terror a las alturas, y se había tapado la cara.

—¡Amo Barty, es usted muy malo! —le reprochó Winky. Las lágrimas se le escurrían entre los dedos.

—O sea que usted cogió la varita —dijo Dumbledore—. ¿Qué hizo con ella?

—Volvimos a la tienda. Luego los oímos, oímos a los mortífagos, los que no habían estado nunca en Azkaban, los que nunca habían sufrido por mi señor, los que le dieron la espalda, los que no fueron esclavizados como yo, los que estaban libres para buscarlo pero no lo hacían, los que se conformaban con divertirse a costa de los muggles. Me despertaron sus voces. Hacía años que no tenía la mente tan despejada como en aquel momento, y me sentía furioso. Con la varita en mi poder, quise castigarlos por su deslealtad. Mi padre había salido de la tienda para ir a defender a los muggles, y a Winky le daba miedo verme tan furioso, así que ella usó sus propias dotes mágicas para atarme a ella. Me sacó de la tienda y me llevó al bosque, lejos de los mortífagos. Traté de hacerla volver, porque quería regresar al campamento. Quería enseñarles a los mortífagos lo que significaba la lealtad al Señor Tenebroso, y castigarlos por no haberla observado. Con la varita que había robado proyecté en el aire la Marca Tenebrosa.

»Llegaron los magos del Ministerio, lanzando por todas partes sus encantamientos aturdidores. Uno de esos encantamientos se coló por entre los árboles hasta donde nos encontrábamos Winky y yo. Quedamos los dos desmayados y con las ataduras rotas por el rayo del encantamiento.

»Cuando descubrieron a Winky, mi padre comprendió que yo tenía que estar cerca. Me buscó entre los arbustos donde la habían encontrado a ella y me halló echado en el suelo. Esperó a que se fueran los demás funcionarios, me volvió a lanzar la maldición *imperius*, y me llevó de vuelta a casa. A Winky la despidió porque no había impedido que yo robara la varita y casi me deja también escapar.

Winky exhaló un lamento de desesperación.

—Quedamos solos en la casa mi padre y yo. Y entonces... entonces... —la cabeza de Crouch dio un giro, y una mueca demente apareció en su rostro— mi señor vino a buscarme.

»Llegó a casa una noche, bastante tarde, en brazos de su vasallo Colagusano. Había averiguado que yo seguía vivo. Había apresado en Albania a Bertha Jorkins, la había torturado y le había extraído mucha información: ella le habló del Torneo de los tres magos y de que Moody, el viejo auror, iba a

impartir clase en Hogwarts; luego la torturó hasta romper el encantamiento desmemorizante que mi padre le había echado, y ella le contó que yo me había escapado de Azkaban y que mi padre me tenía preso para impedir que fuera a buscar a mi señor. Y de esa forma supo que yo seguía siéndole fiel... quizá más fiel que ningún otro. Mi señor trazó un plan basado en la información que Bertha le había pasado. Me necesitaba. Llegó a casa cerca de medianoche. Mi padre abrió la puerta.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Crouch, como si recordara el momento más agradable de su vida. A través de los dedos de Winky podían verse sus ojos desorbitados. Estaba demasiado asustada para hablar.

—Fue muy rápido: mi señor le echó a mi padre la maldición *imperius*. A partir de ese momento fue mi padre el preso, el controlado. Mi señor lo obligó a ir al trabajo como de costumbre y a seguir actuando como si nada hubiera ocurrido. Y yo quedé liberado. Desperté. Volvía a ser yo mismo, vivo como no lo había estado desde hacía años.

—¿Qué fue lo que lord Voldemort le pidió que hiciera?

—Me preguntó si estaba listo para arriesgarlo todo por él. Lo estaba. Ése era mi sueño, mi suprema ambición: servirle, probarme ante él. Me dijo que necesitaba situar en Hogwarts a un vasallo leal, un vasallo que hiciera pasar a Harry Potter todas las pruebas del Torneo de los tres magos sin que se notara, un vasallo que no lo perdiera de vista, que se asegurara de que conseguía la Copa, que convirtiera aquella copa en un traslador y capaz de llevar ante él a la primera persona que lo tocara. Pero antes...

—Necesitaba a Alastor Moody —dijo Albus Dumbledore. Le resplandecían los ojos azules, aunque la voz seguía impasible.

—Lo hicimos entre Colagusano y yo. De antemano habíamos preparado la poción multijugos. Fuimos a la casa, Moody se resistió, provocó un verdadero tumulto. Justo a tiempo conseguimos reducirlo, así que lo metimos en un compartimiento de su propio baúl mágico, le arrancamos unos pelos y los echamos a la poción. Al beberla me convertí en su doble, le cogí la pata de palo y el ojo, y ya estaba listo para vérmelas con Arthur Weasley, que llegó para arreglarlo todo con los muggles que habían oído el altercado. Cambié de sitio los contenedores de la basura y le dije a Weasley que había oído intrusos en el patio, andando entre los contenedores. Luego guardé la ropa y los detectores de tenebrismo de Moody, los metí con él en el baúl y me vine a Hogwarts. Lo mantuve vivo y bajo la maldición *imperius* porque quería poder hacerle preguntas para averiguar cosas de su pasado y aprender sus costumbres, con la intención de engañar incluso a Dumbledore. Además, necesitaba su pelo para la poción multijugos. Los demás ingredientes eran fáciles. La piel de serpiente arbórea africana la robé de las mazmorras. Cuando el profesor de Pociones me encontró en su despacho, dije que tenía órdenes de registrarlo.

—¿Y qué hizo Colagusano después de que atacaron ustedes a Moody? —preguntó Dumbledore.

—Se volvió para seguir cuidando a mi señor en mi casa y vigilando a mi padre.

—Pero su padre escapó —observó Dumbledore.

—Sí. Después de algún tiempo empezó a resistirse a la maldición *imperius* tal como había hecho yo. Había momentos en los que se daba cuenta de lo que ocurría. Mi señor pensó que ya no era seguro dejar que mi padre saliera de casa, así que lo obligó a enviar cartas diciendo que estaba enfermo. Sin embargo, Colagusano fue un poco negligente, y no lo vigiló bien. De forma que mi padre pudo escapar. Mi señor adivinó que se dirigiría a Hogwarts. Efectivamente, el propósito de mi padre era contárselo todo a Dumbledore, confesar. Venía dispuesto a admitir que me había sacado de Azkaban.

»Mi señor me envió noticia de la fuga de mi padre. Me dijo que lo detuviera costara lo que costara. Yo esperé, atento: utilicé el mapa que le había pedido a Harry Potter. El mapa que había estado a punto de echarlo todo a perder.

—¿Mapa? —preguntó rápidamente Dumbledore—, ¿qué mapa es ése?

—El mapa de Hogwarts de Potter. Potter me vio en él, una noche, robando ingredientes para la poción multijugos del despacho de Snape. Como tengo el mismo nombre que mi padre, pensó que se trataba de él. Le dije que mi padre odiaba a los magos tenebrosos, y Potter creyó que iba tras Snape. Esa noche le pedí a Potter su mapa.

»Durante una semana esperé a que mi padre llegara a Hogwarts. Al fin, una noche, el mapa me lo mostró entrando en los terrenos del castillo. Me puse la capa invisible y bajé a su encuentro. Iba por el borde del bosque. Entonces llegaron Potter y Krum. Aguardé. No podía hacerle daño a Potter porque mi señor lo necesitaba, pero cuando fue a buscar a Dumbledore aproveché para aturdir a Krum. Y maté a mi padre.

—¡Nooooo! —gimió Winky—. ¡Amo Barty, amo Barty!, ¿qué está diciendo?

—Usted mató a su padre —dijo Dumbledore, en el mismo tono suave—. ¿Qué hizo con el cuerpo?

—Lo llevé al bosque y lo cubrí con la capa invisible. Llevaba conmigo el mapa: vi en él a Potter entrar corriendo en el castillo y tropezarse con Snape, y luego a Dumbledore con ellos. Entonces Potter sacó del castillo a Dumbledore. Yo volví a salir del bosque, di un rodeo y fui a su encuentro como si llegara del castillo. Le dije a Dumbledore que Snape me había indicado adónde iban.

»Dumbledore me pidió que fuera en busca de mi padre, así que volví junto a su cadáver, miré el mapa y, cuando todo el mundo se hubo ido, lo transformé en un hueso... y lo enterré cubierto con la capa invisible en el trozo de tierra recién cavada delante de la cabaña de Hagrid.

Entonces se hizo un silencio total salvo por los continuados sollozos de Winky.

Luego dijo Dumbledore:

—Y esta noche...

—Me ofrecí a llevar la Copa del torneo al laberinto antes de la cena —musitó Barty Crouch—. La transformé en un traslador. El plan de mi señor ha funcionado: ha recobrado sus antiguos poderes y me cubrirá de más honores de los que pueda soñar un mago.

La sonrisa demente volvió a transformar sus rasgos, y la cabeza cayó inerte sobre un hombro mientras Winky sollozaba y se lamentaba a su lado.

36

Caminos separados

Dumbledore se levantó y miró un momento a Barty Crouch con desagrado. Luego alzó otra vez la varita e hizo salir de ella unas cuerdas que lo dejaron firmemente atado. Se dirigió entonces a la profesora McGonagall.

—Minerva, ¿te podrías quedar vigilándolo mientras subo con Harry?

—Desde luego —respondió ella. Daba la impresión de que sentía náuseas, como si acabara de ver vomitar a alguien. Sin embargo, cuando sacó la varita y apuntó con ella a Barty Crouch, su mano estaba completamente firme.

—Severus, por favor, dile a la señora Pomfrey que venga —indicó Dumbledore—. Hay que llevar a Alastor Moody a la enfermería. Luego baja a los terrenos, busca a Cornelius Fudge y tráelo acá. Supongo que querrá oír personalmente a Crouch. Si quiere algo de mí, dile que estaré en la enfermería dentro de media hora.

Snape asintió en silencio y salió del despacho.

—Harry... —llamó Dumbledore con suavidad.

Harry se levantó y volvió a tambalearse. El dolor de la pierna, que no había notado mientras escuchaba a Crouch, acababa de regresar con toda su intensidad. También se dio cuenta de que temblaba. Dumbledore lo cogió del brazo y lo ayudó a salir al oscuro corredor.

—Antes que nada, quiero que vengas a mi despacho, Harry —le dijo en voz baja, mientras se encaminaban hacia el pasadizo—. Sirius nos está esperando allí.

Harry asintió con la cabeza. Lo invadían una especie de aturdimiento y una sensación de total irrealidad, pero no hizo caso: estaba contento de encontrarse así. No quería pensar en nada de lo que había sucedido después de tocar la Copa de los tres magos. No quería repasar los recuerdos, demasiado frescos y tan claros como si fueran fotografías, que cruzaban por su mente: *Ojoloco* Moody dentro del baúl, Colagusano desplomado en el suelo y agarrándose el muñón del brazo, Voldemort surgiendo del caldero entre vapores, Cedric... muerto, Cedric pidiéndole que lo llevara con sus padres...

—Profesor —murmuró—, ¿dónde están los señores Diggory?

—Están con la profesora Sprout —dijo Dumbledore. Su voz, tan impasible durante todo el interrogatorio de Barty Crouch, tembló levemente por vez primera—. Es la jefa de la casa de Cedric, y es quien mejor lo conocía.

Llegaron ante la gárgola de piedra. Dumbledore pronunció la contraseña, se hizo a un lado, y él y Harry subieron por la escalera de caracol móvil hasta la puerta de roble. Dumbledore la abrió.

Sirius se encontraba allí, de pie. Tenía la cara tan pálida y demacrada como cuando había escapado de Azkaban. Cruzó en dos zancadas el despacho.

—¿Estás bien, Harry? Lo sabía, sabía que pasaría algo así. ¿Qué ha ocurrido?

Las manos le temblaban al ayudar a Harry a sentarse en una silla, delante del escritorio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, más apremiante.

Dumbledore comenzó a contarle a Sirius todo lo que había dicho Barty Crouch. Harry sólo escuchaba a medias. Estaba tan agotado que le dolía hasta el último hueso, y lo único que quería era quedarse allí sentado, que no lo molestaran durante horas y horas, hasta que se durmiera y no tuviera que pensar ni sentir nada más.

Oyó un suave batir de alas. *Fawkes*, el fénix, había abandonado la percha y se había ido a posar sobre su rodilla.

—Hola, *Fawkes* —lo saludó Harry en voz baja. Acarició sus hermosas plumas de color oro y escarlata. *Fawkes* abrió y cerró los ojos plácidamente, mirándolo. Había algo reconfortante en su cálido peso.

Dumbledore dejó de hablar. Sentado al escritorio, miraba fijamente a Harry, pero éste evitaba sus ojos. Se disponía a interrogarlo. Le haría revivirlo todo.

—Necesito saber qué sucedió después de que tocaste el traslador en el

laberinto, Harry —le dijo.

—Podemos dejarlo para mañana por la mañana, ¿no, Dumbledore? —se apresuró a observar Sirius. Le había puesto a Harry una mano en el hombro—. Dejémoslo dormir. Que descanse.

Lo embargó un sentimiento de gratitud hacia Sirius, pero Dumbledore desoyó su sugerencia y se inclinó hacia él. Muy a desgana, Harry levantó la cabeza y encontró aquellos ojos azules.

—Harry, si pensara que te haría algún bien induciéndote al sueño por medio de un encantamiento y permitiendo que pospusieras el momento de pensar en lo sucedido esta noche, lo haría —dijo Dumbledore con amabilidad—. Pero me temo que no es así. Adormecer el dolor por un rato te haría sentirlo luego con mayor intensidad. Has mostrado más valor del que hubiera creído posible: te ruego que lo muestres una vez más contándonos todo lo que sucedió.

El fénix soltó una nota suave y trémula. Tembló en el aire, y Harry sintió como si una gota de líquido caliente se le deslizara por la garganta hasta el estómago, calentándolo y tonificándolo.

Respiró hondo y comenzó a hablar. Conforme lo hacía, parecían alzarse ante sus ojos las imágenes de todo cuanto había pasado aquella noche: vio la chispeante superficie de la poción que había revivido a Voldemort, vio a los mortífagos apareciéndose entre las tumbas, vio el cuerpo de Cedric tendido en el suelo a corta distancia de la Copa.

En una o dos ocasiones, Sirius hizo ademán de decir algo, sin dejar de aferrar con la mano el hombro de Harry, pero Dumbledore lo detuvo con un gesto, y Harry se alegró, porque, habiendo comenzado, era más fácil seguir. Hasta se sentía aliviado: era casi como si se estuviera sacando un veneno de dentro. Seguir hablando le costaba toda la entereza que era capaz de reunir, pero le parecía que, en cuanto hubiera acabado, se sentiría mejor.

Sin embargo, cuando Harry contó que Colagusano le había hecho un corte en el brazo con la daga, Sirius dejó escapar una exclamación vehemente, y Dumbledore se levantó tan de golpe que Harry se asustó. Rodeó el escritorio y le pidió que extendiera el brazo. Harry les mostró a ambos el lugar en que le había rasgado la túnica, y el corte que tenía debajo.

—Dijo que mi sangre lo haría más fuerte que la de cualquier otro —explicó Harry—. Dijo que la protección que me otorgó mi madre... iría también a él. Y tenía razón: pudo tocarme sin hacerse daño, me tocó en la cara.

Por un breve instante, Harry creyó ver una expresión de triunfo en los ojos de Dumbledore. Pero un segundo después estuvo seguro de habérselo imaginado, porque, cuando Dumbledore volvió a su silla tras el escritorio, parecía más viejo y más débil de lo que Harry lo había visto nunca.

—Muy bien —dijo, volviéndose a sentar—. Voldemort ha superado esa barrera. Prosigue, Harry, por favor.

Harry continuó: explicó cómo había salido Voldemort del caldero, y les repitió todo cuanto recordaba de su discurso a los mortífagos. Luego relató cómo Voldemort lo había desatado, le había devuelto su varita y se había preparado para batirse.

Cuando llegó a la parte en que el rayo dorado de luz había conectado su varita con la de Voldemort, se notó la garganta obstruida. Intentó seguir hablando, pero el recuerdo de lo que había surgido de la varita de Voldemort le anegaba la mente. Podía ver a Cedric saliendo de ella, ver al viejo, a Bertha Jorkins... a su madre... a su padre...

Se alegró de que Sirius rompiera el silencio.

—¿Se conectaron las varitas? —dijo, mirando primero a Harry y luego a Dumbledore—. ¿Por qué?

Harry volvió a levantar la vista hacia Dumbledore, que parecía impresionado.

—*Priori incantatem* —musitó.

Sus ojos miraron los de Harry, y fue casi como si hubieran quedado conectados por un repentino rayo de comprensión.

—¿El efecto de encantamiento invertido? —preguntó Sirius.

—Exactamente —contestó Dumbledore—. La varita de Harry y la de Voldemort tienen el mismo núcleo. Cada una de ellas contiene una pluma de la cola del mismo fénix. De ese fénix, de hecho —añadió señalando al pájaro de color oro y escarlata que estaba tranquilamente posado sobre una rodilla de Harry.

—¿La pluma de mi varita proviene de *Fawkes*? —exclamó Harry sorprendido.

—Sí —respondió Dumbledore—. En cuanto saliste de su tienda hace cuatro años, el señor Ollivander me escribió para decir que tú habías comprado la segunda varita.

—Entonces, ¿qué sucede cuando una varita se encuentra con su hermana? —quiso saber Sirius.

—Que no funcionan correctamente la una contra la otra —explicó Dumbledore—. Sin embargo, si los dueños de las varitas las obligan a combatir... tendrá lugar un efecto muy extraño: una de las varitas obligará a la otra a vomitar los encantamientos que ha llevado a cabo... en sentido inverso, primero el más reciente, luego los que lo precedieron...

Miró interrogativamente a Harry, y éste asintió con la cabeza.

—Lo cual significa —añadió Dumbledore pensativamente, fijando los ojos en la cara de Harry— que tuvo que reaparecer Cedric de alguna manera.

Harry volvió a asentir.

—¿Volvió a la vida? —preguntó Sirius.

—Ningún encantamiento puede resucitar a un muerto —dijo Dumbledore apesadumbrado—. Todo lo que pudo haber fue alguna especie de eco. Saldría de la varita una sombra del Cedric vivo. ¿Me equivoco, Harry?

—Me habló —dijo Harry, y de repente volvió a temblar—. Me habló el... el fantasma de Cedric, o lo que fuera.

—Un eco que conservaba la apariencia y el carácter de Cedric —explicó Dumbledore—. Adivino que luego aparecieron otras formas: víctimas menos recientes de la varita de Voldemort...

—Un viejo —dijo Harry, todavía con un nudo en la garganta—. Y Bertha Jorkins. Y...

—¿Tus padres? —preguntó Dumbledore en voz baja.

—Sí —contestó Harry.

Sirius apretó tanto a Harry en el hombro que casi le hacía daño.

—Los últimos asesinatos que la varita llevó a cabo —dijo Dumbledore, asintiendo con la cabeza—, en orden inverso. Naturalmente, habrían seguido apareciendo otros si hubieras mantenido la conexión. Muy bien, Harry: esos ecos... esas sombras... ¿qué hicieron?

Harry describió cómo las figuras que habían salido de la varita habían deambulado por el borde de la red dorada, cómo le dio la impresión de que Voldemort les tenía miedo, cómo la sombra de su padre le había indicado qué hacer y la de Cedric, su último deseo.

En aquel punto, Harry se dio cuenta de que no podía continuar. Miró a Sirius, y vio que se cubría la cara con las manos.

Harry advirtió de pronto que *Fawkes* había dejado su rodilla y había revoloteado hasta el suelo. Apoyó su hermosa cabeza en la pierna herida de Harry, y derramó sobre la herida que le había hecho la araña unas espesas lágrimas de color perla. El dolor desapareció. La piel recubrió lisamente la herida. Estaba curado.

—Te lo repito —dijo Dumbledore, mientras el fénix se elevaba en el aire y se volvía a posar en la percha que había al lado de la puerta—: esta noche has mostrado una valentía superior a lo que podríamos haber esperado de ti, Harry. La misma valentía de los que murieron luchando contra Voldemort cuando se encontraba en la cima de su poder. Has llevado sobre tus hombros la carga de un mago adulto, has podido con ella y nos has dado todo lo que podíamos esperar. Ahora te llevaré a la enfermería. No quiero que vayas esta noche al dormitorio. Te vendrán bien una poción para dormir y un poco de paz... Sirius, ¿te gustaría quedarte con él?

Sirius asintió con la cabeza y se levantó. Volvió a transformarse en el perro grande y negro, salió del despacho y bajó con ellos un tramo de escaleras hasta la enfermería.

Cuando Dumbledore abrió la puerta, Harry vio a la señora Weasley, a Bill, Ron y Hermione rodeando a la señora Pomfrey, que parecía agobiada. Le estaban preguntando dónde se hallaba él y qué le había ocurrido.

Todos se abalanzaron sobre ellos cuando entraron, y la señora Weasley soltó una especie de grito amortiguado:

—¡Harry!, ¡ay, Harry!

Fue hacia él, pero Dumbledore se interpuso.

—Molly —le dijo levantando la mano—, por favor, escúchame un momento. Harry ha vivido esta noche una horrible experiencia. Y acaba de revivirla para mí. Lo que ahora necesita es paz y tranquilidad, y dormir. Si quiere que estéis con él —añadió, mirando también a Ron, Hermione y Bill—, podéis quedaros, pero no quiero que le preguntéis nada hasta que esté preparado para responder, y desde luego no esta noche.

La señora Weasley mostró su conformidad con un gesto de la cabeza. Estaba muy pálida. Se volvió hacia Ron, Hermione y Bill con expresión severa, como si ellos estuvieran metiendo bulla, y les dijo muy bajo:

—¿Habéis oído? ¡Necesita tranquilidad!

—Dumbledore —dijo la señora Pomfrey, mirando fijamente el perro grande y negro en el que se había convertido Sirius—, ¿puedo preguntar qué...?

—Este perro se quedará un rato haciéndole compañía a Harry —dijo sencillamente Dumbledore—. Te aseguro que está extraordinariamente bien educado. Esperaremos a que te acuestes, Harry.

Harry sintió hacia Dumbledore una indecible gratitud por pedirles a los otros que no le hicieran preguntas. No era que no quisiera estar con ellos, pero la idea de explicarlo todo de nuevo, de revivirlo una vez más, era superiora sus fuerzas.

—Volveré en cuanto haya visto a Fudge, Harry —dijo Dumbledore—. Me gustaría que mañana te quedaras aquí hasta que me haya dirigido al colegio.

Salió. Mientras la señora Pomfrey lo llevaba a una cama próxima, Harry vislumbró al auténtico Moody acostado en una cama al final de la sala. Tenía el ojo mágico y la pata de palo sobre la mesita de noche.

—¿Qué tal está? —preguntó Harry.

—Se pondrá bien —aseguró la señora Pomfrey, dándole un pijama a Harry y rodeándolo de biombos.

El se quitó la ropa, se puso el pijama, y se acostó. Ron, Hermione, Bill y la señora Weasley se sentaron a ambos lados de la cama, y el perro negro se colocó junto a la cabecera. Ron y Hermione lo miraban casi con cautela, como si los asustara.

—Estoy bien —les dijo—. Sólo que muy cansado.

A la señora Weasley se le empañaron los ojos de lágrimas mientras le alisaba la colcha de la cama, sin que hiciera ninguna falta.

La señora Pomfrey, que se había marchado aprisa al despacho, volvió con una copa y una botellita de poción de color púrpura.

—Tendrás que bebértela toda, Harry —le indicó—. Es una poción para dormir sin soñar.

Harry tomó la copa y bebió unos sorbos. Enseguida le entró sueño: todo a su alrededor se volvió brumoso, las lámparas que había en la enfermería le hacían guiños amistosos a través de los biombos que rodeaban su cama, y sintió como si su cuerpo se hundiera más en la calidez del colchón de plumas. Antes de que pudiera terminar la poción, antes de que pudiera añadir otra palabra, la fatiga lo había vencido.

Harry despertó en medio de tal calidez y somnolencia que no abrió los ojos, esperando volver a dormirse. La sala seguía a oscuras: estaba seguro de que aún era de noche y de que no había dormido mucho rato.

Luego oyó cuchicheos a su alrededor.

—¡Van a despertarlo si no se callan!

—¿Por qué gritan así? No habrá ocurrido nada más, ¿no?

Harry abrió perezosamente los ojos. Alguien le había quitado las gafas. Pudo distinguir junto a él las siluetas borrosas de la señora Weasley y de Bill. La señora Weasley estaba de pie.

—Es la voz de Fudge —susurraba ella—. Y ésa es la de Minerva McGonagall, ¿verdad? Pero ¿por qué discuten?

Harry también los oía: gente que gritaba y corría hacia la enfermería.

—Ya sé que es lamentable, pero da igual, Minerva —decía Cornelius Fudge en voz alta.

—¡No debería haberlo metido en el castillo! —gritó la profesora McGonagall—. Cuando se entere Dumbledore...

Harry oyó abrirse de golpe las puertas de la enfermería. Sin que nadie se diera cuenta, porque todos miraban hacia la puerta mientras Bill retiraba el biombo, Harry se sentó y se puso las gafas.

Fudge entró en la sala con paso decidido. Detrás de él iban Snape y la profesora McGonagall.

—¿Dónde está Dumbledore? —le preguntó Fudge a la señora Weasley.

—Aquí no —respondió ella, enfadada—. Esto es una enfermería, señor ministro. ¿No cree que sería mejor...?

Pero la puerta se abrió y entró Dumbledore en la sala.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió bruscamente, pasando la vista de Fudge a la profesora McGonagall—. ¿Por qué estáis molestando a los enfermos? Minerva, me sorprende que tú... Te pedí que vigilaras a Barty Crouch...

—¡Ya no necesita que lo vigile nadie, Dumbledore! —gritó ella—. ¡Gracias al ministro!

Harry no había visto nunca a la profesora McGonagall tan fuera de sí: tenía las mejillas coloradas, los puños apretados y temblaba de furia.

—Cuando le dijimos al señor Fudge que habíamos atrapado al mortífago responsable de lo ocurrido esta noche —dijo Snape en voz baja—, consideró que su seguridad personal estaba en peligro. Insistió en llamar a un dementor para que lo acompañara al castillo. Y subió con él al despacho en que Barty Crouch...

—¡Le advertí que usted no lo aprobaría, Dumbledore! —exclamó la profesora McGonagall—. Le dije que usted nunca permitiría la entrada de un dementor en el castillo, pero...

—¡Mi querida señora! —bramó Fudge, que de igual manera parecía más enfadado de lo que Harry lo había visto nunca—. Como ministro de Magia, me compete a mí decidir si necesito escolta cuando entrevisto a alguien que puede resultar peligroso...

Pero la voz de la profesora McGonagall ahogó la de Fudge:

—En cuanto ese... ese ser entró en el despacho —gritó ella, temblorosa y señalando a Fudge— se echó sobre Crouch y... y...

Harry sintió un escalofrío, en tanto la profesora McGonagall buscaba palabras para explicar lo sucedido. No necesitaba que ella terminara la frase, pues sabía qué era lo que debía de haber hecho el dementor: le habría administrado a Barty Crouch su beso fatal. Le habría aspirado el alma por la boca. Estaría peor que muerto.

—¡Pero, por todos los santos, no es una pérdida tan grave! —soltó Fudge—. ¡Según parece, es responsable de unas cuantas muertes!

—Pero ya no podrá declarar, Cornelius —repuso Dumbledore. Miró a Fudge con severidad, como si lo viera tal cual era por primera vez—. Ya no puede declarar por qué mató a esas personas.

—¿Que por qué las mató? Bueno, eso no es ningún misterio —replicó Fudge—. ¡Porque estaba loco de remate! Por lo que me han dicho Minerva y Severus, ¡creía que actuaba según las instrucciones de Voldemort!

—Es que actuaba según las instrucciones de Voldemort, Cornelius —dijo Dumbledore—. Las muertes de esas personas fueron meras consecuencias de un plan para restaurar a Voldemort a la plenitud de sus fuerzas. Ese plan ha tenido éxito, y Voldemort ha recuperado su cuerpo.

Fue como si a Fudge le pegaran en la cara con una maza. Aturdido y parpadeando, devolvió la mirada a Dumbledore como si no pudiera dar crédito a sus oídos. Entonces, sin dejar de mirar a Dumbledore con los ojos desorbitados, comenzó a farfullar:

—¿Que ha retornado Quien-tú-sabes? Absurdo. ¡Dumbledore, por favor...!

—Como sin duda te han explicado Minerva y Severus —dijo Dumbledore—, hemos oído la confesión de Barty Crouch. Bajo los efectos del suero de la verdad, nos ha relatado cómo escapó de Azkaban, y cómo Voldemort, enterado por Bertha Jorkins de que seguía vivo, fue a liberarlo de su padre y lo utilizó para capturar a Harry. El plan funcionó, ya te lo he dicho: Crouch ha ayudado a Voldemort a regresar.

—¡Pero vamos, Dumbledore! —exclamó Fudge, y Harry se sorprendió de ver surgir en su rostro una ligera sonrisa—, ¡no es posible que tú creas eso! ¿Que ha retornado Quien-tú-sabes? Vamos, vamos, por favor... Una cosa es que Crouch creyera que actuaba bajo las órdenes de Quien-tú-sabes... y otra tomarse en serio lo que ha dicho ese lunático...

—Cuando Harry tocó esta noche la Copa de los tres magos, fue transportado directamente ante lord Voldemort —afirmó Dumbledore—. Presenció su renacimiento. Te lo explicaré todo si vienes a mi despacho. —Miró a Harry y vio que estaba despierto, pero añadió: Me temo que no puedo consentir que interrogues a Harry esta noche.

La sorprendente sonrisa de Fudge no había desaparecido. También él miró a Harry; luego volvió la vista a Dumbledore, y dijo:

—¿Eh... estás dispuesto a aceptar su testimonio, Dumbledore?

Hubo un instante de silencio, roto por el gruñido de Sirius. Se le habían erizado los pelos del lomo, y enseñaba los dientes a Fudge.

—Desde luego que lo acepto —respondió Dumbledore, con un fulgor en los ojos—. He oído la confesión de Crouch y he oído el relato de Harry de lo que ocurrió después de que tocara la Copa: las dos historias encajan y explican todo lo sucedido desde que el verano pasado desapareció Bertha Jorkins.

Fudge conservaba en la cara la extraña sonrisa. Volvió a mirar a Harry antes de responder:

—¿Vas a creer que ha retornado lord Voldemort porque te lo dicen un loco asesino y un niño que...? Bueno...

Le dirigió a Harry otra mirada, y éste comprendió de pronto.

—Señor Fudge, ¡usted ha leído a Rita Skeeter! —dijo en voz baja.

Ron, Hermione, Bill y la señora Weasley se sobresaltaron: ninguno se había dado cuenta de que Harry estaba despierto. Fudge enrojeció un poco, pero su rostro adquirió una expresión obstinada y desafiante.

—¿Y qué si lo he hecho? —soltó, dirigiéndose a Dumbledore—. ¿Qué pasa si he descubierto que has estado ocultando ciertos hechos relativos a este niño? Conque habla pársel, ¿eh? ¿Y conque monta curiosos numeritos por todas partes?

—Supongo que te refieres a los dolores de la cicatriz —dijo Dumbledore con frialdad.

—¿O sea que admites que ha tenido dolores? —replicó Fudge—. ¿Dolores de cabeza, pesadillas? ¿Tal vez... alucinaciones?

—Escúchame, Cornelius —dijo Dumbledore dando un paso hacia Fudge, y volvió a irradiar aquella indefinible fuerza que Harry había percibido en él después de que había aturdido al joven Crouch—. Harry está tan cuerdo como tú y yo. La cicatriz que tiene en la frente no le ha reblandecido el cerebro. Creo que le duele cuando lord Voldemort está cerca o cuando se siente especialmente furioso.

Fudge retrocedió medio paso para separarse un poco de Dumbledore, pero no cedió en absoluto.

—Me tendrás que perdonar, Dumbledore, pero nunca había oído que una cicatriz actúe de alarma...

—¡Mire, he presenciado el retorno de Voldemort! —gritó Harry. Intentó volver a salir de la cama, pero la señora Weasley se lo impidió—. ¡He visto a los mortífagos! ¡Puedo darle los nombres! Lucius Malfoy...

Snape hizo un movimiento repentino; pero, cuando Harry lo miró, sus ojos estaban puestos otra vez en Fudge.

—¡Malfoy fue absuelto! —dijo Fudge, visiblemente ofendido—. Es de una familia de raigambre... y entrega donaciones para excelentes causas...

—¡Macnair! —prosiguió Harry.

—¡También fue absuelto! ¡Y trabaja para el Ministerio!

—Avery... Nott... Crabbe... Goyle...

—¡No haces más que repetir los nombres de los que fueron absueltos hace trece años del cargo de pertenencia a los mortífagos! —dijo Fudge enfadado—. ¡Debes de haber visto esos nombres en antiguas crónicas de los juicios! Por las barbas de Merlín, Dumbledore... Este niño ya se vio envuelto en una historia ridícula al final del curso anterior... Los cuentos que se inventa son cada vez más exagerados, y tú te los sigues tragando. Este niño habla con las serpientes, Dumbledore, ¿y todavía confías en él?

—¡No sea necio! —gritó la profesora McGonagall—. Cedric Diggory, el señor Crouch: ¡esas muertes no son el trabajo casual de un loco!

—¡No veo ninguna prueba de lo contrario! —vociferó Fudge, igual de airado que ella y con la cara colorada—. ¡Me parece que estáis decididos a sembrar un pánico que desestabilice todo lo que hemos estado construyendo durante trece años!

Harry no podía dar crédito a sus oídos. Siempre había visto a Fudge como alguien bondadoso: un poco jactancioso, un poco pomposo, pero básicamente bueno. Sin embargo, lo que en aquel momento tenía ante él era un mago pequeño y furioso que se negaba rotundamente a aceptar cualquier cosa que supusiera una alteración de su mundo cómodo y ordenado, que se negaba a creer en el retorno de Voldemort.

—Voldemort ha regresado —repitió Dumbledore—. Si afrontas ese hecho, Fudge, y tomas las medidas necesarias, quizá aún podamos encontrar una salvación. Lo primero y más esencial es retirarles a los dementores el control de Azkaban.

—¡Absurdo! —volvió a gritar Fudge—. ¡Retirar a los dementores! ¡Me echarían a puntapiés sólo por proponerlo! ¡La mitad de nosotros sólo dormimos tranquilos porque sabemos que ellos están custodiando Azkaban!

—¡A la otra mitad nos cuesta más conciliar el sueño, Cornelius, sabiendo que has puesto a los partidarios más peligrosos de lord Voldemort bajo la custodia de unas criaturas que se unirán a él en cuanto se lo pida! —repuso Dumbledore—. ¡No te serán leales, Fudge, porque Voldemort puede ofrecerles muchas más satisfacciones que tú a sus apetitos! ¡Con el apoyo de los dementores y el retorno de sus antiguos partidarios, te resultará muy difícil evitar que recupere la fuerza que tuvo hace trece años!

Fudge abría y cerraba la boca como si no encontrara palabras apropiadas para expresar su ira.

—El segundo paso que debes dar, y sin pérdida de tiempo —siguió Dumbledore—, es enviar mensajeros a los gigantes.

—¿Mensajeros a los gigantes? —gritó Fudge, recuperando la capacidad de hablar—. ¿Qué locura es ésa?

—Debes tenderles una mano ahora mismo, antes de que sea demasiado

tarde —repuso Dumbledore—, o de lo contrario Voldemort los persuadirá, como hizo antes, de que es el único mago que está dispuesto a concederles derechos y libertad.

—No... no puedes estar hablando en serio —dijo Fudge entrecortadamente, negando con la cabeza y alejándose un poco más de Dumbledore—. Si la comunidad mágica sospechara que yo pretendo un acercamiento a los gigantes... La gente los odia, Dumbledore... Sería el fin de mi carrera...

—¡Estás cegado por el miedo a perder la cartera que ostentas, Cornelius! —dijo Dumbledore, volviendo a levantar la voz y con los ojos de nuevo resplandecientes, evidenciando otra vez su aura poderosa—. ¡Le das demasiada importancia, y siempre lo has hecho, a lo que llaman «limpieza de sangre»! ¡No te das cuenta de que no importa lo que uno es por nacimiento, sino lo que uno es por sí mismo! Tu dementor acaba de aniquilar al último miembro de una familia de sangre limpia, de tanta raigambre como la que más... ¡y ya ves lo que ese hombre escogió hacer con su vida! Te lo digo ahora: da los pasos que te aconsejo, y te recordarán, con cartera o sin ella, como uno de los ministros de Magia más grandes y valerosos que hayamos tenido; pero, si no lo haces, ¡la Historia te recordará como el hombre que se hizo a un lado para concederle a Voldemort una segunda oportunidad de destruir el mundo que hemos intentado construir!

—¡Loco! —susurró Fudge, volviendo a retroceder—. ¡Loco...!

Se hizo el silencio. La señora Pomfrey estaba inmóvil al pie de la cama de Harry, tapándose la boca con las manos. La señora Weasley seguía de pie al lado de Harry, poniéndole la mano en el hombro para impedir que se levantara. Bill, Ron y Hermione miraban a Fudge fijamente.

—Si sigues decidido a cerrar los ojos, Cornelius —dijo Dumbledore—, nuestros caminos se separarán ahora. Actúa como creas conveniente. Y yo... yo también actuaré como crea conveniente.

La voz de Dumbledore no sonó a amenaza, sino como una mera declaración de principios, pero Fudge se estremeció como si Dumbledore hubiera avanzado hacia él apuntándole con una varita.

—Veamos pues, Dumbledore —dijo blandiendo un dedo amenazador—. Siempre te he dado rienda suelta. Te he mostrado mucho respeto. Podía no estar de acuerdo con algunas de tus decisiones, pero me he callado. No hay muchos que en mi lugar te hubieran permitido contratar hombres lobo, o tener a Hagrid aquí, o decidir qué enseñar a tus estudiantes sin consultar al Ministerio. Pero si vas a actuar contra mí...

—El único contra el que pienso actuar —puntualizó Dumbledore— es lord Voldemort. Si tú estás contra él, entonces seguiremos del mismo lado, Cornelius.

Fudge no encontró respuesta a aquello. Durante un instante se balanceó

hacia atrás y hacia delante sobre sus pequeños pies, e hizo girar en las manos el sombrero hongo. Al final, dijo con cierto tono de súplica:

—No puede volver, Dumbledore, no puede...

Snape se adelantó, levantándose la manga izquierda de la túnica. Descubrió el antebrazo y se lo enseñó a Fudge, que retrocedió.

—Mire —dijo Snape con brusquedad—. Mire: la Marca Tenebrosa. No está tan clara como lo estuvo hace una hora aproximadamente, cuando era de color negro y me abrasaba, pero aún puede verla. El Señor Tenebroso marcó con ella a todos sus mortífagos. Era una manera de reconocernos entre nosotros, y también el medio que utilizaba para convocarnos. Cuando él tocaba la marca de cualquier mortífago teníamos que desaparecernos donde estuviéramos y aparecernos a su lado al instante. Esta marca ha ido haciéndose más clara durante todo este curso, y la de Karkarov también. ¿Por qué cree que Karkarov ha huido esta noche? Porque los dos hemos sentido la quemazón de la Marca. Entonces, los dos supimos que él había retornado. Karkarov teme la venganza del Señor Tenebroso porque traicionó a demasiados de sus compañeros mortífagos para esperar una bienvenida si volviera al redil.

Fudge también se alejó un paso de Snape, negando con la cabeza. Daba la impresión de que no había entendido ni una palabra de lo que éste le había dicho. Miró fijamente, con repugnancia, la fea marca que Snape tenía en el brazo. A continuación, levantó la vista hacia Dumbledore y susurró:

—No sé a qué estáis jugando tú y tus profesores, Dumbledore, pero creo que ya he oído bastante. No tengo más que añadir. Me pondré en contacto contigo mañana, Dumbledore, para tratar sobre la dirección del colegio. Ahora tengo que volver al Ministerio.

Casi había llegado a la puerta cuando se detuvo. Se volvió, regresó a zancadas hasta la cama de Harry.

—Tu premio —dijo escuetamente, sacándose del bolsillo una bolsa grande de oro y dejándola caer sobre la mesita de la cama de Harry—. Mil galeones. Tendría que haber habido una ceremonia de entrega, pero en estas circunstancias...

Se encasquetó el sombrero hongo y salió de la sala, cerrando de un portazo. En cuanto desapareció, Dumbledore se volvió hacia el grupo que rodeaba la cama de Harry.

—Hay mucho que hacer —dijo—. Molly... ¿me equivoco al pensar que puedo contar contigo y con Arthur?

—Por supuesto que no se equivoca —respondió la señora Weasley. Hasta los labios se le habían quedado pálidos, pero parecía decidida—. Arthur conoce a Fudge. Es su interés por los muggles lo que lo ha mantenido relegado en el Ministerio durante todos estos años. Fudge opina que carece del adecuado orgullo de mago.

—Entonces tengo que enviarle un mensaje —dijo Dumbledore—. Tenemos que hacer partícipes de lo ocurrido a todos aquellos a los que se pueda convencer de la verdad, y Arthur está bien situado en el Ministerio para hablar con los que no sean tan miopes como Cornelius.

—Iré yo a verlo —se ofreció Bill, levantándose—. Iré ahora.

—Muy bien —asintió Dumbledore—. Cuéntale lo ocurrido. Dile que no tardaré en ponerme en contacto con él. Pero tendrá que ser discreto. Fudge no debe sospechar que interfiero en el Ministerio...

—Déjelo de mi cuenta —dijo Bill.

Le dio una palmada a Harry en el hombro, un beso a su madre en la mejilla, se puso la capa y salió de la sala con paso decidido.

—Minerva —dijo Dumbledore, volviéndose hacia la profesora McGonagall—, quiero ver a Hagrid en mi despacho tan pronto como sea posible. Y también... si consiente en venir, a Madame Maxime.

La profesora McGonagall asintió con la cabeza y salió sin decir una palabra.

—Poppy —le dijo Dumbledore a la señora Pomfrey—, ¿serías tan amable de bajar al despacho del profesor Moody, donde me imagino que encontrarás a una elfina doméstica llamada Winky sumida en la desesperación? Haz lo que puedas por ella, y luego llévala a las cocinas. Creo que Dobby la cuidará.

—Muy... muy bien —contestó la señora Pomfrey, asustada, y también salió.

Dumbledore se aseguró de que la puerta estaba cerrada, y de que los pasos de la señora Pomfrey habían dejado de oírse, antes de volver a hablar.

—Y, ahora —dijo—, es momento de que dos de nosotros se acepten. Sirius... te ruego que recuperes tu forma habitual.

El gran perro negro levantó la mirada hacia Dumbledore, y luego, en un instante, se convirtió en hombre.

La señora Weasley soltó un grito y se separó de la cama.

—¡Sirius Black! —gritó.

—¡Calla, mamá! —chilló Ron—. ¡Es inocente!

Snape no había gritado ni retrocedido, pero su expresión era una mezcla de furia y horror.

—¡ÉI! —gruñó, mirando a Sirius, cuyo rostro mostraba el mismo desagrado—. ¿Qué hace aquí?

—Está aquí porque yo lo he llamado —explicó Dumbledore, pasando la vista de uno a otro—. Igual que tú, Severus. Yo confió tanto en uno como en otro. Ya es hora de que olvidéis vuestras antiguas diferencias, y confiéis también el uno en el otro.

Harry pensó que Dumbledore pedía un milagro. Sirius y Snape se miraban con intenso odio.

—Me conformaré, a corto plazo, con un alto en las hostilidades —dijo Dumbledore con un deje de impaciencia—. Daos la mano: ahora estáis del mismo lado. El tiempo apremia, y, a menos que los pocos que sabemos la verdad estemos unidos, no nos quedará esperanza.

Muy despacio, pero sin dejar de mirarse como si se desearan lo peor, Sirius y Snape se acercaron y se dieron la mano. Se soltaron enseguida.

—Con eso bastará por ahora —dijo Dumbledore, colocándose una vez más entre ellos—. Ahora, tengo trabajo que daros a los dos. La actitud de Fudge, aunque no nos pille de sorpresa, lo cambia todo. Sirius, necesito que salgas ahora mismo: tienes que alertar a Remus Lupin, Arabella Figg y Mundungus Fletcher: el antiguo grupo. Escóndete por un tiempo en casa de Lupin. Yo iré a buscarte.

—Pero... —protestó Harry.

Quería que Sirius se quedara. No quería decirle otra vez adiós tan pronto.

—No tardaremos en vernos, Harry —aseguró Sirius, volviéndose hacia él—. Te lo prometo. Pero debo hacer lo que pueda, ¿comprendes?

—Claro. Claro que comprendo.

Sirius le apretó brevemente la mano, asintió con la cabeza mirando a Dumbledore, volvió a transformarse en perro, y salió corriendo de la sala, abriendo con la pata la manilla de la puerta.

—Severus —continuó Dumbledore dirigiéndose a Snape—, ya sabes lo que quiero de ti. Si estás dispuesto...

—Lo estoy —contestó Snape.

Parecía más pálido de lo habitual, y sus fríos ojos negros resplandecieron de forma extraña.

—Buena suerte entonces —le deseó Dumbledore, y, con una mirada de aprehensión, lo observó salir en silencio de la sala, detrás de Sirius.

Pasaron varios minutos antes de que el director volviera a hablar.

—Tengo que bajar —dijo por fin—. Tengo que ver a los Diggory. Tómate la poción que queda, Harry. Os veré a todos más tarde.

Mientras Dumbledore se iba, Harry se dejó caer en las almohadas. Hermione, Ron y la señora Weasley lo miraban. Nadie habló por un tiempo.

—Te tienes que tomar lo que queda de la poción, Harry —dijo al cabo la señora Weasley. Al ir a coger la botellita y la copa, dio con la mano contra la bolsa de oro que estaba en la mesita—. Tienes que dormir bien y mucho. Intenta pensar en otra cosa por un rato... ¡piensa en lo que vas a comprarte con el dinero!

—No lo quiero —replicó Harry con voz inexpresiva—. Cogedlo vosotros. Quien sea. No me lo merezco. Se lo merecía Cedric.

Aquello contra lo que había estado luchando por momentos desde que había salido del laberinto amenazaba con ser más fuerte que él. Sentía una sensación ardorosa y punzante por dentro de los ojos. Parpadeó y miró al techo.

—No fue culpa tuya, Harry —susurró la señora Weasley.

—Yo le dije que cogiéramos juntos la Copa —musitó Harry.

En aquel momento tenía aquella sensación ardorosa también en la garganta. Le hubiera gustado que Ron desviara la mirada.

La señora Weasley posó la poción en la mesita, se inclinó y abrazó a Harry. Él no recordaba que nunca ningún ser humano lo hubiera abrazado de aquella manera, como a un hijo. Todo el peso de cuanto había visto aquella noche pareció caer sobre él mientras la señora Weasley lo aferraba. El rostro de su madre, la voz de su padre, la visión de Cedric muerto en la hierba, todo empezó a darle vueltas en la cabeza hasta que apenas pudo soportarlo y su rostro se tensó para contener el grito de angustia que pugnaba por salir.

Se oyó un ruido como de portazo, y la señora Weasley y Harry se separaron. Hermione estaba en la ventana. Tenía algo en la mano firmemente agarrado.

—Lo siento —se disculpó.

—La poción, Harry —dijo rápidamente la señora Weasley, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Harry se la bebió de un trago. El efecto fue instantáneo. Lo sumergió una ola de sueño grande e irresistible, y se hundió entre las almohadas, dormido sin pensamientos y sin sueños.

37

El comienzo

Incluso un mes después, al rememorar los días que siguieron, Harry se daba cuenta de que se acordaba de muy pocas cosas. Era como si hubiera pasado demasiado para añadir nada más. Las recapitulaciones que hacía resultaban muy dolorosas. Lo peor fue, tal vez, el encuentro con los Diggory que tuvo lugar a la mañana siguiente.

No lo culparon de lo ocurrido. Por el contrario, ambos le agradecieron que les hubiera llevado el cuerpo de su hijo. Durante toda la conversación, el señor Diggory no dejó de sollozar. La pena de la señora Diggory era mayor de la que se puede expresar llorando.

—Sufrió muy poco, entonces —musitó ella, cuando Harry le explicó cómo había muerto—. Y, al fin y al cabo, Amos... murió justo después de ganar el Torneo. Tuvo que sentirse feliz.

Al levantarse, ella miró a Harry y le dijo:

—Ahora cuídate tú.

Harry cogió la bolsa de oro de la mesita.

—Tomen esto —le dijo a la señora Diggory—. Tendría que haber sido para Cedric: llegó el primero. Cójanlo...

Pero ella lo rechazó.

—No, es tuyo. Nosotros no podríamos... Quédate con él.

Harry volvió a la torre de Gryffindor a la noche siguiente. Por lo que le dijeron Ron y Hermione, aquella mañana, durante el desayuno, Dumbledore se había dirigido a todo el colegio. Simplemente les había pedido que dejaran a Harry tranquilo, que nadie le hiciera preguntas ni lo forzara a contar la historia de lo ocurrido en el laberinto. Él notó que la mayor parte de sus compañeros se apartaban al cruzarse con él por los corredores, y que evitaban su mirada. Al pasar, algunos cuchicheaban tapándose la boca con la mano. Le pareció que muchos habían dado crédito al artículo de Rita Skeeter sobre lo trastornado y posiblemente peligroso que era. Tal vez formularan sus propias teorías sobre la manera en que Cedric había muerto. Se dio cuenta de que no le preocupaba demasiado. Disfrutaba hablando de otras cosas con Ron y Hermione, o cuando jugaban al ajedrez en silencio. Sentía que habían alcanzado tal grado de

entendimiento que no necesitaban poner determinadas cosas en palabras: que los tres esperaban alguna señal, alguna noticia de lo que ocurría fuera de Hogwarts, y que no valía la pena especular sobre ello mientras no supieran nada con seguridad. La única vez que mencionaron el tema fue cuando Ron le habló a Harry del encuentro entre su madre y Dumbledore, antes de volver a su casa.

—Fue a preguntarle si podías venir directamente con nosotros este verano —dijo—. Pero él quiere que vuelvas con los Dursley, por lo menos al principio.

—¿Por qué? —preguntó Harry.

—Mi madre ha dicho que Dumbledore tiene sus motivos —explicó Ron, moviendo la cabeza—. Supongo que tenemos que confiar en él, ¿no?

La única persona aparte de Ron y Hermione con la que se sentía capaz de hablar era Hagrid. Como ya no había profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, tenían aquella hora libre. En la del jueves por la tarde aprovecharon para ir a visitarlo a su cabaña. Era un día luminoso. Cuando se acercaron, *Fang* salió de un salto por la puerta abierta, ladrando y meneando la cola sin parar.

—¿Quién es? —dijo Hagrid, dirigiéndose a la puerta—. ¡Harry!

Salió a su encuentro a zancadas, aprisionó a Harry con un solo brazo, lo despeinó con la mano y dijo:

—Me alegro de verte, compañero. Me alegro de verte.

Al entrar en la cabaña, vieron delante de la chimenea, sobre la mesa de madera, dos platos con sendas tazas del tamaño de calderos.

—He estado tomando té con Olympe —explicó Hagrid—. Acaba de irse.

—¿Con quién? —preguntó Ron, intrigado.

—¡Con Madame Maxime, por supuesto! —contestó Hagrid.

—¿Habéis hecho las paces? —quiso saber Ron.

—No entiendo de qué me hablas —contestó Hagrid sin darle importancia, yendo al aparador a buscar más tazas.

Después de preparar té y de ofrecerles un plato de pastas, volvió a sentarse en la silla y examinó a Harry detenidamente con sus ojos de azabache.

—¿Estás bien? —preguntó bruscamente.

—Sí —respondió Harry.

—No, no lo estás. Por supuesto que no lo estás. Pero lo estarás.

Harry no repuso nada.

—Sabía que volvería —dijo Hagrid, y Harry, Ron y Hermione lo miraron, sorprendidos—. Lo sabía desde hacía años, Harry. Sabía que estaba por ahí, aguardando el momento propicio. Tenía que pasar. Bueno, ya ha ocurrido, y tendremos que afrontarlo. Lucharemos. Tal vez lo reduzcamos antes de que se haga demasiado fuerte. Eso es lo que Dumbledore pretende. Un gran hombre, Dumbledore. Mientras lo tengamos, no me preocuparé demasiado.

Hagrid alzó sus pobladas cejas ante la expresión de incredulidad de sus amigos.

—No sirve de nada preocuparse —afirmó—. Lo que venga, vendrá, y le plantaremos cara. Dumbledore me contó lo que hiciste, Harry. —El pecho de Hagrid se infló al mirarlo—. Fue lo que hubiera hecho tu padre, y no puedo dirigirte mayor elogio.

Harry le sonrió. Era la primera vez que sonreía desde hacía días.

—¿Qué fue lo que Dumbledore te pidió que hicieras, Hagrid? Mandó a la profesora McGonagall a pediros a ti y a Madame Maxime que fuerais a verlo... aquella noche.

—Nos ha puesto deberes para el verano —explicó Hagrid—. Pero son secretos. No puedo hablar de ello, ni siquiera con vosotros. Olympe... Madame Maxime para vosotros... tal vez venga conmigo. Creo que sí. Creo que la he convencido.

—¿Tiene que ver con Voldemort?

Hagrid se estremeció al oír aquel nombre.

—Puede —contestó evasivamente—. Y ahora... ¿quién quiere venir conmigo a ver el último escreguto? ¡Era broma, era broma! —se apresuró a añadir, viendo la cara que ponían.

La noche antes del retorno a Privet Drive, Harry preparó su baúl, lleno de pesadumbre. Sentía terror ante el banquete de fin de curso, que era motivo de alegría otros años, cuando se aprovechaba para anunciar el ganador de la Copa de las Casas. Desde que había salido de la enfermería, había procurado no ir al Gran Comedor a las horas en que iba todo el mundo, y prefería comer cuando estaba casi vacío para evitar las miradas de sus compañeros.

Cuando él, Ron y Hermione entraron en el Gran Comedor, vieron enseguida que faltaba la acostumbrada decoración: para el banquete de fin de curso solía lucir los colores de la casa ganadora. Aquella noche, sin embargo, había colgaduras negras en la pared de detrás de la mesa de los profesores. Harry no tardó en comprender que eran una señal de respeto por Cedric.

El auténtico *Ojoloco* Moody estaba allí sentado, con el ojo mágico y la pata de palo puestos en su sitio. Parecía extremadamente nervioso, y cada vez que alguien le hablaba daba un respingo. Harry no se lo podía echar en cara: era lógico que el miedo de Moody a ser víctima de un ataque se hubiera incrementado tras diez meses de secuestro en su propio baúl. La silla del profesor Karkarov se encontraba vacía. Harry se preguntó, al sentarse con sus compañeros de Gryffindor, dónde estaría en aquel momento, y si Voldemort lo habría atrapado.

Madame Maxime seguía allí. Se había sentado al lado de Hagrid. Hablaban en voz baja. Más allá, junto a la profesora McGonagall, se hallaba Snape. Sus ojos se demoraron un momento en Harry mientras éste lo miraba. Era difícil interpretar su expresión, pero parecía tan antipático y malhumorado como siempre. Harry siguió observándolo mucho después de que él hubo retirado la mirada.

¿Qué sería lo que Snape había tenido que hacer, por orden de Dumbledore, la noche del retorno de Voldemort? Y ¿por qué... por qué estaba tan convencido Dumbledore de que Snape se hallaba realmente de su lado? Había sido su espía, eso había dicho Dumbledore en el pensadero. Y se había pasado a su lado, «asumiendo graves riesgos personales». ¿Era ése el trabajo que había tenido que hacer? ¿Había entrado en contacto con los mortífagos, tal vez? ¿Había fingido que nunca se había pasado realmente al bando de Dumbledore, que había estado esperando su momento, como el propio Voldemort?

Los pensamientos de Harry se vieron interrumpidos por el profesor Dumbledore, que se levantó de su silla en la mesa de profesores. El Gran Comedor, que sin duda había estado mucho menos bullanguero de lo habitual en un banquete de fin de curso, quedó en completo silencio.

—El fin de otro curso —dijo Dumbledore, mirándolos a todos.

Hizo una pausa, y posó los ojos en la mesa de Hufflepuff. Aquélla había sido la mesa más silenciosa ya antes de que él se pusiera en pie, y seguían teniendo las caras más pálidas y tristes del Gran Comedor.

—Son muchas las cosas que quisiera deciros esta noche —dijo Dumbledore—, pero quiero antes que nada lamentar la pérdida de una gran persona que debería estar ahí sentada —señaló con un gesto hacia los de Hufflepuff—, disfrutando con nosotros este banquete. Ahora quiero pediros, por favor, a todos, que os levantéis y alcéis vuestras copas para brindar por Cedric Diggory.

Así lo hicieron. Hubo un estruendo de bancos arrastrados por el suelo cuando se pusieron en pie, levantaron las copas y repitieron, con voz potente, grave y sorda:

—Por Cedric Diggory.

Harry vislumbró a Cho a través de la multitud. Le caían por la cara unas

lágrimas silenciosas. Cuando volvieron a sentarse, bajó la vista a la mesa.

—Cedric ejemplificaba muchas de las cualidades que distinguen a la casa de Hufflepuff —prosiguió Dumbledore—. Era un amigo bueno y leal, muy trabajador, y se comportaba con honradez. Su muerte os ha afligido a todos, lo conocierais bien o no. Creo, por eso, que tenéis derecho a saber qué fue exactamente lo que ocurrió.

Harry levantó la cabeza y miró a Dumbledore.

—Cedric Diggory fue asesinado por lord Voldemort.

Un murmullo de terror recorrió el Gran Comedor. Los alumnos miraban a Dumbledore horrorizados, sin atreverse a creerle. Él estaba tranquilo, viéndolos farfullar en voz baja.

—El Ministerio de Magia —continuó Dumbledore— no quería que os lo dijera. Es posible que algunos de vuestros padres se horroricen de que lo haya hecho, ya sea porque no crean que Voldemort haya regresado realmente, o porque opinen que no se debe contar estas cosas a gente tan joven. Pero yo opino que la verdad es siempre preferible a las mentiras, y que cualquier intento de hacer pasar la muerte de Cedric por un accidente, o por el resultado de un grave error suyo, constituye un insulto a su memoria.

En aquel momento, todas las caras, aturdidas y asustadas, estaban vueltas hacia Dumbledore... o casi todas. Harry vio que, en la mesa de Slytherin, Draco Malfoy cuchicheaba con Crabbe y Goyle. Sintió un vehemente acceso de ira. Se obligó a mirar a Dumbledore.

—Hay alguien más a quien debo mencionar en relación con la muerte de Cedric —siguió Dumbledore—. Me refiero, claro está, a Harry Potter.

Un murmullo recorrió el Gran Comedor al tiempo que algunos volvían la cabeza en dirección a Harry antes de mirar otra vez a Dumbledore.

—Harry Potter logró escapar de Voldemort —dijo Dumbledore—. Arriesgó su vida para traer a Hogwarts el cuerpo de Cedric. Mostró, en todo punto, el tipo de valor que muy pocos magos han demostrado al encararse con lord Voldemort, y por eso quiero alzar la copa por él.

Dumbledore se volvió hacia Harry con aire solemne, y volvió a levantar la copa. Casi todos los presentes siguieron su ejemplo, murmurando su nombre como habían murmurado el de Cedric, y bebieron a su salud. Pero, a través de un hueco entre los compañeros que se habían puesto en pie, Harry vio que Malfoy, Crabbe, Goyle y muchos otros de Slytherin permanecían desafiantemente sentados, sin tocar las copas. Dumbledore, que a pesar de todo carecía de ojo mágico, no se dio cuenta.

Cuando todos volvieron a sentarse, prosiguió:

—El propósito del Torneo de los tres magos fue el de promover el buen entendimiento entre la comunidad mágica. En vista de lo ocurrido, del retorno

de lord Voldemort, tales lazos parecen ahora más importantes que nunca.

Dumbledore pasó la vista de Hagrid y Madame Maxime a Fleur Delacour y sus compañeros de Beauxbatons, y de éstos a Viktor Krum y los alumnos de Durmstrang, que estaban sentados a la mesa de Slytherin. Krum, según vio Harry, parecía cauteloso, casi asustado, como si esperara que Dumbledore dijera algo contra él.

—Todos nuestros invitados —continuó, y sus ojos se demoraron en los alumnos de Durmstrang— han de saber que serán bienvenidos en cualquier momento en que quieran volver. Os repito a todos que, ante el retorno de lord Voldemort, seremos más fuertes cuanto más unidos estemos, y más débiles cuanto más divididos.

»La fuerza de lord Voldemort para extender la discordia y la enemistad entre nosotros es muy grande. Sólo podemos luchar contra ella presentando unos lazos de amistad y mutua confianza igualmente fuertes. Las diferencias de costumbres y lengua no son nada en absoluto si nuestros propósitos son los mismos y nos mostramos abiertos.

»Estoy convencido (y nunca he tenido tantos deseos de estar equivocado) de que nos esperan tiempos difíciles y oscuros. Algunos de vosotros, en este salón, habéis sufrido ya directamente a manos de lord Voldemort. Muchas de vuestras familias quedaron deshechas por él. Hace una semana, un compañero vuestro fue aniquilado.

»Recordad a Cedric. Recordadlo si en algún momento de vuestra vida tenéis que optar entre lo que está bien y lo que es cómodo, recordad lo que le ocurrió a un muchacho que era bueno, amable y valiente, sólo porque se cruzó en el camino de lord Voldemort. Recordad a Cedric Diggory.

• • •

El baúl de Harry estaba listo. *Hedwig* se encontraba de nuevo en la jaula, y la jaula encima del baúl. Con el resto de los alumnos de cuarto, él, Ron y Hermione aguardaban en el abarrotado vestíbulo los carruajes que los llevarían de vuelta a la estación de Hogsmeade. Era otro hermoso día de verano. Se imaginó que, cuando llegara aquella noche, en Privet Drive haría calor y los jardines estarían frondosos, con macizos de flores convertidos en un derroche de color. Pero pensar en ello no le proporcionó ningún placer.

—¡«Hagui»!

Miró a su alrededor. Fleur Delacour subía velozmente la escalinata de piedra para entrar en el castillo. Tras ella, vio a Hagrid ayudando a Madame Maxime a hacer recular dos de sus gigantescos caballos para engancharlos: el carruaje de Beauxbatons estaba a punto de despegar.

—Nos «volveguemos» a «veg», «espego» —dijo Fleur, tendiéndole la mano al llegar ante él—. «Quiego encontgag tgabajo» aquí «paga mejogag» mi inglés.

—Ya es muy bueno —señaló Ron con la voz ahogada.

Fleur le sonrió. Hermione frunció el entrecejo.

—Adiós, «Hagui» —se despidió Fleur, dando media vuelta para irse—. ¡Ha sido un «placeg conocegre»!

El ánimo de Harry se alegró un poco, mientras contemplaba a Fleur volviendo a la explanada con Madame Maxime. Su plateado pelo ondeaba a la luz del sol.

—Me pregunto cómo volverán los de Durmstrang —comentó Ron—. ¿Crees que podrán manejar el barco sin Karkarov?

—«Karrkarrov» no lo manejaba —dijo una voz ronca—. Se quedaba en el «camarrote» y nos dejaba «hacerr» el «trrabajo». —Krum se había acercado para despedirse de Hermione—. ¿«Podrríamos hablarr»? —le preguntó.

—Eh... claro... claro... —contestó Hermione, algo confusa, y siguió a Krum por entre la multitud hasta perderse de vista.

—¡Será mejor que te des prisa! —le gritó Ron—. ¡Los carruajes llegarán dentro de un minuto!

Pero dejó que Harry se ocupara de mirar si llegaban o no los carruajes, y él se pasó los minutos siguientes levantando el cuello para vigilar a Krum y Hermione por encima de la multitud. No tardaron en volver. Ron observó a Hermione, pero su rostro estaba impasible.

—Me gustaba «Diggorry» —le dijo Krum a Harry de repente—. «Siemprre erra» amable conmigo. «Siemprre.» Aunque yo «estuvierra» en «Durrmstrrang», con «Karrkarrov» —añadió, ceñudo.

—¿Tenéis ya nuevo director? —preguntó Harry.

Krum se encogió de hombros. Tendió la mano como había hecho Fleur, y estrechó la de Harry y la de Ron.

Ron parecía inmerso en una lucha interna. Krum ya se iba cuando él le gritó:

—¿Me firmas un autógrafo?

Hermione se volvió, sonriendo, y observó los carruajes sin caballos que rodaban hacia ellos, subiendo por el camino, mientras Krum, sorprendido pero halagado, le firmaba a Ron un pedazo de pergamino.

El tiempo no pudo ser más diferente en el viaje de vuelta a King's Cross de lo que había sido a la ida en septiembre. No había ni una nube en el cielo. Harry, Ron y Hermione habían conseguido un compartimiento para ellos solos. *Pigwidgeon* iba de nuevo tapado bajo la túnica de gala de Ron, para que no estuviera todo el tiempo chillando. *Hedwig* dormitaba con la cabeza bajo el ala, y *Crookshanks* se había hecho un ovillo sobre un asiento libre, y parecía un peluche de color canela. Harry, Ron y Hermione hablaron más y más libremente que en ningún momento de la semana precedente, mientras el tren marchaba hacia el sur. Parecía que el discurso de Dumbledore en el banquete de fin de curso había hecho desaparecer la reserva de Harry. Ya no le resultaba tan doloroso tratar de lo ocurrido. Sólo dejaron de hablar de lo que Dumbledore podría hacer para detener a Voldemort cuando llegó el carrito de la comida.

Cuando Hermione regresó del carrito y guardó el dinero en la mochila, sacó un ejemplar de *El Profeta* que llevaba en ella.

Harry lo miró, no muy seguro de querer saber lo que decía, pero Hermione, al ver su actitud, le comento con voz tranquila:

—No viene nada. Puedes comprobarlo por ti mismo: no hay nada en absoluto. Lo he estado mirando todos los días. Sólo una breve nota al día siguiente de la tercera prueba diciendo que ganaste el Torneo. Ni siquiera mencionaron a Cedric. Nada de nada. Si queréis mi opinión, creo que Fudge los ha obligado a silenciarlo.

—Nunca silenciará a Rita Skeeter —afirmó Harry—. No con semejante historia.

—Ah, Rita no ha escrito absolutamente nada desde la tercera prueba —aseguró Hermione con voz extrañamente ahogada—. De hecho, Rita Skeeter no escribirá nada durante algún tiempo. No a menos que quiera que le descubra el pastel.

—¿De qué hablas?—inquirió Ron.

—He averiguado cómo se las arregla para escuchar conversaciones privadas cuando tiene prohibida la entrada a los terrenos del colegio —dijo Hermione rápidamente.

Harry tuvo la impresión de que ella llevaba días muriéndose de ganas de contarlo, pero que se reprimía por todo lo que había ocurrido.

—¿Cómo lo hacía? —preguntó Harry de inmediato.

—¿Cómo lo averiguaste? —preguntó a su vez Ron, mirándola.

—Bueno, en realidad fuiste tú quien me dio la idea, Harry.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Con tus micrófonos ocultos —contestó Hermione muy contenta.

—Pero los micrófonos no funcionan...

—No los electrónicos. No, pero Rita Skeeter es ella misma como un minúsculo micrófono negro... Rita Skeeter es una animaga no registrada. Puede convertirse... —Hermione sacó de la mochila un pequeño tarro de cristal cerrado— en un escarabajo.

—¡Bromeas! —exclamó Ron—. Tú no has... Ella no...

—Sí, ella sí —declaró Hermione muy contenta, blandiendo el tarro ante ellos.

Dentro había ramitas, hojas y un escarabajo grande y gordo.

—Eso no puede ser... Nos estás tomando el pelo —dijo Ron, poniendo el tarro a la altura de los ojos.

—No, en serio —afirmó Hermione sonriendo—. Lo cogí en el alféizar de la ventana de la enfermería. Si lo miráis de cerca veréis que las marcas alrededor de la antena son como las de esas espantosas gafas que lleva.

Harry miró y vio que tenía razón. Recordó algo.

—¡Había un escarabajo en la estatua la noche en que oímos a Hagrid hablarle a Madame Maxime de su madre!

—¡Exacto! —confirmó Hermione—. Y Viktor Krum me quitó un escarabajo del pelo después de nuestra conversación junto al lago. Y, si no me equivoco, Rita estaría en el alféizar de la clase de Adivinación el día en que te dolió la cicatriz. Se ha pasado el año revoloteando por ahí en busca de historias.

—Cuando vimos a Malfoy debajo de aquel árbol... —dijo Ron pensativo.

—Estaba contándole cosas, la tenía en la mano —continuó Hermione—. Por supuesto, él lo sabía. Así es como ella ha obtenido esas entrevistas tan encantadoras con los de Slytherin. A ellos les daba igual que ella estuviera haciendo algo ilegal mientras pudieran contarle cosas horribles sobre nosotros y Hagrid.

Hermione cogió el tarro de cristal que le había pasado a Ron, y sonrió al escarabajo, que revoloteaba pegándose furiosos golpes contra el cristal.

—Le he explicado que la dejaré salir cuando lleguemos a Londres. Al tarro le he echado un encantamiento *irrompibilizador*, para que ella no pueda transformarse. Y ya sabe que tiene que estar calladita un año entero. Veremos si puede dejar el hábito de escribir horribles mentiras sobre la gente.

Sonriendo serenamente, Hermione volvió a meter el escarabajo en la mochila.

La puerta del compartimiento se abrió.

—Muy lista, Granger —dijo Draco Malfoy.

Crabbe y Goyle estaban tras él. Los tres parecían más satisfechos, arrogantes y amenazadores que nunca.

—O sea que has pillado a esa patética periodista —añadió Malfoy pensativamente, asomándose y mirándolos con una leve sonrisa en los labios—, y Potter vuelve a ser el niño favorito de Dumbledore. Mola. —Su sonrisa se acentuó. Crabbe y Goyle también los miraban con sonrisas malévolas—. Intentando no pensar en ello, ¿eh? ¿Haciendo como si no hubiera ocurrido?

—Fuera —dijo Harry.

No había vuelto a tener a Malfoy cerca desde que lo había visto cuchichear con Crabbe y Goyle durante el discurso de Dumbledore sobre Cedric. Sintió un zumbido en los oídos. Bajo la túnica, su mano agarró la varita.

—¡Has elegido el bando perdedor, Potter! ¡Te lo advertí! Te dije que debías escoger tus compañías con más cuidado, ¿recuerdas? Cuando nos encontramos en el tren, el día de nuestro ingreso en Hogwarts. ¡Te dije que no anduvieras con semejante chusma! —señaló con la cabeza a Ron y Hermione—. ¡Ya es demasiado tarde, Potter! ¡Ahora que ha retornado el Señor Tenebroso, los sangre sucia y los amigos de los muggles serán los primeros en caer! Bueno, los primeros no, los segundos: el primero ha sido Digg...

Fue como si alguien hubiera encendido una caja de bengalas en el compartimiento. Cegado por el resplandor de los encantamientos que habían partido de todas direcciones, ensordecido por los estallidos, Harry parpadeó y miró al suelo.

Malfoy, Crabbe y Goyle estaban inconscientes en el hueco de la puerta. Harry, Ron y Hermione se habían puesto de pie después de lanzarles distintos maleficios. Y no eran los únicos que lo habían hecho.

—Quisimos venir a ver qué buscaban estos tres —dijo Fred como sin querer la cosa, pisando a Goyle para entrar en el compartimiento. Había sacado la varita, igual que George, que tuvo buen cuidado de pisar a Malfoy al entrar tras Fred.

—Un efecto interesante —dijo George mirando a Crabbe—. ¿Quién le lanzó la maldición *furnunculus*?

—Yo —admitió Harry.

—Curioso —comentó George—. Yo le lancé el embrujo piernas de gelatina. Se ve que no hay que mezclarlos: se le ha llenado la cara de tentáculos. Vamos a sacarlos de aquí, no pegan con la decoración.

Ron, Harry y George los sacaron al pasillo empujándolos con los pies. No

se sabía cuál de ellos tenía peor pinta, con la mezcla de maleficios que les habían echado. Luego volvieron al compartimiento y cerraron la puerta.

—¿Alguien quiere echar una partida con los naipes explosivos? —preguntó Fred, sacando un mazo de cartas.

Iban por la quinta partida cuando Harry se decidió a preguntarles:

—¿Nos lo vais a decir? ¿A quién le hacíais chantaje?

—Ah —dijo George con cierto misterio—. ¡Eso!

—No importa —contestó Fred, moviendo la cabeza hacia los lados—. No tiene importancia. Ya no la tiene, por lo menos.

—Hemos desistido —añadió George encogiéndose de hombros.

Pero Harry, Ron y Hermione siguieron insistiendo, hasta que Fred dijo al fin:

—Bien, de acuerdo. Si de verdad lo queréis saber... se trataba de Ludo Bagman.

—¿Bagman? —exclamó Harry con brusquedad—. ¿Quieres decir que estaba envuelto en...?

—Qué va —repuso George con un dejo sombrío—. Ni mucho menos. Es un cretino. No tiene bastante cerebro para eso.

—¿Entonces? —preguntó Ron.

Fred vaciló un momento antes de responder.

—¿Os acordáis de la apuesta que hicimos con él, en los Mundiales de quidditch? Apostamos a que ganaría Irlanda pero que Krum atraparía la snitch.

—Nos acordamos —dijeron Harry y Ron.

—Bien, el muy cretino nos pagó en oro leprechaun que había cogido de las mascotas del equipo de Irlanda.

—¿Sí?

—Sí —confirmó Fred con malhumor—. Y se desvaneció, claro. A la mañana siguiente, ¡no quedaba nada!

—Pero... habrá sido una equivocación, ¿no? —comentó Hermione.

George se rió con cierta amargura.

—Sí, eso fue lo que pensamos al principio. Creímos que si le escribíamos explicándole el error que había cometido, soltaría la pasta. Pero de eso nada. No hizo caso de nuestra carta. Intentamos repetidamente hablar con él en

Hogwarts, pero siempre tenía alguna excusa para marcharse.

—Al final se volvió bastante desagradable —explicó Fred—. Nos dijo que éramos demasiado jóvenes para apostar, y que no nos daría nada.

—Así que le pedimos que al menos nos devolviera nuestro dinero.

—¡No se negaría a eso! —exclamó Hermione casi sin voz.

—¡Ya lo creo que se negó! —dijo Fred.

—Pero ¡eran todos vuestros ahorros!

—No nos lo tienes que explicar —dijo George—. Por supuesto, al final averiguamos lo que ocurría. El padre de Lee Jordan también había tenido muchos problemas para que Bagman le diera el dinero. Resulta que está metido en líos con los duendes. Le prestaron mucho dinero. Una banda de ellos lo acorraló en el bosque después de los Mundiales y le cogió todo el oro que llevaba con él, y aún no bastaba para pagar todo lo que les debía. Lo siguieron a Hogwarts para que no se les escabullera. Lo ha perdido todo en el juego. No tiene dónde caerse muerto. ¿Y sabéis cómo intentó pagar a los duendes?

—¿Cómo? —preguntó Harry.

—Apostó por ti, tío —explicó Fred—. Apostó un montón contra los duendes a que ganabas el Torneo.

—¡Por eso se empeñaba en ayudarme! —exclamó Harry—. Bueno... yo gané, ¿no? ¡Así que ahora puede daros lo que os debe!

—Nones —dijo George, negando con la cabeza—. Los duendes juegan tan sucio como él: dicen que empataste con Diggory, y que Bagman apostó a que ganabas de manera absoluta. Así que Bagman ha tenido que darse a la fuga. Escapó después de la tercera prueba.

George exhaló un hondo suspiro y volvió a repartir cartas.

El resto del viaje fue bastante agradable. Harry hubiera querido que durara todo el verano, de hecho, para no llegar nunca a King's Cross... Pero, como había aprendido aquel último curso, el tiempo no transcurre más despacio cuando nos espera algo desagradable, y el expreso de Hogwarts no tardó en acercarse al andén nueve y tres cuartos aminorando la marcha. La confusión y el alboroto usuales llenaron los pasillos mientras los estudiantes se apeaban. Ron y Hermione pasaron con dificultad los baúles por encima de Malfoy, Crabbe y Goyle. Harry, en cambio, no se movió.

—Fred... George... esperad un momento.

Los dos gemelos se volvieron. Harry abrió su baúl y sacó el dinero del premio.

—Cogedlo —les dijo, y puso la bolsa en las manos de George.

—¿Qué? —exclamó Fred, pasmado.

—Que lo cojáis —repitió Harry con firmeza—. Yo no lo quiero.

—Estás mal del coco —dijo George, tratando de devolvérselo.

—No, no lo estoy. Cogedlo y seguid inventando. Para la tienda de artículos de broma.

—Se ha vuelto majara —dijo Fred, casi con miedo.

—Escuchad: si no lo cogéis, pienso tirarlo por el váter. Ni lo quiero ni lo necesito. Pero no me vendría mal reírme un poco. Tal vez todos necesitemos reírnos. Me temo que dentro de poco nos van a hacer mucha falta las risas.

—Harry —musitó George, sopesando la bolsa—, aquí tiene que haber mil galeones.

—Sí —contestó Harry, sonriendo—. Piensa cuántas galletas de canarios se pueden hacer con eso.

Los gemelos lo miraron fijamente.

—Pero no le digáis a vuestra madre de dónde lo habéis sacado... aunque, bien pensado, tal vez ya no tenga tanto empeño en que os hagáis funcionarios del Ministerio.

—Harry... —comenzó Fred, pero Harry sacó su varita.

—Mira —dijo rotundamente—, si no os lo lleváis, os echo un maleficio. He aprendido algunos bastante buenos. Pero hacedme un favor, ¿queréis? Compradle a Ron una túnica de gala diferente, y decidle que es regalo vuestro.

Salió del compartimiento sin dejarlos decir ni una palabra más, pasando por encima de Malfoy, Crabbe y Goyle, que seguían tendidos en el suelo, con las señales de los maleficios.

Tío Vernon lo esperaba al otro lado de la barrera. La señora Weasley estaba muy cerca de él. Al ver a Harry, ella le dio un abrazo muy fuerte y le susurró al oído:

—Creo que Dumbledore te dejará venir un poco más avanzado el verano. Estaremos en contacto, Harry.

—Hasta luego, Harry —se despidió Ron, dándole una palmada en la espalda.

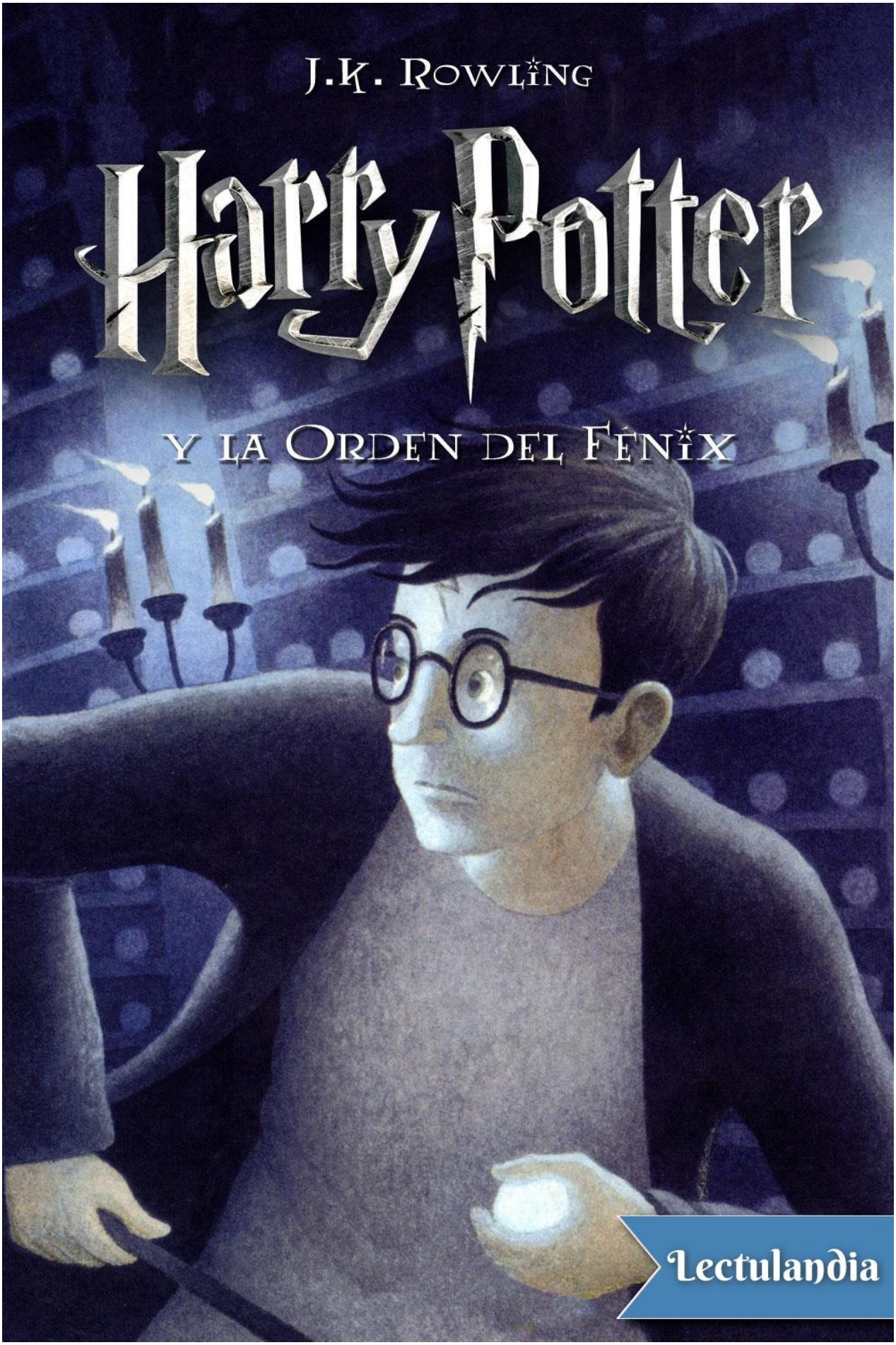
—¡Adiós, Harry! —le dijo Hermione, e hizo algo que no había hecho nunca: le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Harry —musitó George, mientras Fred, a su lado, asentía

fervientemente con la cabeza.

Harry les guiñó un ojo, se volvió hacia tío Vernon y lo siguió en silencio hacia la salida. No había por qué preocuparse todavía, se dijo mientras se acomodaba en el asiento posterior del coche de los Dursley.

Como le había dicho Hagrid, lo que tuviera que llegar, llegaría, y ya habría tiempo de plantarle cara.


J.K. Rowling
Harry Potter
y la Orden del Fénix
Lectulandia

Las tediosas vacaciones de verano en casa de sus tíos todavía no han acabado y Harry se encuentra más inquieto que nunca. Apenas ha tenido noticias de Ron y Hermione, y presiente que algo extraño está sucediendo en Hogwarts. En efecto, cuando por fin comienza otro curso en el famoso colegio de magia y hechicería, sus temores se vuelven realidad. El Ministerio de Magia niega que Voldemort haya regresado y ha iniciado una campaña de desprestigio contra Harry y Dumbledore, para lo cual ha asignado a la horrible profesora Dolores Umbridge la tarea de vigilar todos sus movimientos. Así pues, además de sentirse solo e incomprendido, Harry sospecha que Voldemort puede adivinar sus pensamientos, e intuye que el temible mago trata de apoderarse de un objeto secreto que le permitiría recuperar su poder destructivo.

Lectulandia

J.K. Rowling

Harry Potter y la Orden del Fénix

ePUB v2.0
Elvys 01.03.11

más libros en lectulandia.com

Título original: *Harry Potter and the Order of the Phoenix*

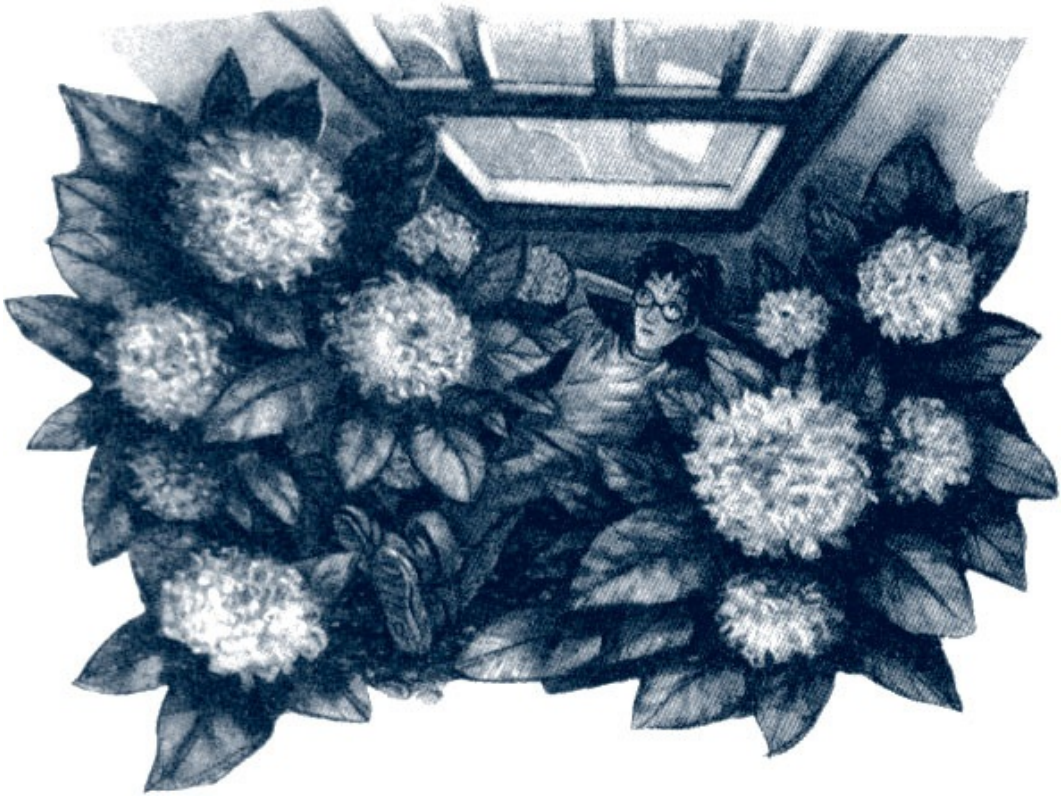
Traducción: Gemma Rovira Ortega

Portada: Dolores Avendaño

J.K. Rowling, 2003. Salamandra, 2004

ISBN: 84-7888-746-6

para Neil, Jessica y David,
que hacen mágico mi mundo



1
Dudley, dementado

El día más caluroso en lo que iba de verano llegaba a su fin, y un silencio amodorrante se extendía sobre las grandes y cuadradas casas de Privet Drive. Los coches, normalmente relucientes, que había aparcados en las entradas de las casas estaban cubiertos de polvo, y las extensiones de césped, que solían ser de un verde esmeralda, estaban resecas y amarillentas porque se había prohibido el uso de mangueras debido a la sequía. Privados de los habituales pasatiempos de lavar el coche y de cortar el césped, los habitantes de Privet Drive se habían refugiado en el fresco interior de las casas, con las ventanas abiertas de par en par, en el vano intento de atraer una inexistente brisa. El único que se había quedado fuera era un muchacho que estaba tumbado boca arriba en un parterre de flores, frente al número 4.

Era un chico delgado, con el pelo negro y con gafas, que tenía el aspecto enclenque y ligeramente enfermizo de quien ha crecido mucho en poco tiempo. Llevaba unos vaqueros rotos y sucios, una camiseta ancha y desteñida, y las suelas de sus zapatillas de deporte estaban desprendiéndose por la parte superior. El aspecto de Harry Potter no le granjeaba el cariño de sus vecinos, quienes eran de esa clase de gente que cree que el desaliño debería estar castigado por la ley; pero como el chico

se había escondido detrás de una enorme mata de hortensias, esa noche los transeúntes no podían verlo. De hecho, sólo habrían podido descubrirlo su tío Vernon o su tía Petunia, si hubieran asomado la cabeza por la ventana del salón y hubieran mirado hacia el parterre que había debajo.

En general, Harry creía que debía felicitarse por haber tenido la idea de esconderse allí. Quizá no estuviera muy cómodo tumbado sobre la dura y recalentada tierra, pero al menos en aquel lugar nadie le lanzaba miradas desafiantes ni hacía rechinar los dientes hasta tal punto que no podía oír las noticias, ni lo acribillaba a desagradables preguntas, como había ocurrido cada vez que había intentado sentarse en el salón para ver la televisión con sus tíos.

De pronto, como si aquel pensamiento hubiera entrado revoloteando por la ventana abierta, se oyó la voz de Vernon Dursley, el tío de Harry.

—Me alegro de comprobar que el chico ha dejado de intentar meterse donde no lo llaman. Pero ¿dónde andará?

—No lo sé —contestó tía Petunia con indiferencia—. En casa no está.

Tío Vernon soltó un gruñido.

—«Ver las noticias»… —dijo en tono mordaz—. Me gustaría saber qué es lo que se trae entre manos. Como si a los chicos normales les importara lo que dicen en el telediario. Dudley no tiene ni idea de lo que pasa en el mundo, ¡dudo que sepa siquiera cómo se llama el Primer Ministro! Además, ni que fueran a decir algo sobre su gente en nuestras noticias…

—¡Vernon! ¡Chissst! —le advirtió tía Petunia—. ¡La ventana está abierta!

—¡Ah, sí!… Lo siento, querida.

Los Dursley se quedaron callados. Harry oyó la cancioncilla publicitaria que anunciaba los cereales Fruit'n'Bran mientras observaba a la señora Figg, una anciana chiflada amante de los gatos que vivía en el cercano paseo Glicinia y que en ese momento caminaba sin ninguna prisa por la acera. Iba con el entrecejo fruncido y refunfuñaba, y Harry se alegró de estar escondido detrás de las hortensias, pues últimamente a la señora Figg le había dado por invitarlo a tomar el té cada vez que se lo encontraba en la calle. Ya había doblado la esquina y se había perdido de vista cuando la voz de tío Vernon volvió a salir flotando por la ventana.

—¿Y Dudders? ¿Ha ido a tomar el té?

—Sí, a casa de los Polkiss —respondió tía Petunia con ingenuidad—. Tiene tantos amiguitos, es tan popular…

Harry hizo un esfuerzo y contuvo un bufido. Los Dursley estaban en la inopia respecto a su hijo Dudley. Se habían tragado todas esas absurdas mentiras de que durante las vacaciones de verano cada tarde iba a tomar el té con diferentes miembros de su pandilla. Harry sabía muy bien que Dudley no había ido a tomar el té a ninguna parte: todas las noches él y sus amigos se dedicaban a destrozar el parque, fumaban

en las esquinas y lanzaban piedras a los coches en marcha y a los niños que pasaban por la calle. Harry los había visto en acción durante sus paseos nocturnos por Little Whinging, pues había pasado la mayor parte de las vacaciones deambulando por las calles y hurgando en los cubos de basura en busca de periódicos.

Las primeras notas de la sintonía que anunciaba el telediario de las siete llegaron a los oídos de Harry, y se le contrajo el estómago. Quizá esa noche, por fin, tras un mes de espera…

—Un número récord de turistas en apuros llena los aeropuertos, ya que la huelga de los empleados españoles del servicio de equipajes alcanza su segunda semana…

—Ponerlos a dormir la siesta el resto de su vida, eso es lo que haría yo con ellos —gruñó tío Vernon cuando el locutor todavía no había terminado la frase, pero daba igual lo que dijera: fuera, en el parterre, Harry se relajó. Si hubiera pasado algo, era evidente que lo habrían contado al inicio del telediario; la muerte y la destrucción son más importantes que los turistas en apuros.

Harry suspiró lenta y profundamente y miró hacia el cielo, de un azul intenso. Aquel verano había experimentado lo mismo todos los días: la tensión, las expectativas, el alivio pasajero, y luego otra vez la tensión… Y siempre, cada vez más insistente, la pregunta de por qué no había pasado nada todavía.

Siguió escuchando por si descubría alguna pequeña pista que pudiera haber pasado desapercibida a los *muggles*: una desaparición sin resolver, quizá, o algún extraño accidente… Pero después de la noticia de la huelga de empleados del servicio de equipajes, dieron otra sobre la sequía que asolaba el sudeste del país («¡Espero que el vecino de al lado esté escuchando! —bramó tío Vernon—. ¡Ya sé que pone los aspersores en marcha a las tres de la madrugada!»); luego, otra de un helicóptero que había estado a punto de estrellarse en un campo de Surrey; y, a continuación, la del divorcio de una actriz famosa de su famoso marido («Como si nos interesaran sus sórdidos asuntos privados», comentó con desdén tía Petunia, que había seguido el caso obsesivamente en todas las revistas del corazón a las que había podido echar mano).

Harry cerró los ojos al intenso y resplandeciente azul del anochecer y oyó que el locutor decía:

—Y por último, el periquito Bungy ha descubierto una novedosa manera de refrescarse este verano. Bungy, que vive en el Cinco Plumas de Barnsley, ha aprendido a hacer esquí acuático! Mary Dorkins se ha desplazado hasta allí para darnos más detalles…

Harry abrió los ojos. Si habían llegado a la noticia de los periquitos que practicaban esquí acuático, no podía haber nada más que valiera la pena escuchar. Rodó con cuidado hasta quedar boca abajo y se puso a cuatro patas, preparado para salir gateando de su refugio bajo la ventana.

Se había movido unos cuantos centímetros cuando varias cosas sucedieron en un abrir y cerrar de ojos.

Una fuerte detonación, parecida al ruido de un disparo, rompió el perezoso silencio; un gato salió disparado de debajo de un coche aparcado y desapareció; del salón de los Dursley llegaron un chillido, un juramento y el ruido de porcelana rota, y como si ésa fuera la señal que Harry hubiera estado esperando, se puso en pie de un brinco al mismo tiempo que sacaba de la cintura de sus vaqueros una delgada varita mágica de madera, como si desenvainara una espada; pero antes de que pudiera enderezarse del todo, su coronilla chocó contra la ventana abierta de los Dursley. El ruido de la colisión hizo que tía Petunia gritara aún más fuerte.

Harry tuvo la impresión de que su cabeza se había partido por la mitad. Se tambaleó, con los ojos bañados en lágrimas, e intentó enfocar la calle para localizar el origen de la detonación, pero cuando apenas había conseguido recobrar el equilibrio, dos grandes manos moradas salieron por la ventana abierta y se cerraron con fuerza alrededor de su cuello.

—¡Guarda eso! —le gruñó tío Vernon al oído—. ¡Inmediatamente! ¡Antes de que alguien lo vea!

—¡Suél-ta-me! —exclamó Harry con voz entrecortada.

Forcejearon durante unos segundos; Harry tiraba de los dedos como salchichas de su tío con la mano izquierda, mientras con la derecha mantenía con firmeza su varita mágica en alto; entonces, al mismo tiempo que el dolor que Harry notaba en la coronilla le producía una punzada muy desagradable, tío Vernon dio un grito y lo soltó, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Al parecer una fuerza invisible había invadido a su sobrino y le había impedido sujetarlo.

Jadeando, Harry cayó hacia delante sobre la mata de hortensias, se enderezó y miró alrededor. No había ni rastro de lo que había causado la detonación, pero en cambio unas cuantas caras miraban desde varias ventanas cercanas. Harry se guardó apresuradamente la varita en los vaqueros e intentó adoptar una expresión inocente.

—¡Qué noche tan agradable! —gritó tío Vernon, saludando con la mano a la señora del número siete, la vecina de enfrente, que lo fulminaba con la mirada desde detrás de sus visillos—. ¿Ha oído cómo ha petardeado ese coche? ¡Petunia y yo nos hemos dado un susto de muerte!

Siguió manteniendo su espantosa sonrisa de maníaco hasta que los vecinos curiosos hubieron desaparecido de sus respectivas ventanas; entonces la sonrisa de tío Vernon se convirtió en una mueca de ira y le hizo señas a Harry para que se acercara.

Harry dio unos pasos hacia donde estaba su tío, procurando detenerse fuera del alcance de sus manos para que no pudiera seguir estrangulándolo.

—Pero ¿qué demonios te propones con eso, chico? —preguntó tío Vernon con una voz ronca que temblaba de rabia.

—¿Qué me propongo con qué? —replicó fríamente Harry, que no paraba de mirar a uno y otro lado de la calle con la esperanza de descubrir a la persona que había producido aquel estruendo.

—Haciendo ese ruido; parecía el pistoletazo de salida de una carrera debajo de nuestra…

—No he sido yo —dijo Harry con firmeza.

El delgado y caballuno rostro de tía Petunia apareció junto a la cara, redonda y morada, de tío Vernon. Tía Petunia estaba pálida.

—¿Qué hacías acechando debajo de nuestra ventana?

—Sí, eso es… ¡Bien dicho, Petunia! ¿Qué hacías debajo de nuestra ventana, chico?

—Escuchar las noticias —contestó Harry con tono resignado.

Su tío y su tía se miraron indignados.

—¡Escuchar las noticias! ¿Otra vez?

—Bueno, es que cada día son diferentes, ¿sabes? —dijo Harry.

—¡No te hagas el listo conmigo, chico! ¡Quiero saber qué es lo que tramas en realidad, y no vuelvas a venirme con el cuento ése de que estabas «escuchando las noticias»! Sabes perfectamente que tu gente…

—¡Cuidado, Vernon! —susurró tía Petunia, y el hombre bajó la voz hasta que Harry apenas pudo oírlo.

—¡… que tu gente no sale en nuestras noticias!

—Eso es lo que tú te crees —repuso Harry.

Los Dursley lo miraron con los ojos desorbitados unos segundos; entonces tía Petunia dijo:

—Eres un pequeño embustero. ¿Qué hacen todas esas… —ella también bajó la voz, de modo que Harry tuvo que leerle los labios para entender la siguiente palabra — lechuzas, sino traerte noticias?

—¡Aja! —exclamó tío Vernon con un susurro triunfante—. ¿Nos tomas por tontos, chico? ¡Como si no supiéramos que son esos pestilentes pajarracos los que te traen las noticias!

Harry vaciló un instante. Esa vez le costaba trabajo decir la verdad, aunque era imposible que sus tíos supieran lo mucho que le dolía admitirlo.

—Las lechuzas… no me traen noticias —dijo con voz monótona.

—No te creo —le espetó tía Petunia al instante.

—Yo tampoco —agregó tío Vernon con ímpetu.

—Sabemos que estás tramando algo raro —continuó tía Petunia.

—No somos idiotas —dijo tío Vernon.

—Bueno, eso sí que es una noticia para mí —afirmó Harry, cada vez más enojado, y antes de que los Dursley pudieran ordenarle que regresara, había girado

sobre sus talones, cruzado el jardín delantero, saltado la valla y empezado a alejarse por la calle dando grandes zancadas.

Había metido la pata, y lo sabía. Más tarde tendría que enfrentarse a sus tíos y pagar por su grosería, pero en ese momento eso no le importaba demasiado: tenía asuntos mucho más urgentes en la cabeza.

Harry estaba convencido de que aquella detonación la había causado alguien al aparecerse o desaparecerse. Era el mismo ruido que Dobby, el elfo doméstico, hacía cuando se esfumaba. ¿Y si Dobby estuviera allí, en Privet Drive? ¿Y si Dobby lo estuviera siguiendo en ese mismo instante? En cuanto se le ocurrió esa idea, Harry se dio la vuelta y se quedó mirando la calle, pero ésta parecía completamente desierta, y Harry estaba seguro de que Dobby no sabía cómo hacerse invisible.

Siguió andando, sin fijarse apenas por dónde iba, porque paseaba tan a menudo por aquellas calles que sus pies lo llevaban automáticamente a sus sitios preferidos. Miraba hacia atrás con frecuencia. Algún ser mágico había estado cerca de él mientras se encontraba tumbado entre las marchitas begonias del parterre de tía Petunia, de eso no tenía ninguna duda, pero ¿por qué no le había hablado, por qué no se había manifestado, por qué se escondía?

Y entonces, cuando su sentimiento de frustración alcanzó el punto máximo, su certeza se difuminó.

Al fin y al cabo, quizá no hubiera sido un ruido mágico. Quizá estuviera tan ansioso por detectar la más mínima señal de contacto con el mundo al que él pertenecía que reaccionaba de forma exagerada ante ruidos normales. ¿Estaba seguro de que no se trataba del ruido de algo que se había roto en la casa de algún vecino?

Harry notó un vacío en el estómago, y casi sin darse cuenta volvió a invadirlo la sensación de desesperanza que lo había atormentado todo el verano.

Al día siguiente por la mañana el despertador sonaría a las cinco en punto para que Harry pudiera pagar a la lechuza que le entregaba *El Profeta;* pero ¿tenía sentido que siguiera recibiéndolo? Últimamente Harry se limitaba a echarle un vistazo a la primera plana antes de dejarlo tirado en cualquier sitio; cuando los idiotas que dirigían el periódico se dieran cuenta por fin de que Voldemort había regresado, ésa sería la noticia de la portada en grandes titulares, y ésa era la única que a Harry le importaba.

Si tenía suerte, a la mañana siguiente también llegarían lechuzas con cartas de sus mejores amigos, Ron y Hermione, aunque ya se habían agotado sus esperanzas de que sus cartas le llevaran noticias.

«Como comprenderás, no podemos hablar mucho de ya-sabes-qué… Nos han pedido que no digamos nada importante por si nuestras cartas se pierden… Estamos muy ocupados, pero ahora no puedo darte detalles… Están pasando muchas cosas, ya te lo contaremos todo cuando te veamos…»

Pero ¿cuándo irían a verlo? A nadie parecía importarle que no hubiera una fecha exacta. Hermione había escrito en su tarjeta de felicitación de cumpleaños: «Creo que te veremos pronto», pero ¿qué quería decir «pronto»? Por lo que Harry había podido deducir de las vagas pistas que contenían sus cartas, Hermione y Ron estaban en el mismo sitio, seguramente en casa de los padres de Ron. Harry no soportaba imaginárselos divirtiéndose en La Madriguera cuando él estaba atrapado en Privet Drive. De hecho, estaba tan enfadado con ellos que había tirado, sin abrirlas, las dos cajas de chocolatinas de Honeydukes que le habían enviado por su cumpleaños. Después, cuando vio la mustia ensalada que tía Petunia puso en la mesa a la hora de cenar, se arrepintió de haberlo hecho.

¿Y qué era eso que tenía tan ocupados a Ron y a Hermione? ¿Por qué no estaba él ocupado? ¿Acaso no había demostrado que era capaz de llevar a cabo cosas mucho más importantes que las que hacían ellos? ¿Había olvidado todo el mundo su proeza? ¿Acaso no había sido él quien había entrado en aquel cementerio y había visto cómo asesinaban a Cedric, y al que habían atado a aquella lápida y casi habían matado?

«No pienses en eso», se dijo Harry, severo, por enésima vez a lo largo del verano. Ya era bastante desagradable que el cementerio apareciera continuamente en sus pesadillas para que también pensara en él durante el día.

Dobló una esquina y continuó andando por la calle Magnolia; un poco más allá, pasó por delante del estrecho callejón que discurría junto a la pared de un garaje donde había visto por primera vez a su padrino. Al menos Sirius parecía entender cómo se sentía Harry. Había que reconocer que sus cartas contenían tan pocas noticias de verdad como las de Ron y Hermione, pero por lo menos incluían palabras de precaución y de consuelo en lugar de tentadoras insinuaciones: «Ya sé que esto debe de ser frustrante para ti… No te metas en líos y todo saldrá bien… Ten cuidado y no hagas nada precipitadamente…»

Bueno, pensó Harry mientras cruzaba la calle Magnolia, torcía por la avenida Magnolia y se dirigía hacia el parque, él había seguido, en general, los consejos de Sirius. Al menos había dominado el impulso de atar su baúl al palo de su escoba e ir por su cuenta a La Madriguera. De hecho, Harry creía que su comportamiento había sido muy bueno, teniendo en cuenta lo decepcionado y enfadado que estaba por llevar tanto tiempo confinado en Privet Drive, sin poder hacer otra cosa que esconderse en los parterres con la esperanza de oír algo que indicara qué estaba haciendo lord Voldemort. Con todo, era muy mortificante que el que te aconsejaba que no hicieras nada precipitadamente fuera un hombre que había cumplido doce años de condena en Azkaban, la prisión de magos, que se había fugado de ella, había intentado cometer el asesinato por el que lo habían condenado y luego había desaparecido con un *hipogrifo* robado.

Harry saltó la verja del parque, que estaba cerrado, y echó a andar por la reseca

hierba. El parque estaba tan vacío como las calles de los alrededores. Cuando llegó a los columpios se sentó en el único que Dudley y sus amigos todavía no habían conseguido romper, pasó un brazo alrededor de la cadena y se quedó mirando el suelo con aire taciturno. Ya no podría volver a esconderse en el parterre de los Dursley. Tendría que pensar otra manera de escuchar las noticias del día siguiente. Entre tanto no tenía más perspectiva que la de pasar otra noche de impaciencia y agitación, porque incluso cuando se salvaba de las pesadillas sobre Cedric, tenía sueños inquietantes en los que aparecían largos y oscuros pasillos que terminaban en muros y puertas cerradas con llave, y que él suponía que tenían algo que ver con la sensación de estar prisionero que lo acosaba cuando estaba despierto. Notaba a menudo unos desagradables pinchazos en la vieja cicatriz de la frente, pero sabía que eso ya no les interesaría mucho ni a Ron, ni a Hermione, ni a Sirius. En el pasado, el dolor en su cicatriz era una señal de que Voldemort estaba volviendo a cobrar fuerza, aunque, ahora que Voldemort había regresado, seguramente sus amigos le recordarían que aquella sensación crónica era de esperar…, pero no significaba nada por lo que tuviera que preocuparse… Nada nuevo.

La injusticia de aquella situación iba minándolo poco a poco y le daban ganas de gritar de rabia. ¡De no haber sido por él, nadie sabría siquiera que Voldemort había regresado! ¡Y su recompensa era quedarse atrapado en Little Whinging durante cuatro semanas enteras, incomunicado con el mundo mágico, sin poder hacer otra cosa que agazaparse en medio de las marchitas begonias para poder oír la noticia de que un periquito practicaba esquí acuático! ¿Cómo podía ser que Dumbledore se hubiera olvidado de él con tanta facilidad? ¿Y por qué Ron y Hermione no lo habían invitado a reunirse con ellos? ¿Durante cuánto tiempo tendría que seguir soportando que Sirius le dijera que se portara bien y fuera un buen chico; o resistir la tentación de escribir a esos ineptos de *El Profeta* y explicarles que Voldemort había vuelto? Aquel torbellino de ideas daba vueltas en la cabeza de Harry, y las tripas se le retorcían de rabia, mientras una noche aterciopelada y sofocante iba cerrándose sobre él; el aire olía a hierba seca y recalentada, y lo único que se oía era el débil murmullo del tráfico de la calle, más allá de la valla del parque.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado en el columpio cuando unas voces lo sacaron de su ensimismamiento y levantó la cabeza. Las farolas de las calles de los alrededores proyectaban un resplandor neblinoso lo bastante intenso para distinguir la silueta de un grupo de personas que avanzaban por el parque. Una de ellas cantaba a voz en grito una canción muy ordinaria. Las otras reían. Al poco rato empezó a oírse también el débil ruidito de varias bicicletas de carreras caras, que aquellas personas llevaban cogidas por el manillar.

Harry sabía de quiénes se trataba. La figura que iba delante era, sin lugar a dudas, su primo Dudley Dursley, que regresaba a casa acompañado de su leal pandilla.

Dudley estaba más enorme que nunca, pero un año de riguroso régimen y el descubrimiento de un nuevo talento del muchacho habían operado un cambio considerable en su físico. Como tío Vernon explicaba encantado a todo el que estuviera dispuesto a escucharlo, desde hacía poco Dudley ostentaba el título de Campeón de los Pesos Pesados de la Liga de Boxeo Interescolar Juvenil del Sudeste. El «noble deporte», como lo llamaba tío Vernon, había conseguido que Dudley pareciera todavía más imponente de lo que a Harry le parecía en los tiempos de la escuela primaria, cuando Dudley lo utilizaba a él de *punching ball*. Harry ya no temía a su primo, pero aun así no creía que el hecho de que Dudley hubiera aprendido a golpear más fuerte y con mayor puntería fuera motivo de celebración. Los niños del vecindario le tenían pánico, más pánico incluso que el que le tenían a «ese Potter» que, según les habían contado, era un gamberro empedernido e iba al Centro de Seguridad San Bruto para Delincuentes Juveniles Incurables.

Harry vio cómo las oscuras figuras cruzaban el césped y se preguntó a quién habrían estado pegando aquella noche. «Mirad alrededor —pensó Harry sin proponérselo mientras los observaba—. Vamos… Mirad alrededor… Estoy aquí sentado, solo… Venid y atreveos…»

Si los amigos de Dudley lo veían allí sentado, seguro que se iban derechitos hacia él, ¿y qué haría entonces Dudley? No querría quedar mal delante de la pandilla, pero le daba pánico provocar a Harry… Sería muy divertido plantearle ese dilema a Dudley, hostigarlo, mirarlo con atención, sin que él pudiera reaccionar… Y si alguno de los demás tenía la intención de pegar a Harry, él estaba preparado: llevaba su varita. Que lo intentaran… Harry estaría encantado de descargar parte de su frustración sobre los chicos que en otros tiempos habían hecho de su vida un infierno.

Pero no se dieron la vuelta, así que no vieron a Harry, y ya estaban llegando a la valla. Harry dominó el impulso de llamarlos…, pero provocar una pelea no habría estado bien… No debía emplear la magia…, volvería a exponerse a la expulsión.

Las voces de la pandilla de Dudley fueron apagándose; iban hacia la avenida Magnolia, y Harry ya no los distinguía.

«Ya lo ves, Sirius —pensó Harry con desánimo—. No hago nada con precipitación. No me meto en líos. Exactamente lo contrario de lo que hiciste tú.»

Se puso en pie y se desperezó. Por lo visto, tía Petunia y tío Vernon consideraban que la hora a la que Dudley aparecía en casa era la hora correcta de llegar, pero el tiempo que sobrepasara a esa hora ya era demasiado tarde. Tío Vernon había amenazado con encerrar a Harry en el cobertizo si volvía a llegar después que Dudley, así que, conteniendo un bostezo y todavía con el entrecejo fruncido, Harry echó a andar hacia la verja del parque.

La avenida Magnolia, al igual que Privet Drive, estaba llena de grandes y cuadradas casas con jardines perfectamente cuidados, cuyos propietarios también

eran grandes y cuadrados y conducían coches muy limpios parecidos al de tío Vernon. Harry prefería Little Whinging por la noche, cuando las ventanas, con las cortinas echadas, dibujaban formas de relucientes colores en la oscuridad, y él no corría el peligro de oír murmullos desaprobadores sobre su aspecto de «delincuente» cuando se cruzaba con los dueños de las casas. Caminaba deprisa, pero cuando estaba hacia la mitad de la avenida Magnolia, la pandilla de Dudley volvió a aparecer ante él: estaban despidiéndose en la esquina de la calle Magnolia. Harry se detuvo a la sombra de un gran lilo y esperó.

—… chillaba como un cerdo, ¿verdad? —decía Malcolm entre las risotadas de los demás.

—Buen gancho de derecha, Big D —dijo Piers.

—¿Mañana a la misma hora? —preguntó Dudley.

—En mi casa. Mis padres no estarán —respondió Gordon.

—Hasta mañana entonces —se despidió Dudley.

—¡Adiós, Dud!

—¡Hasta luego, Big D!

Harry esperó a que el resto de la pandilla se pusiera en marcha antes de seguir andando. Cuando sus voces se hubieron apagado de nuevo, dobló la esquina de la calle Magnolia y, acelerando el paso, no tardó en situarse a escasa distancia de Dudley, que caminaba tan campante, tarareando de forma poco melodiosa.

—¡Eh, Big D!

Dudley se dio la vuelta.

—¡Ah! —gruñó—. Eres tú.

—¿Desde cuándo te llaman «Big D»? —preguntó Harry.

—Cállate —le espetó Dudley, y giró la cabeza.

—Qué nombre tan fardón —dijo Harry, sonriendo y situándose junto a su primo —. Aunque para mí siempre serás «Cachorrito».

—¡He dicho que te calles! —gritó Dudley, que había cerrado aquellas manos suyas que parecían jamones.

—¿No saben tus amigos que así es como te llama tu madre?

—Cierra el pico.

—A ella nunca le dices que cierre el pico. ¿Qué me dices de «Peoncita» y «Muñequito precioso»? ¿Puedo usarlos?

Dudley no replicó. El esfuerzo que tenía que hacer para no golpear a Harry parecía exigir todo su autocontrol.

—¿A quién habéis estado pegando esta noche? —preguntó Harry, y la sonrisa se borró de sus labios—. ¿A otro niño de diez años? Ya sé que hace un par de noches le diste una paliza a Mark Evans.

—Se la había buscado —gruñó Dudley.

—¿Ah, sí?

—Me contestó mal.

—¿En serio? ¿Qué te dijo? ¿Que pareces un cerdo al que han enseñado a caminar sobre las patas traseras? Porque eso no es contestar mal, Dud, eso es decir la verdad.

Un músculo palpitaba en la mandíbula de Dudley. A Harry le produjo gran satisfacción comprobar lo furioso que estaba poniendo a su primo; sentía que estaba desviando toda su frustración hacia Dudley; era la única válvula de escape que tenía.

Torcieron a la derecha por el estrecho callejón donde Harry había visto por primera vez a Sirius y que formaba un atajo entre la calle Magnolia y el paseo Glicinia. Estaba vacío y mucho más oscuro que las calles que unía porque allí no había farolas. El ruido de sus pasos quedaba amortiguado entre las paredes del garaje que había a un lado y una alta valla que había al otro.

—Te crees muy mayor porque llevas esa cosa, ¿verdad? —dijo Dudley pasados unos segundos.

—¿Qué cosa?

—Eso… Esa cosa que llevas escondida.

Harry volvió a sonreír.

—No eres tan tonto como pareces, ¿verdad, Dud? Claro, supongo que si lo fueras no serías capaz de andar y hablar al mismo tiempo.

Harry sacó su varita mágica. Vio que Dudley la miraba de reojo.

—Lo tienes prohibido —se apresuró a decir Dudley—. Sé que lo tienes prohibido. Te expulsarían de esa escuela para bichos raros a la que vas.

—¿Cómo sabes que no han cambiado las normas, Big D?

—No las han cambiado —aseguró Dudley, aunque no parecía del todo convencido. Harry soltó una risita—. No tienes agallas para enfrentarte a mí sin esa cosa, ¿verdad que no? —gruñó Dudley.

—Y tú necesitas tener a cuatro amigos detrás para pegar a un niño de diez años. ¿Te acuerdas de ese título de boxeo del que tanto alardeas? ¿Cuántos años tenía tu oponente? ¿Siete? ¿Ocho?

—Tenía dieciséis, para que lo sepas —protestó Dudley—, y cuando terminé con él estuvo veinte minutos sin conocimiento, y pesaba el doble que tú. Ya verás cuando le cuente a papá que has sacado esa cosa…

—¿Vas a ir a papi? ¿Le da miedo a su campeoncito de boxeo la horrible varita de Harry?

—Por la noche no eres tan valiente, ¿verdad? —dijo Dudley con sorna.

—Ahora es de noche, Cachorrito. Se llama así cuando el cielo se pone oscuro.

—¡Me refiero a cuando estás en la cama! —le espetó Dudley, que se había parado.

Harry se paró también y miró fijamente a su primo. Pese a que no veía muy bien

la enorme cara de Dudley, distinguió en ella una extraña mirada de triunfo.

—¿Qué quieres decir con eso de que cuando estoy en la cama no soy tan valiente? —preguntó Harry desconcertado—. ¿De qué quieres que tenga miedo? ¿De las almohadas?

—Anoche te oí —replicó Dudley entrecortadamente—. Hablabas en sueños. ¡Gemías!

—¿Qué quieres decir? —insistió Harry, pero notaba algo frío y pesado en el estómago. La noche pasada había vuelto a ver en sueños el cementerio.

Dudley soltó una fuerte carcajada y luego puso una vocecilla aguda y quejumbrosa:

—«¡No mates a Cedric! ¡No mates a Cedric!» ¿Quién es Cedric? ¿Tu novio?

—Mientes —dijo Harry como un autómata, pero se le había quedado la boca seca. Sabía que Dudley no mentía; si no, ¿cómo podía saber algo de Cedric?

—«¡Papá! ¡Ayúdame, papá! ¡Me va a matar, papá! ¡Buuaaah!»

—Cállate —le dijo Harry en voz baja—. ¡Cállate, Dudley! ¡Te aviso!

—«¡Ven a ayudarme, papá! ¡Mamá, ven a ayudarme! ¡Ha matado a Cedric! ¡Ayúdame, papá! Va a…» ¡No me apuntes con esa cosa!

Dudley retrocedió hacia la pared del callejón. Harry apuntaba directamente con la varita hacia el corazón de su primo. Sentía latir en sus venas los catorce años de odio hacia él. Habría dado cualquier cosa por atacarlo en aquel momento, por lanzarle un conjuro tan fuerte que tuviera que volver a su casa arrastrándose como un insecto, mudo, con antenas…

—No vuelvas a hablar de eso —lo amenazó Harry—. ¿Me has entendido?

—¡Apunta hacia otro lado!

—Te he preguntado si me has entendido.

—¡Apunta hacia otro lado!

—¿ME HAS ENTENDIDO?

—¡APARTA ESA COSA DE…!

Dudley soltó un extraño y estremecedor grito ahogado, como si le hubieran echado encima un cubo de agua helada.

Algo le había pasado a la noche. El cielo, de color añil salpicado de estrellas, se quedó de pronto completamente negro, sin una sola luz: las estrellas, la luna y el resplandor de las farolas que había en ambos extremos del callejón habían desaparecido. El murmullo de los coches y el susurro de los árboles también habían cesado. Un frío glacial se había apoderado de la noche, hasta entonces templada y agradable. Estaban rodeados de una oscuridad total, impenetrable y silenciosa, como si una mano gigante hubiera cubierto el callejón con un grueso y frío manto, dejándolos ciegos.

Al principio Harry creyó que había hecho magia sin darse cuenta, pese a que se

había estado conteniendo con todas sus fuerzas; pero entonces cayó en que él no tenía el poder de apagar las estrellas. Giró la cabeza hacia uno y otro lado, intentando ver algo, pero la oscuridad se le pegaba a los ojos como un ingrávido velo.

La aterrorizada voz de Dudley sonó en los oídos de Harry.

—¿Q-qué ha-haces? ¡Para!

—¡No hago nada! ¡Cállate y no te muevas!

—¡N-no veo nada! ¡M-me he quedado ciego!

—¡He dicho que te calles!

Harry permaneció allí plantado, inmóvil, dirigiendo los ojos a derecha e izquierda sin ver nada. El frío era tan intenso que temblaba de pies a cabeza; se le puso la carne de gallina en los brazos y se le erizó el vello de la nuca. Abrió los ojos al máximo, mirando alrededor, pero no pudo ver nada.

Era imposible… No podía ser que estuvieran allí…, en Little Whinging… Aguzó el oído… Los oiría antes de verlos…

—¡S-se lo diré a papá! —gimoteó Dudley—. ¿D-dónde estás? ¿Q-qué haces?

—¿Quieres callarte de una vez? —susurró Harry—. Estoy intentando escu…

Pero se quedó callado. Acababa de oír justo lo que temía.

Había algo en el callejón además de ellos dos, algo que respiraba, produciendo un ruido ronco y vibrante. Harry seguía de pie, temblando de frío, y notó una fuerte sacudida de terror.

—¡B-basta! ¡Para ya! ¡Te voy a pe-pegar un puñetazo! ¡Te juro que te voy a pegar!

—Cállate, Dudley…

¡ZAS!

Un puño chocó contra un lado de la cabeza de Harry y lo levantó del suelo. Ante sus ojos aparecieron unas lucecitas blancas. Por segunda vez en una hora, tuvo la impresión de que la cabeza se le había partido por la mitad, y un momento después aterrizó en el duro suelo y su varita salió volando.

—¡Eres un imbécil, Dudley! —gritó Harry, y el dolor hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Se puso a cuatro patas y empezó a tantear con desesperación a su alrededor, en la oscuridad. Oyó a Dudley, que se alejaba dando tumbos, chocando contra la valla del callejón, tambaleándose.

—¡VUELVE, DUDLEY! ¡VAS DIRECTO HACIA ÉL!

Se oyó un chillido espantoso y entonces cesó el ruido de los pasos de Dudley. Al mismo tiempo, Harry sintió un frío espeluznante detrás de él que sólo podía significar una cosa: había más de uno.

—¡DUDLEY, MANTEN LA BOCA CERRADA! ¡HAGAS LO QUE HAGAS, MANTEN LA BOCA CERRADA! ¡Varita! —farfulló Harry desesperado, agitando las manos por la superficie

del suelo como si fueran arañas—. ¿Dónde está? Varita…, vamos... *¡Lumos!*

Pronunció el conjuro automáticamente, pues necesitaba con urgencia luz para encontrar la varita; con gran alivio, y casi sin poder creerlo, vio aparecer un resplandor a pocos centímetros de su mano derecha. La punta de la varita se había encendido. Harry la agarró, se puso en pie y se dio la vuelta.

Se le revolvió el estómago.

Una figura altísima y encapuchada se deslizaba con suavidad hacia él, suspendida encima del suelo; no se le veían los pies ni la cara, tapados por la túnica, y a medida que se acercaba se iba tragando la noche.

Harry retrocedió, tambaleándose, y levantó la varita.

—*¡Expecto patronum!*

Una voluta de vapor plateada salió de la punta de la varita mágica y el *dementor* aminoró el paso, pero el conjuro no había funcionado bien; Harry, tropezando de nuevo, retrocedió un poco más al mismo tiempo que el *dementor* se le echaba encima. El pánico le nublaba la mente…

«Concéntrate…»

Un par de manos grises, viscosas y cubiertas de costras salieron de debajo de la túnica del *dementor* y se dirigieron hacia Harry, mientras un ruido de avidez le penetró en los oídos.

—*¡Expecto patronum!*

Su voz sonó débil y distante. Otra voluta de humo plateado, más débil que la anterior, salió de la varita: ya no podía hacerlo, ya no podía lograr que el conjuro funcionara.

Oyó una risa dentro de su cabeza, una risa aguda y estridente… Percibió el olor del aliento putrefacto, de un frío mortal, del *dementor*, que le llenaba los pulmones y lo ahogaba…

«Piensa… algo alegre…»

Pero no había alegría dentro de él… Los helados dedos del *dementor* se acercaban a su cuello, la aguda risa cada vez era más fuerte, y sonó una voz dentro de su cabeza:

«Inclínate ante la muerte, Harry… Quizá ni siquiera sea dolorosa… Yo no puedo saberlo… Yo no he muerto nunca…»

Jamás volvería a ver ni a Ron ni a Hermione…

Y sus caras aparecieron dibujadas con claridad en su mente mientras intentaba respirar.

—*¡EXPECTO PATRONUM!*

Un ciervo, enorme y plateado, salió de la punta de la varita de Harry y con la cornamenta golpeó al *dementor* donde éste habría tenido el corazón. El *dementor* se echó hacia atrás, ingrávido como la oscuridad, y cuando el ciervo lo embistió, se alejó revoloteando como un murciélago, derrotado.

—¡Por aquí! —le gritó Harry al ciervo. Luego giró sobre los talones y echó a correr a toda velocidad por el callejón, manteniendo en alto la varita encendida—. ¡Dudley! ¡Dudley!

Apenas había dado una docena de pasos cuando los alcanzó: Dudley estaba acurrucado en el suelo, tapándose la cara con los brazos. El segundo *dementor* estaba inclinado sobre él, sujetándole las muñecas con sus pegajosas manos, tirando de ellas poco a poco, separándolas casi con ternura, y bajaba la encapuchada cabeza hacia la cara de Dudley como si fuera a besarlo.

—¡A por él! —bramó Harry, y con un fuerte estrépito el ciervo que había hecho aparecer pasó al galope por su lado.

El rostro sin ojos del *dementor* estaba apenas a dos centímetros del de Dudley cuando los cuernos plateados lo golpearon; el *dementor* salió despedido por los aires y, al igual que su compañero, se alejó volando y quedó absorbido por la oscuridad; después el ciervo fue a medio galope hasta el final del callejón y se disolvió en una neblina plateada.

La luna, las estrellas y las farolas volvieron a cobrar vida. Una tibia brisa recorrió el callejón. En los jardines del vecindario, los árboles susurraban, y volvió a escucharse el prosaico murmullo de los coches que circulaban por la calle Magnolia. Harry se quedó de pie, quieto, con todos los sentidos en tensión, intentando asimilar el brusco regreso a la normalidad. Pasados unos instantes se dio cuenta de que tenía la camiseta pegada al cuerpo: estaba empapado en sudor.

No podía creer lo que acababa de pasar: *dementores* allí, en Little Whinging.

Dudley seguía acurrucado en el suelo, gimoteando y tembloroso. Harry se agachó para comprobar si estaba en condiciones de levantarse, pero entonces oyó unos fuertes pasos que corrían detrás de él. Volvió a levantar la varita mágica instintivamente y giró sobre los talones para enfrentarse al recién llegado.

La señora Figg, la vecina vieja y chiflada, apareció jadeando. El canoso cabello se le había salido de la redecilla, y llevaba una cesta de la compra, que hacía un ruido metálico, colgada de la muñeca y los pies medio fuera de las zapatillas de gruesa tela de cuadros escoceses. Harry se apresuró a esconder su varita mágica, pero…

—¡No guardes eso, necio! —le gritó la señora Figg—. ¿Y si hay alguno más suelto por aquí? ¡Oh, voy a matar a Mundungus Fletcher!

2
Una bandada de lechuzas

—¿Qué? —preguntó Harry sin comprender.

—¡Se ha marchado! —dijo la señora Figg, retorciéndose las manos—. ¡Ha ido a ver a no sé quién por un asunto de un lote de calderos robados! ¡Ya le dije que iba a desollarlo vivo si se marchaba, y mira! ¡*dementores*! ¡Suerte que informé del caso al *señor* Tibbles! Pero ¡no hay tiempo que perder! ¡Corre, tienes que volver a tu casa! ¡Oh, los problemas que va a causar esto! ¡Voy a matarlo!

—Pero… —La revelación de que su chiflada vecina, obsesionada con los gatos, sabía qué eran los *dementores* supuso para Harry una conmoción casi tan grande como encontrarse a dos de ellos en el callejón—. ¿Usted es…? ¿Usted es bruja?

—Soy una *squib*, como Mundungus sabe muy bien, así que ¿cómo demonios iba a ayudarte para que te defendieras de unos *dementores*? Te ha dejado completamente desprotegido, cuando yo le advertí…

—¿Ese tal Mundungus ha estado siguiéndome? Un momento…, ¡era él! ¡El se desapareció delante de mi casa!

—Sí, sí, sí, pero por fortuna yo había apostado al señor Tibbles debajo de un coche, por si acaso, y el señor Tibbles vino a avisarme, pero cuando llegué a tu casa

ya no estabas, y ahora… ¡Oh! ¿Qué dirá Dumbledore? ¡Eh, tú! —le gritó a Dudley, que estaba tumbado en el suelo del callejón en posición supina—. ¡Levanta tu gordo trasero del suelo, rápido!

—¿Usted conoce a Dumbledore? —preguntó Harry, mirando fijamente a la señora Figg.

—Pues claro que conozco a Dumbledore. ¿Quién no conoce a Dumbledore? Pero vámonos ya porque no voy a poder ayudarte si vuelven; nunca he transformado ni siquiera una bolsita de té.

La señora Figg se inclinó, agarró uno de los inmensos brazos de Dudley con sus apergaminadas manos y tiró de él.

—¡Levántate, zoquete! ¡Levántate!

Pero Dudley o no podía o no quería moverse, así que permaneció en el suelo, tembloroso y pálido como la cera, con los labios muy apretados.

—Ya me encargo yo —dijo Harry, que cogió a Dudley por el brazo y dio un tirón.

Haciendo un gran esfuerzo consiguió ponerlo de pie. Parecía que su primo estaba a punto de desmayarse. Sus diminutos ojos giraban en sus órbitas y tenía la cara cubierta de sudor; en cuanto Harry lo soltó, Dudley se tambaleó peligrosamente.

—¡Deprisa! —insistió la señora Figg histérica.

Harry se colocó uno de los enormes brazos de Dudley sobre los hombros y lo arrastró hacia la calle, encorvándose un poco bajo su peso. La señora Figg iba dando tumbos delante de ellos, y al llegar a la esquina asomó la cabeza, nerviosa, y miró hacia la calle.

—Ten la varita preparada —le dijo a Harry cuando entraron en el paseo Glicinia —. Ahora no importa el Estatuto del Secreto; de todos modos lo vamos a pagar caro, tanto da que nos cuelguen por un dragón o por un huevo de dragón. ¡Ay, el Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad!… Esto es ni más ni menos lo que temía Dumbledore. ¿Qué es eso que hay al final de la calle? Ah, es el señor Prentice… No escondas la varita, muchacho, ¿no te he dicho que yo no te serviría de nada?

Pero no resultaba fácil sujetar con firmeza una varita mágica y al mismo tiempo arrastrar a Dudley. Harry, impaciente, le dio un codazo en las costillas a su primo, pero éste parecía haber perdido todo interés por moverse por sí mismo. Dejaba caer todo su peso sobre los hombros de Harry y arrastraba sus grandes pies por el suelo.

—¿Por qué no me dijo que era una *squib*, señora Figg? —preguntó Harry, jadeando por el esfuerzo que tenía que hacer para seguir andando—. Con la de veces que he ido a su casa… ¿Por qué no me dijo nada?

—Órdenes de Dumbledore. Tenía que vigilarte, pero sin revelar mi identidad porque eres demasiado joven. Perdona que te haya hecho pasarlo tan mal, Harry, pero los Dursley no te habrían dejado ir a mi casa si hubieran creído que conmigo te lo

pasabas bien. No fue fácil, te lo aseguro… Pero ¡oh, cielos! —exclamó trágicamente, y empezó a retorcerse las manos otra vez—. Cuando Dumbledore se entere de esto… ¿Cómo ha podido marcharse Mundungus? Se suponía que estaba de guardia hasta medianoche. ¿Dónde se habrá metido? ¿Cómo voy a explicarle a Dumbledore lo que ha sucedido? Yo no puedo aparecerme.

—Tengo una lechuza; si quiere, puedo prestársela —se ofreció Harry, quien luego emitió un gruñido y se preguntó si su columna vertebral acabaría partiéndose bajo el peso de Dudley.

—¡No lo entiendes, Harry! Dumbledore tendrá que actuar cuanto antes porque los del Ministerio tienen sus formas de detectar la magia hecha por menores de edad; ya deben de saberlo, te lo digo yo.

—Pero si estaba defendiéndome de unos *dementores*…, tenía que usar la magia. Seguro que les preocupará más saber qué hacían unos *dementores* flotando por el paseo Glicinia, ¿no cree?

—¡Ay de mí, ojalá fuera así! Pero me temo que… ¡MUNDUNGUS FLETCHER, VOY A MATARTE!

Se oyó un fuerte estampido, y un fuerte olor a licor mezclado con el de tabaco rancio llenó el aire al mismo tiempo que un individuo achaparrado y sin afeitar, con un abrigo harapiento, se materializaba justo delante de ellos. Tenía las piernas cortas y arqueadas, el cabello, de color rojo anaranjado, largo y desgreñado, y unos ojos con bolsas que le daban el aire compungido de un basset. En las manos llevaba un bulto plateado que Harry reconoció al instante: era una capa invisible.

—¡Cállate, Figgy! —exclamó el individuo mirando a la señora Figg y luego a Harry y a Dudley—. ¿No teníamos que operar en secreto?

—¡Ya te daré yo secreto! —gritó la señora Figg—. ¡*dementores*! ¡Inútil, ladrón, holgazán!

—¿*dementores*? —repitió Mundungus horrorizado—. ¿*dementores*, aquí?

—¡Sí, aquí mismo, saco de cagarrutas de murciélago, aquí! —chilló la señora Figg—. ¡Los *dementores* han atacado al muchacho durante tu guardia!

—¡Caramba! —dijo Mundungus atemorizado; observó a Harry y luego volvió a mirar a la señora Figg—. Caramba, yo…

—¡Y tú por ahí, comprando calderos robados! ¿No te dije que no te marcharas? ¿No te avisé?

—Yo…, bueno…, yo… —Mundungus estaba muy abochornado—. Es que…, es que era una buenísima ocasión…

La señora Figg levantó el brazo del que colgaba la cesta de la compra y dio un porrazo con él en la cara y en el cuello de Mundungus; a juzgar por el ruido metálico que hizo la cesta, debía de estar llena de latas de comida para gatos.

—¡Ay! ¡Uy! ¡Vieja destornillada! ¡Alguien va a tener que contarle lo ocurrido a

Dumbledore!

—¡Sí!… ¡Ya lo creo!… —gritó la señora Figg sin parar de golpear con la cesta a Mundungus—. ¡Y… será… mejor… que lo hagas… tú… y le cuentes… por qué… no estabas… aquí… para ayudar!

—¡Se te va a caer la redecilla! —dijo Mundungus, encogiéndose y protegiéndose la cabeza con los brazos—. ¡Ya me voy! ¡Ya me voy!

Sonó otro fuerte estampido y Mundungus desapareció.

—¡Ojalá Dumbledore lo mate! —exclamó la señora Figg furiosa—. Y ahora, ¡vamos, Harry! ¿A qué esperas?

Harry decidió no gastar el poco aliento que le quedaba indicando que apenas podía caminar bajo el peso de Dudley, así que le dio un tirón a su primo, que seguía medio inconsciente, y echó a andar.

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo la señora Figg cuando llegaron a Privet Drive—. Por si hay alguno más por aquí… ¡Oh, cielos, qué catástrofe! Y has tenido que defenderte de ellos tú solo… Y Dumbledore nos advirtió que teníamos que evitar a toda costa que hicieras magia… Bueno, supongo que no sirve de nada llorar cuando la poción ya se ha derramado… Pero ahora el mal está hecho.

—Entonces… —comentó Harry entrecortadamente—, ¿Dumbledore… me ha puesto… vigilancia?

—Por supuesto —respondió la señora Figg con impaciencia—. ¿Qué esperabas? ¿Que te dejara pasear por ahí solo después de lo que pasó en junio? ¡Vamos, muchacho, me habían dicho que eras inteligente! Bueno, entra y no salgas —le dijo cuando llegaron al número cuatro—. Supongo que alguien se pondrá en contacto contigo pronto.

—¿Qué va a hacer usted? —se apresuró a preguntar Harry.

—Me voy derechita a casa —contestó la señora Figg; echó un vistazo a la oscura calle y se estremeció—. Tendré que esperar a que me envíen más instrucciones. Tú quédate en casa. Buenas noches.

—¡Espere un momento! ¡No se marche todavía! Quiero saber…

Pero la señora Figg ya había echado a andar a buen paso, con las zapatillas de cuadros escoceses como chancletas, mientras la cesta de la compra continuaba produciendo aquel curioso ruido metálico.

—¡Espere! —le gritó Harry.

Tenía un millón de preguntas que hacerle a cualquiera que estuviera en contacto con Dumbledore; pero, pasados unos segundos, la oscuridad se tragó a la señora Figg. Con el entrecejo fruncido, Harry se colocó bien a Dudley sobre los hombros y se dirigió lenta y dolorosamente hacia el sendero del jardín del número cuatro.

La luz del vestíbulo estaba encendida. Harry se guardó la varita en la cintura de los vaqueros, tocó el timbre y vio cómo la silueta de tía Petunia se hacía más y más

grande, distorsionada por el cristal esmerilado de la puerta de la calle.

—¡Diddy! Ya era hora, estaba poniéndome un poco…, un poco… ¡Diddy! ¿Qué te pasa?

Harry miró de reojo a Dudley y se escabulló de debajo de su brazo justo a tiempo. Su primo se quedó de pie un momento, oscilando, con la cara de un verde pálido… De pronto, abrió la boca y vomitó en el felpudo.

—¡Diddy! ¿Qué te pasa, Diddy? ¡Vernon! ¡Vernon!

El tío de Harry salió del salón, moviéndose con la gracia de un elefante y meneando el bigote de morsa de aquí para allá, como hacía siempre que se ponía nervioso. Corrió a ayudar a tía Petunia para conseguir que Dudley, que no se tenía en pie, cruzara el umbral, mientras él evitaba pisar el charco de vómito.

—¡Está enfermo, Vernon!

—¿Qué tienes, hijo? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha dado la señora Polkiss algo raro con el té?

—¿Cómo es que vas manchado de tierra, cariño? ¿Te has tumbado en el suelo?

—Un momento… No te habrán atracado, ¿verdad, hijo?

Tía Petunia soltó un grito desgarrador.

—¡Llama a la policía, Vernon! ¡Llama a la policía! ¡Diddy, tesoro, dile algo a mami! ¿Qué te han hecho?

Con todo el follón, nadie se había fijado todavía en Harry, lo cual fue una suerte para él. Consiguió colarse dentro justo antes de que tío Vernon cerrara la puerta, y mientras los Dursley seguían avanzando ruidosamente por el vestíbulo hacia la cocina, Harry se dirigió con cautela y sin hacer ruido hacia la escalera.

—¿Quién ha sido, hijo? Danos nombres. Los atraparemos, no te preocupes.

—¡Chissst! ¡Está intentando decirnos algo, Vernon! ¿Qué es, Diddy? ¡Cuéntaselo a mami!

Harry tenía un pie en el primer escalón cuando Dudley recuperó la voz.

—Él.

Harry se quedó inmóvil, con una mueca en la cara, preparado para el estallido.

—¡Chico! ¡Ven aquí!

Con una mezcla de miedo y rabia, Harry levantó con lentitud el pie del escalón y se dio la vuelta para seguir a los Dursley.

La cocina, impecable, tenía un brillo casi irreal en contraste con la oscuridad del exterior. Tía Petunia hizo sentar a Dudley en una silla; el chico todavía estaba muy verde y sudoroso. Tío Vernon estaba de pie delante del escurreplatos, fulminando a Harry con sus diminutos y entrecerrados ojos.

—¿Qué le has hecho a mi hijo? —preguntó con un rugido amenazador.

—Nada —contestó Harry pese a saber que tío Vernon no iba a creérselo.

—¿Qué te ha hecho, Diddy? —dijo tía Petunia con voz insegura mientras con una

esponja le limpiaba el vómito a su hijo de la chaqueta de cuero—. ¿Ha sido… con lo que tú ya sabes, tesoro? ¿Ha utilizado… esa cosa?

Dudley, tembloroso, asintió muy despacio.

—¡No es verdad! —saltó Harry; tía Petunia soltó un gemido y tío Vernon levantó los puños—. No le he hecho nada, no he sido yo, ha sido…

En ese preciso instante una lechuza entró como una flecha por la ventana, cruzó volando la cocina y rozó la coronilla de tío Vernon; a continuación, dejó a los pies de Harry el gran sobre de pergamino que llevaba en el pico, se dio la vuelta con agilidad, tocando ligeramente con las puntas de las alas la parte superior de la nevera, salió por donde había entrado y cruzó el jardín.

—¡Lechuzas! —bramó tío Vernon, y mientras cerraba de golpe la ventana de la cocina, la maltrecha vena de su sien empezó a latir con furia—. ¡Otra vez lechuzas! ¡No quiero ver más lechuzas en mi casa!

Pero Harry ya había empezado a abrir el sobre y sacó la carta que había dentro. Notaba los latidos del corazón en la garganta, a la altura de la nuez.

Querido señor Potter:

Nos han informado de que ha realizado usted el encantamiento patronus *a las 21.23 horas de esta noche en una zona habitada por muggles y en presencia de un muggle.*

La gravedad de esta infracción del Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad ha ocasionado su expulsión del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. En breve, representantes del Ministerio se desplazarán hasta su lugar de residencia para destruir su varita.

Dado que usted ya recibió una advertencia oficial por una infracción anterior de la Sección Decimotercera de la Confederación Internacional del Estatuto del Secreto de los Brujos, lamentamos comunicarle que se requiere su presencia en una vista disciplinar en el Ministerio de Magia el día 12 de agosto a las 09.00 horas.

Con mis mejores deseos.

Atentamente,

Mafalda Hopkirk
Oficina Contra el Uso
Indebido de la Magia
Ministerio de Magia

Harry leyó la carta dos veces de arriba abajo. Aunque oía hablar a tío Vernon y a tía Petunia, no los escuchaba. Se le había quedado la mente en blanco, pero un hecho había penetrado en su conciencia como un dardo paralizador: lo habían expulsado de

Hogwarts. Todo había terminado. Ya no podría volver allí.

Levantó la cabeza y miró a los Dursley. Tío Vernon estaba lívido de ira y gritaba con los puños en alto; tía Petunia tenía los brazos alrededor de Dudley, que volvía a vomitar.

El cerebro de Harry, aturdido durante unos instantes, se puso de nuevo en funcionamiento. «En breve, representantes del Ministerio se desplazarán hasta su lugar de residencia para destruir su varita.» Sólo podía hacer una cosa: tenía que echar a correr, en ese mismo momento. Harry no sabía adónde iría, pero de una cosa estaba seguro: tanto dentro como fuera de Hogwarts, necesitaba su varita mágica. Como si estuviera soñando, sacó su varita y se dio la vuelta dispuesto a salir de la cocina.

—¿Adónde te has creído que vas? —le gritó tío Vernon. Al ver que Harry no contestaba, cruzó la cocina a grandes zancadas para cerrarle el paso—. ¡Todavía no he acabado contigo, chico!

—Apártate —dijo Harry con voz queda.

—Vas a quedarte aquí y explicarme por qué mi hijo…

—Si no te apartas de la puerta, voy a echarte un maleficio —afirmó Harry, levantando su varita.

—¡A mí no vas a amenazarme con eso! —gruñó tío Vernon—. ¡Sé que no estás autorizado a utilizarla fuera de esa casa de locos que llamas colegio!

—La casa de locos me ha expulsado —respondió Harry—. Ahora puedo hacer lo que me dé la gana. Te doy tres segundos. Uno, dos…

Un fuerte estruendo resonó en la cocina. Tía Petunia se puso a chillar, tío Vernon pegó un grito y se agachó, pero por tercera vez aquella noche Harry buscó el origen de un alboroto que no había provocado él. Esa vez lo descubrió de inmediato: había una lechuza, aturdida y con las plumas alborotadas, posada en el alféizar. Acababa de chocar contra la ventana cerrada. Ignorando el angustiado grito de «¡Lechuzas!» de tío Vernon, Harry cruzó la habitación corriendo y abrió la ventana de golpe. La lechuza estiró una pata en la que llevaba atado un pequeño rollo de pergamino, sacudió las plumas y emprendió el vuelo en cuanto Harry hubo cogido la carta. Con manos temblorosas, el chico desenrolló el segundo mensaje, que estaba apresuradamente escrito con tinta negra y emborronado.

Harry:

Dumbledore acaba de llegar al Ministerio y está intentando arreglarlo todo. *NO SALGAS DE LA CASA DE TUS TÍOS. NO HAGAS MÁS MAGIA. NO ENTREGUES TU VARITA.*

Arthur Weasley

Dumbledore estaba intentando arreglarlo todo… ¿Qué significaba eso? ¿Acaso Dumbledore tenía suficiente poder para invalidar las decisiones del Ministerio de Magia? ¿Había entonces alguna posibilidad de que le permitieran volver a Hogwarts? Un pequeño brote de esperanza floreció en el pecho de Harry, pero enseguida el miedo volvió a atenazarlo: ¿cómo iba a negarse a entregar su varita sin hacer magia? Tendría que batirse en duelo con los representantes del Ministerio, y si lo hacía podría considerarse afortunado si no acababa en Azkaban, por no hablar de la expulsión.

Su cerebro trabajaba a toda velocidad… Podía huir y arriesgarse a que el Ministerio lo capturara, o quedarse donde estaba y esperar a que fueran a buscarlo allí. La primera opción lo tentaba mucho más, pero sabía que el señor Weasley quería lo mejor para él… Y después de todo, Dumbledore había arreglado situaciones mucho peores otras veces.

—Vale —dijo Harry—. He cambiado de idea. Me quedo. Se dejó caer en una de las sillas de la cocina, frente a Dudley y a tía Petunia. Los Dursley parecían sorprendidos por el brusco cambio de opinión de Harry. Tía Petunia miró con desesperación a tío Vernon. La vena de la morada sien de tío Vernon palpitaba con más violencia que nunca.

—¿Quién te envía esas malditas lechuzas? —le preguntó, rabioso, su tío.

—La primera me la ha enviado el Ministerio de Magia para comunicarme mi expulsión —respondió Harry con calma. Mientras hablaba, aguzaba el oído para captar cualquier ruido procedente del exterior, por si llegaban los representantes del Ministerio; además, era más fácil y menos enervante contestar a las preguntas de tío Vernon que enfrentarse a sus bramidos—. La segunda era del padre de mi amigo Ron, que trabaja en el Ministerio.

—¿El Ministerio de Magia? —gritó tío Vernon—. ¿Estás diciéndome que hay gente como tú en el gobierno? Claro, eso lo explica todo, todo; no me extraña que el país se esté viniendo abajo. —Como Harry no dijo nada, tío Vernon lo fulminó con la mirada y le espetó—: ¿Y por qué te han expulsado?

—Porque he hecho magia.

—¡Aja! —rugió tío Vernon, y dio un puñetazo en la parte superior de la nevera, cuya puerta se abrió; unos cuantos tentempiés de bajo contenido graso, que consumía Dudley, salieron despedidos y cayeron al suelo—. ¡Así que lo reconoces! ¿Qué le has hecho a tu primo?

—Nada —contestó Harry, ya no tan calmado—. Eso no lo he hecho yo…

—Sí lo ha hecho —masculló inesperadamente Dudley.

De inmediato, tío Vernon y tía Petunia se pusieron a agitar las manos para hacer callar a Harry mientras se inclinaban sobre Dudley.

—Sigue, hijo —dijo tío Vernon—, ¿qué te ha hecho?

—Cuéntanoslo, ricura —susurró tía Petunia.

—Me ha apuntado con la varita —farfulló Dudley.

—Sí, es verdad, pero no he utilizado… —se defendió Harry, enojado, aunque…

—¡Cállate! —gritaron tío Vernon y tía Petunia al unísono.

—Sigue, hijo —repitió tío Vernon con los pelos del bigote agitadísimos.

—Se ha quedado todo oscuro —dijo Dudley con voz ronca, estremeciéndose—. Muy oscuro. Y entonces he o-oído… cosas. Dentro de mi cabeza.

Tío Vernon y tía Petunia se miraron horrorizados. Una de las cosas que más aborrecían del mundo era la magia (seguida muy de cerca por los vecinos que hacían más trampas que ellos respecto a la prohibición del uso de mangueras); pero la gente que oía voces estaba también en esa lista. Era evidente que creían que Dudley se había vuelto loco.

—¿Qué cosas has oído, Peoncita? —preguntó tía Petunia con un hilo de voz. Se había quedado muy pálida y tenía lágrimas en los ojos.

Pero Dudley parecía incapaz de explicarse. Volvió a estremecerse y sacudió su enorme y rubia cabeza; pese a la sensación de pavor que se había apoderado de Harry desde la llegada de la primera lechuza, sintió cierta curiosidad. Los *dementores* hacían que la gente reviviera los peores momentos de su vida. ¿Qué se habría visto obligado a oír su malcriado, mimado y bravucón primo?

—¿Cómo te has caído, hijo? —preguntó tío Vernon con una voz artificialmente tranquila, el tipo de voz que habría adoptado junto a la cama de una persona gravemente enferma.

—He tro-tropezado —contestó Dudley con voz temblorosa—. Y entonces…

Se señaló el enorme pecho. Harry lo comprendió. Dudley estaba recordando aquel frío húmedo que te llenaba los pulmones, cuando los *dementores* te sorbían la esperanza y la alegría.

—Horrible —graznó Dudley—. Frío. Mucho frío.

—Ya —dijo tío Vernon con serenidad forzada mientras tía Petunia, nerviosa, le ponía una mano en la frente a su hijo para comprobar si tenía fiebre—. ¿Qué ha pasado luego, Dudders?

—He sentido… sentido… como… como si… como si…

—Como si nunca más fueras a ser feliz —aportó Harry con un tono muy débil.

—Sí —susurró Dudley, que no paraba de temblar.

—¡Ya veo! —exclamó tío Vernon, cuya voz había recuperado su volumen habitual, y se enderezó—. Le has hecho un maleficio a mi hijo para que oiga voces y crea que está condenado… a la desgracia o algo así, ¿no?

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —respondió Harry subiendo el tono de voz, pues se le estaba agotando la paciencia—. ¡No he sido yo! ¡Han sido dos *dementores*!

—¿Dos qué? ¿Qué son esas paparruchas?

—De-men-to-res —repitió Harry, pronunciando con lentitud y claridad—. Dos.

—¿Y qué demonios son los *dementores*, si puede saberse?

—Vigilan la prisión de los magos, Azkaban —terció tía Petunia.

Tras aquellas palabras, hubo dos segundos de silencio absoluto; luego tía Petunia se tapó la boca con una mano, como si acabara de pronunciar una espantosa palabrota. Tío Vernon la miraba con los ojos abiertos como platos. El cerebro de Harry era un mar de confusión. La señora Figg era una cosa, pero… ¿tía Petunia?

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó, perplejo, su marido.

Tía Petunia estaba horrorizada de sí misma. Miró a tío Vernon, cohibida, como pidiéndole disculpas; después bajó un poco la mano, dejando al descubierto sus dientes de caballo.

—Hace muchos años… oí a aquel… infeliz… que se lo contaba a ella… —dijo con voz entrecortada.

—Si te refieres a mi padre y a mi madre, ¿por qué no los llamas por sus nombres? —dijo Harry en voz alta, pero tía Petunia no le hizo caso. Parecía terriblemente aturullada.

Harry estaba atónito. Con excepción de un arrebato ocurrido años atrás, durante el cual tía Petunia había gritado que la madre de Harry era un monstruo, él nunca la había oído mencionar a su hermana. Le sorprendió que su tía hubiera recordado aquella información sobre el mundo mágico durante tanto tiempo, cuando lo normal era que empleara toda su energía en fingir que ese mundo no existía.

Tío Vernon abrió la boca, la cerró, la abrió una vez más, la cerró de nuevo y luego, como si le costara trabajo recordar lo que había que hacer para hablar, la abrió por tercera vez y dijo con voz ronca:

—Entonces… Entonces… ¿existen de verdad, existen esos… demencomosellamen?

Tía Petunia asintió.

Tío Vernon miró primero a tía Petunia, luego a Dudley y por último a Harry, esperando que en cualquier momento alguien gritara: «¡Inocente!» Como nadie lo hizo, abrió la boca una vez más, pero no tuvo que esforzarse en encontrar más palabras porque, en ese preciso instante, llegó la tercera lechuza de la noche. Entró a toda pastilla por la ventana, que seguía abierta, como una bala de cañón con plumas, y aterrizó con estrépito sobre la mesa de la cocina, haciendo que los tres Dursley pegaran un bote, asustados. Harry cogió el segundo sobre, que parecía oficial, del pico de la lechuza y lo abrió, mientras el animal se marchaba por donde había llegado y se perdía en la noche.

—¡Estoy harto de esas condenadas lechuzas! —masculló tío Vernon, como un loco; fue hacia la ventana y volvió a cerrarla de golpe.

Querido señor Potter:

Con relación a nuestra carta de hace unos veinte minutos, el Ministerio de Magia ha revisado su decisión de destruir de inmediato su varita mágica. Puede conservar usted su varita hasta la vista disciplinar del 12 de agosto, momento en el que se tomará una decisión oficial.

Tras entrevistarse con el director del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, el Ministerio ha acordado que el asunto de su expulsión también se decidirá en esa vista. Por lo tanto, considérese excusado del colegio hasta posteriores investigaciones.

Con mis mejores deseos.

Atentamente,

Mafalda Hopkirk
Oficina Contra el Uso
Indebido de la Magia
Ministerio de Magia

Harry leyó la carta con rapidez tres veces seguidas. Aquel angustioso nudo que se le había formado en el pecho se aflojó un tanto con el alivio de saber que todavía no lo habían expulsado definitivamente, aunque sus temores no habían desaparecido, ni mucho menos. Todo parecía depender de la vista del 12 de agosto.

—¿Y bien? —preguntó tío Vernon, devolviendo a Harry a la realidad—. ¿Qué pasa ahora? ¿Te han condenado a algo? ¿Existe la pena de muerte entre tu gente? —añadió, esperanzado, como si se le acabara de ocurrir esa idea.

—Tengo que ir a una vista —explicó Harry.

—¿Y allí te condenarán?

—Supongo que sí.

—Entonces no perderé la esperanza —aseguró tío Vernon con crueldad.

—Bueno, si eso es todo… —dijo Harry poniéndose en pie. Estaba deseando quedarse a solas para pensar y quizá para enviarle una carta a Ron, a Hermione o a Sirius.

—¡No, claro que no es todo! —bramó tío Vernon—. ¡Siéntate inmediatamente!

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Harry con impaciencia.

—¡Dudley! —gritó tío Vernon—. ¡Quiero saber exactamente qué le ha ocurrido a mi hijo!

—¡Muy bien! —chilló Harry, y la rabia que sentía hizo que de la punta de su varita, que todavía tenía en la mano, saltaran chispas rojas y doradas. Los tres Dursley, acobardados, se encogieron—. Dudley y yo estábamos en el callejón que conecta la calle Magnolia y el paseo Glicinia —explico Harry; hablaba deprisa, intentando no perder los estribos—. Dudley estaba vacilándome y yo saqué mi varita,

pero no la utilicé. Entonces aparecieron dos *dementores*…

—Pero ¿qué son los dementoides? —preguntó tío Vernon furioso—. ¿Qué hacen?

—Ya os lo he dicho: te quitan toda la alegría que tienes dentro —respondió Harry —, y si tienen ocasión te besan y…

—¿Que te besan? —lo interrumpió tío Vernon con los ojos fuera de las órbitas—. ¿Que te besan?

—Así llaman al hecho de que te saquen el alma por la boca.

Tía Petunia soltó un débil grito.

—¿El alma? No le habrán quitado… Él todavía tiene su…

Agarró a Dudley por los hombros y lo sacudió, como si pretendiera oír el alma de su hijo repiqueteando en el interior del cuerpo del chico.

—Claro que no le han quitado el alma. Si lo hubieran hecho ya os habríais dado cuenta —respondió Harry exasperado.

—Tú los ahuyentaste, ¿verdad, hijo? —-inquirió tío Vernon con ímpetu, como quien se esfuerza por devolver la conversación a un plano que domina—. Les diste su merecido, ¿verdad?

—A los *dementores* no puedes darles su merecido —sentenció Harry entre dientes.

—Entonces, ¿cómo es que está bien? —rugió tío Vernon—. ¿Por qué no está vacío?

—Porque utilicé el encantamiento *patronus*…

¡ZUUUM! Con un fragor, un aleteo y una pequeña nube de polvo, una cuarta lechuza salió a toda velocidad de la chimenea de la cocina.

—¡Por todos los demonios! —gritó tío Vernon, arrancándose los pelos del bigote, algo que no se había visto obligado a hacer durante mucho tiempo—. ¡No quiero ver más lechuzas en mi casa, no pienso tolerarlo, te lo advierto!

Pero Harry ya había cogido el pergamino que la lechuza llevaba atado a una pata. Estaba tan seguro de que aquella carta tenía que ser de Dumbledore y de que en ella lo explicaba todo (los *dementores*, la señora Figg, lo que tramaba el Ministerio, y cómo él, Dumbledore, pensaba solucionar la situación) que, por primera vez en su vida, se llevó una desilusión al ver la caligrafía de Sirius. Sin prestar atención a la perorata que tío Vernon estaba soltando sobre las lechuzas, y entrecerrando los ojos para protegerse de otra nube de polvo que la última había provocado al colarse por la chimenea, Harry leyó el mensaje de Sirius:

Arthur acaba de contarnos lo que ha sucedido. No vuelvas a salir de la casa, pase lo que pase.

El contenido de la carta le pareció a Harry una reacción tan inapropiada ante lo

ocurrido aquella noche que le dio la vuelta al pergamino buscando el resto del texto, pero no encontró ni una sola palabra más.

Y notaba que estaba volviendo a perder la calma. ¿Acaso nadie pensaba felicitarlo por haber derrotado él solo a dos *dementores*? Tanto el señor Weasley como Sirius estaban actuando como si Harry se hubiera portado mal y como si estuvieran reservándose la reprimenda hasta que pudieran determinar el alcance de los daños ocasionados.

—… una bananada, quiero decir, una bandada de lechuzas entrando y saliendo de mi casa. No pienso tolerarlo, chico, no voy a…

—No puedo impedir que vengan lechuzas —le espetó Harry al mismo tiempo que arrugaba la carta de Sirius con la mano.

—¡Quiero saber la verdad de lo que ha pasado esta noche! —bramó tío Vernon—. Si han sido los Demendadores los que le han hecho daño a Dudley, ¿por qué te han expulsado? ¡Has hecho eso que tú ya sabes, lo has admitido!

Harry respiró hondo para tranquilizarse. Empezaba a dolerle otra vez la cabeza. Lo que más deseaba era salir de la cocina y perder de vista a los Dursley.

—Hice el encantamiento *patronus* para librarme de los *dementores* —explicó, obligándose a conservar la calma—. Es lo único que funciona con ellos.

—Pero ¿qué hacían esos dementoides en Little Whinging? —preguntó tío Vernon con indignación.

—Eso no puedo decírtelo —respondió Harry cansinamente—. No tengo ni idea.

Las punzadas que notaba en la cabeza eran cada vez más fuertes, y le molestaba mucho la intensa luz de los fluorescentes de la cocina. Su enfado iba disminuyendo poco a poco. Estaba agotado, exhausto. Los Dursley lo miraban fijamente.

—Es por tu culpa —afirmó tío Vernon con energía—. Tiene algo que ver contigo, chico, estoy seguro. Si no, ¿por qué iban a venir aquí? ¿Qué iban a estar haciendo en ese callejón? Es evidente que eres el único…, el único… —Al parecer no lograba pronunciar la palabra «mago»—. El único ya sabes qué en varios kilómetros a la redonda.

—No sé a qué han venido.

Pero tras las palabras de tío Vernon, el agotado cerebro de Harry se había puesto de nuevo en funcionamiento. ¿Por qué habían ido los *dementores* a Little Whinging? ¿Cómo iba a ser una casualidad que hubieran aparecido en el callejón donde estaba Harry? ¿Los había enviado alguien? ¿Había perdido el Ministerio de Magia el control de los *dementores*? ¿Habían abandonado Azkaban y se habían unido a Voldemort, como Dumbledore había vaticinado?

—¿Esos Desmembradores vigilan una prisión de bichos raros? —preguntó tío Vernon siguiendo trabajosamente el hilo de las ideas del muchacho.

—Sí —confirmó Harry.

Si al menos dejara de dolerle la cabeza, si al menos pudiera salir de la cocina y subir a su oscuro dormitorio y pensar…

—¡Aja! ¡Venían a detenerte! —exclamó tío Vernon con el aire triunfante de quien ha llegado a una conclusión irrefutable—. Seguro que es eso, ¿verdad, chico? ¡Estás huyendo de la justicia!

—Claro que no —dijo Harry moviendo la cabeza como si ahuyentara una mosca; su mente iba a toda velocidad.

—Entonces, ¿por qué…?

—Debe de haberlos enviado él —sugirió Harry con un hilo de voz, más para sí que para tío Vernon.

—¿Cómo dices? ¿Que debe de haberlos enviado quién?

—Lord Voldemort —dijo Harry.

Reparó en lo extraño que resultaba que los Dursley, que se encogían, hacían muecas y chillaban cada vez que escuchaban palabras como «mago», «magia» o «varita», pudieran oír el nombre del mago más malvado de todos los tiempos sin alterarse lo más mínimo.

—Lord… Espera un momento —dijo tío Vernon, con la cara contraída, al mismo tiempo que en sus ojos de cerdito brillaba una chispa de comprensión—. No es la primera vez que oigo ese nombre… Ése fue el que…

—Asesinó a mis padres, sí —confirmó Harry.

—Pero desapareció —objetó tío Vernon con impaciencia, sin pararse a pensar que el asesinato de los padres de Harry pudiera ser un tema delicado—. Aquel tipo gigantesco lo dijo. Desapareció.

—Ha vuelto —sentenció Harry con rotundidad.

Era rarísimo estar allí de pie, en la aséptica cocina de tía Petunia, entre la nevera último modelo y el televisor de pantalla plana, hablando como si tal cosa de lord Voldemort con tío Vernon. Parecía que la llegada de los *dementores* a Little Whinging había abierto una brecha en el enorme aunque invisible muro que separaba el mundo implacablemente no mágico de Privet Drive y el que había al otro lado. En cierto modo, las dos vidas de Harry se habían fusionado y todo había quedado patas arriba; los Dursley estaban pidiéndole detalles sobre el mundo mágico, y la señora Figg conocía a Albus Dumbledore; los *dementores* se cernían sobre Little Whinging, y quizá Harry no regresara a Hogwarts. El dolor de cabeza del muchacho iba en aumento.

—¿Que ha vuelto? —susurró tía Petunia.

Miraba a Harry como nunca lo había hecho. Y de pronto, por primera vez en su vida, Harry se dio plena cuenta de que tía Petunia era la hermana de su madre. No habría sabido explicar por qué esa idea lo sacudió tan fuerte en aquel preciso instante. Lo único que sabía era que él no era la única persona de las que había en la cocina

que intuía lo que podía significar que lord Voldemort hubiera regresado. Tía Petunia jamás lo había mirado de aquella manera y en ese momento no tenía entrecerrados los grandes ojos claros (completamente distintos de los de su hermana), con una expresión de asco o de enojo, sino muy abiertos y asustados. La ficción que tía Petunia había mantenido durante toda la vida de Harry (que la magia no existía y que no había otro mundo más que el que ella habitaba con tío Vernon) parecía haberse derrumbado.

—Sí —confirmó Harry, dirigiéndose a tía Petunia—. Volvió hace un mes. Yo lo vi.

Las manos de tía Petunia se posaron sobre los anchos hombros de Dudley, cubiertos con su ropa de cuero, y los apretaron.

—Espera un momento —intervino tío Vernon, mirando a su esposa, luego a Harry y luego otra vez a tía Petunia, aparentemente atónito y desconcertado por el entendimiento que parecía haber surgido entre tía y sobrino—. Un momento. ¿Dices que ese lord Voldcomosellame ha vuelto?

—Sí.

—El que mató a tus padres.

—Sí.

—¿Y ahora ha empezado a enviarte Desmembradores?

—Eso parece —respondió Harry.

—Entiendo —dijo tío Vernon. Miró a su esposa, que estaba tremendamente pálida, y luego a Harry, al mismo tiempo que se subía la cintura de los pantalones. Harry tuvo la impresión de que su tío se inflaba y de que su enorme rostro morado se dilataba ante sus ojos—. Bueno, ya no me cabe duda —aseguró, y siguió inflándose, mientras la camisa se le tensaba más y más—. ¡Ya puedes largarte de esta casa, chico!

—¿Qué? —dijo Harry.

—Ya me has oído. ¡FUERA! —gritó tío Vernon, tan fuerte que hasta tía Petunia y Dudley dieron un brinco—. ¡FUERA! ¡FUERA! ¡Debí hacer esto hace muchos años! ¡Lechuzas que se pasean por aquí como si tal cosa, pudines que explotan, medio salón destrozado, la cola de Dudley, Marge flotando por el techo y ese Ford Anglia volador! ¡FUERA! ¡LARGO! ¡Se acabó! ¡Has pasado a la historia! No vas a quedarte aquí si hay un loco que te persigue, ni vas a poner en peligro la vida de mi esposa y de mi hijo, ni vas a causarnos más problemas. ¡Si piensas seguir los pasos de tus padres, es asunto tuyo! ¡LARGO DE AQUÍ!

Harry se quedó clavado donde estaba. Tenía las cartas del Ministerio, del señor Weasley y de Sirius arrugadas en la mano izquierda. «No vuelvas a salir de la casa, pase lo que pase. NO SALGAS DE LA CASA DE TUS TÍOS.»

—¡Ya me has oído! —insistió tío Vernon, y se inclinó hacia delante hasta que su enorme y morada cara quedó tan cerca de la de Harry que éste notó las salpicaduras

de saliva en el rostro—. ¡Andando! ¡Hace media hora estabas deseando marcharte! ¡Pues adelante! ¡Lárgate de aquí y no vuelvas a pisar nuestra casa jamás! No sé por qué te acogimos en su día; Marge tenía razón, debimos enviarte al orfanato. Fuimos demasiado blandos contigo, creímos que podríamos rehabilitarte, creímos que podríamos convertirte en una persona normal, pero estabas podrido desde el principio, y ya estoy harto. ¡Lechuzas!

La quinta lechuza salió disparada de la chimenea, tan deprisa que chocó contra el suelo antes de volver a emprender el vuelo con un fuerte aullido. Harry levantó las manos para coger la carta, que iba en un sobre de color escarlata, pero el pájaro pasó volando por encima de su cabeza y se dirigió hacia tía Petunia, que soltó un chillido y se agazapó, tapándose la cara con los brazos. La lechuza dejó caer el sobre rojo sobre la cabeza de tía Petunia, dio media vuelta y volvió a colarse por la chimenea.

Harry se abalanzó sobre su tía para arrebatarle la carta, pero tía Petunia se le adelantó.

—Puedes abrirla si quieres —dijo Harry—, pero de todos modos oiré lo que pone. Es un vociferador.

—¡Suelta eso, Petunia! —rugió tío Vernon—. ¡No lo toques, podría ser peligroso!

—Va dirigida a mí —se excusó tía Petunia con voz trémula—. ¡Va dirigida a mí, Vernon, mira! Señora Petunia Dursley, La Cocina, Privet Drive Número Cuatro…

Contuvo la respiración, horrorizada. El sobre rojo había empezado a echar humo.

—¡Ábrelo! —le pidió Harry—. ¡Ábrelo ya! De todos modos ocurrirá.

—No.

A tía Petunia le temblaba la mano. Miró frenéticamente alrededor, como si buscara una ruta de huida, pero era demasiado tarde: el sobre empezó a arder. Tía Petunia gritó y lo soltó con rapidez.

Se oyó una voz imponente que resonaba en el reducido espacio de la cocina; salía de la carta en llamas, que había quedado sobre la mesa.

—«Recuerda mi última… Petunia.»

Tía Petunia estaba a punto de desmayarse. Se sentó en la silla, junto a Dudley, y se tapó la cara con las manos. Los restos del sobre fueron quedando reducidos a cenizas en medio de un profundo silencio.

—¿Qué es eso? —preguntó tío Vernon con voz ronca—. ¿Qué…? No… ¡Petunia!

Tía Petunia no dijo nada. Dudley miraba a su madre, estupefacto y con la boca abierta, mientras el silencio lo envolvía todo en una espiral horrenda. Harry observaba a su tía completamente perplejo y sentía que la cabeza le palpitaba como si estuviera a punto de estallar.

—Petunia, querida —empezó tío Vernon con timidez—. Pe-Petunia…

Ella levantó la cabeza. Todavía temblaba. Tragó saliva y dijo con un hilo de voz:

—El chico… El chico tendrá que quedarse aquí, Vernon.

—¿Cómo dices?

—Que se queda —repitió ella sin mirar a Harry, y se puso de nuevo en pie.

—Pero si… Petunia…

—Si lo echamos, los vecinos hablarán —añadió tía Petunia. Estaba recuperando su tono enérgico e irascible, aunque seguía muy pálida—. Nos harán preguntas incómodas, querrán saber adónde ha ido. Tendremos que quedárnoslo.

Tío Vernon estaba desinflándose como un neumático pinchado.

—Pero Petunia, querida…

Tía Petunia no le hizo caso. Se volvió hacia Harry y le ordenó:

—Vas a quedarte en tu habitación. No salgas de casa. Y ahora vete a la cama.

Harry no se movió de donde estaba.

—¿Quién te ha enviado ese vociferador?

—No hagas preguntas —le espetó tía Petunia.

—-¿Estás en contacto con algún mago?

—¡Te he dicho que te vayas a la cama!

—¿Qué significaba? ¿Recuerda mi última qué?

—¡A la cama!

—¿Cómo es que…?

—¡Ya has oído a tu tía! ¡Sube a acostarte!

3
La avanzadilla

«Me han atacado unos *dementores* y es posible que me expulsen de Hogwarts. Quiero saber qué está pasando y cuándo voy a poder salir de aquí.»

Harry copió esas palabras en tres hojas de pergamino diferentes en cuanto llegó al escritorio de su oscura habitación. Dirigió la primera a Sirius, la segunda a Ron y la tercera a Hermione. *Hedwig*, su lechuza, había salido a cazar; su jaula estaba vacía sobre el escritorio. Harry se puso a dar vueltas por su dormitorio, esperando que regresara; notaba la cabeza a punto de estallar y tenía tantas cosas en que pensar que no creía que pudiera dormir, aunque le escocían los ojos de cansancio. También le dolía la espalda de llevar a rastras a Dudley hasta la casa, y los dos chichones que tenía en la cabeza (el que se había hecho al chocar contra la ventana y el del puñetazo que le había pegado su primo) le producían un punzante dolor.

No paraba de dar vueltas por el cuarto, consumido de ira y frustración, rechinando los dientes y con los puños apretados; y cada vez que pasaba por delante de la ventana, lanzaba enfurecidas miradas al cielo salpicado de estrellas. Alguien había enviado a los *dementores* para que lo capturaran, la señora Figg y Mundungus Fletcher lo seguían en secreto, había sido expulsado de Hogwarts, estaba pendiente

una vista en el Ministerio de Magia… Y pese a todo nadie le decía qué estaba ocurriendo.

¿Y qué demonios significaba aquel vociferador? ¿De quién era aquella voz tan horrible y amenazadora que había resonado en la cocina?

¿Por qué continuaba atrapado allí sin información? ¿Por qué todos lo trataban como si fuera un niño travieso? «No hagas más magia, quédate en casa…»

Al pasar por delante del baúl del colegio le pegó una patada, pero en lugar de aliviar con ello la rabia que sentía, se encontró aún peor porque ahora tenía que sumar el fuerte dolor del dedo gordo del pie al del resto del cuerpo.

Justo cuando pasaba cojeando por delante de la ventana, *Hedwig* entró volando con un débil batir de alas, como un pequeño fantasma.

—¡Ya era hora! —gruñó Harry cuando el pájaro se posó con suavidad encima de su jaula—. ¡Ya puedes soltar eso, tengo trabajo para ti!

Los grandes, redondos y ambarinos ojos de *Hedwig* lo miraron llenos de reproche por encima de la rana muerta que sujetaba con el pico.

—Ven aquí —le ordenó Harry. Cogió los tres pequeños rollos de pergamino y se los ató a la escamosa pata con una correa de cuero—. Lleva esto a Sirius, a Ron y a Hermione y no vuelvas aquí sin unas buenas respuestas. Si es necesario, picotéalos hasta que hayan escrito unos mensajes decentemente largos. ¿Entendido?

Hedwig emitió un amortiguado ululato sin soltar la rana.

—En marcha, pues —dijo Harry.

Hedwig echó a volar de inmediato. En cuanto la lechuza hubo salido por la ventana, Harry se tumbó en la cama sin desvestirse y se quedó mirando el oscuro techo. Por si fuera poco con los deprimentes sentimientos que experimentaba, encima se sentía culpable por haber sido antipático con *Hedwig;* la lechuza era la única amiga que tenía en el número cuatro de Privet Drive. Pero ya haría las paces con ella, cuando llegara con las respuestas de Sirius, Ron y Hermione.

Seguro que le contestaban enseguida; no podrían hacer caso omiso de un ataque de *dementores*. Probablemente al día siguiente, al despertar, encontraría tres gruesas cartas llenas de muestras de solidaridad y de planes para su inmediato traslado a La Madriguera. Y con esa reconfortante idea, el sueño se apoderó de él sofocando cualquier otro pensamiento.

Pero *Hedwig* no regresó a la mañana siguiente. Harry pasó el día entero en su habitación y sólo salió para ir al cuarto de baño. En tres ocasiones, tía Petunia le introdujo comida en el dormitorio a través de la gatera que tío Vernon había instalado tres veranos atrás. Cada vez que Harry la oía acercarse, intentaba interrogarla sobre el vociferador, pero si hubiera interrogado al pomo de la puerta habría obtenido las mismas respuestas. Por lo demás, los Dursley ni se acercaron a su habitación. Harry

comprendió que no valía la pena forzarlos a soportar su compañía; con otra pelea no conseguiría nada, salvo quizá enfadarse tanto que acabaría haciendo más magia ilegal.

Así pasaron tres días. Harry tenía altibajos: algunas veces se sentía lleno de una impaciente energía que le impedía concentrarse en nada, y entonces recorría el dormitorio, furioso con todos por permitir que sufriera en medio de tanta confusión; otras veces lo dominaba un letargo tan absoluto que podía estar una hora seguida tumbado en la cama con la mirada perdida y muerto de miedo ante la perspectiva de una vista en el Ministerio.

¿Y si fallaban en su contra? ¿Y si lo expulsaban del colegio y le partían la varita por la mitad? ¿Qué haría entonces, adónde iría? No podía volver a vivir siempre con los Dursley, y menos ahora que conocía aquel otro mundo, el mundo al que pertenecía en realidad. ¿Podría irse a vivir con Sirius, como su padrino había sugerido un año atrás, antes de que se viera obligado a huir de las autoridades? ¿Permitirían a Harry vivir allí solo, dado que todavía era menor de edad? ¿Había sido su infracción del Estatuto Internacional del Secreto lo bastante grave para que lo encerraran en una celda en Azkaban? Cada vez que ese pensamiento volvía a aparecer en su mente, Harry se levantaba de la cama y se ponía a pasear otra vez por la habitación.

La cuarta noche después de la partida de *Hedwig*, Harry estaba tendido en la cama, en una de sus fases de apatía, contemplando el techo. Tenía la exhausta mente casi en blanco cuando su tío entró en la habitación. Harry giró despacio la cabeza y lo miró. Tío Vernon llevaba puesto su mejor traje y la expresión de su rostro era de inmensa suficiencia.

—Salimos —anunció.

—¿Cómo dices?

—Que nosotros, es decir, tu tía, Dudley y yo, salimos.

—Muy bien —respondió Harry sin ánimo, y volvió a mirar el techo.

—Prohibido salir de la habitación hasta que volvamos.

—Vale.

—Prohibido tocar el televisor, el equipo de música o cualquier otra cosa.

—De acuerdo.

—Prohibido robar comida de la nevera.

—Entendido.

—Voy a cerrar tu puerta con llave.

—Como quieras.

Tío Vernon lanzó a Harry una mirada de odio, desconfiando de la actitud resignada de su sobrino; salió de la habitación pisando fuerte y cerró la puerta tras él. Harry oyó que la llave giraba en la cerradura y los pesados pasos de tío Vernon, que bajaba la escalera. Transcurridos unos minutos, oyó cómo se cerraban las puertas de

un coche, el rugido de un motor y el inconfundible sonido del coche saliendo de la entrada de la casa.

A Harry no le importaba que los Dursley se hubieran marchado. Para él tanto daba que estuvieran en la casa como que no. Ni siquiera pudo reunir la energía suficiente para levantarse y encender la luz de su dormitorio. La habitación fue quedándose a oscuras mientras él seguía tumbado escuchando los sonidos nocturnos que entraban por la ventana, que Harry tenía todo el rato abierta a la espera del dichoso momento en que regresara *Hedwig*.

La casa, en ese instante vacía, crujía a su alrededor. Las cañerías gorgoteaban. Harry seguía tumbado, sumido en la indiferencia, sin pensar en nada, suspendido en la tristeza.

De pronto oyó claramente un estrépito en la cocina. Se incorporó con brusquedad y aguzó el oído. Los Dursley no podían haber regresado todavía, era demasiado pronto, y además Harry no había oído su coche.

Hubo silencio durante unos segundos, y entonces se oyeron voces.

«Ladrones», pensó Harry, y se levantó de la cama; pero enseguida se le ocurrió que los ladrones habrían hablado en voz baja, y quienquiera que fuese el que estaba en la cocina no se molestaba en bajar la voz.

Se apresuró a coger la varita mágica de la mesilla de noche y se plantó delante de la puerta de su dormitorio escuchando con atención. De repente dio un respingo, pues la cerradura pegó un fuerte chasquido y la puerta se abrió de par en par.

Harry se quedó inmóvil, mirando a través del umbral hacia el oscuro rellano del piso de arriba; aguzó el oído por si se producían más ruidos, pero no captó nada. Vaciló un momento y luego salió de su habitación, deprisa y en silencio, y se colocó al final de la escalera.

El corazón se le subió a la garganta. Abajo, en el oscuro vestíbulo, había gente; sus siluetas se destacaban contra el resplandor de las farolas que entraba por la puerta de cristal de la calle. Eran ocho o nueve, y todos, si no se equivocaba, estaban mirándolo.

—Baja la varita, muchacho; a ver si le vas a sacar un ojo a alguien —dijo una voz queda y gruñona.

El corazón de Harry latía con violencia. Conocía aquella voz, pero no bajó la varita.

—¿Profesor Moody? —preguntó con tono inseguro.

—No sé si debes llamarme «profesor» —gruñó la voz—; nunca llegué a enseñar gran cosa, ¿no? Baja, queremos verte bien.

Harry bajó un poco la varita, pero sin dejar de asirla con fuerza, y no se movió. Tenía motivos de sobra para desconfiar. Hacía poco que había convivido durante nueve meses con quien él creía que era *Ojoloco* Moody, para luego enterarse de que

no era Moody, sino un impostor; un impostor que, además, previamente a que lo desenmascararan, había intentado matar a Harry. Pero antes de que el muchacho pudiera tomar una decisión sobre qué debía hacer, otra voz, un poco ronca, subió flotando por la escalera.

—No pasa nada, Harry. Hemos venido a buscarte.

A Harry le dio un vuelco el corazón. También conocía esa voz, aunque hacía un año entero que no la oía.

—¿P-profesor Lupin? —dijo con incredulidad—. ¿Es usted?

—¿Por qué estamos aquí a oscuras? —preguntó una tercera voz, esta vez desconocida, de mujer—. *¡Lumos!*

La punta de una varita se encendió e iluminó el vestíbulo con una luz mágica. Harry parpadeó. Las personas que había abajo estaban apiñadas alrededor del pie de la escalera, con la mirada fija en él; algunas estiraban el cuello para verlo mejor.

Remus Lupin era quien estaba más cerca de Harry. Aunque todavía era muy joven, Lupin parecía cansado y muy enfermo; tenía más canas que la última vez que lo había visto, y llevaba la túnica más remendada y raída que nunca. Con todo, sonreía abiertamente a Harry, quien intentó devolverle la sonrisa pese a la conmoción.

—¡Oh! Es como me lo imaginaba —dijo la bruja que mantenía la varita iluminada en alto. Parecía la más joven del grupo; tenía el pálido rostro en forma de corazón, ojos oscuros y centelleantes, y el cabello corto, de punta y de color violeta intenso—. ¿Qué hay, Harry?

—Sí, entiendo lo que quieres decir, Remus —terció un mago negro y calvo que estaba al fondo; tenía una voz grave y pausada y llevaba un arete de oro en la oreja—. Es clavado a James.

—Salvo por los ojos —aportó otro mago de cabello plateado que hablaba con voz jadeante—. Los ojos son de Lily.

Ojoloco Moody, que tenía el cabello largo y entrecano y al que le faltaba un trozo de nariz, miraba con recelo a Harry, entrecerrando sus desiguales ojos. Un ojo era pequeño, oscuro y brillante como un abalorio; el otro era grande, redondo y de color azul eléctrico: el ojo mágico que podía ver a través de las paredes, de las puertas y lo que hubiera detrás del mismo Moody.

—¿Estás seguro de que es él, Lupin? —masculló—. Menudo problema vamos a tener si llevamos a un *mortífago* que se hace pasar por él. Tendríamos que preguntarle algo que sólo pueda saber el verdadero Potter. A menos que alguien haya traído *Veritaserum*.

—Harry, ¿qué forma adopta tu *patronus*? —preguntó Lupin.

—La de un ciervo —contestó Harry nervioso.

—Es él, *Ojoloco* —dijo Lupin.

Consciente de que todos seguían mirándolo, Harry bajó la escalera guardando la varita en un bolsillo trasero de los vaqueros.

—¡No te pongas la varita ahí, muchacho! —bramó Moody—. ¿Y si se enciende? ¿No sabías que magos mucho mejores que tú han perdido una nalga?

—¿A quién conoces tú que haya perdido una nalga? —le preguntó con interés la mujer de cabello de color violeta.

—¡Eso ahora no importa, pero sácate la varita del bolsillo de atrás! —gruñó *Ojoloco*—. Es una norma elemental de seguridad de las que ya a nadie le importan. —Fue pisando fuerte hacia la cocina—. Y lo he visto con mis propios ojos —añadió de mal talante mientras la mujer de cabello violeta miraba al techo.

Lupin extendió un brazo y le estrechó la mano a Harry.

—¿Cómo estás? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

—Bi-bien…

Harry no podía creer que aquello fuera real. Cuatro semanas sin ninguna noticia, ni la más pequeña insinuación de un plan para rescatarlo de Privet Drive, y de pronto había un montón de magos plantados con total naturalidad en el vestíbulo, como si hubieran concertado aquella visita hacía mucho tiempo. Miró a la gente que rodeaba a Lupin, que seguía contemplándolo con avidez. De pronto recordó que llevaba cuatro días sin peinarse.

—Yo… Tenéis mucha suerte de que los Dursley hayan salido… —farfulló.

—¿Suerte? ¡Ja! —dijo la mujer de cabello de color violeta—. He sido yo quien los ha quitado de en medio. Les he enviado una carta por correo *muggle* diciéndoles que habían sido preseleccionados para el Concurso de Jardines Suburbanos Mejor Cuidados de Inglaterra. Ahora van hacia la ceremonia de entrega de premios… O eso creen ellos.

Harry se imaginó por un momento la cara de tío Vernon cuando se diera cuenta de que no había ningún Concurso de Jardines Suburbanos Mejor Cuidados de Inglaterra.

—Bueno, nos vamos, ¿no? —preguntó Harry—. ¿Ya?

—Sí, enseguida —dijo Lupin—. Sólo estamos esperando a que nos den luz verde.

—¿Adónde vamos? ¿A La Madriguera? —inquirió Harry esperanzado.

—No, no vamos a La Madriguera —contestó Lupin, y le hizo señas al muchacho para que entrara en la cocina. El grupito de magos los siguieron; todavía miraban a Harry con curiosidad—. Eso sería demasiado arriesgado. Hemos montado el cuartel general en un lugar indetectable. Nos ha costado bastante tiempo…

En ese instante *Ojoloco* Moody estaba sentado a la mesa de la cocina, bebiendo de una petaca; su ojo mágico giraba en todas direcciones, deteniéndose en cada uno de los electrodomésticos de los Dursley.

—Éste es Alastor Moody, Harry —prosiguió Lupin, señalando a Moody.

—Sí, ya lo sé —dijo Harry incómodo, pues le resultó extraño que le presentaran a

alguien a quien durante un año había creído conocer.

—Y ésta es Nymphadora…

—No me llames Nymphadora, Remus —protestó la joven bruja, estremeciéndose —. Me llamo Tonks.

—Nymphadora Tonks, que prefiere que la llamen por su apellido —terminó Lupin.

—Tú también lo preferirías si la necia de tu madre te hubiera puesto «Nymphadora» —farfulló Tonks.

—Y éste es Kingsley Shacklebolt. —Señaló al mago alto y negro, que inclinó la cabeza—. Elphias Doge. —El mago de la voz jadeante asintió—. Dedalus Diggle…

—Ya nos conocemos —gritó el excitable Diggle, quitándose el sombrero de copa de color violeta.

—Emmeline Vance. —Una bruja de porte majestuoso, que llevaba un chal verde esmeralda, inclinó la cabeza—. Sturgis Podmore. —Un mago con la mandíbula cuadrada y cabello grueso de color paja le guiñó un ojo—. Y Hestia Jones. —Una bruja de mejillas sonrosadas y cabello negro lo saludó con una mano desde el rincón de la tostadora.

Harry inclinó la cabeza torpemente ante cada uno de ellos a medida que se los presentaban. Le habría gustado que no lo miraran; le parecía que, de pronto, lo habían subido a un escenario. También se preguntaba por qué había tantos magos.

—Una sorprendente cantidad de personas se ofrecieron voluntarias para venir a buscarte —explicó Lupin como si le hubiera leído el pensamiento; las comisuras de su boca temblaron ligeramente.

—Sí… Bueno, cuantos más, mejor —agregó Moody en tono misterioso—. Somos tu guardia, Potter.

—Sólo estamos esperando que nos den la señal de que podemos marcharnos sin peligro —dijo Lupin, y miró por la ventana de la cocina—. Nos quedan unos quince minutos.

—Estos *muggles* son muy limpios, ¿verdad? —comentó la bruja que se llamaba Tonks, que observaba a su alrededor examinando la cocina con gran interés—. Mi padre es *muggle* y es un dejado. Supongo que habrá de todo, como ocurre con los magos.

—Pues… sí —contestó Harry—. Oiga —añadió, volviéndose hacia Lupin—, ¿qué está pasando? No he tenido noticias de nadie. ¿Qué hace Vo…?

Varios magos y brujas hicieron extraños ruidos silbantes; Dedalus Diggle volvió a quitarse el sombrero y Moody gruñó:

—¡Silencio!

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—Aquí no podemos hablar de eso, es demasiado arriesgado —dijo Moody,

dirigiendo su ojo normal hacia Harry. El mágico seguía clavado en el techo—. Maldita sea —añadió con enojo, y se llevó una mano al ojo mágico—. Se atasca continuamente desde que lo usó aquel canalla.

Y dicho eso se quitó el ojo, lo cual produjo un desagradable ruido de succión, como el de un desatascador en un fregadero.

—*Ojoloco,* ya sabes que eso que estás haciendo es asqueroso, ¿verdad? —comentó Tonks con desparpajo.

—¿Me das un vaso de agua, Harry? —pidió Moody.

Harry fue hacia el lavaplatos, sacó un vaso limpio y lo llenó de agua en el fregadero, sin dejar de sentirse atentamente observado por el grupo de magos. Sus insistentes miradas empezaban a fastidiarlo.

—Salud —dijo Moody cuando Harry le entregó el vaso. Metió el ojo mágico en el agua y lo empujó varias veces con un dedo; el ojo cabeceó mirando a los presentes uno por uno—. Necesito una visibilidad de trescientos sesenta grados para el viaje de regreso.

—¿Cómo vamos a ir… a donde sea que vayamos? —preguntó Harry.

—En las escobas —contestó Lupin—. Es la única forma. Eres demasiado joven para aparecerte, deben de estar vigilando la Red Flu y no vamos a jugárnosla montando un traslador no autorizado.

—Remus dice que vuelas muy bien —comentó Kingsley Shacklebolt con su voz grave.

—Vuela de maravilla —afirmó Lupin, que estaba mirando su reloj—. Bueno, será mejor que subas a hacer el equipaje, Harry. Tenemos que estar preparados cuando llegue la señal.

—Voy a ayudarte —dijo Tonks alegremente.

Siguió a Harry hasta el vestíbulo y subió con él la escalera, mirando alrededor con gran curiosidad e interés.

—Qué sitio tan raro —comentó—. Está demasiado limpio, no sé si me entiendes. Es poco natural. Ah, esto está mejor —añadió cuando entraron en la habitación de Harry y él encendió la luz.

Su habitación, en efecto, estaba mucho más desordenada que el resto de la casa. Confinado allí durante cuatro días y de muy mal humor, Harry no se había molestado en recoger nada. Casi todos los libros que tenía estaban esparcidos por el suelo, donde había intentado distraerse con cada uno de ellos, pero luego los había ido dejando tirados; tampoco había limpiado la jaula de *Hedwig,* que empezaba a oler mal; y su baúl estaba abierto, dejando ver un revoltijo de prendas *muggles* y túnicas de mago desparramadas a su alrededor por el suelo.

Harry empezó a recoger libros y los metió muy deprisa en su baúl. Tonks se detuvo frente al armario abierto de Harry para mirar con ojo crítico la imagen que le

devolvía el espejo de la cara interna de la puerta.

—Creo que el color violeta no es el que más me favorece —comentó con aire pensativo, tirando de un puntiagudo mechón de cabello—. ¿No crees que me da un aire un poco paliducho?

—Pues… —dijo Harry mirándola por encima de la cubierta de *Equipos de quidditch de Gran Bretaña e Irlanda.*

—Sí, no cabe duda —afirmó Tonks con rotundidad. A continuación cerró con fuerza los ojos dibujando una expresión crispada, como si intentara recordar algo. Un segundo más tarde, su cabello se había vuelto de un tono rosa chicle.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Harry, mirándola de hito en hito, cuando Tonks abrió los ojos.

—Soy una metamorfomaga —contestó ella, y volvió a mirarse en el espejo, girando la cabeza para verla desde todos los ángulos—. Quiere decir que puedo cambiar mi aspecto a mi antojo —añadió al ver en el espejo la expresión de perplejidad de Harry, que se hallaba detrás de ella—. Nací así. Obtuve un sobresaliente en Ocultación y Disfraces en el curso de *auror* sin estudiar ni gota. Fue genial.

—¿Eres una *auror*? —preguntó Harry impresionado. La carrera de cazador de magos tenebrosos era la única que él se había planteado hacer cuando terminara los estudios en Hogwarts.

—Sí —respondió Tonks con orgullo—. Kingsley también lo es, aunque él tiene un rango superior. Yo sólo hace un año que terminé la carrera. Estuve a punto de suspender Sigilo y Rastreo. Soy tremendamente patosa; ¿no me has oído romper un plato cuando hemos llegado?

—¿Se puede aprender a ser metamorfomago? —preguntó Harry, incorporándose, sin acordarse en absoluto de que tenía que hacer el equipaje.

Tonks chasqueó la lengua.

—Seguro que a veces te gustaría ocultar esa cicatriz, ¿verdad?

Sus ojos buscaron la cicatriz con forma de rayo que Harry tenía en la frente.

—Sí, claro —murmuró Harry, y se dio la vuelta. No le gustaba que la gente le mirara la cicatriz.

—Bueno, me temo que tendrás que aprender de la forma más dura —dijo Tonks —. Hay muy pocos metamorfomagos, y no se hacen, sino que nacen. Casi todos los magos han de usar una varita mágica, o pociones, para alterar su aspecto. Pero debemos movernos, Harry; se supone que estamos haciendo el equipaje —añadió con aire culpable, mirando el desorden que había alrededor.

—Sí, sí —coincidió él, y recogió unos cuantos libros más.

—No seas tonto, iremos mucho más rápido si me encargo yo. *¡Bauleo!* —gritó Tonks, agitando su varita con un amplio movimiento sobre el suelo. Libros, ropa,

telescopio y balanza se levantaron y volaron en tropel hacia el baúl—. No ha quedado muy ordenado —observó Tonks al acercarse al baúl y echar un vistazo al enmarañado interior—. Mi madre tiene una habilidad especial para hacer que las cosas se coloquen en orden ellas solas, y hasta consigue que los calcetines se doblen correctamente; pero yo nunca he sabido cómo lo hace. Hay que dar una especie de coletazo… —Agitó la varita, esperanzada.

Uno de los calcetines de Harry dio una débil sacudida y volvió a caer sobre el desorden del baúl.

—Bueno —dijo Tonks cerrando de golpe la tapa—, por lo menos está todo dentro. A esa jaula tampoco le vendría mal un repaso. —Apuntó con la varita a la jaula de *Hedwig*—. *¡Fregotego!* —Desaparecieron unas cuantas plumas y los excrementos—. Eso está un poco mejor. Nunca he acabado de cogerle el tranquillo a estos conjuros de las tareas domésticas. Bueno, ¿lo tienes todo? ¿El caldero? ¿La escoba? ¡Caramba! ¿Tienes una Saeta de Fuego?

Tonks abrió mucho los ojos al ver la escoba que Harry sujetaba con la mano derecha. Aquella escoba era su orgullo y su alegría, un regalo de Sirius, una escoba de profesional.

—Y yo todavía llevo una Cometa 260 —murmuró Tonks con envidia—. Vaya, vaya… ¿Todavía guardas la varita en los vaqueros? ¿Conservas las nalgas? Vale, nos vamos. *¡Baúl locomotor!*

El baúl de Harry se elevó unos centímetros sobre el suelo. Sosteniendo la varita como si fuera una batuta de director de orquesta, Tonks hizo que el baúl cruzara volando la habitación y saliera por la puerta por delante de ellos; la bruja sostenía la jaula de *Hedwig* con la mano izquierda. Harry, que llevaba su escoba, la siguió por la escalera.

Entraron en la cocina y vieron que Moody ya había vuelto a ponerse el ojo, que después de la limpieza giraba tan rápido que Harry se mareó con sólo mirarlo. Kingsley Shacklebolt y Sturgis Podmore estaban examinando el microondas, y Hestia Jones se reía del pelapatatas que había descubierto mientras hurgaba en los cajones. Lupin estaba sellando una carta dirigida a los Dursley.

—Excelente —dijo Lupin, levantando la cabeza al ver entrar a Tonks y a Harry —. Creo que nos queda un minuto. Tendríamos que salir al jardín para estar preparados. Harry, he dejado una carta a tus tíos diciéndoles que no se preocupen…

—No se preocuparán —aseguró Harry.

—… que estás a salvo…

—Eso sólo los deprimirá.

—… y que los verás el verano que viene.

—¿Es inevitable?

Lupin sonrió, pero no contestó a su pregunta.

—Ven aquí, muchacho —dijo Moody con brusquedad, haciéndole señas a Harry con la varita para que se acercara—. Tengo que desilusionarte.

—¿Que tiene que hacerme qué? —preguntó Harry nervioso.

—Un encantamiento desilusionador —explicó Moody mientras levantaba su varita—. Lupin dice que tienes una capa invisible, pero no te serviría mientras volamos; esto te disfrazará mejor. Allá vamos…

Le dio unos fuertes golpes en la coronilla, y Harry tuvo una extraña sensación, como si Moody le hubiera aplastado un huevo en la cabeza; a continuación, notó que unos fríos hilos recorrían su cuerpo desde el punto donde le había golpeado la varita.

—Muy bien, *Ojoloco* —celebró Tonks con admiración, contemplando la cintura de Harry.

Harry bajó la cabeza y se miró el cuerpo, o, mejor dicho, lo que había sido su cuerpo, pues ya no se parecía en nada a lo que era antes. No se había vuelto invisible, sino que había adoptado el color y la textura exactos de la cocina que tenía detrás. Por lo visto, se había convertido en un camaleón humano.

—Vámonos —urgió Moody, y abrió la puerta trasera con la varita para que todos salieran al jardín perfectamente cuidado de tío Vernon—. Una noche despejada —gruñó Moody, recorriendo el cielo con su ojo mágico—.

Habría preferido que estuviera un poco nublado. Bueno, tú —le gritó a Harry— vamos a volar en formación cerrada. Tonks irá delante de ti, así que no te separes de su cola. Lupin te cubrirá desde abajo. Yo iré detrás de ti. Los demás nos rodearán. No hemos de romper filas bajo ningún concepto, ¿entendido? Si alguno de nosotros muere…

—¿Puede pasar? —preguntó Harry con aprensión, pero Moody no le hizo caso.

—… los otros que sigan volando, sin parar y sin romper filas. Si nos liquidan a todos nosotros y tú sobrevives, Harry, la retaguardia está en estado de alerta para entrar en acción; sigue volando hacia el este y ellos se reunirán contigo.

—No seas tan jovial, *Ojoloco*, o el muchacho creerá que no estamos tomándonos esto en serio —intervino Tonks mientras ataba el baúl de Harry y la jaula de *Hedwig* a un arnés que colgaba de su escoba.

—Sólo le explico el plan al muchacho —gruñó Moody—. Nuestra misión consiste en entregarlo sano y salvo en el cuartel general, y si morimos en el intento…

—No va a morir nadie —terció Kingsley Shacklebolt con su voz grave y tranquilizadora.

—¡Montad en las escobas, ésa es la primera señal! —dijo Lupin, de repente, señalando el cielo.

Por encima de ellos, a lo lejos, una lluvia de brillantes chispas rojas había estallado entre las estrellas. Harry las reconoció al instante: eran chispas de varita. Pasó la pierna derecha por encima de su Saeta de Fuego, sujetó el mango con fuerza y

notó que la escoba vibraba un poco, como si estuviera deseando tanto como él emprender el vuelo una vez más.

—¡Segunda señal, vámonos! —gritó Lupin cuando de nuevo estallaron chispas, esta vez verdes, por encima de sus cabezas.

Harry despegó con fuerza del suelo. El fresco aire nocturno le echó el pelo hacia atrás y los pulcros y cuidados jardines de Privet Drive empezaron a alejarse, encogiéndose rápidamente hasta formar un mosaico de cuadraditos verdes y negros, y la posible vista en el Ministerio desapareció de su mente, como si aquella ráfaga de aire la hubiera hecho salir de su cabeza. Tenía la sensación de que el corazón iba a explotarle de placer; volvía a volar, se alejaba volando de Privet Drive, como había soñado todo el verano, regresaba a casa… Durante unos maravillosos momentos, todos sus problemas quedaron reducidos a nada, se volvieron insignificantes en el inmenso y estrellado cielo.

—¡Todo a la izquierda, todo a la izquierda, hay un *muggle* mirando hacia arriba! —gritó de pronto Moody desde atrás. Tonks viró con brusquedad y Harry la siguió; vio cómo su baúl oscilaba peligrosamente detrás de la escoba de la bruja—. ¡Necesitamos más altitud! ¡Ascended cuatrocientos metros más!

El frío hizo que a Harry empezaran a llorarle los ojos a medida que seguían subiendo; en ese momento, debajo ya no veía nada más que las motitas de luz de las farolas y los faros de los coches. Quizá dos de aquellos minúsculos puntos de luz fueran los faros del coche de tío Vernon… Los Dursley debían de estar regresando a su casa, vacía ahora, rabiosos por el inexistente Concurso de Jardines… Aquella idea hizo reír a Harry, aunque su risa quedó apagada por el aleteo de las túnicas de los otros, los chasquidos del arnés que sujetaba su baúl y la jaula, y el rugido del viento en sus oídos, mientras volaban a toda velocidad. Hacía un mes que no se sentía tan vivo, tan feliz.

—¡Virando a la izquierda! —gritó *Ojoloco*—. ¡Pueblo al frente! —Giraron hacia la izquierda para evitar pasar por encima de la telaraña de luces que tenían a sus pies —. ¡Virad al sudeste y seguid subiendo; más allá hay unas nubes bajas en las que podemos perdernos! —gritó Moody.

—¡No nos hagas pasar entre nubes! —repuso Tonks enojada—. ¡Vamos a quedar empapados, *Ojoloco*!

Harry sintió alivio al oír decir eso, pues tenía las manos agarrotadas alrededor del mango de la Saeta de Fuego. Lamentó no haberse puesto una chaqueta; estaba empezando a temblar.

De vez en cuando rectificaban la trayectoria según las indicaciones de *Ojoloco*. Harry entornaba al máximo los ojos frente a aquella corriente de viento helado que empezaba a producirle dolor de oídos; sólo recordaba haber pasado tanto frío encima de una escoba en una ocasión, durante un partido de *quidditch* contra Hufflepuff, en

su tercer año de colegio, que habían jugado en medio de una tormenta. La guardia de magos lo rodeaba continuamente como aves de presa gigantes. Harry perdió la noción del tiempo: ya no sabía cuánto rato llevaban volando, pero calculaba que por lo menos hacía una hora.

—¡Virad al sudoeste! —gritó Moody—. ¡Tenemos que evitar la autopista!

Harry estaba tan helado que pensó con nostalgia en los secos y calentitos interiores de los coches que circulaban por debajo; y luego, con más nostalgia aún, en cómo habría sido un viaje con polvos flu. Quizá resultara incómodo girar en las chimeneas, pero al menos con las llamas no pasabas frío… Kingsley Shacklebolt describió un círculo alrededor de Harry, mientras la calva y el pendiente destellaban un poco bajo la luz de la luna… En ese momento Emmeline Vance iba a su derecha, con la varita en la mano, girando la cabeza a derecha e izquierda… Entonces ella también pasó volando por encima de Harry y la sustituyó Sturgis Podmore…

—¡Deberíamos volver un instante sobre nuestros pasos, sólo para asegurarnos de que no nos siguen! —gritó Moody.

—¿Te has vuelto loco, *Ojoloco*? —gritó Tonks desde delante—. ¡Estamos todos helados hasta el palo de la escoba! ¡Si seguimos desviándonos de nuestro camino no llegaremos ni la semana que viene! ¡Además, ya falta poco!

—¡Ha llegado el momento de iniciar el descenso! —anunció la voz de Lupin—. ¡Tonks, Harry, seguidme!

Harry siguió a Tonks en una caída en picado. Se dirigían hacia el grupo de luces más grande que había visto hasta entonces, un enorme y extenso entramado de líneas relucientes con trozos negros intercalados. Siguieron bajando hasta que Harry empezó a distinguir faros y farolas, chimeneas y antenas de televisión. Estaba deseando llegar al suelo, aunque tenía la impresión de que deberían descongelarlo para separarlo de su escoba.

—¡Allá vamos! —gritó Tonks, y unos segundos más tarde había aterrizado.

Harry tomó tierra justo detrás de ella y desmontó en una parcela de hierba sin cortar, en medio de una pequeña plaza. Tonks ya había empezado a desabrochar el arnés que sujetaba el baúl de Harry. El chico, tembloroso, miró a su alrededor. Las sucias fachadas de los edificios no parecían muy acogedoras; algunas tenían los cristales de las ventanas rotos, y éstos brillaban débilmente reflejando la luz de las farolas; la pintura de muchas puertas estaba desconchada, y junto a varios portales se acumulaba la basura.

—¿Dónde estamos? —preguntó Harry, pero Lupin, en voz baja, dijo:

—Espera un minuto.

Moody hurgaba en su capa con las nudosas manos entumecidas por el frío.

—Ya lo tengo —masculló; a continuación, levantó algo que parecía un encendedor de plata y lo accionó.

La farola más cercana hizo «pum» y se apagó. Volvió a accionar el artilugio, y se apagó la siguiente; siguió accionándolo hasta que todas las farolas de la plaza se hubieron apagado y la única luz que quedó fue la que procedía de unas ventanas con las cortinas echadas y la de la luna en cuarto creciente.

—Me lo prestó Dumbledore —dijo Moody, guardándose el apagador en el bolsillo—. Por si algún *muggle* asoma la cabeza por la ventana, ¿sabes? Y ahora en marcha, deprisa.

Cogió a Harry por un brazo y lo guió por la parcela cubierta de hierba; cruzaron la calle y subieron a la acera. Lupin y Tonks los siguieron; transportaban el baúl de Harry entre los dos e iban flanqueados por el resto de la guardia, que llevaba las varitas en la mano.

De una de las ventanas del piso de arriba de la casa más cercana, salía música amortiguada. Un intenso olor a basura podrida se expandía desde el montón de bolsas de desperdicios que había al otro lado de una verja destrozada.

—Es aquí —murmuró Moody; le puso a Harry un trozo de pergamino en la desilusionada mano y acercó el extremo iluminado de su varita para que pudiera ver el texto—. Léelo rápido y memorízalo.

Harry miró el trozo de pergamino. La letra, de trazos estrechos, le resultaba vagamente familiar. El texto rezaba:

El cuartel general de la Orden del Fénix está ubicado en el número 12 de Grimmauld Place, en Londres.

4
El número 12 de Grimmauld Place

—¿Qué es la Orden del…? —preguntó Harry.

—¡Aquí no, muchacho! —gruñó Moody—. ¡Espera a que estemos dentro!

Moody le arrebató a Harry el trozo de pergamino y le prendió fuego con la punta de la varita. Mientras las llamas devoraban el mensaje, que cayó flotando al suelo, Harry volvió a mirar las casas que había a su alrededor. Estaban delante del número 11; miró a la izquierda y vio el número 10; a la derecha, sin embargo, estaba el número 13.

—Pero ¿dónde está…?

—Piensa en lo que acabas de memorizar —le recordó Lupin con serenidad.

Harry lo pensó, y en cuanto llegó a las palabras «número 12 de Grimmauld Place», una maltrecha puerta salió de la nada entre los números 11 y 13, y de inmediato aparecieron unas sucias paredes y unas mugrientas ventanas. Era como si, de pronto, se hubiera inflado una casa más, empujando a las que tenía a ambos lados y apartándolas de su camino. Harry se quedó mirándola, boquiabierto. El equipo de música del número once seguía sonando. Por lo visto, los *muggles* que había dentro no habían notado nada.

—Vamos, deprisa —gruñó Moody, empujando a Harry por la espalda.

El chico subió los desgastados escalones de piedra sin apartar los ojos de la puerta que acababa de materializarse. La pintura negra estaba estropeada y arañada, y la aldaba de plata tenía forma de serpiente retorcida. No había cerradura ni buzón.

Lupin sacó su varita y dio un golpe con ella en la puerta. Harry oyó unos fuertes ruidos metálicos y algo que sonaba como una cadena. La puerta se abrió con un chirrido.

—Entra, Harry, rápido —le susurró Lupin—, pero no te alejes demasiado y no toques nada.

Harry cruzó el umbral y se sumergió en la casi total oscuridad del vestíbulo. Olía a humedad, a polvo y a algo podrido y dulzón; la casa tenía toda la pinta de ser un edificio abandonado. Miró hacia atrás y vio a los otros, que iban en fila detrás de él; Lupin y Tonks llevaban su baúl y la jaula de *Hedwig*. Moody estaba de pie en el último escalón soltando las bolas de luz que el apagador había robado de las farolas: volvieron volando a sus bombillas y la plaza se iluminó, momentáneamente, con una luz naranja; entonces Moody entró renqueando en la casa y cerró la puerta, y la oscuridad del vestíbulo volvió a ser total.

—Por aquí…

Le dio unos golpecitos en la cabeza a Harry con la varita; esta vez el muchacho sintió que algo caliente le goteaba por la espalda y comprendió que el encantamiento desilusionador había terminado.

—Ahora quédense todos quietos mientras pongo un poco de luz aquí dentro —susurró Moody.

Los murmullos de los demás le producían a Harry una extraña aprensión; era como si acabaran de entrar en la casa de alguien que estaba a punto de morir. Oyó un débil silbido, y entonces unas anticuadas lámparas de gas se encendieron en las paredes y proyectaron una luz, débil y parpadeante, sobre el despegado papel pintado y sobre la raída alfombra de un largo y lúgubre vestíbulo, de cuyo techo colgaba una lámpara de cristal cubierta de telarañas y en cuyas paredes lucían retratos ennegrecidos por el tiempo que estaban torcidos. Harry oyó algo que correteaba detrás del zócalo. Tanto la lámpara como el candelabro, que había encima de una desvencijada mesa, tenían forma de serpiente.

Oyeron unos rápidos pasos y la madre de Ron, la señora Weasley, entró por una puerta que había al fondo del vestíbulo. Corrió a recibirlos con una sonrisa radiante, aunque Harry se fijó en que estaba mucho más pálida y delgada que la última vez que la había visto.

—¡Oh, Harry, cuánto me alegro de verte! —susurró, y lo estrujó con un fuerte abrazo; luego se separó un poco de él y lo examinó con ojo crítico—. Estás paliducho; necesitas engordar un poco, pero me temo que tendrás que esperar hasta la

hora de la cena. —Luego, dirigiéndose al grupo de magos que Harry tenía detrás, la señora Weasley volvió a susurrar con tono apremiante—: Acaba de llegar. La reunión ya ha comenzado.

Los magos emitieron ruiditos de interés y de expectación y empezaron a desfilar hacia la puerta por la que la señora Weasley acababa de aparecer. Harry se puso también en marcha, siguiendo a Lupin, pero la señora Weasley lo retuvo.

—No, Harry, la reunión es sólo para miembros de la Orden. Ron y Hermione están arriba; puedes esperar con ellos hasta que se acabe. Luego cenaremos. Y habla en voz baja en el vestíbulo —añadió con un susurro apremiante.

—¿Por qué?

—No quiero que se despierte nada.

—¿Qué es lo que…?

—Ya te lo explicaré más tarde, ahora debo darme prisa. Tengo que asistir a la reunión, pero antes te enseñaré dónde vas a dormir.

Se llevó un dedo a los labios y lo precedió de puntillas; pasaron por delante de un par de largas y apolilladas cortinas, detrás de las cuales Harry supuso que debía de haber otra puerta, y tras esquivar un gran paragüero que parecía hecho con la pierna cortada de un trol, empezaron a subir la oscura escalera y pasaron junto a una hilera de cabezas reducidas montadas en placas, colgadas en la pared. Harry las miró de cerca y vio que las cabezas eran de elfos domésticos. Todos tenían la misma nariz en forma de hocico.

La perplejidad de Harry iba en aumento a cada paso que daba. ¿Qué demonios hacían en una casa que parecía la del más tenebroso de los magos?

—Señora Weasley, ¿por qué…?

—Ron y Hermione te lo explicarán todo, querido. Lo siento, pero tengo mucha prisa —le susurró la señora Weasley sin prestarle atención—. Mira —dijo cuando llegaron al segundo rellano—, tu puerta es la de la derecha. Ya te avisaré cuando termine la reunión.

Y dicho eso, bajó apresuradamente la escalera.

Harry cruzó el lúgubre rellano, giró el pomo de la puerta, que tenía forma de cabeza de serpiente, y abrió la puerta.

Vislumbró una habitación sombría con el techo alto y dos camas gemelas; entonces oyó un fuerte parloteo, seguido de un chillido aún más fuerte, y su visión quedó por completo oscurecida por una melena muy tupida. Hermione se había abalanzado sobre él para darle un abrazo que casi lo derribó, mientras que la pequeña lechuza de Ron, *Pigwidgeon,* volaba describiendo círculos, muy agitada, por encima de sus cabezas.

—¡Harry! ¡Ron, ha venido Harry! ¡No te hemos oído llegar! ¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Estás enfadado con nosotros? Seguro que sí, ya sé que en nuestras cartas no te

contábamos nada, pero es que no podíamos, Dumbledore nos hizo jurar que no te diríamos nada, oh, tengo tantas cosas que contarte, y tú también… ¡Los *dementores*! Cuando nos enteramos, y lo de la vista del Ministerio… es indignante. He estado buscando información y no pueden expulsarte, no pueden hacerlo, lo estipula el Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad en situaciones de amenaza para la vida…

—Déjalo respirar, Hermione —dijo Ron, sonriendo, al mismo tiempo que cerraba la puerta detrás de Harry. Había crecido varios centímetros durante el mes que habían pasado separados, y ahora parecía más larguirucho y desgarbado que nunca, aunque la larga nariz, el reluciente cabello pelirrojo y las pecas no habían cambiado.

Hermione, todavía radiante, soltó a Harry, y antes de que pudiera decir nada más se oyó un suave zumbido y una cosa blanca salió volando de lo alto de un oscuro armario y se posó con suavidad en el hombro de Harry.

—¡*Hedwig*!

La lechuza, blanca como la nieve, hizo un ruidito seco con el pico y le dio unos cariñosos golpecitos con él en la oreja, mientras Harry le acariciaba las plumas.

—Estaba muy enfadada —explicó Ron—. Nos mató a picotazos cuando nos trajo tus últimas cartas, mira esto…

Le enseñó a Harry el dedo índice de la mano derecha, donde tenía un corte ya casi curado pero profundo.

—¡Oh, vaya! —exclamó Harry—. Lo siento, pero quería respuestas…

—Y nosotros queríamos dártelas, Harry —dijo Ron—. Hermione estaba volviéndose loca, no paraba de decir que harías alguna tontería si seguías aislado y solo sin noticias, pero Dumbledore nos hizo…

—…jurar que no me contarían nada —acabó Harry—. Sí, Hermione ya me lo ha dicho.

Una cosa fría que salía del fondo de su estómago apagó el cálido sentimiento que había prendido en su interior al ver a sus dos mejores amigos. De pronto, pese a que llevaba un mes deseando verlos, sintió que habría preferido que Ron y Hermione lo dejaran en paz.

Se produjo un tenso silencio durante el cual Harry siguió acariciando a *Hedwig* mecánicamente, sin mirar a los otros.

—Por lo visto, Dumbledore creía que eso era lo mejor —aclaró Hermione con ansiedad.

—Ya —dijo Harry. Se fijó en que las manos de Hermione también tenían las marcas del pico de *Hedwig*, pero no lo lamentó.

—Creo que pensaba que donde estabas más seguro era con los *muggles*… —empezó a decir Ron.

—¿Ah, sí? —se extrañó Harry, arqueando las cejas—. ¿Os han atacado unos

dementores a alguno de vosotros este verano?

—Pues no, pero por eso ordenó que fueras vigilado todo el tiempo por miembros de la Orden del Fénix…

Harry notó un gran vacío en el estómago, como si bajara por una escalera y se hubiera saltado un escalón. De modo que todo el mundo sabía que estaban vigilándolo, menos él.

—Pues no ha funcionado muy bien, ¿no crees? —dijo Harry, haciendo todo lo posible para no alterar la voz—. Al fin y al cabo he tenido que cuidarme yo solito, ¿no?

—Dumbledore estaba furioso —comentó Hermione con una voz casi atemorizada —. Nosotros lo vimos. Cuando se enteró de que Mundungus había abandonado su puesto antes de que terminara su turno… Daba miedo verlo.

—Pues mira, me alegro de que se marchara —replicó Harry con frialdad—. Si se hubiera quedado, yo no habría hecho magia y seguramente Dumbledore me habría dejado en Privet Drive todo el verano.

—¿No estás…, no estás preocupado por la vista del Ministerio de Magia? —preguntó Hermione con voz queda.

—No —mintió Harry desafiante.

Se apartó de ellos, mirando alrededor, con *Hedwig* acurrucada en su hombro, pero aquella habitación no era lo más apropiado para subirle la moral. Era húmeda y oscura. Un lienzo en blanco con un marco decorado era lo único que alegraba la desnudez de las desconchadas paredes, y cuando Harry pasó por delante de él le pareció oír a alguien que, escondido, reía por lo bajo.

—¿Y se puede saber por qué Dumbledore tenía tanto interés en mantenerme escondido? —preguntó Harry, que seguía intentando controlar su voz y adoptar un tono despreocupado—. ¿Se molestaron en preguntárselo, por casualidad?

Levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo sus amigos intercambiaban una mirada que significaba que estaba comportándose como ellos habían imaginado. Eso no ayudó a mejorar su estado de ánimo.

—Le dijimos a Dumbledore que queríamos contarte lo que estaba pasando — contestó Ron—. Se lo dijimos, Harry. Pero ahora Dumbledore está muy ocupado, sólo lo hemos visto dos veces desde que vinimos aquí, y no tenía mucho tiempo para nosotros; nos hizo jurar que no te contaríamos nada importante cuando te escribiéramos. Dijo que las lechuzas podían ser interceptadas.

—De todos modos habría podido mantenerme informado si se lo hubiera propuesto —replicó Harry de manera cortante—. No irás a decirme que no conoce formas de enviar mensajes sin lechuzas, ¿no?

Hermione miró a Ron y dijo:

—Yo también lo pensé. Pero él no quería que supieras nada.

—Quizá piense que no se puede confiar en mí —dijo Harry, observando con atención sus expresiones.

—No seas idiota —contestó Ron, que parecía muy desconcertado.

—O que no sé cuidar de mí mismo.

—¡Claro que no piensa nada de eso! —exclamó Hermione agitada.

—¿Entonces por qué tenía que quedarme en casa de los Dursley mientras vosotros dos participabais en todo lo que estaba pasando aquí? —preguntó Harry; las palabras salieron atropelladamente de su boca, y a medida que las pronunciaba, el volumen de su voz iba aumentando—. ¿Por qué vosotros dos estáis al corriente de lo que está ocurriendo?

—¡Eso no es cierto! —lo interrumpió Ron—. Mamá no nos deja acercarnos a las reuniones; dice que somos demasiado pequeños…

Pero sin poder contenerse más, Harry se puso a gritar.

—¡AH, YA!, NO HABÉIS ESTADO EN LAS REUNIONES, ¡QUÉ BIEN! PERO HABÉIS ESTADO AQUÍ, ¿VERDAD? ¡HABÉIS ESTADO JUNTOS! ¡YO, EN CAMBIO, LLEVO UN MES ATRAPADO EN CASA DE LOS DURSLEY! ¡Y YO HE HECHO COSAS MUCHO MÁS IMPORTANTES QUE VOSOTROS DOS, Y DUMBLEDORE LO SABE! ¿QUIÉN SALVÓ LA PIEDRA FILOSOFAL? ¿QUIÉN SE DESHIZO DE RIDDLE? ¿QUIÉN OS SALVÓ LA VIDA CUANDO OS ATACARON LOS DEMENTORES?

Harry soltó todos y cada uno de los amargos y resentidos pensamientos que había tenido durante el último mes: su frustración ante la ausencia de noticias, la ofensa que le producía saber que todos habían estado juntos sin él, la rabia que experimentaba porque habían estado vigilándolo y nadie se lo había dicho… Todos los sentimientos de los que se avergonzaba a medias se desbordaron por fin. *Hedwig* se asustó con el ruido y voló hasta lo alto del armario; *Pigwidgeon*, alarmada, gorjeó y empezó a volar aún más deprisa por encima de sus cabezas.

—¿QUIÉN TUVO QUE PASAR POR DELANTE DE DRAGONES Y ESFINGES Y DE TODO TIPO DE BICHOS REPUGNANTES EL AÑO PASADO? ¿QUIÉN VIO QUE ÉL HABÍA REGRESADO? ¿QUIÉN TUVO QUE HUIR DE ÉL? ¡YO!

Ron estaba allí plantado con la boca abierta, atónito y sin saber qué decir, mientras que Hermione parecía a punto de llorar.

—PERO ¿POR QUÉ TENÍA QUE SABER YO LO QUE ESTABA PASANDO? ¿POR QUÉ IBA A MOLESTARSE ALGUIEN EN CONTARME LO QUE SUCEDÍA?

—Harry, nosotros queríamos contártelo, de verdad… —empezó Hermione.

—NO CREO QUE ESO OS PREOCUPARA MUCHO, PORQUE SI NO ME HABRÍAIS ENVIADO UNA LECHUZA, PERO CLARO, DUMBLEDORE OS HIZO JURAR…

—Es verdad, Harry, nos…

—HE PASADO CUATRO SEMANAS CONFINADO EN PRIVET DRIVE, ROBANDO PERIÓDICOS DE LOS CUBOS DE BASURA PARA VER SI ME ENTERABA DE LO QUE ESTABA PASANDO…

—Nosotros queríamos…

—SUPONGO QUE OS HABRÉIS REÍDO DE LO LINDO, ¿VERDAD?, AQUÍ ESCONDIDOS, JUNTITOS…

—No, Harry, en serio…

—¡Lo sentimos mucho, Harry! —dijo Hermione desesperada; tenía los ojos bañados en lágrimas—. Tienes toda la razón. ¡Yo también estaría furiosa si me hubiera pasado a mí!

Harry la fulminó con la mirada, respirando entrecortadamente; luego volvió a apartarse de ellos y se puso a dar vueltas por la habitación. *Hedwig* ululó con tristeza desde lo alto del armario. Hubo una larga pausa, sólo interrumpida por el lastimero crujido de las tablas de madera bajo los pies de Harry.

—A ver, ¿qué es esta casa? —preguntó.

—El cuartel general de la Orden del Fénix —contestó Ron de inmediato.

—-¿Y piensa alguien decirme qué demonios es la Orden del Fénix?

—Es una sociedad secreta —se apresuró a responder Hermione—. La dirige Dumbledore; él fue quien la fundó. La forman los que lucharon contra Quien-tú-sabes la última vez.

—¿Quiénes? —inquirió Harry, y se detuvo con las manos metidas en los bolsillos.

—Bastante gente…

—Nosotros hemos conocido a unos veinte —le contó Ron—, pero creemos que son más.

—¿Y bien? —preguntó Harry, mirándolos con atención.

—Esto… —dijo Ron—. ¿Qué?

—¡Voldemort! —exclamó Harry enfurecido, y Ron y Hermione hicieron una mueca de dolor—. ¿Qué pasa? ¿Qué está tramando? ¿Dónde está? ¿Qué vamos a hacer para detenerlo?

—Ya te lo hemos dicho, la Orden no nos deja participar en sus reuniones —comentó Hermione, nerviosa—. Así que no tenemos muchos detalles; pero sí una idea general —se apresuró a añadir al fijarse en la expresión de los ojos de Harry.

—Verás, Fred y George han inventado unas orejas extensibles —explicó Ron—. Son muy útiles.

—¿Orejas…?

—Extensibles, sí. Pero últimamente hemos tenido que dejar de usarlas porque mamá nos descubrió y se puso hecha una fiera. Fred y George tuvieron que esconderlas todas para que mamá no las tirara a la basura. Pero las usamos bastante antes de que mamá se diera cuenta de lo que estábamos haciendo. Ahora sabemos que algunos miembros de la Orden están siguiendo a unos conocidos *mortífagos*, están vigilándolos…

—Otros se dedican a reclutar a más gente para la Orden… —intervino Hermione.

—Y otros montan guardia no sé dónde —concluyó Ron—. Siempre están hablando de las guardias.

—No será que me vigilan a mí, ¿verdad? —dijo Harry con sarcasmo.

—¡Ah, claro! —aseguró Ron como si acabara de comprenderlo.

Harry soltó un bufido. Se puso a pasear de nuevo por la habitación, mirando a cualquier sitio menos a Ron y a Hermione.

—Entonces, ¿qué habéis estado haciendo vosotros dos, si no os dejaban entrar en las reuniones? —preguntó—. Decíais que estabais muy ocupados.

—Y lo estábamos —contestó Hermione—. Hemos descontaminado esta casa; llevaba muchos años vacía y se había criado de todo. Hemos conseguido limpiar a fondo la cocina, casi todos los dormitorios y creo que mañana nos toca el sa… ¡Aaaaah!

Con dos fuertes estampidos, Fred y George, los hermanos gemelos de Ron, se habían materializado de la nada en medio de la habitación. *Pigwidgeon* gorjeó, más alterada que las otras veces, y echó a volar para reunirse con *Hedwig* en lo alto del armario.

—¡Parad de hacer eso! —ordenó Hermione a los gemelos, que tenían el mismo cabello pelirrojo que Ron, aunque más tupido y ligeramente más corto.

—¡Hola, Harry! —lo saludó George con una radiante sonrisa—. Nos pareció oír tu dulce voz.

—No reprimas tu rabia, Harry, suéltalo todo —le aconsejó Fred, también sonriente—. Quizá haya una o dos personas a ochenta kilómetros de aquí que no te han oído.

—Veo que habéis aprobado los exámenes de Aparición —comentó Harry malhumorado.

—Con muy buena nota —confirmó Fred, que tenía en la mano una cosa que parecía un trozo de cuerda muy largo de color carne.

—Habríais tardado unos treinta segundos más si hubierais bajado por la escalera —dijo Ron.

—El tiempo es galeones, hermanito —repuso Fred—. Bueno, Harry, estás dificultando la recepción. Éstas son las orejas extensibles —añadió ante la expresión de desconcierto de Harry, y le mostró la cuerda que tenía en la mano y que, según vio Harry, empezó a arrastrarse hasta el rellano—. Estamos intentando oír lo que pasa abajo.

—Tened mucho cuidado —les recomendó Ron mirando la oreja—; si mamá vuelve a encontrar una de ésas…

—Vale la pena correr el riesgo; la reunión de hoy es importante —dijo Fred.

Entonces se abrió la puerta y por ella entró una larga cabellera pelirroja.

—¡Hola, Harry! —saludó alegremente la hermana pequeña de Ron, Ginny—. Me

pareció oír tu voz. —Miró a Fred y a George, y añadió—: No vais a conseguir nada con las orejas extensibles. Mamá le ha hecho un encantamiento de impasibilidad a la puerta de la cocina.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó George alicaído.

—Tonks me ha explicado cómo descubrirlo —le contó Ginny—. Sólo tienes que lanzar algo contra la puerta, y si no logra hacer contacto quiere decir que la han impasibilizado. He estado lanzándole bombas fétidas desde lo alto de la escalera, pero salían despedidas antes de tocarla, de modo que no hay forma de que las orejas extensibles puedan pasar por debajo.

Fred exhaló un hondo suspiro.

—¡Qué lástima! Estaba deseando averiguar qué ha estado haciendo Snape.

—¡Snape! —saltó Harry—. ¿Está aquí?

—Sí —contestó George, que cerró la puerta con cuidado y se sentó en una de las camas; Fred y Ginny lo siguieron—. Ha venido a dar parte. Es confidencial.

—¡Imbécil! —exclamó Fred sin darse cuenta.

—Ahora está en nuestro bando —le recordó Hermione en tono reprobatorio.

—Eso no significa que no sea un imbécil. Basta con ver cómo nos mira —opinó Ron, soltando un bufido.

—A Bill tampoco le cae bien —intervino Ginny, como si eso zanjara el asunto.

Harry todavía no estaba seguro de que se le hubiera pasado el enfado, pero su sed de información estaba venciendo el impulso de seguir gritando. Se dejó caer en una cama, enfrente de los demás.

—¿Bill también está aquí? —preguntó—. ¿No estaba trabajando en Egipto?

—Solicitó un puesto de oficinista para poder volver a casa y colaborar con la Orden —aclaró Fred—. Dice que echa de menos las tumbas, pero —compuso una sonrisita de suficiencia— esto tiene sus compensaciones.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de Fleur Delacour? —dijo George—. Ha aceptado un empleo en Gringotts para «pegfeccionag» su inglés…

—Y Bill le ha dado un montón de clases particulares —añadió Fred con tono burlón.

—Charlie también ha entrado en la Orden —prosiguió George—, pero todavía está en Rumania. Dumbledore quiere que entren en la Orden todos los magos extranjeros que sea posible, y Charlie intenta captarlos en sus días libres.

—¿Eso no podía hacerlo Percy? —preguntó Harry. La ultima noticia que tenía del tercero de los hermanos Weasley era que trabajaba en el Departamento de Cooperación Mágica Internacional del Ministerio de Magia.

Al oír las palabras de Harry, los Weasley y Hermione intercambiaron miradas cómplices y llenas de misterio.

—Pase lo que pase, no menciones a Percy delante de mis padres —advirtió Ron a Harry con voz tensa.

—¿Por qué no?

—Porque cada vez que alguien nombra a Percy, papá rompe lo que tenga en las manos y mamá se pone a llorar —contestó Fred.

—Ha sido espantoso —añadió Ginny con tristeza.

—Me parece que nos hemos librado de él —dijo George con una expresión muy desagradable en la cara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Harry.

—Percy y papá discutieron —comenzó Fred—. Nunca había visto a papá discutir así con nadie. Normalmente es mamá la que grita.

—Fue la primera semana después de terminar el curso —continuó Ron—. Estábamos a punto de venir a reunirnos con los de la Orden. Percy llegó a casa y nos dijo que lo habían ascendido.

—¿Bromeas? —dijo Harry.

Aunque sabía que Percy era una persona muy ambiciosa, tenía la impresión de que el hermano de Ron no había logrado mucho éxito con su primer empleo en el Ministerio de Magia. Percy había cometido el grave descuido de no darse cuenta de que su jefe estaba en manos de lord Voldemort (pese a que en el Ministerio nadie lo habría creído, pues todos pensaban que el señor Crouch se había vuelto loco).

—Sí, a todos nos sorprendió —afirmó George—, porque Percy se metió en un buen lío por lo de Crouch, y hubo una investigación y todo. Dijeron que Percy debería haberse dado cuenta de que Crouch estaba chiflado y que habría tenido que informar a algún superior. Pero ya conoces a Percy: Crouch lo había dejado al mando, y él no iba a protestar.

—Entonces, ¿cómo es que lo han ascendido?

—Eso fue exactamente lo que nos preguntamos nosotros —respondió Ron, que parecía encantado de poder mantener una conversación normal ya que Harry había parado de gritar—. Llegó a casa muy satisfecho de sí mismo, más satisfecho incluso de lo habitual, no sé si podrás imaginártelo; y le dijo a papá que le habían ofrecido un cargo en la oficina del propio Fudge. Un cargo muy importante para tratarse de alguien que sólo hacía un año que había salido de Hogwarts: asistente junior del ministro. Creo que esperaba que papá se quedara muy impresionado.

—Pero papá no se quedó nada impresionado —comentó Fred con gravedad.

—¿Por qué no? —preguntó Harry.

—Verás, por lo visto Fudge se pasea hecho una furia por el Ministerio vigilando que nadie tenga ningún contacto con Dumbledore —explicó George.

—Es que últimamente Dumbledore no está muy bien visto en el Ministerio —agregó Fred—. Todos creen que sólo causa problemas al decir que Quien-tú-sabes ha

regresado.

—Papá dice que Fudge ha dejado muy claro que todo el que tenga algo que ver con Dumbledore ya puede ir vaciando su mesa —dijo George.

—El problema es que Fudge sospecha de papá, pues sabe que se lleva bien con Dumbledore, y siempre ha creído que papá es un poco raro por su obsesión con los *muggles*.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con Percy? —preguntó Harry confundido.

—A eso quería llegar. Papá cree que Fudge sólo quiere tener a Percy en su oficina porque pretende utilizarlo para espiar a nuestra familia y a Dumbledore.

Harry emitió un débil silbido.

—Me imagino que eso a Percy le encantó.

Ron soltó una risa un tanto sarcástica.

—Se puso hecho una fiera. Dijo… Bueno, dijo un montón de cosas terribles. Dijo que había tenido que luchar contra la mala reputación de papá desde que entró a trabajar en el Ministerio, y que papá no tiene ambición y que por eso siempre hemos sido… Bueno, ya sabes, que por eso nunca hemos tenido mucho dinero…

—¿Qué? —se extrañó Harry, incrédulo, mientras Ginny hacía un ruido de gato enfadado.

—Ya, ya —musitó Ron con un hilo de voz—. Y eso no es todo. Dijo que papá era un idiota por relacionarse con Dumbledore, que Dumbledore iba a tener graves problemas y papá se iba a hundir con él, y que él, Percy, sabía dónde estaba su lealtad: con el Ministerio. Y que si papá y mamá iban a convertirse en traidores al Ministerio, él pensaba asegurarse de que todo el mundo supiera que ya no pertenecía a nuestra familia. Hizo el equipaje aquella misma noche y se marchó. Ahora vive aquí, en Londres.

Harry maldijo por lo bajo. Percy siempre había sido el que menos le gustaba de todos los hermanos de Ron, pero jamás habría imaginado que pudiera decirle semejantes cosas al señor Weasley.

—Mamá lo ha pasado muy mal —prosiguió Ron—. Ya te imaginas, llorando y eso. Vino a Londres para intentar hablar con Percy, pero él le cerró la puerta en las narices. No sé qué hace Percy cuando se encuentra a papá en el trabajo, supongo que ignorarlo.

—Pero Percy tiene que saber que Voldemort ha regresado —opinó Harry—. No es idiota, tiene que saber que vuestros padres no se expondrían a perderlo todo si no tuvieran pruebas.

—Sí, bueno, tu nombre también salió en la discusión —siguió explicando Ron, y le lanzó a Harry una mirada furtiva—. Percy dijo que la única prueba que tenían era tu palabra, y…, no sé…, no creía que eso fuera suficiente.

—Percy se toma muy en serio todo lo que dice *El Profeta* —añadió Hermione con

aspereza, y los demás asintieron.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Harry, mirando alrededor. Todos lo observaban con recelo.

—¿No…, no recibías *El Profeta?* —preguntó Hermione, nerviosa.

—¡Sí, claro! —respondió Harry.

—¿Lo has… leído bien? —insistió ella, aún más nerviosa.

—No de cabo a rabo —confesó Harry, poniéndose a la defensiva—. Si tenían que informar de algo relacionado con Voldemort, lo harían en la primera plana, ¿no?

Los otros hicieron una mueca de dolor al oír aquel nombre. Hermione prosiguió:

—Bueno, tendrías que haberlo leído de cabo a rabo para pillarlo, pero… Bueno, el caso es que te mencionan un par de veces por semana.

—Pero yo lo habría visto…

—Si sólo leías la primera plana no —dijo Hermione, moviendo negativamente la cabeza—. No estoy hablando de grandes artículos. Sólo te incluían de pasada, como si fueras un personaje de chiste.

—¿Qué demonios…?

—Es muy desagradable, la verdad —prosiguió Hermione con una voz que denotaba una calma forzada—. Están siguiendo los pasos de Rita.

—Pero ella ya no escribe para el periódico, ¿verdad?

—Oh, no, Rita ha cumplido su promesa. Porque no tiene alternativa, claro —añadió Hermione con satisfacción—. Pero ella sentó las bases de lo que ellos intentan hacer ahora.

—¿Y se puede saber qué intentan hacer? —preguntó Harry, impaciente.

—Bueno, ya sabes que en sus artículos decía que te habías derrumbado por completo y que ibas por ahí diciendo que te dolía la cicatriz y todo eso, ¿no?

—Sí —dijo Harry, que recordaba a la perfección las historias que Rita Skeeter había contado de él.

—Pues ahora te describen como un pobre iluso que sólo quiere llamar la atención y que se cree un gran héroe trágico o algo así —explicó Hermione, muy deprisa, como si de esa forma sus palabras fueran a dolerle menos a su amigo—. No paran de incluir comentarios insidiosos sobre ti. Si aparece alguna historia rocambolesca, dicen algo como: «Una historia digna de Harry Potter», y si alguien sufre un accidente divertido, escriben: «Esperemos que no le quede una cicatriz en la frente, o luego tendremos que idolatrarlo como a…»

—Yo no quiero que me idolatren… —saltó Harry acalorado.

—Ya lo sé —lo interrumpió Hermione, asustada—. Ya lo sé, Harry. Pero ¿no ves lo que están haciendo? Quieren minar tu credibilidad. Me apuesto algo a que Fudge está detrás de todo esto. Quieren hacer creer a los magos de a pie que no eres más que un niño estúpido, un poco ridículo, que va por ahí contando cuentos chinos porque le

gusta ser famoso y quiere que se hable de él.

—Yo nunca he buscado… Yo no quería… ¡Voldemort mató a mis padres! —farfulló Harry—. ¡Me hice famoso porque él mató a mi familia y porque no consiguió matarme a mí! ¿Quién va a querer ser famoso por algo así? ¿No se dan cuenta de que preferiría no haber…?

—Ya lo sabemos, Harry —dijo Ginny de todo corazón.

—Y como es lógico no han mencionado ni una sola palabra del ataque de los *dementores* —añadió Hermione—. Alguien se lo ha prohibido. Y eso sí habría sido una historia sonada: *dementores* sueltos… Ni siquiera han informado de que violaste el Estatuto Internacional del Secreto. Creíamos que lo harían, porque eso encaja perfectamente con esa imagen de ti, de fanfarrón estúpido. Creemos que están aguardando el momento de tu expulsión; entonces se van a poner las botas… Si te expulsan, claro —especificó—. Pero no deberían echarte; si se atienen a sus propias normas no pueden hacerlo, no tienen argumentos.

Había vuelto a salir el tema de la vista, y Harry no quería pensar en eso. Intentó hablar de otra cosa, pero no hizo falta que buscara nuevos temas de conversación porque en ese instante se oyeron pasos que subían por la escalera.

—¡Oh!

Fred le dio un fuerte tirón a la oreja extensible; se oyó otro estampido, y él y George se desaparecieron. Pasados unos segundos, la señora Weasley entró por la puerta del dormitorio.

—La reunión ha terminado, ya podéis bajar a cenar. Todos se mueren de ganas de verte, Harry. Por cierto, ¿quién ha dejado esas bombas fétidas frente a la puerta de la cocina?

—*Crookshanks* —dijo Ginny descaradamente—. Le encanta jugar con ellas.

—¡Ah! —dijo la señora Weasley—. Creía que quizá hubiera sido Kreacher; siempre está haciendo cosas raras. Bueno, no olvidéis bajar la voz cuando paséis por el vestíbulo. Ginny, llevas las manos sucias, ¿qué has estado haciendo? Ve y lávatelas antes de cenar, por favor.

Ginny sonrió a los otros y salió con su madre de la habitación, dejando solos a Harry, Ron y Hermione. Ron y Hermione se quedaron mirando a Harry con aprensión, como si temieran que empezara a gritar de nuevo ahora que se habían ido los demás. Al verlos tan nerviosos, Harry se sintió un poco avergonzado.

—Mirad… —masculló, pero Ron negó con la cabeza, y Hermione dijo en voz baja:

—Ya sabíamos que te enfadarías, Harry, no te culpamos de nada, de verdad, pero tienes que entenderlo, nosotros intentamos persuadir a Dumbledore…

—Sí, ya lo sé —dijo Harry de manera cortante. Buscó un tema de conversación que no estuviera relacionado con el director del colegio, porque cada vez que pensaba

en Dumbledore le hervía la sangre.

—¿Quién es Kreacher? —preguntó.

—El elfo doméstico que vive aquí —contestó Ron—. Un auténtico chiflado.

Hermione miró a Ron frunciendo el entrecejo.

—No es ningún chiflado, Ron.

—Su única ambición es que le corten la cabeza y la coloquen en una placa, como hicieron con su madre —repuso Ron con enojo—. ¿Te parece eso normal, Hermione?

—Bueno, mira, si es un poco raro, él no tiene la culpa.

Ron miró al techo y luego a Harry.

—Hermione todavía anda liada con el PEDDO.

—¡No lo llames así! —protestó Hermione con indignación—. Es la pe, e, de, de, o, Plataforma Élfica de Defensa de los Derechos Obreros. Y no soy sólo yo, Dumbledore también dice que hemos de ser amables con Kreacher.

—Vale, vale —admitió Ron—. Vamos, estoy muerto de hambre.

Salió seguido de sus amigos y fueron hasta el rellano, pero antes de que empezaran a bajar la escalera…

—¡Un momento! —dijo Ron por lo bajo, y extendió un brazo para impedir que Harry y Hermione siguieran caminando—. Todavía están en el vestíbulo, quizá oigamos algo.

Se asomaron con cautela por encima del pasamanos. El lúgubre vestíbulo que había debajo estaba abarrotado de magos y de brujas, entre ellos la guardia de Harry. Susurraban con emoción. En el centro del grupo, Harry vio la oscura y grasienta cabeza y la prominente nariz del profesor de Hogwarts que menos le gustaba: el profesor Snape. Harry se inclinó un poco más sobre el pasamanos. Le interesaba mucho saber qué hacía Snape en la Orden del Fénix…

En ese instante un delgado trozo de cuerda de color carne descendió ante los ojos de Harry. Miró hacia arriba y vio a Fred y a George en el rellano superior, bajando con cuidado la oreja extensible hacia el oscuro grupo de gente que había abajo. Pero, al cabo de un momento, todos empezaron a desfilar hacia la puerta de la calle y se perdieron de vista.

—¡Maldita sea! —oyó Harry susurrar a Fred mientras recogía de nuevo la oreja extensible.

Oyeron también cómo se abría la puerta de la calle, y luego cómo se cerraba.

—Snape nunca come aquí —le dijo Ron a Harry en voz baja—. Por suerte. ¡Vamos!

—Y no olvides hablar en voz baja en el vestíbulo, Harry —le susurró Hermione.

Cuando pasaban por delante de la hilera de cabezas de elfos domésticos colgadas en la pared, vieron a Lupin, a la señora Weasley y a Tonks junto a la puerta de la calle, cerrando mediante magia los numerosos cerrojos y cerraduras en cuanto los

restantes magos hubieron salido.

—Comeremos en la cocina —susurró la señora Weasley al reunirse con ellos al pie de la escalera—. Harry, querido, si quieres cruzar el vestíbulo de puntillas, es esa puerta de ahí…

¡PATAPUM!

—¡Tonks! —gritó la señora Weasley, exasperada, y se dio la vuelta para mirar a la bruja.

—¡Lo siento! —gimoteó Tonks, que estaba tumbada en el suelo—. Es ese ridículo paragüero, es la segunda vez que tropiezo con…

Pero sus últimas palabras quedaron sofocadas por un espantoso, ensordecedor y espeluznante alarido.

Las apolilladas cortinas de terciopelo en que Harry se había fijado al llegar a la casa se habían separado, pero no había ninguna puerta detrás de ellas. Durante una fracción de segundo, Harry creyó que estaba mirando por una ventana, una ventana detrás de la cual una anciana con una gorra negra gritaba sin parar, como si estuvieran torturándola; pero entonces cayó en la cuenta de que no era más que un retrato de tamaño natural, aunque el más realista y desagradable que había visto en su vida.

La anciana echaba espuma por la boca, sus ojos giraban descontrolados y tenía la amarillenta piel de la cara tensa y tirante; los otros retratos que había en el vestíbulo detrás de ellos despertaron y empezaron a chillar también, hasta tal punto que Harry cerró con fuerza los ojos y se tapó las orejas con las manos para protegerse del ruido.

Lupin y la señora Weasley fueron corriendo hacia el retrato e intentaron cerrar las cortinas y tapar a la anciana, pero no podían con ellas y la anciana cada vez gritaba más fuerte y movía sus manos como garras; parecía que intentaba arañarles la cara.

—¡Cerdos! ¡Canallas! ¡Subproductos de la inmundicia y de la cochambre! ¡Mestizos, mutantes, monstruos, fuera de esta casa! ¿Cómo os atrevéis a contaminar la casa de mis padres?

Tonks seguía disculpándose por su torpeza mientras levantaba la enorme y pesada pierna de trol del suelo; la señora Weasley desistió de su intento de cerrar las cortinas y echó a correr por el vestíbulo, haciéndoles hechizos aturdidores a los otros retratos con su varita; y un hombre de largo cabello negro salió disparado por una puerta que Harry tenía enfrente.

—¡Cállate, vieja arpía! ¡Cállate! —bramó, y agarró la cortina que la señora Weasley acababa de soltar.

La anciana palideció de golpe.

—¡Tú! —rugió, mirando con los ojos como platos a aquel hombre—. ¡Traidor, engendro, vergüenza de mi estirpe!

—¡Te digo que te calles! —le gritó el hombre, y haciendo un esfuerzo descomunal, Lupin y él consiguieron cerrar las cortinas.

Cesaron los gritos de la anciana, y aunque todavía resonaba su eco, el silencio fue apoderándose del vestíbulo.

Jadeando ligeramente y apartándose el largo y negro cabello de la cara, Sirius, el padrino de Harry, se dio la vuelta.

—Hola, Harry —lo saludó con gravedad—. Veo que ya has conocido a mi madre.

5
La Orden del Fénix

—¿Tu…?

—Sí, mi querida y anciana madre —afirmó Sirius—. Llevamos un mes intentando bajarla, pero creemos que ha hecho un encantamiento de presencia permanente en la parte de atrás del lienzo. Rápido, vamos abajo antes de que despierten todos otra vez.

—Pero ¿qué hace aquí un retrato de tu madre? —preguntó Harry, desconcertado, mientras salían por una puerta del vestíbulo y bajaban un tramo de estrechos escalones de piedra seguidos de los demás.

—¿No te lo ha dicho nadie? Ésta era la casa de mis padres —respondió Sirius—. Pero yo soy el único Black que queda, de modo que ahora es mía. Se la ofrecí a Dumbledore como cuartel general; es lo único medianamente útil que he podido hacer.

Harry, que esperaba un recibimiento más caluroso, se fijó en lo dura y amarga que sonaba la voz de Sirius. Siguió a su padrino hasta el final de la escalera y por una puerta que conducía a la cocina del sótano.

La cocina, una estancia grande y tenebrosa con bastas paredes de piedra, no era

menos sombría que el vestíbulo. La poca luz que había procedía casi toda de un gran fuego que prendía al fondo de la habitación. Se vislumbraba una nube de humo de pipa suspendida en el aire, como si allí se hubiera librado una batalla, y a través de ella se distinguían las amenazadoras formas de unos pesados cacharros que colgaban del oscuro techo. Habían llevado muchas sillas a la cocina con motivo de la reunión, y estaban colocadas alrededor de una larga mesa de madera cubierta de rollos de pergamino, copas, botellas de vino vacías y un montón de algo que parecían trapos. El señor Weasley y su hijo mayor, Bill, hablaban en voz baja, con las cabezas juntas, en un extremo de la mesa.

La señora Weasley carraspeó. Su marido, un hombre delgado y pelirrojo que estaba quedándose calvo, con gafas con montura de carey, miró alrededor y se puso en pie de un brinco.

—¡Harry! —exclamó el señor Weasley; fue hacia él para recibirlo y le estrechó la mano con energía—. ¡Cuánto me alegro de verte!

Detrás del señor Weasley, Harry vio a Bill, que todavía llevaba el largo cabello recogido en una coleta, enrollando con precipitación los rollos de pergamino que quedaban encima de la mesa.

—¿Has tenido buen viaje, Harry? —le preguntó Bill mientras intentaba recoger doce rollos a la vez—. ¿Así que *Ojoloco* no te ha hecho venir por Groenlandia?

—Lo intentó —intervino Tonks; fue hacia Bill con aire resuelto para ayudarlo a recoger, y de inmediato tiró una vela sobre el último trozo de pergamino—. ¡Oh, no! Lo siento…

—Dame, querida —dijo la señora Weasley con exasperación, y reparó el pergamino con una sacudida de su varita. Con el destello luminoso que causó el encantamiento de la señora Weasley, Harry alcanzó a distinguir brevemente lo que parecía el plano de un edificio.

La señora Weasley vio cómo Harry miraba el pergamino, agarró el plano de la mesa y se lo puso en los brazos a Bill, que ya iba muy cargado.

—Estas cosas hay que recogerlas enseguida al final de las reuniones —le espetó, y luego fue hacia un viejo aparador del que empezó a sacar platos.

Bill sacó su varita, murmuró: *«¡Evanesco!»* y los pergaminos desaparecieron.

—Siéntate, Harry —dijo Sirius—. Ya conoces a Mundungus, ¿verdad?

Aquella cosa que Harry había tomado por un montón de trapos emitió un prolongado y profundo ronquido y despertó con un respingo.

—¿Alguien ha pronunciado mi nombre? —masculló Mundungus, adormilado—. Estoy de acuerdo con Sirius… —Levantó una mano sumamente mugrienta, como si estuviera emitiendo un voto, y miró a su alrededor con los enrojecidos ojos desenfocados.

Ginny soltó una risita.

—La reunión ya ha terminado, Dung —le explicó Sirius mientras todos se sentaban a la mesa—. Ha llegado Harry.

—¿Cómo dices? —inquirió Mundungus, mirando con expresión fiera a Harry a través de su enmarañado cabello rojo anaranjado—. Caramba, es verdad. ¿Estás bien, Harry?

—Sí —contestó él.

Mundungus, nervioso, hurgó en sus bolsillos sin dejar de mirar a Harry, y sacó una pipa negra, también mugrienta. Se la llevó a la boca, la prendió con el extremo de su varita y dio una honda calada. Unas grandes nubes de humo verdoso lo ocultaron en cuestión de segundos.

—Te debo una disculpa —gruñó una voz desde las profundidades de aquella apestosa nube.

—Te lo digo por última vez, Mundungus —le advirtió la señora Weasley—, ¿quieres hacer el favor de no fumar esa porquería en la cocina, sobre todo cuando estamos a punto de cenar?

—¡Ay! —exclamó Mundungus—. Tienes razón. Lo siento, Molly.

La nube de humo se esfumó en cuanto Mundungus se guardó la pipa en el bolsillo, pero el acre olor a calcetines quemados permaneció en el ambiente.

—Y si pretendéis cenar antes de medianoche voy a necesitar ayuda —añadió la señora Weasley sin dirigirse a nadie en particular—. No, tú puedes quedarte donde estás, Harry, querido. Has hecho un largo viaje.

—¿Qué quieres que haga, Molly? —preguntó Tonks con entusiasmo dando un salto.

La señora Weasley vaciló, un tanto preocupada.

—Pues…, no, Tonks, gracias, tú descansa también, ya has hecho bastante por hoy.

—¡Nada de eso! ¡Quiero ayudarte! —insistió la bruja de muy buen humor, y derribó una silla cuando corría hacia el aparador, de donde Ginny estaba sacando los cubiertos.

Al poco rato, varios cuchillos enormes cortaban carne y verduras por su cuenta, supervisados por el señor Weasley, mientras su mujer removía un caldero colgado sobre el fuego y los demás sacaban platos, más copas y comida de la despensa. Harry se quedó en la mesa con Sirius y Mundungus, que todavía lo miraba parpadeando con aire lastimero.

—¿Has vuelto a ver a la vieja Figgy? —le preguntó Mundungus.

—No —contestó Harry—. No he visto a nadie.

—Mira, yo no me habría marchado —se disculpó Mundungus, inclinándose hacia delante con un dejo suplicante en la voz—, pero se me presentó una gran oportunidad…

Harry notó que algo le rozaba la rodilla y se sobresaltó, pero sólo era *Crookshanks*, el gato patizambo de pelo rojizo de Hermione, que se enroscó alrededor de las piernas de Harry, ronroneando, y luego saltó al regazo de Sirius, donde se acurrucó. Sirius le rascó distraídamente detrás de las orejas al mismo tiempo que giraba la cabeza, todavía con gesto torvo, hacia Harry.

—¿Has pasado un buen verano hasta ahora?

—No, ha sido horrible —contestó el muchacho.

Por primera vez, algo parecido a una sonrisa pasó de manera fugaz por la cara de Sirius.

—No sé de qué te quejas, la verdad.

—¿Cómo dices? —saltó Harry sin poder dar crédito a lo que acababa de oír.

—A mí, personalmente, no me habría importado que me atacaran unos *dementores*. Una pelea a muerte para salvar mi alma me habría venido de perlas para romper la monotonía. Tú dices que lo has pasado mal, pero al menos has podido salir y pasearte por ahí, estirar las piernas, meterte en alguna pelea… Yo, en cambio, llevo un mes entero encerrado aquí dentro.

—¿Cómo es eso? —preguntó Harry con el entrecejo fruncido.

—Porque el Ministerio de Magia sigue buscándome, y a estas alturas Voldemort ya debe de saber que soy un animago; Colagusano se lo habrá contado, de modo que mi enorme disfraz no sirve de nada. No puedo hacer gran cosa para ayudar a la Orden del Fénix…, o eso cree Dumbledore.

El tono un tanto monótono con que Sirius pronunció el nombre de Dumbledore hizo comprender a Harry que Sirius tampoco estaba muy contento con el director. De pronto, Harry sintió un renovado cariño hacia su padrino.

—Al menos tú sabías qué estaba pasando —dijo más animado.

—Sí, claro —repuso Sirius con sarcasmo—. Yo sólo tenía que oír los informes de Snape, aguantar sus maliciosas insinuaciones de que él estaba ahí fuera poniendo su vida en peligro mientras yo me quedaba aquí cómodamente sentado y sin pegar golpe…, y sus preguntas acerca de cómo iba la limpieza…

—¿Qué limpieza? —preguntó Harry.

—Hemos tenido que convertir esta casa en un sitio habitable —contestó Sirius, haciendo un ademán que abarcó la desangelada cocina—. Hacía diez años que nadie vivía aquí, desde que murió mi querida madre, exceptuando a su viejo elfo doméstico, pero como se ha vuelto loco hace una eternidad que no limpia nada.

—Sirius —dijo Mundungus, que al parecer no había prestado ninguna atención a la conversación y había estado examinando con minuciosidad una copa vacía—. ¿Esto es de plata maciza?

—Sí —respondió Sirius, mirándola con desagrado—. La mejor plata del siglo quince labrada por duendes, con el emblema de los Black grabado en relieve.

—Ya, pero eso se podrá quitar —murmuró Mundungus, abrillantando la copa con el puño.

—¡Fred, George! ¡No! ¡He dicho que los llevéis! —gritó la señora Weasley.

Harry, Sirius y Mundungus se volvieron y de inmediato se apartaron de la mesa. Fred y George habían encantado un gran caldero de estofado, una jarra de hierro de cerveza de mantequilla y una pesada tabla de madera para cortar el pan, junto con el cuchillo, que en ese momento volaban a toda velocidad hacia ellos. El caldero patinó a lo largo de la mesa y se detuvo justo en el borde, dejando una larga y negra quemadura en la superficie de madera; la jarra de cerveza de mantequilla cayó con un gran estruendo y su contenido se derramó por todas partes; el cuchillo del pan resbaló de la tabla, se clavó en la mesa y se quedó temblando amenazadoramente justo donde hasta unos segundos antes Sirius había tenido la mano.

—¡Por favor! —gritó la señora Weasley—. ¡No hacía falta! ¡Ya no lo aguanto más! ¡Que ahora os permitan hacer magia no quiere decir que tengáis que sacar la varita a cada paso!

—¡Sólo pretendíamos ahorrar un poco de tiempo! —se disculpó Fred, y corrió a arrancar el cuchillo del pan de la mesa—. Perdona, Sirius, no era mi intención…

Harry y Sirius se echaron a reír; Mundungus, que se había caído hacia atrás volcando también la silla, empezó a maldecir tan pronto como se hubo levantado del suelo; *Crookshanks* había soltado un fuerte bufido y había corrido a refugiarse debajo del aparador, donde se veían sus enormes ojos amarillos, que relucían en la oscuridad.

—Niños —los regañó el señor Weasley dejando el caldero de estofado en el centro de la mesa—, vuestra madre tiene razón; ahora que habéis alcanzado la mayoría de edad se supone que tenéis que dar ejemplo de responsabilidad…

—¡Ninguno de vuestros hermanos ha causado nunca estos problemas! —dijo, rabiosa, la señora Weasley a los gemelos mientras con un porrazo ponía otra jarra de cerveza de mantequilla, que también se derramó, encima de la mesa—. ¡Bill no se pasaba el día apareciéndose a cada momento! ¡Charlie no encantaba todo cuanto encontraba! ¡Percy…!

Se detuvo en el acto y contuvo la respiración al mismo tiempo que le dirigía una mirada asustada a su marido, cuyo rostro, de pronto, se había quedado inexpresivo.

—Vamos a comer —dijo Bill con rapidez.

—Esto tiene un aspecto estupendo, Molly —intervino Lupin, sirviéndole el estofado con un cucharón y acercándole el plato desde el otro lado de la mesa.

Durante unos minutos sólo se oyó el tintineo de platos y cubiertos y el ruido de las sillas arrastrándose, y todos se pusieron a comer. Entonces la señora Weasley miró a Sirius y le dijo:

—Se me olvidó comentarte, Sirius, que hay algo atrapado en ese escritorio del salón que no para de vibrar y tamborilear. A lo mejor sólo es un *boggart*, desde luego,

pero quizá deberíamos pedirle a Alastor que le echara un vistazo antes de soltarlo.

—Como quieras —contestó Sirius con indiferencia.

—Y las cortinas están llenas de *doxys* —añadió la señora Weasley—. He pensado que mañana podríamos ocuparnos de ellas.

—Será un placer —dijo Sirius. Harry detectó el sarcasmo en su voz, pero no estaba seguro de que los demás también lo hubieran percibido.

Enfrente de Harry, Tonks distraía a Hermione y a Ginny transformando su nariz entre bocado y bocado: apretaba mucho los ojos y ponía la misma expresión de dolor que había adoptado en el dormitorio de Harry; de ese modo, hinchaba la nariz hasta convertirla en una protuberancia picuda que se parecía a la de Snape, la encogía hasta reducirla al tamaño de un champiñón pequeño y luego hacía que le saliera un montón de pelo por cada orificio nasal. Por lo visto, era un entretenimiento habitual a la hora de las comidas, porque Hermione y Ginny pronto empezaron a pedir sus narices favoritas.

—Haz esa que parece un morro de cerdo, Tonks. Tonks complació a su público, y Harry, al levantar la cabeza, tuvo por un momento la impresión de que una versión femenina de Dudley le sonreía desde el otro lado de la mesa. El señor Weasley, Bill y Lupin discutían acaloradamente sobre duendes.

—Todavía no han dicho nada —apuntó Bill—. Aún no sé si creen o no que ha regresado. Es posible que prefieran no tomar partido y que quieran mantenerse al margen.

—Estoy seguro de que nunca se pasarían al bando de Quien-tú-sabes —afirmó el señor Weasley haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Ellos también han sufrido pérdidas; ¿te acuerdas de lo de aquella familia de duendes a la que mató la última vez, cerca de Nottingham?

—Creo que depende de lo que les ofrezcan —opinó Lupin—. Y no me refiero al dinero. Si les ofrecen las libertades que les hemos negado durante siglos, seguro que se lo pensarán. ¿Todavía no has tenido suerte con Ragnok, Bill?

—De momento sigue en contra de los magos —respondió Bill—, y no para de protestar por lo del asunto Bagman; dice que el Ministerio hizo una maniobra de encubrimiento. Mira, esos duendes no le robaron el oro…

Hacia la mitad de la mesa un estallido de carcajadas ahogó el resto de las palabras de Bill. Fred, George, Ron y Mundungus se retorcían de risa en sus sillas.

—… y entonces… —decía Mundungus mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—, entonces me dice, en serio, me dice: «Oye, Dung, ¿de dónde has sacado esos sapos? ¡Porque un hijo de mala *bludger* me ha robado a mí los míos!» Y yo le contesto: «¿Te han robado los sapos, Will? ¡No me digas! Y ahora, ¿qué? ¿Piensas comprarte unos cuantos?» Y esa gárgola inútil, chicos, podéis creerme, va y me compra sus propios sapos por mucho más dinero del que le habían costado la

primera vez…

—Gracias, Mundungus, pero creo que podemos pasar sin los detalles de tus negocios —dijo la señora Weasley con aspereza mientras Ron se inclinaba sobre la mesa, riendo a carcajadas.

—Perdona, Molly —se apresuró a decir Mundungus, secándose las lágrimas y guiñándole un ojo a Harry—, pero es que Will se los había robado a Warty Harris, o sea, que en realidad yo no hice nada malo.

—No sé dónde aprendiste los conceptos del bien y del mal, Mundungus, pero creo que te perdiste un par de lecciones fundamentales —respondió la señora Weasley con frialdad.

Fred y George escondieron la cara detrás de sus copas de cerveza de mantequilla; George no paraba de hipar. Por algún extraño motivo, la señora Weasley le lanzó una mirada muy desagradable a Sirius antes de levantarse e ir a buscar un enorme pastel de ruibarbo que había de postre. Harry miró a su padrino.

—A Molly no le cae bien Mundungus —le dijo Sirius en voz baja.

—¿Cómo es posible que pertenezca a la Orden? —preguntó Harry, también en voz baja.

—Porque es útil —contestó Sirius—. Conoce a todos los sinvergüenzas; es lógico, puesto que él también lo es. Pero también es muy fiel a Dumbledore, que una vez lo sacó de un apuro. Conviene contar con alguien como Dung, porque él oye cosas que nosotros no oímos. Pero Molly cree que invitarlo a cenar es ir demasiado lejos. Todavía no lo ha perdonado por haber abandonado su puesto cuando se suponía que estaba vigilándote.

Tras tres raciones de pastel de ruibarbo con crema, a Harry empezó a apretarle la cintura de los vaqueros (lo cual resultaba un tanto alarmante, pues los había heredado de Dudley). Dejó la cuchara en el plato en el momento en que se hizo una pausa en la conversación general: el señor Weasley estaba recostado en el respaldo de la silla, saciado y relajado; Tonks, cuya nariz había recuperado su aspecto habitual, bostezaba abiertamente; y Ginny, que había conseguido hacer salir a *Crookshanks* de debajo del aparador, estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, lanzándole al gato corchos de cerveza de mantequilla para que fuera a buscarlos.

—Creo que ya es hora de acostarse —dijo la señora Weasley con un bostezo.

—Todavía no, Molly —intervino Sirius, apartando su plato vacío y volviéndose para mirar a Harry—. Mira, estoy sorprendido. Creía que lo primero que harías en cuanto llegaras aquí sería empezar a hacer preguntas sobre Voldemort.

La atmósfera de la habitación cambió con aquella rapidez que Harry asociaba a la llegada de *dementores*. Hasta hacía unos segundos había reinado un ambiente relajado y soñoliento, pero de pronto se había vuelto tenso. Un escalofrío recorrió la mesa cuando Sirius pronunció el nombre de Voldemort. Lupin, que se disponía a

beber un sorbo de vino, bajó con lentitud la copa y adoptó una expresión vigilante.

—¡Lo he hecho! —repuso Harry indignado—. Les he preguntado por él a Ron y a Hermione, pero me han dicho que como ellos no pertenecían a la Orden no…

—Y tienen razón —lo interrumpió la señora Weasley—. Sois demasiado jóvenes.

Estaba sentada, muy tiesa, en su silla, con los puños apretados sobre los reposabrazos; ya no había ni rastro de somnolencia en ella.

—¿Desde cuándo tiene uno que pertenecer a la Orden del Fénix para hacer preguntas? —terció Sirius—. Harry se ha pasado un mes encerrado en esa casa de *muggles*. Creo que tiene derecho a saber qué ha pasa…

—¡Un momento! —le cortó George.

—¿Por qué Harry puede hacer preguntas? —quiso saber Fred enojado.

—¡Nosotros llevamos un mes intentando sonsacaros algo y no habéis soltado prenda! —protestó George.

—«Sois demasiado jóvenes, no pertenecéis a la Orden» —dijo Fred con una vocecilla aguda increíblemente parecida a la de su madre—. ¡Harry ni siquiera es mayor de edad!

—Yo no tengo la culpa de que no os hayan contado a qué se dedica la Orden —comentó Sirius con calma—, eso lo han decidido vuestros padres. Harry, por otra parte…

—¡Tú no eres nadie para decidir lo que le conviene a Harry! —saltó la señora Weasley. Su rostro, por lo general amable, había adoptado una expresión amenazadora—. Supongo que no habrás olvidado lo que dijo Dumbledore.

—¿A qué te refieres en concreto? —preguntó Sirius con educación, pero con el tono de quien se prepara para pelear.

—A lo de que no teníamos que contarle a Harry más de lo que necesita saber —dijo la señora Weasley poniendo mucho énfasis en las dos últimas palabras.

Ron, Hermione, Fred y George giraban la cabeza de un lado a otro, de Sirius a la señora Weasley, como si estuvieran mirando un partido de tenis. Ginny estaba arrodillada en medio de un montón de corchos de cerveza de mantequilla abandonados, y escuchaba la conversación con la boca entreabierta. Lupin no apartaba los ojos de Sirius.

—No pretendo contarle más de lo que necesita saber, Molly —aseguró Sirius— Pero dado que fue él quien vio regresar a Voldemort —una vez más, un estremecimiento colectivo recorrió la mesa después de que Sirius pronunciara ese nombre—, tiene más derecho que nadie a…

—¡Harry no es miembro de la Orden del Fénix! —dijo la señora Weasley—. Sólo tiene quince años y…

—Y se ha enfrentado a situaciones más graves que muchos de nosotros —afirmó Sirius.

—¡Nadie pone en duda lo que ha hecho! —exclamó la señora Weasley elevando la voz; sus puños temblaban sobre los reposabrazos de la silla—. Pero sigue siendo…

—¡No es ningún niño! —soltó Sirius con impaciencia.

—¡Tampoco es ningún adulto! —insistió la señora Weasley, cuyas mejillas estaban poniéndose coloradas—. ¡Harry no es James, Sirius!

—Sé perfectamente quién es, Molly, muchas gracias —dijo Sirius en un tono frío.

—¡No estoy muy segura! —le espetó la señora Weasley—. A veces, por cómo le hablas, se diría que crees que has recuperado a tu amigo.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Harry.

—¡Lo que hay de malo, Harry, es que tú no eres tu padre, por mucho que te parezcas a él! —le respondió la señora Weasley sin apartar los ojos de Sirius—. ¡Todavía vas al colegio, y los adultos responsables de ti no deberían olvidarlo!

—¿Significa eso que soy un padrino irresponsable? —preguntó Sirius elevando la voz.

—Significa que otras veces has actuado con precipitación, Sirius, y por eso Dumbledore no para de recordarte que debes quedarte en casa y…

—¡Si no te importa, vamos a dejar a un lado las instrucciones que he recibido de Dumbledore! —gritó Sirius.

—¡Arthur! —exclamó la señora Weasley buscando con la mirada a su marido— ¡Apóyame, Arthur!

El señor Weasley no habló de inmediato. Se quitó las gafas y se puso a limpiarlas parsimoniosamente con su túnica sin mirar a su mujer. No contestó hasta que se las hubo colocado de nuevo con mucho cuidado.

—Dumbledore sabe que la situación ha cambiado, Molly. Está de acuerdo en que habrá que informar a Harry, hasta cierto punto, ahora que va a quedarse en el cuartel general.

—¡Sí, pero eso no es lo mismo que invitarlo a preguntar todo lo que quiera!

—Personalmente —terció Lupin con voz queda, apartando por fin la vista de Sirius, mientras la señora Weasley giraba con rapidez la cabeza hacia él, creyendo que por fin iba a tener un aliado— creo que es mejor que nosotros le expliquemos a Harry los hechos, no todos, Molly, sino la idea general, a que obtenga una versión tergiversada a través de… otros.

Su expresión era afable, pero Harry estaba seguro de que por lo menos Lupin sabía que algunas orejas extensibles habían sobrevivido a la purga de la señora Weasley.

—Bueno —cedió ésta, respirando hondo y recorriendo la mesa con la mirada por si alguien le ofrecía su apoyo, lo cual no ocurrió—; bueno…, ya veo que mi opinión queda invalidada. Sólo voy a decir una cosa: Dumbledore debía de tener sus razones para no querer que Harry supiera demasiado, y hablo como alguien que desea lo

mejor para Harry…

—Harry no es hijo tuyo —dijo Sirius en voz baja.

—Como si lo fuera —repuso la señora Weasley con fiereza—. ¿A quién más tiene?

—¡Me tiene a mí!

—Sí —respondió la señora Weasley torciendo el gesto—, pero no te ha resultado nada fácil cuidar de él mientras estabas encerrado en Azkaban, ¿verdad?

Sirius hizo ademán de levantarse de la silla.

—Molly, tú no eres la única de los que estamos aquí que se preocupa por Harry —intervino Lupin con dureza—. Siéntate, Sirius. —A la señora Weasley le temblaba el labio inferior. Sirius volvió a sentarse con lentitud en la silla, pálido como la cera —. Creo que Harry tiene derecho a opinar en este asunto —continuó Lupin—. Es lo bastante mayor para decidir por sí mismo.

—Quiero saber qué ha estado pasando —dijo Harry de inmediato.

No miró a la señora Weasley. Le había conmovido que hubiera dicho que lo consideraba casi como un hijo suyo, pero también estaba un poco harto de sus mimos. Sirius tenía razón: ya no era un crío.

—Muy bien —dijo la señora Weasley con la voz quebrada—. Ginny, Ron, Hermione, Fred y George: salid ahora mismo de la cocina.

Hubo un repentino revuelo.

—¡Nosotros somos mayores de edad! —gritaron Fred y George al unísono.

—Si a Harry le dejan, ¿por qué a mí no? —protestó Ron.

—¡Mamá, yo quiero oírlo! —gimoteó Ginny.

—¡No! —sentenció la señora Weasley, levantándose y echando chispas por los ojos—. Os prohíbo terminantemente…

—Molly, a Fred y a George no puedes impedírselo —dijo el señor Weasley con tono cansino—. Son mayores de edad.

—Todavía van al colegio.

—Pero legalmente ya son adultos —replicó el señor Weasley de nuevo con la misma voz cansada.

La señora Weasley estaba colorada de ira.

—Pero ¿cómo…? Bueno, está bien, Fred y George pueden quedarse, pero Ron…

—¡De todos modos, Harry nos lo contará todo a Hermione y a mí! —aseguró Ron con vehemencia—. ¿Verdad? —añadió con aire vacilante mirando a su amigo.

Durante una fracción de segundo Harry estuvo a punto de decirle a Ron que no pensaba contarle ni una sola palabra, que así se enteraría de lo que era quedarse en la inopia y podría ver si le gustaba. Pero ese malvado impulso se desvaneció cuando Harry y Ron se miraron.

—Pues claro —afirmó Harry.

Ron y Hermione sonrieron radiantes.

—¡Muy bien! —gritó la señora Weasley—. ¡Muy bien! ¡Ginny! ¡A la cama!

Ginny no obedeció sin quejarse. Pudieron oír cómo protestaba y despotricaba contra su madre mientras subía la escalera, y cuando llegó al vestíbulo, los ensordecedores chillidos de la señora Black se añadieron al barullo. Lupin salió corriendo para tapar el retrato. Sirius esperó a que éste hubiera regresado a la cocina, hubiera cerrado la puerta tras él y se hubiera sentado de nuevo a la mesa, y entonces habló:

—Está bien, Harry… ¿Qué quieres saber?

Harry respiró hondo y formuló la pregunta que lo había obsesionado durante un mes.

—¿Dónde está Voldemort? —preguntó, ignorando los nuevos estremecimientos y las muecas de dolor que provocó al pronunciar otra vez ese nombre—. ¿Qué está haciendo? He mirado las noticias *muggles* y todavía no he visto nada que llevara su firma, ni muertes extrañas ni nada.

—Eso es porque todavía no ha habido ninguna muerte extraña —le explicó Sirius —, al menos que nosotros sepamos. Y sabemos bastante.

—Más de lo que él cree —añadió Lupin.

—¿Cómo puede ser que haya dejado de matar gente? —preguntó Harry. Sabía que Voldemort había matado más de una vez en el último año.

—Porque no quiere llamar la atención —contestó Sirius—. Eso sería peligroso para él. Verás, su regreso no fue como él lo había planeado. Lo estropeó todo.

—O, mejor dicho, tú se lo estropeaste todo —apuntó Lupin con una sonrisa de satisfacción.

—¿Cómo? —preguntó Harry, perplejo.

—¡Él no esperaba que sobrevivieras! —dijo Sirius—. Nadie, aparte de sus *mortífagos*, tenía que saber que él había regresado. Pero tú sobreviviste para atestiguarlo.

—Y la última persona que él quería que se enterara de su regreso era Dumbledore —añadió Lupin—. Y tú te encargaste de que Dumbledore lo supiera de inmediato.

—¿De qué ha servido eso? —continuó Harry.

—¿Lo dices en broma? —se extrañó Bill, incrédulo—. ¡Dumbledore era la única persona a la que Quien-tú-sabes había tenido miedo!

—Gracias a ti, Dumbledore pudo llamar a la Orden del Fénix una hora después del regreso de Voldemort —aclaró Sirius.

—¿Y qué ha hecho la Orden del Fénix hasta ahora? —preguntó Harry mirando a todos los presentes.

—Trabajar duro para asegurarnos de que Voldemort no pueda llevar a cabo sus planes —respondió Sirius.

—¿Cómo sabéis cuáles son sus planes? —preguntó rápidamente Harry.

—Dumbledore tiene una idea aproximada —dijo Lupin—, y en general las ideas aproximadas de Dumbledore resultan ser muy exactas.

—¿Y qué se imagina Dumbledore que está planeando?

—Bueno, en primer lugar quiere reconstruir su ejército —explicó Sirius—. En el pasado disponía de un grupo muy numeroso: brujas y magos a los que había intimidado o cautivado para que lo siguieran, sus leales *mortífagos*, una gran variedad de criaturas tenebrosas. Tú oíste que planeaba reclutar a los gigantes; pues bien, ellos son sólo uno de los grupos detrás de los que anda. Como es lógico, no va a tratar de apoderarse del Ministerio de Magia con sólo una docena de *mortífagos*.

—Entonces, ¿vosotros intentáis impedir que capte a más seguidores?

—Hacemos todo lo que podemos —respondió Lupin.

—¿Cómo?

—Bueno, lo principal es convencer a cuantos más mejor de que es verdad que Quien-tú-sabes ha regresado, y de ese modo ponerlos en guardia —dijo Bill—. Pero no está resultando fácil.

—¿Por qué?

—Por la actitud del Ministerio —terció Tonks—. Ya viste a Cornelius Fudge después del regreso de Quien-tú-sabes, Harry. Y no ha modificado en absoluto su postura. Se niega rotundamente a creer que haya ocurrido.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Harry, desesperado—. ¿Por qué es tan idiota? Si Dumbledore…

—Precisamente: has puesto el dedo en la llaga —lo interrumpió el señor Weasley con una sonrisa irónica—. Dumbledore.

—Fudge le tiene miedo —dijo Tonks con tristeza.

—¿Que le tiene miedo a Dumbledore? —repitió Harry, incrédulo.

—Tiene miedo de sus planes —explicó el señor Weasley—. Fudge cree que Dumbledore se ha propuesto derrocarlo y que quiere ser ministro de Magia.

—Pero Dumbledore no quiere…

—Claro que no —dijo el señor Weasley—. A él nunca le ha interesado el cargo de ministro, aunque mucha gente quería que lo ocupara cuando Millicent Bagnold se jubiló. Fue Fudge quien ocupó el cargo de ministro, pero nunca ha olvidado del todo el enorme apoyo popular que recibió Dumbledore, a pesar de que éste ni siquiera optaba al cargo.

—En el fondo, Fudge sabe que Dumbledore es mucho más inteligente que él y que es un mago mucho más poderoso; al principio siempre estaba pidiéndole ayuda y consejos —prosiguió Lupin—. Pero por lo visto se ha aficionado al poder y ahora tiene mucha más seguridad. Le encanta ser ministro de Magia y ha conseguido convencerse de que el listo es él y de que Dumbledore no hace más que causar

problemas porque sí.

—¿Cómo puede pensar eso? —dijo Harry con enojo—. ¿Cómo puede pensar que Dumbledore sería capaz de inventárselo todo, o que he sido yo quien se lo ha inventado?

—Porque aceptar que Voldemort ha vuelto significaría asumir que el Ministerio tendrá que enfrentarse a unos problemas a los que no se enfrenta desde hace casi catorce años —contestó Sirius con amargura—. Fudge no puede asimilarlo, así de sencillo. Para él es mucho más cómodo convencerse de que Dumbledore miente para desestabilizarlo.

—Ya ves cuál es el problema —continuó Lupin—. Mientras el Ministerio siga insistiendo en que no hay motivo alguno para temer a Voldemort, resulta difícil convencer a la gente de que ha vuelto, sobre todo cuando, en realidad, a la gente no le interesa creerlo. Por si fuera poco, el Ministerio está presionando duramente a *El Profeta* para que no informe de nada de lo que ellos llaman «rumores sembrados por Dumbledore», de modo que la comunidad de magos, en general, no sabe nada de lo que ha pasado, y eso los convierte en blancos fáciles para los *mortífagos* si éstos están utilizando la maldición *Imperius*.

—Pero vosotros se lo contáis a la gente, ¿no? —preguntó Harry mirando sucesivamente al señor Weasley, Sirius, Bill, Mundungus, Lupin y Tonks—. Les contáis que ha regresado, ¿verdad?

Todos sonrieron forzadamente.

—Bueno, como todo el mundo piensa que soy un asesino loco y el Ministerio le ha puesto un elevado precio a mi cabeza, no puedo pasearme por las calles y empezar a repartir panfletos, ¿no crees? —respondió Sirius con nerviosismo.

—Y yo tampoco tengo muy buena prensa entre la comunidad —añadió Lupin— Es el inconveniente de ser un hombre lobo.

—Tonks y Arthur perderían su empleo en el Ministerio si empezaran a irse de la lengua —añadió Sirius—, y para nosotros es muy importante tener espías dentro del Ministerio porque, como podrás imaginar, Voldemort debe tenerlos.

—Pero hemos logrado convencer a un par de personas —informó el señor Weasley—. Tonks, por ejemplo; era demasiado joven para entrar en la Orden del Fénix la última vez, pero contar con la ayuda de *aurores* es fundamental. Kingsley Shacklebolt también ha sido una ayuda muy valiosa; se encarga de la caza de Sirius, y ha informado al Ministerio de que Sirius está en el Tibet.

—Pero si ninguno de vosotros está extendiendo la noticia de que Voldemort ha vuelto… —empezó a decir Harry.

—¿Quién ha dicho que ninguno de nosotros esté propagando la noticia? —lo atajó Sirius—. ¿Por qué crees que Dumbledore tiene tantos problemas?

—¿Qué quieres decir?

—Están intentando desacreditarlo —explicó Lupin—. ¿No leíste *El Profeta* la semana pasada? Dijeron que no lo habían reelegido para la presidencia de la Confederación Internacional de Magos porque está haciéndose mayor y está perdiendo los papeles, pero no es verdad; los magos del Ministerio no lo reeligieron después de que pronunciara un discurso anunciando el regreso de Voldemort. Lo han apartado del cargo de Jefe de Magos del Wizengamot, es decir, el Tribunal Supremo de los Magos, y ahora están planteándose si le retiran también la Orden de Merlín, Primera Clase.

—Pero Dumbledore dice que no le importa lo que hagan mientras no lo supriman de los cromos de las ranas de chocolate —añadió Bill con una sonrisa.

—No tiene gracia —dijo el señor Weasley con severidad—. Si Dumbledore sigue desafiando al Ministerio, podría acabar en Azkaban, y lo peor que podría pasarnos sería que lo encerraran. Mientras Quien-tú-sabes sepa que Dumbledore está en activo y al corriente de sus intenciones, tendrá que andarse con cuidado. Si quitaran a Dumbledore de en medio…, entonces Quien-tú-sabes tendría vía libre para actuar.

—Pero si Voldemort está intentando reclutar a más *mortífagos*, acabará sabiéndose que ha regresado, ¿no? —dijo Harry, desesperado.

—Voldemort no se presenta en las casas de la gente y se pone a aporrear la puerta, Harry —replicó Sirius—. Los engaña, les echa maldiciones y los chantajea. Está acostumbrado a operar en secreto. Además, captar seguidores sólo es una de las cosas que le interesan. Aparte de eso tiene otros planes, unos planes que puede poner en marcha con mucha discreción, y de momento está concentrándose en ellos.

—¿Qué busca, aparte de seguidores? —preguntó Harry rápidamente. Le pareció que Sirius y Lupin intercambiaban una brevísima mirada antes de que Sirius contestara:

—Cosas que sólo puede conseguir furtivamente. —Como Harry seguía con expresión de perplejidad, su padrino añadió—: Como un arma. Algo que no tenía la última vez.

—¿Cuando tenía poder?

—Sí.

—Pero ¿qué clase de arma? —insistió Harry—. ¿Algo peor que la *Avada Kedavra?*

—¡Basta!

La señora Weasley, que estaba junto a la puerta, habló desde las sombras. Harry no había notado que había vuelto después de acostar a Ginny. Estaba cruzada de brazos y los miraba furiosa.

—Todos a la cama, ahora mismo —añadió mirando a Fred, George, Ron y Hermione.

—No puedes mangonearnos… —empezó a decir Fred.

—Cuidado conmigo —gruñó la señora Weasley. Temblaba ligeramente cuando miró a Sirius y dijo—: Ya le habéis dado mucha información a Harry. Lo único que falta es que lo reclutéis en la Orden.

—¿Por qué no? —se apresuró a decir Harry—. Quiero entrar en la Orden, quiero luchar.

—No. —Esa vez no fue la señora Weasley la que habló, sino Lupin—. La Orden está compuesta sólo por magos mayores de edad —aclaró—. Magos que ya han terminado el colegio —añadió al ver que Fred y George abrían la boca—. Pertenecer a la Orden implica peligros que ninguno de vosotros podría imaginar siquiera… Creo que Molly tiene razón, Sirius. Ya hemos hablado bastante.

Sirius se encogió un poco de hombros, pero no discutió. La señora Weasley les hizo señas imperiosamente a sus hijos y a Hermione. Éstos se levantaron uno por uno, y Harry, admitiendo la derrota, los siguió.

6
La noble y ancestral casa de los Black

La señora Weasley los seguía muy seria por la escalera.

—Quiero que os vayáis directos a la cama, y nada de hablar —dijo cuando llegaron al primer rellano—. Mañana nos espera un día muy ajetreado. Espero que Ginny ya esté dormida —añadió, dirigiéndose a Hermione—, así que intenta no despertarla.

—Sí, dormida, ya —murmuró Fred por lo bajo después de que Hermione les diera las buenas noches, y siguieron subiendo hasta el siguiente piso—. Si Ginny no está despierta esperando a que Hermione le cuente todo lo que han dicho abajo, yo soy un *gusarajo*…

—Muy bien, Ron, Harry… —les indicó la señora Weasley cuando llegaron al segundo rellano, señalando su dormitorio—. A la cama.

—Buenas noches —dijeron Harry y Ron a los gemelos.

—Que durmáis bien —les deseó Fred guiñándoles un ojo.

La señora Weasley cerró la puerta detrás de Harry con un fuerte chasquido. El dormitorio parecía aún más frío y sombrío que la primera vez que Harry lo había visto. El cuadro en blanco de la pared respiraba lenta y profundamente, como si su

invisible ocupante estuviera dormido. Harry se puso el pijama, se quitó las gafas y se metió en la fría cama, mientras Ron lanzaba unas cuantas chucherías lechuciles hacia lo alto del armario para apaciguar a *Hedwig* y *Pigwidgeon*, que, nerviosas, no paraban de hacer ruido moviendo las patas y las alas.

—No podemos dejarlas salir a cazar todas las noches —explicó Ron mientras se ponía el pijama de color granate—. Dumbledore no quiere que haya demasiadas lechuzas sueltas por la plaza porque dice que podrían levantar sospechas. ¡Ah, sí! Se me olvidaba…

Fue hacia la puerta y echó el cerrojo.

—¿Por qué haces eso?

—Por Kreacher —aclaró Ron, y apagó la luz—. La primera noche que pasé aquí entró a las tres de la madrugada. Créeme, no es nada agradable despertarse y encontrarlo paseándose por la habitación. En fin… —Se metió en la cama, se tapó bien y se volvió hacia Harry en la oscuridad; éste veía su contorno gracias a la luz de la luna que se filtraba por la mugrienta ventana—. ¿Tú qué opinas?

Harry sabía a la perfección a qué se refería su amigo.

—Bueno, no nos han contado gran cosa que no pudiéramos haber imaginado, ¿verdad? —contestó, pensando en todo lo que se había hablado abajo—. En realidad lo único que han dicho es que la Orden intenta impedir que la gente se una a Vol… —Ron soltó un gritito ahogado— demort —acabó Harry con firmeza—. ¿Cuándo piensas empezar a llamarlo por su nombre? Sirius y Lupin lo hacen.

Ron no hizo caso de ese último comentario.

—Sí, tienes razón —dijo—, ya sabíamos casi todo lo que nos han contado gracias a las orejas extensibles. Lo único nuevo es que…

¡CRAC!

—¡Ay!

—Baja la voz, Ron, si no quieres que venga mamá.

—¡Os habéis aparecido encima de mis rodillas!

—Sí, bueno, es que a oscuras es más difícil.

Harry vio las borrosas siluetas de Fred y de George saltando de la cama de Ron. Luego oyó un chirrido de muelles, y el colchón de Harry descendió unos cuantos centímetros porque George se había sentado cerca de sus pies.

—Bueno, ¿ya lo habéis captado? —inquirió George con avidez.

—¿Lo del arma que Sirius ha mencionado? —preguntó Harry.

—Yo diría que se le ha escapado —opinó Fred, muy contento. Se había sentado al lado de Ron—. Eso nunca lo habíamos oído con las extensibles.

—¿Qué creéis que es? —siguió preguntando Harry. —Podría ser cualquier cosa —contestó Fred. —Pero no puede haber nada peor que la maldición *Avada Kedavra*, ¿verdad? —dijo Ron—. ¿Qué hay peor que la muerte?

—Quizá sea algo capaz de matar a muchísima gente a la vez —sugirió George.

—A lo mejor es una forma particularmente dolorosa de matar —dijo Ron, atemorizado.

—Para causar dolor tiene la maldición *Cruciatus* —recordó Harry—, no necesita nada más eficaz que eso.

Hubo una pausa, y Harry se dio cuenta de que los otros, como él, estaban preguntándose qué horrores podría perpetrar aquella arma.

—¿Y quién creéis que la tiene ahora? —preguntó George.

—Espero que alguien de nuestro bando —contestó Ron con una voz que denotaba cierto nerviosismo.

—Si es así, debe de tenerla guardada Dumbledore —dijo Fred.

—¿Dónde? —preguntó con rapidez Ron—. ¿En Hogwarts?

—¡Seguro que sí! —afirmó George—. Allí fue donde escondió la Piedra Filosofal.

—Pero ¡esa arma debe de ser mucho más grande que la Piedra! —objetó Ron.

—No necesariamente —contestó Fred.

—Sí, el tamaño no es garantía de poder —advirtió George—. Y si no, mirad a Ginny.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harry.

—Nunca te ha echado uno de sus maleficios de los *mocomurciélagos*, ¿verdad?

—¡Chissst! —exclamó Fred haciendo ademán de levantarse de la cama—. ¡Escuchad!

Se quedaron callados. Y, en efecto, oyeron pasos que subían por la escalera.

—Es mamá —aseguró George, y sin más preámbulos se oyó un fuerte estampido, y Harry notó que el peso del cuerpo de George desaparecía de los pies de su cama.

Unos segundos más tarde, oyeron crujir la madera del suelo al otro lado de la puerta; la señora Weasley sólo estaba escuchando para saber si hablaban o no.

Hedwig y *Pigwidgeon* emitieron unos melancólicos ululatos. La madera del suelo volvió a crujir, y comprendieron que la señora Weasley subía al otro piso para ver qué hacían Fred y George.

—Es que no confía nada en nosotros —se lamentó Ron.

Harry estaba convencido de que no podría conciliar el sueño; durante la velada habían surgido tantos temas que suponía que pasaría horas despierto, reflexionando sobre lo que se había hablado. Le habría gustado seguir charlando con Ron, pero la señora Weasley bajaba de nuevo la escalera, y tan pronto como sus pasos se desvanecieron, Harry oyó que otros subían… Sí, unas criaturas con muchas patas correteaban arriba y abajo, al otro lado de la puerta del dormitorio, y Hagrid, el profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas, iba diciendo: «Son preciosas, ¿verdad, Harry? Este año vamos a estudiar armas…», y Harry vio que aquellas criaturas tenían

cañones en lugar de cabezas y que se daban la vuelta hacia él… Se agachó…

De pronto, se encontró hecho un ovillo debajo de las sábanas, mientras la potente voz de George resonaba en la habitación.

—Mamá dice que os levantéis; tenéis el desayuno en la cocina y luego os necesita en el salón. Hay muchas más *doxys* de las que ella creía, y ha encontrado un nido de *puffskeins* muertos debajo del sofá.

Media hora más tarde, Harry y Ron, que se habían vestido y habían desayunado muy deprisa, entraron en el salón: una estancia alargada de techo alto, que se hallaba en el primer piso, cuyas paredes eran de color verde oliva y estaban cubiertas de sucios tapices. De la alfombra se levantaban pequeñas nubes de polvo cada vez que alguien la pisaba, y las largas cortinas de terciopelo de color verde musgo zumbaban, como si en ellas se aglomeraran invisibles abejas. La señora Weasley, Hermione, Ginny, Fred y George estaban apiñados alrededor de ellas, y todos llevaban un pañuelo anudado en la parte de atrás de la cabeza, que les cubría la nariz y la boca y les daba un aire extraño. Cada uno llevaba en la mano una botella muy grande, que tenía un pitorro en el extremo, llena de un líquido negro.

—Tapaos la cara y coged un pulverizador —ordenó la señora Weasley a Harry y a Ron en cuanto los vio, señalando otras dos botellas de líquido negro que había sobre una mesa de patas muy finas—. Es *doxycida*. Nunca había visto una plaga como ésta. No sé qué ha estado haciendo ese elfo doméstico en los diez últimos años…

Aunque Hermione llevaba la cara tapada, Harry vio con claridad que le lanzaba una mirada llena de reproche a la señora Weasley.

—Kreacher es muy viejo, seguramente no podía…

—Te sorprendería ver de lo que es capaz Kreacher cuando le interesa, Hermione —afirmó Sirius, que acababa de entrar en el salón con una bolsa manchada de sangre llena de algo que parecían ratas muertas—. Vengo de dar de comer a Buckbeak —añadió al distinguir la mirada inquisitiva de Harry—. Lo tengo arriba, en la habitación de mi madre. Bueno, a ver… este escritorio… —Dejó la bolsa de las ratas encima de una butaca y se agachó para examinar el mueble; entonces Harry notó que el escritorio temblaba ligeramente—. Mira, Molly, estoy convencido de que es un *boggart* —comentó Sirius mirando por la cerradura—, pero quizá convendría que *Ojoloco* le echara un vistazo antes de soltarlo. Conociendo a mi madre, podría ser algo mucho peor.

—Tienes razón, Sirius —coincidió la señora Weasley.

Ambos hablaban en un tono muy educado y desenfadado que le dio a entender a Harry que ninguno de los dos había olvidado su discusión de la noche anterior.

En el piso de abajo sonó un fuerte campanazo, seguido de inmediato por el mismo estruendo de gritos y lamentos que Tonks había provocado la noche pasada al tropezar con el paragüero.

—¡Estoy harto de decirles que no toquen el timbre! —exclamó Sirius, exasperado, y salió a toda prisa del salón. Lo oyeron bajar precipitadamente la escalera, mientras los chillidos de la señora Black volvían a resonar por toda la casa.

—¡Manchas de deshonra, sucios mestizos, traidores a la sangre, hijos de la inmundicia!…

—Harry, cierra la puerta, por favor —le pidió la señora Weasley.

Harry se tomó todo el tiempo que pudo para cerrar la puerta del salón porque quería escuchar lo que estaba pasando abajo. Era evidente que Sirius había conseguido cerrar las cortinas y tapar el retrato de su madre, porque ésta dejó de gritar. Harry oyó que Sirius andaba por el vestíbulo, y luego, el tintineo de la cadenilla de la puerta de la calle y una voz grave que identificó como la de Kingsley Shacklebolt, que decía:

—Hestia acaba de relevarme, así que ahora tiene la capa de Moody. Me ha parecido oportuno comunicar a Dumbledore…

Harry notó los ojos de la señora Weasley clavados en su nuca, así que cerró con pesar la puerta del salón y se unió a la brigada de limpieza de *doxys*.

La señora Weasley estaba encorvada sobre la página correspondiente a las *doxys* de *Gilderoy Lockhart: guía de las plagas en el hogar,* que estaba abierto encima del sofá.

—Bueno, muchachos, tenéis que ir con cuidado porque las *doxys* muerden y sus dientes son venenosos. Aquí tengo una botella de antídoto, pero preferiría no tener que utilizarlo. —Se enderezó, se plantó delante de las cortinas e hizo señas a los demás para que se acercaran—. Cuando dé la orden, empezad a rociar las cortinas —dijo—. Ellas saldrán volando hacia nosotros, o eso espero, pero en los pulverizadores dice que con una sola rociada quedan paralizadas. Cuando estén inmovilizadas, ponedlas en este cubo. —Se apartó con cuidado de la línea de fuego de los demás y levantó su pulverizador—. ¿Preparados? ¡Disparad!

Harry sólo llevaba unos segundos pulverizando las cortinas cuando una *doxy* de tamaño considerable salió volando de un pliegue de la tela, agitando sus relucientes alas de escarabajo y enseñando los diminutos y afilados dientes. Tenía el cuerpo de hada cubierto de un tupido pelo negro y los cuatro pequeños puños apretados con furia. Harry le lanzó un chorro de *doxycida* en la cara. La *doxy* se quedó quieta en el aire y cayó produciendo un ruido sordo, sorprendentemente fuerte, sobre la raída alfombra. Harry la recogió y la echó al cubo.

—¿Se puede saber qué haces, Fred? —preguntó la señora Weasley con brusquedad—. ¡Rocía a ésa enseguida y métela en el cubo!

Harry se dio la vuelta. Fred tenía una *doxy* cogida entre el índice y el pulgar.

—Allá va —dijo Fred con entusiasmo, y roció a la *doxy* en la cara hasta que la criatura se desmayó; pero en cuanto la señora Weasley se volvió, Fred se guardó la

doxy en el bolsillo y guiñó un ojo.

—Queremos hacer experimentos con veneno de *doxy* para elaborar nuestros Surtidos Saltaclases —dijo George a Harry por lo bajo.

Harry roció con habilidad a otras dos *doxys* que iban volando directamente hacia su nariz; luego se acercó a George y, sin despegar los labios, murmuró:

—¿Qué son los Surtidos Saltaclases?

—Una variedad de caramelos para ponerte enfermo —susurró George sin apartar la vista de la espalda de la señora Weasley—. No gravemente enfermo, claro, sino sólo lo suficiente para saltarte una clase cuando te interese. Fred y yo los hemos creado este verano. Son unos caramelos masticables de dos colores. Si te comes la mitad de color naranja de las pastillas vomitivas, vomitas. En cuanto te dejan salir de la clase para ir a la enfermería, te tragas la mitad morada…

—… «que te devuelve a tu estado de salud normal, permitiéndote realizar la actividad de ocio de tu elección durante una hora que, de otro modo, habrías dedicado a un infructuoso aburrimiento.» Bueno, eso es lo que hemos puesto en los anuncios —continuó Fred en voz baja; se había ido apartando poco a poco del campo visual de la señora Weasley y recogía unas cuantas *doxys*, que habían quedado esparcidas por el suelo, y se las guardaba en el bolsillo—. Pero todavía tenemos que perfeccionar el invento. De momento, nuestros controladores de calidad tienen problemas para parar de vomitar y comerse la parte morada.

—¿Controladores de calidad?

—Nosotros —aclaró Fred—. Vamos turnándonos. George probó los bombones desmayo; el turrón sangranarices lo probamos los dos…

—Mamá creía que nos habíamos batido en duelo —dijo George.

—Veo que la tienda de artículos de broma sigue funcionando —murmuró Harry fingiendo que colocaba bien el pitorro de su pulverizador.

—Bueno, todavía no hemos tenido ocasión de buscar un local —continuó diciendo Fred, bajando la voz aún más, mientras la señora Weasley se secaba la frente con el pañuelo antes de volver al ataque—, así que de momento lo tenemos organizado como un servicio de venta por correo. La semana pasada pusimos anuncios en *El Profeta*.

—Y todo gracias a ti, Harry —añadió George—. Pero no temas, mamá no tiene ni idea. Ya no lee *El Profeta* porque dice mentiras sobre ti y sobre Dumbledore.

Harry sonrió. Había obligado a los gemelos Weasley a aceptar los mil galeones del premio en metálico del Torneo de los tres magos que había ganado, para ayudarlos a llevar a cabo su ambicioso plan de abrir una tienda de artículos de broma. De todos modos, le alegró saber que la señora Weasley no estaba al corriente de su colaboración, pues ella no creía que dirigir una tienda de artículos de broma fuera una carrera adecuada para dos de sus hijos.

La *desdoxyzación* de las cortinas les llevó casi toda la mañana. Ya era más de mediodía cuando la señora Weasley se quitó por fin el pañuelo protector y se dejó caer en una mullida butaca, pero dio un salto al tiempo que soltaba un grito de asco, pues se había sentado encima de la bolsa de ratas muertas. Las cortinas habían dejado de zumbar y colgaban mustias y húmedas después de la intensa pulverización. A los pies de las cortinas, las *doxys* inconscientes estaban amontonadas en el cubo, junto a un cuenco de huevos negros de *doxy* que *Crookshanks* olfateaba y a los que Fred y George lanzaban codiciosas miradas.

—Creo que de eso nos encargaremos después de comer —dijo la señora Weasley señalando las polvorientas vitrinas que había a ambos lados de la repisa de la chimenea.

Estaban llenas a rebosar de un extraño surtido de objetos: una colección de dagas oxidadas, garras, una piel de serpiente enroscada, varias cajas de plata sin lustre con inscripciones en idiomas que Harry no entendía, y lo más desagradable de todo: una ornamentada botella de cristal con un gran ópalo en el tapón, llena de algo que parecía sangre.

Volvió a sonar el timbre de la puerta, y todos miraron a la señora Weasley.

—Quedaos aquí —dijo ella con firmeza, y agarró la bolsa de ratas en el momento en que abajo empezaban a oírse de nuevo los bramidos de la señora Black—. Voy a traeros unos sándwiches.

Salió de la habitación y cerró con cuidado tras ella. A continuación, todos corrieron hacia la ventana para ver quién había en la puerta principal. Alcanzaron a ver la coronilla de una despeinada y rojiza cabeza y un montón de calderos en precario equilibrio.

—¡Mundungus! —exclamó Hermione—. ¿Para qué habrá traído esos calderos?

—Debe de buscar un lugar seguro donde guardarlos —dijo Harry—. ¿No era eso, recoger calderos robados, lo que estaba haciendo la noche que debía vigilarme?

—¡Sí, tienes razón! —respondió Fred. La puerta de la calle se abrió y Mundungus entró por ella con sus calderos y se perdió de vista—. ¡Vaya, a mamá no le va a hacer ninguna gracia!

Fred y George corrieron hacia la puerta y se quedaron junto a ella, escuchando con atención. La señora Black había dejado de gritar.

—Mundungus está hablando con Sirius y con Kingsley —dijo Fred en voz baja, concentrado y con el entrecejo fruncido—. No los oigo bien… ¿Qué os parece si probamos con las orejas extensibles?

—Quizá valga la pena intentarlo —admitió George—. Podría subir un momento y coger unas…

Pero en ese preciso instante estalló una sonora exclamación en el piso de abajo que hizo que las orejas extensibles resultaran superfluas. Se podía oír a la perfección

lo que la señora Weasley estaba diciendo a grito pelado.

—¡Esto no es un escondrijo de artículos robados!

—Me encanta oír a mamá gritándole a otra persona —comentó Fred con una sonrisa de satisfacción en la cara, mientras abría un poco la puerta para dejar que la voz de la señora Weasley entrara mejor en el salón—. Para variar.

—… completamente irresponsable, como si no tuviéramos bastantes preocupaciones sin que tú traigas tus calderos robados a la casa…

—Los muy idiotas la están dejando coger carrerilla —dijo George haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Hay que atajarla enseguida porque si no se calienta y ya no hay quien la pare. Se moría de ganas de soltarle una buena reprimenda a Mundungus desde que desapareció, cuando se suponía que estaba siguiéndote, Harry. Y allá va la madre de Sirius otra vez.

La voz de la señora Weasley quedó apagada bajo una nueva sarta de chillidos e improperios de los retratos del vestíbulo.

George hizo ademán de cerrar la puerta para ahogar el ruido, pero, antes de que pudiera hacerlo, un elfo doméstico se coló en la habitación.

Iba desnudo, con la excepción de un trapo mugriento atado, como un taparrabos, alrededor de la cintura. Parecía muy viejo. Le sobraba piel por todas partes y, aunque era calvo como todos los elfos domésticos, le salían pelos blancos por las enormes orejas de murciélago. Tenía los ojos, de color verde claro, inyectados en sangre, y la carnosa nariz era grande y con forma de morro de cerdo.

El elfo no prestó la más mínima atención ni a Harry ni a los demás. Como si no los hubiera visto, entró arrastrando los pies, encorvado, caminando despacio y con obstinación, y fue hacia el fondo de la estancia sin dejar de murmurar por lo bajo con voz grave y áspera, como la de una rana toro.

—… apesta a alcantarilla y por si fuera poco es un delincuente, pero ella no es mucho mejor, una repugnante traidora a la sangre con unos críos que enredan la casa de mi ama, oh, mi pobre ama, si ella supiera, si supiera qué escoria han dejado entrar en la casa, qué le diría al viejo Kreacher, oh, qué vergüenza, sangre sucia, hombres lobo, traidores y ladrones, pobre viejo Kreacher, qué puede hacer él…

—¡Hola, Kreacher! —lo saludó Fred, casi gritando, y cerró la puerta haciendo mucho ruido.

El elfo doméstico se paró en seco, dejó de mascullar y dio un respingo muy exagerado y muy poco convincente.

—Kreacher no había visto al joven amo —se excusó; a continuación se giró y se inclinó ante Fred. Con los ojos clavados todavía en la alfombra, añadió en un tono perfectamente audible—: Un sucio mocoso y un traidor a su sangre, eso es lo que es.

—¿Cómo dices? —preguntó George—. No he oído eso último.

—Kreacher no ha dicho nada —respondió el elfo, y se inclinó ante George,

añadiendo en voz baja pero muy clara—: Y ahí está su gemelo; un par de bestias anormales.

Harry no sabía si reír o no. El elfo se enderezó y los miró a todos con hostilidad; en apariencia convencido de que nadie podía oírlo, siguió murmurando:

—Y ahí está la sangre sucia, la muy descarada, ay, si mi ama lo supiera, oh, cómo lloraría; y hay un chico nuevo, Kreacher no sabe su nombre. ¿Qué hace aquí? Kreacher no lo sabe…

—Éste es Harry, Kreacher —dijo Hermione, titubeante—. Harry Potter.

Kreacher abrió mucho los ojos y se puso a farfullar más deprisa y con más rabia que antes:

—La sangre sucia le habla a Kreacher como si fuera su amigo; si el ama viera a Kreacher con esta gente, oh, ¿qué diría?

—¡No la llames sangre sucia! —saltaron Ron y Ginny al unísono, muy enfadados.

—No importa —susurró Hermione—, no está en sus cabales, no sabe lo que…

—Desengáñate, Hermione, sabe muy bien lo que dice —aclaró Fred mirando a Kreacher con antipatía.

Kreacher seguía mascullando sin apartar la vista de Harry.

—¿Es verdad? ¿Es Harry Potter? Kreacher puede ver la cicatriz, debe de ser cierto, ése es el chico que venció al Señor Tenebroso, Kreacher se pregunta cómo lo haría…

—Nosotros también nos lo preguntamos, Kreacher —dijo Fred.

—¿A qué has venido, Kreacher? ¿Qué quieres? —preguntó George.

Kreacher dirigió sus enormes y claros ojos hacia George.

—Kreacher está limpiando —contestó con evasivas.

—¡No me digas! —exclamó una voz detrás de Harry.

Sirius había vuelto y miraba con desprecio al elfo desde el umbral. El ruido en el vestíbulo había cesado; quizá la señora Weasley y Mundungus siguieran discutiendo en la cocina. Al ver a Sirius, Kreacher hizo una reverencia exageradísima, hasta tocar el suelo con su nariz en forma de hocico.

—Levántate —le espetó Sirius impaciente—. A ver, ¿qué estás tramando?

—Kreacher está limpiando —repitió el elfo—. Kreacher vive para servir a la noble casa de los Black…

—Que cada día está más negra —afirmó Sirius.

—Al amo siempre le ha gustado hacer bromas —comentó Kreacher; volvió a inclinarse y siguió murmurando—: El amo era un canalla desagradecido que le partió el corazón a su madre…

—Mi madre no tenía corazón, Kreacher —lo atajó Sirius—. Se mantenía viva por pura maldad.

Kreacher hizo otra reverencia.

—Como diga el amo —masculló con furia—. El amo no es digno siquiera de limpiarle la porquería de las botas a su madre, oh, mi pobre ama, qué diría si viera a Kreacher sirviéndolo a él, con lo que ella lo odiaba, cómo la decepcionó…

—Te he preguntado qué te traes entre manos —dijo Sirius con frialdad—. Cada vez que apareces fingiendo que limpias, te llevas algo a tu habitación para que no podamos tirarlo.

—Kreacher jamás movería nada de su sitio en la casa del amo —repuso el elfo, y luego farfulló muy deprisa—: El ama jamás perdonaría a Kreacher si tiraran el tapiz, lleva siete siglos en la familia, Kreacher debe salvarlo, Kreacher no dejará que el amo y los traidores y los mocosos lo destruyan…

—Ya me lo imaginaba —comentó Sirius mirando con desprecio la pared de enfrente—. Mi madre le habrá hecho otro encantamiento de presencia permanente en la parte de atrás, seguro, pero si puedo deshacerlo me libraré de él. Y ahora lárgate, Kreacher.

Por lo visto, Kreacher no se atrevía a desobedecer una orden directa; sin embargo, la mirada que le lanzó a Sirius al pasar arrastrando los pies por delante de él estaba llena de un profundo odio, y salió de la habitación sin parar de murmurar:

—… llega de Azkaban y se pone a darle órdenes a Kreacher; oh, mi pobre ama, qué diría si viera cómo está la casa, llena de escoria, despojada de sus tesoros; ella juró que él no era hijo suyo y él ha vuelto, y dicen que es un asesino.

—¡Sigue murmurando y me convertiré en un asesino de verdad! —gritó Sirius con irritación al mismo tiempo que cerraba de un portazo.

—No está en sus cabales, Sirius —dijo Hermione con tono suplicante—, creo que no se da cuenta de que oímos lo que dice.

—Lleva demasiado tiempo solo —aclaró Sirius—, recibiendo órdenes absurdas del retrato de mi madre y hablándose a sí mismo, pero siempre fue un repugnante…

—A lo mejor, si le dieras la libertad… —sugirió Hermione.

—No podemos darle la libertad, sabe demasiado sobre la Orden —respondió Sirius de manera cortante—. Además, la conmoción lo mataría. Insinúale que salga de esta casa, y ya verás cómo reacciona.

Sirius se dirigió a la pared donde estaba colgado el tapiz que Kreacher había estado intentando proteger. Harry y los demás lo siguieron.

El tapiz parecía viejísimo; estaba desteñido y raído, como si las *doxys* lo hubieran mordisqueado. Con todo, el hilo dorado con el que estaba bordado todavía relucía lo suficiente para dejar ver un extenso árbol genealógico que se remontaba, por lo que Harry pudo distinguir, hasta la Edad Media. En la parte superior había grandes letras que rezaban:

La noble y ancestral casa de los Black
«Toujours pur»

—¡Tú no sales aquí! —exclamó Harry tras recorrer con la mirada la parte inferior del árbol.

—Antes estaba —comentó Sirius señalando un pequeño y redondo agujero con los bordes chamuscados, que parecía una quemadura de cigarrillo—. Mi dulce y anciana madre me borró cuando me escapé de casa. A Kreacher le encanta relatar esa historia entre dientes.

—¿Te escapaste de casa?

—Cuando tenía dieciséis años —afirmó Sirius—. Estaba harto.

—¿Adónde fuiste? —preguntó Harry mirándolo fijamente.

—A casa de tu padre —contestó Sirius—. Tus abuelos se portaron muy bien conmigo; me adoptaron, por así decirlo. Sí, me instalé en casa de tu padre y pasé allí las vacaciones escolares, y cuando cumplí diecisiete años me fui a vivir solo. Mi tío Alphard me había dejado una cantidad considerable de oro; a él también deben de haberlo borrado del árbol por eso. En fin, después empecé a vivir solo. Pero siempre fui bien recibido en casa de los Potter, y solía ir allí a comer los domingos.

—Pero ¿por qué…?

—¿Por qué me marché? —Sirius compuso una amarga sonrisa y se pasó los dedos por el largo y despeinado cabello—. Porque los odiaba a todos: a mis padres, con su manía de la sangre limpia, convencidos de que ser un Black te convertía prácticamente en un miembro de la realeza… El idiota de mi hermano, que fue lo bastante estúpido para creérselo… Ése es él.

Sirius puso un dedo en la parte inferior del árbol y señaló el nombre «Regulus Black». La fecha de su muerte (unos quince años atrás) seguía a la de su nacimiento.

—Era más joven que yo —explicó Sirius—, y mucho mejor, como me recordaban mis padres cada dos por tres.

—Pero murió —dijo Harry.

—Sí. El muy imbécil… se unió a los *mortífagos*.

—¡No lo dirás en serio!

—¡Vaya, Harry! ¿No has visto ya suficiente de esta casa para entender a qué clase de magos pertenecía mi familia? —dijo Sirius con fastidio.

—Tus padres…, tus padres ¿también eran *mortífagos*?

—No, no, pero creían que Voldemort tenía razón; estaban a favor de la purificación de la raza mágica, querían deshacerse de los hijos de los *muggles* y que mandaran los sangre limpia. Y no eran los únicos; mucha gente, antes de que Voldemort se mostrara tal cual era en realidad, creía que él tenía razón… Aunque, cuando vieron lo que estaba dispuesto a hacer para conseguir el poder, les entró

miedo y se echaron atrás. Pero supongo que, al principio, mis padres creyeron que Regulus era un verdadero héroe cuando se le unió.

—¿Lo mató un *auror*? —preguntó Harry, titubeante.

—No, qué va —contestó Sirius—. Lo mató Voldemort. O mejor dicho, alguien que obedecía sus órdenes; dudo que Regulus llegara a ser lo bastante importante para que Voldemort quisiera matarlo en persona. Por lo que pude averiguar después de su muerte, al cabo de un tiempo de haberse unido a Voldemort le entró pánico al ver lo que le pedían que hiciera e intentó volverse atrás. Pero a Voldemort no le entregas tu dimisión así como así. Es toda una vida de servicio o la muerte.

—¡A comer! —anunció la señora Weasley.

Llevaba la varita en alto sosteniendo con la punta una enorme bandeja llena de sandwiches y un pastel. Estaba muy colorada y parecía muy enfadada. Todos se dirigieron hacia ella, hambrientos, pero Harry se quedó con Sirius, que se había acercado más al tapiz.

—Hacía años que no lo miraba. Aquí está Phineas Nigellus, mi tatarabuelo, ¿lo ves? El director menos admirado que jamás ha tenido Hogwarts… Y Araminta Meliflua, prima de mi madre. Intentó llevar adelante un proyecto de ley ministerial para legalizar la caza de *muggles*… Y la querida tía Elladora. Inició la tradición familiar de decapitar a los elfos domésticos cuando se hacían demasiado viejos para llevar las bandejas del té… Como es lógico, cada vez que la familia daba algún miembro medianamente decente, lo repudiaban. Veo que Tonks no aparece. Quizá sea por eso por lo que Kreacher no acepta sus órdenes: se supone que tiene que hacer todo lo que le ordene cualquier miembro de la familia…

—¿Tonks y tú sois parientes? —preguntó Harry con sorpresa.

—Sí, claro, su madre, Andrómeda, era mi prima favorita —le explicó Sirius mientras examinaba con minuciosidad el tapiz—. No, Andrómeda tampoco sale, mira…

Señaló otra quemadura redonda entre dos nombres, Bellatrix y Narcisa.

—Las hermanas de Andrómeda todavía están aquí porque hicieron bonitos y respetables matrimonios con hombres de sangre limpia, pero Andrómeda se casó con un hijo de *muggles*, Ted Tonks, así que…

Sirius fingió arremeter contra el tapiz con una varita y rió con amargura. Harry, sin embargo, no rió, pues estaba demasiado ocupado leyendo los nombres que había a la derecha del agujero de Andrómeda. Una línea doble de hilo dorado unía a Narcisa Black con Lucius Malfoy y una línea simple vertical que salía de sus nombres terminaba en «Draco».

—¡Estás emparentado con los Malfoy!

—Todas las familias de sangre limpia están relacionadas entre sí —explicó Sirius —. Si sólo permites que tus hijos e hijas se casen con gente de sangre limpia, las

posibilidades son limitadas; ya no quedamos muchos. Molly y yo somos primos políticos, y Arthur es algo así como mi primo segundo. Pero no vale la pena buscarlos aquí: si hay una familia de traidores a la sangre en el mundo, se trata de los Weasley.

En ese momento Harry estaba leyendo el nombre que había a la izquierda del agujero correspondiente a Andrómeda: Bellatrix Black, que estaba conectado mediante una línea doble al del de Rodolphus Lestrange.

—Lestrange… —pronunció Harry en voz alta. Aquel nombre había despertado algún recuerdo en su memoria; le sonaba de algo, pero no sabía de qué, aunque le produjo una extraña sensación, una especie de escalofrío en el estómago.

—Están en Azkaban —dijo Sirius con aspereza. Harry lo miró con expresión de curiosidad—. Bellatrix y su marido, Rodolphus, entraron con Barty Crouch, hijo —añadió Sirius con la misma aspereza—. Rabastan, el hermano de Rodolphus, también entró con ellos.

Entonces Harry lo recordó. Había visto a Bellatrix Lestrange dentro del *pensadero* de Dumbledore, aquel extraño aparato en que se podían almacenar los pensamientos y los recuerdos; era una mujer alta y morena con los párpados caídos que en el juicio había proclamado que mantendría su alianza con lord Voldemort, así como lo orgullosa que se sentía por haber intentado encontrarlo después de su caída y su convicción de que algún día su lealtad se vería recompensada.

—Nunca me dijiste que era tu…

—¿Qué más da que sea mi prima? —le espetó Sirius—. Por lo que a mí respecta, ya no son familia mía. Ella, desde luego, no lo es. No la veo desde que tenía tu edad, exceptuando el día de su llegada a Azkaban. ¿Crees que estoy orgulloso de tener un pariente como ella?

—Lo siento —dijo Harry—. No quería… Es que me ha sorprendido, nada más.

—No importa, no tienes que disculparte —masculló Sirius entre dientes, y se dio la vuelta con las manos hundidas en los bolsillos—. No me hace ninguna gracia estar aquí —añadió contemplando el salón—. Nunca pensé que volvería a estar encerrado en esta casa.

Harry lo entendía a la perfección. Se imaginaba lo que sentiría cuando fuera mayor y creyera haberse librado de aquel lugar para siempre si tuviera que volver a vivir en el número cuatro de Privet Drive.

—Como cuartel general es ideal, desde luego —agregó Sirius—. Cuando mi padre vivía aquí instaló todas las medidas de seguridad mágicas conocidas. Está muy bien disimulada, de modo que los *muggles* nunca llamarían a la puerta; claro que, aunque no lo estuviera, tampoco querrían acercarse aquí. Y ahora que Dumbledore ha añadido sus propios sistemas de protección, te costaría mucho encontrar otra casa más segura que ésta. Dumbledore es Guardián de los Secretos de la Orden, lo cual quiere decir que nadie puede encontrar el cuartel general a menos que él le diga

personalmente dónde está. Esa nota que Moody te enseñó anoche era de Dumbledore… —Sirius soltó una breve y áspera risa—. Si mis padres vieran para qué estamos utilizando su casa ahora… Bueno, puedes hacerte una idea por los gritos del retrato de mi madre… —Frunció un instante el entrecejo y luego suspiró—. No me importaría tanto si de vez en cuando pudiera salir y hacer algo útil. Le he pedido a Dumbledore que me deje escoltarte el día de la vista, tomando la forma de *Hocicos*, claro; así podría darte un poco de apoyo moral. ¿Qué te parece?

Harry tuvo la sensación de que el estómago se le hundía hasta la polvorienta alfombra. No había vuelto a pensar ni una sola vez en la vista desde la cena de la noche anterior; con la emoción de volver a estar rodeado de la gente que él más quería, y con tantas noticias, no había vuelto a acordarse de aquel asunto pendiente. Sin embargo, cuando Sirius mencionó la vista, volvió a invadirlo un miedo aplastante. Miró a Hermione y a los Weasley, que estaban comiéndose los sandwiches, y pensó en cómo se sentiría si ellos regresaban a Hogwarts sin él.

—No te preocupes —lo tranquilizó Sirius. Harry levantó la cabeza y comprendió que su padrino había estado observándolo—. Estoy seguro de que te absolverán. El Estatuto Internacional del Secreto contempla el uso de la magia para salvar la propia vida.

—Pero si me expulsan —dijo Harry en voz baja—, ¿me dejarás venir aquí y quedarme a vivir contigo?

Sirius esbozó una triste sonrisa.

—Ya veremos.

—Afrontaría mucho mejor la vista si supiera que, pase lo que pase, no tendré que volver con los Dursley —insistió Harry.

—Deben ser realmente odiosos para que prefieras vivir en esta casa —contestó Sirius con tono pesimista.

—Daos prisa vosotros dos, os vais a quedar sin nada —los avisó la señora Weasley.

Sirius suspiró otra vez y echó un vistazo al tapiz; luego Harry y él fueron a reunirse con los demás.

Aquella tarde Harry hizo todo lo posible para no pensar en la vista mientras vaciaban las vitrinas. Por fortuna para él, era un trabajo que requería gran concentración, pues muchos de los objetos que había allí dentro se mostraban muy reacios a abandonar sus polvorientos estantes. Sirius recibió una fuerte mordedura de una caja de rapé de plata; pasados unos segundos, la mano herida había generado una repugnante costra, como una especie de guante marrón muy duro.

—No pasa nada —dijo examinándose la mano con interés antes de darle unos golpecitos con la varita mágica para que la piel volviera a su estado normal—. Dentro debía de haber polvos verrugosos.

Metió la caja en el saco donde iban guardando lo que sacaban de las vitrinas, y poco después Harry vio cómo George se envolvía la mano con un trapo y se guardaba la caja en el bolsillo lleno de *doxys*.

Encontraron un instrumento de plata de aspecto espeluznante, algo parecido a unas pinzas con muchas patas; cuando Harry lo cogió, subió corriendo por su brazo, como una araña, e intentó pincharlo. Sirius lo atrapó y lo aplastó con un pesado libro titulado *La nobleza de la naturaleza: una genealogía mágica.* También había una caja de música que emitía una melodía tintineante y un poco siniestra cuando le dabas cuerda, y de pronto todos se sintieron débiles y soñolientos de una forma muy extraña, hasta que a Ginny se le ocurrió cerrar la tapa de un porrazo; un enorme guardapelo que nadie pudo abrir; varios sellos antiguos; y, en una caja cubierta de polvo, una Orden de Merlín, Primera Clase, concedida al abuelo de Sirius por los «servicios prestados al Ministerio».

—Quiere decir que les dio mucho oro —aclaró Sirius con desprecio, y metió la medalla en el saco de basura.

Kreacher se coló en la habitación varias veces e intentó llevarse cosas en el taparrabos, murmurando terribles maldiciones cada vez que lo pillaban. Cuando Sirius le arrancó de la mano un enorme anillo de oro con el emblema de los Black, Kreacher rompió a llorar de rabia y salió de la habitación sollozando y lanzando contra Sirius unos insultos que Harry nunca había oído.

—Era de mi padre —explicó Sirius, y metió el anillo en el saco—. Kreacher no le tenía tanto aprecio a él como a mi madre, pero la semana pasada lo sorprendí robando unos pantalones suyos.

La señora Weasley los tuvo unos cuantos días trabajando muy duro. Tardaron tres días en descontaminar el salón. Al final los únicos trastos que quedaron fueron el tapiz del árbol genealógico de la familia Black, que resistió todos sus intentos de retirarlo de la pared, y el escritorio vibrante. Moody aún no había aparecido por el cuartel general, de modo que no podían estar seguros de qué había dentro.

Pasaron del salón a un comedor de la planta baja donde encontraron arañas, del tamaño de platos de postre, escondidas en el aparador (Ron salió precipitadamente de la habitación para hacerse una taza de té y no regresó hasta una hora y media más tarde). Sirius, sin miramientos, metió la porcelana, que llevaba el emblema y el lema de los Black, en un saco al que fueron a parar también una serie de fotografías viejas con deslustrados marcos de plata, cuyos ocupantes soltaron agudos gritos al romperse los cristales que los cubrían.

Snape se había referido a su trabajo como «limpieza», pero Harry opinaba que en realidad estaban guerreando contra la casa, que se defendía con uñas y dientes con la ayuda de Kreacher. El elfo doméstico aparecía siempre en el lugar donde se habían

congregado, y sus murmullos de protesta cada vez eran más ofensivos mientras intentaba llevarse cualquier cosa que pudiera de los sacos de basura. Sirius hasta llegó a amenazarlo con darle una prenda, pero Kreacher lo miró fijamente con sus ojos vidriosos y dijo: «El amo puede hacer lo que quiera»; luego se dio la vuelta y farfulló de modo que todos pudieran oírlo: «Pero el amo no echará a Kreacher, no, porque Kreacher sabe lo que están tramando, oh, sí, están conspirando contra el Señor Tenebroso, sí, con estos sangre sucia y traidores y escoria…»

Al oír tales palabras, Sirius, sin hacer caso de las protestas de Hermione, agarró a Kreacher por la parte de atrás del taparrabos y lo sacó a la fuerza de la habitación.

El timbre de la puerta sonaba varias veces al día, y ésa era la señal para que la madre de Sirius se pusiera a gritar de nuevo, y para que Harry y los demás intentaran escuchar lo que decía el visitante, aunque podían deducir muy poco a partir de las fugaces imágenes y de los breves fragmentos de conversación que captaban, antes de que la señora Weasley los hiciera volver a sus tareas. Snape entró y salió de la casa varias veces más, aunque para gran alivio de Harry nunca se encontraron cara a cara; Harry también vio a la profesora McGonagall, de Transformaciones, que estaba muy rara con un vestido y un abrigo de *muggle*, y que al parecer también estaba demasiado ocupada para entretenerse mucho. A veces, sin embargo, los visitantes se quedaban para echar una mano. Tonks se quedó con ellos una tarde memorable en la que encontraron un viejo *ghoul* de instintos asesinos escondido en un cuarto de baño del piso superior, y Lupin, que vivía en la casa con Sirius pero pasaba largos periodos fuera, realizando misteriosas misiones para la Orden, los ayudó a reparar un reloj de pie que había desarrollado la desagradable costumbre de lanzarse contra quien pasara por delante de él. Mundungus se reconcilió un poco con la señora Weasley al rescatar a Ron de unas viejas túnicas de color morado que intentaron estrangularlo cuando las sacó de su armario.

Pese a que seguía durmiendo muy mal, pues todavía soñaba con pasillos y puertas cerradas con llave que hacían que le picara la cicatriz, Harry estaba pasándoselo bien por primera vez aquel verano. Mientras estaba ocupado se sentía contento; pero una vez terminadas las tareas, y tan pronto como bajaba la guardia o, agotado, se tumbaba en la cama y se quedaba mirando las sombras borrosas que se movían por el techo, volvía a acordarse de la vista del Ministerio que se avecinaba. El miedo lo atenazaba cada vez que se preguntaba qué sería de él si lo expulsaban de Hogwarts. Esa idea era tan terrible que no se atrevía a expresarla en voz alta, ni siquiera delante de Ron y Hermione, a los que Harry veía a menudo susurrando y mirándolo disimuladamente con expresión de tristeza, aunque seguían su ejemplo y no mencionaban aquel tema. A veces no podía impedir que su imaginación le hiciera ver a un funcionario sin rostro del Ministerio partiendo su varita mágica por la mitad y ordenándole que regresara a casa de los Dursley… Pero Harry no pensaba volver allí. Estaba decidido.

Regresaría a Grimmauld Place y viviría con Sirius.

El miércoles por la noche, durante la cena, notó como si un ladrillo hubiera caído dentro de su estómago cuando la señora Weasley se volvió hacia él y, con voz queda, dijo:

—Te he planchado tu mejor ropa para mañana por la mañana, Harry, y quiero que esta noche te laves el pelo. Una buena primera impresión puede hacer maravillas.

Ron, Hermione, Fred, George y Ginny dejaron de hablar y miraron a Harry. Éste asintió con la cabeza e intentó seguir comiéndose la chuleta, pero se le había quedado la boca tan seca que no podía masticar.

—¿Cómo voy a ir hasta allí? —le preguntó a la señora Weasley intentando adoptar un tono despreocupado.

—Te llevará Arthur cuando vaya a trabajar —contestó ella con dulzura.

El señor Weasley, que estaba sentado al otro lado de la mesa, sonrió para animar a Harry.

Éste miró a Sirius, pero antes de que pudiera formular la pregunta, la señora Weasley ya la había respondido.

—El profesor Dumbledore no cree que sea buena idea que Sirius vaya contigo, y he de decir que yo…

—… opino que tiene mucha razón —continuó Sirius entre dientes.

La señora Weasley frunció los labios.

—¿Cuándo te ha dicho Dumbledore eso? —preguntó Harry mirando a Sirius.

—Vino anoche, cuando tú estabas acostado —terció el señor Weasley.

Sirius, malhumorado, clavó el tenedor en una patata. Harry bajó la vista y la fijó en su plato. Saber que Dumbledore había estado en aquella casa la víspera de su vista y no había ido a verlo hizo que se sintiera aún peor, si eso era posible.

7
El Ministerio de Magia

A la mañana siguiente, Harry despertó de golpe a las cinco, como si alguien le hubiera gritado en la oreja. Se quedó unos instantes tumbado, inmóvil, mientras la perspectiva de la vista disciplinaria llenaba cada diminuta partícula de su cerebro; luego, incapaz de soportarlo más, saltó de la cama y se puso las gafas. La señora Weasley le había dejado los vaqueros y una camiseta lavados y planchados a los pies de la cama. Harry se vistió. El cuadro vacío de la pared rió por lo bajo.

Ron estaba tirado en la cama, con la boca muy abierta, profundamente dormido. Ni siquiera se movió cuando Harry cruzó la habitación, salió al rellano y cerró la puerta sin hacer ruido. Procurando no pensar en la próxima vez que vería a Ron, cuando quizá ya no fueran compañeros de clase en Hogwarts, Harry bajó la escalera, pasó por delante de los antepasados de Kreacher y se dirigió a la cocina.

Se había imaginado que la encontraría vacía, pero cuando llegó a la puerta oyó un débil murmullo de voces al otro lado. Abrió y vio al señor y a la señora Weasley, Sirius, Lupin y Tonks sentados a la mesa como si estuvieran esperándolo. Todos estaban vestidos para salir, excepto la señora Weasley, que llevaba una bata acolchada de color morado. La mujer se puso en pie de un brinco en cuanto Harry entró en la

cocina.

—Desayuno —dijo, y sacó su varita y corrió hacia el fuego.

—B-buenos días, Harry —lo saludó Tonks con un bostezo. Esa mañana tenía el pelo rubio y rizado—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

—Yo no he pe-pegado ojo —comentó ella con otro bostezo que la hizo estremecerse—. Ven y siéntate…

Apartó una silla, y al hacerlo derribó la de al lado.

—¿Qué te apetece comer, Harry? —le preguntó la señora Weasley—. ¿Gachas de avena? ¿Bollos? ¿Arenques ahumados? ¿Huevos con beicon? ¿Tostadas?

—Tostadas, gracias.

Lupin miró a Harry y luego, dirigiéndose a Tonks, le dijo:

—¿Qué decías de Scrimgeour?

—¡Ah, sí! Bueno, que tendremos que ir con cuidado; ha estado haciéndonos preguntas raras a Kingsley y a mí…

Harry agradeció que no le pidieran que participara en la conversación. Tenía el estómago revuelto. La señora Weasley le puso delante un par de tostadas con mermelada; Harry intentó comer, pero era como si masticara un trozo de alfombra. La señora Weasley se sentó a su lado y empezó a arreglarle la camiseta, escondiéndole la etiqueta y alisándole las arrugas de los hombros. Harry habría preferido que no lo hiciera.

—…y tendré que decirle a Dumbledore que mañana no podré hacer el turno de noche, estoy demasiado ca-cansada —terminó Tonks, bostezando otra vez.

—Ya te cubriré yo —se ofreció el señor Weasley—. No me importa, y de todos modos tengo que terminar un informe…

El señor Weasley no llevaba ropa de mago, sino unos pantalones de raya diplomática y una cazadora. Cuando terminó de hablar con Tonks miró a Harry.

—¿Cómo te sientes? —El muchacho se encogió de hombros—. Pronto habrá terminado todo —le aseguró con optimismo—. Dentro de unas horas estarás absuelto. —Harry no dijo nada—. La vista se celebrará en mi planta, en el despacho de Amelia Bones. Es la jefa del Departamento de Seguridad Mágica, y la encargada de interrogarte.

—Amelia Bones es buena persona, Harry —afirmó Tonks con seriedad—. Es justa y te escuchará.

Harry asintió con la cabeza; seguía sin ocurrírsele nada que decir.

—No pierdas la calma —intervino Sirius—. Sé educado y cíñete a los hechos.

Harry volvió a asentir.

—La ley está de nuestra parte —comentó Lupin con voz queda—. Hasta los magos menores de edad están autorizados a utilizar la magia en situaciones de peligro

para su vida.

Harry tuvo la sensación de que algo muy frío goteaba por su espalda; al principio creyó que alguien estaba haciéndole un encantamiento desilusionador, pero entonces se dio cuenta de que era la señora Weasley, que intentaba peinarlo con un peine mojado. Le aplastaba con fuerza el pelo contra la coronilla, pero éste volvía a erizarse enseguida.

—¿No hay forma de aplastarlo? —preguntó desesperada.

Harry negó con la cabeza.

El señor Weasley consultó su reloj y miró al chico.

—Creo que deberíamos irnos ya —dijo—. Es un poco pronto, pero estarás mejor en el Ministerio que aquí, sin hacer nada.

—Vale —contestó Harry automáticamente; dejó la tostada en el plato y se puso en pie.

—Todo irá bien, Harry —aseguró Tonks, y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Buena suerte —le deseó Lupin—. Estoy convencido de que todo saldrá bien.

—Y si no —añadió Sirius con gravedad—, ya me encargaré yo de Amelia Bones…

Harry esbozó una tímida sonrisa. La señora Weasley lo abrazó.

—Todos cruzaremos los dedos —afirmó.

—Bueno… Hasta luego —dijo Harry.

Subió con el señor Weasley al vestíbulo y oyó cómo la madre de Sirius gruñía en sueños detrás de las cortinas de su retrato. El señor Weasley abrió la puerta de la calle y salieron al frío y gris amanecer.

—Normalmente usted no va al trabajo andando, ¿verdad? —le preguntó cuando empezaron a caminar a buen paso bordeando la plaza.

—No, suelo aparecerme —respondió el señor Weasley—, pero evidentemente tú no puedes aparecerte, y creo que lo mejor es que lleguemos de forma no mágica. Así causarás mejor impresión, dado el motivo por el que te han sancionado…

Mientras caminaban, el señor Weasley llevaba una mano dentro de la cazadora. Harry sabía que en esa mano llevaba la varita. Las calles, de aspecto abandonado, estaban casi desiertas, pero cuando llegaron a la desangelada estación de metro la encontraron llena de gente madrugadora que iba al trabajo. Como le ocurría siempre que se hallaba rodeado de *muggles* que realizaban su rutina diaria, el señor Weasley a duras penas podía contener su entusiasmo.

—Sencillamente fabuloso —susurró, señalando los dispensadores automáticos de billetes—. Maravillosamente ingenioso.

—No funcionan —observó Harry señalando el letrero.

—Ya, pero aun así… —dijo el señor Weasley contemplándolos con una sonrisa radiante.

Le compraron los billetes a un soñoliento empleado (Harry se encargó de la transacción porque el señor Weasley no manejaba muy bien el dinero *muggle*), y cinco minutos más tarde subieron al tren, que los llevó traqueteando hacia el centro de Londres. El señor Weasley no paraba de consultar con ansiedad el plano del metro que había encima de las ventanas.

—Cuatro paradas más, Harry… Ahora quedan tres paradas… Sólo dos paradas, Harry…

Bajaron en una estación del centro de Londres y se vieron arrastrados por una marea de hombres vestidos con traje y corbata y de mujeres con maletines. Subieron por la escalera mecánica, pasaron por el torniquete (al señor Weasley le encantó cómo la máquina se tragaba su billete) y salieron a una ancha calle con mucho tráfico e imponentes edificios a ambos lados.

—¿Dónde estamos? —preguntó el señor Weasley, desorientado, y por un instante Harry creyó que habían bajado en una estación equivocada, a pesar de las continuas consultas del señor Weasley en el plano; pero entonces el hombre exclamó—: ¡Ah, sí! Por aquí, Harry. —Y lo guió por una calle lateral—. Lo siento —añadió—, pero nunca voy al Ministerio en metro, y desde la perspectiva *muggle* todo parece muy diferente. De hecho, nunca he utilizado la entrada de visitantes.

Cuanto más avanzaban, más pequeños y menos imponentes eran los edificios, hasta que al final llegaron a una calle donde había varias oficinas de aspecto destartalado, un pub y un contenedor rebosante de basura. Harry esperaba un emplazamiento mucho más impresionante para el Ministerio de Magia.

—Ya hemos llegado —afirmó, muy alegre, el señor Weasley, y señaló una vieja cabina telefónica roja a la que le faltaban varios cristales, situada frente a una pared cubierta de grafitis—. Después de ti, Harry —dijo, y abrió la puerta de la cabina.

Harry entró preguntándose qué demonios significaba aquello. El señor Weasley entró también, se apretujó contra él y cerró la puerta. Había muy poco espacio; Harry estaba pegado contra el teléfono, que colgaba torcido de la pared, como si un gamberro hubiera intentado arrancarlo. El señor Weasley estiró un brazo y cogió el auricular.

—Señor Weasley, creo que esto tampoco funciona —dijo Harry.

—No, no, seguro que funciona —respondió el hombre levantando el auricular por encima de su cabeza y mirando el disco del teléfono con los ojos entornados—. Veamos… Seis… —Marcó el número—. Dos… cuatro… y otro cuatro… y otro dos…

Cuando el disco hubo recuperado la posición inicial, con un suave zumbido, una gélida voz femenina sonó dentro de la cabina telefónica, pero no salía por el auricular que el señor Weasley tenía en la mano, sino que sonaba con fuerza y claridad, como si una mujer invisible estuviera allí dentro con ellos.

—Bienvenido al Ministerio de Magia. Por favor, diga su nombre y el motivo de su visita.

—Esto… —empezó el señor Weasley sin saber si tenía que hablar por el auricular o no. Lo solucionó acercándose el micrófono a la oreja—. Arthur Weasley, Oficina Contra el Uso Indebido de Artefactos *Muggles*. He llegado escoltando a Harry Potter, que tiene que presentarse a una vista disciplinaria…

—Gracias —contestó la gélida voz femenina—. Visitante, coja la chapa y colóquesela en la ropa en un lugar visible, por favor.

Se oyó un chasquido y un tintineo, y Harry vio que algo resbalaba por la rampa metálica por donde normalmente salían las monedas devueltas. Lo cogió y comprobó que era una chapa cuadrada de plata con la inscripción: «Harry Potter, vista disciplinaria.» Se la enganchó en la camiseta, y entonces la voz femenina dijo:

—Visitante del Ministerio, tendrá que someterse a un cacheo y entregar su varita mágica en el mostrador de seguridad, que se encuentra al final del Atrio.

El suelo de la cabina telefónica se estremeció. Estaban hundiéndose poco a poco. Harry miró con aprensión cómo la acera parecía elevarse al otro lado de las ventanas de cristal de la cabina hasta que se quedaron a oscuras por completo. Entonces ya no vio nada; sólo oía un monótono chirrido, mientras la cabina telefónica seguía hundiéndose en la tierra. Pasado más o menos un minuto, que a Harry se le hizo larguísimo, un resquicio de luz dorada le iluminó los pies, luego fue creciendo de tamaño y subió por el cuerpo de Harry hasta que le dio en la cara; el muchacho tuvo que parpadear para que no le lloraran los ojos.

—El Ministerio de Magia les desea un buen día —los saludó la voz de mujer.

La puerta de la cabina telefónica se abrió sola y el señor Weasley salió seguido de Harry, que tenía la boca abierta.

Se encontraban al final de un larguísimo y espléndido vestíbulo con el suelo de madera oscura muy brillante. En el techo, de color azul eléctrico, había incrustaciones de relucientes símbolos dorados que se movían y cambiaban continuamente, como un inmenso tablón de anuncios celeste. Las paredes del vestíbulo estaban recubiertas de pulida y oscura madera, y en ellas había varias chimeneas doradas. De vez en cuando, una bruja o un mago salía por una de las chimeneas de la pared de la izquierda con un débil ruido. Ante las chimeneas de la pared de la derecha estaban formándose reducidas colas de brujas y de magos que esperaban para entrar.

Hacia la mitad del vestíbulo había una fuente. Un grupo de estatuas doradas, de tamaño superior al natural, se alzaban en el centro de un estanque circular. La figura más alta de todas era la de un mago de aspecto noble, cuya varita señalaba al cielo. A su alrededor había una hermosa bruja, un centauro, un duende y un elfo doméstico. Los tres últimos miraban con adoración a la bruja y al mago, de cuyas varitas salían unos fastuosos chorros de agua, así como del extremo de la flecha del centauro, de la

punta del sombrero del duende y de las orejas del elfo doméstico. El tintineante silbido del agua al caer se unía al ruido que hacía la gente al aparecerse (algo así como ¡crac! y ¡paf!) y al de los pasos de cientos de brujas y de magos, la mayoría de los cuales ofrecían el apesadumbrado aspecto de los madrugadores, que se dirigían hacia unas puertas doradas que había al fondo del vestíbulo.

—Por aquí —indicó el señor Weasley.

Se unieron a la multitud y avanzaron entre los empleados del Ministerio, algunos de los cuales transportaban tambaleantes pilas de pergaminos; otros, por su parte, llevaban gastados maletines, y unos cuantos iban leyendo *El Profeta* mientras andaban. Al pasar junto a la fuente, Harry vio *Sickles* de plata y *Knuts* de bronce que destellaban en el fondo del estanque. Un pequeño y emborronado letrero decía:

TODO LO RECAUDADO POR LA FUENTE DE LOS HERMANOS MÁGICOS SERÁ DESTINADO AL HOSPITAL SAN MUNGO DE ENFERMEDADES Y HERIDAS MÁGICAS.

«Si no me expulsan de Hogwarts, donaré diez galeones», se sorprendió pensando Harry, desesperado.

—Por aquí —volvió a indicar el señor Weasley, y se separaron de la avalancha de empleados del Ministerio que iban hacia las puertas doradas. A la izquierda, sentado a una mesa, bajo un letrero que rezaba «Seguridad», había un mago muy mal afeitado y vestido con una túnica de color azul eléctrico, que levantó la cabeza al ver que se acercaban y dejó de leer *El Profeta.*

—Estoy escoltando a un visitante —dijo el señor Weasley, y señaló a Harry.

—Acérquese —le ordenó el mago al muchacho con voz de aburrimiento.

Harry obedeció y el hombre levantó una varilla larga y dorada, delgada y flexible como la antena de un coche, y se la pasó a Harry por delante y por detrás, recorriéndole todo el cuerpo.

—La varita —le gruñó a continuación el mago de seguridad, tras dejar el instrumento dorado y tender una mano con la palma hacia arriba.

Harry se la entregó. El mago la dejó caer sobre un extraño instrumento de latón que parecía una balanza con un único platillo. El aparato empezó a vibrar, y de una ranura que tenía en la base salió un estrecho trozo de pergamino. El mago lo arrancó y leyó lo que había escrito en él:

—Veintiocho centímetros, núcleo central de pluma de fénix, cuatro años en uso. ¿Correcto?

—Sí —afirmó Harry, nervioso.

—Yo me quedo esto —dijo el mago clavando el trozo de pergamino en un

pequeño pinchapapeles de latón—. Usted se queda la varita —añadió, y le devolvió la varita a Harry.

—Gracias.

—Un momento… —empezó a decir con lentitud el mago.

Se había fijado en la chapa de plata de visitante que Harry llevaba prendida en el pecho, pero ahora le miraba la frente.

—Gracias, Eric —dijo el señor Weasley con firmeza, y agarrando a Harry por el hombro lo apartó de la mesa y volvieron a mezclarse con la multitud de magos y de brujas que cruzaban las puertas doradas.

Empujado por la gente, Harry siguió al señor Weasley por las puertas que conducían a un vestíbulo más pequeño donde había, por lo menos, veinte ascensores detrás de unas rejas de oro labrado. Harry y el señor Weasley se unieron a un grupito que estaba reunido frente a uno de ellos. Cerca de allí había un corpulento y barbudo mago que llevaba en las manos una gran caja de cartón que emitía unos desagradables ruidos.

—¿Va todo bien, Arthur? —preguntó el mago saludando con la cabeza al señor Weasley.

—¿Qué llevas ahí, Bob? —inquirió éste mirando la caja.

—No estamos seguros —contestó el mago con seriedad—. Creíamos que se trataba de una gallina normal y corriente hasta que empezó a echar fuego por la boca. Yo diría que nos encontramos ante un caso grave de violación de la Prohibición de la Reproducción Experimental.

Entre fuertes traqueteos y sacudidas, un ascensor descendió ante ellos; la reja dorada se movió hacia un lado, y Harry y el señor Weasley entraron en el ascensor con los demás. Harry se encontró de pronto apretujado contra la pared del fondo. Varias brujas y magos lo observaban con curiosidad; él se quedó contemplando el suelo para evitar las miradas de la gente y se alisó el flequillo. La reja se cerró con un estruendo y el ascensor empezó a subir poco a poco, con un golpeteo de cadenas, mientras volvía a escucharse aquella gélida voz femenina que Harry había oído en la cabina telefónica.

—Séptima planta, Departamento de Deportes y Juegos Mágicos, que incluye el Cuartel General de la Liga de *Quidditch* de Gran Bretaña e Irlanda, el Club Oficial de *Gobstones* y la Oficina de Patentes Descabelladas.

Se abrieron las puertas del ascensor. Harry alcanzó a ver un desordenado pasillo en el que había varios carteles torcidos de equipos de *quidditch* colgados en las paredes. Uno de los magos que iba en el ascensor, que llevaba un montón de escobas, salió con cierta dificultad y desapareció por allí. Las puertas se cerraron de nuevo y el ascensor dio una sacudida, pero siguió subiendo mientras la voz de mujer anunciaba:

—Sexta planta, Departamento de Transportes Mágicos, que incluye la Dirección

de la Red Flu, el Consejo Regulador de Escobas, la Oficina de Trasladores y el Centro Examinador de Aparición.

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse y salieron cuatro o cinco ocupantes; al mismo tiempo, varios aviones de papel entraron volando. Harry se quedó mirándolos mientras revoloteaban tranquilamente por encima de su cabeza; eran de color violeta claro y llevaban estampado el sello de «Ministerio de Magia» en el borde de las alas.

—Sólo son memorándum interdepartamentales —le explicó el señor Weasley en voz baja—. Antes utilizábamos lechuzas, pero era un verdadero problema porque las mesas acababan cubiertas de excrementos…

Siguieron subiendo con el mismo traqueteo metálico, mientras los memorándum revoloteaban alrededor de la lámpara que colgaba del techo del ascensor.

—Quinta planta, Departamento de Cooperación Mágica Internacional, que incluye el Organismo Internacional de Normas de Instrucción Mágica, la Oficina Internacional de Ley Mágica y la Confederación Internacional de Magos, Sede Británica.

Cuando se abrieron otra vez las puertas, dos memorándum salieron disparados junto con unos cuantos ocupantes más del ascensor, pero entraron otros documentos que se pusieron a volar alrededor de la lámpara, cuya luz empezó a parpadear y a brillar sobre sus cabezas.

—Cuarta planta, Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas, que incluye las Divisiones de Bestias, Seres y Espíritus, la Oficina de Coordinación de los Duendes y la Agencia Consultiva de Plagas.

—Perdón —se disculpó el mago que llevaba la gallina que echaba fuego por la boca, y salió del ascensor seguido de una pequeña bandada de memorándum. Las puertas se cerraron una vez más.

—Tercera planta, Departamento de Accidentes y Catástrofes en el Mundo de la Magia, que incluye el Equipo de Reversión de Accidentes Mágicos, el Cuartel General de Desmemorizadores y el Comité de Excusas para los *Muggles*.

En esa planta salieron todos, excepto el señor Weasley, Harry y una bruja que iba leyendo un trozo de pergamino larguísimo que llegaba hasta el suelo. El resto de los memorándum siguieron volando alrededor de la lámpara mientras el ascensor subía otra vez; por fin, se abrieron las puertas y la voz anunció:

—Segunda planta, Departamento de Seguridad Mágica, que incluye la Oficina Contra el Uso Indebido de la Magia, el Cuartel General de *aurores* y los Servicios Administrativos del Wizengamot.

—Es aquí, Harry —indicó el señor Weasley, y salieron del ascensor, junto con la bruja, a un pasillo con puertas a ambos lados—. Mi despacho está al otro lado de esta planta.

—Señor Weasley —dijo Harry cuando pasaban por delante de una ventana por la que entraba la luz del sol—, ¿estamos todavía bajo tierra?

—Sí —confirmó el señor Weasley—. Esas ventanas están encantadas. El Servicio de Mantenimiento Mágico decide el tiempo que tenemos cada día. La última vez que los de ese servicio andaban detrás de un aumento de sueldo, tuvimos dos meses seguidos de huracanes… Por aquí, Harry.

Doblaron una esquina, pasaron por unas gruesas puertas dobles de roble y salieron a una zona, espaciosa pero desordenada, dividida en cubículos de los que surgía un intenso murmullo de voces y risas. Los memorándum entraban y salían volando como cohetes en miniatura. Un letrero torcido, colgado en la puerta del cubículo más cercano, decía: «Cuartel General de *aurores*.»

Harry miró con disimulo por la puerta al pasar por delante. Los *aurores* habían cubierto las paredes con fotografías de sus familias y de los magos más buscados, carteles de sus equipos de *quidditch* favoritos y artículos de *El Profeta*. Dentro había un individuo, con una túnica de color escarlata y una coleta más larga que la de Bill, que estaba sentado con las botas encima de la mesa dictándole un informe a su pluma. Un poco más allá, una bruja con un parche en un ojo hablaba con Kingsley Shacklebolt por encima de la pared de su compartimento.

—Buenos días, Weasley —lo saludó Kingsley con desgano cuando se acercaron a él—. Quiero hablar contigo, ¿tienes un momento?

—Si sólo es un momento, sí —contestó el señor Weasley—. Tengo mucha prisa.

Hablaban como si apenas se conocieran, y cuando Harry despegó los labios para saludar a Kingsley, el señor Weasley le dio un pisotón. Siguieron a Kingsley por un pasillo hasta llegar al último cubículo.

Harry sufrió una pequeña conmoción, pues la cara de Sirius lo miraba pestañeando desde todas las paredes, cubiertas de recortes de periódico y viejas fotografías, incluida una de Sirius haciendo de padrino en la boda de los Potter. El único espacio donde no aparecía la cara de Sirius era el que ocupaba un mapamundi en el que había clavados pequeños alfileres rojos que relucían como joyas.

—Toma —le dijo Kingsley con brusquedad al señor Weasley, poniéndole un fajo de pergaminos en las manos—. Necesito toda la información que puedas conseguir sobre vehículos *muggles* voladores avistados en los doce últimos meses. Hemos recibido información de que Black podría seguir utilizando su vieja motocicleta. —Kingsley le hizo un enorme guiño a Harry y añadió en un susurro—: Dale la revista, quizá la encuentre interesante. —Luego, hablando otra vez en un tono de voz normal, añadió—: Y no tardes demasiado, Weasley, el retraso en aquel informe sobre armas de juego tuvo la investigación en suspenso durante más de un mes.

—Si hubieras leído mi informe sabrías que la expresión es «armas de fuego» —respondió el señor Weasley fríamente—. Y me temo que si buscas información sobre

motocicletas tendrás que esperar, porque ahora estamos muy ocupados. —Bajó la voz y dijo—: A ver si puedes salir antes de las siete; Molly va a hacer albóndigas.

Le hizo señas a Harry y lo sacó del cubículo de Kingsley; pasaron por otras puertas de roble, recorrieron otro pasillo, torcieron a la izquierda, desfilaron por otro pasillo más, torcieron a la derecha por un nuevo pasillo, mal iluminado y feo, y por fin se encontraron ante una pared; a la izquierda había una puerta entornada que dejaba entrever un armario de escobas, y a la derecha otra puerta con una placa de latón deslustrada que decía: «Uso Indebido de Artefactos *Muggles*.»

El sombrío despacho del señor Weasley parecía un poco más pequeño que el armario de las escobas. Dentro había dos mesas apretujadas, y apenas quedaba espacio para moverse a su alrededor por culpa de los rebosantes archivadores que cubrían las paredes, encima de los cuales había montones de documentos en precario equilibrio. El poco espacio libre de la pared delataba las obsesiones del señor Weasley, pues estaba lleno de varios carteles de coches, entre ellos uno de un motor desmontado, dos ilustraciones de buzones que parecían recortadas de libros infantiles y un diagrama que mostraba cómo montar un enchufe.

Encima de la desbordada bandeja que contenía la correspondencia sin abrir del señor Weasley, se hallaba una vieja tostadora que hipaba con desconsuelo y un par de guantes de piel vacíos que movían los pulgares. Junto a la bandeja había una fotografía de la familia Weasley. Harry se fijó en que Percy, al parecer, había salido de ella.

—No tenemos ventana —se disculpó el señor Weasley al mismo tiempo que se quitaba la cazadora y la colgaba del respaldo de su silla—. La hemos pedido, pero por lo visto no creen que la necesitemos. Siéntate, Harry, veo que Perkins todavía no ha llegado.

Harry se sentó en la silla que había detrás de la mesa de Perkins mientras el señor Weasley daba un vistazo al fajo de pergaminos que le había entregado Kingsley Shacklebolt.

—¡Ah! —dijo, sonriendo, y extrajo del montón un ejemplar de la revista *El Quisquilloso*—, sí… —Se puso a hojear la revista—. Sí, Kingsley tiene razón, seguro que Sirius encuentra esto muy divertido. ¡Vaya! ¿Qué será eso?

Un memorándum entró volando por la puerta abierta y se posó encima de la tostadora hipante. El señor Weasley lo desdobló y lo leyó en voz alta:

—«Tercer inodoro público regurgitante denunciado en Bethnal Green; por favor, investiguen de inmediato.» Esto ya es demasiado…

—¿Un inodoro regurgitante?

—Bromistas *antimuggles* —explicó el señor Weasley frunciendo el entrecejo—. La semana pasada tuvimos dos, uno en Wimbledon y otro en Elephant and Castle. Los *muggles* tiran de la cadena y en lugar de desaparecer todo… Bueno, ya te lo

imaginas. Los pobres llaman a esos… sonajeros, creo que se llaman, ya sabes, los que arreglan sus cañerías y esas cosas.

—¿Fontaneros?

—Eso es, pero, como es lógico, no saben qué hacer. Espero que podamos atrapar al responsable.

—¿Se encargan los *aurores* de buscarlo?

—Oh, no, esto es demasiado trivial para los *aurores*; lo hará la Patrulla de Seguridad Mágica. Ah, Harry, te presento a Perkins.

Un anciano mago, encorvado y de aspecto tímido, que lucía un suave y sedoso cabello blanco, acababa de entrar en la habitación jadeando.

—¡Oh, Arthur! —exclamó desesperadamente sin mirar a Harry—. Por fin te encuentro, no sabía qué hacer, si esperarte aquí o no. He enviado una lechuza a tu casa, pero veo que no la has recibido. Hace diez minutos llegó un mensaje urgente…

—Ya sé, lo del inodoro regurgitante —comentó el señor Weasley.

—No, no, no es el inodoro, es la vista de ese chico, Potter. Han cambiado la hora y el lugar: empieza a las ocho en punto y se celebra abajo, en la vieja sala número diez del tribunal…

—En la vieja sala… Pero si a mí me dijeron… ¡Por las barbas de Merlín! —El señor Weasley consultó su reloj, soltó un grito y se levantó de un brinco de la silla—. ¡Rápido, Harry, hace cinco minutos que deberíamos estar allí!

Perkins se pegó a los archivadores mientras el señor Weasley salía corriendo del despacho con Harry pisándole los talones.

—¿Por qué han cambiado la hora? —preguntó éste, casi sin aliento, mientras pasaban a toda velocidad por delante de los cubículos de los *aurores*; la gente asomaba la cabeza y se quedaba mirándolos. Harry tenía la sensación de que se había dejado las tripas en la mesa de Perkins.

—¡No tengo ni idea, pero menos mal que hemos venido con tiempo; si no te hubieras presentado habría sido catastrófico! —El señor Weasley se detuvo patinando junto a los ascensores y pulsó con impaciencia el botón de «Bajar»—. ¡Vamos!

Apareció el ascensor, acompañado de fuertes ruidos metálicos, y subieron en él rápidamente. Cada vez que el ascensor se detenía en una planta, el señor Weasley se ponía a maldecir, furioso, y aporreaba el botón número nueve.

—Esas salas del tribunal no se utilizan desde hace años —explicó el señor Weasley con enojo—. No sé cómo se les ha ocurrido celebrar la vista allí, a menos que… Pero no…

Una bruja regordeta, que llevaba una copa humeante, entró en ese momento en el ascensor, y el señor Weasley no dio más explicaciones.

—El Atrio —dijo la gélida voz femenina, y las rejas doradas se abrieron mostrando a Harry una lejana vista de las estatuas doradas de la fuente. La bruja

regordeta salió del ascensor, y entró un mago de piel cetrina y rostro muy triste.

—Buenos días, Arthur —saludó con voz sepulcral mientras el ascensor empezaba a descender de nuevo—. No se te ve mucho por aquí abajo.

—Es un asunto urgente, Bode —dijo el señor Weasley, que se balanceaba sobre la punta de los pies y lanzaba nerviosas miradas a Harry.

—¡Ah, sí! —exclamó Bode mirando a Harry sin pestañear—. Claro.

Harry ya no era capaz de experimentar más emociones, pero la imperturbable mirada de Bode no hizo que se sintiera muy cómodo.

—Departamento de Misterios —anunció la voz femenina, y no dijo nada más.

—Rápido, Harry —lo apremió el señor Weasley cuando las puertas del ascensor se abrieron, y entonces echaron a correr por un pasillo muy distinto de los superiores.

Las paredes estaban desnudas; no había ventanas ni puertas, aparte de una, negra y sencilla, situada al final. Harry pensó que entrarían por ella, pero el señor Weasley lo agarró por un brazo y lo arrastró hacia la izquierda, donde había una abertura que conducía a unos escalones.

—Por aquí, por aquí —indicó el señor Weasley, jadeante, bajando los escalones de dos en dos—. El ascensor no llega tan abajo… ¿Por qué la celebrarán aquí?

Llegaron al final de los escalones y corrieron por un nuevo pasillo muy parecido al que conducía a la mazmorra de Snape en Hogwarts, con bastas paredes de piedra en las que había soportes con antorchas. Las puertas de ese pasillo eran de madera muy gruesa, con cerrojos y cerraduras de hierro.

—Sala… diez… Creo que… Ya casi… Sí.

El señor Weasley se detuvo frente a una sucia y oscura puerta con un inmenso cerrojo de hierro y se apoyó en la pared, llevándose una mano al pecho, donde notaba una fuerte punzada.

—Adelante —dijo entrecortadamente, señalando la puerta con el pulgar—. Entra.

—¿Usted no… entra… conmigo?

—No, no, yo no estoy autorizado. ¡Buena suerte!

El corazón de Harry latía con violencia contra su nuez. Tragó saliva, giró el pesado pomo de hierro de la puerta y entró en la sala del tribunal.

8
La vista

Harry no pudo contener un grito de asombro. La enorme mazmorra en la que había entrado le resultaba espantosamente familiar. No sólo la había visto antes, sino que había estado allí. Era el lugar que había visitado dentro del *pensadero* de Dumbledore, donde había visto cómo sentenciaban a los Lestrange a cadena perpetua en Azkaban.

Las paredes eran de piedra oscura, y las antorchas apenas las iluminaban. Había gradas vacías a ambos lados, pero enfrente, en los bancos más altos, había muchas figuras entre sombras. Estaban hablando en voz baja, pero cuando la gruesa puerta se cerró detrás de Harry se hizo un tremendo silencio.

Una fría voz masculina resonó en la sala del tribunal:

—Llegas tarde.

—Lo siento —se disculpó Harry, nervioso—. No… no sabía que habían cambiado la hora y el lugar.

—De eso no tiene la culpa el Wizengamot —dijo la voz—. Esta mañana te hemos enviado una lechuza. Siéntate.

Harry miró la silla que había en el centro de la sala, que tenía los reposabrazos

cubiertos de cadenas. Había visto cómo aquellas cadenas cobraban vida y ataban a la persona que se había sentado en la silla. Echó a andar por el suelo de piedra y sus pasos produjeron un fuerte eco. Cuando se sentó, con cautela, en el borde de la silla, las cadenas tintinearon amenazadoramente, pero no lo ataron. Estaba muy mareado, a pesar de lo cual miró a la gente que estaba sentada en los bancos de enfrente.

Había unas cincuenta personas que, por lo que pudo observar, llevaban túnicas de color morado con una ornamentada «W» de plata en el lado izquierdo del pecho; todas lo miraban fijamente, algunas con expresión muy adusta, y otras con franca curiosidad.

En medio de la primera fila estaba Cornelius Fudge, el ministro de Magia. Fudge era un hombre corpulento que solía llevar un bombín de color verde lima, aunque ese día no se lo había puesto; tampoco lucía aquella sonrisa indulgente que le había dedicado a Harry cuando en una ocasión habló con él. Una bruja de mandíbula cuadrada y con el pelo gris muy corto estaba sentada a la izquierda de Fudge; llevaba un monóculo y su aspecto era verdaderamente severo. A la derecha de Fudge había otra bruja, pero estaba sentada con la espalda apoyada en el respaldo del banco, de manera que su rostro quedaba en sombras.

—Muy bien —dijo Fudge—. Hallándose presente el acusado, por fin podemos empezar. ¿Están preparados? —preguntó a las demás personas que ocupaban el banco.

—Sí, señor —respondió una voz ansiosa que Harry reconoció al instante.

Era Percy, el hermano de Ron, que estaba sentado al final del banco de la primera fila. Harry miró a Percy esperando ver en su rostro alguna señal de reconocimiento, pero no la encontró. Percy tenía los ojos clavados en su pergamino, y una pluma preparada en la mano.

—Vista disciplinaria del doce de agosto —comenzó Fudge con voz sonora, y Percy empezó a tomar notas de inmediato— por el delito contra el Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad y contra el Estatuto Internacional del Secreto de los Brujos, cometido por Harry James Potter, residente en el número cuatro de Privet Drive, Little Whinging, Surrey.

»Interrogadores: Cornelius Oswald Fudge, ministro de Magia; Amelia Susan Bones, jefa del Departamento de Seguridad Mágica; Dolores Jane Umbridge, subsecretaria del ministro. Escribiente del tribunal, Percy Ignatius Weasley…

—Testigo de la defensa, Albus Percival Wulfric Brian Dumbledore —dijo una voz queda por detrás de Harry, quien giró la cabeza con tanta brusquedad que se hizo daño en el cuello.

En ese instante Dumbledore cruzaba con aire resuelto y sereno la habitación; llevaba una larga túnica de color azul marino y la expresión de su rostro era de absoluta tranquilidad. Su barba y su melena, largas y plateadas, relucían a la luz de

las antorchas; cuando llegó junto a Harry miró a Fudge a través de sus gafas de media luna, que reposaban hacia la mitad de su torcida nariz.

Los miembros del Wizengamot murmuraban, y todas las miradas se dirigieron hacia Dumbledore. Algunos parecían enfadados, otros un poco asustados; dos de las brujas más ancianas de la fila del fondo, sin embargo, levantaron una mano y lo saludaron.

Al ver a Dumbledore, una profunda emoción surgió en el pecho de Harry, un reforzado y esperanzador sentimiento parecido al que le había producido la canción del fénix. Estaba deseando mirar a Dumbledore a los ojos, pero éste no lo miraba a él: tenía la vista clavada en Fudge, que no podía disimular su nerviosismo.

—¡Ah! —exclamó el ministro, que parecía sumamente desconcertado—. Dumbledore. Sí. Veo que…, que… recibió nuestro mensaje… de que habíamos cambiado el lugar y la hora de la vista…

—Pues no, no lo he recibido —contestó Dumbledore con tono alegre—. Sin embargo, debido a un providencial error, llegué al Ministerio con tres horas de antelación, de modo que no ha habido ningún problema.

—Sí…, bueno… Supongo que necesitaremos otra silla… Esto…, Weasley, ¿podría…?

—No se moleste, no se moleste —dijo Dumbledore con amabilidad; sacó su varita mágica, la sacudió levemente y una mullida butaca de chintz apareció de la nada junto a la silla de Harry.

Dumbledore se sentó, juntó las yemas de sus largos dedos y miró a Fudge por encima de ellos con una expresión de educado interés. Los miembros del Wizengamot seguían murmurando y moviéndose inquietos en los bancos; solo se calmaron cuando Fudge volvió a hablar.

—Sí —repitió éste moviendo sus notas de un sitio para otro—. Bueno. Está bien. Los cargos. Sí… —Separó una hoja de pergamino del montón que tenía delante, respiró hondo y leyó en voz alta—: Los cargos contra el acusado son los siguientes: que a sabiendas, deliberadamente y consciente de la ilegalidad de sus actos, tras haber recibido una anterior advertencia por escrito del Ministerio de Magia por un delito similar, realizó un encantamiento *patronus* en una zona habitada por *muggles,* en presencia de un *muggle,* el dos de agosto a las nueve y veintitrés minutos, lo cual constituye una violación del Párrafo C del Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad, mil ochocientos setenta y cinco, y también de la Sección Trece de la Confederación Internacional del Estatuto del Secreto de los Brujos. ¿Es usted Harry James Potter, residente en el número cuatro de Privet Drive, Little Whinging, Surrey? —preguntó Fudge, fulminando a Harry con la mirada por encima del pergamino.

—Sí —respondió él.

—Recibió una advertencia oficial del Ministerio por utilizar magia ilegal hace tres años, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

—Y aun así, ¿conjuró usted un *patronus* la noche del dos de agosto? —inquirió Fudge.

—Sí —contestó Harry—, pero…

—¿A sabiendas de que no le está permitido utilizar la magia fuera de la escuela hasta que haya cumplido diecisiete años?

—Sí, pero…

—¿A sabiendas de que se encontraba en una zona llena de *muggles*?

—Sí, pero…

—¿Completamente consciente de que estaba muy cerca de un *muggle* en ese momento?

—¡Sí! —exclamó Harry con enojo—. Pero sólo lo hice porque estábamos…

La bruja del monóculo lo interrumpió con una voz retumbante:

—¿Hizo aparecer un *patronus* hecho y derecho?

—Sí —afirmó Harry—, porque…

—¿Un *patronus* corpóreo?

—Un… ¿qué? —preguntó Harry.

—¿Su *patronus* tenía una forma bien definida? Es decir, ¿no era simplemente vapor o humo?

—Sí, tenía forma —asintió Harry impaciente y, a la vez, un poco desesperado—. Es un ciervo. Siempre es un ciervo.

—¿Siempre? —bramó Madame Bones.

—¡Sí! —dijo Harry—. Hace más de un año que lo hago.

—¿Y tiene usted quince años?

—Sí, y…

—¿Dónde aprendió a hacer eso? ¿En el colegio?

—Sí, el profesor Lupin me enseñó en mi tercer año porque…

—Impresionante —opinó Madame Bones mirándolo con atención—, un verdadero *patronus* a esa edad… Francamente impresionante.

Algunos de los magos y de las brujas que la rodeaban se pusieron a murmurar de nuevo; unos cuantos movían la cabeza afirmativamente, mientras que otros la movían negativamente y fruncían el entrecejo.

—¡No se trata de lo impresionante que fuera el conjuro! —advirtió Fudge con voz de mal genio—. ¡De hecho, yo diría que cuanto más impresionante, peor, dado que el chico lo hizo delante de un *muggle*!

Los que habían fruncido el entrecejo murmuraron en señal de aprobación, pero fue el mojigato movimiento que Percy hizo con la cabeza lo que incitó a hablar a

Harry:

—¡Lo hice por los *dementores*! —exclamó en voz alta antes de que alguien volviera a interrumpirlo.

Se había imaginado que habría más murmullos, pero el silencio que se apoderó de la sala le pareció incluso más denso que el anterior.

—*¿Dementores?* —se extrañó Madame Bones tras una pausa, y alzó sus tupidas cejas hasta que estuvo a punto de caérsele el monóculo—. ¿Qué quieres decir, muchacho?

—¡Quiero decir que había dos *dementores* en aquel callejón y que nos atacaron a mi primo y a mí!

—¡Ah! —dijo Fudge sonriendo con suficiencia mientras recorría con la mirada a los miembros del Wizengamot, como invitándolos a compartir el chiste—. Sí. Sí, ya me imaginaba que escucharíamos algo semejante.

—¿*Dementores* en Little Whinging? —preguntó Madame Bones con profunda sorpresa—. No entiendo…

—¿No entiendes, Amelia? —dijo Fudge sin dejar de sonreír—. Déjame que te lo explique. Este chico ha estado pensándoselo bien y ha llegado a la conclusión de que los *dementores* le proporcionarían una bonita excusa, una excusa fenomenal. Los *muggles* no pueden ver a los *dementores*, ¿verdad que no, chico? Muy conveniente, muy conveniente… Así sólo cuenta tu palabra, sin testigos…

—¡No estoy mintiendo! —gritó Harry, y sus palabras ahogaron otro estallido de murmullos del tribunal—. Había dos *dementores*, que se nos acercaban desde los dos extremos del callejón; todo quedó a oscuras y hacía mucho frío, y mi primo los sintió y salió corriendo…

—¡Basta! ¡Basta! —ordenó Fudge con una expresión muy altanera en el rostro—. Lamento interrumpir lo que sin duda habría sido una historia muy bien ensayada…

Dumbledore carraspeó. El Wizengamot volvió a guardar silencio.

—De hecho, tenemos un testigo de la presencia de *dementores* en ese callejón —dijo Dumbledore—. Un testigo que no es Dudley Dursley, quiero decir.

El rostro regordete de Fudge pareció deshincharse, como si le hubieran quitado el aire. Clavó por un instante la mirada en Dumbledore y luego, recobrando la compostura, replicó:

—Me temo que no tenemos tiempo para escuchar más mentiras, Dumbledore. Quiero liquidar este asunto cuanto antes…

—Quizá me equivoque —repuso Dumbledore en tono agradable—, pero estoy seguro de que los Estatutos del Wizengamot contemplan el derecho del acusado a presentar testigos para defender su versión de los hechos, ¿no es así? ¿No es ésa la política del Departamento de Seguridad Mágica, Madame Bones? —continuó, dirigiéndose a la bruja del monóculo.

—Así es —contestó ésta—. Completamente cierto.

—Muy bien. ¡Muy bien! —exclamó Fudge con brusquedad—. ¿Dónde está esa persona?

—Ha venido conmigo —afirmó Dumbledore—. Está esperando fuera. ¿Quieres que…?

—¡No! Weasley, vaya usted —ordenó Fudge a Percy, quien se levantó de inmediato, bajó a toda prisa los escalones de piedra del estrado y pasó corriendo junto a Dumbledore y Harry sin mirarlos siquiera.

Percy regresó pasados unos momentos seguido de la señora Figg. Parecía asustada y más chiflada que nunca. Harry lamentó que no se hubiera quitado las zapatillas de tela escocesa.

Dumbledore se puso en pie y cedió su butaca a la señora Figg, y luego hizo aparecer otra para él.

—¿Nombre completo? —preguntó Fudge a voz en grito cuando la señora Figg, muy nerviosa, se hubo sentado en el borde de su asiento.

—Arabella Doreen Figg —respondió con su temblorosa voz.

—¿Y quién es usted exactamente? —siguió preguntando Fudge con una voz altiva que indicaba aburrimiento.

—Soy una vecina de Little Whinging. Vivo cerca de donde vive Harry Potter.

—No tenemos constancia de que en Little Whinging vivan más magos o brujas que Harry Potter —saltó Madame Bones—. Esa circunstancia siempre ha sido controlada con meticulosidad debido a…, debido a lo ocurrido en el pasado.

—Soy una *squib* —aclaró la señora Figg—. Quizá por eso no me tengan registrada.

—¿Una *squib*? —intervino Fudge escudriñando con recelo a la señora Figg—. Lo comprobaremos. Haga el favor de darle los detalles de su origen a mi ayudante, el señor Weasley. Por cierto —añadió mirando a derecha e izquierda—, ¿los *squib*s pueden ver a los *dementores*?

—¡Por supuesto! —exclamó la señora Figg con indignación.

Fudge la miró desde lo alto del banco mientras arqueaba las cejas.

—Muy bien —admitió con actitud distante—. ¿Qué tiene que contarnos?

—Había salido a comprar comida para gatos en la tienda de la esquina, al final del paseo Glicinia, a eso de las nueve, la noche del dos de agosto —contó la señora Figg, hablando atropelladamente, como si se hubiera aprendido de memoria lo que estaba diciendo—, cuando oí ruidos en el callejón que comunica la calle Magnolia con el paseo Glicinia. Al acercarme a la entrada del callejón, vi a unos *dementores* que corrían…

—¿Que corrían? —la interrumpió Madame Bones—. Los *dementores* no corren, se deslizan.

—Eso quería decir —se corrigió la señora Figg, y unas manchas rosas aparecieron en sus marchitas mejillas—. Se deslizaban por el callejón hacia lo que me pareció que eran dos chicos.

—¿Cómo eran? —preguntó Madame Bones entornando los ojos hasta que el borde del monóculo desapareció bajo la piel.

—Bueno, uno era muy gordo y el otro delgaducho…

—No, no —dijo Madame Bones impaciente—. Los *dementores*. Describa a los *dementores*.

—¡Ah! —exclamó la señora Figg con un suspiro, y las manchas rosas de sus mejillas empezaron a extenderse por el cuello—. Eran grandes, muy grandes. Y llevaban capas.

Harry notaba un espantoso vacío en el estómago. Dijera lo que dijese la señora Figg, él tenía la impresión de que, como máximo, habría visto un dibujo de un *dementor*, y era imposible que un dibujo transmitiera el verdadero aspecto de aquellos seres: su fantasmagórica forma de moverse, suspendidos unos centímetros por encima del suelo, el olor a podrido que desprendían y aquel horroroso estertor que emitían cuando absorbían el aire que los rodeaba…

En la segunda fila, un mago rechoncho con gran bigote negro se acercó a la oreja de su vecina, una bruja de pelo crespo, para susurrarle algo al oído.

—Grandes y con capas —repitió Madame Bones con voz cortante mientras Fudge resoplaba con sorna—. Entiendo. ¿Algo más?

—Sí —respondió la señora Figg—. Los sentí. Todo se quedó frío, y era una noche de verano muy calurosa, créame. Y sentí… como si no quedara ni una pizca de felicidad en el mundo… y recordé… cosas espantosas.

Su voz tembló un momento y se apagó.

Madame Bones abrió un poco los ojos. Harry vio unas marcas rojas debajo de su ceja, donde se le había clavado el monóculo.

—¿Qué hicieron los *dementores*? —preguntó Madame Bones, y Harry sintió una ráfaga de esperanza.

—Atacaron a los chicos —afirmó la señora Figg, que hablaba con una voz más fuerte y más segura mientras el rubor iba desapareciendo de su cara—. Uno de los muchachos había caído al suelo. El otro se echaba hacia atrás, intentando repeler al *dementor*. Ése era Harry. Sacudió dos veces la varita, pero sólo salió un vapor plateado. Al tercer intento consiguió un *patronus* que arremetió contra el primer *dementor* y luego, siguiendo las instrucciones de Harry, ahuyentó al que se había abalanzado sobre su primo. Eso fue…, eso fue lo que pasó —terminó la señora Figg de manera no muy convincente.

Madame Bones se quedó mirando a la mujer sin decir nada. Fudge no la miraba, sino que removía sus papeles. Finalmente, levantó la vista y, con tono agresivo, le

espetó:

—Eso fue lo que usted vio, ¿no?

—Eso fue lo que pasó —repitió la señora Figg.

—Muy bien —dijo Fudge—. Ya puede irse.

La señora Figg, asustada, miró primero a Fudge y luego a Dumbledore; a continuación se levantó y se fue, arrastrando los pies hacia la puerta, que se cerró detrás de ella produciendo un ruido sordo.

—No es un testigo muy convincente —sentenció Fudge con altivez.

—No sé qué decir —replicó Madame Bones con su atronadora voz—. De hecho, ha descrito los efectos de un ataque de *dementores* con gran precisión. Y no sé por qué iba a decir que estaban allí si no estaban.

—¿Dos *dementores* deambulando por un barrio de *muggles* y tropezando por casualidad con un mago? —inquirió Fudge con sorna—. No hay muchas probabilidades de que eso ocurra. Ni siquiera Bagman se atrevería a apostar…

—¡Oh, no! Creo que ninguno de nosotros piensa que los *dementores* estuviesen allí por casualidad —lo interrumpió Dumbledore sin darle mucha importancia.

La bruja que estaba sentada a la derecha de Fudge, con la cara en sombras, se movió un poco, pero los demás permanecieron muy quietos y callados.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó Fudge con tono glacial.

—Significa que creo que les ordenaron ir allí —contestó Dumbledore.

—¡Me parece que si alguien hubiera ordenado a un par de *dementores* que fueran a pasearse por Little Whinging, habríamos tenido constancia de ello! —bramó Fudge.

—No si actualmente los *dementores* estuvieran recibiendo órdenes de alguien que no es el Ministerio de Magia —repuso Dumbledore sin perder la calma—. Ya te he explicado lo que opino de este asunto, Cornelius.

—Sí, ya me lo has explicado —dijo Fudge con energía—, y no tengo ningún motivo para creer que tus opiniones sean otra cosa que paparruchas, Dumbledore. Los *dementores* están donde tienen que estar, en Azkaban, y hacen todo lo que nosotros les ordenamos.

—En ese caso —prosiguió Dumbledore en voz baja pero con mucha claridad— tenemos que preguntarnos por qué alguien del Ministerio ordenó a un par de *dementores* que fueran a ese callejón el dos de agosto…

En medio del absoluto silencio con que fueron recibidas las palabras de Dumbledore, la bruja que estaba sentada a la derecha de Fudge se inclinó hacia delante y Harry pudo verla por primera vez.

Le pareció que era como un sapo, enorme y blanco. Era bajita y rechoncha, con una cara ancha y fofa, muy poco cuello, como tío Vernon, y una boca también muy ancha y flácida. Tenía los ojos grandes, redondos y un poco saltones. Hasta el pequeño lazo de terciopelo negro que llevaba en el pelo, corto y rizado, le recordó a

una gran mosca que la bruja fuese a cazar con una larga y pegajosa lengua en cualquier momento.

—La presidencia le concede la palabra a Dolores Jane Umbridge, subsecretaría del ministro —dijo Fudge.

La bruja habló con una voz chillona, cantarina e infantil que sorprendió a Harry, pues estaba esperando oírla croar.

—Estoy segura de que no lo he entendido bien, profesor Dumbledore —afirmó con una sonrisa tonta que hizo aún más fríos sus redondos ojos—. ¡Qué necia soy! Pero ¡por un brevísimo instante me ha parecido que insinuaba usted que el Ministerio de Magia había ordenado a los *dementores* que atacaran a este muchacho!

Soltó una risa clara que hizo que a Harry se le erizara el vello de la nuca. Algunos miembros del Wizengamot rieron con ella. Sin embargo, estaba más claro que el agua que ninguno de ellos lo encontraba divertido.

—Si es cierto que los *dementores* sólo reciben órdenes del Ministerio de Magia, y si también es cierto que dos *dementores* atacaron a Harry y a su primo hace una semana, se deduce, por lógica, que alguien del Ministerio ordenó el ataque —aventuró Dumbledore con educación—. Aunque, evidentemente, esos dos *dementores* en particular podían estar fuera del control del Ministerio…

—¡No hay *dementores* fuera del control del Ministerio! —le espetó Fudge, que se había puesto rojo como un tomate.

Dumbledore, condescendiente, inclinó la cabeza.

—Entonces no cabe duda de que el Ministerio llevará a cabo una rigurosa investigación para averiguar qué hacían dos *dementores* tan lejos de Azkaban y por qué atacaron sin autorización.

—¡No te corresponde a ti decidir lo que el Ministerio de Magia tiene que hacer o dejar de hacer, Dumbledore! —exclamó Fudge, cuyo rostro estaba adquiriendo un tono morado del que tío Vernon habría estado orgulloso.

—Por supuesto que no —dijo Dumbledore con la misma serenidad—. Me he limitado a expresar mi convencimiento de que este asunto no dejará de ser investigado.

Dumbledore miró a Madame Bones, que se colocó bien el monóculo y observó con atención a Dumbledore frunciendo el entrecejo.

—¡Quiero recordar a todos los presentes que el comportamiento de esos *dementores*, suponiendo que no sean producto de la imaginación de este chico, no es el tema de la presente vista! —aclaró Fudge—. ¡Estamos aquí para analizar el atentado de Harry Potter contra el Decreto para la moderada limitación de la brujería en menores de edad!

—Claro que sí —coincidió Dumbledore—, pero la presencia de dos *dementores* en ese callejón está relacionada con el caso. La cláusula número siete del Decreto

estipula que se puede emplear la magia delante de *muggles* en circunstancias excepcionales, y dado que esas circunstancias excepcionales incluyen situaciones en que se ve amenazada la vida de un mago o de una bruja, ellos mismos o cualquier otro mago, bruja o *muggle* que se encuentre en el lugar de los hechos en el momento de…

—¡Ya conocemos la cláusula número siete, muchas gracias! —gruñó Fudge.

—Por supuesto —aceptó Dumbledore con cortesía—. Entonces estamos de acuerdo en que el hecho de que Harry utilizara un encantamiento *patronus* en ese momento encaja perfectamente en la categoría de circunstancias excepcionales que describe la cláusula, ¿no?

—Suponiendo que sea cierto que había *dementores*, lo cual pongo en duda.

—Lo ha confirmado un testigo presencial —le recordó Dumbledore—. Si todavía dudas de su veracidad, vuelve a llamarla e interrógala otra vez. Estoy seguro de que no tendrá ningún inconveniente en declarar de nuevo.

—Yo…, eso… no… —rugió Fudge moviendo los papeles que tenía delante—. ¡Quiero liquidar este asunto hoy mismo, Dumbledore!

—Pero, como es lógico, no te importaría tener que escuchar a un testigo las veces que hiciera falta, a no ser que, por no hacerlo, te arriesgaras a cometer una grave injusticia —insinuó Dumbledore.

—¡Una grave injusticia! ¡Por las barbas de…! —gritó Fudge—. ¿Te has molestado alguna vez en enumerar los cuentos chinos que se ha inventado este chico, Dumbledore, mientras intentabas encubrir sus flagrantes usos indebidos de la magia fuera del colegio? Supongo que ya te has olvidado del encantamiento levitatorio que empleó hace tres años…

—¡No fui yo! ¡Fue un elfo doméstico! —protestó Harry.

—¿Lo ves? —bramó Fudge señalando aparatosamente a Harry—. ¡Un elfo doméstico! ¡En una casa de *muggles*! Ya me contarás.

—El elfo doméstico en cuestión trabaja en la actualidad para el Colegio Hogwarts —aclaró Dumbledore—. Si quieres puedo hacerlo venir aquí de inmediato para declarar.

—¡No tengo tiempo de escuchar a elfos domésticos! Además, ésa no fue la única vez que… ¡Recuerda que infló a su tía, por todos los demonios! —chilló Fudge, que luego dio un puñetazo en el estrado y volcó un tintero.

—Y en aquella ocasión tuviste la amabilidad de no presentar cargos contra él, aceptando, supongo, que ni siquiera los mejores magos controlan siempre sus emociones —afirmó Dumbledore con calma mientras Fudge intentaba quitar la mancha de tinta de sus notas.

—Y todavía no me he metido con lo que hace en el colegio.

—Pero como el Ministerio no tiene autoridad para castigar a los alumnos de

Hogwarts por faltas cometidas en el colegio, la conducta de Harry allí no viene al caso en esta vista —sentenció Dumbledore con mayor educación que nunca, pero con un deje de frialdad en la voz.

—¡Vaya! —exclamó Fudge—. ¡Así que lo que haga en el colegio no es asunto nuestro! ¿Eso crees?

—El Ministerio no tiene competencia para expulsar a los alumnos de Hogwarts, Cornelius, como ya te recordé la noche del dos de agosto —dijo Dumbledore—. Y tampoco tiene derecho a confiscar varitas mágicas hasta que los cargos hayan sido comprobados satisfactoriamente, como también te recordé la noche del dos de agosto. Con tus admirables prisas por asegurarte de que se respete la ley, creo que tú mismo has pasado por alto, sin querer, eso sí, unas cuantas leyes.

—Las leyes pueden cambiarse —afirmó Fudge con rabia.

—Por supuesto que pueden cambiarse —admitió Dumbledore inclinando la cabeza—. Y por lo visto tú estás introduciendo muchos cambios, Cornelius. ¡Porque, en las pocas semanas que hace que se me pidió que abandonara el Wizengamot, se juzga en un tribunal penal un simple caso de magia en menores de edad!

Unos cuantos magos de los bancos superiores se removieron incómodos en los asientos. Fudge adquirió un tono morado algo más oscuro. La bruja con cara de sapo que estaba sentada a su derecha, sin embargo, se limitó a mirar a Dumbledore con gesto inexpresivo.

—Que yo sepa —continuó Dumbledore— todavía no hay ninguna ley que diga que la misión de este tribunal es castigar a Harry por todas las veces que ha empleado la magia. Ha sido acusado de un delito concreto y ha presentado su defensa. Lo único que nos queda por hacer a él y a mí es esperar el veredicto.

Dumbledore volvió a juntar las yemas de los dedos y no dijo nada más. Fudge lo observaba con odio, claramente indignado. Harry miró de reojo a Dumbledore buscando algún gesto tranquilizador; no estaba del todo convencido de que Dumbledore hubiera hecho bien diciéndole al Wizengamot que, en efecto, ya iba siendo hora de que tomara una decisión. Sin embargo, Dumbledore seguía sin percatarse, en apariencia, de que Harry intentaba establecer una mirada cómplice con él, y continuaba dirigiendo la vista hacia los bancos, donde todos los miembros del Wizengamot se habían puesto a hablar entre sí con apremiantes susurros.

Harry se miró los pies. Su corazón, que parecía haberse inflado hasta adquirir un tamaño desmesurado, latía con violencia bajo las costillas. Se había imaginado que la vista duraría más, y no estaba seguro de haber causado una buena impresión. En realidad no había hablado mucho. Tendría que haber dado más detalles sobre el ataque de los *dementores*, tendría que haber explicado cómo había caído al suelo y cómo los *dementores* habían estado a punto de besarlos a él y a Dursley…

En dos ocasiones levantó la cabeza, miró a Fudge y despegó los labios para

hablar, pero su desbocado corazón le apretaba las vías respiratorias, y en las dos ocasiones se limitó a respirar hondo y a agachar de nuevo la cabeza para seguir mirándose los pies.

De pronto cesaron los susurros. Harry estaba deseando mirar a los jueces, pero se dio cuenta de que era muchísimo más fácil seguir examinando los cordones de sus zapatillas.

—Los que estén a favor de absolver al acusado de todos los cargos… —anunció la atronadora voz de Madame Bones.

Harry levantó la cabeza con una sacudida. Vio varias manos levantadas, muchas… ¡Más de la mitad! Respirando entrecortadamente intentó contarlas, pero antes de que hubiera terminado Madame Bones dijo:

—Los que estén a favor de condenarlo…

Fudge levantó la mano; lo mismo hicieron media docena más, entre ellos la bruja que tenía a la derecha, el mago del poblado bigote y la bruja de pelo crespo de la segunda fila.

Fudge los recorrió a todos con la mirada. Parecía que tuviera algo atascado en la garganta. Luego bajó la mano, respiró hondo dos veces y dijo con la voz alterada por la rabia contenida:

—Muy bien. Muy bien… Absuelto de todos los cargos.

—Excelente —dijo Dumbledore con contundencia, y se puso de inmediato en pie. Sacó su varita e hizo desaparecer las dos butacas de chintz—. Bueno, debo irme. Que tengan todos un buen día.

Y sin mirar siquiera una vez a Harry, salió majestuosamente de la mazmorra.

9
Las tribulaciones de la señora Weasley

La súbita partida de Dumbledore pilló por sorpresa a Harry, que se quedó sentado donde estaba, en la silla con cadenas, debatiéndose entre la conmoción y el alivio. Los miembros del Wizengamot empezaron a levantarse, hablando entre ellos, mientras recogían sus papeles y los guardaban. Harry también se levantó. Nadie le prestaba la más mínima atención, excepto la bruja con cara de sapo que había estado sentada a la derecha de Fudge, y que en ese instante lo miraba a él en lugar de a Dumbledore desde el estrado. Harry no le hizo caso e intentó captar la mirada de Fudge o la de Madame Bones, porque quería preguntarles si ya podía marcharse; pero el ministro parecía decidido a hacer caso omiso de Harry, y Madame Bones estaba muy ocupada con su maletín, así que el muchacho dio unos pasos vacilantes hacia la salida y, como nadie lo llamó, echó a andar muy deprisa.

Los últimos metros los hizo corriendo; abrió la puerta de un tirón y casi chocó con el señor Weasley, que estaba de pie fuera, pálido y con gesto preocupado.

—Dumbledore no me ha dicho…

—¡Absuelto! —gritó Harry cerrando la puerta tras el—. ¡Absuelto de todos los cargos!

El señor Weasley sonrió, radiante, y agarró al chico por los hombros.

—¡Eso es fantástico, Harry! Bueno, era evidente que no podían declararte culpable con las pruebas que tenían, pero, aun así, no puedo decir que no estuviera… —Pero el hombre no terminó la frase porque la puerta de la sala del tribunal acababa de abrirse otra vez. Los miembros del Wizengamot comenzaron a desfilar por ella—. ¡Por las barbas de Merlín! —exclamó el señor Weasley, sorprendido, y apartó a Harry para dejarlos pasar—. ¿Te ha juzgado el tribunal en pleno?

—Creo que sí —contestó Harry.

Uno o dos magos saludaron a Harry al pasar, y otros, entre ellos Madame Bones, dijeron al señor Weasley: «Buenos días, Arthur.» Sin embargo, la mayoría esquivó su mirada. Cornelius Fudge y la bruja con cara de sapo fueron de los últimos en abandonar la mazmorra. Fudge se comportó como si el señor Weasley y Harry fueran parte de la pared, pero la bruja, una vez más, miró de arriba abajo a Harry al pasar a su lado. El último en salir fue Percy. Al igual que había hecho Fudge, ignoró por completo a su padre y a Harry; pasó sin decir nada con un gran rollo de pergamino y un puñado de plumas de recambio en las manos, con la espalda rígida y la barbilla levantada. Los labios del señor Weasley se tensaron ligeramente, pero aparte de eso no dio señales de haber visto a su tercer hijo.

—Voy a acompañarte ahora mismo para que puedas contarles a todos la buena noticia —dijo el señor Weasley a Harry haciéndole señas para que lo siguiera tan pronto como Percy se perdió de vista por la escalera que conducía a la novena planta —. Te dejaré en casa aprovechando que tengo que ir a ver ese inodoro público de Bethnal Green. Vamos…

—¿Y qué tendrá que hacer con el inodoro? —preguntó Harry, sonriente.

De pronto, todo parecía muchísimo más gracioso de lo habitual. Estaba empezando a convencerse de que lo habían absuelto y de que, por lo tanto, volvería a Hogwarts.

—Oh, bastará con un sencillo antiembrujo —dijo el señor Weasley mientras subían la escalera—, pero el problema no está tanto en tener que reparar los daños causados, sino en la actitud que hay detrás de ese acto de vandalismo, Harry. Hay magos que se divierten fastidiando a los *muggles*, y eso es la expresión de algo mucho más profundo y feo, y yo personalmente…

El señor Weasley se interrumpió a media frase. Acababan de llegar al pasillo de la novena planta y Cornelius Fudge estaba plantado a pocos metros de ellos, hablando en voz baja con un individuo alto que tenía el cabello rubio y lacio y el rostro pálido y anguloso.

El individuo se volvió al oír pasos y también interrumpió la conversación; entrecerró los ojos, grises y de fría mirada, y los clavó en la cara de Harry.

—Vaya, vaya… *Patronus* Potter —dijo Lucius Malfoy con descaro.

Harry se quedó sin aliento, como si el aire se hubiera solidificado. Había visto por última vez aquellos ojos de mirada gélida a través de las ranuras de la máscara de un *mortífago* y había escuchado, también por última vez, aquella voz burlándose de él en un oscuro cementerio, mientras lord Voldemort lo torturaba. Harry no podía creer que Lucius Malfoy se atreviera a mirarlo a la cara; no podía creer que estuviese allí, en el Ministerio de Magia, ni que Cornelius Fudge estuviera hablando con él cuando sólo hacía unas semanas que Harry le había dicho a Fudge que Malfoy era un *mortífago*.

—El ministro me estaba contando que te has librado de una buena, Potter —comentó el señor Malfoy arrastrando las palabras—. Es asombroso cómo te las ingenias para escabullirte de las situaciones comprometidas… Como una culebra, diría yo.

El señor Weasley sujetó a Harry por un hombro en señal de advertencia.

—Sí —afirmó Harry—. Es verdad, se me da muy bien escabullirme.

Lucius Malfoy miró al señor Weasley.

—¡Mira por dónde, Arthur Weasley! ¿Qué haces aquí, Arthur?

—Trabajo aquí —contestó éste en tono cortante.

—¿Aquí? —se extrañó el señor Malfoy, arqueando las cejas y mirando hacia la puerta que el señor Weasley tenía a sus espaldas—. Creía que estabas arriba, en la segunda planta… ¿No te dedicabas a llevarte artefactos *muggles* a escondidas y hechizarlos?

—No —se limitó a decir el señor Weasley, y clavó aún más los dedos en el hombro de Harry.

—¿Y usted qué hace aquí, por cierto? —le preguntó Harry a Lucius Malfoy.

—No creo que los asuntos privados que hay entre el ministro y yo sean de tu incumbencia, Potter —contestó Malfoy alisándose la parte delantera de la túnica. Harry oyó con claridad el débil tintineo de un bolsillo lleno de oro—. Francamente, que seas el alumno favorito de Dumbledore no significa que debas esperar la misma indulgencia por parte de los demás… ¿Subimos a su despacho, ministro?

—Desde luego —respondió Fudge dándoles la espalda a Harry y al señor Weasley—. Por aquí, Lucius.

Echaron a andar hablando en voz baja, y el señor Weasley no soltó el hombro de Harry hasta que los otros dos entraron en el ascensor.

—Si tienen asuntos que tratar, ¿por qué no estaba esperando Malfoy frente al despacho de Fudge? —estalló Harry—. ¿Qué hacía aquí abajo?

—Intentar colarse en la sala del tribunal, supongo —respondió el señor Weasley, muy agitado, al mismo tiempo que giraba la cabeza para asegurarse de que nadie podía oírlos—. Debía de querer enterarse de si te habían expulsado o no. Cuando te lleve a casa le dejaré una nota a Dumbledore; le conviene saber que Malfoy ha estado hablando con Fudge otra vez.

—¿Y qué asunto privado debe de ser ese del que tienen que tratar?

—Oro, supongo —contestó el señor Weasley, enojado—. Malfoy lleva años haciendo generosas donaciones de todo tipo. Así se congracia con la gente que le interesa… y de ese modo puede pedir favores, retrasar leyes que no le conviene que aprueben… ¡Ah, sí, Lucius Malfoy está muy bien relacionado!

Llegó el ascensor, que iba vacío, con excepción de una nube de memorándum que revolotearon alrededor de la cabeza del señor Weasley mientras él pulsaba el botón del Atrio y se cerraban las puertas. Irritado, el hombre movió la mano para apartarlos.

—Señor Weasley —dijo Harry lentamente—, si Fudge se reúne con *mortífagos* como Malfoy, si los ve a solas, ¿cómo podemos saber que no le han echado una maldición *Imperius*?

—No creas que no se nos ha ocurrido ya, Harry —respondió el señor Weasley en voz baja—. Pero Dumbledore cree que de momento Fudge actúa por voluntad propia, lo cual, como también dice Dumbledore, no supone un gran consuelo. Pero ahora más vale que no hablemos de eso, Harry.

Se abrieron las puertas y salieron al Atrio, que en ese instante estaba casi desierto. Eric, el mago de seguridad, volvía a estar escondido tras *El Profeta*. Cuando ya habían pasado la fuente dorada, Harry se acordó de algo.

—Un momento —le pidió al señor Weasley, y sacando su monedero del bolsillo, volvió junto a la fuente.

Miró el hermoso rostro del mago, pero visto de cerca Harry lo encontró débil y estúpido. La bruja lucía una sonrisa insulsa de aspirante a reina de un concurso de belleza, y por lo que Harry sabía de los duendes y los centauros, no era nada probable que los pillaran contemplando con tanto embeleso a ningún humano. Sólo la actitud de repulsivo servilismo del elfo doméstico resultaba convincente. Sonriendo al pensar en lo que diría Hermione si viera la estatua del elfo, Harry le dio la vuelta al monedero y vació no sólo diez galeones, sino todo su contenido en el estanque.

—¡Lo sabía! —gritó Ron lanzando puñetazos al aire—. ¡Siempre te libras de todo!

—Estaba clarísimo que tendrían que absolverte —dijo Hermione, que cuando Harry entró en la cocina parecía a punto de desmayarse de la ansiedad, y que en ese instante se tapaba los ojos con una mano temblorosa—. No podían acusarte de nada.

—Pues estáis todos muy aliviados teniendo en cuenta que creíais que me absolverían —comentó Harry, sonriente.

La señora Weasley se secaba las lágrimas con el delantal, y Fred, George y Ginny se habían puesto a bailar una especie de danza guerrera al son de una canción que decía:

—¡Se ha librado! ¡Se ha librado! ¡Se ha librado!

—¡Basta! ¡Calmaos! —gritó el señor Weasley, aunque él también sonreía—. Oye,

Sirius, hemos visto a Lucius Malfoy en el Ministerio…

—¿Qué? —saltó Sirius.

—¡Se ha librado! ¡Se ha librado! ¡Se ha librado!

—¡Callaos, vosotros tres! Sí. Lo hemos visto hablando con Fudge en la novena planta; luego han subido juntos al despacho de Fudge. Dumbledore debería saberlo.

—Desde luego —coincidió Sirius—. Se lo diremos, no te preocupes.

—Bueno, tengo que irme, hay un inodoro que vomita esperándome en Bethnal Green. Molly, llegaré tarde, debo cubrir a Tonks, pero quizá Kingsley venga a cenar…

—Se ha librado, se ha librado, se ha librado…

—¡Basta! ¡Fred, George, Ginny! —chilló la señora Weasley cuando su marido salió de la cocina—. Harry, querido, ven y siéntate, come algo, que apenas has desayunado.

Ron y Hermione se sentaron enfrente de Harry, que no los había visto tan contentos desde su llegada a Grimmauld Place, y el vertiginoso alivio del muchacho, que su encuentro con Lucius Malfoy había estropeado un poco, volvió a dispararse. De pronto la sombría casa resultaba más cálida y acogedora; hasta Kreacher le pareció menos feo cuando éste metió la nariz en la cocina para investigar el origen de todo aquel alboroto.

—Claro, cuando Dumbledore se puso de tu lado, no había forma de que te condenaran —observó Ron alegremente mientras servía enormes cucharadas de puré de patatas en los platos.

—Sí, Dumbledore me echó una mano —afirmó Harry. Tenía la impresión de que habría resultado muy desagradecido, por no decir infantil, que dijera: «Pero me habría gustado que me hubiera dicho algo. O que por lo menos me hubiera mirado.»

Y cuando estaba pensándolo, la cicatriz de la frente empezó a arderle tanto que tuvo que tapársela con una mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hermione, alarmada.

—La cicatriz —murmuró Harry—. Pero no es nada… Ahora me pasa con mucha frecuencia.

Los demás no se habían dado cuenta, pues todos se servían comida mientras seguían saboreando la absolución de Harry. Fred, George y Ginny seguían cantando y Hermione estaba muy nerviosa, pero antes de que pudiera decir algo, Ron se le adelantó:

—Seguro que Dumbledore vendrá esta noche para celebrarlo con nosotros.

—No creo que pueda venir, Ron —intervino la señora Weasley al mismo tiempo que ponía un inmenso plato de pollo asado delante de Harry—. Ahora está muy ocupado.

—Se ha librado, se ha librado, se ha librado…

—¡Callaos! —rugió la señora Weasley.

En los días que siguieron, a Harry no se le escapó que en el número 12 de Grimmauld Place había una persona a la que no parecía alegrarle mucho saber que él regresaría a Hogwarts. Al enterarse de la noticia, Sirius interpretó bien su papel expresando su satisfacción, estrujándole la mano y sonriendo encantado como todos los demás. Sin embargo, poco después se mostró más malhumorado y hosco que antes; cada vez hablaba menos, incluso con Harry, y pasaba mucho tiempo encerrado en la habitación de su madre con Buckbeak.

—¡No te sientas culpable! —exclamó Hermione con contundencia unos días más tarde, después de que Harry les confesara a Ron y a ella sus sentimientos mientras limpiaban un mohoso armario del tercer piso—. Tu lugar está en Hogwarts, y Sirius lo sabe. La verdad, creo que su actitud es muy egoísta.

—No seas tan dura, Hermione —dijo Ron con el entrecejo fruncido mientras intentaba arrancarse un poco de moho que se le había pegado en el dedo—; a ti tampoco te haría ninguna gracia tener que quedarte encerrada en esta casa sin ninguna compañía.

—¡Tendrá compañía! —replicó Hermione—. Ahora esta casa es el cuartel general de la Orden del Fénix, ¿no? Lo que pasa es que se había hecho ilusiones de que Harry viniera a vivir con él.

—No, no lo creo —intervino Harry retorciendo su bayeta—. Cuando le pregunté si me dejaría venir a vivir aquí, no me dio una respuesta clara.

—Porque no quería hacerse más ilusiones —sugirió Hermione hábilmente—. Y seguro que él también se sentía un poco culpable porque creo que, en el fondo, confiaba en que te expulsaran. Así los dos seríais unos marginados.

—¡No digas tonterías! —saltaron Harry y Ron al unísono, pero Hermione sólo se encogió de hombros.

—Como queráis. Pero en parte creo que la madre de Ron está en lo cierto, y que a veces Sirius se hace un lío y no sabe si tú eres tú o tu padre, Harry.

—¿Insinúas que está tocado del ala? —replicó el muchacho acaloradamente.

—No, sólo creo que ha pasado mucho tiempo solo —se limitó a decir Hermione.

Entonces la señora Weasley entró en el dormitorio.

—¿Todavía no habéis terminado? —preguntó, metiendo la cabeza en el armario.

—¡Pensaba que habías venido a decirnos que descansáramos un poco! —protestó Ron—. ¿Sabes la cantidad de moho que hemos sacado desde que llegamos aquí?

—¿No teníais tantas ganas de ayudar a la Orden? —dijo la señora Weasley—. Pues podéis colaborar convirtiendo el cuartel general en un sitio habitable.

—Me siento como un elfo doméstico —refunfuñó Ron.

—¡Mira, ahora que entiendes lo tristes que son sus vidas, quizá colabores un poco

más con la PEDDO! —sugirió Hermione, esperanzada, mientras la señora Weasley los dejaba de nuevo solos—. Tal vez no sea mala idea demostrar a la gente lo espantoso que es pasarse el día limpiando; podríamos organizar una limpieza benéfica de la sala común de Gryffindor, y todos los donativos irían a parar a la PEDDO. Así conseguiríamos mentalizar a la gente y al mismo tiempo recogeríamos fondos.

—Yo estoy dispuesto a pagarte para que dejes de hablar del PEDDO —masculló Ron con fastidio, pero procurando que sólo Harry oyera el comentario.

A medida que se acercaba el final de las vacaciones, Harry cada vez fantaseaba más sobre Hogwarts; estaba ansioso por volver a ver a Hagrid, por jugar al *quidditch*, incluso por pasear por los huertos hasta los invernaderos de Herbología; sería un placer salir de aquella polvorienta y mohosa casa donde la mitad de los armarios todavía estaban cerrados con llave y donde Kreacher, escondido, te lanzaba insultos al pasar, aunque Harry no comentaba nada de todo eso cuando Sirius podía oírlo.

Lo cierto era que vivir en el cuartel general del movimiento antiVoldemort no era ni tan interesante ni tan emocionante como Harry se había imaginado antes de pasar por esa experiencia. Aunque miembros de la Orden del Fénix entraban y salían con regularidad (a veces se quedaban a comer o a cenar, y otras, sólo el tiempo necesario para hablar con alguien en voz baja), la señora Weasley se encargaba de que Harry y los demás no oyeran nada (con orejas extensibles o sin ellas), y nadie, ni siquiera Sirius, creía que Harry necesitara saber nada más de lo que le habían contado la noche de su llegada.

El último día de las vacaciones, Harry estaba limpiando los excrementos de *Hedwig* de lo alto del armario cuando Ron entró en su dormitorio con un par de sobres.

—Han llegado las listas de libros —anunció lanzándole una carta a Harry, que estaba subido a una silla—. Ya era hora, pensaba que se habían olvidado; normalmente llegan mucho antes…

Harry metió los últimos excrementos en una bolsa de basura y la lanzó por encima de la cabeza de Ron a la papelera que había en un lado, la cual se la tragó y soltó un fuerte eructo. Entonces abrió el sobre. Contenía dos trozos de pergamino: uno era la nota habitual que le recordaba que el curso empezaba el uno de septiembre, y en el otro estaban detallados los libros que necesitaría para el próximo curso.

—Sólo hay dos nuevos —comentó leyendo la lista—. *Libro reglamentario de hechizos, 5° curso,* de Miranda Goshawk, y *Teoría de defensa mágica,* de Wilbert Slinkhard.

¡CRAC!

Fred y George se habían aparecido al lado de Harry. Él ya estaba tan

acostumbrado a que lo hicieran que ni siquiera se cayó de la silla.

—Nos gustaría saber quién ha elegido el libro de Slinkhard —comentó Fred.

—Porque eso significa que Dumbledore ha encontrado un nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras añadió George.

—Y ya era hora, por cierto —dijo Fred.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Harry saltando de la silla.

—Verás, hace unas semanas captamos con las orejas extensibles una conversación de papá y mamá —le explicó Fred—, y por lo que decían, a Dumbledore le estaba costando mucho trabajo encontrar a alguien que estuviera dispuesto a dar esa asignatura este año.

—Lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta lo que les ha pasado a los cuatro anteriores —apuntó George.

—Uno despedido, uno muerto, uno sin memoria y uno encerrado nueve meses en un baúl —contó Harry ayudándose con los dedos—. Sí, ya te entiendo.

—¿Qué te pasa, Ron? —le preguntó Fred a su hermano.

Ron no contestó, y Harry se dio la vuelta y vio que su amigo estaba de pie, muy quieto, con la boca un poco abierta, contemplando la carta que había recibido de Hogwarts.

—¿Qué pasa? —insistió Fred, y se colocó detrás de Ron para ver el trozo de pergamino por encima de su hombro. Fred también abrió la boca—. ¿Prefecto? —dijo, mirando la nota con incredulidad—. ¿Tú, prefecto?

George se abalanzó sobre su hermano menor, le arrancó el sobre que tenía en la otra mano y lo puso boca abajo. Harry vio que una cosa de color escarlata y dorado caía en la palma de la mano de George.

—No puede ser —murmuró éste en voz baja.

—Tiene que haber un error —aseguró Fred arrancándole la carta de la mano a Ron y poniéndola a contraluz, como si buscara una filigrana—. Nadie en su sano juicio nombraría prefecto a Ron. —Los gemelos giraron la cabeza al unísono y se quedaron mirando a Harry—. ¡Estábamos seguros de que te nombrarían a ti! —exclamó Fred con un tono que sugería que Harry los había engañado.

—¡Creíamos que Dumbledore se vería obligado a nombrarte a ti! —dijo George con indignación.

—¡Después de ganar el Torneo de los tres magos! —añadió Fred.

—Supongo que todo el jaleo lo ha perjudicado —le comentó George a su gemelo.

—Sí —repuso Fred—. Sí, has causado demasiados problemas, amigo. Bueno, al menos uno de vosotros dos tiene claro cuáles son sus prioridades. —Y se acercó a Harry y le dio una palmada en la espalda mientras le lanzaba una mirada mordaz a Ron—. Prefecto… El pequeño Ronnie, prefecto…

—¡Oh, no va a haber quien aguante a mamá! —gruñó George poniéndole la

insignia de prefecto en la mano a Ron, como si pudiera contaminarse con ella.

Ron, que todavía no había dicho nada, cogió la insignia, se quedó mirándola un momento y luego se la mostró a Harry. Parecía que le pedía una confirmación de su autenticidad. Harry la cogió. Había una gran «P» superpuesta en el león de Gryffindor. Había visto una insignia idéntica en el pecho de Percy en su primer día en Hogwarts.

En ese momento la puerta se abrió de par en par y Hermione irrumpió en la habitación con las mejillas coloradas y el pelo por los aires. Llevaba un sobre en la mano.

—¿Vosotros… también…? —Vio la insignia que Harry tenía en la mano y soltó un chillido—. ¡Lo sabía! —gritó emocionada blandiendo su carta—. ¡Yo también, Harry, yo también!

—No —se apresuró a decir Harry, y le puso la insignia en la mano a Ron—. No es mía, es de Ron.

—¿Cómo dices?

—El prefecto es Ron, no yo.

—¿Ron? —se extrañó la chica, y se quedó con la boca abierta—. Pero… ¿estás seguro? Quiero decir…

Se puso muy roja cuando Ron la miró con expresión desafiante.

—El sobre va dirigido a mi nombre —afirmó él.

—Yo… —balbuceó Hermione muy apabullada—. Yo… Bueno… ¡Vaya! ¡Felicidades, Ron! Es totalmente…

—Inesperado —acabó George haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—No —dijo Hermione ruborizándose aún más—, no, no es nada inesperado. Ron ha hecho cantidad de… Es verdaderamente…

La puerta que había a su espalda se abrió un poco más y la señora Weasley entró en la habitación cargada de ropa recién planchada.

—Ginny me ha dicho que por fin han llegado las listas de libros —comentó echando un vistazo a los sobres mientras iba hacia la cama y empezaba a ordenar la ropa en dos montones—. Si me las dais, iré al callejón Diagon esta tarde y os compraré los libros mientras vosotros hacéis el equipaje. Ron, tendré que comprarte más pijamas, éstos se te han quedado al menos quince centímetros cortos. No puedo creer que hayas crecido tanto… ¿De qué color los quieres?

—Cómpraselos rojos y dorados para que hagan juego con su insignia —dijo George con una sonrisita de suficiencia.

—¿Para que hagan juego con qué? —preguntó la señora Weasley, distraída, mientras doblaba unos calcetines granates y los colocaba en el montón de ropa de Ron.

—Con su insignia —respondió Fred como quien quiere liquidar un asunto

desagradable cuanto antes—. Su preciosa y reluciente nueva insignia de prefecto.

Las palabras de Fred tardaron un momento en llegar al cerebro de la señora Weasley, pero fulminaron su preocupación por los pijamas de su hijo.

—Su… Pero si… Ron, tú no… —Ron le enseñó la insignia y la señora Weasley soltó un chillido muy parecido al de Hermione—. ¡No puedo creerlo! ¡No puedo creerlo! ¡Oh, Ron, qué maravilla! ¡Prefecto! ¡Como todos en la familia!

—¿Y quiénes somos Fred y yo, los vecinos de enfrente? —preguntó George, indignado, cuando su madre lo apartó de un empujón y se lanzó a abrazar a su hijo menor.

—¡Ya verás cuando lo sepa tu padre! ¡Ron, estoy tan orgullosa de ti, qué noticia tan fabulosa, quizá acaben nombrándote delegado, como a Bill y a Percy, es el primer paso! ¡Oh, qué gran noticia en medio de todos estos problemas, estoy encantada, oh, Ronnie!

A espaldas de su madre, Fred y George se pusieron a fingir que vomitaban, pero la señora Weasley no se dio ni cuenta porque estaba abrazada a Ron, cubriéndole la cara de besos. Ron estaba más colorado que su insignia.

—Mamá…, no… Mamá, contrólate… —balbuceó intentando apartarla.

La señora Weasley lo soltó y, casi sin aliento, dijo:

—Bueno, ¿qué quieres que te regalemos? A Percy le regalamos una lechuza, pero tú ya tienes una, claro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el chico, que no podía dar crédito a sus oídos.

—¡Mereces una recompensa por esto! —afirmó la señora Weasley con cariño— ¿Qué te parece una túnica de gala nueva?

—Nosotros ya le hemos comprado una —dijo Fred con amargura, como si lamentara sinceramente tanta generosidad.

—O un caldero nuevo. El de Charlie está tan viejo que está agujereándose. O una rata nueva; siempre te gustó Scabbers…

—Mamá —aventuró Ron esperanzado—, ¿podéis comprarme una escoba? —El rostro de la mujer se ensombreció un poco, pues las escobas eran caras—. ¡No hace falta que sea muy buena! —se apresuró a añadir Ron—. Me conformo con que sea nueva…

La señora Weasley vaciló, pero acabó sonriendo.

—Claro que sí, hijo mío… Bueno, será mejor que me dé prisa si también tengo que comprar una escoba. Ya os veré más tarde… ¡El pequeño Ronnie, prefecto! Y no os olvidéis de hacer el equipaje… ¡Prefecto! ¡Oh, qué nerviosa estoy!

Volvió a besar a Ron en la mejilla, aspiró ruidosamente por la nariz y salió a toda velocidad de la habitación.

Fred y George se miraron.

—No te importará que nosotros no te besemos, ¿verdad, Ron? —dijo Fred con

una voz falsamente nerviosa.

—Si quieres, podemos hacerte una reverencia —añadió George.

—Dejadme en paz —replicó Ron frunciendo el entrecejo.

—Y si no te dejamos en paz, ¿qué? —dijo Fred dibujando una maliciosa sonrisa —. ¿Vas a castigarnos?

—Me encantaría ver cómo lo intenta —se burló George.

—¡Podría hacerlo si no os andáis con cuidado! —intervino una enojada Hermione.

Fred y George rompieron a reír, y Ron murmuró:

—Déjalo ya, Hermione.

—Vamos a tener que ir con mucho cuidado, George —dijo Fred fingiendo que temblaba—, con estos dos vigilándonos…

—Sí, por lo visto se nos ha acabado lo de hacer el gamberro —añadió George moviendo la cabeza.

Y con otro sonoro ¡crac!, los gemelos se desaparecieron.

—¡Vaya par! —exclamó Hermione, furiosa, mirando al techo, a través del cual oían a Fred y a George, que se reían a carcajadas en la habitación del piso de arriba —. No les hagas caso, Ron, lo que ocurre es que están celosos.

—No lo creo —dijo Ron mirando también hacia el techo—. Siempre han dicho que sólo nombran prefectos a los imbéciles… —Luego, con un tono de voz más alegre, continuó—: Pero ¡ellos nunca han tenido escobas nuevas! Me habría gustado ir con mamá y elegirla… Ella no me puede comprar una Nimbus, pero ha salido una Barredora nueva que me encantaría… Sí, creo que voy a decirle que me gustaría que me comprara una Barredora, para que lo sepa…

Salió corriendo de la habitación, y Harry y Hermione se quedaron solos.

Por algún extraño motivo, a Harry no le apetecía nada mirar a Hermione. Se volvió hacia su cama, cogió el montón de ropa limpia que la señora Weasley había dejado encima y fue hacia su baúl.

—Harry… —empezó a decir la muchacha con timidez.

—Felicidades, Hermione —dijo Harry tan efusivamente que no parecía su voz; y, todavía sin mirarla, añadió—: Es fantástico. Prefecta. Genial.

—Gracias —contestó Hermione—. Esto… Harry, ¿me prestas a *Hedwig* para que pueda contárselo a mis padres? Se pondrán muy contentos. Bueno, creo que entenderán lo que significa que me hayan nombrado prefecta.

—¡Sí, claro! —exclamó Harry con aquella espantosa voz efusiva que no le pertenecía—. ¡Cógela!

Se inclinó sobre su baúl, puso las túnicas en el fondo y fingió que buscaba algo dentro, mientras Hermione iba hacia el armario y llamaba a *Hedwig*. Pasaron unos momentos; Harry oyó que se cerraba la puerta, pero siguió doblado por la cintura,

escuchando; lo único que oía eran las risitas del cuadro en blanco de la pared y los eructos de la papelera del rincón.

Se enderezó y giró la cabeza. Hermione se había marchado y *Hedwig* no estaba. Harry volvió con lentitud a su cama y se sentó en ella, clavando la vista en las patas del armario.

Había olvidado por completo que elegían a los prefectos en quinto. Había estado tan preocupado con la posibilidad de que lo expulsaran del colegio que no se había parado a considerar que las insignias debían de estar viajando hacia sus destinatarios. Pero si lo hubiera recordado…, si hubiera pensado en ello… ¿qué expectativas habría tenido?

«Ésta no, desde luego», dijo una discreta pero sincera voz en su cerebro.

Harry hizo una mueca y se tapó la cara con ambas manos. No podía engañarse a sí mismo: si hubiera sabido que una insignia de prefecto iba en camino, se habría imaginado que sería para él, no para Ron. ¿Lo convertía eso en una persona tan arrogante como Draco Malfoy? ¿Se consideraba superior a los demás? ¿De verdad creía que era mejor que Ron?

«No», dijo la voz, desafiante.

¿Era eso cierto?, se preguntó Harry, angustiado, poniendo a prueba sus sentimientos.

«Yo soy mejor en *quidditch* —afirmó la voz—. Pero no soy mejor en nada más.»

Era la pura verdad, pensó Harry; no era mejor que Ron en clase. Pero ¿y fuera de clase? ¿Y las aventuras que él, Ron y Hermione habían vivido juntos desde que llegaron a Hogwarts, arriesgándose muchas veces a cosas peores que la expulsión?

«Bueno, Ron y Hermione casi siempre estaban conmigo», aseguró la voz.

«Pero no siempre —discutió Harry—. Ellos no pelearon conmigo contra Quirrell. Ellos no se enfrentaron a Ryddle ni al basilisco, ni se libraron de los *dementores* la noche que Sirius escapó, ni estaban conmigo en el cementerio la noche que regresó Voldemort…»

Y volvió a asaltarlo aquella sensación de injusticia que había tenido la noche de su llegada a la casa.

«Es evidente que yo he hecho muchas más cosas —pensó Harry con indignación —. ¡He hecho muchas más cosas que ellos dos!»

«Pero, a lo mejor —aventuró la vocecita con imparcialidad—, Dumbledore no elige a los prefectos por haberse metido en un montón de situaciones peligrosas… Quizá los elija por otros motivos… Ron debe de tener algo que tú no tienes…»

Harry abrió los ojos y miró entre sus dedos las patas con forma de garras del armario, recordando lo que había dicho Fred: «Nadie en su sano juicio nombraría prefecto a Ron…»

Harry soltó una breve risotada. Un segundo más tarde estaba asqueado de sí

mismo.

Ron no le había pedido a Dumbledore que le diera una insignia de prefecto. Ron no era culpable de nada. ¿Iba a deprimirse Harry, el mejor amigo que Ron tenía en el mundo, porque él no tenía una insignia? ¿Iba a reírse con los gemelos a espaldas de Ron, iba a estropearle la fiesta a su amigo cuando, por primera vez, lo había superado a él en algo?

Entonces Harry volvió a oír los pasos de Ron por la escalera. Se levantó, se colocó bien las gafas y sonrió cuando Ron entró dando saltos por la puerta.

—¡La he pillado! —exclamó alegremente—. Dice que si puede me comprará la Barredora.

—Qué bien —dijo Harry, y sintió un gran alivio al comprobar que su voz había dejado de sonar efusiva—. Oye, Ron… Bueno, te felicito, amigo.

La sonrisa de los labios de Ron se esfumó de inmediato.

—¡Nunca pensé que fueran a dármela a mí! —aseguró, haciendo un gesto negativo con la cabeza—. ¡Estaba convencido de que te la darían a ti!

—No, yo he causado demasiados problemas —afirmó Harry, repitiendo las palabras de Fred.

—Ya. Sí, debe de ser por eso… Bueno, será mejor que hagamos el equipaje, ¿no?

Parecía mentira cómo se habían esparcido sus cosas desde que habían llegado a la casa. Les llevó casi toda la tarde recoger sus libros y sus objetos personales, que estaban desperdigados por todas partes, y meterlos en los baúles del colegio. Harry se fijó en que Ron llevaba su insignia de prefecto de un lado a otro: primero la dejó en la mesilla de noche, luego se la puso en el bolsillo de los vaqueros, y por fin la sacó y la dejó sobre sus túnicas dobladas, como si quisiera ver cómo quedaba el rojo sobre el negro. Pero cuando Fred y George entraron en la habitación y amenazaron con pegársela en la frente con un encantamiento de presencia permanente, Ron la envolvió con ternura con sus calcetines granates y la guardó bajo llave en el baúl.

La señora Weasley regresó del callejón Diagon hacia las seis, cargada de libros y con un largo paquete envuelto con papel marrón que Ron le quitó de las manos con un gemido de deseo contenido.

—No la desenvuelvas ahora; está llegando la gente para cenar y os quiero a todos abajo —dijo la señora Weasley, pero en cuanto se perdió de vista, Ron arrancó el papel en un arrebato de euforia y, extasiado, examinó centímetro a centímetro su nueva escoba.

Abajo, en el sótano, la señora Weasley había colgado una pancarta roja sobre la mesa, llena a rebosar de comida, que decía:

FELICIDADES

RON Y HERMIONE

NUEVOS PREFECTOS

Harry no la había visto de tan buen humor en todas las vacaciones.

—Me ha parecido buena idea celebrar una pequeña fiesta en lugar de servir la cena en la mesa —explicó a Harry, Ron, Hermione, Fred, George y Ginny cuando entraron en la sala—. Tu padre y Bill están en camino, Ron. Les he enviado una lechuza y están entusiasmados —añadió, radiante.

Fred puso los ojos en blanco.

Sirius, Lupin, Tonks y Kingsley Shacklebolt ya estaban allí, y *Ojoloco* Moody entró poco después de que Harry se sirviera una cerveza de mantequilla.

—¡Oh, Alastor, me alegro de verte! —exclamó la señora Weasley jovialmente, mientras *Ojoloco* se quitaba la capa de viaje haciendo un movimiento con los hombros—. Hace mucho tiempo que queríamos pedírtelo… ¿Podrías echarle un vistazo al escritorio del salón y decirnos qué hay dentro? No hemos querido abrirlo por si se trata de algo peligroso.

—No te preocupes, Molly… —El ojo de color azul eléctrico de Moody giró hacia arriba y se clavó en el techo de la cocina—. En el salón… —gruñó mientras se le contraía la pupila—. ¿Ese escritorio del rincón? ¡Ah, sí, ya lo veo! Sí, es un *boggart*… ¿Quieres que suba y me deshaga de él, Molly?

—No, no, ya lo haré yo más tarde —dijo la señora Weasley sin dejar de sonreír —. Ahora tómate algo. Verás, hoy hemos organizado una pequeña fiesta… —Señaló la pancarta roja—. ¡El cuarto prefecto de la familia! —añadió con orgullo, alborotándole el pelo a Ron.

—Conque prefecto… —gruñó Moody observando a Ron con su ojo normal mientras el mágico giraba y se quedaba mirando hacia la sien. Harry tuvo la desagradable sensación de que lo contemplaba a él, y fue hacia donde estaban Sirius y Lupin—. Bueno…, felicidades —dijo Moody fulminando a Ron con su ojo normal —, las figuras de autoridad siempre atraen problemas, pero supongo que Dumbledore cree que tú puedes soportar cualquier embrujo, porque si no, no te habría nombrado a ti…

Ron se asustó un poco ante aquella interpretación del asunto, pero se libró de tener que contestar gracias a la llegada de su padre y de su hermano mayor. La señora Weasley estaba de tan buen humor que ni siquiera protestó porque hubieran llevado a Mundungus con ellos; éste llevaba un largo abrigo que tenía extraños bultos en sitios donde no debía tenerlos, y declinó el ofrecimiento de quitárselo y dejarlo con la capa de viaje de Moody.

—Bueno, creo que la ocasión merece un brindis —anunció el señor Weasley

cuando todos tenían ya su copa. Levantó la suya y dijo—: ¡Por Ron y por Hermione, los nuevos prefectos de Gryffindor!

Ron y Hermione sonrieron encantados mientras los demás bebían a su salud, y luego todos aplaudieron.

—Yo nunca fui prefecta —comentó alegremente Tonks, que estaba detrás de Harry, cuando todos fueron hacia la mesa para servirse. Ese día llevaba el cabello de color rojo tomate, y largo hasta la cintura; parecía la hermana mayor de Ginny— El jefe de mi casa decía que me faltaban ciertas cualidades indispensables.

—¿Como cuáles? —preguntó Ginny, que estaba sirviéndose una patata asada.

—Como la capacidad de comportarme —respondió Tonks.

Ginny rió; Hermione no sabía si sonreír o no, y solucionó el dilema bebiendo un enorme trago de cerveza de mantequilla y atragantándose con él.

—¿Y tú, Sirius? —preguntó Ginny mientras le daba una palmada en la espalda a Hermione.

Sirius, que estaba junto a Harry, soltó su atronadora risa.

—A nadie se le habría ocurrido nombrarme prefecto porque me pasaba demasiado tiempo castigado con James. El bueno era Lupin, a él sí le dieron la insignia.

—Creo que Dumbledore albergaba esperanzas de que yo ejerciera cierto control sobre mis mejores amigos —terció Lupin—. Ni que decir tiene que fracasé estrepitosamente.

Harry se animó al descubrir que su padre tampoco había sido prefecto y entonces la fiesta empezó a resultar más agradable; se llenó el plato y, de pronto, todo el mundo parecía mucho más simpático.

Ron no paraba de hablar, entusiasmado, de su nueva escoba con todo el que estuviera dispuesto a escucharlo.

—… de cero a ciento diez en diez segundos. No está mal, ¿eh? Imagínate, la Cometa 290 sólo tiene una aceleración de cero a sesenta, y eso con un viento de cola apropiado, según *El mundo de la escoba.*

Hermione hablaba muy seriamente con Lupin de su opinión sobre los derechos de los elfos.

—Mire, es tan absurdo como la segregación de los hombres lobo, ¿no le parece? Todo proviene de esa horrible tendencia de los magos a considerarse superiores al resto de las criaturas…

La señora Weasley y Bill discutían sobre el pelo de este, como siempre.

—… se está descontrolando, y eres tan guapo… Te quedaría mucho mejor corto, ¿no crees, Harry?

—Oh… No sé… —contestó él, un tanto alarmado cuando le pidieron su opinión; se alejó de ellos y fue hacia Fred y George, que estaban apiñados en un rincón junto a Mundungus.

Éste dejó de hablar en cuanto vio a Harry, pero Fred le guiñó un ojo e hizo señas al muchacho para que se acercara.

—No pasa nada —aseguró Fred a Mundungus—. Podemos confiar en Harry; es nuestro patrocinador.

—Mira lo que nos ha traído Dung —dijo George mostrándole a Harry una mano llena de unas cosas negras que parecían vainas resecas. Emitían un ruidito vibrante pese a estar completamente quietas—. Son semillas de tentácula venenosa. Las necesitamos para los Surtidos Saltaclases, pero son una Sustancia No Comerciable de Clase C, y por eso nos ha costado un poco conseguirlas.

—¿Cuánto dices, Dung? ¿Diez galeones el lote? —preguntó Fred.

—Ya sabes los problemas que he tenido para hacerme con ellas —respondió Mundungus abriendo aún más los caídos y enrojecidos ojos—. Lo siento, muchachos, pero no puedo bajar de veinte.

—A Dung le encanta bromear —le dijo Fred a Harry.

—Sí, hasta ahora su mejor chiste fue pedirnos seis *sickles* por una bolsa de púas de *knarl* —añadió George.

—Tened cuidado —les advirtió Harry con disimulo.

—¿Qué pasa? —inquirió Fred—. ¡Ah, no te preocupes! Mamá está muy ocupada arrullando al prefecto Ron.

—Pero Moody os podría estar vigilando —señaló Harry.

Mundungus, nervioso, giró la cabeza.

—Es verdad —gruñó—. Está bien, chicos, os las dejo por diez si os las lleváis ahora mismo.

—¡Gracias, Harry! —exclamó Fred con gran alegría cuando Mundungus vació sus bolsillos en las manos de los gemelos y se escabulló hacia donde estaba la comida —. Será mejor que las subamos a la habitación…

Harry vio cómo se marchaban y se quedó un tanto preocupado. Se le acababa de ocurrir que el señor y la señora Weasley querrían saber cómo financiaban Fred y George su negocio de artículos de broma cuando por fin lo descubrieran, lo cual acabaría pasando tarde o temprano. En su momento había resultado muy sencillo entregar a los gemelos el premio en metálico del Torneo de los tres magos, pero ¿y si eso acababa provocando otra pelea familiar y una crisis parecida a la que había causado Percy? ¿Seguiría considerando la señora Weasley a Harry como un hijo si se enteraba de que él había contribuido a que Fred y George empezaran una carrera que ella consideraba inadecuada?

Se quedó plantado donde lo habían dejado los gemelos, sin otra compañía que el peso de su sentimiento de culpa en el fondo del estómago, y entonces oyó que alguien pronunciaba su nombre. La profunda voz de Kingsley Shacklebolt se oía incluso en medio de todo aquel alboroto.

—¿… por qué Dumbledore no ha nombrado prefecto a Potter? —preguntaba Kingsley.

—Debe de tener sus razones —respondió Lupin.

—Pero así le habría demostrado que confía en él. Es lo que habría hecho yo —insistió Kingsley—, sobre todo ahora que *El Profeta* se mete con él sin parar.

Harry no se dio la vuelta; no quería que Lupin y Kingsley supieran que los había oído. Pese a que no tenía ni pizca de hambre, siguió el ejemplo de Mundungus y se dirigió hacia la mesa. El placer que había empezado a encontrar en la fiesta se había evaporado con la misma rapidez con que había llegado; le habría gustado estar arriba, en la cama.

Ojoloco Moody olfateaba un muslo de pollo con lo que le quedaba de nariz; evidentemente, no detectó ni rastro de veneno, porque le asestó un mordisco y arrancó un buen trozo de carne.

—…el mango es de roble español, con barniz antiembrujos y control de vibración incorporado… —le decía Ron a Tonks.

La señora Weasley bostezó sin disimulo.

—Bueno, creo que voy a ocuparme de ese *boggart* antes de acostarme… Arthur, no quiero que los niños se vayan a dormir demasiado tarde, ¿entendido? Buenas noches, Harry, querido —añadió, y salió de la cocina.

El muchacho dejó su plato y se preguntó si sería capaz de seguirla sin llamar la atención.

—¿Estás bien, Potter? —le preguntó entonces Moody.

—Sí, muy bien —mintió él.

Moody bebió un sorbo de su petaca; su ojo azul eléctrico miraba de soslayo a Harry.

—Ven aquí, tengo una cosa que quizá te interese —dijo, sacando una vieja y destrozada fotografía mágica de un bolsillo interior de su túnica—. La Orden del Fénix original —gruñó Moody—. La encontré anoche mientras buscaba mi capa invisible de recambio, dado que Podmore no ha tenido la decencia de devolverme la que le presté, que por cierto es la buena… Pensé que a alguien le gustaría verla.

Harry cogió la fotografía. En ella había un grupo de gente que le devolvía la mirada; algunos lo saludaban con la mano y otros se levantaban las gafas.

—Ése soy yo —dijo Moody, señalándose, aunque no hacía ninguna falta. El Moody de la fotografía era inconfundible, pese a que no tenía el cabello tan gris y su nariz estaba intacta—. Y el que está a mi lado es Dumbledore; al otro lado tengo a Dedalus Diggle… Ésa es Marlene McKinnon; la asesinaron dos días después de que se tomara esta fotografía; de hecho, mataron a toda su familia. Ésos son Frank y Alice Longbottom…

El estómago de Harry, que ya estaba un poco revuelto, se encogió al ver a Alice

Longbottom; su cara, redonda y simpática, le resultaba muy familiar pese a que no la conocía, porque era la viva imagen de su hijo Neville.

—… pobrecillos —gruñó Moody—. Preferiría morir a que me pasara lo que les pasó a ellos… Y ésa es Emmeline Vance, ya la conoces, y ese otro es Lupin, evidentemente… Benjy Fenwick, que también se fue al otro barrio; sólo encontramos unos cuantos trozos de su cuerpo… Moveos un poco —añadió, dándole unos golpecitos a la fotografía, y los retratados se desplazaron hacia un lado para que los que quedaban tapados pudieran pasar hacia delante.

»Ese de ahí es Edgar Bones, el hermano de Amelia Bones… También se los cargaron a él y a su familia; era un gran mago… Sturgis Podmore, vaya, qué joven está… Caradoc Dearborn, que murió seis meses después; nunca encontramos su cadáver… Hagrid, por supuesto, está igual que siempre… Elphias Doge, también lo conoces, no me acordaba de que antes solía llevar ese ridículo sombrero… Gideon Prewett, hicieron falta cinco *mortífagos* para matarlos a él y a su hermano Fabián, que pelearon como verdaderos héroes… Moveos, moveos…

Los retratados se empujaron unos a otros y los que estaban ocultos detrás pasaron al primer plano de la imagen.

—Ése es Aberforth, el hermano de Dumbledore; sólo lo vi ese día, era un tipo extraño… Y Dorcas Meadowes, a quien Voldemort mató personalmente… Sirius, cuando todavía llevaba el pelo corto… Y… ¡ahí está, pensé que esto te interesaría!

A Harry le dio un vuelco el corazón. Su padre y su madre lo miraban sonrientes, sentados uno a cada lado de un individuo menudo y de ojos llorosos a quien Harry reconoció de inmediato: era Colagusano, el que había revelado a Voldemort el paradero de sus padres, ayudándolo así a provocar su muerte.

—¿Qué me dices? —le preguntó Moody. Harry levantó la cabeza y miró el rostro, picado y lleno de cicatrices, de Moody. Era evidente que *Ojoloco* tenía la impresión de que acababa de darle una alegría a Harry.

—Vaya —dijo éste, y una vez más intentó sonreír—. Esto…, mire, acabo de recordar que he olvidado meter en el baúl…

Pero se libró de tener que inventar un objeto que no había metido en el baúl, porque Sirius acababa de decir:

—¿Qué es eso que tienes ahí, Moody?

Ojoloco se volvió hacia Sirius, y Harry cruzó la cocina, se escabulló por la puerta y subió la escalera antes de que alguien pudiera retenerlo.

No sabía por qué estaba tan conmocionado; al fin y al cabo, ya había visto otras fotografías de sus padres y había conocido a Colagusano… Pero verlos aparecer así, cuando menos se lo esperaba… Eso a nadie le gustaría, pensó con enfado…

Y además, verlos rodeados de esas otras caras sonrientes… Benjy Fenwick, al que

habían encontrado hecho pedazos, y Gideon Prewett, que había muerto como un héroe, y los Longbottom, a los que habían torturado hasta la locura… Todos condenados a saludar alegremente con la mano desde la fotografía, sin saber que estaban destinados a morir… Quizá Moody lo encontrara interesante, pero a Harry le resultaba inquietante…

A continuación subió la escalera de puntillas y pasó por delante de las cabezas de elfo reducidas, contento de volver a estar solo, pero cuando llegaba al primer rellano oyó ruidos. Había alguien llorando en el salón.

—¿Hola? —dijo Harry.

No obtuvo respuesta, pero los sollozos continuaron. Subió de dos en dos los escalones que faltaban, cruzó el rellano y abrió la puerta del salón.

Dentro había alguien encogido de miedo contra la oscura pared, con la varita mágica en la mano, mientras los sollozos sacudían con violencia su cuerpo. Tirado sobre la polvorienta alfombra, en medio de un rayo de luz de luna, y sin duda alguna muerto, estaba Ron.

Harry tuvo la sensación de que sus pulmones se quedaban sin aire; notó que se hundía en el suelo y el cerebro se le paralizó. Ron muerto, no, no podía ser…

«Espera un momento», pensó; no podía ser, Ron estaba abajo…

—¡Señora Weasley! —gritó Harry con voz ronca.

—*¡Ri-ri-riddíkulo!* —sollozaba la señora Weasley, apuntando con su temblorosa varita al cuerpo de Ron.

¡Crac!

El cuerpo de Ron se transformó en el de Bill, que estaba tumbado boca arriba con los brazos y las piernas extendidos y los ojos muy abiertos e inexpresivos. La señora Weasley sollozó aún más fuerte.

—*¡Ri-riddíkulo!* —volvió a exclamar.

¡Crac!

El cuerpo del señor Weasley sustituyó al de Bill; llevaba las gafas torcidas y un hilillo de sangre resbalaba por su cara.

—¡No! —gimió la señora Weasley—. No… *¡Riddíkulo! ¡Riddíkulo! ¡RIDDÍKULO!*

¡Crac! Los gemelos muertos. ¡Crac! Percy muerto. ¡Crac! Harry muerto…

—¡Salga de aquí, señora Weasley! —gritó Harry contemplando su propio cuerpo sin vida, que yacía sobre la alfombra—. ¡Deje que alguien…!

—¿Qué está pasando aquí?

Lupin había entrado corriendo en la habitación, seguido de Sirius y luego de Moody, que estaba furioso. Lupin miró a la señora Weasley y después el cadáver de Harry echado en el suelo, y al parecer lo entendió todo en un instante. Sacó su varita mágica y dijo con voz firme y clara:

—*¡Riddíkulo!*

El cadáver de Harry desapareció y una esfera plateada quedó suspendida en el aire sobre la alfombra. Lupin sacudió una vez más su varita y la esfera desapareció tras convertirse en una bocanada de humo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —exclamó la señora Weasley, y rompió a llorar con desconsuelo tapándose la cara con las manos.

—Molly —dijo Lupin con tono sombrío acercándose a ella—. Molly, no… —La mujer se abrazó a Lupin y lloró a lágrima viva sobre su hombro—. Sólo era un *boggart*, Molly —susurró Lupin para tranquilizarla mientras le acariciaba la cabeza— Sólo era un estúpido *boggart*…

—¡Los veo m-m-muertos continuamente! —gimió la señora Weasley sin separarse de Lupin—. ¡C-c-continuamen-te! S-s-sueño con ellos…

Sirius se quedó mirando el trozo de alfombra en el que había estado tumbado el *boggart* adoptando la forma del cuerpo de Harry. Moody, por su parte, observaba al muchacho, que esquivó su mirada. Harry tenía la extraña sensación de que el ojo mágico de Moody lo había seguido desde que había salido de la cocina.

—N-n-no se lo cuentes a Arthur —gimoteaba la señora Weasley, restregándose desesperadamente los ojos con los puños de la túnica—. N-n-no quiero que sepa… lo t-t-tonta que soy… —Lupin le dio un pañuelo y la señora Weasley se sonó—. Lo siento mucho, Harry. ¿Qué vas a pensar de mí? —dijo con voz temblorosa—. Ni siquiera soy capaz de librarme de un *boggart*…

—No diga tonterías —contestó Harry intentando sonreír.

—Es que estoy t-t-tan preocupada… —añadió ella, y las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos—. La mitad de la f-f-familia está en la Orden; si salimos todos con vida de ésta, será un m-m-milagro… Y P-P-Percy no nos dirige la palabra… ¿Y si le p-p-pasa algo espantoso antes de que hayamos hecho las p-p-paces con él? ¿Y qué s-s-sucederá si morimos Arthur y yo, quién c-c-cuidará de Ron y Ginny?

—¡Basta, Molly! —exclamó Lupin con firmeza—. Esto no es como la última vez. La Orden está más preparada, ahora le llevamos ventaja y sabemos qué pretende Voldemort… —La señora Weasley soltó un grito ahogado al oír ese nombre—. Vamos, Molly, ya va siendo hora de que te acostumbres a oír su nombre. Mira, no puedo prometer que nadie vaya a resultar herido, eso no puede prometerlo nadie, pero estamos mucho más preparados que la última vez. Entonces tú no pertenecías a la Orden y por eso no lo entiendes. En el último enfrentamiento, los *mortífagos* eran veinte veces más numerosos que nosotros y nos perseguían uno por uno.

Harry volvió a pensar en la fotografía, en los rostros sonrientes de sus padres, consciente de que Moody seguía mirándolo.

—Y no te preocupes por Percy —dijo de pronto Sirius—. Ya rectificará. Sólo es cuestión de tiempo que Voldemort dé la cara; en cuanto lo haga, el Ministerio en masa nos suplicará que lo perdonemos. Aunque yo no estoy seguro de que vaya a

aceptar sus disculpas —añadió con amargura.

—Y respecto a eso de quién cuidaría de Ron y Ginny si faltarais Arthur y tú —terció Lupin, esbozando una sonrisa—, ¿qué crees que haríamos, dejarlos morir de hambre?

La señora Weasley también sonrió tímidamente.

—Qué tonta soy —volvió a murmurar secándose las lágrimas.

Sin embargo, unos diez minutos más tarde, cuando entró en su dormitorio y cerró la puerta, Harry seguía sin pensar que la señora Weasley fuera tonta. Aún veía a sus padres sonriéndole desde la vieja fotografía sin saber que sus vidas, como las de muchos de los que los rodeaban, estaban llegando a su fin. La imagen del *boggart* que se hacía pasar por el cadáver de cada uno de los miembros de la familia Weasley seguía apareciendo ante sus ojos.

Y entonces, sin previo aviso, la cicatriz de su frente volvió a producirle un intenso dolor y se le contrajo el estómago.

—¡Para ya! —ordenó con firmeza al mismo tiempo que se frotaba la cicatriz; inmediatamente el dolor empezó a remitir.

—Un primer síntoma de locura: hablar contigo mismo —dijo una voz traviesa desde el cuadro en blanco de la pared.

Harry no le hizo caso. Se sentía mayor, más que nunca, y le parecía increíble que, apenas una hora antes, hubiera estado preocupado por una tienda de artículos de broma y por quién había recibido una insignia de prefecto y quién no.

10
Luna Lovegood

Harry durmió mal esa noche. Sus padres entraban y salían de sus sueños, pero nunca le hablaban; la señora Weasley lloraba sobre el cuerpo sin vida de Kreacher, y Ron y Hermione, que llevaban coronas, la miraban; y una vez más, Harry iba por un pasillo que terminaba en una puerta cerrada con llave. Despertó sobresaltado, con picor en la cicatriz, y vio que Ron ya se había vestido y estaba hablándole.

—… date prisa, mamá está histérica, dice que vamos a perder el tren…

En la casa había mucho jaleo. Por lo que pudo oír mientras se vestía a toda velocidad, Harry comprendió que Fred y George habían encantado sus baúles para que bajaran la escalera volando, ahorrándose así la molestia de transportarlos, y éstos habían golpeado a Ginny y la habían hecho bajar dos tramos de escalones rodando hasta el vestíbulo; la señora Black y la señora Weasley gritaban a voz en cuello.

—¡… PODRÍAIS HABERLE HECHO DAÑO DE VERDAD, IDIOTAS!

—¡… MESTIZOS PODRIDOS, MANCILLANDO LA CASA DE MIS PADRES!

Hermione entró corriendo en la habitación, muy aturullada, cuando Harry estaba poniéndose las zapatillas de deporte. La chica llevaba a *Hedwig* balanceándose en el hombro y a *Crookshanks* retorciéndose en los brazos.

—Mis padres me han devuelto a *Hedwig*.

La lechuza revoloteó obedientemente y se posó encima de su jaula.

—¿Ya estás listo?

—Casi. ¿Cómo está Ginny? —preguntó Harry poniéndose las gafas.

—La señora Weasley ya la ha curado. Pero ahora *Ojoloco* dice que no podemos irnos hasta que llegue Sturgis Podmore porque en la guardia falta un miembro.

—¿La guardia? —se extrañó Harry—. ¿Necesitamos una guardia para ir a King's Cross?

—Tú necesitas una guardia para ir a King's Cross —lo corrigió Hermione.

—¿Por qué? —preguntó Harry con fastidio—. Tenía entendido que Voldemort intentaba pasar desapercibido, así que no irás a decirme que piensa saltar desde detrás de un cubo de basura para matarme, ¿verdad?

—No lo sé, eso es lo que ha dicho *Ojoloco* —replicó Hermione distraídamente, mirando su reloj—, pero si no nos vamos pronto, perderemos el tren, eso seguro…

—¿Queréis bajar ahora mismo, por favor? —gritó la señora Weasley.

Hermione pegó un brinco, como si se hubiera escaldado, y salió a toda prisa de la habitación. Harry agarró a *Hedwig*, la metió sin muchos miramientos en su jaula y bajó la escalera, detrás de su amiga, arrastrando su baúl.

El retrato de la señora Black lanzaba unos furiosos aullidos, pero nadie se molestó en cerrar las cortinas; de todos modos, el ruido que había en el vestíbulo la habría despertado otra vez.

—Harry, tú vienes conmigo y con Tonks —gritó la señora Weasley para hacerse oír sobre los chillidos de «¡SANGRE SUCIA! ¡CANALLAS! ¡SACOS DE INMUNDICIA!»—. Deja tu baúl y tu lechuza; Alastor se encargará del equipaje… ¡Oh, por favor, Sirius! ¡Dumbledore dijo que no!

Un perro negro que parecía un oso había aparecido junto a Harry mientras éste trepaba por los baúles amontonados en el vestíbulo para llegar a donde estaba la señora Weasley.

—En serio… —dijo la señora Weasley con desesperación—. ¡Está bien, pero allá te las compongas!

Luego abrió la puerta de la calle de un fuerte tirón y salió a la débil luz del día otoñal. Harry y el perro la siguieron. La puerta se cerró tras ellos, y los gritos de la señora Black dejaron de escucharse de inmediato.

—¿Dónde está Tonks? —preguntó Harry, mirando alrededor, mientras bajaban los escalones de piedra del número 12, que desaparecieron en cuanto pisaron la acera.

—Nos espera allí —contestó la señora Weasley con tono frío apartando la vista del perro negro que caminaba con torpeza sin separarse de Harry.

Una anciana los saludó cuando llegaron a la esquina. Tenía el cabello gris muy rizado y llevaba un sombrero de color morado con forma de pastel de carne de cerdo.

—¿Qué hay, Harry? —le preguntó guiñándole un ojo—. Será mejor que nos demos prisa, ¿verdad, Molly? —añadió mientras consultaba su reloj.

—Ya lo sé, ya lo sé —gimoteó ésta mientras daba pasos más largos—, es que *Ojoloco* quería esperar a Sturgis… Si Arthur nos hubiera conseguido unos coches del Ministerio… Pero últimamente Fudge no le presta ni un tintero vacío… ¿Cómo se las ingenian los *muggles* para viajar sin hacer magia?

En ese momento, el enorme perro negro soltó un alegre ladrido y se puso a hacer cabriolas a su alrededor, corriendo detrás de las palomas y persiguiéndose la cola. Harry no pudo contener la risa. Sirius había pasado mucho tiempo encerrado en la casa. La señora Weasley, sin embargo, frunció los labios de forma muy parecida a como lo hacía tía Petunia.

Tardaron veinte minutos en llegar a King's Cross a pie, y en ese rato no ocurrió nada digno de mención, salvo que Sirius asustó a un par de gatos para distraer a Harry. Una vez dentro de la estación, se quedaron con disimulo junto a la barrera que había entre el andén número nueve y el número diez hasta que no hubo moros en la costa; entonces, uno a uno, se apoyaron en ella y la atravesaron fácilmente, apareciendo en el andén nueve y tres cuartos, donde el expreso de Hogwarts escupía vapor y hollín junto a un montón de alumnos que aguardaban con sus familias la hora de partir. Harry aspiró aquel familiar aroma y notó que le subía la moral… Iba a regresar a Hogwarts, por fin…

—Espero que los demás lleguen a tiempo —comentó la señora Weasley, nerviosa, y giró la cabeza hacia el arco de hierro forjado que había en el andén, por donde entraban los que iban llegando.

—¡Qué perro tan bonito, Harry! —gritó un muchacho con rastas.

—Gracias, Lee —respondió Harry, sonriente, y Sirius agitó con frenesí la cola.

—¡Ah, menos mal! —dijo la señora Weasley con alivio—. Ahí está Alastor con el equipaje, mirad…

Con una gorra de mozo que le tapaba los desiguales ojos, Moody entró cojeando por debajo del arco mientras empujaba un carrito donde llevaba los baúles.

—Todo en orden —murmuró al llegar junto a Tonks y la señora Weasley—. Creo que no nos han seguido…

Unos instantes después, el señor Weasley apareció en el andén con Ron y Hermione. Casi habían descargado el equipaje del carrito de Moody cuando llegaron Fred, George y Ginny con Lupin.

—¿Algún problema? —gruñó Moody.

—Ninguno —contestó Lupin.

—De todos modos, informaré a Dumbledore de lo de Sturgis —afirmó Moody—. Es la segunda vez que no se presenta en una semana. Está volviéndose tan informal como Mundungus.

—Bueno, cuidaos mucho —dijo Lupin estrechándoles la mano a todos. Por último se acercó a Harry y le dio una palmada en el hombro—. Tú también, Harry. Ten cuidado.

—Sí, no te metas en líos y ten los ojos bien abiertos —le aconsejó Moody al estrecharle la mano—. Y esto va por todos: cuidado con lo que ponéis por escrito. Si tenéis dudas, no se os ocurra escribirlas en vuestras cartas.

—Ha sido un placer conoceros —dijo Tonks abrazando a Hermione y Ginny—. Espero que volvamos a vernos pronto.

Entonces sonó un silbido de aviso; los alumnos que todavía estaban en el andén fueron apresuradamente hacia el tren.

—Rápido, rápido —los apremió la señora Weasley, atolondrada, abrazándolos a todos, y a Harry dos veces—.

Escribid… Portaos bien… Si os habéis dejado algo ya os lo mandaremos… ¡Rápido, subid al tren!

El perro negro se levantó sobre las patas traseras y colocó las delanteras sobre los hombros de Harry, pero la señora Weasley empujó al muchacho hacia la puerta del tren y susurró:

—¡Te lo suplico, Sirius, haz el favor de comportarte como un perro!

—¡Hasta pronto! —gritó Harry desde la ventanilla abierta cuando el tren se puso en marcha, mientras Ron, Hermione y Ginny saludaban con la mano.

Las figuras de Tonks, Lupin, Moody y el señor y la señora Weasley se encogieron con rapidez, pero el perro negro corrió por el andén junto a la ventana, agitando la cola; la gente que había en el andén reía viéndolo perseguir el tren; entonces éste tomó una curva y Sirius desapareció.

—No ha debido acompañarnos —comentó Hermione, preocupada.

—Vamos, no seas así —dijo Ron—, hacía meses que no veía la luz del sol, pobre hombre.

—Bueno —dijo Fred dando una palmada—, no podemos pasarnos el día charlando, tenemos asuntos de los que hablar con Lee. Hasta luego —se despidió, y George y él desaparecieron por el pasillo hacia la derecha.

El tren iba adquiriendo velocidad, y las casas que se veían por la ventana pasaban volando mientras ellos se mecían acompasadamente.

—¿Vamos a buscar nuestro compartimento? —propuso Harry.

Ron y Hermione se miraron.

—Esto… —empezó a decir Ron.

—Nosotros… Bueno, Ron y yo tenemos que ir al vagón de los prefectos —dijo Hermione sintiéndose muy violenta.

Ron no miraba a su amigo, pues parecía muy interesado en las uñas de su mano izquierda.

—¡Ah! —exclamó Harry—. Bueno, vale.

—No creo que tengamos que quedarnos allí durante todo el trayecto —se apresuró a añadir Hermione—. Nuestras cartas decían que teníamos que recibir instrucciones de los delegados, y luego patrullar por los pasillos de vez en cuando.

—Vale —repitió Harry—. Bueno, entonces ya…, ya nos veremos más tarde.

—Sí, claro —dijo Ron lanzándole una furtiva y nerviosa mirada a su amigo—. Es una lata que tengamos que ir al vagón de los prefectos, yo preferiría… Pero tenemos que hacerlo, es decir, a mí no me hace ninguna gracia. Yo no soy Percy —concluyó con tono desafiante.

—Ya lo sé —afirmó Harry, y sonrió.

Pero cuando Hermione y Ron arrastraron sus baúles y a *Crookshanks* y a *Pigwidgeon* en su jaula hacia el primer vagón del tren, Harry tuvo una extraña sensación de abandono. Nunca había viajado en el expreso de Hogwarts sin Ron.

—¡Vamos! —le dijo Ginny—. Si nos damos prisa podremos guardarles sitio.

—Tienes razón —replicó Harry, y cogió la jaula de *Hedwig* con una mano y el asa de su baúl con la otra.

Luego echaron a andar por el pasillo mirando a través de las puertas de paneles de cristal para ver el interior de los compartimentos, que ya estaban llenos. Harry se fijó, inevitablemente, en que mucha gente se quedaba contemplándolo con gran interés, y varios daban codazos a sus compañeros y lo señalaban. Tras observar aquel comportamiento en cinco vagones consecutivos, recordó que *El Profeta* se había pasado el verano contando a sus lectores que Harry era un mentiroso y un fanfarrón. Desanimado, se preguntó si esa gente que lo miraba y susurraba se habría creído aquellas historias.

En el último vagón encontraron a Neville Longbottom, que, como Harry, también iba a hacer el quinto año en Gryffindor; tenía la cara cubierta de sudor por el esfuerzo de tirar de su baúl por el pasillo mientras con la otra mano sujetaba a su sapo, *Trevor.*

—¡Hola, Harry! —lo saludó, jadeando—. ¡Hola, Ginny! El tren va lleno… No encuentro asiento…

—Pero ¿qué dices? —se extrañó Ginny, que se había colado por detrás de Neville para mirar en el compartimento que había tras él—. En este compartimento hay sitio, sólo está Lunática Lovegood.

Neville murmuró algo parecido a que no quería molestar a nadie.

—No digas tonterías —soltó Ginny riendo—. Es muy simpática. —Y entonces abrió la puerta del compartimento y metió su baúl dentro. Harry y Neville la siguieron—. ¡Hola, Luna! —la saludó Ginny—. ¿Te importa que nos quedemos aquí?

La muchacha que había sentada junto a la ventana levantó la cabeza. Tenía el pelo rubio, sucio y desgreñado, largo hasta la cintura, cejas muy claras y unos ojos saltones que le daban un aire de sorpresa permanente. Harry comprendió de

inmediato por qué Neville había decidido pasar de largo de aquel compartimento. La muchacha tenía un aire inconfundible de chiflada. Quizá contribuyera a ello que se había colocado la varita mágica detrás de la oreja izquierda, o que llevaba un collar hecho con corchos de cerveza de mantequilla, o que estaba leyendo una revista al revés. La chica miró primero a Neville y luego a Harry, y a continuación asintió con la cabeza.

—Gracias —dijo Ginny, sonriente.

Harry y Neville pusieron los tres baúles y la jaula de *Hedwig* en la rejilla portaequipajes y se sentaron. Luna los observaba por encima del borde de su revista, *El Quisquilloso,* y parecía que no parpadeaba tanto como el resto de los seres humanos. Miraba fijamente a Harry, que se había sentado enfrente de ella y que ya empezaba a lamentarlo.

—¿Has pasado un buen verano, Luna? —le preguntó Ginny.

—Sí —respondió ella en tono soñador sin apartar los ojos de Harry—. Sí, me lo he pasado muy bien. Tú eres Harry Potter —añadió.

—Sí, ya lo sé —repuso el chico.

Neville rió entre dientes y Luna dirigió sus claros ojos hacia él.

—Y tú no sé quién eres.

—No soy nadie —se apresuró a decir Neville.

—Claro que sí —intervino Ginny, tajante—. Neville Longbottom, Luna Lovegood. Luna va a mi curso, pero es una Ravenclaw.

—«Una inteligencia sin límites es el mayor tesoro de los hombres» —recitó Luna con sonsonete.

Luego levantó su revista, que seguía sosteniendo del revés, lo bastante para ocultarse la cara y se quedó callada. Harry y Neville se miraron arqueando las cejas y Ginny contuvo una risita.

El tren avanzaba traqueteando a través del campo. Hacía un día extraño, un tanto inestable; tan pronto el sol inundaba el vagón como pasaban por debajo de unas amenazadoras nubes grises.

—¿Sabéis qué me regalaron por mi cumpleaños? —preguntó de repente Neville.

—¿Otra recordadora? —aventuró Harry acordándose de la bola de cristal que la abuela de Neville le había enviado en un intento de mejorar la desastrosa memoria de su nieto.

—No. Aunque no me vendría mal una, porque perdí la vieja hace mucho tiempo… No, mirad…

Metió la mano con la que no sujetaba con firmeza a Trevor en su mochila y, tras hurgar un rato, sacó una cosa que parecía un pequeño cactus gris en un tiesto, aunque estaba cubierto de forúnculos en lugar de espinas.

—Una *Mimbulus mimbletonia* —dijo con orgullo, y Harry se quedó mirando

aquella cosa que latía débilmente y tenía el siniestro aspecto de un órgano enfermo—. Es muy, muy rara —afirmó Neville, radiante—. No sé si hay alguna en el invernadero de Hogwarts. Me muero de ganas de enseñársela a la profesora Sprout. Mi tío abuelo Algie me la trajo de Asiria. Voy a ver si puedo conseguir más ejemplares a partir de éste.

Harry ya sabía que la asignatura favorita de Neville era la Herbología, pero por nada del mundo podía entender que le interesara tanto aquella raquítica plantita.

—¿Hace… algo? —preguntó.

—¡Ya lo creo! ¡Un montón de cosas! —exclamó Neville con orgullo—. Tiene un mecanismo de defensa asombroso. Mira, sujétame a *Trevor*…

Entonces puso el sapo en el regazo de Harry y sacó una pluma de su mochila. Los saltones ojos de Luna Lovegood volvieron a asomar por el borde de su revista para ver qué hacía Neville. Éste, con la lengua entre los dientes, colocó la *Mimbulus mimbletonia* a la altura de sus ojos, eligió un punto y le dio un pinchazo con la punta de su pluma.

Inmediatamente empezó a salir líquido por todos los forúnculos de la planta, unos chorros densos y pegajosos de color verde oscuro. El líquido salpicó el techo y las ventanas y manchó la revista de Luna Lovegood; Ginny, que se había tapado la cara con los brazos justo a tiempo, quedó como si llevara un viscoso sombrero verde, y Harry, que tenía las manos ocupadas impidiendo que *Trevor* escapara, recibió un chorro en toda la cara. El líquido olía a estiércol seco.

Neville, que también se había manchado la cara y el pecho, sacudió la cabeza para quitarse el líquido de los ojos.

—Lo…, lo siento —dijo entrecortadamente—. Todavía no lo había probado… No me imaginaba que pudiera ser tan… Pero no os preocupéis, su jugo fétido no es venenoso —añadió, nervioso, al ver que Harry escupía un trago en el suelo.

En ese preciso instante se abrió la puerta de su compartimento.

—¡Oh…, hola, Harry! —lo saludó una vocecilla—. Humm…, ¿te pillo en mal momento?

Harry limpió los cristales de sus gafas con la mano con la que no sujetaba a Trevor. Una chica muy guapa, cuyo cabello era negro, largo y reluciente, estaba plantada en la puerta, sonriéndole. Era Cho Chang, la buscadora del equipo de *quidditch* de Ravenclaw.

—¡Ah, hola…! —respondió Harry, desconcertado. —Humm… —dijo Cho—. Bueno… Sólo venía a decirte hola… Hasta luego.

Y con las mejillas muy coloradas cerró la puerta y se marchó. Harry se recostó en el asiento y soltó un gruñido. Le habría gustado que Cho lo encontrara sentado con un grupo de gente interesante, muerta de risa por un chiste que él acababa de contar, y no con Neville y Lunática Lovegood, con un sapo en la mano y chorreando jugo fétido.

—Bueno, no importa —dijo Ginny con optimismo—. Mirad, podemos librarnos de todo esto con facilidad. —Sacó su varita y exclamó—: *¡Fregotego!*

Y el jugo fétido desapareció.

—Lo siento —volvió a decir Neville con un hilo de voz. Ron y Hermione no aparecieron hasta al cabo de una hora, después de que pasase el carrito de la comida. Harry, Ginny y Neville se habían terminado las empanadas de calabaza y estaban muy entretenidos intercambiando cromos de ranas de chocolate cuando se abrió la puerta del compartimento y Ron y Hermione entraron acompañados de *Crookshanks* y *Pigwidgeon*, que ululaba estridentemente en su jaula.

—Estoy muerto de hambre —dijo Ron; dejó a *Pigwidgeon* junto a *Hedwig*, le quitó una rana de chocolate de las manos a Harry y se sentó a su lado. Abrió el envoltorio, mordió la cabeza de la rana y se recostó con los ojos cerrados, como si hubiera tenido una mañana agotadora.

—Hay dos prefectos de quinto en cada casa —explicó Hermione, que parecía muy contrariada, y se sentó también—. Un chico y una chica.

—Y a ver si sabéis quién es uno de los prefectos de Slytherin —preguntó Ron, que todavía no había abierto los ojos.

—Malfoy —contestó Harry al instante, convencido de que sus peores temores se confirmarían.

—Por supuesto —afirmó Ron con amargura; luego se metió el resto de la rana en la boca y cogió otra.

—Y Pansy Parkinson, esa pava —añadió Hermione con malicia—. No sé cómo la han nombrado prefecta, si es más tonta que un trol con conmoción cerebral…

—¿Quiénes son los de Hufflepuff? —preguntó Harry.

—Ernie Macmillan y Hannah Abbott —contestó Ron.

—Y Anthony Goldstein y Padma Patil son los de Ravenclaw —añadió Hermione.

—Tú fuiste al baile de Navidad con Padma Patil —dijo una vocecilla.

Todos se volvieron para mirar a Luna Lovegood, que observaba sin pestañear a Ron por encima de *El Quisquilloso.* El chico se tragó el trozo de rana que tenía en la boca.

—Sí, ya lo sé —afirmó un tanto sorprendido.

—Ella no se lo pasó muy bien —le informó Luna—. No está contenta con cómo la trataste, porque no quisiste bailar con ella. A mí no me habría importado —añadió pensativa—. A mí no me gusta bailar —aseguró, y luego volvió a esconderse detrás de *El Quisquilloso.*

Ron se quedó mirando la portada durante unos segundos con la boca abierta y después miró a Ginny en busca de algún tipo de explicación, pero su hermana se había metido los nudillos en la boca para no reírse. Ron movió negativamente la cabeza, desconcertado, y luego miró la hora.

—Tenemos que patrullar por los pasillos de vez en cuando —les comentó a Harry y a Neville—, y podemos castigar a los alumnos si se portan mal. Estoy deseando pillar a Crabbe y a Goyle haciendo algo…

—¡No debes aprovecharte de tu cargo, Ron! —lo regañó Hermione.

—Sí, claro, como si Malfoy no pensara sacarle provecho al suyo —replicó éste con sarcasmo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Ponerte a su altura?

—No, sólo voy a asegurarme de pillar a sus amigos antes de que él pille a los míos.

—Ron, por favor…

—Obligaré a Goyle a copiar y copiar; eso le fastidiará mucho porque no soporta escribir —aseguró Ron muy contento. Luego bajó la voz imitando los gruñidos de Goyle y, poniendo una mueca de dolorosa concentración, hizo como si escribiera en el aire—: «No… debo… parecerme… al culo… de un… babuino.»

Todos rieron, pero nadie más fuerte que Luna Lovegood, quien soltó una sonora carcajada que hizo que *Hedwig* despertara y agitara las alas con indignación, y que *Crookshanks* saltara a la rejilla portaequipajes bufando. Luna rió tan fuerte que la revista salió despedida de sus manos, resbaló por sus piernas y fue a parar al suelo.

—¡Qué gracioso!

Sus saltones ojos se llenaron de lágrimas mientras intentaba recobrar el aliento, mirando fijamente a Ron. Éste, perplejo, observó a los demás, que en ese momento se reían de la expresión del rostro de su amigo y de la risa ridículamente prolongada de Luna Lovegood, que se mecía adelante y atrás sujetándose los costados.

—¿Me tomas el pelo? —preguntó Ron frunciendo el entrecejo.

—¡El culo… de un… babuino! —exclamó ella con voz entrecortada sin soltarse las costillas.

Todos los demás observaban cómo reía Luna, pero Harry se fijó en la revista que había caído al suelo y vio algo que lo hizo agacharse con rapidez y cogerla. Viéndola del revés no había identificado la imagen de la portada, pero entonces Harry se dio cuenta de que era una caricatura bastante mala de Cornelius Fudge; de hecho, Harry sólo lo reconoció por el bombín de color verde lima. Fudge tenía una bolsa de oro en una mano, y con la otra estrangulaba a un duende. La caricatura llevaba esta leyenda: «¿De qué será capaz Fudge para conseguir el control de Gringotts?»

Debajo había una lista de los títulos de otros artículos incluidos en la revista:

Corrupción en la liga de quidditch*: los ilícitos métodos de los Tornados.*
Los secretos de las runas antiguas, desvelados.
Sirius Black: ¿víctima o villano?

—¿Me dejas mirar un momento? —le preguntó Harry a Luna.

Ella, que seguía mirando a Ron y riendo a carcajadas, asintió con la cabeza.

Harry, por su parte, abrió la revista y buscó el índice. Hasta aquel momento se había olvidado por completo de la revista que Kingsley había entregado al señor Weasley para que se la hiciera llegar a Sirius, pero debía de ser el mismo número de *El Quisquilloso.*

Encontró la página en el índice y la buscó.

Ese artículo también iba ilustrado con una caricatura bastante mala; seguramente, Harry no habría sabido que pretendía representar a Sirius si no hubiera llevado una leyenda. Su padrino estaba de pie sobre un montón de huesos humanos, con la varita en alto. El titular del artículo rezaba:

¿ES SIRIUS BLACK TAN MALO
COMO LO PINTAN?
¿Famoso autor de matanzas
o inocente cantante de éxito?

Harry tuvo que leer la segunda frase varias veces antes de convencerse de que no la había entendido mal. ¿Desde cuándo era Sirius un cantante de éxito?

Durante catorce años, Sirius Black ha sido considerado culpable del asesinato de un mago y doce *muggles* inocentes. La audaz fuga de Black de Azkaban, hace dos años, ha dado pie a la mayor persecución organizada en toda la historia del Ministerio de Magia. Ninguno de nosotros ha puesto en duda jamás que Black merece ser capturado de nuevo y entregado a los *dementores*.

PERO ¿LO MERECE EN REALIDAD?

Hace poco tiempo han salido a la luz nuevas y sorprendentes pruebas de que Sirius Black podría no haber cometido los crímenes por los que lo enviaron a Azkaban. De hecho, Doris Purkiss, del número 18 de Acanthia Way, Little Norton, sostiene que Black ni siquiera podría haber estado presente en el escenario de los crímenes.

«Lo que la gente no sabe es que Sirius Black es un nombre falso —afirma la señora Purkiss—. El hombre al que todos creen conocer como Sirius Black es en realidad Stubby Boardman, cantante del conocido grupo musical Los Trasgos, que se retiró de la vida pública hace casi quince años, tras recibir el impacto de un nabo en una oreja durante un concierto celebrado en la iglesia de Little Norton. Lo reconocí en cuanto vi su fotografía en el periódico. Pues bien, Stubby no pudo cometer esos crímenes porque el día en cuestión estaba disfrutando de una romántica cena a la luz de las velas conmigo. He escrito al

ministro de Magia y espero que pronto presente sus disculpas a Stubby, alias Sirius.»

Harry terminó de leer el artículo y se quedó mirando la página, incrédulo. Quizá fuera un chiste, pensó, quizá la revista incluyese bromas de ese tipo. Retrocedió unas cuantas páginas y encontró el artículo sobre Fudge.

Cornelius Fudge, el ministro de Magia, ha negado que tuviera planes para hacerse con la dirección de Gringotts, el banco mágico, cuando fue elegido ministro de Magia hace cinco años. Fudge siempre ha insistido en que lo único que quiere es «cooperar pacíficamente» con los guardianes de nuestro oro.

PERO ¿ES ESO CIERTO?

Fuentes cercanas al ministro han revelado recientemente que la mayor ambición de Fudge es hacerse con el control del oro de los duendes, y que no dudará en emplear la fuerza si es necesario.

«No sería la primera vez que sucede —dijo un empleado del Ministerio—. Cornelius Fudge, *el Aplastaduendes*, así es como lo llaman sus amigos. Si lo oyera usted hablar cuando cree que nadie lo escucha… Oh, siempre está hablando de los duendes que se ha cargado: ha mandado que los ahoguen, que los lancen desde lo alto de edificios, que los envenenen, que hagan pasteles con ellos…»

Harry no siguió leyendo. Fudge podía tener muchos defectos, pero le resultaba extremadamente difícil imaginárselo ordenando que hicieran pasteles con duendes. Hojeó el resto de la revista y, deteniéndose de vez en cuando, leyó otros artículos, como: la afirmación de que los Tutshill Tornados estaban ganando la liga de *quidditch* mediante una combinación de chantaje, tortura y manipulación ilegal de escobas; una entrevista con un brujo que aseguraba haber volado hasta la luna en una Barredora 6 y había traído una bolsa llena de ranas lunares para demostrarlo, y un artículo sobre las runas antiguas que al menos explicaba por qué Luna había estado leyendo *El Quisquilloso* del revés. Según la revista, si ponías las runas cabeza abajo, éstas revelaban un hechizo para hacer que las orejas de tu enemigo se convirtieran en naranjitas chinas. De hecho, comparada con el resto de los artículos de *El Quisquilloso*, la insinuación de que Sirius podía ser en realidad el cantante de Los Trasgos parecía bastante sensata.

—¿Hay algo que valga la pena? —preguntó Ron cuando Harry cerró la revista.

—Pues claro que no —se adelantó Hermione en tono mordaz—. *El Quisquilloso* es pura basura, lo sabe todo el mundo.

—Perdona —dijo Luna, cuya voz, de pronto, había perdido aquel tono soñador—. Mi padre es el director.

—¡Oh…, yo…! —balbuceó Hermione, abochornada—. Bueno…, tiene cosas interesantes… Es muy…

—Dámela, por favor. Gracias —respondió Luna con frialdad, y luego se inclinó hacia delante y se la quitó a Harry de las manos.

Pasó con rapidez las páginas hasta la número cincuenta y siete, volvió a ponerla del revés con decisión y desapareció de nuevo tras ella justo cuando la puerta del compartimento se abría por tercera vez.

Harry se volvió; estaba esperando que sucediera, pero eso no significó que el hecho de ver a Draco Malfoy sonriendo con suficiencia, flanqueado por Crabbe y Goyle, le resultara menos desagradable.

—¿Qué? —le espetó agresivamente antes de que Malfoy pudiera abrir la boca.

—Cuida tus modales, Potter, o tendré que castigarte —dijo Malfoy arrastrando las palabras; su lacio y rubio cabello y su puntiaguda barbilla eran iguales que los de su padre—. Mira, a mí me han nombrado prefecto y a ti no, lo cual significa que yo tengo el derecho de imponer castigos y tú no.

—Ya —replicó Harry—, pero tú eres un imbécil y yo no, así que lárgate de aquí y déjanos en paz.

Ron, Hermione, Ginny y Neville se pusieron a reír y Malfoy torció el gesto.

—Dime, Potter, ¿qué se siente siendo el mejor después de Weasley?

—Cállate, Malfoy —dijo Hermione con dureza.

—Veo que he puesto el dedo en la llaga —sentenció Malfoy sin dejar de sonreír —. Bueno, ándate con mucho cuidado, Potter, porque voy a estar siguiéndote como un perro por si desobedeces en algo.

—¡Largo! —le ordenó Hermione poniéndose en pie. Malfoy soltó una risita, dirigió una última mirada maliciosa a Harry y salió del compartimento seguido de Crabbe y Goyle. Hermione cerró de golpe la puerta y se volvió para mirar a Harry, quien comprendió de inmediato que ella, igual que él, había entendido lo que había querido decir Malfoy con aquellas palabras, y que la habían impresionado tanto como a él.

—Pásame otra rana —dijo entonces Ron, que no se había enterado de nada.

Harry no podía hablar libremente delante de Neville y Luna, así que intercambió otra mirada nerviosa con Hermione y luego se puso a mirar por la ventanilla.

Le había parecido divertido que Sirius los acompañara a la estación, pero de pronto lo asaltó la idea de que había sido arriesgado, por no decir peligrosísimo… Hermione tenía razón… Sirius no debía haberlos acompañado. ¿Y si el señor Malfoy había visto al perro negro y se lo había contado a Draco? ¿Y si había deducido que los Weasley, Lupin, Tonks y Moody sabían dónde estaba escondido Sirius? ¿O había

sido una simple coincidencia que Malfoy utilizara la expresión «como un perro»?

El clima seguía sin definirse mientras el tren avanzaba hacia el norte. La lluvia salpicaba las ventanillas con desgana, y de vez en cuando el sol hacía una débil aparición antes de que las nubes volvieran a taparlo. Cuando oscureció y se encendieron las luces dentro de los vagones, Luna enrolló *El Quisquilloso*, lo guardó con cuidado en su bolsa y se dedicó a observar a los que viajaban con ella en el compartimento.

Harry iba sentado con la frente apoyada en la ventanilla intentando divisar la silueta de Hogwarts, pero no había luna y el cristal estaba mojado y sucio.

—Será mejor que nos cambiemos —dijo Hermione al fin, y todos abrieron sus baúles con dificultad y sacaron sus túnicas. Ron y Hermione engancharon sus insignias de prefectos en ellas y Harry vio que Ron se miraba en el cristal de la oscura ventanilla.

Por fin el tren empezó a aminorar la marcha y oyeron el habitual alboroto por el pasillo, pues todos se pusieron en pie para recoger su equipaje y a sus mascotas, listos para apearse. Como Ron y Hermione tenían que supervisar que hubiera orden, volvieron a salir del compartimento encargando a Harry y a los demás del cuidado de *Crookshanks* y *Pigwidgeon*.

—Yo puedo llevar esa lechuza, si quieres —le dijo Luna a Harry señalando la jaula de *Pigwidgeon* mientras Neville se guardaba a Trevor con cuidado en un bolsillo interior.

—¡Ah, gracias! —contestó Harry, quien le pasó la jaula de *Pigwidgeon* y así pudo sujetar mejor la de *Hedwig*.

Salieron del compartimento y notaron por primera vez el frío de la noche en la cara al reunirse con el resto de los alumnos en el pasillo. Lentamente fueron avanzando hacia las puertas. Harry notó el olor de los pinos que bordeaban el sendero, que descendía hasta el lago. Bajó al andén y miró a su alrededor esperando oír el familiar grito de «¡Primer año! ¡Los de primer año por aquí!».

Pero aquel grito no se oyó. Una voz de mujer muy diferente gritaba con un enérgico tono: «¡Los de primero pónganse en fila aquí, por favor! ¡Todos los de primero conmigo!»

Un farol se acercaba oscilando hacia Harry, y su luz le permitió ver la prominente barbilla y el severo corte de pelo de la profesora Grubbly-Plank, la bruja que el año anterior había sustituido durante un tiempo a Hagrid como profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas.

—¿Dónde está Hagrid? —preguntó Harry en voz alta.

—No lo sé —contestó Ginny—, pero será mejor que nos apartemos, estamos impidiendo el paso.

—¡Ah, sí!

Harry y Ginny se separaron mientras recorrían el andén y entraban en la estación. Empujado por el gentío, el muchacho escudriñaba la oscuridad tratando de distinguir a Hagrid; tenía que estar allí, Harry lo había dado por hecho: volver a ver a Hagrid era una de las cosas que más ilusión le hacían. Pero no había ni rastro de él.

«No puede haberse marchado —se dijo Harry mientras caminaba con el resto de los alumnos, despacio y arrastrando los pies, y pasaba por una estrecha puerta que daba a la calle—. Debe de estar resfriado o algo así.»

Miró alrededor buscando a Ron o a Hermione, pues quería saber qué opinaban ellos de la presencia de la profesora Grubbly-Plank, pero ninguno de los dos estaba por allí cerca, así que se dejó arrastrar hacia la oscura y mojada calle que discurría frente a la estación de Hogsmeade.

Allí esperaba el centenar de carruajes sin caballos que cada año llevaba a los alumnos que no eran de primer curso hasta el castillo. Harry los miró brevemente, se dio la vuelta para buscar a Ron y a Hermione, y luego volvió a mirar.

Los carruajes habían cambiado, pues entre las varas de los coches había unas criaturas de pie. Si hubiera debido llamarlas de alguna forma, suponía que las habría llamado caballos, aunque tenían cierto aire de reptil. No tenían ni pizca de carne, y el negro pelaje se pegaba al esqueleto, del que se distinguía con claridad cada uno de los huesos. La cabeza parecía de dragón y tenían los ojos sin pupila, blancos y fijos. De la cruz, la parte más alta del lomo de aquella especie de animales, les salían alas, unas alas inmensas, negras y curtidas, que parecían de gigantescos murciélagos. Allí plantadas, quietas y silenciosas en la oscuridad, las criaturas tenían un aire fantasmal y siniestro. Harry no entendía por qué aquellos horribles caballos tiraban de los carruajes cuando éstos eran perfectamente capaces de moverse solos.

—¿Dónde está Pig —preguntó la voz de Ron detrás de Harry.

—La llevaba esa chica, Luna —respondió éste volviéndose con rapidez, ansioso por preguntar a Ron por Hagrid—. ¿Dónde crees que…?

—¿… está Hagrid? No lo sé —contestó su amigo, que se mostraba preocupado—. Espero que esté bien…

Cerca de ellos, Draco Malfoy, seguido de un pequeño grupo de amigotes, entre ellos Crabbe, Goyle y Pansy Parkinson, apartaba a unos alumnos de segundo de aspecto tímido para que él y sus colegas pudieran tener un coche para ellos solos. Unos segundos más tarde, Hermione salió jadeando de entre la multitud.

—Malfoy se ha portado fatal con un alumno de primero. Pienso informar de esto, sólo hace tres minutos que se ha puesto la insignia y ya está utilizándola para intimidar a la gente… ¿Dónde está *Crookshanks*?

—Lo tiene Ginny —respondió Harry—. Mira, allí está…

Ginny acababa de salir de la muchedumbre con el gato en los brazos.

—Gracias —dijo Hermione cogiendo a su mascota—. Vamos a ver si

encontramos un coche antes de que se llenen todos; así podremos ir juntos…

—¡Todavía no tengo a Pig! —exclamó entonces Ron, pero Hermione ya iba hacia el primer carruaje libre que había visto. Harry se quedó atrás con su amigo.

—¿Qué crees que son esos bichos? —le preguntó señalando con la cabeza los horribles caballos, mientras los otros alumnos pasaban a su lado.

—¿Qué bichos?

—Esos caballos…

En ese momento apareció Luna con la jaula de *Pigwidgeon*; la pequeña lechuza gorjeaba muy emocionada, como siempre.

—Toma —dijo Luna—. Es una lechuza encantadora, ¿no?

—Esto…, sí…, encantadora —balbuceó Ron con brusquedad—. Vamos, subamos al… ¿Qué estabas diciéndome, Harry?

—Estaba preguntándote qué son esos caballos —repitió Harry mientras Ron, Luna y él se dirigían al carruaje al que ya habían subido Hermione y Ginny.

—¿Qué caballos?

—¡Los caballos que tiran de los coches! —dijo Harry con impaciencia.

Estaban a menos de un metro de uno de ellos y el animal los miraba con sus ojos vacíos y blancos. Ron, sin embargo, miró a Harry con perplejidad.

—¿De qué me hablas?

—Te hablo de… ¡Mira!

Harry agarró a Ron por un brazo y le dio la vuelta, colocándolo cara a cara con el caballo alado. Ron lo miró fijamente un par de segundos y luego volvió a mirar a Harry.

—¿Qué se supone que estoy mirando?

—El… ¡Aquí, entre las varas! ¡Enganchado al coche! ¡Lo tienes delante de las narices!

Pero Ron seguía sin comprender ni una palabra, y entonces a Harry se le ocurrió algo muy extraño.

—¿No…, no los ves?

—¿Ver qué?

—¿No ves lo que tira de los carruajes?

En ese instante Ron parecía ya muy alarmado.

—¿Te encuentras bien, Harry?

—Sí, claro…

Harry estaba absolutamente perplejo. El caballo estaba allí mismo, delante de él, sólido y reluciente bajo la débil luz que salía de las ventanas de la estación que tenían detrás, y le salía vaho por los orificios de la nariz. Sin embargo, a menos que Ron estuviera gastándole una broma, y si así era no tenía ninguna gracia, su amigo no los veía.

—¿Subimos o no? —preguntó éste, perplejo, mirando a Harry como si estuviera preocupado por él.

—Sí. Sí, subamos…

—No pasa nada —dijo entonces una voz soñadora detrás de Harry en cuanto Ron se perdió en el oscuro interior del carruaje—. No te estás volviendo loco ni nada parecido. Yo también los veo.

—¿Ah, sí? —replicó Harry, desesperado, volviéndose hacia Luna y viendo reflejados en sus redondos y plateados ojos los caballos con alas de murciélago.

—Sí, claro. Yo ya los vi el primer día que vine aquí —le explicó la chica—. Siempre han tirado de los carruajes. No te preocupes, estás tan cuerdo como yo.

Luna esbozó una sonrisa y subió al mohoso carruaje detrás de Ron, y Harry la siguió sin estar muy convencido.

11
La nueva canción del Sombrero Seleccionador

Harry no quería que los demás supieran que Luna y él tenían la misma alucinación, si eso es lo que era, de modo que no volvió a mencionar los caballos; simplemente se sentó en el carruaje y cerró la portezuela tras él. Con todo, no pudo evitar mirar las siluetas de los animales que se movían detrás de la ventanilla.

—¿Habéis visto a Grubbly-Plank? —preguntó Ginny—. ¿Qué hace aquí? No se habrá marchado Hagrid, ¿verdad?

—A mí no me importaría —dijo Luna—. No es muy buen profesor.

—¡Claro que lo es! —saltaron Harry, Ron y Ginny, enojados.

Harry lanzó una mirada fulminante a Hermione, que carraspeó y dijo:

—Sí, sí… Es muy bueno.

—Pues a los de Ravenclaw nos da mucha risa —comentó Luna sin inmutarse.

—Se ve que tenéis un sentido del humor muy raro —le espetó Ron mientras las ruedas del carruaje empezaban a moverse.

A Luna no pareció afectarle la tosquedad de Ron; más bien al contrario: se quedó mirándolo un buen rato como si fuera un programa de televisión poco interesante.

Los coches, traqueteando y balanceándose, avanzaban en caravana por el camino.

Cuando pasaron entre los dos altos pilares de piedra, adornados con sendos cerdos alados en la parte de arriba, que había a ambos lados de la verja de los jardines del colegio, Harry se inclinó hacia delante para ver si había luz en la cabaña de Hagrid, junto al Bosque Prohibido, pero los jardines estaban completamente a oscuras. El castillo de Hogwarts, sin embargo, se erguía ante ellos: un imponente conjunto de torrecillas, negro como el azabache contra el oscuro cielo, con alguna que otra ventana muy iluminada en la parte superior.

Los carruajes se detuvieron con un tintineo cerca de los escalones de piedra que conducían a las puertas de roble, y Harry fue el primero en apearse. Se dio la vuelta una vez más para comprobar si había alguna ventana iluminada cerca del bosque, pero no distinguió señales de vida en la cabaña de Hagrid. Luego volvió a mirar de mala gana, porque todavía albergaba esperanzas de que hubieran desaparecido, a aquellas esqueléticas criaturas que conducían los carruajes, y vio que se habían quedado quietas y silenciosas en la fría noche, y que sus blancos e inexpresivos ojos relucían.

Harry ya había tenido en otra ocasión la experiencia de percibir algo que Ron no podía ver, pero se había tratado de un reflejo en un espejo, algo mucho más incorpóreo que un centenar de sólidos animales lo bastante fuertes para tirar de una flota de carruajes. Si Luna no mentía, aquellas bestias siempre habían estado allí, aunque él nunca las había visto. Entonces ¿por qué podía percibirlas en ese momento, y su amigo no?

—¿Vienes o qué? —le preguntó Ron.

—¡Ah, sí! —respondió Harry rápidamente, y se unieron a la muchedumbre que corría escalones arriba y entraba en el castillo.

El vestíbulo resplandecía con la luz de las antorchas, y en él resonaban los pasos de los alumnos que caminaban por el suelo de losas de piedra hacia las puertas que había a la derecha, las cuales conducían al Gran Comedor donde iba a celebrarse el banquete de bienvenida.

Los alumnos fueron sentándose a las cuatro largas mesas del Gran Comedor, que pertenecían a cada una de las casas del colegio, bajo un techo negro sin estrellas, idéntico al cielo que podía verse a través de las altas ventanas. Las velas que flotaban en el aire, sobre las mesas, iluminaban a los plateados fantasmas que había desperdigados por el comedor, así como los rostros de los alumnos, que hablaban con entusiasmo intercambiando noticias del verano, saludando a gritos a los amigos de otras casas y examinándose los recientes cortes de pelo y las nuevas túnicas. Una vez más, Harry se fijó en que la gente inclinaba la cabeza para cuchichear entre sí cuando él pasaba a su lado; apretó los dientes e intentó hacer como que no lo había notado o que no le importaba.

Luna se separó de ellos al llegar a la mesa de Ravenclaw. En cuanto los demás

llegaron a la de Gryffindor, a Ginny la llamaron unos compañeros de cuarto y fue a sentarse con ellos; Harry, Ron, Hermione y Neville encontraron cuatro asientos libres hacia la mitad de la mesa, entre Nick Casi Decapitado, el fantasma de la casa de Gryffindor, y Parvati Patil y Lavender Brown; éstas saludaron a Harry con tanta despreocupación y efusividad que el chico no tuvo ninguna duda de que habían dejado de hablar de él un segundo antes. Pero Harry tenía cosas más importantes en que pensar: miraba por encima de las cabezas de los alumnos hacia la mesa de los profesores, que discurría a lo largo de la pared del fondo del comedor.

—Ahí tampoco está.

Ron y Hermione recorrieron también la mesa con la mirada, aunque en realidad no hacía falta: por su estatura, Hagrid destacaba enseguida en cualquier lugar.

—No puede haberse marchado —comentó Ron, que parecía un tanto angustiado.

—Claro que no —dijo Harry firmemente.

—No le habrá… pasado nada, ¿verdad? —sugirió Hermione con inquietud.

—No —respondió Harry de inmediato.

—Pero ¿entonces dónde está?

Se produjo una pausa, y luego Harry dijo en voz baja para que no lo oyeran Neville, Parvati y Lavender:

—A lo mejor todavía no ha vuelto. Ya sabéis…, de su misión, de eso que ha estado haciendo este verano para Dumbledore.

—Sí… Sí, debe de ser eso —coincidió Ron, más tranquilo; pero Hermione se mordió el labio inferior y siguió recorriendo la mesa de los profesores con la mirada, como si allí fuera a encontrar alguna explicación convincente a la ausencia de Hagrid.

—¿Quién es ésa? —preguntó de pronto, señalando hacia la mitad de la mesa.

Harry miró hacia donde indicaba su amiga. Primero se detuvo en la figura del profesor Dumbledore, que estaba sentado en el centro en su silla de oro de alto respaldo, con una túnica de color morado oscuro salpicada de estrellas plateadas y un sombrero a juego. Dumbledore tenía la cabeza inclinada hacia la mujer que estaba sentada a su lado, que le decía algo al oído. Harry pensó que esa mujer parecía una tía solterona: era rechoncha y bajita, y tenía el cabello pardusco, corto y rizado. Se había puesto una espantosa diadema de color rosa que hacía juego con la esponjosa chaqueta de punto del mismo tono que llevaba sobre la túnica. Entonces la mujer giró un poco la cabeza para beber un sorbo de su copa, y Harry vio, con gran sorpresa, un pálido rostro que recordaba al de un sapo y dos ojos saltones y con bolsas.

—¡Es Umbridge!

—¿Quién?

—¡Estaba en la vista! ¡Trabaja para Fudge!

—Bonita chaqueta —comentó Ron con una sonrisa irónica.

—¡Trabaja para Fudge! —repitió Hermione frunciendo el entrecejo—. Entonces

¿qué demonios hace aquí?

—No lo sé…

Hermione volvió a recorrer la mesa de los profesores con los ojos entornados.

—No —murmuró—, no, seguro que no…

Harry no entendió a qué se refería, pero no se lo preguntó, pues en ese instante acaparaba su atención la profesora Grubbly-Plank, que acababa de aparecer detrás de la mesa de los profesores; fue hasta el extremo de la mesa y se sentó en el lugar que debería haber ocupado Hagrid. Eso significaba que los de primer año ya habían cruzado el lago y habían llegado al castillo; y en efecto, unos segundos más tarde se abrieron las puertas del Gran Comedor. Por ellas entró una larga fila de alumnos de primero, con pinta de asustados, guiados por la profesora McGonagall, que llevaba en las manos un taburete sobre el que reposaba un viejo sombrero de mago, muy remendado y zurcido, con una ancha rasgadura cerca del raído borde.

Los murmullos que llenaban el Gran Comedor fueron apagándose. Los de primer año se pusieron en fila delante de la mesa de los profesores, de cara al resto de los alumnos, y la profesora McGonagall dejó con cuidado el taburete delante de ellos y luego se apartó.

Los rostros de los de primero relucían débilmente a la luz de las velas. Había un muchacho hacia la mitad de la fila que temblaba. Durante un momento Harry recordó lo aterrado que él estaba el día que tuvo que esperar allí de pie a que le tocara el turno de someterse al examen que decidiría a qué casa pertenecería.

El colegio entero permanecía expectante, conteniendo la respiración. Entonces la rasgadura que el sombrero tenía cerca del borde se abrió, como si fuera una boca, y el Sombrero Seleccionador se puso a cantar:

Cuando Hogwarts comenzaba su andadura
y yo no tenía ni una sola arruga,
los fundadores del colegio creían
que jamás se separarían.
Todos tenían el mismo objetivo,
un solo deseo compartían:
crear el mejor colegio mágico del mundo
y transmitir su saber a sus alumnos.
«¡Juntos lo levantaremos y allí enseñaremos!»,
decidieron los cuatro amigos
sin pensar que su unión pudiera fracasar.
Porque ¿dónde podía encontrarse
a dos amigos como Slytherin y Gryffindor?
Sólo otra pareja, Hufflepuff y Ravenclaw,

a ellos podía compararse.
¿Cómo fue que todo acabó mal?
¿Cómo pudieron arruinarse
tan buenas amistades ?
Veréis, yo estaba allí y puedo contaros
toda la triste y lamentable historia.
Dijo Slytherin: «Sólo enseñaremos a aquellos
que tengan pura ascendencia.»
Dijo Ravenclaw: «Sólo enseñaremos a aquellos
de probada inteligencia.»
Dijo Gryffindor: «Sólo enseñaremos a aquellos
que hayan logrado hazañas.»
Dijo Hufflepuff: «Yo les enseñaré a todos,
y trataré a todos por igual.»
Cada uno de los cuatro fundadores
acogía en su casa a los que quería.
Slytherin sólo aceptaba
a los magos de sangre limpia
y gran astucia, como él,
mientras que Ravenclaw sólo enseñaba
a los de mente muy despierta.
Los más valientes y audaces
tenían como maestro al temerario Gryffindor.
La buena de Hufflepuff se quedó con el resto
y todo su saber les transmitía.
De este modo las casas y sus fundadores
mantuvieron su firme y sincera amistad.
Y Hogwarts funcionó en armonía
durante largos años de felicidad,
hasta que surgió entre nosotros la discordia,
que de nuestros miedos y errores se nutría.
Las casas que, como cuatro pilares,
habían sostenido nuestra escuela
se pelearon entre ellas
y, divididas, todas querían dominar.
Entonces parecía que el colegio
mucho no podría aguantar,
pues siempre había duelos
y peleas entre amigos.

Hasta que por fin una mañana
el viejo Slytherin partió,
y aunque las peleas cesaron,
el colegio muy triste se quedó.
Y nunca desde que los cuatro fundadores
quedaron reducidos a tres
volvieron a estar unidas las casas
como pensaban estarlo siempre.
Y todos los años el Sombrero Seleccionador se presenta,
y todos sabéis para qué:
yo os pongo a cada uno en una casa
porque ésa es mi misión,
pero este año iré más lejos,
escuchad atentamente mi canción:
aunque estoy condenado a separaros
creo que con eso cometemos un error.
Aunque debo cumplir mi deber
y cada año tengo que dividiros,
sigo pensando que así no lograremos
eliminar el miedo que tenemos.
Yo conozco los peligros, leo las señales,
las lecciones que la historia nos enseña,
y os digo que nuestro Hogwarts está amenazado
por malignas fuerzas externas,
y que si unidos no permanecemos
por dentro nos desmoronaremos.
Ya os lo he dicho, ya estáis prevenidos.
Que comience la Selección.

El sombrero se quedó quieto y su discurso fue recibido con un fuerte aplauso, aunque por primera vez, según recordaba Harry, se escucharon al mismo tiempo murmullos y susurros. Por todo el Gran Comedor los alumnos intercambiaban comentarios con sus vecinos, y Harry, mientras aplaudía como los demás, sabía con exactitud de qué hablaban.

—Este año se ha ido un poco por las ramas, ¿no? —comentó Ron arqueando las cejas.

—Pero tiene mucha razón —repuso Harry.

El Sombrero Seleccionador solía limitarse a describir las diferentes cualidades que buscaba cada una de las casas de Hogwarts y su forma de seleccionar a los

alumnos. Harry no recordaba que el Sombrero Seleccionador hubiera dado consejos al colegio.

—Me pregunto si habrá hecho advertencias como ésta alguna otra vez —dijo Hermione con ansiedad.

—Sí, ya lo creo —afirmó Nick Casi Decapitado dándoselas de entendido e inclinándose hacia ella a través de Neville (quien hizo una mueca, pues era muy desagradable tener a un fantasma atravesando tu cuerpo)—. El sombrero se cree obligado a prevenir al colegio siempre que…

Pero la profesora McGonagall, que esperaba para empezar a leer la lista de alumnos de primer año, miraba a los ruidosos muchachos con aquellos ojos que abrasaban. Nick Casi Decapitado se llevó un transparente dedo a los labios y se sentó remilgadamente tieso, y los murmullos cesaron de inmediato. La profesora McGonagall, tras recorrer por última vez las cuatro mesas con el entrecejo fruncido, bajó la vista hacia el largo trozo de pergamino que tenía entre las manos y pronunció el primer nombre:

—Abercrombie, Euan.

El muchacho muerto de miedo en el que Harry se había fijado antes se adelantó dando trompicones y se puso el sombrero en la cabeza; sus grandes orejas impidieron que éste se le cayera hasta los hombros. El sombrero caviló unos instantes, y luego la rasgadura que tenía cerca del borde volvió a abrirse y gritó:

—¡Gryffindor!

Harry aplaudió con el resto de los de su casa mientras Euan Abercrombie iba tambaleándose hasta su mesa y se sentaba; parecía que estaba deseando que se lo tragara la tierra para que nadie volviera a mirarlo jamás.

Poco a poco, la larga fila de alumnos de primero fue disminuyendo. En las pausas que había entre la lectura de los nombres y la decisión del Sombrero Seleccionador, Harry oía cómo a Ron le sonaban las tripas. Finalmente seleccionaron a «Zeller, Rose» para Hufflepuff, y la profesora McGonagall recogió el sombrero y el taburete y se los llevó mientras el profesor Dumbledore se ponía en pie.

Pese a los amargos sentimientos que Harry había experimentado últimamente hacia su director, en ese momento lo tranquilizó ver a Dumbledore de pie ante los alumnos. Entre la ausencia de Hagrid y la presencia de los caballos con pinta de dragón, tenía la sensación de que su regreso a Hogwarts, tan esperado, estaba lleno de inesperadas sorpresas, como notas discordantes en una canción conocida. Sin embargo, la ceremonia era, al menos en aquel instante, como se suponía que debía ser: el director del colegio se levantaba para saludarlos a todos antes del banquete de bienvenida.

—A los nuevos —dijo Dumbledore con voz sonora, los brazos abiertos y extendidos y una radiante sonrisa en los labios— os digo: ¡bienvenidos! Y a los que

no sois nuevos os repito: ¡bienvenidos otra vez! En toda reunión hay un momento adecuado para los discursos, y como éste no lo es, ¡al ataque!

Las palabras de Dumbledore fueron recibidas con risas y aplausos, y el director se sentó con sumo cuidado y se echó la larga barba sobre un hombro para que no se le metiera en el plato, pues la comida había aparecido por arte de magia, y las cinco largas mesas estaban llenas a rebosar de trozos de carne asada, pasteles y bandejas de verduras, pan, salsas y jarras de zumo de calabaza.

—Excelente —dijo Ron con un gemido de placer; luego agarró la bandeja de chuletas que tenía más cerca y empezó a amontonarlas en su plato bajo la nostálgica mirada de Nick Casi Decapitado.

—¿Qué decía usted antes de que se iniciara la Ceremonia de Selección? —le preguntó Hermione al fantasma—. Eso de que el sombrero podía lanzar advertencias.

—¡Ah, sí! —contestó Nick, contento de tener un motivo para apartar la mirada del plato de Ron, quien estaba comiendo patatas asadas con un entusiasmo casi indecente—. Sí, he oído al sombrero lanzar advertencias otras veces, siempre que ha detectado momentos de grave peligro para el colegio. Y, por supuesto, el consejo siempre ha sido el mismo: permaneced unidos, fortaleceos por dentro.

—¿Cóbo va a fabeb um fombebo fi el cobefio ftá em belifro? —preguntó Ron.

Tenía la boca tan llena que Harry creyó que era todo un logro que hubiera conseguido articular algún sonido.

—¿Cómo decís? —preguntó con mucha educación Nick Casi Decapitado mientras Hermione hacía una mueca de asco. Ron tragó como pudo y repitió:

—¿Cómo va a saber un sombrero si el colegio está en peligro?

—No tengo ni idea —respondió el fantasma—. Bueno, vive en el despacho de Dumbledore, así que supongo que allí se entera de cosas.

—¿Y pretende que todas las casas sean amigas? —inquirió Harry echando un vistazo a la mesa de Slytherin, donde estaba Draco Malfoy rodeado de admiradores —. Pues lo tiene claro.

—Mirad, no deberíais adoptar esa actitud —les aconsejó Nick en tono reprobatorio—. Cooperación pacífica, ésa es la clave. Nosotros, los fantasmas, pese a pertenecer a diferentes casas, mantenemos vínculos de amistad. Aunque haya competitividad entre Gryffindor y Slytherin, a mí ni se me ocurriría provocar una discusión con el Barón Sanguinario.

—Ya, pero eso es porque le tiene usted miedo —aseguró Ron.

Nick Casi Decapitado se ofendió mucho.

—¿Miedo? ¡Creo poder afirmar que yo, sir Nicholas de Mimsy-Porpington, nunca jamás he pecado de cobarde! La noble sangre que corre por mis venas…

—¿Qué sangre? —lo interrumpió Ron—. Pero si usted ya no tiene…

—¡Es una forma de hablar! —exclamó Nick Casi Decapitado, tan enojado que

empezó a temblarle aparatosamente la cabeza sobre el cuello medio rebanado—. ¡Espero tener todavía libertad para utilizar las palabras que se me antojen, dado que los placeres de la comida y de la bebida me han sido negados! Pero ¡ya estoy acostumbrado a que los alumnos se rían de mi muerte, os lo aseguro!

—¡Ron no se estaba riendo de usted, Nick! —terció Hermione fulminando a su amigo con la mirada.

Por desgracia, éste volvía a tener la boca a punto de explotar, y lo único que consiguió decir fue: «Nunfa me gío fon ga boga gena», algo que Nick no consideró una disculpa adecuada. Se elevó, se colocó bien el sombrero con plumas y se fue hacia el otro extremo de la mesa, donde se sentó entre los hermanos Creevey, Colin y Dennis.

—Felicidades, Ron —le soltó Hermione.

—¿Qué pasa? —protestó él, indignado; al fin había conseguido tragar la comida que tenía en la boca—. ¿No puedo hacer una sencilla pregunta?

—Olvídalo —dijo Hermione con fastidio, y ambos estuvieron el resto de la cena callados y enfurruñados.

Harry estaba tan acostumbrado a sus discusiones que no se molestó en intentar reconciliarlos; le pareció que empleaba mucho mejor su tiempo comiéndose el pastel de filete y riñones, y luego una gran ración de su tarta de melaza favorita.

Cuando todos los alumnos terminaron de comer y el nivel de ruido del Gran Comedor empezó a subir de nuevo, Dumbledore se puso una vez más en pie. Las conversaciones se interrumpieron al instante y todos giraron la cabeza para mirar al director. En ese momento Harry estaba maravillosamente amodorrado. Su cama de cuatro columnas lo esperaba arriba, blanda y calentita…

—Bueno, ahora que estamos digiriendo otro magnífico banquete, os pido un instante de atención para los habituales avisos de principio de curso —anunció Dumbledore—. Los de primer año deben saber que los alumnos tienen prohibido entrar en los bosques de los terrenos del castillo, y algunos de nuestros antiguos alumnos también deberían recordarlo. —Harry, Ron y Hermione se miraron y rieron por lo bajo—. El señor Filch, el conserje, me ha pedido, y según dice ya van cuatrocientas sesenta y dos veces, que os recuerde a todos que no está permitido hacer magia en los pasillos entre clase y clase, así como unas cuantas cosas más que podéis revisar en la larga lista que hay colgada en la puerta de su despacho.

»Este año hay dos cambios en el profesorado. Estamos muy contentos de dar la bienvenida a la profesora Grubbly-Plank, que se encargará de las clases de Cuidado de Criaturas Mágicas; también nos complace enormemente presentaros a la profesora Umbridge, la nueva responsable de Defensa Contra las Artes Oscuras.

Hubo un educado pero no muy entusiasta aplauso, durante el cual Harry, Ron y Hermione se miraron un tanto angustiados; Dumbledore no había especificado

durante cuánto tiempo iba a dar clase la profesora Grubbly-Plank.

Después el director siguió diciendo:

—Las pruebas para los equipos de *quidditch* de cada casa tendrán lugar en…

Se interrumpió e interrogó con la mirada a la profesora Umbridge. Como no era mucho más alta de pie que sentada, se produjo un momento de confusión ya que nadie entendía por qué Dumbledore había dejado de hablar; pero entonces la profesora Umbridge se aclaró la garganta, «Ejem, ejem», y los alumnos se dieron cuenta de que se había levantado y de que pretendía pronunciar un discurso.

Dumbledore sólo vaciló unos segundos; luego se sentó con elegancia y miró con interés a la profesora Umbridge, como si lo que más deseara fuera oírla hablar. Otros miembros del profesorado no fueron tan hábiles disimulando su sorpresa. Las cejas de la profesora Sprout habían subido hasta la raíz de su airosa melena, y la profesora McGonagall tenía la boca más delgada que nunca. Era la primera vez que un profesor nuevo interrumpía a Dumbledore. Muchos alumnos sonrieron; era evidente que aquella mujer no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas en Hogwarts.

—Gracias, señor director —empezó la profesora Umbridge con una sonrisa tonta —, por esas amables palabras de bienvenida.

Tenía una voz muy chillona y entrecortada, de niña pequeña, y una vez más Harry sintió hacia ella una aversión que no podía explicarse; lo único que sabía era que todo en ella le resultaba repugnante, desde su estúpida voz hasta su esponjosa chaqueta de punto de color rosa. La profesora Umbridge volvió a carraspear («Ejem, ejem») y continuó su discurso.

—¡Bueno, en primer lugar quiero decir que me alegro de haber vuelto a Hogwarts! —Sonrió, enseñando unos dientes muy puntiagudos—. ¡Y de ver tantas caritas felices que me miran!

Harry echó un vistazo a su alrededor. Ninguna de las caras que vio tenía el aspecto de sentirse feliz. Más bien al contrario, todas parecían muy sorprendidas de que se dirigieran a ellas como si tuvieran cinco años.

—¡Estoy impaciente por conoceros a todos y estoy segura de que seremos muy buenos amigos!

Al oír aquello, los alumnos se miraron unos a otros; algunos ya no podían contener una sonrisa burlona.

—Estoy dispuesta a ser amiga suya mientras no tenga que ponerme nunca esa chaqueta —le susurró Parvati a Lavender, y ambas rieron por lo bajo.

La profesora Umbridge se aclaró la garganta una vez más («Ejem, ejem»), pero cuando habló de nuevo su voz ya no sonaba tan entrecortada como antes. Sonaba mucho más seria, y ahora sus palabras tenían un tono monótono, como si se las hubiera aprendido de memoria.

—El Ministerio de Magia siempre ha considerado de vital importancia la

educación de los jóvenes magos y de las jóvenes brujas. Los excepcionales dones con los que nacisteis podrían quedar reducidos a nada si no se cultivaran y desarrollaran mediante una cuidadosa instrucción. Las ancestrales habilidades de la comunidad mágica deben ser transmitidas de generación en generación para que no se pierdan para siempre. El tesoro escondido del saber mágico acumulado por nuestros antepasados debe ser conservado, reabastecido y pulido por aquellos que han sido llamados a la noble profesión de la docencia.

Al llegar a ese punto la profesora Umbridge hizo una pausa y saludó con una pequeña inclinación de cabeza al resto de los profesores, pero ninguno le devolvió el saludo. Las oscuras cejas de la profesora McGonagall se habían contraído hasta tal punto que parecía un halcón, y a Harry no se le escapó la mirada de complicidad que intercambió con la profesora Sprout, mientras Umbridge carraspeaba otra vez y seguía con su perorata.

—Cada nuevo director o directora de Hogwarts ha aportado algo a la gran tarea de gobernar este histórico colegio, y así es como debe ser, pues si no hubiera progreso se llegaría al estancamiento y a la desintegración. Sin embargo, hay que poner freno al progreso por el progreso, pues muchas veces nuestras probadas tradiciones no aceptan retoques. Un equilibrio, por lo tanto, entre lo viejo y lo nuevo, entre la permanencia y el cambio, entre la tradición y la innovación…

Harry notó que su concentración disminuía, como si su cerebro se conectara y se desconectara. El silencio que siempre se apoderaba del Gran Comedor cuando hablaba Dumbledore estaba rompiéndose, pues los alumnos se acercaban unos a otros y juntaban las cabezas para cuchichear y reírse. En la mesa de Ravenclaw, Cho Chang charlaba la mar de animada con sus amigas. Unos cuantos asientos más allá, Luna Lovegood había sacado *El Quisquilloso*. Mientras tanto, en la mesa de Hufflepuff, Ernie Macmillan era uno de los pocos que seguían mirando fijamente a la profesora Umbridge, pero tenía los ojos vidriosos y Harry estaba seguro de que sólo fingía escuchar en un intento de hacer honor a la nueva insignia de prefecto que relucía en su pecho.

La profesora Umbridge no pareció reparar en la inquietud de su público. Harry tenía la impresión de que si se hubiera desatado una revuelta delante de sus narices, ella habría continuado, impasible, con su discurso. Los profesores, a pesar de todo, seguían escuchando con atención, y Hermione parecía pendiente de cada una de las palabras que pronunciaba, aunque, a juzgar por su expresión, no eran de su agrado.

—… porque algunos cambios serán para mejor, y otros, con el tiempo, se demostrará que fueron errores de juicio. Entre tanto se conservarán algunas viejas costumbres, y estará bien que así se haga, mientras que otras, desfasadas y anticuadas, deberán ser abandonadas. Sigamos adelante, así pues, hacia una nueva era de apertura, eficacia y responsabilidad, decididos a conservar lo que haya que

conservar, perfeccionar lo que haya que perfeccionar y recortar las prácticas que creamos que han de ser prohibidas.

Y tras pronunciar esa última frase la mujer se sentó. Dumbledore aplaudió y los profesores lo imitaron, aunque Harry se fijó en que varios de ellos sólo juntaban las manos una o dos veces y luego paraban. Unos cuantos alumnos aplaudieron también, pero el final del discurso, del que en realidad sólo habían escuchado unas palabras, pilló desprevenidos a casi todos, y antes de que pudieran empezar a aplaudir como es debido, Dumbledore ya había dejado de hacerlo.

—Muchas gracias, profesora Umbridge, ha sido un discurso sumamente esclarecedor —dijo con una inclinación de cabeza—. Y ahora, como iba diciendo, las pruebas de *quidditch* se celebrarán…

—Sí, sí que ha sido esclarecedor —comentó Hermione en voz baja.

—No me irás a decir que te ha gustado —repuso Ron mirándola con ojos vidriosos—. Ha sido el discurso más aburrido que he oído jamás, y eso que he crecido con Percy.

—He dicho que ha sido esclarecedor, no que me haya gustado —puntualizó Hermione—. Ha explicado muchas cosas.

—¿Ah, sí? —dijo Harry con sorpresa—. A mí me ha parecido que tenía mucha paja.

—Había cosas importantes escondidas entre la paja —replicó Hermione con gravedad.

—¿En serio? —se extrañó Ron, que no comprendía nada.

—Como, por ejemplo, «hay que poner freno al progreso por el progreso». O «recortar las prácticas que creamos que han de ser prohibidas».

—¿Y eso qué significa? —preguntó Ron, impaciente.

—Te voy a decir lo que significa —respondió Hermione con tono amenazador—. Significa que el Ministerio está inmiscuyéndose en Hogwarts.

De pronto se produjo un gran estrépito a su alrededor; era evidente que Dumbledore los había despedido a todos, porque los alumnos se habían puesto en pie y se disponían a salir del Gran Comedor. Hermione se levantó muy atolondrada.

—¡Ron, tenemos que enseñar a los de primero adónde deben ir!

—¡Ah, sí! —exclamó Ron, que lo había olvidado—. ¡Eh, eh, vosotros! ¡Enanos!

—¡Ron!

—Es que lo son, míralos… Son pequeñísimos.

—¡Ya lo sé, pero no puedes llamarlos enanos! ¡Los de primer año! —llamó Hermione con tono autoritario a los nuevos alumnos de su mesa—. ¡Por aquí, por favor!

Un grupo de alumnos desfiló con timidez por el espacio que había entre la mesa de Gryffindor y la de Hufflepuff; todos ponían mucho empeño en no colocarse a la

cabeza del grupo. Realmente parecían muy pequeños; Harry estaba seguro de que él no lo parecía tanto cuando llegó por primera vez a Hogwarts. Les sonrió, y un muchacho rubio que estaba junto a Euan Abercrombie se quedó petrificado, le dio un codazo y le susurró algo al oído. Euan puso la misma cara de susto y miró de reojo a Harry, quien notó que su sonrisa resbalaba por su cara como una mancha de jugo fétido.

—Hasta luego —les dijo tristemente a Ron y a Hermione, y salió solo del Gran Comedor haciendo todo lo posible por ignorar los susurros, las miradas y los dedos que lo señalaban al pasar.

Mantuvo la mirada al frente mientras se abría paso entre la multitud que llenaba el vestíbulo, subió a toda prisa la escalera de mármol, tomó un par de atajos y no tardó en dejar atrás al resto de los alumnos.

Qué estupidez no haber imaginado que ocurriría algo así, pensó, furioso, mientras recorría los pasillos de los pisos superiores, que estaban casi vacíos. Claro que todo el mundo lo miraba; dos meses antes había salido del laberinto del Torneo de los tres magos con el cadáver de un compañero en los brazos y asegurando haber visto cómo lord Voldemort volvía al poder. Al finalizar el curso anterior no había tenido tiempo para dar explicaciones antes de que todos volvieran a sus casas (en caso de que hubiera querido dar al colegio un informe detallado de los terribles sucesos ocurridos en el cementerio).

Harry había llegado al final del pasillo que conducía a la sala común de Gryffindor y se había parado frente al retrato de la Señora Gorda cuando se dio cuenta de que no sabía la nueva contraseña.

—Esto… —comenzó a decir con desánimo, mirando fijamente a la Señora Gorda, que se alisó los pliegues del vestido de raso de color rosa y le devolvió una severa mirada.

—Si no me dices la contraseña, no entras —dijo con altanería.

—¡Yo la sé, Harry! —exclamó alguien que llegaba jadeando; Harry se dio la vuelta y vio que Neville corría hacia él—. ¿Sabes qué es? Por una vez no se me va a olvidar… —afirmó agitando el raquítico cactus que le había enseñado en el tren—. *¡Mimbulus mimbletonia!*

—Correcto —dijo la Señora Gorda, y su retrato se abrió hacia ellos, como si fuera una puerta, y en la pared dejó a la vista un agujero redondo por el que entraron Harry y Neville.

La sala común de Gryffindor, una agradable habitación circular llena de destartaladas y blandas butacas y viejas y desvencijadas mesas, parecía más acogedora que nunca. Un fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea y había varios alumnos calentándose las manos frente a él antes de subir a sus dormitorios; al otro lado de la estancia Fred y George Weasley estaban colgando algo en el tablón de

anuncios. Harry les dijo adiós con la mano y fue directo hacia la puerta del dormitorio de los chicos; en ese momento no estaba de humor para charlar. Neville lo siguió.

Dean Thomas y Seamus Finnigan ya habían llegado al dormitorio y habían empezado a cubrir las paredes que había junto a sus camas con pósters y fotografías. Cuando Harry abrió la puerta estaban hablando, pero se interrumpieron en cuanto lo vieron. El chico se preguntó si estarían hablando de él, y luego se preguntó también si tendría paranoias.

—¡Hola! —los saludó, y después se dirigió hacia su baúl y lo abrió.

—¡Hola, Harry! —respondió Dean, que estaba poniéndose un pijama con los colores del West Ham—. ¿Has pasado un buen verano?

—No ha estado mal —masculló Harry, pues le habría llevado toda la noche hacer un verdadero relato de sus vacaciones, y no estaba preparado para afrontarlo—. ¿Y tú?

—Sí, muy bueno —contestó Dean con una risita—. Mejor que el de Seamus, desde luego. Estaba contándomelo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado, Seamus? —preguntó Neville mientras colocaba con mucho cuidado su *Mimbulus mimbletonia* sobre su mesilla de noche.

Seamus no contestó enseguida; estaba complicándose mucho la vida para asegurarse de que su póster del equipo de *quidditch* de los Kenmare Kestrels quedara completamente recto. Al fin contestó, aunque todavía estaba de espaldas a Harry.

—Mi madre no quería que volviera.

—¿Qué dices? —Harry, que se disponía a quitarse la túnica, se quedó parado.

—No quería que volviera a Hogwarts.

Seamus se dio la vuelta y sacó el pijama de su baúl, pero sin mirar a Harry.

—Pero ¿por qué? —preguntó éste, perplejo. Sabía que la madre de Seamus era bruja y por lo tanto no entendía por qué tenía una actitud más propia de los Dursley.

Seamus no contestó hasta que hubo terminado de abotonarse el pijama.

—Bueno —respondió con voz tranquila—, supongo que… por ti.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Harry rápidamente.

El corazón le latía muy deprisa y tenía la extraña sensación de que algo se le caía encima.

—Bueno —continuó Seamus, esquivando la mirada de su compañero—, es que… Esto… Bueno, no sólo por ti, sino también por Dumbledore…

—¿Se ha creído lo que cuenta *El Profeta?* —se extrañó Harry—. ¿Cree que soy un mentiroso y que Dumbledore es un viejo chiflado?

Seamus levantó la cabeza y miró a Harry.

—Sí, más o menos.

Harry no dijo nada. Tiró su varita encima de la mesilla de noche, se quitó la

túnica, la metió de cualquier manera en el baúl y sacó el pijama. Estaba harto; harto de que todos se quedaran mirándolo y hablaran de él a sus espaldas. Si los demás lo supieran, si tuvieran una leve idea de lo que era ser siempre el centro de atención… La estúpida de la señora Finnigan no se enteraba de nada, pensó rabioso.

Se metió en la cama, pero cuando iba a correr las cortinas del dosel, Seamus dijo:

—Oye…, ¿qué pasó aquella noche? La noche en que…, ya sabes, cuando…, lo de Cedric Diggory y todo eso…

Seamus parecía nervioso y expectante al mismo tiempo. Dean, que estaba inclinado sobre su baúl intentando sacar una zapatilla, se quedó de pronto muy quieto y Harry comprendió que estaba escuchándolos.

—¿Por qué me lo preguntas? —replicó Harry—. Sólo tienes que leer *El Profeta* como tu madre, ¿no? Así podrás enterarte de todo lo que quieras saber.

—No te metas con mi madre —le espetó Seamus.

—Me meto con cualquiera que me llame mentiroso —contestó Harry.

—¡No me hables así!

—Te hablo como me da la gana —estalló Harry; se estaba poniendo tan furioso que agarró la varita, que había dejado en la mesilla de noche—. Si tienes algún inconveniente en compartir dormitorio conmigo, ve y pídele a McGonagall que te cambie… Así tu madre no tendrá que preocuparse por ti…

—¡Deja a mi madre en paz, Potter!

—¿Qué pasa aquí?

Ron acababa de entrar por la puerta. Con los ojos como platos, miró primero a Harry, que estaba arrodillado en la cama apuntando con la varita a Seamus, y luego a Seamus, que estaba de pie con los puños levantados.

—¡Está metiéndose con mi madre! —gritó Seamus.

—¿Qué? —se extrañó Ron—. Harry nunca haría eso. Conocimos a tu madre y nos cayó muy bien…

—¡Eso fue antes de que empezara a creer al pie de la letra todo lo que dice sobre mí ese asqueroso periódico! —exclamó Harry a grito pelado.

—¡Oh! —dijo Ron, que empezaba a comprender—. Ya veo…

—¿Sabes qué? —chilló Seamus acaloradamente, lanzando a Harry una mirada cargada de veneno—. Tiene razón, no quiero compartir dormitorio con él; está loco.

—Eso está fuera de lugar, Seamus —aseguró Ron, cuyas orejas comenzaban a ponerse coloradas, lo cual siempre indicaba peligro.

—¿Fuera de lugar, dices? —chilló Seamus, que a diferencia de Ron estaba poniéndose muy pálido—. Tú te crees todas las chorradas que cuenta sobre Quien-tú-sabes, ¿no? Te tragas todo lo que cuenta, ¿verdad?

—¡Pues sí! —contestó Ron muy alterado.

—Entonces tú también estás loco —afirmó Seamus con desprecio.

—¿Ah, sí? ¡Pues mira, amigo, por desgracia para ti, además de estar loco soy prefecto! —dijo Ron señalándose la insignia con un dedo—. ¡Así que, si no quieres que te castigue, vigila lo que dices!

Durante unos instantes pareció que Seamus creía que un castigo era un precio razonable por decir lo que en aquellos momentos le pasaba por la cabeza; sin embargo, hizo un ruidito desdeñoso con la boca, se dio la vuelta, se metió en la cama de un brinco y cerró las cortinas con tanta violencia que se desengancharon y cayeron formando un polvoriento montón en el suelo. Ron miró desafiante a Seamus y luego miró a Dean y a Neville.

—¿Hay alguien más cuyos padres tengan algún problema con Harry? —preguntó con agresividad.

—Mis padres son *muggles* —dijo Dean encogiéndose de hombros—. No saben nada de ninguna muerte ocurrida en Hogwarts porque no soy tan idiota como para contárselo.

—¡No sabes cómo es mi madre, es capaz de sonsacarle lo que sea a cualquiera! —le espetó Seamus—. Además, tus padres no reciben *El Profeta.* No se han enterado de que a nuestro director lo han echado del Wizengamot y de la Confederación Internacional de Magos porque está perdiendo la cabeza…

—Mi abuela dice que eso son tonterías —intervino Neville—. Afirma que el que está perdiendo los papeles es *El Profeta,* y no Dumbledore. Así que ha cancelado la suscripción. Nosotros creemos en Harry —concluyó con rotundidad. Luego se metió en la cama y se tapó con las sábanas hasta la barbilla. Miró a Seamus con cara de sabiondo y añadió—: Mi abuela siempre ha dicho que Quien-tú-sabes regresaría algún día, y asegura que si Dumbledore dice que ha vuelto, es que ha vuelto.

En ese momento Harry sintió una oleada de gratitud hacia Neville. Nadie más dijo nada, y Seamus cogió su varita mágica, reparó las cortinas de la cama y desapareció tras ellas. Dean también se acostó, se dio la vuelta y se quedó callado. Neville, que al parecer tampoco tenía nada más que añadir, miraba con cariño su cactus, débilmente iluminado por la luz de la luna.

Harry se quedó tumbado mientras Ron iba de aquí para allá, alrededor de la cama de al lado, poniendo sus cosas en orden. A Harry le había afectado mucho la discusión con Seamus, que siempre le había caído muy bien. ¿Quién más iba a insinuar que mentía o que estaba trastornado?

¿Habría tenido que soportar Dumbledore algo parecido aquel verano, cuando primero lo echaron del Wizengamot y luego de la Confederación Internacional de Magos? ¿Acaso estaba enfadado con Harry y por eso llevaba meses sin hablar con él? A fin de cuentas, ambos estaban metidos en aquel lío; Dumbledore había creído a Harry, había defendido su versión de los hechos ante el colegio en pleno y luego ante la comunidad de los magos. Cualquiera que pensara que Harry era un mentiroso

debía creer lo mismo de Dumbledore, o que lo habían engañado…

«Al final se sabrá que tenemos razón», pensó Harry, que se sentía muy desgraciado, mientras Ron se metía en la cama y apagaba la última vela que quedaba encendida en el dormitorio. Luego se preguntó cuántos ataques como el de Seamus debería soportar antes de que llegara ese momento.

12
La profesora Umbridge

A la mañana siguiente, Seamus se vistió a toda velocidad y salió del dormitorio antes de que Harry se hubiera puesto los calcetines.

—¿Qué le pasa? ¿Teme volverse loco si está demasiado tiempo en una habitación conmigo? —preguntó Harry en voz alta en cuanto el dobladillo de la túnica de Seamus se perdió de vista.

—No te preocupes, Harry —dijo Dean colgándose la mochila del hombro—. Lo que le pasa es que…

Pero al parecer no sabía decir con exactitud lo que le sucedía a Seamus, y tras una pausa un tanto violenta, salió también del dormitorio.

Neville y Ron miraron a Harry como diciendo «Es problema suyo, no le hagas caso», pero eso no lo consoló demasiado. ¿Tendría que aguantar muchas situaciones semejantes?

—¿Qué os ocurre? —les preguntó Hermione cinco minutos más tarde, cuando se reunió con sus dos amigos en la sala común antes de que bajaran todos a desayunar —. Estáis completamente… ¡Vaya!

Se había quedado mirando el tablón de anuncios de la sala común, donde habían

colgado un gran letrero.

¡GALONES DE GALEONES!
¿Tus gastos superan tus ingresos?
¿Te gustaría ganar un poco de oro?
Si te interesa un empleo sencillo, a tiempo parcial y prácticamente indoloro,
ponte en contacto con Fred y George Weasley, sala común de Gryffindor.
(Lamentamos decir que los aspirantes tendrán que asumir los riesgos del empleo.)

—Se han pasado —comentó Hermione con gravedad, y descolgó el letrero que Fred y George habían clavado encima de un póster que anunciaba la fecha de la primera excursión a Hogsmeade, que sería en octubre—. Vamos a tener que hablar con ellos, Ron.

Ron se mostró muy alarmado.

—¿Por qué?

—¡Porque somos prefectos! —exclamó Hermione mientras trepaban por el agujero del retrato—. ¡Es tarea nuestra impedir este tipo de cosas!

Ron no dijo nada, pero, por la apesadumbrada expresión de su amigo, Harry comprendió que la perspectiva de evitar que Fred y George hicieran lo que les gustaba no lo ilusionaba.

—¿Qué te pasa, Harry? —continuó Hermione mientras bajaban un tramo de escalera cuya pared estaba cubierta de retratos de viejos magos y brujas que no les hicieron ni caso, pues se hallaban enfrascados en sus propias conversaciones—. Te veo de muy mal humor.

—Seamus cree que Harry miente acerca de Quien-tú-sabes —contestó brevemente Ron al comprobar que Harry no respondía.

La chica suspiró, lo cual sorprendió al muchacho, que esperaba que su amiga manifestara indignación.

—Ya, Lavender también lo cree —comentó Hermione con tristeza.

—Seguro que has tenido una interesante charla con ella sobre si soy o no soy un mentiroso y un presumido que sólo busca llamar la atención, ¿no? —dijo Harry en voz alta.

—No —repuso Hermione con calma—. La verdad es que le he dicho que cierre su sucia boca y que no hable mal de ti. Y haz el favor de dejar de lanzarte a nuestro cuello a cada momento, Harry, porque, por si no lo sabías, Ron y yo estamos de tu parte.

Hubo una breve pausa.

—Lo siento —se disculpó Harry en voz baja.

—Así me gusta —dijo Hermione con dignidad. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza y añadió—: ¿No os acordáis de lo que dijo Dumbledore en el banquete de final de curso del año pasado? —Harry y Ron la miraron sin comprender, y la chica volvió a suspirar—. Sí, habló sobre Quien-vosotros-sabéis. Dijo que su «fuerza para extender la discordia y la enemistad entre nosotros es muy grande. Sólo podemos luchar contra ella presentando unos lazos de amistad y mutua confianza igualmente fuertes».

—¿Cómo consigues acordarte de esas cosas? —preguntó Ron mirando a Hermione con admiración.

—Escucho, Ron —respondió ella con un deje de aspereza.

—Yo también, pero sería incapaz de decirte con exactitud qué…

—El caso es —prosiguió Hermione, imponiéndose— que a eso es precisamente a lo que se refería Dumbledore. Sólo hace dos meses que Quien-vosotros-sabéis ha regresado y ya hemos empezado a pelearnos entre nosotros. Y la advertencia del Sombrero Seleccionador era la misma: permaneced juntos, estad unidos…

—Y Harry ya dijo anoche —replicó Ron— que si eso significa que tenemos que hacernos amigos de los de Slytherin…, lo tiene claro.

—Bueno, pues yo creo que es una lástima que no fomentemos la unidad entre las casas —dijo Hermione con enfado.

En ese momento llegaron al pie de la escalera de mármol. Una fila de alumnos de cuarto de Ravenclaw cruzaba el vestíbulo; al ver a Harry se apresuraron a apiñarse, como si temieran que él pudiera atacar a los rezagados.

—Sí, deberíamos intentar trabar amistad con gente como ésa —comentó Harry con sarcasmo.

Siguieron a los de Ravenclaw al interior del Gran Comedor, y al entrar miraron instintivamente hacia la mesa del profesorado. La profesora Grubbly-Plank hablaba con la profesora Sinistra, de Astronomía, y Hagrid, una vez más, brillaba por su ausencia. El techo encantado del recinto reflejaba el estado anímico de Harry: tenía un triste color gris, como el de las nubes de lluvia.

—Dumbledore ni siquiera mencionó durante cuánto tiempo vamos a tener a la profesora Grubbly-Plank —comentó Harry mientras los tres se dirigían hacia la mesa de Gryffindor.

—A lo mejor… —insinuó Hermione pensativa.

—¿Qué? —preguntaron Harry y Ron a la vez.

—Bueno…, a lo mejor no quería llamar la atención sobre la ausencia de Hagrid.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ron medio riendo—. ¿Cómo no íbamos a fijarnos en que no está aquí?

Antes de que Hermione pudiera contestar, una muchacha alta y negra, que llevaba el pelo peinado en largas trencitas, se había acercado a Harry.

—¡Hola, Angelina!

—¡Hola! —contestó ella con brío—. ¿Qué tal las vacaciones? —Y sin esperar respuesta, añadió—: Me han nombrado capitana del equipo de *quidditch* de Gryffindor.

—¡Qué bien! —dijo Harry sonriéndole; se imaginó que las charlas de Angelina para infundir ánimo no serían tan densas como las de Oliver Wood, lo cual suponía una mejora.

—Sí, bueno… Necesitamos un nuevo guardián ahora que Oliver se ha marchado. Las pruebas serán el viernes a las cinco y quiero que venga todo el equipo. Tenemos que ver quién encaja mejor en esa posición.

—De acuerdo —contestó Harry.

Angelina le sonrió y se fue.

—Ya no me acordaba de que Wood se marchó —comentó Hermione con vaguedad mientras se sentaba junto a Ron y se acercaba un plato de tostadas—. Supongo que el equipo lo notará, ¿no?

—Supongo —contestó Harry, y se sentó en el banco de enfrente—. Era un buen guardián…

—De todos modos, no irá mal un poco de sangre nueva, ¿verdad? —observó Ron.

De repente se oyó como un rugido, y cientos de lechuzas entraron volando por las ventanas más altas. Bajaron hacia las mesas del comedor y llevaron cartas y paquetes a sus destinatarios, a quienes rociaron con gotas de agua; evidentemente, fuera estaba lloviendo. Harry no vio a *Hedwig*, pero eso no le sorprendió: su único corresponsal era Sirius, y dudaba mucho que su padrino tuviera algo nuevo que contarle ya que sólo llevaban veinticuatro horas sin verse. Hermione, en cambio, tuvo que apartar con rapidez su zumo de naranja para dejar sitio a una enorme y chorreante lechuza que llevaba un empapado ejemplar de *El Profeta* en el pico.

—¿Todavía recibes *El Profeta?* —le preguntó Harry con fastidio, acordándose de Seamus, mientras Hermione ponía un *knut* en la bolsita de piel que la lechuza llevaba atada a la pata y el ave volvía a emprender el vuelo—. Yo ya no me molesto en leerlo. Sólo cuentan tonterías.

—Conviene saber lo que dice el enemigo —respondió ella misteriosamente; luego desplegó el periódico y desapareció tras él, y no volvieron a verla hasta que Harry y Ron terminaron de desayunar—. Nada —se limitó a decir; enrolló el periódico y lo dejó junto a su plato—. No hace ningún comentario sobre ti, ni sobre Dumbledore ni sobre nada.

En ese momento la profesora McGonagall pasó por la mesa repartiendo horarios.

—¡Mirad lo que tenemos hoy! —gruñó Ron—. Historia de la Magia, clase doble de Pociones, Adivinación y otra sesión doble de Defensa Contra las Artes Oscuras… ¡Binns, Snape, Trelawney y Umbridge en un solo día! Espero que Fred y George se

den prisa y se pongan a fabricar ese Surtido Saltaclases…

—¿He oído bien? —dijo Fred, que llegaba en ese instante con George. Los gemelos se sentaron junto a Harry—. ¡No es posible que los prefectos de Hogwarts intenten saltarse clases!

—¡Mirad lo que tenemos hoy! —repitió Ron de mal humor, y le puso el horario bajo la nariz a Fred—. Es el peor lunes que he visto en mi vida.

—Tienes razón, hermanito —le dijo Fred leyendo la lista—. Si quieres puedo darte un turrón sangranarices; te lo dejo barato.

—¿Por qué barato? —preguntó Ron con recelo. —Porque sangrarás hasta quedarte seco. Todavía no hemos conseguido el antídoto —respondió George mientras se servía un arenque ahumado.

—Gracias —repuso Ron de mal humor, y se guardó el horario en el bolsillo—, pero creo que iré a las clases.

—Por cierto, hablando de vuestro Surtido Saltaclases —dijo Hermione mirando a Fred y a George con sus redondos y brillantes ojos—, no podéis poner anuncios en el tablón de Gryffindor para contratar cobayos.

—¡¿Ah, no?! —exclamó George con sorpresa—. ¿Quién ha dicho eso?

—Lo digo yo —contestó Hermione—. Y Ron.

—A mí no me metas —se apresuró a apuntar éste.

La chica le lanzó una mirada fulminante y los gemelos rieron por lo bajo.

—No tardarás en cambiar de actitud, Hermione —vaticinó Fred mientras untaba un buñuelo con mantequilla—. Vas a empezar quinto, y dentro de poco vendrás a suplicar que te vendamos un Surtido Saltaclases.

—¿Y qué tiene que ver que empiece quinto con que quiera comprar un Surtido Saltaclases? —preguntó Hermione.

—Quinto es el año de los TIMOS —le recordó George.

—¿Y?

—Que llegarán los exámenes, ¿no? Vais a tener que hincar los codos hasta que se os queden en carne viva —dijo Fred con satisfacción.

—La mitad de los de nuestro curso sufrieron pequeñas crisis nerviosas cuando se acercaban los exámenes del TIMO —añadió George la mar de contento—. Lágrimas, rabietas… Patricia Stimpson se desmayaba a cada momento…

—Kenneth Towler se llenó de granos, ¿te acuerdas? —dijo Fred con nostalgia.

—Eso fue porque le pusiste polvos Bulbadox en el pijama —aclaró George.

—¡Ah, sí! —admitió Fred, sonriente—. Ya no me acordaba… A veces resulta difícil llevar la cuenta de todo, ¿verdad?

—En fin, quinto es un curso de pesadilla —concluyó George—. Si te importan los resultados de los exámenes, naturalmente. Fred y yo conseguimos no desanimarnos.

—Sí, claro… —intervino Ron—. ¿Qué sacasteis, tres TIMOS cada uno?

—Sí —afirmó Fred con indiferencia—. Pero nosotros creemos que nuestro futuro está fuera del mundo de los logros académicos.

—Nos planteamos muy seriamente si íbamos a volver a Hogwarts este año para hacer séptimo —comentó George alegremente— ahora que tenemos…

Se interrumpió al captar la mirada de advertencia de Harry, que se había dado cuenta de que George estaba a punto de mencionar el premio en metálico del Trofeo de los tres magos que les había entregado.

—… ahora que tenemos nuestros TIMOS —se apresuró a añadir George—. No sé, ¿de verdad necesitamos los ÉXTASIS? Pero creímos que mamá no soportaría que abandonáramos los estudios tan pronto, sobre todo después de que Percy resultara ser el mayor imbécil del mundo.

—Pero no vamos a malgastar nuestro último año aquí —prosiguió Fred echando un afectuoso vistazo al Gran Comedor—. Vamos a utilizarlo para hacer un poco de estudio de mercado. Nos interesa saber con exactitud qué le exige el alumno medio de Hogwarts a una tienda de artículos de broma para luego evaluar meticulosamente los resultados de nuestra investigación y crear productos que satisfagan la demanda.

—Pero ¿de dónde pensáis sacar el oro necesario para montar una tienda de artículos de broma? —inquirió Hermione con escepticismo—. Necesitaréis muchos ingredientes y materiales, y también permisos, supongo…

Harry no miró a los gemelos. Notó que estaba ruborizándose, de modo que dejó caer a propósito el tenedor y se agachó para recogerlo. Cuando todavía no se había incorporado oyó que Fred decía:

—No nos hagas preguntas y no tendremos que decirte mentiras, Hermione. Vamos, George, si llegamos pronto quizá podamos vender unas cuantas orejas extensibles antes de que empiece la clase de Herbología.

—¿Qué habrá querido decir con eso? —dijo Hermione mirando primero a Harry y luego a Ron—. «No nos hagas preguntas…» ¿Significa que ya tienen dinero para montar la tienda?

—Mira, yo ya lo había pensado —repuso Ron frunciendo el entrecejo—. Este verano me compraron una túnica de gala nueva y no sé de dónde sacaron los galeones…

Harry decidió que había llegado el momento de desviar aquella conversación tan peligrosa.

—¿Creéis que es cierto que los exámenes de este año serán muy duros?

—¡Oh, ya lo creo! —exclamó Ron—. Los TIMOS son muy importantes, y del resultado dependerá el tipo de ofertas de empleo a las que puedas presentarte más adelante. Además, este año podemos pedir consejo sobre las diferentes carreras. Me lo ha dicho Bill. Así puedes elegir qué ÉXTASIS quieres hacer el año que viene.

—¿Vosotros ya sabéis qué os gustaría hacer cuando salgáis de Hogwarts? —preguntó Harry a sus dos amigos poco después, cuando salían del Gran Comedor y se dirigían hacia el aula de Historia de la Magia.

—Pues no —contestó Ron—. Salvo…, bueno… —añadió un tanto avergonzado.

—¿Qué? —lo animó Harry.

—Bueno, no me importaría ser *auror* —declaró Ron con brusquedad.

—A mí tampoco —repuso fervorosamente Harry.

—Pero los *aurores* son… la élite —comentó Ron—. Para ser *auror* tienes que ser muy bueno. ¿Y tú, Hermione?

—No lo sé. Creo que me gustaría hacer algo que valga la pena.

—¡Ser *auror* vale la pena! —exclamó Harry.

—Sí, ya lo sé, pero no es lo único que vale la pena —dijo Hermione con aire pensativo—. No sé, si pudiera seguir trabajando en la PEDDO… —añadió, y Harry y Ron evitaron mirarse.

Todos los alumnos de Hogwarts estaban de acuerdo en que Historia de la Magia era la asignatura más aburrida que jamás había existido en el mundo de los magos. El profesor Binns, su profesor fantasma, tenía una voz jadeante y monótona que casi garantizaba una terrible somnolencia al cabo de diez minutos (cinco si hacía calor). Nunca alteraba el esquema de las lecciones y las recitaba sin hacer pausas mientras los alumnos tomaban apuntes o contemplaban el vacío con aire amodorrado. Hasta entonces, Harry y Ron habían conseguido unos aprobados justos en esa asignatura copiando los apuntes de Hermione antes de los exámenes; ella era la única capaz de resistir el efecto soporífero de la voz de Binns.

Aquel día tuvieron que soportar tres cuartos de hora de una inalterable perorata sobre las guerras de los gigantes. Harry oyó lo suficiente en los diez primeros minutos para comprender que, en manos de otro profesor, esa asignatura habría podido resultar un poco más interesante; sin embargo, desconectó el cerebro y pasó los treinta y cinco minutos restantes jugando con Ron al ahorcado, utilizando una esquina de su pergamino, mientras Hermione les lanzaba con disimulo miradas asesinas.

—¿Qué pasaría —les preguntó con frialdad cuando salieron del aula a la hora del descanso (Binns se perdió a través de la pizarra)— si este año me negara a prestaros mis apuntes?

—Que suspenderíamos el TIMO —contestó Ron—. Si quieres cargar con eso en tu conciencia, Hermione…

—Pues os lo merecéis —les espetó—. Ni siquiera intentáis escuchar al profesor, ¿verdad?

—Sí lo intentamos —dijo Ron—. Lo que pasa es que no tenemos tu cerebro, ni tu memoria, ni tu capacidad de concentración. Eres más inteligente que nosotros, pero

no hace falta que nos lo recuerdes continuamente.

—No me vengas con cuentos —repuso Hermione, pero las palabras de Ron la habían aplacado un poco, o eso parecía cuando los precedió en dirección al mojado patio.

Caía una débil llovizna, y el contorno de los alumnos, que estaban de pie formando corros en el patio, se veía difuminado. Harry, Ron y Hermione eligieron un rincón apartado, bajo un balcón desde el que caían gruesas gotas; se levantaron el cuello de las túnicas para protegerse del frío aire de septiembre y empezaron a hacer conjeturas sobre lo que Snape les tendría preparado para la primera clase del curso. Ya se habían puesto de acuerdo en que probablemente sería algo muy difícil, para pillarlos desprevenidos tras dos meses de vacaciones, cuando alguien dobló la esquina y fue hacia ellos.

—¡Hola, Harry!

Era Cho Chang, y curiosamente volvía a estar sola. Eso era muy raro, pues Cho casi siempre iba rodeada de un grupo de chicas que no paraban de reír como tontas; Harry recordaba lo mal que lo había pasado cuando intentaba hablar un momento a solas con ella para invitarla al baile de Navidad.

—¡Hola! —dijo Harry, y notó que se ponía colorado. «Al menos esta vez no estás cubierto de jugo fétido», se dijo. Cho parecía estar pensando algo parecido.

—Veo que ya te has quitado aquella… cosa.

—Sí —afirmó Harry intentando sonreír, como si el recuerdo de su último encuentro fuera divertido en vez de vergonzoso—. Bueno…, y tú… ¿has pasado un buen verano?

Lamentó haber pronunciado esas palabras en cuanto salieron por su boca, pues Cedric había sido el novio de Cho, y recordar su muerte debía de haberla afectado durante las vacaciones tanto como a él. Con cierta tensión en el rostro, Cho dijo:

—Sí, no ha estado mal…

—¿Qué es eso? ¿Una insignia de los Tornados? —preguntó de pronto Ron señalando la túnica de Cho, donde llevaba una insignia de color azul cielo con la doble T dorada—. No serás admiradora suya, ¿verdad?

—Pues sí —contestó Cho.

—¿Lo has sido siempre, o sólo desde que empezaron a ganar la liga? —inquirió Ron con un tono de voz que Harry consideró innecesariamente acusador.

—Soy admiradora de los Tornados desde que tenía seis años —concretó la chica con serenidad—. Bueno, hasta luego, Harry.

Hermione esperó a que Cho se alejara por el patio antes de volverse contra Ron.

—¡Qué poco tacto tienes!

—¿Qué? Pero si sólo le he preguntado si…

—¿No te has dado cuenta de que quería hablar con Harry?

—¿Y qué? Podía hablar con él, yo no se lo impedía…

—¿Por qué demonios te has metido con ella por su equipo de *quidditch*?

—¿Meterme con ella? No me he metido con ella, sólo he…

—¿Qué importa que sea seguidora de los Tornados?

—Mira, Hermione, la mitad de la gente que ves con esas insignias se las compró la temporada pasada…

—Pero ¿a ti qué te importa?

—Significa que no son verdaderos admiradores, sino unos simples oportunistas…

—Ha sonado la campana —dijo Harry sin ánimo, porque Ron y Hermione discutían en voz tan alta que no la habían oído.

No dejaron de pelearse hasta que llegaron a la mazmorra de Snape, lo cual dio tiempo a Harry para pensar que, gracias a Neville y a Ron, podría considerarse afortunado si conseguía hablar dos minutos con Cho y no recordar esa breve conversación deseando que la tierra se lo tragase.

Mientras se unían a la fila que se había formado delante de la puerta del aula de Snape, Harry pensó que, sin embargo, Cho había ido por voluntad propia a hablar con él… Cho había sido la novia de Cedric, y habría sido comprensible que odiara a Harry por haber salido con vida del laberinto del Torneo de los tres magos, mientras que Cedric había muerto; pero a pesar de todo hablaba con él en un tono normal y amistoso, y no como si creyera que estaba loco, que era un mentiroso o que en cierto modo era responsable de la muerte de su novio… Sí, estaba claro que había ido a hablar con él porque había querido, y era la segunda vez que lo hacía en dos días… Ese pensamiento le subió la moral. Ni siquiera el amenazador chirrido que la puerta de la mazmorra de Snape hizo al abrirse consiguió que estallara la pequeña y optimista burbuja que había crecido en su pecho. Entró en el aula detrás de Ron y Hermione, los siguió hasta la mesa donde se sentaban siempre, al fondo, y fingió que no oía los sonidos de irritación que ambos emitían.

—Silencio —ordenó Snape con voz cortante al cerrar la puerta tras él.

En realidad no había ninguna necesidad de que impusiera orden, pues en cuanto los alumnos oyeron que la puerta se cerraba, se quedaron quietos y callados. Por lo general, la sola presencia de Snape bastaba para imponer silencio en el aula.

—Antes de empezar la clase de hoy —dijo el profesor desde su mesa, abarcando con la vista a todos los estudiantes y mirándolos fijamente—, creo conveniente recordaros que el próximo mes de junio realizaréis un importante examen en el que demostraréis cuánto habéis aprendido sobre la composición y el uso de las pociones mágicas. Pese a que algunos alumnos de esta clase son indudablemente imbéciles, espero que consigan un «Aceptable» en el TIMO si no quieren… contrariarme. —Esa vez su mirada se detuvo en Neville, que tragó saliva—. Después de este curso, muchos de vosotros dejaréis de estudiar conmigo, por supuesto —prosiguió Snape—.

Yo sólo preparo a los mejores alumnos para el ÉXTASIS de Pociones, lo cual significa que tendré que despedirme de algunos de los presentes.

Entonces miró a Harry y torció el gesto. El muchacho le sostuvo la mirada y sintió un sombrío placer ante la perspectiva de librarse de Pociones al acabar quinto.

—Pero antes de que llegue el feliz momento de la despedida tenemos todo un año por delante —anunció Snape melodiosamente—. Por ese motivo, tanto si pensáis presentaros al ÉXTASIS como si no, os recomiendo que concentréis vuestros esfuerzos en mantener el alto nivel que espero de mis alumnos de TIMO.

»Hoy vamos a preparar una poción que suele salir en el examen de Título Indispensable de Magia Ordinaria: el Filtro de Paz, una poción para calmar la ansiedad y aliviar el nerviosismo. Pero os lo advierto: si no medís bien los ingredientes, podéis provocar un profundo y a veces irreversible sueño a la persona que la beba, de modo que tendréis que prestar mucha atención a lo que estáis haciendo. —Hermione, que estaba sentada a la izquierda de Harry, se enderezó un poco; la expresión de su rostro denotaba una concentración absoluta—. Los ingredientes y el método —continuó Snape, y agitó su varita— están en la pizarra. —En ese momento aparecieron escritos—. Encontraréis todo lo que necesitáis —volvió a agitar la varita— en el armario del material. —A continuación, la puerta del mueble se abrió sola—. Tenéis una hora y media. Ya podéis empezar.

Como habían imaginado Harry, Ron y Hermione, Snape no podía haber elegido una poción más difícil y complicada. Había que echar los ingredientes en el caldero en el orden y las cantidades precisas; había que remover la mezcla exactamente el número correcto de veces, primero en el sentido de las agujas del reloj y luego en el contrario; y había que bajar el fuego, sobre el que la pócima hervía lentamente, hasta que alcanzara los grados adecuados durante un número determinado de minutos antes de añadir el último ingrediente.

—Ahora un débil vapor plateado debería empezar a salir de vuestra poción —advirtió Snape cuando faltaban diez minutos para que concluyera el plazo.

Harry, que sudaba mucho, echó un vistazo alrededor de la mazmorra, desesperado. Su caldero emitía grandes cantidades de vapor gris oscuro; el de Ron, por su parte, escupía chispas verdes. Seamus intentaba avivar con la punta de la varita las llamas sobre las que estaba colocado su caldero, pues amenazaban con apagarse. La superficie de la poción de Hermione, en cambio, era una reluciente neblina de vapor plateado, y al pasar a su lado, Snape acercó su ganchuda nariz al interior sin hacer ningún comentario, lo cual significaba que no había encontrado nada que criticar.

Al llegar junto al caldero de Harry, sin embargo, Snape se detuvo y miró su contenido con una espantosa sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué se supone que es esto, Potter?

Los estudiantes de Slytherin que estaban sentados en las primeras filas del aula levantaron la cabeza, expectantes; les encantaba oír cómo Snape se burlaba de Harry.

—El Filtro de Paz —contestó el chico, muy tenso.

—Dime, Potter —repuso Snape con calma—, ¿sabes leer?

Draco Malfoy no pudo contener la risa.

—Sí, sé leer —respondió Harry sujetando con fuerza su varita.

—Léeme la tercera línea de las instrucciones, Potter.

El muchacho miró la pizarra con los ojos entornados, pues no resultaba fácil descifrar las instrucciones a través de la niebla de vapor multicolor que en ese instante llenaba la mazmorra.

—«Añadir polvo de ópalo, remover tres veces en sentido contrario a las agujas del reloj, dejar hervir a fuego lento durante siete minutos y luego añadir dos gotas de jarabe de eléboro.»

Entonces se le cayó el alma a los pies. No había añadido el jarabe de eléboro y había pasado a la cuarta línea de las instrucciones tras dejar hervir la poción a fuego lento durante siete minutos.

—¿Has hecho todo lo que se especifica en la tercera línea, Potter?

—No —contestó él en voz baja.

—¿Perdón?

—No —repitió Harry elevando la voz—. Me he olvidado del eléboro.

—Ya lo sé, Potter, y eso significa que este brebaje no sirve para nada. *¡Evanesco!* —La pócima de Harry desapareció y él se quedó plantado como un idiota junto a un caldero vacío—. Los que hayáis conseguido leer las instrucciones, llenad una botella con una muestra de vuestra poción, etiquetadla claramente con vuestro nombre y dejadla en mi mesa para que yo la examine —indicó luego Snape—. Deberes: treinta centímetros de pergamino sobre las propiedades del ópalo y sus usos en la fabricación de pociones, para entregar el jueves.

Mientras los otros estudiantes llenaban sus botellas, Harry, muerto de rabia, recogió sus cosas. Su poción no era peor que la de Ron, que ahora desprendía un desagradable olor a huevos podridos; ni peor que la de Neville, que había adquirido la consistencia del cemento recién mezclado, y que el muchacho intentaba arrancar de su caldero; y, sin embargo, era él, Harry, quien recibiría un cero. Guardó la varita en su mochila y se dejó caer en el asiento mientras observaba a los demás, que desfilaban hacia la mesa de Snape con sus botellas llenas y tapadas con corchos. Cuando por fin sonó la campana, Harry fue el primero en salir de la mazmorra, y ya había empezado a comer cuando Ron y Hermione se reunieron con él en el Gran Comedor. El techo se había puesto de un gris todavía más oscuro a lo largo de la mañana. La lluvia golpeaba las altas ventanas.

—¡Qué injusto! —exclamó Hermione intentando consolar a Harry. Luego se

sentó a su lado y empezó a servirse pudin de carne y patatas—. Tu poción era mucho mejor que la de Goyle; cuando la puso en la botella, el cristal estalló y le prendió fuego a la túnica.

—Ya, pero ¿desde cuándo Snape es justo conmigo? —dijo Harry sin apartar la vista de su plato.

Nadie contestó, pues los tres sabían perfectamente que la enemistad mutua que había entre Snape y Harry había sido absoluta desde el momento en que éste puso un pie en Hogwarts.

—Yo creía que este año se comportaría un poco mejor —comentó Hermione con pesar—. Ya sabéis… —miró alrededor, vigilante; había media docena de asientos vacíos a ambos lados, y nadie pasaba cerca de la mesa—, ahora que ha entrado en la Orden y eso.

—Las manchas de los hongos venenosos nunca cambian —sentenció Ron sabiamente—. En fin, yo siempre he pensado que Dumbledore está loco por confiar en Snape. ¿Qué pruebas tiene de que dejara de trabajar en realidad para Quien-vosotros-sabéis?

—Supongo que Dumbledore debe de tener pruebas de sobra, aunque no las comparta contigo, Ron —le espetó Hermione.

—¿Queréis parar de una vez? —dijo Harry con fastidio al ver que Ron abría la boca para replicar. Hermione y Ron se quedaron callados, con aire enfadado y ofendido—. ¿Tenéis que estar siempre igual? No paráis de chincharos el uno al otro, estáis volviéndome loco —añadió, y apartó su pudin de carne y patatas, se colgó la mochila del hombro y los dejó allí plantados.

Subió de dos en dos los escalones de la escalinata de mármol, cruzándose con los alumnos que bajaban corriendo a comer. Todavía sentía aquella rabia que había surgido inesperadamente en su interior, pero al ver las caras de asombro de sus amigos había experimentado una profunda satisfacción.

«Les está bien empleado —pensó—. Siempre están como el perro y el gato… No lo soporto.»

Entonces llegó al rellano donde estaba colgado el retrato del caballero sir Cadogan, quien desenvainó su espada y la blandió, exaltado, contra Harry, pero éste no le hizo caso.

—¡Ven aquí, perro sarnoso! ¡Ponte en guardia y pelea! —gritó sir Cadogan con una voz amortiguada por la visera, pero Harry siguió caminando, y cuando el caballero intentó seguirlo trasladándose al cuadro de al lado, su ocupante, un corpulento y fiero hombre lobo, lo rechazó.

Harry pasó el resto de la hora de la comida solo, sentado bajo la trampilla que había en lo alto de la torre norte. Por eso fue el primero en subir por la escalerilla de plata que conducía al aula de Sybill Trelawney cuando sonó la campana.

Después de Pociones, Adivinación era la asignatura que menos le gustaba a Harry, debido sobre todo a la costumbre de la profesora Trelawney de vaticinar, de vez en cuando, que él moriría prematuramente. Era una mujer delgada, envuelta siempre en varios chales y con muchos collares de cuentas; a Harry le recordaba a una especie de insecto por las gruesas gafas que llevaba, que aumentaban de tamaño sus ojos. Cuando Harry entró en el aula, ella estaba ocupada repartiendo unos viejos libros, encuadernados en cuero, por las mesitas de finas patas que llenaban desordenadamente la habitación; pero la luz que proyectaban las lámparas cubiertas con pañuelos, y la del fuego de la chimenea, que ardía con lentitud y desprendía un desagradable olor, era tan tenue que pareció que la profesora Trelawney no se había dado cuenta de que Harry se sentaba en la penumbra. Los demás alumnos llegaron al cabo de unos cinco minutos. Ron entró por la trampilla, miró con detenimiento a su alrededor, vio a Harry y fue derecho hacia él, o todo lo derecho que pudo, pues tuvo que abrirse camino entre las mesas, las sillas y los abultados pufs.

—Hermione y yo ya hemos dejado de pelearnos —aseguró al sentarse junto a su amigo.

—Me alegro —gruñó Harry.

—Pero Hermione dice que le gustaría que dejaras de descargar tu mal humor sobre nosotros —añadió Ron.

—Yo no…

—Sólo te repito lo que ella me ha dicho —aclaró Ron sin dejar que Harry acabara —. Pero creo que tiene razón. Nosotros no tenemos la culpa de cómo te traten Seamus o Snape.

—Yo nunca he dicho que…

—Buenos días —saludó la profesora Trelawney con su sutil y etérea voz, y Harry se interrumpió; volvía a estar enfadado y un poco avergonzado a la vez—. Y bienvenidos de nuevo a Adivinación. Como es lógico, durante las vacaciones he ido siguiendo con atención vuestras peripecias, y me alegro mucho de ver que habéis regresado todos sanos y salvos a Hogwarts, como yo, evidentemente, ya sabía que sucedería.

»Encima de las mesas encontraréis vuestros ejemplares de *El oráculo de los sueños*, de Inigo Imago. La interpretación de los sueños es un medio importantísimo de adivinar el futuro, y es muy probable que ese tema aparezca en vuestro examen de TIMO. No es que crea que los aprobados o los suspensos en los exámenes tengan ni la más remota relevancia cuando se trata del sagrado arte de la adivinación, porque si tenéis el Ojo que Ve, los títulos y los certificados importan muy poco. Con todo, el director quiere que hagáis el examen, así que…

Su frase quedó en suspenso, y los alumnos comprendieron que la profesora Trelawney consideraba que su asignatura estaba muy por encima de asuntos tan

insignificantes como los exámenes.

—Abrid el libro por la introducción, por favor, y leed lo que Imago dice sobre el tema de la interpretación de los sueños. Luego sentaos en parejas y utilizad el libro para interpretar los sueños más recientes de vuestro compañero. Podéis empezar.

Lo único bueno que tenía aquella clase era que no duraría dos horas. Cuando todos terminaron de leer la introducción del libro, apenas les quedaban diez minutos para la interpretación de los sueños. En la mesa contigua a la de Harry y Ron, Dean había formado pareja con Neville, quien de inmediato emprendió un denso relato de una pesadilla en la que aparecían unas tijeras gigantes que se habían puesto el mejor sombrero de su abuela; Harry y Ron se limitaron a mirarse con desánimo.

—Yo nunca me acuerdo de lo que sueño —dijo Ron—. Cuéntame tú algún sueño que hayas tenido.

—Seguro que recuerdas alguno —replicó Harry con impaciencia.

El no pensaba compartir sus sueños con nadie. Sabía perfectamente qué significaba su recurrente pesadilla sobre el cementerio; no necesitaba que Ron, la profesora Trelawney o ese estúpido libro se lo explicara.

—Bueno, la otra noche soñé que jugaba al *quidditch* —confesó Ron haciendo muecas mientras intentaba rescatar aquel sueño de su memoria—. ¿Qué crees que significa?

—Pues que te va a comer un malvavisco gigante, o algo así —sugirió Harry mientras pasaba distraídamente las páginas de *El oráculo de los sueños.*

Buscar fragmentos de sueños en el libro era un trabajo aburridísimo, y a Harry no le hizo ninguna gracia que la profesora Trelawney les mandara escribir durante un mes un diario de los sueños que tenían. Cuando sonó la campana, Harry y Ron fueron los primeros en salir del aula y bajar la escalera; Ron gruñía sin parar.

—¿Te das cuenta de la cantidad de deberes que tenemos ya? Binns nos ha puesto una redacción de medio metro sobre las guerras de los gigantes; Snape quiere que le entreguemos otra de treinta centímetros sobre las propiedades y los usos del ópalo; ¡y ahora Trelawney nos manda redactar un diario de sueños durante un mes! Fred y George no andaban equivocados sobre el año de los TIMOS, ¿no crees? Espero que la profesora Umbridge no nos ponga…

Cuando entraron en el aula de Defensa Contra las Artes Oscuras, la profesora Umbridge ya estaba sentada en su sitio. Llevaba la suave y esponjosa chaqueta de punto de color rosa que había lucido la noche anterior, y el lazo de terciopelo negro en la cabeza. A Harry volvió a recordarle a una gran mosca posada imprudentemente en la cabeza de un sapo aún más descomunal.

Los alumnos guardaron silencio en cuanto entraron en el aula; la profesora Umbridge todavía era un elemento desconocido y nadie sabía lo estricta que podía ser a la hora de imponer disciplina.

—¡Buenas tardes a todos! —saludó a los alumnos cuando por fin éstos se sentaron. Unos cuantos respondieron con un tímido «Buenas tardes»—. ¡Ay, ay, ay! —exclamó—. ¿Así saludáis a vuestra profesora? Me gustaría oíros decir: «Buenas tardes, profesora Umbridge.» Volvamos a empezar, por favor. ¡Buenas tardes a todos!

—Buenas tardes, profesora Umbridge —gritó la clase.

—Eso está mucho mejor —los felicitó con dulzura—. ¿A que no ha sido tan difícil? Guardad las varitas y sacad las plumas, por favor.

Unos cuantos alumnos intercambiaron miradas lúgubres; hasta entonces la orden de guardar las varitas nunca había sido el preámbulo de una clase que hubieran considerado interesante. Harry metió su varita en la mochila y sacó la pluma, la tinta y el pergamino. La profesora Umbridge abrió su bolso, sacó su varita, que era inusitadamente corta, y dio unos golpecitos en la pizarra con ella; de inmediato, aparecieron las siguientes palabras:

Defensa Contra las Artes Oscuras:
regreso a los principios básicos

—Muy bien, hasta ahora vuestro estudio de esta asignatura ha sido muy irregular y fragmentado, ¿verdad? —afirmó la profesora Umbridge volviéndose hacia la clase con las manos entrelazadas frente al cuerpo—. Por desgracia, el constante cambio de profesores, muchos de los cuales no seguían, al parecer, ningún programa de estudio aprobado por el Ministerio, ha hecho que estéis muy por debajo del nivel que nos gustaría que alcanzarais en el año del TIMO. Sin embargo, os complacerá saber que ahora vamos a rectificar esos errores. Este año seguiremos un curso sobre magia defensiva cuidadosamente estructurado, basado en la teoría y aprobado por el Ministerio. Copiad esto, por favor.

Volvió a golpear la pizarra y el primer mensaje desapareció y fue sustituido por los «Objetivos del curso».

1. *Comprender los principios en que se basa la magia defensiva.*
2. *Aprender a reconocer las situaciones en las que se puede emplear legalmente la magia defensiva.*
3. *Analizar en qué contextos es oportuno el uso de la magia defensiva.*

Durante un par de minutos en el aula sólo se oyó el rasgueo de las plumas sobre el pergamino. Cuando los alumnos copiaron los tres objetivos del curso de la profesora Umbridge, ésta preguntó:

—¿Tenéis todos un ejemplar de *Teoría de defensa mágica*, de Wilbert Slinkhard? —Un sordo murmullo de asentimiento recorrió la clase—. Creo que tendremos que

volver a intentarlo —dijo la profesora Umbridge—. Cuando os haga una pregunta, me gustaría que contestarais «Sí, profesora Umbridge», o «No, profesora Umbridge». Veamos: ¿tenéis todos un ejemplar de *Teoría de defensa mágica*, de Wilbert Slinkhard?

—Sí, profesora Umbridge —contestaron los alumnos al unísono.

—Estupendo. Quiero que abráis el libro por la página cinco y leáis el capítulo uno, que se titula «Conceptos elementales para principiantes». En silencio, por favor.

La profesora Umbridge se apartó de la pizarra y se sentó en la silla, detrás de su mesa, observándolos atentamente con aquellos ojos de sapo con bolsas. Harry abrió su ejemplar de *Teoría de defensa mágica* por la página cinco y empezó a leer.

Era extremadamente aburrido, casi tanto como escuchar al profesor Binns. El muchacho notó que le fallaba la concentración, pues al poco rato se dio cuenta de que había leído la misma línea media docena de veces sin entender nada más que las primeras palabras. Pasaron unos silenciosos minutos. A su lado, Ron, distraído, giraba la pluma una y otra vez entre los dedos con los ojos clavados en un punto de la página. Harry miró hacia su derecha y se llevó una sorpresa que lo sacó de su letargo. Hermione ni siquiera había abierto su ejemplar de *Teoría de defensa mágica* y estaba mirando fijamente a la profesora Umbridge con una mano levantada.

Pero pasados unos minutos más, Harry dejó de ser el único que observaba a Hermione. El capítulo que les habían ordenado leer era tan tedioso que muchos alumnos optaban por contemplar el mudo intento de Hermione de captar la atención de la profesora Umbridge, en lugar de seguir adelante con la lectura de los «Conceptos elementales para principiantes».

Cuando más de la mitad de la clase miraba a Hermione en vez de leer el libro, la profesora Umbridge decidió que ya no podía continuar ignorando aquella situación.

—¿Quería hacer alguna pregunta sobre el capítulo, querida? —le dijo a Hermione como si acabara de reparar en ella.

—No, no es sobre el capítulo.

—Ahora estamos leyendo —repuso la profesora Umbridge mostrando sus pequeños y puntiagudos dientes—. Si tiene usted alguna duda podemos solucionarla al final de la clase.

—Tengo una duda sobre los objetivos del curso —aclaró Hermione.

La profesora arqueó las cejas.

—¿Cómo se llama, por favor?

—Hermione Granger.

—Mire, señorita Granger, creo que los objetivos del curso están muy claros si los lee atentamente —dijo la profesora Umbridge con decisión y un deje de dulzura.

—Pues yo creo que no —soltó Hermione sin miramientos—. Ahí no dice nada sobre la práctica de los hechizos defensivos.

Se produjo un breve silencio durante el cual muchos miembros de la clase giraron la cabeza y se quedaron mirando con el entrecejo fruncido los objetivos del curso, que seguían escritos en la pizarra.

—¿La práctica de los hechizos defensivos? —repitió la profesora Umbridge con una risita—. Verá, señorita Granger, no me imagino que en mi aula pueda surgir ninguna situación que requiera la práctica de un hechizo defensivo por parte de los alumnos. Supongo que no espera usted ser atacada durante la clase, ¿verdad?

—¡¿Entonces no vamos a usar la magia?! —exclamó Ron en voz alta.

—Por favor, levante la mano si quiere hacer algún comentario durante mi clase, señor…

—Weasley —dijo Ron, y levantó una mano.

La profesora Umbridge, con una amplia sonrisa en los labios, le dio la espalda. Harry y Hermione levantaron también las manos inmediatamente. La profesora Umbridge miró un momento a Harry con sus ojos saltones antes de dirigirse de nuevo a Hermione.

—¿Sí, señorita Granger? ¿Quiere preguntar algo más?

—Sí —contestó ella—. Es evidente que el único propósito de la asignatura de Defensa Contra las Artes Oscuras es practicar los hechizos defensivos, ¿no es así?

—¿Acaso es usted una experta docente preparada en el Ministerio, señorita Granger? —le preguntó la profesora Umbridge con aquella voz falsamente dulce.

—No, pero…

—Pues entonces me temo que no está cualificada para decidir cuál es el «único propósito» de la asignatura que imparto. Magos mucho mayores y más inteligentes que usted han diseñado nuestro nuevo programa de estudio. Aprenderán los hechizos defensivos de forma segura y libre de riesgos…

—¿De qué va a servirnos eso? —inquirió Harry en voz alta—. Si nos atacan, no va a ser de forma…

—¡La mano, señor Potter! —canturreó la profesora Umbridge.

Harry levantó un puño. Una vez más, la profesora Umbridge le dio rápidamente la espalda, pero otros alumnos también habían levantado la mano.

—¿Su nombre, por favor? —le preguntó la bruja a Dean.

—Dean Thomas.

—¿Y bien, señor Thomas?

—Bueno, creo que Harry tiene razón. Si nos atacan, no vamos a estar libres de riesgos.

—Repito —dijo la profesora Umbridge, que miraba a Dean sonriendo de una forma muy irritante—: ¿espera usted ser atacado durante mis clases?

—No, pero…

La profesora Umbridge no le dejó acabar:

—No es mi intención criticar el modo en que se han hecho hasta ahora las cosas en este colegio —explicó con una sonrisa poco convincente, estirando aún más su ancha boca—, pero en esta clase han estado ustedes dirigidos por algunos magos muy irresponsables, sumamente irresponsables; por no mencionar —soltó una desagradable risita— a algunos híbridos peligrosos en extremo…

—Si se refiere al profesor Lupin —saltó Dean, enojado—, era el mejor que jamás…

—¡La mano, señor Thomas! Como iba diciendo, los han iniciado en hechizos demasiado complejos e inapropiados para su edad, y letales en potencia. Los han asustado y les han hecho creer que podrían ser víctimas de ataques de las fuerzas oscuras en cualquier momento…

—Eso no es cierto —la interrumpió Hermione—. Sólo nos…

—¡No ha levantado la mano, señorita Granger!

Hermione la levantó y la profesora Umbridge le dio la espalda.

—Tengo entendido que mi predecesor no sólo realizó maldiciones ilegales delante de ustedes, sino que incluso las realizó con ustedes.

—Bueno, resultó que era un maniaco, ¿no? —terció Dean acaloradamente—. Y aun así, aprendimos muchísimo con él.

—¡No ha levantado la mano, señor Thomas! —gorjeó la profesora Umbridge—. Bueno, el Ministerio opina que un conocimiento teórico será más que suficiente para que aprueben el examen; y al fin y al cabo para eso es para lo que vienen ustedes al colegio. ¿Su nombre? —añadió mirando a Parvati, que acababa de levantar la mano.

—Parvati Patil. Pero ¿no hay una parte práctica en el TIMO de Defensa Contra las Artes Oscuras? ¿No se supone que tenemos que demostrar que sabemos hacer las contramaldiciones y esas cosas?

—Si habéis estudiado bien la teoría, no hay ninguna razón para que no podáis realizar los hechizos en el examen, en una situación controlada —explicó la profesora Umbridge quitándole importancia al asunto.

—¿Sin haberlos practicado de antemano? —preguntó Parvati con incredulidad—. ¿Significa eso que no vamos a hacer los hechizos hasta el día del examen?

—Repito, si habéis estudiado bien la teoría…

—¿Y de qué nos va a servir la teoría en la vida real? —intervino de pronto Harry, que había vuelto a levantar el puño.

La profesora Umbridge lo miró y dijo:

—Esto es el colegio, señor Potter, no la vida real.

—¿Acaso no se supone que estamos preparándonos para lo que nos espera fuera del colegio?

—No hay nada esperando fuera del colegio, señor Potter.

—¿Ah, no? —insistió Harry. La rabia que sentía, que parecía haber estado

borboteando ligeramente durante todo el día, estaba alcanzando el punto de ebullición.

—¿Quién iba a querer atacar a unos niños como ustedes? —preguntó la profesora Umbridge con un exageradísimo tono meloso.

—Humm, a ver… —respondió Harry fingiendo reflexionar—. ¿Quizá… lord Voldemort?

Ron contuvo la respiración, Lavender Brown soltó un grito y Neville resbaló hacia un lado del banco. La profesora Umbridge, sin embargo, ni siquiera se inmutó: simplemente miró a Harry con un gesto de rotunda satisfacción en la cara.

—Diez puntos menos para Gryffindor, señor Potter —dijo, y los alumnos se quedaron callados e inmóviles observando tanto a la profesora Umbridge como a Harry—. Y ahora, permítanme aclarar algunas cosas. —La profesora Umbridge se puso en pie y se inclinó hacia ellos con las manos de dedos regordetes abiertas y apoyadas en la mesa—. Les han contado que cierto mago tenebroso ha resucitado…

—¡No estaba muerto —la corrigió un Harry furioso—, pero sí, ha regresado!

—Señor-Potter-ya-ha-hecho-perder-diez-puntos-a-su-casa-no-lo-estropee-más —recitó la profesora de un tirón y sin mirar a Harry—. Como iba diciendo, les han informado de que cierto mago tenebroso vuelve a estar suelto. Pues bien, eso es mentira.

—¡No es mentira! —la contradijo Harry—. ¡Yo lo vi con mis propios ojos! ¡Luché contra él!

—¡Castigado, señor Potter! —exclamó entonces la profesora Umbridge, triunfante—. Mañana por la tarde. A las cinco. En mi despacho. Repito, eso es mentira. El Ministerio de Magia garantiza que no están ustedes bajo la amenaza de ningún mago tenebroso. Si alguno todavía está preocupado, puede ir a verme fuera de las horas de clase. Si alguien está asustándolos con mentiras sobre magos tenebrosos resucitados, me gustaría que me lo contara. Estoy aquí para ayudar. Soy su amiga. Y ahora, ¿serán tan amables de continuar con la lectura? Página cinco, «Conceptos elementales para principiantes».

Y tras pronunciar esas palabras la profesora Umbridge se sentó. Harry, en cambio, se levantó. Todos lo miraban expectantes, y Seamus parecía sentirse entre aterrado y fascinado.

—¡No, Harry! —le advirtió Hermione con un susurro mientras le tiraba de la manga; pero su amigo dio un tirón del brazo para soltarse.

—Entonces, según usted, Cedric Diggory se cayó muerto porque sí, ¿verdad? —dijo Harry con voz temblorosa.

Todo el mundo contuvo la respiración, pues ningún alumno salvo Ron y Hermione había oído hablar a Harry sobre lo sucedido la noche en que murió Cedric. Ávidos de noticias, miraron a Harry y luego a la profesora Umbridge, que había

arqueado las cejas y observaba al muchacho muy atenta, sin rastro de una sonrisa forzada en los labios.

—La muerte de Cedric Diggory fue un trágico accidente —afirmó con tono cortante.

—Fue un asesinato —le discutió Harry, que entonces se dio cuenta de que estaba temblando. No había hablado con casi nadie de aquel tema, y menos aún con treinta compañeros de clase que escuchaban ansiosos—. Lo mató Voldemort, y usted lo sabe.

El rostro de la profesora Umbridge no denotaba expresión alguna. Durante un momento Harry creyó que iba a gritarle, pero ella, con la más suave y dulce voz infantil, dijo:

—Venga aquí, señor Potter.

Harry apartó su silla de una patada, dio unas cuantas zancadas, pasando al lado de Ron y de Hermione, y se acerco a la mesa de la profesora. Era consciente de que el resto de la clase seguía conteniendo la respiración, pero estaba tan furioso que no le importaba lo que pudiera ocurrir.

La profesora Umbridge sacó de su bolso un pequeño rollo de pergamino rosa, lo extendió sobre la mesa, mojó la pluma en un tintero y empezó a escribir encorvada sobre él para que Harry no viera lo que ponía. Nadie decía nada.

Aproximadamente después de un minuto, la profesora enrolló el pergamino, que, al recibir un golpe de su varita mágica, quedó sellado a la perfección para que Harry no pudiera abrirlo.

—Lleve esto a la profesora McGonagall, haga el favor —le ordenó la profesora Umbridge tendiéndole la nota.

Harry la cogió sin decir nada, salió del aula sin mirar siquiera a Ron y a Hermione y cerró de un portazo. Echó a andar a buen ritmo por el pasillo, con la nota para la profesora McGonagall fuertemente agarrada con una mano; al doblar una esquina tropezó con Peeves, el *poltergeist*, un hombrecillo con boca de pato que flotaba en el aire, boca arriba, haciendo malabarismos con unos tinteros.

—¡Hombre, pero si es Potter pipí en el pote! —dijo Peeves riendo con voz aguda al mismo tiempo que dejaba caer al suelo dos de los tinteros, que se rompieron y salpicaron las paredes; Harry se apartó de un brinco y le gruñó:

—Déjame, Peeves.

—¡Oh! El chiflado está de mal humor —replicó el *poltergeist*, y se puso a perseguir a Harry por el pasillo, sonriendo burlonamente mientras volaba por encima de él—. ¿Qué ha pasado esta vez, Potty, amigo mío? ¿Has oído voces? ¿Has tenido visiones? ¿Te has puesto a hablar en… —Peeves hizo una gigantesca pedorreta— idiomas raros?

—¡Te he dicho que me dejes en paz! —gritó el chico, y echó a correr hacia la

escalera más cercana; pero Peeves, impasible, se tumbó sobre la barandilla y se deslizó por ella, siguiéndolo.

—«Ladra el pequeño chiflado / porque está malhumorado. / Los más clementes opinan / que sólo está un poco amargado. / Pero Peeves os asegura / que es un perturbado…»

—¡Cállate!

Entonces se abrió una puerta en la pared de la izquierda y la profesora McGonagall salió de su despacho con aire severo y un tanto nervioso.

—¿Qué demonios significan esos gritos, Potter? —le espetó mientras Peeves reía socarronamente y se alejaba volando a toda velocidad—. ¿Por qué no estás en clase?

—Me han enviado a verla —le explicó Harry en un tono glacial.

—¿Enviado? ¿Qué quiere decir que te han enviado?

Como respuesta le tendió la nota de la profesora Umbridge. La profesora McGonagall, frunciendo el entrecejo, cogió el rollo de pergamino, lo abrió con un golpe de su varita, lo desenrolló y empezó a leer. Detrás de sus cuadradas gafas, sus ojos recorrían el pergamino rápidamente y con cada línea se estrechaban más.

—Pasa, Potter. —Harry la siguió a su despacho, cuya puerta se cerró automáticamente detrás de él—. ¿Y bien? —dijo la profesora McGonagall, volviéndose hacia Harry—. ¿Es verdad?

—¿Si es verdad qué? —preguntó él con un tono mucho más agresivo de lo que era su intención—… profesora —añadió en un intento de suavizar su primera reacción.

—¿Es verdad que has gritado a la profesora Umbridge?

—Sí.

—¿La has llamado mentirosa?

—Sí.

—¿Le has dicho que El-que-no-debe-ser-nombrado ha vuelto?

—Sí.

La profesora McGonagall se sentó detrás de su mesa y se quedó mirando a Harry con el entrecejo fruncido. Tras una pausa, dijo:

—Coge una galleta, Potter.

—Que coja… ¿qué?

—Coge una galleta —repitió ella con impaciencia señalando una lata de cuadros escoceses que había sobre uno de los montones de papeles de su mesa—. Y siéntate.

En ese momento Harry recordó aquella otra ocasión en que, en lugar de castigarlo con la palmeta, la profesora McGonagall lo había incluido en el equipo de *quidditch* de Gryffindor. El muchacho se sentó en una silla delante de la mesa y cogió un tritón de jengibre, tan desconcertado y despistado como aquella vez.

La profesora McGonagall dejó la nota de la profesora Umbridge sobre la mesa y

miró con seriedad a Harry.

—Debes tener cuidado, Potter.

Harry se tragó el trozo de tritón de jengibre y la miró a los ojos. El tono de voz de la profesora McGonagall no se parecía en nada al que él estaba acostumbrado a oír; no era enérgico, seco y severo, sino lento y angustiado, y mucho más humano de lo habitual.

—La mala conducta en la clase de Dolores Umbridge podría costarte mucho más que un castigo y unos puntos menos para Gryffindor.

—¿Qué quiere…?

—Utiliza el sentido común, Potter —lo atajó la profesora McGonagall, y volvió rápidamente al tono al que tenía acostumbrados a sus alumnos—. Ya sabes de dónde viene, y por lo tanto también debes saber bajo las órdenes de quién está.

En ese instante sonó la campana que señalaba el final de la clase. Por todas partes se oía el ruido de cientos de alumnos que se movilizaban como una manada de elefantes.

—Aquí dice que te ha impuesto un castigo todas las tardes de esta semana, y que empezarás mañana —prosiguió la profesora McGonagall, y miró de nuevo la nota de la profesora Umbridge.

—¡Todas las tardes de esta semana! —repitió Harry, horrorizado—. Pero profesora, ¿no podría usted…?

—No, no puedo —dijo la profesora McGonagall con rotundidad.

—Pero…

—Ella es tu profesora y tiene derecho a castigarte. Debes ir a su despacho mañana a las cinco en punto para recibir el primer castigo. Y recuerda: ándate con cuidado cuando estés con Dolores Umbridge.

—Pero ¡si yo sólo he dicho la verdad! —protestó Harry, indignado—. Voldemort ha regresado, usted lo sabe; el profesor Dumbledore también lo sabe…

—¡Por favor, Potter! —lo interrumpió la profesora McGonagall con enojo, colocándose bien las gafas, pues había hecho una mueca espantosa al oír el nombre de Voldemort—. ¿De verdad crees que esto es una cuestión de verdades o mentiras? ¡Lo que tienes que hacer es mantenerte al margen y controlar tu temperamento!

La mujer se levantó, con las aletas de la nariz dilatadas y los labios muy apretados, y Harry también.

—Coge otra galleta —dijo la profesora McGonagall con irritación acercándole la lata.

—No, gracias —repuso Harry fríamente.

—No seas ridículo —le espetó ella.

Entonces el muchacho cogió una galleta y dijo a regañadientes:

—Gracias.

—¿No oíste el discurso de Dolores Umbridge en el banquete de bienvenida, Potter?

—Sí. Sí, dijo que… iban a prohibir el progreso o… Bueno, lo que quería decir era que… el Ministerio de Magia intenta inmiscuirse en Hogwarts.

La profesora McGonagall se quedó mirándolo un momento; luego resopló, pasó por el lado de su mesa y le abrió la puerta a Harry.

—Bueno, me alegra saber que al menos escuchas a Hermione Granger —comentó haciéndole señas para que saliera de su despacho.

13
Castigo con Dolores

Aquella noche, la cena en el Gran Comedor no fue una experiencia agradable para Harry. La noticia de su enfrentamiento a gritos con la profesora Umbridge se había extendido a una velocidad increíble, incluso para Hogwarts. Mientras comía, sentado entre Ron y Hermione, Harry oía cuchicheos a su alrededor. Lo más curioso era que a ninguno de los que susurraban parecía importarle que Harry se enterara de lo que estaban diciendo de él. Más bien al contrario: era como si estuvieran deseando que se enfadara y se pusiera a gritar otra vez, para poder escuchar su historia directamente.

—Dice que vio cómo asesinaban a Cedric Diggory…

—Asegura que se batió en duelo con Quien-tú-sabes…

—Anda ya…

—¿Nos toma por idiotas?

—Yo no me creo nada…

—Lo que no entiendo —comentó Harry con voz trémula, dejando el cuchillo y el tenedor, pues le temblaban demasiado las manos para sujetarlos con firmeza— es por qué todos creyeron la historia hace dos meses, cuando se la contó Dumbledore…

—Verás, Harry, no estoy tan segura de que la creyeran —replicó Hermione con

desánimo—. ¡Vamos, larguémonos de aquí!

Ella dejó también sus cubiertos sobre la mesa; Ron, apenado, echó un último vistazo a la tarta de manzana que no se había terminado y los siguió. Los demás alumnos no les quitaron el ojo de encima hasta que salieron del comedor.

—¿Qué quieres decir con eso de que no estás segura de que creyeran a Dumbledore? —le preguntó Harry a Hermione cuando llegaron al rellano del primer piso.

—Mira, tú no entiendes cómo se vivió eso aquí —intentó explicar Hermione—. Apareciste en medio del jardín con el cadáver de Cedric en brazos… Ninguno de nosotros había visto lo que había ocurrido en el laberinto… No teníamos más pruebas que la palabra de Dumbledore de que Quien-tú-sabes había regresado, había matado a Cedric y había peleado contigo.

—¡Es la verdad!

—Ya lo sé, Harry, así que, por favor, deja de echarme la bronca —dijo Hermione cansinamente—. Lo que pasa es que la gente se marchó a casa de vacaciones antes de que pudiera asimilar la verdad, y ha estado dos meses leyendo que tú estás chiflado y que Dumbledore chochea.

La lluvia golpeaba los cristales de las ventanas mientras ellos avanzaban por los desiertos pasillos hacia la torre de Gryffindor. Harry tenía la impresión de que su primer día había durado una semana, pero todavía debía hacer una montaña de deberes antes de acostarse. Empezaba a notar un dolor débil y pulsante sobre el ojo derecho. Cuando entraron en el pasillo de la Señora Gorda, miró por una de las mojadas ventanas y contempló los oscuros jardines. Seguía sin haber luz en la cabaña de Hagrid.

—*¡Mimbulus mimbletonia!* —dijo Hermione antes de que la Señora Gorda tuviera ocasión de pedirles la contraseña. El retrato se abrió, dejó ver la abertura que había detrás, y los tres se metieron por ella.

La sala común estaba casi vacía; la mayoría seguía abajo, cenando. *Crookshanks*, que descansaba enroscado en una butaca, se levantó y fue a recibirlos ronroneando, y cuando Harry, Ron y Hermione se sentaron en sus tres butacas favoritas junto al fuego, saltó con agilidad al regazo de su dueña y se acurrucó allí como si fuera un peludo cojín de color rojo anaranjado. Harry, agotado, se quedó contemplando las llamas.

—¿Cómo es posible que Dumbledore haya permitido que pase esto? —gritó de pronto Hermione, sobresaltando a sus amigos; *Crookshanks* pegó un brinco y bajó al suelo con aire ofendido. Hermione golpeó, furiosa, los reposabrazos de su butaca, y por los agujeros salieron trozos de relleno—. ¿Cómo puede permitir que esa mujer infame nos dé clase? ¡Y en el año de los TIMOS, por si fuera poco!

—Bueno, la verdad es que nunca hemos tenido muy buenos profesores de

Defensa Contra las Artes Oscuras, ¿no? —observó Harry—. Ya sabes lo que pasa, nos lo contó Hagrid: nadie quiere ese empleo porque dicen que está gafado.

—¡Ya, pero contratar a alguien que se niega explícitamente a dejarnos hacer magia!… ¿A qué juega Dumbledore?

—Y pretende que hagamos de espías para ella —terció Ron, deprimido—. ¿Os acordáis de que ha dicho que fuéramos a verla si oíamos a alguien decir que Quien-vosotros-sabéis ha regresado?

—Pues claro que está aquí para espiarnos, eso es obvio. ¿Con qué otro motivo la habría enviado Fudge a Hogwarts? —saltó Hermione.

—No empecéis a discutir otra vez —intervino Harry, harto, al ver que Ron abría la boca para responder a Hermione—. ¿Por qué no podemos…? Hagamos los deberes, a ver si nos los quitamos de encima…

Recogieron sus mochilas, que estaban en un rincón, y volvieron a las butacas, junto al fuego. En ese momento comenzaban a llegar alumnos que regresaban después de cenar. Harry evitaba dirigir la vista hacia la abertura del retrato, pero aun así era consciente de que atraía las miradas de sus compañeros.

—¿Qué os parece si empezamos por los de Snape? —propuso Ron mojando su pluma en el tintero—. «Las propiedades… del ópalo… y sus usos… en la fabricación de pociones…» —murmuró mientras escribía las palabras en la parte superior del pergamino. Subrayó el título, miró expectante a Hermione y añadió—: A ver, ¿cuáles son las propiedades del ópalo y sus usos en la fabricación de pociones?

Pero Hermione no lo escuchaba, pues miraba entornando los ojos hacia un rincón alejado de la sala, donde Fred, George y Lee Jordan estaban sentados en el centro de un corro de alumnos de primero, de aspecto inocente, que mascaban algo que, al parecer, había salido de una gran bolsa de papel que Fred tenía en las manos.

—Mira, lo siento, pero se han pasado de la raya —explotó, poniéndose en pie. Era evidente que estaba rabiosa—. ¡Vamos, Ron!

—Yo…, ¿qué? —dijo Ron para ganar tiempo—. ¡Vaya, Hermione, no podemos regañarlos por repartir golosinas!

—Sabes perfectamente que eso es turrón sangranarices, o pastillas vomitivas, o…

—¿Bombones desmayo? —apuntó Harry en voz baja.

Uno a uno, como si los hubieran golpeado en la cabeza con un mazo invisible, los alumnos de primero fueron cayendo inconscientes en sus asientos; algunos resbalaron hasta el suelo y otros quedaron colgando sobre los reposabrazos de las butacas con la lengua fuera. Los que estaban viéndolo reían; Hermione, en cambio, se puso muy tiesa y fue directamente hacia Fred y George, que estaban de pie con una libreta en la mano, observando atentamente a los desmayados alumnos de primer año. Ron hizo ademán de levantarse de la butaca, se quedó a medio camino unos segundos, vacilante, y luego murmuró a Harry:

—Ya se encarga ella.

Después se hundió cuanto pudo en la butaca, aunque no resultaba fácil debido a su larguirucha figura.

—¡Basta! —les dijo Hermione con ímpetu a Fred y George, que levantaron la cabeza y la miraron un tanto sorprendidos.

—Sí, tienes razón —dijo George, asintiendo—. Creo que ya hay suficiente con esa dosis.

—¡Ya os lo he advertido esta mañana, no podéis probar vuestras porquerías con los alumnos!

—Pero ¡si les hemos pagado! —replicó Fred, indignado.

—¡No me importa! ¡Podría ser peligroso!

—No digas bobadas —repuso Fred.

—¡Cálmate, Hermione, no les pasa nada! —intentó tranquilizarla Lee mientras iba de un alumno a otro y les metía unos caramelos de color morado en la boca, que mantenían abierta.

—Sí, mira, ya vuelven en sí —confirmó George.

Era verdad: unos cuantos alumnos de primero empezaban a moverse. Algunos se sorprendieron tanto de estar tumbados en el suelo o colgando de las butacas que Harry comprendió que Fred y George no les habían advertido del efecto que iban a producirles aquellos caramelos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó George con amabilidad a una chica menuda de pelo castaño oscuro, que estaba tendida a sus pies.

—Creo que sí —contestó ella con voz temblorosa.

—Excelente —dijo Fred, muy contento, pero inmediatamente Hermione le arrancó de las manos la libreta y la bolsa de papel llena de bombones desmayo.

—¡De excelente nada!

—Claro que sí, están vivos, ¿no? —comentó Fred con enojo.

—No podéis hacer eso. ¿Y si alguno se pusiera enfermo de verdad?

—No se van a poner enfermos porque los hemos probado nosotros mismos; esto sólo lo hacemos para ver si todo el mundo reacciona igual…

—Si no paráis, voy a…

—¿Castigarnos? —insinuó Fred como diciendo: «Inténtalo y verás.»

—¿Ordenar que copiemos algo? —intervino George con una sonrisa burlona.

En la sala había curiosos riendo. Hermione se enderezó al máximo; tenía los ojos entrecerrados y su poblada melena parecía estar a punto de chisporrotear.

—No —dijo con la voz temblorosa de rabia—, pero voy a escribir a vuestra madre.

—No serás capaz —replicó George, horrorizado, y retrocedió.

—Ya lo creo —lo desafió Hermione sin acobardarse—. No puedo impedir que

vosotros os comáis esas tonterías, pero no pienso permitir que se las deis a los de primero.

Fred y George se quedaron estupefactos. Era evidente que consideraban que la amenaza de Hermione era un golpe bajo. Ella les lanzó una última mirada amenazadora, se sujetó con fuerza la libreta y la bolsa contra el pecho y regresó muy ofendida a su butaca junto al fuego.

Ron se había ido agachando en su asiento y en ese instante tenía la nariz casi al nivel de las rodillas.

—Gracias por tu apoyo, Ron —dijo Hermione mordazmente.

—Ya lo has resuelto muy bien tú sola —masculló él.

Hermione contempló su trozo de pergamino en blanco durante unos segundos y luego dijo con voz tensa:

—Es inútil, ahora no puedo concentrarme. Me voy a la cama —dijo, y abrió su mochila.

Harry creyó que iba a guardar en ella sus libros, pero en lugar de eso Hermione sacó dos objetos deformes de lana, los colocó con cuidado sobre una mesa junto al fuego, los cubrió con una pluma rota y unos cuantos trozos de pergamino inservibles y se retiró un poco para evaluar el efecto.

—Por las barbas de Merlín, ¿se puede saber qué haces? —preguntó Ron, observándola como si temiera por la salud mental de su amiga.

—Son gorros para elfos domésticos —contestó ella con aspereza, y a continuación empezó a guardar sus libros en la mochila—. Los he hecho este verano. Sin magia soy muy lenta tejiendo, pero ahora que he vuelto al colegio creo que podré hacer muchos más.

—¿Dejas estos gorros aquí para los elfos domésticos? —inquirió Ron lentamente —. ¿Y primero los tapas con piltrafas?

—Sí —contestó Hermione desafiante, y se colgó la mochila.

—Eso no está bien —dijo Ron, enfadado—. Quieres engañarlos para que cojan los gorros. Quieres darles la libertad cuando quizá ellos no quieran ser libres.

—¡Claro que quieren ser libres! —saltó Hermione, que estaba poniéndose colorada—. ¡No te atrevas a tocar esos gorros, Ron!

Y tras pronunciar esas palabras se marchó muy airada. Ron esperó hasta que hubo desaparecido por la puerta de los dormitorios de las chicas, y entonces quitó los trozos de pergamino de encima de los gorros.

—Al menos que vean lo que están cogiendo —dijo con firmeza—. En fin… — enrolló el pergamino en el que había escrito el título de la redacción para Snape—, no tiene sentido intentar terminar esto ahora; sin Hermione no puedo hacerlo, no tengo ni la más remota idea de para qué sirve el ópalo. ¿Y tú?

Harry negó con la cabeza, y al hacerlo notó que el dolor que tenía en la sien

derecha estaba empeorando. Se acordó de la larga redacción sobre las guerras de los gigantes y sintió una intensa punzada de dolor. Aun siendo consciente de que a la mañana siguiente lamentaría no haber terminado sus deberes por la noche, guardó sus libros en la mochila.

—Yo también voy a acostarme.

Cuando iba hacia la puerta que conducía a los dormitorios pasó por delante de Seamus, pero no lo miró. Harry tuvo la fugaz impresión de que su compañero había despegado los labios para decir algo, pero aceleró el paso y llegó a la tranquilizadora paz de la escalera de caracol de piedra sin tener que aguantar más provocaciones.

El día siguiente amaneció tan plomizo y lluvioso como el anterior. Hagrid tampoco estaba sentado a la mesa de los profesores a la hora del desayuno.

—La única ventaja es que hoy no tenemos a Snape —comentó Ron con optimismo.

Hermione dio un gran bostezo y se sirvió una taza de café. Parecía contenta, y cuando Ron le preguntó de qué se alegraba tanto, ella se limitó a decir:

—Los gorros ya no están. A lo mejor resulta que los elfos domésticos quieren ser libres.

—Yo no estaría tan seguro —replicó él, cortante—. Quizá no podamos considerarlos prendas de vestir. Yo jamás habría dicho que eran gorros, más bien parecían vejigas lanudas.

Hermione no le dirigió la palabra en toda la mañana.

Después de una clase doble de Encantamientos tuvieron también dos horas de Transformaciones. El profesor Flitwick y la profesora McGonagall dedicaron el primer cuarto de hora de sus clases a sermonear a los alumnos sobre la importancia de los TIMOS.

—Lo que debéis recordar —dijo el profesor Flitwick, un mago bajito con voz de pito, encaramado, como siempre, en un montón de libros para poder ver a sus alumnos por encima de la superficie de su mesa— es que estos exámenes pueden influir en vuestras vidas en los años venideros. Si todavía no os habéis planteado seriamente qué carrera queréis hacer, éste es el momento. Mientras tanto, ¡me temo que tendremos que trabajar más que nunca para asegurarnos de que todos vosotros rendís a la altura de vuestra capacidad en el examen!

Luego estuvieron más de una hora repasando encantamientos convocadores que, según el profesor Flitwick, era probable que aparecieran en el TIMO; remató la clase poniéndoles como deberes un montón de encantamientos.

Lo mismo ocurrió, o peor, en la clase de Transformaciones.

—Pensad que no aprobaréis los TIMOS —les advirtió la profesora McGonagall con

gravedad— sin unas buenas dosis de aplicación, práctica y estudio. No veo ningún motivo por el que algún alumno de esta clase no apruebe el TIMO de Transformaciones, siempre que os apliquéis en vuestros estudios. —Neville hizo un ruidito de incredulidad—. Sí, tú también, Longbottom —agregó la profesora—. No tengo queja de tu trabajo; lo único que tienes que corregir es esa falta de confianza en ti mismo. Por lo tanto… hoy vamos a empezar con los hechizos desvanecedores. Aunque son más fáciles que los hechizos comparecedores, que no suelen abordarse hasta el año de los ÉXTASIS, se consideran uno de los aspectos más difíciles de la magia, cuyo dominio tendréis que demostrar en vuestros TIMOS.

La profesora McGonagall tenía razón, pues Harry encontró dificilísimos los hechizos desvanecedores. Tras una clase de dos horas, ni él ni Ron habían conseguido hacer desaparecer los caracoles con los que estaban practicando, aunque Ron, optimista, comentó que el suyo parecía haber palidecido un poco. Hermione, por su parte, consiguió hacer desaparecer su caracol al tercer intento, y la profesora McGonagall le dio diez puntos extra a Gryffindor. Fue la única a la que la profesora McGonagall no puso deberes; a los demás les ordenó que practicaran el hechizo para el día siguiente, ya que por la tarde tendrían que volver a probarlo con sus caracoles.

Harry y Ron, presas del pánico por la cantidad de trabajo que empezaba a acumulárseles, pasaron la hora de la comida en la biblioteca documentándose sobre los usos del ópalo en la fabricación de pociones. Hermione, que todavía estaba enfadada con Ron por su ofensivo comentario sobre los gorros de lana, no los acompañó. Por la tarde, cuando llegaron a Cuidado de Criaturas Mágicas, a Harry volvía a dolerle la cabeza.

El día se había puesto frío y ventoso, y mientras descendían por el empinado jardín hacia la cabaña de Hagrid, situada al borde del Bosque Prohibido, notaron que algunas gotas de lluvia les caían en la cara. La profesora Grubbly-Plank esperaba de pie a los alumnos a unos diez metros de la puerta de la cabaña de Hagrid, detrás de una larga mesa de caballete cubierta de ramitas. Cuando Harry y Ron llegaron a donde estaba la profesora, oyeron una fuerte risotada a sus espaldas; se dieron la vuelta y vieron a Draco Malfoy, que iba con aire resuelto hacia ellos, rodeado como siempre de su cuadrilla de amigotes de Slytherin. Por lo visto, acababa de decir algo divertidísimo porque Crabbe, Goyle, Pansy Parkinson y los demás seguían riéndose con ganas cuando rodearon la mesa de caballete; y a juzgar por cómo miraban a Harry, éste pudo imaginar sin grandes dificultades el motivo del chiste.

—¿Ya estáis todos? —gritó la profesora Grubbly-Plank cuando hubieron llegado los de Slytherin y los de Gryffindor—. Entonces manos a la obra. ¿Quién puede decirme cómo se llaman estas cosas?

Señaló el montón de ramitas que tenía delante y Hermione levantó una mano. Malfoy, que estaba detrás, sacó los dientes e hizo una imitación de Hermione dando

saltitos, ansiosa por contestar a la pregunta. Pansy Parkinson soltó una carcajada que casi de inmediato se convirtió en un grito, pues las ramitas que había encima de la mesa brincaron y resultaron ser algo así como diminutos duendecillos hechos de madera, con huesudos brazos y piernas de color marrón, dos delgados dedos en los extremos de cada mano y una curiosa cara plana, que parecía de corteza de árbol, en la que relucían un par de ojos de color marrón oscuro.

—¡Oooooh! —exclamaron Parvati y Lavender, lo cual molestó mucho a Harry.

¡Como si Hagrid nunca les hubiera enseñado criaturas impresionantes! Había que admitir que los *gusarajos* no eran nada del otro mundo, pero las salamandras y los *hipogrifos* habían sido muy interesantes, y los *escregutos* de cola explosiva, quizá hasta demasiado interesantes.

—¡Haced el favor de bajar la voz, señoritas! —ordenó la profesora Grubbly-Plank con severidad, y luego esparció un puñado de algo que parecía arroz integral entre aquellos seres hechos de palitos, los cuales inmediatamente se abalanzaron sobre la comida—. A ver, ¿alguien sabe cómo se llaman estas criaturas? ¿Señorita Granger?

—*Bowtruckles* —dijo Hermione—. Son guardianes de árboles; generalmente viven en los que sirven para hacer varitas.

—Cinco puntos para Gryffindor —replicó la profesora Grubbly-Plank—. Efectivamente, son *bowtruckles*, y como muy bien dice la señorita Granger, generalmente viven en árboles cuya madera se emplea para la fabricación de varitas. ¿Alguien sabría decirme de qué se alimentan?

—De cochinillas —contestó Hermione de inmediato, y entonces Harry entendió por qué aquello que él había tomado por granos de arroz integral se movía—. Pero también de huevos de hada, si los encuentran.

—Muy bien, anótate cinco puntos más. Bien, siempre que necesitéis hojas o madera de un árbol habitado por un *bowtruckle*, es recomendable tener a mano un puñado de cochinillas para distraerlo o apaciguarlo. Quizá no parezcan peligrosos, pero si los molestáis intentarán sacaros los ojos con los dedos, que, como podéis ver, son muy afilados; por lo tanto, no conviene que se acerquen a nuestros globos oculares. De modo que si queréis aproximaros un poco… Coged un puñado de cochinillas y un *bowtruckle*, hay uno para cada tres, y así podréis examinarlos mejor. Antes de que termine la clase quiero que cada uno de vosotros me entregue un dibujo con todas las partes del cuerpo señaladas.

Los alumnos se acercaron a la mesa de caballete. Harry la rodeó deliberadamente por detrás para colocarse al lado de la profesora Grubbly-Plank.

—¿Dónde está Hagrid? —le preguntó mientras los demás empezaban a elegir sus *bowtruckles*.

—Eso no es asunto tuyo —contestó la profesora, tajante, y Harry recordó que

cuando en otra ocasión Hagrid no se había presentado para dar su clase, ella había adoptado la misma actitud.

Draco Malfoy, con una amplia sonrisa de suficiencia en el anguloso rostro, se acercó a Harry y cogió el *bowtruckle* más grande que encontró.

—A lo mejor ese bruto zopenco ha tenido un accidente —sugirió en voz baja para que sólo pudiera oírlo Harry.

—El que va a tener un accidente eres tú como no te calles —replicó Harry sin levantar la voz.

—Quizá se haya metido en un lío con alguien más grande que él; no sé si me entiendes…

Malfoy se alejó, mirando hacia atrás y sonriendo, y de pronto Harry se sintió muy angustiado. ¿Sabía algo Malfoy? Al fin y al cabo, su padre era un *mortífago*; ¿y si tenía alguna información sobre el paradero de Hagrid que todavía no había llegado a oídos de la Orden? Volvió a rodear la mesa y se dirigió hacia Ron y Hermione, que estaban de cuclillas en la hierba, un poco alejados, intentando convencer a un *bowtruckle* de que se estuviera quieto el tiempo necesario para que ellos pudieran dibujarlo. Harry sacó pergamino y pluma, se agachó junto a sus amigos y, con disimulo, les contó lo que acababa de decir Malfoy.

—Si le hubiera ocurrido algo a Hagrid, Dumbledore lo sabría —opinó Hermione —. Si nos mostramos preocupados sólo estaremos poniéndoselo en bandeja a Malfoy; entonces comprenderá que nosotros no sabemos exactamente lo que está pasando. No tenemos que hacerle caso, Harry. Toma, sujeta un momento al *bowtruckle* para que pueda dibujar su cara…

—Sí —oyeron que decía Malfoy arrastrando las palabras; estaba sentado en otro grupo, cerca de ellos—, mi padre habló con el ministro hace un par de días, y según parece el Ministerio está decidido a tomar enérgicas medidas contra la escasa calidad de la educación en este colegio. De modo que, aunque ese tarado gigantesco vuelva a presentarse por aquí, seguramente lo pondrán de patitas en la calle en el acto.

—¡AY!

Harry había sujetado tan fuerte al *bowtruckle* que éste casi se había partido, pero como represalia le había hecho un fuerte arañazo en la mano con los afilados dedos, dejándole dos largos y profundos cortes. Harry lo soltó. Crabbe y Goyle, que ya estaban riéndose a carcajadas ante la idea de que despidieran a Hagrid, se rieron con más entusiasmo todavía cuando el *bowtruckle* salió corriendo a toda velocidad hacia el bosque y vieron cómo aquel pequeño individuo se perdía enseguida entre las raíces de los árboles. Cuando la campana repicó por el jardín, Harry enrolló su dibujo del *bowtruckle*, manchado de sangre, y fue hacia Herbología con la mano envuelta en el pañuelo de Hermione. La despectiva risa de Malfoy todavía le resonaba en los oídos.

—Como vuelva a llamar tarado a Hagrid una sola vez… —gruñó Harry.

—Harry, no te vayas a pelear con Malfoy, no olvides que ahora es prefecto, podría hacerte la vida imposible si quisiera…

—Uf, no me imagino cómo debe de ser eso de que te hagan la vida imposible —replicó Harry con sarcasmo.

Ron rió, pero Hermione frunció el entrecejo. Luego siguieron recorriendo juntos los huertos mientras el cielo se mostraba incapaz de decidir si quería que lloviera o no.

—Es que estoy deseando que Hagrid vuelva, nada más —comentó Harry en voz baja cuando llegaron a los invernaderos—. ¡Y no se te ocurra decir que esa Grubbly-Plank es mejor profesora que él! —añadió amenazadoramente.

—No pensaba decirlo —repuso Hermione con serenidad.

—Porque no le llega ni a la suela de los zapatos —agregó Harry con firmeza. Era consciente de que acababa de presenciar una clase de Cuidado de Criaturas Mágicas ejemplar y estaba muy molesto por ello.

La puerta del invernadero más cercano se abrió y por ella desfilaron unos cuantos alumnos de cuarto curso, entre los que estaba Ginny.

—¡Hola! —los saludó con alegría al pasar a su lado.

Unos segundos más tarde salió Luna Lovegood, un tanto rezagada del resto de la clase, con la nariz manchada de tierra y el cabello recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Al ver a Harry, los saltones ojos de Luna se desorbitaron aún más por la emoción y fue derechita hacia él. Muchos compañeros de Harry giraron la cabeza con curiosidad. Luna respiró hondo y, sin saludarlo siquiera con un «Hola», dijo:

—Yo sí creo que El-que-no-debe-ser-nombrado ha regresado y que tú peleaste con él y lograste escapar.

—Va-vale —balbuceó Harry. Luna llevaba unos pendientes que parecían rábanos de color naranja, un detalle en el que también se habían fijado Parvati y Lavender, pues ambas se reían por lo bajo y le señalaban las orejas.

—Podéis reíros —prosiguió Luna elevando la voz; al parecer, pensaba que Parvati y Lavender se reían de lo que acababa de decir y no de los pendientes que llevaba—, pero antes la gente tampoco creía que existieran ni los *blibbers* maravillosos ni los *snorkacks* de cuernos arrugados.

—Ya, y tenían razón, ¿no? —dijo Hermione, impaciente—. Los *blibbers* maravillosos y los *snorkacks* de cuernos arrugados no existen.

Luna le lanzó una mirada fulminante y se alejó indignada, mientras los rabanitos oscilaban con energía en sus orejas. Parvati y Lavender ya no eran las únicas que se desternillaban de risa.

—¿Quieres hacer el favor de no insultar a la única persona que cree en mí? —le dijo Harry a Hermione mientras entraban en la clase.

—Por favor, Harry, tú te mereces algo mejor. Ginny me ha hablado de Luna; por

lo visto, sólo cree en cosas de las que no hay pruebas. Bueno, y no me extraña que así sea, siendo la hija del director de *El Quisquilloso.*

Harry se acordó de los siniestros caballos alados que había visto la noche de su llegada a Hogwarts, y de que Luna había afirmado que ella también los veía, y se deprimió un poco. ¿Y si Luna le había mentido? Pero antes de que siguiera reflexionando sobre aquel tema, Ernie Macmillan se le había acercado.

—Quiero que sepas, Potter —dijo con una voz fuerte y decidida—, que no te apoyan sólo los bichos raros. Yo te creo sin reservas. Mi familia siempre ha respaldado incondicionalmente a Dumbledore, y yo también.

—Muchas gracias, Ernie —contestó Harry, sorprendido pero también agradecido.

Ernie podía ser pedante en ocasiones como aquélla, pero Harry, dadas las circunstancias, supo apreciar el voto de confianza de alguien que no llevaba rabanitos colgando de las orejas. Al menos las palabras de Ernie le habían borrado la sonrisa de la cara a Lavender Brown, y cuando se dio la vuelta para hablar con Ron y Hermione, Harry vio la expresión de Seamus, que era una mezcla de desconcierto y desafío.

La profesora Sprout empezó la clase sermoneando a sus alumnos sobre la importancia de los TIMOS, lo cual no sorprendió a nadie. Harry estaba deseando que los profesores dejaran de referirse a los exámenes; empezaba a notar una desagradable sensación en el estómago cada vez que recordaba la cantidad de deberes que tenía que hacer, una sensación que empeoró notablemente cuando, al finalizar la clase, la profesora Sprout les mandó otra redacción. Así pues, cansados y apestando a estiércol de dragón, el tipo de fertilizante preferido de la profesora Sprout, los de Gryffindor regresaron al castillo. Nadie hablaba mucho ya que había sido un largo día.

Como Harry estaba muerto de hambre y tenía su primer castigo con la profesora Umbridge a las cinco en punto, fue directamente al Gran Comedor sin dejar su mochila en la torre de Gryffindor, con la idea de comer algo antes de enfrentarse a lo que la profesora le tuviera preparado. Sin embargo, cuando acababa de llegar a la puerta, alguien le gritó, con voz potente y enfadada:

—¡Eh, Potter!

—¿Qué pasa ahora? —murmuró él con tono cansino. Al darse la vuelta vio a Angelina Johnson, que parecía de un humor de perros.

—¿Cómo que qué pasa? —replicó ella dirigiéndose hacia él y clavándole el dedo índice en el pecho—. ¿Cómo has permitido que te castiguen el viernes a las cinco?

—¿Qué? ¿Qué…? ¡Ah, sí, las pruebas para elegir al nuevo guardián!

—¡Ahora se acuerda! —rugió Angelina—. ¿Acaso no te dije que quería hacer una prueba con todo el equipo y buscar a alguien que encajara con el resto de los jugadores? ¿No te dije que había reservado el campo de *quidditch* con ese propósito? ¡Y ahora resulta que tú has decidido no ir!

—¡Yo no he decidido nada! —protestó Harry, dolido por la injusticia de aquellas palabras—. La profesora Umbridge me ha castigado por decir la verdad sobre Quien-tú-sabes.

—Pues ya puedes ir a verla y pedirle que te levante el castigo del viernes —dijo Angelina con fiereza—. Y no me importa cómo lo hagas. Si quieres dile que Quien-tú-sabes os producto de tu imaginación, pero ¡quiero verte el viernes en el campo!

Dicho eso, se alejó a grandes zancadas.

—¿Sabéis qué? —les dijo Harry a Ron y a Hermione cuando entraban en el Gran Comedor—. Tendríamos que preguntar al Puddlemere United si Oliver Wood se ha matado en una sesión de entrenamiento, porque tengo la impresión de que su espíritu se ha apoderado del cuerpo de Angelina.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que la profesora Umbridge te levante el castigo del viernes? —preguntó Ron con escepticismo mientras se sentaban a la mesa de Gryffindor.

—Ninguna —contestó Harry con desánimo; se sirvió unas costillas de cordero y empezó a comer—. Pero de todos modos será mejor que lo intente, ¿no? Le propondré cambiar el castigo del viernes por dos días más o algo así, no lo sé… —Tragó un bocado de patata y añadió—: Espero que no me entretenga demasiado esta tarde. ¿Te das cuenta de que tenemos que escribir tres redacciones, practicar los hechizos desvanecedores para McGonagall, trabajar en un contraencantamiento para Flitwick, terminar el dibujo del *bowtruckle* y empezar ese absurdo diario de sueños para Trelawney?

Ron soltó un gemido y miró al techo.

—Y para colmo parece que va a llover.

—¿Qué tiene eso que ver con nuestros deberes? —le preguntó Hermione con las cejas arqueadas.

—Nada —contestó rápidamente Ron, y se le pusieron las orejas coloradas.

A las cinco menos cinco, Harry se despidió de sus amigos y fue hacia el despacho de la profesora Umbridge, en el tercer piso. Llamó a la puerta y ella contestó con un meloso «Pasa, pasa». Harry entró con cautela, mirando a su alrededor.

Harry había visto aquel despacho en la época en que lo habían utilizado cada uno de los tres anteriores profesores de Defensa Contra las Artes Oscuras. Cuando Gilderoy Lockhart estaba instalado allí, las paredes se hallaban cubiertas de retratos suyos. Cuando lo ocupaba Lupin, se podía encontrar en aquella habitación cualquier fascinante criatura tenebrosa en una jaula o en una cubeta. Y en tiempos del falso Moody, el despacho estaba abarrotado de diversos instrumentos y artefactos para la detección de fechorías y ocultaciones.

En ese momento, sin embargo, estaba completamente irreconocible. Todas las superficies estaban cubiertas con fundas o tapetes de encaje. Había varios jarrones

llenos de flores secas sobre su correspondiente tapete, y en una de las paredes colgaba una colección de platos decorativos, en cada uno de los cuales había un gatito de color muy chillón con un lazo diferente en el cuello. Eran tan feos que Harry se quedó mirándolos, petrificado, hasta que la profesora Umbridge volvió a hablar.

—Buenas tardes, señor Potter.

Harry dio un respingo y miró nuevamente a su alrededor. Al principio no la había visto porque llevaba una chillona túnica floreada cuyo estampado se parecía mucho al del mantel de la mesa que la profesora tenía detrás.

—Buenas tardes, profesora Umbridge —repuso con frialdad.

—Siéntese, por favor —dijo la profesora señalando una mesita cubierta con un mantel de encaje a la que había acercado una silla. Sobre la mesa había un trozo de pergamino en blanco que parecía esperar a Harry.

—Esto… —empezó él sin moverse—, profesora Umbridge… Esto…, antes de empezar quería pedirle… un favor.

Los saltones ojos de la bruja se entrecerraron.

—¿Ah, sí?

—Sí, mire… Es que estoy en el equipo de *quidditch* de Gryffindor. Y el viernes a las cinco en punto tenía que asistir a las pruebas de selección del nuevo guardián, y me gustaría saber si… si podría librarme del castigo esa tarde y hacerlo… cualquier otra tarde…

Antes de terminar la frase ya había comprendido que no iba a servir de nada.

—¡Ah, no! —replicó la profesora Umbridge esbozando una sonrisa tan amplia que parecía que acabara de tragarse una mosca especialmente sabrosa—. No, no, no. Lo he castigado por divulgar mentiras repugnantes y asquerosas con las que sólo pretende obtener notoriedad, señor Potter, y los castigos no pueden ajustarse a la comodidad del culpable. No, mañana vendrá aquí a las cinco en punto, y pasado mañana, y también el viernes, y cumplirá sus castigos como está planeado. De hecho, me alegro de que se pierda algo que desea mucho. Eso reforzará la lección que intento enseñarle.

Harry notó que la sangre le subía a la cabeza y oyó unos golpes sordos en los oídos. Así que lo que hacía era divulgar mentiras repugnantes y asquerosas con las que sólo pretendía obtener notoriedad, ¿eh?

La profesora Umbridge lo miraba con la cabeza un poco ladeada y seguía sonriendo abiertamente, como si supiera con exactitud lo que Harry estaba pensando y quisiera comprobar si se ponía a gritar otra vez. El chico hizo un gran esfuerzo, miró hacia otro lado, dejó su mochila junto a la silla y se sentó.

—Bueno —continuó la profesora Umbridge con dulzura—, veo que ya estamos aprendiendo a controlar nuestro genio, ¿verdad? Y ahora quiero que copie un poco, Potter. No, con su pluma no —añadió cuando Harry se agachó para abrir su mochila

—. Copiará con una pluma especial que tengo yo. Tome. —Le entregó una larga, delgada y negra pluma con la plumilla extraordinariamente afilada—. Quiero que escriba «No debo decir mentiras» —le indicó con voz melosa.

—¿Cuántas veces? —preguntó Harry fingiendo educación lo mejor que pudo.

—Ah, no sé, las veces que haga falta para que se le grabe el mensaje —contestó la profesora Umbridge con ternura—. Ya puede empezar.

Ella fue hacia su mesa, se sentó y se encorvó sobre un montón de hojas de pergamino que parecían trabajos para corregir. Harry levantó la afilada pluma negra y entonces se dio cuenta de lo que le faltaba.

—No me ha dado tinta —observó.

—Ya, es que no la necesita —contestó la profesora, y algo parecido a la risa se insinuó en su voz.

Harry puso la plumilla en el pergamino, escribió: «No debo decir mentiras» y soltó un grito de dolor.

Las palabras habían aparecido en el pergamino escritas con una reluciente tinta roja, y al mismo tiempo habían aparecido en el dorso de la mano derecha de Harry. Quedaron grabadas en su piel como trazadas por un bisturí; sin embargo, mientras contemplaba aquel reluciente corte, la piel cicatrizó y quedó un poco más roja que antes, pero completamente lisa.

Harry se dio la vuelta y miró a la profesora Umbridge. Ella lo observaba con la boca de sapo estirada forzando una sonrisa.

—¿Sí?

—Nada —respondió él con un hilo de voz.

Harry volvió a mirar el pergamino, puso la plumilla encima una vez más y escribió «No debo decir mentiras»; inmediatamente notó otra vez aquel fuerte dolor en el dorso de la mano; una vez más las palabras se habían grabado en su piel; y una vez más, desaparecieron pasados unos segundos.

Harry siguió escribiendo. Una y otra vez, trazaba las palabras en el pergamino y pronto comprendió que no era tinta, sino su propia sangre. Y una y otra vez, las palabras aparecían grabadas en el dorso de su mano, cicatrizaban y aparecían de nuevo cuando volvía a escribir con la pluma en el pergamino.

A través de la ventana del despacho vio que había oscurecido, pero Harry no preguntó cuándo podía parar. Ni siquiera miró qué hora era. Sabía que ella lo observaba, atenta a cualquier señal de debilidad, y no pensaba mostrar ninguna, aunque tuviera que pasar toda la noche allí sentado, cortándose la mano con aquella pluma…

—Venga aquí —le ordenó la profesora Umbridge al cabo de lo que a Harry le parecieron horas.

El chico se levantó. Le dolía la mano, y cuando se la miró vio que el corte se

había curado, pero tenía la piel muy tierna.

—La mano —pidió la profesora Umbridge.

Harry se la tendió y ella la cogió entre las suyas. Harry contuvo un estremecimiento cuando la profesora se la tocó con sus gruesos y regordetes dedos, en los que llevaba varios feos y viejos anillos.

—¡Ay, ay, ay! Veo que todavía no le he impresionado mucho —comentó sonriente—. Bueno, tendremos que intentarlo de nuevo mañana, ¿no? Ya puede marcharse.

Harry se marchó del despacho sin decir palabra. El colegio estaba casi desierto; debía de ser más de medianoche. Fue lentamente por el pasillo y entonces, cuando hubo doblado la esquina y estuvo seguro de que la profesora Umbridge ya no podría oírlo, echó a correr.

No había tenido tiempo de practicar los hechizos desvanecedores, ni había anotado un solo sueño en su diario de sueños, ni había terminado el dibujo del *bowtruckle* ni había escrito las redacciones. A la mañana siguiente se saltó el desayuno para escribir un par de sueños inventados para la clase de Adivinación, la primera que tenían aquel día, y le sorprendió que Ron, muy despeinado, se quedara con él en la sala común.

—¿Por qué no lo hiciste anoche? —le preguntó Harry mientras Ron miraba a su alrededor, desesperado, en busca de inspiración.

Su amigo, que estaba profundamente dormido la noche anterior, cuando Harry llegó al dormitorio, murmuró algo de que había estado «haciendo otras cosas», se inclinó sobre su hoja de pergamino y garabateó unas cuantas palabras.

—Bueno, ya está —afirmó, y cerró el diario de un golpetazo—. He puesto que soñé que me compraba unos zapatos nuevos. No creo que pueda ver nada raro en eso, ¿verdad? —Salieron juntos hacia la torre norte—. ¿Cómo te fue el castigo con la profesora Umbridge, por cierto? ¿Qué te hizo?

Harry vaciló un instante y luego contestó:

—Me puso a copiar.

—Ah, pues no está tan mal —comentó Ron.

—No —confirmó Harry.

—Oye, se me olvidaba, ¿te levantó el castigo del viernes?

—No.

Ron se solidarizó con su amigo soltando un gruñido.

Harry volvió a tener un mal día; fue uno de los peores en Transformaciones porque no había practicado los hechizos desvanecedores. Tuvo que saltarse la hora de la comida para terminar el dibujo del *bowtruckle* y, entre tanto, las profesoras McGonagall, Grubbly-Plank y Sinistra les pusieron aún más deberes, que él no iba a poder terminar aquella tarde por culpa de su segundo castigo con la profesora

Umbridge. Para colmo, Angelina Johnson volvió a abordarlo a la hora de la cena y, al enterarse de que no podría ir el viernes a las pruebas para seleccionar al nuevo guardián, le dijo que su actitud la había decepcionado mucho y que esperaba que los jugadores que quisieran seguir en el equipo antepusieran los entrenamientos a sus otras obligaciones.

—¡Estoy castigado! —le gritó Harry mientras ella se alejaba muy indignada—. ¿Acaso crees que prefiero estar encerrado en una habitación con ese sapo viejo a jugar al *quidditch*?

—Al menos sólo tienes que copiar —comentó Hermione para consolarlo cuando Harry volvió a sentarse en el banco y se quedó contemplando su pastel de carne y riñones, que ya no le gustaba tanto—. La verdad es que no es un castigo espantoso…

Harry despegó los labios, volvió a cerrarlos y asintió. En realidad no sabía muy bien por qué no había contado ni a Ron ni a Hermione en qué consistía exactamente el castigo que le había impuesto la profesora Umbridge: lo único que sabía era que no quería ver sus caras de horror, porque eso haría que todo pareciera aún peor y resultaría mucho más difícil afrontarlo. Además, tenía la impresión de que ese asunto era algo entre él y la profesora Umbridge, una prueba de fuerza entre ellos dos, y no pensaba darle la satisfacción de descubrir que se había quejado.

—No puedo creer la cantidad de deberes que tenemos —comentó Ron con abatimiento.

—¿Y por qué no los hiciste anoche? —le preguntó Hermione—. ¿Dónde estabas, por cierto?

—Estaba… Me apetecía dar un paseo —contestó Ron con evasivas.

Harry tuvo entonces la clara sensación de que él no era el único que ocultaba cosas.

El segundo castigo fue igual de duro que el del día anterior. Esa vez la piel del dorso de la mano de Harry se irritó más deprisa, y enseguida se le puso roja e inflamada. Harry no creía que siguiera curándose tan bien como al principio. El corte no tardaría mucho en quedar marcado en su mano, y quizá entonces la profesora Umbridge se considerara satisfecha. Sin embargo, el chico no dejó escapar ni el más leve gemido de dolor, y desde que entró en el despacho hasta que la profesora Umbridge le mandó que se marchara, pasadas las doce, no dijo más que «Buenas noches».

Pero el asunto de los deberes estaba llegando a un punto alarmante, de modo que cuando volvió a la sala común de Gryffindor, pese a estar agotado, no fue a acostarse, sino que abrió sus libros y empezó la redacción sobre el ópalo que tenía que entregar a Snape. Sabía que había escrito una redacción muy floja, pero no le quedaba más remedio que entregarla, porque, por mala que fuera, si no la hacía Snape sería el próximo en castigarlo. A continuación, escribió a toda velocidad las respuestas a las

preguntas que les había puesto la profesora McGonagall, redactó a la carrera algo sobre el manejo adecuado de los *bowtruckles* para la profesora Grubbly-Plank, y subió a acostarse. Se tumbó sobre la colcha sin desnudarse y se quedó dormido inmediatamente.

El jueves, Harry se sintió cansado todo el día. Ron también parecía adormilado, aunque su amigo no entendía por qué. El tercer castigo de Harry fue igual que los dos anteriores, sólo que, tras dos horas copiando, las palabras «No debo decir mentiras» dejaron de desaparecer del dorso de su mano y permanecieron grabadas allí, rezumando gotitas de sangre. La pausa en el rasgueo de la afilada pluma hizo que la profesora Umbridge levantara la cabeza.

—¡Ah! —dijo en voz baja, y pasó junto a su mesa y fue a examinarle la mano—. Muy bien. Esto debería servirle de recordatorio, ¿no cree? Ya puede marcharse.

—¿Tengo que volver mañana? —preguntó Harry mientras cogía su mochila con la mano izquierda para no usar la derecha, que tenía dolorida.

—Sí, claro —contestó la profesora Umbridge con una amplia sonrisa—. Sí, creo que podemos grabar el mensaje un poco más con otro día de trabajo.

Harry jamás se había planteado la posibilidad de que existiera algún otro profesor en el mundo al que odiara más que a Snape, pero mientras volvía caminando hacia la torre de Gryffindor, tuvo que reconocer que había encontrado a un poderoso contrincante. «Es cruel —pensó mientras subía por la escalera hacia el séptimo piso —. Es una vieja loca, cruel y retorcida.»

—¿Ron?

Harry había llegado al final de la escalera, había girado a la derecha y casi había tropezado con su amigo, que estaba escondido detrás de una estatua de Lachlan el Desgarbado, aferrado a su escoba. Al ver a Harry, Ron se sobresaltó e intentó esconder su nueva Barredora 11 detrás de la espalda.

—¿Qué haces aquí?

—Pues… nada. ¿Y tú?

Harry lo miró frunciendo el entrecejo.

—¡Vamos, Ron, puedes contármelo! ¿De qué te escondes?

—Ya que insistes… Me escondo de Fred y George. Acabo de verlos pasar con un grupo de alumnos de primero; creo que están utilizándolos otra vez como conejillos de Indias. Como ahora ya no pueden hacerlo en la sala común, porque allí está Hermione…

Hablaba muy deprisa, atolondradamente.

—Pero ¿qué haces con la escoba? No habrás estado volando, ¿verdad?

—No…, bueno…, esto… ¡Está bien, te lo contaré! Pero no te rías, ¿vale? —dijo, poniéndose a la defensiva; cada vez estaba más colorado—. Es que… quiero

presentarme a las pruebas de guardián de Gryffindor ahora que tengo una escoba decente. Ya está. ¡Anda, ríete!

—No me río —replicó Harry mientras Ron parpadeaba por la sorpresa—. ¡Me parece una idea excelente! ¡Sería genial que entraras en el equipo! Nunca te he visto jugar de guardián. ¿Lo haces bien?

—Digamos que no lo hago del todo mal —contestó Ron, que parecía inmensamente aliviado por la reacción de Harry—. Charlie, Fred y George siempre me colocaban de guardián cuando se entrenaban durante las vacaciones.

—¿Y has estado practicando esta noche?

—Todas las noches desde el martes… Pero yo solo. He intentado encantar unas *quaffle*s para que volaran hacia mí, pero no ha resultado fácil, y no sé si servirá de algo. —Ron parecía nervioso y angustiado—. Fred y George van a morirse de risa cuando vean que me presento a las pruebas. No han parado de tomarme el pelo desde que me nombraron prefecto.

—Ojalá pudiera asistir a las pruebas —comentó Harry con amargura mientras reanudaban juntos el camino hacia la sala común.

—Sí, yo también… ¡Harry! ¿Qué es eso que tienes en la mano?

Harry, que acababa de rascarse la nariz con la mano derecha, intentó esconderla, pero tuvo el mismo éxito que Ron con su Barredora.

—Sólo es un corte… No es nada…, es…

Pero Ron había agarrado a su amigo por el antebrazo y se había acercado el dorso de su mano a los ojos. Hubo una pausa durante la cual Ron miró fijamente las palabras grabadas en la piel; luego, muerto de rabia, soltó a Harry:

—¿No decías que sólo te había mandado copiar?

Harry vaciló, pero al fin y al cabo Ron acababa de ser sincero con él, así que le contó a su amigo la verdad sobre las horas que había pasado en el despacho de la profesora Umbridge.

—¡Vieja arpía! —exclamó Ron con repugnancia cuando se detuvieron frente al retrato de la Señora Gorda, que dormía apaciblemente con la cabeza apoyada en el marco—. ¡Está enferma! ¡Díselo a McGonagall, haz algo!

—No —repuso Harry tajantemente—. No quiero darle la satisfacción de descubrir que me ha afectado.

—¿Que te ha afectado? ¡No puedes dejar que se salga con la suya!

—No sé hasta qué punto la profesora McGonagall tiene poder sobre ella.

—¡Pues a Dumbledore! ¡Díselo a Dumbledore!

—No —dijo Harry por toda respuesta.

—¿Por qué no?

—Él ya tiene bastantes preocupaciones —contestó, pero ése no era el verdadero motivo. No pensaba ir a pedir ayuda a Dumbledore porque éste no había hablado con

él ni una sola vez desde el mes de junio.

—Mira, yo creo que deberías… —empezó Ron, pero entonces lo interrumpió la Señora Gorda, que había estado observándolos, adormilada, y en ese momento les espetó:

—¿Vais a decirme la contraseña o tendré que pasarme toda la noche despierta esperando a que terminéis vuestra conversación?

El viernes amaneció sombrío y húmedo, como todos los días de la semana. Cuando entró en el Gran Comedor, Harry miró automáticamente hacia la mesa de los profesores, pero sin ninguna esperanza de encontrar a Hagrid allí, y enseguida se concentró en otros problemas más acuciantes, como la montaña de deberes que tenía que hacer y la perspectiva de otro castigo más con la profesora Umbridge.

Aquel día hubo dos cosas que animaron un poco a Harry. Una era la idea de que se acercaba el fin de semana; la otra era que, pese a lo desagradable que sin duda alguna sería su último día de castigo, desde la ventana del despacho de la profesora Umbridge se veía el campo de *quidditch*, y con un poco de suerte podría observar las pruebas de Ron. Los rayos de luz eran verdaderamente débiles, pero Harry agradecía cualquier cosa que pudiera iluminar un poco la oscuridad que lo envolvía; nunca había pasado una primera semana de curso peor.

Aquella tarde, a las cinco en punto, llamó a la puerta del despacho de la profesora Umbridge deseando que fuera la última vez, y recibió la orden de entrar. La hoja de pergamino en blanco lo esperaba sobre la mesa cubierta con el tapete de encaje, así como la afilada pluma negra, que estaba a un lado.

—Ya sabe lo que tiene que hacer, Potter —le indicó la profesora Umbridge sonriendo con amabilidad.

Harry cogió la pluma y echó un vistazo por la ventana. Si movía la silla un par de centímetros hacia la derecha con la excusa de acercarse más a la mesa, lo conseguiría. A lo lejos veía al equipo de *quidditch* de Gryffindor volando por el campo, mientras una media docena de figuras negras esperaban de pie, junto a los tres altos postes de gol, aguardando seguramente su turno para hacer de guardianes. Desde aquella distancia era imposible saber cuál de aquellas figuras era Ron.

«No debo decir mentiras», escribió Harry. A continuación, el corte se abrió en el dorso de su mano derecha y empezó a sangrar de nuevo.

«No debo decir mentiras.» El corte se hizo más profundo y le produjo dolor y escozor.

«No debo decir mentiras.» La sangre empezó a resbalar por su muñeca.

Se arriesgó a mirar una vez más por la ventana. El que defendía los postes de gol en ese momento estaba haciéndolo muy mal. Katie Bell marcó dos veces en los pocos segundos que Harry se atrevió a echar un vistazo. Con la esperanza de que aquel

guardián no fuera Ron, volvió a bajar la vista hacia el pergamino, salpicado de sangre.

«No debo decir mentiras.»

«No debo decir mentiras.»

Harry levantaba la cabeza cada vez que creía que no corría peligro si lo hacía: cuando oía el rasgueo de la pluma de la profesora Umbridge o que un cajón de la mesa se abría. La tercera persona que hizo la prueba era bastante buena, la cuarta era malísima, y la quinta esquivó una *bludger* con una habilidad excepcional, pero luego falló en una parada fácil. El cielo se estaba oscureciendo y Harry dudaba que pudiera ver la actuación del sexto y del séptimo aspirantes.

«No debo decir mentiras.»

«No debo decir mentiras.»

En ese momento el pergamino estaba cubierto de relucientes gotas de la sangre que le caía de la mano, que le dolía muchísimo. Cuando volvió a levantar la cabeza ya era de noche y no se distinguía el campo de *quidditch*.

—Vamos a ver si ya ha captado el mensaje —propuso la profesora Umbridge con voz suave media hora más tarde.

Se dirigió hacia Harry extendiendo los cortos y ensortijados dedos para agarrarle el brazo y entonces, cuando lo sujetó para examinar las palabras grabadas en su piel, el chico notó un intenso dolor, pero no en el dorso de la mano sino en la cicatriz de la frente. Al mismo tiempo tuvo una sensación muy extraña a la altura del estómago.

Dio un tirón para soltarse y se puso en pie de un brinco, mirando fijamente a la profesora Umbridge. Ella lo miró también a los ojos, forzando aquella ancha y blanda sonrisa.

—Ya lo sé. Duele, ¿verdad? —comentó con su empalagosa voz. Harry no contestó. El corazón le latía muy deprisa y con violencia. ¿Se refería la profesora a su mano o sabía lo que acababa de notar en la frente?—. Bueno, creo que ya me ha comprendido, Potter. Puede marcharse.

Harry cogió su mochila y salió del despacho tan deprisa como pudo.

«Serénate —se dijo mientras corría escaleras arriba—. Serénate, no tiene por qué significar lo que crees que significa…»

—*¡Mimbulus mimbletonia!* —dijo, jadeando, al llegar al retrato de la Señora Gorda, que se abrió una vez más.

Lo recibió un fuerte estruendo. Ron fue corriendo hacia él, sonriente y derramándose sobre la túnica la cerveza de mantequilla que tenía en la copa que llevaba.

—¡Lo he conseguido, Harry! ¡Me han elegido! ¡Soy guardián!

—¿Qué? ¡Oh, es fabuloso! —exclamó Harry intentando sonreír con naturalidad mientras el corazón seguía latiéndole a toda velocidad y la mano le dolía y le

sangraba.

—Tómate una cerveza de mantequilla. —Ron le puso una botella en la mano—. No puedo creerlo. ¿Dónde se ha metido Hermione?

—Está allí —dijo Fred, que también estaba tomando la misma clase de cerveza, y señaló una butaca junto al fuego. Hermione estaba dormitando en ella con la copa peligrosamente inclinada en una mano.

—Bueno, cuando le he dado la noticia me ha parecido que se ponía contenta —comentó Ron, que parecía un tanto decepcionado.

—Déjala dormir —se apresuró a decir George. Harry tardó un momento en darse cuenta de que unos cuantos alumnos de primer año, de los que había a su alrededor, tenían señales de haber sangrado por la nariz hacía poco tiempo.

—Ven aquí, Ron, a ver si te queda bien la vieja túnica do Oliver —dijo Katie Bell —. Podemos quitar su nombre y poner el tuyo…

Cuando Ron se separó de Harry, Angelina se le acercó con aire resuelto.

—Lo siento, ya sé que he estado un poco antipática contigo, Potter —se disculpó con brusquedad—. Es que esto de dirigir el equipo es muy estresante, ¿sabes? Empiezo a pensar que a veces no era del todo justa con Wood. —La chica observó a Ron por encima del borde de su copa, con el entrecejo ligeramente fruncido—. Mira, ya sé que es tu mejor amigo, pero está un poco verde —añadió sin andarse con rodeos —. Sin embargo, creo que con un poco de entrenamiento mejorará. Procede de una familia de buenos jugadores de *quidditch*. Si he de serte sincera, cuento con que demuestre tener algo más de talento del que ha demostrado hoy. Vicky Frobisher y Geoffrey Hooper han volado mejor que él esta noche, pero Hooper es un quejica, siempre está protestando por algo, y Vicky pertenece a un montón de asociaciones. Ella misma reconoció que sus reuniones del Club de Encantamientos serían prioritarias si coincidían con los entrenamientos. En fin, mañana a las dos en punto tenemos una sesión de prácticas; espero que no falten esta vez. Y hazme un favor: ayuda todo lo que puedas a Ron.

Harry asintió con la cabeza y Angelina volvió a reunirse con Alicia Spinnet. Harry fue a sentarse junto a Hermione, que se despertó sobresaltada cuando él dejó su mochila en el suelo.

—¡Ah, eres tú, Harry! Qué bien que hayan elegido a Ron, ¿verdad? —dijo con cara de sueño—. Estoy ta-ta-tan cansada —bostezó—. Anoche estuve levantada hasta la una tejiendo más gorros. ¡Desaparecen a una velocidad increíble!

Y, en efecto, Harry vio que había gorros de lana escondidos por toda la habitación, en lugares donde los elfos desprevenidos podrían encontrarlos por casualidad.

—Genial —comentó Harry, distraído; si no se lo contaba a alguien pronto, estallaría—. Oye, Hermione, estaba en el despacho de Umbridge y me ha tocado el

brazo…

Hermione lo escuchó atentamente. Cuando su amigo terminó el relato, le preguntó, hablando despacio:

—¿Temes que Quien-tú-sabes esté controlándola como controlaba a Quirrell?

—Bueno —contestó Harry, bajando la voz—, es una posibilidad, ¿no?

—Supongo que sí —respondió Hermione, aunque no parecía convencida—. Pero no creo que pueda poseerla como a Quirrell. No sé, ahora está vivito y coleando, ¿no es así?, tiene su propio cuerpo y no necesita compartir el de otra persona. Supongo que podría haberle echado una maldición *Imperius*, desde luego… —Harry se quedó un momento mirando cómo Fred, George y Lee Jordan hacían malabarismos con unas botellas de cerveza de mantequilla vacías. Entonces Hermione añadió—: Pero el año pasado te dolía la cicatriz sin que nadie te tocara y Dumbledore dijo que eso tenía que ver con lo que Quien-tú-sabes sentía en aquel momento, ¿verdad? O sea, que lo que te ocurre ahora quizá no tenga nada que ver con la profesora Umbridge. Quizá no sea más que una casualidad que ocurriera mientras estabas con ella.

—Es cruel —se limitó a decir Harry—. Y retorcida.

—Es horrible, eso es verdad, pero…, Harry, creo que deberías contarle a Dumbledore que te ha dolido la cicatriz.

Era la segunda vez en dos días que le aconsejaban que fuera a ver a Dumbledore, y la respuesta que le dio a Hermione fue la misma que le había dado a Ron.

—No quiero molestarlo con tonterías. Como ya has dicho, no tiene tanta importancia. Me ha dolido todo el verano, y esta noche quizá me haya dolido un poco más, sólo eso…

—Harry, estoy segura de que a Dumbledore no le importaría que lo molestaras por una cosa así…

—Sí —explotó Harry sin poder contenerse—, eso es lo único que a Dumbledore le importa de mí, mi cicatriz.

—¡No digas eso! ¡No es verdad!

—Creo que escribiré a Sirius y se lo contaré, a ver qué opina él…

—¡No puedes poner una cosa así por escrito, Harry! —exclamó Hermione, alarmada—. ¿No recuerdas que Moody nos dijo que tuviéramos mucho cuidado con lo que escribíamos en nuestras cartas? ¡No podemos estar seguros de que no intercepten nuestras lechuzas!

—¡De acuerdo, de acuerdo, no se lo contaré! —repuso Harry, enfadado. Luego se levantó y dijo—: Me voy a la cama. Díselo a Ron, ¿quieres?

—¡Ah, ni hablar! —replicó Hermione con alivio—, si tú te vas, yo también puedo irme sin parecer maleducada. Estoy agotada y mañana quiero hacer unos cuantos gorros más. Mira, si quieres puedes ayudarme, es muy divertido. Ya he mejorado y puedo hacer dibujos, borlas y todo tipo de adornos.

Harry la miró y vio que estaba muy contenta, así que intentó fingir que su ofrecimiento lo tentaba.

—Esto…, no, no creo que te ayude, gracias —balbuceó—. Humm… Mañana no, tengo un montón de deberes por hacer…

Y fue hacia la escalera de los dormitorios de los chicos dejándola un tanto decepcionada.

14
Percy y Canuto

Al día siguiente, Harry fue el primero que despertó en el dormitorio. Se quedó un momento tumbado y contempló el polvo que se arremolinaba en un rayo de sol que entraba por el espacio que había entre las cortinas de su cama adoselada, saboreando la idea de que era sábado. La primera semana del curso había sido interminable, como una gigantesca lección de Historia de la Magia.

A juzgar por el silencio que había en la habitación y el inmaculado aspecto de aquel rayo de sol, acababa de amanecer. Harry abrió las cortinas de su cama, se levantó y empezó a vestirse. Lo único que se oía, aparte del lejano piar de los pájaros, era la lenta y profunda respiración de sus compañeros de Gryffindor. Abrió con cuidado su mochila, sacó una hoja de pergamino y una pluma, y bajó a la sala común.

Allí fue derecho hacia su butaca favorita, vieja y mullida, junto al fuego ya apagado, se sentó cómodamente en ella y desenrolló la hoja de pergamino mientras miraba a su alrededor. Los trozos de pergamino arrugados, *gobstones* viejos, tarros vacíos y envoltorios de chucherías que solían cubrir la sala común al final del día, habían desaparecido, así como los gorros de elfo de Hermione. Mientras se preguntaba cuántos elfos habrían conseguido la libertad, tanto si la querían como si

no, Harry destapó su tintero, mojó la pluma en él y la dejó suspendida un par de centímetros por encima de la suave y amarillenta superficie del pergamino, muy concentrado… Pero al cabo de un minuto más o menos, se encontró contemplando la chimenea vacía sin saber qué decir.

Ya entendía lo difícil que debía de haber sido para Ron y Hermione escribirle cartas aquel verano. ¿Cómo iba a contarle a Sirius lo que había pasado aquella semana y plantearle las preguntas que se moría por hacer sin proporcionar a unos hipotéticos ladrones de cartas gran cantidad de información que no quería que tuvieran?

Se quedó allí sentado un buen rato, observando la chimenea, y al final tomó una decisión. Mojó otra vez la pluma en el tintero y empezó a escribir resueltamente.

Querido Hocicos*:*

Espero que estés bien. Los primeros días aquí han sido terribles, y por eso me alegro de que haya llegado el fin de semana.

Tenemos una profesora nueva de Defensa Contra las Artes Oscuras, la profesora Umbridge. Es tan encantadora como tu madre. Te escribo porque eso que te conté en verano volvió a pasarme anoche mientras estaba cumpliendo un castigo con Umbridge.

Todos echamos de menos a nuestro gran amigo, pero esperamos que vuelva pronto.

Contéstame rápido, por favor.

Un abrazo,

Harry

El chico releyó varias veces la carta intentando ponerse en el pellejo de una persona desconocida. Le pareció que, leyendo aquella carta, nadie podría saber de qué estaba hablando ni a quién se dirigía. Esperaba que Sirius captara la indirecta sobre Hagrid y les dijera cuándo iba a volver. Harry no quería preguntárselo directamente por si eso atraía demasiado la atención sobre lo que estaba haciendo Hagrid mientras no se hallaba en Hogwarts.

Teniendo en cuenta que era una carta muy breve, Harry había tardado mucho en escribirla, pues la luz del sol ya había invadido la habitación mientras la redactaba. En ese momento, Harry escuchaba ruidos en la distancia que indicaban que sus compañeros se habían puesto en movimiento en los dormitorios del piso de arriba. Selló el pergamino con sumo cuidado, salió por el agujero del retrato y se dirigió a la lechucería.

—Yo no tomaría ese camino —lo previno Nick Casi Decapitado, que apareció después de atravesar una pared del pasillo por el que iba Harry, desconcertándolo

momentáneamente—. Peeves ha preparado una graciosa broma para el primero que pase por delante del busto de Paracelso que hay un poco más allá.

—¿Y en qué consiste la broma? ¿En que Paracelso se le caiga en la cabeza al que pase por delante?

—Pues da la casualidad de que sí —contestó Nick Casi Decapitado con voz aburrida—. La sutileza nunca ha sido el fuerte de Peeves. Voy a ver si encuentro al Barón Sanguinario… Quizá él pueda hacer algo para impedirlo… Hasta la vista, Harry…

—Adiós —dijo él, y en lugar de torcer hacia la derecha, giró hacia la izquierda y tomó un camino más largo pero más seguro para llegar a la lechucería.

Fue animándose a medida que pasaba junto a las ventanas, una tras otra, por las que se veía un reluciente cielo azul; más tarde tenía entrenamiento: ¡por fin iba a volver al campo de *quidditch*!

Entonces algo le rozó los tobillos. Miró hacia abajo y vio a la esquelética gata del conserje, la *Señora Norris*, que pasaba escabullándose por su lado. La gata clavó brevemente en él sus ojos amarillos como lámparas antes de desaparecer detrás de una estatua de Wilfred *el Nostálgico.*

—No estoy haciendo nada malo —le gritó Harry. Resultaba evidente que la gata tenía intención de informar a su amo, pero él no entendía por qué: estaba en su perfecto derecho de ir a la lechucería un sábado por la mañana.

El sol ya había salido completamente, así que cuando Harry entró en la lechucería, la luz que se colaba por las ventanas sin cristales lo deslumbró; unos gruesos rayos de sol plateados se entrecruzaban en la estancia circular, en cuyas vigas había posadas cientos de lechuzas, un poco inquietas con las primeras luces de la mañana; era evidente que algunas acababan de llegar de cazar. El suelo cubierto de paja crujió levemente cuando Harry pisó unos huesecillos de animales pequeños, y a continuación el muchacho estiró el cuello para ver a *Hedwig*.

—¡Ah, estás ahí! —exclamó al verla cerca de la parte más alta del techo abovedado—. Ven aquí, tengo una carta para ti. —*Hedwig* emitió un débil ululato, extendió sus grandes alas blancas y descendió hasta posarse en el hombro de Harry —. Mira, ya sé que fuera pone *Hocicos* —le dijo Harry dándole la carta para que la agarrara con el pico, y sin saber muy bien por qué, bajó la voz para añadir—: Pero es para Sirius, ¿de acuerdo? —*Hedwig* parpadeó una sola vez con sus ojos de color ámbar y Harry lo interpretó como una señal de que lo había entendido—. Que tengas un feliz vuelo —le deseó, y la llevó a una de las ventanas.

Hedwig, tras presionarle brevemente el brazo, salió volando hacia el deslumbrante cielo. Harry siguió su trayectoria con la mirada hasta que la lechuza se convirtió en una motita negra y desapareció del todo; entonces dirigió la vista hacia la cabaña de Hagrid, que se veía muy bien desde aquella ventana, y comprobó que

seguía deshabitada: no salía humo por la chimenea y las cortinas estaban corridas.

Una ligera brisa agitaba las copas de los árboles del Bosque Prohibido. Harry las contempló mientras se deleitaba con el fresco aire que le azotaba la cara, se puso a pensar en el entrenamiento de *quidditch* que tenía más tarde… y entonces lo distinguió. Un enorme caballo alado con aspecto de reptil igual que los que había observado tirando de los carruajes de Hogwarts, desplegó unas curtidas y negras alas que parecían de pterodáctilo y se irguió entre los árboles como un gigantesco y grotesco pájaro. Voló describiendo un amplio círculo, luego volvió a descender en picado y desapareció entre los árboles. Todo había sido tan rápido que Harry no podía creer lo que había visto, pero el corazón le latía con violencia.

La puerta de la lechucería se abrió detrás de él. Harry dio un respingo, se volvió con rapidez y vio a Cho Chang con una carta y un paquete en las manos.

—¡Hola! —dijo él automáticamente.

—¡Ah, hola! —respondió ella con voz entrecortada—. No pensé que habría alguien aquí tan temprano… Hace cinco minutos me he acordado de que hoy es el cumpleaños de mi madre.

Le mostró el paquete a Harry.

—Ya —repuso él. Tenía la impresión de que el cerebro se le había atascado. Le habría gustado decir algo gracioso e interesante, pero el recuerdo de aquel terrible caballo alado estaba demasiado fresco y su mente aún no había reaccionado—. ¡Qué día tan perfecto! —dijo señalando las ventanas. Estaba tan abochornado que se le encogieron las tripas. El tiempo… Hablaba del tiempo…

—Sí —coincidió Cho mirando a su alrededor en busca de una lechuza adecuada —. Excelentes condiciones para el *quidditch*. Yo no he salido en toda la semana. ¿Y tú?

—Tampoco.

Cho eligió una de las lechuzas del colegio. Hizo que bajara y se le posara en el brazo, y el pájaro, obediente, extendió una pata para que Cho pudiera atarle el paquete.

—Oye, ¿ya tiene Gryffindor nuevo guardián? —preguntó.

—Sí —contestó Harry—. Es mi amigo Ron Weasley, ¿lo conoces?

—¿El enemigo de los Tornados? —preguntó Cho con frialdad—. ¿Es bueno?

—Sí. Creo que sí. Pero no le vi hacer la prueba porque estaba castigado.

Cho levantó la cabeza cuando todavía no había acabado de atar el paquete a la pata de la lechuza.

—Esa Umbridge es asquerosa —dijo en voz baja—. Castigarte sólo porque dijiste la verdad sobre… sobre… sobre cómo murió Cedric. Se enteró todo el mundo, en el colegio no se hablaba de otra cosa. Fuiste muy valiente plantándole cara.

Harry se hinchó tanto que creyó que acabaría flotando unos centímetros por

encima del suelo cubierto de excrementos de lechuza. ¿Qué importancia tenía un ridículo caballo volador si Cho consideraba que había sido muy valiente? Estuvo a punto de mostrarle, como sin querer, el corte que tenía en la mano mientras la ayudaba a atar el paquete a la pata de la lechuza… Pero en cuanto se le ocurrió aquella emocionante idea, volvió a abrirse la puerta de la lechucería.

Filch, el conserje, entró en la sala resollando. Tenía manchas de color morado en las hundidas mejillas surcadas de venas, le temblaba la parte inferior de los carrillos y llevaba el escaso y canoso cabello despeinado: todo indicaba que había ido corriendo hasta allí. La *Señora Norris* entró pegada a sus talones, mirando a las lechuzas y maullando con avidez. En las vigas, las aves, nerviosas, agitaron las alas, y una gran lechuza de color marrón hizo un ruido amenazador con el pico.

—¡Ja! —exclamó Filch, y dio un torpe paso hacia Harry. Las flácidas mejillas le temblaban de ira—. ¡Me han dado el soplo de que piensas hacer un pedido descomunal de bombas fétidas!

Harry se cruzó de brazos y observó al conserje.

—¿Quién le ha dicho que iba a hacer ese pedido?

Cho miró primero a Harry y luego a Filch con el entrecejo fruncido; la lechuza que tenía en el brazo, cansada de esperar sobre una sola pata, soltó un grito de queja, pero la chica la ignoró.

—Tengo mis fuentes —respondió Filch, muy satisfecho de sí mismo—. Dame ahora mismo eso que pensabas enviar.

Harry, contentísimo de no haberse entretenido enviando la carta, replicó:

—No puedo, ya no lo tengo.

—¿Cómo que ya no lo tienes? —se extrañó Filch con el rostro contraído de rabia.

—Que ya no lo tengo —repitió Harry con calma.

Filch abrió la boca, feroz, movió los labios durante unos segundos, y luego paseó la mirada por la túnica de Harry.

—¿Cómo sé que no te lo has guardado en un bolsillo?

—Porque…

—Yo he visto cómo enviaba la carta —intervino Cho con tono antipático.

Filch se volvió hacia ella.

—¿Tú has visto cómo…?

—Sí, lo he visto —confirmó ella rotundamente.

Hubo una breve pausa durante la cual Filch fulminó a Cho con la mirada y Cho lo fulminó a él; entonces el conserje se dio la vuelta y caminó hacia la puerta arrastrando los pies. Luego se paró con la mano en el pomo y giró la cabeza para observar por última vez a Harry.

—Como note el más leve tufillo a bomba fétida… —dijo, y bajó la escalera pisando fuerte. La *Señora Norris* contempló con ganas a las lechuzas y después lo

siguió.

Harry y Cho se miraron.

—Gracias —dijo él.

—De nada —repuso Cho, ligeramente ruborizada, y terminó de atar el paquete a la otra pata de la lechuza—. No estabas encargando bombas fétidas, ¿verdad?

—No —contestó Harry.

—No sé por qué Filch cree que estabas haciéndolo —comentó mientras llevaba la lechuza a la ventana.

Harry se encogió de hombros. Él tampoco lo entendía, pero curiosamente eso no le importaba mucho en aquel momento.

Luego salieron juntos de la lechucería. Al llegar a la entrada de un pasillo que conducía al ala oeste del castillo, Cho dijo:

—Me voy por aquí. Bueno, ya…, ya nos veremos, Harry.

—Sí, nos vemos.

Cho le sonrió y se marchó. Él siguió caminando invadido por una serena euforia. Había conseguido mantener una conversación con ella sin meter la pata ni una sola vez… «Fuiste muy valiente plantándole cara»… Cho lo había llamado valiente… No lo odiaba por estar vivo…

Ella había preferido a Cedric, desde luego; Harry lo sabía. Pero si él le hubiera pedido antes que Cedric que lo acompañara al baile, quizá todo habría sido diferente… Cuando Harry se lo pidió, le pareció que Cho lamentaba con sinceridad tener que decirle que no podía ir con él…

—Buenos días —saludó Harry alegremente a Ron y Hermione cuando se reunió con ellos en la mesa de Gryffindor, en el Gran Comedor.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó Ron mirando a Harry con sorpresa.

—Esto… Porque luego hay entrenamiento de *quidditch* —respondió él con una sonrisa, y se acercó una gran bandeja de huevos con beicon.

—¡Ah, sí! —exclamó Ron, que dejó la tostada que estaba comiéndose y bebió un largo trago de zumo de calabaza. Entonces añadió—: Oye, ¿no querrías ir un poco antes conmigo? Para… practicar antes de que empiece el entrenamiento… Así podría familiarizarme con el terreno de juego…

—Sí, claro —respondió Harry.

—Mirad, no creo que debáis hacerlo —intervino Hermione, muy seria—. Los dos os habéis retrasado mucho con los deberes…

Pero Hermione no terminó la frase, pues estaba llegando el correo de la mañana y, como era habitual, *El Profeta* volaba hacia ella en el pico de una lechuza que aterrizó peligrosamente cerca del azucarero y extendió una pata. Hermione le puso un *knut* en la bolsita de piel, cogió el periódico y leyó con rapidez la primera plana, con gesto de desaprobación, mientras la lechuza se marchaba volando.

—¿Hay algo interesante? —preguntó Ron. Harry sonrió, pues sabía que Ron se alegraba de que Hermione hubiera tenido que dejar el tema de los deberes.

—No —respondió ella con un suspiro—, sólo cuentan chorradas sobre la bajista de Las Brujas de Macbeth, que se casa. —Hermione abrió el periódico y desapareció tras él. Harry se dedicó a su segundo plato de huevos con beicon y Ron, que parecía un poco preocupado, miraba hacia las altas ventanas—. Un momento —dijo ella de pronto—. ¡Oh, no! ¡Sirius!

—¿Qué pasa? —preguntó Harry arrancándole el periódico de las manos tan bruscamente que lo rompió por la mitad, de modo que Hermione y él se quedaron cada uno con una parte.

—«Según una información obtenida por el Ministerio de Magia de fuentes fidedignas, Sirius Black, el famoso asesino… bla, bla, bla… ¡está escondido en Londres!» —leyó Hermione en su mitad del periódico con un susurro angustiado.

—Lucius Malfoy, me apuesto algo —afirmó Harry conteniendo la furia de su voz —. Seguro que reconoció a Sirius en el andén…

—¿Qué? —saltó Ron, alarmado—. No me dijiste que…

—¡Chissst! —exclamaron los otros dos.

—«… El Ministerio advierte a la comunidad de magos que Black es muy peligroso… mató a treinta personas… se fugó de Azkaban…» Las majaderías de siempre —concluyó Hermione dejando su mitad del periódico y mirando con temor a Harry y Ron—. Bueno, ya no podrá volver a salir de la casa, eso es todo —susurró—. Dumbledore ya le advirtió que no lo hiciera.

Afligido, Harry miró el trozo de *El Profeta* con que se había quedado. La mayor parte de la página la ocupaba un anuncio de «Madame Malkin, túnicas para todas las ocasiones», donde al parecer había rebajas.

—¡Eh! —exclamó de pronto, alisando la hoja para que Hermione y Ron pudieran verla—. ¡Mirad esto!

—Yo ya tengo todas las túnicas que necesito —dijo Ron.

—No —replicó Harry—, mirad… este breve artículo de aquí…

Ron y Hermione se inclinaron sobre la mesa para leerlo; el artículo era muy corto, estaba colocado al final de una columna y decía:

TENTATIVA DE ROBO EN EL MINISTERIO

Sturgis Podmore, de 38 años, vecino del número 2 de Laburnum Gardens, Clapham, se ha presentado ante el Wizengamot acusado de entrada ilegal y tentativa de robo en el Ministerio de Magia el 31 de agosto. Podmore fue detenido por el mago de seguridad del Ministerio de Magia, Eric Munch, que lo sorprendió intentando entrar por una puerta de alta seguridad a la una de

la madrugada. Podmore, que se negó a declarar en su defensa, fue hallado culpable de ambas acusaciones y condenado a seis meses en Azkaban.

—¿Sturgis Podmore? —dijo Ron lentamente—. Es ese tipo con una mata de pelo que parece paja, ¿no? Pertenece a la Ord…

—¡Ron! ¡Chissst! —saltó Hermione mirando aterrada a sus amigos.

—¡Seis meses en Azkaban! —susurró Harry, impresionado—. ¡Sólo por intentar entrar por una puerta!

—No seas tonto, no lo han condenado sólo por intentar entrar por una puerta. ¿Qué demonios hacía en el Ministerio de Magia a la una de la madrugada? —dijo Hermione en voz baja.

—¿Crees que hacía algún trabajo para la Orden? —murmuró Ron.

—Esperad un momento… —dijo Harry—. Sturgis tenía que venir a despedirnos, ¿no os acordáis?

Los otros dos lo miraron.

—Sí, tenía que formar parte de la guardia que nos acompañó a King's Cross. Y Moody estaba muy enfadado porque no se había presentado; por lo tanto, no puede ser que estuviera realizando una misión para la Orden, ¿verdad?

—Bueno, a lo mejor no contaban con que lo pillaran —dijo Hermione.

—¡Podría ser una trampa! —exclamó Ron, emocionado—. ¡No, escuchad! —continuó, bajando la voz exageradamente ante la mirada amenazadora de Hermione —. El Ministerio sospecha que es uno de los seguidores de Dumbledore, así que…, no sé, lo atrajeron hasta el Ministerio de alguna forma, y no es que él intentara entrar por alguna puerta. ¡Quizá sólo se hayan inventado una excusa para atraparlo!

Se produjo una pausa durante la cual Harry y Hermione reflexionaron sobre aquella posibilidad. Harry la encontraba demasiado rocambolesca. Hermione, por su parte, se mostró impresionada.

—La verdad, no me extrañaría nada que fuera eso lo que pasó —comentó, y dobló concienzudamente su mitad del periódico. Mientras Harry dejaba el cuchillo y el tenedor en el plato, ella pareció salir de un ensueño y añadió—: Bueno, creo que para empezar deberíamos ponernos a escribir esa redacción para Sprout sobre arbustos autofertilizantes, y si tenemos suerte, podremos empezar la del hechizo *Inanimatus Conjurus* para la profesora McGonagall antes de la hora de comer…

Harry sintió cierto remordimiento al pensar en el montón de deberes que lo esperaba, pero el cielo, de un azul estimulante, estaba despejado y no había montado en su Saeta de Fuego en toda la semana…

—Hombre, podemos hacerlos esta noche —propuso Ron mientras él y Harry bajaban por la extensión de césped que descendía hasta el campo de *quidditch*, con las escobas sobre el hombro y las severas advertencias de Hermione de que

suspenderían todos sus TIMOS resonando todavía en los oídos—. Y nos queda mañana. Hermione se obsesiona demasiado con el trabajo, ése es su problema… —Hizo una pausa y añadió con un tono más angustiado—: ¿Crees que hablaba en serio cuando dijo que no piensa dejarnos copiar?

—Sí, creo que sí —respondió Harry—. Pero esto también es importante, tenemos que practicar si queremos seguir en el equipo de *quidditch*…

—Sí, tienes razón —coincidió Ron, más animado—. Y tenemos tiempo de sobra para hacerlo todo…

Mientras se acercaban al campo de *quidditch*, Harry miró hacia la derecha, donde el viento agitaba los árboles del Bosque Prohibido, pero no salió nada volando de entre las copas; en el cielo sólo se veían unas cuantas lechuzas que revoloteaban alrededor de la torre de la lechucería. Como ya tenía suficientes preocupaciones, Harry apartó de su mente al caballo volador, convencido de que no iba a hacerle ningún daño.

Cogieron las pelotas de *quidditch*, guardadas en el armario de los vestuarios, y se pusieron a entrenar. Ron defendía los tres altos postes de gol, y Harry hacía de cazador y le lanzaba la *quaffle* procurando que no la atrapara. A Harry le pareció que Ron jugaba muy bien, pues bloqueó tres cuartas partes de los tantos que Harry intentó marcarle, y a medida que practicaban, su juego mejoraba. Pasadas un par de horas volvieron al castillo para comer (ocasión que Hermione aprovechó para dejar muy claro que los consideraba unos irresponsables), y luego volvieron al campo de *quidditch* para la sesión de entrenamiento con el resto del equipo. Sus compañeros, salvo Angelina, estaban ya en los vestuarios cuando ellos entraron.

—¿Estás preparado, Ron? —le preguntó George guiñándole un ojo.

—Sí —contestó Ron, que había ido quedándose más callado cuanto más se acercaban al campo.

—¿Preparado para hacernos a todos una exhibición, prefectito? —añadió Fred asomando la despeinada cabeza por el cuello de su túnica de *quidditch* con una sonrisa ligeramente malévola en los labios.

—¡Cállate! —le ordenó Ron con expresión inmutable mientras se ponía la túnica del equipo por primera vez. Ésta le quedaba muy bien si se tenía en cuenta que había pertenecido a Oliver Wood, cuyos hombros eran mucho más anchos que los de él.

—¡Hola, chicos! —dijo Angelina al salir del despacho del capitán, ya cambiada —. Vamos a empezar. Alicia y Fred, ¿podéis llevar el cajón de las pelotas? Ah, hay un par de personas ahí fuera mirando, pero quiero que las ignoréis, ¿de acuerdo?

Por el tono forzadamente despreocupado de su voz, Harry sospechó quiénes podían ser aquellos espectadores a los que nadie había invitado, y, en efecto, cuando salieron del vestuario a la intensa luz del sol del terreno de juego, los recibió una tormenta de silbidos y abucheos del equipo de *quidditch* de Slytherin y unos cuantos

hinchas, que se habían sentado en grupo hacia la mitad de las tribunas vacías y cuyas voces resonaban por todo el estadio.

—¿Qué es eso que lleva Weasley? —gritó Malfoy con su voz burlona—. ¿A quién se le ocurriría hacerle un encantamiento volador a un palo viejo y mohoso como ése?

Crabbe, Goyle y Pansy Parkinson rieron a carcajadas. Mientras, Ron montó en su escoba y dio una patada en el suelo para despegar, y Harry lo siguió y vio cómo se le ponían las orejas coloradas.

—No les hagas caso —le dijo a su amigo, y aceleró para alcanzarlo—, ya veremos quién ríe el último cuando nos toque jugar contra ellos…

—Ésa es exactamente la actitud que espero de mis jugadores, Harry —terció Angelina con satisfacción. Voló alrededor de ellos con la *quaffle* bajo el brazo y redujo la velocidad hasta quedar suspendida en un punto fijo frente al equipo—. Bueno, chicos, vamos a empezar con unos cuantos pases para calentar, todo el equipo, por favor…

—Eh, Johnson, ¿quién te ha hecho ese peinado? —gritó Pansy Parkinson desde las gradas—. ¡Parece que te salen gusanos de la cabeza!

Angelina se apartó las largas trenzas de la cara y siguió diciendo con serenidad:

—Separaos, y a ver qué podemos hacer…

Harry dio marcha atrás para alejarse de sus compañeros y colocarse en uno de los extremos del campo. Ron retrocedió hacia la portería opuesta. Angelina levantó la *quaffle* con una mano y se la lanzó con fuerza a Fred, quien se la pasó a George, quien se la pasó a Harry, quien se la pasó a Ron…, quien la dejó caer.

Los de Slytherin, liderados por Malfoy, se desternillaron de risa. Ron, que había bajado a toda velocidad para atrapar la *quaffle* antes de que llegara al suelo, remontó el vuelo torpemente, resbalando hacia un lado, y volvió hasta la altura donde estaban sus compañeros. Harry vio que Fred y George se miraban, pero ninguno de los dos dijo nada, cosa rara en ellos, y Harry se lo agradeció.

—Pásala, Ron —le pidió Angelina como si no hubiera sucedido nada.

Ron le lanzó la *quaffle* a Alicia, quien se la pasó a Harry, quien se la dio a George…

—Eh, Potter, ¿qué tal va tu cicatriz? —le gritó entonces Malfoy—. ¿Seguro que no necesitas descansar un poco? No sé, debe de hacer una semana entera que no has estado en la enfermería. Eso es un récord para ti, ¿verdad?

George le pasó la *quaffle* a Angelina; Angelina se la pasó hacia atrás a Harry, que no se la esperaba, pero a pesar de eso la atrapó con las yemas de los dedos y se la pasó rápidamente a Ron, que se lanzó para cogerla, pero la *quaffle* se le escapó por unos centímetros.

—¡Vamos, Ron! —exclamó Angelina con enfado cuando éste volvió a descender

para recoger la *quaffle*—. ¡Presta más atención!

Cuando Ron volvió a alcanzar la altura necesaria para seguir jugando, habría resultado difícil decir qué rojo era más intenso, si el de la *quaffle* o el de la cara del chico. Malfoy y el resto de los del equipo de Slytherin se partían de risa.

Al tercer intento Ron atrapó la *quaffle*, y debido quizá al alivio que sintió, la pasó con tanto entusiasmo que la pelota voló entre las manos extendidas de Katie y le golpeó en la cara.

—¡Lo siento! —se disculpó Ron acercándose a Katie para ver si le había hecho mucho daño.

—¡No ha sido nada, vuelve a tu posición! —bramó Angelina—. Pero cuando le pases la pelota a un compañero intenta no derribarlo de la escoba, ¿vale? ¡Para eso ya tenemos las *bludger*s!

Katie sangraba por la nariz. Abajo, en las gradas, los de Slytherin pateaban y abucheaban a los de Gryffindor. Fred y George se acercaron a Katie.

—Tómate esto —le dijo Fred mientras le tendía una cosa pequeña y de color morado que había sacado del bolsillo—. Detendrá la hemorragia en cuestión de segundos.

—Muy bien —gritó Angelina—, Fred y George, id a buscar vuestros bates y una *bludger*. Ron, sube a los postes. Harry, suelta la *snitch* cuando yo lo diga. Vamos a marcar en la portería de Ron, evidentemente.

Harry fue volando detrás de los gemelos para recoger la *snitch*.

—Ron está haciéndolo fatal, ¿no? —murmuró George mientras los tres aterrizaban junto al cajón donde estaban las pelotas y lo abrían para sacar una *bludger* y la *snitch*.

—Es que está nervioso —replicó Harry—; esta mañana he estado practicando con él y lo hacía mucho mejor.

—Bueno, pues espero que su mejor momento no haya pasado del todo —comentó Fred con pesimismo.

Luego volvieron a subir. Cuando Angelina tocó el silbato, Harry soltó la *snitch* y Fred y George hicieron otro tanto con la *bludger*. A partir de aquel momento, Harry apenas se fijó en lo que hacían los demás. Su trabajo consistía en capturar la pequeña y dorada pelota con alas plateadas que valía ciento cincuenta puntos para el equipo del buscador que la atrapara, y eso requería mucha velocidad y habilidad. Aceleró haciendo bruscos virajes para sortear a los cazadores; el tibio aire otoñal le azotaba la cara, y los lejanos gritos de los de Slytherin dejaron de tener sentido… Pero mucho antes de lo que él esperaba, el silbato lo obligó a detenerse de nuevo.

—¡Alto! ¡Alto! ¡ALTO! —bramó Angelina—. ¡Ron, no estás cubriendo el poste central!

Harry giró la cabeza y miró a su amigo, que estaba suspendido delante del aro de

gol izquierdo, dejando los otros dos completamente desprotegidos.

—Oh…, lo siento…

—¡No paras de moverte mientras miras a los cazadores! —le recriminó Angelina —. ¡O te quedas en el centro hasta que tengas que moverte para defender un aro, o vuelas en círculo alrededor de ellos, pero no vayas de un lado para otro porque así es como te han marcado los tres últimos tantos!

—Lo siento… —repitió Ron. Su rostro, sudoroso y colorado, brillaba como una baliza contra el azul del cielo.

—Y tú, Katie, ¿no puedes hacer nada con esa nariz?

—¡Cada vez va peor! —se lamentó la chica con voz pastosa mientras intentaba contener el chorro de sangre con la manga de su túnica.

Harry observó a Fred, que parecía nervioso y se palpaba los bolsillos. Vio que el gemelo sacaba una cosa de color morado, la examinaba rápidamente y luego, presa del pánico, miraba a Katie.

—Bueno, volvamos a intentarlo —propuso Angelina. No hacía ni caso a los de Slytherin, que se habían puesto a cantar «Los de Gryffindor son unos mantas, los de Gryffindor son unos mantas», pero de todos modos se la notaba un poco tensa sobre la escoba.

Cuando apenas llevaban tres minutos volando, volvió a sonar el silbato de Angelina. Harry, que acababa de ver que la *snitch* describía un círculo alrededor de un poste de la portería contraria, se paró sintiéndose ofendido.

—¿Y ahora qué pasa? —le preguntó impaciente a Alicia, que era la jugadora que tenía más cerca.

—Es Katie —se limitó a contestar ella.

Harry giró la cabeza y vio que Angelina, Fred y George volaban a toda velocidad hacia Katie. Harry y Alicia fueron también hacia ella. Era evidente que Angelina había interrumpido el entrenamiento justo a tiempo, pues Katie estaba pálida como la cera y cubierta de sangre.

—Hay que llevarla a la enfermería —decidió Angelina.

—La llevamos nosotros —se ofreció Fred—. Es posible que… se haya tragado un manantial de sangre por equivocación…

—Bueno, no tiene sentido continuar sin golpeadores y con una cazadora menos —se lamentó Angelina. Mientras tanto, Fred y George volaban hacia el castillo llevando entre los dos a Katie—. En fin, vamos a cambiarnos.

Los de Slytherin siguieron cantando mientras los de Gryffindor entraban en el vestuario.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento? —preguntó Hermione fríamente media hora más tarde, cuando Harry y Ron entraron por la abertura del retrato en la sala común de Gryffindor.

—Ha sido… —empezó a decir Harry.

—Un desastre total —se le adelantó Ron con voz apagada, y se desplomó en una butaca junto a Hermione. Ella miró a Ron y su frialdad pareció derretirse.

—Bueno, sólo ha sido el primero —dijo para consolarlo—, supongo que te costará cierto tiempo…

—¿Quién ha dicho que haya sido un desastre total por mi culpa? —la interrumpió Ron.

—Nadie —contestó Hermione, sorprendida—. Creí que…

—Estabas convencida de que iba a hacerlo mal, ¿no?

—¡No, nada de eso! Mira, como tú has dicho que había sido un desastre total…

—Voy a empezar a hacer los deberes —dijo Ron enfadado, y se fue dando zancadas hacia la escalera que conducía a los dormitorios de los chicos y se perdió de vista.

Hermione miró a Harry y le preguntó:

—¿Lo ha hecho mal o no?

—No —respondió Harry manteniéndose leal. Hermione arqueó las cejas—. Bueno, digamos que podría haber jugado mejor —murmuró—, pero sólo ha sido la primera sesión de entrenamiento, como tú has dicho…

Aquella noche ni Harry ni Ron adelantaron mucho los deberes. Harry sabía que su amigo estaba demasiado preocupado por lo nefasta que había sido su actuación en el entrenamiento de *quidditch*, y él no conseguía quitarse de la cabeza aquella cantinela de «Los de Gryffindor son unos mantas».

Pasaron todo el domingo en la sala común, rodeados de libros, mientras a ratos la estancia se llenaba de alumnos y otras veces se quedaba vacía. Hacía un día bonito y despejado, y la mayoría de sus compañeros de Gryffindor estuvieron al aire libre, en los jardines, disfrutando de lo que bien podía ser uno de los últimos días soleados del año. Al anochecer, Harry tenía la sensación de que alguien había estado golpeándole el cerebro contra las paredes internas del cráneo.

—Mira, creo que deberíamos intentar hacer más deberes durante la semana —le comentó a Ron cuando finalmente terminaron la larga redacción para la profesora McGonagall sobre el hechizo *Inanimatus Conjurus* y, abatidos, empezaron otra igual de larga para la profesora Sinistra sobre las lunas de Júpiter.

—Sí —respondió Ron frotándose los enrojecidos ojos y arrojando al fuego la quinta hoja de pergamino descartada—. Oye, ¿por qué no pedimos a Hermione que nos deje echar un vistazo a sus trabajos?

Harry giró la cabeza y miró a su amiga, que estaba sentada con *Crookshanks* en el regazo, charlando alegremente con Ginny mientras un par de agujas de punto tejían, suspendidas en el aire delante de sus ojos, un par de deformes calcetines de elfo.

—No —decidió Harry—, sabes perfectamente que no nos dejará copiar.

Así que siguieron trabajando mientras fuera el cielo se oscurecía cada vez más. Poco a poco, la sala común fue quedándose vacía otra vez. A las once y media, Hermione se les acercó bostezando.

—¿Ya habéis terminado?

—No —contestó Ron con aspereza.

—La luna más grande de Júpiter es Ganímedes, no Calixto —corrigió Hermione señalando por encima del hombro de su amigo una línea de la redacción de Astronomía—, y la que tiene los volcanes es Ío.

—Gracias —gruñó Ron tachando las frases equivocadas.

—Lo siento, yo sólo…

—Mira, Hermione, si únicamente has venido para criticar…

—Ron…

—No tengo tiempo para escuchar tus sermones, Hermione, ya estoy harto de…

—No, Ron, ¡mira!

Hermione señalaba la ventana más cercana. Harry y Ron miraron hacia allí. Una bonita lechuza se había posado en el alféizar y miraba a Ron.

—¿No es *Hermes*? —preguntó Hermione, asombrada.

—¡Vaya, sí! —exclamó Ron, que dejó su pluma y se levantó—. ¿Para qué me habrá escrito Percy?

Fue hacia la ventana y la abrió, y *Hermes* entró en la habitación, aterrizó sobre la redacción de Ron y extendió la pata en la que llevaba atada una carta. Ron cogió la carta y la lechuza se marchó sin perder tiempo, dejando huellas de tinta en el dibujo que el chico había hecho de la luna Ío.

—Sí, es la letra de Percy —observó Ron sentándose en la butaca y leyendo lo que había escrito en la parte exterior del rollo de pergamino: «Ronald Weasley, Casa de Gryffindor, Hogwarts.» Luego miró a sus amigos y añadió—: ¿Qué creéis que será?

—¡Ábrela! —le ordenó Hermione con impaciencia, y Harry asintió con la cabeza.

Ron desenrolló el pergamino y empezó a leer. Cuanto más avanzaba, más ceñuda era su expresión. Después, cuando con aspecto indignado terminó la lectura, les pasó la carta a Harry y a Hermione, que se pusieron el uno al lado del otro para leerla juntos.

Querido Ron:

Acabo de enterarme (nada más y nada menos que por el ministro de Magia en persona, a quien ha informado tu nueva maestra, la profesora Umbridge) de que te han nombrado prefecto de Hogwarts.

Cuando supe la noticia me llevé una grata sorpresa, y ante todo quiero felicitarte. He de admitir que siempre temí que tomaras lo que podríamos llamar «el camino de Fred y George» en lugar de seguir mis pasos, así que ya

puedes imaginarte cómo me alegré al saber que has dejado de desobedecer a las autoridades y has decidido cargar con una responsabilidad real.

Pero no voy a limitarme a felicitarte, Ron; también quiero darte algunos consejos, y por eso te envío esta carta por la noche en vez de utilizar el correo matutino, como habría sido lo normal. Espero que puedas leerla lejos de miradas curiosas y así evitar preguntas inoportunas.

Por algo que al ministro se le escapó cuando me contó que te habían nombrado prefecto, deduzco que sigues relacionándote con Harry Potter. Debo decirte, Ron, que no hay nada que pueda ponerte en mayor peligro de perder tu insignia que seguir confraternizando con ese chico. Sí, estoy seguro de que te sorprenderá que te diga esto (sin duda argumentarás que Potter siempre ha sido el favorito de Dumbledore), pero me veo obligado a comunicarte que es posible que Dumbledore no siga dirigiendo Hogwarts durante mucho tiempo, y las personas que son importantes de verdad tienen una opinión muy distinta (y seguramente más acertada) del comportamiento de Potter. Ahora no voy a darte más detalles, pero si mañana lees El Profeta *tendrás una idea de por dónde van los tiros (¡y ya verás mis declaraciones!).*

En serio, Ron, no debes permitir que te metan en el mismo saco que a Potter, pues eso podría resultar muy perjudicial para tus perspectivas de futuro, y me refiero también a la vida después del colegio. Como ya debes de saber, dado que nuestro padre lo acompañó al tribunal, este verano Potter tuvo una vista disciplinaria ante el Wizengamot en pleno, y no salió muy bien parado. Si quieres que te diga la verdad, se libró de que lo condenaran gracias a un mero tecnicismo, pero mucha gente con la que he hablado sigue convencida de su culpabilidad.

Es posible que te dé miedo cortar tus lazos con Potter (ya sé que es un desequilibrado y que, por lo que me han contado, hasta puede llegar a ser violento), pero si tienes alguna preocupación al respecto, o si has detectado algo más en la conducta de Potter que te inquiete, te recomiendo que hables con Dolores Umbridge, una mujer encantadora que no tendrá ningún inconveniente en orientarte.

Y eso me lleva a darte otro consejo. Como ya he insinuado antes, es posible que muy pronto Dumbledore deje de dirigir Hogwarts. Tus lealtades, Ron, no deberían estar con él, sino con el colegio y el Ministerio. Lamento mucho saber que hasta ahora la profesora Umbridge no ha encontrado mucha cooperación por parte del profesorado en su intento de introducir esos necesarios cambios en Hogwarts que el Ministerio tan ardientemente desea (aunque a partir de la semana que viene creo que le resultará más fácil; te remito una vez más a El Profeta *de mañana). Sólo te diré una cosa: un*

alumno que demuestre estar dispuesto a ayudar a la profesora Umbridge en estos momentos podría ser un firme candidato al cargo de delegado dentro de un par de años.

Siento mucho que no pudiéramos vernos más este verano. No me gusta criticar a nuestros padres, pero me temo que no puedo continuar viviendo con ellos mientras sigan mezclándose con ese peligroso grupo que apoya a Dumbledore (si escribes a nuestra madre, deberías decirle que a un tal Sturgis Podmore, gran amigo de Dumbledore, lo han enviado recientemente a Azkaban porque entró de forma ilegal en el Ministerio e intentó robar. Quizá la noticia le abra los ojos y le haga comprender que las personas con las que se relaciona son una pandilla de delincuentes). Me considero muy afortunado por haberme librado del estigma que conlleva asociarse con ese tipo de gente (el ministro se porta estupendamente conmigo), y de verdad, Ron, espero que no dejes que los lazos familiares te impidan ver lo erróneo de las opiniones y de los actos de nuestros padres. Ojalá con el tiempo se den cuenta de lo equivocados que estaban, y, por supuesto, cuando llegue ese día aceptaré sin reservas sus disculpas.

Piensa con detenimiento en todo lo que te he dicho, por favor, especialmente en lo de Harry Potter, y felicidades una vez más por tu nombramiento.

Tu hermano,

Percy

Harry levantó la cabeza y miró a Ron.

—Bueno —dijo intentando que pareciera que se había tomado aquella carta como una broma—, si quieres… ¿Cómo era?… —volvió a mirar la carta de Percy—. ¡Ah, sí! «Cortar los lazos» conmigo, te juro que no me pondré violento.

—Dámela —le pidió Ron tendiéndole una mano—. Es un completo… —añadió entrecortadamente mientras rompía la carta de Percy por la mitad—, absoluto… —la rompió en cuatro trozos—, y rematado… —la cortó en ocho trozos— imbécil. —Y los arrojó al fuego—. Démonos prisa, hemos de terminar esto antes del amanecer —le dijo con brusquedad a Harry, y cogió otra vez la redacción para la profesora Sinistra.

Hermione miraba a Ron con una extraña expresión en la cara.

—Dádmelas —dijo de pronto.

—¿Qué? —se extrañó Ron.

—Dádmelas, las repasaré y las corregiré —afirmó.

—¿Lo dices en serio? ¡Oh, Hermione, eres nuestra salvación! —exclamó Ron— ¿Qué puedo…?

—Podéis decir esto: «Prometemos que nunca volveremos a dejar nuestros deberes para el último momento» —recitó ella tendiéndoles ambas manos para que le entregaran las redacciones, aunque con aire divertido.

—Un millón de gracias, Hermione —dijo Harry con un hilo de voz mientras le pasaba su redacción, y volvió a hundirse en su butaca frotándose los ojos.

Ya era más de medianoche, y en la sala común sólo estaban ellos tres y *Crookshanks*. Lo único que se oía era el rasgueo de la pluma de Hermione mientras tachaba frases aquí y allá, y el ruido que hacía al pasar las páginas de los libros de consulta que había esparcidos sobre la mesa cuando buscaba algún dato en ellos. Harry estaba agotado. Además notaba una extraña sensación de vacío y de mareo en el estómago que no tenía nada que ver con el cansancio, pero sí con la carta de Percy, que ya había quedado reducida a cenizas en la chimenea.

Harry era consciente de que la mitad de los estudiantes de Hogwarts lo consideraban raro, o incluso loco, y sabía que *El Profeta* llevaba meses haciendo comentarios maliciosos sobre él, pero ver todo eso escrito de puño y letra de Percy, y enterarse de que éste aconsejaba a Ron que dejara de ser amigo suyo y que le hablara de él a la profesora Umbridge, lo obligó a tomar conciencia real de la situación. Hacía cuatro años que conocía a Percy, había estado en su casa durante las vacaciones de verano, había compartido una tienda con él durante los Mundiales de *quidditch*, había recibido de él la puntuación máxima en la segunda prueba del Torneo de los tres magos el año anterior, y, sin embargo, en esos momentos, Percy creía que era un desequilibrado y que hasta podía llegar a ser violento. Entonces Harry sintió un arrebato de cariño hacia su padrino, y pensó que seguramente Sirius era la única persona capaz de comprender de verdad cómo se sentía él en aquel momento, porque Sirius estaba en la misma situación. Casi toda la comunidad de los magos creía que era un peligroso asesino y uno de los más fieles seguidores de Voldemort, y él había tenido que aguantar aquello durante catorce años…

Harry parpadeó, pues acababa de ver algo en el fuego que no podía estar allí. Había aparecido un instante y luego había desaparecido. No, no podía ser… Se lo había imaginado porque estaba pensando en Sirius…

—Bueno, ya puedes pasarla a limpio —le dijo Hermione a Ron acercándole su redacción y una hoja con lo que ella había escrito—; luego añade las conclusiones que he redactado yo.

—En serio, Hermione, eres la persona más maravillosa que he conocido jamás —repuso Ron con timidez—, y si vuelvo a ser maleducado contigo…

—… sabré que vuelves a ser el de siempre —terminó Hermione—. Harry, la tuya está bien, excepto este trozo del final. Creo que no oíste bien lo que decía la profesora Sinistra: Europa está cubierta de hielo, no de pelo. ¿Me oyes, Harry?

Harry se había levantado de la butaca y estaba arrodillado en la chamuscada y

raída alfombra que había delante de la chimenea, contemplando las llamas.

—Harry —dijo Ron, desconcertado—. ¿Qué haces ahí?

—Acabo de ver la cabeza de Sirius en el fuego —explicó Harry.

Lo dijo con mucha calma; al fin y al cabo, había visto la cabeza de Sirius en aquella misma chimenea el año anterior y había hablado con él. Con todo, no estaba seguro de haberla visto esta vez… Había desaparecido tan deprisa…

—¿La cabeza de Sirius? —repitió Hermione—. ¿Como aquella vez que quería hablar contigo durante el Torneo de los tres magos? Pero no creo que vaya a hacerlo ahora, sería demasiado… ¡Sirius!

La chica dio un grito ahogado y se quedó mirando el fuego mientras Ron soltaba la pluma. En medio de las llamas, efectivamente, estaba la cabeza de Sirius, con el largo y oscuro cabello enmarcando su sonriente rostro.

—Empezaba a pensar que subiríais a acostaros antes de que se hubieran marchado los demás —dijo—. He venido a vigilar todas las horas.

—¿Has aparecido en el fuego hora tras hora? —le preguntó Harry conteniendo la risa.

—Sólo unos segundos, para comprobar si había moros en la costa.

—Pero ¿y si llega a verte alguien? —dijo Hermione con nerviosismo.

—Bueno, creo que antes me ha visto una chica que debía de ser de primero, por la pinta que tenía, pero no os preocupéis —se apresuró a añadir Sirius al ver que Hermione se llevaba una mano a la boca—, desaparecí en cuanto volvió a mirarme, y estoy seguro de que pensó que sólo era un tronco con forma rara o algo así.

—Pero Sirius, esto es muy arriesgado… —empezó Hermione.

—Me recuerdas a Molly —repuso Sirius—. Ésta ha sido la única manera que se me ha ocurrido de contestar a la carta de Harry sin recurrir a un código. Además, los códigos pueden descifrarse.

Cuando Sirius mencionó la carta de Harry, Hermione y Ron giraron la cabeza y se quedaron observando a su amigo.

—¡No nos dijiste que habías escrito a Sirius! —protestó Hermione.

—Se me olvidó —repuso Harry, y era cierto: su encuentro con Cho en la lechucería le había borrado de la mente todo lo ocurrido con anterioridad—. No me mires así, Hermione, era imposible que alguien obtuviera información secreta de esa carta, ¿verdad, Sirius?

—Sí, era muy buena —confirmó éste sonriendo—. Bueno, será mejor que nos demos prisa, por si alguien nos molesta. A ver, tu cicatriz…

—¿Qué pasa con…? —empezó a decir Ron, pero Hermione lo interrumpió.

—Ya te lo contaremos más tarde, Ron. Sigue, Sirius.

—Mira, ya sé que no tiene ninguna gracia que te duela, pero no creemos que sea algo por lo que debamos preocuparnos. El año pasado te dolía continuamente, ¿no?

—Sí, y Dumbledore dijo que sucedía cada vez que Voldemort sentía una intensa emoción —explicó Harry, ignorando, como de costumbre, las muecas de Ron y Hermione—. Quizá sólo se tratara de que Voldemort estaba…, no sé, muy enfadado o algo así la noche de mi castigo.

—Bueno, ahora que ha regresado, es lógico que te duela más a menudo —afirmó Sirius.

—Entonces, ¿no crees que tenga nada que ver con el hecho de que la profesora Umbridge me tocara mientras estaba cumpliendo el castigo con ella? —inquirió Harry.

—Lo dudo. No la conozco personalmente, pero sé la fama que tiene y estoy seguro de que no es una mortífaga.

—Pues es lo bastante repugnante para serlo —opinó Harry con desánimo, y Ron y Hermione asintieron enérgicamente, dándole la razón.

—Sí, pero el mundo no está dividido en buenas personas y *mortífagos* —aclaró Sirius con una sonrisa irónica—. De todos modos, ya sé que es una imbécil. Deberíais oír a Remus hablar de ella.

—¿Lupin la conoce? —preguntó Harry rápidamente, recordando los comentarios sobre híbridos peligrosos que la profesora Umbridge hizo en su primera clase.

—No —respondió Sirius—, pero hace dos años ella redactó el borrador de una ley antihombres lobo, y por culpa de esa ley, Remus tiene muchos problemas para conseguir trabajo.

Harry se acordó del descuidado y empobrecido aspecto que Lupin tenía últimamente, y sintió aún más desprecio hacia la profesora Umbridge.

—¿Qué tiene contra los hombres lobo? —preguntó Hermione, enojada.

—Supongo que miedo —contestó Sirius sonriendo ante la indignación de Hermione—. Por lo visto odia a los semihumanos; el año pasado hizo una campaña para reunir a toda la gente del agua y etiquetarla. Imaginaos, perder el tiempo y la energía persiguiendo a la gente del agua, cuando hay tantos sinvergüenzas sueltos, como Kreacher.

Ron rió, pero Hermione estaba muy enfadada.

—¡Sirius! —exclamó en tono de reproche—. En serio, si te esforzaras un poco con Kreacher, estoy segura de que él reaccionaría. Después de todo, eres el único miembro de la familia que le queda, y el profesor Dumbledore dijo que…

—Bueno, ¿qué tal son las clases con Umbridge? —la interrumpió Sirius—. ¿Qué hace, os entrena a todos para exterminar híbridos?

—No —contestó Harry sin hacer caso del gesto ofendido de Hermione por haber sido interrumpida en su defensa de Kreacher—. ¡No nos deja hacer magia!

—Lo único que hacemos es leer esos estúpidos libros de texto —añadió Ron.

—No me extraña —dijo Sirius—. Según hemos sabido por las fuentes que

tenemos en el Ministerio, Fudge no quiere que recibáis entrenamiento para el combate.

—¿Entrenamiento para el combate? —repitió Harry, incrédulo—. ¿Qué piensa que hacemos aquí, formar una especie de ejército mágico?

—Eso es exactamente lo que piensa que hacéis —confirmó Sirius—, o, mejor dicho, eso es exactamente lo que teme que hace Dumbledore: formar su ejército privado, con el que podrá enfrentarse al Ministerio de Magia.

Se produjo una pausa, y luego Ron dijo:

—Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida, incluidas todas las tonterías que dice Luna Lovegood.

—Entonces ¿no nos dejan aprender Defensa Contra las Artes Oscuras porque Fudge teme que utilicemos los hechizos contra el Ministerio? —preguntó Hermione, furiosa.

—Exacto —afirmó Sirius—. Fudge cree que Dumbledore no se detendrá ante nada con tal de alcanzar el poder. Cada día que pasa está más paranoico con él. Sólo es cuestión de tiempo que dé la orden de detenerlo bajo alguna acusación falsa.

Aquellas palabras hicieron que Harry recordara la carta de Percy.

—¿Sabes si mañana va a salir algo sobre Dumbledore en *El Profeta?* Percy, el hermano de Ron, dice que sí…

—No lo sé —repuso Sirius—. No he visto a nadie de la Orden en todo el fin de semana; andaban todos muy ocupados. Hemos estado solos Kreacher y yo…

La voz de Sirius tenía un claro deje de amargura.

—Entonces ¿tampoco has tenido noticias de Hagrid?

—Ah… —dijo Sirius—, bueno, ya tendría que haber vuelto, nadie sabe con certeza qué le ha pasado. —Entonces, al ver los acongojados rostros de los tres amigos, se apresuró a añadir—: Pero Dumbledore no está preocupado, así que no os pongáis nerviosos. Estoy seguro de que Hagrid está bien.

—Pero si ya tendría que haber vuelto… —insistió Hermione con un hilo de voz.

—Madame Máxime estaba con él; hemos hablado con ella y dice que se separaron en el viaje de regreso a casa, pero nada indica que pueda estar herido o… Bueno, nada indica que no esté perfectamente bien. —Harry, Ron y Hermione, poco convencidos, intercambiaron miradas de preocupación—. Mirad, será mejor que no hagáis muchas preguntas sobre Hagrid —continuó Sirius—. Con eso sólo conseguiréis atraer la atención hacia el hecho de que no ha vuelto, y sé que a Dumbledore no le interesa. Hagrid es un tipo duro, seguro que está bien. —Y como no pareció que sus palabras animaran a los chicos, añadió—: Por cierto, ¿cuándo es vuestra próxima excursión a Hogsmeade? Se me ha ocurrido que ya que nos salió bien lo del disfraz de perro en la estación, podríamos…

—¡NO! —saltaron Harry y Hermione a la vez, gritando.

—Sirius, ¿acaso no lees *El Profeta?* —le preguntó Hermione muy angustiada.

—¡Oh, *El Profeta*!—exclamó Sirius sonriendo—. Les encantaría saber por dónde ando, pero en realidad no tienen ni idea…

—Creemos que esta vez sospechan algo —intervino Harry—. Algo que comentó Malfoy en el tren, utilizando la palabra «perro», nos hizo pensar que sabía que eras tú, y su padre estaba en el andén, Sirius, ya sabes, Lucius Malfoy, así que sobre todo no te acerques por aquí. Si Malfoy vuelve a reconocerte…

—De acuerdo, de acuerdo —repuso Sirius con aire muy contrariado—. Sólo era una idea, pensé que te gustaría que nos viéramos.

—¡Claro que me gustaría, pero no quiero que vuelvan a encerrarte en Azkaban! —aclaró Harry.

Hubo una pausa durante la cual Sirius se quedó mirando a su ahijado desde el fuego, frunciendo el entrecejo.

—No te pareces a tu padre tanto como yo creía —comentó entonces con frialdad —. Para James, el riesgo habría sido lo divertido.

—Mira…

—Bueno, tengo que marcharme. Oigo a Kreacher bajando por la escalera —dijo Sirius, pero Harry estaba seguro de que mentía—. Ya te escribiré diciéndote a qué hora puedo volver a aparecer en el fuego, ¿está bien? Si no lo encuentras demasiado arriesgado, claro…

Entonces se oyó un débil «¡Pum!», y donde antes estaba la cabeza de Sirius volvieron a verse sólo llamas.

15
La Suma Inquisidora de Hogwarts

Creyeron que a la mañana siguiente tendrían que repasar *El Profeta* de Hermione de arriba abajo para encontrar el artículo que Percy mencionaba en su carta. Sin embargo, cuando la lechuza que se lo había llevado acababa de levantar el vuelo desde la jarra de leche, Hermione soltó un grito ahogado y puso el periódico sobre la mesa para enseñar a sus amigos una gran fotografía de Dolores Umbridge que lucía una amplia sonrisa en los labios y pestañeaba lentamente bajo el siguiente titular:

EL MINISTERIO EMPRENDE LA REFORMA EDUCATIVA Y NOMBRA A DOLORES UMBRIDGE PRIMERA SUMA INQUISIDORA

—¿La profesora Umbridge «Suma Inquisidora»? —repitió Harry, desconcertado. La tostada que estaba comiendo se le cayó de los dedos—. ¿Qué significa eso?

Hermione leyó en voz alta:

Anoche el Ministerio de Magia tomó una decisión inesperada y aprobó una nueva ley con la que alcanzará un nivel de control sin precedentes sobre el

Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería.

«Hace tiempo que el ministro está preocupado por los sucesos ocurridos en Hogwarts —explicó el asistente del ministro, Percy Weasley—. Y el paso que acaba de dar ha sido la respuesta a la preocupación manifestada por muchos padres angustiados respecto a la orientación que está tomando el colegio, una orientación con la que no están de acuerdo.»

No es la primera vez en las últimas semanas que el ministro, Cornelius Fudge, utiliza nuevas leyes para introducir mejoras en el colegio de magos. Recientemente, el 30 de agosto, se aprobó el Decreto de Enseñanza n.° 22 para asegurar que, en caso de que el actual director no pudiera nombrar a un candidato para un puesto docente, el Ministerio tuviera derecho a elegir a la persona apropiada.

«Así fue como Dolores Umbridge ocupó su actual puesto como profesora en Hogwarts —explicó Weasley anoche—. Dumbledore no encontró a nadie para impartir la asignatura de Defensa Contra las Artes Oscuras… y por eso el ministro nombró a Dolores Umbridge, lo que ha constituido, por supuesto, un éxito inmediato…»

—¿Que ha sido QUÉ? —saltó Harry.
—Espera, aún hay más —dijo Hermione, apesadumbrada.

«… por supuesto, un éxito inmediato porque ha revolucionado por completo el sistema de enseñanza de dicha asignatura y porque así proporciona al ministro información de primera mano sobre lo que está pasando en Hogwarts.»

El Ministerio ha formalizado esta última función con la aprobación del Decreto de Enseñanza n.° 23, que crea el nuevo cargo de Sumo Inquisidor de Hogwarts.

«De este modo se inicia una emocionante nueva fase del plan del ministro para poner remedio a lo que algunos llaman el "descenso de nivel" de Hogwarts —explicó Weasley—. El Inquisidor tendrá poderes para supervisar a sus colegas y asegurarse de que su trabajo alcance el nivel requerido. El ministro ha ofrecido este cargo a la profesora Umbridge, además del puesto docente, y estamos encantados de anunciar que ella lo ha aceptado.»

Las nuevas medidas adoptadas por el Ministerio han recibido el entusiasta apoyo de los padres de los alumnos de Hogwarts.

«Estoy mucho más tranquilo desde que sé que Dumbledore estará sometido a una evaluación justa y objetiva —declaró el señor Lucius Malfoy, de 41 años, en su mansión de Wiltshire—. Muchos padres, que queremos lo

mejor para nuestros hijos, estábamos preocupados por algunas de las descabelladas decisiones que ha tomado Dumbledore en los últimos años y nos alegra saber que el Ministerio controla la situación.»

Entre esas «descabelladas decisiones» están sin duda los controvertidos nombramientos docentes, anteriormente descritos en este periódico, que incluyen al hombre lobo Remus Lupin, al semigigante Rubeus Hagrid y al engañoso exauror Ojoloco *Moody.*

Abundan los rumores, desde luego, de que Albus Dumbledore, antiguo Jefe Supremo de la Confederación Internacional de Magos y Jefe de Magos del Wizengamot, ya no está en condiciones de dirigir el prestigioso Colegio Hogwarts.

«Creo que el nombramiento de la Inquisidora es un primer paso hacia la garantía de que Hogwarts tenga un director en quien todos podamos depositar nuestra confianza», afirmó una persona perteneciente al Ministerio.

Dos de los miembros de mayor antigüedad del Wizengamot, Griselda Marchbanks y Tiberius Ogden, han dimitido como protesta ante la introducción del cargo de Inquisidor de Hogwarts.

«Hogwarts es un colegio, no un puesto de avanzada del despacho de Cornelius Fudge —afirmó la señora Marchbanks—. Esto no es más que otro lamentable intento de desacreditar a Albus Dumbledore.»

(En la página 17 encontrarán una detallada descripción de las presuntas vinculaciones de la señora Marchbanks con grupos subversivos de duendes.)

Hermione terminó de leer y miró a sus amigos, que estaban sentados al otro lado de la mesa.

—¡Ahora ya sabemos por qué nos han puesto a esa Umbridge! ¡Fudge aprobó el Decreto de Enseñanza y nos la ha impuesto! ¡Y ahora va y le da poderes para supervisar a los otros profesores! —Hermione respiraba muy deprisa y le brillaban los ojos—. No puedo creerlo. ¡Es un escándalo!

—Ya lo sé —coincidió Harry, que se miró la mano derecha, apoyada con fuerza en la mesa, y vio el débil trazo de las palabras que la profesora Umbridge le había obligado a grabarse en la piel.

Pero en la cara de Ron estaba dibujándose una sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntaron Harry y Hermione al mismo tiempo, observándolo.

—Es que me muero de ganas de ver cómo supervisan a la profesora McGonagall —dijo Ron alegremente—. Umbridge va a enterarse de lo que es bueno.

—En fin, vámonos —propuso Hermione poniéndose en pie—. Si piensa supervisar la clase de Binns, será mejor que no lleguemos tarde…

Pero la profesora Umbridge no supervisó la clase de Historia de la Magia, que fue

tan aburrida como la del lunes anterior; tampoco la encontraron en la mazmorra de Snape cuando llegaron para una clase de dos horas de Pociones, en la que a Harry le devolvieron su redacción sobre el ópalo con una enorme y puntiaguda D negra estampada en una esquina superior.

—Os he puesto la nota que os habrían puesto si hubierais presentado este trabajo en vuestro TIMO —explicó Snape con una sonrisita de suficiencia mientras se paseaba entre sus alumnos devolviéndoles los deberes corregidos—. Así os haréis una idea de los resultados que podéis esperar de vuestros exámenes. —Snape llegó a la parte delantera de la clase y se dio la vuelta para mirar a los alumnos—. En general, el nivel de la redacción ha sido pésimo. La mayoría de vosotros habríais suspendido si hubiera sido un examen. Espero que os esforcéis mucho más en la redacción de esta semana sobre las diferentes variedades de antídotos para veneno; si no, tendré que empezar a castigar a los burros que obtengan una D.

—¿A alguien le han puesto una D? ¡Ja! —dijo Malfoy en voz baja, y entonces Snape esbozó una sonrisa de complicidad.

Harry se dio cuenta de que Hermione lo miraba de reojo intentando ver qué nota había tenido, así que guardó su redacción sobre el ópalo en la mochila tan rápido como pudo, pues prefería no divulgar esa información.

Decidido a no proporcionar un pretexto a Snape para que lo regañara en aquella clase, Harry leyó y releyó cada una de las instrucciones escritas en la pizarra como mínimo tres veces antes de ponerlas en práctica. Su solución fortificante no tenía exactamente el tono turquesa claro de la de Hermione, pero al menos era azul y no rosa como la de Neville; al finalizar la clase, fue hasta la mesa de Snape y se la entregó con una mezcla de alivio y desafío.

—Bueno, no ha ido tan mal como la semana pasada, ¿verdad? —comentó Hermione cuando subían por la escalera de la mazmorra y cruzaban el vestíbulo hacia el Gran Comedor para ir a comer—. Y los deberes tampoco están tan mal, ¿no? —Como ninguno de sus amigos contestó, Hermione insistió—: Hombre, tampoco es que esperara la nota más alta, sobre todo si Snape los ha corregido como si fueran un examen de TIMO, pero un aprobado no está mal en esta etapa, ¿no os parece? —Harry hizo un ruidito evasivo con la garganta—. Evidentemente, pueden pasar muchas cosas desde ahora hasta el examen, y tenemos mucho tiempo para mejorar, pero las notas que obtenemos ahora son una especie de punto de referencia, ¿no? Algo sobre lo que podemos construir… —Se sentaron juntos a la mesa de Gryffindor—. Evidentemente me habría encantado que me hubiera puesto una E…

—Hermione —dijo Ron con aspereza—, si quieres saber qué notas nos ha puesto, pregúntanoslo, ¿vale?

—No, si yo no… Bueno, si queréis decírmelo…

—A mí me ha puesto una I —confesó Ron mientras se servía sopa—. ¿Estás

contenta?

—Bueno, no tienes por qué avergonzarte de eso —dijo Fred, que acababa de llegar a la mesa con George y Lee Jordan y se había sentado a la derecha de Harry—. Una buena I no tiene nada de malo.

—Pero ¿la I no significa…? —empezó Hermione.

—Sí, «Insatisfactorio» —contestó Lee Jordan—. Pero es mejor que una D de «Desastroso», ¿no?

Harry notó que se le encendían las mejillas y fingió un acceso de tos mientras se comía el panecillo. Cuando paró de toser lamentó comprobar que Hermione seguía hablando sobre las notas de los TIMOS.

—O sea, que la mejor nota es la E de «Extraordinario» —iba diciendo—, y luego está la A…

—No, la S —la corrigió George—, S de «Supera las expectativas». Y siempre he pensado que Fred y yo deberíamos tener S en todo porque superamos las expectativas sólo con presentarnos a los exámenes.

Todos rieron excepto Hermione, que siguió insistiendo:

—Bueno, después de la S está la A de «Aceptable», y ésa es la última nota de aprobado, ¿no?

—Sí —confirmó Fred echando un panecillo entero en su cuenco de sopa; luego se lo metió en la boca y se lo tragó de una vez.

—Después está la I de «Insatisfactorio»… —Ron levantó ambos brazos fingiendo que lo celebraba—, y la D de «Desastroso».

—Y luego la T —le recordó George.

—¿La T? —repitió Hermione, desconcertada—. ¿Es más baja incluso que la D? ¿Qué demonios significa la T?

—«Trol» —contestó George.

Harry volvió a reír, aunque no estaba seguro de si George bromeaba o no. Se imaginó que intentaba ocultar a Hermione que le habían puesto una T en todos los TIMOS, e inmediatamente decidió que trabajaría más a partir de entonces.

—¿Ya habéis tenido alguna clase supervisada? —inquirió Fred.

—No —contestó Hermione en el acto—. ¿Y vosotros?

—Sólo una, antes de la comida —respondió George—. Encantamientos.

—¿Cómo ha ido? —preguntaron Harry y Hermione.

Fred se encogió de hombros.

—No ha estado tan mal. La profesora Umbridge se ha quedado en un rincón tomando notas en un fajo de pergaminos cogidos con un sujetapapeles. Ya conocéis a Flitwick, la ha tratado como si fuera una invitada; no parecía que le preocupara ni lo más mínimo. Y ella no ha dicho casi nada. Le ha hecho un par de preguntas a Alicia sobre cómo son las clases normalmente, Alicia le ha dicho que eran muy interesantes

y ya está.

—No me imagino al viejo Flitwick suspendiendo la supervisión —comentó George—. Casi siempre aprueba a todo el mundo.

—¿A quién tenéis esta tarde? —le preguntó Fred a Harry.

—A Trelawney…

—Una T como hay pocas…

—… y a Umbridge.

—Pues hoy sé bueno y controla tu genio con la profesora Umbridge —le aconsejó George—. Angelina va a ponerse hecha una fiera como te pierdas otro entrenamiento de *quidditch*.

Pero Harry no tuvo que esperar a la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras para ver a la profesora Umbridge. Estaba sentado en la última fila de la lóbrega aula de Adivinación, sacando de su mochila el diario de sueños, cuando Ron le dio un codazo en las costillas; Harry giró la cabeza y observó que la profesora Umbridge entraba por la trampilla del suelo. La clase, que hasta entonces hablaba alegremente, guardó silencio de inmediato. El brusco descenso del ruido hizo que la profesora Trelawney, que se paseaba repartiendo copias de *El oráculo de los sueños,* se volviera para ver qué sucedía.

—Buenas tardes, profesora Trelawney —saludó la profesora Umbridge sonriendo ampliamente—. Espero que haya recibido mi nota en la que le indicaba la fecha y la hora en que la supervisaría.

La profesora Trelawney asintió con sequedad y, muy contrariada, le dio la espalda a la profesora Umbridge y siguió repartiendo los libros. Sin dejar de sonreír, la profesora Umbridge cogió el respaldo de la butaca que había más cerca y la arrastró hasta la parte delantera de la clase para colocarla unos centímetros por detrás de la profesora Trelawney. Entonces se sentó, sacó las hojas de pergamino de su floreado bolso y se quedó mirando expectante a su colega esperando que comenzara la clase.

La profesora Trelawney se ciñó los chales con manos ligeramente temblorosas y miró a sus alumnos a través de sus gafas de cristales de aumento.

—Hoy vamos a continuar con nuestro estudio de los sueños proféticos —dijo en un valeroso intento de adoptar su tono místico, aunque la voz también le temblaba un poco—. Colocaos por parejas, por favor, e interpretad las últimas visiones nocturnas de vuestro compañero con la ayuda del libro.

Fue hacia su butaca, pero como vio a la profesora Umbridge sentada justo detrás, de inmediato giró hacia la izquierda, donde se hallaban Parvati y Lavender, que ya estaban enfrascadas en un profundo análisis del último sueño de Parvati.

Harry abrió su ejemplar de *El oráculo de los sueños* mirando disimuladamente a la profesora Umbridge, que había empezado a tomar notas. Pasados unos minutos, ésta se levantó y empezó a pasearse por el aula siguiendo a la profesora Trelawney,

escuchando las conversaciones que mantenía con los alumnos y haciendo preguntas de vez en cuando. Harry agachó la cabeza sobre su libro rápidamente.

—Deprisa, piensa un sueño por si el sapo viene hacia aquí.

—Yo me lo inventé la última vez —protestó Ron—, ahora te toca a ti.

—¡Ay, no sé! —dijo Harry, desesperado. No recordaba haber soñado nada en los últimos días—. Digamos que soñé que estaba… ahogando a Snape en mi caldero. Sí, eso servirá…

Ron contuvo la risa mientras abría *El oráculo de los sueños.*

—Vale, tenemos que sumar tu edad a la fecha en que tuviste el sueño, y el número de letras del tema… ¿Cuál sería el tema? ¿Ahogamiento, caldero o Snape?

—No importa, elige el que quieras —contestó Harry, y se arriesgó a mirar hacia atrás.

La profesora Umbridge estaba de pie detrás de la profesora Trelawney, echando un vistazo por encima de su hombro y tomando notas, mientras la profesora de Adivinación interrogaba a Neville sobre su diario de sueños.

—A ver, ¿qué noche lo soñaste? —le preguntó Ron, enfrascado en sus cálculos.

—No lo sé, anoche, o cuando te parezca —respondió Harry intentando escuchar lo que Dolores Umbridge estaba diciéndole a la profesora Trelawney.

En ese momento ya sólo estaban a una mesa de distancia de ellos. La profesora Umbridge anotaba algo más, y la profesora Trelawney parecía sumamente molesta.

—Dígame —dijo la profesora Umbridge mirando a su colega—, ¿cuánto tiempo hace exactamente que imparte esta clase?

La profesora Trelawney la observó frunciendo el entrecejo, con los brazos cruzados y los hombros encorvados, como si quisiera protegerse cuanto pudiera de la humillación que suponía aquel examen. Tras una breve pausa, durante la cual pareció decidir que la pregunta no era tan ofensiva como para ignorarla por completo, contestó con un tono que denotaba un profundo resentimiento:

—Casi dieciséis años.

—Eso es mucho tiempo —repuso la profesora Umbridge, y lo anotó en sus hojas de pergamino—. ¿Y fue el profesor Dumbledore quien le ofreció el puesto?

—Sí —respondió la profesora Trelawney con sequedad.

La profesora Umbridge lo apuntó también.

—¿Y es usted la tataranieta de la famosa vidente Cassandra Trelawney?

—Sí —respondió la profesora levantando un poco más la barbilla.

Otra nota en las hojas de pergamino.

—Pero tengo entendido, y corríjame si me equivoco, que usted es la primera de su familia, desde Cassandra, que tiene el don de la clarividencia.

—Estos dones suelen saltarse… tres generaciones —repuso la profesora Trelawney.

La sonrisa de sapo de la profesora Umbridge se ensanchó un poco más.

—Claro, claro —dijo con dulzura, y tomó otra nota—. ¿Podría predecirme algo, por favor? —preguntó, y miró inquisidoramente a su colega sin dejar de sonreír.

La profesora Trelawney se puso tensa, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—Perdone, pero no la entiendo —dijo cogiendo convulsivamente el chal que tenía alrededor del esquelético cuello.

—Me gustaría que me predijera algo —repitió la profesora Umbridge con toda claridad.

Harry y Ron ya no eran los únicos que observaban y escuchaban a hurtadillas escondidos tras sus libros. La mayoría de los estudiantes miraban perplejos a la profesora Trelawney, que se enderezó completamente haciendo tintinear sus brazaletes y sus collares de cuentas.

—¡El Ojo Interior no ve nada por encargo! —respondió escandalizada.

—Bien —dijo la profesora Umbridge, y tomó una nueva nota.

—Pero… ¡un momento! —exclamó de pronto la profesora Trelawney en un intento de recuperar su tono etéreo, aunque el efecto místico se malogró un poco porque la voz le temblaba de rabia—. Creo…, creo… que veo algo. Algo… que la concierne a usted… Sí, noto algo…, algo tenebroso…, un grave peligro…

La profesora Trelawney señaló con un tembloroso dedo a la profesora Umbridge, que siguió sonriéndole de manera insulsa con las cejas arqueadas.

—Me temo… ¡Me temo que corre un grave peligro! —concluyó la profesora Trelawney con dramatismo.

Se produjo un silencio. La profesora Umbridge todavía tenía las cejas arqueadas.

—Muy bien —repuso en voz baja, y volvió a hacer una anotación—. Si no es capaz de nada mejor…

Se dio la vuelta y dejó a la profesora Trelawney plantada donde estaba mientras ésta respiraba con agitación. Harry miró de reojo a Ron y comprendió que su amigo estaba pensando exactamente lo mismo que él: ambos sabían que la profesora Trelawney era una farsante, pero, por otra parte, detestaban tanto a Umbridge que se sentían inclinados a defenderla. Bueno, al menos hasta que unos segundos más tarde la profesora Trelawney se abatió sobre ellos.

—¿Y bien? —dijo, chasqueando los dedos bajo la nariz de Harry con una brusquedad inusitada—. Déjame ver lo que has escrito en tu diario de sueños, por favor.

Pero cuando terminó de interpretar en voz alta los sueños de Harry (los cuales, incluso aquellos en los que comía gachas de avena, parecía que pronosticaban una muerte espantosa y prematura), él ya no sentía tanta compasión por ella. La profesora Umbridge permaneció todo el rato de pie, un poco alejada, sin dejar de tomar notas, y

cuando sonó la campana fue la primera en bajar por la escalerilla de plata, de modo que ya los esperaba en el aula cuando los alumnos llegaron, diez minutos más tarde, para su clase de Defensa Contra las Artes Oscuras.

Cuando entraron en el aula la encontraron tarareando y sonriendo. Harry y Ron le contaron a Hermione, que había estado en Aritmancia, lo que había pasado en Adivinación mientras los alumnos sacaban sus ejemplares de *Teoría de defensa mágica*, pero antes de que Hermione pudiera preguntar algo, la profesora Umbridge ya los había llamado al orden y todos se habían callado.

—Guardad las varitas —ordenó sin dejar de sonreír, y los estudiantes más optimistas, que las habían sacado, volvieron a guardarlas con pesar en sus mochilas —. En la última clase terminamos el capítulo uno, de modo que hoy quiero que abráis el libro por la página diecinueve y empecéis a leer el capítulo dos, titulado «Teorías defensivas más comunes y su derivación». En silencio, por favor —añadió, y exhibiendo aquella amplia sonrisa de autosuficiencia, se sentó detrás de su mesa.

Los alumnos suspiraron mientras, todos a una, abrían los libros por la página 19. Harry, abatido, se preguntó si habría suficientes capítulos para pasarse el año leyendo en las clases de Defensa Contra las Artes Oscuras, y cuando estaba a punto de revisar el índice se fijó en que Hermione volvía a tener la mano levantada.

La profesora Umbridge también lo había visto, y no sólo eso, sino que al parecer había diseñado una estrategia por si se presentaba aquella eventualidad. En lugar de fingir que no se había fijado en Hermione, se puso en pie y pasó por la primera hilera de pupitres hasta colocarse delante de ella; entonces se agachó y susurró para que el resto de la clase no pudiera oírla:

—¿Qué ocurre esta vez, señorita Granger?

—Ya he leído el capítulo dos —respondió Hermione.

—Muy bien, entonces vaya al capítulo tres.

—También lo he leído. He leído todo el libro.

La profesora Umbridge parpadeó, pero recuperó el aplomo casi de inmediato.

—Estupendo. En ese caso, podrá explicarme lo que dice Slinkhard sobre los contraembrujos en el capítulo quince.

—Dice que los contraembrujos no deberían llamarse así —contestó Hermione sin vacilar—. Dice que «contraembrujo» no es más que un nombre que la gente utiliza para denominar sus embrujos cuando quieren que parezcan más aceptables. —La profesora Umbridge arqueó las cejas y Harry se dio cuenta de que estaba impresionada, a su pesar—. Pero yo no estoy de acuerdo —añadió Hermione.

Las cejas de la profesora Umbridge se arquearon un poco más y su mirada adquirió una frialdad evidente.

—¿No está usted de acuerdo?

—No —contestó Hermione, quien, a diferencia de la profesora, no hablaba en voz

baja, sino con una voz clara y potente que ya había atraído la atención del resto de la clase—. Al señor Slinkhard no le gustan los embrujos, ¿verdad? En cambio, yo creo que pueden resultar muy útiles cuando se emplean para defenderse.

—¡¿Ah, sí?! —exclamó la profesora Umbridge olvidando bajar la voz y enderezándose—. Pues me temo que es la opinión del señor Slinkhard, y no la suya, la que nos importa en esta clase, señorita Granger.

—Pero… —empezó a decir ella.

—Basta —la atajó la profesora Umbridge; a continuación, se dirigió a la parte delantera de la clase y se quedó de pie delante de sus alumnos; todo el garbo que había exhibido al principio de la clase había desaparecido—. Señorita Granger, voy a restarle cinco puntos a la casa de Gryffindor.

Sus palabras desencadenaron un arranque de murmullos.

—¿Por qué? —preguntó Harry, furioso.

—¡No te metas en esto! —le susurró Hermione, alarmada.

—Por perturbar el desarrollo de mi clase con interrupciones que no vienen al caso —contestó la profesora Umbridge suavemente—. Estoy aquí para enseñaros a utilizar un método aprobado por el Ministerio que no contempla la posibilidad de animar a los alumnos a expresar sus opiniones sobre temas de los que no entienden casi nada. Es posible que vuestros anteriores profesores de esta disciplina os hayan permitido más libertades, pero dado que ninguno de ellos, tal vez con la excepción del profesor Quirrell, que al menos se limitó a abordar temas apropiados para vuestra edad, habría aprobado una supervisión del Ministerio…

—Sí, Quirrell era un profesor excelente —dijo Harry en voz alta—, pero tenía un pequeño inconveniente: que por su turbante se asomaba lord Voldemort.

Esa declaración fue recibida con uno de los silencios más aplastantes que Harry había oído en su vida. Y entonces…

—Creo que le sentará bien otra semana de castigos, Potter —sentenció la profesora Umbridge sin alterarse.

El corte que Harry tenía en la mano todavía no se había curado, y a la mañana siguiente volvía a sangrar. Harry no se quejó durante el castigo de la tarde, pues estaba decidido a no dar aquella satisfacción a la profesora Umbridge. Escribió una y otra vez «No debo decir mentiras» sin que un solo sonido escapara de sus labios, aunque el corte iba haciéndose más profundo con cada letra.

Lo peor de aquella segunda semana de castigos fue, como había predicho George, la reacción de Angelina. El martes, a la hora del desayuno, acorraló a Harry cuando éste llegó a la mesa de Gryffindor y se puso a gritarle de tal modo que la profesora McGonagall se acercó desde la mesa de los profesores.

—Señorita Johnson, ¿cómo se atreve a montar semejante escándalo en el Gran

Comedor? ¡Cinco puntos menos para Gryffindor!

—Pero profesora… Han vuelvo a castigar a Harry…

—¿Qué pasa, Potter? —preguntó la profesora McGonagall con enojo dirigiéndose a Harry—. ¿Te han castigado? ¿Quién?

—La profesora Umbridge —masculló esquivando los negros y pequeños ojos de la profesora McGonagall, que lo taladraban a través de las gafas cuadradas.

—¿Estás diciéndome que, después de la advertencia que te hice el lunes pasado —dijo, bajando la voz para que no la oyera un grupo de curiosos de Ravenclaw que tenía detrás—, has vuelto a perder los estribos en la clase de la profesora Umbridge?

—Sí —confesó Harry mirando al suelo.

—¡Tienes que aprender a controlarte, Potter! ¡Estás buscándote problemas! ¡Cinco puntos menos para Gryffindor!

—Pero… ¿qué? ¡No, profesora! —se rebeló Harry, furioso ante aquella injusticia —. Ya me ha castigado ella, ¿por qué tiene que restarme puntos también?

—¡Porque por lo visto los castigos no surten el más mínimo efecto! —exclamó la profesora McGonagall de manera cortante—. ¡No, Potter, no quiero oír ni una palabra más! ¡Y usted, señorita Johnson, haga el favor de reservar en el futuro sus gritos para el campo de *quidditch* si no quiere perder la capitanía del equipo!

Y tras pronunciar esas palabras, la profesora McGonagall se encaminó pisando fuerte hacia la mesa de los profesores. Angelina lanzó a Harry una mirada de profundo desprecio y se alejó de él, tras lo cual el chico se sentó en el banco junto a Ron, echando chispas.

—¡Le quita puntos a Gryffindor porque todas las tardes me abro la mano con una plumilla! ¿Es eso justo?

—Te comprendo, Harry —dijo su amigo compasivamente mientras le servía beicon—. Está completamente chiflada.

Hermione, sin embargo, se limitó a hojear *El Profeta* y no comentó nada.

—Crees que la profesora McGonagall tiene razón, ¿verdad? —le preguntó Harry a la fotografía de Cornelius Fudge que le tapaba la cara a Hermione.

—Lamento que te haya quitado puntos, pero creo que hace bien advirtiéndote que no pierdas los estribos con Umbridge —sentenció la voz de su amiga mientras Fudge gesticulaba enérgicamente en la primera plana cuando pronunciaba un discurso.

Harry no le dirigió la palabra a Hermione en Encantamientos, pero cuando entraron en Transformaciones se le olvidó que estaba enfadado con ella. La profesora Umbridge estaba sentada en un rincón sosteniendo las hojas de pergamino, y al verla, lo ocurrido durante el desayuno se borró de su memoria.

—Estupendo —murmuró Ron cuando se sentaron en los asientos que solían ocupar—. Ahora veremos cómo le dan su merecido a esa Umbridge.

La profesora McGonagall entró en el aula con aire marcial sin dar ni la más leve

muestra de saber que la profesora Umbridge estaba allí.

—¡Ya basta! —exclamó, y la clase se calló de inmediato—. Señor Finnigan, haga el favor de venir a buscar los trabajos y repártalos. Señorita Brown, coja esta caja de ratones, por favor; no seas tonta, niña, no te van a hacer nada, y dale uno a cada alumno.

—Ejem, ejem.

La profesora Umbridge utilizó la misma tosecilla ridícula con que había interrumpido a Dumbledore la primera noche del curso. La profesora McGonagall, sin embargo, la ignoró por completo. Seamus le devolvió su redacción a Harry, quien la cogió sin mirarlo y vio, con gran alivio, que le habían puesto una A.

—Muy bien, escuchadme todos con atención. Dean Thomas, si vuelves a hacerle eso a tu ratón voy a castigarte. La mayoría de vosotros ya habéis conseguido que vuestros caracoles desaparezcan, e incluso quienes les dejasteis un poco de caparazón habéis captado lo esencial del hechizo. Hoy vamos a…

—Ejem, ejem —insistió la profesora Umbridge.

—¿Sí? —dijo la profesora McGonagall volviéndose con las cejas tan juntas que formaban una larga y severa línea.

—Estaba preguntándome, profesora, si habría recibido usted la nota en la que le detallaba la fecha y la hora de su supervi…

—Es evidente que la he recibido, porque si no ya le habría preguntado qué está haciendo en mi aula —la interrumpió la profesora McGonagall, y dicho eso le dio la espalda. Muchos estudiantes intercambiaron miradas de regocijo—. Como iba diciendo, hoy vamos a practicar el hechizo desvanecedor con ratones, lo cual resulta mucho más difícil. Bien, el hechizo desvanecedor…

—Ejem, ejem.

—Me gustaría saber —empezó la profesora McGonagall, conteniendo su ira y volviéndose hacia la profesora Umbridge— cómo espera hacerse una idea de mis métodos de enseñanza si no para de interrumpirme. Verá, por lo general, no tolero que la gente hable cuando estoy hablando yo.

La profesora Umbridge se quedó como si acabara de recibir una bofetada. No dijo nada, pero colocó bien las hojas de pergamino que estaban cogidas con el sujetapapeles y empezó a escribir furiosamente.

La profesora McGonagall, haciendo gala de una indiferencia suprema, se dirigió de nuevo a los alumnos.

—Como iba diciendo, la dificultad del hechizo desvanecedor es proporcional a la complejidad del animal que queremos hacer desaparecer. El caracol, que es un invertebrado, no supone un gran desafío; el ratón, que es un mamífero, plantea un reto mucho mayor. Por lo tanto, éste no es un hechizo que podáis realizar si estáis pensando en la cena. Bien, ya conocéis el conjuro, veamos de qué sois capaces…

—¡Cómo se atreve a sermonearme por perder los estribos con Umbridge! —le murmuró Harry a Ron, aunque sonreía: casi se le había pasado del todo el enfado con la profesora McGonagall.

Dolores Umbridge no siguió a la profesora McGonagall por el aula como había hecho con la profesora Trelawney; quizá se diese cuenta de que la profesora McGonagall no lo permitiría. Sin embargo, tomó muchas notas, sentada en un rincón, y cuando finalmente la profesora McGonagall dijo a sus alumnos que podían recoger, se levantó con semblante adusto.

—Bueno, algo es algo —comentó Ron mientras cogía una larga y escurridiza cola de ratón y la metía en la caja que Lavender estaba pasando por los pasillos.

Cuando salían en fila del aula, Harry vio que la profesora Umbridge se acercaba a la mesa de la profesora McGonagall; entonces le dio un codazo a Ron, que a su vez le dio un codazo a Hermione, y los tres se quedaron rezagados adrede para escuchar.

—¿Cuánto tiempo hace que imparte clases en Hogwarts? —le preguntó la profesora Umbridge.

—En diciembre hará treinta y nueve años —contestó la profesora McGonagall bruscamente, y cerró su bolso con brío.

La profesora Umbridge anotó algo una vez más.

—Muy bien —añadió—, recibirá el resultado de su supervisión dentro de diez días.

—Me muero de impaciencia —replicó la profesora McGonagall con desprecio, y se encaminó hacia la puerta con grandes zancadas—. Daos prisa, vosotros tres —añadió dirigiéndose a Harry, Ron y Hermione.

Harry no pudo evitar dirigirle una tímida sonrisa, y habría jurado que la profesora McGonagall se la devolvía.

Harry creyó que no volvería a ver a Dolores Umbridge hasta el castigo de aquella tarde, pero se equivocaba. Después de recorrer el césped hacia el bosque para asistir a la clase de Cuidado de Criaturas Mágicas, la encontraron esperándolos junto a la profesora Grubbly-Plank con sus dichosas hojas de pergamino para tomar notas.

—Usted no siempre imparte esta clase, ¿verdad? —oyó Harry que le preguntaba a Grubbly-Plank cuando llegaron a la mesa de caballete donde los *bowtruckles* cautivos, que parecían un montón de ramitas vivas, escarbaban en busca de cochinillas.

—Correcto —confirmó la profesora con las manos cogidas detrás de la espalda mientras se balanceaba sobre la parte anterior de la planta del pie—. Soy la sustituta del profesor Hagrid.

Harry intercambió una mirada de desasosiego con sus dos amigos. Malfoy hablaba en voz baja con Crabbe y Goyle; seguro que aprovecharía aquella oportunidad para contarle patrañas sobre Hagrid a un miembro del Ministerio.

—Humm —murmuró la profesora Umbridge, bajando la voz, aunque Harry pudo oírla a la perfección—. El director se muestra extrañamente reacio a proporcionarme información acerca de este asunto… ¿Podría usted decirme cuál es el motivo de la prolongada excedencia del profesor Hagrid?

Harry vio que Malfoy levantaba la cabeza, atento.

—Me temo que no —respondió la profesora Grubbly-Plank con toda tranquilidad —. Sé lo mismo que usted. Dumbledore me envió una lechuza preguntándome si me gustaría hacer una sustitución de dos semanas, y acepté. Es lo único que puedo decirle. Bueno…, ¿ya podemos empezar?

—Sí, por favor —respondió la profesora Umbridge tomando notas de nuevo.

En aquella clase, la profesora Umbridge adoptó una táctica diferente: se paseó entre los estudiantes formulando preguntas sobre criaturas mágicas. La mayoría supo contestar correctamente, y Harry se animó un poco: al menos la clase no estaba poniendo en evidencia a Hagrid.

—Ya que es usted miembro temporal del cuerpo docente, y por lo tanto me imagino que tiene una perspectiva más objetiva —dijo luego la profesora Umbridge, que había regresado junto a la profesora Grubbly-Plank tras interrogar detenidamente a Dean Thomas—, dígame, ¿qué le parece Hogwarts? ¿Considera que recibe suficiente apoyo de la dirección del colegio?

—Sí, ya lo creo. Dumbledore es un excelente director —contestó la profesora Grubbly-Plank con entusiasmo—. Sí, estoy muy contenta con su forma de llevar las cosas, muy contenta.

La profesora Umbridge adoptó una expresión de educada incredulidad, anotó algo en sus hojas y prosiguió:

—¿Y qué materia tiene previsto enseñar a esta clase durante el curso, suponiendo, por supuesto, que el profesor Hagrid no vuelva?

—Oh, estudiaremos las criaturas que suelen salir en el TIMO —respondió la profesora Grubbly-Plank—. No queda mucho por hacer. Ya han estudiado los unicornios y los *escarbatos*; he pensado que podríamos dedicarnos a los *porlocks* y a los *kneazles*, y asegurarnos de que saben reconocer a los *crups* y a los *knarls*…

—Sí, desde luego parece que usted sabe lo que hace —dijo la profesora Umbridge, que hizo ostentosamente una señal de visto en sus notas. A Harry no le gustó el énfasis que puso en la palabra «usted», y aún menos la pregunta que le formuló a continuación a Goyle—: Tengo entendido que en esta clase ha habido heridos, ¿es eso cierto?

Goyle esbozó una estúpida sonrisa y Malfoy se apresuró a contestar por él.

—Fui yo —respondió—. Me golpeó un *hipogrifo*.

—¿Un *hipogrifo*? —se extrañó la profesora Umbridge, escribiendo frenéticamente en sus pergaminos.

—Sí, pero fue porque Malfoy es tan estúpido que no escuchó las instrucciones que le dio Hagrid —intervino Harry, furioso.

Ron y Hermione soltaron un gemido y la profesora Umbridge giró con lentitud la cabeza hacia donde estaba Harry.

—Creo que añadiremos una tarde más de castigo —dijo impasible—. Bueno, muchas gracias, profesora Grubbly-Plank, creo que ya tengo todo lo que necesito. Recibirá los resultados de su supervisión dentro de diez días.

—Estupendo —repuso ella, y la profesora Umbridge regresó por la ladera de césped hacia el castillo.

Era casi medianoche cuando Harry salió del despacho de la profesora Umbridge. La mano le sangraba tanto que se le había manchado el pañuelo con que se la había envuelto. Se había imaginado que al regresar encontraría la sala común vacía, pero Ron y Hermione estaban esperándolo. Se alegró de verlos, sobre todo porque Hermione no se mostró crítica con él, sino comprensiva.

—Toma —dijo con inquietud mientras le acercaba un pequeño cuenco lleno de un líquido amarillo—, pon la mano en remojo, es una solución de tentáculos de *murtlap* pasteurizados y escabechados. Te irá bien.

Harry metió la mano, dolorida y sangrante, en el cuenco y experimentó una agradable sensación de alivio. *Crookshanks* se enroscó alrededor de sus piernas maullando fuerte; luego saltó a su regazo y se quedó acurrucado.

—Gracias —dijo Harry reconfortado, acariciando a *Crookshanks* detrás de las orejas con la mano izquierda.

—Sigo pensando que deberías quejarte de esto —afirmó Ron en voz baja.

—No —contestó Harry cansinamente.

—La profesora McGonagall se pondría furiosa si supiera…

—Sí, lo más probable —admitió Harry—. Pero ¿cuánto crees que tardaría Umbridge en aprobar otro decreto diciendo que cualquier profesor que se queje de la Suma Inquisidora será inmediatamente despedido?

Ron despegó los labios para responder, pero no articuló ningún sonido, y al cabo de un momento volvió a cerrarlos, derrotado.

—Esa mujer es repugnante —afirmó Hermione con un susurro—. Repugnante. Cuando has entrado estaba diciéndole a Ron… que tenemos que tomar cartas en el asunto.

—Yo propongo que la envenenemos —sugirió Ron con gravedad.

—No, en serio… Tendríamos que decir algo sobre lo mala profesora que es y sobre el hecho de que con ella no vamos a aprender nada de Defensa —propuso Hermione.

—Pero ¿qué quieres que hagamos? —le preguntó Ron con un bostezo—. Es

demasiado tarde, ¿no? Ya le han dado el empleo, y ahora no se va a marchar. De eso se encargará Fudge.

—Bueno —aventuró Hermione—, se me ha ocurrido… —Miró con cierto nerviosismo a Harry y prosiguió—: Se me ha ocurrido que a lo mejor ha llegado el momento… de que actuemos por nuestra cuenta.

—¿De que actuemos por nuestra cuenta? —repitió recelosamente Harry, que todavía tenía la mano metida en la solución de tentáculos de *murtlap*.

—Me refiero a… aprender Defensa Contra las Artes Oscuras nosotros solos —aclaró Hermione.

—¿Pretendes hacernos trabajar aún más? ¿No te das cuenta de que Harry y yo volvemos a tener los deberes atrasados y sólo llevamos dos semanas de curso?

—Pero ¡esto es mucho más importante que los deberes! —protestó Hermione.

Harry y Ron la miraron con los ojos desorbitados.

—¡No sabía que en el universo hubiera algo más importante que los deberes! —exclamó Ron.

—No seas tonto, claro que lo hay —replicó Hermione, y Harry percibió atemorizado que de pronto la cara de su amiga denotaba aquel tipo de fervor que la PEDDO le solía inspirar—. Se trata de prepararnos, como dijo Harry en la primera clase de Umbridge, para lo que nos espera fuera del colegio. Se trata de asegurarnos de que verdaderamente sepamos defendernos. Si no aprendemos nada durante un año…

—No podremos hacer gran cosa nosotros solos —repuso Ron con desánimo—. Sí, podemos buscar embrujos en la biblioteca e intentar practicarlos, supongo…

—No, estoy de acuerdo contigo: ya hemos superado esa etapa en la que sólo podíamos aprender cosas en los libros —dijo Hermione—. Necesitamos un profesor, un profesor de verdad que nos enseñe a usar los hechizos y nos corrija si los hacemos mal.

—Si estás pensando en Lupin… —empezó a decir Harry.

—No, no, no estoy pensando en Lupin —dijo Hermione—. Él está demasiado ocupado con la Orden, y además sólo podríamos verlo los fines de semana que fuéramos a Hogsmeade, y eso no sería suficiente.

—Entonces, ¿en quién? —preguntó Harry, mirándola con el entrecejo fruncido.

Hermione suspiró profundamente.

—¿No lo habéis captado? —se lamentó—. Podrías hacerlo tú, Harry.

Hubo un momento de silencio. Una ligera brisa nocturna hacía crujir los cristales de las ventanas y el fuego ardía con luz parpadeante.

—Podría hacer ¿qué? —se sorprendió él.

—Podrías enseñarnos Defensa Contra las Artes Oscuras.

Harry la miró fijamente. Luego dirigió la vista hacia Ron, dispuesto a cambiar

con él una de aquellas miradas de exasperación que compartían cuando Hermione les salía con algún descabellado proyecto como la PEDDO. Sin embargo, para desesperación de Harry, Ron no parecía nada exasperado, y, después de reflexionar unos instantes con el entrecejo un poco fruncido, dijo:

—No es mala idea.

—¿Qué es lo que no es mala idea? —le preguntó Harry.

—Que nos enseñes tú.

—Pero si… —Harry sonrió, convencido de que sus amigos estaban tomándole el pelo—. Pero si yo no soy profesor. Yo no puedo…

—Harry, eres el mejor de nuestro curso en Defensa Contra las Artes Oscuras —le recordó Hermione.

—¿Yo? —dijo Harry sonriendo más abiertamente—. Eso no es verdad, tú me has superado en todos los exámenes que…

—No, Harry —aseguró Hermione cortante—. Tú me superaste en tercero, el único curso en que ambos hicimos el examen y tuvimos un profesor que sabía algo de la asignatura. Pero no estoy hablando de resultados de exámenes, Harry. ¡Piensa en todo lo que has hecho!

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes qué? No estoy seguro de querer que me dé clases alguien tan estúpido —le insinuó Ron a Hermione con una sonrisita. Luego miró a Harry e, imitando a Goyle cuando se concentraba, dijo—: Vamos a ver… En primero salvaste la Piedra Filosofal de las manos de Quien-tú-sabes…

—Pero no gracias a mi habilidad —explicó Harry—, sino porque tuve suerte.

—En segundo —lo interrumpió Ron— mataste al basilisco y destruiste a Ryddle.

—Sí, pero si no llega a ser por *Fawkes*…

—En tercero —prosiguió Ron, subiendo el tono de voz— ahuyentaste a más de un centenar de *dementores* de una sola vez…

—Sabes perfectamente que eso fue por chiripa, si el giratiempo no hubiera…

—El año pasado —continuó Ron ya casi a voz en grito— volviste a vencer a Quien-tú-sabes…

—¿Queréis hacer el favor de escucharme? —saltó Harry casi enfadado porque Ron y Hermione lo miraban sonriendo—. Escuchadme, ¿de acuerdo? Dicho así suena fabuloso, pero lo que pasó fue que tuve suerte, yo ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, no planeé nada, me limité a hacer lo que se me ocurría, y casi siempre conté con ayuda…

Ron y Hermione seguían sonriendo y Harry se puso aún más nervioso; ni siquiera sabía con exactitud por qué estaba tan enfadado.

—¡No os quedéis ahí sentados sonriendo como si vosotros supierais más que yo! Era yo el que estaba allí, ¿no? —dijo acaloradamente—. Yo sé lo que pasó. Y si salí

bien parado de esas situaciones no fue porque supiera mucho de Defensa Contra las Artes Oscuras, sino porque…, porque recibí ayuda en el momento preciso, o porque acerté por casualidad… Pero me libré por los pelos, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo… ¡PARAD DE REÍR!

El cuenco que contenía la solución de *murtlap* cayó al suelo y se rompió y Harry se dio cuenta de que estaba de pie, aunque no recordaba haberse levantado. *Crookshanks* se escondió debajo de un sofá y la sonrisa de Ron y Hermione desapareció.

—¡No tenéis ni idea! ¡Vosotros nunca habéis tenido que enfrentaros a él! ¿Creéis que basta con memorizar un puñado de hechizos y lanzárselos, como si estuvierais en clase? En esas circunstancias eres totalmente consciente de que no hay nada que te separe de la muerte salvo…, salvo tu propio cerebro o tus agallas o lo que sea, como si fuera posible pensar fríamente cuando sabes que estás a milésimas de segundo de que te maten, o de que te torturen, o de ver morir a tus amigos… Lo que se siente cuando uno se enfrenta a situaciones así… nunca nos lo han enseñado en las clases. Y vosotros dos me miráis como si yo fuera muy listo porque estoy aquí de pie, vivo, y Diggory fuera un estúpido, como si él hubiera metido la pata… No lo entendéis; pudo pasarme a mí, me habría pasado de no ser porque Voldemort me necesitaba para…

—Nosotros no queríamos decir eso, Harry —se excusó Ron, que contemplaba aterrado a su amigo—. No nos estábamos metiendo con Diggory, no pretendíamos… Nos has interpretado mal —añadió mirando desesperado a Hermione, que estaba muy afligida.

—Harry —dijo ella con timidez—, ¿es que no lo ves? Por eso…, por eso precisamente te necesitamos. Necesitamos saber… có-cómo es en realidad… enfrentarse a…, enfrentarse a Vo-Voldemort.

Era la primera vez que Hermione pronunciaba el nombre de Voldemort, y fue eso más que ninguna otra cosa lo que calmó a Harry. Se sentó en la butaca, respirando agitadamente, y entonces se dio cuenta de que volvía a dolerle muchísimo la mano. Enseguida lamentó haber roto el cuenco del *murtlap*.

—Bueno, piénsatelo… —insinuó Hermione con voz queda—. Por favor.

Harry no sabía qué decir. Estaba arrepentido de aquel arrebato, así que asintió sin reparar apenas en lo que estaba aceptando.

Hermione se puso en pie.

—En fin, me voy a la cama —anunció, esforzándose por hablar con naturalidad —. Buenas noches…

Ron también se había levantado.

—¿Vienes? —le preguntó con suavidad a Harry.

—Sí. Ahora mismo… Voy a limpiar esto —dijo señalando el cuenco roto. Ron asintió y se marchó—. *¡Reparo!* —murmuró luego Harry apuntando con la varita a

los trozos de porcelana rotos. Los fragmentos se unieron solos y el cuenco quedó como nuevo, pero no había forma de devolver la solución de *murtlap* al cuenco.

De pronto Harry se sintió tan cansado que estuvo tentado de dejarse caer de nuevo en la butaca y dormir allí mismo, pero hizo un esfuerzo para levantarse y siguió a Ron por la escalera. Aquella noche durmió mal y volvió a tener sueños en los que veía largos pasillos y puertas cerradas con llave, y al día siguiente, cuando despertó, volvía a dolerle la cicatriz.

16
Reunión en Cabeza de Puerco

Hermione no volvió a mencionar su idea de que Harry les enseñara Defensa Contra las Artes Oscuras hasta al cabo de dos semanas. Harry (quien no estaba seguro de que las palabras que tenía grabadas en el dorso de la mano llegaran a desaparecer del todo) ya había terminado los castigos con la profesora Umbridge; Ron había asistido a cuatro entrenamientos de *quidditch* más, y en los dos últimos no le habían gritado; y los tres amigos habían conseguido hacer desaparecer sus ratones en la clase de Transformaciones (es más, Hermione había progresado y había hecho desaparecer gatitos), antes de que volvieran a abordar el tema durante una desapacible y tempestuosa tarde de finales de septiembre, cuando estaban sentados en la biblioteca buscando ingredientes de pociones para un trabajo que les había encargado Snape.

—Harry —dijo de pronto Hermione—, ¿has vuelto a pensar en la asignatura de Defensa Contra las Artes Oscuras?

—Pues claro —repuso Harry malhumorado—. ¿Cómo vamos a olvidarla, con la arpía que tenemos de profesora?

—Me refería a la idea que tuvimos Ron y yo… —Ron, alarmado, le dirigió una mirada amenazadora a Hermione, quien frunció el entrecejo y rectificó—: De

acuerdo, de acuerdo, a la idea que tuve yo de que nos dieras clase.

Harry no contestó enseguida. Fingió que leía detenidamente una página de *Antídotos asiáticos,* porque no quería decir lo que estaba pensando.

Lo cierto era que durante aquellas dos semanas había reflexionado mucho sobre aquel tema. A veces le parecía una idea descabellada, como le había parecido la noche que Hermione se la propuso, pero otras se sorprendía a sí mismo pensando en los hechizos que más le habían servido en sus diversos enfrentamientos con *mortífagos* y criaturas tenebrosas; y no sólo eso, a veces se sorprendía a sí mismo planeando inconscientemente las clases…

—Bueno —dijo con lentitud, pues ya no podía continuar simulando que le interesaba muchísimo *Antídotos asiáticos*—. Sí, he pensado un poco.

—¿Y? —preguntó Hermione, esperanzada.

—No lo sé —empezó Harry para ganar tiempo. Luego levantó la cabeza y miró a Ron.

—A mí me pareció buena idea desde el principio —afirmó éste, que parecía más dispuesto a participar en aquella conversación ahora que estaba seguro de que Harry no iba a ponerse a gritar otra vez.

Harry, incómodo, cambió de postura en la silla.

—Ya os dije que gran parte de mi éxito se debió a la suerte.

—Sí, Harry —replicó Hermione suavemente—, pero de todos modos es inútil que finjas que no eres bueno en Defensa Contra las Artes Oscuras, porque lo eres. El año pasado fuiste el único estudiante que supo bloquear la maldición *Imperius* a la perfección, sabes hacer aparecer un *patronus*, sabes hacer cosas que muchos magos adultos no saben. Viktor siempre decía…

Ron giró la cabeza hacia ella, y lo hizo tan bruscamente que dio la impresión de que se había lastimado el cuello. Se lo frotó y dijo:

—¿Ah, sí? ¿Qué decía Vicky?

—¡Jo, jo! —dijo Hermione con voz de aburrimiento—. Decía que Harry sabía hacer cosas que ni siquiera él sabía hacer, y eso que estaba en el último curso del Instituto Durmstrang.

Ron miraba a Hermione con recelo.

—No seguirás en contacto con él, ¿verdad?

—¿Qué hay de malo en eso? —repuso Hermione en tono cortante, aunque se había ruborizado un poco—. Si quiero, puedo tener un amigo por correspondencia…

—Eso no era lo único que él quería —comentó Ron con aire acusador.

Hermione movió negativamente la cabeza, exasperada, y sin hacer caso a Ron, que seguía mirándola fijamente, le dijo a Harry:

—Bueno, ¿qué dices? ¿Nos enseñarás?

—Vale, pero sólo a ti y a Ron, ¿no?

—Verás… —comenzó Hermione con cierto nerviosismo—. Bueno, ahora no vuelvas a subirte por las paredes, Harry, por favor…, pero creo que deberías enseñar a todo aquel que quiera aprender. Mira, estamos hablando de defendernos de Vo-Voldemort. No seas ridículo, Ron. No sería justo que no ofreciéramos a los demás la posibilidad de aprender.

Harry lo pensó un momento, y entonces respondió:

—Sí, pero dudo que haya alguien, aparte de vosotros dos, que esté interesado en que le dé clase. Recuerda que soy un chiflado.

—Creo que te sorprenderías de la cantidad de gente a la que le apetecería escuchar lo que tú tengas que decir —afirmó Hermione muy seria—. Mira —se inclinó hacia Harry; Ron, que todavía la miraba ceñudo, se inclinó también para enterarse—, ¿recuerdas que el primer fin de semana de octubre tenemos la excursión a Hogsmeade? ¿Qué te parecería si le dijéramos a los que estén interesados que se reúnan con nosotros en el pueblo para que podamos discutirlo?

—¿Por qué tenemos que hacerlo fuera del colegio? —preguntó Ron.

—Porque no creo que Umbridge se pusiera muy contenta si descubriera lo que estamos tramando —contestó Hermione, y volvió al diagrama de la col masticadora china que estaba copiando.

Harry estaba deseando que llegara el fin de semana para ir de excursión a Hogsmeade, aunque había una cosa que le preocupaba. Sirius había mantenido un silencio sepulcral desde el día que apareció en el fuego de la chimenea a principios de septiembre; Harry sabía que habían logrado que se enfadara al decirle que no querían que los acompañara, pero de vez en cuando todavía le preocupaba más que Sirius tirara las precauciones por la borda y decidiera presentarse. ¿Qué harían si un gran perro negro se les acercaba dando saltos por una calle de Hogsmeade, quizá ante las narices de Draco Malfoy?

—Tienes que comprender que le apetezca salir a darse un garbeo —opinó Ron cuando Harry compartió sus temores con él y con Hermione—. Ten en cuenta que lleva más de dos años huyendo de la justicia, ¿no?, y ya sé que no debe de haber sido divertido, pero al menos era libre. Sin embargo, ahora está encerrado día y noche con ese horrendo elfo.

Hermione miró con gesto reprobador a Ron, pero ignoró la alusión a Kreacher.

—El problema —le dijo Hermione a Harry— es que Sirius tendrá que permanecer escondido hasta que Vo-Voldemort, ¡Ron, por favor!, salga y dé la cara, ¿no? Quiero decir que el imbécil del ministro no se dará cuenta de que Sirius es inocente hasta que acepte que Dumbledore siempre le ha dicho la verdad sobre él. Y cuando esos inútiles empiecen a atrapar a *mortífagos* de verdad comprenderán que Sirius no es uno de ellos. Ni siquiera tiene la marca.

—No creo que sea tan estúpido para venir —terció Ron convencido—. Dumbledore se enfadaría muchísimo si lo hiciera, y Sirius siempre hace caso a Dumbledore aunque no le guste lo que le manda.

Como Harry seguía preocupado, Hermione añadió:

—Ron y yo hemos estado sondeando a la gente que creíamos que querría aprender algo de Defensa Contra las Artes Oscuras, y hay un par de personas que parecen interesadas. Les hemos dicho que se reúnan con nosotros en Hogsmeade.

—Vale —contestó Harry vagamente, pues seguía pensando en Sirius.

—No te angusties, Harry —lo animó Hermione—. Ya tienes bastantes problemas sin Sirius.

Hermione tenía razón. Harry no conseguía llevar los deberes al día, aunque su situación había mejorado mucho porque ya no debía pasarse todas las tardes castigado con la profesora Umbridge. Ron, en cambio, iba más atrasado aún porque, además de entrenar dos veces por semana, tenía sus obligaciones de prefecto. Por su parte Hermione, que tenía más asignaturas que ellos dos, no sólo había terminado todos sus deberes, sino que también había encontrado tiempo para seguir tejiendo ropa para los elfos. Y Harry tenía que admitir que Hermione estaba mejorando: ya casi siempre era posible distinguir los gorros de los calcetines.

La mañana de la excursión a Hogsmeade amaneció despejada pero ventosa. Después de desayunar formaron una fila delante de Filch, que comprobó que sus nombres aparecían en la larga lista de estudiantes que tenían permiso de sus padres o tutores para visitar el pueblo. Harry recordó con cierto remordimiento que, de no ser por Sirius, no habría podido hacer la excursión.

Cuando Harry llegó frente a Filch, el conserje aspiró fuerte por la nariz, como si intentara detectar algún tufillo en Harry. Luego hizo un brusco movimiento con la cabeza y volvió a temblarle la parte inferior de los carrillos; Harry siguió adelante y salió a la escalera de piedra y a la fría y soleada mañana.

—Oye, ¿por qué te ha olfateado Filch? —le preguntó Ron cuando los tres echaron a andar a buen paso por el ancho camino hacia la verja.

—Supongo que quería comprobar si olía a bombas fétidas —contestó Harry con una risita—. Se me olvidó contároslo…

Y les explicó lo que había sucedido segundos más tarde de haber enviado la carta a Sirius, cuando Filch entró en la lechucería exigiéndole que le enseñara la misiva. A Harry le sorprendió un poco que Hermione considerara tan interesante su historia, mucho más, desde luego, de lo que a él mismo le parecía.

—¿Filch dijo que había recibido un chivatazo de que ibas a encargar bombas fétidas? Pero ¿quién se lo dio?

—No lo sé —respondió Harry, encogiéndose de hombros—. A lo mejor fue Malfoy; seguramente creyó que sería divertido.

Pasaron entre los altos pilares de piedra coronados con sendos cerdos alados y torcieron a la izquierda por la carretera que conducía al pueblo. El viento los despeinaba y el cabello les tapaba los ojos.

—¿Malfoy? —dijo Hermione, escéptica—. Bueno, sí, a lo mejor fue él…

Y siguió muy pensativa hasta que llegaron a las afueras de Hogsmeade.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Harry—. ¿A Las Tres Escobas?

—No, no —repuso Hermione saliendo de su ensimismamiento—. No, siempre está abarrotado y hay mucho ruido. He quedado con los otros en Cabeza de Puerco, ese otro pub, ya lo conocéis, el que no está en la calle principal. Me parece que no es… muy recomendable, pero los alumnos de Hogwarts no suelen ir allí, así que no creo que nos oiga nadie.

Bajaron por la calle principal y pasaron por delante de la tienda de artículos de broma de Zonko, donde no les sorprendió nada ver a Fred, George y Lee Jordan; luego dejaron atrás la oficina de correos, de donde salían lechuzas a intervalos regulares, y torcieron por una calle lateral al final de la cual había una pequeña posada. Un estropeado letrero de madera colgaba de un oxidado soporte que había sobre la puerta, con un dibujo de una cabeza de jabalí cortada que goteaba sangre sobre la tela blanca en la que estaba colocada. Cuando se acercaron a la puerta, el letrero chirrió agitado por el viento y los tres vacilaron un instante.

—¡Vamos! —urgió Hermione, un tanto nerviosa. Harry fue el primero en entrar.

Aquel pub no se parecía en nada a Las Tres Escobas, que era un local limpio y acogedor. Cabeza de Puerco consistía en una sola habitación, pequeña, lúgubre y sucísima, donde se notaba un fuerte olor a algo que podría tratarse de cabras. Las ventanas tenían tanta mugre incrustada que entraba muy poca luz del exterior. Por eso el local estaba iluminado con cabos de cera colocados sobre las bastas mesas de madera. A primera vista, el suelo parecía de tierra apisonada, pero cuando Harry caminó por él, se dio cuenta de que había piedra debajo de una capa de roña acumulada durante siglos.

Harry recordaba que Hagrid había mencionado aquel pub en el primer año que estuvo en Hogwarts: «Hay mucha gente rara en Cabeza de Puerco», dijo cuando les contó cómo le había ganado un huevo de dragón a un desconocido encapuchado que estaba allí. Entonces a Harry le había sorprendido que Hagrid no encontrara raro que un desconocido permaneciera todo el tiempo con la cara tapada; pero en ese momento comprendió que permanecer con la cara tapada era algo normal en aquella taberna. En la barra había un individuo que llevaba la cabeza envuelta con grises y sucias vendas, aunque aun así se las ingeniaba para tragar vaso tras vaso de una sustancia humeante y abrasadora por una rendija que tenía a la altura de la boca. También había dos personas encapuchadas sentadas a una mesa, junto a una de las ventanas; Harry habría jurado que eran *dementores* si no las hubiera oído hablar con un fuerte acento

de Yorkshire. Y en un oscuro rincón, al lado de la chimenea, estaba sentada una bruja con un grueso velo negro que le llegaba hasta los pies. Lo único que se destacaba bajo el velo era la punta de la nariz, un poco prominente.

—No sé qué decirte, Hermione —murmuró Harry mientras avanzaban hacia la barra y miraba con desconfianza a la bruja tapada con el grueso velo—. ¿No se te ha ocurrido pensar que la profesora Umbridge podría estar debajo de eso?

Hermione echó una ojeada a la bruja, evaluándola.

—Umbridge es más baja que esa mujer —comentó en voz baja—. Además, aunque ella entrara aquí, no podría hacer nada para interferir en nuestro proyecto, Harry, porque he revisado minuciosamente las normas del colegio. No estamos fuera de los límites establecidos. Hasta le pregunté al profesor Flitwick si a los alumnos les está permitido entrar en Cabeza de Puerco, y me dijo que sí, aunque me aconsejó que lleváramos nuestros propios vasos. Y he comprobado todo lo que se me ha ocurrido sobre grupos de estudio y trabajo, y son legales. Lo único que no tenemos que hacer es pregonar lo que estamos haciendo.

—Está bien —dijo Harry con aspereza—, sobre todo dado que lo que estamos organizando no es precisamente un grupo de estudio, ¿verdad?

El camarero salió de la trastienda y se les acercó con sigilo. Era un anciano de aspecto gruñón, con barba y una mata de largo cabello gris. Era alto y delgado, y a Harry su cara le resultó vagamente familiar.

—¿Qué queréis? —gruñó.

—Tres cervezas de mantequilla —contestó Hermione.

El camarero metió una mano bajo la barra y sacó tres botellas sucias y cubiertas de polvo que colocó con brusquedad sobre la barra.

—Seis *sickles* —dijo.

—Pago yo —se apresuró a decir Harry, y le entregó las monedas de plata.

El camarero recorrió a Harry de arriba abajo con la mirada, y sus ojos se detuvieron un momento en su cicatriz. Luego se dio la vuelta y depositó las monedas de Harry en una vieja caja registradora de madera cuyo cajón se abrió automáticamente para recibirlas. Harry, Ron y Hermione fueron hacia la mesa más apartada de la barra y se sentaron observando a su alrededor. El individuo de los sucios y grises vendajes dio unos golpes en la barra con los nudillos, y el camarero le sirvió otro vaso lleno de aquella bebida humeante.

—¿Sabéis qué? —murmuró Ron mirando hacia la barra con entusiasmo—. Aquí podríamos pedir lo que quisiéramos. Apuesto algo a que ese tipo nos serviría cualquier cosa, seguro que le importa un rábano. Siempre he querido probar el whisky de fuego…

—¡Ron! ¡Ahora eres prefecto! —lo regañó Hermione.

—¡Ah, sí! —exclamó Ron, y la sonrisa se le borró de los labios.

—Bueno, ¿quién dijiste que iba a venir? —le preguntó Harry a su amiga, arrancando el oxidado tapón de su cerveza de mantequilla y dando un sorbo.

—Sólo un par de personas —repitió Hermione. Consultó su reloj y miró nerviosa hacia la puerta—. Ya deberían estar aquí, estoy segura de que saben el camino… ¡Oh, mirad, deben de ser ellos!

La puerta del pub se había abierto. Un ancho haz de luz, en el que bailaban motas de polvo, dividió el local en dos durante un instante y luego desapareció, pues lo ocultaba la multitud que desfilaba por la puerta.

Primero entraron Neville, Dean y Lavender, seguidos de cerca por Parvati y Padma Patil con Cho (con lo cual a Harry le dio un vuelco el corazón) y una de sus risueñas amigas. Luego entró Luna Lovegood, sola y con aire despistado, como si hubiera entrado allí por equivocación.

A continuación, aparecieron Katie Bell, Alicia Spinnet y Angelina Johnson, Colin y Dennis Creevey, Ernie Macmillan, Justin Finch-Fletchley, Hannah Abbott y una chica de Hufflepuff con una larga trenza, cuyo nombre Harry no sabía; tres chicos de Ravenclaw que, si no se equivocaba, se llamaban Anthony Goldstein, Michael Corner y Terry Boot; Ginny, seguida por un chico alto y delgado, rubio y con la nariz respingona a quien Harry creyó reconocer como miembro del equipo de *quidditch* de Hufflepuff, y, cerrando la marcha, Fred y George Weasley con su amigo Lee Jordan, los tres con enormes bolsas de papel llenas de artículos de Zonko.

—¿Un par de personas? —dijo Harry con voz quebrada—. ¡Un par de personas!

—Bueno, verás, la idea tuvo mucho éxito… —comentó Hermione alegremente —. Ron, ¿quieres traer unas cuantas sillas más?

El camarero, que estaba secando un vaso con un trapo tan sucio que parecía que no lo hubieran lavado nunca, se quedó paralizado. Seguramente, en la vida había visto su pub tan lleno.

—¡Hola! —saludó Fred. Fue el primero en llegar a la barra, y se puso a contar con rapidez a sus acompañantes—. ¿Puede ponernos… veinticinco cervezas de mantequilla, por favor?

El camarero lo fulminó un instante con la mirada; luego, de mala gana, dejó el trapo, como si lo hubieran interrumpido cuando hacía algo importantísimo, y empezó a sacar polvorientas botellas de cerveza de mantequilla de debajo de la barra.

—¡Salud! —exclamó Fred mientras las repartía—. Soltad la pasta, yo no tengo suficiente oro para pagar todo esto…

Harry, que no salía de su asombro, contemplaba a los numerosos y ruidosos estudiantes, que cogían sus cervezas y hurgaban en los bolsillos de sus túnicas buscando monedas. No podía imaginar a qué había ido allí toda aquella gente, hasta que se le ocurrió, horrorizado, que a lo mejor esperaban oír alguna especie de discurso. Se volvió hacia Hermione y, en voz baja, le susurró:

—¿Qué les has dicho? ¿Qué esperan?

—Ya te lo he explicado, sólo quieren oír lo que tengas que decir —contestó Hermione con voz tranquilizadora. Sin embargo, Harry seguía mirándola tan enfadado que rápidamente añadió—: Pero no tienes que hacer nada todavía, primero hablaré yo.

—¡Hola, Harry! —dijo Neville sonriendo, y se sentó frente a él.

Harry intentó devolverle la sonrisa, pero no dijo nada, pues tenía la boca extremadamente seca. Cho se había limitado a sonreírle y se había sentado a la derecha de Ron. Su amiga, que tenía el cabello rizado y de un tono rubio rojizo, no sonrió, sino que lanzó a Harry una mirada de desconfianza con la que dejó muy claro que, de haber podido elegir, ella jamás habría acudido a aquella reunión.

Los recién llegados fueron sentándose en grupos de dos y de tres alrededor de Harry, Ron y Hermione. Algunos parecían muy emocionados, otros, curiosos; Luna Lovegood miraba en torno con ojos soñadores. Cuando todos tuvieron su silla, fue cesando el parloteo. Todos miraban a Harry.

—Esto… —empezó Hermione hablando en voz más alta de lo habitual debido al nerviosismo—. Esto…, bueno…, hola. —Los asistentes giraron la cabeza hacia ella, aunque de vez en cuando las miradas seguían desviándose hacia Harry—. Bueno…, esto…, ya sabéis por qué hemos venido aquí. Veréis, nuestro amigo Harry tuvo la idea…, es decir —Harry le había lanzado una mirada furibunda—, yo tuve la idea de que sería conveniente que la gente que quisiera estudiar Defensa Contra las Artes Oscuras, o sea, estudiar de verdad, ya sabéis, y no esas chorradas que nos hace leer la profesora Umbridge —de repente la voz de Hermione se volvió mucho más potente y segura—, porque a eso no se le puede llamar Defensa Contra las Artes Oscuras —«Eso, eso», dijo Anthony Goldstein, y su comentario animó a Hermione—… Bueno, creí que estaría bien que nosotros tomáramos cartas en el asunto. —Hizo una pausa, miró de reojo a Harry y prosiguió—: Y con eso quiero decir aprender a defendernos como es debido, no sólo en teoría, sino poniendo en práctica los hechizos…

—Pero supongo que también querrás aprobar el TIMO de Defensa Contra las Artes Oscuras, ¿no? —la interrumpió Michael Corner.

—Por supuesto. Pero también quiero estar debidamente entrenada en defensa porque… porque… —inspiró hondo y terminó la frase— porque lord Voldemort ha vuelto.

La reacción de su público fue inmediata y predecible. La amiga de Cho soltó un grito y derramó un chorro de cerveza de mantequilla; Terry Boot dio una especie de respingo involuntario; Padma Patil se estremeció y Neville soltó un extraño chillido que consiguió transformar en una tos. Todos, sin embargo, miraban fijamente, casi con avidez, a Harry.

—Bueno, pues ése es el plan —concluyó Hermione—. Si queréis uniros a nosotros, tenemos que decidir dónde vamos a…

—¿Qué pruebas tenéis de que Quien-vosotros-sabéis ha regresado? —preguntó el jugador rubio de Hufflepuff con tono bastante agresivo.

—Bueno, Dumbledore lo cree… —empezó a decir Hermione.

—Querrás decir que Dumbledore le cree a él —aclaró el muchacho rubio señalando a Harry con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Ron con brusquedad.

—Zacharias Smith —contestó él—, y creo que tenemos derecho a saber qué es exactamente lo que os permite afirmar que Quien-tú-sabes ha regresado.

—Mira —intervino Hermione con rapidez—, ése no es el tema de esta reunión…

—Déjalo, Hermione —dijo Harry, que acababa de comprender por qué había acudido tanta gente a la convocatoria.

Pensó que Hermione debería haberlo previsto. Algunos de sus compañeros, quizá incluso la mayoría, habían ido a Cabeza de Puerco con la esperanza de oír la historia de Harry contada por su protagonista.

—¿Quieres saber qué es exactamente lo que me permite afirmar que Quien-tú-sabes ha regresado? —preguntó mirando a los ojos a Zacharias—. Yo lo vi. El año pasado, Dumbledore le contó al colegio en pleno lo que había ocurrido, pero si tú no lo creíste, no me creerás a mí, y no pienso malgastar una tarde intentando convencer a nadie.

El grupo en su totalidad había contenido la respiración mientras Harry hablaba, y él tuvo la impresión de que hasta el camarero, que seguía secando el mismo vaso con el trapo mugriento y lo ensuciaba aún más, lo escuchaba.

A continuación Zacharias dijo desdeñosamente:

—Lo único que nos contó Dumbledore el año pasado fue que Quien-tú-sabes había matado a Cedric Diggory y que tú habías llevado el cadáver a Hogwarts. No nos contó los detalles ni nos dijo cómo habían matado a Diggory, y creo que a todos nos gustaría saber…

—Si has venido a oír un relato detallado de cómo mata Voldemort, no puedo ayudarte —lo interrumpió Harry. Su genio, que últimamente estaba siempre muy a flor de piel, volvía a descontrolarse. No apartó los ojos del agresivo rostro de Zacharias Smith, y estaba decidido a no mirar a Cho—. No voy a hablar de Cedric Diggory, ¿de acuerdo? De modo que si es a eso a lo que has venido aquí, ya puedes marcharte.

Y entonces lanzó una airada mirada a Hermione. Ella tenía la culpa de aquella situación; ella había decidido exhibirlo como si fuera un monstruo de feria, y por eso todos habían ido a comprobar lo descabellada que era su historia. Pero ninguno de sus compañeros se levantó de la silla, ni siquiera Zacharias Smith, aunque siguió

contemplando a Harry.

—Bueno —saltó Hermione con voz chillona—. Bueno…, como iba diciendo…, si queréis aprender defensa, tenemos que decidir cómo vamos a hacerlo, con qué frecuencia vamos a reunimos y dónde vamos a…

—¿Es verdad —la interrumpió la chica de la larga trenza, mirando a Harry— que puedes hacer aparecer un *patronus*?

Un murmullo de interés recorrió el grupo.

—Sí —contestó Harry poniéndose a la defensiva.

—¿Un *patronus* corpóreo?

Esa frase le sonaba de algo a Harry…

—Oye, ¿tú conoces a la señora Bones? —le preguntó.

—Es mi tía —dijo la chica sonriendo—. Me llamo Susan Bones. Me contó lo de la vista. Bueno, ¿es verdad o no? ¿Sabes hacer aparecer un *patronus* con forma de ciervo?

—Sí.

—¡Caramba, Harry! —exclamó Lee, que parecía muy impresionado—. ¡No lo sabía!

—Mi madre hizo prometer a Ron que no lo contaría —intervino Fred dirigiéndole una sonrisa a Harry—. Dijo que ya atraías suficiente atención.

—Está en lo cierto —murmuró Harry, y un par de personas rieron.

La bruja del velo negro que estaba sentada sola en un rincón se movió un poco en la silla.

—¿Y mataste un basilisco con esa espada que hay en el despacho de Dumbledore? —inquirió Terry Boot—. Eso fue lo que me dijo uno de los retratos de la pared cuando estuve allí el año pasado…

—Pues sí, es verdad… —admitió Harry.

Justin Finch-Fletchley soltó un silbido; los hermanos Creevey se miraron atemorizados y Lavender Brown exclamó «¡Ahí va!» en voz baja. A Harry empezaron a entrarle calores; seguía empeñado en mirar a cualquier sitio menos a Cho.

—Y en primero —dijo Neville dirigiéndose al grupo— salvó la Piedra Filológica…

—Filosofal —lo corrigió Hermione.

—Eso, sí…, de Quien-vosotros-sabéis —concluyó Neville.

Hannah Abbott tenía los ojos redondos como galeones.

—Por no mencionar —intervino Cho, y a Harry se le desviaron los ojos hacia ella, que lo miraba sonriente, y volvió a darle un vuelco el corazón— las pruebas que tuvo que superar en el Torneo de los tres magos el año pasado: se enfrentó a dragones, a la gente del agua, a las acromántulas y a todo tipo de cosas…

Los impresionados asistentes emitieron un murmullo de aprobación que recorrió la mesa. Harry se moría de vergüenza e intentaba controlar la expresión de su rostro para que no pareciera que estaba demasiado satisfecho de sí mismo. El hecho de que Cho acabara de elogiarlo hacía que le resultara mucho más difícil decir a sus compañeros lo que se había propuesto explicar.

—Mirad —dijo sobreponiéndose, y todos callaron al instante—, no… no quisiera pecar de falsa modestia ni nada parecido, pero… en todas esas ocasiones conté con ayuda…

—Con el dragón no —saltó Michael Corner—. Aquello fue un vuelo excepcional…

—Sí, bueno… —cedió Harry creyendo que sería una grosería no admitirlo.

—Y tampoco te ayudó nadie a librarte de los *dementores* este verano —aportó Susan Bones.

—No —reconoció Harry—. De acuerdo, ya sé que algunas cosas las conseguí sin ayuda, pero lo que intento haceros entender es…

—¿Intentas escabullirte y no enseñarnos a hacer nada de eso? —sugirió Zacharias Smith.

—Oye, tú —dijo Ron en voz alta antes de que Harry pudiera contestar—, ¿por qué no cierras el pico?

Ron, que estaba perdiendo la paciencia, miraba a Zacharias como si estuviera deseando pegarle un puñetazo. El chico se ruborizó y se defendió diciendo:

—Hemos venido aquí a aprender de él y ahora resulta que en realidad no puede hacer nada…

—Harry no ha dicho eso —gruñó Fred.

—¿Quieres que te limpiemos las orejas? —le preguntó George sacando un largo instrumento metálico de aspecto mortífero de la bolsa de Zonko.

—O cualquier otra parte del cuerpo. De verdad, no tenemos manías —añadió Fred.

—Sí, bueno… —los interrumpió Hermione—. Siguiendo con lo que decíamos… Lo que importa es: ¿estamos de acuerdo en que queremos que Harry nos dé clases?

Hubo un murmullo general de aprobación. Zacharias se cruzó de brazos y no dijo nada, aunque quizá fuera porque estaba demasiado ocupado vigilando el instrumento que Fred tenía en la mano.

—Muy bien —dijo Hermione, que pareció aliviada al comprobar que al menos se habían puesto de acuerdo en algo—. Entonces, la siguiente pregunta es con qué frecuencia queremos reunimos. Creo que, como mínimo, deberíamos reunimos una vez por semana…

—Un momento —terció Angelina—, tenemos que asegurarnos de que esto no interferirá con nuestros entrenamientos de *quidditch*.

—Eso —coincidió Cho—. Ni con los nuestros.

—Ni con los nuestros —añadió Zacharias Smith.

—Estoy segura de que podremos encontrar una noche que le vaya bien a todo el mundo —afirmó Hermione impacientándose un poco—, pero pensad que esto es muy importante, estamos hablando de aprender solos a defendernos de Vo-Voldemort y de los *mortífagos*…

—¡Así se habla! —bramó Ernie Macmillan. A Harry le sorprendía que hubiera tardado tanto en hablar—. Personalmente creo que lo que intentamos es muy importante, con seguridad lo más importante que haremos este curso, más incluso que los TIMOS. —Miró a su alrededor con gesto imponente, como si esperara que los demás gritaran «¡No exageres!». Pero como nadie dijo nada, prosiguió—: Personalmente no me explico cómo el Ministerio nos ha endilgado una profesora tan inepta en este periodo tan crítico. Es evidente que no quieren aceptar que Quien-vosotros-sabéis ha regresado, pero ponernos una profesora que intenta deliberadamente impedir que utilicemos hechizos defensivos…

—Creemos que la razón por la que Umbridge no quiere entrenarnos en Defensa Contra las Artes Oscuras —explicó Hermione— es que se le ha metido en la cabeza la idea de que Dumbledore podría utilizar a los estudiantes del colegio como una especie de ejército privado. Cree que podría movilizarlos para enfrentarse al Ministerio.

Aquella noticia sorprendió a casi todos; a casi todos excepto a Luna Lovegood, que soltó:

—Bueno, es lógico. Al fin y al cabo, Cornelius Fudge tiene su propio ejército privado.

—¿Qué? —saltó Harry, absolutamente desconcertado por aquella inesperada información.

—Sí, tiene un ejército de *heliópatas* —afirmó Luna con solemnidad.

—Eso no es cierto —le espetó Hermione.

—Claro que sí —la contradijo Luna.

—¿Qué son *heliópatas*? —preguntó Neville, perplejo.

—Son espíritus de fuego —contestó Luna, y sus saltones ojos se abrieron aún más, haciéndola parecer más chiflada que nunca—, unas enormes criaturas llameantes que galopan por la tierra quemando cuanto encuentran a su paso…

—No existen, Neville —aseguró Hermione de manera cortante.

—¡Claro que existen! —insistió Luna, furiosa.

—Lo siento, pero ¿qué pruebas hay de que existan? —le preguntó Hermione.

—Hay muchísimos testimonios oculares. Que tú tengas una mentalidad tan cerrada que necesites que te lo pongan todo delante de las narices para que…

—Ejem, ejem —carraspeó Ginny imitando a la perfección a la profesora

Umbridge; varios estudiantes giraron la cabeza, asustados, y luego rieron—. ¿No estábamos intentando decidir cuántas veces nos íbamos a reunir para dar clase de defensa?

—Sí —se apresuró a confirmar Hermione—, exacto. Tienes razón, Ginny.

—Bueno, a mí una vez por semana no me parece mal —opinó Lee Jordan.

—Siempre que… —empezó a decir Angelina.

—Sí, sí, ya sabemos lo del *quidditch* —concedió Hermione con voz tensa—. Bueno, la otra cosa que queda por decidir es dónde vamos a reunimos…

Aquello era mucho más difícil, y el grupo se quedó callado.

—¿En la biblioteca? —propuso Katie Bell tras un largo silencio.

—No creo que la señora Pince se ponga muy contenta si nos ve haciendo hechizos en la biblioteca —comentó Harry.

—¿Y en algún aula que no se utilice? —sugirió Dean.

—Sí —afirmó Ron—. Quizá la profesora McGonagall nos deje la suya. Nos la prestó cuando Harry tenía que practicar para el Torneo de los tres magos.

Pero Harry estaba seguro de que esa vez la profesora McGonagall no sería tan complaciente. Pese al convencimiento de Hermione de que los grupos de estudio y trabajo estaban permitidos, él tenía la impresión de que considerarían aquél excesivamente subversivo.

—Bueno, ya buscaremos un sitio —dijo Hermione—. Cuando tengamos el sitio y la hora de la primera reunión os enviaremos un mensaje a todos. —Rebuscó en su mochila, sacó un rollo de pergamino y una pluma y vaciló un momento, como si estuviera armándose de valor para decir algo—. Creo que ahora cada uno debería escribir su nombre, para que sepamos que ha estado aquí. Pero también creo —añadió inspirando hondo— que todos deberíamos comprometernos a no ir por ahí contando lo que estamos haciendo. De modo que si firmáis, os comprometéis a no hablar de esto ni con la profesora Umbridge ni con nadie.

Fred cogió el pergamino y, decidido, firmó en él, pero Harry se fijó enseguida en que varias personas no parecían muy dispuestas a poner su nombre en la lista.

—Esto… —empezó Zacharias con lentitud, y no cogió el pergamino que George intentaba pasarle—. Bueno…, estoy seguro de que Ernie me dirá cuándo es la reunión.

Pero Ernie tampoco parecía muy decidido a firmar. Hermione lo miró arqueando las cejas.

—Es que… ¡somos prefectos! —dijo Ernie—. Y si alguien encontrara esta lista… Bueno, quiero decir que… ya lo has dicho tú misma, si se entera la profesora Umbridge…

—Acabas de decir que haber formado este grupo es la cosa más importante de este curso —le recordó Harry.

—Sí, ya… —repuso Ernie—. Sí, y lo creo, pero…

—Ernie, ¿de verdad piensas que voy a dejar esta lista por ahí? —le preguntó Hermione con irritación.

—No. No, claro que no —contestó Ernie un poco aliviado—. Yo…, sí, claro que firmo.

Después de Ernie nadie puso reparos, aunque Harry vio que la amiga de Cho la miraba con reproche antes de escribir su nombre. Cuando hubo firmado el último, Zacharias, Hermione cogió el pergamino y lo guardó con cuidado en su mochila. En ese momento, el grupo experimentaba una sensación extraña. Era como si acabaran de firmar una especie de contrato.

—Bueno, el tiempo pasa —dijo Fred con decisión, y se puso en pie—. George, Lee y yo tenemos que comprar unos artículos delicados. Ya nos veremos más tarde.

Los demás estudiantes se marcharon también en grupos de dos y de tres. Cho se entretuvo mucho cerrando el broche de su mochila antes de marcharse, mientras la larga y oscura melena le oscilaba y le tapaba la cara; pero su amiga la esperaba con los brazos cruzados, chasqueando la lengua, así que Cho no tuvo más remedio que irse con ella. Cuando ambas llegaron a la puerta, Cho se volvió y se despidió de Harry con la mano.

—Bueno, creo que ha ido muy bien —opinó Hermione alegremente unos momentos más tarde, mientras ella, Harry y Ron salían de Cabeza de Puerco a la intensa luz de la mañana. Harry y Ron llevaban en la mano sus botellas de cerveza de mantequilla.

—Ese Zacharias es un cretino —dijo Ron mirando con rabia a Smith, que iba delante de ellos, apenas distinguible en la distancia.

—A mí tampoco me cae muy bien —admitió Hermione—, pero me oyó hablar con Ernie y Hannah en la mesa de Hufflepuff y parecía muy interesado en venir. ¿Qué querías que hiciera? Y en realidad, cuantos más seamos, mejor. Mira, Michael Corner y sus amigos no habrían venido si él no estuviera saliendo con Ginny…

Ron, que estaba bebiéndose las últimas gotas de cerveza de mantequilla de su botella, se atragantó y derramó toda la que tenía en la boca.

—¿Saliendo CON QUIÉN? —gritó. Tenía las orejas ardiendo—. ¿Que está saliendo con… que mi hermana está saliendo con…? ¿Ginny sale con Michael Corner?

—Bueno, creo que por eso han venido él y sus amigos. Les interesa aprender defensa, desde luego, pero si Ginny no le hubiera contado a Michael lo que estaba…

—¿Desde cuándo salen juntos?

—Se conocieron el año pasado en el baile de Navidad y a final de curso empezaron a salir —explicó Hermione con serenidad. Habían llegado a la calle principal, y Hermione se detuvo frente a La Casa de las Plumas, en cuyo escaparate había una hermosa exposición de plumas de faisán—. Humm… Me encantaría

comprarme una pluma nueva.

Y entonces Hermione entró en la tienda y Harry y Ron la siguieron.

—¿Quién de ellos era Michael Corner? —preguntó éste, furioso.

—El moreno —contestó Hermione.

—No me ha caído bien —dijo Ron de inmediato.

—No me sorprende —respondió Hermione por lo bajo.

—Pero ¡si yo creía que a Ginny le gustaba Harry! —comentó Ron mientras seguía a Hermione por delante de una hilera de plumas expuestas en tarros de cobre.

Hermione lo miró con desdén y movió la cabeza negativamente.

—A Ginny le gustaba Harry, pero se le pasó hace meses. No es que no le caigas bien, Harry… —aclaró, mirando a su amigo mientras examinaba una larga pluma negra y dorada.

Harry, que todavía tenía vivo en la memoria el gesto de despedida de Cho, no encontraba aquel tema tan interesante como Ron, que temblaba de indignación; pero la cuestión le hizo pensar en algo que hasta entonces había pasado por alto.

—¿Por eso ahora me habla? —le preguntó a Hermione—. Antes nunca abría la boca delante de mí.

—Exacto —confirmó Hermione—. Sí, creo que me quedaré ésta…

Fue al mostrador y pagó quince *sickles* y dos *knuts* mientras Ron seguía respirando con agitación.

—Ron —dijo Hermione con severidad, y se dio la vuelta y le dio un pisotón—, por eso precisamente Ginny no te ha dicho que sale con Michael, porque sabía que te lo tomarías mal. Así que haz el favor de no insistir en el tema.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién se lo toma mal? Yo no voy a insistir en nada… —continuó mascullando Ron cuando salieron a la calle.

Hermione miró a Harry y puso los ojos en blanco, y luego, en voz baja, mientras Ron seguía despotricando contra Michael Corner, dijo:

—Y hablando de Michael y Ginny… ¿Qué tal Cho y tú?

—¿Qué quieres decir? —saltó Harry, que tuvo la sensación de que estaba lleno de agua hirviendo. La cara le ardía a pesar del frío. ¿Tan evidente era?

—Bueno —dijo Hermione sonriendo—, no te ha quitado los ojos de encima, ¿no?

Hasta entonces, Harry nunca se había fijado en lo bonito que era el pueblo de Hogsmeade.

17
El Decreto de Enseñanza n.° 24

Desde que había comenzado el curso, Harry nunca había estado tan contento como aquel fin de semana. Ron y él pasaron gran parte del domingo poniendo al día los deberes; aunque no era una tarea precisamente divertida, como volvía a hacer un soleado día de otoño, sacaron sus cosas fuera y se tumbaron a la sombra de una gran haya, junto al borde del lago, en lugar de quedarse trabajando en las mesas de la sala común. Hermione, que como era lógico llevaba al día sus deberes, cogió unos ovillos de lana y encantó sus agujas de tejer, que tintineaban y destellaban suspendidas en el aire delante de ella, mientras tejían gorros y bufandas sin parar.

Harry experimentaba un sentimiento de inmensa satisfacción cuando se acordaba de que estaban tomando medidas para oponer resistencia a la profesora Umbridge y al Ministerio, y que él era un elemento fundamental en la rebelión. No paraba de recordar la reunión del sábado: la gente que había acudido a él para aprender Defensa Contra las Artes Oscuras; la expresión de los rostros de los demás cuando escucharon algunas de las cosas que Harry había hecho; los elogios que Cho le dedicó, alabando su actuación en el Torneo de los tres magos… Pensar que había tantos chicos y chicas que no lo consideraban un mentiroso ni un loco, sino alguien digno de admiración, le

levantó tanto el ánimo que todavía estaba contento el lunes por la mañana, pese a la inminente perspectiva de las clases que menos le gustaban.

Ron y él bajaron del dormitorio hablando acerca de la idea que había tenido Angelina de trabajar en una nueva jugada, bautizada como «voltereta con derrape», en el entrenamiento de aquella noche, y hasta que llegaron al otro extremo de la iluminada sala común no se fijaron en un nuevo elemento que ya había atraído la atención de un pequeño grupo de estudiantes.

En el tablón de anuncios de Gryffindor habían colgado un enorme letrero, tan grande que tapaba casi todos los demás carteles: la lista de libros de hechizos de segunda mano que estaban a la venta, los habituales recordatorios de Argus Filch sobre las normas del colegio, el horario de entrenamiento del equipo de *quidditch*, las ofertas de intercambio de cromos de ranas de chocolate, los últimos anuncios de los Weasley para contratar cobayas, las fechas de las excursiones a Hogsmeade y las listas de objetos perdidos y encontrados. El nuevo letrero estaba escrito con grandes letras negras, y al final había un sello oficial junto a una pulcra firma cargada de florituras.

POR ORDEN DE LA SUMA INQUISIDORA DE HOGWARTS

De ahora en adelante quedan disueltas todas las organizaciones y sociedades, y todos los equipos, grupos y clubes.

Se considerará organización, sociedad, equipo, grupo o club cualquier reunión asidua de tres o más estudiantes.

Para volver a formar cualquier organización, sociedad, equipo, grupo o club será necesario un permiso de la Suma Inquisidora (profesora Umbridge).

No podrá existir ninguna organización ni sociedad, ni ningún equipo, grupo ni club de estudiantes sin el conocimiento y la aprobación de la Suma Inquisidora.

Todo alumno que haya formado una organización o sociedad, o un equipo, grupo o club, o bien haya pertenecido a alguna entidad de este tipo, que no haya sido aprobada por la Suma Inquisidora, será expulsado del colegio.

Esta medida está en conformidad con el Decreto de Enseñanza n.° 24.

Firmado:

Dolores Jane Umbridge
Suma Inquisidora

Harry y Ron leyeron el letrero mirando por encima de las cabezas de un grupo de afligidos alumnos de segundo.

—¿Significa esto que van a cerrar el Club de *Gobstones*? —le preguntó uno de

ellos a su amigo.

—No creo que haya problemas con el Club de *Gobstones* —dijo Ron con tristeza. El alumno, que no lo había visto, dio un respingo—. Pero no creo que nosotros tengamos tanta suerte, ¿no te parece? —le comentó a Harry cuando se apartaron los de segundo.

Harry estaba leyendo una vez más el letrero. El optimismo que lo había acompañado desde el sábado se había esfumado y el estómago se le había encogido de rabia.

—Esto no puede ser una coincidencia —afirmó apretando los puños—. La profesora Umbridge lo sabe.

—No puede ser —replicó Ron de inmediato.

—En aquel pub había gente escuchando. Y seamos realistas: no sabemos con certeza en cuántas personas de las que se presentaron podemos confiar. Cualquiera de ellas pudo ir corriendo a contárselo a la dichosa Umbridge…

Y él que había pensado que lo creían, que lo admiraban incluso…

—¡Zacharias Smith! —exclamó Ron dándose con el puño en la palma de la otra mano—. O… ese Michael Corner también tenía un aspecto sospechoso…

—No sé si Hermione habrá visto esto ya —comentó Harry, mirando hacia la puerta de los dormitorios de las chicas.

—Vamos a contárselo —propuso Ron, y fue hacia la puerta de los dormitorios, la abrió y empezó a subir la escalera de caracol.

Cuando había llegado al sexto escalón, sonó una especie de sirena y los escalones se unieron y formaron un largo y liso tobogán de piedra en espiral. Al principio Ron intentó continuar el ascenso, agitando los brazos, pero cayó hacia atrás, resbaló por el recién creado tobogán y fue a parar a los pies de Harry.

—Me parece que no nos dejan entrar en los dormitorios de las chicas —dijo Harry conteniendo la risa mientras ayudaba a levantarse a Ron.

Dos chicas de cuarto bajaron riendo por el tobogán de piedra.

—¿Quién era el que intentaba subir? —preguntaron alegremente, poniéndose en pie y comiéndose con los ojos a Harry y a Ron.

—Yo —contestó éste, que todavía estaba muy despeinado—. No tenía ni idea de que pudiera pasar esto. ¡No hay derecho! —añadió dirigiéndose a Harry mientras las chicas iban hacia la abertura del retrato sin parar de reír—. Hermione puede subir a nuestro dormitorio, ¿por qué nosotros no…?

—Bueno, es una norma anticuada —explicó Hermione, que acababa de bajar por el tobogán y había aterrizado limpiamente en una alfombra que había delante de Harry y Ron—, pero en *Historia de Hogwarts* se dice que los fundadores del colegio creían que los chicos eran menos dignos de confianza que las chicas. En fin, ¿para qué queríais subir?

—Para verte. ¡Mira eso! —dijo Ron, y la arrastró hasta el tablón de anuncios.

Hermione leyó rápidamente el letrero y puso una expresión glacial.

—¡Alguien se ha chivado! —exclamó Ron, indignado.

—Es imposible —murmuró Hermione en voz baja.

—¡Qué ingenua eres! —explotó Ron—. ¿Crees que porque tú eres honrada y digna de confianza…?

—No, es imposible porque hice un embrujo en el rollo de pergamino en que firmamos todos —explicó Hermione gravemente—. Créeme, si alguien se ha chivado a Umbridge, sabremos exactamente quién ha sido y te aseguro que lo lamentará.

—¿Qué le pasará? —preguntó Ron, intrigado.

—Bueno, para que te hagas una idea —contestó Hermione—, parecerá que el acné de Eloise Midgeon se trata solamente de unas cuantas pecas. Vamos a desayunar y veamos qué piensan los demás… ¿Habrán colgado el letrero en todas las casas?

En cuanto entraron en el Gran Comedor comprendieron que el letrero de la profesora Umbridge no había aparecido únicamente en la torre de Gryffindor. En el comedor se percibía un rumor de una intensidad peculiar y una agitación mayor que la habitual: los alumnos iban y venían por sus mesas, comentando unos con otros lo que habían leído. Harry, Ron y Hermione acababan de sentarse cuando Neville, Dean, Fred, George y Ginny formaron un corro a su alrededor.

—¿Lo habéis visto?

—¿Creéis que lo sabe?

—¿Qué pensáis hacer?

Todos miraban a Harry, y él echó un vistazo alrededor para asegurarse de que no había ningún profesor cerca.

—Seguiremos adelante de todos modos, desde luego —dijo con serenidad.

—Sabía que dirías eso —repuso George, sonriente, y le dio una palmada en el brazo.

—¿Los prefectos también? —preguntó Fred observando inquisitivamente a Ron y a Hermione.

—Por supuesto —afirmó ella con frialdad.

—Mirad, ahí vienen Ernie y Hannah Abbott —observó Ron, que había girado la cabeza—. Y esos de Ravenclaw y Smith… Y ninguno tiene muchos granos.

Hermione parecía alarmada.

—Olvídate de los granos. ¿Se han vuelto locos? No pueden venir aquí ahora, resultará sumamente sospechoso. ¡Sentaos! —les dijo a Ernie y a Hannah sin que se la oyera, pero moviendo exageradamente los labios y haciéndoles señas para que regresaran a la mesa de Hufflepuff—. ¡Más tarde! ¡Ya… hablaremos… más tarde!

—Se lo diré a Michael —terció Ginny, impaciente, y se levantó del banco—. Qué burros, francamente…

Fue corriendo hacia la mesa de Ravenclaw y Harry la siguió con la mirada. Cho estaba sentada cerca, hablando con la amiga del cabello rizado que la había acompañado a Cabeza de Puerco. ¿Y si el letrero de la profesora Umbridge la había asustado y no volvía a asistir a las reuniones?

Pero no comprendieron el alcance de las repercusiones del anuncio hasta que salieron del Gran Comedor y se encaminaron hacia la clase de Historia de la Magia.

—¡Harry! ¡Ron!

Era Angelina, que corría hacia ellos. Parecía absolutamente desesperada.

—No pasa nada —afirmó Harry en voz baja cuando Angelina se le acercó lo suficiente—. Seguiremos adelante de todos…

—¿Te das cuenta de que el *quidditch* está incluido en la prohibición? —le comentó Angelina—. ¡Tenemos que ir a pedirle permiso para volver a formar el equipo de Gryffindor!

—¡¿Qué?! —exclamó Harry, incrédulo.

—¡No puede ser! —dijo Ron, atónito.

—¡Ya habéis leído el letrero! ¡Incluye los equipos! Escucha, Harry… Te lo digo por última vez… ¡Por favor, no vuelvas a perder los estribos con la profesora Umbridge o no nos dejará jugar!

—Está bien —aseguró Harry, pues Angelina parecía a punto de llorar—. No te preocupes, me comportaré…

—Seguro que Umbridge está en Historia de la Magia —comentó Ron gravemente cuando emprendieron de nuevo el camino hacia la clase de Binns—. Todavía no ha supervisado a Binns… Me apuesto lo que quieras a que está allí…

Pero Ron se equivocaba: cuando entraron en el aula sólo encontraron al profesor Binns, que estaba flotando un par de centímetros por encima de su silla, como de costumbre, mientras se preparaba para continuar su monótono discurso sobre las guerras de los gigantes. Aquel día Harry ni siquiera intentó seguir lo que decía el profesor; se puso a garabatear, distraído, en su pergamino, ignorando las frecuentes miradas y los codazos de Hermione, hasta que un golpe particularmente doloroso en las costillas lo obligó a levantar la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó con enojo.

Hermione señaló la ventana y Harry giró la cabeza. *Hedwig* estaba posada en el estrecho alféizar, mirándolo a través del grueso cristal, con una carta atada a la pata. Harry no lo entendía: acababan de desayunar, ¿por qué demonios no le había entregado la carta entonces, como hacía normalmente? Varios de sus compañeros de clase señalaban también a *Hedwig*.

—Siempre me ha encantado esa lechuza, es tan bonita… —oyó Harry que Lavender le comentaba a Parvati.

Entonces giró la cabeza y miró al profesor Binns, que continuaba leyendo sus

notas con tranquilidad, sin darse cuenta de que los alumnos le prestaban aún menos atención de lo habitual. Harry se levantó con sigilo de la silla, se agachó y recorrió el pasillo hasta la ventana. Una vez allí, soltó el cierre y la abrió muy despacio.

Suponía que *Hedwig* extendería la pata para que él pudiera retirar la carta, y que luego echaría a volar hacia la lechucería, pero en cuanto abrió la ventana lo suficiente, la lechuza dio un salto y entró, ululando lastimeramente. Harry cerró la ventana y miró preocupado al profesor Binns; después volvió a agacharse y regresó corriendo a su asiento con *Hedwig* sobre el hombro. Llegó a su silla, se puso a *Hedwig* en el regazo y fue a retirar la carta que llevaba atada a la pata.

Entonces se dio cuenta de que su lechuza tenía las plumas muy alborotadas; unas cuantas estaban del revés, y tenía un ala en una extraña postura.

—¡Está herida! —susurró Harry agachando la cabeza. Hermione y Ron se inclinaron hacia él; Hermione hasta dejó la pluma—. Mirad, le pasa algo en el ala…

Hedwig estaba temblando; cuando Harry le tocó el ala, la lechuza dio un respingo y se le erizaron las plumas, como si se le inflaran, y miró a su amo con reproche.

—Profesor Binns —dijo Harry en voz alta, y todos giraron la cabeza hacia él—, no me encuentro bien.

El profesor Binns levantó la vista de sus notas, sorprendido, como siempre, al ver que estaba ante un aula llena de alumnos.

—¿No se encuentra bien? —preguntó vagamente.

—No, me encuentro muy mal —aseguró Harry con firmeza, y escondiendo a *Hedwig* detrás de la espalda, se levantó—. Creo que necesito ir a la enfermería.

—Sí —repuso el profesor Binns, a quien Harry había pillado desprevenido—. Sí, ya… A la enfermería… Bueno, pues vaya, Perkins…

En cuanto salió del aula, Harry se puso a *Hedwig* sobre el hombro y echó a correr por el pasillo; sólo se paró a pensar cuando perdió de vista la puerta del aula de Binns.

La persona idónea para curar a *Hedwig* habría sido Hagrid, por descontado, pero como no sabía dónde se hallaba su amigo, la única opción que tenía era encontrar a la profesora Grubbly-Plank y confiar en que lo ayudara.

Miró por la ventana hacia los jardines: el cielo estaba nublado y borrascoso. No había ni rastro de la profesora Grubbly-Plank cerca de la cabaña de Hagrid; si no estaba dando clase, seguramente estaría en la sala de profesores. Entonces Harry bajó por la escalera mientras *Hedwig* oscilaba sobre su hombro y ululaba débilmente.

Dos gárgolas de piedra flanqueaban la puerta de la sala de profesores. Cuando Harry se acercó, una de ellas dijo con voz ronca:

—Deberías estar en clase, hijito.

—Esto es urgente —contestó Harry con tono cortante.

—¡Oh! ¡Es urgente! ¿En serio? —repuso la otra gárgola con voz chillona—. ¡No

me digas!

Harry llamó a la puerta. Oyó pasos, y entonces la puerta se abrió. Harry se encontró cara a cara con la profesora McGonagall.

—¡No habrán vuelto a castigarte! —exclamó ella inmediatamente, alarmada, mirándolo a través de sus gafas de montura cuadrada.

—No, profesora —contestó Harry.

—Entonces, ¿por qué no estás en clase?

—Por lo visto es urgente —afirmó la segunda gárgola con malicia.

—Busco a la profesora Grubbly-Plank —explicó Harry—. Es mi lechuza. Está herida.

—¿Una lechuza herida? —La profesora Grubbly-Plank apareció detrás de la profesora McGonagall, fumando una pipa y con un ejemplar de *El Profeta* en las manos.

—Sí —dijo Harry levantando con cuidado a *Hedwig* de su hombro—. Ha llegado más tarde que el resto de las lechuzas y no sé qué le pasa en el ala, mire…

La profesora Grubbly-Plank sujetó firmemente la pipa entre los dientes y cogió a *Hedwig* mientras la profesora McGonagall los miraba.

—Humm —dijo la profesora Grubbly-Plank. La pipa se le movía un poco cuando hablaba—. Parece que la han atacado. Pero no sé qué criatura puede habérselo hecho. A veces los *thestrals* atacan a los pájaros, desde luego, pero Hagrid tiene a los *thestrals* de Hogwarts muy bien entrenados para que no se acerquen a las lechuzas.

Harry ni sabía qué eran los *thestrals* ni le importaba; lo único que le interesaba saber era si *Hedwig* iba a ponerse bien. La profesora McGonagall, sin embargo, miró con dureza a Harry y le preguntó:

—¿Sabes si esta lechuza viene de muy lejos, Potter?

—Esto… —dijo Harry—. Desde Londres, creo.

Harry miró brevemente a la profesora McGonagall, pero al ver que ésta fruncía el entrecejo, se dio cuenta de que la profesora había comprendido que «Londres» significaba en realidad «el número 12 de Grimmauld Place».

La profesora Grubbly-Plank sacó un monóculo de un bolsillo de su túnica y se lo colocó en un ojo para examinar meticulosamente el ala de *Hedwig*.

—Si me la dejas, intentaré averiguar qué le ha pasado, Potter —dijo—. De todos modos, no conviene que vuele largas distancias durante unos días.

—Gracias… —dijo Harry, y entonces sonó la campana que anunciaba el descanso.

—No pasa nada —dijo la profesora Grubbly-Plank con brusquedad; a continuación, se dio la vuelta y entró en la sala de profesores.

—¡Un momento, Wilhelmina! —exclamó la profesora McGonagall—. ¡La carta de Potter!

—¡Ah, sí! —dijo Harry, que había olvidado quitarle el rollo de pergamino a *Hedwig*.

La profesora Grubbly-Plank se lo entregó y a continuación desapareció en la sala de profesores con la lechuza, que miraba a su amo como si no pudiera creer que se hubiera desprendido de ella tan fácilmente. Harry, sintiéndose ligeramente culpable, se dio la vuelta para marcharse, pero la profesora McGonagall lo llamó:

—¡Potter!

—¿Sí, profesora?

La profesora McGonagall miró hacia ambos lados del pasillo, por donde empezaban a llegar alumnos.

—Recuerda —dijo rápidamente y en voz baja, mirando el pergamino que Harry tenía en la mano— que los canales de comunicación de entrada y de salida de Hogwarts podrían estar controlados.

—Ya… —respondió Harry, pero el tropel de alumnos que se acercaba por el pasillo casi había llegado hasta donde se hallaban.

Entonces la profesora McGonagall hizo un brusco movimiento con la cabeza y entró en la sala de profesores, mientras que la multitud arrastró a Harry hacia el patio. Éste vio que Ron y Hermione estaban esperándolo en un rincón apartado, con el cuello de las capas levantado para protegerse del viento. Harry abrió el rollo de pergamino mientras iba hacia ellos y descubrió que sólo había cinco palabras escritas con la letra de Sirius:

«Hoy, misma hora, mismo sitio.»

—¿Cómo está *Hedwig*? —preguntó Hermione, preocupada, tan pronto como Harry llegó junto a ellos.

—¿Adónde la has llevado? —preguntó Ron a su vez.

—Se la he llevado a la profesora Grubbly-Plank —respondió Harry—. Y he visto a McGonagall… Escuchad…

Y les contó lo que había dicho la profesora McGonagall. Para sorpresa de Harry, ninguno de sus dos amigos se mostró sorprendido. Más bien al contrario: intercambiaron miradas de complicidad.

—¿Qué pasa? —inquirió Harry observándolos con desconcierto.

—Bueno, precisamente estaba diciéndole a Ron… ¿Y si alguien ha intentado interceptar a *Hedwig*? Es la primera vez que llega herida de un vuelo, ¿verdad?

—Bueno, ¿de quién es la carta? —preguntó Ron quitándole la nota a Harry de las manos.

—De *Hocicos* —contestó Harry en voz baja.

—¿«Misma hora, mismo sitio»? ¿Se refiere a la chimenea de la sala común?

—Evidentemente —confirmó Hermione, que también había leído la nota. Parecía nerviosa—. Espero que nadie más haya visto esto…

—El rollo todavía estaba sellado —comentó Harry intentando convencerse también a sí mismo—. Y nadie entendería qué significa el mensaje si no sabe dónde hemos hablado con él la vez anterior, ¿no?

—No lo sé —dijo Hermione, angustiada. En ese momento volvió a sonar la campana y se colgó la mochila del hombro—. No sería muy difícil volver a sellar el rollo mediante magia… Y si hay alguien vigilando la Red Flu… Pero ¡no sé cómo vamos a decirle que no venga sin que nos intercepten a nosotros también!

A continuación bajaron cansinamente la escalera de piedra que conducía a las mazmorras donde daban la clase de Pociones. Iban los tres absortos en sus pensamientos, pero, cuando llegaron al final de la escalera, la voz de Draco Malfoy los sacó de su ensimismamiento. Draco estaba de pie junto a la puerta del aula de Snape y exhibía una hoja de pergamino de aspecto oficial mientras hablaba en voz mucho más alta de lo necesario para que lo oyera todo el mundo.

—Sí, la profesora Umbridge ha concedido permiso al equipo de *quidditch* de Slytherin para seguir jugando. He ido a pedírselo esta mañana a primera hora. Bueno, ha sido prácticamente automático, porque la profesora Umbridge conoce muy bien a mi padre, ya que mi padre frecuenta el Ministerio… Será interesante saber si al equipo de Gryffindor también le dan permiso para seguir jugando, ¿verdad?

—No os sulfuréis —imploró con un susurro Hermione a Harry y a Ron, que miraban a Malfoy con los puños apretados y gesto amenazador—. Eso es precisamente lo que está buscando.

—Lo digo —prosiguió Malfoy levantando un poco más la voz y mirando a Harry y Ron con unos ojos que despedían malévolos destellos— porque si es cuestión de influencia en el Ministerio, no creo que tengan muchas posibilidades… Según dice mi padre, hace años que buscan un pretexto para despedir a Arthur Weasley… Y en cuanto a Potter…, mi padre dice que cualquier día el Ministerio lo factura para el Hospital San Mungo… Por lo visto, tienen una planta reservada para gente a la que la magia ha trastornado.

Malfoy hizo una mueca grotesca, con la boca abierta y los ojos bizcos, Crabbe y Goyle se rieron a carcajadas, como de costumbre, y Pansy Parkinson soltó una risita idiota.

De pronto, Harry notó un golpe en el hombro que lo desvió hacia un lado. Unas milésimas de segundo más tarde, se dio cuenta de que Neville lo había apartado de un empujón e iba derechito hacia Malfoy.

—¡No, Neville!

Harry saltó hacia delante y agarró a Neville por la túnica; éste forcejeó con ímpetu, agitando los puños, e intentó abalanzarse sobre Malfoy, que durante un

momento se quedó completamente perplejo.

—¡Ayudadme! —gritó Harry.

Consiguió rodear el cuello de Neville con un brazo, tiró de él hacia atrás y lo alejó de los de Slytherin. Crabbe y Goyle se colocaron delante de Malfoy y flexionaron los brazos, listos para pelear. Ron agarró a Neville por los brazos, y Harry y él lograron volver a colocarlo en la fila de alumnos de Gryffindor. Neville estaba rojo como un tomate; la presión que Harry ejercía sobre su cuello hacía que apenas se le entendiera, pero seguía farfullando:

—No tiene… gracia… San Mungo…, ya verás…

Entonces se abrió la puerta de la mazmorra y Snape apareció en el umbral. Recorrió con sus negros ojos a los alumnos de Gryffindor hasta llegar a donde estaban Harry y Ron intentando sujetar a Neville.

—¿Peleando, Potter, Weasley, Longbottom? —preguntó Snape con su fría y socarrona voz—. Diez puntos menos para Gryffindor. Suelta a Longbottom, Potter, o serás castigado. Todos adentro.

Harry soltó a Neville, que se quedó mirándolo y jadeando.

—He tenido que frenarte —se excusó Harry entrecortadamente mientras recogía su mochila—. Crabbe y Goyle te habrían hecho pedazos.

Neville no dijo nada; se limitó a recoger su mochila y entró muy ofendido en la mazmorra.

—Por las barbas de Merlín —comentó Ron en voz baja mientras seguían a Neville—. ¿Qué le ha pasado?

Harry no contestó. Sabía perfectamente por qué aquella alusión a la gente que estaba en San Mungo con secuelas cerebrales a causa de la magia había afectado tanto a Neville, pero había jurado a Dumbledore que no revelaría a nadie el secreto de Longbottom. Ni siquiera el propio Neville podía imaginarse que Harry estaba al corriente.

Harry, Ron y Hermione se sentaron como siempre al fondo de la clase y sacaron pergamino, plumas y sus ejemplares de *Mil hierbas y hongos mágicos.* Sus compañeros de clase cuchicheaban sobre lo que acababa de hacer Neville, pero cuando Snape cerró la puerta de la mazmorra con un sonoro golpetazo, todos guardaron silencio de inmediato.

—Como veréis —dijo Snape con su queda y socarrona voz—, hoy tenemos una invitada.

Señaló un oscuro rincón de la mazmorra y Harry vio a la profesora Umbridge sentada allí, con las hojas de pergamino cogidas con el sujetapapeles sobre las rodillas. Harry miró de reojo a Ron y a Hermione arqueando las cejas. Snape y Umbridge, los dos profesores que más odiaba: aunque era difícil decidir cuál prefería que triunfara.

—Hoy vamos a continuar con la solución fortificante. Encontraréis vuestras mezclas como las dejasteis en la última clase; si las preparasteis correctamente deberían haber madurado durante el fin de semana. Las instrucciones —agitó su varita— están en la pizarra. Ya podéis empezar.

La profesora Umbridge pasó la primera media hora de la clase tomando notas en su rincón. Harry estaba deseando escuchar cómo interrogaba a Snape, pero le interesaba tanto enterarse que estaba volviendo a descuidar su poción.

—¡Sangre de salamandra, Harry —le avisó Hermione por lo bajo, agarrándole la muñeca para impedir que añadiera un ingrediente equivocado por tercera vez—, no jugo de granada!

—Vale —dijo Harry, despistado. Luego empezó a verter el contenido de la botella en el caldero y siguió observando el rincón. La profesora Umbridge acababa de levantarse—. ¡Ja! —exclamó en voz baja al ver que la profesora caminaba dando zancadas entre dos hileras de pupitres hacia Snape, que estaba inclinado sobre el caldero de Dean Thomas.

—Bueno, parece que los alumnos están bastante adelantados para el curso que hacen —comentó la profesora Umbridge con brusquedad, dirigiéndose a Snape, que estaba de espaldas—. Aunque no estoy segura de que sea conveniente enseñarles a preparar una poción como la solución fortificante. Creo que el Ministerio preferiría que fuera eliminada del programa. —Snape se enderezó lentamente y se volvió para mirarla—. Dígame, ¿cuánto tiempo hace que enseña en Hogwarts? —le preguntó con la pluma apoyada en el pergamino.

—Catorce años —respondió Snape. La expresión de su rostro era insondable. Sin quitarle los ojos de encima al profesor, Harry añadió unas gotas más a su poción, que produjo un silbido amenazador y pasó del color turquesa al naranja.

—Tengo entendido que primero solicitó el puesto de Defensa Contra las Artes Oscuras, ¿no es así? —inquirió la profesora Umbridge.

—Sí —contestó Snape con serenidad.

—Pero ¿no lo consiguió?

Snape torció el gesto y respondió:

—Es obvio.

La profesora Umbridge anotó algo en sus pergaminos.

—Y desde que entró en el colegio ha solicitado con regularidad el puesto de Defensa Contra las Artes Oscuras, ¿verdad?

—Sí —contestó Snape, imperturbable, sin mover apenas los labios. Parecía muy enfadado.

—¿Tiene usted idea de por qué Dumbledore ha rechazado por sistema su solicitud? —inquirió la profesora Umbridge.

—Eso debería preguntárselo a él —dijo Snape entrecortadamente.

—Oh, lo haré, lo haré —dijo la profesora Umbridge componiendo una dulce sonrisa.

—Aunque no veo qué importancia puede tener eso —añadió Snape a la vez que entrecerraba sus ojos negros.

—¡Oh, ya lo creo que la tiene! —replicó la profesora Umbridge—. Sí, el Ministerio quiere conocer a la perfección el… pasado de los profesores.

Y entonces se dio la vuelta, fue hacia Pansy Parkinson y empezó a interrogarla sobre las clases. Snape giró la cabeza hacia donde estaba Harry y sus miradas se encontraron durante un momento. Harry bajó rápidamente la vista hacia su poción, que se había espesado, dando lugar a una masa asquerosa, y desprendía un intenso olor a goma quemada.

—Otro cero, Potter —dijo Snape con malicia, y vació el caldero de Harry con una sacudida de la varita—. Quiero que me escribas una redacción sobre la correcta composición de esta poción, indicando dónde y por qué te has equivocado, y que me la entregues en la próxima clase. ¿Entendido?

—Sí —contestó Harry, furioso.

Snape ya les había mandado un trabajo, y Harry tenía entrenamiento de *quidditch* aquella tarde; eso significaba que pasaría un par de noches más sin dormir. No podía creer que aquella mañana hubiera despertado contento. Lo único que sentía en ese instante era un intenso deseo de que el día llegara a su fin.

—A lo mejor me salto Adivinación —les comentó con desánimo a Ron y a Hermione en el patio, después de comer. El viento agitaba el bajo de sus túnicas y las alas de sus sombreros—. Fingiré que estoy enfermo y escribiré la redacción para Snape, así no tendré que pasar otra noche en blanco.

—No puedes saltarte Adivinación —le regañó Hermione con severidad.

—¡Mira quién habla! ¡Tú te has borrado de esa asignatura porque no soportas a la profesora Trelawney! —exclamó Ron, indignado.

—No la odio —aseguró Hermione con altivez—. Sencillamente pienso que es una profesora atroz y una farsante como la copa de un pino. Pero Harry ya se ha saltado Historia de la Magia y no creo que hoy deba perderse ninguna otra clase.

Hermione tenía razón, y a Harry no le quedó más remedio que hacerle caso. Media hora más tarde se encontraba envuelto en el caluroso y perfumado ambiente del aula de Adivinación, furioso con todo el mundo. La profesora Trelawney volvió a repartir ejemplares de *El oráculo de los sueños.* Harry estaba seguro de que emplearía mejor su tiempo haciendo la redacción que Snape le había puesto como castigo que permaneciendo allí sentado, intentando encontrar el significado de un montón de sueños inventados.

Sin embargo, resultó que Harry no era el único que estaba de mal humor. Dando un porrazo, la profesora Trelawney dejó un ejemplar del libro de texto sobre la mesa

que había entre Harry y Ron, y se alejó con los labios fruncidos. Lanzó el siguiente ejemplar de *El oráculo* a Seamus y Dean, rozando la cabeza de Seamus, y el último libro se lo puso a Neville en el pecho con tanto ímpetu que éste se cayó del puf donde estaba sentado.

—¡Ya podéis empezar! —gritó la profesora Trelawney con una voz chillona y un tanto histérica—. ¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer! ¿O soy una profesora con un nivel de conocimientos tan bajo que ni siquiera os he enseñado a abrir un libro?

Los alumnos la observaron perplejos y luego se miraron unos a otros. Sin embargo, Harry creyó comprender cuál era el motivo del enfado de la profesora Trelawney. Cuando ella volvió haciendo aspavientos a su silla, con los ojos agrandados por las gafas de aumento y llenos de lágrimas de rabia, Harry inclinó la cabeza hacia Ron y murmuró:

—Me parece que ya ha recibido los resultados de su supervisión.

—Profesora… —dijo Parvati Patil con voz queda (Lavender y ella siempre habían admirado enormemente a la profesora Trelawney)—. Profesora, ¿le ocurre… algo?

—¡¿Si me ocurre algo?! —exclamó la profesora Trelawney con una voz cargada de emoción—. ¡No, claro que no! Me han insultado, desde luego… Han hecho insinuaciones contra mí… Han formulado acusaciones infundadas… Pero ¡no, no me ocurre nada! —Inspiró hondo con un estremecimiento y dejó de mirar a Parvati; las lágrimas resbalaban por debajo de sus gafas—. No me importa que no hayan tenido en cuenta mis dieciséis años de abnegado servicio… —prosiguió entrecortadamente —. Por lo visto, eso ha pasado desapercibido… Pero ¡no voy a permitir que me insulten, no, señor!

—Pero profesora, ¿quién la ha insultado? —preguntó Parvati con timidez.

—¡Las autoridades! —contestó la profesora Trelawney con una voz grave, dramática y temblorosa—. Sí, aquellos que tienen los ojos tan cegados por las cosas vulgares que no pueden ver como yo veo, para saber como yo sé… Las videntes siempre han inspirado temor, desde luego; siempre han sido objeto de persecución… Ése es, lamentablemente, nuestro destino.

A continuación tragó saliva, se secó las mejillas con una punta del chal, sacó un pequeño pañuelo bordado de la manga de su túnica y se sonó la nariz, produciendo un ruido como el que producía Peeves al hacer pedorretas.

Ron rió por lo bajo y Lavender le lanzó una mirada de reprobación.

—Profesora… —dijo Parvati—, ¿se refiere a… la profesora Umbridge?

—¡No menciones a esa mujer en mi presencia! —gritó la profesora Trelawney poniéndose en pie; sus collares de cuentas tintinearon y sus gafas lanzaron destellos —. ¡Haced el favor de seguir con vuestro trabajo!

Y pasó el resto de la clase paseándose entre los alumnos. Las lágrimas

continuaban brotando detrás de sus gafas y no paraba de murmurar lo que parecían amenazas.

—… podría presentar mi dimisión… Qué humillación… Ponerme en periodo de prueba… Ya veremos… Cómo se atreve…

—Parece que la profesora Umbridge y tú tenéis algo en común —le dijo Harry a Hermione en voz baja cuando volvieron a verse en la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras—. Es evidente que ella también opina que Trelawney es una farsante. La ha puesto en periodo de prueba.

En ese preciso instante, la profesora Umbridge entró en el aula luciendo su lazo de terciopelo negro y su típica expresión de suficiencia.

—Buenas tardes, chicos.

—Buenas tardes, profesora Umbridge —respondieron sombríamente los alumnos.

—Guardad las varitas, por favor.

Esa vez no hubo ningún revuelo porque nadie se había molestado en sacarla.

—Abrid *Teoría de defensa mágica* por la página treinta y cuatro y leed el tercer capítulo, titulado «Razones para las respuestas no agresivas a los ataques mágicos». En…

—… silencio —dijeron a coro por lo bajo Harry, Ron y Hermione.

• • •

—Nada de entrenamientos de *quidditch* —murmuró Angelina con voz apagada aquella noche cuando Harry, Ron y Hermione entraron en la sala común después de cenar.

—Pero ¡si he controlado mi genio! —exclamó Harry, horrorizado—. No le he dicho nada, Angelina, te lo juro…

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Angelina con tristeza—. Me ha dicho que necesita un poco de tiempo para pensarlo.

—Para pensar ¿qué? —preguntó Ron muy enojado—. A los de Slytherin les ha dado permiso. ¿Por qué no va a dárnoslo a nosotros?

Pero Harry se imaginaba cómo debía de estar disfrutando la profesora Umbridge al mantener la amenaza de disolver el equipo de *quidditch* de Gryffindor, y comprendía perfectamente por qué no quería renunciar demasiado pronto a utilizar aquel recurso contra ellos.

—Bueno —comentó Hermione—, mira la parte positiva del asunto. ¡Al menos ahora tendrás tiempo para escribir la redacción para Snape!

—¿Ésa es la parte positiva? —le espetó Harry mientras Ron miraba con incredulidad a Hermione—. ¿Una redacción de Pociones en lugar de un entrenamiento de *quidditch*?

Harry se dejó caer en una butaca, sacó a regañadientes de la mochila el material

necesario para escribir su redacción de Pociones y se puso a trabajar. Pero le costaba mucho concentrarse, y aunque sabía que Sirius no aparecería en la chimenea hasta mucho más tarde, su mirada se dirigía de forma inconsciente hacia las llamas, por si acaso. Además, había muchísimo ruido en la sala común: parecía que Fred y George habían perfeccionado por fin una clase de golosinas del Surtido Saltaclases, y se turnaban para hacer una demostración de sus efectos ante un animado grupo de curiosos.

Primero, Fred mordía un trocito del extremo de color naranja de un chicle y empezaba a vomitar espectacularmente en un cubo que habían colocado delante de él. A continuación se tragaba, aunque con dificultad, el extremo de color morado del chicle, y los vómitos cesaban de inmediato.

Lee Jordan, que desempeñaba la función de ayudante en la exhibición, hacía desaparecer el vómito, a intervalos regulares, con el mismo hechizo desvanecedor que Snape solía utilizar para eliminar las pociones que elaboraba Harry.

Entre el ruido de las vomiteras, los vítores y los gritos de Fred y George, que no paraban de anotar pedidos de sus compañeros, a Harry le resultaba muy difícil pensar cuál era el método correcto de elaboración de la solución fortificante. Hermione tampoco lo ayudaba nada, porque a Harry lo distraían sobre todo los resoplidos de desaprobación que su amiga dedicaba a las exclamaciones de entusiasmo y al ruido que los vómitos de los gemelos producían al caer en el fondo del cubo.

—Si tanto te molesta, ¿por qué no vas y les dices que paren? —le preguntó Harry con irritación después de tachar por cuarta vez una medida equivocada de polvo de zarpa de grifo.

—No puedo, porque técnicamente no están haciendo nada malo —contestó Hermione apretando los dientes—. Están en su derecho de comerse esas porquerías, y no encuentro ninguna norma que diga que los idiotas que los aclaman no tengan derecho a comprarlas, a menos que esté demostrado que son peligrosas en algún sentido, y no parece que lo sean.

Hermione, Harry y Ron se quedaron mirando cómo George vomitaba a chorro en el cubo, se comía el resto del chicle y se enderezaba, sonriente y con los brazos extendidos, para recibir el prolongado aplauso de su público.

—La verdad es que no entiendo por qué Fred y George sólo aprobaron tres TIMOS cada uno —comentó Harry mientras observaba cómo los gemelos y Lee recogían las monedas de oro que les arrojaba el entusiasmado corro de alumnos—. Lo hacen muy bien.

—Ya, pero es que sólo saben hacer trucos espectaculares que no tienen ninguna aplicación práctica —apuntó Hermione con desdén.

—¿Ninguna aplicación práctica? —repitió Ron con crispación—. Hermione, ya llevan ganados unos veintiséis galeones.

Pasó un buen rato hasta que el corro que rodeaba a los gemelos Weasley se dispersó; entonces Fred, Lee y George se sentaron para contar sus beneficios, de modo que era más de medianoche cuando Harry, Ron y Hermione dispusieron por fin de la sala común para ellos solos. Fred había cerrado la puerta de los dormitorios de los chicos tras él, agitando ostentosamente su caja llena de galeones, y Hermione frunció el entrecejo. Harry, que no avanzaba mucho con su redacción de Pociones, decidió dejarlo por aquella noche. Cuando estaba guardando sus libros, Ron, que dormitaba en una butaca, soltó un gruñido ahogado, despertó y miró con cara de sueño la chimenea.

—¡Sirius! —exclamó.

Harry se volvió con brusquedad. La oscura y despeinada cabeza de su padrino había vuelto a aparecer entre las llamas.

—¡Hola! —saludó sonriente.

—¡Hola! —corearon Harry, Ron y Hermione, y se arrodillaron en la alfombra que había delante de la chimenea. *Crookshanks* se acercó al fuego, ronroneando ruidosamente, e intentó, pese al calor, acercar su cara a la de Sirius.

—¿Cómo va todo?

—No muy bien —contestó Harry mientras Hermione apartaba a *Crookshanks* para que no se chamuscara los bigotes—. El Ministerio ha aprobado otro decreto por el que quedan prohibidos los equipos de *quidditch*…

—… ¿y los grupos secretos de Defensa Contra las Artes Oscuras? —preguntó Sirius.

Hubo una breve pausa.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió Harry.

—Deberíais elegir con más cuidado vuestros lugares de reunión —repuso Sirius sonriendo abiertamente—. Mira que escoger Cabeza de Puerco, ¡menuda ocurrencia!

—¡Bueno, no me negarás que era mejor que Las Tres Escobas! —replicó Hermione a la defensiva—, porque ese local siempre está abarrotado de gente…

—Lo cual significa que no habría sido tan fácil que os oyeran —comentó Sirius —. Todavía tienes mucho que aprender, Hermione.

—¿Quién nos oyó? —preguntó Harry.

—Mundungus, por supuesto —respondió Sirius, y como todos parecían muy desconcertados, rió y añadió—: Era la bruja del velo negro.

—¿La bruja era Mundungus? —se extrañó Harry, atónito—. ¿Y qué hacía en Cabeza de Puerco?

—¿A ti qué te parece que hacía allí? —dijo Sirius, impaciente—. Vigilarte, claro.

—¿Todavía me siguen? —preguntó Harry con enojo.

—Sí —confirmó Sirius—, y me alegro de que así sea, si lo único que se te ocurre hacer en la primera excursión es organizar un grupo ilegal de defensa.

Pero Sirius no parecía ni enfadado ni preocupado, sino que, al contrario, miraba a Harry con evidente orgullo.

—¿Por qué se escondió Dung de nosotros? —inquirió Ron un tanto decepcionado —. A todos nos habría encantado verlo.

—Le prohibieron la entrada en Cabeza de Puerco hace veinte años —explicó Sirius—, y ese camarero tiene una memoria de elefante. Perdimos la capa invisible de recambio de Moody cuando detuvieron a Sturgis, de modo que últimamente Dung se disfraza a menudo de bruja… En fin, antes que nada, Ron, me he comprometido a hacerte llegar un mensaje de tu madre.

—¿Ah, sí? —dijo Ron con aprensión.

—Dice que ni se te ocurra, bajo ningún concepto, formar parte de un grupo secreto e ilegal de Defensa Contra las Artes Oscuras porque te expulsarán del colegio y arruinarás tu futuro. Dice que ya tendrás tiempo de aprender a defenderte por tus propios medios más adelante y que aún eres demasiado joven para preocuparte por esas cosas. Del mismo modo aconseja a Harry y a Hermione —Sirius dirigió la mirada hacia ellos— que no sigan adelante con el grupo, aunque admite que no tiene ninguna autoridad para ordenarles nada, pero simplemente les ruega que recuerden que sólo quiere lo mejor para ellos. Le habría gustado explicarte todo esto por escrito, Ron, pero si hubieran interceptado la lechuza, habrías tenido graves problemas, y no te lo puede decir en persona porque esta noche está de guardia.

—¿De guardia? ¿Dónde? —preguntó rápidamente Ron.

—Eso no es asunto tuyo, son cosas de la Orden —respondió Sirius—. Así que me ha tocado a mí hacer de mensajero y asegurarme de que le comunicas que te he transmitido el mensaje, porque me parece que no se fía de mí.

Hubo otra pausa, durante la cual *Crookshanks*, que maullaba, intentó tocar con la pata la cabeza de Sirius, y Ron se puso a hurgar en un agujero que había en la alfombrilla.

—¿Qué quieres, que te diga que no voy a participar en el grupo de defensa? —murmuró finalmente.

—¿Yo? ¡Claro que no! —exclamó Sirius con sorpresa—. ¡Creo que es una idea excelente!

—¿Ah, sí? —dijo Harry, y se le levantaron los ánimos.

—¡Por supuesto! ¿Acaso crees que tu padre y yo nos habríamos quedado de brazos cruzados y habríamos aceptado las órdenes de una arpía como la profesora Umbridge?

—Pero… el curso pasado lo único que hiciste fue decirme que tuviera cuidado y que no me arriesgara…

—¡El curso pasado había indicios de que dentro de Hogwarts había alguien que intentaba matarte, Harry! —argumentó Sirius con impaciencia—. Este año sabemos

que hay alguien fuera de Hogwarts que está deseando liquidarnos a todos, así que creo que es una idea estupenda que aprendáis a defenderos vosotros mismos.

—¿Y si nos expulsan? —preguntó Hermione, desafiante.

—¡Todo esto fue idea tuya, Hermione! —gritó Harry mirándola fijamente.

—Ya lo sé. Sólo quería saber qué opinaba Sirius —replicó ella encogiéndose de hombros.

—Bueno, estaréis mejor si os expulsan pero sois capaces de defenderos, que si os quedáis sentados a salvo en el colegio sin hacer nada —consideró Sirius.

—¡Eso, eso! —saltaron Harry y Ron con entusiasmo.

—Y bien —continuó Sirius—, ¿cómo pensáis organizar ese grupo? ¿Dónde vais a reuniros?

—Bueno, ése es un problema que todavía no hemos solucionado —admitió Harry —. No sabemos adónde podemos ir.

—¿Y la Casa de los Gritos? —propuso Sirius.

—¡Eh, no es mala idea! —exclamó Ron, pero Hermione puso cara de escepticismo y los tres la miraron.

—Verás, Sirius, es que en la Casa de los Gritos sólo os reuníais cuatro cuando veníais a este colegio —explicó Hermione—, y los cuatro podíais transformaros en animales; supongo que también habríais podido apretujaros bajo una única capa invisible si hubierais querido. Pero nosotros somos veintiocho y ninguno es animago, así que no necesitaríamos una capa invisible, sino un toldo invisible…

—Tienes razón —coincidió Sirius, que parecía un poco alicaído—. Bueno, estoy seguro de que ya se os ocurrirá algo. Había un pasadizo secreto muy espacioso detrás de ese gran espejo del cuarto piso; allí quizá tendríais suficiente espacio para practicar embrujos.

—Fred y George me dijeron que está bloqueado —dijo Harry haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Creo que se derrumbó o algo así.

—Ah… —dijo Sirius frunciendo el entrecejo—. Bueno, ya lo pensaré y os…

Se interrumpió antes de terminar la frase. De pronto, su expresión se tornó tensa y alarmada. Se volvió hacia un lado y tuvieron la sensación de que intentaba encontrar algo en la sólida pared de ladrillo de la chimenea.

—¡Sirius! —dijo Harry, preocupado.

Pero Sirius había desaparecido. Harry se quedó mirando las llamas y luego se volvió hacia Ron y Hermione.

—¿Por qué ha…?

Entonces Hermione soltó un grito ahogado y se puso en pie de un brinco sin apartar la vista del fuego.

Entre las llamas había aparecido una mano que buscaba a tientas como si quisiera coger algo; era una mano de dedos cortos y regordetes llenos de feos y anticuados

anillos.

Los tres echaron a correr. Al llegar a la puerta de los dormitorios de los chicos, Harry miró hacia atrás. La mano de la profesora Umbridge seguía agitándose entre las llamas con la intención de agarrar algo, como si supiera exactamente dónde había estado el cabello de Sirius hasta momentos antes y estuviera decidida a aferrarse a él.

18
El Ejército de Dumbledore

—La profesora Umbridge ha leído tu correo, Harry. No hay otra explicación.

—¿Crees que fue ella quien atacó a *Hedwig*? —preguntó Harry, indignado.

—Estoy prácticamente convencida de ello —respondió Hermione con gravedad —. Cuidado con la rana. Se te escapa.

Harry apuntó con la varita mágica a la rana toro que iba dando saltos hacia el otro extremo de la mesa. *«¡Accio!»,* exclamó, y la rana, resignada, volvió a saltarle a la mano.

La clase de Encantamientos siempre había sido una de las mejores para charlar en privado con los compañeros; generalmente había tanto movimiento y tanta actividad que no había peligro de que te oyeran. Aquel día el aula estaba llena de ranas toro que no paraban de croar y cuervos que graznaban sin cesar, y un intenso aguacero golpeaba y hacía vibrar los cristales de las ventanas, de modo que Harry, Ron y Hermione podían hablar en voz baja y comentar cómo la profesora Umbridge había estado a punto de atrapar a Sirius sin que nadie reparara en ello.

—Empecé a sospechar que la profesora Umbridge te controlaba el correo cuando Filch te acusó de encargar bombas fétidas, porque me pareció una mentira ridícula —

prosiguió Hermione—. En cuanto hubiera leído tu carta habría quedado claro que no las estabas encargando, o sea, que no habrías tenido ningún problema. Es como un chiste malo, ¿no te parece? Pero entonces pensé: ¿y si alguien sólo buscaba un pretexto para leer tu correo? Esa habría sido la excusa perfecta para la profesora Umbridge: le da el chivatazo a Filch, deja que él haga el trabajo sucio y que te confisque la carta; luego busca una forma de robársela o le exige que se la deje ver. No creo que Filch hubiera puesto objeciones, porque ¿alguna vez ha defendido los derechos de los estudiantes? ¡Harry, estás espachurrando a tu rana! —Harry miró hacia abajo. Era verdad: estaba apretando tan fuerte a su rana que al animal casi se le saltaban los ojos. Entonces la dejó apresuradamente sobre el pupitre—. Anoche nos salvamos por los pelos —prosiguió Hermione—. Me pregunto si la profesora Umbridge es consciente de lo poco que le faltó. *¡Silencius!*—exclamó, y la rana con la que estaba practicando su encantamiento silenciador enmudeció a medio croar y la miró llena de reproche—. Si llega a atrapar a *Hocicos*…

Harry terminó la frase por ella:

—… seguramente habría vuelto a Azkaban esta misma mañana.

Luego agitó la varita mágica sin concentrarse mucho, y su rana se infló como un globo verde y empezó a emitir un agudo silbido.

—*¡Silencius!* —repitió Hermione con rapidez, apuntando con su varita a la rana de Harry, que se desinfló silenciosamente ante ellos—. Bueno, ahora ya sabemos que no debe hacerlo más. Pero no sé cómo vamos a comunicárselo. No podemos enviarle una lechuza.

—No creo que vuelva a arriesgarse —terció Ron—. No es estúpido, ya debe de saber que la profesora Umbridge estuvo a punto de atraparlo. *¡Silencius!*—dijo, y el enorme y desagradable cuervo que tenía delante soltó un graznido desdeñoso—. *¡Silencius!* *¡SILENCIUS!* —repitió, y el cuervo graznó aún más fuerte.

—Es que no mueves la varita correctamente —comentó Hermione observando a Ron con mirada crítica—. No hay que sacudirla, sino darle un golpe seco.

—Con los cuervos es más difícil que con las ranas —se defendió él.

—Cambiemos —propuso Hermione, que agarró el cuervo de Ron y puso su gruesa rana en su lugar—. *¡Silencius!* —El cuervo siguió abriendo y cerrando el afilado pico, pero no emitió ningún sonido.

—¡Muy bien, señorita Granger! —dijo el profesor Flitwick con su vocecilla chillona, que sobresaltó a los tres amigos—. Y ahora veamos cómo lo haces tú, Weasley.

—¿Cómo…? Oh, sí, sí —repuso Ron muy aturullado—. Esto… *¡silencius!*

Pero al apuntar a la rana con la varita dio un golpe tan brusco que le metió la punta en un ojo; la rana croó de forma ensordecedora y saltó del pupitre.

A nadie le sorprendió que a Harry y a Ron les pusieran como deberes que

practicaran el encantamiento silenciador.

A la hora del recreo les permitieron quedarse dentro porque llovía. Los tres buscaron asientos en una ruidosa y abarrotada aula del primer piso donde Peeves flotaba con aire soñador, cerca de la araña; de vez en cuando, sin embargo, inflaba una burbuja de tinta sobre la cabeza de algún alumno. Cuando acababan de sentarse, Angelina fue hacia ellos abriéndose paso entre los grupos de estudiantes chismosos.

—¡Tengo el permiso! —exclamó—. ¡Podemos volver a formar el equipo de *quidditch*!

—¡Excelente! —respondieron Harry y Ron al unísono.

—Sí —continuó Angelina con una sonrisa de oreja a oreja—. Fui a hablar con la profesora McGonagall y creo que ella recurrió a Dumbledore. En fin, el caso es que la profesora Umbridge tuvo que ceder. ¡Ja! De modo que esta tarde quiero veros en el campo a las siete en punto porque tenemos que recuperar el tiempo perdido. ¿Os dais cuenta de que sólo faltan tres semanas para nuestro primer partido?

Se alejó de ellos, esquivando por los pelos una burbuja de tinta de Peeves que fue a parar sobre la cabeza de un estudiante de primer curso, y se perdió de vista.

La amplia sonrisa de Ron disminuyó un tanto cuando éste miró por la ventana, a través de la cual ya no se veía nada, pues la lluvia había dejado los cristales opacos.

—Espero que deje de llover. ¿Y a ti qué te pasa, Hermione?

Hermione también miraba por la ventana, pero no observaba nada en concreto. Tenía la mirada perdida y el entrecejo fruncido.

—Estaba pensando… —murmuró sin dejar de mirar la ventana y la lluvia que golpeaba los cristales.

—¿En Sir… *Hocicos*? —apuntó Harry.

—No, no exactamente… Más bien… me preguntaba… Supongo que estamos haciendo lo correcto, ¿no?

Harry y Ron se contemplaron durante un momento.

—Bueno, eso lo aclara todo —dijo Ron—. Habría sido un fastidio que no te hubieras explicado adecuadamente.

Hermione lo miró como si acabara de reparar en su presencia.

—Me preguntaba —continuó con una voz más fuerte— si estamos haciendo lo correcto al organizar el grupo de Defensa Contra las Artes Oscuras.

—¿Qué? —dijeron Harry y Ron a la vez.

—¡Fuiste tú quien tuvo la idea, Hermione! —saltó Ron, indignado.

—Ya lo sé —admitió ella entrelazando los dedos—. Pero después de hablar con *Hocicos*…

—Pero si él nos apoya… —afirmó Harry.

—Sí —dijo su amiga, y volvió a mirar hacia la ventana—. Sí, precisamente por eso pensé que quizá no fuera tan buena idea después de todo…

Peeves flotó hacia ellos panza abajo, con una cerbatana preparada; automáticamente, los tres cogieron sus mochilas y se taparon con ellas la cabeza hasta que Peeves hubo pasado de largo.

—A ver si lo entiendo —dijo Harry de mala gana mientras volvían a dejar las mochilas en el suelo—: ¿Sirius está de acuerdo con nosotros y por eso tú crees que no deberíamos seguir con el proyecto?

Hermione parecía tensa y abochornada. Mirándose las manos, replicó:

—¿Tú confías sinceramente en su criterio?

—¡Pues claro! —exclamó Harry sin vacilar—. ¡Siempre nos ha dado buenos consejos!

Una burbuja de tinta pasó zumbando al lado de ellos y le dio de lleno en la oreja a Katie Bell. Hermione vio cómo ésta se ponía en pie y empezaba a lanzarle cosas a Peeves; pasados unos momentos, Hermione volvió a hablar, y tuvieron la impresión de que elegía las palabras con mucho cuidado.

—¿No crees que se ha vuelto… un poco… imprudente… desde que está encerrado en Grimmauld Place? ¿No crees que… en cierto modo… vive a través de nosotros?

—¿Qué quieres decir con eso de que «vive a través de nosotros»? —replicó Harry.

—Lo que quiero decir… Bueno, creo que a él le encantaría formar una sociedad secreta de defensa ante las narices de alguien del Ministerio… Creo que se siente muy frustrado por lo poco que puede hacer desde donde está… Y creo que, en cierto modo, es por eso por lo que nos incita a crear el grupo.

Ron estaba atónito.

—Sirius tiene razón —afirmó—. Hablas igual que mi madre.

Hermione se mordió la lengua y no dijo nada más. La campana sonó justo cuando Peeves descendía sobre Katie y le vaciaba un tintero en la cabeza.

El tiempo no mejoró a lo largo del día, y a las siete en punto, cuando Harry y Ron bajaron resbalando por la mojada hierba hasta el campo de *quidditch* para el entrenamiento, quedaron empapados en cuestión de minutos. El cielo estaba gris oscuro y tormentoso, y sintieron un gran alivio cuando llegaron a los vestuarios, cálidos e iluminados, pese a saber que la tregua sólo era pasajera. Encontraron allí a Fred y George, que estaban discutiendo si debían utilizar una golosina de su Surtido Saltaclases para no tener que volar.

—… pero seguro que nos descubriría —comentaba Fred con voz queda—. Ojalá ayer no le hubiera dicho que nos comprara unas cuantas pastillas vomitivas.

—Podríamos probar con un tofe de la fiebre —murmuró George—. Eso todavía no lo ha visto nadie…

—¿Funcionan? —preguntó Ron, esperanzado. El golpeteo de la lluvia en el tejado

se había intensificado y el viento aullaba alrededor del edificio.

—Bueno, sí —respondió Fred—. Te sube la temperatura, desde luego.

—Pero también te salen unos enormes granos llenos de pus —añadió George—. Y todavía no hemos encontrado la forma de hacerlos desaparecer.

—Yo no veo que tengáis ningún grano —comentó Ron escudriñando las caras de los gemelos.

—No, bueno, es lógico —explicó Fred, compungido—. No están en un sitio que solamos mostrar en público.

—Pero te aseguro que duelen un montón cuando te sientas en una escoba.

—Muy bien, escuchadme todos —dijo de pronto Angelina con una voz atronadora. Acababa de salir del despacho del capitán—. Ya sé que no hace el tiempo ideal, pero cabe la posibilidad de que tengamos que jugar contra Slytherin en condiciones como éstas, así que no estará mal que nos acostumbremos a apañárnoslas con ellas. Harry, ¿es verdad que les hiciste algo a tus gafas para que la lluvia no las empañara cuando jugamos contra Hufflepuff en medio de aquella tormenta?

—Lo hizo Hermione —contestó Harry. Y sacó su varita, dio con ella unos golpecitos en sus gafas y dijo—: *¡Impervius!*

—Creo que todos deberíamos intentarlo —propuso Angelina—. Si conseguimos apartar la lluvia de nuestra cara, tendremos mejor visibilidad. Vamos, todos juntos: *¡Impervius!* Muy bien, en marcha.

Todos guardaron las varitas mágicas en los bolsillos interiores de las túnicas, se cargaron las escobas al hombro y salieron de los vestuarios detrás de Angelina.

Fueron chapoteando por el barro, cada vez más profundo, hasta el centro del terreno de juego; la visibilidad seguía siendo muy escasa a pesar del encantamiento impermeabilizante; estaba oscureciendo y la cortina de lluvia impedía que se distinguiera el suelo.

—Muy bien, cuando dé la señal —gritó Angelina.

Harry pegó una patada en el suelo, salpicándolo todo de barro, y emprendió el vuelo. El viento lo desviaba ligeramente de su trayectoria. No tenía ni idea de cómo se las iba a ingeniar para distinguir la *snitch* con aquel tiempo, pues ya le costaba bastante ver la única *bludger* con la que practicaban. Cuando sólo llevaba un minuto volando, la *bludger* casi lo derribó de la escoba y tuvo que utilizar la voltereta con derrape para esquivarla. Desgraciadamente, Angelina no lo vio. De hecho, parecía que no veía nada; ninguno de los jugadores tenía ni idea de lo que estaban haciendo los otros. El viento arreciaba; incluso Harry oía a lo lejos el rumor y el martilleo de la lluvia aporreando la superficie del lago.

Angelina insistió durante casi una hora antes de admitir la derrota. Acompañó al empapado y contrariado equipo a los vestuarios e intentó convencer a sus compañeros de que el entrenamiento no había sido una pérdida de tiempo, aunque no

lo decía muy segura. Fred y George eran los que parecían más fastidiados; ambos caminaban con las piernas arqueadas y hacían muecas de dolor a cada momento. Harry los oyó quejarse por lo bajo mientras se secaba el pelo.

—Me parece que a mí se me han reventado unos cuantos —comentó Fred con voz apagada.

—A mí no —replicó George apretando los dientes—. Me duelen muchísimo. Creo que se han hecho aún más grandes.

—¡Ay! —exclamó entonces Harry.

Cerró los ojos y se tapó la cara con la toalla. Había vuelto a notar una punzada de dolor en la cicatriz, más fuerte que las de las últimas semanas.

—¿Qué pasa? —le preguntaron varias voces.

Harry se retiró la toalla de la cara. Veía el interior del vestuario borroso porque no llevaba las gafas, pero aun así se dio cuenta de que todo el mundo se había vuelto hacia él.

—Nada —masculló—. Me he metido un dedo en un ojo.

Pero lanzó una mirada de complicidad a Ron, y ambos se quedaron rezagados cuando el resto del equipo salió del vestuario, envueltos en sus capas y con los sombreros calados hasta las orejas.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Ron en cuanto Alicia hubo salido por la puerta—. ¿Ha sido la cicatriz? —Harry asintió con la cabeza—. Pero… —Ron, asustado, fue hacia la ventana y miró al exterior—. No puede estar por aquí cerca, ¿verdad que no?

—No —dijo Harry sentándose en un banco y frotándose la frente—. Seguramente está a kilómetros de distancia. Me ha dolido porque… está furioso.

Harry había pronunciado aquellas palabras sin haberlas pensado, y al escucharlas tuvo la sensación de que las había dicho otra persona. Sin embargo, supo inmediatamente que era cierto. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía: Voldemort, estuviera donde estuviese, hiciera lo que hiciese, estaba de muy mal humor.

—¿Lo has visto? —le preguntó Ron, horrorizado—. ¿Has tenido… una visión o algo así?

Harry se quedó muy quieto, mirándose los pies, y dejó que la mente y la memoria se le relajaran tras el momento de dolor.

Una desordenada maraña de sombras, un torrente de voces…

—Quiere que alguien haga algo, pero no va tan deprisa como a él le gustaría —dijo.

Una vez más, le sorprendió escuchar las palabras que salían por su boca, aunque a pesar de todo estaba convencido de que lo que acababa de decir era verdad.

—Pero… ¿cómo lo sabes? —inquirió Ron.

Harry hizo un gesto negativo con la cabeza y se tapó los ojos con las manos,

apretándolos con las palmas. Vio surgir unas pequeñas estrellas en la oscuridad. Percibía la presencia de Ron a su lado, en el banco, y sabía que su amigo lo miraba fijamente.

—¿Has sentido lo mismo que la última vez, cuando te dolió la cicatriz en el despacho de la profesora Umbridge? —le preguntó Ron con voz queda—. Es decir, ¿que Quien-tú-sabes estaba enfadado? —Harry negó de nuevo con la cabeza—. Entonces, ¿qué es?

Harry hizo memoria. En aquella ocasión estaba mirando a la profesora Umbridge a la cara… Le había dolido la cicatriz… y había notado algo raro en el estómago…, un extraño aleteo…, una sensación de júbilo… Pero, como es lógico, no la había reconocido, porque él se sentía muy desgraciado…

—La última vez me dolió porque él estaba contento —explicó—. Muy contento. Creía… que iba a pasar algo bueno. Y la noche antes de que viniéramos a Hogwarts… —recordó el momento en que le había dolido mucho la cicatriz en el dormitorio que compartía con Ron en Grimmauld Place— estaba furioso…

Miró a Ron, que lo observaba a su vez con la boca abierta.

—Podrías quitarle la plaza a la profesora Trelawney, Harry —murmuró, sobrecogido.

—No estoy haciendo profecías —replicó Harry.

—De acuerdo, pero ¿sabes lo que estás haciendo? —sentenció Ron, entre asustado e impresionado—. ¡Le estás leyendo la mente a Quien-tú-sabes, Harry!

—No —corrigió éste moviendo negativamente la cabeza—. Más que su mente es su… estado de ánimo, supongo. Recibo impresiones del estado de ánimo que tiene. Dumbledore me habló de esto el año pasado. Dijo que yo percibía cuándo Voldemort estaba cerca de mí, o cuándo sentía odio. Pues bien, ahora también noto cuándo está contento…

Hubo una pausa. El viento y la lluvia azotaban el edificio.

—Tienes que contárselo a alguien —sugirió Ron.

—La última vez se lo conté a Sirius.

—¡Pues cuéntale lo que te ha pasado ahora!

—No puedo, Ron —reflexionó Harry con gravedad—. La profesora Umbridge vigila las lechuzas y las chimeneas, ¿no te acuerdas?

—Entonces cuéntaselo a Dumbledore.

—Él ya lo sabe, acabo de decírtelo —dijo Harry de manera cortante. Se puso en pie, cogió su capa del colgador y se la echó sobre los hombros—. No tiene sentido volver a contárselo.

Ron se abrochó el cierre de la capa mientras observaba atentamente a su amigo.

—A Dumbledore le gustaría saberlo —afirmó.

Harry se encogió de hombros.

—Vamos, todavía tenemos que practicar los encantamientos silenciadores.

Recorrieron los oscuros jardines hasta el castillo, resbalando y tropezando por la hierba fangosa, pero no hablaron. Harry iba pensando. ¿Qué debía de ser lo que Voldemort quería que alguien hiciera, y que no se hacía suficientemente deprisa?

«… tiene otros planes, unos planes que puede poner en marcha con mucha discreción… Cosas que sólo puede conseguir furtivamente… Como un arma. Algo que no tenía la última vez.»

Harry no había vuelto a pensar en aquellas palabras desde hacía semanas; estaba demasiado absorto en lo que estaba ocurriendo en Hogwarts, demasiado ocupado pensando en las batallas con la profesora Umbridge, en la injusticia de la intromisión del Ministerio… Pero en ese momento las recordó y le hicieron reflexionar. Cabía la posibilidad de que Voldemort estuviera furioso porque todavía no había podido hacerse con el arma, fuera cual fuese. ¿Habría desbaratado la Orden sus planes, habría impedido que se apoderara de ella? ¿Dónde estaba guardada? ¿Quién la tenía?

—*¡Mimbulus mimbletonia!* —pronunció Ron, y Harry salió de su ensimismamiento justo a tiempo para pasar por la abertura del retrato y entrar en la sala común.

Por lo visto, Hermione se había acostado temprano, pero había dejado a *Crookshanks* acurrucado en una butaca y un surtido de gorros de elfo de punto, llenos de nudos, sobre una mesa junto al fuego. Harry se alegró de que Hermione no estuviera allí, porque no le apetecía seguir hablando del dolor de su cicatriz ni que su amiga insistiera en que fuera a hablar con Dumbledore. Ron no paraba de lanzarle miradas de inquietud, pero Harry sacó sus libros de Encantamientos y se puso a terminar la redacción, aunque lo único que hacía era fingir que estaba concentrado. Cuando Ron anunció que él también se iba a la cama, Harry no había escrito casi nada.

Pasó la medianoche, y Harry continuaba leyendo y releyendo un párrafo sobre los usos de la coclearia, el ligústico y la tármica sin entender ni una sola palabra.

«Estas plantas resultan muy eficaces para la inflamación del cerebro, y de ahí que se empleen corrientemente en la fabricación de filtros para confundir y ofuscar, o allí donde el mago pretenda producir exaltación e imprudencia…»

… Hermione decía que Sirius estaba volviéndose imprudente porque se hallaba encerrado en Grimmauld Place…

«… muy eficaces para la inflamación del cerebro, y de ahí que se empleen corrientemente…»

… *El Profeta* creería que Harry tenía el cerebro inflamado si se enteraba de que sabía lo que sentía Voldemort…

«… corrientemente en la fabricación de filtros para confundir y ofuscar…»

… «Confundir» era la palabra, sin duda; ¿por qué sabía él lo que sentía

Voldemort? ¿Qué era aquella extraña conexión entre ambos que Dumbledore nunca había sido capaz de explicar satisfactoriamente?

«… o allí donde el mago pretenda…»

… Qué sueño le estaba entrando a Harry…

«… producir exaltación…»

… Estaba tan calentito y cómodo en su butaca junto al fuego, escuchando el repiqueteo de la lluvia en los cristales de las ventanas, el ronroneo de *Crookshanks* y el chisporroteo de las llamas…

El libro que Harry tenía en las manos resbaló y cayó sobre la alfombra de la chimenea, produciendo un ruido sordo. Harry ladeó la cabeza…

Volvía a caminar por un pasillo sin ventanas, y sus pasos resonaban en el silencio. La puerta que había al fondo fue aumentando de tamaño; el corazón de Harry latía muy deprisa por la emoción… Si pudiera abrirla, si pudiera pasar por ella…

Extendió un brazo… Las yemas de sus dedos estaban a sólo unos centímetros de la puerta…

—¡Harry Potter!

Harry despertó sobresaltado. Todas las velas de la sala común se habían apagado, pero vio que algo se movía cerca de él.

—¿Quién está ahí? —preguntó incorporándose en la butaca. El fuego estaba casi apagado, y la estancia, oscura.

—¡Dobby tiene su lechuza, señor! —dijo una vocecilla chillona.

—¿Dobby? —se extrañó Harry con una voz pastosa, y escudriñó la oscuridad hacia el sitio de donde procedía el sonido.

Dobby, el elfo doméstico, estaba de pie junto a la mesa donde Hermione había dejado media docena de gorros de punto. Sus grandes y puntiagudas orejas sobresalían por debajo de lo que Harry sospechó que eran todos los gorros de lana que Hermione había tejido hasta entonces; los llevaba uno encima de otro, y su cabeza parecía dos o tres palmos más larga. En lo alto de la borla del último gorro estaba posada *Hedwig*, que ululaba tranquilamente y, según todos los indicios, curada.

—Dobby se ofreció voluntario para devolverle la lechuza a Harry Potter —explicó el elfo con voz de pito mientras miraba con manifiesta adoración a Harry—. La profesora Grubbly-Plank opina que ya está bien, señor —añadió, e hizo una exagerada reverencia hasta que su puntiaguda nariz rozó la raída alfombra de la chimenea. *Hedwig* soltó un ululato de indignación y voló hasta el brazo de la butaca de Harry.

—¡Gracias, Dobby! —exclamó el chico al mismo tiempo que acariciaba la cabeza de su lechuza y pestañeaba para borrar de su mente la imagen de la puerta que había visto en sueños y que parecía tan real…

Entonces miró con más detenimiento a Dobby y vio que el elfo también llevaba varias bufandas e innumerables calcetines, de modo que sus pies parecían desmesurados para su cuerpo.

—Oye, ¿has cogido todas las prendas que Hermione ha dejado por ahí?

—¡Oh, no, señor! —repuso Dobby alegremente—. Dobby también ha cogido unas cuantas para Winky, señor.

—¡Ah, sí! ¿Cómo está Winky? —le preguntó Harry.

Dobby agachó ligeramente las orejas.

—Winky todavía bebe mucho, señor —afirmó con pesar, mirando al suelo con sus enormes, redondos y verdes ojos, del tamaño de pelotas de tenis—. Siguen sin interesarle las prendas de ropa, Harry Potter. Y a los otros elfos domésticos tampoco. Ya nadie quiere limpiar la torre de Gryffindor porque hay gorros y calcetines escondidos por todas partes; los encuentran insultantes, señor. Dobby lo hace todo él solo, señor, pero a Dobby no le importa, señor, porque él siempre confía en encontrarse a Harry Potter, y esta noche, señor, ¡se ha cumplido su deseo! —El elfo volvió a hacer una reverencia—. Pero Harry Potter no parece contento —prosiguió Dobby, enderezándose de nuevo y mirando tímidamente a Harry—. Dobby lo ha oído hablar en sueños. ¿Tenía Harry Potter pesadillas?

—Sí, aunque no eran muy desagradables —explicó Harry bostezando y frotándose los ojos—. Las he tenido peores.

El elfo contempló a Harry con sus enormes ojos como esferas. Entonces se puso muy serio y, agachando las orejas, dijo:

—A Dobby le encantaría poder ayudar a Harry Potter, porque Harry Potter le dio la libertad a Dobby, y Dobby es mucho, mucho más feliz ahora.

Harry sonrió.

—No puedes ayudarme, Dobby, pero gracias de todos modos.

Se agachó y recogió su libro de Pociones. Tendría que intentar terminar la redacción al día siguiente. Cerró el libro, y en ese instante la luz del fuego iluminó las delgadas cicatrices blancas que tenía en el dorso de la mano, resultado de sus castigos con la profesora Umbridge.

—Un momento, quizá sí puedas hacerme un favor, Dobby —dijo Harry muy despacio.

El elfo miró a Harry sonriente.

—¡Harry Potter sólo tiene que pedírmelo, señor!

—Necesito encontrar un sitio donde veintiocho personas puedan practicar Defensa Contra las Artes Oscuras sin que las descubra ningún profesor, sobre todo —añadió, agarrando con tanta fuerza el libro que las cicatrices brillaron con un tono blanco y perlado— la profesora Umbridge.

Se había imaginado que la sonrisa del elfo desaparecería con rapidez y que Dobby

agacharía las orejas o diría que eso era imposible, o como mucho que intentaría buscar algún sitio, pero se equivocó. Lo que no esperaba era que Dobby pegara un saltito, agitando alegremente las orejas, y diera una palmada.

—¡Dobby conoce el sitio perfecto, señor! —exclamó—. Dobby oyó hablar de él a los otros elfos domésticos cuando llegó a Hogwarts, señor. ¡Lo llamamos la Sala que Viene y Va, señor, o la Sala de los Menesteres!

—¿Por qué la llamáis así? —preguntó Harry, intrigado.

—Porque es una sala en la que uno sólo puede entrar —explicó Dobby poniéndose muy serio— cuando tiene verdadera necesidad. A veces está allí y a veces no, pero cuando aparece siempre está equipada para satisfacer las necesidades de la persona que la busca. Dobby la ha utilizado en algunas ocasiones, señor —añadió el elfo bajando la voz, como si tuviera remordimientos—, cuando Winky estaba muy borracha; Dobby la ha escondido en la Sala de los Menesteres y ha encontrado allí antídotos contra la cerveza de mantequilla, y una bonita cama de tamaño adecuado para los elfos donde ponerla a dormir, señor… Y Dobby sabe que el señor Filch ha encontrado allí productos de limpieza extra cuando se le han terminado, señor, y…

—Y si necesitas urgentemente un lavabo —terció Harry, que de pronto había recordado algo que había dicho Dumbledore en el baile de Navidad el curso anterior —, ¿se llena de orinales?

—Dobby se imagina que sí, señor —afirmó el elfo asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Es una sala muy especial, señor.

—¿Cuánta gente conoce su existencia? —le preguntó Harry enderezándose un poco más en la butaca.

—Muy poca, señor. La mayoría tropiezan con ella cuando la necesitan, señor, pero no suelen volver a encontrarla porque no saben que siempre está allí esperando a que se solicite su servicio, señor.

—¡Parece estupendo! —exclamó Harry muy animado—. ¡Parece perfecto, Dobby! ¿Cuándo podrás enseñarme dónde está?

—Cuando Harry Potter quiera, señor —repuso Dobby, que se mostraba encantado con el entusiasmo del chico—. ¡Podríamos ir ahora mismo si así lo quiere Harry Potter!

Harry estuvo tentado de ir con Dobby a buscar la Sala de los Menesteres. Ya se estaba levantando de la butaca, con la intención de subir a toda prisa a su dormitorio para coger la capa invisible, cuando una voz (que no era la primera vez que oía) que se parecía mucho a la de Hermione le susurró al oído: «Imprudente.» Realmente era muy tarde y estaba agotado.

—Esta noche no, Dobby —dijo Harry a regañadientes, y volvió a sentarse en la butaca—. Esto es muy importante… No quisiera estropearlo, necesito planearlo todo muy bien. Oye, ¿puedes decirme dónde está con exactitud esa Sala de los Menesteres,

y cómo entrar en ella?

• • •

Las túnicas ondeaban al viento y se les enroscaban alrededor del cuerpo mientras atravesaban chapoteando los inundados huertos para asistir a una clase de dos horas de Herbología. El martilleo de las gotas de lluvia, duras como piedras de granizo, apenas les dejaba oír lo que les decía la profesora Sprout. Aquella tarde la clase de Cuidado de Criaturas Mágicas tuvo que trasladarse de los jardines, azotados por la tormenta, a un aula libre de la planta baja, y para gran alivio de los miembros del equipo de *quidditch,* Angelina se había dirigido a ellos a la hora de la comida para informarles de que se había suspendido el entrenamiento.

—Genial —comentó Harry en voz baja cuando Angelina se lo comunicó—, porque hemos encontrado un sitio para celebrar nuestra primera reunión de defensa. Hoy a las ocho en punto en el séptimo piso, frente al tapiz en que los trols están dándole garrotazos a Barnabás el Chiflado. ¿Podrás avisar a Katie y a Alicia?

Angelina se mostró un poco acobardada, pero prometió decírselo a las demás. Harry, que estaba muerto de hambre, siguió comiendo salchichas y puré de patata. Cuando levantó la cabeza para beber un sorbo de zumo de calabaza, vio que Hermione lo observaba atentamente.

—¿Qué pasa? —le preguntó con la boca llena.

—Bueno… Es que no sé si debemos fiarnos de Dobby. ¿No te acuerdas de que te dejó sin huesos en un brazo?

—Esa sala no es una idea descabellada de Dobby. Dumbledore también la conoce, me habló de ella en el baile de Navidad.

La expresión de Hermione se relajó un tanto.

—¿Dumbledore te habló de ella?

—Sólo de pasada —comentó Harry encogiéndose de hombros.

—Ah, bueno, entonces de acuerdo —dijo Hermione con decisión, y ya no puso más reparos.

Harry, Ron y Hermione habían dedicado gran parte del día a buscar a los compañeros que habían firmado en la lista para decirles dónde iban a reunirse aquella noche. Por desgracia para Harry, fue Ginny la que encontró primero a Cho y a su amiga; finalizada la cena estaba convencido de que la noticia ya había llegado a las veinticinco personas que habían acudido a la cita del pub.

A las siete y media, los tres amigos salieron de la sala común de Gryffindor. Harry llevaba un trozo de pergamino viejo en una mano. Los alumnos de quinto curso podían estar en los pasillos hasta las nueve en punto, pero aun así los tres volvían continuamente la cabeza, nerviosos, mientras se dirigían hacia el séptimo piso.

—Un momento —dijo Harry al llegar al final del último tramo de escaleras, y

desenrolló el trozo de pergamino. Le dio un golpe con la varita y recitó en voz baja —: ¡Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas!

Un mapa de Hogwarts apareció en la superficie en blanco del pergamino. Unos diminutos puntos negros móviles, etiquetados con nombres, mostraban dónde se encontraban en aquel momento algunas personas.

—Filch está en el segundo piso —afirmó Harry acercándose el mapa a los ojos—. Y la *Señora Norris* está en el cuarto.

—¿Y la profesora Umbridge? —le preguntó Hermione, inquieta.

—En su despacho —contestó él, y lo señaló—. Vale, sigamos. —Echaron a andar a buen ritmo por el pasillo hasta el lugar que Dobby le había descrito a Harry: un tramo vacío de pared frente a un enorme tapiz que representaba el absurdo intento de Barnabás el Chiflado de enseñar ballet a los trols—. Muy bien —dijo Harry en voz baja mientras un apolillado trol dejaba por un momento de aporrear despiadadamente a su frustrado profesor de ballet para observarlos—. Dobby dijo que teníamos que pasar tres veces por delante de este trozo de pared, concentrándonos en lo que necesitamos.

Así lo hicieron: dieron media vuelta bruscamente al llegar a la ventana que había más allá del tramo vacío de pared, y luego regresaron al alcanzar el jarrón del tamaño de una persona que había en el otro extremo. Ron tenía los ojos cerrados con fuerza, Hermione susurraba algo y Harry tenía los puños apretados y miraba al frente.

«Necesitamos un sitio donde aprender a luchar… —pensó—. Danos un sitio donde practicar… Un sitio donde no puedan encontrarnos…»

—¡Harry! —exclamó Hermione cuando se dieron la vuelta después de hacer el recorrido por tercera vez.

Una puerta de brillante madera había aparecido en la pared. Ron la miraba fijamente y parecía un poco receloso. Harry extendió un brazo, agarró el picaporte de latón, abrió y entró el primero en una amplia estancia en la que ardían parpadeantes antorchas como las que iluminaban las mazmorras, ocho pisos más abajo.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera, y en lugar de sillas había unos enormes cojines de seda en el suelo. En unos estantes, en la pared del fondo de la sala, se veían una serie de instrumentos, como chivatoscopios, sensores de ocultamiento y un gran reflector de enemigos rajado que Harry estaba seguro de haber visto el año anterior en el despacho del falso Moody.

—Esto nos vendrá muy bien cuando practiquemos hechizos aturdidores —comentó Ron con entusiasmo dándole unos golpecitos con el pie a uno de los cojines.

—¡Y mirad los libros! —gritó Hermione, emocionada, mientras pasaba un dedo por los lomos de los grandes volúmenes encuadernados en piel—. *Compendio de maldiciones básicas y cómo combatirlas… Cómo burlar las artes oscuras… Hechizos de autodefensa…* ¡Uf! —Radiante, se volvió y miró a Harry, quien comprendió que la

presencia de aquellos cientos de libros había convencido definitivamente a Hermione de que lo que estaban haciendo era correcto—. Esto es fabuloso, Harry. ¡Aquí está todo lo que necesitamos!

Y sin más preámbulos, cogió *Embrujos para embrujados* del estante, se sentó en el primer cojín que encontró y se puso a leer.

Entonces oyeron unos golpecitos en la puerta. Harry se dio la vuelta. Habían llegado Ginny, Neville, Lavender, Parvati y Dean.

—¡Vaya! —exclamó Dean observando lo que lo rodeaba impresionado—. ¿Qué es esto?

Harry empezó a explicárselo, pero antes de que hubiera terminado llegó más gente y tuvo que empezar de nuevo. A las ocho en punto todos los cojines ya estaban ocupados. Harry fue hacia la puerta y giró la llave que había en la cerradura con un ruido lo bastante fuerte para convencer a los asistentes; éstos, por su parte, guardaron silencio y se quedaron mirando a Harry. Hermione marcó con cuidado la página que estaba leyendo de *Embrujos para embrujados* y dejó el libro a un lado.

—Bueno —dijo Harry un poco nervioso—. Éste es el sitio que hemos encontrado para nuestras sesiones de prácticas, y por lo que veo… todos lo aprobáis.

—¡Es fantástico! —exclamó Cho, y varias personas expresaron también su aprobación.

—Qué raro —comentó Fred echando un vistazo a su alrededor con la frente arrugada—. Una vez nos escondimos de Filch aquí, ¿te acuerdas, George? Pero entonces esto no era más que un armario de escobas.

—Oye, Harry, ¿qué es eso? —preguntó Dean desde el fondo de la sala, señalando los chivatoscopios y el reflector de enemigos.

—Detectores de tenebrismo —contestó Harry, y fue hacia ellos sorteando los cojines—. Indican cuándo hay enemigos o magos tenebrosos cerca, pero no hay que confiar demasiado en ellos porque se les puede engañar… —Miró un momento en el rajado reflector de enemigos; dentro se movían unas figuras oscuras, aunque ninguna estaba muy definida. Luego se dio la vuelta—. Bueno, he estado pensando por dónde podríamos empezar y… —Vio una mano levantada—. ¿Qué pasa, Hermione?

—Creo que deberíamos elegir un líder —sugirió ella.

—Harry es el líder —saltó Cho mirando a Hermione como si estuviera loca.

A Harry volvió a darle un vuelco el corazón.

—Sí, pero creo que deberíamos realizar una votación en toda regla —afirmó Hermione sin inmutarse—. Queda más serio y le confiere autoridad a Harry. A ver, que levanten la mano los que opinan que Harry debería ser nuestro líder.

Todos levantaron la mano, incluso Zacharias Smith, aunque lo hizo sin entusiasmo.

—Bueno, gracias —dijo Harry, que tenía las mejillas ardiendo—. Y… ¿qué pasa,

Hermione?

—También creo que deberíamos tener un nombre —propuso alegremente sin bajar la mano—. Eso fomentaría el espíritu de equipo y la unidad, ¿no os parece?

—Podríamos llamarnos Liga AntiUmbridge —terció Angelina.

—O Grupo Contra los Tarados del Ministerio de Magia —sugirió Fred.

—Yo había pensado —insinuó Hermione mirando ceñuda a Fred— en un nombre que no revelara tan explícitamente a qué nos dedicamos, para que podamos referirnos a él sin peligro fuera de las reuniones.

—¿Entidad de Defensa? —aventuró Cho—. Podríamos abreviarlo ED y nadie sabría de qué estamos hablando.

—Sí, ED me parece bien —intervino Ginny—. Pero sería mejor que fueran las siglas de Ejército de Dumbledore, porque eso es lo que más teme el Ministerio, ¿no?

El comentario de Ginny fue recibido con risas y murmullos de conformidad.

—¿Estáis todos a favor de ED? —preguntó Hermione en tono autoritario, y se arrodilló en el cojín para contar—. Sí, hay mayoría. ¡Moción aprobada!

Clavó el trozo de pergamino donde habían firmado todos en la pared, y en lo alto escribió con letras grandes:

EJÉRCITO DE DUMBLEDORE

—Muy bien —dijo Harry cuando Hermione se hubo sentado de nuevo—, ¿empezamos a practicar? He pensado que lo primero que deberíamos hacer es practicar el *expelliarmus,* es decir, el encantamiento de desarme. Ya sé que es muy elemental, pero lo encontré muy útil…

—¡Vaya, hombre! —exclamó Zacharias Smith mirando al techo y cruzándose de brazos—. No creo que el *expelliarmus* nos ayude mucho si tenemos que enfrentarnos a Quien-tú-sabes.

—Yo lo utilicé contra él —dijo Harry con serenidad—. En junio, ese encantamiento me salvó la vida. —Smith se quedó con la boca abierta, con cara de estúpido. Los demás estudiantes estaban muy callados—. Pero si crees que está por debajo de tus conocimientos, puedes marcharte —añadió Harry. Smith no se movió. Los demás tampoco—. Bien —continuó Harry. Había tantos ojos fijos en él que se le estaba secando la boca—. Podríamos dividirnos en parejas y practicar.

A Harry le resultaba muy extraño dar instrucciones, pero más extraño aún le resultaba ver que los demás las seguían. Todos se pusieron en pie a la vez y se colocaron de dos en dos. Como era de esperar, Neville se quedó sin pareja.

—Tú practicarás conmigo —le dijo Harry—. Muy bien, contaré hasta tres: uno, dos, tres…

De pronto, la sala se llenó de gritos de *¡Expelliarmus!* Las varitas volaban en

todas direcciones; los hechizos mal ejecutados iban a parar contra los libros de las estanterías y los hacían saltar por los aires. Harry era demasiado rápido para Neville, cuya varita saltó de su mano, giró sobre sí misma, golpeó el techo produciendo una lluvia de chispas y aterrizó con estrépito en lo alto de una estantería, de donde Harry la recuperó con un encantamiento convocador. Entonces miró a su alrededor y comprobó que había hecho bien al proponer que practicaran los hechizos elementales en primer lugar, pues sus compañeros estaban haciendo unas chapuzas tremendas. Muchos no conseguían desarmar a sus oponentes y sólo lograban que saltaran hacia atrás unos pocos pasos o que hicieran muecas de dolor cuando su débil hechizo pasaba rozándoles la coronilla.

—*¡Expelliarmus!* —exclamó Neville. Había pillado a Harry desprevenido, y la varita saltó de la mano de éste—. ¡LO HE CONSEGUIDO! —exclamó Neville, emocionado—. No lo había hecho nunca. ¡LO HE CONSEGUIDO!

—¡Muy bien! —lo animó Harry, y decidió no comentarle que en un duelo real no era probable que su oponente estuviera mirando hacia otro lado con la varita en la mano, pero sin apretarla—. Oye, Neville, ¿por qué no te turnas un rato para practicar con Ron y con Hermione? Así podré pasearme por la sala y ver cómo les va a los demás.

Harry se colocó en el centro de la estancia. A Zacharias Smith le estaba pasando algo muy raro. Cada vez que abría la boca para desarmar a Anthony Goldstein, su propia varita salía despedida de su mano pese a que Anthony no decía nada. A Harry no le costó mucho resolver aquel misterio: Fred y George estaban cerca de Smith y se turnaban para apuntarle a la espalda con sus varitas.

—Lo siento, Harry —se apresuró a decir George al comprobar que Harry lo miraba—. No he podido evitarlo.

Harry se paseó entre las otras parejas e intentó corregir a los que realizaban mal el hechizo. Ginny se había emparejado con Michael Corner; lo estaba haciendo muy bien, mientras que Michael o lo hacía muy mal o no quería hechizar a Ginny. Ernie Macmillan blandía exageradamente su varita, con lo que daba tiempo a su compañero para ponerse en guardia. Los hermanos Creevey practicaban con entusiasmo pero de manera irregular, y eran ellos los responsables de que los libros saltaran de los estantes. Luna Lovegood también tenía altibajos: a veces hacía saltar la varita de la mano de Justin Finch-Fletchley, y otras sólo conseguía que se le pusiera el pelo de punta.

—¡Alto! —gritó Harry—. ¡Alto! ¡ALTO! —«Necesito un silbato», pensó, e inmediatamente vio uno en lo alto de la hilera de libros más cercana. Lo cogió, sopló con fuerza y todos bajaron las varitas en el acto—. No está mal —dijo Harry— pero todavía podéis mejorar mucho. —En ese momento Zacharias le lanzó una mirada de desdén—. Volvamos a intentarlo.

Siguió paseándose por la sala deteniéndose de vez en cuando para hacer alguna sugerencia. Poco a poco los estudiantes fueron mejorando. Durante un rato evitó acercarse a Cho y a su amiga, pero después de aproximarse dos veces a las demás parejas, tuvo la impresión de que ya no podía seguir ignorándolas.

—¡Oh, no! —exclamó Cho al ver que Harry se dirigía hacia ellas—. *¡Expelliarmonos!* ¡Ay, no! *¡Expelliemillus!* ¡Oh, Marietta, lo siento! —La manga de la túnica de su amiga de cabello rizado se había prendido fuego; Marietta apagó las llamas con su propia varita y miró con odio a Harry, como si él tuviera la culpa de todo—. ¡Me has puesto nerviosa, hasta ahora lo estaba haciendo bien! —le dijo Cho a Harry con tristeza.

—Está muy bien —mintió Harry, pero al ver que Cho arqueaba las cejas se corrigió—: Bueno, no, está fatal, pero ya sé que lo sabes hacer muy bien. He estado observándote desde allí.

Cho rió y su amiga Marietta los miró con cara de pocos amigos y se apartó.

—No le hagas caso —murmuró Cho—. En realidad preferiría no estar aquí, pero yo la he obligado a venir. Sus padres le han prohibido hacer cualquier cosa que pueda molestar a la profesora Umbridge. Verás, su madre trabaja para el Ministerio.

—¿Y tus padres? —le preguntó Harry.

—Bueno, también me han prohibido llevarle la contraria a la profesora Umbridge —afirmó Cho irguiéndose con orgullo—. Pero si creen que no voy a luchar contra Quien-tú-sabes después de lo que le pasó a Cedric…

No terminó la frase; se quedó confundida, y entre ellos dos se hizo un incómodo silencio. Entonces la varita de Terry Boot pasó volando junto a la oreja de Harry y le dio de lleno a Alicia Spinnet en la nariz,

—¡Pues mi padre apoya cualquier acción contra el Ministerio! —afirmó Luna Lovegood también muy orgullosa mientras Justin Finch-Fletchley intentaba colocarse bien la túnica con la que se había tapado la cabeza. Luna estaba detrás de Harry y era evidente que había estado escuchando la conversación que éste había mantenido con Cho—. Siempre dice que cree a Fudge capaz de cualquier cosa. ¡Con la cantidad de duendes que ha asesinado! Además, utiliza el Departamento de Misterios para fabricar pociones terribles que hace beber a todo el que no está de acuerdo con él. Y luego está su *umgubular slashkilter*…

—No hagas preguntas —recomendó Harry por lo bajo a Cho al ver que ésta abría la boca, desconcertada. Cho rió.

—Oye, Harry —gritó Hermione desde el otro extremo de la sala—. ¿Has mirado la hora?

Harry consultó su reloj y se llevó una sorpresa al ver que ya eran las nueve y diez, lo cual significaba que tenían que volver a sus salas comunes inmediatamente si no querían que Filch los pescara y los castigara por estar en los pasillos fuera de los

límites permitidos. Entonces hizo sonar el silbato, los estudiantes dejaron de gritar *«¡Expelliarmus!»* y las dos últimas varitas cayeron al suelo.

—Bueno, ha estado muy bien —comentó Harry—, pero la sesión se ha prolongado más de lo previsto. Tenemos que dejarlo aquí. ¿Quedamos la semana que viene a la misma hora en el mismo sitio?

—¡Antes! —exclamó Dean Thomas con entusiasmo, y muchos compañeros asintieron con la cabeza.

Angelina, en cambio, dijo:

—¡La temporada de *quidditch* está a punto de empezar y el equipo también tiene que practicar!

—Entonces el próximo miércoles por la noche —determinó Harry—. Ya decidiremos si hacemos alguna reunión adicional. ¡Ahora será mejor que nos vayamos!

Volvió a sacar el mapa del merodeador y lo revisó meticulosamente para ver si había algún profesor en el séptimo piso. Dejó salir a sus compañeros en grupos de tres y de cuatro, y luego siguió con inquietud los diminutos puntos que los representaban en el mapa para asegurarse de que regresaban sanos y salvos a sus dormitorios: los de Hufflepuff se dirigieron hacia el pasillo del sótano, que también conducía a las cocinas; los de Ravenclaw, a una torre situada en el ala oeste del castillo, y los de Gryffindor, por el pasillo del retrato de la Señora Gorda.

—Ha sido estupendo, Harry —confesó Hermione cuando por fin se quedaron solos él, ella y Ron.

—¡Sí, genial! —coincidió éste, entusiasmado. Salieron por la puerta y vieron cómo ésta volvía a convertirse en piedra—. ¿Has visto cómo he desarmado a Hermione, Harry?

—Sólo una vez —puntualizó ella, dolida—. Yo te he desarmado muchas más veces que tú a mí.

—No te he desarmado sólo una vez; han sido como mínimo tres.

—Sí, claro, contando la vez que has tropezado y al caerte me has quitado la varita de un manotazo.

Siguieron discutiendo hasta que llegaron a la sala común, pero Harry no les hacía caso. Observaba muy atento el mapa del merodeador, pero al mismo tiempo recordaba que Cho le había dicho que la ponía nerviosa.

19
El león y la serpiente

Durante las dos semanas siguientes, Harry tuvo la impresión de que llevaba una especie de talismán dentro del pecho, un secreto íntimo que lo ayudaba a soportar las clases de la profesora Umbridge y que incluso le permitía sonreír de manera insulsa cuando la miraba a los espantosos y saltones ojos. Harry y el ED le oponían resistencia delante de sus propias narices, practicando precisamente lo que más temían ella y el Ministerio, y durante sus clases, cuando se suponía que Harry estaba leyendo el libro de Wilbert Slinkhard, lo que hacía en realidad era recordar los momentos más satisfactorios de las últimas reuniones del ED: Neville había conseguido desarmar a Hermione; Colin Creevey había realizado a la perfección el embrujo paralizante; después de tres sesiones de duros esfuerzos, Parvati Patil había hecho una maldición reductora tan potente que había convertido en polvo la mesa de los chivatoscopios…

Resultaba casi imposible escoger una noche a la semana para las reuniones del ED, porque tenían que adaptarse a los horario de entrenamientos de tres equipos de *quidditch*, que muchas veces se modificaban debido a las adversas condiciones climáticas. Pero eso no preocupaba a Harry: tenía la sensación de que, seguramente,

era mejor que sus reuniones no tuvieran un horario fijo. Si alguien estaba observándolos, iba a costarle mucho descubrir un sistema predeterminado.

Hermione no tardó en idear un método muy ingenioso para comunicar la fecha y la hora de la siguiente reunión a los miembros del ED por si había que cambiarlas en el último momento, porque habría resultado sospechoso que los estudiantes de diferentes casas cruzaran el Gran Comedor para hablar entre ellos demasiado a menudo. Entregó a cada uno de los miembros del ED un galeón falso (Ron se emocionó mucho cuando vio por primera vez el cesto, convencido de que estaba regalando oro de verdad).

—¿Veis los números que hay alrededor del borde de las monedas? —dijo Hermione mostrándoles una para que la examinaran al final de su cuarta reunión. La moneda, gruesa y amarilla, reflejaba la luz de las antorchas—. En los galeones auténticos no son más que un número de serie que se refiere al duende que acuñó la moneda. En estas monedas falsas, sin embargo, los números cambiarán para indicar la fecha y la hora de la siguiente reunión. Las monedas se calentarán cuando cambie la fecha, de modo que si las lleváis en un bolsillo lo notaréis. Cogeremos una cada uno, y cuando Harry decida la fecha de la siguiente reunión, él modificará los números de su moneda, y los de las demás también cambiarán para imitar los de la de Harry porque les he hecho un encantamiento proteico. —Las palabras de Hermione fueron recibidas con un silencio sepulcral. Ella observó a sus compañeros, que la miraban desconcertados—. No sé, me pareció buena idea —balbuceó—. Porque aunque la profesora Umbridge nos ordenara vaciar nuestros bolsillos, no hay nada sospechoso en llevar un galeón, ¿no? Pero…, bueno, si no queréis utilizarlas…

—¿Sabes hacer un encantamiento proteico? —le preguntó Terry Boot.

—Sí.

—Pero si eso…, eso corresponde al nivel de ÉXTASIS —comentó con un hilo de voz.

—Ya —repuso Hermione intentando parecer modesta—. Ya…, bueno…, sí, supongo que sí.

—¿Por qué no te pusieron en Ravenclaw? —inquirió Ron mirando a Hermione maravillado—. ¡Con el cerebro que tienes!…

—Verás, el Sombrero Seleccionador estuvo a punto de mandarme a Ravenclaw —contestó Hermione alegremente—, pero al final se decidió por Gryffindor. Bueno, ¿qué decís? ¿Queréis usar los galeones?

Hubo un murmullo de aprobación general, y los compañeros se acercaron al cesto para coger su moneda. Harry miró de reojo a Hermione.

—¿Sabes a qué me recuerda esto?

—No, ¿a qué?

—A las cicatrices de los *mortífagos*. Cuando Voldemort toca a uno de ellos, todos

notan que les queman las cicatrices y así saben que tienen que reunirse con él.

—Sí, ya —contestó Hermione con tranquilidad—. De ahí fue de donde saqué la idea… Pero te habrás dado cuenta de que decidí grabar la fecha en unos trozos de metal, y no en la piel de los miembros del grupo.

—Sí, claro… Lo prefiero así —respondió Harry, sonriente, y se guardó un galeón en el bolsillo—. Supongo que el único peligro de este sistema es que nos gastemos las monedas sin querer.

—Lo veo difícil —intervino Ron, que estaba examinando su galeón falso con cierta tristeza—. Yo no tengo ni un solo galeón auténtico con el que confundirlo.

Al acercarse el día del primer partido de *quidditch* de la temporada, Gryffindor contra Slytherin, las reuniones del ED quedaron suspendidas porque Angelina se empeñó en hacer entrenamientos casi diarios. Dado que hacía mucho tiempo que no se celebraba la Copa de *quidditch*, el inminente encuentro había producido grandes expectativas y emoción. Como era lógico, los de Ravenclaw y los de Hufflepuff demostraban un vivo interés por el resultado del partido, pues ellos jugarían contra ambos equipos en el curso de aquel año. Los jefes de las casas de cada uno de los dos equipos enfrentados, pese a que intentaban disimularlo bajo un considerable alarde de espíritu deportivo, estaban ansiosos por ver ganar a los suyos. Harry comprendió hasta qué punto le importaba a la profesora McGonagall que Gryffindor venciera a Slytherin cuando la semana previa al partido decidió abstenerse de ponerles deberes.

—Creo que ya tenéis suficiente trabajo de momento —dijo con altivez. Nadie dio crédito a lo que acababa de oír hasta que la profesora McGonagall miró directamente a Harry y Ron y añadió con gravedad—: Ya me he acostumbrado a ver la Copa de *quidditch* en mi despacho, muchachos, y no tengo ningunas ganas de entregársela al profesor Snape, así que emplead el tiempo libre para entrenar, ¿entendido?

Snape tampoco disimulaba que defendía los intereses de su equipo. Había reservado tantas veces el campo de *quidditch* para los entrenamientos de Slytherin que los de Gryffindor tenían dificultades para utilizarlo. También hacía oídos sordos a los continuos informes de los intentos de los de Slytherin de hacer maleficios a los jugadores de Gryffindor en los pasillos del colegio. El día que Alicia Spinnet se presentó en la enfermería con las cejas tan crecidas que le impedían ver y le tapaban la boca, Snape insistió en que debía de haber probado por su cuenta un encantamiento crecepelo y no quiso escuchar a los catorce testigos que aseguraban haber visto cómo el guardián de Slytherin, Miles Bletchley, le lanzaba un embrujo por la espalda mientras ella estaba estudiando en la biblioteca.

Harry era optimista en cuanto a las posibilidades que Gryffindor tenía de ganar; al fin y al cabo nunca habían perdido contra el equipo de Malfoy. Había que admitir que Ron todavía no había alcanzado el nivel de rendimiento que Wood habría aprobado, pero se estaba esforzando muchísimo para mejorar. Su punto débil era la tendencia a

perder la confianza en sí mismo después de meter la pata; cuando le marcaban un tanto, se aturullaba mucho y entonces era probable que le marcaran más goles. Por otra parte, Harry había visto a Ron hacer algunas paradas francamente espectaculares cuando su amigo estaba inspirado; en uno de los entrenamientos más memorables, Ron se había quedado colgado de la escoba, cogido con una sola mano, y le había dado una patada tan fuerte a la *quaffle* para alejarla del aro de gol que la pelota recorrió todo el terreno de juego y se coló por el aro central del extremo opuesto. El resto del equipo comentó que aquella parada no tenía nada que envidiar a la que había hecho poco antes Barry Ryan, el guardián de la selección irlandesa, contra un lanzamiento del cazador estrella de Polonia, Ladislaw Zamojski. Hasta Fred había dicho que quizá Ron lograra que él y George se sintieran orgullosos de su hermano, y que estaban planteándose muy en serio reconocer que Ron tenía algún parentesco con ellos, lo cual le aseguraron que llevaban cuatro años cuestionándose.

Lo único que de verdad preocupaba a Harry era lo mucho que a Ron le afectaban las tácticas usadas por el equipo de Slytherin antes de que llegara el enfrentamiento. Harry, lógicamente, también había soportado los insidiosos comentarios de los de Slytherin durante cuatro años, de modo que cuando alguien le susurraba al oído: «Eh, Potty, me han dicho que Warrington ha jurado que el sábado te derribará de la escoba», en lugar de asustarse se ponía a reír. «Warrington tiene tan mala puntería que me preocuparía más si apuntara al jugador que estuviera a mi lado», replicó en aquella ocasión, con lo que Ron y Hermione se echaron a reír, y la sonrisita de suficiencia se borró del rostro de Pansy Parkinson.

Pero Ron nunca había estado sometido a una implacable campaña de insultos, burlas e intimidaciones. Cuando los de Slytherin, entre ellos algunos de séptimo curso mucho más altos que él, murmuraban al cruzárselo en un pasillo: «¿Ya has reservado una cama en la enfermería, Weasley?», Ron no se reía, sino que se ponía verde en cuestión de segundos. Cuando Draco Malfoy intimidaba a Ron dejando caer la *quaffle* (y lo hacía cada vez que ambos se veían), a éste se le ponían las orejas coloradas y empezaban a temblarle las manos de tal modo que si en ese momento llevaba algo en ellas, también se le caía.

El mes de octubre fue una sucesión ininterrumpida de días de viento huracanado y lluvia torrencial, y cuando llegó noviembre, hizo un frío glacial; el gélido viento y las intensas heladas matinales herían las manos y las caras si no se protegían. El cielo y el techo del Gran Comedor adoptaron un tono gris claro y perlado; las montañas que rodeaban Hogwarts estaban coronadas de nieve, y la temperatura dentro del castillo descendió tanto que muchos estudiantes llevaban puestos sus gruesos guantes de piel de dragón cuando iban por los pasillos de una clase a otra.

La mañana del partido amaneció fría y despejada. Cuando Harry despertó, giró la cabeza hacia la cama de Ron y lo vio sentado muy tieso, abrazándose las rodillas y

mirando fijamente el vacío.

—¿Estás bien? —le preguntó Harry. Ron asintió con la cabeza sin decir nada. Harry se acordó de cuando Ron, por error, se hizo a sí mismo un encantamiento *vomitababosas*; estaba tan pálido y sudoroso como entonces, y se mostraba igual de reacio a abrir la boca—. Lo que necesitas es un buen desayuno —le dijo Harry para animarlo—. ¡Vamos!

El Gran Comedor estaba casi a rebosar cuando llegaron; los alumnos hablaban más alto de lo habitual y reinaba una atmósfera llena de vida y de entusiasmo. Cuando pasaron junto a la mesa de Slytherin, aumentó el nivel del ruido. Harry se volvió y vio que, además de los acostumbrados gorros y bufandas de color verde y plateado, todos llevaban una insignia de plata con una forma que parecía la de una corona. Curiosamente, muchos alumnos de Slytherin saludaron con la mano a Ron riendo a mandíbula batiente. Harry intentó leer lo que estaba escrito en las insignias, pero como le interesaba mucho conseguir que Ron pasara de largo rápidamente, no quiso entretenerse demasiado.

Llegaron a la mesa de Gryffindor y recibieron una calurosa bienvenida. Todos iban vestidos de rojo y dorado, pero, lejos de levantarle los ánimos a Ron, los vítores no lograron más que minar la poca moral que le quedaba; Ron se dejó caer en el banco más cercano con el aire de quien se sienta a comer por última vez.

—Debo de estar loco para hacer lo que voy a hacer —dijo con un susurro ronco —. Loco de atar.

—No seas tonto —repuso Harry con firmeza, y le pasó un surtido de cereales—. Jugarás muy bien. Es lógico que estés nervioso.

—Lo haré fatal —lo contradijo Ron—. Soy malísimo. No acierto ni una. ¿Cómo se me ocurriría meterme en semejante lío?

—Contrólate —le ordenó Harry severamente—. Piensa en la parada que hiciste con el pie el otro día. Hasta Fred y George comentaron que había sido espectacular.

Ron giró el atormentado rostro hacia Harry.

—Eso fue un accidente —susurró muy afligido—. No lo hice a propósito. Resbalé de la escoba cuando nadie miraba, y en el momento en que intentaba volver a montarme en ella le di una patada a la *quaffle* sin querer.

—Bueno —dijo Harry recuperándose rápidamente de aquella desagradable sorpresa—, unos cuantos accidentes más como ése y tendremos el partido ganado, ¿no?

Hermione y Ginny se sentaron enfrente de ellos; llevaban bufandas, guantes y escarapelas de color rojo y dorado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ginny a Ron, que contemplaba la leche que había en el fondo de su cuenco de cereales vacío como si estuviera planteándose muy en serio la posibilidad de ahogarse en ella.

—Está un poco nervioso —puntualizó Harry.

—Eso es buena señal. Creo que en los exámenes nunca obtienes tan buenos resultados si no estás un poco nervioso —comentó Hermione con optimismo.

—¡Hola! —saludó entonces una vocecilla tenue y soñadora detrás de ellos.

Harry levantó la cabeza: Luna Lovegood se había alejado de la mesa de Ravenclaw y había ido a la de Gryffindor. Mucha gente la miraba sin parar, y unos cuantos estudiantes reían sin disimulo y la señalaban con el dedo. Luna había conseguido un gorro con forma de cabeza de león de tamaño natural y lo llevaba precariamente colocado en la cabeza.

—Yo estoy con Gryffindor —declaró la chica señalando su gorro pese a que no hacía ninguna falta—. Mirad lo que hace… —Levantó una mano y le dio unos golpecitos con la varita. El gorro abrió la boca y soltó un rugido extraordinariamente realista que hizo que todos los que había cerca pegaran un brinco—. ¿Verdad que es genial? —preguntó Luna muy contenta—. Quería que tuviera en la boca una serpiente que representara a Slytherin, pero no hubo tiempo. En fin… ¡Buena suerte, Ronald!

Y tras decir eso, la chica se marchó. Cuando todavía no se habían recuperado de la impresión que les había causado el gorro, Angelina fue muy deprisa hacia ellos acompañada de Katie y de Alicia, cuyas cejas habían vuelto a su estado normal gracias a la señora Pomfrey.

—Cuando terminéis de desayunar —les indicó—, podéis ir directamente al terreno de juego. Comprobaremos las condiciones del campo y nos cambiaremos.

—Iremos enseguida —le aseguró Harry—. Es que Ron todavía tiene que comer un poco.

Sin embargo, pasados diez minutos quedó claro que Ron no podía ingerir nada más, y Harry creyó que lo mejor que podía hacer era bajar con él a los vestuarios. Cuando se levantaron de la mesa, Hermione se levantó también y, cogiendo a Harry por un brazo y apartándolo un poco, le susurró:

—No dejes que Ron lea lo que hay escrito en las insignias de los de Slytherin. —Harry la miró de manera inquisitiva, pero ella negó con la cabeza para avisarle, porque Ron se acercaba a ellos sin prisa, con aire perdido y desesperado—. ¡Buena suerte, Ron! —le deseó Hermione poniéndose de puntillas y besándolo en la mejilla —. Y a ti también, Harry…

Pareció que Ron volvía un poco en sí cuando recorrieron el Gran Comedor hacia la puerta. Entonces se tocó el sitio donde Hermione lo había besado, un tanto aturdido, como si no estuviera muy seguro de lo que acababa de ocurrir. Estaba tan distraído que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor, pero Harry, intrigado, al pasar junto a la mesa de Slytherin echó una ojeada a las insignias con forma de corona, y esa vez vio las palabras que había grabadas en ellas:

A Weasley vamos a coronar.

Con la desagradable sensación de que aquello no podía presagiar nada bueno, Harry se llevó a toda prisa a Ron por el vestíbulo; bajaron la escalera de piedra y salieron a la fría mañana.

La helada hierba crujió bajo sus pies cuando descendieron por la ladera hacia el estadio. No había ni gota de viento y el cielo era una extensión uniforme de un blanco perlado, lo cual significaba que la visibilidad sería buena, pues el sol no los deslumbraría. Harry le remarcó a Ron aquellos esperanzadores factores mientras caminaban, pero no estaba seguro de que su amigo estuviera escuchándolo.

Angelina ya se había cambiado y estaba hablando con el resto del equipo cuando ellos entraron. Harry y Ron se pusieron las túnicas (Ron estuvo un buen rato intentando ponérsela del revés, hasta que Alicia se compadeció de él y fue a ayudarlo); luego se sentaron para escuchar la charla previa al partido, mientras en el exterior el murmullo de voces iba aumentando de intensidad a medida que el público salía del castillo y bajaba al campo de *quidditch*.

—Bueno, acabo de enterarme de la alineación definitiva de Slytherin —anunció Angelina consultando una hoja de pergamino—. Los golpeadores del año pasado, Derrick y Bole, ya no están en el equipo, pero por lo visto Montague los ha sustituido por los gorilas de rigor, y no por dos jugadores que vuelen particularmente bien. Son dos tipos que se llaman Crabbe y Goyle, no sé mucho acerca de ellos…

—Nosotros sí —dijeron Harry y Ron a la vez.

—Bueno, no parecen lo bastante listos para distinguir un extremo de la escoba del otro —observó Angelina mientras se guardaba la hoja de pergamino—, pero la verdad es que siempre me sorprendió que Derrick y Bole consiguieran encontrar el camino hasta el campo sin necesidad de letreros.

—Crabbe y Goyle están cortados por el mismo patrón —afirmó Harry.

Oían cientos de pasos que ascendían por los bancos escalonados de las tribunas del público. Había gente que cantaba, aunque Harry no logró entender la letra de la canción. Estaba empezando a ponerse nervioso, pero sabía que sus nervios no eran nada comparados con los de Ron, que volvía a presionarse el estómago con la mirada perdida en el vacío, la mandíbula apretada y la piel de un verde pálido.

—Ya es la hora —anunció Angelina con voz queda, consultando su reloj—. ¡Ánimo, chicos! ¡Buena suerte!

Los miembros del equipo se levantaron, se cargaron las escobas al hombro y salieron del vestuario en fila india hacia el luminoso exterior. Los recibió un fuerte estallido de gritos y silbidos entre los cuales Harry seguía escuchando aquella canción, aunque en ese momento se oía amortiguada.

Los jugadores del equipo de Slytherin los esperaban de pie en el campo. Ellos

también llevaban las insignias plateadas con forma de corona. El nuevo capitán, Montague, tenía la misma constitución que Dudley Dursley, con unos antebrazos enormes que parecían jamones peludos. Detrás de Montague acechaban Crabbe y Goyle, casi tan corpulentos como él, parpadeando con pinta de estúpidos y blandiendo sus bates nuevos de golpeadores. Malfoy estaba a un lado, y la luz arrancaba destellos a su rubio pelo. Al ver a Harry, sonrió y dio unos golpecitos a la insignia con forma de corona que llevaba prendida en el pecho.

—Daos la mano, capitanes —ordenó la señora Hooch, que hacía de arbitro, cuando Angelina y Montague se encontraron. Harry se dio cuenta de que Montague intentaba aplastarle los dedos a Angelina, aunque ella no hizo el más mínimo gesto de dolor—. Montad en vuestras escobas…

La señora Hooch se puso el silbato en la boca y pitó.

A continuación soltaron las pelotas y los catorce jugadores emprendieron el vuelo. Harry vio con el rabillo del ojo cómo Ron salía como un rayo hacia los aros de gol. Harry subió un poco más y esquivó la primera *bludger*; luego dio una amplia vuelta por el terreno de juego mirando a su alrededor en busca de un destello dorado; en el otro extremo del estadio, Draco Malfoy estaba haciendo exactamente lo mismo.

—Y es Johnson, Johnson con la *quaffle*, cómo juega esta chica, llevo años diciéndolo, pero ella sigue sin querer salir conmigo…

—¡JORDAN! —gritó la profesora McGonagall.

—Sólo era un comentario gracioso, profesora, para añadir un poco de interés… Ahora ha esquivado a Warrington, ha superado a Montague, ¡ay!, la *bludger* de Crabbe ha golpeado a Johnson por detrás… Montague atrapa la *quaffle*, Montague sube de nuevo por el campo y… Una buena *bludger* de George Weasley le ha dado de lleno en la cabeza a Montague, que suelta la *quaffle*, la atrapa Katie Bell; Katie Bell, de Gryffindor, le hace un pase hacia atrás a Alicia Spinnet, y Spinnet sale disparada…

Los comentarios de Lee Jordan resonaban por el estadio y Harry aguzaba el oído para escucharlos pese al viento que silbaba en sus oídos y el barullo del público, que gritaba, abucheaba y cantaba sin descanso.

—… Regatea a Warrington, esquiva una *bludger*, te has salvado por los pelos, Alicia, y el público está entusiasmado, escuchadlo, ¿qué es lo que canta?

Lee hizo una pausa para escuchar, y la canción se elevó, fuerte y clara, desde el mar verde y plata de los de Slytherin que se hallaban en las gradas.

Weasley no atrapa las pelotas
y por el aro se le cuelan todas.
Por eso los de Slytherin debemos cantar:
a Weasley vamos a coronar.

Weasley nació en un vertedero
y se le va la quaffle *por el agujero.*
Gracias a Weasley hemos de ganar,
a Weasley vamos a coronar.

—… ¡Y Alicia vuelve a pasársela a Angelina! —gritó Lee. Harry hizo un viraje brusco, rabiando por lo que acababa de escuchar, y comprendió que Lee intentaba apagar la letra de la canción con sus comentarios—. ¡Vamos, Angelina! ¡Ya sólo tiene que superar al guardián!… LANZA… ¡¡¡AAAYYY!!!

Bletchley, el guardián de Slytherin, había parado la pelota; luego le lanzó la *quaffle* a Warrington, que salió como un rayo con ella, zigzagueando entre Alicia y Katie; los cánticos que ascendían desde las tribunas se hacían más y más fuertes a medida que Warrington se acercaba a Ron.

A Weasley vamos a coronar.
A Weasley vamos a coronar.
Y por el aro se le cuelan todas.
A Weasley vamos a coronar.

Harry no pudo evitarlo: dejó de buscar la *snitch* y giró su Saeta de Fuego para mirar a Ron, que era una figura solitaria al fondo del campo y estaba suspendido ante los tres aros de gol mientras el corpulento Warrington iba como un bólido hacia él.

—… Warrington tiene la *quaffle*, Warrington va hacia la portería, está fuera del alcance de las *bludger*s y sólo tiene al guardián delante…

De las gradas de Slytherin ascendió otra vez aquella canción:

Weasley no atrapa las pelotas
y por el aro se le cuelan todas…

—… Va a ser la primera prueba para Weasley, el nuevo guardián de Gryffindor, hermano de los golpeadores Fred y George, y una nueva promesa del equipo… ¡Ánimo, Ron! —Pero un grito colectivo de alegría surgió de la zona de Slytherin: Ron se había lanzado a la desesperada, con los brazos en alto, y la *quaffle* había pasado volando entre ellos y había entrado limpiamente por el aro central de la portería de Ron—. ¡Slytherin ha marcado! —sonó la voz de Lee entre los vítores y los silbidos del público—. Diez a cero para Slytherin… Mala suerte, Ron.

Los de Slytherin entonaron aún más fuerte:

WEASLEY NACIÓ EN UN VERTEDERO

Y SE LE VA LA QUAFFLE *POR EL AGUJERO…*

—… Gryffindor vuelve a estar en posesión de la *quaffle*, y ahora es Katie Bell quien recorre el campo… —gritó Lee con valor, aunque los cantos eran tan ensordecedores que apenas se le oía.

GRACIAS A WEASLEY HEMOS DE GANAR,

A WEASLEY VAMOS A CORONAR.

—¿Qué haces, Harry? —gritó Angelina al pasar a toda velocidad por su lado para alcanzar a Katie—. ¡MUÉVETE!

Entonces Harry se dio cuenta de que llevaba más de un minuto quieto en el aire, contemplando el desarrollo del partido sin acordarse siquiera de la *snitch*; horrorizado, hizo un descenso en picado y empezó de nuevo a describir círculos por el terreno de juego mirando alrededor e intentando no hacer caso del coro de voces que llenaba el estadio:

A WEASLEY VAMOS A CORONAR.

A WEASLEY VAMOS A CORONAR.

Harry no paraba de mirar hacia uno y otro lado, pero no había ni rastro de la *snitch*; Malfoy también describía círculos por el estadio, igual que él. Hacia la mitad del campo se cruzaron y Harry oyó que Malfoy cantaba:

WEASLEY NACIÓ EN UN VERTEDERO…

—… Ahí va Warrington otra vez —bramó Lee—, se la pasa a Pucey, Pucey deja atrás a Spinnet, vamos, Angelina, tú puedes alcanzarlo… Pues no, no ha podido… Pero Fred Weasley golpea una bonita *bludger*, no, ha sido George Weasley, bueno, qué más da, uno de los dos, y Warrington suelta la *quaffle* y Katie Bell… también la deja caer… Montague se hace con ella: Montague, el capitán de Slytherin, coge la *quaffle* y empieza a recorrer el campo, ¡vamos, Gryffindor, bloqueadlo!

Harry pasó por detrás de los aros de gol de Slytherin y evitó mirar qué estaba ocurriendo en la portería de Ron. Al pasar junto al guardián de Slytherin, oyó a Bletchley cantando a coro con el público:

WEASLEY NO ATRAPA LAS PELOTAS…

—… Pucey ha vuelto a regatear a Alicia y se dirige hacia los postes de gol… ¡Párala, Ron!

Harry no tuvo que mirar para saber qué había sucedido: hubo un terrible gemido en el extremo del campo de Gryffindor, acompañado de nuevos gritos y aplausos de los de Slytherin. Harry echó un vistazo hacia abajo y vio a Pansy Parkinson con su nariz chata, delante de las gradas y de espaldas al terreno de juego, dirigiendo a los seguidores de Slytherin, que cantaban:

POR ESO LOS DE SLYTHERIN DEBEMOS CANTAR:
A WEASLEY VAMOS A CORONAR.

Pero veinte a cero no era nada, Gryffindor todavía tenía tiempo para remontar el resultado o para atrapar la *snitch*. Unos cuantos tantos y volverían a ponerse por delante, como siempre; Harry estaba convencido de ello mientras se colaba entre los otros jugadores y perseguía un resplandor que resultó ser la correa del reloj de Montague.

Pero Ron se dejó marcar dos tantos más, y Harry empezó a buscar la *snitch* con desesperación, casi con pánico. Ojalá pudiera atraparla pronto y poner así fin al partido.

—… Katie Bell de Gryffindor dribla a Pucey, elude a Montague, buen viraje, Katie, y le lanza la *quaffle* a Johnson, Angelina Johnson con la *quaffle*, ha superado a Warrington, va hacia la portería, vamos, Angelina, ¡GRYFFINDOR HA MARCADO! Cuarenta a diez en el marcador, cuarenta a diez para Slytherin, y Pucey con la *quaffle*…

Harry oyó los rugidos del ridículo sombrero con forma de cabeza de león de Luna Lovegood entre los vítores de Gryffindor, y eso lo animó; sólo les llevaban treinta puntos de ventaja, eso no era nada, podían remontar fácilmente. En ese momento Harry esquivó una *bludger* que Crabbe había lanzado contra él y reanudó su desesperado registro del campo en busca de la *snitch*, sin perder de vista a Malfoy por si éste daba señales de haberla divisado; pero Malfoy, al igual que Harry, continuaba volando alrededor del estadio buscando en vano…

—… Pucey se la lanza a Warrington, Warrington a Montague, Montague se la devuelve a Pucey… Interviene Johnson, Johnson atrapa la *quaffle*, se la pasa a Bell, buena pasada, no, mala: Bell ha recibido el impacto de una *bludger* de Goyle, de Slytherin, y Pucey vuelve a estar en posesión…

WEASLEY NACIÓ EN UN VERTEDERO
Y SE LE VA LA QUAFFLE *POR EL AGUJERO.*
GRACIAS A WEASLEY HEMOS DE GANAR…

Pero Harry la había visto por fin: la diminuta *snitch* dorada estaba suspendida a unos palmos del suelo en el extremo del campo de Slytherin.

Bajó en picado…

Sin embargo, en cuestión de segundos Malfoy descendió como un rayo hacia la izquierda de Harry; Draco era una figura borrosa, verde y plateada, que volaba pegada a su escoba…

La *snitch* bordeó el pie de uno de los postes de gol y salió disparada hacia el extremo opuesto de las gradas; aquel cambio de dirección favorecía a Malfoy, que estaba más cerca; Harry giró su Saeta de Fuego y a partir de ese momento él y Malfoy fueron a la par…

Volando a unos palmos del suelo, Harry soltó la mano derecha de la escoba y la estiró hacia la *snitch*… A su derecha, Malfoy también extendió el brazo, estirándolo al máximo, intentando alcanzar la bola…

Sólo duró un par de desesperantes, angustiosos y vertiginosos segundos: los dedos de Harry se cerraron alrededor de la diminuta bola alada; Malfoy le arañó el dorso de la mano sin éxito; Harry tiró de la escoba hacia arriba, aprisionando la rebelde *snitch* en la mano, y los seguidores de Gryffindor gritaron de satisfacción…

Estaban salvados. Ya no importaba que Ron se hubiera dejado marcar aquellos tantos, nadie lo recordaría porque Gryffindor había ganado. Pero entonces…

¡PUM!

Una *bludger* golpeó con fuerza a Harry en la parte baja de la espalda, y cayó de la escoba. Afortunadamente, estaba a menos de dos metros del suelo porque había descendido mucho para atrapar la *snitch*, pero aun así se le cortó la respiración cuando aterrizó de espaldas en el helado campo. Enseguida oyó el estridente silbato de la señora Hooch, un rugido en las gradas formado por silbidos, gritos furiosos y abucheos, un ruido sordo y luego la desesperada voz de Angelina:

—¿Estás bien?

—Claro que estoy bien —contestó Harry muy serio; le cogió la mano y dejó que Angelina lo ayudara a levantarse.

La señora Hooch volaba hacia uno de los jugadores de Slytherin que estaba por encima de Harry, aunque desde donde él estaba no pudo ver quién era.

—Ha sido ese matón, Crabbe —dijo Angelina, furiosa—, te ha lanzado la *bludger* en cuanto ha visto que habías atrapado la *snitch*. Pero ¡hemos ganado, Harry, hemos ganado!

Harry oyó un bufido detrás de él y se dio la vuelta sin soltar la *snitch*: Draco Malfoy había aterrizado cerca. Pese a que estaba pálido por el disgusto, todavía era capaz de mirar a Harry con aire despectivo.

—Le has salvado el pellejo a Weasley, ¿eh? —le dijo—. Nunca había visto un guardián más patoso… Pero claro, nació en un vertedero… ¿Te ha gustado la letra de

mi canción, Potter?

Harry no contestó. Dio media vuelta y fue a reunirse con el resto de los jugadores de su equipo, que entonces descendían uno a uno, gritando y agitando los puños, triunfantes; todos excepto Ron, que había desmontado de su escoba junto a los postes de gol e iba despacio, solo, hacia los vestuarios.

—¡Queríamos escribir un par de versos más! —gritó Malfoy mientras Katie y Alicia abrazaban a Harry—. Pero no se nos ocurría nada que rimara con gorda y fea… Queríamos cantarle también a su madre, ¿sabes?

—Hay que ser desgraciado… —dijo Angelina mirando a Malfoy con desprecio.

—Tampoco pudimos incluir «pobre perdedor» para referirnos a su padre, claro…

Entonces Fred y George oyeron lo que estaba diciendo Malfoy. Le estaban estrechando la mano a Harry y, de pronto, se pusieron muy rígidos y se volvieron para mirar a Malfoy.

—¡No le hagáis caso! —exclamó Angelina sujetando a Fred por el brazo—. No le hagas caso, Fred, deja que grite todo lo que quiera. Lo que ocurre es que no sabe perder, el muy creído…

—Pero a ti te caen muy bien los Weasley, ¿verdad, Potter? —continuó Malfoy con una sonrisa burlona—. Hasta pasas las vacaciones en su casa, ¿no es cierto? No entiendo cómo soportas el hedor, aunque supongo que cuando te has criado con *muggles*, hasta ese tugurio de los Weasley debe de oler bien…

Harry sujetó a George. Entre tanto, Angelina, Alicia y Katie habían unido sus fuerzas para impedir que Fred se abalanzara sobre Malfoy, que se reía a carcajadas. Harry buscó con la mirada a la señora Hooch, pero vio que todavía estaba amonestando a Crabbe por aquel ataque ilegal con la *bludger*.

—A lo mejor —añadió Malfoy lanzando a Harry una mirada de asco antes de darse la vuelta— es que todavía te acuerdas de cómo apestaba la casa de tu madre, Potter, y la pocilga de los Weasley te lo recuerda…

Harry no se enteró de que había soltado a George, pero un segundo más tarde ambos corrían a toda velocidad hacia Malfoy. Harry no se detuvo a pensar que los profesores lo estaban mirando: lo único que quería era hacerle a Draco todo el daño que pudiera; no le dio tiempo a sacar la varita mágica, así que echó hacia atrás el puño en el que tenía la *snitch* y se lo hundió a Malfoy con todas sus fuerzas en el estómago…

—¡Harry! ¡HARRY! ¡GEORGE! ¡NO!

Oía chillidos de chicas, los gritos de dolor de Malfoy, a George, que maldecía, un silbato y el bramido del público a su alrededor, pero nada de eso le importaba. Hasta que alguien que estaba cerca gritó *«¡Impedimenta!»* y Harry cayó hacia atrás por la fuerza del hechizo, no abandonó su propósito de machacar a puñetazos a Malfoy.

—¿Qué demonios te pasa? —gritó la señora Hooch cuando Harry se puso en pie.

Por lo visto, había sido ella quien le había lanzado el embrujo paralizante; llevaba el silbato en una mano y la varita mágica en la otra, y había dejado abandonada su escoba a unos metros de allí. Malfoy estaba acurrucado en el suelo, gimiendo y lloriqueando, y sangraba por la nariz. George tenía un labio partido; las tres cazadoras todavía sujetaban con dificultad a Fred, y Crabbe reía socarronamente un poco más allá.

—¡Nunca había visto un comportamiento como éste! ¡Al castillo, los dos, y directamente al despacho del jefe de vuestra casa! ¡Ahora mismo!

Harry y George salieron del campo, jadeantes y sin decirse nada. Los pitidos y los abucheos del público se debilitaron gradualmente hasta que ambos llegaron al vestíbulo, donde ya no se oía nada más que sus propios pasos. Harry se dio cuenta de que todavía había algo que se movía en su mano derecha, cuyos nudillos se había lastimado al golpear a Malfoy en la mandíbula. Miró hacia abajo y vio las plateadas alas de la *snitch*, que sobresalían entre sus dedos con la intención de liberarse.

Tan pronto como llegaron a la puerta del despacho de la profesora McGonagall, ésta apareció en el pasillo, caminando a grandes zancadas hacia ellos. Llevaba una bufanda de Gryffindor, pero se la quitó del cuello con manos temblorosas antes de llegar a donde estaban Harry y George. Estaba furiosa.

—¡Adentro! —les ordenó, y señaló la puerta. Harry y George entraron en el despacho. La profesora McGonagall se colocó detrás de su mesa, frente a los muchachos, temblando de ira mientras tiraba la bufanda de Gryffindor al suelo—. ¿Y bien? Jamás había visto una exhibición tan vergonzosa. ¡Dos contra uno! ¡Explicaos ahora mismo!

—Malfoy nos provocó —respondió Harry fríamente.

—¿Que os provocó? —gritó la profesora McGonagall golpeando la mesa con el puño. La lata de cuadros escoceses dio tal bote que cayó, se abrió y cubrió el suelo de tritones de jengibre—. El acababa de perder el partido, ¿no? ¡Claro que quería provocaros! Pero ¿qué demonios ha dicho que pueda justificar que vosotros dos…?

—Ha insultado a mis padres —gruñó George—. Y a la madre de Harry.

—Y en lugar de dejar que lo solucionara la señora Hooch, vosotros dos decidís hacer una exhibición de duelo *muggle*, ¿verdad? —bramó la profesora McGonagall—¿Tenéis idea de lo que…?

—Ejem, ejem.

Harry y George giraron rápidamente la cabeza. Dolores Umbridge estaba plantada en el umbral, envuelta en una capa verde de tweed que acentuaba aún más su parecido con un sapo gigantesco, y sonreía de aquella forma asquerosa, forzada y siniestra que Harry había acabado por asociar con un desastre inminente.

—¿Necesita ayuda, profesora McGonagall? —preguntó la profesora Umbridge con su dulce y venenosa voz.

La sangre se agolpó en la cara de la profesora McGonagall.

—¿Ayuda? —repitió, controlando la voz—. ¿Qué clase de ayuda?

La profesora Umbridge entró en el despacho exhibiendo su repugnante sonrisa y se situó junto a la mesa de la profesora McGonagall.

—Verá, me ha parecido que agradecería la intervención de alguien con autoridad.

A Harry no le habría sorprendido ver salir chispas por las aletas de la nariz de la profesora McGonagall.

—Pues se ha equivocado —replicó ésta, y siguió hablando con los chicos como si la profesora Umbridge no estuviera allí—. Y vosotros dos a ver si me escucháis bien. ¡No me importa que Malfoy os haya provocado, por mí puede haber insultado a todos los miembros de vuestras respectivas familias; vuestro comportamiento ha sido lamentable y voy a poneros a los dos una semana de castigos! ¡No me mires así, Potter, tú te lo has buscado! ¡Y si me entero de que alguno de los dos vuelve a…!

—Ejem, ejem.

La profesora McGonagall cerró los ojos, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no perder la paciencia, y volvió a mirar a la profesora Umbridge.

—¿Sí?

—Creo que merecen algo más que castigos —apuntó Dolores Umbridge, y su sonrisa se hizo más amplia.

La profesora McGonagall abrió mucho los ojos.

—Pero por desgracia es más importante lo que yo crea, porque estos dos alumnos están en mi casa, Dolores —dijo forzando una sonrisa que pretendía imitar a la de su interlocutora y que le produjo una rigidez total en el rostro.

—Perdone, Minerva —replicó la profesora Umbridge con una sonrisa tonta—, pero ahora comprobará que mi opinión importa más de lo que usted cree. A ver, ¿dónde está? Cornelius acaba de enviármelo… Bueno —soltó una risita falsa mientras hurgaba en su bolso—, el ministro acaba de enviármelo… ¡Ah, sí…, aquí está! —Sacó un trozo de pergamino y lo desenrolló, aclarándose la garganta remilgadamente antes de empezar a leer lo que había escrito en él—. Ejem, ejem… «Decreto de Enseñanza Número Veinticinco.»

—¡Otro decreto! —exclamó la profesora McGonagall con violencia.

—Pues sí —repuso Dolores Umbridge sin dejar de sonreír—. De hecho, Minerva, fue usted quien me hizo ver que necesitábamos una enmienda… ¿Recuerda que invalidó mi orden cuando no quise permitir que se volviera a formar el equipo de *quidditch* de Gryffindor? Usted le presentó el caso a Dumbledore, quien insistió en que se permitiera jugar al equipo, ¿verdad? Pues bien, yo no podía tolerar eso. Hablé inmediatamente con el ministro, y coincidió conmigo en que la Suma Inquisidora debe tener poder para retirar privilegios a los alumnos, porque de no ser así, ella, es decir, yo, tendría menos autoridad que los simples profesores. Y supongo, Minerva,

que ahora entenderá que yo tenía mucha razón cuando intenté impedir que se volviera a formar el equipo de Gryffindor. ¡Qué genio tan espantoso! En fin, estaba leyendo nuestra enmienda… Ejem, ejem… «En lo sucesivo, la Suma Inquisidora tendrá autoridad absoluta sobre los castigos, las sanciones y la supresión de privilegios de los estudiantes de Hogwarts, y podrá modificar los castigos, las sanciones y la supresión de privilegios que hayan podido ordenar otros miembros del profesorado. Firmado, Cornelius Fudge, ministro de Magia, Orden de Merlín, Primera Clase, etc., etc.» —Enrolló el pergamino y lo guardó en su bolso con la sonrisa en los labios—. Así pues… Me veo obligada a suspender a estos dos alumnos de por vida —sentenció, mirando primero a Harry y luego a George.

Harry notó que la *snitch* se agitaba furiosa en su mano.

—¿Suspendernos? —repitió, y su voz sonó extrañamente distante—. ¿No podremos volver a jugar al *quidditch*… nunca más?

—En efecto, señor Potter, creo que una suspensión de por vida conseguirá su propósito —confirmó la profesora Umbridge, y su sonrisa se ensanchó aún más mientras observaba a Harry, que intentaba asimilar lo que ella acababa de decir—. Tanto a usted como a su amigo, el señor Weasley. Y creo que, para estar seguros, deberíamos suspender también al gemelo de este joven. Si sus compañeros no lo hubieran sujetado, estoy convencida de que también habría atacado al señor Malfoy. Les confiscaré las escobas, por descontado; las guardaré en mi despacho para asegurarme de que se cumpla mi prohibición. Pero seré razonable, profesora McGonagall —prosiguió, volviéndose de nuevo hacia ésta, que estaba de pie y la miraba fijamente, tan quieta como si fuera una estatua de hielo—. El resto del equipo puede seguir jugando, pues no he detectado señales de violencia en ningún otro jugador. Buenas tardes.

Y con un aire de máxima satisfacción, la profesora Umbridge salió del despacho dejando tras ella un silencio espeluznante.

—Suspendidos —dijo Angelina con voz apagada aquella noche en la sala común—. Suspendidos de por vida… Nos hemos quedado sin buscador y sin golpeadores. ¿Qué vamos a hacer ahora?

No tenían la sensación de haber ganado el partido. Allá donde mirara, Harry sólo veía caras de desconsuelo y de enfado; los miembros del equipo estaban repantigados alrededor de la chimenea; todos excepto Ron, al que nadie había visto desde que había finalizado el partido.

—Es una injusticia —declaró Alicia, como atontada—. ¿Qué ha pasado con Crabbe y con esa *bludger* que te lanzó después de que sonara el silbato? ¿Acaso a él lo han suspendido?

—No —contestó Ginny con tristeza; ella y Hermione estaban sentadas a ambos

lados de Harry—. Sólo tiene que copiar algo, he oído a Montague reírse de eso en la cena.

—¡Y suspender a Fred, cuando él no ha hecho nada! —añadió Alicia, furiosa, golpeándose la rodilla con el puño.

—No he hecho nada porque no me habéis dejado —intervino él con una expresión muy desagradable en la cara—. Si no me hubierais sujetado, habría hecho puré a ese cerdo.

Harry, abatido, se quedó mirando la oscura ventana. Estaba nevando. La *snitch* que había atrapado en el partido volaba en esos momentos describiendo círculos por la sala común; los estudiantes la miraban como hipnotizados, y *Crookshanks* saltaba de una butaca a otra intentando cogerla.

—Voy a acostarme —anunció Angelina, y se puso lentamente en pie—. A lo mejor resulta que todo esto no es más que una pesadilla… A lo mejor mañana me despierto y me doy cuenta de que todavía no hemos jugado el partido…

Alicia y Katie no tardaron en seguirla. Fred y George se fueron a la cama poco después y fulminaron con la mirada a todo aquel con el que se cruzaron; Ginny también se marchó enseguida. Harry y Hermione fueron los únicos que se quedaron junto al fuego.

—¿Has visto a Ron? —le preguntó Hermione con voz queda. Harry negó con la cabeza—. Creo que nos evita. ¿Dónde crees que…?

Pero en aquel preciso momento oyeron un crujido detrás de ellos. El retrato de la Señora Gorda se abrió y por el hueco entró Ron. Estaba tremendamente pálido y tenía nieve en el pelo. Al ver a Harry y a Hermione, se quedó paralizado.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ésta con inquietud levantándose de un brinco.

—Paseando —balbuceó Ron. Todavía llevaba puesto el uniforme de *quidditch*.

—Debes de estar congelado —observó Hermione—. ¡Ven y siéntate aquí!

Ron se acercó a la chimenea, se dejó caer en la butaca más alejada de Harry y esquivó su mirada. La *snitch* robada seguía volando por encima de sus cabezas.

—Perdóname —murmuró Ron mirándose los pies.

—¿Por qué tengo que perdonarte? —preguntó Harry.

—Por creer que podía jugar al *quidditch* —respondió Ron—. Voy a renunciar mañana por la mañana.

—Si renuncias —repuso Harry con fastidio— sólo quedarán tres jugadores en el equipo. —Como Ron lo miraba con extrañeza, Harry añadió—: Me han suspendido de por vida. Y también a Fred y a George.

—¿Qué? —gritó Ron.

Hermione le contó la historia con todo detalle porque Harry se sentía incapaz de volver a explicarla. Cuando hubo terminado, Ron parecía aún más angustiado.

—Todo ha sido culpa mía…

—Tú no me hiciste pegar a Malfoy —dijo Harry con enfado.

—Si no fuera tan malo jugando al *quidditch*…

—Eso no tiene nada que ver…

—Es que esa canción me puso histérico…

—Habría puesto histérico a cualquiera… —Hermione se levantó, fue hasta la ventana para retirarse de la discusión y contempló la nieve que caía formando remolinos detrás del cristal—. Basta, ¿me oyes? —estalló Harry—. ¡Ya estamos bastante fastidiados, y sólo falta que tú te eches la culpa de todo!

Ron se calló y se quedó mirando, muy triste, el empapado dobladillo de su túnica. Al cabo de un rato, dijo con un hilo de voz:

—Nunca me había sentido tan mal.

—Ya somos dos —contestó Harry con amargura.

—Bueno —empezó a decir Hermione con voz ligeramente temblorosa—, se me ha ocurrido una cosa que a lo mejor os anima un poco a los dos.

—No me digas —dijo Harry, escéptico.

—Sí —afirmó Hermione, y se apartó del negro cristal de la ventana salpicado de nieve. Una amplia sonrisa iluminaba su rostro—. Hagrid ha vuelto.

20
La historia de Hagrid

Harry subió a todo correr al dormitorio de los chicos para coger la capa invisible y el mapa del merodeador, que guardaba en su baúl; se dio tanta prisa que Ron y él estaban listos para salir por lo menos cinco minutos antes de que Hermione bajara del dormitorio de las chicas, provista de bufanda, guantes y uno de los gorros de elfo llenos de nudos.

—¡Es que fuera hace mucho frío! —se justificó cuando Ron chasqueó la lengua con impaciencia.

Salieron por la abertura del retrato y se apresuraron a cubrirse con la capa; Ron había crecido tanto que ahora tenía que encorvarse para que no le asomaran los pies por debajo. Bajaron despacio y con cuidado las diferentes escaleras, y se detenían de vez en cuando para comprobar, con ayuda del mapa, si Filch o la *Señora Norris* andaban cerca. Tuvieron suerte: no vieron a nadie más que a Nick Casi Decapitado, que se paseaba flotando y tarareando distraídamente «A Weasley vamos a coronar». Cruzaron el vestíbulo con sigilo y salieron a los silenciosos y nevados jardines. A Harry le dio un vuelco el corazón cuando vio unos pequeños rectángulos dorados de luz y el humo que salía en espirales por la chimenea de la cabaña de Hagrid. Echó a

andar hacia allí a buen paso, y los otros dos lo siguieron dando traspiés. Bajaron emocionados por la ladera, donde la capa de nieve cada vez era más gruesa, y por fin llegaron frente a la puerta de madera de la cabaña. Harry levantó el puño y llamó tres veces, e inmediatamente se oyeron los ladridos de un perro.

—¡Somos nosotros, Hagrid! —susurró Harry por la cerradura.

—¡Debí imaginármelo! —respondió una áspera voz. Los tres amigos se miraron sonrientes debajo de la capa invisible; la voz de Hagrid denotaba alegría—. Sólo hace tres segundos que he llegado a casa… Aparta, *Fang*, ¡quita de en medio, chucho! —Se oyó cómo descorría el cerrojo, la puerta se abrió con un chirrido y la cabeza de Hagrid apareció en el resquicio. Hermione no pudo contener un grito—. ¡Por las barbas de Merlín, no chilles! —se apresuró a decir Hagrid, alarmado, mientras observaba por encima de las cabezas de los chicos—. Lleváis la capa ésa, ¿no? ¡Vamos, entrad, entrad!

—¡Lo siento! —se disculpó Hermione mientras los tres entraban apretujándose en la cabaña y se quitaban la capa para que Hagrid pudiera verlos—. Es que… ¡Oh, Hagrid!

—¡No es nada, no es nada! —exclamó él rápidamente. Cerró la puerta y corrió todas las cortinas, pero Hermione seguía mirándolo horrorizada.

Hagrid tenía sangre coagulada en el enmarañado pelo, y su ojo izquierdo había quedado reducido a un hinchado surco en medio de un enorme cardenal de color negro y morado. Tenía diversos cortes en la cara y en las manos, algunos de los cuales todavía sangraban, y se movía con cautela, lo que hizo sospechar a Harry que Hagrid tenía alguna costilla rota. Era evidente que acababa de llegar a casa. Había una gruesa capa negra de viaje colgada en el respaldo de una silla, y una mochila donde habrían cabido varios niños pequeños apoyada en la pared, junto a la puerta. Hagrid, que medía dos veces lo que mide un hombre normal, fue cojeando hasta la chimenea y colocó una tetera de cobre sobre el fuego.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Harry mientras *Fang* danzaba alrededor de los chicos intentando lamerles la cara.

—Ya os lo he dicho, nada —contestó Hagrid con firmeza—. ¿Queréis una taza de té?

—¡Vamos, Hagrid! —le espetó Ron—. ¡Si estás hecho polvo!

—Os digo que estoy bien —insistió Hagrid enderezándose y volviéndose para mirarlos sonriente, pero sin poder disimular una mueca de dolor—. ¡Vaya, cuánto me alegro de volver a veros a los tres! ¿Habéis pasado un buen verano?

—¡Hagrid, te han atacado! —exclamó Ron.

—¡Por última vez: no es nada! —repitió Hagrid con rotundidad.

—¿Acaso dirías que no es nada si alguno de nosotros apareciera con casi medio kilo de carne picada donde antes tenía la cara? —inquirió Ron.

—Deberías ir a ver a la señora Pomfrey, Hagrid —terció Hermione, preocupada —. Algunos de esos cortes tienen mala pinta.

—Ya me estoy encargando de ellos, ¿de acuerdo? —respondió Hagrid intentando imponerse.

Entonces fue hacia la enorme mesa de madera que había en el centro de la cabaña y levantó un trapo de cocina que había encima. Debajo del trapo había un filete de color verdoso, crudo y sangrante, del tamaño de un neumático de coche.

—No pensarás comerte eso, ¿verdad, Hagrid? —preguntó Ron inclinándose sobre el filete para examinarlo—. Tiene aspecto venenoso.

—Tiene un aspecto perfectamente normal, es carne de dragón —replicó Hagrid —. Y no pensaba comérmelo. —Cogió el filete y se lo colocó sobre la parte izquierda de la cara. Un hilo de sangre verdosa resbaló por su barba y Hagrid emitió un débil gemido de satisfacción—. Así está mejor. Va muy bien para aliviar el dolor.

—¿Piensas contarnos lo que te ha pasado, o no? —inquirió Harry

—No puedo, Harry. Es secreto. Si os lo cuento me juego el empleo.

—¿Te han atacado los gigantes, Hagrid? —preguntó Hermione con voz queda.

Los dedos de Hagrid resbalaron por el filete de dragón, que descendió hasta el pecho haciendo un ruido parecido al de la succión.

—¿Los gigantes? —repitió Hagrid mientras agarraba el filete antes de que le llegara al cinturón y se lo colocaba de nuevo en la cara—. ¿Quién ha dicho nada de gigantes? ¿Con quién habéis estado hablando? ¿Quién os ha dicho que he…? ¿Quién os ha dicho que estaba…?

—Nos lo imaginamos nosotros —respondió Hermione en tono de disculpa.

—¿Ah, sí? —dijo Hagrid mirándola fijamente con el ojo que el filete no le tapaba.

—Era… evidente —añadió Ron, y Harry asintió con la cabeza.

Hagrid los miró a los tres con severidad; entonces dio un resoplido, dejó el filete en la mesa y fue a grandes zancadas hasta la tetera, que había empezado a silbar.

—No sé qué os pasa, pero siempre tenéis que saber más de lo que deberíais —masculló mientras vertía agua hirviendo en tres tazas con forma de cubo—. Y no os creáis que es un cumplido. Sois unos entrometidos. Y muy indiscretos.

Sin embargo, le temblaban los pelos de la barba.

—Entonces ¿es verdad que fuiste a buscar a los gigantes? —preguntó Harry, sonriente, al mismo tiempo que se sentaba a la mesa.

Hagrid colocó una taza de té delante de cada uno de los chicos, se sentó, volvió a coger el filete y se lo puso de nuevo en la cara.

—Sí, es verdad —gruñó.

—¿Y los encontraste? —inquirió Hermione con un hilo de voz.

—Verás, los gigantes no son muy difíciles de encontrar, francamente —contestó

Hagrid—. Son bastante grandes, ¿sabes?

—¿Dónde viven? —preguntó Ron.

—En las montañas —respondió Hagrid a regañadientes.

—Entonces, ¿cómo es que los *muggles* no…?

—Te equivocas —se adelantó Hagrid—. Lo que pasa es que sus muertes siempre se atribuyen a accidentes de alpinismo.

Se ajustó un poco el filete para que le tapara la parte más magullada de la cara y Ron insistió:

—¡Vamos, Hagrid, cuéntanos lo que has estado haciendo! Si nos dices lo que te pasó con los gigantes, Harry te explicará cómo lo atacaron los *dementores*…

Hagrid se atragantó con el té y al mismo tiempo se le cayó el filete de la cara; una gran cantidad de saliva, té y sangre de dragón salpicó la mesa mientras Hagrid tosía y farfullaba. El filete resbaló y cayó al suelo produciendo un fuerte ¡paf!

—¿Qué es eso de que te atacaron los *dementores*? —masculló Hagrid.

—¿No lo sabías? —le preguntó Hermione con los ojos como platos.

—No sé nada de lo que ha pasado desde que me marché. Tenía una misión secreta, ¿de acuerdo? Y no era cuestión de que las lechuzas me siguieran por todas partes. ¡Esos malditos *dementores*!… ¿Lo dices en serio?

—Sí, claro. Fueron a Little Whinging y nos atacaron a mi primo y a mí, y entonces el Ministerio de Magia me expulsó…

—¿QUÉ?

—…y tuve que presentarme a una vista y todo, pero primero cuéntanos lo de los gigantes.

—¿Que te expulsaron del colegio?

—Cuéntanos lo que te ha pasado este verano y yo te contaré lo que me ha ocurrido a mí.

Hagrid lo fulminó con la mirada de su único ojo sano y Harry le sostuvo la mirada con una expresión que era mezcla de inocencia y determinación.

—Está bien —aceptó Hagrid, resignado.

Se agachó y le arrancó el filete de dragón a *Fang* de la boca.

—¡No hagas eso, Hagrid, es antihigiénico…! —exclamó Hermione, pero él ya se había vuelto a poner el enorme trozo de carne en la hinchada cara.

Bebió otro tonificante sorbo de té y comenzó:

—Bueno, salimos de aquí en cuanto terminó el curso…

—Entonces, ¿Madame Máxime iba contigo? —lo interrumpió Hermione.

—Sí, exacto —confirmó Hagrid, y una expresión más suave apareció en los pocos centímetros del rostro que no estaban tapados ni por la barba ni por aquel filete verde—. Sí, íbamos los dos solos. Y he de decir que a Olympe no le importa prescindir de las comodidades. Veréis, ella es muy fina y siempre va muy bien

vestida, y como yo sabía adónde íbamos, me preguntaba cómo encajaría eso de trepar por rocas y dormir en cuevas, pero os aseguro que no la oí rechistar ni una sola vez.

—¿Sabías adónde ibais? —le preguntó Harry—. ¿Sabías dónde viven los gigantes?

—Bueno, Dumbledore lo sabía y nos lo dijo.

—¿Están escondidos? —inquirió Ron—. ¿Es un lugar secreto?

—No, no del todo —respondió Hagrid moviendo la greñuda cabeza—. Lo que pasa es que a la mayoría de los magos no les interesa saber dónde están, con tal de que estén bien lejos. Pero es muy difícil llegar hasta allí, al menos para los humanos, así que necesitábamos las instrucciones de Dumbledore. Tardamos cerca de un mes en llegar a…

—¡¿Un mes?! —exclamó Ron, como si no concibiera que un viaje pudiera durar tanto—. Pero… ¿por qué no utilizasteis un traslador o algo así?

Hagrid entrecerró el ojo que no estaba hinchado y miró a Ron con una expresión extraña, casi de lástima.

—Nos vigilaban, Ron —respondió con brusquedad.

—¿Qué quieres decir?

—Vosotros no lo entendéis. El Ministerio vigila de cerca a Dumbledore y a todos los que están a su favor, y…

—Eso ya lo sabemos —intervino Harry, ansioso por escuchar el resto de la historia de Hagrid—, ya sabemos que el Ministerio vigila a Dumbledore…

—¿Y no podíais utilizar la magia para llegar hasta allí? —terció Ron, estupefacto —. ¿Teníais que comportaros como *muggles* todo el tiempo?

—Bueno, no siempre —puntualizó Hagrid cautelosamente—. Pero teníamos que ir con mucho cuidado, porque Olympe y yo… destacamos un poco… —Ron hizo un ruidito ahogado, un sonido entre un bufido y un resuello, y rápidamente bebió un sorbo de té—, de modo que no resulta muy difícil seguirnos la pista. Fingimos que nos íbamos de vacaciones juntos. Llegamos a Francia e hicimos ver que nos dirigíamos al colegio de Olympe, porque sabíamos que alguien del Ministerio estaba siguiéndola. Teníamos que avanzar muy despacio porque no debíamos emplear la magia, pues también sabíamos que el Ministerio buscaba cualquier excusa para echarnos el guante. Pero en Dijon conseguimos dar esquinazo al imbécil que nos seguía…

—¿En Dijon? —repitió Hermione, emocionada—. ¡Yo estuve allí de vacaciones! ¿Visteis el…?

Hermione se calló al ver la expresión de Ron.

—Después de eso pudimos hacer un poco de magia y el viaje no estuvo tan mal. En la frontera polaca nos topamos con un par de trols chiflados, y yo tuve un pequeño percance con un vampiro en una taberna de Minsk, pero aparte de eso el viaje fue pan

comido.

»Entonces llegamos a las montañas y empezamos a buscar señales de los gigantes…

»Cuando nos acercábamos a donde estaban, tuvimos que dejar de emplear la magia. En parte porque a ellos no les gustan los magos y no queríamos irritarlos antes de tiempo, pero también porque Dumbledore nos había advertido que Quien-vosotros-sabéis también debía de andar buscando a los gigantes. Dijo que lo más probable era que ya les hubiera enviado un mensajero. Nos aconsejó que tuviéramos mucho cuidado y no llamáramos la atención cuando estuviéramos cerca, por si había *mortífagos* por allí.

Hagrid hizo una pausa y bebió un largo sorbo de té.

—¡Sigue! —le pinchó Harry.

—Los encontramos —continuó Hagrid sin andarse con rodeos—. Una noche alcanzamos la cresta de una montaña y allí estaban, diseminados a nuestros pies. Allá abajo ardían pequeñas hogueras y unas sombras inmensas… Era como si viéramos moverse trozos de montaña.

—¿Son muy grandes? —murmuró Ron.

—Miden unos seis metros —respondió Hagrid con indiferencia—. Los más altos llegan a medir casi ocho metros.

—¿Y cuántos había? —preguntó Harry.

—Calculo que setenta u ochenta.

—¿Sólo? —se extrañó Hermione.

—Sí —confirmó Hagrid con tristeza—. Sólo quedan ochenta, y eso que antes había muchísimos. Debía de haber unas cien tribus diferentes en todo el mundo, pero hace años que se están extinguiendo. Los magos mataron a unos cuantos, desde luego, pero básicamente se mataron entre ellos, y ahora desaparecen más rápido que nunca porque no están hechos para vivir amontonados de esa forma. Dumbledore opina que es culpa nuestra, es decir, que fuimos los magos los que los obligamos a irse a vivir tan lejos de nosotros, y que ellos no tuvieron más remedio que unirse para protegerse.

—Bueno —intervino Harry—, los visteis, y entonces, ¿qué?

—Esperamos a que se hiciera de día; no queríamos aparecer entre ellos a oscuras porque era peligroso —prosiguió Hagrid—. Hacia las tres de la madrugada se quedaron dormidos donde estaban, aunque nosotros no nos atrevimos a dormir. Primero, porque no queríamos que ninguno despertara y nos descubriera, y además, porque los ronquidos eran increíbles. Antes del amanecer provocaron un alud. En fin, cuando se hizo de día, bajamos a verlos.

—¿Así, sin más? —preguntó Ron, perplejo—. ¿Bajasteis como si tal cosa a un campamento de gigantes?

—Bueno, Dumbledore nos explicó cómo teníamos que hacerlo —puntualizó Hagrid—. Había que llevarle regalos al Gurg y mostrarse respetuoso con él, ya sabéis.

—¿Llevarle regalos a quién? —preguntó Harry.

—¡Ah, al Gurg! Significa «jefe».

—¿Y cómo supisteis cuál de ellos era el Gurg? —inquirió Ron.

Hagrid soltó una risotada.

—No resultó difícil —respondió—. Era el más grande, el más feo y el más vago de todos. Estaba allí sentado esperando a que los otros le llevaran la comida. Cabras muertas y cosas así. Se llamaba Karkus. Debía de medir unos siete metros y pesar como dos elefantes macho. Y tenía una piel que parecía de rinoceronte.

—¿Y fuiste tranquilamente a hablar con él? —le preguntó Hermione, impresionada.

—Bueno, más o menos. Los gigantes estaban instalados en una hondonada entre cuatro montañas muy altas, junto a un lago, y Karkus estaba tumbado a orillas del lago y les gritaba a los otros que les llevaran comida a él y a su esposa. Olympe y yo bajamos por la ladera de la montaña…

—Pero ¿no intentaron mataros cuando os vieron? —preguntó Ron, incrédulo.

—Estoy seguro de que a unos cuantos se les ocurrió esa idea —dijo Hagrid encogiéndose de hombros—, pero nosotros hicimos lo que nos había recomendado Dumbledore: sostener en alto nuestro regalo, mirar siempre al Gurg e ignorar a los demás. Y eso fue lo que hicimos. Los otros gigantes se quedaron callados al vernos pasar, y nosotros llegamos a donde estaba Karkus, lo saludamos con una reverencia y dejamos nuestro regalo en el suelo, a sus pies.

—¿Qué se le regala a un gigante? —preguntó Ron con impaciencia—. ¿Comida?

—No, ellos ya se las apañan solos para conseguir comida. Le llevamos magia. A los gigantes les encanta la magia, lo que no les gusta es que nosotros la utilicemos contra ellos. El primer día le llevamos una rama de fuego de Gubraith.

—¡Vaya! —exclamó Hermione con voz queda, pero Harry y Ron miraron a Hagrid sin comprender.

—¿Una rama de…?

—Fuego eterno —explicó Hermione con irritación—. Ya deberíais saberlo. ¡El profesor Flitwick lo ha mencionado al menos dos veces en las clases!

—Veréis —continuó rápidamente Hagrid, interviniendo antes de que Ron tuviera ocasión de replicar—, Dumbledore hechizó aquella rama para que ardiera eternamente, algo que no todos los magos son capaces de hacer. La dejé sobre la nieve, a los pies de Karkus, y dije: «Un regalo de Albus Dumbledore para el Gurg de los gigantes, con sus cordiales saludos.»

—¿Y qué dijo Karkus? —preguntó Harry con avidez.

—Nada. No sabía hablar nuestro idioma.

—¡No me digas!

—Pero no tuvo importancia —comentó Hagrid, imperturbable—. Dumbledore ya nos había advertido sobre esa posibilidad. Karkus entendió lo suficiente para llamar a gritos a un par de gigantes que sí sabían, y ellos hicieron de intérpretes.

—¿Y le gustó el regalo? —inquirió Ron.

—Ya lo creo, se puso loco de contento cuando comprendió qué era —contestó Hagrid mientras le daba la vuelta al filete de dragón y se ponía la parte que estaba más fresca sobre el ojo hinchado—. Estaba entusiasmado. Y entonces le dije: «Albus Dumbledore ruega al Gurg que hable con su mensajero cuando mañana regrese con otro regalo.»

—¿Por qué no podías hablar con ellos aquel día? —preguntó Hermione.

—Dumbledore quería tomarse las cosas con calma para que vieran que cumplíamos nuestras promesas. Si les dices «Mañana volveremos con otro regalo», y al día siguiente cumples con lo que has prometido, les causas una buena impresión, ¿entendéis? Además, así tienen tiempo de probar el primer regalo y comprobar que es un buen obsequio, y entonces quieren más. En fin, si los agobias con mucha información, los gigantes como Karkus te matan aunque sólo sea para simplificar las cosas. Así que nos marchamos de allí, haciendo reverencias, y buscamos una bonita cueva donde pasar la noche; a la mañana siguiente volvimos al campamento de los gigantes, y esta vez encontramos a Karkus sentado muy tieso, esperándonos impaciente.

—¿Y hablasteis con él?

—Sí, sí. Primero le entregamos un precioso yelmo fabricado por duendes, indestructible. Luego nos sentamos a hablar con él.

—¿Y qué dijo?

—No gran cosa —contestó Hagrid—. En realidad se limitó a escuchar. Pero vimos algunos buenos indicios. Karkus había oído hablar de Dumbledore y sabía que no había estado de acuerdo con el exterminio de los últimos gigantes de Gran Bretaña. Le interesaba mucho enterarse de lo que quería decirle Dumbledore. Algunos gigantes, sobre todo los que entendían algo de nuestro idioma, se acercaron a escuchar. Aquel día nos marchamos muy esperanzados. Prometimos volver a la mañana siguiente con otro regalo. Pero aquella noche todo salió mal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó rápidamente Ron.

—Ya os he dicho que los gigantes no están hechos para vivir en grupos tan numerosos —respondió Hagrid, apesadumbrado—. No pueden evitarlo, se pelean a cada momento. Los hombres riñen entre sí, y las mujeres, entre ellas; del mismo modo, los que quedan de las antiguas tribus riñen entre ellos, y eso sin que haya discusiones por la comida, ni por las mejores hogueras ni por los mejores enclaves

para dormir. Lo lógico sería que vivieran en paz, dado que su raza está a punto de extinguirse, pero… —Hagrid suspiró profundamente—. Aquella noche se armó una pelea —prosiguió—. Nosotros lo vimos todo desde la entrada de nuestra cueva, que estaba orientada hacia el valle. Duró varias horas, y no os imagináis el ruido que hacían. Cuando salió el sol, vimos que la nieve se había teñido de rojo y que su cabeza estaba en el fondo del lago.

—¿La cabeza de quién? —preguntó Hermione entrecortadamente.

—De Karkus —dijo Hagrid, apenado—. Había un nuevo Gurg, Golgomath—. Suspiró de nuevo—. Nosotros no habíamos contado con tener que tratar con un nuevo Gurg dos días después de haber establecido contacto con el primero, e intuíamos que Golgomath no iba a mostrarse tan dispuesto a escucharnos, pero de todos modos debíamos intentarlo.

—¿Fuisteis a hablar con él? —inquirió Ron, fascinado—. ¿Después de ver cómo le arrancaba la cabeza a otro gigante?

—Pues claro —contestó Hagrid—. ¡No habíamos ido hasta allí para abandonar al segundo día! Bajamos hasta el campamento con el siguiente regalo que teníamos preparado para Karkus. Antes de abrir la boca, yo ya sabía que no conseguiríamos nada. Golgomath estaba sentado con el yelmo de Karkus puesto, y nos miraba con una sonrisa irónica en los labios. Era inmenso, uno de los gigantes más grandes del campamento. Tenía el cabello negro, a juego con los dientes, y llevaba un collar hecho de huesos. Algunos parecían humanos. Bueno, a pesar de todo decidí intentarlo: saqué un gran rollo de piel de dragón y dije: «Un regalo para el Gurg de los gigantes…» Pero antes de que acabara la frase estaba colgado cabeza abajo, pues dos de sus amigos me habían cogido por los pies.

Hermione se tapó la boca con ambas manos.

—¿Cómo te libraste de ésa? —preguntó Harry.

—No habría podido si Olympe no hubiera estado allí —respondió Hagrid—. Sacó su varita mágica y los atacó con una rapidez que yo jamás había visto. Estuvo magnífica. A los dos gigantes que me sujetaban les echó una maldición de conjuntivitis, y entonces me soltaron inmediatamente. Pero estábamos metidos en un buen lío porque habíamos utilizado la magia contra ellos, y eso es lo que los gigantes no soportan de los magos. Tuvimos que poner pies en polvorosa, y sabíamos que ya no íbamos a poder volver al campamento.

—Caramba, Hagrid… —dijo Ron con voz queda.

—¿Y cómo es que has tardado tanto en volver a casa si sólo estuviste tres días allí? —inquirió Hermione.

—¡No nos marchamos al cabo de tres días! —contestó Hagrid, ofendido—. ¡Dumbledore confiaba en nosotros!

—Pero ¡si acabas de decir que ya no podíais volver al campamento!

—No, de día no. Teníamos que replantearnos la estrategia. Pasamos un par de días escondidos en la cueva observando a los gigantes. Y lo que vimos no nos gustó nada.

—¿Arrancó más cabezas Golgomath? —preguntó Hermione con aprensión.

—No. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que pronto comprendimos que no le caían mal todos los magos, que sólo éramos nosotros.

—*¿Mortífagos?* —insinuó Harry rápidamente.

—Sí —confirmó Hagrid con amargura—. Un par visitaban al Gurg todos los días y le llevaban regalos, y el Gurg no los colgaba por los pies.

—¿Cómo supisteis que eran *mortífagos*? —preguntó Ron.

—Porque a uno lo reconocí —gruñó Hagrid—. Macnair, ¿os acordáis de él? El tipo al que enviaron para matar a *Buckbeak.* Está loco de remate. Disfruta tanto como Golgomath matando; no me extraña que se llevaran tan bien.

—¿Y Macnair convenció a los gigantes de que se unieran a Quien-tú-sabes? —inquirió Hermione, desesperada.

—¡Un momentito, todavía no he terminado mi historia! —dijo Hagrid, indignado. Teniendo en cuenta que al principio se había resistido a contarles nada, era curioso que ahora disfrutara tanto con su propio relato—. Olympe y yo estuvimos cambiando impresiones y llegamos a la conclusión de que el hecho de que el Gurg prefiriera a Quien-vosotros-sabéis no significaba que los demás también lo prefirieran. Teníamos que intentar convencer a unos cuantos de los otros, es decir, a los que no querían tener a Golgomath como Gurg.

—¿Y cómo sabíais cuáles eran? —preguntó Ron.

—Pues mira, dedujimos que eran los que habían quedado hechos papilla —respondió Hagrid con paciencia—. Los que tenían un poco de sensatez se mantenían alejados de Golgomath y estaban escondidos en las cuevas que había alrededor del barranco, como nosotros. Así que decidimos ir a fisgonear allí por la noche para intentar convencer a algunos.

—¿Fuisteis a fisgonear por las cuevas a oscuras en busca de gigantes? —preguntó Ron con una voz que denotaba un profundo respeto.

—Bueno, los gigantes no eran lo que más nos preocupaba —contestó Hagrid—, sino los *mortífagos.* Antes de que partiéramos, Dumbledore nos había advertido que no nos enfrentáramos a ellos si podíamos evitarlo, y el problema era que los *mortífagos* sabían que estábamos por allí, porque lo lógico era que Golgomath se lo hubiera contado. Por la noche, cuando los gigantes dormían y nosotros queríamos ir a inspeccionar las cuevas, Macnair y el otro *mortífago* nos buscaban por las montañas. Me costó trabajo impedir que Olympe se abalanzara sobre ellos —prosiguió Hagrid,

y al sonreír se le subió la enmarañada barba—. Estaba ansiosa por atacarlos… Olympe es increíble cuando se enfada…, se pone furiosa de verdad… Debe de ser la sangre francesa que lleva en las venas…

Hagrid se quedó mirando el fuego con ojos llorosos. Harry le permitió treinta segundos de embelesamiento, pero luego se aclaró ruidosamente la garganta y dijo:

—¿Y qué pasó? ¿Encontrasteis a alguno de los otros gigantes?

—¿Qué? ¡Ah, sí! Sí, los encontramos. La tercera noche después de que mataran a Karkus, salimos de la cueva donde estábamos escondidos y bajamos al barranco, con los ojos muy abiertos por si rondaba por allí algún *mortífago*. Entramos en algunas cuevas, pero sin éxito. Y entonces, creo que fue en la sexta, encontramos a tres gigantes escondidos.

—Debían de estar muy apretujados —observó Ron.

—Era una cueva muy grande; había espacio para columpiar a un *kneazle* —concretó Hagrid.

—¿No os atacaron cuando os vieron? —preguntó Hermione.

—Probablemente lo habrían hecho si se hubieran hallado en mejores condiciones —contestó Hagrid—, pero estaban los tres malheridos porque los secuaces de Golgomath los habían apaleado hasta dejarlos inconscientes. Tras recobrar el conocimiento, se habían refugiado en el primer sitio que habían encontrado. En fin, uno de ellos sabía un poco nuestro idioma e hizo de intérprete para los otros, y lo que les dijimos no les pareció mal. Así que más tarde volvimos a su cueva para visitar a los heridos… Creo que hubo un momento en que tuvimos convencidos a seis o siete.

—¿Seis o siete? —repitió Ron con entusiasmo—. No está nada mal… ¿Van a venir aquí para pelear a nuestro lado contra Quien-tú-sabes?

Pero Hermione dijo:

—¿Qué quieres decir con eso de que «hubo un momento», Hagrid?

Éste la miró con tristeza.

—Los secuaces de Golgomath asaltaron las cuevas. Después de eso, los que sobrevivieron no quisieron saber nada más de nosotros.

—Entonces…, entonces ¿no va a venir ningún gigante? —dijo Ron, decepcionado.

—No —contestó Hagrid, y soltó un hondo suspiro. Volvió a dar la vuelta al filete y se colocó de nuevo la parte más fresca sobre la cara—, pero cumplimos con lo que habíamos ido a hacer: les llevamos el mensaje de Dumbledore, y algunos lo oyeron y espero que lo recuerden. A lo mejor los que no quieran quedarse con Golgomath se marchan de las montañas, y quizá recuerden que Dumbledore se mostró amable con ellos… Es posible que aún vengan.

La nieve estaba acumulándose en la ventana y entonces Harry se dio cuenta de que su túnica estaba empapada a la altura de las rodillas: *Fang* babeaba con la cabeza

apoyada en su regazo.

—Hagrid… —dijo Hermione al cabo de un rato.

—¿Humm?

—¿Encontraste…, viste…, oíste algo de… tu… madre mientras estabas allí? —Hagrid miró a Hermione con su ojo sano, y ella se asustó—. Lo siento…, yo… Olvídalo…

—Murió —gruñó Hagrid—. Murió hace muchos años. Me lo dijeron.

—Oh… Lo siento mucho —replicó Hermione con un hilo de voz. Hagrid encogió sus enormes hombros.

—No pasa nada —dijo de manera cortante—. Casi no me acuerdo de ella. No era muy buena madre.

Volvieron a quedarse callados. Hermione miró nerviosa a Harry y a Ron; era evidente que estaba deseando que dijeran algo.

—Pero todavía no nos has explicado cómo te pusieron así, Hagrid —comentó Ron señalando la cara manchada de sangre de su amigo.

—Ni por qué has tardado tanto en volver —añadió Harry—. Sirius dice que Madame Máxime regresó hace mucho tiempo…

—¿Quién te atacó? —le preguntó Ron.

—¡No me han atacado! —exclamó Hagrid enérgicamente—. Es que…

Pero unos súbitos golpes en la puerta acallaron el resto de sus palabras. Hermione dio un grito ahogado y la taza se le cayó de las manos y se rompió al chocar contra el suelo. *Fang* dio un gañido. Los cuatro se quedaron mirando la ventana que había junto a la puerta. La sombra de una persona bajita y rechoncha ondeaba a través de la delgada cortina.

—¡Es ella! —susurró Ron.

—¡Rápido, escondámonos! —dijo Harry. Cogió la capa invisible y se la echó encima cubriendo también a Hermione, mientras Ron rodeaba la mesa y corría a refugiarse bajo la capa. Apretujados, retrocedieron hacia un rincón. *Fang* ladraba furioso mirando la puerta. Hagrid estaba muy aturdido—. ¡Esconde nuestras tazas, Hagrid!

Éste cogió las tazas de Harry y de Ron y las puso debajo del cojín del cesto de *Fang*. El perro arañaba la puerta con las patas delanteras, y Hagrid lo apartó con un pie y abrió.

La profesora Umbridge estaba plantada en el umbral, con su capa verde de tweed y un sombrero a juego con orejeras. Se echó hacia atrás con los labios fruncidos para ver la cara de Hagrid, a quien apenas le llegaba a la altura del ombligo.

—Usted es Hagrid, ¿verdad? —dijo despacio y en voz muy alta, como si hablara con un sordo. A continuación entró en la cabaña sin esperar una respuesta, dirigiendo sus saltones ojos en todas direcciones—. ¡Largo! —exclamó con brusquedad

agitando su bolso frente a *Fang*, que se le había acercado dando saltos e intentaba lamerle la cara.

—Oiga, no querría parecer grosero —dijo Hagrid mirándola fijamente—, pero ¿quién demonios es usted?

—Me llamo Dolores Umbridge.

La profesora Umbridge recorrió la cabaña con la mirada. En dos ocasiones fijó la vista en el rincón donde estaba Harry apretado entre Ron y Hermione.

—¿Dolores Umbridge? —repitió Hagrid absolutamente confundido—. Creía que era una empleada del Ministerio. ¿No trabaja con Fudge?

—Sí, antes era la subsecretaría del ministro —confirmó la bruja, y empezó a pasearse por la cabaña reparando en todo, desde la mochila que había apoyada en la pared hasta la capa de viaje colgada del respaldo de la silla—. Ahora soy la profesora de Defensa Contra las Artes Oscuras…

—Es usted valiente —comentó Hagrid—. Ya no hay mucha gente dispuesta a ocupar esa plaza.

—… y la Suma Inquisidora de Hogwarts —añadió Dolores Umbridge como si no hubiera oído el comentario de Hagrid.

—¿Qué es eso? —preguntó él frunciendo el entrecejo.

—Precisamente iba a preguntarle lo mismo —dijo la profesora Umbridge señalando los trozos de porcelana de la taza de Hermione que había en el suelo.

—¡Ah! —exclamó Hagrid, y sin poder evitarlo miró hacia el rincón donde estaban escondidos Harry, Ron y Hermione—. ¡Ah, eso! Ha sido *Fang.* Ha roto una taza. Por eso he tenido que usar esa otra.

Hagrid señaló la taza con la que había estado bebiendo. Todavía se sujetaba con una mano el filete de dragón contra el ojo magullado. La profesora Umbridge dejó de pasearse y miró a Hagrid, fijándose en todos los detalles de su apariencia.

—He oído voces —comentó con calma.

—Estaba hablando con *Fang* —aseguró Hagrid con firmeza.

—¿Y él le contestaba?

—Bueno, en cierto modo… —dijo Hagrid, que parecía un poco incómodo—. A veces digo que *Fang* es casi humano…

—Hay tres rastros en la nieve que conducen desde la puerta del castillo hasta su cabaña —declaró la profesora Umbridge con parsimonia.

Hermione ahogó un grito y Harry le tapó la boca con una mano. Por fortuna, *Fang* olfateaba ruidosamente el bajo de la túnica de la profesora Umbridge, que no pareció haber oído nada.

—Mire, yo acabo de llegar —explicó Hagrid señalando su mochila con una enorme mano—. A lo mejor ha venido alguien antes y no me ha encontrado.

—No hay huellas que salgan de la puerta de la cabaña.

—Bueno…, no sé por qué será —dijo Hagrid, nervioso, tocándose la barba, y volvió a mirar hacia el rincón donde estaban Harry, Ron y Hermione, como pidiéndoles ayuda—. No sé…

La profesora Umbridge se dio la vuelta y volvió a recorrer la cabaña, estudiando atentamente todo lo que la rodeaba. Se agachó y miró debajo de la cama. Abrió los armarios de Hagrid. Pasó a sólo cinco centímetros de donde estaban Harry, Ron y Hermione, pegados contra la pared; Harry hasta encogió el estómago cuando ella pasó por su lado. Tras examinar detenidamente el interior del inmenso caldero que Hagrid utilizaba para cocinar, volvió a darse la vuelta y preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Cómo se ha hecho esas heridas?

Hagrid se apresuró a quitarse el filete de dragón de la cara, lo cual, en opinión de Harry, fue un error, porque dejó al descubierto el tremendo cardenal que tenía alrededor del ojo, por no mencionar la gran cantidad de sangre fresca y coagulada que le cubría la cara.

—Es que… he sufrido un pequeño accidente —contestó sin convicción.

—¿Qué tipo de accidente?

—Pues… tropecé.

—Tropezó —repitió la profesora Umbridge con frialdad.

—Sí, eso es. Con…, con la escoba de un amigo mío. Yo no vuelo. Comprenderá que con mi estatura… No creo que haya escobas adecuadas para mí. Tengo un amigo que se dedica a la cría de caballos *abraxan*, no sé si los habrá visto alguna vez, son unas bestias enormes, con alas, ¿sabe? Una vez monté uno y fue…

—¿Dónde ha estado? —lo interrumpió la profesora Umbridge, cortando por lo sano el balbuceo de Hagrid.

—¿Que dónde he…?

—Estado, sí —acabó de decir ella—. El curso empezó hace dos meses. Otra profesora ha tenido que hacerse cargo de sus clases. Ninguno de sus colegas ha sabido darme ninguna información acerca de su paradero. No dejó usted ninguna dirección. ¿Dónde ha estado?

Entonces se produjo una pausa durante la cual Hagrid miró a la profesora Umbridge con el ojo que acababa de destapar. A Harry le pareció que podía oír el cerebro de su amigo trabajando a toda máquina.

—Pues… he estado fuera por motivos de salud —aclaró al fin.

—Por motivos de salud —repitió la profesora Umbridge recorriendo con la mirada la descolorida e hinchada cara de Hagrid; la sangre de dragón goteaba lenta y silenciosamente sobre su chaleco—. Ya.

—Sí, necesitaba un poco de aire fresco, ¿sabe?

—Claro, porque como guardabosques no debe de tener ocasión de respirar mucho aire fresco —replicó la profesora Umbridge con dulzura. El único trozo de la cara de

Hagrid que no estaba de color negro ni morado se puso rojo.

—Bueno, me convenía un cambio de ambiente…

—¿Ambiente de montaña? —sugirió la profesora Umbridge con rapidez.

«Lo sabe», pensó Harry desesperado.

—¿De montaña? —repitió Hagrid exprimiéndose el cerebro—. No, no, fui al sur de Francia. Me apetecía un poco de sol… y de mar…

—¡No me diga! —saltó la profesora Umbridge—. Pues no está muy moreno.

—Sí, ya… Es que tengo una piel muy sensible —dijo Hagrid intentando forzar una sonrisa conciliadora.

Harry se fijó en que le faltaban dos dientes. La profesora Umbridge se quedó mirándolo fríamente, y la sonrisa de Hagrid flaqueó. Entonces la bruja se subió un poco más el bolso, hasta el codo, y dijo:

—Informaré al Ministerio de su tardanza, como es lógico.

—Claro —repuso Hagrid, y asintió con la cabeza.

—También debería usted saber que como Suma Inquisidora es mi deber supervisar a los profesores de este colegio. De modo que me imagino que volveremos a vernos muy pronto —añadió, dando la vuelta bruscamente y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Que nos está supervisando? —preguntó Hagrid, desconcertado, mirando la espalda de la profesora Umbridge.

—En efecto —afirmó ésta girando la cabeza cuando ya tenía una mano en el picaporte—. El Ministerio está decidido a descartar a los profesores insatisfactorios, Hagrid. Buenas noches.

Y a continuación salió de la cabaña y cerró la puerta, que hizo un ruido seco. Harry fue a quitarse la capa invisible, pero Hermione le agarró la muñeca.

—Todavía no —le susurró al oído—. Quizá aún no se haya ido.

Hagrid debía de estar pensando lo mismo, porque cruzó la habitación y apartó un poco la cortina para mirar afuera.

—Vuelve al castillo —dijo en voz baja—. Caramba, así que está supervisando a los profesores, ¿eh?

—Sí —afirmó Harry quitándose la capa—. La profesora Trelawney ya está en periodo de prueba…

—Oye, Hagrid, ¿qué tienes pensado hacer en nuestras clases? —preguntó Hermione.

—Oh, no te preocupes por eso, tengo un montón de clases planeadas —respondió Hagrid con entusiasmo. Cogió el filete de dragón de la mesa y volvió a ponérselo sobre el ojo—. Tenía un par de criaturas guardadas para vuestro año del TIMO. Ya veréis, son muy especiales.

—Especiales… ¿en qué sentido? —inquirió Hermione, vacilante.

—No pienso decíroslo —repuso Hagrid alegremente—. Quiero que sea una sorpresa.

—Mira, Hagrid —dijo la chica con tono apremiante, pues no podía seguir disimulando—, a la profesora Umbridge no le va a hacer ninguna gracia que lleves bichos peligrosos a las clases.

—¿Bichos peligrosos? —se extrañó Hagrid, risueño—. ¡No seas tonta, jamás se me ocurriría llevar nada peligroso! Bueno, vale, saben cuidarse solitos…

—Hagrid, tienes que aprobar la supervisión de la profesora Umbridge, y para ello sería preferible que viera cómo nos enseñas a cuidar *porlocks*, a distinguir a los *knarls* de los erizos, y cosas así —expuso Hermione con mucha seriedad.

—Es que eso no es interesante, Hermione —argumentó Hagrid—. Lo que tengo preparado es mucho más impresionante. Llevo años criándolos, creo que tengo la única manada doméstica de Gran Bretaña.

—Por favor, Hagrid —le suplicó Hermione con verdadera desesperación en la voz—. La profesora Umbridge está buscando excusas para deshacerse de los profesores que estén, según ella, demasiado vinculados a Dumbledore. Por favor, Hagrid, enséñanos algo aburrido que pueda salir en el TIMO.

Pero Hagrid se limitó a abrir la boca en un enorme bostezo y a mirar con languidez con su ojo sano la inmensa cama que había en un rincón.

—Mira, ha sido un día muy largo y se hace tarde —dijo, dándole unas palmaditas en el hombro a Hermione, a quien se le doblaron las rodillas y cayó al suelo con un ruido sordo—. ¡Oh, lo siento! —La ayudó a levantarse tirando del cuello de su túnica —. No te preocupes por mí, te prometo que tengo cosas estupendas pensadas para las clases ahora que he vuelto… Será mejor que regreséis cuanto antes al castillo, ¡y no olvidéis borrar vuestras huellas!

—No sé si habrás conseguido que lo capte —comentó Ron poco después, cuando, tras comprobar que no había peligro, volvían al castillo por la espesa capa de nieve sin dejar rastro tras ellos gracias al encantamiento de obliteración que Hermione realizaba a medida que avanzaban.

—Pues mañana iré a verlo otra vez —afirmó ésta muy decidida—. Si es necesario, le programaré las clases. ¡No me importa que echen a la profesora Trelawney, pero no voy a permitir que despidan a Hagrid!

21
El ojo de la serpiente

El domingo por la mañana, Hermione volvió a la cabaña de Hagrid caminando con dificultad por la capa de medio metro de nieve que cubría los jardines. A Harry y a Ron les habría gustado acompañarla, pero la montaña de deberes había vuelto a alcanzar una altura alarmante, así que se quedaron de mala gana en la sala común e intentaron ignorar los gritos de alegría provenientes de los jardines, donde los alumnos se divertían patinando en el lago helado, deslizándose en trineo y, lo peor de todo, encantando bolas de nieve que volaban a toda velocidad hacia la torre de Gryffindor y golpeaban con fuerza los cristales de las ventanas.

—¡Ya está bien! —estalló Ron, que finalmente había perdido la paciencia, y sacó la cabeza por la ventana—. Soy prefecto, y si una de esas bolas de nieve vuelve a golpear esta ventana… ¡Ay! —Metió la cabeza rápidamente. Tenía la cara cubierta de nieve—. Son Fred y George —dijo con amargura, y cerró la ventana—. ¡Imbéciles!

Hermione volvió de la cabaña de Hagrid poco antes de la hora de comer, temblando ligeramente y con la túnica mojada hasta las rodillas.

—¿Y bien? —le preguntó Ron, que levantó la cabeza al verla llegar—. ¿Ya le has programado las clases?

—Bueno, lo he intentado —contestó ella con desánimo, y se sentó en una butaca al lado de Harry. Luego sacó su varita mágica e hizo un complicado movimiento con ella. Del extremo salió un chorro de aire caliente que Hermione dirigió hacia su túnica, y ésta empezó a despedir vapor hasta que se secó por completo—. Ni siquiera estaba en la cabaña cuando he llegado, y he pasado media hora llamando a la puerta. Hasta que he visto que venía del bosque…

Harry soltó un gemido. El Bosque Prohibido estaba lleno del tipo de criaturas que podían hacer perder el empleo a Hagrid.

—¿Qué tiene guardado allí? ¿Te lo ha dicho? —inquirió.

—No —respondió Hermione tristemente—. Dice que quiere que sea una sorpresa. He intentado explicarle qué clase de persona es la profesora Umbridge, pero él no lo entiende. Insiste en que nadie en su sano juicio preferiría estudiar los *knarls* a las quimeras. No, no creo que tenga una quimera —añadió al ver las caras de horror de Harry y de Ron—, pero no será porque no lo haya intentado, pues ha hecho un comentario sobre lo difícil que es conseguir sus huevos. No sé cuántas veces le habré dicho que haría mejor siguiendo el programa de la profesora Grubbly-Plank. Francamente, creo que ni siquiera me escuchaba. Está un poco raro, la verdad. Y sigue sin querer explicar cómo se hizo esas heridas.

La reaparición de Hagrid en la mesa de los profesores al día siguiente no fue recibida con entusiasmo por parte de todos los alumnos. Algunos, como Fred, George y Lee, gritaron de alegría y echaron a correr por el pasillo que separaba la mesa de Gryffindor y la de Hufflepuff para estrecharle la enorme mano; otros, como Parvati y Lavender, intercambiaron miradas lúgubres y movieron la cabeza. Harry sabía que muchos estudiantes preferían las clases de la profesora Grubbly-Plank, y lo peor era que en el fondo, si era objetivo, reconocía que tenían buenas razones: para la profesora Grubbly-Plank una clase interesante no era aquella en la que existía el riesgo de que alguien acabara con la cabeza seccionada.

El martes, Harry, Ron y Hermione, muy atribulados, se encaminaron hacia la cabaña de Hagrid a la hora de Cuidado de Criaturas Mágicas, bien abrigados para protegerse del frío. Harry estaba preocupado no sólo por lo que a Hagrid se le habría ocurrido enseñarles, sino también por cómo se comportaría el resto de la clase, y en particular Malfoy y sus amigotes, si los observaba la profesora Umbridge.

Con todo, no vieron a la Suma Inquisidora cuando avanzaban trabajosamente por la nieve hacia la cabaña de Hagrid, que los esperaba de pie al inicio del bosque. Hagrid no presentaba una imagen muy tranquilizadora: los cardenales, que el sábado por la noche eran de color morado, estaban en ese momento matizados de verde y amarillo, y algunos de los cortes que tenía todavía sangraban. Aquello desconcertó a Harry; la única explicación que se le ocurría era que a su amigo lo había atacado alguna criatura cuyo veneno impedía que las heridas que producía cicatrizaran. Para

completar aquel lamentable cuadro, Hagrid llevaba sobre el hombro un bulto que parecía la mitad de una vaca muerta.

—¡Hoy vamos a trabajar aquí! —anunció alegremente a los alumnos que se le acercaban, señalando con la cabeza los oscuros árboles que tenía a su espalda—. ¡Estaremos un poco más resguardados! Además, ellos prefieren la oscuridad.

—¿Quién prefiere la oscuridad? —preguntó Malfoy ásperamente a Crabbe y a Goyle con un deje de pánico en la voz—. ¿Quién ha dicho que prefiere la oscuridad? ¿Vosotros lo habéis oído?

Harry recordó la única ocasión en que Malfoy había entrado en el bosque; aquella vez tampoco demostró mucha valentía. Sonrió; después del partido de quidditch, a Harry le parecía magnífica cualquier cosa que produjera malestar a Malfoy.

—¿Listos? —preguntó Hagrid festivamente mirando a sus estudiantes—. Muy bien, he preparado una excursión al bosque para los de quinto año. He pensado que sería interesante que observarais a esas criaturas en su hábitat natural. Veréis, las criaturas que vamos a estudiar hoy son muy raras, creo que soy el único en toda Gran Bretaña que ha conseguido domesticarlas.

—¿Seguro que están domesticadas? —preguntó Malfoy, y el deje de pánico de su voz se hizo más pronunciado—. Porque no sería la primera vez que nos trae bestias salvajes a la clase.

Los de Slytherin murmuraron en señal de adhesión, y unos cuantos estudiantes de Gryffindor también parecían opinar que Malfoy tenía razón.

—Claro que están domesticadas —contestó Hagrid frunciendo el entrecejo y colocándose bien la vaca muerta sobre el hombro.

—Entonces, ¿qué le ha pasado en la cara? —inquirió Malfoy.

—¡Eso no es asunto tuyo! —respondió Hagrid con enojo—. Y ahora, si ya habéis acabado de hacerme preguntas estúpidas, ¡seguidme!

Se dio la vuelta y entró en el bosque, pero nadie se mostraba muy dispuesto a seguirlo. Harry miró a Ron y a Hermione, que suspiraron y asintieron con la cabeza, y los tres echaron a andar detrás de su amigo, precediendo al resto de la clase.

Caminaron unos diez minutos hasta llegar a un sitio donde los árboles estaban tan pegados que no había ni un copo de nieve en el suelo y parecía que había caído la tarde. Hagrid, con un gruñido, depositó la media vaca en el suelo, retrocedió y se volvió para mirar a los alumnos, la mayoría de los cuales pasaban sigilosamente de un árbol a otro hacia donde estaba él, escudriñando nerviosos los alrededores como si fueran a atacarlos en cualquier momento.

—Agrupaos, agrupaos —les aconsejó Hagrid—. Bueno, el olor de la carne los atraerá, pero de todos modos voy a llamarlos porque les gusta saber que soy yo.

Se dio la vuelta, movió la desgreñada cabeza para apartarse el cabello de la cara y dio un extraño y estridente grito que resonó entre los oscuros árboles como el

reclamo de un pájaro monstruoso. Nadie rió: la mayoría de los estudiantes estaban demasiado asustados para emitir sonido alguno.

Hagrid volvió a pegar aquel chillido. Luego pasó un minuto, durante el cual los alumnos, inquietos, siguieron escudriñando los alrededores por si veían acercarse algo. Y entonces, cuando Hagrid se echó el cabello hacia atrás por tercera vez e infló su enorme pecho, Harry le dio un codazo a Ron y señaló un espacio que había entre dos retorcidos tejos.

Un par de ojos blancos y relucientes empezaron a distinguirse en la penumbra, poco después la cara y el cuello de un dragón, y luego el esquelético cuerpo de un enorme y negro caballo alado surgió de la oscuridad. El animal se quedó mirando a los niños unos segundos mientras agitaba su larga y negra cola; a continuación agachó la cabeza y empezó a arrancar carne de la vaca muerta con sus afilados colmillos.

Harry sintió un alivio inmenso. Por fin tenía pruebas de que no se había imaginado aquellas criaturas, de que eran reales: Hagrid también las conocía. Miró ansioso a Ron, pero su amigo seguía observando entre los árboles, y pasados unos segundos dijo en un susurro:

—¿Por qué no sigue llamando Hagrid?

El resto de los alumnos de la clase ponían la misma cara de aturdimiento y de nerviosa expectación que Ron, y miraban en todas direcciones menos al caballo que tenían delante. Al parecer, sólo había otras dos personas que podían verlo: un muchacho nervudo de Slytherin, que estaba detrás de Goyle y contemplaba al caballo con una expresión de profundo disgusto en la cara, y Neville, que seguía con la mirada los movimientos oscilantes de la larga cola negra del animal.

—¡Ah, aquí llega otro! —exclamó Hagrid con orgullo cuando otro caballo negro salió de entre los oscuros árboles. El animal plegó sus coriáceas alas, las pegó al cuerpo, agachó la cabeza y también se puso a comer—. A ver, que levanten la mano los que puedan verlos.

Harry la levantó. Estaba muy contento porque por fin iban a desvelarle el misterio de aquellos caballos. Hagrid le hizo una seña con la cabeza.

—Sí, claro, ya sabía que tú los verías, Harry —dijo con seriedad—. Y tú también, ¿eh, Neville? Y…

—Perdone —dijo Malfoy con una voz socarrona—, pero ¿qué es exactamente eso que se supone que tendríamos que ver?

Por toda respuesta, Hagrid señaló el cuerpo de la vaca muerta que yacía en el suelo. Los alumnos la contemplaron unos segundos; entonces varios de ellos ahogaron un grito y Parvati se puso a chillar. Harry entendió por qué: lo único que veían eran trozos de carne que se separaban solos de los huesos y desaparecían, y era lógico que lo encontraran muy extraño.

—¿Quién lo hace? —preguntó Parvati, aterrada, retirándose hacia el árbol más cercano—. ¿Quién se está comiendo esa carne?

—Son *thestrals* —respondió Hagrid con orgullo, y Hermione, que estaba al lado de Harry, soltó un débil «¡Oh!» porque sabía de qué se trataba—. Hay una manada en Hogwarts. Veamos, ¿quién sabe…?

—Pero ¡si traen muy mala suerte! —lo interrumpió Parvati, alarmada—. Dicen que causan todo tipo de desgracias a quien los ve. Una vez la profesora Trelawney me contó…

—¡No, no, no! —negó Hagrid chasqueando la lengua—. ¡Eso no son más que supersticiones! Los *thestrals* no traen mala suerte. Son inteligentísimos y muy útiles. Bueno, estos de aquí no tienen mucho trabajo, sólo tiran de los carruajes del colegio, a menos que Dumbledore tenga que hacer un viaje largo y no quiera aparecerse. Mirad, ahí llega otra pareja…

Dos caballos más salieron despacio de entre los árboles; uno de ellos pasó muy cerca de Parvati, que se estremeció y se pegó más al árbol, diciendo:

—¡Me parece que noto algo! ¡Creo que está cerca de mí!

—No te preocupes, no te hará ningún daño —le aseguró Hagrid con paciencia—. Bueno, ¿quién puede decirme por qué algunos de vosotros los veis y otros no?

Hermione levantó la mano.

—Adelante —dijo Hagrid sonriéndole.

—Los únicos que pueden ver a los *thestrals* —explicó Hermione— son los que han visto la muerte.

—Exacto —confirmó Hagrid solemnemente—. Diez puntos para Gryffindor. Veréis, los *thestrals*…

—Ejem, ejem.

La profesora Umbridge había llegado. Estaba a unos palmos de Harry, luciendo su capa y su sombrero verdes, y con el fajo de hojas de pergamino preparado. Hagrid, que nunca había oído aquella tosecilla falsa de la profesora Umbridge, miró preocupado al *thestral* que tenía más cerca, creyendo que era el animal el que había producido aquel sonido.

—Ejem, ejem.

—¡Ah, hola! —saludó Hagrid, sonriendo, cuando por fin localizó el origen de aquel ruidito.

—¿Ha recibido la nota que le he enviado a su cabaña esta mañana? —preguntó la profesora Umbridge hablando despacio y elevando mucho la voz, como había hecho anteriormente para dirigirse a Hagrid. Era como si le hablara a un extranjero corto de entendimiento—. La nota en la que le anunciaba que iba a supervisar su clase.

—Sí, sí —afirmó Hagrid muy contento—. ¡Me alegro de que haya encontrado el sitio! Bueno, como verá…, o quizá no… No lo sé… Hoy estamos estudiando los

thestrals.

—¿Cómo dice? —preguntó la profesora Umbridge en voz alta, llevándose la mano a la oreja y frunciendo el entrecejo.

Hagrid parecía un poco confundido.

—¡*Thestrals!* —gritó—. Esos… caballos alados, grandes, ¿sabe?

Hagrid agitó sus gigantescos brazos imitando el movimiento de unas alas. La profesora Umbridge lo miró arqueando las cejas y murmuró mientras escribía en una de sus hojas de pergamino:

—«Tiene… que… recurrir… a… un… burdo… lenguaje… corporal.»

—Bueno…, en fin… —balbuceó Hagrid, y se volvió hacia sus alumnos. Parecía un poco aturullado—. Esto…, ¿por dónde iba?

—«Presenta… signos… de… escasa… memoria… inmediata» —murmuró la profesora Umbridge lo bastante alto para que todos pudieran oírla.

Draco Malfoy estaba exultante, como si las Navidades se hubieran adelantado un mes. Hermione, en cambio, estaba roja de ira reprimida.

—¡Ah, sí! —exclamó Hagrid, y echó una ojeada a las notas de la profesora Umbridge, inquieto. Pero siguió adelante con valor—. Sí, os iba a contar por qué tenemos una manada. Pues veréis, empezamos con un macho y cinco hembras. Éste —le dio unas palmadas al caballo que había aparecido en primer lugar— se llama *Tenebrus* y es mi favorito. Fue el primero que nació aquí, en el bosque…

—¿Se da cuenta de que el Ministerio de Magia ha catalogado a los *thestrals* como criaturas peligrosas? —dijo Umbridge en voz alta interrumpiendo a Hagrid.

A Harry se le encogió el corazón, pero Hagrid se limitó a chasquear la lengua.

—¡Qué va, estos animales no son peligrosos! Bueno, quizá te peguen un bocado si los fastidias mucho…

—«Parece… que… la… violencia… lo motiva» —murmuró la profesora Umbridge, y continuó escribiendo en sus notas.

—¡En serio, no son peligrosos! —dijo Hagrid, que se estaba poniendo un poco nervioso—. Mire, los perros muerden cuando se los molesta, ¿no? Lo que pasa es que los *thestrals* tienen mala reputación por eso de la muerte. Antes la gente creía que eran de mal agüero, ¿verdad? Porque no lo entendían, claro.

La profesora Umbridge no hizo ningún comentario más; terminó de escribir la última nota, levantó la cabeza, miró a Hagrid y volvió a hablar lentamente y en voz alta:

—Continúe dando la clase, por favor. Yo voy a pasearme —con mímica hizo como que caminaba y Malfoy y Pansy Parkinson rieron a carcajadas, aunque sin hacer ruido— entre los alumnos —señaló a unos cuantos estudiantes— y les haré preguntas —añadió, señalándose la boca mientras movía los labios.

Hagrid se quedó mirándola; no se explicaba por qué la profesora Umbridge

actuaba como si él no entendiera su idioma. Hermione tenía lágrimas de rabia en los ojos.

—¡Eres una arpía! —dijo por lo bajo mientras la bruja se acercaba a Pansy Parkinson—. Ya sé lo que pretendes, asquerosa, retorcida y malvada…

—Bueno… —continuó Hagrid haciendo un esfuerzo por recuperar el hilo de sus ideas—. *Thestrals*. Sí. Veréis, los *thestrals* tienen un montón de virtudes…

—¿Te resulta fácil —le preguntó la profesora Umbridge a Pansy Parkinson con voz resonante— entender al profesor Hagrid cuando habla?

Pansy, como Hermione, tenía lágrimas en los ojos, pero las suyas eran de risa. Cuando contestó, apenas se la entendió porque, al mismo tiempo que hablaba, intentaba contener una carcajada.

—No…, porque…, bueno…, no pronuncia muy bien…

La profesora Umbridge escribió más notas. Las pocas zonas de la cara de Hagrid que no estaban amoratadas se pusieron rojas, pero intentó fingir que no había oído la respuesta de Pansy.

—Esto…, sí, son muy buenos chicos, los *thestrals*. Bueno, una vez que estén domados, como éstos, nunca volveréis a perderos. Tienen un sentido de la orientación increíble, sólo hay que decirles adónde quieres ir…

—Lo increíble es que esos caballos lo entiendan a él, desde luego —observó Malfoy en voz alta, y Pansy Parkinson tuvo otro ataque de risa. La profesora Umbridge les sonrió con indulgencia y luego se volvió hacia Neville.

—¿Tú puedes ver a los *thestrals*, Longbottom? —inquirió. Neville asintió con la cabeza—. ¿A quién has visto morir? —preguntó nuevamente con indiferencia.

—A… mi abuelo —contestó Neville.

—¿Y qué opinas de ellos? —continuó la profesora Umbridge, señalando con una mano pequeña y regordeta a los caballos, que ya habían arrancado una gran cantidad de carne a la res, dejándola reducida a los huesos.

—Pues… —dijo Neville, acongojado, y miró a Hagrid—. Pues… están… muy bien.

—«Los… alumnos… están… demasiado… intimidados… para… admitir… que… tienen… miedo» —murmuró la profesora Umbridge tomando otra nota en sus pergaminos.

—¡No! —protestó Neville—. ¡No, yo no tengo miedo!

—No pasa nada —dijo la profesora Umbridge, y le dio unas palmaditas en el hombro a Neville mostrando una sonrisa que pretendía ser de comprensión, aunque a Harry le pareció maliciosa—. Bueno, Hagrid —se volvió hacia él una vez más, y elevó el tono de voz—, creo que ya he recogido suficiente información. Recibirá —mediante signos hizo como que cogía algo que estaba suspendido en el aire— los resultados de su supervisión —señaló sus notas— dentro de diez días.

Y levantó ambas manos, extendiendo mucho los dedos, y a continuación amplió más que nunca aquella sonrisa de sapo bajo el sombrero verde, se abrió paso entre los alumnos y dejó a Malfoy y a Pansy desternillándose de risa, a Hermione, temblando de ira, y a Neville, muy confundido y disgustado.

—¡Es una repugnante, mentirosa y retorcida gárgola! —vociferaba Hermione media hora más tarde cuando regresaban al castillo por los senderos que habían abierto en la nieve a la ida—. Habéis visto lo que pretende, ¿no? Es esa fobia que les tiene a los híbridos. Intenta que parezca que Hagrid es una especie de trol idiota, y sólo porque tenía una madre giganta. ¡No hay derecho! La clase no ha estado nada mal. De acuerdo, si hubiera vuelto a traernos *escregutos* de cola explosiva… Pero los *thestrals* son prácticamente inofensivos; de hecho, tratándose de Hagrid, están muy bien.

—La profesora Umbridge dice que son peligrosos —apuntó Ron.

—Bueno, ya lo ha dicho Hagrid, saben cuidarse ellos solitos —repuso Hermione, impaciente—, y supongo que alguien como la profesora Grubbly-Plank no nos los enseñaría hasta que preparáramos los ÉXTASIS, pero lo cierto es que son interesantes, ¿verdad? Eso de que algunas personas puedan verlos y otras no… Me encantaría poder verlos.

—¿Ah, sí? —dijo Harry en voz baja.

Hermione comprendió que había metido la pata.

—Perdona, Harry… Lo siento mucho… No, claro que no… Qué estupidez acabo de decir.

—No pasa nada —replicó él—, no te preocupes.

—A mí me ha sorprendido que pudiera verlos tanta gente —comentó Ron—. Tres personas en una clase…

—Sí, Weasley, ¿y sabes qué hemos pensado nosotros? —preguntó una sarcástica voz. Malfoy, Crabbe y Goyle caminaban detrás de ellos, pero la nieve amortiguaba el ruido de sus pasos y no se habían dado cuenta—. Que, a lo mejor, si contemplaras cómo alguien estira la pata, podrías ver mejor la *quaffle*. ¿Qué te parece?

Malfoy, Crabbe y Goyle rieron a carcajadas y se separaron de ellos, encaminándose hacia el castillo. Cuando ya se habían alejado un poco se pusieron a cantar «A Weasley vamos a coronar». A Ron se le pusieron las orejas coloradas.

—No les hagáis caso. Ignoradlos —les aconsejó Hermione; a continuación, sacó su varita mágica y volvió a hacer el encantamiento que producía aire caliente para abrir con él un camino en la capa de nieve intacta que los separaba de los invernaderos.

Llegó diciembre, y dejó más nieve y un verdadero alud de deberes para los alumnos de quinto año. Las obligaciones como prefectos de Ron y Hermione también se

hacían más pesadas a medida que se aproximaba la Navidad. Los llamaron para que supervisaran la decoración del castillo («Intenta colgar una tira de espumillón por una punta cuando Peeves sujeta la otra y pretende estrangularte con ella», contó Ron), para que vigilaran a los de primero y a los de segundo, que tenían que quedarse dentro del colegio a la hora del recreo porque fuera hacía demasiado frío («Hay que ver lo descarados que son esos mocosos; nosotros no éramos tan maleducados cuando íbamos a primero», aseguró Ron), y para turnarse con Argus Filch para patrullar por los pasillos, pues el conserje sospechaba que el espíritu navideño podía traducirse en un brote de duelos de magos («Tiene estiércol en lugar de cerebro», dijo Ron, furioso). Estaban tan ocupados que Hermione tuvo que dejar de tejer gorros de elfo, y estaba muy nerviosa porque sólo le quedaba lana para hacer otros tres.

—¡No soporto pensar en esos pobres elfos a los que todavía no he liberado y que tendrán que quedarse aquí en Navidad porque no hay suficientes gorros!

Harry, que no había tenido valor para explicarle que Dobby cogía todas las prendas que ella hacía, se inclinó aún más sobre su redacción de Historia de la Magia. De todos modos, no le apetecía pensar en la Navidad. Por primera vez desde que estudiaba en Hogwarts, le habría encantado pasar las vacaciones lejos del colegio. Entre la prohibición de jugar al *quidditch* y lo preocupado que estaba por si ponían a Hagrid en periodo de prueba, le estaba cogiendo manía al colegio. Lo único que de verdad le hacía ilusión eran las reuniones del ED, y durante las vacaciones tendrían que suspenderlas, pues casi todos los miembros del grupo pasarían las Navidades con sus familias. Hermione se iba a esquiar con sus padres, lo cual a Ron le hizo mucha gracia, porque no sabía que los *muggles* se atan unas estrechas tiras de madera a los pies para deslizarse por las montañas. Ron se iba a La Madriguera. Harry pasó varios días tragándose la envidia que sentía, hasta que, cuando le preguntó cómo iría a su casa aquella Navidad, su amigo exclamó: «Pero ¡si tú también vienes! ¿No te lo había dicho? ¡Mi madre me escribió hace semanas y me dijo que te invitara!»

Hermione puso los ojos en blanco, pero a Harry la noticia le levantó mucho los ánimos. La perspectiva de pasar aquellos días en La Madriguera era verdaderamente maravillosa, aunque la estropeaba un poco el sentimiento de culpa que tenía por no poder pasar las vacaciones con Sirius. Se preguntaba si conseguiría convencer a la señora Weasley de que invitara a su padrino durante las fiestas. Sin embargo, había demasiados factores adversos: dudaba que Dumbledore permitiera a Sirius salir de Grimmauld Place, y no estaba seguro de que la señora Weasley quisiera invitar a su padrino porque ellos dos siempre estaban en desacuerdo. Sirius no había vuelto a comunicarse con Harry desde su última aparición en la chimenea, y a pesar de que el chico sabía que habría sido una imprudencia intentar ponerse en contacto con él, ya que la profesora Umbridge vigilaba constantemente, no le hacía ninguna gracia imaginar que Sirius estaría solo en la vieja casa de su madre, quién sabe si tirando del

extremo de uno de esos regalos sorpresa que estallan al abrirlos, mientras Kreacher tiraba del otro.

Harry llegó con tiempo a la Sala de los Menesteres para la última reunión del ED antes de las vacaciones, y se alegró de ello porque, cuando las antorchas se encendieron, vio que Dobby se había tomado la libertad de decorar la sala con motivo de las Navidades; y se dio cuenta de que lo había hecho el elfo porque a nadie más se le habría ocurrido colgar un centenar de adornos dorados del techo, cada uno de los cuales iba acompañado de una fotografía de la cara de Harry y la leyenda «¡FELICES HARRY-NAVIDADES!».

Cuando Harry descolgó el último adorno, la puerta se abrió con un chirrido y entró Luna Lovegood con su aire soñador de siempre.

—¡Hola! —dijo distraídamente, y echó una ojeada a lo que quedaba de la decoración—. Qué adornos tan bonitos. ¿Los has puesto tú?

—No —contestó Harry—, ha sido Dobby, el elfo doméstico.

—Muérdago —comentó Luna en el mismo tono soñador, señalando un ramito lleno de bayas blancas que Harry tenía casi encima de la cabeza. Él se apartó enseguida—. Bien hecho —comentó Luna muy seria—. Suele estar infestado de *nargles*.

Harry se libró de tener que preguntar a Luna qué eran los *nargles* porque en ese momento llegaron Angelina, Katie y Alicia. Las tres jadeaban y estaban muertas de frío.

—Bueno —dijo la primera sin mucho ánimo, quitándose la capa y dejándola en un rincón—, por fin os hemos reemplazado.

—¿Reemplazado? —inquirió Harry sin comprender.

—A ti, a Fred y a George —aclaró Angelina, impaciente—. ¡Tenemos otro buscador!

—¿Quién es?

—Ginny Weasley —dijo Katie.

Harry la miró boquiabierto.

—Sí, ya… —comentó Angelina, que luego sacó su varita y flexionó el brazo—, pero es muy buena, la verdad. No es que tenga nada contra ti, desde luego —añadió lanzándole una mirada asesina—, pero como tú no puedes jugar…

Harry se calló la respuesta que estaba deseando darle: ¿acaso se imaginaba que él no lamentaba su expulsión del equipo cien veces más que ella?

—¿Y los golpeadores? —preguntó intentando controlar su voz.

—Andrew Kirke y Jack Sloper —dijo Alicia sin entusiasmo—. No es que sean muy buenos, pero comparados con el resto de inútiles que se han presentado…

La llegada de Ron, Hermione y Neville puso fin a aquella deprimente conversación, y unos minutos más tarde la sala estaba lo bastante llena para impedir

que Harry recibiera las incendiarias miradas de reproche de Angelina.

—Bueno —dijo Harry, y llamó a sus compañeros al orden—. He pensado que esta noche podríamos repasar lo que hemos hecho hasta ahora, porque ésta es la última reunión antes de las vacaciones, y no tiene sentido empezar nada nuevo antes de un descanso de tres semanas…

—¿No vamos a hacer nada nuevo? —preguntó Zacharias Smith en un contrariado susurro, aunque lo bastante alto para que lo oyeran todos—. Si lo llego a saber, no vengo.

—Pues mira, es una lástima que Harry no te lo haya dicho antes —replicó Fred.

Varios estudiantes rieron por lo bajo. Harry observó que Cho también reía y volvió a notar aquella sensación de vacío en el estómago, como si se hubiera saltado un escalón al bajar por una escalera.

—Practicaremos por parejas —siguió—. Empezaremos con el embrujo paralizante durante diez minutos; luego nos sentaremos en los cojines y volveremos a practicar los hechizos aturdidores.

Los alumnos, obedientes, se agruparon de dos en dos; Harry volvió a formar pareja con Neville. La sala se llenó enseguida de gritos intermitentes de *¡Impedimenta!* Uno de los integrantes de cada pareja se quedaba paralizado un minuto, y durante ese tiempo el compañero miraba alrededor para ver lo que hacían las otras parejas; luego recuperaban el movimiento y les tocaba a ellos practicar el embrujo.

Neville había mejorado hasta límites insospechables. Al cabo de un rato, Harry, después de recuperar la movilidad tres veces seguidas, le pidió a Neville que practicara con Ron y Hermione para que él pudiera pasearse por la sala y observar cómo lo hacían los demás. Al pasar junto a Cho, ella le sonrió; Harry resistió la tentación de pasar por su lado más veces.

Tras diez minutos de practicar el embrujo paralizante, esparcieron los cojines por el suelo y se dedicaron al hechizo aturdidor. Como no había suficiente espacio para que todos practicaran a la vez, la mitad del grupo estuvo observando a la otra un rato, y luego cambiaron. Harry se sentía muy orgulloso mientras los contemplaba. Ciertamente, Neville aturdió a Padma Patil en lugar de a Dean, al que estaba apuntando, pero tratándose de Neville podía considerarse un fallo menor, y todos los demás habían mejorado muchísimo.

Al cabo de una hora, Harry les dijo que pararan.

—Lo estáis haciendo muy bien —comentó, sonriente—. Cuando volvamos de las vacaciones, empezaremos a hacer cosas más serias; quizá el encantamiento *patronus*.

Hubo un murmullo de emoción y luego la sala empezó a quedarse vacía; los estudiantes se marchaban en grupos de dos y de tres, como de costumbre, y al salir por la puerta deseaban a Harry feliz Navidad. Éste, muy animado, ayudó a Ron y a

Hermione a recoger los cojines, que amontonaron en un rincón. Ron y Hermione se fueron antes que Harry, que se rezagó un poco porque Cho todavía no se había ido, y él suponía que también le desearía unas felices fiestas.

—No, ve tú primero —oyó que le decía a su amiga Marietta, y el corazón le dio tal vuelco que pareció que se lo enviaba a la altura de la nuez.

Harry fingió que enderezaba el montón de cojines. Estaba casi seguro de que se habían quedado solos, y esperó a que Cho dijera algo. Pero lo que oyó fue un fuerte sollozo.

Se dio la vuelta y vio a Cho, plantada en medio de la sala, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué…? —No sabía qué hacer. Cho estaba de pie y lloraba en silencio—. ¿Qué te pasa? —le preguntó Harry débilmente.

Cho movió la cabeza y se secó las lágrimas con la manga.

—Lo siento… —se excusó—. Supongo que… es que… aprender todas estas cosas… Me imagino… que si él las hubiera sabido… todavía estaría vivo.

El corazón de Harry volvió a dar un vuelco más violento de lo habitual, y fue a parar a un punto situado más o menos a la altura de su ombligo. Debió haberlo supuesto. Cho sólo quería hablar de Cedric.

—Él sabía hacer estas cosas —comentó Harry con aplomo—. Era muy bueno en defensa; si no, no habría llegado al centro de aquel laberinto. Pero si Voldemort se propone matarte, lo tienes muy difícil.

Al oír el nombre de Voldemort, Cho hipó bruscamente, pero siguió mirando a Harry a los ojos, sin pestañear.

—Tú sobreviviste cuando sólo eras un crío —dijo con un hilo de voz.

—Sí, tienes razón —admitió Harry cansinamente, y fue hacia la puerta—. Pero no sé por qué, no lo sabe nadie, de modo que no es nada de lo que pueda estar orgulloso.

—¡No, no te vayas! —exclamó Cho adoptando de nuevo una expresión llorosa—. Perdona que me haya puesto así… No me lo esperaba… —Volvió a hipar. Estaba muy guapa pese a que tenía los ojos rojos e hinchados. Harry se sentía inmensamente desgraciado. Se habría contentado con un simple «Feliz Navidad»—. Ya sé que tiene que ser horrible para ti que yo mencione a Cedric, porque tú lo viste morir… —continuó Cho, y volvió a secarse las lágrimas con la manga de la túnica—. Supongo que te gustaría olvidarlo. —Harry no dijo nada; Cho tenía razón, pero le parecía cruel confirmárselo—. Eres un profesor estupendo, Harry —añadió ella forzando una débil sonrisa—. Yo nunca había podido aturdir a nadie.

—Gracias —dijo él, abochornado.

Se miraron el uno al otro largo rato. Harry sentía un deseo incontrolable de salir corriendo de la sala, y al mismo tiempo era incapaz de mover los pies.

—Mira, muérdago —dijo Cho con voz queda, y señaló el techo.

—Sí —afirmó Harry. Tenía la boca seca—. Pero debe de estar lleno de *nargles*.

—¿Qué son *nargles*?

—No tengo ni idea —confesó Harry. Cho se le había acercado un poco más, y él sintió como si tuviera el cerebro bajo los efectos de un hechizo aturdidor—. Tendrás que preguntárselo a Luna.

Cho hizo un ruidito raro, entre un sollozo y una risa. Se había acercado todavía un poco más a él. Harry habría podido contar las pecas que tenía en la nariz.

—Me gustas mucho, Harry.

Él no podía pensar. Un cosquilleo se extendía por todo su cuerpo, paralizándole los brazos, las piernas y el cerebro.

Cho estaba demasiado cerca, y Harry veía las lágrimas que pendían de sus pestañas…

• • •

Media hora más tarde, Harry entró en la sala común y encontró a Hermione y a Ron en los mejores sitios junto a la chimenea; casi todos los demás se habían acostado. Hermione estaba escribiendo una carta larguísima; ya había llenado medio rollo de pergamino, que colgaba por el borde de la mesa. Ron estaba tumbado sobre la alfombrilla de la chimenea intentando terminar sus deberes de Transformaciones.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Ron cuando Harry se sentó en la butaca que había al lado de la de Hermione.

Harry no contestó. Estaba conmocionado. Por una parte quería contarles a sus amigos lo que acababa de suceder, pero por otra prefería llevarse aquel secreto a la tumba.

—¿Estás bien, Harry? —preguntó Hermione mirándolo con ojos escrutadores por encima del extremo de la pluma.

Harry se encogió de hombros con poco entusiasmo. La verdad era que no sabía si estaba bien o no.

—¿Qué pasa? —inquirió Ron, y se incorporó un poco apoyándose en el codo para verlo mejor—. ¿Te ha ocurrido algo?

Harry no estaba seguro de por dónde empezar, y tampoco estaba seguro de que quisiera explicárselo. Cuando por fin decidió no decir nada, Hermione tomó las riendas de la situación.

—¿Es Cho? —preguntó con seriedad—. ¿Te ha abordado después de la reunión?

Harry, muy sorprendido, asintió con la cabeza. Ron rió por lo bajo, pero paró cuando Hermione lo miró con severidad.

—¿Y… qué quería? —preguntó Ron fingiendo indiferencia.

—Pues… —empezó a decir Harry con voz ronca; luego se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. Pues… ella…

—¿Os habéis besado? —inquirió Hermione bruscamente.

Ron se incorporó tan deprisa que derramó el tintero sobre la alfombra. Ignorando por completo el desastre, miró con interés a Harry.

—Bueno, ¿qué? —dijo.

Harry miró a Ron, que lo miraba a su vez entre risueño y curioso; luego dirigió la vista hacia Hermione, que tenía el entrecejo ligeramente fruncido, y asintió con la cabeza.

—¡Toma!

Ron hizo un ademán de triunfo con el puño y se puso a reír a carcajadas; unos estudiantes de segundo año de aspecto tímido que estaban más allá, junto a la ventana, se sobresaltaron. Harry esbozó una sonrisa de mala gana al ver que Ron se revolcaba sobre la alfombra. Hermione, por su parte, lanzó a Ron una mirada de profundo disgusto y siguió escribiendo su carta.

—¿Y qué? —preguntó Ron por fin mirando a su amigo—. ¿Cómo ha sido?

Harry reflexionó un momento.

—Húmedo —respondió sinceramente. Ron hizo un ruido que podía interpretarse tanto como expresión de júbilo como de asco, no estaba muy claro—. Porque ella estaba llorando —aclaró Harry.

—¡Ah! —dijo Ron, y su sonrisa se apagó un poco—. ¿Tan malo eres besando?

—No lo sé —contestó Harry, que no se lo había planteado, e inmediatamente lo asaltó la preocupación—. Quizá sí.

—Claro que no —intervino Hermione distraídamente sin dejar de escribir.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Ron.

—Porque últimamente Cho se pasa el día llorando —respondió Hermione con toda tranquilidad—. En las comidas, en los lavabos… En todas partes.

—Y tú, Harry, creíste que unos besos la animarían, ¿no? —preguntó Ron, y sonrió burlonamente.

—Ron —dijo Hermione con gravedad mientras mojaba la punta de la pluma en el tintero—, eres el ser más insensible que jamás he tenido la desgracia de conocer.

—¿Qué se supone que significa eso? —replicó Ron, indignado—. ¿Qué clase de persona llora mientras están besándola?

—Sí —dijo Harry con un deje de desesperación—. ¿Quién?

Hermione los miró a los dos como si le dieran lástima.

—¿Es que no entendéis cómo debe de sentirse Cho?

—No —contestaron Harry y Ron a la vez.

Hermione suspiró y dejó la pluma sobre la mesa.

—A ver, es evidente que está muy triste por la muerte de Cedric. Supongo que, además, está hecha un lío porque antes le gustaba Cedric y ahora le gusta Harry, y no puede decidir cuál de los dos le gusta más. Por otra parte, debe de sentirse culpable,

porque a lo mejor cree que es un insulto a la memoria de Cedric besarse con Harry y esas cosas, y también debe de preocuparle qué dirá la gente si empieza a salir con Harry. De todos modos, lo más probable es que no esté segura de lo que siente por Harry, porque él estaba con Cedric cuando éste murió, así que todo es muy complicado y doloroso. ¡Ah, y por si fuera poco, teme que la echen del equipo de *quidditch* de Ravenclaw porque últimamente vuela muy mal!

Cuando Hermione terminó su discurso, se produjo un silencio de perplejidad. Entonces Ron dijo:

—Nadie puede sentir tantas cosas a la vez. ¡Explotaría!

—Que tú tengas la variedad de emociones de una cucharilla de té no significa que los demás seamos iguales —repuso Hermione con crueldad, y volvió a coger su pluma.

—Fue ella la que empezó —explicó Harry—. Yo no habría… Vino hacia mí y… cuando me di cuenta, estaba llorando desconsoladamente. Yo no sabía qué hacer…

—No me extraña, Harry —comentó Ron, alarmado sólo de pensarlo.

—Lo único que tenías que hacer era ser cariñoso con ella —aclaró Hermione levantando la cabeza con impaciencia—. Lo fuiste, ¿verdad?

—Bueno —contestó Harry, y un desagradable calor se extendió por su cara—, más o menos… Le di unas palmaditas en la espalda… —Parecía que Hermione estaba conteniéndose con muchísima dificultad para no poner los ojos en blanco.

—Bueno, supongo que pudo ser peor. ¿Vas a volver a verla?

—Me imagino que sí. En las reuniones del ED, ¿no?

—Ya sabes a qué me refiero —contestó Hermione, impaciente.

Harry no dijo nada. Las palabras de su amiga le abrían un nuevo mundo de aterradoras posibilidades. Intentó imaginar que iba a algún sitio con Cho (a Hogsmeade, quizá) y que estaba a solas con ella durante varias horas seguidas. Después de lo que había pasado, lo lógico era que Cho esperase que le pidiera salir con él… Aquella idea hizo que el estómago se le encogiera dolorosamente.

—No te preocupes —continuó Hermione, que volvía a estar enfrascada en la redacción de su carta—, tendrás oportunidades de sobra para pedírselo.

—¿Y si Harry no quiere? —insinuó Ron, que había estado observando a su amigo con una expresión de perspicacia poco habitual en él.

—No seas tonto —repuso Hermione distraídamente—. Hace siglos que a Harry le gusta Cho, ¿verdad, Harry?

El no contestó. Sí, Cho le gustaba desde hacía siglos, pero siempre que se había imaginado una escena en la que aparecían los dos, ella estaba divirtiéndose, y no llorando desconsoladamente sobre su hombro.

—Oye, ¿para quién es esa novela que estás escribiendo? —le preguntó Ron a Hermione mientras intentaba leer lo que había escrito en el trozo de pergamino que

ya llegaba al suelo. Ella lo subió para que Ron no pudiera ver nada.

—Para Viktor —contestó.

—¿Viktor Krum?

—¿A cuántos Viktor más conocemos?

Ron no dijo nada, pero parecía contrariado. Permanecieron en silencio durante otros veinte minutos: Ron terminaba su redacción de Transformaciones entre resoplidos de impaciencia y tachaduras; Hermione escribía sin parar hasta que llegó al final del pergamino, que enrolló y selló con mucho cuidado; y Harry contemplaba el fuego deseando más que nunca que la cabeza de Sirius apareciera entre las llamas y le diera algún consejo sobre cómo comportarse con las chicas. Pero las llamas sólo crepitaban, cada vez más pequeñas, hasta que las brasas quedaron reducidas a cenizas; entonces Harry giró la cabeza y vio que, una vez más, se habían quedado solos en la sala común.

—Buenas noches —dijo entonces Hermione bostezando, y se marchó por la escalera de los dormitorios de las chicas.

—No sé qué habrá visto en Krum —comentó Ron cuando Harry y él subían la escalera de los chicos.

—Bueno —dijo Harry deteniéndose a pensarlo—. Es mayor que nosotros, ¿no? Y es un jugador internacional de *quidditch*…

—Sí, pero aparte de eso… —continuó Ron, que parecía exasperado—. No sé, es un protestón y un imbécil, ¿no?

—Un poco protestón sí es —admitió Harry, que seguía pensando en Cho.

Se quitaron las túnicas y se pusieron los pijamas en silencio. Dean, Seamus y Neville ya dormían. Harry dejó sus gafas en la mesilla y se acostó, pero no cerró las cortinas de su cama adoselada, sino que se quedó contemplando el trozo de cielo estrellado que se veía por la ventana que había junto a la cama de Neville. Si la noche anterior a aquella misma hora hubiera sabido que veinticuatro horas más tarde iba a besar a Cho Chang…

—Buenas noches —gruñó Ron, que dormía a la derecha de Harry.

—Buenas noches —repuso él.

Quizá la próxima vez…, si es que había una próxima vez…, ella estaría un poco más contenta. Debería haberle pedido salir; seguramente ella estaría esperando que lo hiciera, y en esos momentos debía de estar furiosa con él… ¿O estaría tumbada en la cama llorando por la muerte de Cedric? Harry no sabía qué pensar. Las explicaciones que le había dado Hermione sólo habían conseguido que todo pareciera más complicado en lugar de ayudarlo a entender lo que sucedía.

«Eso es lo que deberían enseñarnos aquí —pensó, y se giró hacia un lado—, cómo funciona el cerebro de las chicas… Sería mucho más útil que lo que nos enseñan en Adivinación, desde luego…»

Neville gimoteaba en sueños. Se oyó el lejano ulular de una lechuza.

Harry soñó que estaba otra vez en la sala del ED. Cho lo acusaba de haberla obligado a ir allí mediante engaños; decía que había prometido regalarle ciento cincuenta cromos de ranas de chocolate si se presentaba. Harry protestaba… Cho gritaba: «¡Mira, Cedric me dio cientos de cromos de ranas de chocolate!» Y sacaba puñados de cromos de la túnica y los lanzaba al aire. Entonces Cho se volvía hacia Hermione, que decía: «Es verdad, Harry, se lo prometiste… Creo que será mejor que le regales otra cosa a cambio… ¿Qué te parece si la obsequias con tu Saeta de Fuego?» Y Harry respondía que no podía darle su Saeta de Fuego a Cho porque la tenía la profesora Umbridge, y que todo aquel]o era absurdo, que él sólo había ido a la sala del ED para colgar unos adornos navideños que tenían la forma de la cabeza de Dobby…

Entonces el sueño cambió…

Harry notaba su cuerpo liso, fuerte y flexible. Se deslizaba entre unos relucientes barrotes de metal, sobre una fría y oscura superficie de piedra… Iba pegado al suelo y se arrastraba sobre el vientre… Estaba oscuro, y, sin embargo, él veía a su alrededor brillantes objetos de extraños y vivos colores. Giraba la cabeza… A primera vista el pasillo estaba vacío, pero no… Había un hombre sentado en el suelo, enfrente de él, con la barbilla caída sobre el pecho, y su silueta destacaba contra la oscuridad…

Harry sacaba la lengua… Percibía el olor que desprendía aquel hombre, que estaba vivo pero adormilado, sentado frente a una puerta, al final del pasillo…

Harry se moría de ganas de morder a aquel hombre… Pero debía contener el impulso…, tenía cosas más importantes que hacer…

No obstante, el hombre se movía… Una capa plateada resbalaba de sus piernas cuando se ponía en pie de un brinco, y Harry veía cómo su oscilante y borrosa silueta se elevaba ante él; veía cómo el hombre sacaba una varita mágica de su cinturón… No tenía alternativa… Se elevaba del suelo y atacaba una, dos, tres veces, hundiéndole los colmillos al hombre, y notaba cómo sus costillas se astillaban entre sus mandíbulas y sentía el tibio chorro de sangre…

El hombre gritaba de dolor… y luego se quedaba callado… Se tambaleaba, se apoyaba en la pared… La sangre manchaba el suelo…

A Harry le dolía muchísimo la cicatriz… Le dolía como si su cabeza fuera a estallar…

—¡Harry! ¡HARRY! —Abrió los ojos. Estaba empapado de pies a cabeza en un sudor frío, las sábanas de la cama se le enrollaban alrededor del cuerpo como una camisa de fuerza, y notaba un intenso dolor en la frente, como si le estuvieran poniendo un atizador al rojo vivo—. ¡Harry!

Ron lo miraba muy asustado de pie junto a su cama, donde había también otras personas. Harry se sujetó la cabeza con ambas manos; el dolor lo cegaba… Giró

hacia un lado y vomitó desde el borde del colchón.

—Está muy enfermo —dijo una voz aterrada—. ¿Llamamos a alguien?

—¡Harry! ¡Harry!

Tenía que contárselo a Ron, era muy importante que se lo contara… Respiró hondo con la boca abierta y se incorporó en la cama. Esperaba no vomitar otra vez; el dolor casi no le dejaba ver.

—Tu padre —dijo entre jadeos—. Han… atacado… a tu padre.

—¡Qué! —exclamó Ron sin comprender.

—¡Tu padre! Lo han mordido. Es grave. Había sangre por todas partes…

—Voy a pedir ayuda —dijo la misma voz aterrada, y Harry oyó pasos que salían del dormitorio.

—Tranquilo, Harry —lo calmó un Ron titubeante—. Sólo…, sólo era un sueño…

—¡No! —saltó Harry, furioso; era fundamental que su amigo lo entendiera—. No era ningún sueño…, no era un sueño corriente… Yo estaba allí… y esa cosa… lo atacó.

Oyó que Seamus y Dean cuchicheaban, pero no le importó. El dolor de la frente estaba remitiendo un poco, aunque todavía sudaba y temblaba como si tuviera fiebre. Volvió a vomitar y Ron se apartó dando un salto hacia atrás.

—Estás enfermo, Harry —insistió con voz temblorosa—. Neville ha ido a pedir ayuda.

—¡Estoy bien! —dijo él con voz ahogada, y se limpió la boca con el pijama. Temblaba de modo incontrolable—. No me pasa nada, es por tu padre por quien tienes que preocuparte. Tenemos que averiguar dónde está… Está sangrando mucho… Yo era… Había una serpiente inmensa.

Intentó levantarse de la cama, pero Ron lo empujó contra ella; Dean y Seamus seguían hablando en susurros, allí cerca. Harry no supo si había pasado un minuto o diez; seguía allí sentado, temblando, y notaba que el dolor de la cicatriz remitía lentamente. Entonces oyó pasos que subían a toda prisa por la escalera y volvió a distinguir la voz de Neville.

—¡Aquí, profesora!

La profesora McGonagall entró corriendo en el dormitorio con su bata de cuadros escoceses y con las gafas torcidas sobre el puente de la huesuda nariz.

—¿Qué pasa, Potter? ¿Dónde te duele?

Harry nunca se había alegrado tanto de verla, pues lo que necesitaba en ese momento era a alguien que perteneciera a la Orden del Fénix, y no que lo mimaran ni le recetaran pociones inútiles.

—Es el padre de Ron —afirmó, y volvió a incorporarse—. Lo ha atacado una serpiente y está grave. Lo he visto todo.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo has visto? —preguntó la profesora

McGonagall juntando las oscuras cejas.

—No lo sé… Estaba durmiendo y de pronto estaba allí…

—¿Quieres decir que lo has soñado?

—¡No! —gritó Harry, enojado; ¿es que nadie lo entendía?—. Al principio estaba soñando, pero era un sueño completamente diferente, una tontería… Y de pronto esa imagen lo ha interrumpido. Era real, no me lo he imaginado. El señor Weasley estaba dormido en el suelo y lo atacaba una serpiente inmensa, había mucha sangre, se desmayaba, alguien tiene que averiguar dónde está… —La profesora McGonagall lo miraba a través de sus torcidas gafas como si le horrorizara lo que estaba viendo—. ¡Ni estoy mintiendo ni me he vuelto loco! —insistió Harry a voz en grito—. ¡Le digo que lo he visto todo!

—Te creo, Potter —dijo la profesora McGonagall, cortante—. Ponte la bata. Vamos a ver al director.

22
Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas

Harry se sintió tan aliviado al comprobar que la profesora McGonagall se lo tomaba en serio que no vaciló: se levantó de inmediato de la cama y se puso la bata y las gafas.

—Tú también tendrías que venir, Weasley —indicó la profesora.

Salieron con ella del dormitorio, donde dejaron a Neville, Dean y Seamus, que no se atrevieron a abrir la boca, bajaron por la escalera de caracol hasta la sala común, salieron por el hueco del retrato y llegaron al pasillo de la Señora Gorda, iluminado por la luna. Harry tenía la impresión de que el pánico que se acumulaba en su interior podía desbordarse en cualquier momento; le habría gustado echar a correr y llamar a gritos a Dumbledore. El señor Weasley estaba desangrándose mientras ellos andaban tranquilamente por el pasillo; ¿y si aquellos colmillos (Harry hizo un esfuerzo para no pensar «mis colmillos») eran venenosos? Se cruzaron con la *Señora Norris*, que los miró con los ojos como lámparas y bufó débilmente, pero la profesora McGonagall dijo «¡Fuera!» y la gata se escabulló en las sombras. Al cabo de unos minutos llegaron a la gárgola de piedra que vigilaba la entrada del despacho de Dumbledore.

—¡Meigas fritas! —dijo la profesora McGonagall.

La gárgola cobró vida y se apartó hacia un lado, y la pared que tenía detrás se abrió dejando ver una escalera de piedra que se movía continuamente hacia arriba, como una escalera mecánica de caracol. Montaron los tres en la escalera móvil; la pared se cerró tras ellos con un ruido sordo y empezaron a ascender, describiendo cerrados círculos, hasta que llegaron a la brillante puerta de roble en la que sobresalía la aldaba de bronce que representaba un grifo.

Era más de medianoche, pero en el interior de la habitación se oían voces, como un agitado murmullo. Parecía que Dumbledore estaba reunido por lo menos con una docena de personas.

La profesora McGonagall llamó tres veces con la aldaba en forma de grifo y las voces cesaron inmediatamente, como si alguien las hubiera hecho callar pulsando un interruptor. La puerta se abrió sola, y la profesora precedió a Harry y a Ron hacia el interior.

El cuarto estaba en penumbra; los extraños instrumentos de plata que había sobre las mesas estaban quietos y silenciosos en lugar de zumbar y despedir bocanadas de humo, como solían hacer; los retratos de anteriores directores y directoras que cubrían las paredes dormitaban en sus marcos. Junto a la puerta, un espléndido pájaro rojo y dorado del tamaño de un cisne dormía en su percha con la cabeza bajo el ala.

—Ah, es usted, profesora McGonagall…, y…, ¡ah!

Dumbledore estaba sentado en una silla de respaldo alto detrás de su mesa, inclinado sobre la luz de las velas que iluminaban los papeles que tenía delante. Aunque llevaba una bata de color morado y dorado con espléndidos bordados sobre una camisa de dormir blanquísima, estaba completamente despierto y tenía los penetrantes ojos azul claro fijos en la profesora McGonagall.

—Profesor Dumbledore, Potter ha tenido…, bueno, una pesadilla —declaró la profesora—. Dice que…

—No era ninguna pesadilla —se apresuró a corregir Harry.

La profesora McGonagall miró al muchacho con el entrecejo fruncido.

—Está bien, Potter, cuéntaselo tú al director.

—Verá… Yo… estaba dormido, es verdad… —empezó a explicar Harry, y pese al terror que sentía y la desesperación por conseguir que Dumbledore lo entendiera, le molestó un poco que el director no lo mirara a él, sino que se examinara los dedos, que tenía entrelazados—. Pero no era un sueño corriente…, era real… Vi cómo pasaba… —Inspiró hondo—. Al padre de Ron, el señor Weasley, lo ha atacado una serpiente gigantesca.

Las palabras resonaron en la habitación y resultaron ligeramente ridículas, incluso cómicas. Luego se produjo un silencio durante el cual Dumbledore se recostó en la silla y se quedó contemplando el techo con aire meditabundo. Ron, pálido y

conmocionado, miró a Harry y luego al director.

—¿Cómo lo has visto? —le preguntó Dumbledore con serenidad, aunque seguía sin mirarlo.

—Pues… no lo sé —contestó Harry, muy enfadado. ¿Qué importancia tenía eso? —. Dentro de mi cabeza, supongo.

—No me has entendido —dijo Dumbledore con el mismo tono reposado—. Me refiero a si… ¿Recuerdas… dónde estabas situado cuando presenciaste el ataque? ¿Estabas de pie junto a la víctima o contemplabas la escena desde arriba?

Aquélla era una pregunta tan curiosa que Harry se quedó observando al director con la boca abierta; era como si él supiera…

—Yo era la serpiente —afirmó—. Lo vi todo desde la posición de la serpiente.

Hubo un nuevo momento de silencio; entonces Dumbledore, sin mirar a Ron, que todavía estaba blanco como la cera, preguntó con un tono de voz diferente, más brusco:

—¿Está Arthur gravemente herido?

—Sí —contestó Harry con ímpetu. ¿Cómo podían ser todos tan duros de mollera? ¿No sabían lo que podía llegar a sangrar una persona cuando unos colmillos de ese tamaño le perforaban el costado? ¿Y por qué no tenía Dumbledore el detalle de mirarlo a la cara?

Pero entonces el director se puso en pie tan deprisa que Harry se sobresaltó, y se dirigió a uno de los viejos retratos que estaba colgado muy cerca del techo.

—¡Everard! —dijo enérgicamente—. ¡Y tú también, Dilys!

Dos personajes que parecían sumidos en el más profundo de los sueños, un mago de rostro cetrino con un corto flequillo negro y una anciana bruja con largos tirabuzones plateados que estaba en el cuadro de al lado, abrieron de inmediato los ojos.

—¿Lo habéis oído? —les preguntó Dumbledore.

El mago asintió con la cabeza y la bruja dijo: «Por supuesto.»

—Es pelirrojo y lleva gafas —especificó Dumbledore—. Everard, tendrás que dar la alarma, asegúrate de que lo encuentran las personas adecuadas…

El mago y la bruja asintieron y se desplazaron hacia un lado de sus respectivos marcos, pero en lugar de aparecer en los cuadros contiguos (como solía ocurrir en Hogwarts), ninguno de los dos reapareció. En ese momento, en uno de los cuadros sólo había una cortina oscura como telón de fondo; en el otro, una bonita butaca de cuero. Harry se fijó en que muchos otros directores y directoras, pese a roncar y babear de forma muy convincente, lo observaban con disimulo sin levantar apenas los párpados, y de pronto comprendió quiénes eran los que estaban hablando cuando habían llamado a la puerta.

—Everard y Dilys fueron dos de los más célebres directores de Hogwarts —

explicó Dumbledore, que pasó junto a Harry, Ron y la profesora McGonagall para acercarse al magnífico pájaro que dormía en la percha al lado de la puerta—. Tal es su renombre que ambos tienen retratos colgados en importantes instituciones mágicas. Como tienen libertad para moverse de uno a otro de sus propios retratos, podrán decirnos qué está pasando en otros sitios…

—Pero ¡el señor Weasley podría estar en cualquier parte! —exclamó Harry.

—Sentaos los tres, por favor —dijo Dumbledore ignorando por completo el comentario del chico—. Everard y Dilys quizá tarden unos minutos en regresar. Profesora McGonagall, ¿quiere acercar unas sillas?

La profesora McGonagall sacó la varita mágica del bolsillo de la bata y la agitó; de la nada aparecieron tres sillas de madera, con respaldo alto, muy diferentes de las cómodas butacas de chintz que Dumbledore había hecho aparecer durante la vista de Harry. Éste se sentó, pero giró la cabeza para mirar a Dumbledore. El director acariciaba con un dedo las doradas plumas de la cabeza de *Fawkes*, y el fénix despertó al momento. Levantó su hermosa cabeza y miró a Dumbledore con sus ojos brillantes y oscuros.

—Necesitaremos que nos avises —le dijo Dumbledore en voz baja al pájaro.

Hubo un fogonazo y el fénix desapareció.

Entonces Dumbledore se inclinó sobre uno de aquellos frágiles instrumentos de plata cuya función Harry nunca había conocido, lo llevó a su mesa, se sentó de cara a sus visitantes y dio unos golpecitos en él con la punta de la varita.

El instrumento cobró vida de inmediato y empezó a emitir unos rítmicos tintineos. Por el minúsculo tubo de plata que tenía en la parte superior empezaron a salir pequeñas bocanadas de un pálido humo verde. Dumbledore lo observaba atentamente con la frente arrugada. Tras unos segundos, las pequeñas bocanadas se convirtieron en un chorro de humo cada vez más denso que formaba espirales en el aire… Luego, en el extremo se formó una cabeza de serpiente que abría mucho la boca. Harry se preguntó si aquel instrumento estaría confirmando su historia: miró con avidez a Dumbledore en busca de alguna señal de que estaba en lo cierto, pero el director no levantó la cabeza.

—Naturalmente, naturalmente —murmuró Dumbledore, al parecer para sí, sin dejar de observar el chorro de humo y sin dar la más leve señal de sorpresa—. Pero ¿dividido en esencia?

Para Harry aquella pregunta no tenía ni pies ni cabeza. Sin embargo, la serpiente de humo se dividió al instante en dos serpientes, y ambas siguieron enroscándose y ondulando en la penumbra. Con gesto de amarga satisfacción, Dumbledore dio otro golpecito al instrumento con la varita: entonces el tintineo fue cesando hasta apagarse, y las serpientes de humo quedaron reducidas a una neblina informe que acabó esfumándose y desapareciendo por completo.

Dumbledore volvió a dejar el instrumento encima de la mesita de finas patas. Harry percibió que era observado por muchos de los directores de los retratos; entonces éstos, al darse cuenta de que Harry estaba mirándolos, volvieron a hacerse los dormidos. El chico quería preguntar para qué servía aquel extraño instrumento de plata, pero antes de que pudiera plantearlo se oyó un grito en lo alto de la pared, a su derecha: Everard había vuelto a su retrato, jadeando ligeramente.

—¡Dumbledore!

—¿Qué ha pasado? —preguntó éste enseguida.

—Grité hasta que alguien llegó corriendo —contó el mago secándose la frente con la cortina que tenía detrás— y le dije que había oído que algo se movía abajo. No estaban seguros de si debían creerme, pero fueron a comprobarlo. Ya sabes que allí abajo no hay retratos desde los cuales se pueda mirar. En fin, unos minutos más tarde lo subieron. No tiene buen aspecto, está cubierto de sangre. Corrí hasta el retrato de Elfrida Cragg para verlo bien cuando se marchaban…

—Muy bien —dijo Dumbledore, y Ron hizo un movimiento convulsivo—. Entonces supongo que Dilys lo habrá visto llegar…

Unos momentos después, la bruja de los tirabuzones plateados apareció también en su retrato; se sentó tosiendo en su butaca y afirmó:

—Sí, lo han llevado a San Mungo, Dumbledore… Han pasado por delante de mi retrato… Tiene mal aspecto…

—Gracias —dijo el director, quien luego miró a la profesora McGonagall y añadió—: Minerva, necesito que vaya a despertar a los otros hijos de Weasley.

—Ahora mismo voy. —La profesora McGonagall se dirigió rápidamente hacia la puerta y Harry miró de reojo a Ron, que parecía aterrado—. ¿Y… qué hay de Molly, Dumbledore? —preguntó la profesora deteniéndose frente a la puerta.

—De eso se encargará *Fawkes* cuando haya terminado de vigilar si se acerca alguien —determinó Dumbledore—. Pero quizá lo sepa ya, porque tiene ese estupendo reloj…

Harry comprendió que Dumbledore se refería al reloj que, en lugar de indicar la hora, indicaba el paradero y el estado de los diferentes miembros de la familia Weasley, y con una punzada de dolor pensó que la manecilla del señor Weasley estaría señalando el rótulo de «Peligro de muerte». Pero era muy tarde. Seguramente la señora Weasley estaría durmiendo, y no mirando el reloj. Harry sintió un escalofrío al recordar cómo el *boggart* de la señora Weasley había adoptado la forma del cuerpo sin vida del señor Weasley, a quien se le habían torcido las gafas y por cuya cara resbalaba la sangre… Pero el señor Weasley no moriría, no podía morir…

En ese momento Dumbledore hurgaba en un armario que Harry y Ron tenían detrás. Por fin dejó de revolver y apareció con una vieja y ennegrecida tetera que dejó con cuidado sobre su mesa. Entonces levantó la varita y murmuró: *«¡Portus!»* La

tetera tembló brevemente y emitió un extraño resplandor azulado; luego dejó de estremecerse y se quedó tan negra como al principio.

Dumbledore se acercó a otro retrato, que representaba a un mago con pinta de listillo, con barba puntiaguda, al que habían pintado vestido de verde y plata, los colores de Slytherin; al parecer, dormía tan profundamente que no oyó la voz de Dumbledore cuando éste intentó despertarlo.

—Phineas. ¡Phineas!

Los personajes de los retratos que cubrían las paredes ya no se hacían los dormidos, sino que se movían por sus cuadros para ver lo que pasaba en la habitación. Al ver que el mago con pinta de listo seguía fingiendo que dormía, algunos lo llamaron también a gritos.

—¡Phineas! ¡Phineas! ¡PHINEAS!

Como ya no podía disimular más, dio un exagerado brinco y abrió mucho los ojos.

—¿Alguien me llama?

—Necesito que visites una vez más tu otro retrato, Phineas —le pidió Dumbledore—. Tengo un nuevo mensaje.

—¿Visitar mi otro retrato? —repitió Phineas con voz aflautada, y dio un largo y falso bostezo mientras recorría la habitación con la mirada y se fijaba en Harry—. ¡Ah, no, Dumbledore, esta noche estoy demasiado cansado!

A Harry la voz de Phineas le resultaba familiar, pero no sabía dónde la había oído. De pronto los retratos de las paredes estallaron en manifestaciones de protesta.

—¡Insubordinación, señor! —bramó un mago robusto de nariz encarnada, blandiendo los puños—. ¡Negligencia en el cumplimiento del deber!

—¡Estamos moralmente obligados a prestar servicio al actual director de Hogwarts! —gritó un anciano mago de aspecto frágil al que Harry identificó como el predecesor de Dumbledore, Armando Dippet—. ¡Debería darte vergüenza, Phineas!

—¿Lo convenzo, Dumbledore? —insinuó una bruja de ojos penetrantes que levantó una varita inusualmente gruesa parecida a una vara para dar azotes.

—Está bien, está bien —cedió Phineas mirando con aprensión la varita de la bruja —, aunque es posible que ya haya destrozado mi retrato, como ha hecho con los de la mayoría de la familia…

—Sirius sabe perfectamente que no tiene que destruir tu retrato —replicó Dumbledore, y de inmediato Harry supo dónde había oído antes la voz de Phineas: era la que salía del cuadro, en apariencia vacío, que había en su dormitorio de Grimmauld Place—. Tienes que decirle que Arthur Weasley está gravemente herido y que su esposa, hijos y Harry Potter llegarán en breve a su casa. ¿Lo has entendido?

—Arthur Weasley herido, esposa e hijos y Harry Potter invitados —repitió Phineas con aburrimiento—. Sí, sí…, muy bien…

Entonces se inclinó hacia un lado del retrato y desapareció de la vista en el preciso instante en que la puerta del despacho volvía a abrirse. Fred, George y Ginny entraron con la profesora McGonagall; los tres iban en pijama y despeinados, y parecían asustados.

—¿Qué pasa, Harry? —preguntó Ginny, que tenía aspecto de estar muerta de miedo—. La profesora McGonagall dice que has visto cómo atacaban a papá…

—Vuestro padre ha tenido un accidente mientras trabajaba para la Orden del Fénix —explicó Dumbledore antes de que Harry pudiera hablar—. Lo han llevado al Hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas. Os voy a enviar a casa de Sirius, que está mucho más cerca del hospital que La Madriguera. Allí os reuniréis con vuestra madre.

—¿Cómo vamos a ir? —preguntó Fred, muy afectado—. ¿Con polvos flu?

—No —respondió Dumbledore—. Ahora los polvos flu no son seguros, la Red está vigilada. Utilizaréis un traslador. —Señaló la vieja tetera de aspecto inocente que había dejado encima de la mesa—. Estamos esperando el informe de Phineas Nigellus. Antes de enviaros quiero asegurarme de que no hay ningún peligro.

En ese momento se produjo un fogonazo en medio del despacho; cuando se apagó, apareció una pluma dorada que descendió flotando suavemente.

—Es el aviso de *Fawkes* —anunció Dumbledore, y cogió la pluma antes de que llegara al suelo—. La profesora Umbridge sabe que no estáis en vuestras camas… Minerva, vaya y entreténgala, cuéntele cualquier historia…

Acto seguido, la profesora McGonagall salió por la puerta en medio de un revuelo de cuadros escoceses.

—Dice que será un placer —afirmó una voz aburrida detrás de Dumbledore; Phineas había vuelto a aparecer ante el estandarte de Slytherin—. Mi tataranieto siempre ha tenido un gusto muy extraño con los huéspedes.

—Entonces, venid aquí —les dijo Dumbledore a Harry y a los Weasley—. Y rápido, antes de que llegue alguien más.

Harry y los demás se agruparon alrededor de la mesa del director.

—¿Todos habéis utilizado ya un traslador? —preguntó Dumbledore; los muchachos asintieron y estiraron una mano para tocar alguna parte de la ennegrecida tetera—. Muy bien. Entonces, cuando cuente tres, uno…, dos…

Sucedió en una milésima de segundo: en la pausa infinitesimal que hubo antes de que Dumbledore dijera «tres», Harry levantó la cabeza y miró al director (pues estaban muy cerca), cuyos ojos azules se desviaron desde el traslador hacia la cara del muchacho.

Inmediatamente, la cicatriz de Harry se puso a arder, como si se le hubiera abierto la vieja herida, y surgió dentro de él un odio espontáneo y no deseado, aunque horriblemente intenso, y tan potente que por un instante pensó que no había nada que

deseara más en el mundo que golpear, morder e hincarle los colmillos al hombre que tenía delante…

—… tres.

Harry notó una fuerte sacudida en el estómago y el suelo desapareció bajo sus pies, pero seguía teniendo una mano pegada a la tetera; chocó contra los otros mientras salían despedidos a toda velocidad hacia delante, en medio de un torbellino de colores y una fuerte ráfaga de viento, arrastrados por la tetera… hasta que tocó bruscamente el suelo con los pies y se le doblaron las rodillas; la tetera cayó al suelo, y una voz cercana dijo:

—Ya están aquí esos mocosos traidores a la sangre. ¿Es verdad que su padre está muriéndose?

—¡FUERA! —gritó otra voz.

Harry se puso en pie y miró alrededor; habían llegado a la lúgubre cocina del sótano del número 12 de Grimmauld Place. Los únicos puntos de luz eran el fuego y una vela parpadeante que iluminaban los restos de una cena solitaria. Kreacher salía en aquel momento por la puerta que daba al vestíbulo; entonces giró la cabeza y les lanzó una mirada maliciosa al mismo tiempo que se colocaba bien el taparrabos. Sirius corría hacia ellos con gesto de preocupación. Iba sin afeitar y todavía llevaba puesta la ropa de calle; despedía un olorcillo a alcohol parecido al de Mundungus.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y estiró una mano para ayudar a Ginny a levantarse—. Phineas Nigellus me ha dicho que Arthur está gravemente herido.

—Pregúntaselo a Harry —sugirió Fred.

—Sí, yo también quiero enterarme —dijo George.

Los gemelos y Ginny miraban fijamente a Harry. Los pasos de Kreacher se habían parado en la escalera.

—Fue… —empezó Harry; aquello era aún peor que contárselo a la profesora McGonagall y a Dumbledore—. Tuve una… especie de… visión…

Y les contó todo lo que había visto, pero alteró el relato, de modo que pareciera que lo había contemplado desde fuera, mientras la serpiente atacaba, y no con los ojos del reptil. Ron, que todavía estaba muy pálido, le lanzó una mirada fugaz, aunque no hizo ningún comentario. Cuando Harry hubo terminado, Fred, George y Ginny se quedaron observándolo con atención un momento. Harry no sabía si se lo imaginaba o no, pero le pareció detectar un destello acusador en sus ojos. Y si le iban a echar la culpa sólo por haber presenciado el ataque, se alegraba de no haberles contado que lo había visto desde el interior de la serpiente.

—¿Está nuestra madre aquí? —le preguntó Fred a Sirius.

—Seguramente ni siquiera sabe todavía lo que ha pasado —contestó Sirius—. Lo más importante era sacaros de Hogwarts antes de que la profesora Umbridge pudiera intervenir. Supongo que ahora Dumbledore estará contándoselo a Molly.

—Tenemos que ir a San Mungo —dijo Ginny con urgencia, y miró a sus hermanos, que, naturalmente, todavía iban en pijama—. Sirius, ¿puedes dejarnos unas capas o algo?

—¡Un momento, no podéis ir todavía a San Mungo! —la atajó Sirius.

—Claro que podemos ir a San Mungo si queremos —le contradijo Fred con testarudez—. ¡Es nuestro padre!

—¿Y cómo vais a explicar que sabíais que Arthur había sido atacado antes incluso de que lo supieran el hospital o su propia esposa?

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó George acaloradamente.

—¡Importa porque no queremos llamar la atención sobre el hecho de que Harry tiene visiones de cosas que ocurren a cientos de kilómetros de distancia! —repuso Sirius con enfado—. ¿Tenéis idea de cómo interpretaría el Ministerio esa información?

Era evidente que a Fred y George no les importaba cómo lo interpretara el Ministerio. Ron, por su parte, seguía lívido y callado.

—Podría habérnoslo contado alguien más… —insinuó Ginny—, o podríamos habernos enterado por otra fuente que no fuera Harry.

—¿Ah, sí? ¿Por quién? —preguntó Sirius con impaciencia—. Escuchad, vuestro padre ha resultado herido mientras trabajaba para la Orden, y las circunstancias ya son lo bastante sospechosas para que encima sus hijos lo sepan sólo unos segundos después de que haya ocurrido. Podríais perjudicar gravemente los intereses de la Orden…

—¡Nos trae sin cuidado la maldita Orden! —gritó Fred.

—¡Nuestro padre se está muriendo! —añadió George.

—¡Vuestro padre ya sabía dónde se metía y no va a agradeceros que le pongáis las cosas más difíciles a la Orden! —replicó Sirius, tan furioso como ellos—. ¡Esto es lo que hay, y por eso no pertenecéis a la Orden! ¡Vosotros no lo entendéis, pero hay cosas por las que vale la pena morir!

—¡Qué fácil es decir eso estando encerrado aquí! —le espetó Fred—. ¡Yo no veo que tú arriesgues mucho el pellejo!

El poco color que le quedaba a Sirius en la cara se esfumó de golpe. Durante un momento pareció estar deseando pegarle una bofetada a Fred, pero cuando habló lo hizo con una voz decidida y serena.

—Ya sé que es difícil, pero hemos de fingir que todavía no sabemos nada. Debemos quedarnos aquí, al menos hasta que tengamos noticias de vuestra madre, ¿de acuerdo?

Fred y George seguían encolerizados. Ginny, en cambio, fue hacia la silla más cercana y se sentó en ella. Harry miró a Ron, que hizo un movimiento extraño, entre un gesto afirmativo con la cabeza y un encogimiento de hombros, y los dos se

sentaron también. Los gemelos miraron con odio a Sirius durante un minuto más; luego se sentaron a ambos lados de Ginny.

—Así me gusta —dijo Sirius alentándolos—. Bueno, vamos a…, vamos a beber algo mientras esperamos. *¡Accio cerveza de mantequilla!*

Levantó la varita mágica mientras pronunciaba aquellas palabras, y media docena de botellas salieron de la despensa y fueron volando hacia ellos, se deslizaron por la mesa, esparciendo los restos de la cena de Sirius, y se detuvieron hábilmente delante de cada uno de ellos. Todos bebieron, y durante un rato sólo se oyeron el chisporroteo del fuego de la cocina y el ruido sordo de las botellas al dejarlas en la mesa.

Harry sólo bebía para tener algo que hacer con las manos. Por dentro notaba un horrible, abrasador y desbordante sentimiento de culpa. De no ser por él no estarían allí, sino en la cama, durmiendo. Y no le servía de consuelo recordar que, al dar la alarma, se había asegurado de que encontrarían al señor Weasley, porque para empezar había que tener en cuenta el detalle de que había sido él quien había atacado al señor Weasley.

«No seas estúpido, tú no tienes colmillos —se dijo intentando conservar la calma, aunque le temblaba la mano con que sujetaba la botella de cerveza de mantequilla—, tú estabas en la cama, no estabas atacando a nadie… Pero entonces, ¿qué ha pasado en el despacho de Dumbledore? —se preguntó—. Sentí como si quisiera atacarlo también a él…»

Dejó la botella sobre la mesa con un golpe inesperadamente fuerte, y la botella se volcó, pero nadie se dio cuenta. Entonces se produjo un fogonazo en el aire que iluminó los platos sucios que tenían delante, y mientras gritaban desconcertados, un rollo de pergamino cayó con un ruido sordo sobre la mesa, acompañado de una pluma de cola de fénix.

—*¡Fawkes!* —exclamó Sirius de inmediato, y agarró el pergamino—. Ésta no es la letra de Dumbledore… Debe de ser un mensaje de vuestra madre… Tomad…

Le puso la carta en la mano a George, que la abrió con rapidez y leyó en voz alta: «Papá todavía está vivo. Salgo ahora para San Mungo. Quedaos donde estáis. Os enviaré noticias en cuanto pueda. Mamá.» George miró alrededor de la mesa. —Todavía está vivo… —repitió lentamente—. Pero eso suena como si…

No tuvo que terminar la frase. Para Harry también sonaba como si el señor Weasley estuviera debatiéndose entre la vida y la muerte.

Ron, aún asombrosamente pálido, se quedó mirando el dorso de la carta de su madre como si allí fueran a aparecer unas palabras de consuelo para él. Fred le arrancó la hoja de pergamino a George y volvió a leer la carta; luego miró a Harry, quien notó que volvía a temblarle la mano sobre la botella de cerveza de mantequilla, y la sujetó más fuerte para detener el temblor.

Harry no recordaba que ninguna otra noche se le hubiera hecho tan larga como

aquélla. Sirius propuso una vez, aunque sin mucha convicción, que fueran a acostarse, pero las miradas de repugnancia de los Weasley fueron suficiente respuesta. Se quedaron sentados en silencio alrededor de la mesa, observando cómo la mecha de la vela se hundía más y más en la cera líquida; de cuando en cuando se llevaban una botella a los labios, y sólo hablaban para controlar la hora, para preguntarse en voz alta qué estaría pasando o para tranquilizarse unos a otros diciéndose que si había malas noticias lo sabrían enseguida, porque la señora Weasley ya debía de haber llegado a San Mungo.

Fred se quedó dormido con la cabeza colgando sobre un hombro. Ginny estaba acurrucada como un gato en su silla, pero tenía los ojos abiertos; Harry veía la luz del fuego de la chimenea reflejada en ellos, y Ron permanecía sentado con la cabeza apoyada en las manos, aunque era imposible saber si estaba dormido o despierto. Harry y Sirius se miraban de vez en cuando, como dos intrusos en medio del dolor de una familia, esperando, esperando…

A las cinco y diez de la mañana, según el reloj de Ron, se abrió la puerta de la cocina y por ella entró la señora Weasley. Estaba extremadamente pálida, pero cuando todos se volvieron para mirarla, y Fred, Ron y Harry saltaron casi de sus sillas, ella forzó una frágil sonrisa.

—Se pondrá bien —afirmó con una débil voz que denotaba cansancio—. Ahora duerme. Más tarde podremos ir a verlo. Bill se ha tomado la mañana libre y está haciéndole compañía.

Fred se desplomó en la silla y se tapó la cara con las manos. George y Ginny se pusieron en pie, fueron corriendo hacia su madre y la abrazaron. Ron soltó una risotada temblorosa y se terminó la cerveza de mantequilla de un solo trago.

—¡A desayunar! —dijo Sirius en voz alta y con regocijo mientras se levantaba—. ¿Dónde está ese maldito elfo doméstico? ¡KREACHER! —Pero Kreacher no acudió a la llamada—. Bueno, da lo mismo —murmuró, y se puso a contar a las personas que tenía delante—. A ver, desayuno para… siete… Huevos con beicon, supongo, un poco de té, tostadas…

Harry fue rápidamente hacia los fogones para ayudar. No quería inmiscuirse en la felicidad de sus amigos, y temía el momento en que la señora Weasley le pidiese que relatara su visión. Sin embargo, cuando acababa de coger unos platos del aparador, la señora Weasley se los quitó de las manos y lo abrazó.

—No quiero ni pensar qué habría pasado si no llega a ser por ti, Harry —dijo con voz apagada—. Quizá hubieran tardado horas en encontrar a Arthur, y entonces habría sido demasiado tarde, pero gracias a ti él está vivo y Dumbledore ha podido inventarse un buen pretexto para explicar que estuviera donde estaba; no te puedes imaginar los problemas que habría tenido de no ser así; mira lo que le ha ocurrido al pobre Sturgis…

Harry se sentía abrumadísimo por la gratitud de la señora Weasley, pero por suerte ella lo soltó enseguida; entonces la mujer se volvió hacia Sirius y le dio las gracias por haber cuidado de los niños aquella noche. Él contestó que estaba encantado de haber podido ayudar, y que esperaba que se quedaran todos allí mientras el señor Weasley estuviera ingresado en el hospital.

—Oh, Sirius, te lo agradezco muchísimo… Dicen que tendrá que quedarse un tiempo, y sería maravilloso estar cerca de él… Aunque eso quizá signifique que tengamos que pasar las Navidades aquí.

—¡Cuantos más, mejor! —exclamó Sirius con una sinceridad tan evidente que la señora Weasley lo miró sonriendo; luego se puso un delantal y empezó a ayudar a preparar el desayuno.

—Sirius —dijo Harry en voz baja porque ya no podía aguantar ni un minuto más —, ¿podemos hablar un momento… en privado? ¿Ahora?

Fue hacia la oscura despensa y Sirius lo siguió. Harry, sin más preámbulos, le contó a su padrino todos los detalles de la visión que había tenido, incluido el hecho de que él era la serpiente que había atacado al señor Weasley. Cuando hizo una pausa para tomar aliento, Sirius le preguntó:

—¿Se lo has contado a Dumbledore?

—Sí —contestó Harry, impaciente—, pero él no me ha explicado qué significa. Bueno, la verdad es que ya no me explica nada.

—Estoy seguro de que si hubiera algo de lo que preocuparse te lo habría dicho —afirmó Sirius con determinación.

—Pero no se trata sólo de eso —murmuró Harry—. Sirius, creo…, creo que estoy volviéndome loco. En el despacho de Dumbledore, justo antes de que tomáramos el traslador…, durante un par de segundos me pareció que yo era una serpiente, me sentía como una serpiente. Me dolió muchísimo la cicatriz cuando miré a Dumbledore. ¡Quería atacarlo, Sirius!

Harry sólo veía una parte de la cara de su padrino; el resto quedaba en sombras.

—Debió de ser una secuela de la visión, nada más —opinó Sirius—. Todavía estabas pensando en el sueño o lo que fuera, y…

—No, no era eso —lo atajó Harry, y negó con la cabeza—, fue como si algo brotara en mi interior, como si hubiera una serpiente dentro de mí.

—Necesitas dormir —aseguró Sirius con firmeza—. Desayunarás, subirás a acostarte y después de comer podrás ir con los demás a ver a Arthur. Has sufrido una conmoción, Harry; te culpas por algo que sólo has presenciado, y es una gran suerte que lo presenciaras, porque si no Arthur podría haber muerto. Deja ya de preocuparte.

Y entonces le dio una palmada en el hombro y salió de la despensa, dejándolo solo en la oscuridad.

Todos excepto Harry pasaron el resto de la mañana durmiendo. Él subió al dormitorio que había compartido con Ron las últimas semanas del verano, pero mientras que su amigo se acostó y se durmió en cuestión de minutos, Harry se quedó sentado en la cama, vestido, y se apoyó en los fríos barrotes de metal del cabecero sin hacer nada por ponerse cómodo; estaba decidido a no dormir, pues temía volver a convertirse en serpiente si lo hacía, y descubrir, al despertar, que había atacado a Ron o que había ido deslizándose por la casa para atacar a alguien más…

Cuando Ron despertó, Harry fingió haber disfrutado también de un sueño reparador. Sus baúles habían llegado desde Hogwarts mientras ellos comían, así que pudieron vestirse de *muggles* para ir a San Mungo. Todos, de nuevo excepto Harry, estaban muy contentos y parlanchines mientras se quitaban las túnicas y se ponían vaqueros y sudaderas. Cuando llegaron Tonks y *Ojoloco* para escoltarlos por Londres, los recibieron con regocijo y se rieron del bombín que *Ojoloco* llevaba torcido para que le tapara el ojo mágico, y le aseguraron sinceramente que Tonks, que volvía a llevar el cabello muy corto y de color rosa chillón, llamaría la atención en el metro menos que él.

Tonks mostró un gran interés por la visión de Harry del ataque que había sufrido el señor Weasley, pero a él no le interesaba hablar sobre eso ni lo más mínimo.

—En tu familia no hay antepasados videntes, ¿verdad? —inquirió con curiosidad cuando se sentaron juntos en el tren que traqueteaba hacia el centro de la ciudad.

—No —contestó Harry, que se acordó de la profesora Trelawney y se sintió insultado.

—No —repitió Tonks, pensativa—. No, claro, supongo que lo que tú haces no es profetizar, ¿verdad? Es decir, tú no ves el futuro, sino el presente… Es extraño, ¿no? Pero útil…

Harry no respondió; por fortuna, se apearon en la siguiente parada, una estación del centro de Londres, y gracias al lío que se produjo al salir del tren, se las ingenió para que Fred y George se colocaran entre él y Tonks, que marchaba en cabeza. La siguieron hasta la escalera mecánica; Moody cerraba el grupo; llevaba el bombín calado, y una de sus nudosas manos, metida entre los botones del abrigo, sujetaba con fuerza la varita. Harry tenía la sensación de que el ojo que Moody llevaba tapado lo miraba constantemente. Intentando evitar nuevos interrogatorios sobre su sueño, le preguntó a *Ojoloco* dónde estaba escondido San Mungo.

—No está lejos de aquí —gruñó Moody cuando salieron al frío invernal de una calle ancha, llena de tiendas y de gente que hacía las compras navideñas. Empujó con suavidad a Harry para que se adelantara un poco y lo siguió de cerca; Harry sabía que el ojo de Moody giraba en todas direcciones bajo el torcido sombrero—. No resultó fácil encontrar un buen emplazamiento para un hospital. En el callejón Diagon no había ningún edificio lo bastante grande, y no podíamos ubicarlo bajo tierra, como el

Ministerio, porque no habría sido saludable. Al final consiguieron un edificio por esta zona. La teoría era que así los magos podrían ir y venir y mezclarse con la muchedumbre.

Ojoloco agarró a Harry por un hombro para impedir que lo separaran del grupo unos compradores que, evidentemente, no tenían otro objetivo que entrar en una tienda cercana llena de artilugios eléctricos.

—Ya estamos —anunció Moody un momento más tarde.

Habían llegado frente a unos grandes almacenes de ladrillo rojo, enormes y anticuados, cuyo letrero rezaba: «Purge y Dowse, S.A.» El edificio tenía un aspecto destartalado y deprimente; en los escaparates sólo había unos cuantos maniquíes viejos con las pelucas torcidas, colocados de pie al azar y vestidos con ropa de diez años atrás, como mínimo. En todas las puertas, cubiertas de polvo, había grandes letreros que decían: «Cerrado por reformas.» Harry oyó cómo una robusta mujer, que iba cargada de bolsas de plástico llenas de lo que había comprado, le comentaba a su amiga al pasar: «Nunca he visto esta tienda abierta…»

—Muy bien —dijo Tonks, y les hizo señas para que se acercaran a un escaparate donde sólo había un maniquí de mujer particularmente feo. Casi se le habían caído las pestañas postizas e iba vestido con un pichi de nailon verde—. ¿Estáis preparados?

Todos asintieron y formaron un corro alrededor de Tonks. Moody le dio otro empujón a Harry entre los omoplatos para que siguiera adelante, y Tonks se inclinó hacia el cristal del escaparate observando el desastroso maniquí. El cristal se empañó con el vaho que le salía por la boca.

—¿Qué hay? —preguntó Tonks—. Hemos venido a ver a Arthur Weasley.

Harry pensó que resultaba absurdo que Tonks esperara que el maniquí la oyera hablar tan bajito a través de un cristal, sobre todo teniendo en cuenta el gran estruendo que hacían los autobuses al circular por detrás de ella y el bullicio de la calle llena de gente. Entonces cayó en que, de todos modos, los maniquíes no podían oír. Pero al cabo de un segundo, abrió la boca, asombrado, al ver que el maniquí movía brevemente la cabeza y les hacía señas con un dedo articulado, y que Tonks agarraba a Ginny y a la señora Weasley por los codos, atravesaba el cristal y desaparecía de la vista.

Fred, George y Ron las siguieron. Harry echó un vistazo al gentío que había en la calle: nadie parecía tener el menor interés por unos escaparates tan feos como los de Purge y Dowse, S.A., y nadie pareció darse cuenta tampoco de que seis personas acababan de desaparecer ante sus narices.

—Vamos —gruñó Moody, y le dio otro empujón en la espalda; juntos atravesaron una especie de cortina de agua fría, y salieron, secos y calentitos, al otro lado.

No había ni rastro de aquel lamentable maniquí ni del sitio en que había estado momentos antes. Se encontraron en lo que parecía una abarrotada sala de recepción,

donde varias hileras de magos y brujas estaban sentados en desvencijadas sillas de madera; algunos tenían un aspecto completamente normal y leían con atención ejemplares viejos de *Corazón de bruja;* otros presentaban truculentas desfiguraciones, como trompas de elefante o más manos de la cuenta que les salían del pecho. La sala no estaba mucho más tranquila que la calle porque varios pacientes hacían ruidos extraños: una bruja de cara sudorosa, que estaba sentada en el centro de la primera fila y que se abanicaba con fuerza con un ejemplar de *El Profeta,* soltaba constantemente un silbido agudo mientras expulsaba vapor por la boca, y un mago mugriento, sentado en un rincón, producía un tañido semejante al de una campana cada vez que se movía; con cada tañido, la cabeza le vibraba de una manera espantosa y tenía que sujetársela por las orejas para que se estuviera quieta.

Unos magos y algunas brujas, ataviados con túnicas de color verde lima, se paseaban por las hileras de pacientes haciendo preguntas y tomando notas en pergaminos que llevaban cogidos por unos sujetapapeles, como los de la profesora Umbridge. Harry se fijó en el emblema que llevaban bordado en el pecho: una varita mágica y un hueso cruzados.

—¿Son médicos? —le preguntó a Ron en voz baja.

—¿Médicos? —repitió Ron con asombro—. ¿Esos *muggles* chiflados que cortan a la gente en pedazos? No, son sanadores.

—¡Por aquí! —gritó la señora Weasley para que la oyeran por encima de los nuevos tañidos del mago del rincón, y todos la siguieron hasta la cola que había ante una bruja rubia y regordeta que estaba sentada detrás de un mostrador donde un letrero decía: «Información.»

La pared que había detrás de la bruja estaba cubierta de anuncios y avisos donde se leían cosas como: «UN CALDERO LIMPIO IMPIDE QUE LAS POCIONES SE CONVIERTAN EN VENENOS» y «LOS ANTÍDOTOS PUEDEN SER PELIGROSOS SI NO ESTÁN APROBADOS POR UN SANADOR CUALIFICADO». También había un gran retrato de una bruja con tirabuzones plateados, con el rótulo:

Dilys Derwent
Sanadora de San Mungo 1722-1741
Directora del Colegio Hogwarts de Magia
y Hechicería 1741-1768

Dilys miraba con atención al grupo de los Weasley, como si los contara; cuando Harry levantó la vista, vio que ella le guiñaba discretamente un ojo, luego se iba hacia un lado de su retrato y desaparecía.

Entre tanto, en la cabecera de la cola un joven mago interpretaba una extraña danza e intentaba, entre gritos de dolor, explicar el apuro en que se encontraba a la

bruja que había detrás del mostrador.

—Son estos…, ¡ay!…, zapatos que me regaló mi hermano… ¡Uy!… Me están comiendo los…, ¡AY!…, pies, mire, deben de tener algún…, ¡AAAY!…, embrujo, y no puedo, ¡UUUY!, quitármelos —dijo saltando con un pie y luego con el otro, como si bailara sobre brasas ardiendo.

—Los zapatos no le impiden leer, ¿verdad? —dijo la bruja rubia señalando con fastidio un gran letrero que había a la izquierda de su mostrador—. Tiene que dirigirse a Daños Provocados por Hechizos, cuarta planta, como indica el directorio. ¡El siguiente!

El mago se apartó cojeando y brincando, y el grupo de los Weasley se acercó al mostrador. Harry leyó el directorio:

Planta baja

ACCIDENTES PROVOCADOS
POR ARTEFACTOS
Explosiones de calderos,
detonaciones de varitas,
accidentes de escoba, etc.

Primera planta

HERIDAS PROVOCADAS
POR CRIATURAS
Mordeduras, picaduras,
quemaduras, espinas clavadas, etc.

Segunda planta

VIRUS MÁGICOS
Enfermedades contagiosas
como viruela de dragón,
mal evanescente, escrofungulosis, etc.

Tercera planta

ENVENENAMIENTOS PROVOCADOS
POR POCIONES Y PLANTAS
Sarpullidos, regurgitaciones,
risas incontrolables, etc.

Cuarta planta

DAÑOS PROVOCADOS
POR HECHIZOS
Embrujos irreversibles, maleficios,
encantamientos mal realizados, etc.

Quinta planta

SALÓN DE TÉ PARA VISITAS
TIENDA DE REGALOS

SI NO ESTÁ SEGURO DE ADÓNDE DEBE DIRIGIRSE, NO PUEDE HABLAR CORRECTAMENTE O NO RECUERDA A QUÉ HA VENIDO, NUESTRA BRUJA RECEPCIONISTA SE ENCARGARÁ DE ORIENTARLO.

Un mago muy anciano y encorvado, que llevaba una trompetilla, se había colocado entonces en la cabecera de la cola.

—¡He venido a ver a Broderick Bode! —dijo casi sin aliento.

—Sala cuarenta y nueve, pero me temo que pierde el tiempo —respondió la bruja con desdén—. Está completamente loco. Sigue creyendo que es una tetera. ¡El siguiente!

Un mago que parecía muy atribulado sujetaba fuertemente a su hija pequeña por el tobillo mientras ella revoloteaba sobre la cabeza de su padre con unas alas inmensas, cubiertas de plumas, que le salían directamente de la parte de atrás del pelele.

—Cuarta planta —indicó la bruja con aburrimiento, sin preguntar nada, y el hombre desapareció por las puertas dobles que había junto al mostrador, sujetando a su hija como si fuera un globo de forma rara—. ¡Siguiente!

La señora Weasley había llegado por fin al mostrador.

—Hola —saludó—, esta mañana iban a cambiar de sala a mi marido, Arthur Weasley. ¿Podría decirnos…?

—¿Arthur Weasley? —repitió la bruja mientras pasaba un dedo por una larga lista que tenía delante—. Sí, primera planta, segunda puerta a la derecha, Sala Dai Llewellyn.

—Gracias —dijo la señora Weasley, y dirigiéndose a sus acompañantes añadió—: Vamos.

La siguieron a través de las puertas dobles por un estrecho pasillo que había a continuación, en cuyas paredes colgaban más retratos de sanadores famosos,

iluminado mediante globos de cristal llenos de velas que flotaban en el techo y parecían gigantescas pompas de jabón. Por las puertas por las que iban pasando entraban y salían constantemente brujas y magos ataviados con túnicas de color verde lima; un apestoso gas amarillo llegó hasta el pasillo cuando pasaron por delante de una de aquellas puertas, y de vez en cuando oían gemidos lejanos. Subieron por una escalera y llegaron al pasillo de Heridas Provocadas por Criaturas; en la segunda puerta de la derecha había un letrero que rezaba: «Peligro. Sala Dai Llewellyn: mordeduras graves.» Debajo había una tarjeta en un soporte metálico en el que habían escrito a mano: «Sanador responsable: Hipócrates Smethwyck. Sanador en prácticas: Augustus Pye.»

—Nosotros esperaremos fuera, Molly —dijo Tonks—. Arthur no querrá que entren demasiadas visitas a la vez… Primero deberíais entrar sólo los familiares.

Ojoloco gruñó en señal de aprobación y se quedó apoyado en la pared del pasillo, mientras el ojo mágico le giraba en todas direcciones. Harry también se quedó fuera, pero la señora Weasley alargó un brazo y lo empujó por la puerta mientras le decía:

—No seas tonto, Harry, Arthur quiere darte las gracias.

Se trataba de una sala pequeña y muy sombría, pues la única ventana que había era estrecha y estaba en lo alto de la pared opuesta a la puerta. La luz procedía de unas cuantas de aquellas relucientes burbujas de cristal, que estaban agrupadas en el centro del techo. Las paredes estaban recubiertas de paneles de roble y en una de ellas había colgado un retrato de un mago con pinta de malo que llevaba el rótulo: «Urquhart Rackharrow, 1612-1697, inventor de la maldición de expulsión de entrañas.»

Sólo había tres pacientes más. El señor Weasley ocupaba la cama del fondo de la sala, junto a la pequeña ventana. Harry se puso muy contento y sintió un gran alivio al ver que estaba apoyado en varios almohadones y que leía *El Profeta* aprovechando el único rayo de sol que caía sobre su cama. El señor Weasley levantó la cabeza cuando ellos entraron, y sonrió al comprobar quiénes eran.

—¡Hola! —los saludó, y dejó *El Profeta* a un lado—. Bill acaba de marcharse, Molly, ha tenido que volver al trabajo, pero me ha dicho que pasará a verte más tarde.

—¿Cómo te encuentras, Arthur? —preguntó la señora Weasley, y se inclinó para besar a su marido en la mejilla y lo miró con gesto de preocupación—. Todavía estás un poco paliducho.

—Me encuentro perfectamente —respondió el señor Weasley con tono alegre, y estiró su brazo sano para abrazar a Ginny—. Si pudieran quitarme los vendajes, estaría en perfectas condiciones para marcharme a casa.

—¿Por qué no pueden quitártelos, papá? —le preguntó Fred.

—Porque cada vez que lo intentan empiezo a sangrar a chorro —contestó el señor Weasley sin dar muestras de preocupación. Cogió su varita, que descansaba en la

mesilla de noche, y la agitó para hacer aparecer seis sillas junto a su cama para que se sentaran todos—. Por lo visto, en los colmillos de esa serpiente había un veneno muy raro que mantiene abiertas las heridas. Pero están seguros de que encontrarán el antídoto; dicen que han visto casos mucho peores que el mío, y entre tanto sólo tengo que tomarme una poción de reabastecimiento de sangre cada hora. Pero a ese tipo de ahí —añadió bajando la voz y señalando con la cabeza la cama de enfrente, donde un individuo con un horrible color enfermizo contemplaba el techo— lo mordió un hombre lobo, pobrecillo. Eso no tiene remedio.

—¿Un hombre lobo? —repitió la señora Weasley en un susurro, alarmada—. ¿Y no es peligroso que esté en una sala compartida? ¿No debería estar en una habitación privada?

—Todavía faltan dos semanas para que haya luna llena —le recordó el señor Weasley en voz baja—. Esta mañana los sanadores han estado hablando con él y han intentado convencerlo de que podrá llevar una vida casi normal. Yo le he dicho, sin mencionar nombres, por supuesto, que conozco personalmente a un hombre lobo, un tipo muy agradable que se las apaña muy bien.

—¿Y qué ha contestado él? —le preguntó George.

—Me ha respondido que si no me callaba me mordería —repuso el señor Weasley con pesar—. Y esa mujer de allí —añadió señalando la otra cama ocupada que estaba junto a la puerta— se niega a decirles a los sanadores qué bicho la mordió, lo cual nos indica que debió de ser algo que manejaba ilegalmente. Fuera lo que fuese, se llevó un buen pedazo de pierna, y cuando le retiran los vendajes huele que apesta.

—Bueno, papá, ¿vas a contarnos lo que pasó o no? —le preguntó Fred acercando más la silla a la cama.

—Pero si ya lo sabéis, ¿no? —repuso el señor Weasley, y miró con una elocuente sonrisa a Harry—. Es muy sencillo: como había tenido un día muy duro, me quedé dormido; ese bicho se me acercó sigilosamente y me mordió.

—¿Sale tu caso en *El Profeta?* —le preguntó Fred señalando el periódico que el señor Weasley había dejado a un lado.

—No, claro que no —respondió su padre con una sonrisa un tanto amarga—, el Ministerio no quiere que nadie sepa que una enorme y asquerosa serpiente me ha jo…

—¡Arthur! —le previno la señora Weasley.

—… me ha… jorobado —terminó el señor Weasley atropelladamente, aunque Harry estaba convencido de que no era eso lo que pensaba decir.

—¿Y dónde estabas cuando ocurrió, papá? —le preguntó George.

—Eso es asunto mío —respondió el señor Weasley, pero reprimió una sonrisa. Luego cogió *El Profeta,* volvió a abrirlo y dijo—: Cuando habéis llegado, estaba leyendo un artículo sobre la detención de Willy Widdershins. ¿Sabíais que ha

resultado que Willy estaba detrás de esos inodoros regurgitantes que me llevaron de cabeza durante el verano? Uno de los embrujos le salió mal, el inodoro explotó y lo encontraron inconsciente en el suelo, entre los escombros, cubierto de pies a cabeza de…

—Cuando dices que estabas «de guardia» —lo interrumpió Fred hablando en voz baja—, ¿qué hacías exactamente?

—¡Ya has oído a tu padre —intervino la señora Weasley—, eso no es algo de lo que debamos hablar aquí! Sigue con lo de Willy Widdershins, Arthur.

—Bueno, no me preguntéis cómo, pero el caso es que se salvó de que lo acusaran por lo de los inodoros —explicó el señor Weasley con gravedad—. Me imagino que debió de sobornar a alguien…

—Estabas vigilándola, ¿verdad? —insistió George con voz queda—. El arma, eso que busca Quien-tú-sabes, ¿no?

—¡Cállate, George! —le espetó su madre.

—Pues bien —prosiguió el señor Weasley subiendo la voz—, ahora a Willy lo han pillado vendiendo picaportes mordedores a los *muggles*, pero no creo que esta vez se libre fácilmente porque, según este artículo, a dos *muggles* les han seccionado varios dedos y están en San Mungo para someterse a un tratamiento urgente de restauración ósea y de modificación de memoria. ¡Imaginaos, *muggles* en San Mungo! Me encantaría saber en qué sala los tienen.

Miró con avidez a su alrededor, como si tuviera la esperanza de ver un letrero que lo indicara.

—¿No dijiste que Quien-tú-sabes tiene una serpiente, Harry? —preguntó Fred mirando a su padre para ver cómo reaccionaba—. Una serpiente enorme. La viste la noche que él regresó, ¿verdad?

—Basta —ordenó la señora Weasley con enojo—. *Ojoloco* y Tonks están esperando fuera, Arthur, quieren entrar a verte. Vosotros podéis esperar fuera, niños —añadió dirigiéndose a sus hijos y a Harry—. Después ya entraréis a despediros. ¡Vamos!

Los chicos salieron al pasillo y *Ojoloco* y Tonks entraron en la sala y cerraron la puerta tras ellos. Fred arqueó las cejas.

—Vale —dijo fríamente mientras hurgaba en los bolsillos—, como quieras. No nos cuentes nada.

—¿Buscas esto? —le preguntó George, que tenía en la mano una cosa que parecía una maraña de cuerdas de color carne.

—Me has leído el pensamiento —comentó su hermano con una sonrisa—. Vamos a ver si en San Mungo ponen encantamientos de impasibilidad en las puertas de las salas, ¿de acuerdo?

Los gemelos desenredaron la cuerda, separaron cinco orejas extensibles y las

repartieron. Harry vaciló antes de coger una.

—¡Vamos, Harry, cógela! Le has salvado la vida a nuestro padre. Si alguien tiene derecho a espiarlo, eres tú.

Sonriendo a su pesar, Harry cogió el extremo de la cuerda y se lo metió en la oreja, como habían hecho los gemelos.

—¡Adelante! —susurró Fred.

Las cuerdas de color carne empezaron a retorcerse como largos y delgados gusanos y se colaron por debajo de la puerta. Al principio Harry no oía nada; entonces se sobresaltó al oír a Tonks, que susurraba con tanta claridad como si estuviera a su lado.

—… registraron toda la zona, pero no encontraron la serpiente por ninguna parte. Es como si se hubiera esfumado después de atacarte, Arthur… Pero me extraña que Quien-vosotros-sabéis confiara en que la serpiente lograra entrar, ¿no?

—Supongo que la envió como vigía —gruñó Moody—, porque hasta ahora no ha tenido mucha suerte, ¿verdad? No, creo que intenta hacerse una idea más clara de qué es aquello a lo que se enfrenta, y si Arthur no hubiera estado allí, la bestia habría tenido mucho más tiempo para curiosear. ¿Y Potter dice que vio cómo ocurría todo?

—Sí —confirmó la señora Weasley. Su voz denotaba inquietud—. Y tengo la impresión de que Dumbledore casi estaba esperando que Harry viera algo así.

—Sí, bueno —repuso Moody—, hay algo raro en ese muchacho, eso lo sabemos todos.

—Dumbledore parecía preocupado por Harry cuando hablé con él esta mañana —añadió la señora Weasley en un susurro.

—Claro que está preocupado —gruñó Moody—. Potter ve cosas desde el interior de la serpiente de Quien-vosotros-sabéis. Evidentemente, el chico no se da cuenta de lo que eso significa, pero si Quien-vosotros-sabéis está poseyéndolo…

Harry se sacó la oreja extensible de la suya; el corazón le latía muy deprisa y le ardía la cara. Miró a los demás. Todos lo observaban con las cuerdas colgando de las orejas y un aspecto muy asustado.

23
Navidad en la sala reservada

¿Era por eso por lo que Dumbledore ya no miraba a Harry a los ojos? ¿Acaso esperaba ver a Voldemort mirando a través de ellos? ¿Temía quizá que el verde intenso de los ojos de Harry se tornara de pronto rojo, y que sus pupilas se convirtieran en dos rendijas felinas? Harry recordó cómo en una ocasión la cara de serpiente de Voldemort había salido de la parte de atrás de la cabeza del profesor Quirrell, y se pasó una mano por la nuca, preguntándose qué ocurriría si Voldemort saliera de pronto de su cráneo.

Se sentía sucio, contaminado, como si llevara dentro un germen mortal; no era digno de ir sentado en un vagón de metro, de regreso del hospital, con gente inocente y limpia, cuyas mentes y cuyos cuerpos estaban libres del estigma de Voldemort… Él no sólo había visto la serpiente: él era la serpiente, ahora lo sabía…

Entonces se le ocurrió algo verdaderamente terrible, un recuerdo que surgió de su mente y que hizo que las entrañas se le retorcieran como si fueran serpientes.

«¿Qué busca, aparte de seguidores?»

«Cosas que sólo puede conseguir furtivamente… como un arma. Algo que no tenía la última vez.»

«Yo soy el arma —pensó Harry, y fue como si por sus venas corriera veneno en lugar de sangre, un veneno que lo dejó helado e hizo que rompiera a sudar mientras se mecía con el tren por un oscuro túnel—. Voldemort intenta utilizarme, por eso me ponen vigilantes adondequiera que voy, pero no es para protegerme, sino para proteger a los demás; lo que ocurre es que no funciona porque no pueden vigilarme constantemente dentro de Hogwarts… Anoche ataqué al señor Weasley, seguro que fui yo. Voldemort me obligó a hacerlo, podría estar dentro de mí ahora mismo escuchando lo que pienso…»

—¿Te encuentras bien, Harry, querido? —susurró la señora Weasley inclinándose sobre Ginny para hablar con él, mientras el tren traqueteaba por el túnel—. No tienes muy buen aspecto. ¿Estás mareado?

Todos lo miraban. Harry movió la cabeza enérgicamente y fijó la vista en un anuncio de una compañía de seguros.

—Harry, cariño, ¿seguro que estás bien? —insistió la señora Weasley, preocupada, cuando rodeaban la descuidada extensión de hierba que había en el centro de Grimmauld Place—. Estás tan pálido… ¿Seguro que has dormido esta mañana? Ahora subes a tu habitación y duermes un par de horitas antes de la cena, ¿de acuerdo?

Harry asintió; ya tenía una excusa para no tener que hablar con los demás, y eso era precisamente lo que él quería. En cuanto la señora Weasley abrió la puerta de la calle, Harry pasó a toda prisa por delante del paragüero con forma de pierna de trol, subió la escalera y fue al dormitorio que compartía con Ron.

Una vez allí empezó a pasearse por la habitación, por delante de las dos camas y del cuadro vacío de Phineas Nigellus. En su cerebro bullían preguntas y más ideas espantosas.

¿Cómo se había convertido en serpiente? A lo mejor era un animago… No, no podía ser, lo sabría… Quizá Voldemort fuera un animago… «Sí —pensó Harry—, eso encaja: Voldemort puede transformarse en serpiente, y cuando me posee, ambos nos transformamos… Aunque eso sigue sin explicar cómo llegué a Londres y regresé a mi cama en unos cinco minutos… Pero Voldemort es el mago más poderoso del mundo, aparte de Dumbledore; no creo que para él sea difícil transportar a alguien de ese modo.»

Y entonces lo acometió un sentimiento de pánico al pensar: «Pero esto es una locura, ¡si Voldemort me posee, ahora mismo le estoy proporcionando una clara visión del Cuartel General de la Orden del Fénix! Sabrá quién pertenece a la Orden y dónde está Sirius… Y he escuchado un montón de cosas que no debería haber escuchado, todo lo que Sirius me contó la primera noche que pasé aquí…»

Una cosa estaba clara: tenía que salir de Grimmauld Place cuanto antes. Pasaría la Navidad en Hogwarts con los demás; así al menos estarían a salvo durante las

vacaciones… Pero no, eso no serviría de nada, en Hogwarts quedaba mucha gente a la que Voldemort podía atacar. ¿Y si la próxima vez les tocaba a Seamus, a Dean o a Neville? Dejó de dar vueltas por la habitación y se quedó contemplando el cuadro vacío de Phineas Nigellus. Notaba un peso cada vez mayor en lo hondo del estómago. No tenía alternativa: debía regresar a Privet Drive y separarse por completo de los otros magos.

Bueno, si debía hacerlo, pensó, no había por qué retrasar el momento. Hizo un esfuerzo descomunal para no pensar en cómo iban a reaccionar los Dursley cuando lo vieran en la puerta seis meses antes de lo que esperaban; fue hacia su baúl, cerró la tapa y echó la llave. Luego miró alrededor automáticamente buscando a *Hedwig*, pero entonces recordó que la lechuza se había quedado en Hogwarts. Mejor: así no tendría que cargar con su jaula. Cogió el baúl por un extremo y tiró de él hacia la puerta, cuando una voz sarcástica dijo:

—¿Qué haces? ¿Huyes?

Harry se dio la vuelta. Phineas Nigellus había aparecido en el lienzo de su retrato y estaba apoyado en el marco observándolo con una expresión divertida en la cara.

—No, no huyo —respondió Harry con aspereza, y tiró un poco más de su baúl hacia la puerta.

—Tenía entendido que para entrar en la casa de Gryffindor debías ser valiente —continuó Phineas mientras se acariciaba la puntiaguda barba—. Me da la impresión de que habrías estado mejor en mi casa. Nosotros, los de Slytherin, somos valientes, sí, pero no estúpidos. Si nos dan a elegir, por ejemplo, siempre preferimos salvar el pellejo.

—No es mi pellejo lo que intento salvar —repuso Harry, lacónico, y arrastró el baúl por encima de un trozo de alfombra muy retorcido y apolillado que había justo enfrente de la puerta.

—Ah, ya entiendo —comentó Phineas Nigellus, que seguía acariciándose la barba—, esto no es una huida cobarde, sino un acto noble. —Harry no le hizo caso. Tenía la mano sobre el picaporte cuando el mago añadió perezosamente—: Por cierto, tengo un mensaje para ti de parte de Albus Dumbledore.

Harry se dio la vuelta.

—¿Qué mensaje?

—«Quédate donde estás.»

—¡No me he movido! —exclamó Harry sin levantar la mano del picaporte—. Dime, ¿cuál es el mensaje?

—Acabo de dártelo, imbécil —le soltó Phineas Nigellus sin alterarse—. Dumbledore me ha ordenado que te diga: «Quédate donde estás.»

—¿Por qué? —preguntó Harry con impaciencia, y soltó el baúl—. ¿Por qué quiere que me quede aquí? ¿Qué más ha dicho?

—Nada más —respondió el mago, y arqueó una delgada y negra ceja, como si creyera que Harry era un impertinente.

El genio del muchacho afloró a la superficie como la cabeza de una serpiente asoma por encima de la hierba crecida. Estaba agotado, estaba sumamente desconcertado, había experimentado terror, alivio y luego otra vez terror en las últimas doce horas, ¡y Dumbledore seguía sin hablar con él!

—Y ya está, ¿no? —dijo en voz alta—. ¡«Quédate donde estás»! ¡Eso fue lo único que me dijeron después de que me atacaran los *dementores*! ¡Quédate quieto mientras los adultos se encargan de solucionarlo, Harry! Pero ¡no vamos a molestarnos en explicarte nada porque tu diminuto cerebro no podría asimilarlo!

—¡Mira —añadió Phineas Nigellus hablando en voz aún más alta que Harry—, por eso precisamente odiaba ser profesor! Los jóvenes están convencidos de que tienen razón sobre todas las cosas. ¿No se te ha ocurrido pensar, miserable engreído, que podría haber un excelente motivo por el que el director de Hogwarts no te confía los detalles de sus planes? ¿Nunca te has parado a pensar, mientras te sentías tan injustamente tratado, que obedecer las órdenes de Dumbledore todavía no te ha causado ningún daño?

No. Claro que no; como todos los jóvenes, estás convencido de que eres el único que siente y piensa, el único que reconoce el peligro, el único lo bastante inteligente para darse cuenta de qué es lo que planea el Señor Tenebroso…

—Entonces, ¿es verdad que planea hacer algo relacionado conmigo? —preguntó Harry inmediatamente.

—¿He dicho yo eso? —comentó Phineas Nigellus mientras examinaba ociosamente sus guantes de seda—. Mira, si me disculpas, tengo cosas mejores que hacer que escuchar las elucubraciones de un adolescente… Que tengas un buen día.

Y se fue pisando fuerte hasta el borde del cuadro y se perdió de vista.

—¡Muy bien, vete! —gritó Harry al cuadro vacío—. ¡Y dale las gracias a Dumbledore de mi parte!

El lienzo permaneció en silencio. Harry, furioso, arrastró de nuevo el baúl hasta el pie de la cama, y luego se tumbó boca abajo sobre la apolillada colcha, con los ojos cerrados. Notaba el cuerpo pesado y dolorido.

Tenía la sensación de haber hecho un viaje de kilómetros y kilómetros… Parecía imposible que sólo veinticuatro horas atrás Cho Chang se le hubiera acercado bajo el ramillete de muérdago… Estaba tan cansado… Le daba miedo dormirse… Pero no sabía cuánto tiempo iba a aguantar… Dumbledore le había dicho que se quedara… Eso debía de significar que tenía permiso para dormir… Pero tenía miedo… ¿Y si volvía a ocurrir?

Se hundía en las sombras…

Fue como si dentro de su cabeza hubiera un rollo de película que había estado

esperando hasta ese momento para ponerse en marcha: caminaba por un pasillo vacío hacia una puerta lisa y negra, un pasillo de bastas paredes de piedra donde había colgadas antorchas; dejaba atrás una puerta abierta, a la izquierda, que daba a una escalera que descendía…

Estiraba el brazo y cogía el picaporte de la puerta, pero no podía abrirla… Se quedaba mirándola, desesperado por entrar… Detrás de aquella puerta había algo que él deseaba con toda su alma… Un premio que superaba todos sus sueños… Si la cicatriz dejara de dolerle, quizá pudiera pensar con más claridad…

—Harry —dijo entonces la voz de Ron desde muy lejos—. Mamá dice que la cena está lista, pero que si quieres quedarte un rato más en la cama, te guardará un plato.

Harry abrió los ojos, pero Ron ya había salido del dormitorio.

«No quiere quedarse a solas conmigo —pensó—. Es lógico, después de lo que le ha oído decir a Moody.»

Dio por hecho que ninguno de ellos querría estar con él ahora que sabían lo que tenía dentro.

No bajaría a cenar; no quería imponerles su compañía. Así que se tumbó sobre el otro costado y, al cabo de un rato, se quedó dormido. Despertó mucho más tarde, a primera hora de la mañana; las tripas le dolían de hambre, y su amigo roncaba en la cama de al lado. Echó un vistazo a la habitación con los ojos entornados y vio la oscura silueta de Phineas Nigellus, que volvía a estar en su retrato, y se le ocurrió pensar que, seguramente, Dumbledore había enviado a Phineas Nigellus para que lo vigilara, por si él atacaba a alguien más.

Volvía a sentirse sucio. Casi se arrepentía de haber obedecido a Dumbledore… Al fin y al cabo, si la vida en Grimmauld Place iba a ser así a partir de entonces, quizá estuviera mejor en Privet Drive.

Aquella mañana todos se dedicaron a colgar adornos navideños. Harry no recordaba haber visto jamás a Sirius de tan buen humor: hasta cantaba villancicos, y parecía encantado de tener compañía por Navidad. Harry escuchaba la voz de su padrino, que llegaba hasta él desde el piso de abajo a través del suelo del helado salón donde estaba sentado solo, mientras contemplaba por la ventana el cielo, cada vez más blanco, que amenazaba nieve; sentía un sádico placer al dar a los otros la oportunidad de seguir hablando de él, como sin duda debían de estar haciendo. Cuando oyó que la señora Weasley lo llamaba tímidamente por la escalera, a la hora de comer, Harry subió unos pisos más y no le hizo caso.

Hacia las seis de la tarde sonó el timbre de la puerta y la señora Black se puso a gritar, como de costumbre. Harry, suponiendo que sería Mundungus o algún otro miembro de la Orden, se limitó a instalarse más cómodamente contra la pared de la

habitación de Buckbeak, donde se había escondido, e intentó no prestar atención al hambre que tenía mientras le daba ratas muertas al *hipogrifo*. Sin embargo, se llevó una sorpresa cuando, unos minutos más tarde, alguien golpeó con fuerza la puerta.

—Sé que estás ahí dentro —dijo la voz de Hermione—. ¿Quieres salir, por favor? Tengo que hablar contigo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Harry al abrir, mientras Buckbeak arañaba el suelo cubierto de paja en busca de algún trozo de rata que podría habérsele caído—. ¿No ibas a esquiar con tus padres?

—Verás, he de confesar que el esquí no es mi fuerte —le contó Hermione—. Así que he venido a pasar las Navidades aquí. —Tenía nieve en el pelo y la cara sonrosada por efecto del frío—. Pero no se lo digas a Ron. A él le he dicho que esquiar es estupendo porque no paraba de reír. Mis padres están un poco disgustados, pero les he dicho que los alumnos que se toman en serio los exámenes se quedan a estudiar en Hogwarts. Quieren que saque buenas notas, de modo que lo entenderán. Bueno —añadió con decisión—, vamos a tu dormitorio. La madre de Ron ha encendido la chimenea y te ha subido unos sandwiches.

Harry la siguió al segundo piso. Cuando entró en el dormitorio, se llevó una sorpresa al ver que Ron y Ginny los estaban esperando sentados en la cama de Ron.

—He venido en el autobús noctámbulo —dijo Hermione como quien no quiere la cosa, y se quitó la chaqueta antes de que Harry tuviera ocasión de hablar—. Ayer por la mañana a primera hora Dumbledore me contó lo que había pasado, pero no he podido marcharme del colegio hasta que el trimestre ha terminado oficialmente. La profesora Umbridge está furiosa porque os habéis largado dejándola con un palmo de narices, pese a que Dumbledore le dijo que el señor Weasley estaba en San Mungo y que os había dado permiso para que fuerais a visitarlo. Así que… —Se sentó al lado de Ginny, y las dos chicas y Ron miraron a Harry—. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Hermione.

—Bien —contestó él fríamente.

—Vamos, Harry, no mientas —repuso ella con impaciencia—. Ron y Ginny me han comentado que desde que volvisteis de San Mungo te has estado escondiendo de los demás.

—¡No me digas! —replicó Harry fulminando con la mirada a Ron y a Ginny. Ron se contempló los pies, pero Ginny continuó impertérrita y exclamó:

—¡Es verdad! ¡Ni siquiera nos miras!

—¡Sois vosotros los que no me miráis a mí! —protestó Harry, furioso.

—A lo mejor resulta que os turnáis para miraros y no coincidís nunca —sugirió Hermione con el amago de una sonrisa en los labios.

—Muy gracioso —le espetó Harry, y se dio la vuelta.

—Deja de hacerte el incomprendido, Harry —dijo su amiga con crudeza—. Mira,

los demás me han contado lo que escuchasteis anoche con las orejas extensibles…

—¿Ah, sí? —gruñó Harry con las manos hundidas en los bolsillos mientras observaba cómo fuera caían gruesos copos de nieve—. Habéis estado hablando de mí, ¿no? Bueno, la verdad es que ya me estoy acostumbrando.

—Queríamos hablar contigo, Harry —dijo Ginny—, pero como desde que llegamos no has hecho más que esconderte…

—No quería que nadie hablara conmigo —admitió él, que cada vez se sentía más molesto.

—Pues ésa es una postura muy estúpida —replicó Ginny con enojo—, dado que yo soy la única persona que conoces que ha estado poseída por Quien-tú-sabes, y por lo tanto puedo explicarte lo que se siente.

Harry se quedó callado, asimilando el impacto de aquellas palabras. Entonces se dio la vuelta.

—No me acordaba de eso —se excusó.

—Pues tienes suerte —dijo Ginny fríamente.

—Lo siento —se disculpó Harry con sinceridad—. Entonces… ¿creéis que estoy poseído?

—A ver, ¿recuerdas todo lo que has hecho? —le preguntó Ginny—. ¿O hay largos periodos en blanco de los que no recuerdas nada?

Harry se exprimió el cerebro.

—No —contestó tras una pausa.

—Entonces Quien-tú-sabes no te ha poseído nunca —dedujo Ginny con simplicidad—. Cuando me poseyó a mí, no recordaba lo que había hecho durante horas seguidas. De pronto me encontraba en un sitio y no tenía ni la más remota idea de cómo había llegado hasta allí.

Harry no se atrevía a creerla, y sin embargo, pese a su reticencia, el peso que lo abrumaba empezó a aligerarse.

—Pero ese sueño que tuve sobre tu padre y la serpiente…

—Ya has tenido sueños de ésos otras veces, Harry —terció Hermione—. El año pasado tenías visiones de lo que Voldemort se traía entre manos.

—Esta vez ha sido distinto —aseguró su amigo moviendo negativamente la cabeza—. Yo estaba dentro de aquella serpiente. Era como si yo fuera ella… ¿Y si Voldemort se las ingenió para transportarme a Londres?

—Algún día leerás *Historia de Hogwarts* —dijo Hermione con un tono de profundo fastidio— y quizá te enterarás de que dentro del colegio uno no puede aparecerse ni desaparecerse. Ni siquiera Voldemort podría hacerte salir volando de tu dormitorio, Harry.

—No te levantaste de la cama, Harry —intervino Ron—. Yo te vi retorciéndote en sueños, por lo menos durante un minuto, antes de que consiguiéramos despertarte.

Harry empezó a pasearse de nuevo por la habitación. Cavilaba. Lo que todos afirmaban no sólo resultaba consolador, sino que tenía sentido… Cogió sin darse cuenta un sandwich del plato que había encima de la cama y, hambriento, se lo metió entero en la boca.

«Resulta que no soy el arma», pensó Harry, quien de pronto sintió una gran alegría y un gran alivio, y le entraron ganas de ponerse también a cantar cuando oyeron a Sirius, que pasaba en ese momento por delante de su puerta hacia la habitación de Buckbeak, cantando *Hacia Belén va un hipogrifo* a pleno pulmón.

¿Cómo podía habérsele ocurrido la idea de regresar a Privet Drive por Navidad? La alegría que sentía Sirius por volver a tener la casa llena y, sobre todo, por volver a tener a Harry a su lado, era contagiosa. Había dejado de ser el huraño anfitrión del verano y en esos momentos parecía decidido a que se divirtieran tanto como se habrían divertido en Hogwarts, o quizá más, y por eso trabajó infatigablemente en el periodo previo al día de Navidad; lo limpió y lo decoró todo con la ayuda de los chicos, de modo que en Nochebuena, cuando fueron a acostarse, la casa estaba irreconocible. De las lámparas de cristal, anteriormente carentes de brillo, ya no colgaban telarañas, sino guirnaldas de acebo y serpentinas plateadas y doradas; había montoncitos de reluciente nieve mágica sobre las raídas alfombras; un gran árbol de Navidad, que había conseguido Mundungus y que estaba decorado con hadas de verdad, tapaba el árbol genealógico de la familia de Sirius; y hasta las cabezas reducidas de elfos domésticos de la pared del vestíbulo llevaban gorros y barbas de Papá Noel.

La mañana del día de Navidad, Harry despertó y encontró un montón de regalos a los pies de su cama. Ron ya había empezado a abrir los paquetes de su montón, aún más grande.

—¡Mira cuántos regalos nos han hecho este año! —exclamó a través de una nube de papel—. ¡Gracias por la brújula para escobas, es fabulosa! Supera el regalo de Hermione: un planificador de deberes…

Entonces Harry buscó entre sus regalos y encontró uno con la letra de Hermione. A él también le había regalado un libro que parecía una agenda, sólo que cada vez que lo abría por cualquier página gritaba cosas como: «¡No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy!»

Sirius y Lupin, por su parte, le habían regalado una estupenda colección de libros titulada *Magia defensiva práctica y cómo utilizarla contra las artes oscuras*, con soberbias ilustraciones móviles en color de todos los maleficios y contraembrujos que describía. Harry hojeó el primer volumen con avidez; le encantó porque iba a resultarle muy útil para lo que tenía planeado en las reuniones del ED. Hagrid le había

enviado una cartera marrón y peluda con unos colmillos que supuestamente eran un sistema antirrobo, aunque en realidad lo que hacían era que Harry se arriesgara a que le arrancaran un dedo cada vez que ponía dinero dentro. El regalo de Tonks era una pequeña maqueta de una Saeta de Fuego; Harry la hizo volar por la habitación y entonces lamentó no tener su escoba de tamaño real. Ron le había regalado una caja enorme de grageas de todos los sabores; el señor y la señora Weasley, el jersey tejido a mano de rigor y unos cuantos pastelillos de frutos secos, y Dobby, un cuadro francamente espantoso que Harry sospechó que había pintado el propio elfo. Acababa de colocarlo del revés para ver si de ese modo tenía mejor aspecto cuando, con un fuerte ¡crac!, Fred y George se aparecieron a los pies de su cama.

—¡Feliz Navidad! —exclamó George—. Pero no bajéis hasta dentro de un rato.

—¿Por qué? —preguntó Ron.

—Porque mamá está llorando otra vez —contestó Fred con gravedad—. Percy le ha devuelto el jersey de Navidad.

—Sin ninguna nota —añadió George—. No ha preguntado cómo se encuentra papá, ni ha ido a visitarlo ni nada.

—Hemos intentado consolarla —prosiguió Fred, y rodeó la cama para ver el cuadro de Harry—. Le hemos dicho que Percy no es más que un montón de excrementos de rata podridos.

—Pero no ha funcionado —continuó George, que cogió una rana de chocolate—. Entonces Lupin ha tomado el relevo. Creo que será mejor que dejemos que él intente animarla antes de bajar a desayunar.

—Oye, ¿qué se supone que representa? —preguntó Fred escudriñando el cuadro de Dobby—. Parece un gibón con dos ojos negros.

—¡Es Harry! —exclamó George, y señaló el dorso del cuadro—. ¡Lo pone aquí!

—Es un buen retrato —opinó Fred sonriendo. Harry le lanzó su nueva agenda de deberes, que chocó contra la pared y cayó al suelo, desde donde gritó alegremente: «¡Si el trabajo has terminado puedes ir a comprarte un helado!»

Luego se levantaron y se vistieron. Desde arriba oían a los distintos habitantes de la casa deseándose feliz Navidad unos a otros. Cuando bajaban por la escalera se encontraron con Hermione.

—Gracias por el libro, Harry —dijo ella alegremente—. ¡Hacía siglos que buscaba *Nueva teoría de numerología*! Y ese perfume es muy especial, Ron.

—Me alegro de que te haya gustado —repuso Ron—. Pero ¿para quién es eso? —añadió señalando el paquete cuidadosamente envuelto que Hermione llevaba en las manos.

—Para Kreacher —contestó ella, muy satisfecha.

—¡Espero que no sea ropa! —la previno Ron—. Ya sabes lo que dice Sirius: Kreacher sabe demasiado, no podemos darle la libertad.

—No, no es ropa —lo tranquilizó Hermione—, aunque si por mí fuera desde luego que le habría regalado algo para ponerse que no sea ese trapo viejo y mugriento. Es una colcha de patchwork. Pensé que alegraría un poco su dormitorio.

—¿Qué dormitorio? —preguntó Harry bajando la voz al pasar por delante del retrato de la madre de Sirius.

—Bueno, Sirius dice que en realidad no es un dormitorio, sino una especie de… guarida —contestó Hermione—. Por lo visto, Kreacher duerme debajo de la caldera que hay en ese armario de la cocina.

Cuando llegaron al sótano, sólo encontraron a la señora Weasley. Estaba de pie frente a la cocina, y todos esquivaron la mirada cuando les deseó feliz Navidad con la voz tomada.

—¿Así que esto es el dormitorio de Kreacher? —dijo Ron mientras caminaba hacia una deslucida puerta que había en un rincón, frente a la despensa. Harry nunca la había visto abierta.

—Sí —confirmó Hermione, que ahora parecía un poco nerviosa—. Esto…, creo que será mejor que llamemos.

Ron golpeó la puerta con los nudillos, pero no obtuvo respuesta.

—Debe de estar espiando por arriba —comentó, y sin pensárselo dos veces abrió la puerta—. ¡Puaj!

Harry se asomó al interior. Gran parte del armario lo ocupaba una enorme y anticuada caldera, pero en el reducido espacio que quedaba debajo de las tuberías, Kreacher se había construido algo que parecía un nido. Había un revoltijo de mantas y harapos viejos y apestosos amontonado en el suelo, y la pequeña marca que había en el centro indicaba el sitio donde el elfo se acurrucaba para dormir por las noches. Aquí y allá, entre la tela, había mendrugos de pan y pedazos de queso mohoso. En un rincón brillaban unos pequeños objetos y monedas que Harry imaginó que Kreacher había salvado, como una urraca, de la purga que Sirius había hecho en la casa, y también había conseguido rescatar las fotografías familiares con marco de plata que su padrino había tirado aquel verano. Los cristales de los marcos estaban rotos, pero aun así las pequeñas figuras en blanco y negro que había dentro lo miraron con arrogancia, incluida la de la mujer morena de párpados caídos, Bellatrix Lestrange (Harry sintió una breve sacudida en el estómago), cuyo juicio Harry había visto en el *pensadero* de Dumbledore. Al parecer, esa fotografía era la favorita de Kreacher, pues la había colocado delante de todas las demás y había hecho una chapuza para arreglar el cristal con celo mágico.

—Creo que le voy a dejar el regalo aquí —dijo Hermione. Puso el paquete en medio del hueco de los trapos y de las mantas y cerró la puerta sin hacer ruido—. Ya lo encontrará más tarde.

—Por cierto —comentó Sirius al salir de la despensa con un enorme pavo

mientras ellos cerraban la puerta del armario—, ¿alguien ha visto a Kreacher últimamente?

—Yo no lo he visto desde la noche en que volvimos aquí —contestó Harry—. Le ordenaste que saliera de la cocina.

—Sí… —repuso Sirius con el entrecejo fruncido—. Creo que ésa fue también la última vez que lo vi yo… Debe de estar escondido arriba.

—No puede haberse marchado, ¿verdad? —añadió Harry—. A lo mejor, cuando le dijiste que se largara, interpretó que querías que se marchara de la casa.

—No, no, los elfos domésticos no pueden marcharse a menos que les regalen ropa. Están atados a la casa de su familia —respondió Sirius.

—Pueden dejar la casa si de verdad quieren hacerlo —lo contradijo Harry—. Dobby se marchó de la casa de los Malfoy hace tres años para avisarme de que corría peligro. Después tuvo que autocastigarse, pero de todos modos lo hizo.

Sirius se quedó pensativo un momento, y luego dijo:

—Ya lo buscaré más tarde, supongo que lo encontraré arriba llorando a lágrima viva sobre los bombachos de mi madre o algo así. Aunque podría haberse ahogado en el depósito de agua caliente. Pero no, no caerá esa breva.

Fred, George y Ron rieron; Hermione, en cambio, miró a Sirius con expresión de reproche.

Después de la comida de Navidad, los Weasley, Harry y Hermione planearon ir de nuevo a visitar al señor Weasley, escoltados por *Ojoloco* y Lupin. Mundungus llegó a tiempo para compartir con ellos el pudín de Navidad y los bizcochos borrachos; había «pedido prestado» un coche para la ocasión porque el metro no funcionaba ese día. Mundungus había realizado un hechizo en el coche para agrandarlo (Harry dudaba mucho que lo hubiera cogido con el consentimiento de su propietario), igual que habían hecho con el Ford Anglia de los Weasley. Aunque por fuera tenía las proporciones normales, dentro cabían cómodamente diez personas, incluido Mundungus, que iba al volante. La señora Weasley se lo pensó antes de entrar (Harry se dio cuenta de que ella seguía teniéndole poca simpatía a Mundungus y de que no le hacía ninguna gracia viajar sin magia), pero finalmente se impusieron el frío que hacía en la calle y las súplicas de sus hijos, y se sentó en el asiento trasero entre Fred y Bill de buen talante.

El viaje hasta San Mungo fue rápido porque había muy poco tráfico. Asimismo, había un discreto goteo de magos y de brujas que iban con disimulo por la calle desierta hacia el hospital. Harry y los demás salieron del coche y Mundungus aparcó en la esquina y se quedó esperándolos. Fueron caminando con toda tranquilidad hasta el escaparate donde estaba el maniquí vestido con el pichi de nailon verde, y una vez allí, uno a uno, atravesaron el cristal.

En la recepción reinaba una agradable atmósfera festiva: habían pintado de rojo y

dorado las esferas de cristal que iluminaban San Mungo para que parecieran gigantescas y relucientes bolas de Navidad; había acebo colgado alrededor de las puertas, y en todos los rincones resplandecían unos relucientes árboles de Navidad blancos, cubiertos de nieve mágica y carámbanos de hielo y adornados con una brillante estrella de oro en lo alto. El vestíbulo no estaba tan abarrotado como la última vez que estuvieron allí, aunque hacia la mitad de la sala Harry tuvo que esquivar a una bruja que llevaba una mandarina metida en el orificio izquierdo de la nariz.

—Pelea familiar, ¿verdad? —dijo la bruja rubia que había detrás del mostrador con una sonrisita de suficiencia—. Son ustedes los terceros que veo hoy… Daños Provocados por Hechizos, cuarta planta.

Encontraron al señor Weasley sentado en la cama con los restos del pavo en una bandeja sobre el regazo y con expresión avergonzada.

—¿Va todo bien, Arthur? —le preguntó la señora Weasley cuando todos lo hubieron saludado y le hubieron dado sus regalos.

—Sí, sí, todo bien —contestó él, aunque no muy convencido—. Oye, no habéis… No habréis visto al sanador Smethwyck, ¿verdad?

—No —dijo la señora Weasley con recelo—. ¿Por qué?

—Por nada, por nada —contestó el señor Weasley quitándole importancia, y empezó a abrir los regalos—. Bueno, ¿lo habéis pasado bien? ¿Qué os han regalado por Navidad? ¡Oh, Harry, esto es maravilloso! —Acababa de abrir el regalo de Harry: un rollo de alambre fusible y un juego de destornilladores.

La señora Weasley no pareció quedar muy satisfecha con la respuesta de su marido, y cuando éste se inclinó para estrechar la mano de Harry, ella le miró el vendaje que llevaba debajo del pijama.

—Arthur —dijo con tono cortante, y su voz sonó como el chasquido de una ratonera—, te han cambiado los vendajes. ¿Por qué lo han hecho un día antes, Arthur? Me dijeron que no te los cambiarían hasta mañana.

—¿Qué? —dijo el señor Weasley, asustado, y se tapó con las sábanas hasta la barbilla—. No, no, no es nada, es que… —El señor Weasley se desinfló bajo la penetrante mirada de su esposa—. Mira, Molly, no te enfades, pero Augustus Pye tuvo una idea… Es el sanador en prácticas, ¿sabes?, un joven encantador, y muy interesado en la… humm… medicina complementaria… Ya sabes, esos remedios *muggles*… Bueno, se llaman «puntos», Molly, y dan muy buenos resultados en… en los *muggles*.

La señora Weasley emitió un ruido amenazador, entre un chillido y un gruñido. Lupin se alejó de la cama del señor Weasley y se acercó a la del hombre lobo, que no tenía visitas y contemplaba con nostalgia el corro que se había formado alrededor de su vecino. Bill murmuró que iba a ver si podía tomarse una taza de té, y Fred y

George, sonriendo, se ofrecieron rápidamente para acompañar a su hermano.

—¿Me estás diciendo que has estado tonteando con remedios *muggles*? —masculló la señora Weasley subiendo la voz con cada palabra que pronunciaba, sin darse cuenta, al parecer, de que las personas que la acompañaban se escabullían para ponerse a cubierto.

—Tonteando no, Molly, querida —respondió el señor Weasley con tono suplicante—, no es más que… algo que a Pye y a mí nos pareció oportuno probar… Sólo que, desgraciadamente… Bueno, con este tipo de heridas… no parece funcionar tan bien como esperábamos…

—¿Y eso qué quiere decir con exactitud?

—Pues…, bueno, no sé si sabes qué son los puntos…

—Suena como si hubieras intentado coserte la piel —repuso la señora Weasley, y soltó una risotada amarga—, pero no creo que tú seas tan estúpido, Arthur…

—Yo también me tomaría una taza de té —dijo Harry, y se puso en pie.

Hermione, Ron y Ginny casi echaron a correr hacia la puerta con él. Cuando ésta se cerró tras ellos, oyeron gritar a la señora Weasley:

—¿QUÉ QUIERE DECIR QUE MÁS O MENOS ES ESO?

—Típico de papá —comentó Ginny, moviendo la cabeza, cuando enfilaron el pasillo—. Puntos, ya me dirás…

—Pues funcionan muy bien con heridas no mágicas —dijo Hermione, imparcial —. Supongo que el veneno de la serpiente los disuelve o algo así. ¿Dónde estará el salón de té?

—En la quinta planta —indicó Harry al recordar el directorio que había detrás del mostrador de recepción.

Recorrieron el pasillo, pasaron por unas puertas dobles y encontraron una desvencijada escalera, a cuyos lados había otros retratos de sanadores de aspecto brutal. Mientras subían por ella, varios les dirigieron la palabra para diagnosticarles extrañas dolencias y proponerles espantosos remedios. Ron se ofendió muchísimo cuando un mago de la época medieval le gritó que era evidente que sufría un caso grave de *spattergroit*.

—¿Y se puede saber qué es eso? —le preguntó enfadado al sanador, que lo siguió pasando por seis retratos al mismo tiempo que apartaba a sus ocupantes.

—Una afección gravísima de la piel, joven amigo, que te la dejará más marcada y fea de lo que ya la tienes.

—¡Mucho cuidado con quien te metes! —le espetó Ron. Se le estaban poniendo las orejas coloradas.

—El único remedio que existe consiste en coger el hígado de un sapo, atárselo con fuerza alrededor del cuello, quedarse desnudo bajo la luna llena en un barril lleno de ojos de anguila…

—¡Yo no tengo *spattergroit*!

—Pues esas antiestéticas manchas que tienes en el rostro, joven amigo…

—¡Son pecas! —gritó Ron furioso—. ¡Vuelve a tu cuadro y déjame en paz!

Entonces miró a los demás, que hacían un esfuerzo por poner cara seria.

—¿Qué planta es ésta?

—Me parece que es la quinta —dijo Hermione. —No, es la cuarta —rectificó Harry—, todavía nos queda una por…

Pero al llegar al rellano se paró en seco y se quedó mirando la pequeña ventana que había en las puertas dobles que señalaban el inicio de un pasillo que llevaba el letrero de «DAÑOS PROVOCADOS POR HECHIZOS». Un hombre los miraba con la cara pegada contra el cristal. Tenía el cabello rubio y ondulado, unos brillantes ojos azules y una amplia sonrisa ausente que dejaba ver unos dientes asombrosamente blancos.

—¡Vaya! —exclamó Ron, que también había visto a aquel individuo.

—¡Por las barbas de Merlín! —dijo de pronto Hermione, perpleja—. Pero ¡si es el profesor Lockhart!

Su antiguo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras abrió las puertas y echó a andar hacia ellos. Llevaba una larga camisa de dormir de color lila.

—¡Hola, muchachos! —los saludó—. Habéis venido a pedirme un autógrafo, ¿verdad?

—No ha cambiado mucho, ¿eh? —le susurró Harry por lo bajo a Ginny, que sonrió.

—¿Cómo…, cómo está, profesor? —le preguntó Ron.

Parecía que se sentía un poco culpable, porque había sido su varita estropeada la que había dañado hasta tal punto la memoria del profesor Lockhart que lo habían enviado a San Mungo. Pero Harry no sentía mucha lástima por el profesor, pues, antes de que eso ocurriera, Lockhart había intentado borrarles permanentemente la memoria a Ron y a él.

—¡Muy bien, gracias! —respondió Lockhart, desbordante de entusiasmo, y sacó una maltratada pluma de pavo real de su bolsillo—. A ver, ¿cuántos autógrafos queréis? ¡Ahora ya puedo escribir con letra cursiva!

—Esto…, ahora no queremos ninguno, gracias —contestó Ron, y miró arqueando las cejas a Harry, que preguntó:

—Profesor, ¿lo dejan pasearse por los pasillos? ¿No debería estar en una sala?

La sonrisa del rostro de Lockhart se esfumó poco a poco. El hombre se quedó mirando fijamente a Harry, y luego dijo:

—¿Nos conocemos?

—Pues… sí. Usted nos daba clases en Hogwarts, ¿no se acuerda?

—¿Clases? —repitió Lockhart un tanto agitado—. ¿Yo? ¿En serio? —Entonces la sonrisa volvió a aparecer en sus labios, tan de repente que los chicos casi se asustaron

—. Seguro que os enseñé todo cuanto sabéis, ¿verdad? Bien, ¿y qué hay de esos autógrafos? ¿Os parece bien que os firme una docena? ¡Así podréis regalar unos cuantos a vuestros amiguitos y nadie se quedará sin uno!

Pero entonces una cabeza asomó por una puerta que había al fondo del pasillo y una voz dijo:

—Gilderoy, niño travieso, ¿ya te has escapado otra vez? —Una sanadora de aspecto maternal, que llevaba una corona de espumillón en el pelo, echó a andar por el pasillo sonriendo cariñosamente a Harry y a los demás—. ¡Oh, Gilderoy, pero si tienes visitas! ¡Qué maravilla, y el día de Navidad! ¿Sabéis qué? Nunca recibe visitas, pobrecillo, y no me lo explico porque es un encanto, ¿verdad, corazón?

—¡Les estoy firmando autógrafos! —explicó Gilderoy a la sanadora con una amplia sonrisa—. ¡Quieren un montón de autógrafos, dicen que no se irán sin ellos! ¡Espero tener suficientes fotografías!

—¿Habéis visto? —dijo la sanadora, y cogió a Lockhart por el brazo y le sonrió afectuosamente, como si fuera un niño precoz de dos años—. Antes era muy famoso; creemos que su afición por firmar autógrafos es una señal de que empieza a recuperar la memoria. ¿Queréis venir por aquí? Está en una sala reservada, ¿sabéis?; ha debido de escaparse mientras yo repartía los regalos de Navidad porque normalmente la puerta está cerrada… Pero ¡no es peligroso! En todo caso… —bajó la voz hasta reducirla a un susurro— podría ser un peligro para sí mismo, pobre angelito… No sabe quién es, y a veces sale y no recuerda el camino de regreso… Habéis sido muy amables al venir a visitarlo.

—Esto… —dijo Ron señalando en vano el piso de arriba—, en realidad nosotros sólo… —Pero la sanadora les sonreía con expectación, y el débil murmullo de «íbamos a tomarnos una taza de té» se perdió en el aire. Los chicos se miraron sin poder hacer nada, y luego siguieron a Lockhart y a su sanadora por el pasillo—. No nos quedemos mucho rato, por favor —imploró Ron en voz baja.

La sanadora apuntó con la varita a la puerta de la Sala Janus Thickey y murmuró: *«¡Alohomora!»* La puerta se abrió, y la sanadora entró en la sala, precediendo a los demás y llevando sujeto con firmeza a Gilderoy por el brazo hasta que lo hubo sentado en una butaca, junto a su cama.

—Ésta es nuestra sala para los pacientes que tienen que pasar una larga temporada en el hospital —explicó a Harry, Ron, Hermione y Ginny en voz baja—. Es decir, para los que han sufrido daños por hechizos. Con un tratamiento intensivo de pociones y encantamientos curativos, y con algo de suerte, conseguimos que mejoren un poco, desde luego. Gilderoy, por ejemplo, empieza a recordar vagamente quién es; y también hemos apreciado una notable mejoría en el señor Bode: parece que está recobrando muy bien la capacidad del habla, aunque todavía no se expresa en ningún idioma que hayamos podido reconocer. Bueno, tengo que seguir

repartiendo los regalos de Navidad. Os dejo con él para que podáis charlar tranquilamente.

Harry miró la sala, en la que había indicios inconfundibles de que era un hogar permanente para los enfermos. Alrededor de las camas se veían muchos más efectos personales que en la sala del señor Weasley; el trozo de pared que abarcaba la cabecera de la cama de Gilderoy, por ejemplo, estaba empapelado con fotografías suyas en las que sonreía mostrando los dientes y saludaba con la mano a los recién llegados. Gilderoy había firmado muchas de aquellas fotografías con una letra deshilvanada e infantil. En cuanto la sanadora lo sentó en la butaca, Gilderoy cogió un montón de ellas y una pluma, y empezó a estampar su firma febrilmente.

—Puedes meterlas en sobres —le dijo a Ginny, y fue echándoselas en el regazo, una a una, a medida que terminaba de firmarlas—. No me han olvidado, qué va, todavía recibo muchas cartas de admiradores… Gladys Gudgeon me escribe una cada semana… Me encantaría saber por qué… —Hizo una pausa, con gesto de desconcierto; luego volvió a sonreír y siguió firmando con renovada energía—. Supongo que será sencillamente por lo guapo que soy…

En la cama de enfrente, un mago de rostro amarillento y un aire de profunda tristeza estaba tumbado contemplando el techo; murmuraba para sí y parecía que no se había dado cuenta de que alguien había entrado en la sala. Dos camas más allá había una mujer cuyo rostro estaba cubierto de pelo; Harry recordó que algo similar le había pasado a Hermione durante el segundo curso, aunque, por fortuna, en su caso los daños no habían sido permanentes. Al fondo de la sala, unas cortinas con estampado de flores tapaban dos camas para que los ocupantes y sus visitas tuvieran un poco de intimidad.

—Toma, Agnes —le dijo la sanadora alegremente a la mujer con la cara cubierta de pelo, y le entregó un montoncito de regalos de Navidad—. ¿Lo ves? ¡No se han olvidado de ti! Además, tu hijo ha enviado una lechuza para decir que esta noche vendrá a visitarte. ¿Estás contenta? —Agnes soltó unos fuertes ladridos—. Y mira, Broderick, te han enviado una planta y un calendario precioso con bonitas ilustraciones de un *hipogrifo* diferente en cada mes. Seguro que te animarán, ¿verdad? —afirmó la sanadora mientras se acercaba al hombre que yacía murmurando por lo bajo; puso una planta feísima con largos y oscilantes tentáculos en su mesilla de noche y colgó el calendario en la pared con un movimiento de su varita mágica—. Y… ¡Oh, señora Longbottom! ¿Ya se marcha?

Harry giró la cabeza con rapidez. Habían descorrido las cortinas que ocultaban las dos camas del fondo de la sala, y dos visitantes iban por el pasillo: una anciana bruja de aspecto imponente, que llevaba un largo vestido verde, una apolillada piel de zorro y un sombrero puntiagudo decorado con un buitre disecado; y detrás de ella, con aire profundamente deprimido, iba… Neville.

De pronto Harry comprendió quiénes debían de ser los pacientes de las camas del fondo. Miró alrededor con urgencia en busca de algo con lo que distraer a los demás, para que Neville pudiera salir de la sala sin ser visto y sin que le hicieran preguntas, pero Ron también había levantado la cabeza al oír el apellido «Longbottom», y antes de que Harry pudiera impedírselo, gritó: «¡Neville!»

Éste dio un brinco y se encogió, como si una bala hubiera pasado rozándole la cabeza.

—¡Somos nosotros, Neville! —exclamó Ron, muy contento, poniéndose en pie —. ¿Has visto…? ¡Lockhart está aquí! ¿A quién has venido a visitar tú?

—¿Son amigos tuyos, Neville, tesoro? —preguntó gentilmente la abuela de Neville, y se acercó a ellos.

Parecía que Neville deseaba estar en cualquier otro sitio. Un intenso rubor se estaba extendiendo por sus rollizas mejillas, y no se atrevía a mirar a los ojos a ninguno de sus compañeros.

—¡Ah, sí! —exclamó su abuela mirando fijamente a Harry, y le tendió una apergaminada mano con aspecto de garra para que él se la estrechara—. Sí, claro, ya sé quién eres. Neville siempre habla muy bien de ti.

—Gracias —repuso Harry, y le estrechó la mano. Neville no lo miró: se quedó observándose los pies mientras el rubor de su cara se iba haciendo más y más intenso.

—Y es evidente que vosotros dos sois Weasley —continuó la señora Longbottom, y ofreció majestuosamente su mano primero a Ron y luego a Ginny—. Sí, conozco a vuestros padres, no mucho, desde luego, pero son buena gente, son buena gente… Y si no me equivoco, tú debes de ser Hermione Granger. —A Hermione le sorprendió mucho que la señora Longbottom supiera su nombre, pero de todos modos también le dio la mano—. Sí, Neville me lo ha contado todo sobre ti. Sé que lo has ayudado a salir de unos cuantos apuros, ¿verdad? Mi nieto es buen chico —afirmó mirando a Neville con severidad, como si lo evaluara, y lo señaló con su huesuda nariz—, pero me temo que no tiene el talento de su padre. —Y esta vez señaló con la cabeza las dos camas del fondo de la sala, lo que provocó que el buitre disecado oscilara peligrosamente.

—¿Cómo? —dijo Ron, perplejo. A Harry le habría gustado darle un pisotón, pero eso es algo que resulta mucho más difícil hacer sin que los demás se den cuenta cuando llevas vaqueros en lugar de túnica—. ¿Ese de allí es tu padre, Neville?

—¿Qué significa esto? —preguntó la señora Longbottom con brusquedad—. ¿No has hablado de tus padres a tus amigos, Neville? —Éste inspiró hondo, miró al techo y negó con la cabeza. Harry jamás había sentido tanta lástima por alguien, pero no se le ocurría ninguna forma de ayudar a Neville para salir de aquel apuro—. ¡No tienes nada de que avergonzarte! —exclamó la señora Longbottom con enojo—. ¡Deberías estar orgulloso, Neville, muy orgulloso! Tus padres no entregaron su salud y su

cordura para que su único hijo se avergüence de ellos, ¿sabes?

—No me avergüenzo —dijo Neville con un hilo de voz. Seguía sin mirar a Harry y a los demás. Ron se había puesto de puntillas para mirar a los pacientes de las dos camas.

—¡Pues tienes una forma muy peculiar de demostrarlo! —le reprendió la señora Longbottom—. A mi hijo y a su esposa —prosiguió volviéndose con gesto altivo hacia Harry, Ron, Hermione y Ginny— los torturaron hasta la demencia los seguidores de Quien-vosotros-sabéis. —Hermione y Ginny se taparon la boca con las manos. Ron dejó de estirar el cuello para mirar a los padres de Neville y puso cara de pena—. Eran *aurores*, y muy respetados dentro de la comunidad mágica —continuó la señora Longbottom—. Ambos tenían dones extraordinarios, y… Sí, Alice, querida, ¿qué quieres?

La madre de Neville, en camisón, se acercaba caminando lentamente por el pasillo. Ya no tenía el rostro alegre y regordete que Harry había visto en la vieja fotografía de la primera Orden del Fénix que le había enseñado Moody. Ahora tenía la cara delgada y agotada, los ojos parecían más grandes de lo normal y el pelo se le había vuelto blanco, ralo y sin vida. Tal vez no quisiera decir nada, o quizá fuera incapaz de hablar, pero le hizo unas tímidas señas a Neville y le tendió algo con la mano.

—¿Otra vez? —dijo la señora Longbottom con un deje de hastío—. Muy bien, Alice, querida, muy bien… Neville, cógelo, ¿quieres? —Pero Neville ya había estirado el brazo, y su madre le puso en la mano un envoltorio de Droobles, el mejor chicle para hacer globos—. Muy bonito, querida —añadió la abuela de Neville con una voz falsamente alegre, y dio unas palmadas en el hombro a su nuera.

Sin embargo, Neville dijo en voz baja:

—Gracias, mamá.

Su madre se alejó tambaleándose por el pasillo y tarareando algo. Neville miró a los demás con expresión desafiante, como si los retara a reírse, pero Harry no creía haber visto en su vida nada menos divertido que esa situación.

—Bueno, será mejor que volvamos —dijo la señora Longbottom con un suspiro, y se puso unos largos guantes verdes—. Ha sido un placer conoceros. Neville, tira ese envoltorio a la papelera, tu madre ya debe de haberte dado suficientes para empapelar tu dormitorio.

Pero cuando se marchaban, Harry vio que Neville se metía el envoltorio del chicle en el bolsillo.

La puerta se cerró detrás de ellos.

—No lo sabía —comentó Hermione, que parecía a punto de llorar.

—Yo tampoco —dijo Ron con voz ronca.

—Ni yo —susurró Ginny.

Todos miraron a Harry.

—Yo sí —admitió él con tristeza—. Me lo contó Dumbledore, pero prometí que no se lo revelaría a nadie… Por eso fue por lo que enviaron a Bellatrix Lestrange a Azkaban, por utilizar la maldición *Cruciatus* contra los padres de Neville hasta que perdieron la razón.

—¿Eso hizo Bellatrix Lestrange? —susurró Hermione, horrorizada—. ¿Esa mujer cuya fotografía Kreacher guarda en su cubil?

Se hizo un largo silencio que Lockhart interrumpió con voz enojada:

—¡Eh, no he aprendido a escribir con letra cursiva para nada!

24
Oclumancia

Resultó que Kreacher estaba escondido en el desván. Sirius dijo que lo había encontrado allí, cubierto de polvo, sin duda buscando más reliquias de la familia Black para llevarse a su armario. Pese a que Sirius parecía satisfecho con aquella historia, a Harry le produjo desasosiego. Tras su reaparición, Kreacher parecía de mejor humor; sus amargas murmuraciones habían cesado un tanto, y cumplía las órdenes que le daban con más docilidad de lo habitual, aunque en un par de ocasiones Harry sorprendió al elfo doméstico observándolo con ansiedad, pero éste desvió rápidamente la mirada al ver que Harry lo había pillado.

Él no le comentó sus imprecisas sospechas a Sirius, cuya jovialidad se estaba evaporando deprisa porque ya habían acabado las Navidades. A medida que se acercaba la fecha del regreso de Harry a Hogwarts, Sirius cada vez se mostraba más propenso a lo que la señora Weasley llamaba «ataques de melancolía», durante los cuales se ponía taciturno y gruñón, y muchas veces se retiraba al cuarto de Buckbeak, donde pasaba horas enteras. Su malhumor se extendía por la casa y se filtraba por debajo de las puertas como un gas tóxico, de modo que los demás se contagiaban de él.

Harry no quería dejar otra vez a su padrino con la única compañía de Kreacher; de hecho, por primera vez en la vida, no le apetecía regresar a Hogwarts. Volver al colegio significaría colocarse una vez más bajo la tiranía de Dolores Umbridge, que sin duda se las habría ingeniado para que aprobaran otra docena de decretos durante su ausencia; ya no tenía las miras puestas en los partidos de *quidditch* porque lo habían suspendido; además, con toda probabilidad, los iban a cargar de deberes ahora que se acercaban los exámenes; y Dumbledore estaba más distante que nunca. Harry creía que, de no ser por el ED, habría suplicado a Sirius que lo dejara quedarse en Grimmauld Place y abandonar los estudios.

Entonces, el último día de las vacaciones, pasó una cosa que hizo que Harry sintiera verdadero terror de regresar al colegio.

—Harry, cariño —dijo la señora Weasley asomando la cabeza por la puerta del dormitorio que compartían él y Ron, donde ambos estaban jugando al ajedrez mágico, mientras Hermione, Ginny y *Crookshanks* los observaban—, ¿puedes bajar un momento a la cocina? El profesor Snape quiere hablar contigo.

Harry tardó un momento en asimilar lo que la señora Weasley acababa de decir; una de sus torres había iniciado una violenta pelea con un peón de Ron, y él la azuzaba con entusiasmo.

—Machácalo, ¡machácalo! ¡Sólo es un peón, idiota! Lo siento, señora Weasley, ¿qué decía?

—El profesor Snape, cariño. Te espera en la cocina. Quiere hablar contigo.

Harry abrió la boca, horrorizado, y miró a Ron, a Hermione y a Ginny, que lo miraban también con la boca abierta. *Crookshanks*, al que Hermione llevaba un cuarto de hora conteniendo con dificultad, saltó por fin sobre el tablero, y las fichas corrieron a ponerse a cubierto gritando como locas.

—¿Snape? —repitió Harry sin comprender.

—El profesor Snape, querido —lo corrigió la señora Weasley—. Baja, corre, dice que tiene prisa.

—¿De qué querrá hablar contigo? —le preguntó Ron, acobardado, cuando su madre salió de la habitación—. No has hecho nada, ¿verdad?

—¡Claro que no! —exclamó Harry, indignado, y se exprimió el cerebro pensando qué podía haber hecho para que Snape fuera a buscarlo a Grimmauld Place. ¿Habría sacado una T en sus últimos deberes?

Un par de minutos más tarde, Harry abrió la puerta de la cocina y encontró a Sirius y a Snape sentados a la larga mesa, cada uno con la vista fija en una dirección diferente. El silencio que reinaba en la habitación delataba la antipatía que sentían el uno por el otro. Sirius tenía una carta abierta delante, sobre la mesa.

Harry carraspeó para anunciar su presencia.

Snape giró la cabeza, con el rostro enmarcado por dos cortinas de grasiento y

negro cabello.

—Siéntate, Potter.

—Mira —dijo Sirius en voz alta mientras se mecía sobre las patas traseras de la silla y hablaba mirando al techo—, preferiría que aquí no dieras órdenes, Snape. Ésta es mi casa, ¿sabes?

Un desagradable rubor tiñó el pálido rostro de Snape. Harry se sentó en una silla al lado de Sirius, frente a Snape.

—En realidad teníamos que vernos a solas, Potter —explicó Snape, y torció los labios para formar su característica sonrisa despectiva—, pero Black…

—Soy su padrino —aclaró Sirius subiendo aún más el tono de voz.

—He venido por orden de Dumbledore —prosiguió Snape, cuya voz, en cambio, cada vez se volvía más débil y mordaz—, pero quédate, Black, quédate. Ya sé que te gusta sentirte… implicado.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sirius dejando que la silla volviera a caer sobre las cuatro patas con un fuerte golpe.

—Sencillamente, que estoy seguro de que debes de sentirte… frustrado por no poder hacer nada útil para la Orden —contestó Snape poniendo un delicado énfasis en la palabra «útil». Ahora le tocaba a Sirius ruborizarse. Los labios de Snape se torcieron de nuevo, esta vez triunfantes, cuando giró la cabeza y miró a Harry—. El director me envía, Potter, para decirte que quiere que este trimestre estudies Oclumancia.

—Que estudie ¿qué? —dijo Harry desconcertado. La sarcástica sonrisa de Snape se pronunció aún más. —Oclumancia, Potter. La defensa mágica de la mente contra penetraciones externas. Es una rama oscura de la magia, pero muy provechosa.

El corazón de Harry empezó a latir muy deprisa. ¿Defensa contra penetraciones externas? Pero si no estaba poseído, todos estaban de acuerdo en eso…

—¿Por qué tengo que estudiar Oclu…, como se llame eso? —balbuceó.

—Porque el director lo considera oportuno —respondió Snape llanamente—. Recibirás clases particulares una vez por semana, pero no le contarás a nadie lo que estás haciendo, y a la profesora Umbridge menos todavía. ¿Entendido?

—Sí. ¿Quién me va a dar las clases?

Snape arqueó una ceja y respondió:

—Yo.

Harry tuvo la horrible sensación de que se le deshacían las tripas. Clases particulares con Snape. ¿Qué había hecho él para merecer aquello? Giró rápidamente la cabeza buscando el apoyo de Sirius.

—¿Por qué no puede dárselas Dumbledore? —preguntó éste con tono agresivo—. ¿Por qué tienes que hacerlo tú?

—Supongo que porque el director tiene el privilegio de delegar las tareas menos

agradables —repuso Snape con ironía—. Te aseguro que yo no le supliqué que me diera ese trabajo. —Se puso en pie—. Te espero el lunes a las seis en punto de la tarde, Potter. En mi despacho. Si alguien te pregunta, di que recibes clases particulares de pociones curativas. Nadie que te haya visto en mis clases podrá negar que las necesitas.

Se dio la vuelta para marcharse, y la negra capa de viaje ondeó tras él.

—Espera un momento —dijo Sirius, y se enderezó en la silla.

Snape se volvió para mirarlo, con la socarrona sonrisa en los labios.

—Tengo mucha prisa, Black. Yo no dispongo de tanto tiempo libre como tú.

—Entonces iré al grano —replicó Sirius levantándose. Era bastante más alto que Snape, y a Harry no se le escapó el detalle de que éste había cerrado la mano, dentro del bolsillo de la capa, sosteniendo en ella su varita mágica—. Si me entero de que estás utilizando las clases de Oclumancia para que Harry lo pase mal, tendrás que vértelas conmigo.

—¡Qué enternecedor! —se burló Snape—. Pero seguro que ya te has dado cuenta de que Potter se parece mucho a su padre.

—Sí, claro —afirmó Sirius con orgullo.

—En ese caso debes de saber que es tan arrogante que las críticas simplemente rebotan contra él —dijo Snape con desfachatez.

Sirius empujó bruscamente su silla hacia atrás, pasó junto a la mesa y fue hacia donde estaba Snape mientras sacaba su varita. Snape también sacó la suya. Ambos se pusieron en guardia. Sirius estaba furioso; Snape, calculador, miraba la punta de la varita de su oponente sin dejar de examinarle el rostro.

—¡Sirius! —exclamó Harry, pero pareció que su padrino no lo había oído.

—Ya te he avisado, Quejicus —masculló Sirius, que tenía la cara apenas a un palmo de la de Snape—, no me importa que Dumbledore crea que te has reformado, pero yo no me lo trago…

—¿Y por qué no se lo dices a él? —repuso Snape en un susurro—. ¿Acaso temes que no se tome muy en serio los consejos de un hombre que lleva seis meses escondido en la casa de su madre?

—Dime, ¿qué tal está Lucius Malfoy? Supongo que estará encantado de que su perrito faldero trabaje en Hogwarts, ¿no?

—Hablando de perros —replicó Snape sin subir la voz—, ¿sabías que Lucius Malfoy te reconoció la última vez que te arriesgaste a hacer una pequeña excursión? Una idea muy inteligente, Black, dejarte ver en el andén de una estación… Eso te dio una excusa perfecta para no tener que salir de tu escondite en el futuro, ¿verdad? Sirius levantó la varita.

—¡NO! —gritó Harry, que saltó por encima de la mesa e intentó interponerse entre los dos—. ¡No lo hagas, Sirius!

—¿Me estás llamando cobarde? —bramó Sirius, e intentó apartar a Harry, pero el chico no se movió de donde estaba.

—Pues sí, has acertado —contestó Snape.

—¡No te metas en esto, Harry! —gruñó Sirius, y lo empujó con la mano que tenía libre.

En ese momento, la puerta se abrió y la familia Weasley al completo, junto con Hermione, entró en la cocina; estaban todos muy contentos, y el señor Weasley, muy orgulloso, iba en medio vestido con un pijama de rayas y un impermeable.

—¡Estoy curado! —anunció alegremente sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Completamente curado!

El señor Weasley y su familia se quedaron paralizados en el umbral observando la escena que tenían delante, que también había quedado interrumpida. Sirius y Snape miraban hacia la puerta, pero se apuntaban con las varitas a la cara, y Harry estaba inmóvil entre los dos, con un brazo extendido hacia cada uno de ellos, intentando separarlos.

—¡Por las barbas de Merlín! —exclamó el señor Weasley, y la sonrisa se borró de su cara—, ¿qué está pasando aquí?

Sirius y Snape bajaron las varitas. Harry miró primero a uno y luego a otro. Ambos tenían una expresión de profundo desprecio mutuo, y, sin embargo, la inesperada llegada de tantos testigos parecía haberles hecho recobrar la razón. Snape se guardó la varita en el bolsillo, se dio la vuelta, recorrió la habitación y pasó junto a los Weasley sin hacer ningún comentario. Al llegar a la puerta, se volvió y dijo:

—El lunes a las seis en punto de la tarde, Potter.

Y dicho esto, se marchó. Sirius, con la varita en la mano y el brazo rígido pegado al costado, se quedó mirando cómo se alejaba.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar el señor Weasley.

—Nada, Arthur —respondió Sirius, que respiraba entrecortadamente, como si acabara de correr una larga distancia—. Sólo ha sido una charla amistosa entre dos antiguos compañeros de colegio. —Sonrió haciendo un enorme esfuerzo y añadió—: Entonces… ¿ya estás curado? Ésa es una gran noticia, una noticia fabulosa.

—Sí, ¿verdad? —dijo la señora Weasley, y guió a su marido hacia una silla—. Al final el sanador Smethwyck consiguió que su magia funcionara, encontró un antídoto contra lo que la serpiente tenía en los colmillos, y Arthur ha aprendido la lección y no volverá a tontear con la medicina *muggle*, ¿verdad, cariño? —dijo con tono amenazador.

—Sí, Molly —repuso el señor Weasley mansamente.

La cena de aquella noche debería haber sido alegre, ya que el señor Weasley había regresado. Harry se dio cuenta de que Sirius intentaba animar el ambiente; sin embargo, cuando su padrino no se esforzaba por reír a carcajadas de los chistes de

Fred y George, ni ofrecía más comida a todos, su rostro volvía a adoptar una expresión taciturna y melancólica. Entre Sirius y Harry estaban sentados Mundungus y *Ojoloco*, que habían ido a Grimmauld Place para felicitar al señor Weasley. Harry estaba deseando hablar con su padrino y decirle que no debía hacer caso a Snape, que éste lo estaba provocando deliberadamente, y que nadie creía que Sirius fuera un cobarde por obedecer las órdenes de Dumbledore y haberse quedado en Grimmauld Place. Pero no tuvo ocasión de hacerlo, y a veces, al ver la desagradable expresión de su padrino, Harry se preguntaba si se habría atrevido a exteriorizar lo que pensaba aunque hubiera tenido la oportunidad. Lo que sí hizo fue contarles a Ron y a Hermione, en voz baja, que iba a recibir clases particulares de Oclumancia con Snape.

—Dumbledore quiere que dejes de soñar con Voldemort —opinó Hermione de inmediato—. Supongo que te alegrarás de no tener más sueños de ésos, ¿verdad?

—¿Clases particulares con Snape? —repitió Ron, horrorizado—. ¡Yo preferiría tener las pesadillas!

Debían volver a Hogwarts en el autobús noctámbulo al día siguiente, escoltados una vez más por Tonks y Lupin, a quienes Harry, Ron y Hermione encontraron desayunando en la cocina al bajar de sus dormitorios por la mañana. Los adultos estaban conversando en voz baja cuando Harry abrió la puerta; al oír llegar a los niños, giraron la cabeza, sobresaltados, y guardaron silencio.

Tras un desayuno rápido, todos se pusieron chaquetas y bufandas para protegerse del frío de aquella mañana gris del mes de enero. Harry notaba una desagradable opresión en el pecho; no quería despedirse de Sirius. Aquella separación le producía un profundo desasosiego porque no sabía cuándo volverían a verse, y tenía la sensación de que le correspondía decirle algo a su padrino para impedir que hiciera alguna tontería. Harry temía que la acusación de cobardía que le había lanzado Snape lo hubiera herido tan profundamente que estuviera planeando una imprudente salida de Grimmauld Place. Sin embargo, antes de que pudiera pensar qué podía decirle, Sirius le hizo señas para que se acercara.

—Quiero que te lleves esto —dijo con voz queda, y le puso en las manos un paquete mal envuelto del tamaño de un libro de bolsillo.

—¿Qué es? —preguntó Harry.

—Una forma de que yo sepa si Snape te lo hace pasar mal. ¡No, no lo abras aquí! —añadió Sirius mirando, cauteloso, a la señora Weasley, que intentaba convencer a los gemelos de que se pusieran unos mitones tejidos a mano—. Dudo mucho que Molly lo aprobara… Pero quiero que lo utilices si me necesitas, ¿de acuerdo?

—Vale —dijo Harry guardándose el paquete en el bolsillo interior de la chaqueta, aunque sabía que nunca utilizaría aquello, fuera lo que fuese. No iba a ser él quien hiciera salir a su padrino de Grimmauld Place, donde estaba seguro, por muy mal que

lo tratara Snape en las futuras clases de Oclumancia.

—Vamos, pues —dijo Sirius, y sonriendo forzadamente le dio una palmada en el hombro a su ahijado. Antes de que éste pudiera decir nada más, ya habían subido la escalera y se habían detenido ante la puerta de la calle, cerrada con candados y cerrojos, rodeados de los miembros de la familia Weasley.

—Adiós, Harry, cuídate mucho —se despidió la señora Weasley, y lo abrazó.

—Hasta pronto, Harry, ¡y vigila por si me ataca otra serpiente! —exclamó el señor Weasley cordialmente estrechándole la mano.

—Sí… Está bien —dijo Harry, distraído; era su última oportunidad para decirle a Sirius que tuviera cuidado.

Se dio la vuelta, miró a su padrino a los ojos y despegó los labios para hablar, pero, sin darle tiempo para que pudiera hacerlo, Sirius lo abrazó con un solo brazo y dijo ásperamente:

—Cuídate, Harry.

De inmediato, el chico se vio empujado al frío aire invernal; Tonks, que aquel día iba disfrazada de mujer alta y canosa, envuelta en ropa de tweed, lo apremiaba para que bajara los escalones.

La puerta del número 12 de Grimmauld Place se cerró de golpe tras ellos, y bajaron detrás de Lupin. Al llegar a la acera, Harry giró la cabeza. La casa empezó a encogerse rápidamente, mientras los edificios contiguos se extendían hacia los lados, comprimiéndola hasta hacerla desaparecer por completo. Un instante más tarde ya no estaba allí.

—Vamos, cuanto antes subamos al autobús, mejor —dijo Tonks, y a Harry le pareció detectar nerviosismo en la mirada que la bruja lanzó alrededor de la plaza. Lupin levantó el brazo derecho.

Entonces se oyó un «¡PUM!» y un autobús de tres pisos, de color morado intenso, apareció de la nada ante ellos, esquivando por los pelos la farola más cercana, que se apartó dando un salto hacia atrás.

Un joven delgado, lleno de granos y con orejas de soplillo, vestido con un uniforme también morado, saltó a la acera y dijo:

—Bienvenidos al…

—Sí, sí, ya lo sabemos, gracias —lo atajó Tonks—. Arriba, arriba…

Y empujó a Harry hacia los escalones; cuando pasó por delante del cobrador, éste miró al muchacho con los ojos desorbitados.

—¡Pero si es Harry…!

—Si gritas su nombre te echo una maldición amnésica —lo amenazó Tonks en voz baja, y empujó a Ginny y Hermione hacia la puerta del autobús.

—Siempre he querido viajar en este trasto —comentó Ron alegremente al subir al autobús con Harry, mirándolo todo.

La última vez que Harry había viajado en el autobús noctámbulo era de noche, y los tres pisos estaban llenos de camas metálicas. Pero entonces, a primera hora de la mañana, el interior estaba lleno de sillas, de diferentes formas, agrupadas desordenadamente junto a las ventanillas. Varias se habían volcado cuando el autobús frenó bruscamente frente a Grimmauld Place; unos cuantos magos y algunas brujas todavía se estaban levantando del suelo, rezongando, y una bolsa de la compra había recorrido el autobús en toda su longitud: una desagradable mezcla de huevas de rana, cucarachas y natillas se había esparcido por el suelo.

—Veo que tendremos que separarnos —dijo Tonks con energía mientras miraba a su alrededor en busca de sillas vacías—. Fred, George y Ginny, sentaos en esas sillas del fondo… Remus irá con vosotros.

Tonks, Harry, Ron y Hermione subieron al último piso, donde había dos sillas vacías en la parte delantera del autobús y dos en el fondo. Stan Shunpike, el cobrador, siguió entusiasmado a Harry y a Ron hasta el fondo del autobús. Cuando Harry recorrió el pasillo, los pasajeros giraron la cabeza, y cuando se sentó, vio que todas las caras volvían a mirar al frente.

Mientras Harry y Ron entregaban a Stan once *sickles* cada uno, el autobús se puso en marcha y osciló peligrosamente. Dio una vuelta alrededor de Grimmauld Place con gran estruendo, subió y bajó varias veces de la acera, y entonces, con otro tremendo «¡PUM!», salieron despedidos hacia delante. La silla de Ron cayó, y *Pigwidgeon*, al que llevaba en el regazo, también salió despedido de su jaula, voló asustado y entre gorjeos hasta la parte delantera del autobús y se posó en el hombro de Hermione. Harry, que había evitado caerse agarrándose a un soporte para velas, miró por la ventanilla: iban a toda velocidad por lo que parecía una autopista.

—Estamos en las afueras de Birmingham —anunció Stan alegremente, contestando a la pregunta que Harry no había formulado, mientras Ron se levantaba del suelo—. ¿Va todo bien, Harry? El pasado verano vi varias veces tu nombre en el periódico, pero nunca decían nada bueno. Yo le dije a Ern: «Cuando nosotros lo conocimos no nos pareció que fuera un chiflado, ¿verdad? Eso te demuestra cómo te puedes equivocar con la gente.»

Les entregó los billetes y siguió mirando, embelesado, a Harry. Por lo visto, a Stan no le importaba que alguien estuviera chiflado con tal de que fuera lo bastante famoso para salir en el periódico. El autobús noctámbulo se bamboleó de forma alarmante, y adelantó incorrectamente por la izquierda a unos cuantos coches. Harry miró hacia la parte delantera del autobús y vio que Hermione se tapaba los ojos con las manos mientras *Pigwidgeon* oscilaba feliz sobre su hombro. «¡PUM!»

Las sillas volvieron a resbalar hacia atrás y el autobús noctámbulo pasó de la autopista de Birmingham a una tranquila carretera rural llena de curvas muy cerradas. Los setos que bordeaban la carretera se apartaban cada vez que el autobús se subía a

los arcenes. De allí pasaron a la calle principal de una ajetreada ciudad; luego a un viaducto rodeado de altas colinas; y por último, a una carretera azotada por el viento que discurría por una planicie situada a una considerable altitud, y cada vez que cambiaban de lugar sonaba un fuerte «¡PUM!».

—He cambiado de opinión —farfulló Ron levantándose del suelo por sexta vez —. No quiero volver a viajar en esta cosa nunca más.

—Después de esta parada viene Hogwarts —anunció Stan jovialmente mientras se balanceaba hacia ellos—. Esa mujer mandona que se ha sentado delante con vuestra amiga nos ha dado una propina para que os llevemos primero a vosotros. Pero ahora vamos a dejar bajar a Madame Marsh… —entonces oyeron unas fuertes arcadas provenientes del piso de abajo, seguidas de un espantoso ruido de salpicaduras— porque no se encuentra muy bien.

Unos minutos más tarde, el autobús noctámbulo se detuvo con un fuerte chirrido de frenos ante un pequeño pub que se apartó de en medio para evitar una colisión. Oyeron cómo Stan ayudaba a la desventurada Madame Marsh a bajar del vehículo, y los murmullos de alivio del resto de los pasajeros del segundo piso. Luego el autobús se puso de nuevo en marcha y ganó velocidad, hasta que…

«¡PUM!»

En aquel momento pasaban por Hogsmeade, que estaba nevado. Harry alcanzó a ver la calle lateral donde se hallaba Cabeza de Puerco, y el letrero, con el dibujo de una cabeza de jabalí cortada, que chirriaba azotado por el viento invernal. Los copos de nieve chocaban contra el gran parabrisas del autobús. Por fin se detuvieron frente a las verjas de Hogwarts.

Lupin y Tonks los ayudaron a bajar con su equipaje, y después bajaron también para despedirse de ellos. Harry levantó la cabeza para contemplar los tres pisos del autobús noctámbulo y vio que todos los pasajeros los observaban con la nariz pegada a los cristales.

—En cuanto entréis en los jardines estaréis a salvo —dijo Tonks escudriñando la desierta carretera—. Que tengáis un buen trimestre.

—Cuidaos mucho —les recomendó Lupin, y les estrechó la mano a todos, dejando a Harry para el final—. Escucha, Harry… —bajó la voz, mientras los demás se despedían de Tonks—, ya sé que no tragas a Snape, pero es un especialista en Oclumancia, y todos nosotros, incluido Sirius, queremos que aprendas a protegerte, así que trabaja mucho, ¿de acuerdo?

—Sí, vale —contestó él con gravedad mirando el rostro de Lupin, que estaba surcado de prematuras arrugas—. Hasta pronto.

Arrastrando sus baúles con gran esfuerzo, los seis subieron hacia el castillo por el resbaladizo camino. Hermione empezó a decir que quería tejer unos cuantos gorros de elfo antes de acostarse. Harry miró hacia atrás cuando llegaron a las puertas de

roble; el autobús noctámbulo ya se había marchado, y dado lo que lo esperaba al día siguiente a las seis, lamentó no estar todavía en él.

Harry pasó casi todo el día siguiente temiendo que llegara la tarde. La clase de dos horas de Pociones no contribuyó en nada a disipar su temor, pues Snape estuvo más desagradable que nunca. Y aún lo deprimió más que los miembros del ED se le acercaran constantemente por los pasillos entre clase y clase para preguntarle, esperanzados, si aquella noche iba a celebrarse una reunión.

—Ya os comunicaré por el canal habitual cuándo será la próxima —decía Harry una y otra vez—, pero esta noche no puede ser, tengo clase de… pociones curativas.

—¿Tienes clases particulares de pociones curativas? —le preguntó con desdén Zacharias Smith, que había abordado a Harry en el vestíbulo después de comer—. ¡Madre mía, debes de ser malísimo! Snape no suele dar clases de refuerzo.

Smith se alejó con un aire irritantemente optimista, y Ron lo miró con odio.

—¿Quieres que le haga un embrujo? Desde aquí aún lo alcanzaría —se ofreció su amigo, que había levantado su varita y apuntaba a Smith entre los omoplatos.

—Déjalo —respondió Harry con desaliento—. Es lo que va a pensar todo el mundo, ¿no? Que soy idiota perdi…

—¡Hola, Harry! —dijo una voz a sus espaldas. Harry se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Cho.

—¡Oh! —exclamó él, y notó una desagradable sensación en el estómago—. ¡Hola!

—Nos encontrarás en la biblioteca —dijo entonces Hermione con firmeza al tiempo que agarraba a Ron por encima del codo y tiraba de él hacia la escalera de mármol.

—¿Cómo han ido las Navidades? —le preguntó Cho.

—Bueno, no han estado mal.

—Las mías han sido muy tranquilas —comentó la chica, que por algún extraño motivo parecía muy abochornada—. Esto…, el mes que viene hay otra excursión a Hogsmeade, ¿has visto el cartel?

—¿Qué? ¡Ah, no! Todavía no he mirado el tablón de anuncios.

—Pues sí, será el día de San Valentín…

—Ya —dijo Harry preguntándose por qué le contaba aquello—. Bueno, supongo que querrás…

—Sólo si tú quieres —repuso ella con entusiasmo.

Harry la miró sin comprender. Lo que él pensaba decir era «Supongo que querrás saber cuándo es la próxima reunión del ED», pero la respuesta de Cho no acababa de encajar.

—Yo…, pues… —balbuceó.

—Vale, si no quieres, no pasa nada —se apresuró a decir ella, muerta de vergüenza—. No te preocupes. Ya…, ya nos veremos.

Y se marchó. Harry se quedó allí plantado mirándola y exprimiéndose los sesos. Entonces las piezas encajaron.

—¡Cho! ¡Eh! ¡CHO!

Corrió tras ella y la alcanzó hacia la mitad de la escalera.

—Oye…, ¿quieres ir conmigo a Hogsmeade el día de San Valentín?

—¡Sí, claro! —exclamó Cho, roja como un tomate y con una sonrisa radiante.

—Bueno… Entonces quedamos así—dijo Harry. Y con la sensación de que al fin y al cabo aquel día no iba a ser un completo desastre, echó a correr literalmente hacia la biblioteca para reunirse con Ron y Hermione antes de las clases de la tarde.

Sin embargo, a las seis, ni siquiera la satisfacción de haber pedido a Cho Chang que saliera con él logró aliviar los funestos sentimientos que se intensificaban a cada paso que Harry daba hacia el despacho de Snape.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo y pensó que le habría gustado estar en cualquier otro sitio menos en aquél. Entonces respiró hondo, llamó y entró.

La oscura habitación estaba forrada de estanterías en las que había cientos de tarros de cristal con viscosos trozos de animales y de plantas suspendidos en pociones de diversos colores. En un rincón estaba el armario lleno de ingredientes de donde, en una ocasión, Snape había acusado a Harry (no sin motivos) de haber robado. Sin embargo, Harry dirigió la mirada hacia la mesa, encima de la cual había una vasija de piedra poco profunda con runas y símbolos grabados, iluminada con velas. Harry la reconoció al instante: era el *pensadero* de Dumbledore. No se explicaba qué demonios hacía aquel objeto allí, y pegó un brinco cuando la fría voz de Snape sonó en la oscuridad.

—Cierra la puerta después de entrar, Potter.

Harry obedeció, y tuvo la espantosa sensación de que se estaba encarcelando. Cuando volvió a girarse hacia la habitación, Snape se había colocado donde había luz y señalaba en silencio la silla que había delante de su mesa. Harry se sentó, y lo mismo hizo Snape, con los fríos y negros ojos clavados en el muchacho, sin pestañear; la aversión que sentía estaba grabada en cada una de las arrugas de su cara.

—Bueno, Potter, ya sabes por qué estás aquí —dijo—. El director me ha pedido que te enseñe Oclumancia. Espero que demuestres ser más hábil en eso que en Pociones.

—Sí —contestó Harry lacónicamente.

—Quizá ésta no sea una clase como las demás, Potter —prosiguió Snape, y entornó los ojos con malicia—, pero sigo siendo tu profesor, y por lo tanto debes llamarme siempre «señor» o «profesor».

—Sí…, señor.

—Veamos, Oclumancia… Como ya te dije en la cocina de tu querido padrino, esa rama de la magia impide que las intrusiones y las influencias mágicas penetren en la mente.

—¿Y por qué cree el profesor Dumbledore que necesito aprenderla, señor? —preguntó Harry mirando a los ojos a Snape, aunque dudaba que éste contestara a su pregunta.

Snape le sostuvo la mirada unos instantes y luego respondió con profundo desdén:

—Hasta tú deberías haberlo deducido, Potter. El Señor Tenebroso es sumamente hábil en Legeremancia…

—¿En qué? ¿Señor?

—Es la capacidad de extraer sentimientos y recuerdos de la mente de otra persona.

—¿Quiere eso decir que puede leer el pensamiento? —replicó rápidamente Harry, cuyos peores temores se estaban confirmando.

—Qué poca sutileza tienes, Potter —repuso Snape observándolo con aquellos ojos que emitían destellos—. No sabes apreciar los matices. Ése es uno de los defectos que te convierten en un inepto para la fabricación de pociones. —Snape hizo una breve pausa, al parecer para saborear el placer de insultar a Harry, y después continuó—. Sólo los *muggles* hablan de «leer el pensamiento». La mente no es ningún libro que uno pueda abrir cuando se le antoje o examinarlo cuando le apetezca. Los pensamientos no están grabados dentro del cráneo para que los analice cualquier invasor. La mente es una potencia muy compleja y con muchos estratos, Potter, o al menos así son la mayoría de las mentes. —Dibujó una sonrisa irónica—. Sin embargo, es cierto que aquellos que dominan el arte de la Legeremancia pueden, bajo determinadas condiciones, hurgar en la mente de sus víctimas e interpretar de forma correcta sus hallazgos. El Señor Tenebroso, por ejemplo, casi siempre sabe cuándo alguien le está mintiendo. Sólo los que dominan la Oclumancia saben bloquear los sentimientos y los recuerdos que delatarían su mentira, y de ese modo pueden decir falsedades en su presencia sin que él las detecte.

Explicara lo que explicase Snape, Harry seguía pensando que la Legeremancia era lo mismo que leer el pensamiento, y esa idea no le hacía ni pizca de gracia.

—Entonces, ¿él podría saber qué estoy pensando en este momento, señor?

—El Señor Tenebroso se encuentra a una considerable distancia de aquí, y los muros y los terrenos de Hogwarts están protegidos mediante numerosos y antiguos hechizos y encantamientos para asegurar la seguridad física y mental de aquellos que habitan detrás de ellos —respondió Snape—. El tiempo y el espacio son factores que hay que tener en cuenta cuando se trata de hacer magia, Potter. En general, el

contacto visual es esencial para la Legeremancia.

—Entonces, ¿por qué tengo que estudiar Oclumancia?

Snape miró a Harry y se siguió el contorno de los labios con un largo y delgado dedo.

—Al parecer, Potter, a ti no se te aplican las reglas generales. Y también parece que la maldición que no consiguió matarte ha forjado una especie de conexión entre el Señor Tenebroso y tú. Todos los indicios apuntan a que en ocasiones, cuando tu mente está más relajada y vulnerable, como cuando duermes, por ejemplo, compartes los pensamientos y las emociones con el Señor Tenebroso. El director cree que no es conveniente que eso continúe ocurriendo. Quiere que te enseñe a cerrar tu mente al Señor Tenebroso.

El corazón de Harry volvía a latir muy deprisa. Nada de todo aquello cuadraba.

—Pero ¿por qué quiere evitarlo el profesor Dumbledore? —preguntó bruscamente—. No es que me guste, pero ha resultado útil, ¿no? Porque…, no sé, vi cómo la serpiente atacaba al señor Weasley, y si no lo hubiera visto, el profesor Dumbledore no habría podido salvarle la vida, ¿verdad, señor?

Snape miró fijamente a Harry unos instantes mientras se pasaba todavía un dedo por los labios. Cuando habló de nuevo, lo hizo lentamente, con mucha parsimonia, como si midiera cada una de sus palabras.

—Por lo visto, el Señor Tenebroso no se ha percatado de la conexión que hay entre tú y él hasta hace muy poco. Hasta ahora parece que has estado experimentando sus emociones y compartiendo sus pensamientos sin que él se enterara. Sin embargo, la visión que tuviste poco antes de Navidad…

—¿La de la serpiente y el señor Weasley?

—No me interrumpas, Potter —dijo Snape con una voz amenazadora—. Como te iba diciendo, la visión que tuviste poco antes de Navidad representó una incursión tan poderosa en los pensamientos del Señor Tenebroso…

—¡Yo veía el interior de la cabeza de la serpiente, no el de la suya!

—¿No acabo de decirte que no me interrumpas, Potter?

Pero a Harry no le importaba que Snape se enfadara; por fin parecía estar llegando al fondo de aquel asunto; se había inclinado tanto hacia delante en la silla que, sin darse cuenta, estaba sentado en el borde, tenso como si se dispusiera a despegar.

—¿Cómo puede ser que viera con los ojos de la serpiente si son los pensamientos de Voldemort los que comparto?

—¡No pronuncies el nombre del Señor Tenebroso! —le espetó Snape.

Se produjo otro incómodo silencio y ambos se miraron con desprecio por encima del *pensadero*.

—El profesor Dumbledore pronuncia su nombre —dijo Harry con serenidad.

—Dumbledore es un mago extraordinariamente poderoso —murmuró Snape—. El hecho de que él se sienta lo bastante seguro para utilizar ese nombre no quiere decir que los demás… —Se frotó el antebrazo izquierdo, al parecer de forma inconsciente, justo en el sitio donde Harry sabía que tenía grabada a fuego la Marca Tenebrosa.

—Sólo quería saber por qué… —dijo Harry obligándose a adoptar un tono educado.

—Por lo visto, visitaste la mente de la serpiente porque allí era donde estaba el Señor Tenebroso en ese momento concreto —gruñó Snape—. Él estaba poseyendo a la serpiente entonces, y por eso tú soñaste que también estabas dentro de ella.

—¿Y Vol…, él se dio cuenta de que yo estaba allí?

—Parece que sí —contestó Snape con frialdad.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Harry con urgencia—. ¿Es eso algo que ha deducido el profesor Dumbledore o…?

—Te he dicho que me llames «señor» —lo reprendió Snape, que estaba rígido en la silla y cuyos ojos se habían reducido a dos estrechas rendijas.

—Sí, señor —dijo Harry, impaciente—, pero ¿ustedes cómo saben…?

—Basta con que lo sepamos —lo atajó Snape—. Lo que importa es que ahora el Señor Tenebroso está al corriente de que tienes acceso a sus pensamientos y a sus sentimientos. Del mismo modo ha deducido que es probable que el proceso funcione a la inversa; es decir, se ha dado cuenta de que él también podría tener acceso a tus pensamientos y a tus sentimientos…

—¿Y podría intentar que yo hiciera determinadas cosas? —inquirió Harry—. ¿Señor? —se apresuró a añadir.

—Es posible —respondió Snape con frialdad y con un tono indiferente—. Lo cual nos lleva de nuevo a la Oclumancia.

Snape sacó su varita mágica del bolsillo interior de la túnica y Harry se puso en tensión, pero el profesor se limitó a levantar la varita y a colocarse la punta en las grasientas raíces del cabello. Cuando la retiró, se desprendió una sustancia plateada que se extendió entre la sien y la varita, como una gruesa hebra de telaraña. Cuando Snape se apartó la varita de la sien, la hebra se rompió y cayó suavemente en el *pensadero*, donde se arremolinó con un reflejo blanco plateado, pero no era ni un gas ni un líquido. Snape se llevó la varita a la sien dos veces más y depositó la sustancia plateada en la vasija de piedra; entonces, sin ofrecer a Harry ninguna explicación sobre aquel procedimiento, levantó con cuidado el *pensadero*, lo dejó en un estante, lejos de donde estaban ellos, y volvió a colocarse frente a Harry varita en ristre.

—Levántate y saca tu varita, Potter. —Harry, nervioso, se puso en pie. Se miraban el uno al otro, separados por la mesa—. Puedes utilizar tu varita para intentar desarmarme, o defenderte de cualquier otra forma que se te ocurra —dijo el profesor.

—¿Y qué va a hacer usted? —preguntó Harry mirando con aprensión la varita de Snape.

—Voy a intentar penetrar en tu mente —contestó con voz queda—. Vamos a ver si resistes. Me han dicho que ya has demostrado tener aptitudes para resistir la maldición *Imperius*. Comprobarás que para esto se necesitan poderes semejantes… Prepárate. *¡Legeremens!*

Snape había atacado antes de que Harry se hubiera preparado, antes incluso de que hubiera empezado a reunir cualquier fuerza de resistencia. El despacho dio vueltas ante sus ojos y desapareció; por su mente pasaban a toda velocidad imágenes y más imágenes, como una película parpadeante, tan intensa que le impedía ver su entorno.

Tenía cinco años, estaba mirando cómo Dudley montaba en su nueva bicicleta roja, y se moría de celos… Tenía nueve años, y *Ripper,* el bulldog, lo perseguía y lo obligaba a trepar a un árbol, y los Dursley lo contemplaban desde el jardín, bajo el árbol, y se reían de él… Estaba sentado bajo el Sombrero Seleccionador, que le decía que se encontraría muy a gusto en Slytherin… Hermione estaba tumbada en una cama de la enfermería, con la cara cubierta de grueso pelo negro… Un centenar de *dementores* se cernían sobre él detrás del oscuro lago… Cho Chang se acercaba a él bajo el ramillete de muérdago…

«No —dijo una voz dentro del cerebro de Harry cuando se le acercó el recuerdo de Cho—, eso no lo vas a ver, no lo vas a ver, es privado…»

Entonces notó una punzada de dolor en la rodilla. El despacho de Snape había vuelto a aparecer, y Harry se dio cuenta de que se había caído al suelo; una de sus rodillas había chocado contra una pata de la mesa, y eso era lo que le producía aquel dolor. Levantó la cabeza y miró al profesor, que había bajado la varita y se frotaba la muñeca, donde tenía un verdugón, como la marca de una quemadura.

—¿Pensabas hacerme un maleficio punzante? —preguntó Snape fríamente.

—No —respondió Harry con amargura al mismo tiempo que se levantaba del suelo.

—Ya me lo imaginaba —repuso Snape, y miró a Harry con desprecio—. Me has dejado llegar demasiado lejos. Has perdido el control.

—¿Ha visto todo lo que he visto yo? —preguntó el chico pese a que no estaba seguro de querer escuchar la respuesta.

—Fragmentos —dijo Snape haciendo una mueca con el labio—. ¿De quién era ese perro?

—De mi tía Marge —masculló Harry, que sentía el odio más profundo hacia Snape.

—Bueno, para tratarse de un primer intento, no ha estado tan mal como habría podido estar —dijo Snape, y volvió a levantar la varita—. Al final has conseguido

pararme, aunque has malgastado tiempo y energía gritando. Tienes que conservar la concentración. Repéleme con el cerebro y no tendrás que recurrir a la varita mágica.

—¡Lo intento —exclamó Harry, furioso—, pero usted no me dice cómo tengo que hacerlo!

—Esos modales, Potter —lo reprendió Snape—. Bien, ahora quiero que cierres los ojos. —Harry le lanzó una mirada asesina antes de obedecer. No le hacía ninguna gracia quedarse allí plantado con los ojos cerrados, teniendo a Snape delante armado con una varita—. Vacía tu mente, Potter —le ordenó la fría voz de Snape—. Libérate de toda emoción…

Pero la rabia que sentía Harry hacia el profesor seguía latiendo en sus venas como si fuera veneno. ¿Liberarse de su rabia? Más fácil le habría resultado separar las piernas de su cuerpo…

—No lo estás haciendo, Potter… Necesitas más disciplina… Concéntrate… —Harry trató de vaciar su mente, trató de no pensar, ni recordar, ni sentir—. Volvamos a intentarlo… Voy a contar hasta tres: uno… dos… tres… *¡Legeremens!*

Un enorme dragón negro se erguía ante él… Su padre y su madre lo saludaban con la mano desde un espejo encantado… Cedric Diggory estaba tendido en el suelo mirándolo con los ojos vacíos…

—¡NOOOOOO!

Harry había vuelto a caer de rodillas, tenía la cara entre las manos y le dolía el cerebro, como si alguien hubiera intentado arrancárselo del cráneo.

—¡Levántate! —le ordenó Snape con aspereza—. ¡Levántate! No te esfuerzas, no opones resistencia. ¡Me estás dejando entrar en recuerdos que temes, me estás proporcionando armas!

Harry volvió a levantarse. El corazón le latía tan deprisa como si de verdad hubiera visto a Cedric muerto en el cementerio. Snape estaba aún más pálido de lo habitual, y más enfadado, aunque no tanto como Harry.

—Claro… que… me esfuerzo —dijo éste apretando los dientes.

—¡Te he dicho que te vacíes de toda emoción!

—¿Ah, sí? Pues mire, me cuesta un poco —gruñó Harry.

—¡Entonces serás una presa fácil para el Señor Tenebroso! —replicó Snape con crueldad—. ¡Los imbéciles que demuestran con orgullo sus sentimientos, que no saben controlar sus emociones o que se regodean con tristes recuerdos y se dejan provocar fácilmente, los débiles, en una palabra, lo tienen muy difícil frente a sus poderes! ¡Penetrará en tu mente con absurda facilidad, Potter!

—Yo no soy débil —dijo él en voz baja; estaba tan furioso que creyó que en cualquier momento podría atacar a Snape.

—¡Pues demuéstralo! ¡Domínate! ¡Controla tu ira, impón disciplina a tu mente! ¡Lo intentaremos otra vez! ¡Prepárate! *¡Legeremens!*

Harry estaba observando a tío Vernon, que clavaba unas tablas en el buzón… Un centenar de *dementores* se deslizaban sobre el lago, en los jardines de Hogwarts, hacia él… Corría por un pasillo sin ventanas con el señor Weasley… Se acercaban a la sencilla puerta negra que había al final del pasillo… Harry creía que iba a entrar por ella… Pero el señor Weasley lo guiaba hacia la izquierda y lo hacía bajar por una escalera de piedra…

—¡YA LO SÉ! ¡LO SÉ!

Volvía a estar a cuatro patas en el suelo del despacho de Snape, y le dolía la cicatriz, pero la voz que acababa de salir por su boca denotaba triunfo. Se puso en pie y vio que Snape lo miraba fijamente con la varita levantada. Tenía la impresión de que esa vez Snape había detenido el hechizo antes incluso de que Harry hubiera intentado defenderse.

—¿Qué ha pasado, Potter? —le preguntó Snape mirándolo fijamente.

—Lo he visto —dijo Harry, jadeante—. Lo he recordado. Acabo de darme cuenta…

—¿Darte cuenta de qué? —inquirió Snape con brusquedad.

Harry no contestó de inmediato; todavía estaba saboreando lo que se le había ocurrido de pronto, mientras se frotaba la frente…

Llevaba meses soñando con un pasillo sin ventanas que terminaba en una puerta cerrada, y no se había percatado de que aquel lugar existía realmente. Pero en ese momento, al volver a contemplar el recuerdo, supo que lo que había soñado tantas veces era el pasillo que había recorrido con el señor Weasley el 12 de agosto cuando iban a toda prisa hacia las salas del tribunal del Ministerio; era el pasillo que conducía al Departamento de Misterios, y el señor Weasley estaba allí la noche que lo atacó la serpiente de Voldemort.

Harry levantó la cabeza y miró a Snape.

—¿Qué hay en el Departamento de Misterios?

—¿Qué has dicho? —le preguntó Snape en voz baja, y Harry comprendió, con profunda satisfacción, que Snape se había puesto nervioso.

—He preguntado qué hay en el Departamento de Misterios, señor —repitió Harry.

—¿Y a qué viene esa pregunta? —dijo Snape lentamente.

—Pues viene a que llevo meses soñando con ese pasillo que acabo de ver —respondió Harry mientras escudriñaba el rostro de Snape, atento a su reacción—. Acabo de reconocerlo. Conduce al Departamento de Misterios… y creo que Voldemort quiere algo que hay…

—¡Te he dicho que no pronuncies el nombre del Señor Tenebroso! —Ambos se fulminaron con la mirada. A Harry volvió a dolerle la cicatriz, pero no le importó. Snape parecía turbado, pero cuando volvió a hablar dio la impresión de que intentaba mostrar indiferencia y despreocupación—. En el Departamento de Misterios hay

muchas cosas, Potter, muy pocas de las cuales entenderías y ninguna de las cuales te incumbe. ¿Queda claro?

—Sí —respondió Harry, que seguía frotándose la cicatriz, que cada vez le dolía más.

—Quiero que vengas aquí el miércoles a la misma hora que hoy. Seguiremos trabajando.

—De acuerdo —repuso Harry muriéndose de ganas de salir del despacho de Snape y reunirse con Ron y Hermione.

—Quiero que todas las noches, antes de dormir, limpies tu mente de toda emoción; vacíala, ponla en blanco y relájala, ¿entendido?

—Sí —dijo Harry, que apenas lo escuchaba.

—Y te lo advierto, Potter… Si no has practicado, lo sabré…

—De acuerdo —murmuró Harry. Cogió su mochila, se la colgó del hombro y fue rápidamente hacia la puerta del despacho. Al abrirla, giró la cabeza y miró a Snape, que estaba de espaldas y sacaba sus pensamientos del *pensadero* con la punta de la varita y los devolvía con cuidado al interior de su cabeza. Harry se marchó sin decir nada más y cerró la puerta con suavidad. Notaba un fuerte dolor pulsante en la cicatriz.

Harry encontró a Ron y Hermione en la biblioteca, haciendo los últimos deberes que la profesora Umbridge les había mandado. Había otros estudiantes, casi todos de quinto curso, sentados a las mesas cercanas, iluminadas con lámparas; tenían la nariz pegada a los libros y rasgueaban febrilmente con las plumas, mientras detrás de las ventanas con parteluz el cielo se iba oscureciendo poco a poco. Lo único que se oía, aparte del rasgueo de las plumas, eran los débiles crujidos de uno de los zapatos de la señora Pince mientras la bibliotecaria se paseaba amenazadoramente por los pasillos vigilando a los estudiantes que tocaban sus valiosos libros.

Harry tenía escalofríos; todavía le dolía la cicatriz y se sentía como si tuviera fiebre. Cuando se sentó frente a Ron y Hermione, se vio reflejado en la ventana que tenía delante; estaba muy pálido y la cicatriz de la frente destacaba más de lo normal.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Hermione en un susurro, y al momento añadió con preocupación—: ¿Te encuentras bien, Harry?

—Sí, estoy bien… Bueno, no lo sé… —respondió él, impaciente, e hizo una mueca de dolor al notar otra punzada en la frente—. Escuchad, acabo de darme cuenta de una cosa…

Y les contó lo que acababa de ver y deducir.

—¿Estás diciendo…, estás insinuando… —susurró Ron cuando la señora Pince hubo pasado por su lado, produciendo ligeros crujidos al caminar— que el arma…, eso que busca Quien-tú-sabes…, está en el Ministerio de Magia?

—En el Departamento de Misterios, sí, estoy convencido —dijo Harry en voz

baja—. Vi esa puerta cuando tu padre me acompañó a las salas del tribunal donde se celebró mi vista, y estoy seguro de que es la misma que él estaba vigilando cuando lo mordió la serpiente.

Hermione exhaló un largo y lento suspiro.

—Claro —dijo.

—Claro ¿qué? —inquirió Ron, alterado.

—Piensa un poco, Ron… Sturgis Podmore intentaba entrar por una puerta del Ministerio de Magia… ¡Debía de ser ésa, no puede tratarse de una coincidencia!

—¿Cómo iba a querer entrar Sturgis por esa puerta si está en nuestro bando? —objetó Ron.

—No lo sé —admitió Hermione—. Es un poco raro…

—¿Y qué hay en el Departamento de Misterios? —le preguntó Harry a Ron—. ¿Alguna vez ha mencionado algo tu padre?

—Sé que a los que trabajan allí los llaman los *inefables* —explicó Ron frunciendo el entrecejo—, porque en realidad nadie sabe qué hacen. Me parece un lugar extraño para guardar un arma.

—No, no tiene nada de extraño. Al revés: tiene mucho sentido —lo contradijo Hermione—. Debe de ser algo muy secreto que ha estado creando el Ministerio… ¿Seguro que te encuentras bien, Harry?

Éste acababa de pasarse ambas manos con fuerza por la frente, como si quisiera plancharla.

—Sí, estoy bien… —afirmó, y bajó las manos, que le temblaban—. Aunque estoy un poco… No me gusta mucho la Oclumancia.

—Cualquiera se sentiría débil si acabaran de atacar su mente un montón de veces seguidas —opinó Hermione, comprensiva—. Mira, volvamos a la sala común, allí estaremos más cómodos.

Pero la sala común estaba abarrotada de encantados alumnos que reían a carcajadas; Fred y George estaban haciendo una exhibición de su último artículo de broma.

—¡Sombreros acéfalos! —gritó George mientras Fred exhibía ante los estudiantes un sombrero puntiagudo decorado con una suave y sedosa pluma de color rosa—. ¡Dos galeones cada uno! ¡Mirad a Fred!

Fred, sonriente, se puso el sombrero en la cabeza. Al principio no pasó nada, sólo que Fred tenía pinta de estúpido; pero a continuación sombrero y cabeza desaparecieron. Varias chicas chillaron, pero los demás se desternillaban de risa.

—¡Y ahora…! —gritó George, y la mano de Fred tanteó un momento sobre sus hombros; entonces le volvió a aparecer la cabeza y él se quitó el sombrero con la pluma de color rosa.

—¿Cómo funcionarán esos sombreros? —se preguntó Hermione, que dejó un

momento sus deberes y se puso a observar a los gemelos—. Evidentemente, se trata de algún tipo de hechizo de invisibilidad, pero hay que ser muy hábil para extender el campo de invisibilidad más allá de los límites del objeto encantado… Aunque me imagino que el encantamiento no debe de durar mucho.

Harry no hizo ningún comentario; estaba mareado.

—Esto tendré que hacerlo mañana —musitó, y guardó los libros que acababa de sacar de su mochila.

—¡Pues anótalo en tu planificador de deberes! —lo alentó Hermione—. ¡Así no lo olvidarás!

Harry y Ron se miraron al mismo tiempo que Harry metía la mano en su mochila, sacaba el planificador y lo abría con vacilación.

—«No lo dejes para más tarde o acabarás convertido en un tunante» —lo reprendió el libro mientras Harry anotaba los deberes de la profesora Umbridge. Hermione sonrió encantada.

—Creo que me voy a la cama —dijo Harry, que metió el planificador de deberes en la mochila y se propuso arrojarlo al fuego en cuanto tuviera una oportunidad.

Luego atravesó la sala común esquivando a George, que intentó ponerle un sombrero acéfalo, y llegó a la tranquila y fresca escalera de piedra que conducía a los dormitorios de los chicos. Volvía a estar mareado, como la noche que había tenido la visión de la serpiente, pero pensó que si se tumbaba un rato se le pasaría.

Abrió la puerta de su dormitorio, y en cuanto puso un pie dentro, notó un dolor tan intenso que creyó que alguien le había partido la cabeza por la mitad. No sabía dónde se encontraba, ni si estaba de pie o tumbado; ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Unas risotadas de maníaco resonaban en sus oídos… Se sentía más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo… Radiante de alegría, eufórico, triunfante… Había pasado algo maravilloso…

—¿Harry? ¡HARRY!

Alguien le había pegado en la cara. En ese momento, aquella risa loca tenía como contrapunto un grito de dolor. La felicidad se estaba esfumando, pero la risa continuaba…

Abrió los ojos y se dio cuenta de que la salvaje risa salía de su propia boca. En cuanto lo comprendió, la risa se apagó. Harry estaba tirado en el suelo jadeando, tenía la vista fija en el techo, y la cicatriz de la frente le dolía muchísimo. Ron estaba inclinado sobre él, muy preocupado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—No… lo sé… —contestó Harry entrecortadamente, y se incorporó—. Está muy contento…, muy contento…

—¿Te refieres a Quien-tú-sabes?

—Ha pasado algo bueno —murmuró Harry. Temblaba de pies a cabeza, igual que después de ver cómo la serpiente atacaba al señor Weasley, y estaba muy mareado—. Algo que él deseaba.

Pronunció aquellas palabras sin darse cuenta, igual que había sucedido en el vestuario de Gryffindor, como si un extraño hablara por su boca, y sin embargo sabía que eran ciertas. Respiró hondo varias veces confiando en no vomitarle encima a Ron. Se alegró mucho de que esa vez ni Dean ni Seamus estuvieran allí para ver lo que estaba sucediendo.

—Hermione me ha pedido que subiera a ver cómo estabas —dijo Ron en voz baja al mismo tiempo que ayudaba a Harry a levantarse—. Me ha dicho que debes de estar bajo de defensas después de que Snape haya estado hurgando en tu mente… Pero supongo que a la larga servirá de algo, ¿no?

Miró sin convicción a Harry mientras lo ayudaba a ir hasta su cama. Harry asintió, también sin convicción, y se desplomó sobre las almohadas. Le dolía todo el cuerpo por la cantidad de veces que había caído al suelo aquella tarde, y todavía le dolía la cicatriz. No podía dejar de pensar que su primera clase de Oclumancia le había debilitado la resistencia de la mente en lugar de fortalecerla, y se preguntó, con profunda inquietud, qué habría pasado para que lord Voldemort se sintiera más feliz de lo que se había sentido en catorce años.

25
El escarabajo, acorralado

A la mañana siguiente, Harry encontró la respuesta a su pregunta. Cuando llegó *El Profeta* de Hermione, ésta lo alisó, echó un vistazo a la primera plana y soltó un grito que hizo que todos los que estaban cerca se quedaran mirándola.

—¿Qué pasa? —preguntaron Harry y Ron a la vez.

Por toda respuesta, Hermione colocó el periódico sobre la mesa, delante de sus dos amigos, y señaló diez fotografías en blanco y negro que ocupaban la primera plana; eran las caras de nueve magos y una bruja. Algunas de las personas fotografiadas se burlaban en silencio; otras tamborileaban con los dedos en el borde inferior de la fotografía, con aire insolente. Cada fotografía llevaba un pie de foto con el nombre de la persona y el delito por el que había sido enviada a Azkaban.

«Antonin Dolohov, condenado por el brutal asesinato de Gideon y Fabian Prewett», rezaba el pie de foto de un mago con la cara larga, pálida y contrahecha, que miraba sonriendo burlonamente a Harry.

«Augustus Rookwood, condenado por filtrar secretos del Ministerio de Magia a Aquel-que-no-debe-ser-nombrado», rezaba el pie de foto de un individuo con la cara picada de viruela y el cabello grasiento, que estaba apoyado en el borde de su

fotografía con pinta de aburrido.

Pero la foto que más llamó la atención de Harry fue la de la bruja, cuya cara había destacado entre las demás en cuanto él miró la página. Llevaba el cabello largo y era castaño, pero en la fotografía tenía aspecto de desgreñado y sucio, aunque él lo había visto bien arreglado, denso y reluciente. La bruja miraba a Harry fijamente con ojos de párpados caídos y una arrogante y desdeñosa sonrisa en los finos labios. Como Sirius, conservaba vestigios de la antigua belleza que algo, quizá Azkaban, le había robado.

«Bellatrix Lestrange, condenada por torturar a Frank y Alice Longbottom hasta causarles una incapacidad permanente.»

Hermione le dio un codazo a Harry y señaló el titular que había encima de las fotografías, que Harry, concentrado en la imagen de Bellatrix, todavía no había leído.

FUGA EN MASA DE AZKABAN

EL MINISTERIO TEME QUE BLACK SEA EL «PUNTO DE REUNIÓN» DE ANTIGUOS *MORTÍFAGOS*

—¿Black? —dijo Harry en voz alta—. ¿No se…?

—¡Chissst! —susurró Hermione, alarmada—. ¡No hables tan alto, léelo y calla!

El Ministerio de Magia anunció ayer entrada la noche que se había producido una fuga en masa de Azkaban.

Cornelius Fudge, ministro de Magia, fue entrevistado en su despacho y confirmó que diez prisioneros de la sección de alta seguridad escaparon a primera hora de la noche pasada, y que ya ha informado al Primer Ministro *muggle* del carácter peligroso de esos individuos.

«Desgraciadamente, nos encontramos en la misma situación en que estábamos hace dos años y medio, cuando huyó el asesino Sirius Black —declaró Fudge ayer por la noche—. Y creemos que las dos fugas están relacionadas. Una huida de esta magnitud sugiere que los fugitivos contaron con ayuda del exterior, y hemos de recordar que Black, el primer preso que logró huir de Azkaban, sería la persona idónea para ayudar a otros a seguir sus pasos. Creemos también que esos individuos, entre los que se encuentra la prima de Black, Bellatrix Lestrange, han acudido a ofrecer apoyo a Black, al que han erigido líder. Sin embargo, estamos haciendo todo lo posible para capturar a los delincuentes, y pedimos a la comunidad mágica que permanezca alerta y actúe con prudencia. No hay que abordar a ninguno de estos individuos bajo ningún concepto.»

—Ya está, Harry —dijo Ron, atemorizado—. Por eso estaba tan contento anoche.

—No puedo creerlo —gruñó Harry—. ¡Fudge culpa de la fuga a Sirius!

—¿Qué otras posibilidades tiene? —comentó Hermione con amargura—. No puede decir: «Lo siento mucho, Dumbledore ya me advirtió que esto podía pasar, los vigilantes de Azkaban se han unido a lord Voldemort…» ¡Deja de gimotear, Ron! «… y ahora los peores partidarios de Voldemort se han fugado.» Hay que tener en cuenta que Fudge lleva seis meses diciendo a todo el mundo que Dumbledore y tú sois unos mentirosos.

Hermione abrió el periódico y empezó a leer la crónica interior mientras Harry recorría el Gran Comedor con la mirada. No entendía por qué sus compañeros no parecían asustados ni comentaban por lo menos la espantosa noticia de la primera plana, aunque lo cierto era que muy pocos recibían el periódico todos los días, como Hermione. Allí estaban, hablando de los deberes, de *quidditch* y de los últimos cotilleos, a pesar de que fuera de aquellos muros otros diez *mortífagos* habían pasado a engrosar las filas de Voldemort.

Miró hacia la mesa de los profesores. Allí todo era diferente: Dumbledore y la profesora McGonagall estaban en plena conversación, y ambos parecían sumamente serios. La profesora Sprout tenía *El Profeta* apoyado en una botella de ketchup y leía la primera plana con tanta concentración que no se había dado cuenta de que de la cuchara que tenía en suspenso delante de la boca caía un hilillo de yema de huevo que iba a parar a su regazo. Entre tanto, al final de la mesa, la profesora Umbridge atacaba un cuenco de gachas de avena. Por primera vez los saltones ojos de sapo de Dolores Umbridge no recorrían el Gran Comedor, tratando de descubrir a algún estudiante que no se estuviera portando bien. Tenía el entrecejo fruncido mientras engullía la comida, y de vez en cuando lanzaba una mirada maliciosa hacia el centro de la mesa, donde conversaban Dumbledore y la profesora McGonagall.

—¡Oh, no…! —exclamó Hermione, sorprendida, sin apartar los ojos del periódico.

—¿Y ahora qué? —preguntó rápidamente Harry; estaba muy nervioso.

—Es… horrible —dijo la chica, conmocionada. Dobló el periódico por la página diez y se lo pasó a sus amigos.

TRÁGICO FALLECIMIENTO DE UN FUNCIONARIO DEL MINISTERIO DE LA MAGIA

Anoche el Hospital San Mungo prometió llevar a cabo una investigación en toda regla, tras ser descubierto muerto en su cama el funcionario del Ministerio de Magia Broderick Bode, de 49 años, estrangulado por una planta. Los sanadores que acudieron en su ayuda no lograron reanimar al señor Bode, que unas semanas antes de su muerte había sufrido un accidente laboral.

La sanadora Miriam Strout, que estaba a cargo de la sala del señor Bode en el momento del incidente, ha sido suspendida de empleo aunque no de sueldo, pero ayer no quiso hacer declaraciones; no obstante, un mago portavoz del hospital declaró lo siguiente:

«San Mungo lamenta profundamente la muerte del señor Bode, cuya salud estaba mejorando notablemente antes de este trágico accidente.

»Existen estrictas directrices sobre los objetos decorativos permitidos en nuestras salas, pero al parecer la sanadora Strout, ocupada con las celebraciones navideñas, no reparó en el peligro que suponía la planta de la mesilla de noche del señor Bode. A medida que el paciente recuperaba el habla y la movilidad, la sanadora Strout lo animó a cuidar él mismo de la planta, sin saber que no era una inocente flor voladora, sino un esqueje de lazo del diablo que estranguló al señor Bode en cuanto éste, convaleciente, se acercó y lo tocó.

»Hasta el momento, San Mungo no ha podido explicar la presencia de la planta en la sala y ruega a cualquier mago o bruja que tenga alguna información que se ponga en contacto con el hospital.»

—Bode… —dijo Ron—. Bode. Me suena de algo…

—Lo vimos —comentó Hermione en voz baja—. En San Mungo, ¿no te acuerdas? Estaba en la cama de enfrente de Lockhart, tumbado, contemplando el techo. Y vimos cómo le llevaban el lazo del diablo. La sanadora dijo que era un regalo de Navidad.

Harry volvió a leer la crónica. El horror subía por su garganta como la bilis.

—¿Cómo puede ser que no reconociéramos el lazo del diablo? Hemos visto esa planta otras veces… Pudimos impedir que sucediera.

—¿Quién se imagina que van a meter un lazo del diablo en un hospital disfrazado de inocente planta de interior? —replicó Ron—. ¡Nosotros no tenemos la culpa; el responsable es el que la envió! Menudos imbéciles, ¿por qué no miraban lo que estaban comprando?

—¡Ron, por favor! —dijo Hermione con voz temblorosa—. No creo que nadie sea capaz de poner un lazo del diablo en un tiesto sin darse cuenta de que esa planta intenta matar a quien la toque. Esto…, esto ha sido un asesinato, y un asesinato muy inteligente… Si enviaron la planta de forma anónima, ¿cómo van a averiguar quién lo hizo?

Pero Harry no pensaba en el lazo del diablo. Estaba recordando que el día de la vista había bajado en ascensor a la novena planta del Ministerio y que un hombre de rostro cetrino se había subido en la planta del Atrio.

—Yo conocí a Bode —dijo despacio—. Lo vi en el Ministerio cuando fui allí con

tu padre.

Ron se quedó con la boca abierta.

—¡Yo también he oído a papá hablar de él en casa! ¡Era un *inefable*! ¡Trabajaba en el Departamento de Misterios!

Se miraron un momento; entonces Hermione recuperó el periódico, lo cerró, observó con repugnancia la portada con las fotografías de los diez *mortífagos* fugados, y se puso en pie.

—¿Adónde vas? —le preguntó Ron, sorprendido.

—A enviar una carta —contestó Hermione, y se colgó la mochila del hombro— Bueno, no sé si… Pero vale la pena intentarlo… Y soy la única que puede hacerlo.

—No soporto que se comporte así —refunfuñó Ron mientras él y Harry se levantaban también de la mesa y salían más despacio del Gran Comedor—. ¿Qué le costaría, por una vez, explicarnos lo que se propone? Sólo tardaría unos diez segundos más… ¡Eh, Hagrid!

Hagrid estaba de pie junto a las puertas por las que se accedía al vestíbulo, esperando a que pasara un grupo de alumnos de Ravenclaw. Todavía estaba muy magullado, como el día en que había regresado de su misión con los gigantes, y tenía un nuevo corte en el caballete de la nariz.

—¿Todo bien, chicos? —les preguntó intentando sonreír, aunque sólo consiguió una especie de dolorosa mueca.

—¿Y tú, Hagrid? ¿Estás bien? —inquirió Harry, y lo siguió cuando el guardabosques echó a andar pesadamente tras los alumnos de Ravenclaw.

—Sí, sí —contestó Hagrid con falsa ligereza; luego agitó una mano y estuvo a punto de dar un porrazo a la asustada profesora Vector, que pasaba en aquel momento junto a él—. Un poco liado, ya sabéis, lo de siempre: tengo que preparar las clases, hay un par de salamandras a las que se les están pudriendo las escamas… y estoy en periodo de prueba —murmuró.

—¿Que estás en periodo de prueba? —dijo Ron en voz alta, y unos cuantos estudiantes que pasaban por allí giraron la cabeza con curiosidad—. Lo siento… ¿Estás en periodo de prueba? —repitió en un susurro.

—Sí. Pero la verdad es que ya me lo imaginaba. No sé si os fijasteis, pero la supervisión no dio muy buen resultado, ¿sabéis? En fin… —Soltó un hondo suspiro —. Será mejor que vaya a ponerles un poco más de chile en polvo a esas salamandras o dentro de poco se les van a caer las colas. Hasta luego, chicos…

Se alejó caminando con dificultad, salió por la puerta del castillo y bajó la escalera de piedra que conducía al húmedo jardín. Harry lo vio marchar y se preguntó cuántas malas noticias más sería capaz de soportar.

En los días posteriores, la noticia de que Hagrid estaba en periodo de prueba se extendió por el colegio, pero para indignación de Harry, casi nadie se mostró muy

disgustado. De hecho, algunos estudiantes, entre los que destacaba Draco Malfoy, parecían contentísimos. Por otra parte, Harry, Ron y Hermione eran, por lo visto, los únicos que conocían o los únicos a los que les importaba la extraña muerte de un anónimo empleado del Departamento de Misterios, sucedida en el Hospital San Mungo. En esos días, en los pasillos sólo se hablaba de una cosa: de los diez *mortífagos* fugados, cuya historia se había propagado por Hogwarts filtrada por los pocos alumnos que leían los periódicos. Corrían rumores de que habían visto a algunos de los fugitivos en Hogsmeade, de que estaban escondidos en la Casa de los Gritos y de que iban a entrar en Hogwarts, como había hecho Sirius en una ocasión.

Los que procedían de familias de magos habían crecido oyendo pronunciar los nombres de aquellos *mortífagos* casi con el mismo temor que el de Voldemort; los crímenes que habían cometido en tiempos del reinado de terror de Voldemort eran legendarios. Entre los estudiantes de Hogwarts había familiares de sus víctimas, y en esos días se habían convertido sin pretenderlo en objeto de una horripilante fama indirecta: Susan Bones, cuyos tío, tía y primos habían muerto a manos de uno de los diez *mortífagos*, comentó muy triste, durante una clase de Herbología, que ya entendía perfectamente lo que debía de sentir Harry.

—Y no sé cómo lo aguantas, es espantoso —dijo sin rodeos mientras tiraba más estiércol de dragón de la cuenta en su bandeja de brotes de *chasquichirridos*, haciendo que éstos se retorcieran y chillaran, incómodos.

Era verdad que últimamente los estudiantes volvían a murmurar y a señalar a Harry cuando se cruzaban con él por los pasillos, aunque le pareció detectar un ligero cambio en el tono de voz de los que cuchicheaban. Éste ya no era de hostilidad, sino de curiosidad, y en un par de ocasiones alcanzó a oír fragmentos de conversaciones que indicaban que sus compañeros no estaban conformes con la versión que daba *El Profeta* sobre cómo y por qué diez *mortífagos* habían conseguido fugarse de la fortaleza de Azkaban. Confundidos y temerosos, parecía que esos escépticos recurrían a la única explicación alternativa que tenían: la que Harry y Dumbledore habían estado exponiendo desde el año anterior.

Y no era sólo el estado de ánimo de los alumnos lo que había cambiado; también era habitual encontrarse a dos o tres profesores hablando en susurros por los pasillos e interrumpiendo sus conversaciones en cuanto veían que se acercaba algún alumno.

—Es evidente que si la profesora Umbridge está en la sala de profesores, ya no pueden hablar con libertad allí —comentó Hermione en voz baja cuando un día ella, Harry y Ron se cruzaron con la profesora McGonagall, el profesor Flitwick y la profesora Sprout, que estaban apiñados frente al aula de Encantamientos.

—¿Crees que ellos saben algo más? —le preguntó Ron girando la cabeza para mirar a los tres profesores.

—Si saben algo, no nos lo van a contar, ¿verdad? —terció Harry, enfadado—.

Con el decreto… ¿Por qué número vamos ya?

Y es que en los tablones de anuncios de las cuatro casas habían aparecido nuevos letreros a la mañana siguiente de que saltara la noticia de la fuga de Azkaban:

POR ORDEN DE LA SUMA INQUISIDORA DE HOGWARTS

Se prohíbe a los profesores proporcionar a los alumnos cualquier información que no esté estrictamente relacionada con las asignaturas que cobran por impartir.

Esta orden se ajusta al Decreto de Enseñanza n.°26.

Firmado:

Dolores Jane Umbridge
Suma Inquisidora

Este último decreto había sido objeto de gran número de bromas entre los estudiantes. Lee Jordan le comentó a la profesora Umbridge que, según la nueva norma, ella no estaba autorizada a regañar ni a Fred ni a George por jugar a los naipes explosivos en el fondo de la clase.

—¡Los naipes explosivos no tienen nada que ver con la Defensa Contra las Artes Oscuras, profesora! ¡Esa información no está relacionada con su asignatura!

Cuando Harry volvió a ver a Lee, reparó en que tenía una herida sangrante en el dorso de la mano, y le recomendó solución de *murtlap*.

Harry creyó que la fuga de Azkaban le daría una lección de humildad a la profesora Umbridge, o que tal vez se avergonzaría de la catástrofe que se había producido en las mismísimas narices de su querido Fudge. Sin embargo, parecía que sólo había intensificado su furioso deseo de tomar bajo su control todos los aspectos de la vida en Hogwarts. Se mostraba decidida, como mínimo, a conseguir un despido lo más pronto posible, y la única duda era quién iba a caer primero: la profesora Trelawney o Hagrid.

A partir de entonces, todas las clases de Adivinación y de Cuidado de Criaturas Mágicas se impartían en presencia de la profesora Umbridge y de sus hojas de pergamino, cogidas con el sujetapapeles. Acechaba junto al fuego en la perfumada sala de la torre, interrumpía los discursos de la profesora Trelawney, cada vez más histéricos, con difíciles preguntas sobre ornitomancia y heptomología, insistía en que predijera las respuestas de los alumnos antes de que ellos las dieran, y exigía que demostrara sus habilidades con la bola de cristal, las hojas de té y las runas. A Harry le parecía que, en cualquier momento, la profesora Trelawney se vendría abajo ante tanta presión. En varias ocasiones se la cruzó por los pasillos (un hecho muy inusual, pues ella solía quedarse en su habitación de la torre), y siempre iba murmurando por

lo bajo, furiosa, se retorcía las manos, lanzaba aterradas miradas por encima del hombro y despedía un intenso olor a jerez para cocinar. De no haber estado tan preocupado por Hagrid, Harry habría sentido lástima por ella; pero, si tenían que destituir a alguno de los dos, Harry tenía clarísimo quién quería que se quedara.

Desgraciadamente, éste no veía que Hagrid lo estuviera haciendo mejor que la profesora Trelawney. Desde antes de Navidad, él también parecía haber perdido los nervios, pese a que por lo visto seguía los consejos de Hermione y no les había enseñado nada más peligroso que un *crup* (una criatura indistinguible de un Jack Russell terrier, salvo por la cola bífida). Durante las clases, Hagrid parecía enajenado y nervioso, perdía continuamente el hilo de lo que estaba diciendo, se equivocaba al formular las preguntas y no paraba de mirar, angustiado, a la profesora Umbridge. Además, se mostraba más distante que nunca con Harry, Ron y Hermione, y les había prohibido explícitamente que fueran a visitarlo después del anochecer.

—Si os pilla, nos colgarán a todos —les advirtió de forma terminante, y como no querían hacer nada que pudiera poner en peligro su empleo, ellos se abstuvieron de bajar a la cabaña por la noche.

Harry tenía la impresión de que la profesora Umbridge lo estaba privando metódicamente de todo lo que hacía que su vida en Hogwarts resultara agradable: las visitas a la cabaña de Hagrid, las cartas de Sirius, su Saeta de Fuego y el *quidditch*. Y él se vengaba de la única forma en que podía: redoblando sus esfuerzos con el ED.

A Harry le alegró comprobar que la noticia de que otros diez *mortífagos* andaban sueltos había estimulado a los que participaban en las reuniones, incluso a Zacharias Smith, a esforzarse más que nunca, pero en quien más se notaba esa mejora era en Neville. La noticia de la fuga de la agresora de sus padres había operado en él un cambio extraño y hasta un poco alarmante. No había mencionado ni una sola vez su encuentro con Harry, Ron y Hermione en la sala reservada de San Mungo, y ellos, siguiendo su ejemplo, tampoco habían hecho ningún comentario al respecto. Tampoco había dicho nada sobre la fuga de Bellatrix y los otros *mortífagos*. De hecho, Neville casi nunca hablaba durante las reuniones del ED, pero trabajaba sin tregua en cada nuevo embrujo y contramaldición que Harry les enseñaba; arrugaba la regordeta cara en una mueca de concentración, en apariencia indiferente a las heridas o a los accidentes, y trabajaba más duro que ningún otro compañero. Mejoraba tan deprisa que resultaba desconcertante, y cuando Harry les enseñó el encantamiento escudo (un método para desviar pequeños embrujos y que rebotaran sobre el agresor), sólo Hermione consiguió ejecutarlo más deprisa que Neville.

A Harry le habría gustado progresar en Oclumancia tanto como Neville en las reuniones del ED. Las clases particulares de Harry con Snape, que habían empezado con mal pie, no habían mejorado nada. Más bien al contrario: Harry creía que cada vez lo hacía peor.

Antes de empezar a estudiar Oclumancia, la cicatriz le dolía ocasionalmente, la mayoría de las veces por la noche, o después de una de aquellas extrañas percepciones de los pensamientos o del estado anímico de Voldemort que experimentaba de cuando en cuando. Ahora, en cambio, la cicatriz le dolía casi constantemente, y muy a menudo sentía arrebatos de fastidio o de alegría que no estaban relacionados con lo que le estaba ocurriendo en ese momento, y siempre iban acompañados de una punzada especialmente dolorosa en la frente. Tenía la horrible sensación de que poco a poco se estaba convirtiendo en una especie de antena sintonizada para detectar las más leves fluctuaciones del humor de Voldemort, y estaba seguro de que podía determinar, sin equivocarse, que aquel aumento de su sensibilidad se había iniciado en la primera clase de Oclumancia con Snape. Es más, ahora, casi todas las noches soñaba que iba por el pasillo hacia la entrada del Departamento de Misterios, y en el sueño siempre acababa de pie, ansioso, ante la sencilla puerta negra.

—A lo mejor es como una enfermedad —sugirió Hermione, un tanto preocupada, cuando Harry se sinceró con ella y con Ron—. Un virus o algo así. Tiene que empeorar antes de empezar a mejorar.

—Las clases con Snape lo están agravando —aseguró Harry con rotundidad—. Estoy harto de que me duela la cicatriz y de recorrer ese pasillo todas las noches. —Se frotó la frente con fastidio—. ¡Ojalá se abriera esa puerta porque estoy hasta la coronilla de quedarme allí plantado mirándola!

—No tiene ninguna gracia —opinó Hermione con aspereza—. Dumbledore no quiere que sueñes con ese pasillo; si no, no le habría pedido a Snape que te enseñara Oclumancia. Lo que tienes que hacer es esforzarte un poco más en las clases.

—¡Ya me esfuerzo! —protestó Harry, molesto—. Pruébalo un día y verás. A ver si a ti te gusta que Snape se meta dentro de tu cabeza… ¡Te aseguro que no es nada divertido!

—A lo mejor… —intervino Ron.

—A lo mejor ¿qué? —dijo Hermione con brusquedad.

—A lo mejor Harry no tiene la culpa de no poder cerrar su mente —repuso Ron, misterioso.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó la chica.

—Pues que… quizá Snape en realidad no intente ayudar a Harry… —Éste y Hermione lo miraron con fijeza. Ron, por su parte, miraba elocuentemente a sus amigos—. Tal vez —prosiguió bajando un poco la voz— lo que intenta es abrir un poco más la mente de Harry… Ponérselo más fácil a Quien-vosotros-sabéis…

—Cállate, Ron —le espetó Hermione—. ¿Cuántas veces has sospechado de Snape y cuándo has tenido razón? Dumbledore confía en él, trabaja para la Orden, con eso tendría que bastarte.

—Era un *mortífago* —afirmó Ron con testarudez—. Y no tenemos pruebas de que verdaderamente se cambiara de bando.

—Dumbledore confía en él —repitió Hermione—. Y si nosotros no confiamos en Dumbledore, no podemos confiar en nadie.

Había tantas cosas por las que preocuparse y tanto que hacer (una cantidad asombrosa de deberes que muchas veces tenía a los estudiantes de quinto curso trabajando hasta pasada la medianoche, las sesiones secretas del ED y las clases particulares con Snape) que el mes de enero estaba pasando a una velocidad alarmante. Antes de que Harry se diera cuenta, había llegado febrero, con un tiempo más húmedo pero menos frío, y la perspectiva de la segunda excursión del año a Hogsmeade. Harry había tenido muy poco tiempo para conversar con Cho desde que acordaron ir juntos al pueblo, y de pronto se enfrentaba a la idea de pasar todo el día de San Valentín con ella.

La mañana del día 14 se vistió con especial esmero. Ron y él entraron a desayunar en el mismo momento en que llegaban las lechuzas con el correo. *Hedwig* no estaba allí (aunque Harry no la esperaba), pero Hermione estaba cogiendo una carta del pico de una desconocida lechuza marrón cuando ellos se sentaron.

—¡Ya era hora! Si no hubiera llegado hoy… —comentó; a continuación, abrió con ansiedad el sobre y extrajo un pequeño trozo de pergamino. Leyó el mensaje a toda velocidad, y una expresión de triste placer apareció en su cara—. Oye, Harry —dijo, levantando la cabeza—, esto es muy importante. ¿Crees que podrías reunirte conmigo en Las Tres Escobas hacia mediodía?

—Pues… no lo sé —contestó Harry, vacilante—. A lo mejor Cho espera que pase todo el día con ella. Nunca hemos hablado de lo que íbamos a hacer.

—Bueno, si es necesario ven con ella —concedió Hermione con gravedad—. Pero ¿irás?

—Sí, pero ¿por qué?

—Ahora no tengo tiempo para contártelo. Tengo que contestar cuanto antes esta carta.

Y sin dar más explicaciones, salió a toda prisa del Gran Comedor, con la carta en una mano y una tostada en la otra.

—¿Vienes? —le preguntó Harry a Ron, pero éste movió negativamente la cabeza con gesto tristón.

—No puedo ir a Hogsmeade; Angelina quiere entrenar todo el día. Como si fuera a servir para algo; somos el peor equipo que he visto en mi vida. Tendrías que ver a Sloper y a Kirke; son patéticos, incluso peores que yo. —Exhaló un hondo suspiro y agregó—: No sé por qué Angelina no me deja renunciar.

—Porque cuando estás en forma eres bueno —repuso Harry con irritación.

Le resultaba muy difícil mostrarse comprensivo con Ron, porque él habría dado cualquier cosa por jugar el siguiente partido contra Hufflepuff. Ron debió de intuirlo por el tono de voz de Harry, porque no volvió a mencionar el *quidditch* durante el desayuno, y cuando poco después se despidieron, lo hicieron con cierta frialdad. Ron se marchó al campo de *quidditch*, y Harry, tras intentar aplastarse el pelo mirándose en la parte de atrás de una cucharilla, salió al vestíbulo para reunirse con Cho, lleno de aprensión, y se preguntó de qué demonios iban a hablar.

Cho lo esperaba cerca de las puertas de roble del castillo. Estaba muy guapa, con el cabello recogido en una larga cola de caballo. Cuando caminaba hacia ella, Harry tuvo la impresión de que sus pies eran enormes comparados con el resto de su cuerpo, y de pronto no supo qué hacer con los brazos, que oscilaban estúpidamente a sus costados.

—¡Hola! —lo saludó Cho entrecortadamente.

—¡Hola! —repuso Harry. Se miraron un momento, y entonces él dijo—: Bueno…, pues…, ¿vamos?

—Sí, sí…

Se pusieron en la fila de estudiantes que esperaban la autorización de Filch para salir del castillo, mirándose de vez en cuando y sonriendo furtivamente, pero sin decirse nada. Harry notó un gran alivio cuando salieron al exterior; se sentía mucho más cómodo andando en silencio que allí plantado sin saber qué cara poner. Hacía un día fresco y ventoso, y al pasar junto al estadio de *quidditch*, Harry vio a Ron y a Ginny, que volaban casi rozando las tribunas, y le dio una rabia tremenda no estar allí arriba con ellos.

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad? —comentó Cho.

Harry giró la cabeza y vio que ella lo observaba.

—Sí —contestó Harry con un suspiro.

—¿Recuerdas la primera vez que nos enfrentamos, en tercero? —le preguntó Cho.

—Sí —respondió Harry sonriendo—. Me bloqueabas el paso continuamente.

—Y Wood te dijo que no fueras tan caballeroso y me derribaras de la escoba si era necesario —añadió Cho con una sonrisa en los labios—. Me han dicho que lo ha fichado el Pride of Portree, ¿es cierto?

—No, lo ha fichado el Puddlemere United; lo vi el año pasado en la Copa del Mundo.

—Ah, yo también te vi allí, ¿te acuerdas? Estábamos en el mismo campamento. Fue genial, ¿verdad?

Siguieron hablando de la Copa del Mundo de *quidditch* por el camino y después de cruzar las verjas. Harry no podía creer lo fácil que estaba resultando hablar con

Cho (de hecho, no le costaba más que hablar con Ron o con Hermione), y cuando empezaba a sentirse alegre y seguro de sí mismo, un nutrido grupo de chicas de Slytherin, entre las que iba Pansy Parkinson, pasaron por su lado.

—¡Potter y Chang! —gritó Pansy entre un coro de risitas maliciosas—. Qué mal gusto tienes, Chang. ¡Al menos Diggory era guapo!

Las chicas aceleraron el paso, chillando y hablando en tono mordaz al mismo tiempo que dirigían exageradas miradas a Harry y a Cho, y dejaron un rastro de incómodo silencio. A Harry no se le ocurría nada más que decir sobre *quidditch*, y Cho, que se había ruborizado, se miraba los pies.

—¿Y… adónde quieres ir? —preguntó él cuando llegaron a Hogsmeade.

La calle principal estaba llena de estudiantes que paseaban tranquilamente por las aceras y contemplaban los escaparates de las tiendas.

—Ah, me da igual —dijo Cho encogiéndose de hombros—. Humm… ¿Y si echamos un vistazo por las tiendas o algo así?

Se encaminaron hacia Dervish y Banges. Habían colgado un gran letrero en el escaparate, y unos cuantos vecinos de Hogsmeade lo estaban leyendo. Se apartaron cuando se acercaron Harry y Cho, y él volvió a encontrarse ante las fotografías de los diez *mortífagos* fugados. «Por orden del Ministerio de Magia», según rezaba el cartel, se ofrecía una recompensa de mil galeones a cualquier mago o bruja que pudiera aportar alguna información que sirviera para capturar a alguno de los reclusos fotografiados.

—Qué raro —dijo Cho en voz baja mientras observaba las fotografías de los *mortífagos*—. ¿Te acuerdas de cuando se fugó Sirius Black? Había *dementores* buscándolo por todo Hogsmeade. Y ahora que se han escapado diez *mortífagos*, no hay *dementores* por ninguna parte…

—Sí —contestó Harry, y apartó la vista de la cara de Bellatrix Lestrange para echar una ojeada a ambos lados de la calle principal—. Sí, es muy raro.

No lamentaba que no hubiera *dementores* por allí cerca, pero, pensándolo bien, su ausencia era francamente significativa. No sólo habían dejado que se fugaran los *mortífagos*, sino que no se estaban tomando la molestia de buscarlos… Todo parecía indicar que era cierto que estaban fuera del control del Ministerio.

Las fotografías de los diez *mortífagos* fugados estaban colgadas en todos los escaparates por los que pasaron Harry y Cho. Cuando llegaron a La Casa de las Plumas, empezó a llover; unas frías y gruesas gotas de lluvia golpeaban a Harry en la cara y en la nuca.

—Humm…, ¿te apetece tomar un café? —propuso Cho con vacilación cuando la lluvia empezó a intensificarse.

—Sí —respondió Harry, y miró alrededor—. ¿Adónde vamos?

—Cerca de aquí hay un sitio muy agradable. ¿Nunca has oído hablar del salón de

té de Madame Pudipié? —dijo con tono jovial, guiando a Harry por una calle lateral hasta llegar a un local que él no había visto hasta entonces.

Era un sitio pequeño y caluroso, donde todo parecía estar decorado con flecos y lazos. Harry se acordó del despacho de la profesora Umbridge y sintió un escalofrío.

—¿Verdad que es mono? —comentó Cho muy contenta.

—Humm…, sí… —mintió Harry.

—¡Mira, lo ha adornado con motivo del día de San Valentín! —observó Cho, y señaló unos querubines dorados, suspendidos sobre cada una de las mesitas redondas, que de vez en cuando lanzaban confeti de color rosa sobre sus ocupantes.

—¡Ah!

Se sentaron a la única mesa libre que quedaba, junto a la empañada ventana. Roger Davies, el capitán del equipo de *quidditch* de Ravenclaw, estaba sentado al lado de ellos con una chica rubia muy guapa. Estaban cogidos de la mano. Aquella imagen hizo que Harry se sintiera incómodo, sobre todo cuando, al echar un vistazo al salón de té, reparó en que estaba lleno de parejas, y todas se cogían de la mano. A lo mejor Cho esperaba que él hiciera lo mismo.

—¿Qué os traigo, queridos? —preguntó Madame Pudipié, una mujer muy robusta, peinada con un negro y reluciente moño, al pasar con dificultad entre su mesa y la de Roger Davies.

—Dos cafés, por favor —pidió Cho.

En el rato que siguió hasta que les sirvieron los cafés, Roger Davies y su novia habían empezado a besarse por encima del azucarero. Harry habría preferido que no lo hicieran porque tenía la impresión de que Davies estaba sentando un precedente con el que quizá Cho esperaba que Harry compitiera. Notaba un intenso calor en las mejillas e intentó mirar por la ventana, pero estaba demasiado empañada y no veía el exterior. Para retrasar el momento en que tendría que mirar a Cho, contempló el techo, fingiendo examinar la pintura, y entonces recibió en la cara un puñado de confeti que le había lanzado el querubín suspendido sobre su mesa.

Tras unos tensos minutos más, Cho mencionó a la profesora Umbridge. Harry se agarró al cable con alivio, y pasaron un rato agradable insultando a la profesora, pero aquel tema ya lo habían explotado tanto en las reuniones del ED que no duró mucho. Volvieron a quedarse callados. Harry oía los sorbetones procedentes de la mesa de al lado como si estuvieran amplificados, y, desesperado, buscó algo más que decir.

—Oye…, esto…, ¿quieres ir conmigo a Las Tres Escobas a la hora de comer? He quedado allí con Hermione Granger.

Cho arqueó las cejas.

—¿Has quedado con Hermione Granger? ¿Hoy?

—Sí. Bueno, me ha pedido que me reúna con ella allí y le he dicho que iría. ¿Quieres ir conmigo? Hermione ha dicho que no le importaba.

—Ah, bueno… Muy amable por su parte.

Pero no parecía que Cho encontrara el gesto amable. Al contrario: su tono de voz era frío, y de pronto adoptó una expresión muy adusta.

Pasaron unos minutos más en silencio absoluto. Harry se estaba bebiendo el café tan deprisa que pronto necesitaría otra taza. A su lado, Roger Davies y su novia parecían pegados por los labios.

Cho tenía una mano posada sobre la mesa, junto a su taza de café, y Harry sentía una urgencia cada vez mayor por cogérsela. «Hazlo —se dijo, y notó una oleada de pánico y emoción mezclados en su pecho—; estira el brazo y cógele la mano.» Era asombroso que le costara mucho más estirar el brazo treinta centímetros y tocarle la mano a Cho que agarrar al vuelo una *snitch* que iba a toda pastilla…

Pero justo cuando movió la mano hacia delante, Cho retiró la suya de la mesa. En ese momento, ella miraba con expresión de ligero interés cómo Roger Davies besaba a su novia.

—¿Sabes qué? —dijo en voz baja—. Me pidió salir. Hace un par de semanas. Sí, Roger. Pero le dije que no.

Harry, que había agarrado el azucarero para justificar el repentino movimiento de su mano sobre la mesa, no entendía por qué Cho se lo estaba contando. Si le hubiera gustado estar sentada en la mesa de al lado y que Roger Davies la besara apasionadamente, ¿por qué había accedido a ir con él a Hogsmeade?

Harry no dijo nada. El querubín les lanzó otro puñado de confeti, y unos cuantos copos fueron a parar en los restos de café frío que Harry se disponía a beber.

—El año pasado vine aquí con Cedric —comentó Cho.

Harry tardó un segundo en asimilar lo que ella acababa de decir, y eso mismo fue lo que tardó en helársele la sangre. No podía creer que Cho quisiera hablar de Cedric entonces, rodeados como estaban de parejas que se besaban y con un querubín flotando sobre sus cabezas.

Cuando volvió a hablar, Cho lo hizo en voz mucho más alta.

—Hace siglos que quería preguntártelo… ¿Me…, me mencionó Cedric antes de morir?

—Pues… no —contestó Harry con voz queda—. No tuvo… tiempo para decir nada. Esto…, ¿ves mucho *quidditch* durante las vacaciones? Eres seguidora de los Tornados, ¿verdad?

Harry habló con una voz falsamente jovial y a continuación comprobó, horrorizado, que Cho volvía a tener los ojos bañados en lágrimas, igual que después de la última reunión del ED antes de las Navidades.

—Mira —dijo, desesperado, acercando la cabeza a la de ella para que nadie más pudiera oírlo—, no hablemos de Cedric ahora… Hablemos de otra cosa…

Pero por lo visto no era eso lo que tenía que haber dicho.

—¡Pensé… —balbuceó Cho salpicando la mesa de lágrimas— pensé que tú… lo entenderías! ¡Necesito hablar de ello! ¡Y seguro que tú ta-también necesitas hablar! No sé, tú viste co-cómo pasó, ¿no?

Aquello parecía una pesadilla; todo estaba saliendo al revés. Hasta Roger Davies se despegó de su novia para girar la cabeza y mirar a la llorosa Cho.

—Bueno, he hablado de ello con Ron y Hermione —dijo Harry en un susurro—, pero…

—¡Ah, con Hermione Granger sí puedes hablar! —exclamó ella con voz estridente mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas. Otras parejas que también estaban besándose se separaron para observar a Cho y a Harry—. ¡Pero conmigo no! ¡Qui-quizá sería mejor que pa-pagáramos y fueras a reunirte co-con Hermione Granger, si eso es lo que estás deseando!

Harry se quedó mirándola absolutamente perplejo mientras ella cogía una servilleta con flecos y se secaba las lágrimas.

—¡Cho! —dijo Harry con voz débil.

Le habría gustado que Roger agarrara a su novia y empezara a besarla otra vez para que no los mirara como un pasmado a él y a Cho.

—¡Vete si quieres! —exclamó ésta, que ahora lloraba con la servilleta en la cara —. No sé por qué me pediste que saliera contigo si luego ibas a quedar con otras chicas… ¿A cuántas tienes que ver después de Hermione?

—¡Pero qué dices! —explotó Harry, aunque sintió tanto alivio al comprender por fin por qué estaba enfadada Cho, que se rió; y una milésima de segundo más tarde se dio cuenta de que aquello también había sido un error.

La chica se puso en pie de un brinco. En el salón de té reinaba un silencio absoluto y todos los observaban.

—Hasta la vista, Harry —se despidió Cho con dramatismo, e hipando ligeramente corrió hacia la puerta, la abrió de un tirón y salió a la calle bajo una intensa lluvia.

—¡Cho! —la llamó él, pero la puerta ya se había cerrado tras ella produciendo un melódico tintineo.

En el salón de té no se oía ni una mosca. Harry era el blanco de todas las miradas. Dejó un galeón sobre la mesa, se quitó el confeti de color rosa del pelo y salió a la calle en busca de Cho.

Llovía a cántaros, y Harry no la vio por ninguna parte. No entendía nada de lo que había pasado; hasta hacía media hora se llevaban de perlas.

«¡Mujeres! —masculló, enojado, chapoteando por la calle con las manos en los bolsillos—. ¿Para qué querría hablar de Cedric? ¿Por qué siempre saca un tema que hace que se convierta en una manguera viviente?»

Torció a la derecha y echó a correr bajo la lluvia; unos minutos más tarde entraba por la puerta de Las Tres Escobas. Sabía que era demasiado pronto para que

Hermione hubiera llegado, pero pensó que probablemente encontraría a alguien allí con quien pasar el rato. Se apartó el pelo mojado moviendo la cabeza y miró alrededor. Hagrid estaba sentado solo en un rincón con aire taciturno.

—¡Hola, Hagrid! —lo saludó Harry tras abrirse paso entre las abarrotadas mesas, y acercó una silla a la de su amigo.

Éste se sobresaltó y lo miró como si apenas lo reconociera. Harry vio que tenía dos nuevos cortes en la cara y varios cardenales más.

—¡Ah, eres tú, Harry! ¿Estás bien?

—Sí, muy bien —mintió Harry; pero junto a su magullado y triste amigo tuvo la impresión de que en realidad él no tenía motivos para quejarse—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—¿Yo? Sí, claro, fenomenal, Harry, fenomenal.

Hagrid hundió la mirada en su jarra de peltre, del tamaño de un cubo grande, y suspiró. Harry no sabía qué decirle. Permanecieron un rato sentados en silencio. De repente Hagrid dijo:

—Tú y yo estamos en la misma situación, ¿no es cierto, Harry?

—Pues…

—Sí, ya lo decía yo… Ambos somos unos intrusos, por definirnos de alguna manera… —afirmó asintiendo con la cabeza sabiamente—. Y ambos somos huérfanos. Sí…, ambos huérfanos. —Bebió un enorme trago de la jarra—. Si tienes una familia decente todo cambia —prosiguió—. Mi padre era decente. Y tus padres eran decentes. Si no hubieran muerto, tu vida habría sido muy distinta, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí —admitió Harry con cautela pensando que Hagrid estaba de un humor muy extraño.

—Familia —repitió Hagrid con tristeza—. Digan lo que digan, la sangre es importante…

Y se limpió un hilillo de sangre que le goteaba del ojo.

—Hagrid —lo interrumpió Harry sin poder contenerse—, ¿dónde te haces todas esas heridas?

—¿Eh? —se extrañó Hagrid, sorprendido—. ¿Qué heridas?

—¡Todas ésas! —exclamó Harry señalándole la cara.

—Ah… Esto no son más que golpes y contusiones, Harry —contestó quitándole importancia—. Gajes del oficio. —Vació su jarra, la dejó en la mesa y se levantó—. Hasta luego, Harry. Cuídate.

Y dicho eso salió caminando pesadamente del pub, con gesto mustio, y desapareció bajo la lluvia torrencial. Harry lo vio marchar y se sintió mal. Hagrid se sentía desdichado y ocultaba algo, pero parecía decidido a rechazar cualquier ayuda. ¿Qué estaba pasando? Pero antes de que Harry pudiera seguir reflexionando sobre ello, oyó una voz que lo llamaba.

—¡Harry! ¡Aquí, Harry!

Hermione le hacía señas con una mano desde el otro extremo del pub. Harry se levantó y fue hacia ella atravesando el concurrido local. Cuando todavía estaba a varias mesas de distancia, se dio cuenta de que Hermione no estaba sola. Estaba sentada a una mesa con dos personas a las que jamás habría imaginado encontrar con ella: Luna Lovegood y nada más y nada menos que Rita Skeeter, exreportera de *El Profeta* y una de las personas a las que Hermione más despreciaba en el mundo.

—¡Qué pronto has llegado! —exclamó su amiga mientras se apartaba para hacerle sitio—. Pensaba que estabas con Cho. ¡No esperaba que llegaras hasta al menos dentro de una hora!

—¿Con Cho? —saltó Rita de inmediato retorciéndose en la silla para mirar con avidez a Harry—. ¿Una chica?

Agarró su bolso de piel de cocodrilo y se puso a hurgar en él.

—¿A ti qué te importa que Harry haya salido con un centenar de chicas? —le dijo Hermione a la periodista con descaro—. No es asunto tuyo, así que guarda eso ahora mismo.

Rita se disponía a sacar una pluma de color verde amarillento de su bolso, pero lo cerró y puso una cara horrible, como si le hubieran hecho beber jugo fétido.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó Harry, que se sentó y miró sin comprender a Rita, Luna y Hermione.

—Doña Perfecta estaba a punto de contármelo cuando has llegado tú —dijo la periodista, y dio un buen trago de su bebida—. Supongo que estoy autorizada a hablar con él, ¿no? —le espetó a Hermione.

—Sí, supongo que sí —repuso ella con frialdad.

A Rita no le sentaba nada bien el desempleo. Tenía el pelo lacio y despeinado y no llevaba los elaborados rizos de tiempo atrás. Se le había saltado el esmalte de las uñas de cinco centímetros de largo y a las gafas con alas les faltaban un par de joyas falsas. Dio otro gran trago de su bebida y dijo hablando por la comisura de la boca:

—¿Es guapa, Harry?

—Una palabra más sobre la vida amorosa de Harry y se anula el trato, te lo prometo —la amenazó Hermione.

—¿Qué trato? —preguntó Rita secándose la boca con el dorso de la mano—. Todavía no has mencionado ningún trato, señorita Repipi, sólo me dijiste que me presentara aquí. ¡Ah, un día de éstos…! —añadió con un estremecimiento.

—Sí, sí, un día de éstos te pondrás a escribir más historias horribles sobre Harry y sobre mí —comentó Hermione con indiferencia—. A ver si encuentras a alguien a quien le interese leerlas.

—Pues este año han publicado un montón de historias horribles sobre Harry sin mi ayuda —replicó Rita mirando al chico de soslayo por encima de sus gafas, y añadió—: ¿Cómo te ha sentado eso, Harry? ¿Te sientes traicionado? ¿Consternado?

¿Incomprendido?

—Está enfadado, como es lógico —repuso Hermione con voz fuerte y clara—. Porque le ha contado la verdad al ministro de Magia y el ministro es demasiado idiota para creerlo.

—De modo que sigues en tus trece, empeñado en que El-que-no-debe-ser-nombrado ha vuelto, ¿no? —dijo Rita bajando su copa y sometiendo a Harry a una penetrante mirada mientras acercaba una vez más un dedo hacia el cierre de su bolso de cocodrilo—. ¿Defiendes ese absurdo cuento que Dumbledore le va explicando a todo el mundo de que Quien-tú-sabes ha regresado y que tú eres el único testigo?

—Yo no soy el único testigo —gruñó Harry—. También había allí una docena de *mortífagos*. ¿Quieres que te dé sus nombres?

—Me encantaría —dijo Rita en voz baja, y se puso a hurgar de nuevo en su bolso observando a Harry como si él fuera lo más hermoso que había visto jamás—. Lo publicaremos con un gran titular: «Potter acusa…» Y con el subtítulo: «Harry Potter identifica a los *mortífagos* que siguen entre nosotros.» Y entonces, bajo una gran fotografía tuya: «El trastornado adolescente que sobrevivió al ataque de Quien-ustedes-saben, Harry Potter, de 15 años, provocó un escándalo ayer al acusar a respetados y prominentes miembros de la comunidad mágica de ser *mortífagos*…» —Rita tenía ya la pluma a vuelapluma en la mano e iba a llevársela a la boca cuando se esfumó de su rostro la expresión de embeleso—. Pero claro —continuó bajando la pluma y fulminando con la mirada a Hermione—, Doña Perfecta no querrá que se publique esa historia, ¿no?

—Pues resulta —dijo Hermione con voz melosa— que eso es exactamente lo que quiere Doña Perfecta.

Rita se quedó mirándola. Y lo mismo hizo Harry. Luna, en cambio, se puso a cantar por lo bajo «A Weasley vamos a coronar» con aire ensimismado mientras removía su bebida con una cebollita de cóctel pinchada en un palillo.

—¿Quieres que escriba una crónica sobre lo que Harry dice de Aquel-que-no-debe-ser-nombrado? —le preguntó Rita a Hermione con un hilo de voz.

—Sí, exacto. La verdadera historia. Con pelos y señales. Como la cuenta Harry. Te proporcionará todos los detalles, te dará los nombres de los *mortífagos* no identificados a los que vio allí, te dirá qué aspecto tiene ahora Voldemort… Vamos, contrólate —añadió con desdén, y lanzó una servilleta hacia el otro lado de la mesa, pues, al oír el nombre de Voldemort, Rita había dado tal respingo que había derramado la mitad de su copa de whisky de fuego y se había manchado la ropa.

La periodista secó su mugriento impermeable sin dejar de mirar atónita a Hermione. Entonces dijo lisa y llanamente:

—*El Profeta* no lo publicará. Por si no lo habías notado, nadie se traga ese cuento chino. Todo el mundo cree que Harry delira. Pero si me dejas escribir la historia

desde esa perspectiva…

—¡Estamos hartos de historias sobre cómo Harry perdió la cabeza! —exclamó Hermione con enfado—. ¡De ésas ya tenemos demasiadas, gracias! ¡Quiero que le den una oportunidad de decir la verdad!

—No hay demanda para una historia así —repuso Rita con frialdad.

—Lo que quieres decir es que *El Profeta* no la publicará porque Fudge no lo permitirá —aclaró Hermione con fastidio.

Rita le lanzó una larga y dura mirada. Luego se inclinó hacia ella y afirmó con seriedad:

—De acuerdo, Fudge presiona a *El Profeta,* pero a fin de cuentas viene a ser lo mismo. No publicarán una historia que dé una imagen favorable de Harry. A nadie le interesa leerla. No está acorde con el humor del público. La gente ya está bastante preocupada con esta última fuga de Azkaban y no quiere pensar que Quien-vosotros-sabéis ha regresado.

—Entonces *El Profeta* sólo sirve para contar a la gente lo que quiere oír, ¿no? —dijo Hermione en tono cáustico.

Rita volvió a enderezarse en la silla, con las cejas arqueadas, y se terminó de un trago la copa de whisky de fuego.

—A *El Profeta* sólo le interesa vender, so boba —le espetó.

—Mi padre opina que es un periódico malísimo —terció Luna, interviniendo inesperadamente en la conversación. Miraba a Rita con sus enormes y protuberantes ojos de chiflada mientras chupaba la cebollita de cóctel—. Él publica historias importantes que cree que el público debe conocer. No le importa ganar dinero.

Rita miró a Luna con desdén.

—Supongo que tu padre dirige algún ridículo boletín informativo de pueblo, ¿no? Debe de publicar artículos como «Veinticinco maneras de mezclarse con los *muggles*» y las fechas de los próximos mercadillos.

—No —dijo Luna, y volvió a mojar la cebollita en su bebida, una tacita de alhelí —, es el director de *El Quisquilloso.*

Rita soltó tal resoplido que los clientes de una mesa cercana se volvieron, alarmados.

—Conque «historias importantes que cree que el público debe conocer», ¿eh? —dijo mordaz—. Podría abonar mi jardín con el contenido de ese periodicucho.

—Pues mira, ahora tienes una oportunidad para mejorar un poco su nivel —sugirió Hermione en tono agradable—. Luna dice que su padre no tiene inconveniente en aceptar la historia de Harry. La publicará él.

Rita se quedó mirando a ambas un momento, y luego soltó una fuerte carcajada.

—*¿El Quisquilloso?* —dijo riendo socarronamente—. ¿Creéis que la gente se tomará a Harry en serio si su historia se publica en *El Quisquilloso?*

—Algunos no lo harán —admitió Hermione—. Pero la versión de *El Profeta* sobre la fuga de Azkaban tenía unas lagunas descomunales. Creo que mucha gente debe de estar preguntándose si hay otra explicación mejor de lo ocurrido, y si aparece una versión alternativa, aunque la publique un… —miró de soslayo a Luna—, un…, bueno, una revista fuera de lo corriente, creo que les interesará leerla.

Rita permaneció un rato callada, pero miraba perspicazmente a Hermione con la cabeza un poco ladeada.

—Está bien, supongamos durante un momento que lo hago —dijo de pronto— ¿Cuánto me pagaríais?

—Creo que mi padre no paga a la gente que escribe para su revista —comentó Luna con aire abstraído—. Escriben porque lo consideran un honor y, como es lógico, para ver su nombre publicado.

Rita Skeeter volvió a poner cara de tener la boca llena de jugo fétido, y de nuevo se dirigió a Hermione:

—¿Pretendes que haga esto gratis?

—Pues sí —contestó Hermione con calma, y bebió un sorbo de su bebida—. Si no, como muy bien sabes, informaré a las autoridades de que eres una animaga no registrada. Evidentemente, *El Profeta* te pagaría mucho dinero por una crónica sobre la vida en Azkaban escrita desde el interior.

Daba la impresión de que a Rita le habría encantado meterle a Hermione por la nariz la sombrillita de papel que decoraba su copa.

—Supongo que no tengo alternativa, ¿no? —repuso Rita con voz ligeramente temblorosa. Abrió una vez más su bolso de cocodrilo, sacó un trozo de pergamino y levantó su pluma a vuelapluma.

—Mi padre se va a poner muy contento —comentó Luna alegremente mientras a Rita le temblaba un músculo de la mandíbula.

—¿Listo, Harry? —le preguntó Hermione volviéndose hacia él—. ¿Preparado para contar la verdad a todo el mundo?

—Supongo que sí —dijo él mientras Rita sostenía en equilibrio la pluma a vuelapluma sobre el trozo de pergamino que los separaba.

—Ya puedes disparar, Rita —sentenció Hermione con serenidad, y pescó una guinda del fondo de su copa.

26
Visto y no visto

Luna dijo que no sabía cuándo aparecería la entrevista de Rita con Harry en *El Quisquilloso,* pues su padre estaba esperando un largo e interesantísimo artículo basado en el testimonio de personas que recientemente habían visto *snorkacks* de cuernos arrugados.

—Como os podéis imaginar —explicó—, esa historia es muy importante, así que la de Harry quizá tenga que esperar al siguiente número.

Para Harry no fue una experiencia fácil hablar de la noche en que regresó Voldemort. Rita lo había presionado para sacarle hasta el último detalle, y él le había contado todo lo que recordaba, consciente de que aquélla era una oportunidad única para explicar la verdad. No sabía cómo reaccionaría la gente al leer la crónica. Imaginaba que serviría para que muchos se reafirmaran en la opinión de que estaba completamente loco, en parte porque su historia aparecería junto a una sarta de tonterías sobre los *snorkacks* de cuernos arrugados. Pero la fuga de Bellatrix Lestrange y de los otros *mortífagos* había despertado en Harry un deseo irrefrenable de hacer algo, funcionara o no…

—Estoy impaciente por saber lo que opina la profesora Umbridge de tus

revelaciones a la prensa —le dijo Dean, atemorizado, el lunes por la noche durante la cena. Seamus, sentado al lado de Dean, engullía enormes cantidades de empanadas de pollo con jamón, pero Harry se dio cuenta de que no se perdía detalle.

—Has hecho lo que tenías que hacer, Harry —terció Neville, que estaba sentado enfrente. Estaba muy pálido, pero añadió en voz baja—: Debió de ser… muy duro para ti hablar de todo eso, ¿verdad?

—Sí —musitó el chico—, pero la gente tiene que saber de qué es capaz Voldemort, ¿no?

—Claro; bueno, él y sus *mortífagos* —coincidió Neville asintiendo con la cabeza —. La gente debería saber…

Neville dejó la frase inacabada y siguió comiendo patatas asadas. Seamus, por su parte, levantó la cabeza, pero cuando su mirada se encontró con la de Harry, bajó rápidamente la vista hacia su plato. Al cabo de un rato, Dean, Seamus y Neville se marcharon a la sala común; Harry y Hermione se quedaron en la mesa esperando a Ron, que todavía no había cenado por culpa del entrenamiento de *quidditch*.

Cho Chang entró en el comedor con su amiga Marietta. Harry notó una desagradable sacudida en el estómago, pero ella no miró hacia la mesa de Gryffindor y se sentó de espaldas a él.

—Ah, se me olvidó preguntártelo —comentó Hermione con una sonrisa en los labios tras echar un vistazo a la mesa de Ravenclaw—, ¿cómo te fue la cita con Cho? ¿Por qué volviste tan pronto?

—Pues fue…, fue… —respondió Harry al mismo tiempo que acercaba una bandeja de pastel de ruibarbo y se servía por segunda vez— un fracaso total, ya que me lo preguntas.

Y le contó lo que había pasado en el salón de té de Madame Pudipié.

—…y entonces —concluyó varios minutos más tarde, cuando desaparecieron las últimas migas de pastel— se levanta y dice: «Hasta la vista, Harry» ¡y se larga corriendo! —Dejó la cuchara sobre la mesa y miró a Hermione—. ¿Tú entiendes algo?

Hermione lanzó una mirada a la nuca de Cho y suspiró.

—¡Ay, Harry! —exclamó con tristeza—. Lo siento, pero tienes muy poco tacto.

—¿Poco tacto? ¿Yo? —dijo Harry, indignado—. Pero si estábamos la mar de bien, y de repente me cuenta que Roger Davies le había pedido salir y que ella solía ir a aquel ridículo salón de té a besuquearse con Cedric. ¿Cómo crees que me sentó a mí eso?

—Verás —dijo Hermione adoptando un aire de paciencia infinita, como si estuviera explicándole a un niño pequeño e hipersensible que uno más uno son dos—, no debiste soltarle en plena cita que habías quedado conmigo.

—Pero…, pero —balbuceó Harry—, pero tú me pediste que nos reuniéramos allí

a las doce y me dijiste que podía llevarla. ¿Cómo querías que lo hiciera sin decírselo?

—Tendrías que habérselo explicado de otro modo —aclaró Hermione sin abandonar aquel exasperante aire de superioridad—. Tendrías que haberle asegurado que te daba mucha rabia, pero que yo te había hecho prometer que irías a Las Tres Escobas, y que en realidad no tenías ningunas ganas de ir allí porque preferías mil veces pasar todo el día con ella, pero desgraciadamente creías que no podías darme plantón; y tendrías que haberle pedido por favor que te acompañara, porque así podrías librarte antes de mí. Y no habría estado de más mencionar lo fea que me encuentras —añadió Hermione en el último momento.

—Pero si yo no te encuentro fea —dijo Harry, desconcertado.

Su amiga se rió.

—Eres peor que Ron, Harry. Bueno, peor no. —Suspiró, y en ese momento Ron entró en el comedor; iba lleno de salpicaduras de barro y estaba malhumorado—. Mira, a Cho le disgustó que hubieras quedado conmigo e intentó ponerte celoso. Lo hizo para averiguar hasta qué punto te gusta.

—¿Estás segura? —inquirió Harry al mismo tiempo que Ron se dejaba caer en el banco de enfrente y se acercaba todas las bandejas que tenía a su alcance—. ¿Y no habría sido más sencillo que me hubiera preguntado si ella me gusta más que tú?

—Las chicas no suelen hacer preguntas de ese tipo —le respondió Hermione.

—¡Pues deberían hacerlas! —exclamó Harry con vehemencia—. ¡Así yo habría podido decirle que me gusta, y ella no habría tenido que volver a ponerse a llorar por la muerte de Cedric!

—Yo no digo que lo que hizo fuera lo más sensato —puntualizó Hermione. Ginny acababa de llegar a la mesa de Gryffindor; también iba cubierta de barro y parecía tan contrariada como su hermano—. Sólo intento hacerte comprender lo que Cho sentía en aquel momento.

—Deberías escribir un libro —le dijo Ron a Hermione mientras cortaba las patatas que se había puesto en el plato—. Tendrías que explicar todas las locuras que hacen las chicas para que los chicos pudiéramos entenderlas.

—Sí —dijo Harry con fervor, y miró hacia la mesa de Ravenclaw. Cho acababa de levantarse y, sin mirar hacia donde estaba él, salió del Gran Comedor. Harry, muy deprimido, miró a Ron y a Ginny—. Bueno, ¿qué tal ha ido el entrenamiento de *quidditch*?

—Fue una pesadilla —contestó Ron hoscamente.

—Vamos, vamos —dijo Hermione mirando a Ginny—, seguro que no ha sido tan…

—Ya lo creo —afirmó Ginny—. Ha sido desastroso. Al final, Angelina estaba al borde de las lágrimas.

Después de cenar, Ron y Ginny fueron a darse un baño y Harry y Hermione

regresaron a la concurrida sala común de Gryffindor y a su montón de deberes de rigor. Harry llevaba media hora peleando con un nuevo mapa celeste para la clase de Astronomía cuando aparecieron Fred y George.

—¿No están aquí ni Ron ni Ginny? —preguntó Fred, y miró alrededor mientras arrastraba una butaca; Harry negó con la cabeza, y entonces Fred dijo—: Mejor. Hemos estado viendo el entrenamiento. Los van a machacar. Sin nosotros son un completo desastre.

—Hombre, Ginny no lo hace mal del todo —intervino George, y se sentó junto a su gemelo—. La verdad es que no me explico que lo haga tan bien, porque nunca le hemos dejado jugar con nosotros.

—Tu hermana entra a hurtadillas en el cobertizo de las escobas del jardín desde que tiene seis años y vuela con vuestras escobas, por turnos, cuando no podéis verla —dijo Hermione desde detrás de un inseguro montón de libros sobre la asignatura de Runas Antiguas.

—¡Ah! —exclamó George, ligeramente impresionado—. Bueno, eso lo explica todo.

—¿Ha parado Ron alguna bola? —preguntó Hermione asomando por encima de la cubierta de *Jeroglíficos y logogramas mágicos.*

—Verás, el caso es que las para cuando cree que nadie lo mira —explicó Fred poniendo los ojos en blanco—, de modo que lo único que tenemos que hacer el sábado es pedir a los espectadores que se den la vuelta y hablen unos con otros cada vez que la *quaffle* llegue al extremo del campo donde está Ron. —Fred se levantó e, inquieto, fue hacia la ventana y desde allí contempló los oscuros jardines—. ¿Sabéis una cosa? El *quidditch* era lo único por lo que valía la pena quedarse en este colegio.

Hermione lo miró con severidad.

—¡Pronto tendrás exámenes!

—Ya te lo he dicho, los ÉXTASIS no nos preocupan —repuso Fred—. Los Surtidos Saltaclases ya están listos, hemos encontrado la manera de eliminar esos granos: basta con aplicarles un par de gotas de solución de *murtlap*. Lee fue quien nos lo recomendó.

George bostezó y miró desconsoladamente el nublado cielo nocturno.

—Me parece que no quiero ni ver ese partido. Si Zacharias Smith nos gana tendré que matarme.

—Querrás decir que tendrás que matarlo a él —lo corrigió Fred con firmeza.

—Eso es lo malo que tiene el *quidditch* —comentó Hermione, distraída, sin apartar la vista de su traducción de runas—, que crea muchas tensiones y enemistades entre las casas. —Levantó la cabeza para buscar su ejemplar del *Silabario del hechicero* y se dio cuenta de que Fred, George y Harry la miraban de hito en hito con una mezcla de asco e incredulidad en el rostro—. ¡Es cierto! —se defendió—. En

realidad no es más que un juego, ¿no?

—Hermione —dijo Harry moviendo la cabeza con un gesto negativo—, eres un as con los sentimientos y esas cosas, pero de *quidditch* no tienes ni idea.

—Es posible —admitió ella con vaguedad, y siguió con su traducción—, pero al menos mi felicidad no depende de la habilidad de Ron como guardián.

Y pese a que Harry hubiera preferido saltar desde la torre de Astronomía antes que darle la razón a Hermione, habría dado un montón de galeones a cambio de que a él tampoco le interesara el *quidditch* después de ver el partido del sábado siguiente.

Lo mejor que podía decirse de aquel partido era que fue corto; los espectadores de Gryffindor sólo tuvieron que soportar veintidós minutos de martirio. No resultaba fácil decidir qué había sido lo peor, pero Harry creía que la palma se la disputaban la decimocuarta parada fallida de Ron, el momento en que Sloper no logró darle a la *bludger* y en cambio golpeó a Angelina en la boca con el bate, y el espectáculo que montó Kirke, que se puso a chillar y cayó de espaldas de su escoba, cuando Zacharias Smith salió zumbando hacia él con la *quaffle*. El milagro fue que Gryffindor sólo perdió por diez puntos: Ginny consiguió atrapar la *snitch* cuando la bola estaba debajo de las narices de Summerby, el buscador de Hufflepuff, de modo que el resultado final fue de doscientos cuarenta a doscientos treinta.

—¡Buena jugada! —le dijo Harry a Ginny un poco más tarde en la sala común, donde reinaba una atmósfera parecida a la de un funeral especialmente triste.

—He tenido suerte —replicó ella encogiéndose de hombros—. No era una *snitch* muy rápida, y Summerby está resfriado: ha estornudado y ha cerrado los ojos justo en el peor momento. Pero cuando tú vuelvas al equipo…

—Me han suspendido de por vida, Ginny.

—Te han suspendido mientras la profesora Umbridge siga en el colegio —lo corrigió ella—. No es lo mismo. En fin, cuando tú vuelvas, creo que me presentaré a las pruebas de cazador. Angelina y Alicia se marchan el año que viene, y de todos modos prefiero marcar goles a buscar. —Harry miró a Ron, que estaba encorvado en una esquina observándose las rodillas y llevaba una botella de cerveza de mantequilla colgando de una mano—. Angelina sigue sin dejarle renunciar —le explicó Ginny como si le hubiera leído el pensamiento a su amigo—. Dice que está segura de que lo lleva en la sangre.

A Harry le caía bien Angelina por la fe que demostraba tener en Ron, pero al mismo tiempo pensaba que en el fondo le haría un favor si lo dejara abandonar el equipo. Ron había salido del terreno de juego en medio de otro atronador coro de «A Weasley vamos a coronar» entonado con verdadero entusiasmo por los de Slytherin, que ya eran los favoritos para ganar la Copa de *quidditch*. Los gemelos se le acercaron.

—Ni siquiera he tenido valor para tomarle el pelo —comentó Fred mirando a su

hermano Ron—. Y eso que… cuando se le escapó la decimocuarta… —Hizo unos aspavientos con los brazos, como si nadara al estilo perro—. Bueno, me lo guardo para las fiestas, ¿eh?

Poco después, Ron subió arrastrándose hasta el dormitorio. Harry, por respeto al estado de ánimo de su amigo, tardó un rato en subir a acostarse, para que pudiera hacerse el dormido si le apetecía. Y en efecto, cuando Harry entró en la habitación, Ron roncaba de un modo demasiado exagerado para ser del todo verosímil.

Harry se metió en la cama y se puso a pensar en el partido. Observarlo desde las gradas había resultado muy frustrante. La actuación de Ginny le había impresionado mucho, pero estaba seguro de que de haber jugado él habría logrado atrapar antes la *snitch*… Hubo un momento en que la pequeña bola alada revoloteó cerca del tobillo de Kirke; si Ginny no hubiera vacilado, habría podido conseguir que Gryffindor ganara, aunque hubiera sido por los pelos.

La profesora Umbridge había contemplado el partido sentada unas cuantas filas por debajo de Harry y Hermione. En un par de ocasiones, la profesora había girado la cabeza para mirarlo, y a él le había parecido que la enorme boca de sapo de la profesora se había dilatado en una sonrisa de regodeo. Aquel recuerdo hizo que Harry, tumbado a oscuras en su cama, se pusiera rojo de ira. Sin embargo, pasados unos minutos recordó que tenía que vaciar su mente de toda emoción antes de dormir, como Snape seguía ordenándole siempre al final de la clase de Oclumancia.

Lo intentó durante un momento, pero la imagen de Snape se superponía a la de la profesora Umbridge, y eso no hacía más que intensificar su profundo resentimiento. De ese modo, en lugar de vaciar su mente, se dio cuenta de que estaba concentrado en pensar lo mucho que odiaba a aquellos dos personajes. Los ronquidos de Ron fueron apagándose poco a poco, y los sustituyó el sonido de su lenta y acompasada respiración. Harry tardó mucho más que su amigo en conciliar el sueño; estaba físicamente cansado, pero le llevó un buen rato desconectar el cerebro.

Soñó que Neville y la profesora Sprout bailaban un vals en la Sala de los Menesteres mientras la profesora McGonagall tocaba la gaita. Él los observaba tranquilamente, hasta que decidía ir a buscar a los otros miembros del ED.

Pero cuando salía de la sala no se encontraba frente al tapiz de Barnabás el Chiflado, sino frente a una antorcha que ardía en un soporte, en una pared de piedra. Giraba con lentitud la cabeza hacia la izquierda, y allí, al final del pasillo sin ventanas, había una puerta negra y lisa.

Se dirigía hacia ella con una emoción cada vez mayor. Tenía la extraña sensación de que esa vez, por fin, iba a tener suerte y descubriría la forma de abrirla… Estaba a pocos palmos de ella y veía, con gran entusiasmo, que había una reluciente rendija de débil luz azulada que discurría por la parte de la derecha. La puerta estaba entreabierta. Estiraba un brazo para empujarla y…

Ron soltó un fuerte, bronco y genuino ronquido, y Harry despertó bruscamente con la mano derecha en alto y extendida en la oscuridad para abrir una puerta que estaba a cientos de kilómetros de distancia. Luego la dejó caer con una mezcla de decepción y culpabilidad. Era consciente de que no debía haber visto aquella puerta, pero al mismo tiempo lo consumía hasta tal punto la curiosidad por saber qué había detrás de ella que se enfadó con Ron. ¿No podía haber esperado un minuto más para soltar aquel ronquido?

El lunes por la mañana entraron en el Gran Comedor para desayunar en el preciso instante en que llegaban las lechuzas con el correo. Hermione no era la única que esperaba con avidez su ejemplar de *El Profeta:* casi todos los estudiantes estaban ansiosos por saber más noticias sobre los *mortífagos* fugitivos, quienes todavía no habían sido detenidos, pese a que muchas personas aseguraban haberlos visto. Entregó un *knut* a la lechuza que le dio el periódico, y lo desplegó apresuradamente mientras Harry se servía zumo de naranja; como sólo había recibido un mensaje en todo el curso, cuando la primera lechuza aterrizó con un golpe seco delante de él, creyó que se había equivocado.

—¿A quién buscas? —le preguntó apartando lánguidamente su zumo de naranja de debajo del pico de la lechuza, y se inclinó hacia delante para leer el nombre y la dirección del destinatario.

Harry Potter
Gran Comedor
Colegio Hogwarts

Harry frunció el entrecejo y se dispuso a coger la carta, pero, antes de que pudiera hacerlo, tres, cuatro y hasta cinco lechuzas más llegaron volando y se posaron al lado de la primera disputándose un sitio, al mismo tiempo que pisaban la mantequilla y tiraban el salero en sus intentos de entregarle, antes que las demás, la carta que llevaban.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Ron, asombrado, mientras los demás ocupantes de la mesa de Gryffindor se inclinaban para mirar y siete lechuzas más aterrizaban entre las anteriores, chillando, ululando y agitando las alas.

—¡Harry! —exclamó Hermione, que a continuación hundió las manos en la masa de plumas y levantó una lechuza que llevaba un paquete largo y cilíndrico—. Creo que sé lo que esto significa. ¡Abre ésta primero!

Harry retiró el envoltorio de papel de color marrón y encontró un ejemplar fuertemente enrollado del número de marzo de *El Quisquilloso.* Lo desenrolló y vio

su cara, que sonreía tímidamente en la portada. Sobre la imagen de Harry había unas grandes letras rojas que rezaban:

HARRY POTTER HABLA POR FIN:
«TODA LA VERDAD SOBRE EL-QUE-NO-DEBE-SER-NOMBRADO Y LA NOCHE QUE LO VI REGRESAR»

¿Te gusta? —le preguntó Luna, que se había acercado a la mesa de Gryffindor y se apretujaba en el banco entre Fred y Ron—. Salió ayer. Le pedí a mi padre que te enviara un ejemplar gratuito. Supongo que todo esto —añadió señalando las lechuzas, que seguían buscando un lugar frente a Harry— son cartas de los lectores.

—Lo que me imaginaba —dijo Hermione con entusiasmo—. Harry, ¿te importa si…?

—Tú misma —repuso él con expresión de desconcierto.

Ron y Hermione empezaron a abrir sobres.

—Ésta es de un tipo que cree que estás como una cabra —dijo Ron mientras leía la carta que había cogido—. Ah, bueno…

—Esta mujer te recomienda que hagas un tratamiento de hechizos de choque en San Mungo —comentó Hermione, decepcionada, y arrugó su carta.

—Pues ésta no está mal —afirmó Harry despacio, leyendo por encima una larga carta de una bruja de Paisley—. ¡Eh, dice que me cree!

—Éste está indeciso —terció Fred, que se había apuntado con entusiasmo a abrir cartas—. Dice que no cree que estés loco, pero que no le hace ninguna gracia pensar que Quien-vosotros-sabéis ha regresado y por eso ahora no sabe qué pensar. ¡Vaya, qué manera de malgastar el pergamino!

—¡A éste también lo has convencido, Harry! —exclamó Hermione, emocionada —. «Después de leer tu versión de la historia, he llegado a la conclusión de que *El Profeta* te ha tratado injustamente… Aunque no me guste pensar que El-que-no-debe-ser-nombrado ha regresado, no tengo más remedio que aceptar que dices la verdad…» ¡Es fantástico!

—Otro que cree que has perdido la cabeza —comentó Ron, y tiró una carta arrugada por encima del hombro—, pero ésta dice que la has convencido y que ahora piensa que eres un verdadero héroe; ¡hasta ha incluido una fotografía suya! ¡Toma!

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz infantil y falsamente dulzona.

Harry, que tenía las manos llenas de sobres, levantó la cabeza. La profesora Umbridge estaba de pie, detrás de Fred y de Luna, y examinaba con sus saltones ojos de sapo el revoltijo de lechuzas y cartas que había encima de la mesa, enfrente de Harry. Y él se dio cuenta de que muchos estudiantes los observaban con avidez.

—¿A qué se debe que recibas tantas cartas, Potter? —le preguntó la profesora

Umbridge lentamente.

—¿También es delito recibir correo? —inquirió Fred en voz alta.

—Ten cuidado, Weasley, o tendré que castigarte —respondió la bruja—. ¿Y bien, señor Potter?

Harry vaciló, pero no sabía cómo iba a mantener en secreto lo que había hecho; seguramente, sólo era cuestión de tiempo que un ejemplar de *El Quisquilloso* llegara a manos de la profesora Umbridge.

—La gente me escribe cartas porque me han hecho una entrevista —contestó Harry—. Sobre lo que pasó en junio.

Cuando pronunció esta frase, dirigió la vista hacia la mesa de los profesores sin saber por qué. Harry tuvo la extraña sensación de que un instante antes Dumbledore lo había estado observando, pero cuando miró al director lo vio enfrascado en una conversación con el profesor Flitwick.

—¿Una entrevista? —repitió la profesora Umbridge con una voz más aguda y alta que nunca—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que una periodista me hizo preguntas y que yo las contesté. Mire…

Y le lanzó un ejemplar de *El Quisquilloso.* La profesora Umbridge lo cogió al vuelo y se quedó contemplando la portada. Inmediatamente, su blancuzco rostro se cubrió de desagradables manchas violetas.

—¿Cuándo has hecho esto? —le preguntó con voz ligeramente temblorosa.

—En la última excursión a Hogsmeade —contestó Harry.

La profesora lo miró rabiosa mientras la revista temblaba entre sus regordetes dedos.

—Se te han acabado los fines de semana en Hogsmeade, Potter —susurró—. ¿Cómo te atreves…, cómo has podido…? —Inspiró hondo—. He intentado mil veces enseñarte a no decir mentiras. Por lo visto, todavía no has captado el mensaje. Cincuenta puntos menos para Gryffindor y otra semana de castigos.

Se marchó muy indignada, con el ejemplar de *El Quisquilloso* contra el pecho, y los estudiantes la siguieron con la mirada.

A media mañana aparecieron colgados enormes letreros por todo el colegio, no sólo en los tablones de anuncios, sino también en los pasillos y en las aulas.

Cualquier estudiante al que se sorprenda en posesión de la revista El Quisquilloso *será expulsado del colegio.*

Esta norma se ajusta al Decreto de Enseñanza n.°27.

Firmado:

Dolores Jane Umbridge
Suma Inquisidora

Por algún extraño motivo, a Hermione se le iluminaba la cara cada vez que veía uno de esos letreros.

—¿Se puede saber por qué estás tan contenta? —le preguntó Harry.

—¡Ay, Harry! ¿No lo entiendes? —exclamó Hermione—. ¡Si algo puede haber hecho la profesora Umbridge para tener la certeza absoluta de que hasta el último estudiante de este colegio lee tu entrevista, es prohibirla!

Y por lo visto Hermione tenía razón. Hacia el final del día, aunque Harry no había visto ni un trocito de *El Quisquilloso* en todo el colegio, los alumnos hablaban entre sí de la entrevista. Harry oyó que cuchicheaban mientras esperaban en fila para entrar en las aulas, y que la comentaban a la hora de comer y durante las clases; además, Hermione le informó de que las chicas también hablaban de la noticia en los lavabos cuando ella entró allí un momento antes de la clase de Runas Antiguas.

—Entonces me han visto, y como saben que te conozco, me han bombardeado a preguntas —le contó con los ojos relucientes—. Y me parece que te creen, Harry, de verdad, ¡creo que por fin los has convencido!

Entre tanto, la profesora Umbridge recorría el colegio parando a los estudiantes al azar, y les exigía que se vaciaran los bolsillos y le enseñaran los libros; Harry sabía que lo que buscaba era ejemplares de *El Quisquilloso*, pero los alumnos le llevaban ventaja: habían embrujado las páginas de la entrevista de Harry para que parecieran fragmentos de libros de texto por si las leía alguien que no fuera ellos, o las habían borrado mediante magia, y esperaban el momento adecuado para leerlas. Al poco tiempo daba la impresión de que todo el alumnado había leído la entrevista.

Los profesores tenían prohibido mencionar la entrevista según el Decreto de Enseñanza n.° 26, por supuesto, pero aun así encontraron formas de expresar lo que opinaban de ella. La profesora Sprout concedió veinte puntos a Gryffindor cuando Harry le acercó una regadera; el profesor Flitwick le puso una caja de ratones de azúcar chillones en las manos al finalizar la clase de Encantamientos, y luego dijo: «¡Chissst!» y se alejó a toda prisa; y la profesora Trelawney lloró como una histérica durante la clase de Adivinación y anunció a la desconcertada clase, y a la profesora Umbridge, que la contemplaba con gesto de desaprobación, que no era cierto que

Harry moriría prematuramente, sino que llegaría a ser muy viejo, se convertiría en ministro de Magia y tendría doce hijos.

Sin embargo, lo que hizo más feliz a Harry fue que al día siguiente Cho lo alcanzara por un pasillo cuando él se dirigía a la clase de Transformaciones, y antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, Cho le cogiera de la mano y le susurrara al oído: «Lo siento muchísimo. Esa entrevista es un verdadero acto de valentía. Me ha hecho llorar.»

Harry lamentó que Cho hubiera llorado por culpa de aquel tema, pero se alegraba mucho de que volvieran a ser amigos, y se puso aún más contento cuando Cho le dio un fugaz beso en la mejilla y se alejó corriendo. Y lo más increíble fue que, en cuanto Harry llegó al aula de Transformaciones, ocurrió algo francamente asombroso: Seamus se separó de la fila para hablar con él.

—Sólo quería decirte que te creo —masculló mirando la rodilla izquierda de Harry con los ojos entrecerrados—. Y que he enviado un ejemplar de esa revista a mi madre.

Y si algo hacía falta para redondear la felicidad de Harry, fue la reacción de Malfoy, Crabbe y Goyle. Los vio con las cabezas juntas a última hora de la tarde en la biblioteca; estaban con un chico enclenque que, según le dijo Hermione al oído, se llamaba Theodore Nott. Giraron la cabeza para mirar a Harry mientras él buscaba por las estanterías un libro sobre desaparición parcial que necesitaba: Goyle hizo crujir los nudillos, como si lo amenazara, y Malfoy le susurró algo sin duda malicioso a Crabbe. Harry sabía perfectamente por qué se comportaban así: él había identificado a sus respectivos padres como *mortífagos*.

—¡Y lo mejor de todo es que no pueden contradecirte porque no deben admitir que han leído el artículo! —dijo en voz baja Hermione, con regocijo, cuando abandonaban la biblioteca.

Por si fuera poco, a la hora de cenar, Luna le informó de que ningún otro número de *El Quisquilloso* se había agotado tan deprisa.

—¡Mi padre está haciendo una reimpresión! —le explicó a Harry con los ojos fuera de las órbitas—. ¡No puede creerlo; dice que a la gente le interesa más esta historia que la de los *snorkacks* de cuernos arrugados!

Aquella noche Harry recibió tratamiento de héroe en la sala común de Gryffindor. Fred y George, con gran osadía, le habían hecho un encantamiento de ampliación a la portada de *El Quisquilloso* y la habían colgado en la pared, de modo que la gigantesca cabeza de Harry presidía la reunión desde lo alto, y decía de vez en cuando cosas como: «LOS DEL MINISTERIO SON UNOS IMBÉCILES» o «CHÚPATE ÉSA, UMBRIDGE» con voz atronadora. Hermione no lo encontró muy divertido; dijo que le impedía concentrarse, y acabó acostándose temprano de lo fastidiada que estaba. Harry tuvo que reconocer, pasadas un par de horas, que el póster ya no resultaba tan

gracioso, sobre todo cuando empezaron a agotarse los efectos del hechizo parlante y sólo gritaba palabras inconexas, como «CHÚPATE» y «UMBRIDGE», a intervalos cada vez más frecuentes y con una voz cada vez más alta. De hecho, aquellos gritos comenzaron a producirle dolor de cabeza, y la cicatriz volvía a molestarle mucho. Al final, pese a las exclamaciones de desilusión de los estudiantes que estaban sentados a su alrededor y que le pedían que reviviera su entrevista por enésima vez, Harry anunció que él también necesitaba acostarse pronto.

Cuando llegó al dormitorio lo encontró vacío. Apoyó un momento la frente en el frío cristal de la ventana que había junto a su cama, y eso le alivió un tanto el dolor. A continuación, se desvistió y se metió en la cama con la esperanza de que se le pasara. También estaba un poco mareado. Se tumbó sobre un costado, cerró los ojos y se quedó dormido casi al instante…

Estaba de pie en una habitación oscura con cortinas, iluminada con unas pocas velas, y agarraba con ambas manos el respaldo de una silla que tenía delante. Eran unas manos blancas de largos dedos, como si no hubieran visto la luz del sol durante años, y parecían enormes y pálidas arañas contra el oscuro terciopelo de la silla. Frente a ésta, bajo la luz que proyectaban las velas, estaba arrodillado un hombre que llevaba una túnica negra.

—Al parecer me han aconsejado mal —decía Harry con una voz fría y aguda, cargada de ira.

—Os ruego que me perdonéis, amo —respondía con voz ronca el hombre que estaba arrodillado en el suelo. La luz de las velas se reflejaba en su nuca. Estaba temblando. —No te culpo a ti, Rookwood —afirmaba Harry, que seguía hablando con aquella voz fría y cruel.

Soltaba la silla, pasaba junto a ella y se acercaba al hombre que estaba encogido de miedo en el suelo, hasta situarse enfrente de él en la oscuridad, y miraba hacia abajo desde una altura mucho mayor de la habitual.

—¿Estás seguro de lo que dices, Rookwood? —preguntaba Harry.

—Sí, mi señor, sí… Yo trabajé en el Departamento después…, después de todo…

—Avery me dijo que Bode podría sacarla de allí.

—Bode jamás habría podido cogerla, amo… Bode debía de saber que no podía… Sin duda fue por eso por lo que se defendió tanto contra la maldición *Imperius* que le echó Malfoy…

—Levántate, Rookwood —susurraba Harry.

El hombre arrodillado casi se caía con las prisas por obedecer. Tenía la cara picada de viruela y la luz de las velas daba relieve a las cicatrices. Al ponerse en pie permanecía un poco encorvado, como si se hubiera quedado a media reverencia, y lanzaba miradas aterradas a Harry.

—Has hecho bien contándome eso —decía Harry—. Muy bien… Por lo visto, he

malgastado meses urdiendo planes inútiles… Pero no importa, volveremos a empezar. Cuentas con la gratitud de lord Voldemort, Rookwood.

—Sí, mi señor —contestaba éste con voz ahogada y ronca, cargada de alivio.

—Voy a necesitar tu ayuda. Voy a necesitar toda la información que puedas conseguir.

—Por supuesto, mi señor, por supuesto… Haría cualquier cosa…

—Muy bien, ya puedes irte. Envíame a Avery. —Rookwood salía caminando hacia atrás, haciendo reverencias, y desaparecía por una puerta.

Harry, a solas en la habitación en penumbra, se volvía hacia la pared, donde había colgado un viejo espejo rajado y con manchas. Harry iba hacia él. Su reflejo se hacía más grande y más nítido en la oscuridad… Veía una cara más blanca que una calavera, unos ojos rojos con unas pupilas que parecían rendijas…

—¡NOOOOOO!

—¿Qué pasa? —preguntó una voz.

Harry agitó los brazos, desesperado, se enredó en los cortinajes y cayó de la cama. Durante unos segundos no supo dónde se hallaba; estaba convencido de que volvería a ver de inmediato la cara blanca que parecía una calavera, pero entonces, muy cerca de él, la voz de Ron dijo:

—¿Quieres dejar de comportarte como un loco para que pueda sacarte de aquí?

Ron arrancó las cortinas y Harry, tumbado boca arriba y sintiendo un intenso dolor en la cicatriz, vio a su amigo bajo la luz de la luna. Ron debía de estar a punto de acostarse porque tenía un brazo fuera de la túnica.

—¿Han vuelto a atacar a alguien? —preguntó Ron al mismo tiempo que ayudaba a Harry a levantarse—. ¿A mi padre? ¿Ha sido esa serpiente otra vez?

—No, todos están bien —contestó Harry de forma entrecortada y con la frente ardiendo—. Bueno, Avery no… Él está metido en un lío… Le dio una información equivocada… Voldemort está muy enfadado…

Harry soltó un gemido y se desplomó temblando en la cama mientras se frotaba la cicatriz.

—Pero ahora Rookwood va a ayudarlo… Vuelve a estar sobre la pista correcta…

—Pero ¿de qué estás hablando? —dijo Ron, muy asustado—. ¿Insinúas… que has visto a Quien-tú-sabes?

—Yo era Quien-tú-sabes —lo corrigió Harry, y extendió las manos en la oscuridad y se las acercó a la cara para comprobar que ya no eran de un blanco mortal y que no tenían aquellos largos dedos—. Estaba con Rookwood, es uno de los *mortífagos* que se fugaron de Azkaban, ¿te acuerdas? Rookwood acaba de decirle que Bode no habría podido hacerlo.

—¿Que no habría podido hacer qué?

—Sacar algo… Dijo que Bode debía de saber que no habría podido hacerlo…

Bode estaba bajo la maldición *Imperius*… Creo que dijo que se la había echado Malfoy.

—¿Embrujaron a Bode para sacar algo de algún sitio? Pero… Harry, tiene que ser…

—El arma —confirmó él terminando la frase de Ron—. Ya lo sé.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y entraron Dean y Seamus. Harry subió las piernas a la cama. No quería que se notara que había pasado algo raro, puesto que hacía muy poco que Seamus pensaba que Harry no estaba chiflado.

—¿Qué has dicho? —murmuró Ron acercando la cabeza a la de Harry y fingiendo que se servía un poco de agua de la jarra que había en su mesilla de noche —. ¿Que eras Quien-tú-sabes?

—Sí —afirmó Harry en voz baja. Ron bebió un gran sorbo de agua que no necesitaba y Harry vio que se le derramaba por la barbilla y por el pecho.

—Harry —dijo mientras Dean y Seamus iban de aquí para allá haciendo ruido, quitándose las túnicas y hablando entre ellos—, tienes que contárselo…

—No tengo que contárselo a nadie —le contradijo su amigo de manera cortante —. No habría visto nada de todo eso si supiera hacer Oclumancia. Se supone que he aprendido a no tener esas visiones. Eso es precisamente lo que quieren.

Con el «quieren» se refería a Dumbledore. Se metió de nuevo en la cama y se tumbó sobre un costado, dándole la espalda a Ron; al cabo de un rato, oyó crujir el colchón de su amigo, que también se había acostado. Entonces a Harry empezó a arderle la cicatriz y mordió con fuerza la almohada para no hacer ningún ruido. Sabía que en algún lugar estaban castigando a Avery.

Al día siguiente, Harry y Ron esperaron hasta la hora del recreo para contarle a Hermione lo que había pasado; querían estar completamente seguros de que nadie los oiría. De pie en su rincón de siempre del frío y ventoso patio, Harry le relató su sueño con todos los detalles que pudo recordar. Cuando hubo terminado, su amiga no dijo nada durante unos momentos; se quedó mirando fijamente a Fred y George, que se paseaban sin cabeza por el otro extremo del patio mientras vendían los sombreros mágicos que llevaban escondidos debajo de las capas.

—Así que es por eso por lo que lo mataron —comentó entonces con voz queda, y apartó por fin la vista de los gemelos—. Cuando Bode intentaba robar esa arma, le ocurrió algo raro. Supongo que, para impedir que la toquen, debe de tener hechizos defensivos encima o alrededor de ella. Por eso Bode estaba en San Mungo, porque tenía el cerebro afectado y no podía hablar. Pero ¿os acordáis de lo que nos dijo la sanadora? Aseguró que se estaba recuperando. Y ellos no podían arriesgarse a que se recuperara del todo, ¿no? Quiero decir que la conmoción o lo que fuera que sufrió Bode al tocar esa arma, seguramente provocó que la maldición *Imperius* dejara de

ejercer efecto sobre él. En cuanto recobrara la voz, explicaría lo que había estado haciendo, ¿verdad? Se habría sabido que lo habían enviado a robar el arma. A Lucius Malfoy debió de resultarle fácil echarle la maldición porque se pasa la vida en el Ministerio, ¿no es así?

—Hasta estaba por allí el día que se celebró mi vista —comentó Harry—. En el… Un momento —dijo lentamente—. ¡Aquel día estaba en el pasillo del Departamento de Misterios! Tu padre, Ron, comentó que era probable que estuviera intentando colarse allí abajo y averiguar qué había pasado en mi vista, pero ¿y si…?

—¡Sturgis! —exclamó Hermione con un grito ahogado de estupefacción.

—¿Cómo dices? —preguntó Ron sin comprender.

—¡A Sturgis Podmore lo detuvieron por intentar colarse por una puerta! —exclamó Hermione con voz entrecortada—. ¡Lucius Malfoy también debió de echarle una maldición a él! Apuesto algo a que lo hizo el día que tú lo viste allí, Harry. Sturgis llevaba la capa de Moody, ¿verdad? ¿Y si estaba plantado junto a la puerta, manteniéndose invisible, y Malfoy lo oyó moverse, o adivinó que había alguien allí, o sencillamente lanzó la maldición *Imperius* para ver si por casualidad había un vigilante apostado en aquel lugar? Y en cuanto a Sturgis se le presentó una ocasión, probablemente cuando volvió a tocarle montar guardia, intentó entrar en el Departamento para robar el arma para Voldemort… Tranquilo, Ron… Pero lo pillaron y lo enviaron a Azkaban… —Hermione miró fijamente a Harry—. ¿Y ahora Rookwood le ha explicado a Voldemort cómo conseguir el arma?

—No oí toda la conversación, pero eso fue lo que me pareció —confirmó Harry —. Rookwood trabajaba allí… ¿Y si Voldemort envía a Rookwood a robarla?

Hermione asintió con la cabeza, abstraída. De repente dijo:

—Pero no debiste ver nada de todo eso, Harry.

—¿Qué? —dijo él sin comprender.

—Se supone que estás aprendiendo a cerrar tu mente a esas cosas —comentó Hermione con severidad.

—Ya lo sé, pero…

—Mira, creo que deberíamos intentar olvidar lo que has visto —añadió Hermione con firmeza—. Y a partir de ahora también deberías poner un poco más de empeño en las clases de Oclumancia.

Harry se enfadó tanto con ella que no le dirigió la palabra durante el resto del día, que nuevamente resultó ser un asco. Cuando en los pasillos no se comentaba el tema de los *mortífagos* fugados, la gente se reía de la pésima actuación de los de Gryffindor en su partido contra Hufflepuff, y los de Slytherin cantaron «A Weasley vamos a coronar» tan fuerte y tan a menudo que, antes de que el sol se pusiera, Filch, harto de la cancioncilla, la había prohibido.

La situación no mejoró con el paso de los días. Harry recibió otras dos D en

Pociones; todavía estaba en ascuas por si despedían a Hagrid, y no podía dejar de pensar en el sueño en que él era Voldemort, aunque no volvió a hablar sobre ello ni con Ron ni con Hermione porque no quería que su amiga volviera a regañarlo. Le habría encantado hablar de aquel tema con Sirius, pero eso estaba descartado, así que intentó confinar el asunto a lo más recóndito de su mente.

Aunque, por desgracia, lo más recóndito de su mente había dejado de ser un lugar seguro.

—Levántate, Potter.

Un par de semanas después de soñar con Rookwood, Harry volvía a estar arrodillado en el suelo del despacho de Snape, intentando vaciar su mente. Snape acababa de obligarlo una vez más a revivir un caudal de recuerdos muy antiguos que él ni siquiera era consciente de conservar, y la mayoría estaban relacionados con humillaciones que le habían infligido Dudley y sus compinches en la escuela primaria.

—¿Qué era ese último recuerdo? —preguntó Snape.

—No lo sé —contestó Harry, y se puso en pie cansinamente. Cada vez le resultaba más difícil desenredar los recuerdos del torrente de imágenes y sonidos que Snape le hacía evocar—. ¿Ese en que mi primo intentaba que metiera los pies en el retrete?

—No —dijo el profesor en voz baja—. Me refiero al del hombre arrodillado en medio de una habitación en penumbra.

—No es… nada —mintió Harry.

Snape taladró al muchacho con sus oscuros ojos, pero éste, recordando el comentario del profesor de que el contacto visual era indispensable para la Legeremancia, parpadeó y desvió la mirada.

—¿Qué hacen ese hombre y esa habitación dentro de tu cabeza, Potter? —insistió Snape.

—Sólo es… —balbuceó él mirando a todas partes menos a Snape—, sólo es… un sueño que tuve.

—¿Un sueño? —Hubo una pausa durante la cual Harry fijó la vista en una gran rana muerta que flotaba en un tarro lleno de un líquido de color morado—. Sabes por qué estamos aquí, ¿verdad, Potter? —le preguntó Snape con voz débil pero amenazadora—. Sabes por qué estoy sacrificando mi tiempo libre y realizo esta tediosa tarea, ¿no?

—Sí —contestó Harry fríamente.

—Recuérdame por qué estamos aquí, Potter.

—Para que pueda aprender Oclumancia —repuso él mientras miraba una anguila muerta, desafiante.

—Correcto, Potter. Y pese a lo torpe que eres —Harry miró con odio a Snape—,

creía que después de más de dos meses de clases habrías progresado algo. ¿Cuántos sueños más sobre el Señor Tenebroso has tenido?

—Sólo ése —mintió.

—A lo mejor —prosiguió Snape entrecerrando ligeramente sus fríos y oscuros ojos—, a lo mejor resulta que te gusta tener esas visiones y esos sueños, Potter. Tal vez hacen que te sientas especial, importante…

—No —repuso Harry con las mandíbulas apretadas y los dedos fuertemente cerrados alrededor de su varita mágica.

—Me alegro, Potter —dijo Snape con frialdad—, porque no eres ni especial ni importante, y no te corresponde a ti averiguar qué dice el Señor Tenebroso a sus *mortífagos*.

—No, eso le corresponde a usted, ¿verdad? —le espetó Harry.

Lo dijo sin querer, las palabras salieron por su boca impulsadas por la rabia que sentía. Se miraron fijamente; Harry estaba convencido de que había ido demasiado lejos. Pero cuando Snape habló, lo hizo con una expresión curiosa, casi de satisfacción.

—Sí, Potter —afirmó, y sus ojos destellaron—. Ese es mi trabajo. Y ahora, si estás preparado, volveremos a empezar. —Snape levantó la varita y dijo—: Uno, dos, tres, *¡Legeremens!*

Un centenar de *dementores* se abatían sobre Harry cruzando el lago de los jardines de Hogwarts… Harry hizo una mueca de concentración… Cada vez estaban más cerca… Veía los oscuros agujeros que había bajo sus capuchas… Y, sin embargo, también veía a Snape enfrente de él, que lo observaba con atención al mismo tiempo que murmuraba por lo bajo… Y la imagen de Snape cada vez era más clara, y la de los *dementores* más débil…

Harry levantó su varita.

—*¡Protego!*

Snape se tambaleó, su varita saltó por los aires, lejos de Harry, y de pronto la mente del chico se llenó de recuerdos que no eran suyos: un hombre de nariz aguileña gritaba a una mujer que se encogía de miedo, mientras un niño de cabello oscuro lloraba en un rincón… Un adolescente de cabello grasiento estaba sentado, solo, en un oscuro dormitorio, y apuntaba al techo con su varita mágica para matar moscas… Una muchacha reía mientras un chico escuálido intentaba montar en una escoba que no paraba de dar sacudidas…

—¡BASTA!

Harry sintió como si lo hubieran empujado con fuerza por el pecho; dio unos pasos hacia atrás tambaleándose, chocó contra una de las estanterías que cubrían las paredes del despacho de Snape, y oyó que algo se rompía. El profesor temblaba ligeramente y estaba muy pálido.

Harry tenía la parte de atrás de la túnica mojada. Uno de los tarros que había en la estantería contra la que había chocado se había roto, y el elemento viscoso que había dentro giraba como un remolino en el líquido que se derramaba.

—*¡Reparo!* —exclamó Snape por lo bajo, y el tarro se selló de inmediato—. Bueno, Potter, veo que vas mejorando… —Jadeando ligeramente, Snape enderezó el *pensadero* en el que había vuelto a almacenar algunos de sus pensamientos antes de iniciar la clase, como si quisiera comprobar que seguían allí—. No recuerdo haberte dicho que utilizaras un encantamiento escudo, pero no cabe duda de que ha surtido efecto…

Harry no dijo nada, pues tenía la impresión de que decir algo podría resultar peligroso. Estaba seguro de que acababa de entrar en los recuerdos de Snape, y que había contemplado algunas escenas de su infancia. Resultaba desconcertante pensar que aquel niño, que lloraba mientras veía cómo sus padres se gritaban, estaba en esos momentos de pie ante él mirándolo con ojos llenos de odio.

—Volvamos a intentarlo —dijo Snape. Harry se estremeció de miedo; estaba a punto de pagar por lo que acababa de pasar, estaba convencido de ello. Se colocaron de nuevo en sus posiciones, separados por la mesa. Harry temía que esa vez le costara mucho más vaciar su mente.

—Contaré hasta tres —le avisó Snape, y levantó la varita una vez más—. Uno, dos… —Harry no tuvo tiempo para prepararse e intentar vaciar su mente antes de que Snape gritara—: *¡Legeremens!*

Iba corriendo por el pasillo de paredes de piedra con antorchas hacia el Departamento de Misterios; la puerta negra cada vez era más grande. Corría tanto que iba a chocar contra ella; estaba a pocos palmos y volvía a ver aquella rendija de débil luz azulada.

¡La puerta se había abierto! Por fin había entrado por ella, y se encontraba en una sala circular de paredes y suelo negros, iluminada por velas de llama azul, y había más puertas a su alrededor. Tenía que seguir adelante, pero ¿cuál debía abrir?

—¡POTTER!

Harry abrió los ojos. Volvía a estar tumbado boca arriba, pero no recordaba cómo había llegado hasta allí; jadeaba como si de verdad hubiera atravesado corriendo el pasillo del Departamento de Misterios, hubiera entrado apresuradamente por la puerta negra y se hubiera encontrado en la sala circular.

—¡Explícate! —le ordenó Snape, que estaba plantado delante de él, furioso.

—No…, no sé qué ha pasado —dijo Harry con sinceridad al mismo tiempo que se levantaba. Tenía un chichón en la parte de atrás de la cabeza, del golpe que se había dado contra el suelo, y sentía como si tuviera fiebre—. Es la primera vez que lo veo. Ya se lo he dicho, he soñado otras veces con esa puerta, pero nunca se había abierto…

—¡No te esfuerzas lo suficiente! —Por algún extraño motivo, Snape parecía aún más enojado de lo que lo estaba hacía dos minutos, cuando Harry había visto los recuerdos del profesor—. Eres perezoso y descuidado, Potter, no me extraña que el Señor Tenebroso…

—¿Puede decirme una cosa, señor? —lo interrumpió Harry con renovado ímpetu —. ¿Por qué llama a Voldemort «Señor Tenebroso»? Sólo he oído a los *mortífagos* llamarlo así.

Snape despegó los labios e hizo una mueca de desdén, pero entonces se oyó gritar a una mujer fuera del despacho.

El profesor levantó la cabeza y miró hacia el techo.

—¿Qué demonios…? —masculló. Harry oyó ruidos amortiguados que provenían, al parecer, del vestíbulo. Snape miró alrededor, ceñudo—. ¿Has visto algo raro cuando venías hacia aquí, Potter?

Harry hizo un gesto negativo con la cabeza y la mujer volvió a gritar. Snape fue a grandes zancadas hacia la puerta del despacho, con la varita en ristre, y salió. Tras vacilar unos instantes, el chico lo siguió.

Los gritos, efectivamente, procedían del vestíbulo, y se hicieron más fuertes cuando Harry corrió hacia la escalera de piedra. Cuando llegó al vestíbulo, lo encontró abarrotado: los estudiantes habían salido en tropel del Gran Comedor, donde todavía se estaba sirviendo la cena, para ver qué pasaba; otros se habían amontonado en la escalera de mármol. Harry se abrió paso a empujones entre un grupo de alumnos de Slytherin, que eran muy altos, y vio que los curiosos habían formado un gran corro; algunos estaban asombrados, y otros, incluso aterrados. La profesora McGonagall se hallaba enfrente de Harry, al otro lado del vestíbulo, y daba la impresión de que lo que estaba viendo le producía un débil mareo.

La profesora Trelawney estaba de pie en medio del vestíbulo, sosteniendo la varita en una mano y una botella vacía de jerez en la otra, completamente enloquecida. Tenía el pelo de punta, las gafas se le habían torcido, de modo que uno de los ojos aparecía más ampliado que el otro, y sus innumerables chales y bufandas le colgaban desordenadamente de los hombros causando la impresión de que se le habían descosido las costuras. En el suelo, junto a ella, había dos grandes baúles, uno de ellos volcado, como si se lo hubieran lanzado desde la escalera. La profesora Trelawney miraba fijamente, con gesto de terror, algo que Harry no distinguía, pero que al parecer estaba al pie de la escalera.

—¡No! —gritó la profesora Trelawney—. ¡NO! ¡Esto no puede ser! ¡No puede ser! ¡Me niego a aceptarlo!

—¿No se imaginaba que iba a pasar esto? —preguntó una voz aguda e infantil con un deje de crueldad; Harry, que se había desplazado un poco hacia la derecha, descubrió que la aterradora visión de la profesora Trelawney no era ni más ni menos

que la profesora Umbridge—. Pese a que es usted incapaz de predecir ni siquiera el tiempo que hará mañana, debió darse cuenta de que su lamentable actuación durante mis supervisiones, y sus nulos progresos, provocarían su despido.

—¡N-no p-puede! —bramó la profesora Trelawney, a quien las lágrimas le resbalaban por las mejillas por detrás de sus enormes gafas—. ¡No p-puede despedirme! ¡Llevo d-dieciséis años aquí! ¡Hogwarts es m-mi hogar!

—Era su hogar hasta hace una hora, en el momento en que el ministro de Magia firmó su orden de despido —la corrigió la profesora Umbridge, y Harry sintió asco al ver que el placer le ensanchaba aún más la cara de sapo mientras contemplaba cómo la profesora Trelawney, que lloraba desconsoladamente, se desplomaba sobre uno de sus baúles—. Así que haga el favor de salir de este vestíbulo. Nos está molestando.

Pero la profesora Umbridge se quedó donde estaba, regodeándose con la imagen de la profesora Trelawney, que gemía, se estremecía y se mecía hacia delante y hacia atrás sobre su baúl en el paroxismo del dolor. Harry oyó un sollozo amortiguado a su izquierda y giró la cabeza. Lavender y Parvati lloraban en silencio, cogidas del brazo. Luego oyó pasos. La profesora McGonagall había salido de entre los espectadores, había ido directamente hacia la profesora Trelawney y le estaba dando firmes palmadas en la espalda al mismo tiempo que se sacaba un gran pañuelo de la túnica.

—Toma, Sybill, toma… Tranquilízate… Suénate con esto… No es tan grave como parece… No tendrás que marcharte de Hogwarts…

—¿Ah, no, profesora McGonagall? —dijo la profesora Umbridge con una voz implacable, y dio unos pasos hacia delante—. ¿Y se puede saber quién la ha autorizado para hacer esa afirmación?

—Yo —contestó una voz grave.

Las puertas de roble se habían abierto de par en par. Los estudiantes que estaban más cerca de ellas se apartaron y Dumbledore apareció en el umbral. Harry no tenía ni idea de qué debía de haber estado haciendo el director en los jardines, pero tenía un aire imponente allí plantado, como si lo enmarcara una extraña neblina nocturna. Dumbledore dejó las puertas abiertas y avanzó, dando grandes zancadas a través del corro de curiosos, hacia la profesora Trelawney, quien seguía temblando y llorando sobre su baúl, con la profesora McGonagall a su lado.

—¿Usted, profesor Dumbledore? —se extrañó la profesora Umbridge con una risita particularmente desagradable—. Me temo que no ha comprendido bien la situación. Aquí tengo —dijo, y sacó un rollo de pergamino de la túnica— una orden de despido firmada por mí y por el ministro de Magia. Según el Decreto de Enseñanza número veintitrés, la Suma Inquisidora de Hogwarts tiene poder para supervisar, poner en periodo de prueba y despedir a cualquier profesor que en su opinión, es decir, la mía, no esté al nivel exigido por el Ministerio de Magia. He decidido que la profesora Trelawney no da la talla, y la he despedido.

Para gran sorpresa de Harry, Dumbledore siguió sonriendo. Miró a la profesora Trelawney, que no dejaba de sollozar e hipar sobre su baúl, y dijo:

—Tiene usted razón, desde luego, profesora Umbridge. Como Suma Inquisidora, está en su perfecto derecho de despedir a mis profesores. Sin embargo, no tiene autoridad para echarlos del castillo. Me temo que la autoridad para hacer eso todavía la ostenta el director —dijo, e hizo una pequeña reverencia—, y yo deseo que la profesora Trelawney siga viviendo en Hogwarts.

Al escuchar las palabras de Dumbledore, la profesora Trelawney soltó una risita nerviosa que no logró disimular un hipido.

—¡No, no! ¡M-me m-marcharé, Dumbledore! M-me iré de Ho-Hogwarts y b-buscaré fortuna en otro lugar…

—No —dijo Dumbledore, tajante—. Yo deseo que usted permanezca aquí, Sybill. —Se volvió hacia la profesora McGonagall y añadió—: ¿Le importaría acompañar a Sybill arriba, profesora McGonagall?

—En absoluto —repuso ésta—. Vamos, Sybill, levántate…

La profesora Sprout salió apresuradamente de entre la multitud y agarró a la profesora Trelawney por el otro brazo. Juntas la guiaron hacia la escalera de mármol pasando por delante de la profesora Umbridge. El profesor Flitwick corrió tras ellas con la varita en ristre, gritó: *«¡Baúl locomotor!»,* y el equipaje de la profesora Trelawney se elevó por los aires y la siguió escaleras arriba. El profesor Flitwick cerraba la comitiva.

La profesora Umbridge no se había movido, y miraba de hito en hito a Dumbledore, que continuaba sonriendo con benevolencia.

—¿Y qué piensa hacer cuando yo nombre a un nuevo profesor de Adivinación que necesitará las habitaciones de la profesora Trelawney? —le preguntó la profesora Umbridge en un susurro que se oyó por todo el vestíbulo.

—¡Ah, eso no supone ningún problema! —contestó Dumbledore en tono agradable—. Verá, ya he encontrado a un nuevo profesor de Adivinación, y resulta que prefiere alojarse en la planta baja.

—¿Que ha encontrado…? —repitió la profesora Umbridge con voz chillona—. ¿Que usted ha encontrado…? Permítame que le recuerde, profesor Dumbledore, que el Decreto de Enseñanza número veintidós…

—El Ministerio sólo tiene derecho a nombrar un candidato adecuado en el caso de que el director no consiga encontrar uno —la interrumpió Dumbledore—. Y me complace comunicarle que en esta ocasión lo he conseguido. ¿Me permite que se lo presente?

Entonces se dio la vuelta hacia las puertas, que seguían abiertas y dejaban pasar la neblina. Harry oyó ruido de cascos. Un murmullo de asombro recorrió el vestíbulo, y los que estaban más cerca de las puertas se apartaron rápidamente; algunos hasta

tropezaron con las prisas por abrir camino al recién llegado.

A través de la niebla apareció un rostro que Harry ya había visto antes, una noche oscura y llena de peligros, en el Bosque Prohibido: tenía el cabello rubio, casi blanco, y los ojos de un azul espectacular; eran la cabeza y el torso de un hombre unidos al cuerpo de un caballo claro con la crin y la cola blancas.

—Le presento a Firenze —le dijo Dumbledore alegremente a la perpleja profesora Umbridge—. Creo que lo encontrará adecuado.

27
El centauro y el chivatazo

—Supongo que ahora lamentarás haberte dado de baja de Adivinación, ¿verdad, Hermione? —comentó Parvati con una sonrisita de suficiencia.

Era la hora del desayuno, dos días después del despido de la profesora Trelawney, y Parvati se estaba rizando las pestañas con la varita y examinaba el resultado en la parte de atrás de una cuchara. Aquella mañana iban a tener la primera clase con Firenze.

—Pues no, la verdad —contestó Hermione con indiferencia mientras leía *El Profeta*—. Nunca me han gustado los caballos.

Pasó la página del periódico y echó un vistazo a las columnas.

—¡No es un caballo, es un centauro! —exclamó Lavender, indignada.

—Un centauro precioso, por cierto —añadió Parvati.

—Ya, pero sigue teniendo cuatro patas —comentó Hermione fríamente—. Además, ¿vosotras dos no estabais tan disgustadas porque habían despedido a la profesora Trelawney?

—¡Y lo estamos! —le aseguró Lavender—. Fuimos a verla a su despacho y le llevamos un ramo de narcisos, y no eran de esos que graznan de la profesora Sprout,

sino unos muy bonitos.

—¿Cómo está? —preguntó Harry.

—No muy bien, pobrecilla —respondió Lavender con compasión—. Se puso a llorar y dijo que prefería marcharse para siempre del castillo a permanecer bajo el mismo techo que Dolores Umbridge, y no me extraña, porque la profesora Umbridge ha sido muy cruel con ella, ¿no os parece?

—Tengo la sospecha de que la profesora Umbridge no ha hecho más que empezar a ser cruel —dijo Hermione misteriosamente.

—Imposible —terció Ron, que se estaba zampando un gran plato de huevos con beicon—. No puede volverse peor de lo que es.

—Ya verás, intentará vengarse de Dumbledore por haber nombrado a un nuevo profesor sin consultarlo con ella —sentenció Hermione mientras cerraba el periódico —. Y más aún tratándose de un semihumano. ¿Os fijasteis en la cara que puso al ver a Firenze?

Después de desayunar, Hermione fue a su clase de Aritmancia, y Harry y Ron siguieron a Parvati y Lavender al vestíbulo, pues tenían clase de Adivinación.

—¿No hemos de subir a la torre norte? —preguntó Ron, desconcertado, al ver que Parvati no subía por la escalera de mármol.

La chica lo miró desdeñosamente por encima del hombro.

—¿Cómo quieres que Firenze suba por esa escalerilla? Ahora las clases de Adivinación se imparten en el aula once. Ayer pusieron una nota en el tablón de anuncios.

El aula once estaba en la planta baja, en el pasillo que salía del vestíbulo, al otro lado del Gran Comedor. Harry sabía que era una de las aulas que no se utilizaban con regularidad, y que por eso en ella reinaba cierto aspecto de descuido, como en un trastero o en un almacén. Por ese motivo, cuando entró detrás de Ron y se encontró en medio del claro de un bosque, se quedó momentáneamente atónito.

—Pero ¿qué…?

El suelo del aula estaba cubierto de musgo y en él crecían árboles; las frondosas ramas se abrían en abanico hacia el techo y las ventanas, y la habitación estaba llena de sesgados haces de una débil luz verde salpicada de sombras. Los alumnos que ya habían llegado al aula estaban sentados en el suelo, apoyaban la espalda en los troncos de los árboles o en piedras, y se abrazaban las rodillas o tenían los brazos cruzados firmemente sobre el pecho. Todos parecían muy nerviosos. En medio del claro, donde no había árboles, estaba Firenze.

—Harry Potter —lo saludó el centauro y extendió una mano al verlo entrar.

—Ho-hola —contestó él, y le estrechó la mano al centauro, que lo miró sin parpadear con aquellos asombrosos ojos azules suyos, pero no le sonrió—. Me alegro de verte.

—Y yo a ti —repuso Firenze inclinando su rubia cabeza—. Estaba escrito que volveríamos a encontrarnos.

Harry reparó en que Firenze tenía la sombra de un cardenal con forma de herradura en el pecho. Al volverse para sentarse con el resto de los alumnos en el suelo del aula, vio que todos lo miraban sobrecogidos; al parecer, les había impresionado mucho que tuviera tan buenas relaciones con Firenze, ante quien se sentían profundamente intimidados.

Tan pronto como se cerró la puerta y el último estudiante se hubo sentado en un tocón junto a la papelera, Firenze hizo un amplio movimiento con un brazo abarcando la sala.

—El profesor Dumbledore ha tenido la amabilidad de arreglar esta aula para nosotros imitando mi habitat natural —les explicó Firenze cuando todos estuvieron instalados—. Yo habría preferido impartir estas clases en el Bosque Prohibido, que hasta el lunes pasado era mi hogar, pero no ha sido posible…

—Perdone…, humm…, señor —dijo Parvati entrecortadamente levantando una mano—, ¿por qué no ha sido posible? Ya hemos estado allí con Hagrid y no nos da miedo.

—No es una cuestión del valor de los alumnos, sino de mi situación. No puedo regresar al bosque. Mi manada me ha desterrado.

—¿Su manada? —se extrañó Lavender con un tono que denotaba confusión, y Harry comprendió que se estaba imaginando un rebaño de vacas—. ¿Qué…? ¡Ah! —Entonces lo entendió—. ¿Hay más como usted? —preguntó, atónita.

—¿Los crió Hagrid, como a los *thestrals*? —inquirió Dean con interés. Firenze giró lentamente la cabeza hasta posar la mirada en Dean, quien se dio cuenta inmediatamente de que había hecho un comentario muy ofensivo—. Bueno…, no quería… Es decir…, lo siento —se disculpó con un hilo de voz,

—Los centauros no somos sirvientes ni juguetes de los humanos —declaró Firenze sin alterarse. Se produjo una pausa, y entonces Parvati volvió a levantar la mano.

—Perdone, señor, ¿por qué lo han desterrado los otros centauros?

—Porque he accedido a trabajar para el profesor Dumbledore —respondió Firenze—. Ellos lo consideran una traición a nuestra especie.

Entonces Harry recordó cómo, casi cuatro años atrás, el centauro Bane había insultado a Firenze por dejar que Harry montara en él para ponerse a salvo llamándolo «vulgar mula». Harry también se preguntó si habría sido Bane quien había pegado una coz a Firenze en el pecho.

—Empecemos —dijo el centauro.

Agitó su larga y blanca cola, levantó una mano hacia el toldo de hojas que tenían sobre las cabezas y luego la bajó lentamente. La luz de la sala se atenuó

inmediatamente, de modo que parecía que estaban sentados en el claro de un bosque al anochecer, y aparecieron estrellas en el techo. Hubo exclamaciones y gritos contenidos de asombro, y Ron dijo en voz alta: «¡Caramba!»

—Tumbaos en el suelo —les indicó Firenze con voz sosegada— y observad el cielo. En él está escrito, para los que saben ver, el destino de nuestras razas. —Harry se echó sobre la espalda y miró al techo. Una titilante estrella roja le hacía guiños desde lo alto—. Ya sé que en la clase de Astronomía habéis estudiado los nombres de los planetas y de sus lunas —prosiguió Firenze con voz queda—, y que habéis trazado la trayectoria de las estrellas por el firmamento. Los centauros llevamos siglos desentrañando los misterios de esos movimientos. Nuestros hallazgos nos han demostrado que el futuro se puede vislumbrar en el cielo…

—¡La profesora Trelawney nos daba Astrología! —exclamó Parvati levantando la mano—. Marte causa accidentes, quemaduras y cosas así, y cuando forma un ángulo con Saturno, como ahora —trazó un ángulo recto en el aire—, significa que hay que extremar las precauciones al manejar cosas calientes…

—Eso son tonterías de los humanos —dijo Firenze con serenidad. La mano de Parvati descendió con languidez—. Daños triviales, pequeños accidentes humanos —continuó el centauro, y sus cascos se oyeron sobre el húmedo musgo del suelo—. En el contexto del universo, esas cosas no tienen más relevancia que los correteos de las hormigas, y no les afectan los movimientos planetarios.

—La profesora Trelawney… —empezó a decir Parvati, dolida e indignada.

—… es un ser humano —la atajó Firenze escuetamente—. Y por lo tanto está cegada y coartada por las limitaciones de vuestra especie.

Harry ladeó ligeramente la cabeza para mirar a Parvati, que parecía muy ofendida, como muchos de sus compañeros.

—Quizá Sybill Trelawney pueda predecir, no lo sé —prosiguió Firenze, y Harry volvió a oír el susurro de su cola mientras se paseaba ante ellos—, pero en general pierde el tiempo con esas estupideces halagadoras que los humanos llamáis «leer el futuro». En cambio, yo estoy aquí para explicaros la sabiduría de los centauros, que es impersonal e imparcial. Nosotros buscamos en el cielo las grandes corrientes del mal y los cambios que a veces están escritos en él. Podemos tardar cien años en estar seguros de lo que estamos viendo. —Firenze señaló la estrella roja que Harry tenía justo encima—. En la década pasada vimos indicios de que los magos vivían un periodo de calma entre dos guerras. Marte, el rey de la guerra, brilla intensamente sobre nosotros, lo cual sugiere que la batalla podría volver a estallar pronto. Los centauros podemos intentar predecir cuándo sucederá quemando ciertas hierbas y hojas, y observando el humo y las llamas…

Fue la clase más inusual a la que Harry había asistido jamás. Quemaron salvia y malva dulce en el suelo, y Firenze los invitó a buscar ciertas formas y algunos

símbolos en el acre humo que se desprendía de las hierbas, pero no pareció que le preocupara ni lo más mínimo que ninguno de los alumnos viera los signos que él describía. Contó que los humanos no eran muy buenos en aquel arte y que los centauros habían tardado muchos años en dominarlo; concluyó diciendo que de todos modos era una tontería poner demasiada fe en aquellas cosas, porque hasta los centauros se equivocaban a veces al interpretarlas. Firenze no se parecía a ningún profesor humano que Harry hubiera tenido hasta entonces. Daba la impresión de que su prioridad no era enseñarles lo que él sabía, sino hacerles comprender que nada, ni siquiera los conocimientos de los centauros, era infalible.

—No se define mucho, ¿verdad? —comentó Ron en voz baja mientras apagaban el fuego de la malva dulce—. A mí no me importaría saber algo más sobre esa guerra que está a punto de estallar.

Sonó la campana que había en el pasillo, junto a la puerta del aula, y todos se sobresaltaron; Harry había olvidado por completo que todavía estaban dentro del castillo y habría jurado que estaba en el Bosque Prohibido. Los alumnos salieron en fila con cara de perplejidad.

Harry y Ron se disponían a seguir a sus compañeros cuando Firenze dijo:

—Harry Potter, un momento, por favor.

Harry se dio la vuelta. El centauro avanzó un poco hacia él y Ron vaciló.

—Puedes quedarte —le dijo Firenze—. Pero cierra la puerta, por favor.

Ron se apresuró a obedecer.

—Harry Potter, eres amigo de Hagrid, ¿verdad? —le preguntó el centauro.

—Sí —afirmó él.

—Entonces dale este aviso de mi parte: sus intentos no están dando resultado. Más le valdría abandonar.

—¿Sus intentos no están dando resultado? —repitió Harry sin comprender.

—Y más le valdría abandonar —puntualizó Firenze asintiendo con la cabeza—. Si pudiera avisaría yo mismo a Hagrid, pero me han desterrado; no sería prudente por mi parte acercarme demasiado al bosque precisamente ahora. Hagrid ya tiene bastantes problemas, y sólo le faltaría una batalla de centauros.

—Pero… ¿qué es lo que intenta hacer Hagrid? —preguntó Harry con inquietud.

Firenze miró a Harry sin inmutarse.

—Últimamente Hagrid me ha prestado gran ayuda —contestó Firenze—, y hace mucho tiempo que se ganó mi respeto por el cuidado que dedica a todas las criaturas vivientes. No voy a revelar su secreto. Pero hay que hacerle entrar en razón. Sus intentos no están dando resultado. Díselo, Harry Potter. Que pases un buen día.

La felicidad que Harry había sentido tras la publicación de la entrevista en *El Quisquilloso* ya se había evaporado. El grisáceo mes de marzo dejó paso a un

borrascoso abril, y la vida de Harry parecía haberse convertido de nuevo en una larga serie de preocupaciones y problemas.

La profesora Umbridge había seguido asistiendo a todas las clases de Cuidado de Criaturas Mágicas, de modo que a Harry le había resultado muy difícil transmitir a Hagrid la advertencia de Firenze. Por fin, un día consiguió hacerlo fingiendo que había perdido su ejemplar de *Animales fantásticos y dónde encontrarlos* y volvió sobre sus pasos cuando ya había terminado la clase. Al dar el mensaje de Firenze a Hagrid, éste lo miró un momento con los hinchados y amoratados ojos como si se hubiera sorprendido. Pero luego recobró la compostura.

—Firenze es un gran tipo —afirmó con brusquedad—, pero de esto no entiende nada. Mis intentos están dando muy buenos resultados.

—¿Qué te traes entre manos, Hagrid? —le preguntó Harry poniéndose serio—. Tienes que andarte con cuidado porque la profesora Umbridge ya ha despedido a la profesora Trelawney, y si quieres saber mi opinión, creo que no va a haber quien la pare. Si se entera de que estás haciendo algo que no deberías, te va a…

—Hay cosas más importantes que conservar el empleo —lo interrumpió Hagrid, aunque, cuando lo dijo, le temblaron ligeramente las manos y se le cayó al suelo un cuenco lleno de excrementos de *knarl*—. No sufras por mí, Harry. Y ahora vete, sé bueno.

Harry no tuvo más remedio que dejar a Hagrid recogiendo el estiércol del suelo de su cabaña, pero mientras se dirigía hacia el castillo se sintió muy desanimado.

Entre tanto, los TIMOS cada vez estaban más cerca, algo que los profesores y Hermione seguían recordando a los alumnos. Todos los de quinto estaban más o menos estresados, pero Hannah Abbott fue la primera en recibir una pócima calmante de la señora Pomfrey, después de echarse a llorar durante la clase de Herbología y afirmar, entre sollozos, que era demasiado tonta para aprobar los exámenes y que quería marcharse cuanto antes del colegio.

Harry estaba convencido de que, de no haber sido por las reuniones del ED, se habría sentido terriblemente desgraciado. A veces tenía la sensación de que sólo vivía para las horas que pasaba en la Sala de los Menesteres; allí trabajaba duro, pero al mismo tiempo se divertía muchísimo y se enorgullecía al contemplar a los otros miembros del ED y comprobar cuánto habían progresado. En ocasiones Harry se preguntaba cómo reaccionaría la profesora Umbridge cuando los miembros del ED recibieran un «Extraordinario» en sus TIMOS de Defensa Contra las Artes Oscuras.

Por fin habían empezado a trabajar en los encantamientos *patronus*, que todos estaban deseando practicar pese a que, como Harry insistía en recordarles, no era lo mismo lograr que un *patronus* apareciera en medio de un aula intensamente iluminada y sin estar bajo ninguna amenaza, que conseguir que apareciera si se tenían que enfrentar a algo similar a un *dementor*.

—No seas aguafiestas —dijo Cho alegremente mientras contemplaba su plateado *patronus* con forma de cisne, que volaba por la Sala de los Menesteres durante la última reunión antes de las vacaciones de Pascua—. ¡Son tan bonitos!

—Lo que importa no es que sean bonitos —repuso Harry pacientemente—, sino que te protejan. Lo que necesitamos es un *boggart* o algo parecido; así fue como aprendí yo: tuve que invocar un *patronus* mientras el *boggart* se hacía pasar por un *dementor*.

—¡Uy, qué miedo! —comentó Lavender, que disparaba bocanadas de humo por el extremo de su varita—. ¡Y yo sigo… sin… conseguirlo! —añadió con enfado.

Neville también tenía problemas. Estaba muy concentrado, pero de la punta de su varita sólo salían unas débiles volutas de humo plateado.

—Tienes que pensar en algo alegre —le recordó Harry.

—Ya lo intento —dijo Neville, desanimado; se estaba esforzando tanto que el sudor brillaba en su redonda cara.

—¡Mira, Harry, creo que lo estoy logrando! —gritó Seamus, a quien Dean había llevado por primera vez a una reunión del ED—. ¡Mira…! ¡Oh, ha desaparecido! Pero ¡era una cosa peluda, Harry!

El *patronus* de Hermione, una reluciente nutria plateada, retozaba a su alrededor.

—Son bonitos, ¿verdad? —comentó la chica mirando al animal con cariño.

En ese momento la puerta de la Sala de los Menesteres se abrió y volvió a cerrarse. Harry se dio la vuelta para ver quién había entrado, pero no vio a nadie. Tardó un instante en darse cuenta de que los alumnos que estaban cerca de la puerta se habían quedado callados. Entonces algo le tiró de la túnica a la altura de las rodillas. Miró hacia abajo y se llevó una sorpresa al ver a Dobby, el elfo doméstico, que lo contemplaba desde debajo de los ocho gorros de lana que no se quitaba ni para dormir.

—¡Hola, Dobby! —exclamó Harry—. ¿Qué haces? ¿Qué pasa?

El elfo lo miraba con ojos desorbitados; estaba temblando de miedo. Los miembros del ED que estaban más cerca de Harry se habían quedado mudos y todos contemplaban a Dobby. Los pocos *patronus* que los alumnos habían conseguido se disolvieron en una neblina plateada, y la habitación quedó mucho más oscura que antes.

—Harry Potter, señor… —chilló el elfo, que temblaba de pies a cabeza—. Harry Potter, señor… Dobby ha venido a avisarlo…, pero a los elfos domésticos les han advertido que no digan…

Se lanzó de cabeza contra la pared. Harry, que conocía bien la costumbre de Dobby de autocastigarse, intentó sujetarlo, pero el elfo rebotó en la piedra, protegido por sus ocho gorros. Hermione y algunas chicas soltaron gritos de miedo y pena.

—¿Qué ha pasado, Dobby? —le preguntó Harry mientras lo agarraba por el

delgado brazo y lo apartaba de cualquier cosa con la que pudiera intentar hacerse daño.

—Harry Potter, ella…, ella…

Dobby se golpeó fuertemente la nariz con el puño que tenía libre y Harry se lo sujetó también.

—¿Quién es «ella», Dobby?

Aunque Harry creía que sabía de quién se trataba; sólo había una persona que pudiera inspirarle tanto temor a Dobby. El elfo levantó la cabeza, lo miró poniéndose un poco bizco y movió los labios, pero sin articular ningún sonido.

—¿La profesora Umbridge? —preguntó Harry, horrorizado. Dobby asintió, y a continuación intentó golpearse la cabeza contra las rodillas de Harry, pero él estiró los brazos y lo mantuvo alejado de su cuerpo—. ¿Qué pasa con ella, Dobby? ¿Estás insinuando que ha descubierto esta…, que nosotros…, el ED? —Leyó la respuesta en el afligido rostro del elfo. Como Harry seguía sujetándole las manos, Dobby intentó darse una patada y cayó al suelo de rodillas—. ¿Viene hacia aquí? —inquirió Harry rápidamente.

Dobby soltó un alarido y exclamó:

—¡Sí, Harry Potter, sí!

Harry se enderezó y echó un vistazo a los inmóviles y aterrados alumnos que miraban al elfo, que no paraba de retorcerse.

—¿A QUÉ ESPERÁIS? —gritó—. ¡CORRED!

Entonces todos salieron disparados hacia la puerta, formando una marabunta, y empezaron a marcharse precipitadamente de la sala. Harry los oyó correr por los pasillos y confió en que tuvieran la prudencia de no intentar llegar hasta sus dormitorios. Sólo eran las nueve menos diez; ojalá se refugiaran en la biblioteca o en la lechucería, que quedaban más cerca…

—¡Vamos, Harry! —gritó Hermione desde el centro del grupo de alumnos que peleaban por salir.

Harry levantó en brazos a Dobby, que todavía intentaba lastimarse, y corrió con él para unirse a sus compañeros.

—Dobby, esto es una orden: baja a la cocina con los otros elfos, y si ella te pregunta si me has avisado, miente y di que no —dijo Harry—. ¡Y te prohibo que te hagas daño! —añadió, y cuando por fin cruzó el umbral, soltó al elfo y cerró la puerta tras él.

—¡Gracias, Harry Potter! —chilló Dobby, y echó a correr a toda pastilla.

Harry miró a derecha e izquierda; los otros corrían tanto que sólo alcanzó a ver un par de talones que doblaban cada una de las esquinas del pasillo antes de desaparecer; él se dirigió velozmente hacia la derecha; un poco más allá había un lavabo de chicos, y si conseguía llegar hasta él podría fingir que había estado allí todo el tiempo…

—¡AAAYYY!

Algo se había enroscado en sus tobillos, y Harry cayó estrepitosamente al suelo y resbaló boca abajo unos dos metros antes de detenerse. Oyó que alguien reía detrás de él. Se colocó boca arriba y vio a Malfoy escondido en una hornacina, bajo un espantoso jarrón con forma de dragón.

—¡Embrujo zancadilla, Potter! —dijo—. ¡Eh, profesora! ¡PROFESORA! ¡Ya tengo a uno!

La profesora Umbridge apareció jadeando por un extremo del pasillo, pero con una sonrisa de placer en los labios.

—¡Es él! —exclamó con júbilo al ver a Harry en el suelo—. ¡Excelente, Draco, excelente! ¡Muy bien! ¡Cincuenta puntos para Slytherin! Voy a sacarlo de aquí… ¡Levántate, Potter! —Harry se puso en pie y los miró con odio a los dos. Jamás había visto tan feliz a la profesora Umbridge, que lo agarró fuertemente por un brazo y se volvió, sonriendo de oreja a oreja, hacia Malfoy—. Corre a ver si atrapas a unos cuantos más, Draco —le ordenó—. Di a los otros que busquen en la biblioteca, a ver si encuentran a alguien que se haya quedado sin aliento. Mirad en los lavabos, la señorita Parkinson puede encargarse del de las chicas. ¡Deprisa! Y tú —añadió adoptando un tono aún más amenazador de lo habitual, mientras Malfoy se alejaba—, tú vas a venir conmigo al despacho del director, Potter.

Al cabo de unos minutos estaban frente a la gárgola de piedra. A Harry le habría gustado saber a cuántos más habían atrapado. Pensó en Ron (la señora Weasley iba a matarlo) y en cómo se sentiría Hermione si la expulsaban antes de que pudiera hacer sus TIMOS. Y aquélla había sido la primera reunión de Seamus… Y Neville estaba mejorando tanto…

—¡Meigas fritas! —entonó la profesora Umbridge; la gárgola de piedra se apartó de un brinco, la pared que había detrás se abrió y Harry y la bruja subieron por la escalera móvil de piedra.

Enseguida llegaron a la brillante puerta con la aldaba en forma de grifo, pero la profesora Umbridge no se tomó la molestia de llamar, sino que entró directamente en el despacho dando grandes zancadas y sin soltar a Harry.

El despacho estaba lleno de gente. Dumbledore estaba sentado detrás de su mesa, con expresión serena y con las yemas de los largos dedos juntas. La profesora McGonagall estaba de pie, inmóvil, a su lado, con un aspecto muy tenso. Cornelius Fudge, ministro de Magia, se balanceaba hacia delante y hacia atrás sobre las puntas de los pies, junto al fuego, inmensamente complacido, al parecer, con la situación; Kingsley Shacklebolt y un mago de aspecto severo con pelo canoso, áspero y muy corto, al que Harry no reconoció, estaban situados a ambos lados de la puerta, como dos guardianes, y Percy Weasley, pecoso y con gafas, como siempre, andaba nervioso de un lado para otro junto a la pared con una pluma y un grueso rollo de pergamino

en las manos, preparado para tomar notas.

Esa noche los retratos de antiguos directores y directoras no se hacían los dormidos. Todos estaban alerta y muy serios observando lo que ocurría en el despacho. Cuando entró Harry, unos cuantos saltaron a los cuadros vecinos e hicieron comentarios al oído de sus ocupantes.

Harry se soltó de la profesora Umbridge en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Cornelius Fudge lo fulminó con la mirada; la expresión de su rostro denotaba una especie de cruel satisfacción.

—Vaya, vaya —dijo.

Harry respondió con la mirada más asesina de que fue capaz. El corazón le latía con violencia en el pecho, pero tenía la mente fría y clara.

—Potter volvía a la torre Gryffindor —explicó la profesora Umbridge. Había un deje de indecente emoción en su voz, el mismo placer cruel que Harry había detectado en la voz de la bruja mientras veía llorar a lágrima viva a la profesora Trelawney en el vestíbulo—. Malfoy lo ha acorralado.

—¿Ah, sí? —dijo Fudge, agradecido—. Que no me olvide de decírselo a Lucius. Bueno, Potter… Supongo que ya sabes por qué estás aquí.

Harry estaba decidido a responder con un desafiante «Sí»; había despegado los labios y estaba a punto de pronunciar aquella palabra cuando vio la cara de Dumbledore. El director no miraba directamente a Harry, sino que tenía los ojos fijos en un punto situado sobre sus hombros, pero, cuando el muchacho lo observó, el director movió un milímetro la cabeza hacia uno y otro lado. Harry se corrigió justo a tiempo:

—S… No.

—¿Cómo dices? —preguntó Fudge.

—No —repitió Harry con firmeza.

—¿No sabes por qué estás aquí?

—No, no lo sé —declaró Harry.

Fudge miró con incredulidad a la profesora Umbridge. Harry aprovechó aquel momento de distracción del ministro para desviar fugazmente la mirada hacia Dumbledore, quien, con los ojos fijos en la alfombra, hizo un levísimo movimiento afirmativo con la cabeza y un breve guiño.

—De modo que no tienes ni idea de por qué la profesora Umbridge te ha traído a este despacho —prosiguió Fudge con una voz cargada de sarcasmo—. ¿No eres consciente de haber violado ninguna norma del colegio?

—¿Norma del colegio? —se extrañó Harry—. No.

—¿Ni ningún decreto ministerial? —puntualizó Fudge con enojo.

—Que yo sepa, no —contestó él con suavidad. El corazón seguía latiéndole muy deprisa. Valía la pena decir aquellas mentiras sólo para observar cómo a Fudge le

aumentaba la presión sanguínea, pero Harry no veía cómo demonios iba a salirse con la suya; si alguien le había dado un chivatazo a la profesora Umbridge y le había hablado del ED, él, que era el líder, ya podía empezar a preparar su baúl.

—Entonces, ¿no sabes que hemos descubierto una organización estudiantil ilegal en este colegio? —continuó Fudge con una voz cargada de profunda ira.

—No, no lo sabía —aseguró Harry fingiendo inocencia y sorpresa; pero la expresión de su cara no resultaba muy convincente.

—Creo, señor ministro —intervino la profesora Umbridge con voz melosa—, que ahorraríamos tiempo si fuera a buscar a nuestra informadora.

—Sí, sí, claro —afirmó Fudge, y miró maliciosamente a Dumbledore mientras la bruja salía del despacho—. No hay nada como un buen testigo, ¿verdad, Dumbledore?

—Nada, Cornelius —dijo el director con gravedad, e inclinó la cabeza.

Esperaron unos minutos, y durante ese tiempo nadie miró a nadie; entonces Harry oyó que la puerta se abría detrás de él. La profesora Umbridge entró en el despacho y pasó por su lado, sujetando por el hombro a Marietta, la amiga de pelo rizado de Cho, que se tapaba la cara con las manos.

—No tengas miedo, querida, no pasa nada —le aseguró la profesora Umbridge con ternura, dándole unas palmaditas en la espalda—. Tranquila, tranquila. Has hecho lo que tenías que hacer. El ministro está muy contento contigo. Le dirá a tu madre lo bien que te has portado. La madre de Marietta, señor ministro —añadió dirigiéndose a Fudge—, es Madame Edgecombe, del Departamento de Transportes Mágicos, Oficina de la Red Flu. Ha sido ella quien nos ha ayudado a vigilar las chimeneas de Hogwarts.

—¡Estupendo, estupendo! —exclamó Fudge, entusiasmado—. De tal palo, tal astilla, ¿eh? Bueno, querida, mírame, no seas tímida. Cuéntanos qué es lo que… ¡Gárgolas galopantes!

Cuando Marietta levantó la cabeza, Fudge pegó un salto hacia atrás, horrorizado, y estuvo a punto de caer al fuego de la chimenea. Maldijo en voz alta y le tuvo que dar un pisotón al dobladillo de su capa, que había empezado a humear. Marietta soltó un gemido y se levantó el cuello de la túnica hasta la altura de los ojos, pero todos habían visto ya que tenía la cara completamente desfigurada por una apretada franja de pústulas moradas que le cubrían la nariz y las mejillas formando la palabra «CHIVATA».

—Ahora no te preocupes por los granos, querida —dijo la profesora Umbridge con impaciencia—. Quítate la túnica de la boca y cuéntale al ministro… —Pero Marietta emitió otro amortiguado gemido y movió con energía la cabeza haciendo un gesto negativo—. Está bien, boba, ya se lo contaré yo —le espetó la profesora, quien volvió a dibujar su repugnante sonrisa y dijo—: Verá, señor ministro, la señorita

Edgecombe ha venido a mi despacho esta noche, poco después de la cena, y me ha comunicado que tenía que contarme una cosa. Me ha dicho que si iba a una sala secreta que hay en el séptimo piso, conocida como la Sala de los Menesteres, descubriría algo que me convenía saber. Le he formulado unas cuantas preguntas y ella ha reconocido que allí iba a celebrarse una especie de reunión. Desgraciadamente, en ese preciso instante ha entrado en funcionamiento este maleficio —señaló con desdén la cara tapada de Marietta—, y al verse la cara en mi espejo, la niña se ha alterado tanto que no ha podido explicarme nada más.

—Muy bien —dijo Fudge, y dirigió a Marietta una mirada que pretendía ser amable y paternal—, has sido muy valiente, querida, yendo a contárselo a la profesora Umbridge. Has hecho precisamente lo que tenías que hacer. Y ahora, ¿quieres explicarme qué ha pasado en esa reunión? ¿Cuál era su propósito? ¿Quién participaba en ella? —Pero Marietta, que tenía los ojos muy abiertos y cara de susto, se negó a hablar y se limitó a negar de nuevo con la cabeza—. ¿No tenemos ningún contraembrujo para esto? —le preguntó Fudge a la profesora Umbridge, impaciente, señalando el rostro de Marietta—. ¿Para que podamos hablar con libertad?

—Todavía no lo he encontrado —admitió de mala gana la profesora Umbridge, y Harry se sintió orgulloso del dominio que Hermione tenía de los embrujos—. Pero no importa que la niña no quiera hablar. Yo puedo relatar el resto de la historia. Como recordará, señor ministro, en octubre le envié un informe en el que explicaba que Potter se había reunido con unos cuantos compañeros suyos en el pub Cabeza de Puerco de Hogsmeade…

—¿Y qué pruebas tiene de eso? —la interrumpió la profesora McGonagall.

—Tengo el testimonio de Willy Widdershins, Minerva, que casualmente se encontraba en el pub en ese momento. Iba vendado de pies a cabeza, no lo niego, pero eso no le impedía oír —respondió la profesora Umbridge con petulancia—. Oyó todo lo que dijo Potter y se apresuró a venir al colegio para contarme…

—¡Ah, de modo que por eso no lo procesaron por poner los inodoros regurgitantes! —se indignó la profesora McGonagall arqueando las cejas—. ¡Qué gran ejemplo del funcionamiento de nuestro sistema judicial!

—¡Escándalo! ¡Corrupción! —bramó el retrato del mago corpulento de nariz roja que estaba colgado en la pared detrás de la mesa de Dumbledore—. ¡En mis tiempos el Ministerio no hacía tratos con pequeños delincuentes, no, señor!

—Gracias, Fortescue, ya basta —dijo Dumbledore con voz queda.

—El propósito de la reunión de Potter con esos estudiantes —continuó la profesora Umbridge— era convencerlos de que entraran a formar parte de una asociación ilegal, cuyo objetivo era estudiar hechizos y maldiciones que el Ministerio ha catalogado de inapropiados para su edad…

—Creo que comprobará que en eso se equivoca, Dolores —terció Dumbledore

con serenidad mientras la miraba por encima de las gafas de media luna, que se le apoyaban hacia la mitad de la torcida nariz.

Harry observó al director. No veía cómo Dumbledore iba a salvarlo de aquel lío; si era verdad que Willy Widdershins había oído todo lo que él había dicho en Cabeza de Puerco, no tenía escapatoria.

—¡Aja! —explotó Fudge, que volvía a balancearse sobre la punta de los pies—. ¡Sí, oigamos el último cuento chino pensado para sacarle las castañas del fuego a Potter! Adelante, Dumbledore, adelante… Willy Widdershins mintió, ¿no? ¿O era el gemelo de Potter el que estaba en Cabeza de Puerco aquel día? ¿O esta vez hay también una sencilla explicación en la que intervienen una inversión en el tiempo, un muerto que resucita y un par de *dementores* invisibles?

Percy Weasley soltó una sonora carcajada.

—¡Muy bueno, señor ministro, muy bueno! —exclamó.

A Harry le habría encantado pegarle una patada. Entonces percibió, para su gran asombro, que Dumbledore también sonreía discretamente.

—Cornelius, no voy a negar, y estoy seguro de que Harry tampoco, que él estuvo en Cabeza de Puerco aquel día, ni que intentaba reclutar a estudiantes para formar un grupo para aprender hechizos y maldiciones. Me limitaba a señalar que Dolores se equivoca al afirmar que el grupo era ilegal en ese momento. Si haces memoria recordarás que el decreto ministerial que prohibía toda asociación estudiantil no entró en vigor hasta dos días después de que Harry celebrara esa reunión en Hogsmeade, y por lo tanto en Cabeza de Puerco no se violó ninguna norma.

Percy se quedó como si le hubieran tirado un cubo de agua helada por la cabeza. Fudge, por su parte, se quedó inmóvil a medio balanceo con la boca abierta.

La profesora Umbridge fue la primera en recuperarse.

—Todo eso está muy bien, señor director —dijo con una dulce sonrisa—, pero ya han pasado casi seis meses desde la entrada en vigor del Decreto de Enseñanza número veinticuatro. Aunque la primera reunión no fuera ilegal, sí lo han sido las que se han celebrado posteriormente.

—Bueno —admitió Dumbledore mirándola con educación e interés por encima de los entrelazados dedos—, lo serían, en efecto, si hubieran continuado después de la entrada en vigor del decreto. ¿Tiene usted alguna prueba de que esas reuniones hayan seguido celebrándose?

Mientras Dumbledore hablaba, Harry oyó un murmullo detrás de él y como si Kingsley susurrara. Habría jurado que también notaba algo que le rozaba el costado, algo muy suave, como una corriente de aire o un ala, pero miró hacia abajo y no vio nada.

—¿Alguna prueba? —repitió la profesora Umbridge con aquella espantosa y ancha sonrisa de sapo—. ¿Acaso no nos ha estado escuchando, Dumbledore? ¿Por

qué cree que hemos llamado a la señorita Edgecombe?

—Ah, ¿es que puede hablarnos ella de seis meses de reuniones? —preguntó Dumbledore arqueando las cejas—. Tenía la impresión de que sólo nos estaba informando sobre una reunión que se celebraba esta noche.

—Señorita Edgecombe —se apresuró a decir la profesora Umbridge—, dinos desde cuándo se celebran esas reuniones, querida. Si quieres puedes limitarte a negar o a afirmar con la cabeza, estoy segura de que eso no hará que te salgan más granos. ¿Se han celebrado regularmente durante los seis últimos meses? —A Harry se le encogió el estómago. Ya estaba, habían llegado a un callejón sin salida, y ni siquiera Dumbledore iba a poder deshacer aquella sólida prueba en su contra— Di sí o no con la cabeza, querida —le indicó persuasivamente la profesora Umbridge a Marietta—. Ánimo, eso no reactivará el embrujo.

Todos los presentes miraron la parte superior de la cara de Marietta. Sólo se le veían los ojos, entre la túnica levantada y el rizado flequillo. Quizá fuera un efecto de la luz del fuego de la chimenea, pero sus ojos tenían una expresión ausente. Y entonces, para gran sorpresa de Harry, Marietta negó con la cabeza.

La profesora Umbridge miró rápidamente a Fudge y luego volvió a mirar a Marietta.

—Creo que no has entendido bien la pregunta, ¿verdad, querida? Te estoy preguntando si has asistido a esas reuniones durante los seis últimos meses. Sí, ¿verdad? —Marietta volvió a negar con la cabeza—. ¿Qué quieres decir con ese gesto? —inquirió la profesora Umbridge con mal genio.

—A mí me parece que está clarísimo —terció la profesora McGonagall con aspereza—. Que no ha habido reuniones secretas en los seis últimos meses. ¿Es eso correcto, señorita Edgecombe?

Marietta asintió.

—Pero ¡esta noche ha habido una reunión! —gritó furiosa la profesora Umbridge —. ¡Ha habido una reunión en la Sala de los Menesteres, tú misma me lo has dicho, Edgecombe! Y Potter era el jefe, ¿no?, Potter la organizó, Potter… ¿Por qué sigues negando con la cabeza, niña?

—Bueno, normalmente, cuando alguien mueve la cabeza de un lado a otro significa «No» —apuntó la profesora McGonagall con frialdad—. Así que, a menos que la señorita Edgecombe esté utilizando un lenguaje de signos que los humanos todavía no conocemos…

La profesora Umbridge agarró a Marietta por los hombros, la hizo girar para colocarla frente a ella y empezó a zarandearla con brusquedad. Dumbledore se puso en pie de inmediato con la varita levantada; Kingsley dio un paso adelante y la profesora Umbridge soltó a la chica y se apartó de ella agitando las manos, como si se las hubiera quemado.

—No puedo permitir que maltrate a mis alumnos, Dolores —afirmó Dumbledore, que, por primera vez, parecía enfadado.

—Haga el favor de calmarse, Madame Umbridge —dijo Kingsley con su lenta y grave voz—. Supongo que no querrá meterse en problemas, ¿no?

—Sí —dijo la profesora Umbridge, jadeante, y levantó la cabeza hacia la altísima figura de Kingsley—. Es decir, no… Tiene razón, Shacklebolt, es que… he perdido el control.

Marietta se había quedado exactamente donde la profesora Umbridge la había soltado. No parecía alterada por el repentino ataque de la profesora ni aliviada porque la hubiera soltado; seguía sujetando el cuello de su túnica bajo sus ojos ausentes, y miraba fijamente hacia delante.

De pronto Harry tuvo una sospecha relacionada con el susurro de Kingsley y con aquella cosa que había notado pasar a su lado.

—Dolores —dijo Fudge, como si intentara zanjar definitivamente el asunto—, la reunión de esta noche, la que estamos seguros de que se ha celebrado…

—Sí —repuso la profesora Umbridge serenándose—, sí… Bueno, la señorita Edgecombe me avisó y yo me dirigí de inmediato al séptimo piso, acompañada por ciertos alumnos dignos de confianza, para sorprender a los que participaban en la reunión. Sin embargo, al parecer se los previno de mi visita, porque, cuando llegamos al séptimo piso, los vimos correr por los pasillos en todas direcciones. Pero no importa. Tengo sus nombres, pues pedí a la señorita Parkinson que entrara en la Sala de los Menesteres para ver si se habían dejado algo allí. Necesitábamos pruebas, y la sala nos las ha proporcionado. —Harry vio, horrorizado, cómo la profesora Umbridge se sacaba del bolsillo la lista de nombres que habían colgado en la pared de la Sala de los Menesteres, y se la entregaba a Fudge—. En cuanto vi el nombre de Potter en la lista comprendí de qué iba el asunto —añadió con voz queda.

—Excelente —dijo Fudge, y exhibió una sonrisa de oreja a oreja—. Excelente, Dolores. Y… ¡rayos y truenos! —Miró a Dumbledore, que seguía de pie junto a Marietta, con la varita en la mano aunque sin apretarla—. ¿Ha visto cómo se llaman? —comentó Fudge en voz baja—. «Ejército de Dumbledore.»

El director estiró un brazo y cogió el trozo de pergamino de las manos de Fudge. Dio un vistazo al título que Hermione había escrito meses atrás y durante un momento pareció quedarse sin habla. Pero luego levantó la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Bueno, el juego ha terminado —afirmó con sencillez—. ¿Quiere una confesión mía firmada, Cornelius, o bastará con una declaración ante estos testigos?

Harry vio que la profesora McGonagall y Kingsley se miraban. El miedo se reflejaba en sus caras. Y él no entendía qué estaba pasando, como tampoco parecía entenderlo Fudge.

—¿Una declaración? —repitió el ministro lentamente—. Pero ¿qué…?

—Ejército de Dumbledore, Cornelius —dijo el director sin dejar de sonreír mientras agitaba la lista de nombres ante la cara de Fudge—. Ejército de Potter no. Ejército de Dumbledore.

—Pero…, pero… —De pronto el rostro de Fudge se iluminó. Dio un paso hacia atrás, horrorizado, gritó y volvió a apartarse de un brinco del fuego—. ¿Usted? —susurró mientras volvía a patear su chamuscada capa.

—Exacto —afirmó Dumbledore con tono amable.

—¿Usted organizó esto?

—Así es —confirmó Dumbledore.

—¿Reclutó a estos alumnos para…, para su ejército?

—Esta noche teníamos que celebrar la primera reunión —afirmó Dumbledore asintiendo con la cabeza—. Únicamente para preguntarles si les interesaría unirse a mí. Ahora me doy cuenta de que cometí un error al invitar a la señorita Edgecombe, por supuesto.

Marietta asintió. Fudge la miró, y luego volvió a mirar a Dumbledore inspirando profundamente.

—¡Entonces es cierto que ha estado conspirando contra mí! —chilló.

—En efecto —admitió Dumbledore con desenfado.

—¡NO! —gritó Harry. Kingsley le lanzó una mirada de advertencia y la profesora McGonagall abrió amenazadoramente los ojos, pero Harry acababa de comprender qué estaba a punto de hacer Dumbledore, y no podía permitirlo—. ¡No, profesor Dumbledore!

—Cállate, Harry, o me temo que tendré que hacerte salir de mi despacho —le advirtió el director sin alterarse.

—¡Sí, cállate, Potter! —rugió Fudge, que todavía se comía a Dumbledore con los ojos con una mezcla de deleite y horror—. Vaya, vaya, he venido a Hogwarts creyendo que iba a expulsar a Potter, y resulta que…

—Resulta que me detiene a mí —acabó la frase Dumbledore, sonriente—. Es como perder un *knut* y encontrar un galeón, ¿verdad?

—¡Weasley! —gritó Fudge temblando de placer—. Weasley, ¿lo ha apuntado todo, todo lo que Dumbledore ha dicho, su confesión? ¿Lo tiene todo?

—¡Sí, señor, creo que sí, señor! —contestó Percy con ímpetu. Tenía la nariz salpicada de tinta de lo rápido que había tomado las notas.

—¿Lo de que intentaba formar un ejército contra el Ministerio y que se proponía desestabilizarme?

—¡Sí, señor, lo tengo, sí! —confirmó Percy, y revisó sus notas con regocijo.

—Muy bien —dijo Fudge, radiante de alegría—, entonces haga una copia de sus notas, Weasley, y mándela cuanto antes a *El Profeta.* ¡Si enviamos una lechuza rápida

podrán publicarla en la edición de la mañana! —Percy salió a toda prisa del despacho y cerró la puerta tras él. Entonces el ministro se volvió hacia Dumbledore—. ¡Ahora lo escoltarán hasta el Ministerio, donde será formalmente acusado, y luego lo enviarán a Azkaban, donde permanecerá hasta el día del juicio!

—¡Ah, sí! —repuso el director sin alterarse—. Sí. Ya pensé que podíamos tropezamos con ese problema.

—¿Problema? —se extrañó Fudge, cuya voz todavía vibraba de alegría—. ¡Yo no veo ningún problema, Dumbledore!

—Pues bien —prosiguió éste como si se disculpara—, me temo que yo sí.

—¿Ah, sí?

—Verá, se trata únicamente de que parece engañarse usted pensando que voy a…, ¿cuál es la expresión?…, entregarme sin oponer resistencia. Eso es, me temo que no voy a entregarme sin oponer resistencia, Cornelius. No tengo ninguna intención de ser enviado a Azkaban. Podría fugarme de allí, por supuesto, pero qué pérdida de tiempo, y francamente, se me ocurren un montón de cosas que preferiría hacer en lugar de eso.

El rostro de la profesora Umbridge cada vez estaba más colorado; era como si se estuviera llenando de agua hirviendo. Fudge miró a Dumbledore con cara de tonto, como si acabaran de asestarle un porrazo y no pudiera creer del todo lo que había pasado. Emitió un ruidito ahogado y se volvió hacia Kingsley y hacia el individuo de pelo canoso, áspero y corto, que era el único de los que se hallaban en el despacho que había permanecido callado hasta entonces; este hombre le dedicó un gesto tranquilizador a Fudge y dio un paso adelante separándose de la pared. Harry vio que se llevaba disimuladamente una mano hacia un bolsillo.

—No seas necio, Dawlish —dijo Dumbledore con cordialidad—. Estoy seguro de que eres un excelente *auror*, pues creo recordar que sacaste «Extraordinario» en todos tus ÉXTASIS, pero si intentas… llevarme por la fuerza, tendré que hacerte daño.

El hombre que se llamaba Dawlish parpadeó como un tonto y volvió a mirar a Fudge, pero esta vez en busca de una señal sobre lo que debía hacer a continuación.

—Así que pretende enfrentarse a Dawlish, a Shacklebolt, a Dolores y a mí sin ayuda de nadie —dijo Fudge con desdén después de recuperarse—, ¿no es eso, Dumbledore?

—¡No, por las barbas de Merlín! —repuso el director, sonriente—. A menos que sea usted lo bastante estúpido para obligarme a hacerlo.

—¡No se enfrentará a ustedes sin ayuda de nadie! —intervino la profesora McGonagall en voz alta, y metió una mano dentro de su túnica.

—¡Ya lo creo, Minerva! —exclamó Dumbledore con vehemencia—. ¡Hogwarts la necesita!

—¡Basta de tonterías! —gritó Fudge, y sacó también su varita—. ¡Dawlish!

¡Shacklebolt! ¡Aprésenlo!

Un rayo de luz plateada recorrió la sala; se oyó una explosión, parecida a un disparo, y el suelo tembló; una mano cogió a Harry por el pescuezo y lo obligó a tumbarse en el suelo al mismo tiempo que estallaba un segundo destello de luz plateada; varios retratos gritaron, *Fawkes* chilló y una nube de polvo llenó el despacho. Harry, que estaba tosiendo, vio una oscura figura que caía al suelo con un fuerte estrépito ante él; se oyó un chillido y un topetazo, y alguien gritó «¡No!»; entonces se oyeron también otros sonidos: ruido de cristales rotos, un frenético correteo, un gruñido… y silencio.

Harry giró la cabeza con dificultad para saber quién era el que lo estaba estrangulando, y vio a la profesora McGonagall agachada a su lado; los había tirado al suelo a él y a Marietta para que no se hicieran daño. Todavía había polvo flotando en el aire, y les caía suavemente sobre la cabeza. Harry, que jadeaba un poco, distinguió una figura muy alta que avanzaba hacia ellos.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Dumbledore.

—¡Sí! —contestó la profesora McGonagall, que se puso en pie y levantó a Harry y a Marietta.

El polvo se estaba dispersando y entonces empezaron a observar el caos que se había producido en el despacho: la mesa de Dumbledore estaba volcada, así como las mesitas de patas delgadas, y los instrumentos plateados habían quedado hechos añicos. Fudge, Umbridge, Kingsley y Dawlish estaban tumbados, inmóviles, en el suelo. *Fawkes*, el fénix, volaba describiendo círculos sobre ellos y cantaba débilmente.

—Por desgracia, he tenido que alcanzar a Kingsley con el maleficio, porque de otro modo habría resultado sospechoso —dijo Dumbledore en voz baja—. Ha sido muy hábil al modificar la memoria de la señorita Edgecombe cuando todos miraban hacia otro lado. ¿Querrá darle las gracias de mi parte, Minerva? Bueno, no tardarán en despertar, y será mejor que no sepan que hemos podido comunicarnos. Debéis comportaros como si no hubiera pasado el tiempo, como si sólo hubieran caído al suelo un momento; ellos no recordarán…

—¿Adónde va a ir, Dumbledore? —le preguntó en un susurro la profesora McGonagall—. ¿A Grimmauld Place?

—No, no —respondió Dumbledore con una amarga sonrisa en los labios—. No me marcho para esconderme. Fudge pronto lamentará haberme echado de Hogwarts, se lo prometo.

—Profesor Dumbledore… —dijo Harry.

No sabía por dónde empezar: si por decirle cuánto sentía haber organizado el ED y haber causado tantos problemas, o por cómo lamentaba que tuviera que marcharse para evitar que lo expulsaran a él. Pero Dumbledore se le adelantó antes de que

pudiera decirle nada.

—Escúchame bien, Harry —dijo con urgencia—. Debes estudiar Oclumancia con todo tu empeño, ¿entendido? Haz lo que te diga el profesor Snape, y practica todas las noches antes de dormir para que puedas cerrar tu mente a esos malos sueños. Pronto entenderás por qué, pero debes prometerme… —Dawlish empezaba a moverse. Entonces Dumbledore agarró a Harry por una muñeca—. Recuerda, cierra tu mente… —Pero cuando los dedos del director sujetaron la muñeca de Harry, éste notó una punzada de dolor en la cicatriz de la frente y volvió a sentir aquel terrible deseo de atacarlo, de morderlo, de herirlo—. Pronto lo entenderás —susurró Dumbledore.

En ese momento *Fawkes* trazó un último círculo por el despacho y descendió sobre el director. Dumbledore soltó a Harry, levantó una mano y asió la larga y dorada cola del fénix. Se produjo un fogonazo y ambos desaparecieron.

—¿Dónde está? —bramó Fudge incorporándose—. ¡¿Dónde está?!

—¡No lo sé! —gritó Kingsley, y se levantó del suelo.

—¡No puede haberse desaparecido! —gritó la profesora Umbridge—. ¡Nadie puede aparecerse ni desaparecerse dentro del recinto del colegio!

—¡La escalera! —gritó Dawlish, y se precipitó hacia la puerta; la abrió y salió por ella, seguido de cerca por Kingsley y la profesora Umbridge.

Fudge titubeó, aunque luego se puso lentamente en pie y se quitó el polvo de la ropa. Hubo un largo y tenso silencio.

—Bueno, Minerva —dijo el ministro con crueldad, alisándose la manga de la camisa que se le había roto—, me temo que éste es el fin de su amigo Dumbledore.

—¿Eso cree? —replicó con desprecio la profesora McGonagall.

Fudge fingió no haberla oído y echó un vistazo al destrozado despacho. Unos cuantos retratos lo abuchearon; uno o dos hasta le hicieron gestos groseros.

—Será mejor que lleve a esos dos a la cama —aconsejó Fudge dirigiéndose de nuevo a la profesora McGonagall, y señaló con la cabeza a Harry y Marietta.

La profesora no respondió nada, pero los guió hacia la puerta. Cuando ésta se cerró tras ellos, Harry oyó la voz de Phineas Nigellus, que decía:

—¿Sabe qué le digo, señor ministro? Discrepo de Dumbledore en muchos aspectos, pero no podrá negar que tiene clase…

28
El peor recuerdo de Snape

POR ORDEN DEL MINISTERIO DE MAGIA

Dolores Jane Umbridge (Suma Inquisidora) sustituye a Albus Dumbledore como director del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería.

Esta orden se ajusta al Decreto de Enseñanza n.°28.

Firmado:

Cornelius Oswald Fudge
ministro de Magia

Los carteles habían aparecido en el colegio durante la noche, pero eso no explicaba cómo era posible que todo el mundo, sin exceptuar a nadie en el castillo, supiera que Dumbledore había burlado a dos *aurores*, a la Suma Inquisidora, al ministro de Magia y a su asistente júnior, y había escapado. Fuera a donde fuese, Harry comprobaba que el único tema de conversación era la huida de Dumbledore, y pese a que algunos de los detalles se habían modificado al volverlos a contar (Harry oyó cómo una alumna de segundo le aseguraba a otra que Fudge estaba ingresado en

el Hospital San Mungo con una calabaza por cabeza), resultaba sorprendente lo preciso que era el resto de la información que tenían. Todos sabían, por ejemplo, que Harry y Marietta habían sido los únicos estudiantes que habían presenciado la escena en el despacho de Dumbledore, pero como Marietta estaba en la enfermería, Harry se vio asediado por sus compañeros, que le pedían un relato de primera mano.

—Dumbledore no tardará en volver —aseguró Ernie Macmillan con aplomo cuando regresaban de Herbología, tras escuchar atentamente la historia de Harry—. Cuando estábamos en segundo, no consiguieron alejarlo de aquí mucho tiempo, y esta vez tampoco lo conseguirán. El Fraile Gordo me ha dicho —adoptó un tono confidencial y bajó la voz, de modo que Harry, Ron y Hermione tuvieron que acercarse más a él para oírlo— que anoche la profesora Umbridge trató de entrar en el despacho del director después de buscar a Dumbledore por todos los rincones del castillo y los jardines. Pero la gárgola no se apartó de la puerta. El despacho se había cerrado para impedirle la entrada. —Ernie sonrió con suficiencia—. Por lo visto, le dio un berrinche de miedo.

—Seguro que le habría encantado sentarse en el despacho del director —dijo Hermione con rabia mientras subían la escalera de piedra hacia el vestíbulo—. No soporto la prepotencia con que trata a los demás profesores, la muy estúpida, engreída y arrogante…

—A ver, Granger, ¿cómo termina esa frase? —Draco Malfoy salió deslizándose por detrás de la puerta, seguido de Crabbe y Goyle. La malicia iluminaba su pálido y anguloso rostro—. Me temo que tendré que descontar unos cuantos puntos a Gryffindor y a Hufflepuff —sentenció arrastrando las palabras.

—Los prefectos no pueden quitarles puntos a sus colegas, Malfoy —saltó Ernie de inmediato.

—Ya sé que los prefectos no pueden descontarse puntos unos a otros —dijo Malfoy desdeñosamente. Crabbe y Goyle rieron por lo bajo—. Pero los miembros de la Brigada Inquisitorial…

—¡¿La qué?! —exclamó Hermione con aspereza.

—La Brigada Inquisitorial, Granger —repitió Malfoy, y señaló una «B» y una «I» diminutas y plateadas que llevaba en la túnica, debajo de la insignia de prefecto—. Un selecto grupo de estudiantes que apoyan al Ministerio de Magia, cuidadosamente seleccionados por la profesora Umbridge. Los miembros de la Brigada Inquisitorial tienen autoridad para descontar puntos. Así que, Granger, a ti te voy a quitar cinco por hacer comentarios groseros sobre nuestra nueva directora. Macmillan, cinco puntos menos por llevarme la contraria. Y a ti otros cinco porque me caes mal, Potter. Weasley, llevas la camisa fuera de los pantalones, tendré que quitarte cinco puntos por eso. Ah, sí, se me olvidaba, eres una sangre sucia, Granger: diez puntos menos.

Ron sacó su varita mágica, pero Hermione lo apartó y susurró:

—¡Quieto!

—Una actitud muy prudente, Granger —musitó Malfoy—. Nueva directora, nuevas reglas… Portaos bien, Pipi-pote, Rey Weasley…

Y dicho eso se alejó riendo a carcajadas con Crabbe y Goyle.

—Se estaba marcando un farol —dijo Ernie muy afligido—. No puede ser que esté autorizado a descontar puntos… Eso sería ridículo…, desmontaría por completo el sistema de prefectos.

Pero Harry, Ron y Hermione habían girado automáticamente la cabeza hacia los gigantescos relojes de arena que, instalados en hornacinas a lo largo de la pared que tenían detrás, registraban los puntos de las casas. Aquella mañana Gryffindor y Ravenclaw iban empatados en cabeza. Mientras ellos miraban, unas cuantas gemas ascendieron, con lo que disminuyeron las que había en la parte inferior de los relojes de ambas casas. El único reloj de arena que no cambió fue el de Slytherin, lleno de esmeraldas.

—Lo habéis visto, ¿verdad? —comentó Fred.

Él y George habían bajado por la escalera de mármol y se reunieron con Harry, Ron, Hermione y Ernie frente a los relojes de arena.

—Malfoy acaba de descontarnos cincuenta puntos —explicó Harry, furioso, mientras unas cuantas gemas más pasaban de la parte inferior a la superior del reloj de arena de Gryffindor.

—Sí, Montague también ha intentado jugárnosla en el recreo —aseguró George.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo ha intentado? —preguntó rápidamente Ron.

—No ha podido pronunciar todas las palabras —explicó Fred— porque lo hemos metido de cabeza en el armario evanescente del primer piso.

Hermione estaba horrorizada.

—¡Ahora sí que os habéis metido en un buen lío!

—No hasta que Montague reaparezca, y pueden pasar semanas. No sé adónde lo hemos enviado —comentó Fred, impasible—. Además… hemos decidido que ya no nos importa meternos en líos.

—¿Os ha importado alguna vez?

—Claro que sí —respondió George—. Nunca nos han expulsado, ¿no?

—Siempre hemos sabido cuándo teníamos que parar —añadió Fred.

—A veces nos hemos pasado un pelín de la raya… —admitió su gemelo.

—Pero siempre hemos parado antes de causar un verdadero caos —dijo Fred.

—¿Y ahora? —inquirió Ron, vacilante.

—Pues ahora… —empezó George.

—… que no está Dumbledore… —siguió Fred.

—… creemos que un poco de caos… —continuó George.

—…es precisamente lo que necesita nuestra querida nueva directora —concluyó Fred.

—¡No lo hagáis! —susurró Hermione—. ¡No lo hagáis, de verdad! ¿No veis que le encantaría tener un pretexto para expulsaros?

—Veo que no lo has entendido, Hermione —dijo Fred sonriente—. Ya no nos importa que nos expulsen. Nos marcharíamos ahora mismo por nuestro propio pie si no estuviéramos decididos a hacer algo por Dumbledore. Bueno —miró su reloj—, la fase uno está a punto de empezar. Yo en vuestro lugar entraría en el Gran Comedor, y así los profesores sabrán que no habéis tenido nada que ver.

—Nada que ver ¿con qué? —se extrañó Hermione, alarmada.

—Ya lo verás —dijo George por toda respuesta—. Y ahora, corred.

Los gemelos se dieron la vuelta y se perdieron entre la multitud que descendía por la escalera hacia el comedor. Ernie, muy desconcertado, murmuró algo acerca de unos deberes de Transformaciones que no había terminado y se escabulló.

—Mirad, creo que deberíamos largarnos de aquí —opinó Hermione con nerviosismo—, por si acaso…

—Está bien —admitió Ron, y los tres se encaminaron hacia las puertas del Gran Comedor, pero cuando Harry apenas había vislumbrado el techo de aquel día, por el que se deslizaban unas nubes blancas, alguien le dio unos golpecitos en el hombro, y, al girarse, casi chocó contra la cara de Filch, el conserje. Harry se apresuró a dar unos cuantos pasos hacia atrás; a Filch era mejor verlo desde lejos.

—La directora quiere verte, Potter —dijo el hombre con una sarcástica sonrisa.

—No he sido yo —repuso Harry maquinalmente preguntándose qué podía ser eso que planeaban Fred y George. Los carrillos de Filch temblaron, sacudidos por una risa silenciosa.

—Tienes remordimientos de conciencia, ¿eh? —comentó entre resuellos—. Sigúeme.

Harry miró a Ron y Hermione, que parecían preocupados, y luego se encogió de hombros y siguió a Filch por el vestíbulo, contra la marea de estudiantes hambrientos.

Filch estaba de un buen humor poco habitual en él; tarareaba con la boca cerrada mientras subían por la escalera de mármol. Cuando llegaron al primer rellano, el conserje dijo:

—Las cosas están cambiando, Potter.

—Ya lo he notado —repuso Harry con apatía.

—Sí… Llevo años diciéndole a Dumbledore que es demasiado blando con vosotros —le contó el conserje chasqueando la lengua con desprecio—. Vosotros, pequeñas bestias inmundas, nunca habríais tirado bombas fétidas si yo hubiera estado autorizado a azotaros hasta dejaros en carne viva, ¿verdad que no? A nadie se le habría ocurrido lanzar discos voladores con colmillos por los pasillos si yo hubiera

podido colgaros por los tobillos en mi despacho, ¿verdad que no? Pero cuando entre en vigor el Decreto de Enseñanza número veintinueve, Potter, podré hacer todas esas cosas… Y la nueva directora ha pedido al ministro que firme una orden para expulsar a Peeves. Sí, ya lo creo, las cosas van a ser muy diferentes por aquí ahora que ella está al mando…

Era evidente que la profesora Umbridge había hecho todo lo posible para ganarse la simpatía de Filch, pensó Harry, y lo peor era que seguramente el conserje resultaría un arma muy útil; podía decirse que nadie conocía como él los escondites y los pasadizos secretos del colegio, después de los gemelos Weasley.

—Ya hemos llegado —indicó Filch sonriendo con malicia a Harry mientras daba tres golpes en la puerta del despacho de la profesora Umbridge y la abría—. Le traigo a Potter, señora.

El despacho de la profesora Umbridge, con el que Harry ya estaba familiarizado tras sus numerosos castigos, estaba igual que siempre. La única excepción era el enorme bloque de madera que había en la parte delantera de su mesa, con unas letras doradas que rezaban: «DIRECTORA.» Además, la Saeta de Fuego de Harry y las Barredoras de Fred y George estaban atadas con cadenas, a su vez aseguradas con candados, a una sólida barra de hierro que había en la pared, detrás de la mesa, y al verlas Harry notó una punzada de dolor.

La profesora Umbridge estaba sentada detrás de la mesa, muy ocupada escribiendo en un trozo de su pergamino rosa, pero levantó la cabeza y mostró una amplia sonrisa al verlos entrar.

—Gracias, Argus —dijo con dulzura.

—De nada, señora, de nada —repuso Filch, que se inclinó todo lo que le permitió su reumatismo y salió caminando hacia atrás.

—Siéntate —le indicó a Harry la profesora Umbridge de manera cortante señalando una silla.

El chico se sentó y la profesora siguió escribiendo. Harry se fijó en los feos gatitos que retozaban en los platos que la profesora Umbridge tenía colgados en la pared, y se preguntó qué nueva y espeluznante sorpresa le tendría preparada.

—Bueno —dijo por fin la profesora mientras dejaba la pluma encima de la mesa. Parecía un sapo a punto de engullir una mosca especialmente sabrosa—. ¿Qué te apetece beber?

—¿Cómo dice? —preguntó Harry, convencido de que no había oído bien.

—¿Qué te apetece beber, Potter? —repitió ella, ampliando aún más su sonrisa—. ¿Té? ¿Café? ¿Zumo de calabaza?

Cada vez que nombraba una bebida, daba una sacudida con su corta varita mágica, y una taza o un vaso aparecían sobre su mesa.

—Nada, gracias —contestó Harry.

—Quiero que tomes algo conmigo —insistió la profesora con una voz peligrosamente dulce—. Elige.

—Bueno…, pues té —decidió él encogiéndose de hombros.

La profesora Umbridge se levantó, se colocó de espaldas a Harry y, con mucha parsimonia, añadió leche a la taza. Entonces pasó junto a la mesa, con la taza en la mano, sonriendo con una ternura siniestra.

—Toma —dijo, y le dio la taza—. Bébetelo antes de que se enfríe, ¿de acuerdo? Muy bien, Potter… Me ha parecido oportuno mantener una breve charla contigo después de los lamentables sucesos ocurridos anoche. —Harry no dijo nada. La profesora Umbridge volvió a sentarse en su silla y esperó. Se produjo una larga pausa, que la bruja interrumpió diciendo con jovialidad—: Pero ¡si no te estás bebiendo el té!

Harry se llevó la taza a los labios y de repente la bajó. Uno de los horribles gatitos pintados de la profesora Umbridge tenía unos enormes y redondos ojos azules, como el ojo mágico de Moody, y a Harry le dio por pensar qué diría *Ojoloco* si se enteraba de que él había bebido té ofrecido por un enemigo declarado.

—¿Qué pasa? —preguntó la profesora Umbridge, que seguía observándolo—. ¿Quieres azúcar?

—No —respondió Harry.

Volvió a llevarse la taza a los labios y fingió que bebía un sorbo, aunque mantuvo la boca firmemente cerrada. La sonrisa de la profesora Umbridge se ensanchó.

—Así me gusta —susurró—. Estupendo. Veamos… —Se inclinó un poco hacia delante—. ¿Dónde está Albus Dumbledore?

—No tengo ni idea —respondió Harry sin vacilar.

—Bebe, bebe —lo animó la profesora Umbridge sin dejar de sonreír—. Dejémonos de juegos infantiles, Potter. Sé perfectamente que sabes adónde ha ido. Dumbledore y tú estáis juntos en este asunto desde el principio. Piensa en tus intereses, Potter…

—No sé dónde está.

Harry fingió que volvía a beber.

—Está bien —aceptó la profesora Umbridge, contrariada—. En ese caso, haz el favor de decirme dónde está Sirius Black.

Harry notó una opresión en el estómago. Le tembló la mano con que sujetaba la taza de té, que repiqueteó contra el platillo. Se llevó una vez más la taza a la boca, con los labios apretados, y unas gotas de líquido caliente se derramaron por su túnica.

—No lo sé —aseguró, quizá precipitadamente.

—Permíteme recordarte, Potter —comentó la profesora Umbridge—, que fui yo quien estuvo a punto de atrapar al criminal Black en la chimenea de Gryffindor en octubre. Sé perfectamente que estaba hablando contigo, y si tuviera alguna prueba,

ninguno de los dos andaríais sueltos ahora, te lo prometo. Te lo preguntaré una vez más, Potter, ¿dónde está Sirius Black?

—Ni idea —aseguró Harry en voz alta—. No tengo ni la más remota idea.

Se miraron fijamente, tanto rato que Harry notó que le lloraban los ojos. Entonces la profesora Umbridge se levantó.

—Muy bien, Potter, esta vez confiaré en tu palabra, pero te lo advierto: el Ministerio me respalda. Todos los canales de comunicación de entrada y salida del colegio están vigilados. Hay un regulador de la Red Flu que vigila todas las chimeneas de Hogwarts, excepto la mía, por supuesto. Mi Brigada Inquisitorial abre y lee todo el correo lechucil que entra y sale del castillo. Y el señor Filch vigila todos los pasadizos secretos de entrada y salida del castillo. Si encuentro la más mínima prueba de que…

¡PUM!

El suelo del despacho tembló. La profesora Umbridge se desplazó hacia un lado y se sujetó a la mesa, impresionada.

—¿Qué ha sido eso?

Miraba hacia la puerta. Harry aprovechó la ocasión para vaciar la taza de té, casi llena, en el jarrón de flores secas que tenía más cerca. Oía que la gente corría y gritaba varios pisos más abajo.

—¡Vuelve al comedor, Potter! —gritó la profesora Umbridge levantando la varita y saliendo muy deprisa del despacho. Harry le dio unos segundos de ventaja y salió tras ella para ver cuál era el origen de tanto alboroto.

No le costó mucho averiguarlo. Un piso más abajo reinaba un caos absoluto. Alguien (y Harry tenía una idea bastante aproximada de quién se trataba) había hecho explotar lo que parecía un enorme cajón de fuegos artificiales encantados.

Por los pasillos revoloteaban dragones compuestos de chispas verdes y doradas que despedían fogonazos y producían potentes explosiones; girándulas de color rosa fosforito de un metro y medio de diámetro pasaban zumbando como platillos volantes; cohetes con largas colas de brillantes estrellas plateadas rebotaban contra las paredes; las bengalas escribían palabrotas en el aire; los petardos explotaban como minas allá donde Harry mirara, y en lugar de consumirse y apagarse poco a poco, esos milagros pirotécnicos parecían adquirir cada vez más fuerza y energía.

Filch y la profesora Umbridge estaban de pie, petrificados, en mitad de la escalera. Mientras Harry contemplaba el espectáculo, una de las girándulas más grandes por lo visto decidió que lo que necesitaba era más espacio para maniobrar, y fue dando vueltas hacia donde estaban la profesora Umbridge y el conserje, emitiendo un siniestro «¡liiiiuuuuu!». Ambos gritaron de miedo y se agacharon, y la girándula salió volando por la ventana que tenían detrás y fue a parar a los jardines. Entre tanto, varios dragones y un enorme murciélago de color morado, que humeaba

amenazadoramente, aprovecharon que había una puerta abierta al final del pasillo para escapar por ella hacia el segundo piso.

—¡Corra, Filch, corra! —gritó la profesora Umbridge—. ¡Si no hacemos algo se dispersarán por todo el colegio! *¡Desmaius!*

Un chorro de luz roja salió del extremo de su varita y fue a parar contra uno de los cohetes. En lugar de quedarse parado en el aire, éste explotó con tanta fuerza que hizo un agujero en el cuadro de una bruja de aspecto bobalicón, retratada en medio de un prado; la bruja corrió a refugiarse justo a tiempo, y apareció unos segundos más tarde apretujada en el cuadro de al lado, donde un par de magos que jugaban a las cartas se levantaron rápidamente para dejarle sitio.

—¡No los aturda, Filch! —gritó furiosa la profesora Umbridge, como si el conjuro lo hubiera pronunciado él.

—¡Como usted diga, señora! —exclamó resollando el conserje, quien siendo un *squib* jamás habría podido aturdir aquellos fuegos artificiales. Corrió hacia un armario cercano, sacó de él una escoba y empezó a golpear con ella los fuegos artificiales. Unos segundos más tarde, la parte delantera de la escoba estaba en llamas.

Harry ya había visto suficiente; riendo, se agachó cuanto pudo, corrió hacia una puerta que sabía que estaba un poco más allá, oculta detrás de un tapiz, y entró por ella. Allí encontró a Fred y George, que, escondidos, escuchaban los gritos de la profesora Umbridge y de Filch e intentaban contener la risa.

—Impresionante —admitió Harry en voz baja sonriendo—. Verdaderamente impresionante. El doctor Filibuster va a tener que cerrar su negocio, seguro…

—Gracias —susurró George, y se secó las lágrimas de risa de la cara—. Ay, espero que ahora intente un hechizo desvanecedor… Se multiplican por diez cada vez que lo intentas.

Aquella tarde los fuegos artificiales siguieron ardiendo y extendiéndose por el colegio. Pese a que ocasionaron graves trastornos, sobre todo los petardos, a los otros profesores no pareció importarles mucho.

—¡Vaya! —exclamó la profesora McGonagall con sarcasmo cuando uno de los dragones entró en su clase y se puso a volar describiendo círculos y lanzando sonoros estallidos y llamaradas—. Señorita Brown, ¿le importaría ir al despacho de la directora e informarle de que un dragón se ha escapado y ha entrado en nuestra aula?

El resultado de aquel jaleo fue que la profesora Umbridge se pasó la primera tarde como directora corriendo por el colegio y acudiendo a los llamamientos de los otros profesores, ninguno de los cuales parecía capaz de echar de su aula a los fuegos artificiales sin su ayuda. Cuando sonó la última campana y volvían a la torre de Gryffindor con sus mochilas, Harry vio con inmensa satisfacción que la profesora Umbridge, completamente despeinada y cubierta de hollín, salía tambaleándose y

sudorosa del aula del profesor Flitwick.

—¡Muchas gracias, profesora! —decía el profesor Flitwick con su aguda vocecilla—. Me habría librado yo mismo de las bengalas, por supuesto, pero no estaba seguro de si tenía autoridad para hacerlo.

Y radiante de alegría, le dio con la puerta de la clase en las narices.

Aquella noche Fred y George fueron los héroes de la sala común de Gryffindor. Hasta Hermione se abrió paso entre la emocionada multitud para felicitarlos.

—Han sido unos fuegos artificiales maravillosos —dijo con admiración.

—Gracias —repuso George, sorprendido y complacido—. Son los Magifuegos Salvajes Weasley. El único problema es que hemos gastado todas nuestras existencias; ahora tendremos que volver a empezar desde cero.

—Pero ha valido la pena —añadió Fred mientras anotaba los pedidos que le hacían los vociferantes alumnos de Gryffindor—. Si quieres apuntarte en la lista de espera, Hermione, la Magicaja Sencilla vale cinco galeones, y la Deflagración Deluxe, veinte…

Hermione volvió a la mesa donde estaban sentados Harry y Ron, que observaban sus mochilas como si tuvieran la esperanza de que sus deberes salieran de ellas y empezaran a hacerse solos.

—¿Por qué no nos tomamos una noche libre? —les propuso Hermione alegremente, y un cohete con cola plateada pasó zumbando al otro lado de la ventana —. Al fin y al cabo, las vacaciones de Pascua empiezan el viernes, ya tendremos tiempo para estudiar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ron mirándola con incredulidad.

—Ahora que lo dices —contestó Hermione, muy contenta—, ¿sabéis una cosa? Creo que me siento un poco… rebelde.

Harry seguía oyendo los lejanos estallidos de los petardos que se habían escapado, cuando él y Ron subieron a acostarse una hora más tarde; y cuando se estaba desvistiendo, una bengala pasó flotando junto a la torre y dibujó claramente la palabra «CACA».

Harry se metió en la cama bostezando. Se había quitado las gafas y cada vez que pasaba un cohete al otro lado de la ventana veía un bello y misterioso rastro borroso, como nubes chispeantes contra el negro cielo. Se tumbó sobre un costado y se preguntó qué pensaría la profesora Umbridge de su primer día en el puesto de Dumbledore, y cómo reaccionaría Fudge al enterarse de que el colegio se había pasado casi toda la jornada en el caos más absoluto. Harry cerró los ojos y sonrió…

Parecía que las explosiones y los silbidos de los fuegos artificiales, que habían salido disparados hacia los jardines, cada vez eran más lejanos… O quizá fuera que él se alejaba a toda velocidad de ellos…

Había ido a parar al pasillo que conducía al Departamento de Misterios. Corría

hacia la puerta negra… «Que se abra, que se abra…»

La puerta se abría. Harry estaba dentro de la sala circular rodeada de puertas… La cruzaba, ponía la mano sobre una puerta idéntica y ésta se abría hacia dentro…

Ahora estaba en una habitación larga y rectangular donde se oía un extraño chasquido mecánico. En las paredes había motas de luz que se movían, pero Harry no se detenía a investigar de dónde provenían… Tenía que continuar…

Había una puerta al fondo…, y ésta también se abría cuando Harry la tocaba…

Ahora estaba en una habitación en penumbra, alta y espaciosa como una iglesia, donde sólo había hileras y más hileras de altísimas estanterías, llenas de pequeñas y polvorientas esferas de cristal soplado. Harry estaba emocionado, y el corazón le latía muy deprisa… Sabía adónde tenía que ir… Echaba a correr, pero sus pasos no hacían ruido en el enorme y desierto recinto…

Había algo en aquella habitación que él deseaba más que nada en el mundo…

Algo que él quería… o que alguien más quería…

Le dolía la cicatriz…

¡PUM!

Harry despertó al instante, aturdido y furioso. Se oían risas en el dormitorio.

—¡Genial! —exclamó Seamus, cuya silueta se destacaba contra la ventana—. Creo que una girándula ha chocado contra un cohete y se han fusionado, ¡no os lo perdáis!

Harry oyó que Ron y Dean se levantaban de la cama para verlo mejor. Él se quedó quieto y callado mientras remitía el dolor de la cicatriz y se le pasaba la decepción. Le parecía que le habían privado de un placer fabuloso en el último momento… Esa vez había estado muy cerca.

En esos momentos, unos relumbrantes cochinillos alados de color rosa y plateado volaban al otro lado de las ventanas de la torre de Gryffindor. Harry se quedó tumbado escuchando los gritos de admiración de los alumnos de su casa en los dormitorios de abajo, pero se le encogió el estómago al recordar que al día siguiente tenía clase de Oclumancia.

Harry pasó todo el día siguiente temiendo qué iba a decirle Snape si se enteraba de hasta dónde se había adentrado en el Departamento de Misterios en su último sueño. Se dio cuenta, arrepentido, de que no había practicado Oclumancia ni una sola vez desde la última clase, pero habían pasado demasiadas cosas desde que Dumbledore se había marchado; estaba seguro de que no habría podido vaciar su mente aunque lo hubiera intentado. Sin embargo, dudaba que Snape aceptara eso como excusa.

Aquel día intentó practicar un poco durante las clases, pero no sirvió de nada. Hermione no paraba de preguntarle qué le ocurría cada vez que él se quedaba callado intentando alejar de su mente toda emoción y todo pensamiento, aunque había que

reconocer que poner la mente en blanco en clase, mientras los profesores los acribillaban a preguntas de repaso, no era lo más adecuado.

Después de la cena, Harry se dirigió al despacho de Snape preparado para lo peor. Sin embargo, cuando cruzaba el vestíbulo, Cho se le acercó corriendo.

—Aquí —indicó Harry, contento de tener un motivo para retrasar su reunión con Snape, y le señaló el rincón del vestíbulo donde estaban los gigantescos relojes de arena. El de Gryffindor ya estaba casi vacío—. ¿Estás bien? No te habrá preguntado la profesora Umbridge nada sobre el ED, ¿verdad?

—No, no —respondió Cho—. No, era sólo que…, bueno, sólo quería decirte… Harry, jamás pensé que Marietta se chivaría…

—Ya —repuso él con aire taciturno. Lamentaba que Cho no hubiera elegido a sus amigas con más cuidado; no lo consolaba mucho saber que Marietta todavía estaba en la enfermería y que la señora Pomfrey no había conseguido hacer desaparecer ni un solo grano de su cara.

—En el fondo es una persona encantadora —comentó Cho—. Pero cometió un error…

Harry la miró sin dar crédito a sus oídos.

—¿Una persona encantadora que cometió un error? Pero ¡si nos ha traicionado a todos, incluida tú!

—Bueno, no nos ha pasado nada, ¿verdad? —replicó Cho, suplicante—. Es que su madre trabaja para el Ministerio, y a ella le resulta muy difícil…

—¡El padre de Ron también trabaja para el Ministerio! —saltó Harry, furioso—. Y por si no lo habías notado, él no lleva escrito «chivato» en la cara.

—Eso no ha estado nada bien por parte de Hermione Granger —opinó Cho con dureza—. Debió decirnos que había embrujado esa lista…

—Pues yo creo que fue una idea excelente —replicó Harry con frialdad. Cho se ruborizó y se le pusieron los ojos brillantes.

—¡Ah, sí, se me olvidaba! Claro, si fue idea de tu querida Hermione…

—No te pongas a llorar otra vez —la previno Harry.

—¡No iba a ponerme a llorar! —gritó Cho.

—Ya tengo bastantes problemas.

—¡Pues ve y ocúpate de ellos! —le espetó Cho, furiosa; luego se dio la vuelta y se alejó.

Harry bajó la escalera hacia la mazmorra de Snape. Estaba que echaba chispas, y sabía por experiencia que a Snape le resultaría mucho más fácil entrar en su mente si llegaba enfadado y resentido, pero aun así, antes de alcanzar la puerta de la mazmorra, no fue capaz de pensar en nada más que en unas cuantas cosas que debería haberle dicho a Cho sobre Marietta.

—Llegas tarde, Potter —se quejó Snape fríamente cuando Harry cerró la puerta

tras él.

El profesor estaba de pie de espaldas a Harry, retirando algunos pensamientos de su mente, como de costumbre, y colocándolos con cuidado en el *pensadero* de Dumbledore. Dejó la última hebra plateada en la vasija de piedra y se volvió para mirar a Harry.

—Bueno —dijo—. ¿Has practicado?

—Sí —mintió Harry fijando la vista en una de las patas de la mesa de Snape.

—Ahora lo veremos, ¿no? —comentó éste con voz queda—. Saca la varita, Potter. —Harry se colocó en la posición de siempre, frente al profesor, entre éste y su mesa. Estaba muy enfadado con Cho y muy preocupado por lo que Snape pudiera sacar de su mente—. Contaré hasta tres —anunció Snape perezosamente— Uno, dos…

Pero de pronto se abrió la puerta y Draco Malfoy entró atropelladamente en el despacho.

—Profesor Snape, señor… ¡Oh, lo siento!

Malfoy se quedó mirando a Snape y a Harry, sorprendido.

—No pasa nada, Draco —lo tranquilizó el hombre, y bajó la varita—. Potter ha venido a repasar pociones curativas.

Harry no había visto a Malfoy tan contento desde el día en que la profesora Umbridge se presentó para supervisar la clase de Hagrid.

—No lo sabía —masculló mirando con gesto burlón a Harry, que se había puesto muy colorado. Habría dado cualquier cosa por gritarle la verdad a Malfoy, o mejor aún, por echarle una buena maldición.

—¿Qué ocurre, Draco? —preguntó Snape.

—Es la profesora Umbridge, señor. Han encontrado a Montague, señor, ha aparecido dentro de un servicio del cuarto piso.

—¿Cómo llegó allí?

—No lo sé, señor. Está un poco aturdido.

—Está bien, está bien. Potter —dijo Snape—, continuaremos la clase mañana por la noche.

Y tras pronunciar esas palabras Snape salió pisando fuerte del despacho. Cuando el profesor estaba de espaldas, Malfoy miró a Harry y, moviendo los labios sin emitir ningún sonido, dijo: «¿Pociones curativas?»; luego siguió a Snape.

Harry, que hervía de rabia, se guardó la varita mágica en la túnica y se dispuso a abandonar el despacho. Al menos tenía veinticuatro horas más para practicar; sabía que debía estar agradecido por haberse salvado por los pelos, aunque fuera a costa de que Malfoy le contara a todo el colegio que necesitaba clases particulares de pociones curativas.

Sin embargo, cuando ya estaba a punto de marcharse, vio una mancha de luz

temblorosa que danzaba en el marco de la puerta. Se detuvo y se quedó mirándola, y recordó algo… Entonces cayó en la cuenta: se parecía un poco a las luces que había visto en el sueño de la noche anterior, cuando entró en la segunda habitación, durante su incursión en el Departamento de Misterios.

Se dio la vuelta. La luz provenía del *pensadero*, que estaba encima de la mesa de Snape. Su contenido, de un blanco plateado, fluía y se arremolinaba. Los pensamientos de Snape… Lo que el profesor no quería que Harry viera si el chico le rompía accidentalmente las defensas…

Harry se quedó mirando el *pensadero*, muerto de curiosidad. ¿Qué era aquello que Snape tanto quería ocultarle?

Las luces plateadas temblaban en la pared. El muchacho avanzó un par de pasos hacia la mesa dándole vueltas al asunto. ¿Y si lo que Snape estaba decidido a ocultarle era información acerca del Departamento de Misterios?

Harry miró hacia la puerta; el corazón le latía más fuerte y más deprisa que nunca. ¿Cuánto podía tardar Snape en rescatar a Montague del servicio? ¿Volvería después directamente al despacho o acompañaría a Montague a la enfermería? Seguro que lo acompañaba… Montague era el capitán del equipo de *quidditch* de Slytherin, y Snape querría asegurarse de que se encontraba bien.

Harry siguió andando hacia el *pensadero*, se plantó delante de él y observó su contenido. Vaciló un momento aguzando el oído, y luego volvió a sacar la varita mágica. No se oía nada ni en el despacho ni en el pasillo, así que dio un ligero golpe en el *pensadero* con la punta de su varita. La sustancia plateada empezó a arremolinarse muy deprisa. Harry se inclinó sobre ella y vio que se había vuelto transparente. Una vez más, estaba mirando desde arriba el interior de una sala, a través de una ventana circular que había en el techo… Entonces comprendió que, a menos que se equivocara, lo que estaba viendo era el Gran Comedor.

Estaba empañando con el aliento la superficie de los pensamientos de Snape… Tenía la sensación de que su cerebro esperaba algo… Sería una locura hacer lo que estaba tan tentado de hacer… Temblaba… Snape podía regresar en cualquier momento… Pero Harry pensó en la cara de enfado de Cho y en el gesto burlón de Malfoy, y un coraje imprudente se apoderó de él.

Inspiró hondo y hundió la cara en la superficie de los pensamientos de Snape. Inmediatamente, el suelo del despacho dio una sacudida y Harry cayó de cabeza dentro del *pensadero*.

Se precipitaba en una fría oscuridad, girando con furia sobre sí mismo, y entonces…

Estaba de pie en medio del Gran Comedor, pero las cuatro mesas de las casas habían desaparecido, y en su lugar había más de un centenar de mesitas, orientadas hacia el mismo sitio, y en cada una de ellas, sentado con la cabeza gacha, había un

estudiante que escribía en un rollo de pergamino. Sólo se oía el rasgueo de las plumas y, de vez en cuando, un susurro cuando alguien colocaba bien el trozo de pergamino. Era evidente que se trataba de un examen.

El sol entraba a raudales por las altas ventanas y caía sobre las cabezas de los alumnos, arrancándoles destellos dorados, cobrizos y castaños. Harry miró atentamente a su alrededor. Snape tenía que estar por allí… Ese recuerdo era suyo…

Y, en efecto, allí estaba, sentado a una mesa colocada detrás de Harry. Éste se quedó mirándolo. El adolescente Snape tenía un aire pálido y greñudo, como una planta que no ha visto mucho la luz. Su cabello, lacio y grasiento, caía sobre la mesa; y mientras escribía, tenía la ganchuda nariz pegada al trozo de pergamino. Harry se colocó detrás de Snape y leyó el título de la hoja del examen: «DEFENSA CONTRA LAS ARTES OSCURAS. TIMO.»

Así pues, Snape debía de tener quince o dieciséis años, más o menos la edad que tenía Harry. Su mano iba rápidamente de un borde al otro del pergamino; había escrito como mínimo treinta centímetros más que sus vecinos, y eso que su letra era minúscula y muy apretada.

—¡Cinco minutos más!

Harry se sobresaltó al oír aquella voz. Giró la cabeza y vio la parte superior de la cabeza del profesor Flitwick, que se movía entre las mesas, a escasa distancia. El profesor pasaba junto a un muchacho de cabello negro y despeinado… Muy negro y muy despeinado…

Harry se desplazó tan deprisa que, de haber sido sólido, habría derribado varias mesas. Pero se deslizó como en un sueño, atravesó dos hileras de mesas y enfiló un pasillo. La espalda del muchacho de cabello negro se acercó y… El chico empezó a enderezarse; dejó la pluma encima de la mesa, cogió la hoja de pergamino y se puso a releer lo que había escrito.

Harry se colocó frente a la mesa y miró a su padre a la edad de quince años.

Notó una fuerte emoción y se le hizo un nudo en la garganta. Era como si se estuviera mirando a sí mismo, pero con algunas diferencias evidentes. Los ojos de James eran castaños, la nariz, un poco más larga que la de Harry, y no había ninguna cicatriz en la frente, pero ambos tenían la misma cara delgada, la misma boca, las mismas cejas; James tenía también el mismo remolino que Harry en la coronilla, las manos podrían haber sido las de su hijo, y Harry estaba seguro de que, cuando su padre se levantara, comprobaría que medían más o menos lo mismo.

James dio un gran bostezo y se pasó la mano por el pelo, despeinándoselo aún más. Entonces, tras echar un vistazo hacia donde estaba el profesor Flitwick, giró la cabeza y sonrió a un muchacho que estaba sentado cuatro mesas más atrás.

Harry volvió a sentirse embargado por la emoción al ver a Sirius haciéndole a James una señal de aprobación con el pulgar. Sirius estaba cómodamente repantigado,

y se mecía sobre las patas traseras de la silla. Era muy atractivo; el oscuro cabello le tapaba los ojos con una elegante naturalidad que ni James ni Harry habrían conseguido, y una chica que estaba sentada detrás de él lo miraba expectante, aunque Sirius no parecía haber reparado en ese detalle. Y dos asientos más allá del de la chica (Harry notó un placentero cosquilleo en el estómago) estaba Remus Lupin. Estaba muy pálido (¿se acercaba la luna llena?) y muy concentrado en el examen; mientras releía sus respuestas, se rascaba la barbilla con el extremo de la pluma, con el entrecejo ligeramente fruncido.

Eso significaba que Colagusano también debía de estar por allí… Y, en efecto, Harry no tardó en dar con él: un chico menudo con cabello castaño claro y nariz puntiaguda. Colagusano parecía nervioso, se mordía las uñas, tenía la vista fija en la hoja de pergamino y no paraba de mover los pies. De vez en cuando, miraba con ansiedad la hoja del examen de su vecino. Harry se quedó observando a Colagusano un momento y luego volvió a mirar a James, que ahora garabateaba en un trozo de pergamino de borrador. Había dibujado una *snitch* y estaba escribiendo las letras «L. E.» ¿Qué significaban?

—¡Dejad las plumas, por favor! —chilló el profesor Flitwick—. ¡Tú también, Stebbins! ¡Por favor, quedaos sentados en vuestros sitios mientras yo recojo las hojas! ¡*Accio*!

Más de un centenar de rollos de pergamino salieron volando por los aires, se lanzaron hacia los extendidos brazos del profesor Flitwick y lo hicieron caer hacia atrás. Varios estudiantes rieron. Un par de alumnos de las primeras mesas se levantaron, sujetaron al profesor por los codos y lo ayudaron a levantarse.

—Gracias, gracias —dijo jadeando—. ¡Muy bien, ya podéis iros todos!

Harry miró a su padre, que había tachado rápidamente las iniciales «L. E.» que había estado adornando, se había puesto en pie de un brinco, había guardado su pluma y su hoja de preguntas en la mochila y se la había colgado del hombro, y esperaba que Sirius se le acercara.

Harry miró alrededor y vio a Snape no lejos de allí; iba entre las mesas hacia las puertas del vestíbulo, y seguía repasando la hoja de preguntas del examen. Cargado de espaldas pero anguloso, tenía unos andares agitados que recordaban a una araña, y su grasiento cabello se movía alrededor de su rostro.

Un grupo de chicas parlanchinas separaban a Snape de James y los demás, y colocándose en medio, Harry consiguió no perder de vista a Snape mientras aguzaba el oído para escuchar lo que decían su padre y sus amigos.

—¿Te ha gustado la pregunta número diez, Lunático? —preguntó Sirius cuando salieron al vestíbulo.

—Me ha encantado —respondió Lupin enérgicamente—. «Enumere cinco características que identifican a un hombre lobo.» Una pregunta estupenda.

—¿Crees que las habrás puesto todas? —preguntó a su vez James fingiendo preocupación.

—Creo que sí —repuso Lupin muy serio, mientras se unían a la multitud que se apiñaba alrededor de las puertas, impaciente por salir a los soleados jardines—. Pero me habría bastado con tres. Uno: está sentado en mi silla. Dos: lleva puesta mi ropa. Tres: se llama Remus Lupin…

Colagusano fue el único que no rió.

—Yo he puesto la forma del hocico, las pupilas y la cola con penacho —comentó con ansiedad—, pero no me acordaba de qué más…

—¡Mira que eres tonto, Colagusano! —exclamó James con impaciencia—. Te paseas con un hombre lobo una vez al mes y no…

—Baja la voz —suplicó Lupin.

Harry, nervioso, volvió a girar la cabeza. Snape seguía cerca, absorto todavía en las preguntas de su examen, pero aquél era su recuerdo, y Harry estaba seguro de que si Snape decidía tomar otro camino cuando salieran a los jardines, él no podría seguir a su padre. Sin embargo, cuando James y sus tres amigos echaron a andar por la ladera de césped hacia el lago, vio con gran alivio que Snape los seguía. Todavía iba repasando la hoja de preguntas, y al parecer no tenía un destino fijo. Harry caminaba un poco por delante de él y así podía continuar observando a James y a los demás.

—Bueno, el examen estaba chupado —oyó que decía Sirius—. Me sorprendería mucho que no me pusieran un «Extraordinario».

—A mí también —añadió James, que se metió la mano en el bolsillo y sacó una indómita *snitch* dorada.

—¿De dónde has sacado eso?

—La he robado —afirmó James sin darle importancia. Empezó a jugar con la *snitch*, dejándola volar hasta que se alejaba unos treinta centímetros, y luego la atrapaba; sus reflejos eran excelentes. Colagusano lo contemplaba admirado.

Se detuvieron bajo la sombra del haya que había a orillas del lago, donde Harry, Ron y Hermione habían pasado un domingo terminando sus deberes, y se tumbaron en la hierba. Harry giró la cabeza una vez más y vio, complacido, que Snape también se había sentado en la hierba, bajo la densa sombra de unos matorrales. Seguía repasando la hoja del TIMO, de modo que Harry también se sentó en la hierba, entre el haya y los matorrales, y de ese modo observaba a su padre y a sus tres amigos. El sol hacía brillar la lisa superficie del lago, a cuya orilla se habían instalado el grupo de risueñas chicas que acababan de salir del Gran Comedor; se habían quitado los zapatos y los calcetines y se estaban refrescando los pies en el agua.

Lupin había sacado un libro y se había puesto a leer. Sirius miraba a los estudiantes que se paseaban por los jardines, con un aire un tanto altivo y aburrido, pero con elegancia. James seguía jugando con la *snitch*, y cada vez dejaba que se

alejase un poco más; la pelota siempre estaba a punto de escapar, pero él la atrapaba en el último momento. Colagusano lo observaba con la boca abierta. Cada vez que James la atrapaba de una manera particularmente difícil, él soltaba un grito de asombro y aplaudía. Tras cinco minutos, Harry se preguntó por qué su padre no le decía a Colagusano que se controlara, pero parecía que a James le gustaba que le prestaran tanta atención. Harry se fijó en que su padre tenía la costumbre de desordenarse el cabello, como si quisiera impedir que ofreciera un aspecto demasiado pulido, y también miraba continuamente a las chicas que se habían sentado a orillas del lago.

—Guarda eso, ¿quieres? —acabó diciéndole Sirius cuando James atrapó la *snitch* de un modo magnífico y Colagusano lo vitoreó—, antes de que Colagusano se haga pis encima de la emoción.

Colagusano se ruborizó ligeramente, pero James sonrió.

—Si tanto te molesta… —dijo, y se guardó la pelota en el bolsillo. Harry tuvo la certeza de que Sirius era la única persona por la que James habría dejado de presumir.

—Me aburro —comentó Sirius—. ¡Ojalá hubiera luna llena!

—¿Te aburres? —se extrañó Lupin desde detrás de su libro—. Todavía nos queda Transformaciones; si te aburres puedes preguntarme la lección. Toma… —Y le pasó su libro.

Pero Sirius soltó un resoplido y dijo:

—No necesito el libro, me lo sé de memoria.

—Esto te animará, Canuto —comentó James en voz baja—. Mira quién está allí…

Sirius giró la cabeza y se quedó muy quieto, como un perro que ha olfateado un conejo.

—Fantástico —dijo con voz queda—. Quejicus.

Harry se volvió para ver a quién estaba mirando Sirius.

Snape se había levantado y estaba guardando la hoja del TIMO en su mochila. Cuando salió de la sombra de los matorrales y echó a andar por la extensión de césped, Sirius y James se pusieron en pie.

Lupin y Colagusano permanecieron sentados: Lupin seguía con la vista fija en el libro, aunque no movía los ojos y entre sus cejas había aparecido una pequeña arruga; Colagusano miraba a Sirius y a James y luego a Snape con avidez y expectación.

—¿Todo bien, Quejicus? —preguntó James en voz alta.

Snape reaccionó tan deprisa que dio la impresión de que estaba esperando un ataque: soltó su mochila, metió la mano dentro de su túnica y cuando empezó a levantar la varita, James gritó:

—*¡Expelliarmus!*

La varita de Snape saltó por los aires y cayó con un ruido sordo en la hierba,

detrás de él. Sirius soltó una carcajada.

—¡*Impedimenta!* —exclamó éste señalando con su varita a Snape, que tropezó y cayó al suelo cuando se lanzaba a recoger su varita.

Muchos estudiantes se habían vuelto para mirar. Algunos se habían levantado y se acercaban poco a poco. Unos parecían preocupados; otros, divertidos.

Snape estaba tirado en el suelo, jadeante. James y Sirius avanzaron hacia él con las varitas levantadas; James giraba de vez en cuando la cabeza para mirar a las chicas que había sentadas al borde del lago. Colagusano también se había puesto en pie y había pasado junto a Lupin para ver mejor.

—¿Cómo te ha ido el examen, Quejicus? —preguntó James.

—Me he fijado en él, tenía la nariz pegada al pergamino —aseguró Sirius con maldad—. Su hoja debe de estar llena de manchas de grasa; no van a poder leer ni una palabra.

Varios estudiantes que estaban mirando rieron; era evidente que Snape no tenía muchos amigos. Colagusano rió con estridencia. Snape, por su parte, intentaba levantarse, pero el embrujo todavía duraba, de modo que forcejeaba como si estuviera atado con cuerdas invisibles.

—Esperad… y veréis —dijo entrecortadamente contemplando con profundo odio a James—. ¡Esperad… y veréis!

—¿Qué veremos? —preguntó Sirius impávido—. ¿Qué vas a hacer, Quejicus, limpiarte los mocos en nuestra ropa?

Snape soltó un torrente de palabrotas mezcladas con maleficios, pero como su varita había ido a parar a tres metros de él, no pasó nada.

—Vete a lavar esa boca —le espetó James—. ¡*Fregotego!*

Inmediatamente empezaron a salir rosadas pompas de jabón de la boca de Snape; la espuma le cubría los labios, le provocaba arcadas y hacía que se atragantara…

—¡DEJADLO EN PAZ!

James y Sirius giraron la cabeza. Inmediatamente, James se llevó la mano que tenía libre a la cabeza y se revolvió el cabello.

Era una de las chicas de la orilla del lago. Tenía una poblada mata de cabello rojo oscuro que le llegaba hasta los hombros, y unos ojos almendrados de un verde asombroso, iguales que los de Harry.

Era la madre de Harry.

—¿Qué tal, Evans? —la saludó James con un tono de voz mucho más agradable, grave y maduro.

—Dejadlo en paz —repitió Lily. Miraba a James sin disimular una profunda antipatía—. ¿Qué os ha hecho?

—Bueno —respondió James, e hizo como si reflexionara acerca de la pregunta—, es simplemente que existe, no sé si me explico…

Muchos estudiantes que se habían acercado rieron, incluidos Sirius y Colagusano, pero Lupin, que seguía en apariencia concentrado en su libro, no se rió, y tampoco lo hizo Lily.

—Te crees muy gracioso —afirmó ella con frialdad—, pero no eres más que un sinvergüenza arrogante y bravucón, Potter. Déjalo en paz.

—Lo dejaré en paz si sales conmigo, Evans —replicó rápidamente James—. Vamos, sal conmigo y no volveré a apuntar a Quejicus con mi varita.

A sus espaldas, el efecto del embrujo paralizante estaba remitiendo y Snape se arrastraba con lentitud hacia su varita, escupiendo espuma de jabón.

—No saldría contigo ni aunque tuviera que elegir entre tú y el calamar gigante —le aseguró Lily.

—Mala suerte, Cornamenta —exclamó Sirius con viveza, y se volvió hacia Snape —. ¡Eh!

Demasiado tarde: Snape apuntaba con su varita a James; se produjo un destello de luz, un tajo apareció en la cara de James y la túnica se le manchó de sangre. James giró rápidamente sobre sí mismo: hubo otro destello, y Snape quedó colgado por los pies en el aire; la túnica le tapó la cabeza y dejó al descubierto unas delgadas y pálidas piernas y unos calzoncillos grisáceos.

Muchos de los curiosos vitorearon a James; Sirius, James y Colagusano rieron a carcajadas.

Lily, cuya expresión de rabia había vacilado un instante, como si fuera a sonreír, gritó:

—¡Bajadlo!

—Como quieras —convino James, y apuntó hacia arriba con su varita.

Snape cayó al suelo como un montón de ropa arrugada. Se desenredó de la túnica y se puso rápidamente en pie, con la varita en la mano, pero Sirius exclamó *«¡Petrificas totalus!»* y Snape volvió a caer de bruces, rígido como una tabla.

—¡DEJADLO EN PAZ! —gritó Lily, que ahora también enarbolaba su varita. James y Sirius la miraron con cautela.

—Evans, no me obligues a echarte un maleficio —protestó James con seriedad.

—¡Pues retírale la maldición!

James exhaló un hondo suspiro, se volvió hacia Snape y pronunció la contramaldición.

—Ya está —dijo mientras Snape se ponía trabajosamente en pie—. Has tenido suerte de que Evans estuviera aquí, Quejicus…

—¡No necesito la ayuda de una asquerosa sangre sucia como ella!

Lily parpadeó y, fríamente, dijo:

—La próxima vez no me meteré donde no me llaman. Y por cierto —añadió—, yo que tú me lavaría los calzoncillos, Quejicus.

—¡Pídele disculpas a Evans! —le gritó James a Snape, apuntándolo amenazadoramente con la varita.

—No quiero que lo obligues a pedirme disculpas —le gritó Lily a James—. Tú eres tan detestable como él.

—¿Qué? —gritó James—. ¡Yo jamás te llamaría… eso que tú sabes!

—Siempre estás desordenándote el pelo porque crees que queda bien que parezca que acabas de bajarte de la escoba, vas presumiendo por ahí con esa estúpida *snitch*, te pavoneas y echas maleficios a la gente por cualquier tontería… Me sorprende que tu escoba pueda levantarse del suelo, con lo que debe de pesar tu enorme cabeza. ¡Me das ASCO! —exclamó, y dio media vuelta y se marchó de allí a buen paso.

—¡Evans! —le gritó James—. ¡Eh, EVANS!

Pero Lily no miró hacia atrás.

—¿Qué mosca le ha picado? —dijo James intentando en vano fingir que era una pregunta hecha al azar, y que en realidad no le importaba.

—Leyendo entre líneas, yo diría que te encuentra un poco creído, amigo mío —apuntó Sirius.

—Está bien —aceptó James con gesto de fastidio—. Está bien… —Entonces se produjo otro destello y Snape volvió a colgar por los pies en el aire—. ¿Quién quiere ver cómo le quito los calzoncillos a Snape?

Pero Harry no llegó a saber si James le quitó los calzoncillos a Snape o no, pues una mano se había cerrado alrededor de su brazo con la fuerza de unas tenazas. El chico hizo una mueca de dolor y giró la cabeza para ver quién lo estaba sujetando, y vio, con horror, al Snape adulto de pie detrás de él, lívido de rabia.

—¿Te diviertes?

Harry notó que se elevaba por el aire; los soleados jardines se evaporaban a su alrededor; subía flotando por una gélida oscuridad, y la mano de Snape seguía sujetándolo con fuerza por el brazo. Entonces, con la sensación de que caía en picado, como si hubiera dado una voltereta en el aire, sus pies dieron contra el suelo de piedra de la mazmorra de Snape, y se encontró de nuevo plantado ante el *pensadero* que había encima de la mesa del oscuro despacho del que, en la actualidad, era su profesor de Pociones.

—¿Y bien? —preguntó Snape; le apretaba tanto el brazo que a Harry empezó a dormírsele la mano—. ¿Te lo has pasado bien, Potter?

—N-no —contestó Harry al mismo tiempo que intentaba liberar su brazo.

Snape daba miedo: le temblaban los labios, estaba blanco como el papel y enseñaba los dientes.

—Tu padre era un tipo muy gracioso, ¿verdad? —dijo el profesor, y zarandeó a Harry hasta que le resbalaron las gafas por la nariz.

—Yo… no…

Snape empujó a Harry con todas sus fuerzas y éste cayó estrepitosamente contra el suelo de la mazmorra.

—¡No le cuentes a nadie lo que has visto! —bramó Snape.

—No —repuso Harry, y se levantó tan lejos como pudo de Snape—. No, claro que no…

—¡Largo de aquí! ¡No quiero volver a verte jamás en este despacho!

Y cuando Harry salía disparado hacia la puerta, un tarro de cucarachas muertas se estrelló sobre su cabeza. Abrió la puerta de un tirón, echó a correr por el pasillo y no paró hasta que estuvo a tres pisos de distancia de Snape. Entonces se apoyó en la pared jadeando y se frotó el magullado brazo.

No le apetecía volver tan pronto a la torre de Gryffindor, ni contarles a Ron y a Hermione lo que acababa de ver. Si se sentía horrorizado y desdichado no era porque Snape le hubiera gritado ni porque le hubiera lanzado un tarro de cucarachas, sino porque él sabía qué experimentaba uno cuando lo humillaban en medio de un corro de curiosos, y sabía exactamente qué había sentido Snape cuando su padre se había burlado de él; a juzgar por lo que acababa de ver, su padre había sido tan arrogante como Snape siempre le había dado a entender.

29
Orientación académica

—Pero ¿por qué ya no tienes clases particulares de Oclumancia? —preguntó Hermione con expresión ceñuda.

—Ya te lo he dicho —murmuró Harry—. Snape cree que ahora que he aprendido los conceptos básicos puedo seguir estudiando por mi cuenta.

—¿Quiere eso decir que no tienes sueños raros? —inquirió Hermione con escepticismo.

—Bueno, casi nunca —respondió Harry sin mirar a su amiga.

—¡Pues no creo que Snape deba interrumpir las clases hasta estar completamente seguro de que puedes controlarlos! —exclamó la chica, indignada—. Harry, creo que deberías volver a su despacho y preguntarle…

—No —repuso Harry, tajante—. Déjalo, Hermione, ¿quieres?

Era el primer día de las vacaciones de Pascua, y Hermione, como de costumbre, había pasado gran parte del tiempo haciendo horarios de repaso para los tres amigos. Harry y Ron no habían puesto objeciones: eso era más fácil que discutir con ella, y de todos modos quizá los horarios resultaran útiles.

Ron se llevó una sorpresa al ver que sólo faltaban seis semanas para los

exámenes.

—¿Cómo puede ser que eso te sorprenda? —le preguntó Hermione mientras tocaba cada cuadradito del horario de Ron con su varita para que se pintara de un color diferente según la asignatura.

—No lo sé —admitió Ron—. Han pasado muchas cosas.

—Toma, ya está —dijo Hermione, y le entregó su horario—. Si lo sigues al pie de la letra, no tendrás problemas.

Ron lo contempló con desánimo, pero de pronto su rostro se iluminó.

—¡Me has dejado una noche libre cada semana!

—Para los entrenamientos de *quidditch* —aclaró Hermione.

La sonrisa se borró de la cara de Ron.

—¿Qué sentido tiene que entrenemos? —comentó, desalentado—. Tenemos las mismas posibilidades de ganar la Copa de *quidditch* este año que las de mi padre de ser nombrado ministro de Magia.

Hermione no dijo nada; observaba a Harry, que miraba sin ver la pared opuesta de la sala común mientras *Crookshanks* le tocaba una mano con la pata para que le acariciara las orejas.

—¿Qué pasa, Harry?

—¿Qué? —reaccionó él rápidamente—. Nada.

De inmediato cogió su ejemplar de *Teoría de defensa mágica* y fingió que buscaba algo en el índice. *Crookshanks* lo dejó por imposible y se escondió bajo la butaca de Hermione.

—Antes he visto a Cho —comentó la chica tanteando el terreno—. Ella también parecía muy triste. ¿Os habéis vuelto a pelear?

—¿Qué? Ah, sí, nos hemos peleado —dijo Harry, quien agradeció la excusa que le brindaba Hermione.

—¿Por qué?

—Por su amiga Marietta, la chivata —contestó Harry.

—¡Y con todos los motivos! —terció Ron apartando la mirada de su horario de repaso—. Por su culpa…

Ron se puso a despotricar contra Marietta Edgecombe, lo cual a Harry le resultó muy útil: lo único que tenía que hacer era poner cara de enfado, asentir con la cabeza y decir «sí» y «eso» cada vez que Ron paraba para tomar aliento, y entre tanto podía recordar lo que había visto en el *pensadero*, aunque le hiciera sentirse sumamente desgraciado.

Tenía la impresión de que el recuerdo de aquella escena lo estaba carcomiendo por dentro. Siempre había estado tan seguro de que sus padres eran unas personas maravillosas que nunca se había creído lo que afirmaba Snape sobre el carácter de su padre. ¿Acaso no le habían asegurado personas como Hagrid y Sirius que su padre

era un tipo fenomenal? («Sí, ya, pero mira cómo era Sirius —dijo una vocecilla impertinente dentro de la cabeza de Harry—. Era igual de ruin que él, ¿no?») Sí, en una ocasión había oído decir a la profesora McGonagall que su padre y Sirius eran los alborotadores del colegio, pero los había descrito como precursores de los gemelos Weasley, y Harry no podía imaginar que Fred y George colgaran a alguien por los pies sólo para divertirse… A menos que odiaran de verdad a esa persona; quizá se lo habrían hecho a Malfoy, o a alguien que de verdad se lo mereciera…

Harry intentó demostrarse a sí mismo que Snape se había merecido el trato que había recibido de James; pero ¿acaso Lily no había preguntado: «¿Qué os ha hecho?», y James había contestado: «Es simplemente que existe, no sé si me explico»? ¿Y acaso James no había empezado la broma sólo porque Sirius había dicho que se aburría? Harry recordaba que, cuando estaban en Grimmauld Place, Lupin había comentado que Dumbledore lo había nombrado prefecto con la esperanza de que ejerciera cierto control sobre James y Sirius… Pero, en el *pensadero*, Lupin se había quedado sentado y no había hecho nada para impedir el enfrentamiento…

Harry se acordaba una y otra vez de que Lily había intervenido; su madre sí era una persona decente. Sin embargo, el recuerdo de la expresión de la cara de Lily cuando le gritaba a James lo inquietaba tanto como todo lo demás; era evidente que odiaba a James, y Harry no se explicaba cómo habían acabado casándose. En un par de ocasiones, hasta se preguntó si James la habría obligado a…

Durante casi cinco años la imagen de su padre había sido para él una fuente de consuelo e inspiración. Siempre que alguien comentaba que se parecía a James, él se sentía orgulloso. Pero en aquellos momentos…, en aquellos momentos se sentía indiferente y triste cuando pensaba en él. A medida que avanzaba la semana de Pascua, el tiempo se hizo más ventoso, soleado y cálido, pero Harry estaba atrapado dentro del castillo, como el resto de los alumnos de quinto y séptimo, sin más ocupación que repasar e ir y venir de la biblioteca. Harry fingía que su malhumor no tenía más causa que la proximidad de los exámenes, y como sus compañeros de Gryffindor también estaban hartos de estudiar, nadie puso en duda su excusa.

—Estoy hablando contigo, Harry. ¿No me oyes?

—¿Eh?

Giró la cabeza. Ginny Weasley, muy despeinada, se había sentado a su lado en la mesa de la biblioteca, adonde Harry había ido solo. Era un domingo por la noche; Hermione había vuelto a la torre de Gryffindor para repasar Runas Antiguas, y Ron tenía entrenamiento de *quidditch*.

—¡Ah, hola! —exclamó Harry, y acercó los libros hacia sí—. ¿Por qué no estás entrenando?

—El entrenamiento ha terminado —respondió Ginny—. Ron ha tenido que llevar

a Jack Sloper a la enfermería.

—¿Por qué?

—Bueno, no estamos seguros, pero creemos que se ha golpeado él mismo con el bate. —Suspiró profundamente—. En fin… Ha llegado un paquete. Acaba de pasar por el nuevo detector de la profesora Umbridge.

Levantó una caja envuelta con papel marrón y la puso encima de la mesa; era evidente que la habían desenvuelto y la habían vuelto a envolver con descuido. En el papel había una nota escrita con tinta roja que rezaba: «Inspeccionado y aprobado por la Suma Inquisidora de Hogwarts.»

—Son huevos de Pascua que nos envía mi madre —dijo Ginny—. Hay uno para ti, toma…

Le dio un bonito huevo de chocolate decorado con pequeñas *snitch*s glaseadas que, según el envoltorio, contenía una bolsa de meigas fritas. Harry se quedó mirándolo y de pronto sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Te encuentras bien, Harry? —le preguntó Ginny en voz baja.

—Sí, sí, estoy bien —contestó Harry con brusquedad. El nudo de la garganta le hacía daño. No entendía por qué un huevo de Pascua conseguía que se sintiera de ese modo.

—Últimamente estás muy deprimido —insistió Ginny— ¿Sabes qué? Estoy segura de que si hablaras con Cho…

—No es con Cho con quien quiero hablar —la atajó Harry.

—Pues ¿con quién? —inquirió Ginny mirándolo con atención. —Con…

Harry miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba. La señora Pince se hallaba bastante lejos, pues estaba retirando de una estantería un montón de libros para Hannah Abbott, que parecía agobiadísima.

—Me muero de ganas de hablar con Sirius —masculló—. Pero sé que no puedo.

Ginny siguió mirándolo con atención. Harry desenvolvió su huevo de Pascua, no porque le apeteciera comérselo, sino más bien por hacer algo, rompió un pedazo grande y se lo metió en la boca.

—Bueno —dijo Ginny, y también cogió un trozo de huevo—, si tantas ganas tienes, supongo que podríamos encontrar la forma de que hablaras con él.

—No digas bobadas. Eso es imposible mientras la profesora Umbridge vigile las chimeneas y abra nuestro correo.

—Lo bueno de crecer con Fred y George es que acabas pensando que cualquier cosa es posible si tienes suficiente coraje —dijo Ginny con aire pensativo.

Harry la miró. Quizá fuera el efecto del chocolate (Lupin siempre le había aconsejado que comiera un poco tras un encuentro con *dementores*), o sencillamente porque, por fin, había expresado en voz alta el deseo que llevaba una semana entera ardiendo en su interior, pero de pronto se sintió más animado.

—PERO ¿QUÉ ESTÁIS HACIENDO?

—¡Vaya! —susurró Ginny, y se puso en pie de un brinco—. Se me había olvidado…

La señora Pince se abalanzó sobre ellos con su arrugado rostro desfigurado por la ira.

—¡Chocolate en la biblioteca! —gritó—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡FUERA!

Y, agitando la varita, hizo que los libros, la mochila y el tintero de Harry los siguieran a él y a Ginny hasta la puerta de la biblioteca, y que por el camino los golpearan varias veces en la cabeza.

• • •

Para subrayar la importancia de los próximos exámenes, una serie de folletos, prospectos y anuncios relacionados con varias carreras mágicas aparecieron encima de las mesas de la torre de Gryffindor poco después de que las vacaciones finalizasen, y en el tablón de anuncios colgaron un letrero que decía:

ORIENTACIÓN ACADÉMICA

Todos los alumnos de quinto curso tendrán, durante la primera semana del trimestre de verano, una breve entrevista con el jefe de su casa para hablar de las futuras carreras. Las fechas y las horas de las entrevistas individuales se indican a continuación.

Harry revisó la lista y vio que la profesora McGonagall lo esperaba en su despacho el lunes a las dos y media, lo cual significaba que se saltaría casi toda la clase de Adivinación. Harry y los otros alumnos de quinto habían pasado una parte considerable del último fin de semana de las vacaciones de Pascua leyendo la información sobre diferentes carreras que habían dejado en la torre para que los alumnos la examinaran.

—Bueno, la Sanación no me atrae —comentó Ron la última noche de las vacaciones. Estaba enfrascado en la lectura de un folleto en cuya portada se veía el emblema del hueso y la varita cruzados de San Mungo—. Aquí pone que necesitas como mínimo una «S» en los TIMOS de Pociones, Herbología, Transformaciones, Encantamientos y Defensa Contra las Artes Oscuras. No son exigentes ni nada, ¿eh?

—Bueno, ten en cuenta que es una profesión de mucha responsabilidad —observó Hermione, que estudiaba minuciosamente un folleto de color naranja titulado: «¿CREES QUE TE GUSTARÍA TRABAJAR EN RELACIONES CON LOS MUGGLES?»—. Para especializarte en relaciones con los *muggles* no es necesario estar muy bien cualificado; sólo te piden un TIMO de Estudios *Muggles*. Mira lo que dice aquí: «¡Son

mucho más importantes tu entusiasmo, tu paciencia y tu sentido del humor!»

—Te aseguro que para relacionarse con mi tío hay que tener algo más que sentido del humor —intervino Harry con desánimo—. Un buen sentido del escondite, por ejemplo. —Estaba leyendo un folleto sobre la banca mágica—. Escuchad esto: «¿Buscas una carrera interesante que implique viajes, aventuras y sustanciosas bonificaciones en metálico relacionadas con experiencias peligrosas? Pues plantéate si quieres trabajar para Gringotts, el Banco Mágico, que recluta a rompedores de maldiciones y les ofrece emocionantes oportunidades en el extranjero.» Pero piden Aritmancia; ¡tú podrías hacerlo, Hermione!

—No me interesa mucho la banca —repuso ella con vaguedad, pues estaba leyendo otro folleto titulado: «¿TIENES LO QUE HAY QUE TENER PARA ENTRENAR A TROLS DE SEGURIDAD?»

—¡Eh! —le susurró alguien al oído a Harry. Giró la cabeza y vio que Fred y George se les habían unido—. Ginny ha venido a hablarnos de ti —dijo Fred, y estiró las piernas sobre la mesa que tenían delante provocando que varios folletos sobre carreras relacionadas con el Ministerio de Magia cayeran al suelo—. Dice que necesitas comunicarte con Sirius.

—¿Qué? —saltó Hermione, y dejó quieta en el aire la mano con que se disponía a coger el folleto titulado: «TRIUNFA EN EL DEPARTAMENTO DE ACCIDENTES Y CATÁSTROFES EN EL MUNDO DE LA MAGIA.»

—Sí —confirmó Harry con tono desenfadado—, sí, me gustaría…

—No seas ridículo —terció Hermione, que se enderezó y lo miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo—. ¿Cómo vas a hacerlo si la profesora Umbridge hurga en las chimeneas y registra a todas las lechuzas?

—Verás, es que hemos pensado que podríamos encontrar la forma de burlar su vigilancia —explicó George, desperezándose, con una sonrisa en los labios—. Se trata simplemente de organizar una maniobra de distracción. Mira, no sé si te habrás fijado en que hemos estado muy tranquilos durante las vacaciones de Pascua…

—¿Qué sentido tenía alterar el tiempo de ocio? —continuó Fred—. Ninguno, nos dijimos. Y por supuesto, habríamos molestado a los estudiantes que estaban repasando, y por nada del mundo querríamos hacer eso. —Miró a Hermione con cara de mojigato. A ella le sorprendió que los gemelos hubieran tenido tanta consideración —. Pero a partir de mañana empieza otra vez la fiesta —prosiguió enérgicamente—. Y ya que tenemos pensado causar un poco de alboroto, ¿por qué no hacerlo de modo que Harry pueda aprovechar la ocasión para charlar con Sirius?

—Sí, pero de todos modos —dijo Hermione como si le estuviera contando algo muy simple a una persona muy obtusa—, aunque consigáis distraer a la profesora Umbridge, ¿cómo se supone que va a hablar Harry con Sirius?

—En el despacho de la profesora Umbridge —contestó él en voz baja.

Llevaba dos semanas pensándolo y no se le había ocurrido ninguna alternativa. La propia profesora Umbridge le había dicho que la única chimenea que no estaba vigilada era la de su despacho.

—¿Te has vuelto loco? —replicó Hermione con voz queda.

Ron había dejado de leer un folleto en el que ofrecían puestos de trabajo en la industria del cultivo de hongos y escuchaba la conversación con recelo.

—Creo que no —contestó Harry, y se encogió de hombros.

—¿Y cómo piensas entrar allí, para empezar?

Harry estaba preparado para contestar a aquella pregunta.

—Con la navaja de Sirius —dijo.

—¿Con qué?

—Hace dos Navidades, Sirius me regaló una navaja que abre cualquier cerradura. Así que, aunque la profesora Umbridge haya encantado la puerta para que no funcione el *Alohomora*, como imagino que habrá hecho…

—¿Qué opinas tú de esto? —le preguntó Hermione a Ron, y de inmediato Harry recordó cómo la señora Weasley había apelado a su marido durante la primera cena en Grimmauld Place.

—No lo sé —contestó Ron. Al parecer, Hermione lo había pillado desprevenido al pedirle su opinión—. Si Harry quiere hacerlo, es asunto suyo, ¿no?

—Así hablan los buenos amigos y los Weasley —afirmó Fred, y dio unas fuertes palmadas a Ron en la espalda—. Muy bien. Hemos pensado hacerlo mañana, después de las clases, porque provocaríamos un impacto máximo si todo el mundo estuviera en los pasillos. Harry, lo soltaremos en el ala este, no sé exactamente dónde, y la obligaremos a salir de su despacho. Calculo que podemos garantizarte… unos veinte minutos, ¿verdad? —añadió mirando a George.

—Sí, seguro —confirmó éste.

—¿En qué consiste la maniobra de distracción? —preguntó Ron.

—Ya lo verás, hermanito —dijo Fred mientras él y su gemelo se levantaban—. Sólo tienes que estar en el pasillo de Gregory el Pelota mañana a eso de las cinco.

Al día siguiente Harry se despertó temprano, casi tan nervioso como el día de su vista disciplinaria en el Ministerio de Magia. Lo que lo angustiaba no era únicamente la perspectiva de entrar en el despacho de la profesora Umbridge y utilizar su chimenea para hablar con Sirius, aunque desde luego ese hecho habría sido suficiente, sino que, además, aquel día Harry estaría cerca de Snape por primera vez desde que el profesor lo había echado de su despacho. Tras permanecer un rato tumbado en la cama, pensando en el día que tenía por delante, Harry se levantó sin hacer ruido y fue hasta la ventana que había junto a la cama de Neville. Miró por ella y vio que hacía una mañana francamente espléndida. El cielo estaba de un azul claro, neblinoso y opalino.

Justo delante de la ventana por la que miraba Harry, se encontraba la altísima haya bajo la que su padre había atormentado a Snape. No estaba seguro de qué podría decirle Sirius para explicar la escena que había visto en el *pensadero*, pero estaba impaciente por escuchar la versión de su padrino sobre lo ocurrido, conocer cualquier factor atenuante que pudiera haber habido, cualquier excusa, por pequeña que fuera, para justificar el comportamiento de su padre…

De pronto Harry vio que algo se movía en los límites del Bosque Prohibido. Aguzó la vista y distinguió a Hagrid, que salía de entre los árboles. Le pareció que cojeaba. Mientras Harry lo observaba, el guardabosques fue haciendo eses hasta la puerta de su cabaña y se metió dentro. El chico se quedó varios minutos contemplando la cabaña. Hagrid no volvió a aparecer, pero empezó a salir humo por la chimenea; no podía estar muy malherido si todavía era capaz de echarle leña al fuego.

Harry se apartó de la ventana, regresó junto a su baúl y empezó a vestirse.

Con la perspectiva de entrar por la fuerza en el despacho de la profesora Umbridge, Harry no esperaba que aquél fuera a ser un día tranquilo, pero no había contado con que Hermione lo acosara constantemente para disuadirlo de lo que planeaba hacer a las cinco. Por primera vez, Hermione estuvo tan distraída como Harry y Ron en la clase de Historia de la Magia del profesor Binns, y susurraba sin parar advertencias que Harry hacía todo lo posible por ignorar.

—… y si te encuentra allí dentro, aparte de expulsarte, se imaginará que has estado hablando con *Hocicos*, y esta vez seguro que te obliga a beberte el *Veritaserum* y a contestar a sus preguntas…

—Hermione —dijo Ron con voz contenida e indignada—, ¿quieres hacer el favor de dejar de regañar a Harry y escuchar a Binns, o voy a tener que tomar yo mismo apuntes?

—¡Pues podrías tomar apuntes, para variar, no te morirías!

Cuando llegaron a las mazmorras, Harry y Ron ya no le dirigían la palabra a Hermione. Ella, sin dejarse amilanar, aprovechó el silencio de sus amigos para soltarles un torrente continuo de graves advertencias, pronunciadas con ímpetu en un susurro ininterrumpido que hizo que Seamus se pasara cinco minutos revisando su caldero, pues creía que tenía alguna fuga.

Snape, por su parte, había decidido actuar como si Harry fuera invisible. Como es lógico, éste ya estaba acostumbrado a esa táctica, pues era una de las favoritas de tío Vernon, y en el fondo se alegraba de no tener que soportar nada peor. De hecho, comparado con los insultos y las burlas de Snape que normalmente debía aguantar, le parecía que el nuevo enfoque suponía una pequeña mejora; además, se llevó una grata sorpresa al comprobar que si lo dejaban tranquilo era capaz de preparar un filtro vigorizante sin grandes problemas. Al finalizar la clase, metió un poco de su poción

en una botella, la tapó con un tapón de corcho y la llevó a la mesa de Snape para que el profesor le pusiera nota. Había calculado que como mínimo conseguiría una «S».

Cuando acababa de darse la vuelta, oyó el ruido de algo que se rompía. Malfoy soltó una fuerte carcajada, Harry giró sobre los talones y vio que su botella estaba hecha añicos en el suelo, y que Snape lo miraba a él regodeándose.

—¡Vaya! —dijo el profesor en voz baja—. Otro cero, Potter.

Harry estaba tan indignado que no podía hablar. Volvió junto a su caldero dando grandes zancadas con la intención de llenar otra botella con poción y obligar a Snape a ponerle nota, pero vio con horror que el resto del contenido había desaparecido.

—¡Lo siento! —exclamó Hermione, tapándose la boca con las manos—. Lo siento muchísimo, Harry. ¡Creía que habías terminado y lo he limpiado!

Harry ni siquiera pudo contestar. Cuando sonó la campana, salió corriendo de la mazmorra, sin mirar atrás, y se aseguró de encontrar sitio entre Neville y Seamus a la hora de comer, para que Hermione no empezara a darle la lata otra vez sobre su intención de utilizar el despacho de la profesora Umbridge.

Cuando llegó a la clase de Adivinación estaba tan malhumorado que había olvidado que tenía una entrevista de orientación académica con la profesora McGonagall, y no lo recordó hasta que Ron le preguntó por qué no había ido al despacho de la profesora. Harry subió a toda prisa y sólo llegó unos minutos tarde.

—Lo siento, profesora —se excusó mientras cerraba la puerta—. Se me había olvidado.

—No importa, Potter —repuso la bruja con brusquedad, pero, mientras ella hablaba, alguien hizo un ruido con la nariz en un rincón. Harry miró hacia allí.

La profesora Umbridge estaba sentada con un sujetapapeles sobre las rodillas, una recargada blonda alrededor del cuello y una sonrisita petulante en los labios.

—Siéntate, Potter —le indicó lacónicamente la profesora McGonagall, a quien le temblaron un poco las manos cuando barajó los folletos que había esparcidos por su mesa.

Harry se sentó de espaldas a la profesora Umbridge e hizo cuanto pudo para fingir que no oía el rasgueo de la pluma sobre el pergamino.

—Bueno, Potter, esta reunión es para hablar sobre las posibles carreras que hayas pensado que te gustaría estudiar, y para ayudarte a decidir qué asignaturas deberías cursar en sexto y en séptimo —le explicó la profesora McGonagall—. ¿Has pensado ya qué te apetecería hacer cuando salgas de Hogwarts?

—Pues… —empezó Harry.

El rasgueo de la pluma que oía detrás no le dejaba concentrarse.

—¿Qué? —le preguntó la profesora McGonagall.

—Pues… he pensado que a lo mejor podría ser *auror* —masculló Harry.

—Para eso necesitarías muy buenas notas —replicó la profesora McGonagall; a

continuación sacó un pequeño folleto de color oscuro de debajo del montón que cubría su mesa y lo abrió—. Piden cinco ÉXTASIS como mínimo, y por lo que veo no aceptan notas inferiores a «Supera las expectativas». Además, te obligan a someterte a una serie de rigurosas pruebas de personalidad y aptitudes en la Oficina de *aurores*. Es una carrera difícil, Potter, sólo aceptan a los mejores. Es más, creo que hace tres años que no aceptan a nadie. —En ese momento la profesora Umbridge emitió una débil tosecilla, como si quisiera comprobar lo discretamente que era capaz de toser. La profesora McGonagall no le hizo caso—. Supongo que querrás saber qué asignaturas tendrías que estudiar, ¿verdad? —prosiguió elevando un poco la voz.

—Sí —respondió Harry—. Supongo que… Defensa Contra las Artes Oscuras.

—Naturalmente —confirmó la profesora McGonagall con tono resuelto—. Y también te aconsejaría… —La profesora Umbridge volvió a toser, esta vez un poco más fuerte. La profesora McGonagall cerró los ojos un momento, volvió a abrirlos y siguió como si tal cosa—. También te aconsejaría que estudiaras Transformaciones, porque en su trabajo los *aurores* necesitan a menudo transformarse y destransformarse. Y he de decirte, Potter, que en mis clases de ÉXTASIS no acepto a ningún alumno que no haya conseguido como mínimo un «Supera las expectativas» en el TIMO. Si no me equivoco, de momento tú tienes una media de «Aceptable», de modo que tendrás que ponerte a estudiar en serio antes de los exámenes si quieres continuar con esa asignatura. También deberías estudiar Encantamientos, que siempre son muy útiles, y Pociones. Sí, Potter, Pociones —añadió, y esbozó una brevísima sonrisa—. El estudio de las pociones y de los antídotos es fundamental para los *aurores*. Y debes saber que el profesor Snape no acepta a ningún alumno que no haya conseguido un «Extraordinario» en su TIMO, así que… —La profesora Umbridge soltó la tos más pronunciada hasta el momento—. ¿Quiere una pastilla para la tos, Dolores? —preguntó con aspereza la profesora McGonagall sin mirar a su colega.

—No, muchas gracias —contestó ésta con aquella sonrisa tonta que tanto odiaba Harry—. Sólo me preguntaba si le importaría que hiciera una brevísima interrupción, Minerva.

—No, no me importaría. Adelante —indicó la profesora McGonagall apretando los dientes.

—Me estaba preguntando si el señor Potter tiene temperamento de *auror* —comentó la profesora Umbridge con dulzura.

—¿Ah, sí? —dijo la profesora McGonagall con altivez—. Bueno, Potter —continuó, como si la interrupción no se hubiera producido—, si de verdad quieres ser *auror*, te recomiendo que te concentres en alcanzar el nivel requerido en Transformaciones y en Pociones. Veo que el profesor Flitwick siempre te ha puesto «Aceptable» o «Supera las expectativas» en los dos últimos años, de modo que tu nivel de Encantamientos debe de ser satisfactorio. En cuanto a Defensa Contra las

Artes Oscuras, siempre has sacado buenas notas; el profesor Lupin, particularmente, creía que tú… ¿Seguro que no quiere una pastilla para la tos, Dolores?

—¡Oh, no, Minerva! Gracias, pero no la necesito —dijo con la misma sonrisa tonta la profesora Umbridge, que había vuelto a toser aún más fuerte—. Es sólo que por lo visto no tiene usted delante las últimas calificaciones de Harry en Defensa Contra las Artes Oscuras. Estoy segura de que le he pasado una nota.

—¿Se refiere a esto? —preguntó la profesora McGonagall con tono de repugnancia, y sacó una hoja de pergamino de color rosa de entre las solapas de la carpeta del expediente de Harry. La miró con las cejas un poco arqueadas y volvió a guardarla en su sitio sin hacer ningún comentario—. Sí, Potter, como iba diciendo, el profesor Lupin opinaba que demostrabas tener excelentes aptitudes para la asignatura, y como podrás suponer, para ser *auror*…

—¿No ha entendido mi nota, Minerva? —la interrumpió la profesora Umbridge con tono meloso. Esta vez se le había olvidado toser.

—Claro que la he entendido —respondió la profesora McGonagall, pero apretó tanto los dientes que apenas se distinguieron sus palabras.

—Bueno, pues entonces no me explico… Me temo que no comprendo cómo puede dar falsas esperanzas a Potter de que…

—¿Falsas esperanzas? —repitió la profesora McGonagall, que seguía resistiéndose a mirar a la profesora Umbridge—. Ha sacado muy buenas notas en todos sus exámenes de Defensa Contra las Artes Oscuras…

—Lamento muchísimo tener que contradecirla, Minerva, pero como verá en mi nota, Harry ha obtenido unos resultados muy bajos en sus clases conmigo…

—Me parece que debería ser más clara —la atajó la profesora McGonagall, y se volvió por fin para mirar a los ojos a la profesora Umbridge—. Ha sacado muy buenas notas siempre que se ha examinado con un profesor competente.

La sonrisa de la profesora Umbridge se borró de su rostro con la rapidez con que explota una bombilla. Se recostó en el respaldo de su asiento, dio la vuelta a la hoja de pergamino que tenía en el sujetapapeles y empezó a escribir a toda velocidad dirigiendo los saltones ojos de un margen al otro de la página. La profesora McGonagall se volvió hacia Harry; resoplaba y echaba chispas por los ojos. —¿Alguna pregunta, Potter?

—Sí —contestó él—. ¿En qué consisten esas pruebas de personalidad y aptitudes que te hace el Ministerio si consigues suficientes ÉXTASIS?

—Verás, tendrás que demostrar que eres capaz de reaccionar correctamente ante la presión y cosas por el estilo —explicó la profesora McGonagall—; que eres perseverante y entregado, porque el curso de *auror* dura tres años más; y que dominas la Defensa práctica. Eso supone que tendrás que seguir estudiando mucho una vez que salgas del colegio, así que, a menos que estés dispuesto a…

—Creo que también sabrá —la interrumpió la profesora Umbridge con aspereza — que el Ministerio revisa los antecedentes de los aspirantes a *aurores*. Sus antecedentes penales.

—… a menos que estés dispuesto a seguir haciendo exámenes después de salir de Hogwarts, deberías buscar otra…

—Y eso significa que este chico tiene tantas posibilidades de llegar a ser *auror* como Dumbledore de volver a este colegio.

—Entonces tiene muchas posibilidades —respondió la profesora McGonagall.

—Potter tiene antecedentes penales —le recordó la profesora Umbridge.

—A Potter lo absolvieron de todos los cargos —afirmó la profesora McGonagall, subiendo aún más el tono de voz. La profesora Umbridge se puso en pie. Era tan baja que no se notó mucho que lo hacía, pero su cursilería había dejado paso a una ira desbocada que hizo que su ancha y blanda cara adoptara una expresión siniestra.

—¡Potter no tiene ni la más remota posibilidad de llegar a ser *auror*! —sentenció.

La profesora McGonagall se levantó también, y en su caso sí se notó la diferencia, pues era mucho más alta que la profesora Umbridge.

—¡Voy a ayudarte a ser *auror* aunque sea lo último que haga en esta vida, Potter! —aseguró con rotundidad—. ¡Aunque tenga que darte clases particulares todas las noches! ¡Me encargaré de que alcances los resultados requeridos!

—¡El Ministerio de Magia jamás dará empleo a Harry Potter! —replicó la profesora Umbridge a voz en grito.

—¡Es muy posible que cuando Potter esté preparado para entrar en el Ministerio ya haya otro ministro! —bramó la profesora McGonagall.

—¡Aja! —chilló la profesora Umbridge apuntando a la profesora McGonagall con un dedo regordete—. ¡Sí! ¡Eso, eso, eso! ¡Claro! Eso es lo que usted quiere, ¿verdad, Minerva McGonagall? ¡Quiere que Albus Dumbledore sustituya a Cornelius Fudge! Cree que ocupará mi puesto, ¿verdad? ¡Subsecretaría del ministro y, por si fuera poco, directora del colegio!

—Está loca de atar —masculló la profesora McGonagall con profundo desdén— Potter, ya hemos terminado la consulta sobre orientación académica.

Harry se colgó la mochila del hombro y salió muy deprisa de la habitación, sin atreverse a mirar a la profesora Umbridge. Mientras recorría el pasillo, siguió oyendo a las dos mujeres, que se gritaban una a otra.

La profesora Umbridge seguía respirando como si acabara de correr una maratón cuando entró pisando fuerte en la clase de Defensa Contra las Artes Oscuras de aquella tarde.

—Espero que te hayas pensado mejor eso que planeas hacer, Harry —susurró Hermione en cuanto abrieron los libros por el capítulo treinta y cuatro, «Respuesta pacífica y negociación»—. La profesora Umbridge ya está de muy mal humor…

De vez en cuando Dolores Umbridge lanzaba miradas de odio a Harry, que mantenía la cabeza agachada y no apartaba la vista de su ejemplar de *Teoría de defensa mágica*, mirándolo sin ver nada, mientras pensaba…

Se imaginaba la reacción de la profesora McGonagall si lo sorprendían entrando ilegalmente en el despacho de la profesora Umbridge sólo unas horas después de que ella hubiera dado la cara por él. Nada le impedía volver a la torre de Gryffindor y confiar en que durante las vacaciones de verano algún día se le presentara la ocasión de pedir a Sirius que le explicara la escena que había visto en el *pensadero*… Nada, salvo que la idea de adoptar esa sensata actitud hacía que notara como si tuviera el estómago lleno de plomo… Y, además, estaban Fred y George, cuya maniobra de distracción ya estaba preparada, por no mencionar la navaja que Sirius le había regalado, y que en esos momentos llevaba en la mochila junto con la capa invisible de su padre.

Pero lo cierto era que si lo sorprendían…

—¡Dumbledore se ha sacrificado para que no tengas que marcharte del colegio, Harry! —le susurró Hermione levantando su libro y escondiéndose detrás para que la profesora Umbridge no le viera la cara—. ¡Y si consigues que te expulsen hoy, todo habrá sido en vano!

Podía abandonar el plan y aprender a vivir, sencillamente, con el recuerdo de lo que su padre había hecho un día de verano, hacía más de veinte años…

Y entonces se acordó de Sirius en la chimenea de la sala común de Gryffindor…

«No te pareces a tu padre tanto como yo creía. Para James, el riesgo habría sido lo divertido.»

Pero ¿todavía quería parecerse a su padre?

—¡No lo hagas, Harry, por favor! —le suplicó Hermione con voz de angustia mientras sonaba la campana que anunciaba el final de la clase.

Harry no dijo nada; no sabía qué hacer. Ron, por su parte, parecía decidido a no manifestar su opinión y a no ofrecer consejos; ni siquiera miraba a Harry a la cara, aunque, cuando Hermione abrió la boca para intentar una vez más disuadir a su amigo, Ron dijo en voz baja:

—Déjalo ya, ¿quieres? Harry es mayorcito para tomar sus propias decisiones.

El corazón de Harry latía muy deprisa cuando salió del aula. Cuando estaba más o menos en la mitad del pasillo oyó los lejanos pero inconfundibles sonidos de una maniobra de distracción. Se oían gritos y chillidos que, procedentes de más arriba, resonaban por todas partes; los alumnos que salían de las aulas se paraban en seco y miraban con temor hacia el techo…

La profesora Umbridge abandonó precipitadamente la clase, tan aprisa como le permitían sus cortas piernas.

Sacó su varita mágica y echó a correr en dirección opuesta a la de Harry: era

ahora o nunca.

—¡Por favor, Harry! —le suplicó Hermione débilmente.

Pero Harry ya había tomado una decisión; se colgó mejor la mochila y rompió a correr esquivando a los alumnos que se precipitaban en dirección opuesta para ver qué era aquel alboroto del ala este.

Harry llegó al pasillo del despacho de la profesora Umbridge y lo encontró vacío. Se escondió detrás de una armadura, cuyo yelmo giró chirriando para mirarlo; abrió su mochila, agarró la navaja de Sirius y se puso la capa invisible. Entonces salió arrastrándose lenta y cuidadosamente de detrás de la armadura y recorrió el pasillo hasta llegar frente a la puerta de la profesora Umbridge.

Introdujo la hoja de la navaja mágica en el resquicio de la puerta y la movió con suavidad hacia arriba y hacia abajo; luego la retiró. Se oyó un débil chasquido, y la puerta se abrió. Harry entró en el despacho, cerró rápidamente tras él y miró alrededor.

No se movía nada salvo aquellos horribles gatitos que seguían retozando en los platos que había colgados en la pared, encima de las escobas confiscadas.

Harry se quitó la capa invisible, fue con aire resuelto hasta la chimenea y sólo tardó unos segundos en encontrar lo que buscaba: una cajita llena de relucientes polvos flu. A continuación se agachó ante la chimenea, que estaba apagada; le temblaban las manos. Era la primera vez que hacía aquello, aunque creía que sabía cómo funcionaba. Metió la cabeza en la chimenea, cogió un buen pellizco de polvos y los tiró sobre los troncos ordenadamente apilados que tenía debajo. Los polvos explotaron al instante y provocaron unas llamas de color verde esmeralda.

—¡Número doce de Grimmauld Place! —dijo Harry con voz fuerte y clara.

Fue una de las sensaciones más extrañas que jamás había experimentado. Había viajado mediante polvos flu en otras ocasiones, desde luego, pero siempre había sido el cuerpo entero lo que le había girado y girado en medio de las llamas por la red de chimeneas mágicas que se extendía por el país. Esta vez, en cambio, las rodillas de Harry permanecían firmes sobre el frío suelo del despacho de la profesora Umbridge, y sólo la cabeza le volaba a toda velocidad por el fuego de color esmeralda…

Y entonces, tan bruscamente como había empezado a suceder, la cabeza dejó de darle vueltas. Harry, que se sentía muy mareado y como si llevara una bufanda muy caliente alrededor de la cabeza, abrió los ojos y vio que miraba desde la chimenea de la cocina de Grimmauld Place hacia la larga mesa de madera, donde había un hombre sentado leyendo detenidamente una hoja de pergamino.

—¿Sirius?

El hombre se sobresaltó y miró alrededor. No era Sirius, sino Lupin.

—¡Harry! —Estaba absolutamente desconcertado—. ¿Qué haces tú…? ¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

—Sí —contestó él—. Sólo quería… Bueno, me apetecía charlar un poco con Sirius.

—Voy a buscarlo —dijo Lupin, y se puso en pie sin cambiar aquella cara de absoluta perplejidad—. Ha subido a buscar a Kreacher, que al parecer ha vuelto a esconderse en el desván…

Harry vio cómo Lupin salía a toda prisa de la cocina. Ahora no podía mirar otra cosa que no fueran las patas de las sillas y la mesa. Se preguntó por qué su padrino nunca había comentado lo incómodo que era hablar desde la chimenea; empezaban a dolerle las rodillas a causa del prolongado contacto con el duro suelo de piedra del despacho de la profesora Umbridge.

Lupin regresó unos minutos más tarde con Sirius.

—¿Qué pasa? —preguntó éste con apremio, apartándose el largo y oscuro cabello de los ojos y sentándose frente a la chimenea para ponerse a la altura de Harry. Lupin se arrodilló también; parecía muy preocupado—. ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

—No —contestó Harry—, no pasa nada… Sólo quería hablar… de mi padre.

Sirius y Lupin intercambiaron una mirada de desconcierto, pero Harry no tenía tiempo para sentirse avergonzado ni abochornado; cada vez le dolían más las rodillas y calculaba que ya debían de haber pasado cinco minutos desde el inicio de la maniobra de distracción; George sólo le había garantizado veinte. Por lo tanto, abordó inmediatamente el tema de lo que había visto en el *pensadero*.

Cuando hubo terminado, ni Sirius ni Lupin dijeron nada durante un rato, pero después Lupin dijo con voz queda:

—No quisiera que juzgaras a tu padre por lo que viste allí, Harry. Sólo tenía quince años…

—¡Yo también tengo quince años! —protestó Harry.

—Mira, Harry —intervino Sirius con tono apaciguador—, James y Snape se odiaron a muerte desde el día que se vieron por primera vez, sentían aversión mutua, eso lo entiendes, ¿verdad? Creo que James tenía todo lo que a Snape le habría gustado tener: amigos, era bueno jugando al *quidditch*… Era bueno en casi todo. Y Snape no era más que un bicho raro que se pirraba por las artes oscuras, y James siempre odió las artes oscuras, Harry, eso te lo puedo asegurar.

—Ya, pero atacó a Snape sin motivo, sólo porque…, bueno, sólo porque tú dijiste que te aburrías —concluyó con un deje de disculpa en la voz.

—No me enorgullezco de ello —se apresuró a decir su padrino.

Lupin miró de soslayo a Sirius y dijo:

—Mira, Harry, lo que tienes que entender es que tu padre y Sirius eran los mejores del colegio en todo. Los demás pensaban que eran insuperables, y si a veces se dejaban llevar un poco…

—Si a veces éramos unos chulos arrogantes, querrás decir —lo corrigió Sirius.

Lupin sonrió.

—Se despeinaba el pelo continuamente —comentó Harry, apenado.

Sirius y Lupin rieron.

—Se me había olvidado que tenía esa costumbre —comentó Sirius cariñosamente.

—¿Estaba jugando con la *snitch*? —preguntó Lupin.

—Sí —respondió Harry, y vio con estupor cómo Sirius y Lupin sonreían con nostalgia—. Pero… me pareció que era un poco idiota.

—¡Pues claro que era un poco idiota! —admitió Sirius—. ¡Todos lo éramos! Bueno, Lunático no tanto —añadió con justicia mirando a Lupin.

Pero éste negó con la cabeza.

—¿Os dije alguna vez que dejarais tranquilo a Snape? ¿Tuve alguna vez el valor de comentaros que creía que os estabais pasando de la raya?

—Ya, pero… —replicó Sirius—. A veces conseguías que nos avergonzáramos de nosotros mismos, y eso ya era algo.

—¡Y no paraba de mirar a las chicas que había en la orilla del lago para ver si ellas lo miraban a él! —prosiguió Harry, obstinado. Ya que había ido hasta allí, decidió soltar todo lo que tenía en la cabeza.

—Sí, bueno, siempre hacía el ridículo cuando veía a Lily —afirmó Sirius encogiéndose de hombros—. Cuando ella estaba cerca, James no podía evitar hacerse el chulo.

—¿Cómo puede ser que mi madre se casara con él? —preguntó Harry muy afligido—. ¡Lo odiaba!

—No, no lo odiaba —respondió Sirius.

—Empezó a salir con él en séptimo —concretó Lupin.

—Cuando a James ya se le habían bajado un poco los humos —añadió Sirius.

—Y ya no echaba maleficios a la gente para divertirse —dijo Lupin.

—¿Tampoco a Snape?

—Bueno, Snape era un caso especial —admitió Lupin—. Verás, él tampoco desaprovechaba jamás la oportunidad de echar una maldición a James, y lo lógico era que James se defendiera, ¿no?

—¿Y a mi madre no le importaba?

—La verdad es que no se enteraba —repuso Sirius—. Como podrás imaginar, James no se llevaba a Snape a sus citas con Lily para embrujarlo delante de ella. —Sirius miró con la frente fruncida a Harry, que todavía no parecía convencido—. Mira —dijo—, tu padre era el mejor amigo que jamás he tenido, y una buena persona. Mucha gente se comporta como si fuera idiota cuando tiene quince años. Pero James maduró con el tiempo.

—Está bien —aceptó Harry, apesadumbrado—. Es que nunca pensé que podría

sentir lástima por Snape.

—Oye, por cierto —terció Lupin, y frunció un poco el entrecejo—, ¿cómo reaccionó Snape cuando se enteró de que habías visto todo eso?

—Me dijo que no volvería a enseñarme Oclumancia —contestó Harry con indiferencia—, como si yo fuera a echar de menos las…

—¿CÓMO DICES? —gritó Sirius haciendo que Harry se sobresaltara y aspirara un montón de cenizas.

—¿Lo dices en serio, Harry? —le preguntó Lupin—. ¿Ha dejado de darte clases?

—Sí —contestó él, muy sorprendido por lo que consideraba una reacción exagerada—. Pero no pasa nada, no me importa, en realidad me alegro…

—¡Voy para allá ahora mismo! ¡Se va a enterar! —gritó Sirius con vehemencia, e hizo el amago de levantarse, pero Lupin lo agarró por un brazo y lo obligó a sentarse.

—¡Si hay que decirle algo a Snape, ya me encargo yo! —aclaró Lupin con firmeza—. Pero Harry, antes que nada, tienes que ir a hablar con Snape y decirle que de ningún modo debe dejar de darte clases. Cuando lo sepa Dumbledore…

—¡No puedo decirle eso, me mataría! —exclamó Harry, escandalizado—. Vosotros no lo visteis cuando salimos del *pensadero*.

—¡Harry, ahora lo más importante es que aprendas Oclumancia! —aseguró Lupin con severidad—. ¿Me has entendido? ¡No hay nada más importante!

—Está bien, está bien —dijo el chico, confuso y enfadado—. Intentaré decirle algo, pero no va a ser…

Se quedó callado. Había oído unos pasos a lo lejos.

—¿Qué es eso? ¿Está bajando Kreacher por la escalera?

—No —contestó Sirius mirando hacia atrás—. Debe de ser alguien en tu lado.

A Harry le dio un vuelco el corazón.

—¡Más vale que me vaya! —dijo apresuradamente, y sacó la cabeza de la chimenea de Grimmauld Place. Durante unos instantes tuvo la sensación de que le giraba sobre los hombros; entonces se encontró arrodillado delante de la chimenea del despacho de la profesora Umbridge, con la cabeza en su sitio, mientras contemplaba cómo las llamas de color esmeralda parpadeaban hasta apagarse.

—¡Rápido, rápido! —oyó que decía una voz jadeante al otro lado de la puerta del despacho—. Ah, la ha dejado abierta…

Harry se lanzó a coger su capa invisible, y acababa de cubrirse con ella cuando Filch irrumpió en el despacho. Parecía contentísimo por algo y hablaba solo, febrilmente, mientras cruzaba la habitación; abrió un cajón de la mesa de la profesora Umbridge y empezó a revolver los papeles que había dentro.

—Permiso para dar azotes… Permiso para dar azotes… Por fin podré hacerlo… Llevan años buscándoselo…

Sacó un trozo de pergamino, lo besó y fue rápidamente hacia la puerta,

arrastrando los pies, con la hoja de pergamino abrazada contra el pecho.

Harry se puso en pie y, tras asegurarse de que tenía su mochila y de que la capa invisible lo cubría por completo, abrió la puerta sin vacilar y salió corriendo del despacho detrás de Filch, que renqueaba a una velocidad insólita en él.

Cuando estuvo en el piso inferior al del despacho de la profesora Umbridge, Harry creyó que ya no corría peligro si volvía a hacerse visible. Por tanto, se quitó la capa, la guardó en su mochila y siguió adelante. Se oían gritos y jaleo provenientes del vestíbulo. Bajó a toda velocidad la escalera de mármol y encontró al colegio en pleno reunido allí.

La situación era muy parecida a la del día que despidieron a la profesora Trelawney. Los estudiantes estaban de pie formando un gran corro a lo largo de las paredes (Harry se fijó en que algunos estaban cubiertos de una sustancia que parecía jugo fétido); además de alumnos, también había profesores y fantasmas. Entre los curiosos destacaban los miembros de la Brigada Inquisitorial, que parecían muy satisfechos de sí mismos, y Peeves, que cabeceaba suspendido en el aire, desde donde contemplaba a Fred y George, que estaban sentados en el suelo en medio del vestíbulo. Era evidente que acababan de atraparlos.

—¡Muy bien! —gritó triunfante la profesora Umbridge, que sólo estaba unos cuantos escalones más abajo que Harry y contemplaba a sus presas desde arriba—. ¿Os parece muy gracioso convertir un pasillo del colegio en un pantano?

—Pues sí, la verdad —contestó Fred, que miraba a la profesora sin dar señal alguna de temor.

Filch, que casi lloraba de felicidad, se abrió paso a empujones hasta la profesora Umbridge.

—Ya tengo el permiso, señora —anunció con voz ronca mientras agitaba el trozo de pergamino que Harry le había visto sacar de la mesa de la profesora Umbridge—. Tengo el permiso y tengo las fustas preparadas. Déjeme hacerlo ahora, por favor…

—Muy bien, Argus —repuso ella—. Vosotros dos —prosiguió sin dejar de mirar a los gemelos— vais a saber lo que les pasa a los alborotadores en mi colegio.

—¿Sabe qué le digo? —replicó Fred—. Me parece que no. —Miró a su hermano y añadió—: Creo que ya somos mayorcitos para estar internos en un colegio, George.

—Sí, yo también tengo esa impresión —coincidió George con desparpajo.

—Ya va siendo hora de que pongamos a prueba nuestro talento en el mundo real, ¿no? —le preguntó Fred.

—Desde luego —contestó George.

Y antes de que la profesora Umbridge pudiera decir ni una palabra, los gemelos Weasley levantaron sus varitas y gritaron juntos:

—*¡Accio escobas!*

Harry oyó un fuerte estrépito a lo lejos, miró hacia la izquierda y se agachó justo

a tiempo. Las escobas de Fred y George, una de las cuales arrastraba todavía la pesada cadena y la barra de hierro con que la profesora Umbridge las había atado a la pared, volaban a toda pastilla por el pasillo hacia sus propietarios; torcieron hacia la izquierda, bajaron la escalera como una exhalación y se pararon en seco delante de los gemelos. El ruido que hizo la cadena al chocar contra las losas de piedra del suelo resonó por el vestíbulo.

—Hasta nunca —le dijo Fred a la profesora Umbridge, y pasó una pierna por encima de la escoba.

—Sí, no se moleste en enviarnos ninguna postal —añadió George, y también montó en su escoba.

Fred miró a los estudiantes que se habían congregado en el vestíbulo, que los observaban atentos y en silencio.

—Si a alguien le interesa comprar un pantano portátil como el que habéis visto arriba, nos encontrará en Sortilegios Weasley, en el número noventa y tres del callejón Diagon —dijo en voz alta.

—Hacemos descuentos especiales a los estudiantes de Hogwarts que se comprometan a utilizar nuestros productos para deshacerse de esa vieja bruja —añadió George señalando a la profesora Umbridge.

—¡DETENEDLOS! —chilló la mujer, pero ya era demasiado tarde.

Cuando la Brigada Inquisitorial empezó a cercarlos, Fred y George dieron un pisotón en el suelo y se elevaron a más de cuatro metros, mientras la barra de hierro oscilaba peligrosamente un poco más abajo. Fred miró hacia el otro extremo del vestíbulo, donde estaba suspendido el *poltergeist*, que cabeceaba a la misma altura que ellos, por encima de la multitud.

—Hazle la vida imposible por nosotros, Peeves.

Y Peeves, a quien Harry jamás había visto aceptar una orden de un alumno, se quitó el sombrero con cascabeles de la cabeza e hizo una ostentosa reverencia al mismo tiempo que los gemelos daban una vuelta al vestíbulo en medio de un aplauso apoteósico de los estudiantes y salían volando por las puertas abiertas hacia una espléndida puesta de sol.

30
Grawp

La historia del vuelo hacia la libertad de Fred y George se contó tantas veces en los días siguientes que Harry comprendió que pronto se convertiría en una de las leyendas de Hogwarts. Al cabo de una semana, los que lo habían presenciado estaban casi convencidos de que habían visto a los gemelos lanzar bombas fétidas desde sus escobas a la profesora Umbridge antes de salir disparados hacia los jardines. Inmediatamente después de su partida, muchos alumnos se plantearon seguir los pasos de los gemelos Weasley. Harry oyó a varios hacer comentarios como: «Te aseguro que hay días en que me montaría en mi escoba y me largaría de aquí» o «Una clase más como ésta y creo que me marco un Weasley».

Fred y George se habían asegurado de que nadie se olvidara de ellos demasiado deprisa. Para empezar, no habían dejado instrucciones para lograr que el pantano, que todavía inundaba el pasillo del quinto piso del ala este, desapareciera. La profesora Umbridge y Filch habían intentado retirarlo de allí por diversos medios, pero ninguno había dado resultado. Finalmente acordonaron la zona, y Filch, aunque rechinaba los dientes muerto de rabia, tenía que encargarse de llevar a los alumnos en un bote hasta las aulas. Harry no tenía ninguna duda de que profesores como Flitwick o

McGonagall habrían hecho desaparecer el pantano en un abrir y cerrar de ojos, pero, como había ocurrido en el caso de los Magifuegos Salvajes Weasley, al parecer preferían que la profesora Umbridge pasara apuros.

Por otra parte, no había que olvidar los dos enormes agujeros con forma de escoba que habían hecho las Barredoras de Fred y George en la puerta del despacho de la profesora Umbridge al ir a reunirse con sus dueños. Filch puso una puerta nueva y se llevó la Saeta de Fuego de Harry a las mazmorras, donde se rumoreaba que la profesora Umbridge había puesto un trol de seguridad para vigilarla. Sin embargo, los problemas de Dolores Umbridge no acababan ahí.

Inspirados por el ejemplo de los gemelos Weasley, un gran número de estudiantes aspiraban a ocupar el cargo vacante de alborotador en jefe. Pese a la nueva puerta del despacho de la profesora Umbridge, alguien consiguió deslizar en la estancia un *escarbato* de hocico peludo que no tardó en destrozar el lugar en su búsqueda de objetos relucientes, saltó sobre la profesora cuando ésta entró en la habitación e intentó roer los anillos que llevaba en los regordetes dedos. Además, por los pasillos se tiraban tantas bombas fétidas que los alumnos adoptaron la nueva moda de hacerse encantamientos casco-burbuja antes de salir de las aulas, porque así podían respirar aire no contaminado, aunque eso les diera un aspecto muy peculiar: parecía que llevaban la cabeza metida en una pecera.

Filch rondaba por los pasillos con un látigo en la mano, ansioso por atrapar granujas, pero el problema era que había tantos que el conserje no sabía adónde mirar. La Brigada Inquisitorial hacía todo lo posible por ayudarlo, pero a sus miembros les ocurrían cosas extrañas sin parar. Warrington, del equipo de *quidditch* de Slytherin, se presentó en la enfermería con una afección de la piel tan espantosa que parecía que lo habían recubierto de copos de maíz; Pansy Parkinson, para gran alegría de Hermione, se perdió todas las clases del día siguiente porque le habían salido cuernos.

Entre tanto, se hizo patente la cantidad de Surtidos Saltaclases que Fred y George habían conseguido vender antes de marcharse de Hogwarts. En cuanto la profesora Umbridge entraba en el aula, los alumnos que había allí reunidos se desmayaban, vomitaban, tenían fiebre altísima o empezaban a sangrar por ambos orificios nasales.

La profesora, que chillaba de rabia y frustración, intentó detectar el origen de aquellos síntomas, pero los alumnos, testarudos, insistían en que padecían «umbridgitis». Tras castigar a cuatro clases sucesivas y no conseguir desvelar su secreto, la profesora no tuvo más remedio que abandonar y dejar que los alumnos, entre desmayos, sudores, vómitos y hemorragias, salieran a montones de la clase.

Pero ni siquiera los consumidores de Surtidos Saltaclases podían competir con el gran maestro del descalabro, Peeves, quien parecía haberse tomado muy en serio las palabras de despedida de Fred. Volaba por el colegio riendo desenfrenadamente,

tumbaba mesas, atravesaba pizarras, volcaba estatuas y jarrones… En dos ocasiones encerró a la *Señora Norris* en una armadura, de donde fue rescatada, mientras maullaba como una histérica, por el enfurecido conserje. Peeves rompía faroles y apagaba velas, hacía malabarismos con antorchas encendidas sobre las cabezas de los alarmados estudiantes, lograba que ordenados montones de hojas de pergamino cayeran en las chimeneas o salieran volando por las ventanas; inundó el segundo piso al arrancar todos los grifos de los lavabos, tiró una bolsa de tarántulas en medio del Gran Comedor a la hora del desayuno y, cuando le apetecía descansar un poco, pasaba horas flotando detrás de la profesora Umbridge y haciendo fuertes pedorretas cada vez que ella abría la boca para decir algo.

Ningún miembro del profesorado parecía dispuesto a ayudar a la nueva directora. Es más, una semana después de la partida de Fred y George, Harry vio que la profesora McGonagall pasaba junto a Peeves, que estaba muy entretenido aflojando una lámpara de araña, y habría jurado que oyó que le decía al *poltergeist* sin apenas mover los labios: «Se desenrosca hacia el otro lado.»

Por si fuera poco, Montague todavía no se había recuperado de su estancia en el servicio; seguía desorientado y aturdido, y un martes por la mañana vieron a sus padres subiendo por el camino muy enfadados.

—¿No deberíamos decir algo? —propuso Hermione con preocupación mientras pegaba la mejilla a la ventana del aula de Encantamientos para ver cómo el señor y la señora Montague entraban en el castillo—. Sobre lo que le pasó. Por si eso ayuda a la señora Pomfrey a curarlo.

—Claro que no. Ya se recuperará —dijo Ron con indiferencia.

—Bueno, más problemas para la profesora Umbridge, ¿no? —comentó Harry, satisfecho.

Ron y él dieron unos golpecitos a las tazas de té que intentaban encantar con sus varitas mágicas. A la de Harry le salieron cuatro patas muy cortas que no llegaban a la mesa y que se retorcían en vano en el aire. A la de Ron le salieron cuatro patas delgadísimas que mantuvieron la taza apoyada en la mesa con mucha dificultad, temblaron unos segundos y entonces se doblaron, con lo que la taza cayó y se partió por la mitad.

—*¡Reparo!* —exclamó Hermione rápidamente, y arregló la taza de Ron con una sacudida de su varita—. Todo eso está muy bien, pero ¿y si Montague se queda mal para siempre?

—¿Y a mí qué? —replicó Ron con fastidio mientras su taza volvía a incorporarse sobre las delgadas patas, temblando y tambaleándose—. Montague no debió intentar descontarle todos esos puntos a Gryffindor, ¿no te parece? Si tanto te apetece preocuparte por alguien, preocúpate por mí.

—¿Por ti? —se extrañó ella, y agarró su taza cuando ésta salió correteando

alegremente por la mesa con sus cuatro robustas patitas de estilo chino y la colocó de nuevo en su sitio—. ¿Por qué voy a preocuparme por ti?

—Porque cuando la próxima carta de mi madre supere todos los controles de la profesora Umbridge, voy a pasarlo muy mal —dijo amargamente Ron, que sujetaba su taza mientras las cuatro frágiles patas intentaban con dificultad aguantar su peso —. No me sorprendería nada que me hubiera enviado otro vociferador.

—Pero si…

—Ya verás como, según ella, yo tengo la culpa de que Fred y George se hayan marchado —afirmó Ron con tristeza—. Mi madre dirá que yo debí impedírselo, que debí agarrarme del extremo de sus escobas y colgarme de ellas, o algo así. Sí, seguro que me echa la culpa a mí.

—Pues mira, si lo hace será muy injusta contigo. ¡Tú no podías hacer nada! Pero estoy segura de que no lo hará. Si es cierto que tienen un local en el callejón Diagon, deben de llevar años planeando esto.

—Sí, pero eso también me preocupa. ¿Cómo han conseguido el local? —se preguntó Ron, y golpeó su taza con la varita con tanta fuerza que las patas volvieron a doblarse y la taza se derrumbó ante él—. Es un poco raro, ¿no? Necesitarán montones de galeones para pagar el alquiler de un local en el callejón Diagon. Mi madre querrá saber qué han hecho para reunir tanto oro.

—Tienes razón, yo tampoco me lo explico —comentó Hermione, y dejó que su taza de té corriera describiendo círculos perfectos alrededor de la de Harry, cuyas patitas regordetas seguían sin alcanzar la superficie de la mesa—. A lo mejor Mundungus los ha convencido de que vendan artículos robados o algo peor.

—No, no lo ha hecho —saltó Harry.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntaron a la vez Ron y Hermione.

—Porque… —Harry vaciló, pero tenía la impresión de que había llegado el momento de confesar. No tenía sentido seguir guardando silencio si con eso alguien iba a sospechar que Fred y George eran unos delincuentes—. Porque el oro se lo di yo. En junio del año pasado les di el premio del Torneo de los tres magos.

Los tres se quedaron callados. Entonces la taza de Hermione salió corriendo hacia el borde de la mesa, cayó al suelo y se hizo añicos.

—¡Harry! ¡No puede ser! —gritó ella.

—Sí —afirmó Harry, desafiante—. ¿Y sabes una cosa? Que no me arrepiento. Yo no necesitaba ese oro y ellos van a triunfar con su tienda de artículos de broma.

—¡Esto es genial! —intervino Ron, emocionado—. ¡Tú tienes la culpa de todo, Harry, mi madre no podrá acusarme de nada! ¿Me dejas que se lo diga?

—Sí, supongo que lo mejor que puedes hacer es contárselo —contestó Harry—, sobre todo si cree que tus hermanos están recibiendo dinero de la venta de calderos robados o algo semejante.

Hermione no abrió la boca durante el resto de la clase, pero Harry intuía que el autocontrol de su amiga no podía durar mucho. Y no se equivocaba: cuando salieron del castillo, a la hora del recreo, y se paseaban por el patio bajo el débil sol de mayo, Hermione miró fijamente a Harry y despegó los labios con aire muy decidido.

Pero Harry la interrumpió antes de que empezara a hablar.

—No te molestes en darme la lata, ya está hecho —dijo con firmeza—. Fred y George tienen el oro, aunque por lo que parece han debido de gastar bastante. Y no puedo pedirles que me lo devuelvan, ni quiero hacerlo. Así que no pierdas el tiempo, Hermione.

—¡No iba a decirte nada sobre Fred y George! —replicó ella, dolida. Ron soltó un resoplido de incredulidad y Hermione le lanzó una mirada asesina—. ¡Es la verdad! —protestó, furiosa—. ¡Lo que iba a preguntarle a Harry es cuándo piensa ir a hablar con Snape y pedirle que siga dándole clases de Oclumancia!

Harry no supo qué contestar. Tras agotar el tema de la espectacular partida de Fred y George, y había que reconocer que eso les había llevado varias horas, Ron y Hermione quisieron saber cómo le había ido a Harry con Sirius. Como Harry no les había confesado el motivo por el que había querido hablar con su padrino, no sabía qué decir a sus amigos; acabó explicándoles únicamente que Sirius quería que Harry reanudara las clases de Oclumancia. Y desde que lo hizo no había dejado de lamentarlo, porque Hermione se resistía a aparcar el tema y seguía sacándolo cuando Harry menos lo esperaba.

—No me vengas con el cuento de que has dejado de tener esos sueños tan raros —le dijo Hermione a continuación—, porque Ron me ha comentado que anoche volviste a hablar mientras dormías.

Harry miró furioso a Ron, quien tuvo el detalle de mostrarse avergonzado de sí mismo.

—Únicamente murmuraste un poco —dijo intentando reparar el daño—. Decías: «Sólo un poquito más.»

—Soñé que jugabais al *quidditch* —mintió Harry despiadadamente—. Quería que estiraras un poco más el brazo para atrapar la *quaffle*.

A Ron se le pusieron las orejas coloradas y Harry sintió una especie de placer vengativo: no había soñado nada de eso, por descontado.

La noche pasada había vuelto a recorrer el pasillo del Departamento de Misterios. Había cruzado la sala circular, había atravesado la habitación llena de tintineos y luces parpadeantes y había vuelto a entrar en aquella enorme y tenebrosa sala llena de estanterías donde se almacenaban polvorientas esferas de cristal.

Había ido derecho hacia la estantería número noventa y siete, había torcido a la izquierda y había corrido por el pasillo… Debió de ser entonces cuando dijo en voz alta: «Sólo un poquito más», porque notaba que su conciencia intentaba despertar. Y

antes de llegar al final del pasillo, se había encontrado de nuevo tumbado, contemplando el dosel de su cama.

—Supongo que intentas aislar tu mente, ¿no? —dijo Hermione al mismo tiempo que lo atravesaba con una mirada que echaba chispas—. Y supongo también que sigues practicando Oclumancia.

—Claro que sí —contestó Harry fingiendo que encontraba insultante aquella pregunta, pero no miró a su amiga a la cara. La verdad era que sentía tanta curiosidad por saber qué era lo que se ocultaba en aquella sala repleta de esferas cubiertas de polvo que estaba encantado de que los sueños continuaran.

El problema era que como sólo faltaba un mes para los exámenes y Harry dedicaba todo su tiempo libre a repasar, tenía la mente tan saturada de información que, al meterse en la cama, le resultaba muy difícil conciliar el sueño; y cuando por fin se dormía, la mayoría de las noches sólo llegaban a su abrumado cerebro sueños estúpidos relacionados con los exámenes. También sospechaba que una parte de la mente (esa que a menudo hablaba con la voz de Hermione) se sentía culpable cuando se colaba en aquel pasillo que terminaba frente a la puerta negra, e intentaba despertarlo antes de que pudiera llegar al final del trayecto.

—¿Te has parado a pensar que si Montague no se recupera antes de que Slytherin juegue contra Hufflepuff aún tendríamos alguna posibilidad de ganar la Copa? —comentó Ron, que todavía tenía las orejas ardiendo y coloradas.

—Sí, supongo —contestó Harry, aliviado con el cambio de tema.

—Porque mira, hemos ganado un partido y hemos perdido otro; si Slytherin perdiera contra Hufflepuff el sábado que viene…

—Sí, tienes razón —respondió Harry sin saber de qué estaban hablando, pues Cho Chang acababa de cruzar el patio con paso decidido y sin mirarlo.

El partido que cerraría la temporada de *quidditch*, Gryffindor contra Ravenclaw, iba a celebrarse el último fin de semana de mayo. Y pese a que Hufflepuff había ganado por poco a Slytherin en el último encuentro, Gryffindor no tenía muchas esperanzas de ganar, debido principalmente (aunque nadie se lo decía, por supuesto) a la pésima trayectoria de Ron como guardián. Sin embargo, él parecía haber encontrado un nuevo optimismo.

—Hombre, peor no puedo hacerlo, ¿no creéis? —les planteó con gravedad a Harry y a Hermione durante el desayuno el día del partido—. Ahora no tengo nada que perder, ¿no?

—¿Sabes qué? —dijo poco después Hermione, mientras Harry y ella bajaban al campo de *quidditch* en medio de una exacerbada multitud—. Creo que Ron lo hará mejor ahora que no están ni Fred ni George. La verdad es que nunca han fomentado mucho su autoestima. —Luna Lovegood los adelantó; llevaba una cosa que parecía

un águila viva encima de la cabeza—. ¡Anda, no me acordaba! —exclamó Hermione contemplando el águila, que agitaba las alas mientras Luna pasaba sin inmutarse al lado de un grupo de alumnos de Slytherin, que la señalaban y reían—. Hoy juega Cho, ¿verdad?

Harry, que no había olvidado ese detalle, se limitó a gruñir.

Se sentaron en la penúltima fila de las gradas. Hacía un día templado y despejado; Ron no podía quejarse, y Harry confió, pese a tenerlo todo en contra, en que su amigo no diera motivos a los de Slytherin para que se pusieran a corear: «A Weasley vamos a coronar.»

Como era costumbre, Lee Jordan, que estaba muy alicaído desde que Fred y George se habían marchado del colegio, comentaba el partido. Mientras los dos equipos salían al terreno de juego, fue nombrando a los jugadores sin el entusiasmo de siempre.

—… Bradley… Davies… Chang —anunció, y cuando Cho saltó al campo, Harry tuvo la impresión de que su estómago daba una voltereta hacia atrás, o como mínimo una sacudida.

La débil brisa agitaba el negro y reluciente cabello de Cho. Harry ya no estaba seguro de sus sentimientos hacia ella; lo único que sabía era que no soportaría más discusiones. Tanto era así que al ver a Cho charlando animadamente con Roger Davies mientras los jugadores se preparaban para montar en sus escobas, sólo sintió una pizca de celos.

—¡Allá van! —gritó Lee—. Davies atrapa inmediatamente la *quaffle,* el capitán de Ravenclaw en posesión de la *quaffle*, regatea a Johnson, regatea a Bell, regatea también a Spinnet… ¡Va directo hacia la portería! Se dispone a lanzar y, y… —Lee soltó una palabrota—. Y marca.

Harry y Hermione gimieron con el resto de los alumnos de Gryffindor. Como era de esperar, los alumnos de Slytherin, sentados al otro lado de las gradas, empezaron a cantar:

Weasley no atrapa las pelotas
y por el aro se le cuelan todas…

—Harry —dijo una voz ronca al oído del chico—. Hermione…

Harry giró la cabeza y vio la enorme y barbuda cara de Hagrid, que asomaba entre los asientos. Por lo visto, había recorrido toda la hilera, porque los alumnos de primero y de segundo curso, que estaban sentados detrás de Harry y Hermione, parecían aplastados y despeinados. Por algún extraño motivo, Hagrid estaba doblado por la cintura, como si no quisiera que alguien lo viera, aunque de cualquier modo sobresalía más de un metro entre los demás.

—Escuchad —susurró—, ¿podéis venir conmigo? Ahora, mientras todos ven el partido.

—¿Tan urgente es? —preguntó Harry—. ¿No puedes esperar a que acabe el encuentro?

—No. No, Harry, tiene que ser ahora, mientras todo el mundo mira hacia el otro lado. Por favor.

A Hagrid le sangraba un poco la nariz y tenía ambos ojos amoratados. Harry no lo había visto tan de cerca desde que regresó al colegio, y le pareció que estaba sumamente angustiado.

—Claro —repuso Harry al momento—. Claro que vamos contigo.

Hermione y él recorrieron su hilera de asientos provocando las protestas de los estudiantes que tuvieron que levantarse para dejarlos pasar. Los de la fila de Hagrid no se quejaban: sólo intentaban ocupar el mínimo espacio posible.

—Os lo agradezco mucho, de verdad —dijo Hagrid cuando llegaron a la escalera. Siguió mirando alrededor, nervioso, mientras bajaban hacia el jardín—. Espero que no hayan visto que nos marchamos.

—¿Te refieres a la profesora Umbridge? —le preguntó Harry—. Tranquilo, seguro que no nos ha visto. Está sentada con toda su brigada, ¿no te has fijado? Debe de imaginarse que pasará algo durante el partido.

—Ya, bueno, un poco de jaleo no nos vendría mal —comentó Hagrid, y se detuvo al llegar al pie de las gradas para asegurarse de que la extensión de césped que las separaba de su cabaña estaba desierta—. Así dispondríamos de más tiempo.

—¿Qué ocurre, Hagrid? —inquirió Hermione mirándolo con cara de preocupación mientras corrían por la hierba hacia la linde del bosque.

—Bueno, enseguida lo verás —contestó él, y miró hacia atrás cuando estalló una gran ovación en el estadio—. Eh, acaba de marcar alguien, ¿no?

—Seguro que ha sido Ravenclaw —afirmó Harry, apesadumbrado.

—Estupendo…, estupendo —murmuró Hagrid, distraído—. Me alegro…

Harry y Hermione tuvieron que correr para alcanzar a su amigo, que avanzaba por la ladera a grandes zancadas y de vez en cuando miraba hacia atrás. Cuando llegaron a su cabaña, Hermione torció automáticamente hacia la izquierda, donde estaba la puerta. Pero Hagrid pasó de largo y siguió hasta la linde del bosque, y una vez allí cogió una ballesta que estaba apoyada en el tronco de un árbol.

Cuando se dio cuenta de que los chicos ya no estaban a su lado, se dio la vuelta.

—Hemos de entrar ahí —dijo, e hizo una seña con la enmarañada cabeza.

—¿En el bosque? —se extrañó Hermione, atónita.

—Sí —confirmó Hagrid—. ¡Vamos, deprisa, antes de que nos vean!

Harry y Hermione se miraron y se pusieron a cubierto entre los árboles, detrás de Hagrid, que seguía adentrándose en la verde penumbra con la ballesta al hombro. Los

chicos corrieron para alcanzarlo.

—¿Por qué vas armado, Hagrid? —le preguntó Harry.

—Sólo es por precaución —respondió, encogiendo sus fornidos hombros.

—El día que nos enseñaste los *thestrals* no llevabas la ballesta —observó tímidamente Hermione.

—Ya, bueno, porque aquel día no íbamos a adentrarnos tanto —explicó Hagrid—. Además, eso fue antes de que Firenze se marchara del bosque, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver que Firenze se haya marchado? —preguntó Hermione con curiosidad.

—Que ahora los otros centauros están furiosos conmigo —repuso Hagrid en voz baja, y miró alrededor—. Antes éramos…, bueno, no diré que amigos, pero nos llevábamos bien. Ellos se ocupaban de sus asuntos y yo de los míos, pero siempre venían si yo quería hablar con ellos. Ahora todo ha cambiado. —Y dio un profundo suspiro.

—Firenze dijo que están enfadados porque él aceptó trabajar para Dumbledore —comentó Harry, y tropezó con una raíz que sobresalía del suelo, pues iba distraído observando el perfil de su amigo.

—Sí —asintió Hagrid con pesar—. Bueno, enfadados es poco. Yo diría condenadamente rabiosos. Creo que si no llego a intervenir habrían matado a coces a Firenze.

—¿Lo atacaron? —se sorprendió Hermione.

—Sí —afirmó Hagrid con brusquedad al mismo tiempo que apartaba unas ramas bajas para abrirse paso—. Se le echó encima la mitad de la manada.

—¿Y tú los paraste? —quiso saber Harry, asombrado e impresionado—. ¿Tú solo?

—Pues claro, no podía quedarme allí plantado viendo cómo lo mataban, ¿no? Fue una suerte que pasara por allí, la verdad… ¡Y Firenze debería haberlo recordado antes de enviarme estúpidas advertencias! —añadió acalorada e inesperadamente. Harry y Hermione se miraron con cara de susto, pero Hagrid frunció el entrecejo y no dio más explicaciones—. En fin —prosiguió, respirando más ruidosamente de lo habitual—, desde aquel día los otros centauros están furiosos conmigo, y lo malo es que tienen mucha influencia en el bosque. Son las criaturas más astutas que hay por aquí.

—¿Por eso hemos venido, Hagrid? —inquirió Hermione—. ¿Por los centauros?

—¡Ah, no! —respondió él, y negó con la cabeza—. No, no es por ellos. Bueno, ellos podrían complicar aún más las cosas, desde luego, pero esperad un poco y me entenderéis.

Dejó aquel indescifrable comentario en el aire y siguió adelante; cada paso que daba Hagrid equivalía a tres pasos de los chicos, de modo que les costaba trabajo seguirlo.

A medida que se adentraban en el Bosque Prohibido la maleza iba invadiendo el camino y los árboles cada vez crecían más juntos, así que estaba tan oscuro como al anochecer. Habían llegado mucho más allá del claro donde Hagrid les había enseñado los *thestrals*, pero Harry no empezó a inquietarse hasta que de pronto Hagrid se apartó de la senda y comenzó a caminar entre los árboles hacia el tenebroso corazón del bosque.

—¡Hagrid! —exclamó el muchacho mientras atravesaba unas zarzas llenas de pinchos por las que su amigo había pasado sin grandes dificultades, al mismo tiempo que recordaba claramente lo que le había pasado una vez que se apartó del camino del bosque—. ¿Adónde vamos?

—Un poco más allá —contestó él mirándolo por encima del hombro—. Vamos, Harry, ahora hemos de avanzar juntos.

Costaba mucho trabajo seguir el ritmo de Hagrid al haber tantas ramas y tantos espinos por entre los que él pasaba sin inmutarse, como si fueran telarañas, pero en cambio a Harry y a Hermione se les enganchaban en las túnicas, y a veces se les enredaban hasta tal punto que tenían que parar varios minutos para soltárselos. Al poco rato, Harry tenía la zona descubierta de brazos y piernas llena de pequeños cortes y rasguños. Se habían adentrado tanto en el bosque que, de vez en cuando, lo único que Harry veía de Hagrid en la penumbra era una inmensa silueta negra delante de él. En medio de aquel denso silencio, cualquier sonido parecía amenazador. El crujido de una ramita al partirse resonaba con intensidad, y hasta el más débil susurro, aunque lo hubiera hecho un inocente gorrión, conseguía que Harry escudriñara la oscuridad tratando de descubrir a un enemigo. De pronto reparó en que era la primera vez que se alejaba tanto por el bosque sin encontrar ningún tipo de criatura, e interpretó esa ausencia como un mal presagio.

—Hagrid, ¿no podríamos encender las varitas? —propuso Hermione en voz baja.

—Bueno, vale —susurró Hagrid—. En realidad… —Entonces paró en seco y se dio la vuelta; Hermione chocó contra él y cayó hacia atrás. Harry la sujetó justo antes de que diera contra el suelo—. Quizá sería conveniente que nos detuviéramos un momento, para que pueda… poneros al corriente —sugirió—. Antes de que lleguemos a donde vamos.

—¡Genial! —exclamó Hermione mientras Harry la ayudaba a enderezarse.

Ambos murmuraron: *¡Lumos!*, y las puntas de sus varitas se encendieron. El rostro de Hagrid surgió de la penumbra, entre los dos vacilantes haces de luz, y Harry comprobó una vez más que su amigo estaba nervioso y afligido.

—Bueno —empezó Hagrid—, veamos… El caso es que… —Inspiró hondo—. Bueno, hay muchas posibilidades de que me despidan cualquier día de éstos —expuso. Harry y Hermione se miraron y luego miraron a Hagrid.

—Pero si has aguantado hasta ahora —comentó Hermione tímidamente—, ¿qué

te hace pensar que…?

—La profesora Umbridge cree que fui yo quien metió ese *escarbato* en su despacho.

—¿Lo hiciste? —le preguntó Harry sin poder contenerse.

—¡No, claro que no! —contestó Hagrid, indignado—. Pero ella cree que cualquier cosa relacionada con criaturas mágicas tiene que ver conmigo. Ya sabéis que ha estado buscando una excusa para librarse de mí desde que regresé a Hogwarts. Yo no quiero marcharme, por supuesto, pero si no fuera por…, bueno, el carácter excepcional de lo que estoy a punto de revelaros, me marcharía ahora mismo, antes de que a ella se le presente la ocasión de echarme delante de todo el colegio, como hizo con la profesora Trelawney.

Harry y Hermione hicieron signos de protesta, pero Hagrid los desechó agitando una de sus enormes manos.

—No es el fin del mundo; cuando salga de aquí, tendré ocasión de ayudar a Dumbledore y puedo resultarle muy útil a la Orden. Y vosotros contáis con la profesora Grubbly-Plank, así que no tendréis problemas para… para aprobar los exámenes. —La voz le tembló hasta quebrarse—. No os preocupéis por mí —se apresuró a añadir cuando Hermione le hizo una caricia en un brazo. Luego Hagrid sacó su inmenso pañuelo de lunares del bolsillo de su chaleco y se enjugó las lágrimas con él—. Mirad, no os estaría soltando este sermón si no fuera necesario. Veréis, si me voy…, bueno, no puedo marcharme sin… sin contárselo a alguien… porque… porque necesito que me ayudéis. Y Ron también, si quiere.

—Pues claro que te ayudaremos —soltó Harry enseguida—. ¿Qué quieres que hagamos?

Hagrid se sorbió la nariz y dio unas palmadas a Harry en el hombro, con tanta fuerza que el chico salió impulsado hacia un lado y chocó contra un árbol.

—Ya sabía que diríais que sí —comentó Hagrid tapándose la cara con el pañuelo —, pero no…, nunca… olvidaré… Bueno, vamos… Ya falta poco… Tened cuidado porque por aquí hay ortigas…

Continuaron andando en silencio otros cinco minutos; cuando Harry abrió la boca para preguntar si faltaba mucho, Hagrid extendió el brazo derecho indicándoles que debían parar.

—Muy despacito —indicó con voz queda—. Sin hacer ruido…

Avanzaron con sigilo y de pronto Harry vio que se encontraban frente a un gran y liso montículo de tierra, tan alto como Hagrid; sintió terror al comprender que debía de ser la guarida de algún animal gigantesco. El montículo, a cuyo alrededor los árboles habían sido arrancados de raíz, se alzaba sobre un terreno desprovisto de vegetación y rodeado de montones de troncos y de ramas que formaban una especie de valla o barricada detrás de la cual se hallaban los tres amigos.

—Duerme —dijo Hagrid en voz baja.

Harry oyó claramente un ruido sordo, rítmico, que parecía el de un par de inmensos pulmones en funcionamiento. Miró de reojo a Hermione, que contemplaba el montículo con la boca entreabierta; era evidente que estaba muerta de miedo.

—Hagrid —dijo la chica en un susurro apenas audible por encima del ruido que hacía la criatura durmiente—, ¿quién es? —A Harry le sorprendió aquella pregunta. Si la hubiera formulado él, habría dicho «¿Qué es?»—. Hagrid, nos dijiste… —continuó Hermione, cuya varita mágica temblaba en su mano—, ¡nos dijiste que ninguno quiso venir contigo!

Harry miró a Hagrid y de repente lo entendió todo; luego dirigió de nuevo la mirada hacia el montículo al mismo tiempo que soltaba un ahogado grito de horror.

El montículo de tierra, al que habrían podido subir fácilmente los tres, ascendía y descendía lentamente al compás de la profunda y resoplante respiración. Aquella masa informe no era ningún montículo. No podía ser más que la curvada espalda de…

—Bueno, no, él no quería venir —aclaró Hagrid, presa de la desesperación—. Pero ¡tenía que traerlo conmigo, Hermione, tenía que traerlo!

—Pero ¿por qué? —preguntó Hermione, que parecía a punto de llorar—. ¿Por qué…, qué…? ¡Oh, Hagrid!

—Pensé que si lo traía aquí —continuó el guardabosques, que también parecía al borde de las lágrimas— y le enseñaba buenos modales… podría presentárselo a todo el mundo y demostrar que es inofensivo.

—¿Inofensivo, dices? —chilló Hermione, y Hagrid se puso a hacer frenéticos ademanes para que se callase, pues la enorme criatura que tenían ante ellos, aún dormida, había soltado un fuerte gruñido y había cambiado de postura—. Ha sido él quien te ha hecho esas heridas, ¿verdad? ¡Te ha estado pegando todo este tiempo!

—¡No es consciente de la fuerza que tiene! —aseguró Hagrid muy convencido—. Y está mejorando, ya no pelea tanto como antes…

—¡Ahora lo entiendo! ¡Por eso tardaste dos meses en llegar a casa! —comentó Hermione—. Oh, Hagrid, ¿por qué lo trajiste si él no quería venir? ¿No habría sido más feliz si se hubiera quedado con su gente?

—No lo dejaban vivir, Hermione, se metían con él por lo pequeño que es.

—¿Pequeño? —se extrañó la chica—. ¿Has dicho pequeño?

—No podía dejarlo allí, Hermione —afirmó Hagrid. Las lágrimas resbalaban por su magullada cara y se perdían entre los pelos de su barba—. Es que… ¡es mi hermano!

Hermione se quedó mirando a Hagrid, boquiabierta.

—Cuando dices «hermano» —intervino Harry—, ¿quieres decir…?

—Bueno, hermanastro —se corrigió—. Resulta que cuando dejó a mi padre, mi

madre estuvo con otro gigante y tuvo a Grawp…

—¿Grawp? —repitió Harry.

—Sí…, bueno, así es como suena cuando él pronuncia su nombre —explicó Hagrid con nerviosismo—. No sabe mucho nuestra lengua… He intentado enseñarle un poco, pero… En fin, por lo visto mi madre no le tenía más cariño del que me tenía a mí. Veréis, para las gigantas lo más importante es tener hijos grandotes, y él siempre ha sido tirando a canijo, para ser un gigante. Sólo mide cinco metros.

—¡Sí, pequeñísimo! —opinó Hermione con sarcasmo y un deje de histeria—. ¡Minúsculo!

—Todo el mundo lo maltrataba; comprenderéis que no podía abandonarlo…

—¿Estaba de acuerdo Madame Máxime en traerlo? —preguntó Harry.

—Bueno, ella entendía que para mí era muy importante —contestó Hagrid mientras se retorcía las enormes manos—. Pero… pero pasados unos días se hartó de él, he de reconocerlo… Así que nos separamos en el viaje de regreso. Sin embargo, ella me prometió que no se lo contaría a nadie.

—¿Cómo demonios te las ingeniaste para traerlo hasta aquí sin que os vieran? —inquirió Harry.

—Bueno, por eso tardé tanto. Sólo podíamos viajar de noche y por zonas agrestes y deshabitadas. Cuando le interesa, avanza muy deprisa, ya lo creo, pero él quería volver con los suyos.

—¡Oh, Hagrid! ¿Por qué no lo dejaste marchar? —se lamentó Hermione dejándose caer en un árbol arrancado y tapándose la cara con las manos—. ¡Ya me explicarás qué piensas hacer ahora con un gigante violento que ni siquiera ha venido aquí voluntariamente!

—Mira, «violento» es un poco exagerado —puntualizó Hagrid, que seguía retorciéndose las manos con nerviosismo—. Reconozco que alguna vez ha intentado pegarme, cuando estaba de mal humor, pero está mejorando mucho, está mucho más tranquilo.

—Entonces ¿para qué son esas cuerdas? —quiso saber Harry.

Acababa de fijarse en unas cuerdas del grosor de árboles jóvenes, sujetas a los troncos de los árboles cercanos más anchos; las cuerdas conducían hasta Grawp, que estaba acurrucado en el suelo, de espaldas a ellos.

—¿Tienes que mantenerlo necesariamente atado? —preguntó Hermione con un hilo de voz.

—Bueno, sí… —admitió Hagrid, que continuaba muy nervioso—. Es que…, ya os lo he dicho, no controla su fuerza.

En ese momento Harry entendió por qué había visto tan pocas criaturas en aquella parte del bosque.

—¿Y qué quieres que hagamos Harry, Ron y yo? —inquirió Hermione con

aprensión.

—Cuidar de él —respondió Hagrid con voz ronca—. Cuando yo me vaya.

Harry y Hermione se miraron con congoja. Harry se dio cuenta, alarmado, de que había prometido a Hagrid que haría lo que le pidiera.

—¿Qué…, qué implica exactamente «cuidar de él»? —balbuceó Hermione.

—¡Tranquila, no tendréis que darle de comer ni nada de eso! —aclaró Hagrid—. Él se busca su propia comida sin ninguna dificultad. Caza pájaros, ciervos… No, lo que necesita es compañía. Si yo supiera que alguien sigue ayudándolo un poco, enseñándole nuestro idioma… ¿Me explico?

Harry no dijo nada, pero dirigió la mirada hacia el gigantesco bulto que yacía dormido en el suelo frente a ellos. A diferencia de Hagrid, que simplemente parecía un ser humano mayor de lo normal, Grawp era deforme. Lo que Harry había tomado por una inmensa piedra cubierta de musgo, a la izquierda del montículo de tierra, era en realidad la cabeza de Grawp. Casi perfectamente redonda y cubierta de una densa mata de pelo muy rizado del color de los helechos, era mucho más grande en relación con el cuerpo que una cabeza humana. El borde de una oreja, grande y carnosa, asomaba en lo alto de la cabeza, que parecía aposentada, como la de tío Vernon, directamente sobre los hombros, sin que apenas hubiera cuello en medio. La espalda, cubierta por una especie de sucio blusón marrón hecho de pieles de animal cosidas burdamente, era muy ancha; y mientras Grawp dormía, se le tensaban un poco las costuras. El gigante tenía las piernas enroscadas bajo el cuerpo. Harry le vio las plantas de los enormes, sucios y descalzos pies, grandes como dos trineos, que reposaban uno encima del otro sobre el terroso suelo del bosque.

—Quieres que le enseñemos a hablar… —dijo Harry con voz apagada.

Ya entendía qué significaba la advertencia de Firenze: «Sus intentos no están dando resultado. Más le valdría abandonar.» Lógicamente, las otras criaturas que habitaban en el bosque debían de haber oído los vanos esfuerzos de Hagrid de enseñar a hablar a Grawp.

—Sí, sólo tendríais que darle un poco de conversación —comentó Hagrid esperanzado—. Porque me imagino que cuando pueda hablar con la gente, entenderá mejor que todos lo queremos y que nos encantaría que se quedara aquí.

Harry miró a Hermione, que le devolvió la mirada entre los dedos que le tapaban la cara.

—Casi preferiría que hubiera vuelto *Norberto,* ¿tú no? —le comentó a Hermione, y ella soltó una risita nerviosa.

—Entonces, ¿lo haréis? —les preguntó Hagrid, que no había captado el significado de lo que Harry acababa de decir.

—Sí, lo… —respondió Harry, que ya se había comprometido—. Lo intentaremos.

—Sabía que podía contar contigo, Harry —repuso Hagrid, y sonrió con los ojos

llorosos mientras volvía a secarse la cara con el pañuelo—. Y no quisiera que esto os afectara demasiado… Ya sé que tenéis exámenes… Si tan sólo pudierais acercaros hasta aquí con tu capa invisible una vez por semana y charlarais un rato con él… Bueno, voy a despertarlo para presentároslo…

—¡No! —exclamó Hermione dando un respingo—. No, Hagrid, no lo despiertes, de verdad, no hace falta…

Pero Hagrid ya había pasado por encima del enorme tronco que tenían delante y se dirigía hacia Grawp. Cuando estaba a unos tres metros de él, cogió una larga rama del suelo, volvió la cabeza y sonrió a sus amigos para tranquilizarlos; luego golpeó la espalda del gigante.

Éste soltó un rugido que resonó por el silencioso bosque; los pájaros que estaban posados en las copas de los árboles echaron a volar, gorjeando, y se alejaron de allí. Entre tanto, frente a Harry y Hermione, el gigantesco Grawp se levantaba del suelo, que tembló cuando apoyó una inmensa mano en él para darse impulso y ponerse de rodillas. Después giró la cabeza para ver quién lo había despertado.

—¿Estás bien, Grawpy? —le preguntó Hagrid con una voz que pretendía ser alegre, y retrocedió con la larga rama en alto, preparado para volver a pegar a Grawp —. ¿Qué tal has dormido? ¿Bien?

Harry y Hermione retrocedieron cuanto pudieron, pero sin perder de vista al gigante. Grawp se arrodilló entre dos árboles que todavía no había arrancado. Los chicos, estupefactos, contemplaron su cara, increíblemente grande: parecía una luna llena gris que relucía en la penumbra del claro. Era como si hubieran tallado sus facciones en una gran esfera de piedra: la nariz era pequeña, gruesa y deforme; la boca, torcida y llena de dientes amarillos e irregulares del tamaño de ladrillos; los ojos, pequeños para tratarse de un gigante, eran de un color marrón verdoso, como el barro, y en aquellos momentos los tenía entornados a causa del sueño. Grawp se llevó los sucios nudillos, cada uno del tamaño de una pelota de criquet, a los ojos, se los frotó enérgicamente y luego, sin previo aviso, se puso en pie con una velocidad y una agilidad asombrosas.

—¡Madre mía! —oyó Harry exclamar a Hermione, que permanecía pegada a él.

Los árboles a los que estaban atados los extremos de las cuerdas que sujetaban las muñecas y los tobillos de Grawp crujieron amenazadoramente. El gigante medía como mínimo cinco metros, como les había comentado Hagrid. Adormilado, Grawp miró alrededor, estiró una mano del tamaño de una sombrilla, cogió un nido de pájaros de las ramas superiores de un altísimo pino y lo volcó a la vez que emitía un gruñido de desagrado por no haber encontrado dentro ningún pájaro; los huevos cayeron como granadas al suelo y Hagrid se cubrió la cabeza con los brazos para protegerse.

—Mira, Grawpy —gritó el guardabosques mirando con aprensión hacia arriba por

si caían más huevos—, he traído a unos amigos míos para presentártelos. Ya te hablé de ellos, ¿recuerdas? ¿Recuerdas que te dije que quizá tuviera que irme de viaje y dejarte a su cargo unos días? ¿Te acuerdas, Grawpy?

Pero Grawp se limitó a soltar otro débil gruñido; resultaba difícil saber si estaba escuchando a Hagrid o si ni siquiera reconocía los sonidos que emitía el guardabosques al hablar. Había cogido con la mano la copa del pino y tiraba del árbol hacia sí por el puro placer de ver hasta dónde rebotaba cuando lo soltaba.

—¡No hagas eso, Grawpy! —lo regañó Hagrid—. Así es como has arrancado todos los demás… —Y, efectivamente, Harry vio cómo el suelo empezaba a resquebrajarse alrededor de las raíces del árbol—. ¡Te he traído compañía! —gritó Hagrid—. ¡Mira, amigos! ¡Mira hacia abajo, payasote, te he traído a unos amigos!

—No, Hagrid, por favor —gimió Hermione, pero el guardabosques ya había levantado otra vez la rama y golpeó con fuerza a Grawp.

El gigante soltó la copa del árbol, que osciló peligrosamente y arrojó sobre Hagrid un aluvión de agujas de pino, y miró hacia abajo.

—¡Éste es Harry, Grawp! —gritó Hagrid, y fue corriendo hacia donde estaban los chicos—. ¡Harry Potter! Vendrá a verte si yo tengo que marcharme, ¿entendido?

El gigante acababa de percatarse de la presencia de Harry y Hermione, que vieron, atemorizados, cómo Grawp agachaba la colosal cabeza y los miraba con cara de sueño.

—Y ésta es Hermione. —Hagrid vaciló. Se volvió hacia ella y dijo—: ¿Te importa que él te llame Hermy? Es que para él es un nombre difícil de recordar.

—No, no me importa —chilló Hermione.

—¡Ésta es Hermy, Grawp! ¡Vendrá a hacerte compañía! Qué bien, ¿verdad? Tendrás dos amiguitos para… ¡NO, GRAWPY!

De pronto la mano de Grawp salió lanzada hacia Hermione, pero Harry agarró a su amiga, tiró de ella hacia atrás y la escondió tras un árbol. La mano de Grawp rozó el tronco, y cuando se cerró sólo atrapó aire.

—¡ERES UN NIÑO MALO, GRAWPY! —gritó Hagrid mientras Hermione se abrazaba a Harry temblando y gimoteando—. ¡MUY MALO! ¡ESO NO SE…, AY!

Harry asomó la cabeza por detrás del árbol y vio a Hagrid tumbado boca arriba, con una mano sobre la nariz. Grawp, que al parecer había perdido el interés, se había enderezado y volvía a tirar del pino para ver hasta dónde llegaba.

—Bueno… —dijo Hagrid con voz nasal; luego se puso en pie al tiempo que con una mano se tapaba la sangrante nariz y con la otra recogía su ballesta—. Bueno, ya está, ya os lo he presentado, así cuando volváis él os reconocerá. Sí, bueno…

Levantó la cabeza y miró a Grawp, que tiraba del pino con una expresión de placer e indiferencia en aquella cara que parecía una roca; las raíces crujían a medida que las arrancaba del suelo.

—Bueno, creo que ya hay suficiente por hoy —afirmó Hagrid—. Ahora…, ahora podemos regresar, ¿de acuerdo?

Harry y Hermione asintieron con la cabeza. Hagrid volvió a colocarse la ballesta sobre el hombro y, sin dejar de apretarse la nariz, los guió por entre los árboles.

Caminaban en silencio; ni siquiera hicieron ningún comentario cuando oyeron un estruendo a lo lejos, señal de que finalmente Grawp había arrancado el pino. Hermione iba muy tensa y muy pálida. A Harry no se le ocurría nada que decir. ¿Qué demonios pasaría cuando alguien se enterara de que Hagrid había escondido a Grawp en el Bosque Prohibido? Y por si fuera poco, había prometido que Ron, Hermione y él continuarían con los intentos totalmente inútiles de civilizar al gigante. ¿Cómo podía pensar Hagrid, pese a su inmensa capacidad para engañarse a sí mismo y creer que monstruos con colmillos eran adorables e inofensivos, que Grawp llegaría a estar preparado para convivir con seres humanos?

—Quietos —dijo de pronto Hagrid cuando Harry y Hermione lo seguían con dificultad por una zona de densas matas de centinodia. A continuación, sacó una flecha del carcaj que llevaba colgado del hombro y cargó la ballesta. Harry y Hermione levantaron sus varitas mágicas; ahora que habían dejado de andar, ellos también oían moverse algo cerca de allí—. ¡Vaya! —exclamó Hagrid en voz baja.

—Me parece recordar que te advertimos que ya no serías bien recibido aquí, Hagrid —sentenció una profunda voz masculina.

Por un instante, el torso desnudo de un hombre pareció que flotaba hacia ellos a través de la verdosa y veteada penumbra; pero entonces vieron que su cintura se fundía con el cuerpo de un caballo, cuyo pelaje era marrón. El centauro tenía un rostro imponente de pómulos muy marcados y largo cabello negro. Iba armado, igual que Hagrid: llevaba colgados del hombro un arco y un carcaj lleno de flechas.

—¿Cómo estás, Magorian? —lo saludó Hagrid con cautela.

Se oyeron susurros entre los árboles que había detrás del centauro, y entonces aparecieron otros cuatro o cinco congéneres. Harry reconoció la barba y el cuerpo negros de Bane, a quien había visto casi cuatro años atrás, la misma noche que vio por primera vez a Firenze. Sin embargo, Bane no dio muestras de reconocerlo.

—Creo que acordamos lo que haríamos si este humano volvía a entrar en el bosque, ¿verdad? —puntualizó Bane con una desagradable entonación.

—¿Ahora me llamas «este humano»? —replicó Hagrid, molesto—. ¿Sólo porque intenté impedir que cometierais un asesinato?

—No debiste entrometerte, Hagrid —replicó Magorian—. Nuestros métodos no son como los vuestros, ni tampoco nuestras leyes. Firenze nos ha traicionado y nos ha deshonrado.

—No sé por qué dices eso —repuso Hagrid con impaciencia—. No ha hecho más que ayudar a Albus Dumbledore…

—Firenze se ha convertido en esclavo de los humanos —afirmó un centauro gris de rostro severo surcado de arrugas.

—¡Esclavo! —exclamó Hagrid en tono mordaz—. Sólo le está haciendo un favor a Dumbledore, nada…

—Está revelando nuestra sabiduría y nuestros secretos a los humanos —concretó Magorian sin alterarse—. Esa ignominia no tiene perdón.

—Si tú lo dices… —replicó Hagrid encogiéndose de hombros—, pero creo que cometes un grave error.

—Igual que tú, humano —le espetó Bane—, por entrar en nuestro bosque cuando te advertimos que…

—Escúchame bien —lo interrumpió Hagrid, enojado—: si no te importa, preferiría que no lo llamaras «nuestro bosque». Tú no eres nadie para decidir quién puede entrar aquí y quién no.

—Ni tú, Hagrid —intervino Magorian, impasible—. Hoy te dejaré pasar porque vas acompañado de tus jóvenes…

—¡No son suyos! —lo corrigió Bane con desprecio—. ¡Son alumnos, Magorian, del colegio! Seguramente ya se habrán beneficiado de las enseñanzas del traidor Firenze.

—De todos modos —prosiguió Magorian con calma—, matar potros es un crimen terrible; nosotros no hacemos daño a inocentes. Hoy puedes pasar, Hagrid. Pero, a partir de ahora, mantente alejado de este lugar. Perdiste la amistad de los centauros cuando ayudaste al traidor Firenze a huir de nosotros.

—¡No pienso mantenerme alejado del bosque porque me lo manden un puñado de mulas viejas como vosotros! —protestó Hagrid a voz en grito.

—¡Hagrid —exclamó Hermione con voz chillona, muerta de miedo, mientras Bane y el centauro gris piafaban—, vámonos, por favor!

Hagrid echó a andar, pero aún tenía la ballesta cargada y seguía mirando fijamente a Magorian.

—¡Sabemos qué es lo que guardas en el bosque, Hagrid! —le gritó Magorian mientras los centauros desaparecían de la vista—. ¡Y nuestra tolerancia tiene límites!

Hagrid, que parecía dispuesto a ir derecho hacia donde estaba Magorian, giró la cabeza.

—¡Lo toleraréis mientras esté aquí porque este bosque es tan suyo como vuestro! —gritó mientras Harry y Hermione tiraban con todas sus fuerzas de su chaleco de piel de topo en un intento de impedir que siguiera avanzando.

Hagrid miró hacia abajo con el entrecejo fruncido; al ver a los dos tirando de su chaleco puso cara de sorpresa, pues al parecer acababa de notar que iba arrastrándolos.

—Tranquilos, chicos —dijo; se dio la vuelta y reemprendió el camino, y Harry y

Hermione lo siguieron jadeando—. ¡Malditas mulas!

—Hagrid —comentó Hermione, casi sin aliento, mientras sorteaban la zona de ortigas por donde habían pasado en el camino de ida—, si los centauros no quieren que los humanos entremos en el bosque, no sé cómo Harry y yo vamos a poder…

—Bah, ya has oído lo que han dicho —respondió Hagrid quitándole importancia —, no harían daño a unos potros…, quiero decir, a unos niños. Además, no podemos permitir que esas mulas nos mangoneen.

—Has hecho bien en intentarlo —animó Harry por lo bajo a la alicaída Hermione.

Finalmente llegaron al camino y, tras unos minutos más, comprobaron que los árboles ya no crecían tan juntos. Entonces volvieron a divisar fragmentos de cielo azul y oyeron gritos y vítores a lo lejos.

—¿Qué ha sido eso? ¿Otro gol? —preguntó Hagrid, y se paró entre los árboles cuando el estadio de *quidditch* apareció ante su vista—. ¿O será que ha terminado el partido?

—No lo sé —respondió Hermione con tristeza.

Harry vio que su amiga ofrecía muy mal aspecto: tenía la melena llena de hojas y de ramitas, la cara y los brazos estaban cubiertos de arañazos, y había varios desgarrones en su túnica. Imaginó que él no debía de tener una pinta mucho mejor.

—¡Eh, creo que ha terminado! —exclamó Hagrid, que seguía mirando hacia el estadio con los ojos entornados—. ¡Mirad, ya empieza a salir gente, si os dais prisa podréis mezclaros entre el público y nadie se enterará de que no habéis estado ahí!

—Buena idea —dijo Harry—. Bueno…, hasta luego, Hagrid.

—No puedo creerlo —musitó Hermione con voz temblorosa en cuanto estuvieron lo bastante lejos de Hagrid para que él no pudiera oírlos—. No puedo creerlo. No puedo creerlo, de verdad.

—Tranquilízate —le aconsejó Harry.

—¿Que me tranquilice? —se extrañó ella, sofocada—. ¡Un gigante! ¡Un gigante en el bosque! ¡Y pretende que nosotros le enseñemos nuestro idioma! ¡Suponiendo, claro, que podamos burlar a una manada de centauros asesinos al entrar y al salir! ¡No… puedo… creerlo!

—¡Todavía no tenemos que hacer nada! —afirmó Harry en voz baja para aplacarla mientras se mezclaban con una marea de alumnos de Hufflepuff que iban charlando hacia el castillo—. No nos ha pedido que hagamos nada a menos que lo echen, y cabe la posibilidad de que eso no llegue a ocurrir.

—¡Harry, por favor! —chilló Hermione, furiosa, y se paró en seco; los alumnos que iban detrás de ella tuvieron que esquivarla para pasar—. Claro que lo van a echar, y si quieres que te diga la verdad, después de lo que acabamos de ver no podemos culpar a la profesora Umbridge.

Harry lanzó una mirada fulminante a su amiga, cuyos ojos se llenaron lentamente

de lágrimas.

—No lo dirás en serio —dijo Harry en voz baja.

—No, bueno, no, no lo he dicho en serio —balbuceó Hermione, enfadada, y se secó las lágrimas—. Pero ¿quieres decirme por qué Hagrid tiene que complicarse tanto la vida y complicárnosla a nosotros?

—No lo sé…

A Weasley vamos a coronar.
A Weasley vamos a coronar.
La quaffle consiguió parar.
A Weasley vamos a coronar…

—Y me encantaría que dejaran de cantar esa estúpida canción —añadió Hermione con desánimo—. ¿No se han regodeado ya bastante con el sufrimiento de Ron? —Una marea de estudiantes subía por la ladera desde el campo de *quidditch*— Venga, entremos antes de que lleguen los de Slytherin —suplicó.

Weasley las para todas
y por el aro no entra ni una pelota.
Por eso los de Gryffindor tenemos que cantar:
a Weasley vamos a coronar.

—Hermione… —dijo Harry, vacilante.

La canción cada vez sonaba más fuerte, pero no provenía del grupo de alumnos de Slytherin, vestidos de color verde y plateado, sino de una masa de alumnos, vestidos de rojo y dorado, que subía lentamente hacia el castillo; un par de ellos llevaban sobre los hombros a un tercero.

A Weasley vamos a coronar.
A Weasley vamos a coronar.
La quaffle *consiguió parar.*
A Weasley vamos a coronar…

—No… —susurró Hermione con voz queda.

—¡SÍ! —exclamó Harry.

—¡HARRY! ¡HERMIONE! —gritó Ron, que enarbolaba la copa de plata de *quidditch* y estaba loco de alegría—. ¡LO HEMOS CONSEGUIDO! ¡HEMOS GANADO!

Cuando Ron pasó por delante de ellos, Harry y Hermione sonrieron muy

contentos a su amigo. Los estudiantes se agolparon junto a la puerta del castillo y Ron se golpeó la cabeza contra el dintel, pero los que lo llevaban a hombros se resistían a bajarlo. Sin dejar de cantar, la muchedumbre entró apretujadamente en el vestíbulo y se perdió de vista. Harry y Hermione, que continuaban sonriendo, la vieron marchar, hasta que dejaron de oírse las últimas notas de «A Weasley vamos a coronar». Entonces se miraron y sus sonrisas se desvanecieron.

—Nos guardaremos la noticia para mañana, ¿de acuerdo? —propuso Harry.

—De acuerdo —convino Hermione cansinamente—. No tengo ninguna prisa.

Luego subieron juntos la escalera de piedra. Al llegar a las puertas del castillo, ambos miraron instintivamente hacia el Bosque Prohibido. Harry no estaba seguro de si se lo había imaginado, pero le pareció ver a lo lejos una pequeña bandada de pájaros que echaban a volar sobre las copas de los árboles, como si alguien hubiera arrancado de raíz el árbol en el que estaban posados.

31
TIMOS

La euforia que embargaba a Ron por haber contribuido a que Gryffindor ganara la Copa de *quidditch* era tal que al día siguiente no conseguía concentrarse en nada. Lo único que le apetecía era hablar sobre el partido, así que a Harry y Hermione les resultó muy difícil encontrar el momento adecuado para hablarle de Grawp. La verdad es que no pusieron mucho empeño, pues ninguno de los dos quería ser el que devolviera a Ron a la realidad de una forma tan cruel. Como de nuevo hacía un día templado y despejado, lo convencieron de que fuera a repasar con ellos bajo el haya que había junto a la orilla del lago, donde había menos posibilidades de que los oyeran que en la sala común. Al principio a Ron no le hizo mucha gracia la idea (se lo estaba pasando en grande en la sala común de Gryffindor, donde cada vez que alguien pasaba a su lado le daba unas palmadas en la espalda, por no mencionar los espontáneos cantos de «A Weasley vamos a coronar»), pero al cabo de un rato admitió que le sentaría bien un poco de aire fresco.

Esparcieron sus libros bajo la sombra del haya y se sentaron en la hierba mientras Ron les describía su primera parada del partido por enésima vez.

—Bueno, veréis, Davies ya me había marcado un tanto, así que no estaba muy seguro de mí mismo, pero no sé, cuando Bradley vino hacia mí, como salido de la

nada, pensé: «¡Tú puedes hacerlo!» Y tuve un segundo para decidir hacia qué lado me lanzaba, porque parecía que Bradley apuntaba hacia el aro de gol de la derecha, mi derecha, es decir, su izquierda, pero de pronto tuve la corazonada de que sólo estaba haciendo una finta, así que me arriesgué y me lancé hacia la izquierda, es decir, hacia su derecha, y… Bueno, ya visteis lo que pasó —concluyó con modestia, y aunque no hacía ninguna falta se echó el pelo hacia atrás para que pareciera que se lo había alborotado el viento. Miró alrededor para ver si la gente que tenían más cerca (un grupito de cuchicheantes alumnos de tercero de Hufflepuff) lo habían oído—. Y cinco minutos más tarde, cuando Chambers se me acercó… ¿Qué pasa? —preguntó Ron, que se había interrumpido a media frase al ver la expresión del rostro de Harry —. ¿De qué te ríes?

—No me río —se apresuró a contestar su amigo, y bajó la vista hacia sus apuntes de Transformaciones al tiempo que intentaba borrar la sonrisa de sus labios. La verdad era que Harry acababa de recordar a otro jugador de *quidditch* de Gryffindor que un día también se alborotó el cabello, sentado bajo aquella misma haya—. Es que estoy contento de que hayamos ganado.

—Sí —afirmó Ron lentamente saboreando sus palabras—, hemos ganado. ¿Te fijaste en la cara de Chang cuando Ginny atrapó la *snitch* justo debajo de sus narices?

—Seguro que se puso a llorar —comentó Harry con amargura.

—Sí, pero más de rabia que de otra cosa… —Ron frunció levemente el entrecejo —. Pero ¿viste cómo tiraba la escoba cuando llegó al suelo?

—Pues… —balbuceó Harry.

—Mira, Ron, la verdad es que no, no lo vimos —confesó Hermione tras suspirar profundamente. Dejó el libro que tenía en las manos y miró a Ron como si se disculpara—. De hecho, lo único que Harry y yo vimos del partido fue el primer gol de Davies.

En ese momento, el pelo de Ron, cuidadosamente desordenado, pareció ponerse mustio de la desilusión.

—¿No visteis el partido? —preguntó débilmente mirando primero al uno y luego a la otra—. ¿No visteis ninguno de mis paradones?

—Pues… no —repuso Hermione, y extendió una mano hacia él en un gesto apaciguador—. Nosotros no nos habríamos ido por nada del mundo, Ron, pero no tuvimos más remedio.

—¿Ah, sí? —dijo Ron, que se estaba poniendo muy colorado—. ¿Y cómo es eso?

—Fue Hagrid —intervino Harry—. Decidió contarnos por qué va cubierto de heridas desde que regresó de su misión con los gigantes. Quería que lo acompañáramos al bosque; no teníamos elección, ya sabes cómo se pone de pesado. Pues bien…

Le contaron la historia en cinco minutos, y pasado ese tiempo la indignación de

Ron había sido reemplazada por una expresión de absoluta incredulidad.

—¿Que se trajo uno y lo escondió en el bosque?

—Sí —confirmó Harry con gravedad.

—No —dijo Ron, como si con aquella palabra pudiera invalidar la afirmación de Harry—. No, no puede ser.

—Pues es —aseguró Hermione con firmeza—. Grawp mide unos cinco metros, se divierte arrancando pinos de seis metros y me conoce —dio un resoplido— como «Hermy».

Ron soltó una risita nerviosa.

—¿Y decís que Hagrid pretende que nosotros…?

—Le enseñemos nuestro idioma, sí —sentenció Harry.

—Se ha vuelto loco —concluyó Ron, sobrecogido.

—Sí —coincidió Hermione con cara de fastidio; pasó una página de *Transformación, nivel intermedio* y se quedó mirando, rabiosa, una serie de diagramas que representaban a una lechuza que se convertía en unos anteojos de teatro—. Sí, empiezo a pensar que eso es lo que le sucede. Pero, desgraciadamente, hizo que Harry y yo lo prometiéramos.

—Pues mira, tendréis que faltar a vuestra promesa, así de sencillo —dijo Ron con vehemencia—. Pero ¿cómo se le ocurre…? Tenemos exámenes, y nos faltó esto —levantó una mano y juntó casi el pulgar y el índice— para que nos expulsaran del colegio. Además…, ¿os acordáis de *Norberto*? ¿Os acordáis de *Aragog*? ¿Alguna vez hemos salido bien parados después de liarnos con alguno de los monstruos amigos de Hagrid?

—Ya lo sé, pero es que… se lo prometimos —repuso Hermione con voz queda.

Ron volvió a aplastarse el pelo. Parecía preocupado.

—Bueno —comentó con un suspiro—, a Hagrid todavía no lo han despedido, ¿no? Si ha aguantado hasta ahora, quizá aguante hasta final de curso y no tengamos que acercarnos a Grawp.

Los jardines del castillo relucían bajo la luz del sol como si acabaran de pintarlos; el cielo, sin una nube, se sonreía a sí mismo en la lisa y brillante superficie del lago; y una suave brisa rizaba de vez en cuando las satinadas y verdes extensiones de césped. Había llegado el mes de junio, pero para los alumnos de quinto curso eso sólo significaba una cosa: que se les habían echado encima los TIMOS.

Los profesores ya no les ponían deberes y las clases estaban íntegramente dedicadas a repasar los temas que ellos creían que con mayor probabilidad aparecerían en los exámenes. Aquella atmósfera de febril laboriosidad casi había conseguido apartar de la mente de Harry cualquier otra cosa que no fueran los TIMOS,

aunque a veces, durante las clases de Pociones, se preguntaba si Lupin le habría dicho a Snape que debía seguir dándole clases particulares de Oclumancia. Si lo había hecho, Snape había ignorado a Lupin igual que a Harry, aunque a él eso no le importaba: ya estaba bastante ocupado y nervioso sin las clases adicionales de Snape, y por suerte Hermione estaba demasiado absorta últimamente para darle la lata con las clases de Oclumancia; su amiga pasaba mucho rato murmurando para sí, y llevaba varios días sin tejer ninguna prenda para elfos.

Sin embargo, Hermione no era la única persona que se comportaba de forma extraña a medida que los TIMOS se iban acercando. Ernie Macmillan había adoptado la molesta costumbre de interrogar a sus compañeros sobre las técnicas de estudio que empleaban.

—¿Cuántas horas al día crees que dedicas a repasar? —preguntó con una chispa de locura en los ojos a Harry y Ron mientras hacían cola para entrar en la clase de Herbología.

—No lo sé —contestó Ron—. Unas cuantas.

—¿Más o menos de ocho?

—Creo que menos —dijo Ron un tanto alarmado.

—Yo, ocho —aseguró Ernie hinchando el pecho—. Ocho o nueve. Estudio una hora todos los días antes del desayuno. Mi promedio son ocho horas. El fin de semana, si estoy inspirado, llego hasta diez. El lunes hice nueve y media. El martes no estuve tan fino: sólo conseguí llegar a siete y cuarto. Y el miércoles…

Harry se alegró muchísimo de que la profesora Sprout los hiciera entrar en aquel momento en el invernadero número tres, lo que obligó a Ernie a interrumpir su recital.

Entre tanto, Draco Malfoy había encontrado otra manera de provocar el pánico.

—Lo que importa no es lo que hayas estudiado —oyeron que les decía a Crabbe y Goyle en voz alta frente al aula de Pociones unos días antes de que empezaran los exámenes—, sino si estás bien relacionado. Mira, mi padre es íntimo amigo de la jefa del Tribunal de Exámenes Mágicos, Griselda Marchbanks, ha ido varias veces a cenar a mi casa y todo…

—¿Creéis que eso es verdad? —les susurró una alarmada Hermione a Harry y Ron.

—Aunque lo sea, nosotros no podemos hacer nada —contestó Ron con pesimismo.

—Yo no me lo creo —opinó Neville, que estaba detrás de ellos—. Porque Griselda Marchbanks es amiga de mi abuela, y nunca ha mencionado a los Malfoy.

—¿Cómo es, Neville? —le preguntó de inmediato Hermione—. ¿Es muy estricta?

—La verdad es que se parece bastante a mi abuela —admitió Neville con voz apagada.

—Pero al menos el hecho de conocerla no te perjudicará, ¿no? —intentó animarlo Ron.

—Bah, no creo que tenga ninguna importancia —repuso Neville más apesadumbrado todavía—. Mi abuela siempre le dice a la profesora Marchbanks que no soy tan buen mago como mi padre… Y, bueno, ya visteis cómo está la situación en San Mungo…

Neville fijó la vista en el suelo. Harry, Ron y Hermione se miraron unos a otros, pero no supieron qué decir. Era la primera vez que Neville admitía que se habían encontrado en el hospital de los magos.

Entre tanto, un próspero mercado negro de artículos para facilitar la agilidad mental y la concentración y para combatir el sueño había nacido entre los alumnos de quinto y séptimo. Harry y Ron estuvieron tentados de comprar una botella de elixir cerebral Baruffio que les ofreció un alumno de sexto de Ravenclaw, Eddie Carmichael, quien aseguró que ese remedio era el único responsable de los nueve «Extraordinarios» que había sacado en los TIMOS del curso anterior y les ofrecía medio litro por sólo doce galeones. Ron aseguró a Harry que le devolvería el dinero en cuanto salieran de Hogwarts y consiguiera un empleo, pero, antes de que pudieran cerrar el trato, Hermione le había confiscado la botella a Carmichael y había tirado el contenido por un váter.

—¡Se la íbamos a comprar, Hermione! —protestó Ron.

—No seas estúpido —gruñó ella—. Para el caso podías haberle comprado a Harold Dingle su polvo de garra de dragón.

—¿Polvo de garra de dragón? —preguntó Ron, interesadísimo.

—Olvídalo, ya no queda —contestó Hermione—. También lo he confiscado. ¿No sabes que nada de eso funciona?

—¡El polvo de garra de dragón sí funciona! —la contradijo Ron—. Dicen que es increíble: estimula mucho el cerebro, y durante unas horas te vuelves de lo más ingenioso. Vamos, Hermione, déjame probar un pellizquito, no puede ser malo…

—Ya lo creo que puede ser malo —aseguró Hermione con severidad—. Le he echado un vistazo y en realidad son excrementos de *doxy* secos.

Aquella información calmó un poco las ansias de Harry y de Ron por tomar estimulantes cerebrales.

Durante la siguiente clase de Transformaciones, recibieron los horarios de los exámenes y las normas de funcionamiento de los TIMOS.

—Como veréis —explicó la profesora McGonagall a la clase mientras los alumnos copiaban de la pizarra las fechas y las horas de sus exámenes—, vuestros TIMOS están repartidos en dos semanas consecutivas. Haréis los exámenes teóricos por la mañana y los prácticos por la tarde. El examen práctico de Astronomía lo haréis por la noche, como es lógico.

»Debo advertiros que hemos aplicado los más estrictos encantamientos antitrampa a las hojas de examen. Las plumas autorrespuesta están prohibidas en la sala de exámenes, igual que las recordadoras, los puños para copiar de quita y pon y la tinta autocorrectora. Lamento tener que decir que cada año hay al menos un alumno que cree que puede burlar las normas impuestas por el Tribunal de Exámenes Mágicos. Espero que este año no sea nadie de Gryffindor. Nuestra nueva… directora… —al pronunciar esa palabra, la profesora McGonagall puso la misma cara que ponía tía Petunia cuando contemplaba una mancha particularmente tenaz— ha pedido a los jefes de las casas que adviertan a sus alumnos que si hacen trampas serán severamente castigados porque, como es lógico, los resultados de vuestros exámenes dirán mucho de la eficacia del nuevo régimen que la directora ha impuesto en el colegio… —La profesora McGonagall soltó un pequeño suspiro y Harry vio cómo se le inflaban las aletas de la afilada nariz—. Aun así, ése no es motivo para que no lo hagáis lo mejor que podáis. Tenéis que pensar en vuestro futuro.

—Por favor, profesora —dijo Hermione, que había levantado la mano—, ¿cuándo sabremos los resultados?

—Os enviarán una lechuza en el mes de julio —contestó la profesora McGonagall.

—Estupendo —comentó Dean Thomas en voz baja pero audible—. Así no tendremos que preocuparnos hasta las vacaciones.

Harry se imaginó sentado en su dormitorio de Privet Drive seis semanas más tarde, esperando los resultados de sus TIMOS. Bueno, pensó, al menos aquel verano seguro que recibía una carta.

Su primer examen, Teoría de Encantamientos, estaba programado para el lunes por la mañana. El domingo después de comer, Harry accedió a preguntarle la lección a Hermione, pero enseguida lo lamentó: su amiga estaba muy nerviosa y no paraba de quitarle el libro de las manos para comprobar si había contestado correctamente a la pregunta, y al final le dio un fuerte golpe en la nariz con el afilado borde de *Últimos avances en encantamientos.*

—¿Por qué no estudias tú sola? —le propuso Harry con firmeza, y le devolvió el libro con los ojos llorosos.

Mientras tanto, Ron leía los apuntes de Encantamientos de aquel curso y del anterior, tapándose los oídos con los índices y moviendo los labios sin emitir ningún sonido; Seamus Finnigan estaba tumbado boca arriba en el suelo y recitaba la definición del encantamiento sustancial mientras Dean comprobaba si había acertado con ayuda del *Libro reglamentario de hechizos, 5° curso*; y Parvati y Lavender, que practicaban encantamientos de locomoción básicos, intentaban que sus plumas hicieran carreras alrededor del borde de la mesa.

Aquella noche reinaba un ambiente muy apagado durante la cena. Harry y Ron no

hablaban mucho, pero comían con ganas, pues habían estudiado con intensidad todo el día. Hermione, por su parte, dejaba una y otra vez el tenedor y el cuchillo y escondía la cabeza debajo de la mesa, donde tenía la mochila, para sacar un libro o comprobar un dato o alguna cifra. Mientras Ron le decía que si no comía como era debido no podría pegar ojo en toda la noche, a Hermione le resbaló de los temblorosos dedos el tenedor, que fue a parar sobre el plato y produjo un fuerte tintineo.

—¡Ay, madre! —exclamó ella por lo bajo mirando hacia el vestíbulo—. ¿Son ellos? ¿Son los examinadores?

Harry y Ron se dieron rápidamente la vuelta en el banco. Más allá de las puertas abiertas del Gran Comedor vieron a la profesora Umbridge de pie con un pequeño grupo de brujas y magos que parecían muy ancianos. Harry se alegró al ver que la profesora Umbridge parecía muy nerviosa.

—¿Vamos a verlos más de cerca? —propuso Ron.

Harry y Hermione asintieron con la cabeza, y los tres se apresuraron hacia las puertas del vestíbulo, pero caminaron más despacio después de cruzar el umbral para pasar lentamente junto a los examinadores. Harry pensó que la profesora Marchbanks debía de ser la bruja bajita y encorvada con la cara tan arrugada que parecía que la hubieran cubierto de telarañas; la profesora Umbridge se dirigía a ella con deferencia. Por lo visto, la profesora Marchbanks estaba un poco sorda y contestaba a la profesora Umbridge en voz muy alta, teniendo en cuenta que sólo las separaba un palmo.

—¡Hemos tenido buen viaje, hemos tenido buen viaje, ya lo hemos hecho muchas veces! —decía con impaciencia—. ¡Bueno, últimamente no he tenido noticias de Dumbledore! —añadió, y escudriñó el vestíbulo como si albergara esperanzas de que éste apareciera de pronto del interior de un armario para guardar escobas—. Supongo que no tiene ni idea de dónde está.

—No, ni idea —contestó la profesora Umbridge, y lanzó una mirada asesina a Harry, Ron y Hermione, que se habían quedado al pie de la escalera de mármol mientras Ron fingía que se ataba los cordones de un zapato—. Pero me atrevería a decir que el Ministerio de Magia dará con él muy pronto.

—¡Lo dudo! —gritó la diminuta profesora Marchbanks—. ¡No lo encontrarán si Dumbledore no quiere que lo encuentren! Se lo digo yo… Lo examiné personalmente en Transformaciones y Encantamientos cuando hizo sus ÉXTASIS… Hacía unas cosas con la varita que yo jamás había visto hacer.

—Sí, bueno… —balbuceó la profesora Umbridge mientras Harry, Ron y Hermione arrastraban los pies por la escalera con toda la parsimonia de que eran capaces—, déjeme que le enseñe la sala de profesores. Seguro que le apetece tomar una taza de té después de un viaje tan largo.

Fue una noche incómoda. Todo el mundo intentaba repasar un poco más en el último momento, aunque no parecía que nadie avanzara mucho. Harry se acostó temprano, pero permaneció despierto durante lo que a él le parecieron horas. Recordó su entrevista sobre orientación académica con la profesora McGonagall, y cómo ésta había afirmado, enfurecida, que lo ayudaría a ser *auror* aunque eso fuera lo último que hiciera en la vida. Ahora que había llegado el momento de examinarse, lamentaba no haber dicho que tenía un objetivo más fácil de alcanzar. Sabía que no era el único que no podía conciliar el sueño, pero ninguno de sus compañeros de dormitorio comentaba nada, y al final, uno a uno, se fueron quedando dormidos.

Al día siguiente tampoco ningún alumno de quinto curso habló demasiado durante el desayuno. Parvati practicaba conjuros por lo bajo mientras el salero que tenía delante daba sacudidas; Hermione releía *Últimos avances en encantamientos* a tal velocidad que sus ojos se veían borrosos; y Neville no paraba de dejar caer su tenedor y su cuchillo y de volcar el tarro de mermelada de naranja.

Cuando terminó el desayuno, los alumnos de quinto y de séptimo se congregaron en el vestíbulo mientras los demás estudiantes subían a sus aulas; entonces, a las nueve y media, los llamaron clase por clase para que entraran de nuevo en el Gran Comedor, que entonces ofrecía el mismo aspecto que Harry había visto en el *pensadero* cuando su padre, Sirius y Snape hacían sus TIMOS; habían retirado las cuatro mesas de las casas y en su lugar habían puesto muchas mesas individuales, encaradas hacia la de los profesores, desde donde los miraba la profesora McGonagall, que permanecía de pie. Cuando todos se hubieron sentado y se hubieron callado, la profesora McGonagall dijo:

—Ya podéis empezar. —Y dio la vuelta a un enorme reloj de arena que había sobre la mesa que tenía a su lado, en la que también había plumas, tinteros y rollos de pergamino de repuesto.

Harry, a quien el corazón le latía muy deprisa, le dio la vuelta a su hoja (tres filas hacia la derecha y cuatro asientos hacia delante, Hermione ya había empezado a escribir) y leyó la primera pregunta: a) Nombre el conjuro para hacer volar un objeto, b) Describa el movimiento de varita que se requiere.

Harry recordó fugazmente cómo un garrote se elevaba y caía produciendo un fuerte ruido sobre la dura cabeza de un trol… Sonriendo, se inclinó sobre el papel y empezó a escribir.

—Bueno, no ha estado del todo mal, ¿verdad? —comentó Hermione en el vestíbulo, nerviosa, dos horas más tarde. Todavía llevaba en la mano la hoja con las preguntas del examen—. Aunque no creo que me haya hecho justicia en encantamientos regocijantes, no tuve suficiente tiempo. ¿Habéis puesto el contraencantamiento del

hipo? Yo no estaba segura de si debía ponerlo, me parecía excesivo… Y en la pregunta número veintitrés…

—No seas pesada, Hermione —dijo Ron severamente—, sabes de sobra que no nos gusta repasar todas las preguntas, ya tenemos bastante con responderlas una vez.

Los alumnos de quinto comieron con el resto de los estudiantes (las cuatro mesas de las casas habían vuelto a aparecer a la hora de la comida) y luego entraron en masa en la pequeña cámara que había junto al Gran Comedor, donde tenían que esperar a que los avisaran para hacer el examen práctico. Los llamaban en reducidos grupos y por orden alfabético; los que se quedaban atrás murmuraban conjuros y practicaban movimientos de varita, metiéndosela de vez en cuando los unos a los otros en un ojo o dándose con ella golpes en la espalda sin querer.

Por fin llamaron a Hermione, quien, temblorosa, salió de la cámara con Anthony Goldstein, Gregory Goyle y Daphne Greengrass. Los alumnos que ya se habían examinado no regresaban a esa sala, así que Harry y Ron no supieron cómo le había ido a su amiga.

—Seguro que lo hace bien. ¿Te acuerdas de cuando sacó un ciento doce por ciento en un examen de Encantamientos? —dijo Ron.

Diez minutos más tarde, el profesor Flitwick llamó a: «Parkinson, Pansy; Patil, Padma; Patil, Parvati; Potter, Harry.»

—Buena suerte —le deseó Ron por lo bajo. Harry entró en el Gran Comedor asiendo tan fuerte su varita que le temblaba la mano.

—El profesor Tofty está libre, Potter —le indicó con su voz chillona el profesor Flitwick, que se hallaba de pie junto a la puerta. Y señaló al examinador más anciano y más calvo, que estaba sentado detrás de una mesita, en un rincón alejado, a escasa distancia de la profesora Marchbanks, quien por su parte examinaba a Draco Malfoy.

—Potter, ¿verdad? —preguntó el profesor Tofty consultando sus notas, y miró a Harry por encima de sus quevedos al verlo acercarse—. ¿El famoso Potter?

Con el rabillo del ojo Harry vio claramente cómo Malfoy le lanzaba una mirada mordaz; la copa de vino que éste estaba haciendo levitar cayó al suelo y se hizo añicos.

Harry no pudo contener una sonrisa; a su vez, el profesor Tofty le sonrió como si quisiera animarlo.

—Eso es —dijo con su temblorosa voz—, no tienes por qué ponerte nervioso. Bueno, me gustaría que cogieras esta huevera y le hicieras dar unas cuantas volteretas.

Harry salió del examen con la impresión de que, en general, lo había hecho bastante bien. El encantamiento levitatorio le salió mucho mejor que a Malfoy, aunque lamentaba haber confundido el encantamiento de cambio de color con el de crecimiento, haciendo que la rata que tenía que poner de color naranja se hinchara de

forma asombrosa hasta alcanzar el tamaño de un tejón, antes de que pudiera rectificar su error. Se alegró de que en ese momento Hermione no estuviera en el comedor, y después no se lo comentó. En cambio, a Ron podía explicárselo; por su parte, Ron había logrado que un plato se convirtiera en una enorme seta y no tenía ni idea de cómo había pasado.

Aquella noche no tuvieron tiempo para relajarse; después de cenar, subieron directamente a la sala común y se pusieron a repasar para el examen de Transformaciones que tenían al día siguiente. Harry fue a acostarse con la cabeza llena de complicados ejemplos y teorías de hechizos.

Por la mañana, Harry olvidó la definición de hechizo permutador en su examen escrito, pero le pareció que el examen práctico habría podido irle mucho peor. Al menos consiguió hacer desaparecer por completo su iguana mediante un hechizo desvanecedor, en tanto que la pobre Hannah Abbott, que se examinaba en la mesa de al lado, perdía el control y convertía su hurón en una bandada de flamencos. Tuvieron que interrumpir los exámenes durante diez minutos hasta que capturaron a todas las aves y las desalojaron del comedor.

El miércoles hizo el examen de Herbología (si no tenía en cuenta el pequeño mordisco que recibió de un geranio colmilludo, Harry creía que lo había hecho muy bien), y luego, el jueves, Defensa Contra las Artes Oscuras. Aquel día Harry se convenció por primera vez de que había aprobado. No tuvo ninguna dificultad con las preguntas escritas, y durante el examen práctico disfrutó especialmente realizando los contraembrujos y los hechizos defensivos delante de la profesora Umbridge, que lo miraba con frialdad desde cerca de las puertas que daban al vestíbulo.

—¡Bravo! —exclamó el profesor Tofty, que volvía a examinar a Harry, cuando éste realizó a la perfección un hechizo repulsor de *boggarts*—. ¡Excelente! Bueno, creo que eso es todo, Potter… A menos que… —El hombre se inclinó un poco hacia delante—. Mi buen amigo Tiberius Ogden me ha dicho que sabes hacer un *patronus*. Si quieres subir la nota…

Harry alzó su varita, miró directamente a la profesora Umbridge y se imaginó que la echaban del colegio.

—*¡Expecto patronum!*

Su ciervo plateado salió del extremo de la varita mágica y recorrió el comedor a medio galope. Los examinadores giraron la cabeza para verlo, y cuando se disolvió en una neblina plateada, el profesor Tofty aplaudió con entusiasmo con sus nudosas manos, surcadas de venas.

—¡Excelente! —gritó—. ¡Muy bien, Potter, ya puedes marcharte!

Al pasar junto a la profesora Umbridge, Harry y ella se miraron. Una desagradable sonrisa se insinuaba en las comisuras de la ancha y flácida boca de la profesora, pero a Harry no le importó. A menos que se equivocara mucho (y por si así

era, no pensaba decírselo a nadie), acababa de conseguir un «Extraordinario» en el TIMO de Defensa Contra las Artes Oscuras.

El viernes, Harry y Ron no tenían ningún examen, mientras que Hermione se presentaba al de Runas Antiguas, y como tenían todo el fin de semana por delante, se permitieron el lujo de no estudiar. Sentados junto a la ventana abierta, por la que entraba una cálida brisa estival, bostezaban y se desperezaban mientras jugaban al ajedrez mágico. A lo lejos, Harry veía a Hagrid, que daba una clase donde se iniciaba el bosque. Estaba intentando adivinar qué criaturas estudiaban los alumnos (dedujo que debían de ser unicornios porque los chicos se mantenían un poco apartados) cuando se abrió el hueco del retrato y Hermione entró muy malhumorada en la sala común.

—¿Cómo te ha ido el examen de Runas? —le preguntó Ron sin parar de bostezar.

—He traducido mal «ehwaz» —dijo Hermione, furiosa—. Significa «asociación», y no «defensa». Lo he confundido con «eihwaz».

—Bueno —comentó Ron perezosamente—, eso es sólo un pequeño error, no creo que…

—¡Cállate, Ron! —saltó Hermione—. Podría ser el error que marcara la diferencia entre un aprobado y un suspenso. Además, alguien ha puesto otro *escarbato* en el despacho de la profesora Umbridge. No sé cómo habrán conseguido colarlo por la puerta nueva, pero el caso es que ha entrado, y la profesora Umbridge está que se sube por las paredes. Al parecer, el *escarbato* ha intentado pegarle un mordisco en la pierna.

—¡Genial! —exclamaron Harry y Ron a la vez.

—¡No tiene nada de genial! —los contradijo Hermione acaloradamente—. Ella cree que el responsable es Hagrid, ¿no os acordáis? ¡Y no queremos que lo despidan!

—Hagrid está dando una clase, no puede culparlo a él —argumentó Harry señalando la ventana.

—¡Harry, a veces eres tan ingenuo!… ¿De verdad crees que la profesora Umbridge esperará a tener pruebas? —preguntó Hermione, que parecía decidida a estar de un humor de perros, y se fue con la cabeza erguida hacia su dormitorio, cerrando de un portazo.

—Qué chica tan encantadora y tan dulce —comentó Ron en voz baja a la vez que daba un empujoncito a su reina para que atacara a uno de los caballos de Harry.

Hermione estuvo de mal humor casi todo el fin de semana, aunque a sus amigos no les costó mucho ignorarlo, pues durante gran parte del sábado y del domingo repasaron Pociones para el examen del lunes; era la prueba que Harry más temía y estaba seguro de que significaría el desmoronamiento de su ilusión de llegar a ser *auror*. Como era de esperar, encontró difícil el examen escrito, aunque creía que había contestado correctamente a la pregunta sobre la poción *multijugos* y había

sabido describir con precisión sus efectos, pues la había tomado ilegalmente en su segundo año en Hogwarts.

El examen práctico de la tarde no resultó tan espantoso como Harry había imaginado. Snape no estuvo presente, y Harry se sintió mucho más relajado que cuando preparaba sus pociones. Neville, que estaba sentado muy cerca de Harry, también parecía más tranquilo de lo que este lo había visto jamás durante las clases de Pociones. Cuando la profesora Marchbanks dijo: «Separaos de vuestros calderos, por favor. El examen ha terminado», Harry tapó su botella de muestra con la sensación de que quizá no sacase muy buena nota, pero al menos, con un poco de suerte, evitaría el suspenso.

—Sólo nos quedan cuatro exámenes —observó Parvati Patil, suspirando de cansancio, cuando regresaban a la sala común de Gryffindor.

—¡Sólo! —repuso Hermione con exasperación—. ¡A mí me queda el de Aritmancia, que seguramente es la asignatura más difícil de todas!

Nadie se atrevió a replicar, así que no pudo desahogar su ira sobre ninguno de sus compañeros y tuvo que contentarse con regañar a unos alumnos de primero por reír demasiado alto en la sala común.

Harry se había propuesto esmerarse al máximo en el examen de Cuidado de Criaturas Mágicas del martes para no hacer quedar mal a Hagrid. El examen práctico tuvo lugar por la tarde en la extensión de césped que había junto a la linde del Bosque Prohibido, donde los estudiantes tuvieron que identificar correctamente al *knarl* escondido entre una docena de erizos (el truco consistía en ofrecer leche a todos por turnos; los *knarls*, que son unas criaturas muy desconfiadas cuyas púas tienen propiedades mágicas, se ponían furiosos ante lo que interpretaban como un intento de envenenarlos). Después tuvieron que demostrar que sabían manejar correctamente un *bowtruckle*, dar de comer y limpiar a un cangrejo de fuego sin sufrir quemaduras de consideración, y elegir, de entre una amplia variedad de alimentos, la dieta que pondrían a un unicornio enfermo. Harry veía que Hagrid miraba, nervioso, por la ventana de su cabaña. Cuando la examinadora de Harry, que esta vez era una bruja bajita y regordeta, le sonrió y le dijo que ya podía irse, Harry le hizo a su amigo una breve seña de aprobación con los pulgares antes de volver al castillo. El examen teórico de Astronomía del miércoles por la mañana le salió bastante bien. Harry no estaba seguro de haber recordado correctamente los nombres de todas las lunas de Júpiter, pero al menos sabía que ninguna estaba cubierta de pelo. Como para hacer la prueba práctica de Astronomía tenían que esperar a que anocheciera, dedicaron la tarde al examen de Adivinación.

Éste, se mirara por donde se mirara, le salió muy mal: no vio ni una sola imagen en movimiento en la bola de cristal, tan lisa como la superficie de su mesa; perdió por completo la cabeza durante la lectura de las hojas de té y dijo que le parecía que en

breve la profesora Marchbanks conocería a un redondo, oscuro y empapado extraño; y para rematar la faena confundió la línea de la vida con la de la cabeza en la palma de la mano de la examinadora y le comunicó que debería haber muerto el martes anterior.

—Bueno, ése ya sabíamos que lo suspenderíamos —comentó Ron con pesimismo mientras subían la escalera de mármol.

A Harry le consoló mucho saber que su amigo le había contado con todo detalle al examinador que veía a un hombre feísimo con una verruga en la nariz que había aparecido en su bola de cristal, y que cuando levantó la cabeza se dio cuenta de que había estado describiendo el reflejo del examinador.

—No debimos matricularnos en esa estúpida asignatura —comentó Harry.

—Bueno, al menos ahora podremos dejarla.

—Sí. Y ya no tendremos que fingir que nos interesa lo que pasa cuando Júpiter y Urano hacen demasiadas migas.

—Y a partir de ahora no me importará que mis hojas de té digan: «Vas a morir, Ron, vas a morir.» Las voy a tirar a la basura sin miramientos.

Harry rió, y en ese momento Hermione llegó corriendo y los alcanzó. Harry paró de reír al instante, por si eso molestaba a su amiga.

—Bueno, me parece que el de Aritmancia me ha salido bien —comentó, y Harry y Ron suspiraron aliviados—. Aún tenemos tiempo para repasar los mapas celestes antes de la cena, y luego…

A las once, cuando llegaron a la torre de Astronomía, comprobaron que hacía una noche tranquila y despejada, perfecta para la observación de los astros. La plateada luz de la luna bañaba los jardines y soplaba una fresca brisa. Cada alumno montó su telescopio, y cuando la profesora Marchbanks dio la orden, empezaron a rellenar el mapa celeste en blanco que les habían repartido.

El profesor Tofty y la profesora Marchbanks se paseaban entre los alumnos, vigilando mientras éstos anotaban la posición exacta de las estrellas y de los planetas que observaban. Sólo se oía el susurro del pergamino al cambiarlo de posición, el ocasional chirrido de un telescopio al ajustarlo sobre su trípode, y el rasgueo de las plumas. Al cabo de una hora y media, los rectángulos de luz dorada que se proyectaban sobre los jardines fueron desapareciendo conforme se apagaban las luces en el castillo.

Pero cuando Harry estaba completando la constelación de Orión en su mapa celeste, las puertas del castillo se abrieron, justo debajo del parapeto donde se encontraba él, y la luz se esparció por los escalones de piedra hasta alcanzar el césped. Harry miró hacia abajo, fingiendo que ajustaba un poco la posición de su telescopio, y vio unas cinco o seis alargadas siluetas que avanzaban por la hierba iluminada; entonces se cerraron las puertas y el césped se convirtió de nuevo en un

mar de oscuridad.

Harry volvió a pegar el ojo al telescopio y lo enfocó para examinar Venus. Luego dirigió la vista hacia su mapa para anotar la posición del planeta, pero algo lo distrajo; se quedó quieto, con la pluma suspendida sobre la hoja de pergamino, miró hacia los oscuros jardines entrecerrando los ojos, y vio a media docena de personas que caminaban por ellos. Si aquellas figuras no hubieran estado en movimiento, y si la luz de la luna no hubiera hecho que les brillara la coronilla, Harry no habría podido distinguirlas del oscuro suelo por el que andaban. Incluso desde aquella distancia, al chico le pareció reconocer los andares de la figura más baja, que al parecer era la que guiaba al grupo.

No se le ocurría ninguna razón por la que la profesora Umbridge hubiera salido a pasear por los jardines pasada la medianoche, y menos aún acompañada de otras cinco personas. Entonces alguien tosió detrás de él, y Harry recordó que estaba en medio de un examen. Se le había olvidado por completo la posición de Venus. Pegó el ojo al telescopio, la encontró de nuevo e iba a anotar su posición en el mapa cuando, atento a cualquier ruido extraño, oyó unos golpecitos lejanos que resonaron por los desiertos jardines, seguidos inmediatamente por los amortiguados ladridos de un perro.

Levantó la cabeza; el corazón le latía muy deprisa. Había luz en las ventanas de la cabaña de Hagrid, y las siluetas de las personas a las que había visto cruzar la extensión de césped se destacaban contra ellas. Se abrió la puerta y entonces Harry vio claramente a seis figuras muy bien definidas que cruzaban el umbral. La puerta volvió a cerrarse y ya no se oyó nada más.

Harry estaba muy trastornado. Miró a su alrededor para comprobar si Ron o Hermione habían visto lo mismo, pero en ese momento la profesora Marchbanks caminaba hacia él, y como no quería que pareciera que intentaba copiar el examen de algún compañero, se apresuró a inclinarse sobre su mapa celeste y fingió que escribía, cuando en realidad miraba por encima del parapeto hacia la cabaña de Hagrid. En ese instante las figuras se movían detrás de las ventanas de la cabaña y tapaban la luz.

Notaba los ojos de la profesora Marchbanks clavados en su nuca; pegó de nuevo el ojo al telescopio y lo dirigió hacia la luna, pese a que hacía una hora que había anotado su posición; pero cuando la profesora Marchbanks pasó de largo, Harry oyó un rugido procedente de la lejana cabaña que resonó en la oscuridad y llegó hasta lo alto de la torre de Astronomía. Varios alumnos que Harry tenía cerca se separaron de sus telescopios y miraron hacia la cabaña de Hagrid.

El profesor Tofty volvió a toser.

—Chicos, chicas, intentad concentraros —dijo en voz baja. Casi todos los alumnos siguieron escudriñando el cielo con sus telescopios. Harry echó un vistazo a la izquierda. Hermione miraba, petrificada, hacia la cabaña de Hagrid—. Ejem…,

veinte minutos… —anunció el profesor Tofty.

Hermione pegó un brinco y volvió a concentrarse de inmediato en su mapa celeste; Harry dirigió la mirada hacia el suyo y vio que había escrito «Marte» donde debía haber escrito «Venus», así que se apresuró a corregir el error.

Entonces se oyó un fuerte ¡PUM! que procedía de los jardines y varios estudiantes exclamaron «¡Ay!» al golpearse la cara con el extremo de la mira de sus telescopios cuando se apresuraron a observar lo que estaba pasando abajo.

La puerta de la cabaña de Hagrid se había abierto, y la luz que salía de dentro les permitió verlo con bastante claridad: una figura de gran tamaño rugía y enarbolaba los puños, rodeada de seis personas, las cuales intentaban aturdirlo a juzgar por los finos rayos de luz roja que proyectaban hacia él.

—¡No! —gritó Hermione.

—¡Señorita! —exclamó escandalizado el profesor Tofty—. ¡Esto es un examen!

Pero ya nadie prestaba atención a los mapas celestes. Todavía se veían haces de luz roja junto a la cabaña de Hagrid, aunque parecían rebotar en él; el guardabosques aún estaba en pie y a Harry le pareció que no había dejado de defenderse. Por los jardines resonaban gritos y un hombre bramó: «¡Sé razonable, Hagrid!»

—¿Razonable? —rugió él—. ¡Maldita sea, Dawlish, no me llevaréis así!

Harry vio la silueta de Fang, que intentaba defender a su amo y saltaba repetidamente sobre los magos que rodeaban a Hagrid, hasta que el rayo de un hechizo aturdidor alcanzó al animal, que cayó al suelo. Hagrid soltó un furioso aullido y cogió al culpable y lo lanzó por el aire; el hombre recorrió unos tres metros volando y no volvió a levantarse. Hermione soltó un grito de horror, tapándose la boca con ambas manos; Harry miró a Ron y vio que su amigo también estaba muy asustado. Ninguno de los tres había visto jamás a Hagrid enfadado de verdad.

—¡Mirad! —gritó Parvati, que se había apoyado en el parapeto y señalaba las puertas del castillo, que habían vuelto a abrirse; la luz iluminaba de nuevo el oscuro jardín, y una silueta cruzaba la extensión de césped.

—¡Por favor, chicos! —exclamó el profesor Tofty, muy alterado—. ¡Sólo os quedan dieciséis minutos!

Pero nadie le hizo caso: todos observaban a la persona que en ese momento corría hacia la cabaña de Hagrid, donde se estaba librando la batalla.

—¿¡Cómo se atreven!? —gritaba la solitaria figura mientras corría—. ¿¡Cómo se atreven!?

—¡Es la profesora McGonagall! —susurró Hermione.

—¡Déjenlo en paz! ¡He dicho que lo dejen en paz! —repetía la profesora McGonagall en la oscuridad—. ¿Con qué derecho lo atacan? Él no ha hecho nada, nada que justifique este…

Hermione, Parvati y Lavender gritaron a la vez, pues las figuras que había junto a

la cabaña de Hagrid lanzaron al menos cuatro rayos aturdidores contra la profesora McGonagall. A medio camino entre la cabaña y el castillo, los rayos chocaron contra ella; en un primer momento, la profesora se iluminó y desprendió un brillo de un extraño color rojo; luego se despegó del suelo, cayó con fuerza sobre la espalda y no volvió a moverse.

—¡Gárgolas galopantes! —gritó el profesor Tofty, que también parecía haber olvidado por completo el examen—. ¡Eso no es una advertencia! ¡Es un comportamiento vergonzoso!

—¡COBARDES! —bramó Hagrid; su voz llegó con claridad hasta lo alto de la torre, y varias luces volvieron a encenderse dentro del castillo—. ¡MALDITOS COBARDES! ¡TOMA ESTO! ¡Y ESTO!

—¡Ay, madre! —gimió Hermione.

Hagrid intentó dar un par de fuertes golpes a los agresores que tenía más cerca, a quienes, a juzgar por cómo se derrumbaron, dejó inconscientes. Pero luego Harry vio que Hagrid se doblaba por la cintura, como si finalmente el hechizo lo hubiera vencido. Sin embargo, se equivocaba: al cabo de un instante, Hagrid volvía a estar de pie y llevaba algo que parecía un saco a la espalda. Entonces Harry se dio cuenta de que se había colocado sobre los hombros el cuerpo inerte de Fang.

—¡Deténganlo! ¡Sujétenlo! —gritaba la profesora Umbridge, pero el único ayudante que le quedaba se mostraba muy reacio a ponerse al alcance de los puños de Hagrid; empezó a retroceder, tan deprisa que tropezó con uno de sus inconscientes colegas, y también cayó al suelo.

Hagrid, mientras tanto, se había dado la vuelta y había echado a correr con Fang sobre los hombros. La profesora Umbridge le echó un último hechizo aturdidor, pero no dio en el blanco; y Hagrid, corriendo a toda velocidad hacia las lejanas verjas, desapareció en la oscuridad.

Hubo un largo minuto de silencio; los alumnos, temblorosos y boquiabiertos, contemplaban los jardines. Entonces la débil voz del profesor Tofty anunció:

—Humm…, cinco minutos, chicos.

Harry estaba impaciente porque terminara el examen, pese a que sólo había llenado dos terceras partes de su mapa. Cuando por fin se agotó el tiempo, Ron y Hermione guardaron de cualquier manera los telescopios en sus fundas y bajaron todo lo deprisa que pudieron por la escalera de caracol. Ningún alumno había ido a acostarse; todos estaban hablando con gran excitación y en voz alta al pie de la escalera sobre lo que acababan de presenciar.

—¡Qué mujer tan perversa! —exclamó entrecortadamente Hermione, a la que al parecer le costaba hablar debido a la rabia—. ¡Mira que intentar detener a Hagrid en plena noche!

—Es evidente que quería evitar otra escena como la de la profesora Trelawney —

explicó sabiamente Ernie Macmillan, que se había abierto paso entre los alumnos para unirse a Harry, Ron y Hermione.

—Cómo se ha defendido Hagrid, ¿eh? —observó Ron pese a que parecía más asustado que impresionado—. ¿Por qué todos los hechizos rebotaban en él?

—Debe de ser su sangre de gigante —repuso Hermione con voz temblorosa—. Es muy difícil aturdir a un gigante, son muy resistentes, como los trols… Pero pobre profesora McGonagall… ¡Ha recibido cuatro rayos aturdidores en el pecho! Y no es muy joven que digamos, ¿verdad?

—Espantoso, espantoso —añadió Ernie moviendo con pomposidad la cabeza— Bueno, voy a acostarme. Buenas noches a todos.

Los chicos que había alrededor de los tres amigos empezaron a dispersarse, pero ellos siguieron hablando con agitación sobre lo que acababan de ver.

—Al menos no han conseguido llevarse a Hagrid a Azkaban —comentó Ron—. Supongo que habrá ido a reunirse con Dumbledore, ¿no?

—Supongo que sí —replicó Hermione, llorosa—. ¡Qué horror, estaba convencida de que Dumbledore no tardaría en volver al colegio, pero ahora nos hemos quedado también sin Hagrid!

Regresaron a la sala común de Gryffindor y la encontraron llena de gente. El alboroto que se había armado en los jardines había despertado a varias personas, que no habían dudado en despertar también a sus compañeros. Seamus y Dean, que habían llegado antes que Harry, Ron y Hermione, estaban relatando a todos lo que habían visto y oído desde lo alto de la torre de Astronomía.

—Pero ¿por qué tenía que despedir a Hagrid ahora? —preguntó Angelina Johnson—. ¡Su caso es diferente del de la profesora Trelawney, él había mejorado mucho este año!

—La profesora Umbridge odia a los semihumanos —le recordó Hermione con amargura, y se dejó caer en una butaca—. Estaba decidida a hacer todo lo posible para que echaran a Hagrid.

—Y además creía que Hagrid le ponía *escarbatos* en el despacho —intervino Katie Bell.

—¡Ostras! —exclamó Lee Jordan, y se tapó la boca con una mano—. Era yo el que le ponía *escarbatos* en el despacho. Fred y George me dejaron un par. Los hacía levitar y entrar por la ventana.

—Lo habría despedido de todos modos —comentó Dean—. Hagrid está demasiado cerca de Dumbledore.

—Eso es verdad —coincidió Harry, y se sentó en una butaca junto a la de Hermione.

—Espero que la profesora McGonagall se encuentre bien —dijo Lavender con lágrimas en los ojos.

—La han subido al castillo, lo hemos visto por la ventana del dormitorio —apuntó Colin Creevey—. No tenía buen aspecto.

—Seguro que la señora Pomfrey la curará —dijo Alicia Spinnet con firmeza—. Hasta ahora nunca ha fallado.

La sala común no se vació hasta casi las cuatro de la madrugada. Harry no tenía nada de sueño; la imagen de Hagrid corriendo hasta perderse en la oscuridad lo perseguía; estaba tan furioso con la profesora Umbridge que no se le ocurría ningún castigo lo bastante cruel para ella, aunque la sugerencia de Ron de ofrecérsela a una caja de hambrientos *escregutos* de cola explosiva para que se la comieran no estaba del todo mal. Finalmente se quedó dormido ideando venganzas horribles y se levantó tres horas más tarde con la sensación de no haber descansado nada.

El último examen, el de Historia de la Magia, no tendría lugar hasta la tarde. A Harry le habría encantado volver a la cama después de desayunar, pero contaba con la mañana para repasar un poco más, así que en lugar de acostarse se sentó con la cabeza entre las manos junto a la ventana de la sala común, intentando no quedarse dormido, mientras leía por encima la montaña de apuntes de un metro de alto que Hermione le había dejado.

Los alumnos de quinto curso entraron en el Gran Comedor a las dos en punto y se sentaron frente a las hojas de examen. Harry estaba agotado. Sólo deseaba una cosa: que terminara aquel examen, porque así podría irse a dormir; y al día siguiente Ron y él bajarían al campo de *quidditch* (Harry volaría con la escoba de Ron) y celebrarían que ya no tenían que repasar más.

—Dad la vuelta a las hojas —indicó la profesora Marchbanks desde su mesa, colocada frente a las de los alumnos, y giró el gigantesco reloj de arena—. Podéis empezar.

Harry se quedó mirando fijamente la primera pregunta. Pasados unos segundos, cayó en la cuenta de que no había entendido ni una palabra; había una avispa zumbando distraída contra una de las altas ventanas. Lenta, tortuosamente, Harry empezó por fin a escribir la respuesta.

Le costaba mucho recordar los nombres y confundía con frecuencia las fechas. Decidió saltarse la pregunta número cuatro («En su opinión, ¿qué hizo la legislación sobre varitas en el siglo XVIII: contribuyó a un mejor control de las revueltas de duendes o las permitió?»), y contestarla si tenía tiempo cuando hubiera terminado de responder las demás. Probó con la pregunta número cinco («¿Cómo se infringió el Estatuto del Secreto en 1749 y qué medidas se tomaron para impedir que volviera a ocurrir?»), pero sospechaba que se había dejado varios puntos importantes: le parecía recordar que los vampiros participaban en algún momento de la historia.

Siguió buscando una pregunta que pudiera contestar sin vacilar y sus ojos se detuvieron en la número diez: «Describa las circunstancias que condujeron a la

formación de la Confederación Internacional de Magos y explique por qué los magos de Liechtenstein se negaron a formar parte de ella.»

«Esto lo sé», se dijo Harry, aunque notaba que tenía el cerebro aletargado y torpe. Podía visualizar un título escrito con la letra de Hermione: «La formación de la Confederación Internacional de Magos.» Había leído esos apuntes aquella misma mañana.

Empezó a escribir, levantando de vez en cuando la vista para mirar el reloj de arena que la profesora Marchbanks tenía encima de su mesa. Harry estaba sentado justo detrás de Parvati Patil, cuyo largo pelo castaño caía por detrás del respaldo de su silla. En un par de ocasiones, Harry se encontró mirando con fijeza las diminutas luces doradas que brillaban en la melena de Parvati cada vez que ella movía ligeramente la cabeza, y tuvo que cambiar un poco de posición la suya para salir del ensimismamiento.

«… el Jefe Supremo de la Confederación Internacional de Magos fue Pierre Bonaccord, pero la comunidad mágica de Liechtenstein protestó contra su nombramiento porque…»

Alrededor de Harry las plumas rasgueaban el pergamino como ratas que corretean y escarban en sus madrigueras. Notaba el calor del sol en la nuca. ¿Qué había hecho Bonaccord para ofender a los magos de Liechtenstein? Harry creía recordar que tenía algo que ver con los trols… Volvió a clavar los ojos en la parte de atrás de la cabeza de Parvati. Le habría gustado practicar la Legeremancia y abrir una ventana en la nuca de su compañera para descubrir qué habían tenido que ver los trols con la ruptura de Pierre Bonaccord y Liechtenstein…

Harry cerró los ojos y se tapó la cara con las manos para descansar la vista. Bonaccord quería prohibir la caza de trols y otorgarles derechos…, pero Liechtenstein tenía desavenencias con una tribu de trols de montaña especialmente brutales… Sí, eso era.

Entonces abrió los ojos, pero al fijarlos en el blanco resplandeciente del pergamino, le dolieron y se le empañaron. Lentamente, Harry escribió dos líneas sobre los trols; entonces leyó lo que había escrito hasta el momento. Su respuesta no era muy extensa ni muy detallada, y, sin embargo, estaba seguro de que Hermione tenía un montón de hojas de apuntes sobre la Confederación.

Volvió a cerrar los ojos e intentó visualizar las páginas de Hermione, intentó recordar… La Confederación se había reunido por primera vez en Francia, sí, eso ya lo había escrito…

Los duendes querían asistir, pero no se lo habían permitido… Eso también lo había puesto…

Y ningún representante de Liechtenstein quiso tomar parte en la reunión…

«Piensa», se dijo, con la cara tapada, mientras a su alrededor las plumas

rasgueaban redactando respuestas interminables, y la arena del reloj de la profesora Marchbanks caí a lentamente…

Caminaba otra vez por el oscuro y frío pasillo que conducía al Departamento de Misterios, con paso firme y resuelto; a veces corría un poco, decidido a llegar por fin a su destino… La puerta se abría, como las veces anteriores, y Harry volvía a encontrarse en la sala circular con muchas puertas…

La cruzaba andando por el suelo de piedra y entraba por una segunda puerta… Veía motas de luz danzarina en las paredes y en el suelo, y oía aquel extraño ruido mecánico, pero no había tiempo para investigar, tenía que darse prisa…

Iba corriendo hasta la tercera puerta, que se abría fácilmente, igual que las demás…

Volvía a encontrarse en la habitación del tamaño de una catedral llena de estanterías y esferas de cristal… El corazón le latía muy deprisa… Esta vez iba a entrar… Cuando llegaba al pasillo número noventa y siete torcía a la izquierda y corría por él entre dos hileras de estanterías…

Pero al final del pasillo había una figura en el suelo, una figura negra que se retorcía como un animal herido… A Harry se le contraía el estómago de miedo, de emoción…

Una voz salía por su boca, una voz fría y aguda, vacía de humanidad…

—Cógela… Vamos, bájala… Yo no puedo tocarla, pero tú sí…

La figura negra que había en el suelo se movía un poco. Harry veía cómo una mano blanca de largos dedos cerrados alrededor de una varita se alzaba al final de su propio brazo…, y entonces oía que aquella fría y aguda voz decía: *«¡Crucio!»*

El hombre que estaba en el suelo gritaba de dolor, intentaba levantarse pero caía hacia atrás y se retorcía. Harry reía. Levantaba la varita, la maldición dejaba de actuar y la figura se quedaba inmóvil gimiendo.

—Lord Voldemort espera…

Muy despacio, el hombre que estaba en el suelo levantaba un poco los hombros, aunque los brazos le temblaban, y miraba hacia arriba. Tenía la cara demacrada y manchada de sangre, contraída de dolor y, sin embargo, desafiante…

—Tendrás que matarme —susurraba Sirius.

—Al final lo haré, indudablemente —decía la fría voz—. Pero antes la cogerás para mí, Black… ¿Crees que lo que has sentido es dolor? Piénsalo bien…, nos quedan muchas horas por delante y nadie te oirá gritar…

Pero alguien gritaba cuando Voldemort bajaba de nuevo la varita; alguien gritaba y caía de lado desde una mesa hasta el frío suelo de piedra; Harry despertó al golpearse contra el suelo. Todavía gritaba, le ardía la cicatriz, y el Gran Comedor apareció a su alrededor.

32
Por la chimenea

—No quiero ir… No necesito ir a la enfermería… No quiero…

Harry farfullaba e intentaba soltarse del profesor Tofty, que lo miraba muy preocupado tras ayudarlo a salir al vestíbulo, con un montón de curiosos estudiantes alrededor.

—Me… me encuentro bien, señor —balbuceó Harry secándose el sudor de la cara —. De verdad… Me quedé dormido y… y he tenido una pesadilla…

—¡Es la presión de los exámenes! —aseguró el anciano mago, comprensivo, dándole unas débiles palmaditas en el hombro—. ¡Suele pasar, joven, suele pasar! Bébete un vaso de agua fría y quizá puedas volver al Gran Comedor. El examen casi ha terminado, pero a lo mejor quieres acabar de pulir tu última respuesta, ¿qué te parece?

—Sí —contestó Harry, desesperado—. O sea…, no…, ya he hecho… todo lo que podía, creo…

—Muy bien, muy bien —repuso el anciano mago con amabilidad—. Voy a recoger tu examen, y te sugiero que vayas a descansar un poco.

—Sí, voy a descansar un poco —dijo Harry asintiendo enérgicamente con la

cabeza—. Muchas gracias.

En cuanto el anciano mago desapareció por el umbral y entró en el Gran Comedor, Harry subió a toda prisa la escalera de mármol, corrió por los pasillos (iba tan deprisa que, al verlo pasar, los personajes de los retratos murmuraban reproches e imprecaciones), siguió subiendo escaleras y finalmente irrumpió como un huracán por las puertas de la enfermería; la señora Pomfrey, que le estaba administrando un líquido azul y brillante a Montague, gritó alarmada.

—¿Qué significa esto, Potter?

—Necesito ver a la profesora McGonagall —gritó Harry, que jadeaba y sentía un fuerte dolor en el tórax—. ¡Es urgente!

—La profesora McGonagall no está aquí, Potter —dijo la señora Pomfrey con tristeza—. La han trasladado a San Mungo esta mañana. ¡Cuatro hechizos aturdidores de lleno en el pecho, a su edad! Es un milagro que no la mataran.

—¿No está… aquí? —repitió Harry, horrorizado.

Entonces sonó la campana y el chico oyó el clásico estruendo de los alumnos al salir en tropel de las aulas en los pisos de arriba y abajo. Se quedó muy quieto mirando a la señora Pomfrey. El terror se estaba apoderando de él por momentos.

No quedaba nadie a quien pudiera contárselo. Dumbledore se había ido, Hagrid se había ido, pero él siempre había contado con que la profesora McGonagall estuviera allí, irascible e inflexible, sí, pero siempre digna de confianza, ofreciendo su sólida presencia…

—No me extraña que estés conmocionado, Potter —continuó la señora Pomfrey, comprensiva e indignada—. ¡Como si alguno de ellos hubiera podido aturdir a Minerva McGonagall en igualdad de condiciones y a la luz del día! Cobardía, eso es lo que es, vil cobardía. Si no me preocupara lo que podría sucederos a los alumnos si yo no estuviera aquí, dimitiría para manifestar mi protesta.

—Sí… —repuso Harry, atontado.

Se alejó de la enfermería sin saber adónde iba y echó a andar por el bullicioso pasillo, zarandeado por la multitud; el pánico se extendía por su cuerpo como un gas venenoso, la cabeza le daba vueltas y no se le ocurría qué podía hacer…

«Ron y Hermione», dijo una voz dentro de su cabeza.

Echó a correr de nuevo, apartando a los alumnos a empujones, sin prestar atención a sus quejas. Bajó dos pisos, y cuando estaba en lo alto de la escalera de mármol, vio que sus amigos corrían hacia él.

—¡Harry! —exclamó Hermione enseguida; parecía muy asustada—. ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien? ¿Estás enfermo?

—¿Dónde estabas? —inquirió Ron.

—Venid conmigo —contestó Harry—. ¡Vamos, tengo que contaros una cosa!

Los guió por el pasillo del primer piso mientras asomaba la cabeza en varias aulas

hasta que al final encontró una vacía; entró en ella y cerró la puerta en cuanto Ron y Hermione hubieron entrado también. Harry se apoyó en la puerta y miró a sus amigos.

—Voldemort tiene a Sirius.

—¿Qué?

—¿Cómo lo…?

—Lo he visto. Ahora mismo. Cuando me he quedado dormido en el examen.

—Pero… pero ¿dónde? ¿Cómo? —preguntó Hermione, que se había puesto muy pálida.

—No sé cómo —respondió Harry—. Pero sé exactamente dónde. En el Departamento de Misterios hay una sala con un montón de hileras de estanterías llenas de pequeñas esferas de cristal, y ellos están al final del pasillo número noventa y siete… Voldemort intenta utilizar a Sirius para conseguir eso que quiere coger de allí dentro… Está torturándolo. ¡Dice que acabará matándolo! —Harry se dio cuenta de que le temblaban la voz y las rodillas, así que se acercó a una mesa y se sentó, tratando de serenarse—. ¿Cómo vamos a ir hasta allí? —les preguntó a sus amigos.

Hubo un momento de silencio. Entonces Ron balbuceó:

—¿Ir ha… hasta allí?

—¡Ir al Departamento de Misterios para rescatar a Sirius! —dijo Harry en voz alta.

—Pero Harry… —empezó Ron con un hilo de voz.

—¿Qué? ¡Qué! —exclamó Harry, impaciente. No entendía por qué Ron y Hermione lo miraban con la boca abierta, como si les estuviera preguntando algo que no tuviera sentido.

—Harry —dijo Hermione con una voz que delataba su miedo—, Harry, ¿cómo… cómo quieres que Voldemort haya entrado en el Ministerio de Magia sin que nadie lo haya descubierto?

—¿Y yo qué sé? —bramó él—. ¡Lo que importa ahora es cómo vamos a entrar nosotros allí!

—Pero… Harry, piénsalo bien —continuó Hermione, y dio un paso hacia él—, son las cinco de la tarde… El Ministerio de Magia debe de estar lleno de empleados… ¿Cómo quieres que Voldemort y Sirius hayan entrado allí sin ser vistos? Harry…, deben de ser los dos magos más buscados del mundo… ¿Crees que podrían entrar en un edificio lleno de *aurores* sin que detectaran su presencia?

—¡No lo sé, Voldemort debe de haber utilizado una capa invisible o algo así! —gritó Harry—. Además, el Departamento de Misterios siempre ha estado completamente vacío cuando he ido…

—Tú nunca has ido allí, Harry —afirmó Hermione con serenidad—. Sólo has soñado que ibas.

—¡Lo que yo tengo no son sueños normales y corrientes! —le gritó Harry, levantándose y dando también un paso hacia Hermione. Le habría gustado agarrarla por los hombros y zarandearla—. Entonces, ¿cómo explicas lo del padre de Ron? ¿Qué fue aquello? ¿Cómo supe lo que le había pasado?

—En parte tiene razón —intervino Ron mirando a Hermione.

—¡Pero eso es tan…, tan inverosímil! —insistió ella, desesperada—. Harry, ¿cómo quieres que Voldemort haya atrapado a Sirius si él no se ha movido de Grimmauld Place?

—Quizá Sirius no pudo aguantar más y salió a tomar un poco el aire —apuntó Ron con gesto de preocupación—. Se moría de ganas de salir de esa casa…

—Pero ¿por qué, por qué demonios iba a querer Voldemort que Sirius cogiera el arma o lo que sea? —preguntó Hermione.

—¡No lo sé, podría haber montones de razones! —le gritó Harry—. A lo mejor se trata simplemente de que a Voldemort no le importa ver a Sirius herido…

—¿Sabéis qué? —dijo Ron en voz baja—. Se me acaba de ocurrir una cosa. El hermano de Sirius era un *mortífago*, ¿verdad? ¡Quizá él le revelase a Sirius el secreto de cómo conseguir el arma!

—¡Sí, y por eso Dumbledore estaba empeñado en que Sirius no saliera de la casa! —exclamó Harry.

—Mirad, lo siento —gritó Hermione—, pero nada de lo que decís tiene sentido, y no tenemos pruebas de nada, no tenemos pruebas de que Voldemort y Sirius estén siquiera…

—¡Harry los ha visto, Hermione! —intervino Ron volviéndose hacia ella.

—De acuerdo —cedió ella por fin, asustada pero decidida—, sólo quiero decir una cosa…

—¿Qué?

—¡Mira, Harry, no lo interpretes como una crítica! Pero es verdad que… estás un poco…, un poco… ¿No crees que estás un poco obsesionado con la idea de…, de… salvar a la gente?

Harry se quedó mirándola.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues… que… —Hermione estaba aún más acongojada—. Quiero decir que… el año pasado, por ejemplo, en el lago… durante el Torneo… no debiste… Es decir, tú no tenías por qué salvar a aquella chica, Delacour… Te dejaste llevar por… —Una oleada de rabia inundó a Harry; ¿cómo se le ocurría a Hermione recordarle ahora aquel error garrafal?—. Mira, estuviste muy bien y todo eso —prosiguió su amiga, acobardada por la mirada de Harry—, todo el mundo creyó que lo que hiciste fue fabuloso…

—Tiene gracia —replicó Harry con voz temblorosa—, porque recuerdo

perfectamente que Ron dijo que había perdido el tiempo haciéndome el héroe… ¿Es eso lo que piensas que estoy haciendo ahora? ¿Crees que quiero volver a hacerme el héroe?

—¡No, no, no! —contestó Hermione, aterrada—. ¡Eso no es lo que quiero decir!

—¡Bueno, pues suelta ya lo que quieras decir, porque estamos perdiendo el tiempo! —gritó Harry.

—Lo que trato de decirte es que… ¡Voldemort te conoce, Harry! ¡Llevó a Ginny a la Cámara Secreta porque sabía que tú irías a buscarla allí, es lo que suele hacer, sabe que tú eres el tipo de persona que…! ¡Sabe que irías a socorrer a Sirius! ¿Y si sólo intenta que tú vayas al Departamento de Mis…?

—¡Hermione, no importa que sólo lo haya hecho para engañarme, se han llevado a la profesora McGonagall a San Mungo, en Hogwarts ya no queda nadie de la Orden a quien podamos contárselo, y si no vamos, podemos dar por muerto a Sirius!

—Pero Harry, ¿y si tu sueño sólo ha sido… eso, un sueño?

Harry soltó un rugido de frustración y Hermione dio un paso hacia atrás, alarmada.

—¡No lo entiendes! —gritó Harry—. ¡No tengo pesadillas, no son sólo sueños! ¿Para qué crees que eran las clases de Oclumancia, por qué crees que Dumbledore quería impedir que viera esas cosas? Porque son verdad, Hermione. Voldemort ha atrapado a Sirius, ¡yo lo he visto! Y no lo sabe nadie más, y eso significa que somos los únicos que podemos salvarlo, y si tú no quieres hacerlo, me parece muy bien, pero yo voy a ir, ¿entendido? Y si no recuerdo mal, no pusiste objeciones a mi obsesión por salvar a la gente cuando eras tú a la que tenía que salvar de los *dementores*, ni… —se volvió hacia Ron— cuando tuve que salvar a tu hermana del basilisco…

—¡Yo nunca me he quejado! —saltó Ron acaloradamente.

—Pero si tú mismo lo has dicho, Harry —insistió Hermione con vehemencia—, Dumbledore quería que aprendieras a cerrar tu mente a esas cosas; si hubieras practicado Oclumancia como es debido nunca habrías visto est…

—SI PIENSAS QUE VOY A HACER COMO QUE NO HE VISTO NADA…

—¡Sirius te dijo que lo más importante era que aprendieras a cerrar tu mente!

—PUES MIRA, SEGURO QUE OPINARÍA OTRA COSA SI SUPIERA LO QUE ACABO DE…

De pronto se abrió la puerta del aula y Harry, Ron y Hermione se volvieron rápidamente. Ginny entró con aire de curiosidad, seguida de Luna, que, como de costumbre, parecía estar allí por error.

—¡Hola! —saludó Ginny, vacilante—. Hemos reconocido la voz de Harry. ¿Por qué gritabas?

—No es asunto tuyo —contestó él con aspereza.

Ginny arqueó las cejas.

—No tienes por qué emplear ese tono conmigo —repuso fríamente—. Sólo

quería saber si podía ayudar en algo.

—Pues no, no puedes —le espetó Harry.

—Eres bastante maleducado, ¿sabes? —comentó Luna con serenidad.

Harry soltó una palabrota y se dio la vuelta. No le apetecía nada hablar con Luna Lovegood.

—Espera —saltó de pronto Hermione—. Espera… Harry, ellas pueden ayudarte. —Harry y Ron miraron a Hermione—. Escuchad —dijo ella con urgencia—, Harry, tenemos que saber si es verdad que Sirius ha salido del cuartel general.

—Ya te lo he dicho, lo he visto…

—¡Por favor, Harry, te lo suplico! —exclamó Hermione, desesperada—. Déjanos comprobar si Sirius se ha marchado de su casa antes de salir en estampida hacia Londres. Si no está en Grimmauld Place, te juro que no haré nada para impedir que vayas. Iré contigo, haré… lo que sea para ayudarte a salvarlo.

—¡Voldemort está torturando a Sirius AHORA MISMO! —gritó Harry—. No podemos perder más tiempo.

—Pero todo esto podría ser una trampa de Voldemort, Harry, tenemos que comprobarlo.

—¿Cómo? —preguntó Harry—. ¿Cómo vamos a comprobarlo?

—Tendremos que utilizar la chimenea de la profesora Umbridge e intentar hablar con él —propuso Hermione, pese a que aquella idea la aterraba—. Volveremos a despistar a la profesora Umbridge, pero necesitaremos alguien que vigile, y ahí es donde pueden ayudarnos Ginny y Luna.

Pese a que todavía no había entendido del todo lo que estaba pasando, Ginny dijo inmediatamente:

—Sí, contad con nosotras.

Y Luna inquirió:

—¿Cuando dices «Sirius», te refieres a Stubby Boardman?

Nadie le contestó.

—Está bien… —le respondió Harry en tono agresivo a Hermione—. Está bien, si se te ocurre una forma de hacerlo deprisa, estoy de acuerdo, pero si no, me voy ahora mismo al Departamento de Misterios.

—¿Al Departamento de Misterios? —preguntó Luna con un deje de sorpresa—. Pero ¿cómo piensas ir hasta allí?

Harry la ignoró una vez más.

—Muy bien —continuó Hermione mientras se retorcía las manos y se paseaba entre los pupitres—. Muy bien… Bueno, uno de nosotros tiene que ir a buscar a la profesora Umbridge y… y conseguir que vaya hacia otro lado, alejarla de su despacho. Podríamos decirle, no sé, que Peeves ha hecho alguna de las suyas…

—De eso ya me encargo yo —se ofreció Ron—. Le diré que Peeves está

destrozando el departamento de Transformaciones o algo así; está muy lejos de su despacho. Ahora que lo pienso, si me lo encuentro por el camino podría convencer a Peeves de que lo haga.

—Muy bien —dijo con la frente fruncida mientras seguía paseándose arriba y abajo; el hecho de que Hermione no pusiera reparos a que se destrozara el departamento de Transformaciones indicaba la gravedad de la situación—. También tendremos que mantener a los estudiantes lejos de su despacho mientras forzamos la puerta, porque si no alguno de Slytherin iría a chivarse.

—Luna y yo podemos montar guardia en cada uno de los extremos del pasillo —propuso Ginny—, y avisar a la gente de que no entre en él porque alguien ha soltado gas agarrotador. —A Hermione le sorprendió la rapidez con que a Ginny se le había ocurrido aquella mentira; Ginny se encogió de hombros y añadió—: Fred y George pensaban hacerlo antes de marcharse.

—Vale —dijo Hermione—. Entonces, Harry, tú y yo nos pondremos la capa invisible y entraremos en el despacho, y podrás hablar con Sirius…

—¡Te digo que no está allí, Hermione!

—Bueno, podrás… comprobar si Sirius está en casa o no mientras yo vigilo. No creo que debas quedarte allí solo, pues Lee ya ha demostrado que la ventana es un punto débil porque coló los *escarbatos* por ella.

Pese a la rabia y la impaciencia que sentía, Harry reconoció el ofrecimiento de Hermione de acompañarlo al despacho de la profesora Umbridge como una muestra de solidaridad y lealtad.

—Sí, gracias —murmuró.

—Bueno, aunque hagamos todo lo que hemos dicho, no creo que consigamos más de cinco minutos —comentó Hermione un poco aliviada después de que Harry hubiera aprobado su plan—; no hemos de olvidarnos de Filch ni de esa maldita Brigada Inquisitorial.

—Tendré suficiente con cinco minutos —aseguró Harry—. Y ahora, vamos…

—¿Ya? —dijo Hermione, sorprendida.

—¡Pues claro! —estalló Harry con enojo—. ¿Qué creías, que íbamos a esperar hasta después de la cena o algo así? ¡Hermione, Voldemort está torturando a Sirius en estos precisos momentos, mientras nosotros estamos aquí charlando!

—Está bien, está bien. Ve a buscar la capa invisible, yo te espero al final del pasillo de la profesora Umbridge, ¿de acuerdo?

Harry no contestó: salió a todo correr del aula y empezó a abrirse camino entre la marea de estudiantes que llenaban los pasillos. Dos pisos más arriba se cruzó con Seamus y Dean, que lo saludaron alegremente y le comunicaron que habían organizado una fiesta en la sala común para celebrar el final de los exámenes. Harry no les hizo ni caso. Se coló por el hueco del retrato mientras ellos seguían discutiendo

sobre cuántas cervezas de mantequilla tenían que comprar en el mercado negro, y luego salió otra vez por el retrato, con la capa invisible y la navaja de Sirius en la mochila, sin que ellos se dieran ni cuenta.

—Harry, ¿quieres contribuir con un par de galeones? Harold Dingle dice que puede conseguirnos un poco de whisky de fuego…

Pero Harry ya había echado a correr por el pasillo, y un par de minutos más tarde saltaba los últimos escalones para reunirse con Ron, Hermione, Ginny y Luna, que estaban apiñados al final del pasillo de la profesora Umbridge.

—Ya lo tengo todo —dijo entrecortadamente—. ¿Estáis preparados?

—Ron, tú ve a distraer a la profesora Umbridge —le ordenó Hermione en un susurro, pues en ese momento pasaba a su lado un ruidoso grupo de alumnos de sexto —; Ginny, Luna, empezad a alejar a la gente del pasillo… Harry y yo nos pondremos la capa y esperaremos hasta que todo esté despejado.

Ron se marchó con paso decidido y los demás pudieron ver su reluciente pelo rojo hasta que llegó al final del pasillo; entre tanto Ginny, con su llamativa melena, se alejó en dirección opuesta, asomando entre el tumulto de estudiantes que llenaban el pasillo, seguida de la rubia Luna.

—Ven aquí —murmuró Hermione, tirando de Harry por la muñeca hasta un hueco donde la cabeza de piedra de un mago medieval, feísimo, hablaba sola sobre una columna—. ¿Seguro que estás bien, Harry? Todavía te veo muy pálido.

—Sí, estoy bien —afirmó él, y sacó la capa invisible de la mochila.

La verdad era que le dolía la cicatriz, pero no tanto como para pensar que Voldemort ya le hubiera asestado un golpe mortal a Sirius; el día que Voldemort castigó a Avery le había dolido muchísimo más…

—Venga —dijo, y se echó la capa invisible por encima tapando también a Hermione. Ambos se quedaron escuchando atentamente tratando de aislarse del sermón en latín del busto que tenían delante.

—¡Por aquí no podéis pasar! —decía Ginny a los alumnos—. Lo siento, tendréis que dar la vuelta por la escalera giratoria porque alguien ha soltado gas agarrotador en este pasillo.

Oyeron que algunos se quejaban, y una voz antipática dijo:

—Yo no veo gas por ninguna parte.

—Porque es incoloro —contestó Ginny con un convincente tono de exasperación —, pero si quieres pasar, adelante, así tendremos tu cuerpo como prueba para el siguiente idiota que no nos crea.

Poco a poco la multitud fue dispersándose. Por lo visto, la noticia del gas agarrotador se había difundido y la gente ya no intentaba pasar por aquel pasillo. Cuando la zona quedó prácticamente vacía, Hermione dijo en voz baja:

—Creo que ésta es la máxima tranquilidad que podremos conseguir, Harry.

¡Vamos!

Y echaron a andar cubiertos con la capa. Luna estaba de pie, de espaldas a ellos, al final del pasillo. Al pasar junto a Ginny, Hermione susurró:

—Bien hecho… No olvides la señal…

—¿Cuál es la señal? —murmuró Harry cuando se acercaban a la puerta del despacho de la profesora Umbridge.

—Si ven acercarse a la profesora Umbridge se pondrán a cantar «A Weasley vamos a coronar» —le contó Hermione mientras Harry introducía la hoja de la navaja de Sirius en la rendija que había entre la puerta y el marco. La cerradura se abrió enseguida, y los chicos entraron en el despacho.

Los estridentes gatitos disfrutaban del sol de la tarde que calentaba sus platos, pero por lo demás el despacho estaba vacío y silencioso como la última vez. Hermione suspiró aliviada.

—Temía que hubiera añadido alguna otra medida de seguridad después del segundo *escarbato* —comentó.

Se quitaron la capa y Hermione se dirigió deprisa hacia la ventana y se quedó de pie junto a ella escudriñando los jardines con la varita en ristre. Harry, por su parte, corrió hacia la chimenea, cogió el tarro de polvos flu, echó un pellizco dentro y consiguió que aparecieran unas llamas de color esmeralda. Se arrodilló rápidamente, metió la cabeza en el fuego y gritó:

—¡Número doce de Grimmauld Place!

La cabeza empezó a girarle como si acabara de bajarse de una atracción de feria, aunque las rodillas permanecían firmemente plantadas en el frío suelo del despacho. Harry cerró con fuerza los ojos para protegerlos del remolino de ceniza, y cuando todo dejó de dar vueltas, los abrió y ante él apareció la larga y fría cocina de Grimmauld Place.

No había nadie allí. Harry ya se lo había imaginado, pero aun así no estaba preparado para el pánico y el terror que lo invadieron cuando se encontró ante la desierta habitación.

—¿Sirius? —gritó—. ¿Estás ahí, Sirius? —Su voz resonó en la cocina, pero nadie le contestó. Únicamente oyó un débil susurro a la derecha de la chimenea—. ¿Quién hay ahí? —preguntó, aunque creía que debía de ser tan sólo un ratón.

Entonces apareció Kreacher, el elfo doméstico. Parecía muy satisfecho por algo, pese a que debía de haberse lastimado gravemente ambas manos, porque las llevaba muy vendadas.

—La cabeza de Potter ha aparecido en la chimenea —informó a la vacía cocina al tiempo que lanzaba furtivas miradas de triunfo a Harry—. ¿A qué habrá venido, se pregunta Kreacher?

—¿Dónde está Sirius, Kreacher? —inquirió Harry.

El elfo doméstico chasqueó la lengua.

—El amo ha salido, Harry Potter.

—¿Adónde ha ido? ¡Adónde ha ido, Kreacher! —Por toda respuesta, el elfo soltó una risotada que pareció un cacareo—. ¡Te lo advierto! —gritó Harry, consciente de que desde su posición no podía castigar a Kreacher—. ¿Dónde está Lupin? ¿Y *Ojoloco*? ¿Dónde están todos?

—¡Kreacher se ha quedado solo en la casa! —informó el elfo con regocijo; a continuación, dio la espalda a Harry y echó a andar lentamente hacia la puerta que había al fondo de la cocina—. Kreacher cree que ahora irá a charlar un rato con su dueña, sí, hace mucho tiempo que no puede hacerlo, el amo de Kreacher se lo impedía…

—¿Adónde ha ido Sirius? —le gritó Harry—. ¿Ha ido al Departamento de Misterios, Kreacher?

Éste paró en seco. Harry sólo veía la parte de atrás de su calva entre el bosque de patas de sillas que tenía delante.

—El amo nunca dice al pobre Kreacher adónde va —contestó el elfo.

—¡Pero tú lo sabes! ¿Verdad? ¡Tú sabes dónde está!

Se produjo un breve silencio; entonces el elfo rió socarronamente.

—¡El amo nunca regresará del Departamento de Misterios! —afirmó alegremente —. ¡Kreacher y su dueña se han quedado solos otra vez! —exclamó, y siguió andando y se escabulló por la puerta que conducía al vestíbulo.

—¡Te voy a…!

Pero antes de que pudiera concretar su amenaza, Harry notó un fuerte dolor en la coronilla; tragó un montón de ceniza y, atragantándose, notó que lo arrastraban hacia atrás a través de las llamas, hasta que, con espantosa brusquedad, se encontró mirando la ancha y pálida cara de la profesora Umbridge, que lo había sacado de la chimenea tirándole del pelo y en ese momento le echaba el cuello hacia atrás cuanto podía, como si fuera a degollarlo.

—¿Creías que después de dos *escarbatos* —dijo en un susurro tirando un poco más de la cabeza de Harry, de modo que éste se quedó contemplando el techo— iba a permitir que otra inmunda y carroñera criatura entrara en mi despacho sin que yo lo supiera? Cuando entró el último, puse hechizos sensores de sigilo en la puerta de mi despacho, idiota. Quítale la varita —le gritó a alguien a quien Harry no podía ver, y notó que una mano hurgaba en el bolsillo interior de su túnica y sacaba su varita—. Y no te olvides de ella. —Harry oyó una refriega junto a la puerta y comprendió que a Hermione también se la habían arrebatado—. Quiero saber qué hacíais en mi despacho —dijo la profesora Umbridge agitando el puño con que le sujetaba el pelo a Harry, de modo que éste se tambaleó.

—¡Quería… recuperar mi Saeta de Fuego! —repuso Harry con voz ronca.

—Mentira. —La profesora volvió a zarandearlo—. Tu Saeta de Fuego está custodiada en las mazmorras, como sabes muy bien, Potter. Tenías la cabeza dentro de mi chimenea. ¿Con quién te estabas comunicando?

—Con nadie —contestó Harry, e intentó soltarse, notando cómo varios cabellos se le desprendían del cuero cabelludo.

—¡Mentira! —gritó la profesora Umbridge.

Le dio un empujón, y Harry chocó contra la mesa. Ahora veía a Hermione, a quien Millicent Bulstrode inmovilizaba contra la pared. Malfoy estaba apoyado en el alféizar de la ventana sonriendo mientras lanzaba la varita mágica de Harry al aire y la recuperaba con una mano.

A continuación se produjo un alboroto al otro lado de la puerta, y entonces entraron varios corpulentos alumnos de Slytherin que arrastraban a Ron, Ginny, Luna y, para sorpresa de Harry, Neville, a quien Crabbe había hecho una llave y llevaba tan sujeto por el cuello que parecía a punto de ahogarse. Los habían amordazado a los cuatro.

—Los tenemos a todos —anunció Warrington, y empujó bruscamente a Ron hacia el centro del despacho—. Éste —dijo hincándole un grueso dedo a Neville en el pecho— ha intentado impedir que agarrara a ésa —señaló a Ginny, que pretendía pegar patadas en la espinilla a la robusta alumna de Slytherin que la sujetaba—, así que lo hemos cogido también.

—Estupendo —dijo la profesora Umbridge mientras contemplaba los forcejeos de Ginny—. Muy bien, veo que dentro de poco ya no quedará ni un solo Weasley en Hogwarts.

Malfoy, adulador, rió con ganas. Umbridge dibujó su ancha y displicente sonrisa y se sentó en una butaca de chintz; miraba a sus prisioneros pestañeando, como un sapo sobre un parterre de flores.

—Muy bien, Potter —comenzó—. Has colocado vigilantes alrededor de mi despacho y has enviado a ese payaso —señaló con la cabeza a Ron, y Malfoy rió aún más fuerte— para que me dijera que el *poltergeist* estaba provocando el caos en el departamento de Transformaciones cuando yo sabía perfectamente que estaba manchando de tinta las miras de todos los telescopios del colegio, porque el señor Filch acababa de informarme de ello. Es evidente que te interesaba mucho hablar con alguien. ¿Con quién? ¿Con Albus Dumbledore? ¿O con ese híbrido, Hagrid? No creo que se tratara de la profesora McGonagall porque tengo entendido que todavía está demasiado enferma para hablar con nadie.

Malfoy y otros miembros de la Brigada Inquisitorial rieron al oír aquel comentario. Harry sentía tanta rabia y tanto odio que temblaba de pies a cabeza.

—No es asunto suyo. Yo puedo hablar con quien me dé la gana —gruñó.

El blandengue rostro de la profesora Umbridge se tensó un poco.

—Muy bien —continuó con su dulce voz, más falsa y más peligrosa que nunca —. Muy bien, señor Potter… Le he ofrecido la posibilidad de contármelo voluntariamente y la ha rechazado. No tengo otra alternativa que obligarlo. Draco, ve a buscar al profesor Snape.

Malfoy se guardó la varita de Harry en el bolsillo de la túnica y salió del despacho con la sonrisa en los labios, pero Harry apenas se fijó en él. Acababa de darse cuenta de una cosa; no podía creer que hubiera sido tan estúpido para olvidarlo. Había creído que en el colegio ya no quedaba ningún miembro de la Orden, nadie que pudiera ayudarlo a salvar a Sirius, pero se había equivocado. Aún había un miembro de la Orden del Fénix en Hogwarts: Snape.

En aquel momento, en el despacho sólo se oían los inquietos movimientos y los forcejeos de Ron y sus compañeros, a los que los alumnos de Slytherin intentaban dominar. A Ron le sangraba el labio y estaba manchando la alfombra de la profesora Umbridge mientras intentaba librarse de la llave que le hacía Warrington en el cuello; Ginny, por su parte, trataba de pisarle los pies a la alumna de sexto que la agarraba con fuerza por ambos brazos; Neville cada vez estaba más morado e intentaba soltarse del cuello los brazos de Crabbe; y Hermione procuraba en vano apartar a Millicent Bulstrode. Luna, en cambio, estaba de pie junto a su captora, sin oponer resistencia, y miraba distraídamente por la ventana como si todo aquello la aburriera muchísimo.

Harry volvió a mirar a la profesora Umbridge, que lo observaba atentamente. Sin embargo, él mantuvo una expresión insondable cuando se oyeron pasos que se acercaban por el pasillo y Draco entró de nuevo en el despacho y le aguantó la puerta a Snape.

—¿Quería verme, directora? —preguntó éste, y miró a las parejas de forcejeantes alumnos con un gesto de absoluta indiferencia.

—¡Ah, profesor Snape! —exclamó la profesora Umbridge sonriendo de oreja a oreja y poniéndose de nuevo en pie—. Sí, necesito otra botella de *Veritaserum*. Cuanto antes, por favor.

—Le di la última botella que tenía para que interrogara a Potter —contestó Snape observándola con frialdad a través de sus grasientas cortinas de pelo negro—. No la gastaría toda, ¿verdad? Ya le indiqué que bastaba con tres gotas.

La profesora Umbridge se ruborizó.

—Supongo que podrá preparar más, ¿no? —dijo, y su voz se volvió aún más infantil y dulce, como ocurría siempre que se ponía furiosa.

—Desde luego —contestó Snape haciendo una mueca con los labios—. Tarda todo un ciclo lunar en madurar, así que la tendrá dentro de un mes.

—¿Un mes? —chilló la profesora Umbridge inflándose como un sapo—. ¿Un mes, ha dicho? ¡La necesito esta noche, Snape! ¡Acabo de encontrar a Potter

utilizando mi chimenea para comunicarse con alguien!

—¿Ah, sí? —dijo Snape, y por primera vez mostró interés y giró la cabeza para mirar a Harry—. Bueno, no me sorprende. Potter nunca se ha mostrado inclinado a obedecer las normas del colegio.

Los fríos y oscuros ojos de Snape taladraron los de Harry, que le sostuvo la mirada sin pestañear concentrándose en lo que había visto en su sueño, con la esperanza de que Snape pudiera leerle la mente y comprendiera…

—¡Quiero interrogarlo! —gritó la profesora Umbridge fuera de sí, y Snape dirigió la vista al enfurecido y tembloroso rostro de la directora—. ¡Quiero que me proporcione una poción que lo obligue a decirme la verdad!

—Ya se lo he dicho —repuso Snape con toda tranquilidad—. No me queda ni una gota de *Veritaserum*. A menos que quiera envenenar a Potter, y le aseguro que si lo hiciera yo lo comprendería, no puedo ayudarla. El único problema es que la mayoría de los venenos actúan tan deprisa que la víctima no tiene mucho tiempo para confesar.

Snape giró de nuevo la cabeza hacia Harry, que seguía mirándolo fijamente para intentar comunicarse sin palabras.

«Voldemort tiene a Sirius en el Departamento de Misterios —pensó—. Voldemort tiene a Sirius…»

—¡Está usted en periodo de prueba! —bramó la profesora Umbridge, y Snape volvió a mirarla con las cejas ligeramente arqueadas—. ¡Se niega a colaborar! ¡Me ha decepcionado, profesor Snape; Lucius Malfoy siempre habla muy bien de usted! ¡Salga inmediatamente de mi despacho!

Snape hizo una irónica reverencia y se dio la vuelta para marcharse. Harry sabía que aquélla era su última oportunidad de informar a la Orden de lo que estaba pasando.

—¡Tiene a Canuto! —gritó—. ¡Tiene a Canuto en el sitio donde la guardan!

Snape se paró con una mano sobre el picaporte de la puerta.

—¿Canuto? —chilló la profesora Umbridge mirando ávidamente a Harry y luego a Snape—. ¿Quién es Canuto? ¿Dónde guardan qué? ¿Qué ha querido decir, Snape?

Snape se volvió y miró a Harry con expresión inescrutable. Harry no supo si le había entendido o no, pero no se atrevió a ser más explícito delante de la profesora Umbridge.

—No tengo ni idea —respondió Snape sin inmutarse—. Potter, cuando quiera que me grites disparates como ése, te daré un brebaje bocazas. Y Crabbe, haz el favor de no apretar tanto. Si Longbottom se ahoga tendré que rellenar un montón de aburridos formularios, y me temo que también tendré que mencionarlo en tu informe si algún día solicitas un empleo.

Cerró la puerta tras él haciendo un ruidito seco, y Harry se quedó más confuso

que antes, pues Snape era su última esperanza. Luego miró a la profesora Umbridge, que parecía sentirse igual que él; la mujer respiraba agitadamente, llena de rabia y de frustración.

—Muy bien —dijo, y sacó su varita mágica—. Muy bien… No me queda otra alternativa. Este asunto va más allá de la disciplina escolar, es un tema de seguridad del Ministerio… Sí, sí…

Era como si intentara convencerse de algo. Cambiaba constantemente el peso del cuerpo de una pierna a otra, nerviosa, y observaba a Harry mientras se golpeaba la palma de una mano con la varita y respiraba entrecortadamente. Harry se sentía indefenso sin su varita mágica.

—No me gusta nada tener que hacer esto, Potter, pero me has obligado —afirmó la profesora Umbridge, que no paraba de moverse—.A veces las circunstancias justifican el empleo de… Estoy segura de que el ministro comprenderá que no tuve otro remedio… —Malfoy la observaba con avidez—. Seguro que la maldición *Cruciatus* te hará hablar —sentenció la profesora Umbridge con voz queda.

—¡No! —gritó Hermione—. ¡Es ilegal, profesora Umbridge! —Pero la mujer no le prestó atención. Tenía en la cara una expresión cruel, ansiosa y emocionada que Harry no había visto hasta entonces. La profesora Umbridge alzó la varita—. ¡El ministro no aprobará que viole la ley, profesora Umbridge! —volvió a gritar Hermione.

—Si Cornelius no se entera, no pasará nada —repuso la profesora jadeando ligeramente mientras apuntaba con la varita a distintas partes del cuerpo de Harry intentando decidir, al parecer, dónde le dolería más—. Cornelius nunca llegó a saber que fui yo quien envió a los *dementores* contra Potter el verano pasado, pero de todos modos le encantó tener una excusa para expulsarlo del colegio.

—¿Fue usted? —preguntó Harry atónito—. ¿Usted me envió a los *dementores*?

—Alguien tenía que actuar —respondió la profesora Umbridge, y su varita apuntó directamente a la frente de Harry—. Todos decían que había que hacerte callar como fuera, que había que desacreditarte, pero yo fui la única que hizo algo… Sólo que tú te las ingeniaste para librarte, ¿verdad, Potter? Pero hoy no va a ocurrir lo mismo, ya lo verás… —Inspiró hondo y gritó—: *¡Cru…!*

—¡NO! —chilló entonces Hermione, a quien Millicent Bulstrode continuaba sujetando—. ¡No! ¡Harry, tendremos que contárselo!

—¡Nada de eso! —bramó él fulminando con la mirada a lo poco del cuerpo de Hermione que alcanzaba a ver.

—¡Tendremos que hacerlo, Harry! Va a obligarte de todos modos, así que ¿qué sentido tiene?

Y Hermione se puso a llorar débilmente sobre la parte de atrás de la túnica de Millicent Bulstrode. Ésta dejó de aplastarla contra la pared de inmediato y se apartó

de ella con asco.

—¡Vaya, vaya! —exclamó la profesora Umbridge, triunfante—. ¡Doña Preguntitas nos va a dar algunas respuestas! ¡Adelante, niña, adelante!

—¡Her… mione…, no! —gritó Ron a través de la mordaza.

Ginny miraba con atención a Hermione, como si fuera la primera vez que la veía. Neville, que todavía estaba medio asfixiado, la miraba también. Pero Harry acababa de darse cuenta de algo. Pese a que Hermione sollozaba desesperadamente y se tapaba la cara con las manos, no había derramado ni una sola lágrima.

—Lo… lo siento, pe… perdonadme —balbuceó la chica—, pe… pero no puedo so… soportarlo…

—¡Está bien, niña, tranquila! —dijo la profesora Umbridge, que agarró a Hermione por los hombros y la sentó en la butaca de chintz. Se inclinó sobre ella y añadió—: A ver, ¿con quién se estaba comunicando Potter hace un momento?

—Bueno —contestó Hermione, y tragó saliva—, intentaba hablar con el profesor Dumbledore.

Ron se quedó de piedra, con los ojos como platos; Ginny dejó de intentar pisotear a su captora; y hasta Luna adoptó una expresión de leve sorpresa. Por fortuna, la profesora Umbridge y sus secuaces tenían toda la atención concentrada exclusivamente en Hermione y no repararon en aquellos sospechosos indicios.

—¿Con Dumbledore? —repitió la profesora Umbridge, entusiasmada—. ¿Acaso sabéis dónde está?

—¡Bueno, no! —sollozó Hermione—. Hemos probado en el Caldero Chorreante, en el callejón Diagon, en Las Tres Escobas y hasta en Cabeza de Puerco…

—¿Cómo puedes ser tan idiota? ¡Dumbledore no estaría sentado en un pub mientras lo busca el Ministerio en pleno! —gritó la profesora Umbridge, y la decepción se reflejó en todas las flácidas arrugas de su rostro.

—¡Es que…, es que necesitábamos decirle algo muy importante! —gimió Hermione, que seguía tapándose la cara; Harry comprendió que ese gesto no era de angustia, sino de disimulo.

—¿Ah, sí? —dijo la profesora Umbridge volviendo a animarse—. ¿Y qué era eso que queríais decirle?

—Pues queríamos decirle que…, que…, ¡que ya está lista! —balbuceó Hermione.

—¿Lista? —se extrañó la profesora, que volvió a sujetar a Hermione por los hombros y la zarandeó ligeramente—. ¿Qué es lo que está listo, niña?

—El… el arma.

—¿El arma? ¿Qué arma? —preguntó la profesora, cuyos ojos se salían de las órbitas a causa de la emoción—. ¿Habéis desarrollado algún método de resistencia? ¿Un arma que podríais emplear contra el Ministerio? Por orden de Dumbledore, claro…

—¡S… s… sí —farfulló Hermione—, pero cuando se marchó todavía no la habíamos terminado y a… a… ahora nosotros la hemos terminado solos, y te… te… teníamos que encontrarlo para decírselo!

—¿De qué tipo de arma se trata? —preguntó con aspereza la profesora Umbridge mientras sujetaba con fuerza a Hermione por los hombros con sus regordetes dedos.

—No… no… nosotros no lo entendemos del todo —respondió Hermione sorbiéndose ruidosamente la nariz—. So… sólo hicimos lo que el profesor Dumbledore nos di… dijo que debíamos hacer.

La profesora Umbridge se enderezó. Estaba exultante de alegría.

—Llévame a donde está el arma —le ordenó.

—No quiero enseñársela… a ellos —contestó Hermione con voz chillona mirando a los alumnos de Slytherin entre los dedos.

—No eres nadie para poner condiciones —le espetó la profesora Umbridge.

—Está bien —repuso Hermione, que volvía a sollozar con la cara tapada—. ¡Está bien, que la vean, y espero que la utilicen contra usted! ¡Sí, mire, invite a un montón de gente a venir a verla! Le… le estará bien empleado… ¡Sí, me encantaría que to… todo el colegio supiera do… dónde está, y co… cómo emplearla, así, si vuelve usted a molestar a alguien, podrán… deshacerse de usted!

Esas palabras causaron un fuerte impacto en la profesora Umbridge: miró rápida y recelosamente a su Brigada Inquisitorial, y sus saltones ojos se detuvieron un momento en Malfoy, que era demasiado lento para disimular la expresión de entusiasmo y codicia que iluminaba su cara.

La profesora Umbridge volvió a mirar con detenimiento a Hermione, y entonces dijo con una voz que pretendía ser maternal:

—Está bien, querida, iremos tú y yo solas… y nos llevaremos también a Potter, ¿de acuerdo? ¡Vamos, levántate!

—Profesora —intervino Malfoy—, profesora Umbridge, creo que algunos miembros de la Brigada deberían acompañarla para vigilar que…

—Soy una funcionaría del Ministerio perfectamente capacitada, Malfoy, ¿de verdad crees que no puedo defenderme yo sola de dos adolescentes sin varita mágica? —lo atajó con aspereza Dolores Umbridge—. Además, no parece que esa arma de la que habla la señorita Granger sea algo que deban ver unos colegiales. Permaneceréis aquí hasta que yo regrese y os aseguraréis de que ninguno de éstos —señaló a Ron, Ginny, Neville y Luna— escape.

—Como usted diga —aceptó Malfoy a regañadientes.

—Vosotros dos iréis delante de mí y me enseñaréis el camino —les ordenó la profesora Umbridge a Harry y Hermione apuntándolos con su varita—. Adelante.

33
Pelea y huida

Harry no tenía ni idea de qué era lo que planeaba Hermione; en realidad ni siquiera sabía si tenía algún plan. Salió detrás de ella del despacho de la profesora Umbridge y la siguió por el pasillo, consciente de que resultaría muy sospechoso que se notara que él no sabía adónde iban, así que no intentó hablar con ella. La profesora Umbridge los seguía tan de cerca que Harry notaba cómo respiraba.

Hermione bajó por la escalera que conducía al vestíbulo. Se oían voces y ruido de cubiertos y platos provenientes del Gran Comedor; Harry no podía creer que seis metros más allá hubiera gente cenando tranquilamente, que celebraba el final de los exámenes sin nada de qué preocuparse…

Hermione salió por las puertas de roble del castillo y bajó la escalera de piedra, donde la recibió la templada y agradable brisa de la tarde. El sol estaba poniéndose por detrás de las copas de los árboles del Bosque Prohibido, y mientras Hermione caminaba decidida por la extensión de césped, seguida de Harry (la profesora Umbridge tenía que correr para seguirles el ritmo), las largas y oscuras sombras del bosque ondulaban sobre la hierba detrás de ellos como si fueran capas.

—Está escondida en la cabaña de Hagrid, ¿verdad? —aventuró la profesora

Umbridge, impaciente, al oído de Harry.

—Claro que no —repuso Hermione en tono mordaz—. Hagrid podría haberla puesto en marcha accidentalmente.

—Ya —dijo la profesora asintiendo con la cabeza; su emoción iba en aumento—. Sí, claro, seguro que la habría puesto en marcha, ese híbrido es un bruto.

La mujer rió y Harry sintió un irrefrenable impulso de darse la vuelta y agarrarla por el cuello, pero se contuvo. Notaba un dolor palpitante en la cicatriz, aunque aún no le ardía como si la tuviera al rojo, como sabía que ocurriría si Voldemort se dispusiera a matar.

—Bueno, ¿dónde está? —preguntó la profesora con un deje de incertidumbre en la voz al ver que Hermione seguía caminando a grandes zancadas hacia el bosque.

—En el bosque, ¿dónde quiere que esté? —contestó la chica, y señaló los frondosos árboles—. Había que guardarla en un sitio donde los estudiantes no pudieran encontrarla por casualidad, ¿no le parece?

—Sí, claro —concedió la profesora Umbridge, aunque parecía un poco preocupada—. Claro, claro… Muy bien, pues… id vosotros dos delante.

—Si hemos de ir nosotros delante, ¿puede prestarnos su varita? —preguntó Harry.

—Nada de eso, señor Potter —repuso la profesora Umbridge con falsa ternura, y le clavó la punta en la espalda—. Me temo que el Ministerio valora mucho más mi vida que la de ustedes dos.

Cuando llegaron bajo la sombra que proyectaban los primeros árboles, Harry intentó captar la mirada de Hermione, pues entrar en el bosque sin varitas le parecía algo mucho más imprudente que todo lo que habían hecho aquella tarde. Sin embargo, Hermione se limitó a lanzar a la profesora Umbridge una mirada de desprecio y se metió sin vacilar entre los árboles; caminaba tan deprisa que la profesora Umbridge se veía en apuros para seguirla a causa de lo cortas que eran sus piernas.

—¿Está muy lejos? —preguntó la bruja cuando la túnica se le enganchó en unas zarzas.

—Sí, ya lo creo —contestó Hermione—. Sí, está muy bien escondida.

Los recelos de Harry iban en aumento. Su amiga no había tomado el camino que habían seguido para ir a visitar a Grawp, sino el que él había recorrido tres años atrás, que conducía a la guarida del monstruo *Aragog*. Hermione no había ido con él en aquella ocasión, y Harry dudaba que su amiga conociera el peligro que acechaba al final de aquel camino.

—Oye, ¿estás segura de que es por aquí? —le preguntó, lanzándole una clara indirecta.

—Sí, sí —respondió ella en tono férreo, pisando la maleza y haciendo lo que Harry consideró un ruido exagerado.

Detrás de ellos, la profesora Umbridge tropezó con un árbol joven caído. Ninguno de los dos se detuvo para ayudarla a levantarse; Hermione siguió andando y gritó volviendo un poco la cabeza:

—¡Ya falta menos!

—Baja la voz, Hermione —murmuró Harry, y aceleró el paso para alcanzarla— Alguien podría oírnos…

—Eso es precisamente lo que quiero, que nos oigan —repuso Hermione en voz baja mientras la profesora Umbridge intentaba darles alcance sin preocuparse por el ruido que hacía—. Ya verás…

Siguieron caminando un buen rato, hasta que se adentraron tanto en el bosque que la densa cúpula de árboles impedía el paso de la luz. Harry tenía la sensación que ya había experimentado otras veces en el bosque: que lo observaban unos ojos invisibles.

—¿Falta mucho? —preguntó la profesora Umbridge con enojo.

—¡No, ya falta poco! —gritó Hermione cuando entraban en un claro húmedo y oscuro—. Sólo un poquito…

Entonces una flecha surcó el aire y se clavó en el tronco de un árbol, produciendo un ruido sordo, justo por encima de la cabeza de Hermione. De pronto oyeron ruido de cascos; Harry notó que el suelo del bosque temblaba y la profesora Umbridge soltó un grito y se abrazó a Harry para que le sirviera de escudo.

El, sin embargo, se soltó y se dio la vuelta. Entonces vio cerca de cincuenta centauros que salían de todos los rincones, con los arcos cargados y levantados, apuntándolos a los tres. Harry, Hermione y la profesora Umbridge retrocedieron hacia el centro del claro; la profesora emitía leves gemidos de terror. Harry miró de reojo a Hermione, que exhibía una sonrisa triunfante.

—¿Quién eres? —preguntó una voz.

Harry miró hacia la izquierda. El centauro de pelaje marrón, Magorian, se había separado del círculo que los demás formaban alrededor de los intrusos y caminaba hacia ellos con el arco levantado. A la derecha de Harry, la profesora Umbridge seguía gimoteando y apuntaba al centauro que se le estaba acercando con la varita, que le temblaba violentamente en la mano.

—Te he preguntado quién eres, humana —repitió Magorian con brusquedad.

—¡Soy Dolores Umbridge! —contestó la profesora con una voz chillona que delataba su miedo—. ¡Subsecretaría del ministro de Magia y directora y Suma Inquisidora de Hogwarts!

—¿Eres del Ministerio de Magia? —inquirió Magorian mientras los centauros que los rodeaban se movían inquietos.

—¡Exacto —exclamó la profesora Umbridge con voz aún más chillona—, así que mucho cuidado! Según las leyes aprobadas por el Departamento de Regulación y

Control de las Criaturas Mágicas, cualquier ataque de híbridos como vosotros contra seres humanos…

—¿Cómo nos has llamado? —gritó un centauro negro de aspecto feroz a quien Harry reconoció como Bane. A su alrededor, los demás murmuraban furiosos y tensaban las cuerdas de sus arcos.

—¡No los llame así! —chilló Hermione, indignada, pero la profesora Umbridge hizo como si no la hubiera oído. Sin dejar de apuntar con su temblorosa varita a Magorian, continuó:

—La ley Quince B establece claramente que: «Cualquier ataque de una criatura mágica dotada de inteligencia cuasihumana, y por lo tanto considerada responsable de sus actos…»

—¿«Inteligencia cuasihumana»? —repitió Magorian mientras Bane y otros centauros rugían de rabia y piafaban—. ¡Lo que acabas de decir es un grave insulto para nosotros, humana! Afortunadamente, nuestra inteligencia sobrepasa con creces la vuestra.

—¿Qué hacéis en nuestro bosque? —bramó el centauro gris de rostro severo al que Harry y Hermione habían visto en su última incursión en el bosque—. ¿A qué habéis venido?

—¿Vuestro bosque, dices? —replicó la profesora Umbridge, que ahora temblaba no sólo de miedo, sino también de indignación—. Permíteme recordarte que si vivís aquí es únicamente porque el Ministerio de Magia os ha cedido ciertas tierras…

Inmediatamente, una flecha pasó volando tan cerca de la cabeza de Dolores Umbridge que le arrancó unos cuantos pelos; la profesora soltó un grito desgarrador y se llevó las manos a la cabeza mientras varios centauros proferían gritos de aprobación y otros reían escandalosamente. El sonido de sus fuertes relinchos, que resonaba en el claro apenas iluminado, y la imagen de sus cascos piafando resultaban muy inquietantes.

—¿De quién dices que es este bosque, humana? —rugió Bañe.

—¡Repugnantes híbridos! —gritó ella sin quitarse las manos de la cabeza—. ¡Bestias! ¡Animales incontrolados!

—¡Cállese! —le gritó Hermione, pero era demasiado tarde: la profesora Umbridge apuntó con su varita a Magorian y gritó:

—*¡Incarcerous!*

Unas cuerdas que parecían gruesas serpientes saltaron por los aires y se enroscaron con fuerza alrededor del torso del centauro, sujetándole los brazos: éste soltó un grito de cólera y se encabritó, intentando liberarse, mientras los otros centauros cargaban contra la profesora Umbridge.

Harry agarró a Hermione y la tiró al suelo; él se tumbó también boca abajo y sintió un momento de pánico al oír los cascos de los centauros que tronaban a su

alrededor, pero éstos saltaban por encima de ellos, gritando y aullando de rabia.

—¡Noooo! —oyeron chillar a la profesora Umbridge—. ¡Noooo! ¡Soy la subsecretaría…, no podéis…, soltadme, bestias inmundas…, noooo!

Harry vio un destello de luz roja y comprendió que la profesora Umbridge había intentado aturdir a uno de los centauros; entonces la bruja gritó con todas sus fuerzas. Harry alzó un poco la cabeza y vio que Bane había levantado del suelo a la profesora cogiéndola por la parte de atrás de la túnica. La mujer se agitaba y vociferaba, muerta de miedo, y se le cayó la varita de la mano; entonces a Harry le dio un vuelco el corazón. Si pudiera alcanzarla…

Harry estiró un brazo, pero justo en ese momento el casco de un centauro descendió sobre la varita, que se partió limpiamente por la mitad.

—¡Ahora! —rugió una voz junto a la oreja del chico, y un fuerte y peludo brazo apareció de la nada y lo levantó del suelo. A Hermione también la habían levantado.

Por encima de los lomos y de las cabezas de los corcoveantes centauros de diversas tonalidades, Harry vio cómo Bane se llevaba a la profesora Umbridge y desaparecía con ella entre los árboles. La profesora no paraba de chillar, pero su voz se fue haciendo cada vez más débil hasta que el estruendo de cascos que los rodeaba ahogó sus gritos y dejaron de oírla.

—¿Qué hacemos con éstos? —preguntó el centauro gris de rostro severo que sujetaba a Hermione.

—Son jóvenes —respondió una voz lenta y lúgubre detrás de Harry—. Nosotros no atacamos a los potros.

—Pero ellos son los que la han traído hasta aquí, Ronan —replicó el centauro que sujetaba con firmeza a Harry—. Y no son tan jóvenes… Éste casi ha alcanzado la edad adulta. —Zarandeó a Harry, a quien tenía cogido por el cuello de la túnica.

—¡Por favor —suplicó Hermione—, no nos hagan daño, por favor, nosotros no pensamos como ella, no somos empleados del Ministerio de Magia! Sólo hemos venido aquí porque confiábamos en que ustedes nos librarían de esa mujer.

Harry, al ver la expresión del centauro gris que sujetaba a Hermione, se dio cuenta de inmediato de que su amiga había cometido un grave error al decir aquello. El centauro echó la cabeza hacia atrás, piafando con furia, y bramó:

—¿Lo ves, Roñan? ¡Ya tienen la arrogancia de los de su raza! Pretendíais que os hiciéramos el trabajo sucio, ¿no es así, niña humana? ¡Pretendíais utilizarnos como esclavos para que alejáramos a vuestros enemigos, como unos obedientes perros de caza!

—¡No! —chilló Hermione, horrorizada—. ¡Por favor, no he querido decir eso! Sólo confiábamos en que pudieran…, pudieran…, ayudarnos…

Pero en lugar de arreglar la situación estaba estropeándola aún más.

—¡Nosotros no ayudamos a los humanos! —gruñó el centauro que sujetaba a

Harry; luego retrocedió un poco y los pies de Harry se separaron un momento del suelo—. Nosotros somos otra raza y estamos orgullosos de ello. ¡No vamos a permitir que salgáis de aquí y alardeéis de habernos utilizado como criados!

—¡Nosotros nunca haríamos eso! —gritó Harry—. Ya sabemos que no han hecho lo que han hecho porque nosotros queríamos que…

Pero nadie lo escuchaba.

Un centauro con barba que estaba detrás de los demás gritó:

—¡Han venido aquí sin que nadie se lo pidiera, deben pagar las consecuencias!

Aquellas palabras fueron recibidas con un rugido de aprobación, y un centauro de pelaje pardo gritó:

—¡Llevémoslos con la mujer!

—¡Han dicho que no hacen daño a inocentes! —replicó Hermione, por cuyas mejillas resbalaban ahora lágrimas auténticas—. Nosotros no hemos hecho nada malo, no hemos utilizado amenazas ni varitas, lo único que queremos es volver al colegio, por favor, déjennos marchar…

—¡No todos somos como el traidor Firenze, niña humana! —gritó el centauro gris, y sus compañeros volvieron a soltar relinchos de aprobación—. ¿Acaso creías que no éramos más que unos bonitos caballos parlantes? ¡Somos un pueblo antiquísimo que no permitirá invasiones de magos ni insultos! Nosotros no reconocemos vuestras leyes, no reconocemos vuestra presunta superioridad, somos…

Pero Harry y Hermione no oyeron qué más eran los centauros, porque en aquel instante se oyó un crujido tan fuerte en el borde del claro que todos, los chicos y los cincuenta centauros que allí se encontraban, se dieron la vuelta. El centauro que sujetaba a Harry lo dejó caer al suelo y cogió su arco y su carcaj. A Hermione también la habían soltado, y Harry corrió hacia ella en el momento en que dos gruesos troncos de árbol se separaban y la monstruosa figura de Grawp, el gigante, aparecía entre ellos.

Los centauros que estaban más cerca de Grawp retrocedieron; el claro se había convertido en un bosque de arcos listos para disparar: todas las flechas apuntaban hacia arriba, hacia la enorme y grisácea cara que los contemplaba desde debajo del espeso dosel de ramas. Grawp tenía la torcida boca entreabierta formando una mueca estúpida; los amarillentos dientes, del tamaño de ladrillos, destacaban en la penumbra, y los ojos sin brillo y del color del lodo del gigante se entrecerraron cuando miró a las criaturas que tenía a sus pies. De los tobillos le colgaban unas cuerdas rotas.

Grawp abrió un poco más la boca y dijo:

—Jagi.

Harry no sabía ni qué significaba «jagi» ni en qué lengua había hablado el gigante, pero no le importaba; simplemente contemplaba los pies de Grawp, que eran

casi tan largos como el cuerpo entero de Harry. Hermione agarró a su amigo por un brazo; los centauros, por su parte, se habían quedado callados y observaban al gigante, que movía de un lado a otro la inmensa y redonda cabeza mientras seguía mirando entre ellos como si buscara algo que se le hubiera caído.

—¡Jagi! —dijo otra vez con insistencia.

—¡Vete de aquí, gigante! —gritó Magorian—. ¡No eres bien recibido entre nosotros!

Aquellas palabras no impresionaron ni lo más mínimo a Grawp. Se enderezó un poco (los centauros tensaron aún más los arcos) y gritó:

—¡JAGI!

Unos cuantos centauros parecían preocupados. Hermione, en cambio, soltó un grito ahogado.

—¡Harry! —susurró—. ¡Creo que intenta decir «Hagrid»!

Entonces Grawp se fijó en los dos únicos humanos que había en medio de aquel mar de centauros. Agachó un poco más la cabeza y los miró fijamente. Harry notó que Hermione temblaba cuando el gigante abrió una vez más la boca y pronunció con una voz grave y atronadora:

—Hermy.

—¡Ay, madre! —exclamó Hermione, que parecía a punto de desmayarse, y apretó tanto el brazo de Harry que empezó a dormírsele—. ¡Se… se acuerda de mí!

—¡HERMY! —rugió Grawp—. ¿DÓNDE JAGI?

—¡No lo sé! —gimoteó Hermione, aterrada—. ¡Lo siento, Grawp, no lo sé!

—¡GRAWP QUIERE JAGI!

El gigante bajó una de las inmensas manos. Hermione gritó con todas sus fuerzas, dio unos cuantos pasos hacia atrás y se cayó. Harry, que no llevaba consigo su varita, se preparó para dar puñetazos, patadas, mordiscos o lo que hiciera falta, pero la mano pasó rozándolo y derribó a un centauro blanco como la nieve.

Eso era precisamente lo que los centauros estaban esperando. Los dedos extendidos de Grawp se encontraban a un palmo de Harry cuando cincuenta flechas salieron volando hacia el cuerpo del gigante y le acribillaron la enorme cara, le hicieron gritar de ira y de dolor y consiguieron que se enderezara mientras se frotaba la cara con las manazas rompiendo las astas de las flechas, aunque así se le clavaban aún más las puntas.

Grawp se puso a vociferar y a golpear el suelo con sus inmensos pies, y los centauros se dispersaron; unos goterones de sangre, del tamaño de pedruscos, cayeron sobre Harry mientras éste ayudaba a levantarse a Hermione; luego ambos echaron a correr tan deprisa como pudieron para refugiarse bajo los árboles. Una vez allí se volvieron para mirar; Grawp trataba de agarrar a los centauros a ciegas mientras la sangre resbalaba por su cara; los centauros salieron en estampida hacia los árboles del

otro lado del claro. Harry y Hermione vieron cómo Grawp soltaba otro rugido de ira y los perseguía, derribando más árboles a su paso.

—¡Oh, no! —dijo Hermione con un hilo de voz; temblaba tanto que se le doblaban las rodillas—. Eso ha sido horrible. Y Grawp podría matarlos a todos.

—Pues a mí me da igual, la verdad —confesó Harry con amargura.

El ruido de los centauros alejándose al galope y el del gigante, que los perseguía dando tumbos, fue haciéndose cada vez más débil. Mientras lo escuchaba, Harry sintió otra fuerte punzada en la cicatriz y lo invadió una oleada de terror.

Habían perdido mucho tiempo, y en aquellos momentos la posibilidad de rescatar a Sirius era aún más remota que cuando Harry había tenido la visión. Harry no sólo había perdido su varita, sino que además estaban en medio del Bosque Prohibido sin ningún medio de transporte.

—Un plan muy inteligente —le espetó a Hermione, pues necesitaba descargar parte de su rabia—. Muy inteligente. ¿Y ahora qué hacemos?

—Tenemos que volver al castillo —contestó Hermione con voz débil.

—¡Cuando lleguemos allí, seguramente Sirius ya estará muerto! —replicó Harry, y pegó una patada a un árbol que tenía cerca.

Entonces se oyeron unos chillidos en la copa del árbol; Harry miró hacia arriba y vio a un enojado *bowtruckle* que lo amenazaba con sus largos dedos.

—Sin nuestras varitas no podemos hacer nada —comentó Hermione, desanimada, y volvió a levantarse—. De todos modos, Harry, ¿cómo pensabas llegar hasta Londres?

—Sí, eso mismo nos preguntábamos nosotros —dijo una voz conocida detrás de ella.

Harry y Hermione se juntaron instintivamente y escudriñaron la espesura.

Entonces vieron aparecer a Ron, y corriendo detrás de él, a Ginny, Neville y Luna. Todos ofrecían un aspecto lamentable: Ginny tenía unos largos arañazos en una mejilla, Neville llevaba el ojo derecho amoratado, y a Ron le sangraba el labio más que nunca, pero parecían muy satisfechos de sí mismos.

—Bueno —dijo Ron apartando una rama baja. Llevaba la varita mágica de Harry en la mano—, ¿se os ocurre algo?

—¿Cómo habéis logrado escapar? —preguntó Harry, atónito, al tiempo que cogía su varita.

—Con un par de rayos aturdidores, un encantamiento de desarme y un bonito embrujo paralizante, obra de Neville —contestó Ron sin darle importancia mientras le devolvía también a Hermione su varita mágica—. Pero Ginny ha sido la que más se ha lucido: le ha hecho a Malfoy el maleficio de los *mocomurciélagos*; ha sido genial, tenía toda la cara cubierta de gargajos. Desde la ventana hemos visto que ibais hacia el bosque y os hemos seguido. ¿Qué le habéis hecho a la profesora Umbridge?

—Se la han llevado —respondió Harry—. Una manada de centauros.

—¿Y a vosotros os han dejado aquí? —preguntó Ginny estupefacta.

—No, los ha ahuyentado Grawp —contestó Harry.

—¿Quién es Grawp? —preguntó Luna con mucho interés.

—El hermano pequeño de Hagrid —respondió Ron—. Bueno, ahora eso no importa. Harry, ¿qué averiguaste en la chimenea? ¿Tiene Quien-tú-sabes a Sirius o…?

—Sí —afirmó Harry, y notó otra fuerte punzada en la cicatriz—, y estoy seguro de que Sirius todavía está vivo, pero no sé cómo vamos a ir hasta allí para ayudarlo.

Todos se quedaron en silencio con aspecto de estar bastante asustados; el problema al que se enfrentaban parecía insuperable.

—Tendremos que ir volando, ¿no? —soltó Luna con un tono realista que Harry nunca le había oído emplear.

—Vale —contestó Harry con fastidio, y se volvió hacia ella—. En primer lugar, olvídate del «tendremos», porque tú no vas a ninguna parte, y en segundo lugar, Ron es el único que tiene una escoba que no esté custodiada por un trol de seguridad, de modo que…

—¡Yo también tengo una escoba! —saltó Ginny.

—Sí, pero tú no vienes —la atajó Ron.

—¡Perdona, pero a mí me importa tanto como a ti lo que le pase a Sirius! —protestó Ginny, y apretó las mandíbulas, con lo que de pronto resaltó su parecido con Fred y George.

—Eres demasiado… —empezó a decir Harry, pero Ginny lo interrumpió con fiereza.

—Tengo tres años más de los que tenías tú cuando te enfrentaste a Quien-tú-sabes por la piedra filosofal, y gracias a mí Malfoy está atrapado en el despacho de la profesora Umbridge defendiéndose de unos gigantescos mocos voladores.

—Sí, pero…

—Todos pertenecíamos al ED —intervino Neville con serenidad—. ¿No se trataba de prepararnos para pelear contra Quien-tú-sabes? Pues ésta es la primera ocasión que tenemos de actuar. ¿O es que todo aquello no era más que un juego?

—No, claro que no… —contestó Harry impaciente.

—Entonces nosotros también deberíamos ir —razonó Neville—. Podemos ayudar.

—Es verdad —coincidió Luna, y sonrió.

Harry miró a Ron. Sabía que su amigo estaba pensando exactamente lo mismo que él: si hubiera podido elegir entre los miembros del ED para que unos cuantos lo acompañaran a rescatar a Sirius, aparte de Ron, Hermione y él mismo, jamás se le habría ocurrido escoger ni a Ginny, ni a Neville, ni a Luna.

—Bueno, no importa —dijo Harry con frustración—, porque de todos modos todavía no sabemos cómo vamos a ir…

—Creía que eso ya lo habíamos decidido —terció Luna consiguiendo que Harry se desesperara aún más—. ¡Volando!

—Mira —dijo Ron, que ya no podía contenerse—, tú quizá puedas volar sin escoba, pero a los demás no nos crecen alas cada vez que…

—Hay otras formas de volar —puntualizó Luna.

—Sí, claro, ahora nos dirás que podemos volar en un *scorky* de cuernos escarolados o como se llame, ¿no? —dijo Ron.

—Los *snorkacks* de cuernos arrugados no pueden volar —aclaró Luna muy circunspecta—, pero ésos sí, y Hagrid dice que siempre encuentran el lugar al que quiere ir la persona que los monta. —Y Luna señaló hacia el bosque.

Harry se dio la vuelta. Entre dos árboles había dos *thestrals* que observaban a los chicos como si entendieran cada palabra de la conversación que estaban manteniendo. Los blancos ojos de los animales relucían fantasmagóricamente.

—¡Claro! —susurró, y se acercó a ellos.

Los *thestrals* movieron la cabeza con forma de dragón y agitaron las largas y negras crines; Harry estiró un brazo, ilusionado, y acarició el reluciente cuello del que tenía más cerca. ¿Cómo podía haberlos encontrado feos?

—¿Qué son, esa especie de caballos? —preguntó Ron con aire vacilante, dirigiendo la mirada hacia un punto situado más o menos a la izquierda del *thestral* que Harry estaba acariciando—. ¿Esos que no puedes ver a menos que hayas presenciado cómo alguien estira la pata?

—Sí —contestó Harry.

—¿Cuántos hay?

—Sólo dos.

—Pues necesitamos tres —sentenció Hermione, que todavía estaba un poco agitada pero decidida a pesar de todo.

—Cuatro, Hermione —la corrigió Ginny con el entrecejo fruncido.

—Creo que en realidad somos seis —aclaró Luna con calma, y contó a sus compañeros.

—¡No digáis tonterías, no podemos ir todos! —gritó Harry—. Mirad, vosotros tres —señaló a Neville, Ginny y Luna— no tenéis nada que ver con esto, vosotros no… —Los aludidos volvieron a protestar. Harry notó otro pinchazo en la cicatriz, más doloroso esta vez. Cada minuto que perdían era valiosísimo; no tenía tiempo para discutir—. Está bien, de acuerdo. Vosotros lo habéis querido —dijo con aspereza —. Pero si no encontramos más *thestrals* no podremos…

—Tranquilo, vendrán más —sentenció con aplomo Ginny, que, como su hermano, miraba con los ojos entrecerrados en la dirección equivocada, creyendo que

era allí donde estaban los animales.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque, por si no te habías dado cuenta, Hermione y tú vais cubiertos de sangre —explicó Ginny fríamente—, y Hagrid utiliza carne cruda para atraer a los *thestrals*. Supongo que por ese motivo han venido esos dos.

Entonces Harry notó que algo tiraba débilmente de su túnica y giró la cabeza: el *thestral* que tenía más cerca le lamía la manga, que estaba empapada de la sangre de Grawp.

—De acuerdo —dijo; se le acababa de ocurrir una idea genial—. Ron y yo cogeremos estos dos e iremos por delante; Hermione puede quedarse aquí con vosotros tres y así atraerá más *thestrals*…

—¡Yo no pienso quedarme atrás! —chilló Hermione, furiosa.

—No hará falta —afirmó Luna, sonriente—. Mira, ya llegan más… Debéis de apestar…

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Elegid uno cada uno y montadlos.

34
El Departamento de Misterios

Harry enredó fuertemente la mano en la crin del *thestral* que tenía más cerca, puso un pie sobre un tocón y se subió con torpeza al sedoso lomo del animal. El *thestral* no se resistió, pero torció la cabeza hacia un lado, mostrando los colmillos, e intentó seguir lamiendo la túnica de Harry.

Éste encontró la manera de apoyar las rodillas detrás de las articulaciones de las alas, con lo que se sentía más seguro; luego se volvió y miró a sus compañeros. Neville se había subido al lomo de otro *thestral* e intentaba pasarle una pierna por encima. Luna ya se había montado de lado en el suyo, y se estaba arreglando la túnica como si hiciera aquello a diario. Ron, Hermione y Ginny, en cambio, seguían de pie y sin moverse, boquiabiertos y mirando a los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—¿Cómo quieres que los montemos? —dijo Ron con voz queda—. Si nosotros no podemos ver a esos bichos…

—¡Ah, es muy fácil! —comentó Luna; se bajó solícitamente de su *thestral* y fue hacia donde estaban Ron, Hermione y Ginny—. Venid aquí…

Los guió hacia donde se hallaban los otros *thestrals* y, uno a uno, los fue

ayudando a montar. Los tres parecían muy nerviosos mientras Luna les enredaba una mano en la crin del animal y les decía que se sujetaran con fuerza; luego Luna volvió a montar en su corcel.

—Esto es una locura —murmuró Ron palpando con la mano que tenía libre el cuello de su caballo—. Es una locura… Si al menos pudiera verlo…

—Yo en tu lugar no me quejaría de que siga siendo invisible —dijo Harry siniestramente—. ¿Estáis preparados? —Todos asintieron, y Harry vio cinco pares de rodillas apretándose bajo las túnicas—. A ver… —Miró la parte de atrás de la reluciente y negra cabeza de su *thestral* y tragó saliva—. Bueno, entonces… Ministerio de Magia, entrada para visitas, Londres —indicó, vacilante—. No sé si… sabrás…

Al principio el *thestral* de Harry no se movió, pero poco después desplegó las alas con un contundente movimiento que casi derribó al chico; el caballo se agachó un poco e inmediatamente salió disparado hacia arriba; subía tan deprisa y de forma tan vertical que Harry tuvo que sujetarse con brazos y piernas a su cuerpo para no resbalar hacia atrás por la huesuda grupa. Cerró los ojos y pegó la cara a la sedosa crin del *thestral*, y ambos subieron volando entre las ramas más altas de los árboles y se elevaron hacia una puesta de sol de color rojo sangre.

Harry no recordaba haber volado jamás a tanta velocidad; el animal pasó como una centella por encima del castillo, batiendo apenas las grandes alas; el fresco viento azotaba el rostro de Harry que, con los ojos entrecerrados, miró hacia atrás y vio a sus cinco compañeros volando tras él. Todos iban pegados cuanto podían al cuello de sus monturas para protegerse de la estela que dejaba el *thestral* de Harry.

Dejaron atrás los terrenos de Hogwarts y sobrevolaron Hogsmeade; Harry veía montañas y valles a sus pies. Como estaba oscureciendo, distinguió también pequeños grupos de luces de otros pueblos, y luego una sinuosa carretera que discurría entre colinas y por la que circulaba un solo coche…

—¡Qué cosa tan rara! —oyó que Ron decía tras él, y trató de imaginar lo que debía de sentirse al volar a semejante altura y a tal velocidad en un medio de transporte invisible.

Se puso el sol, y el cielo, salpicado de diminutas estrellas plateadas, se tiñó de color morado; al poco rato las luces de las ciudades de *muggles* eran lo único que les daba una idea de lo lejos que estaban del suelo y de lo rápido que se desplazaban. Harry rodeaba fuertemente el cuello de su *thestral* con ambos brazos. Le habría gustado ir aún más deprisa. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que vio a Sirius tumbado en el suelo del Departamento de Misterios? ¿Y cuánto tiempo podría seguir aguantando su padrino las torturas de Voldemort? Lo único de lo que Harry estaba seguro era de que Sirius no había hecho lo que Voldemort quería que hiciera, y de que no había muerto, porque estaba convencido de que cualquiera de esos dos desenlaces

habría conseguido que sintiera el júbilo o la furia de Voldemort correr por su cuerpo, y habría hecho que la cicatriz le doliera tanto como le había dolido la noche en que fue atacado el señor Weasley.

Siguieron volando por un cielo cada vez más oscuro; Harry notaba la cara fría y rígida y tenía las piernas entumecidas de tanto apretarlas contra las ijadas del *thestral*, pero no se atrevía a cambiar de postura por si resbalaba… El ruido del viento en los oídos lo ensordecía, y el frío aire nocturno le secaba y le helaba la boca. Ya no sabía qué distancia habían recorrido, pero tenía toda su fe puesta en el animal que lo llevaba, que seguía surcando el cielo con decisión, sin apenas mover las alas.

Si llegaban demasiado tarde… «Todavía está vivo, todavía lucha, puedo sentirlo…» Si Voldemort llegaba a la conclusión de que Sirius no iba a ceder…

«Yo lo sabría…»

Harry notó una sacudida en el estómago; de pronto la cabeza del *thestral* apuntó hacia abajo y Harry resbaló unos centímetros hacia delante por el cuello del animal. Al fin habían empezado a descender. Entonces le pareció oír un chillido a sus espaldas y se arriesgó a girar la cabeza, pero no vio caer a nadie… Supuso que el cambio de dirección había cogido desprevenidos a los demás, igual que a él.

En esos momentos, unas brillantes luces de color naranja se hacían cada vez más grandes y más redondas por todas partes; veían los tejados de los edificios, las hileras de faros que parecían ojos de insectos luminosos, y los rectángulos de luz amarilla que proyectaban las ventanas. De repente Harry tuvo la impresión de que se precipitaban hacia el suelo; se agarró al *thestral* con todas sus fuerzas y se preparó para recibir un fuerte impacto, pero el caballo se posó en el suelo suavemente, como una sombra, y Harry se apeó del lomo. Miró alrededor y vio la calle con el contenedor rebosante y la cabina telefónica destrozada, ambos descoloridos, bajo el resplandor anaranjado de las farolas.

Ron aterrizó cerca de Harry y cayó inmediatamente de su *thestral*.

—Nunca más —murmuró poniéndose en pie. Luego echó a andar con la intención de apartarse de su caballo, pero como no podía verlo chocó contra sus cuartos traseros y estuvo a punto de caer otra vez al suelo—. Nunca más… Ha sido el peor…

En ese instante, Hermione y Ginny aterrizaron a ambos lados de Ron: bajaron de sus monturas con algo más de gracia que él, aunque con expresiones de alivio similares por tocar al fin suelo firme; Neville bajó de un salto temblando de pies a cabeza, y Luna desmontó suavemente.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó ésta a Harry con interés, como si todo aquello fuera una divertida excursión.

—Por aquí —indicó él. Agradecido, acarició un poco a su *thestral*, y después guió rápidamente a sus compañeros hasta la desvencijada cabina telefónica y abrió la puerta—. ¡Vamos! —los apremió al ver que los demás vacilaban.

Ron y Ginny entraron, obedientes; Hermione, Neville y Luna se apretujaron y los siguieron; Harry echó un vistazo a los *thestrals*, que se habían puesto a hurgar entre la basura del contenedor, y se metió en la cabina detrás de Luna.

—¡El que esté más cerca del teléfono, que marque seis, dos, cuatro, cuatro, dos! —ordenó.

El que estaba más cerca era Ron, así que levantó un brazo y lo inclinó con un gesto forzado para llegar hasta el disco del teléfono. Cuando el disco recuperó la posición inicial, una fría voz femenina resonó dentro de la cabina.

—Bienvenidos al Ministerio de Magia. Por favor, diga su nombre y el motivo de su visita.

—Harry Potter, Ron Weasley, Hermione Granger —dijo Harry muy deprisa—, Ginny Weasley, Neville Longbottom, Luna Lovegood… Hemos venido a salvar a una persona, a no ser que el Ministerio se nos haya adelantado.

—Gracias —replicó la voz—. Visitantes, recojan las chapas y colóquenselas en un lugar visible de la ropa.

Media docena de chapas se deslizaron por la rampa metálica en la que normalmente caían las monedas devueltas. Hermione las cogió y, sin decir nada, se las pasó a Harry por encima de la cabeza de Ginny; Harry leyó lo que ponía en la primera: «Harry Potter, Misión de Rescate.»

—Visitantes del Ministerio, tendrán que someterse a un cacheo y entregar sus varitas mágicas para que queden registradas en el mostrador de seguridad, que está situado al fondo del Atrio.

—¡Muy bien! —respondió Harry en voz alta, y volvió a notar otra punzada en la cicatriz—. ¿Ya podemos pasar?

El suelo de la cabina telefónica se estremeció y la acera empezó a ascender detrás de las ventanas de cristal; los *thestrals*, que seguían hurgando en el contenedor, se perdieron de vista; la cabina quedó completamente a oscuras y, con un chirrido sordo, empezó a hundirse en las profundidades del Ministerio de Magia.

Una franja de débil luz dorada les iluminó los pies y, tras ensancharse, fue subiendo por sus cuerpos. Harry flexionó las rodillas, sostuvo su varita en alto como pudo, pese a lo apretujado que estaba, y miró a través del cristal para ver si había alguien esperándolos en el Atrio, pero parecía que estaba completamente vacío. La luz era más tenue que la que había durante el día, y no ardía ningún fuego en las chimeneas empotradas en las paredes, aunque, cuando la cabina se detuvo con suavidad, Harry vio que los símbolos dorados seguían retorciéndose sinuosamente en el techo azul eléctrico.

—El Ministerio de Magia les desea buenas noches —dijo la voz de mujer.

La puerta de la cabina telefónica se abrió y Harry salió a trompicones de ella, seguido de Neville y Luna. Lo único que se oía en el Atrio era el constante susurro

del agua de la fuente dorada, donde los chorros que salían de las varitas del mago y de la bruja, del extremo de la flecha del centauro, de la punta del sombrero del duende y de las orejas del elfo doméstico seguían cayendo en el estanque que rodeaba las estatuas.

—¡Vamos! —indicó Harry en voz baja, y los seis echaron a correr por el vestíbulo guiados por él; pasaron junto a la fuente y se dirigieron hacia la mesa donde se sentaba el mago de seguridad que el día de la vista disciplinaria había pesado la varita de Harry; sin embargo, en aquel momento la mesa se hallaba vacía.

Harry estaba seguro de que allí debía haber alguien encargado de la seguridad, e interpretó su ausencia como un mal presagio, con lo que su aprensión aumentó mientras cruzaban las verjas doradas que conducían al vestíbulo de los ascensores. Harry pulsó el botón y un ascensor apareció tintineando ante ellos casi de inmediato. La reja dorada se abrió produciendo un fuerte ruido metálico, y los chicos entraron precipitadamente en el ascensor. Harry pulsó el botón con el número nueve; la reja volvió a cerrarse con estrépito y el ascensor empezó a descender, traqueteando y tintineando de nuevo. El día que fue al Ministerio con el señor Weasley, Harry no se había dado cuenta de lo ruidosos que eran los ascensores; estaba convencido de que el ruido alertaría a todos los encargados de seguridad del edificio, pero cuando el ascensor se paró, la voz de mujer anunció: «Departamento de Misterios», y la reja se abrió. Los chicos salieron al pasillo, donde sólo vieron moverse las antorchas más cercanas, cuyas llamas vacilaban agitadas por la corriente de aire provocada por el ascensor.

Harry se volvió hacia la puerta negra. Tras meses y meses soñando con ella, por fin la veía.

—¡Vamos! —volvió a susurrar, y guió a sus compañeros por el pasillo; Luna iba pegada a él y miraba alrededor con la boca entreabierta—. Bueno, escuchad —dijo Harry, y se detuvo otra vez a dos metros de la puerta—. Quizá… quizá dos de nosotros deberían quedarse aquí para… para vigilar y…

—¿Y cómo vamos a avisarte si viene alguien? —le preguntó Ginny alzando las cejas—. Podrías estar a kilómetros de aquí.

—Nosotros vamos contigo, Harry —declaró Neville.

—Sí, Harry, vamos —dijo Ron con firmeza.

Harry no quería llevárselos a todos, pero le pareció que no tenía alternativa. Se volvió hacia la puerta y echó a andar… Como había ocurrido en su sueño, la puerta se abrió y Harry siguió adelante, y los demás cruzaron el umbral tras él.

Se encontraron en una gran sala circular. Todo era de color negro, incluidos el suelo y el techo; alrededor de la negra y curva pared había una serie de puertas negras idénticas, sin picaporte y sin distintivo alguno, situadas a intervalos regulares, e, intercalados entre ellas, unos candelabros con velas de llama azul. La fría y brillante

luz de las velas se reflejaba en el reluciente suelo de mármol causando la impresión de que tenían agua negra bajo los pies.

—Que alguien cierre la puerta —pidió Harry en voz baja.

En cuanto Neville obedeció su orden, Harry lamentó haberla dado. Sin el largo haz de luz que llegaba del pasillo iluminado con antorchas que habían dejado atrás, la sala quedó tan oscura que al principio sólo vieron las temblorosas llamas azules de las velas y sus fantasmagóricos reflejos en el suelo.

En su sueño, Harry siempre había cruzado con decisión aquella sala hasta llegar a la puerta que estaba justo enfrente de la entrada y había seguido andando. Pero allí había cerca de una docena de puertas. Mientras contemplaba las que tenía delante, intentando decidir cuál debía abrir, se oyó un fuerte estruendo y las velas empezaron a desplazarse hacia un lado. La pared circular estaba rotando.

Hermione se aferró al brazo de Harry como si temiera que el suelo también fuera a moverse, pero no lo hizo. Durante unos segundos, mientras la pared giraba, las llamas azules que los rodeaban se desdibujaron y trazaron una única línea luminosa que parecía de neón; entonces, tan repentinamente como había empezado, el estruendo cesó y todo volvió a quedarse quieto.

Harry tenía unas franjas de color azul grabadas en la retina; era lo único que veía.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ron con temor.

—Creo que ha sido para que no sepamos por qué puerta hemos entrado —dijo Ginny en voz baja.

Harry admitió enseguida que Ginny tenía razón: identificar la puerta de salida habría sido tan difícil como localizar una hormiga en aquel suelo negro como el azabache; además, la puerta por la que tenían que continuar podía ser cualquiera de las que los rodeaban.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Neville con inquietud.

—Eso ahora no importa —contestó Harry, enérgico. Pestañeó intentando borrar las líneas azules de su visión y sujetó su varita más fuerte que nunca—; ya pensaremos cómo salir de aquí cuando hayamos encontrado a Sirius.

—¡Ahora no se te ocurra llamarlo! —se apresuró a decir Hermione; pero Harry no necesitaba aquel consejo, pues su instinto le recomendaba hacer el menor ruido posible.

—Entonces, ¿por dónde vamos, Harry? —preguntó Ron.

—No lo… —empezó a decir él. Luego tragó saliva—. En los sueños entraba por la puerta que hay al final del pasillo, viniendo desde los ascensores, y pasaba a una habitación oscura, o sea, esta habitación; luego entraba por otra puerta que daba a un cuarto lleno de una especie de… destellos. Tendremos que probar algunas puertas —decidió—. Cuando vea lo que hay detrás sabré cuál es la correcta. ¡Vamos!

Se dirigió hacia la puerta que tenía enfrente y los demás lo siguieron de cerca;

puso la mano izquierda sobre su fría y brillante superficie, levantó la varita, preparado para atacar en el momento en que se abriera, y empujó.

La puerta se abrió con facilidad.

En contraste con la oscuridad de la primera habitación, aquella sala, larga y rectangular, parecía mucho más luminosa; del techo colgaban unas lámparas suspendidas de cadenas doradas, aunque Harry no vio las luces destellantes que había visto en sus sueños. La sala estaba casi vacía: sólo había unas cuantas mesas y, en medio de la habitación, un enorme tanque de cristal, lo bastante grande para que los seis nadaran en él, lleno de un líquido verde oscuro en el que se movían perezosamente a la deriva unos cuantos objetos de un blanco nacarado.

—¿Qué son esas cosas? —murmuró Ron.

—No lo sé —contestó Harry.

—¿Son peces? —aventuró Ginny.

—¡Gusanos *aquavirius*! —exclamó Luna, emocionada—. Mi padre me dijo que el Ministerio estaba criando…

—No —la atajó Hermione con un tono de voz extraño, acercándose al tanque para mirar a través del cristal—. Son cerebros.

—¿Cerebros?

—Sí… ¿Qué estarán haciendo con ellos?

Harry se acercó también al tanque. Y, en efecto, ahora que los veía de cerca no tenía ninguna duda. Brillaban con una luz tenue, se sumergían en el líquido verde y volvían a emerger; parecían coliflores pegajosas.

—¡Vámonos! —dijo Harry—. Aquí no es, tendremos que probar otra puerta.

—Aquí también hay puertas —observó Ron señalando las paredes. Harry se desanimó: aquel sitio era enorme.

—En mi sueño yo cruzaba esa habitación oscura y entraba en otra —explicó—. Creo que deberíamos retroceder e intentarlo desde allí.

Así que volvieron apresuradamente a la sala oscura y circular; en ese momento, las espeluznantes formas de los cerebros nadaban ante los ojos de Harry en lugar de las llamas azules de las velas.

—¡Esperad! —exclamó Hermione cuando Luna se disponía a cerrar la puerta de la habitación de los cerebros—. *¡Flagrate!*

Hizo un dibujo en el aire con la varita mágica y una X roja, luminosa como el fuego, apareció en la puerta. Tan pronto como ésta volvió a cerrarse tras ellos, oyeron otra vez un fuerte estruendo, y la pared empezó a girar muy deprisa, pero ahora veían una línea roja y borrosa además de la línea azul; cuando todo volvió a quedarse quieto, la equis seguía encendida marcando la puerta que ya habían abierto.

—Buena idea —comentó Harry—. Bien, vamos a probar ésta…

Una vez más, Harry caminó con decisión hacia la puerta que tenía delante y la

empujó, con la varita en ristre, mientras sus compañeros lo seguían de cerca.

Entraron en otra habitación, más grande que la anterior, rectangular y débilmente iluminada, cuyo centro estaba hundido y formaba un enorme foso de piedra de unos seis metros de profundidad. Los chicos estaban de pie en el banco más alto de lo que parecían unas gradas de piedra que discurrían alrededor de la sala y descendían como en un anfiteatro, similares a las de la sala del tribunal en la que el Wizengamot había juzgado a Harry. En el centro del foso, sin embargo, en lugar de la silla con cadenas había una tarima de piedra sobre la que se alzaba un arco, asimismo de piedra, que parecía tan antiguo, resquebrajado y a punto de desmoronarse que a Harry le sorprendió que se tuviera en pie. El arco, que no se apoyaba en nada, tenía colgada una andrajosa cortina; era una especie de velo negro que, pese a la quietud del ambiente, ondeaba un poco, como si acabaran de tocarlo.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Harry, y bajó de un salto al siguiente banco de las gradas. Nadie le contestó, pero el velo siguió ondeando.

—¡Cuidado! —susurró Hermione.

Harry bajó los bancos uno a uno hasta que llegó al suelo de piedra del foso. Sus pasos resonaban con fuerza mientras caminaba hacia la tarima. El arco, acabado en punta, parecía mucho más alto desde donde estaba en ese momento que cuando lo contemplaba desde arriba. El velo seguía agitándose suavemente, como si alguien acabara de pasar a su lado.

—¿Sirius? —se atrevió a decir Harry, pero en voz más baja, ya que estaba muy cerca.

Tenía la extraña sensación de que había alguien de pie detrás del velo, al otro lado del arco. Agarró con fuerza su varita y fue rodeando lentamente la tarima, pero detrás no había nadie; lo único que se veía era la otra cara del raído velo negro.

—¡Vámonos! —exclamó Hermione, que había descendido unos cuantos bancos —. No es esta habitación, Harry, vámonos.

Hermione parecía asustada, mucho más asustada que en la habitación del tanque donde flotaban los cerebros, y, sin embargo, Harry pensó que el arco encerraba una extraña belleza, pese a lo viejo que era. Además, el velo que ondeaba suavemente lo intrigaba; estaba tentado de subir a la tarima y rozarlo.

—Vámonos, Harry —insistió Hermione.

—Está bien —cedió él, pero no se movió. Acababa de percibir algo. Se oían débiles susurros, murmullos que provenían del otro lado del velo—. ¿Qué dices? —preguntó Harry en voz alta, y sus palabras resonaron por las gradas de piedra.

—¡Nadie ha dicho nada, Harry! —exclamó Hermione, que había bajado hasta donde estaba él.

—He oído susurrar a alguien detrás del velo —aseguró su amigo, apartándose de ella y examinando el velo con el entrecejo fruncido—. ¿Eres tú, Ron?

—Estoy aquí, Harry —contestó Ron, que también había bajado al fondo del foso.

—¿No lo oís? —preguntó Harry, pues los susurros y los murmullos cada vez eran más intensos; sin proponérselo, puso un pie sobre la tarima.

—Yo lo oigo —dijo Luna con un hilo de voz; también había bajado y contemplaba el velo—. ¡Ahí dentro hay gente!

—¿Qué significa «ahí dentro»? —inquirió Hermione, que bajó de un salto desde el último banco de las gradas. Parecía mucho más enfadada de lo que requería la ocasión—. No puede haber nadie «ahí dentro», eso sólo es un arco, no hay sitio para que haya nadie. ¡Basta, Harry, vámonos! —Lo agarró por el brazo y tiró de él, pero Harry se resistió—. ¡Hemos venido a buscar a Sirius, Harry! —le recordó con voz chillona, cargada de tensión.

—Sirius —repitió Harry sin dejar de contemplar, hipnotizado, el sinuoso velo negro—. Sí… —De pronto el cerebro volvió a funcionarle con normalidad: Sirius, capturado, atado y torturado, y él estaba contemplando aquel arco… Retrocedió alejándose de la tarima y apartó los ojos del velo—. ¡Vámonos! —dijo.

—Precisamente eso era lo que intentaba… ¡Bueno, da lo mismo, vámonos! —exclamó Hermione, y rodeó la tarima. Los demás la siguieron. Al llegar al otro lado, vio que Ginny y Neville también contemplaban el velo, aparentemente alucinados. Sin decir nada, Hermione asió a Ginny por el brazo, y Ron agarró a Neville; los arrastraron hacia el primer banco de piedra y subieron hasta lo alto de las gradas.

—¿Qué crees que puede ser ese arco? —le preguntó Harry a Hermione cuando llegaron todos a la oscura sala circular.

—No lo sé, pero, sea lo que sea, es peligroso —contestó Hermione enérgicamente, y volvió a trazar una equis luminosa sobre la puerta.

Una vez más, la pared giró y volvió a quedarse quieta. Harry se acercó a otra puerta al azar y empujó. La puerta no se abrió.

—¿Qué pasa? —inquirió Hermione.

—Está… cerrada… —contestó Harry, y apoyó todo su peso sobre la puerta, pero ésta no cedió ni un milímetro.

—Entonces debe de ser ésta, ¿no? —concluyó Ron, emocionado, e intentó ayudar a Harry a abrirla—. ¡Tiene que serlo!

—¡Apartaos! —les ordenó Harry. Apuntó con la varita hacia donde habría estado la cerradura de haber sido aquélla una puerta normal y dijo—: *¡Alohomora!* —Pero no sucedió nada—. ¡La navaja de Sirius! —exclamó después, y la sacó del interior de su túnica y la deslizó por el resquicio que había entre la puerta y la pared.

Los otros observaban expectantes mientras Harry deslizaba la navaja desde arriba hasta abajo, la retiraba y luego volvía a empujar la puerta con el hombro. Pero ésta seguía firmemente cerrada. Es más, cuando Harry miró la navaja, vio que la hoja se había fundido.

—Bueno, esta habitación la dejamos —afirmó Hermione muy decidida.

—Pero ¿y si es la que buscamos? —aventuró Ron contemplando la puerta con una mezcla de aprensión y curiosidad.

—No puede serlo; en sus sueños Harry podía entrar por todas las puertas —argumentó Hermione, y trazó otra equis de fuego mientras Harry se guardaba el mango de la navaja de Sirius, ya inservible, en el bolsillo.

—¿Tenéis idea de qué puede haber ahí dentro? —preguntó Luna, intrigada, al tiempo que la pared empezaba a girar otra vez.

—*Blibbers* maravillosos, sin duda —contestó Hermione en voz baja, y Neville soltó una risita nerviosa.

La pared se detuvo y Harry, cada vez más desesperado, abrió de un empujón la siguiente puerta.

—¡Es ésta!

Lo supo al instante por la hermosa, danzarina y centelleante luz que había dentro. Cuando sus ojos se adaptaron al resplandor, vio unos relojes que brillaban sobre todas las superficies; eran grandes y pequeños, de pie y de sobremesa, y estaban colgados en los espacios que había entre las librerías o reposaban sobre las mesas; era por eso por lo que un intenso e incesante tintineo llenaba aquella habitación, como si por ella desfilaran miles de minúsculos pies. La fuente de la luz era una altísima campana de cristal que había al fondo de la sala.

—¡Por aquí!

A Harry le latía muy deprisa el corazón porque sabía que iban por buen camino; guió a sus compañeros por el reducido espacio que había entre las filas de mesas y se dirigió, como había hecho en su sueño, hacia la fuente de la luz: la campana de cristal, tan alta como él, que estaba sobre una mesa y en cuyo interior se arremolinaba una fulgurante corriente de aire.

—¡Oh, mirad! —exclamó Ginny conforme se acercaban a la campana de cristal, y señaló su interior.

Flotando en la luminosa corriente del interior había un diminuto huevo que brillaba como una joya. Al ascender, el huevo se resquebrajó y se abrió, y de dentro salió un colibrí que fue transportado hasta lo alto de la campana, pero al ser atrapado de nuevo por el aire, sus plumas se empaparon y se enmarañaron; luego, cuando descendió hasta la base de la campana, volvió a quedar encerrado en su huevo.

—¡No os paréis! —dijo Harry con aspereza, porque Ginny parecía dispuesta a quedarse allí mirando cómo el colibrí volvía a salir del huevo.

—¡Pues tú te has entretenido un buen rato contemplando ese arco viejo! —protestó Ginny, pero siguió a Harry hasta la única puerta que había detrás de la campana de cristal.

—Es ésta —repitió Harry. El corazón le latía con tal violencia que apenas podía

hablar—. Es por aquí…

Echó un vistazo a sus compañeros; todos llevaban la varita en la mano y de pronto habían adoptado una expresión muy seria y vigilante. Harry se colocó frente a la puerta, que se abrió en cuanto la empujó.

Habían encontrado lo que buscaban: una sala de techo elevadísimo, como el de una iglesia, donde no había más que hileras de altísimas estanterías llenas de pequeñas y polvorientas esferas de cristal. Estas brillaban débilmente, bañadas por la luz de unos candelabros dispuestos a intervalos a lo largo de las estanterías. Las llamas de las velas, como las de la habitación circular que habían dejado atrás, eran azules. En aquella sala hacía mucho frío.

Harry avanzó con sigilo y escudriñó uno de los oscuros pasillos que había entre dos hileras de estanterías. No oyó nada ni vio señal alguna de movimiento.

—Dijiste que era el pasillo número noventa y siete —susurró Hermione.

—Sí —confirmó Harry, y miró hacia el extremo de la estantería que tenía más cerca. Debajo del candelabro con velas de llama azulada vio una cifra plateada: cincuenta y tres.

—Creo que tenemos que ir hacia la derecha —apuntó Hermione mientras miraba con los ojos entornados hacia la siguiente hilera—. Sí, ésa es la cincuenta y cuatro…

—Tened las varitas preparadas —les advirtió Harry.

El grupo avanzó con lentitud girando la cabeza hacia atrás a medida que recorría los largos pasillos de estanterías, cuyos extremos quedaban casi completamente a oscuras. Había unas diminutas y amarillentas etiquetas pegadas bajo cada una de las esferas de cristal que reposaban en los estantes. Algunas despedían un extraño resplandor acuoso; otras estaban tan apagadas como una bombilla fundida.

Pasaron por la estantería número ochenta y cuatro…, por la ochenta y cinco… Harry aguzaba el oído, atento al más leve sonido que indicara movimiento, pero Sirius podía estar amordazado, o inconsciente, o… «Podría estar muerto», dijo espontáneamente una vocecilla en su cabeza.

«Lo habría sentido —se dijo Harry, que notaba los latidos del corazón en la garganta—, lo habría sabido…»

—¡Noventa y siete! —susurró entonces Hermione.

Se apiñaron alrededor del final de la estantería y miraron hacia el fondo del pasillo correspondiente. Allí no había nadie.

—Está al final de todo —dijo Harry, y notó que tenía la boca un poco seca—. Desde aquí no se ve bien.

Y los guió entre las dos altísimas estanterías llenas de esferas de cristal, algunas de las cuales relucían débilmente cuando ellos pasaban por delante.

—Tendría que estar por aquí cerca —afirmó Harry en voz baja, convencido de que cada paso que daba era el último, y de que iba a ver la irregular silueta de Sirius

sobre el oscuro suelo—. Podríamos tropezar con él en cualquier momento…

—Harry… —insinuó Hermione, vacilante, pero él no se molestó en contestar. Ahora tenía la boca como el cartón.

—Por aquí… Estoy seguro… —repitió. Habían llegado al final de la estantería, donde había otro candelabro. Allí no había nadie. Sólo se percibía un silencio resonante y misterioso, cargado del polvo que había en aquel lugar—. Podría estar… —susurró Harry con voz ronca escudriñando el siguiente pasillo—. O quizá… —Corrió a mirar en el siguiente.

—Harry… —insistió Hermione.

—¿Qué? —gruñó él.

—Me parece… que Sirius no está aquí.

Nadie dijo nada. Harry se resistía a mirar a sus compañeros. Estaba muy angustiado. No entendía por qué Sirius no estaba allí. Tenía que estar allí. Allí era donde Harry lo había visto…

Recorrió el espacio que había al final de las filas de estanterías y miró entre ellas. Ante sus ojos se sucedían pasillos y más pasillos, pero todos estaban vacíos. Corrió hacia el otro lado pasando junto a sus amigos, que lo observaban sin hacer comentarios. No había rastro de Sirius por ninguna parte, ni señales de que se hubiera producido allí alguna pelea.

—¡Harry! —exclamó entonces Ron.

—¿Qué?

Harry no quería oír a su amigo; no quería oírle decir que aquella aventura había sido una estupidez y que tenían que regresar a Hogwarts; le ardían las mejillas y lo único que deseaba era quedarse un rato escondido en aquel lugar, a oscuras, antes de enfrentarse a la claridad del Atrio y a las miradas acusadoras de sus amigos…

—¿Has visto esto? —le preguntó Ron.

—¿Qué? —repitió Harry, pero esta vez con interés: tenía que ser alguna señal de que Sirius había estado en esa habitación, una pista. Se acercó a donde estaban los demás, un poco más allá de la hilera número noventa y siete, pero sólo vio a Ron, que examinaba atentamente las esferas de cristal que había en la estantería.

—¿Qué ocurre? —inquirió Harry con desánimo.

—Lleva…, lleva tu nombre —contestó Ron.

Harry se acercó un poco más. Ron señalaba una de las pequeñas esferas de cristal que relucía con una débil luz interior, aunque estaba cubierta de polvo y parecía que nadie la había tocado durante años.

—¿Mi nombre? —se extrañó Harry.

Se acercó a la estantería. Como no era tan alto como Ron, tuvo que estirar el cuello para leer la etiqueta amarillenta que estaba pegada en el estante, justo debajo de una de las esferas. Había una fecha de unos dieciséis años atrás escrita con trazos

finos, y debajo la siguiente inscripción:

S.P.T. a A.P.W.B.D.
Señor Tenebroso
y (?) Harry Potter

Harry se quedó mirando la etiqueta.

—¿Qué es? —preguntó Ron con inquietud—. ¿Por qué está escrito ahí tu nombre? —Echó un vistazo a las otras etiquetas de aquel estante—. Mi nombre no está —observó con perplejidad—. Ni los vuestros.

—Creo que no deberías tocarla, Harry —opinó Hermione al ver que Harry estiraba un brazo.

—¿Por qué no? —repuso él—. Tiene algo que ver conmigo, ¿no?

—No lo hagas, Harry —dijo de pronto Neville. Harry lo miró. El redondo rostro de su compañero estaba cubierto de sudor. Daba la impresión de que ya no podía aguantar más misterio.

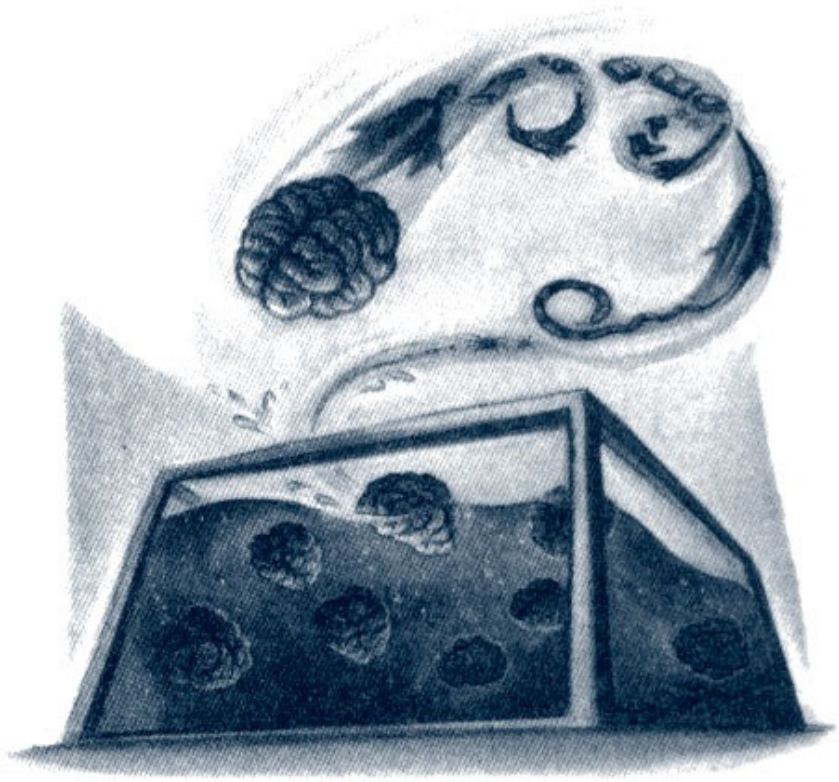
—Lleva mi nombre —insistió Harry.

Y con la vaga sensación de que estaba cometiendo una imprudencia, puso las manos alrededor de la polvorienta bola de cristal. Esperaba encontrarla fría, pero no fue así. Al contrario, era como si hubiera estado expuesta al sol durante horas, o como si el resplandor interior la calentara. Intuyendo que estaba a punto de suceder algo extraordinario, casi deseando que pasara algo emocionante que al menos justificara el largo y peligroso viaje, Harry levantó la bola de cristal y la miró fijamente.

Pero no pasó nada. Los demás se colocaron alrededor de Harry y contemplaron la esfera mientras él le quitaba el polvo.

Y entonces, a sus espaldas, una voz que arrastraba las palabras dijo:

—Muy bien, Potter. Ahora date la vuelta, muy despacio, y dame eso.



35
Detrás del velo

Los rodearon unas siluetas negras salidas de la nada, que les cerraron el paso a derecha e izquierda; varios pares de ojos brillaban detrás de las rendijas de unas máscaras, y una docena de varitas encendidas les apuntaban directamente al corazón; Ginny soltó un grito de horror.

—Dame eso, Potter —repitió la voz de Lucius Malfoy, que había estirado un brazo con la palma de la mano hacia arriba. Harry notó un espantoso vacío en el estómago. Estaban atrapados, y los doblaban en número—. Dame eso —dijo Malfoy una vez más.

—¿Dónde está Sirius? —preguntó Harry.

Varios *mortífagos* rieron; una áspera voz de mujer surgió de entre las oscuras figuras, hacia la izquierda de Harry, y sentenció con tono triunfante:

—¡El Señor Tenebroso nunca se equivoca!

—No, nunca —apostilló Malfoy con voz queda—. Y ahora, entrégame la profecía, Potter.

—¡Quiero saber dónde está Sirius!

—«¡Quiero saber dónde está Sirius!» —se burló la mujer que estaba a su

izquierda. Ella y el resto de los *mortífagos* se habían acercado más a Harry y a sus amigos, de los que ahora sólo los separaban unos palmos, y la luz de sus varitas deslumbraba a Harry.

—Sé que lo han capturado —afirmó él tratando de no hacer caso de la creciente sensación de pánico que notaba en el pecho, el terror que había estado combatiendo desde que habían puesto un pie en el pasillo de la estantería número noventa y siete —. Está aquí. Sé que está aquí.

—El bebé se ha despertado asustado y ha confundido el sueño con la realidad — dijo la mujer imitando la voz de un niño pequeño. Harry notó que Ron, que estaba a su lado, se movía.

—No hagas nada —murmuró Harry—. Todavía no…

La mujer que lo había imitado soltó una ruidosa carcajada.

—¿Lo habéis oído? ¿Lo habéis oído? ¡Está dando instrucciones a los otros niños, como si pensara atacarnos!

—¡Ah, tú no conoces a Potter tan bien como yo, Bellatrix! —exclamó Malfoy quedamente—. Tiene complejo de héroe; el Señor Tenebroso ya lo sabe. Y ahora dame la profecía, Potter.

—Sé que Sirius está aquí —insistió Harry pese a que el pánico le oprimía el pecho y le costaba respirar—. ¡Sé que lo han cogido!

Unos cuantos *mortífagos* volvieron a reír, aunque la mujer fue la que rió más fuerte.

—Ya va siendo hora de que aprendas a distinguir la vida de los sueños, Potter — dijo Malfoy—. Dame la profecía inmediatamente, o empezaremos a usar las varitas.

—Adelante —lo retó Harry, y levantó su varita mágica hasta la altura del pecho.

En cuanto lo hizo, las cinco varitas de Ron, Hermione, Neville, Ginny y Luna se alzaron a su alrededor. El nudo que Harry notaba en el estómago se apretó aún más. Si de verdad Sirius no estaba allí, habría conducido a sus amigos a la muerte para nada…

Pero los *mortífagos* no atacaron.

—Entrégame la profecía y nadie sufrirá ningún daño —aseguró Malfoy fríamente.

Ahora le tocaba reír a Harry.

—¡Sí, claro! —exclamó—. Yo le doy esta… profecía, ¿no? Y ustedes nos dejan irnos a casa, ¿verdad?

Tan pronto como Harry terminó la frase, la mortífaga chilló:

—*¡Accio prof…!* —Pero Harry estaba preparado, y gritó: «*¡Protego!*» antes de que ella hubiera terminado de pronunciar su hechizo; la esfera de cristal le resbaló hasta las yemas de los dedos, aunque consiguió sujetarla—. ¡Vaya, el pequeño Potter sabe jugar! —dijo la mortífaga fulminando a Harry con la mirada tras las rendijas de

su máscara—. Muy bien, pues entonces…

—¡TE HE DICHO QUE NO! —le gritó Lucius Malfoy a la mujer—. ¡Si la rompes…!

Harry se exprimía el cerebro. Los *mortífagos* querían aquella polvorienta esfera de cristal. A él, sin embargo, no le interesaba. Lo único que le interesaba era sacar a sus amigos de allí con vida y asegurarse de que ninguno de ellos pagara cara su estupidez…

La mujer dio un paso hacia delante, separándose de sus compañeros, y se quitó la máscara. Azkaban había dejado su huella en el rostro de Bellatrix Lestrange, demacrado y marchito como una calavera, aunque lo avivaba un resplandor fanático y febril.

—¿Vamos a tener que aplicarte nuestros métodos de persuasión? —preguntó mientras su tórax ascendía y descendía rápidamente—. Como quieras. Coged a la más pequeña —ordenó a los *mortífagos* que tenía detrás—. Que vea cómo torturamos a su amiguita. Ya me encargo yo.

Harry notó que los demás se apiñaban alrededor de Ginny; él dio un paso hacia un lado y se colocó justo delante de ella, abrazado a la esfera.

—Si quiere atacar a alguno de nosotros tendrá que romper esto —le advirtió— No creo que su amo se ponga muy contento si la ve regresar sin ella, ¿no? —La mujer no se movió; se limitó a mirar fijamente a Harry mientras se pasaba la punta de la lengua por los delgados labios—. Por cierto —continuó Harry—, ¿qué profecía es ésa?

No se le ocurría otra cosa que hacer que seguir hablando. El brazo de Neville se apretaba contra el suyo, y Harry lo notaba temblar; también percibía la acelerada respiración de otro de sus amigos en la nuca. Confiaba en que todos estuvieran esforzándose por encontrar una manera de salir de aquel apuro, porque él tenía la mente en blanco.

—¿Que qué profecía es ésa? —repitió Bellatrix, y la sonrisa burlona se borró de sus labios—. ¿Bromeas, Potter?

—No, no bromeo —respondió Harry, que pasó la mirada de un *mortífago* a otro buscando un punto débil, un hueco que les permitiera escapar—. ¿Para qué la quiere Voldemort?

Varios *mortífagos* soltaron débiles bufidos.

—¿Te atreves a pronunciar su nombre? —susurró Bellatrix.

—Sí —contestó Harry, y sujetó con fuerza la bola de cristal por si Bellatrix volvía a intentar arrebatársela—. Sí, no tengo ningún problema en decir Vol…

—¡Cierra el pico! —le ordenó Bellatrix—. Cómo te atreves a pronunciar su nombre con tus indignos labios, cómo te atreves a mancillarlo con tu lengua de sangre mestiza, cómo te atreves…

—¿Sabía usted que él también es un sangre mestiza? —preguntó Harry con

temeridad. Hermione soltó un débil gemido—. Me refiero a Voldemort. Sí, su madre era bruja, pero su padre era *muggle*. ¿Acaso les ha contado que es un sangre limpia?

—*¡DESMA..!*

—¡NO!

Un haz de luz roja había salido del extremo de la varita mágica de Bellatrix Lestrange, pero Malfoy lo había desviado; el hechizo de Malfoy hizo que el de Bellatrix diera contra un estante, a un palmo hacia la izquierda de donde estaba Harry, y varias esferas de cristal se rompieron.

Dos figuras, nacaradas como fantasmas y fluidas como el humo, se desplegaron entre los trozos de cristal roto que habían caído al suelo, y ambas empezaron a hablar; sus voces se sobreponían una a otra, de modo que entre los gritos de Malfoy y Bellatrix sólo se oían fragmentos de la profecía.

—… el día del solsticio llegará un nuevo… —decía la figura de un anciano con barba.

—¡NO LO ATAQUES! ¡NECESITAMOS LA PROFECÍA!

—Se ha atrevido…, se atreve —chilló Bellatrix con incoherencia—. Este repugnante sangre mestiza… Míralo, ahí plantado…

—¡ESPERA HASTA QUE TENGAMOS LA PROFECÍA! —bramó Malfoy.

—… y después no habrá ninguno más… —dijo la figura de una mujer joven.

Las dos figuras que habían salido de las esferas rotas se disolvieron en el aire. Lo único que quedaba de ellas y de sus antiguos receptáculos eran unos trozos de cristal en el suelo. Sin embargo, aquellas figuras le habían dado una idea a Harry. El problema era cómo transmitírsela a los demás.

—No me han explicado ustedes todavía qué tiene de especial esta profecía que pretenden que les entregue —dijo para ganar tiempo mientras desplazaba lentamente un pie hacia un lado, buscando el de alguno de sus compañeros.

—No te hagas el listo con nosotros, Potter —le previno Malfoy.

—No me hago el listo —replicó él mientras concentraba la mente tanto en la conversación como en el tanteo del suelo. Y entonces encontró un pie y lo pisó. Una brusca inhalación a sus espaldas le indicó que se trataba del de Hermione.

—¿Qué? —susurró ella.

—¿Dumbledore nunca te ha contado que el motivo por el que tienes esa cicatriz estaba escondido en las entrañas del Departamento de Misterios? —inquirió Malfoy con sorna.

—¿Cómo? —se extrañó Harry, y por un momento se olvidó de su plan—. ¿Qué dice de mi cicatriz?

—¡¿Qué?! —susurró Hermione con impaciencia.

—¿Cómo puede ser? —continuó Malfoy regodeándose maliciosamente; los *mortífagos* volvieron a reír, y Harry aprovechó la ocasión para susurrarle a Hermione,

sin apenas mover los labios:

—Destrozad… las estanterías…

—¿Dumbledore nunca te lo ha contado? —repitió Malfoy—. Claro, eso explica por qué no viniste antes, Potter, el Señor Tenebroso se preguntaba por qué…

—… cuando diga «ya»…

—… no viniste corriendo cuando él te mostró en tus sueños el lugar donde estaba escondida. Creyó que te vencería la curiosidad y que querrías escuchar las palabras exactas…

—¿Ah, sí? —dijo Harry. Entonces oyó, o más bien notó, cómo detrás de él Hermione pasaba el mensaje a los demás, y siguió hablando para distraer a los *mortífagos*—.Y quería que viniera a buscarla, ¿verdad? ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Malfoy, incrédulo y admirado—. Porque las únicas personas a las que se les permite retirar una profecía del Departamento de Misterios, Potter, son aquellas a las que se refiere la profecía, como descubrió el Señor Tenebroso cuando envió a otros a robarla.

—¿Y por qué quería robar una profecía que hablaba de mí?

—De los dos, Potter, hablaba de los dos… ¿Nunca te has preguntado por qué el Señor Tenebroso intentó matarte cuando eras un crío?

Harry miró fijamente las rendijas detrás de las que brillaban los grises ojos de Malfoy. ¿Era esa profecía la causa de que hubieran muerto sus padres, la causa de que él tuviera la cicatriz con forma de rayo en la frente? ¿Tenía la respuesta a esas preguntas en las manos?

—¿Que alguien hizo una profecía sobre Voldemort y sobre mí? —preguntó con un hilo de voz mirando a Lucius Malfoy, y sus dedos se apretaron contra la caliente esfera de cristal que tenía en las manos. No era mucho más grande que una *snitch*, y todavía estaba cubierta de polvo—. ¿Y me ha hecho venir a buscarla para él? ¿Por qué no venía y la cogía él mismo?

—¿Cogerla él mismo? —chilló Bellatrix mezclando las palabras con una sonora carcajada—. ¿Cómo iba a entrar el Señor Tenebroso en el Ministerio de Magia, precisamente ahora que no quieren admitir que ha regresado? ¿Cómo iba a mostrarse el Señor Tenebroso ante los *aurores*, ahora que pierden tan generosamente el tiempo buscando a mi querido primo?

—Ya, y les obliga a hacer a ustedes el trabajo sucio, ¿no? —se burló Harry—. Del mismo modo que envió a Sturgis a robarla, y a Bode, ¿verdad?

—Muy bien, Potter, muy bien… —dijo Malfoy lentamente—. Pero el Señor Tenebroso sabe que no eres ton…

—¡YA! —gritó entonces Harry.

—*¡REDUCTO!* —gritaron cinco voces distintas detrás de Harry.

Cinco maldiciones salieron volando en cinco direcciones distintas, y las

estanterías que tenían enfrente recibieron los impactos; la enorme estructura se tambaleó al tiempo que estallaban cientos de esferas de cristal y las figuras de blanco nacarado se desplegaban en el aire y se quedaban flotando; sus voces resonaban, procedentes de un misterioso y remoto pasado, entre el torrente de cristales rotos y madera astillada que caía al suelo.

—¡CORRED! —gritó Harry mientras las estanterías oscilaban peligrosamente y seguían cayendo esferas de cristal.

Agarró a Hermione por la túnica y tiró de ella hacia delante, a la vez que se cubría la cabeza con un brazo para protegerse de los trozos de madera y cristal que se les echaban encima. Un *mortífago* arremetió contra ellos en medio de la nube de polvo, y Harry le dio un fuerte codazo en la enmascarada cara; todos chillaban, se oían gritos de dolor y un fuerte estruendo, y las estanterías se derrumbaron en medio del eco de los fragmentos de profecías liberadas de las esferas.

Harry se dio cuenta de que tenía espacio libre para salir y vio que Ron, Ginny y Luna pasaban corriendo a su lado con los brazos sobre la cabeza; una cosa dura le golpeó en la mejilla, pero Harry agachó la cabeza y echó a correr. Una mano lo agarró por el hombro; entonces Harry oyó a Hermione gritar: *«¡Desmaius!»*, y la mano lo soltó inmediatamente.

Estaban al final del pasillo número noventa y siete; Harry torció a la derecha y salió corriendo a toda velocidad mientras oía pasos a su espalda y la voz de Hermione, que apremiaba a Neville. Delante de Harry, la puerta por la que habían entrado estaba entreabierta, y él veía la centelleante luz de la campana de cristal. Agarrando con fuerza la profecía, pasó disparado por el umbral y esperó a que sus compañeros también lo cruzaran antes de cerrar.

—*¡Fermaportus!* —gritó Hermione casi sin aliento, y la puerta se selló y produjo un extraño ruido de succión.

—¿Dónde… dónde están los demás? —preguntó Harry jadeando.

Creía que Ron, Luna y Ginny iban delante de ellos, y que estarían esperándolos en aquella habitación, pero allí no había nadie.

—¡Deben de haberse equivocado de camino! —susurró Hermione con el terror reflejado en la cara.

—¡Escuchad! —exclamó Neville.

Detrás de la puerta que acababan de sellar se oían gritos y pasos; Harry pegó una oreja para escuchar, y oyó que Lucius Malfoy gritaba:

—Dejad a Nott, ¡he dicho que lo dejéis! Sus heridas no serán nada para el Señor Tenebroso comparadas con perder esa profecía. ¡Jugson, ven aquí, tenemos que organizamos! Iremos por parejas y haremos un registro, y no lo olvidéis: no hagáis daño a Potter hasta que tengamos la profecía, pero a los demás podéis matarlos si es necesario. ¡Bellatrix, Rodolphus, id por la izquierda! ¡Crabbe, Rabastan, por la

derecha! ¡Jugson, Dolohov, por esa puerta de ahí enfrente! ¡Macnair y Avery, por aquí! ¡Rookwood, por allí! ¡Mulciber, ven conmigo!

—¿Qué hacemos? —le preguntó Hermione a Harry temblando de pies a cabeza.

—Bueno, lo que no vamos a hacer es quedarnos aquí plantados esperando a que nos encuentren —contestó Harry—. Alejémonos de esta puerta.

Corrieron procurando no hacer ruido, pasaron junto a la brillante campana de cristal que contenía el pequeño huevo que se abría y se volvía a cerrar, y se dirigieron hacia la puerta del fondo que conducía a la sala circular. Cuando casi habían llegado, Harry oyó que algo grande y pesado chocaba contra la puerta que Hermione había sellado mediante un encantamiento.

—¡Aparta! —dijo una áspera voz—. *¡Alohomora!*

La puerta se abrió y Harry, Hermione y Neville se escondieron debajo de unas mesas. Enseguida vieron acercarse el dobladillo de las túnicas de dos *mortífagos* que caminaban deprisa.

—Quizá hayan salido al vestíbulo —dijo la voz áspera.

—Mira debajo de las mesas —sugirió otra voz.

Harry observó que los *mortífagos* doblaban las rodillas, así que sacó la varita de debajo de la mesa y gritó:

—*¡DESMAIUS!*

Un haz de luz roja dio contra el *mortífago* que tenía más cerca; éste cayó hacia atrás, chocó contra un reloj de pie y lo derribó. El segundo *mortífago*, sin embargo, se había apartado de un salto para esquivar el hechizo de Harry y apuntaba con su varita a Hermione, que salía arrastrándose de debajo de la mesa para poder apuntar mejor.

—*¡Avada…!*

Entonces Harry se lanzó por el suelo y agarró por las rodillas al *mortífago*, que perdió el equilibrio y no pudo apuntar a Hermione. Neville volcó una mesa con las prisas por ayudar, y apuntando con furia al *mortífago* que forcejeaba con Harry, gritó:

—*¡EXPELLIARMUS!*

La varita de Harry y la del *mortífago* saltaron de sus manos y fueron volando hacia la entrada de la Sala de las Profecías; Harry y su oponente se pusieron en pie y corrieron tras ellas; el *mortífago* iba delante, pero Harry le pisaba los talones, y Neville iba detrás, horrorizado por lo que acababa de hacer.

—¡Apártate, Harry! —gritó Neville, dispuesto a reparar el daño causado.

Harry se lanzó hacia un lado y su compañero volvió a apuntar y gritó:

—*¡DESMAIUS!*

El haz de luz roja pasó justo por encima del hombro del *mortífago* y fue a parar contra una vitrina que había en la pared, llena de relojes de arena de diferentes

formas; la vitrina cayó al suelo y se reventó, y trozos de cristal saltaron por los aires; luego se levantó, como accionada por un resorte, y se pegó de nuevo a la pared, perfectamente reparada; pero a continuación cayó de nuevo y se hizo añicos.

El *mortífago*, mientras tanto, había cogido su varita, que estaba en el suelo junto a la brillante campana de cristal. Cuando el individuo se dio la vuelta, Harry se escondió detrás de otra mesa, y como al *mortífago* se le había movido la máscara y no veía nada, se la quitó con la mano que tenía libre y gritó:

—*¡DES…!*

—*¡DESMAIUS!* —bramó entonces Hermione, que los había alcanzado.

Esa vez el haz de luz roja golpeó en medio del pecho al *mortífago*, que se quedó paralizado con los brazos en alto; entonces la varita se le cayó al suelo y él se derrumbó hacia atrás sobre la campana de cristal. Harry creyó que oiría un fuerte ¡CLONC! cuando el *mortífago* chocara contra el sólido cristal de la campana y resbalara por ella hasta desplomarse en el suelo, pero, en lugar de eso, la cabeza del hombre atravesó la superficie de la campana como si ésta fuera una pompa de jabón, y quedó tirado boca arriba sobre la mesa con la cabeza dentro de la campana llena de aquella relumbrante corriente de aire.

—*¡Accio varita!* —gritó Hermione, y la varita de Harry salió volando de un oscuro rincón y fue a parar a la mano de la chica, que se la lanzó a su amigo.

—Gracias —dijo él—. Bueno, hemos de salir de…

—¡Cuidado! —exclamó Neville, horrorizado. Miraba la cabeza del *mortífago*, que seguía en el interior de la campana de cristal.

Los tres volvieron a levantar sus varitas, pero ninguno atacó: se quedaron contemplando, boquiabiertos y aterrados, lo que le ocurría a la cabeza de aquel hombre: se encogía muy deprisa y se estaba quedando calva; el negro cabello y la barba rala se replegaban hacia el interior del cráneo; las mejillas se volvían lisas, y el cráneo, redondeado, y se cubría de una pelusilla como de piel de melocotón…

En aquel momento, el grueso y musculoso cuello del *mortífago* sostenía una cabeza de recién nacido, y el hombre intentaba levantarse; pero mientras los chicos lo observaban, estupefactos, la cabeza volvió a aumentar de tamaño y empezó a crecerle pelo en el cuero cabelludo y en la barbilla…

—Es el Tiempo —dijo Hermione, atemorizada—. El Tiempo…

El *mortífago* volvió a mover la fea cabeza intentando despejarse, pero antes de que pudiera levantarse, se le empezó a encoger otra vez hasta adoptar de nuevo la forma de la de un recién nacido…

Entonces oyeron gritar a alguien en una habitación cercana; luego, un estrépito y un chillido.

—¿RON? —gritó Harry, y apartó rápidamente la vista de la monstruosa

transformación que tenía lugar ante ellos—. ¿GINNY? ¿LUNA?

—¡Harry! —gritó Hermione.

El *mortífago* había sacado la cabeza de la campana de cristal. Ofrecía un aspecto grotesco, pues su diminuta cabeza de bebé berreaba escandalosamente mientras agitaba los gruesos brazos en todas direcciones, y estuvo a punto de darle un golpe a Harry, que se agachó justo a tiempo. Harry levantó su varita mágica, pero para su sorpresa Hermione le sujetó el brazo.

—¡No puedes hacer daño a un bebé!

No había tiempo para discutir; Harry volvía a oír pasos, cada vez más fuertes, provenientes de la Sala de las Profecías, y comprendió, aunque demasiado tarde, que había cometido un error al gritar, porque había delatado su posición.

—¡Vamos! —dijo.

Dejaron al *mortífago* con cabeza de bebé tambaleándose detrás de ellos, y salieron por la puerta que estaba abierta en el otro extremo de la habitación, y que conducía a la sala circular negra.

Cuando habían recorrido la mitad de la habitación, a través de la puerta abierta Harry vio a otros dos *mortífagos* que entraban corriendo por la puerta negra e iban hacia ellos; entonces giró hacia la izquierda, entró precipitadamente en un despacho pequeño, oscuro y abarrotado, y en cuanto hubieron entrado Hermione y Neville, cerró.

—*¡Ferma…!* —empezó a decir Hermione, pero antes de que pudiera terminar el hechizo, la puerta se abrió de par en par y los dos *mortífagos* irrumpieron en el despacho.

Ambos gritaron triunfantes:

—*¡IMPEDIMENTA!*

Harry, Hermione y Neville cayeron hacia atrás; Neville se derrumbó sobre una mesa y desapareció de la vista; Hermione cayó sobre una estantería y recibió una cascada de gruesos libros encima; Harry se golpeó la parte posterior de la cabeza contra la pared de piedra que tenía detrás: unas luces diminutas aparecieron ante sus ojos y por un momento se quedó demasiado aturdido y mareado para reaccionar.

—¡YA LOS TENEMOS! —gritó el *mortífago* que estaba más cerca de él—. ¡ESTÁN EN UN DESPACHO QUE HAY EN…!

—*¡Silencius!* —gritó Hermione, y el hombre se quedó sin voz. Siguió moviendo los labios detrás del agujero de la máscara que tenía sobre la boca, pero no emitió ningún sonido. El otro *mortífago* lo apartó bruscamente.

—*¡Petrificus totalus!* —gritó Harry cuando el segundo *mortífago* levantaba su varita. Los brazos y las piernas del hombre se pegaron y cayó de bruces sobre la alfombra que Harry tenía a sus pies, rígido como una tabla e incapaz de moverse.

—Bien hecho, Ha…

Pero el *mortífago* al que Hermione acababa de dejar mudo dio un repentino latigazo con la varita y un haz de llamas de color morado atravesó el pecho de Hermione. La chica soltó un débil: «¡Oh!» de sorpresa, se le doblaron las rodillas y se derrumbó.

—¡HERMIONE!

Harry se arrodilló a su lado mientras Neville salía de debajo de la mesa y se arrastraba rápidamente hacia ella, con la varita en ristre. El *mortífago* lanzó una patada hacia la cabeza de Neville en cuanto éste se asomó, rompiendo por la mitad la varita del chico y acertándole en la cara. Neville soltó un aullido de dolor y retrocedió tapándose la boca y la nariz con ambas manos. Harry se volvió con la varita en alto y vio que el *mortífago* se había quitado la máscara y lo apuntaba; Harry reconoció la larga, pálida y contrahecha cara que había visto en *El Profeta:* era Antonin Dolohov, el mago que había matado a los Prewett.

Dolohov sonrió burlonamente. Con la mano que tenía libre, apuntó a la profecía que Harry seguía apretando en la mano; luego lo apuntó a él y seguidamente a Hermione. Aunque ya no podía hablar, el significado de aquellos gestos no podía estar más claro: «Dame la profecía, o correrás la misma suerte que ella…»

—¡Como si no nos fueran a matar de todos modos en cuanto les entregue esto! —exclamó Harry.

Harry percibía un silbido de pánico en el cerebro que le impedía pensar; tenía una mano sobre el hombro de Hermione, que todavía estaba caliente, aunque no se atrevía a mirarla a la cara. «Que no esté muerta, que no esté muerta, si se muere será culpa mía…»

—¡Haz lo que sea, Harry —urgió Neville con fiereza desde debajo de la mesa, y se quitó las manos del rostro, dejando al descubierto la nariz rota y la sangre que le chorreaba por la boca y la barbilla—, pero no se la des!

Entonces se oyó un estrépito detrás de la puerta y Dolohov giró la cabeza: el *mortífago* con cara de bebé había aparecido berreando en el umbral y seguía agitando desesperadamente los enormes puños mientras golpeaba todo lo que encontraba a su paso. Harry no desperdició aquella oportunidad.

—*¡PETRIFICUS TOTALUS!* —gritó. El hechizo golpeó a Dolohov antes de que éste pudiera neutralizarlo, y cayó hacia delante sobre su compañero, ambos rígidos como tablas e incapaces de moverse ni un milímetro.

—Hermione —dijo Harry entonces, zarandeándola, mientras el *mortífago* con cabeza de recién nacido se alejaba de nuevo dando tumbos—. Despierta, Hermione…

—¿Qué le ha hecho? —preguntó Neville; salió arrastrándose de debajo de la mesa y se arrodilló al otro lado de Hermione. Al chico le chorreaba sangre por la nariz, que se hinchaba por momentos.

—No lo sé…

Neville cogió una de las muñecas de Hermione.

—Todavía tiene pulso, Harry, estoy seguro.

Harry sintió una oleada de alivio, tan intensa que al principio se mareó.

—¿Está viva?

—Sí, creo que sí.

Se callaron un momento; Harry aguzó el oído por si se oían más pasos, pero sólo percibió los gemidos y los topetazos del *mortífago* con cabeza de bebé en la habitación de al lado.

—Neville, no estamos muy lejos de la salida —dijo Harry en un susurro—, estamos justo al lado de la sala circular… Si consiguieras llegar hasta allí y encontrar la puerta de salida antes de que lleguen más *mortífagos*, podrías llevar a Hermione por el pasillo hasta el ascensor… Y entonces podrías buscar a alguien…, dar la alarma…

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Neville secándose la sangrante nariz con la manga y mirando ceñudo a su compañero.

—Yo tengo que encontrar a los otros —contestó Harry.

—Quiero ayudarte a buscarlos —dijo Neville con firmeza.

—Pero Hermione…

—Podemos llevarla con nosotros —propuso Neville sin vacilar—. Puedo llevarla yo, tú eres más hábil con la varita…

Se incorporó y agarró a Hermione por un brazo, sin dejar de mirar con fiereza a Harry, que todavía dudaba; entonces Harry la agarró por el otro brazo y ayudó a Neville a colgarse el cuerpo inerte de Hermione sobre los hombros.

—Espera —dijo Harry recuperando del suelo la varita de Hermione y poniéndosela a Neville en la mano—, será mejor que cojas esto.

Neville apartó de una patada los trozos de su varita y echaron a andar despacio hacia la puerta.

—Mi abuela me matará —afirmó Neville con voz pastosa escupiendo sangre al hablar—; ésa era la varita de mi padre.

Harry asomó cautelosamente la cabeza por la puerta y echó un vistazo alrededor. El *mortífago* con cabeza de bebé chillaba y se daba golpes contra todo, derribaba relojes de pie y volcaba mesas; se desgañitaba y parecía confuso, mientras la vitrina seguía cayendo, destrozándose y reparándose por sí sola una y otra vez, por lo que Harry dedujo que debía de contener giratiempos.

—No nos verá —susurró—. Vamos, pégate a mí…

Salieron con sigilo del despacho y fueron hacia la puerta que conducía a la sala circular negra, que parecía completamente desierta. Avanzaron unos pasos; Neville se tambaleaba un poco a causa del peso de Hermione. La puerta de la Estancia del Tiempo se cerró tras ellos y la pared empezó a rotar otra vez. Harry estaba un poco

mareado del golpe que se había dado en la cabeza, así que entornó los ojos y notó que oscilaba ligeramente, hasta que la pared dejó de moverse. Entonces vio que las equis luminosas que Hermione había trazado en las puertas habían desaparecido, y se le cayó el alma a los pies.

—¿Tú por dónde crees que…?

Pero antes de que pudieran decidir por qué puerta iban a intentar salir, se abrió de par en par una que había a la derecha y por ella entraron tres personas dando traspiés.

—¡Ron! —exclamó Harry, y corrió hacia ellos—. Ginny… ¿Estáis todos…?

—Harry —dijo Ron con una risita; se abalanzó sobre él, lo agarró por la túnica y lo miró como si no pudiera enfocar bien su cara—, estás aquí. ¡Ji, ji, ji! ¡Qué raro estás, Harry, vas muy despeinado!

Ron estaba muy pálido y le goteaba una sustancia oscura por una comisura de la boca. Entonces se le doblaron las rodillas, y al estar todavía agarrado a la túnica de Harry, éste se inclinó por la cintura como si hiciera una reverencia.

—Ginny —dijo Harry con temor—. ¿Qué ha pasado?

Pero Ginny movió la cabeza de un lado a otro y resbaló por la pared hasta quedar sentada en el suelo, al tiempo que jadeaba y se sujetaba un tobillo.

—Creo que se ha roto el tobillo; he oído un crujido —susurró Luna, que se había agachado a su lado; era la única que parecía ilesa—. Cuatro *mortífagos* nos han perseguido hasta una habitación oscura llena de planetas; era un sitio muy raro, a veces nos quedábamos flotando en la oscuridad.

—¡Hemos visto Urano de cerca, Harry! —exclamó Ron, que seguía riendo débilmente—. ¿Me has oído, Harry? Hemos visto Urano. ¡Ji, ji, ji!

Una burbuja de sangre se infló en la comisura de la boca de Ron, por donde le goteaba aquella sustancia oscura, y explotó poco después.

—Uno de los *mortífagos* ha agarrado a Ginny por el tobillo —prosiguió Luna—; he utilizado la maldición reductora y le he lanzado Plutón a la cara, pero…

Luna señaló a Ginny, que respiraba entrecortadamente y mantenía los ojos cerrados.

—¿Y a Ron qué le ha pasado? —preguntó Harry atemorizado; su amigo seguía riendo tontamente, colgado de la túnica de Harry.

—No sé qué le han hecho —respondió Luna con tristeza—, pero se comporta de una forma muy extraña; me ha costado lo mío traerlo hasta aquí.

—Harry —continuó Ron sin parar de reír, y tiró de él hacia abajo hasta que la oreja de éste le quedó a la altura de la boca—, ¿sabes quién es ésta, Harry? Es Lunática, Lunática Lovegood, ¡ji, ji, ji!

—Tenemos que salir de aquí como sea —dijo Harry con firmeza—. Luna, ¿puedes ayudar a Ginny?

—Sí —contestó la chica, y se colocó la varita mágica detrás de una oreja. A

continuación, rodeó a Ginny por la cintura y la levantó del suelo.

—¡Sólo me duele un poco el tobillo, puedo levantarme yo sola! —protestó Ginny, pero al cabo de un momento se cayó hacia un lado y tuvo que sujetarse a Luna. Harry se colocó el brazo de Ron sobre los hombros, como meses atrás había hecho con el de Dudley, y miró a su alrededor: tenían una posibilidad entre doce de encontrar la salida correcta a la primera.

Arrastró a Ron hacia una puerta, y estaban sólo a unos palmos de alcanzarla cuando otra se abrió de repente en el lado opuesto de la sala y por ella entraron tres *mortífagos*. Bellatrix Lestrange iba en cabeza.

—¡Están aquí! —gritó la mortífaga.

Los *mortífagos* lanzaron varios hechizos aturdidores; Harry entró apresuradamente por la puerta que tenía enfrente, se liberó sin miramientos de Ron y volvió sobre sus pasos para ayudar a Neville a que entrara a Hermione. Cruzaron todos el umbral justo a tiempo para cerrarle la puerta en las narices a Bellatrix.

—*¡Fermaportus!* —gritó Harry, y oyó cómo tres cuerpos, al otro lado, chocaban contra la puerta.

—¡No importa! —exclamó una voz de hombre—. ¡Hay otras entradas! ¡LOS TENEMOS, ESTÁN AQUÍ!

Harry se dio la vuelta; volvían a estar en la Estancia de los Cerebros, y efectivamente, también allí había varias puertas. Enseguida oyó pasos en la sala circular: otros *mortífagos* llegaban para sumarse a los primeros.

—¡Luna, Neville, ayudadme!

Los tres recorrieron la habitación y sellaron una a una las puertas; Harry chocó contra una mesa y rodó por encima de ella con las prisas por llegar a la siguiente puerta.

—*¡Fermaportus!*

Se oían pasos que corrían por detrás de las puertas, y de vez en cuando algún cuerpo se lanzaba con fuerza contra una de ellas y la hacía crujir y temblar; Luna y Neville, mientras tanto, encantaban las puertas de la pared de enfrente. Entonces, cuando Harry llegó al final de la habitación, oyó que Luna gritaba:

—*¡Ferma…* aaaaaah!

Se volvió y la vio saltar por los aires mientras cinco *mortífagos* entraban en la habitación por la puerta que ella no había logrado cerrar a tiempo. Luna chocó contra una mesa, resbaló por su superficie y cayó al suelo por el otro lado, donde se quedó desmadejada, tan quieta como Hermione.

—¡Coged a Potter! —chilló Bellatrix, y corrió hacia él; Harry la esquivó y salió disparado hacia el otro extremo de la habitación; estaría a salvo mientras los *mortífagos* temieran destrozar la profecía.

—¡Eh! —gritó Ron, que se había puesto en pie y avanzaba dando tumbos hacia

Harry, sin parar de reír—. ¡Eh, Harry, ahí hay cerebros, ji, ji, ji! Qué raro, ¿verdad, Harry?

—Quítate de en medio, Ron, agáchate…

Pero Ron apuntaba al tanque con su varita.

—En serio, Harry, son cerebros. Mira, *¡accio cerebro!*

La escena se detuvo momentáneamente. Harry, Ginny, Neville y los *mortífagos* se dieron la vuelta instintivamente para observar el tanque, y vieron que un cerebro salía como un pez volador del líquido verde: en un primer momento se quedó suspendido en el aire, pero a continuación se dirigió volando hacia Ron, mientras giraba sobre sí mismo, y unas cintas de algo que parecían imágenes en movimiento salieron despedidas de él, desenrollándose como rollos de película.

—¡Ji, ji, ji! Mira, Harry —dijo Ron contemplando cómo el cerebro desparramaba sus llamativas tripas por el aire—. Ven a tocarlo, Harry, seguro que tiene un tacto genial…

—¡NO, RON!

Harry ignoraba qué podía pasar si Ron tocaba los tentáculos de pensamiento que volaban detrás del cerebro, pero estaba convencido de que no podía ser nada bueno. Corrió enseguida hacia donde se encontraba su amigo, pero éste ya había atrapado el cerebro con ambas manos.

En cuanto entraron en contacto con su piel, los tentáculos empezaron a enroscarse en los brazos de Ron como si fueran cuerdas.

—Harry, mira lo que está pasan… No… no… no me gusta… No… basta… ¡Basta!

Las delgadas cintas se enrollaron alrededor del tórax de Ron, que tiraba de ellas, pero sin lograr impedir que el cerebro se aferrara a él como un pulpo.

—*¡Diffindo!* —gritó Harry tratando en vano de cortar los tentáculos que se enrollaban con fuerza alrededor del cuerpo de Ron ante sus ojos. Éste cayó al suelo e intentó librarse de sus ataduras.

—¡Lo va a asfixiar, Harry! —gritó Ginny, que seguía en el suelo sin poder moverse por culpa del tobillo roto. Entonces un haz de luz roja salió de la varita de uno de los *mortífagos* y le dio de lleno en la cara. Ginny se desplomó hacia un lado y quedó inconsciente.

—*¡DESMAIUS!* —gritó Neville mientras agitaba la varita de Hermione hacia los *mortífagos* que se aproximaban—. *¡DESMAIUS, DESMAIUS!*

Pero no pasó nada.

Otro *mortífago* lanzó un hechizo aturdidor a Neville y falló por los pelos. En ese momento, Harry y Neville eran los únicos que seguían luchando contra cinco *mortífagos*, dos de los cuales les lanzaban haces de luz plateada como flechas que no daban en el blanco, pero dejaban cráteres en la pared, detrás de los chicos. Bellatrix

Lestrange echó a correr hacia Harry, que salió disparado levantando la mano con la que sujetaba la profecía y se dirigió hacia el otro extremo de la habitación; lo único que se le ocurría era alejar a los *mortífagos* de sus amigos.

Por lo visto, su plan había funcionado: los *mortífagos* lo persiguieron y derribaron sillas y mesas, pero sin atreverse a atacarlo por si dañaban la profecía, y Harry salió a toda velocidad por la única puerta que seguía abierta, aquella por la que habían entrado los *mortífagos*, confiando en que Neville se quedase con Ron y encontrase la forma de librarlo del cerebro. Entró en la siguiente habitación e inmediatamente notó que el suelo desaparecía bajo sus pies…

Cayó rodando por los altos escalones de piedra, rebotó en cada uno de ellos hasta llegar al final y allí sufrió un fuerte impacto que le cortó la respiración. Quedó tumbado boca arriba en el foso donde se alzaba el arco sobre su tarima.

Las risas de los *mortífagos* resonaban en la sala. Harry miró hacia arriba y vio que los cinco que lo habían perseguido desde la Estancia de los Cerebros bajaban hacia donde él se hallaba, mientras muchos *mortífagos* más entraban por diferentes puertas y empezaban a saltar de una grada a otra. Harry se levantó del suelo, aunque le temblaban tanto las piernas que apenas lo sostenían. Aún tenía la profecía, intacta, en la mano izquierda, y la varita fuertemente agarrada con la derecha. Era un milagro que la esfera de cristal no se hubiera roto. Retrocedió mientras miraba a su alrededor intentando mantener a todos los *mortífagos* dentro de su campo visual. Entonces dio con la parte de atrás de las piernas contra algo sólido: había llegado a la tarima donde estaba el arco. Sin girarse, subió a ella.

Los *mortífagos* se habían quedado quietos y lo miraban. Algunos jadeaban tanto como Harry. Había uno que sangraba mucho; Dolohov, libre ya de la maldición de la inmovilidad total, reía socarronamente mientras apuntaba a la cara de Harry con su varita mágica.

—Se acabó la carrera, Potter —dijo Lucius Malfoy arrastrando las palabras, y se quitó la máscara—. Ahora sé bueno y entrégame la profecía.

—¡Deje… deje marchar a los demás y se la daré! —exclamó Harry, desesperado.

Unos cuantos *mortífagos* rieron.

—No estás en situación de negociar, Potter —replicó Lucius Malfoy, y el placer que sentía hizo que el rubor coloreara su pálido rostro—. Verás, nosotros somos diez, y tú estás solo… ¿Acaso Dumbledore no te ha enseñado a contar?

—¡No está solo! —gritó una voz en la parte más alta de la sala—. ¡Todavía me tiene a mí!

A Harry le dio un vuelco el corazón: Neville bajaba como podía hacia ellos por los escalones de piedra, con la varita mágica de Hermione firmemente agarrada con una temblorosa mano.

—No, Neville, no… Vuelve con Ron…

—*¡DESMAIUS!* —volvió a gritar Neville apuntando uno a uno a los *mortífagos* con la varita—. *¡DESMAIUS! ¡DESMA…!*

Uno de los *mortífagos* más corpulentos agarró a Neville por detrás, le sujetó los brazos y lo inmovilizó. Neville forcejeaba y daba patadas; los *mortífagos* reían.

—Ése es Longbottom, ¿verdad? —preguntó Lucius Malfoy con desdén—. Bueno, tu abuela ya está acostumbrada a perder a miembros de la familia a favor de nuestra causa… Tu muerte no la sorprenderá demasiado.

—¿Longbottom? —repitió Bellatrix, y una sonrisa verdaderamente repugnante se dibujó en su descarnado rostro—. Vaya, yo tuve el placer de conocer a tus padres, chico.

—¡Ya lo sé! —rugió Neville, y forcejeó con tanto ímpetu para intentar soltarse de su captor que el *mortífago* gritó:

—¡Que alguien lo aturda!

—No, no, no —repitió Bellatrix, que estaba extasiada; miró arrebatada a Harry y luego a Neville—. No, vamos a ver cuánto tarda Longbottom en derrumbarse como sus padres… A menos que Potter quiera entregarnos la profecía.

—¡NO SE LA DES! —bramó Neville, que estaba fuera de sí, dando patadas y retorciéndose mientras Bellatrix se le acercaba con la varita en alto—. ¡NO SE LA DES POR NADA DEL MUNDO, HARRY!

Bellatrix levantó la varita y exclamó:

—*¡Crucio!*

Neville soltó un aullido y encogió las piernas hacia el pecho, de modo que el *mortífago* que lo sujetaba tuvo que mantenerlo en el aire unos instantes. Luego el hombre soltó a Neville, que cayó al suelo mientras se retorcía y chillaba de dolor.

—¡Eso no ha sido más que un aperitivo! —exclamó Bellatrix al tiempo que levantaba de nuevo la varita. Neville dejó de chillar y se quedó tumbado a sus pies, sollozando. La mortífaga se dio la vuelta y miró a Harry—. Y ahora, Potter, danos la profecía o tendrás que contemplar la lenta muerte de tu amiguito.

Esta vez Harry no tuvo que pensar: no le quedaba alternativa. Estiró el brazo y les tendió la profecía, que se había calentado con el calor de sus manos. Lucius Malfoy se adelantó para cogerla.

Pero entonces, de repente, en la parte más elevada de la sala se abrieron dos puertas y cinco personas entraron corriendo en la sala: Sirius, Lupin, Moody, Tonks y Kingsley.

Malfoy se volvió y levantó la varita, pero Tonks ya le había lanzado un hechizo aturdidor. Harry no esperó a ver si había dado en el blanco, sino que saltó de la tarima y se apartó con rapidez. Los *mortífagos* estaban completamente distraídos con la aparición de los miembros de la Orden, que los acribillaban a hechizos desde arriba mientras descendían por las gradas hacia el foso. Entre cuerpos que corrían y

destellos luminosos, Harry vio que Neville se arrastraba por el suelo, así que esquivó otro haz de luz roja y se tiró a tierra para llegar hasta donde estaba su amigo.

—¿Estás bien? —le gritó mientras un hechizo pasaba rozándoles la cabeza.

—Sí —contestó Neville, e intentó incorporarse.

—¿Y Ron?

—Creo que está bien. Cuando lo he dejado seguía peleando con el cerebro.

En ese momento, un hechizo dio contra el suelo entre ellos dos, produjo una explosión y dejó un cráter justo donde Neville tenía la mano hasta unos segundos antes. Ambos se alejaron de allí arrastrándose; pero entonces un grueso brazo salió de la nada, agarró a Harry por el cuello y tiró de él hacia arriba. Harry apenas tocaba el suelo con las puntas de los pies.

—¡Dámela! —le gruñó una voz al oído—. ¡Dame la profecía!

El hombre le apretaba el cuello con tanta fuerza que Harry no podía respirar. Con los ojos llorosos, vio que Sirius se batía con un *mortífago* a unos tres metros de distancia; Kingsley peleaba contra dos a la vez; Tonks, que todavía no había llegado al pie de las gradas, le lanzaba hechizos a Bellatrix. Por lo visto, nadie se había dado cuenta de que Harry se estaba muriendo. Entonces dirigió la varita mágica hacia atrás, hacia el costado de su agresor, pero no le quedaba aliento para pronunciar un conjuro y el hombre buscaba con la mano que tenía libre la mano de Harry que sujetaba la profecía.

—¡AAAAHHHH! —oyó de pronto.

Neville también había surgido de la nada e, incapaz de pronunciar un hechizo, le había clavado con todas sus fuerzas la varita de Hermione al *mortífago* en una de las rendijas de la máscara. El hombre soltó a Harry de inmediato y profirió un aullido de dolor. Harry se dio la vuelta, lo miró y dijo, casi sin aliento:

—*¡DESMAIUS!*

El *mortífago* se desplomó hacia atrás y la máscara le resbaló por la cara: era Macnair, el que había intentado matar a Buckbeak. Tenía un ojo hinchado e inyectado en sangre.

—¡Gracias! —le dijo Harry a Neville, y enseguida tiró de él hacia sí, pues Sirius y su *mortífago* pasaban a su lado dando bandazos y peleando tan encarnizadamente que sus varitas no eran más que una mancha borrosa.

Entonces Harry tocó con el pie algo redondo y duro y resbaló. Al principio creyó que se le había caído la profecía, pero entonces vio que el ojo mágico de Moody rodaba por el suelo.

Su propietario estaba tumbado sobre un costado sangrando por la cabeza, y su agresor arremetía en ese momento contra Harry y Neville: era Dolohov, a quien el júbilo crispaba el alargado y pálido rostro.

—*¡Tarantallegra!* —gritó apuntando con la varita a Neville, cuyas piernas

empezaron de pronto a bailar una especie de frenético claque que le hizo perder el equilibrio y caer de nuevo al suelo—. Bueno, Potter…

Entonces realizó con la varita el mismo movimiento cortante que había utilizado con Hermione, pero Harry gritó:

—*¡Protego!*

Notó que algo que parecía un cuchillo desafilado le golpeaba la cara; el impacto lo empujó hacia un lado y fue a caer sobre las convulsas piernas de Neville, aunque el encantamiento escudo había detenido en gran medida el hechizo.

Dolohov volvió a levantar la varita.

—*¡Accio profe…!* —exclamó, pero entonces Sirius surgió de improviso, empujando a Dolohov con el hombro y desplazándolo varios metros.

La esfera había vuelto a resbalar hasta las yemas de los dedos de Harry, pero él había conseguido sostenerla. En esos momentos, Sirius y Dolohov peleaban; sus varitas brillaban como espadas, y por sus extremos salían despedidas chispas.

Dolohov llevó la varita hacia atrás para repetir aquel movimiento cortante que había empleado contra Harry y Hermione, pero entonces Harry se levantó de un brinco y gritó:

—*¡Petrificus totalus!*

Una vez más, las piernas y los brazos de Dolohov se juntaron y el *mortífago* cayó hacia atrás desplomándose en el suelo con un fuerte estruendo.

—¡Bien hecho! —gritó Sirius, y le hizo agachar la cabeza al ver que un par de hechizos aturdidores volaban hacia ellos—. Ahora quiero que salgas de…

Volvieron a agacharse, pues un haz de luz verde había pasado rozando a Sirius. Harry vio que Tonks se precipitaba desde la mitad de las gradas, y su cuerpo inerte golpeó los bancos de piedra mientras Bellatrix, triunfante, volvía al ataque.

—¡Harry, sujeta bien la profecía, coge a Neville y corre! —gritó Sirius, y fue al encuentro de Bellatrix. Harry no vio lo que pasó a continuación, pero ante su vista apareció Kingsley que, aunque se tambaleaba, estaba peleando con Rookwood, quien ya no llevaba la máscara y tenía el marcado rostro al descubierto. Otro haz de luz verde pasó rozándole la cabeza a Harry, que se lanzó hacia Neville…

—¿Puedes tenerte en pie? —le chilló al oído mientras las piernas de su amigo se sacudían y se retorcían incontroladamente—. Ponme un brazo alrededor de los hombros…

Neville obedeció, y Harry tiró de él. Las piernas de Longbottom seguían moviéndose en todas direcciones y no lo sostenían; entonces un hombre se abalanzó sobre ellos y ambos cayeron hacia atrás. Neville se quedó boca arriba agitando las piernas como un escarabajo que se ha dado la vuelta, y Harry, con el brazo izquierdo levantado intentando impedir que se rompiera la pequeña bola de cristal.

—¡La profecía! ¡Dame la profecía, Potter! —gruñó la voz de Lucius Malfoy en su

oído, y Harry notó la punta de una varita clavándosele entre las costillas.

—¡No! ¡Suélteme! ¡Neville! ¡Cógela, Neville!

Harry echó a rodar la esfera y Neville giró sobre la espalda, la atrapó y se la sujetó con fuerza contra el pecho. Malfoy apuntó con la varita a Neville, pero Harry lo apuntó a él con la suya por encima del hombro y gritó:

—*¡Impedimenta!*

Malfoy se separó inmediatamente de Harry y éste se levantó, se dio la vuelta y vio que Malfoy chocaba contra la tarima sobre la que Sirius y Bellatrix se batían en duelo. Malfoy volvió a apuntar con la varita a Harry y Neville, pero antes de que pudiera tomar aliento para atacar, Lupin, de un salto, se había colocado entre Lucius y los dos chicos.

—¡Harry, recoge a los otros y sal de aquí!

Harry agarró a Neville de la túnica por un hombro y lo subió al primer banco de piedra de las gradas; las piernas de su compañero se sacudían, daban patadas y no lo sostenían en pie; Harry tiró de nuevo de él con todas sus fuerzas y subieron otro escalón…

Entonces un hechizo golpeó el banco de piedra donde Harry tenía apoyados los pies; el banco se vino abajo y él cayó al escalón inferior. Neville también cayó al suelo, sin dejar de agitar las piernas, y se metió la profecía en el bolsillo.

—¡Vamos! —gritó Harry, desesperado, tirando de la túnica de Neville—. Intenta empujar con las piernas…

Dio otro fuerte tirón y la túnica de Neville se descosió por la costura izquierda. La pequeña esfera de cristal soplado se le salió del bolsillo y, antes de que alguno de los dos pudiera atraparla, Neville la golpeó sin querer con un pie. La profecía saltó por los aires unos tres metros y chocó contra el escalón inferior. Harry y Neville se quedaron mirando el lugar donde se había roto, horrorizados por lo que acababa de pasar, y vieron que una figura de un blanco nacarado con ojos inmensos se elevaba flotando. Ellos dos eran los únicos que la veían. Harry observó que la figura movía la boca, pero con la cantidad de golpes, gritos y aullidos que se producían a su alrededor, no pudo oír ni una sola palabra de lo que decía. Finalmente, la figura dejó de hablar y se disolvió en el aire.

—¡Lo siento, Harry! —gritó Neville, muy angustiado, y siguió agitando las piernas—. Lo siento, Harry, no quería…

—¡No importa! —gritó él—. Intenta mantenerte en pie, hemos de salir de…

—¡Dumbledore! —exclamó entonces Neville, sudoroso, mirando embelesado por encima del hombro de Harry.

—¿Qué?

—¡DUMBLEDORE!

Harry se volvió y dirigió la vista hacia donde miraba su amigo. Justo encima de

ellos, enmarcado por el umbral de la Estancia de los Cerebros, estaba Albus Dumbledore, con la varita en alto, pálido y encolerizado. Harry sintió una especie de descarga eléctrica que recorrió cada partícula de su cuerpo. ¡Estaban salvados!

Dumbledore bajó a toda prisa los escalones pasando junto a Neville y Harry, que ya no pensaban en salir de allí. Dumbledore había llegado al pie de las gradas cuando los *mortífagos* que estaban más cerca se percataron de su presencia y avisaron a gritos a los demás. Uno de ellos intentó huir trepando como un mono por los escalones del lado opuesto a donde se encontraban. Sin embargo, el hechizo de Dumbledore lo hizo retroceder con una facilidad asombrosa, como si lo hubiera pescado con una caña invisible.

Sólo había una pareja que seguía luchando; al parecer no se habían dado cuenta de que había llegado Dumbledore. Harry vio que Sirius esquivaba el haz de luz roja de Bellatrix y se reía de ella.

—¡Vamos, tú sabes hacerlo mejor! —le gritó Sirius, y su voz resonó por la enorme y tenebrosa habitación. El segundo haz le acertó de lleno en el pecho. Él no había dejado de reír del todo, pero abrió mucho los ojos, sorprendido.

Harry soltó a Neville, aunque sin darse cuenta de que lo hacía. Volvió a bajar por las gradas y sacó su varita mágica al tiempo que Dumbledore también se volvía hacia la tarima.

Dio la impresión de que Sirius tardaba una eternidad en caer: su cuerpo se curvó describiendo un majestuoso círculo, y en su caída hacia atrás atravesó el raído velo que colgaba del arco.

Harry vio la expresión de miedo y sorpresa del consumido rostro de su padrino, antes apuesto, mientras caía por el viejo arco y desaparecía detrás del velo, que se agitó un momento como si lo hubiera golpeado una fuerte ráfaga de viento y luego quedó como al principio.

Entonces Harry oyó el grito de triunfo de Bellatrix Lestrange, pero comprendió que no significaba nada: Sirius sólo había caído a través del arco y aparecería al otro lado en cuestión de segundos…

Sin embargo, Sirius no reapareció.

—¡SIRIUS! —gritó Harry—. ¡SIRIUS!

Harry había llegado al fondo del foso respirando entrecortadamente. Sirius debía estar tras el velo; Harry iría y lo ayudaría a levantarse…

Pero cuando llegó al suelo y corrió hacia la tarima, Lupin lo rodeó con los brazos y lo retuvo.

—No puedes hacer nada, Harry…

—¡Vamos a buscarlo, tenemos que ayudarlo, sólo ha caído al otro lado del arco!

—Es demasiado tarde, Harry.

—No, todavía podemos alcanzarlo… —Harry luchó con todas sus fuerzas, pero

Lupin no lo soltaba.

—No puedes hacer nada, Harry, nada. Se ha ido.

36
El único al que temió

—¡No se ha ido! —bramó Harry.

No lo creía; no quería creerlo. Harry seguía forcejeando con Lupin con toda la fuerza que le quedaba, pero Lupin no lo entendía: había gente escondida detrás de aquella especie de cortina. Harry la había oído susurrar la primera vez que había entrado en la habitación. Sirius estaba escondido, sencillamente, estaba oculto detrás del velo…

—¡SIRIUS! —gritó—. ¡SIRIUS!

—No puede volver, Harry —insistió Lupin; la voz se le quebraba mientras intentaba retener al chico—. No puede volver, porque está m…

—¡NO ESTÁ MUERTO! —rugió Harry—. ¡SIRIUS!

Alrededor de Harry reinaba una gran agitación y surgían destellos de nuevos hechizos; pero era un bullicio sin sentido. Aquel ruido no tenía ningún significado para él porque ya no le importaban las maldiciones desviadas que pasaban volando a su lado, no le importaba nada; lo único que le interesaba era que Lupin dejara de fingir que Sirius, que estaba al otro lado del viejo velo tan sólo a unos palmos de ellos, no saldría de allí en cualquier momento, echándose hacia atrás el pelo negro,

deseoso de volver a entrar en combate.

Lupin alejó a Harry de la tarima, pero él, que no apartaba los ojos del arco, no entendía por qué Sirius lo hacía esperar tanto, y empezaba a enfadarse…

Sin embargo, mientras seguía intentando soltarse de Lupin, a Harry se le ocurrió pensar que hasta entonces su padrino nunca lo había hecho esperar. Su padrino siempre lo había arriesgado todo para verlo, para ayudarlo. La única explicación posible a que Sirius no saliese de detrás del arco cuando Harry lo llamaba a voz en grito, como si su vida dependiera de ello, era que no podía regresar, que era verdad que estaba…

Dumbledore tenía a casi todos los otros *mortífagos* agrupados en el centro de la sala, aparentemente inmovilizados mediante cuerdas invisibles; *Ojoloco* Moody había cruzado la sala arrastrándose hasta donde estaba tirada Tonks e intentaba reanimarla; detrás de la tarima todavía se producían destellos de luz, gruñidos y gritos: Kingsley había ido hasta allí para relevar a Sirius en el duelo con Bellatrix.

—Harry…

Neville había bajado uno a uno los bancos de piedra hasta llegar a donde estaba su compañero, que ya no peleaba con Lupin, quien de todos modos seguía sujetándole el brazo, por si acaso.

—Harry…, lo siento mucho… —dijo Neville. Todavía agitaba las piernas de modo incontrolable—. Ese hombre…, Sirius Black…, ¿era amigo tuyo?

Harry asintió con la cabeza.

—Ven aquí —le indicó Lupin a Neville con voz queda, y apuntando con la varita a sus piernas, dijo—: *¡Finite!* —Así cesó el efecto del hechizo. Neville por fin pudo poner los pies en el suelo y sus piernas dejaron de moverse. Lupin estaba muy pálido —. Vamos…, vamos a buscar a los demás. ¿Dónde están, Neville?

Mientras preguntaba eso, Lupin fue apartándose del arco. Daba la impresión de que cada palabra que pronunciaba le causaba un profundo dolor.

—Están todos allí —afirmó Neville—. A Ron lo ha atacado un cerebro, pero creo que está bien. Y Hermione continúa inconsciente, pero le hemos encontrado el pulso…

Entonces se oyó un fuerte golpetazo y un grito detrás de la tarima. Harry vio que Kingsley caía al suelo aullando de dolor: Bellatrix Lestrange empezó a huir, pero Dumbledore se volvió y le lanzó un hechizo que ella desvió para luego comenzar a subir por las gradas…

—¡No, Harry! —gritó Lupin, pero él ya se había soltado de Lupin, que había bajado la guardia.

—¡HA MATADO A SIRIUS! —rugió Harry—. ¡HA SIDO ELLA! ¡VOY A MATARLA!

Echó a correr y trepó por los bancos de piedra; todos lo llamaban, pero no les hizo caso. El borde de la túnica de Bellatrix se perdió de vista, pero Harry entró tras la

mortífaga en la sala del tanque de cerebros…

Bellatrix giró la cabeza, lanzó una maldición y el tanque se elevó por los aires y se inclinó. Harry quedó empapado de la apestosa poción que había dentro, y los cerebros cayeron sobre él y empezaron a desplegar sus largos tentáculos de colores, pero entonces gritó: *«¡Wingardium leviosa!»*, y se alejaron de él por el aire. Resbalando y dando traspiés, el chico se precipitó hacia la puerta; saltó por encima de Luna, que gemía en el suelo; por encima de Ginny, que dijo: «Harry, ¿qué…?»; por encima de Ron, que soltó una débil risita; y por encima de Hermione, que seguía inconsciente. Abrió de un tirón la puerta que daba a la sala circular negra y vio que Bellatrix desaparecía por una de las puertas. Harry alcanzó a distinguir, más allá de la figura de la mujer, el pasillo que conducía a los ascensores.

Echó a correr de nuevo, pero la mortífaga había cerrado al salir y la pared ya había comenzado a rotar. Una vez más, Harry se vio rodeado de los haces de luz azul de los candelabros.

—¿Dónde está la salida? —gritó, desesperado, cuando la pared volvió a detenerse —. ¡Dónde está la salida!

Fue como si la habitación estuviera esperando que Harry formulara aquella pregunta. La puerta que tenía justo detrás se abrió de par en par, y Harry vio el pasillo de los ascensores, que se extendía ante él, con las antorchas encendidas pero vacío. Atravesó la puerta rápidamente…

Entonces oyó que un poco más allá un ascensor traqueteaba; recorrió veloz el pasillo, dobló la esquina y dio un puñetazo en el botón para llamar otro ascensor. Éste descendió produciendo un ruido metálico; luego la reja se abrió, Harry se metió dentro y golpeó el botón del Atrio. Las puertas se cerraron y el ascensor empezó a subir…

Harry salió antes de que la reja se hubiera abierto por completo y observó lo que lo rodeaba. Bellatrix casi había llegado al ascensor de la cabina telefónica, que estaba al final del vestíbulo, pero miró hacia atrás cuando Harry iba a toda velocidad hacia ella, y entonces le lanzó otro hechizo. Harry se escondió detrás de la Fuente de los Hermanos Mágicos: el hechizo pasó rozándolo y, al dar contra las rejas de oro labrado que había al fondo del Atrio, produjo un sonido de campanas. No se oían más pasos. Bellatrix había dejado de correr. Harry se agachó detrás de las estatuas y aguzó el oído.

—¡Sal, pequeño Harry, sal! —gritó Bellatrix imitando una voz infantil que rebotó contra el brillante suelo de madera—. ¿Para qué me buscabas, si no? ¡Creía que habías venido para vengar a mi querido primo!

—¡Así es! —chilló Harry, y su respuesta se repitió por la sala como un eco fantasmagórico: «¡Así es! ¡Así es! ¡Así es!»

—¡Aaaah! ¿Lo querías mucho, pequeño Potter?

Harry notó que lo invadía un odio que jamás había sentido; de un salto salió de detrás de la fuente y bramó:

—*¡Crucio!*

Bellatrix gritó: el hechizo la había derribado, pero no se retorcía ni chillaba de dolor como había hecho Neville. Volvió a levantarse, jadeante; había parado de reír. Harry se cobijó otra vez detrás de la fuente dorada. El contrahechizo de la mortífaga dio en la cabeza del apuesto mago, que se desprendió de la estatua y fue a parar unos seis metros más allá, arañando el suelo de madera.

—Nunca habías empleado una maldición imperdonable, ¿verdad, chico? —gritó Bellatrix, que había abandonado aquella entonación infantil—. ¡Tienes que sentirlas, Potter! Tienes que desear de verdad causar dolor, disfrutar con ello. La rabia sin más no me hará mucho daño. Voy a enseñarte cómo se hace, ¿de acuerdo? Voy a darte una lección…

Harry caminaba sigilosamente hacia el otro lado de la fuente cuando Bellatrix gritó: *«¡Crucio!»*, y tuvo que agacharse otra vez, mientras uno de los brazos del centauro, el que sostenía el arco, saltaba por los aires y aterrizaba con un fuerte estrépito en el suelo, a poca distancia de la dorada cabeza del mago.

—¡No vas a poder conmigo, Potter! —bramó la mortífaga. Harry oyó que ella se movía hacia la derecha para apuntarle bien; mientras tanto, él rodeó la estatua en la dirección opuesta y se agachó detrás de las patas del centauro manteniendo la cabeza a la altura de la del elfo doméstico—. Era y sigo siendo la servidora más leal del Señor Tenebroso. Él me enseñó las artes oscuras, y conozco hechizos poderosísimos con los que tú, patético mocoso, no puedes ni soñar en competir…

—*¡Desmaius!* —gritó Harry.

Había llegado, paso a paso, hasta donde estaba el duende, que sonreía al recién decapitado mago, y había apuntado a la espalda de Bellatrix mientras ella se asomaba por el otro lado de la fuente. La mortífaga reaccionó tan deprisa que Harry apenas tuvo tiempo de agacharse.

—*¡Protego!* —El haz de luz roja del hechizo aturdidor de Harry rebotó y se dirigió contra él. Harry retrocedió para protegerse detrás de la fuente, y una de las orejas del duende saltó por los aires—. ¡Te voy a dar una oportunidad, Potter! —gritó Bellatrix—. ¡Entrégame la profecía, lánzamela rodando por el suelo, y quizá te perdone la vida!

—¡Tendrá que matarme porque ya no la tengo! —chilló Harry, y mientras pronunciaba aquellas palabras notó un intenso dolor en la frente; volvía a arderle la cicatriz, y sintió que lo invadía un sentimiento de ira que no estaba relacionado con su propia rabia—. ¡Y él lo sabe! —añadió Harry soltando una risotada que no tenía nada que envidiar a las de Bellatrix—. ¡Su querido amigo Voldemort sabe que la profecía se ha perdido! No creo que esté muy contento con usted, ¿eh?

—¿Cómo? ¿Qué dices? —chilló la mortífaga, y por primera vez su voz denotaba miedo.

—¡La profecía se ha roto cuando intentaba ayudar a Neville a subir las gradas! ¿Cómo cree que le sentará eso a Voldemort?

Notaba fuertes punzadas en la cicatriz; le dolía tanto que se le estaban llenando los ojos de lágrimas…

—¡ESO ES MENTIRA! —exclamó Bellatrix gritando, pero ahora Harry percibía el terror detrás de la rabia—. ¡LA TIENES TÚ, POTTER, Y VAS A DÁRMELA AHORA MISMO! *¡Accio profecía!* *¡ACCIO PROFECÍA!*

Harry volvió a reír porque sabía que eso la pondría furiosa, pero su dolor de cabeza aumentaba de tal modo que creyó que le estallaría el cráneo. Mostró una mano vacía por detrás del duende, al que sólo le quedaba una oreja, la movió y la escondió rápidamente cuando la mortífaga le lanzó otro haz de luz roja.

—¡No tengo nada! —gritó Harry—. ¡No tengo nada que entregarle! La profecía se ha roto y nadie ha oído lo que ha dicho, ¡explíqueselo a su amo!

—¡No! —aulló ella—. ¡No es verdad, estás mintiendo! ¡LO HE INTENTADO, AMO, LO HE INTENTADO! ¡NO ME CASTIGUE!

—¡Gasta saliva inútilmente! —exclamó Harry, y cerró fuertemente los ojos para combatir el dolor de la cicatriz, más espantoso que nunca—. ¡Él no puede oírla!

—¿Ah, no, Potter? —dijo una voz fría y aguda.

Harry abrió los ojos.

Alto, delgado, tocado con una capucha negra, el aterrador rostro con rasgos de serpiente era blanco y demacrado, y unos ojos rojos con sendas rendijas por pupilas miraban atentamente a Harry… Lord Voldemort había aparecido en medio del vestíbulo y apuntaba con su varita al muchacho, que se había quedado petrificado.

—¿Qué dices, que has roto mi profecía? —preguntó Voldemort con voz queda observando a Harry con ojos rojos y despiadados—. No, Bella, no miente… Veo la verdad mirándome desde dentro de su despreciable mente… Meses de preparación, meses de esfuerzo…, y mis *mortífagos* han dejado que Harry Potter vuelva a desbaratar mis planes…

—¡Lo siento, amo, no lo sabía, yo estaba peleando con el animago Black! —gimoteó Bellatrix, y se arrodilló a los pies de Voldemort mientras él se le acercaba lentamente—. Amo, deberíais saber que…

—Cállate, Bella —le ordenó Voldemort con crueldad—. Enseguida me encargaré de ti. ¿Acaso crees que he entrado en el Ministerio de Magia para escuchar tus penosas disculpas?

—Pero amo… Él está aquí, está abajo…

Voldemort no le prestó atención.

—A ti no tengo nada más que decirte, Potter —dijo sin inmutarse—. Ya me has

fastidiado bastante, llevas demasiado tiempo molestándome. *¡AVADA KEDAVRA!*

Harry ni siquiera había abierto la boca para defenderse; tenía la mente en blanco y apuntaba al suelo con la varita que sujetaba con la mano que le colgaba inerte á un lado.

Pero la estatua dorada del mago sin cabeza de la fuente había cobrado vida, y saltó al suelo desde su pedestal y se colocó entre Harry y Voldemort. El hechizo rebotó en su pecho cuando la estatua extendió los brazos para proteger a Harry.

—¿Qué…? —gritó Voldemort mirando a su alrededor. Y entonces susurró—: ¡Dumbledore!

Harry miró hacia atrás con el corazón desbocado. Dumbledore estaba de pie frente a las rejas doradas.

Voldemort levantó la varita y otro haz de luz verde golpeó a Dumbledore, que se dio la vuelta y desapareció en medio del revuelo de su capa. Al cabo de un segundo, apareció de nuevo detrás de Voldemort y agitó la varita apuntando a lo que quedaba de la fuente. Las otras estatuas también cobraron vida. La estatua de la bruja corrió hacia Bellatrix, que se puso a gritar y a lanzarle hechizos que rebotaban en el pecho de la estatua; ésta se abalanzó sobre la mortífaga y finalmente la inmovilizó contra el suelo. Entre tanto, el duende y el elfo doméstico se escabulleron hasta las chimeneas empotradas a lo largo de la pared, y el centauro, que ya sólo tenía un brazo, salió al galope hacia Voldemort, que desapareció y volvió a aparecer junto a la fuente. La estatua del mago empujó a Harry hacia atrás y lo apartó de la refriega, mientras Dumbledore avanzaba hacia Voldemort y el centauro galopaba en torno a ellos.

—Has cometido una estupidez viniendo aquí esta noche, Tom —dijo Dumbledore con serenidad—. Los *aurores* están en camino…

—¡Pero cuando lleguen, yo me habré ido y tú estarás muerto! —le espetó Voldemort. Luego lanzó otra maldición asesina a Dumbledore, pero no dio en el blanco, sino que golpeó la mesa del mago de seguridad, que se prendió fuego.

Dumbledore también usó su varita, y fue tal la potencia del hechizo que emanó de ella que, pese a estar protegido por su dorado guardián, a Harry se le pusieron los pelos de punta cuando el rayo pasó a su lado. Esa vez, Voldemort se vio obligado a crear un reluciente escudo de plata para desviarlo. El hechizo, fuera el que fuese, no le produjo daños visibles al escudo, aunque le arrancó una fuerte nota parecida al sonido de un gong, francamente estremecedor.

—¿No quieres matarme, Dumbledore? —le preguntó Voldemort asomando los entrecerrados y rojos ojos por encima del borde del escudo—. Estás por encima de esa crueldad, ¿verdad?

—Ambos sabemos que existen otras formas de destruir a un hombre, Tom —respondió Dumbledore, impasible, y siguió caminando hacia Voldemort como si no temiera absolutamente nada, como si no tuviera ningún motivo para interrumpir su

paseo por el vestíbulo—. Reconozco que quitarte la vida no bastaría para satisfacerme…

—¡No hay nada peor que la muerte, Dumbledore! —gruñó Voldemort.

—Te equivocas —replicó Dumbledore, que continuaba acercándose a Voldemort y hablaba con despreocupación, como si discutieran tranquilamente aquel asunto mientras se tomaban una copa. Harry se asustó al ver que Dumbledore caminaba como si tal cosa, expuesto, desprotegido; quería gritarle algo para prevenirlo, pero su decapitado guardián seguía empujándolo hacia la pared y le impedía cualquier intento de asomarse por detrás de él—. De hecho, tu incapacidad para comprender que hay cosas mucho peores que la muerte siempre ha sido tu mayor debilidad.

Otro haz de luz verde surgió de detrás del escudo de plata. Esta vez fue el centauro manco, que galopaba delante de Dumbledore, el que recibió el impacto y se hizo añicos, pero, antes de que los fragmentos llegaran al suelo, Dumbledore echó hacia atrás su varita y la sacudió como si blandiera un látigo. Una larga y delgada llama salió de la punta y se enroscó alrededor de Voldemort, abrazando también el escudo. Por un instante pareció que Dumbledore había ganado, pero entonces la cuerda luminosa se convirtió en una serpiente que soltó a Voldemort de inmediato y se dio la vuelta, silbando furiosa, para enfrentarse a Dumbledore.

Voldemort desapareció, y la serpiente echó hacia atrás la parte del cuerpo que tenía levantada del suelo, preparada para atacar.

Hubo un fogonazo en el aire, por encima de Dumbledore, y en ese preciso momento reapareció Voldemort: estaba de pie en el pedestal, en el centro de la fuente donde hasta hacía poco se alzaban las cinco estatuas.

—¡Cuidado! —gritó Harry.

Pero mientras él gritaba, otro haz de luz verde salió despedido de la varita de Voldemort hacia Dumbledore, y la serpiente atacó…

Entonces *Fawkes* descendió en picado ante Dumbledore, abrió mucho el pico y se tragó todo el haz de luz verde: estalló en llamas y cayó al suelo, pequeño, encogido e incapaz de volar. De inmediato, Dumbledore blandió su varita y describió un largo y fluido movimiento: la serpiente, que había estado a punto de clavarle los colmillos, saltó por los aires y quedó reducida a una voluta de humo negro, y el agua de la fuente se alzó formando una especie de capullo de cristal fundido y cubrió a Voldemort.

Durante un instante lo único que se vio de él fue una oscura, borrosa y desdibujada figura sin rostro que se estremecía sobre el pedestal; era evidente que intentaba librarse de aquella sofocante masa…

Pero de pronto desapareció, y el agua cayó con gran estruendo en la fuente, se derramó por el borde e inundó el suelo.

—¡AMO! —gritó Bellatrix.

Convencido de que todo había terminado y de que Voldemort había decidido huir, Harry intentó salir de detrás de la estatua que lo protegía, pero Dumbledore le ordenó con voz atronadora:

—¡Quédate donde estás, Harry!

Dumbledore parecía asustado por primera vez. Pero Harry no entendía por qué: en el vestíbulo sólo estaban ellos dos, Bellatrix, que seguía sollozando, atrapada bajo la estatua de la bruja, y *Fawkes* convertido en cría de fénix que graznaba débilmente en el suelo.

Entonces a Harry se le abrió la cicatriz y comprendió que estaba muerto: sentía un dolor inconcebible, un dolor insoportable…

Ya no se hallaba en el vestíbulo, sino atrapado en el abrazo de una criatura de ojos rojos, tan fuertemente enroscada a su alrededor que Harry no sabía dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba el de la criatura: estaban fusionados, unidos por el dolor, y no había escapatoria…

Y cuando la criatura habló, utilizó la boca de Harry, que atenazado por un dolor descomunal notó cómo se movía su mandíbula:

—Mátame ahora, Dumbledore… —Cegado y moribundo, deseando soltarse con cada centímetro de su cuerpo, Harry percibió que la criatura volvía a utilizarlo— Si la muerte no es nada, Dumbledore, mata al chico…

«Que pare este dolor —pensó Harry—. Que nos mate. Acabe ya, Dumbledore. La muerte no es nada comparada con esto… Así volveré a ver a Sirius…»

El corazón de Harry se llenó de emoción, y entonces el abrazo de la criatura se aflojó y cesó el dolor. Harry se encontró tumbado boca abajo en el suelo, sin las gafas, temblando como si estuviera tendido sobre hielo y no sobre madera.

Resonaban voces por el vestíbulo, muchas más de las que debía haber… Harry abrió los ojos y vio sus gafas tiradas junto al talón de la estatua sin cabeza que lo había protegido, que en ese momento estaba tumbada boca arriba, resquebrajada e inmóvil. Se puso las gafas y levantó un poco la cabeza, y entonces descubrió la torcida nariz de Dumbledore a pocos centímetros de la suya.

—¿Estás bien, Harry?

—Sí —contestó él, aunque temblaba tanto que no podía mantener erguida la cabeza—. Sí, estoy… ¿Dónde está Voldemort? ¿Dónde…? ¿Quiénes son ésos, qué…?

El Atrio estaba lleno de gente; en el suelo se reflejaban las llamas de color verde esmeralda que habían prendido en todas las chimeneas de una de las paredes; y un torrente de brujas y de magos salía por ellas. Cuando Dumbledore lo ayudó a ponerse en pie, Harry vio las pequeñas estatuas de oro del elfo doméstico y del duende, que guiaban a un atónito Cornelius Fudge.

—¡Estaba aquí! —gritó un individuo ataviado con una túnica roja y peinado con

coleta que señalaba un montón de trozos dorados que había en el otro extremo del vestíbulo, donde unos momentos antes había estado atrapada Bellatrix—. ¡Lo he visto con mis propios ojos, señor Fudge, le juro que era Quien-usted-sabe, ha agarrado a una mujer y se ha desaparecido!

—¡Lo sé, Williamson, lo sé, yo también lo he visto! —farfulló Fudge, que llevaba un pijama bajo la capa de raya diplomática y jadeaba como si acabara de correr una maratón—. ¡Por las barbas de Merlín! ¡Aquí! ¡Aquí, en el mismísimo Ministerio de Magia! ¡Por todos los diablos, parece mentira! ¡Caramba! ¿Cómo es posible?

—Si baja al Departamento de Misterios, Cornelius —sugirió Dumbledore, que parecía satisfecho con el estado en que Harry se encontraba y dio unos pasos hacia delante; al hacerlo, varios de los recién llegados se percataron de su presencia (unos cuantos levantaron las varitas; otros se quedaron pasmados; las estatuas del elfo y del duende aplaudieron, y Fudge se llevó tal susto que sus zapatillas se levantaron un palmo del suelo)—, encontrará a unos cuantos *mortífagos* fugados retenidos en la Cámara de la Muerte, inmovilizados mediante un embrujo antidesaparición, que esperan a que decida qué hacer con ellos.

—¡Dumbledore! —exclamó Fudge con perplejidad—. Usted… aquí… Yo…

Entonces miró salvajemente a los *aurores* que lo acompañaban y quedó clarísimo que estaba a punto de gritar: «¡Deténganlo!»

—¡Cornelius, estoy dispuesto a luchar contra sus hombres y volver a ganar! —anunció Dumbledore con voz atronadora—. Pero hace sólo unos minutos con sus propios ojos ha visto pruebas de que llevo un año diciéndole la verdad. ¡Lord Voldemort ha regresado, y en cambio hace doce meses que está usted persiguiendo al hombre equivocado; ya es hora de que empiece a usar la cabeza!

—Yo… no… Bueno… —balbuceó Fudge, y miró alrededor como si esperara que alguien le dijera lo que tenía que hacer. Como nadie decía nada, añadió—: ¡Muy bien! ¡Dawlish! ¡Williamson! Bajen al Departamento de Misterios a ver… Dumbledore, usted… usted tendrá que contarme exactamente… La Fuente de los Hermanos Mágicos, ¿qué ha pasado? —añadió con una especie de gemido contemplando el suelo del Atrio, por donde estaban esparcidos los restos de las estatuas de la bruja, el mago y el centauro.

—Ya hablaremos de eso cuando haya enviado a Harry a Hogwarts —dijo Dumbledore.

—¿A Harry? ¿Harry Potter?

Fudge se dio bruscamente la vuelta y se quedó contemplando a Harry, que todavía estaba pegado contra la pared, junto a la estatua caída que lo había protegido durante el duelo entre Dumbledore y Voldemort.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó el ministro—. ¿Qué… qué significa esto?

—Se lo explicaré todo cuando Harry haya regresado al colegio —repitió

Dumbledore.

Y entonces se apartó de la fuente y se encaminó hacia el lugar donde había caído la cabeza dorada del mago. La señaló con la varita y musitó: *«Portus»*. La cabeza emitió un resplandor dorado y tembló ruidosamente contra el suelo de madera durante unos segundos, y luego volvió a quedarse quieta.

—¡Un momento, Dumbledore! —gritó Fudge mientras aquél recogía la cabeza del suelo e iba hacia Harry—. ¡No tiene autorización para utilizar ese traslador! ¡No puede hacer esas cosas delante del ministro de Magia como si…, como si…! —exclamó, pero se le entrecortó la voz cuando Dumbledore lo miró autoritariamente por encima de sus gafas de media luna.

—Quiero que dé la orden de echar a Dolores Umbridge de Hogwarts —sentenció Dumbledore—. Quiero que diga a sus *aurores* que dejen de buscar a mi profesor de Cuidado de Criaturas Mágicas para que pueda volver a su trabajo. Voy a darle… —Dumbledore sacó un reloj con doce manecillas del bolsillo y lo consultó— media hora de mi tiempo esta noche; creo que con eso bastará para repasar los puntos más importantes de lo que ha ocurrido aquí. Después tendré que regresar a mi colegio. Si necesita usted más ayuda de mí, no dude en consultarme en Hogwarts, por favor. Me llegarán todas las cartas dirigidas al director.

Fudge miraba a Dumbledore con unos ojos más desorbitados que nunca; tenía la boca abierta y su redondeado rostro estaba cada vez más sonrosado bajo el desordenado cabello gris.

—Yo…, usted…

Dumbledore le dio la espalda.

—Coge este traslador, Harry. —Le tendió la dorada cabeza de la estatua y Harry le puso una mano encima, sin importarle lo que pudiera hacer a continuación ni adónde iría—. Me reuniré contigo dentro de media hora —le aseguró Dumbledore quedamente—. Uno, dos, tres…

Harry volvió a notar aquella sensación de que tiraban de un gancho por detrás de su ombligo y el lustroso suelo de madera desapareció bajo sus pies. El Atrio, Fudge y Dumbledore se habían esfumado, y él volaba en un torbellino de sonido y color.

37
La profecía perdida

Al tocar el suelo con los pies, a Harry se le doblaron ligeramente las rodillas y la cabeza del mago dorado cayó con un golpe metálico. Entonces echó un vistazo a su alrededor y se percató de que había llegado al despacho de Dumbledore.

Durante la ausencia del director, todo se había reparado. Los delicados instrumentos de plata estaban de nuevo sobre las mesas de patas finas y echaban humo y zumbaban discretamente. Los directores y las directoras dormían en sus retratos y apoyaban la cabeza en los respaldos de los sillones o el borde de los cuadros. Harry se acercó a la ventana: una línea de color verde pálido que recorría el horizonte indicaba que no tardaría en amanecer.

El silencio y la quietud, interrumpidos tan sólo por algún que otro gruñido o resoplido de un retrato durmiente, le resultaban insoportables. Tanto era así que si lo que lo rodeaba hubiera podido reflejar sus sentimientos, los cuadros habrían estado gritando de dolor. Se paseó por el tranquilo y bonito despacho, respirando entrecortadamente e intentando no pensar, pero tenía que pensar, no había escapatoria…

Él tenía la culpa de que Sirius hubiera muerto; todo era culpa suya. Si no hubiera

sido tan estúpido para caer en la trampa de Voldemort, si no hubiera estado tan convencido de que lo que había visto en su sueño era real, o si se hubiera planteado la posibilidad, como había dicho Hermione, de que Voldemort confiara en la afición de Harry a hacerse el héroe…

Era insufrible, no quería pensar en ello, no podía aguantarlo. Dentro de él había un terrible vacío que no deseaba sentir ni examinar, un oscuro agujero donde antes estaba Sirius, un agujero del que Sirius se había desvanecido; no deseaba estar solo con aquel enorme y silencioso vacío, no lo soportaba…

Detrás de él, un cuadro soltó un sonoro ronquido y una voz impasible dijo:

—¡Ah, Harry Potter!

Phineas Nigellus dio un enorme bostezo y estiró los brazos mientras contemplaba a Harry con sus pequeños pero vivaces ojos.

—¿Qué te trae a estas horas de la mañana? —le preguntó Phineas—. Se supone que en este despacho sólo puede entrar el legítimo director. ¿Acaso te ha enviado Dumbledore? Ah, no me digas que… —Volvió a bostezar, y un leve escalofrío le recorrió el cuerpo—. ¿He de llevarle otro mensaje al inútil de mi tataranieto?

Harry no podía hablar. Phineas Nigellus no sabía que Sirius estaba muerto, y él era incapaz de decírselo. Contarlo en voz alta supondría convertir la muerte de su padrino en algo definitivo, absoluto, irreparable.

Unos cuantos retratos más empezaron a moverse. El terror que le producía la idea de que lo interrogaran impulsó a Harry a cruzar la habitación a grandes zancadas y a llevar una mano al picaporte de la puerta.

Pero ésta no se abrió. Harry estaba encerrado.

—Supongo que esto significa que Dumbledore volverá a estar pronto entre nosotros —aventuró el mago corpulento de nariz roja que colgaba en la pared, detrás de la mesa del director. Harry se dio la vuelta y vio que el mago lo observaba con mucho interés. El chico asintió y tiró otra vez del picaporte sin volverse, pero la puerta seguía cerrada—. Cuánto me alegro —comentó el mago—. Nos hemos aburrido mucho sin él. —Se acomodó en el sitial en que lo habían retratado y sonrió benignamente a Harry—. Dumbledore tiene muy buena opinión de ti, como ya debes de saber —continuó—. Sí, ya lo creo. Te tiene en gran estima.

El sentimiento de culpa que llenaba el agujero que Harry tenía en el pecho, una especie de monstruoso y pesado parásito, empezó a retorcerse y contorsionarse. Harry ya no podía más, no soportaba ser quien era. Nunca se había sentido tan atrapado por su propia mente y por su propio cuerpo, y nunca había deseado con tanta intensidad ser otra persona o tener cualquier otra identidad.

Entonces unas llamas de color verde esmeralda prendieron en la chimenea vacía y Harry se apartó de un brinco de la puerta y contempló al hombre que giraba en el fuego. Cuando la alta figura de Dumbledore salió de entre las llamas, los magos y las

brujas de las paredes despertaron con brusquedad, y muchos de ellos dieron gritos de bienvenida.

—Gracias —dijo Dumbledore con voz queda. Al principio no miró a Harry, sino que se dirigió hacia la percha que había junto a la puerta, sacó de un bolsillo interior de su túnica a *Fawkes*, que ahora era un pájaro pequeño, feo y sin plumas, y lo colocó con cuidado en la bandeja de suaves cenizas que había bajo el palo dorado donde solía posarse el ave cuando estaba totalmente desarrollada.

—Bueno, Harry —dijo Dumbledore apartándose al fin del fénix—, supongo que te alegrará saber que ninguno de tus amigos sufrirá secuelas por lo ocurrido esta noche.

Harry intentó decir: «Estupendo», pero por su boca no salió ningún sonido. Tenía la impresión de que Dumbledore estaba recordándole los problemas que había causado, y aunque el mago lo miraba por fin a los ojos, y pese a que su expresión era amable y no parecía acusadora, Harry no podía sostenerle la mirada.

—La señora Pomfrey está curándolos —añadió Dumbledore—. Es posible que Nymphadora Tonks tenga que pasar un tiempo en San Mungo, pero todo indica que se recuperará por completo.

Harry se contentó con asentir con la cabeza mientras contemplaba la alfombra, cada vez más clara a medida que el cielo se iluminaba. Estaba seguro de que los retratos escuchaban con atención cada palabra que decía Dumbledore, y de que debían de preguntarse dónde habían estado Harry y el director, y por qué había habido heridos.

—Sé cómo te sientes, Harry —afirmó Dumbledore con serenidad.

—No, no lo sabe —negó él con un tono de voz inusitadamente impetuoso, pues la ira estaba acumulándose en su interior. Dumbledore no sabía nada sobre sus sentimientos.

—¿Lo ve, Dumbledore? —dijo Phineas Nigellus con malicia—. No pierda el tiempo intentando comprender a los estudiantes porque ellos lo detestan. Prefieren sentirse terriblemente incomprendidos, deleitarse en la autocompasión, sufrir con…

—Ya basta, Phineas —le ordenó el director.

Harry le dio la espalda a éste y se quedó observando el estadio de *quidditch* que se distinguía a lo lejos, por la ventana. Sirius había aparecido allí en una ocasión, bajo la forma del peludo perro negro, para ver jugar a Harry. Seguro que lo había hecho para comprobar si era tan bueno como lo había sido James, pero Harry nunca se lo había preguntado.

—No deberías avergonzarte de lo que sientes, Harry —oyó que decía Dumbledore—. Más bien al contrario. El hecho de que puedas sentir un dolor como ése es tu mayor fortaleza.

Harry notaba que las llamas de la ira lo quemaban por dentro: ardían en aquel

terrible vacío y avivaban su deseo de hacer daño al director por su serenidad y sus huecas palabras.

—¿Mi mayor fortaleza? —repitió Harry con voz temblorosa mientras contemplaba con atención el estadio de *quidditch*, aunque en realidad no lo veía—. Usted no tiene ni idea, usted no sabe…

—¿Qué es lo que no sé? —le preguntó Dumbledore con calma.

Aquello fue demasiado. Harry se volvió temblando de rabia.

—No quiero hablar de cómo me siento, ¿está bien?

—¡Que sufras así demuestra que todavía eres un hombre, Harry! Ese dolor significa que eres un ser humano.

—¡PUES ENTONCES NO QUIERO SER UN SER HUMANO! —rugió Harry.

Y agarró el delicado instrumento de plata de la mesita de patas finas que tenía a su lado y lo lanzó hacia el otro extremo de la habitación; el instrumento se hizo mil pedazos al estrellarse contra la pared. Varios retratos soltaron gritos de enfado y miedo, y el de Armando Dippet exclamó: «¡Francamente…!»

—¡NO ME IMPORTA! —les gritó Harry, y luego cogió un lunascopio y lo arrojó a la chimenea—. ¡ESTOY HARTO, YA HE VISTO SUFICIENTE, QUIERO TERMINAR CON ESTO, QUIERO SALIR, YA NO ME IMPORTA…!

Y a continuación cogió la mesa sobre la que había estado el instrumento y la lanzó también. La mesa se rompió y las patas salieron rodando en varias direcciones.

—Sí te importa —sentenció Dumbledore. Ni había pestañeado ni había hecho el más mínimo movimiento para impedir que Harry destrozara su despacho. La expresión de su rostro era tranquila, casi indiferente—. Te importa tanto que tienes la sensación de que vas a desangrarte de dolor.

—¡NO! —gritó Harry, tan fuerte que creyó que se le desgarraría la garganta, y le entraron ganas de abalanzarse sobre Dumbledore y destrozarlo a él también; de arañar su anciana y tranquila cara, zarandearlo, herirlo, hacerle sentir una milésima parte del horror que sentía él.

—Sí, ya lo creo que sí —insistió Dumbledore aún con mayor serenidad—. Ya no sólo has perdido a tu madre y a tu padre, sino también lo más parecido a un padre que tenías. Claro que te importa.

—¡USTED NO SABE CÓMO ME SIENTO! —bramó Harry—. ¡USTED ESTÁ AHÍ TAN…!

Pero las palabras ya no bastaban, romper cosas ya no lo ayudaba; quería correr, quería correr sin parar y no mirar atrás, quería estar en algún sitio donde no pudiera ver aquellos ojos de color azul claro que lo miraban fijamente, aquella anciana cara de espeluznante tranquilidad. Corrió hacia la puerta, agarró otra vez el picaporte y tiró de él.

Pero la puerta no se abría.

—Déjeme salir —dijo volviéndose hacia Dumbledore. Harry continuaba

temblando de pies a cabeza.

—No —respondió el director.

Se observaron unos segundos.

—Déjeme salir —repitió Harry.

—No —repitió Dumbledore.

—Si no me deja salir…, si me retiene aquí…, si no me deja…

—Puedes seguir destrozando mis cosas —repuso Dumbledore sin alterarse—. Tengo demasiadas.

El director dio la vuelta a su mesa y se sentó en su silla, desde donde siguió observando a Harry.

—Déjeme salir —insistió éste con una voz fría y casi tan serena como la de Dumbledore.

—No hasta que me dejes hablar.

—¿Cree usted…, cree que quiero…, cree que me importa un…? ¡NO QUIERO OÍR NI UNA PALABRA DE LO QUE TENGA QUE DECIRME!

—Me escucharás —aseguró Dumbledore—. Porque no estás tan furioso conmigo como deberías estarlo. Si vas a pegarme, como sé que estás a punto de hacer, me gustaría habérmelo ganado del todo.

—Pero ¿qué dice…?

—Yo tengo la culpa de que Sirius haya muerto —afirmó Dumbledore con claridad—. O mejor dicho, casi toda la culpa, porque no voy a ser tan arrogante para atribuirme la responsabilidad absoluta. Sirius era un hombre valiente, inteligente y enérgico, y los hombres como él no suelen contentarse con quedarse sentados en su casa, escondidos, cuando creen que otros corren peligro. Sin embargo, no debiste creer ni por un instante que era necesario que acudieras al Departamento de Misterios esta noche. Si yo hubiera sido sincero contigo, Harry, que es lo que debería haber hecho, habrías sabido hace mucho tiempo que Voldemort intentaría engañarte e incitarte a ir al Departamento de Misterios; de ese modo no habrías caído en su trampa ni habrías ido allí esta noche. Y Sirius no habría tenido que ir a buscarte. De eso soy el único culpable. —Harry seguía de pie con una mano encima del picaporte, aunque no se daba cuenta. Sin respirar apenas, observaba y escuchaba a Dumbledore, pero sin comprender del todo lo que estaba oyendo—. Siéntate, por favor —le indicó el director. No era una orden sino una petición.

Harry vaciló, pero finalmente cruzó con lentitud la habitación, llena de ruedas dentadas de plata y fragmentos de madera, y se sentó enfrente de Dumbledore, al otro lado de su mesa.

—¿Debo deducir que mi tataranieto, el último Black, ha muerto? —preguntó poco a poco Phineas Nigellus, que se hallaba a la izquierda de Harry.

—Sí, Phineas —confirmó Dumbledore.

—No me lo creo —repuso Phineas con brusquedad. Harry giró la cabeza a tiempo de ver cómo Phineas salía de su retrato, y comprendió que había ido a visitar el otro en el que él aparecía, el que estaba colgado en Grimmauld Place. Seguramente iría de retrato en retrato llamando a Sirius por toda la casa…

—Te debo una explicación, Harry —comenzó Dumbledore—. La explicación de los errores de un anciano, pues ahora me doy cuenta de que lo que he hecho y no he hecho contigo lleva el sello de los defectos de la edad. Los jóvenes no podéis saber cómo piensan ni cómo sienten los ancianos, pero los ancianos cometemos un error si olvidamos qué significa ser joven… Y por lo visto, últimamente yo lo he olvidado.

Estaba saliendo el sol; se veía un trocito de un deslumbrante tono anaranjado sobre las montañas, y por encima de él el cielo relucía, aunque parecía descolorido. La luz caía sobre Dumbledore, sobre sus cejas y su barba plateadas y sobre las profundas arrugas de su cara.

—Hace quince años —continuó—, cuando vi la cicatriz de tu frente, imaginé lo que debía de significar. Supuse que representaba la señal de la conexión que se había forjado entre Voldemort y tú.

—Eso ya me lo ha contado, profesor —aseguró Harry con rotundidad. No le importaba ser maleducado. Ya no le importaba nada.

—Sí —se disculpó Dumbledore—. Sí, pero es necesario empezar hablando de tu cicatriz porque, poco después de que te reincorporaras al mundo mágico, se hizo patente que yo tenía razón, y que tu cicatriz te avisaba cuando Voldemort estaba cerca de ti, o cuando sentía una fuerte emoción.

—Ya lo sé —dijo Harry cansinamente.

—Y esa capacidad tuya de detectar la presencia de Voldemort, incluso cuando está enmascarado, y de saber lo que siente cuando se despiertan sus emociones, se ha hecho cada vez más pronunciada desde que Voldemort regresó a su propio cuerpo y recuperó todos sus poderes. —Harry ni siquiera se molestó en asentir con la cabeza. Eso también lo sabía—. Más recientemente —prosiguió Dumbledore—, empezó a preocuparme que Voldemort pudiera notar que existía esa conexión entre vosotros dos. Y, en efecto, llegó un momento en que tú te adentraste tanto en la mente y en los pensamientos de Voldemort que él se percató de tu presencia. Me refiero, por supuesto, a la noche en que presenciaste la agresión que sufrió el señor Weasley.

—Snape me lo dijo —murmuró Harry.

—El profesor Snape, Harry —lo corrigió Dumbledore con delicadeza—. Pero ¿no te preguntaste por qué no te lo conté yo personalmente? ¿Por qué no te enseñé yo Oclumancia? ¿Por qué ni siquiera te había mirado durante meses?

Harry levantó la cabeza. Ahora se daba cuenta de que Dumbledore parecía triste y cansado.

—Sí —masculló—. Sí, claro que me lo pregunté.

—Verás, creía que Voldemort no podía tardar mucho en intentar entrar en tu mente para manipular y dirigir tus pensamientos, y no quería ofrecerle más alicientes para hacerlo. Estaba convencido de que si se daba cuenta de que nuestra relación era, o había sido alguna vez, algo más que la mera relación entre alumno y director, aprovecharía esa oportunidad para utilizarte como un medio para espiarme. Me asustaba pensar en cómo podría manejarte, o en la posibilidad de que intentara poseerte. Harry, creo que tenía razón cuando suponía que Voldemort se habría servido de ti de ese modo. En las pocas ocasiones en que tú y yo tuvimos contacto directo, me pareció ver una sombra de él en tus ojos…

Harry recordó la sensación de que una serpiente dormida se había despertado en su interior, dispuesta a atacar, cuando él y Dumbledore se habían mirado a la cara.

—El objetivo de Voldemort al poseerte, como ha demostrado esta noche, no habría sido mi destrucción, sino la tuya. Cuando te poseyó brevemente, hace un rato, él confiaba en que yo te sacrificaría para quitarle a él la vida. Así que, como ves, lo que yo intentaba al distanciarme de ti, Harry, era protegerte. Un error de anciano…

Dumbledore suspiró profundamente. Harry dejaba que las palabras resbalaran sobre él. Le habría interesado mucho que le hubiera dado esas explicaciones unos meses atrás, pero ahora no tenían sentido comparadas con el profundo abismo que se había abierto en su interior por la pérdida de Sirius; nada de todo aquello importaba ya…

—Sirius me dijo que habías sentido a Voldemort despierto dentro de ti la noche que tuviste la visión del ataque a Arthur Weasley. Comprendí de inmediato que mis peores temores eran ciertos: Voldemort se había dado cuenta de que podía utilizarte. En un intento de armarte contra sus intentos de introducirse en tu mente, pedí al profesor Snape que te enseñara Oclumancia.

Dumbledore hizo una pausa. Harry contemplaba la luz del sol, que resbalaba lentamente por la lustrosa superficie de la mesa del director e iluminaba un tintero de plata y una hermosa pluma escarlata. Harry sabía que los retratos de las paredes estaban despiertos y escuchaban cautivados el discurso de Dumbledore; de vez en cuando oía el frufrú de una túnica, un carraspeo. Sin embargo, Phineas Nigellus aún no había regresado.

—El profesor Snape descubrió que llevabas meses soñando con la puerta del Departamento de Misterios —continuó Dumbledore—. Desde que recuperó su cuerpo, Voldemort estaba obsesionado, como es lógico, con la posibilidad de escuchar la profecía; y cuando pensaba en la puerta, tú también lo hacías, aunque no sabías qué significaba.

»Y entonces viste en sueños a Rookwood, quien hasta antes de su detención trabajaba en el Departamento de Misterios, mientras le decía a Voldemort lo que él ya sabía: que las profecías guardadas en el Ministerio de Magia estaban fuertemente

protegidas. Sólo las personas a las que se refieren pueden cogerlas de esas estanterías sin enloquecer. Así pues, sólo había dos alternativas: o el propio Voldemort tendría que entrar en el Ministerio de Magia arriesgándose a ser visto por fin, o tendrías que cogerla tú por él. Por lo tanto, que dominaras la Oclumancia se convirtió en un asunto de mayor urgencia aún.

—Pero no la dominé —murmuró Harry. Lo dijo en voz alta intentando así aligerar el peso de su sentimiento de culpa: una confesión aliviaría sin duda parte de la terrible presión que le oprimía el pecho—. Ni practiqué ni le di importancia; y podría haber dejado de tener esos sueños; Hermione insistía en que practicara; si lo hubiera hecho, él no habría podido mostrarme adónde tenía que ir, y… Sirius no… Sirius no… —Algo estaba brotando en la mente de Harry: una necesidad de justificarse, de explicar—. ¡Traté de comprobar si era verdad que tenía a Sirius, fui al despacho de la profesora Umbridge, hablé con Kreacher por la chimenea y él me dijo que Sirius no estaba allí, que se había ido!

—Kreacher te mintió —afirmó Dumbledore con serenidad—. Tú no eres su amo, él podía mentirte sin necesidad de autocastigarse siquiera. Kreacher quería que fueras al Ministerio de Magia.

—¿Él… él me envió allí a propósito?

—Sí. Me temo que Kreacher lleva meses sirviendo a más de un amo.

—¿Cómo? —se extrañó Harry sin comprender—. Pero si hace años que no sale de Grimmauld Place.

—Kreacher aprovechó su oportunidad poco después de Navidad —le explicó Dumbledore—, cuando Sirius, por lo visto, le gritó que se «largara». Él le tomó la palabra a tu padrino, e interpretó aquella expresión como una orden de salir de Grimmauld Place. Así que fue a casa del único miembro de la familia Black por el que todavía sentía algún respeto: Narcisa, prima de Black, hermana de Bellatrix y esposa de Lucius Malfoy.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —le preguntó Harry. El corazón le latía muy deprisa y se sentía mareado. Recordaba haber estado preocupado por la ausencia de Kreacher durante las Navidades, y recordaba también que el elfo había aparecido de repente en el desván…

—Kreacher me lo contó todo anoche —contestó Dumbledore—. Verás, cuando le diste aquel críptico mensaje al profesor Snape, él comprendió que habías tenido una visión de Sirius atrapado en las profundidades del Departamento de Misterios. El profesor Snape hizo lo mismo que tú: intentó ponerse rápidamente en contacto con Sirius. Debería aclarar que los miembros de la Orden del Fénix disponen de métodos de comunicación más fiables que la chimenea del despacho de Dolores Umbridge. El profesor Snape comprobó que tu padrino estaba vivo y a salvo en Grimmauld Place.

»Sin embargo, al ver que no regresabas de tu incursión en el Bosque Prohibido

con Dolores Umbridge, el profesor Snape se preocupó, pues tú debías de seguir creyendo que lord Voldemort mantenía cautivo a Sirius, y alertó de inmediato a varios miembros de la Orden. —Dumbledore suspiró profundamente de nuevo y prosiguió—. Alastor Moody, Nymphadora Tonks, Kingsley Shacklebolt y Remus Lupin estaban en el cuartel general cuando el profesor Snape estableció contacto. Todos acordaron ir enseguida en tu ayuda. El profesor Snape pidió que Sirius se quedara en el cuartel general, pues necesitaba que alguien permaneciera allí para contarme a mí lo ocurrido, dado que yo llegaría a Grimmauld Place en cualquier momento. Entre tanto, el profesor Snape tenía intención de buscarte en el bosque.

»Pero Sirius no quiso quedarse atrás mientras los demás acudían en tu ayuda. Delegó en Kreacher la tarea de contarme lo sucedido. Así pues, cuando llegué a Grimmauld Place, poco después de que todos hubieran salido hacia el Ministerio, fue el elfo quien me contó, riendo a carcajadas, adónde había ido Sirius.

—¿Riendo? —preguntó Harry con voz apagada.

—Sí, ya lo creo. Verás, Kreacher no podía traicionarnos completamente. Pese a no ser guardián de los secretos de la Orden, no podía revelar nuestro paradero a los Malfoy ni contarles los planes confidenciales de la Orden que le habían prohibido revelar. Estaba atado por los encantamientos de su raza, es decir, no podía desobedecer una orden directa de su amo, Sirius. Pero dio a Narcisa cierta información que para Voldemort fue muy valiosa, aunque a Sirius debió de parecerle lo suficientemente sabida para que no se le ocurriera prohibirle a Kreacher que la repitiera.

—¿Qué información era ésa? —inquirió Harry.

—Que la persona que más quería Sirius en el mundo eras tú, y que tú lo considerabas a él una mezcla de padre y hermano —contestó Dumbledore—. Voldemort ya estaba enterado, por supuesto, de que Sirius pertenecía a la Orden y de que tú sabías dónde estaba; pero la información de Kreacher le hizo comprender que por quien no dudarías jamás en arriesgar la vida era por Sirius Black.

Harry tenía los labios resecos y entumecidos.

—Entonces… cuando anoche le pregunté a Kreacher si Sirius estaba allí…

—Los Malfoy, siguiendo sin duda las instrucciones de Voldemort, le habían dicho a Kreacher que tenía que hallar la forma de mantener alejado a Sirius después de que tú hubieras tenido la visión de que Voldemort estaba torturándolo. Así, si decidías comprobar si Sirius estaba en la casa o no, Kreacher tendría que fingir que no estaba. Ayer el elfo hirió a Buckbeak, el *hipogrifo*, y cuando tú apareciste en la chimenea, Sirius estaba arriba curándolo.

Harry tenía la sensación de que no le entraba aire en los pulmones y su respiración era rápida y entrecortada.

—¿Y Kreacher le contó todo eso… riendo? —dijo con voz ronca.

—No quería contármelo, pero soy lo bastante hábil en Legeremancia para saber cuándo me están mintiendo, y… lo persuadí para que me explicara toda la historia antes de salir hacia el Departamento de Misterios.

—Y pensar que Hermione siempre nos decía que teníamos que ser amables con él —susurró Harry apretando los puños sobre las rodillas.

—Ella tenía razón, Harry. Cuando instalamos nuestro cuartel general en el número doce de Grimmauld Place, advertí a Sirius que debía tratar a Kreacher con amabilidad y respeto, y también le dije que Kreacher podía ser peligroso para nosotros. Creo que Sirius no me tomó muy en serio; nunca consideró al elfo un ser con sentimientos tan complejos como los de los humanos…

—No culpe a… No hable… de Sirius… como si… —Harry no podía respirar bien, y por eso no articulaba las palabras con precisión; la rabia, que había disminuido un poco, volvía a arder en él: no permitiría que Dumbledore criticara a su padrino—. Kreacher es un mentiroso…, un ser repugnante… Se merecía…

—Kreacher es lo que los magos hemos hecho que sea, Harry —razonó Dumbledore—. Sí, debemos tenerle lástima. Su existencia ha sido tan desgraciada como la de tu amigo Dobby. Estaba obligado a obedecer a Sirius porque tu padrino era el último miembro de la familia a la que estaba esclavizada, pero no sentía una lealtad sincera hacia él. Y pese a todos los defectos de Kreacher, hay que reconocer que Sirius no hizo nada para que su vida resultara más agradable.

—¡NO HABLE ASÍ DE SIRIUS! —gritó Harry. Se había levantado, enfurecido, y estaba a punto de abalanzarse sobre Dumbledore, que no había entendido en absoluto a Sirius, ni lo valiente que había sido, ni lo mucho que había sufrido—. ¿Y Snape? —le espetó Harry—. De él no dice nada, ¿verdad? Cuando le dije que Voldemort tenía a Sirius se limitó a burlarse de mí, como de costumbre.

—Harry, sabes perfectamente que delante de Dolores Umbridge el profesor Snape no podía hacer otra cosa que simular que no te tomaba en serio —respondió Dumbledore sin vacilar—, pero, como ya te he explicado, en cuanto pudo informó a la Orden de lo que tú le habías dicho. Fue él quien dedujo adónde habías ido cuando no regresaste del bosque. También fue él quien le dio a la profesora Umbridge un *Veritaserum* falso cuando ella intentaba obligarte a revelarle el paradero de Sirius.

Harry hizo caso omiso de aquella información; le producía un tremendo placer culpar a Snape porque eso aliviaba su propio sentimiento de culpa, y quería oír a Dumbledore darle la razón.

—Snape… Snape… provocaba a Sirius… Daba a entender que era un cobarde por quedarse en la casa…

—Sirius era demasiado maduro e inteligente para permitir que lo hirieran tan débiles insultos.

—¡Snape dejó de darme clases de Oclumancia! ¡Me echó de su despacho!

—Lo sé, lo sé —admitió Dumbledore con pesar—. Ya he dicho que cometí un error al no enseñarte yo mismo, aunque entonces estaba seguro de que nada podía ser más peligroso que abrir tu mente a Voldemort si te hallabas en mi presencia…

—Snape no hizo más que empeorar las cosas, la cicatriz siempre me dolía más después de las clases con él… —Harry recordó las opiniones de Ron sobre el tema e insistió—. ¿Cómo sabe que no intentaba debilitarme aún más, facilitarle el camino a Voldemort para que entrara en mi…?

—Confío en Severus Snape —se limitó a decir Dumbledore—. Pero olvidé, otro error de anciano, que hay heridas tan profundas que nunca llegan a cicatrizar. Creí que el profesor Snape podría superar sus sentimientos hacia tu padre, pero es evidente que me equivoqué.

—Y eso está bien, ¿no? —gritó Harry ignorando las expresiones de pavor y los murmullos de desaprobación de los retratos de las paredes—. Snape puede odiar a mi padre, pero Sirius no puede odiar a Kreacher, ¿verdad?

—Sirius no odiaba a Kreacher —lo corrigió Dumbledore—. Lo consideraba un criado que no merecía ni respeto ni atención. A veces la indiferencia y la frialdad causan mucho más daño que la aversión declarada. La fuente que hemos destruido esta noche era una mentira. Nosotros, los magos, llevamos demasiado tiempo maltratando a nuestro prójimo y abusando de él, y ahora estamos sufriendo las consecuencias.

—¿INSINÚA QUE SIRIUS MERECÍA LO QUE LE PASÓ? —gritó Harry.

—Yo no he dicho eso, ni me lo oirás decir jamás —repuso Dumbledore, impasible—. Sirius no era un hombre cruel y en general era amable con los elfos domésticos, pero no sentía ningún afecto por Kreacher porque el elfo le recordaba la casa que tanto había odiado.

—¡Sí, claro que la odiaba! —saltó Harry con la voz quebrada; le dio la espalda a Dumbledore y se apartó de la mesa. Ahora el sol iluminaba toda la habitación, y los ojos de los retratos siguieron a Harry, que caminaba sin percatarse de lo que hacía, sin ver siquiera el despacho—. Usted lo obligó a permanecer encerrado en aquella casa, pero él la odiaba, por eso anoche quiso salir de allí.

—Yo sólo intentaba mantener a Sirius con vida —aclaró Dumbledore con serenidad.

—¡A la gente no le gusta que la encierren! —replicó Harry furioso al tiempo que se daba la vuelta y se enfrentaba a Dumbledore—. A mí me hizo usted lo mismo el verano pasado…

Dumbledore cerró los ojos y se tapó la cara con sus manos de largos dedos. Harry se quedó observándolo, pero aquella inusitada muestra de agotamiento, o de tristeza, o de lo que fuera, no lo ablandó. Al contrario: estaba todavía más rabioso con Dumbledore por dar muestras de debilidad y porque era injusto que mostrara flaqueza

cuando Harry quería hacerle culpable.

Dumbledore bajó las manos y miró a Harry a través de las gafas de media luna.

—Ha llegado el momento de que te explique lo que debí explicarte hace cinco años, Harry. Siéntate, por favor. Voy a contártelo todo. Sólo te pido que tengas un poco de paciencia. Cuando haya terminado, tendrás ocasión de gritarme, de hacer lo que quieras. No te lo impediré.

Harry lo miró un instante con rabia; luego volvió junto a la silla que había enfrente de Dumbledore y se sentó.

El director contempló brevemente los iluminados jardines a través de la ventana y luego volvió a dirigirse a él.

—Hace cinco años, Harry, llegaste a Hogwarts sano y salvo, como yo había planeado y previsto. Bueno, quizá no tan sano y salvo. Habías sufrido. Yo sabía que sufrirías cuando te dejé ante la puerta de la casa de tus tíos. Sabía que estaba condenándote a diez oscuros y difíciles años. —Hizo una pausa, pero Harry no dijo nada—. Te preguntarás, y con motivo, por qué tenía que ser así. ¿Por qué no podía haberte acogido una familia de magos? Muchos lo habrían hecho de buen grado, y habría sido para ellos un placer y un honor criarte como a un hijo.

»La respuesta es que mi prioridad era mantenerte con vida. Estabas en peligro, un peligro de cuya gravedad quizá sólo yo fuera consciente. Sólo hacía unas horas que Voldemort había sido derrotado, pero sus seguidores, y muchos de ellos son tan terribles como él, todavía andaban sueltos y estaban desesperados y encolerizados. Además, yo tenía que tomar una decisión respecto a los años venideros. ¿Acaso creía que Voldemort se había marchado para siempre? No. No sabía si tardaría diez, veinte o cincuenta años en regresar, pero estaba convencido de que lo haría, y también estaba seguro, conociéndolo como lo conozco, de que no descansaría hasta haberte matado.

»Sabía que los conocimientos de magia de Voldemort eran más amplios quizá que los de ningún otro mago vivo. Asimismo sabía que ni los más complejos y potentes hechizos o encantamientos protectores serían invencibles el día que él regresara con todo su poder.

»Pero también sabía cuál era su punto débil. Así que tomé una decisión. Estarías protegido por una antiquísima magia que él conoce, desprecia y, por lo tanto, siempre ha subestimado, en su propio perjuicio. Me refiero, por supuesto, al hecho de que tu madre muriera para salvarte. Ella te dio una prolongada protección que él no esperaba, una protección que fluye por tus venas hasta hoy. Así que puse toda mi confianza en la sangre de tu madre. Te entregué a su hermana, su único familiar vivo.

—Mi tía no me quiere —saltó Harry—. No le importa…

—Pero te acogió —lo interrumpió Dumbledore—. Quizá te acogiera a regañadientes, con rabia, de mala gana, contra su voluntad, pero de todos modos te

acogió, y al hacerlo selló el encantamiento que yo te había hecho. El sacrificio de tu madre convirtió el vínculo de sangre en el escudo más fuerte que yo podía ofrecerte.

—Sigo sin…

—Mientras puedas llamar hogar al sitio donde habita la sangre de tu madre, allí Voldemort no podrá tocarte ni hacerte ningún daño. Él derramó la sangre de tu madre, pero ésta sigue viva en ti y en tu tía. Así que la sangre de tu madre se convirtió en tu refugio. De hecho, sólo tienes que regresar con tus tíos una vez al año, y en esa casa él no podrá hacerte daño mientras puedas considerarla tu hogar. Tu tía está al corriente de todo porque le expliqué lo que yo había hecho en una carta que deposité junto a ti cuando te dejé en su puerta. Ella sabe que tenerte en su casa es lo que te ha mantenido con vida estos quince años.

—Un momento —dijo Harry—. Espere un momento. —Se enderezó en la silla mirando fijamente a Dumbledore—. Usted le envió aquel vociferador. Usted le dijo que recordara… ¡Era su voz!

—Creí que quizá necesitara que le recordaran el pacto que había sellado al acogerte —respondió Dumbledore agachando ligeramente la cabeza—. Sospeché que el ataque de los *dementores* le habría hecho pensar en los peligros que suponía tenerte como hijo adoptivo.

—Así fue. Bueno, a mi tío más que a ella. Él quería echarme de casa, pero cuando llegó el vociferador, ella… ella dijo que debía quedarme. —Harry miró el suelo un momento y luego añadió—: Pero ¿qué tiene eso que ver con…?

No podía pronunciar el nombre de Sirius.

—Después, hace cinco años —prosiguió Dumbledore como si no hubiera hecho ninguna pausa en su relato—, llegaste a Hogwarts, quizá ni tan contento ni tan bien alimentado como a mí me habría gustado, pero al menos vivo y con buena salud. No eras ningún príncipe mimado, sino un niño todo lo normal que yo podía esperar que fueras, dadas las circunstancias. Hasta ese instante mi plan estaba funcionando.

»Y entonces… Bueno, seguro que recuerdas los sucesos de tu primer año en Hogwarts tan claramente como yo. Aceptaste de una forma magnífica el reto al que te enfrentabas, y pronto, mucho más pronto de lo que yo había imaginado, te encontraste cara a cara con Voldemort. Volviste a sobrevivir. Y no sólo eso. Impediste que él recuperara su poder y su fuerza, y así retrasaste su regreso. Luchaste como un hombre. El orgullo que sentí por ti… no puede expresarse con palabras.

»Sin embargo, mi maravilloso plan tenía un fallo —reconoció Dumbledore—. Un fallo evidente que yo sabía, ya entonces, que podía hacer que todo fracasara. Y aun así, sabiendo lo importante que era que mi plan funcionara, me dije que no permitiría que aquel fallo lo arruinara. Sólo yo podía impedirlo, así que sólo yo debía mantenerme fuerte. Mientras tú estabas en la enfermería, débil tras tu enfrentamiento con Voldemort, llegó mi primera prueba.

—No entiendo lo que quiere decirme.

—¿No recuerdas haberme preguntado, en la cama de la enfermería, por qué Voldemort había intentado matarte cuando eras un bebé? —Harry asintió con la cabeza—. ¿Debí decírtelo entonces? —Harry escudriñó los azules ojos del director y no hizo ningún comentario, pero su corazón volvía a latir muy deprisa—. ¿Todavía no ves el fallo del plan? No, quizá no… Bueno, como ya sabes, decidí no contestarte. Tenías once años, me dije; eras demasiado pequeño para saberlo. Yo nunca me había planteado contártelo cuando tuvieras once años porque semejante revelación a tan temprana edad habría sido demasiado para ti.

»Debí reconocer entonces las señales de peligro. Debí preguntarme por qué no me turbó más que ya me hubieras formulado la pregunta a la que yo sabía que algún día debería dar una terrible respuesta. Debí darme cuenta de que me alegraba demasiado de no tener que dártela aquel día en concreto… Eras demasiado pequeño.

»Y así llegamos a tu segundo año en Hogwarts. Volviste a enfrentarte a retos a los que ni los magos experimentados se han enfrentado nunca; y, una vez más, te desenvolviste superando todas mis expectativas. Sin embargo, no me preguntaste de nuevo por qué Voldemort te había dejado aquella marca. ¡Ah, sí, hablamos de tu cicatriz!… Nos acercamos mucho al tema. Pero ¿por qué no te lo conté todo?

»Verás, no me pareció que doce años fueran muchos más que once, ni que ya estuvieras preparado para recibir la información. Te dejé marchar, manchado de sangre, agotado pero lleno de júbilo, y si sentí una pizca de desasosiego al pensar que quizá debería habértelo explicado entonces, la silencié rápidamente. Eras todavía tan joven, ¿entiendes?, que no tuve valor para estropearte aquella noche de triunfo.

»¿Lo ves, Harry? ¿Ves ahora dónde estaba el fallo de mi brillante plan? Había caído en la trampa que había previsto, que me había dicho a mí mismo que podría evitar, que debía evitar.

—No…

—Me importabas demasiado —prosiguió Dumbledore con sencillez—. Me importaba más tu felicidad que el hecho de que supieras la verdad; me importaba más tu tranquilidad que mi plan; me importaba más tu vida que las que pudieran perderse si fallaba el plan. Dicho de otro modo, actué exactamente como Voldemort espera que actuemos los locos que amamos.

»¿Existe defensa contra eso? Cualquiera que te haya visto crecer como te he visto crecer yo, y te aseguro que te he seguido más de cerca de lo que puedas imaginarte, habría querido ahorrarte más dolor del que ya habías sufrido. ¿Qué me importaba a mí que montones de personas y criaturas sin nombre y sin rostro pudieran perecer en un incierto futuro, si en ese momento tú estabas vivo, sano y feliz? Jamás se me había ocurrido pensar que tendría a alguien como tú a mi cuidado.

»Llegamos al tercer año. Vi desde lejos cómo luchabas para repeler a los

dementores, cómo encontrabas a Sirius, averiguabas quién era y lo rescatabas. ¿Tenía que decírtelo entonces, justo cuando acababas de salvar triunfalmente a tu padrino de las fauces del Ministerio? Pero cuando cumpliste los trece años, se me empezaron a acabar las excusas. No podía negarse que todavía eras joven, pero habías demostrado ser excepcional. No tenía la conciencia tranquila, Harry. Sabía que se acercaba el momento…

»Pero el año pasado saliste del laberinto tras ver morir a Cedric Diggory, tras librarte tú también por muy poco de la muerte… Y no te lo dije, aunque sabía, ya que Voldemort había regresado, que debía hacerlo pronto. Y desde esta noche estoy convencido de que hace tiempo que estás preparado para saber lo que te he ocultado todos estos años, porque has demostrado que debí colocar esa carga sobre ti mucho antes. Lo único que puedo decir en mi defensa es que te había visto sobrellevar tales cargas, cosa que ningún otro estudiante de este colegio ha tenido que soportar, que no me atrevía a añadir otra, la mayor de todas.

Harry esperó, pero Dumbledore no dijo nada más.

—Sigo sin entenderlo.

—Voldemort intentó matarte cuando eras un niño a causa de una profecía que se hizo poco después de tu nacimiento, y que él sabía que se había realizado, aunque no conocía todo su contenido. Decidió matarte cuando todavía eras pequeño porque creyó que así cumplía los términos de dicha profecía. Pero descubrió, muy a su pesar, que se había equivocado cuando la maldición con la que intentó matarte se volvió contra él. Así pues, desde que recuperó su cuerpo, y sobre todo después de que el año pasado huyeras de él de aquella forma tan extraordinaria, se propuso conocer enteramente la profecía. Ésa es el arma que con tanta diligencia ha estado buscando desde su regreso: saber cómo destruirte.

El sol ya estaba en lo alto del cielo, y el despacho de Dumbledore, bañado en su luz. La urna de cristal que contenía la espada de Godric Gryffindor brillaba, blanca y opaca; los trozos de los instrumentos que Harry había tirado al suelo relucían como gotas de lluvia, y detrás de él, el pequeño *Fawkes* gorjeaba débilmente en su nido de cenizas.

—La profecía se ha roto —dijo Harry, abatido—. Cuando intentaba subir a Neville por los bancos de la…, de esa sala donde estaba el arco, se le desgarró la túnica y la profecía cayó…

—Lo que se rompió sólo es el registro de la profecía que guardaba el Departamento de Misterios. Pero la profecía se pronunció ante alguien, y la persona que la escuchó puede recordarla a la perfección.

—¿Quién la escuchó? —preguntó Harry, aunque ya creía saber la respuesta.

—Yo —le confirmó Dumbledore—. Una noche fría y lluviosa, hace dieciséis años, en una habitación de Cabeza de Puerco. Había ido allí a entrevistarme con una

aspirante al puesto de profesor de Adivinación, pese a que yo no tenía ningún deseo de seguir impartiendo esa asignatura en el colegio. Sin embargo, la aspirante era la tataranieta de una vidente muy famosa y de gran talento, y accedí a verla por cortesía, pero me llevé una decepción. Me pareció que ella, a diferencia de su antepasada, no tenía ni pizca de inteligencia. Le dije, espero que educadamente, que no cumplía los requisitos para el cargo, y entonces me dispuse a salir de la habitación.

Dumbledore se levantó, pasó al lado de Harry y fue hasta el armario negro que había junto a la percha de *Fawkes*. Se agachó, corrió un pestillo y sacó la vasija de piedra con runas grabadas alrededor del borde en la que Harry había visto a su padre atormentando a Snape. Dumbledore volvió a la mesa, colocó el *pensadero* sobre ella y se llevó la punta de la varita a la sien. Retiró de su cabeza unas hebras de pensamiento plateadas, finas como telarañas, que se adhirieron a su varita, y las depositó en la vasija. Volvió a sentarse en la silla y observó cómo sus pensamientos giraban y se arremolinaban dentro del *pensadero*. Entonces, con un suspiro, levantó la varita y tocó la sustancia plateada con la punta.

De ella salió una figura envuelta en chales, con los ojos muy aumentados detrás de unas gafas, que giró lentamente sobre sí misma, con los pies dentro de la vasija. Sin embargo, cuando Sybill Trelawney habló, no lo hizo con aquella voz etérea y mística que solía emplear, sino con el tono áspero y duro que Harry sólo le había oído utilizar en una ocasión:

—«El único con poder para derrotar al Señor Tenebroso se acerca… Nacido de los que lo han desafiado tres veces, vendrá al mundo al concluir el séptimo mes… Y el Señor Tenebroso lo señalará como su igual, pero él tendrá un poder que el Señor Tenebroso no conoce… Y uno de los dos deberá morir a manos del otro, pues ninguno de los dos podrá vivir mientras siga el otro con vida… El único con poder para derrotar al Señor Tenebroso nacerá al concluir el séptimo mes…»

La figura de la profesora Trelawney, sin dejar de dar vueltas sobre sí misma, se sumergió en la masa plateada que llenaba la vasija y desapareció.

Se hizo un silencio absoluto en el despacho. Ni Dumbledore ni Harry ni los retratos hicieron ruido alguno. Hasta *Fawkes* se había quedado mudo.

—Profesor… —dijo Harry con un hilo de voz, pues Dumbledore, que no había apartado la vista del *pensadero*, parecía completamente ensimismado—. ¿Significa eso…? ¿Qué significa?

—Significa que la única persona capaz de vencer a lord Voldemort para siempre nació a finales de julio hace casi dieciséis años. Y que los padres de ese niño habían desafiado tres veces a Voldemort.

Harry sintió como si algo se cerniera sobre él, y de nuevo le costaba respirar. —¿Soy… yo?

Dumbledore respiró profundamente y dijo con voz queda:

—Lo curioso, Harry, es que tal vez no fueras tú. La profecía de Sybill podría haberse referido a dos niños magos, ambos nacidos a finales de julio de aquel año, cuyos padres pertenecían a la Orden del Fénix y habían escapado por poco de Voldemort en tres ocasiones. Uno eras tú, por supuesto. El otro era Neville Longbottom.

—Pero entonces…, entonces… ¿por qué era mi nombre el que estaba en la profecía, y no el de Neville?

—El registro oficial volvió a etiquetarse después de que Voldemort intentara matarte cuando eras un bebé —le explicó Dumbledore—. Al responsable de la Sala de las Profecías le pareció evidente que si Voldemort había intentado matarte era porque sabía que era a ti a quien se refería Sybill.

—Pero… ¿podría no ser yo?

—Me temo que no hay ninguna duda de que eres tú —respondió Dumbledore lentamente, como si cada palabra le costara un tremendo esfuerzo.

—Pero usted acaba de decir… Neville también nació a finales de julio, y sus padres…

—Olvidas la segunda parte de la profecía: el definitivo rasgo identificador del niño que podría vencer a Voldemort. El propio Voldemort «lo señalará como su igual». Y eso fue lo que hizo, Harry. Te eligió a ti y no a Neville. Te marcó con la cicatriz que ha demostrado ser al mismo tiempo bendición y maldición.

—Pero ¡pudo equivocarse al elegirme! —exclamó Harry—. ¡Pudo señalar a la persona equivocada!

—Eligió al que consideró que suponía un mayor peligro para él. Y fíjate en esto, Harry: no eligió al sangre limpia, que, según su credo, era el único que merecía llamarse mago, sino al sangre mestiza, como él. Él se identificó contigo antes incluso de verte, y al atacarte y señalarte con esa cicatriz no te mató, como pretendía hacer, sino que te dio unos poderes, y un futuro, que te han capacitado para escapar de él no una, sino cuatro veces hasta ahora, algo que no consiguieron tus padres ni los padres de Neville.

—Pero ¿por qué lo hizo? —preguntó Harry, que estaba helado y entumecido—. ¿Por qué intentó matarme cuando era un bebé? Debió esperar y ver quién de los dos, Neville o yo, parecía más peligroso cuando fuéramos mayores, y matar al que lo fuera…

—Sí, desde luego, ése habría sido el método más práctico, pero la información que Voldemort tenía sobre la profecía era incompleta. Cabeza de Puerco, que Sybill eligió por sus económicos precios, siempre ha atraído, digámoslo así, a una clientela más interesante que la de Las Tres Escobas. Como tú y tus amigos tuvisteis ocasión de comprobar, igual que yo aquella noche, es un sitio donde uno nunca debe dar por hecho que nadie lo está escuchando. Yo, por supuesto, cuando decidí reunirme allí

con Sybill Trelawney, no había imaginado que fuera a oír algo que mereciera la pena escuchar a hurtadillas. La única suerte que tuve, o tuvimos, fue que la persona que estaba escuchando nuestra conversación fue detectada antes de que Sybill terminara de exponer su profecía, y la echaron del local.

—¿Entonces sólo oyó…?

—Sólo oyó el principio, la parte que predecía el nacimiento de un niño en el mes de julio, hijo de unos padres que habían desafiado tres veces a Voldemort. Por eso no pudo prevenir a su amo de que atacarte supondría correr el riesgo de transmitirte poderes y señalarte como su igual. Así que Voldemort nunca supo que podía resultar peligroso luchar contra ti, y que habría sido más prudente esperar hasta enterarse de más cosas. Él no sabía que tú tendrías «un poder que el Señor Tenebroso no conoce».

—¡Pero si no lo tengo! —dijo Harry con voz estrangulada—. No tengo ningún poder que él no tenga, yo no podría luchar como lo ha hecho él esta noche, no puedo poseer a la gente ni… matarla…

—En el Departamento de Misterios —lo interrumpió Dumbledore— hay una sala que siempre está cerrada. Contiene una fuerza que es a la vez más maravillosa y más terrible que la muerte, que la inteligencia humana, que el poder de la naturaleza. Además, quizá es también la más misteriosa de todas las cosas que se guardan allí para su estudio. Lo que tú posees en sumo grado es el poder que se esconde en esa sala, del que Voldemort carece por completo. De modo que esa fuerza es la que te ha impulsado a intentar salvar a Sirius esta noche y es la que también ha impedido que Voldemort te haya poseído, porque él es incapaz de ocupar un cuerpo tan lleno del poder que detesta. Al final no ha importado que no pudieras cerrar tu mente, porque ha sido tu corazón el que te ha salvado.

Harry cerró los ojos. Si no hubiera ido a salvar a Sirius, éste no habría muerto. Pero luego, para no volver a pensar en su padrino, y aunque le daba igual la respuesta, Harry preguntó:

—Él final de la profecía… decía algo de que «ninguno de los dos podrá vivir»…

—… «mientras siga el otro con vida» —terminó Dumbledore.

—¿Significa eso… que…, que uno de los dos tendrá que matar al otro, tarde o temprano? —inquirió Harry sacando las palabras de lo que parecía un profundo pozo de desesperación.

—Sí —afirmó Dumbledore.

Permanecieron callados mucho rato. Harry oía voces más allá de las paredes del despacho; debían de ser las de los estudiantes que bajaban al Gran Comedor para desayunar. Parecía imposible que pudiera haber gente en el mundo que todavía tuviera hambre, que riera, que ni supiera ni le importara saber que Sirius Black se había ido para siempre. En realidad, era como si su padrino estuviera ya a millones de kilómetros de distancia, aunque una parte de la mente de Harry todavía creía que si

hubiera apartado el velo habría encontrado a Sirius mirándolo y, tal vez, recibiéndolo con su atronadora risa.

—Creo que te debo otra explicación, Harry —dijo Dumbledore con voz vacilante —. Supongo que alguna vez te habrás preguntado por qué nunca te he nombrado prefecto. Debo confesar… que me pareció que ya tenías suficientes responsabilidades.

Harry levantó la cabeza y lo observó, y vio que una lágrima resbalaba por la cara de Dumbledore hasta perderse en su larga y plateada barba.

38
Empieza la segunda guerra

REGRESA EL-QUE-NO-DEBE-SER-NOMBRADO

El viernes por la noche, Cornelius Fudge, ministro de Magia, corroboró que El-que-no-debe-ser-nombrado ha vuelto a este país y está otra vez en activo, según dijo en una breve declaración.

«Lamento mucho tener que confirmar que el mago que se hace llamar lord…, bueno, ya saben ustedes a quién me refiero, está vivo y anda de nuevo entre nosotros —anunció Fudge, que parecía muy cansado y nervioso en el momento de dirigirse a los periodistas—. También lamentamos informar de la sublevación en masa de los *dementores* de Azkaban, que han renunciado a seguir trabajando para el Ministerio. Creemos que ahora obedecen órdenes de lord…, de ése.

»Instamos a la población mágica a permanecer alerta. El Ministerio ya ha empezado a publicar guías de defensa personal y del hogar elemental, que serán distribuidas gratuitamente por todas las viviendas de magos durante el próximo mes.»

La comunidad mágica ha recibido con consternación y alarma la declaración del ministro, pues precisamente el miércoles pasado el Ministerio garantizaba que no había «ni pizca de verdad en los persistentes rumores de que Quien-ustedes-saben esté operando de nuevo entre nosotros».

Los detalles de los sucesos que han provocado el cambio de opinión del Ministerio todavía son confusos, aunque se cree que El-que-no-debe-ser-nombrado y una banda de selectos seguidores (conocidos como «*mortífagos*») consiguieron entrar en el Ministerio de Magia el jueves por la noche.

De momento, este periódico no ha podido entrevistar a Albus Dumbledore, recientemente rehabilitado en el cargo de director del Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería, miembro restituido de la Confederación Internacional de Magos y, de nuevo, Jefe de Magos del Wizengamot. Durante el año pasado, Dumbledore había insistido en que Quien-ustedes-saben no estaba muerto, como todos creían y esperaban, sino que estaba reclutando seguidores para intentar tomar el poder una vez más. Mientras tanto, «El niño que sobrevivió»…

—Eh, Harry, aquí estás; ya sabía yo que hablarían de ti —comentó Hermione mirando a su amigo por encima del borde de la hoja de periódico.

Estaban en la enfermería. Harry se había sentado a los pies de la cama de Ron y ambos escuchaban a Hermione, que leía la primera plana de *El Profeta Dominical.* Ginny, a quien la señora Pomfrey había curado el tobillo en un periquete, estaba acurrucada en un extremo de la cama de Hermione; Neville, cuya nariz también había recuperado su tamaño y forma normales, estaba sentado en una silla entre las dos camas; y Luna, que había ido a visitar a sus amigos, tenía la última edición de *El Quisquilloso* en las manos y leía la revista del revés sin escuchar, aparentemente, ni una sola palabra de lo que decía Hermione.

—Sí, pero ahora vuelven a llamarlo «El niño que sobrevivió» —observó Ron—. Ya no es un iluso fanfarrón, ¿eh?

Cogió un puñado de ranas de chocolate del inmenso montón que había en su mesilla, lanzó unas cuantas a Harry, Ginny y Neville y arrancó con los dientes el envoltorio de la suya. Todavía tenía profundos verdugones en los antebrazos, donde se le habían enroscado los tentáculos del cerebro. Según la señora Pomfrey, los pensamientos podían dejar cicatrices más profundas que ninguna otra cosa, aunque ya había empezado a aplicarle grandes cantidades de Ungüento Amnésico del Doctor Ubbly, y Ron presentaba cierta mejoría.

—Sí, ahora hablan muy bien de ti, Harry —confirmó Hermione mientras leía rápidamente el artículo—. «La solitaria voz de la verdad… considerado desequilibrado, aunque nunca titubeó al relatar su versión… obligado a soportar el

ridículo y las calumnias…» Hummm —dijo frunciendo el entrecejo—, veo que no mencionan el hecho de que eran ellos mismos, los de *El Profeta,* los que te ridiculizaban y te calumniaban…

Hermione hizo una leve mueca de dolor y se llevó una mano a las costillas. La maldición que le había echado Dolohov, pese a ser menos efectiva de lo que lo habría sido si hubiera podido pronunciar el conjuro en voz alta, había causado «un daño considerable», según las palabras textuales de la señora Pomfrey. Hermione, que tenía que tomar diez tipos de pociones diferentes cada día, había mejorado mucho, pero ya estaba harta de la enfermería.

—«El último intento de Quien-ustedes-saben de hacerse con el poder, páginas dos a cuatro; Lo que el Ministerio debió contarnos, página cinco; Por qué nadie hizo caso a Albus Dumbledore, páginas seis a ocho; Entrevista en exclusiva con Harry Potter, página nueve…» ¡Vaya! —exclamó Hermione, y dobló el periódico y lo dejó a un lado—. Sin duda les ha dado para escribir mucho. Pero esa entrevista con Harry no es una exclusiva, es la que salió en *El Quisquilloso* hace meses…

—Mi padre se la vendió —dijo Luna con vaguedad mientras pasaba una página de *El Quisquilloso*—. Y le pagaron muy bien, así que este verano organizaremos una expedición a Suecia para ver si podemos cazar un *snorkack* de cuernos arrugados.

Hermione se debatió consigo misma unos instantes y luego replicó:

—Qué bien, ¿no? —Ginny miró con disimulo a Harry y apartó rápidamente la vista sonriendo—. Bueno —dijo Hermione incorporándose un poco y haciendo otra mueca de dolor—, ¿cómo va todo por el colegio?

—Flitwick ha limpiado el pantano de Fred y George —contó Ginny—. Tardó unos tres segundos. Pero ha dejado un trocito debajo de la ventana y lo ha acordonado.

—¿Por qué? —preguntó Hermione, sorprendida.

—Dice que fue una gran exhibición de magia —comentó Ginny encogiéndose de hombros.

—Yo creo que lo ha dejado como un monumento a Fred y George —intervino Ron con la boca llena de chocolate—. Mis hermanos me han enviado todo esto —le dijo a Harry, y señaló la montaña de ranas que tenía a su lado—. Les debe de ir muy bien con la tienda de artículos de broma, ¿no?

Hermione lo miró con gesto de desaprobación y preguntó:

—¿Y ya se han acabado los problemas desde que ha vuelto Dumbledore?

—Sí —contestó Neville—, todo ha vuelto a la normalidad.

—Supongo que Filch estará contento, ¿no? —dijo Ron, y apoyó contra su jarra de agua un cromo de rana de chocolate en el que aparecía Dumbledore.

—¡Qué va! —exclamó Ginny—. Se siente muy desgraciado. —Bajó la voz y añadió en un susurro—: No para de decir que la profesora Umbridge era lo mejor que

jamás le había pasado a Hogwarts…

Los seis giraron la cabeza. La profesora Umbridge estaba acostada en otra cama un poco más allá, contemplando el techo. Dumbledore había entrado solo en el bosque para rescatarla de los centauros, pero nadie sabía cómo había logrado salir de la espesura sin un solo arañazo y con Dolores Umbridge apoyada en él; y, por supuesto, la profesora Umbridge no era quien desvelaría aquel misterio. Desde su regreso al castillo, no había pronunciado ni una sola palabra, que ellos supieran. Nadie sabía a ciencia cierta qué le pasaba. Llevaba el pelo, por lo general muy bien peinado, completamente revuelto, y aún tenía enredados en él trocitos de ramas y hojas, pero por lo demás parecía ilesa.

—La señora Pomfrey dice que sólo sufre una conmoción —susurró Hermione.

—Yo diría que está enfurruñada —opinó Ginny.

—Sí, porque da señales de vida cuando haces esto —dijo Ron, e hizo un débil ruidito de cascos de caballo con la lengua.

Inmediatamente, la profesora Umbridge se incorporó de un brinco y miró, asustada, a su alrededor.

—¿Ocurre algo, profesora? —le preguntó la señora Pomfrey asomando la cabeza por detrás de la puerta de su despacho.

—No, no… —contestó Dolores Umbridge, y volvió a apoyarse en las almohadas —. No, debía de estar soñando…

Hermione y Ginny ahogaron la risa con las sábanas.

—Hablando de centauros —comentó Hermione cuando se hubo recuperado un poco—, ¿quién será ahora el profesor de Adivinación? ¿Se quedará Firenze?

—No tendrá más remedio que quedarse —respondió Harry—. No creo que los otros centauros lo acepten en la manada.

—Parece que Firenze y la profesora Trelawney van a compartir el puesto —apuntó Ginny.

—Seguro que a Dumbledore le habría encantado librarse para siempre de la profesora Trelawney —terció Ron mientras masticaba la rana número catorce—. Aunque la verdad es que lo que no sirve para nada es la asignatura en sí; las clases con Firenze tampoco son mucho mejores.

—¿Cómo puedes decir eso? —lo regañó Hermione—. ¡Justo cuando acabamos de enterarnos de que existen las profecías de verdad!…

A Harry se le aceleró el corazón. No había revelado ni a Ron ni a Hermione ni a nadie el contenido de la profecía. Neville les había dicho que se había roto mientras Harry lo ayudaba a subir por las gradas de la Cámara de la Muerte, y Harry aún no había corregido aquella información. No estaba preparado para ver la expresión de sus rostros cuando les contara que tendría que ser asesino o víctima, pues no había alternativa…

—Es una lástima que se rompiera —comentó Hermione con voz queda, y movió la cabeza.

—Sí, es verdad —coincidió Ron—. Pero al menos Quien-vosotros-sabéis tampoco se enteró de lo que decía. ¿Adónde vas? —preguntó, sorprendido y contrariado, al ver que Harry se levantaba.

—A… ver a Hagrid —respondió—. Acaba de llegar, y le prometí que iría a verlo y a decirle cómo estáis vosotros dos.

—Ah, bueno —repuso Ron de malhumor, y miró por la ventana de la enfermería hacia la extensión de luminoso cielo azul—. Ojalá pudiéramos ir nosotros también.

—¡Dale recuerdos de nuestra parte! —gritó Hermione cuando Harry salía ya de la enfermería—. ¡Y pregúntale qué ha sido de… su amiguito! —añadió, y el chico hizo un ademán para indicar que la había oído y que había captado el mensaje.

El castillo estaba muy tranquilo, incluso tratándose de un domingo. Todo el mundo estaba en los soleados jardines disfrutando de que habían acabado los exámenes y con la perspectiva de unos pocos días más de curso libres de repasos y deberes.

Harry recorrió despacio el vacío pasillo echando vistazos por las ventanas por las que pasaba; vio a unos cuantos estudiantes que volaban sobre el estadio de *quidditch* y a un par de ellos nadando en el lago, acompañados por el calamar gigante.

No estaba seguro de si quería estar con gente o no; cuando tenía compañía le entraban ganas de marcharse, y cuando estaba solo echaba de menos la compañía. De todos modos decidió ir a visitar a Hagrid, pues no había hablado con calma con él desde que el guardabosques había regresado.

Harry acababa de bajar el último escalón de la escalera de mármol del vestíbulo cuando Malfoy, Crabbe y Goyle salieron por una puerta que había a la derecha y que conducía a la sala común de Slytherin. Harry se paró en seco; lo mismo hicieron Malfoy y sus compinches. Lo único que se oía eran los gritos, las risas y los chapoteos provenientes de los jardines, que llegaban hasta el vestíbulo por las puertas abiertas.

Malfoy echó un vistazo a su alrededor (Harry comprendió que quería comprobar si había por allí algún profesor) y luego miró a Harry y dijo en voz baja:

—Estás muerto, Potter.

—Tiene gracia —respondió él alzando las cejas—. No sabía que los muertos pudieran caminar.

Harry jamás había visto tan furioso a Malfoy, y sintió una especie de indiferente satisfacción al observar cómo la ira crispaba su pálido y puntiagudo rostro.

—Me las pagarás —contestó Malfoy en un susurro—. Vas a pagar muy caro lo que le has hecho a mi padre.

—Mira cómo tiemblo —respondió Harry con sarcasmo—. Supongo que lo de

lord Voldemort no fue más que un ensayo comparado con lo que me tenéis preparado vosotros tres. ¿Qué pasa? —añadió, pues Malfoy, Crabbe y Goyle se habían encogido al oír a Harry pronunciar aquel nombre—. Es amigo de tu padre, ¿no? No le tendrás miedo, ¿verdad?

—Te crees muy hombre, Potter —replicó Malfoy, y avanzó hacia Harry. Crabbe y Goyle lo flanqueaban—. Espera y verás. Ya te atraparé. No puedes enviar a mi padre a la prisión y…

—Eso es precisamente lo que he hecho —lo atajó Harry.

—Los *dementores* se han marchado de Azkaban —continuó Malfoy, impasible—. Mi padre y los demás no tardarán en salir de allí.

—Sí, no me extrañaría. Pero al menos ahora todo el mundo sabe que son unos cerdos.

Malfoy se dispuso a coger su varita, pero Harry se le adelantó: había sacado la suya antes de que Draco hubiera metido siquiera los dedos en el bolsillo de su túnica.

—¡Potter! —se oyó entonces por el vestíbulo.

Snape había aparecido por la escalera que conducía hasta su despacho, y, al verlo, Harry sintió un arrebato de odio muy superior al que sentía hacia Malfoy. Dijera lo que dijese Dumbledore, él nunca perdonaría a Snape, nunca…

—¿Qué haces, Potter? —le preguntó el profesor con su habitual frialdad, y se encaminó hacia ellos.

—Intento decidir qué maldición emplear contra Malfoy, señor —contestó Harry con fiereza.

—Guarda inmediatamente esa varita —le ordenó Snape taladrándolo con la mirada—. Diez puntos menos para Gryff… —empezó a decir dirigiendo la vista hacia los gigantescos relojes de arena que había en las paredes, y esbozó una sonrisa burlona—. ¡Ah, veo que ya no queda ningún punto que quitar en el reloj de Gryffindor! En ese caso, Potter, tendremos que…

—¿Añadir unos cuantos?

La profesora McGonagall acababa de subir la escalera de piedra de la entrada del castillo; llevaba un maletín de cuadros escoceses en una mano y con la otra se apoyaba en un bastón, pero por lo demás tenía buen aspecto.

—¡Profesora McGonagall! —exclamó Snape, y fue hacia ella dando grandes zancadas—. ¡Veo que ya ha salido de San Mungo!

—Sí, profesor Snape —repuso ella, y se quitó la capa de viaje—. Estoy como nueva. Vosotros dos, Crabbe, Goyle… —Les hizo señas imperiosas para que se acercaran, y ellos obedecieron, turbados y arrastrando sus grandes pies—. Tomad. —Le puso el maletín en los brazos a Crabbe y la capa a Goyle—. Llevad esto a mi despacho. —Los dos alumnos se dieron la vuelta y subieron la escalera de mármol haciendo mucho ruido—. Muy bien —dijo la profesora McGonagall mientras miraba

los relojes de arena de la pared—. Bueno, creo que Potter y sus amigos se merecen cincuenta puntos cada uno por alertar al mundo del regreso de Quien-vosotros-sabéis. ¿Qué opina usted, profesor Snape?

—¿Cómo? —replicó éste, aunque Harry sabía que había oído perfectamente—. Ah, bueno, supongo que…

—Serán cincuenta para Potter, los dos Weasley, Longbottom y la señorita Granger —enumeró la profesora McGonagall, y una lluvia de rubíes cayó en la parte inferior del reloj de arena de Gryffindor mientras hablaba—. ¡Ah, y cincuenta para la señorita Lovegood, se me olvidaba! —añadió, y unos cuantos zafiros cayeron en el reloj de Ravenclaw—. Bueno, creo que usted quería quitarle diez al señor Potter, profesor Snape, de modo que… —Unos cuantos rubíes subieron a la parte superior del reloj, pero quedó una cantidad considerable en la inferior—. Bueno, Potter, Malfoy, creo que con un día tan espléndido como el de hoy deberíais estar los dos fuera —continuó la profesora McGonagall con decisión.

Harry no se hizo rogar; se guardó la varita mágica en el bolsillo interior de la túnica y echó a andar hacia las puertas de roble sin volver a mirar ni a Snape ni a Malfoy.

Cruzó la extensión de césped hacia la cabaña de Hagrid bajo un sol abrasador. Los estudiantes que estaban tumbados en la hierba tomando el sol, hablando, leyendo *El Profeta Dominical* y comiendo golosinas levantaron la cabeza al verlo pasar; algunos lo llamaron o le hicieron señas con la mano, ansiosos por demostrar que ellos, igual que *El Profeta,* habían decidido que Harry era una especie de héroe. El no dijo nada a nadie. No tenía ni idea de qué sabían y qué no sabían de lo que había ocurrido tres días antes, pero hasta el momento había evitado que lo interrogaran y prefería seguir así.

Al principio, cuando llamó a la puerta de la cabaña de Hagrid, pensó que no estaba, pero Fang llegó corriendo desde una esquina de la casa y casi lo tiró al suelo con el entusiasmo de su bienvenida. Resultó que Hagrid estaba recogiendo judías verdes en el jardín de atrás.

—¡Hola, Harry! —exclamó, radiante de alegría, cuando Harry se acercó a la valla —. Entremos, entremos, nos tomaremos un vaso de zumo de diente de león. ¿Cómo va todo? —le preguntó, y se sentaron a la mesa de madera con un vaso de zumo helado cada uno—. ¿Te encuentras bien?

Por la mirada de preocupación de Hagrid, Harry comprendió que su amigo no le estaba preguntando por el bienestar físico.

—Sí, estoy bien —se apresuró a responder Harry, porque no le apetecía hablar sobre lo que Hagrid, evidentemente, estaba pensando—. ¿Y tú? ¿Dónde has estado?

—Pues escondido en las montañas. En una cueva, como hizo Sirius cuando… — Hagrid dejó la frase a la mitad, carraspeó con brusquedad, miró a Harry y bebió un

largo trago de zumo—. Bueno, el caso es que ya estoy aquí —añadió débilmente.

—Tienes mejor aspecto —comentó Harry, decidido a mantener a Sirius fuera de la conversación.

—¿Qué? —dijo Hagrid; levantó una mano y se palpó la cara—. ¡Ah, sí! Bueno, ahora Grawpy se porta mucho mejor. Se puso muy contento cuando regresé, la verdad. En el fondo es buen chico… Mira, hasta he pensado buscarle una amiguita…

En otras circunstancias, Harry habría intentado disuadir a Hagrid de inmediato; la perspectiva de que un segundo gigante, con toda seguridad más salvaje y brutal que Grawp, se instalara en el Bosque Prohibido era muy alarmante, pero Harry no se sentía con fuerzas para discutir sobre el tema. Volvía a tener ganas de estar solo, y con la intención de acelerar su marcha bebió varios tragos seguidos de zumo de diente de león y dejó el vaso medio vacío.

—Ahora todo el mundo sabe que decías la verdad, Harry —comentó Hagrid inesperadamente—. Eso hará que te sientas mejor, ¿verdad? —Harry hizo un gesto de indiferencia—. Mira… —Hagrid se apoyó en la mesa y acercó la cabeza a la de Harry—, yo conocía a Sirius desde mucho antes que tú. Murió en combate, y seguro que es así como él quería morir…

—¡Él no quería morir! —explotó Harry.

Hagrid agachó la enorme y desgreñada cabeza y admitió:

—No, claro que no. Pero aun así, Harry…, él no estaba hecho para quedarse sentado en casa mientras los demás se encargaban del trabajo más peligroso. Si no hubiera ido a ayudar, jamás se lo habría perdonado…

Harry se puso en pie de un brinco.

—Tengo que ir a la enfermería a ver a Ron y Hermione —dijo como un autómata.

—¡Ah! —repuso Hagrid un tanto disgustado—. ¡Ah, bueno! Pues cuídate, Harry, y ven a verme cuando tengas un momen…

—Sí, está bien…

Harry fue hacia la puerta todo lo rápido que pudo y la abrió de un tirón; volvía a estar fuera de la cabaña antes de que Hagrid se hubiera despedido de él, y echó a andar por la hierba. Una vez más, sus compañeros lo llamaban al pasar. Harry cerró los ojos un instante y deseó que todos se esfumaran de allí, que pudiera abrir los ojos y encontrarse solo en los jardines…

Unos días atrás, antes de que terminaran los exámenes y de que tuviera la visión que Voldemort había introducido en su mente, habría dado cualquier cosa para que el mundo mágico supiera que siempre había dicho la verdad, para que creyera que Voldemort había regresado, para que supiera que él no era ni un mentiroso ni un loco. Ahora, sin embargo…

Caminó un poco alrededor del lago, se sentó en la orilla, detrás de unos arbustos, protegido de la curiosidad de los que pasaban por allí, y se quedó con la mirada

perdida sobre la reluciente superficie del agua, pensando…

Quizá el motivo por el que le apetecía estar solo era porque desde que había tenido la charla con Dumbledore se había sentido aislado de los demás. Una barrera invisible lo separaba del resto del mundo. Estaba marcado, siempre lo había estado. Lo que ocurría era que en realidad él nunca había entendido qué significaba eso.

Y, sin embargo, allí sentado, en la orilla del lago, abrumado por el terrible peso del dolor y el recuerdo por la reciente pérdida de Sirius, no sentía un gran temor. Hacía sol, los jardines del castillo estaban llenos de risueños estudiantes, y pese a que él se sentía tan lejos de ellos como si perteneciera a otra raza, seguía resultándole muy difícil creer que fuera a ser víctima o autor de un asesinato…

Permaneció largo rato allí sentado, contemplando la superficie del agua, e intentó no pensar en su padrino ni recordar que fue precisamente en la orilla opuesta del lago donde en una ocasión Sirius se derrumbó cuando intentaba ahuyentar a un centenar de *dementores*…

Se puso el sol, y al cabo de un rato Harry se dio cuenta de que tenía frío. Se levantó y regresó al castillo, y mientras iba por el camino se enjugó la cara con la túnica.

Ron y Hermione salieron de la enfermería completamente curados tres días antes de que finalizara el curso. Era evidente que Hermione quería hablar de Sirius, pero cada vez que mencionaba su nombre, Ron se ponía a hacer gestos para que se callara. Harry todavía no estaba seguro de si quería o no hablar de su padrino: cambiaba de idea según su estado de ánimo. Pero sí sabía una cosa: por muy desgraciado que se sintiera en esos momentos, echaría mucho de menos Hogwarts al cabo de unos días, cuando volviera al número cuatro de Privet Drive. Pese a que ahora entendía perfectamente por qué tenía que regresar a casa de sus tíos cada verano, eso no lograba que se sintiera mejor. Es más, nunca había temido tanto la vuelta al hogar de los Dursley.

La profesora Umbridge se marchó de Hogwarts el día antes de que terminara el curso. Por lo visto, salió con todo sigilo de la enfermería a la hora de comer con la esperanza de que nadie la viera partir, pero, desafortunadamente para ella, se encontró a Peeves por el camino; el fantasma aprovechó su última oportunidad de poner en práctica las instrucciones de Fred, y la persiguió riendo cuando salió del castillo, golpeándola con un bastón y con un calcetín lleno de tizas. Muchos estudiantes salieron al vestíbulo para verla correr por el camino, y los jefes de las casas no pusieron mucho empeño en contenerlos. De hecho, la profesora McGonagall se sentó en su butaca en la sala de profesores tras unas pocas y débiles protestas, y la oyeron lamentarse de no poder correr ella misma detrás de la profesora Umbridge para abuchearla porque Peeves le había cogido el bastón.

Llegó la última noche en el colegio; la mayoría de los estudiantes habían terminado de hacer el equipaje y comenzaban a bajar al Gran Comedor, donde se celebraría el banquete de fin de curso, pero Harry todavía no había empezado a preparar su baúl.

—¡Ya lo harás mañana! —le dijo Ron, que esperaba junto a la puerta del dormitorio—. ¡Vamos, estoy muerto de hambre!

—No tardaré mucho. Mira, ve bajando tú…

Pero cuando la puerta del dormitorio se cerró tras Ron, Harry no hizo ningún esfuerzo para terminar de recoger. Nada le apetecía menos que asistir al banquete de fin de curso porque le preocupaba que Dumbledore hiciera alguna referencia a él en su discurso de despedida. Seguro que mencionaría el regreso de Voldemort; al fin y al cabo, el año anterior les había hablado de ello a los estudiantes.

Harry sacó una túnica arrugada del fondo de su baúl para dejar sitio a otra ya doblada, y al hacerlo vio un paquete mal envuelto en un rincón. No sabía qué hacía allí.

Se agachó, lo sacó de debajo de sus zapatillas de deporte y lo examinó.

Entonces recordó qué era. Sirius se lo había dado antes de que Harry saliera de Grimmauld Place. «Quiero que lo utilices si me necesitas, ¿de acuerdo?», había dicho.

Harry se sentó en la cama y desenvolvió el paquete. Dentro había un pequeño espejo cuadrado que parecía viejo y estaba muy sucio. Harry se lo acercó a la cara y vio su reflejo, que le devolvía la mirada.

Luego le dio la vuelta. En el dorso había una nota de Sirius:

Esto es un espejo de doble sentido; yo tengo la pareja. Si necesitas hablar conmigo, sólo tienes que pronunciar mi nombre; tú aparecerás en mi espejo y yo podré hablar en el tuyo. James y yo los usábamos cuando cumplíamos un castigo separados.

A Harry se le aceleró el corazón. Recordó el día que vio a sus padres muertos en el Espejo de Erised, cuatro años antes. Podría volver a hablar con Sirius en ese mismo momento, lo sabía…

Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había nadie en el dormitorio y comprobó que estaba vacío. Miró el espejo, se lo puso frente a la cara con manos temblorosas y dijo en voz alta y clara: «Sirius.»

Su aliento empañó la superficie del espejo. Se lo acercó un poco más a los ojos, embargado por la emoción, pero los ojos que lo contemplaban pestañeando a través del vaho eran los suyos.

Limpió el espejo y volvió a decir con voz aún más fuerte, de modo que cada una

de las sílabas resonaron en la habitación:

—¡Sirius Black!

No pasó nada. La cara de frustración que lo contemplaba desde el espejo seguía siendo, sin lugar a dudas, la suya.

«Sirius no llevaba encima su espejo cuando atravesó el arco —dijo una vocecilla dentro de la cabeza de Harry—. Por eso no funciona.»

Harry se quedó muy quieto y luego tiró al baúl el espejo, que se rompió. Durante un maravilloso minuto que le pareció muy largo había estado convencido de que vería a Sirius, de que volvería a hablar con él…

La desazón le agarrotaba la garganta, así que se levantó y empezó a meter sus cosas desordenadamente en el baúl, encima del espejo…

Pero entonces se le ocurrió una idea, una idea mucho mejor que un espejo, algo mucho más importante… ¿Cómo era posible que no se le hubiera ocurrido antes? ¿Por qué nunca lo había preguntado?

Salió corriendo del dormitorio y bajó la escalera de caracol golpeándose contra las paredes, aunque no lo notaba; cruzó a toda velocidad la desierta sala común, salió por el hueco del retrato y llegó al pasillo sin hacer caso a la Señora Gorda, que le gritó: «¡El banquete está a punto de empezar, vas muy justo de tiempo!»

Pero Harry no tenía intención de ir al banquete. Cómo podía ser que el castillo estuviera lleno de fantasmas cuando no los necesitabas para nada, y que en cambio ahora…

Bajó las escaleras y recorrió los pasillos a toda velocidad sin cruzarse con nadie, ni muertos ni vivos. Era evidente que todos estaban en el Gran Comedor. Se detuvo jadeando delante del aula de Encantamientos y pensó, desconsolado, que tendría que esperar hasta más tarde, hasta que hubiera terminado el banquete.

Pero cuando ya había perdido las esperanzas, lo vio: una forma traslúcida atravesaba una pared al final del pasillo.

—¡Eh, Nick! ¡Eh! ¡NICK!

El fantasma asomó la cabeza por la pared y el estrambótico sombrero con plumas y la tambaleante cabeza de sir Nicholas de Mimsy-Porpington se hicieron visibles.

—Buenas noches —lo saludó el fantasma, y retirando el resto de su cuerpo de la sólida pared de piedra, sonrió a Harry—. Veo que no soy el único que llega tarde al banquete…

—¿Puedo preguntarle una cosa, Nick?

El rostro de Nick Casi Decapitado adoptó una expresión muy peculiar cuando el fantasma introdujo un dedo en la rígida gorguera del cuello y la enderezó un poco, como si quisiera ganar tiempo para pensar. Sólo desistió cuando su cuello, parcialmente seccionado, estuvo a punto de separarse del todo.

—¿Tiene que ser precisamente ahora, Harry? —comentó Nick, contrariado—.

¿No puedes aguardar a que termine el banquete?

—No. Nick, por favor —suplicó Harry—. Necesito hablar con usted, en serio. ¿Podemos entrar ahí?

Harry abrió la puerta del aula más cercana y Nick Casi Decapitado suspiró resignado.

—Está bien —concedió—. No puedo negar que estaba esperándolo.

Harry sujetaba la puerta para que entrara Nick, pero el fantasma atravesó la pared.

—¿Qué estaba esperando? —inquirió el chico al cerrar la puerta.

—Que vinieras a buscarme —contestó Nick, y se deslizó hasta la ventana y contempló a través de ella los jardines, cada vez más oscuros—. Ocurre a veces, cuando alguien ha sufrido… una pérdida.

—Bueno —repuso Harry negándose a desviar la conversación—, pues tenía usted razón, he venido a buscarlo. —Nick no dijo nada—. Es que… —empezó Harry, y vio que lo que se proponía le resultaba más violento de lo que había imaginado—. Es que como usted está muerto… Pero sigue aquí, ¿verdad? —Nick suspiró otra vez y siguió contemplando los jardines—. Sí, ¿verdad? Usted murió, pero yo estoy hablando con usted… Y usted puede pasearse por Hogwarts, ¿no?

—Sí —admitió Nick Casi Decapitado con voz queda—. Hablo y me paseo, sí.

—Entonces eso significa que usted volvió, ¿verdad? —dijo Harry con ansiedad —. Los muertos pueden volver, ¿no es así? Convertidos en fantasmas. No tienen por qué desaparecer por completo. ¿Y bien? —añadió con impaciencia al ver que Nick seguía sin decir nada.

Nick Casi Decapitado vaciló un momento y luego sentenció:

—No todo el mundo puede volver convertido en fantasma.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo… sólo los magos.

—¡Ah! —exclamó Harry, y sintió tanto alivio que casi le dio risa—. Bueno, no pasa nada, la persona a la que me refiero es un mago. Así que puede volver, ¿no?

Nick se apartó de la ventana y miró apesadumbrado a Harry.

—Él no volverá.

—¿Quién?

—Sirius Black.

—¡Pero usted volvió! —gritó Harry con enfado—. Usted volvió, y está muerto, pero no desapareció.

—Los magos pueden dejar un recuerdo de sí mismos en el mundo y pasearse como una sombra por donde caminaban cuando estaban vivos —explicó Nick con tristeza—. Pero muy pocos magos eligen ese camino.

—¿Por qué no? ¡Además, no importa, a Sirius no le importará que no sea algo habitual, volverá, estoy seguro de que volverá!

Y tan poderosa era su fe que Harry giró la cabeza hacia la puerta, convencido por una milésima de segundo de que vería a su padrino, con el cuerpo de un blanco nacarado y traslúcido pero sonriente, entrando por ella y dirigiéndose hacia él.

—No volverá —repitió Nick—. Él… seguirá adelante.

—¿Qué significa que «seguirá adelante»? —preguntó Harry—. ¿Adónde irá? Dígame, ¿qué pasa cuando uno muere? ¿Adónde va? ¿Por qué no todo el mundo vuelve? ¿Por qué este castillo no está lleno de fantasmas? ¿Por qué…?

—No puedo contestar a esas preguntas —respondió Nick.

—Usted está muerto, ¿no? —insistió Harry, exasperado—. ¿Quién mejor que usted para contestarlas?

—Yo temía a la muerte —repuso Nick débilmente—. Decidí no aceptarla del todo. A veces me pregunto si no debí… Bueno, es como no estar ni aquí ni allí. De hecho, yo no estoy ni aquí ni allí… —Chasqueó la lengua y añadió—: Yo no sé nada de los secretos de la muerte, Harry, porque en lugar de morir elegí una pobre imitación de la vida. Creo que en el Departamento de Misterios hay magos eruditos que estudian ese tema…

—¡No me hable de ese sitio! —le espetó Harry con fiereza.

—Siento mucho no poder resultarte de mayor ayuda, —se excusó Nick amablemente—. Y ahora, si me disculpas… El banquete, ya sabes…

Y salió de la habitación dejando a Harry allí solo, contemplando la pared por la que había desaparecido Nick.

Todas las esperanzas de Harry de ver a Sirius o hablar de nuevo con él se desvanecieron, y eso fue como perder otra vez a su padrino. Volvió sobre sus pasos, triste y abatido, por el vacío castillo, y se dirigió hacia la sala común de Gryffindor preguntándose si algún día recuperaría la alegría.

Al entrar en el pasillo de la Señora Gorda, divisó a alguien al fondo clavando una nota en un tablón de anuncios que había en la pared. Se fijó y comprobó que era Luna. No había ningún buen escondite por allí cerca, y seguro que ella ya había oído los pasos de Harry; además, en ese momento él no tenía ánimo para esquivar a nadie.

—¡Hola! —lo saludó Luna con apatía al mismo tiempo que giraba la cabeza y se apartaba del tablón de anuncios.

—¿Por qué no estás en el banquete? —le preguntó Harry.

—Es que he perdido casi todos mis objetos personales —contestó Luna con serenidad—. La gente me los coge y los esconde, ¿sabes? Pero como ésta es la última noche, necesito recuperarlos; por eso he colgado estos letreros.

Señaló el tablón de anuncios, en el que efectivamente había colgado una lista de los libros y las prendas de ropa que le faltaban, y pedía que se los devolvieran.

Harry tuvo una extraña sensación, una emoción que no se parecía en nada ni a la ira ni al dolor que lo embargaban desde la muerte de Sirius. Tardó unos instantes en

darse cuenta de que sentía lástima de Luna.

—¿Por qué esconde la gente tus cosas? —inquirió frunciendo el entrecejo.

—Bueno… —repuso Luna con indiferencia—. Supongo que me consideran un poco rara, ¿sabes? Hay algunos que hasta me llaman Lunática Lovegood.

Harry la miró, y aquel nuevo sentimiento de compasión se intensificó dolorosamente.

—Eso no justifica que te quiten las cosas —dijo con sencillez—. ¿Quieres que te ayude a buscarlas?

—No, no —respondió ella, sonriente—. Ya aparecerán, al final siempre aparecen. Lo que pasa es que quería hacer el equipaje esta noche. En fin… ¿Y tú por qué no estás en el banquete?

Harry se encogió de hombros.

—No me apetecía ir.

—Entiendo —dijo Luna observándolo con aquellos ojos protuberantes y de mirada extrañamente brumosa—. Ya me imagino. Ese hombre al que mataron los *mortífagos* era tu padrino, ¿verdad? Ginny me lo contó.

Harry se limitó a asentir con la cabeza, pero se dio cuenta de que por algún curioso motivo no le molestaba que Luna hablara de Sirius. Acababa de recordar que ella también podía ver a los *thestrals*.

—¿Tú has…? —empezó Harry—. Quiero decir… ¿Quién…? ¿Se te ha muerto alguien?

—Sí —contestó Luna con naturalidad—, mi madre. Era una bruja extraordinaria, ¿sabes?, pero le gustaba mucho experimentar, y un día uno de los hechizos le salió mal. Yo tenía nueve años.

—Lo siento —murmuró Harry.

—Sí, fue terrible —continuó Luna con desenvoltura—. A veces todavía me pongo muy triste cuando pienso en ella. Pero me queda mi padre. Además, no es que nunca más vaya a volver a ver a mi madre, ¿no?

—¿Ah, no? —dijo Harry, desconcertado.

Luna movió la cabeza, incrédula.

—Vamos, Harry. Tú también los oíste, detrás del velo, ¿no?

—¿Te refieres…?

Harry y Luna se miraron. Una débil sonrisa asomaba a los labios de Luna. Harry no sabía qué decir ni qué pensar; Luna creía en tantas cosas extraordinarias… Y, sin embargo, él también estaba seguro de haber oído voces al otro lado del velo.

—¿Seguro que no quieres que te ayude a buscar tus cosas? —insistió.

—No, no —dijo Luna—. Creo que bajaré a comer un poco de pudín y esperaré a que aparezcan… Siempre acabo encontrándolo todo… Bueno, felices vacaciones, Harry.

—Gracias, lo mismo digo —repuso él.

Luna echó a andar por el pasillo, y mientras la veía alejarse, Harry se dio cuenta de que el terrible peso que notaba en el estómago se había aligerado un poco.

Al día siguiente, el viaje de vuelta a casa en el expreso de Hogwarts estuvo lleno de incidentes de todo tipo. En primer lugar, Malfoy, Crabbe y Goyle, que llevaban toda aquella semana esperando la oportunidad de atacar sin que los viera ningún profesor, intentaron tenderle una emboscada a Harry en el pasillo cuando regresaba del lavabo. El ataque habría podido tener éxito de no ser porque, sin darse cuenta, decidieron realizarlo justo delante de un compartimento repleto de miembros del ED, que vieron lo que estaba pasando a través del cristal y se levantaron a la vez para correr en ayuda de Harry. Cuando Ernie Macmillan, Hannah Abbott, Susan Bones, Justin Finch-Fletchley, Anthony Goldstein y Terry Boot terminaron de hacer una amplia variedad de embrujos y maleficios que Harry les había enseñado, Malfoy, Crabbe y Goyle quedaron convertidos en tres gigantescas babosas apretujadas en el uniforme de Hogwarts, y Harry, Ernie y Justin los subieron a la rejilla portaequipajes y los dejaron allí colgados.

—Os aseguro que estoy impaciente por ver la cara de la madre de Malfoy cuando su hijo se baje del tren —comentó Ernie con cierta satisfacción mientras observaba a Malfoy, que se retorcía en la rejilla. Ernie aún no había superado por completo la humillación de que Malfoy le descontara puntos a Hufflepuff durante su breve periodo como miembro de la Brigada Inquisitorial.

—En cambio, la madre de Goyle se llevará una gran alegría —terció Ron, que había ido a investigar el origen del alboroto—. Ahora está mucho más guapo… Oye, Harry, el carrito de la comida acaba de parar en nuestro compartimento. Si quieres algo…

Harry dio las gracias a todos y acompañó a Ron a su compartimento, donde compró un enorme montón de pasteles en forma de caldero y empanadas de calabaza.

Hermione estaba leyendo *El Profeta* otra vez, Ginny hacía un crucigrama de *El Quisquilloso* y Neville acariciaba su *Mimbulus mimbletonia*, que había crecido mucho en un año y emitía un extraño canturreo cuando la tocaban.

Harry y Ron se entretuvieron casi todo el trayecto jugando al ajedrez mágico mientras Hermione leía en voz alta fragmentos de *El Profeta*. El periódico estaba saturado de artículos sobre cómo repeler a los *dementores* y sobre los intentos del Ministerio de localizar a los *mortífagos*, y de cartas histéricas en las que los lectores aseguraban que habían visto a lord Voldemort pasar por delante de su casa aquella misma mañana.

—Esto todavía no ha empezado —comentó Hermione suspirando con pesimismo,

y volvió a doblar el periódico—. Pero no tardará mucho…

—Eh, Harry —dijo Ron en voz baja, y señaló con la cabeza hacia el pasillo.

Harry miró a través del cristal y vio pasar a Cho acompañada de Marietta Edgecombe, que llevaba puesto un pasamontañas. Su mirada y la de Cho se cruzaron un momento. Cho se ruborizó y siguió andando. Harry dirigió de nuevo la vista hacia el tablero de ajedrez justo a tiempo para ver cómo uno de sus peones huía de su casilla, perseguido por un caballo de Ron.

—¿Qué tal os va a vosotros dos, por cierto? —preguntó Ron.

—No nos va —contestó Harry con franqueza.

—He oído decir… que ahora sale con otro —comentó Hermione, vacilante.

A Harry le sorprendió comprobar que aquella revelación no lo afectaba en absoluto. Ya no le interesaba impresionar a Cho; esas intenciones pertenecían a un pasado del que Harry se sentía muy lejano, como de muchas cosas que había deseado antes de la muerte de Sirius. La semana que había transcurrido desde que vio por última vez a su padrino se le había hecho eterna; era un periodo que separaba dos universos: uno en el que estaba Sirius y otro en el que no estaba.

—Mejor para ti, Harry —afirmó Ron con convicción—. Mira, es muy guapa y todo eso, pero tú te mereces a alguien más alegre.

—Seguramente con otro ella estará también mucho más alegre —repuso Harry encogiéndose de hombros.

—¿Con quién sale ahora, por cierto? —le preguntó Ron a Hermione, pero fue Ginny quien contestó.

—Con Michael Corner.

—¿Con Michael…? Pero… —balbuceó Ron estirando el cuello y girando la cabeza para mirar a su hermana—. ¡Pero si tú sales con él!

—Ya no —aclaró Ginny con resolución—. No le gustó que Gryffindor ganara aquel partido de *quidditch* contra Ravenclaw y estaba muy malhumorado, así que lo planté y él corrió a consolar a Cho —añadió, y se rascó distraídamente la nariz con la punta de la pluma, colocó *El Quisquilloso* del revés y empezó a anotar las respuestas. Ron se puso contentísimo.

—Bueno, siempre me pareció un poco idiota —aseguró, y empujó su reina hacia la temblorosa torre de Harry—. Bien hecho, Ginny. La próxima vez a ver si eliges a alguien mejor.

Y al decir eso, lanzó una furtiva y extraña mirada a Harry.

—He elegido a Dean Thomas, ¿qué te parece? —contestó Ginny vagamente.

—¿CÓMO? —gritó Ron al tiempo que tiraba el tablero de ajedrez. *Crookshanks* salió disparado detrás de las piezas y *Hedwig* y *Pigwidgeon* se pusieron a gorjear y a ulular, muy enojadas.

Cuando el tren empezó a reducir la velocidad al aproximarse a la estación de

King's Cross, Harry pensó que nunca había lamentado tanto que llegara ese momento. Hasta se preguntó qué pasaría si se negaba a apearse y seguía tercamente allí sentado hasta el uno de septiembre, fecha en que regresaría a Hogwarts. Sin embargo, cuando por fin el tren se detuvo resoplando, Harry cogió la jaula de *Hedwig* y se preparó para bajar el baúl, como siempre.

Pero cuando el revisor indicó a Harry, Ron y Hermione que ya podían atravesar la barrera mágica que había entre el andén número nueve y el número diez, Harry se llevó una sorpresa: al otro lado había un grupo de gente esperándolo para recibirlo.

Allí estaba *Ojoloco* Moody, que ofrecía un aspecto tan siniestro con el bombín calado para tapar su ojo mágico como lo habría ofrecido sin él; sostenía un largo bastón en las nudosas manos e iba envuelto en una voluminosa capa de viaje. Tonks se encontraba detrás de Moody; llevaba unos vaqueros muy remendados y una camiseta de un vivo color morado con la leyenda «Las Brujas de Macbeth», y el pelo, de color rosa chicle, le relucía bajo la luz del sol, que se filtraba a través del sucio cristal del techo de la estación. Junto a Tonks estaba Lupin, con su habitual rostro pálido y su cabello entrecano, que llevaba un largo y raído abrigo sobre un jersey y unos pantalones andrajosos. Delante del grupo se hallaban el señor y la señora Weasley, ataviados con sus mejores galas *muggles*, y Fred y George, que lucían sendas chaquetas nuevas de una tela verde con escamas muy llamativa.

—¡Ron, Ginny! —gritó la señora Weasley mientras corría a abrazar a sus hijos—. ¡Y tú, Harry, querido! ¿Cómo estás?

—Bien —mintió él mientras ella lo abrazaba con todas sus fuerzas.

Por encima del hombro de la señora Weasley, Harry vio que Ron miraba con los ojos como platos la ropa nueva de los gemelos.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando las llamativas chaquetas.

—Piel de dragón de la mejor calidad, hermanito —respondió Fred, y tiró un poco de su cremallera—. El negocio funciona de maravilla, y nos pareció que nos merecíamos un premio.

—¡Hola, Harry! —dijo Lupin cuando la señora Weasley soltó al muchacho y fue a saludar a Hermione.

—¡Hola! —contestó él—. No esperaba… ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Bueno —respondió Lupin sonriendo—, hemos creído oportuno decirles un par de cosas a tus tíos antes de que te lleven a casa.

—No sé si será buena idea —comentó Harry de inmediato.

—Ya lo creo que lo es —gruñó Moody, que se había acercado renqueando—. Son ésos, ¿verdad, Potter?

Señaló con el pulgar por encima de su hombro; estaba mirando con su ojo mágico a través de la parte de atrás de su cabeza y del bombín. Harry se inclinó un poco a la izquierda para ver hacia dónde apuntaba *Ojoloco* y, en efecto, allí estaban los tres

Dursley, asombradísimos ante el comité de bienvenida de Harry.

—¡Ah, Harry! —exclamó el señor Weasley, y se separó de los padres de Hermione, a los que acababa de saludar con entusiasmo y que en ese momento abrazaban a su hija—. Bueno, ¿vamos allá?

—Sí, Arthur, creo que sí —afirmó Moody. Moody y el señor Weasley se pusieron en cabeza y guiaron a los demás hacia los Dursley, que parecían clavados en el suelo. Hermione se separó con delicadeza de su madre y fue a unirse al grupo.

—Buenas tardes —dijo el señor Weasley educadamente a tío Vernon cuando se paró justo delante de él—. No sé si se acordará de mí, me llamo Arthur Weasley.

Teniendo en cuenta que dos años antes el señor Weasley había demolido sin ayuda de nadie el salón de los Dursley, a Harry le habría sorprendido mucho que su tío se hubiera olvidado de él. En efecto, tío Vernon se puso de un color morado aún más intenso y miró con odio al señor Weasley, pero decidió no decir nada, en parte, quizá, porque los otros los doblaban en número. Tía Petunia parecía asustada y abochornada; no paraba de mirar a su alrededor, como si la aterrara pensar que alguien pudiera verla en semejante compañía. Dudley, por su parte, intentaba hacerse pequeño e insignificante, una hazaña en la que fracasaba estrepitosamente.

—Sólo queríamos decirles un par de cosas con respecto a Harry —prosiguió el señor Weasley sin dejar de sonreír.

—Sí —gruñó Moody—. Y del trato que queremos que reciba mientras esté en su casa.

A tío Vernon se le erizaron los pelos del bigote de indignación. Se dirigió a Moody, seguramente porque el bombín le había causado la errónea impresión de que ese personaje era el que más se parecía a él.

—Que yo sepa, lo que ocurra en mi casa no es de su incumbencia…

—Mire, sobre lo que usted no sabe podrían escribirse varios libros, Dursley —gruñó Moody.

—Bueno, no es de eso de lo que se trata —intervino Tonks, cuyo pelo de color rosa parecía ofender a tía Petunia más que cualquier otra cosa, porque cerró los ojos para no verla—. De lo que se trata es de que si nos enteramos de que han sido desagradables con Harry…

—… y no duden de que nos enteraríamos… —añadió Lupin con amabilidad.

—Sí —terció el señor Weasley—, aunque no permitan a Harry utilizar el felétono…

—Teléfono —le susurró Hermione.

—Si tenemos la más ligera sospecha de que Potter ha sido objeto de cualquier tipo de malos tratos, tendrán que responder ante nosotros —concluyó Moody.

Tío Vernon se infló de forma alarmante. Su orgullo era aún mayor que el miedo que le inspiraba aquella pandilla de bichos raros.

—¿Me está amenazando, señor? —preguntó en voz tan alta que varias personas que pasaban por allí se volvieron y se quedaron mirándolo.

—Sí —contestó *Ojoloco*, que se mostraba muy contento por el hecho de que tío Vernon hubiera captado el mensaje tan deprisa.

—¿Y diría usted que parezco de esa clase de hombres que se dejan intimidar? —le espetó tío Vernon.

—Bueno… —respondió Moody echándose el bombín hacia atrás para dejar al descubierto su ojo mágico, que giraba de un modo siniestro. Tío Vernon retrocedió, horrorizado, y chocó aparatosamente contra un carrito de equipajes—. Sí, yo diría que sí, Dursley. —Después se volvió hacia Harry y añadió—: Bueno, Potter, si nos necesitas, péganos un grito. Si no tenemos noticias tuyas durante tres días seguidos, enviaremos a alguien a… —Tía Petunia se puso a gimotear lastimeramente. Era evidente que estaba pensando en lo que dirían los vecinos si veían a aquellas personas desfilando por el camino de su jardín—. Adiós, Potter —se despidió Moody, y agarró brevemente a Harry por el hombro con su huesuda mano.

—Cuídate, Harry —dijo Lupin con voz queda—. Estaremos en contacto.

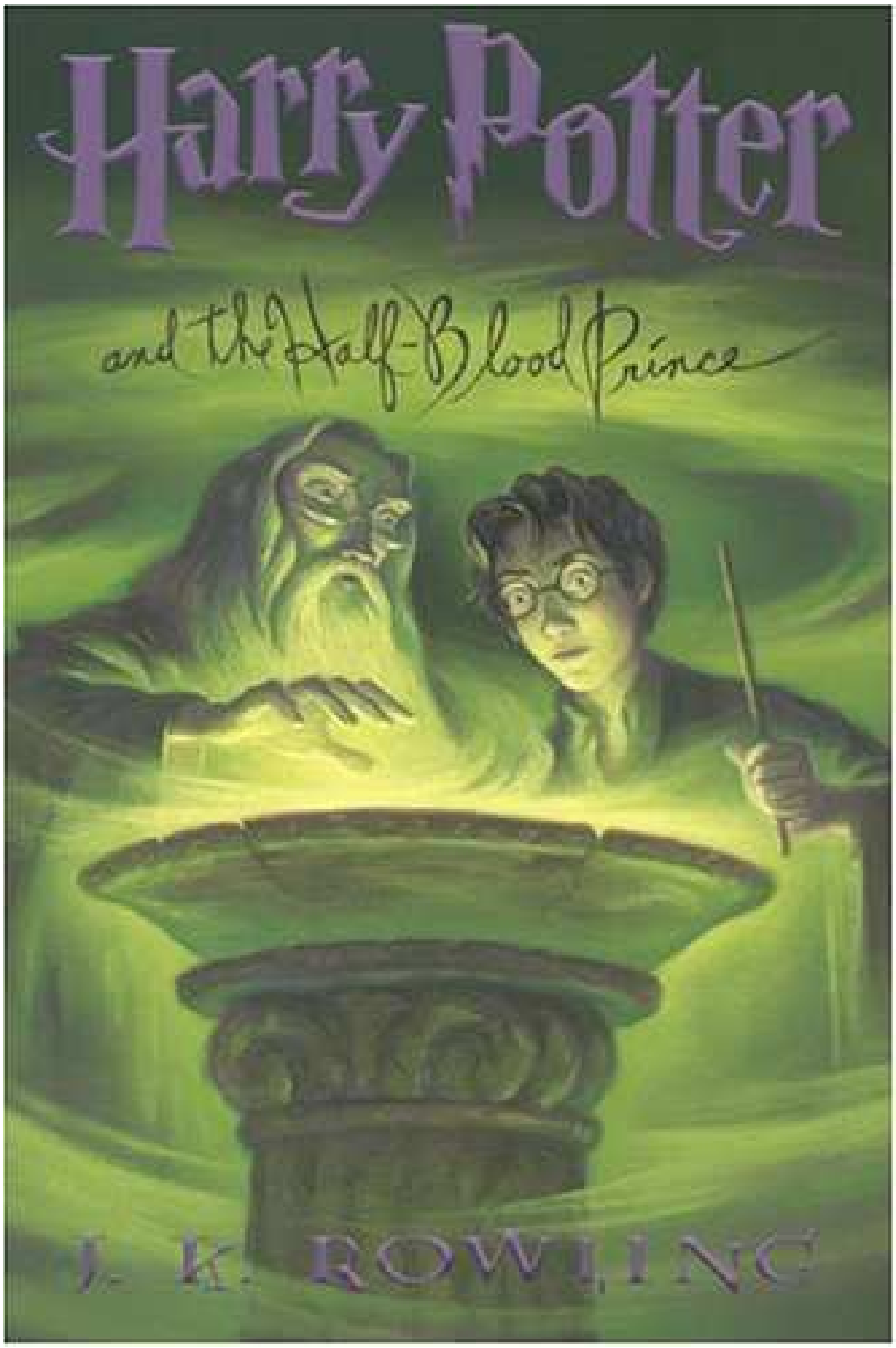
—Harry, te sacaremos de allí en cuanto podamos —le susurró la señora Weasley, y volvió a abrazarlo.

—Nos veremos pronto, compañero —murmuró Ron, nervioso, estrechándole la mano a su amigo.

—Muy pronto, Harry —aseguró Hermione con seriedad—. Te lo prometemos.

Harry asintió con la cabeza. No encontraba palabras para explicarles lo que significaba para él verlos a todos allí en fila, expresándole su apoyo. Así que sonrió, levantó una mano para decir adiós, se dio la vuelta y echó a andar hacia la soleada calle mientras tío Vernon, tía Petunia y Dudley corrían tras él.

DRACO DORMIENS NUNQUAM TITILANDUS


Harry Potter
and the Half-Blood Prince
J. K. ROWLING

Capítulo 1: El Otro Ministro

Era cerca de medianoche y el Primer Ministro estaba sentado solo en su oficina, leyendo un memorando largo que resbalaba por su cerebro sin dejar el más mínimo rastro de significado. Estaba esperando una llamada del Presidente de un país lejano, y mientras se preguntaba cuándo llamaría el desgraciado, trataba de suprimir recuerdos desagradables de lo que había sido una semana muy difícil, larga y agotadora, no había espacio en su cabeza para nada más. Cuanto más trataba de concentrarse en la página que tenía ante él, mas claramente veía la cara burlona de uno de sus oponentes políticos. Este oponente en particular había aparecido en las noticias ese mismo día, no sólo para enumerar todas las cosas terribles que habían ocurrido la semana pasada (como si alguien necesitase que se lo recordaran) sino también para explicar el por qué cada una de ellas era culpa del Gobierno.

El pulso del Primer Ministro se aceleró con sólo pensar en estas acusaciones, pues no eran ni verdaderas ni justas. ¿Cómo diablos se suponía que su gobierno iba a parar el colapso de ese puente? Era ofensivo que alguien sugiriera que no estaban gastando lo suficiente en puentes. El puente tenia menos de diez años, y los mejores expertos estuvieron desconcertados al tratar de explicar porqué se partió claramente en dos, enviando una docena de autos a las aguas profundas del río que estaba debajo. ¿Y cómo se atreve alguien a sugerir que fue falta de policías lo que condujo a esos dos asesinatos horripilantes y tan bien publicitados? ¿O que el gobierno debió haber previsto de alguna forma el huracán tan absurdo que golpeó al oeste del país, y causó tanto daño a la gente y a sus propiedades? ¿Y era su culpa que uno de sus Ministros subordinados, Herbert Chorley, haya elegido esta semana para actuar tan peculiarmente que ahora iba pasar mucho más tiempo con su familia?

-Un humor sombrío se ha apoderado de la ciudad- concluyó el oponente, apenas escondiendo su amplia sonrisa.

Y desafortunadamente, era perfectamente cierto. El Primer Ministro lo sentía en sí mismo, la gente realmente se veía mas desgraciada que lo habitual. Hasta el tiempo estaba deprimente, toda esa niebla helada a mediados de Julio... No estaba bien, no era normal.

Volvió la segunda página del memorando, miró cuan largo era, y lo abandonó como si fuera un trabajo tedioso. Estirando sus brazos por sobre su cabeza echó un vistazo a su oficina desoladamente. Era una linda habitación, con una fina chimenea de mármol en frente de las largas ventanas, firmemente cerradas ante la niebla fuera de estación. Con un pequeño escalofrío, el Primer Ministro se levantó y fue hasta la ventana, mirando el vapor fino que se apretaba

contra el vidrio. Fue entonces, cuando estaba de espaldas a la habitación, que oyó una tos suave detrás de él.

Se congeló, nariz a nariz con su propio reflejo asustado en el vidrio oscuro. Conocía esa tos. La había escuchado antes. Se volvió lentamente para enfrentar la habitación vacía.

-¿Hola?- dijo, tratando de sonar más valiente de lo que se sentía.

Por un momento breve, se permitió la esperanza imposible de que nadie le contestara. Sin embargo, una voz respondió de inmediato, una voz dura, decisiva, que sonaba como si estuviera leyendo un anuncio preparado. Provenía – como el Primer Ministro supo desde la primera tos – del hombrecito de aspecto de rana que usaba una peluca larga plateada, quien estaba pintado en un óleo pequeño y sucio en un rincón alejado de la habitación.

-Al Primer Ministro de los Muggles. Nos reunimos urgentemente. Sea tan amable de responder de inmediato. Sinceramente, Fudge.

El hombre en la pintura miraba inquisitivamente al Primer Ministro.

- Ehh.. - dijo el Primer Ministro - Escuche... No es un buen momento para mí... Estoy esperando una llamada telefónica, como verá... del Presidente de...

-Eso puede arreglarse –dijo el retrato de inmediato. El corazón del Primer Ministro se hundió. Había temido eso.

-Pero realmente esperaba hablar...

-Nos encargaremos que el Presidente se olvide de llamar. Sin embargo, lo llamará mañana a la noche- dijo el hombrecito- Sea tan amable de responder inmediatamente al Sr. Fudge.

-Yo... eh... muy bien- dijo el Primer Ministro débilmente -Si, veré a Fudge.

Volvió deprisa a su escritorio, enderezándose su corbata. Cuando apenas había llegado a su asiento, y adoptado una expresión que esperaba que fuera relajada y despreocupada, llamas verdes cobraron vida en la chimenea vacía bajo su estante de mármol. Observó, tratando de no delatar un destello de sorpresa o alarma, al tiempo que aparecía un hombre corpulento girando tan rápido de las llamas como un trompo. Segundos después, salía a una fina alfombra antigua, sacudiéndose las cenizas de los puños de su capa larga rayada con su sombrero en forma de hongo color verde lima en su mano.

-Ah... Primer Ministro, -dijo Cornelius Fudge, avanzando hacia él con su mano extendida. -Es un placer verlo de nuevo.

El Primer Ministro no podía devolverle el cumplido honestamente, así que no dijo nada. No estaba ni remotamente contento de ver a Fudge, cuyas apariciones ocasionales, aparte de ser totalmente alarmantes en si mismas, generalmente significaban que estaba a punto de oír noticias muy malas. Además, Fudge se veía claramente preocupado. Estaba más flaco, más calvo y grisáceo, y su cara tenía un aspecto demacrado. El Primer Ministro había visto esa clase de aspecto en políticos anteriormente, y nunca auguraba nada bueno.

-¿En que puedo ayudarlo? –dijo, estrechando muy brevemente la mano de Fudge y yendo hacia la mas dura de las sillas delante del escritorio.

-Es difícil saber por donde empezar, -dijo Fudge en voz baja, corriendo la silla, sentándose, y poniendo su sombrero de hongo verde en sus rodillas -. Qué semana... qué semana...

-También tuvo una muy mala, ¿verdad? –preguntó el Primer Ministro con dificultad, esperando sugerir con eso que tuvo suficiente sin ninguna ayuda extra de Fudge.

-Si, por supuesto -dijo Fudge, frotándose sus ojos cansinamente y mirando irritado al Primer Ministro. –Tuve la misma semana que usted tuvo, Primer Ministro. El puente Brockdale... Los asesinatos de Bones y Vance... sin mencionar la conmoción en el oeste del país.

-Usted... ehh... su... Lo que quiero decir, su gente estuvo…. Estuvo involucrada en esas….en esas cosas…. ¿No es cierto?

Fudge miro muy severamente al Primer Ministro.

-Claro que estuvo involucrada- dijo- Seguramente se habrá dado cuenta de lo que esta pasando.

-Yo... -balbuceó el Primer Ministro.

Era precisamente esta clase de comportamiento la que hacia que le desagradaran tanto las visitas de Fudge. Después de todo, él era el Primer Ministro y no le gustaba que lo hicieran sentir como un escolar ignorante. Pero, por supuesto, había sido así desde su primera reunión con Fudge en su primer día de Primer Ministro. La recordaba como si fuese ayer y sabía que el recuerdo lo perseguiría hasta el día en que muriera.

Estaba parado solo en su oficina, saboreando el triunfo que había logrado tras muchos años de soñar y planear, cuando oyó una tos detrás de él, como esta noche, y se volvió para encontrarse con ese retrato horrible que le hablaba, anunciándole que el Ministro de la Magia iba a llegar para presentarse.

Naturalmente, supuso que la campaña larga y la tensión nerviosa de las elecciones lo habían vuelto loco. Estaba completamente aterrorizado al ver que un retrato le hablaba, pero eso no fue nada con respecto a cómo se sintió cuando un hombre que se auto proclamó mago saltó de la chimenea y estrechó su mano. Había quedado sin habla durante la explicación amable de Fudge acerca de que había brujas y magos que aun vivían en secreto por todo el mundo y sus garantías de que no debía hacerse problema por ellos mientras el Ministro de la Magia asumiera toda la responsabilidad por la Comunidad Mágica y previniera a la población no-mágica de averiguar sobre ellos. Era, dijo Fudge, un trabajo difícil que comprendía todo desde regulaciones para el uso responsable de las escobas, hasta mantener la población de dragones bajo control (en este punto el Primer Ministro recuerda haberse agarrado del escritorio para no caerse). Fudge le había dado unas palmaditas en el hombro en forma paternal al anonadado Primer Ministro.

-No hay que preocuparse –había dicho- Es probable que nunca me vea de nuevo. Sólo lo molestaré si pasa algo realmente serio, algo que pueda afectar a los Muggles... la población no-mágica, debo decir. De todas formas, es vivir y dejar vivir. Y debo decir que se lo está tomando mucho mejor que su antecesor. Trató de tirarme por la ventana, pensando que era una broma planeada por la oposición.

Ante esto, el Primer Ministro por fin encontró su voz.

-¿No es... no es una broma, entonces?

Había sido su última esperanza desesperada.

-No -dijo Fudge gentilmente. -No, me temo que no. Mire.

Y transformó la taza de té del Primer Ministro en un jerbo.

-Pero, -dijo el Primer Ministro sin aliento, mirando su taza de té masticando la esquina de su próximo discurso- ¿por qué, por qué nadie me dijo?

-El ministro de la magia solo se revela al actual Primer Ministro Muggle -dijo Fudge, jugueteando con su varita en su chaqueta- Encontraremos la mejor manera de mantenerlo en secreto.

-Pero entonces –se quejó el Primer Ministro, -¿Por qué ningún Primer Ministro anterior me ha advertido...?

Ante esto, Fudge había soltado una carcajada.

-Mi querido Primer Ministro, ¿alguna vez le va a decir a alguien?

Todavía riéndose, Fudge había tirado un poco de polvo en el hogar, había entrado en las llamas color esmeralda y había desaparecido con un siseo. El Primer Ministro se había quedado parado ahí, sin poder moverse y se había dado cuenta que nunca, en toda su vida, se hubiera atrevido a contarle ese encuentro a ningún alma viviente, ¿Quién diablos iba a creerle?

El shock tardo un momento en disiparse. Por un tiempo, trató de convencerse que Fudge había sido una alucinación producida por la falta de sueño durante la ardua campaña electoral. En vano trató de borrar todos los recuerdos de ese encuentro tan incómodo, le dio el jerbo a su encantadora sobrina y le dio instrucciones a su secretaria privada de que quitara el retrato del desagradable hombrecito que había anunciado la llegada de Fudge. Sin embargo, para desencanto del Primer Ministro, el retrato fue imposible de sacar. Cuando varios carpinteros, uno o dos constructores, un historiador de arte, y el Canciller del Fisco trataron sin éxito de sacarlo de la pared, el Primer Ministro abandonó todo intento y resolvió simplemente esperar que la cosa permaneciera sin moverse y silenciosa en la oficina por el resto de su gestión.

Ocasionalmente podría haber jurado que de reojo veía que el ocupante del retrato bostezaba, o se rascaba la nariz; o sino una o dos veces simplemente se iba del marco y dejando el retrato vacío, solo con un lienzo marrón y enmohecido de fondo. Sin embargo, se había acostumbrado a no mirar mucho el retrato, y siempre se decía firmemente que sus ojos le jugaban trucos cuando algo de esto pasaba.

Después, tres años atrás, en una noche como la de hoy, el Primer Ministro estaba solo en su oficina cuando el retrato de nuevo anunciaba la llegada inminente de Fudge, quien salió de repente fuera del hogar, todo mojado y en un estado considerable de pánico. Antes de que el Primer Ministro pudiera preguntarle por qué estaba chorreando el Axmister, Fudge empezó a hablar muy enojado de una prisión de la que el Primer Ministro nunca oyó hablar, de un hombre llamado "Serious" Black, de algo que sonaba como a "Hogwarts" y de un niño llamado Harry Potter, nada de lo cual tenía el mas mínimo sentido para el Primer Ministro.

-Recién vengo de Azkaban- resopló Fudge tirando una gran cantidad de agua del extremo de su sombrero de hongo en su bolsillo- En el medio del Mar del Norte, usted sabe, un vuelo terrible... los Dementores están muy alborotados –tembló- Nunca tuvieron una fuga de un recluso. De todas formas, he venido a usted, Primer Ministro. Black es un reconocido asesino de Muggles y tal vez esté planeando reunirse con Usted Sabe Quien... ¡Pero por supuesto, usted ni siquiera sabe quien es Usted Sabe Quien! – Miró desesperadamente por un momento al

Primer Ministro, luego dijo- Bueno, siéntese, siéntese, mejor lo pongo al día... Tómese un whisky…

El Primer Ministro hubiera preferido que no le digan que se siente en su propia oficina, que no le ofrecieran su propio whisky, pero de todas formas se sentó. Fudge sacó su varita, hizo aparecer dos vasos llenos de líquido color ámbar, puso uno en la mano del Primer Ministro y acercó una silla.

Fudge habló por más de una hora. En cierto punto, rehusó mencionar cierto nombre en voz alta y en vez de eso lo escribió en un pedazo de pergamino, que puso en la mano que tenia libre el Primer Ministro. Finalmente cuando Fudge se paró para irse, el Primer Ministro se paró también.

-Entonces usted piensa que…-escrutó el nombre que tenia en su mano izquierda-. Lord Vol…

¡El Innombrable! – tembló Fudge.

-Lo siento… ¿Entonces usted cree que el Innombrable aún esta vivo?

-Bueno, Dumbledore dice que lo está –dijo Fudge, al tiempo que abotonaba la capa rayada bajo su barbilla- Pero nunca lo encontramos. Para mi no es peligroso a menos que tenga apoyo, así que es por Black que deberíamos preocuparnos. ¿Pondrá ese aviso, verdad? Excelente. Bueno, ¡Espero que no nos veamos de nuevo, Primer Ministro! Buenas noches.

Pero si se vieron de nuevo. Menos de un año después un Fudge muy preocupado apareció de la nada de un armario para informarle al Primer Ministro que habían ocurrido terribles incidentes en el Campeonato Mundial de Cuiditch (o algo por el estilo) y que había varios Muggles involucrados, pero que el Primer Ministro no se tenía que preocupar, el hecho de que la Marca Tenebrosa del Innombrable haya sido vista de nuevo no significaba nada, Fudge estaba seguro de que era un incidente aislado, y mientras ellos hablaban, la Oficina de Enlace Muggle se estaba encargando de sus memorias.

-¡Ah! Y casi me olvido –agregó Fudge- Estamos por traer tres dragones extranjeros y una esfinge para el Torneo de los Tres Magos, solo una rutina, pero el Departamento de Regulación y Control de las Criaturas Mágicas me dice que está escrito en el reglamento que debemos notificar si traemos criaturas altamente peligrosas al país.

-Yo... ¿Qué?... ¿Dragones? –dijo excitadamente el Primer Ministro.

-Si, tres –dijo Fudge- Y una esfinge. Bueno, que tenga un buen día.

El Primer Ministro había deseado con toda esperanza que los dragones y esfinges sean lo peor de todo, pero no. Menos de dos años después Fudge apareció de nuevo del fuego, esta vez con la noticia de que había habido una fuga en masa de Azkaban.

-¿Una fuga en masa?-repitió roncamente el Primer Ministro.

-¡No hay que preocuparse! ¡No hay que preocuparse! –Gritó Fudge, con un pie en las llamas- ¡Los atraparemos pronto, solo pensé que debía saber!

Y antes de que el Primer Ministro pudiera gritar ¡No, espere un momento! Fudge había desaparecido en una lluvia de llamas verdes.

Sea lo que sea que la prensa y la oposición pudieran decir, el Primer Ministro no era un hombre tonto. No se le había escapado que, a pesar de las garantías de Fudge en su primera reunión, estaban viendo mucho uno del otro ahora, y notaba que Fudge se volvía más nervioso con cada visita. Aunque le gustaba un poco pensar en el Ministro de la Magia (o, como siempre lo llamaba en su cabeza, el Otro Ministro), el Primer Ministro temía que la próxima vez que Fudge apareciera sería con noticias más graves. La visión de Fudge saliendo nuevamente de la chimenea, luciendo desgreñado, preocupado y severamente sorprendido que el Primer Ministro no supiera por qué exactamente él estaba ahí, fue casi una de las peores cosas que podría haber ocurrido en esta semana extremadamente deprimente.

-¿Cómo sabría lo que esta ocurriendo en… ehhhh… la Comunidad Mágica?.-espetó el Primer Ministro en esta ocasión- Tengo una ciudad que dirigir y muchas preocupaciones sin que...

-Tenemos las mismas preocupaciones –interrumpió Fudge- El puente Brockdale no colapsó. Lo que pasó al oeste del país no fue un huracán realmente. Esos asesinatos no fueron cometidos por Muggles. Y la familia de Herbert Choey estará más segura sin él. Estamos haciendo arreglos para que lo trasfieran al Hospital San Mungo de Heridas y Lesiones Mágicas. El traslado será realizado está noche.

-¿Qué es lo que…? Me temo... ¿Qué? – protestó el Primer Ministro.

Fudge dio un suspiro hondo y largo y dijo:

-Primer Ministro, siento mucho tener que decirle que ha vuelto. El Innombrable ha vuelto.

-¿Ha vuelto? Cuando dice "ha vuelto"... ¿Está vivo? Quiero decir...

El Primer Ministro escrutó en su memoria los detalles de la conversación horrible que tuvieron tres años atrás, cuando Fudge le había contado acerca del mago más temible de todos, el mago que había cometido cientos de crímenes antes de su misteriosa desaparición quince años atrás.

-Sí, vivo –dijo Fudge – Eso es... no sé... ¿Un hombre está vivo si no puede quitársele la vida? No lo entiendo realmente y Dumbledore no me lo explicó bien, pero, de todas formas, ciertamente tiene un cuerpo, y está caminando, hablando y matando, por lo que supongo, para el propósito de nuestra discusión, que está vivo.

El Primer Ministro no sabia qué decir ante esto, pero el hábito persistente de aparentar estar bien informado en cualquier tema que surgiera lo hizo escudriñar detalles de en lo que podía acordarse de sus conversaciones anteriores.

- ¿Está Serious Black… eh…con el Innombrable?

-¿Black? ¿Black? -dijo Fudge distraídamente, haciendo girar rápidamente su sombrero de hongo en sus dedos - ¿Se refiere a Sirius Black? Por las barbas de Merlín, no. Black está muerto. Resultó ser que... eh... estábamos equivocados acerca de Black. Era inocente después de todo. Y tampoco estaba en contacto con el Innombrable. Quiero decir…-agregó defensivamente, haciendo girar más rápido el sombrero de hongo – toda la evidencia presentada… tuvimos más de cincuenta testigos… pero de todas formas, como dije, de hecho está muerto. En el edificio del Ministerio de la Magia. Va a realizarse una investigación…

Para su gran sorpresa el Primer Ministro sintió un poco de lástima por Fudge. Sin embargo, fue eclipsado casi inmediatamente por un rapto de arrogancia al pensar que, a pesar de que no servia para materializarse fuera de las chimeneas, por lo menos nunca había habido un asesinato en ningún edificio del gobierno bajo su cargo... no todavía, por lo menos.

Fudge continuó, mientras el Primer Ministro tocaba supersticiosamente la madera de su escritorio.

- Pero Black ya es historia. El punto es que estamos en guerra, Primer Ministro, y hay que tomar medidas.

-¿En guerra?–repitió nerviosamente el Primer Ministro- Seguramente eso es un poco exagerado.

-El Innombrable se ha unido con los seguidores que se escaparon en enero de Azkaban –dijo Fudge, hablando más y más rápido y girando su sombrero de hongo tan rápido que era un destello verde lima- Han estado creando problemas desde que se escaparon. El puente Brockdale… él lo hizo, Primer Ministro,

amenazó con hacer una matanza masiva de Muggles a menos que yo me pusiera de su lado y....

-¡Cielo Santo! Entonces es su culpa que murieran esas personas y yo voy a tener que responder preguntas acerca de soportes y uniones oxidadas y qué sé yo qué más! –dijo el Primer Ministro furiosamente.

-¡¿Mi culpa?! –Dijo Fudge poniéndose colorado- ¿Me esta diciendo que debería de haber aceptado semejante chantaje?

-Quizás no –dijo el Primer Ministro parándose y cruzando la habitación- ¡Pero hubiera puesto todos mis esfuerzos en atrapar al chantajista antes de que cometiera semejante atrocidad!

-¿Realmente piensa que no estaba haciendo ningún esfuerzo?-le espetó Fudge acaloradamente- Cada Auror del Ministerio estaba... y está... tratando de encontrarlo y atrapar a sus seguidores, ¡pero estamos hablando del mago más poderoso de los últimos tiempos, un mago que ha logrado escaparse de ser capturado por casi tres décadas!

-Entonces supongo que me va a decir también que fue él quien causó el huracán en el oeste del país ¿Verdad?-dijo el Primer Ministro, con su ira incrementándose rápidamente. Era irritante descubrir la causa de todos esos desastres terribles y no poder decirle a la gente, casi peor de que después de todo hubiera sido culpa del gobierno.

-Eso no fue un huracán –dijo Fudge miserablemente.

-¡Discúlpeme! –explotó el Primer Ministro, ahora definitivamente encolerizado caminando enérgicamente de un lado a otro- Árboles arrancados de raíz, techos arrancados, postes de luz doblados, heridas horribles...

-Fueron los Mortífagos –dijo Fudge - Los seguidores del Innombrable. Y... y sospechamos que han incluido algún gigante.

El Primer Ministro paró de caminar de repente como si hubiera una pared invisible.

-¿Qué han incluido?

Fudge frunció el ceño.

-Usó gigantes la última vez, cuando quiso apostar por un efecto mayor –dijo- La Oficina de Desinformación ha estado trabajando en el reloj, tenemos fuera grupos de Obliviators tratando de modificar la memoria de todos los muggles que

vieron lo que pasó realmente, tenemos la mayoría de los del Departamento de Cuidado y Control de las Criaturas Mágicas corriendo por Somerset, pero no podemos encontrar al gigante. Ha sido un desastre.

-¡No me diga! –dijo furiosamente el Primer Ministro.

-No le voy a negar que la moral esta bastante baja en el Ministerio –dijo Fudge- Con todo eso, y luego perdimos a Amelia Bones.

-¿Perdimos a quién?

-Amelia Bones. Jefa del Departamento de Seguridad Mágica. Creemos que el Innombrable la puede haber asesinado en persona, porque era una bruja muy buena y... toda la evidencia indica que opuso una verdadera resistencia.

Fudge se aclaró la garganta y al parecer, con esfuerzo, dejo de girar su sombrero de hongo.

-Pero ese asesinato estaba en los periódicos –dijo el Primer Ministro, momentáneamente apartado de su ira- Nuestros periódicos. Amelia Bones... solo decía que era una mujer de mediana edad que vivía sola. Fue una… una muerte horrible ¿verdad? Tuvo mucha publicidad. Como verá, la policía está perpleja.

Fudge suspiró.

-Claro que lo están –dijo- Asesinada en un cuarto que estaba cerrado desde adentro, ¿No es cierto? Por otro lado, nosotros sabemos exactamente quién lo hizo, aunque eso no nos acerca en nada para atraparlo. Y también estaba Emmeline Vance, probablemente no oyó acerca de ese…

- ¡Oh, si escuche! –Dijo el Primer Ministro- De hecho, sucedió aquí a la vuelta. Los periódicos tuvieron un portentoso día con eso "Quiebre del orden y la ley en el patio de atrás del Primer Ministro..."

-Y como si fuera poco –dijo Fudge, apenas escuchando al Primer Ministro- tenemos Dementores por todo el lugar, atacando gente a la derecha, a la izquierda y centro...

Érase una vez un tiempo feliz en el que esta frase hubiera sido inteligible para el Primer Ministro, pero ahora era más sabio.

-Pensé que los Dementores cuidaban a los prisioneros de Azkaban –dijo cautelosamente.

-Lo hacían –dijo Fudge débilmente- Pero ya no. Abandonaron la prisión y se unieron al Innombrable. No pretenderé que eso no fue explosivo.

-Pero –dijo el Primer Ministro con un sentimiento creciente de horror- ¿No me había dicho que eran las criaturas que sorbían la esperanza y la alegría de las personas?

-Eso es correcto. Y están aspirando. Eso es lo que causa toda esta niebla.

El Primer Ministro se hundió en la silla más cercana, con las rodillas flojas. La idea de criaturas invisibles aspirando por las ciudades y el campo, esparciendo en sus votantes desolación y desesperación, lo hicieron sentir muy débil.

-¿No ve, Fudge? ¡Tiene que hacer algo! ¡Es su responsabilidad como Ministro de Magia!

-Mi querido Primer Ministro, ¿Realmente piensa que todavía sigo siendo Ministro de Magia después de esto? ¡Fui despedido hace tres días! Toda la comunidad Mágica ha estado reclamando por mi renuncia durante una quincena. ¡Nunca los vi tan unidos en todo mi mandato! –dijo Fudge con un breve atisbo de sonrisa.

El Primer Ministro se había quedado momentáneamente sin palabras. En vez de indignarse ante la posición en la que lo habían puesto, todavía sentía pena por el hombre encogido que estaba delante de él.

-Lo siento mucho –dijo finalmente- Si hay algo que puedo hacer...

-Es muy amable de su parte, Primer Ministro, pero no. Fui enviado aquí está noche para ponerlo al día de los eventos recientes y para presentarle a mi sucesor. Pensé que estaría aquí ahora, pero por supuesto, está muy ocupado en este momento, con todo esto que está pasando.

Fudge miró el retrato del horrible hombrecito que tenia la peluca larga y enrulada de color plateado, que estaba escarbando su oreja con una pluma. Viendo que Fudge lo miraba, el retrato dijo,

-Estará aquí en un momento, está terminando una carta para Dumbledore.

-Le deseo suerte –dijo Fudge, con voz amarga por primera vez- Estuve escribiendo a Dumbledore dos veces por día durante las últimas dos semanas, pero nada. Si ha estado preparado para persuadir al chico, podría ser... Bueno, tal vez Scrimgeour tenga más éxito.

Fudge se hundió en lo que era claramente un silencio molesto, pero fue roto casi inmediatamente por el retrato, que habló de repente con su voz dura y fría.

-Al Primer Ministro de los muggles. Se requiere una reunión. Urgente. Sea tan amable de responder de inmediato. Rufus Scrimgeour, Ministro de la Magia.

-Si, si, está bien –dijo el Primer Ministro distraídamente y apenas se movió mientras las llamas se tornaron verde esmeralda de nuevo, crecieron y revelaron un segundo mago que giraba en su centro, depositándolo luego en la antigua alfombra.

Fudge se paró y el Primer Ministro hizo lo mismo luego de un momento de vacilación, mirando al recién llegado que se enderezaba, limpiaba su capa negra larga y miraba alrededor.

El primer pensamiento tonto del Primer Ministro fue que Rufus Scrimgeour se parecía a un viejo león. Había líneas grises en sus rizos color ocre y sus tupidas cejas, tenía ojos amarillentos y una mirada intensa tras sus gafas de armazón metálico, era muy alto y se movía con gracia a pesar de que caminaba con una leve cojera. Daba una impresión inmediata de astucia y dureza, y el Primer Ministro pensó que comprendía porque la Comunidad Mágica prefería a Scrimgeour en vez de Fudge como un líder en estos tiempos peligrosos.

-¿Cómo está usted? –dijo el Primer Ministro educadamente estirando su mano.

Scrimgeour la estrechó brevemente, con sus ojos escrutando la habitación, luego sacó la varita de su capa.

-¿Fudge le dijo todo? –preguntó caminando hacia la puerta y golpeando la cerradura con su varita. El Primer Ministro oyó la traba.

-Eh... si –dijo el Primer Ministro. –Y si no le importa preferiría que esa puerta quedase sin llave.

-Y yo preferiría no ser interrumpido –le espetó Scrimgeour -o espiado - agregó apuntando con su varita a las ventanas, de modo que las cortinas se corrieron- Bien, soy un hombre ocupado, así que vayamos al grano. Primero que nada, tenemos que discutir su seguridad.

El Primer Ministro se irguió y replicó:

- Estoy perfectamente bien con la seguridad que tengo, muchas...

-Bueno, pero nosotros no -le cortó Scrimgeour– Seria un peligro para los Muggles si su Primer Ministro cae bajo el maleficio Imperius. El nuevo secretario en la oficina de afuera...

-¡No voy a deshacerme de Kingsley Shacklebolt, si eso es lo que está sugiriendo! –Dijo el Primer Ministro acaloradamente- Es altamente eficiente, hace el doble de trabajo que el resto...

-Eso porque es un mago –dijo Scrimgeour, sin un atisbo de sonrisa -Un Auror altamente entrenado, que le ha sido asignado para su protección.

-¡No, espere un momento! – Declaró el Primer Ministro- No pueden poner gente en mi oficina, yo decido quien trabaja para mí.....

-Pensé que estaba contento con Shacklebolt –dijo Scrimgeour fríamente.

-Lo estoy… es decir… lo estaba.

-Entonces no hay problema, ¿o sí? -dijo Scrimgeour.

-Yo… bueno mientras el trabajo de Shacklebolt siga siendo excelente –dijo el Primer Ministro, pero Scrimgeour apenas parecía escucharlo.

-Ahora, acerca de Herbert Chorley, su Ministro subordinado, -continuó. –El que ha estado entreteniendo al publico por imitar a un pato.

-¿Qué pasa con él? –pregunto el Primer Ministro.

-Claramente es la reacción a un maleficio Imperius muy mal hecho. –Dijo Scrimgeour.- Alteró su cerebro, podría ser peligroso...

-¡Solo hace cuac! –Dijo el Primer Ministro débilmente – Seguramente con un poco de descanso... Con un poco de cuidado con la bebida...

-En este momento, un grupo de Sanadores del Hospital San Mungo de Heridas y Lesiones Mágicas lo están examinando. Hasta ahora, solo ha tratado de estrangular a tres de ellos. –Dijo Scrimgeour- Creo que lo mejor será que lo apartemos de la sociedad muggle por un tiempo.

-Yo... bueno… estará bien ¿verdad?-dijo el Primer Ministro ansiosamente.

Scrimgeour se limito a asentir, yendo hacia la chimenea.

-Bueno, eso es todo lo que tenía para decir. Lo mantendré informado de algún avance, Primer Ministro, o por lo menos si estoy muy ocupado para venir personalmente, le enviaré a Fudge. Ha accedido a quedarse como consejero.

Fudge intento sonreír pero sin éxito, dando la impresión de que simplemente tenía un dolor de muelas. Scrimgeour ya estaba revolviendo en su bolsillo en busca del polvo misterioso que trasformaba verde al fuego. El Primer Ministro los miró esperanzado por un momento, luego las palabras que había luchado para reprimir brotaron de repente:

-¡Pero por todos los cielos… ¡son magos! ¡Pueden hacer magia! ¡Seguramente pueden conjurar... bueno... ¡cualquier cosa!

Scrimgeour se volvió lentamente e intercambió una mirada de incredulidad con Fudge, quien pudo manejar su sonrisa esta vez al tiempo que decía amablemente:

-El problema es que el otro lado también puede hacer magia, Primer Ministro.

Y con eso, los dos magos caminaron uno detrás del otro hacia las llamas verdes brillantes y desaparecieron.

Capítulo 2: Spinner's End

A muchas millas de distancia, la fresca neblina que presionaba contra la ventana del Primer Ministro vagaba sobre un sucio río que se metía entre las orillas plagadas de vegetación y de basura. Una inmensa chimenea, reliquia de un molino en desuso, se encontraba detrás, sombría y siniestra. No se escuchaba nada aparte de un escuálido zorro que se había acercado hasta la orilla para olfatear esperanzadamente un viejo envoltorio de pescado y papas, en el alto pastizal.

Pero luego, con un muy imperceptible 'pop', una delgada y encapuchada figura se apareció de la nada, en la orilla del río. El zorro quedó inmovilizado, sus precavidos ojos voltearon hacia ese extraño fenómeno. La figura pareció estar orientándose, luego se alejó con zancadas rápidas y ligeras, con su capa crujiendo contra el pasto.

Con un segundo y más fuerte 'pop', otra nueva figura encapuchada se materializó.

-¡Espera!

Su chillido sobresaltó al zorro, que estaba agachado, al ras del suelo, entre la hierba. Saltó de su escondite hacia la orilla. Hubo un destello de luz verde, un aullido, y el zorro cayó muerto en la maleza.

La segunda figura dio vuelta al animal con su pie.

-Sólo era un zorro,- dijo una voz femenina con desprecio desde su capucha. -Pensé que podría ser un Auror - ¡Cissy, espera!

Pero la primera figura, que se había detenido y observado el rayo de luz, caminaba ya hacia la orilla del río por la que el zorro había caído.

- Cissy! ... Narcissa! – escúchame.

La segunda mujer llegó hasta la primera y agarró su brazo, pero la otra se soltó.

-¡Regrésate, Bella!
-¡Debes escucharme!
-Ya he escuchado. Tomé mi decisión. ¡Déjame sola!

La mujer llamada Narcissa alcanzó el final de la orilla, donde varias vías viejas separaban el río de una calle estrecha y adoquinada. La otra mujer, Bella, la siguió. Una al lado de la otra, permanecieron mirando a lo largo de la calle por las

hileras e hileras de casas lapidadas hechas de ladrillo, sus ventanas grises y poco visibles en la oscuridad.

-¿Aquí vive?- preguntó Bella con voz despreciable. -¿Aquí? ¿En este chiquero Muggle? Debemos ser los primeros de nuestra clase que lo pisamos

Pero Narcissa no estaba oyéndola; se había deslizado en un espacio entre vías oxidadas y se apresuró a cruzar el camino.

-Cissy, ¡espera!

Bella la siguió, su capa arrastrándose, y vio a Narcissa precipitándose hacia un callejón que había entre las casas, hacia una segunda calle idéntica. Algunas de las lámparas de la calle estaban descompuestas; las dos mujeres caminaban entre espacios de luz y profunda oscuridad. La perseguidora alcanzó a su presa tan pronto dio vuelta a otra esquina, esta vez consiguió tomar su brazo y la volteó para que pudieran verse cara a cara.

-Cissy, no debes hacer esto, no puedes confiar en él.
-El Señor Oscuro confía en él, ¿o no?

-El Señor Oscuro está ... creo ... equivocado,- jadeó Bella, y sus ojos brillaron momentáneamente bajo su capucha mientras miraba alrededor para verificar que estuviesen efectivamente solas. -De todos modos, nos dijeron que no hablemos del plan con nadie. Es una traición al Señor Oscuro.

-¡Vamos, Bella!- gruñó Narcissa, y retiró su varita de debajo de su capa, sosteniéndola amenazadoramente en la cara de la otra. Bella simplemente se río.

-Cissy, ¿a tu propia hermana? No lo harías.

-¡Ya no hay nada que no haría!- Narcisa respiró profundamente, un signo de histeria en su voz, y mientras bajaba su varita como si fuese una navaja, hubo otro destello de luz. Bella soltó el brazo de su hermana como si se quemara. -¡Narcissa!

Pero Narcissa se adelantó rápidamente. Frotando su brazo, la otra la siguió, tomando distancia ahora, mientras se movían intensamente en el laberinto desierto de casas de ladrillo. Por fin, Narcissa se apresuró en una calle llamada 'Spinner's End', en la cual la chimenea de molino altísima pareció cernirse como un dedo gigantesco. Sus pasos resonaron sobre los adoquines, mientras pasaba cerca de ventanas tapizadas y rotas, hasta que llegó a la última casa, donde una luz titilante brillaba tenuemente a través de las cortinas en el cuarto de abajo.

Llamó a la puerta antes que Bella, quien maldecía en voz baja, hubiera llegado. Juntas aguardaron ahí de pie, jadeando ligeramente, aspirando el olor del río sucio que les llegó sobre la brisa de la noche. Después de unos segundos, oyeron el movimiento detrás de la puerta y se abrió una grieta. Se podía ver la sombra de un hombre que las miraba, un hombre con el pelo largo negro que caía como en cortinas alrededor de una cara cetrina y ojos negros.

Narcissa se quitó su capucha. Era tan pálida que pareció brillar en la oscuridad; el pelo largo rubio fluyendo en su espalda, le dio el aspecto de un ahogado.

-¡Narcissa!- dijo el hombre, abriendo la puerta un poco más, de modo que la luz cayó sobre ella y sobre su hermana también. -¡Qué sorpresa tan agradable!

-Severus,- dijo ella en un susurro cansado. -¿Puedo hablarle? Es urgente.
-Pero desde luego.

Él se apartó para permitirle que pasara a la casa. Su hermana todavía encapuchada entró sin la invitación.

-Snape,- dijo ella de manera cortante al pasarlo.

-Bellatrix,- contestó él, en su boca delgada se dibujó una risa ligeramente burlona, y cerró la puerta con un chasquido detrás de ellas.

Estaban avanzando directamente a una sala diminuta, que tenía el aspecto de una celda oscura, acolchada. Las paredes estaban completamente cubiertas de libros, la mayor parte de ellos cubiertos con un viejo cuero negro o marrón; un sofá gastado, un viejo sillón, y una mesa desvencijada estaban de pie agrupados juntos bajo la luz débil arrojada por una lámpara con velas que colgaba del techo. El lugar tenía un aire de abandono, como si no estuviera habitado por lo general.

Snape le señaló el sofá a Narcissa. Ella dejó su capa, se corrió a un lado, y se sentó, contemplando sus manos blancas y temblorosas en su regazo. Bellatrix bajó su capucha más despacio. Morena en contraste con su hermana que era blanca, con párpados caídos y una mandíbula fuerte, no percibió la mirada fija de Snape y se movió para estar de pie detrás de Narcissa.

-¿Pues de modo que, qué puedo hacer por ustedes?- preguntó Snape, sentándose en el sillón frente a las dos hermanas.

-¿Estamos... solos, verdad?- preguntó Narcissa en voz baja.

-Sí, desde luego. Bueno Colagusano está aquí, pero no contamos a los roedores,

¿Verdad?- Señaló con su varita a la pared de libros detrás de él y con un golpe, una puerta escondida se abrió, revelando una escalera estrecha sobre la cual un pequeño hombre estaba de pie, congelado.

-Como te habrás dado cuenta, Colagusano, tenemos invitadas,- dijo Snape perezosamente.

El hombre se arrastró, se agachó bajando los últimos escalones y entró al cuarto. Tenía ojos pequeños, acuosos, una nariz puntiaguda, y una desagradable sonrisa tonta. Su mano izquierda sobaba su derecha, que parecía encerrada en un guante brillante de plata.

- ¡Narcissa!- dijo él, con una voz chirriante. -¡Y Bellatrix!- Cuánto gusto.
- Colagusano nos traerá bebidas, si lo desean,- dijo Snape. - Y luego volverá a su dormitorio.

Colagusano se estremeció como si Snape le hubiera lanzado algo.

- ¡No soy tu criado!- chilló, evitando la mirada de Snape.
- ¿De verdad? Tenía la impresión de que el Señor Oscuro te colocó aquí para ayudarme.
- ¡Ayudar, sí ... pero no hacer bebidas y ... y limpiar tu casa!
- No tenía idea, Colagusano, que ansiabas misiones más peligrosas,- dijo Snape suavemente. -Eso puede arreglarse fácilmente, hablaré con el Señor Oscuro.
-¡Puedo hablarle yo mismo si quiero!
- Desde luego que puedes,- dijo Snape, riendo. -Pero mientras tanto, tráenos bebidas. Un poco de Vino Elfo será suficiente.

Colagusano vaciló durante un momento, mirando como si quisiera discutir, pero entonces se dio vuelta y entró a una segunda puerta escondida. Oyeron golpes y un tintineo de vasos. Unos segundos después estuvo de vuelta, llevando una botella polvorienta y tres vasos sobre una bandeja. Los puso sobre la mesa desvencijada y se apresuró a salir de su presencia, cerrando de golpe la puerta cubierta de libros.

Snape sirvió tres vasos del vino rojo sangre y dio dos de ellos a las hermanas. Narcissa murmuró una palabra de agradecimiento, mientras que Bellatrix no dijo nada, pero siguió frunciendo el ceño en Snape. Esto no pareció enojarlo; al contrario, pareció más bien divertirlo.

- Por el Señor Oscuro,- dijo, levantando su vaso y tomándoselo todo.

Las hermanas lo imitaron. Snape volvió a llenar su vaso. Cuando Narcissa tomó su segunda bebida, dijo de prisa: -Severus, siento venir aquí de esta forma, pero tenía que verte. Pienso que eres el único que puede ayudarme.

Snape levantó una mano para callarla, luego señaló con su varita otra vez en la puerta oculta de la escalera. Hubo un golpe ruidoso y un chillido, seguido del ruido que produjo Colagusano al apresurarse hacia arriba.

-Mis disculpas,- dijo Snape. -Ha estado últimamente escuchando tras las puertas, no sé lo que pretende con ello... ¿Decías, Narcissa?

Ella respiró profundamente, se estremeció y comenzó otra vez.

-Severus, sé que no debería estar aquí, me han dicho que no debo decir nada a nadie, pero ...

-¡Entonces deberías cerrar la boca! - gruñó Bellatrix. -¡En particular con la presente compañía!

-¿Presente compañía?- repitió Snape sarcásticamente. -¿Y qué se puede entender por eso, Bellatrix?

-¡Que yo no confío en tí Snape, como muy bien sabes!

Narcissa hizo un ruido que podría haber sido un sollozo seco y cubrió su cara con sus manos. Snape dejó su vaso sobre la mesa y se sentó otra vez, puso sus manos sobre el mango de su silla, sonriendo con el ceño fruncido a Bellatrix.

-Narcissa, pienso que deberíamos oír lo que Bellatrix tiene que decir; esto evitará interrupciones aburridas. Bien, continua Bellatrix - dijo Snape. -¿A qué se debe que no confías en mí?

-¡Por cientos de motivos!- dijo ella en voz alta, andando a zancadas por detrás del sofá para poner de golpe su vaso sobre la mesa. -¡Por dónde comenzar! ¿Dónde estabas cuando el Señor Oscuro cayó? ¿Por qué nunca tuviste ninguna intención de encontrarlo cuándo desapareció? ¿Qué has estado haciendo todos estos años que has vivido en el bolsillo de Dumbledore? ¿Por qué le impediste al Señor Oscuro que consiguiera la Piedra Filosofal? ¿Por qué no volviste inmediatamente cuándo el Señor Oscuro renació? ¿Dónde estabas hace unas semanas cuando luchamos para recuperar la profecía para el Señor Oscuro? ¿Y por qué, Snape, Harry Potter está todavía vivo, cuándo lo has tenido a tu disposición durante cinco años?'

Hizo una pausa, su pecho se desinfló rápidamente, sus mejillas sonrojadas. Detrás de ella, Narcissa se sentó inmóvil, con su cara todavía escondida en sus manos.

Snape sonrió.

-¡Antes de que yo te responda… oh por supuesto que voy a responderte Bellatrix! ¡Puedes llevar mis palabras a los demás, quienes susurran detrás de mis espaldas y llevan cuentos falsos de mi traición al Señor Oscuro! Antes de que yo te conteste, haré yo una pregunta ahora. ¿Piensas realmente que el Señor Oscuro no me ha preguntado todas y cada una de esas preguntas? ¿Y piensas realmente que, si no hubiese sido capaz yo de dar respuestas satisfactorias, estaría aquí dirigiéndome a ustedes?

Ella vaciló.

-Sé que él te cree, pero...

-¿Piensas que él está confundido? ¿O que lo he engañado de alguna manera? ¿Engañado al Señor Oscuro, el mejor mago, el indudablemente más dotado que el Mundo ha conocido?

Bellatrix no dijo nada, pero se vio, por primera vez, un poco dubitativa. Snape no ejerció presión en ese punto. Recogió su bebida otra vez, lo bebió a sorbos, y siguió, -Preguntas dónde estaba yo cuando el Señor Oscuro cayó. Estaba donde él me había ordenado estar, en la Escuela Hogwarts de Magia y Hechicería, porque deseaba que yo espiara a Albus Dumbledore. ¿Sabes, supongo, que esto fue así por órdenes del Señor Oscuro?

Ella asintió con la cabeza casi imperceptiblemente y luego abrió su boca, pero Snape la previno.

-Preguntas por qué no intenté encontrarlo cuando desapareció. Por la misma razón que Avery, Yaxley, los Carrows, Greyback, Lucius- — inclinó su cabeza ligeramente a Narcissa — y muchos otros que no intentaron encontrarlo. Lo creí acabado. No estoy orgulloso de ello, me equivoqué, pero aquí está. Si él no nos hubiera perdonado a nosotros que perdimos la fe en ese entonces, ya tendría a muy pocos seguidores.

-¡Él me tendría!- dijo Bellatrix apasionadamente. -¡Yo, que permanecí tantos años en Azkaban por él!

-Sí, en efecto, muy admirable,- dijo Snape con voz aburrida. -De acuerdo, no eras de mucho uso para él en la prisión, pero el gesto fue indudablemente fino.

-¡¿Gesto?!- chilló la mujer; en su furia parecía ligeramente loca. -¡Mientras soporté a los Dementores, tú permaneciste en Hogwarts, cómodamente jugando a ser la mascota de Dumbledore!

-No exactamente,- dijo Snape tranquilamente. -Él no me daría el puesto de Defensa Contra las Artes Oscuras, lo sabes. Parecía creer que esto podría causar, ah, una recaída… tentarme con mis viejas costumbres.

-¿Este era tu sacrificio para el Señor Oscuro, no enseñar tu asignatura favorita?- se mofó. -¿Por qué te quedaste allí todo aquel tiempo, Snape? ¿Todavía espiando a Dumbledore para un maestro que creíste muerto?

-Casi- dijo Snape, -aunque el Señor Oscuro está contento porque nunca abandoné mi puesto, yo tenía dieciséis años de información sobre Dumbledore para darle cuando él volvió, un regalo de bienvenida más útil, que reminiscencias interminables de cuán desagradable es Azkaban.

-Pero tú te quedaste.

-Sí, Bellatrix, me quedé - dijo Snape, mostrando un toque de impaciencia por primera vez. -Yo tenía un trabajo cómodo que preferí, a un período en Azkaban. Ellos acorralaban a los Mortífagos, tu sabes. La protección de Dumbledore me protegió de la cárcel; era lo más conveniente y lo usé. Repito: el Señor Oscuro no se queja que me haya quedado, entonces no veo por qué tu lo tengas que hacer.

-Creo que también quieres saber - siguió él con la voz un poco más alta, ya que Bellatrix mostró signos de querer interrumpir -por qué me interpuse entre el Señor Oscuro y la Piedra Filosofal. Esto es contestado fácilmente. Él no sabía si podría confiar en mí. Pensó, como tu, que yo me había convertido de fiel Mortífago en títere de Dumbledore. Estaba en una condición lastimosa, muy débil, compartiendo el cuerpo de un mago mediocre. No se atrevió a revelarse a un antiguo aliado por si aquel aliado pudiera entregarlo a Dumbledore o el Ministerio. Profundamente lamento que él no confiara en mí. Habría vuelto tres años más pronto. Lo que vi, fue a Quirrell que sólo era avaro e indigno para intentar robar la Piedra y, confieso, hice todo lo que pude para frustrarlo.

La boca de Bellatrix se retorció como si hubiera tomado una dosis desagradable de medicina.

-Pero no volviste cuando él volvió, no volviste inmediatamente cuando sentiste la quemadura de la Marca Tenebrosa.

-Correcto. Volví dos horas más tarde. Volví bajo las órdenes de Dumbledore.

-¿Bajo las órdenes de Dumbledore—? comenzó ella, en tono de ultraje.

-¡Piensa!- dijo Snape, impaciente otra vez. -¡Piensa! ¡Esperando dos horas, solamente dos horas, aseguré mi permanencia en Hogwarts como un espía! ¡Al permitir que Dumbledore pensara que yo volvía al lado del Señor Oscuro sólo porque me lo ordenó, he sido capaz de pasar la información sobre Dumbledore y la Orden del Fénix desde entonces! Considera esto Bellatrix: la Marca Tenebrosa había estado poniéndose más nítida durante meses. ¡Yo sabía que él estaba a punto de volver, todos los Mortífagos lo sabían! ¿Tenía mucho tiempo para pensar en qué hacer, planear mi siguiente movimiento, evitarlo como Karkaroff, verdad? El disgusto inicial del Señor Oscuro en mi retraso desapareció completamente, les aseguro, cuando expliqué que permanecí fiel, aunque Dumbledore pensara que yo era su hombre. Sí, el Señor Oscuro siempre pensó que yo lo había abandonado, pero se equivocó.

-¿Pero de qué nos has servido?- se burló Bellatrix. -¿Qué información útil hemos obtenido de ti?

-Mi información ha sido comunicada directamente al Señor Oscuro - dijo Snape. -Si él decide no compartirla contigo…

-¡Él comparte todo conmigo!- dijo Bellatrix, exasperándose inmediatamente -Él me llama su más leal, su más fiel…

-¿Él?- dijo Snape, su voz delicadamente conjugada para sugerir su incredulidad. -¿Él? ¿Después del fiasco en el Ministerio?

-¡No fue mi culpa!- dijo Bellatrix, acalorada. -El Señor Oscuro, en el pasado, me ha confiado su más preciado tesoro ... si Lucius no hubiera ...

-¡No te atrevas!... ¡No te atrevas a culpar a mi marido!- dijo Narcissa, con una voz baja y mortal, alzando la vista hacia su hermana.

-No hay ninguna razón para inculpar - dijo Snape suavemente. -Lo que está hecho, hecho está.

-¡Pero no por ti!- dijo Bellatrix furiosamente. -¿No estabas otra vez ausente mientras el resto de nosotros corrió peligros, Snape?

-Mis órdenes eran permanecer detrás - dijo Snape. -¿Quizá no estás de acuerdo con el Señor Oscuro, y piensas que Dumbledore no se habría dado cuenta si yo hubiera unido fuerzas con los Mortífagos para luchar contra la Orden del Fénix? Y — me perdonarás — hablas de peligros... ¿te enfrentaste a seis adolescentes, o no?

-¡A ellos se les unieron, como muy bien sabes, la mitad de la Orden, después de un rato!- gruñó Bellatrix. -¿Y, mientras hablamos sobre el tema de la Orden, todavía insistes en que no puedes revelar el paradero de su cuartel central, verdad?

-No soy el Guardián Secreto; no puedo decir el nombre del lugar. ¿Creo que entiendes cómo funciona el encantamiento, cierto? El Señor Oscuro está satisfecho por la información que le he pasado sobre la Orden. Eso condujo, como quizás has adivinado, a la reciente captura y asesinato de Emmeline Vance, y ciertamente ayudó a eliminar a Sirius Black, aunque te doy el crédito completo de terminar con él.

Inclinó su cabeza. Su expresión, no se ablandó.

-Evitas mi última pregunta, Snape. Harry Potter.... podrías haberlo matado en cualquier momento en estos cinco años. No lo has hecho. ¿Por qué?

-¿Has hablado de este tema con el Señor Oscuro?- preguntó a Snape.

-Él... últimamente, nosotros... ¡Te pregunto a ti Snape!

-Si yo hubiera asesinado a Harry Potter, el Señor Oscuro no podía haber usado su sangre para regenerarse, haciéndolo invencible…

-¡Reclamas que previste el uso del muchacho!- se mofó ella.

-No lo reprocho; no tuve ni idea de sus proyectos; ya lo he admitido, imaginé al Señor Oscuro muerto. Trato simplemente de explicar por qué el Señor Oscuro está agradecido de que Harry Potter haya sobrevivido, al menos hasta hace un año...

-¿Pero por qué lo mantuviste vivo?

-¿No me has entendido? ¡Era sólo la protección de Dumbledore la que me salvaba de Azkaban! ¿Discrepas que asesinando a su estudiante favorito significaría ponerlo en mi contra? Pero había más en todo esto. Debería recordarte que cuando Potter llegó a Hogwarts por primera vez, había todavía muchas historias que circulaban sobre él, rumores acerca de que él mismo era un gran Mago Oscuro, y que era así como había sobrevivido al ataque del Señor Oscuro. Ciertamente, muchos de los seguidores del Señor Oscuro pensaron que Potter podría ser un estándar al cual seguiríamos una vez más. Fui curioso, lo admito, y después de todo no me incliné a matarlo en el momento en que puso un pie en el castillo.

-Por supuesto, rápidamente se hizo aparente que no tenía ningún talento extraordinario después de todo. Luchó escapando de un montón de aprietos con la simple combinación de pura suerte con más talento de parte de sus amigos. Fue un mediocre total, tan detestable y autosatisfecho como lo fue su padre con anterioridad. He hecho todo lo imposible por expulsarlo de Hogwarts, a donde creo que apenas pertenece, pero ¿matarlo, o permitir que lo maten en frente de mí? Hubiera sido un tonto al arriesgarme con Dumbledore tan cerca.

-Y después de todo esto, supongo que tendremos que creer que Dumbledore nunca sospechó de ti?- preguntó Bellatrix. -Él no tiene idea de tu verdadera lealtad, ¿confía en ti implícitamente?

-He jugado mi papel muy bien - dijo Snape. -Y pasas por alto la más grande debilidad que tiene Dumbledore: tiene que creer en la parte buena de la gente. Le conté una historia con el más profundo remordimiento cuando me uní a su grupo, justo en mis días de Mortífago, y él me recibió con los brazos abiertos. Pero, como digo, nunca me dejó estar cerca de las Artes Oscuras. Dumbledore ha sido un gran mago – oh sí, lo ha sido - (Bellatrix dio un feroz chillido) -el Señor Oscuro lo reconoce. Estoy agradecido de decir, sin embargo, que Dumbledore está envejeciendo. El duelo con el Señor Oscuro el mes pasado lo sacudió. Desde entonces, ha tenido una grave herida ya que sus reacciones son más lentas de lo que fueron alguna vez. Pero durante todos estos años, nunca a dejado de confiar en Severus Snape, y allí descansa mi gran valor hacia el Señor Oscuro.

Bellatrix todavía se veía un poco descontenta, como si pareciera insegura de cómo atacar mejor a Snape. Tomando ventaja de su silencio, Snape se dirigió a su hermana.

-Entonces... ¿veniste a pedir ayuda, Narcissa?

Narcissa lo miró, con cara de elocuente desesperación.

-Sí, Severus. Yo ... pienso que eres el único que puede ayudarme, no tengo a nadie más que me ayude. Lucius está preso y...

Cerró sus ojos y dos grandes lágrimas se escaparon de sus ojos. -El Señor Oscuro me ha prohibido hablar de esto - continuó Narcissa, con sus ojos todavía cerrados. -Desea que nadie sepa del plan. Es... muy secreto. Pero ...

-Si te lo prohibió, no me lo debes decir - dijo Snape al instante. -La palabra del Señor Oscuro es ley.

Narcissa largó un grito ahogado como si Snape la hubiese bañado con agua helada. Bellatrix lo miró satisfecha por primera vez desde que entraron en la casa.

-¡Ves!- dijo ella triunfantemente a su hermana. -Hasta Snape lo dice: no debes hablar, ¡entonces quédate en silencio!

Pero Snape se puso de pie y se acercó a zancadas hasta la pequeña ventana, forzando su mirada entre las cortina hacia la calle desierta, luego las cerró nuevamente de un tirón. Se dio vuelta para mirar a Narcissa con el ceño fruncido.

-Sucede que sé del plan,- dijo en voz baja. -Soy uno de los pocos a los que el Señor Oscuro le ha contado. De todos modos, yo lo he guardado en secreto, Narcissa, debes ser prudente de no traicionar al Señor Oscuro.

-¡Sabía que lo deberías saber!- dijo Narcissa, respirando mejor. -Él confía en ti, Severus...

-¿Sabes del plan?- dijo Bellatrix, con una expresión de fugaz satisfacción reemplazado por una mirada atroz. -¿Lo sabes?

-Efectivamente - dijo Snape. -¿Pero qué tipo de ayuda necesitas, Narcissa? Si estás imaginando de que puedo convencer al Señor Oscuro que cambie sus planes, me temo que no hay esperanza, ninguna.

-Severus,- susurró ella, con lágrimas cayendo por sus pálidas mejillas. -Mi hijo ... mi único hijo...

-Draco debería estar orgulloso - dijo Bellatrix indiferentemente. -El Señor Oscuro le está concediendo un gran honor. Y diré esto por Draco: no se escapa de su tarea, se lo ve contento, por esta oportunidad de probarse a sí mismo, encantado ante la posibilidad.

Narcissa comenzó a llorar sin consuelo, mirando todo el tiempo fijamente y en forma de súplica a Snape.

-¡Y es porque tiene dieciséis años y no tiene idea de lo que se oculta detrás de esto! ¿Por qué, Severus? ¿Por qué mi hijo? ¡Es muy peligroso! ¡Esto es una venganza por el error de Lucius, lo sé!

Snape no dijo nada. Apartó su vista de la mirada llorosa de Narcissa como si fuera indecente, pero no pudo evitar tener que oírla.

-¿Es por eso que escogió a Draco, no?- insistió ella. -¿Para castigar a Lucius?

-Si Draco tiene éxito,- dijo Snape, todavía sin mirarla, -será homenajeado por encima de todos los otros.

-¡Pero no tendrá éxito!- sollozó Narcissa. -¿Cómo podrá tenerlo?, cuando el mismo Señor Oscuro no ...

Bellatrix ahogó un grito; Narcissa pareció haberse descontrolado. -Solo me refiero... a que nadie ha tenido éxito aún... Severus... por favor... tú eres, tú has sido siempre, el maestro favorito de Draco... eres el viejo amigo de Lucius... te lo suplico... eres el consejero favorito en el que más confía el Señor Oscuro... ¿Hablarás con él, lo convencerás ?

-El Señor Oscuro no será persuadido, y no soy tan estúpido como para intentarlo - dijo Snape encogiéndose. -No puedo pretender que el Señor Oscuro no esté enojado con Lucius. Lucius estaba a cargo. Lo capturaron, con muchos otros, y fallaron al intentar recuperar la profecía. Sí, el Señor Oscuro está enojado, Narcissa, muy enojado, en efecto.

-¡Tengo razón, ha escogido a Draco para vengarse!- se atragantó Narcissa. -Eso no significa que tendrá éxito, ¡quiere que lo maten!

Como Snape no dijo nada, Narcissa pareció perder el auto-control que poseía. Poniéndose de pié, caminó tambaleándose hacia Snape y se colgó de su ropa. Se puso cara a cara con él, con lágrimas cayendo por sus mejillas, y ahogó un grito, -Puedes hacerlo. Puedes hacerlo en lugar de Draco, Severus. Vas a tener éxito, por supuesto que lo tendrás, y él te recompensará en frente de todos nosotros.

Snape la tomó de las muñecas y sacó sus manos. Mirando hacia abajo, a la cara cubierta de lágrimas dijo lentamente, -Él pretende que lo haga al final, supongo. Pero determinó que Draco lo haga primero. Ya ves, en el raro caso de que Draco tenga éxito, podré permanecer en Hogwarts un poco más, cumpliendo mi útil papel de espía.

-En otras palabras, ¡eso no significa que Draco no sea asesinado!- -El Señor oscuro está muy enojado - repitió Snape tranquilamente. -No pudo escuchar la profecía. Tú sabes, Narcissa, tan bien como yo, que él no perdona tan fácilmente.

Ella se desplomó a sus pies, sollozando y gimiendo en el piso.

-Mi único hijo... mi único hijo...-

-¡Deberías estar orgullosa!- dijo Bellatrix despiadadamente. -Si tuviera hijos, ¡estaría orgullosa de darlos para el servicio del Señor Oscuro!

Narcissa dio un pequeño grito de desesperación y jaló su larga cabellera rubia. Snape se detuvo, la tomó de los brazos, la levantó, y la condujo hasta el sofá. Luego le sirvió más vino y puso el vaso en su mano.

-Narcissa, es suficiente. Bebe esto. Escúchame.

Narcissa se quedó quieta por un momento; tomó un tembloroso sorbo de vino.

-Podría ser posible... que ayude a Draco.

Ella se levantó, con su cara blanca como el papel, y sus ojos enormes.

-Severus – oh, Severus - ¿Lo ayudarás? ¿Lo protegerás de que nadie lo lastime?

-Podría intentarlo.

Narcissa arrojó su vaso; éste se deslizó por la mesa, mientras ella se levantó del sofá y se puso de rodillas a los pies de Snape, tomó sus manos, y las besó.

-Si estarás allí para protegerlo... ¿Severus, me lo juras? ¿Harás la Promesa Inquebrantable?

-¿La Promesa Inquebrantable?

La expresión de Snape se tornó pálida, vacía. Bellatrix, sin embargo, dejó crepitar una risa burlona.

-¿Estás escuchando, Narcissa? Oh, lo intentará, estoy segura... Las palabras vacías usuales, los usuales deslices en acción... oh, por las órdenes del Señor Oscuro, ¡por supuesto!- dijo burlonamente Bellatrix.

Snape no miró a Bellatrix. Sus ojos negros estaban clavados en las lágrimas de los ojos azules de la mujer que le agarraba sus manos.

-Ciertamente, Narcissa, debo hacer la Promesa Inquebrantable - dijo Snape tranquilamente. -Quizás tu hermana consienta en ser Testigo.

La boca de Bellatrix se abrió. Snape se bajó por lo que quedó de rodillas frente a Narcissa. Bajo la mirada asombrada de Bellatrix, se tomaron de ambas manos.

-Necesitarás tu varita, Bellatrix, dijo Snape fríamente.

Ella la sacó, mirando todavía consternada.

-Y necesitarás moverte más cerca - dijo él.

Ella se paró adelante por lo que estaba por arriba de ellos, y puso la punta de su varita sobre sus dos manos unidas.

Narcissa habló.

-Severus, ¿Vas a vigilar a mi hijo, Draco, mientras está cumpliendo los deseos del Señor Oscuro?

-Lo haré - dijo Snape.

Una fina lengua de llama brillante salió de la varita y ató alrededor de sus manos una especie de cuerda roja caliente.

-¿Y vas a protegerlo del dolor, con tu mejor destreza?

-Lo haré,- dijo Snape.

Una segunda lengua de llamas se disparó de la varita y entrecruzó con la primera, haciendo una cuerda más brillante.

-Y, si necesariamente... si Draco fallase...- susurró Narcissa (la mano de Snape se movió ligeramente dentro de la de ella, pero no se separó) -¿Llevarías a cabo la acción que el Señor Oscuro le ordenó a Draco que realizara?

Hubo un momento de silencio. Bellatrix miró su varita sobre sus manos, con sus ojos muy abiertos.

-Lo haré - dijo Snape.

La cara pasmada de Bellatrix brilló con color rojizo ante una tercera llama, que salió disparada de la varita, y se unió con las otras, y se ligó compactadamente en las manos entrelazadas, como una cuerda, como una serpiente ardiente.

Capítulo 3: Lo Hará y No lo Hará

Harry Potter roncaba sonoramente. Había estado sentado en la silla cercana a la ventana de su habitación por casi cuatro horas mirando hacia la oscura calle, y finalmente había caído dormido con uno de los lados de su cara presionando contra el frío cristal, las gafas chuecas y la boca medio abierta. El vaho que su respiración había dejado en la ventana relucía a la luz naranja de la farola de la calle, y la luz artificial dejaba su rostro carente de color, de manera que lucía fantasmagórico debajo de su singular y rebelde cabello oscuro.

La habitación estaba desordenada con varias cosas y una buena cantidad de basura. Plumas de lechuza, corazones de manzana y envoltorios de dulces cubrían el suelo, algunos libros de encantamientos se hallaban semi abiertos y enterrados entre las sábanas de su cama, y un desorden de periódicos estaban puestos en un montón a la luz del escritorio. El encabezado de uno de ellos mostraba:

HARRY POTTER: ¿EL ELEGIDO?

Los rumores continúan volando acerca del misterioso y reciente disturbio ocurrido en el Ministerio de Magia, durante el cual El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado fue visto una vez más.

—No estamos autorizados a hablar de esto, no me pregunten nada — dijo un agitado Auror, quien se negó a dar su nombre y dejo el Ministerio la noche pasada.

Sin embargo, fuentes confiables dentro del Ministerio han confirmado que los sucesos se centraron en la Sala de Profecías.

Aunque los voceros del Ministerio hasta ahora se niegan a confirmar la existencia de dicho lugar, un gran número de la comunidad Mágica cree que los Mortífagos, quienes cumplían sus sentencias en Azkaban por ataques e intentos de saqueo, trataron de robar una profecía. La naturaleza de dicha profecía es desconocida, aunque las especulaciones dicen que concierne a Harry Potter, la única persona conocida que ha sobrevivido al Hechizo Mortal, y quien se asegura estuvo en el Ministerio la noche en cuestión. Algunos han ido más lejos como para llamar a Potter 'El elegido', creyendo que la profecía lo nombra como el único capaz de enfrentar a El-Que–No-Debe-Ser-Nombrado.

El contenido actual de la profecía, si existe, es desconocido, aunque... (Continúa página 2, columna 5).

Un segundo periódico se encontraba junto al primero. Éste llevaba el encabezado:

SCRIMGEOUR REEMPLAZA A FUDGE

La mayor parte de la página principal estaba ocupada por una enorme fotografía de un hombre con una melena de león, de cabellos delgados y un fiero rostro. La figura se movía… el hombre saludaba hacia el techo.

Rufus Scrimgeour, el Jefe previo de la oficina de Aurores en el Departamento de Refuerzo de la Ley Mágica, ha reemplazado a Cornelius Fudge como Ministro de Magia. El encuentro ha sido aceptado con entusiasmo por la Comunidad Mágica, a pesar de los rumores de un intercambio entre el nuevo Ministro y Albus Dumbledore, nuevamente fue reinstalado el Jefe Warlock del Wizengamot después de algunas horas de que Scrimgeour tomara posesión.

Los representantes de Scrimgeour han admitido que este tuvo un encuentro con Dumbledore luego de tomar posesión del alto cargo, pero se negaron a comentar el asunto de dicha reunión. Albus Dumbledore es conocido por... (Continúa página 3, columna 2).

A la izquierda de este periódico se encontraba otro, el cual se hallaba doblado de tal manera que mostraba una historia referente a que el Ministro garantizaba la protección a los estudiantes.

El recién elegido Ministro de Magia Rufus Scrimgeour, habló hoy de las nuevas medidas tomadas por el Ministerio para asegurar el bienestar de los estudiantes que regresarán al Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería este otoño.

—Por obvias razones, el Ministerio no entrará en detalles acerca de sus nuevos planes de seguridad — dijo el Ministro, aunque una fuente confirmó que esas medidas incluyen encantamientos y hechizos defensivos, un complejo arreglo de maldiciones y un grupo reducido de Aurores dedicados única y exclusivamente a la protección del Colegio Hogwarts.

Se ha asegurado, por el nuevo Ministro, la protección de los estudiantes. Dice la Señora Augusta Longbottom. — Mi nieto Neville, que incidentalmente, es un buen amigo de Harry Potter, que luchó junto a él contra los Mortífagos en el Ministerio en Junio y...

Pero el resto de esta historia se hallaba obstruida por la sombra de la gran jaula que se encontraba por encima del periódico. Dentro de ésta se encontraba una magnífica lechuza blanca. Sus ojos ambarinos recorrían la habitación imperiosos, su cabeza girando ocasionalmente para mirar a su roncador dueño. Una o dos veces hacía sonar su pico impacientemente, pero Harry se encontraba profundamente dormido como para poder escucharla.

Un gran baúl se encontraba justo a la mitad de la habitación. Su tapa estaba abierta; aún estaba casi vacío excepto por algunas prendas de ropa interior vieja, dulces, botellas de tinta vacías, y plumas rotas que cubrían el fondo. Cerca, en el piso se encontraba un folleto púrpura grabado con las palabras:

PUBLICACIÓN REALIZADA POR
El ministerio de Magia
PROTEGIENDO TU CASA Y TU FAMILIA CONTRA LAS FUERZAS OSCURAS.

La Comunidad Mágica actualmente está bajo la amenaza de una organización que se autonombra Los Mortífagos. El seguir los siguientes puntos de seguridad lo protegerán a usted, su familia y su casa de un ataque.

1. Se le recomienda no salir de su casa solo.

2. Debe tener cuidado especial durante las horas nocturnas. De ser posible, termine sus actividades antes de la puesta del sol.

3. Revise las medidas de seguridad en su casa, asegurándose que todos los miembros de su familia están dentro de alguna medida de protección como el Escudo y Encantamientos Desilusionadores, y en caso de familiares menores de edad, Apariciones en Conjunto.

4. Póngase de acuerdo sobre preguntas de seguridad con familiares cercanos y amigos para detectar algún Mortífago encubierto por medio de una Poción Multijugos. (ver página 2).

5. Si sospecha que un miembro de su familia, colega, amigo o vecino actúa de manera extraña, contacte a la Patrulla de Refuerzo de la Ley Mágica de inmediato. Quizás estén bajo el hechizo Imperius (ver página 4).

6. Si la Marca Oscura aparece sobre cualquier lugar o edificio. NO ENTRE, pero contacte a la Oficina de Aurores inmediatamente.

7. Testigos no confirmados sugieren que los Mortífagos podrían estar usando Inferi (ver página 10). Cualquier sospecha de un Inferius, o encontrarse con ellos, deben ser reportados al Ministerio INMEDIATAMENTE.

Harry se quejó en su sueño y su rostro resbaló unos milímetros haciendo que sus gafas se enchuecaran aún más, pero no despertó. Un reloj alarma, reparado por Harry varios años atrás, dejaba escuchar el segundero, mostrando un minuto para las once. Cerca de él, sostenido por la relajada mano de Harry estaba un trozo de pergamino cubierto por una escritura delgada y elegante. Harry había leído esta carta tantas veces desde su llegada tres días atrás que aunque había

sido entregada en un rollo perfectamente doblado, ahora estaba completamente lisa.

Querido Harry:

Si te parece conveniente, llegaré al número cuatro de Privet Drive este viernes a las once p.m. para escoltarte a la Madriguera, donde has sido invitado a pasar lo que resta de tus vacaciones escolares.

Si estás de acuerdo, estaría encantado de tu asistencia a un encuentro que espero atender camino a la madriguera. Explicaré esto ampliamente cuando te vea.

Hazme el favor de enviarme tu respuesta con esta lechuza. Esperando verte este viernes,

Atentamente,

Albus Dumbledore

Aunque ya lo sabía de memoria, Harry se había pasado echando miradas furtivas a esta misiva cada pocos minutos desde las siete de la tarde, cuando había tomado asiento en su posición cerca de la ventana, la cual tenía una razonable vista de ambos lados de la calle Privet Drive. Sabía que no tenia sentido releer las palabras de Dumbledore; Harry había enviado su 'sí' con la lechuza de entrega como se le había pedido, y todo lo que le restaba era esperar, aún si Dumbledore llegaba o no.

Pero Harry no había empacado. Era demasiado bueno para ser verdad el hecho de ser rescatado de los Dursley después de algunos días en su compañía. No podía quitarse de la mente que algo estaba mal. Su respuesta a la carta de Dumbledore debió extraviarse; Dumbledore debió ser prevenido de contactarlo; la carta quizá ni siquiera proviniera de Dumbledore, sino solo fuera un truco, una broma o una trampa. Harry no habría podido soportar el hacer el equipaje y después de ser totalmente engañado tener que desempacar de nuevo. El único gesto que había tenido hacia la posibilidad de un viaje fue encerrar a su lechuza blanca Hedwig, a salvo en su jaula.

La manecilla minutera de su reloj alarma alcanzó el numero doce y en ese preciso momento, la lámpara de la calle se apagó.

Harry despertó como si la repentina oscuridad fuese una alarma. Lentamente se enderezó las gafas y despegó la mejilla del cristal, presionó la nariz contra la ventana recorriendo a lo largo y ancho el pavimento. Una figura alta envuelta en una larga y ondulante capa caminaba por el sendero del jardín.

Harry dio un brinco como si hubiese recibido un shock eléctrico, se cayó de la silla y comenzó a reunir cualquier cosa que pudiese alcanzar del piso al tiempo que lo lanzaba hacia el baúl. Así fue como algunas ropas, dos libros de encantamientos y un paquete de plumas cruzaron la habitación, en ese momento sonó el timbre. Abajo en la sala su tío Vernon gritó —¿Quién diablos llama a esta hora de la noche?

Harry se quedó helado con un telescopio sostenido en su mano y un par de zapatillas deportivas en la otra. Había olvidado por completo avisarle a los Dursley que Dumbledore estaba por llegar. Sintiendo al mismo tiempo pánico y unas ganas tremendas de reír, saltó sobre el baúl y alcanzó a abrir la puerta de su habitación a tiempo para escuchar una voz profunda decir —Buenas noches. Usted debe ser el Señor Dursley. ¿Puedo preguntar si Harry le ha dicho que vendría a recogerlo?

Harry bajo las escaleras a toda velocidad, dos escalones a la vez, llegando abruptamente al final, la experiencia le había enseñado a quedar al menos a un brazo de distancia del alcance de su tío si era posible. En la entrada se encontraba un hombre alto, delgado, con una barba larga color plata y calvo. Sus lentillas de media luna estaban sostenidas en su larga nariz y llevaba puesto una capa de viaje negra así como un sombrero puntiagudo. Vernon Dursley, cuyo bigote era tan extravagante como el abrigo de Dumbledore, y quien vestía una bata púrpura, permanecía mirando al visitante como si no pudiese creer lo que veían sus pequeños ojos.

—A juzgar por su marcada apariencia de incredulidad, supongo que Harry no le avisó de mi llegada — dijo Dumbledore tranquilamente. — Sin embargo, asumamos que usted me ha invitado amablemente a entrar en su casa. No es correcto permanecer mucho tiempo en la entrada en estos tiempos difíciles. Dumbledore caminó decididamente atravesando el umbral y cerró la puerta tras de sí.

—Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita — dijo Dumbledore, dirigiendo su desviada nariz hacia el Tío Vernon, —Debo decirle que su agapanthus está floreciendo.

Vernon Dursley no dijo nada en absoluto. Harry no dudaba que su tío recuperaría el habla pronto, la pulsante vena en la sien de su tío estaba alcanzando un punto peligroso, pero algo acerca de Dumbledore parecía haberle robado temporalmente la respiración. Quizá se debía al inconfundible aspecto mágico de su apariencia, pero también podía ser que incluso el Tío Vernon podía percibir que estaba frente un hombre a quien seria muy difícil insultar.

—Ah, Buenas noches Harry — dijo Dumbledore, mirándolo a través de sus lentes de media luna con una expresión de satisfacción. —Excelente, excelente.

Esas palabras parecieron surtir efecto en Tío Vernon. Estaba claro que por lo que a él respectaba, ningún hombre que pudiera mirar a Harry y dijese 'excelente' pudiese ser un hombre al cual jamás vería a la cara.

—No quise ser descortés... —comenzó, en un tono que descartaba cualquier hostilidad en cada sílaba.

—… pero tristemente la hostilidad accidental ocurre frecuentemente en nuestros días — Dumbledore terminó la frase gravemente. — Es mejor no decir nada al respecto, estimado hombre. Ah, ella debe ser Petunia.

La puerta de la cocina se había abierto, y allí se encontraba la tía de Harry, usando unos guantes de plástico y un mandil sobre su vestido de noche, claramente a mitad de su usual limpieza de todos los utensilios de cocina antes de ir a dormir. Su cara equina y alargada no mostraba sino shock.

—Albus Dumbledore — dijo Dumbledore, cuando Tío Vernon falló en efectuar una presentación. —Hemos mantenido correspondencia, por supuesto —. Harry pensó que era una manera curiosa de recordarle a Tía Petunia que una vez le envió un vociferador, pero Tía Petunia no parecía haber comprendido. —Y este debe ser su hijo, ¿Dudley?

En esos momentos Dudley cruzaba por la puerta de la sala. Su larga y rubia cabeza saliendo del cuello de su pijama lucía extremadamente innatural, su boca abierta en estupor. Dumbledore espero uno o dos segundos, aparentemente para ver si alguno de los Dursley decía algo, pero mientras esperaba, una sonrisa se formó en su boca.

—¿Debemos asumir que me invitan a pasar a sentarme en su sala?

Dudley salto fuera del camino mientras Dumbledore pasaba a su lado. Harry quien aún sostenía el telescopio y las zapatillas deportivas, salto los últimos dos escalones y siguió a Dumbledore, quien se había acercado al sofá cerca del fuego y miraba los alrededores con una expresión de incipiente interés. Lucía extraordinariamente fuera de lugar.

—¿No… no nos vamos Señor? — preguntó Harry ansiosamente.

— Sí, claro, pero hay algunas cosas que debemos discutir primero—dijo Dumbledore. —Y preferiría no hacerlo afuera. Abusaremos un poco más de la hospitalidad de tus tíos.

—Oh ¿en verdad?...

—Si —dijo Dumbledore simplemente.

Uso la varita tan velozmente que Harry apenas pudo verlo, con un rápido movimiento casual. El sofá zumbó hacia adelanto y golpeó las rodillas de los tres Dursley de tal manera que colapsaron en una pila encima del mueble. Otro movimiento de varita y el sofá regreso a su posición original.

-Debemos ponernos cómodos —dijo Dumbledore con total calma.

Mientras guardaba su varita en el bolsillo, Harry vio como su mano estaba ennegrecida y lastimada, parecía como si la carne hubiese sido quemada.

—Señor... ¿qué le paso a su...?.

—Después Harry, — dijo Dumbledore, —Siéntate por favor.

Harry tomó asiento en la silla que estaba vacía, prefiriendo no mirar a los Dursley quienes parecían sumidos en silencio.

—Hubiera asumido que me ofrecerían algún refresco —le dijo Dumbledore a Tío Vernon, — Pero la evidencia hasta ahora sugiere que ese hecho sería optimista hasta el punto de lo hilarante.

Un tercer movimiento de varita y una empolvada botella así como cinco vasos aparecieron flotando en el aire. La botella se destapó y comenzó a verter una cantidad generosa de líquido color miel en cada uno de los vasos, los cuales salieron flotando en dirección de cada una de las personas presentes en la habitación.

—La mejor hidromiel añejada en barricas de roble de Madame Rosmerta —dijo Dumbledore, levantando su vaso hacia Harry, quien a su vez tomó el suyo y se lo empinó. Jamás había probado algo semejante, pero lo disfrutó inmensamente. Los Dursley después de una rápida y asustada mirada unos a otros, trataron de ignorar sus vasos completamente, algo difícil de hacer ya que éstos daban pequeños golpecitos al lado de sus cabezas. Harry no pudo reprimir el sospechar que Dumbledore se estaba divirtiendo.

—Y bien Harry — dijo Dumbledore, volviéndose por completo hacia él - Tenemos un problema que esperamos tu puedas resolver por nosotros. Por nosotros me refiero a La Orden del Fénix. Pero antes que nada debo decirte que el testamento de Sirius fue descubierto hace una semana y te ha heredado todo lo que poseía.

Sobre el sofá, la cabeza de Tío Vernon giró, pero Harry no lo miró ni pudo pensar en nada que decir excepto, —Oh, bien.

—De forma general y yendo al grano — continuo Dumbledore. —Añadirán una considerable cantidad de oro a tu cuenta en Gringotts, y además heredaste todos los objetos personales de Sirius. En cuanto a la problemática legal...

—¿Su padrino murió? — dijo Tío Vernon a voz de cuello desde el sofá. Dumbledore y Harry voltearon a verle. El vaso de licor ahora golpeaba insistentemente a un lado de la cabeza de Vernon, mientras él intentaba quitárselo de encima, —¿Está muerto? ¿Su Padrino?

—Sí —dijo Dumbledore. No le preguntó a Harry el porqué no les había confiado eso a los Dursley. —Nuestro problema —continuó diciéndole a Harry como si no hubieran interrumpido, —es que Sirius también te ha dejado Número Doce de Grimmauld Place.

—¿Le han dejado una casa?— dijo el Tío Vernon sonoramente, sus pequeños ojos entrecerrados pero nadie le contestó.

—Pueden seguir utilizándola como Cuartel General —dijo Harry, —No me importa. Pueden conservarla, yo realmente no la quiero. —Harry jamás querría poner un pie en Número 12 de Grimmauld Place de nuevo si podía evitarlo. Pensaba que estaría inundada por siempre por la memoria de Sirius vagando en sus húmedas y oscuras habitaciones, solo, aprisionado dentro de aquel lugar que tan desesperadamente deseaba dejar.

—Eso es generoso — dijo Dumbledore. —Hemos sin embargo, abandonado el edificio temporalmente.

—¿Por qué?

-Bueno -dijo Dumbledore, ignorando los balbuceos de Tío Vernon, quien estaba en esos momentos siendo atacado en la cabeza por los persistentes vasos de licor. —La tradición de la familia Black decreta que la casa tiene que seguir una línea directa al siguiente heredero con el apellido 'Black'. Sirius era el último de esta línea ya que su hermano menor Regulus falleció antes que él, y ninguno tuvo hijos. Mientras que su testamento plantea perfectamente claro que él quería que tú tuvieras la casa, aún cabe la posibilidad de que exista algún hechizo o encantamiento que se haya puesto en el lugar para asegurarse que no pueda pertenecer a nadie que no sea de sangre pura.

Una imagen vívida del escandaloso y horrible cuadro de la madre de Sirius que colgaba del recibidor de Número Doce de Grimmauld Place apareció en la mente de Harry. —Apuesto a que lo hay —dijo.

—Exactamente — respondió Dumbledore. — si tal encantamiento existe, entonces lo más seguro es que el dueño de la casa se trate de alguno de los familiares vivos más cercanos, lo que resulta en su prima, Bellatrix Lestrange.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Harry se puso de pie intempestivamente; el telescopio y las zapatillas deportivas que estaban sobre su regazo rodaron hasta el piso. Bellatrix Lestrange, la asesina de Sirius, ¿heredaría su casa?.

—No — exclamó.

—Bueno, obviamente también nosotros preferiríamos que eso no sucediera —dijo Dumbledore tranquilamente. —La situación está llena de complicaciones. No sabemos si los encantamientos que nosotros mismos pusimos sobre la construcción, por ejemplo, haciéndola Indetectable, funcionarán ahora que los bienes han dejado de ser de Sirius. Podría suceder que Bellatrix pusiera un pie en la entrada en cualquier momento. Naturalmente tuvimos que dejar la casa hasta que clarifiquemos nuestra posición.

—Pero, ¿como sabrá si yo puedo quedarme con ella?

—Afortunadamente — dijo Dumbledore, — Hay una forma muy simple.

Colocó su vaso vació sobre una mesilla que tenia al lado de su asiento, pero antes de que pudiera hacer algo mas, Tío Vernon gritó, —¿Va a quitarnos estas cosas voladoras de encima?

Harry miro hacia ellos, los tres Dursley se cubrían las cabezas con ambas manos mientras los vasos bailaban incontrolables cerca de sus cráneos, su contenido saliendo disparado hacia todos lados.

—Oh, lo siento — dijo Dumbledore cortésmente, y levanto su varita de nuevo. Los tres vasos se desvanecieron. —Pero beberlo hubiera sido más cortés de su parte, ya saben.

Parecía como si Tío Vernon estuviera a punto de reventar con un número incalculable de palabrotas, pero simplemente se hundió en el sillón junto con Tía Petunia y Dudley quienes no decían nada, y este último mantenía sus ojos de cerdito puestos en la varita de Dumbledore.

—Verás — le dijo Dumbledore a Harry y de nuevo hablaba como si Tío Vernon no hubiera abierto la boca. —Si en verdad has heredado la casa, también has heredado...

Movió la varita por quinta ocasión. Hubo un sonido fuerte, como un tronido y un elfo domestico apareció, con una nariz puntiaguda, gigantes orejas de

murciélago y unos ojos enormes inyectados de sangre, se retorcía en la alfombra de los Dursley y la cubría con enormes y desagradables rasguños. Tía Petunia dejo escapar un sollozo, nada tan sucio había entrado a su casa desde que tenía memoria. Dudley levantó sus enormes y descalzos pies rosados del suelo y los puso casi a la altura de su cabeza, como si pensara que la criatura subiría por sus pantalones; Tío Vernon rugió, —¿Qué demonios es eso?

—Kreacher —terminó Dumbledore.

—¡Kreacher no lo hará, Kreacher no lo hará, Kreacher no lo hará! —croaba el elfo domestico, quizá tan fuerte como Tío Vernon, azotando sus feos y aplanados pies y jalando sus orejas. — Kreacher pertenece a la Señorita Bellatrix, oh si, Kreacher pertenece a los Black, Kreacher quiere a su nueva ama, Kreacher no irá con el chiquillo Potter, Kreacher no lo hará, no lo hará, no lo hará...

—Como puedes ver Harry — dijo en voz alta Dumbledore cubriendo los gritos ahogados de Kreacher, "no lo hará, no lo hará, no lo hará" -Kreacher muestra una cierta resistencia a pasar bajo tu mando.

—No me importa — dijo Harry de nuevo, mirando con enfado a ese quejoso y escandaloso elfo domestico. —No lo quiero.

—No lo hará, no lo hará, no lo hará

—¿Entonces prefieres que quede bajo la responsabilidad de Bellatrix Lestrange?, ¿teniendo en mente que ha vivido bajo el Cuartel General de la Orden del Fénix por casi un año?

—No lo hará, no lo hará, no lo hará.

Harry miró a Dumbledore. Sabía que no podía permitir a Kreacher irse y vivir con Bellatrix Lestrange, pero la idea de conservarlo, o tener alguna responsabilidad por la criatura que había traicionado a Sirius, era repugnante.

—Dale una orden —le dijo Dumbledore. —Si te pertenece, tendrá que obedecer. Si no, tendremos que comenzar a pensar en alguna otra manera de mantenerlo alejado de su dueña por derecho.

—No lo hará, no lo hará, ¡NO LO HARA!

La voz de Kreacher se había alzado hasta un grito. Harry no podía pensar en que decir, excepto —¡Cállate Kreacher!

Por un momento pareció como si Kreacher fuera a quedar en shock. Se agarró la garganta, la boca aún moviéndose furiosamente, sus ojos saltándose.

Después de algunos segundos de franca lucha se tiro de cara al piso sobre la alfombra (Tía Petunia gimoteó) y golpeó el piso con manos y pies, dedicándose a una violenta pero silenciosa pataleta.

—Bueno, eso simplifica las cosas —dijo Dumbledore jovialmente. —Parece ser que Sirius sabía lo que hacía. Eres el nuevo dueño de Número Doce de Grimmauld Place y de Kreacher.

—Y tengo... ¿tengo que quedarme con él? —pregunto Harry lleno de horror mientras Kreacher se ponía en pie.

—No, si no quieres —dijo Dumbledore. —Si me dejas sugerirte algo, puedes enviarlo a Hogwarts a trabajar en la cocina. De ese modo, los demás elfos domésticos pueden mantenerlo vigilado.

—Si — dijo Harry con alivio, —Si, haré eso. Eeh... Kreacher... quiero que te vayas a Hogwarts y trabajes en la cocina con los demás elfos domésticos.

Kreacher quien ahora estaba despatarrado sobre su espalda con las manos y las piernas al aire le dedicó a Harry una mirada de de arriba abajo cargada de profundo odio y con otro sonido seco, se desvaneció.

—Bien, —dijo Dumbledore. —También está lo referente al hipógrifo, Buckbeak. Hagrid ha intentado quedarse con él desde que Sirius murió, pero Buckbeak es tuyo ahora, así que si tú prefieres que las cosas sean de otra manera...

—No — dijo Harry inmediatamente, —puede quedarse con Hagrid, creo que Buckbeak preferiría eso.

—Hagrid quedará encantado, —dijo sonriente Dumbledore. —Estaba impaciente por ver a Buckbeak de nuevo. Incidentalmente hemos decidido, por la seguridad de Buckbeak, renombrarlo como 'Witherwings' desde ahora, aunque dudo mucho que el Ministerio siquiera adivine que se trata del hipógrifo que una vez condeno a muerte. Ahora , Harry, ¿ya empacaste?

— Eeh…

—¿Dudaste que vendría?—sugirió Dumbledore sagazmente.

—Yo solo iré y ... eeh... terminaré de empacar — dijo Harry rápidamente, apresurándose a recoger su telescopio y las zapatillas deportivas.

Le tomó poco más de diez minutos empacar todo lo que necesitaba; al menos se las había arreglado para sacar de debajo de la cama su capa invisible,

poner la tapa a su botella de tintas de colores y forzar la tapa de su baúl a cerrarse con todo y caldero. Entonces teniendo su baúl en una mano y sosteniendo la jaula de Hedwig en la otra, tomó el camino escaleras abajo.

Se desilusionó al descubrir que Dumbledore no lo esperaba en el recibidor, lo que significaba que tendría que regresar a la sala.

Nadie hablaba. Dumbledore tarareaba quédamente, aparentemente como siempre, pero la atmósfera estaba mas ligera que salsa fría, y Harry no se atrevió a mirar a los Dursley mientras decía —Profesor... ya estoy listo.

—Bien — respondió Dumbledore. —Sólo una última cosa —y se dirigió a los Dursley una vez más.

—Como seguramente creo que no están enterados, Harry será mayor de edad el año que viene...

—No — dijo tía Petunia, hablando por primera vez desde la llegada de Dumbledore.

—¿Disculpe? —dijo Dumbledore amablemente.

—Que no lo será. Él es un mes más joven que mi Dudley, y Dudders no cumple los dieciocho sino hasta dentro de dos años.

—Ah —dijo Dumbledore complacido, —Pero en el Mundo Mágico, nosotros alcanzamos la mayoría de edad a los diecisiete.

Tío Vernon musitó, —¡Absurdo! — pero Dumbledore lo ignoró.

—Ahora, como ustedes ya saben, el hechicero conocido como Lord Voldemort regresó al país. La comunidad Mágica está en estado de guerra. Harry, a quien Lord Voldemort ha intentado asesinar en numerosas ocasiones, está en un mayor peligro ahora que el día en que lo dejé a las puertas de su casa hace quince años, junto con una carta explicando lo sucedido con respecto al asesinato de sus padres y expresando la esperanza de que pudiesen cuidarlo como si fuera su propio hijo.

Dumbledore hizo una pausa, y aunque su voz parecía tranquila y suave, y no daba signo alguno de enojo, Harry sintió como si un escalofrío emanara de él al tiempo que notaba cómo los Dursley lucían muy pequeños todos juntos.

—No hicieron lo que les pedí. Nunca trataron a Harry como hijo suyo. No ha conocido sino rechazo y recurrente crueldad en sus manos. Lo mejor que pudo

pasarle fue que al menos escapó del inmenso daño que le han inflingido al desafortunado muchacho que está sentado entre ustedes.

Tía Petunia y Tío Vernon miraron instintivamente hacia dicho lugar, esperando ver a alguien más que no fuera Dudley sentado entre ellos.

—¿Nosotros... maltratar a Dudders?, ¿Qué es lo que...? —comenzó a espetar Tío Vernon furiosamente, pero Dumbledore levanto su dedo índice ordenando silencio, un silencio que se sintió como si hubiesen dejado mudo a tío Vernon.

—La magia que invoqué hace quince años daba a Harry una protección poderosa mientras él aún pudiera llamar a esta casa 'hogar'. Sin importar lo miserable que fuera aquí, lo despreciado que se sintiese o maltratado, al menos y contra toda su voluntad le permitieron una habitación. Esta magia dejará de tener efecto en el momento en que Harry cumpla los diecisiete años; en otras palabras, en el momento en que se convierta en un hombre. Sólo les pido una cosa: que le permitan regresar una vez más a esta casa, antes de su cumpleaños número diecisiete, lo cual asegurará que dicha protección tendrá efecto hasta ese día.

Ninguno de los Dursley habló. Dudley temblaba ligeramente, como si aún tratase de comprender por qué decían que le habían hecho daño. Tío Vernon lucía como si tuviese atorada una gran roca en la garganta; tía Petunia sin embargo, estaba completamente ruborizada.

—Bien Harry... creo que es tiempo de irnos — dijo Dumbledore por fin, poniéndose en pie y alisando su largo abrigo negro. — Hasta la próxima, — les dijo a los Dursley, quienes parecían desear que ese momento podría esperar para siempre, en lo que a ellos concernía, y después de inclinar su sombrero, salió de la habitación.

—Adiós — dijo Harry apresuradamente a los Dursley, y siguió a Dumbledore, quien se detuvo junto al baúl de Harry en donde también se encontraba la jaula de Hedwig.

—No queremos que esto sea un estorbo para nosotros en estos momentos — dijo sacando de nuevo su varita. —Creo que enviaré esto a la Madriguera antes que nada. Sin embargo, quiero que lleves contigo tu Capa Invisible... por si acaso.

Harry sacó su capa del baúl con algunos problemillas, tratando de no mostrarle a Dumbledore el desorden que había dentro de éste. Cuando la hubo acomodado dentro del bolsillo de su chaqueta, Dumbledore movió su varita y el baúl, la jaula y Hedwig se desvanecieron. Dumbledore de nuevo movió la varita y la puerta frontal se abrió hacia la fría y brumosa oscuridad.

—Y ahora Harry, adentrémonos en la noche y prosigamos esta peligrosa e indeseable aventura.

Capítulo 4: Horace Slughorn

A pesar del hecho de que se había pasado cada momento que estaba despierto en los últimos días esperando desesperadamente que Dumbledore en verdad viniera a buscarlo, Harry se sintió extrañamente incómodo mientras se alejaban por la calle Privet Drive juntos. Nunca antes había tenido una conversación como Dios manda con el director fuera de Hogwarts, usualmente había un escritorio entre los dos. El recuerdo de su último encuentro cara a cara continuaba molestándolo y hacía aumentar el sentimiento de vergüenza en Harry; había gritado bastante en esa ocasión, sin mencionar que había hecho lo posible por destruir varias de las posesiones más preciadas de Dumbledore.

Pero Dumbledore en aquel momento parecía completamente relajado.

-Mantén tu varita al alcance de tu mano, Harry- dijo con tono alerta.

-¿Pero pensé que no se me permitía hacer magia fuera del colegio, señor?

-En caso de un ataque- dijo Dumbledore-, te doy permiso de usar cualquier maldición o contramaldición que se te venga a la mente. Aunque no creo que debas preocuparte por ser atacado esta noche.

-¿Por qué no, señor?

-Estás conmigo- dijo Dumbledore simplemente-. Con eso bastará, Harry.

Se detuvieron abruptamente al final de Privet Drive.

-No has, por supuesto, pasado tu examen de Aparición- dijo.

-No- dijo Harry-. Pensé que tenía que tener diecisiete.

-Cierto- dijo Dumbledore-. Así que necesitarás sujetarte firmemente de mi brazo. El izquierdo, si no te importa. Como debes haberlo notado, el brazo de mi varita está un tanto frágil de momento.

Harry se sujetó del antebrazo que le extendió Dumbledore.

-Excelente- dijo Dumbledore-. Bien, aquí vamos.

Harry sintió el brazo de Dumbledore retorcerse e intentar librarse, y se sujetó aún más fuerte; lo siguiente que supo, fue que todo se volvió negro; estaba siendo apretado fuertemente por todos lados; no podía respirar, habían bandas de hierro apretándose alrededor de su pecho; sus ojos estaban siendo forzados hacia

el interior de su cabeza; sus tímpanos estaban siendo empujados más adentro de su cráneo y entonces…

Tomó grandes bocanadas del frío aire de la noche y abrió sus ojos llorosos. Se sentía como si acabara de ser forzado a pasar a través de un muy estrecho tubo de goma. Le tomó unos segundos darse cuenta que Privet Drive se había desvanecido. Él y Dumbledore estaban ahora parados en lo que parecía ser una plaza desierta de un pueblo, en el centro del cual se erguía un antiguo monumento conmemorativo de guerra y algunos bancos. Su comprensión se puso a la par de sus sentidos, y Harry se dio cuenta que acababa de Aparecerse por primera vez en su vida.

-¿Estás bien?- le preguntó Dumbledore, mirándolo con preocupación-. Uno se demora un tiempo en acostumbrarse a la sensación.

-Estoy bien- dijo Harry, frotando sus orejas, que se sentían como si hubieran abandonado Privet Drive a la fuerza -. Pero creo que prefiero las escobas…

Dumbledore sonrió, se ajustó su capa de viaje un poco más suelta alrededor de su cuello, y dijo:

-En esta dirección.

Comenzó a caminar a paso rápido, dejando atrás una posada vacía y algunas casas. De acuerdo con el reloj en una capilla cercana, era casi medianoche.

-Así que, cuéntame, Harry- dijo Dumbledore-. Tu cicatriz… ¿te ha estado doliendo?

Harry, inconscientemente, alzó una mano a su frente y frotó la marca en forma de rayo.

-No- dijo-, y me he estado preguntando sobre eso. Pensé que me estaría quemando todo el tiempo ahora que Voldemort se está volviendo tan poderoso nuevamente.

Alzó la vista para mirar a Dumbledore y notó que su expresión era de satisfacción.

-Yo, por otro lado, pensé lo contrario- dijo Dumbledore-. Lord Voldemort al fin se ha dado cuenta del peligroso acceso a sus pensamientos y sentimientos del

que has estado disfrutando. Al parecer ahora está empleando la Oclumancia contra ti.

-Bueno, no me quejo- dijo Harry, quien no extrañaba ni los perturbadores sueños ni las súbitas e inesperadas visiones dentro de la mente de Voldemort.

Doblaron en una esquina, pasaron una cabina telefónica y una estación de autobuses. Harry miró nuevamente a Dumbledore.

-¿Profesor?

-¿Harry?

-Este… ¿Dónde estamos exactamente?

-Esta, Harry, es la encantadora villa de Budleigh Babberton.

-¿Y qué estamos haciendo aquí?

-Ah, sí. Por supuesto, aún no te lo he dicho- dijo Dumbledore-. Bien, he perdido la cuenta del número de veces que he dicho esto en años recientes, pero, una vez más, nos hace falta un miembro entre los profesores. Estamos aquí para persuadir a un viejo colega mío de salir de su retiro y regresar a Hogwarts."

-¿Y cómo puedo ayudar con eso, señor?

-Oh, me parece que podremos encontrar algún uso para ti- dijo Dumbledore vagamente-. A la izquierda aquí, Harry.

Procedieron a subir por una inclinada y angosta calle delineada por casas a ambos lados. Todas las ventanas estaban oscuras. El extraño frío que había permanecido sobre Privet Drive por dos semanas persistía aquí también. Pensando en los dementores, Harry dirigió una mirada por sobre su hombro y cerró el puño alrededor de su varita, dentro de su bolsillo.

-Profesor, ¿Por qué no pudimos simplemente aparecernos directamente a la casa de su antiguo colega?

-Porque eso sería tan grosero como derribar la puerta principal a patadas- dijo Dumbledore-. La cortesía indica que debemos ofrecer a nuestros compañeros brujos la oportunidad de negarnos la entrada. En cualquier caso, la mayoría de los hogares mágicos están protegidos contra visitas indeseadas que deseen aparecerse dentro. En Hogwarts, por ejemplo…

-… no puedes aparecerte en ningún lugar de la construcción o en los terrenos- dijo Harry rápidamente-. Hermione Granger me lo explicó.

-Y ella tiene toda la razón. Doblamos a la izquierda, nuevamente.

El reloj de la iglesia tocó las doce a sus espaldas. Harry se preguntó por qué Dumbledore no consideraba grosero el despertar a su viejo colega tan tarde en la noche, pero ahora que una conversación había sido establecida tenía preguntas más importantes que hacer.

-Señor, leí en el diario El Profeta que Fudge fue despedido…

-Correcto- dijo Dumbledore, ahora doblando hacia una inclinada calle lateral-. Ha sido reemplazado, como estoy seguro que también te has enterado, por Rufus Scrimgeour, quien solía ser Jefe de la oficina de Aurores.

-¿Es el… piensa usted que está bien?- preguntó Harry.

-Una pregunta interesante- dijo Dumbledore-. Él es capaz, ciertamente. Una personalidad más decisiva y fuerte que Cornelius.

-Sí, pero yo me refería a…

-Sé a qué te referías. Rufus es un hombre de acción y, habiendo luchado contra brujos oscuros durante la mayoría de su vida de trabajo, no subestima a Lord Voldemort.

Harry esperó, pero Dumbledore no dijo nada acerca del desacuerdo con Scrimgeour que El Profeta había reportado, y no se atrevió a insistir sobre el tema, así que decidió cambiarlo.

-Y… señor… leí sobre Madam Bones.

-Sí- dijo Dumbledore suavemente-. Una terrible pérdida. Era una gran bruja. Justo ahí arriba, creo- auch!

Había apuntado con su mano herida.

-Profesor, ¿qué le pasó a su-?

-No hay tiempo para explicarlo ahora- dijo Dumbledore-. Es una historia emocionante, espero hacerle justicia.

Le sonrió a Harry, quien entendió que no estaba siendo callado abruptamente, y que tenía permiso para seguir haciendo preguntas.

-Señor- recibí un folleto vía lechuza del Ministerio de Magia, acerca de las medidas de seguridad que deberíamos tomar contra los mortífagos…

-Sí, yo mismo recibí uno- dijo Dumbledore, aún sonriendo-. ¿Te pareció útil?

-En realidad, no.

-No, eso me imaginaba. No me has preguntado, por ejemplo, cuál es mi sabor favorito de mermelada, para estar seguro que en verdad soy el Profesor Dumbledore y no un impostor.

-Yo no…- comenzó Harry, sin estar seguro por completo si estaba siendo regañado o no.

-Para futura referencia, Harry, es frambuesa… aunque, por supuesto, si fuera un mortífago, podría haberme asegurado de averiguar mis propias preferencias sobre mermelada antes de pretender ser yo mismo.

-Er… correcto- dijo Harry-. Bien, en panfleto, decía algo sobre los Inferi. ¿Qué son exactamente? El panfleto no era muy claro al respecto.

-Son cadáveres- dijo Dumbledore con calma-. Cuerpos muertos que han sido encantados para seguir la voluntad de un brujo oscuro. Aunque los Inferi no han sido vistos en mucho tiempo, no desde la última vez que Voldemort estaba en el poder… Asesinó a suficiente gente para hacer su propio ejército de ellos, por supuesto. Éste es el lugar, Harry, justo aquí…

Se estaban aproximando a una pequeña casa de piedra ubicada en su propio jardín. Harry estaba demasiado ocupado digiriendo la horrible idea de los Inferi como para prestar mucha atención a todo lo demás, pero al llegar a la reja, Dumbledore se detuvo abruptamente y Harry chocó contra él.

-Oh, Dios. Oh, Dios, Dios, Dios.

Harry siguió su mirada a través del bien cuidado camino que llevaba a la casa y sintió su corazón detenerse. La puerta principal estaba colgando de los goznes.

Dumbledore miró a uno y otro lado de la calle. Parecía completamente desierta.

-Saca tu varita y sígueme, Harry- dijo en voz baja.

Abrió la reja y caminó rápida y silenciosamente por el sendero de piedra del jardín, con Harry pisándole los talones, y empujó la puerta frontal muy lentamente, su varita alzada y lista para cualquier hechizo.

-Lumos.

La punta de la varita de Dumbledore se encendió, proyectando su luz por el estrecho corredor. A la izquierda, otra puerta también estaba abierta. Sosteniendo su varita iluminada en alto, Dumbledore caminó hacia la sala de estar con Harry justo detrás suyo.

Se encontraron con una escena de devastación total frente a sus ojos. Un reloj de péndulo yacía destrozado a sus pies, el vidrio roto, su péndulo arrojado en el piso un poco más allá como una espada caída. Un piano estaba de costado, sus teclas esparcidas por el piso. Los restos de un candelabro yacían cerca, aún moviéndose y tintineando. Los cojines estaban deshechos, las plumas asomándose por la tela desgarrada; fragmentos de vidrio y porcelana estaban como polvo encima de todo. Dumbledore levantó su varita aún más en alto, de modo que la luz iluminara también las paredes, donde algo rojo y pegajoso estaba salpicado sobre el papel tapiz. Dumbledore dio la vuelta al escuchar la exclamación de sorpresa de Harry.

-Nada lindo, ¿verdad?- dijo con pesadez-. Sí, algo horrible ha sucedido aquí.

Dumbledore se movió con cuidado hacia el centro de la habitación, escudriñando la destrucción a sus pies. Harry lo siguió, mirando a su alrededor, medio asustado de lo que podría encontrar detrás de lo que quedaba del piano o del sofá, pero no había señal alguna de un cadáver.

-¿Quizá hubo una pelea y… se lo llevaron arrastrando, Profesor?- sugirió Harry, tratando de no imaginar qué tan herido debía estar una persona para dejar ese tipo de manchas esparcidas por la mitad de las paredes.

-No lo creo- dijo Dumbledore silenciosamente, asomándose detrás de un sillón dado vuelta.

-¿Quiere decir que él-?

-¿… aún está por aquí, en algún lado? Sí.

Sin ninguna advertencia, Dumbledore se abalanzó, enterrando la punta de su varita en el asiento del sillón, al cual gritó:

-¡Auch!

-Buenas tardes, Horace- dijo Dumbledore, parándose derecho nuevamente.

La boca de Harry se abrió por sí sola. Donde hacía menos de un segundo había un sillón ahora se encontraba un enormemente gordo, calvo, y anciano hombre quien se estaba masajeando la barriga y mirando a Dumbledore a través de un lloroso y agraviado ojo entrecerrado.

-No había necesidad de enterrar la varita tan fuerte- gruñó, gateando para ponerse en pie con cuidado-. Eso dolió.

La luz de la varita se reflejó en su brillante coronilla, sus prominentes ojos, su enorme, plateado bigote similar al de una morsa, y los pulidos botones de su chaqueta de terciopelo marrón que usaba sobre un par de pijamas de color lila. La cumbre de su cabeza apenas le llegaba a Dumbledore al mentón.

-¿Qué me delató?- preguntó mientras se tambaleaba para ponerse en pie, aún frotando su barriga. Parecía remarcablemente desvergonzado para alguien quien acababa de ser descubierto pretendiendo ser un sillón.

-Mi querido Horace- dijo Dumbledore, pareciendo divertido-, si los mortífagos en verdad hubiesen estado aquí, la Marca Tenebrosa estaría flotando en estos momentos sobre la casa.

-La Marca Tenebrosa- murmuró-. Sabía que había algo… oh bien. No hubiera tenido tiempo de todos modos, acababa de terminar de poner los toques finales a la tapicería cuando entraste en la habitación.

Suspiró fuertemente, haciendo que los bordes de su bigote se movieran.

-¿Te gustaría mi ayuda para limpiar?- preguntó Dumbledore amablemente.

-Por favor- dijo el otro.

Se pararon espalda con espalda, el alto y delgado brujo y el bajito y redondo, y agitaron sus varitas en un idéntico movimiento.

Los muebles regresaron volando a sus lugares originales; ornamentos se reformaban en el aire, plumas regresaban al interior de los cojines; libros

destrozados se reparaban solos mientras volaban a las repisas; lámparas de aceite flotaron hasta las mesas y se reencendieron; una vasta colección rota de marcos plateados para fotos voló destellando a través de la habitación y aterrizaron, completos y sin marca alguna, en un escritorio; agujeros, grietas y desgarros eran arreglados por todos lados, y las paredes se limpiaron solas.

-¿Qué tipo de sangre era esa en las paredes, por cierto?- preguntó Dumbledore fuertemente por sobre el repicar del nuevamente completo reloj de péndulo.

-¿En las paredes? De dragón- gritó el brujo llamado Horace, mientras que, con un tintinear ensordecedor, el candelabro se atornillaba nuevamente al techo.

Hubo un estruendo final proveniente del piano, y luego silencio.

-Sí, dragón- dijo el brujo a modo de conversación-. Mi última botella, y los precios están por los cielos en este momento. Aún así, puede ser reutilizable.

Se dirigió a la repisa colgada en una de las paredes, recogió una pequeña botella de cristal y la levantó para mirarla a través de la luz, examinando cuidadosamente el líquido en su interior.

-Hmm. Un poco polvorienta.

Volvió a dejar la botella en la repisa y suspiró. Fue entonces que sus ojos se posaron en Harry.

-Oho- dijo, sus enormes ojos rápidamente se dirigieron a la frente de Harry y a la cicatriz en forma de rayo que portaba-. ¡Oho!

-Éste- dijo Dumbledore, avanzando para hacer las presentaciones-, es Harry Potter. Harry, él es un viejo amigo y colega mío, Horace Slughorn.

Slughorn giró hacia Dumbledore, con expresión astuta.

-Así que es cómo pensabas convencerme, ¿no es así? Bien, la respuesta es no, Albus.

Pasó al lado de Harry, apartándolo, su cabeza girada hacia un lado resueltamente con el aire de un hombre tratando de resistir la tentación.

-¿Supongo que al menos podemos beber algo?- preguntó Dumbledore-. ¿Por los viejos tiempos?

Slughorn dudó.

-De acuerdo, un trago- dijo sin gracia.

Dumbledore le sonrió a Harry y lo dirigió hacia una silla no muy diferente a la que Slughorn estaba imitando recientemente, que se encontraba justo al lado del fuego encendido de una lámpara de aceite que brillaba fuertemente. Harry tomó el asiento sugerido con la fuerte impresión que Dumbledore, por algún motivo, deseaba mantenerlo lo más visiblemente posible. Ciertamente cuando Slughorn, quien había estado ocupado con los vasos y decantadores, giró hacia el centro de la habitación nuevamente, sus ojos cayeron inmediatamente en Harry.

-Hmmff- dijo, apartando la mirada como si estuviese asustado de herir sus ojos-. Aquí tienes- le entregó un vaso a Dumbledore, quien se había sentado sin invitación, empujó la bandeja hacia Harry, y luego se hundió entre los cojines del sofá reparado en silencio. Sus piernas eran tan cortas que no alcanzaban a tocar el piso.

-Y bien, ¿cómo has estado, Horace?- preguntó Dumbledore.

-No tan bien- dijo Slughorn de inmediato-. Pecho débil. Jadeante. Reumatismo también. No me puedo mover como antes. Bien, pero eso es de esperarse, con la edad. Fatiga.

-Y aún así te moviste bastante rápido para preparar esta gran bienvenida para nosotros en tan corto tiempo- dijo Dumbledore-. ¿No puedes haber tenido más de dos o tres minutos de advertencia?

Slughorn dijo, medio enfadado y medio orgulloso.

-Dos. No escuché la alarma de mi encantamiento contra intrusos, estaba tomando un baño. De todos modos- agregó seriamente, al parecer tratando de arreglarse-, aún está el hecho de que soy un hombre viejo, Albus. Un cansado hombre viejo que se ha ganado el derecho a una vida tranquila y unas cuantas comodidades.

Ciertamente tenía aquellas cosas, pensó Harry, mirando la habitación a su alrededor. Era sofocante y desordenada, pero nadie podía decir que era incómoda; había sillas suaves y taburetes, bebidas y libros, cajas de chocolates y acolchonados cojines. Si Harry no hubiese sabido quién vivía allí, hubiera pensado que se trataba de una rica y quisquillosa anciana.

-No eres tan viejo como yo, Horace- dijo Dumbledore.

-Bueno, quizá deberías pensar en retirarte tú mismo- dijo Slughorn directamente. Sus pálidos ojos color de oliva se fijaron en la mano herida de Dumbledore-. Los reflejos ya no son lo que solían ser, por lo que veo.

-Tienes toda la razón- dijo Dumbledore serenamente, apartando su manga para revelar la punta de las negras quemaduras en sus dedos; era una visión que hizo que la parte de atrás del cuello de Harry cosquilleara desagradablemente-. Sin duda soy más lento de lo que era antes. Pero por otro lado…

Se encogió de hombros abrió sus manos ampliamente, como diciendo que la edad tenía sus compensaciones, y Harry notó un anillo en su mano sana que nunca antes había visto a Dumbledore usar: era grande, hecho toscamente de lo que parecía ser oro, y estaba decorado con una gran piedra negra que se había quebrado por la mitad. Los ojos de Slughorn también se detuvieron en el anillo por un segundo, y Harry vio que por un momento frunció el entrecejo levemente.

-¿Así que, todas estas precauciones contra intrusos, Horace… son debido a los mortífagos o a mí?- preguntó Dumbledore.

-¿Qué querrían los mortífagos con un pobre, inútil y viejo lustrabotas como yo?- demandó Slughorn.

-Me imagino que querrán transformar tus considerables talentos a coerción, tortura, y asesinato- dijo Dumbledore-. ¿En verdad me estás diciendo que aún no han intentado reclutarte?

Slughorn miró a Dumbledore siniestramente por un momento, y luego murmuró:

-No les he dado la oportunidad. Me he estado moviendo de un lugar a otro por un año. Nunca permanezco en un lugar por más de una semana. Voy de una casa Muggle a otra casa Muggle. Los dueños de esta casa están de vacaciones en las Islas Canarias. Ha sido muy agradable, voy a lamentar tener que marcharme. Es bastante fácil una vez que sabes hacerlo, un simple Hechizo Congelante en esas absurdas alarmas contra robos que usan en lugar de chivatoscopios, y asegurarse que los vecinos no te vean metiendo un piano.

-Ingenioso- dijo Dumbledore-. Pero suena como una exhaustiva existencia para un inútil y viejo lustrabotas como tú que busca una vida tranquila. Ahora, si regresaras a Hogwarts…

-¡Si vas a decirme que mi vida sería más pacífica en ese colegio pestilente, puedes ahorrarte el aliento, Albus! ¡Puede que haya estado escondiéndome, pero

me llegaron algunos rumores bastante raros desde que Dolores Umbridge se fue! Si es así como tratas a tus profesores estos días…

-La profesora Umbridge tuvo un desagradable encuentro con nuestra manada de centauros- dijo Dumbledore-. Creo que tú, Horace, hubieras sido lo suficientemente inteligente como para no internarte en el bosque y llamar a los centauros unos 'sucios híbridos.'

-¿Con que eso fue lo que sucedió?- dijo Slughorn-. Esa mujer estúpida. Nunca me agradó.

Harry soltó una carcajada y Dumbledore y Slughorn se giraron para mirarlo.

-Lo siento- se apresuró a decir Harry-. Es sólo que… a mi tampoco me agradaba.

Dumbledore se levantó de su asiento súbitamente.

-¿Ya te marchas?- preguntó Slughorn rápidamente, luciendo esperanzado.

-No, me preguntaba si me sería posible usar tu baño- dijo Dumbledore.

-Oh- dijo Slughorn, claramente decepcionado-. Por el pasillo, segunda puerta a la izquierda.

Dumbledore salió dando largos pasos de la habitación. Una vez que la puerta se cerró detrás de él, reinó el silencio. Después de unos momentos, Slughorn se levantó pero parecía no saber qué hacer consigo mismo. Le dirigió una mirada furtiva a Harry, entonces cruzó la habitación hacia el fuego y le dio la espalda a éste, calentando su amplio trasero.

-No pienses que no sé por qué te trajo- dijo abruptamente.

Harry meramente miró a Slughorn. Sus húmedos ojos pasaron sobre la cicatriz de Harry, esta vez tomándose el tiempo de apreciar el resto de su rostro.

-Te pareces mucho a tu padre.

-Sí, eso he escuchado- dijo Harry.

-Excepto por tus ojos. Tienes…

-Los ojos de mi madre, lo sé- Harry lo había escuchado muchas veces y le parecía un tanto fastidioso.

-Hmmff. Sí, bueno. Como profesor no debes tener favoritos, por supuesto, pero ella era una de mis favoritas. Tu madre- agregó Slughorn, en respuesta a la mirada inquisitiva que Harry le dirigió-. Lily Evans. Una de las brujas más brillantes a quien le haya enseñado. Vivaz, sabes. Era una niña encantadora. Solía decirle que debería haber estado en mi Casa. También solía obtener respuestas bastante atrevidas.

-¿Cuál era su Casa?

-Yo era el Jefe de Slytherin- dijo Slughorn-. Oh, vamos-. Se apresuró a decir, viendo la expresión en el rostro de Harry y agitando un grueso dedo en su dirección-. ¡No puedes culparme por eso! ¿Me imagino que eres un Gryffindor, como ella? Sí, usualmente eso sucede en las familias. Pero no siempre. ¿Alguna vez has oído hablar de Sirius Black? Estoy seguro que debes haber escuchado de él, ha estado en los periódicos por un par de años. Murió hace algunas semanas…

Era como si una mano invisible hubiera retorcido los intestinos de Harry y los apretara fuertemente.

-Bien, de todos modos, él era un gran amigo de tu padre en el colegio. Toda la familia Black había estado en mi Casa, ¡Pero Sirius terminó en Gryffindor! Lástima, era un muchacho muy talentoso. Su hermano, Regulus, estuvo en mi Casa después de un par de años, pero me hubiese gustado tenerlos a los dos.

Sonaba como un entusiasmado coleccionista a quien le hubieran ganado una pieza importante en un remate. Aparentemente perdido en sus recuerdos, mantuvo la vista fija en la pared opuesta, girando lentamente en el lugar para asegurarse de calentarse el trasero parejamente.

-Tu madre era hija de Muggles, por supuesto. No podía creerlo cuando me enteré. Pensé que debía ser de sangre pura, era tan inteligente.

-Una de mis mejores amigas es hija de Muggles- dijo Harry-, y es la mejor en nuestro año.

-Curioso como eso sucede a veces, ¿no es verdad?- dijo Slughorn.

-No realmente- dijo Harry fríamente.

Slughorn lo miró con sorpresa.

-¡De seguro no pensarás que soy prejuicioso!- dijo-. ¡No, no, no! ¿Acaso no acabo de decir que tu madre era una de mis estudiantes favoritas? También estaba Dirk Cresswell, un año detrás de ella. Ahora es Jefa de la Oficina de Enlace con los Duendes en el Ministerio, por supuesto. ¡Otra hija de Muggles, una estudiante muy talentosa, y aún me da excelente información reservada acerca de lo que sucede en Gringotts!

Rebotó suavemente de arriba abajo, sonriendo satisfecho consigo mismo, y apuntó a las muchas fotografías enmarcadas en el escritorio, cada una mostrando a sus diminutos habitantes.

-Todas de antiguos estudiantes, todas firmadas. Puedes fijarte en Barnabas Cuffe, editor de El Profeta, él siempre está interesado en oír mi opinión sobre las noticias del día. Y Ambrosius Flume, de Honeydukes: un canasto cada cumpleaños, ¡Y todo porque lo presenté a Ciceron Harkiss, quien le dio su primer trabajo! En la parte de atrás… La verás si tan sólo tuerces un poco el cuello… está Gwenog Jones, quien por supuesto es capitana de los Holyhead Harpies. ¡La gente siempre se asombra de que yo trate a los Harpies de tú, y tengo boletos gratis cuando quiera!

Esto parecía alegrarlo inmensamente.

-¿Y toda esa gente sabe dónde encontrarlo, dónde enviarle cosas?- preguntó Harry, quien no podía evitar preguntarse por qué los Mortífagos aún no habían encontrado a Slughorn si canastos de dulces, boletos para juegos de Quidditch, y visitantes que buscaban su opinión y consejos podían hacerlo.

La sonrisa se borró del rostro de Slughorn tan rápido como la sangre de las paredes.

-Por supuesto que no- dijo, mirando fijamente a Harry-. No he estado en contacto con ellos por un año.

Harry tenía la impresión que las palabras sorprendieron a Slughorn mismo; parecía bastante perturbado por un momento. Luego se encogió de hombros.

-Aún así… los brujos precavidos mantienen su cabeza agachada en estos tiempos. ¡Muy fácil para Dumbledore hablar, pero aceptar un puesto en Hogwarts justo ahora sería el equivalente declarar mi alianza pública a la Orden del Fénix! Y aunque estoy seguro que son gente muy admirable y valiente y todo lo demás, yo, personalmente, no aprecio la tasa de mortalidad…

-No tiene por qué ser parte de la Orden para enseñar en Hogwarts- dijo Harry, quien no pudo mantener un tono de burla fuera de su voz por completo: era difícil simpatizar con la consentida existencia de Slughorn cuando aún podía recordar a Sirius, agachado y escondido en una cueva, viviendo de ratas-. La mayoría de los profesores no están en la Orden, y ninguno de ellos ha sido asesinado… bueno, a no ser que cuente a Quirrell, y él obtuvo lo que se merecía por trabajar con Voldemort.

Harry había estado seguro que Slughorn sería uno de esos brujos que no podían soportar oír el nombre de Voldemort en voz alta, y no estuvo decepcionado: un escalofrío recorrió a Slughorn y dio una pequeña exclamación de protesta, la que Harry ignoró.

-Me imagino que los profesores estarán más a salvo que la mayoría de las personas siempre que Dumbledore siga siendo director; se supone que él es el único a quien Voldemort ha temido, ¿No es así?- continuó Harry.

Slughorn miró al espacio por un momento o dos: parecía estar considerando las palabras de Harry.

-Bueno, sí, es cierto que El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado nunca ha buscado una pelea con Dumbledore- admitió a regañadientes-. Y supongo que uno podría decir que como no me he unido a los mortífagos, El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado de seguro no me cuenta entre sus amigos… en cuyo caso, puede ser que me encuentre más seguro cerca de Albus… no puedo pretender que la muerte de Amelia Bones no me asustó… si ella, con todos sus contactos en el Ministerio y la protección…

Dumbledore volvió a entrar en la habitación y Slughorn dio un salto como si hubiera olvidado que se encontraba en la casa.

-Oh, ahí estás, Albus- dijo-. Te demoraste bastante. ¿Estás mal del estómago?

-No, simplemente me entretuve leyendo las revistas Muggles- dijo Dumbledore-. Me encantan los patrones para tejer. Bien, Harry, nos hemos aprovechado de la hospitalidad de Horace por bastante tiempo creo que es hora de marcharnos.

No adverso a la idea, Harry se puso en pie de un salto. Slughorn parecía sorprendido.

-¿Ya se van?

-Sí, efectivamente. Me parece que reconozco una causa perdida cuando la veo.

-¿Perdida…?

Slughorn parecía agitado. Comenzó a jugar con sus gordos pulgares mientras observaba a Dumbledore abrochar su capa de viaje y a Harry cerrar su chaqueta.

-Bien, lamento que no quieras el trabajo, Horace- dijo Dumbledore, alzando su mano que no estaba herida en un gesto de despedida-. A Hogwarts le hubiera gustado tenerte de regreso nuevamente. A pesar de las estrechas medidas de seguridad, siempre podrás visitar el castillo si así lo desearas.

-Sí… bien… muy amable… como yo digo…

-Hasta la vista, entonces.

-Adiós- dijo Harry.

Ya estaban frente a la puerta principal cuando escucharon un grito detrás de ellos.

-¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Lo haré!

Dumbledore se volteó para ver a Slughorn parado y sin aliento en el umbral que daba a la sala de estar.

-¿Saldrás de tu retiro?

-Sí, sí- dijo Slughorn con impaciencia-. Debo estar loco, pero sí.

-Maravilloso- dijo Dumbledore, sonriendo alegremente-. Entonces, Horace, te veremos el primero de Septiembre.

-Sí, me atrevo a decir que así será- gruñó Slughorn.

Mientras caminaban por el camino de piedra del jardín, escucharon la voz de Slughorn detrás.

-¡Y quiero un aumento, Dumbledore!

Dumbledore rió. La reja del jardín se cerró detrás de ellos, y se dirigieron colina abajo a través de la oscuridad y la niebla.

-Bien hecho, Harry- dijo Dumbledore.

-No hice nada- dijo Harry, sorprendido.

-Oh, sí que lo hiciste. Le mostraste a Horace exactamente cuánto puede ganar si regresa a Hogwarts. ¿Te agradó?

-Este…

Harry no estaba seguro si Slughorn le había agradado o no. Suponía que había sido agradable en cierto modo, pero también le había parecido vano y, aunque hubiera dicho lo contrario, demasiado sorprendido que una hija de Muggles hubiese resultado ser una buena bruja.

-A Horace- dijo Dumbledore, ahorrándole a Harry la responsabilidad de decirlo-, le gusta la comodidad. También gusta de la compañía de aquellos que son famosos, los que son exitosos y los que son poderosos. Le agrada saber que tiene influencia sobre esa gente. Nunca ha deseado ocupar el trono él mismo, prefiere el asiento trasero… más espacio para estirarse, sabes. Solía elegir a sus alumnos favoritos en Hogwarts, algunas veces por su ambición o su inteligencia, otras veces por su encanto y talento, y tenía la extraña habilidad de escoger a aquellos que llegarían a sobresalir en sus diferentes campos. Horace formó una especie de club de sus favoritos con él mismo al centro, haciendo las presentaciones, forjando contactos útiles entre los miembros, y siempre cosechando algún tipo de beneficio, ya sea una caja gratis de su piña confitada favorita o la oportunidad de recomendar al siguiente miembro de la Oficina de Enlace con los Duendes.

Harry tuvo una súbita visión mental de una enorme e hinchada araña, tejiendo una red a su alrededor, moviendo un hilo por allí y por allá para traer a las jugosas moscas un poco más cerca.

-Te estoy diciendo esto- continuó Dumbledore- no para ponerte en contra de Horace... o, como debemos llamarlo de ahora en adelante, profesor Slughorn… sino para que estés en guardia. Sin duda intentará incluirte en su colección, Harry. Tú serías la joya de su colección, 'el Niño-Que-Vivió'... o, como te están llamando en estos días, 'el Elegido'.

Con estas palabras, lo recorrió un escalofrío que no tenía nada que ver con la niebla que los rodeaba. Fue recordando las palabras que había oído hacía unas semanas, palabras que tenían un horrible significado para él: Y ninguno puede vivir mientras el otro sobreviva…

Dumbledore había dejado de caminar al llegar al nivel de la iglesia que habían pasado anteriormente.

-Con esto bastará, Harry. Sujétate de mi brazo.

Preparado esta vez, Harry estaba listo para la Aparición, pero aún así la encontró desagradable. Cuando la presión desapareció y descubrió que una vez más podía respirar, se encontró a sí mismo en un camino en medio del campo parado al lado de Dumbledore y mirando a lo que parecía ser la silueta de su segunda favorita construcción en el mundo: la Madriguera. A pesar del sentimiento de aprehensión que lo invadió, su ánimo no pudo evitar elevarse al verla. Ron estaba ahí… y también la señora Weasley, quien cocinaba mejor que cualquier otra persona que conociera…

-Si no te importa, Harry- dijo Dumbledore, al pasar a través de la reja-, me gustaría tener algunas palabras contigo antes de despedirnos. En privado. ¿Quizá aquí dentro?

Dumbledore apuntó al cobertizo en deterioro donde los Weasleys guardaban sus escobas. Un poco sorprendido, Harry siguió a Dumbledore a través de la puerta que crujía hacia un espacio un poco menor en tamaño a una alacena regular. Dumbledore iluminó la punta de su varita para que brillara como una antorcha y le sonrió a Harry.

-Espero que me perdones por mencionarlo, Harry, pero estoy complacido y un poco orgulloso de lo bien que pareces estar lidiando con todo lo sucedido en el Ministerio. Permíteme decir que pienso que Sirius estaría orgulloso de ti.

Harry tragó, su voz parecía haberlo abandonado. No pensaba que pudiera soportar hablar de Sirius, había sido bastante doloroso escuchar a su tío Vernon decir '¿Su padrino está muerto?' y aún peor el escuchar el nombre de Sirius lanzado al aire tan casualmente como lo había hecho Slughorn.

-Fue cruel- dujo Dumbledore suavemente- que tú y Sirius tuvieran tan poco tiempo juntos. Un final brutal de lo que debería haber sido una larga y feliz relación.

Harry asintió, sus ojos fijos resueltamente en la araña que ahora subía por el sombrero de Dumbledore. Podía darse cuenta que Dumbledore entendía y que incluso podía sospechar que hasta la llegada de su carta, Harry había pasado casi todo el tiempo en casa de los Dursleys recostado en su cama, rechazando comidas, y mirando a la ventana empañada por la niebla, lleno del congelante vacío que había llegado a asociar con los dementores.

-Sólo es difícil- dijo Harry finalmente con voz grave- darse cuenta que no volverá a escribirme nunca más.

Sus ojos ardieron de pronto y parpadeó. Se sentía estúpido por admitirlo, pero el hecho de saber que tenía a alguien fuera de Hogwarts quien se preocupaba de lo que le pasaba, casi como un padre, había sido una de las mejores cosas de haber descubierto a su padrino… y ahora las lechuzas nunca le traerían esa consolación nuevamente…

-Sirius representaba mucho para ti que nunca habías tenido alguien como él antes- dijo Dumbledore con gentileza-. Naturalmente, la pérdida es devastadora…

-Pero mientras estaba en la casa de los Dursleys…- interrumpió Harry, su voz volviéndose más fuerte-, me di cuenta que no podía aislarme o… o flaquear. Sirius no hubiera querido eso, ¿o si? Y de todos modos, la vida es demasiado corta… Mire a Madame Bones, mire a Emmeline Vance… yo podría ser el siguiente, ¿verdad? Pero si así fuera- dijo con fiereza, ahora mirando fijamente los ojos de Dumbledore que brillaban con la luz de su varita- voy a asegurarme de llevarme conmigo tantos mortífagos como pueda, y también a Voldemort si puedo lograrlo.

-¡Dicho como digno hijo de tu padre y tu madre y como el ahijado de Sirius!- dijo Dumbledore, dándole una palmada de aprobación a Harry en la espalda-. Me quito mi sombrero ante ti… o lo haría si no temiera arrojarte arañas encima.

-Y ahora, Harry, en un tema enormemente relacionado… ¿Presumo que has estado recibiendo El Profeta Diario durante las últimas dos semanas?

-Sí- dijo Harry y su corazón comenzó a latir un poco más aprisa.

-¿Entonces seguro te habrás dado cuenta que no ha habido muchas goteras tanto como torrentes en lo que concierne a la información sobre tu aventura en el Salón de las Profecías?

-Sí- dijo Harry nuevamente-. Y ahora todos saben que yo soy el que…

-No, no lo saben- le interrumpió Dumbledore-. Sólo hay dos personas en todo el mundo que conocen el contenido completo de la profecía hecha sobre ti y Lord Voldemort, y los dos están parados en este apestoso cobertizo lleno de escobas y arañas. Aunque es verdad que muchos han adivinado correctamente que Voldemort mandó a sus mortífagos a robar la profecía y que ésta hablaba sobre ti.

-Ahora, ¿Creo que estoy en lo correcto al decir que no le has dicho a nadie que conozcas lo que dice la profecía?

-No- dijo Harry.

-Una sabia decisión después de todo- dijo Dumbledore-. Aunque pienso que deberías relajarte con tus amigos, el señor Ronald Weasley y la señorita Hermione Granger. Sí- continuó cuando Harry pareció sorprenderse-, creo que ellos deberían saberlo. Les haces daño al no confiarles algo tan importante para ellos.

-No quería…

-¿… asustarlos o preocuparlos?- dijo Dumbledore, observando a Harry por sobre el borde de sus anteojos de media luna-. ¿O quizá, confesar que tú mismo estás preocupado y asustado? Necesitas a tus amigos, Harry. Como tu mismo dijiste, Sirius no hubiese deseado que te aislaras.

Harry no dijo nada, pero Dumbledore no parecía esperar una respuesta. Continuó.

-En una nota diferente, pero relacionada, es mi deseo que tomes clases privadas conmigo este año.

-Privadas… ¿con usted?- dijo Harry, olvidando su preocupación debido a la sorpresa.

-Sí. Pienso que es hora que yo tome un rol mayor en tu educación.

-¿Qué me enseñará, señor?

-Oh, un poco de esto, otro poco de aquello- dijo Dumbledore ligeramente.

Harry esperó pacientemente, pero Dumbledore no dijo nada más, así que le preguntó sobre algo más que lo había estado molestando un poco.

-Si voy a tener clases con usted, no voy a tener clases de Oclumancia con Snape, ¿o sí?

-Profesor Snape, Harry… y no, no tendrás clases con él.

-Bien- dijo Harry, aliviado-, porque fueron un…

Se detuvo, con cuidado de no decir lo que estaba pensando.

-Creo que la palabra 'fiasco' sería adecuada en esta ocasión- dijo Dumbledore, asintiendo.

Harry rió.

-Bien, eso significa que no veré al Profesor Snape muy a menudo de hoy en adelante- dijo-, porque no me dejará continuar en Pociones a no ser que consiga un 'Sobresaliente' en mis TIMOS, y estoy seguro que no lo logré.

-No cuentes tus TIMOS antes que te sean entregados- dijo Dumbledore gravemente-. Lo que, ahora que recuerdo, debería ser un poco más tarde este mismo día. Ahora, dos cosas más, Harry, antes de despedirnos.

-Primero, deseo que tengas tu capa invisible contigo a todo momento, desde ahora en adelante. Incluso en Hogwarts. Sólo para estar seguros, ¿me comprendes?

Harry asintió.

-Y finalmente, mientras dure tu estancia aquí, la Madriguera ha sido provista con la mayor seguridad que pudo proveer el Ministerio de Magia. Estas medidas le han causado algunos inconvenientes a Arthur y Molly… todo su correo, por ejemplo, está siendo revisado en el Ministerio antes de ser entregado. Pero a ellos no les importa en lo más mínimo, pues su única preocupación es tu bienestar. Pero sería una pobre forma de pagarles si arriesgaras tu cuello mientras estés con ellos.

-Lo entiendo- Harry se apresuró a decir.

-Muy bien, entonces- dijo Dumbledore, empujando la puerta para abrir el cobertizo y dando un paso en el jardín-. Veo una luz en la cocina. No privemos a Molly un minuto más de la oportunidad de lamentarse sobre lo delgado que estás.

Capítulo 5: Un Exceso de Flema

Harry y Dumbledore se acercaron a la puerta trasera de la Madriguera, la cual estaba rodeada de la ya acostumbrada pila de botas viejas descartadas y calderos oxidados. Harry pudo escuchar el suave cacareo de las gallinas adormecidas viniendo desde un cobertizo lejano. Dumbledore golpeó tres veces y Harry vio un repentino movimiento detrás de la ventana de la cocina.

-¿Quién está ahí? -dijo una voz nerviosa que reconoció como la de la señora Weasley. -¡Revélate!

-Soy yo, Dumbledore, trayendo a Harry.

La puerta se abrió de inmediato. Allí se hallaba la señora Weasley, bajita, regordeta y vistiendo una vieja bata verde.

-¡Harry, querido! Albus, ¡Santo Dios! Me asustaste, ¡Habías dicho que no te esperáramos antes de la mañana!"

-Tuvimos suerte…- dijo Dumbledore, acomodando a Harry sobre el umbral. -Slughorn resultó más fácil de convencer de lo que yo creía. Obra de Harry, por supuesto. Ah, ¡Hola Nymphadora!

Harry miró alrededor y vio que la señora Weasley no estaba sola, a pesar de ser esas horas de la noche. Una joven bruja con una cara pálida con forma de corazón y cabello castaño estaba sentada en una mesa sosteniendo una gran taza entre sus manos.

-Hola, Profesor -dijo ella. -Buenas, Harry.

-Hola, Tonks.

Harry pensó que ella se veía distanciada, casi enferma, y su sonrisa era algo forzada. Ciertamente, su apariencia era menos colorida que siempre sin su acostumbrado cabello rosa chicle.

-Mejor me voy. -dijo ella rápidamente, parándose y tirando su capa sobre sus hombros. –Gracias por el té y la comprensión, Molly.

-Por favor, no te vayas por mí. -dijo Dumbledore cortésmente. -No me puedo quedar, tengo problemas urgentes que discutir con Rufus Scrimgeour.

-No, no, de cualquier modo me tengo que ir. -dijo Tonks, sin mirar a Dumbledore a los ojos. –Buenas noches…

-Querida, ¿Por qué no vienes a cenar el fin de semana? Remus y Ojoloco vendrán.

-No, la verdad, no, Molly… Gracias igualmente… Buenas noches a todos.

Tonks se apuró y pasó junto a Dumbledore y Harry para llegar al jardín. Unos pasos después de la puerta, giró y desapareció detrás de una nube de humo. Harry se dio cuenta que la señora Weasley estaba preocupada.

-Muy bien, te veré en Hogwarts, Harry. -dijo Dumbledore. -Cuídate mucho. Molly, estoy a tus órdenes.

Hizo una inclinación hacia la señora Weasley y siguió a Tonks, desapareciendo justamente en el mismo punto. La señora Weasley cerró la puerta que da al jardín y luego llevó a Harry por los hombros hacia la luz de la lámpara sobre la mesa para examinar su apariencia.

-Estás como Ron. –ella suspiró mirándolo de arriba a abajo. –A ambos parece como si les hubieran lanzado hechizos de estiramiento. Ron creció cuatro pulgadas desde que le compré las últimas túnicas del colegio. ¿Estás hambriento, Harry?

-Sí que lo estoy. -dijo Harry, dándose cuenta de repente cuánta hambre tenía.

-Siéntate, querido, te prepararé algo.

Cuando Harry se sentó, un gato anaranjado con cara aplastada saltó sobre sus rodillas y se acostó ahí, ronroneando.

-¿Así que Hermione está aquí? -preguntó felizmente mientras hacía cosquillas a Crookshanks detrás de las orejas.

-Ah, sí. Llegó anteayer. –dijo la señora Weasley, golpeando una gran olla de hierro con la varita. Ruidosamente brincó a la estufa y empezó a burbujear al instante. –Todos están durmiendo, por supuesto, no te esperábamos hasta dentro de unas cuantas horas. Aquí tienes...

Le dio otro golpecito a la olla, empezó a levitar y voló hacia Harry y se inclinó. La señora Weasley deslizó un tazón debajo de la olla justo a tiempo para alcanzar el chorro espeso y humeante de sopa de cebolla.

-¿Pan, querido?

-Gracias, señora Weasley.

Movió su varita por encima de su hombro, un pedazo de pan y un cuchillo aterrizaron suavemente en la mesa; mientras el pedazo de pan se cortaba sólo y la olla de sopa volvía a la cocina, la señora Weasley se sentó enfrente de él.

-¿Entonces convenciste a Horace Slughorn de tomar el trabajo?

Harry asintió ya que tenía la boca tan llena de sopa caliente, que no podía hablar.

-Él nos enseñó a Arthur y a mí. -dijo la señora Weasley. –Dio clases muchísimo tiempo en Hogwarts y empezó en la misma época que Dumbledore, creo. ¿Qué te pareció?

Con su boca llena de pan ahora, Harry se encogió de hombros e hizo un gesto no muy comprometedor con la cabeza.

-Sé a lo que te refieres. -dijo la señora Weasley, asintiendo sabiamente. -Por supuesto que puede ser encantador cuando quiere serlo, pero a Arthur nunca le gustó mucho. El Ministro estuvo entre los favoritos de Slughorn. Se la pasaba siempre ayudando a los que creía correcto, pero nunca tuvo mucho tiempo para Arthur... pensaba que él no aspiraba suficientemente alto, que no era tan ambicioso. Bueno, eso justamente te demuestra que incluso Slughorn comete errores. No sé si Ron te contó en alguna de sus cartas, ya que pasó hace muy poco, pero, ¡Arthur ha sido promovido!

No pudo ser más claro que la señora Weasley había estado muriéndose por decir eso.

Harry tragó una gran cantidad de sopa muy caliente y pensó que podía sentir su garganta ampollándose. -¡Eso es genial! -gritó apagadamente.

-Eres muy dulce. -comentó la señora Weasley, posiblemente secándose los ojos llorosos por la emoción al escuchar la noticia. -Sí, Rufus Scrimgeour ha creado numerosas oficinas nuevas en respuesta a lo que está ocurriendo, y Arthur esta dirigiendo la Oficina para la Detección y Confiscación de Hechizos de Defensa y Objetos Protectores Falsos. Es un gran trabajo, ¡tiene diez personas a su cargo!

-¿Exactamente qué…?

-Bueno, verás, con todo este pánico acerca de la vuelta del Innombrable, cosas raras han estado saliendo a la venta en todos lados, cosas que

supuestamente deberían protegernos del Innombrable y los Mortífagos. Puedes imaginarte ese tipo de cosas: las llamadas pociones protectoras que en realidad son un poco de salsa con pus de bulbotubérculos, o instrucciones para hechizos defensivos que hacen que tus orejas se caigan… Bueno, principalmente, los perpetradores son gente como Mundungus Fletcher, quienes nunca han tenido un día de trabajo honesto en sus vidas y están aprovechándose de cuán asustados están todos. Pero igualmente, cada tanto, aparece alguna cosa bastante desagradable. El otro día, Arthur confiscó una caja llena de chivatoscopios embrujados que seguramente fueron preparados por un Mortífago. Así que como ves, es un trabajo muy importante, y yo le digo que es tonto extrañar trabajar con enchufes, cosas electrónicas y toda esa basura muggle. –La señora Weasley terminó su discurso con una mirada austera, como si Harry hubiera sugerido que es normal extrañar enchufes.

-¿Está el señor Weasley trabajando todavía? -preguntó Harry.

-Sí, lo está. De hecho, está un poco retardado… dijo que estaría de vuelta a la medianoche.

Ella se dio vuelta para mirar un gran reloj, colocado torpemente sobre una pila de mantas en el canasto de ropa sucia, que estaba al final de la mesa. Harry lo reconoció inmediatamente: tenía nueve agujas, cada una con el nombre de un miembro de la familia, y usualmente colgaba en la pared de la sala, a pesar de que la actual ubicación sugería que la señora Weasley ahora acostumbraba cargarlo por toda la casa. Cada una de las nueve agujas, estaba apuntando a "Peligro Mortal".

-Ha estado así por un largo rato. -dijo la señora Weasley, en una voz casual no muy convincente.- Desde que la vuelta de Ya-Sabes-Quién se hizo pública. Supongo que todo el mundo está en peligro mortal ahora… No creo que sea solamente nuestra familia… pero no conozco a nadie más que tenga un reloj como este, así que no lo sé. ¡Oh!

Con una exclamación repentina, apunto hacia el reloj. La aguja del señor Weasley había cambiado a "Viajando".

-¡Ya viene hacia acá!

Y con seguridad, un momento después se escuchó un golpe en la puerta trasera. La señora Weasley saltó y fue hacia la puerta con una mano en la manija y la cara contra la madera dijo suavemente. -¿Arthur, eres tú?

-Sí. –dijo la agotada voz del señor Weasley. –Pero diría eso incluso si fuera un Mortífago, querida. ¡Hazme la pregunta!

-Ay, honestamente…

-¡Molly!

-Está bien, está bien… ¿Cuál es tu mayor ambición?

-Averiguar cómo vuelan los aviones.

La señora Weasley asintió y dio vuelta la manija, pero aparentemente el señor Weasley la estaba sosteniendo fuertemente del otro lado, porque la puerta quedó firmemente cerrada.

-¡Molly! ¡Tengo que hacerte tu pregunta primero!

-Arthur, de verdad, esto es tonto…

-¿Cómo te gusta que te llame cuando estamos solos?

Incluso por la tenue luz de la lámpara, Harry podía decir que la señora Weasley se había puesto sonrosada. Él mismo sintió como una humedad en las orejas y en el cuello, y con mucha prisa tomó sopa, golpeando su cuchara tan fuerte como pudo contra el tazón.

-Mollywobbles. –susurró una mortificada señora Weasley hacia la cerradura en la puerta.

-Correcto. –dijo el señor Weasley. –Ahora me puedes dejar pasar.

La señora Weasley abrió la puerta para dar paso a su marido, un mago flaco, calvo y con pelo rojizo usando anteojos y una larga y polvorienta capa de viaje.

-Todavía no veo por qué tenemos que hacer eso cada vez que vienes a casa. –dijo la señora Weasley, todavía sonrosada mientras le ayudaba a su marido a sacarse la capa. –Quiero decir que un mortífago puede haberte sacado la respuesta antes de hacerse pasar por ti.

-Lo sé, querida, pero es el procedimiento del Ministerio, y tengo que dar ejemplo. Algo huele bien… ¿Sopa de cebolla?

El señor Weasley caminó esperanzadamente hacia la mesa.

-¡Harry! ¡No esperábamos que vinieras antes de que amaneciera!

Se estrecharon las manos y el señor Weasley se lanzó sobre la silla al lado de Harry mientras la señora Weasley colocaba otro tazón de sopa enfrente de él también.

-Gracias, Molly. Ha sido una noche bien dura. Algún idiota empezó a vender medallones de metamorfosis. Simplemente colócatelos en el cuello y podrás cambiar tu apariencia a voluntad. Cien mil disfraces distintos, ¡Todo por diez Galleones!

-¿Y qué pasa realmente cuando te los colocas?

-Simplemente te pones todo de un color naranja desagradable, pero a algunas personas también les salieron tentáculos por todo el cuerpo. ¡Como si San Mungo no tuviera suficiente trabajo!

-Suena como el tipo de cosas que Fred y George encontrarían graciosas. –dijo la señora Weasley dudando. -¿Estás seguro…?

-¡Por supuesto que lo estoy! –dijo el señor Weasley. –Los chicos no harían nada como eso ahora, ¡No cuando la gente está desesperada por protección!

-¿Entonces por eso llegas tarde, medallones de metamorfosis?

-No, tuvimos problemas con un desagradable hechizo que salió por la culata en Elephant y Castle, pero por suerte el Grupo de Operaciones Mágicas Especiales logró resolverlo para el momento en que llegamos ahí…

Harry reprimió un bostezo con su mano.

-A la cama. –dijo la desengañada señora Weasley inmediatamente. –Tengo la habitación de Fred y George lista para ti, será toda tuya.

-¿Por qué, dónde están ellos?

-Ah, están en el Callejón Diagon, durmiendo en un pequeño departamento sobre su tienda de bromas, ya que están tan ocupados. –dijo la señora Weasley. –Tengo que decir, que por mi parte no lo apruebo, ¡Pero realmente parecen tener una pequeña chispa para los negocios! Vamos, querido, tu baúl ya está arriba.

-Buenas noches, señor Weasley. –dijo Harry, apartando su silla. Crookshanks bajó suavemente de su regazo y se fue de la habitación.

-Buenas noches, Harry. –dijo el señor Weasley.

Harry vio al señor Weasley mirar hacia el reloj en el canasto de ropa sucia mientras abandonaban la cocina. Todas las agujas estaban de vuelta en "Peligro Mortal".

La habitación de Fred y George estaba en el segundo piso. La señora Weasley apuntó su varita a la lámpara de la mesita de luz y la encendió inmediatamente, bañando el cuarto en un placentero brillo dorado. A pesar de que una gran vasija con flores había sido puesta en el escritorio frente a la pequeña ventana, su perfume no pudo disfrazar el persistente olor de lo que Harry pensó que era pólvora. Un espacio considerable del piso estaba ocupado por un gran número de cajas, entre las cuales estaba el baúl de Harry. La habitación parecía que fuera utilizada ahora como un gran almacén.

Hedwig le ululó felizmente a Harry desde su pedestal encima de un gran armario y después se fue por la ventana. Harry supo que ella lo había estado esperando para verlo antes de irse a cazar. Le dio las buenas noches a la señora Weasley, se puso la ropa para dormir, y se metió en una de las camas. Había algo duro dentro de la funda de almohada. Se fijó y sacó de ella un pegajoso dulce violeta y naranja la cual reconoció como la Pastilla Vomitadora. Sonriendo, se dio vuelta y se durmió al instante.

Segundos después, o eso le pareció a Harry, se despertó por algo que sonó como un disparo de cañón mientras la puerta se abría de un golpe. Sentándose inmediatamente, oyó el chirrido de las cortinas siendo abiertas: la deslumbrante luz del sol le taladraba los ojos. Protegiéndose la cara con una mano, buscó desesperanzadamente sus anteojos con la otra.

-¿Qué está pasando?

-No sabíamos que ya estabas aquí. –dijo una voz fuerte y emocionada y Harry recibió un fuerte coscorrón en la cabeza.

-¡Ron, no le pegues! –dijo la voz de una chica reprochándolo.

La mano de Harry encontró sus anteojos y se los puso en el instante. A pesar de que la luz era tan brillante, no podía ver nada a su alrededor. Una sombra larga y confusa apareció frente a él por un momento, él parpadeó y pudo enfocar a Ron Weasley, mirándolo.

-¿Todo bien?

-Nunca había estado mejor. –dijo Harry, tirando de una caja y sentándose sobre ella.

-¿Cuándo llegaste? ¡Mamá recién nos dijo!

-Como a la una de la madrugada.

-¿Estuvieron bien los Muggles? ¿Te trataron bien?

-Como siempre. –dijo Harry, mientras Hermione se apoyaba en el borde de su cama. –No me hablaron mucho, pero así me gusta más. ¿Cómo estás, Hermione?

-Eh, estoy bien. –dijo Hermione, quien estaba observando a Harry como si estuviera enfermo de algo. Creyó que sabía qué había detrás de esto, y como no quería hablar acerca de la muerte de Sirius ni ningún otro tema triste, dijo: - ¿Qué hora es? ¿Me perdí el desayuno?

-No te preocupes por eso, mamá te está trayendo algo, ella cree que te ves desnutrido. –dijo Ron, girando sus ojos. -Así que, ¿Qué ha estado pasando?

-No mucho, he estado atrapado en casa de mis tíos, ¿No es así?

-¡Di la verdad! –dijo Ron. – ¡Has estado afuera con Dumbledore!

-No fue tan emocionante. El solamente quería que lo ayudara a convencer a un antiguo maestro a salir de su retiro. Su nombre es Horace Slughorn.

-Oh. –dijo Ron, decepcionado. –Pensábamos…

Hermione llamó la atención a Ron con la mirada, y Ron cambió de rumbo a máxima velocidad.

-… pensábamos que sería algo como eso.

-¿En serio? –preguntó Harry, divertido.

-Sí… sí, ahora que Umbridge se ha ido, obviamente necesitamos un nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, ¿No es así? Así que… eh… ¿Cómo es él?

-Se asemeja a una morsa y solía ser el Jefe de Slytherin. –dijo Harry. ¿Pasa algo malo, Hermione?

Ella lo estaba mirando como si estuviera esperando que algo raro pasara en cualquier momento. Volvió a su estado normal apuradamente con una sonrisa no muy convincente.

-No, ¡Por supuesto que no! Entonces, eh, ¿parecía ser Slughorn un buen maestro?

-No sé. –dijo Harry. –No puede ser peor que Umbridge, ¿no?

-Yo conozco a alguien que es peor que Umbridge. –dijo una voz desde la puerta. La hermana de Ron entró en el cuarto, pareciendo irritada. –Hola, Harry.

-¿Qué te pasa? –preguntó Ron.

-Es ella. –dijo Ginny, desplomándose sobre la cama de Harry. –Me está volviendo loca.

-¿Qué ha hecho ahora? –preguntó Hermione comprensivamente.

-Es la manera en que me habla… ¡Pensarías que tengo tres años!

-Ya sé. –dijo Hermione, bajando la voz. –Es tan arrogante.

Harry estaba sorprendido por escuchar a Hermione hablando así de la señora Weasley y no pudo culpar a Ron por decir acaloradamente: -¿Pueden ambas dejarla en paz por cinco segundos?

-Ah, muy bien, defiéndela. –dijo Ginny súbitamente. –Todos sabemos que no puedes conseguir lo que quieres de ella.

Este parecía un comentario raro para hacer acerca de la madre de Ron. Empezando a sentir que se había perdido de algo, Harry dijo: -¿De quién están…?

Pero su pregunta fue contestada antes de que pudiera terminar de formularla. La puerta de la habitación nuevamente se abrió de un golpe y Harry instintivamente se subió las sábanas hasta la barbilla con una fuerza que tiró a Hermione y a Ginny al suelo.

Una mujer joven estaba parada en la puerta, una mujer de tanta belleza que la habitación, de repente, parecía totalmente vacía de aire. Era alta y esbelta con cabello largo y rubio y parecía emanar un brillo plateado. Para completar esta visión de perfección, cargaba una pesada bandeja con un sabroso desayuno.

-*Haggy*. –dijo con una voz profunda. – ¡Ha pasado tanto tiempo!

Cuando pasó el umbral de la puerta para llegar a él, la señora Weasley apareció, de bastante de mal humor.

-No había necesidad de subirle la bandeja, ¡Estaba a punto de hacerlo yo misma!

-No había ningún problema. –dijo Fleur Delacour, apoyando la bandeja en las rodillas de Harry y luego besándolo en cada mejilla. Él sintió que los lugares que la boca de Fleur habían tocado quemaban como fuego. –He estado *espegando* mucho tiempo para *vegte*, *Haggy. ¿*Te *acuerdas* de mi *hegmana Gabguielle?* Nunca *paga* de *hablag* de *Haggy Potteg.* Ella *estagá* muy contenta de *volveg* a *vegte.*

-Oh… ¿Está aquí también? –Harry preguntó.

-No, no chico tonto. –dijo Fleur con una risa estridente. –*Quiego decig*r, el *pgóximo vegano* cuando… ¿*Pego* no sabes nada?

Sus grandes ojos azules se abrieron y miraron con reproche a la señora Weasley, quien dijo: -No hemos tenido la oportunidad de decirle.

Fleur se volvió hacia Harry, moviendo su cabello plateado para así latiguear con él la cara de la señora Weasley.

-¡Bill y yo nos *casaguemos!*

-Oh. –dijo Harry inexpresivamente. No pudo evitar ver cómo la señora Weasley, Hermione y Ginny intentaban evitar cruzar las miradas. – ¡Wow! Eh… ¡Felicitaciones!

Ella se agachó nuevamente a besarlo.

-Bill está muy ocupado en este momento, *tgabajando* muy *dugo*, y yo sólo *tgabajo* medio día en *Ggingotts paga mejogag* mi inglés, así que me *tgajo* aquí *pog* unos días *paga conoceg* a su familia *apgopìadamente.* Me puse tan contenta al *escuchag* que *vendguías.* No hay muchas cosas que *haceg* aquí, a menos que te guste *cocinag*. Bueno… i*disfguta* tu desayuno, *Haggy!*

Con estas palabras, se fue graciosamente pareciendo flotar en la habitación, cerrando la puerta tranquilamente detrás de ella.

La señora Weasley hizo un ruido que sonó como: -¡Wootcha!

-Mamá la odia. –dijo Ginny.

-¡No la odio! –dijo la señora Weasley en un susurro. –Sólo creo que se apresuraron mucho con este compromiso. ¡Eso es todo!

-Se conocieron hace un año. –dijo Ron, quien parecía extrañamente entorpecido y miraba hacia la puerta.

-¡Bueno, eso no es mucho! Por supuesto, sé qué sucede. Es toda esta incertidumbre de la vuelta del Innombrable. La gente cree que puede morir mañana, así que se apuran a tomar todas las decisiones que normalmente se demoran más en tomar. Ocurrió lo mismo la última vez que fue poderoso, gente fugándose con sus amantes en todos lados.

-Incluyéndote a ti y a papá. –dijo Ginny irónicamente.

-Bueno, sí, tu padre y yo estábamos hechos el uno para el otro. ¿Qué razón había para esperar? –dijo la señora Weasley. –Mientras que Bill y Fleur… bueno… ¿Qué tienen realmente en común? Él es un gran trabajador, una persona muy madura, mientras que ella…

-Una vaca. –dijo Ginny asintiendo. –Pero Bill no es tan maduro. Él es un trotamundos, ¿verdad? Le gusta un poco la aventura y el glamour… Espero que por eso esté con Flema.

-Deja de llamarla así, Ginny. –dijo la señora Weasley tajantemente, mientras Harry y Hermione se reían. –Bueno, mejor me pongo a… Cómete tu desayuno, Harry, que no se te enfríe.

Viéndose agobiada, se fue de la habitación. Ron parecía todavía bastante atontado. Estaba sacudiendo su cabeza como un perro tratando de secarse las orejas.

-¿No se acostumbran a ella con la convivencia? –preguntó Harry.

-Bueno, sí. –dijo Ron. –pero si de repente salta hacia ti, como recién…

-Es patética. –dijo Hermione furiosamente, alejándose de Ron todo lo que pudo y mirándolo con los brazos cruzados una vez que llegó a la pared.

-¿No la querrás por aquí para siempre, no? –Ginny le preguntó a Ron incrédulamente. Cuando levantó los hombros, ella dijo: -Bueno, mamá hará lo posible por evitarlo, te lo puedo apostar.

-¿Cómo piensa hacer eso? -preguntó Harry.

-Intenta siempre traer a Tonks para la cena. Creo que espera que Bill se enamore de Tonks. Espero que así sea, la preferiría mucho más a ella en la familia.

-Sí, eso va a funcionar. –dijo Ron sarcásticamente. –Escucha, ninguna persona con dos dedos de frente va a fijarse en Tonks teniendo a Fleur enfrente. Quiero decir que Tonks es bonita cuando no está haciendo cosas estúpidas con su pelo y su nariz, pero…

-Ella es mucho más linda que Flema –dijo Ginny.

-Y es mucho más inteligente, ¡ella es una Auror! –dijo Hermione desde el rincón.

-Fleur no es estúpida, fue tan buena como para entrar en el Torneo de los Tres Magos. –dijo Harry.

-¿Tú también? –dijo Hermione amargamente.

-Supongo que te gusta la manera en que Flema dice *"cualquieg"*, ¿no? -preguntó Ginny con desprecio.

-No. –dijo Harry, deseando nunca haber hablado. –Simplemente estaba diciendo que Flema… digo Fleur…

-Yo preferiría mucho más tener a Tonks en la familia. –dijo Ginny. –Al menos ella es graciosa.

-No ha sido muy graciosa últimamente. –dijo Ron. –Cada vez que la veo, se parece más a Myrtle la Llorona.

-Eso no es justo. –dijo Hermione. –Todavía no ha aceptado lo que pasó… ya saben… quiero decir, ¡Él era su primo!

El corazón de Harry dio un vuelco. Llegaron al tema de Sirius. Agarró un tenedor y empezó a comer los huevos revueltos, esperando evitar toda invitación a formar parte de esta conversación.

-¡Tonks y Sirius casi ni se conocían! –dijo Ron. –Sirius estuvo en Azkaban durante la mitad de su vida y antes de eso, sus familias nunca se habían juntado…

-No tiene nada que ver. –dijo Hermione. – ¡Ella cree que fue su culpa la muerte de Sirius!

-¿Cómo es que piensa eso? –preguntó Harry, a pesar de su dolor.

-Bueno, ella estaba peleando con Bellatrix Lestrange, ¿No es así? Creo que ella siente que si sólo la hubiera matado, Bellatrix no podría haber asesinado a Sirius.

-Eso es estúpido. –dijo Ron.

-Es la culpa del sobreviviente. –dijo Hermione. –Sé que Lupin trató de hablarle, pero ella está muy mal. Incluso está teniendo problemas con su Metamorfosis.

-¿Con su…?

-No puede cambiar su apariencia como antes. –explicó Hermione. –Creo que los poderes de ella deben haber sido afectados por el golpe, o algo así.

-No sabía que eso podía pasar. –dijo Harry.

-Yo tampoco. –dijo Hermione. –Pero supongo que si estás muy deprimido…

La puerta se abrió nuevamente y la señora Weasley mostró su cabeza. –Ginny. –susurró. –Baja las escaleras y ayúdame con el almuerzo.

-¡Estoy ocupada! –dijo Ginny, indignada.

-¡Ahora! –dijo la señora Weasley y se fue.

-¡Sólo me quiere ahí para no quedarse sola con Flema! –dijo Ginny enojada. Movió su largo cabello rojo en una muy buena imitación de Fleur y se fue de la habitación con sus brazos como una bailarina.

-Ustedes también tienen que bajar. –dijo al irse.

Harry aprovechó el silencio temporal para comer más de su desayuno. Hermione miraba por entre las cajas de Fred y George, sin embargo, cada tanto le echaba miradas a Harry. Ron, quien estaba agarrando una de las tostadas de Harry, miraba todavía atontadamente a la puerta.

-¿Qué es esto? –Hermione preguntó eventualmente, sosteniendo algo que parecía como un pequeño telescopio.

-No sé. –dijo Ron. –Pero si Fred y George lo dejaron aquí, es porque no estaba preparado para la venta, así que tengan cuidado.

-Tu madre dijo que les está yendo bien en el negocio. –dijo Harry. –Dijo que Fred y George tienen una gran cantidad de clientes.

-Eso es poco. –dijo Ron. -¡Están nadando en Galeones! No puedo esperar para ver ese lugar. Todavía no hemos ido al Callejón Diagon porque mamá dijo que papá tiene que ir con nosotros para que haya más seguridad, y él ha estado muy ocupado en su trabajo, pero suena excelente.

-¿Y cómo anda Percy? –preguntó Harry; el tercero de los hermanos Weasley se había peleado con el resto de la familia. – ¿Les habla a tus padres de nuevo?

-No. –dijo Ron.

-Pero ya debe saber que tu padre estaba en lo correcto al afirmar todo eso de Voldemort…

-Dumbledore dice que la gente encuentra más fácil perdonar a los demás por equivocarse, que por acertar. –dijo Hermione. –Escuché que se lo decía a tu madre, Ron.

-Suena como la clase de locura que diría Dumbledore. –dijo Ron.

-Me va a dar clases particulares este año. –dijo Harry.

Ron se atragantó con la tostada y Hermione hizo un grito apagado.

-¡No nos dijiste eso! –dijo Ron.

-Lo acabo de recordar. –dijo Harry honestamente. –Me lo dijo anoche en tu cobertizo de escobas.

-¡Caramba!... ¡Clases particulares con Dumbledore! –dijo Ron, pareciendo impresionado. –Me pregunto, ¿Por qué…?

Su voz se apagó. Harry lo vio intercambiar miradas con Hermione. Harry dejó su cuchillo y su tenedor. Su corazón estaba latiendo bastante fuerte considerando que lo único que estaba haciendo era sentarse en la cama. Dumbledore había dicho que sería bueno hacerlo… ¿Por qué no ahora? Fijó sus ojos en el tenedor, que estaba brillando por la luz del sol que caía sobre él, y dijo: -No sé exactamente por qué me va a estar dando lecciones, pero creo que debe ser por la profecía.

Ni Ron ni Hermione hablaron. A Harry le pareció que ambos se habían quedado congelados. Le siguió hablando al tenedor. –Ya saben, la que se querían robar del Ministerio.

-Nadie sabe lo que decía de todos modos. –dijo Hermione rápidamente. –Se destruyó.

-A pesar de que el Profeta diga… -empezó Ron, pero Hermione dijo: -¡Shh!

-El Profeta tiene razón. –dijo Harry, mirándolos directamente con un gran esfuerzo: Hermione parecía asustada y Ron maravillado. –Esa bolita de vidrio que se destruyó no era la única grabación de la profecía. La escuché toda entera en la oficina de Dumbledore, ante él fue hecha la profecía, así que pudo contármela. Esta decía que… -Harry hizo un respiro hondo. –Parece que soy yo el que tiene que eliminar a Voldemort… Al menos, decía que ninguno de nosotros podía vivir mientras el otro estuviera vivo.

Los tres se miraron entre ellos en silencio por un momento. Luego hubo un ruido muy fuerte y Hermione desapareció detrás de una nube de humo negro.

-¡Hermione! –gritaron Harry y Ron; la bandeja del desayuno se cayó al piso secamente.

Hermione emergió, tosiendo, del humo, agarrando el telescopio y mostrando un ojo morado.

-Lo apreté y… y… ¡me pegó! –bramó Hermione.

Y con seguridad, ellos ahora vieron un pequeño puño con un resorte largo saliendo desde el telescopio.

-No te preocupes. –dijo Ron, quien se estaba aguantando la risa. –Mamá lo va a solucionar. Es buena curando heridas leves…

-Ay, bueno, ¡Olvidémonos de eso! –dijo Hermione con prisa. –Harry, oh, Harry…

Se sentó, una vez más, en el borde de la cama.

-Nos preguntábamos, cuando volvimos del Ministerio… Obviamente, no te queríamos decir nada, pero con lo que dijo Lucius Malfoy acerca de la profecía, como era acerca de ti y Voldemort, bueno, pensamos que podía llegar a ser algo

como eso… Oh, Harry… -ella se le quedó mirando y luego susurró: -¿Estás asustado?

-No tanto como antes. –dijo Harry. –Cuando la escuché por primera vez, estaba… pero ahora, parece como si siempre hubiera sabido que lo tendría que enfrentar al final…

-Cuando escuchamos que Dumbledore te había ido a buscar en persona, pensamos que te podía haber dicho o mostrado algo con respecto a la profecía. –dijo Ron entusiasmado. –Y estábamos en lo correcto, ¿No? No te estaría dando clases si pensara que estás condenado, no perdería su tiempo… ¡Debe pensar que tienes una oportunidad!

-Eso es verdad. –dijo Hermione. –Me pregunto qué te enseñará, Harry. Magia defensiva muy avanzada probablemente… poderosos contramaleficios… contrahechizos…

Harry no escuchaba realmente. Un calor se estaba expandiendo por su ser, que no tenía nada que ver con la luz del sol. Un gran peso en su estómago parecía disolverse. Sabía que Ron y Hermione estaban más preocupados de lo que parecían, pero el solo hecho de que igual se quedaran a su lado, hablando vigorizantes y reconfortantes palabras, no escapando de él como si estuviera contaminado o fuera peligroso, eso valía más de lo que les podía decir.

- … y encantamientos evasivos generalmente. –concluyó Hermione. –Bueno, al menos sabes de una clase que estarás teniendo este curso, eso es una más que Ron y yo. Me pregunto cuándo vendrán nuestros resultados de los TIMOS.

-No pueden tardar mucho más. Ya pasó un mes. –dijo Ron.

-Aguarden. –dijo Harry, ya que otra parte de la conversación de la última noche le volvió a la cabeza. –Creo que Dumbledore dijo que nuestros resultados en los TIMOS llegarían hoy.

-¿Hoy? –gritó Hermione. -¿Hoy? Pero por qué no… ¡Ay Dios!... Tendrías que habernos dicho…

Ella pegó un salto.

-Voy a ver si llegó alguna lechuza…

Pero cuando Harry bajó las escaleras diez minutos después, ya vestido y llevando su bandeja del desayuno vacía, encontró a Hermione sentada en la mesa

de la cocina muy agitada, mientras la señora Weasley intentada disminuir su parecido al de un panda.

-No funciona. –decía ansiosamente la señora Weasley, parada sobre Hermione con su varita en la mano y una copia de La Ayuda del Sanador abierto en "heridas, cortes y raspaduras". –Esto siempre había funcionado. No puedo entenderlo.

-Debe ser la idea de Fred y George de un chiste gracioso, asegurarse de que no pueda sacarse. –dijo Ginny.

-Pero tiene que curarse. –chilló Hermione. – ¡No puedo seguir viéndome así para siempre!

-No lo harás, querida. Encontraremos un remedio, no te preocupes. –dijo la señora Weasley intentando calmarla.

-Bill me contó que *Fged* y *Geogge egan* muy *divertidos*. –dijo Fleur, sonriendo serenamente.

-Sí, casi no puedo respirar de la risa. –dijo Hermione.

Ella saltó y empezó a dar vueltas por la cocina, retorciéndose los dedos.

-Señora Weasley, ¿está usted segura de que no llegó ninguna lechuza esta mañana?

-Sí, querida. Lo hubiera notado. –dijo la señora Weasley pacientemente. –Pero son apenas las nueve, hay todavía mucho tiempo…

-Sé que me equivoqué en Runas Antiguas. –murmuró Hermione febrilmente. –Definitivamente cometí al menos un error de traducción. Y en el práctico de Defensa Contra las Artes Oscuras no me fue nada bien. Pensé que en Transformaciones me había ido todo bien, pero ahora que lo pienso…

-Hermione, ¿Podrías callarte? No eres la única que está nerviosa. –bramó Ron. –Y cuando tengas tus once "Sobresalientes"…

-No, no y no. –dijo Hermione, moviendo sus manos con locura. – ¡Se que fallé en todo!

-¿Qué pasa si fallamos? –preguntó Harry a la habitación, pero nuevamente, Hermione respondió.

-Discutimos nuestras opciones con la Jefa de nuestra casa, le pregunté a la Profesora McGonagall al final del último trimestre.

El estómago de Harry se retorció. Deseó no haber comido tanto en el desayuno.

-En Beauxbatons… -dijo Fleur complaciente. –hacíamos las cosas de *otga manega. Cgueo* que *ega mejog.* Teníamos *nuestgos* exámenes después de seis años de estudio, no cinco, y después…

Las palabras de Fleur fueron ahogadas por un alarido. Hermione apuntaba hacia la ventana de la cocina. Tres manchas negras podían ser vistas en el cielo, acercándose cada vez más.

-Son definitivamente lechuzas. –dijo Ron roncamente, saltando para unirse con Hermione en la ventana.

-Y hay tres. –dijo Harry, poniéndose a su lado también.

-Una para cada uno de nosotros. –dijo Hermione en un susurro aterrado. –Ay no… Ay no… Ay no…

Los agarró a ambos fuertemente por los codos.

Las lechuzas volaban directamente hacia La Madriguera, tres bonitas y marrones lechuzas, cada una de las cuales, al acercarse se notaba que traían un gran sobre cuadrado.

-¡Ay no! –chilló Hermione.

La señora Weasley los movió del lugar y abrió la ventana de la cocina. Una, dos, tres, las lechuzas pasaron por ella y aterrizaron sobre la mesa en una línea recta. Las tres levantaron sus patas derechas.

Harry se adelantó. La carta dirigida a él estaba atada a la lechuza del medio. La desató con dedos temblorosos. A su izquierda, Ron estaba tratando de soltar sus propios resultados y a su derecha, las manos de Hermione estaban temblando tanto que hacía que su lechuza temblara también.

Nadie en la cocina habló. Al fin, Harry logró sacar su sobre. Lo abrió rápidamente y sacó de él un pergamino.

Resultados de las Títulos Indispensables de Magia Ordinaria.

Notas para pasar:
Sobresaliente (S)
Supera las expectativas (E)
Aceptable (A)

Notas para reprobar:

Pobre (P)
Desastroso (D)
Troglodita (T)

Harry James Potter ha conseguido:

Astronomía A
Cuidado de Criaturas Mágicas E
Encantamientos E
Defensa Contra las Artes Oscuras S
Adivinación P
Herbología E
Historia de la Magia D
Pociones E
Transformaciones E

Harry leyó el pergamino varias veces. Su respiración se tranquilizaba cada vez que lo leía. Estaba todo bien: siempre supo que iba a fallar en Adivinación, y que no tenía oportunidad de pasar Historia de la Magia, debido a que había colapsado en la mitad del examen, ¡Pero pasó todo lo demás! Pasó el dedo por sus notas de nuevo… pasó con buenas notas en Transformaciones y Herbología, e incluso, ¡Había superado las expectativas en Pociones! ¡Y lo mejor era que había conseguido "Sobresaliente" en Defensa Contra las Artes Oscuras!

Miró a su alrededor. Hermione le daba la espalda y tenía la cabeza gacha, pero Ron se veía encantado.

-Sólo reprobé Adivinación e Historia de la Magia, ¿Y a quién le importa? –dijo felizmente a Harry. –Toma… cambiemos…

Harry vio las notas de Ron: no había ningún "Sobresaliente"…

-Sabía que serías el mejor en Defensa Contra las Artes Oscuras. –dijo Ron, pegándole a Harry en el hombro. –Lo hicimos bien, ¿no?

-¡Bien hecho! –dijo la señora Weasley con orgullo, sacudiéndole el pelo a Ron. –Siete TIMOS, ¡Eso es mejor que Fred y George juntos!

-¿Hermione? –dijo Ginny cautelosamente, ya que Hermione todavía no se había dado vuelta. ¿Cómo te fue?

-Yo… no mal… -dijo Hermione en una voz muy baja.

-Oh, vamos dilo. –dijo Ron, yendo hacia ella y quitándole los resultados de la mano. –Sí… diez "Sobresaliente" y un "Supera las Expectativas" en Defensa Contra las Artes Oscuras. –luego, la miró, medio divertido y medio exasperado. –Estás decepcionada, ¿verdad?

Hermione sacudió la cabeza, pero Harry se rió.

Bueno, ahora somos estudiantes para los EXTASIS. –sonrió Ron. –Mamá, ¿hay más salchichas?

Harry volvió a mirar a sus resultados. Eran tan buenos como podría haber esperado.

Sólo sintió una pequeña punzada de arrepentimiento… Este era el fin de su ambición de ser Auror. No obtuvo la nota requerida en Pociones. Siempre supo que no podría, pero igualmente, sintió un gran peso en el estómago al ver de vuelta esa pequeña E negra.

Era raro, en efecto, el pensar que fue un mortífago disfrazado el primero en decirle a Harry que sería un buen Auror, pero de alguna manera la idea se había apropiado de él, y no pudo pensar realmente en nada más que le gustara ser. Además, parecía su destino después de escuchar la profecía unas semanas atrás. Ninguno puede vivir mientras el otro lo haga… ¿No estaría poniéndose a la altura de las circunstancias, y dándose la mejor posibilidad de sobrevivir, si se unía a esos magos altamente entrenados cuyo trabajo era encontrar y matar a Voldemort?

Capítulo 6: El Desvío de Draco

Las semanas siguientes Harry permaneció dentro de los límites del jardín de la Madriguera. Pasó la mayor parte de sus días jugando Quidditch en el huerto de los Weasley dos contra dos (él y Hermione contra Ron y Ginny; Hermione era terrible pero Ginny jugaba bien, por lo que estaban razonablemente parejos) y sus tardes comiendo tres porciones de todo lo que la Sra. Weasley ponía delante de él.

Esto habría sido una fiesta feliz, unas vacaciones pacíficas, de no haber sido por las duras desapariciones, extraños accidentes, e incluso muertes que aparecían ahora casi a diario en el Profeta. Bill y el Sr. Weasley traían alguna noticia a casa aún antes de que fuera publicada. Para el disgusto de la Sra Weasley las celebraciones del decimosexto cumpleaños de Harry fueron estropeadas por noticias espantosas traídas por Remus Lupin, cada vez más flaco y austero, su pelo castaño rayado generosamente de color gris, su ropa más hecha jirones y remendada que nunca

--Ha habido otro par de ataques de dementores,-- anunció, cuando la Señora Weasley le pasó un pedazo grande del pastel de cumpleaños. --Y han encontrado el cuerpo de Igor Karkaroff en una choza al norte. Con la Marca Tenebrosa sobre él -- Bien, francamente, estoy sorprendido ya que sobrevivió un año luego de abandonar a los Mortífagos; El hermano de Sirius, Regulus, sólo anduvo unos días hasta donde puedo recordar.--

--Sí, bien,-- dijo la Señora Weasley frunciendo el entrecejo, --Quizás nosotros debiéramos hablar sobre algo difer... ---

--¿Se enteró usted de lo que le pasó a Florean Fortescue, Remus? -- pregunto Bill, que estaba siendo acicalado por Fleur. -- El hombre de la heladería

-- ¿La heladería del Callejón Diagon--? interrumpió Harry, con una desagradable sensación de vacío en el medio de su estómago. -- Él acostumbaba darme helados gratis. ¿Qué le pasó?--

--Fue sacado de allí, por lo que se ve en su tienda.--

--Por qué--? preguntó Ron, mientras la Señora Weasley miraba significativamente a Bill.

--¿Quién sabe? los debe haber perturbado de algún modo. Florean era un buen hombre.--

--Hablando del Callejón Diagon,-- Dijo el Sr. Weasley, -- Parece que Ollivander también ha desaparecido.--

--¿El Vendedor de varitas--? dijo Ginny con ojos asombrados.

-- Así es. La tienda está vacía. No hay signos de lucha. Nadie sabe si él se marchó voluntariamente o fue secuestrado--

--¿Pero las varitas - Qué harán las personas que necesiten varitas?--

--Ellos se las arreglarán comprándoles a otros fabricantes,-- dijo Lupin. --Pero Ollivander era el mejor, y si el otro lado lo tiene eso no es nada bueno para nosotros.--

Al día siguiente de este cumpleaños bastante sombrío, llegaron sus cartas y listas de libros de Hogwarts. La de Harry incluía una sorpresa: lo habían nombrado Capitán de Quidditch.

--¡Eso te equipara en status a los prefectos--! lloró Hermione alegremente. --¡Ahora puedes usar nuestro baño especial y todo!--

--Guau!, recuerdo cuando Charlie llevaba una de éstas,-- dijo Ron y examinó la insignia con alegría. --Harry, esto es tan bueno, eres mi Capitán - Si me permites regresar como Guardián en el equipo, supongo, ja ja. . . .--

--Bien, creo que no podemos aplazar más tiempo el viaje al Callejón Diagon ahora que tienen éstas,-- dijo suspirando la Señora Weasley mientras leía la lista de libros de Ron. --Iremos el sábado mientras que su padre no tenga que ir de nuevo al trabajo. Yo no voy allí sin él.--

-- Mamá, ¿Piensas honestamente que Tú-sabes-quién va a estar escondido detrás de un estante en Flourish y Blotts --? rió disimuladamente Ron

--Fortescue y Ollivander están de vacaciones, ¿verdad? --Dijo la Sra. Weasley, acalorándose de inmediato. --Si piensas que la seguridad es cosa de risa puedes quedarte y compraré tus cosas yo misma ---

--No, quiero ir, ¡Quiero ver la tienda de George y Fred! -- dijo Ron a toda prisa.

--Entonces piénselo mejor, jovencito, ¡Antes de que decida que es demasiado inmaduro para venir con nosotros--! Dijo la Señora Weasley con ira agarrando rápidamente su reloj, el cual las nueve manecillas todavía señalaban "en

peligro mortal," y poniéndolo en equilibrio sobre un montón de toallas recién lavadas y planchadas i-- Y esto va para volver a Hogwarts también!

Ron se volvió para mirar con incredulidad a Harry mientras su madre levantaba la cesta de ropa sucia y el reloj vacilante en sus brazos y salía fuera del cuarto.

--Evidentemente... acá ya no se puede hacer ni un chiste . . . .--

Pero Ron tuvo cuidado para no ser impertinente sobre Voldemort durante los próximos días. El sábado amaneció sin más arranques de la Señora Weasley, aunque ella parecía muy tensa durante el desayuno. Bill, que se quedaba en casa con Fleur (esto no le producía mucho placer a Hermione y Ginny), pasó por la mesa una bolsa llena de dinero a Harry.

--¿Dónde está la mía--? exigió Ron en seguida, con los ojos desmesuradamente abiertos.

--Esto es realmente de Harry, idiota,-- dijo Bill. -- Lo saqué de su bóveda, porque al público en general le toma aproximadamente cinco horas conseguir su oro en estos días, los duendes han extremado mucho la seguridad. Hace dos días Arkie Philpott tenía una cinta de investigación pegada en su... Bien, confíen en mí, de esta forma es más fácil.--

--Gracias, Bill,-- dijo Harry guardando su oro.

--Él siempre pensando en todo,-- ronroneó Fleur llena de adoración acariciando la nariz de Bill. Ginny gesticulaba vomitando en su cereal detrás de Fleur. Harry se ahogó sobre sus hojuelas de maíz, Ron lo golpeó en la espalda.

Era un día nublado, oscuro. Un automóvil especial del Ministerio de Magia de los que antes Harry había usado una vez, estaba esperándolos en el patio delantero cuando ellos salieron de la casa poniéndose sus capas.

-- Es bueno que papá pueda conseguirnos éstos otra vez, -- dijo Ron gustosamente, estirándose confortablemente mientras el coche se movía suavemente lejos desde la madriguera, Bill y Fleur saludaron desde la ventana de la cocina. Él, Harry, Hermione y Ginny se sentaron todos en la espaciosa comodidad del amplio asiento trasero.

--No te acostumbres a utilizarlo, solo nos lo prestan debido a Harry,-- dijo el Sr. Weasley sobre su hombro. Él y la señora Weasley estaban adelante con el conductor del ministerio; el asiento del pasajero delantero se había estirado convenientemente hasta qué se asemejó a un sofá de dos cuerpos. --Le dan

estatus de alta seguridad. Y nosotros también estaremos protegidos con seguridad adicional al arribar al Caldero Chorreante.

Harry no dijo nada; él no se imaginaba haciendo sus compras mientras estaba rodeado por un batallón de Aurores. Había guardado su Capa de Invisibilidad en la mochila y había sentido que, si esto era suficiente para Dumbledore, debería ser suficiente para el Ministerio, aunque ahora que pensaba en ello, no estaba seguro que el Ministerio supiera de su capa.

--Aquí está usted, entonces,-- dijo el chofer, tras un lapso sorprendentemente corto , hablando por primera vez, al tiempo que disminuía la velocidad en la calle Charing Cross y se estacionaba fuera del Caldero Chorreante. --¿Espero por ustedes, tienen idea de cuanto tiempo será?--

--Un par de horas, espero,-- dijo Sr. Weasley. --¡Ah, que bien, él está aquí!--

Harry imitó al Sr. Weasley y se asomó a través de la ventana; su corazón saltó. No había ningún Auror esperando fuera de la posada, en vez de eso les esperaba la forma gigantesca, negra y barbuda de Rubeus Hagrid, el guardián de los terrenos de Hogwarts, llevando un largo abrigo de piel de castor, sonreía al ver la cara de Harry ignorando las fijas miradas sobresaltadas de los Muggles que pasaban.

--¡Harry--! bramó, arrastrando a Harry a un abrazo que quebraba los huesos en el instante que éste bajó del automóvil. --Buckbeak. (Witherwings) - deben verlo, Harry, él está tan feliz de regresar al aire libre ---

--Me alegro que esté contento,-- dijo Harry y sonrío abiertamente mientras se masajeaba las costillas. --¡Nosotros no sabíamos que 'seguridad' significaba 'tú'—

--Lo sé justo como en los viejos tiempos, ¿eh? Mira, el Ministerio quiso enviar uno o dos grupos de Aurores, pero Dumbledore dijo que yo lo haría-- Dijo Hagrid con orgullo, estirando su pecho y metiendo los pulgares en sus bolsillos. – Vamos entrando entonces – después de ustedes, Molly, Arthur --

El Caldero Chorreante estaba, por primera vez en la memoria de Harry, completamente vacío. Sólo quedaba Tom el propietario, marchito y sin dientes, de entre la vieja muchedumbre. Los miró mientras entraron, pero antes de que pudiera hablar, Hagrid dijo pretenciosamente, -- Solamente pasaremos hoy, Tom, seguro que comprendes, asuntos de Hogwarts, tú sabes --

Tom cabeceó melancólicamente y volvió a limpiar sus lentes; Harry, Hermione, Hagrid, y los Weasley caminaron a través de la barra hacia el pequeño

patio frío en la parte posterior donde los cubos de basura estaban colocados. Hagrid levantó su paraguas rosado y golpeó cierto ladrillo de la pared, que se abrió inmediatamente para formar una entrada en forma de arco seguida de una calle empedrada con guijarros. Caminaron a través de la entrada e hicieron una pausa, mirando a su alrededor.

El Callejón Diagon había cambiado. Las ventanas que antes tenían una vistosa exhibición de libros de hechizos, ingredientes de pociones, y calderos fueron tapadas a la vista, ocultos detrás de los grandes carteles del Ministerio de Magia que habían sido pegados encima de ellas. La mayor parte de estos sombríos carteles púrpuras llevaban las versiones de avisos de seguridad de los folletos que el Ministerio había enviado a lo largo del verano, pero otros de mayor calibre tenían las fotografías moviéndose en blanco y negro de Mortífagos conocidos que estaban en libertad. Bellatrix Lestrange se mofaba en el frente del boticario más cercano. Algunas ventanas fueron cegadas con tablas, incluyendo aquellas de la heladería de Florean Fortescue. Por otra parte, un número de desvencijados puestos habían aparecido a lo largo de la calle. El más cercano, que había sido erigido fuera de Flourish y Blotts, bajo un toldo rayado, manchado, tenía un aviso de cartulina pegado adelante:

AMULETOS : Efectivos Contra Hombres lobo, Dementores, e Inferis

Un pequeño mago de aspecto cansado hacía sonar sus brazos cubiertos de amuletos de plata ante la fila de transeúntes

--¿Uno para su pequeña muchacha, señora?-- dijo a la señora Weasley cuando pasaron, mirando de soslayo a Ginny. --¿Para que proteja su lindo cuello?--

--Si yo estuviera de turno ... – dijo el Sr. Weasley, fulminando con una mirada de ira al vendedor de amuletos.

--Sí, pero no vas a detener a alguien ahora, querido, tenemos prisa, -- dijo la Sra. Weasley, nerviosa consultando la lista. -- Pienso que primero tendríamos que ir con la Señora Malkin, Hermione quiere nuevas túnicas de vestir, y a Ron se le asoman demasiado los tobillos de sus túnicas de escuela, y tú también necesitas unas nuevas, Harry, has crecido tanto – Vamos todos - --

--Molly, no tiene sentido ir todos a lo de Señora Malkin,-- dijo el Sr. Weasley. --¿Por qué no van los tres con Hagrid, y nosotros podemos ir a Flourish y Blotts y buscar los libros de escuela de todos?--

-- No sé,-- dijo la Señora Weasley con inquietud, claramente no estaba convencida entre el deseo de terminar la compra rápidamente y el deseo de mantenerse juntos en un grupo. --¿Hagrid, que piensas --?--

--No se preocupen, ellos estarán bien conmigo, Molly,-- dijo Hagrid tiernamente y agito una mano en el aire del tamaño de una tapa de cubo de basura. La Señora Weasley no parecía completamente convencida, pero permitió la separación y echó a correr hacia Flourish y Blotts, con su marido y Ginny mientras Harry, Ron, Hermione, y Hagrid fueron rumbo a la Señora Malkin.

Harry notó que muchas de las personas que los pasaron tenían la misma mirada acosada, deseosa de la Sra. Weasley, y que nadie más se paraba para hablar; los compradores permanecían junto a los suyos haciendo grupos firmes, moviéndose atentamente entre los negocios. Nadie parecía estar haciendo sus compras solo.

--Estaremos un poco apretados todos juntos adentro,-- dijo Hagrid, parándose en el exterior del comercio de la señora Malkin y doblándose hacia abajo para mirar con fijeza a través de la ventana. --Estaré cuidándolos desde aquí afuera, ¿está bien?—

Harry, Ron, y Hermione entraron en la pequeña tienda juntos. Parecía, a primera vista, estar vacía, pero en el momento que la puerta se cerro detrás de ellos oyeron una voz familiar que salió de detrás de unas perchas de túnicas de vestir adornadas con lentejuelas verde y azul.

--...No soy un niño, en caso de que no lo hayas notado, madre. Soy perfectamente capaz de hacer mis compras solo.--

Había un ruido de cloqueo y una voz que Harry reconoció como de la señora Malkin, la dueña, diciendo, -- Querido, tu madre tiene razón, se supone que ninguno de nosotros debe andar caminando por los alrededores solo ahora, no tiene nada que ver con ser un niño.--

--¡Mire donde está clavando ese alfiler, basta ya!--

Un muchacho adolescente de cara pálida, puntiaguda y pelo rubio casi blanco apareció detrás de la percha llevando un hermoso juego de túnicas verdes oscuras que relucieron con los alfileres alrededor del dobladillo y los bordes de las mangas. Anduvo frente al espejo y se examinó; unos momentos antes de que notara que Harry, Ron, y Hermione se reflejaron encima de su hombro. Sus ojos grises se achicaron ligeramente.

--Si estás preguntándose que es ese olor, Madre, es una sangre sucia que esta por acá,-- dijo Draco Malfoy.

--¡No creo que haya necesidad de utilizar ese lenguaje--! dijo la Señora Malkin mientras corría detrás de la percha de túnicas que sostenía una cinta de medir y una varita --¡Y no quiero varitas mágicas en mi tienda tampoco! -- añadió a toda prisa, dando un vistazo hacia la puerta había visto la situación, Harry y Ron apuntaban sus varitas mágicas como señalando a Malfoy. Hermione, que estaba de pie ligeramente detrás de ellos, susurraba, -- No, no lo hagan, francamente, no vale la pena.--

--Me gustaría ver que hagan magia fuera de la escuela, dijo Malfoy con desprecio. ¿--Quién te dejo el ojo negro, Granger? Me gustaría enviarles flores--

--¡Ya es demasiado--! dijo Malkin agudamente mirando sobre su hombro pidiendo ayuda. -- Señora - Por favor ---

Narcissa Malfoy salió detrás de la percha de ropa.

--Guarden eso,-- dijo fríamente a Harry y Ron. --Si usted pincha con alfileres a mi hijo de nuevo, yo me aseguraré que sea la última vez en su vida que lo haga.--

--¿Realmente--? dijo Harry jugando con la varita y mirando fijamente la cara arrogante que, a pesar de su palidez, todavía se parecía a su hermana. Él era ya tan alto como ella ahora. --¿Irá a buscar a algunos de sus amigos Mortífagos, para que lo hagan?--

La Señora Malkin gritó poniendo su mano sobre su corazón.

--¡Realmente, no deben acusar – No digan cosas peligrosas -- Las varitas guardadas, por favor!--

Pero Harry no bajó su varita. Narcissa Malfoy sonrió desagradablemente.

--Veo que ser el favorito de Dumbledore te ha dado un sentido falso de seguridad, Harry Potter. Pero Dumbledore no siempre estará allí para protegerte.--

Harry echó una mirada burlona alrededor de la tienda. --Guau... mire eso... ¡Él no está ahora aquí! ¿Por qué no vemos qué pasa? ¡Puede ser que le consigan una celda doble en Azkaban con el perdedor de su marido!--

Malfoy hizo un movimiento furioso hacia Harry, pero tropezó encima de su túnica demasiado larga. Ron se rió con ganas.

--No te atrevas a hablarle así a mi madre, Potter--! gruñó Malfoy.

--Está bien, Draco,-- dijo Narcissa mientras lo frenaba con sus delgados dedos blancos por el hombro. --Espero que Potter se reúna con su estimado Sirius antes de que yo me reúna con Lucius--.

Harry levantó su varita más alto.

--Harry, no--! gimió Hermione, agarraba su brazo e intentaba empujarlo a su lado hacia abajo. --Piensa... No debes... Estarás en problemas...--

La señora Malkin se estremeció en donde estaba parada por un momento, luego pareció decidir actuar como si nada pasara con la esperanza que esto fuera así. Se inclinó hacia Malfoy, que todavía miraba airadamente a Harry.

-- Pienso que esta manga izquierda podría subir un poquito más, querido, solamente permíteme.. --

--Ay--! grito Malfoy sacudiendo su mano en el aire. --¡Mire donde está poniendo sus alfileres, mujer! Madre – No creo que quiera más esta túnica---

Se sacó la túnica por encima de su cabeza y las tiró al suelo a los pies de la Señora Malkin.

--Tienes razón, Draco,-- dijo Narcissa, echándole una mirada despectiva a Hermione, --Ahora sé la clase de escoria que hace sus compras aquí... Mejor vamos a ver a Twilfitt y Tatting.--

Y dicho eso, los dos salieron de la tienda, cuando Malfoy salió tuvo cuidado de golpear tan duro como pudo a Ron.

--¿Están bien, realmente? Dijo la Señora Malkin, recogiendo las túnicas caídas y moviendo la punta de su varita encima de ellas a modo de una aspiradora, para quitar todo el polvo.

Fue distraídamente hasta el final del mostrador con los nuevos trajes de Ron y Harry, intentaba venderle a Hermione túnicas de vestir de mago en vez de las de bruja, y cuando finalmente salieron de la tienda estaba alegre de ver sus espaldas yéndose.

--¿Consiguieron todo--? preguntó alegremente Hagrid cuándo reaparecieron a su lado.

--Casi,-- dijo Harry. --¿Viste a los Malfoy?--

--Sí,-- dijo indiferente Hagrid. --Pero ellos no se atreven a generar problemas en medio del Callejón de Diagon, Harry. No te preocupes por ellos.--

Harry, Ron, y Hermione intercambiaron miradas, pero antes de que pudieran desengañar a Hagrid sobre esta idea, llegaron los señores Weasley con Ginny, cada uno con un pesado paquete de libros.

--¿Todos bien--? dijo la Señora Weasley. --¿Consiguieron sus túnicas? Bien entonces, nosotros podemos ir a la droguería y al Emporio de la Lechuza ahora, en el camino a la tienda de Fred y George – permanezcan juntos, por favor...—

Ni Harry ni Ron compraron ningún ingrediente en la droguería, ya que ellos ya no cursaban Pociones, pero los dos compraron grandes cajas de galletas de Lechuza para Hedwig y Pigwidgeon en el Emporio de la Lechuza de Eeylops. Entonces, mientras la Señora Weasley verificaba su reloj a cada minuto, se dirigieron a lo largo de la calle en busca de Sortilegios Weasley, la tienda de bromas atendida por Fred y George

--Realmente no tenemos mucho tiempo,-- dijo la Señora Weasley. –Solo echaremos una rápida mirada y volveremos al automóvil. Deberíamos estar cerca, el número noventa y dos. . .el noventa y cuatro. . .--

--Guau..., --dijo Ron deteniendo sus pasos.

Sobre la vidriera, los carteles de la tienda se destacaban de los de alrededor, las ventanas de Fred y George lastimaban la vista con una exhibición de fuegos artificiales. Los ocasionales transeúntes miraban las ventanas de soslayo sobre sus hombros, y algunas personas algo atontadas, realmente hacían un alto para mirar. La vidriera izquierda era deslumbrante llena de un surtido de mercancías que giraban, estallaban, destellaban, y chillaban; los ojos de Harry comenzaron a llorar con solo mirarla. La vidriera de la derecha estaba cubierta con un cartel gigantesco, púrpura como los del ministerio, pero blasonada con las letras amarillas que centellaban:

¿POR QUÉ TE PREOCUPAS POR QUIEN-TU-SABES?
¡DEBERÍAS PREOCUPARTE POR QUE-NO-HACES!
¡LA SENSACIÓN DE CONSTIPACIÓN
QUE PERTURBA A LA NACIÓN!

Harry empezó a reírse. Oyó un débil gemido su lado y giro la vista para ver a la Señora Weasley mirando fija y mudamente el cartel. Sus labios se movieron silenciosamente y dijo el nombre con voz hueca – "qué-no-haces"

--¡Los asesinarán en sus camas--! susurró.

--¡No harán eso--! dijo Ron que, como Harry, estaba riéndose. --¡Esto es genial!--

Él y Harry guiaron a los demás en el camino a la tienda. Estaba tan repleta de clientes; que Harry no podía acercarse a los exhibidores. Miró atentamente a su alrededor, alzando la vista hacia las cajas amontonadas hasta el techo: Aquí estaba el surtido salta clases que los gemelos habían perfeccionado durante su inacabado último año en Hogwarts; Harry notó que el Turrón de Hemorragia nasal era el más popular, solo había quedado una caja estropeada sobre el anaquel. Había arcas llenas de varitas mágicas de mentira, las más económicas eran los que se convertían en pollos de goma o pares de calzoncillos cuando eran agitadas, las más caras hacían que al usuario imprudente se le enredaran alrededor de la cabeza y el cuello, y las cajas de plumas, que corregían ortografía, inventaban una respuesta inteligente o se recargaban de tinta solas. Se produjo un hueco en la muchedumbre, y Harry se abrió camino hacia el mostrador, donde un grupo de niños de diez años miraban encantados a un diminuto hombre de madera que caminaba ascendiendo despacio a un juego de horca verdadero, ambos colocados arriba de una caja donde se leía: ¡el verdugo reutilizable – si no deletreas la palabra correctamente se ahorcará!

-- Encantamiento de 'soñar despierto' patentado...

Hermione había logrado escurrirse hasta un gran exhibidor cerca del mostrador y leía la información en la parte posterior de una caja que llevaba una imagen sumamente colorida de una hermosa e impactante joven que estaba de pie en la cubierta de un barco pirata.

-- Un simple encantamiento y usted llegará a la cumbre de la felicidad, muy realista, el ensueño de treinta minutos, fácil para utilizar en la mitad de una lección escolar y virtualmente indetectable (los efectos colaterales incluyen una expresión distendida y babeado menor). No se vende a menores de seis años. --¡Sabes,-- dijo Hermione dirigiéndose a Harry, --Realmente esta magia es extraordinaria!--

--Por eso, Hermione,-- dijo una voz detrás de ellos, --Puedes tener uno de esos gratis.--

Un Fred radiante estaba de pie ante ellos llevando una túnica de color magenta que combinaba magníficamente con su cabello rojo encendido.

--Cómo estás, Harry--? estrecharon sus manos. --¿Qué le ha pasado a tu ojo, Hermione?--

--Me golpee con SU telescopio golpeador,-- dijo tristemente.

--Oh, cielos, me olvidé de ésos,-- dijo Fred. --Aquí tienes---

Fred sacó un frasquito de su bolsillo y se lo dio; ella lo abrió con cautela para encontrar una espesa pasta amarilla. –Solo aplícalo sobre lo morado, se habrá ido dentro de una hora,--dijo Fred. --tuvimos que encontrar un removedor decente de golpes. Estamos probando la mayoría de nuestros productos en nosotros mismos.

--Hermione parecía nerviosa. –Esto es seguro, verdad?-- preguntó.

--Por supuesto que lo es,-- dijo Fred enérgicamente. --Ven, Harry, daremos una vuelta.--

Harry vio de soslayo que Hermione untaba su ojo morado con un poco de pasta amarilla y siguió a Fred hacia la parte de atrás de la tienda, donde vio un estante de trucos de cuerda y naipes. -- ¡Los trucos mágicos de Muggles --! dijo Fred alegremente mientras los señalaba. --Para gente extraña como Papá, sabes, que aman todo material de Muggle. No es una gran adquisición, pero nosotros estabilizamos bastante el negocio, justamente, éstos son una gran novedad... Oh, aquí esta George. ...--

El gemelo de Fred estrechó la mano de Harry enérgicamente.

--¿Dando una vuelta? Pasa a la parte trasera, Harry que es donde nosotros estamos llenando realmente de dinero el bolsillo, -- esconde eso en tu bolsillo y pagarás muchos más que Galeones--! dio una advertencia a un muchacho pequeño que apresuradamente sacó su mano fuera de una tina con una etiqueta oscura que decía ¡MARCAS----HARAN QUE CUALQUIERA ESTE ENFERMO!

George corrió una cortina detrás de los trucos Muggles y Harry vio un cuarto más oscuro, menos atestado. Las cajas de los productos estaban mejor alineados.

--Nosotros simplemente hemos desarrollado esta línea más seria,-- dijo Fred. --Cómicamente...--

--no te imaginas cuántas personas hay, incluso las que trabajan para el Ministerio, que no pueden hacer un Encantamiento Deflector decente,-- dijo George. -- Deberías dar un curso para enseñarles a ellos, Harry.--

-- Así es... Bien, pensamos que los Sombreros de Escudo eran un poco cómicos, sabes, desafías a tu compañero a hechizarte mientras lo llevas puesto y miras su cara cuando el hechizo simplemente rebota. ¡Pero el Ministerio compró quinientos para todo su personal de apoyo! ¡Y todavía siguen llegando órdenes masivas! --

--Entonces nos hemos ampliado en una gama de Capas de Escudo, Guantes Protectores ... –

--.. Pienso que ellos no ayudarían mucho contra las Maldiciones Imperdonables, pero al menos disminuirán algunos maleficios o hechizos.

--Y entonces pensamos entrar de lleno en el área de Defensa Contra las Artes Oscuras, porque es una gran fuente de dinero,-- Continuó George entusiasmado. --Esto está bueno. Mira, polvo inmediato de oscuridad, nosotros lo estamos importando del Perú. Práctico si quieres hacer un escape rápido.--

--Y nuestros Detonadores de Señuelo parece que simplemente se están yendo fuera de los estantes-- dijo Fred y señaló varios objetos que parecían cuernos negros que de hecho estaban intentando echar a correr fuera de la vista. – Solo los dejas caer clandestinamente y se escaparán harán un ruido fuerte lejos de la vista, dándote una distracción si la necesitas.

--Hábil,-- dijo Harry, impresionado.

--Aquí tienes,-- dijo George, tomó una pareja y se los tiró a Harry.

Una joven bruja de pelo rubio y corto asomó su cabeza entre las cortinas; Harry observó que ella también estaba llevando la túnica magenta del personal.

--Hay un cliente aquí afuera buscando un caldero bromista, Sr. Weasley y Sr. Weasley,-- dijo.

Harry encontró muy extraño oír a Fred y George llamados --Sres. Weasley,-- pero ellos lo tomaron con naturalidad.

--Está bien, Verity, ya voy-- dijo George rápidamente. --Harry, cualquier cosa que quieras lo llevas, ¿eh? Sin ningún costo.--

--¡No, no puedo hacer eso--! dijo Harry que ya había sacado su bolsa de dinero para pagar por los Detonadores de Señuelo.

--No, aquí no pagas,-- dijo firme Fred y sacó lejos el oro de Harry.

--Pero...---

--Nos diste el préstamo para iniciar nuestro negocio, no lo hemos olvidado,-- dijo George severo --Toma lo que te guste, y simplemente, si preguntan recuerda decirles a las personas donde lo conseguiste.--

George salió fuera a través de la cortina para ayudar con los clientes, y Fred llevó a Harry de regreso a la parte principal de la tienda donde encontraron a Hermione y Ginny todavía frente a los Encantamientos de 'soñar despierto' patentados.

¿--Muchachas no han encontrado aún nuestros productos especiales para brujas? -- preguntó Fred. -- Síganme, señoritas.... --.

Cerca de la ventana había una serie de productos en empaque color rosa brillante, alrededor de los cuales un grupo de muchachas entusiasmadas estaban riéndose tontamente. Hermione y Ginny dudaron y se acercaron cautas.

--Allí va,-- Dijo Fred orgullosamente. --El mejor conjunto de pociones de amor que encontrarán en cualquier parte.--

Ginny levantó una ceja escépticamente. --¿Funcionan --? preguntó.

--Ciertamente funcionan, en algún momento dentro de las veinticuatro horas dependiendo del peso del muchacho en cuestión ---

-- Y el atractivo de la muchacha,-- dijo George apareciendo de repente a su lado. --Pero nosotros no vamos a vendérselo a nuestra hermana,-- agregó y se puso repentinamente duro, --No cuando ella ya consiguió aproximadamente cinco muchachos desde que nosotros sabemos ---

--Cualquier cosa que Ron les haya dicho es una gran mentira,-- dijo serenamente Ginny y se apoyó para sacar una pequeña olla rosa fuera del estante. --¿Que es esto?--

--Garantizado que en diez segundos desaparecerá cualquier espinilla,-- dijo Fred. --Excelente en todos los brotes de granos, pero no me cambies la conversación. ¿No sales en la actualidad con un muchacho llamado Dean Thomas?--

--Sí, lo hago,-- dijo Ginny. –y según me parece, él es definitivamente sólo un muchacho, no cinco. ¿Qué es aquello?-- Estaba apuntando a varias bolitas de pelusa redondas de colores rosa y púrpura, todas girando alrededor del fondo de una jaula y emitiendo agudos chillidos

--Puffs pigmeos,--dijo George.— Un grupo de Puffs en miniatura, no podemos criarlos bastante rápido. ¿Y qué hay sobre Michael Corner?--

--Lo largué, era un mal perdedor,-- dijo Ginny, poniendo un dedo a través de las barras de la jaula y mirando al grupo de Puffs Pigmeos que andaban en ella. --¡Son muy simpáticos!--

--Ellos son bastante cariñosos, sí,-- reconoció Fred. --¿Pero no estas cambiando de novio demasiado rápido?--

Ginny se volvió a mirarlo, con sus manos en las caderas. Había tal parecido con la Señora Weasley brillando en su cara que Harry se sorprendido que Fred no retrocediera

--No es tu asunto. ¡Y te agradeceré -- Agregó enojadamente a Ron que simplemente había aparecido al lado de George lleno de mercancía, --Que no le vengas con cuentos a estos dos de nuevo!--

--Esto es tres Galeones, nueve Sickles, y un Knut,-- dijo Fred examinando todas las cajas en los brazos de Ron. --

--¡Yo soy su hermano!--

--Y eso que estas llevando es nuestra mercadería. Tres Galeones, nueve Sickles. Descontaré el Knut.--

--¡Pero no puedo conseguir tres Galeones, y nueve Sickles!--

--Entonces mejor regrésalas a su lugar, y fíjate de ponerlos en los estantes correctos.--

Ron dejó caer varias cajas, perjuró, e hizo un gesto rudo con la mano a Fred que desafortunadamente fue visto por la señora Weasley, que había elegido ese momento para aparecer.

--Si te veo hacer eso de nuevo, hechizaré tus dedos,-- dijo fuerte.

--Mamá, puedo tener un Puff Pigmeo--? dijo Ginny en seguida.

--Un que--? dijo la Señora Weasley cautelosamente.

--Ellos parecen ser tan dulces. . . .--

La Señora Weasley giró para mirar los Puffs Pigmeos, Harry, Ron, y Hermione tenían momentáneamente una vista sin obstáculos fuera de la ventana. Draco Malfoy caminaba apresuradamente en la calle. Cuando pasó por el negocio de los Weasley, echó un vistazo sobre su hombro. Segundos después, se fue más allá de la ventana y lo perdieron de vista

--Me pregunto dónde está su mami—dijo Harry frunciendo el ceño.

--Debe estar buscándolo,-- dijo Ron.

--¿Por qué, --? dijo Hermione.

Harry no dijo nada; estaba pensando demasiado aprisa. Narcissa Malfoy no habría dejado de buena gana que su precioso hijo saliera de su vista; Malfoy debería de haber hecho un esfuerzo extraordinario para librarse de sus cuidados.

Harry conocía y aborrecía a Malfoy, estaba seguro que la razón no podría ser inocente.

Echó una mirada alrededor. La Señora Weasley y Ginny estaban agachadas sobre los Puffs Pigmeos. El Sr. Weasley examinaba deliciosamente un paquete de Naipes Muggle y jugaba con las cartas. Fred y George estaban ayudando a los clientes. En el otro lado del vidrio, Hagrid estaba parado con su espalda hacia ellos, mirando la calle de arriba abajo.

--Vengan acá abajo, rápido,-- dijo Harry y sacó su Capa de Invisibilidad de la mochila.

--Oh - no sé, Harry,-- dijo Hermione mirando preocupada hacia Señora Weasley.

--¿Vienes?-- dijo Ron.

Dudó solo un segundo, entonces se agachó bajo la capa con Harry y Ron. Nadie notó que desaparecían; todos estaban demasiado interesados en los productos de Fred y George. Harry, Ron, y Hermione apuraron su paso fuera de la puerta tan rápido como pudieron, pero cuando llegaron a la calle, Malfoy había desaparecido sin ser visto.

--Él iba en esa dirección,-- murmuró Harry tan calladamente como le fue posible, para que Hagrid no lo oyera. --Vamos.--

Echaron a correr por el callejón mirando a derecha e izquierda a través de las ventanas y puertas, hasta que Hermione apuntó adelante.

--¿Ese no es él--? susurró. --¿Doblando a la izquierda?--

--Gran sorpresa,-- susurró Ron.

Malfoy estaba echando un vistazo alrededor, entonces se deslizó dentro del callejón Knockturn y desapareció de su vista.

--Rápido, o lo perderemos,-- dijo Harry apurándose.

--Nuestros tobillos se ven!-- dijo Hermione nerviosa, cuando la capa batió un poco alrededor de sus rodillas. Ahora era mucho más difícil ocultarse los tres debajo de la capa

--No importa,-- dijo Harry con impaciencia. --¡Sólo apúrense!--

Pero el Callejón Knockturn, la calle lateral consagrada a las Artes Oscuras, parecía completamente abandonada. Ellos miraban con atención las vidrieras y puertas cuando pasaban, pero ninguna de las tiendas parecía tener ningún cliente en absoluto. Harry supuso que era arriesgarse demasiado en estas épocas peligrosas ser sospechoso de comprar artefactos oscuros o por lo menos, ser visto en el callejón

Hermione le dio un codazo con su brazo.

--¡Ay!--

--¡Shh! ¡Mira, ahí está--! susurró en la oreja de Harry.

Habían llegado a la única tienda en el callejón Knockturn que Harry había visitado, Borgin y Burkes, que vendía una amplia variedad de objetos siniestros. Allí en medio de las cajas repletas de cráneos y de viejas botellas estaba parado Draco Malfoy dándoles la espalda, sólo se veía más allá el mismo gran armario negro en el que Harry se había escondido para evitar a Malfoy y su padre una vez. Juzgando por los movimientos de las manos de Malfoy, él hablaba animadamente. El propietario de la tienda, el Sr. Borgin, un hombre pegajoso, se inclinaba frente a Malfoy. Él tenía una curiosa expresión mezcla de miedo y resentimiento.

--Si sólo pudiéramos oír lo que están diciendo--! dijo Hermione.

--¡Podemos--! dijo Ron excitado. –Las tengo en... maldición ---

Dejó caer un par más de cajas que todavía sostenía cuando hurgó en la más grande.

--¡Las Orejas Extensibles, me parece!--

--¡Fantástico!—dijo Hermione, cuando Ron desenredó las orejas de color carne y comenzó a deslizarlas por debajo de de la puerta. --Oh, espero que la puerta no este imperturbable.-—

¡No--! dijo Ron alegremente. --¡Escucha!--

Pusieron sus cabezas juntas y escucharon atentos en el extremo de la extensión, a través de la cual la voz de Malfoy era oída fuerte y ruidosa como si una radio se hubiera encendido

--. . ¿Sabe usted arreglarlo?--

--Posiblemente,-- dijo Borgin, en un tono que sugirió que no era su voluntad comprometerse. -- Sin embargo necesitaré verlo. ¿Por qué no lo trae usted a la tienda?--

--No puedo,-- dijo Malfoy. --Tiene que quedarse donde está. Yo solo necesito que usted me diga cómo hacerlo.--

Harry vio a Borgin lamer sus labios nerviosamente.

--Bien, sin verlo, debo decir que será un trabajo muy difícil, quizás imposible. No podría garantizar nada.--

--¿Nada--? dijo Malfoy, y Harry supo, sólo por su tono, que Malfoy estaba sonriendo con desprecio. --Quizás esto lo haga más seguro.--

Él se acercó a Borgin y el armario les bloqueó la vista. Harry, Ron, y Hermione se cambiaron de lado para intentar mantener la visión, pero todo lo que podían ver era a Borgin, que parecía muy asustado.

--No diga nada a nadie,--dijo Maifoy, --y habrá una recompensa. ¿Usted conoce a Fenrir Greyback? Él es un amigo de la familia. Vendrá de vez en cuando a cerciorarse de que está dando al problema su completa atención.

--No habrá necesidad de eso ---

--Yo decidiré si la hay,-- dijo Malfoy. --Bien, mejor pagaré. Y no se olvide de guardar eso en la caja fuerte, lo necesitaré.--

--¿Quizás le gustaría llevarlo ahora?--

--No, por supuesto no lo haré, usted es un pequeño hombre tonto, ¿como quedaría si me ven llevando esto por el callejón? Simplemente no lo venda.--

--Por supuesto que no... señor.--

Borgin hizo una inclinación tan profunda como la que Harry le había visto una vez dar a Lucius Malfoy.

--Ni una palabra a nadie, Borgin, y eso incluye a mi madre, ¿Entiende?--

--Naturalmente, naturalmente,-- murmuró Borgin inclinándose de nuevo.

Luego de un momento, la campanilla de la puerta tintineo ruidosamente cuando Malfoy salió furtivamente de la tienda con aspecto de estar de muy buen humor. Él pasó tan cerca de Harry, Ron, y Hermione que ellos sintieron la agitación de la capa alrededor de sus rodillas otra vez. Dentro de la tienda, Borgin permanecía helado; su sonrisa suntuosa había desaparecido; parecía angustiado.

--Sobre qué hablaban--? susurró Ron mientras enrollaba las Orejas Extensibles.

--Rayos,-- dijo Harry pensando rápido. --Él quiere arreglar algo... y quiere reservar algo... ¿Pudieron ver lo que señaló cuándo dijo –uno de esos?--

--No, estaba tapado por el armario ---

--Ustedes quédense aquí,-- susurró Hermione.

--¿Qué haces -?--

Pero Hermione ya había salido fuera de la capa. Alisó su cabello en el reflejo del vidrio, entonces entró a la tienda y tocó la campanilla que sonó de nuevo. Ron extendió rápidamente las Orejas Extensibles bajo la puerta y le pasó uno de los cordones a Harry.

--Hola, que mañana horrible, ¿verdad--? dijo Hermione radiante a Borgin que no contestó pero le lanzó una mirada sospechosa. Tarareando animadamente, Hermione se paseó a través del revoltijo de objetos exhibidos.

-- ¿Este collar esta a la venta--? preguntó deteniéndose brevemente al lado de una vitrina de cristal

--Si usted tiene mil quinientos Galeones...,-- dijo el Sr. Borgin fríamente.

--Oh - el er - no, yo no puedo gastar tanto,-- dijo Hermione y siguió adelante. --Y. . . ¿qué sobre este encantador - umm - cráneo?--

--Dieciséis Galeones.--

--¿Está para la venta, entonces? No lo tiene. . . ¿Reservado para alguien?--

El Sr. Borgin la escudriñó. Harry tenía un repugnante sentimiento de que él sabía lo que Hermione quería exactamente. Al parecer Hermione también sospechó que había sido descubierta porque de repente lanzó una excusa cualquiera.

--La cosa es, que - el er - muchacho que estaba aquí recién, Draco Malfoy, bien, él es amigo mío, y quiero hacerle un regalo de cumpleaños, pero si él ya ha reservado algo, obviamente no quiero comprarle la misma cosa, para que... el um...--

Era una historia bastante torpe en opinión de Harry, y al parecer Borgin también lo pensó.

--Fuera,-- dijo gritando. --¡Salga fuera!--

Hermione no esperó que se lo digan dos veces, se dio prisa en llegar a la puerta con Borgin tras ella. Cuando la campanilla tintineó de nuevo, Borgin cerró de golpe la puerta detrás de sí y puso el cartel de 'cerrado'.

--Ah bien,-- dijo Ron tirando la capa por encima de Hermione. -- Una prueba de valor, pero fue demasiado obvio ---

--Bien, la próxima vez puedes mostrarme cómo se hace, Amo del Misterio--! Chasqueó.

Ron y Hermione pelearon durante todo el regreso al negocio de Sortilegios Weasley, donde los obligó a parar de modo que pudieran pasar desapercibidos entre la mirada ansiosa de la señora Weasley y Hagrid, que habían notado claramente su ausencia. Una vez en la tienda, Harry agitó la capa de invisibilidad,

ocultándola en su mochila, y se unió a los otros dos cuando insistían, en respuesta a las acusaciones de la señora Weasley, que habían estado en el cuarto trasero, y que ella no había buscado correctamente.

Capítulo 7: El Club Slug

Harry ocupó la mayor parte del tiempo de la última semana de vacaciones buscando el significado de la conducta de Malfoy en el Callejón Knockturn. Lo que más le perturbaba era la mirada de satisfacción en la cara de Malfoy cuando había salido de la tienda. Nada que provocara esa mirada feliz en Malfoy podrían ser buenas noticias. Sin embargo a pesar de su malestar, ni Ron ni Hermione parecían realmente interesados en las actividades de Malfoy, o al menos, ellos parecían estar aburridos de discutir el tema después de unos días.

-- Sí, estoy de acuerdo que era sospechoso, Harry, -- dijo Hermione un poco impaciente. Estaba sentaba sobre el alféizar en la habitación de Fred y George con sus pies encima de una de las cajas de cartón y sólo de mala gana había alzado la vista de su nueva copia de Traducción Avanzada de Runas. --¿Pero no hemos estado de acuerdo en que podrían haber muchas explicaciones?--

--Quizá quebró su Mano de la Gloria-- dijo Ron vagamente, cuando intentó enderezar las ramitas dobladas de la cola de su escoba. --¿Recuerdan ese vendaje que tenía Malfoy en el brazo?--

--¿Pero cuándo dijo eso de, 'no se olvide de guardar eso en una caja fuerte'?-- Harry preguntó por enésima vez. --A mí me sonó como que Borgin consiguió uno de los objetos averiados, y Malfoy quiere ambos.--

--¿Te das cuenta?-- dijo Ron intentando ahora quitar una mancha del palo de la escoba.

--Sí, lo hago,-- dijo Harry. Cuando ni Ron, ni Hermione contestaron, dijo, -- el padre de Malfoy esta en Azkaban. ¿No estará pensando Malfoy como vengarlo?--

Ron levantó la vista, pestañeando.

--¿Malfoy, venganza? ¿Qué puede hacer él sobre eso?--

--¡Ése es mi punto, no sé!-- dijo Harry, frustrado. --Pero él está sobre algo y pienso que debemos tomarlo en serio. Su padre es un Mortífago y... ---

Harry se interrumpió, con los ojos fijos en la ventana detrás de Hermione, su boca abierta. Un pensamiento alarmante se le acababa de ocurrir.

--¿Harry?-- dijo Hermione en con voz ansiosa. --¿Qué está mal?--

--Tu cicatriz no te está quemando de nuevo, ¿no?-- preguntó Ron nerviosamente.

--Él es un Mortífago,-- dijo Harry despacio. --¡Reemplazará a su padre como Mortífago!--

Hubo un silencio; entonces Ron estallo en risas. --¿Malfoy? ¡Tiene dieciséis años, Harry! ¿Piensas que Tú-sabes-quién permitiría que Malfoy se le uniera ?--

--Parece muy improbable, Harry,-- dijo Hermione con voz represiva. --¿Que te hace pensar eso? --

--En la tienda de la Señora Malkin. Ella no lo tocó, pero él gritó y dio tirones alejando su brazo de ella cuando le fue a enrollar la manga. Era su brazo izquierdo. Tiene la marca oscura en él.--

Ron y Hermione se miraron.

--Bien…-- dijo Ron pareciendo completamente escéptico.

--Pienso que sólo quiso salir de allí, Harry,-- dijo Hermione.

--Él le mostró a Borgin algo que nosotros no podíamos ver,-- Siguió Harry avanzando obstinadamente. --Algo que a Borgin asustó tremendamente. ¡Era la Marca, lo sé! - Estaba mostrándole a Borgin que él estaba relacionado, ¡Vieron cómo Borgin lo tomó en serio!--

Ron y Hermione intercambiaron otra mirada.

--No estoy segura, Harry… --

--Sí, todavía no creo que Tú-sabes-quién permita que Malfoy se una... --

Fastidiado, pero absolutamente convencido de que tenía razón, Harry tomó un montón de túnicas de Quidditch sucias y abandonó el cuarto; la Señora Weasley había estado insistiendo durante días en que no dejaran para lavar y guardar todo a último momento. Mientras bajaba tropezó con Ginny que estaba volviendo a su cuarto llevando un montón de ropa recién lavada y planchada.

--Yo no entraría en la cocina ahora,-- le advirtió. --Hay mucha *flema* alrededor.--

--Tendré cuidado de no resbalarme en ella. -- sonrió Harry.

Efectivamente había bastante, cuando entró en la cocina encontró a Fleur sentada a la mesa de la cocina, hablando de lleno sobre los planes para su boda con Bill, mientras la Señora Weasley miraba malhumorada un montón de brotes que se autopelaban,..

--… Bill y yo hemos elegido sólo dos damas de honor, Ginny y Gabrielle se verán muy lindas juntas. Pienso en vestirlas de dorado pálido, el rosa por supuesto se vería horrible con el cabello de Ginny.

--¡Ah, Harry--! dijo la Señora Weasley en voz alta cortando el monólogo de Fleur.

--Bueno, quisiera explicarte sobre los arreglos de seguridad para el regreso a Hogwarts mañana. Vendrán automóviles del Ministerio de nuevo, y habrá Aurores esperando en la estación ---

--¿Va a estar Tonks--? preguntó Harry dándole sus cosas de Quidditch.

--No, no veo para qué, se ubicará en alguna otra parte por lo que dijo Arthur.--

--Se ha descuidado, esa Tonks,-- Fleur meditó, examinando su propio reflejo estupendo en la parte de atrás de una cucharilla. --Un gran error si ustedes me preguntan ---

--Sí, gracias,-- dijo ásperamente la Señora Weasley cortando de nuevo a Fleur. –es mejor que te apures, Harry, quiero que preparen sus baúles esta noche, de ser posible, para que no tengamos el usual descontrol de ultimo momento—

Y de hecho, la salida de la siguiente mañana fue más suave de lo usual. Los carros del Ministerio se deslizaron en frente de la Madriguera, donde ya los esperaban, con los baúles empacados: Crookshanks el gato de Hermione, encerrado seguramente en su canasta de viaje; Hedwig, Pigwidgeon y Arnold, el nuevo Puff Pigmeo morado de Ginny, iban en sus respectivas jaulas.

-- "Au revoir", a todos,-- dijo Fleur guturalmente tirando besos. Ron se apuró a adelantarse, al parecer esperanzado, pero Ginny le puso una zancadilla y Ron cayó al piso a los pies de Fleur. Furioso, todo rojo y sacudiéndose la tierra, se dio prisa en subir al automóvil sin decir adiós.

No había ningún alegre Hagrid que esperando por ellos en la Estación King's Cross. En cambio, dos Aurores con cara austera, vestidos con trajes oscuros de Muggle avanzaron en el momento que los automóviles se detuvieron y flanqueando el grupo, los condujeron sin hablar por la estación.

-Rápido, rápido, a través de la barrera,-- dijo la Señora Weasley que estaba un poco agitada por esta austera eficacia. -- Harry mejor ve primero, con…---

Ella miraba a uno de los Aurores que cabeceó brevemente agarrando inquisitivamente el brazo de Harry, intentando dirigirlo hacia la barrera entre las plataformas nueve y diez.

--Puedo caminar solo, gracias,-- dijo Harry irritado y tironeó su brazo hasta librarse del Auror. Empujó su carrito directamente a la sólida barrera ignorando a su silencioso compañero, y se encontró, un segundo después, de pie en la plataforma nueve y tres cuartos, donde el Expreso escarlata de Hogwarts estaba parado arrojando vapor encima de la muchedumbre.

Hermione y los Weasley se le unieron en cuestión de segundos. Sin esperar a consultar con su Auror sombrío, Harry le indicó a Ron y Hermione que lo siguieran por la plataforma, para buscar un compartimiento vacío.

--Nosotros no podemos, Harry,-- dijo Hermione apenada. --Ron y yo tenemos que ir primero al compartimiento de los prefectos y patrullar los corredores durante un rato—

--Oh sí, me olvidé,-- dijo Harry.

--Mejor todos ustedes suban directo al tren, que tienen sólo unos minutos antes de que salga,-- dijo la Señora Weasley consultando su reloj. --Bien, que tengan un año encantador, Ron…—

--Sr. Weasley, puedo hablarle un momento-? dijo a Harry tomando una decisión en el momento.

--Por supuesto,-- dijo el Sr. Weasley que parecía ligeramente sorprendido pero no obstante siguió a Harry fuera del alcance de los otros.

Harry lo había pensado cuidadosamente mientras venían y había llegado a la conclusión de que, si tenía que hablar con alguien, el Sr. Weasley era la persona correcta; primero, porque él trabajaba en el Ministerio y estaba por consiguiente en mejor posición para hacer investigaciones allí, y segundo porque pensaba que no había demasiado riesgo de que el Sr. Weasley se enojara.

Podía ver que la Señora Weasley y al Auror los seguían con miradas sospechosas cuando ellos se marcharon.

--Cuando estábamos en el Callejón Diagon,-- empezó Harry, pero el Sr. Weasley lo detuvo con una mueca.

--¿Estoy a punto de descubrir dónde fueron tu, Ron, y Hermione mientras se suponía que estaban en el cuarto trasero de la tienda de Fred y George?--

--¿Cómo lo sabe?--

--Harry, por favor. Estás hablando con el hombre que crió a Fred y George.-

--Este... sí, bien, nosotros no estábamos en el cuarto de atrás--. --Muy bien, entonces, escuche lo peor. Bien, seguimos a Draco Malfoy. Usamos mi Capa de Invisibilidad—

--¿Tenías una razón en particular para hacerlo o era solo un capricho?--

--Porque pensé que Malfoy estaba en algo raro,-- dijo Harry sin prestar atención a la mirada del Sr Weasley mezcla de exasperación y entretenimiento. --Se había escapado de su madre y yo quise saber por qué.--

--Por supuesto que lo hizo,-- dijo el Sr. Weasley y parecía resignado. --¿Bien? ¿Averiguaste por qué lo hizo?—

--Entró en Borgin y Burkes,-- dijo Harry, --y empezó a intimidar a Borgin, el tipo de allí, a que lo ayudara a reparar algo. Y dijo que quería que Borgin guardara algo más para él. Me pareció que era el mismo tipo de cosa que necesitaba reparar. Como que necesita un par. Y...--

Harry tomó una bocanada de aire.

--Hay algo más. Nosotros vimos a Malfoy saltar cuando la Señora Malkin intentó tocar su brazo izquierdo. Creo que él tiene la Marca Oscura. Pienso que reemplaza a su padre como un Mortífago.--

Parecía que el Sr. Weasley había sido tomado desprevenido. Después de un momento dijo, --Harry, dudo que Tú-sabes-quién admitiría a un niño de dieciséis años -

-- ¿Realmente sabe alguien lo que Usted-sabe-quién haría o no? -- preguntó Harry con enojo. --Sr. Weasley lo siento, ¿Pero no tendría que investigarse esto? Si Malfoy quiere arreglar algo y él tiene que amenazar a Borgin para conseguir que lo haga es probablemente algo Oscuro o peligroso, ¿Verdad? --

--Para ser honesto, lo dudo Harry,-- dijo despacio el Sr. Weasley. --Mira, cuando Lucius Malfoy fue arrestado, hicimos una incursión en su casa. Nos llevamos todo lo que podría haber sido peligroso--.

-- Creo que se les olvidó algo,-- dijo Harry obstinadamente.

--Bien, quizá,-- dijo el Sr. Weasley, Harry podría afirmar que el Sr. Weasley estaba complaciéndolo.

Se escuchaba un silbato detrás de ellos casi todos habían abordado el tren y las puertas se estaban cerrando.

--¡Mejor date prisa! --dijo el Sr. Weasley, cuando la Señora Weasley llamó, --Harry, ¡Rápido!--

Harry avanzó apresurado y el Señor y la Señora Weasley lo ayudaron a subir el baúl al tren.

--Ahora, querido, vendrás para Navidad, está todo arreglado con Dumbledore, nos veremos pronto,-- dijo la Señora Weasley a través de la ventana cuando Harry cerró de golpe la puerta detrás de él y el tren comenzó a moverse. – Ten mucho cuidado ---

El tren estaba tomando velocidad.

-- Pórtate bien y... ---, Ella ahora estaba trotando para alcanzarlo.

-- ¡Permanece seguro!--

Harry se despidió con su mano hasta que el tren dio vuelta en una curva y el Señor y la Señora Weasley se perdieron de vista, entonces se dio vuelta para ver dónde estaban los demás. Supuso que Ron y Hermione estaban en el vagón de los prefectos, pero Ginny estaba a poca distancia por el pasillo, charlando con algunos amigos. Se acercó a ella, arrastrando su baúl.

Observó que los chicos lo miraban en forma desvergonzada mientras él se acercaba. Algunos incluso apoyaban sus caras contra las ventanas de sus compartimientos para poder verlo. Había esperado un incremento en el número de los que lo miraran boquiabiertos pero tendría que aguantarlo, sobre todo después que El Profeta, lo llamara "El Elegido" pero no disfrutó de la sensación de estar parado bajo lo que parecía un reflector gigante. Tocó ligeramente a Ginny en el hombro.

--¿Te gustaría encontrar un compartimiento juntos?--

--No puedo, Harry, le dije a Dean que me encontraría con él,-- dijo Ginny radiante. –Te veo después. —

--Está bien,-- dijo Harry. Sentía una extraña punzada de molestia cuando ella se alejó, su largo pelo rojo bailaba detrás de ella, se había acostumbrado tanto a su presencia durante el verano que casi se había olvidado de que Ginny no pasaba mucho tiempo con él, Ron, y Hermione mientras estaban en la escuela. Pestañeó y echó una mirada alrededor: Muchos ojos estaban fijos en él.

--¡Hola, Harry!-- dijo una voz familiar a su espalda.

--¡Neville!-- dijo Harry con alivio y giró para ver a un muchacho regordete que se esforzaba por llegar a él.

--Hola, Harry,-- dijo una muchacha con el pelo largo y ojos grandes y misteriosos que venía justo detrás de Neville.

--¿Hola Luna, cómo estás?--

--Muy bien, gracias,-- dijo Luna. Ella estaba sosteniendo una revista en su pecho; con un titular de grande letras que anunciaba que había un par de Espectroanteojos gratis en el interior.

--¿El Quisquilloso todavía anda bien--? preguntó Harry que sentía una cierta afición por la revista después de que le había dado una entrevista exclusiva el año anterior.

--Oh sí, tiene mucha circulación,-- dijo Luna alegremente.

--Busquemos asientos,-- dijo Harry, y los tres se encaminaron por los pasillos a lo largo del tren a través de la silenciosa horda de llamativos estudiantes. Por fin encontraron un compartimiento vacío, y Harry, agradecido entró en él dándose prisa.

--¿Me parece o nos están mirando fijamente? Se dijo Neville a sí mismo y a Luna. --¡Será aporque estamos contigo!--

--También los están mirando a ustedes, porque estaban en el Ministerio,-- dijo Harry, cuando alzó su baúl en el compartimiento de equipaje. --Nuestra pequeña aventura estaba en el Diario el Profeta, la tuviste que haber visto.--

--Sí, yo pensé que mi abuela estaría enfadada por toda la publicidad,-- dijo Neville, --pero estaba muy contenta. Dice que estoy empezando a parecerme mucho a mi papá. ¡Hasta me compró una varita nueva!--

La sacó y se la mostró a Harry.

--Madera de cerezo y pelo de unicornio,-- dijo orgullosamente. --¡Creemos que fue una de las últimas ventas que realizó Ollivander, desapareció al día siguiente – ouch, ¡Regresa aquí, Trevor!—

Y se zambulló bajo el asiento para recuperar su sapo cuando éste intentó uno de sus frecuentes escapes hacia la libertad.

--¿Haremos las reuniones del E.D. este año, Harry--? preguntó Luna, quién estaba pasando un par de gafas psicodélicas por la mitad de El Quisquilloso

-- Ahora que nos hemos librado de Umbridge no hay necesidad,-- dijo Harry sentándose. Neville se golpeó la cabeza contra el asiento cuando salía debajo de él. Con mirada decepcionada.

--¡Me gustó el E.D.! ¡Aprendí muchos ataques contigo!--

--Yo también disfruté las reuniones,-- dijo Luna serenamente. –Me gustaba tener amigos.--

Ésta era una de esas incómodas cosas que Luna decía a menudo y que hizo que Harry sintiera una mezcla de compasión y vergüenza. Sin embargo antes de que pudiera responder, se había generado un disturbio fuera de la puerta de su compartimiento, un grupo de muchachas de cuarto año estaba susurrando y reían juntas nerviosamente al otro lado del vidrio.

--¡Tú pregúntale!--
--¡No, tú!--
--¡Yo lo haré!--

Y una de ellas, una muchacha morena de ojos grandes oscuros, con barbilla prominente, y largo pelo negro entró a través de la puerta.

--Hola, Harry, yo soy Romilda, Romilda Vane,-- dijo de manera fuerte y confiada. --¿Por qué no vienes a nuestro compartimiento? No tienes que sentarte con ellos,-- Terminó la frase con un cuchicheo señalando al fondo donde Neville estaba saltando de nuevo bajo el asiento para intentar capturar a Trevor y Luna estaba mirando con los Espectroanteojos que le daban ahora, el aspecto de un loco búho multicolor.

--Ellos son mis amigos,-- dijo fríamente Harry.

--Oh,-- dijo la muchacha y parecía muy sorprendida. --Oh. Bien.--

Y se retiró cerrando la puerta detrás de ella.

--Las personas esperan que tengas amigos más interesantes que nosotros,-- dijo Luna desplegando una vez más su costumbre de decir la verdad.

--Ustedes son grandiosos,-- dijo Harry brevemente. --Ninguno de ellos estuvo en el Ministerio. Y no lucharon conmigo.--

--Eso es algo muy agradable,-- emitió Luna. Entonces empujó sus gafas más cerca de su nariz y se acomodó para leer El Quisquilloso.

-- Sin embargo nosotros no lo enfrentamos,-- dijo Neville saliendo de abajo del asiento y desempolvando su cabello lleno de pelusa con un Trevor que parecía resignado en su mano. –Tú lo hiciste. Debes oír lo que mi Abuela habla de ti. '¡Ese Harry Potter tiene más valor que todo el Ministerio de Magia junto!'. Ella daría cualquier cosa por tenerte como un nieto…

Harry se rió incómodo y cambió el tema a los resultados de los TIMOS en cuanto pudo. Mientras Neville recitaba sus calificaciones se preguntó si le permitirían tomar el curso EXTASIS de Transfiguración, con un 'Aceptable', Harry lo miró realmente sin escuchar.

La niñez de Neville había sido arruinada por Voldemort tanto como la de Harry, pero Neville no tenía ni idea de qué tan cerca estuvo de tener el destino de Harry. La profecía podría haberse referido a cualquiera de ellos, aún por sus propias e inescrutables razones, Voldemort había decidido creer que Harry era el elegido.

Si Voldemort hubiera escogido a Neville, ¿Estaría Neville sentado frente a Harry con la cicatriz en forma de rayo y bajo el peso de la profecía.... o no? ¿Habría muerto la madre de Neville para salvarlo, como Lily había muerto por Harry? Seguramente lo hubiera hecho.... ¿Pero si ella no hubiera sido capaz de estar de pie entre su hijo y Voldemort? ¿Entonces no habría habido ningún 'Elegido' en absoluto? ¿Habría un asiento vacío dónde estaba Neville ahora sentado y un Harry sin cicatriz que habría sido despedido con un beso de su propia madre y no la de Ron?

--¿Estás bien, Harry? Te ves raro,-- dijo Neville.

Harry empezó a decir un poco afligido. – Yo... ---

--¿Te entró una polilla invisible? -- Preguntó Luna con comprensión, mirando detenidamente a Harry por sus enormes gafas de colores.

--¿Yo… qué? --

-- Una polilla... Son invisibles. Flotan por tus oídos y hacen que el cerebro se te ponga borroso, -- dijo ella. – Creí haber sentido algunas zumbando alrededor.--

Ella agitó sus manos en el aire, como si apartara las grandes polillas invisibles. Harry y Neville entrecerraron los ojos y apresuradamente empezaron a hablar de Quidditch.

El tiempo afuera de las ventanas del tren era tan desigual como había sido todo el verano, pasaron por los períodos de niebla glacial, luego salió la débil luz del sol. Fue durante uno de esos momentos de claridad, cuando el sol se veía directamente en lo alto, que Ron y Hermione entraron por fin en el compartimiento.

--Espero que el carrito de la comida se de prisa, estoy hambriento,-- dijo Ron anhelantemente, dejándose caer en el asiento al lado de Harry, y frotándose el estómago. -- Hola, Neville. Hola, Luna. ¿Que se supone que es eso?-- agregó volteando hacia Harry. -- Malfoy no hizo sus deberes de prefecto. Simplemente está sentado en su compartimiento con otros Slytherins, lo vimos cuando pasamos.--

Harry se enderezó, interesado. Malfoy no iba a dejar pasar la oportunidad de demostrar su poder como prefecto, como había abusado alegremente todo el año anterior.

--¿Qué hizo cuándo te vio?--

--Lo usual,-- dijo Ron indiferente mostrando un gesto grosero con la mano-- ¿No es algo que haga usualmente, verdad? bien - es algo así -- hizo el gesto con la mano de nuevo --¿Pero por qué no está molestando a los de primer año?

--¡Diablos!,-- dijo Harry, porque su mente estaba fluyendo. ¿No parece como si Malfoy tuviera cosas más importantes en su mente que intimidar a los estudiantes más jóvenes?

--Quizá prefirió al Escuadrón Inquisitorial,-- dijo Hermione. –Tal vez ser un prefecto le parece que es poco agresivo, después de eso.--

--No me parece,-- dijo Harry. --Yo creo que él es.... ---

Pero antes de que él pudiera terminar de decir su teoría, la puerta del compartimiento se abrió de nuevo y una jadeante muchacha de tercer año entró.

--Se supone que debo entregar éstos a Neville Longbottom y Harry P-Potter,-- vaciló, cuando sus ojos se encontraron con los de Harry y se puso de color escarlata. Estaba entregando dos pergaminos atados con cinta de color violeta. Perplejos, Harry y Neville tomaron el pergamino dirigido a cada uno de ellos y la muchacha salió del compartimiento tropezando.

--¿Que es?-- Preguntó Ron, cuando Harry desenrolló el suyo.

--Una invitación,-- dijo Harry.

Harry,
Estaría encantado si te unieras para almorzar en el compartimiento C.
Atentamente. .
Profesor H.E.F. Slughorn.

--Pero para qué quiere que vaya--? preguntó nerviosamente Neville, como si estuviera esperando ser castigado.

--Ni idea,-- dijo Harry que no era completamente sincero aunque todavía no tenía ninguna prueba de que su presentimiento fuera correcto. --Escuchen,-- agregó, tomado por una genial idea repentina, --vamos bajo la Capa de Invisibilidad, así podríamos lograr tener una buena vista de Malfoy durante el viaje, veremos qué se trae entre manos.--

Esta idea, sin embargo, no funcionaría: Los pasillos, que estaban atestados con gente buscando el carrito del almuerzo, eran imposibles de sortear mientras usara la capa. Harry la guardó con pesar en su mochila, reflexionando que habría sido agradable usarla para evitar que todos se le quedaran viendo, actitud que incluso parecía haber aumentado de intensidad desde la última vez que había caminado por el tren. De vez en cuando, los estudiantes lanzaban una mirada hacia afuera de sus compartimientos para verlo mejor. La excepción fue Cho Chang, quien se metió a su compartimiento cuando lo vio venir. Cuando Harry pasó por la ventana, la vio en profunda conversación con su amiga Marietta, que usaba una capa muy gruesa de maquillaje que no cubría por completo la formación impar de las espinillas todavía marcadas fuertemente en su cara. Sonriendo levemente, Harry continuó.

Cuando llegaron al compartimiento C, vieron que no eran los únicos invitados a la fiesta de Slughorn, aunque juzgaron por la entusiasta bienvenida de Slughorn, que Harry era el esperado con más ansias.

-- Harry, muchacho -- dijo Slughorn, brincando al verlo de manera que su gran barriga cubierta con terciopelo, pareciera llenar el espacio restante del compartimiento. Su brillante calva y su bigote plateado brillaban tan radiantemente en el sol como los botones dorados de su chaleco. – ¡Que bueno es verte, que bueno es verte! Y tu debes ser el Sr. Longbottom!--

Neville asintió con su cabeza, viéndose asustado. A un gesto de Slughorn, se sentaron uno frente al otro en los dos últimos asientos vacíos, que eran los más cercanos de la puerta. Harry miró alrededor a los otros invitados. Reconoció a un Slytherin de su mismo grado, un chico negro, alto con pómulos altos y grandes ojos caídos; había otros dos chicos de séptimo que Harry no conocía y, apachurrada en la esquina a un lado de Slughorn, viéndose como si no estuviera totalmente segura de cómo había llegado ahí, estaba Ginny.

-- Muy bien, ¿Todos se conocen?-- Slughorn preguntó a Harry y Neville. – Blaise Zabini está en su año, por supuesto ----

Zabini no hizo ninguna señal de conocerlos o de saludarlos, tampoco Harry o Neville: Los estudiantes de Gryffindor y Slytherin se odiaban mutuamente por principio.

--Este es Cormac McLaggen, tal vez se hayan encontrado ---- ¿No?--

McLaggen, un joven grande de pelo tieso, levantó la mano, y Harry y Neville asintieron en respuesta.

-- Y este es Marcus Belby, ¿no se si tal vez--? --
Belby, que era delgado y parecía nervioso, les ofreció una sonrisa tensa.

-- ¡y esta encantadora jovencita me dice que los conoce!-- Slughorn dijo finalmente.

Ginny sonrió a Harry y Neville desde atrás de Slughorn.

-- Bueno ahora, esto es más agradable-- dijo Slughorn cómodamente. – Una oportunidad para conocerlos a todos un poco más. Aquí, tomen una servilleta. He empacado mi propio almuerzo, el carrito de la comida, como yo lo recuerdo, está lleno de varitas de regaliz, y el sistema digestivo de un pobre viejo no es para ese tipo de cosas… ¿Faisan, Belby?

Belby aceptó lo que parecía la mitad de un faisán frío.

-- Le estaba diciendo al joven Marcus que he tenido el placer de enseñarle a su tío Damocles-- Slughorn dijo a Harry y Neville, pasando una canasta de pan. –

Hechicero sobresaliente, sobresaliente, y su Orden de Merlín de lo más merecido. ¿Ves mucho a tu tío, Marcus?

Desfortunadamente, Belby acababa de comer un gran bocado de faisán, en su prisa por responderle a Slughorn tragó muy rápido, se puso violeta y comenzó a asfixiarse.

--Anapneo-- dijo Slughorn tranquilamente, apuntando su varita a Belby, cuya vía respiratoria parecía estar despejada ya.

--No, casi no, no-- dijo sin aliento Belby, sus ojos llorosos.

--Bueno, claro, podría asegurar que está ocupado-- dijo Slughorn, mirando de manera intrigada a Belby. – Dudo que haya inventado la Poción Mata Lobos sin considerable trabajo duro.--

--Supongo-- dijo Belby, que parecía temeroso de tomar otro bocado de faisán hasta que estuviera seguro que Slughorn hubiera terminado con el –Y… él y mi papá no se llevan muy bien, sabe, así que no se mucho de él--

Su voz comenzó a disminuir mientras Slughorn le dedicó una fría sonrisa y volteó hacia McLaggen.

--Y tu Cormac-- dijo Slughorn – Se que tú ves mucho a tu tío Tiberius, porque tiene una espléndida foto de ustedes dos cazando nogtails[1] en… creo que, ¿Norfolk?

--Oh si claro, eso fue divertido-- dijo Mclaggen. – Fuimos con Bertie Higgins y Rufus Scrimgeour-- esto fue antes de que se convirtiera en Ministro, obviamente--

-- Ah, ¿conoces a Bertie y Rufus también?-- sonrió radiante Slughorn, ofreciendo a los demás una pequeña charola de pasteles, por alguna razón dejó pasar a Belby. – Ahora dime…--

Era como Harry sospechaba. Cada uno parecía haber sido invitado por estar conectado con alguien conocido o influyente – Todos, excepto Ginny. Zabinni fue interrogado después de McLaggen, resultó tener un hermosa y famosa bruja por madre (por lo que Harry pudo sacar, se había casado siete veces, cada uno de sus maridos morían misteriosamente y le dejaban montones de oro). Era el turno de Neville: Esos fueron los diez minutos más incómodos, pues los padres de Neville fueron Aurores bien conocidos, habían sido torturados hasta la locura por Bellatrix Lestrange y un par de Mortífagos. Al final de la entrevista de Neville, Harry tenía

[1] No encontré cómo traducir NOGTAILS. Bien pudiera decirse “Colaalfiler” o algo similar.

la impresión que Slughorn se reservaba su opinión de Neville para ver si tenía las aptitudes de sus padres.

--Y ahora-- dijo Slughorn, cambiando masivamente su asiento con un aire de un maestro de ceremonias que va a presentar la atracción principal – ¡Harry Potter! ¿Por donde comenzar? ¡Siento que apenas rasgué la superficie cuando nos conocimos este verano!-- contemplaba a Harry por un momento como si fuera un pedazo particularmente grande y suculento de faisán, entonces dijo: --¡El Elegido, ahora te llaman así!--

Harry no dijo nada. Belby, McLaggen y Zabini lo miraban atentamente.

--Por supuesto-- dijo Slughorn, mirando muy de cerca a Harry – ha habido rumores por años. …Recuerdo cuando – bueno-- después de esa terrible noche – Lily – James-- y tú sobreviviste – y la noticia era que debías tener poderes más allá de lo ordinario--

Zabini tosió un poco lo que claramente suponía escepticismo. Una voz enojada exclamó desde atrás de Slughorn.

--Claro Zabini, solo porque tú eres tan talentoso para… presumir…--

--¡Oh cielos! rió cómodamente Slughorn, mirando hacia Ginny, quién miraba ferozmente a Zabini alrededor de la gran barriga de Slughorn. – Debes tener cuidado Blaise! Vi a esta jovencita realizar el más maravilloso hechizo de Moco Murciélago, mientras pasaba por su vagón. ¡Yo no me metería con ella!--

Zabini simplemente parecía desafiante.

--De cualquier manera-- dijo Slughorn, volviéndose hacia Harry. –Tales rumores este verano. Por supuesto, uno no sabe que creer, El Profeta ha sido conocido por publicar imprecisiones, cometer errores – pero parece que hay pocas dudas, dado el número de testigos, que hubo un gran disturbio en el Ministerio y que tú estuviste en medio del asunto--

Harry no podía encontrar la manera de zafarse sin tener que mentir, asintió pero no dijo nada. Slughorn lo miró radiante.

-- Tan modesto, tan modesto, no hay duda por qué Dumbledore está tan encariñado – ¿estuviste ahí, entonces? Pero el resto de las historias – tan sensacionales por supuesto, uno no sabe que creer-- esa débil profecía por ejemplo.--

-- Nunca escuchamos la profecía-- dijo Neville, poniéndose de un rosa geranio al hablar.

-- Es cierto-- dijo Ginny incondicionalmente. – Neville y yo estuvimos ahí también, y eso de "El Elegido", es una tontería que inventó El Profeta como siempre--

-- ¿Ustedes dos estuvieron ahí? Dijo Slughorn con gran interés, viendo a Ginny y Neville, pero ambos se quedaron callados como almejas ante su sonrisa alentadora.

--Si… bueno… es cierto que El Profeta seguido exagera, por supuesto…-- dijo Slughorn, sonando un poco decepcionado. –Recuerdo a la querida Gwenog diciéndome (Gwenog Jones, quiero decir, claro, la capitana de los Holyhead Harpies)--

Vagó en una larga reminiscencia, pero Harry tenía la impresión que Slughorn no había terminado con él, y que no había sido convencido por Neville y Ginny.

La tarde paso con más anécdotas de hechiceros ilustres a quienes Slughorn había enseñado, todos ellos habían gustosamente integrado lo que el llamaba el 'Club Slugh' en Hogwarts. Harry no podía esperar para salir de ahí, pero no sabía cómo hacerlo amablemente. Finalmente el tren emergió de una larga bruma hacia un atardecer rojo, Slughorn miró alrededor, parpadeando en el crepúsculo.

-- ¡Por el amor de Dios, ya está oscureciendo! ¡No me di cuenta que ya habían encendido las lámparas! Mejor vayan a ponerse sus túnicas. McLaggen, deberías pasar a saludarme para prestarte ese libro de nogtails. Harry, Blaise – pueden visitarme en cualquier ocasión. Lo mismo para usted señorita-- le guiñó un ojo a Ginny – ¡Bueno, vaya, vayan! --

Mientras empujó a Harry en el oscurecido pasillo, Zabini le dirigió una mirada detestable que Harry regresó con interés. Él, Ginny y Neville siguieron a Zabini de regreso por el tren.

–Me alegro que haya terminado-- murmuró Neville – Qué hombre extraño, ¿no lo creen?--

--Si, es un poco extraño-- dijo Harry, sus ojos siguiendo a Zabini – ¿Cómo es que terminaste ahí, Ginny?

--Me vio hechizando a Zacharias Smith-- dijo Ginny.--Recuerdas a ese idiota de Hufflepuff que estaba en el D.A. Estaba pregunte y pregunte acerca de lo que

pasó en el Ministerio y al final me molestó tanto que lo hechicé – cuando Slughorn llegó, creí que me iba a dar detención, pero ¡Pensó que era un hechizo realmente bueno y me invitó a almorzar!, qué loco ¿Eh?

-- Es una mejor razón para invitar a alguien, que porque su madre sea famosa-- dijo Harry, frunciendo el ceño hacia Zabini. –o porque su tío--

Pero dejó la oración sin terminar. Se le ocurrió una idea, una imprudente, pero potencialmente maravillosa idea. En un minuto, Zabini entraría al compartimiento del grupo de sexto año de Slytherin y Malfoy estaría sentado ahí, pensando sin ser escuchado por nadie más que sus compañeros Slytherin. …Si Harry pudiera entrar, sin ser visto, detrás de él, ¿Qué podría ver o escuchar? Era cierto que faltaba muy poco para llegar – la estación de Hogsmeade estaba a menos de media hora, a juzgar por lo silvestre del paisaje que se veía por las ventanas-- pero nadie parecía tomar la sospecha de Harry en serio, así que iría hacia él para probarlo.

--¿Pero que vas a…? – preguntó Neville.

-- ¡Después!-- susurró Harry, lanzándose velozmente hacia Zabini tan tranquilo como fuera posible, aunque el ruido del tren hacía esa precaución casi sin sentido.

Los corredores estaban casi vacíos ahora. Casi todos habían regresado a sus carruajes a cambiarse con las túnicas de la escuela y empacar sus pertenencias.

Si bien estaba tan cerca de Zabini que casi lo podía tocar, Harry no fue lo suficientemente rápido para meterse al compartimiento cuando Zabini abrió la puerta. Zabini estaba cerrando la puerta cuando Harry rápidamente metió su pie para prevenir que lo cerrara.

-- ¿Qué pasa con esta cosa?-- dijo Zabini enojado a la par que estrellaba la puerta corrediza en el pie de Harry.

Harry tomó la puerta y la abrió fuerte, Zabini aún agarrando la manija, cayó en las piernas de Gregory Goyle, con el tumulto suscitado, Harry se metió en el compartimiento, brincó en el temporalmente vacío asiento de Zabini, y subió en el compartimiento del equipaje. Fue una fortuna que Goyle y Zabini estuvieran gruñéndose uno al otro, poniendo toda su atención en ellos, pues Harry estaba casi seguro que sus pies y tobillos se vieron cuando la capa onduló alrededor de ellos, de hecho, por un momento terrible pensó haber visto los ojos de Malfoy siguiendo su zapatilla cuando se volvía a cubrir. Pero luego Goyle cerró la puerta con fuerza y quitó a Zabini de arriba de él; Zabini se colapsó en su asiento viéndose irritado, Vincent Crabbe regresó a leer su revista de historietas, y Malfoy

riendo disimuladamente se recostó en dos asientos, poniendo su cabeza en el regazo de Pansy Parkinson. Harry se acomodó enroscado incómodamente bajo su capa para asegurarse que cada parte de sí permaneciera oculta, y vio cómo Pansy acariciaba la cabellera rubia de la cabeza de Malfoy, sonriendo disimuladamente mientras lo hacía, como si todas desearan estar en su lugar. Las lámparas moviéndose en el techo del carruaje, daban una luz brillante en la escena: Harry pudo leer casi cada palabra del libro de Crabbe que estaba directamente debajo de él.

--Así que, Zabini-- dijo Malfoy -- ¿Qué quería Slughorn?

-- Solo trataba de congraciarse con gente bien conectada – dijo Zabini que aún miraba con ira a Goyle. –No es que haya encontrado a alguien.--

Esa información no parecía satisfacer a Malfoy. --¿Quién más estuvo invitado? Demandó.

--McLaggen de Gryffindor-- dijo Zabini.
--Oh si, su tío es grande en el Ministerio-- dijo Malfoy.
--Alguien llamado Belby, de Ravenclaw--
--El no… es un idiota-- dijo Pansy.
--Y Longbottom, Potter y la chica Weasley-- terminó Zabini.

Malfoy se sentó muy de prisa, tirando la mano de Pansy hacia un lado.

--¿Invitó a Longbottom?--
--Bueno, supongo que así fue, porque estuvo ahí-- dijo Zabini indiferente.
--¿Qué tiene Longbottom que interese a Slughorn?--

Zabini se encogió de hombros.

-- Potter, el querido Potter, obviamente el quería ver a "El Elegido"-- se burló Malfoy, --¡pero esa chica Weasley! ¿Qué hay de especial con ella?--

--A muchos chicos les gusta-- dijo Pansy, viendo a Malfoy con la esquina del ojo para ver su reacción. –Incluso algunos creen que es guapa, ¿A ti no Blaise?, ¡y todos sabemos cuán difícil eres de complacer!

--Yo no tocaría a una traidora de la sangre como ella, sin importar cómo luzca-- dijo Zabini fríamente y Pansy parecía satisfecha. Malfoy se sentó nuevamente en su regazo y permitió que continuara acariciando su cabello.

-- Bueno, me da pena el gusto de Slughorn. Tal vez se está volviendo senil. Una pena, mi padre siempre dijo que era un gran hechicero en sus tiempos. Mi

padre solía ser uno de sus favoritos. Slughorn probablemente no ha escuchado que vengo en el tren o…--

--Yo no esperaría un invitación-- dijo Zabini – Me preguntó por el padre de Nott cuando llegamos. Solían ser buenos amigos, aparentemente, pero cuando escuchó que fue atrapado en el Ministerio no se veía feliz, y Nott tampoco tuvo una invitación, ¿o si? No creo que Slughorn esté interesado en Mortífagos.

Malfoy se veía enojado, pero forzó una singular carcajada sin sentido del humor.

-- En fin, ¿A quién le importa en lo que esté interesado? ¿Quién es él cuando vienes a menos? Solo un estúpido profesor.-- Malfoy bostezó ostentosamente – Quiero decir, tal vez no esté en Hogwarts el próximo año, ¿Qué me importa si a un viejo gordo le caigo bien o no?--

--¿Qué quieres decir, con que tal vez no estés en Hogwarts el próximo año?-- dijo Pansy indignada, suspendiendo las caricias a Malfoy.

-- Bueno, uno nunca sabe-- dijo Malfoy con sonrisa burlona imperceptible – Puede que me dedique a hacer cosas más grandes y mejores.--

Agazapado en el compartimiento de equipaje y bajo su capa, el corazón de Harry comenzó a latir con fuerza. ¿Qué dirían Ron y Hermione de esto? Crabbe y Goyle miraban tontamente y con la boca abierta a Malfoy, aparentemente no habían pensado en ningún plan para dedicarse a cosas más grandes y mejores. Incluso Zabini se había permitido una mirada de curiosidad para estropear su aspecto arrogante. Pansy continuó con las lentas caricias en el pelo de Malfoy, parecía atónita.

--Significa que…--

Malfoy se encogió de hombros.

--Mi madre quiere que complete mi educación, pero personalmente, no lo veo tan importante en estos días. Quiero decir, piénsenlo… Cuando el Señor Oscuro tome el control, ¿Se va a preocupar por cuantos TIMOS o EXTASIS obtuvo alguien? Claro que no… Todo será acerca del servicio dado, el nivel de devoción que han mostrado.--

--¿Y tu crees que serás capaz de hacer algo por el?-- preguntó Zabini mordazmente. – ¿Dieciséis años y ni siquiera totalmente calificado?

-- Es lo que he dicho, ¿no es así? Tal vez no le importe que esté totalmente calificado. Tal vez el trabajo que quiera que haga es algo para lo que no necesito estar calificado-- dijo Malfoy tranquilamente.

Crabbe y Goyle estaban sentados con sus bocas abiertas como gárgolas. Pansy miraba atentamente a Malfoy como si nunca hubiera visto algo tan impresionante.

--Ya puedo ver Hogwarts-- dijo Malfoy, claramente dándose cuenta del efecto que había creado mientras apuntaba hacia fuera de la ventana. –Es mejor que nos pongamos nuestras túnicas--

Harry estaba tan atento mirando a Malfoy, que no se dio cuenta que Goyle se levantó por su baúl, cuando lo bajó, golpeó a Harry en la cabeza. Dejó salir un involuntario sonido de dolor, y Malfoy volteó a ver hacia el compartimiento de equipaje, frunciendo el ceño.

Harry no tenía miedo de Malfoy, pero no le gustaba mucho la idea de ser descubierto escondido bajo su capa de invisibilidad por un grupo de poco amistosos Slytherin. Con ojos llorosos y cabeza palpitante, sacó su varita, con mucho cuidado para no desarreglar su capa, y esperó, conteniendo el aliento. Para su alivio, Malfoy parecía haber decidido que había imaginado el ruido, sacó su túnica como los demás, cerró su baúl, y mientras el tren disminuía la velocidad, se abrochó una nueva capa de viaje alrededor del cuello.

Harry pudo ver los corredores llenándose nuevamente y esperaba que Ron y Hermione llevaran sus cosas a la plataforma por él, estaba atorado hasta que el compartimiento se hubiera vaciado por completo. Por fin, con una sacudida final, el tren hizo alto total. Goyle abrió la puerta y salió encontrándose con una multitud de segundo año, empujándolos hacia los lados Crabbe y Zabini lo siguieron.

--Tú adelántate-- le dijo Malfoy a Pansy, quien lo esperaba con su mano extendida como esperando que el la tomara. – Sólo quiero verificar algo--

Pansy se fue. Ahora Harry y Malfoy estaban solos en el compartimiento. La gente pasaba, bajando hacia la plataforma oscura. Malfoy se movió hacia la puerta del compartimiento y bajó las persianas, para que la gente del corredor no pudiera ver hacia dentro. Después se agachó hacia su baúl y lo abrió nuevamente.

Harry miró por la orilla del compartimiento de equipaje; su corazón palpitando un poco más rápido. ¿Qué quería Malfoy esconder de Pansy? ¿Estaría por ver el misterioso objeto descompuesto que era tan importante arreglar?

--¡Petrificus Totalus!--

Sin ningún aviso, Malfoy apuntó su varita hacia Harry, quien quedó instantáneamente paralizado. Como si estuviera en cámara lenta, se deslizó fuera del compartimiento de equipaje y cayó, con un agonizante choque que estremeció el suelo, hasta los pies de Malfoy, la Capa de Invisibilidad atrapada bajo él, todo su cuerpo revelado con sus piernas aún dobladas absurdamente en una ceñida posición de cuclillas. No podía mover ni un músculo; solo podía mirar fijamente hacia Malfoy, quien sonreía ampliamente.

--Eso creí – dijo jubiloso-- escuche que el baúl de Goyle te golpeó. Pensé haber visto algo blanco en el aire por un instante cuando entró Zabini… --

Sus ojos se demoraron un momento en los tenis de Harry.

-- No escuchaste nada que me preocupe, Potter. Pero mientras te enteras…--

Y pisó, fuertemente, en la cara de Harry. Harry sintió que su nariz se rompía; saltaron los chorros de sangre por todos lados.

--Eso es por mi padre. Ahora, déjame ver…--

Malfoy arrastró la capa desde debajo del cuerpo inmóvil de Harry y la arrojó sobre el.

-- No creo que te encuentren hasta que el tren esté de regreso en Londres-- dijo tranquilamente. –Nos vemos por ahí, Potter… o tal vez no.--

Y teniendo cuidado de pisar los dedos de Harry, Malfoy salió del compartimiento.

Capítulo 8. Snape Victorioso

Harry no podía mover ni un solo músculo. Yacía debajo de su capa invisible sintiendo fluir su sangre, húmeda y caliente, desde su nariz a la cara, escuchando las voces y pisadas en el corredor de más adelante. Su pensamiento inmediato fue que alguien de seguro revisaría los compartimentos antes de que el tren partiera de nuevo. Pero rápidamente llegó el pensamiento desalentador de que aunque alguien mirara dentro del compartimiento, no podría ser visto ni escuchado. Su mayor esperanza era que alguien más entrara y se tropezara con él.

Harry nunca había odiado tanto a Malfoy como ahora que yacía ahí, tal como una absurda tortuga volteada sobre su caparazón, escurriendo sangre desagradablemente dentro de su boca abierta. En qué situación tan estúpida se había metido… y ahora las últimas pisadas se desvanecían, todos estaban saliendo a la oscura plataforma, podía escuchar el movimiento de los vagones y el murmullo de pláticas.

Ron y Hermione pensarían que había bajado del tren sin ellos. Una vez que hubieran llegado a Hogwarts y tomado sus lugares en el Gran Comedor, mirarían de un lado a otro en la mesa de Gryffindor unas cuantas veces y finalmente se darían cuenta de que no estaba, él sin duda se encontraría a medio camino de regreso a Londres.

Trató de hacer algún sonido, incluso un gruñido, pero era imposible. Entonces recordó que algunos magos, como Dumbledore, podían pronunciar hechizos sin hablar, así que intentó atraer su varita que se le había caído de las manos, diciendo las palabras "Accio Varita!" una y otra vez en su cabeza, pero nada ocurrió.

Pensó que podía escuchar el susurro de los árboles que rodeaban el lago, y el lejano ulular de una lechuza, pero ni una sola señal de búsqueda o de siquiera (se despreció a si mismo al pensarlo) voces en pánico preguntándose dónde podría estar Harry Potter. Un sentimiento de desesperanza se esparció en él mientras se imaginaba el grupo de carruajes arrastrados por los Thestrals hacia la escuela y las grandes risotadas saliendo del carruaje en el que Malfoy iba, donde estaría haciendo el recuento de su ataque sobre Harry a Crabbe, Goyle, Zabini y Pansy Parkinson.

El tren se sacudió, haciendo que Harry rodara hacia un lado. Ahora estaba contemplando la polvorienta parte baja de los asientos en lugar del techo. El piso empezó a vibrar mientras la máquina del tren empezaba a cobrar vida. El Expreso se marchaba sin que nadie supiera que él seguía dentro…

Entonces sintió que su capa invisible se alzaba sobre él y una voz le decía

- Qué hay Harry

Vio un rayo de luz roja y su cuerpo se descongeló, ahora podía moverse a una posición más digna, rápidamente se limpió la sangre de su pálido rostro con el dorso de su mano y levantó su cabeza para mirar a Tonks, quien sostenía la capa invisible que acababa de quitarle de encima.

- Más vale que salgamos de aquí rápido – dijo, mientras las ventanas del tren se oscurecían con el vapor y empezaba a moverse fuera de la estación. – Vamos, saltemos.

Harry se apresuró después de ella hacia el corredor. Ella abrió la puerta del tren y saltó a la plataforma, que parecía que se deslizaba debajo de ellos mientras el tren avanzaba. Él la siguió, aterrizando inestablemente, luego se enderezaron justo a tiempo para ver la brillante máquina escarlata de vapor que ganaba velocidad y daba vuelta, y se perdía de vista.

El viento frío de la noche estaba entrando en su dolorida nariz. Tonks lo miraba; se sentía enojado y apenado de que lo hayan descubierto en una posición tan ridícula. Silenciosamente, le regresó la capa invisible.

- ¿Quién lo hizo?

- Draco Malfoy – dijo amargamente. – Gracias por… bueno…

- No hay problema – dijo Tonks, sin sonreír. De lo que Harry podía ver en la oscuridad, ella traía un look triste de cabello esponjoso, como el que traía cuando la vio en la Madriguera. – Te puedo arreglar la nariz si te quedas quieto.

Harry no pensó mucho en esa idea, había pensado en visitar a Madame Pomfrey, la enfermera, en quien tenía un poco más de confianza cuando se refería a hechizos curativos, pero sería muy grosero si lo decía, así que se quedó quieto y cerró sus ojos.

-"Episkey" – dijo Tonks.

La nariz de Harry se sintió muy caliente y luego muy fría. Levantó su mano y la sintió con cuidado. Parecía estar curada.

-¡Muchas gracias!

- Será mejor que te pongas de nuevo esa capa y podremos caminar hacia la escuela- dijo Tonks, aún sin sonreír. Mientras Harry se la ponía de nuevo, ella movió su varita, una inmensa criatura plateada de cuatro patas emergió de ésta y se dirigió hacia la oscuridad.

- ¿Eso es un Patronus? – preguntó Harry, quien había visto a Dumbledore enviar mensajes como esos.

- Sí, estoy enviando un aviso al castillo de que te tengo, o se preocuparán. Vamos, será mejor que no tardemos.

Se dirigieron hacia el camino que llevaba a la escuela.

- ¿Cómo me encontraste?

- Me di cuenta de que no bajaste del tren y sabía que tenías esa capa. Pensé que quizá te ocultabas por alguna razón. Cuando vi las persianas corridas en un compartimiento, creí que debería revisar.

- Pero qué estás haciendo aquí, de cualquier modo – preguntó Harry.

- Me estoy quedando en Hogsmeade por el momento, para dar a la escuela una protección extra – contestó Tonks.

- ¿Eres sólo tu quien está en Hogsmeade, o… ?

- No, Proudfoot, Savage, y Dawlish están también aquí.

- Dawlish, ¿Ese auror a quien Dumbledore atacó el año pasado?

- Así es.

Se encaminaron cuidadosamente por la oscura y desierta vereda, siguiendo las frescas y recién hechas huellas de los carruajes. Harry miró debajo de su capa a Tonks. El año pasado había sido inquisitiva (al punto en que era un poco molesta a veces), se reía fácilmente y hacía bromas. Ahora parecía mayor y mucho más seria y concentrada. ¿Era este el efecto que había tenido lo que había pasado en el Ministerio? Recordó incómodamente lo que Hermione le sugirió sobre decirle algo consolador sobre Sirius, que no había sido culpa suya, pero no podía hacerlo. Estaba muy lejos de culparla por la muerte se Sirius, no tenía más culpa que todos los demás (y mucho menos que él), pero no le gustaba hablar sobre Sirius si podía evitarlo. Así que se quedaron atrapados en la noche fría en silencio, la capa de Tonks susurraba en el suelo detrás de ellos.

Habiendo siempre viajado en carruaje por ahí, Harry nunca se había dado cuenta de qué tan lejos estaba Hogwarts de la Estación de Hogsmeade. Con gran alivio, finalmente vio los grandes pilares en ambos lados de las puertas, cada uno coronado por un cerdo alado. Tenía frío, estaba hambriento, y sentía cierto alivio de dejar a esta nueva y melancólica Tonks. Pero cuando puso su mano para empujar y abrir la reja, se dio cuenta de que estaba cerrada con cadenas.

- Alohomora! – dijo confiadamente, apuntando su varita al candado, pero nada pasó.

- Eso no funcionará en éstas – dijo Tonks – el mismo Dumbledore las encantó.

Harry miró alrededor.

- Podría escalar un muro- sugirió.

- No, no podrías – dijo Tonks indiferente.- Conjuros anti-intrusos en todos ellos. La seguridad se ha reforzado demasiado este verano.

- Bueno, entonces… - dijo Harry, empezando a sentirse molesto por la falta de ayuda, - Supongo que sólo tendré que dormir aquí afuera y esperar por la mañana".

- Alguien viene por ti – dijo Tonks – Mira.

Una lámpara venía balanceándose desde el camino del castillo. Harry estaba tan feliz de verlo que sintió que podía hasta soportar la jadeante crítica por su tardanza y los gritos de cómo su cuidado del tiempo mejoraría con la aplicación regular de la tortura de los "tornipulgares". No fue sino hasta que la luz brillante y amarilla estuvo a tres metros de distancia de ellos, cuando Harry se quitó la capa invisible para que lo pudieran ver, cuando reconoció, con una acometida de odio puro, la ganchuda nariz y el cabello largo, negro y grasiento de Severus Snape.

- Vaya, vaya, vaya – dijo con desdén, sacando su varita y golpeando una vez el candado, para que las cadenas se enrollaran hacia atrás y las rejas se abrieran. – Que agradable que hayas aparecido, Potter, aunque evidentemente has decidido que el atuendo de la túnica de la escuela disminuiría tu apariencia.

- No pude cambiarme, no tenía mi …- empezó a decir Harry, pero Snape lo calló.

- No hay necesidad de esperar Nymphadora, Potter está… más que … seguro en mis manos.

- Esperaba que Hagrid obtuviera el mensaje – dijo Tonks, haciendo un gesto.

- Hagrid estaba retrasado para el banquete de inicio de cursos, igual que Potter, así que lo tomé yo en su lugar. Y de paso, -dijo Snape, haciéndose hacia atrás para permitir a Harry que pasara.- Estaba interesado en ver tu nuevo Patronus.

Cerró la puerta en su cara con un ruidoso golpe y volvió a pegarle al candado con su varita, para que las cadenas regresaran a su lugar.

- Creo que estaba mejor el anterior – dijo Snape, la malicia en su voz era inequívoca – El nuevo se ve débil.

Mientras Snape giraba la linterna, Harry observó brevemente la mirada en shock y de enojo en el rostro de Tonks. Luego, la oscuridad la cubrió de nuevo.

- Buenas noches – le gritó Harry sobre su hombro, cuando caminaba con Snape de regreso a la escuela. – Gracias por… todo.

- Nos vemos, Harry.

Snape no habló por un minuto más o menos. Harry sentía como si su cuerpo irradiara ondas de odio tan poderosas que parecía increíble que Snape no las percibiera quemándole el cuerpo. Había odiado a Snape desde su primer encuentro, pero Snape se había puesto él mismo para siempre e irrevocablemente más allá de la posibilidad del perdón de Harry por su actitud hacia Sirius. No importaba lo que dijera Dumbledore, Harry había tenido tiempo para pensar ese verano y había concluido que la indirecta remarcada hacia Sirius por Snape sobre el permanecer seguro escondido mientras el resto de la Orden del Fénix estaba fuera luchando contra Voldemort, había sido probablemente un factor poderoso para que Sirius se apresurara hacia el Ministerio la noche en que murió. Harry se apegó a ese pensamiento, porque le permitía culpar a Snape, lo que lo satisfacía, y también porque sabía que si alguien no sentía pena por la muerte de Sirius, era precisamente el hombre que en esos momentos caminaba junto a él en la oscuridad.

- Cincuenta puntos menos para Gryffindor por la tardanza, creo – dijo Snape. – Y déjame ver, otros 20 por el atuendo muggle. Sabes, nunca había visto que alguna casa estuviera en puntos negativos tan pronto: ni siquiera hemos empezado con el postre. Quizá hayas impuesto un récord, Potter.

La furia y odio hervían dentro de Harry, ardían como fuego blanco, pero prefería haber estado inmovilizado de regreso a Londres que decirle a Snape por qué había llegado tarde.

- Supongo que querías hacer una gran entrada, ¿No? – Siguió Snape –Y sin un coche volador disponible decidiste que irrumpir a la mitad del banquete en el Gran Comedor crearía un efecto dramático.

Harry seguía callado, aunque creía que su pecho iba a estallar. Sabía que Snape había ido a buscarlo para esto, por lo pocos minutos en que podía atormentar a Harry sin que nadie más escuchara.

Al fin llegaron a la escalera del castillo y mientras las grandes puertas de roble se abrían, un gran estallido de charlas y risas y de platos y vasos tintineantes los recibieron a través de las puertas abiertas del Gran Comedor. Harry se preguntaba si podría ponerse de nuevo la capa invisible y así sentarse en la mesa de Gryffindor (la cual, inconvenientemente era la más alejada de la entrada) sin ser notado. Como si hubiera leído la mente de Harry, Snape dijo:

- Sin capa. Puedes caminar a la mesa para que todos te vean, que es lo que querías. Estoy seguro de ello.

Harry giró en sí mismo y caminó directo a las puertas abiertas: cualquier cosa para estar lejos de Snape. El Gran Comedor, con sus cuatro mesas largas de cada Casa y la mesa de los maestros al fondo del salón, estaba decorado de la manera usual con las velas flotantes que hacían brillar los platos abajo. Todo era una escena tintineante y borrosa para Harry que pasaba tan rápido como podía por la mesa de Huflepuff antes de que la gente se quedara viendo, y para el tiempo en que se paraban para verlo bien, se había fijado en Ron y Hermione, se apresuró hacia ellos a través de los y se hizo un lugar entre los dos.

- ¿Dónde has … caray, qué te pasó en la cara? – dijo Ron, mirándolo fijamente al igual que las personas a sus lados.

- ¿Por qué, qué tiene de malo? – dijo Harry tomando una cuchara y fijándose en su reflejo distorsionado.

- ¡Estás cubierto de sangre! – dijo Hermione. – Ven aquí… - Alcanzó su varita y dijo – Tergeo! Y quitó toda la sangre seca.

- Gracias – dijo Harry, sintiendo su cara, ahora limpia. - ¿Cómo se ve mi nariz?

- Normal – dijo ansiosa Hermione - ¿Por qué no habría de estarlo Harry, qué pasó? ¡Estábamos aterrados!

- Se los diré después – dijo Harry de manera cortante. Estaba muy consciente de que Ginny, Neville, Dean, y Seamus estaban escuchando, hasta Nick Casi Decapitado, el fantasma de Gryffindor, se había acercado flotando.

- Pero… - dijo Hermione.

- Ahora no Hermione – dijo Harry con voz triste. Esperaba que ellos asumieran que había estado involucrado en algo heroico, preferentemente envuelto con dos Mortífagos y un dementor. Por supuesto, Malfoy esparciría la

historia tan a lo largo y ancho que pudiera, pero siempre habría la oportunidad de que no llegara a muchos oídos de Gryffindor.

Se le atravesó a Ron para alcanzar unas piernas de pollo y suficientes papas fritas, pero antes de que las tomara se desvanecieron para ser reemplazadas por el postre.

- Te perdiste la selección – dijo Hermione, mientras Ron se servía un gran pastelillo de chocolate.

- ¿Dijo algo interesante el Sombrero? – preguntó Harry, tomando una pieza de tarta.

- Lo mismo que el curso pasado, en realidad… aconsejándonos a todos a unirnos contra nuestros enemigos, tú sabes.

- ¿Mencionó Dumbledore a Voldemort?

- Aún no, pero siempre guarda su discurso apropiado para después del banquete, ¿No? Ya no puede tardar mucho.

- Snape dijo que Hagrid estaba retrasado para el banquete…

- ¿Has visto a Snape? ¿Cómo es posible? – dijo Ron con la boca llena del pastelillo.

- Me lo encontré – dijo Harry evasivamente.

- Hagrid sólo llegó unos minutos tarde – dijo Hermione – Mira, te está saludando, Harry.

Harry miró hacia la mesa de los maestros y sonrió a Hagrid, quien sin duda alguna estaba saludándolo. Hagrid nunca había logrado comportarse de manera digna como lo hacía la profesora Mc Gonagall, jefa de la Casa de Gryffindor, cuya cabeza se encontraba en algún lado entre el codo y la mano de Hagrid, ya que estaban sentados uno al lado del otro, y quien miraba de manera desaprobatoria el júbilo con que saludaba éste. Harry se sorprendió de ver a la maestra de Adivinación, la Profesora Trelawney, sentada al otro lado de Hagrid ella raramente dejaba la sala de su torre, y nunca la había visto sentada en el Banquete de inicio de cursos. Se veía tan rara como siempre, brillando entre gemas y collares, sus ojos aumentados a un tamaño enorme por causa de sus anteojos. Habiéndola considerado siempre como un fraude, Harry se impresionó al descubrir al final del último término del curso anterior que había sido ella quien hiciera la predicción que hizo que Lord Voldemort matara a sus padres y atacara al mismo Harry. El conocimiento de esto lo había hecho menos deseoso de estar junto a ella, pero

afortunadamente, ese año ya no llevaría Adivinación. Sus extraños ojos apuntaban a su dirección, él desvió la mirada hacia la mesa de Slytherin. Draco Malfoy hacía la mímica de una nariz rota, arrancando risas y aplausos. Harry lanzó su mirada a la tarta, sus adentros quemando de nuevo. Lo que no daría por pelear uno a uno contra Malfoy…

- Entonces, ¿Qué era lo que quería el profesor Slughorn? - Preguntó Hermione.

- Saber qué había pasado realmente en el Ministerio – dijo Harry.

- Él y todos los demás aquí, la gente nos estuvo interrogando en el tren, ¿Verdad Ron?

- Sí – dijo Ron. – Todos querían saber si realmente eres el elegido.

- Ha habido mucha conversación alrededor de eso, aún entre los fantasmas. – Interrumpió Nick Casi Decapitado, inclinando su casi separada cabeza hacia Harry, bamboleándose peligrosamente sobre su cuello. – Me consideran una autoridad en asuntos de Potter, es bien conocido que somos amigos. Sin embargo, les he dicho a la comunidad fantasmal que no te sacaré información. "Harry Potter sabe que puede confiar en mí sin recelos", les dije. "Preferiría morir que traicionar su confianza".

- Eso no es mucho que decir, ya que ya estás muerto – observó Ron.

- Una vez más has demostrado la sensibilidad de un hacha sin filo, - dijo Nick Casi Decapitado en tono confrontador, y se elevó en el aire, deslizándose hacia la parte más lejana de la mesa de Gryffindor al mismo tiempo en que Dumbledore se puso de pie en la mesa de los maestros. La charla y las risas que hacían eco en el Salón desaparecieron casi instantáneamente.

- ¡La mejor de las noches para todos ustedes! – dijo, sonriendo ampliamente, sus brazos extendidos para abrazar la habitación completa.

- ¿Qué le pasó en su mano? - susurró Hermione.

No fue la única que lo había notado. La mano derecha de Dumbledore estaba tan ennegrecida y muerta como había lucido la noche en que había ido a buscarlo a la casa de los Dursley. Murmullos en todo el salón, Dumbledore, interpretándolos correctamente, sonrió vagamente y estiró la manga dorada y morada de su túnica sobre la herida.

- Nada de qué preocuparse – dijo confiadamente. – Ahora… a nuestros nuevos estudiantes, bienvenidos, a nuestros antiguos estudiantes, ¡bienvenidos de regreso! Otro año lleno de educación mágica los espera…

- Su mano estaba así cuando lo vi en el verano – susurró Harry a Hermione. – Pensé que para este momento ya debería estar curada… o que Madame Pomfrey lo hubiese hecho.

- Luce como si estuviera muerta – dijo Hermione, con una expresión nauseabunda. – Pero existen algunas heridas que no puedes curar… embrujos antiguos, y hay pociones sin antídotos…"

- … Y el Sr. Filch, nuestro conserje, me ha pedido que les diga que habrá castigo a todo poseedor de cualquier artículo adquirido en una tienda llamada Sortilegios Weasley. Aquellos que deseen jugar en los equipos de Quidditch de sus casas, deberán dar sus nombres al Jefe de su Casa como de costumbre. También estamos buscando un nuevo comentarista de Quidditch, quien debería hacer lo mismo. Estamos muy complacidos de recibir a un nuevo miembro en el equipo de maestros, el Profesor Slughorn – Slughorn se puso de pie, su calva brillaba con la luz de las velas, su gran barriga formaba una sombra sobre la mesa – es un colega mío que ha accedido a reasumir su puesto de Maestro en Pociones.

- ¿Pociones?

- ¿Pociones?

La palabra causaba eco por todo el Comedor, cuando los alumnos se preguntaban si habían escuchado bien.

- ¿Pociones?- dijeron Ron y Hermione al mismo tiempo, volteando a ver a Harry. – Pero tú dijiste…

- El Profesor Snape, mientras tanto – siguió Dumbledore, alzando su voz para acallar los rumores, - tomará el puesto de Maestro de Defensa contra las Artes Oscuras.

- ¡No! – dijo Harry tan alto que muchas cabezas voltearon hacia donde estaba. No le importó, estaba mirando fijamente a la mesa de los maestros, furioso. ¿Cómo pudo haber logrado obtener después de todo este tiempo la clase de Defensa contra las Artes Oscuras? ¿Acaso no era bien sabido que Dumbledore no confiaba en él para hacer este trabajo?

- ¡Pero Harry, tu dijiste que Slughorn iba a enseñar Defensa contra las Artes Oscuras!, dijo Hermione.

- ¡Eso creí! – dijo Harry, buscando en su cerebro el recuerdo en el que Dumbledore le había dicho esto, pero ahora que lo pensaba, no podía recordar a Dumbledore diciéndole qué materia enseñaría Slughorn.

Snape, quien estaba sentado a la derecha de Dumbledore, no se paró cuando mencionaron su nombre, apenas levantó su mano con el reconocimiento de un vago aplauso de la mesa de Slytherin, aún así Harry podía detectar una mirada de triunfo en esos rasgos que odiaba tanto.

- Bueno, hay una cosa buena de todo esto- dijo fieramente. – Snape se irá al final del año.

- ¿A qué te refieres?, preguntó Ron.

- Ese puesto está maldito. Nadie dura más que un año… de hecho, Quirrel murió haciendo ese trabajo… Personalmente, voy a cruzar mis dedos para que ocurra otra muerte…

- ¡Harry!- dijo Hermione impresionada y reprochándole.

- Quizá sólo regrese a enseñar Pociones al final del año – dijo Ron razonándolo. Ese Slughorn puede no quedarse mucho tiempo. Moody no lo hizo.

Dumbledore aclaró su garganta. Harry, Ron y Hermione no eran los únicos que habían empezado a hablar, el Comedor completo había explotado en un embrollo de conversaciones con la noticia de que Snape había obtenido por fin el puesto que deseaba con todo su corazón. Aparentemente sin notar lo sensacional de la naturaleza de la noticia que acababa de dar, Dumbledore no dijo nada más sobre los maestros, pero esperó unos cuantos segundos para asegurarse que había silencio absoluto antes de continuar.

- Ahora, como todos en este Salón sabemos, Lord Voldemort y sus seguidores están una vez más ganando fuerzas.

El silencio pareció afianzarse mientras Dumbledore hablaba. Harry miró a Malfoy. Malfoy no miraba a Dumbledore, pero suspendía su tenedor en el aire con su varita, como si las palabras del Director no fueran dignas de su atención.

- No puedo enfatizar lo suficientemente fuerte qué tan peligrosa es la situación presente, y qué tanto cuidado debemos de tener cada uno de nosotros en Hogwarts para mantenernos a salvo. Las protecciones mágicas del castillo han sido reforzadas durante el verano, estamos protegidos de formas nuevas y más poderosas, pero aún así debemos cuidar escrupulosamente el descuido por parte de cualquier estudiante o miembro del equipo docente. Los instamos por tal motivo, a obedecer cualquier restricción de seguridad que sus maestros les

impongan, por más irritante que parezca… en particular, la regla de que no deben estar fuera a deshoras. Les ruego, si se percatan de cualquier cosa extraña o sospechosa dentro o fuera del castillo, repórtenlo a un miembro del personal inmediatamente. Confío en que se conducirán siempre de la mejor manera para su seguridad y la de los demás. - Los ojos azules de Dumbledore miraron a sus estudiantes antes de que volviera a sonreír. – Pero ahora, sus camas los esperan, tan cálidas y confortables como las podrían desear, y yo sé que su máxima prioridad es el estar bien descansados para sus lecciones de mañana. Entonces, permitámonos decir buenas noches. ¡Pip pip!

Las bancas se movieron hacia atrás con el usual rechinido ensordecedor y cientos de estudiantes se enfilaron para salir del Gran Comedor hacia sus dormitorios. Harry, quien no tenía prisa alguna de salir con la multitud, se quedó atrás, pretendiendo amarrar el lazo de su zapato, permitiendo que la mayoría de los de Gryfindor pasara delante de él. Hermione se había adelantado para cubrir su función de prefecta de pastorear a los de primer año, pero Ron se quedó con Harry.

-¿Qué fue lo que realmente le pasó a tu nariz? – preguntó, una vez que se quedaron al final del gentío que se amontonaba para salir del Salón y fuera de cualquier oído extraño.

Harry le contó. Fue una señal de lo fuerte que era su amistad el que Ron no se hubiera reído.

- Vi a Malfoy haciendo una mímica que tenía que ver con una nariz – dijo tristemente.

- Si, bueno, no importa – contestó Harry amargamente. – Deja te cuento lo que estaba diciendo antes de que se enterara que estaba ahí…

Harry había esperado que Ron se sorprendiera de los alardes de Malfoy. Sin embargo, Ron no lo hizo, lo cual Harry había considerado una completa terquedad.

- Vamos Harry, sólo estaba presumiendo por Parkinson… ¿Qué tipo de misión podría haberle asignado Quien-Tu-Sabes a él?

- ¿Cómo sabes que Voldemort no necesita a alguien en Hogwarts? No sería la primera …

- Desearía que dejaras de decir ese nombre, Harry – dijo en tono de reproche una voz detrás de ellos. Harry miró detrás de su hombro para ver a Hagrid sacudiendo su cabeza.

- Dumbledore dice ese nombre - dijo Harry testarudamente.

- Sí, bueno, así es, Dumbledore no? – dijo Hagrid misteriosamente. – Así que dime, ¿Cómo es que llegaste tarde, Harry?, estaba preocupado.

- Me quedé atrapado en el tren – contestó Harry. ¿Por qué llegaste tarde tú?

- Estaba con Grawp, - respondió Hagrid feliz. – Perdí la noción del tiempo. Ahora tiene un nuevo hogar en las montañas, Dumbledore lo arregló… una agradable y grande cueva. Está mucho más feliz ahora de lo que estaba en el bosque. Tuvimos una buena plática.

- ¿En serio? – dijo Harry, teniendo cuidado de no mirar a Ron, la última vez que había visto al medio hermano de Hagrid, un despiadado gigante con el talento de arrancar árboles de raíz, su vocabulario estaba compuesto por cinco palabras, dos de las cuales no podía pronunciar apropiadamente.

- Oh sí, realmente lo ha logrado, - dijo orgulloso Hagrid. – Te impresionarías. Estoy pensando en entrenarlo como mi asistente.

Ron resopló ruidosamente, pero se las arregló para disfrazarlo como un estornudo fuerte. Ahora se encontraban de pie debajo de las puertas de roble.

- Bueno, los veo mañana, la primera lección después del almuerzo. Vengan temprano, podrán saludar a Buck… quiero decir, Witherwings!

Alzando su mano de una manera muy jovial, se dirigió a la oscuridad más allá de las puertas. Harry y Ron se miraron, podía asegurar que Ron estaba experimentando exactamente el mismo estado de hundimiento que él.

- ¿No vas a llevar Cuidado de Criaturas Mágicas, verdad?

Ron negó con la cabeza.

- ¿Y tú tampoco, o sí?

Harry también movió su cabeza.

- ¿Y Hermione?, preguntó Ron, ¿tampoco, cierto?

Harry volvió a sacudir su cabeza. No quería pensar en lo que diría exactamente Hagrid cuando se diera cuenta que sus tres estudiantes favoritos habían dejado su clase.

Capítulo 9: El Príncipe mestizo

La mañana siguiente, Harry y Ron se encontraron con Hermione en la sala común antes del desayuno. Esperando algo de apoyo en su teoría, Harry no perdió tiempo en decirle a Hermione lo qué había oído decir a Malfoy en el Expreso de Hogwarts.

—Pero obviamente se estaba luciendo con Parkinson ¿No es cierto?— dijo Ron rápidamente antes que Hermione pudiera decir otra cosa.

—Pues bien — dijo ella dudando —no sé... sería como que Malfoy quisiera verse más importante de lo que es... pero eso sería decir una gran mentira...—

—Exactamente— dijo Harry pero no podía ahondar más en el tema, porque muchas personas estaban tratando de escuchar su conversación, sin mencionar que se lle quedaban mirando y cuchicheando.

—Es grosero apuntar — Ron dijo bruscamente a un pequeño niño de primer año, que se unía a la fila para salir por el hueco del retrato. El niño quien había estado murmurando algo acerca de Harry con su amigo, inmediatamente se puso rojo y salió corriendo alarmado por el agujero. Ron rió disimuladamente. —Amo estar en sexto año. Y vamos a tener tiempo libre este año. Períodos enteros donde podremos sólo sentarnos y relajarnos. —

— ¡Vamos a necesitar ese tiempo para estudiar Ron! — dijo Hermione, mientras caminaban por el corredor.

—Sí, pero hoy no — le dijo Ron. — Considero que hoy va a ser un día de descanso. —

—¡Espera!— dijo Hermione, levantando un brazo y deteniendo a un chico de cuarto año, que trataba de pasarla de largo sujetando fuertemente un disco verde lima que tenía en la mano. —Platillos Voladores con Colmillos prohibidos, entrégalo, — le dijo ella severamente. El niño frunciendo el ceño entregó el platillo que tenía bajo su brazo, y salió corriendo tras sus amigos. Ron esperó a que desapareciera y luego jaló el platillo que Hermione sujetaba entre sus manos.

—Excelente, siempre he querido uno de estos. —

Las protestas de Hermione fueron ahogadas por una fuerte risita tonta, al parecer a Lavender Brown le parecía muy divertido el comentario de Ron. Ella continuó riéndose al pasar a su lado, mirando a Ron hacia atrás sobre su hombro. Ron se veía bastante satisfecho consigo mismo.

El techo del Gran Salón estaba de un azul sereno y veteado con difuminadas nubes, igual que el cielo visible a través de las altas ventanas. Mientras comían avena, huevos y tocino, Harry y Ron le contaron a Hermione sobre su vergonzosa conversación con Hagrid la tarde anterior.

— ¡Pero él no puede pensar realmente que continuaríamos con Cuidado de Criaturas Mágicas! — dijo Hermione afligida. — Digo ¿Cuándo alguno de nosotros mostramos... ya saben... algún entusiasmo?—

— ¿Así es no es cierto? — dijo Ron tragándose completamente un huevo frito entero. — Fuimos los que hicimos el mayor esfuerzo en las clases, porque nos cae bien Hagrid. Pero piensa que nos gustó esa estúpida clase. ¿Creen que alguien vaya continuar con ella para los EXTASIS?—

Ni Harry ni Hermione contestaron; no había necesidad. Sabían perfectamente que nadie en su año querría continuar con Cuidado de Criaturas Mágicas. Evitaron la mirada de Hagrid y devolvieron su alegre saludo sólo a medias, cuando salió del comedor diez minutos más tarde.

Después de haber desayunado, se quedaron en sus lugares, esperando que bajara la Profesora McGonagall de la mesa de profesores. La distribución de horarios de clase sería más complicada este año, pues la Profesora McGonagall primero necesitaba confirmar que todos hubieran pasado los TIMOS necesarios para continuar con los EXTASIS que eligieron.

Hermione fue aprobada inmediatamente para continuar con Encantamientos, Defensa Contra las Artes Oscuras, Transfiguración, Herbología, Aritmancia, Runas Antiguas y Pociones y partió hacia su primer clase de Runas Antiguas sin mayor bullicio. Neville se llevó un poco más de tiempo,su cara redonda estaba ansiosa, mientras la Profesora McGonagall miraba las clases que había seleccionado y luego consultaba los resultados de sus TIMOS.

— Herbología está bien,— dijo. — La Profesora Sprout estará encantada de verte de regreso con un TIMO 'Sobresaliente'. Y calificas para Defensa Contra las Artes Oscuras con 'Excede Expectativas'. Pero el problema es Transfiguración. Lo siento, Longbottom, pero un 'Aceptable' no es lo suficientemente bueno para continuar el nivel de EXTASIS.No creo que puedas hacer frente al programa del curso.—

Neville bajó su cabeza. La Profesora McGonagall lo miró fijamente a través de sus gafas cuadradas.

—¿Por qué quieres continuar con Trasfiguración? Nunca he tenido la impresión que la hayas disfrutado particularmente—.

Neville se veía triste y masculló algo sobre que 'mi abuela quiere'.

—Hmph— bufó la Profesora McGonagall. — Ya es hora de que tu abuela se enorgullezca del nieto que tiene, en lugar del que piensa que debería tener, en particular después de lo que sucedió en el Ministerio.—

Neville se sonrojó y parpadeó confundido; la Profesora McGonagall nunca le había dado un cumplido anteriormente.

—Lo siento Longbottom, pero no puedo dejarte entrar en mi clase de EXTASIS. Sin embargo veo que tienes un 'Excede Expectativas' en Encantamientos - ¿Por qué no intentas el EXTASIS en Encantamientos?—

—Mi abuela piensa que Encantamientos es una opción fácil, — masculló Neville.

—Escoge Encantamientos— dijo la Profesora McGonagall, —y le escribiré algunas palabras a Augusta recordándole que sólo porque ella reprobó su TIMO de Encantamientos, la clase no necesariamente es inútil. — Sonriendo ligeramente al ver la apariencia de feliz incredulidad en la cara de Neville, la Profesora McGonagall golpeó suavemente un horario en blanco con la punta de su varita y se lo entregó a Neville, con los detalles de sus nuevas clases.

La Profesora McGonagall siguió con Parvati Patil, cuya primera pregunta fue si Firenze, el guapo centauro, todavía enseñaba Adivinación.

—Él y la Profesora Trelawney se dividen las clases entre ellos este año, — dijo la Profesora McGonagall con un indicio de desaprobación en su voz; era bien sabido que ella desdeñaba la clase de Adivinación. —El sexto año ha sido tomado por la Profesora Trelawney. —

Parvati se dirigió hacia Adivinación cinco minutos después, viéndose ligeramente decaída.

—Entonces, Potter, Potter...— dijo la Profesora McGonagall, consultando sus notas mientras se dirigía a Harry. —Encantamientos, Defensa Contra las Artes Oscuras, Herbología, Transfiguración... todo bien. Debo decir, que estoy muy satisfecha con tu calificación en Transfiguración, Potter, muy contenta. ¿Ahora, por qué no has solicitado continuar con Pociones? ¿Pensé que tu ambición era convertirte en Auror? —

—Lo era, pero usted me dijo que tenía que sacar un 'Sobresaliente'— en mi TIMO, Profesora. —

—Y así era cuando el Profesor Snape impartía esa clase. El profesor Slughorn, sin embargo, está encantado de aceptar a los estudiantes EXTASIS con 'Excede Expectativas' en el TIMO. ¿Quieres continuar con Pociones?

—Sí— dijo Harry, —pero no compré los libros, ni ingredientes ni nada.—

—Estoy segura que el Profesor Slughorn podrá prestarte algunos, — dijo la Profesora McGonagall. —Muy bien Potter, este es su horario. Oh, a propósito: veinte postulantes se han inscrito para el equipo de Quidditch de Gryffindor. Te pasaré la lista a su debido tiempo y puedes organizar las pruebas en tu tiempo libre. —

Algunos minutos más tarde, Ron fue aprobado para tomar las mismas clases que Harry y ambos se levantaron de la mesa.

—Mira, — dijo Ron con gran deleite, contemplando su horario, —tenemos una hora libre ahora... Y una hora libre después del receso... Y después del almuerzo... Excelente. —

Regresaron a la sala común que estaba vacía, con excepción de media docena de estudiantes de séptimo año, incluyendo a Katie Bell, único miembro del equipo original de Quidditch de Gryffindor al que Harry se unió en su primer año.

—Sabía que lo obtendrías bien hecho, — le dijo ella, señalando la placa de Capitán en el pecho de Harry. — ¡Avísame cuándo sean las pruebas!—

—No seas tonta, — dijo Harry, —no necesitas hacer una prueba, te he visto jugar cinco años... —

—No debes comenzar así, — le advirtió. —Tal vez hay alguien mejor que yo. Buenos equipos se han arruinado anteriormente porque los Capitanes mantienen jugando a los viejos jugadores, o a sus amigos... —

Ron se veía un poco incómodo y empezó a jugar con el platillo volador con colmillos que Hermione le había quitado al estudiante de cuarto año. Zumbaba alrededor de la sala común, gruñendo y tratando de mordisquear el tapiz. Los ojos amarillos de Crookshanks lo seguían y siseó cuando se acercó demasiado.

Una hora más tarde, dejaron la sala común a regañadientes, que estaba iluminada por los rayos del sol y fueron hacia la sala de Defensa Contra las Artes Oscuras, cuatro pisos más abajo. Hermione ya estaba esperando afuera, con una pila de pesados libros y un poco incómoda.

— Nos dieron mucha tarea en Runas Antiguas,— dijo ansiosamente cuándo Harry y Ron se unieron a ella. — ¡Un ensayo de quince pulgadas, dos traducciones, y tengo que leer estos para el Miércoles! —

— Lástima, — bostezó Ron.

— Sólo espera, — ella dijo con resentimiento. —Apuesto a que Snape nos da montones de tarea. —

La puerta del aula se abrió mientras hablaba y Snape entró al corredor, con su cetrina cara enmarcada, como siempre, por dos cortinas de grasiento pelo negro. Se hizo silencio de inmediato.

— Adentro, — dijo.

Harry miró a su alrededor al entrar. Snape ya había impuesto su personalidad en el salón; estaba más lúgubre que lo usual, las cortinas cubrían las ventanas y estaban alumbradas con la luz de las velas. Nuevos cuadros adornaban las paredes, muchos de ellos mostraban personas que parecían sufrir dolor, mostrando horribles heridas y partes del cuerpo extrañamente torcidas. Nadie dijo nada mientras se sentaban, mirando los oscuros y horripilantes cuadros.

—No les he pedido que saquen sus libros, — dijo Snape, cerrando la puerta y mirando a la clase tras su escritorio; Hermione rápidamente metió de nuevo a su mochila su copia de 'Enfrentando a lo Desconocido' y la puso bajo su silla. —Deseo hablarles y quiero su completa atención.—

Sus ojos negros observaron las caras atentas de los alumnos, demorándose una fracción de segundo más en Harry que en cualquier otro.

— Hasta ahora ustedes han tenido a cinco maestros en esta clase.—

—¿Tú crees?... como si no los hubiera observado ir y venir, esperando ser el siguiente, — pensó mordazmente Harry.

— Naturalmente, todos estos maestros habrán tenido sus métodos y sus prioridades. Dada esta confusión, estoy asombrado que tantos de ustedes hayan obtenido un TIMO en esta materia. Estaré aún más asombrado si todos logran mantenerse al día con el trabajo de los EXTASIS, el cual será más avanzado. —

Snape caminó hacia el final del aula, hablando ahora en voz más baja; los alumnos estiraron su cuello para seguir viéndolo. —Las Artes Oscuras— dijo Snape, —son muchas, variadas, siempre cambiantes y eternas. Pelear contra ellas es como oponerse a un monstruo de muchas cabezas, al cual cada vez que cortan

un cuello, crece una cabeza más feroz e inteligente que antes. Pelearan contra algo que siempre cambia, se transforma, que es indestructible. —

Harry clavó sus ojos en Snape. Seguramente una cosa era respetar las Artes Oscuras como a un enemigo peligroso, ¿Pero no era otra hablar de ellas, como Snape lo hacía, con un toque cariñoso en su voz?

—Sus defensas — dijo Snape un poco más fuerte, —por consiguiente, deben ser tan flexibles e inventivas como las artes que tratan de combatir. Estos cuadros – indicó a algunos mientras caminaba- —dan una justa representación de lo qué le ocurre a los que sufren, por ejemplo la maldición Cruciatus— movió la mano hacia una bruja que claramente gritaba de sufrimiento — el Beso del Dementor— un mago yacía encogido, con los ojos en blanco, recargado contra una muralla — o provoquen la agresión de los Inferius— una sangrienta masa sobre la tierra.

— ¿Entonces se ha visto un Inferius? — dijo Parvati Patil en una voz aguda. — ¿Es definitivo, él los está usando?—

—El Señor Oscuro ha usado Inferius en el pasado, — dijo Snape, —lo que quiere decir que sería sensato asumir que él los podría volver a usar. Ahora...—

Siguió caminando del otro lado del aula hacia su escritorio y de nuevo, lo observaron mientras caminaba, sus túnicas negras ondeando detrás de él.

—...Ustedes son, creo, completamente neófitos en el uso de hechizos no verbales. ¿Cuál es la ventaja de un hechizo no verbal?—

La mano de Hermione se levantó hacia el aire. Snape se tomó su tiempo volviéndose a mirar a todos los demás, asegurándose de no tener ninguna opción, antes de decir concisamente, —Bien ¿Señorita Granger?—

—Su adversario no puede preveer la clase de magia que está a punto de realizar, — dijo Hermione, —lo que le da ventaja de una fracción de segundo. —

—Una respuesta copiada casi palabra por palabra del Libro Estándar de Hechizos, Sexto Grado, — dijo Snape despectivamente (en la esquina, Malfoy rió disimuladamente), —... pero correcta en las cosas esenciales. Sí, los que progresan en usar magia sin gritar el encantamiento ganan un elemento de sorpresa en sus hechizos. No todos los magos pueden hacer esto, por supuesto, es cuestión de concentración y de poder mental, algo de los que algunos...— su mirada permaneció fija maliciosamente en Harry una vez más —carecen. —

Harry sabía que Snape pensaba en sus desastrosas lecciones de Oclumancia del año anterior. Se rehusó a dejar de mirarlo fijamente, pero siguió observando furiosamente a Snape hasta que éste apartó la mirada.

—Ahora se dividirán, — siguió Snape, — en pares. Un compañero intentará un hechizo contra el otro, sin hablar. El otro tratará de repeler el hechizo, también en silencio. Prosigan. —

Aunque Snape no sabía, Harry le había enseñado al menos a la mitad de la clase (todo los que había formado parte del E.D.) cómo realizar un Encantamiento Escudo el año anterior. Sin embargo, ninguno de ellos alguna vez había efectuado el encantamiento sin hablar. Hubo una cantidad considerable de trampas, muchos susurraban el conjuro en lugar de decirlo en voz alta. Típicamente, en diez minutos Hermione se las ingenió para repeler el hechizo de piernas de gelatina de Neville, sin pronunciar palabra alguna, una hazaña que seguramente haría ganar veinte puntos para Gryffindor de cualquier maestro razonable, pensó Harry amargamente, pero Snape la ignoró. Pasó entre ellos mientras practicaban, parecía un murciélago crecido, como siempre, demorándose para observar a Harry y Ron en plena actividad.

Ron, quien se suponía estaba hechizando a Harry, tenía su rostro púrpura, sus labios muy apretados para salvarse de la tentación de murmurar el conjuro. Harry tenía su varita levantada, a la expectativa para repeler el hechizo que parecía imposible que saliera alguna vez.

—Patético Weasley, — dijo Snape, al cabo de un rato. — Aquí, déjeme mostrarle —

Volvió su varita hacia Harry tan rápidamente que Harry reaccionó instintivamente; olvidó todo lo de los hechizos no verbales y gritó —¡Protego!— Su encantamiento Escudo fue tan fuerte que Snape quedó fuera de balance y se golpeó en un escritorio. La clase entera había visto y ahora observaban a Snape poniéndose de pie con el ceño fruncido.

— ¿Recuerda que dije que practicaríamos hechizos no verbales, Potter?—

—Sí, — dijo Harry rígidamente.

—Sí, señor. –

—No hay necesidad de llamarme 'señor', Profesor. —

Las palabras se escaparon de su boca antes de saber lo que decía. Varias personas quedaron sin aliento, incluyendo a Hermione. Detrás de Snape sin embargo, Ron, Dean, y Seamus sonrieron abiertamente.

—Detención, sábado en la noche en mi oficina, — dijo Snape. —No acepto descaros de nadie Potter, ni siquiera de 'El Elegido'. —

— ¡Eso estuvo brillante Harry!— dijo alegremente Ron una vez que estuvieron seguros mientras se dirigían a su próxima hora libre.

—Realmente no deberías haberlo dicho, — dijo Hermione, mirando ceñudamente a Ron. — ¿Qué te hizo hacerlo? —

— ¡Trató de hechizarme en caso de que no te dieras cuenta!—, respondió Harry enojado. ¡Tuve bastante de eso durante las clases de Oclumancia! ¿Por qué no cambia de conejillo de Indias? ¿Qué pretende Dumbledore, al dejarle enseñar Defensa? ¿Lo oyeron hablar sobre las Artes Oscuras? ¡Él las ama! Todo eso de que es indestructible...—

—Bueno, — dijo Hermione, —creo que sonó un poco como tú. —
— ¿Como yo?—

—Sí, cuando nos decías cómo era enfrentar a Voldemort. Dijiste que no era sólo memorizar unos cuantos hechizos, dijiste que eran tu, tu mente y tus agallas - pues bien, ¿No fue algo así lo que dijo Snape? ¿Que esto se reduce a ser valiente y pensar rápido?—

Harry quedó tan desconcertado con que ella recordara sus palabras y además se las hubiera aprendido de memoria como el Libro Estándar de Hechizos que decidió no discutir.

— ¡Harry! ¡Oye, Harry!—

Harry miró alrededor, Jack Sloper, uno de los bateadores del equipo de Quidditch de Gryffindor del año pasado, se apresuraba hacia él, sujetando un rollo de pergamino.

—Para ti, — jadeó Sloper. —Oye, escuché que eres es el nuevo Capitán. ¿Cuándo serán las pruebas?—

—No estoy seguro aún, — dijo Harry, pensando para sí que Sloper sería muy afortunado si volviera al equipo. —Te lo haré saber. —

— Oh, correcto. Esperaba que fuese este fin de semana —

Pero Harry no escuchaba, acababa de reconocer la escritura delgada y oblicua del pergamino. Dejando a Sloper en mitad de la frase, se fue corriendo con Ron y Hermione, desenrollando el pergamino.

Estimado Harry,

Me gustaría iniciar nuestras clases particulares este sábado. Por favor sírvete venir a mi oficina a las 8 P.M. Espero que estés disfrutando tu primer día de vuelta a la escuela.

Sinceramente,

Albus Dumbledore

PD: Me gustan las gaseosas ácidas.

— ¿Le gustan las gaseosas ácidas?— dijo Ron, quien había leído el mensaje sobre el hombro de Harry y se había quedado perplejo.

—Es la contraseña para pasar la gárgola de su oficina,— dijo Harry en voz baja. — ¡Ah! Snape no va a estar contento... ¡No podré cumplir con mi detención!—

Él, Ron, y Hermione pasaron todo el receso especulando sobre qué le enseñaría Dumbledore a Harry. Ron pensó que lo más probable es que fueran hechizos espectaculares, que los Mortífagos no conocieran. Hermione dijo que esas cosas serían ilegales y pensó que probablemente lo que Dumbledore quería enseñarle a Harry era magia defensiva. Después del receso, se marchó a Aritmancia, mientras Harry y Ron volvieron a la sala común, donde a regañadientes iniciaron la tarea de Snape. Ésta resultó ser tan compleja que todavía no habían terminado cuando Hermione se les unió en su hora libre después de la comida (aunque ella apresuró el proceso considerablemente). Apenas habían terminado cuando la campana sonó para la doble clase de Pociones de la tarde y siguieron el camino de siempre hacia la mazmorra que por tanto tiempo perteneció a Snape.

Cuando llegaron al corredor vieron que estaba sólo una docena de personas que habían pasado al nivel EXTASIS Crabbe y Goyle evidentemente habían fracasado en lograr el TIMO requerido, pero cuatro Slytherins lo habían hecho, incluyendo a Malfoy. Cuatro Ravenclaws estaban allí y un Hufflepuff, Ernie Macmillan, quien le caía bien a Harry a pesar de su comportamiento pretencioso.

—Harry, — dijo Ernie portentosamente estirando su mano mientras Harry se acercaba, — no tuve oportunidad de hablarte en Defensa Contra las Artes Oscuras esta mañana. Buena lección, creo, pero los Encantos de Escudo son cuento viejo, claro está, por nuestras viejas clases del E.D.... ¿Y cómo están ustedes, Ron, Hermione? —

Antes de que pudieran decir algo más que 'bien', la puerta de la mazmorra se abrió y la barriga de Slughorn apareció antes que él en la puerta. Mientras avanzaba hacia la sala, su gran bigote de morsa se curvaba por encima de su radiante boca y saludó a Harry y a Zabini con particular entusiasmo.

La mazmorra estaba, inusualmente, ya llena de vapores y olores extraños. Harry, Ron y Hermione inhalaron interesadamente mientras pasaban al lado de grandes y burbujeantes calderos. Los cuatro Slytherin tomaron una mesa juntos, al igual que los cuatro Ravenclaw. Esto dejó a Harry, Ron, y Hermione compartiendo una mesa con Ernie. Escogieron la más cercana al caldero de color oro que emitía uno de los más atractivos olores que Harry alguna vez hubiera olido: en cierta forma, le recordó simultáneamente a una torta de melaza, al olor de la madera de las escobas y algo florido que pudo haber olido en la Madriguera. Se encontró respirando muy lenta y profundamente, ya que el humo de la poción parecía satisfacerlo como la bebida. Una gran satisfacción lo llenó, le sonrió abiertamente a Ron, quien también le sonrió, perezosamente.

—Y bien, y bien, y bien, — dijo Slughorn, cuyo gran contorno se oscilaba a través de los muchos vapores trémulos. —Saquen las balanzas, todo el mundo y el equipo de pociones y no olviden sus copias de Preparación Avanzada de Pociones...—

— ¿Señor?— dijo Harry, levantando la mano.

— ¿Harry, muchacho?—

— No tengo libro ni balanza ni nada, ni Ron, no sabíamos que podríamos hacer el EXTASIS.—

—Ah sí, la Profesora McGonagall lo mencionó... no te preocupes, mi estimado muchacho, no te preocupes en lo absoluto. Hoy pueden usar ingredientes de la alacena, y estoy seguro que les podemos prestar alguna balanza y tenemos algunos libros acá, serán suyos hasta que pueda hacer su pedido a Flourish y Blotts...—

Slughorn caminó a grandes pasos hacia el armario de la esquina y después de rebuscar un momento, emergió con dos muy maltratadas copias de —

Preparación Avanzada de Pociones — por Libatius Borage, que les fue entregado a Harry y a Ron junto con dos balanzas manchadas.

—Ahora bien, — dijo Slughorn, regresando al frente de la clase e inflando su ya abultado pecho, con lo que los botones en su chaleco amenazaron con explotar completamente, —he preparado algunas pociones que ustedes deben observar, solo por interés, ya saben. Este es el tipo de cosas que ustedes deben poder hacer una vez que completen sus EXTASIS. Deben haber escuchado acerca de éstas, aun si no lo han hecho. ¿Alguien me dice qué es esto?—

Indicó el caldero más cercano a la mesa de Slytherin. Harry se empinó en su asiento y vio algo similar a agua corriente, en efervescencia dentro del caldero. La mano de Hermione se levantó antes que cualquier otra, Slughorn la señaló.

—Es Veritaserum, una poción incolora e inodora que fuerza a quien la beba a decir la verdad, — dijo Hermione.

— ¡Muy bien, muy bien!— dijo Slughorn felizmente. —Ahora, — continuó, señalando el caldero próximo a la mesa de Ravenclaw, —esta de aquí es muy conocida... Presentada en algunos de los últimos folletos del Ministerio también... ¿Quién puede? —

La mano de Hermione fue la más rápida otra vez.

—Poción multijugos, señor, — dijo.

Harry también había reconocido esa sustancia que burbujeaba lentamente en el segundo caldero, pero no tuvo resentimientos hacia Hermione por obtener el crédito por contestar la pregunta, ella, después de todo fue la que había tenido éxito en prepararla, allá por segundo año. — ¡Excelente, excelente! Ahora, ésta de aquí... ¿Sí, querida?—, dijo Slughorn, ahora viéndose ligeramente aturdido, mientras la mano de Hermione nuevamente estaba en el aire.

— ¡Es Amortentia!—

—Ciertamente lo es. ¿Parece casi tonto preguntar,— dijo Slughorn, quien miraba poderosamente impresionado, —¿pero asumo que usted sabe lo que hace?—

—¡¡Es la poción de amor más potente en el mundo!— dijo Hermione.

—Perfecto! ¿Supongo que la reconoció, por su distintivo brillo madreperla?—

—Y el vapor levantándose en sus característicos espirales,— dijo Hermione entusiastamente, —y se supone que huele diferente para cada uno, según lo que nos atrae, puede oler a hierba recién cortada, a pergamino nuevo y —

Pero ella se sonrojó ligeramente y no completó la frase.

— ¿Puedo preguntar tu nombre querida?— dijo Slughorn ignorando la vergüenza de Hermione.

— Hermione Granger, señor.—

—¿Granger? ¿Granger? ¿Podrías estar emparentada con Hector Dagworth-Granger, quien fundó la más extraordinaria sociedad de fabricantes de pociones?—

—No. Creo que no, señor. Soy hija de Muggles. —

Harry vio a Malfoy acercarse a Nott y susurrarle algo, ambos rieron disimuladamente, pero Slughorn no se mostró desilusionado al contrario, él resplandeció y miró de Hermione a Harry, quien estaba sentado al lado de ella.

— ¡Oh! ¡Una de mis mejores amigas es hija de Muggles y ella es lo mejor de nuestro año! ¿Asumo que ella es la amiga de quien me hablaste, Harry?—

—Sí, señor — dijo Harry.

—Pues bien, pues bien, veinte puntos bien ganados para Gryffindor, Señorita Granger, — dijo Slughorn con entusiasmo.

La cara de Malfoy parecía como la que había puesto cuando Hermione le pegó en la cara. Hermione se volvió a Harry con una expresión radiante y susurró, — realmente le dijiste que soy la mejor del año? ¡Oh, Harry!—

— ¿Bien qué te impresiona de eso?— susurró Ron, quien por alguna razón parecía molesto. — ¡Eres la mejor del año! – ¡Se lo habría dicho si me lo hubiera preguntado!—

Hermione sonrió, pero hizo un gesto de —shh—, a fin de que pudieran oír lo que decía Slughorn. Ron se puso ligeramente malhumorado.

—Amortentia realmente no crea amor por supuesto. Es imposible crear o imitar el amor. No, esto simplemente causará una obsesión o poderoso apasionamiento. Es probablemente la poción más peligrosa y energética en este salón –oh sí, — dijo, inclinando la cabeza gravemente hacia Malfoy y Nott, quienes

sonreían burlonamente, con escepticismo. —Cuando ustedes hayan visto tanto de la vida como yo, no menospreciarán el poder de amor obsesivo...—

—Y ahora, — dijo Slughorn, —es hora de que empecemos a trabajar. —

—Señor, no nos ha dicho lo que hay en este, — dijo Ernie Macmillan, señalando un caldero negro pequeño que estaba sobre el escritorio de Slughorn. La poción en su interior chapoteaba alegremente, era de color oro derretido y grandes gotas brincaban como peces dorados sobre la superficie, aunque nada se había derramado.

—Oh,— dijo Slughorn otra vez. Harry tuvo la seguridad de que Slughorn no había olvidado la poción en lo absoluto, pero había esperado obtener un efecto dramático. —Sí. Eso. Pues bien, aquél, damas y caballeros, es una pequeña poción muy curiosa, llamada Felix Felicis. Asumo, — dijo, sonriendo, mirando a Hermione, quién dejó escapar un pequeño chirrido, —que usted sabe qué hace Felix Felicis, señorita Granger? —

—Es suerte líquida, — dijo Hermione excitadamente. — ¡Al que la bebe lo hace afortunado!—

La clase entera pareció acomodarse en sus sillas. Ahora todo lo que Harry podía ver de Malfoy fue la parte de atrás de su cabello rubio y lacio, porque finalmente él le estaba poniendo su más completa atención a Slughorn.

—Perfectamente, otros diez puntos para Gryffindor. Sí, es una pequeña y curiosa poción, Felix Felicis,— dijo Slughorn. —Desesperantemente difícil de hacer y desastrosa si queda mal. Sin embargo, si se confecciona correctamente, como esta lo ha sido, ustedes encontrarán que todos sus esfuerzos tienden a tener éxito... al menos hasta que los efectos se acaben. —

— ¿Por qué no la bebe la gente todo el tiempo, señor?— dijo Terry Boot, entusiastamente.

—Porque si se toma en exceso causa vértigo, imprudencia y un peligroso exceso de confianza, — dijo Slughorn. —Mucha miel empalaga, ya saben... es altamente tóxica en cantidades grandes. Pero tomada con moderación y muy ocasionalmente...—

— ¿La ha tomado alguna vez, señor?— preguntó Michael Corner con gran interés.

—Dos veces en mi vida, — dijo Slughorn. —Una vez cuando tenía veinticuatro y una cuando tuve cincuenta y siete años de edad. Dos cucharadas tomadas con el desayuno. Dos días perfectos. —

Miró soñadoramente a la distancia. Si estaba haciendo teatro o no, pensó Harry, el efecto fue bueno.

—Y eso, — dijo Slughorn, aparentemente regresando a la tierra, —es lo que les ofreceré como premio en esta clase.—

Hubo un silencio en el cual cada burbuja y gorgoteo de las circundantes pociones pareció magnificado diez veces.

—Una diminuta botella de Felix Felicis, — dijo Slughorn, tomando una minúscula botella con un corcho, de su bolsillo y mostrándoselos a todos ellos. — Suficiente para doce horas de suerte. De sol a sol, tendrán suerte en todo lo que intenten.—

—Ahora, debo avisarles que Felix Felicis es una sustancia prohibida en competencias organizadas... Los eventos deportivos, por ejemplo, los exámenes, o las elecciones. Así es que el exitoso debe usarlo sólo en un día rutinario... ¡Y verán cómo ese día rutinario se vuelve extraordinario!—

— ¿Entonces, — dijo Slughorn, repentinamente enérgico, —¿Cómo están para ganarse este fabuloso premio? Pues bien, pongan la página diez de Preparación Avanzada de Pociones. Nos queda un poco más de una hora, suficiente tiempo como para que ustedes hagan un intento digno de preparar la Poción de Muertos en Vida. Sé que es más complicado que cualquier cosa que hayan intentado antes y no espero una poción perfecta de nadie. La persona que mejor la haga, sin embargo, ganará al pequeño Felix que tengo aquí. ¡Adelante!—

Hubo un sonido rasposo mientras todo el mundo arrastró sus calderos hacia ellos y algunos golpes apagados mientras comenzaron a poner contrapesos a sus balanzas, pero nadie habló. La concentración dentro del aula era casi tangible. Harry vio a Malfoy hojeando febril y rápidamente su copia de 'Preparación Avanzada de Pociones'. No pudo haber sido más claro que Malfoy realmente quisiera ese día afortunado. Harry se empeñaba en leer el gastado libro que Slughorn le había prestado.

Para su molestia vio que el dueño anterior había garabateado por todas las páginas, por lo que los márgenes eran tan negros como las partes impresas. Se agachó más hacia el libro para descifrar los ingredientes (aun aquí, el dueño anterior había hecho anotaciones y referencias cruzadas), Harry se fue de prisa hacia la alacena, encontrando lo que necesitaba. Mientras regresaba corriendo hacia su caldero, vio a Malfoy cortando raíces de Valeriana tan rápido como podía.

Todo el mundo se mantuvo mirando cuidadosamente cómo iba el resto, lo cual era una ventaja y una desventaja en pociones, ya que era difícil de mantener la privacidad del trabajo. En diez minutos, el lugar entero estaba lleno de un vapor azulado. Hermione, claro está, parecía haber progresado más. Su poción se parecía al 'suave líquido, oscuro y color grosella, mencionado como ideal en la etapa intermedia.

Habiendo terminado de picar su raíces en trocitos, Harry trató de leer su libro otra vez más. Esto resultaba realmente irritante, tratando de intentar descifrar las indicaciones bajo todos los garabatos estúpidos del dueño anterior, quién por alguna razón había estado en desacuerdo con la orden para cortar en pedazos el frijol de sofofora y había escrito una indicación alternativa:

—Aplastar con el lado plano de una daga de plata, suelta el jugo mejor que cortando.—

—¿Señor creo que usted conoció a mi abuelo, Abraxas Malfoy?— Harry volteó; Slughorn pasaba por la mesa Slytherin.

—Sí, — dijo Slughorn, sin mirar a Malfoy, —sentí mucho oír que había muerto, aunque por supuesto no fue inesperado, viruela de dragón a su edad...—

Y Slughorn se marchó dando media vuelta. Harry se agachó nuevamente sobre su caldero, sonriendo burlonamente. Podría decirse que Malfoy hubiera esperado ser tratado como Harry o Zabini; quizá aún esperando algún tratamiento preferencial del tipo que él esperaba de Snape. Se veía que Malfoy tendría que confiar en nada más que en el talento para ganarse la botella de Felix Felicis.

El frijol de sofofora resultaba ser muy difícil de cortar. Harry recurrió a Hermione.

— ¿Puedes prestarme tu daga de plata?—

Ella asintió impacientemente, sin quitar la vista de su poción, la que todavía era de un color púrpura intenso, aunque de acuerdo al libro debía poseer un leve tinte lila a estas alturas.

Harry aplastó su frijol con el lado plano de la daga. Para su asombro, inmediatamente soltó tanto jugo que se sorprendió de que ese marchito frijol pudiera contenerlo todo.

Rápidamente introdujo todo en el caldero y vio, para su sorpresa, que la poción inmediatamente se tornó del color descrito en el texto.

Su molestia con el anterior dueño desapareció en el acto, Harry dirigió su mirada a la siguiente línea de instrucciones. De acuerdo al libro, tenía que revolver en el sentido contrario a las agujas del reloj hasta que la poción se volviera clara como el agua. Según la nota que hizo el dueño anterior, sin embargo, debía agitar una vez en el sentido del reloj después de cada siete agitaciones contrarias al sentido del reloj. ¿Podría estar el dueño anterior en lo correcto dos veces?

Harry revolvió en sentido contrario a las manecillas del reloj, mantuvo la respiración y movió una vez en sentido de las manecillas del reloj. El efecto fue inmediato. La poción se volvió rosa pálido.

— ¿Cómo lo estás haciendo?— dijo Hermione, quien estaba roja y su cabello se volvía más y más desordenado por el vapor de su caldero, su poción todavía era resueltamente púrpura.

—Revuelve una vez en sentido de las manecillas del reloj —

— ¡No, no, el libro dice en sentido contrario a las manecillas del reloj!—, chasqueó ella.

Harry se encogió de hombros y continuó lo que estaba haciendo. Siete veces contra el reloj, una como el reloj, pausa... Siete veces contra el reloj, una como el reloj...

Al otro lado de la mesa, Ron maldecía a cada momento en voz baja, su poción parecía regaliz líquido. Harry echó un vistazo alrededor. Hasta donde podía ver, ninguna otra poción estaba tan pálida como la suya. Se sintió exaltado algo que ciertamente nunca antes había sucedido en esa mazmorra.

—Y el tiempo... ¡Se acabó!— dijo Slughorn. —¡Dejen de revolver, por favor!—

Slughorn avanzó lentamente entre las mesas, mirando con atención los calderos. No hizo comentarios, pero ocasionalmente olfateó o agitó las pociones. Al final llegó a la mesa donde Harry, Ron, Hermione y Ernie estaban sentados. Sonrió lamentablemente a la sustancia color alquitrán del caldero de Ron. Pasó por encima del brebaje azul marino de Ernie. Al ver la poción de Hermione dio una inclinación de cabeza aprobatoria. Luego vio la de Harry y una apariencia de incrédulo deleite se extendió en toda su cara.

—¡El ganador absoluto!— gritó en la mazmorra. — ¡Excelente, excelente, Harry! Oh Dios, es claro que has heredado el talento de su madre. ¡Fue una tremenda alumna en Pociones Lily! ¡Aquí tienes, entonces, aquí tienes - una botella de Felix Felicis, lo prometido, úsala bien!—

Harry dejó caer la diminuta botella de líquido color oro en su bolsillo interior, sintiendo una extraña combinación de deleite al ver furia en las caras de los Slytherins y culpabilidad por la decepcionada expresión de Hermione. Ron se quedó simplemente como quien ve visiones.

— ¿Cómo lo hiciste?— murmuró al oído de Harry cuando salían de la mazmorra.

—Tuve suerte, supongo, — dijo Harry, porque Malfoy podía escucharlos.

Una vez que estaban seguros en la mesa de Gryffindor para cenar, se sintió lo suficientemente a salvo como para decirles. La cara de Hermione se volvió de piedra con cada palabra que pronunció.

— ¿Supongo que piensas que hice trampa?— terminó exasperado por su expresión.

— ¿Bueno, no fue exactamente tu trabajo cierto? — dijo ella rígidamente.

— Sólo siguió instrucciones distintas a las nuestras, — dijo Ron, —podría haber sido una catástrofe, ¿Cierto? Pero tomó un riesgo y le resultó—. Exhaló un suspiro. —Slughorn me pudo dar ese libro, pero no, me pasó uno en que nadie había escrito nada. Con una mancha en la página cincuenta y dos pero——

—Espera,— dijo una voz muy cerca de la oreja izquierda de Harry y sintió un poco del olor a flores que había olido en la mazmorra de Slughorn. Miró alrededor y vio que Ginny se les había unido. — ¿Oí bien? ¿Has estado siguiendo órdenes de algo que alguien escribió en un libro Harry?—

Hermione parecía alarmada y enojada. Harry supo de inmediato qué tenía en mente.

—No es nada,— dijo con seguridad, bajando la voz. —No es como ya sabes, el diario de Riddle. Es simplemente un libro de texto viejo en el que alguien escribió. —

— ¿Pero estás haciendo lo que dice?—

—Sólo intenté algunos de los consejos de los márgenes de verdad Ginny, no hay nada extraño —-

—Ginny puede tener razón, — dijo Hermione, reanimándose de inmediato.

—Debemos comprobar que no hay nada extraño en él. Digo, todas estas instrucciones extrañas, ¿Quien sabe?—

— ¡Oye!—, dijo Harry indignado, mientras Hermione tomaba su copia de 'Preparación Avanzada de Pociones' de su mochila y levantó su varita dijo '¡Specialis Revelio!', golpeteándolo levemente en la cubierta delantera. Nada en absoluto ocurrió. El libro simplemente siguió allí, viéndose viejo, sucio y muy usado.

— ¿Terminaste?— dijo Harry irritado. — ¿O quieres esperar y ver si se da algunas vueltas?—

—Parece estar bien, — dijo Hermione, todavía clavando los ojos en el libro suspicazmente. —Digo realmente parece ser... simplemente un libro de texto. —

—Bien. Entonces dámelo—, dijo Harry, tomándolo de la mesa, pero resbaló de su mano y cayó abierto en el piso. Nadie más estaba mirando. Harry se agachó a recoger el libro y al hacerlo, vio algo escrito a lo largo de la parte baja de la cubierta posterior del libro, con la misma escritura pequeña a mano de las instrucciones que le habían hecho ganar su botella de Felix Felicis, ahora escondida seguramente en un par de calcetines en su baúl arriba.

— Este libro es propiedad del Príncipe Mestizo.—

CAPÍTULO 10: La Casa de Gaunt

Durante el resto de las clases de Pociones de esa semana, Harry continuó siguiendo las instrucciones del Príncipe Mestizo siempre que se desviaran de las de Libatius Borage, con el resultado de que en la cuarta clase Slughorn no paraba de hablar sobre las habilidades de Harry, diciendo que rara vez le había enseñado a alguien con tanto talento. Ni Ron ni Hermione estaban muy contentos con esto. Aunque Harry les había ofrecido compartir el libro con ellos, Ron tenía más dificultades descifrando la letra que Harry y no podía pedirle continuamente a Harry que le leyera las instrucciones en voz alta porque se vería sospechoso. Hermione, mientras tanto, estaba completamente decidida a adherirse a lo que ella llamaba las instrucciones "oficiales". Pero estaba cada vez de peor humor a medida que le daban resultados más pobres que las del Príncipe.

Harry se preguntaba vagamente quién había sido el Príncipe Mestizo. Aunque la cantidad de tarea que les habían dado no le dejaba tiempo para leer la copia entera de Preparación Avanzada de Pociones, la había examinado lo suficiente como para ver que no había casi ninguna página en la que el Príncipe no hubiera hecho notas adicionales, no todas relacionadas con la preparación de pociones. En muchos lugares había instrucciones para lo que parecían hechizos que el Príncipe había inventado él mismo.

–O ella misma –Dijo Hermione irritada, escuchando que Harry le mostraba algunos de estos hechizos a Ron en la Sala Común el Sábado a la noche –. Podría haber sido una chica. Creo que la letra parece más de una chica que de un chico.

– Se llamaba el Príncipe Mestizo –dijo Harry – ¿Cuántas chicas han sido príncipes?

Pareció que Hermione no tenía ninguna respuesta para esto. Simplemente frunció el seño y alejó de la vista de Ron su ensayo sobre Los Principios de la Rematerialización de un tirón, porque Ron estaba intentando leerlo al revés.

Harry miró su reloj y rápidamente metió su vieja copia de Preparación Avanzada de Pociones de nuevo en la mochila.

–Son las ocho menos cinco, mejor me voy, voy a llega tarde con Dumbledore.

– ¡Oh! –jadeó Hermione, levantando la vista en seguida – ¡Buena suerte! ¡Te esperaremos despiertos, queremos escuchar qué te enseña!

–Espero que te vaya bien –dijo Ron, y los dos vieron a Harry salir por el agujero del retrato.

Harry prosiguió a través de los corredores desiertos, aunque había tenido que esconderse apresuradamente detrás de una estatua cuando la profesora

Trelawney apareció al dar vuelta la esquina, murmurando para sí misma mientras mezclaba un mazo de barajas bastante sucias, leyéndolas mientras caminaba.

–Dos de picas: conflicto –murmuró, mientras pasaba por el lugar donde Harry estaba agachado, escondido –. Siete de picas: un mal presagio. Diez de picas: violencia. Rey de picas: un joven siniestro, posiblemente turbado, uno al que no le gusta ser interrogado.

Se quedó quieta de repente, justo al lado de la estatua tras la cual se escondía Harry.

–Bueno, eso no puede ser cierto –dijo, molesta, y Harry la escuchó volver a mezclar el mazo otra vez, dejando nada más que un leve olor a jerez para cocinar detrás de sí. Harry esperó hasta que estuvo seguro de que se había ido y después se apuró a llegar al punto en el corredor del séptimo piso donde había sólo una gárgola parada contra la pared.

–Gaseosas ácidas –dijo Harry y la gárgola se corrió de un salto; la pared detrás de ella se deslizó y se reveló una escalera de piedra en espiral en movimiento, en la que Harry se paró, y fue llevado en suave círculos hasta la puerta con la aldaba de bronce que daba a la oficina de Dumbledore.

Harry golpeó.

–Entre –dijo la voz de Dumbledore.

–Buenas noches, profesor –dijo Harry, caminado hacia el interior de la oficina del director.

–Ah, buenas noches Harry, siéntate –dijo Dumbledore, sonriendo –. Espero que hayas tenido una buena primera semana de vuelta en la escuela.

–Sí, gracias, profesor –dijo Harry.

–Debes haber estado ocupado, ¡Ya tienes una detención!

–Eh –empezó Harry torpemente, pero Dumbledore no se veía muy serio.

–Arreglé con el profesor Snape para que cumplas con tu detención el próximo sábado.

–Está bien –dijo Harry que tenía asuntos más importantes en mente que la detención de Snape, y ahora miraba alrededor subrepticiamente en busca de algún indicio de lo que Dumbledore pensaba hacer con él esa noche. La oficina circular se veía igual que siempre; los delicados instrumentos de plata ubicados en las mesas echando humo y zumbando, retratos de anteriores directores y directoras dormitando en sus marcos y el magnífico fénix de Dumbledore, Fawkes, parado en

su percha detrás de la puerta, mirando a Harry con brillante interés. Ni siquiera parecía que Dumbledore hubiera preparado espacio para práctica de duelos.

–Así que, Harry –dijo Dumbledore en una voz de negocios – ¿Te has estado preguntando, estoy seguro, qué te tengo planeado durante estas –por falta de un término mejor – lecciones?

–Sí, profesor.

–Bueno, he decidido que es hora, ahora que sabes qué es lo que incitó a Lord Voldemort a tratar de matarte hace quince años, que te sea dada cierta información.

Hubo una pausa.

–Usted dijo, al final del último año, que me iba a contar todo –dijo Harry. Le resultaba difícil ocultar una nota de acusación en su voz, – profesor –añadió.

–Y así lo hice –dijo Dumbledore plácidamente –. Te conté todo lo que se. Desde este momento en adelante, dejaremos las firmes bases de los hechos y viajaremos juntos a través de los tenebrosos pantanos de la memoria, hacia los matorrales de las conjeturas más salvajes. De ahora en adelante, Harry, puedo estar tan miserablemente equivocado como Humphrey Belcher, que pensaba que era el momento perfecto para fabricar un caldero con queso.

– ¿Pero usted piensa que está en lo cierto? –dijo Harry.

–Naturalmente sí, pero como ya te he probado, cometo errores como cualquier hombre. De hecho, siendo, perdóname, bastante más inteligente que la mayoría de los hombres, mis errores tienden a ser como corresponde mucho mayores.

–Profesor –dijo Harry tanteando –, Lo que va a contarme ¿Tiene algo que ver con la profecía? ¿Va a ayudarme a… sobrevivir?

–Tiene mucho que ver con la profecía –dijo Dumbledore, tan despreocupadamente como si Harry le hubiera preguntado sobre el clima de los días siguientes –. Y ciertamente espero que te ayude a sobrevivir.

Dumbledore se levantó y caminó alrededor del escritorio, pasando a Harry, que se dio vuelta anhelante en su silla para ver a Dumbledore inclinado sobre el armario junto a la puerta. Cuando Dumbledore se irguió, estaba sosteniendo una familiar vasija de piedra poco profunda con marcas extrañas talladas alrededor de su borde. Colocó el pensadero en el escritorio enfrente de Harry.

–Te ves preocupado.

Harry en efecto había estado mirando el pensadero con cierta aprehensión. Sus experiencias anteriores con el extraño dispositivo que almacenaba y revelaba pensamientos y recuerdos, aunque habían sido altamente instructivas, también habían sido incómodas. La última vez que había mirado su contenido, había visto mucho más de los que hubiera querido. Pero Dumbledore estaba sonriendo.

–Esta vez, vas a entrar al pensadero conmigo… y aún mucho más inusual, con mi permiso.

– ¿A dónde vamos, profesor?

–De viaje por el camino de los recuerdos de Bob Ogden –dijo Dumbledore, sacando de su bolsillo una botella de cristal que contenía una sustancia de color blanco–plateado que se arremolinaba.

– ¿Quién fue Bob Ogden?

–Era un empleado del Departamento de Seguridad Mágica –dijo Dumbledore –. Murió hace un tiempo, pero no antes de que lo hubiera rastreado y persuadido de que me confiara estas memorias. Estamos a punto de acompañarlo en una visita que hizo en el transcurso de su carrera. Estarás, Harry…

Pero Dumbledore estaba teniendo dificultades para quitar el corcho de la botella de cristal. Su mano herida parecía rígida y dolorosa.

– ¿Quiere que… quiere que yo lo haga, profesor?

–No te preocupes, Harry.

Dumbledore apuntó su varita a la botella y el corcho salió volando.

–Profesor, ¿que le pasó en la mano?- Harry volvió a preguntar, mirando los dedos ennegrecidos con una mezcla de repulsión y pena.

–Ahora no es el momento para esa historia, Harry. No aún. Tenemos una cita con Bob Ogden.

Dumbledore vertió el contenido plateado de la botella en el pensadero, donde se arremolinó y brilló tenuemente, ni líquido ni gas.

–Después de ti –dijo Dumbledore, señalando la vasija.

Harry se inclinó hacia delante, tomó aire, y metió la cabeza en la sustancia plateada. Sintió que sus pies dejaban el suelo de la oficina; se estaba cayendo, cayendo a través de una oscuridad arremolinada y después, bastante súbitamente, estaba parpadeando por la deslumbrante luz del sol. Antes de que sus ojos se hubieran acostumbrado, Dumbledore aterrizó junto a él.

Estaban parados en un camino en el campo, cercado por altos y enmarañados setos, bajo un cielo veraniego tan azul y brillante como una nomeolvides. A unos tres metros delante de ellos había un hombre bajo y rollizo usando lentes extremadamente gruesos que reducían sus ojos al tamaño de los de un topo. Estaba leyendo un cartel de madera que salía de las zarzas al lado izquierdo del camino. Harry sabía que ese tenía que ser Ogden; era la única persona a la vista, y además estaba usando la extraña combinación de prendas tan frecuentemente elegida por magos sin experiencia que intentaban parecer muggles: en este caso, una levita y botines sobre un traje de baño a rayas. Antes de que Harry tuviera tiempo solo de observar su extraña apariencia, Ogden había empezado a caminar con paso rápido por el camino.

Dumbledore y Harry lo siguieron. Mientras pasaban por el cartel de madera, Harry miró sus dos flechas. Una apuntaba hacia el lugar del que venían y decía: Great Hangleton. La flecha que apuntaba hacia Ogden decía Little Hangleton, 1 milla.

Caminaron un corto trecho con nada más que ver que los setos, el amplio cielo azul sobre sus cabezas y la figura con levita delante de ellos, con su ropa susurrando mientras se movía. Entonces el camino giró hacia la izquierda y empezó a bajar, con mucha pendiente, siguiendo el costado de una colina, de modo que tuvieron una vista súbita e inesperada de un valle completo que aparecía justo delante de ellos. Harry podía ver un pueblo, sin lugar a dudas Little Hangleton, anidado entre dos altas colinas, con su iglesia y su cementerio claramente visibles. Del otro lado del valle, en la colina opuesta, había una elegante mansión rodeada por una amplia extensión de césped verde y afelpado.

Ogden había empezado a trotar de mala gana a causa de la pendiente. Dumbledore alargó su paso y Harry se apuró para no quedarse atrás. Pensó que Little Hangleton debía ser su destino final y se preguntó, como lo había hecho la noche que habían encontrado a Slughorn, por qué tenían que acercarse desde tanta distancia. Pronto descubrió que estaba equivocado al pensar que estaban yendo al pueblo, sin embargo. El camino se curvaba a la derecha y cuando doblaron a la esquina, fue para ver una punta de la levita de Ogden desaparecer a través de un hueco en la cerca.

Dumbledore y Harry lo siguieron por un angosto camino de tierra bordeado por setos más altos y más salvajes que los que había dejado atrás. El camino era irregular, rocoso y lleno de baches, con pendiente hacia abajo como el anterior, y parecía dirigirse hacia unos árboles oscuros un poco más abajo. Y así era, el camino pronto se ensanchó al llegar al grupo de árboles y Dumbledore y Harry se detuvieron detrás de Ogden, quien se había detenido y sacado su varita.

A pesar del día sin nubes, los altos árboles de adelante creaban sombras profundas, oscuras y frescas y a los ojos de Harry les tomó unos segundos

distinguir el edificio medio escondido entre la maraña de troncos. A Harry le pareció una lugar muy extraño para una casa, o una decisión rara dejar crecer los árboles tan cerca, bloqueando toda la luz y la vista del valle. Se preguntó si estaría habitada, sus paredes estaban llenas de musgo y se habían caído tantas tejas del techo que las vigas estaban visibles en muchos lugares. Las ortigas crecían alrededor de toda la casa, llegando hasta la altura de las ventanas, que eran minúsculas y cubiertas de mugre. Había llegado a la conclusión de que nadie podría llegar a vivir ahí, sin embargo, una de las ventanas se abrió de golpe con un estruendo y una delgada columna de vapor o humo salió por ella, como si alguien estuviera cocinando.

Ogden avanzó silenciosamente y según le pareció a Harry, bastante cautelosamente. Mientras las sombras oscuras de los árboles se deslizaban sobre él, se detuvo otra vez, mirando fijamente la puerta frontal, en la que alguien había clavado una serpiente muerta.

Entonces se escuchó un susurro y un chasquido, y un hombre vestido con andrajos cayó del árbol más cercano, aterrizando parado justo delante de Ogden, quien saltó hacia atrás tan rápido que pisó las colas de su levita y tropezó.

–*No eres bienvenido*.

El hombre parado delante de ellos tenía un pelo grueso tan greñudo y lleno de tierra que podría haber sido de cualquier color. Le faltaban varios dientes. Sus ojos eran pequeños y oscuros, y miraban en direcciones opuestas. Podría haber parecido cómico, pero no era así; el efecto era aterrador, y Harry no podía culpar a Ogden por retroceder varios pasos más antes de hablar.

–Eh… buenos días. Soy del Ministerio de Magia…

–*No eres bienvenido*.

–Eh… lo siento… no le entiendo –dijo Ogden, nervioso.

Harry pensó que Ogden estaba siendo extremadamente torpe; el extraño se estaba haciendo entender muy claramente en la opinión de Harry, particularmente porque sostenía una varita en una mano y un cuchillo corto y bastante sangriento en la otra.

–Me imagino que entiendes lo que dice, ¿No es así, Harry? –dijo Dumbledore despacio.

–Si, por supuesto –dijo Harry, un poco perplejo –. ¿Por qué Ogden no puede…?

Pero cuando sus ojos encontraron la serpiente muerta en la puerta nuevamente, comprendió al instante.

– ¿Está hablando Pársel?

–Muy bien –dijo Dumbledore, sonriendo y asintiendo con la cabeza.

El hombre con harapos ahora estaba avanzando hacia Ogden, cuchillo en una mano, varita en la otra.

–Bueno, mire… –empezó a decir Ogden, pero demasiado tarde: Hubo un ruido como una detonación, y Ogden apareció en el suelo, agarrándose la nariz, mientras que una desagradable sustancia pegajosa amarilla le salía de entre los dedos.

– ¡Morfin! –dijo una voz fuerte.

Un anciano había salido apresuradamente de la choza, golpeando la puerta detrás de él, haciendo que la serpiente se balanceara patéticamente. Este hombre era más bajo que el primero y extrañamente desproporcionado; sus hombros eran muy anchos y sus brazos demasiado largos, lo que junto con sus ojos marrones, su pelo corto y disparejo y su cara arrugada, le daban la apariencia de un mono viejo y poderoso. Se detuvo junto al hombre con el cuchillo, que ahora estaba riéndose, con una risa que parecía un cacareo, ante la vista de Ogden tirado en el suelo.

–Del ministerio, ¿no es así? –dijo el hombre más viejo mirando a Ogden.

– ¡Correcto! –dijo Ogden enojado palpándose la cara –. Y usted es, me imagino, ¿El señor Gaunt?

–Así es –dijo Gaunt –. ¿Le dio en la cara, no es así?

-¡Sí, sí que lo hizo! –dijo Ogden repentinamente.

–Debería haber anunciado su presencia, ¿No? –dijo Gaunt agresivamente –. Esta es propiedad privada. No puede entrar aquí como si nada y esperar que mi hijo no se defienda.

– ¿Defenderse de qué, hombre? –dijo Ogden, volviendo a ponerse en pie.

–Curiosos. Intrusos. Muggles y mugre.

Ogden apuntó su varita a su propia nariz de la que todavía estaba manando lo que parecía pus amarillo y el flujo se detuvo enseguida.

–*Entra a la casa. No discutas* –le dijo el señor Gaunt a Morfin por la comisura de sus labios.

Esta vez prevenido Harry reconoció la lengua Pársel, aún cuando pudiera entender lo que decían, distinguió el extraño siseo que era todo lo que Ogden podía oír. Morfin parecía estar a punto de discutir, pero cuando su padre le echó una mirada atemorizante, cambió de opinión y se fue pesadamente al interior de la choza, balanceándose al andar y golpeando la puerta detrás de él, haciendo que la serpiente se balanceara tristemente otra vez.

–Es a su hijo a quien vengo a ver, señor Gaunt –dijo Ogden, mientras limpiaba los últimos restos de pus de su saco –. Ese era Morfin, ¿No es así?

–Ah sí, ese era Morfin –dijo el anciano indiferentemente – ¿Es usted de sangre pura? –preguntó, repentinamente agresivo.

–Eso no tiene nada que ver ahora – dijo Ogden fríamente y Harry sintió que su respeto por Ogden subía. Aparentemente, Gaunt se sentía de forma bastante diferente.

Le echó una mirada a la cara de Ogden y murmuró, en lo que claramente debía ser un tono ofensivo:

–Ahora que lo pienso, he visto muchas narices como la suya en el pueblo.

–No lo dudo, si han dejado suelto a su hijo cerca de ellos –dijo Ogden –. ¿Tal vez podríamos continuar esta conversación adentro?

– ¿Adentro?

–Sí, señor Gaunt. Ya le dije. Estoy aquí por Morfin. Le enviamos una lechuza…

–No tengo necesidad de lechuzas –dijo Gaunt –. No abro las cartas.

–Entonces no puede quejarse de que no reciba aviso de sus visitas –dijo Ogden mordazmente –. Estoy aquí siguiendo una seria infracción de las leyes de la comunidad mágica, que ocurrió aquí temprano esta mañana.

– ¡Esta bien, está bien, está bien!- bramó Gaunt. – ¡Entre a la maldita casa, entonces, como si fuera a servirle de mucho!

La casa parecía tener tres pequeñas habitaciones. Dos puertas daban a la habitación principal, que servía a la vez de cocina y de sala de estar. Morfin estaba sentado en una silla mugrienta junto a la chimenea, retorciendo una víbora viva entre sus gruesos dedos y cantándole suavemente en lengua Pársel:

Sisea, sisea, pequeña serpiente
Culebrea en el piso
Se buena con Morfin
O te clavará en la puerta

Hubo un ruido en un rincón cerca de la ventana abierta, y Harry se dio cuenta de que había alguien más en la habitación, una chica cuyo vestido gris harapiento era exactamente del mismo color que la sucia pared de piedra detrás de ella. Estaba parada cerca de una olla de la que salía vapor puesta sobre una estufa negra y sucia, acomodando unas ollas y sartenes en un armario arriba de la cocina. Su cabello era lacio y deslucido y tenía una cara plana, pálida y bastante pesada. Sus ojos, como los de su hermano, miraban en distintas direcciones. Se veía un poco más limpia que los dos hombres, pero Harry pensó que nunca había visto una persona que se viera más abatida.

–Mi hija, Merope –dijo Gaunt de mala gana, viendo que Ogden la miraba inquisidoramente.

–Buenos días –dijo Ogden.

No contestó, pero dándole una rápida mirada asustada a su padre se dio vuelta, dándoles la espalda y continuó acomodando las ollas en el armario.

–Bueno, señor Gaunt –dijo Ogden –. Para ir directo al punto, tenemos razones para creer que su hijo Morfin anoche realizó magia enfrente de un muggle.

Hubo un sonido metálico ensordecedor. Merope había dejado caer una de las ollas.

– *¡Levántala!* –bramó Gaunt. ¡Eso es, arrástrate en el piso como un mugriento muggle! ¿Para que es tu varita, inútil saco de estiércol?

– ¡Señor Gaunt, por favor! –dijo Ogden con una voz horrorizada, mientras Merope, que ya había levantado la olla, se ruborizaba de un color escarlata, soltó la olla, sacó su varita temblorosamente de su bolsillo, le apuntó a la olla y murmuró un hechizo inaudible apresuradamente que causó que la olla saliera disparada por el piso atravesando toda la habitación, chocara con la pared, y se partiera en dos.

Morfin dejó escapar un loco cacareo de risa. Gaunt gritó:

– ¡Arréglala, bodoque inútil, arréglala!

Merope atravesó la habitación a tropezones, pero antes de que tuviera tiempo de levantar su varita, Ogden había levantado la suya y dijo "Reparo". La olla se arregló instantáneamente.

Gaunt se vio por un momento como si estuviera por gritar a Ogden, pero pareció pensarlo mejor: en cambio, se mofó de su hija:

–Qué suerte que el hombre amable del ministerio esté aquí, ¿No? Tal vez te saque de mis manos, tal vez no le molesten los sucios squibs…

Sin mirar a nadie ni agradecer a Ogden, Merope levantó la olla y la devolvió, con las manos temblando a su estante. Entonces se quedó parada, quieta, con la espalda contra la pared entre la ventana mugrienta y la cocina, como si no quisiera nada más que hundirse en la piedra y desaparecer.

–Señor Gaunt –comenzó Ogden nuevamente –como le he dicho: la razón de mi visita…

– ¡Ya le escuché la primera vez! –espetó Gaunt – ¿Y qué? Morfin le dio a un muggle un poco de lo que se merecía. ¿Qué hay con eso, entonces?

–Morfin ha infringido las leyes de la comunidad mágica –dijo Ogden seriamente.

–Morfin ha infringido las leyes de la comunidad mágica –Gaunt imitó la voz de Ogden, haciéndola pomposa y cantarina. Morfin cacareó otra vez –Le enseñó a un sucio muggle una lección. ¿Es que eso es ilegal ahora?

–Si –dijo Ogden –. Me temo que sí.

Sacó de un bolsillo un pequeño rollo de pergamino y lo desenrolló.

– ¿Qué es eso entonces, su sentencia? –dijo Gaunt, aumentando su voz muy enojado.

–Es un citatorio del ministerio para una audiencia…

– ¡Citatorio! ¿citatorio? ¿Quién se cree que es usted citando a mi hijo a cualquier lado?

–Soy el jefe del Escuadrón de Seguridad Mágica –dijo Ogden.

–Y piensa que somos basura, ¿No? –gritó Gaunt, avanzando hacia Ogden con un dedo sucio que tenía una uña amarilla apuntándole al pecho –Basura que va a ir corriendo cuando el Ministerio nos llame? ¿Sabe con quién está hablando, pequeño y roñoso sangre sucia? ¿Lo sabe?

–Tenía la impresión de que estaba hablando con el señor Gaunt –dijo Ogden, pareciendo cauteloso, pero manteniéndose firme en su lugar.

– ¡Así es! –rugió Gaunt. Por un momento Harry pensó que Gaunt estaba haciendo un gesto obsceno con su mano, pero después se dio cuenta de que le estaba mostrando a Ogden el feo anillo engarzado con una piedra negra que estaba usando en su dedo mayor, moviéndolo delante de los ojos de Ogden.

- ¿Ve esto? ¿Lo ve? ¿Sabe qué es? ¿Sabe de dónde viene? Hace siglos que está en nuestra familia, tanto como podemos recordar de ella, ¡Todos de sangre pura! ¿Sabe cuanto me han ofrecido por esto, con el escudo de armas de los Peverell tallado en la piedra?

–Realmente no tengo idea –dijo Orden parpadeando con el anillo a unos centímetros de su nariz – y tiene bastante poco que ver con el asunto, señor Gaunt. Su hijo ha cometido…

-Con un rugido de furia, Gaunt corrió hacia su hija. Por una fracción de segundo, Harry pensó que iba a estrangularla porque sus manos se dirigían a su garganta, un momento después, la estaba arrastrando hacia Ogden tirando de una cadena de oro que tenía alrededor del cuello.

– ¿Ve esto? –le bramó a Ogden, agitando un pesado medallón de oro, mientras Merope farfullaba y jadeaba para tomar aire.

– ¡Lo veo, lo veo! –dijo Ogden apresuradamente.

– ¡De Slytherin! –Gritó Gaunt – ¡De Salazar Slytherin! ¡Somos sus últimos descendientes vivos! ¿Qué dice a eso, eh?

– ¡Señor Gaunt, su hija! –dijo Ogden alarmado, pero Gaunt ya la había soltado, ella se alejó de él, de vuelta a su rincón, masajeándose el cuello y tratando de tomar aire.

– ¡Entonces! –dijo Gaunt triunfantemente, como si acabara de probar un punto complicado más allá de toda disputa posible. – ¡No esté hablándonos como si fuéramos tierra en sus zapatos! ¡Generaciones de sangre pura, todos magos, más de lo que usted puede decir, no tengo dudas!-

Y escupió al piso cerca de los pies de Ogden. Morfin volvió a cacarear. Merope, acurrucada cerca de la ventana, con la cabeza baja y la cara tapada por su pelo lacio, no dijo nada.

–Señor Gaunt –dijo Ogden tenazmente –, me temo que ni sus ancestros ni los míos tienen algo que ver con el problema que nos concierne. Estoy aquí por Morfin, Morfin y el muggle que acosó anoche. Nuestra información –miró su rollo de pergamino –es que Morfin le echó un maleficio o hechizo, causándole la erupción de una dolorosa urticaria.

Morfin rió tontamente.

–*Mantente callado, chico* –gruño Gaunt en Pársel y Morfin volvió a quedar en silencio.

– ¿Y que pasa si lo hizo, entonces? –Gaunt le contestó desafiantemente a Ogden –Me imagino que le habrán limpiado su sucia cara al muggle y también su memoria.-

–Eso no es lo que importa, ¿O sí, señor Gaunt? –dijo Ogden –. Eso fue un ataque no provocado sobre un indefenso…

–Sí, ya me imaginaba que usted era un amante de los muggles desde el momento en que lo vi – dijo Gaunt despreciativamente y volvió a escupir el piso.

–Esta discusión no nos está llevando a ningún lado –dijo Ogden firmemente –. Está claro por la actitud de su hijo que no siente ningún remordimiento por sus acciones. –Miró nuevamente su pergamino –Morfin irá a una audiencia el catorce de Septiembre para responder por los cargos de usar magia enfrente de un muggle y de causarle daño y angustia al mismo mugg…

Ogden se detuvo. El cascabeleo, el sonido de pasos de caballo y voces fuertes que se reían llegaban a través de la ventana abierta. Aparentemente el camino sinuoso hacia el pueblo pasaba muy cerca de la mata donde se encontraba la casa. Gaunt se paralizó escuchando con sus ojos muy abiertos. Morfin siseó y volvió su cara hacia los sonidos, con expresión hambrienta. Merope levantó su cabeza. Su cara, según notó Harry, estaba completamente blanca.

– ¡Dios, que feo! –sonó fuertemente la voz de una chica, tan claramente audible a través de la ventana abierta como si estuviera en la misma habitación que ellos. – ¿No podría tu padre demoler esa casucha, Tom?-

–No es nuestra –dijo la voz de un joven –. Todo lo que está en el otro lado del valle nos pertenece, pero esa choza pertenece a un viejo vago llamado Gaunt y a sus hijos. El hijo está bastante loco, deberías oír algunas de las historias que se cuentan de él en el pueblo.-

La muchacha se rió. Los sonidos de cascabeles y de caballos se estaban haciendo más y más fuertes. Morfin quiso levantarse de su silla.

–*Quédate sentado* –le dijo su padre amenazadoramente en Pársel.

–Tom –dijo la voz de la chica de nuevo, ahora tan cerca que estaban claramente al lado de la casa –, podría estar equivocada, pero ¿Alguien ha clavado una serpiente a esa puerta?-

– ¡Buen Dios, tienes razón! –Dijo la voz del hombre – Ese debe haber sido el hijo, te dije que no está bien de la cabeza. No la mires, Cecilia, querida.-

Los sonidos de cascabeles y de caballos se estaban volviendo a hacer más débiles.

–*"Querida"* –susurró Morfin en Pársel, mirando a su hermana –. *Le dijo "querida". Así que nunca te va a hacer caso de todos modos.*

Merope estaba tan blanca que Harry estaba seguro de que se iba a desmayar.

– *¿Qué es eso?* –Dijo Gaunt agudamente también en Pársel, mirando de su hijo a su hija – *¿Qué dijiste, Morfin?*

–Le gusta mirar a ese muggle –dijo Morfin mirando con una expresión agresiva en su cara a su hermana, que ahora se veía aterrorizada –. *Está siempre en el jardín cuando pasa, espiándolo a través del seto, ¿No es verdad? Y anoche…*

Merope sacudió su cabeza espasmódicamente, implorando, pero Morfin continuó cruelmente.

–Mirando por la ventana esperando que él volviera a su casa, ¿No?

– ¿Mirando por la ventana, esperando ver a un muggle? –dijo Gaunt despacio.

Los tres Gaunts parecían haberse olvidado de Ogden, quien estaba mirando a la vez desconcertado e irritado a este renovado estallido de siseos.

– ¿Es cierto? –dijo Gaunt con una voz mortal, avanzando uno o dos pasos hacia la chica aterrorizada *–Mi hija, descendiente de sangre pura de Salazar Slytherin, ¿anhelando un sucio muggle con sangre sucia?-*

Merope agitó su cabeza frenéticamente, presionándose contra la pared, aparentemente incapaz de hablar.

– ¡Pero le di su merecido, padre! –Cacareó Morfin – *Le di su merecido cuando pasaba, y no se veía tan bonito con toda esa urticaria por todos lados, ¿O sí, Merope?-*

– ¡Tú, desagradable y pequeña squib, sucia traidora de la sangre!, - rugió Gaunt, perdiendo el control y sus manos se cerraron sobre la garganta de su hija.

Harry y Ogden gritaron "¡No!" a la vez; Ogden levantó su varita y gritó - "¡Relaskio!-

Gaunt fue empujado hacia atrás, lejos de su hija, tropezó con una silla y cayó de espaldas. Con un rugido de furia, Morfin saltó de su silla y corrió hacia Ogden, empuñando su cuchillo sangriento y disparando maleficios indiscriminadamente.

Ogden corrió por su vida. Dumbledore indicó que debían seguirlos y Harry obedeció con los gritos de Merope haciendo eco en sus oídos.

Ogden se lanzó por la abertura e irrumpió en la senda principal, con sus brazos sobre su cabeza, donde chocó con el caballo castaño lustroso montado por un hombre joven, de pelo negro y muy apuesto. Tanto él como la muchacha cabalgando a su lado en un caballo gris se desternillaron de la risa al ver a Ogden, que rebotó al chocar con el flanco del caballo y volvió a salir corriendo, con su levita flotando, cubierto de polvo de pies a cabeza.

–Creo que es suficiente, Harry –dijo Dumbledore. Tomó a Harry por el codo y tiró de él. Un momento después, ambos estaban elevándose como si no pesaran nada a través de la oscuridad, hasta que aterrizaron directamente de pie, de nuevo en la oficina de Dumbledore, ahora sombría.

– ¿Que pasó con la muchacha de la choza? –preguntó Harry de inmediato, mientras Dumbledore encendía más lámparas con su varita. – ¿Merope o como fuera que se llamara?-

–Oh, sobrevivió –dijo Dumbledore, volviendo a sentarse detrás de su escritorio e indicando a Harry que también debía sentarse –. Ogden se apareció en el ministerio y volvió con refuerzos en quince minutos. Morfin y su padre intentaron resistirse, pero ambos fueron vencidos, sacados de la choza y luego juzgados por el Wizengamot. Morfin, quien ya tenía antecedentes de ataques a muggles, fue sentenciado a tres años en Azkaban. Sorvolo, que había herido a varios empleados del ministerio además de Ogden, recibió seis meses.

– ¿Sorvolo? –Harry repitió extrañado.

–Así es –dijo Dumbledore, sonriendo con aprobación –. Me alegra ver que te estás manteniendo al tanto.-

– ¿Ese hombre era…?

–El abuelo de Voldemort, sí –dijo Dumbledore –. Sorvolo, su hijo, Morfin y su hija Merope, fueron los últimos Gaunt, una familia de magos muy antigua caracterizada por una veta de inestabilidad y violencia que apareció a través de las generaciones a causa de su hábito de casarse entre primos. Falta de sentido común, junto con un gran gusto por la grandeza significaron que el oro de la familia fuera derrochado varias generaciones antes de que Sorvolo naciera. Como viste, él quedó en la miseria y la pobreza, con muy mal humor, una cantidad fantástica de arrogancia y orgullo, y un par de reliquias familiares que atesoraba tanto como a su hijo y bastante más que a su hija.

–Entonces Merope –dijo Harry, inclinándose hacia delante en su silla y mirando fijamente a Dumbledore –, así que Merope… Profesor, ¿Eso significa que era… la madre de Voldemort?

–Así es –dijo Dumbledore –. Y también parece que pudimos dar una mirada al padre de Voldemort. Me pregunto si lo notaste.

– ¿El muggle al que Morfin atacó? ¿El hombre a caballo?

–Muy bien –dijo Dumbledore, contento –. Sí, ese era Tom Riddle padre, el apuesto muggle que solía salir a caballo y pasar cerca de la choza de los Gaunt, y aquel por el que Merope Gaunt sentía una pasión ardiente y secreta.-

– ¿Y terminaron casados? –dijo Harry incrédulo incapaz de imaginar a dos personas entre las que fuera más improbable que surgiera amor.

–Me parece que estás olvidando –dijo Dumbledore –que Merope era una bruja. No creo que sus poderes mágicos aparecieran para su beneficio cuando era aterrorizada por su padre. Una vez que Sorvolo y Morfin estuvieron seguros en Azkaban, una vez que estuvo sola y que fue capaz de dar rienda suelta a sus habilidades y de tramar su escape de la vida desesperada que había llevado por dieciocho años. ¿Puedes pensar en alguna medida que Merope podría haber tomado para que Tom Riddle olvidara a su compañera muggle y se enamorara de ella en cambio?-

– ¿La maldición Imperius? –sugirió Harry – ¿O una poción de amor?-

–Muy bien. Personalmente, me inclino a pensar que usó una poción de amor. Estoy seguro de que le habría parecido más romántico y no creo que le hubiera sido muy difícil, persuadirlo de que tomara un vaso de agua, algún día caluroso en el que Riddle estuviera montando solo. En cualquier caso, unos meses después de la escena que acabamos de presenciar, el pueblo de Little Hangleton disfrutó de un escándalo tremendo. Imagina la charla que habría causado cuando el hijo del señor se fue con la hija del vago, Merope. Pero el asombro de la gente del pueblo no fue nada comparado con el de Sorvolo. Había vuelto de Azkaban y esperaba encontrar a su hija esperando obedientemente su regreso con la comida caliente servida en la mesa. Sin embargo encontró que todo estaba cubierto por centímetros de polvo y su carta de despedida, explicándole lo que había hecho. Por todo lo que he podido descubrir, él nunca mencionó su nombre o su existencia de allí en adelante. El asombro causado por su deserción puede haber contribuido a su muerte temprana o tal vez nunca había aprendido a alimentarse por sí solo. Azkaban había debilitado mucho a Sorvolo y no vivió para ver el regreso de Morfin a la choza.-

– ¿Y Merope? Ella… murió, ¿No es cierto? ¿Voldemort no creció en un orfanato?-

–Sí así es – dijo Dumbledore –. Debemos hacer bastantes conjeturas aquí, Harry, aunque no creo que sea difícil deducir que sucedió. Verás, unos meses después de su casamiento y huida, Tom Riddle volvió a aparecer en la mansión en Little Hangleton sin su esposa. Hubo rumores en todo el vecindario de que había dicho haber sido "engañado" y "vendado". Lo que quiso decir, estoy seguro, es que había estado bajo un hechizo que ahora había terminado, aunque me atrevo a decir que no se arriesgó a usar esas palabras en particular por miedo a que pensaran que estaba loco. Cuando escucharon lo que estaba diciendo, sin embargo, la gente del pueblo llegó a la conclusión de que Merope le había mentido a Tom Riddle, pretendiendo que iba a tener a su hijo y que él se había casado con ella por esta razón.-

–Pero sí tuvo a su hijo.-

–Pero no hasta un año después de que se casaran. Tom Riddle la dejó mientras estaba embarazada.-

– ¿Qué salió mal? –Preguntó Harry – ¿Por qué dejó de funcionar la poción de amor?-

–Otra vez, son conjeturas –dijo Dumbledore –, pero creo que Merope, que estaba profundamente enamorada de su marido, no podía continuar esclavizándolo por medios mágicos. Creo que eligió dejar de darle la poción. Tal vez, atontada como estaba, se había convencido a sí misma de que para ese entonces él ya se habría enamorado de ella. Tal vez pensó que se quedaría por el bien de su bebé. En ese caso, estaba equivocada en ambas cosas. Él la dejó, nunca la volvió a ver y nunca se preocupó por descubrir qué había sido de su hijo.-

El cielo afuera estaba negro como la tinta y las lámparas en la oficina de Dumbledore parecían brillar más que antes.

–Creo que eso es todo por esta noche Harry –dijo Dumbledore después de un momento o dos.

–Sí, profesor –dijo Harry.

Se levantó, pero no se fue.

–Profesor… ¿es importante saber todo esto sobre el pasado de Voldemort?-

–Muy importante, según mi opinión –dijo Dumbledore.

–Y… ¿tiene algo que ver con la profecía?-

–Tiene mucho que ver con la profecía.-

–Está bien –dijo Harry, un poco confundido, pero tranquilo a la vez.

Se dio vuelta para irse, pero se le ocurrió otra pregunta, y volvió a darse vuelta.

–Profesor, ¿Puedo contarle a Ron y Hermione todo lo que me ha dicho?-

Dumbledore lo consideró por un momento y después dijo:

–Sí, creo que el señor Weasley y la señorita Granger han probado ser dignos de confianza. Pero Harry, te voy a pedir que no le repitas nada de esto a nadie más. No creo que sea buena idea que se sepa cuánto sé, o sospecho, de los secretos de Lord Voldemort.-

–No señor, me aseguraré de que sean sólo Ron y Hermione. Buenas noches.-

Se dio vuelta otra vez, y estaba justo ante la puerta cuando lo vio. Reposando en una de las mesas de patas largas y delgadas en las que había tantos instrumentos delicados de plata, había un feo anillo de oro con una piedra negra, grande y partida.

–Profesor –dijo harry, mirándolo fijamente –. Ese anillo…-

– ¿Sí? –dijo Dumbledore.-

–Estaba usándolo cuando visitamos al profesor Slughorn esa noche.-

–Así es –acordó Dumbledore.-

–Pero no es… profesor, ¿No es el mismo anillo que Sorvolo Gaunt le mostró a Ogden?-

Dumbledore inclinó la cabeza.

–El mismo.-

– ¿Pero como puede ser…? ¿Siempre lo tuvo usted?-

–No, lo conseguí muy recientemente –dijo Dumbledore –. Unos días antes de que fuera a buscarte a la casa de tus tíos, de hecho.-

– ¿Eso sería cerca del momento en que se lastimó la mano, entonces, profesor?-

–Si, bastante cerca, sí, Harry.-

Harry dudó. Dumbledore estaba sonriendo.

–Profesor, ¿Cómo fue exactamente que…?-

– ¡Es muy tarde Harry! Escucharás la historia en otro momento. Buenas noches.-

–Buenas noches, profesor.-

Capítulo 11: La mano colaboradora de Hermione

Como Hermione había predicho, los períodos libres de los de sexto año no eran las horas de maravillosa relajación que Ron había anticipado, eran momentos en los que intentaban estar al día con la enorme cantidad de deberes que les estaban mandando. No solo estaban estudiando como si tuviesen exámenes a diario, sino que las mismas clases se habían hecho más exigentes que nunca. Harry apenas entendió la mitad de lo que la profesora McGonagall les dijo esos días, hasta Hermione había tenido que pedirle que repitiera las instrucciones una o dos veces. Increíblemente y para el creciente resentimiento de Hermione, Pociones se había convertido de repente en la asignatura favorita de Harry, gracias al Príncipe Mestizo.

Los hechizos no-verbales eran ahora exigidos, no sólo en Defensa Contra las Artes Oscuras, sino también en Encantamientos y Transformaciones. Harry miraba a sus compañeros de clase frecuentemente en la sala común o en las comidas con la cara púrpura y esforzándose como si hubiesen sufrido una sobredosis de Que-No-Haces, pero sabía que realmente estaban esforzándose en hacer que los hechizos funcionasen sin decir el encantamiento en voz alta. Era un alivio ir fuera y adentrarse en los invernaderos, estaban tratando con las plantas más peligrosas hasta ese entonces en Herbología, pero al menos tenían permitido lanzar juramentos en voz alta si la Tentácula Venenosa los agarraba inesperadamente por detrás.

Uno de los resultados de la enorme carga de trabajo y las frenéticas horas de practicar los hechizos no-verbales fue que Harry, Ron y Hermione estaban lejos de encontrar tiempo para ir a visitar a Hagrid. Él había dejado de ir a las comidas en la mesa de profesores, una muy mala señal, y en las pocas ocasiones en que se habían cruzado con el por los pasillos o en los terrenos, misteriosamente no había logrado darse cuenta de su presencia o de oír sus saludos.

-Tenemos que ir y explicarle,- dijo Hermione, mirando a la enorme silla vacía de Hagrid en la mesa de profesores el sábado siguiente durante el desayuno.

-¡Esta mañana tenemos las pruebas de Quidditch!- dijo Ron. -¡Y se supone que tendríamos que estar practicando el hechizo Aguamenti para Flitwick! De todas formas, ¿Para explicar qué? ¿Cómo vamos a decirle que odiábamos su estúpida asignatura?'-

-¡No la odiábamos!- dijo Hermione.

-Habla por ti misma, yo no he olvidado todavía a los Escregutos de cola explosiva,- dijo Ron siniestramente. -Y te lo digo ahora, nos hemos escapado por poco. Tú no lo tuviste que oír hablar sin parar de su estúpido hermano,

hubiésemos estado enseñándole a Grawp cómo atarse los cordones de los zapatos si nos hubiésemos quedado.'-

-Odio no poder hablar con Hagrid,- dijo Hermione disgustada.

-Iremos después de Quidditch,- le aseguró Harry. Él también echaba de menos a Hagrid, aunque como Ron pensaba que estaban mejor sin Grawp dentro de sus vidas. -Aunque las pruebas pueden durar toda la mañana, se ha presentado mucha gente.- Se sentía ligeramente nervioso al enfrentarse con el primer obstáculo de su capitanía. -No sé por qué el equipo se hizo tan popular de repente.-

-Oh, vamos, Harry,- dijo Hermione, repentinamente impaciente. -No es el Quidditch lo que es popular, ¡Eres tú! Nunca has sido tan interesante y francamente, nunca has sido más fascinante.-

Ron se atragantó con un gran pedazo de arenque ahumado. Hermione le dirigió una mirada de desdén antes de voltearse nuevamente hacia Harry.

-Todos saben ahora que has estado diciendo la verdad, ¿O no? Todo el mundo mágico ha tenido que admitir que tenías razón acerca de la vuelta de Voldemort y que realmente has luchado con él dos veces en los dos últimos años y que en las dos ocasiones escapaste. Y ahora te llaman 'El Elegido'. Bueno, vamos, ¿no puedes ver por qué la gente está fascinada contigo?-

Harry sentía que en el Gran Comedor hacía de repente mucho calor, a pesar de que el techo se veía frío y lluvioso.

-Y has pasado por toda esa persecución por parte del Ministerio cuando intentaban inventar que eras inestable mentalmente y un mentiroso. Aún se pueden ver las marcas en tu mano donde esa malvada mujer te hizo escribir con tu propia sangre, pero tú, de todas formas, seguías manteniéndote fiel a tu historia…-

-Aún puedes ver por dónde esos cerebros me aprisionaron en el Ministerio, mira,- dijo Ron, dando vuelta sus mangas.

-Y no hace daño el que hayas crecido alrededor de un pie durante el verano,-terminó Hermione ignorando a Ron.

-Yo soy alto,- dijo Ron insistentemente.

Las lechuzas del correo llegaron, descendiendo en picada a través de ventanas salpicadas de lluvia, rociando a todo el mundo con gotas de agua. Muchas personas estaban recibiendo más correo de lo usual; padres ansiosos

estaban deseosos por saber de sus hijos y para tranquilizarlos también de que todo estaba bien en sus casas. Harry no había recibido ninguna carta desde el inicio del curso, su único corresponsal estaba ahora muerto y aunque tenia la esperanza de que Lupin le escribiese ocasionalmente, hasta ahora había sido decepcionado. Se sorprendió bastante, por lo tanto, al ver a una nevada y blanca Hedwig circulando entre todas las lechuzas marrones y grises. Aterrizó delante de él llevando un gran paquete cuadrado. Un momento después, un paquete idéntico aterrizó frente a Ron, aplastando bajo él a su minúsculo y exhausto búho, Pidwidgeon.

-¡Ja!- dijo Harry, desenvolviendo el paquete para revelar una nueva copia de 'Preparación Avanzada de Pociones' de Flourish y Blotts.

-Ah, perfecto,- dijo Hermione, encantada. -Ahora puedes devolver esa copia pintarrajeada.-

-¿Estás loca?- dijo Harry. -¡Me la voy a quedar! Mira, lo he estado pensado –

Sacó la vieja copia de 'Preparación Avanzada de Pociones' fuera de su mochila y dio un golpe a la cubierta con su varita, murmurando, '¡Diffindo!' La cubierta se desprendió. Hizo lo mismo con el libro nuevo (Hermione parecía escandalizada). Entonces intercambió las cubiertas y las golpeó a cada una diciendo, '¡Reparo!'

Allí estaba la copia del Príncipe, disfrazada de libro nuevo, y allí estaba la copia nueva de Flourish y Blotts, pareciendo sin duda de segunda mano.

-Le devolveré a Slughorn el nuevo. No puede quejarse, me costó nueve Galeones.-

Hermione apretó sus labios, parecía enfadada y desaprobadora, pero fue distraída por una tercera lechuza aterrizando frente a ella, la cual portaba la copia del día de 'El Profeta'. Lo extendió apresuradamente y examinó la primera página.

-¿Murió algún conocido?-preguntó Ron con una voz decididamente despreocupada, planteaba la misma pregunta cada vez que Hermione abría su periódico.

-No, pero ha habido más ataques de Dementores,- dijo Hermione. -Y un arresto.-

-Excelente, ¿Quién?- dijo Harry, pensando en Bellatrix Lestrange.

-Stan Shunpike- dijo Hermione.

-¿Qué?- dijo Harry, sobresaltado.

-Stanley Shunpike, conductor del popular transporte mágico 'Autobús Noctámbulo', ha sido arrestado por sospecha de actividad Mortífaga. El Sr. Shunpike, de 21 años, fue apresado la madrugada de anoche después de una redada en su casa en Clapham...-

-Stan Shunpike, ¿Mortífago?- dijo Harry, recordando al joven con espinillas que había conocido tres años antes. -¡No puede ser!-

-Puede que estuviese controlando bajo la Maldición Imperius,- dijo Ron razonando -Ve tú a saber-

-No parece ser eso,- dijo Hermione, que todavía seguía leyendo. -Dice aquí que fue arrestado después de que lo hubieran escuchado hablar por casualidad de los planes secretos de los Mortífagos en un bar.- Ella miró hacia arriba con una expresión preocupada en su cara. -Si estuviera bajo la Maldición Imperius, difícilmente iría por ahí contando acerca de sus planes, ¿Verdad?-

-Parece como si estuviera tratando de parecer que sabe más de lo que realmente sabía,- dijo Ron. -¿No es él el que gritaba que se iba a convertir en Ministro de Magia cuando estaba intentando engancharse con aquella Veela?-

-Si, ese es él,- dijo Harry. -No sé a qué están jugando, tomándose a Stan en serio.-

-Probablemente quieren aparentar que están haciendo algo,- dijo Hermione, frunciendo el ceño. -La gente está aterrada, ¿Se enteraron que los padres de las gemelas Patil quieren que vuelvan a su casa? Y a Eloise Midgeon ya se la llevaron. Su padre la vino a buscar anoche.-

-¡Qué!- dijo Ron mirando a Hermione con ojos desorbitados. -Pero Hogwarts es más seguro que sus propias casas, ¡Es obvio! Tenemos Aurores y todos esos hechizos protectores extra, ¡Y tenemos a Dumbledore!-

-No creo que lo tengamos todo el tiempo,- dijo Hermione en voz muy baja, echando una mirada hacia la mesa de profesores por encima de 'El Profeta'. -¿No se dieron cuenta? Su asiento estuvo vacío tan a menudo como el de Hagrid la semana pasada.-

Harry y Ron miraron a la mesa del personal. La silla del Director estaba en efecto vacía. Ahora que Harry se ponía a pensar en ello, no había visto a Dumbledore desde su clase privada de la semana anterior.

-Creo que ha dejado el colegio para hacer algo con la Orden,- dijo Hermione en voz baja. -Quiero decir… parece que va en serio, ¿No creen?-

Harry y Ron no respondieron, pero Harry sabía que todos estaban pensando lo mismo. Había habido un horrible incidente el día anterior, cuando Hannah Abbott había sido llamada de la clase de Herbología para informarle que su madre había sido encontrada muerta. No habían visto a Hannah desde entonces.

Cuando dejaron la mesa de Gryffindor cinco minutos después para dirigirse al campo de Quidditch, pasaron junto a Lavender Brown y Parvati Patil. Recordando lo que Hermione había dicho sobre los padres de las gemelas Patil queriendo que se fueran de Hogwarts, Harry no se sorprendido al ver que las dos mejores amigas estaban susurrando juntas, con aspecto afligido. Lo que le sorprendió fue que cuando Ron se movía al lado de ellas, Parvati le dio de repente un codazo a Lavender, quien miró alrededor y le dio a Ron una amplia sonrisa. Ron le guiñó un ojo, y devolvió la sonrisa de manera vacilante. Su paso se convirtió instantáneamente en algo más parecido a un pavoneo. Harry resistió la tentación de reírse, recordando que Ron se había abstenido de hacerlo después de que Malfoy le había roto la nariz; Hermione, sin embargo, estuvo distante y fría todo el camino hasta el estadio a través del frío y la llovizna neblinosa, y se fue para encontrar un sitio en la tribuna sin desearle a Ron buena suerte.

Como Harry había esperado, las pruebas duraron la mayor parte de la mañana. Parecía que la mitad de la Casa Gryffindor se había presentado, desde alumnos de primer año que nerviosamente apretaban una selección de las pésimas viejas escobas de la escuela, hasta alumnos de séptimo que destacaban sobre el resto intimidando descaradamente. Los últimos incluían un gran chico con pelo tieso que Harry reconoció inmediatamente del Expreso de Hogwarts

-Nos conocimos en el tren, en el compartimiento del viejo Sluggy,- dijo con confianza, dando un paso fuera de la multitud para estrechar la mano de Harry. -Cormac McLaggen, Guardián.-

-No hiciste las pruebas el año pasado, ¿O sí?- preguntó Harry, dándose cuenta del gran tamaño de McLaggen y pensando que podría bloquear a los tres golpeadores sin moverse siquiera.

-Estaba en la enfermería cuando realizaron las pruebas,- dijo McLaggen, agrandándose. -Comí una libra de huevos de Doxy por una apuesta.-

-Bien,- dijo Harry. -Bueno… esperen por ahí…- Apuntó al borde del campo, cerca de donde Hermione estaba sentada. Le pareció ver pasar un destello de fastidio por la cara de McLaggen y se preguntó si esperaba un trato diferente porque ambos eran favoritos del 'viejo Sluggy'. Harry decidió empezar con una prueba básica, pidiendo a todos los postulantes al equipo que se dividiesen en

grupos de diez y volasen una vez alrededor del campo. Esta fue una buena decisión: los primeros diez estaban formados por alumnos de primero y no podía estar más claro que casi nunca habían volado antes. Solo un chico se las arregló para mantenerse en el aire unos pocos segundos y estaba tan asustado que chocó inmediatamente con uno de los postes de gol.

El segundo grupo constaba de las diez niñas más tontas con las que Harry se había encontrado nunca, quienes, cuando sopló su silbato, simplemente comenzaron a reírse tontamente y a apretarse entre ellas. Romilda Vane se encontraba entre ellas. Cuando les pidió que abandonaran el campo lo hicieron bastante alegremente y fueron a sentarse en las tribunas para interrumpir al resto.

El tercer grupo tuvo un amontonamiento a la mitad del camino alrededor del campo. La mayoría del cuarto grupo había venido sin escobas. El quinto grupo era de Hufflepuff.

-Si hay alguien mas aquí que no sea de Gryffindor,- gritó Harry, quien comenzaba a sentirse seriamente molesto, -márchese ahora, ¡Por favor!-

Hubo una pausa, entonces un par de pequeños Ravenclaws salieron corriendo a toda velocidad del campo bramando en risas.

Después de dos horas, muchas quejas y varios enojos, uno implicando una Cometa 260 rota y varios dientes rotos, Harry había encontrado tres Cazadoras: Katie Bell, de vuelta al equipo después de una prueba excelente, un nuevo hallazgo llamada Demelza Robins, quien era particularmente buena esquivando Bludgers y Ginny Weasley, quien había destacado toda la competición y marcado diecisiete tantos por añadidura. Aunque estaba complacido con su selección, Harry se quedó ronco de tanto gritar a los muchos que se quejaban y ahora estaba librando una batalla similar con los golpeadoress rechazados.

-Esa es mi decisión final y si no se quitan del camino de los Guardianes les tendré que echar una maldición,- bramó.

Ninguno de los golpeadores elegidos tenía el viejo resplandor de Fred y George, pero aún así estaba razonablemente satisfecho con ellos: Jimmy Peakes, un chico de tercer año bajito pero con el pecho ancho que se las había arreglado para hacerle un chichón del tamaño de un huevo en la parte de atrás de la cabeza de Harry con una Bludger golpeada ferozmente, y Ritchie Coote, que parecía debilucho pero apuntaba bien. Se unieron a Katie, Demelza y Ginny en las tribunas para ver la selección del último miembro del equipo.

Harry había deliberadamente dejado la prueba de los Guardianes para el final, esperando tener un estadio más vacío y menos presión en aquellos a los que concernía. Desgraciadamente, de cualquier forma, todos los jugadores rechazados

y un número de personas que habían bajado a mirar las pruebas después de un largo desayuno, se habían unido a la multitud, así que era mayor que nunca. Cada vez que un Guardián volaba a los aros, la multitud rugía y se burlaba en igual medida. Harry echó un vistazo a Ron, quien siempre había tenido problemas con sus nervios, éste había esperado que haber ganado su partido final el curso pasado le hubiese curado, pero aparentemente no: Ron tenía una delicada sombra verde en la cara.

Ninguno de los cinco primeros aspirantes pudo parar más de dos goles cada uno. Para la decepción de Harry, Cormac McLaggen paró cuatro tiros de cinco. En el último, sin embargo, se disparó en la dirección totalmente opuesta, la multitud se rió y lo abucheó y McLaggen volvió al suelo apretando sus dientes.

Ron parecía listo para desmayarse mientras se subía en su Barredora 11. -¡Buena suerte!- gritó una voz desde las gradas. Harry miró alrededor, esperando ver a Hermione, pero era Lavender Brown. Le hubiese gustado esconder su cara en sus manos, como ella hizo un momento después, pero pensó que como era el capitán se debía mostrar ligeramente más valiente, así que se giró para ver la prueba de Ron.

No debía de haberse preocupado: Ron salvó uno, dos, tres, cuatro, cinco tiros uno tras otro. Encantado y resistiéndose a unirse a los vítores de la multitud con dificultad, Harry se volvió a McLaggen para decirle que, desafortunadamente, Ron le había vencido, para encontrarse con la cara roja de McLaggen a pulgadas de la suya. Retrocedió rápidamente.

-Su hermana no lo intentó verdaderamente,- dijo McLaggen amenazadoramente. Había una vena latiendo en su sien como la que Harry había admirado a menudo en Tío Vernon. -Ella le lanzó tiros fáciles.-

-Tonterías,- dijo Harry fríamente. -Casi pierde un tiro.-

McLaggen avanzó un paso más hacia Harry, quien se mantuvo en su sitio esta vez.

-Dame otra oportunidad.-

-No,- dijo Harry. -Ya tuviste tu oportunidad. Paraste cuatro. Ron paró cinco. Ron es Guardián, lo ganó justa y limpiamente. Desaparece de mi camino.-

Pensó por un momento que McLaggen podría pegarle, pero se contentó con mostrar una fea mueca y se marchó furioso, gruñendo lo que sonaron como amenazas al aire.

Harry se volvió para encontrar a su nuevo y radiante equipo.

-Bien hecho,- susurró. -Volaste realmente bien -

-Lo hiciste brillantemente, ¡Ron!-

Esta vez era realmente Hermione quien corría hacia ellos desde las gradas; Harry vio a Lavender saliendo del campo, agarrada del brazo con Parvati, con una expresión bastante malhumorada en su cara. Ron parecía extremadamente complacido consigo mismo y aún más alto de lo usual mientras sonreía ampliamente al equipo y a Hermione.

Después de fijar la hora para su primera sesión de práctica para el siguiente jueves, Harry, Ron y Hermione se despidieron del resto del equipo y se dirigieron hacia la casa de Hagrid. Un sol húmedo intentaba abrirse paso a través de las nubes, y por fin había dejado de lloviznar. Harry se sintió bastante hambriento, esperaba que hubiese algo para comer en la casa de Hagrid.

-Pensé que iba a fallar el cuarto tiro,- estaba diciendo Ron felizmente. -El disparo engañoso de Demelza, lo viste, tenía un poco de efecto-

-Si, si, estuviste magnífico,- dijo Hermione entretenida.

-Fui mejor que ese McLaggen, de cualquier modo,- dijo Ron con un tono de gran satisfacción. -¿Lo vieron moviéndose pesadamente en la dirección equivocada en su quinto tiro? Parecía como si hubiese estado distraído…-

Para la sorpresa de Harry, a Hermione le apareció una profunda sombra rosa en la cara ante esas palabras. Ron no se dio cuenta de nada, estaba demasiado ocupado describiendo cada uno de sus otras atajadas con amoroso detalle.

El gran Hipogrifo gris, Buckbeak, estaba atado delante de la cabaña de Hagrid. Chasqueó su afiladísimo pico mientras se acercaban y giró su enorme cabeza hacia ellos.

-Oh Dios,- dijo Hermione nerviosamente. -Aún está un poco asustado, ¿verdad?-

-Vamos, tú lo has montado, ¿no es así?- dijo Ron. Harry dio un paso hacia adelante y se inclinó delante del Hipogrifo sin perder contacto visual ni parpadear. Después de unos pocos segundos, Buckbeak se hundió en una inclinación también.

-¿Cómo estás?- le preguntó Harry en voz baja, moviéndose hacia delante para acariciar su plumaje. -¿Extrañándolo? Pero tu estás bien aquí con Hagrid, ¿Verdad?-

-¡Hola!- dijo una voz fuerte.

Hagrid venía llegando, dando zancadas y cargando un saco de papas desde la parte trasera de su cabaña, traía puesto un gran delantal floreado. Su enorme sabueso jabalinero, Fang, estaba a sus talones. Fang dio un estruendoso ladrido y saltó hacia ellos.

-¡Aléjense de de él! Les arrancará los dedos ¡oh! Son ustedes.-

Fang estaba saltando sobre Hermione y Ron, intentando lamer sus orejas. Hagrid se quedó de pie y los miró a todos por unos segundos, después giró y dio grandes pasos hacia su cabaña, cerrando la puerta de un golpe tras él.

-¡Oh cielos!- dijo Hermione preocupada.

-No te preocupes por eso,- dijo Harry severamente. Se dirigió a la puerta y la golpeó estruendosamente. -¡Hagrid! ¡Abre la puerta, queremos hablar contigo!-

No se produjo sonido alguno desde adentro.

-Si no abres la puerta, ¡La volaremos!- dijo Harry sacando su varita.

-¡Harry!- dijo Hermione conmocionada. -No puedes -

-¡Claro que puedo!- dijo Harry. -Apártense -

Pero antes de que pudiese decir nada más, la puerta se abrió otra vez como Harry sabía que ocurriría y allí estaba Hagrid, frunciéndole el ceño y a pesar del delantal floreado, parecía verdaderamente alarmado.

-¡Soy un profesor!- bramó a Harry. -¡Un profesor, Potter! ¿Cómo te atreves a tratar de echar abajo mi puerta?-

-Lo siento, señor,- dijo Harry, enfatizando la última palabra mientras guardaba su varita dentro de su túnica.

Hagrid lucía asombrado.

-¿Desde cuándo me llamas 'señor'?-

-¿Desde cuándo me dices 'Potter'?-

-Oh, muy listo,- gruñó Hagrid. -Muy divertido. Te has burlado de mí, ¿No? Está bien, entren, pequeños desagradecidos…-

Musitando con pesimismo, se apartó para dejarlos pasar. Hermione pasó apresuradamente detrás de Harry, pareciendo bastante asustada.

-¿Y bien?- dijo Hagrid gruñonamente mientras Harry, Ron y Hermione se sentaban alrededor de la enorme mesa de madera y Fang ponía su cabeza sobre la rodilla de Harry babeándole la túnica. -¿Qué es esto? ¿Sintiendo lástima de mí? ¿Piensan que estoy solo o abandonado?-

-No,- dijo Harry inmediatamente. -Queríamos verte.-

-¡Te extrañamos!- dijo Hermione trémulamente.

-Me extrañan, ¿no?- bufó Hagrid. -Sí. Claro.-

Estuvo pisoteando por ahí, preparando té en su enorme tetera de cobre, refunfuñando todo el rato. Finalmente puso de golpe tres tazas tan grandes como cubetas de té color caoba en frente de ellos y un plato con su típica tarta dura como una piedra. Harry tenía suficiente hambre hasta como para comer la comida de Hagrid y tomó un trozo al instante.

-Hagrid,- dijo Hermione tímidamente, cuando se unió a ellos a la mesa y empezó a pelar sus patatas con una brutalidad que sugería que cada tubérculo le había hecho un gran daño personal, -realmente queríamos seguir con Cuidado de Criaturas Mágicas, ¿sabes?- Hagrid dio otro gran bufido. Harry vio algunos mocos aterrizando en las patatas y estuvo agradecido por dentro que no se quedaran a cenar.

-¡De verdad!- dijo Hermione. -¡Pero ninguno de nosotros pudo meterlo en sus horarios!-

-Sí. Claro,- dijo Hagrid otra vez.

Hubo un raro sonido de chapoteo y todos miraron alrededor: Hermione dejó escapar un diminuto grito y Ron saltó de su asiento y corrió alrededor de la mesa alejándose del gran barril que había en la esquina que acababan de mirar. Estaba lleno de lo que parecían ser gusanos de treinta centímetros de largo, babosos, blancos y retorcidos.

-¿Qué son, Hagrid?- preguntó Harry, tratando de sonar más interesado que asqueado, pero soltando su tarta de roca al mismo tiempo.

-Solo larvas gigantes,- dijo Hagrid.

-¿Y crecen dentro de…?- dijo Ron con aprensión.

-No crecerán dentro de nada,- dijo Hagrid. -Las tengo aquí solo para alimentar a Aragog.-

Y sin avisar, estalló en lágrimas.

-¡Hagrid!- gritó Hermione, poniéndose de pie con un salto, corriendo alrededor de la mesa por el camino largo para evitar pasar al lado del barril de los gusanos y poniendo un brazo alrededor de sus temblorosos hombros. -¿Qué es lo que pasa?-

-Es… él…- tragó Hagrid, con sus ojos como escarabajos negros llorando mientras se enjugaba la cara con el delantal. -Es… Aragog… creo que se está muriendo… se enfermó durante el verano y no mejora… yo no sé que haré si él… si él… hemos estado juntos por tanto tiempo…-

Hermione dio golpecitos en los hombros de Hagrid, sin saber qué decir. Harry sabía cómo se sentía ella. Él sabía que Hagrid trataba a un fiero bebé de dragón como un osito de peluche, le había visto cuidando a Escregutos gigantes con ventosas y aguijones, intentado razonar con ese brutal medio-hermano Gigante, pero ésta era quizás el más incomprensible de sus monstruosos gustos: la parlante araña gigante, Aragog, que moraba en lo profundo del Bosque Prohibido y de la que Ron y él habían escapado por poco cuatro años antes.

-¿Hay algo… hay algo que podamos hacer?- preguntó Hermione, ignorando las desesperadas muecas y las sacudidas de la cabeza de Ron.

-No lo creo, Hermione,- se atragantó Hagrid, tratando de contener el flujo de sus lágrimas. -Mira el resto de la colonia… la familia de Aragog… se están comportando de una manera extraña ahora que está enfermo… un poco impacientes…-

-Sí, creo que conocemos un poco esa faceta,- dijo Ron en un susurro.

-… No creo que sea seguro para nadie, menos para mí acercarse a la colonia en este momento,- terminó Hagrid, sonándose fuertemente la nariz en su delantal y mirando hacia arriba. -Pero gracias por el ofrecimiento, Hermione… significa mucho…'-

Después de eso, el ambiente mejoró considerablemente, aunque ni Harry ni Ron habían mostrado ninguna intención en ir y dar de comer larvas gigantes a una gigantesca araña asesina, Hagrid parecía dar por descontado que a ellos les hubiese gustado hacerlo y volvió a ser el mismo de antes una vez más.

-Ah, siempre supe que les sería difícil meterme en sus horarios,- dijo de forma brusca, sirviéndoles más té. -Incluso aunque hubiesen solicitado algunos Giratiempos-

-No podríamos haberlo hecho,- dijo Hermione. -Destrozamos todas las existencias de Giratiempos del Ministerio cuando estuvimos allí en el verano. Salió en 'El Profeta'.-

-Ah, entonces bien,- dijo Hagrid. -No había forma de que lo hubiesen hecho… lo siento, he estado, ya saben, he estado preocupado por Aragog… y me preguntaba si la profesora Grubby-Plank les había estado enseñando mejor -

A lo que los tres indicaron categóricamente y falsamente que la Profesora Grubby-Plank, quien había sustituido a Hagrid unas pocas veces, era una profesora horrible, con el resultado de que para cuando Hagrid los estaba despidiendo agitando la mano en el atardecer, parecía bastante alegre.

-Me muero de hambre,- dijo Harry, una vez que la puerta se había cerrado tras ellos y estaban atravesando los oscuros y desiertos terrenos, Harry había dejado la tarta de piedra después de un ominoso sonido de estallido de uno de sus dientes traseros. -Y tengo ese castigo con Snape esta noche, no tengo mucho tiempo para la cena…-

Mientras ingresaban al castillo, vieron a Cormac McLaggen entrando en el Gran Salón. Le llevó dos intentos pasar a través de las puertas, rebotó en el marco al primer intento. Ron simplemente se rió a carcajadas y caminó a pasos largos en el Salón tras él, pero Harry cogió el brazo de Hermione y la llevó detrás.

-¿Qué?- dijo Hermione a la defensiva.

-Si me lo preguntas,- dijo Harry tranquilamente, -McLaggen parece como si estuviera distraído. Y estaba parado justo enfrente de donde tú estabas sentada.-

Hermione se sonrojó.

-Oh, está bien, de acuerdo, yo lo hice,- susurró. -¡Pero deberías haber escuchado la forma en la que estaba hablando acerca de Ron y Ginny! De todas formas, tiene un temperamento desagradable, ya viste cómo reaccionó cuando no pudo entrar, tú no hubieras querido alguien así en el equipo.-

-No,- dijo Harry. -No, supongo que es cierto. ¿Pero no fue eso deshonesto, Hermione? Quiero decir, eres una prefecta, ¿no es así?'-

-Oh, cállate,- reaccionó ella sonriendo con satisfacción.

-¿Qué hacen ustedes dos?- preguntó Ron, reapareciendo en la entrada del Gran Salón y algo receloso.

-Nada,- dijeron Harry y Hermione a la vez y se apresuraron hacia Ron. El olor de la carne asada había hecho que el estómago de Harry rugiera de hambre, pero apenas habían dado tres pasos hacia la mesa de Gryffindor cuando el Profesor Slughorn apareció delante de ellos, cortándoles el paso.

-Harry, Harry, ¡Justo el hombre que esperaba ver!- bramó cordialmente, jugando con los extremos de su bigote de morsa e hinchando su enorme barriga. -¡Esperaba atraparte antes de la cena! ¿Qué dices sobre una cena esta noche en mi habitación? Vamos a tener una pequeña fiesta, solo unas pocas estrellas ascendentes. Tengo a McLaggen, y Zabini, la encantadora Melinda Bobbin, no sé si la conoces, su familia posee una gran cadena de droguerías y por supuesto, espero que la señorita Granger haga el favor de venir también.-

Slughorn hizo a Hermione una pequeña reverencia mientras terminaba su charla. Era como si Ron no estuviese presente, Slughorn ni siquiera lo miró.

-No puedo ir, Profesor,- dijo Harry de inmediato. -Tengo que cumplir un castigo con el Profesor Snape.-

-¡Oh querido!- dijo Slughorn, haciendo una mueca cómica. -¡Querido, querido, contaba contigo, Harry! Bueno, ahora, tendré que cruzar unas palabras con Severus y explicarle la situación. Estoy seguro de que seré capaz de convencerle de que posponga tu castigo. Sí, ¡los veré a los dos luego!- Se fue deprisa del Salón.

-No tiene posibilidades de convencer a Snape,- dijo Harry en el momento en que Slughorn estaba fuera del alcance de oírlo. -El castigo ya ha sido pospuesto una vez, Snape lo hizo por Dumbledore, pero no lo hará por nadie más.-

-Oh, desearía que pudieras venir, ¡No quiero ir sola!- dijo Hermione ansiosamente, Harry sabía que ella estaba pensando en McLaggen.

-Dudo que vayas a ir sola, probablemente Ginny esté invitada,- espetó Ron, quien no parecía haber llevado bien el ser ignorado por Slughorn.

Después de la cena, caminaron hacia la Torre de Gryffindor. La sala común estaba repleta, dado que mucha gente ya había terminado de cenar, pero se las ingeniaron para encontrar una mesa libre y sentarse, Ron, que había estado de mal humor desde el encuentro con Slughorn, se cruzó de brazos y frunció el ceño al techo. Hermione alcanzó una copia de 'El Profeta Vespertino', que alguien había dejado abandonada en una silla.

-¿Algo nuevo?- dijo Harry.

-Realmente no…- Hermione había extendido el periódico y examinaba las páginas interiores. -Oh, mira, tu padre está aquí, Ron ¡Está bien!- agregó rápidamente, puesto que Ron la había mirado alarmado. -Solo dice que ha ido a visitar la casa de los Malfoy.-

-Esta segunda búsqueda de la residencia del Mortífago no parece haber dado ningún resultado. Arthur Weasley de la Oficina para la Detección y Confiscación de Hechizos de Defensa y Objetos Protectores Falsos dijo que su equipo había actuado por un aviso confidencial.-

-¡Sí, el mío!- dijo Harry. -¡Le dije en King's Cross sobre Malfoy y esa cosa que trataba que Borgin le reparara! Bien, si no es en su casa, debe de haber traído lo que quiera que sea a Hogwarts con él -

-¿Pero cómo podría haberlo hecho, Harry?- dijo Hermione, bajando el periódico con una mirada sorprendida. -Todos fuimos registrados cuando llegamos, ¿o no?-

-¿Lo fueron?- dijo Harry, sorprendido. -¡Yo no!-

-Oh no, por supuesto que tú no, olvidé que llegaste tarde… bueno, Filch nos repasó a todos con Sensores de Secreto cuando llegamos al vestíbulo. Hubieran encontrado cualquier objeto Oscuro, sé de hecho que a Crabbe le confiscaron una cabeza reducida. Ves, ¡Malfoy no puede haber introducido nada peligroso!-

Momentáneamente bloqueado, Harry observó a Ginny Weasley jugando con Arnold, el Puff Pygmeo, un rato antes de ver una objeción.

-Entonces alguien se lo envió por lechuza,- dijo. -Su madre o alguna otra persona.-

-Todas las lechuzas están siendo revisadas también,- dijo Hermione. -Filch nos lo dijo cuando estaba pasando esos Sensores de Secreto por todas las partes que podía.-

Realmente bloqueado esta vez, Harry no encontró nada más que decir. No parecía existir ninguna forma en la que Malfoy pudiese haber traído un objeto peligroso u Oscuro al colegio. Miró esperanzado a Ron, quien estaba sentado de brazos cruzados, mirando a Lavender Brown.

-¿Puedes pensar en alguna forma en la que Malfoy -?-

-Oh, déjalo, Harry,- dijo Ron.

-Escucha, no es mi culpa que Slughorn nos invitase a Hermione y a mí a esa estúpida fiesta, ninguno de los dos quiere ir, ¡lo sabes!- dijo Harry enfureciéndose.

-Bueno, como no estoy invitado a ninguna fiesta,- dijo Ron poniéndose en pie otra vez, -creo que me iré a la cama.-

Se fue airadamente hacia la puerta del dormitorio de los chicos, dejando a Harry y Hermione mirándolo fijamente.

-¿Harry?- dijo la nueva Cazadora, Demelza Robins, apareciendo de repente a su espalda.

-Tengo un mensaje para ti.-

-¿Del Profesor Slughorn?- preguntó Harry, lleno de esperanza.

-No… del Profesor Snape,- dijo Demelza. El corazón de Harry dio un vuelco. -Dice que debes ir a su oficina a las ocho y media esta noche para tu castigo, no importa cuántas invitaciones a fiestas hayas recibido. Y quiere que sepas que vas a separar Gusarajos podridos de los buenos, para usarlos en Pociones, y… y dice que no es necesario que lleves tus guantes protectores.-

-Bien,- dijo Harry seriamente. -Muchas gracias, Demelza.-

Capítulo 12: Plata y ópalos

¿Dónde estaba Dumbledore, y qué estaba haciendo?

Harry vio al director sólo dos veces en las semanas siguientes. Ahora ocasionalmente aparecía en las comidas, y Harry estaba seguro de que Hermione tenia razón cuando pensaba que se estaba yendo del colegio por días a veces. ¿Habría Dumbledore olvidado las lecciones que le tendría que estar dando a Harry? Dumbledore había dicho que las lecciones iban a llevar a algo que tenía que ver con la profecía; Harry se había sentido alentado, confortado, y ahora se sentía un poco abandonado.

A mediados de octubre llegó la primera salida a Hogsmeade del curso. Harry se había estado preguntando si estos paseos iban a seguir permitidos, por todas las medidas de seguridad alrededor del colegio, y se alegró de que se llevaran a cabo; siempre era bueno salir del área del castillo por unas horas.

Harry se despertó temprano la mañana del paseo, que amaneció tormentosa, y pasó el tiempo hasta el desayuno leyendo el libro de Pociones Avanzadas. Generalmente no se quedaba en la cama estudiando; ese comportamiento, como decía Ron acertadamente, era indecente en todos menos Hermione, quien era rara en ese sentido. Sin embargo, Harry pensaba que la copia del Príncipe Mestizo de Pociones Avanzadas difícilmente podía ser considerado como un libro de estudio. Cuanto más leía Harry ese libro, más se daba cuenta cuánto había en él, no solo las pistas y atajos en las pociones que tan buena reputación le estaba dando con Slughorn, sino también las imaginativas fórmulas y maleficios garabateadas en los márgenes, las cuales, Harry estaba seguro por las tachaduras y revisiones, habían sido inventadas por el Príncipe.

Harry ya había intentado unos pocos de los hechizos inventados por el Príncipe. Hubo uno que hacia que las uñas de los pies crecieran alarmantemente rápido (éste lo había probado en Crabbe en el pasillo, con resultados muy entretenidos); otro que pegaba la lengua al paladar (que había usado dos veces, aplaudido por todos, en un desarmado Argus Filch); y, quizás el mas útil de todos, Muffliato, un hechizo que llenaba los oídos de todos en los alrededores con un zumbido inidentificable, para poder mantener conversaciones largas en clase sin que el resto escuche. La única persona que no lo encontraba entretenido era Hermione, que ponía una expresión rígida de desaprobación durante el hechizo y se negaba a hablar si Harry había usado el Muffliato en alguien alrededor.

Incorporándose en la cama, Harry dio vuelta el libro para examinar mas de cerca las garabateadas instrucciones de un hechizo que parecía haberle costado un poco al Príncipe. Había muchas tachaduras y alteraciones, pero finalmente, abarrotado en una esquina de la pagina, estaba el garabato:

Levicorpus (nvbl).

Mientras el viento y aguanieve caían implacablemente en las ventanas y Neville roncaba fuertemente, Harry miraba fijamente las letras entre paréntesis. "Nvbl". Eso tenia que significar "No verbal". Harry en realidad dudaba que pudiera realizar ese hechizo; seguía teniendo dificultades con los hechizos no verbales, algo que Snape había comentado frecuentemente en cada clase de Defensa contra las Artes Oscuras. Por otro lado, el Príncipe había probado ser mucho mejor profesor que Snape hasta ahora.

Señalando hacia nada en particular, agitó su varita y pensó: "¡Levicorpus!. "¡¡Aaaaaaaaaaaaahh!!"

Hubo un flash de luz y el cuarto se llenó de voces: Ron había lanzado un grito y todo el mundo se despertó. Harry lanzó el libro de Pociones Avanzadas por el aire en pánico; Ron estaba balanceándose de cabeza como si un gancho invisible lo tuviera agarrado del tobillo.

- ¡Perdón!- grito Harry, mientras que Dean y Seamos reían a los gritos, y Neville se levantaba del piso, porque se había caído de la cama–. Espera, te voy a bajar.

Se agachó para levantar el libro de texto y lo recorrió en pánico, tratando de encontrar la pagina correcta; al final lo hizo y descifró la palabra encogida abajo del hechizo, y rezando que ese fuera en contra-maleficio, Harry pensó "¡Liberacorpus! Con toda su fuerza. Hubo otro flash de luz, y Ron cayó de un solo golpe en su colchón.

- Perdón…-repitió Harry débilmente, mientras Dean y Seamos continuaban riéndose.

- Mañana –dijo Ron con una voz bromista -preferiría que pusieras el despertador.

Cuando terminaron de vestirse, abrigándose con varias capas de los sweaters tejidos a mano de la señora Weasley y cargando capas, bufandas y guantes, el shock de Ron se había disipado y había decidido que el nuevo hechizo de Harry era muy entretenido; tan entretenido, que no perdió tiempo y le contó a Hermione la historia mientras tomaban el desayuno.

- …¡Y entonces hubo otro flash de luz y aterricé en la cama otra vez!- masculló Ron, tomando unas salchichas.

Hermione no había sonreído ni una vez durante la anécdota, y ahora se volvió a Harry con una expresión de gélida desaprobación.

- ¿Por casualidad ese hechizo era otro de ese libro tuyo de pociones?- preguntó.

Harry le frunció el seño.

- ¿Siempre piensas lo peor?
- ¿Era del libro ese o no?
- Bueno… si, era de ese libro, ¿y que tiene de malo?
- ¿O sea que solo decidiste probar un maleficio escrito a mano, desconocido, y ver que pasaba?
- ¿Qué importa que sea escrita a mano?- dijo Harry, evadiendo el resto de la pregunta.
- Es importante porque seguramente no ha sido aprobada por el Ministerio de Magia- dijo Hermione- y además –agregó mientras que Harry y Ron revoleaban los ojos- porque estoy empezando a pensar que este Príncipe estaba un poco loco.

Ambos chicos le gritaron al mismo tiempo.

- ¡Fue un chiste!- dijo Ron, levantando la botella de ketchup sobre sus salchichas- solo un chiste Hermione. ¡Eso es todo!
- ¿Balancear a la gente patas para arriba por el tobillo?- respondió Hermione- ¿Quién gasta tiempo y energía en inventar hechizos como ése?
- Fred y George –dijo Ron, encogiéndose de hombros- es la clase de cosa que ellos harían y …
- Mi padre –dijo Harry. Recién en ese momento recordó.
- ¿Qué?- dijeron Ron y Hermione al unísono
- Mi padre uso ese hechizo -dijo Harry- Yo… Lupin me dijo.

Ésta ultima parte no era verdad en realidad, Harry había visto a su padre usar ese hechizo sobre Snape, pero nunca les había contado a Ron y Hermione sobre esa excursión particular en el Pensadero. Ahora, no obstante, se le ocurrió una posibilidad extraordinaria. ¿Podría el Príncipe mestizo ser…?

- A lo mejor tu padre lo usó, Harry –pero él no fue el único. Hemos visto mucha gente usarlo, por si se te había olvidado. Balancear gente en el aire, hacerla flotar en el aire, soñolienta.

Harry la miro fijamente. Con una sensación enfermiza, el también recordó el comportamiento de los mortífagos en la Copa Mundial de Quidditch. Ron fue en su ayuda.

- Eso fue diferente –dijo Ron robustamente-. Ellos estaban abusando del hechizo. Harry y su padre solo estaban bromeando. A ti no te simpatiza el Príncipe, Hermione –agregó, señalándola amenazadoramente con una salchicha- porque te supera en Pociones y…

- ¡No tiene nada que ver con eso! –dijo Hermione, sonrojándose- solo me parece que es muy irresponsable empezar a practicar hechizos cuando no sabemos siquiera para que sirven, y dejen de hablar del "Príncipe" como si fuera su titulo, apuesto a que es solo un estúpido apodo, ¡y no me parece que haya sido una persona muy amigable!

- ¡No sé de donde sacas eso! -dijo Harry enojándose- si el Príncipe hubiera sido un mortífago no hubiera estado pavoneándose de ser "mestizo", ¿o no?

Mientras decía eso, Harry recordó que su padre había sido de sangre pura, pero sacó ese pensamiento de su mente, ya se preocuparía por eso más tarde…

- No todos los mortífagos pueden ser de sangre pura, ya no hay tantos magos de sangre pura –dijo Hermione con bronca- yo creo que son todos mestizos que pretenden ser puros. Solo odian a los nacidos de muggles, estarían contentos de que tu y Ron se unan.

- ¡Nunca me dejarían ser un mortífago! –dijo Ron indignado, antes de que un pedazo de salchicha volara escapándose del tenedor que estaba blandiendo hacia Hermione y le pegara a Ernie Macmillan en la cabeza.- ¡Todos en mi familia son "traidores a la sangre! ¡Para los mortífagos eso es tan malo como ser hijo de muggles!

- Y les encantaría tenerme a mí –dijo Harry sarcásticamente- seríamos mejores amigos si no trataran de matarme.

Este comentario hizo reír a Ron; hasta Hermione sonrió desganadamente, pero Ginny llego y desvió la atención.

- Hola Harry, tengo que darte esto.

Era un rollo de pergamino con el nombre de Harry escrito sobre él en una letra sencilla, familiar.

- Gracias Ginny… ¡Es la próxima lección de Dumbledore! –les dijo Harry a Ron y Hermione, desenrollando el pergamino y leyendo rápidamente su contenido - ¡El domingo a la noche! –de pronto se sintió ligero y feliz-. ¿Quieres venir con nosotros a Hogsmeade, Ginny? – preguntó.

- Voy con Dean, quizás los veo ahí –respondió ella, saludando con la mano mientras se alejaba.

Filch estaba parado en la puerta principal de roble como siempre, cotejando los nombres de los alumnos que tenían permiso para ir a Hogsmeade. El proceso fue todavía mas largo que lo normal ya que Filch chequeaba a todo el mundo tres veces con su Sensor de Secretos.

- ¿Que importa si contrabandeamos cosas oscuras para AFUERA? –denunció Ron, mirando el largo, angosto Sensor de Secreto con aprehensión- ¿No tendrían que estar controlando lo que traemos de vuelta ADENTRO?

Su comentario le ganó unas pasadas extras del Sensor, y todavía estaba haciendo muecas de dolor cuando salieron al viento y aguanieve.

La caminata en Hogsmeade no fue agradable. Harry se envolvió con su bufanda la parte baja de la cara; lo expuesto se sintió rápidamente entumecido. El camino a la aldea estaba lleno de estudiantes doblados ante el viento despiadado. Más de una vez Harry se preguntaba si no hubieran disfrutado más el tiempo en la cálida Sala Común, y cuando finalmente llegaron a Hogsmeade y vieron que la tienda de bromas de Zonko había sido cerrada, Harry lo tomó como una confirmación de que ese viaje no estaba destinado a ser divertido. Ron señaló con una mano gruesamente recubierta de guantes hacia Honeydukes, que estaba misericordiosamente abierta, y Harry y Hermione subieron los escalones yendo hacia la abarrotada tienda.

- Gracias a Dios –dijo Ron temblando cuando entraban y se sentían envueltos en un aire cálido, con perfume a caramelo.- ¡Quedémonos aquí toda la tarde!

- ¡Harry, mi chico! –dijo una voz detrás de ellos.

- Oh no –musito Harry.

Los tres se dieron vuelta y se toparon con el Profesor Slughorn, quien vestía un sombrero peludo, un abrigo de piel con collar de piel que hacía juego y agarraba un bolso de piña cristalizada, y ocupaba al menos un cuarto de la tienda.

- Harry, ¡Ahora son tres las pequeñas cenas que te perdiste! –dijo Slughorn, empujándolo cordialmente en el pecho- Eso no funcionará, mi chiquito, ¡Estoy determinado a tenerlo conmigo! A la señorita Granger le encantan, ¿no es así?

- Si –dijo Hermione desamparadamente- son realmente…

- Entonces, ¿por qué no vienes Harry? –exigió Slughorn.

- Bueno, he tenido practica de Quidditch, profesor –dijo Harry, quien realmente había programado prácticas cada vez que Slughorn le había mandado una invitación violeta, adornada con un moñito. Esta estrategia significaba que Ron no era dejado afuera, y generalmente se reían con Ginny, imaginándose a Hermione callada con McLaggen y Zabini.

- Bueno, ¡Entonces espero que ganen el primer partido después de tanto esfuerzo! –dijo Slughorn- pero un poco de recreación nunca le hizo mal a nadie. Bien, ¿Qué tal el lunes por la noche? No es posible practicar con este clima…

- No puedo, profesor, esa noche tengo… eh… una cita con el profesor Dumbledore.

- ¡Sin suerte otra vez! –lloriqueo Slughorn dramáticamente- Oh, bueno, ¡No me podrás evadir para siempre Harry!

Y con un saludo cordial se deslizo fuera de la tienda, fijándose tan poco en Ron como si él hubiera sido una exhibición de cucarachas garapiñadas.

- No puedo creer que te saliste de otra mas –dijo Hermione, sacudiendo la cabeza- no son tan malas, sabes… A veces son hasta divertidas… -pero en ese momento se dio cuenta de la expresión que llevaba Ron- Oh, miren, tienen plumas de azúcar de lujo, ¡Esas que duran horas!

Harry, contento de que Hermione haya cambiado de tema, mostró mucho mas interés en las nuevas plumas de azúcar extra-grandes, pero Ron seguía viéndose confundido y un poco encogido cundo Hermione le pregunto a donde deseaba ir después.

- Vayamos a Las Tres Escobas –dijo Harry- Allí estará templado.

Nuevamente se envolvieron con las bufandas alrededor de las caras y salieron de la tienda de dulces. El viento frío era como cuchillos sobre las caras después de la tibieza azucarada de Honeydukes. La calle no estaba muy transitada, nadie se preocupaba en charlar, solo se apuraban en llegar a sus destinos. La excepción eran dos hombres parados delante de ellos, justo delante de la puerta de Las Tres Escobas. Uno de ellos era muy alto y flaco; escudriñando a través de sus gafas empañadas por la lluvia, Harry reconoció al cantinero que trabajaba en el otro bar de Hogsmeade, La Cabeza del Cerdo. A medida que Harry, Ron y Hermione se acercaban, el cantinero se ajusto mas su capa alrededor del cuello y se alejo caminando, dejando al hombre bajito tomando torpemente algo en sus brazos. Estaban poca distancia de él cuando Harry se dio cuenta de quien era el hombre.

- ¡Mundungus!

El hombre de piernas cortas con pelo largo, desordenado y del color del jengibre dio un salto y dejó caer un portafolios antiguo, el cual se abrió, liberando lo que parecía toda la vidriera de una tienda de chatarra.

- Oh, hola Harry –dijo Mundungus Fletcher, con una disconforme puñalada en el aire- Bueno, no se detengan por mí...

Y empezó a rasguñar el piso para recuperar el contenido de la maleta con toda la apariencia de un hombre que se quería ir de allí.

- ¿Esta vendiendo esto? –pregunto Harry, mirando como Mundungus levantaba objetos que lucían sucios.

- Oh... Bueno... Hay que vivir de algo dijo Mundungus- ¡Dame eso!

Ron se había agachado y levantado algo plateado.

- Espera, esto luce familiar...

- ¡Gracias! –dijo Mundungus, arrebatándole el cáliz de la mano de Ron y meciéndolo de nuevo en su maleta- Bueno, los veré a todos en – ¡Ouch!

Harry había empujado a Mundungus contra la pared del bar por la garganta. Sosteniéndolo con una mano, desenfundó su varita.

- ¡Harry! –chillo Hermione

- Tomaste eso de la casa de Sirius –dijo Harry, quien estaba casi nariz con nariz con Mundungus y respiraba un desagradable olor a tabaco viejo y alcohol.- Eso tenia escrito "Familia Black" encima.

- Yo... no... ¿qué? –mascullo rápidamente Mundungus, quien lentamente se estaba poniendo violeta.
- ¿Qué hiciste, volviste la noche que murió y vaciaste el lugar? –gruño Harry.

- Yo... no...

- ¡Dámelo!

- ¡Harry, no deberías! –chilló Hermione, mientras Mundungus seguía cambiando de color, ahora a azul.

Hubo un ¡bang!, y Harry sintió que sus manos volaban a la garganta de Mundungus. Jadeando y mascullando, Mundungus vio que no tenia caso, se oyó un ¡crack! Y había desaparecido.

Harry maldijo tan fuerte como podía, dando vueltas en el lugar para ver a donde se había ido Mundungus.

- ¡Vuelve, ladrón de... !

- No tiene caso, Harry –Tonks había aparecido de la nada, con su pelo marrón mojado por el aguanieve.

- Mundungus seguramente estará en Londres a esta altura. No tiene caso gritar.

- ¡Se llevado las cosas de Sirius! ¡Robado!

- Si, pero igual... –dijo Tonks, quien parecía nada sorprendida por esta información-. Deberían ir a algún lugar caliente.

Ella los miró mientras entraban a Las Tres Escobas. En el momento que estaban adentro, Harry explotó;

- ¡Se estaba robando las cosas de Sirius!

- Lo sé Harry, pero por favor no grites, la gente nos esta mirando –murmuró Hermione-. Ve y siéntate, te llevare algo para tomar.

Harry seguía molesto cuando Hermione volvió a la mesa unos minutos después con tres botellas de cerveza de mantequilla.

- ¿La Orden no puede controlar a Mundungus? –exigió Harry a los otros dos en un susurro furioso-. ¿No pueden al menos impedir que se robe todo lo que no esta pegado al piso cuando esta en el cuartel general?

- ¡Sh! –dijo Hermione desesperadamente, mirando alrededor para estar segura que nadie estaba escuchando; había un par de brujos sentados cerca que miraban a Harry con gran interés, y Zabini estaba apoyado en una columna no muy lejos-. Harry, yo estaría molesta también, yo sé que son tus cosas las que se esta robando...

Harry tomo un trago de cerveza de manteca; se había olvidado por un momento que era el dueño del numero 12 de Grimmauld Place.

- ¡Si, son mis cosas! –dijo-. ¡Con razón no se alegro de verme! Bueno, le diré a Dumbledore lo que esta pasando, él es el único al que Mundungus le teme.

- Buena idea –susurró Hermione, claramente contenta de que Harry se tranquilice- Ron, ¿qué miras?

- Nada –dijo Ron, sacando la vista precipitadamente de la barra, pero Harry sabia que estaba tratando de encontrar a la curvosa y atractiva cantinera, Madame Rosmerta, para quien había guardado largamente un lugar.

- Creo que 'nada' estará allá atrás consiguiendo más whisky de fuego –dijo Hermione antipáticamente.

Ron ignoró ente comentario, dando sorbos a su bebida en lo que evidentemente él consideraba un silencio dignificante. Harry estaba pensando en Sirius, y en cómo, al fin y al cabo, había odiado esas copas de plata. Hermione tamborileaba los dedos en la mesa, con los ojos alternativamente entre Ron y en la barra. En el momento en que Harry termino su botella dijo, "Entonces, ¿Damos la visita por terminada y volvemos al colegio?"

Los otros dos asintieron; no había sido un paseo divertido y el clima se estaba poniendo peor a medida que pasaba el tiempo. Nuevamente se ajustaron las capas, reacomodaron las bufandas, se pusieron los guantes y siguieron a Katie Bell y una amiga afuera del bar y para arriba por la Calle Principal. Los pensamientos de Harry se perdieron hacia Ginny mientras caminaban penosamente por el camino congelado hacia Hogwarts. No se había encontrado con ella, indudablemente, pensó Harry, porque ella y Dean estaban acogedoramente abrazados en la Casa de

Té de Madame Puddifoot, ese refugio de parejas felices. Arremetió con la cabeza hacia la arremolinada aguanieve y siguió caminando penosamente.

Pasó un rato hasta que Harry se dio cuenta de que las voces de Katie Bell y su amiga, que eran traídas por el viento, se habían vuelto más fuertes y chillonas. Harry escudriñó en sus figuras indistintas. Las dos chicas estaban discutiendo por algo que Katie estaba sosteniendo en la mano.

- ¡No tiene nada que ver contigo, Leanne! –Harry oyó decir a Katie.

Dieron la vuelta en la esquina de la calle, el aguanieve les caía encima, gruesa y rápidamente, empañando las gafas de Harry. Justo cuando levantó su mano enguantada para limpiarlos, Leanne lo hizo para tomar lo que Katie estaba sosteniendo; ésta tiró de él paquete hacia atrás y éste cayó al suelo.

En ese momento, Katie se levantó en el aire, no como Ron antes, suspendido cómicamente por el tobillo, sino con gracia, con los brazos extendidos, como si estuviera a punto de volar. Sin embargo había algo fuera de lugar, algo misterioso... Su cabello era azotado a su alrededor por el viento feroz, pero tenia los ojos cerrados y su cara estaba inexpresiva. Harry, Ron, Hermione y Leanne se habían quedado duros, mirando.

Entonces, seis pies por arriba del suelo, Katie lanzó un terrible grito. Sus ojos se abrieron pero lo que fuera que estaba viendo, o sintiendo, claramente le estaba causando una terrible angustia. Gritó y gritó; Leanne comenzó a gritar también y tomó los tobillos de Katie, tratando de bajarla al piso. Harry, Ron y Hermione corrieron a ayudarla, pero cuando estaban deteniendo las piernas de Katie se les cayó encima; Harry y Ron pudieron atraparla, pero pesaba demasiado, apenas podían mantenerla en esa posición. En vez, la bajaron al suelo, y ella empezó a golpear y gritar, aparentemente no reconocía a ninguno de ellos.

Harry miro alrededor, el paisaje parecía desierto.

- ¡Quédense aquí! –les gritó a los otros por sobre el ruidoso viento- ¡Iré en busca de ayuda!

Comenzó el camino hacia el colegio; nunca había visto a nadie comportarse como Katie lo había hecho y no se le ocurría que lo podría haber causado; dobló por una curva en la calle y chocó con lo que parecía ser un oso en sus patas traseras.

- ¡Hagrid! –jadeo, desencantándose del pensamiento en el que había caído.

- ¡Harry! –dijo Hagrid, quien tenia aguanieve en sus cejas y barba, y usaba su gran capa ancha de piel de topo- Vengo de visitar a Grawp, se está comportando tan bien que...

- Hagrid, alguien se lastimó mas allá, o fue hechizado, o algo...

- ¿Qué? –dijo Hagrid, agachándose para escuchar lo que Harry le estaba diciendo a pesar del ruidoso viento.

- ¡Alguien ha sido maldecido! –gritó Harry
- ¿Maldición? ¿Quién ha sido maldecido? ¿Ron? ¿Hermione?

- No, ellos no, Katie Bell. Por acá...

Juntos corrieron de vuelta al punto donde Harry había dejado a los otros. No les llevo mucho tiempo encontrar un grupo de gente alrededor de Katie, quien seguía gritando en el suelo; Ron, Hermione y Leanne trataban de tranquilizarla.

- ¡Abran paso! –grito Hagrid- ¡Déjenme verla!

- ¡Algo le ha ocurrido! –jadeo Leanne- No sé qué...

Hagrid miro a Katie por un instante y después, sin una palabra, se agachó, la tomó en sus brazos, y salió corriendo en dirección al castillo. En unos segundos, los gritos de Katie se habían dejado de escuchar y el único sonido era el rugido del viento.

Hermione se apuró a consolar a la amiga de Katie que se estaba lamentando y puso su brazo sobre su hombro.

- Tu nombre es Leanne, ¿no?

La chica asintió.

- Ocurrió de repente, o...

- Fue cuando ese paquete se rompió –soltó Leanne, señalando el ahora roto paquete envuelto en papel marrón que yacía en el suelo, que se había partido revelando una cosa brillante y verdosa. Ron se agacho con el brazo extendido pero Harry se dio cuenta y lo tiro para atrás.

- ¡No lo toques!

Se volvió al suelo. Asomando del papel, se veía un collar de ópalo muy adornado.

- He visto esto antes –dijo Harry, mirándolo-. Estaba en la vidriera de Borgin y Burkes hace años. La etiqueta decía que había sido maldecido. Seguramente Katie lo tocó. –miró a Leanne, quien había empezado a temblar descontroladamente-. ¿De dónde sacó esto?

- Bueno, por eso estábamos discutiendo. Volvió del baño de Las tres escobas con él, diciendo que era una sorpresa para alguien en Hogwarts y ella tenía que entregarlo. Parecía divertida cuando me contaba... ¡Oh no!, ¡Apuesto a que estaba bajo el Imperius y yo no me di cuenta!

Leanne sacudía la cabeza resoplando. Hermione acariciaba su hombro cariñosamente.

- ¿No dijo quien se lo había dado, Leanne?

- No... no me quería decir... y yo le dije que estaba actuando como tonta, que no lo llevara al colegio, pero no me escucho y... y entonces trate de sacárselo de la mano y... y...

Leanne largó un lamento desesperado.

- Deberíamos volver al colegio –dijo Hermione, con el brazo alrededor de Leanne-. Podremos averiguar como está. Vamos...

Harry dudo un momento, luego se saco la bufanda e, ignorando el resoplido de Ron, envolvió el collar en ella y lo levantó.

- Necesitaremos esto para mostrárselo a Madame Pomfrey –dijo.

Mientras seguían a Hermione y Leanne subiendo por el camino, Harry pensaba furiosamente. Empezó a hablar cuando habían entrado a los suelos del castillo, incapaz de guardar sus pensamientos para sí mas tiempo.

- Malfoy sabe de este collar. Estuvo en una caja en Borgin y Burkes por años, yo lo vi mirándolo detenidamente mientras me escondía de él y de su padre. ¡Esto es lo que estaba comprando ese DIA que lo seguimos! ¡Lo recordó y volvió por él!

- No... no lo creo... –dijo Ron dudoso-. Mucha gente va a Borgin y Burkes... y ¿no dijo esa chica que Katie lo había sacado del baño?

- Dijo que volvió del baño con el, no necesariamente lo sacó del baño...

- ¡McGonagall! –dijo Ron atento.

Harry miró para arriba. De seguro, la profesora McGonagall bajaba los escalones de piedra cubiertos de escarcha para encontrarse con ellos.

- Hagrid dice que ustedes cuarto vieron lo que le pasó a Katie Bell. ¡Suban a mi oficina ahora por favor! ¿Qué tiene en la mano, Potter?

- Es lo que toco Katie –dijo Harry
- Santo Dios –dijo la profesora McGonagall, alarmada, sacándole el collar de las manos a Harry-. No, no, Filch, ellos están conmigo –agregó molesta, cuando vio a Filch caminando con ganas a través del Hall Central con el Sensor de Secretos-. Llévele este collar al profesor Snape rápido, pero asegúrese de no tocarlo, ¡Déjelo envuelto con la bufanda!

Harry y los otros siguieron a la profesora McGonagall escaleras arriba hacia su oficina. Las ventanas cubiertas de aguanieve se confundían con sus marcos y la habitación estaba fresca a pesar del fuego en la chimenea. La profesora cerró la puerta y se deslizo alrededor de su escritorio para enfrentar a Harry, Ron, Hermione y a la todavía confundida Leanne.

- Bueno –dijo tajantemente- ¿Qué paso?

Intranquila, y con muchas pausas para controlar su llanto, Leanne le contó a la profesora McGonagall como Katie había ido al baño en Las tres escobas y había vuelto sosteniendo el paquete sin nombre, también como Katie le había parecido un poco rara y como habían discutido por la conveniencia de entregar el objeto desconocido. Siguió con la culminación de la discusión cuando se les resbaló el paquete y se rompió. En este punto, Leanne estaba tan nerviosa que no se pudo sacar otra palabra de ella.

- Muy bien –dijo la profesora McGonagall, cálidamente- Leanne, ve a la enfermería por favor, y pídele a Madame Pomfrey que te dé algo para el shock.

Cuando había salido de la habitación, la profesora se volvió a Harry, Ron y Hermione.

- ¿Qué fue lo que paso cuando Katie toco el collar?

- Se levantó en el aire –dijo Harry, antes que Ron o Hermione pudieran decir nada- y comenzó a gritar, y se desplomó. Profesora, ¿puedo ver al profesor Dumbledore, por favor?

- El director no volverá hasta el lunes, Potter –dijo la profesora, luciendo sorprendida.

- ¿No está? –repitió Harry enojado.

- No, Potter, ¡No está! –bramó la profesora McGonagall- ¡Pero todo lo que tenga que ver con este suceso horrible me lo puede decir a mí, me imagino!

Por un instante, Harry dudó. La profesora McGonagall no parecía la indicada para las confidencias; Dumbledore, aunque de muchas maneras era mas intimidante, parecía más renuente a despreciar una teoría, por más salvaje que fuera. Esta era una cuestión de vida o muerte, y no había tiempo de preocuparse por si se iban a reír de él.

- Creo que Draco Malfoy le dio ese collar a Katie, profesora.

De un lado de él, Ron se frotó la nariz avergonzado; en el otro, Hermione sacudió sus pies como queriendo poner distancia entre ella y Harry

- Esa es una acusación muy seria, Potter –dijo la profesora, después de una pausa alarmante-. ¿Tiene alguna prueba?

- No –dijo Harry-, pero...

Y le contó sobre cuando habían seguido a Malfoy hasta Borgin y Burkes y la conversación que habían oído entre él y el señor Borgin.

Cuando había terminado de hablar, la profesora McGonagall parecía un poco confundida.

- ¿Malfoy llevó algo a Borgin y Burkes para ser reparado?

- No, profesora, solo quería que Borgin le explicara como reparar algo, no lo tenia con él. Pero ese no es el punto, la cosa es que compro algo en ese momento, y me parece que era el collar...

- ¿Usted vio a Malfoy salir del negocio con un paquete similar?

- No, profesora, le pidió a Borgin que se lo guardara en la tienda.

- Pero Harry –interrumpió Hermione- Borgin le pregunto si se lo quería llevar en el momento y el dijo que no...

- Obviamente, ¡Porque no quería tocarlo! –dijo Harry enojado.

- Lo que dijo exactamente fue: "¿Cómo me vería llevando esto por la calle?" –termino Hermione.

- Bueno, parecería un tonto llevando un collar –objeto Ron.

- Oh, Ron –dijo Hermione en desacuerdo-, ¡Hubiera estado envuelto, así que no tendría que haberlo tocado, y seria muy fácil de esconder bajo la capa, así que nadie lo hubiera visto! Yo creo que lo que sea que reservo en Borgin y Burkes era ruidoso o abultado, algo que él sabia que iba a llamar la atención si lo llevaba en la calle, y en cualquier caso –mantuvo su voz alta, antes de que Harry pudiera interrumpirla- yo le pregunte a Borgin por el collar, ¿No lo recuerdan? Cuando entré a averiguar que era lo que Malfoy le había pedido que guardara, yo lo vi ahí. Y Borgin me dijo el precio, no me dijo que estaba reservado ni vendido...

- Bueno, estabas siendo muy obvia, se dio cuenta en segundos lo que tenias en mente, por supuesto que no iba a contártelo. De cualquier manera, Malfoy podía haber ido a buscarlo...

- ¡Es suficiente! –dijo la profesora McGonagall, cuando Hermione abrió la boca para responder, con expresión furiosa-. Potter, aprecio que me cuente esto, pero no podemos señalar al señor Malfoy solamente porque visito la tienda donde este collar puede haber sido comprado. Lo mismo hicieron centenares de personas...

- Eso es lo que yo dije... –murmuró Ron.

- Y en cualquier caso, hemos colocado rigurosas medidas de seguridad este año. No creo que el collar haya podido entrar al colegio sin que lo sepamos...

- Pero...

- Y además, -agregó la profesora McGonagall, con un aire de finalización- el señor Malfoy no estaba en Hogsmeade hoy.

Harry la miró boquiabierto, desinflándose

- ¿Cómo lo sabe, profesora?

- Lo sé porque estaba cumpliendo un castigo conmigo. No había hecho la tarea de Transformaciones dos veces seguidas. Así que, gracias por contarme su sospecha, Potter, -dijo mientras se marchaba-, pero necesito ir a la enfermería para ver como sigue Katie Bell. Buen día a todos.

Mantuvo abierta la puerta de su oficina para que todos salieran. No tuvieron opción mas que salir sin decir otra palabra.

Harry estaba enojado con los otros dos por ponerse del lado de McGonagall; sin embargo, no pudo contenerse en participar de la discusión de lo que había pasado.

- Así que, ¿A quién piensan que le tendría que haber dado el collar Katie? –pregunto Ron, mientras subían las escaleras a la Sala Común.

- Solo Dios lo sabe –dijo Hermione-, pero quien sea se escapo por poco. Nadie podría haber abierto ese paquete sin tocar el collar.

- Puede haber estado pensado para mucha gente –dijo Harry-. Dumbledore –a los mortífagos les encantaría que desapareciera, debe ser uno de sus objetivos principales. O Slughorn –Dumbledore sabe que Voldemort lo necesitaba y no le puede haber caído bien que se alineara con Dumbledore. O...

- O tu –dijo Hermione, con expresión preocupada.

- No lo creo –dijo Harry-. Si fuera así Katie solamente tendría que haberse dado vuelta y dármelo, ¿no? Estuve atrás de ella todo el camino desde Las Tres Escobas. Tiene más sentido entregar el paquete afuera de Hogwarts, con Filch controlando todos los que salen y entran. Me pregunto por que Malfoy le dijo que lo llevara dentro del castillo.

- ¡Harry, Malfoy no estaba en Hogsmeade! –dijo Hermione, pegándole al piso con frustración.

- Entonces debe haber usado un cómplice –respondió Harry-. Crabbe o Goyle, o, ahora que lo pienso, otro mortífago, debe tener muchos compañeros mejores que Crabbe o Goyle ahora que es parte de ellos...

Ron y Hermione intercambiaron miradas que significaban "no tiene caso discutir con él".

"Dilligrout" dijo Hermione firmemente cuando llegaron a la Señora Gorda.

El cuadro se abrió para dejarlos entrar a la Sala Común. Estaba llena y olía a ropa húmeda; mucha gente parecía haber regresado de Hogsmeade temprano por el mal clima. Sin embargo no había murmullo de miedo o especulación; claramente las noticias de Katie no se habían esparcido todavía.

- No fue un ataque muy pulido, si lo piensas –dijo Ron, sacando casualmente a un chico de primer año de uno de los sillones cómodos cerca del fuego para sentarse-. La maldición ni siquiera llegó al castillo. No es lo que llamarías a prueba de tontos.

- Tienes razón, -dijo Hermione, pinchando a Ron con su pie de la silla y ofreciéndosela al de primero otra vez-. No estaba nada bien planeado.

- ¿Pero desde cuando Malfoy es una de las mentes más brillantes del mundo?

Ni Ron ni Hermione le respondieron.

Capitulo 13: El Riddle Secreto

Katie fue trasladada al Hospital San Mungo para Enfermedades y Heridas Mágicas al día siguiente, y para ese momento las noticias de que había sido maldecida se habían esparcido por todo el colegio, aunque los detalles eran confusos y nadie más que Harry, Ron, Hermione y Leanne sabían que Katie no había sido en realidad el objetivo escogido.

-Oh, y Malfoy lo sabe, por supuesto- les dijo Harry a Ron y Hermione, quienes continuaban con su política de fingir sordera cada vez que Harry mencionaba su teoría de "Malfoy-es-un-Mortífago".

Harry se preguntaba si Dumbledore volvería de donde fuera que estuviese para su lección del lunes a la noche pero, no teniendo noticias de lo contrario, se presentó en su oficina a las 8 en punto de la noche, llamó y se le respondió que pase. Allí se encontraba Dumbledore, se veía inusualmente cansado, su mano quemada y negra como siempre, pero sonrió cuando le indicó a Harry que se sentara. El Pensadero estaba sobre el escritorio nuevamente, despidiendo haces de luz plateada hacia el techo.

-Has estado ocupado mientras estuve fuera- dijo Dumbledore -creo que presenciaste el accidente de Katie-.

-Si señor, ¿ Cómo esta ella?

-Bastante mal todavía, aunque relativamente fue afortunada, al parecer tocó el collar con la menor cantidad de piel posible; había un pequeño agujero en su guante. Si se lo hubiese puesto, si lo hubiese tomado con su mano sin guante, hubiese muerto, tal vez instantáneamente. Afortunadamente, el Profesor Snape fue capaz de hacer lo suficiente para impedir que la maldición se propagara rápidamente.

-¿Por qué él?- pregunto Harry rápidamente-¿Por qué no Madam Pomfrey?

-Impertinente-dijo una voz suave desde uno de los retratos de la pared y Phineas Nigellus Black, el tatarabuelo de Sirius, levantó la cabeza que tenía apoyada sobre sus brazos, donde parecía estar dormido- Yo no hubiese permitido

que un estudiante cuestionase la manera en la que Hogwarts funcionaba en mis días.

-Si, gracias Phineas- dijo Dumbledore calmamente- El Profesor Snape sabe mucho más sobre las artes oscuras que Madam Pomfrey, Harry. De cualquier manera, el personal de San Mungo me está enviando reportes cada hora y tengo esperanzas de que Katie se recupere rápidamente.

-¿Dónde estuvo este fin de semana, Señor?- dijo Harry, sin prestarle atención al fuerte presentimiento de que estaba forzando su suerte, un sentimiento aparentemente compartido por Phineas Nigellus quien murmuró .

-Preferiría no decírtelo ahora- dijo Dumbledore- Sin embargo te lo diré a su debido tiempo.

-¿Lo hará?- dijo Harry sobrecogido.

-Sí, eso espero- contestó Dumbledore, extrayendo una botella fresca de memorias plateadas de dentro de su túnica y descorchándola con un golpe de varita.

-Señor- dijo Harry con cautela- Encontré a Mundungus en Hogsmeade.

-Ah si, ya estaba al tanto de que Mundungus ha estado robándose tu herencia sin respeto alguno- dijo Dumbledore frunciendo el ceño levemente- Se ha estado escondiendo desde que te le acercaste a la salida de Las Tres Escobas, quiero pensar que teme encontrarme cara a cara. De igual manera, quédate tranquilo que no seguirá quedándose con las antiguas posesiones de Sirius.

-¿Ese viejo sarnoso sangre mestiza ha estado robándose la herencia de los Black?-dijo Phineas Nigellus indignado, y salió de su marco indudablemente para ir a visitar su retrato en el número 12 de Grimmauld Place.

-Profesor-dijo Harry, luego de una breve pausa- ¿Le dijo la Profesora McGonagall lo que le dije a ella luego de que Katie fuese atacada?¿Acerca de Draco Malfoy?

-Me habló sobre tus sospechas, si- dijo Dumbledore.

-¿ Y usted...?

-Deberé tomar todas las medidas para investigar a cualquiera que haya estado involucrado en el accidente de Katie- dijo Dumbledore- Pero lo que me preocupa ahora, Harry, es nuestra lección.

Harry se sintió un poco resentido por esto: si las lecciones eran tan importantes ¿Por qué había habido un término tan grande entre la primera y la segunda?. Sin embargo, no dijo nada más acerca de Draco Malfoy, pero observó a Dumbledore echar las memorias frescas en el Pensadero y mover la vasija de piedra en círculos una vez más entre sus manos de dedos largos.

-Recordarás, estoy seguro, que dejamos la historia de los comienzos de Lord Voldemort en el punto en que el apuesto Muggle, Tom Riddle, había abandonado a su esposa hechicera, Merope, y había vuelto a la casa de su familia en Little Hangleton. Merope se quedó sola en Londres, esperando al bebé que algún día se convertiría en Lord Voldemort.

-¿Cómo sabe usted que ella se hallaba en Londres, Señor?

-Por la evidencia de un tal Caractacus Burke – dijo Dumbledore- que, por una extraña coincidencia, ayudó a fundar la mismísima tienda de donde proviene el collar del que estábamos hablando recién.

Hizo girar el contenido del Pensadero como Harry ya lo había visto hacerlo antes, casi como un minero tamizando en búsqueda de oro. De la girante masa plateada se levanto un hombrecillo girando dentro del Pensadero, plateado como un fantasma pero mucho más sólido, con una maraña de cabello que le cubría completamente los ojos.

-Sí, lo adquirimos de forma curiosa. Lo trajo una bruja joven justo antes de navidad, oh, hace muchos años. Dijo que necesitaba el oro desesperadamente, bueno, eso era obvio. Cubierta con harapos y bastante arruinada además. Verá, iba a tener un bebé. Dijo que el camafeo había pertenecido a Slytherin. Bueno, nosotros oímos esa clase de historia todo el tiempo "Oh, esto pertenecía a Merlín, ésta era su tetera favorita", pero cuando lo observé, tenia su marca y unos pocos y simples hechizos fueron suficientes para saber la verdad. Por supuesto que eso lo hacía casi invaluable. Ella parecía no tener idea de cuánto valía en realidad. ¡Se contentó con 10 galeones!.¡La mejor compra que hicimos jamás!

Dumbledore le dio al Pensadero una sacudida muy fuerte y Caractacus Burke descendió nuevamente a la masa de memoria de la que había salido.

-¿ Tan sólo le dio 10 galeones? -dijo Harry indignado.

-Caractacus Burke no era famoso por su generosidad- dijo Dumbledore- Así que sabemos que casi al final de su embarazo Merope estaba sola en Londres con una gran necesidad de oro, lo suficientemente desesperada para vender su única y más valiosa posesión, el camafeo que formaba parte de la atesorada herencia de la familia de Marvolo.

-¡ Pero ella podía hacer magia!- dijo Harry impaciente- Podría haber obtenido comida y todo lo que necesitase mediante la magia ¿Verdad?

-Ah – dijo Dumbledore- tal vez podía. Mas yo creo, otra vez estoy adivinado, pero estoy seguro de que estoy en lo correcto, de que cuando su marido la abandonó, Merope dejó de usar magia. No creo que quisiera seguir siendo una bruja. Por supuesto, también es posible que su amor no correspondido y el desprecio del mismo hacia ella, la hayan dejado sin poderes, eso puede suceder. De todos modos, como estás por ver, Merope se negó a levantar su varita, incluso para salvar su propia vida.

-¿ Ella no quiso permanecer con vida ni siquiera por su hijo?

Dumbledore levantó las cejas

-¿Es posible que estés sintiendo pena por Lord Voldemort?

-No- espetó Harry- Pero ella tuvo la opción ¿Verdad? No como mi madre...

-Tu madre también tuvo la opción- dijo Dumbledore gentilmente- Si, Merope Riddle escogió la muerte a pesar del hijo que la necesitaba, pero no la juzgues tan duramente, Harry. Ella estaba extremadamente debilitada por un largo sufrimiento y nunca tuvo el coraje de tu madre. Y ahora, si te levantas...

-¿A dónde vamos?-preguntó Harry, mientras Dumbledore se reunía con él frente al escritorio.

-Esta vez- dijo Dumbledore- vamos a entrar a mi memoria- Creo que la encontrarás exacta y rica en detalles. Después de ti Harry...

Harry se dobló sobre el Pensadero, su cara tocó la fría superficie de memorias y luego se encontró cayendo en la oscuridad nuevamente. Segundos después, sus pies tocaron tierra, abrió los ojos y descubrió que él y Dumbledore estaban en medio de una concurrida y antigua calle londinense.

-Ahí estoy- dijo Dumbledore alegre- señalando a una figura alta cruzando la calle enfrente a un carruaje cargado de leche.

Este joven Albus Dumbledore tenía cabello y barba castaños. Ya de su lado de la calle, empezó a caminar velozmente sobre el pavimento, atrayendo algunas miradas curiosas debido a su llamativo traje de terciopelo violeta oscuro.

-Lindo traje, Señor- dijo Harry, antes de que pudiera detenerse, pero Dumbledore casi se rió mientras perseguían a su joven ser a corta distancia; finalmente pasaron a través de un par puertas de hierro que daban a un patio desnudo, al frente del cual había un edifico cuadrado y bastante sombrío, rodeado de altas cercas. Subió algunos escalones hacia la puerta principal y llamó una vez. Luego de un momento o dos, atendió la puerta una niña bastante sucia que usaba un delantal.

-Buenas tardes, tengo una cita con la Señora Cole, quien creo es la directora aquí.

-Oh- dijo la niña con cara confundida, asombrándose por la apariencia excéntrica de Dumbledore- Mmm, solo un momen...¡SEÑORA COLE!- gritó sobre su hombro.

Harry oyó una voz distante gritando algo como respuesta. La niña se giró hacia Dumbledore

-Pase, ya viene.

El joven Dumbledore entró al vestíbulo de pisos blancos y negros. El lugar estaba bastante deteriorado pero absolutamente limpio. Harry y el viejo Dumbledore lo siguieron. Antes de que la puerta principal se cerrase detrás de ellos, una mujer flaca y con la apariencia de estar bastante cansada se acercó rápidamente a ellos. Tenia la cara bastante puntiaguda y parecía más ansiosa que ruda y estaba hablando por sobre su hombro con otro asistente con delantal mientras se le acercaba a Dumbledore.

-...y llévale el yodo a Marta que está arriba, Billy Stubbs se ha estado sacando las costras de sus heridas y también las de Eric Walleys manchando las sabanas. Varicela antes que nada- le dijo a nadie en particular y entonces sus ojos recayeron en Dumbledore y se paró en seco, viéndose igual de sorprendida que si hubiese entrado una jirafa a su establecimiento.

-Buenas tardes- dijo Dumbledore, extendiéndole la mano. La Señora Cole tan sólo se quedo mirándolo sorprendida- Mi nombre es Albus Dumbledore, le envié una carta pidiéndole una cita y usted amablemente me invitó a venir hoy.

La Señora Cole parpadeó. Aparentemente decidió que Dumbledore no era una alucinación, y dijo brevemente:

-Oh si, bueno...eh bueno...pase usted a mi despacho...si.

Guió a Dumbledore hacia una pequeña habitación que parecía en parte una sala y en parte una oficina. Estaba igual de estropeada que el vestíbulo y los muebles eran viejos y estaban mal combinados. Invito a Dumbledore a sentarse en una silla bastante desvencijada y ella se sentó detrás de un escritorio atiborrado de cosas, mirándolo con nerviosismo.

-Estoy aquí, como ya le dije en mi carta, para hablar de Tom Riddle y los arreglos para su futuro.

-¿ Es usted familiar?- preguntó la señora Cole.

-No, soy maestro- dijo Dumbledore- He venido a ofrecerle a Tom una plaza en mi colegio.

-¿Qué colegio es?

-Se llama Hogwarts- dijo Dumbledore.

-¿ Y por qué está usted interesado en Tom?

-Creemos que tiene las cualidades que buscamos.

-¿Quiere decir que se ganó una beca? ¿Cómo pudo hacerlo? El nunca ha solicitado una.

-Bueno, su nombre ha estado anotado desde su nacimiento.

-¿Quién lo registro? ¿Sus padres?

No había dudas de que la señora Cole era una mujer inconvenientemente inteligente. Aparentemente Dumbledore también lo pensó así, por que Harry lo vio sacar su varita de entre sus ropajes de terciopelo y al mismo tiempo recoger un papel en blanco del escritorio de la señora Cole.

-Tome- dijo Dumbledore, agitando la varita mientras le pasaba el pedazo de papel- Creo que esto aclarará las cosas.

Los ojos de la señora Cole se salieron de foco y volvieron mientras ella observaba momentáneamente interesada el papel en blanco.

-Eso parece perfectamente en orden- dijo ella plácidamente, devolviéndoselo. Luego sus ojos se detuvieron en una botella de ginebra y en dos vasos que ciertamente no habían estado presentes unos segundos antes.

-Esto...¿Puedo ofrecerle un vaso de ginebra?-pregunto con una voz extra refinada.

-Muchísimas gracias- dijo Dumbledore, sonriente.

Enseguida se notó que la señora Cole no era una novata en lo que se refería a tomar ginebra. Sirviendo a ambos una cantidad generosa, ella acabó su vaso de un solo trago. Secándose los labios, le sonrió a Dumbledore por primera vez y él no dudó en aprovechar la situación.

-Me preguntaba si podría usted contarme algo acerca de la historia de Tom Riddle. Tengo entendido que nació aquí en el orfanato ¿verdad?

-Es así- dijo la señora Cole, sirviéndose más ginebra- Lo recuerdo más claro que nada, por que yo recién había comenzado aquí también. Era la noche de año nuevo y hacía un frío intenso y nevaba, sabe. Noche horrible. Y esta chica, no mucho mayor que yo en esos días, llegó sorpresivamente. Bueno, no era la primera. La dejamos pasar y tuvo al bebe en menos de una hora. Y murió a la hora siguiente.

La señora Cole asintió impresionada y tomó otro generoso trago de ginebra.

-¿Dijo algo antes de morir?-pregunto Dumbledore-¿Algo acerca del padre del niño por ejemplo?

-Ahora que lo recuerdo, sí lo hizo- dijo la señora Cole quien parecía estar pasándola bien ahora, con el gin es sus manos y una audiencia interesada en su historia.- Recuerdo que me dijo "Espero que se vea como su papá", y no mentiré, estaba bien que así lo deseara, por que ella no era ninguna belleza...y luego me dijo que se llamaría Tom por su padre y Marvolo por el padre de ella...sí, lo se, ¿Extraño nombre verdad? Nos preguntábamos si vendría de un circo... y dijo que el apellido del niño sería Riddle. Y murió poco después sin decir otra palabra.

-Bueno, lo nombramos justo como ella dijo, parecía tan importante para la pobre chica, pero ningún Tom, ningún Marvolo ni ninguna clase de Riddle vinieron jamás a buscarlo, ninguna familia ni nada, así que se quedó en el orfanato y ha estado aquí desde entonces.

La señora Cole se sirvió, casi sin pensar, otra gran cantidad de ginebra. Dos manchas rosadas habían aparecido en sus mejillas. Luego dijo " Es un chico extraño".

-Si- dijo Dumbledore.-Me imaginaba que así lo sería.

-También fue un bebé extraño. Casi nunca lloraba, sabe. Y luego, cuando creció un poquito se volvió aún más extraño.

-¿De qué manera?-preguntó Dumbledore gentilmente.

-Bueno, el...

Pero la señora Cole se irguió, y ya no había nada borroso o vago en la mirada inquisitiva que le echó a Dumbledore por encima de su vaso.

-¿Él tiene un lugar seguro en su escuela, verdad?

-Definitivamente-dijo Dumbledore.

-¿Y nada de lo que pueda yo decir lo cambiará?

-Nada-dijo Dumbledore.

-¿Se lo llevará de todos modos?

-De todos modos- repitió Dumbledore gravemente.

Lo estudió con la mirada, como para decidir si podía confiar en él. Aparentemente, decidió que sí podía, porque dijo de golpe "Él asusta a los otros niños".

-¿Quiere decir que los amenaza?-preguntó Dumbledore.

-Creo que lo hace- dijo la señora Cole, e hizo una señal de desaprobación- pero es muy difícil encontrarlo haciéndolo. Ha habido incidentes...cosas desagradables...

Dumbledore no la apresuró, aunque Harry podía decir que estaba interesado. Ella tomó otro trago de ginebra y sus mejillas se pusieron aun más rosadas.

-El conejo de Billy Stubbs...Bueno, Tom dijo que él no lo hizo y no veo cómo pudo haberlo hecho, pero aun así, ¿No se pudo haber ahorcado el mismo de la viga verdad?

-No lo creo, no-dijo Dumbledore tranquilamente.

-Pero miento si digo que sé como se subió ahí para hacerlo. Lo único que sé es que Billy y él habían discutido el día anterior...y luego- la señora Cole tomó otro poco de ginebra, derramándose un poco sobre la barbilla esta vez- En la salida de

verano, los sacamos a pasear, sabe, una vez al año, al campo, al mar... Bueno, Amy Benson y Dennis Bishop nunca estuvieron bien después de eso, y todo lo que pudimos sonsacarles fue que habían ido a una cueva con Tom Riddle. El juró que sólo fueron a explorar, pero algo sucedió allí, estoy segura. Y bueno, ha habido muchas cosas, cosas extrañas...

Volvió a mirar a Dumbledore, y aunque sus mejillas estaban sonrosadas, su mirada era firme. " No creo que mucha gente se lamentará de no verlo más".

-¿Usted entiende, estoy seguro, que no lo tendremos permanentemente?- dijo Dumbledore- Él volverá, finalmente, cada verano.

-Oh, bien, eso es mejor que un golpe en la nariz con una vara de metal- dijo la señora Cole con un leve hipo. Se puso de pie, y Harry se impresionó al ver que estaba bastante estable, aunque dos tercios de la botella habían desaparecido- Supongo que le gustaría verlo.

-Muchísimo-dijo Dumbledore, incorporándose también.

Lo guió fuera de su oficina y subieron unas escaleras de piedra, repartiendo instrucciones y amonestaciones a ayudantes y niños mientras pasaba. Harry vio que todos los huérfanos usaban la misma clase de túnica gris. Se los veía razonablemente bien cuidados, pero no había manera de negar que era un lugar bastante lúgubre donde crecer.

-Aquí es- dijo la señora Cole mientras doblaban en el segundo rellano y se detenían fuera de la primera puerta en un largo corredor. Golpeó dos veces y entró.

-¿Tom? Tienes un visitante. Este es el señor Dumberton...perdón, Dumderbore. El ha venido a decirte...bueno, lo dejaré decírtelo...

Harry y los dos Dumbledores entraron a la habitación , y la señora Cole cerró la puerta tras ellos. Era un cuarto pequeño y vacío con nada dentro excepto un viejo armario y una cama de hierro. Un niño estaba sentado sobre las mantas grises, sus piernas estiradas frente a sí, sosteniendo un libro.

No había rastro de los Gaunts en la cara de Tom Riddle. Merope había logrado su último deseo. Era la versión de su apuesto padre en miniatura , alto para tener once años, cabello oscuro y tez pálida. Sus ojos se achicaron un poco cuando vio la apariencia excéntrica de Dumbledore.
Hubo un momento de silencio.

-¿Cómo te va Tom?- dijo Dumbledore, acercándosele y extendiéndole la mano.

El niño dudó , luego la tomó y se saludaron. Dumbledore acercó una pesada silla de madera junto a Riddle, de modo que los dos daban la apariencia de un paciente de hospital y su visitante.

-Soy el Profesor Dumbledore.

-¿Profesor?- repitió Riddle. Se veía suspicaz-¿ Es como un Doctor?¿Por qué está aquí?¿Ella lo trajo para que me revise?

-No, no-dijo Dumbledore sonriendo.

-No le creo-dijo Riddle- ¿Ella quiere que me examine, verdad? ¡Diga la verdad!

Dijo estas últimas palabras con una clara y fuerte voz que era casi chocante. Era un mandato, y sonaba como si lo hubiese dado antes muchas veces. Sus ojos se habían agrandado y estaba mirando a Dumbledore fijamente, quien no dio respuesta alguna, simplemente siguió sonriendo placido. Después de unos segundos Riddle dejó de observarlo, aunque se lo veía, por decir algo, expectante.

-¿Quién es usted?

-Ya te lo dije. Mi nombre es Profesor Dumbledore y trabajo en un colegio que se llama Hogwarts. He venido a ofrecerte una vacante en mi colegio... tu nuevo colegio, si deseas venir.

La reacción de Riddle a esto fue más que sorprendente. Se levantó de la cama y se alejó de Dumbledore, aparentemente furioso.

-¡Usted no puede engañarme! Del asilo es de donde viene ¿verdad? Profesor, sí, seguro...bueno, no pienso ir ¿sabe? Esa vieja es la que debería estar en el asilo. Yo nunca les hice nada a Amy Benson o Dennis Bishop y puede preguntarles ¡Dicen la verdad!

-No soy del asilo –dijo Dumbledore paciente- Soy un maestro y, si te sientas tranquilo, te contaré acerca de Hogwarts. Por supuesto que si prefieres no venir, nadie te obligará a hacerlo.

-Me gustaría verlos intentándolo.

-Hogwarts- prosiguió Dumbledore, como si no hubiese oído las últimas palabras de Riddle- es una escuela para personas con habilidades especiales.

-¡No estoy loco!

-Ya sé que no estás loco. Hogwarts no es una escuela para locos. Es una escuela de magia.

Hubo un silencio. Riddle se congeló, su cara sin expresión, pero sus ojos iban de un ojo a otro de Dumbledore, como si quisiera ver si alguno de los dos mentía.

-¿Magia?-repitió en un suspiro.

-Así es-dijo Dumbledore.

-¿Es...es magia lo que yo puedo hacer?

-¿Qué es lo que tu puedes hacer?

-Muchas cosas- suspiró Riddle- Una oleada de excitación subía por su cuello hacia sus mejillas vacías, se veía afiebrado- Puedo hacer que cosas pequeñas se muevan sin tocarlas .Puedo hacer que los animales hagan lo que yo quiera que hagan, sin entrenarlos. Puedo hacer que cosas malas les ocurran a la gente que me molesta. Puedo hacer que se lastimen si yo quiero.

Sus piernas temblaban. Se tambaleó y se sentó en la cama nuevamente, mirando sus manos, su cabeza agachada como si estuviese orando.

-Sabía que era diferente- susurró a sus propios dedos temblorosos- Sabía que era especial. Siempre supe que había algo.

-Bueno, estabas bastante acertado- dijo Dumbledore, quien ya no sonreía, pero miraba a Riddle intensamente. -Tú eres un mago.

-¿Usted también es un mago?

-Sí, lo soy.

-Pruébelo- espetó Riddle, con el mismo tono demandante que había usado cuando dijo "Diga la verdad".

Dumbledore arqueó las cejas

-Sí, si como lo estoy asumiendo, estás aceptando tu lugar en Hogwarts.

-¡Por supuesto que acepto!

-Entonces te dirigirás a mí como Profesor o Señor.

La expresión de Riddle se endureció por un momento antes de decir, con una voz educadísima e irreconocible

-Lo siento , Señor...Quiero decir...por favor Profesor,¿podría mostrarme...?

Harry estaba seguro que Dumbledore se negaría, de que le diría a Riddle que habría suficiente tiempo para demostraciones prácticas en Hogwarts, que en ese momento estaban en un edificio lleno de muggles y que por lo tanto debían ser cautelosos. Sin embargo, para su gran sorpresa, Dumbledore extrajo su varita del bolsillo de su saco, apuntó al viejo armario en la esquina y le dio a su varita una ligera sacudida.

El armario se incendió.

Riddle se incorporó de un salto, Harry apenas podía culparlo por tener rencor e ira, todas sus posesiones debían haber estado allí dentro. Pero cuando Riddle miró a Dumbledore, las llamas se desvanecieron , dejando al armario sin daño alguno.

Riddle miró el armario y luego a Dumbledore; luego, con expresión codiciosa señaló la varita y dijo

-¿Dónde puedo conseguir una de esas?

-Todo a su tiempo- dijo Dumbledore- Creo que hay algo que quiere salir de dentro de tu armario.

Y con toda seguridad, podía oírse un lejano chillido proveniente del mismo. Por primera vez, Riddle se veía asustado.

-Abre la puerta-dijo Dumbledore.

Riddle dudó, luego cruzó la habitación y abrió de golpe la puerta del armario. En el último estante, sobre una pila de ropa gastada, una pequeña caja se estaba agitando y chillando como si hubiera varios ratoncitos frenéticos atrapados allí dentro.

-Sácalo- dijo Dumbledore.

Riddle bajó la caja chillarte. Se veía nervioso.

-¿Hay algo dentro de esa caja que no deberías tener?-preguntó Dumbledore.

Riddle le echó a Dumbledore una fuerte, larga y calculadora mirada

-Si, eso supongo, Señor- dijo finalmente con una voz inexpresiva.

-Ábrela-dijo Dumbledore.

Riddle le quitó la tapa y arrojó el contenido a su cama sin mirar. Harry, quien esperaba algo más emocionante, vio un desorden de objetos comunes: un yoyo, un dedal plateado y una desgastada armónica entre ellos. Una vez fuera de la caja, los objetos dejaron de chillar y se qedaron quietos sobre las mantas.

-Se los devolverás a sus dueños junto con unas disculpas- dijo Dumbledore calmado, guardando su varita nuevamente en su saco.- Me deberé enterar si lo has hecho. Y estás advertido, robar no es tolerado en Hogwarts.

Riddle no se veia ni remotamente avergonzado, miraba fría y desvergonzadamente a Dumbledore . Por último dijo, con voz inexpresiva:

-Sí Señor.

-En Hogwarts- prosiguió Dumbledore- enseñamos, no solamente a usar magia, sino también a controlarla. Tú has estado, inadvertidamente estoy seguro, usando tus poderes de una manera que no es enseñada ni tolerada en nuestro colegio. No eres el primero, ni serás el ultimo, en dejar que la magia te controle. Pero deberías saber que Hogwarts puede expulsar estudiantes, y que el Ministerio de la Magia, sí, hay un Ministerio, castiga a los que quebrantan la ley aún más severamente. Todos los magos nuevos deben aceptar eso, al entrar a nuestro mundo que está regido por nuestras reglas.

-Si Señor- dijo Riddle nuevamente.

Era imposible decir en qué estaba pensando, su cara permanecía inexpresiva mientras guardaba el pequeño botín de objetos robados de nuevo en la caja de cartón. Cuando terminó, se volvió hacia Dumbledore y dijo secamente

-Yo no tengo dinero alguno.

-Eso se arregla fácilmente-dijo Dumbledore, sacando un monedero de cuero de su bolsillo- hay una fundación en Hogwarts para aquellos que requieran ayuda para comprar libros y túnicas. Deberás comprar de segunda mano algunos de tus libros de hechizos y demás, pero...

-¿Dónde se compran los libros de hechizos?-interrumpió Riddle, quien había tomado la bolsa de dinero sin agradecerle a Dumbledore, y estaba examinando un pesado galleon de oro.

-En el Callejón Diagon-dijo Dumbledore- tengo tu lista de libros y cosas para el colegio. Puedo ayudarte a encontrar todo.

-¿ Usted viene conmigo?-dijo Riddle, levantando la vista.

-Ciertamente, si tu...

-No lo necesito-dijo Riddle- Estoy acostumbrado a hacer las cosas por mí mismo. Voy a Londres todo el tiempo por mi cuenta.¿Cómo llego hasta Diagon Alley...Señor?- agregó, siguiéndole la mirada a Dumbledore.

Harry pensó que Dumbledore insistiría en acompañar a Riddle, pero una vez más se sorprendió. Dumbledore le extendió a Riddle el sobre que contenía la lista de útiles y luego de indicarle exactamente cómo llegar hasta el Caldero Chorreante desde el orfanato, le dijo:

-Serás capaz de verlo, aunque los muggles a tu alrededor, eso es gente-no-mágica, no puedan. Pregúntale a Tom, el cantinero...bastante fácil de recordar, comparten el mismo nombre.

Riddle dio un respingo irritado, como si intentase espantar una mosca molesta.

-¿No te gusta el nombre Tom?

-Hay muchos Toms – murmuró Riddle. Luego, como si no pudiera retener la pregunta, incluso como si le brotara repentinamente, preguntó-¿Mi padre era un brujo? Se llamaba Tom Riddle también, ellos me lo dijeron.

-Me temo que no lo sé- dijo Dumbledore con voz gentil.

-Mi madre no pudo haber sido mágica, o no hubiese muerto- dijo Riddle, más para sí mismo que para Dumbledore- Tiene que haber sido él...Así que, cuando tenga todas mis cosas...¿Cuándo voy a este Hogwarts?

-Todos los detalles están en la segunda hoja de pergamino dentro del sobre- dijo Dumbledore- Partirás desde la estación de King Cross el primero de septiembre. Hay un boleto de tren ahí también.

Riddle asintió. Dumbledore se incorporó y le extendió la mano nuevamente. Sujetándola, Riddle dijo:

-Puedo hablar con las serpientes. Lo descubrí cuando estuve en el campo durante los viajes...ellas me encuentran, ellas me susurran ¿Es eso normal para un mago?

Harry podía notar que había esperado para mencionar este extraño poder hasta ese momento determinado, para impresionar.

-Es inusual-dijo Dumbledore, luego de un momento de meditación- pero no desconocido.

Su tono era casual, pero sus ojos se movían curiosamente sobre el rostro de Riddle. Se detuvieron por un momento, hombre y niño, observándose mutuamente. Luego el apretón de manos terminó. Dumbledore estaba junto a la puerta.

-Hasta luego, Tom. Te veré en Hogwarts.

-Creo que eso será suficiente-dijo el Dumbledore de cabello blanco que estaba al lado de Harry, y segundos después, estaban volando livianamente a través de la oscuridad de nuevo, antes de aterrizar en la oficina actual.

-Siéntate-dijo Dumbledore, aterrizando al lado de Harry.

Harry obedeció, con la mente aún llena de lo que acababa de ver.

-El lo creyó mucho más rápido que yo, quiero decir, cuando usted le dijo que era un mago- dijo Harry- No le creí a Hagrid cuando me lo dijo la primera vez.

-Si, Riddle estaba perfectamente listo para creer que era, por usar una palabra, "especial"- dijo Dumbledore.

-¿Lo sabía usted... en ese entonces?-preguntó Harry

-¿Si sabía que acababa de conocer al mago oscuro más peligroso de todos los tiempos?-dijo Dumbledore- No, no tenia idea de que iba a crecer para convertirse en lo que es. Sin embargo, me sentía bastante intrigado por él. Regresé a Hogwarts con la intención de mantenerlo vigilado, algo que debería haber hecho de todos modos, siendo que estaba solo y sin amigos, por lo cual , ya sentía que lo debía hacer, tanto por el bien de otros como por el suyo mismo.

-Sus poderes, como oíste, estaban sorprendentemente bien desarrollados para un mago tan joven y, lo más interesante y preocupante de todo, ya había descubierto que tenía alguna clase de control sobre ellos, y empezaba a usarlos concientemente. Como viste, no eran los casos aislados generalmente experimentados por magos pequeños. Él ya estaba usando la magia en contra de otras personas , para asustar, para castigar, para controlar. Las pequeñas historias del conejo estrangulado y del niño y la niña a quienes había incitado a meterse en una cueva eran bastante sugestivas... "Puedo hacer que se lastimen si así lo deseo".

-Y el hablaba lengua Pársel- interrumpió Harry.

-Si, por cierto, una rara habilidad , y una supuesta conexión con las artes oscuras, aunque, como ya sabemos, hay hablantes de lengua Parsel entre los grandes y buenos también. De hecho, la capacidad para hablar con las serpientes no me inquietó tanto como sus claros instintos para la crueldad , el ocultamiento y la dominación.

-El tiempo esta jugando con nosotros otra vez- continuó Dumbledore, señalando el oscuro cielo afuera de las ventanas- Pero antes de partir, quiero llamar tu atención hacia ciertas cosas de la escena que acabamos de presenciar, pues tienen mucha influencia en otros asuntos que deberemos discutir en otras reuniones.

-Primero espero que hayas notado la reacción de Riddle cuando mencioné que otro compartía su primer nombre, Tom.

Harry asintió.

-Allí mostró su desprecio hacia cualquier cosa que lo atara a otra persona, cualquier cosa que lo volviese común. Aún en esos tiempos él quería ser diferente, único, notorio. Se deshizo de su nombre, unos pocos años después de esa conversación y creó la máscara de Lord Voldemort ,detrás de la cual se ha estado escondiendo por tanto tiempo.

-Confío en que también notaste que Tom Riddle era bastante autosuficiente, retraído y, aparentemente, sin amigos...No quiso ayuda ni compañía en su viaje al Callejón Diagón . Prefería manejarse solo. El Voldemort adulto es igual. Oirás a muchos de sus Mortífagos hablar de que son de su confianza , que tan sólo ellos son cercanos a el, y que hasta lo entienden. Están equivocados, Lord Voldemort nunca tuvo un amigo, y tampoco creo que jamás haya querido uno.

- Y por último, y espero que no estés demasiado somnoliento como para oír esto Harry, al joven Tom Riddle le gustaba coleccionar trofeos. Viste la caja de objetos robados que había escondido en su habitación. Los tomó de las víctimas de su comportamiento agresivo, eran recuerdos, si así lo deseas, de pequeños actos mágicos para nada placenteros. Ten en mente esta tendencia a coleccionar cosas, pues esto será particularmente importante en el futuro.

-Y ahora, ya es hora de irse a la cama.

Harry se incorporó. Mientras caminaba a través del cuarto, sus ojos recayeron en la mesita en la cual el anillo de Marvolo Gaunt había estado la última vez, pero el anillo ya no se encontraba allí.

-¿Sí, Harry?- dijo Dumbledore al ver que se detenía.

-El anillo no está- dijo Harry, mirando alrededor-Pero yo pensé que usted tendría la armónica o algo así.

Dumbledore sonrió, echándole una mirada por sobre sus anteojos de media luna.

-Muy astuto Harry, pero la armónica era tan sólo una armónica.

Y con esa enigmática frase despidió a Harry, quien comprendió que debía irse.

Capítulo 14: Felix Felicis

Harry tenía Herbología a primera hora de la mañana. No había podido decirles a Ron y Hermione de su clase con Dumbledore durante el desayuno por temor a que los escucharan, pero los estaba poniendo al tanto mientras caminaban por el camino de vegetales hacia los invernaderos. El viento brutal del fin de semana finalmente había cesado; la rara niebla había regresado y les tomó un poco más de tiempo encontrar el invernadero correcto.

-Wow, que miedo, Ya-sabes-quien de niño-, dijo Ron discretamente, mientras tomaban sus lugares alrededor de los troncos nudosos del Snargaluff, que era su proyecto del periodo, y comenzaron a ponerse sus guantes protectores. -Pero aún no entiendo porque Dumbledore te está enseñando todo eso. Digo, es muy interesante y eso, pero ¿cual es el punto?-.

-No se-, dijo Harry, poniendo un escudo de goma. -Pero dice que es importante, y me ayudará a sobrevivir-.

-Yo creo que es fascinante,- dijo Hermione seriamente. -Tiene total sentido conocer lo más posible de Voldemort. ¿De que otra manera encontrarás sus debilidades?-.

-¿Y como estuvo la fiesta de Slughorn?- le preguntó Harry pesadamente, a través del escudo de goma.

-Oh, estuvo bastante divertida, en realidad-, dijo Hermione, poniéndose sus lentes protectores. -Quiero decir, él presume un poco de las grandes hazañas, y adula totalmente a McLaggen porque está muy bien conectado, pero nos ofreció comida muy agradable y nos presentó a Gwenog Jones-.

-¿Gwenog Jones?- dijo Ron, abriendo sus ojos bajo sus lentes protectores. -¿*La* Gwenog Jones? ¿Capitana de los Holyhead Harpies?

-Así es-, dijo Hermione. -Personalmente, creo que ella era un poco presumida, pero--

-¡Mucha plática por allá!- dijo la profesora Sprout enérgica, mientras se acercaba, mirándolos severamente. -¡Se están retrasando, todos han comenzado ya, y Neville ya sacó su primera vaina!-

Miraron alrededor; ahí estaba Neville sentado, bastante seguro, con un labio sangrando y varios rasguños desagradables en su cara, pero agarrando un desagradable objeto verde pulsante del tamaño de una toronja.

-Muy bien Profesora, ¡comenzaremos ahora!- dijo Ron, agregando en voz baja cuando ella se había retirado nuevamente, -deberíamos haber usado Muffliato, Harry.-

-¡No, no deberíamos! Dijo Hermione inmediatamente, viéndose, como siempre lo hacía, bastante malhumorada ante el recuerdo del Príncipe Mestizo y sus hechizos. -Bueno, adelante… ya deberíamos comenzar…-

Les dedicó una mirada aprehensiva, respiraron profundamente y metieron sus manos en los troncos nudosos que se encontraban entre ellos.

Saltó a la vida de inmediato; tallos largos y espinosos como zarzas salieron por arriba y azotaron a través del aire. Uno se enredó en el cabello de Hermione, y Ron lo golpeó con un par de tijeras de jardinería; Harry logró atrapar un par de tallos y al amarrarlos juntos, se abrió un hoyo en el centro de las ramas que parecían tentáculos; Hermione hundió su brazo en el hoyo airosamente, que se cerró como una trampa alrededor de su codo; Harry y Ron jalaron y torcieron los tallos, forzando a que se abriera nuevamente el hoyo y Hermione sacó su brazo, agarrando entre sus dedos, una vaina igual a la de Neville. Al instante, los espinosos tallos se cerraron, y el tronco nudoso quedó quieto, viéndose como un inocente bulto de madera muerta.

-Saben, creo que no tendré ninguna de estas en mi jardín cuando tenga mi propia casa,- dijo Ron, subiendo sus lentes protectores hasta su frente y limpiándose el sudor de la cara.

-Pásame un tazón,- dijo Hermione, sosteniendo la vaina pulsante con el brazo extendido; Harry le pasó uno y dejó caer la vaina con una expresión de desagrado en su cara.

-¡No sean tan delicados, apriétenlos, son mejores cuando están frescos!- exclamó la Profesora Sprout.

-Como sea,- dijo Hermione, continuando con su conversación interrumpida, como si el bulto de madera no los hubiera atacado, -Slughorn tendrá una fiesta de Navidad, Harry, y no hay manera de que te salves de ésta, porque de hecho me pidió que verificara tus noches libres, para que pudiera estar seguro de realizarla en una noche que tu puedas asistir-.

Harry protestó. Mientras tanto, Ron, que estaba tratando de reventar la vaina en el tazón poniendo sus dos manos sobre ella, parándose, y aplastando lo mas fuerte que podía, dijo enojado, -Y esta es otra fiesta solo para los favoritos de Slughorn, verdad?

-Sólo para el 'Club Slug', si,- dijo Hermione.

La vaina voló debajo de los dedos de Ron y golpeó el vidrio del invernadero, rebotando en la parte de atrás de la cabeza de la Profesora Sprout y tirando su viejo y parchado sombrero. Harry fue a recoger la vaina; cuando regresó Hermione estaba diciendo, -Mira, yo no inventé el nombre 'Club Slug'--

-'Club Slug'-, repitió Ron con desprecio digno de Malfoy. -Es patético. Bueno, espero que ustedes disfruten de su fiesta. Por que no intentas relacionarte con McLaggen, así Slughorn puede hacerlos Rey y Reina Slug--

-Podemos llevar invitados,- dijo Hermione, que por alguna razón se había puesto de un rojo brillante, -¡y estaba por invitarte a venir, pero si crees que es estúpido entonces no me molestaré en hacerlo!-

Harry repentinamente deseó que la vaina hubiera volado un poco más lejos, para que no tuviera que estar sentado ahí entre ellos dos. Sin que se dieran cuenta, tomó el tazón que contenía la vaina y comenzó a intentar abrirla de la manera más ruidosa y enérgica en que pudo pensar; desafortunadamente, todavía podía escuchar cada palabra de su conversación.

-¿Tú me ibas a invitar?- preguntó Ron, en un tono de voz completamente diferente.

-Si-, dijo Hermione enojada. -Pero obviamente si prefieres que me relacione con McLaggen…-

Hubo una pausa mientras Harry continuaba machacando la vaina resistente con una espátula.

-No, yo no preferiría eso-, dijo Ron con una voz muy reservada.

Harry falló el golpe en la vaina, golpeó el tazón y lo estrelló.

-'Reparo'-, dijo apuradamente, empujando las piezas con su varita, y el tazón se pegó nuevamente. El estallido, sin embargo, pareció recordar a Ron y Hermione sobre la presencia de Harry. Hermione se veía turbada e inmediatamente comenzó a hacer un alboroto en su copia de -Los árboles carnívoros del Mundo- para encontrar la manera correcta de sacar el jugo de las vainas de Snargaluffs, Ron por otra parte, se veía tímido pero bastante complacido de sí mismo.

-Pásame eso, Harry-, dijo Hermione apresuradamente. -Dice que debemos pincharlas con algo filoso….

Harry le pasó la vaina en el tazón; él y Ron se pusieron nuevamente los lentes protectores, y se sumergieron nuevamente hacia el tronco. No era como si

realmente estuviera sorprendido, pensó Harry, mientras luchaba con un tallo espinoso que intentaba sofocarlo; ya había tenido una sospecha que esto pasaría tarde o temprano. Pero no estaba seguro cómo se sentiría al respecto. … El y Cho estaban ahora muy avergonzados para verse, aún más para hablarse, ¿Qué pasaría si Ron y Hermione comenzaran a salir y luego se separaran? ¿Podría su amistad sobrevivir a eso? Harry recordaba las pocas semanas en que no se hablaron en tercer año, él no había disfrutado ser el puente sobre la distancia entre ellos. Y luego, ¿Qué pasaría si no se separaban? ¿Qué pasaría si se volvieran como Bill y Fleur, y se volviera enormemente vergonzoso estar en su presencia, de modo que fuera relegado para siempre?

-Lo tengo- gritó Ron, sacando una segunda vaina del tronco, mientras Hermione logró reventar el primero, así que el tazón estaba lleno de tubérculos que se agitaban como gusanos verdes pálidos.

El resto de la clase pasó sin mencionar la fiesta de Slughorn. Aunque Harry observó a sus dos amigos más de cerca los siguientes días, Ron y Hermione no parecían diferentes excepto que eran más amables entre sí que lo usual. Harry supuso que tendría que esperar para ver que pasaría bajo la influencia de la cerveza de mantequilla, en la habitación débilmente iluminada de Slughorn, la noche de la fiesta. Entretanto, no obstante, tenía más preocupaciones.

Katie Bell aún estaba en San Mungo, sin la perspectiva de irse, lo que significaba que el prometedor equipo de Gryffindor que Harry había estado entrenando cuidadosamente desde Septiembre tenía un Cazador menos. Él trataba de no sustituir a Katie con la esperanza de que ella regresara, pero el partido de apertura contra Slytherin se acercaba, y finalmente tuvo que aceptar que no regresaría a tiempo para jugar.

Harry pensó que no soportaría otra prueba completa. Con un sentimiento abatido que tenía muy poco que ver con el Quidditch, interceptó un día a Dean Thomas después de la clase de Transfiguración. La mayoría de la clase había salido, aunque varios pájaros amarillos cantarines, todavía volaban alrededor del salón, todos creación de Hermione; nadie más logró conjugar más de una pluma.

-¿Todavía estas interesado en jugar como Cazador?-

-¿Q- qué? ¡Claro, por supuesto!- dijo Dean emocionado. Sobre el hombro de Dean, Harry vio a Seamus Finnegan aventando sus libros con violencia dentro de su mochila, con aspecto irritado. Una de las razones por las que Harry hubiera preferido no tener que pedirle a Dean jugar era porque sabía que a Seamus no le gustaría. Por otro lado, el tenía que hacer lo que era mejor para el equipo, y Dean había superado a Seamus en las pruebas.

-Bueno, entonces estás dentro,- dijo Harry. -Tenemos práctica hoy, siete de la noche.-

-Bien,- dijo Dean. -¡Adiós, Harry! ¡No puedo esperar a decirle a Ginny!-

Salió corriendo del salón, dejando a Harry y Seamus solos, un momento incómodo hecho más difícil cuando una suciedad de pájaro cayó en la cabeza de Seamus cuando uno de los canarios de Hermione voló sobre ellos.

Seamus no fue la única persona contrariada por la elección del sustituto de Katie. Había muchas murmuraciones en la sala común acerca del hecho que Harry hubiera elegido a dos de sus compañeros de año para el equipo. Como Harry había soportado murmuraciones peores que ésta en su estadía en la escuela, no estaba particularmente incómodo, pero al mismo tiempo, la presión estaba incrementando para lograr ganar en el próximo partido contra Slytherin. Si Gryffindor ganaba, Harry sabía que toda la casa olvidaría todas las críticas contra el, y jurarían que siempre supieron que era un equipo estupendo. Si perdían… bueno, Harry pensó irónicamente, el había aguantado aún peores murmuraciones.

Harry no tenía razones para arrepentirse por su decisión, una vez que vio a Dean volar esa tarde; él trabajaba bien con Ginny y Demelza. Los bateadores, Peakes y Coote, estaban mejorando todo el tiempo. El único problema era Ron.

Harry sabía que Ron era un jugador inconsistente que sufría de los nervios y falta de confianza, y desafortunadamente, la perspectiva que surgía del juego de apertura de la temporada, parecía haber sacado a flote todas sus viejas inseguridades. Después de no poder detener media docena de goles, la mayoría anotados por Ginny, su técnica se volvió cada vez más salvaje, hasta que finalmente golpeó en la boca a Demelza Robins cuando estaba aproximándose a la meta.

-¡Fue un accidente, lo siento, Demelza, realmente lo siento!- Ron le gritó mientras ella bajaba zigzagueando hasta el piso, goteando sangre por todos lados. -Yo solo--

-Me aterré,- dijo Ginny furiosa, aterrizando cerca de Demelza y examinando su labio partido. -¡Tú estúpido Ron, mira su estado!-

-Yo puedo arreglar eso,- dijo Harry, aterrizando a un lado de las dos chicas, apuntó su varita hacia la boca de Demelza y dijo -Episkey.- -Y Ginny, no le digas estúpido a Ron, no eres la Capitana de este equipo--

-Bueno, tu parecías muy ocupado para llamarlo estúpido y pensé que alguien debería--

Harry se obligó a no reírse.

-Todos al aire, vamos…-

Ante todo fue una de las peores prácticas que ellos habían tenido en el periodo, aunque Harry no sentía que la honestidad fuera la mejor política estando tan cerca del partido.

-Buen trabajo todos, creo que aplastaremos a Slytherin,- dijo vigorosamente, y los Cazadores y Bateadores se fueron hacia los vestidores sintiéndose razonablemente felices con ellos mismos.

-Jugué como un costal de estiércol de dragón,- dijo Ron en una voz hueca cuando la puerta se cerró detrás de Ginny.

-No, no lo hiciste,- dijo Harry firmemente. -Tú eres el mejor Guardián que he probado, Ron. Tu único problema son los nervios.-

Siguió con un implacable flujo de estímulos todo el camino de regreso al castillo, y cuando llegaron al segundo piso, Ron se veía un poco más animado. Cuando Harry empujó el tapete para tomar su atajo usual hacia la torre de Gryffindor, se encontraron con Dean y Ginny, que estaban enlazados en un fuerte abrazo y besándose ferozmente como si estuvieran pegados.

Era como si algo grande y áspero hiciera erupción en el estómago de Harry, clavándose en sus entrañas: sangre caliente parecía inundar su cerebro, para extinguir cualquier pensamiento, reemplazado por una urgencia salvaje de hechizar a Dean en una jalea. Peleando con su locura repentina, escuchó la voz de Ron como si estuviera a una gran distancia.

-¡Ey!-

Dean y Ginny se separaron y voltearon a mirarlos. -¿Qué?- dijo Ginny.

-¡No quiero encontrar a mi propia hermana besuqueando gente en público! -¡Este era un pasillo solitario, hasta que ustedes vinieron a entrometerse!- dijo Ginny.

Dean se veía avergonzado. Le hizo a Harry un guiño engañoso que Harry no respondió, pues el recién nacido monstruo dentro de el, rugía por el cese inmediato de Dean en el equipo.

-Este… ven Ginny,- dijo Dean, -Vamos a la sala común. …-

-¡Ve tu!- dijo Ginny, -Yo quiero hablar con mi querido hermano!- Dean se fue, sin parecer apenado por tener que dejar el lugar.

-Bien,- dijo Ginny, quitando su pelo rojo de la cara y mirando ferozmente a Ron, -vamos a dejar las cosas claras de una vez por todas. No es de tu incumbencia con quien salgo o que hago con ellos, Ron-- -¡Si, si lo es!- dijo Ron igual de enojado. -¿Crees que quiero que la gente esté diciendo que mi hermana es una--

-¿Una qué?- gritó Ginny, sacando su varita. -¿Una qué, exactamente?- -El no quiere decir nada, Ginny-- dijo Harry automáticamente, aunque el monstruo estaba rugiendo su aprobación a las palabras de Ron. -¡Oh si, si quiere decir!- dijo ella centelleando hacia Harry. -Solo porque el nunca se ha besuqueado con nadie en su vida, solo porque el mejor beso que le han dado ha sido de nuestra tía Muriel--

-¡Cállate!- bramó Ron, pasando del color rojo al marrón.

-¡No, no me voy a callar!- chilló Ginny fuera de si. -¡Te he visto con Phlegm, esperando que ella te bese en la mejilla cada vez que la vez, es patético! ¡Si tu salieras y te besuquearas un poco con alguien, entonces no te importaría que los demás lo hicieran!-

Ron había sacado su varita también; Harry se puso rápidamente entre los dos.

-¡No sabes de lo que estás hablando!- vociferó Ron, intentando conseguir un tiro libre hacia Ginny alrededor de Harry, quien ahora estaba parado enfrente de ella con sus brazos estirados. -¡Solo porque no lo hago en público-¡-

Ginny gritó con una risa burlona, tratando de empujar a Harry fuera del camino.

-¿Has estado besando a Pigwidgeon? ¿O conseguiste una foto de la tía Muriel y la escondiste bajo tu almohada?- Tú-

Un rayo de luz naranja voló bajo el brazo izquierdo de Harry y no le dio a Ginny por centímetros; Harry empujó a Ron hacia la pared.

-No seas estúpido--

-¡Harry se ha besuqueado con Cho Chang!- gritó Ginny, que parecía estar a punto de llorar. -¡Y Hermione se besuqueó con Víctor Krum, sólo tú actúas como si fuera algo desagradable, Ron, y es porque tienes tanta experiencia como un niño de doce años!-

Y con eso, se alejó enojada. Harry rápidamente soltó a Ron; la mirada en su rostro era asesina. Ambos estaban ahí parados, respirando pesadamente, hasta que la señora Norris, la gata de Filch, apareció por la esquina, rompiendo la tensión.

-Vamos- dijo Harry, ante el sonido del caminar arrastrado de Filch, que llegaba a sus oídos.

Se apresuraron hacia las escaleras y hacia el corredor del séptimo piso. -¡Ey, fuera del camino!- gruñó Ron a una pequeña niña que saltó del susto y tiró una botella de huevos de sapo.

Harry difícilmente notó el sonido del cristal rompiéndose; se sentía desorientado, mareado, ser alcanzado por un rayo debía ser algo así. Es solo porque ella es la hermana de Ron, se dijo a sí mismo. No te gustó verla besando a Dean porque es la hermana de Ron…

Pero inesperadamente llegó a su mente una imagen del pasillo solitario con él mismo besando a Ginny… El monstruo en su pecho ronroneó… pero luego vio a Ron rompiendo el tapete y apuntando su varita a Harry, gritando cosas como -traición de confianza-… -supuestamente eres mi amigo-…

-¿Crees que Hermione se haya besado con Krum?- preguntó Ron abruptamente, mientras se acercaban a la Dama Gorda. Harry comenzó a sentirse culpable y cambió su imaginación hacia un corredor en el que Ron no se entrometiera, en el que el y Ginny estuvieran solos- -¿Qué?- dijo confundido. -Oh… este...- La respuesta sincera era -si,- pero el no quería decirla. Sin embargo, Ron parecía estar captando lo peor de la mirada de Harry.

-Dilligrout,- dijo sobriamente a la Dama Gorda, y treparon por el hoyo del retrato hacia la sala común.

Ninguno de los dos mencionó a Ginny o Hermione otra vez, de hecho, casi no se hablaron en toda la tarde, y se fueron a la cama en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos, Harry yacía despierto por un largo rato, mirando al dosel de su cama de cuatro postes y tratando de convencerse que sus sentimientos por Ginny eran completamente de hermano mayor. Ellos habían vivido, o no, como hermano y hermana todo el verano, jugando Quidditch, provocando a Ron, y riéndose de Bill y Phlegm? El conocía a Ginny por años. …Era natural que se sintiera protector…natural que el quisiera protegerla…que quisiera romper cada extremidad de Dean por haberla besado…No… tendría que controlar ese sentimiento fraternal en particular.

Ron dio un gran ronquido.

Ella es la hermana de Ron, se dijo firmemente. Hermana de Ron. Está fuera de límites. Él no arriesgaría su amistad con Ron por nada. Acomodó su almohada en una forma más confortable y esperó a que le llegara el sueño, tratando con todas sus fuerzas de no permitir que sus pensamientos se fueran a ningún lugar cercano a Ginny.

Harry despertó la mañana siguiente sintiéndose un poco mareado y confundido por una serie de sueños en los que Ron lo perseguía con un bat de Bateador, pero hacia medio día bien hubiera intercambiado con alegría al Ron del sueño por el real, quien no solamente trataba con frialdad a Ginny y a Dean, sino también trataba con fría indiferencia a una herida y desconcertada Hermione. Lo que era peor, Ron parecía haberse vuelto de la noche a la mañana tan susceptible y listo para golpear de improviso como cualquier Escorguto de cola explosiva. Harry pasó el día tratando de mantener la paz entre Ron y Hermione sin éxito, finalmente Hermione se fue a la cama con una gran cólera, y Ron se abalanzó hacia el dormitorio de los chicos, después de maldecir a varios alumnos asustados de primer año por verlo.

Para la consternación de Harry, la nueva agresividad de Ron no disminuyó en los siguientes días. Peor aún, coincidió con una mayor descenso en sus habilidades como Guardián, lo que lo hizo más agresivo, de manera que la última práctica antes del partido del sábado, falló cada gol que los Cazadores le lanzaban, pero les gritaba tanto a todos que llevó a Demelza Robins a las lágrimas.

-¡Tu cállate y déjala en paz!- gritó Peakes, quien era dos tercios de la altura de Ron, sin embargo cargaba un pesado bat.

-¡SUFICIENTE!- rugió Harry, que había visto a Ginny mirando con ira en dirección a Ron y, recordando su reputación de lanzadora consumada del maleficio moco-de-murciélago, se remontó hacia ellos para intervenir antes de que las cosas se salieran de control. -Peakes, ve a guardar las Bludgers. Demelza, serénate, jugaste muy bien hoy, Ron…- esperó hasta que el resto del equipo estuviera fuera de su alcance antes de decirlo, -eres mi mejor amigo, pero continua tratando al resto del equipo de esta manera y te voy a sacar del equipo.-

Creyó por un momento que Ron le pegaría, pero entonces algo mucho peor sucedió: Ron parecía hundirse en su escoba. Toda la hostilidad desapareció y dijo, -Renuncio. Soy patético.-

-¡No eres patético y no estás renunciando!- dijo Harry ferozmente, agarrando a Ron por el frente de su túnica. -¡Tu puedes parar cualquier cosa cuando estás en forma, es un problema mental que tienes!- -¿Me estás diciendo loco?- -¡Si, tal vez!-

Se miraron centelleando por un momento, después Ron sacudió su cabeza cansadamente. -Se que no tientes tiempo de conseguir otro Guardián, así que jugaré mañana, pero si perdemos, y lo haremos, me saldré del equipo.-

Nada de lo que Harry dijo hizo alguna diferencia. Trató de aumentar la confianza de Ron durante toda la cena, pero Ron estaba ocupado siendo gruñón y hosco con Hermione para darse cuenta. Harry persistió en la sala común esa tarde, pero su alegato de que dejaría devastado al equipo si se iba, estuvo minado por el hecho que el resto del equipo estaba sentado estrechamente en una esquina distante, claramente murmurando sobre Ron y lanzándole miradas repulsivas. Finalmente Harry trato de enojarse de nuevo con la esperanza de provocar en Ron un desafío, y con la esperanza de una actitud de parar todo los goles, pero su estrategia no pareció funcionar mejor que el estímulo; Ron se fue a la cama más desanimado y desamparado que nunca.

Harry estuvo acostado despierto en la oscuridad por un largo rato. No quería perder el próximo partido; no sólo porque era su primero como Capitán, sino porque estaba determinado a vencer a Draco Malfoy en el Quidditch, aunque no pudiera probar sus sospechas sobre él. Aunque si Ron jugaba como lo había hecho en las últimas prácticas, sus oportunidades de ganar eran muy pobres…

Si sólo hubiera algo que pudiera tranquilizar a Ron… hacerlo jugar al máximo… algo que pudiera asegurar que Ron tuviera un día realmente bueno.

Y la respuesta llegó a Harry en un, repentino y glorioso golpe de inspiración.

El desayuno era el habitual asunto agitado de la mañana siguiente; los Slytherins chiflaban y abucheaban mientras cada miembro del equipo de Gryffindor entraba en el Gran Salón. Harry echó un vistazo al techo y vio un cielo azul claro, pálido: un buen augurio.

La mesa de Gryffindor, una masa sólida de rojo y oro, vitorearon al acercarse Harry y Ron. Harry sonrió y saludó; Ron hizo una mueca débilmente y sacudió su cabeza.

-¡Anímate Ron!- exclamó Lavender. -¡Se que eres brillante!-: Ron la ignoró.

-¿Té?- le ofreció Harry, -¿Café? ¿Jugo de calabaza?- -Nada,- dijo Ron abatidamente, mordiendo su pan tostado.

Unos minutos después Hermione, quién se había cansado del reciente comportamiento desagradable de Ron, al grado de no bajar a desayunar con ellos, se detuvo un momento en su camino hacia la mesa.

-¿Cómo se sienten?- preguntó tentativamente, mirando hacia la parte posterior de la cabeza de Ron.

-Bien,- dijo Harry, que estaba concentrado en pasarle a Ron un vaso de jugo de calabaza. -Ahí tienes Ron. Tómatelo-.

Ron apenas había llevado el vaso hacia sus labios cuando Hermione habló cortantemente.

-¡No tomes eso Ron!-

Ambos Harry y Ron voltearon a verla.

-¿Por qué no?- dijo Ron.

Hermione estaba viendo hacia Harry, como si no pudiera creer lo que veía.

-Tú acabas de poner algo en esa bebida.-

-¿Disculpa?- dijo Harry.

-¡Me escuchaste. Te ví. Acabas de poner algo en la bebida de Ron. Tienes la botella en tu mano en este momento!-

-No se de lo que estas hablándome,- dijo Harry llevando la pequeña botella precipitadamente a su bolsillo.

-Ron, te advierto, ¡no tomes eso!- dijo Hermione nuevamente, alarmada, pero Ron levantó el vaso, se lo tomó de un solo trago, y dijo, -Deja de darme órdenes, Hermione.-

Ella se veía escandalizada. Se agachó hacia Harry de manera que sólo él pudiera escucharla, y susurró, -Deberías ser expulsado por eso. ¡Nunca lo habría creído de ti, Harry!-

-Mira quien habla,- le susurró el. -¿Alguien está confundido últimamente?-

Se levantó de la mesa y se alejó de ellos. Harry la miró irse sin remordimiento. Hermione nunca había comprendido la seriedad del Quidditch. Después miró hacia Ron, quien estaba chasqueando sus labios.

-Casi es hora- dijo Harry despreocupadamente.

El pasto escarchado crujió bajo sus pies al dirigirse hacia el estadio.

-Que suerte que el clima esté bien, ¿eh?- Harry preguntó a Ron.

-Si,- dijo Ron, que estaba pálido y parecía enfermo.

Ginny y Demelza ya vestían sus túnicas de Quidditch y esperaban en el vestidor.

-Las condiciones parecen ideales,- dijo Ginny, ignorando a Ron. -¿Y adivina qué? El Cazador Vaisey de Slytherin – le pegó una Bludger en la cabeza ayer durante su práctica, ¡y está muy adolorido para jugar! Y mejor que eso –Malfoy también está enfermo!-

-¿Qué?- dijo Harry, dando vuelta para ver a Ginny. -¿Está enfermo?¿Qué tiene?-

-Ni idea, pero es genial para nosotros,- dijo Ginny brillantemente. -Están jugando con Harper en su lugar; él está en mi grado y es un idiota.-

Harry sonrió vagamente, pero mientras se ponía su túnica escarlata su mente estaba lejos del Quidditch. Malfoy anteriormente había alegado una vez que no podía jugar por una herida, pero en esa ocasión se aseguró que el juego fuera reprogramado en una fecha que favoreciera a los Slytherins. ¿Por qué ahora estaba feliz de dejar a un substituto? ¿Estaba realmente enfermo, o estaba fingiendo?

-Inesperado, ¿no es así?- dijo a Ron en voz baja. -¿Malfoy no va a jugar?-

-Yo lo llamo suerte- dijo Ron, viéndose un poco más animado. -Y Vaisey también está fuera, él es su mejor goleador, yo no me imaginé – ¡hey!- dijo repentinamente, deteniéndose a medio camino de ponerse sus guantes de Guardián, mirando fijamente a Harry.

-¿Qué?-

-Yo… tú…- Ron bajó su voz, se veía a la vez asustado y excitado. -Mi bebida… mi jugo de calabaza… ¿tu no le…?-

Harry levantó sus cejas, pero no dijo nada excepto, -Empezaremos en cinco minutos, deberías ponerte tus botas.-

Salieron a la cancha hacia unatumulto de rugidos y abucheos. Un extremo del estadio era un sólido rojo y dorado; el otro, un mar de verde y plata. Muchos Hufflepuffs y Ravenclaws habían tomado partido también: Entre todo el griterío y aplausos Harry pudo escuchar el distintivo rugido del famoso sombrero de león de Luna Lovegood.

Harry caminó hacia Madam Hoock, el árbitro, quien estaba parada lista para soltar las pelotas del baúl.

-Capitanes dense la mano,- dijo ella, y Harry sintió su mano machacada por el nuevo capitán de Slytherin, Urquhart. -Monten sus escobas. Al silbatazo… tres…dos…uno…-

El silbato sonó, Harry y los otros despegaron fuertemente del piso congelado, y se fueron.

Harry se remontó alrededor del perímetro de los terrenos, buscando alrededor por la Snitch y manteniendo un ojo en Harper, que estaba zigzagueando más abajo que él. Después una voz que era irritablemente diferente al comentador habitual comenzó.

-Bueno, ahí van, y creo que todos estamos sorprendidos al ver el equipo que Potter ha organizado este año. Muchos pensaron, dado el irregular desempeño de Ronald Weasley como Guardián el año pasado, que estaría fuera del equipo, pero claro, una amistad cercana con el Capitán también ayuda…-

Estas palabras fueron recibidas con burlas y aplausos del extremo de Slytherin. Harry volteo en su escoba para ver hacia el podium del comentador. Un tipo alto, de cabello rubio, con la nariz hacia arriba estaba ahí, hablando en el megáfono mágico que una vez había sido de Lee Jordan; Harry reconoció a Zacharias Smith, un jugador de Hufflepuff a quién le tenía una aversión abierta.

-Oh, y aquí viene el primer intento de gol por parte de Slytherin, es Urquhart pasando como rayo hacia la portería y –-

El estomago de Harry se revolvió.

- -Weasley la tapa, bueno, el puede tener suerte algunas veces, supongo…-

-Así es, Smith, el puede,- murmuró Harry, sonriendo para sí mismo, mientras se lanzaba en picada entre los Cazadores buscando los ojos alrededor por cualquier pista de la elusiva Snitch.

Con media hora del juego, Gryffindor iba a la cabeza 60 puntos a cero, Ron había hecho unas salvadas espectaculares, algunas con la punta de sus guantes, y Ginny había anotado cuatro de los seis goles de Gryffindor. Esto indudablemente detuvo a Zacharias de estarse preguntando en voz alta si los dos Weasleys estaban en el equipo solo porque a Harry les caían bien, y comenzó a molestar a Peakes y Coote.

-Claro, Coote no tiene la estructura habitual de un Bateador,- dijo Zacharias altivamente, -ellos tienen un poco más de músculo--

-¡Aviéntale una Bludger!- le dijo Harry a Coote cuando voló por su lado, pero Coote, sonriendo abiertamente, prefirió dirigir la siguiente Bludger a Harper, quien estaba pasando a Harry en la dirección opuesta. Harry estaba complacido de escuchar el sonido hueco que significaba que la Bludger había encontrado su marca.

Parecía como si Gryffindor no pudiera hacer nada mal. Una y otra vez ellos anotaron, y una y otra vez, Ron paró los goles con aparente facilidad. Él estaba de hecho sonriendo, y cuando la multitud acogía una parada particularmente buena con un creciente coro de la favorita -Weasley es nuestro Rey,- pretendía conducirlos desde lo alto.

-Se cree algo especial hoy, no es así? Dijo una voz despreciable, y Harry casi fue tirado de su escoba a la vez que Harper chocaba contra él, fuerte y deliberadamente. -Tú traidor a la sangre…- Madam Hooch estaba de espaldas, y aunque los Gryffindor gritaron enojados, para cuando ella volteó, Harper ya se había alejado. Con su hombro doliéndole, Harry aceleró detrás de él, determinado a embestirlo. …

-Y creo que Harper de Slytherin ha visto la Snitch!- dijo Zacharias Smith a través del megáfono. -¡Si, el ciertamente ha visto algo que Potter no ha visto!-

Smith realmente era un idiota, pensó Harry, ¿No se había dado cuenta que habían chocado? Pero al siguiente momento su estómago parecía haberse caído del cielo – Smith tenía razón y Harry no: Harper no se había alejado al azar; había visto algo que Harry no había visto: La Snitch volaba apresurada a lo largo arriba de ellos, destellando brillantemente contra el cielo azul claro.

Harry aceleró; el viento estaba silbando en sus orejas de manera que ahogó los comentarios de Smith o de la multitud, pero Harper aún estaba delante de el, y Gryffindor estaba sólo a 100 puntos arriba; si Harper llegaba primero Gryffindor perdería… y Harper estaba a unos metros de ella, con la mano estirada.

-¡Ey, Harper!- gritó Harry en desesperación. -¿Cuánto te pagó Malfoy para que vinieras en su lugar?-

No supo qué fue que le hizo decirlo, pero Harper dudó; palpó la Snitch, la dejó escaparse por sus dedos, y la pasó de largo. Harry hizo una gran atajada hacia la pequeña y agitada pelota y la atrapó.

-¡SI!- Harry gritó. Dando vuelta, se lanzó de regreso a tierra, sosteniendo la Snitch en su mano. Al darse cuenta la multitud de lo que había pasado, una gran

aclamación iba en aumento que casi ahoga el sonido del silbato que señalaba el final del juego.

-Ginny, ¿A donde vas?- gritó Harry, que se encontraba atrapado en medio de un abrazo masivo en el aire con el resto del equipo, pero Ginny pasó volando a un lado de ellos, hasta que con un poderoso choque, se estrelló con el podium del comentador. Mientras la multitud chillaba y reía, el equipo de Gryffindor aterrizó a un lado de los escombros de madera bajo los cuales Zacharias se movía débilmente: Harry escuchó a Ginny decir desinteresadamente a una enojada Profesora McGonagall, -Olvidé frenar, Profesora, lo siento.-

Riéndose, Harry se liberó del resto del equipo y abrazó a Ginny, pero la soltó rápidamente. Evitando su mirada, Harry dio una palmada de aliento a Ron en la espalda, como si todas las riñas estuvieran olvidadas. El equipo de Gryffindor dejó el campo de Quidditch con brazos entrelazados, saludando a sus partidarios.

La atmósfera en los vestidores era de júbilo. -¡Fiesta en la sala común, dijo Seamus!- gritó Dean profusamente. -¡Vamos, Ginny, Demelza!-

Ron y Harry eran los últimos dos en los vestidores. Estaban a punto de irse cuando entró Hermione. Estaba torciendo su bufanda de Gryffindor en sus manos y se veía molesta pero determinada. -Quiero hablar contigo Harry.- Tomó aire. -No debiste haberlo hecho. Escuchaste a Slughorn, es ilegal.- -¿Qué vas a hacer, nos vas a entregar?- demandó Ron. -¿De qué están hablando ustedes dos?- preguntó Harry yendo a colgar su túnica para que ninguno de los dos lo viera sonreír, -¡Tu sabes perfectamente bien de que estamos hablando!- dijo Hermione agudamente. -Tu agregaste al jugo de Ron poción de la suerte en el desayuno! ¡Felix Felicis!-

-No, no lo hice,- dijo Harry, volteando de nuevo para verlos a ambos.

-¡Si lo hiciste Harry, y eso por eso que todo salió bien, había jugadores de Slytherin que faltaron y Ron paró casi todas!-

-¡Yo no la puse!- dijo Harry, sonriendo abiertamente. Metió su mano dentro del bolso de su chaqueta y sacó la pequeña botella que Hermione había visto en su mano esa mañana. Estaba llena de poción dorada y el corcho aún estaba perfectamente sellado con cera. -Quería que Ron pensara que lo había hecho, así que fingí haberlo hecho cuando tú estabas viendo.- Miró hacia Ron. -Tú salvaste todo porque te sentías con suerte. Lo hiciste todo por ti mismo.-

Volvió a poner la poción en su bolsillo nuevamente.

-¿En verdad no había nada en mi jugo de calabaza?- dijo Ron sorprendido. -Pero el clima está bien… y Vaisey no pudo jugar… ¿De verdad no tomé poción de la suerte?-

Harry movió su cabeza. Ron lo miró con la boca abierta por un momento, después se volvió hacia Hermione, imitando su voz. -¡Tu pusiste Felix Felicis en el jugo de Ron esta mañana, por eso él pudo pararlas todas! ¿Ves? ¡Yo puedo parar todos los goles sin ayuda, Hermione!-

-Nunca dije que no pudieras- ¡Ron, tu creíste que te la habían dado también!-

Pero Ron ya había pasado rápidamente por su lado, y se dirigía hacia la puerta con su escoba en el hombro.

-Este,- dijo Harry en el repentino silencio; no esperaba que su plan tuviera ese resultado inesperado, -¿Iremos… iremos a la fiesta, entonces?

-¡Ve tu!- dijo Hermione, tratando de retener las lágrimas. -Estoy cansada de Ron en este momento, no se que es lo que se supone que tenía que haber hecho…-

Y también salió notablemente molesta de los vestidores.

Harry caminó lentamente de regreso por los terrenos hacia el Castillo a través de la multitud, muchos le gritaban felicidades, pero el sintió un gran sentimiento de desilusión; estuvo seguro que si Ron ganaba el partido, él y Hermione serían amigos de nuevo inmediatamente. No previó como podría explicarle a Hermione que lo que ella hizo para ofender a Ron fue besar a Víctor Krum, no cuando la ofensa había ocurrido hace tanto tiempo.

Harry no vio a Hermione en la fiesta de celebración de Gryffindor, que estaba por completo en su apogeo cuando el. Renovadas aclamaciones y aplausos lo recibieron cuando apareció, y pronto estuvo rodeado por una gran cantidad de gente felicitándolo. Estaba tratando de deshacerse de los hermanos Creevey, que querían un análisis jugada a jugada, y un gran grupo de niñas que lo rodearon, riendo hasta de los comentarios menos divertidos que hacía y abriendo y cerrando coquetamente sus párpados, le tomó un tiempo antes de poder encontrar a Ron. Al final, se pudo deshacer de Romilda Vane, quien estaba insinuando fuertemente que le gustaría ir a la fiesta de navidad de Slughorn con el. Al dirigirse hacia la mesa de las bebidas, se encontró con Ginny, Arnold el Puff Pigmeo, iba en su hombro y Crookshanks maullando en sus talones.

-¿Estás buscando a Ron?- preguntó sonriendo. -Está por allá, el asqueroso hipócrita.-

Harry volteó hacia la esquina que ella estaba indicando. Ahí, en plena vista de toda la habitación, estaba Ron abrazando tan de cerca de Lavender Brown, era imposible decir cuales manos eran de quien.

-¿Parece que está comiéndose su cara, no es así?-, dijo Ginny impasible. -Pero supongo que tiene que refinar su técnica de alguna manera. Buen juego, Harry.-

Ella lo palmeó en el brazo; Harry sintió una sensación conocida en el estomago, pero luego ella se alejó para conseguir más cerveza de mantequilla. Crookshanks trotó atrás de ella, sus ojos amarillos fijos en Arnold.

Harry se alejó de Ron, quien parecía que no saldría a la superficie pronto, justo cuando el hoyo del retrato se cerraba. Con un sentimiento depresivo, pensó haber visto una melena de espeso cabello castaño poniéndose fuera de vista.

Se lanzó hacia el frente, evadió a Romilda Vane nuevamente, y empujó el retrato de la Dama Gorda. El corredor parecía desierto.

-¿Hermione?-

La encontró en el primer salón sin seguro que intentó abrir. Estaba sentada en el escritorio del maestro sola, excepto por el pequeño ruido del canto de los canarios volando alrededor de su cabeza, que claramente acababa de conjurar. Harry no pudo evitar admirar su trabajo en conjuros en un momento como este.

-Oh, hola Harry,- dijo con voz temblorosa. -Sólo estaba practicando.-

-Si… son –este- muy buenos….- Dijo Harry.

No tenía idea qué decirle. Estaba pensando que tal vez había una oportunidad de que no hubiera visto a Ron, que ella sólo hubiera dejado la habitación porque estaba un poco amontonada, cuando ella dijo en una voz aguda poco natural, -Ron parece estar disfrutando la celebración.-

-¿Eh… estaba?- dijo Harry.

-No pretendas que no lo viste,- dijo Hermione. -No se estaba exactamente escondiendo, - o?-

La puerta detrás de ellos se abrió violentamente. Para el horror de Harry, Ron entró, riendo y jalando a Lavender de la mano.

-Oh- dijo el, deteniéndose un poco al ver a Harry y Hermione.

-¡Oops!- dijo Lavender, y salió del salón riendo. La puerta se cerró detrás de ella.

Había un horrible, creciente, ondulante silencio. Hermione miraba fijamente a Ron, quien se negaba a verla, pero dijo con una rara mezcla de valentía y torpeza, -¡Hola Harry! ¡Me preguntaba a donde habías ido!-

Hermione se levantó del escritorio. La pequeña multitud de aves continuaban cantando y volando en círculos alrededor de su cabeza de manera que parecía como un extraño modelo del sistema solar emplumado.

-No deberías dejar a Lavender esperando afuera,- dijo tranquilamente. -Se preguntará a donde has ido-

Caminó muy despacio en línea recta hacia la puerta. Harry miró a Ron, que se veía aliviado de que nada peor hubiera ocurrido.

-¡Oppugno!- vino un grito desde la puerta.

Harry giró para ver a Hermione apuntar su varita hacia Ron, su expresión era salvaje: La pequeña multitud de aves se dirigían velozmente, como un granizo de gordas balas de oro hacia Ron, quien aulló y cubrió su cara con sus manos, pero las aves atacaron, picoteando y agarrando cualquier pedacito de carne que pudieran alcanzar.

-¡Aléjense de mi!- gritó Ron, pero con una última mirada de venganza furiosa, Hermione abrió la puerta y desapareció a través de ella. Harry creyó haber escuchado un sollozo antes de que se cerrara con violencia.

Capitulo 15: La promesa inquebrantable

La nieve se arremolinaba de nueva cuenta contra la helada ventana, la navidad se aproximaba rápidamente. Hagrid, sin ayuda de nadie, ya había colocado los doce árboles de navidad que habitualmente adornaban el gran salón; guirnaldas de acebo y oropel habian sido enrolladas alrededor del pasamanos de la escalera, velas interminables brillaban desde adentro de los yelmos de las armaduras y racimos de muerdago habian sido colgados a intevalos a lo largo de los pasillos. Grandes grupos de chicas trataban de converger con Harry debajo de los racimos de muerdago cada vez que pasaba, lo cual causaba bloqueos en los pasillos, sin embargo, y afortunadamente para Harry, sus frecuentes paseos nocturnos le habían dado un muy buen e inusual conocimiento de los pasajes secretos del castillo, así que a menudo recorría rutas libres de muérdago entre clases sin mucha dificultad.

Ron, quien alguna vez pudo haber encontrado necesarios esos desvíos, simplemente se reía a carcajadas del asunto, mas por hilarante que por celoso. Aunque Harry prefería a este nuevo Ron risueño y bromista al irritable y agresivo modelo que había tenido que aguantar las ultimas semanas. El mejorado Ron le costó un precio alto. En primera Harry tuvo que soportar la frecuente presencia de Lavander Brown, que parecía considerar que cada momento que no estuviera besando a Ron era un momento desperdiciado, y en segunda, de nuevo se encontraba siendo el mejor amigo de dos personas que al parecer no había probabilidad de que se volverían a hablar.

Ron, cuyas manos y antebrazos seguían teniendo los cortes y arañazos del ataque del ave de Hermione, estaba tomando un matiz defensivo y lleno de resentimiento.

- No puede quejarse- le dijo a Harry, - Si ella besuqueó a Krum, por qué no voy a encontrar yo también a alguien que quiera besuquearme. Bueno, es un país libre, no he hecho nada malo-.

Harry no contestó, pero fingió estar absorto en el libro que se suponía tenían que leer antes de la clase de Encantamientos de la mañana siguiente (*Quintaescencia: una busqueda*). Determinado a conservar como amigos tanto a Ron como a Hermione, había pasado mucho tiempo con la boca bien cerrada.

- Nunca le prometí nada a Hermione - refunfuñó Ron - Digo, de acuerdo, iba a ir a la fiesta de navidad de Slughorn con ella, pero ella nunca me dijo "solo como amigos"... soy un agente libre –

Harry cambió de pagina del *Quintaescencia*, cuidando que Ron lo estuviera mirando. La voz de Ron se fue apagando hasta convertirse en un murmullo apenas audible sobre el fuerte trepidar del fuego, aunque a Harry le pareció que alcanzaba a escuchar las palabras "Krum" y "no puede quejarse" otra vez.

El horario de Hermione estaba tan saturado que Harry solo podía hablar con ella en las tardes, cuando Ron estaba, en todo caso, tan firmemente envuelto alrededor de Lavander que no se daba cuenta de lo que Harry estaba haciendo. Hermione se negaba a sentarse en la sala común mientras Ron estuviera ahí, así que Harry generalmente se reunía con ella en la biblioteca, lo que significaba mantener sus conversaciones en susurros.

- Él es perfectamente libre de besar a quien sea que él quiera - dijo Hermione, mientras la bibliotecaria Madam Pince, rondaba los estantes detrás de ellos - Realmente no me podría importar menos –

Ella levantó su pluma y punteó una "i" tan furiosamente que hizo un hoyo en su pergamino. Harry no dijo nada. Penso que pronto su voz desaparecería por la falta de uso. Se inclino un poco mas en su libro de *Preparación Avanzada de Pociones* y continuo tomando notas de *Elixires Eternos,* haciendo pausas ocasionales para descifrar las útiles adiciones del Príncipe al texto de Libatius Borage .

- Y a propósito, - dijo Hermione después de un momento -Debes tener cuidado –

- Por ultima vez - dijo Harry en un tono levemente ronco después de tres cuartos de hora en silencio. - No voy a regresar este libro. He aprendido más del príncipe mestizo que lo que Snape y Slughorn me han enseñado en... –

- No estoy hablando de tu estupido autonombrado Príncipe - dijo Hermione dándole a su libro una mirada de desagrado, como si este hubiera sido grosero con ella. – Estoy hablando acerca de la fiesta. Fui al baño de chicas justo antes de venir aquí, y había cerca de una docena que chicas, incluyendo a esa Romilda Vane, tratando de decidir cómo darte disimuladamente una poción de amor. Todas ellas tienen esperanzas de que las lleves a la fiesta de Slughorn, y todas ellas parecen haber comprado pociones de amor de Fred y George, las cuales, temo decirte que probablemente funcionan... –

- ¿Y entonces porque no se las confiscaste? - le reclamó Harry, parecía como si esa extraordinaria manía por respetar las reglas la hubiera abandonado en esa crucial coyuntura.

- No tenían la poción con ellas en el baño – dijo desdeñosamente Hermione, - Sólo estaban discutiendo tácticas, como yo desconfio que el Príncipe Mestizo - y ella le dio al libro otra desdeñosa mirada - pueda idear un antídoto para doce diferentes pociones de amor. Si invitaras a alguien, eso detendría a todas las demás que piensan que todavía tienen la oportunidad de ir contigo. Es mañana en la noche, se están desesperando.

- No hay ninguna a la que yo quiera invitar - masculló Harry, que seguía intentando pensar lo menos posible en Ginny, a pesar del hecho de que ella seguía apareciendo en sus sueños de maneras que lo hacían estar devotamente agradecido de que Ron no pudiera realizar Legeremancia.

- Bueno, solo sé cuidadoso con lo que bebes, porque Romilda Vane se veía que actuaba enserio - dijo Hermione de manera inflexible.

Ella tiró del gran rollo de pergamino en el cual estaba escribiendo su ensayo de Artimancia, y continuó rayando con su pluma fuera del borde, Harry vio que su mente estaba muy lejos de ahí.

- Espera un momento - dijo él lentamente - Pensaba que Filch había prohibido cualquier cosa comprada en Sortilegios Weasley –

- ¿Y cuando alguien alguna vez le ha prestado atención a las prohibiciones de Filch? Pregunto Hermione aun concentrada en su ensayo.

- Pero yo pensé que todas las lechuzas estaban siendo registradas. Así que ¿Cómo estas chicas tienen la facilidad de traer pociones de amor a la escuela? –

- Fred y George las envían disfrazadas como perfumes y pociones para la tos - dijo Hermione - Es parte de su servicio de entregas por lechuza –

- Sabes mucho acerca de ello. –

Hermione lo vio con la misma clase de mirada desagradable que le acababa de dar a su copia de Preparación Avanzada de Pociones.

- Esta todo en el reverso de las botellas que nos mostraron a Ginny y a mi en el verano - dijo ella fríamente - No voy por ahí poniendo pociones en las bebidas de la gente... y tampoco pretendiendo que lo hago, lo cual es igual de malo...-

- Sí, bueno, nunca pensé eso - dijo Harry rápidamente. – El punto es que Filch está siendo engañado ¿No?, ¡Estas chicas están trayendo cosas a la escuela simulando que son algo mas!, Así que ¿Por qué no pudo Malfoy haber traído el collar a la escuela de la misma manera? -.

- Oh, Harry... no otra vez eso... –

- Vamos, ¿Por qué no? - reclamó Harry.

- Mira - gimió Hermione - Los sensores secretos detectan maleficios, maldiciones y encantamientos ocultos ¿No?. Los usan para encontrar magia negra y objetos oscuros. Pueden encontrar una maldición poderosa, como la del collar en sólo unos segundos. Pero algo que es colocado ocultamente en una botella no sería registrado... de cualquier manera las pociones de amor no son oscuras ni peligrosas... –

- Es fácil para ti decirlo - murmuró Harry pensando en Romilda Vane.

- Así que es poco probable que Filch se diera cuenta que no es una poción para la tos; no es muy buen mago, dudo que pueda distinguir una poción de...-

Hermione se detuvo de golpe; Harry tambien lo habia escuchado. Alguien se había movido muy cerca de ellos por entre la oscuridad de los libreros. Esperaron, y un momento después la figura como de buitre de Madam Pince apareció por la esquina, su piel como pergamino y su larga y ganchuda nariz desfavorecedoramente iluminada por la lampara que llevaba.

- La biblioteca esta cerrando - dijo - Deben devolver cualquier cosa que se les haya prestado al... ¡¿Qué has estado haciendo muchacho depravado?! –

- ¡No es de la biblioteca, es mío! -- contesto rápidamente Harry quitando de la mesa su copia de haciendo pociones avanzadas al momento ella arremetía al libro con su mano como de garra.

- ¡Mal educado! - siseo ella - ¡Profano, sucio!-

-¡Sólo es un libro con anotaciones! – dijo Harry, soltándose de un tirón.

Ella se veía como si le fuera a dar un ataque; Hermione, quien había guardado rápidamente sus cosas, tomó arrebatadamente a Harry por el brazo y lo alejó a zancadas.

- Podría prohibirte entrar a la biblioteca si no tienes cuidado. ¿Por qué tenías que traer ese estúpido libro?

- No es mi culpa que ella este gritando como loca, Hermione. ¿O estas pensando que ha escuchado por casualidad que has sido descortés con Filch? Siempre he pensado que podría haber algo entre ellos...-

- Oh, ja, ja, ja...

Disfrutando el hecho de poder hablar normalmente otra vez, recorrieron su camino por los iluminados y desiertos pasillos de regreso a la sala común discutiendo si Filch y Madam Pince estuviesen o no enamorados secretamente el uno del otro.

- *Baubles* - dijo Harry a la señora gorda, ésta era la nueva contraseña por las festividades.

- Igualmente – dijo la señora gorda con una sonrisa picara, y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

- ¡Hola Harry!- Dijo Romilda Vane al momento en que acababan de atravesar el hueco del retrato.

- ¿Gustas un *gillywater*? –

Hermione volteo sobre su hombro viéndolo con una de esa miradas de "que-te-dije".

- No, gracias - contesto rápidamente Harry - No me gustan mucho-.

- Bueno de cualquier manera toma estos – dijo Romilda entregándole una caja en sus manos. – Calderos de chocolate, tienen Whisky de fuego adentro. Mi abuelo me los envió, pero no me gustan -.

- De acuerdo, muchas gracias- dijo Harry, que no pudo pensar otra cosa que decir- Esto... ahora mismo iba a ir con...-

Él corrió detrás de Hermione su voz iba apagándose.

- Te lo dije – dijo súbitamente Hermione, - entre mas pronto invites a alguien, mas pronto todas te dejaran en paz y tu puedes...-

Pero de repente su cara se puso blanca, acababa de distinguir a Ron y Lavander, quienes estaban acurrucados en el mismo sillón.

- Bueno, buenas noches Harry - dijo Hermione, aunque eran solo las siete de la noche y se fue al dormitorio de las chicas sin decir otra palabra.

Harry fue a la cama confortándole el hecho de que solo tenía que aguantar un día mas de clases, además de la fiesta Slughorn, después de lo cual él y Ron se marcharían juntos a la madriguera. Por ahora parecía imposible que Ron y Hermione pudieran reconciliarse antes de que empezaran las fiestas, pero quizá, de alguna manera, la separación les daría tiempo para calmarse, de pensar mejor en su comportamiento.

Pero sus expectativas no eran altas, y ellos las hicieron aun más pequeñas después de aguantarlos en la clase de transformaciones del siguiente día. Justo se acababan de embarcar en el inmensamente difícil tópico de la transfiguración humana, trabajando enfrente de espejos, se suponía que tenían que cambiar de color de sus propias cejas. Hermione se rió de una manera poco amable del desastroso primer intento de Ron, durante el cual, el de alguna manera, había conseguido hacerse un espectacular bigote que asemejaba el manubrio de una bicicleta; Ron se vengó haciendo una cruel pero exacta imitación de Hermione saltando en su asiento cada vez que la profesora McGonagall hacia una pregunta, la cual Lavander y Parvati encontraban sumamente divertido y que otra vez puso a Hermione al borde de las lagrimas. Ella salió corriendo del salón de clases en cuanto sonó la campana, dejando la mitad de sus cosas tras ella; Harry decidiendo que ella lo necesitaba más que Ron en ese momento, tomó rápidamente las cosas que dejó y la siguió.

Finalmente la rastreo hasta el baño de chicas del piso de debajo de donde ella salió. Estaba acompañada de Luna Lovegood, quien venia detrás con su siempre patente expresión despreocupada.

- Oh, hola Harry - dijo Luna - ¿ Sabías que una de tus cejas es amarillo brillante? -.

- Qué tal Luna. Hermione, dejaste tus cosas...-

Y le dio sus libros.

- Oh, si – dijo Hermione con voz ahogada, tomando sus cosas y alejándose rápidamente para ocultar el hecho de que se limpiaba los ojos con su caja de lápices - Gracias Harry, bueno sería mejor que fuera a...-.

Y se fue apuradamente, sin haberle dado tiempo a Harry de ofrecer palabras de consuelo, aunque debía admitir que no pudo pensar en ninguna.

- Ella esta un poco alterada – dijo Luna - Al principio pensé que se trataba de Myrtle la llorona, pero cuando salió vi que era Hermione. Ella dijo algo acerca de Ron Wesley...-.

- Si, tuvieron una pelea - dijo Harry.

- A veces él dice cosas graciosas ¿verdad? - dijo Luna mientras bajaban al pasillo juntos - Pero puede ser un poco cruel. Lo note desde el año pasado -.

- Supongo - dijo Harry, Luna estaba haciendo una demostración de su usual habito de decir verdades incomodas; nunca habia conocido a nadie como ella. - ¿Has tenido un buen curso? –

- Pues he estado bien - dijo Luna - un poco solitaria sin el E.D., aunque Ginny ha sido amable, ella detuvo el otra día a dos chicos en la clase de Transfiguración que me llamaban "lunática"...-.

- ¿Te gustaría ir conmigo a la fiesta de Slughorn de esta noche? -

Las palabras salieron de la boca de Harry antes de que pudiera detenerlas; se escucho a sí mismo como si su voz fuera la de alguien mas hablando.

Luna volteó a verlo sorprendida con sus protuberantes ojos.

- ¿La fiesta de Slughorn? ¿Contigo? –

- Si - dijo Harry – se supone que deberíamos llevar invitados, así que pensé que tal vez a ti te gustaría... quiero decir... – fue muy agudo en hacer que sus intenciones quedaran perfectamente claras. – Quiero decir, sólo como amigos, pero si tu no quieres...-.

Realmente tenia pocas esperanzas de que ella no quisiera.

- ¡Oh, no, me encantaría ir contigo como amigos! - dijo Luna, se veía tan radiante como nunca se habia visto antes. - ¡Nadie me había invitado a una fiesta, como amigos! ¿Es por eso que teñiste tu ceja, para ir a la fiesta? ¿Debo teñir la mía también? -.

- ¡No! - dijo Harry firmemente - Eso fue un error, iré con Hermione para que me la arregle. Así que entonces te veré en la entrada del salón a las ocho en punto -.

- ¡AHA! - se oyó una voz que gritaba sobre sus cabezas, ambos saltaron, ninguno de ellos lo había notado, estaban pasando justo debajo de Peeves, quien estaba colgando de cabeza del candelabro haciéndoles muecas maliciosamente.

- ¡*Potty invito a Lunatica a la fiesta! ¡Potty ama a Lunatica! ¡Potty amaaaaa a Luuuuuunaticaaaa!* –

Y se alejó rápidamente chillando y cacareando,- *¡Potty ama a Lunatica!* -.

- Seria mejor mantener esto en privado - dijo Harry suficientemente seguro de que no era momento de que toda la escuela debería saber que Harry Potter llevaría a Luna Lovegood a la fiesta de Slughorn.

- ¡Pudiste haber llevado a cualquiera! - dijo incrédulo Ron en la cena. - ¡Cualquiera!, ¿Y escogiste a Lunática Lovegood? –

- ¡No le digas así Ron! - replicó Ginny deteniéndose detrás de Harry camino a unirse con sus amigos. – Realmente me encantó que la hayas invitado, ella esta muy emocionada -.

Y siguió hacia el final de la mesa para sentarse con Dean. Harry trato sin mucho éxito, de sentirse contento de que Ginny estuviera encantada de que él llevara a Luna a la fiesta. Muy lejos en la mesa estaba sentada sola Hermione, jugando con su estofado. Harry notó que Ron la miraba furtivamente.

- Podrías pedirle disculpas - sugirió Harry bruscamente.

- ¡Qué!, ¿Y ser atacado por otra bandada de canarios? - murmuró Ron.

- ¿Por que tenias que imitarla? –

- ¡Ella se rió de mi bigote! –

- Y yo también, fue la cosa mas estupida que jamás haya visto.

Pero Ron parecía no haber oído; Lavander justo acababa de llegar con Parvati, quienes se apretujaron entre Harry y Ron, Lavander echo sus brazos alrededor del cuello de Ron.

- Que tal, Harry - dijo Parvati quien, como Harry, se veía ligeramente avergonzada y aburrida del comportamiento de sus dos amigos.

- Hola - dijo Harry, - ¿Cómo estas? ¿Entonces te quedas en Hogwarts?, Había oído que tus padres querían sacarte.

- Conseguí convencerlos por un tiempo, - dijo Parvati -Lo que paso con Katie realmente los asustó, pero no ha pasado nada desde... Oh, hola Hermione -.

Parvati expresaba una alegría exagerada. Harry podía decir que se sentía culpable por haberse reído de Hermione en Transfiguraciones. Miro hacia atrás y vió que Hermione estaba devolviéndole la sonrisa aun más exageradamente si eso es posible. Las chicas son muy extrañas veces.

- ¡Hola Parvati! - dijo Hermione ignorando completamente a Ron y Lavander. – ¿Vas a ir a la fiesta de Slughorn de esta noche? -.

- No me invitaron - dijo Parvati abatida - Me hubiera encantado ir, he oído que va a estar realmente bien... ¿Tú vas o no? -.

- Si, me voy a encontrar con Cormac a las ocho, y vamos...-.

Se escucho un ruido, como cuando una bomba que destapa un fregadero atascado es retirada y Ron se enderezó. Hermione se comportó como si no hubiera visto ni oído nada.

- ... vamos a llegar a la fiesta juntos -.

- ¿Cormac? - dijo Parvati - Te refieres a Cormac Mclaggen? –

- Así es - dijo Hermione dulcemente - Uno de los que "casi" -- ella puso un gran énfasis en la palabra -- se convierte en el guardián de Gryffindor -.

- Entonces vas a salir con él - preguntó Parvati abriendo mucho los ojos.

- Oh, sí, ¿no sabias? - dijo Hermione con una risita no muy común en ella.

- ¡No! - dijo Parvati, que se notaba demasiado ansiosa en esa parte de la charla - Wow, te gustan los jugadores de Quidditch ¿No?, primero Krum, luego Mclaggen...-

- Me gustan los "realmente buenos" jugadores de Quidditch - la corrigió Hermione que seguía sonriendo. – Bueno, nos vemos, me tengo que preparar para la fiesta...-.

Y se fue, al momento Lavander y Parvati pusieron "manos a la obra" discutiendo el nuevo acontecimiento, hablando de todo lo que habían oído de McLaggen y todo lo que suponían acerca de Hermione. Ron se veía extrañamente blanco y no decía nada. Harry se puso a meditar en silencio a cuál de las dos chicas le gustaría hundirla por venganza.

Cuando llegó a la entrada del salón a las ocho en punto de la noche, encontró a un gran e inusual numero de chicas fisgoneando por ahí, todas ellas parecían estar mirándolo fijamente con resentimiento cuando se aproximo a Luna. Ella llevaba un conjunto de túnica con estrellas en color plata que causaba una

cierta cantidad de risitas entre las espectadoras, pero, de una manera extraña, se veía bastante bien. En todo caso Harry estaba agradecido, de que ella hubiera dejado sus aretes de rábanos, su collar de corcho de cerveza de mantequilla y sus Espectroanteojos.

- Hola - dijo él - Entonces, ¿vamos? –

- Oh, si - dijo ella felizmente - ¿Donde es la fiesta? –

- En la oficina de Slughorn - dijo Harry, llevándola hacia arriba por las escaleras de mármol, lejos de las miradas y los murmullos. - ¿escuchaste?, se supone que va a venir un vampiro –

- ¿Rufus Scrimgeour? - Pregunto Luna.

- Yo...¿qué..? - dijo Harry desconcertado - ¿El ministro de magia? –

- Si, él es un vampiro - dijo Luna como si fuera una hecho - Mi padre escribió un articulo cuando Scrimgeour sustituyó a Corneluis Fudge, pero alguien del ministerio lo forzó a no publicarlo. ¡Obviamente no quieren que la verdad salga a la luz! -.

Harry, que pensaba que era muy improbable que Rufus Scrimgeour fuera un vampiro, pero que estaba acostumbrado a que Luna repitiera los bizarros puntos de vista de su padre como si fueran un hecho, no le respondió; estaban muy cerca de la oficina de Slughorn, y el ruido de las risas, música y conversaciones en voz alta, se iban haciendo más fuertes a cada paso que daban.

Haya sido porque lo construyeron así, o porque usaron magia, pero la oficina de Slughorn parecía mucho más grande que una oficina común de maestro. El techo y las paredes habían sido cubiertos con adornos colgantes color esmeralda, carmesí y oro; asi que se veia como si estuvieran en una enorme carpa, el lugar estaba repleto y sofocante, bañado en una luz roja que salia de una lampara adornada en oro que colgaba del centro del techo, en el cual auténticas hadas estaban revoloteando, cada una brillaba como una particula de luz. Un fuerte canto acompañado de un sonido como de mandolinas venía de una esquina lejana. Una bruma de humo de pipa estaba suspendida sobre varios ancianos brujos metidos en la conversación, y un buen numero de elfos domésticos a chillidos trataban de abrirse paso por entre una selva de rodillas, ocultos por los pesados platones de plata que sostenían con comida, de modo que parecían como pequeñas mesas ambulantes.

- ¡Harry, mi muchacho! - Retumbó la voz de Slughorn, al momento que Harry y Luna eran apretujados al pasar la puerta.

- Pasen, pasen, ¡Hay mucha gente que quiero que conozcas! –

Slughorn estaba usando un sombrero con borla de terciopelo que combinaba con su chaqueta. Apretó tan fuertemente el brazo de Harry, que a él le hubiera gustado Desaparecerse, Slughorn lo llevó decididamente dentro de la fiesta. Harry asió la mano de Luna y la arrastro junto con él.

- Harry, quiero que conozcas a Eldred Worple, un viejo alumno mío, autor de "Hermanos de sangre. Mi vida entre vampiros"; y, por supuesto, su amigo Sanguini –

Worple, quien era un hombre con gafas, pequeño y corpulento, agarró la mano de Harry y la apretó muy entusiasmado; el vampiro Sanguini, quien era alto y demacrado, con oscuras sombras debajo de los ojos, apenas inclinó la cabeza. Se veía algo aburrido. Un grupo de chicas que se encontraban cerca de él lo miraban con curiosidad y emoción.

- Harry Potter, estoy realmente encantado - dijo Worple mirándolo muy de cerca - le estaba diciendo al profesor Slughorn el otro día ¿Dónde esta la biografía de Harry Potter que todos hemos estado esperando? –

- Esto... ¿De veras? – dijo Harry

- Tan modesto como Horace lo describió - dijo Worple - Pero en serio - de pronto su actitud se volvió más formal - estaría encantado de escribirla personalmente, ¡La gente está anhelando saber de tí muchacho, anhelando!. Si estuvieras preparado para concederme unas cuantas entrevistas, digamos de cuatro o cinco horas la sesión, así podríamos tener el libro terminado en unos meses, y todo sólo con un pequeño esfuerzo de tu parte, te lo aseguro, pregúntale a Sanguini si no es así, ¡Sanguini, quédate aquí!, -- de pronto le espetó Worple en tono severo al vampiro que estaba a punto de aproximarse al grupo más cercano de chicas con una mirada hambrienta -- -- ten aquí, un pastel de carne -- dijo Worple tomando uno de un elfo que iba pasando atiborrándole la mano a Sanguini antes de volver su atención a Harry -- -Mi querido muchacho, el oro que podrías ganar, no tienes idea -.

- Definitivamente no estoy interesado – dijo Harry firmemente - disculpe, acabo de ver una amiga mía - arrastró a Luna tras de si hacia la muchedumbre, en efecto acababa de ver una larga melena de cabello

castaño desaparecer entre dos chicas que parecían miembros de las Brujas de Macbeth.

- ¡Hermione, Hermione! –

- ¡Harry, ahí estas, gracias a Dios! ¡Hola Luna! –

- ¿Qué te paso? - Preguntó Harry a Hermione que lucía claramente despeinada, parecía como si acabara de luchar por liberarse de Lazo del Diablo.

- Oh, acabo de escaparme, digo, de dejar atrás a Cromac - dijo ella - debajo del muerdago - añadió a su explicación, mientras Harry continuaba viéndola con mirada de interrogación.

- Creíste que era una buena idea venir con él - le dijo él severamente.

- Creí que era lo que más molestaría a Ron - dijo Hermione desapasionadamente - por un tiempo consideré a Zacharias Smith, pero pensé en todo el... –

- ¿Consideraste a Smith? Le revocó Harry

- Si, lo hice, y estoy empezando a desear haberlo escogido, McLaggen hace que Gwarp parezca un caballero. Vamonos por este lado, nos será más fácil ver si viene para acá, es tan alto... - los tres se dirigieron al otro lado del salón, achicando las bebidas de sus copas en el camino. Se dieron cuenta demasiado tarde de que la profesora Trewlaney se encontraba ahí, sola.

- Hola - dijo Luna saludando atentamente a la profesora Trewlaney.

- Buenas tardes querida - dijo la profesora Trewlaney enfocándose en Luna con cierta dificultad, Harry pudo percibir otra vez un olor a jerez para cocinar - Hace tiempo que no te he visto en mis clases -.

- No, me toco con Firenze este año - dijo Luna

-Ah, por supuesto - dijo molesta la profesora Trewlaney con una risilla de borracha - O Dobbin, como yo prefiero llamarlo. ¿Has pensado, o tal vez no, que ahora que estoy de regreso en la escuela el Profesor Dumbledore debería librarse del caballo? Pero no, compartimos clases... es un insulto, francamente un insulto sabes... - la Profesora Trewlaney parecía demasiado tomada para poder reconocer a Harry.

Mientras ella hacia su furiosa critica sobre Firenze, Harry aprovecho para acercarse a Hermione y decirle - Vamos a ser honestos, ¿Estas pensando en decirle a Ron que interferiste en las pruebas para seleccionar guardián? –

Hermione levantó las cejas - ¿Realmente crees que habría caído tan bajo? –

.

Harry la miro con sutileza - Hermione, si puedes invitar a McLaggen -.

- Hay una diferencia - dijo Hermione con dignidad - No tengo planes de decirle a Ron nada de lo que podría o no haber pasado en las pruebas para guardián -.

- Bien - dijo Harry fervientemente, - Porque él se caería a pedazos de nuevo, y perderemos el siguiente partido -.

- Quidditch - dijo muy enojada Hermione -¿Es todo lo que les importa a los chicos? Cormac no me ha hecho una sola pregunta acerca de mí, no, de lo único que habla es de "Las 100 grandes salvadas de McLaggen"... ¡Oh no, aquí viene! - Se movió tan rápido que parecía haber Desaparecido, en un momento estaba ahí, y al siguiente había logrado pasar por entre dos brujas que reían a carcajadas, y se esfumó.

- ¿Vieron a Hermione? - pregunto McLaggen un minuto después, abriéndose paso por entre la multitud.

- No, lo siento - dijo Harry, que giro rápidamente para unirse a la conversación de Luna, olvidando por un instante con quién estaba hablando ella.

- ¡Harry Potter! - dijo la profesora Trewlaney en un profundo y vibrante tono, reparando en él por primera vez.

- Oh, hola - dijo Harry sin mucho entusiasmo.

- Mi querido muchacho - dijo ella en un muy claro susurro. – ¡Los rumores! ¡Las historias! ¡El elegido!, Por supuesto tu lo sabias desde hace mucho tiempo...los presagios nunca fueron buenos Harry...pero, ¿Por qué no regresaste a Adivinación? ¡Para ti, para todos, esta asignatura es de suma importancia! -.

- ¡Ah, Sybill, todos pensamos que nuestras asignaturas son las más importantes! - dijo una voz fuerte, y Slughorn apareció al otro lado de la profesora Trewlaney, con la cara muy roja, su sombrero de terciopelo un poco ladeado, un vaso de hidromiel en una mano y un enorme pastel de carne en la otra. – ¡Pero no creo haber conocido jamás a alguien tan innato para las pociones! - dijo Slughorn refiriéndose a Harry con aprecio, sus negros ojos enrojecieron - Es instintivo, sabes, ¡Como su madre!. Yo sólo le he tenido que enseñar unas cuantas cosas... con esa clase de habilidad... te diré una cosa Sybill ¿Por qué aun Severus...? - Y para horror de Harry, Slughorn tiró de un brazo y pareció como si sacara a Snape del escaso aire que había alrededor de ellos. - ¡Deja de esconderte y únete a nosotros, Severus! - Slughorn hipeo felizmente - Justamente estaba hablando de las excepcionales pociones que puede hacer Harry, parte del crédito es tuyo, por supuesto, ¡Tu le enseñaste por cinco años!.

Atrapado, con el brazo de Slughorn alrededor de sus hombros, Snape recorrió con la mirada a Harry contrayendo sus ojos negros. – Es gracioso, nunca tuve la impresión de haberle podido enseñar nada al señor Potter –.

- ¡Bueno, entonces es una habilidad natural! Grito Slughorn - Debiste haber visto lo que hizo, primera lección, Poción de los Muertos Vivientes, nunca tuve a un estudiante que produjera algo mejor al primer intento, creo que ni siquiera Severus...-.

- ¿De verdad? - dijo Snape tranquilamente, sus ojos aun penetraban a Harry, quien sentía cierta inquietud, lo último que quería era que Snape empezara a investigar la fuente de su recién descubierta capacidad para hacer pociones.

- ¿Recuérdame que otras asignaturas estás tomando Harry? - pregunto Slughorn.

- Defensa contra las artes oscuras, Encantamientos, Transfiguraciones, Herbologia...-.

- En resumen, todas las asignaturas que se requieren para un Auror - dijo Snape con una mirada despectiva.

- Si, bueno, es lo que me gustaría ser - dijo Harry desafiante.

- ¡Y serás uno muy bueno! Bramó Slughorn.

- No creo que deberías ser un Auror, Harry - dijo Luna inesperadamente, todos voltearon a verla - Los Aurores son parte de la conspiración Rotfang, yo pensé que todos sabían eso, están planeando echar abajo al Ministerio de Magia desde adentro, usando una combinación de magia negra y mal de goma.

A Harry se le salió la mitad de su hidromiel por la nariz cuando comenzó a reírse, realmente valió la pena haber traído a Luna solo por esto. Emergiendo de su copa, tosiendo y empapado pero aun riendo, vio algo que calculó elevaría su espíritu aun más alto: Draco Malfoy siendo arrastrado de la oreja hacia ellos por Argus Filch.

- Profesor Slughorn - Filch resollaba con dificultad, su quijada temblorosa y el maniático brillo detector de travesuras en sus hinchados ojos. – Descubrí a este chico escondiéndose en las escaleras del pasillo, él decía haber sido invitado a su fiesta, pero que no le enviaron a tiempo la invitación ¿Usted lo invitó? –

Malfoy logró safarse de Filch, mirándolo furioso -¡De acuerdo, no fui invitado! - dijo muy enojado - Estaba tratando de colarme ¿Contento? –

- ¡No, no lo estoy! - dijo Filch con regocijo en los ojos, tenía una declaración completa y e indiscutible. – ¡Estás en problemas, sí que lo estas!, ¿Acaso no dijo el Director que no merodearan por las noches a menos que tuvieran permiso, eh?.

- Está bien, Argus, está bien - dijo Slughorn haciendo un gesto con la mano - Es navidad y no es un crimen querer venir a la fiesta. Sólo por esta vez olvidemos los castigos; Te puedes quedar Draco -.

La expresión de agravio y decepción era perfectamente predecible, pero se preguntaba Harry por lo que podía ver, ¿Por qué Malfoy lucía casi igual de infeliz, y por qué Snape parecía enojado con Malfoy y...¿Sería posible?... ¿Un poco asustado también?. Pero justo antes de que Harry asimilara lo que había visto, Filch dio la vuelta y se alejo arrastrando los pies, refunfuñando por lo bajo; Malfoy habia recompuesto su expresión, ahora sonreia agradeciendo a Slughorn su generosidad, y el rostro de Snape volvia a ser inescrutable.

- No es nada, nada - dijo Slughorn rechazando el agradecimiento de Malfoy - Después de todo conocía a tu abuelo... –

- El siempre habló muy bien de usted señor - dijo Malfoy rápidamente -Decía que usted es el mejor que jamás haya conocido haciendo pociones -.

Harry miraba fijamente a Malfoy. No eran los halagos lo que lo intrigaba, había visto a Malfoy hacer eso con Snape durante mucho tiempo, era el hecho de que Malfoy, dentro de todo, lucía un poco enfermo. Esta era la primera vez en mucho tiempo que veía a Malfoy de cerca, y notó que ahora Malfoy tenia oscuras ojeras, y un marcado matiz grisáceo en la piel.

- Me gustaría hablar contigo, Draco - dijo de pronto Snape.

- Ahora Severus, - dijo Slighorn hipando de nuevo - Es navidad, no seas demasiado duro...-.

- Soy su Jefe de la Casa, y yo decidiré que tan duro ser - dijo Snape de manera cortante - sígueme Draco -.

Se fueron, Snape por delante guiándolo, Malfoy se veía resentido. Harry permaneció indeciso por un momento, entonces dijo - regreso en un segundo Luna...ehm...baño –.

- Esta bien – dijo Luna alegremente, él se fue deprisa pensando que lo había escuchado, tan pronto como se metió entre la multitud, ella retomó el tema de la conspiración Rotfang con la profesora Trewlaney, quien se veía sinceramente interesada. Fue fácil, una vez fuera de la fiesta, sacar en el pasillo que estaba totalmente desierto la capa de invisibilidad de su mochila y cubrirse con ella; lo que sí fue difícil era encontrar a Snape y Malfoy. Harry corría por el pasillo, el ruido de sus pisadas se disimulaba con la música y las fuertes voces que aun provenían de la oficina de Slughorn que había dejado atrás. Quizás Snape había llevado a Malfoy a su oficina en los calabozos, o quizá lo estaba escoltando de regreso a la sala común de Slytherin... . Harry iba puerta tras puerta presionando su oreja, recorriendo rápidamente el pasillo, hasta que, sacudiéndose de la emoción, se inclinó hasta la cerradura del último salón de clases del pasillo y escuchó voces.

- ... no podemos permitir errores Draco, porque si eres expulsado... –

- No tenía nada que hacer al respecto ¿De acuerdo? –

- Espero que me estés diciendo la verdad, porque fue torpe e insensato, ya eras sospechoso de tener las manos metidas en eso –

- ¿Quién sospecha de mí? - - dijo Malfoy muy molesto - Por ultima vez, yo no lo hice, ¿OK? Esa chica Bell debe haber tenido algún enemigo del que nadie sabe nada... ¡No me mire así! ¡Sé lo que está haciendo, pero no le funcionara... Puedo detenerlo! -.

Hubo una pausa y luego dijo tranquilamente Snape - Ah... tu tía Bellatrix te ha estado enseñado Oclumancia, ya veo ¿Qué estas tratando de ocultar de tu Amo? –

- ¡No estoy tratando de ocultar nada de él, solo quiero que usted no se meta en esto! - Harry presionó aun más su oreja contra la cerradura... Qué pudo haber hecho que Malfoy le hablara de esa manera a Snape, Snape era único maestro por el que siempre había mostrado respeto, y más aun, predilección.

- ¿Así que por eso es que me has estado evitando este semestre? ¿Tenías miedo de que interfiriera? Entiende, ¿Alguna vez alguien había dejado de venir a mi oficina cuando le decía repetidamente que lo quería ahí Draco? -.

- ¡Pues póngame en detención! -¡Repórteme con Dumbledore! - dijo Malfoy en tono burlón.

Hubo otra pausa, entonces Snape dijo - Sabes perfectamente bien que no quiero hacer ninguna de esas cosas -.

- ¡Entonces será mejor que deje de decirme que vaya a su oficina! -.

- Escúchame - dijo Snape bajando tanto la voz que Harry tuvo que presionar fuertemente su oreja contra la cerradura - Estoy tratando de ayudarte, le juré a tu madre que te protegería. Hice la Promesa Inquebrantable, Draco -.

- ¡Parece que tendría que romperla entonces, porque no necesito su protección!, Es mi trabajo, él me lo dio y lo estoy haciendo, tenía un plan y va a funcionar; sólo esta tomando más tiempo de lo que debía -.

- ¿Cuál es tu plan? -.

- ¡No es asunto suyo! -.

- Si me dices lo que estas tratando de hacer, podría ayudarte...-.

- ¡Tengo toda la ayuda que necesito, gracias, no estoy solo! -.

- Ciertamente estabas solo esta noche, lo cual fue extremadamente tonto, deambulando por los pasillos sin guardias ni respaldo, esos son errores elementales -.

- ¡Crabble y Goyle hubieran estado conmigo si usted no los hubiera puesto en detención! -.

- ¡Baja la voz! - le espetó Snape, porque la voz de Malfoy había subido con la excitación. – Si tus amigos Crabble y Goyle tienen la intención de pasar su TIMO de Defensa Contra la Artes Oscuras este año, necesitaran trabajar un poco más duro de cómo lo han estado haciendo hasta aho...-.

- ¿Y eso que importa? - dijo Malfoy -Defensa Contra las Artes Oscuras es una broma ¿O no? Parte de una representación. Como si alguno de nosotros necesitáramos protegernos de las artes oscuras...-.

- ¡Es una "parte" que es crucial para el triunfo, Draco! -- dijo Snape - ¿Dónde piensas tú que hubiera estado todos estos años si no supiera esa "parte"? ¡Ahora escúchame!, Estas siendo incauto, deambulando por las noches, dejando que te atrapen y depositando tu confianza en asistentes como Crabble y Goyle -.

- ¡No son los únicos, tengo a otras personas de mi lado, que son mejores! -.

- Entonces por qué no confías en mi, yo puedo...-.

- ¡Sé lo que quiere hacer! ¡Quiere robar mi gloria! -.

Hubo otra pausa, entonces Snape dijo fríamente - Estas hablando como un niño, entiendo bien que la captura y encarcelamiento de tu padre te alteró, pero...-.

Harry tuvo apenas un segundo de advertencia; escucho los pasos de Malfoy al otro lado de la puerta y se arrojo lejos de su camino justo cuando se abrió violentamente. Malfoy se alejaba a zancadas por el pasillo, pasóla puerta abierta de Slughorn y dio vuelta en la esquina más distante, fuera de su vista. Apenas atreviéndose a respirar, Harry permaneció agachado mientras Snape salía

lentamente del salón de clases. Con expresión insoldable regreso a la fiesta. Harry permaneció en el piso, su mente corría.

Capítulo 16: Unas Navidades muy frías

- ¿Así que Snape estaba ofreciéndose a ayudarle? ¿Estaba claramente ofreciéndose a ayudarle?

- Si lo preguntas otra vez- dijo Harry- te voy a clavar esta raíz.

- ¡Sólo quiero comprobarlo!- dijo Ron. Estaban sentados solos cerca del fregadero de la cocina de La Madriguera, pelando una montaña de raíces para la señora Weasley. Frente a ellos, la nieve caía poco a poco al otro lado de la ventana.

-¡Sí, Snape estaba ofreciéndose a ayudarle!-dijo Harry.- Dijo que había prometido a la madre de Malfoy que lo protegería, que había hecho un Juramento Inquebrantable o algo así.

-¿Un Juramento Inquebrantable?-dijo Ron, pareciendo aturdido.- No, Snape no puede haber… ¿estás seguro?

- Sí, estoy seguro -dijo Harry. ¿Por qué, qué significa eso?

- Bueno, un Juramento Inquebrantable no puede romperse…

- Aunque parezca raro, eso ya lo había descubierto solo. ¿Y qué pasa si se rompe?

- Mueres- dijo Ron simplemente.- Cuando tenía cinco años, Fred y George intentaron que hiciera uno. Casi lo consiguen, ya estaba dándole la mano a Fred cuando Papá nos encontró. Se puso furioso- dijo Ron, con un brillo de recuerdo en los ojos. - Es la única vez que he visto a Papá tan enfadado como Mamá. Fred dice que desde entonces su trasero no ha sido el mismo.

- Sí, claro… pero sin tener en cuenta el trasero de Fred…

- ¿Cómo has dicho?- se escuchó decir a la voz de Fred, a la vez que los gemelos entraban en la cocina.

- Ehh…George, mira esto. Están usando cuchillos y de todo. ¡Dales tu bendición!

- Dentro de dos meses ya tendré diecisiete años- exclamó Ron malhumorado- ¡y entonces ya podré hacerlo con magia!

-Pero hasta entonces,- dijo George, sentándose en la mesa de la cocina y poniendo sus pies encima de ésta- podemos divertirnos viendo como haces una demostración sobre el uso correcto de un…

- ¡Mira lo que me has hecho hacer!- dijo Ron furiosamente, chupándose un corte en el pulgar- ¡espera hasta que tenga diecisiete y…!

- Seguro que nos deslumbras con técnicas mágicas desconocidas- bostezó Fred.

- Y hablando de técnicas desconocidas, Ronald,- dijo George, - ¿qué es eso que hemos oído acerca de ti y una señorita llamada- a menos que nuestra información no sea correcta- Lavender Brown?

Ron se puso un poco rosa, pero no pareció ofendido mientras volvía a sus coles.

-Métete en tus asuntos.

- Qué irascible te pones- respondió Fred.- Realmente no sé qué piensas de ellos. No, bueno, lo que queremos saber es... ¿cómo pasó?

- ¿Qué quieres decir?

- ¿Ella tuvo un accidente o algo?

-¿Qué?

- Bueno, ¿cómo sufrió un daño cerebral tan amplio? ¡Eh, cuidado ahora!

La señora Weasley entró en la habitación justo a tiempo de ver a Ron lanzar el cuchillo de las raíces a Fred, que lo convirtió en un avión de papel con un vago movimiento de su varita.

-¡Ron!- exclamó ella furiosa.- ¡No quiero volverte a ver otra vez lanzando cuchillos de esa manera!

-Yo no- dijo Ron,- ya verás…añadió en voz baja, dándose la vuelta hacia el montón de raíces.

- Fred, George, lo siento, queridos, pero Remus llegará esta noche, así que tendrán que darle un lugar a Bill con ustedes dos.

- No hay problema- dijo George.

- Entonces, si Charlie no viene a casa, Harry y Ron se quedan en el desván, y si Fleur se pone con Ginny…-

- Seguro que eso hará felices las Navidades a Ginny…-murmuró Fred.

-… y así todos deberíamos estar cómodos. Bueno, de todas maneras, tendrán una cama –dijo la señora Weasley, con voz algo agobiada.

- ¿Al final no vamos a ver la fea cara de Percy entonces?- preguntó Fred.

La señora Weasley se dio la vuelta, antes de contestar.

- No, estará ocupado, me imagino, en el Ministerio.

- O es el mayor imbécil del mundo- dijo Fred, mientras la señora Weasley dejaba la cocina. –Una de las dos. Bueno, vamos a seguir entonces, George.

- ¿Qué están tramando?- preguntó Ron.- ¿No pueden ayudarnos con estas raíces? Sólo tienen que usar la varita, y ¡así nosotros estaremos libres también!

- No, creo que no podemos hacer eso- dijo Fred seriamente. – Aprender a pelar raíces sin magia es algo muy bueno para construir el carácter y todo eso te hace apreciar lo difícil que es para los Muggles y los Squib…

- Y si quieres que la gente te ayude, Ron, - añadió George, lanzándole el avión de papel- yo no les tiraría cuchillos. Sólo es un pequeño consejo. Nos vamos hacia el pueblo, hay una chica muy guapa que trabaja en la papelería, que piensa que mis juegos de cartas son algo maravilloso…casi como magia de verdad…

- Idiotas…- dijo Ron tristemente, mirando a Fred y George marcharse a través del patio nevado.- Sólo les habría costado diez segundos, y ahora podríamos habernos marchado también.

- Yo no –dijo Harry.- Le prometí a Dumbledore que no saldría por ahí mientras estoy aquí.

- Sí, claro…- respondió Ron. Peló unas cuantas raíces más y entonces dijo- ¿Le contarás a Dumbledore la conversación que oíste entre Snape y Malfoy?

- Sí- respondió Harry.- Se lo diré a todo el que pueda pararlo y Dumbledore es el primero de la lista. Creo que también debería tener otra conversación con tu padre.

- Sin embargo, es una lástima que no oyeras lo que Malfoy está haciendo realmente.

- No podría haberlo oído, ¿no? Eso es lo importante, que se negara a decírselo a Snape.

Hubo un silencio por un instante o dos y entonces Ron dijo- Claro que ¿sabes lo que dirán todos? ¿Papá y Dumbledore y todos ellos? Dirán que Snape no está intentando ayudar realmente a Malfoy, que sólo está intentando averiguar lo que Malfoy se trae entre manos.

- Ellos no le oyeron- afirmó Harry, rotundamente.- Nadie es tan buen actor, ni siquiera Snape.

- Ya…sólo estoy diciendo que…-dijo Ron.

Harry se giró para mirarle, con el ceño fruncido.

- Crees que tengo razón, ¿no?

- ¡Claro que sí, te creo!- exclamó Ron precipitadamente- En serio, ¡claro! Pero todos ellos están convencidos de que Snape está en la Orden, ¿no?

Harry se quedó callado. Ya se le había ocurrido antes que esa sería la principal objeción a su nueva evidencia, incluso podía oír a Hermione:

- *Harry, es evidente que estaba fingiendo que ofrecía su ayuda para engañar a Malfoy y que así le dijera lo que está haciendo…*

No obstante, esto era pura imaginación, ya que Harry no había tenido oportunidad de contarle a Hermione lo que había oído por casualidad. Ella había desaparecido de la fiesta de Slughorn antes de que él volviera, o eso le había dicho McLaggen furioso, y ella ya se había acostado cuando Harry volvió a la Sala Común. Como él y Ron se habían marchado temprano hacia La Madriguera, apenas había tenido tiempo de desearle una Feliz Navidad y de decirle que tenía noticias muy importantes que contarle a su regreso de las vacaciones. Sin embargo, Harry no estaba absolutamente seguro de que Hermione le hubiera oído; justo en ese momento, Ron y Lavender se habían estado despidiendo a conciencia delante suyo, no precisamente con palabras.

Aún así, incluso Hermione no podría negar una cosa: Malfoy se traía algo entre manos, y Snape lo sabía, así que Harry se sentía completamente justificado para afirmar "Te lo dije", lo cual ya había dicho antes unas varias veces a Ron.

Harry no tuvo oportunidad para hablar con el señor Weasley, que estaba trabajando hasta muy tarde en el Ministerio, hasta la tarde de Nochebuena. Los Weasleys y sus invitados estaban sentados en la sala de estar, la cual Ginny había decorado con tanto lujo que más bien parecía que estuvieran sentados en medio de una explosión de cadenas de papel. Fred, George, Harry y Ron eran los únicos que sabían que el ángel en la copa del árbol era en realidad un gnomo de jardín que había mordido a Fred en el tobillo, mientras recogía zanahorias para la cena de Navidad. Aletargado, pintado de dorado, embutido en un tutú en miniatura y con unas pequeñas alas pegadas en su espalda, miraba a todos desde arriba con el ceño fruncido, el ángel más feo que Harry había visto nunca, con una enorme cabeza tan calva como una patata y unos pies bastante peludos.

Se suponía que todos deberían estar escuchando la retransmisión de Navidad de la cantante preferida de la señora Weasley, Celestina Warbeck, cuya voz gorjeaba desde la enorme radio de madera. Fleur, que parecía encontrar a Celestina muy aburrida, estaba hablando tan alto desde un rincón, que la enfadada señora Weasley mantenía su varita apuntando hacia el control del volumen, de modo que Celestina se escuchaba cada vez más alto. Al abrigo de un particularmente llamativo número llamado "Un caldero lleno de amor caliente y fuerte", Fred y George lanzaron un Snap explosivo hacia Ginny. Ron siguió lanzando miradas disimuladas hacia Bill y Fleur, como esperando… Entretanto, Remus Lupin, más delgado y más desmejorado que nunca, estaba sentado junto al fuego, con los ojos clavados en el fondo de las llamas, como si no pudiera escuchar la voz de Celestina.

Oh, ven y remueve mi caldero,
Y si lo haces con esmero
Te herviré un amor caliente y fuerte
Y así esta noche será ardiente.

- ¡Lo bailábamos cuando teníamos dieciocho años!- dijo la señora Weasley, enjugándose los ojos en la calceta.- Arthur, ¿te acuerdas?

- Mphf?- dijo el señor Weasley, cuya cabeza había estado inclinándose sobre la naranja que estaba pelando.- Oh, sí, una melodía maravillosa…

Haciendo un esfuerzo, se sentó algo más erguido, y volvió la cabeza hacia Harry, que estaba sentado a su lado.

- Perdona por esto- dijo, sacudiendo su cabeza hacia la radio, mientras Celestina comenzaba a cantar el estribillo.- Se acabará pronto.

- No pasa nada- respondió Harry, sonriendo abiertamente.- ¿Ha habido mucho trabajo en el Ministerio?

- Mucho- dijo el señor Weasley.- No me importaría si estuviéramos llegando a alguna parte, pero dudo que alguna de las tres detenciones que hemos hecho en los dos últimos meses corresponda a un mortífago auténtico. Bueno, esto no lo repitas, Harry- añadió rápidamente, pareciendo de repente mucho más despierto.

- Ya no retienen a Stan Shunpike, ¿no?- preguntó Harry.

- Me temo que sí- dijo el señor Weasley.- Sé que Dumbledore intentó hablar directamente a Scrimgeour acerca de Stan… quiero decir, cualquiera que le haya entrevistado realmente, está de acuerdo en que tiene lo mismo de Mortífago que esta naranja, pero los altos cargos quieren aparentar que estuvieran haciendo algún progreso, y "tres detenciones" suena mejor que "tres detenciones erróneas y luego puestas en libertad", pero, te repito, esto es todo alto secreto…

- No diré nada- dijo Harry. Dudó por un momento, preguntándose cómo enfocar lo que quería decir; mientras ponía en orden sus ideas, Celestina Warbeck comenzó una balada llamada "Encantaste el corazón fuera de mí"

- Señor Weasley, ¿se acuerda de lo que le dije en la estación cuando íbamos a partir hacia el colegio?

- Lo comprobé, Harry- dijo inmediatamente el señor Weasley.- Fui y registré la casa de los Malfoy. No había nada, ni roto ni entero, que no debiera estar allí.

- Sí, lo sé, leí en El Profeta que había estado mirando… pero esto es algo distinto…bueno, algo más…

Y contó al señor Weasley todo lo que había oído por casualidad entre Malfoy y Snape. Mientras Harry hablaba, vio la cabeza de Lupin girar un poco hacia él, atendiendo a cada palabra. Cuando hubo terminado, hubo un silencio, sólo roto por el canturreo de Celestina.

Oh, mi pobre corazón, ¿dónde se ha ido?
Me ha dejado por una temporada…

- Harry, se te ha ocurrido- dijo el señor Weasley- que Snape estuviera simplemente fingiendo…

- ¿Fingiendo que ofrecía su ayuda, para así averiguar qué se trae Malfoy entre manos?- dijo rápidamente Harry.- Sí, pensé que diría eso. Pero, ¿cómo lo sabemos?

- Saberlo no es asunto nuestro- dijo Lupin inesperadamente. Había girado su espalda hacia el fuego, y ahora miraba a Harry de frente, al otro lado del señor Weasley.- Es asunto de Dumbledore. Dumbledore confía en Severus, y eso debería ser suficiente para todos nosotros.

- Pero- dijo Harry,- tú piensas que Dumbledore se equivoca con Snape.

- La gente lo ha dicho, muchas veces. No importa si confías o no en el juicio de Dumbledore. Yo lo hago, por lo tanto, confío en Severus.

- Pero Dumbledore puede equivocarse- discutió Harry. Él mismo lo dijo. Y tú…

Miró a Lupin directamente a los ojos.

- ¿De verdad te gusta Snape?

- Ni me gusta ni me disgusta Severus- dijo Lupin.- No, Harry, estoy diciendo la verdad- añadió, mientras Harry ponía una expresión escéptica.- Nunca seremos amigos íntimos, quizás; después de todo lo que pasó entre James y Sirius y Severus, hay también mucho más rencor. Pero yo no puedo olvidar que durante los años que enseñé en Hogwarts, Severus hizo la Poción Curativa de Lobos para mí todos los meses, la hizo perfectamente, y así no tuve que sufrir como hago normalmente cuando hay luna llena.

- Pero, "accidentalmente" dijo que eres un hombre-lobo, y ¡tuviste que irte!- dijo Harry furiosamente.

Lupin se encogió de hombros.

- Se habría sabido de todas maneras. Los dos sabíamos que él quería mi empleo, pero él podía haberme causado un daño mucho mayor, estropeando la poción. Pero me mantuvo sano. Debo estarle agradecido.

- ¡Quizá no se atrevió a estropear la poción, con Dumbledore vigilándole!- dijo Harry.

- Harry, tú estás resuelto a odiarle- dijo Lupin con una sonrisa vaga.- Y lo entiendo, con James como padre y con Sirius como padrino, has heredado un viejo prejuicio. Por supuesto, cuéntale a Dumbledore lo que nos has contado a Arthur y a mí, pero no esperes que comparta tu punto de vista del asunto; ni siquiera esperes que se sorprenda de lo que le dices. Puede haber sido parte de las órdenes de Dumbledore que Severus interrogara a Draco.

…y ahora, rompiste en pedazos completamente el amor
¡y yo quisiera que me devolvieras mi corazón!

Celestina terminó su canción con una nota larga y muy aguda, y un clamoroso aplauso salió de la radio, al que la señora Weasley se unió con entusiasmo.

- ¿Se ha acabado?- dijo Fleur fuertemente.- ¡Ggacias a Dios! Qué hoggible.

- ¿Tomamos algo caliente antes de acostarnos?- preguntó fuertemente el señor Weasley, levantándose de un salto.- ¿Quién quiere ponche de huevo?

- ¿Qué has estado haciendo últimamente?- preguntó Harry a Lupin, mientras el señor Weasley se animaba a buscar el ponche de huevo y todos los demás se estiraban y empezaban a hablar.

- Oh, he estado bajo tierra- dijo Lupin.- Casi literalmente. Es por eso que no he podido escribir, Harry, enviarte cartas me habría delatado…

- ¿Qué quieres decir?

- He estado viviendo con mis compañeros, mis iguales- dijo Lupin.- Hombres lobo- añadió, tras la mirada de incomprensión de Harry.- Casi todos ellos están del lado de Voldemort. Dumbledore quería un espía, y yo era la persona ideal.

Había algo de amargura en su voz, y quizá se dio cuenta de ello, ya que sonrió más cálidamente y continuó- no me estoy quejando; es un trabajo necesario, y ¿quién puede hacerlo mejor que yo? De todos modos, ha sido difícil ganar su confianza. Tengo signos inequívocos de haber intentado vivir entre magos, ya sabes, mientras que ellos han evitado la sociedad normal y viven al margen, robando, y a veces matando, para comer.

- ¿Cómo es que les gusta Voldemort?

- Ellos creen que, según sus normas, tendrán una vida mejor- dijo Lupin.- Y eso es difícil de discutir con Greyback aquí…

- ¿Quién es Greyback?

- ¿No has oído hablar de él?- Las manos de Lupin se cerraron convulsivamente en su regazo.- Fenrir Greyback es, quizás, el hombre-lobo más salvaje vivo hoy en día. Considera que su misión en la vida es morder e infectar a tanta gente como pueda, quiere crear hombres-lobo suficientes para vencer a los magos. Voldemort le ha prometido presas a cambio de sus servicios. La

especialidad de Greyback son los niños… les muerde cuando son jóvenes, dice, y los cría lejos de sus padres, los cría para que odien a los magos normales. Voldemort ha amenazado con soltarlo entre los hijos e hijas de la gente; es una amenaza que normalmente produce buenos resultados.

Lupin hizo una pausa y entonces dijo- Fue Greyback quien me mordió a mí.

-¿Qué?- dijo Harry, atónito.- ¿Cuándo, cuando eras un niño, quieres decir?

- Sí. Mi padre le había ofendido. Yo no supe, durante mucho tiempo, quién era el hombre-lobo que me había atacado. Incluso sentí lástima por él, pensando que no había tenido control, sabiendo cómo se siente la transformación. Pero Greyback no es así. Cuando hay luna llena, se coloca cerca de sus víctimas, asegurándose que está lo bastante cerca como para atacar. Lo planea todo. Y éste es el hombre que Voldemort está usando para controlar a los hombres-lobo. No puedo fingir que mi particular modo de razonamiento está haciendo muchos progresos, ante la insistencia de Greyback, que afirma que los hombres-lobo se merecen la sangre, tanto que deberíamos vengarnos con la gente normal.

-¡Pero tú eres normal!- dijo Harry acaloradamente.- ¡Sólo que tienes un… un problema!

Lupin se echó a reír.

- A veces me recuerdas mucho a James. Él lo llamaba mi "pequeño problema peludo", cuando había más gente. Muchos tenían la impresión de que tenía un pequeño conejo maleducado.

Con una palabra de agradecimiento, aceptó un vaso de ponche de huevo del señor Weasley, pareciendo ligeramente más alegre. Harry, entretanto, sintió un ataque de emoción: la última mención a su padre le había recordado que había algo que había estado esperando preguntarle a Lupin.

- ¿Has oído hablar alguna vez de alguien llamado el Príncipe Mestizo?

- ¿El qué Mestizo?

- Príncipe- dijo Harry, mirándole atentamente, buscando algún signo de reconocimiento.

- No hay príncipes magos- dijo Lupin, ahora sonriendo. ¿Es el título que estás pensando en adoptar? Debería haber pensado que "el Elegido" debería ser suficiente.

- ¡No tiene nada que ver conmigo!- dijo Harry, con indignación.- El Príncipe Mestizo es alguien que solía ir a Hogwarts, tengo su antiguo libro de Pociones. Él escribió hechizos por todas partes, hechizos que él inventó. Uno de ellos era *Levicorpus* –

- Oh, ése estuvo muy de moda durante mi tiempo en Hogwarts- dijo Lupin evocadoramente.- Hubo varios meses en mi quinto año en los que no podías moverte por estar levantado en el aire por el tobillo.

- Mi padre lo usó- dijo Harry.- Lo vi en el pensadero, lo usó con Snape.

Intentó que sonara casual, como si fuera un comentario sin real importancia, pero no estaba seguro de haber conseguido el efecto esperado; la sonrisa de Lupin era demasiado comprensiva.

- Sí- dijo,- pero él no era el único. Como te digo, fue muy popular… ya sabes cómo van y vienen los hechizos con las modas…

- Pero esto parece como si hubiera sido inventado mientras tú estabas en el colegio- insistió Harry.

- No necesariamente- dijo Lupin.- Los hechizos se ponen y se pasan de moda como todo lo demás.- Miró a Harry a la cara y entonces dijo en voz baja… James era un sangre limpia, Harry, y te lo juro, él nunca nos pidió que le llamáramos "Príncipe".

Dejando de fingir, Harry dijo- ¿Y no era Sirius? ¿O tú?

- Definitivamente no.

- Oh- Harry miró fijamente al fuego.- Sólo pensé, bueno, él me ha ayudado mucho en las clases de Pociones, el Príncipe.

- ¿Cuántos años tiene este libro, Harry?

- No lo sé, nunca lo he comprobado.

- Bueno, quizás te daría alguna pista acerca de cuándo estuvo el Príncipe en Hogwarts- dijo Lupin.

Un poco después de esto, Fleur decidió imitar a Celestina cantando "Un caldero lleno de amor caliente y fuerte", lo cual fue tomado por todos, una vez que habían vislumbrado la expresión de la señora Weasley, como la señal para

acostarse. Harry y Ron subieron directamente a la habitación en el desván de Ron, donde una cama plegable había sido añadida para Harry.

Ron se quedó dormido casi inmediatamente, pero Harry escarbó en su baúl y sacó su ejemplar de *Libro de Pociones Avanzadas*, antes de meterse en la cama. Allí, pasó las páginas, buscando, hasta que al final encontró, en la parte delantera del libro, la fecha en que había sido publicado. Tenía casi cincuenta años. Ni su padre, ni los amigos de su padre habían estado en Hogwarts hace cincuenta años. Decepcionado, Harry devolvió el libro al baúl, apagó la lámpara y se dio la vuelta, pensando en hombres-lobo y en Snape, Shunpike y el Príncipe Mestizo, y finalmente cayó en un sueño inquietante lleno de sombras arrastrándose y de gritos de niños mordidos…

- Tiene que estar bromeando…

Harry se despertó de un salto y encontró una media abultada formando un montículo en el borde de su cama. Se puso sus gafas y miró alrededor, la ventana diminuta estaba casi totalmente cubierta con nieve, y enfrente de ésta, Ron estaba sentado muy erguido en la cama, examinando lo que parecía ser una gruesa cadena de oro.

- ¿Qué es eso?- preguntó Harry.

- Es de Lavender- dijo Ron, en tono rebelde.- No puede pensar en serio que yo me lo pondría…

Harry miró más atentamente y dejó escapar una carcajada. Colgando de la cadena en grandes letras de oro, estaban las palabras "Mi corazoncito".

- Bonito,- dijo.- Con clase. Sin duda deberías llevarlo delante de Fred y George.

- Si se lo dices,- dijo Ron, poniendo el collar fuera de la vista, debajo de la almohada,- yo te- te…

- ¿Tartamudeas delante de mí?- dijo Harry, sonriendo abiertamente.- Vamos, ¿acaso yo…?

- ¿Cómo pudo pensar que me gustaría algo como esto, eh? Ron cogió un poco de aire, pareciendo bastante impresionado.

- Bien, vamos a ver,- dijo Harry. ¿Alguna vez has dejado ver que te gustaría salir en público con las palabras "Mi corazoncito" alrededor de tu cuello?

- Bueno, en realidad, no hablamos mucho realmente,- dijo Ron.- Es principalmente…

- Besuqueo,- dijo Harry.

- Sí, bueno- dijo Ron. Dudó por un momento, y entonces dijo- ¿Hermione está realmente saliendo con McLaggen?

- No lo sé,- dijo Harry.- Estuvieron juntos en la fiesta de Slughorn, pero no creo que fuera bien.

Mientras hurgaba más hondo en su media, Ron parecía algo más contento.

Los regalos de Harry incluían un jersey con una gran Snitch Dorada en el frente, hecho a mano por la señora Weasley, una caja grande de Sortilegios Weasley de parte de los gemelos, y un paquete ligeramente mojado y enmohecido, con una etiqueta que decía: "Para el Amo, de Kreacher".

Harry lo miró fijamente.- ¿Crees que será seguro abrirlo?- preguntó.

- No puede haber nada peligroso, todo nuestro correo está siendo vigilado por el Ministerio todavía- replicó Ron, aunque él también estaba mirando el paquete de modo sospechoso.

- ¡Yo no pensé en regalar nada a Kreacher! ¿Normalmente la gente hace regalos de Navidad a sus elfos domésticos?- preguntó Harry, pinchando el paquete con cuidado.

- Hermione lo haría,- dijo Ron.- Pero espera y vamos a ver qué es antes de que empieces a sentirte culpable.

Poco después, Harry había dado un grito fuerte y había saltado de su cama plegable; el paquete contenía un gran número de gusanos.

- Bonito,- dijo Ron, riéndose a carcajadas.- Muy atento.

- Los prefiero a tu collar,- dijo Harry, sofocando a Ron inmediatamente.

Todos llevaban jerseys nuevos cuando se sentaron para la comida de Navidad, todos excepto Fleur (en la que, la señora Weasley no había querido malgastar uno), y la misma señora Weasley lucía un nuevo sombrero azul de bruja de medianoche, del que colgaban lo que parecían pequeños diamantes parecidos a estrellas y un espectacular collar de oro.

- ¡Fred y George me los regalaron! ¿Verdad que son bonitos?

- Bueno, ahora que lavamos nuestros propios calcetines, te apreciamos cada vez más, Mamá,- dijo George, moviendo la mano despreocupadamente.- ¿Pastinacas, Remus?

- Harry, tienes un gusano en la cabeza,- dijo Ginny alegremente, inclinándose a través de la mesa para agarrarlo; Harry sintió que se le ponía la carne de gallina en el cuello y no tenía nada que ver con el gusano.

- ¡Qué horrible!- dijo Fleur, con un pequeño estremecimiento afectado.

- Si ¿verdad?,- dijo Ron. ¿Salsa, Fleur?

En su impaciencia por ayudarle, lanzó la salsera volando, Bill agitó su varita y la salsa se elevó en el aire y volvió dócilmente al cuenco.

- Eges tan malo como esa Tonks,- dijo Fleur a Ron, cuando terminó de besar a Bill para darle las gracias.- Ella siempre está dando golpes…

- Invité a la *querida* Tonks a venir hoy,- dijo el señor Weasley, retirando las zanahorias con una fuerza innecesaria y mirando fijamente a Fleur.- Pero ella no vendrá. ¿Has hablado con ella últimamente, Remus?

- No, no he estado en contacto con mucha gente,- dijo Lupin.- Pero Tonks tiene su propia familia para reunirse, ¿no?

- Hmmm,- dijo la señora Weasley.- Quizás. Pero tengo la impresión de que está planeando pasar las Navidades sola, realmente.

Lanzó a Lupin una mirada molesta, como si fuera culpa suya el hecho de tener a Fleur como nuera, en vez de a Tonks, pero Harry, mirando de reojo a Fleur, que entonces estaba dando de comer a Bill pedazos de pavo de su propio tenedor, pensó que la señora Weasley estaba luchando una larga batalla perdida. Sin embargo, eso le recordó una pregunta que tenía con respecto a Tonks, y ¿quién mejor para responderla que Lupin, el hombre que sabía todo acerca de los Patronus?

- El Patronus de Tonks ha cambiado de forma- le dijo.- Snape lo dijo, de todos modos, no sabía que eso podía ocurrir. ¿Por qué razón cambiaría un Patronus?

Lupin se tomó su tiempo para masticar el pavo y tragarlo antes de decir lentamente- a veces…un gran choque… un trastorno emocional…

- Parecía grande, y tenía cuatro patas,- dijo Harry golpeado por un repentino pensamiento y bajando su voz.- Hey… ¿no podría ser…?

- ¡Arthur!- dijo la señora Weasley de repente. Se había levantado de su silla, su mano presionaba fuertemente sobre su corazón, y miraba fuera de la ventana de la cocina.- Arthur… ¡es Percy!

- ¿*Qué*?

El señor Weasley miró alrededor. Todos miraron rápidamente a la ventana; Ginny se levantó para ver mejor. Allí, efectivamente, estaba Percy Weasley, cruzando a través del patio nevado, con sus gafas de montura de concha brillando al sol. Sin embargo, no estaba solo.

-Arthur, está… ¡está con el Ministro!

Y efectivamente el hombre que Harry había visto en El Profeta estaba siguiendo la estela de Percy, cojeando ligeramente, su melena de pelo grisáceo y su capa negra salpicada de nieve. Antes de que ninguno de ellos pudiera decir nada, antes de que el señor y la señora Weasley pudieran hacer más que intercambiar miradas sorprendidas, la puerta de atrás se abrió y allí apareció Percy.

Hubo un momento de angustioso silencio. Entonces Percy dijo más bien con frialdad,- Feliz Navidad, Madre.

- Oh, ¡*Percy*!- dijo la señora Weasley, lanzándose a sus brazos.

Rufus Scrimgeour se paró en la entrada, apoyándose en su bastón y sonriendo mientras observaba la conmovedora escena.

- Usted perdone por la intrusión,- dijo, cuando la señora Weasley miró a su alrededor, sonriendo y limpiándose los ojos.- Percy y yo estábamos por la vecindad, trabajando, ya sabe, y no pudo resistirse a pasar y verlos a todos.

Pero Percy no mostró ningún signo de querer saludar al resto de la familia. Se mantenía de pie, con rostro impasible y daba impresión de incomodidad, mirando por encima de las cabezas de todos. El señor Weasley, Fred y George estaban todos observándole, atónitos.

- ¡Por favor, pase, siéntese, Ministro!- revoloteó la señora Weasley, enderezando su sombrero.- Tenga un poco de purkey, o algo de tooding, quiero decir…

- No, no, mi querida Molly,- dijo Scrimgeour. Harry supuso que había comprobado su nombre con Percy antes de entrar en la casa.- No quiero molestar, no estaría aquí si no fuera porque Percy tenía tantas ganas de venir…

- ¡Oh, Percy!- dijo la señora Weasley llorando, acercándose para besarle.

-…Sólo venimos por cinco minutos, así que me daré una vuelta por el jardín mientras usted pone a Percy al corriente. No, no, ¡le aseguro que no quiero entrar en su conversación! En fin, si a alguien le importa enseñarme su fantástico jardín…ah, este jovencito ha terminado, ¿por qué no se da un paseo conmigo?

La atmósfera en la mesa cambió perceptiblemente. Todos miraron de Scrimgeour a Harry. Nadie parecía creer que Scrimgeour fingiera no saber el nombre de Harry, ni que encontrara natural que fuera éste quien le acompañara al jardín, cuando Ginny, Fleur y George también habían acabado sus platos.

- Sí, claro,- dijo Harry en medio del silencio.

No se engañaba, por todas las palabras de Scrimgeour que habían resaltado el hecho de que Percy quisiera visitar a su familia, ésta debería ser la verdadera razón por la que habían venido, para que Scrimgeour pudiera hablar a solas con Harry.

- Está bien- dijo en voz baja, mientras pasaba cerca de Lupin, que se había levantado a medias de su silla.- Bien,- añadió, cuando la señora Weasley abrió su boca para hablar.

- ¡Maravilloso!,- dijo Scrimgeour, apartándose para dejar pasar a Harry por la puerta delante de él. Sólo daremos una vuelta por el jardín y entonces Percy y yo nos iremos. ¡Continúen, todos!

Harry caminó a través del patio hacia el jardín de los Weasleys, que habían dejado crecer demasiado y estaba cubierto de nieve, con Scrimgeour cojeando ligeramente de su lado. Había sido, Harry lo sabía, Jefe de la Oficina de Aurores; parecía duro y tenía cicatrices de combate, muy diferente del corpulento Fudge con su sombrero de bombín.

- ¡Encantador!- dijo Scrimgeour, parándose en la cerca del jardín y mirando hacia el césped nevado y las plantas indistinguibles.- Encantador.

Harry se quedó callado. Podría decir que Scrimgeour lo estaba mirando.

- Llevo mucho tiempo queriendo encontrarme contigo,- dijo Scrimgeour, después de algunos momentos.- ¿Lo sabías?

- No, dijo Harry, sinceramente.

- Oh, sí, mucho tiempo. Pero Dumbledore ha estado muy protector contigo,- dijo Scrimgeour.- Por supuesto, es natural, claro, después de lo que has pasado… especialmente lo que pasó en el Ministerio…

Esperó que Harry dijera algo, pero Harry no lo hizo, así que continuó,- He estado esperando el momento para hablar contigo desde que gané mi puesto, pero Dumbledore lo ha… más claramente, como digo yo…evitado.

Harry todavía no dijo nada, esperando.

- ¡Ha habido muchos rumores por ahí!- dijo Scrimgeour.- Bueno, claro, los dos sabemos cómo estas historias se distorsionan… todos esos cuchicheos sobre la profecía… sobre que eres el "Elegido"…

Harry pensó que ahora, poco a poco, se iban acercando a la verdadera razón por la que Scrimgeour estaba allí.

- …Doy por hecho que Dumbledore ha discutido estos asuntos contigo, ¿no?

Harry reflexionó, preguntándose si debía mentir o no. Miró las pequeñas huellas de gnomo en los alrededores y la marca en el suelo donde Fred había cogido al gnomo que ahora vestía un tutú en la copa del árbol de Navidad. Finalmente, decidió decir la verdad… o al menos algo de ésta.

- Sí… hemos hablado de ello.

- Han hablado, claro…- dijo Scrimgeour. Harry podía ver, con el rabillo de su ojo, mirarle con los ojos entrecerrados, así que Harry fingió estar muy interesado en un gnomo que acababa de sacar la cabeza de debajo de un rododendro congelado.- ¿Y qué te ha contado Dumbledore, Harry?

- Perdone, pero eso queda entre nosotros,- respondió Harry.

Mantuvo su voz lo más agradable que pudo, y el tono de Scrimgeour, era leve y amigable también, mientras decía,- Oh, por supuesto, si es un asunto de confidencias, no quisiera que lo divulgaras… no, no… y en cualquier caso, ¿realmente importa que seas o no el Elegido?

Harry tuvo que reflexionar esto último unos pocos segundos antes de responder.

- No sé realmente lo que quiere decir, Ministro.

- Bueno, por supuesto, para *ti* importará enormemente,- dijo Scrimgeour, con una carcajada.- Pero a la comunidad mágica en general… es todo cuestión de percepción, ¿no? Lo importante es lo que la gente cree.

Harry no dijo nada. Pensó que sabía, vagamente, hacia dónde se estaban dirigiendo, pero no estaba dispuesto a ayudar a Scrimgeour a llegar allí. El gnomo debajo del rododendro estaba ahora escarbando en las raíces para encontrar gusanos, y Harry mantuvo los ojos fijos en él.

- La gente cree que tú *eres* el "Elegido", ya sabes,- dijo Scrimgeour.- Piensan que eres realmente un héroe, lo cual, por supuesto, eres, seas o no el elegido. ¿Cuántas veces te has enfrentado ya a El Que No Debe Ser Nombrado? Bueno, de todas maneras,- continuó, sin esperar respuesta,- lo importante es que eres un símbolo de esperanza para muchos, Harry. La idea de que existe alguien que puede ser capaz, que puede incluso estar *destinado* a destruir a El Que No Debe Ser Nombrado, bueno, naturalmente sube la moral a la gente. Y no puedo evitar sentir que, una vez que te des cuenta de esto, deberías considerar, bueno, casi como un deber, colocarte del lado del Ministerio, y así dar a todo el mundo un estímulo.

El gnomo acababa de conseguir agarrar un gusano. Ahora estaba tirando fuertemente de él, intentando sacarlo de la tierra congelada. Harry estaba tan callado que Scrimgeour dijo, mirando de Harry al gnomo.- Qué personajes tan graciosos, ¿verdad? Pero ¿qué te parece, Harry?

- No comprendo exactamente qué es lo que quiere,- dijo Harry lentamente. ¿Colocarme del lado del Ministerio?... ¿Qué significa?

- Oh, bueno, nada pesado, te lo aseguro,- dijo Scrimgeour.- Si fueras visto entrando y saliendo del Ministerio de vez en cuando, eso daría la impresión correcta. Y por supuesto, mientras estuvieras allí, tendrías bastantes oportunidades de hablar con Gawain Robards, mi sucesor como Jefe de la Oficina de Aurores. Dolores Umbridge me ha dicho que abrigas la ambición de convertirte en Auror. Bueno, eso podría arreglarse muy fácilmente…

Harry sintió la cólera burbujeando en la boca del estómago ¿así que Dolores Umbridge estaba aún en el Ministerio, no?

- Así que básicamente,- dijo, como si sólo quisiera clarificar algunas pocas cuestiones,- ¿Usted querría que diera la impresión de que estoy trabajando para el Ministerio?

- Subiría algo la moral de todo el mundo si pensaran que estás más implicado, Harry,- dijo Scrimgeour, pareciendo aliviado de que Harry se hubiera dado cuenta tan rápidamente. El "Elegido", ya sabes… todo es para dar esperanza a la gente, la impresión de que están pasando cosas apasionantes…

- Pero si continúo entrando y saliendo del Ministerio,- dijo Harry, procurando todavía mantener su voz amigable,- ¿no dará la sensación de que estoy aprobando lo que el Ministerio se trae entre manos?

- Bueno,- dijo Scrimgeour, frunciendo el ceño ligeramente,- bueno, sí, esa es en parte la razón por la que nos gustaría que…

- No, no creo que esto funcione,- dijo Harry, en tono agradable.- Sabe, no estoy de acuerdo con algunas de las cosas que está haciendo el Ministerio. Retener a Stan Shunpike, por ejemplo.

Scrimgeour no dijo nada por un momento, pero su expresión se endureció al instante.

- No esperaba que lo comprendieras,- dijo, sin tener tanto éxito como Harry en ocultar el enfado de su voz.- Estos son tiempos peligrosos, y es necesario que se tomen algunas medidas. Tú tienes dieciséis años…

- Dumbledore tiene muchos más que dieciséis años y él tampoco cree que Stan debiera estar en Azkaban. Está usando a Stan como cabeza de turco, igual que quiere usarme a mí como mascota.

Se miraron el uno al otro, por mucho tiempo y con dureza. Finalmente, Scrimgeour dijo sin fingir ninguna cordialidad,- ya veo. ¿Prefieres, igual que tu héroe Dumbledore, desvincularte del Ministerio?

- No quiero que me utilicen,- dijo Harry.

- ¡Algunos dirían que tu deber es ser utilizado por el Ministerio!

- Claro ¡y otros podrían decir que su deber es comprobar que las personas son realmente mortífagos antes de enviarlos a prisión!- dijo Harry, cada vez de peor humor.- Está haciendo lo mismo que hizo Barty Crouch. Nunca aciertan ustedes ¿no? ¡O tenemos a Fudge, fingiendo que todo es encantador, mientras la gente es asesinada enfrente de sus narices, o le tenemos a Usted, metiendo entre rejas a la gente equivocada e intentando fingir que tiene al Elegido trabajando para usted!

- ¿Así que no eres el Elegido?- dijo Scrimgeour.

- ¿Creí que había dicho que eso no importaba de todos modos?- dijo Harry, con una risa amarga.- No a usted, en todo caso.

- No debería haber dicho eso,- dijo Scrimgeour con rapidez.- No tuve tacto.

- No, fue sincero,- dijo Harry.- Es una de las pocas cosas sinceras que me ha dicho. No le importa si vivo o muero, pero sí, si puedo ayudarle a convencer a todo el mundo de que está ganando la guerra contra Voldemort. No he olvidado, Ministro…

Levantó su puño derecho. Allí, brillando en color blanco en el dorso de su mano fría, estaban las cicatrices que Dolores Umbridge le había obligado a tallar en su propia carne: *No debo decir mentiras*.

- No recuerdo que se precipitara a defenderme cuando decía a todo el mundo que Voldemort había vuelto. El año pasado, el Ministerio no tenía tanto entusiasmo en que fuésemos tan amigos.

Permanecieron en un silencio tan glacial como el de la tierra bajo sus pies. Finalmente, el gnomo había conseguido desenredar su gusano y ahora estaba chupándolo alegremente, apoyándose contra las ramas bajas del arbusto de rododendro.

- ¿Qué tiene Dumbledore entre manos?- dijo Scrimgeour bruscamente.- ¿A dónde va cuando se ausenta de Hogwarts?

- No tengo ni idea,- dijo Harry.

- Y si lo supieras, tampoco me lo dirías, ¿verdad?,- dijo Scrimgeour.

- No, no lo haría,- dijo Harry.

- Bien, entonces, tendré que ver si consigo averiguarlo por otros medios.

- Puede intentarlo,- dijo Harry, con indiferencia.- Pero usted parece más inteligente que Fudge, así que creo que debería haber aprendido de sus errores. Él intentó interferir en Hogwarts. Se debe haber dado cuenta de que él ya no es Ministro, pero Dumbledore sí continúa siendo Director. Si fuera usted, yo dejaría a Dumbledore tranquilo.

Hubo una larga pausa.

- Bueno, está claro que ha hecho un trabajo muy bueno contigo,- dijo Scrimgeour, con ojos fríos y firmes tras sus gafas de montura de alambre.- El hombre por y para Dumbledore, ¿no, Potter?

- Sí, así es,- dijo Harry.- Me alegro que hayamos dejado eso claro.

Y dando la espalda al Ministro de Magia, se alejó dando zancadas hacia la casa.

Capítulo 17: La memoria de Slug

Unos días después de año nuevo, por la tarde, Harry, Ron y Ginny se alinearon frente a la chimenea de la cocina para regresar a Hogwarts. El ministerio había arreglado esta inusual conexión a la Red Flu para que los alumnos pudieran regresar de una manera más rápida y más segura a la escuela. Solo la Sra. Weasley estaba allí para despedirse, mientras el Sr. Weasley, Fred, George, Bill y Fleur estaban en el trabajo. La Sra. Weasley rompió a llorar al momento de la partida. En realidad, la habían visto poco últimamente, había estado llorando desde que Percy se marchó furioso de la casa el día de Navidad con los anteojos llenos de chirivía molida (hecho por el cual Fred, George y Ginny reclamaban crédito).

-No llores mamá.- dijo Ginny, dándole palmaditas en la espalda mientras la Sra. Weasley sollozaba en su hombro. –Está bien...-

-No te preocupes por nosotros,- dijo Ron permitiéndole a su madre plantarle un húmedo beso en su mejilla –ni por Percy. Es un imbécil, no vale la pena, ¿no?-

La Sra. Weasley sollozó más fuerte que antes mientras abrazaba a Harry fuertemente.

-Prométeme que te cuidarás... Aléjate del peligro... –

-Siempre lo hago Sra. Weasley,- dijo Harry. –A mí me gusta una vida tranquila, me conoce.-

Molly esbozó una sonrisa húmeda y se echó hacia atrás. –Sean buenos, todos... –

Harry se paró sobre el fuego esmeralda y gritó – ¡Hogwarts!- Tuvo una última visión borrosa de la cocina de los Weasley y de la cara llena de lágrimas de la Sra. Weasley antes de que las llamas lo engulleran; girando muy rápido, vio rápidamente otros cuartos de magos, los cuales cambiaban antes de que pudiera echar un vistazo más amplio; luego aminoró la marcha, finalmente frenando en la chimenea del despacho de la Profesora McGonagall. Ella apenas si lo miró desde su escritorio mientras caía fuera del hogar.

-Buenas noches, Potter. Trata de no ensuciar con ceniza la alfombra.-

-No, profesora. -

Harry acomodó sus lentes y aplastó su cabello mientras Ron aparecía girando. Cuando Ginny arribó, los tres salieron de la oficina de McGonagall y

encararon hacia la torre de Griffindor. Harry miró hacia las ventanas mientras pasaban, el sol ya se hundía tras los terrenos cubiertos de nieve de una manera aún más espesa que la que había caído en el jardín de la Madriguera. A la distancia, pudo ver a Hagrid alimentando a Buckbeak enfrente de su cabaña.

-Baratijas.- dijo Ron confidencialmente mientras llegaban al retrato de la señora gorda, quien estaba más pálida que de costumbre y haciendo muecas de dolor al oír su voz.

-No,- dijo.

-¿A que te refieres con "no"? -

-Hay una nueva contraseña- dijo – Y por favor no grites.-

-Pero estuvimos fuera, ¿Cómo haremos para...?-

-¡Harry! ¡Ginny! -

Hermione se acercaba hacia ellos con la cara roja y usando una túnica, gorro y guantes.

-Llegué hace unas horas, he estado con Hagrid y Buck... digo Witherwings- dijo sin aliento.- ¿Tuvieron una buena Navidad? –

-Sí,- dijo Ron apresuradamente -Con muchos eventos inesperados, Rufus Scrim...

-Tengo algo para ti Harry- dijo Hermione, sin mirar a Ron ni dando signos de haberlo oído. –Espera... contraseña. Abstinencia.-

-Correctamente.- dijo la Dama Gorda con voz débil y se abrió para mostrar el agujero del retrato. –

-¿Qué le ha pasado?- preguntó Harry.

-Sobrepasada en Navidad, aparentemente,- dijo Hermione subiendo la mirada mientras entraba en la sala común. –Ella y su amiga Violeta tomaron todo el vino de esa pintura de los monjes ebrios bajo el corredor de Encantamientos. Como te decía... –

Revolvió en su bolsillo por un momento y luego sacó un rollo de pergamino escrito por Dumbledore.

-Genial,- dijo Harry desenrollándolo para descubrir que su próxima lección con Dumbledore había sido apuntaba para la noche siguiente. –Tengo muchas cosas que decirle... Y a ti también. Sentémonos... –

Pero en ese momento se oyó un chillido -¡Won-won!- y Lavender Brown apareció de la nada y se hundió en los brazos de Ron. Muchos presentes rieron por lo bajo, Hermione lanzó una carcajada y dijo –Hay un cable allí... ¿Vienes Ginny?-

-No, gracias, dije que vería a Dean,- dijo Ginny, pero Harry no dejó de notar que no sonaba entusiasmada. Dejando a Ron y a Lavender en una especie de combate vertical, Harry se dirigió a Hermione sobre la mesa.

-¿Cómo estuvieron tus vacaciones? -

-Bien,- dijo encogiéndose de hombros. –Nada especial. ¿Cómo estuvieron en casa de Won-Won? -

-Te lo diré en un minuto- dijo Harry. –Mira, Hermione, ¿no podrías...?-

-No, no puedo,- dijo tajantemente. -Así que ni preguntes.-

-Pensé que quizá, tú sabes, durante Navidad...-

-Fue la Señora Gorda quien bebió un contenedor de vino de hace quinientos años, Harry, no yo. ¿Qué era lo importante que tenías que decirme? –

Se mostró tan agresiva para discutir en ese momento que Harry dejó el tema de Ron y le dijo todo lo que había oído entre Malfoy y Snape. Cuando terminó, Hermione pensó por un momento y luego dijo, -¿No crees que...?-

-¿...pretendía ofrecer ayuda para que Malfoy le contara que hacía? -

-Bueno, sí.- dijo Hermione.

-El padre de Ron y Lupin piensan lo mismo- dijo Harry rencorosamente. –Pero esto prueba definitivamente que Malfoy planea algo, no lo puedes negar. –

-No, no puedo,- respondió lentamente.

-Y está trabajando bajo órdenes de Voldemort, ¡tal como dije! –

-mmm... ¿Alguno de ellos mencionó el nombre de Voldemort?-

Harry frunció el ceño, tratando de recordar. –No estoy seguro... Snape definitivamente dijo "tu maestro," ¿Y quién otro podría ser? –

-No lo sé,- dijo Hermione, mordiendo su labio. – ¿Quizás su padre?

Miró por la sala, aparentemente perdida en sus pensamientos, sin siquiera notar a Lavender haciéndole cosquillas a Ron. -¿Cómo está Lupin?-

-No muy bien,- dijo Harry y le contó todo sobre la misión de Lupin entre los hombres lobo y las dificultades que enfrentaba. -¿Has oído hablar de Fenrir Greyback?-

-¡Sí!- dijo Hermione, sonando sorprendida. – ¡y tú también Harry!-

-¿Cuándo, Historia de la Magia? Sabes bien que jamás escuché..-

-No, no, no en Historia de la magia... ¡Malfoy amenazó a Borgin con él!- dijo Hermione. –En el Callejón Knocturn, ¿no recuerdas? ¡Le dijo a Borgin que Greyback era un antiguo amigo de su familia y que sería él quien miraría el progreso de Borgin! –

Harry la miró boquiabierto. – ¡Lo olvidé! Pero esto prueba que Malfoy es un Mortífago, ¿Cómo podría sino estar en contacto con Greyback y decirle que hacer? –

-Es muy sospechoso.- suspiró Hermione. –A menos que...-

-¡Oh! Por Dios,- dijo Harry exasperado, -¡No puedes salir de esta!-

-Bueno... pero está la posibilidad de que fuera una amenaza vacía.-

-Eres escéptica, realmente lo eres,- dijo Harry sacudiendo su cabeza. -Veremos quien tiene razón... te comerás tus palabras, Hermione, tal como el Ministro. ¡Ah! Tuve un enfrentamiento con Rufus Scrimgeour... –

Y el resto de la noche transcurrió amigablemente con ambos insultando al Ministerio de Magia, para Hermione y Ron, tenían gran coraje en pedirle ayuda ahora luego de lo que el Ministro había hecho con Harry el año anterior,

El nuevo período escolar comenzó la mañana siguiente con una sorpresa agradable para los del sexto año: Un gran cartel había sido colgado en las Salas Comunes por la noche.

LECCIONES DE APARICIÓN

Si tienes diecisiete años o cumplirás diecisiete el 31 de agosto próximo o antes, estás calificado para un curso de doce semanas de lecciones de aparición a cargo de un instructor de aparición del Ministerio de Magia. Por favor firmen quienes deseen participar: el costo es de 12 Galeones.

Harry y Ron se habían unido a la multitud que se había congregado alrededor del cartel para escribir sus nombres al final. Ron estaba sacando su pluma para firmar después de Hermione cuando Lavender apareció por detrás, puso sus manos sobre los ojos de Ron y preguntó -¿Adivina quién Won-Won?- Harry giró para ver a Hermione yéndose, se fue con ella, sin deseo de tener que quedarse atrás con Ron y Lavender, pero para su sorpresa, Ron lo siguió poco antes de llegar al agujero del retrato, con sus orejas coloradas y expresión fastidiada. Sin una palabra, Hermione se apresuró para caminar con Neville.

-Así que... Aparición.- dijo Ron con un tono que dejaba totalmente en claro que Harry no debía mencionar lo que había ocurrido. –Debe ser un chiste ¿eh?-

-No sé- dijo Harry. –Quizás es mejor cuando lo haces tú mismo, no disfruté mucho cuando Dumbledore me llevó así. -

-Olvidé que ya lo habías hecho... Espero pasar mi examen al primer intento,- dijo Ron ansioso –Fred y George lo hicieron.-

-Charlie falló, a pesar de todo, ¿no?-

-Sí, pero Charlie es más grande que yo.- Ron puso sus brazos fuera de su cuerpo como si fuera un gorila... -Así que Fred y George no le dieron muchas vueltas al tema... No en su cara, claro...-

-¿Cuándo tomaremos nuestros exámenes?-

-Tan pronto como tengamos diecisiete. ¡Eso es en Marzo para mí!-

-Sí, pero no podrías aparecerte aquí, no en el castillo.-

-No es el punto, todos sabrían que podría aparecerme si quisiera.-

Ron no era el único excitado ante la perspectiva de aparecerse. Durante el día se habló solamente de las lecciones que se acercaban. Una gran tienda había sido instalada para que pudieran desvanecerse y reaparecer allí.

-¿Qué bueno será cuando...?- Seamus chasqueó sus dedos para indicar su desaparición. –Mi primo Fergus lo hace tan solo para hacerme enojar, esperen a que pueda hacerlo... No tendrá un momento pacífico...-

Perdidos en las visiones del futuro feliz, movió su varita bastante entusiasmadamente, y en vez de producir una fuente de agua pura, el objetivo de la clase de Encantamientos, lanzó un gran chorro que golpeó el techo y luego noqueó al profesor Flitwick en la cara.

-Harry ya se ha aparecido,- le dijo Ron a un avergonzado Seamus, luego de que Flitwick se hubiera secado con un movimiento de varita y le hubiera dicho: "soy un mago, no un simio blandiendo un palito." -Dumb... er... alguien lo llevó. Aparición Conjunta, tú sabes.

-¡Wow!- susurró Seamus, y él, Dean y Neville juntaron sus cabezas para oír que se sentía aparecerse. Por el resto del día Harry fue perseguido por pedidos de otros de sexto año para describir la sensación de la Aparición, aunque no se sintieron desilusionados cuando les dijo lo incómodo que era y todavia estaba respondiendo preguntas a las ocho menos diez de la noche, cuando se vio forzado a mentir y dijo que tenía que devolver un libro a la biblioteca, para poder así ir a su lección con Dumbledore.

Las lámparas en la oficina de Dumbledore estaban encendidas, los retratos de antiguos directores roncaban en sus marcos y el Pensadero estaba listo en el banco una vez más. Las manos de Dumbledore yacían a cada lado de su cuerpo, la derecha negra y quemada como siempre. No parecía haber curado del todo y Harry se preguntaba, quizá por centésima vez, qué había causado tal lesión, pero no preguntó; Dumbledore había dicho que eventualmente lo sabría, y en todo caso, ahora tenía otros temas que tratar. Pero antes de que Harry pudiera decir algo acerca de Snape y Malfoy, Dumbledore habló.

-Escuché que conociste al Ministro de Magia en Navidad.-

-Sí- dijo Harry. –No está muy contento conmigo.-

-No- asintió Dumbledore. –Tampoco está muy feliz conmigo. Debemos tratar de no hundirnos en la angustia, Harry. –

Harry sonrió.

-Quería que le dijera a la comunidad mágica que el Ministerio está haciendo un grandioso trabajo.-

Dumbledore sonrió.

-Fue idea de Fudge originalmente, debes saber. Sus últimos días en la oficina, cuando trataba desesperadamente de aferrarse a su puesto, pensó en un encuentro contigo, pensando en que le darías tu apoyo... –

-¿Luego de todo lo que Fudge hizo el año pasado?- dijo Harry enojado -¿Luego de Umbridge? –

-Le dije a Cornelius que no había oportunidad de eso, pero la idea no murió cuando abandonó la oficina. A las pocas horas de la asención de Scrimgeour, me reuní con él y me demandó que concertara una cita contigo. –

-¡Y por eso discutieron!- Replicó Harry. –Salió en El Profeta. –

-El Profeta está obligado a decir la verdad ocasionalmente- dijo Dumbledore –Aun si es solo accidentalmente. Parece que Rufus encontró la manera de arrinconarte finalmente. –

-Él me acusa de ser "hombre de Dumbledore hasta la médula."-

-Muy grosero de su parte.-

-Le dije que lo soy.-

Dumbledore abrió su boca para hablar y después la cerró otra vez. Detrás de Harry, Fawkes el Phoenix dejaba escapar un silbido bajo, suave, musical. Para su vergüenza intensa, Harry se dio cuenta repentinamente que los ojos azul brillante de Dumbledore parecían algo acuosos, rápidamente miró fijo sus propias rodillas. Cuando Dumbledore habló, sin embargo, su voz estaba absolutamente firme.

-Me has tocado de veras, Harry. –

-Scrimgeour quería saber a dónde va cuando abandona Hogwarts.-dijo Harry, todavía mirando hacia sus rodillas.-

-Si, está muy interesado en eso.- dijo Dumbledore, sonando alegre, y Harry creyó que era seguro volver a mirar para arriba. -Hasta ha tratado que alguien me siguiera. Asombroso, realmente. Puso a Dawlish a perseguirme. No fue muy amable. Ya me había visto forzado a hechizar a Dawlish una vez, lo volví a hacer con el mayor arrepentimiento. –

-¿Entonces todavía no saben a dónde va?- preguntó Harry, esperando obtener más información de ese intrigante tema, pero Dumbledore tan solo sonrió sobre la punta de sus anteojos de media luna. –

-No, y tampoco es tiempo de que tú lo sepas. Ahora, sugeriría que empecemos, a menos que halla algo más...-

-En realidad lo hay, señor.- dijo Harry. -Es sobre Malfoy y Snape.-

-Profesor Snape, Harry. –

-Sí, señor. Los oí durante la fiesta del profesor Slughorn... bueno, en realidad los seguí... –

Dumbledore escuchó con una cara indiferente. Cuando Harry terminó no habló por unos momentos, pero luego dijo, -Gracias por decirme esto Harry, pero yo sugeriría que lo saques de tu mente. No creo que sea de gran importancia. –

-¿No de gran importancia?- repitió Harry incrédulo. -Profesor, ¿Entendió...?-

-Sí Harry, bendecido como estoy con un extraordinario poder mental, entendí todo lo que me dijiste.- dijo Dumbledore, un poco cortante. –Pienso que podrías considerar la posibilidad de que he entendido un poco más que tú. De nuevo, estoy contento de que hayas confiado en mí, pero déjame decirte que lo que me has dicho no me inquieta en lo absoluto. –

Harry se sentó en silencio, mirando a Dumbledore. ¿Qué estaba pasando? ¿Significaba esto que Dumbledore había ordenado a Snape averiguar qué estaba haciendo Malfoy y ya había oído todo lo que Harry había dicho por Snape? ¿O estaba verdaderamente preocupado por lo oído pero pretendía no estarlo?

-Entonces señor,- dijo Harry, en lo que esperaba era una voz calmada- ¿Definitivamente sigue confiando...? –

-He estado tolerando suficiente para responder esa pregunta- dijo Dumbledore, sin sonar tolerante. –Mi respuesta no ha cambiado. –

-Debería saber que no- dijo una voz sarcástica, Phineas Nigellus estaba tan solo pretendiendo que dormía. Dumbledore lo ignoró. –

-Y ahora Harry, debo insistir en que prosigamos. Tengo cosas más importantes que discutir contigo esta noche.-

Harry se sentó sintiéndose rebelde. ¿Cómo habría sido si se hubiera negado a cambiar de tema, si hubiera insistido en discutir el caso de Malfoy? Como si hubiera leído la mente de Harry, Dumbledore sacudió su cabeza.

-¡Ay Harry, que seguido pasa, hasta en los mejores amigos! ¡Cada uno de nosotros piensa que lo que tiene que decir es mucho más importante que cualquier cosa que el otro tenga para agregar! –

-No creo que lo que tenga que decir usted no sea importante, señor.- dijo Harry rígido.

-Bien, estás en lo correcto en que no lo es,- dijo Dumbledore bruscamente. –Tengo dos memorias para mostrarte esta noche, ambas obtenidas con una enorme dificultad, y la segunda de ellas es, creo, la más importante que he conseguido.

Harry no dijo nada, todavía se sentía enojado por la respuesta a sus confidencias, pero no pudo ver que ganaría discutiéndolo más adelante.

-Así que.- dijo Dumbledore, en una resonante voz, -nos encontramos esta noche para continuar la historia de Tom Riddle, a quien dejamos a punto de pisar Hogwarts en la última lección. Recordarás qué excitado estaba al saber que era un mago, que había rechazado mi compañía en el viaje al Callejón Diagon y que yo, a modo de respuesta, le advertí en contra de seguir robando cuando llegara al colegio.

-Bien, el inicio del año escolar llegó y con éste, se presentó Tom Riddle, un chico callado envuelto en ropa de segunda mano, alineado junto con otros de primer año para ser sorteado. Fue ubicado en Slytherin casi al momento en que el gorro tocó su cabeza,- continuó Dumbledore, moviendo su mano negra hacia el estante sobre su cabeza donde el Sombrero Seleccionador estaba, anciano e inmutable. –Qué tan temprano supo Riddle que el más famoso de los fundadores hablaba con las serpientes no lo sé... quizás esa misma noche. Ese conocimiento tan solo lo excitó y aumentó su sentimiento de auto-importancia.-

-A pesar de todo, si estaba asustando a sus compañeros con muestras de la lengua Pársel en la sala común, ningún indicio de ello nos llegó a los docentes. No mostraba ningún signo de arrogancia ni de agresión. Como un inusualmente talentoso y muy buenmozo huérfano, naturalmente llamó la atención de todos los maestros casi al momento de su llegada. Parecía educado, callado y sediento de conocimientos. Casi todos estábamos favorablemente impresionados por él.

-¿No les dijo, señor, cómo había sido cuando se reunió con él en el orfanato?- preguntó Harry.

-No, no lo hice. A pesar de que no había mostrado signos de remordimiento, era posible que se sintiera arrepentido de su anterior

comportamiento y hubiera decidido comenzar de nuevo como una hoja fresca. Decidí darle esa oportunidad.-

Dumbledore se detuvo brevemente y miró inquisitivo a Harry, que había abierto su boca para hablar. ¡Aquí, estaba otra vez la tendencia de Dumbledore a confiar en la gente a pesar de la evidencia abrumadora de que ella no lo merecía! Pero entonces Harry recordó algo. . .

-¿Solamente usted realmente no confiaba en él, señor? Él me dijo. . . el Riddle que salió de ese diario dijo, "Dumbledore nunca pareció quererme tanto como lo hicieron los otros profesores."-

-Digamos que no consideré que fuera digno de confianza,- dijo Dumbledore. –tenía resuelto, como he indicado ya, guardar un ojo cercano sobre él, y así lo hice. No puedo fingir que conseguí mucho de mis observaciones al principio. Me lo ocultó bastante, él sentía estoy seguro, que en la emoción de descubrir su identidad verdadera me había dicho demasiado. Siempre tenía cuidado de no revelarme tanto nunca más, pero no podía retirar lo dicho en su entusiasmo, ni lo que la señora Cole había confiado en mí. Sin embargo, nunca intentó caerme bien como lo hizo con otros muchos colegas, a quienes realmente deleitaba.-

-Mientras avanzaba en el colegio se rodeó de un grupo de dedicados amigos, lo llamo así, para usar un mejor término, a pesar de que como te he indicado nunca sintió afecto por ninguno de ellos. Este grupo tenía una especie de aura maligna dentro del castillo. Eran un grupo heterogéneo, una mezcla de débiles en busca de protección, de ambiciosos en busca de gloria compartida y la fuerte gravitación en torno a un líder que podía mostrarles formas más refinadas de crueldad. En otras palabras, eran los predecesores de los Mortífagos y es así que algunos de ellos se convirtieron en los primeros Mortífagos luego de abandonar Hogwarts. -

-Rígidamente controlados por Riddle, nunca fueron detectados haciendo mal alguno, a pesar de que su séptimo año en Hogwarts estuvo marcado por horribles incidentes con los que nunca fueron satisfactoriamente conectados, el más serio de ellos fue, obviamente, la apertura de la Cámara de los Secretos, cuyo resultado fue la muerte de una niña. Como bien sabes, Hagrid fue erróneamente acusado por ese crimen. –

-No he sido capaz de encontrar muchas memorias de Riddle en Hogwarts- dijo Dumbledore, apoyando su mano marchita sobre el Pensadero. –Pocos que lo conocieron están preparados para hablar, el resto está demasiado aterrado. Lo que sé, es de cuando ya había abandonado Hogwarts, luego de mucho esfuerzo minucioso, luego de encontrar a aquellos que podía engañarlos para hablar, luego de buscar en viejos recuerdos y de preguntar a testigos muggles y magos por igual. -

-Aquellos a quienes persuadí para que hablaran me dijeron que Riddle estaba obsesionado con su ascendencia. Esto es entendible, claro está, había crecido en un orfanato y deseaba saber como era que había ido a parar ahí. Parece ser que buscó en vano algún rastro de su padre Tom Riddle en los escudos de la sala de trofeos, en las listas de prefectos de los historiales antiguos del colegio, hasta en los libros de la historia de los magos. Finalmente tuvo que aceptar que su padre jamás había puesto un pie en Hogwarts. Creo que fue ahí cuando abandonó su nombre por completo, asumió la identidad de Lord Voldemort y comenzó las investigaciones en la familia de su madre... la mujer que debes recordar, pensó que no podía haber sido una bruja si había sucumbido a la vergonzosa debilidad humana de la muerte-

-Todo lo que tenía era solo nombre de "Sorvolo", el cual sabía por parte de quienes regían el orfanato había sido el nombre del padre de su madre. Finalmente, luego de una ardua búsqueda, por los libros de las familias mágicas, descubrió la existencia de la línea sobreviviente de Slytherin. En el verano de sus dieciséis años, dejó el orfanato al que regresaba anualmente y partió a encontrar a sus parientes Gaunt. Y ahora Harry, si te paras aquí...-

Dumbledore se levantó, y Harry vio que tenía otra vez una pequeña botella de cristal llena con una brillante y perlada memoria.

-Fui muy afortunado de recoger esto,- dijo, mientras metía la masa resplandeciente dentro del Pensadero. –como entenderás una vez que la hayamos visto. ¿Vamos? –

Harry se acercó a la vasija de piedra y se inclinó obedientemente hasta que su cara se sumergió dentro de la superficie de la memoria, tuvo la sensación familiar de caer a través de la nada y luego aterrizó en un sucio piso de piedra casi en total oscuridad.

Le tomó muchos segundos reconocer el lugar, para el momento en que Dumbledore había aterrizado a su lado. La casa de los Gaunt estaba ahora más sucia que cualquier otro lugar que Harry hubiera visto. El cielo raso estaba lleno de telas de arañas, el piso alfombrado en mugre, alimentos descompuestos y descomponiéndose sobre la mesa entre una masa de potes sucios. La única luz provenía de una sola vela situada a los pies de un hombre con el pelo y la barba tan crecidos que Harry no podía ver ni sus ojos ni su boca. Estaba sentado en un sillón junto al fuego y Harry se preguntó por un momento si el hombre no estaría muerto. Pero luego vino un gran golpe en la puerta y el hombre despertó sobresaltado, levantando la varita con su mano derecha y un pequeño cuchillo con la izquierda.

La puerta se abrió. Allí en el umbral, sosteniendo una antigua lámpara, estaba un chico a quien Harry reconoció al instante: alto, pálido, de pelo negro y apuesto... el adolescente Voldemort.

Los ojos de Voldemort se movieron lentamente alrededor de la cueva y encontraron al hombre en el sillón. Por unos pocos segundos se miraron el uno al otro, luego el hombre se levantó, las muchas botellas vacías tintineando al chocar con sus pies y caer al suelo.

-¡TÚ!- gritó – ¡TÚ!-

Y se acercó ebrio hacia Riddle, varita y cuchillo en mano.

-Frena.-

Riddle habló en Pársel. El hombre se deslizó hacia la mesa, mandando algunos de los mohosos recipientes a que dieran contra el piso. Miró sorprendido a Riddle. Hubo un largo silencio en el que se contemplaron el uno al otro. El hombre rompió el silencio.

-¿Lo hablas? –

-Sí, lo hablo.- dijo Riddle. Se adentró en el cuarto, permitiendo a la puerta cerrarse detrás de él. Harry no pudo menos que sentir una especie de admiración rencorosa por aquella falta de miedo que demostraba tener Voldemort. Su cara expresaba simplemente disgusto y quizás descontento.

-¿Dónde está Sorvolo?- preguntó.

-Muerto.- dijo el otro. –Murió hace años.-

Riddle lo miró hostilmente.

-¿Entonces quién eres?-

-Soy Morfin.-

-¿El hijo de Sorvolo? –

-Por supuesto que lo soy, pero... –

Morfin empujó el pelo fuera de su sucia cara, lo mejor posible para ver a Riddle, y Harry vio que usaba el anillo de piedra negra de Sorvolo en su mano derecha.

-Pensé que eras aquel muggle,- susurró Morfin. –Te pareces mucho a aquel muggle.-

-¿Qué muggle?- dijo Riddle cortante.

-Ese muggle por el que mi hermana sintió tanta atracción, ese muggle que vive en la gran casa yendo por ese camino,- dijo Morfin e inesperadamente escupió el suelo entre ellos. –Verdaderamente te le pareces. Riddle. Pero él es mucho más viejo ahora, ¿no? Es más Viejo que tu, ahora que lo pienso...-

Morfin se sintió un poco mareado y tuvo que tomar valor, todavía usando la mesa como soporte. –Él volvió,- agregó estúpidamente.

Voldemort acechaba a Morfin mientras analizaba todas sus posibilidades. Luego se movió un poco más cerca y dijo, -¿Riddle volvió? –

-¡Ah! ¡La dejó y nos entregó la basura de su matrimonio!- Dijo Morfin, escupiendo en el suelo de nuevo. –Nos robó, inteligentemente, antes de que huyera. ¿Dónde está la joya? ¿Eh? ¿Dónde está la joya de Slytherin? –

Voldemort no respondió. Morfin estaba montando en cólera nuevamente, blandió su cuchillo y gritó, -Nos deshonró, ella hizo eso, ¡Esa maldita ramera! ¿Y quién eres tú, que vienes y preguntas sobre todo aquello? Está todo terminado, entiendes… terminado... –

Miró para todos lados, un poco confundido y Voldemort se adelantó. Mientras lo hacía una oscuridad no natural cayó, extinguiendo la lámpara de Voldemort y la vela de Morfin, extinguiendo todo... Los dedos de Dumbledore se cerraron firmes alrededor del hombro de Harry y estaban volviendo al presente. La suave luz dorada del despacho de Dumbledore parecía confundir los ojos de Harry luego de tanta oscuridad impenetrable. |

-¿Eso es todo?- dijo Harry rápidamente. -¿Por qué se oscureció, qué pasó? –

-Porque Morfin no pudo recordar nada desde ese punto en adelante- dijo Dumbledore, haciendo que Harry volviera a su asiento. –Cuando se despertó a la siguiente mañana, totalmente solo. El anillo de Sorvolo había desaparecido. -

-Mientras, en Pequeño Hangleton, una doncella estaba corriendo por la calle principal, gritando que había tres cuerpos que yacían en la sala de estar de la gran casa: Tom Riddle y sus padres. –

-Las autoridades muggles estaban perplejas. Hasta donde sé, todavía no saben como murieron los Riddle, el Avada Kedavra usualmente no deja ninguna herida física... la excepción está sentada delante de mí,- agregó Dumbledore, echando un vistazo a la cicatriz de Harry. –El ministerio, en cambio, supo en seguida que había sido un asesinato mágico. También sabían que un convicto odia-muggles, vivía cruzando el valle desde la casa Riddle, un odia-muggles que había sido encarcelado antes por atacar a una de las personas asesinadas-

-Así que el ministerio llamó a Morfin. No necesitaron preguntarle, ni usar Veritaserum, ni Legilimancia. Admitió el asesinato en el lugar, dando detalles que solo el asesino podría saber. Estaba orgulloso, dijo, de haber matado a los muggles, había estado esperando esa oportunidad por todos esos años. Entregó su varita, que probó enseguida haber matado a los Riddles. Y se dejó llevar a Azkaban sin dar pelea. –

-Todo lo que lo perturbaba era el hecho de que el anillo de su padre hubiera desaparecido. "Me matará por haberlo perdido," le decía a sus captores una y otra vez "me matará por perder su anillo." Y eso, aparentemente, fue todo lo que dijo. Vivió el resto de su vida en Azkaban, lamentando la pérdida de la última pertenencia de Sorvolo y está enterrado al lado de la prisión, junto con las otras pobres almas que han muerto entre sus paredes.

-¿Entonces Voldemort robó la varita de Morfin y la usó?- dijo Harry sentándose.

-Exacto,- dijo Dumbledore. –No tenemos memorias que nos muestren esto, pero creo que podemos estar seguros sobre lo que pasó. Voldemort aturdió a su tío, tomó su varita y procedió a ir a "la gran casa siguiendo ese camino." Ahí mató al hombre muggle que había abandonado a su madre bruja y para mejorar el trabajo, a sus abuelos muggles, consiguiendo con esto acabar con lo último de la vergonzosa línea Riddle y vengarse del padre que nunca lo quiso. Luego retornó a la caverna Gaunt, realizó un pequeño encantamiento para implantar una memoria falsa en su tío, dejó la varita de Morfin junto a su inconsciente propietario, robó el antiguo anillo que usaba el mismo, y partió. –

-¿Y Morfin nunca se dio cuenta que él no lo había hecho? –

-Nunca,- Dijo Dumbledore. –Dio, como digo, una completa y arrogante confesión.-

-¡Pero tuvo la memoria real dentro suyo todo el tiempo! –

-Sí, pero tomó un gran esfuerzo de legilimancia poder sacarla,- dijo Dumbledore, -¿Y por qué alguien iba a querer adentrarse dentro de la mente de

Morfin cuando ya había confesado sus crímenes? A pesar de esto, fui capaz de visitarlo en las últimas semanas de su vida, tiempo en el cual estaba tratando de descubrir tanto como podía sobre el pasado de Voldemort. Extraje esta memoria con dificultad. Cuando vi lo que contenía, traté de utilizarla para que Morfin pudiera salir de Azkaban. Antes de que el ministerio tomara una decisión Morfin había muerto.-

-¿Pero como fue que el ministerio no se dio cuenta que Voldemort había hecho todo eso a Morfin?- Preguntó Harry enojado, -Era menor en ese momento ¿no lo era? ¡Pensé que podían detectar magia de menores!-

-Estás en lo correcto… detectan la magia, pero no al perpetrador: recordarás que fuiste culpado por el ministerio por el Encantamiento levitador que fue de hecho realizado por… -

-Dobby,- gruñó Harry, esa injusticia todavía lo enojaba. – ¿Entonces si eres menor de edad y haces magia dentro de una casa de un mago o una bruja mayor, el ministerio no lo sabrá? –

-Ciertamente serán incapaces de decir quien realizó el hechizo,- dijo Dumbledore, sonriendo apenas ante la gran indignación de la cara de Harry. – Dejan a los padres magos y brujas el conseguir la obediencia a la prohibición cuando los jóvenes se hallan dentro de sus casas. –

-Bueno, eso es basura,- espetó Harry. ¡Mire lo que pasó aquí, mire lo que le pasó a Morfin! –

-Concuerdo,- dijo Dumbledore. –A pesar de todo lo que Morfin fuera, no merecía morir como murió, condenado por asesinatos que no cometió. Pero se hace tarde y quiero que veas esta otra memoria antes de que salgamos...-

Dumbledore tomo de un bolsillo interior otra botellita de cristal y Harry calló al instante, recordando que Dumbledore había dicho que era la más importante de las que había recolectado. Harry se dio cuenta que su contenido era difícil de vaciar en el pensadero, como si hubieran sido congelados levemente ¿Se vencían las memorias?

-No tomará mucho,- dijo Dumbledore, una vez que hubo vaciado el recipiente. –Estaremos de vuelta antes de que lo sepas. Una vez más dentro del pensadero, luego…-

Y Harry se hundió de nuevo tras la superficie plateada, cayendo esta vez justo enfrente de un hombre al que reconoció al instante.

Era un mucho más joven Horace Slughorn. Harry estaba tan acostumbrado a verlo calvo que encontró desconcertante verlo con un espeso cabello color paja brillante, se veía como si hubiera tenido la cabeza decorada, a pesar de que ya había un agujero en la corona del tamaño de un galeon. Su bigote, menos masivo que lo que era ahora, tenía un color jengibre. No era tan rollizo como el actual Slughorn que Harry conocía, a pesar de que los botones dorados en su bastante inflado abrigo estaban cediendo. Sus pequeños pies descansaban sobre un almohadón de terciopelo y él estaba sentado en un confortable sillón, con una mano agarrando un pequeño vaso de vino y la otra hurgando en una pequeña caja de ananás cristalizadas.

Harry miró alrededor mientras Dumbledore aparecía a su lado y vio que estaban en la oficina de Slughorn. Media docena de jóvenes estaban sentados alrededor de Slguhorn, todos en asientos más bajos y duros que el suyo y todos en su media adolescencia. Harry reconoció a Voldemort al instante. Su cara era la más bonita y estaba más relajado que el resto de los muchachos. Su mano derecha estaba despreocupada sobre el brazo de su silla, con un estremecimiento, Harry vio que estaba usando el anillo dorado y negro de Sorvolo, ya había asesinado a su padre.

-Señor, ¿Es verdad que el profesor Merrythought se retirará?- preguntó.

-Tom, Tom, si lo supiera no te lo podría decir,- dijo Slughorn, sacudiendo un reprobante dedo cubierto de azúcar hacia Riddle, a pesar de que el efecto se corrompía apenas por el brillo. –Debo decir, me gustaría saber de donde sacas tu información, chico, estás mejor informado que la mitad del cuerpo docente. –

Riddle sonrió, los otros muchachos rieron y le dirigieron miradas admiradoras.

-Con tu extraña habilidad de saber cosas que no debes y tu cuidadosa adulación a las personas que importan (gracias por el ananá, es evidente que estás en lo correcto, es mi favorita)...

Mientras muchos de los chicos sonreían, algo muy extraño pasó. La sala entera se llenó con una espesa niebla blanca, por la que Harry no veía nada más que la cara de Dumbledore, que se hallaba tras él. La voz de Slughorn se escuchó a través de la niebla, inusualmente fuerte, -Vas por mal sendero, muchacho, toma en cuenta mis palabras. –

La niebla se aclaró tan rápido como había aparecido y nadie hizo alusión de ella, y nadie miró como si algo inusual hubiera pasado. Confuso, Harry miró el reloj dorado que tenía el profesor Slguhorn sobre el escritorio y que ahora daba las once de la noche.

-¿Ya es esta hora?- dijo Slughorn. –Deberían irse chicos, o estaremos todos en problemas. Lestrange, quiero tu ensayo para mañana o tendrás una detención. Lo mismo para ti, Avery. -

Slughorn se paró del sillón y llevó su vaso vacío al escritorio mientras los chicos salían. Voldemort, a pesar de esto, se quedó. Harry podía decir que se había retrasado a propósito, esperando ser el último en el salón con Slughorn.

-Tom,- dijo Slughorn, girando y hallándolo todavía presente. –No quieres ser encontrado fuera de las camas a deshoras, como eres prefecto... –

-Señor, quería preguntarle algo –

-Pregunta entonces, mi chico, pregunta…-

-Señor, ¿Me preguntaba que sabe sobre… sobre Horcruxes? –

Y pasó todo de Nuevo: la densa niebla llenó el salón y Harry no vio a Slughorn o a Voldemort, solo a Dumbledore, sonríendo serenamente a su lado. La voz de Slughron retumbaba de nuevo, justo como lo había hecho antes.

-¡No sé nada sobre Horcruxes y no te diría si supiera! ¡Ahora vete de aquí pronto y no me dejes encontrarte mencionando eso de nuevo! –

-Bueno, eso es todo, dijo Dumbledore plácidamente al lado de Harry. –

-Hora de irse. –

Y los pies de Harry dejaron el suelo para caer, segundos después, sobre la alfombra enfrente del escritorio de Dumbledore.

-¿Eso es todo lo que hay?- dijo Harry sin comprender.

Dumbledore había dicho que esa era la memoria más importante de todas, pero él no veía lo significativo de ella. Había que admitir que la niebla y que el hecho de que nadie la notara, era raro, pero aparte de eso, nada más parecía haber pasado que Voldemort hubiera hecho una pregunta y no hubiera obtenido una respuesta.

-Como te habrás dado cuenta,- dijo Dumbledore, sentándose detrás de su escritorio, -esa memoria ha sido obstruida.-

-¿Obstruida?- repitió Harry, también sentándose.

-Ciertamente,- dijo Dumbledore. –El profesor Slughorn ha interferido en sus propias memorias. –

-¿Pero por qué haría algo así?-

-Porque, creo, está avergonzado de lo que recuerda,- dijo Dumbledore. –Ha tratado de trabajar la memoria para verse en un mejor ángulo, eliminando aquellas partes que no desea que vea. Está, como te habrás dado cuenta, hecho muy crudamente, y eso es bueno, porque muestra que la verdadera memoria está allí a pesar de las alteraciones. –

-Y es así que por primera vez te daré deberes, Harry. Será tu trabajo persuadir al profesor Slughorn a que te divulgue la memoria verdadera, que será indudablemente la más crucial información de todas. -

Harry lo miró atónito.

-Pero seguramente señor,- dijo, manteniendo su voz los más respetuosa posible –no me necesita… podría usar legilimancia… o Veritaserum… -

-El profesor Slughorn es un mago extremadamente hábil que esperará ambas cosas,- dijo Dumbledore. –Está mucho más entrenado en oclumancia que el pobre Morfin Gaunt y yo estaría atónito si el profesor no tuviera un antídoto de Veritaserum con él desde que lo forcé a que me diera esta parodia de memoria. –

-No, creo que sería estúpido tratar de sacar por la fuerza la verdad del profesor Slughorn, y tal vez haga más daño que bien, no deseo que abandone Hogwarts. A pesar de esto, tiene sus debilidades como todos nosotros, y creo que tú eres la persona que será capaz de penetrar en sus defensas. Es muy importante que tengamos esa memoria verdadera, Harry... qué tan importante, eso ya lo veremos una vez que veamos la verdad. Así que, Buena suerte... y buenas noches. –

Un poco atontado por la despedida abrupta, Harry se paró en sus pies rápidamente. –Buenas noches señor. –

Mientras cerraba la puerta del estudio detrás suyo, escuchó claramente a Phineas Nigellus decir, -No veo porqué el chico podrá hacerlo mejor que tú, Dumbledore. –

-No esperaba que lo hicieras, Phineas- replicó Dumbledore y Fawkes dio otro grave silbido.

Capitulo 18: Sorpresa de Cumpleaños

Al día siguiente, Harry les confió a Ron y Hermione la tarea que Dumbledore le había encargado, aunque de forma separada, ya que Hermione todavía se negaba a permanecer ante Ron más de lo que tardaba en darle una mirada despectiva.

Ron creía que era muy improbable que Harry tuviese algún problema con Slughorn.

- Él te adora –dijo en el desayuno, moviendo el tenedor lleno de huevo frito– ¿No te niega nada, no? No a su pequeño príncipe de Pociones. Sólo quédate esta tarde después de su clase y pregúntale.

Hermione, sin embargo, tenía una opinión más negativa:

- Realmente debe estar decidido a esconder lo que sucedió si Dumbledore no se lo pudo sacar. –Dijo Hermione con voz grave, mientras se ponían de pie en el terreno desierto y nevado en el descanso– Horcruxes…Nunca les he oído mencionar…

- ¿Nunca?

Harry estaba decepcionado, esperaba que Hermione pudiera darle una idea acerca de qué eran los "Horcruxes".

- Deben ser Magia Oscura muy avanzada, de lo contrario, ¿porqué querría Voldemort saber de ellos? Creo que será difícil conseguir esa información, Harry, tendrás que ser muy cuidadoso cuando te dirijas a Slughorn, piensa en una estrategia…

- Ron me aconsejó que me quedara regazado después de clase esta tarde…

- ¡Ah, claro! Si *Won-Won* lo dice, entonces hazlo –dijo chillando de una vez– Después de todo, ¿cuándo se ha equivocado *Won-Won* en sus decisiones?

- Hermione, ¿no puedes–?

- ¡No! –dijo enojada, y partió como un vendaval, dejándolo solo hundirse en la nieve.

Las clases de Pociones eran especialmente incómodas esos días, ya que Harry, Ron y Hermione debían compartir escritorio. Ese día, Hermione movió su caldero hacia la esquina para estar cerca de Ernie y así ignorar a Harry y Ron.

- ¿Qué hiciste? –gruñó Ron a Harry, mirando el perfil arrogante de Hermione.

Pero antes de que Harry pudiera responder, Slughorn pidió silencio a la clase.

- ¡Ordénense, ordénense, por favor! Rápido, que debemos hacer mucho trabajo hoy. Tercera Ley de Golpalott… ¿alguien me podría decir lo que es-? Señorita Granger, ¡por supuesto!

Hermione recitó tan rápido como pudo:

- La Tercera Ley de Golpalott establece que los antídotos para una poción venenosa serán iguales a la suma de los antídotos de cada compuesto por separado.

- ¡Exactamente! –dijo Slughorn sonriendo– ¡Diez puntos para Gryffindor! Ahora, si aceptamos la Tercera Ley de Golpalott…

Harry tendría que creer en la palabra de Slughorn de que la 3º Ley era cierta, porque no había entendido nada. Nadie aparte de Hermione parecía entender lo que Slughorn estaba diciendo.

- …lo que significa que si hemos identificado correctamente los ingredientes de la poción de Scarpin Revellaspell, nuestro objetivo principal no es tan simple como averiguar los antídotos de los ingredientes de la poción, sino averiguar qué ingrediente podemos agregar en el proceso de preparación para transformar los diversos ingredientes.

Ron estaba sentado al lado de Harry con la boca abierta garabateando distraídamente en el libro de "Pociones Avanzadas". Ron seguía olvidando que ya no podía confiar en Hermione para que lo salvara de los problemas cuando reprobaba en lo que hacía.

- …y entonces –dijo Slughorn– quiero que cada uno venga y tome uno de los frascos de mi escritorio. Deben crear un antídoto y poner un poco en el frasco antes del final de la clase. ¡Buena suerte, y no olviden sus lentes protectores!

Hermione había dejado su puesto y ya estaba a mitad de camino hacia el escritorio del profesor cuando el resto de la clase se dio cuenta de que debían hacer lo mismo, y cuando Harry, Ron y Ernie regresaron a sus puestos, Hermione ya había vertido el contenido de su frasco en el caldero y estaba encendiendo un fuego debajo del caldero.

- Es una pena que el Príncipe no te pueda ayudar esta vez, Harry –dijo astutamente mientras se enderezaba–. Tienes que entender los principios involucrados esta vez. ¡No atajos ni trampas!

Molesto, Harry destapó la poción que había tomado del escritorio de Siughorn, la cual era de un llamativo color rosa, vertió su contenido en el caldero y prendió un fuego bajo el caldero. Harry no tenía la menor idea de lo que debía hacer después. Le echó un vistazo a Ron, que estaba parado en una pose estúpida, y copió todo lo que hizo Harry.

- ¿Estás seguro que el Príncipe no tiene más consejos? –murmuró Ron.

Harry sacó su preciada copia de "Pociones Avanzadas" y se dirigió al capítulo de los antídotos. Allí estaba la "Tercera ley de Golpalott", escrita tal como Hermione la había recitado, pero no había ninguna nota con la escritura del Príncipe que explicara sobre qué se trataba la poción. Aparentemente el Príncipe, como Hermione, no había tenido ningún problema en entender el problema.

- Nada –dijo Harry tristemente.

Hermione estaba moviendo su varita entusiastamente encima del caldero. Desafortunadamente, ellos no podían copiarle el hechizo que estaba haciendo porque había mejorado tanto en los Encantamientos no verbales que no necesitaba decir el hechizo en voz alta. Ernie MacMillan, en cambio, estaba murmurando *"Specialis revelio"* sobre su caldero, lo que sonaba impresionante, por lo que Harry y Ron se precipitaron a imitarlo.

A Harry le llevó solo cinco minutos perder su reputación como el Mejor fabricante de pociones en la clase, y ésta se estaba desmoronando justo frente a él. Slughorn había tomado algo de poción de su caldero en su vuelta a la mazmorra, preparado para exclamar el placer que le producía, como lo hacía siempre, en cambio, al olerla, retiró su nariz precipitadamente, tosiendo, ya que el olor a huevos podridos lo había abrumado. La expresión de Hermione no pudo haber sido más altiva, ella detestaba ser superada en cada una de las clases de Pociones. Ahora estaba decantando misteriosamente cada ingrediente por separado, a diferentes frascos de cristal. Para evitar ver esta escena irritante, más que para alguna otra cosa, Harry se giró hacia el libro del Príncipe Mestizo y volteó las páginas con una fuerza innecesaria.

Y allí estaba, garabateado justo frente a una lista de antídotos.

"Solo es necesario introducir un bezoar en la garganta."

Harry miró estas palabras un momento. ¿No había oído hablar antes de los bezoar? ¿No los había mencionado Snape en su primera clase de Pociones? "Piedra extraída del estómago de una cabra, que los protegerá de la mayoría de los venenos"

No era una solución para el problema de Golpalott y si Snape hubiese sido Profesor, Harry nunca se habría atrevido a hacerlo, pero este era un momento para tomar medidas desesperadas. Se apresuró hacia el armario de pociones y revolvió su interior, haciendo a un lado cuernos de unicornio y algas marinas secas, hasta que encontró muy al fondo, una cajita de cartas en la cual había sido garabateada la palabra "Bezoars"

Abrió la caja justo cuando Slughorn anunció:

- ¡Les quedan dos minutos!

Dentro de la caja había media docena de unos café arrugados que parecían más a riñones disecados que a verdaderas piedras. Harry tomó uno, puso la caja de vuelta en el armario y se apresuró a volver junto a su caldero.

- ¡Se acabó el tiempo! –Dijo cordialmente Slughorn– Bien, vamos a ver cómo lo han hecho. Blaise… ¿qué tienes para mí?

Lentamente, Slughorn se paseó por la sala, examinando los variados antídotos. Nadie había finalizado la tarea, aunque Hermione estaba intentando llenar con algunos ingredientes más su botella antes de que Slughorn la alcanzara. Ron se había dado completamente por vencido y estaba meramente intentando evitar respirar por los humos putrefactos que emanaba su caldero. Harry estaba parando esperando, con el bezoar agarrado ligeramente en su mano sudorosa.

Slughorn finalmente alcanzó su mesa. Primero olfateó la poción de Ernie y luego la de Ron con una mueca en la cara. No se detuvo en el caldero de Ron, sino que retrocedió rápidamente, haciendo un gesto de asco desdeñosamente.

- Y tú, Harry –dijo luego–. ¿Qué tienes para mostrarme?

Harry le mostró el contenido de su mano, con el bezoar en la palma.

Slughorn lo observó por unos segundos. Harry se preguntó por un momento si él se enojaría. Luego echó la cabeza y estalló en carcajadas.

- Tienes el talento, chico –lo alentó, tomando el bezoar y sujetándolo en alto para que la clase lo pudiese ver–. Te pareces a tu madre…bueno, no te puedo culpar… un bezoar definitivamente actuaría como antídoto en éstas pociones.

Hermione, quien tenía la cara sudada y hollín en su nariz, estaba lívida. Su antídoto a medio terminar, que constaba de 52 ingredientes incluyendo un trozo de su cabello, su poción burbujeando lentamente detrás de Slughorn, quien solo tenía ojos para Harry.

- ¿Y pensaste en el bezoar por ti mismo, Harry? –preguntó Hermione con los dientes apretados–

- Ese es el espíritu de un verdadero Fabricante de Pociones –dijo Slughorn muy feliz, antes de que Harry pudiera responder–. Tal como su madre, ella tenía el mismo talento para hacer pociones, es indudable que lo obtuvo de Lily… Sí, Harry, si yo tengo un bezoar a mano, claro que eso funcionaría como truco… aunque como no funciona en todas las pociones, son bastante raros, y aún así, vale la pena saber cómo mezclar antídotos.

La única persona en la Sala que lucía más enojada que Hermione era Malfoy, quien, para el gusto de Harry, se había derramado encima algo que parecía a vómito de gato. Antes de que alguno de los dos pudiese expresar su enojo porque Harry era el primero de la clase sin hacer trabajo alguno, sonó la campana.

- Tiempo de recoger las cosas –dijo Slughorn– y diez puntos para Gryffindor por el buen trabajo.

Todavía brincando, el Profesor se fue hacia su escritorio al frente de la mazmorra.

Harry se quedó rezagado, tomando un tiempo excesivo en guardar las cosas en su mochila. Ni Ron ni Hermione le desearon suerte al irse, ambos parecían muy enojados. Finalmente, Harry y Slughorn quedaron solos en la habitación.

- Apresúrate, Harry, o llegarás tarde a tu próxima clase –dijo Slughorn afablemente, haciendo chasquear las hebillas de su maletín de piel de dragón.

- Señor –dijo Harry, recordándose a sí mismo sobre Voldemort– Le quería preguntar algo.

- Pregunta, Harry, pregunta.

- Señor, me preguntaba… ¿que podrían ser los "Horcruxes"?

Slughorn se quedó paralizado. Su cabeza redonda parecía hundirse en sí misma. Se mojó los labios y dijo con voz ronca:

- ¿Qué dijiste?

- Me preguntaba si sabría lo que son los "Horcruxes", Señor. Verá, es que…

- Dumbledore te metió en esto –susurró Slughorn.

Su voz había cambiado completamente. Ya no era animosa, sino conmocionada y espantada. Se manoseó el bolsillo del pecho y sacó un pañuelo para secarse la frente con él.

- Dumbledore te ha mostrado ese-ese recuerdo –dijo Slughorn–. ¿Verdad? ¿Lo ha hecho?

- Sí –dijo Harry, decidiendo que era mejor no mentir.

- Si, evidentemente –dijo Slughorn para sí, todavía dudando y pasándose las manos por la cara– Por supuesto…bueno, si has visto ese recuerdo, te darás cuenta de que no sé nada, nada –repitió la palabra violentamente– acerca de los Horcruxes.

Tomó su maletín de piel de dragón, regresó su pañuelo al bolsillo y caminó hacia la puerta de la mazmorra.

- Señor –dijo Harry desesperado– Yo solo pensé que podría tener un poco mas de ese recuerdo.

- ¿Pensaste eso? –Dijo Slughorn– Entonces estabas equivocado, ¿no? ¡EQUIVOCADO!

Gritó la última palabra y antes de que Harry pudiera decir otra palabra, dio un portazo a la puerta detrás de él.

Ni Ron ni Hermione fueron compasivos cuando Harry les contó acerca de la desastrosa entrevista. Hermione continuaba enrabiada porque Harry había triunfado sin hacer el trabajo correctamente y Ron estaba resentido porque Harry no le había convidado un bezoar a él.

- Se hubiera visto estúpido si ambos lo hubiéramos hecho –dijo Harry irritado–Mira, debía intentar suavizarlo antes de poderle preguntar acerca de Voldemort, ¿no? ¡Tú hubieras conseguido un apretón de manos! –añadió con exasperación mientras Ron retrocedió al escuchar el nombre.

Irritado por haber fallado y por la actitud de Ron y Hermione, Harry pensó en qué haría los días siguientes con el tema de Slughorn. Decidió que, por el momento, dejaría pensar a Slughorn que había olvidado lo de los Horcruxes, definitivamente era mejor calmarlo y darle una falsa seguridad antes de volver al ataque.

Harry no volvió a interrogar a Slughorn, y el Profesor volvió a su trato afectivo con él, y parecía haberse olvidado del tema. Harry esperó por la invitación a una de sus fiestas nocturnas, determinado a aceptar esta vez, incluso si tenía que prorrogar la práctica de Quidditch. Desafortunadamente, la invitación nunca llegó. Harry preguntó a Hermione y Ginny si ellas habían recibido, y hasta donde sabían ni ellas ni los demás habían recibido invitación alguna. Harry no pudo evitar preguntarse si Slughorn no era tan olvidadizo como decía y estaba determinado a no darle a Harry más oportunidades de interrogarlo.

Mientras tanto, la Biblioteca de Hogwarts le había fallado por primera vez a Hermione desde que ella recordaba. Estaba tan conmocionada, que incluso olvidó que estaba enojada con Harry por el truco del bezoar.

- No he hallado una sola explicación sobre qué son los Horcruxes –le dijo– ¡Ni siquiera una! Fui incluso a la Sección Prohibida y busqué en los libros más horribles, pero todos dicen cómo mezclar las más espantosas pociones, ¡Y nada! Todo lo que pude hallar fue esto en la introducción a "Magia Maligna", escucha: "Sobre el "Horcrux", la más malvada de las invenciones mágicas, no debemos ni hablar ni mencionar una dirección" Entonces, ¿para que mencionarlos? –se preguntó impacientemente, golpeando el libro Prohibido, que dejó escapar un triste lamento– Oh, cállate –dijo bruscamente, metiendo el libro de vuelta en su mochila.

La nieve se derretía alrededor de la escuela mientras llegaba febrero, para ser reemplazada por una humedad fría y sombría. Unas nubes grises purpúreas se encontraban a baja altura sobre el Castillo y una lluvia fría hacía que el césped estuviera lodoso y resbaladizo. Por esto fue que la primera clase de Aparición de los alumnos de sexto, que estaba propuesta para el sábado en la mañana porque así no perdían clases, fue realizada en el Gran Salón y no en los terrenos del Castillo. Cuando Harry y Hermione llegaron al Gran Salón (Ron había bajado con Lavender) se hallaron con que las mesas estaban contra las ventanas y el techo encantado se arremolinaba oscuro sobre ellos cuando se juntaron los alumnos frente a los Profesores McGonagall, Snape, Flitchwich y Sprout –los Jefes de casa– y un pequeño brujo quien Harry asumió era el Instructor de Aparición del Ministerio. Estaba extrañamente pálido, con pestañas transparentes, pelo dedicado y un aire que lo hacía pasar desapercibido, como si una ráfaga de aire lo pudiera desarmar. Harry se preguntó si las constantes apariciones y desapariciones lo

habían disminuido de alguna forma, o tal vez su frágil contextura era ideal para quien necesitaba desaparecer.

- Buenos días –dijo el brujo del Ministerio cuando los estudiantes habían llegado y los Jefes de las Casas los silenciaron–. Mi nombre es Wilkie Twycross y yo seré su Instructor de Aparición enviado por el Ministerio por las siguientes doce semanas. Espero ser capaz de prepararlos para su examen de Aparición en este tiempo–

- ¡Malfoy, silencio y presta atención! –gritó la Profesora McGonagall.

- Todos se voltearon a mirar. Malfoy, que se había sonrojado hasta un color rosa oscuro, lucía furioso cuando se separó de Crabbe, con quien parecía estar charlando en susurros. Harry levantó la vista hacia Snape, rápidamente, quién también lucía enojado, aunque Harry sospechó que menos por la rudeza de Malfoy que por el hecho de que McGonagal haya reprendido a un alumno de su casa.

- Para ese momento, muchos de ustedes estarán listos para tomar el examen –continúo Twycross como si no hubiese habido interrupción alguna.

Como seguramente saben, es casi imposible aparecer o desaparecer dentro de Hogwarts. El Director ha deshecho el hechizo del Gran Salón solo por una hora para permitirles practicar. Me permito recalcar que no podrán aparecerse fuera de las paredes de este Hall, y sería imprudente intentarlo. Me gustaría que cada uno se ordenara de tal forma que tengan un espacio de 3 metros frente a ustedes.

Hubo revuelta y empujones cuando los alumnos se separaron, se golpeaban y peleaban por los espacios. Los Jefes de casa se movían entre los estudiantes, ordenándolos en posiciones y terminando con discusiones.

- Harry, ¿a dónde vas? –preguntó Hermione.

Pero Harry no le respondió, se movía rápidamente entre la multitud de estudiantes, pasando el lugar en donde el Profesor Flitwick estaba chillando para posicionar a los alumnos de Ravenclaw, todos querían ir delante, luego pasó a la Profesora Sprout, que apresuraba a los alumnos de Hufflepuff a formar una línea, hasta que esquivó a Ernie Macmillan, y se ubicó el mismo al final de la muchedumbre, directamente detrás de Malfoy, quien aprovechando la agitación general y de forma rebelde, continúo la charla con Crabbe.

- No sé cuanto durará, ¿está bien? –Le dijo rápido Malfoy, obviamente con Harry parado detrás de él–. Está tomando más tiempo del que esperaba.

Crabbe abrió su boca, pero Malfoy pareció adivinar lo que diría:

- No te concierne nada de lo que hago, Crabbe. Tú y Goyle solo hagan lo que les dije y protéjanme bien.

- Yo les digo a mis amigos en lo que me estoy metiendo si quiero que me protejan –dijo Harry lo suficiente alto para que lo oyeran.

Malfoy giró sobre si mismo, su mano rápidamente hacia la varita, pero en ese preciso momento, los Jefes de las Casas gritaron: ¡Silencio! y los alumnos se callaron de inmediato. Malfoy se giró hacia el frente nuevamente.

- Muchas gracias –dijo Twycross– y ahora…

Movió su varita. Aparecieron de inmediato en el suelo unos aros antiguos frente a cada alumno.

- ¡Lo que hay que tener en cuenta para la Aparición, son las tres D's! –dijo Twycross–, Destino, Determinación, Decisión.

-Primer paso: fijar la mente sobre el destino deseado –dijo Twycross– en este caso, en el interior del aro. Ahora, suavemente, concéntrense en su destino.

Todos miraban alrededor furtivamente para ver si los demás estaban concentrados en su aro, y luego, precipitadamente, hacían el ejercicio. Harry miró fijamente el espacio circular encerrado, y lleno de polvo y trató de no pensar en nada más. Esto le fue imposible, ya que no podía dejar de nublarse con el tema de Malfoy y del porqué necesitaba que lo cuidasen.

- Segundo Paso –dijo Twycross–. ¡Concéntrense en su Determinación de ocupar el espacio visualizado! Dejen que su deseo se extienda desde su mente a cada partícula de su ser.

Harry miró a su alrededor solo un momento. Un poco más allá, a su izquierda, se encontraba Ernie Mcmillan, quien estaba tan concentrado contemplando el aro, que su cara se había vuelto rosa, parecía que como si se estuviera esforzando para empollar una Quaffle del tamaño de un huevo. Harry suprimió una risa y volvió rápidamente la mirada hacia su aro.

- ¡Tercer paso! –Dijo Twycross– solo cuando dé la orden… Vuelvan a sus puestos, sintiéndose que se dirigen a la nada, ¡moviéndose con *Decisión*! A la cuenta de tres: uno-

Harry miró de nuevo a su alrededor: muchos alumnos lucían realmente alarmados al comprender que les pedían aparecerse tan rápido.

-dos-

Harry intentó concentrarse nuevamente en el aro, ya había olvidado que necesitaba las tres D's.

-¡TRES!-

Harry se dobló en el puesto, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Aunque no fue el único. De pronto todo el Hall estaba lleno de personas tambaleantes, Neville estaba tirado de espaldas, Ernie Macmillan, por otro lado, había hecho algo como una pirueta gimnástica hacia el aro y lucía momentáneamente conmocionado hasta que se dio cuenta que Dean Thomas estaba riéndose a carcajadas de él.

- No se preocupen, no se preocupen –dijo secamente Twycross, quien no parecía esperar algo mejor–. Ajusten sus aros como antes, y de vuelta a sus posiciones iniciales.

El segundo intento no fue mejor que el primero. El tercero fue igual de malo. Hasta que pasó algo interesante. Hubo un horrible grito de dolor y todos miraron alrededor para ver a Susan Bones de Hufflepuff, tambaleándose en el aro con la pierna izquierda parada cinco metros detrás, en donde había comenzado.

Los Jefes de casa llegaron a ella, se escucho un "bang" fuerte y se liberó un humo morado que se disipó para mostrar a Susan sollozando, unida nuevamente con su pierna y luciendo horrorizada.

- La "escisión" o la separación casual de alguna parte del cuerpo –dijo Wilkie Twycross de forma aburrida–, sucede cuando la mente no está suficientemente *deteminada*. Se deben concentrar siempre en su *destino* y moverse sin apresurarse, pero con *decisión*… así.

Twycross dio un paso adelante, se giró graciosamente en su puesto con los brazos estirados y desapareció en un remolino de la túnica, reapareciendo en la parte de atrás del Gran Salón.

- Recuerden las tres D's –dijo– e intenten de nuevo….uno…dos…tres-.

Una hora después, la escisión de Susana era lo más importante que había pasado. Twycross no parecía desesperanzado. Afirmándose el abrigo al cuello, dijo simplemente:

- Nos veremos el próximo sábado, chicos, y recuerden: "*Destino*. *Determinación*. *Decisión*"

Con un movimiento de su varita desvaneció lo aros y caminó hacia el Vestíbulo acompañado de la Profesora McGonagall. De inmediato comenzaron a charlar y a caminar hacia sus salas comunes.

- ¿Cómo lo hiciste? –Preguntó Ron, apurándose hacia Harry–. Yo creo que sentí algo la última vez que lo intenté, una especie de zumbido en mis pies.

- Supongo que tus zapatillas son muy pequeñas, *Won-Won* –dijo una voz detrás de ellos y apareció Hermione acechándolos y sonriente.

- No sentí nada –dijo Harry, ignorando la interrupción–. Pero eso no me importa muchos ahora-

- ¿Cómo que no te importa? ¿No quieres aprender a Aparecerte? –dijo Ron incrédulamente.

- No me preocupa mucho, en verdad, prefiero volar, -dijo Harry, mirando de soslayo sobre su hombro para comprobar si estaba Malfoy, y apurando el paso mientras pasaban al Vestíbulo.– Por favor, apuremos el paso que necesito decirte algo…

Perplejo, Ron corrió detrás de Harry de vuelta a la Torre Gryffindor. Fueron detenidos por Peeves, que había trancado una puerta en el cuarto piso y no dejaba pasar a nadie a menos que le prendieran fuego a sus pantalones, pero Harry y Ron se dieron la vuelta y tomaron un atajo seguro. Dentro de cinco minutos, ya estaban pasando por el retrato de la Dama Gorda.

- ¿Me vas a decir ahora lo que estamos haciendo? –preguntó Ron jadeando.

- Por aquí –dijo Harry, cruzando la sala común y conduciéndolo hacia las escaleras de los chicos.

El dormitorio estaba vacío, como Harry había supuesto. Se lanzó hacia su baúl y comenzó a revolverlo, mientras Ron lo miraba impacientemente.

- Harry…

- Malfoy está usando a Crabbe y Goyle como sus guardianes. Estaba discutiendo con Crabbe hace un instante. Quiero saber si… ¡Ajá!

Lo había encontrado, un pergamino cuadrado y arrugado aparentemente vacío, que estiró y golpeó con la punta de su varita:

- *"Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas"*…o por lo menos que las de Malfoy no lo son.

De improviso, el "Mapa del Merodeador" apareció en la superficie del pergamino. Era un plano detallado de todos los pisos de Hogwarts, y moviéndose en el estaban unos pequeños puntos negros con etiquetas que mostraban a cada ocupante del Castillo.

- Ayúdame a encontrar a Malfoy –dijo Harry con urgencia.

Puso el Mapa sobre su cama y él y Ron se inclinaron sobre él, buscando.

- Allí –dijo Ron, después de un minuto o algo así de búsqueda–. Está en la Sala Común de Slytherin, ¡mira!... con Parkinson, Zabini, Crabbe y Goyle…

Harry miró la parte inferior del Mapa, desilusionado, pero se recobró de inmediato.

- Bueno, lo vigilaré desde ahora en adelante –dijo firmemente–. Pero en el momento en que lo vea merodeando por algún lado, iré con la Capa Invisible para averiguar qué se…-

Se calló cuando Neville entró al dormitorio, oliendo a plástico chamuscado, y comenzó a revolver su baúl en busca de un nuevo par de pantalones.

A pesar de su determinación por pillar a Malfoy, Harry no tuvo suerte en las siguientes semanas. Aunque consultaba el Mapa tan seguido como podía, a veces visitando el baño innecesariamente, ninguna vez vio a Malfoy en algún lugar sospechoso. Continuamente, se fijó que Crabbe y Goyle se movían por el Castillo solo de una manera extraña, a veces deteniéndose en corredores desiertos, y esas veces Malfoy no estaba sólo en algún lugar lejano a ellos, sino imposible de localizar en el Mapa también. Esto era lo más misterioso. Harry pensó en la posibilidad de que Malfoy podría estar dejando los terrenos del colegio, pero no se imaginó cómo lo podría estar haciendo, dado el nivel tan alto de seguridad operando dentro del Castillo. Solo podía suponer que perdía a Malfoy entre los cientos de estudiantes de pequeñas etiquetas negras en el Mapa. En cuanto al hecho de que Malfoy, Crabbe y Goyle tomaban caminos separados cuando antes eran inseparables, pensó que estas cosas les pasaban a las personas a medida que crecías –Ron y Hermione eran una prueba viva de ello, pensó Harry tristemente.

Febrero dio paso a Marzo sin cambios de clima, exceptuando que los días se volvieron más ventosos y húmedos. Para indignación de los estudiantes, un mensaje en la Sala Común decía que la próxima salida a Hogsmeade había sido cancelada. Ron estaba furioso.

- ¡Era el día de mi Cumpleaños! –dijo–. ¡Estaba esperando para ir!

- No es una gran sorpresa, ¿no? -dijo Harry–. No después de lo que le sucedió a Katie.

Ella todavía no regresaba de San Mungo. Lo que era peor: más desapariciones habían sido reportadas en *"El Profeta"*, incluyendo a familiares de estudiantes de Hogwarts.

- ¡Y ahora tendré que hacer clases de Aparición ese día! –dijo Ron malhumorado–. Gran regalo de cumpleaños.

Después de tres lecciones, la Aparición se les hacía más difícil que nunca, aunque unos pocos más se habían escindido. La frustración se hacía cada vez mayor y ya había bastante repulsión hacia Wilkie Twycross y sus tres D's, que habían inspirado muchos apodos para Twycross, de los cuales los más educados eran "Aliento de perro" (Dogbreath) y "Cabeza de Chorlito" (Dunghead).

- Feliz Cumpleaños, Ron –dijo Harry, cuando despertaron el primero de Marzo al salir Seamus y Dean ruidosamente para el desayuno–. Ten tu regalo.

Tiró el paquete al frente, a la cama de Ron, donde ya había una pila de ellos, que asumió Harry, habían sido entregados por elfos en la noche.

- ¡Qué alegría!–dijo Ron algo soñoliento, y mientras arrancaba el papel, Harry se levantó de la cama, abrió su baúl y comenzó a revolverlo para sacar el "Mapa del Merodeador", el cual había usado muy a menudo. Sacó más de la mitad del contenido del baúl, hasta que lo encontró escondido bajo sus calcetas en las cuales guardaba la poción de la suerte: Felix Felicis.

- Listo –murmuró, tomando el Mapa y llevándolo a la cama, en donde le dio unos golpecitos en silencio y susurró– *"Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas"* – para que Neville, quien estaba recién sacando un pie de la cama en ese instante, no escuchara.

- ¡Muy bueno, Harry! –dijo Ron entusiastamente, agitando el nuevo par de Guantes de Guardián que Harry le había obsequiado.

- De nada –dijo Harry desinteresado, mientras buscaba detenidamente a Malfoy en el dormitorio de Slytherin–. Oye…No creo que esté en su cama…

Ron no respondió; estaba muy ocupado desenvolviendo los regalos y cada cierto tiempo soltaba alguna exclamación de placer.

- En serio, ¡buen lote de regalos me dieron este año! –Anunció, sosteniendo en alto un reloj dorado con símbolos extraños en el borde, y pequeñas estrellas en ves de manecillas–. ¿Quieres ver lo que mis padres me han regalado? Creo que tendré que cumplir más seguido la mayoría de edad…

- Genial –murmuró Harry, mirando de reojo el reloj antes de observar más fijamente el mapa. ¿Dónde estaba Malfoy? No aparecía ni en la mesa de Slitheryn, ni en el Gran Salón desayunando…Tampoco estaba cerca de Snape, quien estaba sentado en su estudio…Tampoco estaba en ninguno de los baños ni en las alas de de Hospital…

- ¿Quieres uno? –dijo Ron insistiendo, con una caja de chocolates de Caldero en su mano.

- No, gracias –dijo Harry, levantando la mirada–. ¡Malfoy se ha ido de nuevo!

- ¡No puede ser! –dijo Ron zampándose un segundo chocolate de Caldero en la boca mientras se deslizaba de la cama para irse a vestirse–. Vamos, si no te apuras te tendrás que aparecer con el estómago vacío…Aunque tal vez lo haga más fácil, supongo… -Ron miró pensativamente la caja de chocolates de Caldero, se encogió de hombros y se ayudó a comer un tercero.

Harry golpeó el Mapa con su varita, susurró "Travesura realizada", aunque no la hubiera realizado, y se vistió pensando con concentración. Tenía que haber alguna explicación para las desapariciones periódicas de Malfoy, pero no podía pensar que podría ser. La mejor forma de averiguarlo sería siguiéndolo, pero incluso con la Capa Invisible ésta sería una idea poco práctica: Harry tenía clases, prácticas de Quidditch, tareas, y Aparición, no podía perseguir a Malfoy alrededor de la escuela todo el día sin que hayan notado su ausencia.

- ¿Listo? –le dijo a Ron.

Estaba a mitad de camino a la puerta del dormitorio cuando notó que Ron no se movía y estaba apoyado en el poste de su cama mirando hacia afuera por la ventana lavada por la lluvia, con una mirada perdida en la cara.

- ¿Ron? El desayuno.

- No tengo hambre.

Harry se quedó mirándolo.

- ¿Pero no dijiste hace poco qué…—?

- Bueno, está bien, iré contigo –suspiró Ron nuevamente–. Tú…tú no entenderías.

- Está bien –dijo Harry aunque estaba un poco confundido y se dirigió hacia la puerta abierta.

- ¡Harry! –dijo Ron de pronto.

- ¿Qué?

- Harry, ¡no lo puedo soportar!

- ¿Qué cosa no puedes soportar? –preguntó Harry, ahora comenzando a alarmarse. Ron estaba muy pálido y lucía como si se fuese a enfermar.

- ¡No puedo dejar de pensar en ella! –dijo Ron con voz ronca.

Harry se quedó mirándolo con la boca abierta. No se lo esperaba y no estaba muy seguro de si quería oírlo o no. Muy amigos podrían ser, pero si Ron comenzaba a llamar a Lavender *"Lav-Lav"* él tendría que distanciarse de Ron.

- ¿Y porqué eso no te deja ir a desayunar? –preguntó Harry, intentando tratar el tema con algo de sentido común.

- No creo que ella sepa que existo –dijo Ron con un gesto desesperado.

- Ella definitivamente sabe que existes –dijo Harry, un tanto aturdido–. Te sigue besuqueando, ¿no es cierto?

Ron parpadeó:

- ¿De quién hablas?

- ¿De quién hablas tú? –dijo Harry, con el presentimiento de que era una conversación sin sentido.

- Romilda Vane –dijo Ron suavemente y toda su cara pareció iluminarse al decirlo, como si le hubiesen llegado al rostro los rayos solares.

Se miraron mutuamente por casi un minuto, antes de que Harry dijese:

- ¿Es una broma, verdad? Estás bromeando.

- Creo…Harry, creo que la amo –dijo Ron con una voz sofocada.

-Está bien –dijo Harry, caminando hacia Ron para ver mejor sus ojos vidriosos y su piel pálida–. Está bien…Repítelo pero esta vez en serio.

- La amo –repitió Ron jadeando–. ¿Has visto el pelo, es negro, brillante y sedoso…y sus ojos? Sus bellos ojos grandes. Y su–

- Esto es muy entretenido y todo eso –dijo Harry impacientemente– pero está bien de bromas, ¿entendido? Déjalas.

Se volvió hacia la puerta para irse, no había caminado ni dos pasos cuando sintió un golpe en su oreja izquierda. Tambaleando, miró alrededor. El puño de Ron estaba volviendo hacia él, su cara contorsionada de rabia, le iba a pegar de nuevo.

Harry reaccionó instintivamente: sacó su varita del bolsillo y lanzó el primer hechizo que se le cruzó por la mente:

- ¡Levicorpus!

Ron gritó como si se hubiese torcido el tobillo hacia arriba de nuevo, colgaba irremediablemente volteado de cabeza y su túnica le colgaba.

- *¿Para qué hiciste eso?* –bufó Harry.

- ¡Tú la insultaste, Harry! ¡Dijiste que era una broma! –gritó Ron, mientras lentamente se estaba volviendo púrpura por la sangre que se le iba a la cabeza.

- ¡Esto es una locura! ¿Qué le pasó a tu–?

Y luego vio la caja de chocolates abierta en la cama Ron y la verdad lo golpeó en la cara como una estampida de trolls.

- ¿Dónde conseguiste esos Chocolates de Caldero?

- Son un regalo de cumpleaños –gritó Ron, girando lentamente en medio del aire, mientras se intentaba liberar–. Te ofrecí uno, ¿no?

- Los recogiste del suelo, ¿no es cierto?

- Se deben haber caído de mi cama, ¿está bien? ¡Déjame ir!

- No se cayeron de tu cama, necio, ¿que no entiendes? ¡Eran míos y los saqué del baúl cuando buscaba el Mapa, esos son los Chocolates de Caldero que Romilda me obsequió antes de Navidad y están cubiertos con poción de amor!

Ron no parecía haber escuchado ni una sola palabra de todo lo que dijo Harry.

- ¿Romilda? –Repetía– ¿Dijiste Romilda? Harry– ¿la conoces? ¿Me la presentarías?

Harry miró a Ron colgando, cuya cara ahora se veía tremendamente esperanzada y luchó con sus ganas de reír. Una parte de él –la parte más cercana a su oreja izquierda, que todavía palpitaba– estaba bastante de acuerdo en bajar a Ron y dejarlo correr hasta que los efectos de la poción concluyeran…Pero por otra parte, se suponía que eran amigos, Ron no había sido él mismo cuando fue atacado, y Harry pensó que él mismo se merecería un golpe si permitía que Ron le declarase su amor eterno a Romilda Vane.

- Si, yo te la voy a presentar –dijo Harry, pensando rápido–. Te lo haré saber de inmediato, ¿está bien?

- Dejó caer de un golpe a Ron al suelo (le dolía bastante la oreja), pero Ron simplemente se paró brincando y con una sonrisa de oreja a oreja.

- Estará en la oficina de Slughorn –dijo Harry muy confiado, guiando a Ron hacia la puerta.

- ¿Porqué va a estar allí? –preguntó Ron ansioso, apurándose para mantener el paso de Harry.

- ¡Ah! Porque toma clases extra de Pociones con el Profesor –dijo Harry, inventando algo disparatado.

- Y tal vez yo podría preguntar si puedo tomar la clase con ella, ¿no? –dijo Ron jovialmente.

- ¡Excelente idea!

Lavender estaba esperando a un lado del retrato de la Dama Gorda, una complicación que Harry había olvidado.

- Llegas tarde, *Won-Won* –dijo con un puchero– Te tengo tu regalo de–

- ¡Déjame tranquilo! –Dijo Ron impacientemente– Harry me va a presentar a Romilda Vane.

Y sin decirle otra palabra, empujó el retrato de la Señora Gorda. Harry intentó ponerle una cara de disculpa a Lavender, pero resultó igual de sorprendida cuando la Señora Gorda se cerró detrás de ellos.

Harry no se preocupó por el hecho de que Slughorn podría haber estado en el desayuno, pero respondió apenas tocó la puerta a la primera vez y vestía un traje de terciopelo verde que combinaba con el gorro de dormir y lucía algo turbio.

- Harry –gruño el Profesor– es bastante temprano para una visita, usualmente duermo hasta tarde los sábados…

-Profesor, realmente lamento molestarlo –dijo Harry lo más callado que pudo, mientras Ron se paraba de puntillas, tratando de ver lo que ocurría en el Despacho de Slughorn– pero mi amigo Ron ingirió algo de poción de amor por error. ¿Usted le podría hacer un antídoto? Lo llevaría a donde Madame Pomfrey, pero se supone que no podemos tener nada de la tienda "Sortilegios Weasley" y usted sabe…preguntas incómodas.

- ¿No podrías haberle preparado un remedio Harry, un experto en Pociones como tu?

- Em –dijo Harry, por el hecho de estar distraído de que Ron le estaba pegando en las costillas para intentar hacerlo entrar a la habitación– bueno, es que nunca antes he mezclado un antídoto para una poción de amor, señor, y para cuando la termine, Ron podría estar en algo serio–

Afortunadamente, Ron escogió ese momento para lamentarse:

- No la puedo ver, Harry. ¿El Profesor la está escondiendo?

- ¿Estaba esta poción dentro de la fecha? –preguntó Slughorn, mirando a Ron con interés profesional– Se pueden fortalecer si se dejan más tiempo del que deberían.

- Eso lo explicaría todo –dijo Harry jadeando, mientras luchaba con Ron para evitar que éste derribara a Slughorn–. Es su cumpleaños Profesor –añadió de forma suplicante.

- ¡Ah! Está bien, pasen, pasen –dijo Slughorn relajándose– Tengo lo necesario en mi maletín, no es un antídoto muy difícil….

Ron irrumpió al Salón apretado y acalorado de Slughorn y se tropezó con un banco adornado, se recuperó afianzándose al cuello de Harry y murmuró:

- Ella no vio eso, ¿verdad?

- Todavía no llega –dijo Harry, observando a Slughorn abrir su maletín de Pociones y añadiendo un poco de esto y aquello a una botellita pequeña de cristal.

- ¡Qué bien! –Dijo Ron luciendo acalorado– ¿Cómo me veo?

- Bastante guapo –dijo Slughorn con suavidad, pasándole a Ron una copa con líquido claro–. Ahora bébete esto, es un brebaje que calma los nervios, así te mantendrás calmado hasta que llegue ella.

- Perfecto, –dijo Ron jovialmente y se tragó el antídoto ruidosamente.

Harry y Slughorn lo observaron. Por unos instantes, Ron les sonrió. Luego, muy lentamente, su rostro pareció encogerse en una mueca y luego se esfumó, para ser reemplazado por una expresión increíble de terror.

- ¿Volviste a la normalidad? –dijo Harry sonriendo de oreja a oreja. Slughorn rió entre dientes– Muchas gracias, Profesor.

- Ni lo menciones, Harry, ni lo menciones –dijo Slughorn, cuando Ron se desplomó sobre un sillón cercano, luciendo devastado– Necesita que alguien lo levante, eso es lo que necesita –continúo Slughorn, desordenando una mesa con bebidas– Tengo cerveza de mantequilla, vino, y una última botella de Hidromiel con especies…mmm…esperaba dársela a Dumbledore para Navidad…pero bueno… –se encogió de hombros– ¡No puede extrañar lo que nunca tuvo! ¿Por qué no la abrimos de inmediato y celebramos el Cumpleaños del Señor Weasley? Nada como un poco de bebida para ahogar las penas de un amor no correspondido.

Rió de nuevo y Harry se le unió. Esta era la primera vez que se hallaba casi solo con Slughorn desde el desastroso primer intento que tuvo tratando de obtener un recuerdo concreto de él. Tal vez, si pudiese mantener a Slughorn de buen humor…tal vez si tomaba suficiente Hidromiel con especias…

- Aquí tienen –dijo Slughorn entregándoles a Harry y a Ron una copa de Hidromiel antes de levantar la suya–. Bueno, un muy Feliz Cumpleaños, Ralph–

- Ron –susurró Harry.

Pero Ron, quién no pareció haber oído el brindis, llevó la copa a su boca y se la tragó de un sorbo.

Hubo un instante, no mayor que el de un latido, en el cual Harry se dio cuenta de que algo horrible ocurriría, y Slughorn parecía, no lo notó.

- …y que hayan muchos más—

- ¡Ron!

Ron dejó caer su Copa, estaba a la mitad de levantarse cuando decayó, sus extremidades tiritaban descontroladamente. Caía espuma de su boca y sus ojos se salían de órbita.

- ¡Profesor! –Gritó Harry– ¡Haga algo!

Pero Slughorn se había paralizado de la impresión. Ron se agitaba, ahogándose: su piel se estaba poniendo azul.

- Qué– pero– –balbuceó Slughorn.

Harry brincó sobre una mesa de abajo y corrió hacia el maletín de pociones todavía abierto, sacando bolsas y botellas mientras el terrible sonido de las gárgaras que hacía Ron llenaba la habitación. Luego lo encontró: la piedra que parecía riñón arrugado que había ocupado en Pociones y Slughorn se había llevado.

Se lanzó de vuelta al lado de Ron, abrió su garganta haciéndole un poco de daño y metió el bezoar en su boca. Ron se estremeció fuertemente, suspiró ruidosamente y se quedó débil y quieto.

Capitulo 19: El elfo vigila

-¿Entonces, después de todo, no fue uno de los mejores cumpleaños de Ron?- dijo Fred.

Era de tarde, el ala del hospital estaba tranquila, las cortinas corridas, las lámparas encendidas. La cama de Ron era la única ocupada. Harry, Hermione, y Ginny estaba sentados alrededor de el, habían pasado todo el día esperando del otro lado de las puertas dobles tratando de ver cuando alguien entrara o saliera. Madame Pomfrey les había permitido entrar hasta las ocho. Fred y George habían llegado a las diez.

-Esta no es la manera en la cual nos habíamos imaginado darle nuestro regalo-, dijo George, en tono grave, dejando un gran paquete envuelto en el gabinete al lado de la cama de Ron, mientras que se sentaba al lado de Ginny.

-Si, cuando nos imaginamos la escena, el estaba consciente-, dijo Fred.

-Allí estábamos, en Hogsmeade, esperando sorprenderlo…-dijo George.

-¿Estaban en Hogsmeade?- pregunto Ginny, mirándolos.

-Estábamos pensando en comprar Zonko-, dijo Fred melancólicamente. -Una sucursal en Hogsmeade, ya saben, pero no nos ayudara ahora que no tienen permiso de ir a Hogsmade a comprar nuestras cosas… Pero olvídenlo por ahora.-

Acercó una silla y se sentó al lado de Harry mirando la pálida cara de Ron.

-¿Cómo sucedió exactamente, Harry?-

Harry volvió a contar la historia que ya había contado, sintió como si hubieran sido cientos de veces, Dumbledore, McGonagall, Madame Pomfrey, Hermione, y Ginny.

-… y entonces le hice tragar el bezoar y su respiración disminuyó un poco, Slughorn corrió por ayuda, McGonagall y Madame Pomfrey aparecieron y trajeron a Ron aquí. Ellas reconocieron que se pondría bien. Madame Pomfrey dijo que tendría que estar aquí una semana o más… tomando esencia de rue…-

-Fue afortunado que encontraras el Bezoar-, dijo George en voz baja.

-Afortunado fue que hubiera uno en ese cuarto- dijo Harry que seguía pensando en que habría pasado si no hubiera sido posible tener a la mano esa piedrita.

Hermione dio un suspiro casi inaudible. Había estado excepcionalmente tranquila todo el día. Acongojada y con la cara pálida, abordó a Harry fuera del ala del hospital demandando saber qué le había pasado, no había tomado parte en la obsesiva discusión de Harry y Ginny acerca de cómo Ron había sido envenado, simplemente se mantuvo cerca de ellos, con los dientes apretados y una mirada asustada, hasta que al fin les fue permitido dejar verlo.

-¿Mamá y papá ya lo saben?- Fred le preguntó a Ginny. -Ellos ya lo vieron, llegaron hace una hora y ahora están en la oficina de Dumbledore, pero regresarán muy pronto...-

Hubo una pausa en la que todos miraron como Ron balbuceaba algo en su sueño.

-¿Entonces el veneno estaba en la bebida?- dijo Fred, discretamente.

-Si- dijo Harry, no podía pensar en otra cosa y estaba alegre por la oportunidad de empezar a discutirlo de nuevo. -Slughorn se lo extrajo…-

-¿Podría él haber sido capaz de verter algo en el vaso de Ron sin que nadie lo viera?-

-Probablemente-, dijo Harry, -Pero, ¿Para que querría Slughorn envenenar a Ron?-

-No lo se,- dijo Fred, frunciendo el seño.- ¿Podría haber mezclado los vasos por error?, quiero decir ¿tal vez para atraparte?-

-¿Porque querría Slughorn envenenar a Harry?- Pregunto Ginny.

-No lo se-, dijo Fred --Pero deben de haber muchas personas a las que les gustaría envenenarlo, ¿no creen? ¿El elegido y todo eso?-

-¿Entonces crees que Slughorn es un mortifago?- dijo Ginny.

-Cualquier cosa es posible- dijo Fred.

-Podría haber estado bajo la influencia de la maldición Imperius- dijo George.

-O podría ser inocente- dijo Ginny. -El veneno podría haber estado en la botella, en cuyo caso, probablemente fuese para Slughorn.-

-¿Quien querría matar a Slughorn?-

-Dumbledore reconoce que Voldemort querría a Slughorn de su lado,-dijo Harry. -Slughorn había estado escondido un año antes de venir a Hogwarts. Y…-pensó en el recuerdo que Dumbledore no había podido aun extraer de Slughorn. -y quizá Voldemort lo quiera fuera del camino, quizá porque piensa que podría ser muy valioso para Dumbledore.-

-Pero tu dijiste que Slughorn había estado planeando darle esa botella a Dumbledore para navidad,- Ginny le recordó, -Quizá el perpetrador este tras Dumbledore-.

-Entonces el perpetrador no conoce muy bien a Slughorn- dijo Hermione, hablando por primera vez en horas y sonando como si hubiese tenido una grave gripa. -Cualquiera que conozca a Slughorn sabría que había una buena oportunidad de que él guardara algo tan delicioso solo para si mismo-.

-Er-my-nee… - chilló Ron inesperadamente entre ellos.

Todos guardaron silencio, mirándolo ansiosamente, pero después de murmurar algo incomprensible por un momento simplemente comenzó a roncar.

Las puertas del dormitorio se abrieron de repente, haciéndolos saltar: Hagrid se acercó a ellos dando grandes zancadas, su cabello enmarañado, su abrigo de piel de castor ondeando detrás de el, una ballesta en la mano, dejando un rastro de lodosas huellas del tamaño de delfines por todo el piso.

-He estado en el bosque todo el día,- dijo, -Aragog está preocupado y le he estado leyendo ino sabia nada hasta la cena y es hasta ahora que la profesora Sprout me comentó acerca de Ron!, ¿Cómo esta?-

-No tan mal,- dijo Harry –El se pondrá bien.-

-¡No mas de seis visitantes a la vez!- dijo Madam Pomfrey, apresurándose a salir de su oficina.

-Hagrid es el sexto,- George destacó.

-Oh… si…-, dijo Madame Pomfrey, que parecía había contado a Hagrid como varias personas debido a su enorme tamaño. Para cubrir su confusión, se apresuró a limpiar las lodosas pisadas con su varita.

-No puedo creerlo,- dijo Hagrid roncamente, sacudiendo su gran y peluda mano mientas que miraba a Ron. -Solamente no lo puedo creer… mírenlo yaciendo ahí… ¿Quien podría querer lastimarlo, eh?-

-Eso justamente era los que estábamos discutiendo,- dijo Harry. -no sabemos.-

-¿Alguien podría tener algún rencor en contra del equipo de Quidditch de Gryfinndor?,- dijo Hagrid ansiosamente. -Primero Katie, y ahora Ron…-

-No me puedo imaginar a nadie que quiera deshacerse de un equipo de Quidditch-dijo George.

-Wood podría haber hecho una conexión con los Slytherins si hubiera tenido la oportunidad,- dijo Fred.

-Bueno no creo que tenga que ver con el Quidditch, pero hay una conexión entre los ataques,- dijo Hermione tranquilamente.

-¿Como llegaste a esa conclusión?,- preguntó Fred.

-Bueno, por alguna razón, ellos debían morir pero ninguno de ellos lo está, sin embargo fue por pura suerte. Y por otra, ni el veneno o el collar parecen haber llagado a la persona que debía ser asesinada. Claro-, agregó rotundamente, -Eso hace que la persona que está detrás de esto sea aun mas peligrosa, por que parece no importarle la cantidad de personas necesarias en su intento de llegar a su victima.-

Antes de que alguien pudiera responder a este siniestro pronunciamiento, las puertas del dormitorio se abrieron de nuevo y el Sr. y Sra. Weasley se apresuraban hacia el chiquillo. No hicieron mas que satisfacerse así mismos y decir que Ron se recuperaría completamente en la última visita al muchacho.

Mientras la Sra. Weasley abrazaba fuertemente a Harry -Dumbledore nos dijo como lo habías salvado usando el bezoar,- sollozando. -Oh, Harry ¿que podemos decir?, salvaste a Ginny…salvaste a Arthur…y ahora has salvado a Ron.-

-No este… yo no…- dijo Harry

-La mitad de nuestra familia parece que ahora te debe la vida,- dijo el Sr. Weasley, con un tono grave.-Bueno, todo lo que puedo decir es que fue un afortunado día para los Weasley que Ron decidiera sentarse en tu compartimiento en el expreso de Hogwarts Harry.-

Harry no podía pensar en ninguna respuesta a esto y se puso contento cuando Madame Pomfrey entró para recordarles que solo se permitía la visita de seis personas. Entonces él y Hermione se levantaron al mismo tiempo para marcharse al igual que Hagrid que decidió acompañarlos, dejando a Ron con su familia.

-Es terrible,- gruñó Hagrid debajo de su barba, mientras los tres caminaban de regreso a través del corredor hacia las escaleras de mármol. -Toda esta seguridad y los chicos siguen siendo lastimados… Dumbledore se ha preocupado mucho… no dirá nada pero yo te puedo asegurar…-

-¿Aun no se le ha ocurrido nada, Hagrid?,- preguntó Hermione desesperada.

-Esperaba que el tuviera cientos de ideas, con lo inteligente que es,- dijo Hagrid. –Pero no sabe quien mandó el collar o el veneno en ese vino, o ellos ya habrían sido atrapados, ¿no?, -Lo que me preocupa,- dijo Hagrid, bajando la voz y echando un vistazo por encima del hombro (Harry por seguridad, revisaba el techo en busca de Peeves), -Es, por cuanto tiempo mas Hogwarts se mantendrá abierta si los chicos siguen siendo atacados, otra vez la Cámara de los secretos, ¿no?, habrá pánico, mas y mas padres llevando a sus hijos a otras escuelas y luego, ya saben, la junta de gobernadores…-

Hagrid dejo de hablar mientras que el fantasma de una mujer de cabello largo pasaba serenamente, entonces continúo con un ronco susurro, -… la junta de gobernadores empezará a hablar del posible cierre por seguridad.-

-¿No estás hablando en serio?- dijo Hermione luciendo preocupada.

-Tienen que verlo desde su punto de vista,- dijo Hagrid pesadamente, -Quiero decir, siempre ha habido algo de riesgo en mandar a un niño a Hogwarts, ¿no es cierto?, ellos esperaran accidentes ¿no?, con cientos de pequeños magos encerrados todos juntos, pero intentos de asesinato, eso es diferente, así que no es novedad que Dumbledore esté enojado con Sn…-

Hagrid se detuvo secamente, una familiar expresión de culpa era claramente visible en su cara debajo de la tupida barba.

-¿Qué?,- dijo Harry rápidamente. – ¿Dumbledore esta enojado con Snape?-

-Yo nunca dije eso,- respondió Hagrid, a pesar de que la mirada de pánico era más clara. -Miren, fíjense la hora ya casi es media noche,y necesito…-

-Hagrid, ¿Porque Dumbledore está enojado con Snape?,- preguntó Harry en voz alta.

-¡Shhhh!- dijo Hagrid, enojado y nervioso a la vez. -No grites cosas así Harry, que, ¿acaso quieres que pierda el trabajo?, no se supone que les importe, o ¿si?, no ahora que se han dado por vencidos en cuidado de criaturas…-

-No trates de hacerme sentir culpable, ¡no funcionará!- dijo Harry convincentemente. -¿Qué fue lo que hizo Snape?-

-No lo se Harry, ¡no debería de haberlo escuchado! … bueno, estaba saliendo del bosque la otra tarde y los escuché hablando, bueno, discutiendo. No les puse atención, así que trate de evadirlos y no escucharlos, pero eso fue bueno, una calurosa discusión y no fue fácil evitarla.-

-Y ¿luego?-, Harry lo apresuró, mientras que Hagrid arrastraba sus enormes pies con dificultad.

-Bueno --- solo escuché a Snape diciendo: que Dumbledore daba mucho por sentando y que quizá, --Snape—ya no querría hacerlo…-

-¿Hacer qué?-

-No lo se, Harry, sonaba como si Snape hubiese trabajado de mas, eso es todo--- de cualquier forma, Dumbledore le dijo firmemente que el estaría de acuerdo y que eso seria todo, muy firme con el, y luego algo acerca de que Snape estaría haciendo investigaciones en su casa, Slytherin, bueno, en eso no hay nada de raro,- Hagrid agregó rápidamente mientras que Harry y Hermione intercambiaban miradas. A todos los jefes de las casas, se les pidió que investigaran acerca del collar…-

-Si, pero Dumbledore no tiene querellas con el resto de ellos o ¿si?- dijo Harry.

-Miren,- Hagrid torció su ballesta fuertemente entre sus manos, hubo un fuerte ruido y luego partió en dos la ballesta.-Ya se lo que piensan acerca de Snape, Harry y no quiero que vean cosas donde no las hay.-

-¡Cuidado!- dijo Hermione secamente.

Voltearon justo en el momento para ver la sombra de Argus Filch que se proyectaba en el muro detrás de ellos antes de que el hombre girara en la esquina, jorobado y con las quijadas apretadas.

-¡Oho!- dijo resoplando. -Fuera de la cama tan tarde, ¡esto ameritará detención!-

-No, no, Filch,- dijo Hagrid, -Ellos ¿están conmigo no?-

-¿Y qué?-, pregunto Filch detestablemente.

-¡Soy un profesor, Squib entrometido!", dijo Hagrid enérgicamente.

Hubo un desagradable siseo, mientras que Filch se hinchaba de furia, la Sra. Norris había llegado sin ser vista y estaba ronroneando y moviéndose sinuosamente alrdedor de los huesudos tobillos de Filch.

-Váyanse,- dijo Hagrid por la coyuntura de la boca.

No hubo necesidad de repetírselo a Harry, él y Hermione se apresuraron a desaparecer, mientras que Hagrid y Filch habían comenzado a levantar la voz, cuyo eco seguía a Harry y Hermione mientras seguían corriendo. Pasaron cerca de Peeves, por la torre de Gryfinndor, pero Harry estaba contento de escuchar la fuente de los gritos y las llamadas.

Cuando hay peleas y problemas

Llama a Peeves, él los hará el doble.

La señora gorda estaba roncando y no muy contenta por haber sido despertada, pero les permitió trepar al acogedor y pacifico salón común. Parecía que nadie sabía lo de Ron, cosa que alivió a Harry, ya que ya había sido interrogado suficientemente ese día. Hermione le deseó buenas noches y se dirigió hacia el dormitorio de las chicas, Harry sin embargo se quedó, tomó asiento a un lado del fuego y miró a las llamas que sucumbían.

Entonces Dumbledore había discutido con Snape. A pesar de todo lo que le había dicho a Harry, a pesar de su insistencia de que le tuviera confianza a Snape, el había perdido los estribos con él… pensó que Snape no había hecho lo suficiente por investigar a los Slytherins, o quizá, por investigar a uno solo de ellos: Malfoy?

Fue por eso que Dumbledore no quería que Harry hiciese algo tonto, que tomara estos asuntos en sus propias manos, ¿que pretendiese que no había nada de cierto en las sospechas de Harry?, eso parecía, podría ser incluso que Dumbledore no quisiera que nada interrumpiera a Harry en sus lecciones, o de aquel recuerdo de Slughorn. Quizá Dumbledore no pensó en confiarle sus sospechas a un niño de 16 años.

-¡Allí estas, Potter!-

Harry se puso de pie de un salto, con la varita lista. Había estado convencido de que el salón común estaba vacío y no estaba preparado para que una figura de aquellas se le apareciera de tan de repente. Una mirada mas cercana demostró que era Cormac McLaggen.

-He estado esperando a que regresaras,- dijo McLaggen, indiferente a la varita de Harry. -Debo haberme quedado dormido. Mira, yo los observé llevando a

Ron al ala del hospital un poco más temprano. Y parece que no estará en el partido de la próxima semana.-

A Harry le tomó unos momentos entender de lo que estaba hablando McLaggen.

-Oh... si… Quidditch- dijo bajando su varita y de nuevo en el cinturón de sus pantalones de mezclilla mientras que con una mano se agarraba el cabello. -Si… quizá el no esté en el próximo encuentro.-

-Bueno, entonces, estaré jugando de guardián, ¿no?- dijo McLaggen.

-Si,- dijo Harry. -Si creo que si…-

Harry no podía pensar en algún argumento en contra después de todo McLaggen había sido el segundo mejor en las pruebas.

-Excelente,- dijo McLaggen con tono de satisfacción. -¿Entonces cuando es la práctica?-

-Que, ahh, si. Hay una mañana en la tarde.-

-Bien. Escucha Potter, deberíamos tener una plática antes del partido, tengo algunas ideas acerca de la estrategia que quizá nos podrían ser útiles.-

-Ok.- dijo Harry sin entusiasmo. -Bueno, las escucharé mañana, estoy cansado por ahora… hasta luego."

La noticia de que Ron había sido envenenado se esparció rápido al siguiente día, pero no causó el mismo revuelo que la del ataque de Katie había hecho. La gente pensó que podría haberse tratado de un accidente, quizá por que se encontraban en el salón de pociones y que éste le habría proporcionado un antídoto inmediatamente no habiendo daños de consideración. De hecho los Griyfindors estaban mucho mas interesados en la cercana contienda de Quidditch contra Hufflepuff, muchos querían ver a Zacharias Smith, que jugaba como cazador en el equipo de Hufflepuff y que había sido castigado por el comentario que había hecho durante el partido de apertura en contra de Slytherin.

Harry, sin embargo, había estado cada vez menos interesado en el partido de Quidditch, rápidamente su interés se centraba en Draco Malfoy. Checando el mapa del merodeador en cuanta oportunidad tuviera, algunas veces se desviaba hacia donde estaba Malfoy, pero aun no lo había detectado haciendo nada fuera de lo común. Y todavía quedaban esos momentos en los que Malfoy simplemente desaparecía del mapa…

Pero Harry no tenía mucho tiempo para considerar el problema, con la práctica de Quidditch, tarea y el hecho de que había estado asediado por Cormac McLaggen y Lavender Brown a donde quiera que fuera.

El no podía decidir quien de ellos era más irritante. McLaggen mantenía una constante corriente de consejos que lo podrían convertir en un mejor guardián para el equipo que Ron y ahora que Harry lo había visto jugar regularmente el podría pensar de la misma manera también, McLaggen también se mostraba interesado en criticar a los otros jugadores y proveerle a Harry detallados esquemas de entrenamiento, cosa que obligó a Harry a recordarle quien era el capitán.

Mientras tanto, Lavender mantenía hablando a Harry acerca de Ron, cosa que Harry encontró aun más molesta que las lecturas de Quidditch de McLaggen. Al principio, Lavender había estado muy molesta de que nadie le hubiese dicho que Ron estaba en el hospital –¡quiero decir soy su novia!—pero desafortunadamente ella había decidido perdonarle a Harry este lapso de pérdida de memoria con unas charlas muy, muy profundas acerca de los sentimientos de Ron, una desagradable experiencia que Harry felizmente hubiese querido olvidar.

-¿Oye por qué no hablas acerca de esto con Ron?- Le preguntó Harry, después de una larga charla con Lavender que trató de todo. Harry pensó que Ron debería pensar su relación con Lavender seriamente.

-Bueno, yo podría, pero ¡el siempre esta dormido cuando lo voy a visitar!- dijo Lavender, inquieta

-¿Dormido dices?- dijo Harry, sorprendido, ya que el lo había encontrado totalmente alerta cada vez que lo visitaba en el ala del hospital, muy interesado tanto en las noticias de la pelea entre Dumbledore y Snape, así como en la cantidad de trabajo que se le debería dar a McLaggen.

-Hermione Granger, ¿todavía lo sigue visitando?- Preguntó Lavender.

-Si, creo. Bueno, ellos son amigos, ¿no? Dijo Harry incómodamente.

-Amigos, ¡no me hagas reír!- respondió Lavender con desprecio. -¡Ella no le ha hablado por semanas después de que empezó a salir conmigo! Pero supongo que ahora le parece interesante…-

-¿Llamarías ser envenenado algo interesante? Preguntó Harry, -de cualquier forma, disculpa, me tengo que ir, ahí viene McLaggen y seguramente querrá hablar de Quidditch- dijo Harry apresuradamente, mientras que aceleraba a través de lo que parecía ser un muro sólido hacia el atajo que lo llevaría hacia Pociones donde afortunadamente, ni Lavender o McLaggen podrían seguirlo.

En la mañana del partido de Quidditch en contra de Hufflepuff, Harry visitó el ala del hospital antes de dirigirse hacia el campo. Ron se encontraba muy agitado, Madame Pomfrey no le permitiría ver el partido, cosa que lo hacia sentir mas que emocionado.

-¿Entonces como está McLaggen?- le preguntó a Harry nervioso, aparentemente olvidando que ya la había preguntado dos veces.

-Ya te he dicho- dijo Harry pacientemente -Podría ser un jugador de clase mundial y no lo quiero mantener. Se la pasa tratando de decirnos qué hacer y piensa que puede jugar todas las posiciones mejor que el resto de nosotros. No puedo esperar para librarme de el. Y hablando de molestarse con alguien- Harry agregó, poniéndose de pie y tomando su saeta de fuego -¿podrías dejar de hacerte el dormido cuando Lavender viene a visitarte? Me esta volviendo loco también.-

-oh,- dijo Ron, avergonzado –si, está bien.

-Si no quieres salir con ella le deberías decir- agregó Harry.

-Si… bueno… no es tan fácil o ¿si?- dijo Ron. Tomó aire y agregó. -Hermione ¿vendrá antes de ir a ver el partido?-

-No, de hecho ella ya esta en el campo con Ginny.-

-oh,- dijo Ron, tristemente. -Está bien. Bueno. Buena suerte, espero que aplastes a McLaggen, quiero decir, Smith.-

-Lo intentare- dijo Harry poniendo la mano en su escoba. -Te veré después del partido.-

Se apresuro a bajar por los corredores desiertos, toda la escuela estaba vacía, todos estaban ya en el estadio o dirigiéndose hacia el. Harry miraba por las ventanas y trataba de averiguar la cantidad de viento a la que se enfrentaría, cuando un ruido delante le hizo voltear hacia arriba y ver a Malfoy, el cual se dirigía hacia él, acompañado de dos chicas, las cuales lucían tanto enfurruñadas como resentidas.

Malfoy se detuvo cuando miró a Harry, entonces soltó una leve carcajada y continúo caminado.

-¿A donde te diriges?- Le preguntó Harry.

-Si, realmente te lo iba a decir, por que es de tu incumbencia, Potter- se burló Malfoy. -Te deberías apresurar, ya que todos estarán esperando por "El

capitán elegido", "el chico que anotó" o como quiera que te llamen en esta ocasión.-

Una de las chicas soltó una risita. Harry solo se limitó a mirarla. Ella se sonrojó. Malfoy se apresuró a irse, pasado enfrente de Harry, seguido por las dos chicas en un leve trote, dieron la vuelta a la esquina y desaparecieron.

Harry permaneció paralizado en donde estaba mirándolos desaparecer. Estaba furioso, estaba a tiempo para llegar al partido y aun así ahí se encontraba a Malfoy, merodeando, mientras que el resto de la escuela estaba ausente, la mejor oportunidad de descubrir lo que Malfoy estaba haciendo. Los segundos pasaban y Harry permanecía donde estaba, congelado, mirando el lugar por donde Malfoy se había desvanecido…

-¿Donde has estado?- le preguntó Ginny mientras Harry llegaba corriendo a los vestidores. Todo el equipo esta listo, Coote y Peaks, los golpeadores, estaban golpeando nerviosamente sus garrotes contra sus piernas.

-Me encontré a Malfoy- Le dijo en voz baja, al tiempo que se pasaba su túnica por arriba de la cabeza.

-¡Así que quise averiguar que es lo que hace en el castillo con su pareja de novias mientras que todo el mudo se encuentra aquí…!-

-¿Y eso importa en este momento?-

-Bueno, ¿no estoy para responderlo ahora, o si?- Dijo Harry, mientras agarraba su Saeta de fuego y se ponía los anteojos. -¡Venga entonces!-

Y sin ninguna palabra marcharon hacia el campo entre porras y abucheos.

Había poco viento, las nubes se conformaban de manera caprichosa y había deslumbrantes destellos de luz solar.

-Condiciones difíciles- McLaggen dijo al resto del equipo. -Coote, Peakes, deberían volar hacia el sol, así ellos no los verán venir-

-Yo soy el capitán, McLaggen, deja de darles instrucciones- dijo Harry enojado. -Solo asegúrate de no dejar pasar los goles-

Una vez que McLaggen se marchó, Harry regresó con Coote y Peakes.

-Asegúrense de volar lejos del sol- les dijo de mala gana.

Harry estrecho las manos con el capitán de Hufflepuff y luego, al silbido de Madame Hooch, dieron una patada al suelo y se elevaron por el aire, mas alto que el resto de su equipo, moviéndose rápido por el campo en busca de la snitch. Si tan solo la pudiese agarrar rápido, tendría una buena oportunidad de regresar al castillo, tomar el mapa del merodeador, saber lo que hacía Malfoy…

-Y ahora Smith de Hufflepuff tiene la quaffle- dijo una soñadora voz que resonaba por los terrenos de Hogwarts. -El que hizo los comentarios la última vez claro y Ginny Weasley vuela hacia él, creo que a propósito. Smith había sido muy grosero acerca de Gryfindor y espero que se arrepienta ahora que está jugando en contra de ellos. Oh, miren, perdió la quaffle, Ginny se la arrebató, ella me agrada, es muy amable…-

Harry miro hacia el palco del comentarista, seguramente nadie en su sano juicio dejaría que Luna Lovegood comentase el partido, pero no había error, enmarañada cabellera rubia, collar de corchos de botella de cerveza de mantequilla… al lado de Luna, la profesora McGonagall parecía un poco incómoda, pensando quizá acerca de su decisión.

-…y ahora ese enorme jugador de Hufflepuff le quita la quaffle, no puedo recordar su nombre, es algo como Bibble, no Buggins-

-Es Cadwallader!- gritó la profesora McGonagall al lado de Luna. La multitud se echó a reír.

Harry miró alrededor en busca de la snitch, de la cual no había señal alguna. Momentos después Cadwaller anotaba. McLaggen le estaba reclamando a Ginny por dejarse quitar la quaffle, sin que se diera cuenta de la enorme bola roja que había pasado muy cerca de su oreja derecha.

-¡McLaggen, podrías poner atención a lo que se supone debes hacer y dejar de molestar a los demás!- Bramó Harry volteando para mirar perfectamente a su guardián.

-¡Pues tu no estás poniendo un buen ejemplo!- McLaggen le respondió con la cara roja de furia.

-Y ahora Harry Potter esta teniendo una discusión con su guardián- dijo Luna tranquilamente, mientras que en las gradas ambos los Hufflepuffs y Slytherins abucheaban y aplaudían. -No creo que eso ayude a encontrar la snitch, tal vez es una lista estrategia…-

Insultando amargamente, Harry emprendió de nuevo la búsqueda de la snitch, observando los cielos y el campo en busca de la pequeña alada pelota dorada.

Ginny y Demelza anotaron un gol cada quien, dándoles a los seguidores de los colores rojo y dorado algo que festejar. Entonces Cadwaller anotó de nuevo, haciendo que las cosas se nivelaran, pero a Luna parecía no importarle, ya que parecía no interesarse en tan mundanas cosas como las anotaciones, y seguía intentando llamar la atención de los espectadores a cosas mas importantes como las formas de la nubes y la posibilidad de que Zacharias Smith fallase tanto en mantener la quaffle por mas de un minuto, el cual estaba sufriendo de "ansiedad de perdedor".

-Setenta a cuarenta, a favor Hufflepuff!- gritó la profesora McGonagall en el megáfono de Luna.

-¿Ya? ¿Tan rápido?- dijo Luna vagamente. -No miren, el guardián de Gryffindor tomó el garrote de uno de los golpeadores.

Harry giró en medio del aire. Seguramente McLaggen, por razones que solo el conoce, tomó el garrote de Peake y decidió mostrarle como golpear una bludger, lanzándosela hacia un Cadwaller que se aproximaba.

-¿Se lo podrías regresar y volver a tu posición en los postes de meta?- gruñó Harry, arrojándole una mirada de enojo a McLaggen al tiempo que éste le propinaba un golpe furioso a una bludger y la despedía lejos.

Una ciega… enferma sensación de dolor… un destello de luz… gritos lejanos… y la sensación de estar cayendo por un largo túnel…

Y la siguiente cosa que Harry supo, es que yacía en una cama caliente y cómoda, mirando hacia una lámpara que arrojaba un círculo de luz dorada en un oscuro techo. Levantó su cabeza un poco. Ahí, a su derecha había un rostro familiar, pecoso y con el cabello rojo.

-Que amable de tu parte pasar por aquí.- Dijo Ron sonriendo.

Harry parpadeó y miró a su alrededor. Claro, se encontraba en el ala del hospital. El cielo estaba de un azul muy oscuro mezclado con algo de rojo del atardecer. El partido debe de haber terminado hacia horas, ya no había manera de atrapar a Malfoy. La cabeza de Harry se sentía extrañamente pesada, levantó una mano y sintió un duro y apretado turbante de vendas.

-¿Que sucedió?-

-Un cráneo fracturado- Respondió Madame Pomfrey, apresurándose a acomodarle las almohadas evitando que se levantara. -Nada de preocuparse, lo enmendé de una sola vez, pero mejor que te quedes en la noche, no te debes de mover por las próximas horas.-

-No quiero pasar la noche aquí- respondió Harry enojado, sentándose y echando a un lado las cobijas. -Quiero encontrar a McLaggen y matarlo-

-Me temo que te estás emocionando de mas- dijo Madame Pomfrey, queriéndolo regresar a la cama, mientras levantaba su varita amenazadoramente. -Estarás aquí hasta que yo te de alta Potter o llamaré al director-

Ella regresó a su oficina y Harry se hundió entre sus almohadas muy enojado.

-¿Sabes por cuanto perdimos?- Le preguntó a Ron entre los dientes.

-Bueno si se- dijo Ron disculpándose. -El resultado fue trescientos veinte a sesenta-

-Excelente- dijo Harry salvajemente. -¡Realmente excelente! Cuando le ponga las manos encima a McLaggen-

-No lo querrás agarrar, quiero decir, es del tamaño de un troll- dijo Ron razonablemente.

-Personalmente, creo que debe de haber mucho que decir acerca de el y tal vez hechizarlo con la cosa esa para las uñas de los pies. De cualquier manera, el resto del equipo debe de haberse enfrentado a el, antes de que salieras de ahí, ellos no están muy felices…-

Hubo un dejo de júbilo en el tono de voz de Ron, Harry podía darse cuenta de que no le molestaba en lo mas mínimo que McLaggen lo hubiera arruinado. Harry estaba ahí, mirando el techo vagamente iluminado, su cráneo recién curado no le molestaba, y se sentía ligero y delicado entre tal cantidad de vendajes.

-Podía escuchar el partido desde aquí- dijo Ron, su voz vibraba con algo de risa. -Espero que Luna comente de ahora en adelante… ansia de perdedor…-

Pero Harry aun estaba muy enojado para encontrar algo de humor en tal situación y después de que los ronquidos de Ron cesaron.

-Ginny vino a visitarte mientras estabas inconsciente- Dijo después de una larga pausa y la imaginación de Harry empezó a volar rápidamente construyendo una escena en donde Ginny, lloraba delante de su cuerpo sin vida, confesando sus mas profundos sentimientos de intensa atracción hacia él, mientras que Ron les daba su bendición… -Ella me dijo que llegaste apenas en tiempo para el partido, ¿que sucedió? Te fuiste de aquí muy temprano.-

-oh…- dijo Harry, mientras que la escena en su mente seguía creciendo. -Si… bueno, vi a Malfoy merodeando con un par de chicas a las que parecía no agradarle estar con él y esa es la segunda vez que estoy seguro no ha estado en el campo de Quidditch con el resto de la escuela, no fue al ultimo partido, ¿recuerdas?- Harry dijo. -Desearía haberlo seguirlo ahora que se que el partido fue todo un desastre…-

-No seas estúpido- dijo Ron bruscamente -No te puedes escapar de un partido de Quidditch, ¡eres el capitán!-

-Solo quiero averiguar que es lo que Malfoy esta haciendo- dijo Harry. -Y no me digas que todo está en mi cabeza, no después de lo que he escuchado entre él y Snape-

-Yo nunca he dicho nada de que lo estés imaginando- dijo Ron, apoyándose en un codo y frunciendo el ceño -¡pero es que no hay ninguna regla acerca de que haya mas de una persona a la vez conspirando en este lugar! Te estás obsesionando con Malfoy, Harry. Quiero decir, pensar en perder un partido solo para seguirlo…-

-¡Lo quería atrapar!- dijo Harry frustrado. -¡Quiero saber a donde va cuando desaparece del mapa!-

-No lo se… ¿Hogsmeade?- sugirió Ron, bostezando.

-Nunca lo he visto por ninguno de los pasadizos secretos en el mapa. Y además creo que ahora están vigilados, ¿no?-

-Bueno, quien sabe- respondió Ron.

Un silencio cayó entre ellos. Harry volteo al techo vagamente iluminado, pensando…

Si tan solo tuviera el poder de Rufus Scrimgeour, podría ser capaz de ponerle una cola a Malfoy, pero desafortunadamente, Harry no tenia una oficina llena de Aurores bajo sus órdenes… Harry pensó muy seriamente en intentar poner a alguien con el A.C., pero el problemas era que algunas personas no entrarían a clases, además de que sus horarios estaban repletos de ellas.

Se escuchó un leve ronquido proveniente de la cama de Ron. Después de un rato llegó Madame Pomfrey, esta vez vistiendo una gruesa bata. Era fácil fingir estar durmiendo, Harry solo se volteó en su cama y escuchó como todas las cortinas se cerraban al tiempo que Madame Pomfrey batía su varita. Las lámparas se apagaban y ella regresaba a su oficina; Harry escuchó la puerta cerrarse detrás de ella y supo que ya se había retirado a dormir.

Esta era, pensó Harry en la oscuridad, era la tercera vez que había sido llevado al ala del hospital por causa de una lesión en el Quidditch. La última vez había caído de su escoba por la presencia de dementotes en el campo y la vez anterior a ésta, todos los huesos de su brazo habían sido removidos por el incurable inepto Profesor Lockhart… esa había sido la mas dolorosa lesión de todas por mucho… recordó la enorme agonía de que le crecieran todos los huesos del brazo en una noche, un descontento no aliviado por la llegada de un inesperado visitante en medio de la…

Harry se reincorporó, su corazón latiendo rápidamente, el turbante de vendas ladeado. El tenía la solución al fin: había una forma de seguir a Malfoy ¿Cómo era posible que se le hubiese olvidado? ¿Por que no había pensado en eso antes?

Pero la pregunta era ¿como llamarlo? ¿Como hacerlo? Silenciosamente y vacilando, Harry habló en la oscuridad.

-¿Kreacher?-

-Hubo un ruidoso crack y los sonidos de escaramuzas y chillidos llenaron el cuarto. Ron se levanto con un aullido.-

-¿Qué sucede?-

Harry apuntó su varita rápidamente a la puerta de la oficina de Madame Pomfrey y murmuró "Mufliato", así ella no podría venir corriendo. Entonces se movió al final de la cama para tener una mejor vista de lo que sucedía.

Dos elfos domésticos se estaban revolcando por todo el piso del dormitorio, uno vestía un ajustado jersey y varios sombreros de lana, el otro, un sucio y harapiento taparrabos hecho jirones. Hubo otra explosión y Peeves el Poltergeist apareció en el aire arriba de los elfos que peleaban.

-¡Estaba mirando eso, Potter!- le dijo a Harry indignado, apuntando a la pelea de abajo antes de soltar una carcajada. -Miren a estas pobres criaturas, peleando, malo, malo, pegue y pegue-

-Kreacher no insultará a Harry potter en frente de Dobby, no, no lo hará o ¡Dobby se encargara de cerrarle esa boca por el!-Chilló Dobby en voz alta.

-Patada y rasguño- chilló Peeves feliz, arrojando ahora pedazos de tiza a los elfos para enfurecerlos más. -¡Golpe, redoble!-

-Kreacher dirá lo que le agrada de su amo, oh si y que clase de amo es apestoso amigo de los sangre sucia, oh, ¿que mas podría el pobre Kreacher decir?-

Exactamente lo que Kreacher no pudo decir fue algo que nadie supo, ya que en ese momento Dobby le propinó un puñetazo con su pequeña mano el cual le tiró más de la mitad de los dientes. Harry y Ron saltaron de sus camas y trataron de apartar a los dos elfos, sin embargo ellos continuaban tratando de patear el uno al otro, mientras que Peeves los seguía provocando y revoloteaba alrededor de la lámpara chillando

-Métele los dedos en la nariz, agarra un tapón y pónselo en las orejas-

Harry apuntó su varita a Peeves y dijo, "Langlock!" Peeves agarró su garganta, pasó saliva y entonces empezó a revolotear alrededor del cuarto haciendo ademanes obscenos pero incapaz de hablar, debido a que su lengua se había pegado a su paladar.

-Buen tiro- dijo Ron apreciándolo, levantando a Dobby un poco de manera que sus pequeños miembros no tocaran más a Kreacher.

-Otro hechizo de príncipe eh?-

-Si- dijo Harry, torciendo el brazo de Kreacher en medio de una llave Nelson. -Bien, ite prohíbo seguir peleando! Bueno, Kreacher, tienes prohibido pelear con Dobby. Dobby se que no tengo permitido darte órdenes pero…-

-Dobby es un elfo libre y puede obedecer a quien quiera y ¡Dobby puede hacer todo lo que Harry Potter le diga!- dijo Dobby con lágrimas corriendo por su arrugada y pequeña cara y por su jersey.

-Está bien, entonces- Dijo Harry, él y Ron soltaron a los elfos que cayeron en el piso pero que no continuaron peleando.

-El amo ¿me llamó?- gruñó Kreacher dando una reverencia al tiempo que le daba una mirada de "te deseo la muerte".

-Si, te llamé- dijo Harry, inclinándose hacia la puerta de la oficina de Madame Pomfrey para checar si el hechizo Mufliato estuviera aun trabajando, no había señal de que ella hubiera escuchado algo de la conmoción. -Tengo un trabajo para ti-

-Kreacher hará todo lo que el amo desee- dijo Kreacher, tan acongojado que sus labios parecían tocar sus torcidos pies -porque kreacher no tiene otra opción, pero Kreacher esta muy apenado de tener un amo como este, si-

-Dobby lo hará, Harry Potter!- replicó Dobby, sus ojos del tamaño de pelotas de tenis todavía tenían lágrimas. -Dobby estará muy orgulloso de ayudar a Harry Potter!-

-Eso está bien, será mejor si los tengo a los dos- dijo Harry. -Está bien entonces, quiero que sigan a Draco Malfoy-

Ignorando la mirada de sorpresa y exasperación en la cara de Ron, Harry prosiguió -Quiero saber a donde va, con quien se reúne y que esta haciendo, quiero que se conviertan en su sombra-

-Si Harry Potter!- dijo Dobby, sus grandes ojos brillaban con emoción. -Y si Dobby lo hace mal, Dobby se arrojará de la torre mas alta Harry Potter!-

-No habrá necesidad de hacerlo lobby- Se apresuró a responder Harry.

-El amo quiere que siga al mas joven de los Malfoys?- Preguntó Kreacher. -¿El amo quiere que espíe a un sangre limpia, gran sobrino de mi antigua dama?-

-Eso es- dijo Harry, previendo un gran peligro y determinado a evitarlo inmediatamente. -Y tienes prohibido advertirle, Kreacher o mostrar que estas ahí, o hablarle, o escribirle mensajes o… o contactarlo de cualquier manera, ¿entendiste?-

Harry creyó que podía ver a Kreacher luchando por encontrar algo malo en las instrucciones que había recibido y esperó. Después de un momento o dos y para la satisfacción de Harry, Kreacher dio una profunda reverencia y dijo con un profundo resentimiento -El amo piensa en todo y Kreacher debe obedecer, a pesar de que Kreacher estaría mejor sirviéndole al chico Malfoy, o bueno…-

-Es un acuerdo, entonces- dijo Harry. -Querré reportes regulares, pero quiero que me los entreguen cuando no esté rodeado de gente. Ron y Hermione está bien. Y no repitan a nadie lo que están haciendo. Solo sigan a Malfoy como si fueran su sombra.-

Capítulo 20: La Petición de Lord Voldemort

Harry y Ron dejaron la enfermería el Lunes temprano por la mañana, completamente sanos gracias a los cuidados de Madame Pomfrey y disfrutando de los beneficios de haber sido golpeados y envenenados, de los cuales el mejor era que Hermione volvía a mostrarse amistosa con Ron. Hermione incluso los acompañó a desayunar, dándoles la noticia de que Ginny había discutido con Dean. Ese sentimiento dentro de Harry, despertó nuevamente y con nuevas esperanzas.

¿Por qué pelearon? - preguntó, tratando de sonar casual mientras daban vuelta en el pasillo del 7° piso que estaba vacío, excepto por una chica que había estado examinando el tapiz de los Trolls en Tu-tú. Se alarmó al ver que los de 6° año se acercaban y dejó caer la pesada balanza de cobre que llevaba consigo.

- Está bien – dijo Hermione amablemente, apresurándose a ayudarla. – Aquí tienes... -

Tocó la balanza rota con su varita y murmuró – Reparo -. La chica no agradeció el gesto, pero permaneció en el mismo lugar mientras pasaban y los observó alejarse; Ron volteó a verla.

-Juro que se están volviendo más pequeñas – Dijo.

No le hagas caso – dijo Harry, un poco impaciente. – ¿Por qué peleaban Ginny y Dean, Hermione? –

-Ah, Dean se estaba riendo de que McLaggen te arrojara esa Bludger – dijo Hermione.

-Debió ser gracioso – dijo Ron pensativo.

-No fue nada gracioso!- dijo Hermione enfadada. – Fue terrible y si Coote y Peakes no hubieran alcanzado a Harry podría haberse hecho mas daño!–

-Si, bueno, no había necesidad de que Ginny y Dean se separaran por eso – dijo Harry tratando de sonar de lo más normal. - ¿O siguen juntos? –

-Si, aun lo están... pero ¿por qué estas tan interesado? – preguntó Hermione, viendo a Harry directamente.

-¡Es solo que no quiero que mi equipo de Quidditch se vuelva a desorganizar! – contestó rápidamente, pero Hermione seguía con esa mirada de sospecha. Se sintió muy aliviado cuando una voz lo llamó.

-Harry! – Dándole la oportunidad de voltear.

-Ah, hola, Luna! –

-Fui a la enfermería a buscarte,- dijo Luna, buscando algo en su bolso.- Pero dijeron que ya habías salido... –

Puso lo que parecía ser una cebolla verde, un hongo grande y con manchas, y una considerable cantidad de lo que parecía ser deshechos gatunos en las manos de Ron, finalmente sacó un pedazo de pergamino que le pasó a Harry.

-... me pidieron que te diera esto.-

Era un pequeño pergamino que Harry reconoció como una invitación para una clase con Dumbledore.

-Esta noche.- les dijo a Ron y Hermione cuando lo abrió.

-Buena narración la del ultimo partido! – le dijo Ron a Luna mientras tomaba de sus manos la cebolla verde, el hongo y la suciedad de gato. Luna sonrió un poco.

-Te estas burlando de mi, verdad? – dijo Luna – todos dicen que fui un desastre.-

-No, en serio! – dijo Ron seriamente – No puedo recordar haber disfrutado tanto una narración – continuó, sosteniendo el objeto que parecía cebolla al nivel de lo ojos.

-Oh, es una Gurdyroot- dijo, poniendo el hongo y la suciedad de gato de nuevo dentro de su bolso. – Puedes quedártela si quieres, yo tengo algunas mas. Son excelentes para protegerse de los Gulping Plimpies.- Y se alejó, dejando a Ron algo confundido, aun agarrando la Gurdyroot.

-Saben, me empieza a agradar, Luna- dijo mientras se dirigían al Gran Comedor – sé que está loca, pero en el buen...- Dejó de hablar de repente. Lavender Brown estaba parada al pie de la escalera de mármol y parecía muy enfadada.

-Hola – Dijo Ron, nervioso.

-Vámonos -Le dijo Harry a Hermione y se retiraron, no sin antes escuchar a Lavender decir- ¿por qué no me dijiste que salías hoy? ¿por qué estaba ella contigo?

Ron parecía molesto y preocupado cuando apareció en el desayuno media hora mas tarde, y aunque se sentó junto a Lavender, Harry vio que no cruzaron ni una palabra en todo el tiempo que estuvieron juntos.

Hermione actuaba como si no se hubiera dado cuenta de esto, pero una o dos veces Harry vio una extraña sonrisa dibujada en su rostro. Todo el día pareció estar de muy buen humor y esa noche en la sala común hasta aceptó revisar (en otras palabras, terminar de escribir) el ensayo de Herbología de Harry, algo que había rehusado hacer hasta ahora, porque ella sabia que luego Harry dejaría a Ron copiarlo.

-Muchas gracias Hermione – dijo Harry, dándole una palmada en la espalda mientras checaba su reloj y vio que casi eran las ocho. – Bien, tengo que apresurarme o llegaré tarde con Dumbledore... –

Ella no contestó, solo tachó alguna de las oraciones que Harry había escrito con un gesto. Harry se apresuró a salir por el hueco de la puerta y se dirigió a la oficina del Director. La gárgola se hizo a un lado al sonido de "dulces de crema", y Harry subió por la escalera en espiral de dos escalones a la vez, tocando la puerta justo cuando el reloj marcaba las ocho.

-Adelante – Contestó Dumbledore, pero cuando Harry movió la mano para empujar la puerta, ésta se abrió desde dentro. Ahí estaba la Profesora Trelawney.

-Aha! – Exclamó, señalando a Harry mientras parpadeaba detrás de sus grandes gafas. -Así que esta es la razón por la que soy echada fuera de su oficina, Dumbledore-

-Mi querida Sybill- Dijo Dumbledore alzando un poco la voz.- No es que tengas que salir de ninguna parte, pero Harry tiene una cita, y no creo que haya mas que decir.-

-Muy bien – Dijo la profesora Trelawney, con una voz resentida.- Si no va a despedir al caballo usurpador, que así sea... quizá deba encontrar un colegio donde mis talentos sean mejor apreciados.-

Pasó junto a Harry y desapareció bajo la escalera espiral, la oyeron tropezar a mitad del camino, y Harry creyó que se había resbalado con uno de sus múltiples chales.

-Por favor cierra la puerta y siéntate, Harry.- Dijo Dumbledore, sonando bastante cansado.

Harry obedeció, notando mientras se sentaba en su lugar acostumbrado, que el pensadero estaba puesto entre ellos otra vez, y que también había dos pequeñas botellas de cristal llenas de recuerdos.

-¿A la Profesora Trelawney aun no le parece que Firenze este dando clases? – Preguntó Harry.

-No – Dijo Dumbledore – Adivinación resultó ser un problema más grande de lo que yo podría haber predicho, nunca estudié esa materia. No puedo pedirle a Firenze que regrese al bosque donde ya no es bienvenido y no puedo pedirle a Sybill Trelawney que se retire. Entre nosotros, ella no tiene ni idea del peligro que correría si estuviera fuera del castillo – y creo que seria un error contarle – que ella fue quien hizo la profecía acerca de ti y Voldemort, ¿entiendes?

Dumbledore dio un gran suspiro, y luego dijo:

- Pero no te preocupes por mis problemas con los profesores. Tenemos cosas más importantes que discutir. Primeramente, ¿pudiste realizar la tarea que te encomendé al final de la última sesión?

-Ah - Dijo Harry, recordando. Con las lecciones de aparición y el Quidditch, Ron envenenado, la fractura de su cráneo y su determinación por encontrar lo que Malfoy estaba planeando, Harry casi había olvidado que Dumbledore le había pedido extraer ese recuerdo del Profesor Slughorn. – Bueno, le pregunte al Profesor Slughorn al respecto al final de pociones, pero, ehm, él no me lo dio.- Hubo un pequeño silencio.

-Ya veo – Dijo Dumbledore, observando a Harry por encima de sus gafas de media luna y dándole a Harry la conocida sensación de que lo están examinando con rayos X. – Y crees que has hecho tu mejor esfuerzo para conseguirlo, ¿verdad? ¿Que has utilizado toda tu inventiva? ¿Que has utilizado todo tu valor para conseguir la tarea de obtener ese recuerdo?-

-Bueno, - Comenzó decir Harry, sin saber que decir después. Su único intento por obtener ese recuerdo parecía vergonzoso. – Bueno, el día que Ron tomó por error la poción de amor lo llevé con el Profesor Slughorn. Pensé que si encontraba al Profesor de buen humor –

-Y eso funcionó? – Preguntó Dumbledore.

-Bueno, no, señor, porque Ron quedó envenenado...-

-Lo que naturalmente te hizo olvidarte de tratar de conseguir el recuerdo. No habría esperado otra cosa mientras tu mejor amigo estaba en peligro. De todos modos esperaba que una vez que supieras que el Sr. Weasley se recuperaría totalmente, volvieras al trabajo que te asigné. Creo que te hice ver qué tan importante es ese recuerdo. De verdad. Hice mi mejor esfuerzo para que entendieras que este recuerdo es el mas crucial de todos y que estaremos desperdiciando el tiempo sin el.

Un sentimiento de vergüenza se esparció de la cabeza de Harry hasta la punta de sus pies. Dumbledore no había alzado la voz, ni siquiera sonaba enojado, pero Harry habría preferido que gritara, esa decepción era lo peor.

-Profesor – Dijo, un poco desesperado.- No es que no me preocupara, lo que pasa es que he tenido otras cosas...-

-Otras cosas en tu cabeza.- Dumbledore completó el enunciado por el. – Entiendo.-

El silencio cayó sobre ellos de nuevo, el más incómodo silencio que Harry había experimentado con Dumbledore, parecía que no terminaría, interrumpido solo por los ronquidos del retrato de Armando Dippet que estaba sobre la cabeza de Dumbledore. Harry se sentía un poco pequeño, como si se hubiera encogido desde que entró a la habitación. Cuando ya no pudo soportarlo mas dijo:

-Profesor, lo siento mucho, debí haber hecho mas... debí haber entendido que no me lo habría pedido si no fuera de verdad importante.-

-Gracias por decir eso, Harry- Dijo Dumbledore calmadamente – ¿Puedo esperar, entonces, que le darás al asunto mayor prioridad desde ahora? Nuestra próxima reunión tendrá muy poco sentido a menos que tengamos ese recuerdo.-

-Lo haré, señor, lo conseguiré- Dijo seriamente.

-Entonces no diremos mas de esto por ahora.- Dijo Dumbledore más amable- Continuemos con nuestra historia donde la dejamos. ¿Recuerdas donde fue?-

-Si, señor – Dijo Harry rápidamente. – Voldemort mató a su padre y abuelos e hizo que pareciera como si su tío Morfin lo hubiera hecho. Luego volvió a Hogwarts y le preguntó... le preguntó al Profesor Slughorn sobre los Horcruxes- Murmuró apenado.

-Muy bien,- Dijo Dumbledore.- Ahora, espero que recuerdes qué te dije, al inicio de estas reuniones, que entraríamos en los campos de adivinar y especular?

-Si, Señor-

-Entonces, espero que estés de acuerdo, en que te he mostrado hechos en los que se basa lo que he deducido acerca de Voldemort cuando tenia 17?

Harry Asintió.

-Pero ahora, Harry- Dijo Dumbledore- ahora las cosas se vuelven más oscuras y más extrañas. Si fue difícil encontrar evidencia del joven Riddle, ha sido casi imposible encontrar a alguien preparado para recordar a Voldemort. De hecho, dudo que exista una persona viva, aparte de él, que pueda darnos una historia completa de su vida desde que dejó Hogwarts. Aun así, tengo dos recuerdos que me gustaría compartir contigo.- Dumbledore señalo las pequeñas botellas de cristal junto al pensadero. – Me gustaría saber si las conclusiones que obtuve de ellos te parecen correctas.-

La idea de que Dumbledore valorara tanto su opinión hizo a Harry sentirse aun más avergonzado de haber fallado en obtener el recuerdo acerca de los Horcruxes, y se acomodó en su asiento sintiéndose un poco culpable, mientras Dumbledore tomaba la primera de las botellas y la examinaba en la luz.

-Espero que no estés cansado de entrar en los recuerdos de otras personas, estas dos son extrañas- Dijo.- la primera vino de una vieja Elfa domestica llamada Hokey. Antes de que veamos lo que Hokey presenció, debo relatar rápido como Lord Voldemort abandonó Hogwarts.

-Alcanzó el séptimo grado de sus estudios con, como habrás esperado, altas notas en cada evaluación que tomaba. Todos sus compañeros estaban diciendo qué trabajos tomarían una vez que dejaran Hogwarts. Casi todo el mundo esperaba cosas espectaculares de Tom Riddle, prefecto, ganador del premio por servicios especiales a la escuela. Sé que varios maestros, el Profesos Slughorn entre ellos, le sugirieron que se uniera al Ministerio de Magia, le ofrecieron concertar citas, presentarle a varios contactos. Abandonó todas las ofertas. La siguiente cosa que el profesorado supo fue que Voldermort estaba trabajando en Borgin y Burkes-

-¿En Borgin y Burkes? – Repitió Harry sorprendido.

-En Borgin y Burkes.- Repitió Dumbledore.- Creo que entenderás lo que lo atrajo a ese lugar cuando entremos a la memoria de Hokey. Pero esta no era la primera opción de trabajo para Voldemort. Casi todo el mundo lo supo después, yo era uno de los pocos en los que el director de entonces confiaba, pero Voldemort primero se acercó con el Profesor Dippet y le pidió permanecer en Hogwarts como profesor.

-¿El quería quedarse aquí? ¿ Por qué?- Preguntó Harry, aun mas asombrado.

-Creo que tenía varias razones, aunque no le menciono ninguna al Profesor Dippet.- Dijo Dumbledore.- Primero, y muy importante, Voldemort estaba, yo creo, más atado a la escuela de lo que había estado a alguna persona. Hogwarts fue donde había sido mas feliz, el primer y único lugar en el que se había sentido en casa.-

Harry se sintió un poco incomodo ante estas palabras, porque así era como el veía a Hogwarts también.

-Segundo, el castillo es un lugar lleno de magia antigua. Sin duda, Voldemort había traspasado muchos más de sus secretos que la mayoría de los estudiantes que pasan por aquí, pero debió haber sentido que aun había misterios por resolver, magia por encontrar.

-Y Tercero, como profesor, habría tenido un gran poder de influencia sobre los jóvenes magos y brujas. Tal vez obtuvo la idea del Profesor Slughorn, el maestro con el que el se entendía mejor, quien había demostrado qué tan influyente puede llegar a ser un maestro. No creo que Voldemort planeara pasar el resto de su vida en Hogwarts, pero si creo que lo veía como un lugar en donde reclutar y empezar a construir su propio ejercito.-

-Pero no obtuvo el empleo?-

-No, no lo obtuvo. El Profesor Dippet le dijo que era muy joven con sus 18 años, años, pero lo invitó a solicitarlo de nuevo en unos años, si aun deseaba enseñar.

-¿Como se sintió usted acerca de eso?- Preguntó Harry dudando.

-Muy inquieto- Dijo Dumbledore.- Le había advertido a Armando acerca de esa solicitud. No le di las razones que estoy dándote, ya que el Profesor Dippet confiaba en Voldemort y estaba convencido de su honestidad. Pero yo no quería a Lord Voldemort de vuelta en esta escuela, y seguramente no en una posición con poder.-

-¿Que trabajo quería? ¿Que materia quería impartir? –

De alguna manera, Harry sabía la respuesta antes de que Dumbledore la diera.

-Defensa Contra las Artes Oscuras. Estaba siendo impartida por una vieja profesora llamada Galatea Merrythought, quien había estado en Hogwarts por casi 50 años.-

-Así que Voldemort fue a Borgin y Burkes, y todo el profesorado que lo había admirado dijo que era un desperdicio, un mago tan brillante como ese, trabajando en una tienda. Aun así, Voldemort no era solo un asistente. Educado, guapo e inteligente, pronto le dieron trabajos especiales del tipo que solo existe en Borgin y Burkes, que se especializa, como sabes Harry, en objetos con propiedades inusuales y poderosas. Voldemort fue enviado a vender esos tesoros, y era sobre todo, especialmente hábil haciendo esto.-

-Ya lo creo que si.- Dijo Harry, incapaz de contenerse.

-Bueno,- Dijo Dumbledore, con una sonrisa.- Y ahora, es tiempo de escuchar a Hokey una Elfo domestico, quien trabajó para una muy vieja y muy rica bruja, llamada Hepzibah Smith.-

Dumbledore tocó la botella con su varita, el corcho salió disparado, y vació el remolino de recuerdos en el pensadero, diciendo – Después de ti Harry.-

Harry se puso de pie y se inclino una vez más sobre el remolino plateado contenido en la vasija de piedra hasta que su cara lo tocó. Giró en medio de la oscuridad y aterrizó en una sala, frente a una mujer muy gorda y vieja que usaba una elaborada peluca y una túnica rosada que le daba el aspecto de un pastel de helado derritiéndose. Estaba mirándose en un pequeño espejo con joyas y aplicándose rubor en sus ya rojas mejillas, mientras el Elfo más pequeño y viejo que Harry había visto le colocaba unas pantuflas de satín en sus pies.

-De prisa, Hokey!- Dijo Hepzibah arrogantemente.- ¡Dijo que vendría a las cuatro, solo faltan unos minutos y nunca ha llegado tarde!-

Hizo a un lado su maquillaje mientras la Elfo se levantaba. La cabeza del Elfo apenas alcanzaba el asiento de la silla de Hepzibah.

-¿Cómo me veo?- Dijo Hepzibah, girando su cabeza para admirar los distintos ángulos de su cara en el espejo.-

-Hermosa, Madam.- Chilló Hokey.

Harry asumió que estaba establecido en el contrato de Hokey que ella debía mentir cuando le hicieran esta pregunta, porque Hepzibah Smith no parecía nada hermosa en su opinión.

El timbre sonó y ambas, ama y Elfa saltaron.

-¡Rápido, rápido, esta aquí Hokey!- Grito Hepzibah y la Elfa salió de la habitación, que estaba tan llena de objetos que era difícil ver como podía alguien abrirse camino sin derribar al menos una docena de cosas: había gabinetes llenos de cajas brillantes, repisas llenas de libros dorados, otras mas de esferas, y muchas plantas florecientes en macetas de cobre. De hecho, la habitación parecía una mezcla entre una tienda de antigüedades y un conservatorio

La Elfo regresó en pocos minutos, seguida por un hombre alto que Harry no tardó en reconocer como Voldemort. Vestía un traje negro, su cabello un poco mas largo de lo que había estado en la escuela y tenia hoyuelos en las mejillas, pero todo esto le sentaba bien, se veía más atractivo que nunca. Se abrió paso entre la atestada habitación con un aire que demostraba que ya la había visitado antes y se inclinó para besar la gorda mano de Hepzibah.

-Te traje flores,- Dijo tranquilo, apareciendo un ramo de rosas de la nada.

-Pícaro, no debiste!- Dijo Hepzibah, aunque Harry notó que ya tenia un florero listo en la mesa mas próxima.- Tu consientes a esta vieja mujer, Tom... siéntate, siéntate... Donde esta Hokey?, ah...-

La Elfo Domestico volvía rápidamente con una charola de pastelillos, que colocó a un costado de su ama.

-Toma los que quieras, Tom.- Dijo Hepzibah.- Se que te encantan mis pasteles. Y ¿como estas?, pareces pálido. Te explotan en esa tienda, lo he dicho un centenar de veces...-

Voldemort sonrió vagamente y Hepzibah rió un poco.

-¿Bueno y, cual es tu excusa para visitarme esta vez?- Preguntó ella, agitando sus pestañas.

-Al Sr. Burke le gustaría hacer una nueva oferta por la armadura hecha por Goblins.- Dijo Voldemort.- Quinientos galeones, el cree que es mas que justo.-

-No, no tan rápido, o creeré que estas aquí solo por mis chucherías!- Dijo Hepzibah con un puchero.

-Me enviaron aquí por ellas.- Dijo Voldemort calmado.- Solo soy un pobre asistente, Madame, que debe hacer lo que le ordenan. El Sr. Burke quiere que averigüe...-

-¡Oh, El Sr. Burke, prrrt!- Dijo Hepzibah, haciendo un desmán- Tengo algo que mostrarte que nunca le he enseñado al Señor Burke!, puedes guardar un secreto, Tom?, me prometes que no le dirás al Sr. Burke lo que tengo?. ¡Nunca me

dejaría en paz si supiera que te lo mostré, y no lo venderé, ni a Burke ni a nadie! Pero tu, Tom, tu lo apreciarás por su historia, no por cuantos galeones puedes obtener por el.-

-Estaré encantado de ver lo que la señorita Hepzibah me muestre- Dijo Voldemort, Hepzibah dio otra risita.

-Ordené a Hokey que lo trajera... ¿Hokey, donde estas? Quiero mostrarle al Sr. Riddle nuestro mejor tesoro... de hecho trae ambos ya que estas en eso...-

-Aquí tiene, Madame- Chilló la elfo, y Harry vio dos cajas de piel, una sobre la otra moviéndose por la habitación como por si mismos, pero el sabia que la pequeña Elfa estaba sosteniéndolos sobre su cabeza mientras pasaba entre las mesas.

-Ahora,- Dijo Hepzibah felizmente, recibiendo las cajas del Elfo, poniéndolas en sus pierna y preparándose a abrir la de arriba.- Creo que te gustará esto, Tom... ¡Oh, si mi familia supiera que te estoy mostrando esto... No pueden esperar para tener esto entre sus manos!-

Abrió la tapa. Harry se movió un poco mas al frente para obtener una mejor vista y vio lo que parecía ser una pequeña taza dorada con dos agarraderas forjadas finamente.

-¿Sabes lo que es esto, Tom? Tómala, dale un buen vistazo!- Susurró Hepzibah mientras Voldemort estiraba su mano con dedos largos y levantaba la taza fuera de sus envolturas de seda. Harry creyó ver un brillo rojo en sus ojos oscuros. Su expresión codiciosa se parecía a la de Hepzibah, excepto que sus diminutos ojos estaban fijos en los atributos de Voldemort.

-Una medalla,- Murmuró Voldemort, examinando el grabado en la taza.- Entonces esto era de...?-

-¡Helga Hufflepuff, como tu bien sabes, chico listo!- Dijo Hepzibah, acercándosele y tomándolo de las mejillas.- ¿No te dije que estaba remotamente relacionada? Esto ha sido pasado entre la familia por años y años. Divina, ¿verdad? Y se supone que contiene toda clase de poderes también, pero no los he probado, solo la mantengo a salvo aquí...-

Tomó la taza de la mano de Voldemort y la depositó de nuevo en su caja, acomodándola de nuevo en su posición con tanto cuidado que no notó la sombra que cruzaba por la cara de Voldemort mientras se la llevaban.

-Bien, ahora,- Dijo alegremente Hepzibah- Donde está Hokey? Ah, ahí estás, llévate eso, Hokey.-

La Elfo obedientemente tomó la caja y Hepzibah puso su atención en una caja más delgada en su regazo.

-Creo que esta te gustará aun más, Tom- Murmuró. -Acércate un poco, mi muchacho, para que puedas ver... Por supuesto Burkes sabe que tengo esto, yo se lo compré y me atrevo a decir que le encantaría recuperarlo cuando yo me haya ido...-

Retiró el broche adornado y abrió la caja. Ahí sobre terciopelo rojo estaba un gran medallón dorado.

Voldemort alargó su mano, esta vez sin haber sido invitado, y lo examinó en la luz.

-La marca de Slytherin- Dijo, mientras la luz dibujaba sobre el medallón una S.

-¡Es correcto!,- Dijo Hepzibah, complacida, aparentemente, al ver a Voldemort admirando su medallón.- Tuve que pagar una pierna y un brazo por él, pero no podía dejarlo pasar, no un verdadero tesoro como ese, tenia que estar en mi colección. Burke lo compró, eso parece, a una mujer de aspecto andrajoso quien parecía haberlo robado y no tenía idea de su verdadero valor...-

No había ningún error esta vez: Los ojos de Voldemort relucían rojos ante estas palabras, y Harry vio sus nudillos ponerse blancos en la cadena del medallón.

-Me atrevo a decir que Burke le pagó una miseria pero aquí lo tienes... Bonito, ¿no? Y de nuevo, toda clase de poderes le son atribuidos, pero yo sólo lo mantengo seguro y reluciente...-

Se estiró para tomar de vuelta el medallón. Por un momento Harry creyó que Voldemort no lo soltaría, pero luego se había deslizado entre sus dedos y estaba de vuelta en su cojín de terciopelo rojo.

-¡Así que, aquí tienes, listo, y espero que te haya gustado!.-

Lo miró directamente en la cara y por primera vez Harry vio vacilar su tonta sonrisa.

-¿Te sientes bien, querido?-

-Oh si, - Dijo Voldemort.- Si, estoy muy bien...-

-Creí que, una ilusión óptica, supongo...- Dijo Hepzibah acobardada, y Harry pensó que ella también había visto ese destello rojo en los ojos de Voldemort. –

Ven, Hokey, llévate esto y guárdalos de nuevo... los encantamientos acostumbrados...-

-Tiempo de partir, Harry,- Dijo Dumbledore, y cuando el elfo se alejaba con las cajas, Dumbledore tomó a Harry una vez mas por encima del hombro, se elevaron a través de la oscuridad y estaban de nuevo en el despacho de Dumbledore.

-Hepzibah Smith murió dos días después de esa pequeña escena,- Dijo Dumbledore, tomando asiento de nuevo, indicándole a Harry que hiciera lo mismo. -Hokey fue condenada por el ministerio por haberle dado a beber a su ama chocolate envenenado una noche por accidente.-

-De ningún modo!- Dijo Harry enojado.

-Creo que pensamos lo mismo,- Dijo Dumbledore.- Verdaderamente, hay algunas similitudes entre esta muerte y la que ocurrió con los Riddle. En ambos casos, alguien mas fue declarado culpable, alguien que tenia un claro recuerdo de haber cometido el asesinato.

-¿Hokey confesó? –

-Recordó haber puesto algo en la bebida de su ama que resulto no ser azúcar, sino una letal y poco conocida poción, - Dijo Dumbledore.- se concluyó que ella no pretendía hacerlo, pero estando vieja y confundida...-

-¡ Voldemort modificó su memoria, justo como lo hizo con Morfin!.

-Si, esa es también mi conclusión,- Dijo Dumbledore.- Y, como con Morfin, el ministerio estaba predispuesto a sospechar de Hokey.-

-Porque ella era un Elfo doméstico,- Dijo Harry. No se había sentido tan identificado con la sociedad que Hermione había creado, P.E.D.D.O.

-Precisamente,- Dijo Dumbledore. – Ella era vieja, admitió haberse confundido con la bebida de su ama, y nadie en el ministerio se molestó en investigar un poco más. Y como en el caso de Morfin, cuando la había localizado y logré extraerle este recuerdo, su vida estaba casi por terminar, pero su memoria por supuesto, prueba que Voldemort sabia de la existencia de la taza y el medallón.-

-Para cuando habían condenado a Hokey, la familia de Hepzibah se había dado cuenta de que faltaban dos de sus más apreciados tesoros. Les tomó un tiempo cerciorarse de esto, ya que tenia muchos lugares en los cuales esconderlos, pues siempre había guardado muy bien su colección. Pero antes de que estuvieran

completamente seguros de que faltaban la taza y el medallón, el asistente que había trabajado en Borgin y Burkes, el joven que había visitado a Hepzibah regularmente y la había tratado tan bien, había renunciado a su puesto y desaparecido. Sus superiores no tenían idea de a donde se había ido, estaban tan sorprendidos como todos por su desaparición. Y eso fue lo ultimo que se supo de Tom Riddle por un largo tiempo.-

-Ahora,- Dijo Dumbledore.- si no te molesta, Harry, quiero hacer otra pausa para atraer tu atención hacia ciertos puntos de la historia. Voldemort había cometido otro asesinato, aunque este fuera el primero desde que mato a los Riddle. No lo sé, pero creo que así fue. Esta vez, como habrás visto, mató no por venganza, sino por provecho. quería los dos extraordinarios trofeos que le había mostrado esa pobre mujer. Justo como había robado a los otros chicos en el orfanato, justo como había robado el anillo de su tío Morfin, así que esta vez corrió con la taza y el medallón de Hepzibah.-

-Pero,- Dijo Harry.- parece extraño... arriesgando todo, renunciando a su trabajo, solo por esos...-

-Extraño para ti, tal vez, pero no para Voldemort.- Dijo Dumbledore.- Espero que pronto entiendas lo que esos objetos significaban para él Harry, pero debes admitir que no es difícil imaginar que el veía el medallón como suyo por derecho.-

-El medallón tal vez, pero ¿por que la taza también?- Dijo Harry.

-Había pertenecido a otro de los fundadores de Hogwarts,- Dijo Dumbledore.- Creo que aun sentía algo profundo por la escuela y que no podía resistirse a un objeto tan implicado en la historia de Hogwarts. Creo que había otras razones... espero ser capaz de demostrártelas a su debido tiempo.-

-Y ahora por el último recuerdo que tengo para mostrarte, al menos hasta que consigas obtener el recuerdo del Profesor Slughorn para nosotros. 10 años separan el recuerdo de Hokey de este, diez años en los que solo podemos adivinar lo que estaba haciendo Lord Voldemort...- Harry se puso de pie otra vez, mientras Dumbledore vaciaba el último recuerdo dentro del pensadero.

-De quien es este recuerdo?- Preguntó.

–Mío.- Dijo Dumbledore.

Y Harry se sumergió tras Dumbledore a través de los remolinos de líquido plateado, aterrizando en la misma oficina que acababa de dejar. Ahí estaba Fawkes dormitando en su sitio, y ahí detrás del escritorio estaba Dumbledore, quien parecía muy similar al que estaba junto a Harry, aunque sus manos estaban perfectas y sanas y su cara, quizá, menos marcada. La única diferencia entre el

despacho del presente y éste era que en el pasado estaba nevando, copos caían por la ventana en la oscuridad.

El joven Dumbledore parecía estar esperando algo y unos momentos después de su llegada, tocaron a la puerta y dijo, -Adelante.-

Harry dejó salir un pequeño grito ahogado. Voldemort había entrado en la habitación. Sus facciones no eran las que había visto salir del gran caldero de piedra casi dos años atrás, no era como de serpiente, los ojos aun no eran rojos, la cara no parecía una mascara, pero ya no era el atractivo Tom Riddle. Era como si sus facciones hubieran sido quemadas y borradas; parecían de cera y desfiguradas, y los ojos ahora tenían una permanente mirada sangrienta, aunque las pupilas aun no eran las rendijas en las cuales Harry sabia se convertirían. Estaba usando una túnica larga y negra, y su cara estaba tan pálida como la nieve en sus hombros.

El Dumbledore detrás del escritorio no mostró sorpresa alguna. Evidentemente la visita había sido concertada previamente.

-Buenas noches, Tom- Dijo Dumbledore.- ¿Te sentarás?-

-Gracias. – Dijo Voldemort, y tomó el asiento que Dumbledore le había indicado, el mismo, aparentemente, que Harry acababa de dejar en el presente. – Escuché que se había convertido en el director,- Dijo, y su voz era un poco mas fuerte fría de lo que había sido.- Una buena decisión.-

-Estoy contento de que lo apruebes,- Dijo Dumbledore, sonriendo.- ¿Puedo ofrecerte una bebida?-

-Seria muy agradable,- Dijo Voldemort.- He recorrido un largo camino.-

Dumbledore se puso de pie y se dirigió al estante donde ahora guardaba el pensadero, pero que entonces estaba lleno de botellas. Habiendo entregado una copa de vino a Voldemort y servido una para él, regresó al asiento detrás del escritorio...

-Así que, Tom... ¿A que debo el placer?-

Voldemort no contestó de inmediato, dio un pequeño sorbo a su vino.

-Ya no me llaman Tom, - Dijo.- Ahora soy conocido como...-

-Se como te llaman,- Dijo Dumbledore, sonriendo.- Pero para mi, me temo que siempre serás Tom Riddle. Es una de las cosas que molestan de los viejos

maestros, creo que nunca olvidan los comienzos de sus alumnos cuando eran jóvenes.-

Alzó su copa como brindando por Voldemort, cuya expresión no cambió.

Aun así, Harry sintió la atmósfera cambiar súbitamente, que Dumbledore no usara el nombre elegido por Voldemort era rehusarse a permitir que Voldemort escogiera los términos de la reunión, y Harry sintió que Voldemort lo tomó de esta manera.

-Me sorprende que haya permanecido aquí por tanto tiempo,- Dijo Voldemort después de una pequeña pausa.- Siempre me pregunté por qué un mago como usted nunca quiso abandonar la escuela.-

-Bueno,- Dijo Dumbledore, aun sonriendo.- Para un mago como yo, no puede haber nada más importante que la enseñanza de viejas habilidades, ayudar a afilar las mentes jóvenes. Si recuerdo bien, alguna vez estuviste atraído por enseñar también.-

-Aun me interesa.- Dijo Voldemort.- Me preguntaba por que usted... a quien le ha pedido consejo el ministerio tan seguido, y a quien le han ofrecido dos veces el puesto de Ministro, creo...-

-Tres veces en la última cuenta, de hecho.- Dijo Dumbledore. – Pero el Ministerio nunca me atrajo como carrera. De nuevo, algo que tenemos en común, supongo.-

Voldemort inclino la cabeza, sin sonreír, y tomó otro sorbo de vino. Dumbledore no rompió el silencio entre ellos, esperó, cortésmente, a que Voldemort hablara primero.

-He regresado, - Dijo, después de un momento.- Mas tarde lo que el Profesor Dippet esperaba... pero he regresado, de cualquier manera, a solicitar de nuevo lo que una vez me dijo que era muy joven para tener. He regresado a solicitarle que me permita volver a este castillo, a enseñar. Creo que debe saber todo lo que he visto y hecho desde que dejé este lugar. Puedo mostrarles y platicarles a sus estudiantes cosas que no podrían obtener de ningún otro mago.-

Dumbledore pensó un poco acerca de Voldemort mirando su propia copa por un tiempo antes de hablar.

-Si, se bien lo que has hecho y visto desde que nos dejaste,- Dijo calmadamente.- Rumores de tus obras han alcanzado tu vieja escuela, Tom. Me daría pena creer la mitad de ellos.-

La expresión de Voldemort no cambió mientras dijo; - La grandeza inspira envidia, la envidia engendra rencor, el rencor produce mentiras. Usted debe saber esto, Dumbledore.-

-¿Llamas grandeza lo que has estado haciendo?- Preguntó Dumbledore delicadamente.

-En efecto,- Dijo Voldemort, y sus ojos parecían de un rojo ardiente. – He experimentado, he forzado los limites de la magia mas allá de lo que han sido forzados.-

-De algunos tipos de magia,- Lo corrigió Dumbledore.- De algunos. De otros, tu permaneces... discúlpame... desastrosamente ignorante.-

Voldemort sonrió por primera vez. Tenía una mirada maliciosa, que parecía mas una mirada de furia.

-El viejo argumento,- Dijo lentamente.- Pero nada de lo que he visto en el mundo ha respaldado sus ideas de que el amor es mas poderoso que mi tipo de magia. Dumbledore.-

-Quizá has estado buscando en los lugares equivocados,- Sugirió Dumbledore.

-Bien, entonces, ¿qué mejor lugar para comenzar mi nueva búsqueda que aquí, en Hogwarts?- Dijo Voldemort.- ¿Dejará que regrese? ¿Me dejará compartir mis conocimientos con sus estudiantes? Pongo mi persona y mis conocimientos a su servicio. Estoy a sus ordenes.-

Dumbledore levanto las cejas. – ¿Y que seria de aquellos a los que tu ordenas? ¿que pasará con aquellos que se llaman a si mismos – o así dice el rumor –Los Mortifagos? –

Harry sabia que Voldemort no esperaba que Dumbledore conociera este nombre; vio el destello rojo en los ojos de Voldemort de nuevo.

-Mis amigos,- Dijo, después de una pausa,- Seguirán conmigo, estoy seguro.-

-Me agrada saber que los consideras amigos,- Dijo Dumbledore.- Tenia la impresión de que eran mas tus sirvientes.-

-Está equivocado,- Dijo Voldemort.

-Entonces, si yo fuera a la "Cabeza de puerco" esta noche, no encontraría un grupo de ellos,- Nott, Rosier, Muldber, Dolohov- ¿esperando tu regreso? Fieles estos amigos en realidad, para viajar tan lejos contigo en una noche nevada, solo para desearte suerte mientras intentas conseguir un puesto de maestro. -No podía haber duda, de que el hecho que Dumbledore supiera exactamente con quienes estaba viajando, era muy poco agradable para Voldemort, pero lo disimuló casi de inmediato.

-Sabe de todo, como siempre, Dumbledore.-

-Oh, no, solo amigo del cantinero local,- Dijo Dumbledore.- Bien, Tom...-

Dumbledore hizo a un lado su copa vacía, se reclino en el sillón, juntando la punta de sus dedos, en su gesto característico.

-Hablemos francamente. ¿Por que has venido aquí esta noche, rodeado de secuaces, a pedir un trabajo que ambos sabemos no deseas?-

-Voldemort parecía sorprendido.- ¿Un trabajo que no deseo?. Al Contrario lo deseo mucho.-

-Oh, quieres volver a Hogwarts, pero no quiere enseñar nada más de lo que querías enseñar cuando tenías 18. ¿Que es lo que buscas, Tom? ¿Por qué no tratar una solicitud directa por una vez?-

-Voldemort lo miró con desprecio. – Si no quiere darme el trabajo...-

-Por supuesto que no.- Dijo Dumbledore.- Y no creo que por un momento hayas pensado que lo haría. Aun así, viniste aquí, preguntaste, debiste tener un propósito.-

Voldemort se puso de pie. Dejó de parecerse a Tom Riddle mas que nunca, incluso sus facciones se movían de rabia. – ¿Esta es su ultima palabra?-

-Lo es.- Dijo Dumbledore, también levantándose.

-Entonces no tenemos nada mas que decirnos.-

-No, Nada.- Dijo Dumbledore y una gran tristeza invadió su rostro.- Ha pasado mucho tiempo desde que podía atemorizarte con un ropero en llamas y forzarte a reparar tus crímenes. Pero desearía poder, Tom... desearía poder...-

Por un momento Harry estuvo a punto de gritar una advertencia sin sentido: Estaba seguro que la mano de Voldemort se había dirigido hacia su

bolsillo y su varita, pero luego ese momento había pasado, Voldemort había dado media vuelta, la puerta se cerraba y se había ido.

Harry sintió la mano de Dumbledore cerrarse sobre sus hombros otra vez unos momentos después, estaban de pie en casi el mismo sitio, pero no había nieve en la ventana, y la mano de Dumbledore estaba ennegrecida y parecía muerta una vez mas.

-¿Por qué?- Dijo Harry de repente, viendo a Dumbledore a la cara.- ¿Por qué regresó? ¿Logró averiguarlo? –

-Tengo algunas ideas,- Dijo Dumbledore.- Pero nada mas que eso.-

-¿Que ideas, Señor?-

-Te lo diré cuando hayas obtenido ese recuerdo de la memoria del Profesor Slughorn.- Dijo Dumbledore. -Cuando tengas esa ultima pieza del rompecabezas, todo estará, espero, claro... para los dos.-

Harry seguía teniendo mucha curiosidad y aunque Dumbledore había caminado hacia la puerta y la mantenía abierta para él, no se movió.

-¿Estaba tras el puesto de Defensa Contra las Arte Oscuras otra vez? El no mencionó...-

-Oh, definitivamente quería el puesto de Defensa Contra las Artes Oscuras,- Dijo Dumbledore. – Lo que sucedió después de nuestra reunión lo probó. Nunca hemos podido mantener un profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras por mas de un año desde que me rehusé a otorgárselo a Voldemort.-

Capitulo 21: La Habitación Desconocida

Harry exprimió su cerebro la siguiente semana en cuanto a como debía persuadir a Slughorn para que entregue la verdadera memoria, pero nada ocurrió en sus neuronas y se limitó a hacer lo que hacía cada vez mas seguido en estos días cuando tenia un problema: leer su libro de pociones, esperando que el Príncipe hubiera escrito algo útil en un margen, así como lo había hecho tantas veces antes.

-No vas a encontrar nada ahí- dijo Hermione firmemente la tarde del domingo.

-No empieces Hermione- dijo Harry- Si no fuera por el Príncipe, Ron no estaría sentado aquí ahora.

-Lo estaría si hubieras escuchado a Snape en nuestro primer año- dijo Hermione cortante.

Harry la ignoró. Acababa de encontrar un encantamiento (¡Sectum-sempra!) garabateado en un margen sobre las intrigantes palabras "Para enemigos" y estaba tentado a probarlo pero pensó que era mejor no hacerlo enfrente de Hermione. En lugar de eso, dobló cuidadosamente la esquina de la página. Estaban sentados junto al fuego en la sala común, los únicos otros despiertos eran unos de sexto. Habían tenido una impresión fuerte temprano, cuando regresaron de la cena, al encontrar una nueva noticia en el tablero de anuncios que decía la fecha de su examen de Aparición. Aquellos que tuvieran diecisiete años o los cumplieran antes de la fecha para la primera prueba, el 21 de Abril, tenían la opción de inscribirse para una sesión de práctica adicional que tendría lugar (bajo mucha supervisión) en Hogsmeade.

Ron se asustó al leer esta noticia, aún no había logrado desaparecerse y tenía miedo de no estar listo para la prueba. Hermione, que ya se había aparecido dos veces, tenía un poco mas de seguridad, pero Harry, que no cumpliría diecisiete hasta dentro de cuatro meses, no podría tomar la prueba estuviese listo o no.

-¡Al menos tú te puedes aparecer! – Dijo Ron molesto- ¡No tendrás problemas en Julio!

-Sólo lo he hecho una vez- le recordó Harry, finalmente había logrado desaparecer y rematerializarse dentro de un aro durante su lección anterior.

Habiendo perdido mucho tiempo preocupándose sobre la aparición, Ron ahora estaba luchando por terminar un ensayo terriblemente difícil para Snape, que Harry y Hermione ya habían acabado. Harry esperaba recibir una baja calificación en el suyo, por que estaba en desacuerdo con Snape sobre la mejor

manera de enfrentarse a los dementores, pero no le importaba: la memoria de Slughorn era lo más importante para él en estos momentos.

-Te digo, ¡el estúpido Príncipe no va a ser capaz de ayudarte con esto Harry!- dijo Hermione casi a gritos- Solo hay una manera de obligar a alguien a hacer lo que quieres, y es con la maldición Imperius que es ilegal.

-Si, ya lo se, gracias- dijo Harry sin dejar de mirar el libro. –Por eso estoy buscando algo diferente. Dumbledore dijo que Veritaserum no lo hará, pero debe haber algo mas, una poción o un hechizo...

-Lo estás haciendo de la manera equivocada- dijo Hermione- Solo tu puedes conseguir la memoria, Dumbledore lo dijo. Eso debe significar que puedes persuadir a Slughorn donde otras personas no pueden, no es cuestión de darle una poción, cualquiera puede hacer eso.

-¿Como deletreas 'beligerante'? dijo Ron, sacudiendo fuertemente su pluma mientras veía su pergamino. –No puede ser B—E—N.

-No, así no es- dijo Hermione tomando el ensayo de Ron. –Y 'augurio' no empieza A—G—U. ¿Qué clase de pluma estas usando?

-Es una de las plumas correctoras de ortografía de Fred y George, pero creo que el encantamiento debe de haberse terminado.

-Si, eso creo- dijo Hermione, señalando el titulo del ensayo- por que nos pidieron cómo enfrentarse a dementores, no a 'Dug-bogs' y tampoco recuerdo que hayas cambiado tu nombre a 'Ronil Wazlib'.

-Ah ¡no!- dijo Ron viendo con horror su pergamino.- ¡No me digas que tengo que escribirlo todo de nuevo!

-Está bien, podemos arreglarlo- dijo Hermione, tomando el ensayo y sacando su varita.

-Te amo Hermione- dijo Ron recostándose en su silla y frotando sus ojos de cansancio. Hermione se sonrojó un poco, pero simplemente dijo. -No dejes que Lavender te oiga diciendo eso.

-No- dijo Ron. -O tal vez si, así ella me dejará.

-¿Por que no la dejas tú a ella si quieres terminar con eso?- preguntó Harry

-Tú nunca has terminado con alguien, ¿Verdad? -dijo Ron- Tú y Cho solo...

-Acordamos separarnos, si- dijo Harry

-Desearía que eso pasara conmigo y Lavender- dijo Ron con tristeza, viendo a Hermione golpear en silencio cada una de las palabras mal escritas con la punta de su varita, de modo que se corrigieran en la página. –Pero entre más indirectas mando para terminar, mas trata de mantener esto. Es como salir con el calamar gigante.

-Ahí esta- dijo Hermione unos veinte minutos después devolviéndole a Ron su ensayo.

-Muchas gracias- dijo Ron. -¿Puedo tomar prestada tu pluma para la conclusión?

Harry, que no había encontrado nada útil en las notas del Príncipe Mestizo, vio a su alrededor, ellos tres eran los únicos que quedaban en la sala común, Seamus acababa de irse a la cama maldiciendo a Snape y a su ensayo. Los únicos sonidos eran el crujir del fuego y Ron escribiendo el último párrafo sobre dementores usando la pluma de Hermione. Harry acababa de cerrar el libro del Príncipe Mestizo bostezando, cuando...

¡Crack!

Hermione dejo salir un pequeño grito, Ron derramó tinta sobre todo su recién terminado ensayo y Harry dijo- ¡Kreacher!

El elfo doméstico se agachó y dirigió su mirada hacia los torcidos dedos de sus pies. –El amo dijo que quería informes regulares sobre lo que está haciendo el chico Malfoy, así que Kreacher ha venido a dárselos.

¡Crack!

Dobby apareció a lado de Kreacher, su sombrero de cubre tetera se inclinó.

– ¡Dobby ha estado ayudando también, Harry Potter!- chilló, dándole a Kreacher una mirada de resentimiento-¡Y Kreacher debió decirle a Dobby que venía a ver a Harry Potter para que ellos pudieran hacer sus reportes juntos!

-¿Qué es esto?- preguntó Hermione, aun viéndose impresionada por sus repentinas apariciones. -¿Qué esta pasando Harry?- Harry vaciló antes de contestarle, porque no le había dicho nada a Hermione acerca de haberles asignado a Kreacher y Dobby que vigilaran a Malfoy, los elfos domésticos eran siempre materia sensible para ella.

-Bueno... ellos han estado siguiendo a Malfoy por mí- dijo.

-Día y noche- dijo Kreacher con voz ronca.

-¡Dobby no ha dormido en una semana, Harry Potter!- dijo Dobby con orgullo balanceándose en su lugar. Hermione se vio indignada.

-¿No has dormido Dobby?, pero Harry, seguro tu no le dijiste que no...

-No, claro que no lo hice- dijo Harry rápidamente. –Dobby, puedes dormir, ¿Está bien? ¿Pero alguno de ustedes descubrió algo?- se apresuró en preguntar, antes de que Hermione interviniera de nuevo.

-El amo Malfoy se mueve con una nobleza que recuerda su sangre pura- dijo Kreacher al momento. –Sus características recuerdan a los finos huesos de mi señora y sus modales son los de...

-¡Draco Malfoy es un chico malo!- chilló Dobby enojado. -Un chico malo que... que..- se estremeció desde el borde de su cubre tetera hasta los dedos en sus calcetines y entonces corrió hacia el fuego como si pensara meterse en el. Harry, a quien esto no le era totalmente inesperado, lo atrapó por la mitad y lo sostuvo con rapidez. Dobby luchó por unos segundos y después se calmó.

-Gracias Harry Potter- jadeó. -Dobby aun encuentra difícil hablar de sus antiguos amos- Harry lo soltó, Dobby alisó su cubre tetera y dijo desafiante a Kreacher.

-¡Pero Kreacher debería saber que Draco Malfoy no es un buen amo para un elfo doméstico!

-Si, no necesitamos oír sobre ti estando enamorado de Malfoy- le dijo Harry a Kreacher –Vamos directamente a los lugares donde está pasando el tiempo estos días.

Kreacher se enderezó, se veía furioso y después dijo, -El amo Malfoy come en el Gran Comedor, duerme en un dormitorio en la mazmorra, asiste a sus clases en una variedad de...

-Mejor me lo dices tú, Dobby- dijo Harry apartando a Kreacher- ¿Ha estado yendo a algún lugar que no debería?

-Harry Potter, señor- chilló Dobby, sus grandes ojos brillaban a la luz del fuego, -El Amo Malfoy no está rompiendo ninguna regla que Dobby sepa, pero el es hábil al evitar una detención. Ha estado haciendo visitas con regularidad al

séptimo piso, con algunos otros estudiantes, que se quedan vigilando mientras el entra...

-¡El Cuarto de los Menesteres!- dijo Harry, golpeándose en la frente con el libro de Pociones Avanzadas. Hermione y Ron lo miraron con interés. – ¡Ahí es donde se ha estado escabullendo! Ahí es donde esta haciendo.... ¡lo que sea que esté haciendo! Y apuesto que por eso es que está desapareciendo del mapa, pensándolo bien, ¡nunca he visto el Cuarto de los Menesteres en él!

-Tal vez los merodeadores nunca supieron que el cuarto estaba ahí- dijo Ron.

-Creo que eso es parte de la magia del cuarto- dijo Hermione- si necesitas que sea invisible, lo será.

-Dobby, ¿has intentado entrar a echar un vistazo a lo que Malfoy esta haciendo?- dijo Harry con impaciencia.

-No, Harry Potter, eso es imposible- dijo Dobby.

-No, no lo es- dijo Harry al momento. –Malfoy entró en nuestro cuartel general el año pasado, así que yo conseguiré entrar y espiarlo, no hay problema.

-Pero no creo que lo hagas Harry- dijo Hermione despacio. -Malfoy sabía exactamente para que estábamos usando el cuarto, ¿verdad?, por que la estúpida de Marieta había hablado. El necesitaba que el cuarto se convirtiera en el cuartel del Ejército de Dumbledore y así fue. Pero tu no sabes en que se convierte el cuarto cuando Malfoy va a él, así que no sabes en qué pedirle que se transforme.

-Deberá de haber alguna manera- dijo Harry despreocupadamente. –Lo hiciste muy bien Dobby.

-Kreacher también lo hizo bien- dijo amablemente Hermione, pero lejos de parecer agradecido, Kreacher volteó sus enormes y ensangrentados ojos y dijo mirando el techo, -La sangre sucia le está hablando a Kreacher, Kreacher finge que no escucha...

-Vete de aquí- le dijo Harry bruscamente, y Kreacher hizo un último giro y desapareció.

–Será mejor que tú también te vayas y duermas un poco Dobby.

- ¡Gracias, Harry Potter, señor!- chilló felizmente Dobby y también desapareció.

-¿Qué tan bueno es esto?- dijo entusiasmado Harry volteándose hacia Ron y Hermione al momento que la sala estaba nuevamente libre de elfos. -¡Sabemos a dónde esta yendo Malfoy! ¡Ahora lo tenemos atrapado!

-Si, ¡es genial!- dijo Ron sin muchos ánimos, quien estaba intentando limpiar el montón de tinta que durante la charla se había derramado por casi todo su ensayo. Hermione lo acercó hacia ella y empezó a quitarle la tinta con su varita.

-Pero ¿que es todo eso de que el vaya ahí con varios estudiantes?- dijo Hermione. -¿Cuántas personas están en eso? No pensarás que confía en muchos de ellos para que sepan lo que esta haciendo...

-Si, eso es raro- dijo Harry con el ceño fruncido. –Lo escuche diciéndole a Crabbe que no era asunto suyo lo que estaba haciendo... así que, qué hace diciéndole a todos estos... a todos estos...- la voz de Harry iba disminuyendo, estaba parado frente al fuego. –Dios, que tonto he sido- dijo suavemente. -Es obvio, ¿verdad? Había un gran caldero de eso abajo en la mazmorra. Él pudo haber robado un poco en cualquier momento durante la clase...

-¿Robado que?- pregunto Ron.

-Poción Multijugos. El robo un poco de la Poción Multijugos, Slughorn nos la mostró en nuestra primera lección de Pociones... No hay varios estudiantes haciendo guardia a Malfoy... son solo Crabbe y Goyle como siempre... si, ¡eso tiene sentido!- dijo Harry dando saltos y caminando de un lado a otro frente al fuego.

–Son lo suficientemente tontos para hacer lo que les diga aunque él no piensa decirles en lo que anda, pero no quiere que sean vistos merodeando afuera del Cuarto de los Menesteres, así que les da Poción Multijugos para hacer que se vean como otras personas... Esas chicas con las que lo vi cuando se perdió el juego de Quidditch... ja, ¡Crabbe y Goyle!

-Quieres decir- dijo Hermione con voz silenciosa. –que esa pequeña niña a la que le arreglé su balanza...?

-Si, ¡Claro!- dijo Harry fuertemente dirigiéndose a ella. -¡Claro! Malfoy debió estar dentro del cuarto en ese momento, así que ella... ¿qué estoy diciendo?... él dejo caer la balanza para decirle a Malfoy que no saliera, ¡por que había alguien ahí! ¡Y también estaba esa chica que dejó caer el los huevos de rana! ¡Hemos estado pasando por donde estaba todo el tiempo sin darnos cuenta!

-¿Así que Crabbe y Goyle se transformen en chicas?- dijo a carcajadas Ron. –Por eso es que no se ven muy contentos estos días. Me sorprende que no lo hayan mandado a la porra.

-Bueno, no lo harían, ¿verdad?, si les ha mostrado su marca tenebrosa- dijo Harry.

-Mmmm... No sabemos si esa marca tenebrosa existe.- dijo Hermione con escepticismo, enrollando el ensayo seco de Ron antes de que se dañara de nuevo y dándoselo.

-Ya veremos- dijo Harry con seguridad.

-Si, veremos- dijo Hermione, poniéndose de pie y estirándose. –Pero Harry, antes que te emociones, aun pienso que no podrás entrar al Cuarto de los Menesteres sin antes saber que hay ahí, y no creo que debas olvidar,- subió su mochila al hombro y le dirigió a Harry una mirada severa- que se supone que tu estas concentrándote en conseguir esa memoria de Slughorn. Buenas noches.

Harry la vio irse, sintiéndose un poco contrariado. Una vez que cerró la puerta del dormitorio de las chicas detrás de ella se volvió hacia Ron -¿Qué piensas?

-Me gustaría desaparecer como un elfo doméstico- dijo Ron mirando hacia la mancha en donde Dobby había desaparecido. –Tendría el examen de Aparición en la palma de la mano.

Harry no durmió bien esa noche. Permaneció despierto lo que le parecieron horas, preguntándose para que estaba usando Malfoy el Cuarto de los Menesteres y que sería lo que él, Harry, vería cuando fuera al día siguiente, a pesar de lo que hubiera dicho Hermione, Harry estaba seguro de que si Malfoy había podido ver el cuartel del Ejército de Dumbledore, él también podría ver el de Malfoy, ¿qué podrá ser?, ¿un lugar de reunión? ¿Un escondite? ¿Un taller? La mente de Harry trabajaba de manera constante y sus sueños, cuando finalmente cayó dormido, fueron interrumpidos y perturbados por imágenes de Malfoy, que se transformaba en Slughorn, que a su vez se transformaba en Snape...

Harry estaba en un estado de gran expectación durante el desayuno a la mañana siguiente, tenía una hora libre antes de Defensa contra las Artes Oscuras y estaba decidido a usarla tratando de entrar en el Cuarto de los Menesteres. Hermione ostentaba mostrarse desinteresada en sus planes de entrar forzosamente en el Cuarto, lo que molestaba a Harry, pues sabia que ella podría ser de gran ayuda si lo quisiera.

-Miren- dijo suavemente, inclinándose y señalando El Profeta, que ella acababa de tomar de una lechuza, para impedirle que lo abriera y desapareciera detrás de el. –No me he olvidado de Slughorn, pero no tengo idea de cómo conseguir esa memoria, y hasta que tenga una idea, ¿por qué no debo averiguar que esta haciendo Malfoy?

-Ya te lo he dicho, necesitas persuadir a Slughorn- dijo Hermione. –No es cuestión de engañarlo o hechizarlo, o Dumbledore pudo haberlo hecho en un segundo. En lugar de estar perdiendo el tiempo afuera del Cuarto de los Menesteres- tiró de El Profeta fuera de la mano de Harry y lo abrió en la primera pagina- deberías ir y encontrar a Slughorn y empezar a interesarte en su verdadera naturaleza.

-¿Alguien que conozcamos...?- pregunto Ron, mientras Hermione veía los encabezados.

-¡Si!- dijo Hermione, causando que Harry y Ron se ahogaran con su desayuno. -Pero esta bien, no esta muerto... es Mundungus, ¡ha sido arrestado y enviado a Azkaban! Algo acerca de utilizar un Inferius durante un intento de robo y alguien llamado Octavius Pepper ha desaparecido. Oh, y que horrible, un niño de nueve años ha sido arrestado por tratar de matar a sus abuelos, piensan que estaba bajo la maldición Imperius.

Terminaron de desayunar en silencio. Hermione se fue inmediatamente a su clase de Runas, Ron se fue a la Sala Común, donde aún tenia que terminar su conclusión del ensayo de Snape sobre dementores y Harry se fue al corredor del séptimo piso y se dirigió a la pared opuesta al tapiz de Barnabás el Chiflado enseñando a trolls a bailar ballet.

Harry se puso su Capa Invisible una vez que se encontró solo en el pasillo, pero no necesitaba hacerlo. Cuando llego al lugar al que se dirigía lo encontró desierto. Harry no estaba seguro si sus probabilidades de entrar en el cuarto eran mayores si Malfoy estaba dentro o no, pero al menos su primer intento no iba a ser aún mas complicado por la presencia de Crabbe o Goyle pretendiendo ser alguna chica de 11 años.

Cerró los ojos al llegar al lugar donde la puerta del Cuarto de los Menesteres se ocultaba. Sabía qué tenía que hacer, se había convertido en un experto el año pasado. Concentrándose con todas sus fuerzas pensó 'Necesito ver qué es lo que Malfoy hace aquí... Necesito ver qué es lo que Malfoy hace aquí... Necesito ver qué es lo que Malfoy hace aquí...'

Paso tres veces frente a donde se ocultaba la puerta, entonces, con su corazón latiendo de entusiasmo, abrió sus ojos para presenciarlo... pero aun

estaba viendo una pared totalmente en blanco. Avanzó e intento darle un empujón. La piedra era sólida e inflexible.

-Esta bien- dijo Harry en voz alta- Esta bien... pensé la cosa equivocada.- Se detuvo un momento y luego se alejó de nuevo, con los ojos cerrados, concentrándose tanto como podía. –Necesito ver el lugar al que Malfoy ha estado viniendo en secreto... Necesito ver el lugar al que Malfoy ha estado viniendo en secreto.- Después de dar tres vueltas, abrió los ojos esperando ver algo.

No había ninguna puerta.

-Oh, sal de ahí- le dijo enojado a la pared- Esa era una orden clara. Bueno.- Pensó seriamente por algunos minutos antes de intentarlo una vez más. –Necesito que te conviertas en el lugar que te conviertes para Draco Malfoy...

No abrió los ojos inmediatamente, cuando termino de dar algunas vueltas, escuchó con atención, como si pensara que la puerta haría algún ruido al aparecer. Abrió los ojos.

Aún no había ninguna puerta.

Harry maldijo. Alguien gritó. Miro a su alrededor para ver a una manada de primer año que corrían detrás de la esquina, aparentemente asustados de haber encontrado a un fantasma particularmente grosero.

Harry intentó decir de todas las maneras que se le ocurrieron 'Necesito ver lo que Draco Malfoy está haciendo ahí dentro' por una hora completa, y al final tuvo que aceptar que Hermione podía tener razón: El cuarto simplemente no quería abrirse para él. Frustrado y molesto se puso en camino a su clase de Defensa contra las Artes Oscuras, metiendo su capa invisible en la mochila mientras se iba de ahí.

-Tarde de nuevo, Potter- dijo fríamente Snape, cuando Harry se apresuró a entrar en el salón iluminado por velas. –Diez puntos menos para Gryffindor.

Harry miró molesto a Snape mientras se tiró en un asiento a lado de Ron. La mitad de la clase aún estaba de pie, sacando libros y ordenando sus cosas, no pudo haber llegado mucho mas tarde que ninguno de ellos.

-Antes de empezar, quiero sus ensayos sobre dementores- dijo Snape agitando suavemente su varita, y veinticinco pedazos de pergamino volaron por el aire y aterrizaron en una ordenada pila en su escritorio. – Y espero por su bien que sean mejores que la incompetencia que tuve que aguantar sobre cómo resistirse a

la maldición Imperius. Ahora, si abren todos sus libros en la página... ¿Qué pasa señor Finnigan?

-Señor- dijo Seamus- Me he estado preguntando, ¿Podría decirme cual es la diferencia entre un Inferius y un fantasma? Porque había algo en el periódico sobre un Inferius...

-No, no lo había.- dijo Snape con voz de aburrimiento.

-Pero señor, escuché a alguien hablando...

-Si usted ha leído el artículo en cuestión, Señor Finnigan, debería saber que el llamado Inferius no era más que un apestoso y soplón ladrón de nombre Mundungus Fletcher.

-Pensé que Snape y Mundungus eran del mismo bando.- murmuró Harry a Ron y Hermione – ¿No debería estar molesto por el arresto de Mundungus...?

-Pero al parecer Potter tiene mucho que decir en la materia- dijo Snape, señalando repentinamente al fondo del salón, sus ojos negros fijos en Harry – Déjenos preguntarle Potter cual es la diferencia entre un Inferius y un fantasma.

La clase entera miraba a Harry, que rápidamente intentó recordar lo que le dijo Dumbledore la noche que fueron a visitar a Slughorn. –Eh... bien... los fantasmas son transparentes...- dijo.

-Oh, muy bien- interrumpió Snape, con los labios torcidos. –Si, es fácil ver que casi seis años de educación mágica no han sido desperdiciados en usted, Potter. 'Los fantasmas son transparentes'.

Pansy Parkinson dejó salir una risita aguda. Muchos otros sonreían con satisfacción. Harry tomó aire y continuó tranquilamente, aunque por dentro estaba hirviendo. –Si, los fantasmas son transparentes, pero los Inferius son cuerpos muertos, ¿verdad?, así que deben ser sólidos.

-Un chico de cinco años pudo habernos dicho mucho más- dijo con sarcasmo Snape. -Los Inferius son cuerpos que han sido reanimados por hechizos de magos oscuros. No están vivos, son simplemente usados como marionetas para hacer la voluntad del mago. Un fantasma, como espero que todos ustedes sepan, es la impresión que deja un alma en la tierra, y por supuesto, como Potter sabiamente nos dijo, son transparentes.

-Bueno, lo que Harry dijo es lo mas usual si tratamos de diferenciarlos.- dijo Ron. - Si estamos cara a cara con uno en una aldea oscura, vamos a ver si es

sólido, ¿verdad?, no vamos a andar preguntándole, 'Disculpe, ¿es usted la impresión que dejó un alma? Hubo un murmullo de risas, que se callaron al momento que Snape miró a la clase.

-Otros diez puntos menos para Gryffindor,- dijo Snape.- No esperaba nada más sofisticado de usted, Ronald Weasley, un chico tan sólido que no se puede Aparecer ni una pulgada lejos del salón.

-¡No!- murmuró Hermione, agarrando el brazo de Harry cuando abría la boca enojado. –No tiene caso, solo terminarás en detención de nuevo, ¡déjalo!

-Ahora abran sus libros en la página doscientos treinta- dijo Snape, con una pequeña sonrisa- y lean los primeros dos párrafos sobre la maldición Cruciatus.

Ron estuvo muy callado el resto de la clase. Cuando sonó la campana al final de la lección, Lavender vio a Ron y Harry, (Hermione se escabulló misteriosamente fuera de su vista cuando se acercaba) el abuso de Snape por su comentario acerca de las apariciones de Ron parecía simplemente enfadarlo, y se alejó de ella desviándose al baño de los chicos con Harry.

-Snape tiene razón ¿verdad?- dijo Ron, después de estar parado frente a un espejo roto durante un minuto o dos. –No se si valga la pena que tome la prueba. Solo que no puedo hallarle el truco a Aparecerme.

-Deberías hacer las sesiones extra de práctica en Hogsmeade y a ver en qué te ayudan- dijo razonablemente Harry. -De cualquier manera será más interesante que tratar de meterte dentro de un estúpido aro. Y entonces, si aun no eres tan... tu sabes, tan bueno como te gustaría ser, puedes posponer la prueba y hacerla conmigo el siguiente verano... Myrtle, ¡este es el baño de los chicos!

El fantasma de una chica surgió de un inodoro en un cubículo detrás de ellos y ahora estaba flotando en el aire, viéndolos desde sus gruesos, blancos y redondos anteojos. –Oh.- dijo- son ustedes dos.

-¿A quien esperabas?- dijo Ron, viéndola desde el espejo.

-A nadie.- dijo Myrtle, exprimiendo un grano de su barbilla. –El dijo que regresaría a verme, pero bueno ustedes dijeron que también me visitarían- vio a Harry con reproche.

–Y no los he visto por muchos meses. He aprendido a no esperar mucho de los chicos.

-Pensé que vivías en el baño de las chicas- dijo Harry, que ahora tenía el cuidado de mantenerse lo bastante lejos de ese lugar por unos años.

-Ahí vivo- dijo sin darle mucha importancia, - pero eso no quiere decir que no pueda ir a otros lugares. Fui y te vi mientras tomabas un baño una vez, ¿recuerdas?

-Como olvidarlo- dijo Harry.

-Pero creía que yo le agradaba – dijo dolida. –Tal vez si ustedes se van, el vuelva otra vez. Tenemos mucho en común. Estoy segura de que se dio cuenta.

Y miro esperanzada a través de la puerta.

– Cuando dices que tienes mucho en común,- dijo Ron sonando ahora divertido-¿quieres decir que él también vive en un baño?

-No,- dijo Myrtle desafiante, su voz hacia un fuerte eco por todo el viajo baño cubierto de azulejos. –Quiero decir que él es sensible, la gente también lo molesta, se siente solo y no tiene a nadie con quien platicar, ¡no tiene miedo de mostrar sus sentimientos y llorar!

-¿Ha estado llorando aquí un chico?- pregunto Harry curioso. -¿Un chico pequeño?

-¡Ni lo pienses!- dijo Myrtle, sus pequeños, húmedos ojos miraron a Ron, que definitivamente ahora sonreía. –Prometí no decirle a nadie y me llevaré su secreto a la...

-...no a la tumba, de seguro.- dijo Ron resoplando. –A las cloacas, talvez Myrtle- dio un aullido de rabia y se zambulló nuevamente en el inodoro, causando que el agua se derramara por los lados en el piso. El asunto de Myrtle pareció darle nuevos ánimos a Ron. –Tienes razón,- dijo, Iré a las sesiones de práctica en Hogsmeade antes de decidir si tomo la prueba.

Y así la semana siguiente, Ron se unió con Hermione y el resto de los alumnos de sexto que habían cumplido diecisiete años a tiempo para tomar la prueba en dos semanas. Harry se sintió algo celoso al verlos prepararse para ir al pueblo, se perdió del paseo y era un día de primavera particularmente bueno, uno de los primeros con el cielo claro de los que no habían visto en mucho tiempo. Como sea, había decidido usar el tiempo para intentar otro asalto al Cuarto de los Menesteres.

-Mejor deberías- dijo Hermione cuando le confió sus planes a Ron y a ella en la entrada, -ir directo a la oficina de Slughorn e intentar recuperar esa memoria.

-¡He estado intentándolo!- dijo Harry, lo que era perfectamente cierto. El se había quedado después de cada clase de Pociones esa semana intentando arrinconar a Slughorn, pero el profesor de Pociones siempre salía del calabozo tan rápido que Harry no había podido alcanzarlo. Dos veces, Harry fue a su oficina y tocó la puerta, pero no hubo respuesta, la segunda vez estaba seguro de haber escuchado el sonido rápidamente ahogado de un viejo gramófono.

-¡No quiere hablar conmigo Hermione! Sabe que he intentado acercarme ¡y no va a dejar que suceda!

-Bien, pues solo tienes que hacerlo, ¿verdad?

La corta fila de personas esperando a que pasara Filch, que estaba haciendo su usual acto de pinchar con el Sensor del Secreto, se movió unos pasos y Harry no respondió en caso de que fuera escuchado por el cuidador. Le deseó a Ron y Hermione suerte para dedicarse una hora o dos al Cuarto de los Menesteres.

Una vez fuera de la vista de la entrada, Harry sacó el Mapa del Merodeador y su Capa Invisible de la mochila. Habiéndose ocultado, dio un pequeño golpe al mapa y murmuró, -Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas- y lo miró con cuidado.

Era un domingo por la mañana, y casi todos los estudiantes estaban en sus respectivas salas comunes, los de Gryffindor en una torre, los de Ravenclaw en otra, los de Slytherin en la mazmorra, y los de Hufflepuff en el sótano cerca de las cocinas. Aquí y allá había una que otra persona dirigiéndose a la biblioteca o en algún pasillo. Había algunos en los terrenos, y ahí, solo en el pasillo del séptimo piso, estaba Gregory Goyle. No había señales del Cuarto de los Menesteres, pero a Harry no le preocupaba eso, si Goyle estaba parado haciendo guardia, el cuarto estaba abierto, sin importar si estaba en el mapa o no.

Por lo tanto, subió rápidamente las escaleras y bajo la velocidad hasta que alcanzó la esquina que daba al pasillo, donde comenzó a arrastrarse, lentamente, hacia la misma niña pequeña, que sostenía su pesada balanza de cobre, que Hermione amablemente le había ayudado a arreglar quince días antes.

Esperó hasta que estuvo detrás de ella e inclinándose hacia ella muy despacio susurró

-Hola... eres muy bonita, ¿no crees?

Goyle dio un fuerte grito de terror, aventó la balanza por el aire, y corrió lo más rápido que pudo, desapareciendo de la vista antes de que el sonido de la balanza al caer dejara de hacer eco en el pasillo. Riendo, Harry se volteó a ver la pared en blanco detrás de la cual seguramente se encontraba Draco Malfoy congelado, preocupado de que alguien no deseado estuviera afuera, pero sin siquiera pensar en salir. Eso dio a Harry un agradable sentimiento de poder mientras trató de recordar con qué palabras aún no había intentado entrar.

Pero su humor esperanzado no duró mucho. Media hora después, cansado de tantas formas distintas en las que había pedido ver lo que hacía Malfoy, la pared seguía sin mostrar ninguna puerta. Harry se sentía frustrado de pensar que Malfoy ahora podría estar muy lejos de ahí y aún no tenía la más mínima pista de lo que estaba haciendo. Perdiendo completamente la paciencia, Harry corrió hacia la pared y le dio una patada.

-!OUCH!

Pensó que se había roto el pie, cuando se agarraba el pie lastimado y saltaba sobre el otro, la Capa Invisible se le resbaló.

-¿Harry?

Miró alrededor, sosteniéndose en una pierna y se cayó. Ahí, para su completo asombro, estaba Tonks caminando hacia él como si con frecuencia paseara por este pasillo.

-¿Que estas haciendo aquí?- le preguntó sobando su pie ¿por qué ella siempre lo encontraba tirado en el piso?

-Vine a ver a Dumbledore,- dijo Tonks. Harry pensó que se veía terrible: mas delgada de lo normal, con el cabello lacio y decolorado.

-Su oficina no esta aquí,- dijo Harry, - esta por el otro lado del castillo, detrás de la gárgola...

-Lo sé,- dijo Tonks. –El no está aquí. Al parecer se fue de nuevo.

-¿No está?- dijo Harry, poniendo su pie lastimado de vuelta en el piso. – Hey... tú no sabes a donde se fue, supongo.

-No.- dijo Tonks.

-¿Para que lo querías ver?

-Para nada en especial.-dijo Tonks, cogiendo, al parecer inconscientemente, la manga de su túnica. –Solo pensé que debería saber lo que esta pasando. He oído rumores... de gente lastimada.

-Si, lo se, todo ha salido en los periódicos,- dijo Harry.- Ese niño intentando matar a sus...

-El Profeta a menudo se retrasa,- dijo Tonks quien no parecía escucharlo. -¿Has recibido últimamente alguna carta de alguien de la Orden?

-Ya nadie de la orden me escribe,- dijo Harry. –no desde que Sirius...- vio que los ojos de Tonks se llenaron de lágrimas.

-Lo siento- murmuró torpemente. –Quiero decir... lo extraño, también.

-¿Que?- dijo Tonks despistada, pensó que ella no lo había oído. –Bueno, nos vemos Harry.

Y se dio vuelta precipitadamente y caminó de regreso por el pasillo, dejando a Harry mirándola mientras se iba. Después de mas o menos un minuto, se puso de nuevo la Capa Invisible y reanudó sus esfuerzos por entrar al Cuarto de los Menesteres, pero su corazón no estaba en eso. Finalmente, un hueco en su estomago y el saber que Ron y Hermione volverían pronto para el almuerzo lo hizo abandonar sus intentos y dejar el corredor a Malfoy, quien, esperaba, estuviera demasiado asustado como para salir en algunas horas.

Encontró a Ron y Hermione en el Gran Comedor, a mitad de camino a un almuerzo temprano.

-¡Lo hice! bueno, algo así.- le dijo Ron a Harry con entusiasmo cuando lo vio venir. –Se suponía que debía aparecerme afuera de la Tienda de Te de Madame Puddifoots y lo hice un poco mas lejos, terminé cerca de Scrivenshafts, ¡pero al menos me moví!

-Bien hecho- dijo Harry.- ¿A ti como te fue Hermione?

-Oh, ella estuvo perfecta, obviamente.- dijo Ron antes de que Hermione pudiera responder. -Perfecta deliberación, adivinación, y desesperación o lo que sea que fuera... después todos fuimos por unas bebidas a Las Tres Escobas y deberías haber oído a Twycross con ella... No me sorprendería que pronto le hiciera la pregunta...

-¿Y que hay contigo?- preguntó Hermione, ignorando a Ron. -¿Has estado en lo del Cuarto de los Menesteres todo este tiempo?

-Sip- dijo Harry- Y ¿adivinen con quien me tope ahí? ¡Con Tonks!

-¿Con Tonks?- repitieron Ron y Hermione a la vez, sorprendidos.

-Si, dijo que había venido a visitar a Dumbledore.

-Si me lo preguntas,- dijo Ron una vez que Harry terminó de describirles su conversación con Tonks.- está sufriendo una pequeña crisis nerviosa. Ha perdido los nervios después de lo que pasó en el Ministerio.

-Es un poco extraño.- dijo Hermione, quien por alguna razón se veía muy preocupada. –Se supone que ella está vigilando la escuela, ¿por qué de pronto abandona su puesto y viene a ver a Dumbledore cuando él ni siquiera esta aquí?

-He pensado, dijo Harry no muy seguro. Se sentía extraño diciéndolo, eso era mucho mas asunto de Hermione que de él. –No creen que pueda estar... ya saben... ¿enamorada de Sirius?

Hermione lo miró fijamente. -¿Qué te hace pensar eso?

-No lo se,- dijo Harry encogiéndose de hombros. –pero ella estaba a punto de llorar cuando mencioné su nombre y su Patronus es ahora una gran cosa con cuatro patas. Me pregunto si no se convirtió... tu sabes... en él.

-Es solo una idea- dijo Hermione despacio. –Pero aun no se por qué irrumpió en el castillo para ver a Dumbledore, si es que a eso realmente es a lo que vino.

-Es como lo dije, ¿cierto?- dijo Ron quien ahora metía una gran cantidad de puré de papa en su boca. –Ella se ha vuelto algo loca. Perdió los nervios.

-Mujeres- dijo con tono de sabiduría a Harry, -ellas se alteran fácilmente.

- Pero,- dijo Hermione, saliendo de sus casillas,- Dudo que encontraras alguna mujer que estuviera enfadada por media hora por que la señora Rosmerta no se hubiera reído de su chiste sobre la arpía, el curador y la Mimbulus mimbletonia.

- Ron la miró con el ceño fruncido.

Capitulo 22: Después del Entierro

Parches de cielo azul brillante empezaban a aparecer sobre las torres del castillo, pero estas señales de que el verano estaba cerca no levantaban los ánimos a Harry. Él habia estado frustrado en su intento de saber lo que Malfoy estaba haciendo y su esfuerzo de entablar una conversacion con Slughorn que de alguna manera pudiera terminar entregando el recuerdo que aparentemente había suprimido por decadas.

-Por última vez, solo olvídate de Malfoy- le dijo Hermione a Harry firmemente.

Estaban sentados con Ron en una esquina soleada del patio despues del almuerzo. Hermione y Ron estaban tomando un folleto del Ministerio de Magia *Errores Comunes de Aparacion y Como Evitarlos,* porque iban a tomar el examen esa misma tarde, pero los folletos no les habían calmado los nervios para nada.

Ron dio un pequeño salto y se trató de esconder detrás de Hermione cuando una niña volteó en la esquina.

-No es Lavender- dijo Hermione fastidiada.

-Qué bueno- dijo Ron, relajándose.

-¿Harry Potter?- dijo la niña - Me pidieron que te diera esto.

-Gracias…

El corazon de harry se hundió mientras tomaba el pequeño rollo de pergamino. Cuando la niña estaba lo suficientemente lejos para no oir nada dijo - Dumbledore dice que no vamos a tener mas clases hasta que obtenga el recuerdo.

-¿De repente quiere asegurarse de como vas?- sugirió Hermione, mientras Harry desenrrollaba el pergamino, pero en vez de encontrar la larga y torcida letra de Dumbledore vio una letra desaliñada, muy dificil de leer por la presencia de grandes manchas en el pergamino donde la tinta se habia corrido.

¡Queridos Harry, Ron y Hermione!

Aragog murió anoche. Harry y Ron ustedes lo conocieron y saben lo especial que era. Hermione, yo se que te hubiera gustado. Sería muy importante para mí si ustedes vinieran al entierro esta noche. Estoy planeando hacerlo al anochecer, ese era su momento favorito del día. Yo se que ustedes no pueden estar fuera tan tarde, pero pueden usar la capa.

No lo pediría, pero no puedo afrontarlo solo.

Hagrid.
-Mira esto - dijo Harry, dándole la nota a Hermione.

- Oh, Dios mio- dijo ella, leyéndola rápidamente y pasándola a Ron quien la leyó incrédulamente. - Está loco- dijo furioso.- ¡Esa cosa le dijo a sus amigos que nos comieran a Harry y a mi! ¡Les dijo que podian servirse! ¡Y ahora Hagrid espera que vayamos a llorar sobre su horrible cuerpo peludo!

- No es solo eso- dijo Hermione.- Nos está pidiendo que salgamos del castillo por la noche cuando sabe que la seguridad es un millón de veces mas grande y en cuantos problemas nos meteríamos.

-Hemos ido a verlo por la noche antes, dijo Harry.

-¿Si, pero para algo como esto? - dijo Hermione. - Hemos arriesgado mucho por ayudar a Hagrid, pero despues de todo Aragog esta muerto. Si fuera una cuestion de salvarlo…

-Menos hubiera querido ir- dijo Ron- Hermione, tu no lo conociste. Créeme, estar muerto lo habrá mejorado mucho.

Harry tomó la nota otra vez y se quedó mirando a las manchas de tinta sobre ella. Claramente, grandes y rápidas lágrimas habían caído sobre el pergamino…

-Harry no puedes estar pensando en ir- dijo Hermione- Es una cosa tan insignificante para meterse en problemas.

Harry suspiró.

-Si yo se- dijo- Supongo que Hagrid tendrá que enterrar a Aragog sin nosotros.

-Si tendrá que hacerlo- dijo Hermione aliviada - Mira pociones va a estar casi desocupada esta tarde, con todos nosotros tomando nuestros examenes… trata de ablandar a Slughorn un poco en ese momento.

-¿La cincuentaysieteava vez es la de la suerte no crees? - dijo Harry amargamente

-Suerte- dijo Ron repentinamente - eso es Harry - ¡vuelvete suertudo!

-¿Que quieres decir?

-Usa tu posión de la suerte.

-¡Ron eso…eso es!- dijo Hermione, aturdida.- ¡Claro! ¿Por que no pensé en eso?

Harry los miró fijamente a los dos. – ¿Felix Felicis?- dijo. - No se…la estaba guardando…

-¿Para qué?- preguntó Ron incredulamente.

-¿Qué en el mundo puede ser más importante que ese recuerdo Harry?- preguntó Hermione.

Harry no respondió. La idea de esa botellita dorada había flotado en su imaginación por un tiempo; vagos planes que envolvían a Ginny rompiendo con Dean y Ron de alguna manera feliz de verla con un novio nuevo habían estado fermentándose en el fondo de su cerebro, sin saber si durante sus sueños o el tiempo de vigilia entre dormido y despierto.

-¿Harry? ¿Estás ahi? - preguntó Hermione.

-¿Que…? Si, claro, - dijo, volviendo en si. - Bueno… está bien. Si puedo lograr que Sulghorn hable esta tarde, voy a tomar un poco de Felix e intentarlo otra vez esta noche.

-Eso está decidido, entonces- dijo Hermione vivamente, parándose y haciendo una pirueta graciosa. - Destino… determinación… deliberación…- murmuró.

-Oh, deja de hacer eso- Rogó Ron- Me siento lo suficiente enfermo asi, ¡rápido, escondanme!

-¡No es Lavender! - Dijo Hermione impacientemente, cuando otro grupo de niñas aparecieron en el patio y Ron se tiró detrás de ella.

-Genial- dijo Ron mirando sobre el hombro de Hermione para asegurarse. -Créeme, ellas no se ven felices ¿o si?

-Ellas son las hermanas Montgomery y claro que no se ven felices, ¿no oiste lo que le pasó a su hermano menor?- dijo Hermione.

-Estoy perdiendo la cuenta de lo que le está pasando a los familiares de todo el mundo, para ser honesto - dijo Ron.

-Bueno, su hermano fue atacado por un hombre-lobo. El rumor es que su mamá se rehusó a ayudar a los Mortífagos. Igual, el niño tenía solo cinco años, murió en San Mungo, no lo pudieron salvar.

-¿Murió?- repitió Harry asombrado.- ¿Pero según se los hombres-lobo no matan, solo te vuelven uno de ellos?

-Algunas veces matan- dijo Ron, quien se veía un poco pesado ahora.-Yo he oido que eso pasa cuando el hombre-lobo se vuelve loco.

-¿Cuál es el nombre del hombre-lobo?- dijo Harry rápidamente.

-Bueno, el rumor es que era Fenrir Greyback- dijo Hermione.

-¡Lo sabía, el loco que le gustaba atacar niños, el que Lupin me contó!- dijo Harry enfadado.

Hermione lo miró fríamente.

-Harry, tienes que conseguir ese recuerdo- dijo- ¿Todo es para parar a Voldemort, no? -Esas cosas espantosas que estan pasando son por su culpa…

La campana sonó en el castillo y ambos, Hermione y Ron saltaron aterrorizados.

-Les va a ir bien- dijo Harry a los dos, mientras caminaban hacia la entrada para encontrarse con el resto de las personas tomando sus examenes de Aparición.- Buena suerte.

-¡Y tu tambien!- dijo Hermione con una mirada significativa, mientras Harry iba hacia las mazmorras.

Habían solo tres personas en Pociones esa tarde: Harry, Ernie y Draco Malfoy.

-¿Todos muy jóvenes para Aparecerse todavía?- dijo Slughorn -¿todavía no han cumplido 17 años?

Ellos negaron con la cabeza.

-Ah bueno- dijo Slughorn animadamente- como somos tan pocos, vamos a hacer algo divertido. ¡Quiero que preparen algo entretenido!

-Eso suena bien señor- dijo Ernie frontando sus manos. Malfoy, por otro lado, no se atrevió a sonreir. - ¿Qué quiere decir con "algo entretenido"? - dijo irritado.- Oh sorpréndanme- dijo Slughorn.

Malfoy abrió su copia de *Pociones Avanzadas* con una expresión malhumorada. No pudo haber sido mas obvio que pensaba que esa lección era una pérdida de tiempo. Sin duda, Harry pensó, mirándolo sobre su propio libro, Malfoy estaba pensando en el tiempo que podría estar usando en el Cuarto de los Menesteres.

¡Era su imaginación, o Malfoy, como Tonks, se veía más Delgado! Ciertamente se veía más pálido, su piel todavía tenía ese color grisáceo, probablemente porque raramente veía la luz del sol en esos días.

Pero no tenía un aire de satisfacción, excitación o superioridad, nada del pavoneo que había tenido en el Expresso de Hogwarts, cuando habia presumido abiertamente de la misión que le había encargado Voldemort… Solo podía haber una conclusión en la opinión de Harry: La misión, cualquiera que fuera, estaba yendo mal.

Animado por el pensamiento, Harry hojeó su copia de *Pociones Avanzadas* y encontró una versión muy corregida del Principe Mestizo de "Un Elixir para Provocar Euforia," que no se veía buena para cumplir con las instrucciones de Slughorn, pero que podría (el corazón de Harry saltó cuando le llego la idea) poner a Slughorn de buen humor para que pudiera estar preparado y entregarle la memoria, si Harry pudiera persuadirlo para que probara un poco…

-Bueno, esto se ve absolutamente espectacular- dijo Slughorn hora y media después, aplaudiendo mientras miraba dentro del contenido amarillo sol del caldero de Harry. – Euforia ¿creo? ¿Y qué es eso que huelo? Mmmm… le has puesto un poquito de menta, ¿no? Poco ortodoxo, pero qué rayo de inspiración, Harry, claro eso tiende a contrapesar los efectos secundarios de canto excesivo y movimiento de nariz… En realidad no sé de donde sacas estas ideas mi niño… a menos que…

Harry empujó el libro del Principe Mestizo más adentro de su bolsa con el pie.

-… ¡Son solo los genes de tu madre que te llegan!

-Oh… si, quizás- dijo Harry aliviado.

Ernie se veia un poco malhumorado, resuelto a ganarle a Harry por primera vez, había inventado precipitadamente su propia poción que se habia cortado y formado una clase de maza púrpura en el fondo de su caldero. Malfoy ya estaba guardando sus cosas, con cara amargada, Slughorn había dicho que su Solución de Hipo era solo "aceptable."

La campana sonó y ambos Ernie y Malfoy se fueron rápidamente. – Señor- empezó Harry, pero Slughorn inmediatamente miró sobre su hombro, cuando vió que el cuarto estaba solo excepto por Harry y el mismo, se apresuró a irse tan rápido como pudo.

-Profesor…Profesor ¿no quiere probar mi po…? Llamó Harry desesperado.

Pero Slughorn ya se había ido. Decepcionado, Harry desocupó el caldero, empacó sus cosas, se fue y subió lentamente las escaleras a la sala común.

Ron y Hermione volvieron despues esa tarde.

-¡Harry!- gritó Hermione mientras entraba por el hoyo del retrato. – Harry, ¡pasé!

-¡Bien hecho! - Dijo.- ¿Y Ron?

- El… el no pasó- susurró Hermione, mientras Ron venía encorvado a la sala, muy malhumorado.- Fue muy mala suerte, una cosita, el examinador solo vio que había dejado una ceja… ¿Cómo te fué con Slughorn?

-Nada bien- dijo Harry mientras Ron se unía a ellos- Mala suerte amigo pero vas a pasar la próxima vez… lo podemos tomar juntos.

-Si, eso creo- dijo Ron malhumorado. – Pero media ceja… ¡como si eso impotara!

-Yo sé- dijo Hermione calmadamente - es muy duro…

Duraron la mayor parte de la cena criticando al examinador de Aparición y Ron se veía un poco alegre cuando volvieron a la sala común, ahora discutiendo el contínuo problema de Slughorn y el recuedo.

-Entonces, Harry… ¿vas a usar el Felix Felicis o qué?- preguntó Ron

-Si, tengo que hacerlo- dijo Harry.- No creo que vaya a necesitarla toda, no para 24 horas, no me va a tomar toda la noche… solo voy a tomar un sorbo. Dos o tres horas serán suficientes.

-Es una sensación grandiosa cuando la tomas- dijo Ron recordando. – Como si no pudieras hacer algo mal.

-¿De qué hablas?- dijo Hermione, riendose. – ¡Nunca la has tomado!

-Si, pero yo pensé que la había tomado ¿no?- dijo Ron, como si estuviera explicando algo obvio. – La misma diferencia en realidad…

Como ellos habían visto a Slughorn entrando al Gran Comedor y sabían que a el le gustaba tomarse su tiempo durante las comidas, esperaron un rato en la sala común, el plan era que Harry tenía que ir a la oficina de Slughorn cuando hubiera pasado el tiempo suficiente para que el profesor volviera. Cuando el sol había bajado al nivel de la copa de los arboles en el Bosque Prohibido, decidieron que el momento había llegado, y despues de asegurarse que Neville, Dean y Seamus estaban en la sala común, entraron sigilosamente al dormitorio de los hombres.

Harry sacó los calcetines envueltos en el fondo de su baúl y extrajo la botellita brillante.

-Bueno aquí está- dijo Harry- alzó la botellita y tomó un sorbo cuidadosamente medido.

-¿Cómo se siente?- susurró Hermione.

Harry no repondió por un momento. Después, lenta pero segura, una sensación estimulante de infinita oportunidad le recorrió todo el cuerpo, sintió que podía hacer cualquier cosa… y conseguir el recuerdo de Slughorn, de repente no solo le parecía posible también positivamente fácil...

Se paró sonriendo, rebosando confianza.

-Excelente- dijo – Realmente excelente. Bueno… Me voy a ir donde Hagrid.

-¿Qué?- dijeron Ron y Hermione al mismo tiempo horrorizados.

-No, Harry… tienes que ir donde Slughorn ¿recuerdas?- dijo Hermione.

-No- dijo Harry con confianza- Me voy con Hagrid, tengo una buena corazonada para ir con Hagrid.

-¿Tienes una buena corazonada para ir a enterrar una araña gigante?- preguntó Ron aturdido.

-Si- dijo Harry sacando la Capa Invisible de su bolsa. –Siento que es el lugar donde necesito estar esta noche ¿si me entienden?

-No- dijeron Ron y Hermione al mismo tiempo, ambos muy alarmados

-¿Esto es Felix Felicis? - preguntó Hermione ansiosamente alzando la botella hacia la luz.

–No tienes otra botellita llena de… yo no se…

-¿Escencia de Locura?- sugirió Ron mientras Harry se puso la capa sobre sus hombros.

Harry se rió y Ron y Hermione se veían mas alarmados.

-Créanme- dijo- yo se lo que estoy haciendo…o por lo menos- caminó con confianza hacia la puerta – Felix sabe.

Se puso la Capa Invisible sobre su cabeza y bajó las escaleras, Ron y Hermione apurandose detrás de el. A los pies de las escaleras Harry salió por la puerta abierta.

-¡Qué estabas haciendo allá arriba con ella!- gritó Lavender Brown, mirando a través de Harry a Ron y Hermione saliendo juntos de los dormitorios de los hombres.

Salir del hoyo del retrato fue simple, mientras se acercaba Ginny y Dean entraron por este y Harry pudo deslizarse entre ellos. Mientras lo hacía rozó accidentalmente a Ginny.

-No me empujes, porfavor Dean- dijo fastidiada.- Siempre haces eso puedo entrar perfectamente sola…

El retrato se cerró detrás de Harry pero no antes de que oyera a Dean respondiendo furioso… Su sensación de euforia incrementando, Harry caminó por el castillo. No tenía que esconderse porque no se encontró con nadie en el camino, pero esto no lo sorprendió ni un poco. Esta noche era la persona con más suerte en Hogwarts.

Por qué sabía que ir con Hagrid era lo que debía hacer, no tenía idea. Era como si la poción estuviera iluminando algunos pasos del camino. No podía ver el destino final, no sabía como cabía Slughorn en todo esto, pero sabía que iba por el camino correcto para obtener el recuerdo. Cuando llegó al vestibulo vió que a Filch se le había olvidado asegurar la puerta. Radiante, Harry la empujó y respiró el olor del aire puro y la hierba por un momento antes de bajar los escalones en la noche.

Fue cuando llegó al último escalón que se le ocurrió lo agradable que sería pasar por la parcela de vegetales en su camino a la casa de Hagrid. No estaba en el camino, pero era claro para Harry que era un capricho que tenía que cumplir, entonces dirigió sus pies inmediatamente hacia la parcela de vegetales, donde estaba contento pero no del todo sorprendido de encontrar al professor Slughorn conversando con la profesora Sprout. Harry se escondió detrás de una pared de piedra, sintiéndose en paz con el mundo y escuchando la conversación.

-Te agradezco por tomarte el tiempo Pomona- Slughorn estaba diciendo cortésmente- la mayoría de las autoridades están de acuerdo que son más eficaces si se recogen al anochecer.

-Oh estoy de acuerdo- dijo la profesora Sprout calurosamente – ¿Eso es suficiente para usted?

-Suficiente, suficiente- dijo Slughorn quien estaba cargando una brazada de plantas frondosas – Esto será suficiente para darle algunas hojas a cada uno de mis estudiantes de tercer año y unas de sobra si alguien las cocina demasiado… Bueno, buenas noches, y muchas gracias.

La Profesora Sprout se fue por la oscuridad en dirección de los invernaderos y Slughorn se dirigió hacia donde Harry estaba invisible.

Llevado por un deseo inmediato de revelarse Harry se quitó la capa.

-Buenas noches, Profesor.

-Por las barbas de Merlin Harry, me hiciste saltar- dijo Slughorn parando rápidamente y cautelos – ¿Cómo saliste del castillo?

-Creo que a Filch se le debió haber olvidado asegurar las puertas - dijo Harry alegremente y estaba encantado de ver a Slughorn fruncir el ceño.

-Voy a reportar a ese hombre, está más preocupado por la basura que por la seguridad si me preguntas… ¿Pero entonces porque estás fuera Harry?

-Bueno señor, es Hagrid- dijo Harry quien sabía que lo correcto era decir la verdad- Está muy triste… ¿Pero no le va a decir a nadie profesor? No quiero que se meta en problemas…

La curiosidad de Slughorn evidentemente se despertó. – Bueno no te puedo prometer eso- dijo bruscamente – Pero sé que Dumbledore confía en Hagrid incondicionalmente, entonces estoy seguro que no está haciedo algo espantoso…

-Bueno es una araña gigante, la ha tenido por años…Vivía en el bosque…Podía hablar y todo…

-He oido rumores de que acromántulas viven en el bosque dijo Slughorn suavemente mirando hacia la masa de árboles negros. – ¿es verdad entonces?

-Si- dijo Harry. – Pero ésta, Aragog, la primera que tuvo Hagrid, murió anoche. Está devastado. Quiere compañía mientras la entierra y yo le dije que iba a ir.

-Conmovedor, conmovedor- dijo Slughorn distraídamente, sus grandes ojos caídos fijos en las luces de la cabaña de Hagrid. – Pero el veneno de la acromántula vale mucho… Si la bestia murió hace poco puede que no se haya secado…Claro, no quisiera hacer algo insensible si Hagrid esta triste… pero si hay alguna manera de conseguir un poco… digo, es casi imposible obtener veneno de una acromántula cuando esta viva…

Slughorn estaba hablando más con el mismo que con Harry. -…es una pérdida no recogerlo… podría conseguir cien Galeones por pinta… Para ser franco, mi salario no es tan grande.

Y ahora Harry vio claramente lo que tenía que hacer – Bueno- dijo con la indecisión más convincente - Bueno, si quiere venir profesor, Hagrid probablemente estaría muy contento… Para darle a Aragog una mejor despedida…

-Si, claro -dijo Slughorn, sus ojos brillando con entusiasmo. –Harry, te encuentro ahí con una o dos botellas… Vamos a tomar a la…bueno no a la salud…de la pobre bestia, pero vamos a despedirla con estilo, no importará cuando esté enterrado. Y voy a cambiar mi corbata esta un poco exuberante para la ocación…

Volvió al castillo y Harry se apresuró a la cabaña de Hagrid encantado con el mismo.

-Viniste- dijo Hagrid cuando abrió la puerta y vio a Harry saliendo de su Capa Invisible en frente de él.

-Si…aunque Ron y Hermione no pudieron - dijo Harry. – Ellos lo sienten mucho.

-No…no importa… De todos modos a él le hubiera conmovido que estuvieras aquí Harry…

Hagrid sollozó. Se había hecho un brazalete negro de lo que parecía un trapo lleno de betún y sus ojos estaban hinchados y rojos. Harry le dio palmaditas consoladoras en el codo que era el punto de Hagrid mas alto que podia alcanzar.

-¿Dónde lo vamos a enterrar?- preguntó. – ¿ El bosque?

-Créeme, no - dijo Hagrid, limpiándose los ojos en su camisa. Las otras arañas no me dejan acercarme a sus telarañas ahora que Aragog se fue. Resulta que ellos no me comían solo por las órdenes de Aragog! ¿Puedes creerlo Harry?

La respuesta honesta era si, Harry recordó con dolorosa facilidad la escena cuando él y Ron se encontraron cara a cara con las acromántulas. Ellos tenían claro que Aragog era la única cosa que les impedía comerse a Hagrid.

-¡Nunca había estado en una área del bosque a la que no pudiera ir! – dijo Hagrid sacudiendo la cabeza. – No fue fácil sacar el cuerpo de Aragog, te puedo decir… ellos usualmente se comen a sus muertos… Pero yo quería darle un buen entierro… una despedida adecuada…

Otra vez empezó a sollozar y Harry volvió a darle palmaditas en el hombro diciendo mientras lo hacía porque la poción le indicaba que era lo correcto - El profesor Slughorn me encontró uando venía, Hagrid.

-¿No estás en problemas, o si?- Dijo Hagrid alarmado.- No debes estar fuera del castillo en la noche yo se, es mi culpa…

-No, no, cuando escuchó lo que estaba haciendo dijo que quería venir a despedir a Aragog tambien - dijo Harry.

-Se fue a cambiar por algo mas apropiado creo… y dijo que iba a traer algunas botellas para tomar por la memoria de Aragog.

-¿Si?- dijo Hagrid asombrado y emocionado. Eso…eso es muy amable de su parte, si y no te va a entregar tampoco. Nunca he tratado mucho con Horace

Slughorn antes… Pero viene a ver Aragog ¿eh? Bueno… a el le hubiera gustado eso a Aragog…

Harry pensó en privado que lo que a Aragog le hubiera gustado más sobre Slughorn era la cantidad abundante de carne comestible que proporcionaría, pero solo se movió a la ventana trasera de la cabaña de Hagrid, donde vio la horrible imagen de la enorme araña muerta echada afuera, sus patas enroscadas y enredadas.

-Solo mas allá de la parcela de calabaza, creo- dijo Hagrid en una voz atorada. –Ya cavé la…tu sabes… tumba. Solo pensé en decir algunas palabras lindas sobre él… recuerdos felices, tú sabes…

Su voz tembló y se le fué. Hubo un golpe en la puerta se volteó y abrió, sonándose la nariz en su gran pañuelo mientras lo hacía. Slughorn se apresuró por el umbral, varias botellas en sus brazos y con una sombría corbata negra.

-Hagrid- dijo en una voz profunda y gruesa. – Siento tu pérdida.

-Eso es muy amable de su parte - dijo Hagrid - Muchas gracias. Y gracias por no castigar a Harry.

-Nunca lo hubiera ni soñado- dijo Slughorn.- Triste noche, triste noche… ¿Dónde esta la pobre criatura?

-Allá afuera - dijo Hagrid con una voz temblorosa. – ¿podemos…podemos hacerlo, entonces?

Los tres salieron al jardín oscuro. La luna estaba brillando pálidamente por los árboles y sus rayos se mezclaban con la luz saliendo de la ventana de Hagrid para iluminar el cuerpo de Aragog echado en el borde del gran hoyo al lado de la pila de diez pies de tierra que acababa de ser cavada.

-Magnificente- dijo Slughorn acercándose a la araña donde ocho ojos lechosos miraban sin expresión al cielo y dos tenazas gigantes brillaron sin movimiento a la luz de la luna. Harry pensó oir el tintinear de las botellas mientras Slughorn se inclinó sobre las tenazas, aparentemente examinando la enorme cabeza peluda.

-No todo el mundo aprecia lo hermosas que son- le dijo Hagrid a la espalda de Slughorn con lágrimas cayendo de las esquinas de sus ojos- No sabía que le interesaban las criaturas como Aragog, Horace.

-¿Interesado? Mi querido Hagrid, las reverencío - dijo Slughorn, alejándose del cuerpo.

Harry vio el brillo de la botella desaparecer detrás de su túnica aunque Hagrid, limpiándose los ojos otra vez, no notó nada. – Ahora… ¿podemos proceder al entierro?

Hagrid asintió con la cabeza y se movió hacia adelante. Empujó la araña gigante entre sus brazos y con un gruñido gigante, la rodó al hoyo oscuro. Cayó en el fondo con un horrible sonido crujiente. Hagrid empezó a llorar otra vez.

-Claro, es difícil para ti que lo conocías mejor- dijo Slughorn, quien como Harry no podía alcanzar mas allá del codo de Hagrid pero igual le dio palmaditas. – ¿Por qué no digo algunas palabras?

Debió haber conseguido mucho veneno de buena calidad de Aragog, pensó Harry, porque Slughorn tenia una sonrrisa satisfecha cuando se paró en el borde del hoyo y dijo en una voz, impresionante y despacio -¡Adios! Aragog, rey de los arácnidos, nadie olvidará tu larga y fiel amistad! Aunque tu cuerpo se va a descomponer, tu espiritu perdurará en los silenciosos lugares con telarañas de tu hogar en el bosque. Que tus desendientes con muchos ojos florezcan para siempre y tus amigos humanos encuentren consuelo por la pérdida que han sufrido.

-¡Eso fué… eso fué…hermoso! Aulló Hagrid y colapsó sobre el montón de abono, llorando más que nunca.

-Cálmate, cálmate - dijo Slughorn, agitando su varita para que el montón gigante se alzara y luego cayera con un golpe silencioso sobre la araña muerta formando una montaña lisa. – Entremos y tomemos un trago. Ponte al otro lado de él Harry…No mas…Párate Hagrid…bien hecho…

Ellos depositaron a Hagrid en una silla de la mesa. Fang, quien había estado merodeando en su canasta durante el entierro, ahora venía suavemente hacia ellos y puso como siempre su pesada cabeza sobre el regazo de Harry. Slughorn destapó una de las botellas de vino que había traído.

-Me he asegurado que no tengan veneno - le aseguró a Harry sirviendo casi toda la botella en una de las tazas gigantes de Hagrid y dándosela a Hagrid. – Puse a un elfo doméstico a probar todas las botellas después de lo que le pasó a tu pobre amigo Rupert.

Harry vio en su mente la expresión de Hermione si alguna vez oyera este abuso de elfos domésticos y decidió que nunca se lo iba a mencionar.

-Una para Harry…- dijo Slughorn dividiendo una segunda botella ente las dos tazas - y para mí. Bueno- Alzó las tazas alto- por Aragog.

-Aragog - dijeron Harry y Hagrid al mismo tiempo. Ambos Slughorn y Hagrid tomaron profundamente. Harry sin embargo con su futuro iluminado por el Felix Felicis, sabía que no debía tomar entonces solo pretendió tomar un sorbo y luego devolvió la taza sobre la mesa enfrente suyo.

-Lo he tenido desde que era un huevo, tú sabes - dijo Hagrid taciturno. – Era una cosa diminuta cuando empolló - Como el tamaño de un Pekines.

-Dulce - dijo Slughorn.

-Solía tenerlo en un armario en la escuela hasta que…bueno…

La cara de Hagrid se oscureció y Harry sabía por qué, Tom Riddle había contribuido a que echaran a Hagrid de la escuela, culpado de abrir la Cámara secreta. Slughorn, sin embargo, no parecía que estuviera oyendo, estaba mirando hacia el techo de donde un número de ollas de latón colgaban y tambien una madeja larga y sedosa de brillante pelo blanco.

-¿Eso no es pelo de unicornio Hagrid?

-Oh si- dijo Hagrid indiferente. – Se les cae de las colas cuando se enredan en las ramas y cosas del bosque, tú sabes…

-Pero mi querido amigo ¿sabes cuanto cuesta eso?

Lo uso para unir vendas y cosas si una criatura se hiere- dijo Hagrid encogiéndose de hombros. – Es muy útil…muy fuerte.

Slughorn tomó otro profundo trago de su taza, sus ojos ahora moviéndose cuidadosamente alrededor de la cabaña, mirando, Harry sabía, por más tesoros que pudiera convertir en un suministro abundante de aguamiel madurada en roble, piña cristalizada y chaquetas de terciopelo. Rellenó la taza de Hagrid y la suya y le preguntó sobre las criaturas que viven en el boque en esos dias y cómo Hagrid pudo encontrarlas. Hagrid que se estaba volviendo muy comunicativo bajo la influencia del trago y Slughorn con su interes adulador, paró de limpiarse los ojos y entró felizmente en una larga explicación de agricultura de bowtruckles.

La poción Felix Felicis le provocó a Harry una pequeña punzada en ese momento y se dio cuenta que la cantidad de bebida que había traído Slughorn se estaba acabando rápidamente. Harry aún no había conseguido realizar el hechizo de rellenar sin decir el hechizo en voz alta, pero la idea de que no pudiera hacerlo esta noche, era risible: ciertamente, Harry sonrió para sí, sin que Hagrid o Slughorn se dieran cuenta (quienes ahora hablaban del comercio ilegal de huevos

de dragón) apuntó su varita por debajo de la mesa hacia las botellas casi vacías e inmediatamente comenzaron a llenarse.

Después de poco más de una hora, Hagrid y Slughorn comenzaron a hacer brindis extravagantes: Por Hogwarts, por Dumbledore, por el vino de elfo y por…

-¡Harry Potter!- gritó Hagrid chorreando un poco de bebida de su catorceava cubeta de vino por su barbilla mientras lo vaciaba.

-Si ciertamente- gritó Slughorn con voz poco clara - Parry Otter, El Niño Elegido Que… bueno… algo por el estilo- murmuró y también vació su tarro.

Poco después de eso, Hagrid se puso lloroso nuevamente y empujó la cola de unicornio completa hacia Slughorn, quien la guardó en su bolsillo con llantos de – ¡Por la amistad! ¡Por la generosidad! ¡Por 10 galeones cada pelo!-

Y un rato después de eso, Hagrid y Slughorn estaban sentados uno al lado del otro, con sus brazos alrededor de sus hombros, cantando una canción triste y lenta acerca de un hechicero moribundo llamando Odo.

-Aaaaghh, los buenos mueren jóvenes- murmuró Hagrid, cayendo bruscamente en la mesa, un poco bizco, mientras Slughorn continuó cantando el estribillo. – Mi papá no era tan viejo para morir… ni tu mamá ni tu papá, Harry…-

Lágrimas grandes y gordas resbalaron nuevamente por las esquinas de los ojos arrugados de Hagrid, asió el brazo de Harry y lo sacudió.

- Los mejores hechicero y bruja de su edad… Nunca supe… cosa más terrible... más terrible…-

-Y a Odo el héroe, lo trajeron de regreso a casa, al lugar que conoció de niño- cantó Slughorn lastimosamente.

- Lo recostaron para que descansara con su sombrero hacia fuera y su varita quebrada en dos lo que fue muy triste-

- Terrible- gruñó Hagrid y su gran cabeza melenuda se movió hacia los lados entre sus brazos y se quedó dormido roncando profundamente.

-Lo siento- dijo Slughorn hipando. –No puedo llevar una melodía, aunque mi vida dependiera de eso.-

-Hagrid no estaba hablando de su canto- dijo Harry tranquilamente. – el estaba hablando de la muerte de mis padres-

-Oh- dijo Slughorn, reprimiendo un gran eructo. – Oh cielos. Si, eso fue… fue terrible en verdad. Terrible… terrible…-

Parecía bastante perdido sin saber que decir y recurrió a rellenar sus tarros.

-Yo no… ¿supongo que no lo recuerdas, Harry?- preguntó torpemente.

-No—bueno, solo tenía un año cuando murieron- dijo Harry, sus ojos puestos en la llama de la vela que bailaba con los ronquidos de Hagrid. – Pero he descubierto mucho de lo que pasó. Mi papá murió primero. ¿Sabía eso Si… Voldemort lo asesinó y pasó sobre su cuerpo yendo hacia mi mamá- dijo Harry.

Slughorn sintió un escalofrío pero parecía que no era posible apartar su mirada horrorizada de la cara de Harry.

- El le dijo que se quitara del camino- dijo Harry sin remordimiento. –Me dijo que ella no necesitaba haber muerto. Solo me quería a mí. Ella pudo corre.-

- Oh cielos- respiró profundamente Slughorn. –Ella pudo haber… ella no necesitaba… Eso es terrible…-

- Lo es ¿cierto?- dijo Harry en una voz que parecía más un murmullo – Pero ella no se movió. Papá ya estaba muerto, pero ella no quería que yo también muriera. Trató de implorar a Voldemort… pero el sólo se rió…-

-¡Eso es suficiente!- dijo Slughorn repentinamente, levantando su mano temblorosa – En serio mi querido muchacho, suficiente… soy un hombre viejo… no necesito escuchar… no quiero escuchar…-

-Lo olvidé- mintió Harry, Felix Felices guiándolo – ella le caía bien, ¿no es cierto?-

-¿Caerme bien?- dijo Slughorn sus ojos rebosantes de lágrimas de nuevo. – No imagino a nadie que la haya conocido que no le cayera bien… Muy valiente… Muy graciosa… Fue la cosa más horrible…-

-Pero usted no ayudará a su hijo- dijo Harry – Ella dió su vida por mí, pero usted no me dará un recuerdo-.

Los ronquidos retumbantes de Hagrid llenaban la cabaña. Harry miró fijamente los ojos llorosos de Slughorn. El maestro de Pociones parecía imposible que cambiara su mirada hacia otro lado.

-No digas eso- susurró. –No es un asunto de… si te ayudara, por supuesto que… pero no cumple con ningún objetivo.-

-Si puede- dijo Harry claramente. – Dumbledore necesita información. Yo necesito información.-

Sabía que estaba a salvo: Felix le decía que Slughorn no recordaría nada de esto en la mañana. Mirando a Slughorn directamente a los ojos, Harry se inclinó hacia él un poco.

-Yo soy El Elegido. Necesito matar a Voldemort. Necesito esa memoria.

Slughorn se puso más pálido que nunca, su frente brillante destellaba con sudor.

-¿Tu eres El Elegido?-…-Yo-

-Claro que lo soy- dijo Harry tranquilamente.

- Pero entonces… mi querido muchacho… me estás pidiendo demasiado… me estás pidiendo de hecho, que te ayude en tu esfuerzo por destruir…

- ¿No se quiere deshacer del hechicero que mató a Lili Evans?-

- Harry, Harry, claro que quiero, pero…

-¿Tiene miedo de que se entere que me ayudó?-

Slughorn no dijo nada, se veía aterrado.

- Sea valiente como mi madre, Profesor…-

Slughorn levantó su mano regordeta y presionó sus dedos temblorosos contra su boca, por un momento parecía como un enorme bebé demasiado crecido.

- No estoy orgulloso…- susurró a través de sus dedos- Estoy avergonzado de lo que… de lo que muestra mi recuerdo. … Creo que pude haber hecho un gran daño ese día. …-

- Usted puede deshacerse de cualquier cosa que haya hecho si me da el recuerdo - dijo Harry –Eso sería algo muy valiente y noble-

Hagrid se crispó en su sueño y continuó roncando. Slughorn y Harry se miraban fíjamente a través de la vela zurcada por la cera derretida. Hubo un silencio muy largo pero Felix Felices le decía a Harry que no rompiera el silencio, que esperara. Después, muy lentamente, Slughorn puso su mano en su bolsillo y sacó su varita. Puso su otra mano dentro de su túnica y tomó una botella pequeña

vacía. Aún mirando a los ojos de Harry, Slughorn tocó su frente con la punta de su varita y la retiró, de manera que una hebra de recuerdo larga y plateada salió pegada a la punta de la varita. El recuerdo se estiraba más y más hasta que se rompió y se columpió de la varita, como plata brillante. Slughorn la bajó hacia la botella donde se enrolló y se extendió, formando remolinos como si fuera gas. Puso un corcho en la botella con su mano temblorosa y la pasó a través de la mesa hacia Harry.

- Muchas gracias Profesor.-

- Eres un buen muchacho- dijo el Profesor Slughorn con lágrimas resbalando por sus gordas mejillas hacia su grueso bigote. – Y tienes sus ojos… No pienses mal de mí cuando la hayas visto…-

Y puso su cabeza entre sus brazos, dio un suspiro profundo y se quedó dormido.

Capitulo 23: Horcruxes

Harry podía sentir como la Felix Felicis se desvanecía mientras volvía lentamente hacia el castillo. La puerta delantera había permanecido abierta para él, pero en la tercera planta se encontró con Peeves y evitó por los pelos un castigo desviándose por uno de sus atajos. Para cuando llegó al retrato de la Dama Gorda, no se sorprendió de encontrarla en un estado de humor poco servicial.

- ¿Cómo llamarías tú a estas horas?

- Lo siento mucho… tuve que salir para tratar un asunto importante…

- Bueno, la contraseña cambió a medianoche, así que tendrás que dormir en el pasillo ¿no?

- ¡Bromeas! – dijo Harry. - ¿Por qué tendría que cambiar a medianoche?

- Pues así es – dijo la Dama Gorda. – Si estás enfadado ve y desahógate con el Director, es él quien ha estrechado la seguridad.

- Fantástico – dijo Harry amargamente mirando al duro suelo de su alrededor. – Genial. Si, iría a desahogarme con Dumbledore si estuviera aquí, pero fue él quien quizo que yo…

- Está aquí – dijo una voz detrás de Harry. – El Profesor Dumbledore volvió al colegio hace una hora.

Nick Casi Decapitado estaba flotando hacia Harry, con su cabeza balanceándose como siempre sobre su cuello.

-Me enteré por el Barón Sanguinario, que lo vio venir. – dijo Nick. – Parecía, según el Barón, estar de buen humor aunque un poco cansado por supuesto.

-¿Dónde está? – dijo Harry con un vuelco en el corazón.

- Oh, gruñendo y armando jaleo arriba en la Torre de Astronomía, es uno de sus pasatiempos favoritos…

- No el Barón Sanguinario, ¡Dumbledore!

- Oh… en su oficina - dijo Nick. – Creo, por lo que dijo el Barón, que tenía asuntos que atender antes de volver…

- Sí, los tiene - dijo Harry, sintiendo la excitación arder en su pecho ante la perspectiva de contarle a Dumbledore que había asegurado la memoria. Se dio media vuelta y se marchó de prisa de nuevo, ignorando a la Dama Gorda que lo llamaba.

- ¡Vuelve! De acuerdo ¡mentí! ¡Estaba molesta porque me despertaste! ¡La contraseña aun es "tenia"!

Pero Harry ya estaba precipitándose de nuevo volviendo por el pasillo y en cuestión de minutos estaba diciéndole 'palo de crema de caramelo' a la gárgola de Dumbledore la cual saltó a un lado permitiendo a Harry la entrada a la escalera de caracol.

- Pasa - dijo Dumbledore cuando Harry llamó. Sonaba exhausto.

Harry abrió la puerta. Ahí estaba el despacho de Dumbledore, igual que siempre pero con un cielo plagado de estrellas de fondo.

- Dios mío, Harry - dijo Dumbledore sorprendido. – ¿A qué debo este placer tan tardío?

- Señor… la tengo. Tengo la memoria de Slughorn.

Harry sacó la pequeña botella de cristal y se la mostró a Dumbledore. Por un momento o dos, el Director pareció sorprendido. Entonces su cara se iluminó con una sonrisa.

- ¡Harry, esas son noticias espectaculares! ¡De veras muy bien hecho! ¡Sabía que podrías hacerlo!

Con todo pensamiento acerca lo tarde que era aparentemente olvidado, se apresuró a ir tras su escritorio, tomó la botella con la memoria de Slughorn en su mano sana y se dirigió hacia el armario donde guardaba el Pensadero.

- Y ahora - dijo Dumbledore colocando el cuenco de piedra sobre el escritorio y vaciando el contenido de la botella dentro - ahora por fin veremos. Harry, rápido…

Harry se inclinó obedientemente sobre el Pensadero y sintió sus pies abandonar el suelo del despacho… una vez más cayó a través de la oscuridad y aterrizó en el despacho de Horace Slughorn muchos años atrás.

Ahí estaba Horace Slughorn mucho más joven, con su pelo espeso, brillante y de color paja y su bigote rubicundo, sentado de nuevo en el cómodo sillón de su

despacho, sus pies descansando sobre un reposapiés de terciopelo, un pequeño vaso de vino en una mano, la otra registrando una caja de piña cristalizada. Y había media docena de adolescentes sentados alrededor de Slughorn con Tom Ryddle en medio de ellos, el anillo de Sorvolo, dorado y negro brillando en su dedo.

Dumbledore aterrizó junto a Harry justo mientras Ryddle preguntaba - ¿señor, es cierto que el Profesor Merrythought se retira?

- Tom, Tom, si no fuera porque no puedo decírtelo - dijo Slughorn, moviendo su dedo con gesto reprobatorio hacia Ryddle, aunque guiñando el ojo a la vez. – Debo decir, que me gustaría saber de dónde sacas tu información chico, estás más enterado que la mitad del personal.

Ryddle sonrió, los otros chicos rieron y le dirigieron miradas de admiración.

- Así que con tu extraordinaria capacidad para saber cosas que no deberías y tu cuidadosa adulación para con la gente que realmente importa… gracias por la piña, dicho sea de paso estás en lo cierto, es mi favorita…

Varios de los chicos volvieron a reírse nerviosamente.

- Estoy seguro de que te convertirás en Ministro de Magia en unos veinte años. Quince si sigues mandándome piña. Tengo *excelentes* contactos en el Ministerio.

Tom Ryddle se limitó a sonreír mientras los demás rieron otra vez. Harry se percató de que no era el mayor del grupo de chicos, pero que todos ellos parecían mirarlo como si fuera su líder.

- No creo que la política vaya conmigo, señor, - dijo cuando las risas se apagaron. – No tengo los orígenes correctos, por ejemplo.

Un par de chicos a su alrededor sonreían con satisfacción. Harry estaba seguro de que disfrutaban de algún tipo de chiste privado: indudablemente sobre lo que ellos sabían o sospechaban del famoso ancestro de su cabecilla.

- Tonterías - dijo airadamente Slughorn - no podría ser más claro que provienes de una buena familia mágica con habilidades como las tuyas. No, llegarás lejos Tom, jamás me he equivocado aun con un estudiante.

El pequeño reloj dorado que reposaba sobre el escritorio de Slughorn tocó las once en punto detrás de él y miró a su alrededor.

-Dios mío, ¿ya es esa hora? Deberían marcharse chicos o estaremos todos en un lío. Lestrange, quiero tu ensayo mañana o tendrás castigo. Lo mismo para ti, Avery.

Uno a uno los chicos salieron de la habitación. Slughorn se levantó de su sillón y llevó su vaso vacío hacia su escritorio. Un movimiento tras él le hizo volverse. Ryddle aun estaba ahí.

- Ten cuidado Tom, no querrás que te cojan fuera de la cama a estas horas, y siendo un prefecto…

- Señor, quería preguntarle algo.

- Pregunta, entonces, chico, pregunta…

-Señor, me preguntaba que sabría usted sobre… ¿sobre Horcruxes?

Slughorn lo miró fijamente con sus gruesos dedos acariciando sin pensar el borde de su vaso de vino.

- Proyecto para Defensa Contra las Artes Oscuras ¿es eso?

Pero Harry podría asegurar que Slughorn sabía perfectamente bien que no eran deberes.

- No exactamente señor - dijo Ryddle. – Me topé con el término mientras leía y no lo entiendo bien del todo.

- No… bueno… te resultaría muy difícil encontrar un solo libro en Hogwarts que te diera detalles sobre Horcruxes Tom. Es un asunto muy oscuro, realmente muy Oscuro - dijo Slughorn.

- ¿Pero usted obviamente lo sabe todo sobre ellos señor? Quiero decir, un mago como usted… perdón, quiero decir, si no puede contármelo, obviamente… tan solo sabía que si alguien podía decirme algo, ese sería usted… así que pensé en preguntar…

Estaba todo muy logrado pensó Harry, la duda, el tono casual, los halagos cuidadosos, nada sobreexagerado. Él, Harry, había tenido demasiada experiencia tratando de sacar información de gente reacia como para no reconocer a un maestro trabajando. Podría asegurar que Ryddle quería muchísimo la información, tal vez había estado trabajando para ese momento durante semanas.

-Bien - dijo Slughorn, sin mirar a Ryddle, pero jugueteando con el lazo de su caja de piña cristalizada - bueno, no te hará daño que te de un repaso sobre el tema, por supuesto. Tan sólo para que lo entiendas. Un Horcrux es la palabra usada para un objeto en el cual una persona ha escondido una parte de su alma.

- No entiendo muy bien como funciona eso señor - dijo Ryddle.

Su voz estaba cuidadosamente controlada, pero Harry podía sentir su excitación.

– Bueno divides tu alma, de hecho - dijo Slughorn - y escondes una parte en un objeto fuera del cuerpo. Entonces, incluso si el cuerpo de alguien es atacado o destruido, no puede morir ya que parte de su alma permanece ligada a la tierra e intacta. Pero por supuesto la existencia de ese modo…

La cara de Slughorn se arrugó y Harry se encontró a si mismo recordando unas palabras que había oído casi dos años antes.

- *Fui arrancado de mi cuerpo, era menos que un espíritu, menos que el más ínfimo de los fantasmas… pero aun así estaba vivo.*

-… pocos lo querrían Tom, muy pocos. La muerte sería preferible.

Pero el hambre de Ryddle era ahora visible, su expresión era ansiosa, no podía mantenerla oculta por más tiempo.

- ¿Cómo divides tu alma?

- Bueno - dijo Slughorn incómodo - debes entender que el alma se supone debe permanecer intacta y entera. Dividirla es un acto de violación, está contra la naturaleza.

- ¿Pero cómo lo haces?

- Con un acto de maldad… el acto de maldad por excelencia. Cometiendo asesinato. Matar rasga el alma. El mago que intente crear un Horcrux debe usar ese daño para sus propósitos: debe encapsular la parte rasgada…

- ¿Encapsularla? ¿Pero cómo…?

- Hay un hechizo, pero no me preguntes ¡no lo se! – dijo Slughorn, sacudiendo su cabeza como un elefante viejo molesto por los mosquitos. – ¿Parezco de los que lo han intentado…? ¿Parezco un asesino?

- No, señor, por supuesto que no - dijo Ryddle rápidamente. – Lo siento… no pretendía ofender…

- En absoluto, en absoluto, no estoy ofendido, - dijo Slughorn ásperamente.- Es natural sentir cierta curiosidad sobre estas cosas… los magos de cierto calibre siempre se han sentido atraídos por ese aspecto de la magia…

- Sí señor - dijo Ryddle. – Lo que no comprendo, sin embargo… sólo por curiosidad… quiero decir, ¿es realmente útil un único Horcrux? ¿Puedes partir tu alma solo una vez? ¿No te haría más fuerte dividir tu alma en más trozos? Quiero decir, por ejemplo, no es el siete el numero más poderoso para la magia, no serian siete…

- ¡Por las barbas de Merlín, Tom! – gritó Slughorn - ¡siete! ¿No es suficientemente malo pensar en matar a una sola persona? Y en cualquier caso… suficientemente malo es ya dividir el alma… pero partirla en siete trozos…

Slughorn parecía profundamente perturbado ahora: estaba mirando a Ryddle como si no lo hubiese visto realmente antes y Harry podría asegurar que se estaba arrepintiendo de haber entablado la conversación.

- Por supuesto - murmuró - todo esto es hipotético, lo que estamos discutiendo, ¿no? Todo académico…

- Sí, señor, por supuesto - dijo Ryddle rápidamente.

- De todos modos, Tom… No comentes lo que te he dicho… Es decir, lo que hemos discutido. A la gente no le gustaría pensar que hemos estado charlando sobre Horcruxes. Es un tema prohibido en Hogwarts, sabes… Dumbledore es especialmente estricto sobre ello…

- No diré una sola palabra, señor - dijo Ryddle y se fue, pero no antes de que Harry hubiera captado un destello de su cara, llena de la misma felicidad salvaje que había tenido el día en que se enteró por primera vez de que era un mago, el tipo de felicidad que no encajaba con sus atractivos rasgos y que los hizo, en cierto modo, menos humanos…

- Gracias, Harry - dijo Dumbledore despacio. – Vayámonos…

Cuando Harry aterrizó de nuevo en el suelo del despacho, Dumbledore ya estaba sentado detrás de su escritorio. Harry se sentó también y esperó a que Dumbledore hablara.

- He estado esperando este fragmento de prueba durante mucho tiempo - dijo Dumbledore al fin. – Confirma la teoría en la que he estado trabajando, me indica que estoy en lo cierto y también cuan lejos aun tenemos que llegar…

Harry de repente se dio cuenta de que cada uno de los antiguos directores y directoras en los retratos de las paredes estaba despierto y escuchando su conversación. Un mago corpulento, de nariz roja de hecho había sacado un audífono.

- Bien Harry - dijo Dumbledore - estoy seguro de que entendiste el significado de lo que acabamos de oír. A la misma edad que tú tienes ahora, meses arriba o abajo, Tom Ryddle estaba haciendo todo lo que podía para hallar la forma de volverse inmortal.

-¿Qué cree que sucedió entonces señor? – preguntó Harry. – ¿Hizo un Horcrux? ¿Y esa es la razón por la que no murió cuando me atacó? ¿Tenía el Horcrux escondido en alguna parte? ¿Un poco de su alma estaba a salvo?

- Un poco… o mucho - dijo Dumbledore. – Ya oíste a Voldemort: lo que particularmente quería de Horace era un opinión acerca de qué pasaría con el mago que crease más de un Horcrux, qué pasaría con el mago tan decidido a evadir la muerte que se prepararía para asesinar varias veces, rasgar su alma repetidamente, para almacenarla en varios Horcruxes escondidos por separado. Ningún libro le habría dado esa información. Por lo que se… Y estoy seguro, por lo que sabía Voldemort… Ningún mago había conseguido más que partir su alma en dos.

Dumbledore hizo una pausa que duró un momento, reagrupando su pensamiento y entonces dijo - cuatro años atrás recibí lo que consideré una prueba fehaciente de que Voldemort había partido su alma.

- ¿Dónde? – preguntó Harry. ¿Cómo?

- Tú me la diste Harry - dijo Dumbledore. – El diario, el diario de Ryddle, el que daba instrucciones de cómo reabrir la Cámara de los Secretos.

- No entiendo, señor - dijo Harry.

- Bueno, a pesar de que no vi al Ryddle que salió del diario, lo que me describiste era un fenómeno que nunca había presenciado. ¿Una mera memoria empezando a actuar y a pensar por si misma? ¿Una mera memoria, consumiendo la vida de la chica en cuyas manos había caído? No, algo mucho más siniestro había vivido dentro de ese libro… Un fragmento de alma, estoy casi seguro. El diario había sido un Horcrux. Pero esto creó tantas dudas como respuestas. Lo que

más me intrigaba y alarmaba de ese diario es que hubiera sido concebido como un arma tanto como una protección.

- Sigo sin comprender - dijo Harry

- Bueno, funcionaba como se supone que funciona un Horcrux… en otras palabras, el fragmento de alma escondido dentro se mantuvo a salvo y jugó sin duda su parte para evitar la muerte de su propietario. Pero no hay lugar a duda de que Ryddle realmente quería que ese diario se leyera, quería que la pieza de su alma habitara o poseyera a alguien, para que el monstruo de Slytherin fuese liberado de nuevo.

- Bueno, no quería que su duro trabajo se desperdiciara - dijo Harry. – Quería que la gente supiera que era el heredero de Slytherin, porque no pudo recibir el crédito correspondiente en aquella época.

- Ciertamente - dijo Dumbledore afirmando con la cabeza. – Pero no ves, Harry, que si pretendía que el diario fuese pasado o forzado, a algún futuro estudiante de Hogwarts, estaba siendo francamente displicente con ese preciado fragmento de alma escondido en él. El objetivo de un Horcrux es como el Profesor Slughorn explicó, mantener parte de uno mismo escondida y a salvo, no acabar cruzándose en el camino de alguien y correr el riesgo de que lo destruya… como realmente ocurrió: ese fragmento de alma en particular ya no existe, tú lo viste.

La forma descuidada con la que Voldemort trató ese Horcrux me pareció de lo más siniestro. Me sugirió que él debió hacer… O estuvo planeando hacer… Más Horcruxes, por lo que la pérdida del primero no sería crítica. No quería creerlo, pero nada más parecía tener sentido.

Entonces tú me dijiste dos años más tarde, que en la noche que Voldemort recuperó su cuerpo, hizo la confesión más esclarecedora y alarmante a su Mortífagos. *"Yo, que he llegado más lejos que nadie en el camino que lleva a la inmortalidad."* Eso fue lo que me contaste que dijo. *"Más lejos que nadie."* Y pensé que sabía a qué se refería, aunque los Mortífagos no. Se estaba refiriendo a sus Horcruxes, Horcruxes en plural Harry, que no creo que ningún otro mago haya tenido nunca. Y sin embargo encajaba: Lord Voldemort había parecido volverse menos humano con el paso de los años y la transformación que había sufrido me pareció sencillamente explicable si su alma estaba mutilada más allá del reinado de lo que podríamos llamar comúnmente el mal…

-¿Así que se hizo a si mismo imposible de matar asesinando a otras personas? – dijo Harry. - ¿Por qué no podía hacerse una Piedra Filosofal, o robar una, si estaba tan interesado en la inmortalidad?

- Bueno, sabes que intentó precisamente eso, hace cinco años - dijo Dumbledore. – Pero hay varias razones por las que creo, una Piedra Filosofal no atraería tanto a Lord Voldemort como los Horcruxes.

Mientras que el Elixir de la Vida ciertamente extiende la vida, debe ser bebido regularmente, por toda la eternidad si el bebedor desea mantener su inmortalidad. De ese modo, Voldemort sería completamente dependiente del Elixir, y si se quedaba sin él, era contaminado o si la Piedra era robada, moriría como cualquier otro hombre. A Voldemort le gusta trabajar solo. Creo que habría encontrado el pensamiento de ser dependiente incluso del elixir, intolerable. Por supuesto estaba preparado para beberlo si le hubiera sacado de esa terrible media-vida a la que fue condenado después de atacarte, pero sólo para recuperar un cuerpo. Después, estoy convencido, pretendía continuar confiando en sus Horcruxes: no necesitaría nada más, si podía recuperar su forma humana. Ya era inmortal, sabes… o tan próximo a ser inmortal como puede serlo un hombre.

Pero ahora, Harry, armado con esta información, la memoria crucial que nos has procurado exitosamente, estamos más cerca del secreto para acabar con Lord Voldemort de lo que lo ha estado nunca nadie antes. Ya le oíste, Harry: "no sería mejor, te haría más fuerte, separar el alma en más trozos… No es el siete el número más poderoso para la magia…" *No es el siete el número más poderoso para la magia.* Sí, creo que la idea de un alma dividida en siete partes atraería mucho a Lord Voldemort.

- ¿Hizo *siete* Horcruxes? – dijo Harry horrorizado, mientras varios de los retratos en las paredes hicieron ruidos similares de conmoción e indignación. – Pero podrían estar en cualquier parte del mundo… Escondidos… Enterrados o invisibles…

- Me alegra ver que aprecias la magnitud del problema - dijo Dumbledore pausadamente. – Pero antes que nada, no Harry, no siete Horcruxes: seis. La séptima parte de su alma, aunque mermada, reside dentro de su cuerpo regenerado. Esa fue la parte de él que vivió una existencia espectral durante tantos años de exilio, sin eso no es nada. Esa séptima parte de alma será la última que cualquiera que desee matar a Voldemort debe atacar… la parte que vive en su cuerpo.

- Pero seis Horcruxes, entonces, - dijo Harry un poco desesperado, - ¿Cómo se supone que los encontraremos?

- Olvidas… que tú ya has destruido uno de ellos. Y yo he destruido otro.

- ¿De veras? - dijo Harry rápidamente.

- Sí de veras - dijo Dumbledore, mientras levantaba su mano oscurecida y de aspecto abrasado. – El anillo Harry. El anillo de Sorvolo. Y una terrible maldición pesaba sobre él también. Si no hubiera sido… perdona mi falta de modestia… por mis propias prodigiosas habilidades y por la actuación a tiempo del Profesor Snape cuando volví a Hogwarts, desesperadamente herido, no habría vivido para contar la historia. Sin embargo, una mano maltrecha no parece un intercambio poco razonable a cambio de una séptima parte del alma de Voldemort.

- ¿Pero dónde lo encontró?

- Bueno, como ya debes saber, durante muchos años he convertido en mi trabajo el saber tanto como pueda sobre el pasado de Voldemort. He viajado mucho visitando aquellos lugares que él conoció una vez. Me topé con el anillo escondido en la ruina de la casa de los Gaunt. Parece ser que una vez que Voldemort hubo conseguido sellar una parte de su alma dentro de él no quiso llevarlo por más tiempo. Lo escondió protegido por muchos encantamientos muy poderosos en la choza donde sus ancestros habían morado (Morfin había sido trasladado a Azkaban por supuesto) sin adivinar que yo me tomaría la molestia un día de visitar la ruina o que estaría con un ojo avizor buscando trazas de ocultación mágica.

Sin embargo no debemos alegrarnos demasiado. Tú destruiste el diario y yo el anillo, pero si estamos en lo cierto sobre la teoría del alma de siete partes, quedan cuatro Horcruxes.

- ¿Y podrían ser cualquier cosa?- dijo Harry. - ¿Podrían ser latas viejas o no se, botellas de pociones vacías…?

- Estás pensando en Trasladores Harry, que deben ser objetos mundanos fáciles de pasar por alto. ¿Pero Lord Voldemort usaría latas o viejas botellas de pociones para guardar su preciada alma? Estás olvidando lo que te he mostrado. A Lord Voldemort le gustaba coleccionar trofeos y prefería objetos con una historia mágica poderosa. Su orgullo, su creencia en su propia superioridad, su determinación por cavarse un lugar relevante en la Historia de la Magia, esas cosas me sugieren que Voldemort habría escogido sus Horcruxes con cierto cuidado, favoreciendo objetos que merecieran el honor.

- El diario no era tan especial.

- El diario, como tú has dicho, era la prueba de que él era el heredero de Slytherin, estoy seguro que Voldemort lo consideraba de mayor importancia.

- ¿Y también los demás Horcruxes? – dijo Harry. - ¿Cree que sabe lo que son, señor?

- Tan sólo puedo adivinar - dijo Dumbledore. – Por las razones que ya he dado, creo que Lord Voldemort habría preferido objetos que en si mismos tuviesen cierta grandeza. He viajado por lo tanto atrás, en el pasado de Voldemort para ver si podía encontrar pruebas de artefactos de esas características que hubiesen desaparecido a su alrededor.

- ¡El medallón! – dijo Harry en voz alta. - ¡La copa de Hufflepuff!

- Sí- dijo Dumbledore sonriendo - creo que apostaría… Tal vez no mi otra mano… Pero sí un par de dedos a que esos son los Horcruxes tres y cuatro. Los otros dos, asumiendo otra vez que creó un total de seis, son más problemáticos, pero me arriesgaré a suponer que habiendo asegurado objetos de Hufflepuff y Slytherin, le siguió la pista a objetos que pertenecieran a Gryffindor o Ravenclaw. Cuatro objetos de los cuatro fundadores, estoy seguro, ejercerían una fuerte atracción sobre la imaginación de Voldemort. No puedo contestar si nunca logró encontrar nada de Ravenclaw. Estoy seguro sin embargo, que la única reliquia conocida de Gryffindor permanece a salvo.

Dumbledore señaló con sus dedos ennegrecidos hacia la pared tras él, donde una espada incrustada de rubíes reposaba dentro de una urna de cristal.

- ¿Cree que esa es la razón por la que volvió a Hogwarts, señor? – dijo Harry. – ¿Para encontrar algo de los otros fundadores?

- Justo lo que pienso - dijo Dumbledore. – Pero desafortunadamente eso no nos hace ir mucho más lejos, ya que se marchó, o así lo creo, sin la oportunidad de registrar la escuela. Estoy obligado a concluir que nunca completó su ambición de conseguir cuatro objetos de los fundadores. Definitivamente tenía dos… tal vez tres… eso es lo que tenemos por el momento.

- Incluso si consiguió algo de Ravenclaw o de Gryffindor aun falta un sexto Horcrux - dijo Harry, contando con sus dedos. - ¿A menos que consiguiera ambos?

- No lo creo - dijo Dumbledore. – Creo que sé lo que es el sexto Horcrux. Me pregunto que dirás cuando te confiese que he sentido curiosidad por un tiempo sobre el comportamiento de la serpiente, ¿Nagini?

- ¿La serpiente? – dijo Harry con un sobresalto. - ¿Puedes usar animales como Horcruxes?

- Bueno no es aconsejable - dijo Dumbledore - porque confiar una parte de tu alma a algo que puede pensar y moverse por si misma es obviamente un negocio arriesgado. Sin embargo si mis cálculos son correctos, Voldemort estaba al

menos a un Horcrux de lograr su objetivo de seis cuando entró en la casa de tus padres con la intención de matarte.

Parece haberse reservado el proceso de hacer Horcruxes para muertes particularmente significativas. Tú desde luego lo habrías sido. Él creía que matándote estaba destruyendo el peligro que la profecía había trazado. Creía que se estaba haciendo a sí mismo invencible. Estoy seguro que pretendía hacer su último Horcrux con tu muerte.

Por lo que sabemos, falló. Después de un intervalo de algunos años, sin embargo, usó a Nagini para matar a un anciano muggle y tal vez se le ocurrió convertirla en su último Horcrux. Ella subraya la conexión con Slytherin, cosa que resalta la mística de Lord Voldemort. Pienso que le gusta tanto como cualquier otra cosa, ciertamente le gusta mantenerla cerca y parece tener un control inusual sobre ella, incluso para alguien que habla pársel.

- Así que - dijo Harry - el diario ya no existe, el anillo tampoco. ¿La copa, el medallón y la serpiente están aun intactos y usted cree que aun puede haber otro Horcrux que perteneció a Ravenclaw o Gryffindor?

- Un admirable resumen, sucinto y preciso, sí - dijo Dumbledore inclinando la cabeza.

- Así que… ¿Está aun buscándolos, señor? ¿Es eso lo que buscaba cuando abandonaba la escuela?

- Correcto - dijo Dumbledore. – He estado buscando durante mucho tiempo. Creo… Tal vez… Debo estar cerca de hallar otro. Hay signos esperanzadores.

- Y si lo hace- dijo Harry rápidamente - ¿Puedo ir con usted y ayudarle a deshacerse de él?

Dumbledore miró a Harry intensamente durante un momento antes de decir - sí, creo que sí.

- ¿Puedo? – dijo Harry ciertamente conmocionado.

- Sí -dijo Dumbledore sonriendo ligeramente. – Creo que te has ganado ese derecho.

Harry sintió cómo se le levantaba el corazón. Era bueno no oír palabras de precaución y protección por una vez. Los directores y directoras alrededor de las paredes parecían menos impresionados por la decisión de Dumbledore, Harry vio a algunos de ellos sacudiendo sus cabezas y Phineas Nigellus de hecho resopló.

- ¿Sabe Voldemort cuando un Horcrux es destruido señor? ¿Puede sentirlo? – preguntó Harry, ignorando a los retratos.

- Una pregunta muy interesante Harry. Creo que no. Creo que Voldemort está ahora tan inmerso en el mal y esas partes tan cruciales de sí mismo han estado separadas por tanto tiempo que no siente como nosotros lo hacemos. Quizá cuando esté al umbral de la muerte, sea consciente de su pérdida… pero no se dio cuenta, por ejemplo, de que el diario había sido destruido hasta que no le hubo sacado la verdad a la fuerza a Lucius Malfoy. Según tengo entendido, cuando Voldemort descubrió que el diario había sido mutilado y privado de sus poderes, su furia fue terrible e imposible de contener.

- ¿Pero yo pensé que él pretendía que Lucius Malfoy lo introdujera en Hogwarts?

- Sí lo hizo, años atrás, cuando estaba seguro de que podría crear más Horcruxes, pero aun así Lucius debía esperar la orden de Voldemort y nunca la recibió, ya que Voldemort se desvaneció poco tiempo después de que le hubiera confiado el diario. Sin duda pensó que Lucius no se atrevería a hacer nada con el Horcrux a parte de guardarlo cuidadosamente, pero no contaba demasiado con un miedo hacia un maestro desaparecido durante años y a quien Lucius creía muerto. Por supuesto, Lucius no sabía lo que era el diario en realidad. Entiendo que Voldemort le había contado que el diario reabriría la Cámara de los Secretos, porque estaba brillantemente encantado. Si Lucius hubiera sabido que poseía una porción del alma de su maestro indudablemente lo habría tratado con más reverencia… pero en su lugar siguió adelante y llevó a cabo el viejo plan para sus propios propósitos: dándole el diario a la hija de Arthur Weasley, esperaba desacreditar a Arthur, conseguir alejarme de Hogwarts y deshacerse de un objeto altamente incriminatorio de una sola vez. Ah, pobre Lucius… con la furia de Voldemort desatada por el hecho de que desperdició el Horcrux para su propio beneficio y el fiasco en el Ministerio el año pasado estaría sorprendido si no se alegrara secretamente de estar a salvo en Azkaban en estos momentos.

Harry se quedó pensativo por unos momentos, y entonces preguntó - así que si todos los Horcruxes fuesen destruidos, ¿Voldemort *podría* morir?

- Sí, así lo creo - dijo Dumbledore. – Sin sus Horcruxes, Voldemort será un mortal con un alma mermada y disminuida. No olvides sin embargo, que aunque su alma pueda ser dañada más allá de la posibilidad de reparo, su cerebro y su poder mágico permanecerán intactos. Se requerirán unas habilidades poco comunes para poder para matar a un mago como Voldemort, incluso sin sus Horcruxes.

- Pero yo no tengo habilidades poco comunes y poder - dijo Harry antes de poder refrenarse.

- Sí, los tienes -dijo firmemente Dumbledore. – Tienes un poder que Voldemort no ha tenido nunca. Puedes…

- ¡Lo sé! – dijo Harry impaciente. – ¡Puedo amar! Con mucha dificultad pudo pararse a sí mismo antes de añadir - ¡Gran negocio!

- Sí Harry, puedes amar - dijo Dumbledore, que parecía como si supiera perfectamente bien lo que Harry se había guardado de decir. – Lo cual, dado todo lo que te ha pasado, es algo grande y remarcable. Eres demasiado joven todavía como para saber cuan inusual eres Harry.

- Así que… Cuando la profecía dice que tendré "poderes que el Señor Tenebroso desconoce", sencillamente significa… ¿amor? – preguntó Harry sintiéndose un poco descorazonado.

- Sí… Sencillamente amor - dijo Dumbledore. – pero Harry, nunca olvides que lo que la profecía dice es solo significativo porque Voldemort hizo que lo fuera. Te lo dije a finales del año pasado. Voldemort te eligió como la persona que seria más peligrosa para él… ¡Y haciéndolo, te *hizo* la persona que seria más peligrosa para él!

- Pero es lo mismo…

- ¡No, no lo es! – dijo Dumbledore, sonando impaciente ahora. Señalando a Harry con su mano negra y maltrecha dijo - ¡Le estás dando demasiado crédito a esa profecía!

- Pero - balbuceó Harry, - Pero dijiste que la profecía significa…

- Si Voldemort no hubiera oído nunca la profecía, ¿se habría cumplido? ¿Habría significado algo? ¡Por supuesto que no! ¿Crees que todas y cada una de las profecías de la Sala de la Profecía se ha cumplido?

- Pero - dijo Harry desconcertado - pero el año pasado, dijiste que uno de los dos mataría al otro…

- Harry, Harry, ¡sólo porque Voldemort cometió un grave error y actuó según las palabras de la Profesora Trelawney! Si Voldemort no hubiese matado a tu padre, ¿te habría inculcado tu deseo de venganza? ¡Por supuesto que no! Si no hubiese forzado a tu madre a morir por ti, ¿te habría proporcionado la protección mágica que él no podía penetrar? ¡Por supuesto que no Harry! ¿No lo ves?

Voldemort mismo creó a su peor enemigo ¡como todos los tiranos! ¡Tienes idea de cuánto temen los tiranos a la gente que oprimen! Todos ellos saben que un día, entre sus muchas víctimas ¡seguro que habrá alguno que se levante contra ellos y contraataque! ¡Voldemort no es diferente! Siempre estaba buscando a quien lo retara. Oyó la profecía y se puso en acción ¡con el resultado de que no sólo escogió al que probablemente acabaría con él sino que además lo dotó con armas mortales únicas!

- Pero…

- ¡Es esencial que lo entiendas! – dijo Dumbledore, levantándose y caminando por la habitación con sus relucientes ropas siseando al despertar, Harry no le había visto nunca tan agitado. – Cuando intentó matarte, Voldemort mismo te apuntó como la persona destacable que se sienta aquí delante de mí ¡y te dio las herramientas necesarias para llevar a cabo el trabajo! Es culpa de Voldemort que fueses capaz de ver dentro de sus pensamientos, sus ambiciones, que pudieses entender el lenguaje de las serpientes en el cual da órdenes y aun Harry, a pesar de tu privilegiado vistazo al mundo de Voldemort (el cual por cierto es un don por el que cualquier Mortífago mataría) ¡nunca has sido seducido por las Artes Oscuras, nunca ni por un segundo has mostrado el más mínimo deseo de convertirte en uno de los seguidores de Voldemort!

- ¡Por supuesto que no! – dijo Harry indignado. – ¡Mató a mi papá y a mi mamá!

- ¡Estás protegido en resumen por tu capacidad de amar! – dijo Dumbledore en voz alta. – ¡La única protección que posiblemente funcione contra un ansia de poder como la de Voldemort! A pesar de todas las tentaciones que has soportado, todo el sufrimiento, has permanecido puro de corazón, tan puro como eras a los once años, cuando miraste en un espejo que reflejaba el deseo de tu corazón y te mostró la única forma de vencer a Lord Voldemort y no la inmortalidad o riquezas. Harry ¿tienes idea de cuan pocos magos habrían visto lo que tú en ese espejo? Voldemort debería haberlo sabido entonces ¡pero no lo hizo!

Pero ahora lo sabe. Te has introducido en la mente de Lord Voldemort sin recibir daño alguno, pero no puede poseerte sin sufrir una agonía mortal como descubrió en el ministerio. No creo que comprenda por qué Harry, pero tuvo tanta prisa en mutilar su propia alma, que nunca se paró a comprender el incomparable poder de un alma entera y sin mácula.

- Pero señor - dijo Harry, haciendo grandes esfuerzos por no parecer escéptico - todo gira en torno al mismo punto, ¿no? Tengo que intentar matarlo o…

- ¿Tienes? – dijo Dumbledore. - ¡Por supuesto que tienes que! ¡Pero no por la profecía! ¡Porque tu, porque tu mismo no habrías descansado hasta haberlo intentado! ¡Imagina por favor sólo por un momento, que nunca hubieses oído esa profecía! ¿Cómo te sentirías con respecto a Voldemort ahora? ¡Piensa!

Harry miró a Dumbledore caminar de un lado para otro frente a él y pensó. Pensó en su madre, su padre y Sirius. Pensó en Cedric Diggory. Pensó en todas las cosas terribles que sabía eran obra de Lord Voldemort. Una llama pareció saltar en su pecho quemándole la garganta.

- Querría que acabaran con él - dijo Harry despacio. – y querría hacerlo yo.

- ¡Por supuesto que sí! – gritó Dumbledore. – Ves, ¡la profecía no significa que *tengas* que hacer algo! Pero la profecía provocó que Lord Voldemort te *marcara como a su igual*… En otras palabras, eres libre de elegir tu camino, ¡libre para darle la espalda a la profecía! Pero Voldemort continua dándole crédito a la profecía. Él continuará dándote caza… lo que sí es cierto realmente es que…

- Es que uno de los dos acabará matando al otro - dijo Harry. – Sí.

Pero por fin entendía lo que Dumbledore le había estado intentando explicar. Era, pensó, la diferencia entre ser arrastrado a la arena para batallarle a la muerte y caminar hacia la arena con la cabeza bien alta. Algunas personas, quizás dirían que hay muy poca diferencia entre ambos caminos, pero Dumbledore sabía… y yo también, pensó Harry, sintiendo un torrente de furioso orgullo y también mis padres… que hay toda la diferencia del mundo.

Capítulo 24: SECTUMSEMPRA

Cansado pero fascinado por su trabajo de la noche anterior, Harry les contó a Ron y Hermione todo lo que había pasado durante la clase de Encantamientos de la mañana siguiente (teniendo primero que arrojar el hechizo *Muffliato* sobre aquellos que estaban cerca). Ambos se mostraron satisfactoriamente impresionados por la manera en que él había engatusado la memoria de Slughorn y tajantemente impresionados cuando les platicó sobre los Horcruxes de Voldemort y la promesa de Dumbledore de llevarlo consigo, seguro de que él encontraría a algún otro.

-Asombroso. –exclamó Ron, cuando finalmente Harry terminó de contarles todo; estaba agitando su varita muy inconcientemente hacia el techo sin poner pizca de atención a lo que estaba haciendo. -Asombroso. Tú realmente irás con Dumbledore… lo intentarás y lo destruirás… asombroso.

-Ron, estás haciendo nieve, -dijo Hermione pacientemente, tomándolo de la muñeca y dirigiendo su varita lejos del techo del cual, efectivamente, habían empezado a caer grandes copos blancos. Harry notó que Lavender Brown miró con furia a Hermione desde una mesa cercana, tenía los ojos muy rojos. Hermione soltó inmediatamente el brazo de Ron.

-Ah, sí –dijo Ron, mirando sus hombros vagamente sorprendido. –Lo siento… ahora parece como si tuviéramos una horrible caspa.

Sacudió algunos copos de nieve del hombro de Hermione y Lavender estalló en llanto. Ron pareció inmensamente culpable y le dio la espalda a ésta última.

-Nos hemos peleado, -le dijo a Harry en un susurro apenas abriendo la boca. –La otra noche, cuando me vio salir del dormitorio con Hermione. Obviamente ella no te pudo ver, por lo que piensa que esto había sido sólo entre nosotros dos.

-Ah, -respondió Harry. –Bueno, no piensas que ya terminó, ¿o sí?

-No, -admitió Ron. –Fue muy malo mientras ella estaba gritando, pero al final no tuve que terminar.

-Cobarde –dijo Hermione, quien parecía divertida. –Bueno, al parecer fue una mala noche para los romances en general. Ginny y Dean también pelearon, Harry.

Él pensó que había suspicacia en su mirada cuando le dijo eso, pero no era posible que ella supiera que de repente, en su interior, Harry estaba bailando

conga. Manteniendo su rostro tan inmóvil y su voz tan indiferente como pudo hacerlo, le preguntó:

-¿Cómo sucedió?

-Oh, fue algo realmente tonto… Ella dice que él siempre intenta ayudarla a pasar el agujero del retrato, como si ella no pudiera hacerlo por sí misma… pero las cosas entre ellos han estado un poco mal últimamente.

Harry le echó una mirada a Dean que estaba al otro lado del salón de clases. Ciertamente parecía muy desdichado.

-Por supuesto, esto te pone a tí en un dilema, ¿verdad? –preguntó Hermione.

-¿Qué quieres decir? –inquirió rápidamente Harry.

-El equipo de Quidditch –respondió ella. –Si Ginny y Dean no se hablan…

-Ah… sí, sí –dijo Harry.

-Flitwick –les advirtió Ron. El pequeño profesor de Encantamientos se acercaba balanceándose hacia ellos, y Hermione era la única que había logrado convertir el vinagre en vino; su vaso estaba lleno de un líquido de color profundamente carmesí, mientras que los contenidos de los vasos de Harry y Ron eran todavía de un lóbrego color café.

-Vamos, vamos, niños, -les reprochó el profesor Flitwick con su voz chillona. –Menos plática y más acción… déjenme ver cómo lo intentan…

Levantaron sus varitas juntos, concentrándose lo más que podían, y apuntaron a sus respectivos vasos. El vinagre de Harry se convirtió en hielo, el vaso de Ron explotó.

-Sí… de tarea, -dijo el profesor Flitwick, emergiendo de debajo de la mesa y sacudiéndose pedacitos de vidrio de la punta de su sombrero, -*practiquen*.

Tenían uno de esos poco comunes momentos libres juntos después de la clase de Encantamientos, y se dirigieron los tres hacia la sala común. Ron parecía estar totalmente despreocupado sobre el fin de su relación con Lavender, y Hermione parecía muy contenta. Cuando le preguntó porqué sonreía, ella simplemente dijo: "Es un bonito día." Ninguno de los dos parecía darse cuenta de la fiera batalla que se estaba librando en el cerebro de Harry:

-Es la hermana de Ron.

-¡Pero ha terminado con Dean!

-Sigue siendo la hermana de Ron.

-¡Soy su mejor amigo!

-Eso lo hará más difícil.

-Si yo hablara con él primero…

-Querrá golpearte.

-¿Y si no me importa?

-¡Es tu mejor amigo!

Harry apenas se percató cómo habían atravesado el agujero del retrato hacia la soleada sala común, y casi ni miró al pequeño grupo de séptimo que se apretujaban juntos ahí, hasta que Hermione gritó.

-¡Katie! ¡Has regresado! ¿Te encuentras bien?

Harry observó a alguien quién sin duda era Katie Bell completamente saludable y rodeada por sus jubilosos amigos.

-¡Estoy realmente bien!- dijo felizmente. –Me dejaron salir de San Mungo el lunes, me tomé un par de días para estar en casa con mamá y papá y entonces ellos me han traído aquí esta mañana. Leanne justo me estaba contando lo de McLaggen y el último partido, Harry…

-Sí, –contestó Harry, -bueno, ahora que tú has regresado y Ron está bien, tendremos una oportunidad decente para destrozar a Ravenclaw, lo que significaría que podríamos aspirar a la Copa. Escucha, Katie…

Tenía que preguntárselo inmediatamente; su curiosidad sacó temporalmente a Ginny de su cerebro. Bajó la voz al mismo tiempo que los amigos de Katie empezaron a recoger sus cosas; aparentemente ya iban tarde a Transformaciones.

-…ese collar… ¿ahora puedes recordar quién te lo dio?

-No, -respondió Katie, negando tristemente con su cabeza. –Todo el mundo ha estado preguntándomelo, pero no tengo ni idea. La última cosa que recuerdo es haberme dirigido al baño de chicas en "Las Tres Escobas".

-¿Entonces sí entraste en el baño? –preguntó Hermione.

-Bueno, sé que abrí la puerta, -dijo Katie, -así que supongo que quien sea que me haya echado la maldición estaba detrás de ella. Después de eso, mi memoria está en blanco hasta hace dos semanas, ya en San Mungo. Escuchen, es mejor que me vaya, no quiero que McGonagall me ponga a hacer líneas en mi primer día de vuelta…

Agarró su bolsa y libros y salió a toda prisa tras sus amigos dejando a Harry, Ron y Hermione sentados en la repisa de la ventana y meditando en lo que ella les había dicho.

-Entonces tiene que haber sido una chica o una mujer quien le dio a Katie ese collar, -dedujo Hermione, -para poder estar en el baño de damas.

-O alguien que parecía ser una chica o una mujer, -puntualizó Harry. –No olvides que había un caldero lleno de poción multijugos en Hogwarts. Sabemos que robaron un poco…

Se imaginó un desfile de Crabbles y Goyles pavoneándose al pasar, todos transformados en chicas.

-Creo que voy a tomar otro trago de Felix, -dijo Harry, -y tener que ir al cuarto de menesteres otra vez.

-Eso será un completo desperdicio de poción, -dijo llanamente Hermione, bajando su copia de "*Silabario del Hechicero*" que acababa de tomar de su bolsa. –La suerte sólo puede llevarte hasta cierto punto, Harry. La situación con Slughorn fue diferente; siempre tuviste la habilidad para persuadirlo, sólo necesitaste tentar un poco las circunstancias. La suerte no es suficiente para conseguirte un encantamiento poderoso, además. ¡No desperdicies el resto de la poción! Tú necesitarás toda la suerte que puedas conseguir si Dumbledore te lleva con él… -bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

-¿No podemos hacer un poco más? –le preguntó Ron a Harry, ignorando a Hermione. –Sería grandioso tener todo un abastecimiento… tenemos que ver en el libro…

Harry sacó su tomo de "*Pociones Avanzadas: su elaboración"* de su bolsa y buscó Felix Felices.

-Diablos, es realmente complicada, -dijo mientras le echaba una ojeada a la lista de ingredientes. –Y su elaboración toma seis meses… debes dejarla cociendo…

-Típico –dijo Ron.

Harry estaba a punto de dejar su libro cuando se percató que una esquina de una página estaba doblada; abrió el libro en ese punto y vio el hechizo *Sectumsempra*, con la leyenda "Para enemigos", el cual él había hecho ese doblez un par de semanas antes. Todavía no averiguaba que era lo que hacía, principalmente porque no quería hacer pruebas con Hermione rondando cerca, pero estaba considerando intentarlo la próxima vez que McLaggen lo agarrara desprevenido.

La única persona que no parecía contenta de ver a Katie Bell de regreso en el colegio era Dean Thomas, porque no sería ya más requerido para ocupar su lugar como cazador en el equipo. Tomó la noticia con total estoicismo cuando Harry se la dio, simplemente gruñó algo y se encogió de hombros, pero Harry tenía el indudable sentimiento de que cuando se alejó de Dean, éste y Seamus estaban murmurando de él a sus espaldas.

Durante los siguientes quince días se vieron las mejores prácticas de Quidditch desde que Harry era capitán. Su equipo estaba tan contento de librarse de McLaggen, tan feliz de tener a Katie por fin de regreso, que todos estaban volando extremadamente bien.

Ginny no parecía en lo absoluto afectada por su rompimiento con Dean, todo lo contrario, estaba consagrando su vida y alma al equipo. Sus imitaciones de Ron balanceándose ansiosamente de arriba hacia abajo frente a los aros de gol cuando la Quaffle se dirigía a él, o las de Harry gritándole órdenes a McLoggan antes de ser noqueado, los mantenía a todos realmente animados. Harry, riéndose junto con los otros, estaba agradecido de tener una razón inocente para mirar a Ginny; ya había recibido varios golpes de Bludger por no tener los ojos puestos en la Snitch durante las prácticas.

La batalla aún se libraba en su cabeza: *¿Ginny o Ron?* A veces creía que al Ron-después-de-Lavender no le importaría demasiado si le pedía a Ginny salir con él, pero entonces recordaba la expresión en el rostro de Ron cuando la había visto besarse con Dean. Esto le hacía estar seguro de que Ron consideraría como una alta traición si Harry tan sólo se atreviera a tomarle la mano a Ginny.

Todavía Harry no podía darse el valor para hablar con Ginny, reír con ella o caminar de regreso con ella al término de las prácticas por mucho que anhelara

hacerlo. Siempre se sorprendía a sí mismo pensando cuál sería la mejor manera de acercarse a ella. Hubiera sido ideal si Slughorn hubiera dado otra de sus pequeñas fiestas, para que Ron no estuviera cerca. Desafortunadamente, parecía que Slughorn ya se había dado por vencido. Una o dos veces consideró la idea de pedirle ayuda a Hermione, pero no se creía capaz de soportar la mirada de autosuficiencia en su rostro, ya que creía que ella lo había atrapado más de una vez mirando a Ginny o riéndose de sus bromas. Y como si esto fuera poco, tenía la molesta preocupación de que si él no le pedía pronto a Ginny salir juntos, de seguro alguien más se le podía adelantar, ya que últimamente ella era demasiado popular. Quizá demasiado para su propio bien, como Harry y Ron pensaban (¡estaban de acuerdo, por fin!).

Aún con todo, la tentación de tomar un buen trago de Felix Felices era cada día más fuerte, y Harry se preguntaba si en este caso se ameritaba hacerlo, o si sólo tendría que "tentar las circunstancias" cómo puntualizó Hermione. Los agradables días de Mayo se deslizaban suavemente mientras Ron parecía estar sobre el hombro de Harry cada vez que él observaba a Ginny. A veces se encontraba a sí mismo deseando con fervor un golpe de suerte que le permitiera a Ron darse cuenta que nada lo haría más feliz que el hecho de que su mejor amigo y su hermana se enamoraran y les permitiera estar a solas un poco más de tiempo que el par de segundos habituales. Pero aparentemente no habría oportunidad de nada con la final de Quidditch encima y Ron queriendo hablar sólo de tácticas de juego todo el tiempo.

Ron no era el único interesado en este tema; las expectativas del juego entre Gryffindor y Ravenclaw, el partido que decidiria el campeonato, parecían haberse regando como pólvora por todo el castillo. Si Gryffindor apaleaba a Ravenclaw por un margen de trescientos puntos (algo posible, ya que Harry no había visto a su equipo mejor que ahora), ellos se llevarían el campeonato. Pero si les ganaban con menos de trescientos puntos, quedarían segundos después de Ravenclaw; si perdían por cien puntos estarían en tercer puesto detrás de Hufflepuff; o si perdían por más de cien puntos, quedarían en cuarto lugar, y nadie, estaba seguro Harry, olvidaría en los siguientes dos siglos que él capitaneaba el equipo cuando cayeron desde su primer puesto hasta el último.

Los días previos al partido estuvieron plagados de los acontecimientos usuales: miembros de las casas rivales intentaban intimidar a los del equipo contrario en los pasillos; cánticos desagradables sobre algún jugador se dejaban oír ruidosamente cuando éste pasaba; los miembros de los equipos se pavoneaban disfrutando de la atención o corrían a los baños entre clases para vomitar. De cualquier forma, Harry creía que el resultado del partido estaría entrelazado inevitablemente con el éxito o fracaso de sus planes hacia Ginny. Sabía que si ganaban por más de trescientos puntos las escenas de euforia y la fiesta post-partido serían tan reconfortantes como un gran trago de Felix Felices.

En medio de estas preocupaciones, Harry no había olvidado su otra ambición: averiguar qué hacía Malfoy en el cuarto de los menesteres. Seguía viendo el Mapa del Merodeador de vez en cuando, y al no ver a Malfoy en él deducía que éste estaba pasando su tiempo en el cuarto de los menesteres. Y aunque ya estaba perdiendo las esperanzas de descubrir a Malfoy dentro del salón, seguía intentando hallar la puerta al pasar por ahí, sin tener más recompensa que encontrar el muro sin puerta alguna.

Unos días antes del partido contra Ravenclaw, Harry se encontraba caminando solo hacia su sala común después de haber cenado, ya que Ron había salido disparado hacia el baño más cercano para vomitar y Hermione se había desaparecido al ver aproximarse a la profesora Vector, murmurando algo sobre un error que había cometido en su último ensayo de Aritmancia. Más que por hábito que por otra cosa, Harry hizo el habitual recorrido por el pasillo del séptimo piso revisando el Mapa del Merodeador mientras caminaba. No pudo encontrar a Malfoy por ningún lado por lo que asumió que estaría dentro del cuarto de los menesteres otra vez, cuando de repente pudo ver la pequeña etiqueta con su nombre en un baño de chicos que estaba un piso debajo y acompañado, no por Crabble o Goyle, sino por Myrtle la llorona.

Harry se quedó observando esta inusual pareja que no se percató de que iba derecho hacia una armadura. El tremendo ruido que hizo ésta al caerse lo hizo volver a la realidad; huyó de la escena a toda prisa antes de que Filch hiciera su aparición, bajó las escaleras de mármol a toda carrera y siguó por el pasillo que se abría ahí. Fuera del baño, puso su oreja contra la puerta esperando oír algo. Completo silencio. Abrió la puerta con sumo cuidado, tratando de no hacer ruido.

Draco Malfoy estaba parado de espaladas a la puerta, con sus manos se apoyaba en un lavabo y tenía su rubia cabeza inclinada.

-Ya, ya… -canturreaba la voz de Myrtle la llorona desde uno de los cubículos. –Ya, ya… cuéntame… ¿qué te pasa?... Quizá pueda ayudarte…

-Nadie puede ayudarme. –dijo Malfoy. Estaba temblando de pies a cabeza. –No puedo hacerlo… no puedo… no sirvo para eso… y si no lo hago pronto… dijo que me mataría…

Y entonces Harry se dio cuenta, con una impresión tan grande que parecía haberse quedado pegado al suelo, que Malfoy estaba llorando… llorando de verdad. Las lágrimas recorrían su pálido rostro y caían en el mugriento lavamanos. Malfoy jadeó y tosió, y entonces, con un gran estremecimiento, levantó la cabeza y a través del espejo resquebrajado, miró a Harry observándolo sobre su hombro.

Malfoy se dio la vuelta con rapidez, levantando su varita. Instintivamente Harry sacó la suya. El embrujo que Malfoy arrojó a Harry falló por centímetros, haciendo añicos la lámpara que estaba en el muro junto a él. Arrojándose al suelo, Harry pensó "*¡Levicorpus!*" y agitó su varita, pero Malfoy logró esquivarlo y levantó su propia varita para arrojarle otro maleficio…

-¡No! ¡No! ¡Deténganse! –chilló Myrtle la llorona, su voz hacia eco en el cuarto de baño. -¡Alto! ¡PAREN YA!

Se escuchó un terrible estruendo y la cabina que estaba junto a Harry explotó; intentó hacer el hechizo de las piernas pegadas pero éste rozó la oreja de Malfoy y golpeó el muro detrás de él, destrozando el tanque de agua sobre el que estaba Myrtle, quien gritó fuertemente; el agua se empezó a derramar por todos lados y Harry se resbaló al mismo tiempo que Malfoy, con el rostro contorsionado, gritaba:

-*Cruci…*

-¡SECTUMSEMPRA! –gritó Harry con todas sus fuerzas desde el piso, al mismo tiempo que agitaba salvajemente la varita.

La sangre empezó a salir a chorros del rostro y pecho de Malfoy como si éste hubiera sido golpeado con una espada invisible. Se tambaleó hacia atrás y cayó en el suelo encharcado haciendo un gran ruido en el agua. Su varita cayó de su mano derecha, que se había quedado sin fuerza.

-No… -jadeó Harry.

Deslizándose y tambaleándose, Harry se puso de pie y se precipitó hacia dónde yacía Malfoy, cuyo rostro se había puesto de un rojo brillante. Tenía sus manos contraídas sobre su pecho bañado en sangre.

-No… no quise…

Harry no sabía lo que había dicho, cayó de rodillas a un lado de Malfoy, quien temblaba incontroladamente en el charco de su propia sangre. Myrtle la llorona dejó salir un ensordecedor grito:

-¡ASESINATO! ¡ASESINATO EN EL BAÑO! ¡ASESINATO!

La puerta se abrió de golpe detrás de Harry él miró hacia arriba, aterrorizado: Snape había irrumpido en el baño, tenía el rostro lívido. Empujó bruscamente a Harry hacia un lado y se puso de rodillas junto a Malfoy. Sacando su varita se puso a trazar con ella sobre las profundas heridas que la maldición de

Harry le había causado, al mismo tiempo que murmuraba un encantamiento que sonaba como una canción. La sangre pareció dejar de fluir. Snape limpió el rostro de Malfoy y repitió su hechizo. Parecía cómo si hubiera cosido las heridas.

Harry sólo observaba, horrorizado por lo que había hecho. Apenas se percató que estaba también empapado en sangre y agua. Myrtle la llorona seguía sollozando y lamentándose sobre ellos. Cuando Snape pareció terminar su contrahechizo por tercera vez, ayudó a Malfoy a incorporarse, aunque no lo logró del todo.

-Necesitas ir a la enfermería. Te podrían quedar las cicatrices, pero si tomas dittany inmediatamente podremos evitarlas… Vamos…

Sosteniendo a Malfoy, lo ayudó a cruzar el baño y al llegar a la puerta se volvió y dijo, con una voz fría cargada de furia:

-Y tú, Potter… espérame aquí.

Ni por un segundo le pasó por la cabeza desobedecer. Se levantó lentamente, temblando, y miró hacia abajo el suelo mojado. Había manchas de sangre flotando como lirios rojos sobre la superficie del agua. No encontraba palabras para pedirle a Myrtle la llorona que se callara, ya que continuaba lamentándose y sollozando con un disfrute cada vez mayor.

Snape regresó diez minutos después. Entró al baño y cerró la puerta detrás de él.

-Vete. –le dijo a Myrtle, y ésta se sumergió dentro de su taza dejando un sonoro silencio detrás de ella.

-No sé que pasó. –dijo Harry a su vez. Su voz hacía eco en aquel frío y húmedo lugar. –No sabía lo que ese hechizo hacía.

Pero Snape lo ignoró.

-Aparentemente te he subestimado, Potter. –dijo tranquilamente. -¿Quién hubiera creído que tú supieras semejante magia oscura? ¿Quién te habló de ese hechizo?

-Yo… lo leí por ahí.

-¿Dónde?

-En… un libro de la biblioteca. –inventó Harry desesperadamente. –No recuerdo cómo se llamaba…

-Mentiroso. –dijo Snape. Harry sintió la boca seca. Sabía lo que Snape estaba tratando de hacer y no se había prevenido para evitarlo…

El baño parecía destellar ante sus ojos, trató de bloquearse de todo, pero sobre todas las cosas, intentó desaparecer la imagen de la copia de "*Pociones Avanzadas: su elaboración*" del Príncipe Mestizo de su mente.

Y entonces Snape fue apareciendo ante sus ojos otra vez, en medio de aquel baño destrozado y empapado. Miró sus ojos negros, deseando y esperanzado de que Snape no viera en su mente lo que tanto temía, pero…

-Tráeme tu bolsa, –dijo Snape suavemente, -y todos tus libros. *Todos*. Tráemelos aquí. ¡Ahora!

No había manera de discutir. Harry se volvió y salpicando, caminó hacia afuera del baño. Una vez en el pasillo, rompió a correr hacia la Torre de Gryffindor. Muchos venían caminando hacia el lado contrario, y se quedaban boquiabiertos ante su aspecto, empapado y cubierto de sangre. Pero él no contestó ninguna de las preguntas que la gente le hacía al pasar corriendo junto a ellos.

Se sentía estupefacto; era como si una mansa mascota de repente se hubiera vuelto salvaje; ¿qué había estado pensando el Príncipe cuando copió semejante hechizo en su libro? ¿Y qué pasaría cuando Snape lo viera? ¿Le diría a Slughorn (Harry sintió un jalón en su estómago) cómo había logrado obtener semejantes resultados en Pociones durante el año? ¿Confiscaría o destruiría el libro que le había enseñado tanto… el libro que se había convertido en un tipo de guía y amigo? Harry no podía dejar que eso pasara… No podía…

-¿Dónde has…? ¿Por qué estás empapado…? ¿Es *sangre*?

Ron estaba parado arriba en las escaleras, desde donde observaba perplejo la visión que Harry ofrecía.

-Necesito tu libro. –jadeó Harry. –Tu libro de pociones. Rápido… dámelo.

-Pero, y el del Prícipe Mes…

-¡Te explicaré después!

Ron sacó su copia de "*Pociones Avanzadas: su elaboración*" de su bolsa y se lo pasó; Harry lo tomó y se siguió de largo hacia la sala común. Una vez ahí,

agarró su bolsa e ignorando las miradas asombradas de varias personas que acababan de cenar, se arrojó por el agujero del portarretrato y corrió por todo lo largo del pasillo del séptimo piso.

Patinó para detenerse junto al tapiz de los trolls danzantes, cerró sus ojos y empezó a caminar.

Necesito un lugar para esconder mi libro… Necesito un lugar para esconder mi libro… Necesito un lugar para esconder mi libro…

Tres veces caminó de un lado a otro enfrente del pedazo de muro desnudo. Cuando abrió los ojos, ahí estaba por fin: la puerta del salón de los menesteres. Harry abrió la puerta, se precipitó dentro y cerró de un portazo.

Harry jadeó de la sorpresa. A pesar de su prisa, su pánico y su miedo de lo que le esperaba al regresar al baño, nada lo habría preparado para el sobrecogimiento que sintió al ver lo que había dentro. Estaba en un cuarto del tamaño de una gran catedral, cuyas ventanas dejaban caer rayos de luz sobre lo que parecía una ciudad con altísimos muros, construidos por lo que Harry supo eran objetos escondidos por generaciones de habitantes de Hogwarts. Había callejones y caminos formados por vacilantes pilas de muebles rotos y dañados, puestos ahí, quizá, para esconder la evidencia de magia mal hecha, o guardados por los orgullosos elfos domésticos del castillo. Había miles y miles de libros aparentemente prohibidos, rayados o robados. Había catapultas con alas y Frisbees Colmilludos, algunos todavía con vida suficiente en ellos como para revolotear débilmente sobre las montañas de los otros objetos prohibidos. Había botellas despostilladas con pociones congeladas, sombreros, joyas, capas; algo que parecían cascarones de huevo de dragón, botellas con corcho cuyos contenidos todavía brillaban malévolamente, varias espadas oxidadas y un hacha pesada y ensangrentada.

Harry se internó apresuradamente en uno de los tantos callejones formados por aquel tesoro escondido. Pasó un enorme troll relleno y dobló a la derecha, corrió un pequeño tramo y en el armario desvanecedor donde Montague había desaparecido por un tiempo el año pasado (que por cierto estaba roto), dobló a la izquierda y finalmente se detuvo frente a una gran alacena a la que parecía le habían arrojado ácido sobre su ampollada superficie. Abrió una de las chirriantes puertas de la alacena, pero ya alguien la había utilizado para esconder algo antes: era algo en una jaula que aparentemente ya tenía mucho tiempo muerto… un esqueleto con cinco piernas. Colocó el libro del Príncipe Mestizo junto a la jaula y cerró la puerta. Se detuvo un momento para mirar todo el desorden de alrededor, su corazón le retumbaba terriblemente… ¿Lograría encontrar este mismo sitio otra vez en medio de toda esta chatarra? Agarró el busto quebrado de un brujo feo y viejo que estaba arriba de un cajón cercano y lo colocó encima de la alacena

donde estaba escondido el libro. Le puso una vieja peluca polvorienta y, para finalizar, lo coronó con una tiara descolorida para hacer la cabeza de la estatua más distintiva. Se devolvió lo más rápido que pudo por los callejones de chatarra oculta de regreso a la puerta, salió al pasillo y cerró la puerta con un golpe detrás de él.

Harry no corrió, casi voló, de regreso al baño del piso inferior, metiendo el libro de Ron dentro de su bolsa en el camino. Un minuto después, estaba frente a Snape, quien tendió su mano sin decir palabra en espera de la bolsa de Harry. Él se la entregó, jadeando y con dolor de pecho. Y esperó.

Uno por uno, Snape extrajo los libros de Harry y los examinó. Al final, el único que quedaba era el libro de Pociones, el cual revisó con mucho cuidado antes de decir algo.

-¿Éste es tu libro de "*Pociones Avanzadas: su elaboración*", Potter?

-Sí –dijo Harry, quien todavía respiraba con dificultad.

-¿Estás completamente seguro de ello, Potter?

-Sí –contestó Harry, con un dejo de desafío en la voz.

-¿Éste es la copia de "*Pociones Avanzadas: su elaboración*" que tú compraste en "Flourish y Blotts"?

-Sí –dijo Harry firmemente.

-Entonces dime –preguntó Snape, -¿por qué este libro tiene el nombre "Roonil Wazlib" escrito en la contraportada?

El corazón de Harry dio un vuelco.

-Ese es mi sobrenombre –dijo.

-Tu sobrenombre –repitió Snape.

-Sí... es la manera cómo mis amigos me llaman –explicó Harry.

-Entiendo lo que es un sobrenombre –dijo Snape. Sus ojos negros y fríos taladraban una vez más los de Harry, quien trató de no mirar dentro de ellos. *Cierra tu mente... Cierra tu mente...* Pero nunca había aprendido a hacerlo bien.

-¿Sabes que pienso, Potter? –dijo Snape tranquilamente. –Creo que eres un mentiroso, además de tramposo, y pienso que te mereces un castigo conmigo cada sábado hasta el fin del curso. ¿Qué crees tú?

-Yo... yo no estoy de acuerdo, señor. –dijo Harry todavía evitando ver dentro de los ojos de Snape.

-Bien, veremos cómo te sientes después de tus castigos –dijo Snape. –El sábado a las diez de la mañana, Potter. En mi oficina.

-Pero, señor... –replicó Harry, mirándolo desesperado. –El juego de Quidditch... el último partido de...

-A las diez en punto –susurró Snape con una sonrisa que mostraba sus dientes amarillos. –Pobre Gryffindor... en cuarto lugar este año, me temo...

Y salió del baño sin decir nada más, dejando a Harry mirándose en el espejo resquebrajado. Se sentía enfermo, más enfermo de lo que seguramente Ron se había sentido en toda su vida.

-No quiero decir "te lo dije" –dijo Hermione, una hora después en la sala común.

-Déjalo en paz Hermione –dijo Ron enojado.

Harry no había ni hecho el intento de cenar; no tenía apetito en lo absoluto. Le acababa de contar a Ron, Hermione y Ginny lo que había pasado, aunque no era que no lo supieran ya. La noticia había corrido veloz: aparentemente Myrtle la llorona la había contado en todos los baños del castillo; Pansy Parkinson acababa de visitar a Malfoy en la enfermería, y aquella no había perdido el tiempo en difamar a Harry por diestra y siniestra; mientras que Snape le había contado al profesorado exactamente lo que había sucedido. Harry había sido llamado fuera de la sala común para pasar quince terribles minutos en compañía de la profesora McGonagall, quien le dijo que se considerara afortunado de no haber sido expulsado y que estaba totalmente de acuerdo con el castigo que le había impuesto el profesor Snape de detenerlo cada sábado hasta el final del curso.

- Te dije que había algo raro en este "Príncipe" –dijo Hermione, que aparentemente no podía contenerse. –Y tuve razón, ¿no es así?

-No, no creo que la tengas. –dijo Harry testarudamente.

Ya estaba pasando un mal rato para escuchar además los sermones de Hermione; las caras que pusieron sus compañeros del equipo de Gryffindor cuando

les dijo que no podría jugar con ellos el sábado había sido el peor castigo de todos. Sintió sobre él los ojos de Ginny, pero no tuvo el valor para mirarla directamente; no podría soportar que lo viera con decepción o enojo. Le había dicho que podría jugar como Buscadora sólo este sábado, mientras que Dean podría reincorporarse al equipo como Cazador en su lugar. Quizá, si ganaban, Ginny y Dean podrían volver durante la euforia de la fiesta después del partido... El sólo pensamiento atravesaba a Harry como un cuchillo helado.

-Harry –preguntó Hermione, -¿cómo puedes seguir defendiendo a ese libro después que ese hechizo...?

-¡Deja de insistir en ese tema del libro! –gritó Harry. -¡El Príncipe sólo lo copió! ¡No quiere decir que él recomendara su uso a nadie! ¡Por lo que sabemos, hizo una nota de algo que había sido usado en su contra!

-No lo creo así, -insistió Hermione –Estás realmente defendiendo...

-¡No estoy justificando lo que hice! –dijo rápidamente Harry –Desearía no haberlo hecho nunca, pero no es justo que tenga cerca de una docena de días de detención. Sabes bien que yo no usaría un hechizo como ese, ni siquiera en Malfoy, pero no le eches la culpa al Príncipe ya que él no escribió "intenten esto, es realmente efectivo"... sólo hizo algunas notas para él mismo, no para otros...

-Ahora dime –dijo Hermione, -¿quieres decir que piensas volver a...?

-¿A recuperar el libro? Sí, así es, -dijo Harry enérgicamente. –Escucha: sin el Príncipe yo nunca hubiera ganado la Felix Felicis; nunca hubiera sabido cómo salvar a Ron de envenenamiento; nunca hubiera...

-...tenido una brillante reputación en Pociones que realmente no mereces. –dijo Hermione ácidamente.

-¡Déjalo en paz, Hermione! –dijo Ginny, y Harry se sintió tan sorprendido y agradecido, que levantó la vista hacia ella. –Por lo que hemos oído, Malfoy estaba tratando de usar una maldición imperdonable, por lo tanto, ¡deberías estar agradecida de que Harry hubiera tenido algo realmente bueno que lo salvara!

-¡Pues claro que estoy contenta de que Harry no haya sido tocado por la maldición! –replicó Hermione, claramente herida. -¡Pero si eres capaz de llamarle "algo bueno" al hechizo Sectumsempra, Ginny, mira dónde ha colocado a Harry ahora! Y eso sin mencionar lo que esto ha hecho con su oportunidad de ganar el partido...

-Ah, no empieces a fingir que entiendes de Quidditch, -dijo Ginny con crueldad, -solamente quedas en ridículo.

Harry y Ron miraron cómo Hermione y Ginny, que siempre se habían llevado muy bien entre ellas, estaban sentadas con los brazos cruzados y mirando en direcciones opuestas. Ron le echó una mirada nerviosa a Harry, tomó un libro al azar y lo escondió detrás de él. De cualquier modo, Harry, muy en el fondo sabía que se lo merecía, aunque, inexplicablemente, se sentía contento. No le importaba que nadie le hablara por el resto de la tarde.

Esta despreocupación le duró muy poco. Al otro día, las burlas de los de Slytherin se recrudecieron, por no mencionar el enojo de sus compañeros de Gryffindor, quienes estaban totalmente infelices de que su capitán se hubiera sacado él mismo del último partido de la temporada. En la mañana del sábado, contrariamente a todo lo que él le pudo haber dicho a Hermione, hubiera cambiado gustoso todo el Felix Felicis del mundo por haber podido caminar hacia el estadio de Quidditch junto con Ron, Ginny y los otros. Era realmente insoportable caminar al lado contrario de la masa de estudiantes que se dirigía a tropel hacia la luz del sol, todos vestidos con sombreros, usando rosetones y bufandas y blandiendo estandartes; mientras él tenía que bajar por los escalones de piedra hacia las mazmorras y alejarse de los sonidos que cada vez eran más distantes, los cuales le podían dar alguna pista, la posibilidad de oír algún comentario o una porra era nula.

-Ah, Potter, -dijo Snape, cuando Harry tocó a su puerta y entró a su desagradablemente conocido despacho, el cual aún no había abandonado, a pesar de que ahora daba clase varios pisos arriba. Estaba tan oscuro como siempre y tenía los mismos objetos repugnantes suspendidos en pociones de diferentes colores alrededor de las paredes. Lo único diferente eran un buen número de cajas llenas de telarañas apiladas en una mesa, donde Harry supuso que debía sentarse. Eso tenía un aura de ser un tedioso trabajo, además de difícil y carente de sentido.

-El señor Filch ha estado buscando a alguien que le ayude a limpiar estos viejos archivos, -dijo Snape suavemente. –Son registros de otros antiguos infractores de Hogwarts y sus castigos recibidos. Nos gustaría que copiaras los crímenes y los castigos de aquellos registros donde la tinta se vea ya borrosa, así como los que hayan sido roídos por los ratones. Asegúrate de que queden en orden alfabético, reacomodándolos en las cajas. No puedes usar magia.

-Bien, profesor. –dijo Harry, quien se dio cuenta el énfasis que puso en las últimas cuatro sílabas.

-Pienso que puedes comenzar –dijo Snape con una sonrisa maliciosa en sus labios, -con las cajas mil doce a la mil cincuenta y seis. Encontrarás algunos

nombres familiares ahí, lo cual podría añadirle algo de interés a tu tarea. Aquí tienes...

Sacó una tarjeta de una de las cajas que estaban encima y leyó:

-*James Potter y Sirius Black. Aprehendidos por usar un hechizo ilegal contra Bertram Aubrey. La cabeza de Aubrey ha vuelto a su tamaño normal. Doble detención.* -Snape hizo un gesto de desprecio. -Pudiera funcionar como consuelo, ahora que ambos se han ido, tener un registro de sus grandes logros como recuerdo...

Harry sintió la ya muy familiar sensación de que algo hervía en su estómago. Se mordió la lengua para no hablar y evitar represalias, se sentó frente a las cajas y se acercó una de ellas.

Este trabajo era, como Harry lo había anticipado, inútil y aburrido. Además, (como Snape claramente lo había planeado) sentía una sacudida en el estómago cada vez que leía el nombre de su padre o el de Sirius, usualmente haciendo pareja en algunas fechorías insignificantes, y algunas veces acompañados por Remus Lupin y Peter Pettigrew. Y mientras copiaba sus delitos y sus castigos, se preguntaba que estaría pasando afuera, donde el partido acababa de empezar... Ginny jugando de buscadora contra Cho...

Harry miraba una y otra vez al gran reloj que estaba en la pared. Parecía que se movía a la mitad de velocidad que un reloj normal; quizá Snape lo había hechizado para que fuera más lento. No era posible que él apenas hubiera estado ahí por media hora... una hora... una hora y media...

El estómago de Harry empezó a retorcerse cuando el reloj marcó las doce y media. Snape, que no había dicho ni una palabra más desde que Harry empezó con su tarea, finalmente levantó la cabeza cuando eran la una y diez.

-Creo que has hecho suficiente. -dijo fríamente. - Haz una marca en el lugar que te has quedado. Continuarás el próximo sábado a ls diez en punto.

-Sí, señor.

Harry metió una tarjeta arrugada en una caja al azar y se dio prisa en salir por la puerta antes de que Snape pudiera cambiar de opinión. Corrió escalones arriba, agudizando los oídos para escuchar cualquier sonido proveniente del estadio, pero todo estaba muy callado... había terminado, entonces...

Vaciló un momento fuera del Gran Salón, que estaba lleno de gente en ese momento, pero finalmente decidió correr escaleras arriba; ya que si Gryffindor

había ganado o perdido, el equipo usualmente celebraba o se lamentaba en su propia sala común.

-¿*Quid agis*? -le dijo tentativamente a la Dama Gorda, preguntándose que sería lo que encontraría adentro.

La expresión de ella era indescifrable cuando le contestó:

-Velo tú mismo.

Y se hizo a un lado para permitirle el paso.

Un rugido de celebración brotó por el agujero detrás de ella. Harry se sorprendió cuando las personas adentro empezaron a gritar al verlo a él. Varias manos lo tomaron y lo jalaron al interior de la sala común.

-¡Ganamos! -gritó Ron, que se acercó a él dando brincos y le pasó la Copa plateada. -¡Ganamos! ¡Cuatrocientos cincuenta a ciento cuarenta! ¡Ganamos!

Harry miró alrededor; Ginny estaba corriendo hacia él. Tenía un rostro resplandeciente cuando envolvió a Harry con sus brazos. Y sin pensarlo, sin haberlo planeado, sin preocuparse por el hecho que cincuenta personas estuvieran viendo, Harry la besó.

Después de algunos segundos... o bien pudiera haber pasado media hora... o quizá varios días... ellos se separaron. La sala común se había quedado muy silenciosa. Entonces, varios aullaron y otros soltaron risitas nerviosas. Harry miró sobre la cabeza de Ginny para observar a Dean Thomas haciendo añicos un vaso en su mano, y a Romilda Vane mirando como si quisiera arrojarle algo. Hermione sonreía radiante, pero lo que en verdad buscaban los ojos de Harry era a Ron. Por fin lo encontró, todavía sosteniendo la Copa y con una expresión adecuada de quien ha recibido un porrazo en la cabeza. Por una fracción de segundo se miraron el uno al otro, entonces Ron dió una pequeña sacudida de cabeza que Harry entendió que quería decir: *Bueno... si tú debes.*

Harry sintió que su pecho rugía de triunfo, sonrió a Ginny y sin palabras la llevó fuera del agujero del portarretrato. Una larga caminata por los jardines pareció indicada, durante la cual... si es que tuvieron tiempo... pudieron hablar del partido.

Capítulo 25: La Adivina Casualmente Escuchada

El hecho de que Harry Potter estuviera saliendo con Ginny Weasley parecía interesar a mucha gente, la mayoría eran chicas, durante las siguientes semanas Harry se encontró estrenando una cierta indiferencia a las murmuraciones. Después de todo era un cambio agradable que se hablara de él a causa de algo que lo hacía más feliz de lo que podía recordar haber estado por un largo tiempo, en lugar de por haber estado involucrado en terribles episodios de magia negra.

-Se podría pensar que la gente tiene temas mejores para murmurar- dijo Ginny, mientras se sentaba en el suelo del cuarto común, recargada en las piernas de Harry leyendo el Profeta. -Tres ataques de dementores en una semana y todo lo que hace Romilda Vane es preguntarme que si es cierto que tienes un Hipógrifo tatuado en el pecho.

Ron y Hermione se morían de risa. Harry los ignoró.

-¿Qué le contestaste?-

-Le dije que era un Cola de Cuerno Húngaro- dijo Ginny pasando una página del periódico distraídamente.

-Gracias- dijo Harry frunciendo el ceño- ¿y qué les dijiste que tiene Ron?-

-Una emanación de Pigmeo- dijo Ginny- pero no les dije dónde-

Ron frunció el ceño mientras Hermione se revolcaba de risa.

-Cuidado- dijo con tono de advertencia a Harry y a Ginny -sólo porque les di permiso no significa que no se los pueda retirar.

-Tu permiso- se burló Ginny -¿desde cuándo me das permiso de hacer algo? De cualquier manera, tu mismo dijiste que preferías que fuera Harry a Michael o Dean.

-Bueno sí lo prefiero- dijo Ron con resentimiento -Y eso siempre que no empiecen a besarse en público-

-Tremendo hipócrita! ¿Te acuerdas de ti y de Lavender, enredados como un par de lombrices por todas partes?- Preguntó Ginny.

Pero la tolerancia de Ron no iba a ser puesta a prueba mucho más tiempo conforme avanzaban al mes de junio, porque el tiempo de estar juntos de Harry y Ginny estaba cada vez más restringido. Los Exámenes de Ginny se estaban

acercando y por lo tanto se veía obligada a hacer correcciones por horas durante la noche. En una de estas noches, cuando Ginny se había retirado a la biblioteca y Harry se encontraba sentado junto a la ventana en la sala común, supuestamente terminando su tarea de Herbología pero en realidad recordando una hora particularmente feliz que había pasado junto al lago con Ginny a la hora de la comida, Hermione se arrebujó en el asiento entre él y Ron con una expresión molesta y cargada de sentido en la cara.

-Tengo que hablar contigo, Harry-

-¿De qué?- Dijo Harry cargado de sospechas, sólo el día anterior Hermione le había dicho que se alejara porque estaba distrayendo a Ginny cuando debería de estar esforzándose para los exámenes.

-Del mal llamado Príncipe Mestizo-

-Oh no otra vez- gruñó -¿no podrías dejar el tema?-

No se había atrevido a regresar al Cuarto de los Menesteres para recuperar su libro y por lo tanto su desempeño en Pociones estaba sufriendo (aunque Slughorn, que aprobaba que saliera con Ginny, lo atribuía alegremente a que Harry estaba enamorado). Pero Harry estaba seguro de que Snape no había perdido la esperanza de poner sus manos en el libro del Príncipe y estaba determinado a dejarlo en donde estaba para mantener a Snape alejado del asunto.

-No voy a dejar el tema- dijo Hermione con firmeza -hasta que hayas terminado de escucharme. Últimamente he estado tratando de encontrar algo sobre quién podría hacer un hobbie de inventar Hechizos oscuros-

-Él no ha hecho un hobbie de eso-

-Él, él ¿Quién dijo que es un él?

-Ya hemos pasado por esto- dijo Harry enojado-¡Príncipe, Hermione Príncipe!-

-Correcto-dijo Hermione con manchas rosadas en sus mejillas mientras sacaba un antiguo pedazo de papel impreso de su bolsa y lo arrojaba en la mesa frente a Harry, ¡mira eso! ¡mira la foto!-

Harry levantó el pedazo arrugado de papel y se fijó en la fotografía móvil, lanzó una exclamación, Ron se inclinó para ver también. La fotografía mostraba a una chica flaca de aproximadamente quince años. No era bonita, se veía simultáneamente enojada y huraña, con cejas pesadas y una cara larga y pálida.

Bajo la foto estaba el texto: Eileen Prince, Capitán del Equipo de Hogwarts Gobstones.

-Y qué, dijo Harry- revisando el pequeño artículo de noticias al que pertenecía la foto, más bien era una historia aburrida de competencias interescolares.

-Su nombre era Eileen Prince. Prince, Harry-

Se miraron los dos y Harry se dio cuanta de lo que estaba tratando de decir Hermione y estalló en carcajadas.

-De ninguna manera-

-¿Qué?-

-Tú crees que ella es el …. mestizo Sangre Sucia? No por favor-

-Bueno ¿por qué no? ¡En el mundo de la hechicería no existen verdaderos príncipes! O es un apodo, un título inventado que alguien se da a sí mismo o podría ser un nombre real ¿o no? ¡no, escucha! Si, digamos su padre era un hechicero cuyo apodo o apellido era "Príncipe" y su madre era una sangre sucia entonces esto la haría un Prince sangre mezclada.

-Escucha Hermione puedo decir que no es una mujer, tan sólo puedo decirlo-

-La verdad es que tú no piensas que una mujer podría ser lo bastante inteligente-dijo Hermione enojada.

-¿Cómo puedo haber pasado contigo cinco años y pensar que las mujeres no son inteligentes?- Dijo Harry, pasmado. -Es la forma en que escribe. Sólo sé que el Príncipe fue un éxito, lo puedo asegurar. Esta niña no tiene nada que ver con esto. ¿De dónde sacaste esto de cualquier manera?

-De la biblioteca- dijo Hermione en forma predecible. Existe ahí una enorme colección de antiguos Profetas – Bueno me voy a averiguar más acerca de Eileen Prince si puedo.-

-Que lo disfrutes- dijo Harry irritado.

-Claro que sí- contestó Hermione. - Y el primer lugar en el que voy a buscar- le espetó mientras llegaba al agujero en el retrato -es en Registros Antiguos Premios por Pociones-

Harry se quedó viendo ceñudo al lugar por el que había salido durante un momento y luego continuó su contemplación del cielo que oscurecía.

-Lo que pasa es que no pudo soportar que la hayas superado en pociones- dijo Ron regresando a su copia de Mil Hierbas Mágicas y Fungi.

-No crees que esté loco por querer recuperar ese libro ¿o sí?

-Por supuesto que no- dijo Ron con firmeza. -El Príncipe era un genio. Sin su advertencia sobre el *bezoar* …- pasó su dedo significativamente por su propia garganta -yo no estaría aquí para discutirlo, verdad? Quiero decir, no digo que el hechizo que usaste en Malfoy no estuviera sensacional-

-Tampoco yo- dijo Harry rápidamente.

-Pero se curó de inmediato, no es cierto? Estuvo de pie en un segundo.

-Sí -dijo Harry esto era perfectamente cierto, aunque su conciencia remordía ligeramente todo el tiempo. -Gracias a Snape…-

-¿Todavía tienes castigo con Snape este sábado?- Continuó Ron.

-Sí y el sábado siguiente y el siguiente- suspiró Harry. -Y está insinuando ahora que si no consigo tener listas todas las cajas para el final del término escolar seguiremos el siguiente año.-

Estas detenciones le parecían particularmente molestas porque reducían todavía más el ya limitado tiempo que podría pasar con Ginny. De hecho frecuentemente meditaba a últimas fechas si Snape no estaría enterado, porque estaba reteniendo a Harry cada vez más tarde, al mismo tiempo que hacía venenosos comentarios acerca de que Harry se tenía que perder del buen tiempo y las variadas oportunidades que este ofrecía.

Harry estaba estremeciéndose con estas amargas reflexiones cuando apareció a su lado Jimmy Peakes, estirando hacia él un rollo de pergamino.

-Gracias Jimmy. ¡Ay, es de Dumbledore!- Dijo excitadamente Harry, desenrollando el pergamino y revisándolo. -Quiere que vaya a su oficina tan pronto como pueda.-

Se miraron uno al otro.

-Rayos- susurró Ron. -¿No piensas que… haya averiguado…?

-Mejor voy a averiguar ¿no crees?'-Dijo Harry, poniéndose en pié.

Se apresuró a salir del cuarto común y a atravesar el corredor del séptimo piso tan rápidamente como pudo, encontrándose sólo con Peeves que se deslizaba en la dirección opuesta, tirando trozos de tiza a Harry de una manera más bien rutinaria y lanzando sonoras carcajadas mientras esquivaba los ademanes defensivos de Harry. En cuanto se desvaneció Peeves, los corredores quedaron silenciosos; como sólo quedaban quince minutos para el toque de queda, la mayoría se había retirado a sus salas comunes.

Entonces Harry escuchó un grito y un sonido de una botella al estrellarse. Se paró en seco, escuchando.

-Cómo te atreves ¡aaargh!

El ruido salía de un corredor cercano, Harry corrió hacia él con su varita lista, y al dar la vuelta a la esquina vio a la Profesora Trelawney despatarrada en el suelo con la cabeza enredada en uno de sus muchos chales, con varias botellas de jerez tiradas a su alrededor y una de ellas rota.

-Profesora-

Harry corrió en su dirección y ayudó a la Profesora Trelawney a ponerse de pie. Algunas de sus brillantes perlas se habían enredado con sus anteojos. Tosió fuertemente, aplacó su cabello y se puso de pié apoyándose en el brazo de Harry.

-¿Qué pasó Profesora?-

-¡Qué preguntas!- Dijo excitadamente. -estaba yo paseando, meditando acerca de ciertos portentos Oscuros que he encontrado…-

Pero Harry no le estaba poniendo mucha atención, acababa de darse cuenta de en dónde estaban parados: ahí a la derecha estaba el tapiz de los troles bailando y a la izquierda, el espacio liso de la pared de piedra que disimulaba –

-Profesora ¿estaba usted tratando de entrar en el cuarto de los menesteres?

-…presagios que he estado revisando - ¿qué?-

De repente pareció cambiada

-El Cuarto de los Menesteres- repitió Harry -¿Estaba usted tratando de entrar ahí?-

-Yo… bueno… yo no sabía que los estudiantes supieran que existe –

-No todos- dijo Harry. -pero ¿qué pasó? Usted gritó… sonó como si estuviera lastimada….-

-Yo… bueno- dijo la Profesora Trelawney, acomodando sus chales a su alrededor defensivamente y mirándolo con sus agrandados ojos -yo quería… ah… depositar ciertos… um… objetos personales en el cuarto… - y murmuró algo acerca de acusaciones injustas.

-Correcto- dijo Harry mirando las botellas de jerez. -¿Pero no pudo entrar y ocultarlas?-

Le pareció muy raro, después de todo el Cuarto se había abierto para él cuando había querido esconder el libro del Príncipe Mestizo.

-Oh, entré sin problemas- dijo la profesora Tralawney mirando a la pared. -¡Pero había alguien dentro!-

-¿Alguien dentro? ¿Quién?- Preguntó Harry. -¿Quien estaba ahí?-

-No tengo idea- dijo la Profesora Trelawney pareciendo sorprendida de la urgencia de la voz de Harry -entré en el cuarto y escuché una voz algo que nunca había sucedido en todos mis años de esconder… de usar el Cuarto, quiero decir-

-¿Una voz? ¿Qué decía?

-No creo que estuviera diciendo nada- dijo la profesora Trelawney. -Estaba… armando jaleo.

-¿Armando jaleo?

-¿Alegremente?- dijo asintiendo.

Harry se le quedó mirando

-¿Era hombre o mujer?'i

-Me atrevería a decir que era hombre.- Dijo la Profesora Trelawney

-¿y parecía contento?

-Muy contento- dijo la profesora Trelawney con desprecio.

-¿Como si estuviera celebrando?'i

-Definitivamente.

-Y luego…

-Entonces pregunté, "¿quién está ahí?"

-¿No supo usted quien era sin preguntar?- Le preguntó Harry ligeramente frustrado.

-El Ojo Interior- dijo la profesora Trelawney con dignidad alisando sus chales y muchos hilos de brillantes perlas -estaba fijo en asuntos que se encuentran muy alejados del ámbito de voces que arman jaleo.

-Claro- dijo Harry apresuradamente, había oído hablar del Ojo Interior de la Profesora Trelawney con demasiada frecuencia últimamente -¿y le dijo la voz quién estaba ahí?

-No, no lo hizo- dijo ella. -De repente todo se obscureció y lo siguiente que supe fue que estaba siendo lanzada fuera del Cuarto-

-¿Y usted no lo vio venir?- dijo Harry, sin poderlo impedir.

-No, no lo vi, fui sorpren… – se detuvo y lo miró con sospecha.

-Pienso que sería mejor contarle al Profesor Dumbledore- dijo Harry. -Él debería saber que Malfoy está celebrando… quiero decir, que alguien la lanzó a usted fuera del Cuarto.

Para su sorpresa, la Profesora Tralawney se estiró ante esta sugerencia, mirándolo altivamente.

-El Director me ha confiado que preferiría menos visitas de mi parte- dijo fríamente. -No soy el tipo de gente que impone su compañía a los que no la valoran. Si Dumbledore prefiere ignorar las advertencias que muestran las cartas –

Su mano huesuda se cerró alrededor del brazo de Harry

-Una y otra vez, sin importar cómo las eche –

Y sacó una carta dramáticamente de entre sus chales.

– La torre partida por el rayo- murmuró. -Calamidades, desastres. Cada vez más cerca…

-Claro- dijo Harry otra vez. -Bueno de todas formas pienso que debería decir a Dumbledore acerca de esta voz y de todo oscureciéndose y haber sido lanzada fuera del Cuarto.

-¿Así lo crees?'- la Profesora Trelawney pareció considerar el asunto por un momento, pero Harry intuyó que le gustaba la idea de volver a contar su pequeña aventura.

-Voy a verlo en este momento- dijo Harry. -Tengo una reunión con él. Podríamos ir juntos.

-Bueno, en ese caso- dijo la Profesora Trelawney con una sonrisa. Se agachó, recogió sus botellas de jerez y las depositó sin ceremonias en un florero azul y blanco que se encontraba en un nicho cercano.

-Te echo de menos en mis clases Harry- dijo de manera espiritual, mientras se ponían en camino juntos. -Nunca fuiste un gran vidente…. Pero eras un maravilloso objeto…-

Harry no contestó, había aborrecido ser el Objeto de las predicciones de desastres de la Profesora Trelawney.

-Tengo miedo- continuó ella -de que la jaca… lo siento, el Centauro… no sabe nada de cartomancia. Le pregunté de un vidente a otro que si no había sentido las vibraciones distantes de catástrofes que se acercan. Pero me pareció que me encontraba cómica. ¡Sí, cómica!

Empezó a levantar la voz medio histérica y Harry captó un poderoso tufo a jerez aunque las botellas se habían quedado atrás.

-Tal vez el caballo ha escuchado a la gente decir que yo no he heredado el don de mi tatara tatara abuela. Estos rumores han sido diseminados por gente celosa durante años. ¿Sabes lo que le digo a esa gente, Harry? ¿Me habría permitido Dumbledore que enseñara en esta gran escuela y mostrado tanta confianza durante todos estos años, si no le hubiera yo demostrado mi talento?

Harry murmuró algo ininteligible.

-Recuerdo bien mi primera entrevista con Dumbledore- siguió la Profesora Trelawney, en tonos guturales. -Por supuesto estaba profundamente impresionado, profundamente impresionado…. Yo me estaba alojando en la

Cabeza de Cerdo, lo que no recomiendo, incidentalmente hay bichos en las camas querido niño, pero la economía estaba mal. Dumbledore me hizo la cortesía de visitarme en mi cuarto en la posada. Me preguntó… debo confesar que al principio, pensé que sentía cierta desconfianza por la adivinación… y recuerdo que me estaba empezando a sentir un poco incómoda, yo no había comido gran cosa ese día. ….. pero entonces…

Entonces Harry estaba prestando toda su atención por primera vez, porque sabía lo que había ocurrido; la profesora Trelawney había hecho la profecía que había alterado el curso de toda su vida, la profecía acerca de él y Voldemort.

-i…Pero entonces fuimos groseramente interrumpidos por Severus Snape!-

-¿Qué?

-Si se escuchó una conmoción fuera de la puerta y ésta se abrió bruscamente, y ahí estaba ese tosco barman parado con Snape, quien estaba balbuceando algo acerca de haberse equivocado de escaleras, aunque me temo que yo más bien pensé que había sido sorprendido escuchando atrás de la puerta en mi entrevista con Dumbledore, ya ves en ese tiempo él mismo estaba buscando trabajo y sin duda esperaba obtener algunas ideas. Bueno después de eso, tú sabes, Dumbledore se encontró mucho más dispuesto a darme un trabajo y no pude evitar pensar, Harry que era porque pudo apreciar el marcado contraste entre mis modales modestos y silencioso talento, comparado con el escandaloso y presionante joven que estaba dispuesto a espiar por las cerraduras de las puertas.

Volteó a ver por sobre su hombro, habiéndose dado cuenta de que Harry ya no se encontraba con ella, había dejado de caminar y ahora estaban separados por una distancia de diez pies.

-¿Harry?- repitió dudosa.

Tal vez su cara estaba blanca, porque ella se veía preocupada y asustada. Harry estaba petrificado mientras las olas de rabia se le estrellaban una tras otra, arrasando con todo excepto con la información que se le había ocultado por tanto tiempo…

Fue Snape quien había escuchado la profecía. Era Snape quien le había llevado las noticias de la profecía a Voldemort. Snape y Peter Pettigrew juntos habían enviado a Voldemort a cazar a Lily a James y a su hijo…

Nada más veía Harry en este momento.

-¿Harry?- Dijo otra vez la Profesora Trelawney. –Harry, pensé que íbamos a ver al director, juntos.

-Quédese aquí- dijo Harry con los labios entumecidos.

-Pero querido,… iba a contarte cómo fuimos asaltados en el Cuarto de…

-¡Quédese aquí!- Repitió Harry enojado.

Ella se veía alarmada cuando la rebasó, dio vuelta a la esquina rumbo al corredor de Dumbledore, en donde la gárgola solitaria cuidaba la entrada. Harry gritó la contraseña a la gárgola y subió las escaleras espirales que se movían de tres en tres escalones. No tocó la puerta de Dumbledore, la golpeó y la tranquila voz respondió –adelante- luego que Harry ya se había arrojado dentro del cuarto.

Fawkes el fénix miró a su alrededor, sus brillantes ojos negros resplandecientes con el tono dorado que se reflejaba desde la puesta de sol que se veía por la ventana. Dumbledore estaba parado ante la ventana mirando hacia los terrenos, con una túnica de viaje larga en sus brazos.

-Bueno Harry, te prometí que podrías venir conmigo.

Por un momento o dos, Harry no entendió; la conversación con Trelawney había sacado todo lo demás de su cabeza y su mente parecía moverse con mucha lentitud.

-¿Ir…. con usted…?

-Sólo si lo deseas, por supuesto

-Si yo…

En ese momento Harry se acordó por qué estaba tan ansioso de venir a la oficina de Dumbledore al principio.

-¿Ha encontrado usted uno? ¿Ha encontrado un Horcrux?

-Creo que sí.

La rabia y el resentimiento chocaron con la sorpresa y la excitación, por varios momentos, Harry no pudo hablar.

-Es natural tener miedo- dijo Dumbledore.

-¡No tengo miedo!- Dijo Harry de inmediato y era perfectamente cierto, miedo era una emoción que no estaba sintiendo en absoluto. -¿Qué Horcrux es? ¿En dónde se encuentra?

-No estoy seguro de cuál es, aunque pienso que podemos eliminar la serpiente, pero creo que se encuentra escondido en una cueva de la costa a muchas millas de aquí, una cueva que he estado tratando de localizar por mucho tiempo: una cueva en la que una vez Tom Riddle aterrorizó a dos niños de un orfanato en su paseo anual ¿te acuerdas?

-Sí- dijo Harry. -¿Cómo está protegida?

-No lo sé, tengo sospechas que pueden estar totalmente equivocadas- Dumblerdore dudó y luego dijo -Harry te prometí que podías venir conmigo y cumplo con esa promesa, pero sería un gran error de mi parte no advertirte que podría ser extremadamente peligroso.

-Voy a ir- dijo Harry casi antes de que Dumbledore hubiera terminado de hablar. Hirviendo de rabia contra Snape, su deseo de hacer algo desesperado y peligroso había aumentado diez veces en los últimos minutos. Esto parecía mostrarse en la cara de Harry por lo que Dumbledore se apartó de la ventana y miró a Harry, más de cerca con una arruga entre sus cejas plateadas.

-¿Qué te ha ocurrido?

-Nada- se apresuró a mentir Harry.

-¿Qué es lo que te ha hecho enojar?

-No estoy enojado.

-Harry nunca has sido un bueno en occlumancia

La palabra fue la chispa que encendió la furia de Harry.

-¡Snape!- dijo en voz muy alta y Fawkes dio un suave cacareo atrás de ellos. -¡Snape es lo que sucedió! ¡Él le dijo a Voldemort acerca de la profecía, fue él, el escuchó atrás de la puerta, Trelawney me lo dijo!

La expresión de Dumbledore no cambió, pero Harry pensó que su cara había palidecido bajo el tinte rojizo reflejado por el sol poniente. Por un largo momento, Dumbledore no dijo nada.

-¿Cuándo te enteraste de esto?- preguntó al fin.

-¡Me acabo de enterar!-dijo Harry que se estaba controlando para no gritar con una enorme dificultad y entonces de repente no pudo detenerse. -¡Y USTED LE PERMITE ENSEÑAR AQUÍ Y ÉL LE DIJO A VOLDEMORT QUE FUERA TRAS MI MADRE Y MI PADRE!

Respirando fuertemente como si estuviera peleando Harry se alejó de Dumbledore, que todavía no había movido un músculo y caminaba de un lado a otro del estudio, tallando sus nudillos en la mano y ejercitando lo que le quedaba de control para impedirle echar las cosas a perder. Quería rabiar y estallar contra Dumbledore, pero también quería ir con él y tratar de destruir el Horcrux, quería decirle que era un viejo tonto por tener confianza en Snape, pero le daba terror que Dumbledore no lo llevara con él a menos que controlara su furia.

-Harry- dijo Dumbledore tranquilamente -Por favor escúchame.

Era tan difícil detener su implacable caminata como controlar sus emociones. Harry se detuvo mordiendo sus labios y miró a la cara arrugada de Dumbledore.

-El Profesor Snape cometió un terrible…

-¡No me diga que fue un error, señor, estaba escuchando atrás de la puerta!

-Por favor déjame terminar- Dumbledore esperó hasta que Harry hubiera asentido cortésmente y luego continuó -el Profesor Snape cometió un terrible error. Todavía estaba trabajando para Lord Voldemort la noche que escuchó la primera mitad de la profecía de la Profesora Trelawney. Naturalmente se apresuró a decir a su amo lo que había escuchado, porque era algo de mucha importancia para su amo. Pero él no sabía – El no tenía forma de saber – a qué niño perseguiría Voldemort de ahí en adelante, o que los padres que él destruiría en su búsqueda asesina eran personas que el Profesor Snape conocía, que ellos eran tu madre y tu padre –

Harry dejó escapar una risa sin alegría.

-¡Él odiaba a mi padre tanto como a Sirius! ¿Se ha dado cuenta Profesor, cómo es que la gente que Snape odia tiene tendencia a terminar muerta?

-No tienes una idea del remordimiento que sintió el Profesor Snape cuando se dio cuenta de cómo Lord Voldemort había interpretado la profecía Harry, creo que es el peor remordimiento de su vida y el motivo que el regresara…

-¿Pero es un buen Oclumántico, no es cierto señor?- Dijo Harry cuya voz estaba temblando con el esfuerzo de mantenerla firme. – ¿Y no está Voldemort convencido de que Snape está de su lado aún ahora? Profesor… ¿cómo puede usted estar seguro de que Snape está de nuestra parte?

Dumbledore no habló por un momento, se veía como si estuviera tratando de aclarar sus pensamientos acerca de algo. Finalmente dijo -estoy seguro, confío completamente en Severus Snape.

Harry respiró profundamente por pocos momentos en un esfuerzo de conservar la compostura. No funcionó.

-¡Bueno, pues yo no!- Dijo en voz tal alta como antes. -Está tramando algo con Draco Malfoy en este momento, bajo su nariz, y usted todavía…

-Ya discutimos esto Harry- dijo Dumbledore y ahora se oía severo otra vez. -Ya te dije mis puntos de vista.

-Está usted saliendo de la escuela esta noche y apostaría que ni siquiera ha considerado que Snape y Malfoy podrían decidir…

-¿Qué?- Preguntó Dumbledore con las cejas levantadas. -¿Qué es lo que sospechas que están haciendo exactamente?

-Yo… ¡están tramando algo!- Dijo Harry y sus puños se crisparon cuando lo dijo.- La profesora Tralawney acaba de estar en el Cuarto de los Menesteres, tratando de esconder sus botellas de jerez y escuchó a Malfoy armando barullo, ¡celebrando! Está tratando de armar algo peligroso ahí y si me lo pregunta, creo que lo preparó finalmente y usted está a punto de salir de la escuela sin…

-Suficiente- dijo Dumbledore. Lo dijo bastante tranquilo y de todas formas Harry guardó silencio de inmediato. Sabía que finalmente había cruzado alguna línea invisible. -¿Tú crees que alguna vez he dejado a la escuela sin protección durante mis ausencias este año? De ninguna manera. Esta noche cuando me vaya, habrá protección adicional en el lugar, por favor no sugieras que no tomo la seguridad de mis estudiantes con seriedad Harry.

-No quise- murmuró Harry un poco avergonzado, pero Dumbledore no lo dejó terminar.

-Ya no quiero seguir discutiendo el asunto.

Harry se tragó su réplica, asustado de haber ido demasiado lejos, de haber arruinado su oportunidad de acompañar a Dumbledore, pero Dumbledore continuó, -¿Deseas ir conmigo esta noche?

-Sí- dijo Harry de inmediato.

-Bien entonces: escucha.

Dumbledore se estiró en toda su estatura.

-Te llevaré conmigo con una condición: que obedezcas cualquier orden que yo pudiera darte de inmediato y sin preguntar.

-Por supuesto.

-Asegúrate de entenderme Harry, Me refiero a que tendrás que obedecer órdenes tales como "corre", "escóndete" o "regresa". ¿Tengo tu palabra?

-Yo… sí por supuesto

-Si te digo que te escondas ¿así lo harás?

-Sí-

-Si te digo que huyas ¿me obedecerás?

-Sí-

-Si te digo que me dejes y que te salves ¿harás lo que te digo?

-Yo-

-¿Harry?

Se miraron por un momento.

-Sí señor.

-Muy bien. Entonces deseo que vayas y recojas tu capa de invisibilidad y me encuentres en el vestíbulo de la entrada en cinco minutos.

Dumbledore se volvió a mirar a través de la ardiente ventana. El sol era ahora una línea rojo rubí al fin del horizonte. Harry salió rápidamente de la oficina

y bajó por la escalera en espiral. Su mente estaba extrañamente clara de repente. Sabía qué hacer.

Ron y Hermione estaban sentados juntos en la sala común cuando regresó.

-¿Que quiere Dumbledore?- dijo de inmediato Hermione. -¿Harry, estás bien?- Añadió ansiosamente.

-Estoy bien- dijo brevemente Harry, corriendo junto a ellos. Voló sobre las escaleras hacia su dormitorio en donde abrió su baúl y sacó el Mapa del Merodeador y un par de calcetines hechos bola. Entonces corrió escaleras abajo a la sala común patinando en donde Ron y Hermione estaban sentados mirándolo atónitos.

-No tengo mucho tiempo- dijo Harry jadeando -Dumbledore piensa que estoy buscando mi capa invisible. Escuchen…

Rápidamente les dijo a dónde iba y por qué. No hizo ninguna pausa ni por las exclamaciones de horror de Hermine ni por las preguntas apresuradas de Ron, ellos podrían afinar los detalles solos más tarde.

-…¿Ven lo que esto significa?- terminó Harry a galope. -Dumbledore no estará aquí esta noche, por lo tanto Malfoy va a hacer otro avance hacia lo que sea que esté tramando. ¡No, escúchenme!- les dijo enojado mientras tanto Ron como Hermione mostraban todo signo de interrumpir. -Yo sé que era Malfoy celebrando en el Cuarto de los Menesteres. Aquí - poniendo el mapa del merodeador en la mano de Hermione. -Tienes que observarlo y tienes que observar a Snape también. Usa a cualquiera a quien puedas informar del Ejército de Dumbledore. Hermione, los Galeones de contacto ¿todavía funcionan? Dumbledore dice que pondrá una protección extra en la escuela, pero si Snape está involucrado sabrá cuál es la protección de Dumbledore y cómo evitarla, pero no esperará que ustedes lo vigilen ¿verdad?

-Harry – empezó Hermione con los ojos enormes de miedo.

-No tengo tiempo de discutir- dijo Harry cortésmente. -Toma también esto- Lanzó los calcetines en las manos de Ron.

-Gracias dijo Ron… err… ¿para qué necesito calcetines?

-Necesitas lo que está envuelto en ellos, es el Felix Felices, compártanlo entre ustedes y con Ginny. Díganle adiós de mi parte. Mejor me voy, Dumbledore está esperando-

-No- dijo Hermione, mientras Ron desenvolvía la pequeña botellita de poción dorada. Viéndose pasmado. -No la queremos, llévatela, quién sabe a qué te vas a enfrentar.

-Voy a estar bien. Voy a estar con Dumbledore- dijo Harry. Quiero estar seguro de que ustedes estarán bien… no me mires así Hermione, te veo más tarde.

Y ya se había ido corriendo a través del hueco en el retrato hacia el vestíbulo de la entrada.

Dumbledore estaba esperando junto a las puertas de roble de la entrada. Volteó a ver a Harry cuando llegó patinando a la parte superior de la escalera de piedra jadeando con una antorcha a su lado.

-Me gustaría que te pusieras tu capa invisible, por favor- dijo Dumbledore y esperó hasta que Harry se la había puesto antes de decir. -Muy bien. ¿Nos vamos?

Dumbledore bajó de inmediato la escalera de piedra, con su propia capa de viaje ligeramente flotando en el aire todavía veraniego. Harry corrió junto a él bajo la capa invisible todavía jadeando y sudando mucho.

-¿Pero que va a pensar la gente cuando vean que usted sale, Profesor?- preguntó Harry pensando en Malfoy y en Snape.

-Que voy a Hogsmeade por un trago- dijo Dumbledore con ligereza. -A veces ofrezco a Rosmerta mi compañía o visito la taberna Cabeza de Cerdo…. o simulo que lo hago. Es una forma tan buena como cualquier otra de disfrazar el destino que toma uno.

Empezaron a andar por el camino en la penumbra parpadeante. El aire estaba lleno de los aromas de pasto tibio, agua del lago y humo de madera de la cabaña de Hagrid. Era difícil creer que estuvieran yendo hacia algo peligroso o terrible.

-Profesor- dijo Harry tranquilamente cuando ya se veían las rejas al fondo del sendero -¿nos vamos a aparecer?

-Sí- dijo Dumbledore. -¿Imagino que ya puedes aparecerte?

-Sí- dijo Harry -pero no tengo licencia.

Era mejor ser honesto ¿qué tal si echaba todo a perder apareciendo a cientos de millas de donde se suponía que debía ir?

-No importa- dijo Dumbledore -otra vez puedo guiarte.

Dejaron atrás las rejas internándose en el sendero oscuro y desierto hacia Hogsmeade. La oscuridad descendió rápidamente mientras caminaban y en el momento en que llegaron a la Calle Alta, la noche había caído totalmente. Se veían luces de las ventanas de las tiendas y conforme se acercaban a Las Tres Escobas escucharon unos gritos estridentes.

- Y te quedas fuera- gritó Madame Rosmerta aventando a un hechicero de aspecto arrugado.-Oh hola Albus... estás fuera tan tarde…

-Buenas noches Rosmerta, buenas noches… perdóname voy a la Cabeza de Cerdo… no te ofendas pero este noche necesito una atmósfera más silenciosa.

Un minuto después dieron vuelta a la esquina hacia la calle lateral en la que rechinaba un poco el anuncio de la taberna Cabeza de Cerdo aunque no había brisa. En contraste con las Tres escobas. El bar parecía estar completamente vacío

-No será necesario que entremos- murmuró Dumbledore mirando alrededor. -Siempre que nadie nos vea irnos… ahora coloca tu mano en mi brazo Harry. No hay necesidad de apretar mucho, sólo te estoy guiando. A la cuenta de tres, uno… dos… tres…

Harry volteó la cabeza, de inmediato sintió esa horrible sensación de que estaba siendo apretujado a través de un tubo de goma estrecho, no podía atrapar aire todas las partes de él estaban siendo comprimidas casi más de lo que podía soportar y entonces exactamente cuando pensó que se iba a sofocar, pareció que las bandas invisibles se abrían y se encontró parado en la fría oscuridad respirando a pulmón el aire fresco y salado.

Capitulo 26: La Cueva

Harry pudo oler el aroma a sal y escuchar las olas, una ligera y picante brisa despeino su cabello mientras miraba el mar a la luz de la luna y es cielo lleno de estrellas. Estaba parado sobre un montículo de piedras negras, con el agua haciendo espuma y agitándose debajo de él. Miró sobre su hombro. Un elevado acantilado estaba detrás de ellos, una lamina escarpada negra y solitaria. Algunos pedazos de roca, como en el que estaban Harry y Dumbledore, parecía como si se hubieran separado de la pared del acantilado en algún momento en el pasado. Era una vista inhóspita y áspera, el mar y las rocas sin ningún árbol o pedazo con hierba o arena.

-¿Que piensas?- preguntó Dumbledore. Pudo haber estado pidiendo la opinión de Harry sobre si era un buen lugar para un dia de campo.

-¿Traen aquí a los chicos del orfanato?- preguntó Harry, quien no podía imaginar un lugar menos acogedor para un paseo.

-No aquí, precisamente,- dijo Dumbledore. –Hay una aldea de gente mediocre a mitad de camino a lo largo de los acantilados detrás de nosotros. Creo que llevan a los huérfanos ahí por un poco de aire del mar y una vista de las olas. No, creo que eran solo Tom Riddle y sus jóvenes victimas quienes visitaban este lugar. Ningún muggle podría llegar a este lugar al menos que fueran unos escaladores fuera de lo común, y los botes no pueden acercarse al os acantilados, el agua a su alrededor es muy peligrosa. Imagino que Riddle bajó por aquí, la magia debe haber sido mas útil que las cuerdas. Y trajo a dos niños pequeños con él, probablemente por el placer de aterrorizarlos. Creo que el viaje solos lo pudo haber hecho, ¿no?.

Harry vió lo alto del acantilado y le dieron escalofríos

-Pero su destino final... y el nuestro... es un poco mas lejos. Vamos.

Dumbledore llamó con señas a Harry al borde de la roca donde una serie de lugares dentados hacían puntos de apoyo para los pies debajo de pedruscos que estaban sumergidos a la mitad dentro del agua y mas cercanos acantilado. Era un descenso peligroso y Dumbledore, con un poco de dificultad por su mano marchita, se movía despacio. Las rocas de mas abajo se deslizaban con el agua de mar. Harry pudo sentir gotas frías y saladas de agua chocar en su cara. –Lumus,- dijo Dumbledore, cuando alcanzaba la piedra mas cercana a la cara del acantilado. Miles de rayos de luz dorada chispearon sobre la superficie del agua algunos pues debajo de donde el se agachó; la pared de piedra negra detrás de él también estaba iluminada,

-¿Ves?- dijo Dumbledore despacio, sosteniendo si varita un poco mas alto. Harry vio una grieta en el acantilado en la cual el agua oscura remolinaba. -¿No te importara mojarte un poco?

-No.- dijo Harry

-Entonces quítate tu Capa Invisible, no hay necesidad de ella por ahora... y tomemos una zambullida. Y con la repentina habilidad de un hombre mucho mas joven, Dumbledore bajó del pedrusco, se metió al mar, y comenzó a nadar, con un perfecto braceo, hacia la grieta oscura de la cara de la roca, con su varita sostenida en los dientes. Harry se quito su capa, la guardó en su bolsillo y lo siguió. El agua estaba demasiado fría; la ropa mojada de Harry se movía a su alrededor y por su peso lo jalaba hacia abajo. Tomando grandes respiros que llenaban sus fosas nasales de sal y algas marinas, se dirigió hacia la resplandeciente luz que ahora se movía a lo mas profundo del acantilado. La grieta pronto se abrió en un oscuro túnel que Harry pudo comprobar estaba lleno de agua con la marea alta. Las paredes fangosas estaban separadas por apenas tres pies y brillaban tenuemente como alquitrán mojado al paso de la varita de Dumbledore. Después de avanzar un poco, el callejón daba vuelta a la izquierda, y Harry vio que se extendía lejos entre el acantilado. Continuo nadando con la estela de Dumbledore, las extremidades de sus entumecidos dedos rozaban contra la áspera y húmeda piedra.

Entonces vio a Dumbledore saliendo del agua frente a el, su cabello plateado y oscura túnica se reflejaban. Cuando Harry alcanzó ese punto, encontró escalones que lo llevaron a una gran cueva. Los subió, el agua escurría de su ropa empapada, y al salir tembló incontrolablemente en el frió aire. .

Dumbledore estaba parado a la mitad de la cueva, sostenía en lo alto su varita mientras giraba, examinando las paredes y el techo.

-Si, este es el lugar,- dijo Dumbledore.

-¿Como lo sabe?- dijo Harry en un susurro.

-Ha conocido la magia- dijo simplemente Dumbledore. Harry no podía decir si los temblores que experimentaba eran por el intenso frió o por el mismo saber de los encantamientos. Observó mientras Dumbledore continuaba girando sobre el terreno, evidentemente concentrándose en cosas que Harry no podía ver. –Esta es solo la ante cámara, el salón de entrada,- dijo Dumbledore después de unos momentos. –Necesitamos entrar en el lugar mas profundo... Ahora son obstáculos de Lord Voldemort los que dificultan nuestro camino, mas que los que la naturaleza hizo...

Dumbledore se acercó a la pared de la cueva y la acaricio con sus dedos ennegrecidos, murmurando palabras en una lengua extraña que Harry no entendió. Dumbledore caminó dos veces alrededor de la cueva, tocando la mayor cantidad de roca espera que podía, deteniéndose ocasionalmente, pasando sus dedos atrás y adelante sobre algún lugar en particular, hasta que finalmente se detuvo, presionando completamente su mano contra la pared. –Aquí,- dijo. –Entraremos por aquí, la entrada esta oculta.

Harry no preguntó como es que Dumbledore lo sabía. El nunca había visto a un mago haciendo cosas como esta, simplemente por ver y tocar; pero Harry había aprendido que las explosiones y el humo mostraban muy a menudo mas ineptitud que maestría. Dumbledore se alejó de la pared de la cueva y señaló la roca con su varita. Por un momento, apareció un contorno arqueado, resplandeciendo como si una poderosa luz blanca se encontrada detrás de la grieta.

-!Lo hi-hizo!- dijo Harry atrapes de sus rechinantes dientes, pero antes de que las palabras terminaran de salir de sus labios, la piedra quedó tan lisa y sólida como antes. Dumbledore vio a su alrededor.

-Harry, lo siento, lo olvidé, dijo; ahora señaló a Harry con su varita y al momento, la ropa de Harry estuvo seca y tibia como si hubiera estado enfrente de un fuego ardiente.

-Gracias.- dijo agradecido Harry, pero Dumbledore ya había regresado su atención de a la sólida pared de piedra. No intento ninguna magia, pero simplemente se paró ahí viendo atentamente, como si algo extremadamente interesante estuviera escrito. Harry permaneció quieto; no quería interrumpir la concentración de Dumbledore. Entonces, después de largos minutos, Dumbledore dijo despacio.-OH, seguramente no, demasiado primitivo.

-¿Que pasa Profesor?

-Pienso,- dijo Dumbledore, poniendo su mano ilesa dentro de su túnica y sacando y corto cuchillo de plata de la clase que Harry usaba para picar sus ingredientes de pociones – que tenemos que hacer un pago para pasar.

-¿Un pago? Dijo Harry. ¿Tenemos que darle algo a la puerta?

-Si,- dijo Dumbledore. –Sangre. Si no estoy muy equivocado.

-¿Sangre?

-Dije que era muy primitivo,- dijo Dumbledore, quien sonaba despectivo, incluso decepcionado, como si Voldemort hubiera caído en menor nivel del que Dumbledore esperaba. –La idea, como estoy seguro ya habrás deducido, es que el

enemigo se debe debilitar a si mismo para entrar. Una vez mas, Lord Voldemort no entiende que hay cosas peores que el daño físico,

-Si, pero aun así, si puedes evitarlo...- dijo Harry, que había experimentado suficiente con el dolor para no querer mas.

-Algunas veces, como sea, es inevitable.- dijo Dumbledore, haciendo para tras la manga de su túnica y exponiendo el antebrazo de su mano dañada.

-¡Profesor!- protestó Harry, apurándose mientras Dumbledore levantaba su cuchillo. –Yo lo haré, Soy mas...- no sabía lo que iba a decir- joven, ¿adecuado?

Pero Dumbledore sonrió. Hubo un rayo plateado, y unos toques de escarlata; la cara de la piedra fue sazonada con oscuras y relucientes gotas.

-Eres muy amable Harry,- dijo Dumbledore, ahora pasando la punta de su varita por la profunda herida que el mismo se había hecho en el brazo, y sanó instantáneamente, de la forma en la que Snape había curado la herida de Malfoy. –Solo que tu sangre vale mas que la mía. Ah, parece que funciono, ¿no es así?.

El ardiente contorno de plata de un arco apareció una vez mas, y esta vez no se fue. La piedra salpicada con sangre en ella simplemente desapareció, dejando una entrada en lo que parecía una total oscuridad.-Después de mi, creo.- dijo Dumbledore , y caminó a través del arco con Harry en sus talones, encendiendo su varita mientras se iba.

Una vista misteriosa se reveló ante sus ojos: Estaban parados en la orilla de un gran lago, tan grande que Harry no pudo ver la otra orilla, en una caverna tan alta, que el techo quedaba fuera de su vista. Una luz tenue y verdosa brilló a lo lejos en lo que parecía la mitad del lago; reflejada en sin ningún movimiento en el agua debajo de ella. El resplandor verdoso y la luz de las dos varitas eran las únicas cosas que rompían la oscuridad, aun que sus rayos no penetraron tanto como Harry esperaba. La oscuridad era de alguna manera mas densa que la oscuridad normal.

-Caminemos- dijo Dumbledore tranquilamente. –Ten cuidado de no pisar el agua. Permanece cerca de mi. Se puso en camino por la orilla del lago, y Harry lo siguió de cerca. Sus pasos hacían eco, y sonidos como de palmadas en el estrecho borde de roca que rodeaba al agua. Caminaron y caminaron, pero la vista no varió; a un lado de ellos, la áspera pared de la caverna, al otro, la extensión ilimitada de oscuridad lisa y vidriosa, junto en la mitad de la cual se encontraba el misterioso brillo verde. Harry encontró en lugar y el silencio opresivos, estresantes.

-¿Profesor?- dijo finalmente.-¿Cree que el Horcrux este aquí?

-OH si,- dijo Dumbledore. –Si, estoy seguro. La pregunta es, ¿cómo llegamos a él?

-No podríamos... ¿No podríamos simplemente tratar un Encantamiento Convocador?- dijo Harry, seguro de que eso era una estúpida sugerencia. Pero era lo mas inteligente que se le ocurrió para salir de este lugar lo antes posible.

-Ciertamente podríamos,- dijo Dumbledore, parando tan repentinamente que Harry casi choca con él.-¿Por qué no lo haces?

-¿Yo? OH... bueno...- Harry no esperaba esto, pero aclaró su garganta y dijo fuertemente con la varita en alto.-¡Accio Horcrux!

Con un ruido como de una explosión, algo muy grande y pálido eructó desde el agua oscura a unos treinta pies de distancia; antes de que Harry pudiera ver que era, desapareció de nuevo con un chapoteo que hizo una ondulación grande, y profunda en la superficie reflejada. Harry saltó y golpeo contra la pared; su corazón todavía latía con fuerza mientras se volteo hacia Dumbledore.

-¿Qué fue eso?

-Algo, que creo, esta listo para atacar si intentamos llegar al Horcrux.

Harry miró de nuevo el agua. La superficie del lago brillaba una vez mas como un cristal negro: La ondulación había desaparecido con anormal rapidez; el corazón de Harry, aún latía aceleradamente.

-¿Usted cree que eso pase, señor?

-Creo que algo pasara si hacemos un obvio intento de poner nuestras manos en el Horcrux. Esa fue una muy buena idea Harry; fue la manera mas sencilla de descubrir a lo que no enfrentamos

-Pero no sabemos que fue eso,- dijo Harry, viendo a la siniestra y lisa agua

-Lo que esos eran, querrás decir,- dijo Dumbledore.-Dudo mucho que solo haya uno de ellos. ¿Seguimos caminando?

-¿Profesor?

-Si Harry

-¿Cree que vamos a tener que entrar en el lago?

- ¿Meternos? Solo si somos muy desafortunados.

-¿Cree que el Horcrux este en el fondo?

-Oh no.. creo que el Horcrux esta en la mitad.- Y Dumbledore señaló hacia la misteriosa luz verde en el centro del lago.

-¿Entonces tenemos que cruzar el lago para llegar a él?

-Si, eso creo.-Harry no dijo nada, Todos sus pensamientos giraban entorno a monstruos marinos, serpientes gigantes, demonios, kelpies, y espíritus...

-Ajá- dijo Dumbledore, y se detuvo de nuevo; esta vez, Harry realmente chocó contra el; por un momento tocó la orilla de la oscura agua, y la mano sana de Dumbledore lo detuvo con fuerza alrededor de su brazo, trayéndolo de vuelta. –Lo siento Harry, debí haberte advertido. Párate contra la pared por favor; creo que hemos encontrado el lugar.

Harry no tenía idea de lo que Dumbledore quería decir; este pedazo oscuro era exactamente igual q cada uno de los que pudiera recordar, pero Dumbledore parecía haber encontrado algo especial en él. Esta vez estaba corriendo su mano, no sobre la pared rocosa, si no sobre el aire, como si esperara encontrar y agarrar algo invisible.

-OH,- dijo felizmente Dumbledore segundos después. Su mano se encontraba a mitad del aire sobre algo que Harry no podía ver. Dumbledore se acercó al agua. Harry miro nerviosamente como las puntas de los zapatos de hebilla de Dumbledore encontraron el extremo del bode de la roca. Manteniendo su mano presionada en el aire, Dumbledore levantó su varita con la otra y le dio una golpecito a su puño con la punta.

Inmediatamente una cadena delgada de color verde cobrizo apareció en el aire, extendiéndose de las profundidades del agua hacia la mano presionada de Dumbledore, este le dio un golpe a la cadena, la cual empezó a deslizarse por su puño como si fuera una serpiente, enrollándose en el suelo con un sonido que hacia eco en las paredes de piedra, sacando algo de las profundidades del agua negra. Harry gimió mientras la fantasmal proa de un pequeño bote rompió la superficie del agua, brillando tan verde como la cadena, y flotando, haciendo apenas algunas ondas hacia el lugar donde Harry y Dumbledore estaban parados.

- ¿Cómo supo que estaba ahí?- Preguntó Harry atónito.

- La magia siempre deja un rastro – dijo Dumbledore, al tiempo que el barco golpeaba el banco con un pequeño ruido – algunas veces, rastros muy distintivos – Conozco a Tom Riddle, y su estilo -

- ¿Es….es seguro?

- OH si, eso creo, Voldemort necesitaba un medio para cruzar el lago sin atraer la ira de esas criaturas que el mismo colocó, en caso de que alguna vez quisiera visitar o llevarse su Horcrux.-

- ¿Entonces las cosas esas en el agua no nos harán nada si cruzamos en el bote de Voldemort? -

- Debemos resignarnos al hecho de que si lo harán, en algún punto se darán cuenta de que no somos Lord Voldemort, pero a pesar de eso, nos ha ido bien, nos han permitido elevar el bote -

- Pero ¿porqué nos han dejado? Preguntó Harry, quien no se podía sacar de encima la visión de tentáculos levantándose del agua en el momento que se alejaran del banco.

- Voldemort debió de haber estado confiado de que nadie, excepto un gran mago fuera capaz de encontrar el bote –dijo Dumbledore – pienso que debió de haber estado preparado para el riesgo que era, dentro de su mente, el mas remoto de todos, que alguien lo encontrara, sabiendo que había puesto otros obstáculos mas adelante, que solo el sería capaz de pasar. Ya veremos si tenía razón. –

Harry miró el bote, ere en realidad muy pequeño. – No parece que fuera construido para dos personas, ¿Nos aguantará a los dos? ¿Seremos muy pesados juntos? –

Dumbledore dijo: - Voldemort no se habría preocupado por el peso, sino por la cantidad de poder mágico que cruzara el lago, Pienso que, puso un encantamiento al bote, para que solo un mago pueda cruzar a la vez.

- ¿Pero…entonces…?

- No pienso que tu cuentes Harry, eres mas chico y no estas calificado, Voldemort nunca hubiera esperado que un chico de dieciséis años llegara hasta aquí. Es improbable que tus poderes fueran registrados, en comparación con los míos. – Estas palabras no fueron suficientes para subir la moral de Harry, tal vez Dumbledore lo sabía, porque añadió, - Los errores de Voldemort, Harry, sus errores…la edad es engañosa y olvidadiza, cuando subestima a la juventud…Ahora tu primero, y ten cuidado de no tocar el agua – Dumbledore se paró a un lado y Harry se subió con cuidado al bote. Dumbledore subió también, enrollando la cadena en el piso. Ya estaban los dos adentro. Harry no se pudo sentar, pero cruzó sus rodillas justo sobre la orilla del bote, el cuál empezó a moverse al instante. No había ningún otro sonido mas que el susurro de la proa del bote deslizándose en el agua, se movía sin su ayuda, como si una cuerda invisible lo

estuviera jalando hacia la luz que estaba en el centro. Pronto, no pudieron ver las paredes de la caverna, podrían haber estado en el mar, solo que no había olas.

Harry miró hacia abajo y vio el reflejo dorado de la luz de su varita brillando en el agua negra conforme iban avanzando. El bote iba dejando profundas ondas sobre la superficie de vidrio, grietas en el espejo negro.

Y entonces Harry lo vio, mármol blanco, flotando a centímetros de la superficie – ¡Profesor! Dijo, y su voz se hizo un eco fuerte sobre el agua silenciosa.

- ¿Harry?

- Creo que vi una mano en el agua, ¡una mano humana!

- Si, estoy seguro de ello – dijo Dumbledore calmado.

Harry se asomó al agua, buscando a la mano que había desaparecido, y tuvo una sensación extraña en su garganta.

- Entonces, ¿esa cosa que brincó fuera del agua…? – Pero Harry obtuvo la respuesta antes de que Dumbledore pudiera contestar; la luz de la varita se había deslizado sobre un pedazo de agua, y le mostró, esta vez, a un cadáver, yaciendo boca arriba, a unos centímetros bajo el agua, sus ojos abiertos nebulosos, el cabello y la ropa moviéndose alrededor de el como si fuera humo. – ¡Hay cuerpos aquíi - dijo Harry, y su voz sonó mucho mas alto y diferente de lo normal.

- Si - dijo Dumbledore tranquilamente, pero no necesitamos preocuparnos por ellos en este momento.

-¿Por el momento?- Repitió Harry, quitando su vista del agua, y volteando hacia Dumbledore.

- No mientras estén meramente flotando pacíficamente debajo de nosotros – dio Dumbledore, - No tenemos nada que temer de un cuerpo, Harry, así como no hay nada que temer de la oscuridad. Lord Voldemort, que secretamente les teme a los dos, no esta de acuerdo. Pero una vez mas, demuestra su falta de sabiduría. Es a lo desconocido a lo que tememos cuando vemos la muerte o la oscuridad, a nada mas. Harry no dijo nada, no quiso discutir, pero encontró horrible la idea de que había cuerpos flotando alrededor de ellos, y lo que era mas, no creía que no fueran peligrosos.

-Pero uno de ellos brincó- dijo, tratando de hacer que su voz fuera baja y calmada como la de Dumbledore, - cuando traté de atraer el Horcrux, un cuerpo salió del lago.

- Si – dijo Dumbledore. – Estoy seguro que cuando tomemos el Horcrux, los encontraremos menos apacibles. Como sea, como muchas criaturas, que yacen en el frío y la oscuridad, le temen a la luz y al calor, los cuales invocaremos para ayudarnos. – Fuego, Harry -, añadió Dumbledore con una sonrisa, en respuesta a la expresión de incredulidad de Harry.

- Oh…bien… - dio Harry rápidamente. Volteó su cabeza para mirar hacia el resplandor verdoso hacia el cual el bote navegaba inexorablemente. No podía pretender que no estaba asustado. El gran lago negro, lleno de la muerte….Le parecía que habían pasado horas desde que se encontró con la profesora Trelwney, que le había dado a Ron y Hermione el Felix Felices…de pronto deseo haber podido despedirse mejor de ellos…y no había visto a Ginny para nada.

- Cerca de ah...í – dijo Dumbledore, cuidadosamente, ciertamente, la luz verdosa, parecía estar creciendo, y en minutos, el bote se había detenido, atracando en algo, que Harry no pudo ver al principio, pero cuando levantó su varita iluminada, vio que habían llegado a una pequeña isla de roca en el centro del lago. – Con cuidado, no toques el agua – dijo Dumbledore de nuevo mientras Harry salía del bote.

La isla no era más grande que la oficina de Dumbledore, una espacio plano de piedra negro, en donde no había nada, excepto la fuente de aquella luz verdosa, la cuál se veía mucho más brillante de cerca. Harry entrecerró lo ojos, al principio creyó que era una lámpara o algo parecido, pero luego vio que la luz provenía de una roca en forma de vasija como el Pensadero, la cuál estaba colocada en lo alto de un pedestal. Dumbledore se aproximó a la vasija, y Harry lo siguió. Uno al lado del otro, lo miraron. La vasija estaba llena de un líquido esmeralda emitiendo aquella luz fosforescentemente.

- ¿Qué es eso? Pregunto Harry silenciosamente.

- No estoy seguro – dijo Dumbledore,- algo mucho más preocupante que la sangre y los cuerpos, como sea – Dumbledore empujo hacia atrás la manga de su capa, sobre su mano negra, y estiró las puntas de sus dedos quemados hacia la superficie de la poción.

- Señor!, no lo toque! -

- No puedo tocarlo – dijo Dumbledore sonriendo, - ¿Ves? , no puedo aproximarme más cerca que esto, trata tu.

Harry metió su mano en la vasija y trató de tocar la poción. Encontró una barrera invisible que no le permitió llegar más allá de unos centímetros de ella. No

importa cuán duro empujara, sus dedos solo encontraron lo que parecía ser aire sólido y flexible.

-Quítate Del camino, por favor, Harry, --dijo Dumbledore. Él levantó su varita mágica e hizo complicados movimientos sobre la superficie de la poción, murmurando silenciosamente. Nada resultó, excepto por el hecho que la poción resplandeció con un poco más de brillo. Harry permaneció callado mientras Dumbledore trabajaba, pero al cabo de un rato Dumbledore retiró su varita mágica, y Harry sintió que era seguro hablar otra vez.

-¿Usted piensa que el Horcrux está allí, señor?

-Por supuesto. Dumbledore miró con entrecerrados ojos más detenidamente la vasija. Harry vio su cara reflejada, cabeza abajo, en la superficie lisa de la poción verde. ¿Pero cómo alcanzarla? Esta poción no puede ser penetrada con la mano, desaparecida, separada, excavada, levantada, o sacada, tampoco puede ser transfigurada, hechizada, ni de otra manera puede obligarse a cambiar su naturaleza. Casi distraídamente, Dumbledore levantó su varita otra vez, la giró en espiral una vez en el aire, y luego atrapó la copa de cristal que él había conjurado de la nada. -Sólo puedo concluir que esta poción - se supone - es bebida.

-¿qué? - dijo Harry - ¡no!

-Sí, creo que sí… sólo bebiendo esto puede yo vaciar la vasija y ver lo que esta arrojado en sus profundidades.

-¿Pero y si … si esto le mata?

-Oh, dudo que haga algo como eso - dijo sencillamente Dumbledore. -El señor Voldemort no querría matar a la persona que alcanzó esta isla. Harry no podría creer en eso. ¿Era esto más de la insana determinación de Dumbledore de ver el bien en cada uno?

-Señor- dijo Harry, tratando de conservar su voz razonable –señor, estamos hablando de Voldemort.

- Lo siento, Harry; debería haber dicho, él no querría matar inmediatamente a la persona que alcanzó esta isla - se corrigió a sí mismo Dumbledore. - Él querría mantenerlos vivos lo suficiente como para enterarse cómo lograron penetrar hasta ahora a través de sus defensas y, lo más importante de todo, por qué estaban tan ocupados vaciando la vasija. No me olvido que Lord Voldemort cree que él es el único que conoce acerca de su Horcruxes.

Harry intentó hablar otra vez, pero esta vez Dumbledore levantó su mano para mantenerlo en silencio, mirando ligeramente ceñudo el líquido esmeralda, evidentemente pensando con rapidez. –Indudablemente - dijo, finalmente - esta poción debe actuar de un modo que deberá advertir que estoy tomando al Horcrux. Me podría paralizar, hacer que yo olvide para qué estoy aquí, crear tanto dolor que me distraiga, o me vuelva incapaz de algún otro modo. Si este fuera el caso Harry, será tu trabajo asegurarte que siga bebiendo, incluso si tienes que inclinar bajo mi protesta la poción en mi boca ¿entiendes?

Sus ojos pusieron sobre la vasija, tenía pálida la cara alumbrada con esa extraña luz verde. Harry no habló. ¿Era por esto para lo que lo habían hecho venir?, de modo que él pudiera hacer beber a la fuerza a Dumbledore una poción que podría causarle un dolor insoportable?

-¿Recuerdas - dijo Dumbledore - la condición que puse cuando te traje con conmigo?

Harry vaciló, mirando directamente a los ojos azules que se habían vuelto verdes con la luz reflejada de la vasija.

-Claro que si

-Juraste, que seguirías cualquier orden

-Sí, pero...

-¿No te advertí, que podría haber algo peligro?

-Sí - dijo Harry, - pero…

-Pues bien, entonces - dijo Dumbledore, sacudiendo sus mangas hacia atrás una vez más y levantando la copa vacía, - ya tienes mis órdenes.

-¿Porqué no puedo beber la poción en su lugar?- preguntó Harry desesperadamente.

-Porque soy mucho más grande, mucho más listo, y mucho menos... valioso – Dijo Dumbledore - ¿de una vez por todas, Harry, tengo tu palabra que harás todo lo posible para que permanezca bebiendo?

-¿no podría…?

-¿la tengo?

-Si pero...

--Tu palabra, Harry…
-Yo… está bien, pero....

Antes de que Harry pudiera realizar cualquier otra protesta, Dumbledore bajó la copa de cristal en la poción. En un abrir y cerrar de ojos, Harry esperó que no pudiese tocar la poción con la copa, pero el cristal se hundió en la superficie como si no hubiera nada; cuando la copa estaba llena hasta rebalsarse, Dumbledore la levantó hacia su boca. –A tu salud, Harry.

Y él acabó rápidamente la copa. Harry observó, aterrorizado, sus manos estaban agarrando el borde de la vasija en forma tan dura que las puntas de los dedos estaban entumecidas.

- ¿Profesor? - dijo ansiosamente, cuando Dumbledore bajó la copa vacía. - ¿cómo siente usted?

Dumbledore negó con la cabeza, sus ojos cerrados. Harry se preguntó si él sentía mucho dolor. Dumbledore zambulló el vaso ciegamente de vuelta en la vasija, lo rellenó, y bebió otra vez.

En silencio, Dumbledore bebió tres copas llenas de la poción. Luego, a mitad de la cuarta copa, él se tambaleó y cayó adelante contra de la vasija. Sus ojos estaban todavía cerrados, su respiración era entrecortada.

-¿Profesor Dumbledore? -dijo Harry, esforzando su voz -¿me puede oír?

Dumbledore no contestó. Su cara estaba tirante como si él estuviera profundamente dormido, pero soñando un sueño horrible. Su agarre sobre la copa se aflojaba. La poción estaba a punto de rebalsarse, por ello. Harry se tiró hacia delante y agarró la copa de cristal, sosteniéndola para estabilizarla. -¿Profesor, puede usted oírme? - repitió fuerte, su voz resonaba por la caverna.

Dumbledore jadeó y luego habló en una voz que Harry no reconoció, pues él nunca había oído a Dumbledore tan asustado.

- No quiero. . . No me haga …

Harry miró perdidamente hacia la blanca cara que conocía tan bien, la nariz encorvada y las gafas de medias lunas, y no supo qué hacer.

- No quiero más... quiero detenerme... - gimió Dumbledore.

- Usted... usted no puede detenerse, Profesor - dijo Harry. - ¿Usted debe seguir bebiendo, recuerda? Usted me dijo que tiene que mantenerse bebiendo.

-Aquí... - odiándose, asqueado por lo que él le estaba haciendo, Harry forzó la copa de regreso hacia la boca de Dumbledore y la volcó, a fin de que Dumbledore bebiera el resto de la poción.

- No...-- él gimió, cuando Harry bajó la copa de vuelta a la vasija y la rellenó para él. - No quiero… no quiero... déjeme ir…

-Todo está bien, Profesor - dijo Harry, con sus manos temblorosas. -Está bien, yo estoy aquí.

-Que se detenga, … que se detenga … -dijo Dumbledore en un gemido.

- Sí… sí, esto lo hará detenerse -mintió Harry. Él inclinó el contenido de la copa en la boca abierta de Dumbledore. Dumbledore gritó; el ruido hizo eco por todo los alrededores de la gran cámara, a través del agua totalmente negra.

- No, no, no, no, … yo no puedo, … yo no puedo, … no me hagas esto... te lo advierto, detente.

-¡Está bien, profesor, está bien! - dijo Harry con fuerza, sus manos temblaban tanto que él apenas podría levantar en ellas la sexta copa llena de la poción; la vasija estaba ahora medio vacía. - Nada le ocurre, usted está a salvo, no es real, juro que no es real – tome esto, tenga, tome esto ... - y obedientemente, Dumbledore bebió, como si fuese un antídoto ofrecido por Harry, pero al reducir drásticamente la copa, él se cayó sobre sus rodillas, sacudiéndose incontrolablemente.

-Es todo mi culpa! … todo mi culpa!- sollozó. - Por favor detente, sé que fue mi culpa, oh por favor detente y no lo haré nunca!, nunca más!

-Esto hará que termine, Profesor - dijo Harry, con voz aguda cuando inclinó el séptimo vaso de poción hacia la boca de Dumbledore.

Dumbledore comenzó a acobardarse como si torturadores invisibles lo rodearan; Su mano atontada casi tiró la copa de las manos estremecidas de Harry, cuando gimió, - No los lastimes, no los lastimes, por favor, por favor, es mi culpa, lastímame a mi en lugar de ellos…

-Aquí, beba esto, beba esto, usted estará bien - dijo desesperado Harry, y otra vez Dumbledore le obedeció, abriendo la boca mientras tenía sus ojos totalmente cerrados y temblaba de pies a cabeza. Y ahora él cayó hacia adelante,

gritando otra vez, golpeando sus puños en la tierra, mientras Harry llenaba la novena copa.

-Por favor, por favor, por favor, no ... no eso, no eso, haré cualquier cosa…

- Solo beba, Profesor, solo beba…

Dumbledore bebió como un niño muriendo de sed, pero cuando terminó, gritó otra vez como si sus entrañas estuvieran ardiendo.

– No más, por favor, no más…

Harry recogió la décima copa llena de poción y sintió el cristal raspar el fondo de la vasija. – Estamos cerca, Profesor. Beba esto, bébalo…

Soportó los hombros de Dumbledore y otra vez, Dumbledore bebió drásticamente el vaso; cuando Harry estaba parado otra vez, rellenando la copa Dumbledore comenzó a gritar con más angustia que nunca -Quiero morir! ¡Quiero morir! ¡Haz que se detenga, haz que se detenga, quiero morir!...

- Beba esto, Profesor. Beba esto…

Dumbledore bebió, y no había termino cuando gritó -¡Mátame!

¡Este… sólo este más! - Harry dijo jadeando. – Solo beba esto... ¡Esto terminará... todo terminará!- Dumbledore tragó saliva en la copa, bebió drásticamente cada última gota, y luego, con un gran grito de asombro, que confundía, giró su cara.

-¡No!- gritó Harry, quien había tenido la posibilidad de rellenar la copa otra vez; en lugar de eso dejó caer la copa en la vasija, se precipitó abajo al lado de Dumbledore, y lo levantó sobre su espalda; los cristales de los anteojos de Dumbledore estaban torcidos, su boca entreabierta, sus ojos cerrados. –¡No!- dijo Harry sacudiendo a Dumbledore, -no, usted no está muerto, usted dijo que esto no era veneno, despiértese, despiértese … ¡Rennervate! - gritó, señalando el pecho de Dumbledore con su varita mágica; hubo un destello de luz roja pero nada ocurrió - ¡Rennervate! … ¡señor, por favor!

Los párpados de Dumbledore se movieron palpitantes; el corazón de Harry saltó, -¡señor, que hace usted!

-Agua, -dijo Dumbledore.

-Agua..., - jadeó Harry. – Sí... –- se lanzó a sus pies y agarró la copa que había echado en la vasija; él apenas vio el guardapelo de oro yaciendo ensortijado bajo él.

-¡Aguamenti!- gritó, tocando la copa con su varita. La copa se llenó de agua clara; Harry echado de rodillas al lado de Dumbledore, levantó su cuello, y llevó el vaso para sus labios – pero estaba vacío. Dumbledore gimió y comenzó a jadear.

-¡Pero si yo lo hice! …espera … ¡Aguamenti! - Dijo Harry otra vez, apuntando su varita en la copa. Otra vez, por un segundo, el agua clara brilló dentro de ella, pero cuando él la acercó a la boca Dumbledore, el agua desapareció otra vez.

-¡Señor, yo lo intento, lo intento!- dijo Harry desesperadamente, pero él no pensaba que Dumbledore pudiera oír; había comenzado a girar hacia un lado, agonizando mientras jadeaba ruidosamente.

-¡Aguamenti! …¡Aguamenti! …¡AGUAMENTI!

La copa se llenó y vació una vez más. Y ahora la respiración de Dumbledore se desvanecía. Su cerebro daba vueltas lleno de pánico, Harry sabía, instintivamente, el único camino que tenía para conseguir el agua, porque Voldemort lo había planificado así... Él se arrojó al borde de la roca y sumergió la copa en el lago, subiéndola rebosante de agua helada que no desapareció.

-¡Señor, aquí! - Harry gritó, y abalanzándose, él inclinó el agua torpemente sobre la cara de Dumbledore.

Esto era lo mejor que él podía hacer, pero el sentimiento helado del brazo que sostenía la taza no era por el frío persistente del agua. Una blanca mano fangosa había agarrado su muñeca, y la criatura a quien ésta pertenecía lo tiraba, despacio, hacia atrás a través de la roca. La superficie del lago ya no era un suave espejo; se agitaba, y por todas partes Harry veía cabezas blancas y las manos surgían del agua oscura, hombres y mujeres y los niños con ojos hundidos, ciegos se movían hacia la roca: El ejército muerto de rebelión del agua negra.

-¡Petrificus Totalus! - gritó Harry, luchando para adherirse a la empapada superficie lisa de la isla cuando él señaló con su varita mágica en el Inferius que tenía su brazo. Esto lo liberó, cayendo hacia atrás en el agua con un chapoteo; él trepó a sus pies, pero muchos Inferi más ya subían en la roca, sus manos huesudas que agarran su superficie deslizadiza, sus ojos en blanco, helados sobre él, arrastrando trapos empapados, mirándole con lasciva, las caras hundidas.

-¡Petrificus Totalus!- gritó Harry, luchando para pegársele a la superficie suave, remojada de la isla como él apuntó su varita en los Inferius que tuvo su

brazo. Le soltó, cayendo atrás en el agua salpicándola; él gateó para atrás, pero muchos Inferi más ya estaban escalando la roca, sus manos huesudas dándo zarpazos a su superficie resbaladiza, sus ojos en blanco, escarchados en él, el arrastramiento empapó de agua los harapos, caras hundidas echando una mirada de soslayo.

-¡Petrificus Totalus! - Harry gritó otra vez, retrocediendo lejos, cuando él golpeó su varita mágica en el aire; seis o siete de ellos retrocedieron, pero más venían hacia él.

-¡Impedimenta! ¡Incarcerous! - Algunos de ellos tropezaron, uno o dos de ellos saltaban las cuerdas, pero los que subían por la roca detrás de ellos simplemente pasaban sobre los cuerpos caídos. Sacudiendo como un cuchillo en el aire su varita mágica, Harry gritó - ¡Sectumsempra!... ¡SECTUMSEMPRA! - Pero aunque las incisiones aparecieron en sus trapos empapados y su piel helada, ellos no tenían sangre que se derramara: siguieron insensibles con sus manos contraídas y extendidas hacia él, y como él retrocedió todavía más atrás, sintió los brazos amarrándolo por detrás, el frío de los brazos vacíos de carne como la muerte, y sus pies dejaron la tierra. Lo levantaron y comenzaron a llevarlo, lenta y seguramente, de nuevo al agua añil, él sabía que no había retorno, que lo ahogarían, y se convertiría en un guardián muerto más de un fragmento del alma destrozada de Voldemort.

Pero entonces, a través de la oscuridad, el fuego estalló: carmesí y oro, un anillo de fuego que rodeó la roca de modo que el Inferi que sostenía tan fuerte a Harry tropezó y vaciló; ellos no se atrevieron a pasar por las llamas para entrar al agua. Dejaron caer a Harry; que golpeó la tierra, resbaló sobre la roca, y se cayó, rozando sus brazos, entonces se volvió, sostuvo su varita y se quedo mirando fijamente alrededor.

Dumbledore estaba de pie otra vez, pálido como todos los Inferi, pero también más alto que ellos, el fuego brillaba en sus ojos; su varita mágica fue levantada como una antorcha y de su punta emanaron las llamas, como un lazo enorme, rodeando a todos ellos con el calor. Los Inferi chocaron el uno con el otro, en el intento, a ciegas, de evitar el fuego en el cual ellos estaban dentro...

Dumbledore sacó el medallón del interior de la vasija de piedra y lo guardó dentro de su túnica. En silencio, él gesticuló para que Harry viniese a su lado. Distraído por las llamas, el Inferi pareció inconsciente que su presa se escapaba cuando Dumbledore llevó a Harry de vuelta al bote, con el anillo de fuego moviéndose alrededor de ellos, el Inferi desconcertado los acompañó al borde del agua, por donde sigilosamente salieron agradecidos de sus aguas oscuras.

Harry, que temblaba por todas partes, pensó por un momento que Dumbledore no podría poder trepar en el bote; él se tambaleó un poco cuando lo intentó; todos sus esfuerzos parecieron concentrarse en mantener el anillo de llama protectora alrededor de ellos. Harry lo agarró y le ayudó a regresar a su asiento. Una vez que estuvieron ambos sentados de forma segura dentro, el bote comenzó a moverse hacia atrás, a través del agua negra, fuera de la roca, todavía rodeados por ese anillo de fuego, parecía que el Inferi que rondaba debajo de ellos no se atrevió a salir a flote.

-Señor, -dijo Harry jadeado, -señor, me olvidé ... – se abalanzaban sobre mí y me aterroricé – acerca del fuego…

Dumbledore murmuró -¡muy comprensible! -. Harry estaba alarmado al oír qué tan débil era su voz.

Alcanzaron la orilla con un pequeño golpe y Harry saltó hacia fuera, luego giró rápidamente para ayudar a Dumbledore. En el momento que Dumbledore alcanzó la orilla él dejó caer la mano de su varita mágica; el anillo de fuego desapareció, pero el Inferi no surgió otra vez del agua. El pequeño barco se hundió en el agua una vez más; haciendo un sonido como tintineo, su cadena se deslizó tras él también en el lago. Dumbledore dio un gran suspiro y se apoyó contra la pared de la caverna.

- Estoy débil...- dijo.

- No se preocupe, señor, - dijo Harry inmediatamente, nervioso por la palidez extrema de Dumbledore y por su aire de agotamiento. - No se preocupe, nos recuperaremos.... Apóyese sobre mí, señor...

Y colocando el brazo ileso de Dumbledore alrededor de sus hombros, Harry guió a su director de regreso alrededor del lago, soportando la mayor parte de su peso.

- La protección estaba ... después de todo él ... bien diseñado, -- dijo Dumbledore apenas. - Uno solo no podía haberlo hecho... Lo hiciste bien, muy bien, Harry...

- No hable ahora, - dijo Harry, temiendo por cuan débil se había vuelto la voz de Dumbledore, y cuánto sus pies se arrastraban ahora. - Ahorre su energía, señor... Pronto estaremos fuera de aquí...

- La arcada se habrá sellado otra vez... mi cuchillo... -Eso no será necesario, yo ya tengo un corte, - dijo Harry firmemente. - sólo dígame donde...

- Aquí... - Harry desvistió su antebrazo lastimado sobre la piedra. Habiendo recibido su tributo de sangre, la arcada volvió a abrirse al instante. Ellos cruzaron la cueva externa, y Harry ayudó a Dumbledore nuevamente dentro del agua de mar helada que llenó la grieta en el acantilado.

- Todo estará bien, señor, - dijo Harry repetidamente, preocupado más por el silencio de Dumbledore de lo que él había estado por su voz debilitada -Estamos casi allí... puedo Aparecernos a ambos de vuelta... no se preocupe...

- No estoy preocupado, Harry - dijo Dumbledore, su voz sonó un poco más fuerte a pesar del agua congelante. - Estoy contigo.

Capítulo 27: La Impresionante Torre Brillante

Una vez que estuvieron nuevamente bajo el cielo estrellado, Harry arrastró a Dumbledore hasta la cima de la roca más cercana y lo puso de pie. Empapado y tiritando, sosteniendo el peso de Dumbledore, Harry se concentro más fuerte que nunca en su destino: Hogsmeade. Cerró sus ojos y agarrando el brazo de Dumbledore tan fuerte como pudo, se adentró a esa horrible sensación de compresión.

Supo que había funcionado antes de abrir los ojos: el olor a sal y el viento del mar habían desaparecido. Dumbledore estaba temblando y tiritando en medio de la oscura calle principal de Hogsmeade. Por un terrible momento la imaginación de Harry le hizo imaginar más Inferi arrastrándose hacia el desde los alrededores de las tiendas cercanas, pero parpadeo y vio que nada se movía; todo estaba quieto, la oscuridad era completa, excepto por la iluminación que proporcionaban algunas lámparas de la calle y de las ventanas del segundo piso de algunas casas.

-- ¡Lo logramos Profesor!-- Susurró Harry con dificultad, de repente sintió un agudo pinchazo en su pecho. -- ¡Lo conseguimos! Tenemos el Horcrux! --

Dumbledore se balanceo sobre él mismo. Por un momento, Harry pensó que su inexperta aparición había desestabilizado a Dumbledore; entonces vio su rostro, pálido y desanimado como nunca antes en la distante luz de la lámpara de la calle.

--¿Señor se encuentra bien?--

--He estado mejor,-- dijo Dumbledore delicadamente sin embargo la comisura de su boca tembló. --Esa poción no era del todo saludable...--

Ante el horror de Harry, Dumbledore se vino abajo.

-- Señor, está bien, verá como todo saldrá bien, no se preocupe,--

Buscó ayuda alrededor desesperadamente, pero no había nadie ahí que lo pudiera ver, y todo lo que podía pensar era como llevar a Dumbledore rápidamente a la enfermería.

-- Necesitamos llegar a la escuela, señor.. Madam Pomfrey...--

--No,-- dijo Dumbledore. --Es al profesor Snape a quien necesito... pero no creo... Poder caminar muy lejos aun...--

-- Esta bien, escuche señor, llamaré alguna puerta, voy a encontrar un lugar donde pueda quedarse, Entonces iré corriendo a buscar a Madam...--

-- Severus,-- dijo Dumbledore claramente. --Necesito a Severus...--

-- Bien entonces Snape, pero voy a irme y le dejare un momento así podré…---

Antes de que Harry pudiera realizar un movimiento, escucho unos pasos que corrían hacia ellos. Su corazón dio un brinco, alguien le había visto, alguien

que sabía que necesitaban ayuda- buscando alrededor vio a Madam Rosmerta apresurándose calle abajo en la oscuridad hacia ellos calzando unas zapatillas de seda estampadas con dragones.

-- ¡Los vi aparecer cuando cerraba las cortinas de mi habitación! Gracias a Dios, gracias a Dios, no podía pensar que… pero que es lo que le pasa a Albus?--

Se paró jadeando, mirando a Dumbledore con los ojos muy abiertos.

-- Está herido,-- dijo Harry. -- ¿Madam Rosmerta puede llevarlo dentro de las Tres Escobas mientras voy a la escuela a buscar ayuda? --

-- ¡No puedes ir solo! ¿Es que no comprenden, No ha visto? --

-- Si me ayuda a sostenerlo,-- dijo Harry sin escucharla, --creo que podremos conseguir llevarlo dentro.--

-- ¿Qué ha sucedido?-- preguntó Dumbledore. --¿Rosmerta que ocurre?--

--Es, La Marca Tenebrosa, Albus.--

Y señaló apuntando hacia el cielo, en dirección a Hogwarts. El temor de Harry inundó a Harry al sonido de sus palabras, se dio la vuelta y miró.

Ahí estaba, flotando en el cielo sobre la escuela: el resplandeciente cráneo verde con una serpiente que salía como una la lengua por la boca, la marca que los mortífagos dejaban siempre que entraban en un edificio... o cualquier parte donde hubieran asesinado.

--¿Cuando apareció?-- preguntó Dumbledore, y su mano se aferro fuertemente al hombro de Harry y se puso de pie.

--Debe haber sido hace unos minutos, no estaba ahí cuando saque al gato, pero cuando subí las escaleras...---

--Debemos volver al castillo inmediatamente,-- dijo Dumbledore. --Rosmerta--, y tambaleándose un poco, pareció totalmente en control de la situación, -- necesitaremos transporte, escobas---

--Tengo un par detrás de la barra--, dijo ella, mirándolo muy asustada. --¿Las traigo?--

-- No, Harry puede hacerlo.--

Inmediatamente Harry levanto su varita mágica.

-- Accio escobas de Rosmerta.--

Un segundo más tarde escucharon un ruido, la puerta del bar se abrió y dos escobas salieron disparadas a la calle, dándose prisa para llegar al lado del Harry, se quedaron suspendidas vibrando ligeramente a la altura de la cintura.

-- Rosmerta, por favor envía un mensaje al Ministro,-- dijo Dumbledore, y montó la escoba que tenia más cercana de el. Puede ser que nadie de Hogwarts se haya dado cuenta que hay algo malo.... Harry, ponte la capa de invisibilidad.--

Harry sacó su capa del bolsillo y la lanzó sobre él antes de subirse a la

escoba; Madame Rosmerta se tambaleaba de regreso a su bar mientras que Harry y Dumbledore se elevaron por el aire. Yendo a toda velocidad hacia las torres del castillo, Harry miró a Dumbledore, preparado para sostenerlo si se caía, pero la imagen de la Marca Tenebrosa pareció haber actuado sobre Dumbledore como un estimulante: se mantenía firme sobre su escoba, con sus ojos fijos sobre la señal, su pelo largo y su barba plateada volaban detrás de él, en el aire de la noche. Y Harry, también, miró delante hacia el cráneo y el miedo iba aumentando dentro de él como una burbuja venenosa, comprimiendo sus pulmones y expulsando toda incomodidad de su mente.

¿Cuanto tiempo habían estado fuera? ¿Habrían tenían Ron, Hermione y Ginny la suerte de escapar hasta ahora? ¿Fue uno de ellos por quien había puesto la marca sobre la escuela, o habría sido Neville o Luna, o algún miembro del E.D? Y si era esto... él era el único responsable quien les había dicho que patrullaran por los pasillos, él les había pedido que dejaran la seguridad de sus camas... ¿Seria responsable nuevamente de la muerte de un amigo?

Volaron sobre la oscuridad, pasando por la misma vereda por la que habían caminado antes, Harry escuchó a través del silbido del aire, a Dumbledore murmurando en alguna extraña lengua otra vez. Pensó que entendía por qué, al sentír el estremecimiento de su escoba en el momento que volaron sobre la muralla exterior de los terrenos. Dumbledore deshacía los conjuros que él mismo había puesto sobre el castillo, de manera que pudieran entrar a toda velocidad. La Marca Tenebrosa brillaba directamente sobre la Torre de Astronomía, la más alta del castillo. ¿Esto significaba que la muerte había ocurrido allí?

Dumbledore ya había cruzado las murallas y desmontaba; Harry aterrizó a su lado, segundos más tarde y miró alrededor.

Las murallas estaban desiertas. La puerta de la escalera de caracol que conducía a la parte de atrás del castillo estaba cerrada. No había ninguna señal de combate, de pelea con la muerte o ningún cuerpo.

--¿Qué significa esto?-- Harry preguntó a Dumbledore, alzando la vista al cráneo verde con la lengua de serpiente que brillaba malvadamente encima de ellos. -- ¿Es esto la verdadera marca? ¿Definitivamente alguien ha sido… Profesor?

En el débil brillo verde de la marca Harry vio que Dumbledore agarraba su pecho con su mano ennegrecida.

-- Ve y despierta a Severus,-- dijo Dumbledore apenas, pero claramente. Dile lo que ha sucedido y tráemelo. No hagas nada más, no hables con nadie y no te quites la capa. Te esperaré aquí--.

-- Pero… --

-- ¡Juraste obedecerme, Harry… vete!--

Harry se apresuró hacia la puerta que conducía a la escalera de caracol, pero justo cuando su mano acababa de tomar el picaporte en forma de anillo escuchó del otro lado, unos pasos que venían corriendo. Miró alrededor hacia

Dumbledore, quien le hacia gestos para que se retirara. Harry se hizo hacia atrás, sacando su varita mientras lo hacía.

La puerta se abrió y alguien gritó: -- ¡Expelliarmus! --

El cuerpo de Harry se puso rígido e inmóvil, y sintió que se pegaba contra la pared de la torre, casi como una estatua inestable incapaz de moverse o de hablar. No podía entender que había pasado, Expelliarmus no era un hechizo congelante.

Entonces, a través de la luz de la Señal, vio que la varita mágica de Dumbledore volaba en arco hacia el borde de la muralla y entendió... Dumbledore había inmovilizado a Harry sin palabras y el segundo que había tomado para realizar el hechizo le había costado la oportunidad de defenderse a si mismo.

Estando contra la muralla, con palidez en la cara, Dumbledore todavía no mostraba signo de pánico o angustia. El simplemente miró hacia su desarmador y dijo, -- Buenas noches, Draco.--

Malfoy dio un paso adelante, mirando rápidamente alrededor para comprobar si él y Dumbledore estaban solos. Sus ojos se fijaron en la segunda escoba.

-- ¿Quién más está aquí? --

-- La misma pregunta que iba hacerte--. -- ¿O actúas solo? --

Harry vio los ojos pálidos de Malfoy, mirar de nuevo a Dumbledore, a través del verdoso fulgor de la señal.

--No,-- dijo. Tengo apoyo. Hay mortífagos en tu escuela esta noche.--

-- Bien, bien,-- dijo Dumbledore, como si Malfoy le estuviera enseñando un ambicioso proyecto de tarea. –Muy bien en realidad. ¿Encontraste la manera de dejarlos entrar, verdad?--

-- Si,-- dijo Malfoy jadeante. -- ¡Exacto justo debajo de sus narices y nunca se dio cuenta!--

-- Ingenioso-- dijo Dumbledore. -- Aún... Disculpa... ¿Donde están ahora? Parece que estás sin apoyo.--

-- Encontraron a algunos miembros de su guardia. Están teniendo un enfrentamiento ahí abajo. No será muy largo... Yo me adelanté. Yo… Tengo un trabajo que hacer.--

-- Bien entonces, debes continuar y hacerlo, mi querido muchacho,-- Dijo Dumbledore suavemente.

Hubo un silencio. Harry seguía prisionero en su invisibilidad, con el cuerpo paralizado, mirando hacia los dos, sus oídos se esforzaban en escuchar los sonidos de los mortífagos en la lucha distante, y delante de él, Draco Malfoy no hacia nada más que mirar a Dumbledore fijamente quien increíblemente, sonreía.

-- Draco, Draco, tú no eres un asesino.--

-- ¿Cómo lo sabe usted?-- dijo Malfoy inmediatamente.

Pareció darse cuenta de lo infantil de sus palabras; Harry lo vio ponerse rojo, bajo la verdosa luz de la Marca.

--Usted no sabe de qué soy capaz-- dijo Malfoy fuertemente, --¡no sabe lo qué he hecho!--

-- Oh si, lo sé-- dijo Dumbledore suavemente. --Intentaste matar a Katie Bell y Ronald Weasley. Y has estado intentado desesperadamente, matarme durante todo el año. Discúlpame Draco pero tus tentativas han sido débiles... francamente tan débiles, que me pregunto si estabas intentándolo de corazón...--

-- ¡Si lo he estado!-- dijo Malfoy vehemente. He estado trabajando en ello todo el año, y esta noche---

En algún lugar de las profundidades del castillo, Harry escucho un grito sordo. Malfoy se puso rígido y miro sobre su hombro.

--Alguien está dando una buena pelea,-- dijo Dumbledore en tono casual. -- Pero me estabas contando... si, como te las ingeniaste para dejar entrar Mortífagos en mi escuela, lo cual admito, pensaba que era imposible... ¿Cómo lo hiciste?--

Pero Malfoy no dijo nada, escuchaba lo que ocurría abajo y parecía tan paralizado como lo estaba Harry.

--Quizá conseguiste hacer el trabajo solo--, sugirió Dumbledore. -- ¿Y si las intenciones de tus ayudantes han sido frustradas por mi guardia?; Como habrás podido observar hay miembros de la Orden del Fénix también aquí, está noche. Pero después de todo, no necesitas ayuda realmente... No tengo varita en este momento... No puedo defenderme.--

Malfoy lo miró fijamente.

-- Ya veo,-- dijo Dumbledore suavemente, cuando Malfoy no habló ni se movió.--Tienes miedo de actuar, no quieres hacer nada hasta que se unan a ti --

--¡No tengo miedo!-- gruño Malfoy, auque tampoco hizo ningún movimiento para herir a Dumbledore. --¡Es usted el que tendría que tener miedo!--

--¿Pero por qué?. No creo que vayas a matarme, Draco. El asesinato no es tan fácil ni inocente como creen, pero dime, mientras esperamos a tus amigos... ¿Cómo hiciste para que entraran aquí ilegalmente? Parece que has tenido mucho trabajo para averiguar como hacerlo.--

Malfoy se lo quedó mirando como si tuviera el impulso de gritar o vomitar. Trago y respiro profundamente varias veces, mirando airadamente a Dumbledore, mientras apuntaba con la varita al corazón de este último. Entonces como si no pudiera evitarlo dijo, --tuve que reparar el armario evanescente que nadie ha usado durante años. En el que Montague se perdió el año pasado.--

--Aaaah.--

El suspiro de Dumbledore pareció casi un gemido. Y cerró los ojos por un momento.

--Eso fue muy inteligente... ¿hay dos, debo imaginar?--

--El otro está en la tienda de Borgins and Burkes,-- dijo Malfoy, -- y hacen una especie de pasadizo entre ellos. Montague me contó que cuando estuvo atrapado en el de Hogwarts, estaba en el limbo pero a veces podía escuchar lo que pasaba en la escuela y otras veces en la tienda, iba viajando entre los dos sitios pero nadie podía escucharlo, hasta que se las ingenió para aparecerse aunque no había pasado el examen, casi muere en el intento. Pensamos que era una buena historia, pero solo yo supe lo que quería decir- nadie de Borgin lo sabía- Y pensé que había una manera de entra a Hogwarts a través de los armarios, si podía arreglar el que estaba descompuesto.--

Muy bien, murmuro Dumbledore.-- Entonces los mortífagos podían pasar con tu ayuda desde Borgin y Burkes a la escuela... un plan inteligente, muy inteligente... y como tú dices delante de mis narices...--

-- Si-- dijo Malfoy quién extrañamente parecía tomar valentía y consuelo del comentario de Dumbledore. --¡Si, así fue!.

--Pero había algunas veces,-- continuo Dumbledore, --¿no es así?, cuando no estabas seguro de que podrías reparar el armario. Entonces recurriste a medidas inexpertas y mal analizadas como mandarme un collar embrujado que podía haber caído en manos equivocadas...hidromiel envenenada que tenía la pequeña posibilidad que yo pudiera beber...--

-- Si, pero usted todavía no se había enterado quién estaba detrás de todo eso, ¿verdad?-- Se mofó Malfoy, viendo como Dumbledore se deslizaba un poco más hacia la muralla, la fuerza de sus piernas debilitándose, y Harry luchando mudamente y sin esfuerzo contra el hechizo que lo ataba.

-- En realidad, si sabía, -- dijo Dumbledore, --estaba seguro que eras tú.--

-- ¿Entonces por qué no me detuvo?-- Pregunto Malfoy.

-- Lo Intenté Draco. El profesor Snape te estuvo vigilando bajo mis órdenes...--

-- Él no ha estado cumpliendo sus órdenes, se lo prometió a mi madre…---

-- Desde luego es lo que él te diría, Draco, pero…--

-- Es un doble agente, viejo estúpido, no trabaja para usted, usted sólo piensa que así es!--

-- Desde luego tenemos que estar de acuerdo en que pensamos de manera diferente acerca de esto, Draco, pero todavía confío en el Profesor Snape---

-- Bueno, entonces está perdiendo la razón!-- se mofó Malfoy. --Ha estado ofreciéndome mucha ayuda; deseando la gloria para sí mismo; deseando un poco de acción- '¿Pero que estas haciendo? Lo del collar fue estúpido, podría haber revelado todo.' Pero no le he dicho lo que he estado haciendo en la Sala de los Requerimientos, se levantará mañana y todo habrá terminado, ¡él no será el favorito del Señor Oscuro nunca más, no será nada comparado a mi, nada!--

-- Muy Gratificante,-- dijo Dumbledore suavemente, A todos nos gusta la apreciación sobre nuestro propio trabajo, desde luego... pero debías tener un cómplice, en todo caso... Alguien en Hogsmeade, alguien que fuera capaz de entregarle a Katie el… el…¡Aaaaah!

Dumbledore cerró sus ojos otra vez, como si estuviera apunto de caer dormido.

--...desde luego... Rosmerta. ¿Cuánto tiempo ha estado bajo el efecto de la Maldición Imperius?

--¿Por fin llegó ahí, verdad?-- Malfoy se burló.

Se oyó otro grito abajo, esta vez más fuerte que el último. Malfoy miró nerviosamente bajo su hombro otra vez, entonces volvió a mirar a Dumbledore y continuó. -- Pobre Rosmerta fue obligada a estar al acecho en su propio cuarto de baño y pasar a cualquier estudiante de Hogwats que no estuviera acompañada, el collar. Y el envenenamiento de la hidromiel... bien, naturalmente, Rosmerta fue capaz de envenenarlo antes de que pudiera mandar la botella al Profesor Slughorn, creyendo que era un regalo de navidad... si, muy limpio... muy limpio... pobre Filch desde luego no pensó en verificar una botella de Madam Rosmerta... dígame ¿Cómo se estuvo comunicando con Rosmerta? Creo que todos los métodos de comunicación de la escuela están controlados--.

-- Monedas encantadas,-- dijo Malfoy, como si le obligaran a seguir hablando, aunque la mano de su varita estaba bastante temblorosa. -- Yo tenia una y ella la otra, y así le podía mandar mensajes---

-- No era ese el método secreto de comunicación del grupo que se hacia llamar Ejercito de Dumbledore el año pasado?-- preguntó Dumbledore. Su voz era brillantemente casual, pero Harry lo vio resbalar un poco más hacia la pared, en cuanto lo dijo.

-- Si tome la idea de ellos,-- dijo Malfoy con una doble sonrisa. Y la idea del veneno la tomé de la sangresucia Granger, la escuche en la biblioteca decir que Filch no puede reconocer pociones...--

-- Por favor no uses esa palabra ofensiva delante de mi,-- dijo Dumbledore.

Malfoy sonrió ásperamente.

-- ¿Se preocupa porqué digo "sangresucia" cuando estoy apunto de matarle?

-- ¡Si lo hago!-- dijo Dumbledore, y Harry vio como sus pies se deslizaban un poco más en el suelo, y seguía luchando para mantenerse en pie. –Pero para estar a punto de matarme, Draco, has tenido unos largos minutos para hacerlo. Estamos solos. Y estoy más indefenso de lo que podrías haber soñado o buscado, pero todavía no has echo nada...--

La boca de Malfoy se retorcía involuntariamente, como si hubiera probado algo muy amargo.

-- Y acerca de está noche,-- continuó Dumbledore, -- Estoy perplejo acerca de lo que ha pasado… ¿Sabias que había dejado la escuela? Pero claro-- se contestó a su misma pregunta,-- Rosmerta me vio salir, y te avisó usando tus ingeniosas monedas, estoy seguro...--

-- Exacto,-- dijo Malfoy, -- Pero ella me dijo que usted sólo fue a tomar algo y volvía...--

-- Bien ciertamente si tome algo... y volví... de cierta manera,-- masculló Dumbledore.-- ¿Entonces decidiste hacer una trampa para mi?

-- Si decidimos poner la Marca Tenebrosa encima de la Torre para conseguir que viniera rápido, para que viera a quién habían matado,-- dijo Malfoy.-- ¡Y funcionó!--

-- Bueno... si y no...-- dijo Dumbledore.--¿Pero debo tomarlo entonces como que nadie ha sido asesinado?--

-- Alguien ha muerto--, dijo Malfoy y subiendo una octava al tono de su voz dijo. -- Alguien de los suyos... pero no se a quién, estaba oscuro... pisé su cuerpo. Se suponía que estaría yo solo aquí esperándolo, pero su gente de la Orden se entrometieron.

-- Si ellos hicieron eso,-- dijo Dumbledore.

Abajo había golpes y gritos mas fuertes que nunca; parecía que la gente estaba luchando en la escalera de caracol, que conducía donde estaban Dumbledore, Malfoy y Harry, y el corazón de Harry retumbaba en silencio bajo su pecho invisible... alguien estaba muerto... Malfoy había pisado el cuerpo... ¿Pero quién era?

--Hay poco tiempo, de una manera u otra,-- dijo dumbledore.—Así que hay que discutir tus opciones Draco.--

-- ¡Mis opciones!-- dijo Malfoy fuertemente. --Estoy aquí de pie con una varita, Y voy a matarlo---

-- Mi querido muchacho, dejémonos de tener pretensiones acerca de eso. Si fueras a matarme ya lo habrías hecho cuando me desarmaste, y no te hubieras detenido a tener esta agradable charla sobre caminos y significados.--

--¡No tengo muchas opciones!-- dijo Malfoy, y de repente se puso más blanco que Dumbledore. --¡Tengo que hacerlo! ¡El me matará! ¡Matará a toda mi familia!--

-- Veo la dificultad de tu posición,-- dijo Dumbledore.-- ¿Por qué piensas que no te he confrontado antes? Porque sabia que igualmente ibas a ser asesinado por Lord Voldemort si yo hubiera sospechado de ti.--

Malfoy se estremeció al escuchar el nombre de Voldemort.

-- No osaba a hablar contigo de la misión de la cuál sabia que te habóa sido confiada, en este caso que él usara la legilimencia contra ti,-- continuo Dumbledore. --Pero ahora por fin podemos hablar de ello claramente el uno con el

otro... No ha habido daños ni nadie ha sido herido, y por suerte tus victimas sobrevivieron... Puedo ayudarte, Draco.--

--No, no puede,-- dijo Malfoy, la mano que sujetaba su varita se agitaba fuertemente, --nadie puede. Él me dijo que lo hiciera o me mataría. No tengo elección--.

-- Vuelve al lado correcto, Draco, y podremos esconderte más de lo que hubieras podido imaginar. Es más puedo mandar algunos miembros de la Orden para esconder a tu madre de la misma manera. Tu padre está a salvo en Azkaban... y cuando llegue el momento podremos protegerlo a él también... vuelve al lado correcto, Draco... tu no eres un asesino...--

Malfoy miró fijamente a Dumbledore.

-- Pero he llegado hasta aquí, ¿no es cierto?-- dijo suavemente. Pensaron que moriría en el intento, pero aquí me tiene... y usted está en mi poder... soy el único que tiene una varita... y usted está a mi piedad...—

-- No Draco,-- dijo Dumbledore silenciosamente, --Es mi piedad, no la tuya, la que cuenta ahora.--

Malfoy no habló. Su boca permanecía abierta, y la mano que sujetaba la varita seguía temblando. Harry pensó verlo por una fracción -

De repente los pasos tronaban desde la escalera y un segundo más tarde Malfoy fue empujado del camino cuando aparecieron cuatro personas vestidas de negro, que salían disparadas por la puerta hacia la muralla. Todavía paralizado, sus ojos miraban fijamente sin pestañear, Harry miró con horror a los cuatro extraños: parecía que los Mortífagos habían ganado la pelea que se libraba abajo.

Un hombre de aspecto mugroso y mirada lasciva ladeada hizo un sonrisa tonta y jadeante.

-- ¡Dumbledore acorralado!-- dijo, y volvió su mirada hacia una pequeña mujer que parecía que era su hermana y quién sonreía con impaciencia. -- Dumbledore sin varita, ¡Dumbledore solo! ¡Bien hecho, Draco, bien hecho!--

-- Buenas noches Amycus,-- dijo Dumbledore calmadamente, como si diera al hombre la bienvenida a una fiesta. -- Y has traído a Electo también...encantador...--

La mujer se enfado un poco pero rió tontamente.

-- Creo que tus chistes no te ayudarán esta vez en tu lecho de muerte ¿verdad?-- Se burló ella.

-- ¿Chistes? No, no. esos son modales,-- replicó Dumbledore.

-- ¡Hazlo!-- dijo el extraño que estaba más cercano a Harry, un hombre alto y delgaducho, con su cabello gris enmarañado y bigotes, cuyo traje de Mortífago parecía quedarle apretado. Tenía una voz que Harry nunca había escuchado antes: una voz como un ladrido rasposo. Y Harry podía oler una mezcla fuerte a suciedad, sudor y sin lugar a dudad a sangre que procedía de él. Sus manos eran asquerosas

y sus uñas parecían amarillentas desde hacia mucho tiempo.

-- ¿Eres tu, Fenrir?-- pregunto Dumbledore.

-- Exacto carraspeó el otro. ¿Encantado de verme, Dumbledore?--

-- No puedo decir que lo estoy exactamente...--

Fenrir Greyback sonrió abiertamente mostrando sus dientes puntiagudos. La sangre resbaló por sus labios y se relamió lentamente de manera obscena.

-- Tú ya sabes lo mucho que me gustan los niños, Dumbledore--

-- ¿Debo tomarlo como que ahora atacas sin luna llena? Esto es muy inusual...has desarrollado un gusto por la sangre humana que ahora no puedes satisfacer una vez al mes.

--Cierto,-- dijo Greyback -- ¿Te impresiona Dumbledore?, ¿Te asusta?--

-- No puedo pretender que esto no me disguste un poco,-- dijo Dumbledore. -- Y si, estoy un poco impresionado que Draco te invitara a ti, de toda la gente, a la escuela donde viven todos sus amigos...--

-- No lo hice,-- respiró Malfoy. No miraba a Greyback; y él tampoco parecía mirarle.-- Yo no sabia que iba a venir---

-- No me quería perder este viaje a Hogwarts, Dumbledore,-- raspó Greyback.-- No cuando hay gargantas que rasgar... delicioso, delicioso...--

Y levanto una de sus uñas y hurgó uno de sus dientes sonriendo a Dumbledore.

-- Lo puedo hacer luego contigo, Dumbledore…--

-- No,-- dijo el cuarto mortífago bruscamente. Tenía una mirada dura y brutal. -- Tenemos órdenes. Draco hay que hacerlo. Ahora, Draco, deprisa.--

Malfoy mostraba menos resolución que nunca. Se veía aterrorizado mientras miraba la cara de Dumbledore, que estaba todavía más pálida, y mas baja que de costumbre, ya que se había deslizado un poco más hacia la pared de la muralla.

-- El no será echado de menos en este mundo, ¡si me preguntas!-- dijo el hombre ladeado acompañado de las risas de su hermana. –Míralo, ¿qué ha pasado contigo, entonces, Dumby?--

-- Ah mi resistencia es más débil, pocos reflejos, Amycus. La edad, en conclusión... un día, quizás te pase a ti también si tienes suerte....--

-- ¿Qué quieres decir con eso, qué significa?-- gritó el mortífago que se volvió violento de repente. -- Siempre lo mismo, ya no eres el mismo de antes eh Dumby, hablando y haciendo nada de nada. -- Me pregunto porque se tendría que molestar el Señor Oscuro en matarte eh!--

-- ¡Vamos, Draco, hazlo ahora! --

Pero en aquel momento se renovaron los sonidos de la pelea que se libraba abajo y una voz gritó, --Han bloqueado la escalera- ¡Reducto! ¡REDUCTO!--

El corazón de Harry dio un salto: esos cuatro no habían eliminado a toda la oposición, simplemente se habían abierto camino hacia la torre, y, por el sonido, habían creado una barrera detrás de ellos-

-- AHORA, Draco, ¡Rápido!-- Dijo el hombre de cara brutal enfadado.

Pero la mano de Malfoy temblaba tanto que apuntaba mal.

--Yo lo haré,-- gruño Greyback moviéndose enfrente de Dumbledore con sus manos apretadas y enseñando sus dientes.

-- He dicho que no-- gritó el hombre de rostro brutal; hubo un destello de luz y el hombre lobo fue aventado fuera del camino; dio un golpe en la muralla y se quedo mirándolo furioso. El corazón de Harry martilleaba con tanta fuerza que parecía imposible que nadie pudiera oír que estaba ahí de pie prisionero por el hechizo de Dumbledore, si tan solo hubiera podido moverse solo un poco, podría haber hecho algo bajo la capa-

--Draco, hazlo, o sal que lo haremos nosotros--- grito la mujer, pero en ese preciso momento la puerta de la torre se abrió como una explosión y apareció Snape, con su varita agarrada en la mano y sus ojos negros mirando la escena, desde Dumbledore acorralado en el muro contra la muralla, hacia los cuatro mortífagos incluido el hombre lobo, y Malfoy.

--Tenemos un problema, Snape-- dijo el grumoso de Amycus, el cual tenia su varita y sus ojos fijos en Dumbledore, -- el chico parece que no puede ---

Pero alguien mas había dicho el nombre de Snape más suavemente.

-- Severus...--

El sonido de su voz había asustado más a Harry que todas las experiencias que había sufrido aquella noche. Por primera vez Dumbledore estaba suplicando.

Snape no dijo nada, pero avanzo unos pasos y quitó a Malfoy fuera de su camino. Los tres mortífagos retrocedieron sin decir una palabra. Y hasta el hombre lobo parecía intimidado.

Snape miró fijamente a Dumbledore durante un momento con revulsión y odio marcados en las líneas de su rostro.

-- Severus... por favor...--

Snape levantó su varita mágica y apunto directamente a Dumbledore.

-- ¡AVADA KEDAVRA!--

Un rayo de luz verde salió de la varita de Snape directamente hacia el pecho de Dumbledore dándole de lleno. El grito de horror silencioso de Harry, nunca salió de su boca; silenciosamente y sin moverse estuvo obligado a ver como Dumbledore fue lanzado por el aire: por un segundo parecía haber quedado suspendido en el aire bajo el cráneo brillante de la Marca Tenebrosa, y después cayó lentamente hacia atrás, como una muñeca de trapo, sobre las almenas hasta que se perdió de vista.

Capítulo 28: El Vuelo del Príncipe

Harry se sintió como si cayera en el vacío; no había ocurrido… No podía haber ocurrido…

–¡Fuera de aquí, rápido!– dijo Snape.

Agarró a Malfoy por el pescuezo y lo empujó a través de la puerta, más allá del descansillo; Greyback y los achaparrados hermanos que jadeaban excitados fueron tras ellos. Cuando se desvanecieron atravesando la puerta, Harry notó que podía moverse de nuevo. En ese momento, lo que le mantenía paralizado contra la pared no era magia, sino horror y conmoción. Echó a un lado la Capa de Invisibilidad mientras el mortífago de rostro brutal, el último en abandonar la cima de la torre, desaparecía a través de la puerta.

–¡Petrificus Totalus!

El mortífago se dobló cuando le alcanzó la espalda y cayó al suelo, rígido como una figura de cera. Apenas había tocado el suelo cuando Harry gateó sobre él para bajar corriendo las oscuras escaleras.

El corazón de Harry se desgarraba de terror... Debía llegar hasta Dumbledore y atrapar a Snape. De alguna forma, las dos cosas estaban relacionadas… Podía deshacer lo ocurrido si conseguía tenerlos juntos… Dumbledore no podía estar muerto…

Saltó los últimos diez escalones de la escalera de caracol, deteniéndose donde aterrizó, con la varita alzada. El pasillo, débilmente iluminado, estaba lleno de polvo; la mitad del techo parecía haberse derrumbado y el fragor de una batalla se oía delante de él, cada vez más cerca, pero incluso mientras intentaba descubrir quién luchaba con quién, podía oír la odiosa voz, que en ese momento gritaba

–¡Se acabó, hora de largarse!–

Vio a Snape desaparecer tras la esquina del extremo más alejado del pasillo, parecía que Malfoy y él se habían abierto paso a través de la lucha, ilesos. Cuando Harry se abalanzaba sobre ellos, uno de los luchadores se separó de la pelea y se arrojó sobre él: era el hombre lobo, Fenrir. Harry lo tuvo encima antes de poder levantar la varita y cayó hacia atrás, su cara llena de pelo enmarañado y sucio, con el hedor de sudor y sangre impregnando en nariz y boca, sintiendo en su garganta un aliento cálido y anhelante…

–¡Petrificus Totalus!

Harry sintió a Fenrir desmayarse contra él, con gran esfuerzo empujó al hombre lobo a un lado mientras un chorro de luz verde se le acercaba volando. Se agachó y corrió de cabeza hacia la lucha. Su pie se topó con algo aplastado y resbaladizo que había en el suelo y trastabilló. Había dos cuerpos allí tirados, tumbados boca abajo en un charco de sangre, pero no tenía tiempo para investigar. Harry vio justo ante él una cabellera rojiza flotando como una llama: Ginny combatía con el nudoso mortífago, Amycus que le arrojaba un maleficio tras otro mientras ella los esquivaba. Amycus soltaba risitas tontas disfrutando de la diversión.

–¡Crucio! ¡Crucio! No podrás bailar eternamente, bonita

–¡Impedimenta!– vociferó Harry.

Su maldición alcanzó a Amycus en el pecho que soltó un chillido porcino de dolor. Sus pies se separaron del suelo, se estampó contra la pared opuesta y cayó deslizándose tras Ron, la Profesora McGonagall y Lupin, cada uno de ellos luchando con un mortífago. Tras ellos, Harry vio a Tonks luchando con un enorme mago rubio que lanzaba maleficios en todas direcciones. Rebotaron en las paredes que los rodeaban, rompiendo piedra y haciendo añicos la ventana más cercana.

–¿De dónde has venido Harry?– gimió Ginny… pero no tenía tiempo para contestar. Agachó la cabeza y echó a correr hacia delante esquivando por poco una explosión que estalló justo encima y cubrió a todos con trocitos de pared. 'Snape no puede escapar, debo ajustar cuentas con él…'.

–¡Ahí va eso!– aulló la Profesora McGonagall y Harry pudo ver de reojo a la mortífaga, Alecto corriendo por el pasillo con sus brazos sobre la cabeza, con su hermano justo al lado. Se abalanzó tras ellos pero su pie se tropezó con algo y cayó sobre unas piernas. Al mirar a su alrededor vio el rostro pálido y redondo de Neville contra el suelo.

–Neville, ¿estás…?

–Estoy bien– musitó Neville que se apretaba el vientre. –Harry… Snape y Malfoy… acaban de pasar corriendo…

–¡Lo sé, ya me ocupo!– dijo Harry enviando una maldición desde el suelo hacia el enorme mortífago rubio que estaba causando la mayor parte del caos. El hombre aulló de dolor cuando el hechizo le golpeó el rostro. Se giró en redondo tambaleándose y entonces escapó a toda velocidad tras los hermanos. Harry se levantó con algo de esfuerzo y comenzó a correr por el pasillo, ignorando los estallidos que se oían tras él, los gritos que le pedían que volviera y la llamada muda de las figuras del suelo cuyo destino desconocía todavía…

Patinó al girar la esquina, con las zapatillas deportivas resbaladizas por la sangre; Snape le llevaba mucha ventaja. ¿Era posible que hubiera entrado ya en la Habitación de los Deseos o la Orden había tomado medidas para mantenerla segura para evitar que los mortífagos se retiraran por ese camino? No podía oír nada excepto sus pisadas y el latir de su corazón mientras corría por el siguiente pasillo vacío. En ese momento encontró una pisada marchada con sangre, que demostraba que al menos uno de los velocísimos mortífagos se dirigía hacia las puertas principales… quizá la Habitación de los Deseos estaba bloqueada.

Se resbaló al girar otra esquina y un maleficio voló hacia él, saltó tras una armadura que explotó. Vio a los hermanos bajando las escaleras de mármol a toda velocidad y les envió varias maldiciones. Sin embargo sólo alcanzaron a varias brujas con peluca que estaban en un cuadro campestre y que escaparon a toda prisa hacia las pinturas vecinas. Al dejar el refugio de la armadura, Harry pudo oír más gritos y gemidos, otras personas del castillo parecían haberse despertado…

Decidió tomar un atajo esperando superar a los hermanos y acercarse a Snape y Malfoy, que seguramente ya estaban en los jardines. Recordó saltar el escalón que desaparecía se lanzó a través de un tapete en el fondo y salió a un corredor donde estaban algunos alterados Hufflepuffs vestidos en pijama.

–¡Harry! Oímos un ruido, y alguien mencionó la Marca Oscura...– comenzó Ernie Macmillan.

–¡Déjenme pasar!– aulló Harry golpeando a dos chicos al apartarlos mientras descendía corriendo hacia el rellano hasta el final de la escalera de mármol. Las puertas principales de roble parecían haber sido abiertas con una explosión. Había manchas de sangre sobre las baldosas y varios estudiantes aterrorizados amontonados contra las paredes, uno o dos aún protegiéndose las caras con los brazos. El enorme Reloj de Arena de Gryffindor había sido alcanzado por un maleficio y todavía estaba perdiendo rubíes que caían en las losas con un golpeteo suave.

Harry voló a través del recibidor de la entrada hacia los campos oscuros del exterior. Podía distinguir tres figuras corriendo a través del césped, buscando las puertas, más allá de las cuales podrían desaparecerse... Por su aspecto, eran el enorme mortífago rubio y algo más lejos Snape y Malfoy...

El frío aire desgarraba los pulmones de Harry cuando se precipitó tras ellos, vió un destello de luz en la distancia que le permitió momentáneamente, ver las siluetas de sus presas. No sabía a qué se debía, pero continuó la carrera, aún demasiado lejos para acertarles con una maldición...

Otro destello, gritos, vengativos chorros de luz... y Harry comprendió qué ocurría: Hagrid había salido de su cabaña y estaba intentando impedir la fuga de

los mortífagos. Aunque cada inhalación parecía desgarrar sus pulmones y la punzada de su pecho ardía como fuego, Harry aceleró mientras no dejaba de oír una voz en su cabeza que decía 'A Hagrid no... Que también le ocurra a Hagrid no...'

Algo alcanzó con fuerza la zona central de la espalda de Harry y cayó hacia delante con la cara estampada contra el suelo y sangre saliendo de ambos orificios nasales. Supo, incluso mientras rodaba sobre sí mismo, con la varita lista que los hermanos que había adelantado gracias al atajo estaban tras él muy cerca...

–¡Impedimenta!– vociferó mientras rodaba de nuevo acurrucándose en el suelo oscuro. Milagrosamente su maleficio golpeó a uno, que se tambaleó y cayó desequilibrando al otro. Harry se impulsó con los pies y corrió tras Snape.

Ahora podía ver la enorme silueta de Hagrid iluminada por la luz de la luna creciente, que apareció de repente desde detrás de las nubes. El mortífago rubio lanzaba una maldición tras otra al guardabosques, pero la inmensa fuerza de Hagrid y la piel dura que había heredado de su madre gigant**a** parecían estar protegiéndole. De todas formas, Snape y Malfoy todavía corrían, pronto estarían más allá de las puertas donde podrían desaparecerse.

Harry se abrió paso hasta más allá de Hagrid y de su adversario, apuntó a la espalda de Snape y gritó –¡Desmaius!–. Falló, el chorro de luz roja flotó por encíma de la cabeza de Snape.

Snape gritó –¡Corre, Draco!– y se volvió. A veinte metros de distancia, Harry y él se miraron el uno al otro antes de alzar simultáneamente las varitas.

–¡Cruc...!

Pero Snape detuvo el maleficio tirando a Harry de espaldas antes de que pudiera completarla. Harry rodó sobre sí mismo y se revolvió, levantándose de nuevo mientras el enorme mortífago a sus espaldas vociferaba –¡Incendio!–. Harry oyó una explosión y una danzarina luz naranja se derramó sobre ellos, la casa de Hagrid estaba en llamas.

–¡Fang está ahí dentro malvado!– rugió Hagrid.

–¡Cruc...!–. gritó Harry por segunda vez, apuntando a la figura que se veía ante él, iluminada por la bailarina claridad de las llamas, pero Snape bloqueó de nuevo el hechizo. Harry podía verlo burlándose.

–¡Maldiciones Imperdonables de ti no Potter!– vociferó más fuerte que el rugir de las llamas, de los aullidos de Hagrid y de los gemidos salvajes del atrapado Fang. –No tienes el temperamento ni la habilidad.

–¡Incarc...!– bramó Harry pero Snape desvió el hechizo con un toque de su varita desganadamente. –¡Pelea conmigo!– le chilló Harry. –¡Pelea conmigo, cobarde...!

–¿Me has llamado cobarde, Potter?– aulló Snape. –Tu padre jamás me atacaba a menos que fueran cuatro contra uno... Me pregunto cómo deberías llamarle..

–¡Desma...!

–¡Te bloquearé una y otra vez hasta que aprendas a callarte y a cerrar la mente Potter!– dijo despreciativamente Snape desviando el maleficio una vez más. –¡Ven ahora mismo!–gritó al enorme mortífago que estaba tras Harry. –Debemos irnos, antes de que el Ministerio aparezca

–¡Impedi...! –Pero antes de poder terminar su maldición, un dolor atroz alcanzó a Harry. Se dobló sobre la hierba. Oyó que alguien vociferaba, sintió que iba a morir de agonía, pensó que seguramente Snape le torturaría hasta la muerte o la locura...

–¡No!– rugió la voz de Snape y el dolor cesó tan súbitamente como había empezado. Harry estaba en el suelo, encogido, agarrando su varita y temblando. En algún sitio, sobre él, Snape gritaba –¿Has olvidado nuestras órdenes? Potter pertenece al Señor Oscuro. Debemos dejárselo a él. ¡Vamos! ¡Vamos!.

Y Harry sintió el suelo estremecerse bajo su cara, mientras los hermanos y el enorme mortífago obedecían corriendo hacia las puertas. Harry pronunció un inarticulado gemido de furia. En ese instante, le daba lo mismo vivir o morir. Se alzó de nuevo hacia Snape, el hombre a quien ahora odiaba tanto como al mismo Voldemort.

–¡Sectum...!

Snape agitó su varita y repelió de nuevo el maleficio, pero Harry estaba ahora a sólo unos pasos y pudo ver claramente, por fin, la cara de Snape. Ya no estaba despreciativo o burlón, las ardientes llamas mostraban un rostro lleno de furia. Reuniendo todos sus poderes de concentración, Harry pensó –¡Levi...!

–¡No Potter!– gritó Snape. Se oyó una explosión muy fuerte y Harry fue arrojado sobre sus espaldas, golpeándose muy fuerte contra el suelo, una vez más y perdiendo además la varita. Podía oír las voces de Hagrid y los aullidos de Fang mientras Snape se le acercaba. Lo miró desde arriba, mientras estaba tumbado, sin varita e indefenso, como había estado Dumbledore. El rostro pálido de Snape iluminado por la ardiente cabaña estaba asfixiado de odio, igual que antes de maldecir a Dumbledore.

–¿Te atreves a utilizar mis propios hechizos en mi contra Potter? Los inventé yo... ¡Yo, el Príncipe Mestizo! ¿Y utilizarás mis invenciones contra mí como hizo tu asqueroso padre, verdad? No lo creo.... ¡No!

Harry había saltado hacia su varita. Snape lanzó un maleficio contra ella y la hizo volar varios metros hacia la oscuridad y fuera de su vista.

–¡Mátame entonces!– jadeó Harry, que no sintió miedo ante la idea, sólo furia y desdén. –¡Mátame como lo mataste a él cobarde!

–¡NO...– gritó Snape con su rostro súbitamente demencial, inhumano, como si sufriera tanto como el gimoteante y aullante perro atrapado en la casa incendiada a sus espaldas –...ME LLAMES COBARDE!

Y acuchilló el aire. Harry sintió que algo blanco y cálido, semejante a un látigo le golpeaba en la cara y fue derribado hacia atrás. Manchas de luz brillaron ante sus ojos y por un momento fue como si hubiera perdido todo el aliento de su cuerpo. En ese momento oyó un batir de alas sobre él y algo enorme oscureció las estrellas. Buckbeack volaba hacia Snape que se tambaleó hacia atrás cuando las garras rapaces y afiladas se clavaron en él. Mientras Harry se incorporaba hasta sentarse, aún confuso por el último golpe de su cabeza contra el suelo vio a Snape correr tan rápido como era capaz y a la enorme bestia que chillaba como Harry jamás le había oído chillar aleteando tras él.

Harry se inclinó hasta el suelo buscando su varita aún atontado, deseando poder continuar la caza, pero incluso mientras sus dedos rebuscaban en la hierba, descartando ramitas, ya sabía que era demasiado tarde. Cuando consiguió localizar su varita, estaba seguro de ello. Se volvió y sólo fue capaz de ver al hipogrifo que volaba en círculo alrededor de las puertas. Snape había conseguido desaparecerse justo más allá de los límites de la escuela.

–Hagrid– musitó Harry todavía aturdido, mirando a su alrededor. –¿HAGRID?

Se tambaleó hacia la casa en llamas y entonces una enorme figura emergió del fuego llevando a Fang sobre su espalda. Con un sollozo de agradecimiento Harry cayó de rodillas. Todo su cuerpo temblaba, cada centímetro padecía y respiraba entrecortadamente y lleno de dolor.

–¿Estás bien, Harry? ¿Estás bien? Háblame, Harry...

–La cara ancha y peluda de Hagrid se movía sobre Harry ocultando las estrellas. Harry podía oler madera quemada y pelo de perro. Extendió una mano y sintió el cuerpo de Fang, reconfortantemente cálido y vivo, estremeciéndose a su lado.

–Estoy bien.– jadeó Harry, –¿Y tú?

–Por supuesto. Se necesita más para acabar conmigo.

Hagrid puso sus manos bajo los brazos de Harry y le incorporó con tal fuerza que los pies de Harry perdieron momentáneamente el contacto con el suelo, antes de que Hagrid lo posara de nuevo. Podía ver un hilillo de sangre que se deslizaba por la mejilla de Hagrid, surgía de un corte profundo que tenía bajo un ojo que se estaba hinchando rápidamente.

–Deberíamos lanzar a tu casa– dijo Harry –el hechizo 'Aguamenti'.

–Sabía que era algo así– murmuró Hagrid, alzando un paraguas rosa, floreado y amenazador y dijo 'Aguamenti'.

Un chorro de agua voló desde la punta del paraguas. Harry levantó el brazo de la varita, que pesaba como el plomo y murmuró también 'Aguamenti'. Juntos, Hagrid y él vertieron agua sobre la casa hasta que se extinguió la última llama.

–No está tan mal.– dijo Hagrid, lleno de esperanza, unos minutos después, mirando las humeantes ruinas. –Nada que Dumbledore sea incapaz de arreglar.

Harry sintió un quemante dolor en el vientre al oír el nombre. Rodeado de silencio y quietud, sintió la angustia creciente en su interior.

–Hagrid...

–Estaba vendando las patas de un par de bowtruckles cuando les oí acercarse– dijo Hagrid tristemente, aún mirando su ruinosa cabaña. Se chamuscaron completamente, pobres bichitos...

–Hagrid...

–Pero, ¿qué ocurrió Harry? Sólo pude ver mortífagos que salían corriendo del castillo, pero ¿qué demonios hacía Snape yendo con ellos? ¿Dónde ha ido, les perseguía?

–Él ha...–. Harry aclaró su garganta, estaba reseca del pánico y el humo. –Hagrid, Snape ha asesinado a...

–¿Asesinado?– gritó Hagrid mirando directamente a Harry. –¿Que Snape ha matado a alguien? ¿Qué dices, Harry?

–A Dumbledore– dijo Harry. –Snape ha asesinado... a Dumbledore.

–¿Qué... qué dices que ha pasado con Dumbledore, Harry?

–Está muerto. Lo ha matado Snape.

–No digas eso– dijo Hagrid ásperamente. –¡Snape asesinar a Dumbledore...! No digas estupideces Harry. ¿Por qué dices eso?

–He visto cómo ocurría...

–Es imposible.

–Lo he visto, Hagrid.

Hagrid meneó la cabeza, su expresión era incrédula pero cariñosa y Harry supo que Hagrid pensaba había recibido un golpe en su cabeza que lo había confundido o que quizá eran los efectos de un maleficio...

–Lo que seguramente ha ocurrido es que Dumbledore dijo a Snape que se fuera con los mortífagos– dijo Hagrid lleno de confianza. –Supongo que tiene que mantener su camuflaje. Venga, regresemos a la escuela. Vámos, Harry.

Harry ni siquiera intentó discutir o explicarse. Aún temblaba incontroladamente. Hagrid se daría cuenta pronto, demasiado pronto... Mientras volvían hacia el castillo, Hagrid vio que muchas ventanas estaban ahora encendidas. Podía imaginar claramente las escenas del interior, con gente moviéndose de una habitación a otra, diciéndose que habían entrado mortífagos, que la Marca brillaba sobre Hogwarts, que seguro alguien había sido asesinado...

Las puertas de roble de la entrada estaban aún abiertas frente a ellos. Había luz que salía hacia el camino y el césped. Lenta y dubitativamente, gente en ropa de dormir bajaba arrastrándose por las escaleras, buscando por todas partes algún signo de los mortífagos que habían volado hacia la noche. De cualquier forma, los ojos de Harry estaban fijos en el suelo que estaba a los pies de la torre más alta. Imaginó que podía ver una masa negra y amontonada en la hierba de esa zona, aunque realmente estaba demasiado lejos para ver nada. Incluso mientras miraba fíja y silenciosamente el punto donde calculaba que estaba el cuerpo de Dumbledore, vio gente que empezaba a moverse hacia allí.

–¿Qué están mirando todos esos?– dijo Hagrid, mientras Harry y él se acercaban a la fachada del castillo, con Fang tan estrechamente pegado a sus tobillos como era posible. –¿Qué hay tirado en la hierba?– añadió Hagrid con voz aguda, dirigiéndose ahora hacia los pies de la Torre de Astronomía, donde se estaba juntando una pequeña multitud. –¿Ves lo que te digo, Harry? Bajo la Marca... Caramba... ¿no creerás que alguien ha caído...?

Hagrid se calló, como si el pensamiento fuera demasiado horrible como para decirlo en voz alta. Harry caminó a su lado, mientras sentía múltiples dolores y molestias en su cara y sus piernas, donde las muchas maldiciones de la última media hora le habían alcanzado, aunque los percibía de una forma extrañamente despegada, como si fuera otra persona cercana quien sufría. Lo que sí era real, de lo que no podía escapar, era del horrible peso que sentía en su pecho...

Harry y él se movieron como en un sueño, hacia la susurrante multitud que había ante ellos, donde los atontados estudiantes y profesores habían dejado un hueco.

Harry oyó el gemido dolorido y conmocionado de Hagrid, pero no se detuvo, se adelantó despacio hasta que alcanzó el lugar donde estaba tendido Dumbledore y se agachó a su lado. Sabía que no había esperanza desde el momento en que la Maldición Petrificus Totalis que Dumbledore había echado sobre sí mismo se desvaneció, sabiendo que eso sólo ocurría cuando el mago que la había lanzado moría, pero de todas formas no había forma de sentirse preparado para verle allí, con el cuerpo extendido como las alas de un águila, roto… el mago más grande que Harry había conocido o que jamás conocería.

Los ojos de Dumbledore estaban cerrados pero excepto por el extraño ángulo que formaban sus brazos y piernas, podría haber estado dormido. Harry alargó la mano hacia él enderezando los anteojos con forma de media luna sobre la nariz torcida y limpió una salpicadura de sangre de la boca con su propia manga. Entonces miró más fijamente al anciano y sabio rostro e intentó absorber la enorme e incomprensible verdad: que Dumbledore nunca volvería a hablarle, que nunca más podría ayudar…

La multitud murmuraba tras de Harry. Después de lo que pareció una eternidad, se dio cuenta de que estaba de rodillas sobre algo duro y miró abajo.

El medallón que habían intentado robar tantas horas antes había caído del bolsillo de Dumbledore. Estaba abierto quizá debido a la fuerza con que había golpeado el suelo. Y aunque no se sentía capaz de sentir más horror, conmoción o tristeza de la que ya sentía, Harry supo cuando lo recogió, que algo estaba mal…

Giró el medallón en sus manos. No tan grande como el que recordaba haber visto en el Pensadero, no tenía marcas, ni tampoco se veía rastro de la adornada S que se suponía que era el signo de los Slytherin. Además, tampoco había nada dentro excepto un pedacito de pergamino doblado encajado firmemente en el lugar donde debería haber estado un retrato.

Automáticamente, sin ser realmente consciente de lo que hacía, Harry tiró del pedazo de pergamino, lo abrió y lo leyó a la luz de las muchas varitas encendidas que tenía detrás.

Al Señor Oscuro.

Sé que llevaré mucho tiempo muerto cuando leas esto, pero quiero que sepas que fui yo quien descubrió tu secreto. He robado el auténtico Horcrux e intentaré destruirlo lo antes posible.

Me enfrento a la muerte con la esperanza de que cuando te planten cara serás mortal una vez más.

R. A. B.

Harry no supo qué significaba el mensaje, pero le dio igual. Sólo una cosa tenía importancia: que éste no era un Horcrux. Dumbledore se había debilitado a sí mismo al beber esa terrible poción por nada. Harry estrujó el pergamino en su mano y sus ojos ardieron con lágrimas mientras, tras él, Fang comenzó a aullar.

Capítulo 29: El Lamento del Fénix

-Ven acá Harry-

-No-

-Si, No puedes estar aquí, Harry....Ven ahora...-

-No-

No quería alejarse del lado de Dumbledore y no quería moverse a ninguna parte. La mano de Hagrid sobre su hombro estaba temblando. Entonces otra voz dijo:

-Harry, ven-

Una mano mucho más pequeña y tibia había agarrado la suya y estaba tirando de él hacia arriba. Obedeció a la presión de esta mano, sin pensar realmente en lo que hacia. Solo cuando había caminado ciegamente a través de la multitud, notó, a través de un vestigio de aroma a flores en el aire, que era Ginny la que lo estaba llevando de regreso al castillo. Voces incomprensibles lo golpearon, los sollozos y gemidos apuñalaban la noche, pero Harry y Ginny siguieron caminando, de regreso a los peldaños de las escaleras del vestíbulo. Las caras nadaban en los bordes de la visión de Harry, las personas le miraban con atención, cuchicheando, preguntándose, y los rubíes de Gryffindor brillaban en el suelo como las gotas de sangre, mientras se abrían paso hacia la escalera de mármol.

-Vamos a ir a la enfermería – dijo Ginny.

-No estoy herido – dijo Harry.

-Son órdenes de McGonagall – dijo Ginny – Todos están allá arriba, Ron, Hermione, Lupin y todos.

El miedo revolvió el pecho de Harry otra vez: Había olvidado las figuras inertes que había dejado atrás.

-Ginny, ¿Quién más está muerto?-

-No te preocupes, ninguno de los nuestros-

-Pero la marca oscura, Malfoy dijo que caminó sobre un cuerpo-

-El caminó sobre Bill, pero todo está bien, él está vivo-

Había algo, sin embargo, en su voz, que Harry sabía era de mal agüero.

-¿Estás segura? -

-Por supuesto que estoy segura... él esta u-un poco desarreglado, es todo. Greyback lo atacó. Madame Pomfrey dice que el no-no se vera igual nunca más...-

La voz de Ginny tembló ligeramente.

-Realmente no sabemos cuales serán los efectos secundarios, quiero decir, Greyback es un Hombre Lobo, pero no estaba transformado-

-Pero los otros...Había otros cuerpos en la tierra-

-Neville y el Profesor Flitwick están heridos, pero Madame Pomfrey dice que estarán bien. Y hay un mortífago muerto, fue golpeado por una maldición asesina del rubio alto que estaba disparando por todos lados. Harry, si no hubiéramos tenido tu poción Felix, creo que habríamos sido asesinados, pero todo parecía habernos esquivado-

Habían llegado a la enfermería. Al empujar las puertas, Harry vio a Neville yaciendo aparentemente dormido, en una cama cerca de la puerta. Ron, Hermione, Luna, Tonks, y Lupin estaban agrupados alrededor de otra cama cerca del final de la sala. Ante el sonido de las puertas que se abrían, todos los miraron. Hermione corrió hacia Harry y lo abrazó, Lupin se movió hacia él también, mirándolo ansiosamente.

-¿Estás bien Harry?-

-Estoy bien... ¿Cómo está Bill?-

Nadie respondió. Harry miró sobre el hombro de Hermione y vio una cara irreconocible yaciendo sobre la almohada de Bill, que estaba tan gravemente cortado y rasgado, que parecía grotesco. Madame Pomfrey estaba dando toquecitos a sus heridas con un ungüento verde de fuerte olor. Harry recordó como Snape había curado las heridas de Sectusempra de Malfoy tan fácilmente con su varita.

-¿No podría arreglarlas con un encantamiento o algo? – le preguntó a la enfermera.

-Ningún encantamiento funcionará con estas – dijo Madame Ponfrey – he tratado con todo lo que conozco, pero no hay cura para las mordidas de hombre lobo-

-Pero él no fue mordido en luna llena – dijo Ron, quien estaba mirando fijamente la cara de su hermano, como si pudiera, de alguna manera, forzarlo a curarse solo mirándolo fijamente – Greyback no se había transformado, ¿así que seguramente Bill no será un-un verdadero...?

Miró a Lupin con aire vacilante.

-No, no creo que Bill vaya a ser un verdadero hombre lobo – dijo Lupin – pero eso no significa que no habrá alguna contaminación. Esas son heridas malditas. Es improbable que se curen completamente, y-y Bill puede tener algunas características de lobo de ahora en adelante-

-Dumbledore podría conocer algo que funcione, pienso – dijo Ron - ¿Dónde está? Bill luchó contra esos maniáticos bajo las órdenes de Dumbledore, se lo debe, no puede dejarlo en este estado.

-Ron, Dumbledore está muerto – dijo Ginny.

-No – Lupin cambiando desesperadamente la mirada de Ginny a Harry, como esperanzado en que éste último la contradijera, pero cuando Harry no lo hizo, Lupin se desplomó en una silla al lado de la cama de Bill, con sus manos sobre su cara. Harry nunca había visto antes a Lupin perder el control, se sintió como que se estaba entrometiendo en algo privado, indecente. Se volteó y captó la atención de Ron, intercambiando en silencio una mirada que confirmaba lo que Ginny había dicho.

-¿Cómo murió? – Susurró Tonks - ¿Cómo pasó?-

-Snape lo mató – dijo Harry – Yo estaba ahí, lo vi. Llegamos a la torre de Astronomía, porque era el lugar donde estaba la marca... Dumbledore estaba enfermo, estaba débil, pero creo que se dio cuenta de que era una trampa cuando escuchamos pasos subiendo en las escaleras. Él me inmovilizó, no pude hacer nada. Yo estaba bajo la capa de invisibilidad y entonces Malfoy atravesó la puerta y lo desarmó…

Hermione se llevó las manos a la boca y Ron gimió. El labio de Luna temblaba.

-… más mortífagos llegaron y entonces Snape lo hizo. El Avada Kedavra. – Harry no podía continuar.

Madame Pomfrey se echó a llorar. Nadie le prestó atención, excepto Ginny, quien murmuró.

-Shh, Escuchen-

Tragando saliva, Madame Pomfrey presionó sus dedos contra su boca y abrió mucho sus ojos. En algún lugar en la oscuridad, un ave Fénix estaba cantando de una manera que Harry nunca había oído antes: un lamento afligido, de belleza terrible. Y Harry sintió, como se había sentido antes acerca de la canción del ave Fénix, que la música estaba dentro de él: su propio pesar estaba convirtiéndose mágicamente en canción, que resonaba en los terrenos y a través de las ventanas del castillo.

Cuánto tiempo estuvieron allí de pie, escuchando, no lo supo, ya que parecía aliviar su dolor escuchar el sonido de ese lamento, pero pareció pasar un largo tiempo hasta que las puertas de la enfermería se abrieron otra vez y la Profesora McGonagall entró en la sala. Como el resto, ella mostraba marcas de la reciente batalla: Había rasguños en su cara y su túnica estaba rasgada.

-Molly y Arthur están en camino – dijo y el hechizo de la música fue roto: todos se sobresaltaron como si salieran de un trance, volviendo a mirar a Bill o frotándose sus ojos y sacudiendo sus cabezas. – Harry, ¿Qué pasó? De acuerdo a Hagrid tu estabas con el Profesor Dumbledore cuando él-cuando eso pasó. Dijo que el Profesor Snape estaba involucrado en algo...-

-Snape mató a Dumbledore – dijo Harry.

Ella lo miró fijamente por un momento, luego, se balanceó alarmantemente; Madame Pomfrey, quien pareció haberse empujado a si misma, corrió hacia delante, conjurando una silla en el aire que empujó debajo de McGonagall.

-Snape – repitió McGonagall débilmente, cayendo en la silla – todos nos preguntábamos... pero él confiaba...siempre...Snape...no puedo creerlo...-

-Snape era muy talentoso en Oclumancia – dijo Lupin, con una voz inusitadamente severa – lo sabíamos-

-¡Pero Dumbledore juraba que el estaba de nuestro lado! – Murmuró Tonks – Siempre pensé que Dumbledore sabía algo de Snape que nosotros no...-

-Siempre nos dijo que tenía una poderosa razón para confiar en Snape – farfulló la profesora McGonagall, dando toquecitos en las esquinas de sus llorosos ojos con una pañuelo bordeado de tartán – Quiero decir...con la historia de

Snape...por supuesto que las personas estaban obligadas a preguntarse... pero Dumbledore me dijo explícitamente que el arrepentimiento de Snape era genuino... No quería escuchar una palabra en contra de él-

-Me gustaría saber qué le dijo Snape para convencerlo – dijo Tonks.

-Yo lo se – dijo Harry y todos voltearon a mirarlo – Snape le pasó a Voldemort la información que hizo que él buscara a mi mamá y papá. Entonces Snape le dijo a Dumbledore que no había entendido lo que había hecho y estaba realmente apenado de haberlo hecho y de que ellos estuvieran muertos-

Todos los miraron fijamente.

-¿Y Dumbledore creyó eso? – Dijo Lupin incrédulamente – ¿Dumbledore creyó que Snape sentía que James estuviera muerto? Snape odiaba a James-

-Y tampoco creía que mi madre fuera digna ni siquiera de una maldición – dijo Harry – porque ella era muggle de nacimiento, el la llamaba "Sangre Sucia"-

Nadie preguntó a Harry como sabía esto. Todos parecían estar perdidos en un horrible shock, tratando de digerir la monstruosa verdad de lo que había pasado.

-Todo es mi culpa – dijo la Profesora McGonagall de repente. Se veía desorientada enrollando su húmedo pañuelo entre sus manos. – Yo envié a Flitwick a buscar a Snape anoche, ¡Lo llamé para que viniera y nos ayudara! Si no hubiera alertado a Snape de lo que estaba pasando, nunca hubiera podido unir fuerzas con los mortífagos. No creo que supiera donde estábamos antes de que Flitwick se lo dijera. No creo que el supiera que ellos venían-

-Eso no es tu culpa Minerva – dijo Lupin firmemente – todos queríamos más ayuda, nos alegramos de pensar que Snape estaba en camino-

-Así que cuando el llegó a la lucha, ¿se unió al bando de los mortífagos? – preguntó Harry, que quería cada detalle de la duplicidad e infamia de Snape, recolectando febrilmente más razones para odiarlo, jurando venganza.

-No se exactamente como pasó – dijo la profesora McGonagall distraídamente – Todo es tan confuso... Dumbledore nos había dicho que estaría abandonando la escuela por unas pocas horas y que teníamos que patrullar los corredores solo en caso... Remus, Bill y Nymphadora vinieron a unírsenos... así que, estábamos patrullando. Todo parecía tranquilo. Cada pasaje secreto fuera de la escuela estaba cubierto. No sabíamos de nadie que pudiera volar dentro. Había

poderosos encantamientos en cada entrada del castillo. Todavía no se como pudieron haber entrado los mortífagos.

-Yo se – dijo Harry, y explicó brevemente acerca del par de gabinetes de desvanecimiento y el camino mágico que habían formado – Así que ellos entraron a través del cuarto del requisito-

Casi contra su voluntad echó un vistazo a Ron y Hermione, que parecían devastados.

-Metí la pata Harry – dijo Ron amargamente – hicimos como nos dijiste: revisamos el mapa del merodeador y no pudimos ver a Malfoy, así que pensamos que debía estar en el cuarto del requisito, entonces Ginny, Neville y yo fuimos a echar un vistazo… pero Malfoy logró pasarnos.

-Salió de la habitación aproximadamente una hora después de que empezamos a vigilar – dijo Ginny – agarrando ese horrible brazo marchito.

-Su mano de la gloria – dijo Ron – le da luz solo al que la sostiene, ¿recuerdan?-

-Como sea – continuó Ginny – él debía haber estado revisando si no había nadie y era seguro dejar salir a los mortífagos, porque en el momento que nos vio lanzó algo en el aire y todo se volvió oscuro-

-Polvo peruano de oscuridad instantánea – dijo Ron – de Fred y George. Voy a tener unas palabras con ellos acerca de a quien les venden sus productos-

-Tratamos con todo, Lumos, Incendio – dijo Ginny – nada podía penetrar la oscuridad, todo lo que pudimos hacer fue palpar nuestro camino fuera del corredor otra vez y mientras tanto, podíamos oír gente apurándose para pasarnos. Obviamente, malfoy podía ver gracias a esa mano y estaba guiándolos, pero no nos atrevimos a usar maldiciones o algo, porque podíamos darnos a nosotros mismos y para cuando alcanzamos un corredor que tenía luz, ellos se habían ido.

-Afortunadamente – dijo Lupin roncamente – Ron, Ginny y Neville corrieron hasta nosotros inmediatamente y nos dijeron lo que había pasado. Encontramos a los mortífagos minutos después, caminando en dirección a la torre de Astronomía. Malfoy obviamente no había esperado que más personas estuvieran en guardia, parecía haber terminado sus reservas de Polvo de oscuridad, de todos modos. La pelea estalló, se dispersaron y empezamos la persecución. Uno de ellos, Gibbon, se escapó y se dirigió a las escaleras de la torre.

-¿Para quitar la marca? – preguntó Harry.

-Debió haberlo hecho, si, ellos debieron haberlo planeado así antes de dejar el cuarto del requisito – dijo Lupin – pero no creo que a Gibbon le gustara la idea de esperar arriba solo por Dumbledore, porque regresó corriendo para reunirse a la pelea y fue golpeado por una maldición asesina que apenas evité-

-Así que si Ron estaba vigilando el cuarto del requisito con Ginny y Neville – dijo Harry girando hacia Hermione - ¿Dónde....?-

-Fuera de la oficina de Snape, si – murmuró Hermione, con sus ojos brillando con lágrimas – con Luna. Estuvimos esperando afuera por mucho tiempo y nada pasó...No sabíamos qué estaba ocurriendo arriba en las escaleras, Ron había tomado el mapa...Era cerca de medianoche cuando el profesor Flitwick vino corriendo abajo a los calabozos. Estaba gritando acerca de mortífagos en el castillo, creo que realmente no se fijó que Luna y yo estábamos ahí, solo tomó el camino de la oficina de Snape y lo oímos decir que Snape tenía que regresar con él y ayudarlo, entonces oímos un ruido sordo y Snape salió corriendo de su oficina y nos vio y… y…-

-¿Qué? – la urgió Harry.

-Fui muy estúpida, Harry – dijo Hermione en un susurro agudo – Dijo que el profesor Flitwick se había desmayado y que teníamos que cuidarlo mientras que el- mientras que el ayudaba en la lucha contra los mortífagos – Se cubrió la cara con vergüenza y continuó hablando a través de sus dedos, con lo que su voz sonaba apagada – fuimos a su oficina a ver si podíamos ayudar al Profesor Flitwick y lo encontramos inconsciente en el piso...y, oh, es muy obvio ahora, Snape debía haberlo desmayado, pero no nos dimos cuenta, Harry, no nos dimos cuenta, Harry y justo entonces dejamos a Snape irse-

-No es tu culpa – dijo Lupin firmemente – Hermione, si no hubieran obedecido a Snape y salido de su camino, probablemente las habría matado a ti y a Luna-

-Entonces el subió las escaleras – dijo Harry, que estaba siguiendo en su mente a Snape subiendo la escalera de mármol, su negra túnica alzándose tras el. Sacando la varita de su capa mientras subía – y encontró el sitio donde ustedes estaban peleando...

-Estábamos en problemas, estábamos perdiendo – dijo Tonks en voz baja – Gibbons estaba fuera, pero el resto de los mortífagos parecía listo para luchar hasta la muerte. Neville había sido herido, Bill había sido atacado por Greyback... Estaba oscuro... las maldiciones volando por todos lados... El chico Malfoy se había desvanecido, debe haber pasado hacia las escaleras... Entonces más de ellos

corrieron tras él, pero uno de ellos bloqueó la escalera tras ellos con alguna clase de maldición… Neville corrió hacia allá y fue lanzado por el aire-

-Ninguno de nosotros pudo atravesarla – dijo Ron – y esos mortífagos estaban lanzando maldiciones por todo el lugar, rebotando en las paredes y apenas las evitábamos-

-Y entonces Snape estaba allí – dijo Tonks – y después no estaba-

-Lo vi venir hacia nosotros pero la maldición del mortífago grande casi me alcanza y me agache y perdí el hilo de las cosas – dijo Ginny.

-Lo vi correr y atravesar la barrera como si no estuviera allí – dijo Lupin – traté de seguirlo, pero fui lanzado hacia atrás igual que Neville…-

-Debe haber conocido un hechizo que nosotros no – susurro McGonagall – después de todo el era el profesor de defensa contra las artes oscuras... Yo asumí que estaba apurado para cazar a los mortífagos que habían escapado hacia la torre…-

-Iba – dijo Harry salvajemente – pero para ayudarlos, no para detenerlos... y apuesto a que había que tener una marca oscura para poder pasar a través de la barrera, pero ¿qué pasó cuando el volvió a bajar?-

-Bien, el mortífago grande había lanzado un hechizo que hizo que la mitad del techo cayera y también rompió la maldición que bloqueaba las escaleras – dijo Lupin – Todos corrimos hacia delante, algunos de nosotros todavía esperando cualquier cosa, y entonces Snape y el chico salieron del polvo, obviamente ninguno de nosotros los atacó.-

-Solo los dejamos pasar – dijo Tonks con voz vacía – pensábamos que estaban siendo perseguidos por los mortífagos, y lo siguiente, los otros mortífagos y Greyback regresaron y estábamos luchando otra vez, creo que escuche a Snape gritar algo, pero no se que.-

-El gritó "Está hecho" – dijo Harry – había hecho lo que había querido hacer.-

Cayeron en silencio. El lamento de Fawkes estaba todavía resonando sobre los terrenos oscuros de afuera. Mientras la música resonaba en el aire, ideas espontáneas e incomodas se deslizaron en la mente de Harry... ¿Habían tomado el cuerpo de Dumbledore del pie de la torre? ¿Qué pasaría ahora? ¿Dónde descansaría? Apretó los puños fuertemente en sus bolsillos. Podía sentir el pequeño grumo del falso Horcrux contra los nudillos de su mano derecha.

Las puertas de la enfermería se abrieron, haciéndolos dar un salto: El Sr. y la Sra. Weasley estaban entrando a zancadas en la sala, Fleur justo detrás de ellos, con su bella cara aterrorizada.

-Molly, Arthur – dijo la profesora McGonagall parándose de un salto y corriendo hacia ellos para saludarlos – lo siento tanto...

-Bill – susurró la Sra. Weasley precipitándose más allá de la profesora McGonagall cuando captó la visión de la cara destrozada de Bill – Oh, Bill.-

Lupin y Tonks se habían levantado apresuradamente y se habían apartado, para que el Sr y la Sra Weasley pudieran llegar más cerca de su cama. La Sra Weasley se inclinó sobre su hijo y presionó los labios sobre su ensangrentada frente.

-¿Dicen que Greyback lo atacó? – Preguntó el Sr Weasley a la Profesora McGonagall distraídamente - ¿Pero no se había transformado? Así que ¿Qué significa eso? ¿Qué le pasara a Bill?-

-No sabemos aun – dijo la Profesora McGonagall, mirando en busca de ayuda a Lupin.

-Habrá probablemente alguna contaminación, Arthur – dijo lupin – Es un caso raro, probablemente único... no sabemos como puede ser su comportamiento cuando despierte…-

La Sra Weasley tomó el ungüento de olor fuerte de Madame Pomfrey y empezó a colocarlo en las heridas de Bill.

-¿Y Dumbledore? – dijo el Sr Weasley – Minerva, ¿Es cierto...Está realmente...?

Cuando la Profesora McGonagall asintió con la cabeza, Harry sintió que Ginny se movía a su lado y la miró. Sus ojos ligeramente cerrados se fijaron en Fleur, que estaba mirando fijamente a Bill con una expresión congelada en su cara.

-Dumbledore, se ha ido – susurró el Sr Weasley, pero la Sra Weasley solo tenía ojos para su hijo mayor, empezó a sollozar, las lágrimas cayendo sobra la cara mutilada de Bill.

-Por supuesto, no importa cómo se vea...no es r-realmente importante...pero era un muchacho muy guapo...siempre tan guapo...y el iba a casarse-

-¿Y que quiegue decig con eso? – dijo Fleur súbitamente en voz alta - ¿Qué quiegue decig iba a casagse?

La Sra Weasley levantó la cara llena de lagrimas mirándola sobresaltada.

-Bueno...solo que...-

-Usted piensa que Bill ya no va a quegueg casagse conmigo? – Preguntó Fleur - ¿Usted piensa que pog esas mogdidas ya no me amagá?-

-No, eso no es lo que yo...-

-Pogque el lo hagá – dijo Fleur alzándose en toda su estatura y echando atrás su largo cabello plateado. – Tomagá más que un Hombge lobo paga que Bill deje de amagme.-

-Bien, si, estoy segura – dijo la Sra Weasley – pero pienso que quizás dado como-como el...-

-¿Usted piensa que yo no queguia casagme con el? O quizás ¿Usted lo espega? – Dijo Fleur con las fosas nasales dilatadas - ¿Qué me importa como se vea? Yo soy bonita lo suficiente paga nosotgos dos, cgeo. ¡Todas esas magcas muestgan que mi esposo es bravo! Y yo hague eso – dijo fieramente, empujando a la Sra Weasley a un lado y arrebatándole el ungüento.-

La Sra Weasley cayó hacia atrás, contra su esposo y miró a Fleur mientras untaba las heridas de Bill, con una expresión curiosa en su cara. Nadie dijo nada. Harry no se atrevió a moverse, como todos los demás estaba esperando la explosión.

-Nuestra tía abuela Muriel – dijo la Sra Weasley después de una larga pausa – tiene una muy hermosa tiara, hecha por los duendes, estoy segura que podría persuadirla para que te la preste para la boda. Ella está muy encariñada con Bill, tú sabes, y quedaría encantador con tu pelo.-

-Ggacias - dijo Fleur rígidamente – Estoy seguga que segá adogable.-

Y entonces, Harry casi no vio lo que pasó, ambas mujeres, estaban llorando y abrazándose. Completamente perplejo, preguntándose si el mundo se había vuelto loco, dio media vuelta: Ron parecía tan pasmado como él, y Ginny y Hermione intercambiaban miradas sobresaltadas.

-¡Lo ves! – dijo una voz tensa. Tonks estaba mirando furiosa a Lupin – Ella todavía quiere casarse con él, ¡aun cuando ha sido mordido! ¡A ella no le importa!-

-Es diferente – dijo Lupin, apenas moviendo los labios y pareciendo súbitamente tenso – Bill no será un hombre lobo por completo. Los casos son completamente...-

-Pero a mi no me importa tampoco, ¡no me importa! – Dijo Tonks, tomando el frente de la túnica de Lupin y sacudiéndolo – te lo he dicho un millón de veces...-

-Y el significado del patronus de Tonks y su pelo color ratón, y la razón por la que ella había venido corriendo a buscar a Dumbledore cuando escuchó el rumor de que alguien había sido atacado por Greyback, todo estuvo súbitamente claro para Harry; no había sido por Sirius después de todo, era que Tonks se había enamorado.

-Y yo te he dicho un millón de veces – dijo Lupin rehusando encontrar sus ojos, mirando hacia el piso – que soy muy viejo para ti, muy pobre....muy peligroso...-

-He dicho todo el tiempo que estás tomando una postura ridícula sobre esto, Remus – dijo Mr Weasley sobre el hombro de Fleur mientras ella se enderezaba.

-No estoy siendo ridículo – dijo Lupin calmadamente – Tonks se merece alguien joven y completo.-

-Pero ella te quiere – dijo el Sr Weasley, con una pequeña sonrisa – y después de todo, Remus, los hombres jóvenes y completos, no necesariamente permanecen así.

Miro tristemente a su hijo, yaciendo entre ellos.

-Este no....es el momento para discutirlo – dijo Lupin evitando las miradas de todos, cuando miraba alrededor distraídamente – Dumbledore está muerto.-

-Dumbledore habría estado más feliz que nadie de pensar que había un poquito más de amor en el mundo – dijo la profesora McGonagall secamente, justo en el momento en que las puertas de la enfermería se abrieron de nuevo y Hagrid entró.

La pequeña parte de su cara que no estaba oscurecida por pelo o barba, estaba empapada e hinchada, estaba sacudiendo sus lágrimas con un gran pañuelo de lunares que tenía en la mano.

-Lo he... lo he hecho, profesora – dijo ahogadamente – L-lo moví. La profesora Sprout llevó a los chicos de vuelta a la cama. El profesor Flitwick yace abajo, pero el dice que estará bien en un santiamén y el profesor Slughorn dice que el ministerio ha sido informado.-

-Gracias, Hagrid – dijo la profesora McGonagall poniéndose de pie inmediatamente y girando para ver el grupo alrededor de la cama de Bill. – Tendré que ver al ministerio cuando estén aquí. Hagrid, por favor diga a las cabezas de las casas, Slughorn puede representar a Slytherin, que quiero verlos en mi oficina inmediatamente, me gustaría que te unieras a nosotros también.-

Cuando Hagrid asintió, se dobló y salió de la habitación otra vez, ella se inclinó hacia Harry.

-Antes de encontrarme con ellos me gustaría tener unas cortas palabras contigo, Harry. Si tú vinieras conmigo...-

Harry se levantó y murmuro: - Los veo en un momento – a Ron, Hermione y Ginny y siguió a la profesora McGonagall fuera de la sala. Los corredores afuera estaban desiertos y el único sonido era el canto distante del ave Fénix. Pasaron varios minutos antes de que Harry se diera cuenta de que no estaban yendo hacia la oficina de la profesora McGonagall, sino a la de Dumbledore, y otros segundos antes de que se diera cuenta de que, por supuesto, había sido directora asistente... aparentemente ahora era directora... así que el despacho detrás de la gárgola ahora era suyo.

En silencio subieron la escalera móvil de caracol y entraron a la oficina circular. El no sabía que había esperado: que el salón estaría todo negro, quizás, o incluso que el cuerpo de Dumbledore podía estar yaciendo allí. De hecho, miró casi exactamente como había hecho cuando el y Dumbledore la habían dejado apenas unas horas antes: los instrumentos plateados que zumbaban y chillaban en las mesas de patas largas, la espada de Gryffindor en su caja de vidrio que brillaba a la luz de la luna, el sombrero seleccionador en una repisa detrás del escritorio, la percha de Fawkes, de pie y vacía, el estaba todavía llorando su lamento en los terrenos. Y un nuevo retrato se había unido al rango de los directores y directoras muertos de Hogwarts: Dumbledore estaba durmiendo en un marco dorado sobre el escritorio con sus lentes de media luna sobre su nariz ganchuda, luciendo pacífico y despreocupado.

Después de mirar una vez a este retrato, la profesora McGonagall hizo un movimiento raro, como animándose a si misma, entonces rodeó el escritorio y miró a Harry, su cara tirante y arrugada.

-Harry - dijo ella – me gustaría saber que estaban haciendo tú y el profesor Dumbledore está tarde cuando dejaron la escuela.-

-No puedo decirle eso, profesora – dijo Harry. Había estado esperando la pregunta y tenía su respuesta preparada. Había sido aquí, en este mismo cuarto, que Dumbledore le había dicho que no podía confiar el contenido de sus lecciones a nadie, sino a Ron y Hermione.

-Harry, puede ser importante – dijo la profesora McGonagall.

-Lo es – dijo Harry – y mucho, pero el me dijo que quería que no se lo dijese a nadie.-

La profesora McGonagall lo miró furiosa.

-Potter – Harry se dio cuenta del renovado uso de su apellido – a la luz de la muerte del profesor Dumbledore, creo que debes ver que la situación ha cambiado, algo...-

-Yo no creo eso – dijo Harry encogiéndose de hombros – el profesor Dumbledore nunca me dijo que dejara de seguir sus órdenes si el moría, pero... hay una cosa que debería conocer antes de que el Ministerio venga. Madame Rosmerta, bajo la maldición imperius, estaba ayudando a Malfoy y los mortífagos, así es como el collar y la hidromiel envenenada...-

-¿Rosmerta? – dijo la profesora McGonagall incrédula, pero antes de que pudiera continuar hubo un golpe en la puerta detrás de ellos y los profesores Sprout, Filtwick y Slughorn entraron en la habitación, seguidos de Hagrid, que todavía estaba llorando copiosamente, con su gran mano temblando de pesar.-

-¡Snape! – exclamó Slughorn, que miraba irritado, pálido y sudando. ¡Snape! ¡Le enseñé! ¡Pensaba que lo conocía!-

Pero antes de que cualquiera de ellos pudiera responder a esto, una voz sostenida habló desde lo alto de la pared: un mago de cara amarillenta con un pequeño marco negro, justo caminó dentro de su lienzo vacío.

-Minerva, el Ministro estará aquí en segundos, acaba de desaparecer del ministerio.-

-Gracias, Everard – dijo la profesora McGonagall y se volvió rápidamente hacia los profesores.-

-Quiero hablar acerca de lo que pasó en Hogwarts antes que él llegue aquí – dijo rápidamente – Personalmente, no estoy convencida de que la escuela debiera ser reabierta el próximo año. La muerte del Director a manos de uno de nuestros colegas es una mancha terrible para la historia de Hogwarts. Es horrible.-

-Estoy segura de que Dumbledore habría querido que la escuela permanezca abierta – dijo la profesora Sprout – Siento que si un solo alumno quiere venir, entonces la escuela debe permanecer abierta para ese alumno.-

-Pero, ¿tendremos un solo alumno después de esto? – Dijo Slughorn limpiando su frente sudada con un pañuelo de seda – Los padres querrán mantener a sus hijos en casa y no puedo decir que les echo la culpa. Personalmente, no creo que estemos en más peligro en Hogwarts que en cualquier otra parte, pero no pueden esperar que las madres piensen así. Ellos querrán mantener sus familias juntas, es natural.-

-Estoy de acuerdo – dijo la profesora McGonagall – y en cualquier caso, no es verdad decir que Dumbledore nunca pensó en una situación en la cual Hogwarts pudiera cerrar. Cuando la cámara de los secretos fue reabierta, el consideró el cierre de la escuela, y debo decir que la muerte del profesor Dumbledore me preocupa más que la idea del monstruo de Slytherin viviendo oculto en los drenajes del castillo.-

-Debemos consultar a las autoridades – dijo el profesor Flitwick con una vocecita chillona, tenía un gran moretón sobre su frente, pero parecía por lo demás intacto por su desmayo en la oficina de Snape – Debemos seguir los procedimientos establecidos. La decisión no debe ser hecha apresuradamente.-

-Hagrid, no has dicho nada – dijo la profesora McGonagall – Cuales son tus puntos de vista, ¿Debe Hogwarts permanecer abierta? -

Hagrid, que había estado llorando silenciosamente en su gran pañuelo de lunares durante toda esta conversación, levantó sus ojos hinchados y croó:

-No sé profesora, eso, eh, lo deben decidir las cabezas de casas y, eh, el ministerio.-

-El profesor Dumbledore siempre valoraba tus opiniones – dijo la profesora McGonagall amablemente – y lo mismo hago yo.-

-Bien, yo me quedo – dijo Hagrid, gruesas lágrimas estaban todavía cayendo de las esquinas de sus ojos y goteando sobre su enredada barba – es mi casa, ha sido mi casa desde que tenía trece años. Y si hay niños que me quieran para enseñarles, lo haré. Pero, no se... Hogwarts sin Dumbledore... Tragó saliva y desapareció tras su pañuelo una vez más, y estuvo en silencio.-

-Muy bien – dijo la profesora McGonagall echando un vistazo a través de la ventana hacia los campos, revisando para ver si el ministro estaba ya acercándose – entonces, debo estar de acuerdo con Flitwick en que lo mejor por hacer es consultar a las autoridades, ellos tomarán la decisión final.-

-Ahora, a enviar a los estudiantes a casa... hay una buena razón para hacerlo más temprano que tarde. Podríamos arreglar que el expreso de Hogwarts venga mañana si es necesario.-

-¿Qué hay acerca de los funerales de Dumbledore? – dijo Harry hablando de último.-

-Bien – dijo la profesora McGonagall perdiendo un poco de su rapidez cuando su voz tembló – Yo-yo se que era el deseo de Dumbledore ser dejado para descansar aquí, en Hogwarts.-

-Entonces, eso es lo que se hará, ¿verdad? - Dijo Harry ferozmente.

-Si el ministerio de magia lo cree apropiado – dijo la profesora McGonagall – ningún otro director o directora ha nunca sido...-

-Ningún otro director o directora ha dado tanto a esta escuela – gruñó Harry.

-Hogwarts debería ser el lugar de descanso final de Dumbledore – dijo el profesor Flitwick.-

-Absolutamente – dijo la Profesora Sprout.

-Y en ese caso – dijo Harry – usted no debería enviar a los estudiantes a casa hasta el final de los funerales. Ellos querrían decir…-

La ultima palabra se quedó en su garganta, pero la Profesora Sprout completó la oración por el.

-Adios.-

-Bien dicho – chilló el profesor Flitwick – ¡Muy bien dicho! Nuestros estudiantes deberían rendir tributo, es lo justo. Podemos organizar el transporte a casa para después.-

-Secundado – ladró la profesora Sprout.

-Supongo...si... – dijo Slughorn en una voz agitada, mientras Hagrid dejó escapar un sollozo de asentimiento.

-Ya viene – dijo la profesora McGonagall de repente, mirando fijamente a los terrenos – El ministro y por lo visto ha traído una delegación.-

-¿Puedo irme profesora? –dijo Harry inmediatamente.

No tenía ningún deseo de ver o ser interrogado por Rufus Scrimgeour esta noche.

-Puedes hacerlo – dijo la profesora McGonagall – y rápido.-

Anduvo a zancadas hasta la puerta y la mantuvo abierta para el. Él corrió bajando la escalera de caracol y a lo largo del corredor desolado, había dejado su capa de invisibilidad en lo alto de la torre de astronomía, pero no importaba, no había nadie en los pasillos para verlo pasar, ni siquiera Filch, la Sra. Norris o Peeves. No se encontró con otra alma hasta que cruzó en el pasillo que llevaba a la sala común de Gryffindor.

-¿Es cierto? – susurro la señora gorda cuando el se le acercó - ¿Es realmente cierto? ¿Dumbledore muerto?-

-Si – dijo Harry.

Dejo escapar un gemido y sin esperar por la contraseña se movió hacia delante para permitirle pasar.

Como Harry había sospechado, la sala común estaba repleta. La habitación se sentía silenciosa cuando subió a través del agujero del retrato. Vio a Dean y Seamus sentados en un grupo cercano. Esto quería decir que la habitación debía estar vacía o casi vacía. Sin hablar a nadie, Harry caminó derecho, a través de la sala y hacia la puerta de los dormitorios de los chicos.

Como había deseado, Ron estaba esperándolo, todavía completamente vestido, sentado en su cama. Harry se sentó en su propia cama y por un momento solo se miraron fijamente.

-Están hablando acerca de cerrar la escuela – dijo Harry.

-Lupin dijo que deberían.-

Hubo una pausa.

-¿Y? – dijo Ron en voz muy baja, como si pensara que el mobiliario podía estar escuchándolo - ¿Lo conseguiste? ¿E-el horcrux?-

Harry sacudió su cabeza. Todo lo que había tenido lugar alrededor de ese lago negro parecía ahora como una vieja pesadilla, ¿había realmente pasado y solo hacia unas horas?

-¿No lo conseguiste? – Dijo Ron pareciendo alicaído - ¿No estaba aquí?-

-No – dijo Harry – Alguien lo había tomado ya y dejo una imitación en su lugar. -

-¿Tomado ya?-

Silenciosamente, Harry sacó la pieza falsa de su bolsillo, la abrió y se la pasó a Ron. La historia completa podía esperar... No importaba esta noche... Nada importaba excepto el final, el final de su aventura sin sentido, el final de la vida de Dumbledore.

-R.A.B. – murmuró Ron – pero, ¿quién fue ese?-

-No se – dijo Harry, acostándose en su cama completamente vestido y mirando fijamente hacia arriba. No sentía curiosidad alguna acerca de R. A. B: dudaba que volviera alguna vez a sentir curiosidad. Mientras estaba allí, se dio cuenta de repente que los terrenos estaban silenciosos. Fawkes había dejado de cantar. Y el supo, sin saber cómo, que el ave Fénix se había ido, había dejado Hogwarts para siempre, justo como Dumbledore había dejado la escuela, había dejado el mundo... Había dejado a Harry.

Capítulo 30: La Tumba Blanca

Todas las lecciones fueron suspendidas, todos los exámenes pospuestos. Algunos estudiantes fueron sacados rápidamente de Howarts por sus padres, en los siguientes días, las hermanas Patil se fueron después del desayuno. La mañana siguiente a la muerte de Dumbledore, Zacharias Smith fue escoltado fuera del castillo por su arrogante padre. Por otro lado Seamus Finnigan, se rehusó a acompañar a su madre a casa, tuvieron una pelea en la entrada, que se resolvió cuando aceptó que podía quedarse para el funeral. Ella tuvo dificultad en encontrar un cuarto en Hogsmeade, les comentó Seamus a Harry y a Ron, ya que miles de magos y brujas estaban llenando el lugar, preparándose para darle sus últimos respetos a Dumbledore.

Se produjo una gran excitación entre los estudiantes mas jóvenes, los cuáles nunca lo habían visto, cuando un carruaje azul claro del tamaño de una casa, jalado por una docena de caballos alados gigantes, apareció en el cielo al caer la tarde, poco antes del funeral, y aterrizó en los límites del bosque prohibido. Harry observaba desde la ventana, mientras una mujer gigante de piel morena y cabello negro bajó del carruaje y se lanzó hacia los brazos de Hagrid, que la estaba esperando. Mientras tanto una delegación de oficiales del Ministerio, incluyendo al Ministro de Magia en persona, estaba siendo acomodada dentro del castillo. Harry había evitado el contacto con cualquiera de ellos, estaba seguro que tarde o temprano, sería cuestionado de nuevo acerca de la última excursión de Dumbledore fuera de Howarts.

Harry, Ron, Hermione y Ginny, pasaron todo el tiempo juntos. El maravilloso clima parecía burlarse de ellos, Harry podía imaginarse como sería todo si Dumbledore no hubiera muerto, y hubieran tenido este tiempo al final del año, los exámenes de Ginny ya habrían terminado, la presión de las tareas se habría ido....y hora tras hora se desahogó, diciendo las cosas que sabía que tenía que decir, haciendo lo que sabía era lo correcto, porque era muy difícil olvidar a su mejor fuente de bienestar.

Visitaban la enfermería dos veces al día: Neville ya había sido dado de alta, pero Bill seguía ahí, bajo el cuidado de Madame Pomfrey. Sus cicatrices estaban tan mal como siempre, en realidad ahora tenia un cierto parecido a Ojoloco Moody, afortunadamente con ambos ojos y piernas, pero su personalidad seguía como siempre. Lo único que parecía que había cambiado es que ahora tenía un gusto por carnes raras.

- ...entonces es muy afogtunado de casagse conmigo - comentó Fleur alegremente, acomodando la almohada de Bill – «pogque» los británicos cocinan de más su comida, «siempge» he dicho eso –

- Supongo que tendré que aceptar que realmente se va a casar con ella - comentó Ginny más tarde, al igual que ella, Harry, Ron y Hermione se sentaron junto a la ventana abierta de la sala común de Gryffindor, mirando hacia los pálidos terrenos.

- No es tan mala – comentó Harry – uy, pero es muy fea- añadió apresuradamente, mientras Ginny levantaba la vista, y dejaba salir una risita.

- Bueno, supongo que si mamá puede soportarla, yo también. -

- ¿Alguien mas que conozcamos ha muerto? – preguntó Ron a Hermione, que estaba leyendo el Profeta con atención.

Hermione dio un respingo por el tono forzado de su voz.

- No – dijo ella en tono reprobatorio, al tiempo que doblaba el periódico – Siguen buscando a Snape, pero no hay seña...-

- Claro que no – dijo Harry, quién se ponía muy enojado cada vez que el tema salía a relucir. – No encontrarán a Snape sino hasta que encuentren a Voldemort, y considerando que nunca se les ocurrió en todo este tiempo...-

- Me voy a la cama – bostezó Ginny. –No he podido dormir desde... eh... bueno me hará bien dormir un poco-

Le dio a Harry un beso de despedida (Ron miró hacia otro lado fijamente) les hizo un gesto con la mano a los otros dos y se dirigió hacia el dormitorio de las chicas. En el momento que la puerta se cerró detrás de ella, Hermione se inclinó hacia Harry, con una expresión en su cara que ya conocía.

- Harry, encontré algo esta mañana en la biblioteca...-

- ¿R.B.A? – dijo Harry, colocándose derecho en su silla.

Harry no se sentía de la manera en la que muchas veces se había sentido, excitado, curioso, ansioso por llegar al fondo de un misterio, simple y sencillamente sabía que la tarea de descubrir la realidad acerca del verdadero Horcrux debería ser completada antes de poder ir mas allá en el negro camino que se hacía cada vez mas estrecho delante de él, el camino que el y Dumbledore habían iniciado juntos, y el cuál sabía tendría que continuar solo. Al menos cuatro Horcrux debían seguir en algun lugar allá afuera, y cada uno debía ser encontrado y eliminado antes de que existiera una posibilidad de matar a Voldemort. Seguía recitando los nombres para si mismo, pensando que mientras los recitaba podría alcanzarlos: -....el relicario....la taza...la serpiente.....algo de Gryffindor o Ravenclaw.....el relicario....la taza...la serpiente.....algo de Gryffindor o Ravenclaw....-

Estas palabras daban vueltas dentro de la cabeza de Harry mientras se iba quedando dormido, y sus sueños estaban llenos de tazas, relicarios y objetos misteriosos que no podía alcanzar, mientras Dumbledore lo trataba de ayudar y le tendía a Harry una escalera de cuerda, que se convertía en serpientes en el momento que empezaba a subir...

Harry le había enseñado a Hermione la nota que encontrara dentro del relicario, la mañana después de la muerte de Dumbledore, y si bien ella no reconoció las iniciales como pertenecientes a algún mago oscuro del cual tuviera conocimiento, había estado yendo a la biblioteca un poco mas seguidos de lo que sería estrictamente necesario para alguien que no tiene tarea que hacer.

- No – dijo Hermione tristemente. – He tratado Harry, pero no he encontrado nada....existen varios magos conocidos con esas iniciales: Rosalinda Antigone Bungs, Rupert "Axebanger" Brookstanton... pero ninguno parece encajar del todo. Juzgando por esa nota, la persona que robó el Horcrux conocía a Voldemort y no puedo encontrar ninguna evidencia de que Bungs o Axebanger tuvieran algo que ver con él... no, la verdad es que....bueno...es sobre Snape -

Hermione se veía nerviosa de tan solo pronunciar ese nombre de nuevo

- ¿Qué hay con él?- pregunto Harry pesadamente, cayendo sobre su silla.

- Bueno es solo que yo tenía algo de razón acerca de los asuntos del Príncipe Mestizo – dijo tentativamente.

-¿Tienes que restregármelo Hermione? ¿Cómo crees que me siento sobre eso en este momento? -

- ¡No no Harry, no quise decir eso! – Dijo apresuradamente, mirando alrededor que no hubiera nadie escuchando – Es solo que estaba en lo cierto acerca de que el libro alguna vez le perteneció a Eileen Príncipe. Verás....ella era la madre de Snape. -

- Pensé que ella no era muy observadora- dijo Ron, Hermione lo ignoró.

- Estaba revisando los diarios viejos del Profeta y existe un pequeño anuncio sobre el matrimonio de Eileen Príncipe con un hombre llamado Tobías Snape y luego otro diciendo que ella había dado a luz a un -

- Asesino- le espetó Harry.

- Bueno... si – dijo Hermione – Entonces....., yo estaba en lo cierto. Snape debía estar orgulloso de ser un "medio Principe", ¿lo ves? Tobías Snape era por lo que decía el Profeta, un muggle -

- Si eso encaja – dijo Harry – Actuó como si fuera de sangre pura, de esa forma podría llegar a Lucius Malfoy y al resto de ellos.... el es como Voldemort. Madre sangre pura, padre muggle...avergonzado de sus padres, tratando de hacerse temer usando las Artes Oscuras, dándose un nuevo nombre – Lord Voldemort – El Príncipe Mestizo, ¿Como se le pudo escapar a Dumbledore? -

Harry se detuvo, mirando por la ventana. No podía dejar de pensar en la inexcusable confianza de Dumbledore en Snape.... pero como Hermione acababa de recordarle inadvertidamente, él, Harry, había caído en lo mismo....a pesar de la suciedad de aquellos hechizos garabateados, el se había negado a creer que el chico que había sido tan inteligente, que lo había ayudado tanto...

Ayudado.... era un pensamiento casi increíble ahora.

- Sigo sin entender por que no te delató por usar el libro – dijo Ron. –Debió de saber de donde habías sacado todo -

- El sabía – dijo Harry amargamente – cuando usé Sectumsempra, realmente no necesitaba usar Legilimancia.....puede haberlo sabido incluso antes de eso, con Slughorn hablando de lo brillante que yo era en Pociones...no debía de haber dejado su viejo libro en el fondo del armario ¿o no?-

- ¿Pero porqué no te entregó?

- No creo que haya querido que se le asociara con ese libro - dijo Hermione. – Dudo mucho que a Dumbledore le hubiera hecho gracia de haberse enterado. Y aunque Snape hubiera pretendido que no era suyol, Slughorn hubiera reconocido su letra al instante. De cualquier forma el libro fue dejado en el antiguo salón de Snape, y apuesto a que Dumbledore sabía que su madre se llamaba Príncipe -

- Debí de haberle enseñado el libro a Dumbledore – dijo Harry – Todo el tiempo que pasó enseñándome cómo Voldemort fue malvado, incluso cuando estuvo en la escuela, y yo tenía pruebas de que Snape lo fue también -

- Malvado es una palabra fuerte – dijo Hermione tranquilamente.

- ¡Tu eras la que se pasaba diciéndome que el libro era peligroso! -

- Lo que estoy tratando de decir Harry, es que te estás culpando demasiado. Pensaba que el Príncipe tenía un feo sentido del humor, pero jamás habría imaginado que era un asesino en potencia. -

- Ninguno de nosotros hubiera imaginado que Snape podría....ustedes saben – dijo Ron.

El silencio cayó entre ellos, y cada uno se perdió en sus propios pensamientos, pero Harry estaba seguro que como el, estaban pensando en la mañana siguiente, cuando el cuerpo de Dumbledore seria puesto a descansar. Harry nunca antes había asistido a un funeral, no hubo cuerpo que enterrar cuando Sirius murió. No sabía que esperar y estaba un poco preocupado sobre lo que podría ver, sobre lo que podría sentir. Se preguntaba si la muerte de Dumbledore le sería más real una vez que el funeral hubiera concluido. Aunque tenía momentos en los que el terrible suceso tendía a invadirlo, existían otros, en los que a pesar de que nadie estuviera hablando de nada en todo el castillo, tenía dificultad de creer que Dumbledore realmente se había ido. Sin embargo en esta ocasión, tal como lo había hecho con Sirius, Harry no buscó desesperadamente algún tipo de escapatoria, algún modo de que Dumbledore pudiera regresar.... buscó en su bolsillo la cadena del Horcrux falso, que ahora cargaba con el a todos lados, no como talismán, sino como un recordatorio de lo que había costado y lo que faltaba por hacer.

Harry se levantó temprano para empacar, el expreso de Howarts saldría una hora después del funeral. Abajo encontró que la niebla en el Gran Comedor se había dispersado. Todo el mundo estaba usando sus capas, y nadie parecía muy hambriento. La profesora McGonagall, había dejado la silla en forma de trono en medio de la mesa de profesores vacía. La silla de Hagrid estaba vacía también. Harry pensó que quizás Hagrid no era capaz de enfrentar el desayuno, pero la silla de Snape estaba sin ceremonia alguna, ocupada por Rufus Scrimgeour. Harry evitó

sus ojos amarillos mientras estos recorrían el Gran Comedor, y tuvo la incómoda sensación que estaba buscándolo. Entre el séquito de Scrimgeour, divisó el cabello rojizo y los lentes de Percy Weasley. Ron no dio señales de estar al tanto de Percy, aparte de apuñalar pedazos de arenque ahumado.

En la mesa de Slytherin, Crabbe y Goyle estaban murmurando, los chicos Hulking se veían raramente solos sin la alta y pálida figura de Malfoy entre ellos. Harry no había reparado mucho en Malfoy últimamente. Su ánimo estaba dirigido a Snape, pero no había olvidado el miedo en la voz de Malfoy en lo alto de la Torre, y tampoco el hecho de que había bajado su varita antes de que los demás Dementores llegaran. Harry no creía que Malfoy hubiera matado a Dumbledore. Lo despreciaba aún por su encaprichamiento con las Artes Oscuras, sin embargo una pequeña gota de lástima se mezclaba con su desagrado. ¿Donde -se preguntaba Harry-, ¿estaría Malfoy ahora?, y ¿que lo estaría obligando a hacer Voldemort bajo la amenaza de matarlo a el y a sus padres?

Los pensamientos de Harry fueron interrumpidos por un codazo en las costillas por parte de Ginny. La profesora McGonagall se había levantado de su lugar y el murmullo en el Comedor desapareció enseguida.

- Es casi la hora – dijo. – Por favor sigan a los Jefes de sus Casas hacia los terrenos, Gryffindors, después de mí. -

Salieron de sus lugares en silencio. Harry divisó a Slughorn a la cabeza de la columna de Slytherin, usando una magnífica capa larga color verde esmeralda, bordada con plata. Nunca había visto a la profesora Sprout, Jefe de la casa Hufflepuff, tan limpia, no existía ni un solo parche en su sombrero, y cuando llegaron a la entrada, encontraron a Madame Pomfrey parada al lado de Filch, ella con un velo negro que le daba hasta las rodillas y el con un traje y corbata negros llenos de naftalina.

Se dirigían, como Harry pudo ver cuando se pararon en los escalones de piedra, hacia el lago. La calidez del sol acarició su cara mientras seguía a la profesora McGonagall en silencio al lugar donde miles de sillas habían sido colocadas en filas. Un pasillo se abría en el centro de ellas hasta llegar a una mesa de mármol, todas las sillas estaban colocadas hacia ella. Era el día de verano más hermoso.

Una extraordinaria cantidad de gente ya se había sentado en la mitad de las sillas, andrajosos y listos, viejos y jóvenes. Muchos de ellos Harry no los reconocía, pero había unos pocos a los que si, incluyendo a los miembros de la Orden del Fénix: Kingsley Shacklebolt, Ojoloco Moody, Tonks, su cabello milagrosamente había vuelto a ser rosa brillante, Remus Lupin, con quien parecía que Tonks se tomaba de la mano, El Sr. y la Sra. Weasley, Bill sostenido por Fleur y seguido por

Fred y George, quienes usaban chamarras negras de piel de dragón. También estaba Madame Máxime, que ocupó dos y media sillas para ella, Tom el dueño del Caldero Chorreante, Arabella Figg, la vecina Squib de Harry, la bajista del grupo de Las Brujas de MacBeth, Ernie Frang, conductor del autobús noctámbulo, Madame Malkin, de la tienda de capas en el callejón Diagon, mas gente que Harry apenas si conocía de vista tales como el barman del Cabeza de Puerco y la bruja que empujaba el carrito de dulces en el Expreso de Hogwarts. Los fantasmas del castillo estaban también, casi invisibles por la luz brillante del sol, visibles solamente cuando se movían, brillando insubstancialmente en el aire.

Harry, Ron, Hermione y Ginny, se colocaron en unos asientos al final de una fila junto al lago. La gente susurraba entre ellos, sonaba como la brisa en el pasto, pero el canto de los pájaros era mucho más fuerte por mucho. La muchedumbre continuaba llegando. Con una gran demostración de afecto entre ellos, Harry vio a Neville siendo ayudado a sentarse por Luna. Solo ellos de todos los miembros del ED habían acudido al llamado de Hermione la noche que Dumbledore murió, y Harry sabía porqué, eran los que mas habían extrañado el ED, probablemente los únicos que revisaban sus monedas frecuentemente con la esperanza de que hubiera otra reunión...

Cornelius Fudge, caminó junto a ellos, hacia las filas de enfrente, su expresión era miserable, girando su sombrero verde como siempre, Harry luego reconoció a Rita Skeeter, quién como furiosamente pudo ver, tenía un cuaderno sostenido en su mano, y luego con una rabia mucho mayor vio a Dolores Umbrige, con una expresión poco convincente de dolor en su cara de sapo, un sombrero de terciopelo negro, estaba arriba de sus rizos color metal. Al ver al centauro Firenze, que estaba parado como un centinela cerca del borde del agua se estremeció y rápidamente se movió a un lugar a buena distancia de el.

Los profesores se sentaron al fin. Harry pudo ver a Scrimgeour luciendo grave y digno en la primera fila, con la profesora McGonagall. Y se preguntó si Scrimgeour o alguna de aquellas importantes personas estaban realmente consternadas por la muerte de Dumbledore. De pronto un sonido llamó su atención y olvidó su desagrado por el ministerio al empezar a buscar alrededor por la fuente de el. Y no fue el único, muchas cabezas estaban volteadas buscando, un poco alarmadas.

- Allá – le susurró Ginny al oído.

Y Harry los vio, en el agua verde y cristalina, centímetros bajo la superficie, recordándole horriblemente a los Inferi, un coro de sirenas cantaba en un lenguaje extraño que no entendió, sus pálidas caras ondulando, el cabello de tono púrpura flotando alrededor de ellos. La música hizo que el cabello de la nuca de Harry se erizara pero sin embargo no era desagradable. Hablaba claramente de pérdida y

desesperación. Mientas miraba las caras de los cantantes, tuvo el sentimiento de que al menos ellos si lamentaban la pérdida de Dumbledore. De pronto Ginny le dio otro codazo, y Harry se volvió para mirar.

Hagrid iba caminando lentamente hacia el pasillo entre las sillas. Estaba llorando en silencio, su cara estaba llena de lágrimas, y en sus brazos, envuelto en un terciopelo morado con estrellas doradas, lo que Harry sabía era el cuerpo de Dumbledore. Harry sintió una punzada en la garganta al verlo, por un momento pareció que la extraña música y el saber que el cuerpo de Dumbledore estaba tan cerca, le quitaba el calor al día. Ron se veía blanco y en shock. Las lágrimas rodaban rápidamente por las mejillas de Ginny y Hermione.

No podían ver con claridad lo que ocurría al frente. Parecía que Hagrid había colocado el cuerpo con cuidado sobre la mesa y ahora regresaba por el pasillo, sonándose la nariz con gran estruendo, lo cuál dibujó miradas de escándalo en los rostros de algunas personas, incluyendo, como Harry pudo observar, en Dolores Umbridge.... pero el sabía que a Dumbledore no le habría importado. Trató de hacerle un gesto amistoso a Hagrid mientras este pasaba, pero sus ojos estaban tan hinchados que era un milagro que pudiera ver por donde iba. Harry se volteó hacia la fila a la que se dirigía Hagrid, y se dio cuenta quién lo estaba guiando, vestido en un saco y unos pantalones, cada uno del tamaño de una marquesina pequeña, estaba Grawp, grande, feo, dócil y casi humano. Hagrid se sentó junto a su medio hermano, y Grawp golpeó a Hagrid fuerte en la cabeza, de tal forma que las patas de la silla en la que se había sentado se hundieron en el pasto. Harry tuvo una necesidad urgente y maravillosa de reír. Pero en ese instante la música paró y tuvo que volverse hacia el frente.

Un pequeño hombre en túnica negra, se había levantado de su lugar y se paraba frente al cuerpo de Dumbledore. Harry no pudo oír lo que estaba diciendo, palabras sueltas flotaban hacia el: - De espíritu noble... contribución intelectual.....grandeza de corazón....- no significaban demasiado. Tenían muy poco que ver con Dumbledore tal como Harry lo había conocido. De pronto recordó la idea de Dumbledore de pocas palabras: - bobalicón, raro, lloriquear, y pellizco, y de nuevo tuvo que aguantar la risa… ¿Cuál era el problema con el?

Se escuchó un sonido suave en el agua a su izquierda, y vio que las sirenas habían roto la superficie del agua para escuchar. Recordó a Dumbledore, acercándose a la orilla del lago dos años atrás, muy cerca de donde ahora se encontraba sentado, conversando con la gente sirena en su idioma. Harry se preguntó donde lo habría aprendido a hablar Dumbledore. Había tanto que jamás le había preguntado, tanto que debía de haber dicho.....

Y de repente, sin aviso la verdad volvió a caer sobre él, más completa e innegable de lo que había sido hasta ese momento. Dumbledore estaba muerto, se

había ido, Harry apretó fuertemente el relicario con su mano, tan fuerte que lastimaba, no pudo evitar que las lágrimas salieran de sus ojos, volteó a ver a Ginny y a los otros y luego hacia el Bosque, mientras el pequeño hombre continuaba...había un movimiento entre los árboles. Los centauros habían venido a entregar sus respetos. No se habían movido hacia el espacio abierto, pero Harry los había visto, estaban parados en silencio, medio escondidos en las sombras, observando a los magos, con sus arcos a sus lados. Y Harry recordó su primer viaje de pesadilla al Bosque, la primera vez que se había encontrado con lo que, en aquel tiempo era Voldemort, y como lo había enfrentado, y como él y Dumbledore habían discutido sobre pelear una batalla que estaba perdida no mucho después de eso.- Es importante – había dicho Dumbledore – pelear, y pelear de nuevo, y seguir peleando, porque solo así el mal será mantenido a raya, pero nunca erradicado del todo...-

Harry vio claramente bajo el sol, a las personas que se habían preocupado por él, parándose uno por uno frente a el: su madre, su padre, su padrino, y finalmente Dumbledore, todos ellos determinados a protegerlo, pero ahora todo había terminado. No podía dejar que nadie más se interpusiera entre Voldemort y él, debía abandonar la ilusión que tenía desde que tuvo un año de vida: que la cobija de los brazos de un padre, significan que nada te puede lastimar. No había salida de esta pesadilla, ni un susurro reconfortante en la oscuridad diciendo que estaba a salvo, todo estaba en su imaginación, el último y más grande de sus protectores había muerto y Harry ahora estaba mucho más solo de lo que jamás había estado.

El pequeño hombre en negro dejó de hablar por fin, y regresó a su lugar. Harry esperó para que alguien mas se levantara, esperaba discursos, probablemente por parte del Ministerio, pero nadie se movió.

Entonces muchas personas gritaron. Brillantes y blancas flamas hicieron erupción alrededor del cuerpo de Dumbledore y la mesa en la que se encontraba: cada vez mas altas se elevaban, oscureciendo el cuerpo. El humo se levantaba en espirales hacia el aire haciendo formas extrañas. Harry creyó ver por un instante a un fénix volar hacia el cielo azul, pero al segundo siguiente el fuego había desaparecido. En su lugar estaba una tumba de mármol, encasillando el cuerpo de Dumbledore y la mesa sobre la que estaba descansando.

Hubo algunos llantos más, mientras que una lluvia de flechas paso quebrando el aire, pero cayeron lejos de la multitud. Harry supo que era el tributo de los centauros, los vio volverse y alejarse de nuevo hacia los fríos árboles. De igual manera las sirenas lentamente se hundieron en el agua y se perdieron de vista.

Harry vio a Ginny, Ron y Hermione: La cara de Ron estaba destrozada, mientras que la luz del sol lo cegaba, la de Hermione estaba llena de lágrimas, pero Ginny ya no estaba llorando más. Le devolvió la mirada a Harry con la misma mirada dura y resplandeciente que había visto cuando lo había abrazado luego de ganar la Copa de Quidditch en su ausencia, y Harry supo en ese momento que se entenderían el uno al otro perfectamente, y que cuando le dijera a Ginny lo que iba a hacer, ella no diría – Ten cuidado - o - No lo hagas -, sino que aceptaría su decisión, pues ella no esperaría menos de el. Entonces Harry se endureció para poder decir aquello que debía haber dicho desde que Dumbledore murió.

- Ginny escucha - dijo muy lentamente, mientras que los murmullos de las conversaciones se iban haciendo más fuertes alrededor de ellos, al tiempo que las personas empezaban a levantarse. - No puedo seguir involucrado contigo más tiempo, tenemos que dejar de vernos, no puedo estar contigo. -

Ella le contesto con una sonrisa torcida: - Es por alguna estúpida y noble razón, ¿verdad? –

- Es como....como vivir la vida de alguien mas, estas últimas semanas contigo - dijo Harry – Pero no puedo...no podemos.....Tengo cosas que hacer solo -

Ginny no lloró simplemente se le quedó viendo.

- Voldemort usa a las personas que son cercanas a sus enemigos, ya te usó una vez, y fue solo porque eres la hermana de mi mejor amigo, imagina en que peligro estarías si seguimos con esto. El lo sabría, se enteraría, y trataría de llegar a mí por ti.-

- ¿Y que si no me importa? - dijo Ginny ferozmente

- A mi si - dijo Harry - ¿Cómo crees que me sentiría si este fuera tu funeral?, y fuera mi culpa...-

Ginny se volvió a mirar por encima de él, hacia el lago.

- Nunca me di por vencida por ti - dijo ella, - No en realidad no, siempre esperé.....Hermione me dijo que siguiera con mi vida, quizá salir con alguien mas, relajarme un poco cuando estuviera contigo, porque recuerdas, yo no podía hablar cuando tu estabas en el mismo cuarto, y ella pensó que quizá me prestarías mas atención si yo era un poco mas yo. -

- Chica lista esta Hermione – dijo Harry, tratando de sonreír, - Si tan solo te lo hubiera preguntado antes, podríamos tener meses....años quizá -

- Pero tu estabas muy ocupado salvando el mundo de los magos – dijo Ginny, a media risa – Bueno... no puedo decir que estoy sorprendida, sabía que esto pasaría al final, sabía que no serías feliz a menos que estuvieras cazando a Voldemort. Quizá es por eso que me gustas tanto. -

Harry no pudo soportar escuchar aquellas palabras y tampoco estaba seguro de que su resolución duraría si se quedaba junto a ella. Vio que Ron ahora estaba abrazando a Hermione, y acariciando su cabello, mientras ella sollozaba en su hombro, las lágrimas caían de su nariz. Con un gesto miserable, Harry se levantó, le dio la espalda a Ginny y a la tumba de Dumbledore, y se fue por la orilla el lago. El moverse hacia todo mas soportable que al estar solamente sentado, tal como salir tan pronto como fuera posible para rastrear los Horcruxes y matar a Voldemort se sentiría muchísimo mejor que estar esperando a hacerlo.

- ¡Harryi -

Se detuvo y volteo, Rufus Scrimgeour iba cojeando rápidamente hacia el, pasando alrededor de las sillas, inclinando su bastón.

- Tenía la esperanza de tener una palabra contigo... ¿Te importa si camino junto a ti? -

- No – dijo Harry indiferente, volviendo a caminar.

- Harry, esta fue una horrible tragedia – dijo Scrimgeour lentamente, - No puedo decirte lo mal que me sentí al saberlo. Dumbledore fue un gran mago. Teníamos nuestras diferencias, como tu sabes, pero nadie mejor que yo...-

-¿Qué es lo que quiere? – preguntó Harry secamente

Scrimgeour se veía molesto, pero, como antes, rápidamente modificó su expresión a una de lamentable entendimiento.

- Tu estas, claro devastado – dijo – Se que eras muy cercano a Dumbledore. Pienso que debes haber sido su pupilo favorito. El lazo entre ustedes dos...-

- ¿Qué quiere? – repitió Harry, deteniéndose.

Scrimgeour se detuvo también, se apoyó en el bastón y miró a Harry, su expresión ahora era de astucia.

- Me dijeron que tú estabas con el cuando abandonó la escuela la noche que murió. -

- ¿Quién le dijo eso? – dijo Harry.

- Alguien detuvo a los Dementores en lo alto de la torre luego de que Dumbledore murió. También había dos escobas allá arriba. El Ministerio puede agregar dos y dos, Harry -

- Encantado de oír eso - dijo Harry, - bueno, a donde fui con Dumbledore y que hicimos es mi problema. El no quería que la gente se enterara. -

- ¡Tanta lealtad es admirable!, por supuesto – dijo Scrimgeour, quién parecía estar aguantándose el coraje con dificultad – pero Dumbledore se ha ido, Harry, se ha ido -

- Solo se habrá ido de la escuela el día que no quede nadie fiel a él – dijo Harry, sonriendo.

- Mi querido niño....ni siquiera Dumbledore puede regresar de la muerte. -

- No estoy diciendo que pueda. Usted nunca entendería. Pero no tengo nada que decirle -

Scrimgeour vaciló, luego en lo que evidentemente debía ser un tono delicado dijo– El Ministerio te puede ofrecer toda clase de protección, tú sabes Harry, estaría encantado de poner a un par de mis Aurores a tu servicio -

Harry rió.

- Voldemort quiere matarme y los Aurores no lo detendrán, así que gracias por la oferta, pero no -

- Entonces...- dijo Scrimgeour su voz era fría ahora – la petición que te hice en Navidad...-

- ¿Qué petición? Ahh si...aquella en la que debía decirle al mundo el gran trabajo que usted esta haciendo, a cambio de....-

- ¡para subirle la moral a todo el mundo! – chasqueó Scrimgeour.

Harry lo consideró por un momento.

- ¿Ya liberaron a Stan Shunpike?

Scrimgeour se volvió de un feo tono de morado, de un gran parecido al tío Vernon.

- Veo que eres...-

- Un hombre de Dumbledore, hecho y derecho – dijo Harry – ¡Así es! -

Scrimgeour lo observó un momento mas, luego se dio la vuelta y se fue cojeando sin decir otra palabra. Harry pudo ver a Percy y el resto de la delegación del Ministerio esperándolo, echando miradas nerviosas hacia el sollozante Hagrid y Grawp, quienes seguían en sus asientos. Ron y Hermione se dirigían hacia Harry apresuradamente, pasando al lado de Scrimgeour hacia el lado contrario. Harry comenzó a caminar lentamente, esperando a que lo alcanzaran, lo cual hicieron a la sombra de la haya, aquella bajo la cuál se habían sentado en momentos mas felices.

- ¿Qué quería Scrimgeour? - susurró Hermione.

- Al parecer lo mismo que en Navidad – dijo Harry, encogiéndose de hombros.

– Quería que le pasara información de Dumbledore, y ser el nuevo chismoso del Ministerio. -

Ron parecía estar luchando consigo mismo por un momento, luego le dijo en voz alta a Hermione – Mira déjame regresar y pegarle a Percy –

- ¡No! - dijo ella, tomándolo firmemente.

- ¡Me haría sentir mucho mejor! -

Harry se rió, incluso Hermione sonrió un poco, pero su sonrisa se fue apagando a medida que volteaba a ver el castillo.

- No puedo soportar la idea de que quizá nunca regresemos – dijo tristemente -¿Cómo puede cerrar Hogwarts? -

- Quizá no lo haga – dijo Ron – Corremos el mismo peligro aquí que en nuestras casas ¿cierto?, en todos lados es lo mismo ahora. Incluso diría que es mucho más seguro Hogwarts, hay muchos magos dentro para defenderlo. ¿Que estas considerando Harry? -

- No voy a regresar, incluso si abre de nuevo. – dijo Harry.

Ron miró boquiabierto a Harry, Hermione en cambio dijo tristemente – Sabía que ibas a decir eso, ¿Pero entonces que harás? –

- Regresaré con los Dursley una vez mas, pues es lo que Dumbledore hubiera querido – dijo Harry – pero será una visita corta, luego me iré -

- ¿Pero a donde irás si no regresas a la escuela? -

- Pienso que podría regresar al Godric´s Hollow – murmuró Harry, había tenido esta idea desde la noche en que Dumbledore murió. – Para mi todo empezó ahí, tengo el presentimiento de que debo ir allá. Y podría visitar las tumbas de mis padres, eso me gustaría. -

- ¿Y luego qué? – dijo Ron

- Luego tengo que rastrear al resto de los Horcruxes – dijo Harry con sus ojos puestos sobre la tumba blanca de Dumbledore, reflejada en el agua al otro lado del lago. – Eso es lo que el hubiera querido que hiciera, es por eso que me contó todo acerca de ellos. Dumbledore estaba en lo correcto y estoy seguro de ello, todavía hay cuatro de ellos allá afuera. Tengo que encontrarlos y destruirlos, y luego tengo que ir tras el séptimo pedazo del alma de Voldemort, el pedazo que esta en su cuerpo, y yo soy el que va a matarlo. Y si encuentro a Severus Snape a lo largo del camino - agregó – mucho mejor para mi, y mucho peor para el.-

Hubo un largo silencio. La multitud casi se había dispersado, Grawp seguía consolando a Hagrid, cuyo llanto de dolor seguían oyéndose como un eco a través del agua.

- Estaremos contigo Harry – dijo Ron

- ¿Qué? -

- En la casa de tus tíos – dijo Ron, - y luego iremos contigo, a donde quieras que vayas. -

- No – dijo Harry lentamente, no había contado con eso, había pensado que ellos entenderían que emprendería el viaje más peligroso solo.

- Alguna vez nos dijiste – dijo Hermione lentamente, - que hay tiempo si es que nos arrepentimos y queremos regresar, bueno tenemos tiempo ¿o no? -

- Estamos contigo pase lo que pase – dijo Ron – Pero amigo, antes que nada tendrás que ir a casa de mis padres, incluso antes de ir a Godric´s Hollow.

-¿Porqué?

- La boda de Bill y Fleur, ¿recuerdas? -

Harry se le quedó mirando, asombrado, la idea de que algo tan normal como una boda pudiera existir, parecía increíble, y a la vez maravillosa.

- Si, no debemos perdernos eso – dijo finalmente.

Su mano se cerró automáticamente alrededor del Horcrux falso, pero a pesar de todo, a pesar del negro y enredado camino que se iba estrechando frente a el, a pesar del encuentro final con Voldemort que sabía iba a llegar, ya fuera en un mes, en un año o en diez, sintió que su corazón se alegraba, pensando de que al menos quedaba un día de paz para disfrutar con Ron y Hermione.

FIN

Harry Potter y las reliquias de la Muerte

2007

J. K. Rowling

Capítulo Uno

El Ascenso del Señor Oscuro

Los dos hombres aparecieron de la nada, a unos cuántos metros de un camino angosto e iluminado por la luna. Por un segundo se quedaron quietos, las varitas apuntando directamente al pecho de uno y otro; entonces, reconociéndose mutuamente, guardaron sus varitas dentro de sus capas y comenzaron a caminar a buen paso en la misma dirección.

—¿Noticias? — Preguntó el más alto de los dos.

—Las mejores, — replicó Severus Snape.

El camino estaba bordeado a la izquierda por plantas silvestres y zarzas a medio crecer, a la derecha por setos altos y perfectamente cortados. Las capas de los hombres se agitaban alrededor de sus tobillos mientras caminaban.

—Pensé que íbamos tarde, — dijo Yaxley, sus toscos rasgos se escondían y mostraban mientras las ramas que sobresalían de los árboles bloqueaban la luz de luna. —Fue un poco más difícil de lo que pensé. Pero espero que vaya a quedar satisfecho. ¿Confías en que tu recibimiento será bueno?

Snape asintió, pero no dio detalles. Giraron a la derecha, hacia una amplia entrada que dejaba atrás el camino. Los altos setos se curvaban hacia ellos, y seguían hacia la distancia más allá del par de imponentes puertas de acero que bloqueaban el camino a los hombres. Ninguno detuvo el paso. En silencio ambos levantaron los brazos en un ademán de saludo y pasaron directamente a través de ellas, como si el oscuro metal estuviera hecho de humo.

Los arbustillos amortiguaban el sonido de las pisadas de los hombres. Hubo un movimiento en alguna parte de su lado derecho. Yaxley levantó su varita de nuevo apuntando por encima de la cabeza de su compañero, pero la fuente del ruido probo no ser nada más que un pavo real puramente blanco, pavoneándose majestuosamente por encima y a todo lo largo de la cerca de arbustos.

—Siempre ha sido así, Lucius. *Pavo reales...* — Yaxley guardó de nuevo la varita bajo su capa con un gruñido.

Una hermosa finca emergió de entre la oscuridad al final del camino recto, las luces tintineando en las ventanas inferiores con forma de diamantes. Más allá en el oscuro jardín pasando la cerca de arbustos se encontraba una fuente. La grava tronó bajo sus pies mientras Snape y Yaxley se encaminaban hacia la puerta frontal, la cual se movió hacia adentro cuando se acercaban, aunque nadie la abrió visiblemente.

El pasillo de entrada era largo, a media luz y suntuosamente decorado con una magnífica alfombra cubriendo la mayor parte del piso de piedra. Los ojos en los pálidos rostros de los cuadros que se encontraban en la pared siguieron a Snape y Yaxley mientras pasaban. Los dos hombres se detuvieron ante una pesada puerta de madera que conducía a la siguiente habitación, dudaron por el espacio de un latido, entonces Snape giró el broncíneo picaporte.

La sala estaba llena de gente en silencio, sentados alrededor de una larga y ornamentada mesa. El mobiliario usual de la habitación había sido amontonado sin miramientos contra las paredes. La luz

provenía del fuego que refulgía por debajo de una hermosa repisa de chimenea hecha de mármol y por encima se encontraba un espejo dorado. Yaxley y Snape se quedaron por un momento en el umbral. Mientras sus ojos se acostumbraban a la falta de luz, se dieron cuenta de una característica extraña en la escena: aparentemente se trataba de una figura humana inconsciente sostenida por encima de la mesa, se movía lentamente como suspendida por una cuerda invisible, y se reflejaba en el espejo y en la desnuda y pulida superficie de la mesa que se encontraba debajo. Ninguna de las personas sentadas por debajo de esta figura singular la miraba excepto un pálido y joven hombre sentado casi directamente frente a ella. Parecía incapaz de evitar mirar hacia arriba cada minuto o menos.

—Yaxley, Snape, — dijo una clara y fuerte voz desde la cabecera de la mesa. —Llegan casi bastante tarde.

Quien hablaba estaba sentado directamente frente a la repisa de la chimenea, así que al principio, era difícil para los recién llegados el distinguir más que su silueta. Mientras se acercaban sin embargo, su rostro se iluminó a través del brillo: sin cabello, como una serpiente, con hendiduras en lugar de fosas nasales y brillantes ojos rojos cuyas pupilas eran verticales. Estaba tan pálido que parecía emitir luz propia. —Severus, aquí, — dijo Voldemort, indicando el asiento que se encontraba a su derecha. —Yaxley junto a Dolohov.

Los dos hombres tomaron los asientos señalados. La mayoría de los ojos que se encontraban rodeando la mesa siguieron a Snape, y fue a él a quien Voldemort se dirigió primero.

—¿Y?

—Mi Señor, la Orden del Fénix intentará trasladar a Harry Potter de donde se encuentra a salvo actualmente, el sábado próximo al anochecer.

El interés alrededor de la mesa se manifestó palpablemente, algunos se encogieron, otros se movieron nerviosamente, todos mirando a Snape y Voldemort.

—Sábado... al anochecer, — repitió Voldemort. Sus ojos rojos se colocaron rápidamente sobre los negros de Snape con tal intensidad que algunos de los que observaban retiraron la vista, aparentemente temerosos de ser atacados por la ferocidad de la mirada. Snape sin embargo, miró tranquilo el rostro de Voldemort y después de un momento o dos, la boca carente de labios de Voldemort se curvo esbozando algo semejante a una sonrisa.

—Bien. Muy bien. Y esta información viene de…

—... de la fuente de la que hablamos, — dijo Snape.

—Mi Señor...

Yaxley se había inclinado hacia delante para mirar por encima de la larga mesa hacia Voldemort y Snape. Todos los rostros voltearon a verle.

—Mi Señor, yo he escuchado algo diferente.

Yaxley esperó, pero Voldemort no habló, así que prosiguió, —Dawlish, el Auror, dejó escapar que Potter no será transferido sino hasta el día treinta, la noche antes de que el chico cumpla los diecisiete años.

Snape sonreía.

—Mi fuente me dijo que hay planes de tender pistas falsas; esta debe ser una. No hay duda de que un Encantamiento *Confundus* le fue puesto a Dawlish. No sería la primera vez, es conocido por ser susceptible.

—Le aseguro, mi Señor, Dawlish parecía muy seguro,— dijo Yaxley.

—Si ha sido Confundido, naturalmente está seguro, — dijo Snape. — *Te* aseguro Yaxley, la Oficina de Aurores no tomará más acción en la protección de Harry Potter. La Orden cree que nos hemos infiltrado en el Ministerio.

—La Orden le ha atinado a algo entonces ¿eh?, —dijo un hombre rechoncho sentado a corta distancia de Yaxley, dejo escapar una resoplada risita que hizo eco aquí y allá a lo largo de la mesa.

Voldemort no rió. Su vista se había dirigido hacia el cuerpo que se movía lentamente por encima de su cabeza, y parecía estar perdido en sus pensamientos.

—Mi Señor, —Yaxley continuo, —Dawlish cree que una sección completa de Aurores será utilizada para llevar al chico...

Voldemort extendió una mano blanca y larga, Yaxley se calló al instante, mirando con resentimiento como Voldemort regresaba a Snape.

—¿En donde van a esconder al chico después?

—En la casa de un miembro de la Orden, —dijo Snape. —El lugar, de acuerdo a la fuente, ha sido conferido con toda la protección que la Orden y el Ministerio juntos pueden proveer. Creo que hay muy poca posibilidad de llevárnoslo una vez que este allí mi Señor, a menos que por supuesto, el Ministerio haya caído antes del próximo sábado, lo cual nos da la oportunidad de descubrir y deshacer suficientes de los encantamientos para luego romper los demás.

—¿Y bien Yaxley?, —Voldemort clamó hacia la mesa, la luz del fuego brillo extrañamente en sus ojos rojos. —¿El Ministerio *habrá* caído para el siguiente sábado?

Una vez más, todas las cabezas giraron. Yaxley enderezó los hombros.

—Mi Señor, le tengo buenas noticias en ese aspecto. He – dijo con dificultad y después de un gran esfuerzo – tenido éxito en poner un Hechizo *Imperius* sobre Pius Thicknesse.

Varios de los que estaban sentados alrededor de Yaxley se mostraron impresionados, junto a él Dolohov, un hombre con cara larga y torcida le dio palmaditas en la espalda.

—Es un comienzo, —dijo Voldemort. —Pero Thicknesse es sólo uno. Scrimgeour debe estar rodeado de nuestra gente antes de que yo actúe. Un atentado fallido en contra de la vida del Ministro me tomaría demasiado.

—Si... mi Señor, eso es verdad... pero ya sabe, como el Dirigente del Departamento de Aplicación de la Ley Mágica, Thicknesse tiene contacto regular no sólo con el Ministro en persona, sino también con los Dirigentes de los demás departamentos del Ministerio. Será, creo, más fácil ahora que tenemos a un alto mando oficial bajo nuestro control el subyugar a otros, y entonces todos pueden actuar juntos para hacer caer a Scrimgeour.

—Mientras nuestro amigo Thicknesse no sea descubierto antes de llevar a cabo el resto, —dijo Voldemort. — De cualquier forma, aún parece poco probable que el Ministerio sea mío antes del siguiente sábado. Si no podemos tocar al chico en su destino, entonces debe hacerse mientras viaja.

—Estamos en ventaja en eso mi Señor, — dijo Yaxley, quien parecía determinado a recibir una porción de la aprobación. —Ahora tenemos bastantes personas infiltradas en el Departamento de Transporte Mágico. Si Potter se Aparece o utiliza la Red Flu, lo sabremos inmediatamente.

—No hará eso tampoco, —dijo Snape. —La Orden esquiva cualquier forma de transporte que sea controlada o regulada por el Ministerio; desconfían de todo lo que se haga en el lugar.

—Mucho mejor, —dijo Voldemort. —Tendrá que moverse abiertamente. Más fácil de atrapar, por mucho. De nuevo Voldemort miró hacia el cuerpo que apenas se movía y prosiguió. —Deberé acercarme al chico en persona. Ha habido varios errores en lo que se refiere a Harry Potter. Algunos de ellos míos. El que Potter viva se debe más a mis errores que a sus triunfos.

Los que rodeaban la mesa observaban a Voldemort aprensivamente, cada uno de ellos, por su expresión, temerosos de ser culpados por la existencia de Harry Potter. Voldemort sin embargo, parecía estar hablándose más a si mismo que a cualquiera de ellos y seguía mirando al cuerpo inconsciente que se mantenía sobre él.

—He sido descuidado y frustrado por la suerte y la oportunidad, aquellos restos de todo excepto los mejores planes. Pero ahora lo entiendo mejor. Entiendo esas cosas que no entendí antes. Debo ser quien mate a Harry Potter, y lo seré.

Ante esas palabras, y al parecer en respuesta a ellas, un repentino lamento se escuchó; un terrible llanto inmerso en miseria y dolor. La mayoría de los de la mesa miraron hacia abajo asustados, ya que el sonido parecía provenir por debajo de sus pies.

—Colagusano, — dijo Voldemort, sin cambio alguno en su callado y pasivo tono, y sin quitarle los ojos al cuerpo que se movía por encima de ellos, —¿No te he dicho que mantengas a nuestro prisionero en silencio?.

—Si, m...mi Señor, — jadeó un pequeño hombrecillo hacia el final de la mesa, quien había estado sentado tan encogido en su silla que parecía a primera vista que ésta estaba vacía. Ahora gateaba de su asiento y se escurría por la habitación, sin dejar nada detrás más que un curioso rastro plateado.

—Como decía, — continuó Voldemort, mirando otra vez hacia las tensas caras de sus seguidores. — Entiendo mejor ahora. Necesito por ejemplo, tomar prestada una varita de alguno de ustedes antes de ir a matar a Potter.

Los rostros alrededor de él mostraron solo sorpresa; debió haber anunciado que quería tomar uno de sus brazos.

—¿No hay voluntarios?,— dijo Voldemort. —Veamos... Lucius, no veo razón para que sigas teniendo una varita.

Lucius Malfoy levanto la vista. Su piel parecía más amarillenta y de cera a la luz de las llamas, y sus ojos estaban hundidos y ojerosos. Cuando habló, su voz era ronca.

—¿Mi Señor?

—Tu varita Lucius. Requiero tu varita.

—Yo...

Malfoy miró de reojo a su esposa. Ella miraba al frente, casi tan pálida como él, su largo cabello rubio le caía por la espalda, pero por debajo de la mesa sus delgados dedos se cerraron férreamente en la muñeca de él. Al toque, Malfoy metió la mano entre sus ropas, sacó una varita y se la dio a Voldemort, quien la sostuvo frente a sus ojos rojos, examinándola muy de cerca.

—¿De qué es?

—Olmo mi Señor, — susurró Malfoy.

—¿Y el centro?

—Dragón... corazón de dragón.

—Bien, —dijo Voldemort. Sacó su propia varita y comparó el tamaño. Lucius Malfoy hizo un movimiento involuntario; por una fracción de segundo pareció que esperaba recibir la varita de Voldemort como intercambio por la suya. El gesto no pasó desapercibido por Voldemort, cuyos ojos se abrieron maliciosamente.

—¿Darte mi varita Lucius?, ¿*Mi* varita?

Algunos de los presentes rieron.

—Te he dado tu libertad Lucius, ¿no es suficiente para ti? Pero me he dado cuenta que tu y tu familia parecen menos felices últimamente... ¿Que hay en mi presencia en tu casa que te desagrada Lucius?

—¡Nada... nada mi Señor!

—Tales *mentiras* Lucius...

La suave voz parecía resonar aún después de que la cruel boca dejara de moverse. Uno o dos de los magos apenas reprimieron un escalofrío mientras se oía mas alto; algo pesado podía escucharse arrastrándose a través del piso debajo de la mesa.

La enorme serpiente emergió para subir lentamente por la silla de Voldemort. Se levantó, semejando ser infinita, y terminó por descansar sobre los hombros de Voldemort, su cuello del ancho de un muslo de un hombre, sus ojos con sus ranuras verticales por pupilas, sin pestañear. Voldemort acarició a la criatura ausentemente con sus largos y delgados dedos, aún mirando a Lucius Malfoy.

—¿Por qué los Malfoy lucen tan infelices con los suyos? Es mi regreso, mi ascenso al poder, ¿no es lo que profesaban desear por tantos años?

—Por supuesto mi Señor, — dijo Lucius Malfoy. Su mano tembló mientras secaba el sudor por encima de su labio superior, —lo deseábamos... lo deseamos.

A su izquierda, su esposa hizo un leve ademán, asintió apenas, sus ojos se intercambiaban de Voldemort a la serpiente. A su derecha, su hijo Draco, quien había estado mirando hacia el cuerpo inerte que se encontraba por encima de su cabeza, vio rápidamente a Voldemort y retiró la vista de nuevo, aterrado de establecer contacto visual.

—Mi Señor, — dijo una mujer morena que estaba a la mitad de la mesa, la voz llena de emoción, — es un honor tenerle aquí, en la casa de nuestra familia. No puede haber un placer más grande—. Se sentó junto a su hermana, tan diferentes ambas en apariencia, con su cabello oscuro y párpados pesados, tan diferentes en porte y conducta; donde Narcisa permanecía rígida e impasible, Bellatrix se inclinaba ante Voldemort, en donde meras palabras no podían demostrar su anhelo por cercanía.

—Un placer más grande, —repitió Voldemort, su cabeza inclinada un poco hacia un lado mientras consideraba a Bellatrix. —Eso significa un gran detalle de tu parte Bellatrix.

El rostro de ella se lleno de color; sus ojos se llenaron de lágrimas de delicia.

—¡Mi Señor sabe que no digo más que la verdad!

—¿Ni un placer más grande... aún comparado con el feliz evento que, escuché ha tenido lugar en tu familia esta semana?

Ella lo miró, sus labios separados, evidentemente confundida.

—No sé qué quiere decir mi Señor.

—Estoy hablando de tu sobrina Bellatrix. Y la de ustedes Lucius y Narcisa. Se acaba de casar con el hombre lobo, Remus Lupin. Deben estar orgullosos.

Hubo una erupción de risotadas alrededor de la mesa. Muchos se inclinaron hacia delante para intercambiar graciosas miradas, algunos golpearon la mesa con los puños. La serpiente gigante, no contenta con el disturbio, abrió la boca muy grande y siseo enojada, pero los Mortífagos no la oyeron,

tan alegres estaban por la humillación de Bellatrix y los Malfoy. La cara de Bellatrix, antes sonrojada de felicidad, se había puesto de un feo y manchado rojo.

—Ella no es nuestra sobrina mi Señor,— gritó por sobre la explosión de júbilo. —Nosotras – Narcisa y yo – ya no hemos vuelto a poner los ojos en nuestra hermana desde que ella se casó con ese Sangre Sucia. Esa mocosa no tiene nada que ver con nosotros, ni tampoco esa bestia con la que se casó.

—¿Qué dices tu Draco?, —preguntó Voldemort, y aunque su voz era calmada, se superpuso claramente por sobre los abucheos y protestas. —¿Cuidarás de los cachorros?

La hilaridad aumentó, Draco Malfoy miró con terror a su padre, quien tenía la vista clavada en su regazo, entonces topó con la mirada de su madre. Ella negó con la cabeza casi imperceptiblemente, entonces llevó su mirada inexpresiva hacia la pared opuesta.

—Suficiente, —dijo Voldemort, acariciando a la serpiente enojada. —Suficiente.

Y las risas murieron en un segundo.

—Varios de nuestros árboles genealógicos se vuelven un poco enfermizos con el tiempo,— dijo mientras Bellatrix le miraba, sin aliento e implorando. —Deben limpiar el suyo, ¿No debe estar saludable? Arranquen aquellas partes que amenazan la salud del resto.

—Si mi Señor, —susurró Bellatrix, y sus ojos se llenaron de lágrimas de gratitud otra vez. —¡A la primera oportunidad!

—La tendrás, —dijo Voldemort. —En tu familia y en el mundo... debemos deshacernos de la úlcera que nos infecta hasta que solo los de sangre pura prevalezcan...

Voldemort levantó la varita de Lucius Malfoy, apuntando directamente a la figura que lentamente se movía suspendida sobre la mesa, y dio una pequeña sacudida. La figura regreso a la vida con un quejido y comenzó a luchar contra lazos invisibles.

—¿Reconoces a nuestra huésped Severus?, —preguntó Voldemort.

Snape levantó los ojos hacia el rostro por encima de él. Todos los Mortífagos miraban al cautivo ahora, como si se les hubiese dado permiso de mostrar curiosidad. Mientras se revolvía para quedar de frente a fuego, la mujer dijo en una rota y aterrada voz, — ¡Severus!, ¡ayúdame!

—Ah, si— dijo Snape mientras la prisionera se volteaba de nuevo.

—¿Y tu Draco?, — preguntó Voldemort, acariciando la nariz de la serpiente con la mano que no sostenía la varita. Draco asintió apenas. Ahora que la mujer estaba consciente, parecía incapaz de mirarla más.

—Pero tú no habrías tomado sus clases, —dijo Voldemort. — Para aquellos que no lo saben, nos acompaña esta noche Charity Burbage quien, hasta hace poco enseñaba en el Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería.

Hubo pequeñas muestras de comprensión alrededor de la mesa. Una ancha y encorvada mujer con los dientes puntiagudos cacareó.

—Si... la Profesora Burbage les enseñó a los niños de magos y brujas todo acerca de los Muggles...como es que no son tan diferentes de nosotros...

Uno de los Mortífagos pateó el piso. Charity Burbage se volteó para ver a Snape de nuevo. —Severus... por favor... por favor...

—Silencio, — dijo Voldemort, con otro movimiento de la varita de Malfoy y Charity se quedó en silencio como con una mordaza. — No contenta con corromper y ensuciar las mentes de nuestros hijos magos, la semana pasada la Profesora Burbage escribió una apasionada defensa de Sangre Sucias en el *Profeta*. Los Magos, dijo, deben aceptar a esos ladrones de conocimiento y magia. La falta de Sangre Puros es, dice la profesora Burbage, una circunstancia más deseable... nos quiere todo amistad con Muggles... o, sin duda hombres lobo...

Nadie rió esta vez. No había equivocación en el enojo y descontento en la voz de Voldemort. Por tercera vez, Charity intento ver a Snape. Las lágrimas caían de sus ojos a su cabello. Snape la miró, impasible mientras ella intentaba lentamente verlo otra vez.

—*Avada Kedavra*.

El brillo de luz verde ilumino cada rincón de la habitación. Charity cayó con un resonante choque sobre la mesa de abajo, la cual tembló y tronó. Varios de los Mortífagos se hicieron para atrás en sus sillas. Draco se cayó de la suya hacia el piso.

—La cena Nagini, —dijo Voldemort suavemente, y la gran serpiente se balanceó y deslizó de sus hombros hasta la pulida madera.

Capítulo Dos
En memoria

Harry estaba sangrando, tomando su mano derecha con la izquierda y maldiciendo en voz baja, abrió la puerta de la habitación empujándola con el hombro, hubo un crujido de porcelana rompiéndose; había pisado una taza de té frío que habían dejado afuera de la puerta de su habitación.

— ¿Qué es…?

Miró alrededor, el rellano del número 4 de Privet Drive se encontraba desierto, probablemente la taza de té era la idea de Dudley de una trampa para bobos.

Manteniendo elevada su mano ensangrentada, Harry reunió los fragmentos de taza a duras penas con la otra mano y los tiró al bote de basura que se encontraba ya muy lleno dentro de su habitación, luego marchó pesadamente hacia el cuarto de baño para meter su dedo bajo el grifo.

Se sentía estúpido, inútil e irritado pues sabía que le quedaban los próximos cuatro días antes de poder realizar magia, pero tenía que admitir que el accidente del corte de su dedo, lo había derrotado. Nunca había aprendido a curar heridas y pensaba, particularmente a la luz de sus planes inmediatos, que el hecho parecía ser una falla grave en su educación mágica. Mientras tomaba nota mentalmente de preguntarle a Hermione cómo lo hacía ella, usó una gran cantidad de papel higiénico para limpiar cuanto pudo del té antes de volver a su cuarto y cerrar de golpe la puerta tras de él.

Harry había pasado la mañana vaciando su baúl completamente, por primera vez desde que lo había empacado hacía seis años. En los últimos años, sólo había revisado las tres cuartas partes de arriba para cambiar los libros o ponerlos al día, mientras que en el fondo quedaba una capa de ruinas generales, plumas viejas, ojos de escarabajos disecados, pares de calcetines que no hacían juego. Minutos antes, Harry había metido su mano en esa basura húmeda, sintiendo el dolor de una puñalada en el cuarto dedo de su mano derecha y sacándola para verla toda ensangrentada.

Ahora lo hacía con mas cautela, arrodillado nuevamente al lado del baúl, tanteó en círculos por el fondo, recuperó una insignia vieja que cambiaba débilmente entre APOYE A CEDRIC DIGGORY, y POTTER APESTA, sintió un crujido y sacó el viejo y quebrado chivatoscopio y un medallón de oro dentro del cual había estado oculta la nota, firmada por RAB, finalmente, descubrió el afilado borde que lo había lastimado y lo reconoció enseguida, era un fragmento de cinco centímetros del espejo mágico que su padrino muerto Sirius, le había dado. Harry lo puso a un lado y tanteó cautelosamente buscando el resto, pero lo único que quedaba del último regalo de su padrino era una fina capa de espejo molido que relucía en el fondo del baúl.

Harry se sentó y examinó el dentado pedazo con el que se había cortado, viendo únicamente el reflejo de su ojo verde que lo miraba. Puso el fragmento sobre el Diario el Profeta de esa mañana, que había dejado sin leer sobre la cama, e intentó salir del súbito arrebato amargo de recuerdos, las puñaladas de dolor y el anhelo que habían provocado el descubrir el espejo roto, atacando al resto de la basura del baúl.

Tardó otra hora para vaciarlo completamente, tiró los artículos inútiles y clasificó el resto en dos grupos, según si los necesitaría o no de ahora en adelante, su uniforme escolar y el de quidditch, el caldero, los pergaminos, las plumas y la mayoría de sus libros escolares fueron amontonados en una

esquina para dejarlos, se preguntó que harían sus tíos con ellos, lo quemarían en el medio de la noche, como si fuera la evidencia de un crimen terrible.

Su ropa muggle, la capa de invisibilidad, el equipo de pociones, algunos libros, el álbum de fotografías que Hagrid le había dado una vez, una pila de cartas y su varita, se habían vuelto a guardar en una mochila vieja. En el bolsillo de enfrente, estaban el mapa de los merodeadores y el medallón con la nota que firmó R.A.B. dentro de él. El medallón no estaba en ese lugar de honor por su valor (en el sentido normal no lo tenía) pero sí por el costo que había pagado para conseguirlo. A su izquierda había una pila regular de periódicos apoyados en el escritorio al lado de una lechuza blanca, Hedwig, uno por cada día que Harry había estado en Privet Drive, este verano.

Se levantó del suelo, estirándose y caminó hacia su escritorio, Hedwig no hizo ningún movimiento cuando él daba golpecitos a los periódicos mientras los tiraba uno por uno hacia el montón de basura. La lechuza, estaba dormida o fingía estarlo, enfadada con Harry por el poco tiempo que le permitía estar fuera de su jaula.

Cuando se llegó al final del montón de periódicos comenzó a buscar despacio un artículo en particular que sabía que había llegado un poco después de su arribo a Privet Drive durante el verano. Recordaba que había sido una pequeña mención en la portada sobre la renuncia de Charity Burbage, la profesora de estudios Muggle de Hogwarts, finalmente lo encontró pasando hasta la página 10 se hundió en la silla de su escritorio y releyó el artículo que había estado buscando

Recordando a Albus dumbledore
Por Elphias Doge

> Conocí a Albus Dumbledore a los once años en nuestro primer día en Hogwarts, nuestra mutua atracción era indudablemente debida al hecho de que ambos nos sentíamos extraños, yo había tenido viruela de Dragón poco antes de llegar a la escuela y aunque ya no contagiaba, mi rostro picado de viruela y de color verdoso, no animaron a muchos a acercarse a mí.
>
> Por su parte Albus había llegado a Hogwarts bajo el peso de una notoriedad no deseada, apenas un año atrás, su progenitor Percival había sido declarado culpable de un salvaje y bien publicitado ataque a tres jóvenes muggles.
>
> Albus nunca intentó negar que su padre (quien habría de morir en Azkaban) estaba comprometido en ese crimen, al contrario, cuando yo reuní el valor para preguntarle, él me aseguró que conociendo a su padre podía ser culpable, más allá de eso Dumbledore se negó a hablar de ese triste asunto.
>
> Aunque muchos intentaron que lo hiciera, de hecho, algunos se dispusieron a alabar las acciones de su padre, suponiendo que Albus, también odiaría a los muggles. Ellos no podrían estar más equivocados: como todos los que conocieron a Albus podrían atestiguar que él nunca reveló ni la más remota tendencia anti muggle. De hecho, su determinado apoyo a los derechos de los muggles, le ganó muchos enemigos en los años subsiguientes.
>
> En materia de meses, sin embargo, la propia fama de Albus había empezado a eclipsar la de su padre. A finales del primer año, no volvió a ser conocido como el hijo de un odiador de muggles, sino, ni más ni menos que como el estudiante más inteligente jamás visto en la

vida de la escuela. Aquellos de nosotros que fuimos privilegiados como beneficiarios de su amistad, no dejamos de mencionar la ayuda y el estímulo que siempre otorgaba generosamente. Él me confesó más tarde en la vida, que incluso en esos momentos supo que el mayor placer lo tendría enseñando.

No solamente ganó todos los premios a la mejor nota que la escuela ofrecía, sino que estuvo en contacto regular por correspondencia con los magos más notables de la época, incluso con el famoso alquimista Nicolás Flamel, la renombrada historiadora Bathilda Bagshot, y el investigador de la magia Adalbert Waffling,. Varios de sus escritos fueron incluidos en grandes publicaciones como Transfiguración Actual, Desafíos de los Encantamientos, y Pociones Prácticas. La futura carrera de Dumbledore parecía ser probablemente meteórica, y la única pregunta que permanecía era cuando se volvería Ministro de Magia. Aunque a menudo se predijo en los años siguientes, que él estaba a punto de tomar el puesto, él nunca tuvo ambiciones Ministeriales.

Tres años después de que habíamos comenzado en Hogwarts, el hermano de Albus, Aberforth, llegó a la escuela. No eran parecidos: Aberforth nunca estudiaba y era distinto de Albus, prefería resolver las disputas combatiendo en duelo más que con la discusión razonada. Sin embargo, está bastante equivocado sugerir, como algunos lo hacen, que los dos hermanos no eran amigos. Ellos se sentían a gusto estando juntos, tanto como dos muchachos tan diferentes podrían estar.

Siendo imparciales con Aberforth, debe admitirse que el vivir a la sombra de Albus no debe haber sido una experiencia en extremo cómoda. Ser eclipsado continuamente eran los gajes del oficio de ser su amigo y no pudo haber sido más agradable como hermano.

Cuando Albus y yo dejamos Hogwarts nos propusimos tomar el entonces tradicional viaje por el mundo, juntos, visitando y observando a magos extranjeros, antes de seguir nuestras carreras separadas. Sin embargo intervino la tragedia. En la misma víspera de nuestro viaje, la madre de Albus, Kendra, murió, dejando a Albus a la cabeza de su hogar, y como único sostén económico de la familia. Pospuse mi salida bastante tiempo para presentar mis respetos en el funeral de Kendra, entonces lo dejé en lo que ahora sería una jornada solitaria. Con un hermano más joven y una hermana para cuidar y sólo un poco de oro que heredaron, no podría hacerle ya ningún solicitud a Albus para que me acompañara.

Ese fue el período de nuestras vidas que tuvimos el menor contacto. Yo le escribí a Albus, describiendo, quizás insensiblemente, las maravillas de mi viaje, de los arriesgados escapes de las Quimeras en Grecia a los experimentos de los alquimistas egipcios. Sus cartas me dijeron un poco de su vida cotidiana por lo que deduje estaba frustrado y embotado por ser una mago tan brillante. Estaba sumergido en mis propias experiencias, y con horror oí, hacia el fin de los viajes de mi primer año, que otra tragedia había golpeado a Dumbledore: la muerte de su hermana, Ariana.

Aunque Ariana fue siempre de salud delicada, el golpe, estando tan cercano a la pérdida de su madre, tuvo un profundo efecto en sus dos hermanos. Aquellos cercanos a Albus –y me puedo contar como uno de los afortunados- estamos de acuerdo que la muerte de Ariana, y el sentimiento de culpa de Albus por ella (aunque por supuesto el no tenía culpa), dejaron una marca en él por siempre.

Regresé a casa y encontré aun hombre joven quien había experimentado el sufrimiento de una persona mayor. Albus era más reservado que antes y mucho menos alegre. Para agregar a su miseria, la pérdida de Ariana había llevado, no a una renovada cercanía entre Albus y Aberforth, pero a un estancamiento. (Con el tiempo esto terminó, en años posteriores ellos restablecieron, no una relación cercana, pero ciertamente cordial.) Sin embargo, desde entonces rara vez habla de sus padres o de Ariana, y sus amigos aprendieron a no mencionarlos.

Otras plumas describirán los triunfos de los años siguientes. Las contribuciones innumerables de Dumbledore a los anales del Conocimiento de la Magia, incluido su descubrimiento de los doce usos de la sangre de dragón, beneficiarían a las generaciones venideras, también la sabiduría que él mostró en muchos juicios mientras fue el presidente del Wizengamot. Aún dicen que de todos los duelos de Magos, ninguno se compara con el ocurrido entre Dumbledore y Grindelwald en 1945. Aquéllos que han dado testimonio han escrito sobre el terror y el temor que sintieron cuando miraron a estos dos extraordinarios magos luchar. El triunfo de Dumbledore y sus consecuencias para el mundo Mágico, son considerados un punto decisivo en la historia de la magia, que se equipara a la introducción del Estatuto Internacional del Secreto de los Brujos o la caída de "El-que-no-debe-ser-nombrado".

Albus Dumbledore nunca fue orgulloso o vanidoso; siempre encontraba algo que valorar en la gente, aunque aparentemente fuera insignificante o infeliz, y creo que sus pérdidas tempranas lo dotaron con una gran humanidad y compasión.

Extrañaré su amistad más de lo que puedo decir, pero mi pérdida no es nada comparada con la del Mundo Mágico. Que él era el más inspirador y el más querido de todos los directores del colegio de Hogwarts no puede ser puesto en duda. Él murió como vivió: siempre trabajando para el mayor bien y, hasta el último momento, dispuesto a estirar la mano para ayudar a un niño con varicela de dragón tal como lo hizo el día que lo conocí.

Harry terminó la lectura, pero continuó mirando fijamente la foto que acompañaba el anuncio de la muerte. Dumbledore lucía su amable sonrisa familiar, pero cuando lo miró por encima del borde de sus lentes de media luna, tuvo la impresión, incluso desde el periódico, que le miraba como con Rayos X, su tristeza se mezcló con un sentimiento de humillación.

Pensó que conocía muy bien a Dumbledore, pero después de la lectura de este obituario estaba obligado a reconocer que no lo conocía en absoluto. En ningún momento imaginó la infancia de Dumbledore o la juventud; era como si él siempre hubiera sido tal como cuando Harry le conocía, venerable y de cabellos plateados y viejo. La idea de Dumbledore adolescente era simplemente dispar, como la tentativa de imaginar a una Hermione tonta o a un Escreguto de Cola Explosiva amistoso.

Nunca pensó en preguntar a Dumbledore sobre su pasado. Sin duda se habría sentido extraño, hasta impertinente, pero después de todo esto… tenía el conocimiento general de que Dumbledore había participado en aquel duelo legendario con Grindelwald, y jamás pensó en preguntar a Dumbledore como había sido, ni sobre cualquiera de sus otros famosos logros. No, ellos siempre hablaban de Harry, el pasado de Harry, el futuro de Harry, los proyectos de Harry… y le parecía que ahora, a pesar de que su futuro era tan peligroso y tan incierto, que había perdido oportunidades irremplazables al no haber preguntado a Dumbledore más sobre él, aunque la única pregunta personal

que había hecho alguna vez a su director, sospechó que también fue la única que Dumbledore no había contestado francamente:

— ¿Qué ve usted cuándo se mira en el espejo?

— ¿YO? me veo sostener un par de gruesos calcetines de lana.

Después de pensar varios minutos, Harry separó el obituario del Profeta, lo dobló con cuidado, y lo metió dentro del primer volumen de *Práctica y su Uso de defensas contra las Artes Oscuras*. Entonces lanzó el resto del periódico en el montón de basura y dio vuelta para mirar el cuarto. Estaba mucho más ordenado, las únicas cosas que quedaban fuera de lugar eran el Diario el profeta de ese día que todavía estaba en la cama, y encima de él, el pedazo del espejo roto.

Harry se movió por el cuarto, quitó el fragmento de espejo del Diario el Profeta y desplegó el periódico. Simplemente había echado un vistazo al titular cuando había tomado el diario, hecho un rollo de la pata de la lechuza que lo entregaba temprano por la mañana y lo había lanzado aparte, después de notar que éste no decía nada sobre Voldemort. Harry estaba seguro que el Ministerio manejaba el Profeta para suprimir noticias sobre Voldemort. Por lo tanto, fue en ese momento que vio lo que se había perdido. Cerca de la última mitad de la primera página habían puesto un titular más pequeño sobre una foto de Dumbledore que cruzaba a lo largo, con mirada contrariada

DUMBLEDORE: ¿LA VERDAD POR FIN?

> La próxima semana, tendremos la impactante historia del genio imperfecto considerado por muchos como el mago más grande de su generación. Separando la imagen popular de serenidad, de sabiduría con su plateada barba, Rita Skeeter revela la niñez desequilibrada, la juventud ilegal, las peleas de toda la vida, y los culpables secretos que Dumbledore ha llevado a su tumba, ¿Qué llevó al hombre destinado a ser el ministro de Magia a seguir siendo un simple director? ¿Cuál era el verdadero propósito de la organización secreta conocida como la Orden del Fénix? ¿Cómo encontró realmente Dumbledore su final?
>
> Las respuestas a éstas y a muchas más interrogantes son exploradas en la nueva biografía explosiva, *La Vida y Mentiras de Albus Dumbledore*, por Rita Skeeter, Entrevista exclusiva a Berry Braithwaite, página 13.

Harry rompió el diario al abrirlo y encontró la página trece. El artículo estaba rematado con una foto que mostraba otra cara familiar: una mujer que las gafas con rubíes con el pelo rubio elaboradamente rizado, sus dientes descubiertos en lo qué se suponía era claramente una sonrisa ganadora, saludándolo con los dedos. Haciendo su mejor esfuerzo para no hacer caso a esta imagen nauseabunda, Harry comenzó a leer.

> En persona, Rita Skeeter es mucho más cálida y amable de lo que sus feroces semblanzas podrían sugerir. Saludándome en el vestíbulo acogedor de la casa, me conduce directamente a la cocina para tomar una taza de té, una rebanada de pastel y un tazón del chisme más fresco.
>
> — Bueno, desde luego, Dumbledore es el sueño de todo biógrafo, — dice Skeeter. — Una vida tan larga, tan llena. Estoy segura que mi libro será el primero de muchos, muchos más.

Skeeter fue indudablemente lista. Las novecientas páginas fueron completadas en las cuatro semanas posteriores a la misteriosa muerte de Dumbledore en junio. Le pregunto, cómo consiguió lograr esta hazaña tan rápido.

— Ah, cuando usted ha sido periodista tanto tiempo como yo, trabajar con una fecha límite es nuestra segunda naturaleza. Yo sabía que el mundo Mágico pedía a gritos la historia completa y quise ser la primera en completar aquella necesidad.

Le menciono los comentarios ampliamente publicados, de Elphias Doge, Consejero Especial del Wizengamot y amigo desde hace mucho tiempo de Albus Dumbledore, que dice: "el libro de Skeeter contiene menos información que una tarjeta de Ranas de Chocolate".

Skeeter echó su cabeza hacia atrás riendo.

— ¡Querido Dodgy! Recuerdo haberlo entrevistado unos años atrás sobre los derechos de la bendita gente del agua, Completamente loco, parecía creer que estábamos sentados en el fondo del Lago Windermere, me seguía diciendo que tuviera cuidado con las truchas.

Y aún así, las acusaciones de Elphias Doge siguen haciendo eco con muchas cosas inexactas ¿Realmente Skeeter considera que cuatro cortas semanas han sido suficientes para lograr captar la esencia de la larga y extraordinaria vida de Dumbledore?

— ¡Ah, mi querida,— dijo Skeeter, golpeándome cariñosamente con los nudillos, — usted sabe así como yo, cuánta información puede ser generada con un bolso lleno de Galeones. Basta rechazar un 'no' como respuesta y una buena y afilada Pluma a vuelapluma y las personas hacen cola para dispersar la suciedad de Dumbledore. No todos pensamos que él era tan maravilloso, usted sabe que pisó en una gran cantidad de pies importantes. Pero el viejo Elphias Doge puede bajarse de su hipogrifo, porque he tenido acceso a una fuente por la que la mayor parte de periodistas cambiarían sus varitas mágicas, porque hay alguien que nunca ha hablado en público antes y quien estaba cerca de Dumbledore durante la fase más turbulenta e inquietante de su juventud.

La anticipada publicidad para la biografía de Skeeter ha sugerido ciertamente que habrá conmoción en el mercado para los que crean que Dumbledore ha llevado una vida libre de culpa. ¿Cuales serán las sorpresas más grandes que va a destapar?, le pregunto.

— ¡Vamos Betty, no voy a adelantar todos los momentos culminantes antes de que la gente compre el libro! — rió Skeeter. — ¡solamente puedo prometer que cualquiera que todavía piensa que Dumbledore era tan blanco por dentro como su barba tendrá un duro despertar! ¡Simplemente digamos que nadie de los que oyeron que su furia contra Tú-sabes-quién habría soñado que él anduvo en las Artes Oscuras en su juventud! ¡Y para un mago que se pasó sus últimos años abogando por la tolerancia, no era exactamente tolerante cuando era más joven! Sí, Albus Dumbledore tenía un pasado sumamente oscuro, y no mencionemos a la extraña familia, en la que se esforzó tanto por mantener en secreto.

Le pregunto a Skeeter si está refiriéndose al hermano de Dumbledore, Aberforth que fue acusado por el Wizengamot por el mal uso de magia y causó un escándalo menor hace quince años.

—Oh, Aberforth es simplemente la punta del montón del estiércol— se ríe Skeeter. —No, no, yo estoy hablando sobre algo mucho más que un hermano con una afición por tocar el violín alrededor con las cabras, peor incluso que el padre de Dumbledore mutilando Muggles, no podría mantenerlo en reserva de todas formas, ambos fueron enjuiciados por el Wizengamot. No, es la madre y la hermana las que me intrigaron, y excavando un poco he descubierto un nido completo de asquerosidad pero, les digo, ustedes tendrán que esperar a leer los capítulos nueve al doce para tener detalles completos. Todo lo que yo puedo decir ahora es que, nunca el maravilloso Dumbledore habló sobre cómo se rompió la nariz.

Los secretos familiares no obstante, niegan que el brillante Dumbledore fuera el autor de muchos de los descubrimientos mágicos

—Él era muy inteligente, — concede, — aunque muchos ahora se preguntan si realmente puede reclamar el crédito de sus supuestos logros. Cuando yo revelo en el capítulo dieciséis, que Ivor Dillonsby clama que ya había descubierto ocho usos de la sangre de dragón cuando Dumbledore pidió 'prestado' su trabajo.

Pero la importancia de algunos de los logros de Dumbledore no puede, -me aventuro a decir-, negarse ¿Qué hay de su famosa derrota a Grindelwald?

Oh, me alegro que mencione a Grindelwald— dijo Skeeter con una sonrisa seductora. "Temo que aquellos a quienes se les llenan de lágrimas los ojos por la espectacular victoria de Dumbledore deben prepararse para una bomba quizás un tanto fétida. El asunto es de hecho muy sucio. Todo lo que voy a decir es, no estén tan seguros de que hubo realmente un espectacular duelo como dice la leyenda. ¡Después de que hayan leído mi libro, las personas se van a dar cuenta y van a concluir que Grindelwald simplemente conjuró un pañuelo blanco en la punta de su varita y salió tranquilamente!

Skeeter se niega a dar más detalles en este asunto intrigante, como para que nosotros pensemos en un cambio de opinión que fascinará indudablemente a cualquiera de sus lectores.

—Oh sí— dice Skeeter, mientras asintiendo vivamente— he dedicado un capítulo entero a todo lo referido a la relación Potter-Dumbledore. Que fue enfermiza, incluso siniestra. De nuevo, los lectores tendrán que comprar mi libro para conocer la historia entera, pero no hay ninguna palabra que conteste a la pregunta de por qué Dumbledore mostró un interés antinatural por Potter. Si eso realmente era por los mejores intereses del muchacho, lo veremos. Es ciertamente un secreto a voces que Potter ha tenido una adolescencia— más que problemática.

Yo le pregunto si ella todavía está en contacto con Harry Potter a quien ella entrevistó tan célebremente el año pasado: una noticia reveladora en que Potter habló exclusivamente de su certeza que Tú-sabes-quién había vuelto.

—Oh, sí, he desarrollado una relación más íntima con Potter— dice Skeeter. —pobre tiene pocos amigos verdaderos, y nosotros nos hemos encontrado en la mayoría de los momentos en que su vida ha estado a prueba: el Torneo de Los tres Magos. Soy probablemente una de las únicas personas aún vivas que puede decir que conoce al Harry Potter real.

Esto nos lleva directamente a los muchos rumores que todavía circulan alrededor de las últimas horas de vida de Dumbledore. ¿Skeeter cree que Potter estaba allí cuándo Dumbledore murió?

—Bueno, yo no quiero decir demasiado, está todo en el libro pero los testigos que estaban en Hogwarts vieron a Potter correr de la escena del crimen momentos después de que Dumbledore se cayera, saltara o fuera empujado. Potter más tarde declaró como testigo contra Severus Snape, un hombre contra quien tiene un notorio rencor. ¿Es todo como parece? Esto es para que lo decida la comunidad Mágica una vez que hayan leído mi libro.

Después de este comentario intrigante, me retiro. No hay ninguna duda que Skeeter tiene el éxito instantáneo de librería asegurado. La legión de admiradores de Dumbledore, entretanto, puede estar temblando por lo que pronto va a surgir sobre su héroe.

Harry llegó al final del artículo, pero continuó mirando fijamente la página en forma inexpresiva. La repulsión y furia subieron en él como el vómito; enrolló el periódico y lo tiró, con todas sus fuerza, a la pared dónde se unió el resto de la basura apilada alrededor del bote de basura desbordante.

Empezó a caminar por el cuarto, mientras abría los cajones vacíos y recogiendo los libros para volverlos a poner en las mismas pilas, apenas consciente de lo que estaba haciendo, cuando las frases al azar del artículo de Rita hicieron eco de en su cabeza: Un capítulo entero dedicado a la relación Potter-Dumbledore... *fue llamada, enfermiza, incluso siniestra... Él practicó las Artes Oscuras en su juventud... Yo he tenido acceso a una fuente por la que la mayoría de los periodistas romperían sus varitas...*

— ¡Mentiras!— gritó Harry, y a través de la ventana vio al vecino de al lado que había hecho una pausa para reiniciar nerviosamente su cortadora de césped.

Harry se sentó duramente en la cama. El pedazo roto de espejo emitió un brillo; él lo recogió y lo sostuvo entre sus dedos, pensando, pensando en Dumbledore y las mentiras con que Rita Skeeter estaba difamándolo...

Hubo una llamarada azul brillante. Harry quedó helado, resbaló su dedo cortado nuevamente por el filoso borde del espejo. Lo había imaginado, debía haberlo hecho. Miró por encima de su hombro, pero la pared era del enfermizo color melocotón que Tía Petunia había escogido: no había nada azul ahí que el espejo pudiera reflejar. Miró de nuevo el fragmento del espejo, y vio el propio reflejo de sus ojos verdes que lo miraban.

Lo había imaginado, no había ninguna otra explicación; lo imaginó, porque estaba pensando en su director muerto. Si algo era cierto, era que el reflejo de los ojos azules de Albus Dumbledore nunca lo mirarían penetrantemente otra vez.

Capítulo Tres
La partida de los Dursley

El sonido de la puerta principal se escuchó hasta arriba de las escaleras y una voz rugió,

—¡Hey¡Tú!

Dieciséis años de ser llamado así no le dejaron a Harry duda de cuando su tío lo llamaba, aun así, no respondió inmediatamente. Aun estaba concentrado en el fragmento donde, por un segundo, pensó haber visto el ojo de Dumbledore. No fue hasta que su tío grito —¡Muchacho! — que Harry se puso en camino hacia la puerta del dormitorio, haciendo una pausa para agregar el pedazo de espejo a la mochila llena de las cosas que se llevaría.

—¡Tomaste tu tiempo! — Rugió Vernon Dursley cuando Harry apareció sobre las escaleras. —Baja, quiero hablar contigo. —

Harry bajó lentamente, sus manos en los bolsillos de sus pantalones. Al darle un vistazo a la sala, encontró que los tres Dursleys estaban ahí, todos con ropa de viaje; tío Vernon con una chaqueta desgarrada y Dudley, el primo gordo, rubio y musculoso de Harry, en su chaqueta de cuero.

—¿Si? — Preguntó Harry.

—¡Siéntate! — le dijo tío Vernon. Harry levantó las cejas. —¡Por favor! — Añadió Tío Vernon, haciendo una mueca, como si la palabra le cortara la boca. Harry se sentó; creía saber lo que iba a pasar. Su tío empezó a caminar de arriba a abajo, tía Petunia y Dudley siguiendo sus movimientos ansiosamente. Finalmente, su gran cara morada arrugada en señal de concentración, tío Vernon paró en frente de Harry y habló.

— Cambié de opinión — dijo.

— Qué sorpresa — dijo Harry.

— No tomes ese tono— empezó a decir Tía Petunia agudamente, pero Vernon Dursley la paró.

—Es todo mentira— dijo tío Vernon, mirando a Harry con sus pequeños ojos de cerdo. – He decidido que no creo ni una palabra. Nos quedaremos aquí, no vamos a ninguna parte.

Harry miró a su tío y sintió una mezcla de exasperación y diversión. Vernon Dursley había estado cambiando de opinión cada veinticuatro horas por las últimas cuatro semanas, empacando y desempacando y volviendo a empacar el auto con cada cambio de parecer. El momento favorito de Harry fue cuando tío Vernon, sin saber que Dudley había añadido sus mancuernas a su equipaje al reempacar, había intentado subirlo al asiento trasero y cayó con un grito de dolor y maldiciendo.

–Según tu– dijo Vernon Dursley, otra vez caminando por la sala de un lado para otro – nosotros –Petunia, Dudley y yo – estamos en peligro de– de—

–Algunos de los míos, ¿No? – dijo Harry.

–Bueno, no te creo, – repitió tío Vernon, parando en frente de Harry otra vez. –Estuve despierto la mitad de la noche pensándolo y creo que es una trama para quedarte con la casa.

– ¿La casa?– repitió Harry. – ¿Qué casa?

– ¡Esta casa!– chilló tío Vernon, la sien en su frente empezando a palpitar. – ¡Nuestra casa! ¡Los precios de las casas se están disparando en los alrededores! Nos quieres fuera del camino y después harás abracadabra y antes de saberlo, los papeles estarán en tu nombre y—

– ¿Estas loco?– exigió Harry. – ¿Una trama para tener esta casa? ¿Eres tan estúpido como pareces?

– ¡No te atrevas…!– chilló Tía Petunia, pero Vernon la paró otra vez. El descuido en su apariencia personal, al parecer, no se comparaba con el peligro que acababa de divisar.

–Si te has olvidado, – dijo Harry, – ya tengo la casa que me dejó mi padrino. ¿Para qué querría ésta? ¿Por todos los recuerdos felices? –

Hubo un silencio. Harry pensó que había impresionado a su tío con ese argumento.

–Afirmas, – dijo tío Vernon, empezando a caminar otra vez, – que este **Lord No-se-que**—

–Voldemort – dijo Harry impacientemente, – y te lo he dicho mil veces ya. No es una afirmación, es un hecho. Dumbledore se los dijo el año pasado, Kingsley y el señor Weasley—

Vernon Dursley se encogió de hombros molesto, y Harry adivinó que su tío estaba intentando desviar el recuerdo de aquella visita no anunciada de dos magos adultos, al inicio de las vacaciones de verano de Harry**.** La llegada de Kingsley Shacklebolt y Arthur Weasley a su puerta había sido desagradable para los Dursleys. Harry tenía que admitir que una vez, el señor Weasley había demolido mitad de la sala y su reaparición no podía alegrar a tío Vernon.

–Kingsley y el señor Weasley lo explicaron también, – Harry continuó diciendo – cuando cumpla diecisiete, el hechizo protector que me mantiene a salvo se romperá y eso los expone a ustedes también. La Orden está segura de que Voldemort los buscará. Puede que sea para torturarlos para que digan donde estoy o porque cree que por tenerlos como rehenes intentaré ir a rescatarlos–

Los ojos de tío Vernon y Harry se encontraron. Harry estaba seguro que en ese instante, los dos se estaban preguntando lo mismo. Entonces tío Vernon siguió caminando y Harry continuó.

–Tienen que esconderse y la Orden quiere ayudarlos. Les están ofreciendo protección, la mejor que hay–

Tío Vernon no dijo nada, pero continuó caminando. Afuera el sol se posaba sobre las cercas de Privet Drive. La podadora del vecino se prendió de nuevo.

–Pensé que había un Ministerio de Magia– dijo Vernon Dursley abruptamente.

–Lo hay – dijo Harry sorprendido.

–Bueno, entonces ¿por qué no nos pueden proteger? Me parece que como víctimas inocentes**,** culpables sólo de hospedar a un hombre marcado, ¡deberíamos calificar para la protección del gobierno!

Harry se rió. Era tan típico de su tío poner alguna esperanza en esa institución, aun en este mundo que ni quería ni confiaba.

–Escuchaste lo que dijeron el señor Weasley y Kingsley, – replicó Harry. –Creemos que se han infiltrado en el ministerio. –

Tío Vernon fue hasta la chimenea y se volvió respirando tan fuerte que su gran bigote negro ondulaba su cara, que aun estaba morada por la concentración.

–Está bien– dijo, parándose ante Harry otra vez. – Está bien. Digamos que aceptamos esta protección. Aun no entiendo por qué no podemos tener a ese Kingsley protegiéndonos.

Harry logró no voltear los ojos, pero con dificultad. Esta pregunta también la habían hecho una docena de veces.

–Como ya te dije– dijo entre dientes**, –** Kingsley ya está protegiendo al Primer Ministro de los Mug –quiero decir, de ustedes.

– ¡Exactamente, es el mejor! – dijo Tío Vernon, apuntando a la televisión apagada. Los Dursleys habían visto a Kingsley en las noticias, caminando con el Primer Ministro Muggle mientras visitaba el hospital. Esto, y el hecho de que Kingsley había amaestrado el arte de vestirse como un Muggle, sin mencionar que había algo tranquilizante en su lenta y profunda voz, había causado que los Dursleys tomaran en serio a Kingsley de una manera que nunca habrían hecho con otro mago, aunque, era cierto que nunca lo habían visto con su pendiente.

– Bueno, ya está ocupado– dijo Harry. – Pero Hestia Jones y Dedalus Diggle son muy adecuados para esto –

- Si al menos hubiéramos visto sus currículums…– empezó Tío Vernon, pero Harry perdió la paciencia. Se paró y avanzó hacia su tío.

– Estos accidentes no son accidentes; los choques, las explosiones y los descarrilamientos y cualquier cosa que haya pasado desde que estábamos viendo las noticias. La gente está desapareciendo y muriendo, y él esta detrás de todo, Voldemort. Ya lo he dicho una y otra vez, él mata a los Muggles por diversión. Hasta las neblinas; son causadas por los dementores, y si no se acuerdan que son, ¡pregúntenle a su hijo!

La mano de Dudley se cubrió la boca. Con los ojos de sus padres y de Harry sobre él, bajó la mano y pregunto – ¿Hay… más de ellos?–

– ¿Más?– rió Harry. – ¿Quieres decir más de los dos que nos atacaron? ¡Claro que si! Hay cientos, quizás miles esta vez, viendo que se alimentan del miedo y la desesperación…–

– Está bien, está bien – interrumpió Vernon Dursley. – ya te explicaste –

– Eso espero, – dijo Harry, – porque cuando tenga diecisiete, todos ellos, Mortifagos, dementores, y hasta Inferi (son muertos encantados por un Mago Oscuro) podrán encontrarlos y los atacarán. Y si se acuerdan de la última vez que quisieron combatir a un mago, creo que ustedes estarán de acuerdo conmigo de que necesitan ayuda –

Hubo un breve silencio en el cual el eco distante de Hagrid tirando la puerta de madera principal reverberó a través de los años**.** Tía Petunia miraba a tío Vernon; Dudley miraba a Harry. Finalmente, tío Vernon dijo – Pero, ¿y que hay sobre mi trabajo, o la escuela de Dudley? Supongo que eso no le importa a un montón de magos buenos para nada—

– ¿No entiendes?– gritó Harry. – ¡Ellos *los torturarán y matarán como hicieron con mis padres*!

– Papá, – dijo Dudley en voz alta, –Papá, me voy con la gente de la Orden –

– Dudley– dijo Harry, – por primera vez en tu vida estás haciendo lo correcto **–** Sabía que había ganado la batalla. Si Dudley estaba lo suficientemente asustado para aceptar la ayuda de la Orden, sus padres lo acompañarían. No había duda que no se separarían de su Duddykins. Harry revisó el reloj en la mesilla.

– Estarán aquí en cinco minutos – dijo y antes de que uno de los Dursleys replicara, salió de la sala. El prospecto de separarse – probablemente para siempre – de su tía, tío y primo era algo que uno podía contemplar alegremente pero había un aire incómodo en la habitación. ¿Qué se podrían decir los unos a los otros después de dieciséis años de fuerte desagrado declarado?

De vuelta en su habitación, Harry jugueteó con su mochila, después metió unas cuantas nueces de lechuza por los barrotes de la jaula de Hedwig. Cayeron hasta el fondo con sonidos sordos, donde ella los ignoró.

– Nos iremos pronto, muy pronto, – le dijo Harry. – Y podrás volver a volar. –

El timbre sonó. Harry vaciló, salió de su cuarto y bajó las escaleras. Era mucho esperar que Hestia y Dedalus tuvieran que estar con los Dursleys solos.

– ¡Harry Potter!– chilló emocionada una voz en el momento en el que Harry abrió la puerta. Un hombre pequeño con un sombrero de copa color vinotinto se había levantado y había hecho una gran reverencia. – ¡Un honor, como siempre!

–Gracias Dedalus, – dijo Harry, dándole una pequeña y avergonzada sonrisa a Hestia. –Es muy bueno de su parte hacer esto… Están por aquí, mi tía, tío y primo…–

– ¡Buenos días, familia de Harry Potter! – dijo Dedalus felizmente mientras entraba en la sala.

Los Dursleys no se veían muy contentos de ser referidos como tal. Harry casi esperaba que cambiaran otra vez de parecer. Dudley se encogió contra su madre al ver a la bruja y el mago.

–Veo que están empacados y listos. ¡Perfecto! El plan, como ya les ha dicho Harry, es simple – dijo Dedalus, sacando un gran reloj de bolsillo de su chaleco y examinándolo. –Vamos a irnos antes que Harry. Ya que es peligroso usar magia en su casa (Harry siendo aun menor, puede darle al

Ministerio cualquier excusa para arrestarlo) conduciremos como, tres kilómetros antes de desparecer a un lugar seguro que hemos escogido para ustedes. Entiendo que sabe conducir, ¿no? – le preguntó cortésmente a Tío Vernon.

– ¿Saber como–? ¡Claro que sé conducir! – Balbuceó Tío Vernon.

– Muy listo de su parte, muy listo. Yo personalmente estaría muy confundido con todos esos botones y manijas – dijo Dedalus. El claramente estaba bajo la impresión de que adulaba a Vernon Dursley, quien visiblemente estaba perdiendo confianza en el plan con cada palabra que Dedalus decía.

– No puede ni manejar– murmuró, su bigote arrugándose indignado. Afortunadamente, ni Dedalus ni Hestia parecían haberlo escuchado.

–Tu, Harry– continuó Dedalus, –esperarás aquí por tu guardia. Ha habido un pequeño cambio en el arreglo.

– ¿Qué quieres decir?–dijo Harry. –Pensé que Ojo–Loco me vendría a buscar y me llevaría por Aparición asistida.

– No se puede – dijo tensamente Hestia, –Ojo–Loco te explicará.–

Los Dursleys, quienes habían escuchado todo esto con caras de incomprensión total saltaron al escuchar un alarido – ¡Dense Prisa! – Harry miró alrededor y se dio cuenta que había salido del reloj de bolsillo de Dedalus.

– Muy cierto, estamos bajo horario muy apretado, – dijo Dedalus, asintiendo hacia su reloj y volviéndolo a meter en su chaleco. – Estamos intentando cronometrar tu salida de aquí con la Desaparición de tu familia Harry, así que el hechizo empieza en el momento que salgamos hacia el lugar seguro – Se volvió hacia los Dursleys. – ¿Bueno, estamos todos empacados y listos para irnos?–

Nadie le respondió. Tío Vernon aun estaba mirando aterrado el bulto en el chaleco de Dedalus.

– Quizás deberíamos esperar en el pasillo Dedalus. – murmuro Hestia. Ella claramente sentía que sería de poco tacto que ellos se quedaran en la sala mientras Harry y los Dursleys intercambiaban una cariñosa y posiblemente triste despedida.

– No es necesario– murmuró Harry, pero Tío Vernon hizo cualquier otra explicación innecesaria diciendo – Bueno, esto es el adiós, muchacho. –

Balanceó su brazo derecho hacia arriba para darle la mano a Harry, pero en el último momento, pareció incapaz de encararlo y cerró su puño y empezó a columpiarlo como un metrónomo.

– ¿Listo Diddy?– preguntó Petunia, mirando el cierre de su bolso para no mirar a Harry. Dudley no respondió, pero se quedó parado, con su boca ligeramente abierta, haciendo recordar a Harry un poco al gigante Grawp.

–Vamos. – dijo Tío Vernon. El había llegado a la puerta de la sala cuando Dudley murmuró – No entiendo. –

– ¿Qué no entiendes, calabacita?– preguntó Petunia mirando a su hijo. Dudley levantó su mano, parecida a un jamón para apuntar hacia Harry.

– ¿Por qué él no viene con nosotros?– Tío Vernon y tía Petunia se congelaron, y miraron a Dudley como si acababa de expresar su deseo de convertirse en bailarina.

– ¿Qué?– dijo Tío Vernon en alto.

– ¿Por qué no viene él también?– preguntó Dudley

– Bueno, él—no quiere – dijo tío Vernon, volviéndose a mirar a Harry y añadió –No quieres, ¿verdad?

– Para nada– dijo Harry

–Ahí tienes– Tío Vernon le dijo a Dudley –Ahora salgamos, ya vámonos – Salió de la habitación. Ellos escucharon la puerta abrirse, pero Dudley no se movía y después de unos pasos débiles, Tía Petunia también se paró.

– ¿Ahora qué?– ladró Tío Vernon, reapareciendo en la puerta. Parecía que Dudley estaba luchando con conceptos muy difíciles para expresarlos en palabras. Después de unos cuantos momentos de lo que parecía una lucha interna dolorosa dijo –Pero, ¿A dónde va a ir?–

Tía Petunia y Tío Vernon se miraron. Estaba claro que Dudley los estaba asustando. Hestia Jones rompió el silencio.

– Pero… seguro que saben a donde va su sobrino– dijo confundida.

– Claro que sabemos– dijo Vernon Dursley. –Va con algunos de los suyos, ¿no? Bueno, Dudley, vamos al carro, ya escuchaste al hombre, tenemos prisa. – Vernon Dursley marchó hasta la puerta otra vez, pero Dudley no lo siguió.

– ¿Con algunos de los *nuestros*?– Hestia parecía molesta. Harry había visto esta actitud antes. Brujas y brujos se impresionaban que su familia le tuviera tan poco interés al famoso Harry Potter.

– Está bien– le aseguró Harry. –No importa, de veras. –

– ¿No importa?– repitió Hestia levantando la voz considerablemente.

– ¿Es que esta gente no se da cuenta por todo lo que has pasado? ¿En qué peligro estás? ¿La posición única que tienes en los corazones del movimiento anti–Voldemort?

– Um–no, no lo saben – dijo Harry. – Ellos creen que soy una perdida de espacio, pero estoy acostumbrado a —

– Yo no creo que seas una pérdida de espacio. – Si Harry no hubiera visto los labios de Dudley moverse, puede no haberlo creído. Se quedó mirando a Dudley por unos segundos antes de aceptar que fue su primo quien habló. Dudley se había puesto rojo. Harry estaba sorprendido y avergonzado.

–Bueno…em….gracias, Dudley. –

Dudley pareció haber tenido otros pensamientos muy poco manejables para expresarlos antes de murmurar – Salvaste mi vida. –

– La verdad es que no, – dijo Harry. – Fue tu alma lo que se iba a llevar el dementor…–

Miró curiosamente a su primo. Ellos casi no habían tenido contacto durante este verano o el pasado, ya que Harry había vuelto a Privet Drive y se había quedado en su cuarto la mayor parte del tiempo. Harry se dio cuenta que la taza de té frío que había pisado esa mañana no había sido una trampa. Aunque conmovido, estaba aliviado de que Dudley parecía haber agotado su habilidad para expresar sus sentimientos. Después de abrir su boca una o dos veces más, Dudley cayó en un silencio avergonzado**.** Tía Petunia empezó a llorar. Hestia Jones le dirigió una miríada de aprobación que cambió a una enfurecida cuando Tía Petunia corrió y abrazo a Dudley en vez de a Harry.

–T–tan dulce, Dudders…– sollozó en su masivo pecho. – U–un m–muchacho adorable d–diciendo gracias…–

– ¡Pero no ha dicho gracias!– Dijo indignada Hestia. – ¡Solo dijo que no creía que Harry fuera una pérdida de espacio!

–Si, pero viniendo de Dudley, eso es como un "te quiero"– dijo Harry, que no sabía si estar molesto o de reírse mientras Tía Petunia seguía abrazando a Dudley como si acababa de salvar a Harry de un edificio en llamas.

– ¿Nos vamos o no?– rugió Tío Vernon, reapareciendo otra vez a la puerta de la sala. –Pensé que estábamos en un horario muy apretado. –

– Si, si lo estamos – dijo Dedalus Diggle, que había visto estos intercambios con un aire entretenido y ahora parecía volver a si. –Nos tenemos que ir. Harry – se tropezó hacia adelante y agarró la mano de Harry con las dos suyas. – buena suerte. Espero poder encontrarme otra vez contigo. La esperanza del mundo mágico descansa en tus hombros. –

– Oh– dijo Harry, –si. Gracias. –

– Adiós, Harry– dijo Hestia, estrechando su mano. – Nuestros pensamientos están contigo.–

– Espero que todo salga bien– dijo Harry, con un vistazo hacia Tía Petunia y Dudley.

– Estoy seguro de que terminaremos siendo de los mejores amigos– dijo Diggle, agitando ligeramente su sombrero mientras salía de la habitación. Hestia lo siguió.

Dudley se soltó del abrazo de su madre y caminó hacia Harry, quien tuvo que reprimir el impulso de sacar la varita y amenazarlo con magia. Dudley le ofreció su mano gorda y rosada.

– Caray Dudley– dijo Harry sobre los sollozos de Tía Petunia, –¿los dementores te dieron una personalidad nueva?

– No se– murmuró Dudley, – Nos vemos, Harry–

–Si…– dijo Harry, apretando la mano de Dudley. – Quizás. Cuídate Gran D. –

Dudley casi sonrió. Salieron de la habitación. Harry escuchó sus pesadas pisadas en el piso de grava de afuera y la puerta del carro cerrarse. Tía Petunia, cuya cara había estado en su pañuelo miró alrededor con ese sonido. No parecía esperar encontrarse a solas con Harry. Rápidamente, metió su pañuelo mojado en su bolsillo y dijo –Bueno, adiós – y se dirigió hacia la puerta sin verlo.

–Adios – dijo Harry. Ella se detuvo y lo miró. Por un momento, Harry tuvo la sensación de que ella le quería decir algo. Ella le dirigió una mirada extraña y pareció a punto de hablar, pero entonces, con un movimiento de cabeza, salió de la habitación para ir con su esposo e hijo.

Capítulo 4
Los siete Potters

Harry volvió corriendo a su habitación, llegó a la ventana justo a tiempo para ver el auto de los Dursley saliendo de la cochera hacia la calle. El sombrero de Dedalus se veía entre la tía Petunia y Dudley en el asiento trasero. El auto giró a la derecha al final de la calle Privet Drive y sus ventanas se tiñeron de escarlata un segundo por el sol que se escondía. Se habían ido.

Harry levantó la jaula de Hedwig, su Saeta de Fuego y su mochila, le dio un último vistazo a su extrañamente ordenado cuarto y bajó lentamente las escaleras hasta el recibidor, donde dejó la jaula, su escoba y la mochila cerca del último escalón. La luz desaparecía rápidamente y el recibidor estaba lleno de sombras a la luz de la tarde. Se sentía muy raro estar ahí parado en el silencio sabiendo que estaba a punto de dejar la casa por última vez. Hace mucho tiempo, cuando lo dejaban solo mientras los Durlseys salían a divertirse, las horas de soledad habían sido un gusto esporádico. Haciendo sólo una pausa para sacar algo delicioso del refrigerador, corría escaleras arriba a jugar en la computadora de Dudley, o prender la televisión y cambiar de canales todo lo que quería, a sus anchas. Era un sentimiento extraño y vacío recordar esos tiempos; era como recordar un hermano menor a quien había perdido.

- ¿No quieres darle un último vistazo al lugar?- le preguntó a Hedwig, que todavía estaba de mal humor, con la cabeza bajo su ala-. Nunca volveremos aquí. ¿No quieres recordar los buenos tiempos? Quiero decir, mira este felpudo, cuántos recuerdos... Dudley sollozó sobre el después de que lo salvé de los dementores... Resultó que estaba agradecido después de todo ¿puedes creerlo? Y el verano pasado, Dumbledore entró por esta puerta...

Harry perdió el hilo de sus pensamientos por un momento y Hedwig no hizo nada para ayudarlo a reencontrarlo, sino que siguió con la cabeza bajo el ala. Harry le dio la espalda a la puerta de entrada.

- ¡Y aquí abajo, Hedwig -Harry abrió una puerta bajo las escaleras-, es donde yo vivía! Tú no me conocías en ese momento. Rayos, es tan pequeño, me había olvidado...

Harry miró la pila de zapatos y paragüas, recordando como solía despertarse cada mañana mirando la parte de abajo de la escalera, que regularmente estaba adornada por una araña o dos. Esos habían sido los días antes de enterarse de su verdadera identidad; antes de enterarse como habían muerto sus padres o por qué sucedían esas cosas tan raras a su alrededor. Pero Harry todavía podía recordar los sueños que lo habían perseguido, aún en esos días. Sueños confusos con resplandores verdes y una vez (el tío Vernon casi choca el auto cuando Harry lo estaba contando) una motocicleta voladora...

Un ruido ensordecedor se escuchó súbitamente desde algún lugar cercano. Harry se enderezó con una sacudida y se golpeó la punta de su cabeza con el marco de la puerta, que estaba muy bajo. Deteniéndose para usar algunas de las palabras elegidas por tío Vernon para maldecir, se tambaleó hasta la cocina, agarrándose la cabeza y mirando fijamente por la ventana hacia el jardín trasero.

La oscuridad parecía murmurar y hasta el aire temblaba. Después, una a una, figuras aparecieron ante la vista de Harry, a medida que los hechizos desilusionadores iban finalizando. Dominando la escena estaba Hagrid, con un casco y gafas protectoras, sentado a caballo sobre una enorme motocicleta con un carro lateral negro sujetado a ella. Alrededor suyo otras personas desmontaban de escobas y en dos casos, caballos alados, negros y esqueléticos.

Harry abrió la puerta trasera de un tirón y se precipitó a la niebla. Hubo un grito general de bienvenida al tiempo que Hermione se lanzó a abrazarlo, Ron le dio unas palmadas en la espalda y Hagrid dijo:

- De acuerdo ¿Harry? ¿Listo para la partida?

- Definitivamente -dijo Harry, sonriéndoles a todos- ¡Pero no estaba esperando que vinieran tantos!

- Cambio de planes -gruñó Ojoloco, quien sostenía dos enormes sacos abultados. Su ojo mágico daba vueltas desde el cielo oscurecido hasta la casa y el jardín con una rapidez vertiginosa.- Entremos antes de explicarte el procedimiento.

Harry los llevó de vuelta hacia la cocina donde riendo y charlando se acomodaron, se sentaron ante la brillante mesa de tía Petunia o se apoyaron en los inmaculados electrodomésticos. Ron, alto y de piernas largas; Hermione, con su tupido pelo atado en una larga trenza; Fred y George, que sonreían idénticamente; Bill, con muchas cicatrices y pelo largo; el señor Weasley, de rostro amable, casi calvo, con sus anteojos un poco desgastados; Ojoloco, vestido como para ir a la guerra, de una sola pierna, con su brillante ojo mágico zumbando en su órbita; Tonks, cuyo pelo estaba de su tono preferido de rosa chicle; Lupin, más gris y arrugado; Fleur, más esbelta y bella, con su pelo largo y tan rubio que casi era plateado; Kingsley, calvo y ancho de hombros; Hagrid, con su pelo y barba salvajes, tenía que encorvarse estando parado para evitar golpearse la cabeza contra el techo; y Mundungus Fletcher, pequeño, sucio, y avergonzado, con sus ojos pequeños y brillantes como los de un perro de caza y su pelo enmarañado. El corazón de Harry pareció agrandarse y resplandecer mirándolos: les tenía tanto cariño a todos ellos, hasta a Mundungus, a quien había tratado de estrangular la última vez que se habían visto.

- Kingsley, pensé que estabas cuidando al Primer Ministro Muggle -le preguntó desde el otro lado de la cocina.

- Puede arreglarse sin mí por una noche -dijo Kingsley- tú eres mas importante.

- Harry, ¿adivina qué? -dijo Tonks desde su asiento (la parte superior del lavarropas) y movió su mano izquierda frente a la cara de Harry. Un anillo brillaba en ella.

- ¿Se casaron? -gritó Harry, mirando también a Lupin.

- Siento que no hayas podido estar ahí, Harry, fue muy pequeño.

- Eso es genial, felicit...

- Bueno, bueno, ya tendremos tiempo para ponernos al día mas tarde -bramó Moody por sobre el alboroto, y la cocina cayó en silencio. Moody dejó caer los sacos a sus pies y se dirigió a Harry-. Como seguramente Dedalus ya te contó, abandonamos el plan A. Pius Thicknesse se enteró, lo que nos agrega un gran problema. Hizo que sea un delito penado con prisión conectar esta casa a la Red Flu, colocar un traslador aquí o aparecerse desde o hasta aquí. Todo en nombre de tu protección, para evitar que Tú-Sabes-Quien te encuentre. Totalmente inútil, ya que el hechizo de tu madre ya lo está haciendo. Lo que realmente está haciendo es evitando que salgas de aquí con seguridad. Segundo problema: eres

menor de edad, lo que significa que todavía tienes la Marca.

- Yo no ten...

- La Marca ¡la Marca! -dijo Ojoloco impacientemente-. El hechizo que detecta actividad mágica en los menores de diecisiete años, ¡la manera en que el Ministerio se entera cuando los menores de edad hacen magia! Si tú, o cualquiera cerca de ti, lanza un hechizo para sacarte de esta casa, Thicknesse lo sabrá, y con él los Mortífagos. No podemos esperar hasta que la Marca se rompa, porque en el momento que cumplas diecisiete perderás toda la protección que tu madre te dio. En síntesis, Pius Thicknesse piensa que te tiene bien acorralado.

Harry no pudo dejar de pensar que este tal Thicknesse tenía razón.

- Entonces, ¿qué vamos a hacer?

- Utilizaremos solamente los medios de transporte que tenemos permitidos, los que la Marca no puede detectar, porque no necesitamos lanzar hechizos para hacerlos funcionar: escobas, thestrals y la motocicleta de Hagrid.

Harry podía ver algunas imperfecciones en el plan, sin embargo, se mantuvo callado para darle a Ojoloco la oportunidad de aclararlas.

- Bien, el hechizo de tu madre sólo se romperá bajo dos condiciones: cuando cumplas la mayoría de edad, o -Moody gesticuló alrededor de la limpísima cocina- cuando ya no puedas llamar hogar a esta casa. Tú y tus tíos se van por diferentes caminos esta noche, entendiendo absolutamente que no van a vivir juntos nunca más ¿correcto?

Harry asintió.

- Así que esta vez, cuando te vayas, no habrá vuelta atrás y el encanto se romperá en el momento que quedes fuera del alcance de la casa. Estamos eligiendo romper el hechizo más temprano, porque la alternativa es esperar a que Tú-Sabes-Quien venga y te atrape en el momento que cumplas diecisiete. Lo único que tenemos de nuestro lado es que Tú-Sabes-Quién no sabe que te estamos trasladando esta noche. Hemos filtrado una pista falsa al Ministerio: piensan que te vas hasta el treinta. Sin embargo, estamos tratando con Tú-Sabes-Quién, así que no podemos confiar en que tenga la fecha incorrecta; seguramente tiene un par de Mortífagos patrullando los cielos en esta área, por si acaso. Así que les hemos dado a una docena de casas diferentes toda la protección que podemos darles. Todas lucen como si fueran el lugar en donde te vamos a esconder, todas tienen alguna conexión con la Orden: mi casa, la de Kigsley, lo de Muriel (la tía de Molly) tú entiendes.

- Sí- dijo Harry, no diciendo del todo la verdad, porque todavía podía notar un agujero importante en el plan.

- Vas a quedarte en la casa de los padres de Tonks. Una vez que estés dentro de los límites del encantamiento protector que hemos puesto en la casa podrás usar un traslador a la Madriguera. ¿Alguna pregunta?

- Emm... Sí -dijo Harry-, quizás no sepan a cuál de las doce casas seguras me estoy dirigiendo al principio, pero no será un poco obvio una vez que... -hizo un cálculo rápido en la cabeza- ¿los catorce

volemos hacia la casa de los padres de Tonks?

- Ah... -dijo Moody- olvidé mencionar el punto clave. No vamos a volar los catorce a la casa de los padres de Tonks. Esta noche habrá siete Harry Potters moviéndose por los cielos, cada uno con un acompañante, cada par dirigiéndose a una casa segura diferente.

En ese momento Moody sacó de adentro de su capa un frasco de algo que parecía lodo. No necesitó decir otra palabra, Harry entendió el resto del plan inmediatamente.

- ¡No! -dijo en voz alta. Su voz se elevó en la cocina-. ¡Ni lo piensen!

- Les dije que ibas a tomártelo así -dijo Hermione con un dejo de autocomplacencia.

- ¡Si piensan que voy a dejar que seis personas arriesguen sus vidas...!

- ... Porque es la primera vez que lo hacemos -dijo Ron.

- Esto es diferente, hacerse pasar por mí...

- Bueno, en realidad a ninguno nos encanta la idea, Harry -dijo Fred seriamente-. Imagina si algo saliera mal y quedáramos como unos imbéciles flacuchos para siempre.

Harry no sonrió.

- No pueden hacerlo si no coopero, necesitan que les dé algo de mi cabello.

- Bueno, se desbarató el plan -dijo George-. Obviamente no hay posibilidad de que todos nosotros consigamos un poco de tu pelo a menos que cooperes.

- Sí, nosotros trece contra uno que no puede usar magia, no tenemos oportunidad -dijo Fred.

- Qué gracioso -dijo Harry- realmente divertido.

- Si tenemos que hacerlo a la fuerza, entonces así será -gruñó Moody, ahora con su ojo mágico zumbando un poco en su órbita mientras miraba a Harry enojado-. Todos aquí somos mayores de edad, Potter, y preparados para correr el riesgo.

Mundungus se encogió de hombros e hizo una mueca; el ojo mágico se movió rápidamente de reojo para darle un vistazo por el costado de la cabeza de Moody.

- No discutamos más. El tiempo se acaba. Quiero un poco de tus cabellos, chico, ahora.

- Pero esto es una locura, no hay necesidad...

- ¡No hay necesidad! -gruñó Moody-. ¿Con Tú-Sabes-Quién ahí afuera y mitad del Ministerio de su lado? Potter, si tenemos suerte se habrá tragado la carnada y estará planeando emboscarte el treinta, pero estaría loco si no tuviera uno o dos Mortífagos echando un vistazo. Es lo que yo haría. Puede ser que no puedan tocarte o a esta casa mientras el encanto de tu madre se mantiene, pero está a punto de romperse y ellos saben la posición peligrosa en que nos encontramos. Nuestra única

oportunidad es utilizar los señuelos. Incluso Tú-Sabes-Quién no puede dividirse en siete.

Harry se encontró con la mirada de Hermione y miró para otro lado enseguida.

- Entonces, Potter, un poco de tu pelo, si eres tan amable.

Harry le dio un vistazo a Ron, quien le hizo una mueca como de "sólo hazlo".

- ¡Ahora! -ladró Moody.

Con todos los ojos sobre él. Harry alargó su brazo a la parte de arriba de su cabeza, tomó una madeja de su cabello, y tiró de él.

- Muy bien -dijo Moody, cojeando hacia adelante mientras sacaba la tapa del frasco con la poción-. Justo ahí, por favor.

Harry dejó caer el cabello dentro del líquido barroso. En el momento en que hizo contacto con la superficie, la poción comenzó a echar espuma y humo. Después, de un momento a otro, cambió a un color oro claro y brillante.

- Oh... Te ves más sabroso que Crabbe y Goyle, Harry -dijo Hermione, antes de mirar las cejas levantadas de Ron, sonrojándose ligeramente y diciendo- oh, entienden lo que digo, la poción de Goyle tenía gusto a pantano.

- Correcto, entonces; Potters falsos hagan fila por aquí, por favor -dijo Moody.

Ron, Hermione, Fred, George y Fleur se formaron frente al fregadero reluciente de la tía Petunia.

- Nos falta uno -dijo Lupin.

- Aquí -dijo Hagrid bruscamente, levantó a Mundungus por el pescuezo y lo dejó caer al lado de Fleur, quien frunció su nariz deliberadamente y se movió para pararse entre Fred y George.

- Yo soy un soldado, mejor actúo de protector -dijo Mundungus.

- Cállate -dijo Moody-. Como ya te dije, gusano sin carácter, cualquier Mortífago que nos encontremos estará tratando de capturar a Potter, no de matarlo. Dumbledore siempre decía que Tú-Sabes-Quien querrá terminar con Potter en persona. Serán los protectores quienes tienen más por qué preocuparse. Los Mortífagos querrán matarlos a ellos.

Mundungus no parecía mucho más tranquilo, pero Moody ya estaba sacando media docena de vasos del tamaño de tazas de té de adentro de su capa, que repartió antes de echar un poco de Poción Multijugos en cada una.

- Todos juntos entonces...

Ron, Hermione, Fred, George, Fleur y Mundungus bebieron. Todos jadearon e hicieron muecas mientras la poción caía por sus gargantas. Enseguida sus rasgos comenzaron a burbujear y

distorsionarse como cera caliente. Hermione y Mundungus se estiraban hacia arriba; Ron, Fred y George se achicaban, su cabello se oscurecía; el de Hermione y Fleur parecía meterse dentro de sus cráneos.

Moody, despreocupado, desataba los lazos de los amplios sacos que había traído con él. Cuando se volteó había seis Harry Potters jadeando y resollando frente a él.

Fred y George se volvieron y dijeron al mismo tiempo:

- Wow ¡estamos idénticos!

- No lo sé, sin embargo, creo que sigo siendo más guapo -dijo Fred, examinándose el reflejo en la olla.

- Oh... -dijo Fleur, fijándose cómo estaba en la puerta del microondas-, Bill, no me *migues*. Estoy *hoguible*.

- Aquellos a quienes la ropa les quede un poco grande, tengo más pequeñas por aquí -dijo Moody, indicando el primer saco-, y viceversa. No se olviden de los anteojos, hay seis pares en el bolsillo del costado. Y cuando estén vestidos, hay equipaje en el otro saco.

El Harry real pensó que esto debía ser la cosa más bizarra que había visto en su vida, y él había visto algunas cosas realmente extrañas. Vio como sus seis dobles hurgaban en los sacos sacando juegos de ropa, poniéndose anteojos y metiendo sus propias cosas. Quiso pedirles que mostraran un poco mas de respeto a la privacidad cuando todos empezaron a desvestirse con impunidad, claramente más tranquilos con mostrar su cuerpo porque era el de Harry.

- Sabía que Ginny estaba mintiendo acerca de ese tatuaje -dijo Ron mirando para abajo, hacia su pecho descubierto.

- Harry, tu vista es realmente horrible -dijo Hermione mientras se ponía los anteojos.

Una vez ya vestidos, los Harrys falsos tomaron del segundo saco, las mochilas y las jaulas, cada una con una lechuza blanca rellena.

- Bien -dijo Moody- cuando los siete Harrys vestidos, con los anteojos puestos y cargados de equipaje se voltearon hacia él-. Las parejas serán las siguientes: Mundungus viajará conmigo, en escoba...

- ¿Por qué yo estoy contigo? -gruñó el Harry más cercano a la puerta trasera.

- Porque tú eres el que necesita que lo cuiden -rugió Moody y para asegurarse, su ojo mágico se quedó fijamente en Mundungus mientras continuaba-, Arthur y Fred...

- Yo soy George -dijo el gemelo a quien Moody se estaba dirigiendo- ¿Ni siquiera puede diferenciarnos cuando somos Harry?

- Lo siento, George...

- Sólo estoy bromeando, soy Fred en realidad...

- ¡Suficientes bromas! -gruñó Moody- El otro, George, Fred o quien sea que seas, tú estás con Remus. Señorita Delacour...

- Llevaré a Fleur en un thestral -dijo Bill-. No le gustan tanto las escobas.

Fleur caminó por la cocina hasta estar a su lado y le dio una mirada sentimental que Harry deseó con toda su alma que nunca apareciera en su rostro otra vez.

- Señorita Granger con Kigsley, también en thestral...

Hermione se veía mas tranquila y respondió a la sonrisa de Kingsley; Harry supo que Hermione también tenía sus reparos con las escobas.

- ¡Lo que nos deja a nosotros, Ron! -dijo Tonks alegremente, tirando una taza cuando le hacía un gesto con la mano.

Ron no parecía tan satisfecho como Hermione.

- Y tú estás conmigo, Harry. ¿Está bien? -dijo Hagrid, luciendo un poco nervioso-. Iremos en la moto, las escobas y los thestrals no me aguantan, sabes. No hay demasiado lugar conmigo en el asiento, así que estarás en el asiento del costado.

- Eso está perfecto -dijo Harry no del todo sinceramente.

- Creemos que los Mortífagos esperarán que estés en una escoba -dijo Moody, quien pareció entender cómo se sentía Harry-. Snape ha tenido mucho tiempo para contarles todo sobre ti, cosas que podría no haber mencionado nunca antes, así que si nos encontramos con algún Mortífago, apostamos a que elegirán uno de los Potters que se siente cómodo en una escoba. De acuerdo entonces -siguió, ajustando los sacos con la ropa de los Potters falsos dentro y guió a todos hacia la puerta nuevamente-, calculo que tenemos tres minutos hasta la hora de irnos. No tiene caso cerrar la puerta trasera, no va a detener a los Mortífagos cuando vengan a buscarnos. Vamos...

Harry se apuró para tomar su mochila, la Saeta de Fuego y la caja de Hedwig y siguió al grupo hacia el oscuro jardín trasero.

Por todos lados había escobas saltando; Kingsley ya había ayudado a Hermione a subir al thestral, y Bill había hecho lo mismo con Fleur. Hagrid estaba esperando listo al lado de la motocicleta con sus gafas puestas.

- ¿Es ésta? ¿Ésta es la moto de Sirius?

- La misma -dijo Hagrid radiante, mirando hacia abajo a Harry-. ¡Y la última vez que anduviste en ella, Harry, cabías en mi mano!

Harry no pudo dejar de sentirse un poco humillado cuando se subía al carro lateral. Quedaba varios centímetros abajo del resto: Ron sonrió con satisfacción cuando lo vio sentado ahí como un niño en un carro chocón. Harry empujó su mochila y la escoba hacia el suelo del asiento, cerca de sus pies y

ubicó la jaula de Hedwig entre sus rodillas. Estaba extremadamente incómodo.

- Arthur jugueteó un poco con esto -dijo Hagrid, ajeno a la incomodidad de Harry. Se asentó en la motocicleta con una pierna de cada lado, la cual crujió ligeramente y se hundió unas pulgadas en el suelo-. Tiene algunos trucos bajo la manga ahora. Ese fue mi idea -señaló un botón violeta cerca del velocímetro con su dedo grueso.

- Por favor ten cuidado, Hagrid -dijo el señor Weasley, quien estaba parado a su lado, sosteniendo su escoba-. Todavía no estoy seguro si es aconsejable y ciertamente es sólo para emergencias.

- De acuerdo, entonces -dijo Moody-. Todos listos, por favor. Quiero que todos salgamos al mismo tiempo exactamente o toda esta distracción perdería sentido.

Todos asintieron.

- Agárrate bien, Ron -dijo Tonks y Harry vio que Ron le dirigía una mirada forzada y culpable a Lupin antes de ubicar sus manos a cada lado de la cintura de ella. Hagrid le dio una patada a la motocicleta para encenderla: rugió como un dragón y el carro lateral comenzó a vibrar.

- Buena suerte a todos -gritó Moody-. Nos vemos dentro de una hora aproximadamente en la Madriguera. A la cuenta de tres. Uno... Dos... TRES.

Hubo un gran rugido de la motocicleta y Harry sintió que el carro lateral se tambaleaba daba un desagradable temblor. Harry se elevaba a través del aire rápidamente, sus ojos lagrimeaban un poco, el pelo se le volaba hacia atrás. Alrededor suyo escobas se alzaban también; la cola larga y negra de un thestral le pasó a lado. Sus piernas, atrapadas dentro del carro lateral por la jaula de Hedwig y su mochila, ya estaban adoloridas y empezando a entumecerse. Era tan grande su incomodidad que casi se olvidó de dar un último vistazo al número 4 de Privet Drive. Para cuando miró por sobre el borde del carro lateral ya no podía distinguir cuál era.

Y entonces, de la nada, estaban rodeados. Al menos treinta figuras encapuchadas, suspendidas en el aire, formaban un vasto círculo en el medio del cual los miembros de la Orden se habían elevado, ignorantes del peligro...

Gritos, un resplandor de luz verde de cada lado: Hagrid dio un alarido y la motocicleta se dio vuelta. Harry perdió la noción de dónde estaban. Luces de la calle sobre él, gritos alrededor, se aferraba al carro lateral por su vida. La jaula de Hedwig, la Saeta de Fuego y su saco se le resbalaron de entre sus rodillas...

- ¡No! ¡AYUDA!

La escoba también giró, pero justo alcanzó a atrapar la correa de la mochila y la jaula cuando la motocicleta volvió a la posición correcta otra vez. Un segundo de alivio y después otra ráfaga de luz verde. La lechuza chilló y cayó al piso de la jaula.

- No, ¡NO!

La motocicleta zumbó hacia adelante; Harry avistó Mortífagos encapuchados dispersos

mientras Hagrid arremetía a través del círculo.

- Hedwig... Hedwig...

Pero la lechuza yacía inmóvil y patética como un juguete en el piso de su jaula. No podía asimilarlo y su temor por los otros era descomunal. Dio un vistazo por sobre su hombro y vio una masa de gente moviéndose, destellos de luz verde, dos pares de personas en escobas planeando en la distancia, pero no podía distinguir quiénes eran...

- Hagrid, tenemos que volver, ¡tenemos que volver! -gritó por sobre el rugido del motor. Sacó su varita, empujó la jaula de Hedwig en el piso, negándose a creer que estaba muerta.- Hagrid, ¡DA LA VUELTA!

- ¡Mi trabajo es llevarte hasta ahí seguro, Harry! -bramó Hagrid y aceleró.

- Detente, ¡DETENTE! -gritó Harry, pero cuando miró hacia atrás dos chorros de luz verde volaron pasando su oreja izquierda: cuatro Mortífagos se habían separado del círculo y estaban persiguiéndolos, apuntando a la amplia espalda de Hagrid. Éste giró, pero los Mortífagos se mantenían a la altura de la moto; más maldiciones eran disparadas hacia ellos y Harry se hundió más abajo en el carro lateral para evitarlas. Retorciéndose gritó. -¡*Desmaius*!- y una saeta de luz roja se disparó de su propia varita, marcando un espacio entre los cuatro Mortífagos perseguidores que luchaban desparramados para evitarla.

- Sujétate, Harry, ¡esto les enseñará! - rugió Hagrid y Harry elevó la mirada justo a tiempo para ver como presionaba con su dedo gordo, un botón verde cerca del indicador de gasolina. Una pared, una sólida pared, emergió del caño de escape. Doblando su cuello, Harry la vio expandirse hasta estar en medio del aire. Tres de los Mortífagos dieron vuelta y la evitaron, pero el cuarto no tuvo tanta suerte; desapareció de la vista y después cayó como una piedra desde atrás de la pared, su escoba hecha pedazos. Uno de sus compañeros desaceleró para salvarlo, pero la oscuridad se los tragó a ellos y a la pared aérea cuando Hagrid se inclinó sobre el manubrio y aceleró.

Más Maldiciones Asesinas pasaban volando por la cabeza de Harry, lanzadas por las varitas de los dos Mortífagos restantes; estaban apuntando a Hagrid. Harry respondió con más Hechizos Aturdidores: rojas y verdes chocaban en el aire haciendo una lluvia de chispas multicolores y Harry pensó atrevidamente en los fuegos artificiales y en los muggles debajo que no tenían idea de qué estaba pasando...

- Aquí vamos otra vez, Harry ¡sujétate! -gritó hagrid, y le dio un puñetazo al segundo botón. Esta vez una gran red estalló del caño de escape, pero los Mortífagos estaban alertados. No solamente viraron para evitarla, el compañero que se había retrasado para salvar a su amigo inconsciente los alcanzó. Surgió de repente de la oscuridad y ahora tres de ellos estaban persiguiendo la motocicleta, todos disparándoles maldiciones.

- Esto los solucionará, Harry. ¡Sujétate bien! -gritó Hagrid, y Harry vio cómo estampaba toda su mano en el botón violeta al lado del velocímetro.

Con un rugido inconfundible, fuego de dragón escapó del caño de escape, blanco y azul, y la motocicleta se disparó hacia adelante como una bala con un sonido metálico desgarrador. Harry vio a los Mortífagos virar fuera de vista para evitar el rastro letal de las flamas, y al mismo tiempo sintió que

el carro lateral se balanceaba peligrosamente: sus conexiones de metal con la bicicleta se habían desajustado con la fuerza de la aceleración.

- ¡Está bien, Harry! -bramó Hagrid, ahora empujado contra la parte de atrás por la oleada de la velocidad; nadie los perseguía ahora, y el carro lateral empezaba a doblarse violentamente por el viento de la moto.

- ¡Ya lo tengo Harry, no te preocupes! -gritó Hagrid, y sacó su paraguas rosa floreado del bolsillo de su chaqueta.

- ¡Hagrid! ¡No! ¡Déjame hacerlo...!

- ¡*REPARO*!

Hubo un "¡bang!" ensordecedor y el carro lateral se separó de la moto completamente. Harry siguió yendo hacia adelante, propulsado por la inercia del vuelo de la moto, y luego el carro lateral comenzó a perder altura...

Desesperado, Harry apuntó su varita al carro lateral y gritó: -¡*Wingardium Leviosa*!-. El carro lateral se elevó como un corcho, inestable pero al menos todavía en el aire. Sin embargo tuvo solo una fracción de segundo de alivio, porque más maldiciones pasaron como un rayo: los tres Mortífagos se estaban acercando.

- ¡Ya voy, Harry! -Hagrid gritaba desde la oscuridad, pero Harry podía sentir el carro lateral hundiéndose otra vez: agachándose todo lo que pudo apuntó al medio de las figuras que se acercaban y gritó "¡*Impedimenta*!"

La maldición le dio al Mortífago del medio en el pecho; por un momento el hombre estaba desparramado con los brazos abiertos absurdamente en el aire como si se hubiera chocado con una barrera invisible. Uno de sus compañeros casi se choca con él...

Entonces el carro lateral comenzó a caer a mucha velocidad y el Mortífago restante disparó una maldición tan cerca de Harry que tuvo que meterse dentro de los bordes de la silla, tumbándose un diente con el canto del asiento...

- ¡Ya voy, Harry, ya voy!

Una mano gigante atrapó la parte de atrás de la capa de Harry y lo arrancó del carro lateral que estaba cayendo en picada; Harry tiró de su mochila, mientras se sentaba en el asiento de la motocicleta y se encontraba a sí mismo espalda con espalda con Hagrid. A medida que se elevaban, alejándose de los dos Mortífagos restantes, Harry escupió sangre de su boca, apuntó su varita al carro lateral que caía y gritó "¡*Confringo*!"

Sintió una punzada de dolor mortal, como si se le desgarraran las entrañas, por Hedwig cuando explotó; el Mortífago más cercano fue lanzado de su escoba y cayó fuera de la vista y su compañero descendió y desapareció.

- Harry, lo siento, lo siento, -gimió Hagrid- no debería haber intentado repararlo yo solo... Aquí no tenemos lugar...

- No importa, ¡sólo sigue volando! -Harry respondió, también gritando. Dos Mortífagos más emergieron de la oscuridad, acercándose.

Como las maldiciones eran disparadas a través del espacio otra vez, Hagrid giraba y zigzagueaba: Harry supo que Hagrid no se atrevía a usar el botón del fuego de dragón otra vez, con él sentado tan inseguramente. Harry disparó hechizo aturdidor tras hechizo aturdidor a sus perseguidores, apenas deteniéndoles. Disparó otra maldición bloqueadora: el Mortífago más cercano giró para evitarlo y su capucha se resbaló, gracias a la luz roja de su próximo hechizo aturdidor Harry vio el rostro extrañamente blanco de Stanley Shunpike (Stan).

- "¡*Expelliarmus*!" -gritó Harry

- ¡Es ese, es ese! ¡Ese es el real!

El grito del Mortífago encapuchado llegó a Harry aún encima del trueno del motor de la motocicleta. Un momento después, ambos perseguidores habían descendido y desaparecido de la vista.

- Harry, ¿qué pasó? -bramó Hagrid-. ¿A dónde se fueron?

- ¡No lo sé!

Pero Harry estaba asustado: el Mortífago encapuchado había gritado "¡Es el real!"; ¿cómo lo había sabido? Miró fijamente alrededor, hacia la oscuridad aparentemente vacía y sintió su amenaza. ¿Dónde estaban?

Se encaramó en el asiento y se sentó mirando hacia adelante, tomándose de la parte de atrás de la chaqueta de Hagrid.

- Hagrid, haz lo del fuego de dragón otra vez, ¡salgamos de aquí!

- ¡Sujétate fuerte entonces, Harry!

Se escuchó un rugido ensordecedor y chirriante y el fuego blanco y azul salió del escape de nuevo: Harry se sintió resbalar un poco de su asiento. Hagrid también se resbalaba un poco, apenas manteniendo el control del manubrio...

- Creo que los perdimos, Harry. ¡Creo que lo hicimos! -gritó Hagrid.

Pero Harry no estaba tan seguro; el miedo se mantenía mientras buscaba perseguidores a la derecha e izquierda, que seguramente iban a aparecer... ¿Por qué se habían atrasado? Uno de ellos todavía tenía una varita... *Es él... Es el real...* Lo habían descubierto después de que había intentado desarmar a Stan...

- Ya casi llegamos, Harry, ¡casi lo logramos! -gritó Hagrid.

Harry sintió que la moto caía un poco, aunque las luces debajo, en el suelo todavía parecían remotas como estrellas.

Entonces la cicatriz de su frente le quemó como fuego: mientras un Mortífago aparecía a cada lado de la moto dos Maldiciones Asesinas le erraban a Harry por unos milímetros. Habían sido arrojados desde atrás...

Y entonces Harry lo vio. Voldemort volaba como si fuera humo en el viento, sin escoba ni thestral sosteniéndolo. Su cara como de serpiente reluciendo entre la oscuridad, sus dedos blancos levantando su varita otra vez...

Hagrid soltó un grito de miedo y dirigió la motocicleta hacia abajo, en picada. Aferrándose por su vida, Harry lanzó Hechizos Aturdidores para cualquier lado. Vio un cuerpo que los pasaba volando y supo que le había dado a alguien, pero luego escuchó un estruendo y chispas del motor; la motocicleta giró en espirales en el aire, completamente fuera de control...

Chorros verdes de luz los pasaron otra vez. Harry no tenía idea dónde estaba arriba ni abajo: la cicatriz todavía le dolía: esperaba morir en cualquier momento. Una figura encapuchada en una escoba estaba cerca de él, lo vio levantar el brazo...

- ¡NO!

Con un grito de furia Hagrid se lanzó de la moto hacia el Mortífago; para su horror Harry vio al Mortífago y a Hagrid cayendo fuera de la vista. Su peso combinado era demasiado para la escoba...

Apenas sosteniéndose con las rodillas en la moto que caía en picada, Harry escuchó a Voldemort gritar -¡Es mío! Todo había terminado: no podía ver ni oír dónde estaba Voldemort; vislumbró otro Mortífago alejándose y escuchó -*Avadava*...

Aunque el dolor de la cicatriz le mantenía los ojos cerrados, su varita actuó por sí sola. Sintió que la mano se le arrastraba como por un gran imán y vio un chorro de fuego dorado a través de sus párpados medio cerrados. Escuchó un "crack" y un grito de furia. El Mortífago restante dio un alarido; Voldemort gritó -¡NO!- De alguna manera, Harry encontró su nariz a una pulgada del botón del fuego de dragón. Le dio un puñetazo con la mano que no tenía la varita y la moto disparó más llamaradas al aire, precipitándose directamente hacia el suelo.

- ¡Hagrid! -llamó Harry, sosteniéndose en la moto por su vida-. Hagrid. ¡*Accio Hagrid*!

La moto aceleró, chupada hacia el suelo. Harry no podía ver nada más que luces distantes que se acercaban cada vez más: iba a chocar y no había nada que pudiera hacer al respecto. De detrás de él vino otro grito:

- Tu varita Selwyn, ¡dame tu varita!

Sintió a Voldemort antes de verlo. Mirando de reojo, se fijó en los ojos rojos y estuvo seguro que iba a ser lo último que iba a ver en su vida: Voldemort preparándose para maldecir una vez más...

Y entonces Voldemort desapareció. Harry miró hacia abajo y vio a Hagrid desparramado con los brazos abiertos en el suelo donde él estaba por caer. Tiró fuertemente del manubrio para evitar pisarlo, buscó a tientas el freno, pero con un estrépito ensordecedor se estrelló en un estanque lodoso, haciendo temblar el piso.

Capitulo Cinco
Guerrero caído

-¿Hagrid?

Harry luchó por levantarse de las ruinas de metal y cuero que lo rodeaban, sus manos se hundieron centímetros en el agua lodosa cuando trataba de levantarse. No podía entender adonde había ido Voldemort y esperaba que surgiera de la oscuridad en cualquier instante. Algo cálido y húmedo resbalaba por su barbilla desde su frente. Gateó fuera del charco y tropezó contra una masa oscura en el suelo que resultó ser Hagrid.

-¿Hagrid? Hagrid, háblame.

Pero la masa oscura no se movió.

-¿Quién está ahí? ¿Es Potter? ¿Eres Harry Potter?

Harry no reconoció la voz del hombre. Entonces gritó una mujer.

-¡Chocaron! ¡Ted! ¡Chocaron en el jardín!

La cabeza de Harry daba vueltas.

-Hagrid –repitió estupidamente y sus rodillas flaquearon.

Lo siguiente que supo fue que estaba acostado en lo que parecía algo acolchado, con una sensación de quemazón en sus costillas y su brazo derecho. El diente que le faltaba había crecido de nuevo. La cicatriz de su frente seguía palpitándole.

-¿Hagrid?

Abrió sus ojos y vio que estaba acostado en un sillón en una sala desconocida a la luz de la lampara. Su mochila estaba en el suelo a corta distancia, húmeda y embarrada. Un hombre rubio, de abdomen abultado, miraba ansiosamente a Harry.

-Hagrid esta bien, hijo – dijo el hombre- mi mujer lo está viendo ahora. ¿Cómo te sientes? ¿Algo más que esté roto? He arreglado tus costillas, tu diente y tu brazo. Por cierto, soy Ted. Ted Tonks, el padre de Dora.

Harry se sentó demasiado rápido. Las luces estallaban delante de sus ojos y se sentía enfermo y mareado.

-Voldemort.

-Tranquilo –dijo Ted Tonks colocándole una mano sobre el hombro y empujándolo de nuevo al colchón-. Tuviste un choque bastante feo. De todas formas, ¿Qué es lo que pasó? ¿Algo de la motocicleta no funcionaba bien? ¿Arthur Weasley se sobrepasó de nuevo, él y sus cosas muggles?

-No –dijo Harry, y su cicatriz latió como una herida abierta - Mortifagos, muchos de ellos… nos persiguieron

-¿Mortifagos? –dijo Ted agudamente – pensé que no sabían a donde ibas a ser transferido esta noche, pensé…

-Lo sabían, -dijo Harry.

Ted Tonks miró hacia el techo como si pudiera ver a través de él hacia al cielo.

-Bueno, todos conocemos bien nuestros encantamientos protectores, ¿no es así? No puede alcanzarnos a cien yardas a la redonda.

Entonces Harry comprendió por qué Voldemort se había desvanecido, en el punto donde la motocicleta traspasó la barrera de los encantamientos de la Orden. Solo esperaba que pudieran seguir trabajando: imaginaba a Voldemort, cien yardas arriba de donde ellos estaban hablando, buscando una manera de penetrar lo que Harry veía como una gran burbuja transparente.

Bajó sus piernas del sillón, necesitaba ver a Hagrid con sus propios ojos antes de que pudiera creer que estaba vivo. Apenas había alcanzado a pararse cuando la puerta se abrió y Hagrid se metió por ella, con su cara cubierta de barro y sangre y renqueando un poco, pero milagrosamente vivo.

-¡Harry!

Tirando dos mesas dedicadas y una planta asiática, cubrió el trecho entre ellos en dos zancadas y sometió a Harry a un abrazo que casi le rompió sus recién reparadas costillas.

-Demonios Harry, ¿cómo salimos de eso? Creí que estábamos muertos.

-Si, yo también. No puedo creer…

Harry se interrumpió. Acababa de notar a la mujer que entró en la habitación detrás de Hagrid.

-¡TU! –gritó, y hurgó en su bolsillo con la mano, pero estaba vacío.

-Tu varita esta aquí, hijo –dijo Ted, colocándola en la mano de Harry- Cayó junto a ti, la recogí… y a quien estás gritándole es mi mujer.

-Oh, yo… lo siento.

A medida que caminaba por la habitación, la semejanza de la señora Tonks con su hermana Bellatrix se volvía menos pronunciada, su cabello era un suave marrón claro y sus ojos eran más anchos y amables. De todas formas se veía desdeñosa después de la exclamación de Harry .

-¿Qué le pasó a nuestra hija? –preguntó- Hagrid dijo que fueron emboscados, ¿dónde está Nymphadora?

-No lo sé –dijo Harry – no sé que le paso a ninguno de los otros.

Ella y Ted intercambiaron miradas. Una mezcla de miedo y culpa llenaron a Harry cuando vio sus expresiones, si alguno de los otros había muerto era su culpa, toda su culpa. El había estado de acuerdo con el plan, les había dado su cabello…

-El traslador –dijo, recordando todo de repente – tenemos que volver a la Madriguera y enterarnos –podremos enviarles noticias, o… o Tonks lo hará, una vez que ella…

-Dora estará bien, Dromeda –dijo Ted- Ella sabe defenderse, ha estado en muchas batallas con los Aurores. El traslador está por aquí –agregó- se supone que parta en tres minutos, si quieren tomarlo.

-Si, queremos –dijo Harry. Alcanzó su mochila y la colgó en su hombro- yo…

Miro a la señora Tonks, queriendo disculparse por el estado de miedo en que la había dejado, sintiéndose totalmente responsable, pero no se le ocurrían palabras que no fueran falsas y superficiales

-Le diré a Tonks, Dora que mande noticias cuando ella… gracias por curarnos, gracias por todo, yo…

Se alegró de dejar la habitación y siguió a Ted Tonks a través de un pasillo corto hacia una habitación.

Hagrid venía tras ellos, agachándose un poco para evitar golpearse la cabeza con el dintel de la puerta.

-Ahí tienes hijo, ese es el traslador.

El señor Tonks apuntaba a un cepillo de metal pequeño que estaba en la mesa de noche.

-Gracias –dijo Harry adelantándose para poner un dedo en el, listo para irse.

-Esperen un momento –dijo Hagrid, mirando alrededor -Harry, ¿donde esta Hedwig?

-Le… le pegó un hechizo –dijo Harry.

La comprensión lo cubrió: estaba avergonzado de si mismo mientras las lagrimas le picaban en los ojos. La lechuza había sido su compañía, su único vinculo con el mundo mágico siempre que era forzado a regresar con los Dursleys.

Hagrid levanto su enorme mano y lo palmeó en el hombro con pesar.

-No importa –dijo bruscamente, - tuvo una buena vida.

-¡Hagrid!- dijo Ted Tonks alarmado, mientras el cepillo resplandecía azul brillante, y Hagrid llegó a poner su dedo justo a tiempo.

Con un tirón en el torax como si un gancho con una soga invisible lo hubiera arrastrado hacia delante, Harry fue empujado hacia la nada girando incontrolablemente con su dedo pegado al traslador mientras que él y Hagrid se alejaban del señor Tonks. Un segundo después, los pies de Harry llegaron a tierra firme y cayó con las manos y las rodillas en el jardín de la madriguera. Oyó gritos. Echando a un

lado el ya no brillante cepillo Harry se paró sacudiéndose levemente y vio a la señora Weasley y a Ginny corriendo escaleras abajo por la puerta de atrás mientras Hagrid, que también se había caído al aterrizar, se ponía trabajosamente de pie.

-¿Harry? ¿Eres el verdadero Harry? ¿ Que pasó? ¿Dónde están los otros? –gimió la señora Weasley.

-¿Qué quiere decir? ¿Acaso nadie ha regresado?–jadeó Harry .

La respuesta estaba claramente plasmada en la cara pálida de la señora Weasley.

-Los mortifagos estaban esperándonos –le dijo Harry– estábamos rodeados en el momento que despegamos… ellos sabían que iba a ser esta noche… no se que le ha pasado a los otros, cuatro de ellos nos perseguían, era todo lo que podíamos hacer para escapar, y después Voldemort se topó con nosotros.

Podía escuchar el tono de justificación en su voz, suplicando que ella entendiera por qué no sabía lo que había pasado con sus hijos, pero…

-Gracias a Dios que estás bien –dijo – envolviéndolo en un abrazo que no sentía merecer.

-No tienes algo de brandy, ¿o si, Molly?- preguntó Hagrid levemente agitado –¿Como remedio medicinal?

Ella podría haberle conjurado uno pero al apurarse a ir hacia la torcida casa, Harry se dio cuenta que quería esconderse. Se volvió hacia Ginny quien respondió de inmediato su silenciosa súplica por información.

-Ron y Tonks deberían haber regresado primero pero perdieron su traslador, volvió sin ellos - dijo, señalando una vieja lata de aceite que estaba en el jardín a su lado. Y esa –señaló una vieja zapatilla- debería haber sido de papá y de Fred, se suponían que eran segundos. Tu y Hagrid eran terceros y –consultó su reloj – si lo lograron, George y Lupin deberían regresar en un minuto.

La señora Weasley reapareció trayendo una botella de brandy, que le extendió a Hagrid. La descorchó y se la tomó toda de un trago.

-¡Mamá! -grito Ginny señalando una mancha a varios pies de distancia.

Una luz azul había aparecido en la oscuridad: crecía más grande y brillante y Lupin y George aparecieron, girando y después cayendo. Harry supo inmediatamente que algo malo pasaba: Lupin estaba sosteniendo a George, quien estaba inconsciente y con la cara cubierta en sangre.

Harry corrió y agarró las piernas de George. Juntos, él y Lupin llevaron a George dentro de la casa y a través de la cocina a la sala, donde lo dejaron en el sofá. Mientras la luz de la lámpara caía sobre la cabeza de George, Ginny gimió y el estómago de Harry se revolvió: una de las orejas de George no estaba. El lado de la cabeza y el cuello estaban inundados en una sangre escarlata húmeda e impactante.

Apenas la señora Weasley se había inclinado sobre su hijo Lupin agarró a Harry del brazo y lo arrastró, no muy gentilmente, de nuevo a la cocina donde Hagrid todavía estaba tratando de sacar su cuerpo por la puerta trasera.

-¡Oye! -dijo Hagrid indignado- ¡suéltalo! ¡Suelta a Harry!

Lupin lo ignoró.

-¿Qué criatura estaba en una esquina la primera vez que Harry Potter visitó mi despacho en Hogwarts? –dijo, dándole a Harry una pequeña sacudida- ¡Contéstame!

-Un grindylow, en un tanque ¿no es así?

Lupin soltó a Harry y se apoyó contra un mueble de la cocina

-¿Qué fue eso? –rugió Hagrid.

-Lo siento, Harry, pero tenía que verificar -dijo Lupin concisamente-. Hemos sido traicionados. Voldemort sabía que ibas a ser trasladado esta noche y las únicas personas que pudieron haberle dicho estaban directamente involucradas en el plan. Podrías haber sido un impostor.

-Entonces porque no estás verificándome a mi- espetó Hagrid, todavía peleando con la puerta.

-Eres mitad-gigante –dijo Lupin mirando hacia arriba a Hagrid.- La poción multijugos está diseñada solo para uso de humanos.

- Nadie de la Orden le hubiera dicho a Voldemort que iban a moverme esta noche –dijo Harry. La idea le parecía terrible, no podía creer que alguno de ellos... Voldemort solo se topó conmigo cerca del final, el no sabía cual era yo al principio. Si hubiera sido uno de los que sabían del plan hubiera sabido desde el principio que yo era el que estaba con Hagrid.

-¿Voldemort se topó contigo? -dijo Lupin agudamente .- ¿Qué pasó? ¿Cómo escapaste?

Harry explicó cómo los mortifagos que lo perseguían lo reconocieron cómo el verdadero Harry, cómo abandonaron la persecución, cómo debieron conjurar a Voldemort que había aparecido justo antes de que Harry y Hagrid llegaran al santuario de los padres de Tonks.

-¿Te reconocieron? ¿Pero cómo? ¿Qué hiciste?

-Yo …- Harry trato de recordar; todo el viaje parecía como una nube de pánico y confusión – Vi a Stan Shunpike… Saben, ¿el que era el conductor del autobús noctambulo? Y traté de desarmarlo a el en vez de a… bueno, no sabe lo que está haciendo ¿o si ? Debe tener el maleficio Imperius.

Lupin se veía horrorizado.

-Harry, ¡el tiempo para usar encantamientos de desarme ya pasó! ¡Estas personas están tratando de capturarte y matarte! Por lo menos atúrdelos si no estas preparado para matar!

-¡Estábamos volando a cientos de metros ! Stan no es él, y si lo hubiera aturdido ¡se hubiera caído hubiera muerto igual que si hubiera usado un Avada Kedavra! Expelliarmus me salvo de Voldemort dos años atrás –agregó Harry desafiante. Lupin recodaba a Zacharias Smith de Hufflepuff, quien se había burlado de Harry por haberle querido enseñar al Ejercito de Dumbledore cómo desarmar.

-Si, Harry, -dijo Lupin con un dejo de tristeza – ¡y un gran número de mortifagos fueron testigos de lo que pasó! Perdóname pero fue un movimiento bastante inusual, bajo la amenaza inminente de la muerte. ¡Repetirlo esta noche para los mortifagos que también presenciaron la otra vez o escucharon de la primera ocasión fue casi suicida!

-¿Entonces piensas que debería haber matado a Stan Shunpike? –dijo Harry enojado.

-Claro que no - dijo Lupin, -pero los mortifagos, y francamente, la mayoría de la gente, hubiera esperado que contraatacaras! Expelliarmus es un hechizo útil, Harry, pero los mortifagos parecen pensar que es tu movida clásica y yo te aconsejo que no dejes que lo sea!

Lupin estaba haciendo que Harry se sintiera como un idiota, pero aun así había un dejo de desafío dentro de él.

-No sacaré a las personas fuera de mi camino solo porque están ahí –dijo Harry – Ese es el trabajo de Voldemort.

Lupin no replicó, Hagrid finalmente ganó su lucha con la puerta, se trepó a una silla y se sentó, la silla se derrumbo bajo él. Ignorando sus maldiciones y disculpas mezcladas, Harry se dirigió a Lupin de nuevo.

-¿George estará bien?

Toda la frustración de Lupin con Harry pareció irse con la pregunta

-Creo que si, aunque no hay posibilidad de reemplazar su oreja, no cuando ha sido maldecida…

Se escuchó un tumulto afuera. Lupin se abalanzó a la puerta trasera, Harry saltó sobre las piernas de Hagrid y se dirigió rápidamente al jardín.

Dos figuras aparecieron en el jardín, mientras Harry corría hacia allí se dio cuenta que eran Hermione, ahora volviendo a su aspecto original, y Kingsley, ambos sostenían un gancho doblado, Hermione se arrojó a los brazos de Harry, pero a Kingsley no pareció agradarle mucho el hecho de ver a todos ellos. Por arriba del hombro de Hermione, Harry lo vio alzar su varita y apuntar al pecho de Lupin.

-¿Cuáles fueron las ultimas palabras que Albus Dumbledore nos dijo?

- Harry es la mejor esperanza que tenemos. Confiemos en él. –dijo Lupin calmadamente.

Kingsley volteó con su varita apuntando a Harry, pero Lupin dijo:

- Es él, ya lo he comprobado.

-¡Muy bien, muy bien! -dijo Kingsley, guardando su varita en su capa – ¡pero alguien nos traicionó! ¡Sabían, sabían que era esta noche!

-Así parece –replicó Lupin, -pero aparentemente no se dieron cuenta que iban a haber siete Harrys.

-Poco consuelo – gruñó Kingsley.- ¿quién más ha regresado?

-Solo Harry, Hagrid, George, y yo.

Hermione sofocó un leve quejido con su mano.

-¿Qué les pasó a ustedes? –preguntó Lupin a Kingsley.

-Seguidos por cinco, herimos a dos, probablemente matamos a uno – recitó Kingsley- y también vimos a Ya-Sabes-Quien, se unió a la persecución en la mitad del camino pero se desvaneció bastante rápido. Remus, el podía …

-Volar –aportó Harry. –Yo también lo vi, vino detrás de mi y de Hagrid.

-Entonces es por eso que se había ido, para perseguirte! -dijo Kingsley -No podía entender por qué se había desvanecido! Pero ¿Qué fue lo que lo hizo cambiar de objetivo?

–Harry se comportó muy amable con Stan Shunpike -dijo Lupin.

-¿Stan? -repitió Hermione. – Pero pensé que estaba en Azkaban

Kingsley dejó escapar una risa sarcástica.

-Hermione, obviamente ha habido una fuga en masa que el Ministerio ha encubierto. La capa de Travers se deslizó cuando lo maldije, se supone que también estaba dentro. Pero qué les pasó a ustedes, ¿ Remus? ¿Dónde está George?

-Ha perdido una oreja –dijo Lupin.

-Perdido una … - repitió Hermione con voz aguda.

-Trabajo de Snape -dijo Lupin.

-¿*Snape?* –gritó Harry. –No habías dicho…

-Perdió su capa en la persecución. Sectumsempra siempre fue una especialidad de Snape. Desearía poder decir que le devolví el golpe pero todo lo que pude hacer fue para mantener a George en la escoba después del golpe, estaba perdiendo mucha sangre.

Los cuatro se quedaron en silencio mientras miraban al cielo. No había señal de movimiento, las estrellas estaban ahí, sin titilar, indiferentes, sin ser opacadas por sus amigos voladores. ¿Dónde estaba

Ron? ¿Dónde estaban Fred y el señor Weasley? ¿Dónde estaban Bill, Fleur, Tonks, Ojoloco y Mundungus?

-Harry, ¡danos una mano! –llamó Hagrid roncamente desde la puerta donde se había atrancado de nuevo. Satisfecho de tener algo que hacer, Harry lo empujó liberándolo, yendo hacia la cocina vacía y volviendo a la sala donde la señora Weasley y Ginny todavía estaban atendiendo a George. La señora Weasley había remendado su herida y bajo la luz de la lámpara Harry vio un agujero limpio donde antes había estado la oreja de George.

-¿Cómo está?

La señora Weasley miró alrededor y dijo:

No puedo hacer que crezca de nuevo, no cuando ha sido quitada con Magia Negra. Pero podría haber sido mucho peor… esta vivo.

-Si, -dijo Harry.- Gracias a Dios.

-¿Escuché algo en el jardín? - preguntó Ginny .

- Hermione and Kingsley, -dijo Harry.

-Gracias a Dios –susurró Ginny. Se miraron uno al otro. Harry quería abrazarla, tenerla con él, no le importaba que la señora Weasley estuviera ahí, pero antes de que pudiera actuar impulsivamente hubo un estrépito proveniente de la cocina.

-Probaré quien soy, Kingsley, después de que haya visto a mi hijo, ¡ahora apártate si sabes lo que te conviene!

Harry nunca antes había escuchado al señor Weasley gritar así. Se precipitó a la sala, su cabeza calva brillando por el sudor, con sus anteojos torcidos, con Fred justo atrás de él, los dos pálidos pero sin heridas.

-¡Arthur! – sollozó la señora Weasley. –¡Oh, gracias a Dios!

-¿Cómo está?

El señor Weasley se dejó caer de rodillas ante George. Por primera vez desde que lo conocía, Fred parecía haberse quedado sin palabras. Dio vuelta detrás del respaldo del sillón mirando la herida de su gemelo como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Tal vez por el sonido de la llegada de Fred y su padre, George se revolvió.

-¿Cómo te sientes, Georgie? –susurró la señora Weasley.

Los dedos de George buscaron el lado de la cabeza.

-Como un santo -murmuró.

-¿Qué le pasa? – bramó Fred aterrado –¿Le afectó la mente?

-Como un santo…santificado –repitió George, abriendo sus ojos y mirando a su hermano- veras… soy sangrificado. Sangrificado, Fred, ¿ lo entiendes?

La señora Weasley sollozó mas fuerte que nunca. El color asomó a la cara pálida de Fred.

-Patético,- le dijo a George.- Patético con todos los chistes que podrías hacer acerca de una oreja ¿utilizas *santo*?

-Ah bueno, -dijo George, haciendo una mueca a su llorosa madre –de todas formas ahora podrás diferenciarnos, Mamá.

Miró a su alrededor.

-Hola Harry … tu eres Harry, ¿verdad?

-Si, lo soy –dijo Harry, aproximándose al sillón.

-Bueno, al menos te tenemos de regreso y estás bien -dijo George. – ¿por qué no están Ron y Bill alrededor de mi lecho de muerte?

-Aun no han regresado, George, -dijo la señora Weasley. La mueca de George se desvaneció. Harry miró a Ginny y le indicó que lo acompañara afuera. Mientras atravesaban la cocina le dijo con una voz leve:

-Ron y Tonks deberían haber vuelto ya. No tenían un viaje muy largo. La tía Muriel no queda muy lejos de aquí.

Harry no dijo nada, había estado tratando de apartar el miedo desde que llegó a la madriguera, pero ahora lo envolvía, arrastrándose sobre su piel, tomando lugar en su pecho. Ginny tomó su mano mientras bajaban los escalones hacia el oscuro jardín.

Kingsley caminaba de un lado hacia el otro, mirando al cielo cada vez que se volteaba. A Harry le recordaba a su tío Vernon recorriendo la sala hace un millón de años. Hagrid, Hermione y Lupin estaban parados reunidos en silencio. Ninguno miró cuando Harry y Ginny se unieron a su silenciosa vigilia.

Los minutos se estiraban pareciendo años. El más leve soplido del viento los hacía saltar y correr hacia el arbusto o árbol susurrante con la esperanza de que uno de los miembros de la orden que faltaba resbalara y apareciera de entre sus hojas.

Y de pronto una escoba se materializó directamente arriba de ellos y se precipitó al suelo.

-¡Son ellos! –Gritó Hermione.

Tonks aterrizó con un largo resbalón que expidió tierra y piedras por todas partes.

-¡Remus! -lloró Tonks mientras se precipitó de la escoba a los brazos de Lupin.

Su cara estaba blanca: parecía que no podía hablar, Ron llegó zigzagueando a donde estaban Harry y Hermione.

-Están bien –murmuró antes de que Hermione volara hacia él y le diera un fuerte abrazo –Pensé, pensé...

– ..stoy bien, dijo Ron palmeándola en la espalda – ..stoy bien

–Ron estuvo genial, dijo Tonks cálidamente, reafirmándose apoyada en Lupin –Maravilloso. Aturdió a uno de los mortifagos, justo en la cabeza y cuando estás apuntando a un objetivo que se está moviendo desde una escoba volando…

- ¿Lo hiciste? - dijo Hermione, mirando a Ron con las manos todavía alrededor de su cuello

-Siempre el tono de sorpresa –dijo gruñonamente liberándose. – ¿somos los únicos que quedamos?

-No -dijo Ginny, - todavía estamos esperando a Bill y Fleur y Ojoloco y Mundungus. Voy a avisarle a mamá y a papá que estás bien, Ron.

Fue corriendo hacia adentro.

-¿Qué fue lo que los demoró? ¿Qué pasó? Lupin sonaba enojado con Tonks.

- Bellatrix -dijo Tonks. – Me quiere tanto como quiere a Harry, Remus. Trató de matarme con todas sus fuerzas. Ojalá pudiera tenerla, se lo debo a Bellatrix. Pero definitivamente le dimos a Rodolphus . . . . después llegamos a la casa de la tía Muriel y perdimos el traslador y ella se quejaba de nosotros.

Un músculo saltaba en la quijada de Lupin. Asintió, pero parecía incapaz de decir nada más.

-¿Y que les pasó a todos ustedes? –preguntó Tonks volviéndose a Harry, Hermione y Kingsley.

Recontaron las historias de sus viajes, pero durante todo el tiempo, la ausencia continua de Bill, Fleur, Ojoloco y Mundungus parecía recaer sobre ellos como una escarcha y su mordedura helada más y más difícil de ignorar.

-Debo regresar a la calle Downing, debería haber estado allí hace una hora –dijo finalmente Kingsley, después de echarle una última mirada al cielo – Háganme saber cuando regresen.

Lupin asintió. Con un saludo a los otros, Kingsley se alejó a la penumbra acercándose a la puerta. Harry creyó oír el estallido débil de como Kingsley desaparecía apenas más allá de los límites de la madriguera.

El señor y la señora Weasley vinieron corriendo escalones abajo, con Ginny tras ellos. Ambos abrazaron a Ron antes de volverse a Lupin y Tonks.

-Gracias –dijo la señora Weasley, -por nuestros hijos

-No seas tonta, Molly, -dijo Tonks de inmediato.

-¿Como está George? –pregunto Lupin.

-¿Qué le pasa? - Saltó Ron.

-Ha perdido…

Pero el final de la oración de la señora Weasley fue ahogado en una protesta general. Un thestral había volado sobre ellos y acababa de aterrizar muy cerca. Bill y Fleur resbalaron de su parte posterior, volados por el viento pero indemnes.

-¡Bill! Gracias, gracias a Dios…

La señora Weasley corrió, pero el abrazo que Bill le dio fue superficial. Mirando directamente a su padre, dijo:

-Ojoloco está muerto.

Nadie habló, nadie se movió. Harry sintió como algo dentro de él caía, caía a la tierra dejándolo para siempre .

-Nosotros lo vimos,-dijo Bill y Fleur asintió con rastros de lagrimas que brillaban en sus mejillas a la luz de la ventana de la cocina. –Pasó justo después que rompimos el círculo, Ojoloco y Dung estaban cerca nuestro, estaban yendo también al norte. Voldemort –que podía volar- fue directo a ellos. Dung entró en pánico, lo oí llorar, Ojoloco trató de pararlo pero el maleficio de Voldemort le dio a Ojoloco de lleno en la cara, cayó hacia atrás y no hubo nada que pudiéramos hacer, teníamos como una docena de ellos en nuestra espalda –la voz de Bill se quebró.

-Por supuesto que no podían hacer nada –dijo Lupin.

Se miraron unos a los otros. Harry no podía comprenderlo. Ojoloco muerto, no podía ser… Ojoloco, tan fuerte, tan valiente, el sobreviviente consumado…

Al final pareció caer en todos, nadie dijo nada, la verdad no tenía sentido seguir esperando en el jardín más tiempo, entonces en silencio siguieron a los señores Weasley de regreso a la Madriguera, y hacia el salón donde Fred y George se estaban riendo.

-¿Qué pasó? -dijo Fred, examinando las caras a medida que iban entrando – ¿Qué ha pasado, quien está..?

-Ojoloco –dijo el señor Weasley- muerto.

Las risas de los gemelos se tornaron en muecas de shock. Nadie parecía saber qué hacer. Tonks lloraba silenciosamente en un pañuelo. Ella era cercana a Ojoloco, Harry sabía, su favorito y protector en el Ministerio de la Magia. Hagrid, quien estaba sentado en el piso en un rincón donde tenía mas espacio, se limpiaba los ojos con un mantel.

Bill fue hacia la alacena y saco un whisky de fuego y algunos vasos.

-Tomen –dijo con un movimiento de varita envió doce vasos para cada uno de ellos, sosteniendo el treceavo.- Ojoloco.

-Ojoloco –dijeron todos y tomaron.

-Ojoloco –repitió un poco mas tarde Hagrid con hipo. El whisky de fuego quemó la garganta de Harry. Parecía quemar dentro de él disipando el entumecimiento y el sentido de irrealidad con algo que era como valor.

-¿Entonces Mundungus desapareció? -dijo Lupin, quien había vaciado su vaso de un solo trago.

La atmósfera cambió de inmediato. Todos parecían tensos, mirando a Lupin, todos queriendo que continuara, así le parecía a Harry, y un poco temerosos de lo que podían llegar a escuchar.

-Se lo que están pensando –dijo Bill – y también me pregunté eso, cuando venía hacia aquí, porque parecían estar esperándonos, ¿no es así? Pero Mundungus no pudo habernos traicionado. No sabían que había siete Harrys, eso los confundió en el momento que aparecimos y en caso de que se hayan olvidado fue Mundungus el que sugirió esa artimaña. ¿Por qué no les hubiera dicho el punto escencial? Creo que Dung entró en pánico, tan simple como eso. En primer lugar no quería ir pero Ojoloco lo obligó y Tu-Sabes-Quien fue directo por ellos. Es suficiente para que cualquiera entre en pánico.

-Tu-Sabes-Quien actuó como Ojoloco suponía que iba a actuar –suspiró Tonks. Ojoloco decía que él hubiera esperado que el verdadero Harry estuviera con los Aurores más fuertes y experimentados. Persiguió a Ojoloco primero y cuando Mundungus hizo que los descubrieran cambió a Kingsley.

-Si y eso es muy bueno –saltó Fleur – *pego* aun asi no explica *pog* que sabían que estábamos moviendo a *Haggy*, ¿o si? Alguien ha sido descuidado. Alguien dejó que el dato *llegaga* a un *extragno*. Es la única explicación por la cual ellos *podgian habeg* sabido la fecha, pero no de *nuestgo* plan completo.

Contempló a todos con rastros de lágrimas en su hermoso rostro, desafiando silenciosamente a cualquiera de ellos a contradecirla. Nadie lo hizo. El silencio solo era cortado por los hipidos de Hagrid en el rincón debajo de su pañuelo.

Harry contempló a Hagrid quien había arriesgado su propia vida para salvar la suya, Hagrid a quien quería, en quien confiaba, quien una vez había sido engañado dando información crucial a cambio de un huevo de dragón…

-No –dijo Harry en voz alta y todos lo miraron sorprendidos. El whisky de fuego había amplificado su voz –quiero decir… si alguien cometió un error –continuó Harry – y dejó que algo se le escapara, se que lo hicieron sin intención. No es su culpa –repitió más fuerte de lo que hubiera hablado normalmente – Debemos confiar unos en los otros. Yo confío en todos ustedes, no creo que nadie en esta habitación alguna vez pudiera venderme a Voldemort.

Más silencio siguió a estas palabras. Todos estaban mirándolo, Harry sintió un poco de calor de nuevo y tomó más wisky de fuego para hacer algo. Mientras tomaba pensó en Ojoloco. Ojoloco siempre fue reacio a la predisposición que tenía Dumbledore de confiar en las personas.

-Bien dicho, Harry -dijo Fred inesperadamente.

-Si si si… -dijo George, echándole un vistazo a Fred, a quien se le crisparon las comisuras de la boca.

Lupin tenía una rara expresión cuando miró a Harry. Era cercana a lástima.

-Creen que soy un tonto –espetó Harry.

-No, creo que eres más como James -dijo Lupin - quién habría considerado como una deshonra el desconfiar de sus amigos.

Harry vio a dónde quería llegar: a que su padre había sido traicionado por su amigo Peter Pettigrew. Se sintió irracionalmente furioso. Quería replicar pero Lupin se alejó de él, dejó su vaso sobre la mesa y se dirigió a Bill. –Hay trabajo para hacer. Le puedo preguntar a Kingsley si…

-No -dijo Bill de inmediato –Yo lo haré, yo iré.

-¿Dónde vas? -dijeron Tonks y Fleur al unísono.

-El cuerpo de Ojoloco -dijo Lupin. –Necesitamos recuperarlo

-No pueden… - empezó la señora Weasley con una mirada apremiante a Bill.

-¿Esperar ? -dijo Bill –¡No a menos que quieras que los mortifagos lo agarren!

Nadie habló. Lupin y Bill dijeron adiós y se fueron.

El resto de ellos se dejó caer en las sillas, excepto Harry que permaneció de pie.
La premura y plenitud de la muerte estaban con ellos como una presencia.

-Tengo que irme también -dijo Harry.

Diez pares de ojos atónitos se volvieron hacia él.

-No seas tonto, Harry,-dijo la señora Weasley- ¿de qué estás hablando?

-No me puedo quedar aquí.

Se frotó su frente; le ardía otra vez, no le había dolido tanto desde hacía más de un año.

-Todos ustedes están en peligro mientras estoy aquí. No quiero…

-¡Pero no seas tan tonto! -dijo la señora Weasley.- El punto de todo esto fue hacerte llegar hasta aquí con seguridad y gracias al cielo que funcionó. Y Fleur aceptó casarse aquí en vez de hacerlo en Francia, arreglamos todo para que pudiéramos mantenernos unidos y cuidar de ti…

Ella no entendía, estaba haciéndolo sentir peor, no mejor.

-Si Voldemort se entera que estoy aquí…

-¿Porque habría de hacerlo?

-Hay decenas de lugares donde podrías estar ahora Harry –dijo el señor Weasley.-No tiene forma de saber en qué casa segura estas.

-¡No es por mi que estoy preocupado! -dijo Harry.

-Lo sabemos –dijo calmadamente el señor Weasley – pero nuestros esfuerzos no habrían tenido sentido si te fueras.

-No vas a ningún lado –gruñó Hagrid. –Demonios, Harry, ¿después de todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí?

-Si, ¿y qué hay acerca de mi oreja sangrante? –dijo George, alzándose para arriba en sus almohadones.

-Ya se que…

-Ojoloco no hubiera querido.

-¡LO SE! –explotó Harry.

Él se sentía cercado y chantajeado: ¿Acaso pensaron que no sabía lo que habían hecho por él, ellos no entendían que era precisamente por esa razón que deseaba irse, antes de que tuvieran que sufrir más por él?. Hubo un silencio largo e incómodo en el cual su cicatriz continuó ardiéndole y latiendo, y el cual fue quebrado al fin por la señora Weasley.

-¿Dónde está Hedwig, Harry?-dijo con voz melosa.-Podemos ponerla con Pidwidgeon y darle algo para comer.

Sus interior se apretó como un puño. No podría decirle la verdad. Bebió el último trago de su whisky de fuego para evitar contestar.

-Espera hasta que se sepa que lo hiciste otra vez, Harry -dijo Hagrid.- Escapaste, luchaste con el cuando estaba justo encima de ti.

-No era yo- dijo Harry sin emoción. -Era mi varita. Mi varita actuaba por cuenta propia.- Después de algunos momentos, Hermione dijo suavemente

-Pero eso es imposible, Harry. Quieres decir que hiciste magia sin quererlo; reaccionaste por instinto.

-No- dijo Harry –La moto estaba cayendo, no podía decir donde estaba Voldemort pero mi varita dirigió mi mano y lo encontró y le lanzó un hechizo, ni siquiera era un hechizo que yo conocía. Anteriormente, nunca había aparecido llamas doradas.

-Frecuentemente –dijo el señor Weasley, -cuando estás en una situación bajo presión puedes hacer magia con la que nunca hubieras soñado. Algunos niños lo hacen, antes de ser entrenados …

-No era asi -dijo Harry entre dientes. Su cicatriz estaba quemándole. Se sentía furioso y frustrado, odiaba la idea que estuvieran imaginando que tenia un poder equivalente al de Voldemort

Nadie dijo nada. Él sabía que no le habían creído. Ahora que lo recordaba, nunca había oído hablar de una varita que realizaba magia con sus propios medios antes. Su cicatriz se chamuscó con el dolor, era todo lo que podía hacer para no gemir en voz alta. Murmurando sobre el aire fresco, dejó su vaso y abandonó el cuarto.

A medida que cruzó el jardín, el gran thestral esquelético miró hacia arriba, crujió sus alas enormes de murciélago y después continuó comiendo pasto. Harry paró en la puerta en el jardín, mirando fijamente hacia afuera sus plantas muy crecidas, frotando su frente pulsante y pensando en Dumbledore.

Dumbledore le habría creído, lo sabía. Dumbledore habría sabido cómo y porqué había actuado la varita de Harry independientemente, porque Dumbledore tenía siempre las respuestas; él sabia sobre varitas, había explicado a Harry la conexión extraña que existía entre su varita y Voldemort. Pero Dumbledore, como Ojoloco, como Sirius, como sus padres, como su pobre lechuza, todos fueron a donde Harry nunca podría hablar con ellos otra vez. Sentía una quemazón en su garganta que no tenía nada que ver con el whisky de fuego.

Y entonces, sin previo aviso, el dolor en su cicatriz enarboló. Mientras él se agarró la frente y cerró los ojos, una voz gritaba dentro de su cabeza.

-¡Me dijiste que el problema era solucionado usando la varita de otra persona!

Y en su mente estalló la visión de un hombre anciano que yacía en harapos sobre un piso de piedra, gritando, un grito largo y horrible, un grito de agonía interminable.

-¡No! ¡No! Le ruego, yo le ruego…

- ¡Mentiste al Señor Voldemort, Ollivander!

-No. Juro que no lo hice…

-Intentaste ayudar a Potter ¡ayudarlo a escaparse de mi!

-Juro que no lo hice. Creí que una varita diferente funcionaría…

-Explica, entonces, qué sucedió. ¡La varita de Lucius fue destruida!

-No puedo entender… La conexión… existe solamente… entre sus dos varitas.

-¡Miente!

-Por favor. Le ruego….

Y Harry vio la mano blanca levantar su varita y sentía la oleada de cólera viciosa de Voldemort, vio al viejo frágil desfalleciente de agonía…

- ¿Harry?

La visión se fue tan rápido como había llegado, Harry se quedó temblando en la oscuridad , agarrando la puerta del jardín, su corazón acelerado, con su cicatriz latiendo. Le tomó varios momentos antes de que se diera cuenta que Ron y Hermione estaban a su lado.

-Harry vuelve a la casa- susurró Hermione - ¿no estarás todavía pensando en irte?

-Sí, tienes que quedarte, amigo -dijo Ron, golpeando pesadamente a Harry en la espalda.

-¿Estás bien? -Hermione preguntó lo bastante cerca como para mirar a Harry en la cara. – Te ves terrible.

-Bueno -dijo Harry sacudiéndose- probablemente me veo mejor que Ollivander.

Cuando terminó de contarles lo que había visto, Ron parecía apabullado, pero Hermione realmente aterrorizada.

-¡Pero se supone que debería haber parado! ¡Tu cicatriz … no se supone que debería seguir haciendo esto! No debes dejar que la conexión se abra otra vez… ¡Dumbledore quería que cerraras tu mente!

Cuando él no contestó, ella agarró su brazo.

-¡Harry, él está asumiendo el control del Ministerio y los periódicos y la mitad del mundo de Mágico! ¡No lo dejes entrar dentro de tu cabeza también!

Capítulo Seis
El Ghoul en Pijama

El trauma de perder a Ojo Loco estuvo presente en la casa los siguientes días, Harry seguía esperando verlo entrar cojeando por la puerta trasera, como al resto de los miembros de la Orden, quienes entraban y salían para intercambiar noticias. Harry sentía que sólo algo de acción mitigaría su pena y sentimiento de culpa y que debía iniciar su misión para encontrar y destruir los Horcruxes tan pronto como fuera posible.

-Bueno no puedes hacer nada acerca de los… Horcruxes,- Susurró Ron- hasta que tengas 17. Aun tienes esa marca sobre ti. Pero podemos planear aquí tan bien como en cualquier otro lado ¿verdad? Oh.- Comenzó a susurrar- ¿Acaso ya sabes donde están los ya sabes que?

-No- reconoció Harry.

-Creo que Hermione ha estado investigando un poco- dijo Ron,- dijo que estaba esperando a que tú llegaras.

Estaban sentados en el desayunador. El Sr. Weasley y Bill se acababan de ir a trabajar. La Sra. Weasley había subido a despertar a Hermione y Ginny, mientras Fleur se había ido a dar una ducha.

-El monitoreo dejará de funcionar el treinta y uno- dijo Harry. -Eso significa que sólo necesito permanecer aquí cuatro días. Entonces podré…-

-Cinco días lo corrigió Ron.- Tenemos que quedarnos para la boda. Ellas nos matarán si faltamos.

Harry entendió que "ellas" significaba Fleur y la sra. Weasley.

-Es un día más.- dijo Ron, cuando Harry lo miró impaciente.

-¿No se dan cuenta de lo que es importante?

-Claro que no- dijo Ron. Ellas no tienen idea, y ahora que lo mencionas, querría hablar contigo al respecto.

Ron miró en dirección de la puerta hacia el salón para asegurarse que la Sra. Weasley no regresaba aún y entonces se inclinó hacia Harry.

-Mamá ha estado intentando hacernos hablar a Hermione y a mí, y casi lo logra.

-Ahora lo intentará contigo, así que mantente firme. Papá y Lupin también preguntaron, pero cuando les dijimos que Dumbledore te dijo que no se lo contaras a nadie excepto a nosotros, entonces desistieron. Pero mamá no. Ella esta muy determinada.

La predicción de Ron se volvió realidad en unas horas. Poco antes del almuerzo, la Sra. Weasley separó a Harry de otros pidiéndole que le ayudara a identificar un calcetín que pensaba había salido de la mochila de Harry. Una vez que lo tuvo arrinconado en la seguridad de la cocina comenzó.

-Ron y Hermione parecen pensar que ustedes tres no regresarán a Hogwarts, comentó en tono casual.

-¡Oh!- Dijo Harry. -Pues si, así es.

Los rodillos de la secadora giraron por si mismos en una esquina, exprimiendo lo que parecía uno de los chalecos del Sr. Weasley.

-Puedo preguntar ¿por qué abandonarán su educación?- Dijo la Sra. Weasley.

-Pues Dumbledore me dejó… cosas por hacer.- Murmuró Harry. -Ron y Hermione lo saben, y quieren acompañarme.

-¿Qué clase de "cosas"?

-Lo siento, no puedo…

-¡Pues, francamente, pienso que Arthur y yo tenemos derecho a saber y estoy segura que el Sr. y la Sra. Granger estarán de acuerdo!- dijo la Sra. Weasley. Harry había temido sobre la táctica de "los padres preocupados". Se obligó a sí mismo a mirarla directo a los ojos, notando cuando lo hizo que eran exactamente del mismo tono de café que los de Ginny. Lo cual no ayudó.

-Dumbledore no deseaba que nadie más supiera Sra. Weasley, lo siento Ron y Hermione no tienen que venir, es su elección.

-¡No veo que tú tengas que ir tampoco!- Dijo repentinamente haciendo a un lado las apariencias.

-¡Apenas tienen edad, todos ustedes! Es una absoluta insensatez, si Dumbledore necesitaba que se hiciera algo ¡tenía a toda la Orden a su disposición! Harry, debes haberlo mal interpretado.

-Probablemente te estaba diciendo algo que se debía hacer y tú entendiste como que lo debías de hacer tú.

-Yo no entendí mal.- Dijo Harry enfáticamente. -Tengo que ser yo.

Entonces le regresó el calcetín que se suponía debía buscar el cual tenia dibujadas algas marinas doradas.

-Y esto no es mo. Yo no apoyo al Puddlemere united.

-Oh, claro que no.- Dijo la Sra. Weasley con un repentino y de cierta forma determinado cambio a su tono casual. -Debí haberlo sabido. Bien Harry mientras te tengamos aquí ¿no te importará ayudar con los preparativos de la boda de Bill y Fleur verdad? Aun hay tanto por hacer.

-No, claro que no- dijo Harry desconcertado por el repentino cambio en el tema.

-Muy amable de tu parte- dijo y sonrió mientras se alejaba del fregadero.

Desde ese momento la Sra. Weasley mantuvo a Harry, Ron y Hermione tan ocupados con los preparativos de la boda que difícilmente tenían tiempo para pensar. La explicación más amable para este comportamiento hubiera sido que la Sra. Weasley quería distraerlos a todos de pensar en Ojo Loco y los horrores de su reciente viaje. Después de dos días de limpiar cubiertos sin parar, de favores que consistían en combinar colores de listones con flores, de desgnomizar el jardín y ayudar a la Sra. Weasley a cocinar grandes cantidades de canapés, Harry empezó a sospechar que ella tenía un motivo diferente. Todas las tareas que les asignaba parecían mantenerlo a él, Ron y Hermione separados uno de otro; Harry no había tenido oportunidad de hablar con los dos a solas desde la primera noche, cuando les había contado que Voldemort había torturado a Ollivander.

-Creo que mamá piensa que si puede impedir que ustedes tres se junten y hagan planes al menos podrá retrasar su partida.- Le dijo Ginny a Harry en voz baja mientras preparaban la mesa para la cena en la tercera noche de su llegada.

-¿Y después que piensa que va a suceder? – murmuró Harry – ¿Que tal vez alguien más asesinará a Voldemort mientras ella nos mantiene aquí haciendo empanadas de carne?

Había hablado sin pensar y vio que la cara de Ginny palideció.

-Así que es verdad- dijo ella. -¿Eso es lo que intentas hacer?-

-Yo… no, estaba bromeando- dijo Harry evasivamente.

Se miraron fijamente uno al otro y había algo más que preocupación en la expresión de Ginny. Repentinamente Harry estuvo consiente que esta era la primera ocasión que estaba a solas con ella desde aquellas horas pasadas a solas en los terrenos de Hogwarts. Estaba seguro que ella también lo estaba recordando. Ambos brincaron cuando la puerta se abrió y el Sr. Weasley, Kingsley y Bill entraron.

Usualmente se les unían otros miembros de la orden para cenar ahora que la madriguera había reemplazado al numero doce de Grimmauld Place como Cuartel General. El Sr. Weasley había explicado que después de la muerte de Dumbledore, su guardián secreto, cada una de las personas a las que Dumbledore les había confiado la ubicación de Grimmauld Place se había convertido en guardián secreto a su vez.

-Y como hay cerca de veinte de nosotros, eso diluye grandemente el poder del encantamiento Fidelius. Veinte oportunidades para los mortifagos de averiguar el secreto. No podemos esperar que durara más tiempo.

-Pero seguramente Snape ya les habrá dicho la dirección a los mortifagos ¿no?- Preguntó Harry.

-Bueno, Ojo Loco puso un par de maldiciones contra Snape en caso de que regresara por ahí de nuevo. Esperamos que ambas sean lo suficientemente fuertes para mantenerlo fuera y cerrar su boca en caso que quiera hablar acerca del lugar, pero no podemos estar seguros. Hubiera sido una locura seguir usando el lugar como Cuartel General ahora que su protección se ha vuelto tan inestable.

La cocina estaba tan llena esa noche que era difícil maniobrar cuchillos y tenedores. Harry se encontró apretujado a un lado de Ginny; las cosas sin decir que habían pasado entre ellos hicieron que

Harry deseara que hubieran quedado más separados. Harry trataba tan desesperadamente de no rozar su brazo que apenas si podía cortar su pollo.

-¿No hay noticias de Ojo Loco?- preguntó Harry a Bill.

-Nada.- contestó Bill.

No habían podido realizar el funeral de Moody porque Bill y Lupin no habían podido recuperar su cuerpo. Había sido difícil saber en dónde podría haber caído, dada la oscuridad y la condición de la batalla.

-El diario El Profeta no ha dicho una sola palabra acerca de su muerte o de haber encontrado su cadáver- mencionó Bill. –Pero eso no significa mucho. Ha estado muy callado estos días.

-¿Y aun no me han citado a una audiencia por toda la magia que usé para escapar de los mortifagos?- Preguntó Harry al señor Weasley quien se encontraba al otro lado de la mesa y este solo negó con su cabeza.

-¿Porque saben que no tuve otra opción o porque no quieren que le diga al mundo que Voldemort me atacó?

-La segunda, creo. Scrimgeour no quiere admitir que ya-sabes-quien es tan poderoso como lo es en realidad, ni que hubo una fuga masiva en Azkaban.

-Si ¿Por qué decirle al mundo la verdad?- dijo Harry, apretando tan fuerte su cuchillo que las borrosas cicatrices en la parte posterior de su mano derecha se hicieron visibles, blancas contra su piel. *No debo decir mentiras.*

-¿Hay alguien en el ministerio preparado para hacerle frente?- preguntó Ron enojado.

-Claro Ron, pero la gente está aterrada- contestó el Sr. Weasley – ¡Aterrados de que pueden ser los próximos en desaparecer, sus hijos los siguientes en ser atacados! Hay rumores espantosos circulando por todos lados; yo por ejemplo no creo que la profesora de estudios muggles en Hogwarts haya renunciado. No ha sido vista en semanas. Mientras tanto Scrimgeour permanece callado en su oficina, todo el día, sólo espero que esté trabajando en algún plan.

Hubo una pausa en la que la Sra. Weasley mágicamente desapareció los platos vacíos y sirvió pay de manzana.

-Debemos *decidig* cómo *estagás disfgazado* Harry- dijo Fleur una vez que todos habían terminado -*Paga* la boda- agregó, cuando Harry la miró confundido –*Clago* que ninguno de *nuestgos* invitados es mortífago, *pego* no podemos garantizar que no se les escapará algo después de haber bebido champagne.

De este comentario, Harry dedujo que ella aun sospechaba de Hagrid.

-Si, buen punto- dijo la Sra. Weasley desde la parte superior de la mesa en donde se sentó, con sus anteojos cayendo en la punta de su nariz, analizando una inmensa lista de trabajos que había escrito en un muy largo pedazo de pergamino.

-Bien Ron, ¿Has limpiado ya tu cuarto?

-¿Por qué?- exclamó Ron, azotando su cuchara y frunciendo el ceño a su madre.

-¿Por qué mi cuarto debe ser limpiado? ¡Harry y yo nos sentimos bien como esta!

-Vamos a celebrar la boda de tu hermano aquí en unos días jovencito.

-¿Y se casarán en mi recamara?- preguntó Ron furioso -¡No! Entonces por qué en el nombre de Merlin…

-No le hables a tu madre de esa manera- dijo el Sr. Weasley enérgicamente –Y haz lo que te dijo.

Ron frunció el ceño a sus padres, levantó su cuchara y se comió los últimos pedazos de pay de manzana.

-Yo puedo ayudar, algo de ese tiradero es mío- le dijo Harry a Ron, pero la Sra. Weasley los separó.

-No querido Harry, preferiría que ayudaras a Arthur a alimentar a las gallinas y Hermione estaré tan agradecida si cambias las sabanas del Sr. y la Sra. Delacour, ellos llegaran mañana a las once de la mañana.

Pero resultó que había poco que hacer con las gallinas –No hay necesidad, eeh, de contárselo a Molly- dijo el Sr. Weasley a Harry, bloqueando su acceso al cobertizo –Pero eeh, Ted Tonks me envió la mayor parte de lo que quedó de la moto de Sirius y eeh, la estoy escondiendo, quiero decir, guardando, aquí. Cosa fantástica: hay un exhaust gaskin, creo que le llaman, la batería más magnifica y será una magnifica oportunidad para descubrir como funcionan los frenos. Voy a tratar de armar todo de nuevo cuando Molly no… quiero decir cuando tenga tiempo.

Cuando regresaron a la casa, la Sra. Weasley no estaba a la vista así que Harry se deslizó escaleras arriba hacia el cuarto de Ron.

-¡Estoy limpiando, estoy! Oh, eres tú- dijo Ron aliviado, mientras Harry entraba al cuarto. Ron se recostó en la cama, de la cual evidentemente se acababa de levantar. El cuarto estaba tan revuelto como había estado toda la semana; el único cambio era que Hermione ahora estaba sentada en el lado opuesto de la habitación, su mullido gato Crookshanks a sus pies pasando entre dos enormes pilas de libros, algunos de los cuales Harry reconoció como suyos.

-Hola Harry- dijo ella, mientras él se sentaba en la cama.

-¿Y como pudiste librarte?-

-Ah, la mamá de Ron olvidó que nos pidió a Ginny y a mi que cambiáramos las sabanas ayer- dijo Hermione. Ella aventó *Numerología y gramática* en una de las pilas de libros y *El surgimiento y caída de las artes oscuras* en la otra.

-Recién hablábamos de Ojo Loco- le dijo Ron a Harry –Yo creo que tal vez sobrevivió.

-Pero Bill vio cuando lo alcanzó la maldición asesina- dijo Harry.

-Si, pero Bill también estaba siendo atacado- dijo Ron – ¿Cómo puede estar seguro de lo vio?

-Aun si la maldición asesina falló, Ojo Loco cayó como de 300 metros- dijo Hermione, ahora con *Equipos de Quidditch de Inglaterra e Irlanda* en su mano.

-Pudo haber usado un encantamiento de escudo.

-Fleur dice que su varita salió volando de su mano- dijo Harry.

-Bien, está bien, si quieren que esté muerto- dijo Ron algo molesto, golpeando su almohada para hacerla mas cómoda.

-Claro que no queremos que esté muerto- dijo Hermione, mirando espantada. – ¡Es terrible que esté muerto! ¡Pero estamos siendo realistas!

Por primera vez, Harry imaginó el cuerpo de Ojo Loco, sin vida como el de Dumbledore pero aun con ese ojo dando vueltas en su cavidad. Sintió una mezcla de repugnancia con un bizarro deseo por reír.

-Los mortifagos seguramente se ocuparon de él después, por eso es que nadie ha podido encontrarlo- dijo Ron Weasley.

-Así es- dijo Harry –como Barty Crouch, a quien convirtieron en un hueso y lo enterraron en el jardín de enfrente de Hagrid. Probablemente ellos transfiguraron a Moody y lo enterraron.

-No- chilló Hermione. Asustado, Harry la miró justo cuando ella rompía en lágrimas sobre su copia del *Silabario de Spellman*.

-Oh no- dijo Harry batallando para levantarse de la vieja cama. –Hermione, no quería asustarte-

Pero con un gran crujido de resortes, Ron se levantó de la cama y llegó a ella primero, pasó un brazo alrededor de Hermione, buscó en los bolsillos de sus pantalones y le entregó un pañuelo sucio que había usado para limpiar el horno anteriormente. Rápidamente saco su varita, apuntó al pañuelo y dijo *Tergeo.*

La varita quitó la mayor parte de la suciedad. Viéndose satisfecho consigo mismo, Ron le pasó el humeante pañuelo a Hermione.

-Oh…Gracias, Ron…Lo siento…- Se sonó su nariz y sollozó –Es que es tan, horrible, ¿No es así? Justo después de Dumbledore… yo nunca imaginé que Ojo Loco moriría ¡el parecía, tan rudo!-

-Si, lo sé- dijo Ron, dándole un apretón- Pero tú sabes lo que él nos diría si estuviera aquí.

-Alerta permanente- dijo Hermione, limpiándose los ojos.

-Eso es correcto- dijo Ron asintiendo- El nos diría que aprendiéramos de lo que le sucedió. Y lo que yo aprendí es a no confiar en ese pequeño cobarde de Mundungus.

Hermione se rió y se inclinó hacia el frente para recoger dos libros más. Un segundo después Ron había retirado su brazo del hombro de Hermione, ella había dejado caer el *Monstruoso libro de los monstruos* en su pie, el libro se había librado de sus ataduras y atacado vorazmente el tobillo de Ron.

-¡Lo siento, lo siento! - dijo Hermione mientras Harry arrancaba el libro de la pierna de Ron y lo amarraba de nuevo fuertemente.

-¿Qué estás haciendo con todos esos libros?- preguntó Ron cojeando de regreso a su cama.

-Solo trato de decidir cuales nos llevaremos- dijo Hermione- cuando estemos buscando los Horcruxes-

-Oh, claro- dijo Ron golpeando su frente con la palma de su mano- olvidé que estaremos cazando a Voldemort en una biblioteca móvil.

-Así es- dijo Hermione, hojeando el silabario de Spellman- Me pregunto… ¿Necesitaremos traducir runas? Es posible… creo que será mejor llevarlo, para estar seguros. Puso el silabario sobre la pila más grande de libros y tomó la *Historia de Hogwarts.*

-Escuchen- dijo Harry.

Se había sentado derecho- Ron y Hermione voltearon a verlo con la misma mezcla de desafío y de resignación.

-Ya se que ustedes dijeron después del funeral de Dumbledore que querían venir conmigo - empezó Harry.

- Aquí va- dijo Ron a Hermione volteando sus ojos.

- Como sabíamos que lo haría- resopló, volviéndose hacia los libros- sabes, creo que me llevaré *la Historia de Hogwarts*. Aunque no vamos a regresar ahí, no creo que me sentiría a gusto si no lo llevo conmigo.

-¡Escuchen!- dijo Harry de nuevo.

- No Harry, tu escucha- dijo Hermione- Vamos a ir contigo. Eso fue lo que decidimos hace meses, años, en realidad.

- Pero…

- Cállate- Lo aconsejó Ron.

-… ¿Están seguros que lo han pensado bien?- insistió Harry.

-Veamos- dijo Hermione, arrojando *Viajando con trolls* en la pila de libros descartados con una fiera mirada- He estado empacando por días para estar lista a partir en cuanto me digan, lo que para tu

información ha incluido hacer magia muy complicada, sin mencionar que robé toda la reserva de poción multijugos justo en las narices de la mamá de Ron.

- También he modificado la memoria de mis padres para convencerlos de que ellos se llaman Wendell y Mónica Wilkins y que la ambición de su vida es emigrar a Australia, lo cual ya han hecho. Es para hacerle más difícil a Voldemort atacarlos e interrogarlos acerca de mi o de ti, porque desafortunadamente, les he hablado mucho de ti.

- Asumiendo que sobreviva a la búsqueda de los Horcruxes, regresaré con ellos y desharé el encantamiento. Si no sobrevivo entonces, creo que he puesto un muy buen encantamiento para mantenerlos a salvo y felices. Wendell y Mónica Wilkins no recuerdan que tuvieron una hija.

Los ojos de Hermione se llenaron de lágrimas de nuevo. Ron se levantó otra vez de la cama y puso su brazo nuevamente, sobre el hombro de Hermione y miró molesto a Harry como reprochándole su falta de tacto. Harry no supo qué decir, y menos porque era muy inusual que Ron estuviera reclamando su falta de tacto.

- Hermione…yo, lo siento… Yo no sabía.-

-¿No pensaste que Ron y yo sabíamos perfectamente lo que podría pasar al ir contigo? Pues si lo sabemos. Ron, muéstrale a Harry lo que has hecho.-

- No, apenas ha comido- dijo Ron.

-Vamos, él necesita saber.

-Oh, está bien. Harry ven aquí.

- Por segunda ocasión Ron retiró su brazo de Hermione y caminó desganadamente hacia la puerta.

- Vamos.-

-¿Por qué? Preguntó Harry, siguiendo a Ron fuera de la habitación hacia el pequeño pasillo.

- *Descendo*- murmuró Ron, apuntando su varita hacia el techo. Una abertura apareció justo sobre sus cabezas y una escalera se deslizó hasta sus pies. Un horrible sonido, mitad quejido salió de la abertura, junto con un desagradable olor a drenaje.

- Ese es tu ghoul ¿no es así?- preguntó Harry, que nunca había conocido a la criatura que en algunas ocasiones interrumpía el silencio de la noche.

- Si, así es- dijo Ron subiendo las escaleras- Ven a verlo.

Harry siguió a Ron por los escalones hacia el pequeño ático. Su cabeza y hombros entraron en el cuarto antes de que pudiera tener una visión clara de la criatura arrinconada a unos metros de él, dormida en la oscuridad con su enorme boca abierta.

- Pero… Parece… ¿Es normal que los ghouls usen pijamas?-

- No- dijo Ron, ni tampoco es usual que tengan pelo rojo o esa cantidad de postulas.-

- Harry contempló al ghoul algo confundido. Era humano en cuanto a su forma y tamaño, y vestía, lo que, ahora que los ojos de Harry se habían acostumbrado a la oscuridad, eran claramente un par de las viejas pijamas de Ron. El también estaba seguro que los ghouls eran generalmente más delgados y calvos en lugar de tener pelo rojo y estar cubierto de ronchas moradas.

-Soy yo ¿lo ves?- dijo Ron.

-No- dijo Harry –Yo no.

-Te lo explicaré de regreso en el cuarto, el olor me está molestando- dijo Ron. Entonces bajaron por la escalera, la cual Ron regresó al techo y se reunieron con Hermione, quien aun estaba separando los libros.

-Una vez que nos hayamos ido, el ghoul vivirá en mi cuarto- dijo Ron –creo que realmente lo desea…Bueno es difícil de saber por que todo lo que hace es quejarse y babear…pero el mueve mucho su cabeza cuando lo mencionas. Pero no importa, el estará enfermo de spattergroit ¿Buena idea, eh?

Harry simplemente no entendía.

-¡Lo es!- dijo Ron, claramente frustrado de que Harry no hubiera entendido lo brillante de su plan –Mira, cuando nosotros tres no regresemos a Hogwarts, todos van a pensar que Hermione y yo debemos estar contigo ¿verdad? Lo que significa que los mortifagos irán directo sobre nuestras familias para averiguar en donde te encuentras.

-Pero con un poco de suerte parecerá como que yo me fui con mamá y papá, muchos hijos de Muggles están hablando de esconderse por un tiempo- dijo Hermione.

-No podemos esconder a toda mi familia, se vería sospechoso y no todos pueden dejar sus trabajos- dijo Ron –así que vamos a inventar la historia de que estoy muy enfermo de spattergroit, y que por eso no puedo regresar a la escuela. Si alguien viene a querer investigar, mamá y papá pueden mostrarles el ghoul en mi cama, cubierto de postulas. El spattergroit es muy contagioso, así que ellos no querrán acercársele. No importa que no pueda hablar tampoco, porque aparentemente no puedes una vez que el hongo se ha extendido a tu campanilla.

-¿Y tu mamá y papá saben del plan?- preguntó Harry.

-Papá sabe, él ayudó a Fred y George a transformar al ghoul. Mamá… bueno, tú has visto cómo se porta. Ella no aceptará que vayamos hasta que nos hayamos ido.

Hubo un silencio en el cuarto solo interrumpido por los leves sonidos de Hermione al continuar arrojando libros a una pila de libros u otra. Ron se sentó mirándola y Harry miraba de uno a otro sin poder decir nada. Las precauciones que habían tomado para proteger a sus familias lo hicieron darse cuenta, más que nunca, que ellos realmente iban a ir con él y que sabían exactamente qué tan peligroso sería. Quería decirles lo que eso significaba para él, pero simplemente no pudo encontrar las palabras apropiadas.

A través del silencio llegaba la voz amortiguada del la Sra. Weasley gritando desde cuatro pisos abajo.

-Ginny probablemente dejó algún rastro de polvo en los aros servilleteros corrientes- dijo Ron. –Yo no sé por qué los Delacours tienen que llegar con dos días de anticipación a la boda.

-La hermana de Fleur es una de las damas, necesita estar aquí para el ensayo y es demasiado joven para venir sola- dijo Hermione, mientras meditaba indecisa sobre *Cómo repeler a una Banshee*.

-Bien, los invitados no van a ayudar con los nervios de mamá- dijo Ron.

-Lo que realmente necesitamos decidir- dijo Hermione, mientras depositaba *Teoría Mágica defensiva* en el contenedor sin pensarlos dos veces y recogiendo *Un estudio de la educación mágica en Europa* -es a dónde vamos a ir cuando nos vayamos de aquí. Ya sé que dijiste que querías ir al Valle Godric primero, Harry, pero…bueno… ¿no deberíamos darle prioridad a los Horcruxes?

-Si supiéramos dónde está cualquiera de ellos, estaría de acuerdo contigo- dijo Harry, quien no creía que Hermione pudiera entender su deseo de regresar al Valle Godric. Las tumbas de sus padres eran solo parte de lo que lo atraía: tenía una muy fuerte pero inexplicable sensación de que el lugar tenía respuestas para él. Tal vez simplemente por que ahí fue donde había sobrevivido a la maldición asesina de Voldemort; ahora que Harry se enfrentaba al reto de repetir la hazaña, se dirigiría al lugar en el que había sucedido, esperando poder entender.

-¿No crees que hay la posibilidad de que Voldemort mantenga vigilado el Valle Godric?- preguntó Hermione. – talvez espera que regreses a visitar las tumbas de tus padres una vez que seas libre de ir a donde gustes.

Harry no había pensado en esto. Mientras se esforzaba en encontrar un contra argumento, Ron habló, evidentemente siguiendo sus propios pensamientos.

-¿Este R.A.B- dijo –ya saben el que se robó el verdadero relicario?

-Hermione asintió.

-Decía en su nota que lo destruiría, ¿acaso él no?

-Harry acercó su mochilla hacia él y sacó el falso Horcrux en el cual aún se encontraba guardada la nota.

-*He robado el verdadero Horcrux e intentaré destruirlo tan pronto como pueda*- leyó Harry.

-Bueno ¿Qué tal si lo destruyó?- dijo Ron.

-O ella- intervino Hermione.

-Como sea- dijo Ron – ¡Sería uno menos para nosotros!

-Si, pero aun así tendremos que intentar rastrear el verdadero relicario ¿no es así?- dijo Hermione -averiguar si fue o no destruido.

-Y una vez que lo hayamos conseguido ¿Cómo destruyes un Horcrux?- preguntó Ron.

-Bueno- dijo Hermione –he estado investigando eso.

-¿Cómo?- preguntó Harry –no creí que hubiera libros sobre Horcruxes en la biblioteca.

-No había- dijo Hermione, quien se había sonrojado –Dumbledore se deshizo de todos, pero él… él no los destruyo.

Ron se acomodó derecho, con los ojos bien abiertos.

-¿Cómo, en el nombre de los pantalones de Merlín, has conseguido poner tus manos en esos libros?

-No…no fue un robo- dijo Hermione, mirando de Harry a Ron un poco desesperada –Aun eran libros de la biblioteca, aun si Dumbledore los había quitado de los estantes. Como sea, si él no quería realmente que nadie más los tuviera, estoy segura que lo habría hecho mucho más difícil de…

-Ve al grano- dijo Ron.

-Bien…fue fácil- dijo Hermione en voz baja – sólo hice un Encantamiento Convocador. Ya saben… Accio. Y salieron volando por la ventana de la oficina de Dumbledore directo hacia los dormitorios de las chicas.

-¿Pero cuándo lo hiciste?- Preguntó Harry, mirando a Hermione con una mezcla de admiración e incredulidad.

-Justo después del funeral de Dumbledore- dijo hermione en una voz aun más baja. Justo después que acordamos que dejaríamos la escuela para buscar los Horcruxes. Cuando fui a recoger mis cosas…sólo pensé que entre más supiéramos de ellos sería mejor… y como estaba sola…así que lo intenté…y funcionó. Ellos volaron directo por la ventana y yo…los empaqué.

Se contuvo y luego dijo implorando –No creo que Dumbledore se hubiera molestado, no es que pensemos usar la información para hacer un Horcrux ¿no es así?

-¿Acaso nos estamos quejando?- dijo Ron – ¿Dónde están los libros?

Hermione buscó por unos instantes y luego extrajo de la pila un gran libro forrado en una desgastada piel negra. Se miraba algo nauseabunda y lo sujetó como si se tratara de algo que acabara de morir.

-Este es el que da instrucciones explícitas de cómo hacer un Horcrux. *Secretos de las Artes más Oscuras.* Es un libro horrible, realmente espantoso, lleno de magia maligna. Me pregunto cuándo lo removió Dumbledore de la biblioteca…si lo hizo hasta que fue director, apostaría a que Voldemort encontró todas las instrucciones que necesitaba de aquí.

-¿Por qué tendría que preguntar entonces a Slughorn cómo hacer el Horcrux, si ya lo había leído?- preguntó Ron.

-El sólo se acercó a Slughorn para preguntarle que pasaría si dividías tu alma en siete partes- dijo Harry- Dumbledore estaba seguro que Riddle ya sabía cómo hacer un Horcrux para cuando le preguntó a Slughorn acerca de ellos. Pienso que estás en lo cierto Hermione, ese podría haber sido de donde obtuvo la información.

-Y entre más estudio acerca de ellos- dijo Hermione –me parece más horrible y menos puedo creer que realmente haya hecho seis ¡Este libro advierte qué tan inestable vuelves el resto de tu alma al partirla, y eso es haciendo un solo Horcrux!

Harry recordó lo que Dumbledore había dicho sobre Voldemort yendo más allá de la "Maldad Normal"

-¿Hay alguna manera de volver a ensamblar tu alma de nuevo?- preguntó Ron.

-Si- dijo Hermione con una sonrisa vacía, pero sería un dolor insoportable.

-¿Por qué? ¿Cómo lo haces?- preguntó Harry.

-Remordimiento- dijo Hermione –Tienes que realmente sentir lo que has hecho. Hay una nota al pie. Aparentemente el dolor que sientes puede destruirte. No me puedo imaginar a Voldemort intentándolo ¿y ustedes?

-No- dijo Ron, antes que Harry pudiera contestar –Así que ¿dice cómo destruir un Horcrux?-

-Si- dijo Hermione, mientras volteaba las gastadas páginas como si examinara restos en descomposición -porque advierte a los magos oscuros que tan fuerte deben hacer los encantamientos en ellos. De todo lo que he leído, lo que Harry le hizo al diario de Riddle fue una de las realmente pocas formas seguras de destruir un Horcrux-

-¿Qué? ¿Apuñalarlo con un colmillo de basilisco?- preguntó Harry.

-Oh bien, que bueno que tenemos un gran abastecimiento de colmillos de basiliscos- dijo Ron. -Me preguntaba que íbamos a hacer con ellos.

-No tiene que ser un colmillo de basilisco- dijo Hermione pacientemente. Tiene que ser algo tan destructivo que el Horcrux no se pueda reconstruir. El veneno del basilisco tiene un antídoto y es increíblemente raro...

-…lágrimas de Fénix- dijo harry, asintiendo.

- Exactamente- dijo Hermione- Nuestro problema es que hay muy pocas sustancias tan destructivas como el veneno del basilisco y todas son muy peligrosas de transportar. Ese es un problema que aun debemos resolver, porque, rasgar, aplastar o triturar un Horcrux no lo destruirá.- debes dañarlo más haya de cualquier reparación mágica.

- Pero aun si dañamos a lo que vive adentro- dijo Ron,¿Por qué no puede el pedazo de alma dentro de él irse a habitar en otra parte?

- Porque un Horcrux es todo lo opuesto de un ser humano.

Al escuchar eso Harry y Ron parecían totalmente confundidos, Hermione se apresuró a explicarles.

- Mira Ron, si yo tomo esta espada ahora mismo y te atravieso con ella, no dañaría tu alma en absoluto.

- Lo que sería verdaderamente confortante para mi, estoy seguro- dijo Ron. Harry se rió.

- ¡Realmente debería serlo! Pero mi punto es que no importa lo que le pase a tu cuerpo tu alma sobrevivirá sin ningún daño- dijo Hermione- Pero es todo lo contrario con un Horcrux. El fragmento de alma dentro de él depende del recipiente, su cuerpo encantado para sobrevivir. No puede existir sin él.

-Ese diario parecía haber muerto cuando lo apuñalé- dijo Harry, recordando la tinta brotando como sangre de las páginas dañadas y los gritos del pedazo de alma de Voldemort mientras se desvanecía.

-Y una vez que el diario fue propiamente destruido, la parte de alma atrapada en él ya no podía existir. Ginny trató de deshacerse del diario antes que tú, arrojándolo por el inodoro, pero obviamente regresó como nuevo.

-Un momento- dijo Ron frunciendo el ceno –El pedazo de alma en ese diario estaba poseyendo a Ginny ¿no es así?- ¿Cómo funciona eso entonces?

-Mientras el recipiente mágico está intacto, el pedazo de alma dentro de él puede entrar y salir de alguien si se acercan demasiado al objeto. No me refiero a llevarlo por mucho tiempo, no tiene nada que ver con tocarlo- añadió antes que Ron dijera algo –me refiero a cercanía emocional. Ginny vació su corazón en el diario, se hizo a sí misma increíblemente vulnerable. Estás en problemas si te encariñas con o te vuelves dependiente del Horcrux.

-Me pregunto ¿cómo destruyó Dumbledore el anillo?- dijo Harry. ¿Por qué nunca le pregunté? Yo realmente nunca…

Su voz fue disminuyendo: estaba pensando en todas las cosas que debía haber preguntado a Dumbledore y de cómo, desde que el director falleció, a Harry le parecía que había desperdiciado muchas oportunidades cuando Dumbledore estaba vivo de averiguar más…de averiguar todo…

El silencio se rompió cuando la puerta del cuarto se abrió rápidamente azotando la pared. Hermione chilló y soltó *Secretos de las Artes más Oscuras.* Crookshanks se metió bajo la cama, maullando indignado; Ron brincó de la cama y se resbaló con una envoltura de las ranas de chocolate y se golpeó la cabeza en la pared contraria; y Harry instintivamente busco su varita antes de darse cuenta que estaba viendo a la Sra. Weasley, cuyo cabello estaba desordenado y su cara estaba contorsionada por la ira.

-Lamento tanto interrumpir esta agradable reunión- dijo ella, su voz temblaba –Estoy segura que todos ustedes necesitan descansar…pero hay muchos regalos de boda apilados en mi cuarto que necesitan ser acomodados y tenía la impresión que ustedes habían accedido a ayudar.

-Oh si.- dijo Hermione, mirando aterrada mientras se ponía de pie, enviando libros volando en todas direcciones. –Lo haremos…lo sentimos…

Con una angustiada mirada a Harry y Ron, Hermione se apresuró hacia fuera del cuarto detrás de la Sra. Weasley.

-Es como ser un elfo domestico- Se quejó Ron en voz baja, aun masajeando su cabeza mientras el y Harry la seguían –excepto sin la satisfacción del trabajo. Entre más pronto termine esta boda, seré mas feliz.

-Si- dijo Harry –Entonces no tendremos más que hacer que encontrar Horcruxes…será como un día de fiesta ¿verdad?

Ron comenzó a reír, pero al ver la enorme pila de regalos de boda que los esperaba en la recámara de la Sra. Weasley, dejó de reír abruptamente.

Los Delacour llegaron a la mañana siguiente a las once en punto. Harry, Ron, Hermione y Ginny se sentían muy resentidos con la familia de Fleur para ese entonces y fue con una gracia enfermiza que Ron subió a ponerse calcetines del mismo par y Harry intentó aplanar su cabello. Una vez que todos ellos habían sido aprobados lo suficientemente presentables, salieron juntos al soleado jardín a esperar a los visitantes.

Harry nunca había visto el lugar tan ordenado. Los oxidados calderos y las viejas botas Wellington que usualmente estaban tiradas en el jardín trasero habían desaparecido, reemplazados por dos nuevos arbustos *Flutterby* sembrados en maceteros a cada lado de la puerta y aunque no hacia aire, las hojas se movían lentamente dándoles un toque atractivo. Las gallinas habían sido retiradas, el patio había sido limpiado y el jardín había sido podado, desplumado y en general arreglado, aunque a Harry a quien le gustaba en su estado original pensó que se veía bastante desolado sin su usual contingente de gnomos.

Ya había perdido la cuenta de cuantos encantamientos de seguridad habían sido puestos sobre la Madriguera por ambos, la Orden y el Ministerio; lo único que sabía es que ya no era posible para nadie viajar usando magia directamente hacia ahí. Por lo mismo el Sr. Weasley había ido a buscar a los Delacours a una colina cercana, adonde llegarían por medio de un traslator. La primer señal de que se acercaban fue una inusual y sonora risa, la cual resultó venir del Sr. Weasley, quien apareció en la puerta unos momentos después, cargado con equipajes acompañado de una hermosa mujer rubia vistiendo un largo traje color verde hoja, que bien podría ser la mamá de Fleur.

-¡Mamá!- Lloró Fleur, corriendo para abrazarla.- ¡Papá!-

- El Sr. Delacour no era de ninguna manera tan atractivo como su esposa; Era más bajito que ella y extremadamente recto, con una pequeña y afilada barba negra. Aun así se veía bonachón. Se inclinó hacia la Sra. Weasley y la besó dos veces en cada mejilla, dejándola sorprendida.

- Han pasado *pog* muchos problemas- dijo con una voz profunda- Fleur nos ha contado que han estado *tgabajando* muy duro.

- Oh, no ha sido nada, nada en realidad. Dijo la Sra. Weasley. Ningún problema en lo absoluto.

Ron desahogó sus sentimientos pateando a un gnomo que salía de detrás de uno de los nuevos arbustos.

- ¡*Quegida* Sra.!- dijo el Sr. Delacour, sosteniendo aun la mano de la Sra. Weasley entre sus dos grandes manos- ¡Nos sentimos honrados *pog* la próxima unión de nuestras familias! Déjeme *pgesentagle* a mi esposa, Apolline.

- La Sra. Delacour camino hacia el frente y se detuvo a besar a la Sra. Weasley también.

- Encantada- dijo ella- Su esposo nos ha contado *histogias sogprendentes*.

- El Sr. Weasley se carcajeó, la Sra. Weasley le dirigió una mirada, después de la cual guardó silencio inmediatamente y asumió una expresión de quien visita a un enfermo.

- Y *clago*, ustedes ya conocen a mi hija más pequeña, Gabrielle- dijo el Sr. Delacour. Gabrielle era como Fleur en miniatura, tenía once años y su cabello le llegaba a la cintura de un color rubio plateado, ella sonrió abiertamente a la Sra. Weasley y la abrazó y después le lanzo a Harry una brillante mirada moviendo sus pestañas. Ginny se aclaró la garganta sonoramente.

- Pasen por favor dijo la Sra. Weasley y llevó a los Delacours dentro de la casa, con muchos 'no, gracias' y 'después de usted' y 'no hay de qué'.

- Los Delacour, pronto mostraron, ser acomedidos y buenos huéspedes. Estuvieron encantados con todo y dispuestos ayudar con los preparativos de la boda.

- El Sr. Delacour dijo que desde la disposición de los asientos hasta los zapatos de las damas de honor eran encantadores, la Sra. Delacour era muy competente de los hechizos caseros y pudo limpiar el horno en un instante, Gabrielle siguió a su hermana mayor por todas partes tratando de ayudarla de cualquier manera posible hablando rápidamente en francés.

- Por otra parte, la madriguera no había sido construida para recibir a tantas personas. El Sr. y la Sra. Weasley ahora dormían en la sala habiendo acallado las protestas del Sr. y la Sra. Delacour e insistiéndoles que tomaran su cuarto. Gabrielle dormía con Fleur en el antiguo cuarto de Percy y Bill compartiría con Charlie, una vez que éste llegara de Rumania. Las oportunidades de hacer planes juntos prácticamente desaparecieron y fue por desesperación que Harry, Ron y Hermione se ofrecieron de voluntarios para alimentar a las gallinas sólo para poder escapar de la sobre poblada casa.

- Pero ella aun no nos dejará solos- dijo Ron, y su segundo intento de una reunión en el patio fue interrumpido por la aparición de la Sra. Weasley cargando una gran canasta de ropa en sus brazos.

- Oh dios, ya han alimentado a las gallinas- dijo mientras se les acercaba- será mejor que nos deshagamos de ellas de nuevo antes de que lleguen los trabajadores mañana a poner la carpa para la boda- explicó ella haciendo una pausa para recargarse contra el cobertizo. Se veía exhausta- Millamant's Magic Marquees… Son muy buenos. Bill los escoltará… será mejor que te quedes adentro cuando estén aquí, Harry. Debo decir que es muy complicado organizar una boda teniendo todos estos encantamientos de seguridad por todo el lugar.

-Lo siento- dijo Harry apesadumbrado.

-Oh, no seas tonto querido- dijo la Sra. Weasley –No quise decir…bueno ¡tu seguridad es mucho más importante! De hecho, había estado esperando preguntarte cómo quieres celebrar tu cumpleaños, Harry. Después de todo los diecisiete es un día muy importante…

-No quiero molestar- dijo Harry rápidamente, previendo el estrés adicional en todos ellos –De verdad, Sra. Weasley, una cena normal estaría bien…Es el día antes de la boda…

-Oh, bien, si estás seguro querido. Invitaré a Remus y Tonks, ¿Está bien? ¿Y que tal Hagrid?

-Eso sería excelente- dijo Harry. Pero por favor, no se moleste demasiado.

-Para nada, para nada…No es ningún problema…

Ella lo miró por un rato y entonces sonrió algo triste, se enderezó y se alejó. Harry la vio mientras agitaba su varita cerca del tendedero y las ropas húmedas se levantaban por el aire para colgarse por sí mismas y repentinamente sintió una gran ola de remordimiento por la inconveniencia y el dolor que le estaba provocando.

Capitulo Siete
El testamento de Albus Dumbledore

Estaba caminando por un sendero de la montaña bajo la fresca y azul luz del amanecer. A lo lejos, cubierta por la neblina, se veía la sombra de un pequeño pueblo ¿Acaso estaba allí el hombre al que necesitaba tanto que no podía pensar en otra cosa, el hombre que tenía la respuesta, la respuesta a su problema?

-Hey, despierta.

Harry abrió sus ojos. Otra vez estaba acostado en la cama plegable en el lúgubre ático de Ron. Todavía no había salido el sol y la habitación seguía oscura. Pigwidgeon dormía con su cabeza debajo de su diminuta ala. A Harry le picaba la cicatriz en la frente.

-Estabas hablando cuando dormías.

-¿De verdad?

-Sí. "Gregorovitch". Repetías "Gregorovitch".

Harry no tenía sus anteojos puestos, la cara de Ron se veía borrosa.

-¿Quién es Gregorovitch?

-No lo se. Tú eras el que lo nombraba.

Harry se frotó la frente, pensando. Tenía una vaga sensación de que ya había escuchado ese nombre antes, pero no podía recordar donde.

-Creo que Voldemort lo está buscando.

-Pobre tipo- dijo Ron fervientemente.

Harry se sentó, aun frotándose la cicatriz, completamente despierto ahora. Trató de recordar qué era exactamente lo que había visto en el sueño, pero todo lo que recordó fue un horizonte montañoso y la figura de una pequeña aldea emplazada en un profundo valle.

-Creo que está fuera del país.

-¿Quién? ¿Gregorovitch?

-Voldemort. Creo que está en algún lugar fuera del país, buscando a Gregorovitch. No se parecía a ningún lugar de Gran Bretaña.

-¿Crees que estuviste viendo dentro de su mente otra vez?

Ron parecía preocupado.

-Hazme un favor y no se lo digas a Hermione- dijo Harry- Aunque, cómo espera ella que deje de ver estas cosas mientras duermo…

Miró a la pequeña jaula de Pidwidgeon, pensando... ¿Por qué le sonaba familiar el nombre "Gregorovitch"?

-Me parece- dijo lentamente- que tiene algo que ver con Quidditch. Hay una relación, pero no puedo, no puedo pensar cual es.

-¿Quidditch?- preguntó Ron- ¿Seguro que no es Gorgovitch?

-¿Quién?

-Dragomir Gorgovitch, Buscador, fue transferido a los Chudley Cannons por una cifra record hace dos años. Tiene el record de haber dejado caer la mayor cantidad de Quaffles en una temporada.

-No- dijo Harry-. Definitivamente no estoy pensando en Gorgovitch.

-Yo también trato de no hacerlo- dijo Ron-. Bueno, feliz cumpleaños de todas formas.

-Wow… ¡Es verdad! ¡Lo había olvidado! ¡Ya tengo diecisiete!

Harry tomó su varita que estaba tirada al lado de su cama, apuntó al desordenado escritorio donde había dejado sus lentes y dijo:

-¡Accio lentes!- Aunque no estaban lejos de él, había algo extremadamente gratificante en verlos acercarse a el, al menos hasta que le picaron los ojos.

-Qué habilidad- resopló Ron.

Disfrutando la desaparición de la marca, Harry hizo volar todas las posesiones de Ron por la habitación, haciendo que Pigwidgeon se despertara y revoloteara entusiasmadamente en su jaula. Harry también intentó atarse los cordones de los tenis con magia (le llevó varios minutos desatar ese nudo a mano) y por el simple placer de hacerlo, transformó en azul eléctrico todas las túnicas naranjas en los posters de los Chudley Cannons de Ron.

-Aunque yo en tu lugar, me subiría la cremallera del pantalón a mano- le recomendó Ron a Harry, con una risa disimulada cuando Harry miró hacia abajo- Este es tu regalo. Ábrelo aquí, mi madre no debe verlo.

-¿Un libro?- dijo Harry al tomar el paquete rectangular- Un poco diferente a lo que es costumbre ¿no?

-No es un libro cualquiera- dijo Ron-. Es oro puro: Doce Maneras A Prueba de Fallas de Encantar a las Brujas. Explica todo lo que necesitas saber sobre chicas. Si tan sólo hubiese tenido esto el año pasado, habría sabido exactamente como deshacerme de Lavender y cómo empezar algo con... Bueno, Fred y George me dieron una copia y aprendí un montón. Te sorprenderías, tampoco se trata solamente de hechizos.

Cuando llegaron a la cocina encontraron una pila de regalos esperando en una mesa. Bill y Monsieur Delacour estaban terminando sus desayunos, mientras la Señora Weasley estaba parada hablando con ellos.

-Arthur me pidió que te deseara felices diecisiete años, Harry- dijo la señora Weasley, sonriéndole-. Tuvo que irse temprano al trabajo, pero volverá para la cena. Nuestro regalo es el de arriba de todo.

Harry se sentó, tomó el paquete rectangular que ella le señaló y lo desenvolvió. Contenía un reloj muy parecido al que el señor y la señora Weasley le habían dado a Ron por sus diecisiete años, era de oro, con estrellas en lugar de agujas.

-Es costumbre dar un reloj a un mago cuando se vuelve mayor de edad- dijo la señora Weasley, mirándolo ansiosa desde la cocina- Me temo que no es nuevo como el de Ron, en realidad era de mi hermano Fabián y el no era muy cuidadoso con sus cosas, está un poco abollado atrás, pero…

El resto de sus palabras se perdieron, Harry se había levantado y la abrazó. Trató de poner muchas de las cosas que no había dicho en ese abrazo y quizás ella las entendió, porque dio unas torpes palmaditas en las mejillas cuando la soltó, luego agitó su varita sin cuidado y provocó que la mitad de un paquete de tocino cayera de la sartén al piso.

-¡Feliz cumpleaños, Harry!- dijo Hermione, entrando apurada a la cocina y añadiendo su regalo arriba de la pila- No es mucho, pero espero que te guste. ¿Tu que le diste?- le preguntó a Ron, quien pareció no escucharla.

-¡Vamos, abre el de Hermione!- dijo Ron.

Ella le había comprado un nuevo chivatoscopio. Los otros paquetes contenían una afeitadora encantada, que le dieron Bill y Fleur ("Ah si, te dejará la afeitada más suave de tu vida", le aseguró Monsieur Delacour, "pero debes decirle claramente lo que quieres, si no te encontraras con menos pelo del que te gustaría…"); chocolates de parte de los Delacour; y una enorme caja con las bromas mas nuevas de Sortilegios Weasley, de Fred y George.

Harry, Ron, y Hermione no se quedaron mucho en la mesa, ya que la entrada de Madame Delacour, Fleur y Gabrielle hizo que la cocina pareciera incómodamente llena.

-Voy a guardarte éstos- dijo Hermione alegremente, quitándole a Harry los regalos de sus brazos y los tres fueron arriba- Ya casi termino, sólo me queda esperar a que el resto de tus calzoncillos estén limpios, Ron…

Los balbuceos de Ron fueron interrumpidos por la apertura de una puerta en el rellano del primer piso.

-Harry ¿puedes venir un momento?

Era Ginny. Ron se detuvo bruscamente, pero Hermione lo tomó del codo y le arrastró por las escaleras. Sintiéndose nervioso, siguió a Ginny a su habitación.

Nunca antes había entrado. Era pequeña, pero tenía mucha luz. Había un póster grande de la banda de magos "Las brujas de Macbeth" en una de las paredes, y una foto de Gwenog Jones, capitán del equipo de Quidditch formado completamente por brujas "Holyhead Harpies" en la otra. Había un escritorio de cara a la ventana abierta, por la que se veía el huerto donde él y Ginny habían jugado una vez al Quidditch con Ron y Hermione, donde ahora había una enorme carpa color blanco aperlado. La bandera dorada en su techo llegaba a la altura de la ventana de Ginny.

Ginny miró a Harry a la cara, respiró profundamente y le dijo:

-Felices Diecisiete.

-Sí… gracias.

Ella lo miraba fijamente. A él, sin embargo, le costaba mirarla; era como mirar a una luz brillante.

-Linda vista- dijo débilmente, apuntando a la ventana.

Ella lo ignoró. No podía culparla.

-No sabia que regalarle- le dijo.

-No necesitabas darme nada.

Ella no le prestó atención a esto tampoco.

-No sabía qué podía servirte. No podía ser nada demasiado grande, porque no podrías llevarlo contigo.

El trató de mirarla. Ella no lloraba, esa era una de las maravillosas cualidades de Ginny, casi nunca lloraba. Harry a veces pensaba que tener seis hermanos la había vuelto fuerte. Se acercó a el.

-Entonces pensé que me gustaría que tuvieses algo para recordarme, sabes, por si conoces alguna Veela cuando estés haciendo lo que vayas a hacer.

-No creo que vaya a tener muchas oportunidades de tener citas, para ser honestos.

-Esa es la esperanza que buscaba- susurró ella y comenzó a besarlo como nunca lo había besado antes, y Harry le correspondió, e hizo que olvidara todo mejor que si hubiera tomado whisky de fuego; ella era lo único real en el mundo, Ginny, sentirla, con una mano en su espalda y otra en su pelo largo y dulcemente perfumado…

La puerta se abrió fuertemente y se separaron rápidamente.

-Ah-dijo Ron mordazmente- Disculpen.

-¡Ron!- Hermione venía detrás de él, casi sin aliento. Hubo un silencio tenso, luego Ginny dijo con una voz baja e insípida:

-Bueno, feliz cumpleaños, Harry.

Las orejas de Ron estaban rojas, Hermione parecía nerviosa. Harry quería cerrarles la puerta en la cara, pero sintió como si todo se hubiese enfriado cuando la puerta se abrió y su momento de felicidad se reventó como una burbuja. Todas las razones para terminar su relación con Ginny, para quedarse lo más lejos posible de ella, parecieron entrar en la habitación junto con Ron y todo el feliz olvido desapareció.

Miró a Ginny, queriendo decir algo, aunque ni siquiera sabía qué, pero ella le daba la espalda. Le pareció que quizás había sucumbido, por primera vez, a las lágrimas. No había nada que pudiera hacer para consolarla en frente de Ron.

-Nos vemos más tarde- dijo él, y siguió a los otros dos cuando salieron de la habitación.

Ron bajó, pasó por la aun atestada cocina y fue al patio, Harry lo siguió todo el camino, Hermione siguiéndolo de cerca asustada.

Una vez que alcanzaron la privacidad en el césped recién cortado, Ron se dio la vuelta y arremetió contra Harry.

-Tú la dejaste ¿Qué haces ahora, jugando con ella?

-Yo no estoy jugando con ella- dijo Harry y Hermione los alcanzó.

-Ron…

Pero Ron levantó la mano para callarla.

-Ella quedó muy mal cuando terminaste su relación…

-Y yo también. Tú sabes por qué lo hice y no fue porque yo lo quisiera.

-Si, pero vienes y la besas, y ahora ella se va a volver a ilusionar…

-No es idiota, sabe que no puede pasar, ella no espera que nosotros… terminemos casados o algo…

Al decir esto, a Harry le vino a la mente la viva imagen de Ginny con un vestido blanco, casándose con un extraño alto, sin cara y desagradable.

De repente pareció comprenderlo: el futuro de Ginny estaba libre y libre de obstáculos, mientras que el de él… no podía ver más que a Voldemort por delante.

-Si sigues aprovechando cada oportunidad que tengas…

-No va a volver a pasar- dijo Harry duramente. En el cielo no había nubes, pero sintió que el sol había desaparecido-. ¿Está bien?

Ron parecía medio resentido, medio avergonzado, se movía de atrás para adelante, y luego dijo;

-Está bien entonces, eso es… si.

Ginny no buscó otro encuentro a solas con Harry por el resto del día y no mostró ningún gesto ni nada que diera a entender que había tenido algo más que una amable conversación con él en su habitación. De todos modos, la llegada de Charlie alivió a Harry. Le dio una distracción, ver cómo la señora Weasley obligaba a Charlie a sentarse en una silla, levantó su varita de manera amenazadora y anunció que le iba a cortar el pelo de manera adecuada.

Como la cena de cumpleaños de Harry hubiera hecho que la cocina de la Madriguera casi explotara aun antes de que llegaran Charlie, Lupin, Tonks y Hagrid, se colocaron varias mesas una junto a otra en el jardín. Fred y George embrujaron algunas lámparas moradas, todas adornadas con una gran numero 17, para que flotaran en el aire encima de los invitados. Gracias a los cuidados de la señora Weasley, la herida de George estaba prolija y limpia, pero Harry no se acostumbraba al gran hoyo oscuro al costado de su cabeza, sin importar cuantas bromas los gemelos hicieran sobre él.

Hermione hizo que serpentinas moradas y doradas salieran de su varita y decoró artísticamente con ellas los árboles y arbustos.

-Lindo- dijo Ron, cuando Hermione volvía doradas las hojas del manzano con un último toque de su varita-. Realmente tienes habilidad para estas cosas.

-¡Gracias, Ron!- dijo Hermione, pareciendo tan feliz como confundida. Harry se dio vuelta, sonriendo para sí mismo. Tuvo la extraña sensación de que encontraría un capítulo sobre halagos en cuanto tuviera tiempo de revisar su copia de Doce Maneras A Prueba de Fallas de Encantar a las Brujas; miró a Ginny y le sonrió antes de recordar su promesa a Ron y entabló rápidamente una conversación con Monsieur Delacour.

-¡Fuera del camino, fuera del camino!- cantó la señora Weasley, saliendo de la casa con lo que aparentemente era una enorme Snitch del tamaño de una pelota de playa flotando delante de ella. Segundos después Harry se dio cuenta de que era su pastel de cumpleaños, al que la señora Weasley hacia flotar con su varita en lugar de arriesgarse a cargar con ella por el desnivelado suelo. Cuando la torta finalmente se apoyó en el medio de la mesa, Harry dijo:

-Eso se ve increíble, señora Weasley.

-Oh, no es nada, querido- dijo ella afectuosamente-. Sobre sus hombros, Ron le levantó el pulgar y movió la boca como diciendo “Bien hecho”.

A las siete de la tarde ya habían llegado todos los invitados, acompañados hasta la casa por Fred y George, quienes los habían esperado al final de la calle. Hagrid había hecho honor a la ocasión vistiendo su mejor, y horrible, traje peludo color marrón. Aunque Lupin sonrió al darle la mano a Harry, éste pensó que se veía bastante infeliz. Era muy extraño: Tonks, a su lado, se veía simplemente radiante.

-Feliz cumpleaños, Harry- dijo abrazándolo fuerte.

-¡Diecisiete!- dijo Hagrid aceptando una enorme copa de vino que le ofreció Fred-. Hace seis años que nos conocemos, Harry, ¿lo recuerdas?

-Vagamente-dijo Harry sonriéndole-. ¿No tiraste abajo la puerta, le pusiste una cola de cerdo a Dudley y me dijiste que yo era mago?

-Olvidé los detalles- rió Hagrid-. ¿Todo bien, Ron, Hermione?

-Estamos bien-dijo Hermione-. ¿Tú como estás?

-No estoy mal. He estado ocupado, tenemos unicornios recién nacidos. Se los mostraré cuando vuelvan…- Harry evitó las miradas de Ron y Hermione mientras Hagrid buscaba algo en su bolsillo-. Toma. Harry… no sabía que regalarte, pero luego recordé esto- Sacó un pequeño bolso, un poco peludo, con una larga cuerda, evidentemente debía ser colgado alrededor del cuello-. Piel de topo. Esconde cualquier cosa allí y nadie excepto el dueño podrá sacarlo. Son raras.

-¡Gracias, Hagrid!

-No es nada-dijo Hagrid moviendo su mano del tamaño de la tapa de un bote de basura-. ¡Y ahí esta Charlie! Siempre me agradó… ¡Hey, Charlie!

Charlie se acercó, pasándose la mano con tristeza por su nuevo y brutalmente corto cabello. Era más bajo que Ron, rechoncho, con varias quemaduras y rasguños en sus brazos musculosos.

-Hola, Hagrid, ¿como estás?

-Hace mucho que quería escribirte. ¿Como está Norbert?

-¿Norbert?- rió Charlie-. ¿El Ridgeback noruego? Lo llamamos Norberta ahora.

-¿Que? -¿Norbert es mujer?

-Si- dijo Charlie.

-¿Cómo te das cuenta?- preguntó Hermione.

-Son mucho más salvajes- dijo Charlie. Miró sobre su hombro y bajó la voz-. Desearía que papá se apurara y llegara. Mamá se está poniendo nerviosa.

Todos miraron a la señora Weasley. Intentaba hablar con Madame Delacour mientras miraba constantemente a la puerta.

-Creo que mejor empezamos sin Arthur- dijo a todos en el jardín un momento después-. Debe haberse retrasado en… ¡oh!

Todos lo vieron al mismo momento: un rayo de luz pasó volando por el patio hasta la mesa, donde se transformo en una brillante comadreja, se paró en sus patas traseras y habló con la voz del señor Weasley.

-El Ministro de Magia viene conmigo.

El Patronus se esfumó en el aire, dejando a la familia de Fleur mirando asombrados el lugar de donde había desaparecido.

-Nosotros no deberíamos estar aquí- dijo Lupin inmediatamente-. Harry… disculpa… te lo explicaré en otro momento…

Tomó a Tonks de la muñeca y se la llevó; alcanzaron la cerca, la traspasaron y desaparecieron de la vista. La señora Weasley estaba desconcertada.

-¿El ministro? ¿Pero por qué? No lo entiendo…

Pero no tuvieron tiempo de discutir el tema; un segundo más tarde, el señor Weasley había aparecido en la puerta, acompañado por Rufus Scrimgeour, perfectamente reconocible por su melena de pelo gris.

Los dos recién llegados caminaron por el patio hasta el jardín y la mesa iluminada, donde todos estaban sentados en silencio, viéndolos acercarse. Cuando Scrimgeour entró en la zona iluminada por las lámparas, Harry vio que parecía mucho más viejo que la última vez que lo había visto, mas delgado y severo.

-Disculpen la molestia-dijo Scrimgeour, renqueando hasta detenerse frente a la mesa-. Especialmente viendo que parece que me colé en una fiesta.

Sus ojos se quedaron por un momento mirando el pastel gigante con forma de Snitch.

-Que cumplas muchos más.

-Gracias- dijo Harry.

-Necesito hablar en privado contigo- continuó Scrimgeour-. Y también con el señor Ronald Weasley y la señorita Hermione Granger.

-¿Con nosotros?-preguntó Ron sorprendido- ¿Por qué nosotros?

-Se los diré cuando estemos en un lugar más privado- dijo Scrimgeour. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar solos?- le exigió imperativamente al señor Weasley.

-Si, por supuesto- dijo el señor Weasley, que se veía nervioso-. Eh, la sala de estar, ¿Por qué no van allí?

-Tú puedes guiarnos- dijo Scrimgeour a Ron-. No hay necesidad de que nos acompañes, Arthur.

Harry vio al señor Weasley intercambiar una mirada preocupada con la señora Weasley cuando él, Ron y Hermione se pusieron de pie. Mientras caminaban hacia dentro de la casa en silencio, Harry sabía que los otros dos estaban pensando lo mismo que él estaba pensando; Scrimgeour debía haberse enterado de alguna manera que ellos tres estaban planeando dejar Hogwarts.

Scrimgeour no habló mientras pasaban por la desordenada cocina hasta la sala de estar de la Madriguera. Aunque el jardín estaba lleno de la suave luz dorada del atardecer, la sala ya estaba a

oscuras; Harry apuntó su varita a las lámparas de aceite al entrar e iluminó la pobre pero acogedora habitación. Scrimgeour se sentó en el sillón que generalmente el señor Weasley ocupaba, dejando a Harry, Ron y Hermione que se sentaran apretados en el sofá. Una vez que lo hicieron, Scrimgeour habló.

-Tengo algunas preguntas que hacerles, y creo que seria mejor que se las hiciera individualmente. Si ustedes dos- señaló a Harry y Hermione- pueden esperar arriba, empezaré con Ronald.

-Nosotros no nos vamos a ningún lado- dijo Harry, mientras Hermione asentía con vigor-. Puede hablar con todos nosotros juntos, o con ninguno.

Scrimgeour miró a Harry fría y evaluadoramente. Harry tuvo la impresión de que el ministro se preguntaba si valía la pena empezar con las hostilidades tan rápidamente.

-Muy bien entonces, juntos- dijo encogiéndose. Aclaró su garganta-. Estoy aquí, como estoy seguro de que ustedes saben, por el testamento de Albus Dumbledore.

Harry, Ron y Hermione se miraron.

-¡Es una sorpresa, aparentemente! ¿No sabían que Dumbledore les había dejado algo?

-¿A… a todos nosotros?- preguntó Ron- ¿A mi y Hermione también?

-Si, a todos ust…

Pero Harry lo interrumpió.

-Dumbledore murió hace más de un mes. ¿Por qué se demoraron tanto en darnos lo que nos dejó?

-¿No es obvio?- dijo Hermione, antes de que Scrimgeour pudiera responderle-. Querían examinar lo que sea que nos haya dejado. ¡Usted no tenía derecho a hacer eso!- dijo, y su voz tembló un poco.

-Estaba en todo mi derecho- dijo Scrimgeour sin darle importancia-. El Decreto de Confiscación Justificada le da al Ministerio el poder de confiscar los elementos de un testamento…

-Esa ley fue creada para evitar que los magos se pasaran artefactos tenebrosos- dijo Hermione-, ¡y se supone que el Ministerio debería tener pruebas firmes de que las posesiones del fallecido son ilegales antes de revisarlas! ¿Está usted diciéndome que pensó que Dumbledore nos quería dejar algo maldito?

-¿Está pensando en seguir una carrera en Derecho Mágico, señorita Granger?- preguntó Scrimgeour.

-No- replicó Hermione-. ¡Lo que quiero es hacer algo bueno por el mundo!

Ron se rió. Los ojos de Scrimgeour parpadearon hacia el y luego volvió a parpadear y ya no lo miró cuando Harry habló.

-¿Entonces por qué decidieron darnos nuestras cosas ahora? ¿No se les ocurrió ninguna excusa para quedárselas?

-No, es porque se vence el plazo de 31 días- dijo Hermione de inmediato-. No pueden quedarse con los objetos por más tiempo a menos que prueben que son peligrosos. ¿No es así?

-¿Dirías que eras cercano a Dumbledore, Ronald?- preguntó Scrimgeour, ignorando a Hermione. Ron parecía sobresaltado.

-¿Yo? No… en realidad, no… siempre era Harry el que…

Ron miró a Harry y Hermione, y vio que ella lo miraba como diciéndole que se callara, pero el daño ya estaba hecho; Scrimgeour parecía haber escuchado exactamente lo que esperaba, y deseaba escuchar. Parecía abalanzarse sobre la respuesta de Ron como un ave de rapiña.

-Si no eras cercano a Dumbledore, ¿por qué crees que te incluyó en su testamento? No dejó muchas cosas a personas específicas. La gran mayoría de sus posesiones (su biblioteca privada, sus instrumentos mágicos y otros objetos personales) se los dejo a Hogwarts. ¿Por que crees que a ti te señaló aparte?

-Yo… no lo sé- dijo Ron-. Yo… cuando digo que no éramos cercanos… quiero decir, creo que yo le agradaba…

-No seas modesto, Ron- dijo Hermione-. Dumbledore te tenía mucho cariño.

Eso era exagerar mucho la verdad; hasta donde Harry sabía, Ron y Dumbledore nunca habían estado juntos a solas, y el contacto directo entre ellos había sido insignificante. Sin embargo, Scrimgeour parecía no escuchar. Metió su mano en su capa y sacó un bolso mucho mas grande que el que Hagrid le había regalado a Harry. Luego sacó un pergamino de el, lo desenrolló y leyó en voz alta.

-"La Ultima Voluntad y Testamento de Albus Percival Wulfric Brian Dumbledore"… si, aquí estamos… A Ronald Bilius Weasley, le dejo mi Apagador, con la esperanza de que me recuerde cuando lo use".

Scrimgeour tomó del bolso un objeto que Harry ya había visto antes: se parecía a un encendedor de cigarrillos de plata, pero él sabía que tenía el poder de absorber toda la luz de un lugar y luego devolverla con un simple clic. Scrimgeour se inclinó hacia adelante y le dio el Apagador a Ron, quien lo tomó y lo hizo girar entre sus dedos pareciendo aturdido.

-Ese es un objeto muy valioso- dijo Scrimgeour, observando a Ron-. Quizás hasta sea único. Sin duda, es diseño de Dumbledore. ¿Por que te habrá dejado algo tan raro?

Ron negó con la cabeza. desconcertado.

-Dumbledore debe haber enseñado a miles de estudiantes- prosiguió Scrimgeour-. Sin embargo, los únicos a los que recordó en su testamento fueron ustedes tres. ¿Por qué es eso? ¿Que uso creyó él que usted podría darle al Apagador, señor Weasley?

-Para apagar luces, supongo-dijo Ron entre dientes-. ¿Qué más podría hacer con él?

Evidentemente Scrimgeour no tenía sugerencias. Después de echarle un vistazo a Ron, volvió al testamento de Dumbledore.

-A la señorita Hermione Jane Granger, le dejo mi copia de "Los cuentos de Beedle, el Trovador", con la esperanza de que lo encuentre entretenido e instructivo.

Scrimgeour entonces sacó del bolso un pequeño libro que se parecía al ejemplar de "*Secretos de las Artes más Oscuras*" que tenia en el piso de arriba. Las tapas estaban manchadas y descascaradas en algunas partes. Hermione lo tomó sin decir una palabra. Apoyó el libro en su regazo y lo miró. Harry vio que el titulo estaba escrito en runas; él nunca aprendió a leerlas. Mientras leía, una lágrima cayó sobre los símbolos en relieve.

-¿Por qué cree que Dumbledore le dejó ese libro, señorita Granger?- preguntó Scrimgeour.

-El… él sabía que me gustaban los libros- dijo Hermione con voz profunda, secándose los ojos con la manga.

-¿Pero por qué *ese* libro?

-No lo se. Debió haber pensado que me gustaría.

-¿Alguna vez habló sobre códigos o alguna otra manera de pasar mensajes secretos con Dumbledore?

-No, nunca- dijo Hermione, aun secándose las lágrimas con la manga-. Y si el Ministerio no encontró ningún mensaje escondido en 31 días, dudo que yo pueda hacerlo.

Reprimió un sollozo. Estaban tan apretados que a Ron le costó sacar su brazo para consolar a Hermione. Scrimgeour volvió al testamento.

-"A Harry James Potter"- leyó, y a Harry se le revolvieron las entrañas con un repentino entusiasmo- le dejo la Snitch que atrapó en su primer partido de Quidditch en Hogwarts, para recordarle las recompensas de la perseverancia y el talento".

Cuando Scrimgeour sacó la diminuta bola dorada, del tamaño de una nuez, sus alas plateadas revolotearon débilmente, y Harry no pudo evitar sentir una definitiva sensación de decepción.

-¿Por qué Dumbledore te dejó esta Snitch?- preguntó Scrimgeour.

-Ni idea- dijo Harry-. Por las razones que usted recién leyó, supongo… para recordarme lo que se puede conseguir si… perseveras y todo eso.

-¿Crees que es solamente un recuerdo simbólico, entonces?

-Supongo- dijo Harry-. ¿Qué más puede ser?

-Yo soy el que hace las preguntas- dijo Scrimgeour, acercando el sillón al sofá. Ya caía la noche afuera; la carpa detrás de las ventanas se elevaba con un color fantasmalmente blanco sobre los setos.

-Noté que tu pastel de cumpleaños tiene forma de Snitch. ¿Por que?

Hermione rió con sorna.

-Puede ser porque Harry es un excelente Buscador, eso es demasiado obvio- dijo- ¡Debe haber un mensaje secreto de Dumbledore en el glaseado!

-No creo que haya nada escondido en el glaseado- dijo Scrimgeour-, pero una Snitch sería un muy buen escondite para un objeto pequeño. Ustedes saben por qué, me imagino.

Harry se encogió de hombros, Hermione sin embargo, contestó: Harry pensó que responder preguntas correctamente era un hábito que tenía tan incorporado que no podía evitar hacerlo.

-Porque las Snitch tienen memoria de tacto- dijo.

-¿Qué?- dijeron Harry y Ron juntos; los dos creían que Hermione no sabía casi nada de Quidditch.

-Correcto- dijo Scrimgeour-. Una Snitch no es tocada por piel desnuda antes de ser soltada, ni siquiera por el que la hace, porque debe usar guantes. Lleva un encantamiento por el que puede identificar al primer humano que la toca, en caso de que haya una atrapada discutible. Esta Snitch- sostuvo en alto la pequeña bola dorada- lo recordará, Potter. Se me ocurre que Dumbledore, quien tenía habilidades mágicas prodigiosas, sin importar sus otros defectos, podría haber encantado esta Snitch para que sólo se abriera para usted.

El corazón de Harry latía rápidamente. Estaba seguro de que Scrimgeour tenía razón. ¿Cómo podía evitar tocar la Snitch con su mano en frente del Ministro?

-No dices nada- dijo Scrimgeour-. ¿Quizás ya sabes que es lo que la Snitch contiene?

-No- dijo Harry, aun pensando como podía simular tocar la Snitch sin realmente hacerlo. Si tan solo supiera Legilimancia, si realmente supiera y pudiera leer la mente de Hermione; prácticamente podía escuchar su cerebro zumbando a su lado.

-Tómala- dijo Scrimgeour tranquilamente.

Harry se encontró con los ojos amarillentos del Ministro y supo que no tenía más opción que obedecer. Extendió su mano, Scrimgeour se inclinó hacia adelante nuevamente y colocó la Snitch, lenta y deliberadamente, en la palma de Harry.

No paso nada. Cuando Harry cerró sus dedos alrededor de la Snitch, sus alas cansadas revolotearon y se quedaron quietas. Scrimgeour, Ron y Hermione continuaron observando ávidamente a la ahora semioculta esfera, como deseando que se transformara en algo.

-Eso fue dramático- dijo Harry serenamente. Ron y Hermione rieron.

-Eso es todo entonces ¿no?- preguntó Hermione queriéndose levantar del sofá.

-No del todo-dijo Scrimgeour, que parecía de mal humor-. Dumbledore te dejó algo más, Potter.

-¿Qué es?- preguntó Harry, entusiasmado otra vez.

Scrimgeour no se molestó en leer el testamento esta vez.

-La espada de Godric Gryffindor-dijo. Hermione y Ron se pusieron tensos. Harry miró a su alrededor buscando alguna señal de la empuñadura con un rubí incrustado, pero Scrimgeour no sacó la espada de su bolso de cuero, que de todos modos era muy pequeño para contenerla.

-¿Y donde está?- preguntó Harry recelosamente.

-Lamentablemente, esa espada no era de Dumbledore para que te la dejara. La espada de Godric Gryffindor es un importante objeto histórico y como tal pertenece…

-¡Le pertenece a Harry!- dijo Hermione acaloradamente-. Lo eligió a él, él fue quien la encontró, vino a él desde el Sombrero Seleccionador…

-De acuerdo a confiables fuentes históricas, la espada aparecería ante cualquier Gryffindor digno de serlo- dijo Scrimgeour-. Eso no la hace propiedad exclusiva del señor Potter, sin importar lo que Dumbledore haya decidido- Scrimgeour se rascó su mal afeitada mejilla, examinando a Harry-. ¿Por que crees que…?

-… Dumbledore quiso dejarme la espada?- dijo Harry, esforzándose por no perder la calma-. Quizás pensó que se vería bien en mi pared.

-¡Esto no es una broma, Potter!- gruñó Scrimgeour-. ¿Fue porque Dumbledore creía que solo la espada de Godric Gryffindor podría vencer al Heredero de Slytherin? ¿Quería darte a ti esa espada, Potter, porque el creía como muchos, que tú estas destinado a destruir a El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado?

-Es una teoría interesante- dijo Harry-. ¿Ha intentando ya alguien clavarle una espada a Voldemort? Quizás el Ministerio debería poner algunas personas a hacer eso, en lugar de perder el tiempo investigando Apagadores o cubriendo escapes masivos de Azkaban. Así que esto es lo que ha estado haciendo, Ministro ¿encerrarse en su oficina, tratando de abrir una Snitch? La gente se esta muriendo… yo casi fui uno de ellos… Voldemort me persiguió por tres condados, mató a Ojoloco Moody, pero el Ministerio no dice nada de eso ¿o si? ¡Y aun espera que nosotros cooperemos con usted!

-¡Has ido demasiado lejos!- gritó Scrimgeour, poniéndose de pie; Harry se paró también. Scrimgeour renqueó hacia Harry y lo pinchó fuertemente en el pecho con la punta de su varita; dejó un agujero en la playera de Harry como si fuera un cigarrillo encendido.

-¡Hey!- dijo Ron, saltando y elevando su varita, pero Harry le dijo:

-¡No!- ¿Quieres darle una excusa para arrestarnos?

-¿Recordaste que no estás en la escuela?- dijo Scrimgeour respirando profundamente sobre la cara de Harry- ¿Recordaste que no soy Dumbledore, quien perdonaba tu insolencia e insubordinación? ¡Puedes llevar esa cicatriz como una corona, Potter, pero no le corresponde a un niño de diecisiete años decirme que debo hacer! ¡Es hora de que aprendas a mostrar respeto!

-¡Es hora de que usted se lo gane!- dijo Harry.

El piso tembló; hubo un sonido de pasos, entonces la puerta de la sala de estar se abrió y entraron el señor y la señora Weasley.

-Nosotros… nosotros creímos escuchar… -comenzó el señor Weasley, completamente alarmado al ver a Harry y al Ministro con sus caras tan cerca.

-… gritos- jadeó la señora Weasley.

Scrimgeour se alejó unos pasos de Harry, observando el agujero que había hecho en la camisa de Harry. Parecía lamentar haber perdido la calma.
.

-No… no fue nada- gruñó-. Yo… lamento tu actitud- dijo mirando a Harry a la cara nuevamente-. Pareces creer que el Ministerio no desea lo que tú… lo que Dumbledore… deseaba. Deberíamos trabajar juntos.

-No me gustan sus métodos, Ministro- dijo Harry-. ¿Recuerda?

Por segunda vez, levantó su puño derecho y mostró a Scrimgeour la cicatriz que aun se veía blanca en ella, y decía *No debo decir mentiras*. La expresión de Scrimgeour se endureció. Se dio vuelta sin decir nada y salió renqueando de la habitación. La señora Weasley corrió detrás de el. Luego de alrededor de un minuto grito:

-¡Se fue!

-¿Qué quería?- preguntó el señor Weasley, mirando a Harry, Ron y Hermione y la señora Weasley volvió apurada.

-Darnos lo que Dumbledore nos dejó- dijo Harry-. Recién ahora están entregando la herencia de su testamento.

Afuera, en el jardín, sobre las mesas, los tres objetos que Scrimgeour les había dado pasaron de mano en mano. Todos se asombraron con el Apagador y *Los Cuentos de Beedle, el Trovador* y lamentaron el hecho de que Scrimgeour se negara a entregarle la espada, pero nadie tenía idea de por qué Dumbledore podría haberle dejado a Harry una vieja Snitch. Mientras el señor Weasley examinaba el Apagador por tercera o cuarta vez, la señora Weasley dijo:

-Harry, querido, todos están muertos de hambre pero no queríamos empezar sin ti… ¿quieres que sirva la cena ahora?

Todos comieron de prisa y luego de cantar rápidamente el "Feliz Cumpleaños" y comer mucho pastel, la fiesta terminó. Hagrid, que estaba invitado a la boda al día siguiente, pero era demasiado grande para dormir en la ya abarrotada Madriguera, preparó una casa de campaña y durmió fuera en un campo cercano.

-Nos vemos arriba- susurró Harry a Hermione, mientras ayudaban a la señora Weasley a acomodar de nuevo el jardín-. Después de que todos estén acostados.

En el ático, Ron examinó su Apagador y Harry llenó el bolso de piel de topo que le dió Hagrid, no con oro, si no con esos objetos que más apreciaba, aunque algunos parecían insignificantes, como el Mapa de los Merodeadores, el fragmento del espejo de Sirius, y el medallón de R.A.B. Tiro fuerte de la soga y coloco el bolso alrededor de su cuello; luego se sentó sosteniendo la vieja Snitch y observando sus alas revolotear débilmente. Finalmente, Hermione golpeó la puerta y entró de puntillas.

-Mufliato- murmuró, apuntando su varita en dirección a la escalera.

-Creí que no aprobabas ese hechizo- dijo Ron.

-Los tiempos cambian- dijo Hermione-. Ahora, muéstranos el Apagador.

Ron obedeció inmediatamente. Sosteniéndolo en frente de él, lo presionó. La única lámpara prendida se apagó inmediatamente.

-La cuestión es- susurró Hermione en la oscuridad- que eso lo podríamos haber hecho con el Polvo Peruano de Oscuridad Instantánea.

Se escuchó un pequeño *clic*, y la bola de luz de la lámpara volvía al techo iluminándolos una vez más.

-De todos modos, está increíble- dijo Ron, un poco a la defensiva-. Y por lo que dicen, ¡Dumbledore lo inventó el mismo!

-¡Lo sé, pero seguro que no te dejó algo en su testamento sólo para ayudarnos a apagar las luces!

-¿Crees que el ya sabía que el Ministerio confiscaría su testamento y examinaría todo lo que nos dejó?

-Definitivamente- dijo Hermione-. No podía decirnos en su testamento por que nos dejaba estas cosas, pero eso no explica…

-… ¿por qué no nos dio una pista mientras aun estaba vivo?- preguntó Ron.

-Bueno, exactamente- dijo Hermione, ahora pasando rápidamente las páginas de "Los Cuentos de Beedle, el Trovador"-. Si estas cosas son tan importantes como para pasarlas debajo de las narices del Ministerio, debería habernos dejado saber por qué… a menos que haya pensado que era obvio…

-Ahí se equivocó ¿o no?- dijo Ron-. Siempre supe que estaba mal de la cabeza. Era brillante y todo, pero estaba loco. Dejarle una vieja Snitch a Harry… ¿en qué diablos estaba pensando?

-No tengo idea- dijo Hermione-. Cuando Scrimgeour hizo que la tocaras, Harry, ¡estaba segura de que algo iba a pasar!

-Si, bueno- dijo Harry y su pulso se aceleró cuando levantó la Snitch en sus dedos-. No iba a esforzarme en frente de Scrimgeour ¿verdad?

-¿Qué quieres decir?- preguntó Hermione.

-¿La Snitch que atrapé en mi primer partido de Quidditch?- dijo Harry-. ¿No lo recuerdan?

Hermione estaba perpleja. Ron, sin embargo, se quedó boquiabierto, señalando de Harry a la Snitch hasta que recuperó la voz.

-¡Esa es la que casi te tragaste!

-Exacto- dijo Harry y con su corazón latiendo rápido, se metió la Snitch en la boca.

No se abrió. Se llenó de frustración y una amarga decepción: bajó la esfera dorada, pero luego Hermione gritó:

-¡Escrito! ¡Hay algo escrito en ella, rápido, miren!

Harry casi deja caer la Snitch por la sorpresa y el entusiasmo. Hermione tenía razón. Grabada sobre la superficie dorada, donde segundos atrás no había habido nada, había seis palabras escritas con la fina y torcida letra que Harry reconoció como la de Dumbledore.

Me abro al llegar el final

Apenas había llegado a leerla cuando las palabras volvieron a desaparecer.

-"Me abro al llegar el final…" ¿Qué quiere decir eso?

Hermione y Ron negaron con la cabeza, con la cara sin expresión.

-Me abro al llegar al final… el final… me abro al llegar el final…

Pero sin importar cuan frecuentemente repitiera las palabras, de muchas diferentes formas, nada parecía darles sentido.

-Y la espada- dijo Ron finalmente, cuando dejaron de intentar adivinar el significado de las palabras inscritas en la Snitch.

-¿Por qué querría dejarle la espada a Harry?

-¿Y por qué no podía simplemente decirme?- Harry dijo tranquilamente-. ¡Yo estuve *ahí*, estaba ahí en la pared de su oficina durante todas nuestras conversaciones el año pasado! Si quería que la tuviera, ¿por qué no me la dio directamente entonces?

Sintió como si estuviese siendo evaluado con una pregunta que debería haber respondido en frente de él, su cerebro lento y sin respuesta ¿Había algo que se había perdido en las charlas largas con Dumbledore el año pasado? ¿Debería saber lo que todo esto significaba? ¿Dumbledore esperaba que el entendiera?

-Y este libro-dijo Hermione-… *Los Cuentos de Beedle, el Trovador*… ¡nunca oí hablar de ellos!

-¿Nunca escuchaste hablar de *Los Cuentos de Beedle, el Trovador*?– dijo Ron incrédulo- Estás bromeando ¿verdad?

-No, no estoy bromeando- dijo Hermione sorprendida-. ¿Tú los conoces entonces?

-Bueno ¡por supuesto que los conozco!

Harry los miró, divertido. Que Ron hubiera leído un libro que Hermione no, era algo nuevo. Ron, sin embargo, parecía perplejo por su sorpresa.

-¡Oh, vamos! Todas las historias de niños se supone que fueron escritas por Beedle ¿no? "La Fuente de la Suerte Justa"… "El Mago y el Tarro Furioso"… "Babbitty Rabbitty y su Rabo Risueño"…

-¿Disculpa?- dijo Hermione riendo- ¿Cómo se llama el último?

-¡Vamos! –d ijo Ron, mirándolos sin creerles a Harry y Hermione- Deben haber escuchado de Babbitty Rabbitty…

-¡Ron, sabes perfectamente que Harry y yo fuimos criados por Muggles!- dijo Hermione- Nunca escuchamos cuentos como esos cuando éramos niños, nos contaron "Blancanieves y los Siete Enanitos" y "Cenicienta"…

-¿Qué es eso, una enfermedad?- preguntó Ron.

-¿Así que son historias para niños?- preguntó Hermione, inclinándose hacia las runas.

-Si- dijo Ron dudoso-. Quiero decir, solo lo que te cuentan, sabes, que todos esos cuentos viejos provienen de Beedle. No se cómo serán las versiones originales.

-Pero me pregunto por qué Dumbledore creyó que debería leerlas…

Se escuchó un ruido que venia de abajo.

-Probablemente sólo es Charlie, ahora que mamá esta dormida, debe estar intentando que le vuelva a crecer el pelo- dijo Ron nervioso.

-Como sea, deberíamos dormir- susurró Hermione-. No sería bueno que nos quedáramos dormidos mañana.

-No- le dio la razón Ron-. Un triple asesinato brutal de la madre del novio podría arruinar un poco la boda. Yo me encargo de la luz.

Y presionó el Apagador una vez más cuando Hermione salio de la habitación.

Capitulo Ocho
La boda

A las tres en punto de la tarde siguiente estaban Harry, Ron, Fred y George, esperando en el jardín afuera de la gran carpa blanca, la llegada de los invitados a la boda. Harry había tomado una gran cantidad de poción multijugos y ahora era el doble perfecto de un chico Muggle pelirrojo de la villa local Ottery St. Catchpole, al cual Fred le había robado unos cuantos cabellos usando el encantamiento invocador. El plan era presentar a Harry como el -primo Barny- y confiar que pasara desapercibido entre tantos familiares Weasley.

Los cuatro tenían planes de distribución de asientos, con los cuales podrían mostrarle a la gente sus lugares correctos. Un contingente de meseros vestidos con túnicas blancas habían llegado una hora antes, junto con la banda enfundados en chaquetas doradas, todos estos magos estaban a una corta distancia sentados debajo de un árbol. Harry podía ver una estela de humo azul saliendo de donde estaba el grupo.

Detrás de Harry, la entrada a la carpa revelaba filas y filas de sillas frágiles y doradas, acomodadas todas a ambos lados de una larga alfombra morada. Los postes que soportaban la estructura estaban adornados con flores blancas y amarillas. Fred y George habían atado una enorme cantidad de globos dorados sobre el punto exacto donde en muy poco tiempo Fleur y Bill se convertirían en marido y mujer. Afuera, mariposas y abejas revoloteaban perezosamente. Harry se encontraba un poco incómodo. El chico muggle cuya apariencia Harry había tomado prestada era un poco más llenito que el y sus túnicas de gala se sentían calientes y apretadas bajo el ardiente sol de un día de verano.

-Cuando me case- dijo Fred, acomodando el cuello de su túnica, -no me molestaré con ninguna de estas estupideces. Todos vestirán lo que quieran, y utilizaré el hechizo Inmovilizador en mamá hasta que todo termine.

-No estaba tan mal esta mañana, creo- dijo George, -se quejó un poco de que Percy no estuviera aquí, pero ¿quién lo necesita? Ah vaya, compórtense todos, aquí vienen, miren.

Figuras vestidas de colores brillantes estaban apareciendo de la nada, una a una en los límites del jardín. En unos minutos una procesión se había congregado, la cual serpenteaba a través del jardín hacia donde se encontraba la carpa. Flores exóticas y aves hechizadas revoloteaban en las puntas de los gorros de la brujas, mientras que piedras preciosas brillaban desde las corbatas de muchos magos, el murmullo de la multitud se hacía cada vez más y más grande, apagando el sonido de las abejas mientras se acercaban al lugar donde se llevaría a cabo la ceremonia.

-Excelente, creo que puedo ver a unas cuantas primas Veela- dijo George, estirando el cuello para tener una mejor visión. -ellas necesitarán ayuda para entender nuestras costumbres inglesas, bueno, creo que les ayudaré….

-No tan rápido, *Su Santidad*-, dijo George, mientras se apresuraba a cruzar entre las brujas de mediana edad, dirigiéndose a donde se encontraban las jóvenes Veela, -aquí *permetiez moi* que *assister vous*,- dijo a un par de atractivas chicas francesas, las

cuales riendo le permitieron escoltarlas hacia el interior de la tienda.

George se había quedado a lidiar con las brujas de mediana edad y Ron se encargó de quien una vez había sido compañero de trabajo del señor Weasley; el señor Perkins, mientras que una pareja de ancianos había quedado a cargo de Harry.

-Hey, hola- dijo una voz familiar, mientras salía de la carpa y se encontraba con Lupin y Tonks enfrente de la multitud. Se había convertido en rubia para la ocasión. -Arthur nos dijo que serías el del cabello rizado. Perdón por lo de la anoche-, agregó suspirando, mientras que Harry los guiaba por el pasillo. -El Ministro ha adoptado estrictas medidas en contra de los hombres lobo y pensamos que nuestra presencia podría perjudicarte.

-Esta bien, lo entiendo-, dijo Harry, dirigiéndose mas hacia Lupin que hacia Tonks. Lupin le respondió con una leve sonrisa, pero mientras se alejaban, Harry vio la cara de Lupin la cual cambiaba a una, con dejo de miseria. No lo entendió, pero no había tiempo de investigar más a fondo. Hagrid estaba causando un poco de problemas. Ya que no había entendido las indicaciones de Fred de sentarse en el grupo de sillas reforzadas y ensanchadas mágicamente dispuestas en la última fila, sino en un grupo de sillas que ahora parecían un montón de cerillos dorados.

Mientras que el señor Weasley se hacia cargo de las reparaciones y Hagrid gritaba disculpas a cualquiera que lo escuchase, Harry se apresuró hacia la entrada donde se encontró a Ron cara a cara con el mago más excéntrico que había visto. Con los ojos entre cerrados, cabello blanco hasta el hombro con la textura de hilo dental, usaba una capa cuya borla colgaba enfrente de su nariz, y su túnica era de un color amarillo huevo. Un símbolo extraño, parecido a un ojo triangular, prendido de una cadena dorada alrededor de su cuello.

-Xenophilius Lovegood,- dijo el mago, extendiendo una mano hacia Harry, -mi hija y yo vivimos pasando la colina, los Weasleys fueron muy amables al invitarnos. Si no me equivoco, ¿tu conoces a mi Luna, verdad?- Dirigiéndose a Ron

-Si así es- dijo Ron, -¿No está con usted?

-Ella se desvió un poco hacia ese encantador jardín para saludar a los gnomos, ¡qué gloriosa infestación tienen ahí!, muy pocos magos se dan cuenta de lo mucho que podemos aprender de los sabios gnomos- o para referirnos correctamente a ellos, los Gernumbli Gardensi.

-Los nuestros conocen una buena cantidad de maldiciones y groserías,- dijo Ron, -pero creo que George y Fred les enseñaron todas esas.

Harry guió un grupo de warlocks hacia la tienda, mientras que Luna corría hacia él.

-Hola, Harry- dijo ella.

-Ehm, mi nombre es Barny-, dijo Harry perplejo.

-Oh, ¿también has cambiado eso?- preguntó ella.

-¿Cómo te diste cuenta?

-Oh, sólo por la expresión- dijo ella.

Como su padre, Luna vestía túnicas de color amarillo brillante, además de una gran flor de girasol en su cabello. Una vez que te acostumbrabas al brillo de la vestimenta, el efecto en general era placentero. Al menos no había rábanos colgando de sus orejas.

Xenophilius, que se encontraba inmerso en una plática con otro invitado, se había perdido la plática entre Luna y Harry. Despidiéndose del mago, Xenophilius se dio la vuelta hacia su hija la cual le mostró uno de sus dedos y dijo: -Mira papá, uno de los gnomos me mordió.

-¡Que maravilloso! La saliva de gnomo tiene muchos beneficios- dijo el señor Lovegood, tomando los dedos estirados de Luna y examinando las marcas de los dientecillos.

-Luna, mi amor, si de repente sientes un burbujeante talento- quizás necesidad de cantar opera, declamar en Mermish- ¡no lo reprimas! ¡Puedes haber sido bendecida por los Gernumblies!

Ron, pasando a un lado de ellos dejó salir un leve resoplido.

-Ron se puede burlar- dijo Luna serenamente mientras Harry los guiaba hacia sus lugares, -pero mi padre ha hecho una extensa investigación acerca de magia Gernumbli-

-¿De verdad?- Dijo Harry, que había decido desde hace mucho tiempo no contradecir a Luna o a su padre en sus peculiares puntos de vista. -¿Estás segura de que no te quieres atender esa mordida Luna?- dijo Harry

-Oh no, esta bien- dijo Luna, chupándose el dedo en una manera peculiar, mientras miraba a Harry de arriba a hacia abajo. -Te ves bien. Le dije a mi papá que la mayoría de las personas usarían túnicas de gala, pero el cree que uno debería vestir colores brillantes cuando asiste a una boda, para la suerte, tu sabes.

Mientas ella se reunía con su padre, Ron reapareció, acompañado de una bruja anciana. Su nariz aguileña, ojos delineados con rojo, y un sombrero de piel le daban la apariencia de un flamingo de temperamento irritable.

-…. Y tu cabello es mucho mas largo, Ronald, por un momento pensé que eras Ginevra. Por la barba de Merlín, que es lo que está vistiendo Xenophilius Lovegood, parece un omelet. Y tú ¿quién eres?- Le gritó a Harry.

-Ah si, tía Muriel, este es nuestro primo Barny.

-¿Otro Weasley? Ustedes se reproducen como gnomos. ¿Qué no estaba Harry

Potter por aquí? Esperaba poder conocerlo. Creí que era uno de tus amigos, Ronald, o ¿solamente estabas alardeando?

-No, él no pudo venir.

-Hmmm. Inventó una excusa, ¿verdad? No es tan tonto como parece en la fotografías del periódico. Acabo de instruir a lo novia sobre cómo usar apropiadamente mi tiara. -le gritó a Harry. -Hecha por Duendes, sabes, ha estado en mi familia por siglos. Ella es una chica hermosa, pero después de todo... francesa. Bueno, bueno, búscame un buen lugar, Ronald, tengo ciento siete años y creo que no debería de estar de pie por tanto tiempo.

Ron le dirigió una mirada desesperada a Harry mientras pasaba y no reapareció por un buen rato. Cuando se volvieron a reunir en la entrada, Harry le había mostrado a una docena más de personas sus lugares. La carpa estaba casi llena y por primera vez ya no había fila esperando entrar.

-¡Fue una pesadilla la tía Muriel- dijo Ron, limpiándose la frente con una de sus mangas -Solía venir en navidad cada año, gracias a dios, se ofendió por que Fred y George encendieron una bomba apestosa debajo de su silla. Papá siempre dice que los sacó de su testamento, como si les importara, ellos van a ser mas ricos que cualquiera en la familia, como si ellos…. ¡Guau!!- Exclamó, parpadeado rápidamente mientras que Hermione se apresuraba hacia ellos. -¡te ves fantástica!

-Siempre usas ese tono de sorpresa-, dijo Hermione, sonriendo. Usaba un vestido color lila, con tacones del mismo color, su cabello estaba lacio y brillante. -Bueno pues tu tía abuela no parece estar de acuerdo, me la acabo de encontrar en las escaleras, mientras le entregaba la tiara a Fleur. Dijo: "Oh dios, es ésta la nacida de Muggles?" Y luego agregó "que mala postura y que tobillos tan delgados."

-No lo tomes como algo personal, ella es pesada con todos- dijo Ron.

-¿Están hablando acerca de Muriel?- Pregunto George, saliendo de la carpa acompañado por Fred. -Sí, me acaba de decir que mis orejas están ladeadas. Vieja murciélago, desearía que el viejo tío Billius estuviera todavía con nosotros, él era muy simpático en cuanto a bodas se refería.

-¿Qué no fue él, el que después de ver al Grimm murió hace veinticuatro años?- Preguntó Hermione.

-Bueno si, como que se volvió un poco loco al final- respondió, George.

-Pero antes de que se deschavetara, era el alma de todas la fiestas- dijo Fred, -solía beberse una botella completa de whiskey de fuego, luego se dirigía hacia la pista de baile, se alzaba la túnica, y empezaba a sacar ramos y ramos de flores de su…

-Si, claro que suena como todo un caballero encantador- dijo Hermione, mientas que Harry se carcajeaba a más no poder.

-Aunque quien sabe por qué, nunca se casó- dijo Ron.

-Si claro, eso si que es sorprendente- dijo Hermione.

Mientras reían ruidosamente, no se dieron cuenta de la llegada de un invitado rezagado, un joven de cabello negro, con una larga y curvada nariz y espesas cejas negras, hasta que le dio la invitación a Ron y dijo, con sus ojos posados en Hermione,

-Te ves *marravillosa*-

-Viktor- gritó ella, mientras tiraba su bolsa de mano, la cual hizo un ruido desproporcionado para su tamaño. Mientras recogía sus cosas y se sonrojaba, dijo -no sabía que vendrías –dios- es magnífico volver a verte-¿como estás?

Las orejas de Ron se habían puesto de un rojo escarlata, después de mirar la invitación de Krum, como si no creyera una palabra, dijo, en voz alta, -¿Como es que tú estás aquí?

-Fleur me invitó- dijo Krum, con las cejas levantadas.

Harry quien no tenía ningún problema con Krum, le estrechó la mano, entonces sintiendo que era propicio retirar a Krum de las cercanías de Ron, se ofreció para mostrarle su lugar.

-Tu amigo *parrece* no estar contento con mi visita-, dijo Krum, mientras entraban en la carpa, la cual estaba casi llena. -¿o es un *parriente*?- Agregó mientras miraba el cabello ondulado de Harry.

-Primo- murmuró Harry, pero Krum no estaba escuchando. Su apariencia estaba causando revuelo, particularmente a las primas Veela, ya que, después de todo, era un famoso jugador de Quidditch. Mientras que algunas personas todavía estiraban el cuello para poder verlo bien, Ron, Hermione, Fred, y George, se apresuraban por el pasillo hacia sus lugares.

-Es tiempo de sentarse- Fred le dijo a Harry, -o si no la novia nos va a atropellar.

Harry, Ron y Hermione ocuparon sus lugares en la segunda fila, detrás de Fred y George. Hermione estaba todavía sonrojada y las orejas de Ron estaban todavía de un tono rojo escarlata. Después de unos momentos Ron le murmuró a Harry,

-¿te diste cuenta que se dejó crecer una estúpida barbita?

Harry le respondió con un gruñido indefinido.

Un sentimiento de anticipación nerviosa había llenado la carpa, reemplazando el murmullo general, roto ocasionalmente por explosiones de risa emocionada. El señor y la señora Weasley, recorrían el pasillo, sonriendo y saludando a sus parientes, la señora Weasley vestía un juego nuevo de túnicas color amatista que hacia juego con su gorro, un momento después Bill y Charlie se pararon al frente de la carpa, ambos vestidos con túnicas de gala, portando enormes flores blancas en sus solapas, Fred aulló como lobo, provocando risas en las primas Veela. Entonces la multitud guardó silencio mientras la

música empezaba a sonar, la cual, parecía venir de los globos dorados.

-Oooh-, dijo Hermione, girando en su asiento para poder mirar la entrada.

Un suspiro generalizado emergió de las brujas y magos mientras que Monsieur Delacour y Fleur caminaban por el pasillo, Fleur parecía deslizarse, Monsieur Delacour, caminaba con gran porte y orgulloso. Fleur vestía un vestido blanco muy simple y parecía emitir un fuerte resplandor plateado. Mientras que el brillo que emanaba de ella solía opacar a cualquiera que se encontraba cerca de ella, en esta ocasión parecía que hacía más atractivo a cualquiera que era alcanzado por este resplandor. Ginny y Gabrielle, vestían vestidos dorados, las cuales las hacían ver más hermosas que de costumbre, una vez que Fleur había llegado a donde se encontraba Bill, éste parecía como si nunca hubiese conocido a Fenrir Greyback.

-Damas y caballeros", dijo una melodiosa voz, y con un pequeño sobresalto, Harry miró al pequeño mago de pelo ralo, que había hablado en el funeral de Dumbledore, el cual ahora estaba enfrente de Bill y Fleur. -Estamos aquí reunidos para celebrar la unión de estas dos almas…-

-Si, mi tiara hizo que todo empezara correctamente- dijo la Tía Muriel hablando en susurros. -pero debo agregar, el vestido de Ginevra esta demasiado corto.

Ginny miraba alrededor, sonriendo le guiñó un ojo a Harry, entonces rápidamente volteó hacia el frente. La mente de Harry se alejó una gran distancia de la tienda, de regreso a las tardes que pasó a solas con Ginny en solitarios recodos de los jardines de la escuela. Parecían tan lejanos, siempre pareciendo demasiado buenos para ser verdad, como si se le estuviesen robando magníficas horas de alguien sin una cicatriz en forma de relámpago en la frente…

-Tu, William Arthur, ¿Tomas a Fleur Isabelle….?-

En la primera fila, la señora Weasley y Madame Delacour lloraban quedamente en pañuelos de tela.

Sonidos parecidos a los de una trompeta sonaron desde la parte trasera de la carpa, lo cual le indicaba a todos que Hagrid había sacado uno de sus pañuelos tamaño de mantel. Hermione se dio la vuelta y miro a Hagrid, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

El mago que ofreció la ceremonia agitó su mano sobre las cabezas de Bill y Fleur, y una lluvia de estrellas plateadas cayeron sobre ellos, girando alrededor suyo. Mientras que Fred y George dirigían una ronda de aplausos, los globos dorados estallaron. Aves del paraíso y pequeñas campanas de oro volaron y cayeron de ellos, agregando sus canciones y trinos a la celebración.

-Damas y caballeros- dijo el mago de pelo ralo, -Si son tan amables de ponerse de pie-

Todos hicieron lo que se le pidió, tía Muriel quejándose ruidosamente, el mago agitó su varita una vez mas, y las sillas en las que hasta ahora se habían sentado se

elevaron por los aires, mientras que los muros de la carpa desaparecían, quedando todos de pie debajo de un pabellón, sostenido por columnas doradas, con la gloriosa vista del atardecer en el campo. Enseguida, una alberca de oro apareció en el piso de la carapa y se esparció desde el centro para formar una resplandeciente pista de baile, las sillas voladoras se agruparon alrededor de pequeñas mesas redondas de color blanco, las cuales flotando regresaron al piso, mientras que la banda vestida de chaqueta dorada se dirigía hacia un podium.

-Genial- dijo Ron, mientras que los meseros aparecían de la nada por todos lados, algunos llevando bandejas de plata con jarras de jugo de calabaza, cerveza de mantequilla y whiskey de fuego, otros balanceando montones de pasteles y emparedados.

-Deberíamos ir y felicitarlos- dijo Hermione, parándose de puntitas para ver el lugar en el que estaban Bill y Fleur.

-Tendremos suficiente tiempo después- refunfuñó Ron, tomando tres cervezas de mantequilla de una bandeja que pasaba, pasándole una a Harry. -Hermione, vamos, apartemos una mesa, no ahí, no cerca de la Tía Muriel-

Ron guiaba a todos a través de la pista de baile vacía, mirando a la derecha y a la izquierda mientras pasaba, Harry se dio cuenta de que estaba vigilando en caso de que Krum apareciera. Para cuando habían llegado al otro lado de la tienda, la mayoría de las mesas ya habían sido ocupadas, la más vacía era la ocupaba Luna, donde estaba sentada sola.

-¿Esta bien si nos sentamos contigo?- Preguntó Ron

-Oh si-, dijo ella felizmente, -Mi papá acaba de ir a entregarle nuestro regalo a Bill y Fleur-

-¿Que es, un dotación de por vida de gerdyroots?- Preguntó Ron.

Hermione le quiso propinar una buena patada por debajo de la mesa, pero en vez de pegarle a Ron se la dio a Harry, con los ojos llenos de lágrimas por el dolor, Harry se perdió de la conversación por unos instantes.

La banda había empezado a tocar, Bill y Fleur fueron los primeros en empezar a bailar, lo cual causó un gran aplauso. Después de un rato, el Señor Weasley acompañado de Madame Delacour comenzaron a bailar, acompañados por Señora Weasley y el padre de Fleur.

-Me gusta esta canción- dijo Luna, moviéndose al ritmo de la canción de vals, y unos segundos después se paró y se dirigió hacia la pista de baile, donde se perdió entre la multitud, sola, con los ojos cerrados y agitando los brazos.

-Ella es fenomenal, ¿verdad?- Dijo Ron admirado, -siempre haciendo algo bueno-

Pero la sonrisa se esfumó pronto de la cara de Ron, Viktor Krum había ocupado

el asiento que Luna dejo vacío. Hermione claramente apenada pero esta vez Krum no había venido a halagarla. Con una extraña expresión en su rostro dijo, -¿quien es ese hombre vestido de amarillo?-

-Ese es Xenophilius Lovegood, es el padre de una de nuestras amigas-, dijo Ron. El tono en que lo dijo indicaba claramente que no podían burlarse de Xenophilius, a pesar de la clara invitación. -Vamos a bailar- le preguntó a Hermione abruptamente.

Ella parecía confundida, pero al mismo tiempo contenta, y se levantó. Tomó a Ron de la mano, se levantaron y juntos se desvanecieron en la creciente multitud que ya estaba bailando.

-Ah, ¿así que ahora ellos están juntos?- Preguntó Krum, momentáneamente distraído.

-Eh, pues si, algo así- dijo Harry

-¿Quién *erres* tu?- preguntó Krum.

-Barny Weasley-

Ellos estrecharon las manos

-Entonces, ¿tu conoces a este hombre Lovegood?

-No, lo conocí apenas hoy, ¿por qué?

Krum bajo su bebida, mirando a Xenophilius, quien estaba charlando con varios warlocks, en el otro lado de la pista de baile.

-*Porrque*-, dijo Krum, -si él no fuese un invitado de *Fleurr*, le *darría* su *merrecido* aquí y ahora por estar usando ese sucio símbolo en su pecho.

-¿Símbolo?-, dijo Harry, mirando a Xenophilius también, el extraño ojo triangular estaba brillando en su pecho. -¿por qué?, ¿qué hay de malo con eso?

-Grindelwald. Esa es la señal de Grindelwald

-Grindelwald…. ¿El mago oscuro al que Dumbledore derrotó?

-Exactamente.

Los músculos de la quijada de Krum trabajaban como si estuviese masticando, entonces dijo -Grindelwald, asesinó muchas personas, mi abuelo entre ellos. Claro que el nunca fue suficientemente *poderroso* en este país, todo el mundo decía que le tenia miedo a *Dumbledorre*, -y estaban en lo correcto viendo como fue derrotado tan fácilmente, *perro* ese- apuntando con un dedo a Xenophilius –ese es su símbolo, lo reconocí inmediatamente, Grindelwald lo *grrabó* en un muro en Durmstrang, donde fue alumno una vez. Algunos idiotas lo copiaron en sus libros y ropas pensando que podrían impresionar a los demás, hasta que aquellos que habíamos *perrdido* miembros de

nuestra familia a manos de Grindelwald les dimos una lección.

Krum tronó sus nudillos amenazadoramente y miró a Xenophilius. Harry se sintió perplejo. Parecía increíble que el padre de Luna apoyara las artes oscuras, y que nadie más en la carpa pareciera haberse dado cuenta de lo que el símbolo triangular representaba.

-¿Estas completamente seguro de que esa es la marca de Grindelwald?

-No me equivoco- dijo Krum fríamente. -pase muchos años por donde se *encontrraba* la señal, la conozco muy bien.

-Bueno, puede ser-, dijo Harry, -que Xenophilius no sepa lo que el símbolo representa, y es que los Lovegood, son bueno, algo… inusuales el pudo haberla recogido en algún lado, además creo que parece una parte de la cabeza de un Snorkack de asta arrugada o algo así.

-¿La parte de que de un que?

-Bueno, no se de que sean, pero parece que el y su hija van de vacaciones en su búsqueda…

Harry sintió que estaba haciendo un mal trabajo al tratar de explicar a Luna y a su padre.

-Ella es su hija- dijo apuntando con dedo a Luna, que todavía estaba bailando sola, moviendo los brazos alrededor de la cabeza como si estuviese tratando de alejar moscas-

-¿Por qué esta haciendo eso?- Preguntó Krum

-Probablemente está tratando de alejar a un Wrackspurt- dijo Harry, que había reconocido los síntomas.

Krum parecía no creer que Harry le estuviese diciendo la verdad sino burlándose de él. Metió la mano en su túnica y la apuntó amenazadoramente hacia sus muslos, chispas rojas emanaban de la punta.

-Gregorovitch!- Dijo Harry en voz alta, y Krum se le quedó viendo, pero Harry estaba demasiado emocionado para que le importase, el recuerdo le había llegado de repente al mirar la varita, Ollivander tomándola y examinándola cuidadosamente antes del torneo de los tres magos.

-¿Qué pasa con el?-, preguntó Krum sospechando

-¡El hace varitas mágicas!

-Si eso ya lo se- dijo Krum

-El hizo tu varita, por eso pensé Quidditch

Krum lo miraba más y más, como sospechando algo.

-¿Cómo es que sabes que Gregorovitch hizo mi varita?

-Pues… creo que lo leí, en algún lado-, dijo Harry, -en una revista de admiradores- improvisó rápidamente y Krum parecía que al fin se había calmado

-Pues no me parece que alguna vez haya discutido lo de mi varita con ninguno de mis admiradores- dijo

-Entonces… eeeehhh, ¿que hace Gregorovitch estos días?

Krum le respondió confundido

-El se retiró hace unos años. Fui uno de los últimos que adquirieron una de sus varitas. Son las mejores, aunque ahora se que ustedes los británicos compran con Ollivander-

Harry no respondió. Pretendió que miraba a los bailarines, al igual que Krum, pero de verdad estaba pensando. Así que Voldemort estaba buscando a un hacedor de varitas famoso y Harry no tenía que esforzarse mucho en encontrar la razón. Era seguramente por lo que la varita de Harry había hecho la vez que Voldemort lo había perseguido por los cielos. La varita hecha de acebo y una pluma de fénix le había ganado a la varita prestada, algo que Ollivander no había anticipado o entendido. ¿Podría ser que Gregorovitch fuese mejor? De verdad era más habilidoso que Ollivander, ¿El conociera secretos acerca de varitas que Ollivander no?

-Esa chica es bonita,- dijo Krum, trayendo a Harry de sus pensamientos.

Krum estaba hablando de Ginny, que se había unido a Luna. -¿ella también es una de tus parientes?-

-Si así es- dio Harry, un poco irritado -y está saliendo con alguien en estos momentos. Un tipo grande y musculoso. Te aseguro que no te querrías encontrar con el-

Krum gruño.

-Bah- exclamó, vaciando su copa y poniéndose de pie, -¿Cuál es el punto de ser una estrella internacional de Quidditch, si todas las chicas bonitas están saliendo con alguien?-

Y se fue dejando a Harry, tomó un emparedado de uno de los meseros y se dirigió hacia la orilla de la pista de baile. Harry quería encontrar a Ron y contarle acerca de lo que había descubierto de Gregorovitch, pero se encontraba bailando con Hermione en el centro de la pista.

Harry se fue hacia uno de los pilares dorados y miró a Ginny, que estaba bailando con el amigo de Fred y George, Lee Jordan, tratando de no arrepentirse de la promesa que le había hecho a Ron.

El nunca había estado en una boda antes, así que no podía juzgar como las celebraciones del mundo mágico diferían de las fiestas de muggles, pero estaba seguro que en estas últimas no habría un pastel de bodas en cuya cima estarían dos pequeñas figuras de fénix que volarían cuando el pastel fuese cortado, o botellas de champagne que flotaran por encima de la multitud. Mientras que la tarde se acercaba, y las polillas empezaban a volar dentro de la carpa, ahora iluminada con linternas doradas, la fiesta estaba cada vez más y más ruidosa. Fred y George habían desaparecido hacia un buen rato junto con dos primas de Fleur en la oscuridad del bosque; Charlie, Hagrid, y un mago chaparrito y musculoso estaban cantando -Odo, el héroe- en una esquina.

Caminando entre la multitud y al mismo tiempo tratando de escapar del tío ebrio de Ron que confundía a Ron con su hijo, Harry encontró a un viejo mago sentado solo en una mesa. Su cabello blanco revuelto le daba la apariencia de un diente de león viejo, su cabeza cubierta de un gorro apolillado. Resultaba un poco familiar, escarbando en su cerebro, Harry pronto descubrió que el era Elphias Doge, miembro de la orden del fénix, y que había escrito el obituario de Dumbledore.

Harry se acercó.

-¿Me puedo sentar?-

-Claro, claro-, dijo Doge: tenía una voz algo chillona.

Harry se inclinó.

-Señor Doge, yo soy Harry Potter-

Doge jadeó.

-¡Mi querido muchacho! Arthur me dijo que estarías aquí, disfrazado…. Me dan tanto gusto, ¡me siento tan honrado!

Alborotado y nervioso Doge le sirvió una copa de champagne a Harry.

-Pensé en escribirte- susurró, -después de lo de Dumbledore… la impresión… y para ti, estoy seguro…

Los ojos de Doge de repente se llenaron de lágrimas.

-Leí el obituario que escribió para el diario El profeta-, dijo Harry -nunca me había imaginado que usted conociera tan bien a Dumbledore.

-Tan bien como cualquiera- dijo Doge, enjugando sus ojos con una servilleta. -ciertamente yo lo conocí por mucho tiempo, claro si no cuentas a Aberforth- y de alguna manera, la gente no suele tomar a Aberforth en cuenta.

-Hablando del diario El Profeta… no se si habrá visto, señor Doge?

-Oh, por favor, llámame Elphias, estimado chico.

-Elphias, no se si leíste la entrevista que Rita Skeeter dio acerca de Dumbledore?

La cara de Doge se coloreo por el coraje.

-Oh claro, Harry, la leí. Esa mujer, o buitre es un termino mas preciso, claramente me provocó para que discutiera con ella y estoy apenado de decir que me comporté de una manera grosera, la llamé trucha entrometida, lo cual resultó, como ya te habrás dado cuenta, en insinuaciones acerca de mi salud mental.

-Bueno en esa entrevista,- Harry continuó -Rita Skeeter apuntó que el profesor Dumbledore estuvo coludido con las artes oscuras cuando fue joven.

-¡No creas una sola palabra de eso!- Dijo Doge -ni una sola palabra Harry, no dejes que nada empañe los buenos recuerdos que tienes de Dumbledore!

Harry miro la cara de Doge, y no se sintió relajado si no frustrado. Doge realmente creía que era tan fácil que Harry cambiara de parecer acerca de Dumbledore? ¿Qué acaso Doge no entendía que Harry necesitaba estar seguro, de saber todo?

Quizás Doge sospechó algo de los sentimientos de Harry, ya que se apresuró a seguir, -Harry, Rita Skeeter es una terrible…

Pero fue interrumpido por una risa estridente.

-Rita Skeeter? ¡Oh, la adoro, siempre la leo!

Harry y Doge miraron a su alrededor para encontrarse a la tía Muriel, parada ahí, con una copa de champaña en su mano. -¡ella escribió un libro acerca de Dumbledore, lo sabían!

-Hola Muriel- dijo Doge -si, pues estábamos discutiendo…

-Si, eh tú, dame tu silla, ¿que no ves que tengo ciento siete años de edad?

Otro pariente de los Weasley saltó de su asiento, alarmado, mientras que la tía Muriel tomaba la silla con una fuerza sorprendente y lo colocaba en medio de Harry y Doge.

-Hola de nuevo, Barny o como te llames,- le dijo a Harry, -ahora que estabas diciendo de Rita Skeeter, Elphias? Tú sabes, que ella escribió una biografía de Dumbledore? No puedo esperar para leerlo. Debo recordar ordenar una copia en Flourish and Blotts!

Doge no se inmutó a lo que la tía Muriel acabada de decir, ella vació su copa y chasqueo sus regordetes dedos a un mesero que pasaba por ahí. Bebió un largo sorbo de champaña, se limpió y dijo, -¡no hay necesidad de parecer un par de viejas ranas disecadas! Antes de convertirse en un mago tan respetado, conocido y todo eso, hubieron graciosos rumores de Dumbledore corriendo por ahí!

-¡Todos rumores mal intencionados!- Dijo Doge, mientras se ponía rojo como un rábano.

-Tu dirás eso, Elphias- cacareó Muriel -me di cuenta de cómo exageraste en ese obituario que escribiste.

-Pues es una lástima que pienses eso- dijo Doge, mas fríamente, -te aseguro que lo escribí desde mi corazón.

-Ah si claro, tu adorabas a Dumbledore, me atrevo a decir que tu todavía piensas que fue un santo, aunque luego nos enteremos que había escondido a su hermana squib!

-Muriel- exclamó Doge.

Un escalofrió que no tenia nada que ver con la champaña fría que Harry estaba bebiendo recorrió su pecho.

-¿Qué quiere decir?- Le pregunto a Muriel, -¿quien dice que su hermana era un squib? Yo creía que estaba enferma-

Pues te equivocaste, ¿no crees Barny?- Dijo la tía Muriel, deleitándose en el efecto que había producido. -de todas maneras, ¿como podrías esperar conocer algo de todo esto?, esto sucedió años antes de que incluso fueses pensado, mi estimado y la verdad es que los que estábamos vivos en esos tiempos nunca supimos nada acerca de lo que había pasado. ¡Es por eso que quiero enterarme de lo que Rita Skeeter desenterró! ¡Dumbledore si que escondió muy bien a su hermana por un buen tiempo!-

-Mentira- chilló Doge, -¡eso es una absoluta mentira!

-El nunca me dijo que su hermana era una squib,- dijo Harry, sin pensar, todavía con la sensación de escalofríos recorriendo su cuerpo.

-¿Y por qué diantres crees que el te diría?- Chilló la Tía Muriel, torciéndose un poco en su asiento mientras trataba de concentrase en Harry.

-La razón por la cual Albus nunca habló de Ariana,- comenzó Elphias en una voz llena de emoción, -es…, debí de haberlo imaginado, está muy claro. El estaba devastado por su muerte-

-¿Por qué nadie nunca la vio, Elphias?- Chilló Muriel, -¿por qué la mitad de nosotros nunca supo de su existencia hasta que sacaron su ataúd e hicieron su funeral? ¿Dónde estaba el santo de Dumbledore mientras Ariana estaba encerrada en el sótano? ¿Demasiado ocupado en Hogwarts para preocuparse de lo que sucedía en su casa?

-¿Qué quiere decir con encerrada en el sótano?- Preguntó Harry. -¿qué es todo eso?-Doge parecía confundido. La tía Muriel cacareó de nuevo y le respondió a Harry.

-La madre de Dumbledore era una mujer terrible, simplemente terrible, nacida de muggles, aunque creo haber escuchado que ella pretendía ser otra cosa…

-¡Ella nunca pretendió nada! Kendra era una agradable mujer,- susurró Doge miserablemente, pero la tía Muriel lo ignoró completamente.

-Orgullosa y muy dominante, la clase de bruja que podría haberse mortificado enormemente si tuviese un hijo squib.

-Ariana no fue una squib- grito Doge.

-Como digas, Elphias, pero explícame, porque nunca fue a Hogwarts?- Dijo la tía Muriel. Se volteó hacia Harry. -en nuestros días, los squibs eran frecuentemente escondidos, hasta el extremo de ser encarcelados, pretendiendo que no existían.

-¡Te digo que, esa no fue la forma en la que sucedió!-, dijo Doge, pero la Tía Muriel, se apresuró a continuar, todavía dirigiéndose a Harry.

-Los Squibs generalmente eran enviados a escuelas muggle y animados a integrarse a la comunidad muggle… eso era mucho más amable que tratar de encontrarles un lugar en el mundo mágico, donde siempre serían de segunda clase, pero naturalmente Kendra Dumbledore nunca había soñado en dejar ir a su hija a una escuela Muggles.

-Ariana era muy delicada- dijo Doge desesperadamente, -su estado de salud era muy delicado, no le permitía –

-¿No le permitía dejar la casa?- Rió estridentemente Muriel. -aun así ella nunca fue llevada a San Mungo, ¡y nunca ningún sanador fue llamado a verla!

-De verdad Muriel, como es posible que tu sepas--

-Para tu información, Elphias, mi primo Lancelot era un sanador en San Mungo por esa época, y él le dijo a mi familia con la promesa de que guardáramos el secreto que Ariana nunca había sido vista en las instalaciones del hospital, ¡de lo mas sospechoso que había visto Lancelot!

Doge parecía estar al borde de las lágrimas. La Tía Muriel quien parecía estar deleitándose inmensamente consigo misma, chasqueó los dedos para pedir más champaña. Confundido Harry, recordó como los Dursley lo habían encerrado, manteniéndolo lejos de la vista de cualquiera por el simple hecho de ser un mago. ¿Había tenido la hermana de Dumbledore la misma suerte? Pero al revés, ¿encerrada por el hecho de no poseer magia? ¿Y Dumbledore de verdad la había dejado a su destino, mientras el estaba en Hogwarts demostrando lo brillante y talentoso que era?

-Ahora, si Kendra no hubiese muerto primero-, Muriel continuó, -yo podría decir que fue ella la que terminó con Ariana.

-¡Cómo te atreves Muriel!- Gruñó Doge. -¿una madre que mate a sus propios hijos? ¡Piensa en lo que estás diciendo!

-Si la madre en cuestión fue capaz de encerrar a su hija por años, ¿por qué no? Dijo la tía Muriel. -pero como ya dije, esto no encaja, por que Kendra murió antes que

Ariana, de qué murió, es algo de lo no todos parecen estar seguros-

-Sí, Ariana pudo haber hecho un acto desesperado en busca de su libertad y mató a Kendra en el proceso,- dijo la tía Muriel convencida. -sacude la cabeza cuanto quieras, Elphias. Tú estuviste en el funeral de Ariana, ¿no es cierto?

-Si así es, ahí estuve,- dijo Doge, sus extremidades temblaban, -y no puedo recordar un momento más triste, el corazón de Dumbledore estaba roto.

-Pues… su corazón no era lo único que estaba roto. ¿No es cierto que Aberforth le rompió la nariz a Albus justo a la mitad del servicio funerario?

Si Doge había parecido horrorizado antes de esto, eso era nada a comparación de cómo se encontraba en este momento. Parecía que Muriel lo había apuñalado. Rió ruidosamente y tomo otro sorbo de champaña, la cual se escurrió por su barbilla.

-¿Cómo te atreves?- respondió Doge.

-Mi madre era muy amiga de la vieja Bathilda Bagshot,- dijo la Tía Muriel felizmente. -Bathilda describió todo a mi mama, mientras yo escuchaba a través de la puerta. La manera en la que Bathilda lo contó, Aberforth gritó que todo había sido la culpa de Albus, que Ariana estuviera muerta, y entonces lo golpeó en la cara. De acuerdo a Bathilda, Albus no hizo el menor intento de defenderse, y eso si que era algo raro en él. Albus podría haber destruido a Aberforth en un duelo con ambas manos atadas a su espalda.

Muriel bebió más champaña. El relato de esos viejos escándalos parecía encantar a Muriel mientras que aterrorizaban a Doge. Harry no sabía qué pensar, en qué creer. El quería la verdad, y todo lo que Doge había hecho había sido quedarse ahí sentado repitiendo que Ariana estaba enferma. Harry encontraba difícil de creer que Dumbledore no habría hecho nada con tal de remediar lo que sucedía en su casa, y sin embargo había algo raro en lo que había escuchado de la historia.

-Y te diré una cosa más, -dijo Muriel, mientras sufría un ataque de hipo mientras que bajaba su copa, -yo creo que Bathilda le ha soltado toda la sopa a Rita Skeeter. Todas esas pistas en la entrevista y más aun que las consiguiera de una fuente tan cercana a Dumbledore- solo Dios sabe si estuvo presente durante el asunto de Ariana!

-¡Bathilda, nunca hablaría con Rita skeeter!- Murmuro Doge

-¿Bathilda Bagshot?- Harry dijo, -¿la autora de Historia de la Magia?

El nombre estaba impreso en la portada de uno de los libros de texto de Harry, aunque no en uno de los que leyera más atentamente.

-Si-, dijo Doge respondiendo a la pregunta de Harry como un hombre ahogado se aferra a su vida.

-Una bruja con grandes habilidades para la historia y una gran amiga de Albus.

-Un poco loca en estos días, de acuerdo a lo que he escuchado-, dijo la tía Muriel animadamente.

-Si es así, es entonces aun mas deshonroso para Skeeter haber tomado ventaja de su condición- dijo Doge, -y no hay ninguna seguridad en lo que Bathilda haya podido decir.

-Oh, hay muchas maneras de recordar memorias olvidadas, y estoy segura que Rita Skeeter las conoce todas-, dijo la tía Muriel, -pero aun si Bathilda está completamente loca, estoy segura que ella todavía tiene viejas fotografías, quizá hasta cartas. Ella conoció a Dumbledore por años… bien vale un viaje a Godric Hollow, al menos eso creo.

Harry que había tomado un sorbo de la cerveza de mantequilla, se atragantó, Doge le dio unas palmaditas en al espalda mientras Harry tosía, mirando enojado a la tía Muriel. Una vez que Harry tenía el control sobre su voz, preguntó, -Bathilda Bagshot vive en el Valle deGodric?

-Ah si claro, ¡ella ha estado ahí desde siempre! Los Dumbledore se mudaron ahí después de que Percival fue encarcelado y ella fue su vecina.

-¿Los Dumbledore vivieron en el Valle deGodric?

-Así es Barny, eso es lo que acabo de decir- dijo la tía Muriel.

Harry se sentía totalmente vacío. En seis años, Dumbledore nunca le dijo a Harry que ambos habían vivido y perdido seres amados en el Valle de Godric, ¿por qué? Fueron James y Lily enterrados cerca de la tumba de la hermana y madre de Dumbledore? ¿Dumbledore visitó alguna vez la tumba de sus parientes, quizá de Lily y James? Y nunca le dijo nada… nunca se molestó en comentarle…

Y por qué era tan importante, Harry no podía explicárselo, aun así sentía que había sido engañado, que nunca nadie le había dicho que ellos compartían el mismo lugar y las mismas experiencias. Miraba hacia el frente, sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor, y no se había dado cuenta de que Hermione había aparecido de entre la multitud hasta que ésta acercó una silla y se sentó a un lado suyo.

-Simplemente no puedo bailar más-, dijo, quitándose uno de sus zapatos y frotándose la planta del pie. -Ron fue a buscar más cervezas de mantequilla, se comporta de una manera extraña. Además acabo de ver como Krum se alejaba a toda velocidad del padre de Luna, parecía como si hubiesen estado discutiendo- bajó un poco la voz, observándolo, -¿Harry te encuentras bien?

Harry no sabía por dónde empezar, pero no importaba, en ese momento algo grande y plateado cayó del cielo, atravesando la carpa sobre la pista de baile.

Gallardo y resplandeciente, un lince había aterrizado en medio de los bailarines asombrados. Muchas cabezas voltearon, mientras que los que se encontraban más cerca se quedaron congelados absurdamente en medio del baile. Entonces la boca del Patronus se abrió y hablo con la voz alta, profunda y lenta de Kingsley Shacklebolt.

-El ministerio ha sido derrocado. Scrimgeour está muerto. Ellos se acercan.

Capítulo 9

Un lugar para esconderse

Todo parecía borroso y lento. Harry y Hermione se pusieron de pie de un salto y sacaron sus varitas. Muchas personas apenas estaban dándose cuenta de que algo extraño había pasado; todavía algunas cabezas estaban mirando hacia el lince plateado cuando éste desapareció. El silencio se propagó en heladas ondas a partir del lugar donde el Patronus había aterrizado. Entonces alguien gritó.

Harry y Hermione se adentraron entre la multitud presa del pánico. Los invitados huían en todas direcciones; muchos estaban Desapareciéndose; los hechizos de protección alrededor de La Madriguera habían sido traspasados.

-¡Ron! –chillaba Hermione. -¡Ron! ¿Dónde estás?

Mientras se abrían camino hacia la pista de baile, Harry vio figuras encapuchadas y enmascaradas Aparecer entre la multitud; luego vio a Lupin y Tonks con sus varitas al ristre y escuchó a ambos exclamar: "*¡Protego!",* un grito que fue repetido por otros en todos lados…

-¡Ron! ¡Ron! –lo llamaba Hermione, casi sollozando mientras ella y Harry eran golpeados por invitados aterrorizados; Harry la tomó de la mano para asegurarse de no separarse cuando un rayo de luz pasó zumbando por encima de sus cabezas, si había sido un hechizo de protección o algo mucho más siniestro, no lo sabía…

Y entonces Ron estaba ahí. Se asió fuertemente del brazo libre de Hermione y Harry la sintió girar en el lugar; imágenes y sonidos fueron extinguiéndose mientras que la oscuridad lo oprimía. Todo lo que podía sentir era la mano de Hermione al tiempo que era estrujado a través de tiempo y espacio, lejos de La Madriguera, lejos de los Mortífagos que habían llegado, lejos, tal vez, del mismísimo Voldemort…

-¿Dónde estamos? –dijo la voz de Ron.

Harry abrió los ojos. Por un momento creyó que después de todo no habían dejado la boda: parecía que continuaban rodeados de personas.

-En la calle Tottenham Court –jadeó Hermione. –Caminen, sólo caminen, necesitamos encontrar un lugar para que se cambien.

Harry hizo lo que ella les pidió. Medio caminaron y medio corrieron a través de la oscura y ancha calle repleta de trasnochadores y tiendas ya cerradas, con las estrellas titilando encima de ellos. Un autobús de dos plantas retumbó y un grupo de felices parranderos los contempló fijamente cuando pasaron a su lado: Harry y Ron todavía tenían puestas sus túnicas de fiesta.

-Hermione, no tenemos ropa para cambiarnos –le dijo Ron cuando una mujer joven estalló en estridentes risotadas al verlos.

-¿Por qué no me aseguré de tener la Capa de Invisibilidad conmigo? –dijo Harry, maldiciéndose interiormente por su estupidez. –Durante todo el año pasado la tuve y…

-Todo está bien, yo tengo la capa y traigo ropa para los dos –dijo Hermione. –Sólo traten de actuar naturalmente hasta que… esté hecho.

Los condujo por una calle lateral y luego dentro del amparo de un sombrío callejón.

-Cuando dijiste que traías la Capa y ropa… -dijo Harry mirando con el ceño fruncido hacia Hermione, quien no estaba cargando nada más que su pequeño bolso de mano adornado con aros y en el cual estaba rebuscando en ese momento.

-Sí, aquí están –dijo Hermione y ante el completo asombro de Harry y Ron, sacó de él un par de vaqueros, una sudadera, unos calcetines marrones y, finalmente, la plateada Capa de Invisibilidad.

-¿Cómo demonios…?

-Encantamiento de Extensión Indetectable –explicó Hermione. –Complejo, pero creo que lo hice bien. De algún modo logré que cupiera aquí todo lo que necesitamos. –Le dio una ligera sacudida al aparentemente frágil bolso y sonó como si trajera todo un cargamento por el número de pesados objetos que rodaron dentro. –Oh, diablos, ésos deben ser los libros –dijo ella, husmeando en el bolso, -y yo que los había acomodado por materia… Ah, bueno… Harry, será mejor que agarres la Capa de Invisibilidad. Ron, date prisa en cambiarte…

-¿Cuándo hiciste todo esto? –le preguntó Harry mientras Ron se desprendía de su túnica.

-Te lo dije en La Madriguera, he tenido preparado lo indispensable durante días, ya sabes, en caso de que necesitáramos huir rápidamente. Guardé tu mochila en la mañana, Harry, después de que te cambiaste, y la puse aquí… Tuve un presentimiento…

-Eres increíble, vaya que sí –dijo Ron, pasándole su túnica doblada.

-Gracias –dijo Hermione, consiguiendo sonreír levemente mientras metía la túnica dentro del bolso. –¡Por favor, Harry, ponte la Capa!

Harry se echó la Capa de Invisibilidad sobre los hombros y por encima de la cabeza, desapareciendo de su vista. Justo estaba empezando a comprender qué era lo que había pasado.

-Los otros… todos los que estaban en la boda…

-No podemos preocuparnos de eso ahora –susurró Hermione. –Eres tú a quién ellos quieren, Harry, y sólo pondríamos a todos en más peligro si regresamos.

-Ella tiene razón –dijo Ron, quien parecía saber lo que Harry estaba a punto de discutir aunque ni siquiera podía verle la cara. –La mayoría de los de la Orden estaban ahí, ellos los cuidarán a todos.

Harry asintió y luego recordó que no podían verlo, así que dijo: -Claro. –Pero pensó en Ginny y el miedo burbujeó en su estómago como ácido.

-Vamos, creo que debemos mantenernos en movimiento –dijo Hermione.

Regresaron a la calle lateral y luego a la principal, donde un grupo de hombres en la acera de enfrente estaban cantando y saludándolos con las manos al otro lado del adoquinado.

-Sólo por curiosidad, ¿por qué elegiste la calle Tottenham Court? –le preguntó Ron a Hermione.

-No tengo idea, sólo se me ocurrió, pero estoy segura de que si estamos a salvo en algún lugar del mundo Muggle, es donde ellos no esperan que estemos.

-Cierto –dijo Ron mirando alrededor, -pero, ¿no te sientes un poco… expuesta?

-¿Adónde más podríamos ir? –preguntó Hermione, abochornándose cuando los hombres al otro lado de la calle empezaron a silbarle. –Difícilmente podríamos alquilar una habitación en El Caldero Chorreante, ¿o sí? Y Grimmauld Place queda descartado si Snape puede entrar… Supongo que podríamos intentar ir a la casa de mis padres, aunque creo que existe la posibilidad de que nos busquen ahí… ¡Oh, me gustaría que se callaran!

-¿Todo está bien, cariño? –estaba gritando el más ebrio de los hombres de la acera de enfrente. -¿Te gustaría una bebida? ¡Deshazte del pelirrojo y ven por un trago!

-Sentémonos en algún lado –dijo Hermione cuando Ron abrió la boca para responder a los del otro lado de la calle. -¡Miren, entremos aquí!

Era una pequeña y destartalada cafetería, de ésas que abren toda la noche. Una ligera capa de grasa cubría todas las mesas revestidas de formica, pero al menos estaba vacío. Harry fue el primero en deslizarse sobre el banco de una de las mesas y Ron se sentó junto a él y frente a Hermione, quien le estaba dando la espalda a la entrada y no gustaba de ello: estaba echando vistazos sobre su hombro tan frecuentemente que parecía tener un tic. A Harry no le agradaba quedarse quieto; caminado había tenido la ilusión de que tenían un lugar a dónde llegar. Bajo la capa, podía sentir los últimos vestigios de la Multijugos abandonarlo y sus manos retomaron su forma y tamaño normales. Sacó los anteojos de su bolsillo y se los puso de nuevo.

Después de un minuto o dos, Ron dijo: -¿Saben? El Caldero Chorreante no está lejos de aquí, justo en la avenida Charing Cross…

-¡Ron, no podemos! –dijo Hermione a su vez.

-¡No para quedarnos ahí, pero sí para averiguar que es lo que está pasando!

-¡Sabemos qué es lo que está pasando! Voldemort ha tomado el control de Ministerio, ¿qué más necesitamos averiguar?

-¡Está bien, sólo era una idea!

Se sumergieron en un irritante silencio. Una camarera con goma de mascar llegó hasta ellos arrastrando los pies y Hermione ordenó dos capuchinos: estando Harry invisible, hubiera sido extraño que pidiera uno para él. Un par de corpulentos obreros entraron a la cafetería y se apretujaron en la mesita del lado. Hermione redujo el tono de su voz hasta convertirla en un susurro.

-Yo digo que busquemos un lugar tranquilo para desaparecernos y nos dirijamos al campo. Una vez ahí, podríamos mandarle un mensaje a la Orden.

-Entonces, ¿tú sabes hacer esa cosa de hablar con los Patronus? –preguntó Ron.

-He estado practicando y creo que sí –dijo Hermione.

-Bueno, mientras no los metamos en un problema, aunque probablemente ya los hayan arrestado. Dios, esto es repugnante –añadió Ron después de tomar un sorbo de su descolorido y espumoso café. La camarera lo escuchó y le dirigió una desagradable mirada mientras se encaminaba hacia los nuevos clientes para tomarles la orden. El más alto de los obreros, que era rubio y bastante fornido ahora que Harry se fijaba en él, le hizo una seña a la camarera para que se alejara. Ella lo miró fijamente, ofendida.

-Pongámonos en marcha, entonces. No quiero beberme esta porquería –dijo Ron. –Hermione, ¿tienes dinero Muggle para pagar por esto?

-Sí, tomé todos mis ahorros de la Institución Financiera antes de marchar a La Madriguera. Apuesto que las monedas están hasta el fondo –suspiró Hermione, alcanzando su bolso de mano.

Los dos obreros hicieron idénticos movimientos y Harry los imitó sin ser consciente de ello: los tres sacaron sus varitas. Ron, dándose cuenta qué era lo que estaba sucediendo un par de segundos después, se arrojó por encima de la mesa para empujar a Hermione a un lado de su banco. La fuerza de los hechizos de los Mortífagos hicieron añicos la pared de azulejo en el punto exacto donde había estado la cabeza de Ron un momento antes, mientras que Harry, todavía invisible, gritaba: -*¡Desmaius!*

El enorme Mortífago rubio fue golpeado en pleno rostro por un rayo de luz roja: se desplomó hacia un lado, inconsciente. Su compañero, incapaz de ver quien había convocado el hechizo, le lanzó otro a Ron: cuerdas negras y brillantes brotaron de la punta de su varita y ataron a Ron de pies a cabeza. La camarera gritó y corrió hacia la puerta, Harry mandó otro hechizo Aturdidor hacia el Mortífago de rostro cruel que había amarrado a Ron pero erró el tino y el hechizo rebotó en una ventana, golpeando a la camarera y haciéndola caer justo afuera de la puerta.

-*¡Expulso!* –bramó el Mortífago y la mesa tras la cual Harry estaba parado voló en pedazos: la fuerza de la explosión lo arrojó contra la pared y la varita abandonó su mano mientras que la Capa resbalaba descubriéndolo.

-*¡Petrificus Totalus!* –gritó Hermione desde algún lugar fuera de su vista y el Mortífago cayó hacia delante como una estatua para aterrizar con un crujiente ruido sobre el desorden de porcelana rota, mesas y café. Hermione salió gateando de abajo del banco, sacudiéndose pedacitos de vidrio del cabello y temblando completamente.

-*Di-diffindo* –dijo, apuntando su varita hacia Ron y quien rugió de dolor cuando el hechizo de ella le cortó los vaqueros a la altura de la rodilla, dejándole una profunda herida. -¡Oh, lo siento Ron, me está temblando la mano! *¡Diffindo!*

Las rígidas cuerdas cayeron a un lado. Ron se puso de pie, sacudiendo los brazos para recuperar sensibilidad. Harry levantó su varita y sorteó los escombros hasta el banco donde el Mortífago alto y rubio estaba despatarrado.

-Debí haberlo reconocido, estuvo la noche que Dumbledore murió –dijo. Con su pie, volteó al Mortífago más moreno. Los ojos del hombre se movieron rápidamente entre Harry, Ron y Hermione.

-Es Dolohov –dijo Ron. –Lo recuerdo de uno de los viejos carteles de "se busca". Creo que el grandote es Thorfinn Rowle.

-¡Qué importa cómo se llaman! –dijo Hermione casi histéricamente. -¿Cómo nos encontraron? ¿Qué vamos a hacer?

De alguna manera, su pánico pareció aclarar la mente de Harry.

-Cierra la puerta –le dijo a Hermione, -y tú, Ron, apaga las luces.

Bajó la vista hacia el paralizado Dolohov, pensando rápido mientras que el cerrojo se aseguraba y Ron usaba el Apagador para sumir la cafetería en la oscuridad. Harry podía escuchar a lo lejos a los hombres que habían estado molestando a Hermione antes: ahora estaban gritándole a otra chica.

-¿Qué vamos a hacer con ellos? –le susurró Ron a Harry a través de la negrura; entonces, aún más bajito, preguntó: -¿Matarlos? Ellos lo hubieran hecho con nosotros. Se lo tienen bien merecido.

Hermione se estremeció y dio un paso atrás. Harry negó con la cabeza.

-Sólo necesitamos borrarles la memoria –dijo. –Es mejor que eso, pues los dejará sin rastro que seguir. Si los matamos, será obvio que estuvimos aquí.

-Tú eres el jefe –dijo Ron, sonando profundamente aliviado. –Pero yo nunca he hecho un Encantamiento Desmemorizante.

-Ni yo –dijo Hermione, -pero me sé la teoría.

Respiró profunda y tranquilizadoramente y luego apuntó su varita hacia la frente de Dolohov antes de decir: -*Obliviate*.

Entonces, la mirada de Dolohov se desenfocó y se volvió ausente.

-¡Genial! –dijo Harry, dándole una palmada en la espalda. –Encárgate del otro y de la camarera mientras Ron y yo limpiamos.

-¿Limpiar? –dijo Ron, echando un vistazo alrededor de la cafetería parcialmente destruida. -¿Por qué?

-¿No crees que es probable que se pregunten que ha pasado si despiertan y se encuentran con que están en un lugar que parece como si acabara de ser bombardeado?

-Ah, sí, claro…

Ron batalló un poco para conseguir sacar su varita del bolsillo de su pantalón.

-No me sorprende que no pueda sacarla. Hermione, has traído mis vaqueros viejos y me quedan ajustados.

-Oh, lo siento –siseó Hermione y mientras arrastraba a la camarera fuera de la vista de las ventanas, Harry la escuchó murmurar una sugerencia para que Ron se metiera su varita en otro lugar que no era su bolsillo.

Una vez que la cafetería recuperó su condición anterior, subieron a los Mortífagos a sus bancos y los acomodaron de modo que se quedaron uno frente a otro.

-Pero, ¿cómo nos encontraron? –preguntó Hermione, mirando de uno de los inertes hombres al otro. -¿Cómo supieron dónde nos encontrábamos?

Se giró a ver a Harry.

-Tú… no crees que sigues teniendo la Marca en ti, ¿o si, Harry?

-No puede tenerlo –dijo Ron. – La Marca se rompe al cumplir diecisiete, es la ley de los Magos, no puedes ponérselo a un adulto.

-Hasta donde nosotros sabemos -dijo Hermione. -¿Qué tal si los Mortífagos encontraron una manera de ponérselo a alguien mayor de diecisiete?

-Pero Harry no ha estado cerca de ningún Mortífago en las últimas veinticuatro horas. ¿Quién se supone que le puso de nuevo la Marca?

Hermione no respondió. Harry se sentía contaminado, sucio: ¿era esa en verdad la manera en que los Mortífagos los habían encontrado?

-Si yo no puedo usar magia, y ustedes no pueden usar magia cerca de mí sin que delatemos nuestra posición…-empezó a decir.

-¡No vamos a separarnos! –dijo Hermione firmemente.

-Necesitamos un lugar seguro para escondernos –dijo Ron.-Tomémonos un momento para pensar bien las cosas.

-Grimmauld Place –dijo Harry.

Los otros dos jadearon.

-¡No seas tonto, Harry, Snape puede entrar ahí!

-El papá de Ron dijo que habían puesto hechizos contra él… y aún si no han funcionado –insistió cuando Hermione empezó a discutir, -¿y qué? ¡Les juro que no hay nada que me gustaría más que encontrarme con Snape!

-Pero…

-Hermione, ¿adónde más si no es ahí? Es la mejor oportunidad que tenemos. Snape es sólo un Mortífago. Si todavía tengo la Marca sobre mí, tendremos multitudes completas de Mortífagos tras nosotros a donde quiera que vayamos.

Ella no pudo discutir, aunque lucía como si le hubiera gustado hacerlo. Mientras abría la puerta de la cafetería, Ron accionaba el Apagador para liberar la luz del lugar. Entonces, Harry contó hasta tres y revirtieron los hechizos efectuados sobre las tres víctimas y antes de que la camarera o cualquiera de los Mortífagos pudieran hacer otra cosa que desperezarse soñolientamente; Harry, Ron y Hermione se habían desvanecido dentro de la opresiva oscuridad una vez más.

Unos segundos después, los pulmones de Harry se expandieron gustosamente y abrió los ojos. En ese momento se encontraban en medio de un conocido, pequeño y descuidado jardín. Casas altas de ladrillo los rodeaban por todos lados. El número 12 era visible para los tres, porque habían sido enterados de su existencia por Dumbledore, su Guardián Secreto. Se dirigieron a toda prisa ahí, asegurándose a cada par de metros que no eran seguidos u observados por nadie. Corrieron para subir los escalones de piedra y Harry tocó la puerta delantera con su varita. Escucharon una serie de ruidos metálicos y el tintineo de una cadena, entonces la puerta se abrió con un crujido y los tres se abalanzaron dentro del umbral.

Cuando Harry cerró la puerta tras ellos, las antiguas lámparas de gas saltaron a la vida, proyectando una temblorosa luz a lo largo del pasillo. Lucía tal como Harry lo recordaba: escalofriante, lleno de telarañas, con las siluetas de las cabezas de los elfos domésticos en las paredes arrojando extrañas sombras escaleras arriba. Largas y oscuras cortinas ocultaban el retrato de la madre de Sirius. La única cosa que estaba fuera de lugar era la pata de Troll que servía de paragüero, la cual estaba tirada de costado como si Tonks acabara de tropezarse de nuevo con ella.

-Creo que alguien ha estado aquí –susurró Hermione, señalando la pata.

-Eso pudo haber sucedido cuando la Orden dejó el lugar –murmuró Ron en respuesta.

-¿Y dónde están esos hechizos que colocaron contra Snape? –preguntó Harry.

-Tal vez sólo se activan si él se presenta –sugirió Ron.

Todavía permanecían muy juntos junto a la entrada, con las espaldas pegadas a la puerta, asustados de moverse más adentro de la casa.

-Bueno, no podemos quedarnos aquí para siempre –dijo Harry, y dio un paso adelante.

-*¿Severus Snape?*

La voz de Ojo-Loco Moody susurró a través de la oscuridad, provocando que los tres brincaran hacia atrás del susto. -¡Ninguno de nosotros es Snape! – exclamó Harry con voz ronca, antes de que algo pasara zumbando sobre él como una corriente de aire frío y su lengua se enrollara sobre ella misma, haciéndole imposible el hablar. Pero aún antes de que tuviera tiempo de analizar lo que estaba sucediendo dentro de su boca, su lengua se liberó.

Los otros dos parecieron haber experimentado la misma sensación incómoda. Ron estaba haciendo ruidos de asco y Hermione tartamudeó: -¡Eso de-debió haber si-sido el Maleficio A-amarra Lenguas de Ojo-Loco, colocado para Snape!

Un cuidadoso Harry dio otro paso más adelante. Algo se removió en las sombras al final del pasillo y antes de que ninguno de ellos pudiera decir otra palabra, una figura se había levantado desde la alfombra, alta, polvorienta y terrible. Hermione gritó y también lo hizo la señora Black, sus cortinas se abrieron de golpe; la forma gris estaba flotando hacia ellos más y más rápido, tenía el cabello largo hasta la cintura y la barba le caía hasta abajo, el rostro hundido y descarnado con las cuencas de los ojos vacías: horriblemente conocido y espantosamente alterado, estaba levantando un brazo putrefacto directamente hacia Harry.

-¡No! –gritó Harry, y aunque levantó su varita no se le ocurrió ningún hechizo que utilizar. -¡No! ¡No fuimos nosotros! ¡Nosotros no te asesinamos…!

Ante la palabra "*asesinamos*", la figura explotó en medio de una gran nube de polvo: tosiendo y con los ojos llorosos, Harry se volteó para ver a Hermione agachada en el suelo junto a la puerta y con los brazos sobre la cabeza y a Ron, quien estaba temblando de pies a cabeza y le daba torpes palmaditas sobre los hombros a ella mientras decía: -Ya todo está bi-bien… Se ha i-ido…

El polvo caía alrededor de Harry como llovizna, atrapando la azulada luz de las lámparas de gas al tiempo que la señora Black continuaba gritando.

-*¡Sangre Sucias, asquerosos, manchas del deshonor, sombras de vergüenza en la casa de mis padres…!*

-¡CÁLLATE! –bramó Harry, dirigiendo su varita hacia ella y cerrando las cortinas para silenciarla, en medio de un estallido y un destello de chispas rojas.

-Eso… eso era… -lloriqueó Hermione mientras Ron la ayudaba a ponerse de pie.

-Sí –dijo Harry, -pero no era realmente él, ¿o sí? Solamente es algo para espantar a Snape.

Harry se preguntó si había funcionado o Snape ya había hecho volar a la horrorosa figura tan indiferentemente como había asesinado al verdadero Dumbledore. Con los nervios todavía en tensión, dirigió a los otros por el salón medio esperando que algunos nuevos horrores se revelaran ante ellos, pero no hubo más movimiento que el provocado por un ratón que se escabulló por todo lo largo del rodapié.

-Antes de adentrarnos más, creo que sería mejor que revisáramos –masculló Hermione, levantando su varita y diciendo: -*Homenum revelio*.

Nada pasó.

-Bueno, acabas de sufrir un gran susto –dijo Ron amablemente. -¿Qué se suponía que tenía que hacer eso?

-¡Justo lo que yo quería que hiciera! –dijo Hermione mucho más enfadada. –¡Ese hechizo revela presencia humana, y aquí no hay nadie más excepto nosotros!

-Y el viejo Polvoriento –dijo Ron, echándole un vistazo al pedazo de alfombra donde se había levantado aquella forma humana.

-Vamos arriba –dijo Hermione dándole una asustada mirada al mismo punto y dirigiéndose arriba por las crujientes escaleras hacia el salón de estar en el primer piso.

Hermione agitó su varita para encender las antiguas lámparas de gas y luego, estremeciéndose ligeramente por alguna corriente de aire, se arrellanó en el sofá, abrazándose fuertemente ella misma. Ron cruzó la habitación hasta la ventana e hizo a un lado la pesada cortina de terciopelo apenas medio centímetro.

-No puedo ver a nadie afuera –informó. –Y uno pensaría que si Harry continua teniendo la Marca con él, ellos nos habrían seguido hasta aquí. Sé que no pueden entrar en la casa, pero… ¿Qué sucede, Harry?

Harry había gritado de dolor: su cicatriz ardía de nuevo como si algo relampagueara en su mente tal como lo haría un brillante rayo en el agua. Vio una gran sombra y sintió una furia que, aunque no era suya, le recorrió el cuerpo, violenta y breve como una descarga eléctrica.

-¿Qué fue lo que viste? –le preguntó Ron, avanzando hacia él. -¿Viste que esté en mi casa?

-No, sólo sentí enojo… está realmente enojado.

-Pero podría estar así en La Madriguera -dijo Ron en voz alta. -¿Qué más? ¿No viste nada? ¿Estaba arrojándole una maldición a alguien?

-No, sólo sentí enojo… no sabría decirte…

Harry se sintió acosado y confundido, y Hermione no ayudó cuando dijo con una aterrorizada voz: -¿Tu cicatriz, otra vez? ¿Pero, qué está sucediendo? ¡Creí que esa conexión había estado cerrada!

-Y lo estuvo, por un tiempo –masculló Harry, con la cicatriz todavía adolorida y por lo cual le resultaba dificil poder concentrarse. –Yo… yo creo que se empieza a abrir de nuevo cuando él pierde el control, así es como suele…

-¡Pero, entonces tienes que cerrar tu mente! –dijo Hermione con rudeza. –Harry, Dumbledore no quería que usaras esa conexión, él quería que tú la eliminaras, ¡para eso se supone que debías utilizar la Oclumencia! De otro modo, Voldemort puede plantar imágenes falsas en tu mente, ¿recuerdas…?

-Sí, sí que lo recuerdo, gracias –dijo Harry entre dientes; no necesitaba que Hermione le dijera que Voldemort ya había usado una vez la idéntica conexión entre ellos para tenderle una trampa, y menos que eso había terminado causando la muerte de Sirius. Deseó no haberles dicho lo que había visto y sentido, pues eso hacía a Voldemort tan amenazante como si estuviera asomándose por la ventana del salón en ese mismo momento. El dolor en su cicatriz estaba aumentando y luchó contra eso: era como resistir la urgencia de vomitar.

Les dio la espalda a Ron y Hermione, fingiendo que examinaba el viejo tapiz de la pared, el del árbol genealógico de los Black. Entonces, Hermione gritó: Harry sacó la varita y se giró para ver a un plateado Patronus atravesar la ventana de la sala de estar y aterrizar en el suelo frente a ellos, donde se solidificó hasta convertirse en la comadreja que habló con la voz del padre de Ron:

-*La familia está a salvo, no respondan, estamos siendo vigilados.*

El Patronus se disolvió hasta volverse nada. Ron emitió un ruido que era mezcla de lloriqueo y gemido antes de dejarse caer en el sofá. Hermione se le acercó y envolvió uno de sus brazos con los suyos.

-¡Están todos bien, están todos bien! –susurró ella. Ron casi se rió y la abrazó.

-Harry –dijo por encima del hombro de Hermione, -yo…

-No hay problema –dijo Harry, sintiéndose enfermo debido al dolor de cabeza. –Es tu familia y es obvio que estás preocupado. Yo me sentiría de la misma manera. –Pensó en Ginny. –*Sí* me siento de la misma manera.

El dolor en su cicatriz estaba llegando al máximo, ardiéndole igual que en el jardín de La Madriguera. Apenas sí alcanzó a escuchar que Hermione decía: -No quiero estar sola. ¿Podríamos usar las bolsas de dormir que traje y acampamos aquí durante esta noche?

Escuchó que Ron accedía. No podría luchar contra el dolor por mucho tiempo más: tenía que sucumbir.

-El baño –masculló, y dejó la habitación lo más rápido que pudo hacerlo sin echar a correr.

Apenas lo logró. Cerró la puerta detrás de él con manos temblorosas, se agarró fuertemente de la punzante cabeza y cayó al piso en una explosión de agonía. Sintió una furia que no le pertenecía, posesionarse de su alma y vio un enorme salón iluminado con el fuego de una chimenea, al enorme y rubio Mortífago tirado en el suelo, retorciéndose y gritando. También vio a una persona de menor estatura, de pie y con la varita apuntándole, mientras Harry hablaba en voz alta, helada y despiadada.

-Más, Rowle, ¿o prefieres que terminemos con esto y te usemos para alimentar a Nagini? Lord Voldemort no está seguro de perdonar esta vez… ¿Me has llamado de nuevo para esto? ¿Para decirme que Harry Potter escapó una vez más? Draco, dale a Rowle una muestra más de nuestro disgusto… ¡Hazlo, o tú mismo sentirás mi ira!

Un madero cayó dentro del fuego: las flamas rugieron y la luz que provocaron cubrió el aterrorizado y pálido rostro; como si de repente hubiera emergido de aguas profundas, Harry respiró pesadamente y abrió los ojos.

Estaba completamente despatarrado sobre el frío piso de mármol negro, con la nariz a unos centímetros de la cola de una de las plateadas serpientes que sostenían la enorme tina. Se sentó. La cara demacrada y petrificada de Malfoy parecía haberse quedado grabada en el interior de sus ojos. Harry se sintió enfermo a causa de lo que había visto y por lo que ahora estaban obligando a hacer a Draco.

Alguien llamó a la puerta brevemente y Harry se sacudió mientras que la voz de Hermione sonaba al otro lado.

-Harry, ¿quieres tu cepillo de dientes? Lo tengo conmigo.

-Claro, grandioso, gracias –dijo él, luchando por mantener su voz indiferente mientras se ponía de pie para dejarla entrar.

Capítulo 10
La Historia de Kreacher

Harry se despertó temprano la mañana siguiente, envuelto en un saco de dormir en el suelo del salón. Podía verse un resquicio de cielo entre las pesadas cortinas. Azul claro y frío, como la tinta aguada, en algún instante entre la noche y el amanecer, todo estaba en calma salvo por la respiración profunda y calmada de Ron y Hermione. Harry observó las oscuras siluetas que formaban en el suelo a su lado. Ron había tenido un arranque de galantería e insistió en que Hermione durmiera sobre los cojines del sofá, por lo que su silueta estaba elevada respecto a la de él. Su brazo se curvaba hacia el suelo, sus dedos a pulgadas de distancia de Ron. Harry se preguntó si se habrían quedado dormidos con las manos entrelazadas. La idea le hizo sentirse extrañamente solitario.

Miró hacia el techo en penumbra, el candelabro lleno de telarañas. Apenas veinticuatro horas antes estaba de pie, a la luz del sol, en la entrada de la carpa, esperando para hacer pasar a los invitados de la boda. Parecía que había pasado una eternidad ¿Qué ocurriría a partir de ahora? Permaneció estirado en el suelo y pensó en los Horcruxes, la compleja misión que Dumbledore le había confiado…

La pena que le había poseído desde la muerte de Dumbledore se sentía diferente ahora. Las acusaciones que había oído de Muriel en la boda parecían haber anidado en su cerebro como una enfermedad, infectando sus recuerdos del mago al que tanto había idealizado ¿Podía Dumbledore haber sido capaz de permitir que ocurrieran tales cosas? ¿Había sido como Dudley, satisfecho de observar la negligencia y el abuso siempre y cuando no le afectaran? ¿Podía haberle dado la espalda a una hermana que estaba recluida y escondida?

Harry pensó en el Valle de Godric, en tumbas que Dumbledore jamás había mencionado; pensó en objetos misteriosos dejados sin explicación en el testamento de Dumbledore, y el resentimiento se acrecentó en la oscuridad. ¿Por qué Dumbledore no se lo había dicho? ¿Por qué no se lo había explicado? ¿Realmente Dumbledore se preocupaba por Harry? ¿O había sido Harry una mera herramienta que pulir y afilar, pero no de la que te puedas fiar, jamás digna de confianza?

Harry no podía permanecer ahí echado sin nada más que pensamientos amargos como compañía. Desperado por hacer algo, por una distracción, salió de su saco de dormir, cogió su varita y abandonó en silencio la habitación. En el recibidor susurró "Lumos" y empezó a subir las escaleras a la luz de la varita. En el segundo piso estaba la habitación en la que Ron y él habían dormido la última vez que estuvieron allí; echó un vistazo dentro. Las puertas del armario estaban abiertas y la ropa de cama había sido rasgada. Harry recordó la pierna de trol tumbada en el piso de abajo. Alguien había registrado la casa desde que la Orden se había ido. ¿Snape? ¿O tal vez Mundungus, que había robado de esta casa, tanto antes como después de la muerte de Sirius? La mirada de Harry se desvió hacia el retrato que a veces albergaba a Phineas Nigellus Black, el tatarabuelo de Sirius, pero ahora estaba vacío, mostrando tan sólo un fragmento de fondo sucio. Phineas Nigellus estaba obviamente pasando la noche en el despacho del director en Hogwarts.

Harry continuó subiendo las escaleras hasta que alcanzó el piso superior en el que tan solo había dos puertas. La que tenía justo enfrente llevaba una placa en la que se leía Sirius. Harry nunca antes había entrado en la habitación de su padrino. Empujó la puerta para abrirla, sujetando su varita en alto para generar una luz lo más amplia posible. La habitación era amplia y en algún momento debió ser bonita. Había una cama grande con una cabecera tallada, un ventanal alto oscurecido por cortinas de terciopelo oscuro y un candelabro cubierto con una gruesa capa de polvo y restos de velas aun colocados en su sitio, con cera solidificada a modo de gotas congeladas. Una fina capa de polvo cubría las fotografías de las paredes y la cabecera. Una tela de araña se extendía entre el candelabro y el techo del armario y a medida que Harry se adentraba más en la habitación, pudo oír el rumor de los ratones al ser perturbados.

El Sirius adolescente había llenado las paredes con tantos pósters y fotografías que apenas podía verse una pizca del la seda gris plateada de las paredes. Harry tan solo pudo adivinar que los padres de Sirius habían sido incapaces de remover el Hechizo de Presencia Permanente que los mantenía en la pared porque estaba seguro que no debían apreciar los gustos de su hijo mayor en lo que a decoración se refiere. Sirius parecía haber tirado la casa por la ventana para molestar a sus padres. Había varios estandartes grandes de Gryffindor, escarlata y dorado desgastado, tan solo para subrayar su diferencia frente al resto de la familia Slytherin. Había varias fotografías de motocicletas Muggle y también (Harry tenía que admirar el temple de Sirius) varios pósters de chicas Muggle en bikini. Harry podía determinar que eran Muggles porque permanecían inmóviles dentro sus fotografías, sonrisas apagadas y mirada cristalina congelada en el papel. Esto contrastaba con la única fotografía mágica de las paredes que correspondía a la imagen de cuatro estudiantes de Hogwarts de pie hombro contra hombro, riendo a la cámara.

Con agrado, Harry reconoció a su padre, su pelo negro desordenado y de punta en la nuca como el de Harry y también llevaba gafas. A su lado estaba Sirius, descuidadamente atractivo, su cara ligeramente arrogante mucho más joven y feliz que la que Harry le había visto en vida. A la derecha de Sirius estaba Pettigrew, más de una cabeza más bajo, gordito y con ojos llorosos, sonrojado de placer por haber sido incluido en la mejor de las pandillas, con los admirados rebeldes que James y Sirius habían sido. A la izquierda de James estaba Lupin, incluso entonces ya parecía desaliñado, pero tenia el mismo aire de deliciosa sorpresa al encontrarse a si mismo aceptado e incluido ¿o tal vez era simplemente porque Harry sabía cómo había sido, que veía todas esas cosas en la imagen? Intentó arrancarla de la pared; era suya ahora, al fin y al cabo, Sirius se lo había dejado todo, pero no se movió. Sirius no se la había jugado a la hora de prevenir que sus padres redecoraran la habitación.

Harry miró el suelo a su alrededor. El cielo afuera brillaba con más intensidad. Una franja de luz revelaba trozos de papel, libros y pequeños objetos colocados aleatoreamente sobre la alfombra. Evidentemente la habitación de Sirius había sido alcanzada también, a pesar de que sus contenidos parecían haber sido juzgados en su mayoría, si no es que por completo, sin valor. Algunos de los libros habían sido agitados con fuerza suficiente como para deslomarse y páginas amarillentas cubrían el suelo.

Harry se agachó, cogió algunos de los trozos de papel y los examinó. Reconoció uno de ellos como una parte de una vieja edición de “Historia de la Magia” de Bathilda

Bagshot y otro perteneciente a un manual de mantenimiento de motocicletas. El tercero estaba escrito a mano y arrugado. Lo alisó.

Querido Canuto,

¡Muchas, muchas gracias por el regalo de cumpleaños de Harry! Es su favorito por mucho. Con un año, volando de aquí para allá montado en una escoba de juguete, se le veía tan feliz consigo mismo. Te adjunto una fotografía para que lo puedas ver. Sabes que tan solo se eleva unos sesenta centímetros del suelo pero casi mata al gato y ha destrozado un jarrón horrible que me envió Petunia por Navidad (sin quejas por eso). Por supuesto James pensó que era divertido, dijo que será un gran jugador de Quidditch pero tenemos que poner a salvo los elementos decorativos y asegurarnos de no quitarle los ojos de encima cuando vuela.

Tuvimos una pequeña fiesta de cumpleaños muy tranquila, tan solo nosotros y la vieja Bahtilda que siempre ha sido muy dulce con nosotros y adora a Harry. Sentimos tanto que no pudieras venir, pero la Orden tiene que estar antes y ¡Harry no es lo bastante mayor como para saber que es su cumpleaños de todos modos!

James está empezando a frustrarse aquí encerrado, intenta no mostrarlo pero yo me doy cuenta – además Dumbledore aun tiene su Capa de Invisibilidad, así que no hay posibilidad de hacer pequeñas excursiones. Si pudieras visitarnos, eso le alegraría mucho. Colagusano estuvo aquí el fin de semana pasado. Pensé que estaba deprimido, pero era probablemente por la última noticia sobre los McKinnons; lloré toda la tarde cuando me enteré.

Bathilda pasa por la casa casi todos los días, es una anciana fascinante con las historias más increíbles sobre Dumbledore. ¡No estoy segura de que él estuviese contento si lo supiera! No se cuánto creerme, de hecho porque parece increíble que Dumbledore...

Las extremidades de Harry parecieron quedarse dormidas. Se quedó de pie muy quieto, sujetando el papel milagroso en sus dedos entumecidos mientras en su interior algo así como erupciones tranquilas le mandaban alegría y pena circulando a partes iguales por sus venas. Se sentó en la cama.

Releyó la carta, pero no pudo sacarle más significado que la primera vez, y fue reducido a mirar la caligrafía en si misma. Ella hacía las "g" del mismo modo que él. Buscó en el documento todas y cada una de ellas, y cada una se sentía con una pequeña ola amistosa vista desde detrás de un velo. La carta era un tesoro increíble, prueba de que Lily Potter había vivido, realmente vivido, que su mano tibia se había movido sobre este pergamino, trazando tinta en estas cartas, estas palabras, palabras sobre él, Harry, su hijo.

Secó impacientemente la humedad de sus ojos, releyó la carta, esta vez concentrándose en el significado. Era como escuchar una voz recordada a medias. Tenían un gato… tal vez había muerto, como sus padres, en el Valle de Godric… o tal vez se había marchado cuando ya no hubo nadie que le diera de comer… Sirius le había comprado su primera escoba… sus padres conocían a Bathilda Bagshort ¿Los había

presentado Dumbledore? *Dumbledore aun tiene su Capa de Invisibilidad*… había algo extraño ahí…

Harry hizo una pausa, ponderando las palabras de su madre. ¿Por qué Dumbledore había cogido la Capa de Invisibilidad de James? Harry recordaba que su director le había dicho años antes, "no necesito una capa para volverme invisible" ¿Tal vez algún miembro de la Orden menos dotado había necesitado su ayuda y Dumbledore había actuado como portador? Harry continuó…

Colagusano ha estado aquí... Pettigrew, el traidor, parecía "deprimido" ¿no? ¿Era consciente de que estaba viendo a James y a Lily vivos por última vez?

Y finalmente Bathilda otra vez, que contaba historias increíbles sobre Dumbledore. *Parece increíble que Dumbledore*...

Que Dumbledore ¿qué? Pero había un montón de cosas que podrían parecer increíbles de Dumbledore; que una vez había suspendido un examen de Transfiguración, por ejemplo o que había encantado una cabra como Aberforth… Harry se puso de pie y buscó por el suelo: tal vez el resto de la carta estaba ahí en alguna parte. Cogió papeles, tratándolos en su precipitación con la misma poca consideración que quien registró por primera vez, abrió cajones, sacudió libros, se puso de pie sobre una silla para palpar con la mano sobre el armario y se arrastró debajo de la cama y el sofá.

Al final, boca abajo sobre el suelo, vio lo que parecía un trozo de papel roto bajo la cajonera. Cuando lo sacó, resultó ser la mayor parte de la fotografía que Lily había descrito en su carta. Un bebé de pelo negro estaba volando dentro y fuera de la foto montado en una pequeña escoba, riendo a carcajadas, y un par de piernas que debían pertenecer a James le perseguían. Harry metió la fotografía en su bolsillo junto con la carta de Lily y continuó buscando la segunda hoja. Después de un cuarto de hora, sin embargo, se vio forzado a concluir que el resto de la carta de su madre se había esfumado. ¿Se había perdido en los dieciséis años que habían pasado desde que se escribió o había sido tomada por quien fuera que había registrado la habitación? Harry leyó la primera página otra vez, en esta ocasión buscando pistas que indicaran qué podía haber en la segunda pagina que la hacía tan valiosa. Su escoba de juguete apenas podía considerarse interesante para los Mortífagos… La única cosa potencialmente útil que podía ver era la posible información sobre Dumbledore. *Parece increíble que Dumbledore*... - ¿qué?

- ¿Harry? ¿Harry? ¡Harry!

- ¡Estoy aquí! – Llamó - ¿qué ha ocurrido?

Hubo ruido de pasos afuera y Hermione entró abruptamente en la habitación.

- ¡Nos despertamos y no sabíamos dónde estabas! – dijo apenas sin aliento. Se dio la vuelta y gritó por encima del hombro - ¡Ron! Lo he encontrado.

La voz molesta de Ron se hizo eco en la distancia vario pisos debajo.

- ¡Bien! ¡Dile de mi parte que es un imbécil!

- Harry no desaparezcas sin más, por favor ¡estábamos aterrados! ¿Por qué subiste hasta aquí de todos modos? – miró a su alrededor la habitación registrada. – ¿Qué has estado haciendo?

- Mira lo que he encontrado.

Le entregó la carta de su madre. Hermione la cogió y la leyó mientras Harry la observaba. Cuando alcanzó el final de la página levantó la mirada.

- Oh Harry…

- Y hay esto también.

Le pasó la fotografía rota y Hermione sonrió al ver el bebé volando dentro y fuera de la imagen sobre la escoba de juguete.

- He estado buscando el resto de la carta – dijo Harry – pero no esta aquí.

Hermione miró a su alrededor.

- ¿Has provocado tú este desastre o ya estaba en parte así cuando llegaste?

- Alguien la registró antes que yo – dijo Harry.

- Eso pensé. Cada habitación en la que he mirado de camino aquí había sido perturbada. ¿Qué crees que buscaban?

- Información sobre la Orden, si era Snape.

- Pero ya debería saber todo lo necesario. Quiero decir que él estaba *en* la Orden, ¿o no?

- Bueno entonces – dijo Harry, dispuesto a discutir su teoría – ¿Qué te parece información sobre Dumbledore? La segunda página de la carta, por ejemplo. La Bathilda que menciona mi madre, ¿sabes quién es?

- ¿Quién?

- Bathilda Bagshot, la autora de…

- "*Historia de la Magia*" – dijo Hermione interesada. – ¿Así que tus padres la conocían? Era una increíble historiadora de la magia.

- Y aun está viva, - dijo Harry, - y vive en el Valle Godric. La tía Muriel hablaba sobre ella en la boda. Conocía a la familia de Dumbledore también. Sería interesante hablar con ella, ¿no? – Para el gusto de Harry, había demasiada comprensión en la sonrisa que le dio Hermione. Recuperó la carta y la fotografía y las guardó dentro del bolsito colgado alrededor de su cuello, para no tener que mirarla y delatarse.

- Entiendo por qué querrías hablar con ella y Dumbledore también - dijo Hermione. – Pero eso no nos ayudaría realmente en nuestra búsqueda de los Horcruxes ¿no? – Harry no contestó, y ella continuó – Harry, se que realmente quieres ir al Valle Godric, pero estoy asustada. Estoy asustada por la facilidad con la que esos Mortífagos nos encontraron ayer. Tan sólo me hace sentir más que nunca que debemos evitar el lugar en que tus padres fueron enterrados, estoy segura de que esperan que los visites.

- No es tan sólo eso – dijo Harry, aun evitando mirarla – Muriel dijo cosas sobre Dumbledore en la boda. Quiero saber la verdad…

Le dijo a Hermione todo lo que Muriel le había contado. Cuando hubo acabado Hermione dijo – por supuesto, puedo entender qué es lo que te preocupa, Harry.

- No estoy preocupado – mintió – tan sólo quiero saber si es cierto o no…

- Harry ¿de verdad crees que puedes obtener la verdad de una vieja maliciosa como Muriel? ¿O de Rita Skeeter? ¿Cómo puedes creerles? ¡Conocías a Dumbledore!

- Creía que si – murmuró

- ¡Pero sabes cuánta verdad había en todo lo que Rita escribió sobre ti! Doge tiene razón ¿Cómo puedes permitir que esa gente empañe tus recuerdos de Dumbledore?

Él miró hacia otro lado, intentando no mostrar el resentimiento que sentía. Ahí estaba otra vez: Elige qué creer. Él quería la verdad. ¿Por qué estaba todo el mundo tan decidido a impedir que lo consiguiera?

- ¿Vamos a la cocina? – sugirió Hermione después de una breve pausa. - ¿a ver si encontramos algo para desayunar?

Dijo que si, de forma reacia y la siguió al pasillo pasando frente a la segunda puerta que había ahí. Había profundas marcas de arañazos en la pintura bajo una pequeña indicación que no había notado en la oscuridad. Pasó arriba de las escaleras para leerla. Era un pequeño cartel, limpiamente escrito a mano, el tipo de cosa que Percy Weasley habría puesto en la puerta de su habitación.

No Pasar
Sin el Permiso Expreso de
Regulus Arcturus Black

La excitación recorrió el cuerpo de Harry, pero no supo inmediatamente por qué. Leyó el cartel otra vez. Hermione ya estaba un tramo de escalones por debajo de él.

- Hermione – dijo sorprendido de que su voz sonara tan calmada. – ven.

- ¿Qué pasa?

- R.A.B. creo que lo he encontrado.

Hubo un grito sofocado y entonces Hermione subió las escaleras corriendo.

- ¿En la carta de tu madre? Pero no vi…

Harry sacudió la cabeza, apuntando al cartel de Régulus. Ella lo leyó y entonces agarró el brazo de Harry con tanta fuerza que hizo una mueca de dolor.

- ¿El hermano de Sirius? – susurró.

- Era un Mortífago – dijo Harry – Sirius me habló de él, se alistó cuando era realmente joven y entonces se arrepintió y trato de irse… por lo que le mataron.

- ¡Eso concuerda! – Dijo Hermione – si era un Mortífago tenía acceso a Voldemort, y si acabo desencantado ¡entonces tal vez quiso derrotarlo!

Liberó a Harry, se apoyó sobre la barandilla y gritó, - ¡Ron! ¡RON! Ven aquí ¡rápido!

Ron apareció, respirando con dificultad, un minuto más tarde y con la varita en la mano.

- ¿Qué pasa? Si son arañas enormes otra vez quiero desayunar antes. Yo…

Frunció el ceño frente al cartel en la puerta de Régulus, a la que Hermione estaba apuntando en silencio.

- ¿Qué? Ese era el hermano de Sirius ¿no? Régulus Arcturus… Régulus… ¡R.A.B! El medallón… ¿crees que…?

- Descubrámoslo – dijo Harry. Empujó la puerta: estaba cerrada. Hermione apuntó con su varita a la chapa y dijo *Alohomora*. Hubo un clic y la puerta se abrió.

Atravesaron el umbral juntos, mirando a su alrededor. La habitación de Régulus era ligeramente más pequeña que la de Sirius, aunque tenía la misma sensación de antigua grandeza. Del mismo modo que Sirius había intentado mostrar su disidencia con respecto al resto de la familia, Régulus se había esforzado en enfatizar justo lo contrario. Los colores de Slytherin, esmeralda y plata, estaban por todas partes, envolviendo la cama, las paredes y las ventanas. El escudo de la familia Black estaba pintado sobre la cama junto con su lema, TOUJOURS PUR. Bajo esto había una colección de recortes amarillentos de periódico, todos colocados juntos a modo de collage. Hermione cruzó la habitación para examinarlos.

- Son todos sobre Voldemort – dijo – Régulus parece que fue un fan unos cuantos años antes de unirse a los Mortífagos…

Una pequeña nubecilla de polvo se elevó desde la colcha cuando se sentó en la cama para leer los fragmentos. Harry, mientras tanto, había notado otra fotografía: un equipo de Quidditch de Hogwarts sonreía y saludaba desde el marco. Se movió más cerca y vio las serpientes mostradas en su pecho: Slytherins. Régulus era fácilmente reconocible ya que el chico estaba sentado en medio de la fila de enfrente: tenia el

mismo pelo oscuro y aspecto altivo que su hermano, aunque era más pequeño, menudo y menos atractivo de lo que había sido Sirius.

- Era Buscador – dijo Harry.

- ¿Qué? – dijo Hermione vagamente; estaba aun inmersa en los recortes de prensa de Voldemort.

- Está sentado en la primera fila, que es donde el Buscador… no importa – dijo Harry, dándose cuenta de que nadie le estaba escuchando. Ron estaba a cuatro patas, buscando bajo el armario. Harry miró alrededor de la habitación buscando un lugar apto como escondite y se acercó al escritorio. Una vez más, alguien había registrado antes que ellos. El contenido de los cajones había sido removido recientemente, el polvo perturbado, pero no había nada de valor ahí: viejas plumas, libros de texto antiguos que evidenciaban una manipulación brusca, una botella de tinta recientemente rota cuyo contenido pegajoso cubría los contenidos del cajón.

- Hay una forma más sencilla – dijo Hermione mientras Harry se secaba sus dedos manchados de tinta en los tejanos. Levantó la varita y dijo – ¡*Accio medallón*!

Nada ocurrió. Ron, que había estado buscando entre los pliegues de las cortinas ajadas, parecía decepcionado.

- ¿Eso es todo entonces? ¿No está aquí?

- Oh, podría estar aun aquí, pero bajo contra-encantamientos – dijo Hermione.

- Hechizos para prevenir que sea convocado mágicamente, ya sabes.

- Como el que Voldemort puso en la pila de piedra de la cueva – dijo Harry, recordando como había sido incapaz de Convocar el medallón falso.

- ¿Como se supone que lo vamos a encontrar entonces? – preguntó Ron.

- Buscando manualmente – dijo Hermione.

- Esa es una buena idea – dijo Ron, ojos en blanco y volvió a examinar las cortinas.

Barrieron cada pulgada de la habitación durante más de una hora, pero se vieron forzados, finalmente, a concluir que el medallón no estaba allí.

El sol había salido ya; su luz les deslumbraba incluso a través de las mugrientas ventanas del rellano.

- Todavía podría estar en cualquier parte de la casa – dijo Hermione con tono esperanzador mientras bajaban las escaleras. Del mismo modo que Harry y Ron estaban cada vez más desanimados, ella parecía estar cada vez más decidida. – Tanto si consiguió destruirlo como si no, querría mantenerlo escondido de Voldemort ¿no? ¿Recuerdan todas esas cosas horribles de las que nos deshicimos la última vez que

estuvimos aquí? Ese reloj que lanzaba descargas a cualquiera y esas viejas ropas que intentaron estrangular a Ron; Régulus debió ponerlas ahí para proteger el escondite del medallón, aunque no nos dimos cuenta en… en…

Harry y Ron la miraron. Estaba de pie con un pie en el aire, con la mirada estupefacta de alguien a quien le han borrado la memoria: sus ojos habían perdido el foco.

- … en ese momento – acabó en un susurro.

- ¿Algún problema? – preguntó Ron.

- Había un medallón.

-¿Qué? – dijeron Harry y Ron juntos.

- En la vitrina de la salita. Nadie pudo abrirlo. Y nosotros… nosotros…

Harry se sintió como si un ladrillo bajara por su pecho hacia su estomago. Recordó. El incluso había entregado la cosa mientras la pasaban cada uno de ellos intentando abrirla. Había sido desechada en una pila de basura junto con la caja de polvos Wartcap y la caja de música que les hacia sentir adormilados…

- Kreacher recuperó montones de cosas de nosotros – dijo Harry. Era la única oportunidad, la única débil esperanza que les quedaba y estaba dispuesto a aferrarse a ella hasta verse obligado a abandonarla. – Hay un montón de cosas en su alacena en la cocina. Vamos.

Corrió escaleras abajo tomando dos escalones cada vez, los otros dos apresurando en su despertar. Hicieron tanto ruido que despertaron al retrato de la madre de Sirius mientras pasaban por el recibidor.

- *¡Basura! ¡Sangre sucia! ¡Escoria!* – les gritó mientras corrían hacia la cocina en el sótano y cerraban la puerta detrás suyo. Harry corrió hasta el otro extremo de la cocina, derrapó hasta la puerta de la alacena de Kreacher y la abrió. Estaba el nido de mantas viejas y sucias en las que el elfo doméstico había dormido, pero no brillaban ya con las baratijas que Kreacher había robado. La única cosa que quedaba era una copia de *La Naturaleza de la Nobleza; una Genealogía de Magos.* Rechazando creer lo que veían sus ojos Harry cogió las mantas y las sacudió. Un ratón muerto cayó al suelo. Ron gruñó mientras se dejaba caer sobre una silla de la cocina. Hermione cerró los ojos.

- Aun no ha terminado – dijo Harry y elevando la voz llamo - *¡Kreacher!*

Hubo un fuerte *crack* y el elfo que Harry había heredado reticentemente de Sirius apareció de la nada frente al hogar frío y vacío: menudo, de un tamaño semihumano, su pálida piel colgando en arrugas, pelo blanco sobresaliendo copiosamente de sus orejas de murciélago. Aun llevaba su sucio harapo que llevaba la primera vez que le conoció y la mirada condescendiente que le dedicó a Harry mostraba que su actitud frente al cambio de propietario no se había visto alterada más que su ropa.

- Amo – dijo Kreacher con su voz de sapo e hizo una reverencia murmurando a sus rodillas - de vuelta en casa de mi vieja Señora con el traidor Weasley y la Sangresucia…

- Te prohíbo que llames a nadie 'traidor' o 'Sangresucia' – gruñó Harry. Habría encontrado a Kreacher, con su nariz de aspecto de morro y ojos inyectados en sangre, como un objeto indeseable aunque el elfo no hubiese traicionado a Sirius frente a Voldemort.

- Tengo una pregunta para ti – dijo Harry, su corazón latiendo más rápido mientras miraba al elfo – y te ordeno que me contestes con sinceridad. ¿Entendido?

- Si, Amo – dijo Kreacher haciendo una nueva reverencia. Harry vio sus labios moverse sin emitir sonido, sin duda formando los insultos que ahora tenía prohibido pronunciar.

- Hace dos años – dijo Harry, su corazón latiendo con fuerza contra sus costillas – había un medallón grande de oro en el salón que está escaleras arriba. Lo tiramos. ¿Lo tomaste de nuevo?

Hubo un momento de silencio, en el que Kreacher se irguió para mirar a Harry a la cara. Entonces dijo – Sí.

- ¿Dónde está ahora? – preguntó Harry con alegría mientras Ron y Hermione parecían exultantes. Kreacher cerró los ojos como si no pudiera soportar ver sus reacciones frente a lo que iba a decir.

- Desaparecido.

- ¿Desaparecido? – Repitió Harry la alegría abandonándole - ¿Qué quieres decir con desaparecido?

El elfo tembló. Se tambaleó.

- Kreacher – dijo Harry con fiereza – te ordeno que…

- Mundungus Fletcher – dijo el elfo, sus ojos aun cerrados con fuerza – Mundungus lo robó todo; las fotos de las señoritas Bella y Cissy, los guantes de mi Señora, la Orden de Merlín, Primera Clase, los cálices con el escudo de la familia y… y…

Kreacher trataba de respirar: su famélico pecho subía y bajaba con rapidez, entonces sus ojos se abrieron y profirió un grito estremecedor.

- y el medallón, el medallón del Amo Régulus. ¡Kreacher se equivocó, Kreacher falló al cumplir sus órdenes!

Harry reaccionó instintivamente: al tiempo que Kreacher se lanzaba por el atizador colocado junto a la chimenea, el se lanzó sobre el elfo, aplastándolo. El grito de Hermione se mezcló con el de Kreacher pero Harry gritó por encima de ellos:

- ¡Kreacher, te ordeno que te estés quieto!

Sintió como el elfo se quedaba congelado y le liberó. Kreacher se quedó tendido en el frío suelo de piedra, derramando lágrimas desde sus ojos hundidos.

- ¡Harry, deja que se levante! – susurró Hermione.

- ¿Para que pueda pegarse a si mismo con el atizador? – resopló Harry, arrodillado junto al elfo. – No creo. Bien, Kreacher, quiero la verdad: ¿cómo sabes que Mundungus Fletcher robó el medallón?

- ¡Kreacher lo vio! – jadeó el elfo mientras derramaba lágrimas sobre su nariz y su boca llena de dientes grises. – Kreacher lo vio salir de la alacena de Kreacher con las manos llenas de tesoros de Kreacher. Kreacher le dijo al ladrón que parara pero Mundungus Fletcher se rió y salió corriendo…

- Dijiste que el medallón era del Señor Régulus – dijo Harry - ¿Por qué? ¿De dónde venía? ¿Qué tenía Régulus que ver con él? Kreacher, siéntate y cuéntame todo lo que sepas del medallón ¡y todo lo que Régulus tenía que ver con él!

El elfo se sentó, hecho una bola, colocó la cara húmeda entre sus rodillas y empezó a balancearse de delante a atrás. Cuando habló, su voz estaba amortiguada pero bastante clara en la silenciosa y reverberante cocina.

- El Amo Sirius huyó, porque era un mal chico y rompió el corazón de mi Señora con su actitud desleal. Pero el Amo Régulus tenía sentido del orden; el sabía lo que significaba el apellido Black y la dignidad de su sangre pura. Durante años habló del Señor Oscuro, que iba a sacar a los magos de su vida oculta para dominar a los Muggles y los nacidos de Muggles… y cuando tuvo dieciséis años el Amo Régulus se unió al Señor Oscuro. Tan orgulloso, tan orgulloso, tan feliz de servir… y un día, un año después de haberse unido, el Amo Régulus bajó a la cocina para ver a Kreacher. Al Amo Régulus siempre le gustó Kreacher. Y el Amo Régulus dijo… él dijo…

El viejo elfo se balanceó más rápido que nunca.

- … Él dijo que el Señor Oscuro necesitaba un elfo.

- ¿Voldemort necesitaba un *elfo*? – repitió Harry, mirando a Ron y Hermione, que parecían tan confundidos como él.

- Oh si – se lamentó Kreacher – y el Amo Régulus había ofrecido a Kreacher como voluntario. Era un honor, dijo el Amo Régulus, un honor para él y para Kreacher, quien debía hacer todo lo que el Señor Oscuro le ordenara… y entonces v-venir a casa.

Kreacher se balanceó aun más rápido, su respiración convirtiéndose en sollozos

- Así que Kreacher fue al Señor Oscuro. El Señor Oscuro no le dijo a Kreacher qué iban a hacer pero se llevó a Kreacher consigo a una cueva junto al mar. Y más allá de la cueva había una caverna, y en la caverna había un gran lago negro…

El pelo en la nuca de Harry se puso de punta. La voz rota de Kreacher parecía llegar desde el otro lado del agua oscura. Vio lo que había pasado tan claro como si hubiera estado presente.

- … Había un bote…

Por supuesto que había un bote; Harry conocía el bote, pequeño y de un verde fantasmagórico, embrujado para llevar un mago y una víctima hacia la isla en el centro. Esto, entonces, fue como Voldemort había probado las defensas que rodeaban el Horcrux, tomando prestada una criatura prescindible, un elfo doméstico…

- Había una pila llena de poción en la isla. El S-Señor Oscuro hizo que Kreacher la bebiera…

El elfo tembló de pies a cabeza.

- Kreacher bebió, y mientras bebía sintió una cosa horrible… las entrañas de Kreacher ardían… Kreacher lloró porque el Amo Régulus lo salvara, gritó por la Señora Black, pero el Señor Oscuro tan sólo reía… Hizo que Kreacher bebiera toda la poción… Dejó caer el medallón dentro de la pila vacía… La llenó con más poción.

-Y entonces el Señor Oscuro zarpó de nuevo, abandonando a Kreacher en la isla…

Harry pudo verlo pasar. Vio el rostro blanco de Voldemort, con su cara de serpiente desvaneciéndose en la oscuridad, aquellos ojos rojos fijos sin piedad en el elfo apaleado cuya muerte se produciría en minutos, en cuanto sucumbiera a la sed desesperada que la ardiente poción provocaba a su víctima… Pero aquí, la imaginación de Harry no llegaba más lejos, porque no podía ver como había logrado escapar Kreacher.

- Kreacher necesitaba agua, se arrastró hasta el borde de la isla y bebió del lago negro… y manos, manos muertas, salieron del agua y arrastraron a Kreacher bajo la superficie…

- ¿Cómo huiste? – preguntó Harry y no se sorprendió de oírse susurrar.

Kreacher levantó su fea cabeza y miró a Harry con sus grandes ojos inyectados en sangre.

- El Amo Régulus le había dicho a Kreacher que volviera – dijo

- Lo se… ¿pero cómo escapaste de los Inferi?

Kreacher no parecía entender.

- El Amo Régulus le había dicho a Kreacher que volviera – repitió.

- Lo sé pero…

- Bueno, es obvio ¿no Harry? – Dijo Ron – ¡Él Desapareció!

- Pero… no puedes Aparecer dentro y fuera de esa cueva – dijo Harry – de otro modo Dumbledore…

- La magia de los elfos no es como la de los magos ¿no? – Dijo Ron – quiero decir, ellos pueden Aparecer y Desaparecer dentro y fuera de Hogwarts aun cuando nosotros no podemos.

Hubo un silencio mientras Harry digería esa información ¿Cómo pudo haber cometido Voldemort semejante error? Pero mientras lo sopesaba Hermione habló y su voz era glacial.

- Por supuesto Voldemort jamás habría considerado los métodos de los elfos dignos de su atención… nunca se le habría ocurrido que poseyeran magia que él no tuviera.

- La mayor ley para un elfo es hacer lo que le pida su Amo – dijo Kreacher – A Kreacher le dijeron que volviera a casa y Kreacher volvió a casa…

- Bueno, entonces hiciste lo que te pidieron ¿no? – Dijo Hermione amablemente – ¡no desobedeciste ninguna orden!

Kreacher sacudió la cabeza, balanceándose más rápido que nunca.

- ¿Qué pasó cuando volviste? – Preguntó Harry- ¿Qué dijo Régulus cuando le contaste lo que había pasado?

El Amo Régulus estaba muy preocupado, muy preocupado – dijo con voz ronca Kreacher – El Amo Régulus le dijo a Kreacher que permaneciera en la cocina y que no abandonara la casa. Y entonces… fue muy poco tiempo después… el Amo Régulus vino a buscar a Kreacher a su alacena una noche y el Amo Régulus estaba extraño, no como era siempre, con la mente intranquila, Kreacher lo podía decir… y le pidió a Kreacher que lo llevara a la cueva, la cueva a la que Kreacher había ido con el Señor Oscuro…

Y así salieron. Harry pudo visualizarlos claramente, el viejo elfo asustado y el Buscador delgado y oscuro que tanto se parecía a Sirius… Kreacher había sabido abrir la entrada de la caverna subterránea, supo como usar el bote: esta vez era su amado Régulus el que navegaba con él hacia la isla con su pila llena de veneno.

- ¿Y te hizo beber el veneno? – dijo Harry disgustado.

Pero Kreacher sacudió la cabeza y lloró. Las manos de Hermione fueron a su boca: ella parecía haber entendido algo.

- El Amo Régulus sacó de su bolsillo un medallón igual al del Señor Oscuro – dijo Kreacher, lágrimas derramándose por ambos lados de su nariz con aspecto de morro- y le dijo a Kreacher que lo cogiera y cuando la pila estuviera vacía, cambiar los medallones…

Los sollozos de Kreacher subieron en intensidad; Harry tenía que concentrarse para poder entenderle.

- Y le ordenó… a Kreacher que se marchara… sin él. Y le dijo a Kreacher… que fuera a casa… y nunca le contara a mi Señora… qué había hecho… pero debía destruir… el primer medallón. Y él se bebió… toda la poción… y Kreacher intercambió los medallones… y miró… como el Amo Régulus… era arrastrado bajo el agua… y…

- ¡Oh, Kreacher! – lamentó Hermione, que estaba llorando. Cayó de rodillas junto al elfo y trató de abrazarlo. En un instante estaba de pie, alejándose de ella, obviamente rechazándola.

- La Sangre sucia tocó a Kreacher, él no lo permitirá ¿Qué diría su Señora?

- ¡Te dije que no la llamaras 'Sangresucia'! – gruñó Harry, pero el elfo ya estaba castigando. Cayó al suelo y se golpeó la frente con el suelo.

- Detenlo… ¡Detenlo! – Gritó Hermione – Oh, no ves lo enfermizo que es ¿la forma en que tienen que obedecer?

- Kreacher… para, ¡para! – gritó Harry.

El elfo permaneció estirado en el suelo, recuperando el aliento y temblando, con una mucosidad verde brillando alrededor de su nariz y un moratón floreciendo en su pálida frente donde se había golpeado, sus ojos hinchados e inyectados en sangre y nadando en lagrimas. Harry no había visto nunca nada tan penoso.

- Así que trajiste el medallón a casa – dijo implacable, puesto que se había decidido a oír la historia completa. - ¿y trataste de destruirlo?

- Nada de lo que hizo Kreacher le dejó ni una marca – se lamentó el elfo. – Kreacher lo intentó todo, todo lo que sabia, pero nada, nada funcionó… tantos hechizos poderosos en la cubierta, Kreacher estaba seguro de que la manera de destruirla era entrando dentro, pero no se abría… Kreacher se castigó a si mismo, lo intentó de nuevo, se castigó, lo intentó de nuevo. Kreacher fracasó al obedecer órdenes, ¡Kreacher no pudo destruir el medallón! Y su señora estaba loca de pena, porque el Amo Régulus había desaparecido y Kreacher no podía decir lo que había pasado, no, porque el Amo Régulus le había p-p-prohibido contarle a la f-f-familia lo que había ocurrido en la c-cueva…

Kreacher empezó a llorar tan fuerte que ya no hubo más palabras coherentes. Las lágrimas caían por las mejillas de Hermione mientras miraba a Kreacher, pero no se atrevió a tocarlo de nuevo. Incluso Ron, que no era un fan de Kreacher parecía preocupado. Harry se sentó sobre sus talones y sacudió la cabeza tratando de clarificarla.

- No te entiendo Kreacher, - dijo finalmente – Voldemort trató de matarte, Régulus murió tratando de derrotar a Voldemort, pero aun así ¿fuiste feliz traicionando a Sirius frente a Voldemort? Fuiste feliz yendo a Narcissa y Bellatrix y pasando información a Voldemort a través de ellas…

- Harry, Kreacher no piensa así – dijo Hermione, secándose los ojos con el reverso de la mano – Él es un esclavo; los elfos domésticos están acostumbrados a un trato malo, incluso brutal. Lo que Voldemort le hizo a Kreacher no está tan alejado de lo que se considera común. ¿Qué significan las guerras de magos para los elfos como Kreacher? Él es leal a la gente que le es amable, y la Sra. Black debió serlo y Régulus ciertamente lo era por lo que les sirvió voluntariamente y repitió como los loros sus creencias. Se lo que vas a decir – prosiguió al ver que Harry iba a protestar – que Régulus cambió de opinión… pero no parece habérselo explicado a Kreacher ¿no? Y creo que se por qué. La familia de Kreacher y Régulus estaba más segura si mantenían la línea de sangre pura. Régulus trataba de protegerlos a todos.

- Sirius…

- Sirius fue horrible con Kreacher, Harry, y no me mires así, sabes que es verdad. Kreacher había estado solo durante tanto tiempo que cuando Sirius vino a vivir aquí probablemente estaba deseando un poco de afecto. Estoy segura de que la 'señorita Cissy' y la 'señorita Bella' fueron perfectamente encantadoras con Kreacher cuando apareció por lo que les devolvió el favor y les contó todo lo que querían saber. Siempre he dicho que los magos pagarán por como tratan a los elfos domésticos. Bueno, Voldemort lo hizo… y también Sirius.

Harry no tenía respuesta. Mientras miraba cómo Kreacher lloraba en el suelo, recordó lo que Dumbledore le había dicho, pocas horas después de la muerte de Sirius: *no creo que Sirius jamás viera a Kreacher como un ser con sentimientos tan complejos como los humanos*...

- Kreacher – dijo Harry al cabo de un rato – cuando te sientas mejor, eh… por favor siéntate…

Pasaron varios minutos antes de que Kreacher se callara. Entonces se sentó de nuevo, frotándose los ojos con los nudillos como un niño pequeño.

Kreacher, te voy a pedir que hagas algo – dijo Harry. Miró a Hermione pidiendo ayuda. Quería darle la orden amablemente, pero al mismo tiempo, que él no pudiera pretender que no era una orden. Sin embargo el cambio en su tono pareció haberse ganado su aprobación. Ella sonrió para animarlo.

Kreacher, quiero que, por favor, vayas y busques a Mundungus Fletcher. Tenemos que averiguar donde esta el medallón… el medallón del Amo Régulus. Es realmente importante acabar con el trabajo que el Amo Régulus empezó, queremos… eh… asegurarnos de que no murió en vano.

Kreacher dejó caer sus puños y miró a Harry.

- ¿Encontrar a Mundungus Fletcher? – dijo con voz ronca.

- Y traerlo a Grimmauld Place – dijo Harry – ¿Crees que puedes hacer eso por nosotros?

Mientras Kreacher asentía y se ponía de pie Harry tuvo una inspiración repentina. Sacó el pequeño bolso que le dio Hagrid y sacó el Horcrux falso, el medallón sustituto en el que Régulus había depositado la nota para Voldemort.

- Kreacher, yo, eh, me gustaría que tuvieras esto – dijo pasando el medallón a manos del elfo. – Esto perteneció a Régulus y estoy seguro de que le gustaría que lo tuvieras como señal de gratitud por lo que…

- Exagerado, colega – dijo Ron cuando el elfo miro el medallón, dejo escapar un aullido de conmoción y tristeza y se lanzó de vuelta al suelo.

Les llevó media hora calmarlo, estaba tan abrumado por el hecho de haber sido dotado con algo de la herencia Black para si mismo que estaba demasiado débil de las rodillas como para estar de pie apropiadamente. Cuando finalmente pudo caminar un par de pasos le acompañaron a la alacena, le miraron guardar apropiadamente el medallón entre las mantas y le aseguraron que lo protegerían mientras él estuviera fuera. Hizo entonces dos reverencias a Harry y Ron e incluso hizo un pequeño espasmo en dirección a Hermione que podría haberse interpretado como un intento de saludo respetuoso antes de desaparecer con el usual crack.

Capítulo Once
El Soborno

Si Kreacher había podido escapar de un lago lleno de Inferi, Harry confiaba que la captura de Mundungus le tomaría un par de horas a lo mucho y estuvo recorriendo la casa toda la mañana en un estado de expectación. Aún así, Kreacher no regresó esa mañana, ni siquiera esa tarde. Al anochecer Harry se sentía desalentado y ansioso, y un plato de sopa compuesta principalmente por pan mohoso en el que Hermione había tratado un sin número de hechizos transfigurantes no hacia nada por ayudar.

Kreacher no regresó el siguiente día, ni tampoco el siguiente. Sin embargo, dos figuras con capas oscuras habían aparecido en el vecindario fuera del número 12 de Grimmauld Place y permanecieron ahí toda la noche mirando en la dirección de la casa que no podían ver.

–Mortífagos seguramente, – dijo Ron, mientras él, Harry y Hermione los miraban por la ventana de la sala, – ¿creen que sepan que estamos aquí?

–No lo creo – contestó Hermione, aunque parecía asustada, – o habrían enviado a Snape por nosotros, ¿o no?

– ¿Habrá estado aquí y no pudo hablar debido al hechizo de Moody? –Preguntó Ron.

–Sí– Dijo Hermione – de otro modo habría sido capaz de darles la información para entrar aquí, ¿verdad?, pero probablemente sólo están vigilando para ver si realmente venimos para acá. Después de todo, ellos saben que Harry es dueño de la casa.

– ¿Cómo es que lo saben ?– Dijo Harry.

–Los testamentos de los magos son examinados por el ministerio, ¿recuerdan?, sabrán que Sirius te dejó la propiedad.

La presencia de los Mortífagos afuera, sólo incrementaba el ambiente lúgubre dentro la casa. No habían tenido noticias de nadie fuera de Grimmauld Place desde el patronus del Sr. Weasley. Cansado e irritable, Ron había desarrollado el molesto hábito de jugar con el Apagador que guardaba en su bolsillo, lo cual hacia enojar especialmente a Hermione, quien pasaba la espera de Kreacher estudiando los *Cuentos de Beedle el Trovador* y no apreciaba para nada que las luces estuvieran encendiéndose y apagándose.

– ¡Deja de hacer eso! – Gritó en la tercera tarde desde la ausencia de Kreacher, mientras la luz se extinguía en la sala una vez más.

– Lo siento, perdón – contestó Ron, accionando el Apagador y restaurando las luces. – Lo hago inconscientemente.

– ¿Es que no puedes encontrar algo que hacer?

– ¿Cómo qué?, ¿leer cuentos para niños?

– Dumbledore me dejó este libro, Ron.

–Y a mi me dejó un apagador, así que se supone que debo usarlo.

Incapaz de soportar más la discusión, Harry salió de la habitación sin ser notado. Se dirigió por las escaleras hacia la cocina, que continuaba visitando porque estaba seguro que era el sitio más probable donde Kreacher reaparecería. Sin embargo, a la mitad de las escaleras escuchó que llamaban a la puerta, clics metálicos y el correr de la cadena.

Cada nervio de su cuerpo parecía contraerse, sacó su varita, y se ocultó tras la sombra de las cabezas de elfo decapitadas a esperar. La puerta se abrió: vio un poco de la luz de fuera, y una silueta oscura entró cerrando la puerta tras de si. El intruso avanzó unos pasos y la voz de Moody preguntó, – ¿Severus Snape?– de nuevo la figura aquella se elevó al final del corredor, levantando su mano muerta.

–No fui yo quien te asesinó, Albus, – dijo una voz calmada.

El hechizo se rompió, la figura explotó en una nube de polvo tan densa que ahora era imposible ver al recién llegado.

Harry apuntó su varita.

– ¡No se mueva!–

Se había olvidado del retrato de la Señora Black: al sonido de estas palabras abrieron las cortinas que la cubrían y comenzaron los gritos. – ¡Sangres sucia, inmundos deshonrando mi casa!

Ron y Hermione llegaron corriendo por las escaleras, al igual que Harry apuntaban sus varitas al hombre desconocido que estaba en el piso de abajo con las manos levantadas sobre su cabeza.

– ¡Alto al fuego, soy yo, Remus!

–Oh, gracias a Dios, – dijo Hermione, apuntando ahora su varita hacia la Señora Black; con un bang las cortinas se cerraron y volvió el silencio. Ron también bajó su varita, pero Harry no.

– ¡Déjate ver!– contestó.

Lupin se movió hacia la luz de las lámparas, con sus manos aún sobre la cabeza en un gesto de sumisión.

–Soy Remus Lupin, hombre lobo, algunas veces conocido como Lunático, uno de los cuatro creadores del mapa de los merodeadores, casado con Nymphadora, también llamada Tonks, y te enseñe como conjurar un Patronus Harry, el cual toma la forma de un ciervo.

–Está bien, – dijo Harry bajando su varita– pero tenía que verificar, ¿no es cierto?

–Hablas como tu ex profesor de defensa contra las artes oscuras, estoy de acuerdo en que había que verificar. Ron, Hermione, no deberían ser tan rápidos en bajar la guardia.

Bajaron las escaleras corriendo hacia él. Envuelto en una simple capa negra, se veía cansado pero feliz de verlos.

– ¿No hay señales de Severus, entonces?– Preguntó.

–No, – contestó Harry– ¿Qué está sucediendo? ¿Están todos bien?

–Si, – dijo Lupin– pero estamos siendo observados. Hay un par de Mortífagos esperando aquí fuera.

–Lo sabemos.

–Tuve que aparecerme precisamente en el primer escalón fuera de la puerta principal para estar seguro de que no pudieran verme. No pueden saber que están aquí o estoy seguro que habría más gente fuera; se están colocando en todos los sitios que tienen alguna relación contigo Harry. Vayamos abajo, hay mucho qué decir y quiero saber que pasó después de que dejaron La Madriguera.

Descendieron hasta la cocina, donde Hermione apuntó su varita hacia la estufa, encendiendo un fuego instantáneamente, dando una sensación cálida a las paredes y brillando sobre la mesa. Lupin sacó unas cervezas de mantequilla de entre su capa y todos se sentaron.

–Habría llegado tres días antes pero antes necesitaba deshacerme del Mortífago que me estaba siguiendo, – contó Lupin– ¿Vinieron aquí justo después de la boda?

–No, – dijo Harry – solo después de que nos enfrentamos con unos Mortífagos en Tottenham Court Road.

Lupin derramó la mayor parte de su cerveza.

– ¡¿Qué?!

Explicaron todo lo que había sucedido, cuando terminaron Lupin se veía horrorizado.

– ¿Pero como los encontraron tan rápido?, es imposible rastrear a alguien que se esté Apareciendo, ¡a menos que te sujetes a él mientras se Desaparece!

–Y tampoco parece como si sólo estuvieran en Tottenham por casualidad, ¿verdad?– Dijo Harry.

–Nos preguntábamos– dijo Hermione– si Harry podría aun tener la marca en él.

–Imposible, – dijo Lupin. Ron parecía satisfecho y Harry se sintió muy aliviado.

–Aparte de todo, habrían sabido que Harry estaba aquí si aun tuviera la marca, ¿no lo creen? Pero no veo como pudieron seguirlos hasta Tottenham, eso es preocupante, muy preocupante.

Parecía preocupado, pero en cuanto a Harry esa pregunta podía esperar.

–Cuéntanos que sucedió después de que nos fuimos, no hemos sabido nada desde que el papá de Ron nos dijo que la familia estaba a salvo.

–Bueno, Kingsley nos salvó– dijo Lupin.– Gracias a su advertencia la mayoría de los invitados pudieron desaparecer antes de que llegaran.

– ¿Eran Mortífagos o gente del ministerio?– Le preguntó Hermione.

–Una mezcla de ambos, de todos modos ahora son la misma cosa, – dijo Lupin.– había por lo menos una docena de ellos, pero no sabían que estabas ahí, Harry. Arthur escuchó un rumor de que trataron de obtener tu paradero de Scrimgeour antes de matarlo, si esto es cierto, él no te traicionó.

Harry volteó hacia Ron y Hermione, sus expresiones reflejaban la mezcla de shock y gratitud que el mismo sentía. Nunca le había agradado mucho Scrimgeour, pero si lo que decía Lupin era cierto, su último acto había sido para proteger a Harry.

–Los Mortífagos registraron La Madriguera de arriba abajo– continuó Lupin– encontraron el **Ghoul**, pero no quisieron acercarse demasiado y nos interrogaron durante horas. Estaban tratando de obtener información sobre de ti, pero desde luego nadie aparte de los de la Orden sabían que habías estado aquí.

–Al mismo tiempo que estaban destrozando la boda, otros Mortífagos forzaban la entrada de toda casa relacionada con la Orden en el país. Sin muertes – añadió rápidamente intuyendo la pregunta.– Quemaron la casa de Dedalus Diggle, pero como saben el no estaba ahí y usaron la maldición Cruciatus en la familia de Tonks, de nuevo tratando de averiguar dónde habías ido después de tu visita, todos están bien, perturbados, pero bien.

– ¿Los Mortífagos pudieron pasar a través de todos esos hechizos protectores?– Preguntó Harry, recordando cómo éstos habían sido efectivos la noche en que se estrelló en el jardín de la familia de Tonks.

–Lo que tienes que entender Harry, es que los Mortífagos tienen todo el poder del Ministerio de su lado ahora, – dijo Lupin– tienen el poder de efectuar hechizos brutales sin temer a un arresto. Pudieron traspasar cualquier defensa que habíamos conjurado en su contra y una vez dentro dejaban en claro el por qué habían venido.

–¿Y se han molestado a dar una excusa de por qué torturan gente para conocer el paradero de Harry?– preguntó Hermione.

–Bueno– contestó Lupin, sacando con temor una copia de El Profeta.

–Aquí – dijo, mostrándoselo a Harry,– lo sabrás tarde o temprano de cualquier manera. Este es el pretexto para ir tras de ti.

Harry desdobló el periódico. Una gran fotografía de sí mismo ocupaba la primera plana. Leyó el siguiente titulo sobre ella:

BUSCADO PARA INTERROGATORIO SOBRE LA MUERTE DE ALBUS DUMBLEDORE.

Ron y Hermione dieron unos gritos de desaprobación, pero Harry no dijo nada.

Arrojó el periódico hacia un lado, no quería leer nada más: sabía lo que diría. Nadie, excepto los que habían estado en la torre cuando Dumbledore murió sabían quién lo había asesinado, y como Rita Skeeter ya había dicho a los magos, Harry había sido visto corriendo por el lugar momentos después de que Dumbledore había caído de la torre.

–Lo siento Harry– Dijo Lupin.

– ¿Así que los Mortífagos también han tomado el control del Profeta también?– Preguntó Hermione furiosa.

Lupin asintió.

–Pero seguramente la gente se dará cuenta de lo que está sucediendo, ¿no?

–Todo ha sido minimizado y virtualmente oculto, – dijo Lupin, – la versión oficial del asesinato de Scrimgeour es que renunció; ha sido reemplazado por Pius Thicknesse, quien está bajo la maldición Imperio.

– ¿Y por que no se declaró Voldemort como Ministro de Magia ?– Preguntó Ron.

Lupin rió.

–No lo necesita, Ron. Efectivamente él es el Ministro de Magia, pero ¿Por qué debería sentarse tras un escritorio en el Ministerio?, su juguete, Thicknesse, se está haciendo cargo de esa parte, dejando a Voldemort libre para extender su dominio mas allá del Ministerio.

–Naturalmente mucha gente se ha dado cuenta de lo que sucedió; ha habido cambios muy dramáticos en las leyes en los últimos días, y muchos sospechan que Voldemort debe estar detrás de todo eso. Pero ese es el punto, solo sospechan. No se atreven a confiar en nadie, pues es difícil saber en quien confiar; no se atreven a hablar, en caso de que sus sospechas sean ciertas y sus familias sean señaladas. Si, Voldemort es un jugador muy astuto, declararse como Ministro de magia habría traído una rebelión: al permanecer oculto ha creado confusión, desconfianza y miedo.

–Y estos cambios dramáticos en la política del Ministerio, – dijo Harry– ¿incluyen advertir a los magos en contra mía en vez de Voldemort?

–Esa es una parte, – dijo Lupin– y es un golpe maestro. Ahora que Dumbledore está muerto, tú – El niño que vivió – era seguro que seras el inicio de cualquier resistencia contra Voldemort. Pero sugiriendo que tuviste que ver en la muerte de este gran héroe, Voldemort no sólo le ha puesto precio a tu cabeza, sino que sembró la duda en aquellos que te habrían protegido.

–Mientras tanto en el Ministerio han comenzado movilizaciones en contra de los magos con padres muggles.

Lupin señaló el Profeta.

–Mira la pagina dos.

Hermione dio vuelta a las páginas con la misma expresión de disgusto que había tenido al hojear *Secretos de las artes más oscuras*.

– *"Registro de los Nacidos Muggles"*, – leyó en voz alta – *" El ministerio de magia está llevando a cabo una serie de pruebas para conocer cómo los magos de padres muggles llegaron a poseer magia*

–Recientes investigaciones del departamento de misterios revelan que la magia solo puede ser transmitida de persona a persona cuando los magos se reproducen. Cuando no existen antepasados mágicos, entonces, los llamados Nacidos Muggles, se podría presumir que adquirieron poderes mágicos por la fuerza o por el robo.

–El ministerio está determinado a finalizar con esa usurpación de poder mágico, y para este fin ha invitado a todos los Nacidos de Muggles a presentarse para una entrevista con la recién creada Comisión para el registro de los Nacidos Muggles." –

–La gente no dejará que esto pase, – dijo Ron.

–Está sucediendo, Ron, – dijo Lupin – los Nacidos Muggles están siendo cercados mientras hablamos.

– ¿Pero como se supone que se "robaron" la magia?– dijo Ron– Eso carece de sentido, si pudieras robarte la magia entonces no habría squibs.

–Lo sé, – dijo Lupin– pero al menos que puedas probar que tienes por lo menos un pariente cercano que sea mago, ahora eres sospechoso de haber obtenido la magia ilegalmente y debes sufrir un castigo.

Ron miró a Hermione, y luego dijo, – ¿Qué tal si los sangre pura y sangre mestiza juran que un Nacido Muggle es parte de su familia? Yo les diré a todos que Hermione es mi prima.

Hermione cubrió las manos de Ron con las suyas y las estrechó.

–Gracias Ron, pero no podría dejar que tú...–

–No tendrás opción, – dijo Ron enérgicamente, tomándola por la mano también– Te mostraré el árbol familiar para que puedas contestar preguntas acerca de él.

Hermione soltó una pequeña risa.

–Ron, mientras estemos con Harry Potter, la persona más buscada en el país, no creo que importe. Si estuviera por regresar a la escuela sería diferente. ¿Cuáles son los planes de Voldemort para Hogwarts?– Preguntó a Lupin.

–La inscripción es ahora un asunto muy estricto para cada joven mago o bruja, – contestó– eso fue anunciado ayer. Es un cambio porque nunca antes había sido obligatorio. Desde luego casi todo mago o bruja en Gran Bretaña ha sido educado en Hogwarts, pero sus padres tenían el derecho de educarle en casa o enviarlo al colegio si así lo deseaban. De esta manera, Voldemort tendrá a toda la población mágica bajo su mirada desde jóvenes. Y es también una manera de separar a los nacidos muggles, porque a los estudiantes se les debe asignar un nivel de sangre, – es decir que han probado ante el ministerio que son de ascendencia mágica – antes de ser aceptados en la escuela.

Harry se sintió enfermo y enojado: en este momento los jóvenes de once años tendrían sus libros nuevos, sin saber que no volverían a ver Hogwarts o quizá a su familia nunca más.

–Es... es...– murmuró, tratando de encontrar las palabras para describir el horror de estos pensamientos, pero Lupin dijo despacio, – Lo sé.

Lupin vaciló.

–Entenderé si no puedes confirmar esto Harry, pero la orden tiene la impresión de que Dumbledore te dejó una misión.

–Lo hizo, – contestó Harry, – y Ron y Hermione están conmigo en ella y van a venir conmigo.

–¿Puedes contarme cuál es la misión?–

Harry miró su cara prematuramente arrugada, rodeada por cabellos grises, y deseó tener una mejor respuesta.

–No puedo Remus, lo siento. Si Dumbledore no te lo dijo, yo no creo poder.

–Pensé que dirías eso– dijo Lupin, mostrándose decepcionado – Pero aún puedo ser útil. Sabes lo que soy y lo que puedo hacer. Podría acompañarte para protegerte. No habría necesidad de decirme que es lo que vas a hacer.

Harry lo pensó un poco. Era una buena oferta, aunque no podía imaginar como mantendría su misión secreta si Lupin estaría con ellos todo el tiempo.

Hermione, en cambio, parecía confundida.

–Pero, ¿qué hay acerca de Tonks? –

– ¿Qué pasa con ella? – dijo Lupin.

–Bueno, – dijo Hermione, con un gesto, – ¡estás casado! ¿Cómo se siente ella de que te vayas con nosotros?

–Tonks estará perfectamente a salvo, -dijo Lupin. – Estará en la casa de sus padres.

Había algo extraño en el tono de voz de Lupin; era casi frío. También había algo raro en la idea de que Tonks permaneciera oculta en la casa de sus padres, ella era después de todo un miembro de la Orden y, hasta donde Harry sabía, quería estar donde hubiera acción.

–Remus, – dijo Hermione.– ¿ Está todo bien... entre tu y...?

–Todo está bien, gracias, – dijo Lupin rápidamente.

Hermione se sonrosó. Hubo otra pausa, una pausa vergonzosa y molesta, y luego dijo Lupin como si se forzara hacia algo desagradable, – Tonks va a tener un bebé.

– ¡Qué maravilla!– gritó Hermione.

– ¡Excelente! – Dijo Ron entusiasmado.

– ¡Felicidades! – Dijo Harry.

Lupin sonrió un poco, más como un gesto que como una sonrisa, luego dijo;

– Entonces... ¿aceptan mi propuesta? ¿Nos convertiremos en cuatro? No puedo creer que Dumbledore desaprobara esto, él me contrató como su maestro de defensa contra las artes oscuras después de todo. Y debo decir que creo que enfrentaremos magia que ninguno de nosotros ha encontrado o imaginado antes.

Ron y Hermione voltearon a mirar a Harry.

–Solo…solo para estar seguros, – dijo – ¿Quieres dejar a Tonks en casa de sus padres para venir con nosotros?

–Ella estará perfectamente a salvo ahí, ellos la cuidaran, – dijo Lupin con un tono algo indiferente– Harry, estoy seguro de que James habría querido que me quedara contigo.

–Bueno, – dijo Harry despacio– yo no. Estoy seguro de que mi padre habría querido saber por qué no te quedas con tu propio hijo.

La cara de Lupin se puso pálida. La temperatura en la cocina debió haber bajado unos diez grados. Ron miró alrededor de la cocina como si tratara de memorizarla, mientras que los ojos de Hermione iban de Harry a Lupin.

–No lo entiendes– dijo Lupin finalmente.

–Explícalo entonces– dijo Harry.

Lupin suspiró.

–Cometí un gran error al casarme con Tonks. Lo hice en contra de mi criterio y me he arrepentido cada día desde entonces.

–Entiendo, – dijo Harry.– ¿así que solo vas a abandonarla a ella y al bebé y huir con nosotros?

Lupin se puso de pie, su silla cayó hacia atrás, y los miro a los tres tan furiosamente que Harry vio por primera vez el reflejo del lobo en su cara humana.

– ¿No entienden lo que les he hecho a mi esposa y a mi hijo aun no nacido? Los he convertido en unos relegados, nunca debí haberme casado.

Lupin pateó la silla que había derribado.

–Ustedes solo me han visto en la Orden, o bajo la protección de Dumbledore en Hogwarts, ¡no tienen idea de cómo ve el resto del mundo a las criaturas como yo ¡Cuando saben lo que me sucede apenas y pueden hablarme! ¿No ven lo que he hecho? Hasta su familia está disgustada por nuestro matrimonio ¿Qué padres querrían que su única hija se casara con un hombre lobo?, Y el bebé, el bebé...

Lupin se sujetaba los cabellos con sus manos, parecía bastante loco.

– ¡Mi raza rara vez procrea! ¡Será como yo! estoy convencido, ¿como puedo perdonarme de haber arriesgado pasar mi condición a un niño inocente? Y si, por un milagro no es como yo ¿no estará mejor, cien veces mejor, sin un padre del que siempre tenga que estar avergonzado?

– ¡Remus! – susurró Hermione con lagrimas en los ojos. – No digas eso ¿Que hijo podría estar avergonzado de ti?

–No lo sé Hermione – dijo Harry– Yo estaría bastante avergonzado de él.

Harry no sabía de donde venía toda su rabia, pero lo había puesto de pie también. Parecía como si Harry hubiera golpeado a Lupin.

–Si el nuevo régimen piensa que los Nacidos Muggles son malos, – dijo Harry– ¿Qué le harán a un medio hombre lobo cuyo padre está en la Orden? Mi padre murió protegiéndonos a mi madre y a mi ¿y tu crees que te diría que abandonaras a tu esposa e hijo para ir con nosotros?

– ¿Cómo te atreves?– dijo Lupin– esto no es acerca de un deseo por peligro o gloria personal, ¿como te atreves a sugerir que...?

–Creo que te sientes un poco temerario– dijo Harry– quieres ocupar el lugar de Sirius.

– ¡Harry no!– Le rogó Hermione, pero él continuó mirando la cara de Lupin.

– ¡Nunca habría creído esto, el hombre que me enseñó a pelear contra los Dementores, un cobarde!

Lupin sacó su varita tan rápido que Harry apenas había alcanzado la suya; hubo un estallido y se sintió volando hacia atrás, golpeándose contra la pared y resbalando hasta el piso, alcanzó a ver la punta de la capa de Lupin mientras salía por la puerta.

– ¡Remus, Remus, vuelve! -lloraba Hermione, pero Lupin no respondía. Un momento después escucharon cerrarse la puerta principal.

– ¡Harry!– gritaba Hermione– ¡¿Cómo pudiste?!

–Fue fácil, – dijo Harry. Se levantó, podía sentir el dolor donde su cabeza había golpeado la pared. Aun estaba tan lleno de coraje que estaba temblando.

– ¡No me mires de esa manera!– Pronunció a Hermione.

– ¡No comiences a pelear con ella!– dijo Ron.

– ¡No, no! No debemos pelear– dijo Hermione, colocándose entre ambos.

–No deberías haberle dicho todo eso a Lupin– le dijo Ron a Harry.

–El lo veía venir– dijo Harry. Varias imágenes le veían a la cabeza: Sirius cayendo por el velo; Dumbledore suspendido en el aire, un rayo de luz verde y la voz de su padre pidiendo piedad...

–Los padres, – dijo Harry.– No deberían, no deberían dejar a sus hijos, a menos... a menos que tengan que irse.

–Harry, – dijo Hermione, tendiéndole la mano para consolarlo, pero el se alejó, mirando hacia el fuego que Hermione había conjurado. El había hablado con Lupin una vez en esa chimenea. Ahora la cara blanca de Lupin parecía flotar en el aire frente a el. Sentía un gran remordimiento. Ni Ron ni Hermione hablaron, pero Harry sabía que estaban mirándose el uno al otro a sus espaldas, comunicándose en silencio.

Se giró y los encontró desviando la mirada rápidamente el uno del otro.

–Se que no debí llamarle cobarde.

–No, no debiste. – dijo Ron de inmediato.

–Pero está actuando como uno.

–Es lo mismo...– dijo Hermione.

–Lo sé– Dijo Harry– Pero si eso hace que regrese con Tonks habrá valido la pena, ¿verdad?

No podía ocultar el tono de suplica de su voz. Hermione lo miró comprensiva, Ron inseguro. Harry miraba sus pies, pensando en su padre. ¿James habría apoyado a Harry en lo que le dijo a Lupin, o se habría enfadado al ver como trataba su hijo a su viejo amigo?

La cocina había quedado en silencio después de la escena y las desaprobaciones de Ron y Hermione. El Profeta que Lupin había traído estaba aún sobre la mesa, con la cara de Harry mirando en techo desde la primera página. Caminó hacia él y se sentó, lo abrió en una página cualquiera y pretendió leerlo. No podía entender las palabras, su mente estaba aun llena del encuentro con Lupin. Estaba seguro de que Ron y Hermione habían reiniciado su comunicación silenciosa. Cambió de página haciendo un ruido, y el nombre de Dumbledore saltó a su vista. Le tomó un momento para entender la fotografía que mostraba una familia. Al pie de la fotografía estaban las palabras: La familia Dumbledore: de izquierda a derecha, Albus, Percival, sosteniendo a la recién nacida Ariana, Kendra y Aberforth.

Con toda su atención Harry examinó la fotografía cuidadosamente. El padre de Dumbledore, Percival, era un hombre apuesto con ojos que parecían centellear aun en esta vieja fotografía.

La bebé, Ariana, era apenas más grande que una barra de pan y sin ninguna apariencia especial. La madre, Kendra, tenía su cabello negro recogido en un moño. Su cara tenía una apariencia poco común, Harry pensó en los nativos Norteamericanos mientras estudiaba sus ojos oscuros, sus mejillas y su nariz recta. Albus y Aberforth vestían chaquetas iguales y tenían el mismo corte de cabello hasta el hombro. Albus parecía un poco más grande, pero por lo demás los dos muchachos eran muy parecidos, pues esta foto había sido tomada antes de que Albus se rompiera la nariz y comenzara a usar lentes.

La familia se veía bastante feliz y normal, sonrientes en la foto del periódico, el brazo de la bebé Ariana ligeramente fuera de su manta. Harry miró encima de la fotografía y vio el titulo:

EXTRACTO EXCLUSIVO DE LA PRÓXIMA
BIBLIOGRAFÍA DE ALBUS DUMBLEDORE
por Rita Skeeter.

Pensando que no podría hacerlo sentir peor de cómo se sentía, Harry comenzó a leer:

Orgullosa y arrogante, Kendra Dumbledore no podía consentir el permanecer en Mould–on–the–Wold después del tan publicitado arresto y encierro en Azkaban de su esposo Percival. Antes decidió deslindarse de la familia y mudarse al Valle de Godric, la población que luego ganaría fama al convertirse en la escena del extraño escape de Harry Potter de aquel–que–no–debe–ser–nombrado.

Como Mould–on–the–wold, el Valle de Godric fue el hogar de un buen número de familias de magos, pero Kendra no conocía a ninguna de ellas, se vería libre de la curiosidad acerca del crimen de su esposo que había encontrado en su comunidad anterior. Al rechazar continuamente los acercamientos de sus nuevos vecinos, pronto se aseguró de que la familia estuviera sola.

"Me cerró la puerta en la cara cuando fue a darle la bienvenida con una bandeja de pastelillos de caldero hechos en casa",– dice Batilda Bagshot. "El primer año que estuvieron aquí solo vi a los dos jóvenes. No habría sabido que había una hija si no hubiera estado recolectando plangentines a la luz de la luna, el invierno después que se mudaron, y vi a Kendra con Ariana llevándola al jardín posterior. Dieron una vuelta, sujetándola firmemente, para luego regresar adentro. No sabia que pensar de eso."

Parece que Kendra pensaba que mudarse al Valle de Godric era la perfecta oportunidad para mantener oculta a Ariana de una vez por todas, algo que probablemente había estado planeando por años. La edad era significativa. Ariana tenía apenas siete años de edad cuando dejaron de verla, y siete es la edad en la que los especialistas creen que la magia se revela si es que está presente. Nadie que viva ahora recuerda que Ariana haya demostrado la más ligera habilidad mágica. Parece claro entonces, que Kendra tomó la decisión de ocultar a su hija en vez de sufrir la vergüenza de admitir que había procreado una Squib. Mudándose lejos de los vecinos y amigos que conocían a Ariana haría, por supuesto, más sencillo el aprisionamiento. El pequeño número de personas que después supieron de la existencia de Ariana podían ser consideradas de confianza para mantener el secreto, incluyendo sus dos hermanos quienes desviaban las preguntas molestas con la respuesta que su madre les había enseñado: "Mi hermana es muy frágil para asistir a la escuela."

La próxima semana: Albus Dumbledore en Hogwarts: Premios y Pretensiones.

Harry se había equivocado lo que acababa de leer lo había hecho sentir mucho peor. Volvió a mirar la fotografía de la familia aparentemente feliz. ¿Era verdad?, ¿Como podía averiguarlo? Quería ir al Valle de Godric, aun si Batilda no hablaba con el; quería visitar el lugar donde él y Dumbledore habían perdido a personas queridas. Estaba bajando el periódico para preguntarle a Ron y Hermione sus opiniones, cuando un sonido ensordecedor inundó la cocina.

Por primera vez en tres días Harry se había olvidado por completo de Kreacher. Su primer pensamiento fue que Lupin había vuelto y por un momento, no comprendió el revoltijo de miembros que habían aparecido de la nada a lado de su silla Se puso rápidamente de pie mientras Kreacher se separaba del revoltijo e inclinándose ante Harry, gruñó; – "Kreacher ha regresado con al ladrón Mundungus Fletcher, amo".

Mundungus se levantó y sacó su varita; aunque Hermione fue mas rápida que el.

– ¡*Expeliarmus*!

La varita de Mundungus voló por los aires y Hermione la atrapó.

Con una mirada salvaje, Mundungus corrió hacia las escaleras: Ron lo detuvo metiéndole el pie y Mundungus golpeo el suelo con un ruido sordo.

– ¡¿Qué?! – gruñó tratando de liberarse de Ron. – ¿Qué he hecho para que tengan a un elfo doméstico persiguiéndome? ¿A qué están jugando? ¿Qué he hecho? Suéltame, suéltame, o...

–No estás en posición de hacer amenazas– dijo Harry.

Arrojó a un lado el periódico, atravesó la cocina y se arrodilló junto a Mundungus, quien dejó de forcejear y se veía asustado. Ron se levantó, jadeando y observó como Harry apuntaba deliberadamente su varita a la nariz de Mundungus.

Mundungus apestaba a sudor y humo de tabaco, su cabello estaba enredado y su túnica manchada.

–Kreacher se disculpa por la tardanza en traer al ladrón, Señor – gruñó el elfo– Fletcher sabe como evitar ser capturado, tiene muchos lugares para ocultarse y muchos cómplices. Aun así, Kreacher lo acorraló al final.

–Lo has hecho muy bien Kreacher– dijo Harry y el elfo se inclinó.

–Bien, tenemos algunas preguntas para ti, – dijo Harry a Mundungus, quien dijo de inmediato: – Me asuste ¿ya?, yo no quería venir, sin ofender, pero yo nunca me ofrecí a morir por ti, cualquiera hubiera salido volando si el–que–no–debe–ser–nombrado viniera persiguiéndolo, yo dije todo el tiempo que no quería hacerlo.

–Para tu información, ninguno de los demás Desaparecimos– dijo Hermione.

–Bueno, entonces son unos héroes ¿verdad?, pero yo nunca pretendí morir ahí.

–No nos interesa el por qué huiste cuando estabas con Ojo Loco,– dijo Harry, moviendo su varita un poco más cerca de los ojos de Mundungus.– ya sabíamos que eres una escoria en la que no se puede confiar.

–Bueno, entonces ¿por qué diablos estoy siendo perseguido por los elfos domésticos? o ¿es por lo de las copas de nuevo?, ya no tengo ninguna de ellas, se las daría…

–Tampoco es sobre las copas, aunque te estás acercando, cállate y escucha– dijo Harry.

Se sentía bien tener algo que hacer, alguien a quien poder exigirle una parte de la verdad. La varita de Harry estaba ahora tan cerca de la nariz de Mundungus, que este tenía que hacer bizcos para mantenerla a la vista.

–Cuando vaciaste esta casa de todo lo de valor– comenzó Harry, pero Mundungus lo interrumpió de nuevo.

–Sirius nunca se preocupaba por nada de esta chatarra...–

Hubo un sonido de pies corriendo, un destello de cobre, un sonido hueco y un grito de agonía: Kreacher había corrido hacia Mundungus y lo había golpeado en la cabeza con un sartén.

– ¡Detenlo, detenlo, debería estar encerrado!– gritaba Mundungus, cubriéndose mientras Kreacher elevaba el sartén de nuevo.

– ¡Kreacher, no!– gritó Harry.

Los delgados brazos de Kreacher se detuvieron aún levantando el sartén, temblando.

– ¿Tal vez uno más, para la suerte, Amo Harry?–

Ron rió.

– Lo necesitamos consciente, Kreacher, pero si necesita ser persuadido, tu puedes hacer los honores– dijo Harry.

– Muchas gracias Amo, – dijo Kreacher con una reverencia y se alejó un poco, con sus ojos aún fijos en Mundungus.

– Cuando despojaste esta casa de todos los objetos de valor que pudiste encontrar, – comenzó Harry de nuevo– tomaste varias cosas de la alacena de la cocina. Había un medallón ahí, – La boca de Harry estaba muy seca de repente, podía sentir la emoción y tensión de Ron y Hermione. – ¿Que hiciste con él?

– ¿Por qué? – Preguntó Mundungus.– ¿Es de valor ?

– ¡Aún lo tienes! – Gritó Hermione.

– No, no lo tiene, – dijo Ron astutamente– está pensando si debió haber pedido más dinero por el.

– ¿Mas? – Dijo Mundungus– Eso habría sido muy difícil... lo regalé, no había opción.

– ¿Qué quieres decir?

– Yo estaba vendiendo en el callejón Diagon y ella se acerca a mí preguntándome si tengo licencia para comerciar con artefactos mágicos. Iba a multarme, pero le agradó el medallón y me dijo que lo tomaría y así me dejaría ir esta vez.

– ¿Quién era esta mujer?– Preguntó Harry.

– No lo sé, alguien del Ministerio...

Mundungus lo pensó por un momento, arrugando las cejas.

– Una mujer pequeña. Con un moño en la cabeza.

– Hizo un gesto y luego agregó, – parecía un sapo.

Harry dejó caer su varita, que golpeó la nariz de Mundungus lanzando chispas rojas a sus cejas prendiéndoles fuego.

– ¡*Aguamenti*! – Gritó Hermione y un chorro de agua salió de la punta de su varita, empapando y salpicando a Mundungus.

Harry miró hacia arriba y vio su propio asombro reflejado en la cara de Ron y de Hermione. Las cicatrices en su mano derecha parecían picar de nuevo.

Capítulo 12

Magia es poder

Mientras pasaba el mes de agosto el césped de la plaza en medio de Grimmauld Place se marchitó bajo el sol hasta que se volvió seco y marrón. Nadie en los alrededores veía a los habitantes de el numero doce, ni al numero doce en si. Los muggles que vivian en Grimmauld Place habían aceptado ya el error en la numeración que había causado que el numero once estuviera al lado de el numero trece. Aun así, la plaza estaba atrayendo a visitantes que encontraban la anomalía muy intrigante. Casi no pasaba el día sin que una a dos personas llegaran a Grimmauld Place con ningún otro propósito, o así parecía, que inclinarse hacia las barandillas en frente de los números once y trece, mirando la unión entre las dos casas.

Los acechadores no eran nunca los mismos, aunque todos parecían compartir un disgusto por la ropa normal. La mayoría de los Londinenses que pasaban por ahí, estaban acostumbrados a la ropa excéntrica y casi no los notabas, aunque alguno de ellos se preguntaba ocasionalmente porque alguien usaría una túnica cuando hacia tanto calor.

Los vigilantes parecían obtener poca satisfacción de su vigilia**.** Ocasionalmente, uno de ellos se inclinaba hacia delante emocionadamente, como si hubieran visto algo interesante, solo para volver a caer desilusionadamente.

El primer día de septiembre fue cuando hubo más gente en la plaza que en ningún otro día. Media docena de hombres con túnicas mirando silenciosamente a las casas once y trece, pero lo que esperaban aun aparecía eludirlos. Mientras caía la tarde, trayendo un poco de lluvia fría por primera vez en varias semanas, ocurrió uno de esos momentos en el cual parecieron ver algo interesante. El hombre con la cara torcida apunto, y su compañero más cercano, un hombre bajo y pálido, que caminó hacia delante, pero un momento después volvió a su anterior estado de inactividad, notándose frustrados y desilusionados.

Mientras tanto, dentro del numero doce, Harry acababa de entrar en el salón. Casi se cayó al Aparecer en el último peldaño fuera de la puerta principal y pensó que los Mortifagos pudieron haber visto su codo, que estuvo momentáneamente visible. Cerrando la puerta cuidadosamente después de entrar, se quito la Capa de Invisibilidad, la enrolló sobre su brazo y se apresuró por el oscuro corredor hacia la puerta que daba al sótano, una copia robada de El Profeta en su mano. Lo saludó el usual murmullo de Severus Snape, el viento frío lo envolvió y su lengua se enrolló por un momento**.**

-No te maté,- dijo una vez desenrollada, y se calló mientras la figura explotó. Esperó hasta que estuvo a la mitad de las escaleras en su trayecto a la cocina, fuera del alcance del oído de la señora Black y de la nube de polvo antes de decir: -Tengo noticias, y no les gustaran.

La cocina estaba casi irreconocible. Todas las superficies brillaban, Ollas y sartenes de latón habían sido talladas hasta alcanzar un brillo rosa; la mesa de madera brillaba; y las tazas y platos ya puestos para la cena destellaban a la luz del alegre fuego, en el cual estaba un caldero que hervía. Aunque nada en la habitación estaba más

dramáticamente cambiado que el elfo domestico que ahora se apresuraba hacia Harry, vestido en una toalla blanca, el pelo de sus orejas tan limpio y suave como lana de algodón y el medallón de Regulus rebotando en su delgado pecho.

-Quítese los zapatos por favor, Amo Harry, y lávese sus manos antes de la cena.- chascó Kreacher, agarrando la Capa de Invisibilidad y colgándola en una percha en la pared, al lado de unas cuantas túnicas viejas que acababan de ser lavadas.

-¿Qué ha pasado?- pregunto Ron aprensivamente. El y Hermione habían estado viendo una montaña de notas y mapas escritos a mano que llenaban una de las esquinas de la mesa de la cocina, pero ahora miraban a Harry mientras caminaba hacia ellos y tiraba el periódico sobre la mesa.

Una foto de un hombre familiar de nariz ganchuda, pelo negro los miraba a todos bajo el titular que decía:

SEVERUS SNAPE HA SIDO CONFIRMADO COMO DIRECTOR DE HOGWARTS

-¡No!- dijeron Ron y Hermione. Hermione fue la más rápida en agarrar el periódico y empezó a leer la noticia.

-*Severus Snape, profesor de Pociones en Hogwarts, la escuela de magia, fue designado hoy como el nuevo director y es uno de los más importantes cambios de personal en la antigua escuela. Después de la dimisión de la profesora de Estudios Muggle, Alecto Carrow tomará el puesto mientras su hermano, Amycus, llena la posición de profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras.*

- *"Doy la bienvenida a la oportunidad de mantener nuestras mejores tradiciones y valores"*

-¡Como cometer asesinato y cortarle las orejas a las personas, supongo! Director Snape. Snape en la oficina de Dumbledore… ¡Por los pantalones de Merlín!- Chilló Hermione, haciendo que Harry y Ron se sobresaltaran. Salió corriendo de la mesa hacia la habitación, gritando mientras iba -¡Ya vuelvo!

-¿Por los pantalones de Merlín?- repitió Ron divertido. –Debe de estar molesta.- Agarró el periódico y leyó cuidadosamente el articulo sobre Snape. –Los otros profesores no estarán tranquilos con esto, McGonagall, Flitwick y Sprout saben la verdad de cómo murió Dumbledore. No aceptaran a Snape como director. ¿Quiénes son estos Carrow?

-Mortífagos,- dijo Harry. –Hay fotos de ellos adentro. Están arriba de la torre donde Snape mató a Dumbledore, así que todos son amigos. Y -Harry continuó amargamente, sentándose,- No creo que los otros profesores tengan opción excepto quedarse. Si el Ministerio y Voldemort están tras Snape será una opción entre quedarse y dar clases o unos cuantos años en Azkaban, y eso si tienen suerte. Yo creo que se quedaran e intentaran proteger a los estudiantes.

Kreacher se acercó a la mesa con un gran cuenco y vertió la sopa en los tazones blancos, silbando mientras lo hacia.

-Gracias Kreacher,- dijo Harry, dándole la vuelta al Profeta para no tener que verle la cara a Snape. –Al menos ahora sabemos donde está Snape.- empezó a comerse la sopa. La calidad de la comida de Kreacher había mejorado dramáticamente desde que le habían dado el medallón de Regulus. La sopa de Cebolla Francesa de hoy era la mejor que había probado Harry.

-Aun hay muchos Mortifagos afuera de la casa,- le dijo a Ron mientras comía. –Más de los usuales. Es como si esperaran que salgamos con las cosas para la escuela y vayamos al Expreso de Hogwarts.- Ron miró su reloj.

-He pensado en eso todo el dia. Salió hace casi seis horas. ¿No es raro no estar en el tren?- Harry se imaginó el humo rojo de la locomotora, dispersándose entre campos y colinas como una oruga roja. Estaba seguro de que Ginny, Neville y Luna estaban sentados juntos en este momento, quizás preguntándose donde estaban el, Ron y Hermione, o debatiendo como sobrevivir el nuevo régimen de Snape.

-Casi me vieron cuando estaba regresaba,- dijo Harry. – Aterrice mal en el escalón y la capa se salio un poco.

-Eso me pasa siempre. Oh, aquí viene.- añadió Ron, volviéndose en su asiento para ver a Hermione entrar en la cocina.– ¿Y qué, en el nombre de los pantalones más holgados de Merlín, fue todo eso?

- Me acorde de esto.- dijo Hermione. Cargaba una pintura enmarcada que coloco en el piso antes de agarrar su pequeña bolsa de la mesa de la cocina. Abriéndola, procedió a forzar la pintura adentro, y, aunque era muy grande para caber dentro de la pequeña bolsa, después de unos segundos ya había desaparecido con facilidad dentro de la bolsa.

-Phineas Nigellus,- explico Hermione mientras tiraba la bolsa a la mesa de la cocina con el sonoro ruido metalico**.**

-¿Disculpa?- dijo Ron, pero Harry entendió. La imagen de Phineas Nigellus Black podía viajar entre su portarretratos en Grimmauld Place y el que estaba colgado en la oficina del director en Hogwarts: la habitación circular donde, sin duda, estaba sentado Snape ahora, en posesión triunfal de la colección de instrumentos mágicos delicados de Dumbledore, el Pensadero, el Sombrero Seleccionador y, a menos de que hubiera sido movida a otra parte, la espada de Gryffindor.

-Snape podría mandar a Phineas Nigellus a mirar dentro de la casa por el.- Hermione le explicó a Ron mientras se volvía a sentar. – Pero que lo intente, porque todo lo que Phineas Nigellus vera será el interior de mi bolsa.

-¡Buena idea!- dijo Ron impresionado.

-Gracias- le sonrió Hermione, tomando su sopa.- Entonces, Harry, ¿Qué más a pasado hoy?

-Nada.- dijo Harry. –Estuve observando la entrada del Ministerio por siete horas. Ni una señal de ella. Pero vi a tu papá Ron. Se ve bien.

Ron asintió ante esta noticia. Ellos habían acordado que era muy peligroso comunicarse con el señor Weasly cuando entraba y salía del Ministerio, porque siempre estaba rodeado de otros trabajadores del Ministerio. De todas maneras, aun era tranquilizante verlo, aun si se veía cansado y ansioso.

-Papá siempre nos decía que la mayoría de la gente del Ministerio usa la Red Floo para ir a trabajar.- dijo Ron. – Por eso es que no hemos visto a Umbridge, nunca caminaría, ella cree que es muy importante.

-¿Y que tal esa bruja vieja y el mago pequeño en las túnicas azules?- pregunto Hermione.

-Ah, es el de Mantenimiento Mágico- dijo Ron

-¿Como sabes que trabaja para Mantenimiento Mágico?- pregunto Hermione, la cuchara de sopa suspendida en el aire.

-Papá dijo que todos los que trabajan para el Mantenimiento Mágico usan túnicas azules.

-¡Pero nunca nos lo dijiste a nosotros!- Hermione soltó su cuchara y atrajo hacia si la montaña de notas y mapas que ella y Ron había estado examinando cuando Harry había entrado a la cocina.

-¡Aquí no hay nada sobre túnicas azules… nada!- dijo, pasando las paginas febrilmente.

-¿Y eso importa?-

-Ron,¡Todo importa! Si vamos a entrar en el Ministerio sin delatarnos a nosotros mismos cuando tienen que estar buscando a intrusos, ¡todo importa! Ya te lo eh explicado una y otra vez, quiero decir, cual es el punto de todos estos viajes de reconocimiento si no nos estas diciendo.

-Caray Hermione, se me olvido decirles una cosa.

-Es que no te das cuenta que no hay lugar más peligroso en todo el mundo que el Ministerio de…

-Creo que deberíamos hacerlo mañana- dijo Harry. Hermione se quedo muda y Ron casi se ahoga con su sopa.

-¿Mañana?- repitió Hermione. –No estarás hablando en serio Harry.

-Lo estoy,- dijo Harry. –No creo que estaremos mejor preparados que ahora si nos quedamos en la entrada del Ministerio por otro mes. Mientras más esperemos, más

lejos puede estar el medallón. Ya hay una oportunidad de que Umbrige lo haya tirado; por que no abre.

-A menos de que- dijo Ron, -haya encontrado una manera de abrirlo y esta poseída ahora.

-No haría ninguna diferencia en ella, ya era malvada antes.- Harry dijo. Hermione se mordía los labios pensando.

-Ya sabemos todo lo que es importante- siguió Harry, hablándole a Hermione. –Sabemos que no se puede Aparecer ni Desaparecer de el Ministerio. Sabemos que nada más los altos miembros del Ministerio pueden conectar sus casas a la Red Floo porque Ron escuchó a los dos Inefables quejándose sobre eso. Y sabemos donde está la oficina de Umbridge, por lo que has escuchado del hombre con barba diciéndole a su amigo.

-Estaré en el nivel uno, Dolores quiere verme.- recito Hermione inmediatamente.

-Exactamente.- dijo Harry. –Y sabemos que entras usando esas monedas raras, o fichas, o lo que sea que sean porque vemos a esa bruja pidiéndole una prestada a su amiga.

-¡Pero no tenemos ninguna!-

-Si el plan funciona, las tendremos,- continúo calmado Harry.

-No se Harry… no se… Hay muchas cosas que podrían salir mal, hay tanto que depende de la casualidad.

-Eso aun seria igual aunque pasáramos otros tres meses preparándonos- dijo Harry. –Es hora de actuar.- Harry se daba cuenta que las caras de Ron y Hermione tenían miedo; el no tenia mucha confianza en si mismo, pero estaba seguro que debían poner acabo el plan. Habían pasado las últimas cuatro semanas turnándose para usar la Capa de Invisibilidad y espiar la entrada oficial del Ministerio, la cual Ron, gracias al señor Weasley, había conocido desde niño. Habían seguido a trabajadores del Ministerio mientras entraban, escuchaban sus conversaciones y habían aprendido observando cuales de ellos podían confiar en aparecer, solos, la misma hora todos los días.

Ocasionalmente, habían tenido la oportunidad de robar el Profeta del maletín de alguien. Lentamente, habían compilado los mapas y las notas que ahora estaban apilados frente a Hermione.

-Esta bien,- dijo Ron lentamente, - digamos que vamos mañana a hacerlo…creo que debería ser Harry y yo nada más.

-¡No empieces!- suspiro Hermione. –Pensé que ya habíamos resuelto esto.

-Es diferente estar en la puerta bajo la Capa, pero esto es diferente Hermione.- Ron apunto hacia una copia del Profeta que con fecha de diez días antes. -¡Estas en la lista de hijos de Muggle que no se presentaron para la interrogación!

-¡Y se supone que tu estas muriendo de spattergroit en la Madriguera! Si alguien no debería ir, es Harry, tiene un precio de diez mil galeones por su cabeza.

-Esta bien, me quedare aquí,- dijo Harry. –Avísame si llegan a derrotar a Voldemort sin mi.

Mientras Ron y Hermione se reían, se disparó el dolor en la cicatriz de Harry. Se llevó su mano a la cicatriz. Vio que los ojos de Hermione se estrecharon, e intento disimular quitándose el cabello de los ojos**.**

-Bueno, si los tres vamos, tendremos que Desaparecer por separado,- empezó a decir Ron. –Ya no cabemos los tres en la capa.

La cicatriz de Harry se estaba volviendo cada vez más y más dolorosa. Se paró. Al instante, Kreacher se acercó apresuradamente.

-Amo no a terminada toda su sopa, ¿preferiría el amo un sabroso guisado o una tarta de melaza que le gusta tanto al Amo?

-Gracias Kreacher, pero vuelvo en un minuto-ejem… voy al baño.- Conciente de que Hermione lo miraba sospechosamente, Harry se apresuró a subir las escaleras hacia el salón y después hacia el primer piso, donde se metió rápidamente en un baño y lo cerró con llave.

Gruñendo del dolor, cayó sobre el lavabo negro con sus llaves en forma de serpientes con bocas abiertas y cerró sus ojos…

Se deslizaba por una calle crepuscular. Los edificios a cada lado de el tenían techos altos y enmaderados; parecían casas de jengibre. Se acercó a uno de ellas y vio la blancura de sus manos de dedos largos contra la puerta. Tocó la puerta y sintió crecer su emoción….

La puerta se abrió: Salió una mujer que se reía**.** Su cara se puso seria cuando vio la cara de Harry, se fue la diversión, y fue reemplazada con terror.

-¿Gregorovitch?- dijo una voz aguda y fría. Ella sacudió la cabeza. Estaba intentado cerrar la puerta. Una mano blanca la paró, previniendo que la cerrara. –Quiero a Gregorovitch.

-¡ *Er wohnt hier nicht mehr*!- ella grito, sacudiendo la cabeza. – ¡El no vivir aquí! ¡Yo no conocerlo a el!- Abandonando su intento de cerrar la puerta, ella empezó a retroceder hacia el oscuro salón, y Harry la siguió, volando hacia ella, su mano con dedos largos agarrando su varita.

-¿Dónde esta?

-¡ *Das weiff ich nicht*! ¡El se mudó! ¡Yo no saber, yo no saber!- El levantó su mano. Ella grito. Dos niños corrieron hacia la habitación. Ella intentó protegerlos con sus brazos. Hubo una luz verde.

-¡Harry! ¡HARRY!- Abrió los ojos. Estaba encogido en el piso. Hermione golpeaba la puerta. -¡Harry abre!- el sabia que había gritado. Se paró y abrió la puerta. Hermione entró a la habitación, se detuvo y miró sospechosamente alrededor. Ron estaba detrás de ella nerviosamente mientras apuntaba su varita hacia las esquinas del baño.

-¿Qué hacias?

-¿Que pensabas que hacia?- pregunto Harry débilmente

-¡Estabas gritando como un loco!- dijo Ron

- Ah, si… me pude haber dormido, o…

- Harry, no insultes nuestra inteligencia,- dijo Hermione, respirando lentamente. –Sabemos que te dolía tu cicatriz abajo, y estas tan blanco como la nieve.- Harry se sentó en el borde de la bañera.

-Está bien. Acabo de ver a Voldemort matar a una mujer. Ahora quizás ya mató a toda su familia. Y no necesitaba hacerlo. Fue igual que lo de Cedric, una y otra vez. Simplemente estaban ahí…

-¡Harry, se supone que no puedes dejar que esto pase más!- le gritó Hermione, su voz resonando por todo el baño. -¡Dumbledore quería que usaras Oclumencia! ¡EL pensó que la conexión era peligrosa- Voldemort la puede usar, Harry! ¿Qué hace que lo veas matar y torturar? ¿Cómo te puede ayudar?

- Para saber lo que está haciendo,- dijo Harry

- ¿Entonces no intentaras dejar de verlo?

- Hermione, no puedo. Tú sabes que soy pésimo con la Oclumencia. Nunca la entendí.

-¡Nunca lo intentaste!- dijo ella molesta. – No lo entiendo, Harry – ¿te gusta tener esta relación o conexión especial? – Su mirada vaciló cuando el se levantó.

-¿Qué si me gusta? ¿A ti te gustaría?

- Yo…no…lo siento Harry. No quise decir…

- Lo odio, odio el hecho que puede entrar en mí, que tengo que verlo cuando es más peligroso. Pero lo voy a usar.

-Dumbledore.

- Olvidate de Dumbledure. Esta es mi decisión, de nadie más. No se porque esta buscando a Gregorovitch.

-¿A quien?

- Hace varitas en el extranjero,- dijo Harry. –Hizo la varita de Krum, y Krum considera que es brillante.

-Pero según tú,- dijo Ron, -Voldemort tiene a Ollivander encerrado en alguna parte. Si ya tiene a alguien que hace varitas, ¿Para qué necesita a otro?

- Quizás esta de acuerdo con Krum y piensa que Gregorovitch es mejor… o piensa que Gregorovitch podrá explicar que hizo mi varita cuando me perseguía porque Ollivander no sabia.- Harry miro al espejo y vio a Ron y a Hermione mirando escépticamente a su espalda.

-Harry, sigues hablando sobre lo que hizo tu varita,- dijo Hermione, -¡pero tu hiciste que pasara! ¿Por qué estas tan determinado de no tomar responsabilidad por tu poder?

-¡Porque se que no fui yo, y también lo sabe Voldemort, Hermione! ¡Los dos sabemos lo que pasó!- se miraron, Harry sabia que no había convencido a Hermione y que estaba pensando en maneras de contraatacar, contra su teoría de la varita y el hecho de que estaba permitiendo a Voldemort en su cabeza. Para su alivio, Ron intervino.

-Déjalo,- le dijo a ella. – Es su problema. Además, si vamos al Ministerio mañana, ¿no crees que debemos revisar el plan?

Hermione, a regañadientes, como lo otros dos pudieron ver, no volvió a replicar, aunque Harry estaba seguro de que volvería a hacerlo en la primera oportunidad. Mientras tanto, volvieron a la cocina, donde Kreacher les había servido a todos guisado y tarta de melaza.

No se acostaron hasta muy pasada la noche, después de haber pasado horas y horas revisando el plan hasta que lo podían recitar perfectamente los unos a los otros. Harry, que ahora dormía en el cuarto de Sirius, estaba acostado en la cama, viendo a la luz de su varita la vieja fotografía de su padre, Sirius, Lupin y Pettigrew. Murmuró el plan para si mismo otros diez minutos. Mientras apagaba su varita, no estaba pensando en la Poción Multijugos, ni en Pastillas Vomitadoras o las túnicas azules de Mantenimiento Mágico. Estaba pensando en Gregorovitch, el que hacia varita, y por cuanto tiempo el podía quedarse escondido mientras Voldemort lo buscaba muy determinadamente.

El amanecer pareció seguir a la media noche con una rapidez indecente.

-Te ves terrible,- fue el saludo de Ron cuando entró en la habitación para despertar a Harry.

- No por mucho, - dijo Harry con un bostezo. Encontraron a Hermione en la cocina. Estaba siendo servida café y bollos calientes por Kreacher y con una expresión ligeramente maniática que Harry asociaba con revisión de exámenes.

- Túnicas,- dijo ella en voz baja, advirtiendo su presencia con un asentimiento nervioso y continuo revisando dentro de su bolsa. –Poción Multijugos, Capa de

Invisibilidad, Detonadores de Señuelo, deberían tener unos cuantos por si acaso, Pastillas Vomitadoras, Turrón sangranarices, Orejas Extensibles…

Se tomaron el desayuno rápidamente y subieron, Kreacher inclinándose y prometiéndoles tener un pastel de bistec y riñón preparado cuando volvieran.

-Bendito elfo- dijo Ron cariñosamente, - Y pensar que yo fantaseaba con cortar su cabeza y ponerla en la pared.

Fueron hacia el escalón de arriba con mucho cuidado**.** Podían ver unos cuantos Mortifagos con los ojos rojos viendo a la casa desde la plaza llena de niebla.

Hermione Desapareció con Ron primero, después volvió para Desaparecer con Harry. Después de estar en la oscuridad y casi sofocarse, Harry se encontró en un pequeño callejón donde empezaría la primera fase de su plan. Estaba desierta, excepto por dos grandes botes de basura; los trabajadores del Ministerio usualmente no aprecian hasta las ocho.

-Bueno,- dijo Hermione mirando su reloj. – ella debe de estar aquí en cinco minutos. Cuando la haya Aturdido.

-Hermione, ya sabemos- dijo Ron. –Y pensé que debíamos abrir la puerta antes de que ella llegue.- Hermione chilló.

-¡Casi me olvidaba! Apártense— Apuntó su varita hacia el candado de una puerta llena de graffiti a su lado, que se abrió inmediatamente. El oscuro corredor detrás de ella los llevaba, como ellos sabían después de varios viajes de investigación, hacia un cine vacío. Hermione jaló la puerta hacia ella para hacerla parecer como si estuviera cerrada.

-Y ahora,- dijo ella, dándose vuelta para ver a los otros dos en el callejón. –Nos ponemos la capa otra vez.

-Y esperamos,- terminó Ron, poniéndosela a Hermione en la cabeza como si fuera una jaula y poniéndole los ojos en blanco a Harry.

En un poco más de un minuto hubo un pequeño pop, y una pequeña bruja del Ministerio con pelo gris Apareció unos cuantos metros de ellos, parpadeando un poco por la súbita claridad: el sol acababa de salir de detrás de una nube. No tuvo tiempo de disfrutar el inesperado calor antes de que el hechizo de Aturdidor silencioso de Hermione la golpeara en el pecho y se cayera.

-Bien hecho Hermione,- dijo Ron, saliendo de detrás de uno de los botes al lado de la puerta del teatro. Harry se quito la Capa de Invisibilidad y juntos, cargaron a la pequeña bruja por el oscuro pasadizo que los llevaba atrás de la pantalla del cine. Hermione le quitó unos cabellos de su cabeza y los añadió a una botella de Poción Multijugos que había sacado de su bolsa. Ron estaba buscando dentro de la bolsa de la pequeña bruja.

-Ella es Mafalda Hopkirk,- dijo, leyendo una pequeña carta que identificaba a su victima como una asistente en la Oficina del Uso Indebido de la Magia. –Mejor te llevas esto Hermione, y aquí hay varias fichas.- El le pasó unas monedas doradas, todas que decían M.D.M que había sacado de el bolso de la bruja.

Hermione se tomó la Poción Multijugos, que era ahora de un agradable color violeta brillante, y unos segundos después, estaba ante ellos la doble de Mafalda Hopkirk. Mientras le quitaba los lentes a la verdadera Mafalda y se los ponía, Harry revisó su reloj.

-Vamos retrasados, el señor de Mantenimiento Mágico llegara aquí en cualquier minuto.- Se apresuraron a cerrarle la puerta a la verdadera Mafalda; Harry y Ron se pusieron la Capa de Invisibilidad, pero Hermione se quedó visible, esperando. Segundos después, hubo otro pop y un brujo pequeño apareció ante ellos.

-Oh, hola Mafalda-

-¡Hola!- dijo Hermione con voz temblorosa. -¿Cómo estas hoy?

-La verdad es que no muy bien,- le replicó el pequeño mago, que se veía muy desanimado.

Mientras Hermione y el mago se iban por el sendero principal, Harry y Ron fueron tras ellos.

-Que mal,- le dijo Hermione, hablando sobre el pequeño mago mientras intentaba exponer sus problemas. Era esencial detenerlo antes de llegar a la calle. –Toma, un dulce.

.-¿Eh? No, gracias

-¡Insisto!- dijo Hermione agresivamente, agitando la bolsa de dulces en su cara. Alarmadamente, el pequeño mago tomó uno. El efecto fue instantaneo. En el momento que el dulce tocó su lengua, el pequeño mago empezó a vomitar tan fuerte que no notó a Hermione arrancándole cabellos de su cabeza.

-¡O por todos los cielos!- dijo ella mientras el vomitaba en el callejón. –Quizás debas tomarte el día libre.

-¡No-no!- dijo con dificultad, y se inclinó, tratando de ir hacia la calle, aunque no podía caminar derecho. –Debo…ir…hoy.

-¡Eso seria muy tonto!- dijo Hermione alarmada. –No puedes ir a trabajar en ese estado- creo que deberías ir a San Mungo para que te ayuden.- El mago cayó en cuatro patas, respirando con dificultad, intentando aun gatear hacia la calle principal.

-¡No puedes ir a trabajar así!- le dijo Hermione. Al final, el pareció entender la verdad de sus palabras. Usando a Hermione para pararse, se volvió y Desapareció, dejando nada a tras excepto una bolsa que Ron había robado de su mano y unas manchas de vomito.

-Ugh,- dijo Hermione, levantándose un poco su túnica para evadir los charcos de vomito. –Hubiera sido mejor si lo hubiéramos Aturdido.

- Si, - dijo Ron, saliendo de debajo de la capa con la bolsa de el mago. – Pero creo que toda una pila de cuerpos inconcientes hubieran llamado la atención. Le gusta mucho su trabajo, ¿no? Pon los cabellos en la pocion.

En unos minutos, Ron estaba ante ellos como el pequeño como el mago enfermo, usando la túnica azul que había sido doblada en la bolsa.

-Es raro que no las haya estaba usando hoy, viendo cuanto quería ir al Ministerio… Bueno, yo soy Reg Cattermole, según lo que dice aquí.

-Ahora espera aquí, y te conseguiremos unos cabellos- Hermione le dijo a Harry, que aun estaba bajo la Capa de Invisibilidad. Esperó diez minutos, pero pareció una eternidad para Harry, que estaba en el callejón al lado de la puerta donde estaba la Aturdida Mafalda. Finalmente, Ron y Hermione reaparecieron.

-No sabemos quien es,- dijo Hermione, pasándole a Harry varios cabellos negros rizados. –¡Pero volvió a casa con la nariz sangrándole muy fuerte! Toma, es bastante alto, necesitaras una túnica más grande.- Ella saco la vieja túnica que Kreacher había lavado para ellos y Harry se retiró para tomar la poción y cambiarse.

Una vez que la dolorosa transformación estuvo completa, el media mas de 180 centímetros de alto y, como podía ver por sus brazos musculoso, bastante fuerte. También tenia una barba. Metiendo la Capa de Invisibilidad y sus lentes dentro de su nueva túnica, se reunió con los otros dos.

-Caray, das miedo,- dijo Ron, mirando a Harry, que estaba frente a el.

-Toma una de las fichas de Mafalda,- le dijo Hermione a Harry – Y vámonos, ya casi son las nueve.- Salieron del callejón juntos. Cincuenta yardas a lo largo de el pavimento había dos escaleras que tenían a lo largo unas barandillas negras. Arriba de las escaleras habían dos letreros: uno que decía Mujeres y otro Hombres.

-Nos vemos en un momento, entonces,- dijo Hermione nerviosamente mientras caminaba las escaleras hacia el que decía MUJERES. Harry y Ron se unieron a un grupo de hombre vestidos extrañamente que descendía a lo que parecía un baño publico ordinario, decorado en azulejos blancos y negros.

-¡Buenos días Reg!- le dijo otro mago con túnica azul mientras entraba en un cubicuelo insertando la ficha en la rendija de la pared. – Esto es una gran molestia en el trasero, ¿no? Forzándonos a ir a trabajar así. ¿A quien esperan encontrarse, Harry Potter?- El mago dio una sonora carcajada por su ingenio. Ron forzó un risita ahogada.

-Si,- dijo. –estupido ¿no?- Harry y el se metieron en cubículos contiguos. El sonido de bajar el lavabo se escucho a la izquierda y derecha de Harry. Se agachó y vio un par de botas subiéndose al baño de al lado. Se volteó y miro a Ron parpadeándole.

-¿Tenemos que bajarnos por el baño?- murmuró

-Eso parece,- le contestó Harry, su voz sonaba grave y gruesa. Los dos se pararon. Sintiéndose excepcionalmente tonto, Harry se metió al baño. Supo que había echo lo correcto; aunque parecía estar parado en agua, sus zapatos, pies y túnica seguían secos. Levantó la mano y bajo la palanca, y, después de pasar por un tubo corto, apareció en el Ministerio de Magia.

Se levantó torpemente; aun no se había acostumbrado al tamaño de su nuevo cuerpo. El gran Atrio parecía más oscuro de lo que Harry recordaba. Antes, una fuente dorada llenaba el centro del salón, arrojando destellos dorados de luz sobre el piso de madera y las paredes. Ahora había una estatua gigante de piedra negra que dominaba la escena. Daba un poco de miedo, esta vasta escultura de una bruja y un mago sentados en tronos ornadamente tallados, mirando hacia los trabajadores del Ministerio saliendo de las chimeneas bajo ellos. En la base de la estatua había escritas letras de 30 centímetros de alto las palabras LA MAGIA ES PODER.

Harry recibió un pesado golpe en la parte de atrás de sus piernas. Otro mago había volado fuera de la chimenea atrás de el.

-Fuera de mi camino, no pue- oh, perdón Runcorn.- Claramente asustado, el brujo calvo se fue apresuradamente. Aparentemente, el hombre a quien estaba impresionando Harry, Runcorn, era intimidante.

-¡Pssst!- dijo una voz. Se volteó y vio a una bruja pequeña y un mago de corta estatura de Mantenimiento Mágico gesticulándole desde al lado de la estatua. Harry se apresuro en unírseles.

-¿Bajaste bien?- Hermione le pregunto a Harry.

-No, aun está atorado en la tubería,- dijo Ron

-Oh, muy gracioso… es horrible, ¿verdad?- le dijo a Harry, que estaba mirando la estatua. –¿Te diste cuenta en que se están sentando?

Harry miro más detenidamente lo que el había pensado que eran tronos tallados decorativamente eran en realidad montañas de humanos tallados: cientos de cuerpos desnudos, hombres, mujeres y niños, todos con miradas estúpidas y caras feas, retorcidos y amontonados juntos para sostener el peso de los brujos bien vestidos.

-Muggles,- murmuro Hermione, -En el lugar que se merecen. Vamos.- Se unieron la corriente de brujas y magos moviéndose hacia las puertas doradas al final de el salón, mirando a su alrededor, pero no había señal de la figura distintiva de Dolores Umbridge. Ellos pasaron a través de las puertas y entraron en un salón más pequeño, donde había grupos de gente formándose alrededor de veinte rejas doradas que contenían ascensores. Se acababan de unir a uno cuando una voz dijo.

-¡Cattermole!- se dieron la vuelta: el estomago de Harry dio una voltereta. Uno de los Mortifagos que habían visto la muerte de Dumbledore se estaba acercando hacia ellos. Los trabajadores del Ministerio cerca de ellos hicieron silencio mientras miraban hacia abajo; Harry sintió el miedo pasar a través de ellos.

El hombre tenia el ceño fruncido, y su cara ligeramente tosca, no parecía combinar muy bien con su magnifica túnica, que estaba bordada con una gran cantidad de hilos de oro. Alguien de entre la multitud alrededor de el ascensor le llamo -¡Buenos días Yaxley!- Yaxley lo ignoró.

-Yo pedí que alguien de Mantenimiento Mágico viniera a arreglar mi oficina, Cattermole. Aún esta lloviendo.-

Ron miró a su alrededor, como si esperase que alguien más interviniera, pero nadie más habló.

–Lloviendo… ¿en tu oficina? Eso…eso no es bueno, ¿verdad?- Ron rió nerviosamente. Los ojos de Yaxley se abrieron desorbitados.

-Crees que es gracioso, Cattermole, ¿no?- Un par de brujas salieron de la cola para el ascensor y se fueron rápidamente.

-No,- dijo Ron. –No, claro que…

-¿Te das cuenta que voy a interrogar a tu esposa ahora, Cattermole? Estoy sorprendido que no estés abajo con ella, dándole la mano mientras espera. ¿Ya te diste por vencido con ella como con un mal trabajo, no? Es la cosa más sabia por hacer. La próxima vez, cásate con una sangre pura.- Hermione soltó un chirrido de horror. Yaxley la micro. Ella tosió débilmente y se volteó.

-Yo-Yo—tartamudeó Ron.

-Pero si mi esposa fuera acusada de ser una Sangre Sucia- dijo Yaxley, -y no es que ninguna mujer con la que me case será confundida con tal mugre—y la Cabeza de el Departamento De Reforzamiento De La Ley Mágica necesitara que le hiciera un trabajo, yo lo haría mi prioridad, Cattermole. ¿Me entiendes?

-Si,- murmuro Ron

-Entonces ve a atenderlo, Cattermole, y si mi oficina no esta completamente seca dentro de una hora, el Estado de Sangre de tu esposa tendrá más dudas que ahora.

La reja dorada se abrió frente a ellos. Yaxley asintió con su cabeza y le dio una desagradable sonrisa a Harry, a quien evidentemente esperaba que apreciara como trató Cattermole, y se fue en busca de otro ascensor. Harry, Ron y Hermione entraron en la suya, pero nadie más los siguió: era como si tuvieran una infección. Las rejas se cerraron fuertemente y el ascensor empezó a subir.

-¿Qué voy a hacer?- pregunto Ron a los otros dos. Se veía asustado. –Si no me presento, mi esposa, quiero decir, la esposa de Cattermole.

-Iremos contigo, nos deberíamos quedar juntos—empezó a decir Harry, pero Ron sacudió la cabeza rápidamente.

-Estas loco, no tenemos mucho tiempo. Ustedes dos encuentren a Umbridge, yo voy a resolver este lío en la oficina de Yaxley—pero, ¿como paro la lluvia?

- Intenta Finite Incantatem,- dijo de una Hermione, -eso debería parar la lluvia si es un maleficio o una maldición; si no hace nada, es que hay algo mal con el Encantamiento Atmosférico, que seria más difícil arreglar, así que intenta Impervius provisionalmente para proteger sus cosas.

-Dilo otra vez, lentamente—dijo Ron, buscando sus bolsillos desesperadamente para buscar una pluma, pero en ese momento, el ascensor se paro. Una voz desmembrada de una mujer dijo:

-Nivel Cuatro, Departamento De Regulación Y Control De Criaturas Mágicas, incorporando a la Division de Bestias, Seres y Espiris, Oficina De Enlace Con Los Duendes, y Departamento de Plagas**,-** Las rejas se abrieron y entraron un par de magos y varios aviones de papel violeta claro, que volaron alrededor de el techo del ascensor.

-Bueno dias Albert,- Dijo un hombre con un bigote poblado, sonriéndole a Harry. Miro a Ron y a Hermione mientras el ascensor empezó a subir otra vez. Hermione estaba susurrándole instrucciones rápidas a Ron. El mago se inclinó sobre Harry, murmurando –Dirk Cresswell ¿eh?, ¿de Oficina De Enlace Con Los Duendes? Buena esa, Albert, ¡Estoy seguro que tendré su trabajo ahora!- Guiño. Harry le sonrió, esperando que estoy seria suficiente. El ascensor paro, las rejas se abrieron otra vez.

-Nivel Dos, Departamento De Reforzamiento De La Ley Mágica, incluyendo la Oficina Del Uso Indebido De La Magia, el Cuartel de los Aurores y la Administración de los Servicios del Wizengamot.- dijo la voz desmembrada de la bruja.

Harry vio a Hermione darle un pequeño empujón a Ron, que salió del ascensor, seguido de los otros magos, dejando a Harry y a Hermione solos. El momento que se cerro la reja dorada, Hermione dijo rápidamente a Harry, -Creo que mejor me voy con el, no creo que sepa lo que haga, y si lo atrapan, todo se…

-Nivel Uno, Ministro de Magia y Personal de Apoyo. – Las rejas doradas se abrieron, y Hermione gimió. Cuatro personas estaban parados frente a ellos, dos de ellos estaban hablando: un mago de pelo largo usando una túnica negra y dorada y una bruja baja parecida a un sapo, que usaba un lazo de terciopelo en su cabello corto y agarrando un sujetapapeles contra su pecho.

Capitulo 13

Comisión para el registro de los nacidos de Muggles

-¡Ah, Mafalda!-dijo Umbridge al ver a Hermione-¿Te envía Travers, cierto?

-¡S-si!- chilló Hermione

-Dios, lo harás perfectamente bien- Umbridge se dirigió al mago vestido de negro y dorado- Esto resuelve el problema. Ministro, si Mafalda puede ser eximida de llevar el registro podemos empezar inmediatamente- consultó su anotador- ¡Diez personas hoy y una de ellas la esposa de un empleado del ministerio! Ay, ay, incluso aquí… ¡en el corazón del ministerio!- Entró en el elevador junto a Hermione, así también lo hicieron los dos magos que habían estado oyendo su conversación con el Ministro.- Vamos directamente abajo, Mafalda, encontrarás todo lo que necesitas en la sala de tribunales. Buenos días Albert ¿acaso no te bajas aquí?

-Si, por supuesto- dijo Harry con la voz profunda de Runcorn.

Harry descendió del elevador. La puertas doradas se cerraron tras él. Mirando por sobre su hombro, Harry vio la cara ansiosa de Hermione hundirse y desaparecer, con dos magos altos a cada lado, y la cinta de terciopelo en la cabeza de Umbridge alineado con su hombro.

-¿Qué te trae por aquí Runcorn?- preguntó el nuevo Ministro de Magia. Sus largos y renegridos cabellos y barba tenían vetas plateadas y una frente muy pronunciada ensombrecía sus ojos centellantes, por esta razón a Harry se le asemejaba a un cangrejo asomándose por debajo de una roca.

-Necesito intercambiar unas pocas palabras con- Harry titubeó por una fracción de segundo- Arthur Weasley. Alguien me dijo que se encuentra en el nivel uno.

-Ah- dijo Plum Thicknesse- ¿Ha sido atrapado teniendo contacto con un Indeseable?

-No- dijo Harry con la garganta seca- Nada de eso.

-Ah bueno, es tan solo cuestión de tiempo-dijo Thicknesse-Si me preguntas, los traidores a la sangre son tan malos como los sangre sucia. Buenos días, Runcorn.

-Buenos días Ministro.

Harry lo vio marcharse por un corredor alfombrado. En el instante en el que el Ministro se perdió de vista, Harry sacó de un tirón la capa de invisibilidad de debajo de su pesada capa negra, se la colocó, y se marchó por el mismo corredor en dirección opuesta. Runcorn era tan alto que Harry se vio obligado a detenerse y asegurarse que sus grandes pies estuviesen cubiertos.
El pánico le revolvió el estomago. Mientras pasaba una tras otra las puertas de madera lustrada, cada una de ellas con una pequeña placa de metal con el nombre y la

ocupación de su dueño, la grandeza del ministerio, su complejidad, su impenetrabilidad, parecían caer sobre el, de modo que el plan que habían concebido con Ron y Hermione durante las ultimas cuatro semanas parecía irrisoriamente infantil. Habían concentrado todos sus esfuerzos en entrar sin ser detectados, pero no se habían detenido ni un momento a pensar que harían si se veían obligados a separarse. Ahora Hermione estaba atrapada formando parte de procedimientos judiciales, los que seguramente durarían horas; Ron estaba luchando por hacer magia que Harry estaba seguro iba más allá de sus capacidades, la libertad de una mujer dependía del resultado, y él, Harry, estaba deambulando en el piso superior cuando sabía perfectamente que su presa había descendido por el elevador.

Se detuvo de caminar, se recargó contra una pared y trató de decidir que hacer. El silencio se precipitó sobre el: no había bullicio, o voces, ni ruido de pasos, los corredores con alfombra violeta eran tan silenciosos como si se les hubiese hecho el hechizo *muffliato.*

-*Su oficina debe estar por aquí*- pensó Harry.

No daba la impresión de que Umbridge fuese a guardar sus joyas en su oficina, pero por otro lado no revisarla para estar seguros sería algo muy tonto. Por esta razón siguió caminando por el pasillo, cruzándose solamente con un mago de seño fruncido quien murmuraba frases a una pluma que flotaba frente a el, garabateando en un trozo de pergamino.

Ahora prestándole atención a los nombres en las puertas, Harry giró en una esquina. A mitad de camino del siguiente corredor emergió en un espacio amplio y abierto donde una docena de magos y brujas estaban sentados frente a escritorios muy parecidos a los de un colegio, aunque mucho más pulidos y libres de graffitis. Harry se detuvo a observarlos, ya que el efecto era muy llamativo. Todos movían y agitaban sus varitas al unísono y cuadrados de papel de color volaban en todas direcciones como pequeños barriletes rosados. Luego de unos segundos, Harry se dio cuenta de que había ritmo en los procedimientos, que todas los papeles seguían el mismo patrón y luego de unos segundos más se dio cuenta de que lo que estaba viendo era la creación de panfletos, que las hojas de papel eran páginas, la cuales, al ser ensambladas, dobladas y mágicamente colocadas en su lugar, caían en pilas perfectas al lado de cada mago o bruja.

Harry se arrastró acercándose aún más, aunque los trabajadores estaban tan concentrados en lo que hacían que el dudó que notaran sus pasos sobre la alfombra, y tomó un panfleto terminado de la pila de una joven bruja. Lo examinó debajo de la capa de invisibilidad. Su cubierta rosada llevaba inscripto en letras doradas el titulo:

Sangre Impura
Y los riesgos que presentan para
la pacifica sociedad Sangre Pura.

Debajo del titulo estaba la imagen de una rosa roja con un rostro que sonreía bobamente en el medio de sus pétalos siendo estrangulada por una mala hierba con colmillos y el seño fruncido. El panfleto no llevaba el nombre de su autor, pero nuevamente, las cicatrices en su mano le hicieron cosquillas mientras lo examinaba. La joven bruja a su

lado confirmo su sospecha al decir: -¿Alguien sabe si la vieja bruja estará interrogando sangre impuros todo el día?

-Ten cuidado- dijo el mago a su lado, mirando nervioso a su alrededor; una de sus paginas trastabilló y calló al suelo.

-¿Qué? ¿Aparte de un ojo mágico tiene también oídos mágicos?

La bruja dirigió su mirada a la puerta de caoba brillante que daba al lugar donde estaban todos los hacedores de panfletos; Harry también miró y la ira se alzó en él como una serpiente. Donde debiera estar una mirilla en una puerta muggle, habían colocado en la madera un gran ojo con un gran iris azul; un ojo que le sería sorpresivamente familiar a cualquiera que conociese a Alastor Moody.

Por un instante Harry olvidó quien era y que estaba haciendo allí: incluso olvidó que era invisible. Se paró frente a la puerta para examinar el ojo. No se movía. Miraba fijamente hacia arriba. En la placa que se encontraba debajo de este podía leerse:

Dolores Umbridge
Subsecretaria en jefe del Ministro

Debajo de esto había una pequeña placa más nueva y brillante que decía:

Jefa de la Comisión para el registro de los nacidos de Muggles

Harry volvió a mirar a la docena de hacedores de panfletos: Aunque estaban absortos en su trabajo seria difícil suponer que no notasen que la puerta de la oficina frente a ellos se abriese estando vacía. Por esta razón sacó de un bolsillo interno un objeto extraño con pequeñas piernas movedizas y un cuerno de caucho por cuerpo. Agachándose debajo de la capa, coloco el Detonador de Señuelos en el suelo.

Este corrió por debajo de las piernas de los magos y brujas en el cuarto. Pocos momentos después, durante los cuales Harry aguardó con las manos en la perilla, se oyó un gran estallido y una oleada de humo acido salió de un rincón. La joven bruja de la primera fila chillo: las hojas rosadas volaban por todas partes y ella y sus compañeros se sobresaltaron, buscando la fuente de la conmoción. Harry giro la perilla, entró en la oficina de Umbridge, y cerró la puerta tras de si.

Sintió que había viajado en el tiempo. La oficina de Umbridge se veía exactamente igual a la que tenía en Hogwarts: cortinas con lazos, carpetitas y flores secas cubrían todas las superficies. Las paredes albergaban los mismos platos ornamentales, todos ellos con rechonchos y coloridos gatitos brincando y jugando con una repulsiva ternura. El escritorio estaba cubierto por un mantel floreado. Detrás del ojo de Ojo-Loco, un telescopio le permitía a Umbridge espiar a los trabajadores al otro lado de la puerta. Harry miró a través de este y vio que todavía estaban reunidos alrededor del Detonador de Señuelo. Arrancó el telescopio de la puerta, dejando un agujero en su lugar, sacó el ojo mágico del mismo y lo metió en su bolsillo. Entonces giró para mirar el cuarto nuevamente, levantó la varita y murmuró: "*Accio medallón"*.

No sucedió nada, pero tampoco esperaba que sucediera; sin duda, Umbridge conocía toda clase de encantamientos y hechizos protectores. Por lo tanto, se apresuró y comenzó a abrir todos los cajones del escritorio. Vio plumas, anotadores y Spellotape, clips encantados que se retorcían como serpientes fuera de sus cajas y volvían a ellas; una llamativa cajita forrada llena de cintas y broches para el cabello de repuesto; pero ninguna señal del relicario.

Había un archivero detrás del escritorio: Harry se dirigió a revisarlo. Al igual que el archivero de Filch en Hogwarts, estaba lleno de carpetas, cada una con un nombre. No fue hasta que Harry revisó la última que vio algo que lo distrajo de su búsqueda: el reporte de Arthur Weasley. Lo sacó y lo abrió.

Arthur Weasley:
Estado sanguíneo: sangre pura, con inaceptables tendencias pro-muggle. Reconocido miembro de La Orden del Fénix.
Familia: Esposa (sangre pura), siete hijos, los dos menores en Hogwarts. NOTA: hijo menor actualmente en su casa, gravemente herido, confirmado por inspectores del ministerio.
Estado de seguridad: SEGUIDO. Todos los movimientos monitoreados. Gran probabilidad de contacto con el Indeseable Nº 1(este se ha alojado con los Weasley previamente).

-Indeseable número uno- murmuró Harry entre dientes mientras reponía la carpeta a su lugar. Tenía la vaga impresión de saber quien era ese, y ciertamente lo confirmó mientras se enderezaba y miraba fugazmente alrededor de la oficina en búsqueda de más lugares de escondite, vio un póster con su foto en la pared, con las palabras INDESEABLE Nº 1 inscriptas en el pecho. Una anotación estaba pegada al mismo en un pedazo de papel rosa con un gatito en el borde. Harry se acercó a leerla y vio que Umbridge había escrito:"*Ser castigado"*.

Más enojado que nunca, procedió a tantear en los fondos de los floreros y canastas con flores secas, pero no se sorprendió de que el relicario no estuviese ahí. Le dio al cuarto un último vistazo fugaz, y su corazón se detuvo por un instante. Dumbledore lo miraba desde un pequeño espejo rectangular apoyado en una biblioteca al lado del escritorio.

Harry cruzó el cuarto de una corrida y lo tomó, pero cayó en cuenta de que no era una espejo en el momento en el que lo tocó. Dumbledore sonreía de manera melancólica desde la portada de un libro brillante. Harry no notó rápidamente las letras verdes retorcidas sobre el sombrero- "*La vida y las mentiras de Albus Dumbledore"*- ni la inscripción mas pequeña sobre el pecho: "*por Rita Skeeter, autora del best seller:"Armando Dippet: ¿Genio o deficiente mental?"*

Harry abrió el libro al azar y vio una fotografía a página completa de dos chicos adolescentes, ambos riendo ampliamente con los brazos sobre los hombros del otro. Dumbledore con el cabello al nivel de los hombros, tenía una pequeña barba que recordaba a la que tenia Krum y que tanto molestaba a Ron. El joven que reía una silenciosa carcajada junto a Dumbledore tenía una apariencia risueña y salvaje. El cabello dorado le caía ensortijado hasta los hombros. Harry se pregunto si era el joven Doge, pero antes de poder leer la inscripción, la puerta de la oficina se abrió.

Si Thicknesse no hubiese estado mirando por sobre su hombro al entrar, Harry no hubiera tenido tiempo de echarse encima la capa de invisibilidad. Por esta razón, pensó que Thicknesse captó un movimiento, ya que por un instante o dos este se quedó quieto mirando con curiosidad al lugar donde Harry acababa de desaparecer. Tal vez decidió que todo lo que había visto era a Dumbledore rascándose la nariz en la portada del libro, el cual Harry había repuesto precipitadamente en el estante. Finalmente, Thicknesse caminó hacia el escritorio y apuntó su varita a la pluma que estaba en el tintero. Esta voló y comenzó a garabatear una nota para Umbridge. Muy lentamente, apenas animándose a respirar, Harry salió de la oficina y regresó al gran espacio fuera.

Los hacedores de panfletos estaban aún reunidos alrededor de los restos de Detonador de Señuelos, que continuaba ululando débilmente mientras humeaba. Harry se apresuró hacia el corredor al mismo tiempo que la joven bruja decía:-Estoy segura que se escapó de Encantamiento Experimentales, son tan descuidados, ¿recuerdan aquel pato venenoso?.

Apresurándose hacia los elevadores, Harry repasó sus opciones. Nunca había sido una certeza que el relicario se encontrase en el Ministerio, y no había esperanza de sonsacarle a Umbridge donde se hallaba mientras estuviera en un tribunal atestado de gente. Su prioridad ahora debía ser irse del Ministerio antes de quedar expuestos, y volver a intentarlo otro día. Lo primero por hacer era encontrar a Ron, y entonces ambos podrían encontrar la manera de sacar a Hermione del tribunal.

El elevador estaba vacío cuando arribó. Harry entró en el y se quitó la capa de invisibilidad cuando comenzó el descenso. Para su gran alivio, cuando este se detuvo de improviso en el segundo nivel, un Ron empapado y con mirada desorbitada lo abordó.

-¡B-buenos días!

-¡Ron soy yo, Harry!

-¡Harry! Dios, olvidé como te veías. ¿Por que no esta Hermione contigo?

-Tuvo que bajar con Umbridge a los tribunales, no se pudo negar y…

Pero antes de que Harry pudiese terminar, el elevador se volvió a detenerse. Las puertas se abrieron y el señor Weasley entro, hablando con una bruja anciana cuyo cabello rubio estaba tan batido que parecía un hormiguero.

-Por supuesto que entiendo de lo que hablas, Wakanda, pero temo que no puedo tomar partido en…

El señor Weasley calló; acababa de ver a Harry. Era muy extraño ver al señor Weasley mirarlo con tal desagrado. Las puertas del elevador volvieron a cerrarse y los cuatro volvieron a descender precipitadamente.

-Oh, hola Reg- dijo el señor Weasley, notando el goteo de la túnica de Ron- ¿Acaso tú esposa no esta citada hoy? Ahm, ¿Qué te sucedió? ¿Por que estás tan mojado?

-Esta lloviendo en la oficina de Yaxley- dijo Ron. Le hablaba al hombro del señor Weasley y Harry estaba seguro de que este temía que su padre pudiera reconocerlo si lo miraba directamente a los ojos.- No pude parar la lluvia, así que me enviaron a buscar a Bernie…Pilsworth, creo que dijeron.

-Si, ha estado lloviendo en varias oficinas últimamente- dijo el señor Weasley- ¿Probaste con Meteorolojinx Recanto? Le funciono a Bletchley.

-¿Meteorolojinx Recanto?- susurró Ron- No, no lo intenté. Gracias pa…Digo, gracias Arthur.

Las puertas del elevador se abrieron, la bruja anciana con el cabello de hormiguero se marcho y Ron pasó como un dardo junto a ella y se perdió de vista. Harry intentó seguirlo, pero vio su camino bloqueado cuando Percy Weasley entró en el elevador, con su nariz enterrada en unos papeles que estaba leyendo.
No fue hasta que las puertas se cerraron nuevamente con un sonido metálico que Percy cayó en cuenta de que estaba en el elevador con su padre. Levantó la vista, vio al señor Weasley, se puso rojo como un tomate y dejó el elevador en el instante en el que se volvieron a abrir las puertas. Por segunda vez Harry intentó descender, pero esta vez encontró su camino bloqueado por el brazo del señor Weasley.

-Un momento, Runcorn.

Las puertas del elevador se cerraron nuevamente y mientras este volvía a descender otro piso el señor Weasley dijo:

–Oí que tienes información acerca de Dirk Cresswell.

Harry tuvo la impresión de que su mal humor no había decrecido con el encuentro con Percy. Decidió que su mejor opción era actuar como estúpido.

-¿Perdón?

-No te hagas, Runcorn.-dijo el señor Weasley bruscamente-Tu fuiste el que rastreó al mago que falsifico su árbol genealógico ¿Verdad?

-Yo… ¿y que si lo hice?-dijo Harry.

-Que Dirk Cresswell es diez veces mas mago que tu- dijo el señor Weasley reservadamente, mientras el elevador descendía aun más- Y que si sobrevive a Azkaban deberás responderle a el, y eso sin contar a su esposa, a sus hijos y a sus amigos…

-Arthur- interrumpió Harry-¿sabes que estas siendo rastreado verdad?

-¿Es esa una amenaza Runcorn?- Grito el señor Weasley.

-No- dijo Harry- ¡Es un hecho! Están vigilando todos tus movimientos…

Las puertas del elevador se abrieron. Habían llegado al atrio. El señor Weasley dirigió a Harry una mirada de odio y salió del elevador. Harry se quedo ahí, temblando.

Deseo haber estado encarnando a otra persona diferente a Runcorn…Las puertas del elevador se cerraron.

Harry volvió a sacar la capa de invisibilidad y se la colocó nuevamente. Intentaría rescatar a Hermione solo mientras Ron se las veía con la oficina que llovía. Cuando las puertas se abrieron, salió a un corredor de piedra iluminado por antorchas bastante diferente a los de arriba, con alfombrados y paredes de madera. Mientras el elevador se marchaba, Harry sintió un pequeño escalofrío al dirigir su mirada a la lejana puerta negra que marcaba la entrada al Departamento de Misterios.

Comenzó a caminar, no hacia la puerta negra, sino hacia el umbral que recordaba estaba del lado derecho, el cual daba a unas escaleras que conducían a los compartimientos de la corte. Su mente fue atacada por las posibilidades mientras descendía por los escalones: todavía tenía un par de Detonadores de Señuelos, pero tal vez sería mejor simplemente golpear la puerta de la sala de tribunal, entrar como Runcorn, ¿y pedir hablar con Mafalda? Por supuesto que no tenía idea de si Runcorn era lo suficientemente importante como para hacer esto, e incluso si lo lograba, la no reaparición de Hermione podría desatar una búsqueda antes de que pudieran abandonar el ministerio…

Perdido en sus pensamientos, tardó en notar el frío sobrenatural que se cernía sobre el, como si estuviese atravesando la niebla. A cada paso que daba, el ambiente se volvía cada vez mas frío; un frío que bajó rápido por su garganta y se alojó en sus pulmones. Entonces sintió que la desesperación, o la falta de esperanza, lo llenaba, expandiéndose dentro de el…

-*Dementores*- pensó.

Y al alcanzar el pie de la escalera, giró a la derecha y vio una escena terrible. El pasillo afuera de los tribunales estaba lleno de figuras altas y encapuchadas, con los rostros cubiertos por completo, y el único sonido que se oía era su respiración desigual. Los nacidos de muggles que habían sido llevados para el interrogatorio estaban petrificados por el miedo, sentados y temblando todos juntos en bancos de madera dura. La mayoría de ellos escondían sus rostros en sus manos, tal vez como un intento instintivo de ocultarse de las bocas codiciosas de los dementores. Algunos estaban acompañados por sus familias, otros estaban solos. Los dementores se movían frente a ellos, y el frío y la desesperanza y lo terrible del lugar recayó sobre Harry como una maldición.

-*"Lucha contra ellos"*- se dijo, pero sabía que no podía conjurar su Patronus allí sin revelar su identidad de inmediato. Así que siguió avanzando tan silenciosamente como pudo, y con a cada paso que daba su cerebro parecía entumecerse, pero se forzó a pensar en Hermione y Ron que lo necesitaban.

Caminar por entre las altas figuras negras era aterrador. Sus rostros sin ojos escondidos bajo sus capuchas giraban mientras pasaba, y estaba seguro de que podían sentirlo, sentir, tal vez, una presencia humana que aún tenía un poco de esperanza, un poco de resistencia…

Y de pronto, abrupta y precipitadamente en medio del silencio perturbador, una de las puertas de los calabozos en el corredor a su izquierda se abrió de golpe y unos gritos salieron de ella.

- ¡No, no, soy mestizo, les aseguro que soy mestizo! Mi padre fue un mago, lo fue, búsquenlo!¡Arkie Alderton, fue un reconocido fabricante de escobas, búsquenlo, se los juro!…¡Quítenme las manos de encima, quítenme las manos de encima…!-

-Esta es la última advertencia- dijo Umbridge con una voz tranquila, aumentada mágicamente de modo que sonaba por sobre los gritos desesperados del hombre- Si se resiste, será sentenciado al beso de los dementores.

Los gritos del hombre subsistían, pero unos sollozos se oían en todo el corredor.

-Llévenselo- dijo Umbridge.

Dos dementores aparecieron en el umbral de la sala de tribunales, sus manos putrefactas tomaron por los brazos al mago que parecía desvanecerse. Se marcharon por el corredor llevándoselo, y la oscuridad que acompañaba sus pasos se los tragó.

-Siguiente…Mary Cattermole- llamó Umbridge.

Una mujer pequeña se puso de pie, temblando de pies a cabeza. Llevaba su cabello oscuro atado con un rodete y vestía una túnica larga y lisa. Su rostro estaba completamente pálido. Al pasar por frente a los dementores, Harry vio que temblaba.

Sin ninguna clase de plan, instintivamente, simplemente por que detestaba la idea de que ella entrara sola al calabozo, ni bien se empezaba a cerrar la puerta, se coló en el tribunal tras ella.

No era el mismo cuarto en el cual una vez había sido interrogado por uso inapropiado de la magia. Este era mucho más pequeño, aunque el techo era tan alto que daba la claustrofóbica impresión de estar atrapado en el fondo de un aljibe.

Había aún más dementores dentro de la sala, llenando el lugar de un aura helada, estaban parados en las esquinas como centinelas sin rostro, lejos de la plataforma elevada. Umbridge estaba sentada detrás de una barandilla, con Yaxley a un lado y Hermione, quien estaba casi tan pálida como la señora Cattermole, del otro. Al pie de la plataforma, un gran gato de angora plateado vagabundeaba de arriba abajo una y otra vez, y Harry se dio cuenta de que estaba ahí para proteger a los querellantes de la desesperación que emanaban los dementores. Eso era algo que debían sentir los acusados.

-Siéntese- dijo Umbridge con su voz dulce y aterciopelada.

La señora Cattermole caminó tambaleándose hasta el único asiento en el medio de la habitación debajo de la plataforma elevada. En el instante en el que tomó asiento unas cadenas surgieron de los brazos de la silla y la sujetaron.

-¿Es usted Mary Elizabeth Cattermole?- preguntó" Umbridge.

La señora Cattermole asintió levemente.

-¿Casada con Reginald Cattermole de el Departamento de Mantenimiento Mágico?"

La señora Cattermole rompió en llanto

.

-¡No se donde esta! ¡Se suponía que nos encontraríamos aquí!

Umbridge la ignoró.

-Madre de Maisie, Ellie y Alfred Cattermole?-La señora Cattermole lloró con mayor intensidad.

-Están aterrados, temen que no regrese a casa…-

-Ahórrese eso- espetó Yaxley- Los mocosos sangre sucia no nos dan lástima.

El llanto de la señora Cattermole disfrazó los pasos de Harry mientras este descendía cuidadosamente los escalones que conducían a la plataforma. Ni bien ingresó en el espacio protegido por el gato Patronus, sintió un cambio en la temperatura: ese lugar era tibio y confortable. El Patronus, estaba seguro, pertenecía a Umbridge, y brillaba de forma tan incandescente por que ella estaba feliz, en su elemento, haciendo valer las leyes retorcidas que ella misma había ayudado a redactar. Lenta y cuidadosamente, caminó por el borde de la plataforma, detrás de Umbridge, Yaxley y Hermione, sentándose detrás de la última. Tenía miedo de sobresaltar a Hermione. Pensó en hacer el encantamiento *Muffliato* sobre Umbridge y Yaxley, pero incluso el murmurar esta palabra podría alarmar a Hermione. Fue entonces que Umbridge levantó la voz y Harry vio su oportunidad.

-Estoy detrás de ti- susurró en la oreja de Hermione.

Tal y como lo esperaba, esta saltó tan abruptamente que por poco vuelca la botella de tinta con la que suponía debía estar llevando el registro de la entrevista, pero Umbridge y Yaxley estaban concentrados con la señora Cattermole que no lo notaron.

- Una varita le fue substraída hoy cuando llegó al ministerio, señora Cattermole- estaba diciendo Umbridge- Ocho pulgadas y tres cuartos, madera de cerezo y núcleo de cabello de unicornio ¿Reconoce esta descripción?

La señora Cattermole asintió, secándose los ojos con la manga.

-¿Sería tan amable de decirnos a que mago o bruja robó esta varita?

-¿R-robar?- sollozó la señora Cattermole- No se la robé a nadie. La- la compré cuando tenía once años. Ella-ella me *escogió*.- lloró con más fuerzas.

Umbridge rió de una manera tan infantil que hizo que Harry deseara atacarla. Esta se inclinó sobre la barandilla, la mejor manera de observar a su victima, y algo dorado salió de su camisa y colgó en el vacío: el medallón.

Hermione lo vio, y emitió un pequeño quejido, pero Umbridge y Yaxley, aún concentrados en su presa, estaban ensordecidos para oír cualquier otra cosa,

-No- dijo Umbridge- No, no lo creo, señora Cattermole. Las varitas solo escogen magos o brujas. Usted no es una bruja. Tengo sus respuestas al cuestionario que le enviamos…Mafalda, pásamelas.

Umbridge tendió su pequeña mano. Se parecía tanto a un sapo en ese momento que a Harry le sorprendió no ver membranas entre sus dedos rechonchos. Las manos de Hermione temblaban por el shock. Buscó a tientas en una pila de documentos que se balanceaban en la silla a su lado, finalmente extrajo un fajo de pergamino con el nombre de la señora Cattermole.

-Eso…eso es bonito, Dolores- dijo, señalando el colgante que brillaba entre los pliegues y volados de la blusa de Umbridge.

-¿Qué?- respondió Umbridge, mirando hacia abajo- Ah si, una vieja herencia familiar- dijo, acariciando el relicario apoyado en su pecho amplio- La Ese es por Selwyn…Estoy emparentada con los Selwyn…De hecho, hay pocas familias sangre pura con las que no estoy emparentada…una lástima- continuó con voz más fuerte, revisando el cuestionario de la señora Cattermole- no puede decirse lo mismo de usted: *Oficio de los padres: verduleros.*

Yaxley rió con sorna. Debajo, el gato regordete patrullaba y los dementores esperaban en las esquinas.

Fue la mentira de Umbridge lo que irritó a Harry y bloqueó su sentido de cautela; que el relicario que ella había tomado como soborno de un pequeño criminal estuviera siendo usado como una prueba de la pureza de su sangre. Levantó la varita, sin siquiera molestarse en mantenerse oculto bajo la capa de invisibilidad y dijo "*¡Desmaius!*"

Hubo un relámpago de luz roja, Umbridge trastabilló y su frente golpeó con el borde de la barandilla: los papeles de la señora cayeron de su falda al suelo, y más abajo, el gato plateado se desvaneció. El aire helado los golpeó como un ventarrón. Yaxley, confundido, buscaba la raíz del problema y vio la mano, sin cuerpo, de Harry sujetando la varita apuntándole. Trató de asir su propia varita, pero fue demasiado tarde:*" ¡Desmaius!"* Yaxley cayó enroscado al suelo.

-¡Harry!

-Hermione, si creías que iba a sentarme aquí a dejar que ella presumiera…

-¡Harry, la señora Cattermole!

Harry giró, tirando la capa de invisibilidad; abajo, los dementores habían dejado sus esquinas y se acercaban flotando a la mujer encadenada a la silla: Ya fuese por que el Patronus se había desvanecido o por que sintieron que sus amos ya no estaban controlándolos, parecían haber abandonado toda moderación. La señora Cattermole dejó salir un terrible alarido de pánico cuando una mano fangosa la tomó por la barbilla, obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

-*¡EXPECTO PATRONUM!*

El ciervo plateado surgió de la punta de la varita de Harry y saltó hacia los dementores los cuales cayeron de espaldas y se fundieron en la oscuridad. La luz del ciervo, más poderosa y llamativa que la protección del gato, llenó el calabozo por completo mientras galopaba por el cuarto.

-Toma el Hororcux- le dijo Harry a Hermione

El corrió por las escaleras, colocándose la capa de invisibilidad en la espalda y se acercó a la señora Cattermole.

-¿Usted?- susurró ella, mirándolo a la cara- ¡Pero-pero Reg dijo que fue usted quien le dió mi nombre al tribunal!

-¿Lo hice?- murmuró Harry, tirando de las cadenas que asían sus brazos- Bueno, cambie de idea. *¡Diffindo!* –Nada sucedió- Hermione ¿Cómo me deshago de estas cadenas?

- Espera, estoy intentando hacer algo…-

-¡Hermione, estamos rodeados de dementores!

-Lo se, Harry, pero si ella despierta y el relicario no está…Necesito duplicarlo… *¡Geminio!* Ya está, eso la engañará…-

Hermione bajo las escaleras corriendo.

-Veamos… ¡Relashio*!*

Las cadenas sonaron y volvieron a entrar en los brazos de la silla. La señora Cattermole se veía igual de asustada que antes.

-No entiendo- susurró.

- Usted va a marcharse con nosotros- dijo Harry, obligándola a levantarse- Vaya a casa, tome a sus hijos y váyase, váyase del país si debe hacerlo. Disfrácense y huyan. Usted ya vio como es, no va a tener una audiencia justa aquí.

-Harry- dijo Hermione- ¿Cómo vamos a salir de aquí con todos esos dementores tras la puerta?

-Patronus- dijo Harry, apuntando con su varita al suyo. El ciervo paro de trotar y caminó, aun brillando intensamente, hacia la puerta- Tantos como podamos reunir, haz el tuyo Hermione.

-*Expec – Expecto patronum*- dijo Hermione. Nada sucedió.

- Es el único hechizo con el que ha tenido problemas- le dijo Harry a una señora Cattermole completamente perpleja- Un poco desafortunado, la verdad…Vamos Hermione…

-¡*Expecto patronum!*

Una nutria plateada surgió de la punta de la varita de Hermione y flotó en el aire para reunirse con el ciervo.

- Vamos- dijo Harry, y guió a Hermione y a la señora Cattermole hacia la puerta.

Cuando los Patronus emergieron del calabozo hubo gritos de sorpresa de la gente que estaba esperando afuera. Harry miró a su alrededor, los dementores caían a ambos lados, uniéndose a la oscuridad, dispersándose frente a las criaturas plateadas.

- Se ha decidido que todos deben irse a sus casa y esconderse junto a sus familias -Harry les dijo a los nacidos de muggles, quienes estaban algo abatidos y deslumbrados por la luminosidad de los Patronus.-Márchense lejos si pueden. Tan solo aléjense del ministerio. Esa es la…ahm…la nueva postura oficial. Ahora si tan solo siguen a los Patronus, podrán llegar al atrio.

Se las arreglaron para subir por las escaleras de piedra sin ser interceptados, pero cuando se acercaban a los elevadores, Harry comenzó a tener dudas. Si emergían en el atrio con un ciervo plateado y una nutria volando a su lado, y veinte o más personas, la mitad de ellos acusada de ser nacidos de muggles, no podía evitar sentir que atraerían una atención no deseada. Había llegado a esta desagradable conclusión cuando el elevador paró frente a ellos.

-¡Reg!- gritó la señora Cattermole y se tiró a los brazos de Ron.- Runcorn me dejo salir, atacó a Umbridge y a Yaxley y nos dijo a todos que dejáramos el país. Creo que es mejor que lo hagamos, Reg, realmente lo creo, vamos rápidamente a casa y tomemos a los niños y…¿Por qué estás tan mojado?

-Agua- murmuró Ron, soltándose de ella- Harry, saben que hay intrusos en el ministerio, algo acerca de un agujero en la puerta de la oficina de Umbridge. Creo que tenemos cinco minutos si eso…

El Patronus de Hermione desapareció con un chasquido cuando giró para enfrentar a Harry.

-¡Harry, si quedamos atrapados aquí…!

- No lo haremos si nos movemos rápido- dijo Harry. Se dirigió al grupo silencioso que los seguía, los cuales lo miraban fijamente.

-¿Quienes tienen varitas?

La mitad de ellos levantó la mano.

-Bueno, los que no tienen varitas necesitarán juntarse con quienes si las tienen. Necesitamos apresurarnos antes de que puedan pararnos. Vamos.

Se las arreglaron para meterse en los dos elevandores. El Patronus de Harry cuidaba las rejas doradas mientras estas se cerraban y el elevador comenzaba a ascender.

- Nivel ocho- dijo la voz fría de una bruja- Atrio.

Harry supo de inmediato que estaban en problemas. El atrio estaba lleno de gente que iba de chimenea en chimenea, tapándolas.

-¡Harry!- chilló Hermione- ¿Que vamos a …?

-¡ALTO!- Gritó Harry, y la ponderosa voz de Runcorn resonó en el atrio: los magos que tapaban las chimeneas se sobresaltaron.- Síganme- murmuró al grupo de aterrados nacidos de muggles, quienes se adelantaron todos juntos, guiados por Ron y Hermione.

-¿Qué sucede, Albert?- dijo el mismo mago calvo que había seguido a Harry al salir de la chimenea anteriormente. Se veía nervioso.

- Este grupo necesita marcharse antes de que cierren las salidas- dijo Harry con toda la autoridad que pudo reunir.

Los magos delante de el se miraban entre si.

-Nos dijeron que cerráramos las salidas y que no dejásemos que nadie…-

-*¿Me estás contradiciendo?*- Vociferó Harry- ¿Te gustaría que mande a examinar tu árbol genealógico, como lo hice con el de Dirk Cresswell?

-¡Perdón!- jadeó el mago calvo, retirándose- No dije nada, Albert, pero creí…creí…creí que habían venido al interrogatorio y…-

-Su sangre es pura- dijo Harry, y su voz profunda hizo un impresionante eco en el vestíbulo.- Más pura que la de la mayoría de ustedes, me atrevo a decir. Váyanse- indicó a los nacidos de muggles, quienes corrieron a toda prisa hacia las y comenzaron a desaparecer de a pares. Los magos del ministerio se retiraron, algunos confundidos, otros asustados y llenos de miedo. Entonces:

-¡Mary!

La señora Cattermole miró sobre su hombro. El verdadero Reg Cattermole, que ya no vomitaba, pero aun estaba pálido y descolorido, acababa de descender del elevador y corría hacia ella.

-¿R- Reg?

Ella miró a su marido y a Ron, el cual maldijo en voz alta.
El mago calvo quedo boquiabierto, su cabeza giraba de forma ridícula dirigiendo su miranda de un Reg Cattermole al otro...

-Hey – ¿Que esta sucediendo? ¿ Que es esto?

-¡Cierren la salida! ¡ CIERRENLA!

Yaxley había llegado en otro elevador y corría en dirección al grupo frente a las chimeneas, en las cuales, a excepción de la señora Cattermole, todos los nacidos de muggles habían desaparecido. Cuando el mago calvo intento elevar su varita, Harry levanto un enorme puño y lo golpeó, mandándolo por los aires.

-¡Yaxley, el ha estado ayudando a escapar a los nacidos de muggles!- gritó Harry.

Los compañeros del mago calvo se reunieron y arremetieron, aprovechando esto Ron tomó a la señora Cattermole, la jaló consigo en una chimenea aún abierta y desapareció. Confundido, Yaxley miro a Harry y al mago golpeado, mientras el verdadero Reg Cattermole gritaba "¡*Mi esposa!¿Quien era el que estaba con mi esposa?¿Que sucede?*
Harry vio que la cabeza de Yaxley giró, vio un indicio de verdad dibujarse en su rostro brutal.

- ¡Vamos! - Gritó Harry a Hermione, la tomó de la mano y saltaron juntos a la chimenea. La maldición de Yaxley pasó por encima de la cabeza de Harry. Giraron durante unos pocos segundos antes de ser lanzados de un retrete a un cubículo. Harry abrió la puerta de inmediato: Ron estaba parado ahí, al lado de los lavabos, aún luchando con la señora Cattermole.

-Reg, no entiendo…-

-¡Déjeme ir, no soy su marido, debe irse a casa!

Hubo un ruido en el cubículo detrás de ellos, Harry miro; Yaxley acababa de aparecer.

-¡VAMONOS! - gritó Harry. Tomó a Hermione de la mano y a Ron del brazo y giraron en su lugar.

La oscuridad los tragó, junto con la sensación de manos apretadas, algo estaba mal…La mano de Hermione parecía perder fuerzas…

Se preguntó si se iba a sofocar, no podía respirar o ver y lo único sólido en el mundo eran el brazo de Ron y los dedos de Hermione que se escabullían lentamente…

Y entonces vio la puerta del numero doce de Grimmauld Place, con el llamador de serpiente, pero antes de que pudiera respirar, hubo un grito y un destello de luz violeta. La mano de Hermione tomó la suya y todo se volvió negro de nuevo.

Capítulo Catorce

El ladrón

Harry abrió sus ojos y fue deslumbrado por el oro y verde; no tenía ni idea de lo que había ocurrido, sólo sabía que estaba tumbado sobre lo que parecían ser hojas y ramas. Luchando por hacer entrar aire en sus pulmones, que sentía aplastados, parpadeó y se dio cuenta de que ese llamativo resplandor era la luz del sol que atravesaba un techo de hojas que estaban muy por encima de él. Entonces un objeto se movió cerca de su cara. Se apoyó rápidamente en sus manos y rodillas, listo para enfrentarse a alguna pequeña y feroz criatura, pero vio que el objeto era el pie de Ron.

El primer pensamiento de Harry fue que estaban en el Bosque Prohibido, y durante un momento incluso se dio cuenta de lo estúpido y peligroso que sería para ellos aparecer en los terrenos de Hogwarts; su corazón se aceleró al pensar en escurrirse a través de los árboles hasta la cabaña de Hagrid. De todas formas, en el pequeño intervalo que necesitó Ron para emitir un gemido ahogado, y a Harry empezar a arrastrarse hacia él, se dio cuenta de que no era el Bosque Prohibido; los árboles parecían más jóvenes, estaban mucho más espaciados, el suelo más despejado.

Se encontró con Hermione, también sobre sus manos y rodillas, a la cabeza de Ron. En el momento en que sus ojos se posaron sobre Ron, las demás preocupaciones volaron de la mente de Harry, porque había sangre empapando todo el costado izquierdo de Ron, y su rostro desencajado, de color grisáceo-blanquecino, contrastaba con la tierra plagada de hojas. La poción multijugos ya estaba desvaneciéndose: la apariencia de Ron estaba a medio camino entre Cattermole y él mismo, con su pelo volviéndose cada vez más pelirrojo y su cara vacía del poco color que le quedaba.

-¿Qué le ha pasado?.

-Se dividió al Desaparecerse -dijo Hermione, con los dedos ya ocupados con la manga de Ron, donde la sangre era más abundante y oscura.

Harry vio, horrorizado, cómo rasgaba y abría el pantalón de Ron. Siempre había creído que dividirse era algo cómico, pero esto... Su interior se revolvió desagradablemente cuando Hermione deposito en el suelo el brazo desnudo de Ron, donde faltaba un gran pedazo de carne, como si hubiera sido sacado limpiamente con un cuchillo.

-Harry, rápido, en mi bolsa hay una botellita etiquetada “Esencia de Dittany”...

-Bolsa... de acuerdo..

Harry se apresuró hacia el lugar donde Hermione había aterrizado, tomo la pequeña bolsa e introdujo la mano en ella. Al instante, empezó a palpar un objeto tras otro: tocó lomos de libros, mangas de lana de jersey, tacos de zapatos...

-*¡Rápido!*

El cogió su varita del suelo y apuntó a las profundidades de la bolsa mágica.

-*¡Accio Dittany!*

Una pequeña botella marrón salió disparada de la bolsa, la cogió y se apresuró a llegar hasta donde estaban Hermione y Ron, cuyos ojos estaban ahora entrecerrados, sólo se vislumbraban rendijas de su ojo entre sus párpados.

-Está desmayado -dijo Hermione, que también estaba bastante pálida; ya no se parecía en nada a Mafalda, a pesar de que su pelo estaba todavía gris en algunas zonas-. Descórchala por mí, Harry, me tiemblan las manos.

Harry descorchó la botellita, Hermione la cogió y vertió tres gotas de la poción en la herida sangrante. La herida ahora parecía tener varios días, nueva piel apareció sobre lo que un momento antes era carne viva.

-Uau -dijo Harry.

-Esto es todo lo que me parece seguro hacer -dijo la temblorosa Hermione.- Hay hechizos que le sanarían del todo, pero no me atrevo porque podría hacerlos mal y causarle más daño... Ya ha perdido demasiada sangre...

-¿Cómo se hirió? Quiero decir -Harry agitó su cabeza, intentando despejarla, para poder encontrar algún sentido a lo que acababa de pasar.- ¿Por qué estamos aquí? ¿No íbamos de vuelta a Grimmauld Place?

Hermione dio un profundo suspiro. Parecía a punto de llorar.

-Harry, no creo que podamos volver allí.

-¿A qué te...?

-En cuanto nos Desaparecimos, Yaxley me cogió y no podía librarme de él; era demasiado fuerte, y todavía me sujetaba cuando llegamos a Grimmauld Place, y entonces... bueno... creo que podría haber visto la puerta, creyó que pararíamos allí, así que aflojó su mano, logré librarme de él, ¡y nos traje aquí en lugar de allí!

-Pero entonces, ¿dónde está él? Espera... ¿No querrás decir que está en Grimmauld Place, verdad? ¿Pero no era imposible que entrara?

Sus ojos centellearon de lágrimas contenidas al asentir.

-Harry, creo que sí puede entrar. Yo... yo le obligué a marcharse con una maldición de Revulsión, pero ya le había llevado hasta adentro de la protección del hechizo Fidelius. Desde que Dumbledore murió, somos Guardianes del Secreto, así que le he revelado el secreto, ¿verdad?

Era inútil fingir lo contrario; Harry estaba seguro de que tenía razón. Era un duro golpe. Si Yaxley era ahora capaz de entrar en la casa, no había forma de que pudieran volver. Aun ahora mismo podría atraer más mortífagos por medio de Apariciones, y

aunque la casa era triste y opresiva, había sido su único refugio seguro; es más, ahora que Kreacher estaba mucho más feliz y amistoso, era incluso una casa agradable, una especie de hogar. Con una punzada de arrepentimiento que no tenía nada que ver con comida, Harry imaginó al elfo doméstico ocupado tarta de carne y riñones que Harry, Ron y Hermione nunca comerían.

-¡Harry, lo siento, lo siento tanto....!

-No seas estúpida, ¡no fue culpa tuya! En todo caso, sería culpa mía...

Harry metió la mano en su bolsillo y sacó el ojo de Ojoloco. Hermione retrocedió, con cara de espanto.

-Umbridge lo tenía pegado a su puerta, para espiar a la gente. Pero no podía dejarlo allí... Así era como se enteraba de que había intrusos.

Antes de que Hermione pudiera responder, Ron bostezó y abrió los ojos. Todavía estaba pálido y con la cara perlada de sudor.

-¿Cómo te sientes? -susurró Hermione.

-Fatal -balbució Ron, haciendo un gesto de dolor al sentir su brazo herido.- ¿Dónde estamos?.

-En los bosques donde se disputó la Copa Mundial de Quidditch -dijo Hermione-. Buscaba algún lugar apartado, oculto, y éste fue...

-...el primer lugar en el que pensaste -acabó Harry por ella, echando un vistazo a su alrededor, por el aparentemente desierto paraje. No pudo evitar recordar lo que ocurrió la última vez que aparecieron en el primer lugar en el que pensó Hermione, cómo los mortífagos habían tardado sólo unos minutos en encontrarlos. ¿Había sido legilimancia? ¿Voldemort o sus esbirros sabrían, incluso ahora, dónde les había llevado Hermione?

-¿No crees que debemos seguir moviéndonos? -preguntó Ron a Harry, y Harry pudo ver en la mirada de Ron que estaba pensando lo mismo.

-No lo sé.

Ron seguía pálido y sudoroso. No hizo ningún intento de levantarse, y parecía estar demasiado débil para hacerlo. La perspectiva de moverle era aterradora.

-De momento, quedémonos aquí -dijo Harry.

Con aspecto aliviado, Hermione se puso de pie de un salto.

-¿A dónde vas? -preguntó Ron.

-Si nos quedamos, deberíamos situar algunos encantamientos protectores por la zona -replicó, y alzando su mano, empezó a trazar un amplio círculo alrededor de Harry

y Ron, murmurando encantamientos a medida que lo recorría. Harry vio pequeñas perturbaciones en el aire circundante: era como si Hermione lanzara un viento caliente sobre el claro.

-*Salvio Hexia*... *Protego Totalum*... *Repello Muggletum*... *Muffliato*... Podrías sacar la tienda, Harry.

-¿Tienda?.

-¡En la bolsa!.

No quiso hurgar dentro esta vez, así que usó otro encantamiento convocador. La tienda apareció formando una desordenada maraña de lonas, cuerdas y palos. Harry la reconoció, en parte porque olía a gatos, como la tienda en que durmieron la noche del Mundial de Quidditch.

-¿No pertenecía a un tipo llamado Perkins, del Ministerio? -preguntó, mientras empezaba a desenredar las estaquillas y los palos.

-Parece ser que no quiso que se la devolvieran, debido a su lumbago -dijo Hermione, que ahora estaba ejecutando complicados movimientos de varita en forma de ocho-, así que el padre de Ron dijo que yo la podía tomar prestada. *¡Erecto!* -añadió, apuntando con su varita a la deforme lona, que en un fluido movimiento se elevó en el aire y se asentó, totalmente construida, en el terreno que había detrás de Harry, de cuyas atónitas manos se movió un palo de la tienda, para aterrizar con un golpe final al extremo de una cuerda.

-*Cave Inimicum* -acabó Hermione con un gesto en dirección al cielo.- Esto es todo lo que puedo hacer. Por lo menos, deberíamos saber si se acercan, pero no puedo garantizar que impedirá la entrada a Vol...

-¡No pronuncies ese nombre! -la cortó Ron, con voz áspera.

Harry y Hermione se miraron el uno al otro.

-Lo siento -dijo Ron, quejándose un poco mientras se incorporaba para mirarlos-, pero es como si fuera una... una maldición o algo. ¿Podemos llamarle Ustedes-Saben-Quien, por favor?

-Dumbledore decía que tenerle miedo a un nombre... -comenzó Harry.

-En caso de que no lo hayas notado, colega, llamar a Ustedes-Saben-Quien por su nombre no ayudó mucho a Dumbledore al final -le espetó Ron-. Sólo... sólo quiero que muestren a Ustedes-Saben-Quien algo de respeto, ¿si?

-*¿Respeto?* -repitió Harry, pero Hermione le lanzó una mirada de advertencia; parecía que no iba a discutir con Ron mientras este último estuviera en un estado tan débil.

Harry y Hermione medio llevaron, medio arrastraron a Ron a través de la entrada de la tienda. El interior era exactamente como lo recordaba Harry, un departamento completo, con baño y una pequeña cocina. Hizo a un lado un viejo sillón y posó a Ron cuidadosamente en la cama inferior de una litera. Incluso este pequeño traslado hizo palidecer a Ron, y en cuanto le recostaron en el colchón cerró de nuevo los ojos y no habló durante un rato.

-Haré algo de té -dijo, casi sin aliento, Hermione, sacando tetera y tazas del fondo de su bolsa y dirigiéndose hacia la cocina.

Harry encontró la bebida caliente tan bienvenida como al whisky de fuego que había tomado la noche que había muerto Ojoloco; parecía como si ahuyentara con su calor un poco del miedo que atenazaba su pecho. Después de un minuto o dos, Ron rompió el silencio.

-¿Qué creen que ocurrió a los Cattermole?.

-Con suerte, se habrán ido -dijo Hermione, agarrando su taza entre las manos para calentarse.- Mientras el señor Cattermole tuviera su inteligencia consigo, transportaría a la señora Cattermole junto a él Desapareciéndose, y espero que estén huyendo del país ahora mismo junto con sus hijos. Eso es lo que Harry les dijo que hicieran.

-Caramba, espero que hayan escapado -dijo Ron, reclinándose de nuevo en sus almohadas. Parecía que el té le estaba haciendo bien; había recobrado un poco de color.- Sin embargo, no me dio la impresión de que Reg Cattermolle fuera demasiado inteligente viendo cómo me hablaba todo el mundo cuando yo era él. Dios, espero que lo hayan conseguido... Si ambos acabaran en Azkaban por nuestra culpa...

Harry miró a Hermione, y la pregunta que estaba a punto de hacer, sobre si la falta de varita de la señora Cattermole evitaría que se desapareciera junto a su esposo, murió en su garganta. Hermione veía a Ron preocuparse sobre la suerte de los Cattermole, y había tal ternura en la expresión de su cara, que Harry sintió como si la hubiera sorprendido en el momento en que Hermione besaba a Ron.

-Entonces, ¿Lo tomaste?, Harry le pregunto a Hermione, en parte para recordarle que el estaba presente.

-¿Tomé, tomé qué?, dijo ella, algo sorprendida.

-¿Para qué hicimos todo esto?. ¡El medallón!. ¿Donde esta el medallón?.

-¿Lo tomaste?, gritó Ron, levantándose un poco sobre sus almohadas. -¡Nadie me dice nada!. ¡Diablos, podían haberlo mencionado!.

-Bueno, es que estábamos huyendo de los mortífagos, por nuestras vidas, ¿no es así?, dijo Hermione. –Aquí.

Y sacó el medallón del bolsillo de su capa, y se lo alcanzó a Ron.

Era grande como un huevo de gallina. Una adornada letra S, formada por muchas pequeñas piedras verdes, brilló tenuemente en la difusa luz brillando desde el techo de lona de la tienda.

-¿No es posible que alguien lo haya destruido desde que Kreacher lo tuvo?, preguntó Ron esperanzado. –Digo, estamos seguros de que sigue siendo un Horcrux?.

-Creo que si, dijo Hermione, tomándolo nuevamente de las manos de Ron, y mirándolo muy de cerca. –Habría alguna señal de daño si hubiera sido destruido mágicamente.

Se lo pasó entonces a Harry, que lo dio vuelta entre sus dedos. El objeto lucía en perfecto estado, prístino. Recordó entonces los entreverados restos del diario de Riddle, y como la piedra en el anillo que fue un Horcrux se partió al medio cuando Dumbledore lo destruyó.

-Pienso que Kreacher tenía razón, dijo Harry. –Debemos encontrar la forma de abrirlo antes de poder destruirlo.

El darse cuenta súbitamente de lo que tenía en sus manos, de lo que vivía dentro de ese pequeño objeto dorado, fue un golpe a Harry, mientras hablaba. Aún después de todos sus esfuerzos para encontrarlo, sintió un violento deseo de deshacerse de él. Dominándose nuevamente, intentó abrir el medallón con sus dedos, luego utilizó el hechizo que usó Hermione para abrir la puerta del dormitorio de Regulus. Nada funcionó. Pasó entonces nuevamente el medallón a Ron y Hermione, quienes hicieron lo mejor que pudieron para abrirlo, pero no tuvieron mas éxito que Harry.

-¿Lo pueden sentir, sin embargo?, preguntó ron con voz apagada, mientras lo sujetaba firmemente en su puño cerrado.

-¿Qué quieres decir?.

Ron le paso el Horcrux a Harry. Después de unos momentos, Harry pensó que sabía a que se refería Ron. ¿Era su propia sangre pulsando a través de sus venas lo que sentía, o era algo latiendo dentro del medallón, como un pequeño corazón de metal?.

-¿Que vamos a hacer con el?, preguntó Hermione.

-Mantenerlo a salvo mientras averiguamos como destruirlo, replicó Harry, y, aunque lo deseaba muy poco, se colgó la cadena del medallón alrededor de su cuello, ocultando el mismo debajo de su capa, donde quedó pegado a su pecho, al lado de la bolsa que le había regalado Hagrid.

-Pienso que deberíamos tomar turnos para mantener la vigilancia fuera de la tienda, añadió dirigiéndose a Hermione, parándose y estirándose, -Y necesitamos ver el tema de la comida también, -Tu quédate ahí, añadió rápidamente, cuando Ron intentó sentarse y se tornó de un desagradable color verde.

Con el chivatoscopio que Hermione le había dado para su cumpleaños cuidadosamente colocado sobre la mesa de la tienda, Harry y Hermione pasaron el resto

del día compartiendo la tarea de vigilancia. De todos modos, el chivatoscopio permaneció en silencio y sobre su punta todo el día, y fuera porque los encantamientos protectores y ahuyenta-Muggles de Hermione estaban alrededor de ellos, o porque la gente rara vez se aventuraba por esos lados, su porción de bosque permaneció desierta, sin contar los ocasionales pájaros y ardillas. El atardecer no trajo cambios. Harry encendió su varita al cambiar de lugar con Hermione a las 10 en punto, y fijo su vista en un paisaje desierto, notando los murciélagos volando arriba de él, en el único pedazo de cielo visible desde su lugar protegido.

El se sentía hambriento ahora, y un tanto mareado. Hermione no había empacado nada de comida en su bolso mágico, pues ella asumió que todos volverían a Grimmauld Place esa noche, por lo que no tenían nada para comer, excepto algunos hongos salvajes que Hermione recogió de los árboles cercanos, y que cocinó en una olla de campamento. Después de un par de bocados, Ron apartó su porción, luciendo asqueado, Harry solo prosiguió comiendo hasta asegurarse de no herir los sentimientos de Hermione.

El silencio circundante era solo roto por extraños sonidos ásperos, que sonaban como pequeñas ramas rompiéndose, Harry pensó que eran provocados por animales, y no por personas, pero aún así mantuvo su varita en alto y preparada. Sus entrañas, ya maltratadas por la inadecuada cantidad ingerida de hongos, le cosquilleó nerviosamente.

El había pensado que se sentiría exultante de alegría si lograban robar el Horcrux, pero por alguna razón no era así; todo lo que sentía mientras estaba sentado mirando la oscuridad, de la cual su varita ahuyentaba solo una pequeña parte, era preocupación por lo que pasaría ahora. Era como si hubiera estado moviéndose en esta dirección por semanas, meses, o aún años, y ahora se hubiera detenido abruptamente, como si se hubiera quedado sin camino que recorrer.

Había otros Horcruxes en algún lugar, pero no tenía ni la más ligera idea de dónde podían estar. El ni siquiera sabía *que* eran los demás Horcruxes. Mientras tanto, ni siquiera sabía como destruir el único que habían encontrado, el que ahora yacía junto a la piel desnuda de su pecho. Curiosamente no había tomado calor de su cuerpo, sino que se mantenía tan frío contra su piel como si hubiera recién salido de agua helada. De tiempo en tiempo Harry pensaba, o quizás imaginaba, que podía sentir el pequeño latido de corazón, irregularmente junto al suyo propio. Oscuros presentimientos invadieron a Harry mientras estaba sentado en la oscuridad. Trató de resistirlos, de alejarlos, y sin embargo seguían llenándolo. *Ninguno puede sobrevivir mientras el otro viva.* Ron y Hermione, ahora hablando suavemente detrás de el en la tienda, podían alejarse de esto si así lo quisieran: el no podía hacerlo. Y le pareció a Harry mientras permanecía en las sombras tratando de dominar sus miedos y su cansancio, que el Horcrux que colgaba de su cuello marcaba una cuenta regresiva, del tiempo que le quedaba... *Estúpida idea,* se dijo a si mismo, *no pienses eso...*

La cicatriz había comenzado a dolerle nuevamente. Pensó que quizás el lo había provocado con esos pensamientos, y trató de dirigirlos en otra dirección. Pensó en el pobre Kreacher, que los había esperado en casa y había recibido a Yaxley en su lugar. ¿Se mantendría el elfo en silencio o les diría a los mortífagos todo lo que sabía?. Harry quiso creer que Kreacher había cambiado su actitud hacia el en el pasado mes, que sería leal ahora, pero quien podía saber que pasaría?. ¿Y qué si los mortífagos lo torturaban?.

Enfermizas imágenes inundaron a Harry, y también intentó alejarlas, pues no había nada que pudiera hacer por Kreacher: el y Hermione ya habían decidido no convocarlo: ¿que pasaría si alguien del Ministerio viniera también?. No podían contar con que la desaparición de los elfos estuviera libre de la misma falla que había llevado a Yaxley a Grimmauld Place, tomado de la manga de Hermione.

La cicatriz de Harry quemaba ahora. Pensó que había tanto que él no sabía: Lupin tenía razón acerca de la magia que nunca habían visto ni imaginado. ¿Porqué no le había explicado mas Dumbledore?. ¿Habría pensado que habría mas tiempo; que viviría por años, quizás por siglos, como su amigo Nicolas Flammel?. Si fue asi, estaba equivocado... Snape se había encargado de eso... Snape, la serpiente dormida, que atacó en lo más alto de la torre...

Y Dumbledore cayó... cayó...

-*Dámela, Gregorovitch.*

La voz de Harry era alta, fría y clara, su varita en frente de el tomada con una mano de dedos largos y blancos. El hombre hacia el cual apuntaba estaba suspendido cabeza abajo en medio del aire, a pesar de no haber cuerdas que lo sostuvieran; se mantenía ahí, suspendido de forma invisible y atemorizante, sus miembros rodeando su propio cuerpo, su cara aterrorizada, del mismo color sonrosado de Harry, debido a la sangre que ahora se acumulaba en su cabeza. Tenia un cabello de un blanco puro, y una espesa y larga barba, un Papa Noel en ropa interior.

-¡No la tengo, ya no la tengo mas!, ¡Me fue robada, hace muchos muchos años!.

-No le mientas a Voldemort, Gregorovitch. El sabe... El siempre sabe.

Las pupilas del hombre colgando estaban dilatadas de miedo, y parecía hincharse mas y mas, mas y mas grande, hasta que su oscuridad tragó a Harry por completo...

Y ahora Harry estaba corriendo en el cuerpo robusto del pequeño Gregorovitch, sosteniendo en alto una linterna: Gregorovitch irrumpió en la habitación al final del corredor y su linterna iluminó lo que parecía un taller; despuntes de madera y oro brillaron en la danzante piscina de luz de la linterna, y en el borde de la ventana estaba sentado, como un pájaro gigante, un joven de cabello dorado. En el instante en que la linterna lo iluminó, Harry vio el placer en su apuesta cara, entonces el intruso lanzó un hechizo para aturdir con su varita, y saltó ágilmente hacia atrás, a través de la ventana, con una carcajada.

Y Harry estaba saliendo de esas pupilas negras, amplias como un túnel, y la cara de Gregorovitch se inundo del más puro terror.

-*¿Quién fue el ladrón, Gregorovitch?*, dijo la voz fría y alta.

-*No lo se, nunca supe, un joven – no – espera – ¡por favor - POR FAVOR!*

Un grito que continuó y continuó, y entonces un estallido de luz verde...

-*¡Harry!*

El abrió sus ojos, jadeando, su frente pulsando. El se había desmayado y caído contra un lado de la tienda, se había deslizado contra la lona, y caído inconsciente al suelo. Miró a Hermione, cuyo espeso cabello oscurecía el pequeño trozo de cielo visible a través de las ramas que estaban sobre ellos.

-Un sueño, dijo el, levantándose rápidamente y tratando de mirar a Hermione con una cara de inocencia. –Me debo haber dormido, lo siento.

-¡Se que es tu cicatriz!. ¡Lo puedo deducir por la mirada en tu cara!. Estabas viendo los pensamientos de Vol...

-¡No digan su nombre!, llegó la voz enojada de Ron, desde dentro de la tienda.

-*Bien*, respondió Hermione, -*la mente de Tu-sabes-quien, entonces.*

-¡No quise que pasara!, dijo Harry. -¡Fue un sueño!. ¿Puedes *tu* controlar lo que sueñas, Hermione?.

-Si tan solo hubieras aprendido Oclumancia...

Pero Harry no estaba interesado en ser sermoneado, el quería discutir lo que recién había visto.

-El encontró a Gregorovitch, Hermione, y creo que lo mató, pero antes de matarlo leyó su mente, y yo vi...

-Pienso que mejor yo continúo con tu turno, Harry, si estas tan cansado que has caído dormido, dijo con frialdad Hermione.

-No, estas obviamente exhausto. Ve y acuéstate.

-Ella se dejó caer en la entrada de la tienda, luciendo obstinada. Enojado, pero queriendo evitar una pelea, Harry volvió al interior de la tienda.

Ron, luciendo aún pálido, asomaba de la cama inferior; Harry se subió a la cama que estaba arriba de él, se acostó, y miró hacia el oscuro techo de lona. Después de varios minutos, Ron habló en una voz tan baja que no podía llegar hasta Hermione, que permanecía en la entrada.

-¿Que estaba haciendo Tu-Sabes-Quien?.

-Harry giró sus ojos en un esfuerzo por recordad todos los detalles, y susurró en la oscuridad.

-El encontró a Gregorovitch. Lo había atado y lo estaba torturando.

-¿Como se suponía que Gregorovitch le iba a hacer una nueva varita si el estaba atado?

-No lo sé, extraño ¿eh?.

Harry cerró sus ojos, pensando en todo lo que había visto y oído. Cuanto mas recordaba, menos sentido tenía... Voldemort no había dicho nada sobre la varita de Harry, nada acerca de sis núcleos gemelos, nada acerca de que Gregorovitch le fabricara una nueva y mas poderosa varita para vencer a la de Harry...

-El quería algo de Gregorovitch, dijo Harry, sus ojos aún cerrados con fuerza. –El le ordenó que se lo diera, pero Gregorovitch le dijo que se lo habían robado... y entonces... entonces...

Recordó como el, siendo Voldemort, parecía entrar en los ojos de Gregorovitch, en sus recuerdos...

-El leyó la mente de Gregorovitch, y vi a este sujeto rubio en el marco de la ventana, que lanzó una maldición sobre Gregorovitch y escapó de un salto. El robó eso, robó lo que fuera que Tu-sabes-Quien estaba buscando. Y yo... pienso que lo he visto en algún lado...

Harry deseó poder echar otro vistazo a la cara sonriente del muchacho. El robo había ocurrido muchos años antes, de acuerdo a Gregorovitch. ¿Porqué lucía tan familiar el joven ladrón?.

Los ruidos de los bosques que los rodeaban sonaban apagados en el interior de la tienda, todo lo que Harry podía escuchar era la respiración de Ron. Después de un rato, Ron susurró -¿No pudiste ver lo que sostenía el ladrón en su mano?.

-No, debe haber sido algo pequeño.

-¿Harry?.

Las maderas de la cama de Ron crujieron mientras el cambiaba de posición.

-Harry, ¿no crees que Tu-Sabes-Quien estuviera buscando algo más para convertir en Horcrux?.

-No lo sé, dijo Harry lentamente. –Tal vez. ¿Pero no sería peligroso para él hacer uno más? ¿No dijo Hermione que él ya había puesto su alma al límite?.

-Si, pero quizás el no lo sabe.

-Si... Tal vez, dijo Harry.

El había estado seguro de que Voldemort había estado buscando una solución al problema de los núcleos gemelos, seguro de que Voldemort buscaba esa solución en el viejo fabricante de varitas... y aún así el lo había asesinado, aparentemente sin haberle hecho una sola pregunta acerca del arte de fabricar varitas.

Pero, ¿que estaba Voldemort tratando de hallar?. ¿Porqué, con el Ministerio de la Magia y todo el mundo mágico a sus pies, el viajó tan lejos, intentando hallar un objeto que una vez estuvo en manos de Gregorovitch, y que le había sido robado por un desconocido ladrón?.

Harry aún podía ver la cara con cabello rubio del joven, era alegre, salvaje, tenia un aire de triunfante picardía que se parecía a la de Fred y George, Voló del marco de la ventana como un pájaro, y Harry lo había visto antes, pero no podía acordarse de dónde...

Con Gregorovitch muerto, era el ladrón de cara alegre el que estaba en peligro, y en el sus pensamientos se quedaron, mientras los ronquidos de Ron comenzaban a retumbar desde la cama inferior, y el se deslizaba lentamente hacia el sueño, nuevamente.

Capítulo 15
La venganza del goblin

Temprano en la mañana siguiente, antes de que los otros dos estuvieran despiertos, Harry dejó la tienda para buscar el árbol más nudoso y de apariencia más vieja y fuerte que pudiera encontrar. Bajo su sombra enterró el ojo de Ojoloco Moody y marcó el lugar haciendo una pequeña cruz en la corteza con su varita. No era mucho, pero Harry sintió que Ojoloco lo hubiera preferido a ser puesto en la Puerta de Dolores Umbridge. Luego volvió a la tienda a esperar a que los otros despertasen, y discutir qué iban a hacer a continuación.

Harry y Hermione sentían que lo mejor era no estar en ningún lado mucho tiempo, y Ron estaba de acuerdo, siempre que su próximo movimiento los pusiera al alcance de un sándwich de tocino. Herminone entonces sacó los encantamientos que había puesto en el claro, mientras Harry y Ron destruían todo rastro que revelase que habían acampado allí. Luego Desaparecieron hacia las afueras de un pueblo comercial.

Una vez que armaron la tienda al abrigo de unos árboles y la cubrieron con nuevos encantamientos defensivos, Harry se aventuró bajo su capa de invisibilidad para encontrar sustento. Sin embargo, esta vez, no fue como había sido planeado. Casi había entrado a la ciudad cuando un chillido antinatural, una niebla descendente, y un abrupto oscurecimiento del cielo lo hizo quedarse quieto donde estaba.

—¡Pero tú puedes hacer un Patronus brillantísimo! —Protestó Ron cuando Harry volvió a la tienda con las manos vacías, sin aliento, balbuceando una sola palabra: dementores.

—No pude… hacer ni uno —jadeó él, apretándose el costado —No me… salía.

Sus expresiones de consternación y decepción hicieron que Harry se sintiera avergonzado. La experiencia había sido una pesadilla, viendo los dementotes deslizándose en la niebla a la distancia y dándose cuenta, mientras un frío paralizante ahogaba sus pulmones y un distante grito llenaba sus oídos, que no sería capaz de protegerse a sí mismo. Le había consumido toda la voluntad de Harry el comenzar a moverse y correr, dejando los dementotes de ojos vacíos flotando entre los muggles que no los verían, pero que sentirían la desesperanza que ellos producían adonde iban.

—Así que aún no tenemos comida.

—Cállate Ron, —dijo Hermione —Harry, ¿Qué pasó? ¿Por qué piensas que no pudiste hacer tu patronus? ¡Lo hiciste perfectamente ayer!

—No lo sé.

Se sentó en uno de los viejos sofás de Perkins, sintiéndose más humillado a cada momento. Temía que hubiese algo malo dentro de él. Ayer parecía haber pasado hacía mucho tiempo atrás. Hoy tendría trece años de nuevo, el único en que chocó con el Howarts Express.

Ron pegó una patada.

—¿Qué? —le gruñó a Herminone ¡Me muero de hambre! ¡Todo lo que he comido desde que fui desangrado casi hasta que muero fueron un par de setas venenosas!

—Ve tú y pelea a través de los dementotes, si quieres, —dijo Harry, molesto.

—Lo haría, pero mi brazo está en un cabestrillo, ¡por si no lo has notado!

—Qué conveniente.

—Y qué se supone que…

—¡Por supuesto! —gritó Herminone, dándose una palmada en la frente, y dejando a ambos en silencio. —Harry, dame el relicario, ¡Vamos! —Dijo impaciente, chasqueando los dedos hacia su cara cuando no reaccionó— ¡El Horrocrux, Harry, aún lo llevas puesto!

Ella extendió sus manos, y Harry se pasó la cadena dorada por encima de la cabeza. En el momento que dejó de hacer contacto con Harry se sintió libre y curiosamente ligero. No se había dado cuenta de que estaba abochornado o de que sentía como un gran peso en su estómago hasta que ambas sensaciones se fueron.

—¿Mejor? —preguntó Hermione.

—¡Sí, mucho mejor!

—Harry —le dijo, agachándose delante de él y usando el tono de voz que él asociaba a cuando se visita a alguien muy enfermo, —¿Te das cuenta de que estabas poseído?

—¿Qué? ¡No! —Dijo defensivamente, —recuerdo todo lo que me pasó mientras lo he estado usando. No sabría lo que he hecho si hubiera estado poseído ¿no? Ginny me dijo que había veces que no se podía acordar de nada.

—Hmm, dijo Hermione, mirando el pesado relicario. —Bien quizás no deberíamos usarlo. Podemos simplemente dejarlo en la tienda.

—No vamos a dejar este Horrocrux tirado, —afirmó Harry —si lo perdemos, o si es robado…

—Está bien, está bien — dijo Hermione, y se lo puso en su propio cuello, y lo guardó bajo sus ropas. —Pero tomaremos turnos para usarlo, así ninguno lo tiene mucho tiempo.

—Genial,— dijo Ron irritado, —y ahora que hemos evitado eso, ¿Podemos por favor buscar algo de comida?

—Está bien, pero iremos a otro lado a buscarla— dijo Hermione, echando un vistazo a Harry. —No, hay motivo para quedarnos aquí donde sabemos que hay dementotes dando vueltas.

Al final acamparon en un lejano campo perteneciente a una solitaria granja, de la cual obtuvieron huevos y pan.

—No es robar, ¿no es cierto?— preguntaba Hermione con voz preocupada, mientras devoraban huevos revueltos con tostadas. ¿No si dejé algo de dinero bajo el nido?

Ron giró los ojos y respondió, con la boca llena:

—Her-mione, te reodupas dema-siado. ¡Elájate!

Y, realmente, era mucho más fácil relajarse cuando estaban confortablemente bien alimentados. La pelea sobre los dementotes fue olvidada en las risas de la noche, y Harry se sentía alegre, hasta esperanzado, mientras tomaba la primera de las tres guardias.

Este fue su primer encuentro con el hecho de de que un estómago lleno significa buenos espíritus, uno vacío, peleas y tristeza. Harry fue el menos sorprendido por esto, porque él había sufrido períodos cercanos a la hambruna en lo de los Dursleys. Hermione lo llevó razonablemente bien en las noches en que tenían que hurgar hasta encontrar sólo bayas o bizcochos rancios, su temperamento quizás empequeñecía y sus silencios eran más severos. Ron, sin embargo, siempre acostumbrado a tres deliciosas comidas al día, cortesía de su madre o de los elfos sirvientes de Howarts, el hambre lo hizo irracional e irascible. Cuando la falta de comida coincidía con el turno de Ron de llevar el Horrocrux, se volvía totalmente desagradable.

"¿Adónde vamos ahora?" era su constante refrán. No parecía tener ideas por sí mismo, pero esperaba que Harry y Hermione vinieran con planes mientras él se sentaba y alimentaba de las escasas reservas de alimentos. Por su parte Harry y Hermione pasaban horas infructuosas tratando de decidir dónde podrían encontrar los otros Horrocruxes, y cómo destruir el que ya tenían, sus conversaciones se volvían cada vez más repetitivas a causa de que no poseían nueva información.

Como Dumbledore le había dicho a Harry que creía que Voldemort había escondido los Horrocruxes en lugares importantes para él, ellos recitaban en una suerte de lúgubre letanía, esos lugares que sabían que Voldemort había vivido o visitado. El orfanato donde había nacido y crecido; Hogwarts, donde había sido educado; Borgin y Burks, donde había trabajado después de completar su escuela; luego Albania, donde pasó sus años de exilio. Estas eran las bases de sus especulaciones.

—Sí, vamos a Albania. No nos debería tomar más que una tarde buscar en un país entero. —dijo Ron sarcásticamente.

—No puede estar allí. Ya había hecho cinco de los Horrocruxes antes de ir al exilio, y Dumbledore estaba seguro de que la serpiente es la sexta. —dijo Hermione— Sabemos que la serpiente no está en Albania, está siempre con Volde…

¿No les pedí que cesaran con eso?

—¡Está bien! La serpiente está usualmente con Tú-sabes-quién ¿Contento?

—No particularmente.

—No me lo imagino escondiendo nada en Borgin y Burkes —dijo Harry, quien ya había tocado el punto muchas veces antes, pero lo dijo simplemente para romper el feo silencio. — Borgin y Burkes eran expertos en objetos oscuros, habrían reconocido un Horrocrux al instante. Ron bostezó con mordacidad. Reprimiendo el deseo de arrojarle con algo, Harry continuó, —Aún considero que pudo haber escondido algo en Hogwarts.

Hermione suspiró.

—¡Pero Dumbledore lo hubiera encontrado, Harry!

Harry repitió el argumento que mantenía a favor de su teoría.

Dumbledore dijo frente a mí que no conocía todos los secretos de Hogwarts. Te digo, si hay algún lugar donde Vol…

—¡Hey!

—¡Tú-sabes-quién, entonces! — gritó Harry, aguijoneado más allá de su límite — ¡Si hay algún lugar importante para Tú-sabes-quién, es en Hogwarts!

—Oh, vamos, —se burló Ron— ¿Su escuela?

—¡Sí, su escuela! Fue su primer hogar real, el lugar donde él era especial; significaba todo para él, aún después de haberlño dejado…

—¿Es acerca de Tú-sabes-quién que estamos hablando, o de ti? —inquirió Ron. Estaba tironeando de la cadena del Horrocrux alrededor de su cuello; a Harry lo visitó la idea de ahorcarlo con ella.

—Tú nos dijiste que Tú-sabes-quién le pidió a Dumbledore que le dé un trabajo después de que se fue— dijo Hermione.

—Es así— dijo Harry.

—¿Y Dumbledore pensó que sólo quería volver para buscar algo, probablemente otro objeto fundacional, para transformarlo en Horrocrux?

—Sí,—dijo Harry.

—Pero Nunca obtuvo el trabajo, ¿no es cierto? ¡Así que nunca tuvo la posibilidad de encontrar un objeto fundacional allí y esconderlo en la escuela!

—Bueno, bueno—dijo Harry, vencido. —Olvida Hogwarts.

Sin otras pistas, viajaron a Londres y escondidos bajo la capa de invisibilidad, buscaron el orfanato en que Voldemort había crecido. Hermione entró en una biblioteca y descubrió de sus archivos el lugar que el lugar había sido demolido muchos años atrás. Visitaron el lugar y encontraron una torre de oficinas.

—Podríamos tratar cavando en los cimientos— sugirió Hermione con poco entusiasmo.

—No hubiera escondido un Horrocrux aquí, —dijo Harry. Él lo supo todo el tiempo. El orfanato había sido el lugar del cual Voldemort había determinado escapar, nunca habría escondido una parte de su alma allí. Dumbledore le había mostrado a Harry que Voldemort buscaba grandeza o mística en sus escondites, esta triste esquina gris de Londres estaba tan lejos removida como se puede uno imaginar de Hogwarts del Ministerio o un edificio como Gringotts, el banco de de magos, con sus puertas doradas y pisos de mármol.

Aún sin ninguna idea nueva, siguieron moviéndose por el país, armando la tienda en un lugar diferente cada noche por seguridad. Cada mañana se aseguraban de que habían removido todas las pistas de su presencia, y luego se iban a encontrar otro lugar solitario y retirado, viajando por Aparición hacia más bosques, hacia las sombrías grietas de los acantilados, a páramos púrpuras, a laderas de montañas cubiertas de matorrales, y una vez en una ensenada pedregosa y abrigada. Cada doce horas más o menos se pasaban el Horrocrux entre ellos, como si estuvieran jugando una versión perversa y en cámara lenta de "el juego de la papa caliente", donde temían que la música terminase porque la recompensa eran doce horas de temor y ansiedad incrementados.

A Harry el temor lo seguía aguijoneando. Sucedía casi siempre, lo notaba, cuando estaba usando el Horrocrux. A veces no podía evitar reaccionar al dolor.

—¿Qué? ¿Qué viste?— preguntaba Ron cuando notaba que Harry hacía una mueca de dolor.

—Una cara. —decía Harry, siempre— La misma cara. El ladrón que robó de Gregorovitch.

Y Ron se daba vuelta, sin hacer esfuerzos en ocultar su decepción. Harry sabía que Ron esperaba obtener noticias de su familia o del resto de la Orden del Fénix, pero, después de todo, él, Harry, no era una televisión satelital, sólo podía ver lo que Voldemort estaba pensando en el momento, no cambiar de canal a gusto. Aparentemente Voldemort estaba insistiendo en el desconocido joven de alegre rostro, cuyo nombre y demás datos, Harry de eso estaba seguro, Voldemort no sabía más que él. Como la cicatriz de Harry continuaba ardiéndole y el rubio muchacho alegre nadaba en su memoria de forma persistente, había aprendido a suprimir cualquier signo de dolor o disconformidad, para que los otros dos no mostraran impaciencia a la mención del ladrón. No los podía culpar del todo cuando estaban tan desesperados por una pista hacia los Horrocruxes.

A medida que los días se convirtieron en semanas Harry comenzó a sospechar que Ron y Hermione estaban teniendo conversaciones sin, y sobre, él. Algunas veces dejaron de hablar cuando Harry entró a la tienda, y un par de veces que se acercó a ellos, que estaban acurrucados con las caras acercadas y hablando deprisa, ambas veces se callaron cuando se dieron cuenta que se acercaba y se apresuraron a aparentar estar ocupados recolectando leña o agua.

Harry no podía evitar preguntarse si ellos sólo aceptaron venir en lo que ahora sentían como una búsqueda inútil e incoherente porque pensaban que él tenía algún plan secreto que ellos aprenderían durante el curso. Ron no hacía ningún esfuerzo por ocultar su mal humor, y Harry estaba empezando a temer que Hermione estuviese muy decepcionada por su pobre liderazgo. Con desesperación trató de pensar en más lugares donde hallar Horrocruxes, pero el único que se le ocurría era Hogwarts, y como ninguno de los otros opinaba como él, dejó de sugerirlo.

El otoño llegó al país mientras ellos se trasladaban por él. Ahora armaban la tienda sobre mantillos de hojas secas. La niebla natural se sumó a la creada por los dementotes, el viento y la lluvia se sumó a sus problemas. El hecho de que Hermione se volviera mejor en identificar hongos comestibles no compensaba su continuo aislamiento, la

falta de compañía de otra gente, o su total ignorancia de que estaba pasando en la guerra contra Voldemort.

—Mi madre —dijo Ron una noche, mientras se sentaban en la tienda en el banco de un río de Gales— puede hacer aparecer buena comida del aire fino.

Pinchó de mal humor el trozo de pescado a la parrilla de su plato. Harry hechó un vistazo al cuello de Ron y, como esperaba, la dorada cadena del Horrocrux estaba allí destellando. Trató de contener el impulso de insultar a Ron, cuya actitud, él lo sabía, mejoraría un poco en el momento en que se sacase el relicario.

—Tu madre no puede producir comida del aire, —dijo Hermione— Nadie puede. La comida es la primera de las cinco Principales Excepciones a la Ley Gamp de Transfiguraciones Elemen…

—Oh, habla en castellano, por favor, —dijo Ron sacándose restos de pescado de entre los dientes.

—¡Es imposible crear comida de la nada! La puedes invocar si sabes donde está, la puedes transformar, puedes incrementar su cantidad si ya tienes un poco…

—Bueno, no molestes incrementando esto, es desagradable— dijo Ron.

—¡Harry capturó el pez y yo hice lo mejor que pude con él! ¡Noté que soy siempre quien se encarga de la comida, será porque soy una chica, supongo!

—No, es porque se supone que eres la mejor en magia— le devolvió Ron.

Hermione saltó y pedazos de pescado cayeron de su plato al piso.

—Tú puedes cocinar mañana, Ron, tú puedes encontrar los ingredientes y encantarlos en algo mejor para comerlos, y yo me sentaré y haré caras y me quejaré y…

—¡Cállate! Dijo Harry parándose de repente y levantando las manos. ¡Cállate ahora mismo!

Hermione lucía enfurecida.

—Cómo puedes ponerte de su lado, él apenas cocina…

—Hermione, silencio, ¡escucho a alguien!

Estaba tratando de escuchar, sus manos aún levantadas, avisándoles de que no hablasen. Entonces, por encima del ruido del torrente del río detrás de ellos, escucharon voces de nuevo. Miró al Chivatoscopio. No se estaba moviendo.

—Echaste el encantamiento Muffliato sobre nosotros, no es cierto, —le susurró a Hermione.

—Lo hice todo —respondió ella— los encantamientos de Muffliato, Repeler Muggles, y el de Ilusión; todos. No deberían ser capaces de vernos ni de oírnos, quienquiera que sea.

El ruido de raspado pesado, más el sonido de piedras y ramillas rotas, les decían que algunas personas estaban trepando la vertiente empinada donde ellos habían armado la tienda. Sacaron sus varitas, esperando. Los encantamientos que habían puesto debían ser suficientes, en la casi total oscuridad, para escudarlos de la percepción de muggles y brujos y magos normales. Si eran mortífagos, entonces quizás sus defensas contra las Artes Oscuras estaban a punto de ser puestas a prueba por primera vez.

Las voces se escuchaban más alto pero no más inteligibles a medida que el grupo de hombres se acercaba. Harry estimó que los poseedores estaban a menos de seis metros, pero la cascada del río hacía imposible asegurarlo. Hermione agarró el bolso bordado y empezó a buscar, después de un momento extrajo tres orejas extensibles y arrojó una a Harry y otra a Ron, quienes rápidamente se las pusieron y extendieron la oreja hacia la salida de la tienda.

Unos segundos después Harry escuchó una voz cansada masculina.

—¿Debería haber unos cuantos salmones por aquí, o tú crees que es muy temprano en la temporada? ¡*Accio Salmon*!

Hubo diferentes ruidos de agua y luego los sonidos del pescado contra la carne. Alguien gruñó apreciativamente. Harry presionó le oreja extensible aún más contra la suya. Sobre el murmullo del río escuchaba más voces pero no estaban hablando ninguna lengua humana que él hubiese escuchado. Era una lengua ruda y poco melodiosa, una sarta de repiqueteos, ruidos guturales, y parecía haber dos hablantes, uno una voz un poco más baja y más lenta que la otra.

Un fuego danzó a la vida del otro lado de la lona de la tienda, y se vieron largas sombras a través. El delicioso aroma del salmón cocido les llegaba a su dirección. Luego le llegó el ruido de cubiertos sobre platos, y el primer hombre habló de nuevo.

—Griphook, Gornuk, aquí.

—¡Goblins! —dijo Hermione a Harry, quien asintió.

—Gracias.—dijeron los goblins en castellano.

—¿Así que ustedes tres han estado escapando por mucho tiempo? Preguntó una voz nueva, madura, agradable, que le resultaba vagamente familiar a Harry, quien se imaginaba un rostro agradable y una barriga prominente.

—Seis… o siete semanas… no recuerdo —dijo el hombre cansado. —Me encontré con Griphook en los primeros días y unimos fuerzas con Gornuk no mucho después. Es bueno tener un poco de compañía. —Hubo una pausa mientras los cuchillos raspaban los platos y las jarras de hojalata eran levantadas y reemplazadas en la tierra. —¿Qué te hizo irte, Ted? —continuó el hombre.

—Supe que venían a buscarme— replicó la voz madura de Ted, y Harry supo al instante que era el padre de Tonks. Escuché que los mortífagos estaban en el área la semana pasada y decidí que lo mejor sería escapar. Me negué a registrarme como nacido de muggles desde el principio, así que sabía que era cuestión de tiempo, sabía que me tendría que ir al final. Mi esposa estaría bien, ella es sangre limpia. Y luego encontré a Dean aquí, qué, será unos días atrás, ¿hijo?

—Sí —dijo otra voz, y Harry, Hermione y Ron se miraron unos a otros, en silencio pero más allá de ellos mismos con ansiedad, seguros de que habían reconocido la voz de Dean Thomas, su compañero de Gryffindor.

—Nacido de muggles, ¿eh? — preguntó el primer hombre.

—No es seguro. —Dijo Dean. — Mi papá dejó a mi mamá cuando yo era un crío. Sin embargo, no tengo pruebas de que él haya sido un mago.

Hubo un silencio por un momento, excepto por el sonido de masticación, luego Ted habló nuevamente.

—Tengo que decir, Dirk, que estoy sorprendido de huir contigo. Contento, pero sorprendido. Se corría la voz de que habías sido capturado.

—Lo fui— dijo Dirk. —Estaba a medio camino de Azkaban cuando pude escapar. Aturdí a Dawlish, y me apoderé de su escoba. Fue más fácil de lo que se imaginan. No sé si estará bien en estos momentos. Pudo haber estado Confundido. Si es así me gustaría estrechar la mano de de la bruja o el mago que lo hizo, probablemente salvó mi vida.

Hubo otra pausa en que el fuego crepitaba y el río corría. Luego Ted dijo:

—Y ustedes dos ¿dónde encajan? Tenía la impresión, eh, de que los goblins estaban del lado de Tú-sabes-quién, en conjunto.

—Tienes una falsa impresión. —dijo el de voz más aguda de los goblins.— No tomamos lados. Ésta es una guerra de magos.

—¿Por qué se están escondiendo entonces?

—Me considero prudente— dijo el de voz más grave. —Habiendo rehusado lo que consideré una petición impertinente, pude ver que mi seguridad personal estaba en peligro.

—Qué te pidieron que hicieses— preguntó Ted.

—Deberes más allá de la dignidad de mi raza —replicó el goblin, su voz más ruda y menos humana, mientras lo decía.— No soy un elfo hogareño.

—¿Y qué sobre ti, Griphook?

—Razones similares, —dijo el goblin de la voz aguda— Gringotts no está más bajo el control de nuestra raza. Yo no reconozco amo mago.

—Agregó por lo bajo algo en goblin, y Gornuk rió.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Dean.

—Dijo —replicó Dirk —que hay cosas que los magos tampoco reconocen.

Hubo una pequeña pausa.

—No lo entiendo. —dijo Dean.

—Tuve mi pequeña venganza antes de irme. — dijo Griphook en castellano.

—Buen hombre, digo goblin,—se corrigió rápidamente Ted. —¿No habrás encerrado a un mortífago en una de las antiguas bóvedas de alta seguridad, supongo?

—Si lo hubiera hecho, la espada no lo va a ayudar a salir.— replicó Griphook. Gornuk se rió de nuevo, y hasta Dirk rió entre dientes un poco.

—Dean y yo estamos todavía perdiéndonos algo— dijo Ted.

—También Severus Snape, aunque él no lo sabe. —dijo Grihook, y los dos goblins comenzaron a reír maliciosamente. Dentro de la tienda el aliento de Harry estaba contenido de excitación: él y Hermione se miraron el uno al otro, escuchando tan bien como podían.

—¿No escuchaste acerca de eso Ted? —preguntó Dirk —¿Sobre los chicos que trataron de robar la espada de Gryffindor de la oficina de Snape de Hogwarts?

Una corriente eléctrica pareció atravesar a Harry, tocando su fibra central y dejándolo clavado en el lugar.

—No escuché una palabra— dijo Ted —No en el Profeta ¿no es cierto?

—No, —dijo Dirk—Griphook me lo contó, y él lo escuchó de Bill Wesley que trabaja en el banco. Uno de los chicos que trató de tomar la espada era la hermana pequeña de Bill.

Harry miró hacia Hermione y Ron, quienes se aferraban a las orejas extensibles como a cabos salvavidas.

—Ella y unos amigos entraron a la oficina de Snape y rompieron la vitrina donde aparentemente mantenía la espada. Snape los capturó mientras trataban de esconderla al bajar las escaleras.

—Ah, Dios los bendiga.— dijo Ted —¿Qué habrán pensado, que podrían usarla contra Tú-sabes-quién? ¿O contra el propio Snape?

—Bueno, lo que hayan pensado que iban a hacer con ella, Snape decidió que la espada no estaba a salvo donde estaba. —dijo Dirk— Un par de días después, una vez que tuvo la opinión de Tú-sabes-quién, me imagino, lo mandó a Londres a ser custodiado en Gringotts.

—Todavía no veo el chiste—dijo Ted.

—Es falsa. —dijo Griphook.

—¡La espada de Gryffindor!

—Oh sí, es una copia, una excelente, es verdad, pero hecha por magos. La original fue forjada hace centurias por goblins y tiene ciertas propiedades que sólo las armas hechas por goblins poseen. Donde sea que la genuina espada de Gryffindor esté, no es en la bóveda de Gringotts.

—Ya veo —dijo Ted— ¿Y me imagino que no te tomaste el trabajo de decirles a los mortífagos esto?

—No encontré razón para preocuparlos con la información —dijo Griphook con tono estirado y serio, y ahora Ted y Dean se unieron a Gornuk y a Dirk a las risas.

Dentro de la tienda, Harry cerró los ojos deseando que alguien hiciera la pregunta que él necesitaba respondida, y después de un minuto que parecieron diez, Dean le hizo el favor, el era (Harry lo recordó de repente) también ex-novio de Ginny.

—¿Qué le pasó a Ginny y a los demás? ¿Los que trataron de robarla?

—No sufrieron graves daños, por lo que sé —dijo Griphook.

—Qué suerte por ellos —dijo Ted.— Con el prontuario de Snape supongo que tenemos que estar contentos de que estén con vida.

—¿Crees esa historia, Ted? —dijo Dirk ¿Crees que Snape haya matado a Dumbledore?

—Por supuesto que la creo —dijo Ted— ¿No me vas a decir que para ti Potter tuvo algo que ver con eso?

—Es difícil de saber en que creer en estos días. —dijo Dirk.

—Conozco a Harry Potter. —Dijo Dean— Y yo creo que lo de él es cierto, lo de ser el Elegido, o como quieran llamarlo.

—Sí, habemos muchos que queremos creer que es eso, hijo— dijo Dirk— yo incluído. ¿Pero dónde está él? Escapando, por como lucen las cosas. Tú crees que si él supiera algo que nosotros no, o tuviera algo especial, no estaría ahí afuera luchando, moviendo la resistencia, en lugar de escondiéndose. Y sabes, el Profeta ha hecho un gran caso contra él…

—¿El Profeta? — se burló Ted. — Mereces que te mientan si aún lees eso, Dirk. Si quieres hechos, prueba el Quibbler.

Hubo una explosión de ahogos y arcadas, y una buena porción de golpes en la espalda, por lo que se escuchó, Dirk se había ahogado con una espina de salmón. Al final casi escupió la pregunta:

—¿El Quibbler? ¿Ese periodicucho de Xeno Lovegood?

—No está tan lunático estos días —dijo Ted— tu querrás darle una mirada, Xeno está imprimiendo todo lo que el Profeta está ignorando, no una simple mención de un Snorkacks de cuernos arrugados del último número. Cuánto tiempo lo dejarán con esto, no lo sé. Pero Xeno dice en la primera página de cada número, que cualquier mago que está en contra de Tú-sabes-quién debería tener como prioridad número uno ayudar a Harry Potter.

—Es difícil ayudar a un muchacho que se ha desvanecido de la faz de la tierra — dijo Dirk.

—Escucha, el hecho de que no lo hayan capturado aún es un gran logro —dijo Ted. Yo tomaré consejos de él encantado, es lo que estamos tratando de hacer, mantenernos libres, ¿no?

—Sí, bueno, tienes un punto en eso. —dijo Dirk pesadamente— con todo el Ministerio y sus informantes buscándolo, hubiera esperado que lo hubiesen capturado ya. Por otra parte. ¿Quién dice que no la han capturado ya y lo han asesinado sin publicitarlo?

—Hey, no digas eso, Dirk. —murmuró Ted.

Hubo una larga pausa llena con más sonidos de cuchillos y tenedores. Cuando hablaron nuevamente fue para discutir dónde dormirían, si allí o se retirarían un poco a la ladera boscosa. Decidieron los árboles porque les daría mejor cobertura, apagaron el fuego, descendieron la inclinación, y sus voces se fueron apagando.

Harry, Ron y Hermione retrajeron sus Orejas Extensibles. Harry, quien encontraba la necesidad de estar en silencio cada vez más difícil a medida que escuchaban, ahora se sentía incapaz de decir más que:

—Ginny… la espada...

—¡Ya sé!—dijo Hermione

Se lanzó al bolso bordado, esta vez hundiendo el brazo hasta el hombro.

—Aquí… está —dijo, rechinando los dientes y tironeó algo que estaba evidentemente en el fondo del bolso. Lentamente el borde de un marco de retrato apareció a la vista. Harry se apresuró a ayudarla. Mientras sacaban la pintura vacía del bolso de Hermione, ella mantenía su varita apuntando hacia el retrato, lista a hacer un hechizo en cualquier momento.

—Si alguien intercambió la espada verdadera por la falsa mientras estaba en la oficina de Dumbledore —jadeó, mientras apoyaban la pintura contra un lado de la tienda— Phineas Nigellus debió haber visto lo que sucedía, ¡él estaba justo al lado de la vitrina!

—A menos que haya estado dormido —dijo Harry, pero aún mantuvo su aliento cunado Hermione golpeó en el frente del lienzo vacío, su varita dirigida al centro, aclaró su garganta y dijo:

—Eh… Phineas? ¿Phineas Nigellus?

Nada sucedió.

—¿Phineas Nigellus? —dijo Hermione de nuevo —¿Profesor Black? ¿Podríamos por favor hablar con usted? ¿Por favor?

—"Por favor" siempre ayuda. — dijo una voz fría, sarcástica, y Phineas Nigellus se deslizó en su retrato. Al instante, Hermione gritó:

—¡*Obscura*!

Una venda negra apareció sobre los ojos negros e inteligentes de Phineas Nigellus, causándole retroceder en el marco y gritar de dolor.

—Qué, cómo se atreven, qué están hacien…

—Lo siento mucho Profesor Black —dijo Hermione,— ¡pero es una precaución necesaria!

—Remueve esta horrenda adición al instante. Remuévela, he dicho. Estás arruinando una gran obra de arte. ¿Dónde estoy? ¿Qué está sucediendo?

—No importa donde estamos —y Phineas Nigellus se detuvo abandonando sus intento de sacarse el vendaje pintado.

—¿Puede esa ser la voz del elusivo sr. Potter?

—Tal vez —dijo Harry sabiendo que esto mantendría el interés de Phineas Nigellus. —Tenemos unas preguntas para hacerte, acerca de la espada de Gryffindor.

—Ah, dijo Phineas Nigellus, —girando su cabeza hacia ese lado en un esfuerzo de agarrar un vistazo de Harry— sí. Esa niña tonta actuó de una forma poco sabia allí…

Cierra la boca sobre mi hermana —dijo Ron rudamente, y Phineas Nigellus levantó unas cejas desdeñosas.

—¿Quién más está aquí? —preguntó moviendo su cabeza de lado a lado. — ¡Tu tono me desagrada! La chica y sus amigos fueron tontos en extremo. Robar del director

—Ellos no estaban robando. —Esa espada no es de Snape.

—Pertenece a la escuela del profesor Snape —dijo Phineas Nigellus. ¿Exactamente qué reclamo tiene la chica Weasley sobre ella? ¡Ella merece su castigo, de la misma manera que el idiota de Longbottom y la rareza de Lovegood!

—¡Neville no es un idiota y Luna no es una rareza!

—Dónde estoy —repitió Phineas Nigellus, comenzando a luchar con la venda de nuevo— ¿Adónde me trajeron? ¿Por qué me sacaron de la casa de mis antepasados?

—¡No importa eso! ¿Cómo castigó Snape a Ginny, Neville y Luna? —preguntó Harry urgido.

—El *profesor* Snape los mandó al Bosque Prohibido, a hacer algún trabajo para ese patán, Hagrid.

—¡Hagrid no es ningún patán!— dijo Hermione enojada.

—Y Snape piensa que eso es un castigo —dijo Harry— pero Ginny, Neville y Luna probablemente tuvieron un buen rato con Hagrid. El Bosque Prohibido… ellos han enfrentado muchas cosas peores que el Bosque Prohibido, qué bien.

Se sentía aliviado; se había imaginado horrores, la maldición Cruciatus al final de todo.

—Lo que realmente queremos saber, Profesor Black, es si ¿alguien más ha, estem, tomado la espada? Quizás fue llevada para ser limpiada o… ¡algo!

Phineas Nigellus dejó nuevamente su lucha contra la venda y soltó una risilla.

—Nacida de muggles —le dijo— las armas hechas por goblins no requieren limpieza, chica simple. La plata forjada por goblins repele el polvo mundano, imbuyéndose sólo de lo que le da más fuerza.

—No le llames simple a Hermione —dijo Harry.

—Me estoy cansando de que me contradigan, — dijo Phineas Nigellus— ¿quizás es tiempo de que vuelva a la oficina del director?

Aún vendado, comenzó a andar a tientas por el costado del marco, tratando de sentir su camino hacia el retrato de Hogwarts. Harry tuvo una súbita inspiración.

—¡Dumbledore! ¿Nos puedes traer a Dumbledore?

—¿Cómo dices? —preguntó Phineas Nigellus.

—El retrato del profesor Dumbledore, ¿no lo puedes traer aquí, dentro del tuyo?

Phineas Nigellus movió su rostro en dirección de la voz de Harry.

Evidentemente no son sólo los nacidos de muggles los ignorantes, Potter. Los retratos de Hogwarts pueden comunicarse entre ellos, pero no pueden viajar fuera del castillo excepto para visitar una pintura de ellos en otro lado. Dumbledore no puede venir aquí conmigo, y después del tratamiento que he recibido en tus manos, puedo asegurarte que yo no volveré a visitarlos.

Ligeramente alicaído, Harry veía Phineas redoblar sus intentos de abandonar su marco.

—Profesor Black, —dijo Hermione — ¿No podría usted decirnos, por favor, cuándo fue la última vez que la espada estuvo fuera de su vitrina? ¿Antes de que Ginny la sacara, digo?

Phineas bufó impaciente.

—Creo que la última vez que vi la espada de Gryffindor salir de su vitrina fue cuando el profesor Dumbledore la usó para abrir un anillo.

Hermione miró a Harry al instante. Ninguno de los dos se atrevía a decir más enfrente de Phineas Nigellus, quien al fin había encontrado la salida.

—Bien, buenas noches a ustedes —dijo con un poco de mal humor, y empezó a salir de vista. Sólo la punta de su sombrero se mantenía a la vista cuando Harry le pegó un súbito grito.

—¡Espera!, ¿le has dicho a Snape que has visto esto?

Phineas Nigellus hizo aparecer su vendado rostro de nuevo en la pintura.

—El profesor Snape tiene cosas más importantes en mente que las muchas excentricidades de Albus Dumbledore. *Adiós*, Potter.

Y con eso, se desvanecido completamente, dejando detrás nada más que su oscuro telón de fondo.

—¡Harry!— gritó Hermione

—¡Lo sé! —gritó Harry incapaz de contenerse, pegaba puñetazos al aire, era más de lo que se hubiera atrevido a esperar. Andaba a zancadas de aquí para allá por la tienda,

sintiendo que podría haber corrido una milla, ya no tendría más hambre. Hermione estaba guardando el retrato de nuevo en el bolso bordado, cuando hubo cerrado el broche tiró el bolso a un lado y miró a Harry con expresión radiante.

—¡La espada puede destruir Horrocruxes! Las espadas hechas por goblins embeben sólo lo que las hace más fuertes… ¡Harry, esa espada está impregnada con veneno de basilisco!

—Y Dumbledore no me la dio porque él aún la necesitaba, quería usarla en el relicario…

—…y se debe haber dado cuenta que no te la habrían dejado tener si la ponía en su testamento…

—… así que hizo una copia…

—…y puso la copia en la vitrina…

—…y dejó la real… ¿dónde?

Se miraron unos a otros; Harry sentía que la respuesta estaba dando vueltas en el aire sobre ellos, terriblemente cerca. ¿Por qué no le dijo Dumbledore? ¿O de hecho, le había dicho a Harry, pero Harry no se había dado cuenta?

—Piensa —susurró Hermione— ¡Piensa! ¿Dónde podría haberla dejado?

—No en Hogwarts. —dijo Harry, resumiendo sus pasos.

—¿Algún lugar en Hogsmeade?—sugirió Hermione.

—La Casa de los Gritos? — dijo Harry— Nadie va por allí.

—Pero Snape sabe cómo llegar a ella, ¿no sería un poco arriesgado?

—Dumbledore confiaba en Snape. —le recordó Harry.

—No lo suficiente como para decirle que cambió las espadas.—dijo Hermione.

—Sí, tienes razón. —dijo Harry, y se sintió más contento con el pensamiento de que Dumbledore hubiera tenido algunas reservas, aunque pocas, con respecto a la lealtad de Snape. —Así que, habrá escondido la espada en Hogsmeade, entonces? ¿Qué piensas de eso, Ron? ¿Ron?

Harry miró alrededor, por un segundo desconcertante pensó que Ron había dejado la tienda, luego se dio cuenta de que estaba bajo la sombra de una litera, quieto como estatua.

—¿Oh, se acuerdan de que existo?

—¿Qué?

Ron resopló al tiempo que miraba fijamente la parte de inferior de la litera de arriba.

—Ustedes dos sigan, no dejen que yo les arruine su diversión.

Perplejo, Harry buscó con la mirada a Hermione por ayuda, pero ella lucía tan confundida como él.

—¿Cuál es el problema?

—¿Problema? No es que haya problema, —dijo Ron, aún sin mirar a Harry.— No según tú, de todas formas.

Hubo ruido de gotas sobre el techo de la tienda. Comenzó a llover.

—Bueno, evidentemente tú tienes un problema, —dijo Harry— Lárgalo, ¿quieres?

—Está bien, lo largo. No esperes que salte por la tienda porque hay otra maldita cosa que tenemos que buscar. Sólo agrégala a la lista de cosas que no sabes.

—¿Que no sé? —repitió Harry— ¿Que no sé?

La lluvia caía más fuerte y pesada, charlando al caer sobre las hojas secas y sobre el río en la oscuridad.

El temor opacó la anterior alegría de Harry, Ron estaba diciendo exactamente lo que sospechaba y temía que estuviese pensando hacía tiempo.

—Es como que no estoy pasando el mejor momento de mi vida aquí, tú sabes, con un brazo en cabestrillo y nada para comer y congelándome el trasero todas las noches.

Sólo esperaba, tú sabes, después de haber dado vueltas por un par de semanas, el haber conseguido algo.

—Ron —dijo Hermione, pero en un tono tan bajo que él pudo haber simulado no escucharlo con el ruido de la lluvia.

—Creía que era esto por lo que firmaste. —dijo Harry

—Sí, yo también pensaba eso.

—¿Entonces, qué parte no cumple con tus expectativas? —preguntó Harry. La ira estaba viniendo en su defensa ahora. ¿Esperabas estar en un hotel cinco estrellas; encontrando Horrocruxes cada día? ¿Pensaste en estar con tu mamá para navidad?

—¡Nosotros pensamos en que tú sabías lo que estabas haciendo! —gritó Ron, parándose, y sus palabras lastimaron a Harry como cuchillos candentes. —¡Pensamos que Dumbledore te había dicho qué hacer, pensamos que tenías un verdadero plan!

—¡Ron! — dijo Hermione, esta vez su voz audible por encima de la lluvia golpeando el techo de la tienda, pero otra vez, él la ignoró.

—Bueno, lamento haberte fallado, —dijo Harry, su voz calma aunque se sentía vacío, inadecuado.— He sido sincero con ustedes desde el comienzo. Les conté todo lo que Dumbledore me dijo. Y en el caso de que no lo hayas notado, hemos encontrado un Horrocrux…

Sí, y estuvimos tan cerca de salir bien librados como lo estamos ahora de encontrar el resto de ellos, en ningún lugar en otras palabras

—Quítate el relicario, Ron.—dijo Hermione, su voz inusualmente alta. —Por favor quítatelo. No estarías hablando así si no lo hubieras usado todo el día.

—Sí, estaría —dijo Harry que no quería excusar a Ron. — ¿Crees que no he notado a los dos murmurando a mis espaldas? ¿Crees que no me di cuenta que estaban pensando estas cosas?

—Harry, nosotros no…

—¡No mientas! —le lanzó Ron.— Tú también lo dijiste, dijiste que estabas decepcionada, dijiste que pensabas que tenía algo más para avanzar que…

—¡No lo quise decir de esa manera, Harry, no quise! —gritó ella.

La lluvia machacaba la tienda, las lágrimas corrían por el rostro de Hermione, y la emoción de hace unos pocos minutos se había ido como si nunca hubiera estado, unos fuegos artificiales ya extinguidos, dejándolo oscuro, húmedo y frío. La espada de Gryffindor estaba escondida sin que ellos supieran dónde, y ellos eran tres adolescentes cuyo único logro era no estar, todavía, muertos.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—No lo sé.

—Vuelve a casa entonces

—¡Sí, quizás lo haga! —gritó Ron, y avanzó unos pasos hacia Harry, quien no retrocedió— ¿Escuchaste lo que le hicieron a mi hermana? Pero a ti no te importa un pedo de rata, no es cierto, es sólo el Bosque Prohibido, "Harry-he-visto-cosas-peores" no se preocupa por lo que le pase allí; bueno, yo sí me preocupo, hay arañas gigantes y cosas mentales…

—Sólo estaba diciendo, ella está con los otros, ellos están con Hagrid.

—Sí, lo entiendo, ¡a ti no te importa! Y qué con respecto al resto de mi familia, los Weasleys no necesitan otro hijo herido, ¿escuchaste?

—Sí. Yo…

—¿No te preocupa lo que significa?

—Ron —dijo Hermione, poniéndose entre medio de ellos. —No creo que signifique que nada nuevo haya pasado, nada de lo que no sepamos, piensa Ron, Bill ya está

asustado mucha gente debió haber visto que George perdió una oreja, y se supone que tú estás en tu lecho de muerte con spattergroit, creo que a lo que él se refería…

—Oh, estás segura, ¿no? Muy bien entonces, no los voy a molestar acerca de ellos. Está bien por ustedes, no es cierto, con sus padres a salvo fuera del camino…

—¡Mis padres están muertos! —bramó Harry.

—¡Los míos podrían estar igual! —gritó Ron

—¡Entonces VETE! —rugió Harry. —Vuelve a ellos simula que has superado la spattergroit y que mami te va a dar de comer y…

Ron hizo un movimiento brusco; Harry reaccionó, pero antes de que la varita saliera del bolsillo de alguno de ellos, Hermione había alzado la suya.

—¡*Protego*! —gritó— y un escudo invisible se expandió entre Harry de un lado y Ron del otro, los tres tuvieron que retroceder unos pasos por la fuerza del hechizo, y Harry y Ron brillaron de cada lado de la barrera transparente como si se vieran claramente por primera vez. Harry sintió un odio corrosivo hacia Ron: algo se había roto entre ellos.

—Deja el Horrocrux—dijo Harry.

Ron pasó la cadena por encima de su cabeza y puso el relicario en una silla cercana. Miró a Hermione.

—¿Qué harás tú?

—¿A qué te refieres?

—Te quedas, ¿o qué?

—Yo… —lucía angustiada— Sí, sí. Me quedo. Ron, le dijimos a Harry que iríamos con él, que lo ayudaríamos…

—Lo entiendo, lo eliges a él.

—Ron, no, por favor, vuelve ¡vuelve!

Estaba impedida por su propio Encantamiento Escudo, para cuando lo removió él ya se había ido a la noche tormentosa. Harry se quedó quieto y silencioso, escuchándola sollozar y llamando a Ron entre los árboles.

Unos minutos más tarde volvió, con el pelo húmedo pegado a la cara.

—¡Se fue!. ¡Desapareció!

Se arrojó a una silla, se hizo un ovillo, y comenzó a llorar.

Harry se sentía mareado. Se agachó, levantó el Horrocrux, y lo puso alrededor de su propio cuello. Sacó las mantas de la litera de Ron y se las tiró a Hermione. Luego trepó a su propia cama y miró el oscuro techo de la tienda, escuchando el golpeteo de la lluvia.

Capítulo 16
El Valle de Godric

Cuando Harry despertó al día siguiente, pasaron unos segundos antes de recordar qué había pasado. Luego deseó, estúpidamente, que todo hubiese sido un sueño, que Ron todavía estuviera allí y que no los hubiera dejado. Pero al girarse pudo ver la cama desierta de Ron. Era como si sus ojos mirasen su cuerpo inerte. Harry saltó de la cama, apartando sus ojos de la cama de Ron. Hermione, que ya estaba ocupada en la cocina, no le deseó ni los buenos días y volteó rápidamente su cara cuando el entró.

Se ha ido, se dijo Harry. *Se ha ido*. Se lo siguió repitiendo mientras se bañaba y vestía, como si la repetición aliviaría la conmoción que sentía. *Se ha ido y no volverá.* Harry sabía que era toda la verdad ya que al irse del lugar, los encantamientos defensivos le harían imposible volver a encontrarlos.

Él y Hermione desayunaron en silencio. Hermione tenía los ojos rojos e hinchados; parecía que no había dormido nada. Empacaron sus cosas, Hermione muy lento. Harry sabía por qué daba tantas vueltas para quedarse un poco más de tiempo; varias veces la encontró mirando emocionada cuando escuchaba pasos bajo la lluvia, pero ningún pelirrojo aparecía entre los árboles. Cada vez que Harry la imitaba y miraba alrededor (no podía dejar de hacerlo) y no encontraba más que leña dañada por la lluvia, una nueva sensación de furia renacía en su interior. Podía oír a Ron diciendo *"¡Creímos que sabías lo que hacías!"* y reanudaba la tarea de empacar con un nudo en el estómago.

El río fangoso que corría a su lado estaba aumentando rápidamente y pronto se rebosaría hasta llegar a su escondite. Se habían retrasado hasta una hora adecuada para partir del lugar. Finalmente, habiendo empacado la bolsa de mano tres veces, Hermione no parecía encontrar más razones para retrasarse; ella y Harry se tomaron de las manos y desaparecieron, reapareciendo en un camino sinuoso en las faldas de un cerro cubierto de arbustos.

Apenas llegaron, Hermione soltó la mano de Harry y se alejó para sentarse en una gran piedra con la cara entre las rodillas temblando entre, lo que Harry sabía, eran sollozos. La observó pensando en que debía ir a tranquilizarla, pero algo lo mantenía clavado en su lugar. En su interior sentía todo frío y duro; volvió a ver la expresión despectiva en la cara de Ron. Caminó a zancadas a través de los arbustos, describiendo un largo círculo con Hermione distraída al centro, realizando los hechizos que normalmente realizaba para asegurar su protección.

No hablaron de Ron en los siguientes días. Harry estaba determinado a no mencionar su nombre nuevamente y Hermione parecía creer que no valía la pena forzar el tema, aunque a veces por las noches cuando pensaba que Harry dormía, el la oía llorando. Al mismo tiempo, Harry había comenzado a sacar el Mapa del Merodeador y a examinarlo bajo la luz de la varita. Esperaba el momento en que la etiqueta con el nombre de Ron apareciese en los corredores de Hogwarts demostrando que había regresado al cómodo castillo, protegido por su condición de sangre limpia. Pero Ron no aparecía en el Mapa y Harry se halló sacándolo sólo para observar el nombre de Ginny en el dormitorio de las chicas preguntándose si la intensidad con que miraba su nombre podría despertarla o hacerle saber que el pensaba en ella esperando que estuviese bien.

Durante el día, se dedicaban a intentar localizar la espada de Godric Gryffindor, pero mientras más discutían sobre los lugares en que Dumbledore pudo esconderla, más desesperadas y distantes eran sus especulaciones. Por mucho que se estrujaba el cerebro, Harry no podía recordar ningún lugar en el cual Dumbledore escondería algo. Había momentos en los cuales no sabía si estaba enojado con Ron o con Dumbledore. *Creímos que sabías lo que hacías… creímos que Dumbledore te dijo qué hacer… ¡pensamos que tenías un plan!*

No se lo podía ocultar a sí mismo. Ron tenía razón. Dumbledore lo había dejado con nada. Habían descubierto un Horrocrux pero no estaban cerca de destruirlo: los otros estaban más difíciles de conseguir que nunca. Parecía que la desesperación los abrumaba. Ponía en duda haber aceptado la compañía de sus amigos por arrogancia en el divagante y tortuoso trayecto que debía recorrer. No estaba seguro de nada, no tenía ideas y estaba en la constante alerta de que Hermione también le diría que había tenido suficiente y lo dejaría.

Pasaron muchas tardes en silencio y Hermione comenzó a sacar el retrato de Phineas Nigellus y lo ponía en la silla, como si pensara que llenaría el gran vacío que dejó la partida de Ron. A pesar de haber asegurado que no los visitaría más, Phineas Nigellus no parecía resistir la tentación de averiguar qué tramaba Harry así que accedió a aparecer con los ojos cubiertos cada unos cuantos días. Harry se sentía incluso contento de verlo, porque era compañía, a pesar de lo falso e insultante. Les agradaba cualquier noticia de lo que podría estar sucediendo en Hogwarts, aunque Phineas Nigellus no era el informante ideal. Adoraba a Snape, el primer Director de Slytherin desde que él mismo fue director, así que debían de ser precavidos en no criticar o hacer preguntas impertinentes sobre Snape o Phineas Nigellus dejaría de inmediato su retrato.

No obstante, dejaba pasar ciertos datos. Snape parecía estar enfrentando a un amotinamiento de bajo perfil por parte de los estudiantes. A Ginny se le prohibió ir a Hogsmeade. Había vuelto a reinstaurar el antiguo decreto de Umbridge prohibiendo reuniones de tres o más estudiantes y cualquier organización de alumnos extraoficial. Por estas cosas fue que Harry dedujo que Ginny y probablemente Neville y Luna con ella estaban haciendo lo posible para continuar con el *Ejército de Dumbledore.* Estas escasas noticias hacían que Harry quisiera ver a Ginny tan fervientemente que le dolía el estómago; pero también le hacía volver a pensar en Ron, en Dumbledore y en Hogwarts, que extrañaba tanto como a su ex-novia. Ciertamente, mientras Phineas Nigellus hablaba del riguroso régimen, Harry experimentó un segundo de locura mientras se imaginaba volviendo a la escuela para unirse a la desestabilización del régimen de Snape: Que le dieran la comida, tener una cama suave y que hubieran otros a cargo parecía la mejor perspectiva del mundo en ese entonces. Pero luego recordó que era el *"Indeseable número uno"*, que le habían puesto el precio de diez mil galeones a su cabeza y que entrar a Hogwarts esos días era igual de peligroso que entrar al Ministerio de la Magia. Seguramente, Phineas Nigellus enfatizaba este hecho acosándolos con preguntas capciosas acerca de sus andanzas. Hermione lo hacía retroceder dentro de la bolsa de mano cada vez que lo hacía y Phineas Nigellus se negaba a reaparecer en varios días luego de las informales despedidas.

El clima se volvió cada vez más frío. No se atrevían a quedarse en ninguna parte durante mucho tiempo, así que antes de quedarse en el sur de Inglaterra en donde los

suelos congelados eran su mayor preocupación, continuaron errando entre norte y sur del país acampando en las faldas de las montañas donde el aguanieve azotaba la tienda de campaña en una ciénaga llana y extensa y el agua los inundaba, o en una pequeña isla en medio del lago en donde la tienda quedaba medio sepultada en la nieve.

Ya se veían los árboles de navidad titilando a través de las ventanas de los hogares, cuando Harry se decidió a sugerir lo que parecía la única posibilidad que les quedaba. Acababan de terminar una comida sorprendentemente buena: Hermione había ido al supermercado bajo la capa invisible (dejando el dinero escrupulosamente en la gaveta abierta) y Harry pensó que ella sería más fácil de persuadir con el estómago lleno de spaguettis a la bolognesa y peras en conserva. También tuvo la cautela de sugerir que se tomaran unas horas sin usar el Horcrux, que ahora colgaba de la esquina de la litera junto a él.

- ¿Hermione?

- ¿Mmm? –dijo ella doblada en la curvada butaca con "Las historias de Beedle el Trovador". Harry no sabía cuánto más podría sacar del libro, que no era, en ningún caso, muy extenso; pero evidentemente todavía parecía estar descifrando algo de él ya que el *Silabario de Spellman* descansaba abierto en el brazo de la silla.

Harry se aclaró la garganta. Se sentía igual como en una ocasión hace varios años, cuando le había preguntado a la Profesora McGonagall si podría ir a Hogsmeade a pesar del hecho de que no había persuadido a los Dursley de firmar su permiso.

- Hermione, he estado pensando y...

- Harry, ¿me podrías ayudar con algo? –aparentemente no lo escuchaba. Se inclinó hacia delante y levantó ***"Las historias de Beedle el Trovador"*.**

- Mira ese símbolo –dijo apuntando la parte superior de la página. Sobre lo que Harry supuso que debía ser parte de la historia (no podía estar seguro ya que no entendía runas) estaba dibujado lo que parecía un ojo triangular con una línea vertical cruzando la pupila.

- Nunca aprendí Runas Antiguas, Hermione.

- Lo sé, pero no es una runa y no está en el silabario. Todo este tiempo pensé que podría ser el dibujo de un ojo, ¡pero no creo que lo sea! Mira, se ve la tinta allí, alguien lo dibujó, no es parte del libro. Piensa, ¿lo has visto antes?

- No… no, ¡espera un segundo! –Harry se acercó un poco más- ¿No es el símbolo que llevaba el padre de Luna en el cuello?

- ¡Eso pensé yo también!

- ¡Es la marca de Grindelwald!

Hermione lo miró con la boca abierta.

- ¿Qué?

- Krum me lo dijo… -le contó la historia que Krum le había contado en la boda. Hermione estaba asombrada.

- ¿La marca de Grindelwald? –preguntó Hermione.

Miró a Harry, al extraño símbolo y nuevamente a Harry.

- No sabía que Grindelwald tuviese una marca. No lo mencionan en ningún libro que he leído.

- Como te decía, Krum me contó que el signo estaba esculpido en una de las paredes de Durmstrang y que Grindelwald lo puso allí.

Hermione se recostó en la butaca con el entrecejo fruncido.

- Eso muy extraño. Si es un símbolo de magia negra, entonces ¿qué hace en un libro de cuentos para niños?

- Lo se, es raro –dijo Harry- Y Scrimgeour debió haberlo reconocido. Fue Ministro, debió de ser experto en Artes Oscuras.

- Lo sé, tal vez pensó en un ojo, al igual que yo. Todas las demás historias tienen pequeños dibujos sobre los títulos.

Hermione no respondió pero continúo escudriñando la extraña marca. Harry volvió a intentarlo.

- ¿Hermione?

- ¿Mmm?

- Estaba pensando. Me gustaría… me gustaría ir al Valle Godric.

Hermione levantó la vista pero sus ojos estaban desorbitados y Harry estaba seguro de que seguía pensando en la misteriosa marca del libro.

-Si –dijo Hermione- Sí, me preguntaba lo mismo. Creo que debemos ir.

- ¿Entendiste lo que dije? –preguntó Harry.

- Claro que sí. Te gustaría ir al Valle Godric. Estoy de acuerdo, creo que deberíamos ir. Quiero decir, no creo que pueda estar en ninguna otra parte. Será peligroso pero mientras más lo pienso, más probable es que este allí.

- Er… ¿qué cosa es probable que esté allí? –preguntó Harry.

En respuesta ella lo miró tan aturdida como él se sentía en ese momento.

- ¡Pues la espada, Harry! Dumbledore debió saber que querías regresar, y claro, el Valle Godric en donde nació Godric Gryffindor.

- ¿En serio? ¿Gryffindor provino del Valle Godric?

- Harry ¿abriste alguna vez tu libro *Historia de la Magia*?

- Emm –dijo sonriendo por primera vez en lo que parecían meses: los músculos de su cara se sentían extrañamente tiesos-. Tal vez lo abrí cuando lo compré… sólo esa vez…

- Pues como el pueblo tiene su nombre, pensé que habías hecho la conexión –dijo Hermione. Sonaba más como la antigua Hermione que como la de últimamente; parte de Harry esperaba que anunciara que se dirigía a la biblioteca-. Hay algo sobre el pueblo en *"Historia de la Magia"*, espera…

Hermione abrió el bolso de mano y revolvió por unos minutos para extraer finalmente su copia del antiguo libro escolar *"Historia de la Magia"* de Bathilda Bagshot que hojeó hasta encontrar la página que buscaba.

"Bajo la declaración del Estatuto Internacional del Secreto de los Brujos de 1689, los magos se comenzaron a ocultar. Era natural, seguramente, que se reunieran en pequeñas comunidades dentro de una gran comunidad. Muchas familias mágicas se sentían atraídas para formar pequeñas villas y aldeas y se reunían para un mutuo apoyo y protección. Los pueblos de Tinworth en Cornwall, Upper Flagley en Yorkshire y Ottery St. Catchpole al sur de Inglaterra fueron hogares importantes de reunión de familias mágicas que vivían entre los tolerantes y confundidos muggles. Tal vez el más famoso de estos lugares es el Valle Godric, un pueblo en el oeste de Inglaterra donde nació el gran mago Godric Gryffindor, y donde Bowman Wright, un mago herrero, forjó la snitch dorada. El cementerio tiene los nombres de antiguas familias mágicas y esto da cuenta, sin duda, de historias de fantasmas que acechaban a la pequeña iglesia durante varios siglos."

- No te mencionan a ti ni a tus padres –dijo Hermione, cerrando el libro- la Profesora Bagshot no escribió sobre hechos posteriores al siglo XIX. ¿Te das cuenta? El valle de Godric, Godric Gryffindor, la espada de Gryffindor, ¿no crees que Dumbledore esperaba que hicieras la conexión?

- Sí, cierto.

Harry no quiso admitir que no había pensado en la espada cuando sugirió que fueran al Valle Godric. Lo que atraía a Harry del pueblo eran las tumbas de sus padres, la casa en donde apenas escapó de la muerte y por Bathilda Bagshot.

- ¿Recuerdas lo que dijo Muriel? –preguntó finalmente Harry.

- ¿Quién?

Ya sabes –dudó un segundo: quería evitar decir el nombre de Ron- la tía abuela de Ginny. En la boda. La que dijo que tenías tobillos delgados.

- ¡Oh! –dijo Hermione.

Fue un momento incómodo: Harry sabía que Hermione había sentido el nombre de Ron presente. Se apuró a continuar:

- Dijo que Bathilda Bagshot todavía vive en el Valle Godric.

- Bathilda Bagshot –murmuró Hermione pasando el dedo sobre el nombre estampado en la portada del libro *"Historia de la Magia"*- si, supongo.

Suspiró tan dramáticamente que a Harry se le volcó el corazón; blandió su varita mirando a la entrada, esperando ver una mano forzando la portezuela de entrada, pero allí no había nada.

- ¿Qué? – dijo Harry entre furioso y aliviado- ¿Para qué hiciste eso? Pensé que habías visto a un mortífago abriendo la tienda o peor…

- Harry, ¿qué tal si Bathilda tiene la espada? ¿Si Dumbledore se la confió?

Harry consideró esta posibilidad. Bathilda sería una mujer muy anciana en ese entonces, según Muriel, ella estaba senil. ¿Era posible que Dumbledore le hubiese pedido ocultar la espada a ella? Si era así, Harry sentía que Dumbledore les había dejado abiertas muchas posibilidades: Dumbledore nunca les reveló que había reemplazado la espada con una falsa ni tampoco mencionó amistad alguna con Bathilda. No obstante, no era el momento de poner en duda la teoría de Hermione, no cuando sorprendentemente estaba tan dispuesta a seguir el deseo más profundo de Harry.

- Sí, podría ser que se la haya entregado. ¿Así que vamos al Valle Godric entonces?

- Sí, pero tendremos que irnos con cuidado, Harry –se enderezó en la silla y Harry supuso que la perspectiva de tener un plan nuevamente la había animado tanto como a él-. Para empezar, tendremos que practicar Desaparición conjunta bajo la Capa de Invisibilidad y probablemente Encantamientos Desilusionadores, a menos que pienses que deberíamos usar directamente Poción Multijugos. En ese caso necesitaríamos conseguir cabello de alguien. Yo me inclino por esto último, Harry, mientras más completos sean nuestros disfraces, mejor…

Harry la dejó hablar, asintiendo y concordando con ella cada vez que hacía una pausa pero su mente estaba lejos de la conversación. Por primera vez desde que se enteró que la espada de Gringotts era falsa, se sintió emocionado.

Estaba por ir a casa, por volver al lugar donde había tenido una familia. Era el Valle Godric en donde, si no hubiese sido por Voldemort, habría crecido y pasado sus vacaciones escolares. Podría haber invitado a sus amigos a su casa… podría haber tenido hermanos y hermanas, podría haber sido su madre quién le habría hecho su pastel de cumpleaños al cumplir diecisiete. La vida que había perdido nunca había parecido tan real como en ese momento en que sabía que vería el lugar en donde se la habían arrebatado. Cuando Hermione se fue a dormir esa noche, Harry sacó del baúl adornado

su mochila y de ésta, el álbum de fotografías. Por primera vez desde hace meses examinó las fotografías de sus padres, sonriéndole y saludándolo desde las páginas, que ahora era todo lo que le quedaba de ellos.

Harry se habría ido con gusto al día siguiente al Valle Godric, pero Hermione tenía otras ideas. Estaba convencida de que Voldemort esperaba que Harry volviese al lugar en donde murieron sus padres, así que estaba determinada a asegurarse de que tenían los mejores disfraces posibles.

Fue por lo menos una semana después –una vez que habían obtenido a hurtadillas cabellos de muggles inocentes que estaban comprando, y habiendo practicado Aparición y Desaparición conjunta bajo la capa de invisibilidad- que Hermione accedió a emprender el viaje.

Debían aparecerse en el pueblo bajo el amparo de la noche, así que era bien entrada la noche cuando tomaron Poción Multijugos, Harry se transformó en un muggle calvo de mediana edad y Hermione en su esposa baja y callada. La bolsa de mano ya contenía todas sus posesiones (excepto el Horcrux que Harry llevaba al cuello) y fue forzado dentro de un bolsillo del abrigo abotonado de Hermione. Harry bajó la capa de invisibilidad sobre ellos y se internaron en la oscuridad sofocante una vez más.

Con el corazón en un puño, Harry abrió los ojos. Estaban tomados de la mano en un terreno nevado bajo un cielo azul oscuro en el cual las primeras estrellas brillaban débilmente. Las casas se encontraban a ambos lados del angosto camino, se veían las decoraciones de navidad titilando por las ventanas. En un corto trecho delante de ellos, la luz de los faroles dorados indicaba el centro de la aldea.

- ¡Mira toda la nieve! – murmuró Hermione bajo la capa- ¿Por qué no pensamos en la nieve? Después de todas las preocupaciones que tomamos, ¡vamos a dejar huellas! Nos tendremos que deshacer de ellas… anda al frente, yo lo haré.

Harry no quería ingresar al pueblo como un mimo chiflado intentando mantenerse ocultos mientras hacían desaparecer sus huellas mágicamente.

- Vamos a quitarnos la capa –dijo Harry y Hermione lo miró asustada- oh, vamos, no nos vemos como nosotros y no hay nadie cerca.

Escondió la capa bajo el abrigo y siguieron su camino, más libres con el aire frío golpeándoles la cara mientras dejaban atrás más casas: cualquiera podría ser la casa en la cual James y Lily habían vivido o donde Bathilda vivía ahora. Harry contempló las puertas de entrada, los techos cargados de nieve y los pórticos, preguntándose si recordaba alguno, sabiendo en su interior que era imposible ya que tenía un poco más de un año cuando dejó ese lugar para siempre. No estaba seguro de si podría ver la casa siquiera; no sabía qué sucedía cuando los involucrados en un Encantamiento Fidelio morían. En seguida, el pequeño camino por el cual estaban caminando curvados a la izquierda, les reveló una pequeña plaza en el centro del pueblo.

Había un monumento de piedra en el centro rodeado por luces de colores y en parte tapado por un árbol de navidad que se ondeaba con el viento. Había varias tiendas

comerciales, una oficina de correos, un pub y una pequeña iglesia cuyas ventanas de colores brillaban sobre la plaza.

La nieve se había apelmazado: estaba dura y resbaladiza en donde las persona la habían pisado durante el día. Los pueblerinos se cruzaban en frente de ellos y los faroles iluminaban sus siluetas brevemente. Escucharon risas y música pop cuando la puerta del pub se abría y cerraba; luego escucharon un villancico dentro de la iglesia.

- Harry, ¡creo que es nochebuena! –dijo Hermione.

- ¿En serio?

Había perdido la noción del tiempo; no habían leído un periódico hace semanas.

- Estoy segura –dijo Hermione mientras sus ojos se posaban en la iglesia-. Ellos… estarán allí, ¿no? ¿Tus padres? Puedo ver el cementerio allí detrás.

Harry sintió un estremecimiento que era más que emoción, era miedo. Ahora que estaba tan cerca, se preguntaba si quería ver, después de todo. Tal vez Hermione entendió cómo se sentía ya que tomó su mano y lo guió, por primera vez, haciéndolo avanzar. En la mitad del camino al parque, se detuvo.

- Harry, ¡mira!

Estaba apuntando al monumento de piedra. Apenas lo pasaron, se había transformado. En vez del obelisco cubierto de nombres, había una estatua de tres personas: un hombre con pelo desordenado y lentes, una mujer de cabello largo y de rostro hermoso y bondadoso, y un niño en los brazos de su madre. La nieve caía sobre sus cabezas como una mullida capa.

Harry se acercó, contemplando la cara de sus padres. Nunca se imaginó que habría una estatua… era muy extraño verse representado a sí mismo en piedra, un bebé feliz sin cicatriz alguna en su frente.

- Vamos –dijo Harry cuando había visto suficiente, y se volvieron camino a la iglesia. Mientras cruzaban la calle, miró de soslayo sobre sus hombros; la estatua se había convertido nuevamente en el monumento de piedra.

El canto se hizo más fuerte a medida que se acercaban a la iglesia. Harry tenía un nudo en la garganta, le recordaba de tal manera a Hogwarts, a Peeves entonando versiones groseras de los villancicos dentro de las armaduras, los doce árboles de navidad del Gran Salón, Dumbledore usando un sombrero salido de un cracker, a Ron con su suéter tejido a mano…

Había una verja en la entrada del Cementerio. Hermione la empujó para abrirla con el mayor silencio posible y entraron poniéndose de lado. A ambos lados del sendero que daba a las puertas de la iglesia la nieve yacía profunda e incólume. Se movieron a través de la nieve esculpiendo grandes zanjas tras ellos mientras caminaban alrededor del edificio, manteniéndose bajo la sombra de las brillantes ventanas.

Detrás de la iglesia, fila tras fila de lápidas cubiertas de nieve destacaban bajo un manto de nieve de un azul pálido manchado con lunares de un deslumbrante color rojo, dorado y verde, en donde llegaba el reflejo de las ventanas coloridas con su mano cerrada firmemente alrededor de la varita, Harry se acercó a la tumba más cercana.

- ¡Mira esto!, es un Abbott, ¡podría ser un pariente lejano de Hannah!

- Baja la voz –le rogó Hermione.

Se internaron más y más en el cementerio, dejando oscuros canales en la nieve tras ellos, agachándose a escudriñar frases en algunas lápidas cada cierto tiempo y sumergiéndose en la total oscuridad para asegurarse de que no tenían compañía.

- Harry, ¡aquí!

Hermione se encontraba a dos filas de lápidas más adelante, tuvo que vadear hasta donde estaba ella con su corazón golpeando fuerte en su pecho.

- ¿Son…?

- No, pero mira.

Estaba señalando la piedra oscura. Se agachó sobre el granito congelado y manchado de musgo y vio las palabras *"Kendra Dumbledore"* y bajo esto sus fechas de nacimiento y defunción y luego *"y su hija Ariana"*. También había una cita:

Donde está tu tesoro, estará tu corazón.

Parecía que Rita Skeeter y Muriel estaban en lo correcto en algunas cosas. La familia de Dumbledore efectivamente había vivido allí, y algunos habían muerto allí.

Ver la tumba fue mucho peor que haber oído sobre ella. Harry no podía dejar de pensar que tanto él como Dumbledore tenían raíces profundas en ese cementerio y que Dumbledore debió de habérselo mencionado, pero nunca compartió esa rara conexión. Podrían haber visitado el lugar juntos; por un momento Harry se imaginó yendo al cementerio con Dumbledore, podría haberse creado un lazo muy especial que hubiera significado mucho para él. Pero parecía que para Dumbledore, el hecho de que sus familias descansaran lado a lado en el mismo cementerio debió de ser una coincidencia sin importancia o irrelevante tal vez, para el trabajo que Harry debía realizar.

Hermione observaba a Harry, y éste se alegró de que su rostro quedara escondido en las sombras. Leyó nuevamente la frase de lápida: *Donde está tu tesoro, estará tu corazón.* No podía entender el significado de estas palabras. Seguramente Dumbledore las había escogido como el miembro mayor de su familia al morir su madre.

- ¿Estás seguro de que Dumbledore nunca mencionó-? –comenzó Hermione.

- No –dijo Harry de manera cortante- sigamos buscando –y se dio vuelta, habiendo deseado no haber visto la lápida: No quería que su creciente emoción se viera manchada con resentimiento.

- ¡Aquí! – dijo Hermione nuevamente después de unos minutos en medio de la oscuridad- ¡Oh, no, lo lamento! Pensé que decía Potter.

Estaba frotando una lápida mohosa que se estaba derrumbando, con el entrecejo fruncido.

- Harry, ven un segundo.

No quería desviarse nuevamente y caminó hacia ella entre la nieve de mala gana.

- ¿Qué?

- ¡Mira esto!

La lápida era extremadamente vieja y estaba tan desgastada que Harry apenas podía leer el nombre. Hermione le señaló el signo que había debajo.

- Harry, ¡esa es la misma marca del libro!

Escudriñó la piedra que ella le mostraba: La piedra estaba tan gastada que era muy difícil diferenciar lo que estaba grabado en ella, aunque parecía haber un signo triangular debajo del nombre casi ilegible.

- Sí, podría ser…

Hermione encendió su varita y apuntó al nombre escrito en la piedra.

- Dice Ig- Ignatus, creo…

- Yo seguiré buscando las tumbas de mis padres, ¿sí? –le dijo Harry con un poco de desesperación en la voz, y se fue nuevamente, dejándola agachada junto a la tumba.

Cada ciertos minutos reconocía apellidos que, como Abbott, había conocido en Hogwarts. A veces se encontraba con varias generaciones de la misma familia de magos representadas en la misma tumba: Harry supuso que por las fechas los demás familiares o se habían muerto o se habían mudado del Valle de Godric. Cada vez se internaba más entre las tumbas y cada vez que alcanzaba una nueva, sentía sacudidas de aprensión y anticipación.

De repente, la oscuridad y el silencio parecían volverse más profundas. Harry miró alrededor, preocupado, pensando en Dementores cuando se dio cuenta de que los villancicos habían terminado, que las conversaciones y la prisa de los asistentes a la iglesia estaban desapareciendo mientras volvían por la plaza. Alguien dentro de la iglesia acababa de apagar las luces.

Luego, la voz de Hermione se escuchó en la oscuridad por tercera vez, penetrante y clara unos metros más allá.

- Harry, aquí están… justo aquí.

Y supo por su voz que esta vez eran las tumbas de su madre y de su padre: se acercó hacia ella sintiendo como si algo le apretara el pecho, la misma sensación que había tenido cuando murió Dumbledore, una pena que realmente le pesaba en el corazón y en los pulmones.

La lápida estaba sólo dos filas detrás de Kendra y Ariana. Estaba hecha de mármol blanco, al igual que la tumba de Dumbledore, y esto hacía que fuera más fácil leer ya que las palabras parecían brillar en la oscuridad. Harry no necesitó arrodillarse o acercarse más para distinguir las palabras allí grabadas:

JAMES POTTER
Nació el 27 de Marzo de 1960
Murió el 31 de Octubre de 1981

LILY POTTER
Nació el 30 de Enero de 1960
Murió el 31 de Octubre de 1981

El último enemigo que deberá ser destruido es la muerte.

Harry leyó las palabras lentamente, como si tuviese sólo una oportunidad para entender su significado y leyó las últimas en voz alta.

- "El último enemigo que deberá ser destruido es la muerte…" –un pensamiento horrible vino a su mente y con cierto pánico dijo- ¿No es eso lo que piensan los Mortífagos? ¿Por qué está allí?

- No se refiere a vencer a la muerte de la misma manera que los Mortífagos, Harry –dijo Hermione con voz amable- Se refiere a… ya sabes… vivir más allá de la muerte. Vivir después de la muerte.

Pero ellos no estaban vivos, pensó Harry: estaban muertos. Las palabras sin sentido no podían esconder el hecho de que los restos de sus padres descansaban bajo la nieve y la piedra, indiferentes, desconocidos. Y lágrimas resbalaron de sus ojos antes de que pudiera detenerlas, ardiendo y luego congelándose en su rostro. ¿Y qué sentido tendría limpiarlas o fingir? Las dejó caer, tenía los labios apretados observando hacia abajo la gruesa capa de nieve que ocultaba ante sus ojos el lugar en donde Lily y James descansaban, donde sus huesos descansaban, seguramente, o su polvo, sin saber ni interesarse en el hecho de que su hijo todavía vivo estaba parado tan cerca de ellos con su corazón todavía latiendo, vivo por el sacrificio que ellos hicieron y que ahora deseaba estar descansando bajo la nieve junto a ellos.

Hermione tomó su mano nuevamente y la aferró fuertemente. Harry no la podía mirar, pero devolvió el apretón, tragó grandes bocanadas de aire en la oscuridad de la noche, ahora intentaba afirmarse, mantener el control. Debió haber llevado algo para darles a sus padres, no había pensado en eso y cada flor del cementerio estaba marchita y congelada. Entonces Hermione alzó su varita, hizo un círculo en el aire y una corona de rosas floreció ante ellos. Harry la tomó y la dejó sobre la tumba de sus padres.

Apenas se puso de pie, se quiso ir: no creía que soportar otro momento en ese lugar. Puso su brazo alrededor de los hombros de Hermione y ella puso el suyo alrededor de su cintura y caminaron en silencio a través de la nieve, pasaron la tumba de la madre y hermana de Dumbledore, de vuelta hacia la oscura iglesia y hacia la verja que se encontraba fuera de la vista.

Capítulo 17
El Secreto de Bathilda

- Harry, Detente!

- Que sucede?

Apenas habían alcanzado la tumba del desconocido Abbott.

- Ahí hay alguien, podría decir que nos está vigilando. Ahí, por los arbustos.

Se quedaron quietos, sin separarse el uno del otro, mirando fijamente el oscuro límite del cementerio. Harry no vio nada.

- Estas segura?

- Vi algo moverse, podría jurarlo.

Se separó de él para dejar libre la mano de la varita.

- Nos vemos como muggles – señaló Harry.

- Muggles que justamente acaban de poner flores en la tumba de tus padres? Harry, estoy segura de que hay alguien ahí!

Harry pensó en *Una Historia de Magia*; se suponía que el cementerio estaba embrujado; que tal sí. . .?Pero entonces escuchó un crujido y vio nieve suelta junto al arbusto que Hermione había señalado. Los fantasmas no pueden mover la nieve.

- Es un gato – dijo Harry después de un par de segundos – O un pájaro. Si fuera un Mortífago ya estaríamos muertos. Pero salgamos de aquí y podremos ponernos de nuevo la Capa.

Miraron atrás repetidamente mientras salían del cementerio. Harry, que no se sentía tan optimista como quiso parecer al tranquilizar a Hermione, estuvo feliz de alcanzar la puerta y el resbaloso pavimento. Se cubrieron con la Capa de Invisibilidad nuevamente. La taberna estaba más llena que antes. Muchas voces dentro estaban cantando el Villancico que habían escuchado al acercarse a la iglesia. Harry consideró sugerir que se refugiaran dentro, pero antes de que pudiera decir nada, Hermione murmuró.

- Vamos por acá.- jalándolo hacia el oscuro camino que salía del pueblo, en dirección opuesta a la que habían usado para entrar. Harry podía distinguir el punto donde las casas terminaban y el camino se tornaba en campo abierto de nuevo. Caminaron tan rápido como se atrevieron, pasando por ventanas brillando con luces multicolores y los perfiles de oscuros árboles de navidad a través de las cortinas.
- Cómo vamos a encontrar la casa de Bathilda? – preguntó Hermione, que estaba tiritando y seguía mirando hacia atrás por encima del hombro – Harry? Qué piensas? Harry?

Ella tiró de su brazo, pero Harry no le estaba prestando atención. Él miraba hacia el oscuro bulto que estaba al final de la fila de casas. Entonces, en ese momento, se apresuró, arrastrando a Hermione con él, ella resbaló un poco en el hielo.

- Harry!

- Mira. . . Mírala Hermione!

- Yo no . . . Oh!

Él podía verlo; el Encantamiento Fidelio debió haber muerto con james y Lily. El seto había crecido mucho en los dieciséis años desde que Hagrid había tomado a Harry de los escombros esparcidos entre el pasto. La mayor parte de la casa estaba todavía en pie, enteramente cubierta por la hiedra y la nieve, pero la parte derecha del piso superior había volado; ahí, Harry estaba seguro, fue donde la Maldición fracasó. Él y Hermione se quedaron en la puerta, observando los restos de lo que debió ser una casa justo como aquellas que la rodeaban.

- Me pregunto por qué nadie la habrá reconstruido? – suspiró Hermione.

- Talvez no se puede reconstruir? – respondió Harry – Talvez es como las heridas de Magia Oscura y no puedes reparar el daño?

Él deslizó una mano de debajo de la Capa y tocó la fría y sarrosa reja, no deseando abrirla, simplemente para sentir parte de la casa.

- No vas a entrar? Se ve insegura, podría . . . Oh, Harry, mira!

Parecía que su toque a la reja lo había hecho. Un letrero se levantó del suelo frente a ellos, de en medio de la maraña de ortigas y hierba, como una extraña flor, y en letras doradas en medio de la madera, decía:

En este punto, en esta noche del 31 de octubre de 1981,
Lilly y James Potter perdieron sus vidas.
Su hijo, Harry, es el único mago
Que ha sobrevivido la Maldición Asesina.
Esta casa, invisible para los muggles, ha sido dejada
En su estado ruinoso como un monumento a los Potter
Como recuerdo de la violencia
Que separó a su familia.

Todo alrededor de estas palabras cuidadosamente escritas, había sido añadido por otros magos y brujas que habían venido a ver el lugar donde ha escapado El Niño que Vivió. Algunos simplemente habían firmado sus nombres en tinta indeleble; otros habían grabado sus iniciales en la madera, y otros han dejado mensajes. El más reciente de ellos, había brillado por dieciséis años, todos decían cosas similares.

Buena Suerte, Harry, donde quiera que estés.
Si lees esto, Harry, estamos todos contigo!
Larga vida a Harry Potter.

- No debieron escribir sobre el letrero - dijo Hermione indignada.

Pero Harry le sonrió.

- Es brillante. Me alegra que lo hayan hecho. Yo ...

Se detuvo. Una pesada figura se dirigía hacia ellos por el camino, su silueta se reflejaba con las brillantes luces de la distante plaza. Harry pensó, pero era difícil de asegurar, que era la figura de una mujer. Se movía despacio, posiblemente asustada o resbalando en el suelo nevado. Su andar encorvado, su corpulencia, su andar arrastrado, todo daba la impresión de una avanzada edad. Ellos observaron en silencio mientras se acercaba. Harry esperaba a ver si ella se dirigía a una de las casas que pasaba, pero instintivamente sabía que no lo haría. Al final, ella se detuvo a unos pocos metros de ellos y simplemente se quedó ahí, en medio del congelado del camino, frente a ellos.

Él no necesitaba que Hermione le pellizcara el brazo. No había ninguna posibilidad de que esa mujer fuera una muggle: estaba parada ahí, mirando fijamente a una casa que debería ser totalmente invisible para ella, si no fuera una bruja. Pero aún asumiendo que fuera una bruja, era muy extraño que viniera en una fría noche solo a ver una vieja ruina. Bajo todas las reglas de la Magia, mientras tanto, ella no podía verlos a él y a Hermione del todo. Sin embargo, Harry tenía el extraño presentimiento de que ella sabía que estaba ahí, y también de quienes eran. Justo cuando llegaba a esta difícil conclusión, ella levantó una enguantada mano y los llamó.

Hermione se acercó más a él bajo la Capa, su brazo junto al de él.

- Cómo lo sabe?

Él sacudió su cabeza. La mujer los llamó de nuevo, con más energía. Harry pudo pensar en muchas razones para no hacer caso del llamado, y aún así su curiosidad sobre la identidad de la mujer iba creciendo con cada minuto que se encontraban de frente en la desierta calle.

Finalmente Harry habló, haciendo saltar y gritar a Hermione .

- Eres Bathilda?
- La silenciosa figura asintió y llamó de nuevo.

Debajo de la Capa Harry y Hermione se vieron el uno al otro. Harry levantó sus cejas; Hermione asintió nerviosa y levemente.

Se encaminaron hacia la mujer, al mismo tiempo, ella se volteó y cojeó regresando por el camino por el que ellos habían venido. Dirigiéndolos pasó por varias casas y entró por una reja. Ellos la siguieron por el camino de entrada, a través de un jardín casi tan crecido como el que acababan de dejar. Ella hurgó por un momento la puerta del frente con una llave, la abrió y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Ella olía mal, o tal vez era su casa; Harry arrugó la nariz al pasar junto a ella y quitó la Capa. Al estar a su lado, se dio cuenta de lo delgada que era; jorobada por los años,

apenas le llegaba al pecho. Ella cerró la puerta detrás de ellos, sus nudillos se veían azules y pecosos contra la pelada pared, entonces se volteó y miró al rostro de Harry. Sus ojos eran profundos, con cataratas y hundidos bajo capas de piel transparente, y todo su rostro estaba lleno de venas y manchas. Él se preguntaba que podría ella hacerle en todo caso; aún si pudiera, era al calvo muggle cuya identidad había robado a quien vería.

El olor de la vejez, del polvo, de ropas sin lavar y de comida rancia se intensificó cuando se quitó un chal medio comido de polilla, revelando una cabeza de escaso cabello blanco a través del cual se notaba claramente la caspa.

- Bathilda? – repitió Harry.

Ella asintió de nuevo. Harry sintió el prendedor contra su piel, la cosa dentro de él que hacía tic o latía había despertado; Podía sentirlo a través del frío oro. Lo sabía, podía sentirlo, que lo que iba a destruirlo estaba cerca?

Bathilda se arrastró a su lado, empujando a Hermione a un lado creyendo que no la había visto, y entrando en lo que parecía ser una sala de estar.

- Harry, no estoy segura de esto – suspiró Hermione.

- Mira su tamaño, creo que podemos dominarla si tuviéramos que – dijo Harry - escucha, debí decírtelo, yo sabía como sería. Muriell la llama gagá.

- Vengan - llamó Bathilda desde la siguiente habitación.

Hermione saltó y agarró el brazo de Harry.

- Está bien – dijo Harry de modo tranquilizador, y la llevo a la sala de estar.

Bathilda se tambaleaba alrededor del lugar encendiendo candelas, pero aún estaba bastante oscuro, sin mencionar extremadamente sucio. Una gruesa capa de polvo crujía bajo sus pies, y el olfato de Harry percibió, en medio de la humedad y el moho, algo malo, como carne podrida. Se preguntaba cuando había sido la última vez que alguien había estado en la casa de Bathilda para revisar si se las estaba arreglando. Ella parecía haber olvidado que podía hacer magia, también, porque encendía las candelas torpemente a mano, corriendo riesgo de prenderse en fuego.

- Déjeme hacerlo – se ofreció Harry, y le quitó los fósforos. Ella se quedó viéndolo mientras terminaba de encender los cabos de candela que estaban en platitos alrededor del cuarto, posados precariamente en pilas de libros y mesitas atiborradas de tazas agrietadas y mohosas.

La última superficie sobre la que Harry vio una candela era una cómoda sobre la que había un gran número de fotografías. Cuando la llama se prendió, su reflejo ondeó sobre el vidrio y la plata. Él vio unos pequeños movimientos de las fotos. Mientras Bathilda buscaba troncos para el fuego, él murmuró Tergeo: el polvo de desvaneció de las fotografías, y él vio que media docena habían desaparecido de los más grandes y ornamentados marcos. Se preguntaba si Bathilda o alguien más los había quitado.

Entonces, la vista de una fotografía en la parte de atrás de la colección llamó su atención, y la tomó.

Era el rubio y sonriente ladrón, el joven que estaba sentado en el alféizar de la ventana de Gregorovitch, quien sonreía perezosamente a Harry desde el marco de plata. Y Harry recordó inmediatamente donde había visto al muchacho antes: en *La Vida y Secretos de Albus Dumbledore*, mano a mano con el adolescente Dumbledore, y ahí debían de estar todas las fotos que faltaban, en el libro de Rita.

- Señora . . .Señorita . . . Bagshot? – dijo él, con la voz levemente agitada – Quién es él?

Bathilda estaba de pie en medio de la habitación viendo a Hermione encender el fuego por ella.

- Señorita Bagshor? – repitió Harry, y avanzó con la foto en sus manos mientras las llaman se encendían en la chimenea. Bathilda volteó al escucharlo y el Horcrux latía más rápido sobre su pecho.

- Quién es esta persona? – le preguntó Harry, mostrando la foto.

Ella se esforzó por ver la foto, y después a Harry.

- Sabe quién es este? – repitió, lentamente y en voz más alta de lo usual – Este hombre? Lo conoce? Cómo se llama?

Bathilda simplemente miraba distraída. Harry sintió una horrible frustración. Cómo logró Rita Skeeter entrar en los recuerdos de Bathilda?

- Quién es este hombre? – repitió en voz alta.
- Harry, Qué haces? – preguntó Hermione.

- Esta foto. Hermione, es el ladrón, el ladrón que robó a Gregorovitch! Por favor! – dijo a Bathilda – Quién es?

Pero ella solo lo miraba con atención.

- Para que nos pidió que la siguiéramos, Señora . . . Señorita . . .Bagshot? – preguntó Hermione, alzando la voz – Hay algo que quiera decirnos?

Sin dar ninguna señal de haber escuchado a Hermione, Bathilda se arrastró unos metros más cerca de Harry. Con una pequeña sacudida de su cabeza, miró de vuelta al recibidor.

- Quiere que nos vayamos? – preguntó él.

Ella repitió el gesto, esta vez señalando primero a él, luego a ella misma y entonces al techo.

- Oh, bien . . . Hermione, creo que ella quiere que vaya arriba con ella.

- Está bien, - dijo Hermione – vamos.

Pero cuando Hermione se movió, Bathilda sacudió su cabeza con sorprendente vigor, una vez más, señalando a Harry y a sí misma.

- Quiere que vaya con ella, solo.

- Por qué? – preguntó Hermione, y su voz sonó clara y severa en la habitación, la vieja sacudió un poco la cabeza por el ruido.

- Tal vez Dumbledore le dijo que me diera la espada a mí y solo a mí?

- Crees que ella sabe quién eres?

- Si – dijo Harry, bajando la mirada hacia los lechosos ojos fijos en los suyos - creo que sabe.

- Bueno, está bien, pero hazlo rápido Harry.

- Dime el camino – dijo Harry a Bathilda.

Ella parecía entender, porque se arrastró alrededor de él y hacia la puerta. Harry lanzó una mirada a Hermione con una sonrisa tranquilizadora, pero no estaba seguro de que lo hubiera visto; ella se quedó con los brazos cruzaddos en medio de la miseria de la habitación, mirando al librero. Mientras Harry salía del cuarto, sin ser visto por Hermione o Bathilda, Harry deslizó el marco de plata con la foto del ladrón desconocido dentro de su chaqueta.
Las escaleras eran empinadas y estrechas; Harry estuvo medio tentado a poner sus manos fuertemente sobre la espalda de Bathilda, para evitar que se viniera hacia atrás, sobre él, lo que parecía muy probable. Lentamente, resollando un poco, ella llegó al piso superior, y tomó inmediatamente hacia la derecha, llevándolo a una habitación de techo muy bajo.
Era totalmente negro y olía espantoso. Harry apenas divisaba una bacinilla sobresaliendo debajo de la cama antes de que Bathilda cerrara la puerta y hasta eso fue tragado por la oscuridad.

- Lumos – dijo Harry, y su varita se encendió. Él se asustó, Bathilda se había acercado en esos pocos segundos de oscuridad, y él no la escuchó moverse.

- Eres Potter? – suspiró ella.

- Si lo soy

Ella asintió despacio, solemnemente. Harry sintió el Horcrux latiendo rápidamente, más rápido que su propio corazón; era una desagradable sensación de agitación.

- Tiene algo para mí? – preguntó Harry, pero ella parecía distraída por la encendida punta de la varita.

- Tiene algo para mi? Repitió él.

Entonces ella cerró los ojos y muchas cosas pasaron a la vez: la cicatriz de Harry ardía dolorosamente; el Horcrux se movía tan nerviosamente que el frente de su abrigo se movía; El oscuro y fétido cuarto se disolvió momentáneamente. Él sintió un brinco de alegría y habló con una alta y fría voz:

- Agárrenlo!

Harry se tambaleó en el lugar donde estaba. El oscuro y maloliente cuarto parecía cerrarse a su alrededor, él no entendía lo que acababa de pasar.

- Tiene algo para mí? Preguntó por tercera vez, más alto.

- Por aquí – ella suspiró, señalando la esquina. Harry levantó su varita y vio el perfil de un abarrotado tocador bajo la ventana.

Esta vez ella no lo llevó. Harry avanzó poco a poco entre ella y la cama sin arreglar. No quería apartar la mirada de ella.

- Que es? – pregunto al alcanzar el tocador, donde se amontonaba lo que parecía y olía como ropa sucia.

- Ahí – dijo ella, señalando la masa sin forma.

Y en el instante en el que apartó la vista, sus ojos buscando la empuñadura de una espada o un rubí entre el desorden, ella se movió de manera extraña. Él la vio con el rabo del ojo, el pánico lo hizo voltearse y el horror lo paralizó mientras veía el viejo cuerpo colapsar y una enorme serpiente surgir del ligar donde estaba su cuello.
La serpiente atacó mientras levantaba su varita. La fuerza de la mordida en su antebrazo lanzó la varita dando vueltas hacia el techo; su luz giró alrededor del cuarto y se extinguió; entonces un fuerte golpe de la cola en su estómago lo dejó sin aliento. Cayó hacia atrás sobre el tocador, encima del montón de ropa sucia.
Él rodó hacia los lados, evitando por poco la cola de la serpiente, que azotó la mesa donde él había estado segundos antes. Fragmentos del vidrio de la superficie llovieron sobre él al caer al piso. Desde abajo, escuchó a Hermione llamar:

- Harry?

Se dio vuelta hacia un lado, evitando por poco la cola de la serpiente, que destruysa en la que había estado hace un segundo: pedazos de vidrio cayeron sobre él cuando cayó al piso. Escuchó a Hermione gritar desde abajo: ¡Harry!

Le faltaba el aire para responderle, hasta que una masa suave y pesada lo tiró contra el piso y se deslizó sobre él aplastándole los músculos-

- ¡No! –dijo con un grito sofocado estando clavado al piso.

- ¡Sí! –susurró una voz- ¡Si... afírmalo… afírmalo!

- Accio varita… Accio varita…

No pasó nada y necesitaba tener sus manos libres para detener a la serpiente que se enrollaba sobre su torso, quitándole el aire, apretando el Horrocrux contra su pecho, un círculo de frío latente a pocos centímetros de donde su corazón latía de prisa, su cerebro consumido de frío, había una luz blanca, se veía borroso, se ahogaba en su propio aliento, escuchó pasos en la distancia, todo desparecía…

Un corazón de metal golpeaba su pecho, ahora volaba, volaba con triunfo en su corazón, sin necesidad de una escoba o de un threstal…

Se despertó en la oscuridad nauseabunda; Nagini lo había soltado. Se levantó trepando y vio a la serpiente perfilada contra la luz; se golpeó y Hermione saltó a un lado chillando: la maldición que envió rebotó contra las cortinas y la ventana, que se hicieron pedazos. Un aire congelado inundó la habitación mientras Harry evitaba otra lluvia de vidrios rotos y pisó algo parecido a un lápiz que lo hizo resbalar… -su varita-.

Se agachó para tomarla, pero la habitación estaba inundada por la serpiente, cuya cola rompía todo; Hermione no estaba a la vista y por un momento Harry pensó lo peor, pero se escuchó un fuerte estruendo y un destello de luz roja que hizo volar a la serpiente por el aire, golpeándole fuerte en la cara cuando pasaba a su lado, espiral tras espiral levantándose hacia el techo. Harry levantó su varita pero la cicatriz le comenzó a arder le comenzó arder

- ¡Está en camino, Hermione, ya viene!

Mientras gritaba, la serpiente caía, pitando fuertemente. Todo era un caos: las estanterías destrozadas, la vajilla rota hecha pedazos volando por todas partes mientras Harry saltaba a la cama y encontraba a la silueta oscura que debía de ser Hermione.

Hermione chillaba de dolor mientras Harry la arrastraba a la cama: la serpiente se levantó nuevamente pero Harry sabía que algo peor que la serpiente llegaría, tal vez ya estaría en la puerta, su cabeza se partiría en dos de dolor…

La serpiente arremetió y Harry saltó rápidamente, arrastrando a Hermione con él; cuando atacó, Hermione gritó: *"Confringo"* y el hechizo recorrió la habitación, haciendo explotar el espejo del ropero y rebotando contra ellos, llendo del techo al piso; Harry sintió que el hechizo le rozaba el dorso de la mano. Un trozo de vidrio le cortó la mejilla y mientras arrastraba a Hermione con el, se levantó de la cama hacia el tocador destrozado pasó por el lado de su cara directamente a la ventana rota y directamente al aire nocturno.

Fue entonces cuando sintió que su cicatriz se abría y el era Voldemort y estaba corriendo a través de la nauseabunda casa con sus largas y blancas manos agarrándose al alféizar de la ventana vislumbrando al hombre calvo y a la mujer bajita y desvaneciéndose, mientras gritaba con rabia en un grito que se confundía con el de Hermione y el de las campanas provenientes de la iglesia por ser nochebuena.

El grito de Voldemort era también el grito de Harry, el dolor que sentía también lo sentía Harry… que podría pasar allí, donde había pasado ya antes… allí, tan cerca de la

casa que había conocido hace mucho, allí moriría… morir… el dolor era demasiado… arrancado de su propio cuerpo… pero si no tenía cuerpo alguno, ¿por qué le dolía tanto la cabeza?, si estaba muerto entonces… ¿por qué el dolor era tan insoportable?, ¿no terminaba el dolor con la muerte?, ¿no se iba…?

Era una noche ventosa y húmeda, dos niños estaban vestidos de calabazas caminando como patos por la plaza, las tiendas estaban cubiertas en carteles de arañas y los adornoss vulgares de.los muggles en los cuales no creían… el volaba solo con un sentido de estar haciendo lo correcto, de poder… no de enojo… eso era para las almas más débiles que él… pero el triunfo, eso sí… había esperado tanto tiempo por esto…

- ¡Lindo disfraz, señor!

Vio la sonrisa del pequeño desvanecerse cuando se acercó lo suficiente como para ver debajo de su capa, vio cómo el miedo recorrió su cara maquillada y salía corriendo asustado…bajo la capa tomó el mango de su varita…un solo movimiento y el chico no volvería a ver a su madre… pero era innecesario, muy innecesario…

Y se movió a través de una calle más oscura y ahora su destino estaba por fin a la vista habiéndose roto el Encantamiento Fidelio, aunque no lo sabían todavía… procuró hacer menos ruido que las hojas muertas que caían al pavimento al llegar al nivel del seto oscuro y miró a través de él…

No habían cerrado las cortinas, los vio claramente en la pequeña salita de estar, al hombre alto, de pelo negro y con lentes haciendo nubes de colores con su varita con lo que maravillaba al pequeño bebé de pelo negro con pyjama azul. El bebé reía e intentaba atrapar el humo con su pequeño puño…

Se abrió una puerta y entró la madre, diciendo palabras que no pudo oír, con su pelo rojo cayendo sobre su cara. El padre tomó al hijo y se lo pasó a la madre. Tiró la varita sobre el sillón y se estiró, bostezando…

La puerta crujió un poco cuando la empujó, pero James no la escuchó. Sacó su varita de la capa con su mano blanca, apuntando a la puerta que se abrió de golpe.

Estaba en el pasamanos cuando James vino acelerando el paso hacia el hall. Era fácil, muy fácil, ni siquiera había tomado su varita…

- ¡Lily, toma a Harry y vete! ¡Es él! ¡Vete! ¡Yo lo detendré-!

Detenerlo, ¡sin una varita en la mano!... Se rió antes de lanzar el hechizo…

- ¡Avada Kedavra!

Una vez verde llenó el estrecho pasillo y golpeó el coche contra la pared, hizo que los pasamanos resplandecieran como barras iluminadas y James Potter cayó como una marioneta a la que le cortaron las cuerdas…

Podía escucharla gritar desde el segundo piso, atrapada, pero si era prudente, ella no tenía que temer…subió las escaleras escuchando con ligera diversión sus intentos de

hacer una trinchera… ella tampoco tenía varita… qué estúpidos y confiados eran al pensar que su seguridad recaía en sus amigos, tanto como para no llevar sus varitas siquiera un momento…

Forzó la puerta, tiró a un lado las sillas y cajas amontonadas apresuradamente con un movimiento rápido de su varita… y allí estaba, de pie con el hijo en los brazos. Al divisarlo, dejó a su hijo en la cuna tras de ella y estiró sus brazos, como si le sirviera, como si ocultándolo de la vista esperaba que la mataran a ella a cambio…

- ¡A Harry no, a Harry no, por favor, a Harry no!

- Apártate, estúpida… apártate

- ¡A Harry no. Te lo ruego, no. Cógeme a mí. Mátame a mí en su lugar…!

- Es la última vez que lo digo-

- A Harry no, por favor. Ten piedad, te lo ruego, ten piedad… ¡A Harry no! Por favor… ¡haré lo que sea…!

- Muévete a un lado, muévete a un lado, niña-

Podría haberla enviado lejos del coche, pero parecía más prudente terminar con ambos…

El destello de luz verde llenó la habitación y ella cayó muerta, como su esposo. El niño no había llorado en todo este tiempo: podía sostenerse en las barras de su cuna y miró al intruso a la cara con cierto interés, tal vez pensó que era su padre quién se escondía bajo la capa mostrándole más luces de colores y que su madre aparecería en cualquier lado, riendo…

Apuntó la varita con mucho cuidado al rostro del pequeño, quería verlo con sus propios ojos, la destrucción de este pequeño e inexplicable peligro. El bebé comenzó a llorar: había notado que no era James. No le gusta oír el llanto, nunca toleraba a los bebés lloriqueando en el orfanato…

- ¡Avada Kedavra!

Y luego se esfumó, no era nada, nada más que dolor y terror, y debió esconderse, no allí en los escombros de la casa en ruinas en donde el bebé estaba atrapado y chillando, sino que lejos… muy lejos…

- No –gimió.

La serpiente crujió en el suelo sucio y desordenado, y había matado al bebé, pero aún así, él era el bebé…

- No…

Y ahora estaba de pie bajo la ventana rota de la casa de Bathilda, sumergido en el recuerdo de su gran derrota, y a sus pies estaba la gran serpiente deslizándose sobre la vajilla y los vidrios rotos… miró hacia abajo y había algo… algo increíble…

- No…

- Harry, está bien, ¡todo está bien!

Se agachó y recogió la rasgada fotografía. Allí estaba, el ladrón desconocido, al cual estaba buscando…

- No…la dejé caer… la dejé caer…

- Harry, está bien, despierta, ¡despierta!

Volvía a ser Harry… Harry, no Voldemort… y lo que se deslizaba no era la serpiente…

Abrió los ojos.

- Harry –susurró Hermione- ¿Te- te sientes bien?

- Sí –mintió.

Estaba en la carpa, en la cama más baja de todas bajo un montón de cobijas. Supuso que era tarde por la tranquilidad y por el frío, una luz tranquila se veía por el techo de la tela de la carpa. Estaba empapado en sudor; lo podía sentir en las sábanas y en las cobijas.

- Escapamos.

- Sí –dijo Hermione– tuve que usar un hechizo **HOVER** para sacarte de la cama, no podía levantarte… no has estado muy…

Había sombras púrpuras bajo sus ojos cafés y Harry notó su mano un tanto esponjosa: había estado secándose la cara.
- …muy enfermo.

- ¿Hace cuánto nos fuimos?

- Hace horas. Es casi de madrugada.

- ¿He estado… inconciente?

- No exactamente –dijo Hermione un incómoda- has estado gritando y llorando y… otras cosas –añadió en un tono que hizo sentir a Harry inseguro. ¿Qué había hecho? ¿Decir los hechizos como Voldemort, llorar como bebé en el coche?

- No te podía sacar el Horrocrux –dijo Hermione, y Harry entendió que quería cambiar de tema- Estaba atascado, atascado a tu cuello. Te dejó una marca; lo lamento, tuve que usar un hechizo **SEVERING** para quitarlo. La serpiente te mordió, pero te limpié la herida y le puse un un poco de **dittany**.

Se sacó la camiseta sudada que todavía llevaba y miró abajo. Había una figura ovalada enrojecida sobre su corazón, en donde lo había quemado. También pudo ver el pinchazo a medio sanar de su antebrazo.

- ¿Dónde dejaste el Horrocrux?

- En mi mochila. Creo que debemos dejarlo allí por un tiempo.

- Se recostó sobre las almohadas y miró a su cara rasguñada y gris.

- No debimos ir al Valle de Godric. Es mi culpa, todo es mi culpa, lo siento, Hermione.

- No es tu culpa. Yo también quise ir; realmente creí que Dumbledore podría haberte dejado la espada allí.

- Si, claro, pero nos equivocamos, ¿no?

- ¿Qué ocurrió, Harry? ¿Qué pasó cuando te llevó al segundo piso? ¿Estaba la serpiente escondida allí? ¿Salió de la nada atacó a Bathilda y luego a ti?

- No –dijo ella- ella era la serpiente… o la serpiente era ella… todo el tiempo.

Cerró los ojos. Todavía podía oler la casa de Bathilda: sentía el recuerdo vívidamente.

- Bathilda debió morir hace tiempo. La serpiente estaba… estaba… estaba dentro de ella. Quién-tu-sabes la debió ubicar en el Valle de Godric a la espera. Tenías razón. El sabría que iríamos.

- ¿La serpiente estaba dentro de ella?

Abrió nuevamente los ojos: Hermione parecía asqueada y con náuseas.

- Lupin dijo que habría magia que ni siquiera nos imaginamos –dijo Harry-. Ella no quiso hablar frente a ti porque era en Pársel, todo me lo fije en Pársel, yo no me di cuenta, pero la podía entender claramente. Una vez que subimos al segundo piso, la serpiente le envió un mensaje a Quién-tu-sabes, los escuché dentro de mi cabeza, lo sentí emocionarse, le dijo que me retuviera allí… y luego…

Recordó a la serpiente salir del cuello de Bathilda: Hermione no necesitó saber los detalles.

- Se transformó… se transformó en la serpiente y me atacó.

Miró hacia abajo a los pinchazos.

- No debía matarme sólo retenerme hasta que Quién-tu-sabes llegase.

Si hubiese logrado matar a la serpiente habría valido la pena, todo habría valido la pena… Un poco harto, se sentó y se sacó los abrigos.

- No, Harry. Te mereces tomar un descanso.

- Tú eres quién necesita dormir. Sin ofensas, pero te ves horrible. Estoy bien. Estaré vigilando por un rato. ¿Dónde está mi varita?

No le respondió, sólo se limitó a mirarlo.

- ¿Dónde está mi varita, Hermione?

Se mordió el labio mientras lágrimas caían de sus ojos.

- Harry…

- ¿Dónde está mi varita?

Hermione se agachó a un lado de la cama y la sostuvo en frente de Harry.

La varita de acebo y pluma de fénix estaba por poco rota en dos partes. Un pelo delgado de fénix mantenía a ambas partes unidas. La madera se había astillado completamente. Harry la tomó en sus manos como si fuera algo vivo que había sufrido una herida terrible. Harry no podía pensar: todo era una imagen borrosa de pánico y miedo. Luego le sostuvo la varita a Hermione.

- Arréglala. Por favor.

- Harry, cuando está así de rota no creo que-

- Por favor, Hermione, inténtalo.

- *¡Re- Reparo!*
La mitad de varita que colgaba se terminó de separar. Harry la sostuvo.

- *¡Lumus!*

La varita emitió un débil chispaso y se apagó. Harry apuntó a Hermione.

- *¡Expelliarmus!*

La varita de Hermione dio una pequeña sacudida pero no salió de su mano. El débil intento de hacer magia era mucho para la varita de Harry, que se partió en dos nuevamente. Miró la varita, horrorizado, incapaz de interiorizar lo que había visto… la varita que tanto había sobrevivido.

- Harry –susurró Hermione tan calladamente que apenas pudo oírla- Lo siento muchísimo. Creo que fui yo. Cuando nos íbamos, sabes, la serpiente nos seguía e hice un encantamiento **BLASTING** y rebotó por todas partes y debió haber… debió golpear…

- Fue un accidente –dijo Harry mecánicamente. Se sentía vacío y aturdido- Hallaremos alguna… alguna manera de repararla.

- Harry, no creo que podamos –dijo Hermione con un hilo de lágrimas- ¿Recuerdas… recuerdas a Ron? ¿Cuando se le rompió su varita al estrellarse el auto? Nunca funcionó bien, tuvo que comprarse una nueva.

Harry pensó en Ollivander secuestrado siendo rehén de Voldemort, o en Gregorovitch, muerto. ¿Cómo encontraría una nueva varita?

- Bueno –dijo fingiendo despreocupación- entonces tendré que pedirte la tuya por ahora. Mientras la necesite.

Hermione le entregó su varita a Harry con los ojos vidriosos de lágrimas y Harry se paró de su lado, deseando alejarse de ella.

Capítulo Dieciocho
La vida y mentiras de Albus Dumbledore

El sol estaba saliendo: la pura, incolora inmensidad del cielo se extendía, indiferente ante él y su sufrimiento. Harry se sentó en la entrada de la tienda de campaña y aspiró una profunda bocanada de aire limpio. A pesar de que estar vivo para ver la puesta de sol sobre la centelleante ladera nevada debería haber sido el mayor tesoro de la tierra, sin embargo él no podía apreciarlo: sus sentidos estaban afectados por la calamidad de haber perdido su varita. Miró por encima de un valle envuelto en nieve, las lejanas campanas de iglesia repicando a través del brillante silencio.

Sin darse cuenta, estaba clavándose los dedos en los brazos como si así intentara resistir el dolor físico. Había derramado su propia sangre más veces de las que podía contar; una vez había perdido todos los huesos de su brazo derecho; este viaje ya le había dejado cicatrices en el pecho y antebrazo para sumar a las de su mano y su frente, pero nunca, hasta este momento, se había sentido tan fatalmente débil, vulnerable e indefenso, como si la mejor parte de su poder mágico se hubiera desprendido de él. Sabía exactamente lo que Hermione diría si él expresara algo de aquello: la varita sólo es tan buena como el mago. Pero estaba equivocada, su caso era diferente. Ella no había sentido la varita girando como la aguja de un compás y disparando llamas doradas a su enemigo. Había perdido la protección de los núcleos gemelos y sólo ahora cuando ya había desaparecido, se dio cuenta de cuánto importaba.

Sacó los trozos de la varita rota fuera de su bolsillo y, sin mirarlos, los guardó en la bolsa de Hagrid alrededor de su cuello. La bolsa estaba ahora llena de objetos rotos e inservibles para usar de nuevo. La mano de Harry rozó la vieja Snitch a través de la piel de color moka y por un momento tuvo que resistir la tentación de sacarla y lanzarla. Impenetrable, inservible, inútil, como todo lo que Dumbledore había dejado tras de sí-

Y su furia hacia Dumbledore estalló ahora sobre él como la lava, quemándole por dentro, destruyendo cualquier otro sentimiento. En una completa desesperación se habían convencido a sí mismos de creer que el Valle Godric guardaba respuestas, que debían regresar allí, como si eso fuera parte de un camino secreto marcado por Dumbledore para ellos: pero no había mapa, no había plan. Dumbledore les había dejado tanteando en la oscuridad, para luchar contra los más desconocidos e insospechados terrores, solos y sin ayuda: Nada tenía explicación, nada les había sido dado gratuitamente, no tenían armas, y ahora, Harry no tenía varita. Y además había perdido la fotografía del ladrón, y así ahora seguramente sería fácil para Voldemort descubrir quién era…

Voldemort ahora tenía toda la información…

- ¿Harry?

Hermione observó asustada que podía maldecirla con su propia varita. Con la cara surcada de lágrimas, se agachó a su lado, con dos tazas de té temblando en sus manos y algo voluminoso bajo el brazo.

- Gracias,- dijo, cogiendo una de las tazas.

- ¿Te importa si hablo contigo?

- No- respondió, porque no quería herir sus sentimientos.

- Harry, quieres saber quién era el hombre de la foto. Bueno…tengo el libro.

Tímidamente dio la vuelta a una copia reluciente de *La vida y mentiras de Albus Dumbledore.*

- ¿Dónde, cómo…?

- Estaba en el salón de Bathilda… Esta nota estaba pegada en la parte de arriba.

Hermione leyó en voz alta las escasas líneas de escritura puntiaguda en verde ácido.

- "*Querida Bally, Gracias por tu ayuda. Aquí tienes una copia del libro, espero que te guste. Tú lo dijiste todo, incluso si no te acuerdas. Rita"*. Creo que debió llegar mientras la verdadera Bathilda estaba viva, pero quizás no estaba en el estado adecuado para leerlo ¿no?

- No, probablemente no lo estaba.

Harry miró la cara de Dumbledore y experimentó una oleada de placer salvaje: Ahora conocería todas las cosas que Dumbledore nunca pensó que merecía la pena contarle, tanto si Dumbledore quería como si no.

- ¿Aún estás enfadado conmigo, no?- dijo Hermione; él se fijó en las lágrimas que salían de sus ojos, y se dio cuenta de que su ira debía notarse en su cara.

- No - dijo lentamente.- No, Hermione, sé que fue un accidente. Tratabas de sacarnos de allí vivos y estuviste increíble. Estaría muerto si no hubieras estado allí para ayudarme.

Intentó devolverle una sonrisa torcida, y luego centró su atención en el libro. Su lomo estaba rígido; claramente nunca había sido abierto antes. Hojeó las páginas, buscando fotografías. Encontró una al menos que ya había buscado antes, el joven Dumbledore y su guapo compañero, riéndose a carcajadas de algún viejo chiste. Harry dirigió sus ojos al título.

Albus Dumbledore, poco después de la muerte de su madre,
Con su amigo Gellert Grindelwald.

Harry se quedó mirando la última palabra algunos largos momentos. Grindelwald. Su amigo Grindelwald. Miró de lado a Hermione, que aún estaba mirando el nombre como si no pudiera creerlo. Lentamente miró a Harry.

- ¡Grindelwald!

Ignorando el resto de las fotografías, Harry buscó en las páginas siguientes una repetición del nombre fatal. Rápidamente lo descubrió y leyó con avidez, pero se encontró perdido: era necesario volver más atrás para darle sentido y finalmente se encontró al principio de un capítulo titulado "EL BIEN MÁS GRANDE". Juntos, él y Hermione comenzaron a leer:

Llegando a su décimo octavo cumpleaños, Dumbledore abandonó Hogwarts en un momento de gloria—Premio Anual, Prefecto, Ganador del Premio Barnabus Finkley por Excepcional Realización de Hechizos, Joven Representante Británico en el Wizengamot, Ganador de la Medalla de Oro por la Contribución Pionera a la Conferencia de Alquimia Internacional de El Cairo. Dumbledore tenía intención después, de hacer un gran viaje con Elphias "Dogbreath" Doge, el torpe pero devoto compinche que había encontrado en Hogwarts.

Los dos hombres jóvenes estaban sentados en el Caldero Chorreante en Londres, preparando la salida hacia Grecia para la mañana siguiente, cuando una lechuza llegó con noticias acerca de la muerte de la madre de Dumbledore. "Dogbreath" Doge, quien rechazó ser entrevistado para este libro, ha dado al público su propia versión sentimental de lo que pasó después. Representa la muerte de Kendra como un golpe trágico y la decisión de Dumbledore de abandonar la expedición como un acto de noble sacrificio.

Por supuesto Dumbledore volvió al Valle Godric en seguida, supuestamente para "cuidar" de su hermano pequeño y de su hermana. Pero ¿cuántos cuidados les prestó en realidad?

- Fue un caso complicado, ese Aberforth- dijo Enid Smeek, cuya familia vivió en los alrededores del Valle Godric en esa época.- Se volvió loco.- Claro, habiéndose ido su madre y su padre, debería haber sentido lástima por él, pero siguió tirándome estiércol de cabra a la cabeza. No creo que Dumbledore estuviera preocupado por él. Nunca les vi juntos, de todas maneras.

¿Entonces qué estaba haciendo Albus, si no consolar a su salvaje hermano pequeño? La respuesta, según parece, es asegurando el continuo encarcelamiento de su hermana. A pesar de que su primer carcelero había muerto, no hubo cambios en la lamentable situación de Ariana Dumbledore. Su única existencia seguía siendo conocida tan solo por los pocos extraños que, al igual que "Dogbreath" Doge, podían contarse por creer en la historia de su "mala salud".

Otra de las fácilmente convencidas amigas de la familia fue Bathilda Bagshot, la celebrada historiadora de la magia, que ha vivido en el Valle Godric durante muchos años. Kendra, por supuesto, había rechazado a Bathilda cuando ésta intentó acoger a la familia en la aldea. Algunos años después, sin embargo, la autora envió una lechuza a Albus a Hogwarts, impresionada favorablemente por su artículo de transformaciones trans especies, en *La Transfiguración Hoy*. Este contacto inicial llevó al conocimiento de toda la familia Dumbledore. En el momento de la muerte de Kendra, Bathilda era la única persona en el Valle Godric que estaba en condiciones de hablar con la madre de Dumbledore.

Desafortunadamente, la brillantez que Bathilda exhibiera antiguamente en su vida, ahora se había desvirtuado. “El fuego está encendido, pero el caldero está vacío”, tal y como Ivor Dillonsby me dijo, o en una ligeramente grosera frase de Enid Smeek, “Está chalada como una ardilla. No obstante, una combinación de probadas técnicas me permitieron extraer suficientes pedazos de los hechos reales, como para ensamblar la escandalosa historia completa.

Al igual que el resto del Mundo Mágico, Bathilda atribuyó la prematura muerte de Kendra a un hechizo fallido, una historia repetida por Albus y Aberforth en los años siguientes. Bathilda también repite el mismo argumento familiar en Ariana, llamándola “frágil” y “delicada”. En un aspecto, no obstante, Bathilda mereció bien la pena el esfuerzo que hice procurándole Veritaserum, porque ella, y solo ella conoce la historia completa del secreto mejor guardado de la vida de Dumbledore. Ahora revelado por primera vez, lleva a cuestionar todo lo que sus admiradores creían sobre Dumbledore: su supuesto odio hacia las Artes Oscuras, su oposición a la opresión de los Muggles, incluso su devoción hacia su propia familia.

Ese mismo verano en el que Dumbledore regresó a su casa en el Valle Godric, ahora huérfano y cabeza de familia, Bathilda Bagshot acordó aceptar en su casa a su sobrino nieto Gellert Grindelwald.

El nombre de Grindelwald es con razón famoso: En una lista de Los Magos Oscuros Más Peligrosos De Todos Los Tiempos, solamente perdería el primer puesto debido a la llegada de Quien-Tú-Sabes, una generación después, para robar su corona. Ya que Grindelwald nunca extendió su campaña de terror en Inglaterra, por tanto los detalles de su aumento de poder no son ampliamente conocidos aquí.

Educado en Durmstrang, un colegio famoso incluso entonces por su desafortunada tolerancia respecto a las Artes Oscuras, Grindelwald se mostraba a sí mismo tan precozmente brillante como Dumbledore. Más que canalizar sus habilidades en la obtención de premios y condecoraciones, Gellert Grindelwald se dedicó a otros pasatiempos. A la edad de dieciséis años, incluso Durmstrang sintió que no podría seguir cerrando los ojos a los imprevistos experimentos de Gellert Grindelwald y fue expulsado.

Hasta ahora, todo lo que se ha sabido de los siguientes movimientos de Grindelwald es que “estuvo viajando durante algunos meses”. Ahora puede revelarse que Grindelwald eligió visitar a su tía-abuela en el Valle Godric, y que allí, a pesar de lo sorprendente que puede ser para mucha gente, entabló una cerrada amistad con nada menos que Albus Dumbledore.

- Me pareció un chico encantador- barbulló Bathilda,- sea lo que sea en lo que se convirtiera después. Por supuesto, se lo presenté al pobre Albus, quien echaba de menos la compañía de chicos de su propia edad. Los chicos se simpatizaron en seguida.

Desde luego que lo hicieron. Bathilda me mostró una carta, guardada por ella, que Albus Dumbledore envió a Gellert Grindelwald en mitad de la noche.

- Sí, incluso después de haberse pasado el día discutiendo- los dos chicos brillantes se entendían tan bien como un caldero ardiendo- ¡a veces oía una lechuza llamando a la ventana del dormitorio de Gellert, trayendo una carta de Albus! ¡Alguna idea que se le habría ocurrido y que debía hacer conocer a Gellert inmediatamente!

Y qué ideas eran éstas. A pesar de lo profundamente escandalosas que puedan parecer a los fans de Albus Dumbledore, aquí están las ideas de su héroe de diecisiete años, tal y como él se las transmitió a su nuevo mejor amigo. (En la página 463 puede apreciarse una copia de la carta original.)

Gellert-

Tu punto de vista acerca de la dominación de los Magos POR EL PROPIO BIEN DE LOS MUGGLES- es, creo, el punto crucial. Sí, nos han dado poder, y sí, el poder nos da el derecho de establecer las normas, pero también responsabilidades acerca de las normas ya establecidas. Debemos recalcar este punto, será el pilar sobre el que construir. En aquello en lo que estemos enfrentados, como seguramente lo estaremos, ésta será la base de todas nuestras contra argumentaciones. Tomamos el control POR EL BIEN MÁS GRANDE. Y de esto se deduce que, cuando encontremos resistencia, solamente debemos usar la fuerza que sea necesaria y no más que esa. (¡Ese fue tu error en Durmstrang! Pero no me quejo, porque si no te hubieran expulsado, nunca nos habríamos conocido).

Albus

A pesar de lo atónitos y horrorizados que estarán muchos de sus admiradores, esta carta constituye el Estatuto del Secreto de los Magos y establece la regulación mágica sobre los Muggles. ¡Qué golpe para aquellos que siempre describieron a Dumbledore como el más grande campeón de los nacidos de Muggles! ¡Qué vacíos aquellos discursos promoviendo los derechos de los Muggles, a la luz de estas irrecusables nuevas evidencias! ¡Qué despreciable aparece Albus Dumbledore, tan ocupado tramando su ascenso al poder, cuando debería haber estado velando a su madre y cuidando de su hermana!

No cabe duda de que aquellos obsesionados en mantener a Dumbledore en su desmoronado pedestal, replicarán que, al fin y al cabo, éste no llevó a la práctica sus planes, que debió sufrir un cambio de opinión, que volvió a sus cabales. Sin embargo, la verdad parece en su conjunto mucho más escandalosa.

Apenas dos meses después de su gran nueva amistad, Dumbledore y Grindelwald se separaron, y nunca volvieron a verse el uno al otro hasta que se encontraron para su duelo legendario (para más información, ver capítulo 22). ¿Qué fue lo que causó esta ruptura tan brusca? ¿*Había* Dumbledore vuelto a sus cabales? ¿Le había dicho a Grindelwald que ya no quería tomar parte en sus planes? Por Dios, por supuesto que no.

- Fue la muerte de la pobre Ariana, creo, lo que lo causó- afirma Bathilda. – Fue como un golpe espantoso. Gellert estaba en la casa cuando ocurrió, y regresó a mi casa vacilando, y me dijo que quería volver a su casa el día siguiente. Ya sabes,

terriblemente disgustado. Así que organicé un traslador, y eso fue lo último que supe de él.

- Albus estaba fuera de sí por la muerte de Ariana. Fue horrible para los dos hermanos. Habían perdido a todo el mundo excepto a ellos mismos. Los ánimos se crisparon un poco. Aberforth culpó a Albus, ya sabes, como la gente hace bajo estas horribles circunstancias. Pero Aberforth siempre habló un poco como un loco, pobre chico. Aún así, no fue decente romperle la nariz a Albus en el funeral. Ver a sus hijos luchando de esa manera, enfrente del cuerpo de su hermana, habría destrozado a Kendra. Fue una lástima que Gellert no pudiera quedarse para el funeral…Al menos habría consolado a Albus…

Esta pelea delante del ataúd, conocida sólo por los pocos que acudieron al entierro de Ariana Dumbledore, plantea algunas preguntas. ¿Por qué exactamente culpó Aberforth Dumbledore a Albus de la muerte de su hermana? ¿Fue como "Batty" pretende, una mera expresión de dolor? ¿O podría haber razones más concretas para su furia? Grindelwald, expulsado de Durmstrang por los casi-fatales ataques a sus compañeros de curso, abandonó el país horas después de la muerte de la chica, y Albus (¿por vergüenza o por miedo?) nunca más le vio, no hasta que estuvo forzado a hacerlo, debido a las súplicas del Mundo Mágico.

Ni Dumbledore ni Grindelwald parecen haberse referido nunca a esta breve amistad juvenil en su vida posterior. Sin embargo, no hay duda de que Dumbledore retrasó, debido a unos cinco años de desórdenes, fatalidades y desapariciones, su ataque sobre Gellert Grindelwald. ¿Fue un persistente afecto hacia este hombre, o miedo a exponerse a su antiguo mejor amigo, lo que hizo a Dumbledore dudar? ¿Fue simplemente con renuencia como Dumbledore se dispuso a capturar al hombre que antiguamente estaba tan encantado de haber conocido?

¿Y cómo murió la misteriosa Ariana? ¿Fue la víctima equivocada de algún rito oscuro? ¿Hizo algo que no debería haber hecho, mientras los dos hombres jóvenes practicaban en su intento de gloria y dominación? ¿Es posible que Ariana Dumbledore fuera la primera persona en morir "por el bien más grande"?

El capítulo terminaba ahí, y Harry levantó la vista. Hermione había llegado al final de la página antes que él. Apartó el libro de las manos de Harry, algo alarmada por su expresión y lo cerró sin mirarlo, como si escondiera algo indecente.

- Harry.

Pero él sacudió la cabeza. Algunas de sus certezas interiores se quebraron dentro de él; era exactamente lo que había sentido después de que Ron se fuera. Había confiado en Dumbledore, le había creído la encarnación de la bondad y la sabiduría. Todo eran cenizas: ¿Cuánto más podía perder? Ron, Dumbledore, la varita de fénix…

- Harry.- Parecía haberle leído los pensamientos.- Escúchame. No…no es una lectura muy precisa.

- Ya, podría decirse que…

- No te olvides, Harry, que está escrito por Rita Skeeter.

- ¿Leíste la carta a Grindelwald, no?

- Sí, yo…sí.- Dudó, pareciendo disgustada, con el té entre sus manos frías.

- Creo que esa es la peor parte. Sé que Bathilda creyó que era sólo por hablar, pero "Por el bien más grande" se convirtió en el eslogan de Grindelwald, su justificación para todas las atrocidades que cometió más tarde. Y…de esto…parece que como si Dumbledore le hubiera dado la idea. Se dice que "Por el bien más grande" estaba incluso grabado en la entrada de Nurmengard.

- ¿Qué es Nurmengard?

- La prisión que Grindelwald había construido para encarcelar a sus oponentes. Terminó siendo para él mismo, una vez que Dumbledore le capturó. De todas maneras, es… es una idea horrible que las ideas de Dumbledore ayudaran a Grindelwald a subir al poder. Aunque por otro lado, incluso Rita no puede hacer creer que se conocían el uno al otro más que de unos pocos meses de un verano, cuando ambos eran en realidad muy jóvenes, y…

- Sabía que dirías eso- dijo Harry. No quería dejar descargar su cólera sobre ella, pero era difícil mantener constante la voz.- Sabía que dirías "Eran jóvenes". Pero tenían la misma edad que tenemos ahora nosotros. Y aquí estamos, arriesgando nuestras vidas para luchar contra las Artes Oscuras, mientras que él, junto a su nuevo mejor amigo, estaba tramando su ascenso al poder sobre los Muggles.

Su humor no se mantendría controlado por mucho tiempo más: se levantó y se paseó un poco, intentando calmarse un poco.

- No trato de defender lo que Dumbledore escribió- dijo Hermione.- Todas esas tonterías de "el derecho a regular", es lo mismo que "Magia es Poder" por todas partes. Pero Harry, su madre acababa de morir, estaba encerrado solo en casa…

- ¿Solo? ¡No estaba solo! Tenía a su hermano y a su hermana para hacerle compañía, su hermana Squib a quien él intentaba mantener encerrada…

- No lo creo- dijo Hermione. Se levantó también.- Fuera lo que fuera que estuviera mal en esa chica, no creo que fuera una Squib. El Dumbledore que conocimos, nunca, jamás ha permitido…

- ¡El Dumbledore que creíamos conocer no quería conquistar a los Muggles por la fuerza!

Harry gritó, haciendo eco con su voz en lo alto de la colina vacía, y algunos pájaros negros se elevaron en el aire, graznando y haciendo espirales hacia el cielo perlado.

- ¡Cambió, Harry, cambió! ¡Es tan sencillo como eso! ¡Quizás creyó esas cosas cuando tenía diecisiete años, pero todo el resto de su vida estuvo dedicado a luchar contra las Artes Oscuras! ¡Fue Dumbledore el que capturó a Grindelwald, el que

siempre votó a favor de la protección de los Muggles y los derechos de los nacidos de Muggles, el que luchó contra Quien-Tú-Sabes desde el principio y el que murió intentando reducirle!

El libro de Rita estaba en el suelo entre ellos, de forma que la cara de Dumbledore les sonreía tristemente a los dos.

- Harry, lo siento, pero creo que la verdadera razón por la que estás tan enfadado es que Dumbledore nunca te contó nada de todo esto por sí mismo.

- ¡Puede ser que lo esté!- Harry gritó, y lanzó los brazos por encima de la cabeza, sin saber bien si estaba intentando dominar su ira o protegerse a sí mismo del peso de su propia desilusión.- ¡Mira lo que me pidió, Hermione! ¡Arriesga tu vida, Harry! ¡Y otra vez! ¡Y otra! ¡Y no esperes que te explique nada, sólo confía en mí ciegamente, confía en que sé lo que estoy haciendo, confía en mí incluso si yo no confío en ti! ¡Nunca la verdad completa! ¡Nunca!

Su voz se rompió con la tensión y se quedaron mirándose el uno al otro, en la blancura y el vacío, y Harry sintió que eran como insignificantes insectos bajo el amplio cielo.

- Te quería - susurró Hermione.- Sé que te quería.

Harry dejó caer sus brazos.

- No sé a quién quería, Hermione, pero nunca fui yo. Esto no es amor, el lío que me ha dejado. Compartió su maldita visión de lo que pensaba en realidad con Gellert Grindelwald, eso es más de lo que nunca compartió conmigo.

Harry recogió la varita de Hermione, que había dejado caer en la nieve y se sentó otra vez en la entrada de la tienda.

- Gracias por el té. Yo terminaré la vigilancia. Vuelve adentro.

Ella dudó, pero reconoció la despedida. Recogió el libro y caminó de vuelta a la tienda sobrepasando a Harry y mientras lo hacía, rozó levemente lo alto de la cabeza de Harry con su mano. Él cerró los ojos al tocarle y se odió a sí mismo por desear que lo que ella había dicho fuera verdad: que Dumbledore realmente le había querido.

Capítulo 19

La Cierva Plateada

Estaba nevando para cuando Hermione lo reemplazó a medianoche. Los sueños de Harry fueron confusos y perturbadores: Nagini se deslizaba dentro y fuera de ellos, primero a través de un gigantesco anillo roto, después a través de una corona navideña de rosas. Despertó repetidamente, en pánico, convencido que alguien había llamado su nombre en la distancia, imaginando que el viento que azotaba alrededor de la tienda de campaña eran pisadas o voces.

Finalmente se levantó en la oscuridad y se unió a Hermione, quien estaba acurrucada a la entrada de la tienda leyendo Historia de la Magia bajo la luz de su varita. La nieve aún caía densamente, y ella recibió con alivio su sugerencia de empacar sus cosas temprano y seguir adelante.

-Iremos a algún lugar más resguardado- asintió, temblando mientras se ponía una sudadera sobre sus pijamas-. Seguía pensando que podía oír a gente moviéndose afuera. Incluso pensé ver a alguien en una o dos ocasiones.

Harry se detuvo en el acto de ponerse un yérsey y dirigió una mirada al silencioso y quieto chivatoscopio sobre la mesa.

-Estoy segura que lo imaginé- dijo Hermione, luciendo nerviosa-. La nieve, en la oscuridad, le juega trucos a tus ojos... ¿Pero quizás deberíamos Desaparecer bajo la capa de invisibilidad, sólo por si acaso?

Media hora después, con la tienda empacada, Harry usando el Horcrux y Hermione sujetando el bolso con cuentas**,** se Aparecieron. La usual estrechez los engulló; los pies de Harry se separaron del suelo cubierto de nieve, y luego golpearon fuertemente contra lo que se sentía como tierra congelada y cubierta con hojas.

-¿Dónde estamos?- preguntó, asomándose en torno una fresca masa de árboles mientras Hermione abría el bolso con cuentas y comenzaba a tirar de los postes de la tienda.

-En el Bosque de Dean- respondió ella-. Una vez vine aquí a acampar con mamá y papá.

Allí también yacía la nieve en los árboles todo a su alrededor y estaba amargamente frío, pero al menos estaban protegidos del viento. Pasaron la mayor parte del día dentro de la tienda, acurrucados por el calor en torno a las útiles llamas azul brillante que Hermione era tan adepta a producir, y que podían ser cogidas con las manos y llevadas en un frasco de vidrio. Harry sentía como si se estuviese recuperando de una breve pero grave enfermedad, una impresión reforzada por la ansiedad de Hermione. Aquella tarde copos frescos cayeron sobre ellos, por lo que incluso su refugio en el claro tenía una fresca capa de la fina nieve.

Luego de dos noches de poco sueño, los sentidos de Harry parecían más alertas que lo usual. Su escape del Valle de Godric había sido por un pelo, tanto así que Voldemort de algún modo parecía más cerca que antes, más amenazante. Mientras la oscuridad se acercaba nuevamente, Harry rechazó la oferta de Hermione de hacer guardia y le dijo que se fuera a la cama.

Harry movió un viejo cojín a la entrada de la tienda y se sentó, usando todos los suéteres que poseía, pero aún así temblaba. La oscuridad se hizo más profunda en las horas que pasaron hasta que se hizo casi impenetrable. Harry se encontraba a punto de sacar el Mapa del Merodeador para poder observar el puntito de Ginny por un momento, antes de recordar que eran las vacaciones de Navidad, y que ella estaría de regreso en la Madriguera. Cada diminuto movimiento parecía amplificado en la vastedad del bosque. Harry sabía que debía estar lleno de criaturas vivientes, pero deseaba que todas se quedaran quietas y en silencio para poder separar su inocente escabullir y merodear de sonidos que pudieran proclamar otros movimientos siniestros. Recordaba el sonido de una capa deslizándose sobre hojas muertas hace muchos años, y de inmediato pensó haberlo oído nuevamente antes de sacudirse mentalmente. Sus encantamientos de protección habían funcionado por semanas; ¿por qué tendrían que romperse ahora? Y aún así no podía sacudirse de encima el sentimiento de que algo era diferente esa noche.

Varias veces se irguió bruscamente, con el cuello adolorido por quedarse dormido, desplomado en un mal ángulo contra el costado de la tienda. La noche había alcanzado tal nivel de aterciopelada negrura que podría haber estado suspendido en el limbo entre la Desaparición y la Aparición. Acababa de alzar una mano en frente de su rostro para ver si podía distinguir sus dedos cuando ocurrió.

Se puso en pie de un salto, su voz congelada en su garganta, y alzó la varita de Hermione. Entrecerró los ojos a medida que la luz se volvía cegadora, las siluetas de los árboles en frente de ésta completamente negras, y aquella cosa seguía acercándose...

Y entonces la fuente de la luz apareció con un paso de detrás de un roble. Era una cierva entre blanca y plateada, brillante como la luna y deslumbrante, caminando con cuidado sobre el suelo, aún en silencio, y sin dejar huellas de pezuñas en la fina

capa de nieve. La cierva caminó hacia él, su hermosa cabeza con sus enormes ojos y largas pestañas sostenida en alto.

Harry observó a la criatura, lleno de asombro, no a su rareza, sino a su inexplicable familiaridad. Sentía como si hubiera estado esperando a que ella llegara, pero que lo había olvidado, hasta aquel momento, en el que habían acordado encontrarse. Su impulso de llamar a Hermione, el cual había sido tan fuerte hacía tan sólo unos momentos, había desaparecido. Sabía, y hubiese apostado su vida en ello, que ella había venido por él, y sólo por él.

Se miraron el uno al otro por largos momentos y luego ella dio media vuelta y comenzó a alejarse.

-No- dijo, y su voz se quebró por falta de uso-. ¡Regresa!

Ella continuó dando pasos deliberadamente entre los árboles, y pronto su brillo fue apagado por sus gruesos troncos negros. Por un agonizante segundo dudó. La precaución murmuraba que podía ser un truco, una carnada, una trampa. Pero un instinto, un abrumador instinto, le decía que aquello no era magia oscura. Partió en su persecución.

La nieve crujía bajo sus pies, pero la cierva no producía sonido alguno mientras pasaba entre los árboles, pues no era nada más que luz. Más y más profundo en el bosque lo llevó, y Harry caminaba rápidamente, seguro que cuando ella se detuviera le permitiría acercársele apropiadamente. Y entonces ella hablaría y la voz le diría lo que necesitaba saber.

Finalmente ella se detuvo. Ella volteó su hermosa cabeza una vez más hacia él, y Harry comenzó a correr, una pregunta ardiendo en su interior, pero a la vez que abría sus labios para pronunciarla, la cierva desapareció.

Aunque la oscuridad la había tragado por completo, su lustrosa imagen estaba aún impresa en sus retinas; oscurecía su visión, aumentando en luminosidad cuando cerraba los párpados, desorientándolo. Ahora venía el miedo: su presencia había significado seguridad.

-¡Lumos!- susurró, y la punta de su varita se encendió.

La impresión de la cierva desaparecía con cada abrir y cerrar de sus ojos mientras estaba parado allí, escuchando los sonidos del bosque, hasta los distantes crujidos de ramas, y suaves silbidos de la nieve. ¿Estaba a punto de ser atacado? ¿Lo

había enviado la cierva a una emboscada? ¿Se estaba imaginando que alguien estaba parado más allá del alcance de la luz de su varita, observándolo?

Alzo la varita un poco más alto. Nadie se le acercó corriendo, ningún destello de luz verde de detrás de un árbol. ¿Por qué, entonces, la cierva lo había guiado hasta aquel lugar?

Algo reflejó la luz de su varita, y Harry volteó con velocidad, pero todo lo que allí se encontraba era un pequeño, congelado lago, su negra, trizada superficie brillando al levantar su varita más alto para examinarlo.

Avanzó con algo de precaución y miró hacia abajo. El hielo reflejaba su distorsionada sombra y el haz de luz, pero profundo debajo de la gruesa, y gris neblinosa caparazón, algo más brillaba. Una gran cruz plateada...

Su corazón dio un salto: se dejó caer a sus rodillas al borde del lago, e inclinó su varita de modo de inundar el fondo de ésta con la mayor cantidad de luz posible. Un indicio de rojo oscuro... era una espada con destellantes rubíes en su empuñadura... La espada de Gryffindor yacía en el fondo de este lago en el bosque.

Apenas respirando, la miró detenidamente. ¿Cómo era aquello posible? ¿Cómo puede haber llegado hasta el fondo de un lago del bosque, tan cerca de donde estaban acampando? ¿Había una extraña magia atraído a Hermione a aquel lugar, o era la cierva, la cual el creía era un Patronus, alguna especie de guardián del lago? ¿O fue la espada ubicada en el lago después que ellos llegaran, precisamente por el hecho de que estaban allí? En ese caso, ¿dónde estaba la persona que deseaba que Harry la encontrara? Una vez más dirigió la varita a los árboles y arbustos que lo rodeaban, buscando una silueta humana, el brillo de un ojo, pero no podía ver a nadie ahí. Fuese como fuese, un poco de miedo estimuló su entusiasmo cuando regresó su atención a la espada que reposaba en el fondo del lago congelado.

Apuntó la varita a la forma plateada y murmuró:

-Accio espada.

Ésta no se movió. Y no había esperado que lo hiciera. Su hubiera sido así de fácil, la espada hubiese estado tirada en el piso lista para ser recogida, no en las profundidades de un charco congelado. Rodeó el círculo de hielo, pensando sobre la última vez que la espada había llegado a sus manos. En esa ocasión había estado en grave peligro, y había pedido ayuda.

-Ayuda- murmuró, pero la espada permaneció en el fondo del charco, indiferente, inmóvil.

¿Qué era, Harry se preguntó a sí mismo (caminando una vez más), lo que Dumbledore le había dicho la última vez que había recobrado la espada? Sólo un verdadero Gryffindor podría haberla sacado del sombrero. ¿Y cuáles eran las cualidades que definían a Gryffindor? Una pequeña vocecilla dentro de su cabeza le respondió: Su osadía, temple y caballerosidad ponen aparte a los de Gryffindor.

Harry dejó de caminar y soltó n largo suspiro, su blanco aliento dispersándose rápidamente en el aire congelado. Sabía lo que tenía que hacer. Si era honesto consigo mismo, había pensado que llegaría a esto desde el momento en que posó sus ojos sobre la espada a través del hielo.

Dio un rápido vistazo a los árboles que lo rodeaban una vez más, pero estaba convencido ahora de que nadie iba a atacarlo. Habían tenido la oportunidad mientras caminaba solo a través del bosque, y una aún mayor oportunidad mientras examinaba el charco. El único motivo para retrasar lo inevitable a este punto era porque el inmediato prospecto era tan poco invitador.

Con dedos entumecidos, Harry comenzó a remover sus numerosas capas de ropa. Dónde entraba la 'caballerosidad' en este asunto, pensó apesumbrado, no estaba del todo seguro, a no ser que contara como caballeroso el no llamar a Hermione para hacerlo en su lugar.

Una lechuza ululó en algún lugar mientras se desvestía, y pensó con un dolor agudo en Hedwig. Ahora estaba tiritando, sus dientes castañeteando horriblemente, y aun continuó desvistiéndose hasta que al fin quedó en pie sólo en su ropa interior, descalzo en la nieve. Dejó el bolso que contenía su varita, la carta de su madre, el fragmento del espejo de Sirius, y la vieja snitch sobre su ropa, y luego apuntó la varita de Hermione al hielo.

-Diffindo.

El hielo se quebró con el sonido de un disparo en el silencio. La superficie del charco se rompió y pedazos de oscuro hielo se mecieron sobre el agua inquieta. Por lo que Harry podía juzgar, no era muy profunda, pero para recuperar la espada necesitaría sumergirse por completo.

Contemplar la tarea que tenía por enfrente no la haría más fácil ni al agua más tibia. Se detuvo al borde del charco y apoyó la varita de Hermione en el suelo aún encendida. Entonces, intentando no imaginar cuánto más frío estaría en unos momentos o qué tan violentamente estaría pronto temblando, saltó.

Cada poro de su cuerpo gritó en protesta. El mismo aire en sus pulmones pareció congelarse hasta el punto de solidificación a medida que se sumergió hasta los hombros en el agua congelada. Apenas podía respirar: temblando tan violentamente que el agua

lamía los bordes del charco, buscó la hoja con sus pies entumecidos. Sólo quería zambullirse por completo una vez.

Harry pospuso el momento de sumergimiento total segundo a segundo, jadeando y temblando, hasta que se dijo a sí mismo que tenía que hacerse, juntó todo su coraje, y se zambulló.

El frío era agonía: Lo atacó como el fuego. Su propio cerebro parecía haberse congelado mientras se impulsaba a través del agua oscura hasta el fondo y estiro su brazo, buscando la espada a tientas. Sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura; la tiró hacia arriba.

Entonces algo se cerró alrededor de su cuello. Pensó que podían ser algas, aunque nada lo había rozado al zambullirse, y alzó una mano para liberarse. No era ningún alga: la cadena del Horcrux se había apretado y estaba lentamente apretando su tráquea.

Harry pateó salvajemente, intentando empujarse hacia la superficie, pero sólo se impulsó hacia el rocoso costado del lago. Pataleando, sofocándose, intentando tirar de la cadena que lo estrangulaba, sus dedos congelados incapaces de soltarla, y ahora pequeñas luces estaban apareciendo dentro de su cabeza, y se iba a ahogar, ya no quedaba nada, nada que pudiera hacer, y los brazos que se cerraron alrededor de su peco eran seguramente los de la Muerte...

Tosiendo y con arcadas, empapado y más frío de lo que jamás había estado en su vida, cayó boca abajo en la nieve. En alguna parte, cerca, otra persona estaba jadeando y tosiendo y tambaleándose, como ella había llegado cuando la serpiente atacó... pero no sonaba como ella, no con esa tos profunda, no juzgando por el peso de sus pisadas...

Harry no tenía fuerza para levantar su cabeza y ver la identidad de su salvador. Todo lo que podía hacer era alzar una mano temblorosa a su garganta y sentir el lugar donde relicario se había enterrado en su carne. Ya no estaba. Alguien había cortado la cadena para liberarlo. Entonces una voz jadeante le habló por sobre su cabeza.

-¿Acaso -- estás -- loco?

Nada diferente de la sorpresa de escuchar esa voz podría haber dado a Harry la fuerza para levantarse. Temblando violentamente, se puso en pie tambaleándose. Ahí en frente suyo estaba Ron, vestido por completo pero empapado hasta los huesos, su cabello pegado a su rostro, la espadad e Gryffindor en una mano y el Horcrux colgando de su cadena rota en la otra.

-¿Por qué demonios- jadeó Ron, alzando el Horcrux, el cual se balanceaba hacia a delante y hacia atrás en su cadena acortada como una parodia de hipnosis- no te sacaste esta cosa antes de tirarte al agua?

Harry no podía responder. La cierva plateada no era nada, nada comparada con la aparición de Ron; no podía creerlo. Tiritando de frío, tomó la pila de ropa que aún yacía al borde del agua y comenzó a ponérsela. Mientras pasaba suéter tras suéter por sobre su cabeza, Harry miraba a Ron, una parte de él esperando que desapareciera cada vez que le quitaba los ojos de encima, pero aún así tenía que ser real: Acababa de zambullirse en el lago, le había salvado la vida a Harry.

-¿Eras t-tú?- dijo Harry finalmente, sus dientes castañeteando, su voz más débil de lo usual debido a su casi-estrangulamiento.

-Bueno, sí- dijo Ron, luciendo un tanto confundido.

-¿Tú conjurase a la cierva?

-¿Qué? ¡No, por supuesto que no! ¡Pensé que eras tú el que lo había hecho!

-Mi Patronus es un ciervo.

-Oh, sí. Pensé que se veía algo diferente. Sin cornamenta.

Harry volvió a colgar el bolso de Hagrid alrededor de su cuello, se puso el último sweater, se agachó para recoger la varita de Hermione, y enfrentó a Ron nuevamente.

-¿Cómo es que estás aquí?

Aparentemente Ron había esperado que ese tema apareciera más tarde, o nunca.

-Bueno, yo -- ya sabes -- He regresado. Si - aclaró su garganta-. Tú sabes. Aún me quieres.

Hubo una pausa, en la cual la partida de Ron parecía alzarse entre ellos como un muralla. Pero ahora estaba aquí. Había regresado. Acababa de salvar la vida de Harry.

Ron bajó la vista hacia sus manos. Por un momento pareció sorprendido de ver las cosas que estaba sosteniendo.

-Oh sí, la saqué del lago- dijo, bastante innecesariamente, sosteniendo la espada para que Harry la inspeccionara-. Es por eso que saltaste al agua, ¿verdad?

-Sí- dijo Harry-, pero no lo comprendo. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Cómo nos encontraste?

-Larga historia- dijo Ron-. Los he estado buscando por horas, es un bosque grande, ¿no es así? Y justo estaba pensando que tendría que dormir bajo un árbol y esperar a la mañana cuando vi a ese ciervo aparecer y a ti siguiéndolo.

-¿No viste a nadie más?

-No- dijo Ron-. Yo...

Pero dudó, dirigiendo una mirada a dos árboles que crecían muy juntos a un par de metros de distancia.

-Me pareció ver algo moviéndose por ahí, pero en ese momento estaba corriendo hacia el lago, porque te habías lanzado y no habías reaparecido, así que no iba a desviarme por -- ¡oye!

Harry ya estaba corriendo hacia el lugar que Ron había indicado. Lo dos robles crecían apegados; sólo había una separación de unas cuantas pulgadas entre los troncos al nivel de los ojos, un lugar ideal para poder ver y no ser visto, y Harry no podía ver ningún signo de pisadas. Regresó caminando hacia donde Ron estaba esperando, sosteniendo aún la espada y el Horcrux.

-¿Encontraste algo?- preguntó Ron.

-No- dijo Harry.

-¿Entonces cómo llegó la espada al lago?

-Quien sea que conjuró el Patronus debe haberla puesto ahí.

Ambos miraron la ornada espada plateada, su empuñadura incrustada de rubíes brillaba intermitentemente bajo la luz de la varita de Hermione.

-¿Crees que sea la real?- preguntó Ron.

-Sólo hay una manera de averiguarlo, ¿no?- dijo Harry.

El Horcrux aún se balanceaba, colgando de la mano de Ron. El relicario parecía tirar levemente de su cadena. Harry sabía que lo que estaba en su interior estaba agitado nuevamente. Había sentido la presencia de la espada y había intentado asesinar a Harry en lugar de permitir que la poseyera. Harry miró a sus alrededores, sosteniendo en alto la varita de Hermione, y vio el lugar: una roca más o menos plana descansaba a la sombra de un árbol sicómoro.

-Ven aquí- dijo, y lo guió al lugar, apartando la nieve de la superficie de la roca, y estiro su mano por el horcrux. Cuando Ron le ofreció la espada, si embargo, Harry negó con su cabeza.

-No, tú deberías hacerlo.

-¿Yo?- dijo Ron, luciendo sorprendido-. ¿Por qué?

-Porque tú recuperaste la espada del lago. Creo que se supone que seas tú quien lo haga.

No estaba siendo amable ni generoso. Y tan ciertamente como había sabido que la cierva era benigna, sabía que Ron debía ser quien blandiera la espada. Al menos Dumbledore le había enseñado algo a Harry sobre ciertos tipos de magia, y el incalculable poder de ciertos actos.

-Voy a abrirlo- dijo Harry-, y tú lo apuñalarás. Lo harás de inmediato, ¿de acuerdo? Porque lo que sea que está aquí adentro va a pelear de vuelta. El pedazo de Riddle que estaba en el Diario intentó matarme.

-¿Cómo vas a abrirlo?- preguntó Ron. Parecía aterrado.

-Se lo voy a pedir, hablando en parsel- dijo Harry. La respuesta llegó con tanta facilidad a sus labios que pensó que siempre la había sabido en el fondo: Quizás el encuentro reciente con Nagini había bastado para hacerlo darse cuenta de ello. Miró a la serpentina S, incrustada con brillantes piedras verdes: era fácil visualizarla como una minúscula serpiente, enroscada sobre la fría piedra.

-¡No!- dijo Ron-. ¡No lo abras! ¡Hablo en serio!

-¿Por qué no?- preguntó Harry-. Deshagámonos de la condenada cosa, ya van meses --

-No puedo hacerlo, Harry, lo digo en serio -- hazlo tú --

-¿Pero por qué?

-¡Porque esa cosa me hace mal!- dijo Ron, alejándose del relicario que yacía sobre la roca-. ¡No puedo hacerlo! No voy a inventar excusas, por cómo me comporté, pero me afecta más a mí que a ti y a Hermione, me hizo pensar cosas -- cosas que de todos modos estaba pensando, pero lo empeoró todo. No puedo explicarlo, y luego me lo sacaba y ordenaría mis pensamientos otra vez, y luego tendría que volver a ponerme esa cosa -- ¡No puedo hacerlo Harry!

Se había apartado, arrastrando la espada a su lado, sacudiendo su cabeza.

-Puedes hacerlo- dijo Harry- ¡puedes! Tú tienes la espada, sé que se supone que seas tú quien debe usarla. Por favor deshazte de él, Ron.

El sonido de su nombre pareció servir como un estimulante. Ron tragó saliva, entonces aún respirando con dificultad por su larga nariz, caminó de regreso hacia la roca.

-Dime cuándo- dijo con voz rasposa.

-A la cuenta de tres- dijo Harry, mirando nuevamente al relicario y entrecerrando sus ojos, concentrándose en la letra S, imaginando una serpiente, mientras los contenidos del relicario se retorcían como una cucaracha. Hubiera sido fácil sentir lástima, pero el corte al rededor del cuello de Harry aún ardía.

-Uno... dos... tres... *ábrete*.

La última palabra fue pronunciada como un siseo y un gruñido, y las puertas doradas del relicario se abrieron de golpe con un suave chasquido.

Detrás de las dos ventanas de vidrio en su interior parpadearon dos ojos vivos, oscuros y bellos como lo habían sido los ojos de Tom Riddle antes que los convirtiera en unos rojos y con pupilas alargadas.

-Apuñálalos- dijo Harry, sosteniendo el relicario con firmeza contra la roca.

Ron alzó la espada con manos temblorosas: La punta colgaba sobre los ojos que giraban desesperadamente, y Harry apretó el relicario fuertemente, preparándose, imaginándose ya la sangre brotando de las ventanas vacías.

Entonces una voz siseó desde el interior del Horcrux.

-*He visto tu corazón, y es mío.*

-¡No lo escuches!- dijo Harry con fuerza- ¡Apuñálalo!

-*He visto tus sueños, Ronald Weasley, y he visto tus miedos. Todo lo que deseas es posible, pero todo lo que temes es posible también...*

-¡Hazlo!- gritó Harry, su voz rebotando en los árboles que los rodeaban, la punta de la espada tembló, y Ron miró dentro de los ojos de Riddle.

-*El menos amado, siempre, por la madre que deseaba una hija... El menos amado, ahora, por la muchacha que prefiere a tu amigo... El segundo mejor, siempre, eternamente en las sombras de otro...*

-¡Ron, apuñálalo ahora!- rugió Harry: Podía sentir el relicario temblando en sus manos y estaba asustado de lo que estaba por venir. Ron alzó la espada aún más alto, y mientras hacía esto, los ojos de Riddle brillaron de color escarlata.

Fuera de las ventanas del relicario, fuera de los ojos, afloraron como dos grotescas burbujas las cabezas de Harry y Hermione, raramente distorsionadas.

Ron dio un grito de sorpresa y se alejó mientras las figuras brotaban del relicario, primero pechos, lego cinturas, después piernas, hasta que estaban paradas sobre el relicario, lado a lado como árboles con raíces compartidas, oscilando sobre Ron y el verdadero Harry, quien había apartado sus manos del relicario que, súbitamente, lo quemó como acero al rojo vivo.

-¡Ron!- gritó, pero el Riddle-Harry estaba hablando ahora con la voz de Voldemort y Ron observaba, como hipnotizado, su rostro.

-*¿Por qué regresaste? Estábamos mejor sin ti, más felices sin ti, contentos con tu ausencia... nos reíamos de tu estupidez, tu cobardía, tu presunción...*

-*¡Presunción!*- repitió la Riddle-Hermione como un eco, quien era más bella y aún más terrible que la verdadera Hermione: Ella se mecía, riendo, frente a Ron, quien miraba horrorizado, pero paralizado, con la espada colgando inútil a su lado-. *¿Quién podría mirarte, quién jamás te miraría a ti, al lado de Harry Potter? ¿Qué has hecho, comparado con el Elegido? ¿Qué eres tú, comparado con El-Niño-Que-Vivió?*

-¡Ron, apuñálalo, APUÑÁLALO!- gritó Harry, pero Ron no se movió. Sus ojos estaban muy abiertos, y el Riddle-Harry y la Riddle-Hermione se reflejaban en ellos, sus cabellos arremolinándose como llamas, sus ojos de un rojo brillante, sus voces alzadas en un malvado dueto.

-*Tu madre confesó*- se mofó Riddle-Harry, mientras Riddle-Hermione lo provocaba-, *que ella hubiera preferido tenerme a mí como hijo, que felizmente cambiaría...*

-*Quién no lo preferiría, qué mujer te elegiría a ti, no eres nada, nada, nada comparado con él*- canturreó Riddle-Hermione con voz suave, y ella se estiró como una serpiente y se enredó al rededor de Riddle-Harry, envolviéndolo en un cercano abrazo: Sus labios se juntaron.

En el suelo en frente de ellos, el rostro de Ron se llenó de angustia. Alzó la espada, con sus brazos temblorosos.

-¡Hazlo, Ron!- gritó Harry.

Ron lo miró directamente, y Harry pensó haber visto un indicio de escarlata en sus ojos.

-¿Ron --?

La espada brillo, y embistió: Harry se apartó de un salto hacia un lado, y escuchó el ruido sordo del metal y un largo, extendido grito. Harry dio media vuelta, resbalándose en la nieve, con la varita alzada y listo para defenderse, pero no había nada contra qué pelear.

Las monstruosas versiones de sí mismo y hermione ya no estaban: Sólo estaba Ron, parado allí con la espada sostenida sueltamente en su mano, mirando hacia abajo a los destrozados restos del relicario sobre la piedra plana.

Lentamente, harry caminó de regreso hacia él, sin saber exactamente qué decir o hacer. Ron estaba respirando con dificultad: Sus ojo ya no tenía nada de rojo, sino que habían regresado a su normal color azul: también estaban mojados.

Harry se agachó, pretendiendo que no lo había visto, y recogió el Horcrux roto. Ron había atravesado el vidrio de ambas ventanas: Los ojos de Riddle habían desaparecido, y el manchado forro de seda del relicario estaba humeando levemente. La cosa que habitaba el Horcrux se había desvanecido; torturar a Ron había sido su último acto. La espada tañó al ser soltada por Ron. Se había dejado caer a sus rodillas, sosteniendo su cabeza en sus brazos. Estaba temblando, pero Harry se dio cuenta que no era debido al frío. Harry metió el destrozado relicario en su bolsillo, se arrodilló junto a Ron, y posó cuidadosamente una mano sobre su hombro. Tomó como un buen sino el hecho de que Ron no la apartó.

-Después que te fuiste- dijo con una voz baja, agradecido por el hecho de que el rostro de Ron estaba oculto-, ella lloró por una semana. Probablemente más, sólo que no quería verme. Hubo muchas noches en que no nos hablamos el uno al otro. Sin ti...

No pudo terminar la oración; era sólo ahora que Ron estaba aquí nuevamente que Harry se dio cuenta por completo de cuánto les había costado su ausencia.

-Hermione es como mi hermana- continuó-. La amo como a una hermana y me imagino que ella siente lo mismo por mí. Siempre ha sido así. Pensé que lo sabías.

Ron no respondió, sino que apartó su rostro de Harry y se sonó la nariz ruidosamente en su manga. Harry se puso en pie nuevamente y caminó hacia donde la enorme mochila de Ron se encontraba a unos metros, tirada en el piso cuando Ron corrió hacia el lago para salvar a Harry de ahogarse. La colgó sobre su propia espalda y caminó de vuelta hacia Ron, quien se puso en pie con torpeza mientras Harry se acercaba, sus ojos rojo pero compuesto aparte de eso.

-Lo siento- dijo con voz ahogada-. Lamento haberme marchado. Sé que fui un -- un --

Miró alrededor a la oscuridad, como esperando que una palabra lo suficientemente mala apareciera de la nada.

-Esta noche lo compensaste- dijo Harry-. Tomar la espada. Acabar con el Horcrux. Salvar mi vida.

-Eso me hace sonar más genial de lo que en realidad fui- murmuró Ron.

-Ese tipo de cosas siempre suenan más geniales de lo que en verdad son- dijo Harry-. He estado intentando decírtelo por años.

Simultáneamente se acercaron y se abrazaron el uno al otro, Harry agarrando la parte posterior de la aún empapada chaqueta de Ron.

-Y ahora- dijo Harry al separarse-, todo lo que tenemos que hacer es encontrar la tienda una vez más.

Pero no fue algo difícil. Aunque la caminata a través del oscuro bosque con la cierva había parecido larga, con Ron a su lado el camino de regreso pareció tomar sorprendentemente muy poco tiempo. Harry no podía esperar a despertar a Hermione, y fue con creciente emoción que entró a la tienda, con Ron caminando un poco más lento detrás suyo.

Estaba gloriosamente tibio en el interior después del lago y el bosque, la única iluminación eran las llamas azules que continuaban brillando en un tazón en el piso. Hermione estaba profundamente dormida, hecha un ovillo bajo las sábanas, y no se movió hasta que Harry la llamó varias veces por su nombre.

-¡Hermione!

Hermione se agitó, y luego se sentó con rapidez, apartando el cabello de su rostro.

-¿Qué sucede? ¿Harry? ¿Estás bien?

-Está bien, Hermione, todo está bien. Más que bien, estoy genial. Hay alguien aquí.

-¿A qué te refieres? ¿Quién --?

Entonces vio a Ron, quien esta parado allí sosteniendo la espada y estilando sobre la desgastada alfombra. Harry se dirigió hacia una esquina sumida en las sombras, descolgó la mochila de Ron de su espalda, e intentó mimetizarse con la lona.

Hermione se deslizó fuera de su litera y caminó como sonámbula hacia Ron, sus ojos mirando fijamente su rostro pálido. Se detuvo justo en frente de él, sus labios ligeramente separados, sus ojos abiertos enormemente. Ron esbozó una débil sonrisa esperanzada y alzó ambos brazos.

Hermione se le tiró encima y comenzó a golpear cada pulgada de Ron que podía alcanzar.

-¡Auch -- ay -- suéltame! ¿Qué de--? Hermione -- ¡AUCH!

-¡Tu -- completo -- *idiota* -- Ronald -- Weasley!

Marcó cada palabra con un golpe: Ron retrocedió, protegiendo su cabeza a medida que Hermione avanzaba.

-Te -- arrastras -- de -- regreso -- aquí -- después -- de -- semanas -- oh, ¿*dónde está mi varita*?

Parecía lista para luchar contra Harry para recuperarla de entre sus manos, y reaccionó instintivamente.

-¡Protego!

El invisible escudo surgió repentinamente entre Ron y Hermione. La fuerza de éste la impulsó hacia atrás y cayó al piso. Escupiendo el pelo fuera de su boca, se puso en pié una vez más.

-¡Hermione!- dijo Harry-. Cálm --

-¡No me voy a calmar!- gritó Hermione. Nunca antes la había visto perder el control de aquella manera; se veía bastante demente-. ¡Regrésame mi varita! ¡Regrésamela!

-Hermione, por favor --

-¡No me digas qué hacer, Harry Potter!- chilló-. ¡No te atrevas! ¡Regrésamela ahora! ¡Y TÚ!

Apuntó su dedo hacia Ron como una acusación: Era como una maldición, y Harry no pudo culpar a Ron por retroceder varios pasos.

-¡Salí corriendo detrás tuyo! ¡Te llamé! Te rogué que regresaras."

-Lo sé- dijo Ron-. Hermione, lo lamento, en verdad --

-¡Oh, lo *lamentas*!

Se rió con un agudo sonido fuera de control; Ron miró a Harry como pidiéndole ayuda, pero Harry sólo hizo una mueca con impotencia.

-Regresas después de semanas -- *semanas* -- ¿y piensas que todo estará bien si sólo dices que lo lamentas?

-Bueno, ¿qué más puedo decir?- gritó Ron, y Harry se alegró de que Ron le devolviera la pelea a Hermione.

-¡Oh, no lo sé!- gritó Hermione chorreando sarcasmo-. Busca en tu cerebro, Ron, sólo debería tomarte un par de segundos --

-Hermione- la interrumpió Harry, quien consideró lo que dijo un golpe bajo-, Ron acaba de salvar mi --

-¡No me importa!- gritó ella-. ¡No me importa lo que ha hecho! Semanas y semanas, podríamos haber estado *muertos* y el no se hubiera enterado --

-¡Sabía que no estaban muertos!- rugió Ron, ahogando su voz por primera vez, y acercándose lo más que podía con el encantamiento escudo entre ellos-. Harry aparece todo el tiempo en el Profeta, en todas las radios, los están buscando por todas partes,

todos estos rumores y locas historias, sabía que lo oiría de inmediato si ustedes estuvieran muertos, no sabes cómo ha sido esto --

-¿¿Cómo ha sido esto para *ti*??

Su voz no era tan aguda que sólo los murciélagos pudiesen oírla, pero había alcanzado un nivel de indignación que la dejó temporalmente sin palabras, y Ron aprovechó su oportunidad.

-Quise regresar el minuto que Desaparecí, pero me encontré de inmediato con una banda de Snatchers, Hermione, ¡y no podía ir a ninguna parte!

-¿Una banda de qué?- preguntó Harry, a la vez que Hermione se dejaba caer sobre una silla con sus brazos y piernas cruzados tan firmemente que parecía poco probable que pudiera desenredarlos por varios años.

-Snatchers- dijo Ron-. Están en todos lados -- bandas que intentan ganar oro reuniendo hijos de Muggles y traidores de sangre, hay una recompensa del Ministerio por cada persona capturada. Estaba solo y parezco tener la edad de un estudiante; se emocionaron bastante, pensaron que era un hijo de Muggle que se escondía. Tuve que hablar rápido para evitar ser arrastrado al Ministerio.

-¿Qué les dijiste?

-Les dije que era Stan Shunpike. Fue el primer nombre que se me vino a la mente.

-¿Y lo creyeron?

-No eran de los más inteligentes. Uno de ellos era definitivamente parte troll, su olor...

Ron miró a Hermione, claramente esperando que ella se suavizara ante esa pequeña instancia de humor, pero su expresión permaneció impasible sobre sus miembros anudados.

-De cualquier forma, tuvieron una discusión sobre si yo era Stan o no. Para ser honesto, fue algo patético, pero aún eran cinco de ellos y yo estaba solo, y habían tomado mi varita. Entonces dos de ellos comenzaron a pelear y mientras los otros estaban distraídos logré golpear al que me sostenía en el estómago, tomé su varita, desarmé al sujeto que tenía la mía, y Desaparecí. Pero no lo hice muy bien. Me escindí de nuevo- Ron levantó su mano derecha para mostrar las dos uñas que le faltaban: hermione alzó sus cejas fríamente-, y aparecí a millas de donde ustedes estaban. Para la hora que regresé la rivera donde habíamos estado... ustedes ya no estaban.

-Dios, qué historia más cautivadora- dijo Hermione en la altiva voz que adoptaba cuando deseaba herir a alguien-. Debes haber estado simplemente aterrado. Mientras tanto nosotros fuimos al Valle de Godric y, déjame pensar, ¿qué nos sucedió allí, Harry? Oh sí, la serpiente de Quien-Tú-Sabes apareció, casi nos mata a los dos, y luego el mismo Quien-Tú-Sabes llegó y nos perdió por sólo un segundo.

-¿Qué?- dijo Ron, mirando boquiabierto de ella a Harry, pero Hermione lo ignoró.

-¡Imagínate perder un par de uñas, Harry! Eso en verdad me hace ver nuestro sufrimiento desde una nueva perspectiva, ¿no es así?

-Hermione-, dijo Harry en voz baja-, Ron acaba de salvar mi vida.

Ella pareció no haberlo oído.

-Aunque una cosa que me gustaría saber-, dijo ella, fijando sus ojos en un punto a unos treinta centímetros sobre la cabeza de Ron-, es cómo exactamente nos encontraste esta noche. Eso es importante. Una vez que lo sepamos, seremos capaces de asegurarnos que no seamos visitados por nadie más que no queramos ver.

Ron la miró con rabia, después sacó un pequeño objeto plateado del bolsillo de sus jeans.

-Esto.

Ella tuvo que mirar a Ron para ver lo que les mostraba.

-¿El Apagador?- preguntó, tan sorprendida que olvidó lucir fría y feroz.

-No sólo enciende y apaga las luces- dijo Ron-. No tengo idea de cómo funciona ni por qué sucedió entonces y no en otro momento, porque he estado deseando volver desde el minuto en que me marche. Pero estaba escuchando la radio muy temprano la mañana de Navidad y escuché... te escuché a ti.

Estaba mirando a Hermione.

-¿Me oíste en la radio?- preguntó con incredulidad.

-No, te oí saliendo de mi bolsillo. Tu voz- levantó una vez más el Apagador- salió de esto.

-¿Y qué dije, exactamente?- preguntó Hermione, su tono en un punto entre el escepticismo y la curiosidad.

-Mi nombre. 'Ron.' Y luego dijiste... algo sobre una varita...

Hermione se tornó un fiero tono de escarlata. Harry lo recordaba: había sido la primera vez que el nombre de Ron había sido pronunciado en voz alta por cualquiera de

los dos desde el día que se había marchado; Hermione lo había mencionado cuando estaban hablando sobre reparar la varita de Harry.

-Así que lo saqué de mi bolsillo- continuó Ron, mirando al Apagador- y no lucía en lo más mínimo diferente ni nada parecido, pero estaba seguro de haberte oído. Así que lo abrí y lo encendí. Y la luz de mi habitación se apagó, pero otra luz apareció justo fuera de la ventana.

Ron levantó su mano vacía y apuntó frente de sí, sus ojos fijos en algo que ni Harry ni Hermione podían ver.

-Era una bola de luz, como pulsante, y azulada, como esa luz que se produce al rededor de un traslador, ¿saben?

-Sí- dijeron Harry y Hermione automáticamente.

-Sabía que lo era- dijo Ron-. Agarré mis cosas y las empaqué, tomé mi mochila y salí al jardín. La pequeña bola de luz estaba flotando allí, esperándome, y cuando salí comenzó a moverse y la seguí detrás del cobertizo y luego... bueno, se metió dentro de mí.

-¿Perdón?- dijo Harry, seguro de no haber oído correctamente.

-Flotó hacia mí- dijo Ron, ilustrando el movimiento con el dedo índice de su mano libre-, justo hacia mi pecho, y luego -- simplemente pasó a través de mí. Estaba aquí- indicó tocando un punto cercano a su cabeza-, podía sentirla, estaba caliente. Y una vez que estaba dentro de mí, supe lo que debía hacer. Sabía que me llevaría al lugar en el que necesitaba estar. Así que Desaparecí y aparecí en el lado de una colina. Había nieve en todos lados...

-Estuvimos ahí- dijo Harry-. ¡Pasamos dos noches en ese lugar, y la segunda noche no dejé de pensar que podía oír a alguien moviéndose en la oscuridad, y llamándome!

-Sí, bien, ese era yo- dijo Ron-. Tus hechizos de protección funcionan, de cualquier modo, porque no podía verlos y no podía oírlos. Estaba seguro de que estaban por ahí, en algún lado, así que al final me metí en mi saco de dormir y esperé a que uno de ustedes desapareciera. Pensé que tendrían que haberse mostrado cuando empacaron la tienda.

-En realidad no- dijo Hermione-. Hemos estado Desapareciendo bajo la capa de invisibilidad como precaución extra. Y nos marchamos muy temprano, porque como Harry dice, oímos a alguien moviéndose torpemente.

-Bien, me quedé en esa colina todo el día- dijo Ron-, esperando que aparecieran. Pero cuando comenzó a oscurecer supe que los había perdido, así que encendí el Apagador nuevamente, la luz azul salió y entró en mí como la vez anterior, y Desaparecí y aparecí en este bosque. Aún no podía verlos, así que sólo me quedaba esperar a que uno de ustedes se mostrara en el final -- y Harry lo hizo. Bueno, lo primero que vi fue la cierva, obviamente.

-¿Viste la qué?- preguntó Hermione repentinamente.

Le explicaron lo que había sucedido y mientras la historia de la cierva plateada y la espada en el lago se desarrollaban, Hermione frunció el ceño de uno de ellos al otro, concentrándose tan fuerte que olvidó mantener sus miembros entrelazados.

-¡Pero tiene que haber sido un Patronus!- dijo ella-. ¿Ninguno de ustedes puso ver quién lo conjuró? ¿No vieron a nadie? ¡Y los guió a la espada! ¡No puedo creerlo! ¿Qué sucedió entonces?

Ron explicó cómo había visto a Harry saltar en el lago, y había esperado a que emergiera; cómo se había dado cuenta de que algo no estaba bien, se lanzó al agua, y rescató a Harry, luego regresó por la espada. Llegó asta la parte en que abrieron el relicario, luego dudó, y Harry lo interrumpió.

- ... y Ron los apuñaló con la espada.

-Y... ¿y se fue? ¿Así de simple?- susurró.

-Bueno, él -- él gritó- dijo Harry con una rápida mirada de reojo a Ron-. Toma.

Le lanzó el relicario a su regazo; lo tomó entre sus manos cautelosamente y examinó sus ventanas perforadas.

Decidiendo que finalmente era una acción segura, Harry removió el encantamiento escudo con un movimiento de la varita de Hermione, y volteó hacia Ron.

-¿No acababas de decir que te escapaste de los Caza-recompensas con una varita de sobra?

-¿Qué?- dijo Ron, quien había estado mirando cómo Hermione examinaba el relicario-. Oh -- oh sí.

Con un tirón abrió una hebilla de su mochila, y sacó de un bolsillo una corta y oscura varita.

-Aquí tienes, pensé que era siempre útil tener un refuerzo.

-Tenías razón- dijo Harry, alcanzándola con su mano-. La mía está rota.

-¿Bromeas?- dijo Ron, pero en ese momento Hermione se puso en pie, y lució aprensivo una vez más.

Hermione puso el derrotado Horcrux en el bolso con cuentas, luego volvió a subir a su cama y se recostó sin una palabra más.

Ron le pasó a Harry la nueva varita.

-Es lo mejor que se puede esperar, creo- murmuró Harry.

-Sí- dijo Ron-. Podría haber sido peor. ¿Recuerdas esos pájaros que me tiró encima?

-Aún no lo he descartado- provino la voz de Hermione, ahogada desde debajo de sus sábanas, pero Harry vio a Ron sonreír levemente a la vez que sacaba su pijama marrón de su mochila.

Capítulo 20
Xenofilio Lovegood

Harry no esperaba que el enojo de Hermione disminuyera durante la noche, por lo tanto no le sorprendió que ella se comunicara principalmente con duras miradas y silencios al día siguiente. Ron respondió manteniendo un comportamiento extrañamente sombrío en su presencia, muestra clara de su remordimiento. De hecho, cuando los tres estaban juntos, Harry se sentía como el único no-doliente en un funeral poco concurrido. Sin embargo, durante los pocos momentos que pasaba a solas con Harry, (recogiendo agua o buscando hongos enterrados) Ron se volvía descaradamente feliz.

- Alguien nos ha ayudado – repetía – alguien envió ese ciervo. Alguien está de nuestro lado. Un Horcrux menos compañero!

Animados por la destrucción del medallón, se dedicaban a debatir la posible localización de los otros Horcruxes, y aunque habían discutido el tema con bastante frecuencia, Harry estaba optimista, seguro de que más pasos seguirían al primero. El enojo de Hermione no podría estropear su efervescente espíritu. El cambio repentino en su suerte, la aparición del misterioso ciervo, recuperar la espada de Gryfindor, y por sobre todo, el regreso de Ron, hicieron a Harry tan feliz que era difícil mantener la expresión seria.

Luego, en la tarde, él y Ron escaparon nuevamente de la ceñuda presencia de Hermione, y fingiendo registrar los deshojados arbustos en busca de moras, continuaron su intercambio de noticias. Harry finalmente se las ingenió para contarle a Ron la historia completa de sus andanzas con Hermione, incluyendo todo lo que ocurrió en el Valle de Godric; Ron estaba ahora poniendo a Harry al día sobre lo que había descubierto del ancho Mundo Mágico durante sus semanas fuera.

- Y como supieron del Tabú?- le preguntó a Harry después de explicarle sobre los muchos y desesperados intentos de los hijos de muggles por escapar del Ministerio.

- El qué?

- Tú y Hermione han dejado de mencionar el nombre de ya-sabes-quien!

- Oh, si, bueno, es un mal hábito en el que hemos caído – dijo Harry – Pero yo no tengo ningún problema con llamarlo V…

- No! – gritó Ron, haciendo que Harry saltara entre los arbustos y que Hermione, que estaba a la entrada de la tienda con la nariz hundida en un libro, les mirara con el ceño fruncido.- Lo Siento – dijo Ron jalando a Harry de vuelta tras las zarzas – pero le han hecho una maldición al nombre Harry así es como siguen la pista de las personas! Usar su nombre elimina los encantamientos protectores, causa cierto tipo de alteración mágica. Así fue que nos encontraron en el Camino de Tottenham Court.

- Porque usamos su “nombre”?

- Exacto! Tienes que darles crédito, tiene sentido. Solamente quienes se le oponían seriamente, como Dumbledore, los que se atrevían a decirlo. Ahora que han puesto un tabú en él, cualquiera que lo diga es localizable. Una forma rápida y fácil de encontrar miembros de la Orden! Estuvieron cerca de atrapar a Kingsley.

- Estas bromeando?

- Si, un grupo de mortífagos lo acorraló, pero dijo Hill que peleó hasta escapar. Está huyendo ahora, como nosotros – Ron se rasco la barbilla concienzudamente con su varita – No crees que Kingsley pueda haber enviado ese ciervo?

- Su patronus es un lince, lo vimos en la boda, recuerdas?

- Oh, si . . .

Se fueron moviendo a lo largo de los arbustos, lejos de la tienda y de Hermione.

- Harry, y no has considerado que pudo ser Dumbledore?

- Dumbledore que?

Ron parecía un poco apenado, pero dijo en voz baja:

- Dumbledore. . . el ciervo? Quiero decir – Ron observaba a Harry con el rabillo del ojo. El tenía la espada verdadera la última vez, no es cierto?

Harry no se rió de Ron, porque entendía muy bien el anhelo detrás de la pregunta. La idea de que Dumbledore había logrado volver con ellos, que los estaba cuidando, hubiera sido inexpresablemente reconfortante. Sacudió su cabeza.

- Dumbledore está muerto – dijo – Lo vi pasar, vi el cuerpo. Él se ha ido definitivamente. En todo caso, su patronus era un fénix, no un ciervo.

- Los Patronus pueden cambiar, o no pueden? – dijo Ron – El de Tonos cambio, no es cierto?

- Si, pero si Dumbledore estuviera vivo, por que no se mostraría a sí mismo? Por qué no darnos él mismo la espada?

- Yo que sé! – contestó Ron – Por la misma razón por la que no te la dio cuando estaba vivo. La misma razón por la que te dejó una vieja Snitch y a Hermione un libro de cuentos infantiles.

- Y cuál es? – Preguntó Harry, volteando para ver a Ron directamente a la cara, buscando desesperadamente una respuesta.

- Yo no – dijo Ron – Algunas veces he pensado, cuando estoy un poco destrozado, que él se estaba divirtiendo, o que solo quería hacerlo un poco más

difícil, pero ya no lo creo, no más. El sabía lo que hacía cuando me dio el Apagador, no es así? El, bueno – las orejas de Ron se pusieron rojas y é se quedó absorto en un poco de pasto que empujó con el dedo del pie – El debe haber sabido que yo huiría de ti.

- No – lo corrigió Harry – él debe haber sabido que siempre querrías regresar.

Ron se veía agradecido, pero aún incómodo. Para cambiar el tema, Harry dijo:

- Hablando de Dumbledore, has leído lo que Skeeter escribió sobre él?

- Oh si – dijo inmediatamente Ron – todos hablan sobre eso. Claro, si las cosas fueran diferentes sería una gran noticia, Dumbledore amigo de Grindelwald, pero ahora solo es algo para que se rían aquellos a quienes no caía bien Dumbledore y una bofetada para los que pensaban que era un gran tipo. Yo no creo que tenga tanta importancia. Él era realmente joven en ese entonces.

- De nuestra edad – dijo Harry, de la misma forma que había recriminado a Hermione, y algo en su rostro hizo a Ron decidir no seguir con el tema.

Una enorme araña se sentó en medio de una congelada telaraña entre las zarzas. Harry le apuntó con la varita que Ron le dio la noche anterior, la cual Hermione se digno a examinar, encontrando que estaba hecha de "espino negro".

- "Engorgio".

La araña tembló, rebotando ligeramente por la telaraña. Harry lo intentó de nuevo. Esta vez la araña creció un poco.

- Detente – gritó Ron bruscamente - Siento haber dicho que Dumbledore era joven. Está bien?

Harry había olvidado el odio de ron hacia las arañas.

- Lo siento. "Reducto".

La araña no se encogió. Harry miró la varita de espino. Cada hechizo que había intentado con ella durante el día había parecido mucho menos poderoso que los que había producido con su varita de fénix. La nueva se sentía extraña, como tener la mano de alguien cosida al final de su brazo.

- Solo necesitas practicar – dijo Hermione, acercándose silenciosamente por atrás, desde donde había estado observando ansiosamente mientras Harry trataba de agrandar y achicar la araña. – Todo está en la confianza Harry.

Él sabía por qué ella quería que todo estuviera bien; ella se sentía culpable por haber roto su varita. Se mordió la lengua para evitar la replica que brotaba por sus labios, que ella podía usar la varita de espino si creía que no había diferencia y él se quedaría la de ella a cambio. Pero de todas formas, estuvo de acuerdo, entusiasmado por que eran

todos nuevamente amigos, pero Ron dedicó a Hermione una sonrisa indecisa y ella se fue airada y desapareció nuevamente tras de su libro.

Los tres regresaron a la tienda cuando cayó la oscuridad, y Harry tomó la primera guardia. Sentado en la entrada, trató de hacer levitar pequeñas piedras con la varita de espino; pero su magia aún parecía más torpe y menos poderosa de la que había hecho antes. Hermione estaba acostada en su camastro, leyendo, mientras Ron, después de echarle varios nerviosos vistazos, había sacado un pequeño radio de su mochila y trataba de sintonizarlo.

- Hay un programa – le dijo a Harry en voz baja – Que dice las noticias como realmente son. Todas las demás están del lado de ya-sabes-quién y siguen la línea del Ministerio, pero ésta . . . espera que la escuches, es genial. Solo que no pueden hacerlo todas las noches, tiene que estar cambiando ubicaciones en caso de redada, y necesitas una clave para sintonizarlos.. . es problemático, yo me perdí la última emisión.

Golpeó suavemente la radio con su varita, murmurando palabras al azar. Lanzaba miradas disimuladas a Hermione temiendo un arranque de enojo, pero para la atención que ella le prestaba, el podría no haber estado ahí. Por 10 minutos más o menos, Ron tamborileó y murmuró, Hermione volteaba las páginas de su libro, y Harry continuaba practicando con su varita.

Finalmente, Hermione se levantó de su camastro. Ron detuvo el tamborileo de inmediato.

- Si te molesta, me detengo! – dijo a Hermione nerviosamente.

Hermione no se dignó responder, pero se acercó a Harry.

- Tenemos que hablar – dijo.

Él vio el libro que ella sostenía en las manos. Era *"La vida y mentiras de Albus Dumbledore"*.

- Que? -. Dijo él aprehensivamente. Pasó por su mente que había todo un capítulo sobre él en ese libro; no estaba seguro de querer escucharla versión de Rita de su relación con Dumbledore. Pero la respuesta de Hermione fue completamente inesperada.

- Quiero ir a ver a Xenofilio Lovegood.

Él la miró extrañado.

- Perdón?

- Xenofilio Lovegood, el papá de Luna. Quiero ir a hablar con él!

- Mmm. . . Por qué?

Ella respiro profundamente, como reconfortándose a sí misma, y dijo:

- Es esta marca, la marca en *"Beedle el trovador"*. Mira esto.

Ella empujó el libro bajo los reacios ojos de Harry, quien vio una foto de la carta que Albus Dumbledore originalmente escribió a Grindelwald, con su familiar escritura, delgada y torcida. Él odio ver la prueba de que Dumbledore realmente escribió esas palabras, que no era invención de Rita.

- La firma – dijo Hermione – Mira la firma, Harry!

El obedeció. Por un momento no tuvo idea de lo que ella hablaba, pero, mirando cuidadosamente con la ayuda de su varita, vio que Dumbledore había reemplazado la A de Albus con una pequeña versión de la marca triangular inscrita sobre "Las Aventuras de Beedle el Trovador".

- Eh, Qué están? – dijo ron vacilando, pero Hermione o fulminó con una mirada y volvió a Harry.

- Sigue apareciendo, no es cierto? – dijo ella – sé que Víctor dijo que era la marca de Grindelwald, pero definitivamente estaba en aquella vieja tumba en el Valle de Godric y las fechas en las lápidas eran anteriores a la aparición de Grindelwald! Y ahora esto! Bueno, no podemos preguntar a Dumbledore o a Grindelwald lo que significa, ni siquiera sé si Grindelwald está aún vivo, pero le podemos preguntar al Señor Lovegood. Él vestía ese símbolo en la boda. Estoy segura de que es importante Harry!

Harry no respondió inmediatamente. Miró su intensamente entusiasmado rostro y luego al oscuro alrededor, pensando. Después de una larga pausa, dijo:

- Hermione, no necesitamos repetir lo del Valle de Godric. Nosotros discutimos sobre ir ahí, y . . .

- Pero sigue apareciendo Harry! Dumbledore me dejó *"Las Aventuras de Beedle el Trovador"*, como sabes que no se suponía que debíamos descubrir lo del signo?

- Aquí vamos de nuevo! – Harry se sentía levemente exasperado – estamos tratando de convencernos de que Dumbledore nos dejó señales y pistas secretas.

- El Apagador resultó ser bastante útil – anotó Ron – Creo que Hermione tiene razón, debemos ir a ver a Lovegood.

Harry le lanzó una mirada furiosa. Estaba bastante seguro de que el apoyo de Ron hacia Hermione tenía que ver con el deseo de saber el significado de la runa triangular.

- No va a ser como el Valle de Godric – añadió Ron – Lovegood está de nuestro lado Harry, *El Quisquilloso* te ha apoyado siempre, sigue diciendo que todos deben ayudarte!

- Estoy segura de que esto es importante – dijo Hermione con seriedad.

- Pero no crees que si lo fuera, Dumbledore me lo hubiera dicho antes de morir?

- Tal vez . . . Tal vez es algo que tienes que descubrir por ti mismo – dijo Hermione, con un ligero aire de quien agarra clavos ardiendo.

- Si – dijo Ron servilmente – tiene sentido.

- No, no lo tiene – dijo bruscamente Hermione- Pero aún así creo que debemos hablar con el señor Lovegood. Un símbolo que une a Dumbledore, Grindelwald y al Valle de Godric? Harry, estoy segura que debemos saber más sobre esto.

- Creo que debemos votar – dijo Ron – Los que estén a favor de ir a ver a Lovegood

Su mano se levantó en el aire antes que la de Hermione. Los labios de ella temblaron sospechosamente mientras levantaba la suya.

- Vencido Harry, lo siento – dijo Ron, dando a Harry una palmada en la espalda.

- Está bien – dijo Harry, medio divertido, medio irritado – solamente, una vez que hayamos visto a Lovegood, intentemos buscar algunos Horcruxes, les parece? En todo caso, donde vive Lovegood? Alguno de ustedes sabe?

- Si, no lejos de mi casa – dijo Ron – No sé exactamente donde, pero mamá y papá siempre señalan las colinas cuando los mencionan. No debe ser difícil de encontrar.

Cuando Hermione volvió a su camastro, Harry bajó la voz.

- Solo estuviste de acuerdo para ponerla nuevamente de buenas.

- En la guerra y en el amor todo se vale – dijo Ron alegremente – y esto es un poco por ambos. Anímate, son las vacaciones de Navidad, Luna va a estar en casa!

Tenían una excelente vista de la Villa de Ottery St Catchopole desde la cima de la colina de la que se Desaparecieron la mañana siguiente. Desde su alto y aventajado punto, la villa parecía una colección de casas de juguete en medio de los grandiosos rayos de luz del sol que se abrían paso entre las nubes. Estuvieron buscando la madriguera por un minuto o dos, cubriendo sus ojos de la luz con la mano, pero todo lo que pudieron ver fueron los árboles del huerto que daban a la pequeña casa protección de la mirada de los muggles.

- Es extraño estar tan cerca y no ir a visitar – dijo Ron.

- Bueno, no es exactamente que nos acabas de ver. Estuviste ahí para navidad – dijo fríamente Hermione.

- No estuve en la madriguera! – dijo ron con una risa incrédula – Crees que iba a llegar y simplemente decir que había huido de ustedes? Si, Fred y George hubieran sido geniales al respecto. Y Ginny, ella hubiera sido realmente comprensiva.

- Pero donde has estado entonces? – Pregunto Hermione, sorprendida.
- En la nueva casa de Bill y Fleur. Es la armazón de una pequeña casa. Bill siempre ha sido bueno conmigo. No estaba impresionado cuando supo lo que hice, pero tampoco de acuerdo. Sabía que lo sentía realmente. Nadie más de la familia sabe que estuve ahí. Bill le dijo a mamá que él y Fleur no irían para Navidad porque querían pasarla a solas. Ustedes saben, primera navidad después de la boda. No creo que a Fleur le importó. Ya saben cuanto odia a Celestina Warbeck.

Ron dio la espalda a la madriguera.

- Intentemos acá – dijo, dirigiendo el camino desde la cima de la colina.

Caminaron por unas pocas horas, Harry, por insistencia de Hermione, se escondía bajo la capa de invisibilidad. El grupo de pequeñas colinas se veía desabitado, excepto por una pequeña casa que parecía desierta.

- Crees que sea la de ellos y que hayan viajado por Navidad? – dijo Hermione esforzándose por ver a través de a ventana de una limpia cocina con geranios en las ventanas. Ron resopló.

- Escuchen, tengo el presentimiento que podremos saber quien vivía acá viendo a través de la ventan de los Lovegood. Probemos en el siguiente grupo de colinas.

Entonces se Aparecieron unas millas al Norte.

- Aha! – gritó Ron cuando el viento golpeó su cabello y ropa. Ron señalaba hacia arriba, en dirección a l a cima de la colina sobre la que habían Aparecido, donde una extraña casa se levantaba verticalmente sobre el cielo. Un gran cilindro negro con una luna fantasmal colgando detrás de ella en el cielo de la tarde.

- Esa tiene que ser la casa de Luna. Quien más viviría en un lugar así? Parece una torre gigante!

- No se me parece a un pájaro (acá pierde un poco el sentido por la traducción de rook: cuervo/torre) – dijo Hermione, mirando la torre con enfado.

- Hablaba de una torre de ajedrez- dijo Ron – un castillo para ti.

Las piernas de Ron eran las más largas, y alcanzó lo alto de la colina primero. Cuando Harry y Hermione lo alcanzaron jadeando, lo encontraron sonriendo a carcajadas.

- Es la de ellos – dijo Ron – Miren

Tres letreros pintados a mano estaban clavados a una dañada puerta. El primero decía:

EL QUISQUILLOSO, EDITOR, X. LOVEGOOD

El segundo,

BUSQUE SU PROPIO MUERDAGO

El tercero,

NO TOCAR LAS CIRUELAS DIRIGIBLES

La puerta chirrió al abrirla. El zigzagueante camino que llevaba a la puerta de entrada estaba sobre poblado con una variedad de extrañas plantas, incluyendo un arbusto cubierto de unas frutas anaranjadas que parecían rábanos, las cuales Luna a veces usaba de pendientes. Harry creyó reconocer un Snargaluff, y rodeó el marchito tronco manteniéndose alejado. Dos viejos árboles de manzana silvestre, doblados por el viento y desnudos de hojas, pero aún fuertes con frutas rojas del tamaño de bayas y tupidas coronas de muérdago, eran centinelas a ambos lados de la puerta principal. Una pequeña lechuza, con la cabeza ligeramente plana como la de un halcón trataba de verlos por entre las ramas.

- Es mejor que te quites la capa de invisibilidad Harry – dijo Hermione – es a ti a quien el Señor Lovegood quiere ayudar, no a nosotros.

Él siguió la sugerencia, dándole a ella la capa para que la guardara en el bolso bordado. Ella entonces dio tres golpes en la gruesa y negra puerta, incrustada con uñas de hierro y una aldaba en forma de águila.

Apenas 10 segundos después, la puerta se abrió y ahí estaba Xenofilio Lovegood, descalzo y vistiendo lo que parecía ser un pijama manchado. Su largo cabello blanco de algodón de azúcar estaba sucio y despeinado. Xenofilio había estado positivamente pulcro durante la boda en comparación.

- Que? Que es esto? Quienes son ustedes? Qué quieren? – chilló con una voz chillona y lastimosa, mirando primero a Hermione, luego a Ron y finalmente a Harry, abriendo entonces su boca en una perfecta y graciosa O.

- Hola Señor Lovegood – dijo Harry extendiéndole la mano – Soy Harry Potter.

Xenofilio no tomó la mano de Harry, aunque el ojo que no estaba mirando hacia su nariz se deslizó directamente a la cicatriz en la frente de Harry.

- Está bien si pasamos adelante? – preguntó Harry – Hay algo que nos gustaría preguntarle.

- Yo. . . Yo no estoy seguro si es aconsejable – murmuró Xenofilio, echando un rápido vistazo alrededor del jardín. – Esto es una sorpresa . . mi palabra . . . Yo . . . Me temo que no creo que yo debería . . .

- No va a tomar mucho tiempo - dijo Harry, un poco decepcionado por la poco calurosa bienvenida.

- Yo . . . Oh, está bien. Pasen, rápido, rápido.

Estaban apenas en el umbral cuando Xenofilio cerró la puerta de un tirón. Estaban de pie en la cocina más peculiar que Harry hubiera visto. La habitación era perfectamente circular, así que se sentía como estar dentro de un gran pimentero. Todo era curvo, para calzar con las paredes, la cocina, el fregadero, y las alacenas; y todo ello había sido pintado con flores, insectos y pájaros en brillantes colores. Harry pensó que se podía reconocer el estilo de Luna. El efecto de estar en tal y tan cerrado lugar era aplastante.

En mitad del piso, una escalera de caracol, hecha de hierro forjado, subía a los niveles superiores. De lo alto venía un gran ruido de teclas y golpes. Harry se preguntaba qué estaría haciendo Luna.

- Será mejor que suban – dijo Xenofilio, mostrándose aún incómodo mientras les mostraba el camino.

La habitación de arriba parecía una mezcla entre Sala de Estar y Oficina, y como tal, estaba aún más abarrotada que la cocina. Parecía más pequeña y enteramente redonda, el cuarto recordaba al Cuarto de los Menesteres en la inolvidable ocasión en que se transformó en un enorme laberinto lleno con cientos de objetos escondidos. Había pilas sobre pilas de libros y papeles en cada superficie. Modelos delicadamente hechos de criaturas que Harry no reconocía, alas que aleteaban y mandíbulas que mordían colgando del techo.

Luna no estaba ahí: Lo que estaba armando todo el jaleo era un objeto de madera cubierto de ruedas y dientes que se movían mágicamente. Parecía el bizarro cruce entre un banco y un juego de estantes, pero después de un momento Harry dedujo que era una antigua imprenta, dado el hecho de que estaba produciendo *Quisquillosos*.

- Discúlpenme – dijo Xenofilio moviéndose hacia la máquina, tomando un sucio mantel de debajo de un inmenso grupo de libros y papeles, los cuales cayeron al suelo y lo lanzó sobre la imprenta. De alguna manera, esto amortiguó el ruido de teclas y golpes. Entonces, se puso frente a Harry.

- Por qué has venido aquí?

- Pero antes de que Harry pudiera hablar, Hermione dejó salir un sollozo.

- Señor Lovegood, Qué es eso?

Ella estaba señalando un enorme y gris cuerno con forma de espiral, no parecido al de un Unicornio, que estaba enmarcado en la pared, sobresaliendo varios metros sobre la habitación.

- Es el cuerno de un Snorkack de Hasta Arrugada – Dijo Xenofilio.

- No, no lo es – dijo Hermione.

- Hermione! – dijo Harry entre dientes, avergonzado – No es el momento.

- Pero Harry, es un cuerno de Erumpent! Es un material canjeable de Clase B y una cosa extraordinariamente peligrosa para tener en una casa.

- Cómo sabes que es un cuerno de Erumpent? – preguntó Ron, alejándose del cuerno tan rápido como pudo, dada la extrema aglomeración de cosas en la habitación.

- Hay una descripción en *Animales Asombrosos y donde encontrarlos*! Señor Lovegood, tiene que deshacerse de eso ahora mismo, no sabe que puede explotar con el mínimo roce?

- El Snorkack de Hasta Arrugada – Dijo Xenofilio claramente, con una expresión extraña en su rostro –es una tímida y altamente mágica criatura, y su cuerno . . .

- Señor Lovegood. Reconozco las marcas de surcos alrededor de la base. Es un cuerno de Erumpent, y es increíblemente peligroso, no sé de donde lo sacó.

- Lo compré – dijo Xenofilio dogmáticamente – hace dos semanas, de un agradable joven mago que conocía de mi interés en el exquisito Snorkack. Una sorpresa de Navidad para mi Luna. Ahora, - dijo volteando hacia Harry – Para qué exactamente ha venido usted aquí Señor Potter?

- Necesitamos ayuda – dijo Harry antes de que Hermione empezara de nuevo.

- Ah! – dijo Xenofilio – Ayuda, Mmm.

Su ojo bueno se movió nuevamente hacia la cicatriz de Harry. Parecía fascinado y aterrado al mismo tiempo.

- Si. . . el asunto es . . . ayudar a Harry Potter . . . puede ser peligroso.

- No es usted de los que dice a todos que es su deber ayudar a Harry? - dijo Ron – en esa revista suya?

- Xenofilio hecho una mirada detrás suyo a la imprenta oculta, aún golpeando y tecleando bajo el mantel.

- Eh, Si, he expresado ese punto de vista, sin embargo. . .

- Eso es para los otros, pero no para usted mismo? – dijo Ron.

Xenofilio no contestó. Se mantuvo tragando, sus ojos revoloteando entre ellos tres. Harry tenía la impresión de que estaba atravesando una dolorosa lucha interna.

- Donde está Luna- preguntó Hermione – Veamos lo que ella piensa.

Xenofilio tragó saliva. Parecía estar armándose de valor. Finalmente habló, con una voz temblorosa, difícilmente audible con el ruido de la imprenta:

- Luna está abajo, pescando Plimpies de agua dulce. Ella . . . ella va a estar feliz de verlos. Voy a ir a llamarla y entonces. .. está bien, trataré de ayudarles.

Desapareció escaleras abajo y escucharon la puerta del frente abrirse y cerrarse. Se miraron entre ellos.

- Vieja verruga cobarde! – dijo Ron – Luna tiene 10 veces más agallas que él.

- Probablemente está preocupado por lo que harían los Mortífagos si supieran que estuve acá. – dijo Harry.

- Bueno, yo estoy de acuerdo con Ron – dijo Hermione – es un viejo horriblemente hipócrita. Diciendo a todos que te ayuden y descolándose él mismo. Y por amor de Dios, manténgase lejos de ese cuerno!

Harry cruzó la habitación hacia la ventana más alejada. Podía ver un riachuelo, un delgado y brillante listón muy por debajo de ellos, al pie de la colina. Estaban bastante alto, un pájaro revoloteaba en la ventan mientras él miraba en dirección a la madriguera, invisible ahora tras otra línea de colinas. Ginny estaba ahí en algún lugar. Estaban ahora más cercanos el uno del otro que en cualquier otro momento desde la boda de Bill y Fleur, pero ella no podría tener idea de que él la buscaba ahora, que estaba pensando en ella. Suponía que debía alegrarse de ello, todo aquel con quien estaba en contacto corría peligro. La actitud de Xenofilio era prueba de ello.

Volteó y su mirada se fijo en otro peculiar objeto sobre la abarrotada y curva mesa; el busto de una bruja de austera belleza, que lucía el más extraño peinado. Dos objetos que parecían orejas doradas se curvaban a los lados. Un pequeño par de brillantes alas azules se sostenían de una cinta de cuero que rodeaba su cabeza, mientras uno de los rábanos anaranjados estaba atado a otra cinta alrededor de su frente.

- Miren esto – dijo Harry.

- Encantador – dijo Ron – Me sorprende que no haya usado esto para la boda.

Escucharon la puerta del frente cerrarse, y un momento después Xenofilio subió por la escalera de caracol. Sus delgadas piernas vestían ahora botas de goma y cargaba una bandeja con tazas de diferentes tipos y una humeante tetera.

- Ah, han descubierto mi invento – dijo, dejando la bandeja en manos de Hermione y acercándose a Harry junto a la estatua.

- Modelada, bastante de acuerdo, sobre la cabeza de la bella Rowina Ravenclaw. El ingenio sin medida es el más grande tesoro de un hombre.

Señalaba los objetos que parecían orejas.

- Estos son desviadores Wrackpurts, para remover todas las fuentes de distracción de alrededor del pensador. Aquí – señaló las pequeñas alas – una hélice Billywig, para inducir a un elevado estado de la mente. Finalmente – señaló el rábano anaranjado – la ciruela dirigible, para realzar la capacidad de aceptar lo extraordinario.

Xenofilio regresó a la bandeja del té, que Hermione había logrado balancear en una de las abarrotadas mesitas.

- Puedo ofrecerles un té de Gerdyroot? – dijo Xenofilio – la preparamos nosotros mismos. – mientras empezaba a servir la bebida, que era de un fuerte color púrpura como la remolacha, añadió – Luna está abajo, cerca de Bottom Bridge, está tan feliz de que ustedes estén acá que no va a tardar mucho. Ha conseguido suficientes Plimpies para preparar sopa para todos. Siéntense y sírvanse azúcar.

- Ahora – dijo quitando una tambaleante pila de papeles del brazo de una silla y sentándose, cruzando sus piernas calzadas con botas de hule – en qué puedo ayudarlo Señor Potter?

- Bueno – dijo Harry, observando a Hermione, quien asentía dándole valor – es acerca del símbolo que Usted usó al cuello el día e la boda de Bill y Fleur Señor Lovegood. Nos preguntábamos qué significa.

Xenofilio levantó las cejas.

- Te refieres al símbolo de las Reliquias de la Muerte?

Capítulo Veintiuno

La Fábula de los Tres Hermanos

Harry volteó a ver a Ron y Hermione. Ninguno de ellos parecía haber entendido tampoco lo que Xenophilius había dicho.

—¿Las Reliquias de la Muerte?.

—Así es, — dijo Xenophilius. — ¿No han escuchado de ellas?, no me sorprende. Varios, muchos magos creen. Una prueba es ese hombre joven con cabeza de nudo en la boda de tu hermano, — asintió hacia Ron, —¡quién me atacó por llevar el símbolo de un bien conocido Mago Oscuro!. No hay nada Oscuro acerca de las Reliquias... al menos no en ese sentido crudo. Simplemente usas el símbolo para mostrarte ante otros creyentes, con la esperanza de que ayudarán con la Búsqueda.

Removió varios terrones de azúcar en su infusión de Raíces Gurdy y bebió un poco.

—Lo siento, —dijo Harry, —aún no lo entiendo del todo.

Por educación, también tomo un sorbo de su taza, y casi lo echa fuera; la cosa era bastante asquerosa, como si alguien hubiese hecho liquida una gragea de todos los sabores, pero con sabor a mocos.

—Bueno, verás, los creyentes buscan las Reliquias de la Muerte, — dijo Xenophilius, lamiéndose los labios en aparente aprecio por la infusión de raíces gurdy.

—Pero, ¿qué *son* las Reliquias de la Muerte?, —Preguntó Hermione.

Xenophilius hizo a un lado su taza vacía.

—¿Debo asumir que están familiarizados con "La Fábula de los Tres hermanos"?.

Harry dijo "No", pero Ron y Hermione respondieron "Sí". Xenophilius asintió gravemente.

—Bien, bien Señor Potter, todo esto comienza con "La Fábula de los Tres Hermanos"… tengo una copia por algún lado...

Miró apenas alrededor de la habitación, hacia las pilas de pergaminos y libros, pero Hermione dijo, —Tengo una copia Señor Lovegood, la tengo aquí conmigo.

Y saco *Las Historias de Beedle el Bardo* de una pequeña bolsa bordada.

—¿El original?, —inquirió Xenophilius agudamente, y cuando ella asintió dijo, — Bueno entonces, ¿porque no la lees en voz alta?. Es la mejor manera de asegurarnos que todos entendemos.

—Ehh... de acuerdo, —dijo Hermione nerviosamente. Abrió el libro, y Harry vio que el símbolo que estaban investigando sobresalía en la primera página mientras ella tosía ligeramente, y comenzaba a leer.

—Había una vez tres hermanos que viajaban a lo largo de un solitario, sinuoso camino en el crepúsculo...

—A media noche, nuestra madre siempre nos decía, — dijo Ron, quien se había estirado con los brazos detrás de su cabeza para escuchar. Hermione le lanzo una mirada molesta.

—Lo siento, ¡solo creí que es un poco mas espectral si es a media noche!, —dijo Ron.

—Sí, porque de verdad necesitamos un poco más de miedo en nuestras vidas, —dijo Harry antes de poder detenerse. Xenophilius no parecía estar prestando mucha atención, pero miraba al cielo a través de la ventana. —Continua Hermione.

—Poco después, los hermanos llegaron a un río muy profundo para ser rodeado y muy peligroso para nadarlo. Sin embargo, esos hermanos habían sido preparados en las Artes Mágicas, y simplemente agitaron sus manos e hicieron aparecer un puente que atravesaba las aguas imperiosas. Estaban a la mitad de cruzar cuando encontraron su camino bloqueado por una figura cubierta por una capa.

Y la Muerte les hablo...

—Perdón, —intervino Harry, — pero, ¿la Muerte les hablo?.

—¡Es una fábula Harry!

—Esta bien, lo siento. Continua.

—Y la Muerte les habló. Estaba enojada por haber sido engañada por sus nuevas tres victimas, ya que los viajeros usualmente se ahogaban en el río. Pero la Muerte era astuta. Pretendió felicitar a los tres hermanos por su magia, y les dijo que cada uno había ganado un premio por haber sido lo suficientemente inteligentes para evadirla.

Así que el hermano mayor, quien era un hombre combativo, pidió la varita existente más poderosa que ninguna, una varita que siempre ganara los duelos de su dueño, ¡una varita merecedora del mago que había conquistado a la Muerte!. Así que esta cruzó el río hasta un árbol de saúco a las orillas del mismo, y creó una varita de una de las ramas que allí colgaba, entonces se la dio al hermano mayor.

El segundo hermano, quien era un hombre arrogante, decidió que quería humillar aún más a la Muerte y pidió el poder de regresar a otros de la muerte. Así que esta recogió una piedra de la orilla del río y se la dio al segundo hermano, le dijo que esa piedra tendría el poder de regresar a los muertos.

Y entonces la Muerte le pregunto al tercero y más joven de los hermanos que era lo que él quería. El más joven era el más humilde y más sabio de los tres, y no confió en la Muerte. Así que él pidió algo que le permitiera irse de ese lugar sin ser seguido por la Muerte. Y está, de mala gana le tendió su propia Capa de Invisibilidad.

—¿La Muerte tiene una Capa de Invisibilidad? —Harry interrumpió de nuevo.

—Para así poder espiar a la gente, —dijo Ron, —algunas veces se aburre de ir tras ellos, ondeando los brazos y chillando... perdón Hermione.

—Entonces la Muerte se hizo a un lado y permitió a los tres hermanos continuar su camino, y así lo hicieron hablando con maravilla de la aventura que habían tenido y admirando los regalos de la Muerte.

A su debido tiempo los hermanos se separaron, cada uno hacia su propio destino.

El primer hermano viajo una semana más, y llegando a una villa alejada se encontró con un mago con quien había tenido una pelea. Naturalmente, con la Varita de Saúco como arma, no falló en ganar el duelo que siguió. Dejando a su enemigo muerto sobre el piso el hermano mayor siguió hasta una taberna, donde pregono a voz de cuello del poder de la varita que había obtenido de la Muerte misma, y el como esta lo había hecho invencible.

Esa misma noche, otro mago se acerco sigilosamente al hermano mayor mientras se encontraba tendido de ebrio sobre su cama. El ladrón tomo la varita y para estar seguro, rebano la garganta del hermano mayor.

Y así la Muerte consiguió al primer hermano para si.

Mientras tanto, el segundo hermano viajo hacia su propia casa, donde vivía solo. Allí saco la piedra que tenía el poder de revivir a los muertos, y la volteo tres veces sobre su mano. Para su sorpresa y delicia, la figura de la chica con quien una vez había soñado en casarse antes de que ella muriera, apareció frente a él.

Aún así ella estaba triste y fría, separada de él como por un velo. Aunque había regresado al mundo mortal, en realidad ella no pertenecía a él y sufría. Finalmente el segundo hermano, vuelto loco por su fracasada esperanza, se suicido para así estar con ella verdaderamente.

Y así la Muerte tomo al segundo hermano para si.

Pero aunque la Muerte busco por el tercer hermano por muchos años, nunca pudo encontrarlo. Fue solo cuando ya estaba en edad avanzada que el hermano menor finalmente se quito la Capa de Invisibilidad y se la dio a su hijo. Y entonces recibió a la

Muerte como a un viejo amigo, y se fue con ella de buena gana, e iguales, se fueron de esta vida.

Hermione cerró el libro. Paso un momento o dos antes de que Xenophilius se diera cuenta que ya había dejado de leer; entonces retiro la vista de la ventana y dijo. —Bien, ahí tienen.

—¿Perdón?, —dijo Hermione sonando confundida.

—Esas son Las Reliquias de la Muerte, —dijo Xenophilius.

Tomo una pluma de un paquete cerrado que se encontraba junto a su codo, y jalo un pedazo de pergamino que se encontraba entre mas libros.

—La Varita de Saúco,— dijo, y dibujo una línea vertical sobre el pergamino. —La Piedra de la Resurrección, — dijo, y añadió un círculo por encima de la línea. —La Capa de Invisibilidad, —terminó, uniendo ambos, círculo y línea en un triangulo, para hacer los símbolos que tanto intrigaban a Hermione. —Juntos, —dijo, —Las Reliquias de la Muerte.

—Pero no hay mención de las palabras "Las Reliquias de la Muerte"en la historia, — dijo Hermione.

—Bueno, claro que no, —dijo Xenophilius, de mala gana. —Ese es un cuento para niños, más para divertir que para instruir. Aquellos de nosotros que entendemos de estas cosas sin embargo, reconocemos que esa historia antigua se refiere a tres objetos, o Reliquias, lo cual si se unen harán al poseedor el Amo de la Muerte.

Hubo un corto silencio en el cual Xenophilius miró hacia afuera de la ventana. El Sol ya estaba por ponerse en el cielo.

—Luna debe tener suficientes pececillos pronto,— dijo tranquilamente.

—Cuando dice "Amo de la Muerte"..., —dijo Ron.

—Amo,— dijo Xenophilius, sacudiendo una airada mano. —Conquistador, Vencedor. El término que tu prefieras.

—Pero entonces... quiere decir...,—dijo Hermione lentamente, y Harry podría decir que ella trataba de alejar cualquier rastro de escepticismo de su voz, —que usted cree que esos objetos... esas reliquias... ¿en verdad existen?.

Xenophilius alzó las cejas de nuevo.

—Bueno, si por supuesto.

—Pero, — dijo Hermione, y Harry pudo escucharla reprimir un intento de burla, —Señor Lovegood, ¿cómo es que usted puede creer...?

—Luna me ha dicho todo acerca de usted jovencita, —dijo Xenophilius. —Creo que usted no carece de inteligencia, pero sí es dolorosamente limitada. Estrecha. De mente-cerrada.

—Quizás debas intentar con otro sombrero Hermione, —dijo Ron, asintiendo hacia el absurdo gorrito. Su voz choco al reprimir una risotada.

—Señor Lovegood,—Hermione comenzó de nuevo, —sabemos que existen cosas tales como Capas de Invisibilidad. Son raras, pero existen. Pero...

—¡Ah, pero la Tercera Reliquia es una Capa de Invisibilidad *verdadera*, señorita Granger!. Quiero decir, no es una capa de viaje conferida con un Encantamiento Desilusionador, o que contenga un Embrujo Cegador, o algo tejido a base de pelo de Demiguise *(**Nota de la Traductora para poner a pie de página**: El demiguise puede encontrarse en Extremo Oriente, aunque no sin cierta dificultad: este animal es capaz de hacerse invisible cuando se siente amenazado, y solamente algunos magos expertos en su captura pueden distinguirlo.El demiguise es una bestia herbívora y pacífica. Es como un mono cuyos movimientos poseyeran donaire, con ojos grandes, negros y tristes, casi siempre ocultos por su pelo. Todo su cuerpo está cubierto por un pelo largo, sedoso y fino de color plateado. las pieles de demiguise son muy preciadas, ya que con su pelo se pueden tejer capas invisibles, Def: Animales Fantásticos y donde encontrarlos)*, el cual escondería a alguien inicialmente pero el efecto se perdería con el paso de los años hasta tornarse opaco. Estamos hablando de una capa que realmente te vuelva invisible, y dure eternamente, dando un constante e impenetrable escondite, sin importar que hechizos se utilicen contra esta. ¿Cuántas capas ha visto usted como *esa* Señorita Granger?.

Hermione abrió la boca para responder, después la cerro de nuevo luciendo mas confundida que nunca. Ella Harry y Ron se miraron uno al otro, y Harry supo que estaba pensando exactamente lo mismo. Sucedía que una capa exactamente como la que Xenophilius había descrito se encontraba en esa habitación en ese preciso momento.

—Exacto, —dijo Xenophilius, como si los hubiera vencido a todos con argumentos razonables. —Ninguno de ustedes ha visto una cosa así. El poseedor sería inconmensurablemente rico, ¿o no?.

Miro hacia fuera de la ventana de nuevo. El cielo estaba coloreado ahora por un leve toque rosáceo.

—Muy bien, —dijo Hermione desconcertada. —Digamos que la capa existe... ¿qué me dice de la piedra Señor Lovegood?. La que usted llama La Piedra de la Resurrección.

—¿Qué hay con ella?

—Bueno, ¿cómo puede eso ser verdad?.

—Pruebe que no lo es, — dijo Xenophilius.

Hermione lucia escandalizada.

—Pero eso es... lo siento, ¡pero eso es completamente ridículo!. ¿Cómo cree que es *posible* probar que no existe?. ¿Espera de mi que vaya po... por todos los guijarros del mundo y les pregunte?. Digo, ¿usted puede decir que *lo que sea* es real si la única base para creerlo esta en que nadie ha *probado* que no existen!.

—Si, podría, — dijo Xenophilius. —Me alegro de ver que esta abriendo su mente aunque sea un poco.

—Y la Varita de Saúco, —dijo Harry rápidamente antes de que Hermione pudiera contrarrestar, —¿cree que existe también?.

—Oh bueno, en ese caso hay evidencia absoluta, —dijo Xenophilius. —La varita de Saúco es la Reliquia que es más fácil de encontrar, debido a la manera en que pasa de mano en mano.

—¿Cuál es?, —pregunto Harry.

—Es la forma en la que el poseedor de la Varita debe obtenerla de su anterior dueño, si es que es verdaderamente el amo de ella, —dijo Xenophilius. —Seguramente han escuchado de la manera en que la varita pasó a Ebert el Egregio después de la masacre de Emeric el Maldito, ¿no?. O ¿de cómo Godelot murió en su propia celda después de que su hijo, Hereward le arrebato la varita?, ¿del atroz Loxias, quien tomo la varita de Barrabas Deverill, a quien asesinó?. El sangriento camino que la Varita de Saúco ha dejado a través de las páginas de la Historia de la Magia.

Harry miró a Hermione. Estaba congelada ante Xenophilius, pero no lo contradijo.

—¿Y donde piensa que la Varita de Saúco esta ahora?, —preguntó Ron.

—¡Ay de mi!, ¿quién lo sabe?— dijo Xenophilius mientras miraba hacia la ventana. —¡Quien sabe en donde se encuentra escondida la Varita de Saúco. El rastro se enfrió con Arcus y Livius. ¿Quién puede decir cual de ellos realmente derroto a Loxias, y quien tomo la Varita?, ¿y quien puede decir quien los derroto a ellos?. La Historia, desgraciadamente, no nos lo dice.

Hubo una pausa. Finalmente Hermione pregunto apenas. —Señor Lovegood, ¿la familia Peverell tiene algo que ver con Las Reliquias de la Muerte?.

Xenophilius fue dejado en segundo plano mientras algo se interpuso en la memoria de Harry, pero no pudo concentrarse. Peverell... había escuchado ese nombre antes...

—Pero, ¡ha estado engañándome jovencita!,—dijo Xenophilius, ahora sentándose mucho mas erguido en su silla y mirando a Hermione con los ojos como platos. —¡Creí que era nueva en la Búsqueda de las Reliquias!. ¡Muchos de los Buscadores creemos que los Peverell tienen todo... *todo*... que ver con las Reliquias".

—¿Quiénes son los Peverell?, —pregunto Ron.

—Ese era el nombre en la tumba con la marca en ella, en el Valle de Godric, — dijo Hermione, aún mirando a Xenophilius. —Ignotus Peverell.

—¡Exacto!, —dijo Xenophilius, su dedo índice alzándose con energía. — ¡El signo de las Reliquias de la Muerte en la tumba de Ignotus es una prueba conclusiva!.

—¿De que?, — pregunto Ron.

—De que los tres hermanos en la historia eran de hecho los tres hermanos Peverell, ¡Antioque, Cadmus e Ignotus!. ¡Que ellos fueron los poseedores originales de las Reliquias!.

Con otra mirada a la ventana se puso de pie, tomo la bandeja y se encamino por la escalera de espiral.

—¿Se quedaran a cenar?— llamo mientras desaparecía bajando las escaleras otra vez. —Todos siempre piden nuestra receta de sopa fresca de pececillos.

—Probablemente para mostrarla al Departamento de Envenenamientos en San Mungo, — dijo Ron bajando la voz.

Harry espero hasta que pudieron oír a Xenophilius moverse en la cocina antes de hablar.

—¿Qué piensas?, —le pregunto a Hermione.

—Oh Harry, —dijo cansada, —es un montón de basura. Esto no puede ser lo que ese signo significa verdaderamente. Esto debe ser su extraña forma de explicárselo. Que pérdida de tiempo.

—Yo supongo que este *es* el hombre que nos trajo Snorkacks de cuerno arrugado, —dijo Ron.

—¿Tu tampoco le creíste?, — Harry le preguntó.

—Nah, esa historia es solo una de esas cosas que le dices a los niños para mostrarles una lección, ¿no?. ¡No busques líos, no busques peleas, no te metas con cosas que deben dejarse en paz!, solo baja la cabeza, metete en tus propios asuntos, y estarás bien. Y pensando en eso, — Ron añadió, — quizás esa es la historia del porque las Varitas de Saúco se suponen que son de mala suerte.

—¿De que hablas?.

—Una de esas supersticiones, ¿no?. “Las Brujas que nacen en Mayo se casaran con Muggles”, “Conjuro en crepúsculo, deshecho a media noche”, “Varita de sidra, nunca prospera”. Debes haberlos escuchado. Mi mamá tiene una amplia gama de ellos.

—Harry y yo fuimos criados por Muggles, —Hermione le recordó. —A nosotros nos inculcaron diferentes supersticiones—. Suspiro fuerte mientras un olor picante salía de la cocina. Lo único bueno acerca de la exasperación con Xenophilius fue que parecía haberle hecho olvidar que estaba molesta con Ron. —Creo que tienes razón, —ella le dijo. —Es solo un cuento de moralidad, es obvio cual es el mejor de los regalos, cual es el que deberías escoger...

Los tres hablaron al mismo tiempo, Hermione dijo, "La Capa", Ron dijo "La Varita", y Harry dijo, "La Piedra".

Todos de miraron entre si, medio sorprendidos, medio divertidos.

—*Supuestament*e deberías haber dicho "La Capa",— Ron le dijo a Hermione, —pero no necesitarías ser invisible si es que tienes la varita. ¡Una *varita invencible*, vamos Hermione!.

—Ya tenemos una Capa Invisible,— dijo Harry.

—¡Y nos ha ayudado demasiado, en caso de que no lo notaras!,— dijo Hermione. —A donde vean la varita esta ligada a los problemas...

—Solo si lo proclamas, —argumentó Ron. —Solo si eres lo suficientemente tonto para bailar alrededor sacudiéndola por sobre tu cabeza y cantar "tengo un varita invencible, vengan e intenten quitármela si es que pueden", mientras mantengas la boca cerrada...

—Si, ¿pero es que tú podrías mantener la boca cerrada?, —dijo Hermione luciendo escéptica. —Ya saben que lo único verdadero que nos dijo fue que ha habido historias acerca de varitas extra poderosas por cientos de años.

—¿Las ha habido?, —pregunto Harry. Hermione parecía exasperada, la expresión era tan enteramente familiar que Harry y Ron se sonrieron uno al otro.

—La Rama de la Muerte, La Varita del Destino, están bajo nombres diferentes por siglos, usualmente en posesión de algún mago Oscuro quien clama tenerlas. El Profesor Binns mencionó algunos de ellos, pero... oh, no tiene sentido. Las Varitas son solo tan poderosas como los magos que las usan. Algunos magos solo boquean que las suyas son mejores y mas grandes que las de otros magos.

—¿Pero como lo sabes?, —dijo Harry, —que esas varitas... La Rama de la Muerte y la Varita del Destino... no son la misma varita, sobresaliendo de los siglos bajo diferentes nombres.

—¿Y que si esas son realmente la Varita de Saúco, hecha por la Muerte?,— dijo Ron. Harry rió, la extraña idea que se le había ocurrido era después de todo ridícula. Su varita, recordó, estaba hecha de acebo no saúco, y había sido hecha por Ollivander, lo que sea que haya pasado esa noche, Voldemort había volado por los cielos y si hubiera sido invencible, ¿cómo era que se había roto?.

— ¿Porque escogiste la piedra?,—Ron le preguntó.

—Bueno, si puedes hacer que la gente regrese, podríamos tener a Sirius... Ojo Loco... Dumbledore... mis padres…

N i Ron ni Hermione sonrieron.

—Pero de acuerdo a Beedle el Bardo, ellos no querrían regresar, ¿o si?, — dijo Harry, pensando acerca de la Fábula que acaban de escuchar. —Supongo que no hay demasiadas historias que hablen acerca de una piedra que puede regresar a los muertos , ¿o si?, — le pregunto a Hermione.

—No, — replicó tristemente. —Creo que nadie excepto el Señor Lovegood que infantilmente cree que es posible. Beedle probablemente tomo la idea de la piedra filosofal, ya sabes, en lugar de que la piedra te haga inmortal, una piedra que regrese de la muerte a las personas.

El olor de la cocina se hacia mas fuerte. Era como si estuvieran cocinando calzoncillos. Harry se pregunto si seria posible comer suficiente de lo que Xenophilius estuviera cocinando para no herir sus sentimientos.

—¿Y que hay de la Capa?, —dijo Ron lentamente. —¿No se dan cuenta que tiene razón?. Me he acostumbrado a lo buena que es la Capa de Harry que no me he detenido a pensar. Nunca oí de una como la de Harry. Es infalible. Jamás hemos sido descubiertos bajo ella...

—Claro que no... ¡somos invisibles cuando estamos bajo ella Ron!.

—Pero todas las cosas que él dijo acerca de otras capas, y no valen exactamente un Knut, ya saben. ¡es verdad!. Nunca se me ocurrió antes pero he escuchado cosas acerca de encantamientos para arreglar capas cuando ya están viejas, o son zurcidas con hechizos cuando tienen hoyos, la de Harry fue primero de su Papá, así que no es exactamente nueva, pero es... ¡perfecta!.

—Si, muy bien, pero Ron, la piedra...

Mientras discutían en susurros Harry camino por la habitación apenas escuchando. Alcanzando la escalera de espiral, levantó la vista ausente al siguiente nivel y se distrajo. Su propio rostro lo miraba desde el techo de la habitación de arriba. Después de un momento de desconcierto se dio cuenta que no era un espejo, sino una pintura. Curioso, comenzó a subir las escaleras.

—Harry, ¿qué haces?, ¡No creo que debas husmear cuando él no esta aquí!.

Pero Harry ya había llegado al siguiente piso. Luna había decorado el techo de su habitación con cinco pinturas de rostros hermosamente logradas: Harry, Ron, Hermione, Ginny y Neville. No se movían como los retratos de Hogwarts lo hacían, pero había algo de magia al igual que aquellos. Harry pensó que respiraban. Lo que parecían delgadas cadenas de oro flotaban alrededor de las pinturas uniéndolas, pero

después de examinarlas por un minuto o dos Harry se dio cuenta que las cadenas eran de hecho una palabra repetida miles de veces a tinta dorada: amigos... amigos... amigos...

Harry sintió una oleada gigantesca de afecto por Luna. Miro alrededor de la habitación. Había una enorme fotografía junto a la cama, de una joven Luna y una mujer que se parecía mucho a ella. Ambas se abrazaban. Luna lucia mas arreglada en esa foto que lo que Harry había visto en su vida. La foto tenia polvo. Esto dejo a Harry una sensación de molestia. Miro alrededor. Algo estaba mal. La alfombra azul pálido también tenia polvo. No había ropa en el closet, cuyas puertas estaban entreabiertas.

La cama tenia un aspecto frío y distante, como si nadie hubiera dormido allí por semanas. Una solitaria telaraña se veía sobre la ventana mas cercana a través del cielo rojizo.

—¿Qué pasa?,—pregunto Hermione mientras Harry bajaba por las escaleras, pero antes de que pudiera responder, Xenophilius alcanzó el ultimo escalón desde la cocina, sosteniendo una bandeja con platos.

—Señor Lovegood, —dijo Harry. —¿Dónde esta Luna?.

—¿Disculpa?.

—¿Dónde esta Luna?.

Xenophilius salto sobre el escalón. —Y...ya les dije. Bajó al Puente de Pesca Botions por pececillos.

—¿Entonces porque trae una bandeja con platos solo para cuatro? —. Xenophilius intento hablar, pero no salió sonido alguno. El único ruido era el continuo ajetreo de la imprenta, y un leve temblor de la bandeja que las manos sorprendidas de Xenophilius sostenían.

—No creo que Luna haya estado aquí por semanas, —dijo Harry. —Sus ropas ya no están, en su cama no ha dormido nadie. ¿Dónde esta?, ¿y porque continua viendo hacia fuera de la ventana?, — Xenophilius soltó la bandeja. Los trastos botaron y salpicaron a Harry; Ron Hermione sacaron las varitas. Xenophilius detuvo su mano cuando intentaba meterla a su bolsillo. En ese momento la imprenta soltó un sonido sordo y varios ejemplares del Quisquilloso cayeron al piso deslizándose sobre el mantel, todo quedo en silencio al fin. Hermione se acerco y tomo uno de los ejemplares, su varita aún apuntando al Señor Lovegood.

—Harry mira esto.

Harry llego hasta ella lo mas rápido que pudo saltando sobre todo el desastre. La portada del Quisquilloso llevaba su propia fotografía, emblazonada con las palabras “Indeseable Numero Uno”, e impresa con el dinero de recompensa.

—¿El Quisquilloso va con un nuevo ángulo entonces?, — Harry preguntó fríamente, su mente trabajando deprisa. —¿Es lo que hacia cuando fue al jardín Señor Lovegood?, ¿enviando una lechuza al Ministerio?.

Xenophilius lamió sus labios. —Se llevaron a mi Luna, —susurró, —por lo que he estado escribiendo. Se llevaron a mi Luna y no sé donde esta, lo que le han hecho. Pero deben devolvérmela si yo... si yo...

—¿Les entrega a Harry?,— Hermione termino por él.

—No hay trato,—dijo Ron firmemente. —Quítese del camino, nos vamos.

Xenophilius lucia espantoso, un siglo de viejo, sus labios se abrieron en una horrorosa mueca. —Estarán aquí en cualquier momento. Debo salvar a Luna. No puedo perder a Luna. No se pueden ir.

Abrió los brazos frente a la escalera, y Harry tuvo la repentina visión de su madre haciendo lo mismo frente a su verdugo. —¡No nos haga lastimarlo!, —dijo Harry. —Quítese de en medio Señor Lovegood.

—¡HARRY!,—gritó Hermione. Figuras sobre escobas volaron por fuera de las ventanas . Mientras los tres desviaban la mirada Xenophilius levanto la varita. Harry se dio cuenta de su error justo a tiempo. Se lanzo a un lado, empujando a Ron y Hermione lejos de la trayectoria de daño.

El hechizo Contundente de Xenophilius paso a través de la habitación y golpeo el cuerno del Erumpent (Nota de la T: El erumpent es una bestia gris, de gran tamaño y poder, natural de África. Pesa más de una tonelada y, de lejos, puede confundirse con un rinoceronte. Tiene una piel gruesa que repele la mayoría de encantamientos y maleficios, un cuerno largo y puntiagudo sobre el hocico y una cola larga que parece una soga. Los erumpents sólo dan a luz una cría por cada parto. Esta bestia no ataca a menos que se le provoque exageradamente, pero, cuando lo hace, los resultados suelen ser catastróficos. El cuerno del erumpent puede atravesar cualquier cosa, desde la piel hasta el metal, y contiene un fluido mortal que provoca el estallido de todo lo que haya sido inyectado con él. Los erumpents no son muy numerosos porque, durante la época de apareamiento, los machos se hacen estallar los unos a los otros a menudo. Los magos africanos tratan la especie con mucha prudencia. El cuerno, la cola y el fluido explosivo del erumpent son utilizados en pociones, aunque están clasificados como Materiales Comerciables de Clase B). Hubo una explosión colosal. El ruido hizo pensar que la habitación había estallado en pedazos. Fragmentos de madera, papel y escombros volaban en todas direcciones, junto con una nube impenetrable de polvo blanco.

Harry voló por el aire, entonces se estrello contra el piso sin poder ver mientras pedazos de cosas caían encima de él. Sus brazos sobre su cabeza. Escuchó el grito de Hermione, el juramento de Ron y una serie de botes metálicos que le decían que Xenophilius había perdido el equilibrio y había caído por la escalera de espiral. Harry se encontró enterrado entre escombros, intento levantarse.

Apenas podía respirar o ver debido al polvo. La mitad del techo había caído y el final de la cama de Luna sobresalía del hoyo. El busto de Rowena Ravenclaw yacía junto a él con la mitad de su cara destrozada, fragmentos de pergamino volaban por los aires y la mayoría de los ejemplares del Quisquilloso se encontraban a su lado bloqueando lo alto de las escaleras hacia la cocina. Entonces otra figura blanca se movió

cerca, y Hermione, cubierta de polvo como una segunda estatua, presiono su dedo contra sus labios.

La puerta de abajo se abrió de golpe. —¿No te dije que no había necesidad de apresurarse Travers?,— dijo una voz ronca. —¿No te dije que este loco estaba tan rematado como siempre?—. Hubo un ruido y un grito de dolor de Xenophilius.

—¡No... no... arriba... Potter!.

—¡Te dije la semana pasada Lovegood, no íbamos a venir por menos que algo de sólida información!, ¿recuerdas la semana pasada?. Cuando intentaste cambiar a tu hija por ese estúpido y maldito headdress?. Y la semana anterior,—otro ruido, otro gemido, —Cuando pensaste que te la regresaríamos si nos ofrecías una prueba de que hay ¡Snorkacks...— bang, —Cabezas... —bang —Planas!.

—No... no... ¡Se los suplico!,— rogó Xenophilius. —¡De verdad es Potter, de verdad!.

—¡Y ahora resulta que solo nos llamaste para intentar hacernos explotar!, —ladró en Mortífago, y hubo una sarta de ruidos entremezclados con chillidos de agonía por parte de Xenophilius.

—Parece que el lugar esta a punto de caerse Selwyn, — dijo una segunda voz vivaz haciendo eco en la cavidad de la escalera. —Las escaleras están completamente bloqueadas. ¿Intentamos limpiarlas?. El lugar se vendría abajo.

—Mientes pedazo de porquería,— gritó el mago llamado Selwyn. —Nunca has visto a Harry Potter en tu vida, ¿verdad?. Creo que nos trajiste aquí para matarnos, ¿o no?. ¿Y creíste que recuperarías a tu hija así?.

—Lo juro... lo juro... ¡Potter esta arriba!.

—*Homenum Revelio,* —dijo la voz al final de las escaleras. Harry escuchó el gemido de Hermione y tuvo la sensación de que algo se abatía por debajo de su cuerpo, envolviendo el mismo en su sombra. — Hay alguien allá arriba ciertamente Selwyn,— dijo el segundo hombre agudamente.

—¡Es Potter, te digo que es Potter!,—lloriqueo Xenophilius. —Por favor... por favor... denme a Luna, solo déjenme tener a Luna...

—Puedes tener a tu hijita, Lovegood,— dijo Selwyn, — si subes esas escaleras y me traes a Harry Potter. Pero si es una trampa, si me engañas, si es que tienes un cómplice esperando para atacarnos, veremos si queda algún pedazo de tu hija que puedas enterrar.

Xenophilius dio un grito de miedo y desesperación. Había escombros y basura. Xenophilius intentaba pasar por entre los pedazos de escaleras. —Vamos,—Harry susurró, —tenemos que salir de aquí.

Comenzó a escarbar a cubierta del ruido que Xenophilius hacia intentando abrirse paso por la escalera. Ron estaba enterrado profundamente. Harry y Hermione subieron, tan silenciosamente como pudieron, por sobre todo el montón donde Ron estaba enterrado, intentando quitarse un montículo de papeles que tenia sobre las piernas. Cuando el movimiento de Xenophilius se oía cada vez mas cerca, Hermione se las arregló para liberar a Ron con el uso de un Encantamiento Suspensorio. —Bien,—murmuro. —Sostente.. en un segundo...

La cara blanca de Xenophilius apareció por encima de la parte más alta. —¡*Obliviate*!,— gritó Hermione, apuntando su varita primero hacia su cara y después hacia el piso debajo de ellos. —¡*Deprimo*!.

Había hecho un hoyo en la sala. Cayeron como pedruscos. Harry aún sosteniendo su mano como si en ello se le fuera la vida, hubo un grito desde abajo, y vio a dos hombres intentando quitarse de encima mucha cantidad de escombros y muebles rotos que llovían alrededor de ellos desde el techo a medio caer. Hermione se retorció en el aire y una explosión de la casa al colapsarse resonó en los oídos de Harry mientras ella lo arrastraba una vez más a la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTIDOS

Los Suspiros de Muerte

Harry cayó en la hierba jadeando y se dio vuelta de inmediato. Parecía que habían aterrizado en un rincón de un campo al anochecer: Hermione ya estaba corriendo en círculo alrededor de ellos, sacudiendo su barita.

"Protego Totalum….Salvio Hexia…"

Ese viejo hemofílico traicionero." Jadeó Ron, emergiendo de debajo de la Capa de Invisibilidad y lanzándosela a Harry. "Hermione eres un genio, un absoluto genio. No puedo creer que hayamos salido de esa."

"Cave inimicum…. No le dije que era un cuerno de Espantajo, no se lo dije? Y ahora su casa ha sido volada en pedazos!"

"Le sirve bien," dijo Ron, examinando sus deshilachados jeans y los cortes en sus piernas, "Qué calculas que van a hacerle?"

"Oh espero que no lo maten!" exclamó Hermione, "Es por eso que quería que los Come Muertos le echaran un ojo a Harry antes de irnos, para que supieran que Xenophilius no había estado mintiendo!"

"Por qué esconderme entonces?" preguntó Ron.

"Se supone que estás en la cama con una fiebre eruptiva Ron! Secuestraron a Luna porque su padre apoyaba a Harry! Qué le pasaría a tu familia si supieran que estás con él?

"Pero qué hay con *tu* papá y *tu* mamá?"

"Ellos están en Australia," dijo Hermione, "Deberían estar muy bien. No saben nada."

"Eres un genio," repitió Ron, pareciendo asombrado.

"Sí lo eres Hermione," convino Harry fervientemente. "No sé qué haríamos sin ti."

Sonrió, pero en seguida se puso solemne.

"Qué hacemos con Luna?"

"Bueno, si dicen la verdad y ella todavía está viva—" empezó a decir Ron.

"No digas eso, no lo digas!" exclamó Hermione. "Tiene que estar viva, tiene que!"

"Entonces estará en Azkaban, espero," dijo Ron. "En caso de que sobreviva a ese lugar, …. Las cargas no…."

"Lo hará," dijo Harry. No podía soportar contemplar la alternativa. "Luna es fuerte, Mucho más fuerte de lo que te imaginas. Probablemente estará enseñando a todos los internos sobre Wrakspurts y Nargles."

"Espero que estés en lo correcto," dijo Hermione. Se pasó una mano por los ojos. "Lo sentiría mucho por Xenophilius si---"

"---Si tan sólo él no hubiera tratado de vendernos a los Come Muertos, claro" dijo Ron.

Levantaron la tienda y se retiraron dentro de ella, en donde Ron les preparó té. Después de su estrecho escape, el helado, mohoso y viejo lugar les parecía como estar en casa: seguro, familiar, y amistoso.

"Ay, por qué fuimos ahí?" se quejó Hermione luego de unos pocos minutos de silencio. "Harry, tenías razón, era la Hondonada de Godric otra vez, una total pérdida de

tiempo! Los Suspiros de Muerte…semejante porquería…aunque en realidad," un pensamiento súbito pareció haberla golpeado, "él debe haber inventado todo, o no? Probablemente él no cree absolutamente en los Suspiros de Muerte, él sólo quería mantenernos hablando hasta que llegaran los Come Muertos!"

"No lo creo," dijo Ron, "es endemoniadamente más difícil inventar cosas cuando estás bajo presión de lo que te imaginas. Me di cuenta de eso cuando los Secuestradores me atraparon. Era mucho más fácil inventar que era Stan, porque yo sabía poco acerca de él, que inventar totalmente a una nueva persona. El Viejo Lovegood estaba bajo toneladas de presión, tratando de asegurarse de que nos manteníamos en el lugar. Calculo que nos dijo la verdad, o lo que él piensa que es la verdad, sólo para mantenernos hablando."

"Bueno, supongo que no importa, " señaló Hermione. "Aún si estaba siendo honesto, nunca en mi vida había escuchado tal cantidad de tonterías."

"Detente ahí", dijo Ron "Se suponía que la Cámara de los Secretos era un mito, o no?"

"Pero los Suspiros de Muerte *no pueden* existir, Ron!"

"Sigues diciendo eso, pero uno de ellos sí puede," dijo Ron. "La Capa de Invisibilidad de Harry---"

"El Cuento de los Tres Hermanos' es un cuento," dijo Hermione firmemente, "un cuento acerca de cómo los humanos tenemos miedo a la muerte. Si la supervivencia fuera tan simple como esconderte bajo la capa de Invisibilidad, ya tendríamos todo lo que necesitamos!"

"No lo sé. Podríamos hacerlo con una Varita mágica invencible," dijo Harry dando vuelta entre sus dedos a la varita de Endrino que tanto le desagradaba.

"No existe tal cosa Harry!"

"Dijiste que han existido cargas de varitas--- la vara de la muerte y como sea que se hayan llamado---"

"Está bien, aún si quieres engañarte la Varita del Anciano es real, y qué hay con la Piedra de la Resurrección?" Sus dedos figuraron unas comillas alrededor del nombre, y su tono destilaba sarcasmo. "Ninguna magia puede levantar a los muertos, y así es!"

"Cuando mi varita se conectó con la de Ya-Sabes-Quién, hizo que aparecieran mi mamá y mi papá…y Cedric…"

"Pero no regresaron de la muerte, o sí?" dijo Hermione. "Esas especies de---de pálidas imitaciones no son lo mismo que realmente volver a alguien a la vida."

"Pero ella, la niña del cuento, en realidad no regresó, o sí? El cuento dice que una vez que las personas están muertas, se quedan con los muertos. Pero el segundo hermano todavía podía verla y hablarle, o no? Hasta vivió con ella un tiempo…"

Vio preocupación y algo no tan fácil de definir en la expresión de Hermione. Luego, se volteó a ver a Ron y Harry se dio cuenta de que era miedo: La había asustado con su plática de vivir con gente muerta.

"Entonces ese tipo Peverell que está enterrado en l Hondonada de Godric," dijo apresuradamente, tratando de aparentar una cordura bien robusta, "tú no sabes nada de él entonces?"

"No" respondió aliviada por el cambio de tema. "Lo busqué después de haber visto la marca en su tumba; si él hubiera sido alguien famoso o hecho algo importante, estoy segura de que aparecería en alguno de nuestros libros. El único lugar en que he logrado encontrar el nombre 'Peverell" se llama Nobleza Natural: una Genealogía de Hechiceros. Se lo tomé prestado a Kreacher," explicó cuando Ron alzó las cejas.

"Enumera las familias de sangre pura que están ahora extinguidas en la línea masculina. Aparentemente los Peverell eran una de las primeras familias que se extinguió."

"Extintas en la línea masculina?" repitió Ron.

"Significa que el nombre se extinguió," dijo Hermione, "hace siglos, en el caso de los Peverell todavía podrían tener descendientes, pero se llamarían de otra manera."

Y entonces se le ocurrió a Harry en una pieza brillante, el recuerdo que le evocaba el nombre Peverell": un viejo asqueroso esgrimiendo un feo anillo en la cara de un funcionario del Ministerio, y dijo el voz alta, "Marvolo Gaunt"!

"Disculpa? dijeron Ron y Hermione al mismo tiempo.

"*Marvolo Gaunt!* El abuelo de ya-Saben-Quién! En el Pensador! Con Dumbledore! Marvolo Gaunt dijo que era descendiente de los Peverell!"

Ron y Hermione parecían hipnotizados.

"El anillo, el anillo que se convirtió en Horcrux, Marvolo Gaunt dijo que tenía gravado el escudo de armas de los Peverell! Yo lo ví sacudiéndolo en frente del banco del Ministro, casi se lo tallaba en la nariz!"

"El escudo de armas de los Peverell?" dijo Hermione bruscamente. "Pudiste ver qué aspecto tenía?"

"No gran cosa," dijo Harry, tratando de recordar. "No había nada sobresaliente en él, hasta donde pude ver; tal vez algunos rasguños. Sólo lo vi de cerca cuando había sido roto para abrirlo."

Harry notó la mirada de comprensión en el súbito cambio en la expresión de sus ojos. Ron miraba de uno al otro, sorprendido.

"Blimey…Calculas que era otra vez este signo? ¿El signo de los Suspiros?"

"Por qué no? Dijo Harry emotivamente, "Marvolo Gaunt era un viejo ignorante que vivía como un cerdo, todo lo que le importaba eran sus antepasados. Si ese anillo hubiera sobrevivido por siglos, podría no haber sabido lo que era. No había libros en esa casa, y créanme, él no era el tipo que les leería cuentos de hadas a los niños. A él le hubiera fascinado pensar que los rasguños en la piedra eran un escudo de armas, porque según él, el tener la sangre pura te hacía prácticamente descendiente de reyes."

"Sí…y esto es todo muy interesante," dijo cuidadosamente Hermione, "pero Harry, si estás pensando en lo que creo que estás pensando---"

"Bueno, por qué no? *Por qué no?* Dijo Harry dejando atrás las precauciones. "Era un apiedra, o no?" Volteó a ver a Ron en busca de apoyo. "Qué si era la Piedra de Resurrección?"

Ron se quedó con la boca abierta.

"Blimey --- ¿pero aún funcionaría si Dumbledore rompió…?"

"Funcionaría? ¿*Funcionaría*? Ron, nunca ha funcionado! *No existe tal cosa como la Piedra de Resurrección!"*

Hermione se puso de pie, y se veía exasperada y enojada. Harry, estás tratando de ajustarlo todo al cuento de los Suspiros---"

"*Ajustarlo todo se ajuste?* Repitió. "Hermione, se ajusta por su propio derecho! Yo sé que el signo de los Suspiros de Muerte estaba en esa piedra! Gaunt dijo que él era descendiente de los Peverell!"

"Hace un minuto nos dijiste que nunca habías visto claramente la marca en la piedra!"

"Dónde calculas que se encuentra ahora el anillo?" le preguntó Ron a Harry. "Qué hizo Dumbledore con él luego de que lo rompió para abrirlo?"

Pero ya la imaginación de Harry estaba corriendo hacia delante, muy lejos de las de Ron y hermione…

Tres objetos, o Suspiros, que, si se unen, harán al poseedor el Amo de la Muerte…Amo…Conquistador…Vencedor…El enemigo que será destruido al final es la muerte…

Y se vio a sí mismo, poseedor de los Suspiros, enfrentando a Voldemort, cuyos Horcruxes no podían competir…*ninguno podrá vivir mientras el otro subsista*…Ésa era la respuesta? Suspiros contra Horcruxes? Habría, después de todo un camino para asegurar que él era el vencedor? Si el fuera el amo de los Suspiros de la Muerte, estaría seguro?

"¿Harry?"

Pero él apenas escuchó a Hermione: Había tirado de su Capa de Invisibilidad y la estaba corriendo entre sus dedos, una tela tan suave como el agua, ligera como el aire. Nunca había él visto nada igual en los aproximadamente siete años que tenía en el mundo de la Brujería. La Capa era exactamente lo que Xenophilius había descrito: una capa que real y verdaderamente vuelve al que la usa completamente invisible, y dura eternamente, proporcionando un encubrimiento constante e impenetrable, sin importar qué hechizos le fueran lanzados…

Y entonces con un espasmo, recordó.-

"Dumbledore tenía la capa la noche que murieron mis padres!"

Su voz se quebró y pudo sentir el color en su semblante, pero no le importó.

"Mi mamá le dijo a Sirius que Dumbledore tomó la capa prestada! Esa es la razón! Él quería examinarla, porque pensaba que era el tercer Suspiro" Ignotus Peverell está enterrado en la Hondonada de Godric…" Harry estaba caminando a ciegas alrededor de la tienda, sintiendo como si enormes visiones de verdad se estuvieran abriendo a su alrededor. "Él es mi ancestro. Desciendo del tercer hermano! Todo tiene sentido!"

Se sintió armado con la certeza, en su creencia en los Suspiros, como si la sola idea de poseerlos le estuviera dando protección, y se sintió feliz cuando dio la espalda a los otros dos.

"Harry," dijo Hermione otra vez, pero estaba ocupado deshaciendo los nudos alrededor de su cuello, con los dedos engarrotados.

"Leela," le dijo, forzando la carta de su madre en su mano. "Leela!" Dumbledore tenía la Capa Hermione, Para qué otra cosa podría quererla? Él no necesitaba una Capa, él podía hacer un Encantamiento de Desilusión tan poderoso que se volvía completamente invisible sin necesidad de Capa!"

Algo cayó al suelo y rodó, brillante, bajo una silla; había removido la Snitch cuando sacó la carta. Se detuvo para recogerla, y entonces la nueva toma de la fuente de fabulosos descubrimientos le lanzó otro regalo, y dentro de él explotaron la sorpresa y la maravilla por lo que gritó.

"ESTÁ AQUÍ DENTRO!" Me dejó el anillo – está dentro de la Snitch!"

"Tú --- Tú crees?"

No podía entender por qué Ron parecía sorprendido. Era tan obvio, tan claro para Harry. Todo encajaba, todo…su Capa era el tercer Suspiro, y cuando descubriera cómo abrir la Snitch tendría el segundo, y entonces todo lo que necesitaba hacer era encontrar el primer Suspiro, la Varita del Anciano, y entonces—

Pero fue como si una cortina cayera en un pequeño escenario: Toda su emoción, todas sus esperanzas y felicidad se extinguieron con un golpe, y quedó parado en la oscuridad, y el glorioso hechizo se rompió.

"Eso es lo que él persigue."

El cambio en su voz hizo que Ron y Hermione parecieran más aterrados.

"Ya-Sabes-Quién está atrás de la Varita del Anciano."

Dio la espalda ante sus expresiones tensas e incrédulas. Él sabía que era la verdad. Todo tenía sentido. Voldemort no estaba buscando una nueva varita; estaba buscando una vieja varita, una varita muy vieja de hecho. Harry caminó hacia la entrada de la tienda, olvidándose de Ron y Hermione mientras auscultaba la noche, pensando…

Voldemort había sido criado en un orfanato muggle. Nadie le pudo haber contado *Los Cuentos de Beedle el Bardo* cuando era un niño, no más de lo que Harry los había escuchado. Difícilmente existían hechiceros que creyeran en los Suspiros de la Muerte. ¿Sería que Voldemort sabía sobre ellos?

Harry miró a la oscuridad…Si Voldemort hubiera sabido acerca de los Suspiros de la Muerte, seguramente los habría buscado, habría hecho cualquier cosa para poseerlos: tres objetos que harían a su poseedor amo de la Muerte? Si él hubiera sabido acerca de los Suspiros de la Muerte, no habría necesitado Horcruxes en primer lugar. Acaso el simple hecho de que él hubiera tomado un Suspiro, y lo hubiera convertido en un Horcrux, no demostraba que él no sabía este último gran secreto de la Hechicería?

Lo que significaba que Voldemort buscaba la Varita del Anciano sin conocer su gran poder, sin entender que era uno de tres…porque la varita era el Suspiro que no se podía esconder, cuya existencia era muy conocida…*El rastro sangriento de la Varita del Anciano está diseminado en las páginas de la historia de la Hechicería…*

Harry veía el cielo lleno de nubes, curvas de humo gris y plateado deslizándose sobre la cara de la blanca luna. Sentía muy ligero su pensamiento con mucha emoción ante sus descubrimientos.

Dio la espalda a la tienda. Fue una sorpresa ver a Ron y a Hermione parados exactamente en donde los había dejado, Hermione todavía sosteniendo la carta de Lilly, Ron a su lado parecía ligeramente ansioso. No se daban cuenta de qué lejos habían viajado en los últimos minutos?

"Así están las cosas?" dijo Harry, tratando de contagiarlos del brillo de su impresionante certeza, "Esto lo explica todo, Los Suspiros de la Muerte son reales y yo tengo uno---tal vez dos---"

Levantó la Snitch.

"---Y ya saben quién anda buscando al tercero, pero no se da cuenta---sólo piensa que es una varita muy poderosa---"

"Harry" dijo Hermione, moviéndose hacia él y devolviéndole la carta de Lilly, "Lo siento, pero creo que tienes todo equivocado, todo equivocado."

"Pero no te das cuenta? Todo encaja---"

"No, no lo hace," le dijo ella. "*No lo hace.* Harry, solamente te está alejando. Por favor," dijo ella cuando él empezó a hablar, "por favor sólo respóndeme esto: si realmente existieran los Suspiros de la Muerte y Dumbledore hubiera conocido su existencia, hubiera sabido que la persona que los poseyera todos sería el amo de la Muerte --- Harry, por qué no te lo habría dicho? ¿por qué?"

El ya tenía la respuesta preparada.

"¡Pero tú lo dijiste Hermione! ¡tú tienes que averiguar sobre ellos por ti mismo! Es un torneo!"

"Pero sólo dije eso para tratar de persuadirte de venir a los Lovegoods'! Exclamó Hermione exasperada. "Yo no creía eso en realidad!"

Harry no le hizo caso.

"Dumbledore generalmente me hacía encontrar esas cosas por mí mismo. Me hacía probar mi fuerza, arriesgarme. Esto es como el tipo de cosas que él haría."

"Harry, esto no es un juego, esto no es una práctica! Esto es la realidad y Dumbledore te dejó instrucciones muy claras: Encontrar y destruir los Horcruxes! Ese

símbolo no significa nada, olvídate de los Suspiros de la Muerte, no podemos darnos el lujo de desviarnos ---"

Harry casi no la escuchaba. Estaba dando vueltas a la Snitch una y otra vez en sus manos, medio esperando que se abriera, para revelar la Prueba de la Resurrección, para probar a Hermione que él estaba en lo correcto, que los Suspiros de la Muerte realmente existían.

Ella apeló a Ron.

"Tú no crees en esto, o sí?"

Harry levantó los ojos, Ron dudó.

"Yo no… quiero decir…partes de esto medio coinciden," dijo Ron torpemente, "Pero cuando ves todo el cuadro…" Respiró profundamente. "Creo que se supone que tenemos que deshacernos de los Horcruxes, Harry. Eso es lo que nos dijo Dumbledore que hiciéramos. Tal vez…tal vez nosotros nos deberíamos de olvidar de esto de los Suspiros."

"Gracias, Ron," dijo Hermione. "Yo haré la primera guardia."

Y pasó frente a Harry y se sentó a la entrada de la tienda haciendo que terminara toda la discusión.

Pero Harry casi no durmió esa noche. La idea de los Suspiros de la Muerte habían tomado posesión de él, y el no podía descansar ya que agitados pensamientos daban vuelta en su cabeza: la varita, la piedra y la Capa, si sólo pudiera tenerlos todos juntos…

Yo abro lo cerrado…, pero qué era lo cerrado? Por qué no podía el tener la piedra ahora? Si sólo tuviera la piedra, podría hacer estas preguntas a Dumbledore en persona… y Harry murmuraba palabras a la Snitch en la oscuridad, intentando todo, hasta el idioma Parsel, pero la pelotita de oro no se abría…

Y la varita, la Varita del Anciano, en dónde se escondía? En dónde estaba Voldemort buscando ahora? Harry deseaba que su cicatriz le doliera y le mostrara los pensamientos de Voldemort, porque por la primera vez, él y Voldemort estaban unidos deseando exactamente lo mismo… a Hermione esa idea no le gustaba, por supuesto… Pero entonces, ella no creía… Xenophilius había tenido razón en una forma… *Limitada, Estrecha, de mente cerrada.* La verdad era que ella tenía miedo de la idea de los Suspiros de la Muerte, especialmente de la Piedra de la Resurrección… y Harry oprimió su boca una vez más en la Snitch, besándola, casi tragándosela, pero el frío metal no se rindió.

Era casi de madrugada cuando se acordó de Luna, sola en una celda de Azkaban, rodeada de dementotes, y de repente se avergonzó de sí mismo. Había olvidado todo lo relacionado con ella en su afiebrada contemplación de los Suspiros. Si sólo pudieran rescatarla, pero dementores en esas cantidades eran virtualmente invencibles. Ahora que pensaba en eso, no había intentado mandarles un Patronus con la varita de Endrino… Debería de intentarlo en la mañana…

Si sólo hubiera una forma de conseguir una mejor varita…

Y el deseo de la Varita del Anciano, la Vara de la Muerte, invencible, lo golpeó una vez más…

Empacaron la tienda a la mañana siguiente y se movieron a través de una helada llovizna. El aguacero los persiguió hasta la costa, en donde montaron la tienda esa noche, y persistió por toda la semana, a través de obscuros paisajes que a Harry le parecieron tristes y deprimentes. Sólo podía pensar en los Suspiros de la Muerte. Era como si se hubiera encendido una llama dentro de él que nada, ni el claro descreimiento de Hermione ni las persistentes dudas de Ron, podrían extinguir. Y de todas formas entre más fuerte quemada dentro de él el deseo de los Suspiros, lo menos feliz lo hacía.

Culpaba a Ron y a Hermione: Su determinada indiferencia era tan mala como la persistencia de la lluvia para humedecer sus espíritus, pero nada podía erosionar su certeza, que seguía siendo absoluta. La creencia de Harry y la añoranza en los Suspiros lo consumía tanto que se sentía aislado de los otros dos y su obsesión con los Horcruxes.

"Obsesión?" dijo Hermione en una voz baja y orgullosa, cuando Harry tuvo la suficiente falta de cuidado para usar la palabra una tarde, luego que Hermione le había dicho su falta de interés en encontrar más Horcruxes. "No somos nosotros los que tenemos una obsesión Harry! Somos los que tratamos de hacer lo que Dumbledore nos dijo que hiciéramos!"

Pero era impermeable a la velada crítica. Dumbledore había dejado la señal de los Suspiros para que la descifrara Hermione, y también, Harry estaba convencido de ello, dejado la Piedra de la Resurrección escondida en la Snitch dorada. *Ninguno puede vivir mientras el otro subsista ... amo de la Muerte* Por qué no entendían Ron y Hermione?

"*El último enemigo que sería destruido era la muerte,*"" citó Harry tranquilamente.

"Que no era Ya- Sabes-Quién con quien deberíamos estar peleando?" respondió Hermione y Harry dejó de hablarle.

Hasta el misterio de la liebre de plata, que los otros dos insistían en discutir, parecía menos importante a Harry ahora, una desviación vagamente interesante. La única otra cosa que le importaba era que su cicatriz había empezado a molestar otra vez, aunque hizo lo que pudo para ocultar este hecho de los otros dos. Siempre que podía buscaba la soledad, pero se sentía desilusionado por lo que veía. Las visiones que él y Voldemort compartían tenían otra calidad; se habían vuelto borrosas, distorsionadas como si se estuvieran moviendo dentro y fuera de foco. Harry era a penas capaz de distinguir las características de un objeto que parecía como una calavera, y algo como una montaña que era más de sombras que sustancial. Acostumbrado a imágenes tan claras como la realidad, Harry estaba desconcertado con el cambio. Le preocupaba que la conexión entre él y Voldemort se hubiera dañado, una conexión que el temía y a pesar de todo lo que había dicho a Hermione, apreciaba. De alguna manera Harry conectaba estas imágenes vagas e insatisfactorias con la destrucción de su varita, y como si fuera culpa de la varita de Endrino que él no pudiera ver en la mente de Voldemort tan bien como antes.

Conforme pasaban las semanas, Harry no pudo evitar darse cuenta de que aun a través de su nueva auto abstracción, que Ron parecía estarse haciendo cargo. Tal vez porque estaba determinado a compensarlos por haberse alejado de ellos, tal vez por el descenso de Harry en la apatía galvanizaban sus cualidades de liderazgo, Ron era el que ahora animaba y exhortaba a los otros dos a que entraran en acción.

"Quedan tres Horcruxes" seguía diciendo. "Necesitamos un plan de acción, vamos! En dónde no hemos buscado? Vamos a repasarlo todo otra vez. El orfanato…"

El callejón Diagon, Hogwarts, la casa de Riddle, Borgin and Burkes, Albania, todos los lugares en que ellos sabían que Tom Riddle había vivido o trabajado, visitado o asesinado, Ron y Hermione pasaban por ellos una y otra vez, Harry se unía a ellos sólo para evitar que Hermione lo acosara. Él hubiera estado feliz de sentarse sólo y en silencio, tratando de leer los pensamientos de Voldemort, para averiguar más sobre la Varita del Anciano, pero Ron simplemente insistía en moverse a lugares más difíciles cada vez, Harry estaba consciente, para mantenerlos en movimiento.

"Nunca se sabe", era el refrán constante de Ron. Upper Flagley es un pueblo de hechiceros, pudo haber querido vivir aquí. Vamos y echemos una mirada por ahí."

Estas frecuentes correrías en territorios de Hechiceros los llevaban a vistas ocasionales de Secuestradores.

"Se supone que algunos de ellos son tan malos como los Come Muertos," dijo Ron. "El grupo que me atrapó era algo patético, pero Hill calcula que algunos de ellos son realmente peligrosos. En *Potterwatch* dijeron---"

"En qué?" dijo Harry.

"*Potterwatch,* No te dije que así es como se llama? El programa que estoy tratando de encontrar en el radio, el único que dice la verdad de lo que está pasando! Casi todos los programas están siguiendo la línea de Ya-Sabes-Quién, todos excepto Potterwatch, realmente me gustaría que lo escucharas, pero es muy difícil sintonizarlo…"

Ron se pasaba tarde tras tarde usando su varita para quitar varios ritmos en la parte superior del inalámbrico mientras que las estaciones daban vuelta. Ocasionalmente encontraban pedazos de consejos sobre cómo tratar viruela de dragón, y alguna vez unas pocas barras de "un Caldero Lleno de Amor Fuerte y Caliente." Mientras golpeaba, Ron continuaba tratando de encontrar la contraseña correcta, murmurando porciones de palabras al azar.

"Generalmente tienen que ver con la Orden," les dijo. "Hill se las pasó realmente difíciles para adivinarlas. Estoy comprometido a obtener alguna al final…"

"Pero sólo hasta marzo la suerte favoreció finalmente a Ron. Harry estaba sentado a la entrada de la tienda, de guardia, mirando ausentemente a un racimo de jacintos que habían forzado su salida a través del frío suelo, cuando Ron exclamó excitadamente desde adentro de la tienda.

"Lo tengo, lo tengo! La Contraseña era 'Albus'! Entra aquí, Harry."

Sacado por primera vez en días de su contemplación de los Suspiros de la Muerte, Harry se apresuró a entrar en la tienda para encontrarse a Ron y Hermione arrodillados en el suelo a un lado del pequeño radio. Hermione que había estado puliendo la espada de Gryffindor sólo para tener algo que hacer, estaba sentada con la boca abierta, mirando el pequeño parlante, del cual una voz familiar estaba transmitiendo.

"…disculpamos por nuestra ausencia temporal del aire, que se debió a que recibimos muchas llamadas de hogares de nuestra área por esos encantadores Come Muertos."

"Pero ese es Lee Jordan!" dijo Hermione

"Lo sé!" exclamó Ron. "Sensacional, eh?"

"…ahora que encontramos otra ubicación segura para nosotros," estaba diciendo Lee, "y me complace decirles que dos de nuestros colaboradores regulares se han unido a mí esta tarde, chicos!"

"Hola."

"Buenas noches, River."

"River' ese es lee" explicó Ron. "Todos tienen nombres en clave, pero normalmente te puedes dar cuenta ---"

"Shhh!" dijo Hermione.

"Pero antes de que escuchemos de Royal y Romulus," continuó Lee, "vamos a dedicar un momento para reportar las muertes que el *Periódico Wizarding Gíreles Network* y el *Daily Prophet* no encuentran tan importantes como para mencionarlas. Es con mucha tristeza que informamos a nuestros radio escuchas de los asesinatos de Ted Tonos y Dirk Cresswell."

Harry sintió un vacío enfermo en su estómago. El, Ron y Hermione se miraron horrorizados.

"Un goblin con el nombre de Gornuk también fue asesinado. Se cree que el hijo de muggles Dean Thomas y un segundo goblin, ambos se creía que habían estado viajando con Tonks, Cresswell, y Gornuk, pudieron haber escapado. Si Dean está escuchando o si alguien tiene alguna noticia de su paradero, sus padres y hermanas están desesperados por noticias.

"Mientras tanto, en Gaddley, una familia de Muggles de cinco miembros fue encontrada muerta en su casa. Las autoridades muggles atribuyen sus muertes a un escape de gas, pero miembros de la *Orden del Fénix* me informan que se trató de la Maldición Asesina --- más evidencia, como si fuera necesaria, del hecho de que la eliminación de muggles se está volviendo algo más que un deporte recreativo bajo el nuevo régimen.

"Finalmente nos apena informar a nuestros radioescuchas que los restos de Batidla Bagshot fueron descubiertos en la Hondonada Godric. La evidencia es que murió hace varios meses. La Orden del Fénix nos informa que su cuerpo muestra señales inequívocas de heridas inflingidas por Magia Negra.

"Me gustaría invitar a nuestros radioescuchas a que se nos unan en un minuto de silencio en recuerdo de Ted Tonks, Dirk Cresswell, Batidla Bagshot, Gornuk y los que no nombramos, pero no por eso menos añorados, muggles asesinados por los Come Muertos."

Cayó el silencio, y Harry, Ron y Hermione no hablaron. La mitad de Harry anhelaba escuchar más, y la otra mitad tenía miedo de lo que venía en seguida. Era la primera vez que se había sentido totalmente conectado al mundo exterior por un largo tiempo.

"Gracias," dijo la voz de Lee. "Y ahora podemos volver a Royal colaboradores regulares, para obtener una actualización de cómo la nueva orden de Hechicería está afectando el mundo muggle."

"Gracias, River" dijo una voz inconfundible, profunda, mesurada y tranquilizadora.

"Kingsley!" explotó Ron.

"Ya lo sabemos!" dijo Hermione, haciéndolo callar.

"Los muggles permanecen ignorantes de la fuente de su sufrimiento mientras continúan apoyando pesadas casualidades," dijo Kingsley. "Sin embargo, nosotros seguimos escuchando historias verdaderamente inspiradoras de magos y brujas que arriesgan su propia seguridad para proteger a sus amigos y vecinos muggles, con frecuencia sin el conocimiento de los muggles. Me gustaría llamar a todos nuestros escuchas para emular su ejemplo, tal vez lanzando un encantamiento protector sobre cualquier asentamiento muggle de su calle. Sepodrían salvar muchas vidas si se tomaran esas simples medidas."

" tú qué dirías Royal, a aquellos escuchas que responden que en estos peligrosos tiempos debería ser "Primero los hechiceros?" preguntó Lee.

"Les diría que es un corto paso de Primero los hechiceros' a 'primero los sangres limpias' y de ahí a 'Come Muertos'" replicó Kingsley. "Todos somos humanos, no es cierto? Todas las vidas humanas valen la pena y vale la pena salvarlas."

"Excelentemente planteado, Royal, y acabas de ganar mi voto como Ministro de Magia si salimos de este lío," dijo Lee. "y ahora, volvemos a Romulus para nuestro popular programa "Compañeros de Potter."

"Gracias, River," dijo otra voz muy familiar. Ron comenzó a hablar, pero Hermione lo calló con un susurro.

"*Ya sabemos que es Lupin!"*

"Romulus, sostienes, como lo has hecho cada vez que apareces en nuestro programa, que Harry Potter sigue vivo?"

"Lo sostengo," dijo firmemente Lupin. "No hay duda alguna en mi mente que su muerte sería proclamada con toda la fuerza posible por los Come Muertos si hubiera ocurrido, porque eso le daría un golpe portal a la moral de los que resisten al nuevo régimen. 'el niño que vivió' sigue siendo un símbolo de todo por lo que seguimos peleando; el triunfo de la bondad, el poder de la inocencia, la necesidad de seguir resistiendo."

Una mezcla de gratitud y vergüenza se mezclaron en Harry. Entonces Lupin ya lo había perdonado por todas las terribles cosas que había dicho la última vez que se habían visto?"

"Y qué le dirías a Harry si supieras que está escuchando, Romulus?"

"Le diría que todos estamos con él en espíritu," dijo Lupin, luego dudó ligeramente, "y le diría que siga sus instintos, que son muy buenos y casi siempre correctos."

Harry vio a Hermione, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

"Casi siempre correctos," repitió.

"Oh ¿no te había yo dicho?" dijo Ron sorprendido. "Hill me dijo que Lupin está viviendo otra vez con Tonks! Y aparentemente también ella se está poniendo enorme…"

"…Y nuestra acostumbrada actualización sobre los amigos de Harry Potter que están sufriendo por su lealtad?" estaba diciendo Lee.

"Bueno, como lo saben los acostumbrados radioescuchas, Muchos de los más sobresalientes partidarios de Harry Potter ahora han sido apresados, incoluyendo a Xeno philius Lovegood, antiguo editor de The Quibbler," dijo Lupin.

"Por lo menos todavía está vivo!" murmuró Ron.

"Hemos escuchado también hace pocas horas que Rubeus Hagrid" los tres lanzaron una exclamación, y casi se pierden el resto de la oración – "bien conocido vigilante de Hogwqarts, escapó a su arresto por poco, dentro de los terrenos de Hogwarts, en donde se rumorea que ha alojado al partido de 'Partidarios de Harry Potter' en su casa. Sin embargo, Hagrid no fue tomado en custodia, y creemos que se encuentra huyendo."

"Me imagino que cuando te escapas de los Come Muertos, siempre ayuda tener un medio hermano de dieciséis pies de estatura?" preguntó Lee.

"Tiende a darte un margen," convino Lupin con gravedad. "Puedo sólo añadir que mientras que nosotros en Potterwatch aplaudimos el espíritu de Hagrid, urgimos hasta a los más devotos de los seguidores de Harry que no sigan los pasos de Hagrid. Los grupos de 'apoyen a Harry Potter' son lo menos inteligente en el clima actual."

"De hecho sí lo son, Romulus" dijo Lee, "Por lo tanto sugerimos que continúe mostrando su devoción al hombre con la cicatriz brillante escuchando Porretwatch! Y ahora pasemos a las noticias relacionadas con el mago que parece ser tan elusivo como Harry Potter. Nos gusta referirnos a él como el Jefe Comedor de Muertos, y aquí para dar sus puntos de vista sobre algunos de los más locos rumores que circulan acerca de él, me gustaría introducir a nuevo corresponsal. Rodent?"

"'Rodent?" dijo otra voz familiar, y Harry, Ron y Hermione exclamaron juntos.

"Fred!"

"No – es George?"

"Creo que es Fred," dijo Ron, acercándose, ya que cualquiera de los gemelos decía,

"No soy 'Rodent' de ninguna manera, les dije que quería ser 'Rapier'!"

"Bueno, claro que sí 'Rapier,' podrías darnos tu opinión sobre las historias que hemos estado escuchando sobre el Jefe de los Come Muertos?"

"Sí River, puedo" dijo Fred. "Como sabrán nuestros radioescuchas, a menos que hayan tomado refugio en el fondo de un charco de jardín o algún lugar similar, la estrategia de Ya-Sabes-Quién de permanecer en las sombras está creando un pequeño clima de pánico. Fíjate, si todas las supuestas visiones de él son genuinas, debemos tener cerca de diecinueve Ya-Sabes-Quienes corriendo por el lugar."

"Lo que se ajusta a él, por supuesto," dijo Kingsley. El aire de misterio está creando más terror que si realmente se mostrara."

"Estoy de acuerdo," dijo Fred. "De manera que, gente, tratemos de calmarnos un poco. Las cosas están lo suficientemente mal sin además inventar cosas. Por ejemplo, esta nueva idea de que Ya-Sabes-Quién puede matar gente con una sola mirada. Eso es un *basilisco* radioescuchas. Una simple prueba: verifiquen si la cosa que los está mirando tiene piernas. Si las tiene es perfectamente seguro mirarlo a los ojos, aunque si fuera Ya-Saben-Quién, sería la última cosa que harían."

Por primera vez en semanas y semanas, Harry se estaba riendo: podía sentir que el peso de la tensión se alejaba.

"Y los rumores que mantiene que lo han visto en el extranjero?" preguntó Lee.

"Bueno, quién no querría unas pequeñas vacaciones después de todo el duro trabajo que se ha tomado?" preguntó Fred. "el punto es, gente no se recreen en un falso sentido de seguridad pensando que está fuera del país. Tal vez está y tal vez no está, pero el hecho sigue siendo que puede moverse más rápido que Severus Snape cuando se enfrenta al shampoo cuando lo desea, de manera que no cuenten con que se encuentra muy lejos si están planeando tomar cualquier riesgo. Yo nunca pensé que me escucharía decir esto, pero primero la seguridad!"

"Muchas gracias por estas sabias palabras, Rapier," dijo Lee, "Radioescuchas, esto nos lleva al final de otro Potterwatch. No sabemos cuando será posible transmitir de nuevo, pero pueden estar seguros de que estaremos de regreso. Sigan buscando en su cuadrante: La siguiente palabra clave será Ojo-Loco.' Manténganse seguros unos a otros; mantengan la fe. Buenas noches."

El cuadrante del radio parpadeó y las luces atrás del panel se apagaron, Harry, Ron y Hermione todavía estaban sonriendo. Escuchar voces familiares y amistosas era un tónico extraordinario; Harry se había acostumbrado tanto a su aislamiento que casi había olvidado que otras gentes estaban resistiendo a Voldemort. Fue como despertar de un largo sueño.

""Bueno, eh?" dijo alegremente Ron.

"Brillante" dijo Harry.

"Son tan valientes," dijo Hermione con admiración. "Si los encuentran…"

"Bueno, se mantienen en movimiento, o no?" dijo Ron. "Como nosotros."

"Pero escuchaste lo que dijo Fred?" preguntó excitadamente Harry; ahora la transmisión había terminado y sus pensamientos volvieron a la obsesión que lo consumía. "Está en el extranjero! Todavía está buscando la varita, lo sabía!"

"Harry –"

"Vamos Hermione, por qué estás tan determinada a no admitirlo? Vol –

"HARRY, NO!"

"- demort está detrás de la Varita del Anciano!"

"El nombre es Tabú! Vociferó Ron, saltando en sus pies mientras un fuerte ruido sonaba fuera de la tienda. "Te lo dije, Harry, te lo dije, ya no podemos decirlo - tenemos que volver a poner la protección alrededor de nosotros – rápido – así es como encuentran –"

Pero Ron dejó de hablar, y Harry supo por qué. El Serpentoscopio sobre la mesa se había encendido y comenzado a girar; podían escuchar voces que se acercaban cada vez más; voces rasposas excitadas. Ron jaló el Desiluminador fuera de su bolsillo y le hizo clic: sus lámparas se apagaron.

"Salgan aquí con las manos levantadas!" les llegó una voz rasposa a través de la oscuridad. "Sabemos que están ahí! tenemos media docena de varitas apuntándoles y no nos importa a quién embrujemos!"

Capitulo 23

La Casa de los Malfoy

Harry volteó hacia los otros dos, ahora eran solo siluetas en la obscuridad. Vió a Hermione apuntar su varita, miro hacia el exterior, pero hubo un estallido frente a su cara, una explosion de luz blanca, él se dobló en agonía, incapaz de ver. Podía sentir como su cara se inflamaba rapidamente bajo sus manos como si lo rodearan pesadas pelotas de football.

-Levantate, alimaña.

Unas manos desconocidas arrastraron a Harry por el piso, antes de que el pudiera detenerlas, alguien había hurgado entre sus bolsillos y sacado la varita de blackthorn.

Harry agarró su cara que dolía terriblemente, la cual se sentía irreconocible entre sus dedos, inflamada, grande y dura, como si hubiera sufrido alguna violenta reaccion alergica.

Sus ojos habian sido reducidos a pequeñas hendiduras por las que apenas podía ver; sus lentes se cayeron mientras lo sacaban de la tienda de campaña: todo lo que pudo distinguir fueron las borrosas siluetas de cuatro o cinco personas arrastrando a Ron y Hermione hacia fuera.

-¡Alejate… de… ella!- gritó Ron. Habia un iconfundible ruido de nudillos al golpeando a alguien: Ron se quejaba de dolor y Herminoegritaba, -¡No! Dejenlo, ¡dejenlo!

-Tu novio la va a pasar aun peor que eso si esta en mi lista,- dijo la horrible y aspera voz conocida. –Hermosa chica… que delicia… Yo disfruto la suavidad de la piel….

El estomago de Harry se revolvió. EL sabía de quen era la voz, Fenrit Greyback, el hombre lobo al que le permitieron usar las tunicas de los Mortifagos como pago por u contratar su salvajismo.

-¡Busqen en la tienda!- dijo otra voz.

Harry estaba tendido boca abajo en el suelo. Un ruido sordo le hizo saber que Ron había sido arrojado junto a él. Podían oir pasos y ruidos; los hombres estaban empujando sillas dentro de la tienda mientras buscaban.

- Ahora, veamos a quien atrapamos,- dijo desde arriba la voz de Greyback deleitandose, y Harry fue volteado sobre su espalda. Un rayo de luz blanca cayó sobre sucara y Greyback rió.

-Necesitaré cerbeza de matequilla para rociar a este. ¿Qué te paso, feo?- Harry no contesto al instante.

-Dije,- repitió Greyback. Harry recibió un golpe en el diafragma que le produjo el doble de dolor. -¿Qué te paso?

-Herido.- Harry murmuró. –He sido herido.

-Si, eso parece.- dijo una segunda voz.

-¿Cómo te llamas? – gruñó Greyback.

-Dudley.- dijo Harry.

-¿Y tu primer nombre?

-Yo… Vernon. Vernon Dudley.

-Revisa la lista, Scabior.- dijo Greyback, y Harry miró hacia uno de sus lados para ver a Ron en lugar de a él. –¿Y que hay de ti, pelirrojo?

-Stan Shunpike.- dijo Ron.

-Como si tu fueras.- dijo el hombre llamado Scabior.- Conocemos a Stan Shunpike, el nos ha ayudado un poco.
Hubo otro ruido sordo.
-Soy Bardy- dijo Ron, Harry pudo darse cuenta que su boca estaba llena de sangre. –Bardy Weasley-

-¿Un Weasley? Gruñó Greyback. –Osea que estas tan relacionado con los traidores de sangre aun que no seas un Sangre Sucia. Y finalmente, su linda y pequeña amiga.- El pacer en su voz hizo que Harry se estremeciera-

-Fácil Greyback.- dijo Scabior sobre las burlas de los demas.
-Oh, no voy a morderte, todavia. Veamos si ella es un poco mas rapida que Barny para recordar su nombre. ¿Quién eres nena?

-Penelope Clearwater.- dijo Hermione. Sonaba aterrorizada, pero convincente.
-¿Cuál es tu categoría de sangre?
-Mestiza.- dijo Hermione.

-Muy facíl de comprobar,- dijo Scabior. –Pero todos ellos parece que aun tienen edad para estar en Howarts.
-Nobs bejaron- dijo Ron.
-¿Los dejaron?, ¿Si, pelirrojo?. Dijo Scabior. -¿Y decidieron irse a acampar? ¿Y pensaro n, solo por diversion, usar el nombre del Señor Obscuro?

-No bor diversion.- dijo Ron. –Absidente.
-¿Por accidente?- ya no habia mas risas.
-¿Sabes a quienes les gustaba usar el nombre del Señor Oscuro, Weasley?- gruñó Greyback,-La Orden del Fénix. ¿Significa algo para ti?
-Nbo.

-Bueno, ellos no le muestran el respeto que merece al Señor Oscuro, asi que el nombre no se menciona. Unos cuantos miembros de la orden han sido rastreados por eso. Veamos. ¡Atenlos con los otros dos prisioneros!

Alguien jaló a Harry por el cabello, lo arrastró un poco, lo sentó, después empezó a atarlo de espalda a las otras personas. Harry aun estaba medio ciego, apenas capaz de ver algo atravez de sus ojos inflamados. Cuando el último de los hombres que los ataba se fue, Harry murmuró a los otros prisioneros.
-¿Alguien tiene alguna varita?
-No.- dijeron Ron y Hermione a ambos lados de él.
-Esto es solo culpa mía. Yo dije el nombre. Lo siento…
-¿Harry?
Esa fue una nueva, pero familiar voz. Y venía directamente de atrás de Harry, de la persona atada a la izquierda de Hermione.
-¿Dean?
-¡Eres tu! !Si ellos supieran a quienen atraparon! Ellos son Snatchers, solo buscan chicos para venderlos por oro.

-No es un mal botín para una noche.- decía Greyback, mientras un par de botas atachueladas caminaban cerca de Harry y oían mas ruidos desde dentro de la tienda. –Una sangresucia, un duente fugitivo, y esos holgazanes.¿Ya revisaste si sus nombres estan en la lista, Scabior?

-Si. No hay ningun Vernon Dudley aqui, Greyback.
-Interesante.- dijo Greyback. –Muy interesante.
Se agachó al lado de Harry, quien vió, atravez del minusculo hueco entre sus párpados hinchados, una cara cubierta de enmarañado pelo gris y bigotess, con dientes cafes y puntuiagudos acentuados en las esquinas de su boca. Greyback olía como en lo alto de la torre donde Dumbledore había muerto: a suciedad, sudor, y sangre.
-Asi que ustedes no son quienes buscamos, ¿Vernon? ¿O estan en la lista con otro nombre? ¿A que casa de Hogwarts pertenecen?
-Slytherin,- dijo automaticamente Harry.
-Es divertido como todos piensan que eso es lo que queremos oir.- miró con malicia Scabior fuera de la sombras.- Pero ninguno de ellos puede decirnos donde esta la sala común.
-Esta en los calabozos.- dijo claramante Harry. –Entras atravez de la pared. Esta llena de calaveras y cosas, y esta debajo del lago, por eso toda la luz es verde.
Hubo una pequeña pausa.

-Bien, bien, parece que en verdad atrapamos a unos pequenos de Slytherin,- dijo Scabior. –Bien por ti Vernon, porque no hay muchos Sangre Sucia en Slytherin. ¿Quién es tu padre?
-Trabaja en el Ministerio.- mintió Harry. El sabía que su historia entera se derrumbaría con la más minima investigación, pero por otro lado, de todas maneras tenía solamente hasta que su cara recuperara su apariencia normal hasta que el juego sea acabara. –Departamento de Accidentes y Catástrofes Mágicas.

-¿Sabes que Greyback?.- dijo Scabior. –Creo que *hay* un Dudley ahi.
Harry apenas podía respirar: Buena suerte, pura suerte, ¿los sacaría sanos y salvos de esto?
-Bien, bien.- dijo Greyback, y Harry pudo oir la mas mínima nota de preocupacion en su cruel voz, y sabía que Greyback se estaba preguntando si efectivamente acababa de atacar y atar al hijo de un Oficial del Ministerio. El corazón de Harry estaba palpitando contra las cuerdas alrededor de sus costillas, no estaría sorprendido de saber que Greyback pudiera notarlo.
-Si estas diciendo la verdad, feo, no tienes nada que temer de un viaje al Ministerio. Espero que tu padre nos recompenze solo por recogerte.

-Pero,- dijo Harry, su boca estaba seca, -si solo nos dejas…-
-¡Hey!- se oyó un grito desde dento de la tienda. –¡Ven a ver esto Greyback!
Una figura oscura vino apresurada hacia ellos, y Harry vió un destello de plana a la luz de sus varitas. Habían encontrado la espada de Gryffinfor.
-Muuuuy bien.- dijo Greyback atento, tomándola de su compañero. –Oh, muy bien hecha, parece hecha por los enanos. ¿Dónde consigues algo así?
-Es de mi padre.- mintió Harry contra toda esperanza de que estuviera demasiado oscuro para que Greybacj pudiera ver el nombre grabado justo debajo de la empuñadura. –La tomamos prestada para cortar leña.
-Espera un minuto, ¡Greyback! Mira esto, en el *Profeta!*

Mientras Scabior decia eso, la cicatriz de Harry, la cual se estiró firmemente atravez de su frente dilatada le ardió horriblemente. Más claramente de lo que podía ver todo a su alrededor, vió un edificio altísimo, una sombría fortaleza, negra como el azabache y amenazadora. Los pesamientos de Voldemort se volvieron de nuevo claramente definidos; se deslizaba hacia el edificio gigantezco con la sensacion de un propósito tranquilamente euforico…

Tan cerca… tan cerca…
Con gran fuerza de voluntad Harry cerró su mente a los pensamientos de Voldemort, regresandose a donde estaba sentado, atado a Ron, Hermione, Dean y Griphook, en la oscuridad, escuchando a Greyback y Scabior.
-*Hermione Granger,*- Scabior was saying,- *la sangre sucia que se sabe esta viajando con 'arry Potter.*
La cicatriz de Harry ardía en el silencio, pero el hacie un supremo esfuerzo para manterense presente, para no deslizarse en la mente de Voldemort. Escuchó el crujir de las botas de Greyback mientras se ponía en cuclillas frente a Hermione.
-¿Sabes que, pequeña? Esta fotografía se parece demasiado a ti.-
-¡No soy!, ¡No soy yo!
El chillido horririzado de Hermione fue tan claro como una confesion.
-…*se sabe que esta viajando con Harry Potter.*- repitió Greyback en voz baja.
Un silencio pobló la escena. La cicatriz de Harry estaba exquisitamente dolorosa, pero el luchaba con todas sus fuerzas contra la atraccion hacia los pensamientos de Voldemort.Nunca había sido tan importante permanecer en su propia mente.
-Bueno, esto cambia las cosas, ¿verdad?- murmuró Greyback. Nadia habló: Harry sintió a la banda de Snatchers mirando, congelados, y sintió el brazo de Hermione temblando contra el suyo. Grenbak se levantó y dio un par de pasos hacie donde Harry estaba sentado, poniendose en cuclillas de nuevo para mirar de mas cerca sus deformes facciones.
-¿Qué hay en tu frente, Vernon?- preguntó suavemente, su asqueroso aliento en las cavidades nasales de Harry, y apretó un mugriento dedo sobre la visible cicatriz.
-¡No la toques!- gritó Harry, no pudo detenerse, penso que podía vomitar por el dolor.
-Pense que usabas lentes, ¿Potter?- suspuró Greyback.
-¡Encontré unos lentes!- aulló uno de los Snatchers merodeando en el fondo.-Había unos lentes en la tienda, espera, Greyback.

Y segundos despues los lentes de Harry habían sido colocados en su cara. Los Snatchers estaban cerrandose hacia él, intentando verlo.
-¡Es él!- gruñó Greyback.-¡Atrapamos a Potter!
Todos ellos dieron varios pasos hacia atrás, asombrados por lo que habian hecho. Harry, aún luchando para permanecer presente en su propia parte se su cabeza, no pudo pensar en nada que decir. Fragmentos de visiones estaban pasando por la superficie de su mente. -*Él estana escondiendose entre los altos muros de la fortaleza negra.*
Ahora él, Harry, estaba atado y sin varita, en grave peligro.
-*mirando hacia arriba, arriba en la ventana mas alta, la torre mas alta…*

Él era Harry, y estaban discutiendo su destino en voz baja…
-*Tiempo de volar..*
-…¿Al Ministerio?
-Al diablo con el ministerio- gruñó Greyback. –Ellos se tomarán el credito, y nosotros no tendremos posibilidad. Yo digo que lo llevemos directo con El-que-no-debe-ser-nombrado.
-¿Lo llamaremos aquí?- dijo Scabior, sonando aterrado, horrorizado.
-No,- gruñó Greyback, -No he conseguido… dicen que esta usando la casa de Malfoy como base. Llevaremos al chico allá-
Harry creyó saber porque Greyback no llamaba a Voldemort. Al licandropo estaría permitido usar las túnicas de los Mortífagos cuando ellos querían utilizarlo, pero solo los mas cercanos a Voldemort tenían la Marca Tenebrosa: Grayback aun no tenía este gran honor.
La cicatriz de Harry ardió de nuevo.

- *y el asendió entre la noche, volando directo a la ventara en lo mas alto de la torre…*

-…completamenteseguros que es él? Porque si no lo es, Greyback, estamos muertos.
-¿Quién esta a cargo aquí?- gruñó Greyback, ocultando su momento de inseguridad. –Dije que él es Potter, y él, mas su varita, ¡son dos mil Galeones! Pero su son demasiado cobardes para venir, cualquiera de ustedes, todo es para mi, y con un poco de suerte, ¡añadimos a la chica a esto!
-*La ventana era la mas pequeña hendidura en la negra roca, no lo suficientemente grande para que un hombre entre… Una figura esqueletica era apenas visible atraves de esta, enredada en una sábana… Muerta, ¿o durmiendo…?*
-Muy bien,- dijo Scabior, -Muy bien, ¡estamos en esto¡ ¿Y que hay sobre el resto de ellos?, Greyback, ¿Qué haremos con ellos?
-Tomaremos lo que nos toca. Tenemos dos Sangre Sucia, esos son otros diez Galeones. Dame tambien la espada. Si son rubíes, son otra pequeña fortuna.

Los prisioneros fueron puestos en pie. Harry podía oir la respiración de Hermione, rapida y horrorizada.

-Atenlos con fuerza. Yo me encargaré de Potter.- dijo Greyback, agarrando un puñado del cabello de Harry. Harry pudo sentir sus largas y amarillas uñas rasguñando su cuero cabelludo.-¡Oh tres¡ Uno.. dos… tres…
Ellos se Aparecieron, llevando a los prisioneros con ellos. Harry luchaba, tratando de tirar de la mano de Greyback, pero no tenia esperanzas. Ron y Hermiones fueron apretandos fuertemente contra el a cada lado, el no se podía separar del gupo, y mientras la respiracion se le cortaba, su cicatriz ardía aún mas…
-*mientras se forzaba a entrar por la hendidura de la ventana, como una serpiente y entraba, ligeramente como vapor dentro de la habitacion con aspecto de celda.*
Los prisioneros tambaleaban entre ellos mientras aterrizaban en un sendero en el campo. A los ojos de Harry, aun inflamados, les tomó un momento para acostumbrarse, entonces, vió un par de puertas de hierro forjado a la entrada de lo que parecia un largo camino de entrada. Sintió una pequeñisima revelación. Lo peor aún no había pasado: Voldemort no estaba ahí. El estaba, Harry lo sabía, por que estaba luchando para resisitirse a la vision, en algún extraño lugar parecido a una fortaleza, en lo alto de una torre. Cuanto le tomaría a Voldemort llegar a este lugar, una vez que supiera que Harry estaba ahí, era otro asunto…

Uno de los Snatchers le dio una patada a las puertas y las sacudió.
-¿Cómo entramos? Estan cerradas, Greyback, no puedo… ¡Caray!
Alejó raídamente sus manos asustado. El acero se estaba deshaciendo, retorciendose y perdiendo su figura abstracta transformandose en una cara espansosa, la cual habló en una sonora y resonante voz.
-¡Indique su propósito!
-¡Tenemos a Potter!, - gruñó triunfante Greyback. -¡Hemos capturado a Harry Potter!.
Las puertas se abrieron.
-Entren,- le dijo Greyback a sus hombres, y los prisioneros fueron llevados atravez de las puertas por el camino, entre los altos arbustos que amortiguaban sus pasos. Harry vió una figura fantasmal sobre el, y se dio cuenta de que era un pavo real blanco. Topezó y fue arrastrado sobre sus pies por Greyback; ahora estaba observaba a los lados, atado a las espaldas de los otros cuatro prisioneros. Cerrando sus inflamados ojos, el dejó que el dolor de su cicatriz lo venciera por un momento, deseanto saber que estaba haciendo Voldemort, si es que ya sabía que habían atrapado a Harry…

La demacrada figura se movió debajó de su delgada sábana y rodó hacia él, los ojos se abrieron en una cadaverica cara… Él débil hombre se sentó, grandes ojos hundidos se posaron sobre él, sobre Voldemort, y luego sonrió. La mayoría de sus dientes ya no estaban.
-Asi que veniste, pense que lo harias… algún día. Pero tu viaje fue en vano. Nunca lo tuve.
-Mientes.

Mientras la ira de Voldemort vibraba dentro de él, la cicatriz de Harry amenazó con parecía estallar de dolor, y forzó su mente a regresar a su propio cuerpo, luchando por permanecer presente mientras los prisioneros eran empujados sobre la grava.

Una luz se derramó sobre ellos.
-¿Qué es esto?- dijo la voz fría de una mujer.
-Estamos aquí para ver al Que-No-Debe-Ser-Nombrado.- gruñó Greyback
-¿Quiénes son?
-Tú me conoces- había algo de resentimiento el la voz del licántropo.-¡FenritGreyback! ¡Atrapamosa Potter!
Greyback agarró a Harry y lo arrastó para que le diera la luz, forzando a los otros prisioneros a ir con él.
-Se que esta inflamado, madam, ¡pero es él!- alzó la voz Scabior. –Si ve de un poco más cerca, verá la cicatriz. Y estos tres, ¿ve a la chica? La Sangre Sucia que esta viajando con él, madam. No hay duda que es él, ¡y tenemos su varita también! Aquí, madam.

Atravez de sus inflamados ojos Harry vió a Narcissa Malfoy examinando su hinchado rostro.Scabior le confió la varita de blackthorn. Ella levando la ceja.
-Traiganlo,- dijo.

Harry y los otros fueron empujados y pateados para subir los anchos escalones de piedra hacia el vestibulo lleno de retratos.

-Siganme,- dijo Narscissa, montrandoles el camino atravez del vestibulo. –Mi hijo, Draco, esta en casa por las vacaciones, si este es Harry Potter, el lo sabrá.

La habitacion deslumbraba despues de la oscuridad de afuera, aun con sus ojos casi cerrados, Harry pudo darse cuenta de las grandes proporciones de la habitacion. Un candelabro de cristal colgaba del techo, mas retratos en las paredes púrpura. Dos figuras se levantaron de unas sillas frente a una vistosa chimenea de mármol cuando los prisioneros fueron forzados por los Snatchers a entrar a la habitación.

-¿Qué es esto?
La terriblemente conocida voz que arrastraba las palabras de Lucius Malfoy, llegó a los oidos de Harry. El ahora estaba en panico. No podía ver una salida, y era más facil, mientras aumentaba su miedo, bloquear los pensamientos de Voldemort, aun que su cicatriz aun ardía.
-Dicen que tienen a Potter,- dijo la fría voz de Narcissa. –Draco, ven aquí.- Harry no vió directamente a Draco, pero lo hizo de manera indirecta; una figura ligeramente mas alta que el, levantandose de una silla, su cara pálida y afilada debajo de un cabello sumamente rubio.
Greyback obligó a los prisioneros a voltearse para que Harry quedara directamente dejado del candelabro.

-Bien muchacho,- gruñó el licantropo.
Harry estaba volteando hacia un espejo sobre la chimena, un gran objeto dorado en un complicado marco enrollado. Atraves de las hendidiras de sus ojos vio su propio reflejo por primera vez desde que dejo Grimmauld Place.
Su cara estaba enorme, brillante, y rosada, cada faccion distorcionada por el hechizo de Hermione. Su cabello negro llegaba hasta sus hombros y tenía una oscura sombre alrededor de su mandibula. Decidió no hablar, por que estaba seguro que su voz lo delataría, aun así evitaba el contacto visual con Draco como el ultimo recurso.
-Bien, ¿Draco?- dijo Lucius Malfoy. Se oía entusiasmado. -¿Es él? ¿Es Harry Potter?
-Yo no… no estoy seguro.- dijo Draco. Guardaba su distancia de Grayback, y parecía tan asustado de mirar a Harry, como Harry lo estaba de mirarlo a él.
-Pero veelo detenidamente. ¡Mira, acercate!
Harry nunca había oido a Lucius Malfoy tan emocionado.
-Draco, si nosotros somos quienes llevemos a Harry Potter con el Señor Tenebroso todo quedará perdona…
-Bueno, espero que no olvidaremos quien fue quien de lo atrapo, ¿Señor Malfoy?- dijo Greyback amenazante.
-Por supuesto que no, por supuesto que no.- dijo Lucius impaciente. Se acercó a Harry, se acercó tanto que Harry pudo ver la lánguida y pálida cara, con gran detalle aun atravez de sus ojos inflamados. Con su mascára de inflamación, Harry sintió como si estuviera viendo atavez de los barrotes de una jaula.

-¿Qué le hiciste?- Lucius le preguntó a Greyback. -¿Como se puso asi?
-No fuimos nosotros.
-A mi me parece mas que fue un hechizo Stinging.- dijo Lucius.

Sus ojos grises rastrillaron la frente de Harry.
-Hay algo aquí,- susurró. –podría ser una cicatriz, fuertemente estirada… Draco ven aquí, ¡veelo bien! ¿Qué piensas?
Harry vio la cara de Draco de cerca, justo al lado de la de su padre. Eran extraordinariamente parecidos, excepto que mientras su padre lo miraba emocionado, la expresion de Draco estaba llena apatía, incluso miedo.

-No lo sé,- dijo, y se alejo hacia la chimenea donde su madre permanecia mirando.

-Es mejor que estemos seguros Lucius.- hablo a su esposo Narcissa, en su voz fría y clara. –completamente seguros de que es Potter, antes de que convoquemos al Señor Oscuro… Dicen que es el- miraba de cerca la varita blackthorn- pero no encaja con la descripcion de Ollivander… Si nos equivocamos, si llamamos al Señor Oscuro por nada… ¿Recuerdas lo que le hizo a Rowle y Dolohov?

-¿Que hay de la Sangre Sucia?- gruñó Greyback, Harry estuvo a punto de caer cuando los Snathcers forzaron de nuevo a los prisioneros a girar, para que la luz cayera ahora sobre Hermione.
-Espera.- dijo bruscamente Narcissa. –Si…si, ¡ella estaba el la tienda de Madam Malkin con Potter! ¡Vi su fotografía en el *Profeta*! Mira, Draco, ¿No es ella la chica Granger?
-Yo… talvez… si.
-Pero entonces, ¡ese es el chico Weasley!- gritó Lucius, dirigiendose hacia los demas prisioneros para ver a Ron. –Son ellos, los amigos de Potter… Draco, miralo, ¿no es el hijo de Arthur Weasley? ¿Cómo se llama...?
-Si,- dijo Draco, dandole la espalda a los prisioneros,-Podría ser.
La puerta de la habitacion se abrió detrás de Harry. Una mujer habló, y el sonido de su voz aumento aún mas el miedo de Harry.
-¿Qué es esto? ¿Qué pasa, Cissy?
Bellatriz Lastrage camino lentamenta alrededor de los prisioneros, y se detuvo a la derecha de Harry, mirando fijamente a Hermione atravez de sus pesados ojos,
-Pero seguramente,- dijo despacio,- ¿Esta es la chica Sangre Sucia? ¿Es esta Grander?

-Si, si ¡es Granger!- chilló Lucius, -Y a su lado, creemos, ¡Potter! Potter y sus amigos, ¡atrapados por fin!
-¿Potter? – Bellatrix lanzó un chillido, y se alejó un poco hacia atrás, para observar mejor a Harry.
-¿Estan seguros? Bien, ¡entonces el Seños Oscuro debe ser informado de inmediato!- Se levantó su manga izquierda: Harry vió la Marca Tenebrosa quemada en la piel de su brazo, y supo que estaba por tocarla, para llamar a su amado maestro…

-¡Estaba a punto de llamarlo!- dijo Lucius, y su mano estaba en la muñeca de Bellatrix, evitando que tocara la Marca. –*Yo* debería llamarlo, Bella. Potter fue traido a mi casa, y puesto bajo mi autoridad…
-¿Tu autoridad?- dijo despectivamenre, intentando quitar su mano de su alcance. –¡tu perdiste tu autoridad cuando perdiste tu varita Lucius! ¡Como te atreves! ¡Quitame las manos de encima!
-Esto no tiene nada que ver contigo, tu no capturaste al muchacho…
-Ruego su perdon, *Sr.* Malfoy,- interrumpió Greyback, -pero fuimos nosotros los que capturamos a Potter, y seremos nosotros lo que reclamemos el oro…

-¡Oro!- rió Bellatrix, aun tratando de quitarse de encima a su cuñado, su mano libre urgando en su bolsilo por su varita. –Toma tu oro, asqueroso limpiador de basura. ¿Yo para que quiero oro? Yo solo busco el honor de su… de…
Dejo de luchar, sus oscuros ojos repararon el algo que Harry no podía ver. Jubilosa de su capitulación, Lucius retiró su mano de ella y rasgó su propia manga…

-¡ALTO!- vaciló Bellatrix, -No la toques, todos pereceremos si el Señor Oscuro viene ahora!
Lucius se detuvo, su dedo índice se quedó suspendido sobre su propia Marca.
Bellatrix salío fuera del limitado campo de visión de Harry.
-¿Qué es eso?.- la escuchó decir.
-Una espada.- gruñó un Snatcher que estaba fuera de su vista.
-Dámela
-No le pertenece, señora, es mío, reclamo haberla encontrado.
Hubo un ruido y un rayo deluz roja; Harry supo que el Snatcher había sido aturdido.
Hubo un rugido de rabia de sus compañeros: Scabior sacó su varita.
-¿A que crees que estas jugando, mujer?

-!Desmaius!- gritó.-!Desmaius!
No hubo quen luchara contra ella, aun que ellos gueran cuanto contra una: Ella era una bruja. Como Harry sabía, con prodigiosa habilidad y sin consiencia. Ellos permanecieron donde estaban, todos excepto Greyback, quien habia sido forzado a incarse, con los brazos extendidos. Fuera de las esquinas de sus ojos Harry vió a Bellatrix, lanzarse sobre el licántropo, la espada de Gryffindor agarrada fuertemente en su mano, su cara inmovil.
-¿Dónde consequiste esta espada?- susurró a Greyback mientras sacaba su varita fuera de su mano sin que él pudiera oponer resistencia.
-¿Cómo te atreves?- gruñó, su boca era lo unico que podía mover mientras la miraba fijamente. Mostró sus afilados dientes. –¡Sueltame mujer!- -¿Dónde encontraste esta espada?- repitió bandiendola en su cara, -¡Snape la envió a mi bóveda en Gringotts!
-Estaba es su casa de campaña,- gruñó Grayback,- Liberame, te digo.
Ella ondeó su varita, y el licántropo se puso en pie, pero parecía temeroso de acercarcele. Se colocó detrás de una silla, sus asquerosas garras curveadas apretando su respaldo.
-Draco, saca esta suciedad,- dijo Bellatrix, señalando hacia el hombre inconciente.-Si no has tenido el valor de acabar con ellos, entonces dejalos en el patio para mi.

-No te atrevas a hablarle a Draco asi…- dijo Narcissa enojada, pero Bellatrix gritó.
-¡Callate! ¡La situación es mas grave de lo que eres capaz de imaginar, Cissy! ¡Tenemos un problema muy serio!
Permaneció de pie, jadeando levemente, viendo la espada, examinando su empuñadura. Entonces ella se volteó hacia los silenciosos prisioneros.

-Si este es Potter, no debe ser lastimado,- murmuró, mas para ella misma que para los demás. –El Señor Oscuro desea encargase de Potter el mismo… Pero si descubre… Yo debo… Yo debo saber…
Se dirigió de nuevo hacia su hermana.
-Los prisioneros deberan ser colocados en el sótano, mientras pienso que hacer.
-Esta esmi casa Bella, tu no das ordenes en mi…
-¡Hazlo! !No tienes idea del peligro en el que estamos!- retrodeció Bellatrix. Se veía espantosamente, enojada, un delgado chorro de fuego salió de su varita e hizo un agujero en la alfombra.
Narcissa dudó por un momento, entonce ordenó al licantropo.
-Lleven a estos prisioneros al sótano, Greyback.
-Esperen,- dijo bruscamente Bellatrix. –A todos… expecto a la Sangre Sucia.- Greyback dio un gruñido de placer.

-¡No!- gritó Ron.- ¡Pueden tenerme a mi, dejemne a mi!- Bellatrix lo golpeó en la cara, el golpe hizo eco por la habitacion.
-Si muere mientras la interrogo, tomaré al que sigue,- dijo,- Los traidores a la sangre le siguen a los Sangre Sucia en mi libro. Llevalos para abajo, Greyback, y asegurate de que no puedan escapar, pero no les hagas nada mas… aun.
Le devolvió su varita a Greyback, despues sacó un pequeño cuchillo de plata de su túnica. Corto la cuerda para separar a Hermione de los demás prisioneros, despues la jaló del cabello hasta la mitad del la habitación, mientras Greyback forcaba a los demas a pasar por otra puerta, hacia un oscuto pasillo, su varita frente a él, proyectando una invisible e irresistible fuerza.
-Considero que, ¿me dejara un poco de la chica cuando termine con ella?- Greyback gruñó mientras forzaba a los demas a caminar por el pasillo. –Creo que tendré un pedazo o dos, ¿no crees, pelirrojo¡
Harry podía sentir a Ron temblando. Fueron forzados hacia un pedazo empinado de escalones, atados aun de espaldas, con el peligro de caerse y romperse el cuello en cualquier momento. Abajo habia una pesada puerta. Greyback la abrió con un golpe de su varita, despues los obligo a entrar a una fría y rancia habitacion y los dejo en total oscuridad. El eco del ruido al cerrar la puerta del sotano aun no habia terminado antes de que hubiera un terrible, extenso grito directamente de arriba de ellos.
-¡HERMIONE!- gritó Ron, y comenzó a retorcerse y luchar contra las cuerdas que los ataban, Harry se tambaleó.-¡HERMIONE!
-¡Silencio!- dijo Harry.- Callate Ron, debemos pensar en una manera…
-¡HERMIONE! ¡HERMIONE!
-Necesitamos un plan, deja de gritar.. tenemos que quitarnos estas cuerdas de encima…
-¿Harry?- se oyó un murmullo en la oscuridad. -¿Ron? ¿Son ustedes?
Ron dejó de gritar. Habia un sonido de movimiento cerca de ellos, entonces Harry vió una sombra acecarse
-¿Harry? ¿Ron?
-¿Luna?
-Si, ¡soy yo! Oh no, ¡no quería que los atraparan!
-Luna, ¿podrías ayudernos a quitarnos estas cuerdas?- dijo Harry.
-Oh si, eso espero… Hay una vieja navaja que usamos si necesitamos romper algo… espera un momento…

Hermione gritó de nuevo desde arriba, y podían oir a Bellatrix gritando tambien, pero sus palabras eran inentendibles, Ron gritó de nuevo. -!HERMIONE! !HERMIONE!

-¿Señor Ollivander?- Harry podía oir a Luna decir, -Señor Ollivandr, ¿tiene usted la navaja? Si se aparta un poco… Creo que estabaa un lado de la jarra de agua.

Regreso en unos segundos.

-Necesitan permanecer quietos.- dijo.
Harry podia sentirla agujerando las resistentes fibras de la cuerda para liberar los nudos. Desde arriba oyeron la voz de Bellatrix.
-!Voy a preguntarte de nuevo! ¿Donde conseguiste la espada? ¿*Donde*?
-La encontramos… la encontramos… ¡PORFAVOR!- Hermione gritó de nuevo, Ron luchó mas fuerte que nunca, y la navaja oxidada se resbaló sobre la muñeca de Harry.
-Ron, !porfavor quedate quieto!- susurróLuna. –No puedo ver lo que hago…

-!Mi bolsillo!- dijo Ron, -En mi bolsillo hay un Deluminador, !y esta lleno de luz!

Unos cuantos segundos despues, hubo un clic, y las luminosas esferas que el Deluminador habia extraido de las lamparas en la tienda de campaña volaron en el sotano: Incapaces de reunir su fuerza. Simplemente se suspendian ahí, como soles diminutos, llenando la habitacion bajo tierra de luz. Harry vió a Luna, todos miraban su blanca cara, y la figura inmovil de Ollivander el fabricante de varitas, encogido en el suelo en una esquina.

Volteando a su alrededor, vió a sus compañeros prisioneros; Dean y Griphool el duende, quien se veía apenas concientes, permanecía sostenido por las cuerdas que lo ataban a los humanos.

-Asi es mucho mas fácil, gracias, Ron- dijo Luna, y continuó cortando los nudos. -!Hola Dean!

Desde arriba se oyó la voz de Bellatrix.

-!Estas mintiendo! Asquerosa Sangre Sucia, !y lo sé! !Estuvieron dentro de mi bóveda en Gringotts! !Di la verdad! *!dí la verdad!*

Otro terrible grito.

-!HERMIONE!

-¿Que mas sacaron? ¿Que mas tomaron de ahi? Dime la verdad o, te juro, !te partiré con este cuchillo!

-!Ahí!

Harry sintió las cuerdas caer y se voleó, sobandose las muñecas, para ver a Ron corriendo alrededor del sotano, viendo hacia el bajo techo, buscando una trampilla. Dean, con cara amoretoneada y ensangrentada, dijo –Gracias- a Luna y permaneció ahí, temblando, pero Griphook cayó en el piso del sótano, se veía mareado y desorientado con muchos moretones en su cara morena.

Ahora Ron trataba de Aparecerse sin varita.

-No hay salida Ron,- dijo Luna, viendo sus vanos esfuerzon. –El sotano es completamente a prueba de ecapes. Lo intenté al principio. El Sr. Ollivander ha estado aqui un largo tiempo, el lo intentó todo.

Hermione estaba gritando de nuevo: El sonido le pareció a Harry como de dolor físico. Apenas conciente de fuerte ardor de su cicatriz, el tambien empezo a correr alrededor del sótano, sintiendo que dificilmente las paredes sabrian, sabiendo en su corazon que era unitil.

-¿Que mas, que mas tomaron de ahi? CONTESTAME! *CRUCIO!*

Los gritos de Hermione hacian eco en las paredes de arriba, Ron entre sollozos golpeó las paredes con sus puños, y Harry en desesperación total agarró la bolsa de Hagrid de alrededor de su cuello y buscó dentro de ella: sacó la Snitch de Dumbledore y la agitó, esperando no sabía que… nada ocurrió… agitó las mitades rotas de la varita de fénix. Pero estaban sin vida… el pedazo de espejo calló brillando al piso, y vió un reflejo de azul brillante.

El ojo de Dumbledore estaba mirandolo fijamente fuera del espejo.

-!Ayudanos!- le grito en loca desesperación. – Estamos en el sótano de la casa de verano de los Malfoy, !ayudanos!

El ojo guiñó y se fue.

Harry ni siquiera estabaseguro de que realmente había estado ahí. Inclinó el fragmento de espejo hacia un lado y hacia el otro, y novió nada reflejado en él excepto las paredes y el techo de su prision, y arriba Hermione estaba gritando peor que nunca, y a su lado Ron estaba gritando, -!HERMIONE! !HERMIONE!

-¿Como entraron en mi bóveda?- oían a Bellatrix gritar. -¿El pequeño y sucio duende en el sotano los ayudó?

-Lo conocimos hoy,- Hermione sollozó.- Nunca hemos estado dentro de tu bóveda…!No es la espada original! Es una copia, !solo una copia!
-¿Una copia?- chilló Bellatrix. –Oh, !una historia muy creíble!
-Pero podemos descubrirlo fácilmente- dijo la voz de Lucius,- Draco, tráe al duende, el puede decirnos si la espada es real o no.
Harry corrió atraves del sótano hacia donde estaba Griphook acurrucado en el piso. –Griphook,- susurró a la puntiaguda oreja del duende, -debes decirles que la espada el falsa, no deben saber que es la verdadera, Griphook, porfavor…
Podía oir a alguien bajando por las escaleras del sotano, al instante, La voz temblorosa de Draco les hablo desde el otro lado de la puerta.
-!Retrocedan! Ponganse en fila conta la pared. No intenten nada, !o los mato!
Hicieron lo que les pedian mientras la ceradura se abrió, Ron presionó del Deluminador y las luces regresaron a su bolsillo, regresando la oscuridad del sotano. LA puerta se abrió; Malfoy entró, con su varita frente a él, palido y determinado. Tomó al pequeño duende del brazo y salió, llevandose a Griphook con el. La puerta se cerró de golpe y en ese instante un fuerte *crack* hizo eco dentro del sótano. Ron presionó el Deluminador. Tres esferas de luz volaron por el aire desde su bolsillo, mostrando a Dobby, el elfo doméstico, quien acababa de Aparecerse en medio de ellos.
-!DOB…!
Harry golpeó a Ron el el braco para que interrumpir su grito, Ron se dió cuenta de su erros. Pasos cruzaban el techo sobre ellos: Draco llevaba a Griphook con Bellatrix.
Los enormes ojos de Dobby con forma de pelotas de tenis estaban muy abiertos. Estaba de vuelta en la casa de sus antiguos amos, y era claro que estaba petrificado.
-Harry Potter,- chilló en el miniusculo aullido de una vez, -Dobby ha venido a rescatarlo.
- Pero, ¿como…?
Un horrible grito ahogo las palabras de Harry: Hermione nuevamente estaba siento torturada.
Harry se limitó a lo esencial.

-¿Puedes desaparecerte fuera de este sotano?- preguntó a Dobby, quien asintó, batiendo sus orejas.
-¿Y puedes llevar humanos contigo?
Dobby asintió nuevamente.
-Bien. Dobby, quiero que te lleves a Luna, Dean y al Sr. Ollivander, y los lleves.. lleválos a…
-A la casa de Bill y Fleur,- dijo Ron. –!El cottage Shell, en las afueras de Tinworth!
El elfo asintió por tercera vez.
-Y luego regresa,- dijo Harry. -¿Puedes hacerlo Dobby?
-Claro Harry Potter,- susurró el pequeño elfo. Se apresuró al Sr.Ollivander quien parecía estar apenas consiente. Tomó una de las manos del fabricante de varitas, y le tendió la otra a Luna y a Dean, ninguno de ellos se movió.
-Harry, !queremos ayudarte!- murmuró Luna.
-No los podemos dejar aqui,- dijo Dean.
-Vayan, !ambos! Los veremos en la casa de Bill y Fleus.
Mientras Harry hablaba, su cicatriz le ardió mas que nunca, y por un par de segundos, miro hacia abajo, no al fabricante de varitas, sino a otro hombre que era tan viejo, tan delago como él, pero que reía con desprecio.

-Entonces, mátame, Voldemort.! Bienvenida sea la muerte! Pero mi muerte no te dará lo que buscas… Hay tanto que no entiendes…

El sintió la ira de Voldemort. Pero cuando al escuchar gritar de nuevo a Hermione aisló eso, regresando al sótano y a su propio y horrible presente.
-!Vayanse!- Harry les suplicó a Dean y a Luna. -!Vayanse! Iremos despues de ustedes, !solo vayanse!
Ellos tomaron los dedos del elfo. Hubo otro fuerte *crack,* y Dobby, Luna, Dean y Ollivander desaparecieron.
-¿Que fue eso?- gritó Lucius Malfoy desde arriba de sus cabezas. -¿Oyeron eso? ¿Que fue ese ruido en el sótano?
Harry y Ron se miraron.

-Draco… no, llama a Colagusano. !Dile que vaya a revisar!
Unos pasos atravesaron la habitacion sobre ellos, despues hubo silencio. Harry supo que las personas en la habitacion de arriba estaban escuchando por si se oian mas ruidos de el sotano.
-Vamos a tener que intentar enfrentarlo,- le murmuró a Ron. No tenian alternativa. Al momento en al que alguien entrara a la habitación y viera que faltaban tres personas, estaban perdidos. –Deja las luces prendidas,- agragó Harry, y mientras oian a alguien bajando los escalones al otro lado de la puerta, se colocaron en la pared a ambos lados de la puerta.

-Retrocedan,- dijo la voz de Colagusano. –Alejense de la puesta, voy a entrar.
La puerta se abrió. Por un segundo Colagusano miro el aparentemente vacío sótano, iluminado por los tres soles miniatura flotando en el aire. Entonces Harry y Ron se lanzaron contra él. Ron agarró el brazo de Colagusano que tenía la varita y lo forzó hacia arriba. Harry le tapó la boca con una mano, ahogando su voz. Lucharon en silencio: la varita de Colagusano emitía chispas; su mano de plata se cerró alrededor de la garganta de Harry.
-¿Que pasa Colagusano?- dijo desde arriba Lucius Malfoy.
-!Nada!- respondió Ron, en una pasable imitación de la resollante voz de Colagusano. -!Todo bien!
Harry apenas podía respirar.
-¿Me vas a matar?- preguntó Harry ahogandose, intentando quitarselos dedos de metal de encima. -!Te salvé la vida! !Me la debes Colagusano!
Los dedos de plata se aflojaron. Harry no lo esperaba: lo liberó, pasmado, sosteniendo la varita de Colagusano apuntando hacia su boca. Vió los acuosos ojos del hombre parecidos a los de una rata, abrirse con miefo y sorpresa: parecía tan impresionado como Harry por lo que había hecho su mano, en el minusculo, impulso de piedad que lo había traicionado, y continuó luchando con mas fuerzas, como si quisiera enmendar su momento de debilidad.
-Y todos lo tenemos.- murmuró Ron, quitándole de la otra mano a Colagusano su varita.
Desarmado, indefenso, las pupilas de Pettigrew se dilataron con terror. Sus ojos se habian deslizado de la cara de Harry a algo mas. Sus propios dedos de plata se movían despiadadamente hacia su propia garganta.
-No..
Sin detenerse a penar, Harry intento detener la mano, pero no había manera de pararla. La herramienta de plata que Voldemort le había dado a su mas cobarde siervo se había

puesto en contra de su indefenso e inútil dueño; Perrigres estaba cosechando su recompenza por su indesición, su momento de piedad, estaba siendo estrangulado frente a sus ojos.
-!No!
Ron tambien había soltado a Colagusano, y junto con Harry intentaba apartar los aplastantes dedos de metal de la garganta de Colagusano, pero no servía de nada. Pettigrew se estaba poniendo azul.
- *Relashio!* - dijo Ron, apuntando la varita hacia la mano de plata, pero nada ocurrió; Pettigrew cayó en sobre sus rodillas, y en el mismo momento, Hermione dió un espantoso grito desde arriba de ellos. Los ojos de Colagusano rodaron hacia arriba en su cara púrpura; le dió una última contracción y quedo inmovil. Harry y Ron se miraron, entonces dejaron el cuerpo de Colagusano en el piso detras de ellos, corrieron escaleras arriba hacia el pasillo en sombras que los llevaba a la otra habitación. Con cautela se arrastraron atravez del pasillo hasta que llegaron a la puerta de la habitación, que estaba enteabierta. Ahora tenian una clara vista de Bellatrix viendo a Griphook, quien sostenía la espada de Gryffindor en sus manos con dedos largos. Hermione estaba tendida a los pies de Bellatrix. Ella apenas estaba conmovida.

-¿Bien?- le dijo Bellatrix a Griphool. -¿Es estala verdadera espada?
Harry espero, sosteniendo la respitación, luchando contra el ardor de su cicatriz.
-No,- dijo Griphook. –Es falsa.

-¿Estas seguro?- jadeó Bellatrix. -¿Bien seguro?
-Si,- dijo el duende.

El alivio atravezó su cara, sacando de ella toda la tensión
.

-Bien,- dijo, y con un casual giro de su varita le hizo otra profunda herida a la cara del duende, y el cayó con un grito a sus pies. Ella lo peteó a un lado. –Y ahora,- dijo en una vz que estallaba en triunfo. –!llamaremos al Señor Tenebroso!

Retiró una de sus mangas y toco con su dedo índice la Marca Tenebrosa Al momento, Harry sinti´p su cicatriz abrirse de nuevo. Sus verdaderos alreredores desaparecieron: El era Voldemort, y el esqueletico mago frente al él estaba riendo sin dientes frente a él; estaba enfurecido por los llamados que sentía.. ellos lo habían llamado, les había dicho que no lo llamaran por nada excepto por Potter. Si había sido un error….
-!Mátame entonces!, exigía el viejo. -!No vas a ganar, no puedes ganar! Esa varita nunca jamás será tuya…
La furia de Voldemort se desató: una explisión de luz verde llenó la celda y el frágil y viejo cuerpo fue levantado de su dura cama y cayó de nuevo, sin vida, y Voldemort regreso por la ventana, su ira era apenas controlable… Sufrirían un merecido castigo si no teían una buena razón para haberlo llamado…

-Creo,- dijo la voz de Bellatriz,- que podemos disponer de la Sangre Sucia. Greyback, llevatela si la quieres.
-!NOOOOOOOOOOO!

Ron se había apresurado hacía la sala; Bellatix miro a su alrededor, pasmada; en su lugar apuntó su varita hacia la cara de Ron.
-!*Expeliarmus!*- clamó, apuntando la varita de Colagusano hacia Bellatriz, y su varita voló en el aire y fue atrapada por Harry, quien entró despues de Ron. Lucius, Narcisssa, Draco y Greyback voltearon; Harry gritó- *!Desmaius!*- y Lucius Malfoy sederrumbó en el piso. Chorros de luz volaron de las varitasde Draco, Narcissa y Greyback; Harry se arrojó al piso rodando detras de u sofá para evitarlos.
-!PAREN O LA MATO!

Jadeando, Harry se asomó por el borde del sofá. Bellatrix sostenía a Hermione, quien parecía inconsciente, y tenía su pequeño cuchillo de plata en el cuello de Hermione.
-!Suelten sus varitas!- susurró. –!Sueltenlas, o veremos que tan sucia es su sangre!
Ron permaneció inmobil, sosteníendo la varita de Colagusano. Harry se enderezó, todavía con la varita de Bellatrix.
-Dije, !que las suelten!- chilló, presionando el filo contra el cuello de Hermione: Harry vió aparecer gotas de sange.
-!Esta bien!, gritó, soltó la varita de Bellatrix en el piso cerca de sus pies, Ronhizo lo mismo con la varita de Colagusano. Ambos levantaron sus manos a la altura de sus hombros.
-!Bien!- dijo. –Draco, !recogelas! El Señor Oscuro viene, Harry Potter. !Tu muerte se acerca!
Harry lo sabía, su cicatriz estaba quemando de dolor, y podía sentir a Voldemort volando por el cielo desde muy lejos, sobre un oscuro y tormentoso mar, y pronto estaría lo suficientemente cerca para Aparecerseles, y Harry no veía ninguna salida.

-Ahora,- dijo suavemente Bellatrix, mientras Draco le apresuraba su varita. –Cissy, creo que tenemos que atar de nuevo a estos tres héroes, mientras Greyback se encarga de la Señorita Sangre Sucia. Estoy segura que el Seños Oscuro no te negara a la chica, Greyback, después de lo que has hecho esta noche.
Cuando pronunciaba la última palabra hubo un peculiar rechinido sobre ellos. Todos levantaron a la vez sus miradas para ver temblar al candelabro de cristal; entonces, con un crujido y un siniestro tintineo comenzó a caerse. Bellatrix estaba exactamente debajo de él; soltando a Hermione, se arrojó a un lado con un grito. El candabro cayó al piso con una explosión de cristal y cadenas, cayendo arriba de Hermione y del duende, que aún sostenía la espada de Gryffindor. Brillantes fragmentos de cristal volaron en todas direcciones. Draco se dobló de dolor, cubriendo su cara ensangrentada con sus manos.

Mientras Ron corría para alejar a Hermione de los rests, Harry tomó la oportunidad; saltó sobre una silla y tomó las tres varitas de la mano de Draco, apuntando las tres hacia Greyback gritó -!*Desmaius!* – El licántropo fue levantado del suelo por el triple hechizo, voló hacia el techo y despues se estrelló contra el suelo.

Mientras Narcissa apartaba a Draco de daño adicional, Bellatrix se puso en pie, su cabello volando mientras blandía su cuchillo de plata; ahora Narcissa había dirigido su varita hacia la puerta.

-!Dobby!- gritó y hasta Bellatrix se asustó. -!Tú! ¿Tu dejaste caer el candelabro?

El pequeño elfo trotó hacia la habitación, sus dedos temblorosos apuntanto hacia su vieja ama.

-No debe hacerle daño a Harry Potter.- chilló

-!Mátalo Cissy!- gritó Bellatrix, pero hubo otro ruidoso *crack*, y la varita de Narcissa también voló por los aires y aterrizó en el otro lado de la habitación.

-!Tú mono pequeño y asqueroso!- gritó Bellatrix,- ¿Como te atreves a tomar la varita de una bruja? ¿Como te atreves a desafiar a tus amos?

-!Dobby no tiene amo!- chilló el elfo.-Dobby es un elfo libre, y !Dobby ha venido a salvar a Harry Potter y a sus amigos!

La cicatriz de Harry lo estaba cegandode dolor. Sutilmente sabía que en escasos momentos, segundos, Voldemort estaría con ellos.

-Ron atrapala… y !vete!- gritó, lanzando una de las varitas hacia él; entoncesse agachó para sacar a Griphook de abajo del candelabro. Cargando sobre un hombro al duende gimiendo, que aún llevaba la espada, Harry tomó la mano de Dobby y se lanzó al suelo para Desaparecer.

Mientras se sumergía en la oscuridad, pudo tener una última vista de la habitación con las pálidas y congeladas siluetas de Narcissa y Draco, el destello rojo del cabello de Ron, mientras el cuchillo de Bellatrix volaba atravez de la habitación al lugar en donde él estaba desapareciendo.

Casa de Bill y Fleur…. Cottage Shell…. Casa de Bill y Fleur…

Había desaparecido en lo desconocido; todo lo que podía hacer era repetir el nombre de su destino y esperar llegar ahí. El dolor en su frente lo atravesaba, y el eso del duende sobre su hombro lo empujaba; podía sentir la hoja de la espada de Gryffindor contra su espalda; la mano de Dobby tirando de la suya, se preguntaba si el elfo estaba intentando hacerse cargo, llevarlos a la dirección correcta, y tratando, apretandole los dedos, de decirle que estaba bien por ellos…

Entonces tocaron tierra firme y olieron aire salado. Harry cayó sobre sus rodillas, soltando la mano de Dobby, e intentado poner a Griphook suavemente en el suelo.

-¿Estas bien?- dijo mientras el duende se movía, pero Griphook simplemente se quejó.

Harry intentó ver entre la oscuridad. Parecía haber una casa no muy lejos dejado el cielo estrellado, y creyó ver movimento fuera de esta.

-Dobby. ¿es este el cottage Shell?- susurró, sosteniendo las dos varitas que había traido de casa de los Malfoy, listo para pelear si era necesario. -¿Venimos al lugar correcto? ¿Dobby?

Miró a su alrededor. El pequeño elfo estaba parado junto al él.

-!DOBBY!

El elfo se balanceó ligeramente, las estrellas se reflejaban en sus grandes y brillantes ojos. Juntos, él y Harry miraron hacia la empuñadura del cuchillo de plata que sobresalía del pecho levanado del elfo.

-Dobby… no… !ayuda!- gritó hacia el cottage, hacia la gente que se movía ahí- -!AYUDA!

No le importaba si eran magos o Muggles, amigos o enemigos; todo lo que le importaba era que una oscura mancha estaba extendiendose en pecho de Dobby, y que él había alzado sus brazos a Harry con mirada suplicante. Harry lo tomó en sus brazos y se tendió en el frio pasto.

-Dobby, no, no te mueras, no te mueras…

Los ojos del elfo lo encontraron, y sus labios tembaron en el esfuerzo de formar palabras.

-Harry… Potter…

Entonces con una pequeña sacudida el elfo se quedó inmovil, y sus ojos no fueron mas que grandes esferas cristalinas, brillando con la luz de las estrellas que ya no podrían ver.

Capitulo 24
El Fabricante de Varitas

Era como estar sumergido en una vieja pesadilla; por un instante Harry se arrodillo junto al cuerpo de Dumbledore al pie de la torre más alta de Hogwarts, pero en realidad estaba mirando un pequeño cuerpo enroscado sobre la hierba, atravesado por la daga plateada de Bellatrix. Harry continuaba diciendo "Dobby… *Dobby*…" aun sabiendo que el elfo se había ido a un lugar del cual no podría llamarlo de vuelta.

Después de un minuto o lo que percibió que tuvieron, después de todo, llegaron al lugar correcto, donde estaban Bill y Fleur, Dean y Luna, reunidos a su alrededor mientras el se hallaba arrodillado sobre el elfo.

- Hermione –dijo de repente- ¿Dónde esta?

- Ron la llevo dentro. –Dijo Bill- Ella estará bien.

Harry volvió a mirar a Dobby. Extendió su mano y jalo la filosa daga del cuerpo del elfo, luego se quito su chaqueta y cubrió a Dobby con ella como si fuese una manta. El mar golpeaba contra las rocas en algún lugar cercano; Harry lo oía mientras los demás hablaban, discutían hechos en los cuales no tenia ningún interés, tomando decisiones. Dean cargo al herido Griphook dentro de la casa con Fleur apurándoles; ahora Bill sabia realmente lo que quería decir. Así mismo miro hacia abajo, al pequeño cuerpo, su cicatriz picaba y quemaba, y en una parte de su mente visto como si fuera el lado equivocado de un largo telescopio, vio a Voldemort castigando a aquellos que dejaron atrás en la Mansión Malfoy.

Su ira era espantosa y parecía que el dolor de Harry por la muerta de Dobby lo disminuía, así que eso se volvió una distante tormenta que buscaba a Harry a través de un vasto y silencioso océano.

- Quiero hacerlo apropiadamente –fueron las primeras palabras de las cuales Harry estuvo consciente de decir.- Sin magia. ¿Tienes una pala?

Poco después comenzó a trabajar, solo, cavando una tumba en un lugar que Bill le mostró al final del jardín, entre arbustos. Cabo con cierta furia, disfrutando el trabajo manual, glorificándose en el elemento no mágico del asunto. Por cada gota de sudor y por cada ampolla, sintiéndolo como un regalo para el elfo que salvo sus vidas.

Su cicatriz quemaba pero el era experto del dolor, lo sentía aun apartado de allí. Aprendió a controlarlo al final, aprendió como cerrar su mente a Voldemort, la precisa cosa que Dumbledore quería que aprendiera de Snape. Así como Voldemort no seria capaz de poseerle como lo había hecho mientras se consumía en dolor por la perdida de Sirius, así sus pensamientos no podrían penetrar la mente de Harry ahora mientras guardaba luto por la muerte de Dobby. El dolor de una perdida parecía desquiciar a Voldemort… pero Dumbledore obviamente diría que era el amor.

Mientras Harry cavaba cada vez mas profundo dentro de la dura y fría tierra, enterraba su dolor en el sudor, negando el dolor en su cicatriz. En la oscuridad, con nada mas que el sonido de su propia respiración y el del mar revuelto que se mantenía acompañándole, las cosas sucedidas en donde los Malfoys regresaban a el, las cosas que oyó volvían a el, y el entendimiento floreció en la oscuridad…

El firme movimiento de sus brazos marcando el ritmo de sus pensamientos. Reliquias… Horocruxes… Reliquias… Horocruxes… aun no agotado de esa rara y larga letanía. La perdida y el miedo se esfumaron, sintió como si fuese obligado a despertar nuevamente.

Cada vez mas profundo Harry cabo aquella tumba y supo donde había estado Voldemort aquella noche, y quien había muerto en la celda mas alta de Nurmengard, y porque…

Entonces pensó en Colagusamo, muerto a causa del pequeño e inconsciente impulso de piedad… Dumbledore debió prever eso… Cuanto sabia realmente? Perdió consciencia del tiempo. Solo supo que la oscuridad se aclaro un poco cuando se le unieron Ron y Dean.

- ¿Cómo esta Hermione? –pregunto Harry.

- Mejor –dijo Ron.- Fleur esta cuidando de ella.

Harry tenia lista su replica para cuando le preguntaran porque no había simplemente creado una tumba perfecta con sus manos, pero no la necesito. Ellos saltaron dentro del hoyo que había hecho con sus propias palas y trabajaron en silencio hasta que aquel hueco se vio lo suficientemente profundo.

Harry envolvió al elfo de una manera más cómoda con su chaqueta. Ron se sentó en la orilla de la tumba y se quito las medias y los zapatos, los cuales puso en los pies descubiertos del elfo. Dean apareció un sombrero de lana el cual Harry acomodo cuidadosamente sobre la cabeza de Dobby cubriendo sus orejas de similares a las de un murciélago.

- Deberíamos cerrar sus ojos.

Harry no oyó a los otros atravesar la oscuridad. Bill vestía una capa viajera, Fleur un largo delantal blanco del cual sobresalía en el bolsillo una botella de lo que Harry reconoció como una poción crece huesos. Hermione estaba envuelta en una bata prestada, pálida y tambaleante sobre sus pies; Ron puso un brazo alrededor de ella cuando la chica los alcanzo. Luna, la cual estaba acurrucada en uno de los abrigos de Fleur se agacho y puso sus dedos tiernamente sobre los parpados del elfo y los bajo sobre su vidriosa mirada.

- Ya esta –dijo suavemente.- Ahora podría estar durmiendo

Harry puso al elfo dentro de la tumba, acomodando sus pequeños miembros para que se viera como si estuviese descansando, trepo fuera y miro por última vez el pequeño cuerpo. Se obligo a si mismo a no quebrarse mientras recordaba el funeral de Dumbledore, y las hileras e hileras de sillas doradas, Y el Ministro de Magia en la hilera

del frente, y el discurso acerca de sus logros, aquellas líneas sobre la tumba de mármol. Sentía que Dobby se merecía un gran funeral, aun así yacía allí en medio de arbustos en un hoyo toscamente cavado.

- Pienso que deberíamos decir algo. –soltó luna- Yo voy primero, puedo?

Todos la observaron, se dirigió al elfo muerto en el centro de la tumba.

- Muchas gracias Dobby por rescatarme de aquel sótano. Es tan injusto que tuvieras que morir cuando eras tan bueno y tan valiente. Siempre recordare lo que hiciste por nosotros. Espero que seas feliz ahora. -Se dio la vuelta y observo expectante a Ron, el cual se aclaro la garganta y dijo en con voz pesada.

- Si… Gracias Dobby

- Gracias. –murmuro Dean.

- Adiós Dobby. –dijo Harry luego de tragar grueso, era todo lo que podía soportar, pero Luna lo había dicho todo por el.

Bill levanto su varita y el monto de tierra que estaba a un lado de la tumba voló por el aire hasta caer sobre ella, una pequeña y rojiza pila.

- Les importaría si me quedo aquí un momento? –pregunto a los demás.

Los demás murmuraron palabras que no alcanzo a entender, sintió suaves pasos a su espalda, entonces todos entraron nuevamente en la pequeña casa dejando a Harry solo con el elfo.

Miro alrededor: habían numerosas piedras blancas, pulidas por el mar, marcando el borde de una cama de flores. Tomo una de las mas largas y la recostó como si fuera una almohada donde descansaba ahora la cabeza de Dobby. Luego tanteo en su bolsillo buscando su varita, tenia dos guardadas. Lo había olvidado, había perdido la pista; no podía recordar de quienes eran esas varitas que tenia; podía recordar jalándola de la mano de alguien. Selecciono la más corta de las dos, la cual se sentía más cómoda para su mano y apunto a la roca.

Lentamente, bajo el murmullo de sus instrucciones, pequeños cortes aparecieron sobre la superficie de la roca. Sabia que Hermione podía haberlo hecho cuidadosamente y probablemente mas rápido pero el quería marcar el sitio así como había cavado la tumba. Cuando se detuvo se podía leer en la piedra:

AQUÍ DESCANSA DOBBY, UN ELFO LIBRE.

Observo su escritura unos segundos y luego se marcho, su cicatriz aun picándole un poco y su mente llena de esas cosas que vinieron a el en la tumba, ideas que tomaron forma en la oscuridad, ideas terribles y fascinantes.

Estaban todos sentados en la sala cuando entro en el vestíbulo, su atención se centro en Bill, el cual estaba hablando. La habitación estaba medio alumbrado, calidad, con un pequeño fuego hecho con aquella madera lavada por la playa, que se consumía de forma brillante en la chimenea.

No quería ensuciar la alfombra así que se detuvo en el umbral de la sala, escuchando.

- … Suerte que Ginny estaba de vacaciones. Si hubiese estado en Hogwarts ellos podrían habérsela llevado antes de que la encontráramos. Ahora ella esta a salvo también. –Bill miro alrededor y vio a Harry parado allí.- Los eh sacado a todos fuera de la madriguera. –Explico.- Mudarlos todos a donde Muriel. Los mortifagos conocen que Ron esta contigo ahora, ellos pronto cazarían a la familia –no te disculpes. –Añadió al ver la expresión de Harry- Era cosa de tiempo, papa lo ha estado diciendo por meses. Somos la familia más grande de traidores a la sangre que hay.

- ¿Como se están protegiendo? –Pregunto Harry- ¿El encantamiento Fidelius, Guardián Secreto?. Lo hemos hecho sobre este chalet también; Yo soy el Guardián Secreto aquí. Ninguno de nosotros puede ir a trabajar pero eso es lo menos importante en este momento. Una vez que Ollivander y Griphook se recuperen los mudaremos donde Muriel también, No hay suficientes habitaciones aquí pero ella tiene suficientes.

- Las piernas de Griphook están recuperándose, Fleur le dio poción crece huesos, probablemente pueda moverse en un hora o…

- No –dijo Harry y Bill lo miro asustado.- Los necesito a los dos aquí. Necesito hablar con ellos, es importante. –oyó la autoridad de en su propia voz, la convicción, la voz de la determinación que vino a el mientras cavaba la tumba de Dobby. Todas lo rostros se dirigieron a el mirándole de manera interrogante.- Voy a lavarme –le dijo a Bill mirando sus manos aun cubiertas de mugre y de la sangre de Dobby.- Luego los veré, inmediatamente.

Camino dentro de la pequeña cocina, hasta el lavaplatos debajo de la ventana mirando el mar. El amanecer estaba apareciendo en el horizonte, rosado y escasamente dorado, mientras se lavaba, nuevamente siguió la cadena de pensamientos que cruzaron su mente en el oscuro jardín…

Dobby nunca seria capaz de contarle quien lo había mandado a ese sótano, pero Harry sabia lo que había visto. Un penetrante ojo azul miro fuera del fragmento del espejo y luego la ayuda vino. *La ayuda siempre será dada en Hogwarts por aquellos que la piden*

Seco sus manos, impasible a la hermosa escena fuera de la ventana y al murmullo de los demás en el salón. Miro fuera sobre el océano y sintió mas cerca que nunca el amanecer, cerca al corazón de todo.

Y su cicatriz aun escocia y el sabia que Voldemort estaba acercándose también. Harry entendio y al mismo tiempo no entendio. Su instinto le decia una cosa, su cerebro otra. El Dumbledore dentro de la mente de Harry sonreía, contemplándolo sobre sus dedos, juntos como si estuviese orando.

Le diste a Ron el Deluminator… Lo entendiste… Le diste una forma de regresar.

Y entendiste a Colagusano también… Tú sabes que hay un poquito de arrepentimiento allí, en algún lugar…

Y si los conoces… Que es lo que sabes de mi, Dumbledore?
Tengo que saber pero no buscar? Sabes cuando difícil es sentir eso? Es por eso que lo hiciste así de difícil? Entonces tengo tiempo suficiente para averiguarlo?

Se quedo de pie, callado y con los ojos vidriosos; observando el lugar donde un rayo de sol dorado, brillante y deslumbrante nacía en el horizonte. Luego miro sus manos limpias y se sorprendió momentáneamente al ver el paño que sostenía entre ellas. Lo dejo en su lugar y volvió al vestíbulo, y como si lo hubiera invocado, sintió su cicatriz pulsar de manera irascible y entonces un destello cruzo su mente, rápido como el reflejo de una libélula sobre el agua, la silueta de un edificio que conocía extremadamente bien.

Bill y Fleur estaban de parados al pie de las escaleras.

- Necesito hablar con Griphook y Ollivander. –Dijo Harry-

- No –dijo Fleur- Tendrás que esperag ‘Aggy. Están muy cansados -

- Lo siento –dijo sin emoción- Pero no puede esperar. Necesito hablar con ellos ahora. En privado y por separado. Es urgente.

- Harry, ¿Qué demonios esta pasando? –Pregunto Bill- Llegas aquí con elfo domestico muerto y un duende semiconsciente, Hermione luce como si hubiese sido torturada y Ron se rehúsa a decirme cualquier cosa.

- No podemos decirte lo que estamos haciendo –dijo de plano- Tu estas en la Orden Bill, sabes que Dumbledore nos dejo una misión. No se supone que hablemos de ella con nadie más.

Fleur hizo un sonido impaciente, pero Bill ni la miro; se quedo mirando fijamente a Harry. Su rostro marcado con profundas cicatrices era difícil de leer.

-Esta bien, con cual de ellos quieres hablar primero? –Dijo Bill finalmente.

Harry dudo. Tuvo que meditar su decisión. Quedaba poco tiempo; era el momento de decidir: Horocrucex o Reliquias?.

- Griphook –dijo Harry- Hablare con el primero. - Su corazón palpitaba rápidamente como si estuviese en una carrera y hubiese superado un enorme obstáculo.

- Allá arriba entonces. –dijo Bill dejándole el camino libre.

- Voy a necesitarlos a ustedes también –dijo llamando a Ron y a Hermione, los cuales estaban mal escondidos tras la puerta de la sala de estar. Ambos se movieron hacia la luz, extrañamente aliviados.- ¿Cómo estas? –Le pregunto Harry a Hermione- Estuviste increíble –salir con esa historia cuando ella te estaba lastimando de esa forma-.

Hermione le regalo una débil sonrisa mientras Ron le daba un apretón con un brazo.

- ¿Qué estas haciendo ahora, Harry? –pregunto el pelirrojo.

- Ya veras. Vamos.

Harry, Ron, y Hermione siguieron a Bill a través de las escaleras hacia un pequeño rellano. Tres puertas delante.

- Aquí – dijo Bill abriendo la puerta de la habitación que compartían el y Fleur.

Tenia vista al mar, ahora cubierto en gran parte por el brillo dorado del amanecer. Harry se dirigió hacia la ventana dándole la espalda a aquel espectacular panorama, y espero, Sus brazos cruzados y su cicatriz escociendo. Hermione tomo asiento al lado del tocador y Ron se sentó en el brazo del sofá donde estaba la chica.

Bill apareció nuevamente, cargando al pequeño duende el cual se sentó cuidadosamente sobre la cama. Griphook gruño un gracias y Bill se fue, cerrando la puerta ante ellos.

- Lamento sacarte de la cama. –Dijo Harry- ¿Cómo están tus piernas?

- Me duelen –replico el duende- Pero recuperándose.

Aun se aferraba a la espada de Gryffindor, y tenía una mirada extraña: medio agresiva, medio intrigada. Harry noto la amarillenta piel del duende, sus largos y delgados dedos, sus ojos negros. Fleur le había quitado los zapatos: Sus largos pies estaban sucios. Era más grande que un elfo domestico pero no mucho. Su cabeza más grande que la de un humano.

- Quizás no recuerdes –comenzó Harry.

- Que era el duende que te mostró tu bóveda, la primera vez que visitaste Gringotts? –Dijo Griphook- Si recuerdo, Harry Potter. Aun entre los duendes eres muy famoso.

Harry y el duende se miraron mutuamente, midiendose el uno al otro. La cicatriz de Harry aun escocia. Quería que esta entrevista con Griphook pasara rápidamente, y al mismo tiempo tenia miedo de hacer una movida en falso. Mientras decidía la mejor forma de aprovechar su petición el duende rompió el silencio.

- Enterraste al elfo –dijo sonando inesperadamente rencoroso- Te vi desde la ventana de la habitación contigua.

- Si –dijo Harry.

Griphook lo miro a través de la comisura de sus inclinados y negros ojos. -Eres un mago inusual Harry Potter.

- En que manera? –pregunto Harry, frotando su cicatriz ausentemente.

- Cavaste la tumba.

- Y que?

Griphook no respondió. Harry pensó que estaba siendo despreciado por actuar como un Muggle, pero no le importaba si Griphook aprobaba la tumba de Dobby o no. Se preparo para el ataque.

-Griphook, necesito saber…

- También rescataste a un duende.

- ¿Qué?

- Me trajiste hasta aca, me salvaste

- Bueno, lo tomare como que no lo sientes? –dijo Harry un poco impaciente

- No, Harry Potter –dijo Griphook, con un dedo retorció la delgada barba negra en su mejilla- pero eres un mago extraño.

- Bien – dijo Harry. “Bueno, necesito algo de ayuda, Griphook, y tu puedes dármela.

El duende no dio señales de animo pero continuo frunciendo el ceño a Harry como si pensara que nunca había visto algo como el.

- Necesito entre en una de las bóvedas de Gringotts.

Harry no quería que sonara tan mal: las palabras le salieron forzadas como un tiro de dolor a través de su cicatriz en forma de rayo, nuevamente, la silueta de Hogwarts. Cerro su mente firmemente. Necesitaba lidiar con Griphook primero. Ron y Hermione miraban a Harry pensando que se había vuelto loco.

- Harry -dijo Hermione, pero fue cortada por Griphook.

- ¿Entrar en una bóveda de Gringotts? -repitió el duende, quejándose un poco mientras cambiaba de posición en la cama- Es imposible.

- No, claro que no. -Contradijo Ron- Ya fue hecho.

- Si -dijo Harry- El mismo día que nos vimos por primera vez, Griphook. Mi cumpleaños, 7 años atrás.

- La bóveda en cuestión estaba vacía para ese tiempo -chasqueo el duende, y Harry entendió que aun cuando Griphook abandono Gringotts, estaba ofendido ante la idea de que sus defensas fueran alteradas.- La protección era mínima.

- Bueno la bóveda a la que necesitamos acceder no esta vacía y estoy suponiendo que esta protegida con poderosas defensas -dijo Harry- Pertenece a los Lestranges.

Observo como Hermione y Ron se veían a si mismos, impresionados, luego habría tiempo suficiente para explicarles, luego de que Griphook le diera una respuesta

- No tienes oportunidad -dijo Griphook de plano- Ni una sola oportunidad. Si buscas debajo de nuestros pisos, un tesoro nunca será tuyo...

- Ladrón has sido advertido, ten cuidado -si, lo se, lo recuerdo. -dijo Harry- Pero no trato de conseguir un tesoro para mi, no estoy tratando de conseguir ganancias personales. ¿Puedes creer eso?

El duende miro a Harry y su cicatriz en forma de rayo. La frente de Harry le escoció, pero la ignoro, rehusando reconocer su dolor o su invitación.

- Si hay un mago de quien podría creer que no busca ganancia personal -dijo finalmente Griphook- Serias tu Harry Potter. Los duendes y los elfos no están acostumbrados a la protección o el respeto que tú has demostrado esta noche. No de los portadores de varitas.

- Portadores de varitas -repitió Harry: la frase se sentía rara en sus oídos y su cicatriz escocia, mientras Voldemort cambio sus pensamientos hacia el norte mientras el sentía ansiedad por preguntar la puerta hacia Ollivander

El derecho de cargar una varita -dijo el duende tranquilamente- Siempre ha sido una lucha entre magos y duendes.

- Bueno los duendes pueden hacer magia sin varitas -dijo Ron.

- Eso es irrelevante! los magos nos prohibieron la posibilidad de extender nuestro poder

- Bueno, los duendes tampoco comparten su magia con nadie mas -dijo Ron- Ustedes no nos quieren decir como hacer espadas y armaduras en la forma en que lo hacen. Duendes saben como trabajar el metal en una forma en que los magos jamás han...

- No importa -dijo Harry notando el pálido color de Griphook- Esto no es acerca de magos versus goblings o ningún otro tipo de criatura mágica.

Griphook soltó una desagradable sonrisa.

- Es precisamente eso! Mientras el Señor Oscuro se vuelve más poderoso tu raza esta aferrada firmemente a la mía! Si Gringotts cae bajo las leyes mágicas, los elfos domésticos son masacrados, y quien protesta en contra de los portadores de varitas?

- Nosotros lo haremos! -dijo Hermione. Se levanto erguida, con los ojos brillantes- Nosotros protestaremos! Y yo soy cazada mas que cualquier duende o elfo, Griphook! soy una sangre sucia!

- No te digas a ti misma... -murmuro Ron

- Porque no debería? -dijo ella.- Sangresucia y orgullosa de ello! No tengo ninguna alta posición bajo esta nueva orden que tu tienes Griphook! es a mi a quien eligieron para torturar donde los Malfoys! -Mientras ella hablaba iba jalando el cuello de la bata hasta revelar una delgada cortada que Bellatrix le hizo, roja contra su garganta.- Sabes que tuvo que hacer Harry para liberar a Dobby? -pregunto- Sabes acaso que nosotros queremos liberar a los elfos desde hace años? (Ron se movió inconforme sobre el brazo de la silla de Hermione) Tu no quieres que El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado sea derrotado tanto como nosotros lo queremos Griphook!

El duende observo a Hermione con la misma curiosidad que mostró ante Harry

-¿ Que es lo que buscas en la bóveda de los Lestranges? -pregunto abruptamente- La espada que descansa allí dentro es falta. Esta es la verdadera -Observo a uno por uno de ellos- Pienso que tu ya sabias esto. Me pediste que mintiera por ti allá.

- Pero la espada falsa no es la única cosa en esa bóveda, cierto? -pregunto Harry- ¿Quizás has visto otras cosas allí dentro?

Su corazón latía más rápido que nunca, Redoblando sus esfuerzo por ignorar el pulso de su cicatriz. El duende volvió a retorcer su barba alrededor de su dedo otra vez.

- Es contra nuestro código hablar acerca de los secretos de Gringotts. Somos los guardianes de fabulosos tesoros. Tenemos un deber con los objetos colocados bajo nuestro cuidado, los cuales habitualmente corren bajo nuestros dedos. El duende apretó la espada, nuevamente sus ojos negros pasando de Harry a Hermione y a Ron, retrayéndose nuevamente.

- Tan jóvenes -dijo finalmente- Peleando contra tanto.

- ¿Nos ayudaras? –Pregunto Harry- No tenemos esperanzas de entrar sin la ayuda de un duende. Tu eres nuestra unica oportunidad.

- Yo... pensare acerca de ello - dijo Griphook de manera exasperante.

- Pero... -Ron comenzó furiosos; Hermione le golpeo en las costillas.

- Gracias -dijo Harry.

El duende inclino su cabeza en reconocimiento, luego flexiono sus cortas piernas.

- Yo pienso -dijo, acomodándose ostentosamente sobre la cama de Billy Fleur- La poción crece huesos termino su trabajo. S ere capaz de dormir finalmente. Perdónenme....

- Si, por supuesto -dijo Harry pero antes de irse de la habitación se devolvió para tomar la espada de Gryffindor del lado del duende. Griphook no protesto, pero Harry vio algo de resentimiento en los ojos del duende mientras cerraba la puerta ante el.

- Pequeño imbecil -murmuro Ron- Disfruta tenernos colgando.

- Harry -murmuro Hermione jalándolos a los dos lejos de la puerta al medio del aun oscuro rellano- ¿Estas diciendo lo que yo pienso que estas diciendo? ¿Estas diciendo que hay un Horocrux en la bóveda de los Lestranges?

- Si -dijo Harry- Bellatrix estaba aterrada cuando pensó que habíamos estado allí, ella estaba fuera de si. ¿Porque? Que pensó ella que habíamos visto, que piensa que pudimos llevarnos? Lo que fuese estaba petrificado de que Tu-Sabes-Quien se enterara

- Pienso que hay que buscar lugares en que haya estado el señor oscuro, lugares en los que ha hecho cosas importantes? -dijo Ron luciendo desconcertado- Estuvo el alguna vez dentro de la bóveda de los Letranges?

- Yo no se ni siquiera si ha estado dentro de Gringotts -dijo Harry- Nunca tuvo oro cuando era joven porque nadie le daba nada. Quizás haya visto el banco desde afuera, probablemente la primera vez que fue al Callejón Diagon.

La cicatriz de Harry vibro pero el la ignoro; quería que Ron y Hermione entendieran lo de Gringotts antes de que hablaran con Ollivander.

- Yo pienso que pudo haber enviado a cualquiera que tuviese una llave de alguna bóveda de Gringotts. Creo que lo vería como un símbolo real de pertenencia para el mundo Mágico. Y no olviden que el creia en Bellatrix y su esposo. Ellos eran sus más devotos sirvientes antes de que cayera, y ellos estuvieron buscándole antes de que desapareciera. Lo dijo la noche que volvió, lo oí. -Harry froto su cicatriz- Pero no creo que le haya dicho a Bellatrix que era un Horocrux. Nunca le dijo a Lucius Malfoy la verdad acerca del diario. Probablemente le haya dicho que era una invaluable posesión y le pidiera que lo guardara en su bóveda. El lugar mas seguro del mundo para cualquier cosa que quieras esconder, Hagrid me lo dijo... excepto por Hogwarts.

Cuando Harry termino de hablar, Ron meneo su cabeza.

- Realmente lo entiendes.

- Pedazos de el -dijo Harry- Pedazos... Me gustaría entender a Dumbledore así. Veremos. Vamos -Ollivander ahora.

Ron y Hermione se vieron desconcertados pero impresionados mientras cruzaban el pequeño rellano y tocaban una puerta opuesta a la de la habitación de Bill y Fleur. Un debil "Pasen" les respondio.

El fabricante de varias esta recostado en la cama doble lejos de la ventana. Estuvo prisionero en un sótano por más de un año, y torturado, Harry sabia, por lo menos de una ultima ocasión. Estaba demacrado, los huesos de su cara adheridos contra su piel amarillenta. Aquellos grandes ojos plateados se veían enormes dentro de sus cuencas. Las manos que descansaban sobre la manta podrían pertenecer a un esqueleto. Harry se sentó sobre la cama vacía junto a Ron y Hermione. El brillante solo no era visible allí. La habitación daba al jardín de dunas y a la recién cavada tumba.

- Sr. Ollivander, siento molestarlo -dijo Harry.

- Mi querido muchacho -La voz del Sr. Ollivander era débil- Tu nos rescataste, pensé que íbamos a morir en ese lugar. Nunca pensé que gracias a ti... nunca gracias a ti... suficiente.

- Estamos contentos de haberlo echo.

La cicatriz de Harry palpitaba. Sabia, estaba seguro, que quedaba poco tiempo en el cual derrotar a Voldemort y sus metas, o por lo menos intentar desbaratárselas. Sintió algo de pánico... pero ya había tomado su decisión en cuanto decidió hablar con Griphook primero. Fingiendo una calma que no sentía, soltó la pequeña bolsa que llevaba atada a su cuello y tomo dos mitades de su varia rota.

- Sr. Ollivander, necesito cierta ayuda.

- Cualquier cosa, cualquier cosa. -dijo el fabricante de varias débilmente.

- ¿Podría arreglar esto? ¿Es posible?

Ollivander extendió una temblorosa mano, y Harry puso los dos pedazos apenas conectados sobre su palma.

- Acebo y pluma de fénix -dijo Ollivander con voz temblorosa- Once pulgadas. Agradable y flexible.

- Si -dijo Harry- Podría usted...?

- No -susurro Ollivander- Lo siento, lo siento mucho, pero una varita que ha sufrido este grado de daño no puede ser reparada por ningún medio que conozca.

Harry se sobrecogió al oír eso, pero fue solo un golpe sin importancia. Tomo los pedazos de la varita y los volvió a colocar en el bolso alrededor de su cuello. Ollivander se quedo mirando al lugar donde la destrozada varita desaparecieron y no miro a otro lado hasta que Harry tomo las otras dos varitas de su bolsillo, las dos que trajo de donde los Malfoys

- Puede identificar estas? -pregunto Harry.

El fabricante de varias tomo la primera de ellas y la sostuvo cerca de sus ojos, rodándola entre sus flácidos nudillos, flexionándola levemente.

- Nogal y nervio de corazón de dragón -dijo- doce y tres cuartos de pulgadas, y robusta. Esta varita pertenecía a Bellatrix Lestrange.

- Y esta otra?

Ollivander realizo el mismo examen.

- Espino y cabello de unicornio. Diez pulgadas exactas. Razonablemente elástica. Esta varita era de Draco Malfoy.

- Era? -repitió Harry- Ya no es de el?

- Probablemente no. Si la tomas...

- Lo hice.

- Entonces quizás sea tuya. Claro, en cuestión de los hechos. Mucho depende de la varita en si misma. En general, sin embargo, si una varita es ganada su lealtad puede cambiar.

La habitación se sumió en silencio, excepto por el distante sonido del mar.

- Usted hablo de las varitas como si tuvieran sentimientos -dijo Harry- Como si pudieran pensar por ellas mismas.

- La varita escoge al mago -dijo Ollivander- Eso siempre ha sido claro para aquellos que estudiamos la tradición de crear varitas.

- Pero Una persona puede usar una varita aun si esta no le ha elegido?- pregunto Harry.

- Oh si, si eres cualquier mago puedes canalizar tu magia a través de casi cualquier instrumento.

Los mejores resultados, sin embargo, provienen siempre de donde hay una fuerte afinidad entre el lago y la varita. Estas conexiones son complejas. Un atracción inicial y luego una mutua búsqueda por experiencia, la varita aprende del mago, y el mago de la varita.

Las olas iban y venían en un lúgubre sonido.

- Tome esta varita de Draco Malfoy a la fuerza -dijo Harry- Puedo usarla con seguridad?

- Creo que si, las leyes sutiles que gobiernan la varita tienen que ver con la relación de su dueño, pero la varita conquistada usualmente se inclinara a la voluntad de su nuevo dueño.

- Entonces puedo usar esta? -dijo Ron sacando de su bolsillo la varita de Colagusano y extendiéndosela a Ollivander.

- Castaño y nervio de corazón de dragón. Nueve y un cuarto de pulgada. Frágil. Fui forzado a hacer esta mas corta después de mi secuestro, para Peter Pettigrew. Si te la ganas es mas o menos una apuesta, y lo hará bien, mas que cualquier otra varita.

- Y esto es verdad para todas las varitas, no? -pregunto Harry.

- Eso creo -respondió Ollivander, sus ojos saltones en el rostro de Harry.- Usted hace profundas preguntas Sr. Potter, La tradición de crear varitas es una compleja y misteriosa rama de la magia.

- Entonces no es necesario matar al dueño anterior para tomar posesión de la varita? -pregunto Harry.

Ollivander trago saliva.

- Necesario? No, yo no diría que es necesario matar.

- Pero hay leyendas -dijo Harry y su corazón se acelero. El dolor en su cicatriz se volvió más intenso; estaba seguro de que Voldemort había decidido poner su idea en marcha.- Leyendas acerca de una varita - o varitas - que han pasado de mano en mano por asesinato.

Ollivander se puso pálido. Contra la nívea almohada se veía gris ligero, sus ojos enormes, inyectados en sangre y sobresaltaban en algo similar al miedo.

- Solo una varita, creo. -susurro.

- Y Usted-Sabe-Quien esta interesado en ella, o no? -pregunto Harry.

- Yo... Como? La voz de Ollivander sonó como un graznido, entonces observo a Ron y a Hermione buscando ayuda.- ¿Como sabes eso?

- El quería que usted le dijera como vencer la conexión entre nuestras varitas. -dijo Harry.

Ollivander se veía aterrorizado.

- El me torturo, usted debe entender eso! La maldición Cruciatus, Yo... Yo no tuve opción mas que decirle lo que sabia, lo que suponía!

- Entiendo -dijo Harry- Usted le dijo acerca de los núcleos gemelos? Usted le dijo que solo debía usar otra varita?

Ollivander lucia horrorizado, paralizado por la cantidad de cosas que Harry sabía. Cabeceo afirmativamente de forma pausada.

- Pero no funciono -Harry paso de eso- La mía todavía derroto a la varita prestada. Sabe porque sucede esto?

Ollivander meneo su cabeza mientras negaba.

- Tengo... nunca escuche una cosa así. Su varita represento algo único aquella noche. La conexión entre los núcleos gemelos es increíblemente rara, aun así el porque de que su varita rompiera la varita prestada, no lo se..

- Estamos hablando de la otra varia, la varita que cambia a través del asesinato. Cuando Usted-Sabe-Quien se dio cuenta de que mi varita hizo algo extraño volvió y le pregunto por la otra varita, no es así?

- Como sabe eso?

Harry no respondió.

- Si, el pregunto -susurro Ollivander- El quería saber todo lo que pudiera decirle acerca de la varita conocida como El Bastón de la Muerte, La Varita del Destino, o la Varita de Saúco.

Harry cambio miradas con Hermione. Ella lucia abrumada.

- El Señor Oscuro -dijo Ollivander en silenciosos y asustados tono- Siempre fue feliz con la varita que el hice -si la de pluma de fénix, trece y medio pulgadas- Hasta que descubrió la conexión de núcleos gemelos. Ahora busca otra, una varita más poderosa, la única que podría conquistar la tuya.

- Pero el pronto sabrá, si es que ya no lo sabe, que la mía se rompió y no podrá volver a ser reparada -dijo Harry tranquilamente.

- No! -dijo Hermione, sonando asustada- El no puede saber eso, Harry, como podía el saber...?

- Priori Incantatem -dijo Harry.- Dejamos caer tu varita y la de cerezo en la Mansión Malfoy, Hermione. Si el las examina apropiadamente, puede recrear los últimos hechizos invocados, el sabrá que tu varita rompió la mía, vera que trataste de arreglarla y fallaste, entonces se dará cuenta de que eh estado usando la de cerezo todo este tiempo.

El poco color que la chica había recuperado desde su llegada volvió a desaparecer de su rostro. Ron le dio una mirada de reproche a Harry.

- No nos preocupemos de eso ahora... -dijo el pelirrojo

Pero el Sr. Ollivanders intervino.

- El Señor Oscuro no busca La Varita de Saúco solo para destruirle Sr. Potter; el esta determinado a poseerla porque cree que si la obtiene será verdaderamente invulnerable.

- Y lo conseguirá?

- El dueño de la Varita Sauco debe tener un ataque fiero -dijo Ollivander- Pero la idea del Señor Oscuro en posesión del Bastón de la Muerte es, debo admitirlo... formidable.

Harry de repente recordó cuan inseguro estaba, en su primer encuentro, de cuanto le agradaba Ollivander. Aun ahora, después de haber sido encarcelado y torturado por Voldemort, la idea de que el Mago Tenebroso en posesión de esa varita parecía atraerle tanto como le producía repulsión a el.

- Usted… usted entonces esta seguro de que esa varita existe, Sr. Ollivander. -pregunto Hermione.

- Oh si -dijo Ollivander- Si, es perfectamente posible rastrear el curso de una varita a través de la historia. Hay espacios en blanco por supuesto, y unos bastante grandes, que se desaparecen a la vista, temporalmente perdidos o escondidos; pero siempre resurgen. Tiene ciertas características idénticas que aquellos versados en la tradición de la creación de varitas reconocerían. Hay relatos escritos, algunos de ellos oscuros, que yo y otros fabricantes de varitas han hecho de nuestro negocio un estudio. Tienen el seño de autenticidad.

- Entonces usted no cree.. No piensa que podría ser un mito o un cuento de hadas? -pregunto Hermione con esperanzas

- No, -dijo Ollivander- Si es necesario que pase a través de asesinato, no lo se. Esta historia es sangrienta, pero podría ser algo debido al hecho de este deseable objeto, levanta pasiones en magos. Inmensamente poderoso y peligroso en las manos incorrectas, un objeto de increíble fascinación para todos los que estudiamos el poder de las varitas.

- Sr. Ollivander -dijo Harry- Usted le dijo a Quien-Usted-Sabe que Gregorovitch tiene la Varitade Sauco, cierto?

Ollivander se volvió aun más pálido si es que era posible. Se veía como un fantasma mientras tragaba saliva de un solo golpe.

- Pero como... como es que sabe...?

- No importa como lo se, -Harry cerro los ojos por un momento mientras sentía como su cicatriz quemaba, y lo vio, por meros segundos, una visión sobre la calla principal de Hogsmeade, aun oscuro porque estaba tan lejos del norte.- Usted le dijo a Quien-Usted-Sabe que Gregorovitch tiene la varita?

- Era solo un rumor -susurro Ollivander- Un rumor, años y años atrás, mucho antes de que ustedes nacieran creía que Gregorovitch lo había comenzado. Como podrán ver lo que bueno que fue para el negocio; que el estaba estudiando y duplicando las cualidades de la Varita de Sauco!.

- Si, puedo ver eso -dijo Harry, y se paro.- Sr. Ollivander, una ultima cosa, y luego podrá descansar. Que sabe acerca de las Reliquias de la Muerte?

- Las, las que? -pregunto el fabricante de varitas, luciendo completamente desconcertado.

- Las Reliquias de la Muerte.

- Me temo que no se nada de lo que esta hablando. Aun estamos hablando de algo que tenga que ver con varitas?

Harry observo el hundido rostro y creyó en que Ollivander no estaba actuando. No sabía nada acerca de las Reliquias de la Muerte

- Gracias -dijo Harry- Muchas gracias. Ahora le dejaremos para que descanse.

Ollivander lucia afligido.

- El me torturaba! -jadeo- La Maldición Cruciatus... no tiene ni idea...

- Si la tengo -dijo Harry- Realmente la tengo. Por favor descanse un poco. Gracias por decirme todo esto.

Dejo a Ron y a Hermione bajo las escaleras. Harry echo un fugaz vistazo a Bill, Fleur, Luna, y Dean sentados en la mesa de la cocina, tazas de te enfrente de cada uno de ellos. Todos miraron a Harry aparecer en la entrada, el solo les asintió y continuo hacia el jardín, Ron y Hermione detrás de el. La pila rojiza de tierra que cubría a Dobby

descansaba delante, y Harry camino hacia ella, mientras el dolor en su cabeza crecía más y más poderoso. Era un gran esfuerzo cerrarse a las visiones que se forzaban ellas mismas hacia el, pero sabia que debía resistir un poco mas. Pronto se rendiría porque necesitaba saber si su teoría era correcta. Debería hacer solo un pequeño esfuerzo, así podría explicarle a Ron y a Hermione.

- Gregorovitch tiene la Varita de Saúco desde hace tiempo -dijo- Vi a Ustedes-Saben-Quien tratando de encontrarlo. Cuando logro dar con el, se encontró con que Gregorovitch ya no la tenía más: fue robada por Grindelwald. Como Grindelwald encontró que Gregorovitch la tenia, no lo se... pero si Gregorovitch era lo suficientemente estupido como para regar el rumor, no pudo haber sido tan difícil.

Voldemort estaba a las puertas de Hogwarts; Harry podía verlo de pie allí, y podía ver también las luces que precedían el amanecer, venían cada vez mas cerca.

- Y Grindelwald uso la Varita de Saúco para volverse más poderoso. Y en la cima de su poder, cuando Dumbledore supo que era el único que podría detenerlo, reto a Grindelwald a un duelo y lo derroto, y tomo la Varita de Sauco.

- Dumbledore tenia la Varita de Saúco? -dijo Ron- Pero entonces... donde esta ahora?

- En Hogwarts -dijo Harry, luchando por quedarse en el jardín de las dunas.

- Entonces, vamos! -dijo Ron urgiéndoles.- Harry, vamos y tomémosla antes de que el lo haga!

- Es muy tarde para eso -dijo Harry. No podía ayudarse a si mismo mas que apretando a su cabeza, tratando de resistir.- El sabe donde es. Esta allí ahora mismo.

- Harry! -dijo Ron furioso- Desde cuando sabes esto? porque estamos perdiendo tiempo? Porque decidiste hablar con Griphook primero? Pudimos haber ido, aun podemos ir.

- No -dijo Harry y se dejo caer de rodillas sobre la hierba.- Hermione tiene razón. Dumbledore no quiere que yo la tenga. No quiere que yo la tome, el quiere que yo vaya por los Horocruxes.

- La Varita Invencible, Harry! -gimió Ron

- No se supone que yo... Se supone que consiga los Horocruxes...

Y ahora todo estaba frío y oscuro: El sol era apenas visible sobre el horizonte mientras el se deslizaba al lado de Snape, a través de los campos en dirección al lago.

- Me uniré a ti en el castillo dentro de poco -dijo con su voz altiva y fría.- Déjame ahora.

Snape se inclino y volvió por el camino recorrido, su capa negra ondeando detrás de el. Harry camino lentamente, esperando que la figura de Snape desapareciera. No lo hacia por Snape, en realidad no era por nadie mas, solo por ver lo que iba a suceder. Pero no habían luces en las ventanas del castillo, y se podía encubrir a si mismo... en un segundo aplico sobre el un
encantamiento desilusionador que lo escondía inclusive de sus propios ojos.

Camino alrededor del borde del lago, perfilando el contorno de su amado castillo, su primer reino, su derecho de nacimiento...

Y allí estaba, al lado del lago, reflejado en las oscuras aguas. La tumba de mármol blanco, una mancha en el paisaje familiar. Sintió nuevamente aquel torrente de euforia controlada, ese embriagador sentido destrucción intencional. Levanto la vieja varita de tejo: que apropiado era esto como su última gran acto.

La tumba se abrió de pies a cabeza. La envuelta figura era larga y delgada como solía ser en vida. Levanto nuevamente la varita.

La envoltura cayó. El rostro era traslucido, pálido, hundido, casi perfectamente preservado. Le habían dejado sus lentes sobre la encorvada nariz: Sintió divertida irrisión. Las manos de Dumbledore se encontraban sobre su pecho, y reposando allí entre ellas, enterrada con el. Acaso el viejo tonto imaginaba que aquel mármol o la muerte podría proteger la varita? Acaso
Pensaba que el Señor Oscuro tendría miedo de violar su tumba? Su mano, semejante a una araña descendió y jalo la varita del el asimiento al que la sometía Dumbledore, y la tomo, una lluvia de chispas voló desde la punta, chispeando sobre el cuerpo de su ultimo dueño, lista para servir a un nuevo amo.

Capítulo 25
Cabaña Caracol

La cabaña de Bill y Fleur se erigía sola en un acantilado mirando hacia el mar, con paredes blancas con caracoles empotrados. Era un lugar solitario y hermoso. Fuera que Harry estuviera adentro de la pequeña cabaña o en su jardín, podía escuchar el constante ir y venir del mar, como la respiración de una gran criatura dormida. Pasó la mayor parte de los siguientes escasos días inventando excusas para escapar de la cabaña llena de gente, buscando alcanzar el punto más alto del acantilado para ver el cielo abierto y enorme, el mar vacío, y sentir viento frío y salado en su cara.

La enormidad de su decisión de no ir tras la varita antes que Voldemort aún asustaba a Harry. No podía recordar, alguna vez, haber elegido *no* actuar. Estaba lleno de dudas, dudas que Ron no podía evitar vocear en todo momento que estuvieran juntos.

"¿Y qué tal si Dumbledore quería que descifráramos el símbolo a tiempo para obtener la varita?" "¿Y que tal si descifrar el símbolo te hacía 'merecedor' de las Reliquias?" "Harry, si esa realmente es la Varita de Saúco, ¿cómo diablos se supone que vamos a derrotar a Tú-Sabes-Quién ahora?"

Harry no tenía respuestas: había momentos en que se preguntaba si había sido una total locura no intentar prevenir que Voldemort abriera la tumba. No podía ni siquiera explicar satisfactoriamente porqué había decidido no hacerlo: cada vez que intentaba reconstruir los argumentos internos que lo habían llevado a esa decisión, le sonaban endebles.

Lo extraño era que el apoyo de Hermione lo hacía sentir tan confundido como las dudas de Ron. Ahora forzada a aceptar que la Varita de Saúco era real, ella sostenía que era un objeto maligno y que la forma de la cual Voldemort había tomado posesión de ella era repulsiva, no para ser considerada.

-Tú nunca podrías haber hecho eso, Harry- decía una y otra vez-. No podrías haber robado la tumba de Dumbledore.

Pero la idea del cadáver de Dumbledore asustaba a Harry mucho menos que la posibilidad de haber incomprendido las intenciones del Dumbledore vivo. Sentía que aún estaba caminando a tientas en la oscuridad; había escogido un camino, pero seguía mirando hacia atrás, preguntándose si habría entendido mal los signos, si no debería haber tomado ese otro camino. Por momentos, el enojo hacia Dumbledore lo chocaba de vuelta, poderoso como las olas que rompían contra el acantilado bajo la cabaña, enojo hacia Dumbledore por no haber explicado antes de morir.

-Pero, ¿*está* muerto? –dijo Ron, tres días después de haber arribado a la cabaña. Harry había estado observando sobre la pared que separaba el jardín de la cabaña del acantilado con la mirada perdida cuando Ron y Hermione lo habían encontrado; él deseaba que no lo hubieran hecho, no tenía deseos de sumarse a su discusión.

-¡Sí lo está, Ron, *por favor*, no comiences con eso otra vez!

-Observa los hechos, Hermione-dijo Ron, hablando hacia Harry, quien seguía mirando al horizonte-. El ciervo plateado. La espada. El ojo que Harry vio en el espejo…

-¡Harry admite que podría haber imaginado el ojo! ¿O no, Harry?

-Podría –dijo Harry, sin mirarla.

-Pero no crees que lo hayas hecho, ¿cierto? –preguntó Ron.

-No, no lo creo –dijo Harry.

-¡Ahí tienes! –dijo Ron rápidamente, antes de que Hermione pudiera continuar- Si no fue Dumbledore, explica cómo es que Dobby supo que estábamos en el sótano, Hermione.

-No puedo, pero, ¿cómo puedes tú explicar como Dumbledore lo envió con nosotros si yace en una tumba en Hogwarts?

-No lo se, ¡puede haber sido su fantasma!

-Dumbledore no habría vuelto como fantasma –dijo Harry. Había poco sobre Dumbledore de lo que estaba seguro ahora, pero eso lo sabía.-. Él habría seguido adelante.

-¿Qué quieres decir, 'seguido adelante'? –preguntó Ron, pero antes de que Harry pudiera decir más, una voz detrás de ellos dijo:

-¿'Arry?

Fleur había salido de la cabaña, su largo, plateado cabello volaba con la brisa.

-'Arry, Griphook quiege hablag contigo. Está en la habitación más pequeña, dice que no quiegge seg oído pog nadie.

Su disgusto por ser la mensajera de Griphook era evidente; lucía irritada mientras caminaba de vuelta ala casa.

Griphook los estaba esperando, como Fleur les había dicho, en la habitación más pequeña de los tres dormitorios que tenía la cabaña, aquel en donde Hermione y Luna dormían por las noches. Había cerrado las cortinas de algodón rojo bloqueando el cielo nublado y brillante, lo cual le daba un brillo extraño a la habitación, en contraste con el resto de la casa, llena de luz y airosa.

-He tomado una decisión, Harry Potter –dijo el goblin, sentado con las piernas cruzadas en una silla baja, golpeteando en sus brazos con sus largos dedos- Aunque los goblins de Gringotts lo considerarán traición, he decidido que voy a ayudarte…

-¡Eso es genial! –dijo Harry, llenándose de alivio- Griphook, gracias, estamos muy…

-…a cambio –dijo el goblin firmemente-, de un pago.

Un poco echado atrás, Harry vaciló.

-¿Cuánto quieres? Tengo oro.

-No oro –dijo Griphook-. Yo tengo oro.

Sus ojos negros brillaron; no había blanco en sus ojos.

-Quiero la espada. La espada de Godric Gryffindor.

El alma de Harry se cayó a sus pies.

-No puedes tenerla –dijo-. Lo lamento.

-Entonces –dijo el goblin suavemente- tenemos un problema.

-Podemos darte otra cosa –dijo Ron, ansioso-. Apostaría que los Lestranges tienen montones de cosas, puedes escoger lo que quieras una vez que estemos dentro de la bóveda.

Había dicho lo equivocado. Griphook se sonrojó con enojo.

-¡No soy un ladrón, chico! ¡No estoy intentando apropiarme de tesoros sobre los que no tengo derecho!

-La espada es nuestra…

-No lo es –dijo el goblin.

-Somos gryffindors, y era de Godric Gryffindor…

-Y antes de ser de Gryffindor, ¿de quién fue? –inquirió el goblin, sentándose derecho.

-De nadie –dijo Ron-. Fue forjada para él, ¿no es cierto?

-¡No! –gritó el goblin. Temblando de enojo y apuntando a Ron con un largo dedo-. ¡Arrogancia de magos otra vez! Esa espada fue de Ragkuk el Primero, y tomada de él

por Godric Gryffindor! Es un tesoro perdido, ¡una obra maestra del trabajo goblin! ¡Pertenece a los goblin! La espada es el precio de mi trabajo, ¡tómenlo o déjenlo!

Griphook los miró de reojo. Harry miró de reojo a los otros dos, y dijo:

-Necesitamos discutirlo, Griphook, si te parece. ¿Podrías darnos unos minutos?

El goblin asintió, con amargura.

Abajo, en la sala de estar vacía, Harry caminó hacia la chimenea, arrugando el entrecejo, intentando pensar qué hacer. Detrás de él, Ron dijo:

-Se está riendo de nosotros. No podemos darle la espada.

-¿Es verdad? –preguntó Harry a Hermione- ¿La espada fue robada por Godric Gryffindor?

-No lo sé –dijo ella, desesperanzada-. La historia escrita por magos muchas veces pasa por alto lo que los magos hemos hecho a otras razas mágicas, pero no hay evidencia que conozca que diga que Gryffindor robó la espada.

-Debe ser una de esas historias de los goblins –dijo Ron- de las que argumentan sobre como los magos siempre han tratado de pasar por encima de ellos. Supongo que debemos considerarnos afortunados de que no nos haya pedido una de nuestras varitas.

-Los goblins tienen buenas razones para no confiar en los magos, Ron- dijo Hermione-. Han sido tratados brutalmente en el pasado.

-Los goblins no son ningunos conejitos lindos, ¿o sí? –dijo Ron- Han matado a muchos de los nuestros. Han peleado sucio también.

-Pero discutir con Griphook acerca de que raza es más traicionera y violenta no va a lograr que quiera ayudarnos, ¿o sí?

Hubo una pausa durante la cual pensaron en una forma de solucionar el problema. Harry miró hacia fuera a la tumba de Dobby. Luna estaba poniendo unas lavandas de mar en un jarrón al lado de la lápida.

-OK –dijo Ron, y Harry se dio vuelta para enfrentarlo-. ¿Qué les parece esto?: Le decimos a Griphook que necesitamos la espada hasta que estemos dentro de la bóveda, y que entonces se la daremos. Hay una falsa ahí dentro, ¿verdad? Las cambiamos y le damos la falsa.

-¡Ron, él conoce la diferencia mejor que nosotros! –dijo Hermione- ¡Es el único que se había dado cuenta de que las habían cambiado!

-Sí, pero podríamos dañarla antes de que se de cuenta…

Ron desistió bajo la forma en que Hermione lo estaba mirando.

-Eso –dijo despacio- es *despreciable*. ¿Pedirle su ayuda y después traicionarlo? ¿Y te preguntas porqué los goblins no quieren a los magos, Ron?

Las orejas de Ron se sonrojaron.

-¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Fue lo único que pude pensar! ¿Cuál es tu solución, entonces?

-Necesitamos ofrecerle algo más, algo igual de valioso.

-Brillante. Ahora iré a buscar una de nuestras otras espadas antiguas hechas por goblins y a puedes envolver para regalo.

El silencio recayó sobre ellos una vez más. Harry estaba seguro de que el goblin aceptaría solamente la espada, incluso aunque tuvieran algo igual de valioso para ofrecerle. Pero la espada era su única arma, indispensable, contra los Horcruxes.

Cerró sus ojos por un momento o dos y escuchó el murmullo del mar. La idea de que Gryffindor podría haber robado la espada era muy poco placentera; siempre había estado orgulloso de ser un Gryffindor; Gryffindor había sido el campeón de los nacidos de Muggle, el mago que había chocado con el amor por la sangre pura de Slytherin…

-Quizás esté mintiendo –dijo Harry, abriendo sus ojos otra vez-. Griphook. Quizás Gryffindor no tomó la espada. ¿Cómo saber que su versión de la historia es la correcta?

-¿Hace alguna diferencia? –preguntó Hermione.

-Cambia cómo me siento al respecto –dijo Harry.

Respiró hondo.

-Le diremos que podrá tener la espada después de habernos ayudado a entrar a la bóveda… pero seremos cuidadosos de evitar decirle exactamente cuando podrá tenerla.

Una sonrisa se formó lentamente en el rostro de Ron. Hermione, en cambio, lucía alarmada.

-Harry, no podemos…

-La puede tener –continuó Harry- después de que la hayamos usado con todos los Horcruxes. Me aseguraré de que la obtenga entonces. Mantendré mi palabra.

-¡Pero podrían pasar años! –dijo Hermione.

-Yo lo sé, pero él no. No será mentir… realmente.

Harry la miró a los ojos con una mezcla de desafío y vergüenza. Recordó las palabras que habían sido grabadas en la entrada de Nurmengard: *Por el Bien Mayor*. Apartó esa idea. ¿Qué otra opción tenían?

-No me gusta –dijo Hermione.

-A mi tampoco –admitió Harry.

-Bueno, yo creo que es genial –dijo Ron, parándose de vuelta-. Vayamos a decirle.

De vuelta en el dormitorio más pequeño, Harry hizo su oferta, cuidadoso en sus palabras para no especificar ningún momento particular para la entrega de la espada. Hermione miraba el suelo con el entrecejo fruncido mientras él hablaba; y él se sintió irritado con ella, con miedo de que eso los delatara. De todas formas, Griphook sólo tenía ojos para Harry.

-¿Tengo tu palabra, Harry Potter, de que me entregarás la espada de Gryffindor si te ayudo?

-Sí –dijo Harry.

-Entonces estrechemos las manos –dijo el goblin, extendiendo la suya.

Harry la tomó y la estrechó. Se preguntó si esos ojos negros podían ver sus intenciones en los suyos. Entonces Griphook lo soltó, juntó las manos y dijo:

-Entonces. ¡Comenzamos!

Fue como planear la entrada al Ministerio una vez más. Se acomodaron en el dormitorio más pequeño para trabajar, el cual se mantenía, según la preferencia de Griphook, en la semi-oscuridad.

-He visitado la bóveda de los Lestranges sólo una vez –les dijo Griphook- en la ocasión que se me ordenó colocar dentro la espada falsa. Es una de las bóvedas más antiguas. Las familias más antiguas de magos guardan sus tesoros en el nivel más profundo, donde las bóvedas son más grandes y están mejor protegidas…

Se mantenían encerrados en la habitación parecida a un armario por horas cada vez. Despacio, los días se convirtieron en semanas. Había problema tras problema para solucionar, y uno de los mayores era que muy poco les quedaba de Poción Multijugos.

-La verdad es que solo queda suficiente para uno de nosotros –dijo Hermione, sacudiendo la poción espesa y sucia contra la luz de la lámpara.

-Será suficiente –dijo Harry, examinando el mapa hecho a mano por Griphook, que representaba los pasajes más profundos.

Los otros habitantes de Cabaña Caracol no podían dejar de notar que algo estaba sucediendo ahora que Harry, Ron y Hermione sólo bajaban durante las horas de la comida. Nadie preguntaba nada, aunque Harry a menudo sentía los ojos de Bill sobre ellos tres en la mesa, pensante, preocupado.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más Harry notaba que el goblin no le gustaba mucho. Griphook era inesperadamente sediento de sangre, se reía ante la idea de dolor

en criaturas inferiores y parecía gustoso ante la posibilidad de que tuvieran que atacar a otros magos para llegar a la bóveda de los Lestranges. Harry se daba cuenta de que su disgusto era compartido por los otros dos, pero no lo discutieron: necesitaban a Griphook.

El goblin sólo comía a regañadientes con el resto de ellos. Inclusive después de que sus piernas sanaron, seguía ordenando bandejas de comida en su cuarto, como el frágil y aún en cama Ollivander, hasta que Bill (después de que Fleur explotara de enojo) fue arriba a decirle que ese arreglo no podía continuar. Desde ese momento, Griphook se les unió en la mesa llena de gente, aunque se negaba a comer la misma comida, insistiendo, en cambio, en pedazos de carne cruda, raíces y varios hongos.

Harry se sentía responsable: era, después de todo, él quien había insistido en que el goblin se quedara en Cabaña Caracol para poder interrogarlo; era su culpa que ahora toda la familia Weasley haya tenido que esconderse, y que Bill, Fred, George y el señor Weasley no pudieran seguir trabajando.

-Lo lamento –le dijo a Fleur, una tormentosa tarde de Abril mientras la ayudaba a preparar la cena-. Nunca quise que tuvieran que lidiar con todo esto.

Ella acababa de encantar unos cuchillos para cortar la carne para Griphook y Bill, quien la prefería poco cocida desde que había sido atacado por Greyback. Mientras los cuchillos cortaban tras ella, su expresión irritada se suavizó.

-Arry, tu salvaste la vida de mi hegrmana, no lo olvido.

Eso no era, estrictamente hablando, cierto, pero Harry decidió no recordarle que Gabrielle nunca había estado en verdadero peligro.

-De todas fogmas –continuó Fleur, apuntando con su varita a un pote de salsa en la hornalla, que enseguida comenzó a burbujear- el señog Ollivander igrá a lo de Muriel esta taggde. Eso hagrá las cosas más fáciles. El goblin –ella frunció el ceño un poco al mencionarlo- puede mudagrse abajo, y tu, Ron y Dean podrgán mudagrse a esa habitación.

-No nos importa dormir en el living –dijo Harry, que sabía que a Griphook no le gustaría tener que dormir en el sofá; mantener a Griphook feliz era esencial en sus planes-. No te preocupes por nosotros –y cuando ella intentó protestar continuó-. Nos iremos pronto, también, Ron, Hermione y yo. No necesitaremos estar aquí mucho más tiempo.

-¿A qué te grefiegres? –le dijo, arrugando el entrecejo, su varita apuntando al plato hondo ahora suspendido en el aire-. ¡Pog supuesto, no deben igrse, están a salvo aquí!

Se parecía bastante a la señora Weasley cuando lo dijo, y Harry estuvo agradecido de que la puerta se abriera en ese momento. Luna y Dean entraron, su cabello húmedo por la lluvia afuera y sus brazos llenos de leña.

-… y pequeñas orejitas –decía Luna-, un poco como los hipopótamos, dice papá, sólo que púrpura y con pelo. Y si quieres llamarlos, tienes que hacer música con la garganta; prefieren los valses, nada demasiado rápido…

Luciendo incómodo, Dean se encogió de hombros cuando pasó al lado de Harry, siguiendo a Luna hacia el living-comedor donde Ron y Hermione tendían la mesa. Viendo una chancee para escapar a las preguntas de Fleur, Harry tomó dos jarras de jugo de calabaza y los siguió.

-Y si alguna vez vienes a mi casa, te podré mostrar el cuerno, papá me escribió sobre eso pero aún no lo he visto, porque los Mortifagos me tomaron en el Expreso de Hogwarts y nunca llegué a casa para pasar Navidad –decía Luna, mientras Dean y ella alimentaban el fuego de la chimenea.

-Luna, te hemos contado –le dijo Hermione-. El cuerno explotó. Pertenecía a un Erumpent, no a un Snorkack de cuerno arrugado…

-No, era definitivamente un cuerno de Snorkack –dijo Luna serenamente-. Papá me dijo. Probablemente ya se haya reformado, se arreglan solos, sabes.

Hermione sacudió la cabeza y siguió acomodando tenedores hasta que Bill apareció, guiando a Ollivander en las escaleras. El hacedor de varitas aún lucía excepcionalmente frágil, y se colgaba de un brazo de Bill, mientras él lo sostenía y llevaba una valija en la otra mano.

-Voy a extrañarlo, señor Ollivander –dijo Luna, acercándose al hombre mayor.

-Y yo a ti, mi querida –dijo Ollivander, golpeteando una mano en su hombro -. Has sido de inmensa ayuda en ese horrible lugar.

-*Au revoir*, señogr Ollivander –dijo Fleur, besándolo en ambas mejillas-. ¿Y me pgregunto si podgría hacegme el favog de llevag un paquete a la tía de Bill, Muriel? Nunca le devolví su tiagra.

-Será un honor –dijo Ollivander, con una pequeña inclinación- lo menos que puedo hacer a cambio de su generosa hospitalidad.

Fleur sacó una cajita de terciopelo, la cual abrió para mostrarle al hacedor de varitas. La tiara brillaba bajo la luz de la lámpara baja.

-Piedras de luna y diamantes –dijo Griphook, quien había entrado a la habitación sin que Harry lo notara-. ¿Hecha por goblins, asumo?

-Y pagada por magos –dijo Bill despacio, y el goblin lo miró furtivamente y con desafío.

Un fuerte viento azotaba las ventanas de la cabaña a medida que Bill y Ollivander se internaban en la noche. El resto de ellos se apiñaban alrededor de la mesa, codo a codo y con poco espacio para moverse, comenzaron a comer. Fleur, notó Harry, apenas jugaba con su comida; miraba hacia la puerta cada pocos minutos, pero de todas formas Bill había vuelto cuando estaban acabando el primer plato, su largo cabello estaba revuelto por el viento.

-Todo está bien –le dijo a Fleur-. Ollivander se acomodó, mamá y papá dicen hola. Ginny les envía todo su cariño. Fred y George están volviendo loca a Muriel, aún intentan operar su negocio por lechuza desde la habitación de atrás. La animó un poco ver su tiara de vuelta. Dijo que pensó que se la habíamos robado.

-Ah, es *charmante* tu tía –dijo Fleur molesta, agitando su varita y haciendo que los platos sucios se elevaran y formaran una pila en el aire. Los tomó y se fue de la habitación.

-Papá hizo una tiara –dijo Luna-. Bueno, más bien una corona, digamos.

Ron encontró la mirada de Harry y sonrió: Harry sabía que el también estaba recordando la extraña joya de la cabeza que habían visto en su visita a Xenophilius.

-Sí, está intentando recrear la diadema perdida de Ravenclaw. Dice que ha identificado la mayor parte de los elementos ya. Añadir las alas de Billywig realmente ha hecho la diferencia…

Hubo un golpe en la puerta de entrada. Todas las cabezas se voltearon en esa dirección- Fleur salió corriendo de la cocina, asustada; Bill se paró de un salto con su varita apuntando a la puerta; Harry, Ron y Hermione hicieron lo mismo. Silenciosamente, Griphook se deslizó bajo la mesa, fuera de la vista.

-¿Quién es? –preguntó Bill.

-¡Soy yo, Remus John Lupin! –dijo una voz sobre el ruido del viento. Harry tuvo una punzada de miedo; ¿qué habría pasado? –Soy un hombre-lobo, estoy casado con Nymphadora Tonks, y tú, el guardián secreto de Cabaña Caracol, me has dado la dirección y el permiso para venir en emergencias.

-Lupin –murmuró Bill, y corrió a la puerta para abrirla.

Lupin se cayó sobre el escalón de entrada. Estaba pálido y envuelto en su capa de viaje, su cabello gris revuelto por el viento. Se paró, miró alrededor para ver quienes estaban, y gritó:

-¡Es un varón! ¡Lo hemos llamado Ted, como el padre de Dora!

Hermione dio un grito.

-¿Qué…? ¿Tonks… Tonks ha tenido el bebé?

-¡Sí, sí, ha tenido el bebé! –gritó Lupin. Alrededor de la mesa se escucharon gritos de alegría y signos de alivio: Hermione y Fleur gritaron '¡Felicitaciones!' y Ron dijo 'Wow, ¡un bebé!', como si nunca antes hubiera escuchado de algo así.

-Sí, sí, un varón –dijo Lupin otra vez, y parecía sombrado de su propia felicidad. Caminó alrededor de la mesa y abrazó a Harry; la escena en el sótano de Grimmauld Place podría jamás haber pasado.

-¿Serás el padrino? –dijo, cuando lo soltó.

-¿Y-yo? –tartamudeó Harry.

-Tú, claro, por supuesto… Dora está de acuerdo, quién mejor…

-Yo… claro… diablos…

Harry se sintió emocionado, sorprendido, encantado: ahora Bill se apuraba a buscar algo de vino y Fleur persuadía a Lupin para que se quedara a tomar unas copas.

-No puedo quedarme mucho, tengo que volver –decía Lupin, mirando alrededor a todos ellos: lucía años más joven de lo que Harry jamás lo había visto- Gracias, gracias, Bill.

Bill pronto llenó todas las copas; se pararon y las elevaron en un brindis.

-¡Por Teddy Remus Lupin –dijo Lupin- un gran mago creciendo!

-¿Y cómo es? –inquirió Fleur.

-Yo creo que se parece a Dora, pero ella dice que se parece a mí. No tiene mucho cabello. Era negro cuando nació, pero juro que se volvió rojo una hora después. Probablemente sea rubio cuando vuelva. Andromeda dice que Tonks ya había comenzado a cambiar de color su cabello el día en que nació –y vació su copa-. Oh, de acuerdo, solo una más –añadió, alegre, mientras Bill se la rellenaba.

El viento azotaba la cabaña y el fuego crepitaba y crujía, y Bill pronto abría otra botella de vino. La noticia de Lupin parecía haberlos sacado de contexto, alejándolos por un momento de su estado de permanente asedio: la existencia de una nueva vida era vigorizante. Sólo el goblin parecía no afectado por la atmósfera repentinamente festiva, y después de un rato se escabulló al dormitorio que ahora ocupaba solo. Harry pensó que él había sido el único en notarlo, hasta que vio los ojos de Bill siguiendo al goblin arriba.

-No… no… de verdad que debo irme –dijo Lupin al fin, declinando otra copa de vino. Se paró y se puso la capa de viaje sobre los hombros- Adiós, adiós… Intentaré traerles fotografías en unos días… estarán todos tan contentos de que los he visto…

Se arregló la capa y saludó, abrazando a las mujeres y estrechando las manos de los hombres y entonces, aun contento, retornó a la salvaje noche.

-¡Padrino, Harry! –dijo Bill, mientras iban juntos a la cocina, ayudando a limpiar la mesa -¡Un gran honor! ¡Felicitaciones!

Mientras Harry apoyaba las copas vacías que llevaba, Bill cerró la puerta, acallando las voces de los otros, que aún festejaban incluso después de la partida de Lupin.

-Quería hablarte en privado, Harry, a decir verdad. No ha sido fácil tener una oportunidad cuando la cabaña está tan llena de gente.

Bill vaciló.

-Harry, estás planeando algo con Griphook.

Era una declaración, no una pregunta, y Harry no se molestó en negarlo. Simplemente miró a Bill, esperando.

-Conozco a los goblins –dijo Bill-. He trabajado para Gringotts desde que dejé Hogwarts. Es cierto que puede haber amistad entre los magos y los goblins, yo tengo amigos goblin… o al menos, goblins que conozco y me caen bien –una vez más Bill vaciló-. Harry, ¿qué es lo que quieres de Griphook y que te ha pedido a cambio?

-No puedo decirte –dijo Harry-. Lo siento, Bill.

La puerta de la cocina se abrió; Fleur traía más vasos.

-Espera –le dijo Bill-. Sólo un momento.

Ella retrocedió y cerró la puerta de la cocina otra vez.

-Entonces debo decir esto –continuó Bill-. Si has arreglado cualquier clase de trato con Griphook, y aún más si ese trato involucra un tesoro, debes ser excepcionalmente cuidadoso. Las nociones de los goblin sobre la propiedad y el pago no son las mismas que las de los humanos.

Harry se sintió incómodo, como si una pequeña serpiente se hubiera movido dentro de él.

-¿Qué quieres decir? –preguntó.

-Estamos hablando de una diferente raza de ser –dijo Bill-. Los tratos entre magos y goblins han sido frágiles por siglos… pero seguramente lo sabrás todo por Historia de la Magia. Ha habido culpa en ambos lados, no podría jamás decir que los magos hemos sido inocentes. De todas formas, hay una creencia entre los goblin, y los de Gringotts probablemente sean más serios con eso, de que los magos no pueden ser confiados en asuntos de oro y tesoros, y de que no tienen respecto sobre la propiedad goblin.

-Yo respeto… -comenzó Harry, pero Bill sacudió la cabeza.

-No entiendes, Harry, nadie entendería excepto que haya estado viviendo con goblins. Para un goblin, el verdadero dueño y con derechos sobre cualquier objeto es su creador, no el comprador. Todos los objetos hechos por goblins son, a sus ojos, de ellos y con derecho.

-Pero si fuera comprado…

-.. entonces lo considerarían alquilado por aquél que haya puesto el dinero. Tienen, entonces, gran dificultad con esta idea de que los magos se pasen objetos hechos por goblins unos a otros. Tú has visto la cara de Griphook cuando la tiara pasó frente a sus ojos. Lo desaprueba. Creo que opina, como los más fieros de su raza, que debería haber sido devuelta a los goblins una vez que su dueño murió.. consideran que nuestro hábito de almacenar objetos de goblins y pasarlos de mago en mago sin ningún pago, es poco menos que robo.

Harry ahora tenía un sentimiento nefasto; y se preguntaba si Bill habría adivinado más de lo que Harry le estaba dejando saber.

-Todo lo que digo –dijo Bill, poniendo su mano en la puerta para retornar a la sala de estar –es que tienes que ser muy cuidadoso con lo que le prometes a un goblin, Harry. Sería menos peligroso forzar la entrada en Gringotts que renegarle una promesa a un goblin.

-Claro –dijo Harry, mientras Bill abría la puerta- sí. Gracias. Lo tendré en mente.

Mientras seguía a Bill para encontrarse con los otros, un pensamiento retorcido vino a él, nacido sin duda del vino que había tomado. Parecía que estaba en camino de convertirse en el mismo tipo de descuidado padrino de Teddy Tonks, como Sirius Black había sido con él.

CAPÍTULO 26: *Gringotts*

Los planes ya estaban hechos, los preparativos completos; en el dormitorio más pequeño, un largo y áspero cabello negro (recogido del sweater que Hermione había usado en la Mansión de los Malfoy) yacía doblado dentro de una pequeña botella de vidrio sobre el mantel.

- Y estarás usando su verdadera varita, – dijo Harry, señalando con la cabeza la varita de nogal – por lo que calculo que te verás bastante convincente.

Hermione levantó asustada la varita, como si pudiera picarla o morderla mientras lo hacía.

- Odio esta cosa – dijo en voz baja – Realmente la odio. Se siente mal, no funciona bien para mi… es como una parte de ella.

Harry no pudo evitar recordar cómo Hermione no había aceptado su aversión a la varita de ciruelo, insistiendo que era obra de su imaginación cuando decía que no funcionaba tan bien como la suya, y que simplemente practicara. Sin embargo, decidió no repetirle sus propios consejos; el día previo a su intento de atacar Gringotts no era un buen momento para contrariarla.

- Probablemente ayude que te pongas en el personaje – dijo Ron - ¡Piensa las cosas que ha hecho esa varita!

- ¡Pero justamente ese es el punto! – Respondió Hermione – Esta es la varita que torturó a la mamá y al papá de Neville, y quién sabe a cuánta gente más. ¡Esta es la varita que mató a Sirius!

Harry no había pensado en eso: la miró y lo invadió un brutal impulso de partirla, de cortarla en mitades con la espada de Gryffindor, que estaba apoyada contra la pared a su lado.

- Extraño mi varita – dijo triste Hermione – Desearía que el señor Ollivander me hubiera hecho otra también.

El señor Ollivander había enviado a Luna una varita nueva esa mañana. En ese momento, Luna estaba en el jardín trasero probando sus capacidades a la luz del sol vespertino. Dean, que había perdido su varita con los Snatchers, la miraba triste y deprimido. Harry miró la varita de espino que había pertenecido a Draco Malfoy. Le había sorprendido, pero al mismo tiempo alegrado, descubrir que para él funcionaba casi tan bien como lo había hecho la de Hermione. Recordando lo que Ollivander le había contado sobre el secreto funcionamiento de las varitas, Harry pensó que sabía cuál era el problema de Hermione: ella no había ganado la lealtad de la varita de nogal quitándosela personalmente a Bellatrix.

La puerta del dormitorio se abrió y entró Griphook. Harry instintivamente extendió el brazo, tomó la espada por la empuñadura y la acercó, pero lamentó haberlo hecho inmediatamente. Sabía que el duende lo había notado. Intentando suavizar el ambiente, dijo:

- Estábamos revisando detalles de último minuto, Griphook. Ya avisamos a Bill y Fleur que nos iremos mañana, y que no será necesario que se levanten para vernos partir.

Habían sido bastante firmes en este tema, porque Hermione necesitaría transformarse en Bellatrix antes de salir, y lo menos que Bill y Fleur supieran o sospecharan sobre lo que estaban por hacer, mucho mejor. También les habían explicado que no regresarían. Como habían perdido la vieja carpa de Perkin la noche en que fueron sorprendidos por los Snatchers, Bill les había prestado otra. Ahora, estaba guardada dentro del bolso bordado, que, Harry se sorprendió al saber, Hermione había protegido de los Snatchers simplemente metiéndoselo dentro del calcetín.

Aunque iba a echar de menos a Bill, Fleur, Luna y Dean, sin mencionar las comodidades hogareñas que habían disfrutado durante las últimas semanas, Harry sentía ganas de salir del confinamiento de Shell Cottage. Estaba cansado de asegurarse de que no eran escuchados subrepticiamente, cansado de estar encerrado en el pequeño y oscuro dormitorio. Más que nada, ansiaba deshacerse de Griphook. Sin embargo, cómo y cuándo precisamente se iban a separar del duende sin entregar la espada de Gryffindor era una pregunta para la que Harry todavía no había encontrado una respuesta. Había sido imposible decidir cómo iban a hacerlo porque el duende rara vez dejaba a Harry, Ron y Hermione solos por más de cinco minutos seguidos. "Podría darle clases a mi madre," gruñía Ron, mientras los largos dedos del duende aparecían una y otra vez rodeando los bordes de las puertas. Con la advertencia que Bill le había hecho en la mente, Harry no podía evitar sospechar que Griphook estaba alerta para detectar cualquier comportamiento secreto y deshonesto. Hermione desaprobaba tan profundamente la planeada traición que Harry había dejado de intentar sonsacarle alguna idea sobre cuál sería la mejor forma de hacerlo; Ron, en las raras ocasiones en las que habían podido disfrutar algún momento libre de Griphook, no había llegado a nada mejor que "Tendremos que improvisar, amigo"

Harry durmió mal esa noche. Acostado despierto durante las horas tempranas, pensó en cómo se había sentido la noche antes de infiltrarse en el Ministerio de la Magia, recordó una determinación, casi excitación. Ahora sentía sacudidas de preocupación, dudas persistentes. No podía sacarse de encima el temor de que todo iba a salir mal. Se repetía una y otra vez que el plan era bueno, que Griphook sabía a lo que se enfrentaban, que estaban muy bien preparados para todas las dificultades con las que se podrían encontrar, pero de todos modos se sentía inquieto. Un par de veces escuchó a Ron moverse para uno y otro lado y estaba seguro de que también estaba despierto, pero compartían la sala de estar con Dean, por lo que Harry no dijo nada. Fue un alivio cuando las llegaron seis en punto y pudieron salir de sus bolsas de dormir, vestirse en la semi-oscuridad y arrastrarse lentamente hasta el jardín, donde se encontrarían con Hermione y Griphook. El amanecer estaba fresco, pero había poco viento ahora que era Mayo. Harry miró las estrellas brillando pálidas en el cielo oscuro y escuchó el mar golpeándose contra el acantilado; iba a extrañar ese sonido.

Pequeños brotes verdes trepaban lentamente la tierra roja de la tumba de Dobby, en un año el montículo estaría cubierto de flores. La piedra blanca que llevaba el nombre del elfo ya se veía algo desgastada. Recién ahora se daba cuenta de que no hubieran podido elegir un lugar más hermoso para sepultar a Dobby, aunque la idea de dejarlo atrás aún le dolía. Mirando la lápida, se preguntó una vez más cómo el elfo había sabido dónde ir a rescatarlos. Sus dedos se dirigieron distraídamente a la pequeña bolsa todavía atada alrededor de su cuello, a través de la cual podía sentir el filoso fragmento

de espejo en el que estaba seguro de haber visto el ojo de Dumbledore. Luego, el sonido de una puerta abriéndose lo hizo darse vuelta.

Bellatrix Lestrange caminaba rápidamente hacia ellos por el jardín, acompañada por Griphook. Mientras lo hacía, metía el pequeño bolso bordado en un bolsillo interno de otra de las viejas túnicas que habían sacado de Grimmauld Place. Aunque Harry sabía perfectamente que en realidad era Hermione, no pudo controlar un escalofrío de odio. Era más alta que él, el largo cabello negro se le ondulaba en la espalda, sus ojos de párpados pesados se posaban desdeñosos sobre él; pero luego habló, y pudo escuchar a Hermione a través de la voz baja de Bellatrix.

- Tenía un sabor horrible, ¡peor que raíces de Gurdy! OK, Ron, ven así puedo hacerte…

- Está bien, pero recuerda, no me gusta la barba demasiado larga.

- ¡Oh, por el amor de Dios, no se trata de verse apuesto!

- ¡No es eso, es que me molesta! Pero me gustaba la nariz un poco más corta, intenta hacerlo como lo hiciste la última vez.

Hermione suspiró y se puso a trabajar, murmurando para sí misma mientras transformaba diferentes aspectos de la apariencia de Ron. Iba a tener una identidad completamente falsa, y confiaban en que el aura malévola que Bellatrix despedía lo protegería. Mientras tanto, Harry y Griphook estarían ocultos bajo la Capa de Invisibilidad.

- Ya está – dijo Hermione - ¿Cómo se ve, Harry?

Era imposible descubrir a Ron debajo de su disfraz, pero solamente, pensó Harry, porque él lo conocía muy bien. El cabello de Ron era ahora largo y ondulado; tenía una tupida barba marrón y bigotes, ninguna peca, la nariz corta y ancha y cejas muy pobladas.

- Bueno, no es mi tipo, pero va a servir – dijo Harry – ¿Vamos, entonces?

Los tres echaron un último vistazo hacia Shell Cottage, tendida oscura y silenciosa bajo las débiles estrellas, luego se dieron vuelta y comenzaron a caminar hacia el lugar, justo más allá de la pared que limitaba la casa, donde el Encantamiento Fidelius dejaría de funcionar y podrían Desaparecer. Una vez pasado el portón, Griphook habló.

- Creo que debería subirme ahora, Harry Potter.

Harry se inclinó y el duende se subió a su espalda, con las manos unidas frente al cuello de Harry. No era pesado, pero a Harry no le gustaba la sensación del duende y la sorprendente fuerza con la que se sujetó. Hermione sacó la Capa de Invisibilidad del bolso bordado y la colocó sobre ellos.

- Perfecto – dijo, agachándose para comprobar los pies de Harry – No puedo ver nada. Vamos.

Harry dio una vuelta en el lugar, con Griphook sobre sus hombros, concentrándose con toda su fuerza en el Caldero Chorreante, la taberna que era la entrada al Callejón Diagon. El duende se aferró incluso más fuerte mientras se ingresaban en la compresora oscuridad, y segundos después los pies de Harry encontraron pavimento y abrió los ojos en la calle Charing Cross. Los muggles pasaban apresurados, con el típico aspecto de un día temprano por la mañana, bastante inconcientes de la existencia de la pequeña taberna.

El bar del Caldero Chorreante estaba casi desierto. Tom, el encorvado dueño sin dientes, pulía vasos detrás del mostrador; un par de hechiceros que mantenían una conversación en murmullos en la esquina opuesta echaron un vistazo a Hermione y se hicieron hacia atrás, hacia las sombras.

- Madam Lestrange – murmuró Tom, y mientras Hermione disminuía el paso, inclinó la cabeza servilmente.

- Buen día – dijo Hermione, y mientras Harry pasaba en puntillas, todavía llevando a Griphook a horcajadas debajo de la Capa, notó en Tom una mirada sorprendida.

- Demasiado cortés – le susurró a Hermione en el oído mientras salían de la taberna hacia el pequeño patio trasero. – ¡Necesitas tratar a las personas como si fueran basura!

- ¡OK, OK!

Hermione sacó la varita de Bellatrix y golpeó un ladrillo en la anodina pared frente a ellos. En seguida, los ladrillos comenzaron a girar y retorcerse: un agujero apareció en el medio de ellos, que fue creciendo hasta finalmente formar una arcada hacia la estrecha calle adoquinada que era el Callejón Diagon.

Estaba tranquila, apenas sí la hora de que abrieran los negocios, y casi no había compradores. La tortuosa callejuela adoquinada era muy diferente del lugar bullicioso que Harry había visitado antes de su primer año en Hogwarts, tantos años atrás. Más negocios que nunca estaban tapados con maderas, aunque había muchos más establecimientos nuevos dedicados a las Artes Oscuras que la última vez que había estado allí. La propia cara de Harry lo miraba desde los carteles pegados sobre varias ventanas, siempre cruzados con la leyenda "INDESEABLE NÚMERO UNO".

Un montón de gente andrajosa se sentaba acurrucada en los zaguanes. Los escuchó gemir hacia los pocos paseantes, rogando por oro, insistiendo que realmente eran magos. Un hombre tenía una venda sangrienta sobre un ojo.

Mientras caminaban a lo largo de la calle, los mendigos echaban vistazos a Hermione. Parecían derretirse ante ella, tapándose las caras con capuchas y huyendo tan rápido como podían. Hermione los miraba curiosa, hasta que el hombre con los vendajes sangrientos se acercó tambaleante justo hacia el medio de su camino.

- Mis hijos – gritó, señalándola. Su voz era cortada y estridente, sonaba angustiado. - ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué hizo él con ellos? ¡Tú sabes, tú sabes!

- Yo… yo realmente – tartamudeó Hermione.

El hombre arremetió contra ella, buscando su cuello. Luego, con un bang y un estallido de luz roja, fue empujado hasta el suelo, inconciente. Ron se quedó parado allí,

su varita todavía estirada y una apariencia de shock visible a través de la barba. Diversas caras aparecieron en las ventanas a cada lado de la calle, mientras un pequeño grupo de paseantes con aspecto próspero recogían sus túnicas y se alejaban en pequeños trotes, ansiosos por abandonar la escena.

Su entrada al Callejón Diagon no pudo haber sido más llamativa; por un momento, Harry se preguntó si no sería mejor irse en ese momento e intentar pensar en un plan diferente. Sin embargo, antes de poder moverse o consultarse, oyeron el llamado de un hombre detrás de ellos.

- ¡Madame Lestrange!

Harry se dio vuelta y Griphook se agarró más fuerte alrededor de su cuello. Un mago alto y delgado, con una corona de cabello gris y rizado y nariz puntiaguda caminaba apresurado hacia ellos.

- Es Travers – susurró el duende en la oreja de Harry, pero en ese momento, Harry no podía pensar quién era Travers. Hermione se había estirado en toda su altura y dijo con tanto desprecio como pudo.

- ¿Y qué es lo que quiere?

Travers paró en seco, claramente ofendido.

- ¡Es otro Mortífago! – murmuró Griphook, y Harry se acerco furtivamente para repetir la información en la oreja de Hermione.

- Solamente quería saludarla – dijo Travers fríamente, - pero si mi presencia no es bienvenida…

- No, no, en absoluto, Travers – dijo Hermione rápidamente, tratando de cubrir su error - ¿Cómo le va?

- Bueno, confieso que estoy sorprendido de verla ir y venir, Bellatrix.

- ¿De verdad? ¿Por qué?

- Bueno – tosió Travers, - escuché que los habitantes de la Mansión Malfoy estaban confinados a permanecer en ella, luego del… eeeh… escape.

Harry deseó que Hermione se mantuviera en el personaje. Si eso era verdad, y Bellatrix se suponía que no podía estar afuera…

- El Señor Oscuro perdona a aquellos que lo han servido tan lealmente en el pasado – dijo Hermione imitando maravillosamente los modales más desdeñosos de Bellatrix. – Quizás su crédito no es tan bueno como el mío, Travers.

Aunque era obvio que el Mortífago se sentía ofendido, también parecía menos suspicaz. Miró al hombre que Ron acababa de Aturdir.

- ¿Cómo la ofendió?

- No importa, no lo hará nuevamente – dijo fríamente Hermione.

- Algunos de estos "sin-varita" pueden ser problemáticos – dijo Travers. – Mientras no hagan otra cosa que mendigar, no tengo objeciones, pero la semana pasada uno de ellos me pidió que rogara por su caso en el Ministerio. '¡Soy una bruja, señor, soy una bruja, déjeme probárselo!' – Dijo con una chillona imitación – Como si le fuera a dar mi varita… pero… ¿la varita de quién – dijo Travers curioso, - está usando en este momento, Bellatrix? Escuché que la suya fue…

- Tengo mi varita aquí – dijo Hermione fríamente, mostrando la varita de Bellatrix – No sé qué rumores estuvo escuchando, Travers, pero parece tristemente mal informado.

Travers pareció algo sorprendido, y se dirigió a Ron.

- ¿Quién es su amigo? No lo reconozco.

- Este es Dragomir Despard – dijo Hermione; habían decidido que un extranjero inventado era el disfraz más seguro para Ron. – Habla muy poco castellano, pero simpatiza con los propósitos del Señor Oscuro. Viajó desde Transilvana para ver nuestro nuevo régimen.

- ¿De verdad? ¿Cómo le va, Dragomir?

- ¿Có' va? – dijo Ron, extendiendo su mano.

Travers extendió dos dedos y estrechó la mano de Ron como si tuviera miedo de ensuciarse.

- ¿Y qué es lo que la trae a Ud. y a su… eh… simpático amigo al Callejón Diagon tan temprano? – preguntó Travers.

- Necesito visitar Gringotts – dijo Hermione.

- ¡Ah! Yo también – dijo Travers. - ¡Oro, sucio oro! No podemos vivir sin él, pero debo confesar que repruebo la necesidad de lidiar con nuestros amigos de dedos largos.

Harry sintió que las manos de Griphook se tensaron durante un momento alrededor de su cuello.

- ¿Vamos? – dijo Travers, haciendo un gesto a Hermione de continuar.

Hermione no tuvo más opción que continuar caminando a su lado y dirigirse a través de la tortuosa y adoquinada calle hacia el lugar donde el edificio blanco-nieve de Gringotts se alzaba por encima de los otros pequeños negocios. Ron continuó andando a su lado, y Harry y Griphook los siguieron.

Un Mortífago vigilante era lo último que necesitaban en ese momento, y lo peor de todo era que, con Travers caminando junto a quien él creía que era Bellatrix, no había forma en que Harry se pudiera comunicar con Hermione o Ron. Rápidamente llegaron al pie de la escalera de mármol que llevaba a las grandes puertas de bronce. Como Griphook les había advertido, los duendes de librea que usualmente custodiaban la entrada habían sido reemplazados por dos magos, ambos sosteniendo entre sus manos largas y delgadas varas doradas.

- Ah, Sondas de Integridad (Probity Probes) – suspiró Travers teatralmente, – tan crudas… ¡pero tan efectivas!

Y subió los peldaños, asintiendo a derecha e izquierda hacia los magos, que levantaron las varas doradas y las pasaron hacia arriba y debajo de su cuerpo. Las Sondas, Harry sabía, detectaban hechizos de ocultación y objetos mágicos escondidos. Sabiendo que solamente tenía unos segundos, Harry apuntó la varita de Draco a cada uno de los guardias, por turno, y murmuró "*Confundo*" ambas veces. Sin ser notado por Travers, que miraba a través de las puertas de bronce hacia el hall interno, cada uno de los guardias dio un pequeño respingo cuando el hechizo los golpeó.

El largo cabello negro de Hermione onduló tras ella mientras subía las escaleras.

- Un momento, madame – dijo el guardia, levantando su Sonda.

- ¡Pero si acaba de hacer eso! – dijo Hermione con la voz arrogante y dominante de Bellatrix. Travers se dio vuelta para mirar, con las cejas levantadas. El guardia estaba confundido. Miró con atención la delgada Sonda dorada y luego a su compañero, quien, con voz algo atontada, dijo:

- Sí, acabas de chequearlos, Marius.

Hermione continuó su camino. Ron a su lado, Harry y Griphook trotando invisibles tras ellos. Harry echó un vistazo hacia atrás mientras cruzaban el umbral. Ambos magos estaban rascándose la cabeza.

Dos duendes se encontraban de pie delante de las puertas internas, que estaban hechas de plata y que contenían el poema advirtiendo de graves castigos a ladrones potenciales. Harry la miró, y de repente un filoso recuerdo vino a él: parado en este mismo lugar el día en que había cumplido once años, el más maravilloso cumpleaños de su vida, y Hagrid parado a su lado diciendo, "Como dije, tienes que estar loco para intentar robar este lugar". Gringotts había parecido un lugar de maravillas ese día, el depósito encantado de un tesoro de oro escondido que no sabía que poseía, y ni por un instante se le había ocurrido que regresaría para robar… pero en segundos estaban parados en el inmenso hall de mármol del banco.

El largo mostrador estaba manejado por duendes sentados en altas banquetas atendiendo a los primeros clientes del día. Hermione, Ron y Travers se dirigieron a un viejo duende que estaba examinando una gruesa moneda de oro a través de un monóculo. Hermione dejó que Travers se adelantara con el pretexto de explicar detalles del hall a Ron.

El duende tiró la moneda que estaba sosteniendo hacia un lado, y dijo a nadie en particular, "Leprechaun", y luego saludó a Travers, quien le acercó una pequeña llave dorada, que fue examinada y devuelta. Hermione se adelantó.

- ¡Madame Lestrange! – Dijo el duende, evidentemente sorprendido - ¡Vaya! ¿Cómo… cómo puedo ayudarle hoy?

- Deseo entrar en mi bóveda – dijo Hermione.

El viejo duende pareció retraerse un poco. Harry miró alrededor, no solo Travers se había quedado atrás, mirando, sino que varios otros duendes habían levantado la vista de su trabajo para mirar fijamente a Hermione.

- ¿Tiene… identificación? – preguntó el duende.

- ¿Identificación? ¡Nunca… nunca me habían pedido identificación antes! – dijo Hermione.

- ¡Saben! – Susurró Griphook en la oreja de Harry – ¡Debieron ser advertidos de que podría haber un impostor!

- Su varita servirá, madame – dijo el duende. Extendió una mano ligeramente temblorosa, y en un espantoso relámpago de comprensión, Harry supo que los duendes de Gringotts estaban enterados de que la varita de Bellatrix había sido robada.

- ¡Haz algo ahora, haz algo ahora! – Susurró Griphook en la oreja de Harry - ¡El Maleficio Imperius!

Harry levantó la varita de espino por debajo de la capa, apuntó hacia el duende y susurró, por primera vez en su vida, "¡*Imperio*!"

Una curiosa sensación recorrió el brazo de Harry, una sensación de cálido hormigueo que pareció salir de su mente, bajar por los tendones y venas que lo conectaban a la varita y al hechizo que acababa de realizar. El duende tomó la varita de Bellatrix, la examinó de cerca, y luego dijo,

- ¡Ah, le hicieron una nueva varita, Madame Lestrange!

- ¿Qué? – dijo Hermione. – No, no, esa es mía…

- ¿Una varita nueva? – Dijo Travers, aproximándose al mostrador nuevamente; los duendes de alrededor todavía miraban.- Pero… ¿cómo pudo hacer? ¿Qué fabricante de varitas usó?

Harry actuó sin pensar. Apuntando su varita hacia Travers, murmuró "¡*Imperio*!" una vez más.

- ¡Oh, sí, ya veo! – dijo Travers, mirando la varita de Bellatrix.- Sí, muy bonita. ¿Y funciona bien? Yo siempre fui de la opinión que las varitas nuevas requieren de un poco de adiestramiento, ¿usted no?

Hermione parecía completamente desconcertada, pero para el enorme alivio de Harry, aceptó el bizarro giro de los eventos sin hacer ningún comentario.

El viejo duende detrás del mostrador palmeó sus manos y un duende más joven se acercó.

- Necesitaré los Clankers (o Clankeadores) – le dijo al duende, quien se retiró y regresó un momento más tarde con una bolsa de cuero que parecía estar llena de metal tintineante, y que entregó a su superior.- ¡Bien, bien! Entonces, si me sigue, Madame Lestrange… - dijo el viejo duende, saltando de su taburete y desapareciendo de la vista – La llevaré hasta su bóveda.

Apareció al final del mostrador, trotando alegremente hacia ellos, con los contenidos de la bolsa de cuero todavía tintineando. Travers estaba parado muy quieto y con la boca completamente abierta. Ron estaba llamando la atención sobre ese extraño fenómeno, pensando que Travers estaba confundido.

- ¡Espere!… ¡Bogrod!

Otro duende se acercó presuroso del otro lado del mostrador.

- Tenemos instrucciones – le dijo con una reverencia a Hermione.- Discúlpeme, Madame, pero hay órdenes especiales en lo que respecta a la bóveda Lestrange.

Susurró rápidamente en el oído de Bogrod, pero el duende bajo el Maleficio Imperius se lo quitó de encima.

- Estoy conciente de las instrucciones, Madame Lestrange desea visitar su bóveda… una familia muy antigua… viejos clientes… Por aquí, por favor…

Y todavía haciendo ruidos tintineantes, se apresuró hacia una de las tantas puertas que los alejarían del hall. Harry miró a Travers, que todavía estaba parado en el mismo lugar, con la mirada anormalmente vacía, y tomó una decisión. Con un movimiento de la varita hizo que Travers fuera con ellos, caminando dócilmente detrás mientras se acercaban a la puerta y entraban en un tosco callejón de piedra iluminado por antorchas.

- Estamos en problemas, sospechan – dijo Harry mientras la puerta se cerraba tras ellos, y se sacaba la Capa de Invisibilidad. Griphook saltó desde sus hombros: ni Travers ni Bogrod demostraron la menor sorpresa ante la repentina aparición de Harry Potter entre ellos. – Tienen la Maldición Imperius – agregó, en respuesta a las desconcertadas preguntas de Ron y Hermione sobre Travers y Bogrod, que continuaban parados en el mismo lugar con apariencia ausente. – No creo haberlo hecho lo suficientemente fuerte, no sé…

Y otro recuerdo atravesó su memoria, de la verdadera Bellatrix Lestrange gritándole, cuando había intentado usar por primera vez una Maldición Imperdonable, "¡Tienes que realmente *desearlo*, Potter!"

- ¿Qué hacemos? – preguntó Ron. - ¿Salimos, mientras podemos?

- Si es que todavía podemos – dijo Hermione, mirando atrás, hacia la puerta que llevaba al hall central, detrás de la cuál quién sabía qué estaba sucediendo.

- Llegamos hasta aquí, digo que continuemos – dijo Harry.

- ¡Bien! – Dijo Griphook – Entonces necesitamos a Bogrod para que controle el carro; yo ya no tengo autoridad. Pero no habrá lugar para el mago.

Harry apuntó su varita hacia Travers.

- ¡*Imperio*!

El mago se dio vuelta y se fue por el oscuro camino con paso seguro.

- ¿Qué le estás haciendo hacer?

- Esconderse – dijo Harry mientras apuntaba su varita a Bogrod, quien silbó para llamar un pequeño carro, que se acercó a ellos rodando lenta y ruidosamente por las

oscuras vías. Harry estaba seguro de que podía escuchar gritos detrás de ellos, en el hall central, mientras se subían al carrito, Bogrod frente a Griphook, Harry, Ron y Hermione amontonados detrás.

Con una sacudida, el carrito partió, cada vez más rápido. Pasaron a Travers, que se estaba metiendo en una grieta de la pared, y luego el carro comenzó a doblar y girar atravesando los laberínticos pasillos, inclinado hacia abajo todo el tiempo. Harry no podía oír nada por encima del traqueteo del carrito: el cabello era revuelto por el viento mientras viraban bruscamente entre estalactitas, volando cada vez más profundamente en la tierra, pero de todos modos continuaba mirando hacia atrás. Podrían haber dejado enormes huellas detrás y hubiera sido lo mismo; cuanto más lo pensaba, más tonto le parecía haber disfrazado a Hermione de Bellatrix, haber traído la varita de Bellatrix, cuando los Mortífagos sabían quién la había robado… Estaban más profundo de lo que Harry jamás había penetrado en Gringotts; tomaron una curva muy aguda a gran velocidad y pudieron ver, delante de ellos y a segundos de distancia, una cascada cayendo sobre las vías. Harry escuchó a Griphook gritar "¡No!", pero no había frenos. La atravesaron rápidamente. El agua llenó los ojos y la boca de Harry, no podía ver ni respirar; luego, con un horrible tambaleo, el carrito se dio vuelta y todos fueron arrojados fuera de él. Harry escuchó al carrito hacerse pedazos contra la pared del pasillo, escuchó a Hermione gritar algo, y se sintió planear hacia el piso, como si no pesara nada, y aterrizar suavemente en el suelo rocoso del pasillo.

- E-Encantamiento Amortiguador – balbuceó Hermione, mientras Ron la ayudaba a ponerse de pie, pero para el horror de Harry, vio que ya no era Bellatrix; en su lugar estaba ella, completamente mojada, y con túnicas demasiado grandes; Ron era pelirrojo de nuevo y ya no tenía barba. Ellos mismos se estaban dando cuenta de esto mientras se miraban uno al otro y se tocaban las caras.

- ¡La Cascada del Ladrón! – dijo Griphook, poniéndose de pie y observando el diluvio sobre las vías, que, Harry sabía ahora, era más que agua. – Lava cualquier encantamiento u ocultamiento mágico. Saben que hay impostores en Gringotts, pusieron defensas contra nosotros.

Harry vio a Hermione comprobando que todavía tenía su bolso bordado, y apresuradamente metió la mano en su campera, para asegurarse de no haber perdido la Capa de Invisibilidad. Luego se dio vuelta y vio a Bogrod sacudiendo desconcertado la cabeza: la Cascada del Ladrón parecía haber levantado la Maldición Imperius.

- Lo necesitamos, – dijo Griphook, - no podemos entrar en la bóveda sin un duende de Gringott. ¡Y necesitamos los Clankers!

- ¡*Imperio*! – dijo Harry nuevamente; su voz resonó a través de los pasillos de piedra mientras sentía otra vez el embriagador control que fluía desde su cerebro hasta la varita. Bogrod se sometió una vez más a su voluntad, la expresión confundida cambió por una de indiferente cortesía, mientras Ron se apresuraba a levantar la bolsa de cuero con las herramientas metálicas.

- Harry, creo que puedo escuchar gente acercándose, – dijo Hermione, y apuntó la varita de Bellatrix a la cascada y gritó - ¡*Protego*! – Vieron el Encantamiento Escudo romper el flujo del agua encantada mientras subía por el pasillo.

- Bien pensado – dijo Harry. – Guíanos, Griphook.

- ¿Cómo vamos a salir? – preguntó Ron mientras caminaban apresuradamente hacia la oscuridad detrás del duende, Bogrod jadeando detrás como un perro viejo.

- Preocupémonos por eso cuando tengamos que hacerlo – dijo Harry. Intentaba escuchar: le pareció oír algo tintineando y moviéndose en algún lugar cercano. – Griphook, ¿cuánto más lejos?

- No muy lejos, Harry Potter, no muy lejos…

Y giraron una esquina y vieron algo para lo que Harry se había preparado, pero que de todos modos los hizo detenerse.

Un gigantesco dragón estaba atado al piso frente a ellos, impidiendo el acceso a cuatro o cinco de las más profundas bóvedas del lugar. Las escamas de la bestia se habían vuelto pálidas y escamosas durante su largo encarcelamiento bajo tierra, sus ojos eran rosa lechoso; ambas patas traseras llevaban pesados grilletes que estaban unidos por cadenas a enormes clavijas clavadas profundamente en la roca. Sus alas enormes y puntiagudas, dobladas cerca de su cuerpo, hubieran llenado la cámara si las hubiera estirado, y cuando giró la fea cara hacia ellos, rugió con un sonido que hizo temblar las piedras, abrió la boca y escupió una llamarada que los envió corriendo al pasillo.

- Está parcialmente ciego – jadeó Griphook, - pero eso lo vuelve incluso más salvaje. Sin embargo, tenemos los medios para controlarlo. Ha aprendido qué esperar cuando se le acercan los Clankers. Dámelos.

Ron le alcanzó la bolsa, y el duende sacó un montón de instrumentos metálicos que, cuando eran sacudidos, hacían un sonido largo, como martillos miniatura sobre yunques. Griphook se los dio a Bogrod, que los aceptó obedientemente.

- Sabes qué hacer – Griphook se dirigió a Harry, Ron y Hermione. – El dragón esperará dolor cuando escuche el sonido. Se alejará, y Bogrod debe poner su palma sobre la puerta de la bóveda.

Avanzaron alrededor de la esquina nuevamente, agitando los Clankers, y el sonido se repitió en eco por las paredes de piedra, magnificado, y el interior del cráneo de Harry parecía vibrar con el lugar. El dragón resopló ásperamente y se retiró. Harry podía verlo temblar, y mientras se le acercaban notó las cicatrices hechas por tajos despiadados atravesándole la cara, y supuso que le habían enseñado a temer espadas calientes cuando escuchara el sonido de los Clankers.

- ¡Hazle presionar la mano contra la puerta! – lo apresuró Griphook. Harry apuntó su varita nuevamente a Bogrod. El viejo duende obedeció, presionando la palma en la madera, y la puerta de la bóveda se derritió, revelando una apertura similar a la de una cueva, llena desde el piso hasta el techo de monedas de oro y cálices, armaduras de plata, la piel de criaturas extrañas – algunas con largas espinas, otras con alas marchitas – pociones en frascos enjoyados, y un cráneo que todavía llevaba puesta una corona. "¡Busquen, rápido!" dijo Harry mientras se apresuraban a entrar en la bóveda. Había descrito la copa de Hufflepuff a Ron y Hermione, pero si era el otro, el Horcruxe desconocido, el que residía en la bóveda, no sabía cómo era. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de echar un vistazo antes de que hubiera un sonido metálico apagado detrás de

ellos: la puerta había reaparecido, encerrándolos dentro de la bóveda, y sumiéndolos en una oscuridad total.

- No importa, Bogrod podrá sacarnos de aquí – dijo Griphook cuando Ron gritó por la sorpresa. – Enciendan sus varitas, ¿o acaso no pueden? Y apresúrense, ¡tenemos poco tiempo!

- ¡*Lumos*!

Harry hizo brillar su varita alrededor de la bóveda: su reflejo cayó sobre joyas brillante; vio la espada falsa de Gryffindor acostada en un estante alto entre un revoltijo de cadenas. Ron y Hermione también habían encendido sus varitas, y estaban examinando las pilas de objetos que los rodeaban.

- Harry, ¿podría ser esta…? ¡Aaaargh!

Hermione gritó de dolor, y Harry giró su varita hacia ella a tiempo para ver un cáliz incrustado en joyas cayendo de su puño. Pero mientras caía, se separó, y se convirtió en una lluvia de cálices, así es que un segundo después, con gran estrépito, el piso estaba cubierto con copas idénticas rodando en diferentes direcciones, siendo imposible discernir cuál de ellas era la original.

- ¡Me quemó! – gimió Hermione, chupándose los dedos ampollados.

- ¡Agregaron Encantamientos Germino y Flagrante! – dijo Giphook. – Todo lo que toquen quemará y se multiplicará, pero las copias no valen nada, y si continúan tocando el tesoro, tarde o temprano terminarán siendo aplastados hasta la muerte por el peso del oro que se expande.

- OK, ¡no toquen nada! – dijo Harry desesperado, pero mientras lo decía, Ron accidentalmente golpeó uno de los cálices con el pie, y veinte más cobraron forma mientras Ron saltaba en el lugar, con parte de su zapato quemado por el contacto con el metal caliente.

- ¡Quédate quieto, no te muevas! – dijo Hermione, agarrando a Ron.

- ¡Sólo miren alrededor! – dijo Harry.- Y recuerden, la copa es pequeña y de oro, tiene un escudo grabado y dos asas, si no, vean si pueden encontrar el símbolo de Ravenclaw en cualquier lado, el águila…

Dirigieron las varitas hacia todos los recovecos y hendiduras, girando cautelosamente en el lugar. Era imposible no tropezarse con algo; Harry envió una gran cascada de Galleones falsos al piso, donde se reunieron con los cálices, por lo que ahora ya casi no había lugar para poner los pies, y el oro brillante resplandecía de calor, haciendo que la bóveda pareciera una caldera. La luz de la varita de Harry recorrió escudos y cascos hechos por duendes, colocados sobre estanterías que se levantaban hasta el techo; cada vez levantaba más alto el haz, hasta que de repente encontró un objeto que hizo detener su corazón y temblar a su mano.

- Está ahí, ¡la copa está ahí arriba!

Ron y Hermione apuntaron sus varitas hacia el mismo lugar, y la pequeña copa dorada brilló con tres haces diferentes de luz: la copa que había pertenecido a Helga Hufflepuff, que había pasado a las manos de Hepzibah Sith, a quién Tom Riddle se la había robado.

- ¿Y cómo diablos vamos a llegar hasta allá arriba sin tocar nada? – preguntó Ron.

- ¡*Accio copa*! – gritó Hermione, evidentemente olvidando, por la desesperación, lo que Griphook les había dicho durante sus encuentros de planeamiento.

- ¡No sirve, no sirve! – gruñó el duende.

- Entonces, ¿qué hacemos? – dijo Harry, mirando de reojo al duende.- Si quieres la espada, Griphook, tienes que ayudarnos en algo más que… ¡esperen! ¿Puedo tocar cosas con la espada? Hermione, ¡dámela!

Hermione revolvió en su túnica, sacó el bolso bordado, rebuscó por unos segundos, y sacó la espada brillante. Harry la tomó por el puño de rubíes y tocó con la punta de la hoja un frasco plateado que estaba cerca, y que no se multiplicó.

- Si tan solo pudiera meter la espada por una de las asas… ¿pero cómo voy a llegar hasta allá arriba?

El estante sobre el que reposaba la copa estaba fuera del alcance de cualquiera de ellos, incluso de Ron, que era el más alto. El calor del tesoro encantado se levantaba formando olas, y el sudor corría por la cara y la espalda de Harry, mientras intentaba pensar en alguna manera de llegar hasta la copa; entonces escuchó el rugido del dragón del otro lado de la puerta de la bóveda, y el tintineo haciéndose cada vez más fuerte.

Ahora estaban realmente atrapados: no había forma de salir, excepto por la puerta, y una horda de duendes parecía aproximarse desde el otro lado. Harry miró a Ron y Hermione y vio el terror en sus caras.

- Hermione – dijo Harry, mientras el tintineo sonaba más fuerte – tengo que llegar allá arriba, tengo que deshacerme de él…

Ella levantó su varita, apuntó a Harry y susurró "*Levicorpus*"

Izado por un tobillo, Harry golpeó una armadura completa y las réplicas salieron de ella como blancos cuerpos calientes, llenando el poco espacio que quedaba. Con gritos de dolor, Ron, Hermione y ambos duendes fueron golpeados hacia otros objetos, que también comenzaron a multiplicarse. Medio enterrados en una marea creciente de tesoros candentes, lucharon y gritaron mientras Harry atravesaba la espada por el mango de la copa de Hufflepuff, enganchándola en la hoja.

- ¡*Impervius*! – chilló Hermione, en un intento de proteger a Ron, los enanos y a sí misma del metal abrasador.

Entonces, el peor de los gritos escuchados hasta el momento hizo que Harry mirara hacia abajo: Ron y Hermione estaba sumergidos hasta la cintura en el tesoro, luchando por mantener a Bogrod por encima de la marea creciente, pero Griphook se había hundido; solo la punta de algunos de sus largos dedos eran ahora visibles.

Harry tomó los dedos de Griphook y tiró. El ampollado duende emergía lentamente, aullando.

- ¡*Liberatocorpus*! – gritó Harry, y él y Griphook aterrizaron con gran estrépito en la superficie del tesoro, y la espada salió despedida de la mano de Harry.

- ¡Búscala! – gritó Harry, peleando con el dolor del metal caliente sobre su piel, mientras Griphook se trepaba sobre sus hombros nuevamente, decidido a evitar la cada vez mayor masa de objetos calientes. - ¿Dónde está la espada? ¡Tenía la copa con ella! – el tintineo del otro lado de la puerta crecía hasta volverse ensordecedor, era demasiado tarde. - ¡Ahí está!

Fue Griphook quien la vio y Griphook quien se abalanzó sobre ella, y en ese instante Harry supo que el duende nunca había esperado que mantuvieran su palabra. Con una mano tomando firmemente un mechón del cabello de Harry, para asegurarse de no caer en el tumultuoso mar de oro candente, Griphook tomó la empuñadura de la espada, la balanceó alto y fuera del alcance de Harry. La pequeña copa dorada, que estaba enganchada por el asa en la hoja de la espada, fue lanzada al aire. Con el duende sobre sí, Harry se zambulló y la atrapó, y aunque pudo sentirla quemándole la carne, no la soltó, incluso mientras incontables copas de Hufflepuff brotaban de su puño, cayendo sobre él mientras la entrada de la bóveda se abría nuevamente y se encontraba deslizándose descontroladamente sobre una avalancha de oro ardiente que lo llevó a él, Ron y Hermione hacia la cámara exterior.

Apenas conciente del dolor proveniente de las quemaduras que cubrían su cuerpo, y todavía soportando la multiplicación del tesoro, Harry metió la copa en su bolsillo y se estiró para recuperar la espada, pero Griphook se había ido. Deslizándose de los hombros de Harry en cuanto tuvo oportunidad, había corrido para cubrirse entre los duendes que los rodeaban, blandiendo la espada y gritando "¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ayuda! ¡Ladrones!". Desapareció entre la multitud que avanzaba, todos ellos portando dagas, y que lo aceptó sin hacer ninguna pregunta.

Escabulléndose entre el metal caliente, Harry logró ponerse de pie y se dio cuenta de que la única salida era a través de esa multitud.

- ¡*Desmaius*! – rugió, y Ron y Hermione se le unieron: rayos de luz roja volaron hacia la multitud de duendes, y algunos cayeron, pero otros avanzaron, y Harry pudo ver varios guardias magos corriendo doblando la esquina.

El atado dragón soltó un rugido, y un chorro de llamas voló sobre los duendes; los magos huyeron, inclinándose hacia el piso, de regreso hacia el camino por el que habían venido, y una inspiración, o locura, surgió en Harry. Apuntando la varita hacia los gruesos grilletes que encadenaban a la bestia al piso, gritó:

- ¡*Relashio*!

Los grilletes rotos se abrieron con sonoros estallidos.

- ¡Por aquí! – gritó Harry, y todavía disparando Hechizos Aturdidores a los duendes que continuaban avanzando, corrió rápidamente hacia el dragón ciego.

- Harry… Harry…. ¿qué estás haciendo? – gritó Hermione.

- Levántense, trépense, vamos…

El dragón todavía no se había dado cuenta de que era libre: el pie de Harry encontró el doblez de la pata trasera y se impulsó así encima de la espalda del dragón. Las escamas eran duras como hierro; no parecía que lo pudiera sentir; Ron se trepó detrás de ellos, y un segundo después el dragón se dio cuenta de que estaba suelto.

Se levantó con un rugido; Harry enterró las rodillas, agarrándose tan firme como pudo de las dentadas escamas mientras se abrían las alas, golpeando a los duendes a sus costados como si fueran bolos, y luego se levantó en el aire. Harry, Ron y Hermione, aplastándose contra su espalda, se rozaban con el techo mientras el dragón se zambullía hacia el pasillo que se abría, mientras algunos duendes perseguidores le arrojaban dagas que rebotaban en los flancos.

- ¡Nunca vamos a salir, es demasiado grande! – gritó Hermione, pero el dragón abrió la boca y arrojó llamas nuevamente, haciendo volar el túnel, cuyos pisos y techos se quebraron y desmenuzaron. Por pura fuerza, el dragón arañó y peleó para abrirse camino. Los ojos de Harry estaban cerrados firmemente para defenderse del calor y el polvo, ensordecido por las rocas que caían y los rugidos del dragón, solo podía aferrarse a su espalda, esperando ser sacudido en cualquier momento; entonces escuchó a Hermione gritando "¡*Defodio*!"

Estaba ayudando al dragón a agrandar el pasaje, escarbando el techo mientras éste luchaba hacia arriba, hacia el aire fresco, lejos de los gritos y los tintineos de los duendes. Harry y Ron la imitaron, haciendo volar el techo con más Hechizos Agujereadores. Pasaron el lago subterráneo, y la gran bestia reptante y gruñona pareció sentir la libertad y el espacio por encima de éste, y debajo de ellos, el pasillo estaba ocupado por la destructora cola punzante del dragón, por grandes montículos de piedras, gigantes estalactitas fracturadas, y el tintineo de los duendes parecía estar cada vez más acallado, mientras adelante, el fuego del dragón mantenía abierto el camino.

Y luego, finalmente, por la fuerza combinada de sus hechizos y del brutal poder del dragón, habían abierto su camino fuera de los pasillos y hacia el hall de mármol. Duendes y magos chillaban y corrían buscando refugio, y por fin el dragón tuvo lugar para extender sus alas. Girando su cabeza con cuernos hacia el aire exterior que podía oler más allá de la entrada, despegó, y con Harry, Ron y Hermione todavía aferrándose a su espalda, forzó su salida a través de las puertas metálicas, dejándolas retorcidas y colgando de sus goznes, mientras se tambaleaba hacia el Callejón Diagon y se lanzaba hacia el cielo.

Capítulo 27
El último escondite

No había forma de mirar; el dragón no podía ver a donde se dirigía, y Harry sabía que si este giraba bruscamente o daba la vuelta en el aire sería imposible para ellos mantenerse en su amplia espalda. Si embargo, mientras ascendían más y más, con Londres desplegándose debajo de ellos como un mapa gris y verde, el sentimiento de Harry era de gratitud por un escape que parecía imposible. Agachado sobre el cuello de la bestia, él se agarró fuertemente a las escalas metálicas, y la brisa fresca golpeó su piel quemada y ampollada, las alas del dragón batían el aire como las aspas de un molino de viento. Detrás de él, no sabía si por miedo o por placer, Ron seguía maldiciendo a lo que daba su voz, y Hermione parecía estar sollozando.

Luego de aproximadamente cinco minutos, Harry olvidó su temor de que el dragón los tirara, ya que parecía solo querer alejarse de su prisión subterránea lo más posible; pero la duda de cómo y cuándo iban a desmontar seguía siendo aterradora. Harry no tenía idea de cuánto tiempo podían volar los dragones sin necesidad de tocar tierra, tampoco de cómo este dragón en particular, que apenas podía ver, podría ubicar un buen lugar para aterrizar. Él miraba alrededor constantemente, imaginando que podía sentir su asiento picándole.

¿Cuanto tiempo pasaría antes de que Voldemort se diera cuenta que habían irrumpido en la bóveda de los Lestrange? ¿Cuánto tiempo tardarían los duendes de Gringotts en notificar a Bellatrix? ¿Qué tanto tardarían en notar que era lo que ellos habían tomado? y luego ¿Cuándo descubrirían que faltaba la copa de oro? Voldemort sabría, finalmente, que ellos estaban buscando los Horrocuxes.

El dragón parecía ansiar un aire más frío y fresco. Subía regularmente hasta que estuvieron volando a través de copos de fría nube, y Harry ya no pudo distinguir los pequeños puntos de colores que eran los autos entrando y saliendo de la capital. Constantemente volaban sobre los campos parcelados en parches verdes y cafés, sobre las vías y los ríos que se curvaban sobre el paisaje como tiras de cinta mate y brillante.

- ¿Sabes que es lo que está buscando? – Gritó Ron mientras volaban más y más al norte

- No tengo idea - Bramó Harry en respuesta. Sus manos estaban entumecidas del frío pero no se atrevía a soltar su agarre. Se había estado preguntando durante algún tiempo que harían si vieran la costa bajo ellos, si el dragón se dirigiera a mar abierto, él estaba frío y entumecido, sin mencionar desesperadamente hambriento y sediento. ¿Cuándo, se preguntó, había comido la bestia por última vez? ¿Seguramente necesitaría alimentarse dentro de poco? ¿Y qué pasaría, si en ese momento, el dragón se diera cuenta que llevaba tres humanos altamente comibles sentados en su espalda?

El sol se ocultaba en el cielo, que estaba tornándose índigo; y el dragón seguía volando, las ciudades y los pueblos pasaban por debajo de ellos, y su enorme sombra se deslizaba sobre la tierra como una nube oscura gigante. Cada parte de Harry dolía en su esfuerzo por mantenerse en la espalda del dragón.

- ¿Es mi imaginación? – gritó Ron luego de un largo silencio - ¿O estamos perdiendo altura?

Harry miró hacia abajo y vio montañas verdes y lagos profundos, cobrizos en la puesta del sol. El paisaje parecía hacerse más grande y detallado a medida que él espiaba por el lado del dragón, y se preguntó si este había adivinado la presencia de agua fresca por los flashes de los reflejos de la luz del sol.

El dragón bajaba más y más, volando en círculos espiralados, enfilándose al parecer hacia uno de los lagos más pequeños.

- ¡Yo digo que saltemos cuando baje lo suficiente! – dijo Harry a los otros - ¡Directamente al agua antes de que note que estamos aquí!

Estuvieron de acuerdo, Hermione levemente, y ahora Harry pudo ver el amplio estómago amarillo del dragón ondulando en la superficie del agua.

- ¡AHORA!

Harry se deslizó sobre el costado del dragón y se lanzó de pies hacia la superficie del lago; la caída fue mayor de la que él estimaba y golpeó el agua con fuerza, sumergiéndose como una roca, dentro de un helado mundo verde lleno de cañas. Pateó hacia la superficie y emergió, jadeando, para ver enormes ondulaciones emanando en círculos de los lugares donde Ron y Hermione habían caído. El dragón parecía no haber notado nada; ya estaba a cinco pies de distancia, descendiendo en picada sobre el lago para llenar de agua su hocico marcado con una cicatriz. Tan pronto como Ron y Hermione emergieron de las profundidades del lago farfullando y jadeando, el dragón se elevó batiendo furiosamente sus alas, y finalmente aterrizó en una orilla distante.

Harry, Ron y Hermione se dirigieron hacia la orilla opuesta. El lago no parecía ser muy profundo. Pronto se convirtió más en una cuestión de pasar a través de las cañas y el lodo que de nadar, y finalmente se dejaron caer, empapados, jadeantes y exhaustos en el resbaloso césped.

Hermione colapsó, tosiendo y estremeciéndose. Aunque Harry hubiera deseado acostarse y dormir, se mantuvo de pie, sacó su varita, y comenzó a conjurar los usuales hechizos de protección alrededor de ellos.

Cuando terminó, se unió a los otros. Era la primera vez que los veía bien desde que escaparon de la bóveda. Ambos tenían fuertes quemaduras rojas en sus caras y brazos, y sus ropas estaban desgarradas en algunas partes. Daban respingos a medida que cuidadosamente untaban esencia de dittany en sus múltiples heridas. Hermione le dio a Harry la botella, luego sacó tres botellas de jugo de calabaza que ella había traído de Shell Cottage, y túnicas secas y limpias para todos. Se cambiaron y luego tomaron el jugo.

- Bueno, por un lado – dijo Ron finalmente, que estaba sentado mirando la piel en sus manos crecer nuevamente - tenemos el Horrocrux. Por otra parte…

- … no la espada – dijo Harry apretando los dientes mientras vertía la esencia de dittany a través del chamuscado hoyo de sus jeans en la quemadura debajo de ellos.

- No la espada – repitió Ron – Esa pequeña traicionera scab..

Harry sacó el Horrocrux del bolsillo de la chaqueta mojada que recién se había quitado y se sentó en el pasto en frente de ellos. Destellando en el sol, llamó su atención, mientras sorbían el jugo.

- Por lo menos no podemos usarlo esta vez, se vería muy extraño colgando alrededor de nuestros cuellos – dijo Ron, secando su boca con el dorso de la mano.

Hermione miró a través del lago, a la orilla lejana donde el Dragón seguía bebiendo agua.

- ¿Qué creen pasará con él? – preguntó - ¿Creen que estará bien?

- Suenas como Hagrid – dijo Ron – Es un dragón, Hermione, puede cuidarse solo. Es de nosotros de lo que tenemos que preocuparnos.

- ¿Qué quieres decir?

- Bueno, no sé como contarte esto – dijo Ron – Pero creo que ellos pueden haber notado que hemos irrumpido en Gringotts.

Los tres comenzaron a reírse, y una vez comenzaron, era difícil detenerse. Las costillas de Harry comenzaron a dolerle, se sintió mareado de ira, pero estaba bocarriba en el pasto bajo el cielo rojizo y rió hasta que se inflamó su garganta.

- ¿Entonces que vamos a hacer? – dijo Hermione finalmente, hipando al intentar ponerse seria nuevamente – Él sabrá ¿cierto? ¡Quien-ustedes-saben sabrá que nosotros sabemos lo de sus Horrocruxes!

- De pronto ellos están muy asustados para decirle – dijo Ron esperanzado – De pronto lo ocultan todo…

El cielo, el olor del agua del lago y el sonido de la voz de Ron se extinguieron. La cabeza de Harry dolía como si hubiera recibido un golpe con una espada. Estaba de pie en un cuarto levemente iluminado, y un semicírculo de magos le miraba, y en el piso a sus pies se arrodillaba una pequeña figura temblorosa.

- ¿Qué me has dicho? – su voz era alta y fría, pero furia y temor ardían dentro de él. La única cosa que el había temido… pero no podía ser cierto, no podía ver como...

El duende estaba temblando, incapaz de ver a los rojos ojos sobre él.

- ¡Dilo de nuevo! – murmuró Voldemort - ¡Dilo de nuevo!

- M..mi Señor – tartamudeó el duende, sus negros ojos abiertos de terror, - M…mi Señor… in-intentamos de-detener… a los Im-impostores, mi Señor… irrumpieron-irrumpieron en – en la bóveda de los Lestrange.

- ¿Impostores? ¿Qué impostores? ¿Creí que Gringotts tiene formas de revelar a los impostores? ¿Quiénes eran?

- Era… era… el ch-chico P-Potter y sus d-dos cómplices…

- ¿Y que se llevaron? – preguntó, aumentando su voz, con un miedo terrible apoderándose de él - ¡Dime! ¿Qué se llevaron?

- U… una pe-pequeña c-copa de oro m…mi Señor…

Un grito de ira, de negación salió de él como si fuera de otro. Estaba enloquecido, frenético, no podía ser cierto, era imposible, nadie lo sabía. ¿Cómo era posible que el chico hubiera descubierto su secreto?

La Varita más Antigua acuchilló el aire y un rayo verde inundó la habitación, el duende arrodillado rodó muerto; los magos que observaban se dispersaron aterrorizados. Bellatrix y Lucius Malfoy tiraban a otros detrás de ellos en su afán por alcanzar la puerta, su varita caía una y otra vez, los que quedaban fueron asesinados, todos ellos, por traerle estas noticias, por escuchar sobre la copa de oro…

Solo, entre los muertos que pisoteaba, pasaban ante él como una visión: sus tesoros, sus guardaespaldas, su enlace hacia la inmortalidad – el diario fue destruido y la copa robada. Que tal, ¿Qué tal si el chico supiera de los otros? ¿Podría el saber, habría ya actuado, habría encontrado otros? ¿Era Dumbledore la causa de esto? Dumbledore, que siempre había sospechado de él; Dumbledore, muerto según sus órdenes; Dumbledore, cuya varita ahora era la suya, había encontrado su vía fuera de la ignominia de la muerte a través del chico, el chico…

Pero seguramente si el chico hubiera destruido alguno de los Horrocruxes, él, Lord Voldemort, lo habría sabido, ¿Acaso no lo habría sentido? Él, el más grandioso mago de todos; él, el más poderoso; él, el asesino de Dumbledore y de muchos otros hombres sin nombre, sin importancia. ¿Cómo podría Lord Voldemort no haber sabido, si él, él mismo, lo más precioso e importante, había sido atacado, mutilado?

Si bien es cierto que no había sentido cuando el diario fue destruido, lo atribuyó a que no tenía cuerpo para sentir, siendo menos que un fantasma…

No, seguramente los demás estaban seguros… Los otros Horrocruxes debían estar intactos…

Pero debía saber, debía asegurarse… Atravesó la habitación pateando el cadáver del duende, y las imágenes emergieron en su ardiente cerebro: el lago, la choza y Hogwarts…

Una pizca de calma disminuyó su ira. ¿Cómo podría saber el chico que había escondido el anillo en la cabaña de los Gaunt? Nadie sabía que él estaba relacionado con los Gaunt, había escondido esta conexión, las muertes nunca habían sido relacionadas con él. El anillo seguramente estaría a salvo.

¿Y cómo podría el chico, o alguien más, saber sobre la cueva o penetrar su protección? La idea de que el guardapelo fuera robado era absurda…

Igual que por la escuela: Solamente él sabía en qué lugar de Hogwarts había escondido el Horrocrux, debido a que solamente él había descubierto los más profundos secretos de ese lugar…

Y aún estaba Nagini, que ahora debía permanecer cerca, ya no la enviaría a cumplir sus órdenes, estaría bajo su protección…

Pero para estar seguro, completamente seguro, debía regresar a cada uno de sus escondites, debía redoblar la protección en cada uno de sus Horrocruxes… un trabajo, que como la búsqueda de la Varita más Antigua, debía realizar él solo…

¿Cuál sería el primero que debía visitar, cuál estaba en más peligro? Una vieja ansiedad comenzó a despertarse dentro de él. Dumbledore sabía su segundo nombre… Dumbledore podía haber descubierto su conexión con los Gaunt… Su casa abandonada era, probablemente, el menos seguro de sus escondites, era allí dónde debería ir primero…

El lago, seguramente imposible… aunque había una pequeña posibilidad de que Dumbledore hubiera sabido algunas de sus viejas fechorías, a través del orfanato.

Y Hogwarts… pero él sabía que su Horrcrux estaba a salvo; sería imposible para Potter entrar a Hogsmeade sin ser detectado, menos a la escuela. Sin embargo, sería prudente alertar a Snape del hecho de que el chico intentaría entrar nuevamente al castillo… Decir a Snape la razón por la cual el chico estaría intentando regresar sería estúpido, por supuesto; había sido un grave error confiar en Bellatrix y Malfoy. ¿Acaso no fue su estupidez y descuido una prueba de lo poco sabio que es confiar en alguien alguna vez?

Visitaría la choza Gaunt primero, entonces, y llevaría a Nagini con él. No se apartaría de la serpiente nunca más… y salió rápidamente de la habitación, a través del pasillo, y hacia el oscuro jardín donde la fuente sonaba; llamó a la serpiente en lengua Parsel y esta se deslizó para unirse a él como una larga sombra…

Los ojos de Harry se abrieron al tiempo que se forzaba a regresar a la realidad. Estaba sentado en la orilla del lago en la puesta del sol, y Ron y Hermione lo miraban. A juzgar por sus expresiones asustadas, y por el continuo latido de su cicatriz, su repentina excursión a la mente de Voldemort no había pasado desapercibida. Luchó por levanterse, temblando, vagamente sorprendido de que su piel aún estuviera mojada, y vio la copa yaciendo inocentemente en el pasto delante de él, y el lago, azul profundo salpicado de dorado en la puesta del sol.

- Él sabe – su propia voz sonaba extraña y baja luego de los agudos gritos de Voldemort – él sabe y va a verificar donde están los otros, y el último – ya estaba de pie – está en Hogwarts. Lo sabía. Lo sabía.

- ¿Qué?

Ron lo miraba boquiabierto; Hermione se incorporó con expresión asustada.

- ¿Pero qué fue lo que viste? ¿Cómo lo sabes?

- Lo vi descubrir lo de la copa, Yo… yo estaba en su cabeza, él está – Harry recordó las matanzas – él está realmente enojado, también asustado, no puede entender cómo lo sabemos, y ahora va a verificar que los otros están seguros, el anillo primero. Él cree que el de Hogwarts es el más seguro, debido a que Snape está allá, porque sería muy difícil no ser vistos intentando irrumpir. Creo que el verificará ese de último, pero aún así podría estar allí en unas horas…

- ¿Viste en que lugar de Hogwarts se encuentra? – preguntó Ron, que ahora también se levantaba.

- No, él estaba concentrado en advertir a Snape, no pensaba en el lugar exacto en dónde se encontraba…

- ¡Espera, espera! – gritó Hermione al tiempo que Ron atrapaba el Horrocrux y Harry sacaba nuevamente la capa de invisibilidad – No podemos simplemente ir, no tenemos un plan, tenemos que…

- Tenemos que ir – dijo Harry con firmeza. Le hubiera gustado dormir, meterse dentro de la tienda nueva, pero eso era imposible ahora - ¿Te puedes imaginar que va a hacer tan pronto se de cuenta que el anillo y el guardapelo han desaparecido? ¿Qué pasa si se lleva el Horrocrux de Hogwarts, si decide que no está lo suficientemente seguro?

- ¿Pero cómo vamos a entrar?

- Vamos a ir a Hogsmeade – dijo Harry – y trataremos de buscar la forma una vez sepamos cuáles son las protecciones alrededor de la escuela. Métete dentro de la capa Hermione, quiero que permanezcamos juntos esta vez.

- Pero no cabemos bien…

- Estará oscuro, nadie va a notar nuestros pies.

El aleteo de las enormes alas hizo eco a través de las negras aguas. El dragón había bebido suficiente y se elevaba en el aire. Detuvieron sus preparativos para verlo elevarse más y más, ahora negro contra el cielo que se oscurecía rápidamente, hasta que se desvaneció detrás de una montaña cercana. Luego Hermione avanzó y tomó su lugar entre los otros dos, Harry los cubrió con la capa tanto como pudo, y juntos giraron en el sitio hacia la aplastante oscuridad.

Capitulo Veintiocho

El espejo perdido

Los pies de Harry tocaron el camino. Vio la dolorosamente familiar calle principal de Hogsmeade, los oscuros frentes de las tiendas, y la línea brumosa de las montañas negras mas allá del pueblo, y la curva mas adelante, que llevaba hasta Hogwarts, y la luz saliendo de las Tres Escobas, y súbitamente recordó con una cortante precisión, como aterrizo allí mismo casi un año antes, sosteniendo a un desesperantemente débil Dumbledore, todo eso en un segundo, después de aterrizar—y entonces, aun cuando había relajado su agarre sobre los brazos de Hermione y Ron, pasó.

El aire fue cortado por un grito como el de Voldemort cuando se entero que la copa haba sido robada: Afecto cada nervio del cuerpo de Harry, y el supo que su aparición lo había causado.

Aun cuando miro a los otros dos bajo la Capa, la puerta de las Tres Escobas se abrió con violencia y una docena de Mortífagos con sus capuchas y capas gano la calle, con sus varitas prontas.

Harry tomo la muñeca de Ron mientras este levantaba su varita; eran demasiados de ellos para huir. Aun intentarlo hubiera delatado su posición. Uno de los mortífagos alzó su varita y el grito ceso, todavía haciendo eco en las montañas distantes.

-Accio Capa- rugió uno de los mortífagos.

Harry se asió de los pliegues de la capa, pero esta no hizo ningún intento por escapar. El encantamiento para atraerla no había funcionado en ella.

-¿No estas bajo tu envoltorio, entonces, Potter?- grito el mortífago que había intentado el encantamiento, y luego se volvió a sus compañeros, -Sepárense, el esta aquí.

Seis de los mortífagos corrieron hacia el: Harry, Ron y Hermione retrocedieron tan rápido como pudieron por la siguiente calle lateral, y los mortífagos no los encontraron por centímetros. Ellos esperaron en la oscuridad, escuchando los pasos ir hacia arriba y abajo, rayos de luz volando por la calle, de las varitas de los mortífagos que los buscaban.

-Vayámonos ahora, dijo Hermione, -Desaparezcámonos ahora!!

-Gran idea, dijo Ron, pero antes de que Harry pudiera replicar, un mortifago grito:

-¡Sabemos que estas aquí, Potter, y no hay escapatoria! -¡Te encontraremos!

-Estaban listos para nosotros, suspiro Harry. –Ellos prepararon ese encantamiento para avisarles que veníamos. - Se que hicieron algo para atraernos aquí, a una trampa.

-¿Y si usamos a los Dementores?, pregunto un mortifago, -Démosles libertad de acción, ellos lo encontraran rápidamente.

-El Señor Oscuro quiere a Potter muerto por ninguna otra varita que la su…

-¡Pero los dementores no lo mataran! – El Señor Oscuro quiere la vida de Potter, no su alma, ¡será mas fácil de matar si ha sido "besado" antes!

Hubo sonidos de asentimiento, el terror llenó a Harry, para repeler a los Dementores tendría que producir Patronus, lo cual delataría su posición inmediatamente.

-¡Tendremos que intentar desaparecernos, Harry!, susurró Hermione.

Aun cuando ella dijo eso, el sintió un frío no natural que se desparramaba por la calle. La luz era absorbida del ambiente justo hacia las estrellas, que se desvanecían. En la oscuridad total, sintió el agarre de Hermione en su brazo y juntos, aparecieron en el mismo lugar.

El aire a través del cual necesitaban moverse parecía ser sólido. No se podían Desaparecer, los mortífagos habían lanzados bien sus encantamientos. El frío estaba mordiendo la carne de Harry más y más profundamente. El, Ron y Hermione se retiraron hacia la calle lateral, caminando contra la pared, intentando no hacer ningún ruido. Entonces, dando vuelta la esquina, deslizándose sin ruido, aparecieron los dementores, diez o mas de ellos, visibles pues eran de una oscuridad mas densa que en sus alrededores, con sus capas negras y sus manos esqueléticas y putrefactas. Podían ellos sentir el miedo en las cercanías?. Harry estaba seguro de ello. Parecían venir mas rápidamente ahora, con sus respiraciones regurgitantes y detestables, saboreando la desesperación en el aire, acercándose...

El alzo su varita: El no podía, no sufriría el Beso de los Dementores, fuera lo que fuera que pasase luego.

Fue en Ron y Hermione en quienes pensó mientras susurraba: -Expecto Patronum!

El ciervo plateado salio de la varita y cargó contra los Dementores, que se dispersaron, y se sintió un grito triunfante desde alguna parte fuera de la vista.

-Es el, aquí, aquí, vi su Patronus, ¡era un ciervo!.

Los dementores se habían retirado, las estrellas titilaban nuevamente, y los pasos de los mortífagos eran mas y mas fuertes; pero antes de que Harry en su pánico hubiera decidido que hacer, aparecieron una cantidad de rayos cerca, una puerta se abrió en la parte izquierda de la calle, y una voz áspera dijo:

-¡Potter, aquí, rápido!.

El obedeció sin dudarlo, los tres se apuraron a cruzar la puerta abierta.

-Arriba, déjense la capa puesta, ¡mantengan silencio! ordenó una figura alta, sobrepasándolos en su camino hacia la calle, y cerrando la puerta tras ella.

Harry no tenia idea de donde estaban, pero ahora veía a la luz de una temblequeante llama de una vela, el bar de la posada Cabeza de Cerdo, corrieron detrás del mostrador a través de una segunda puerta, que daba a una escalera de madera bastante peligrosa, por la que subieron tan rápido como pudieron. Las escaleras dieron paso a una sala de estar, con una alfombra fuerte y una pequeña estufa a leña, arriba de la cual colgaba un solo retrato, de una chica rubia que miraba a la habitación con una clase de dulzura vacía.

Gritos subieron desde abajo en la calle. Todavía bajo la Capa de la Invisibilidad, corrieron hacia la ventana y miraron hacia abajo. Su salvador, a quien Harry reconoció como el tabernero de la Cabeza de Puerco, era la única persona que no llevaba capucha.

-¿Y que?, estaba gritando a una de las caras encapuchadas. –¿Y que? Envían Dementores por mi calle, ¡yo mando un Patronus hacia ellos! –Yo no los soporto cerca mío, ya les dije eso. ¡No los soporto!

-Ese no fue tu Patronus, dijo un mortifago, -Era un ciervo, ¡era el de Potter!.

-¡Ciervo! rugió el tabernero, y saco su varita. –¡Ciervo!. Idiota, Expecto Patronum!.

Algo muy grande y con cuernos surgió de la varita. Con la cabeza baja, cargó hacia la calle principal, fuera de la vista.

-Eso no es lo que vi, dijo el mortífago, aunque ahora con menos seguridad.

-El toque de queda ha sido roto, escuchaste el ruido, le dijo al tabernero uno de sus compañeros, -Alguien estaba fuera, en la calle, rompiendo las reglas.

-Si quiero sacar a mi gato, lo haré, ¡y maldito sea su toque de queda!.

-¿Tu lanzaste el encantamiento Maullido de Gato?

-¿Y que si lo hice? ¿Me llevaran a Azkaban? ¿Me mataran por sacar mi nariz por mi propia puerta? ¡Háganlo entonces si quieren! Pero espero que no hayan presionado sus pequeñas Marcas Oscuras, y lo hayan llamado. No le gustara seguramente ser llamado aquí por mi y mi viejo gato, ¿no les parece?

-No te preocupes por nosotros, dijo uno de los mortífagos, -¡Preocúpate por ti mismo, rompiendo el toque de queda!

-¿Y donde traficaran ustedes con pociones y venenos si mi taberna es cerrada? ¿Que pasara entonces con sus pequeños negocios adicionales?

-¿Nos estas amenazando...?

-Yo mantengo mi boca cerrada, por eso vienen aquí, ¿no es verdad?

-¡Yo sigo diciendo que vi a un ciervo Patronus!, grito el primer mortifago.

-¿Ciervo?, rugió el tabernero, -¡Es una cabra, idiota!

-Bien, cometimos un error, dijo el segundo mortifago, -Rompe de nuevo el toque de queda y ¡no seremos tan benévolos!.

Los mortífagos volvieron sobre sus pasos hacia la calle principal. Hermione gruño con alivio, salio de debajo de la capa, y se sentó en una silla de la sala de estar. Harry corrió las cortinas, y luego se quito la capa a el y a Ron. Podían oír al tabernero abajo, asegurando la puerta del bar, y luego subiendo las escaleras.

La atención de Harry fue captada por un detalle en la estufa a leña, un espejo pequeño y rectangular asegurado justo encima de ella, debajo de la pintura de la chica.

El tabernero entro a la habitación.

-¡Malditos tontos!, dijo con enojo, llevando su mirada de uno a otro. –¿En que estaban pensando al venir aquí?

-Gracias, dijo Harry. –No podemos agradecerle lo suficiente, ¡usted salvo nuestras vidas!

El tabernero gruñó. Harry se le aproximo mirándolo a la cara: tratando de ver mas allá de la larga, gruesa y gris barba. Llevaba lentes. Detrás de los sucios anteojos, los ojos eran de un azul brillante y penetrante.

-Es tu ojo el que vi en el espejo.

Hubo un silencio en la sala. Harry y el tabernero se miraron mutuamente.

-Tu enviaste a Dobby.

El tabernero asintió y se volvió buscando al Elfo.

-Pensé que estaría con ustedes, ¿donde lo dejaron?

-Está muerto, dijo Harry. –Bellatrix Lestrange lo mató.

La cara del tabernero siguió impasible. Después de unos momentos dijo: -Lamento oír eso, me gustaba ese elfo.

El se volvió, encendiendo lámparas con su varita, sin mirarlos a ninguno de ellos.

-Tu eres Aberforth, dijo Harry a la espalda del hombre.

El ni lo negó ni lo confirmo, sino que se agacho para encender el fuego.

-¿Como obtuviste esto?, pregunto Harry caminando hacia el espejo de Sirius, el gemelo del que el había roto casi dos años antes.

-Se lo compre a Mundungus hace cerca de un año, dijo Aberforth, -Albus me dijo lo que era. He estado tratando de mantener un ojo en ti.

Ron se atraganto.

-La cierva plateada, dijo entusiasmado, -¿eso fue obra tuya tambien?

-¿De que estas hablando?, pregunto Aberforth

-¡Alguien nos envío una cierva Patronus!

-Un cerebro como ese, podrías ser un mortifago, hijo. ¿No acaban de ver que mi Patronus es una cabra?

-Oh, dijo Ron. –Bien, si, estoy hambriento, añadió en su defensa, mientras su estomago rugía con fuerza.

-Tengo comida, dijo Aberforth, y salio de la habitación, reapareciendo un momento después con una gran fuente de pan, algo de queso, y un gran jarro de hidromiel, todo lo que puso en una pequeña mesa frente al fuego.

Ansiosos, comieron y bebieron, y por un momento solo se sintió el ruido del masticar.

-Bien entonces, dijo Aberforth cuando ellos hubieron comido hasta llenarse, y Harry y Ron se sentaron cómodamente hacia atrás en sus sillas. –Necesitamos pensar en la mejor manera de sacarlos de aquí. No puede ser de noche, ustedes oyeron que puede pasar si alguien se mueve afuera en la oscuridad. Se echaran sobre ustedes como bowtruckles sobre huevos de doxy. Y se que no podré hacer pasar un ciervo por una cabra otra vez. Esperen la luz del día, cuando el toque de queda se levanta, entonces pueden ponerse nuevamente su capa de invisibilidad y salir a pie. Salgan enseguida de Hogsmeade, y vayan hacia las montañas, ahí podrán Desaparecerse. Deben ver a Hagrid, el se esta escondiendo en una cueva con Grawp desde que intentaron arrestarlo.

-No nos iremos, dijo Harry. –Necesitamos entrar en Hogwarts.

-No seas estúpido, chico, dijo Aberforth.

-Tenemos que hacerlo, dijo Harry.

-Lo que tienen que hacer, dijo Aberforth inclinándose hacia adelante, -es alejarse lo mas posible de aquí.

-No entiendes. No hay demasiado tiempo. Tenemos que entrar al castillo. Dumbledore, digo, su hermano, quería que...

La luz del fuego hizo que los lentes de Aberforth fueran opacos por un momento, con una luz blanca brillante, y Harry recordó los ojos ciegos de la araña gigante, Aragog.

-Mi hermano Albus quería muchas cosas, dijo Aberforth, -y la gente tenia la costumbre de salir lastimada mientras el llevaba a cabo sus grandes planes. Aléjate de esa escuela Potter, y del país, si puedes. Olvida a mi hermano y sus inteligentes esquemas. El se ha ido adonde nada de esto lo puede lastimar, y tu no le debes nada.

-No entiendes, dijo Harry nuevamente.

-¿Oh, no entiendo?, dijo Aberforth con calma, -¿No crees que entiendo a mi propio hermano? ¿Piensas que conoces a Albus mejor que lo que yo lo hice?.

-No quise decir eso, dijo Harry, cuyo cerebro se sintió entumecido por el cansancio y por la ingesta de vino y comida.

-El me dejo un trabajo...

-¿Lo hizo no?, dijo Aberforth, -¿Un trabajo agradable, espero? ¿Placentero? ¿Fácil? ¿La clase de cosas que esperas que haga un chico mago poco calificado sin sobrepasar sus fuerzas?

Ron lanzo una risa bastante triste, Hermione estaba mirando con enojo.

-Nno, no es fácil, dijo Harry. –Pero tengo que...

-¿Tienes que? ¿Porque tienes que? El esta muerto, ¿no?, dijo ásperamente Aberforth. –Déjalo ir, chico, ¡antes de que lo sigas! ¡Sálvate a ti mismo!.

-No puedo.

-¿Porque no?

-Yo..., Harry se sintió abrumado; no podía explicarse, por lo que tomo la ofensiva en su lugar. –Pero tu estas combatiendo también, tu estas en la Orden del Fénix.

-Yo estuve, dijo Aberforth. –La Orden del Fénix se ha terminado. Tu-sabes-quien gano, ha terminado, y cualquiera que piense diferente se esta engañando a si mismo. Nunca será seguro para ti aquí, Potter, el te quiere atrapar con demasiada fuerza. Por lo que vete al extranjero, ocúltate, sálvate a ti mismo. Y mejor lleva a estos dos contigo. El apunto con un dedo a Ron y Hermione.

-Ellos estarán en peligro por toda su vida, ahora que todos saben que han estado trabajando contigo.

-No puedo irme, dijo Harry, -Tengo un trabajo.

-¡Dáselo a alguien mas!.

-No puedo, tengo que ser yo, Dumbledore me lo explico todo...

-Oh, ¿lo hizo, no? ¿Y te dijo el todo, fue el honesto contigo?

Harry quería decir SI con todo su corazón, pero de alguna forma, la simple palabra no salio de sus labios.

Aberforth parecía saber que pensaba Harry.

-Conocí a mi hermano, Potter, aprendió a guardar secretos en las rodillas de nuestra madre. Secretos y mentiras, así fue como crecimos, y para Albus... fue natural.

Los ojos del anciano viajaron hacia la pintura de la chica sobre la estufa. Era, vio Harry mirando alrededor con detalle, la única pintura en la sala. No había retrato de Albus Dumbledore, ni de nadie más.

-Sr. Dumbledore, dijo Hermione bastante tímidamente, -¿Es esa su hermana, Ariana?.

-Si, dijo Aberforth con suavidad. –Ha estado leyendo a Rita Skeeter, ¿no es así jovencita?.

Aun con la tenue luz del fuego se noto que Hermione tenia su cara roja.

-Elphias Doge nos la menciono, dijo Harry, tratando de salvar a Hermione.

-Ese viejo ingenuo, murmuro Aberforth, tomando otra jarra de hidromiel, -Pensaba que el sol brillaba en cada oficina de mi hermano. Bueno, también lo pensaba mucha otra gente, ustedes tres incluidos, por lo que parece.

Harry se mantuvo callado. No quería expresar las dudas e incertidumbres sobre Dumbledore, que lo habían perturbado por meses ya. El hizo su elección cuando cavo la tumba de Dobby, el había decidido continuar por el camino peligroso y atemorizante marcado por Albus Dumbledore, aceptar que no le habían dicho todo lo que le hubiera gustado, y simplemente confiar. No deseaba dudar de nuevo, el no quería ni oír nada que lo desviara de su cometido. El encontró la mirada de Aberforth, que era tan sorprendentemente como la de su hermano: Estos brillantes ojos azules parecen estar pasando rayos X al objeto de su escrutinio, y Harry pensó que Aberforth sabia lo que el estaba pensando, y no lo hizo con el.

-Al Profesor Dumbledore le importaba mucho Harry, dijo Hermione con voz baja.

-¿Lo hacia, no?, dijo Aberforth, es curioso ver como mucha de la gente a la cual mi hermano le importaba muchísimo, termino en un estado peor que si lo hubieran dejado solo.

-¿Que quiere decir?, pregunto Hermione sin aliento.

-No importa, dijo Aberforth.

-Pero eso es algo muy serio para decirlo!, dijo Hermione, -¿Esta usted hablando de su hermana?.

Aberforth la miro, sus labios se movieron como si estuviera masticando las palabras que estaba conteniendo. Entonces se largo a hablar.

-Cuando mi hermana tenía seis años, ella fue atacada por tres muchachos Muggles. Ellos la habían visto hacer su magia, espiándola en el patio trasero. Ella era una niña, no lo podía controlar, ningún mago o bruja puede a esa edad. Lo que vieron los asusto, supongo. Forzaron su entrada al patio trasero y cuando ella no les pudo mostrar como hacer el truco, se dejaron llevar un poco tratando de que la pequeña fenómeno dejara de hacer eso.

Los ojos de Hermione parecían enormes a la luz del fuego, Ron parecía un poco enfermo. Aberforth se paro, era alto como Albus, y repentinamente terrible en su furia y en la intensidad de su dolor.

-Eso la destruyo, lo que le hicieron: nunca más estuvo bien de nuevo. Ella no uso mas la magia, pero no se podía deshacer de ella; la volvió hacia adentro y eso la enloqueció, explotaba cuando no la podía controlar, y por momentos ella era extraña y peligrosa. Pero en su mayor parte ella tenía miedo, era dulce y no hacia daño a nadie.

-Y mi padre fue tras los bastardos que le hicieron eso, dijo Aberforth, -y los ataco. Y lo encerraron en Azkaban por eso. Nunca dijo porque lo había hecho, porque el Ministerio hubiera sabido en que se había convertido Ariana, la hubieran encerrado en St. Mungo para siempre. La hubieran visto como una amenaza al Estatuto Internacional del Secreto, desbalanceada como estaba ella, con magia explotando de ella, cuando ya no la podía contener mas.

-Tuvimos que mantenerla segura y en silencio. Nos cambiamos de casa, dijimos que ella estaba enferma, y mi madre la cuido, y la intento mantener en calma y feliz.

-Yo era su favorito, dijo el, y mientras lo hacia, un desgarbado escolar parecía mirar a través de las arrugas y de la barba de Aberforth.-No era Albus, el siempre estaba arriba en su dormitorio cuando estaba en casa, leyendo sus libros y contando sus premios, manteniendo la correspondencia con los “mas notables nombres de la magia de ese tiempo”.

Aberforth agrego: -El no quería ser molestado por ella. Ella me quería mas. Yo podía hacerla comer cuando no quería hacerlo por mi madre, podía calmarla, cuando estaba en una de sus explosiones de furia, y cuando estaba calmada, me ayudaba a alimentar a las cabras.

-Entonces, cuando ella tenia 14... Verán, yo no estaba ahí, dijo Aberforth. –Si hubiera estado ahí, la hubiera calmado. Tuvo uno de sus ataques, y mi madre no era tan joven como antes, y... fue un accidente. Ariana no lo podía controlar, pero mi madre resulto muerta.

Harry sintió una terrible mezcla de compasión y repulsión, no quería oír mas nada, aunque Aberforth seguía hablando, y Harry se pregunto cuanto hacia que no hablaba de esto, si, de hecho, alguna vez lo había hablado.

-Así que eso le puso un fin al viaje alrededor del mundo con el pequeño Doge. Los dos asistieron al funeral de mi madre, y entonces Doge se fue por su cuenta, y Albus se asentó como la cabeza de la familia, ¡JA!

Aberforth se acerco al fuego.

-Yo la hubiera cuidado, yo se lo dije, no me importaba la escuela, yo me hubiera quedado en casa y lo hubiera hecho. El me dijo que tenia que finalizar mi educación y que EL tomaría el lugar de mi madre. Un poco decepcionarte para el Sr. Brillante, no hay premios por cuidar a tu hermana medio-loca, evitando que volara la casa día por medio. Pero el lo hizo bien por unas semanas... hasta que vino.

Y ahora una mirada positivamente peligrosa campeo en la mirada de Aberforth.

-Grindelwald. Y por fin, mi hermano tuvo a un IGUAL para hablar, alguien tan brillante y talentoso como EL era. Y el cuidado de Ariana fue relegado a un segundo plano, mientras ellos construían planes para una nueva Orden de magos, buscando Reliquias o lo que fuera que buscaran y en lo que estaban tan interesados. Grandes planes para todos los magos, y si una pequeña chica era olvidada, ¿que importaba, cuando Albus estaba trabajando para el *bien mayor*?.

-Pero luego de unas semanas de eso, tuve suficiente, tuve. Era casi el momento para mi de volver a Hogwarts, entonces les dije, a los dos, cara a cara, como estoy ahora contigo, y Aberforth miro hacia abajo, hacia Harry, y tomo un poco de imaginación verlo como un adolescente, despeinado y furioso, confrontando a su hermano mayor. – Le dije que mejor se rindiera ahora, que ella no podía ser movida, ella no estaba en buenas condiciones, no la puedes llevar contigo, a donde sea que planeas ir, cuando estas dando tus inteligentes discursos. Eso no les gusto para nada, dijo Aberforth, y sus ojos fueron ocultados brevemente por el reflejo del juego en sus lentes, se tornaron blancos y ciegos nuevamente.

-A Grindelwald no le gusto para nada eso, se enojo mucho. Me dijo que era un pequeño muchacho estúpido, tratando de interponerme en el camino de el y de mi brillante hermano. ¿Es que yo no lo entendía? Mi hermana no tendría que esconderse una vez que ellos cambiaran el mundo, y llevaran a los magos fuera de sus escondites, y le enseñaran a los Muggles su lugar.

-Y hubo una discusión... y yo saque mi varita, y el saco la suya, y resulte con el maleficio Cruciatus aplicado en mi, nada menos que por el mejor amigo de mi hermano, y Albus intentaba detenerlo, y entonces los tres estábamos en el duelo, y las luces fuertes, las explosiones, ella no lo pudo tolerar mas.

El color se iba de la cara de Aberforth, como si hubiera sufrido una herida mortal.

-Y pensé que ella quería ayudar, pero ella no sabia en realidad lo que estaba haciendo, y no se quien de nosotros lo hizo, pudo ser cualquiera, y entonces ella estaba muerta.

Su voz se rompió con las ultimas palabras, y se dejo caer en la silla mas cercana. La cara de Hermione estaba húmeda con lagrimas, y Ron estaba casi tan pálido como Aberforth, Harry no sintió nada excepto repulsión, deseo no haberlo oído, deseaba que se pudiera borrar de su mente.

-Lo lamento tanto.. tanto, susurro Hermione.

-Se fue, grazno Aberforth, se fue para siempre.

Se limpio la nariz en la manga, y aclaro su garganta.

-Por supuesto Grindelwald huyo. Ya tenía algún antecedente en su país, y no quería que lo culparan también por Ariana. Y Albus fue libre, ¿no? Libre de la carga de la hermana, libre para ser el mejor mago de todos los...

-¡El nunca fue libre!, dijo Harry.

-¿Disculpa?, dijo Aberforth.

-Nunca, dijo Harry. –La noche que tu hermano murió, tuvo que beber una poción que lo enloqueció. El comenzó a gritar, pidiendo ver a alguien que no estaba allí. –No los lastimen, por favor... lastímenme a mi en su lugar, dijo.

Ron y Hermione miraban fijamente a Harry, el nunca había entrado en detalles acerca de lo que paso en la isla del lago: los eventos que tuvieron lugar después de que el y Dumbledore retornaran a Hogwarts lo habían eclipsado todo.

-El pensó que estaba de vuelta contigo y Grindelwald, se que lo hizo, dijo Harry, recordando los suspiros de Dumbledore, rogando.

-El pensó que estaba viendo nuevamente a Grindelwald herirte a ti y a Ariana... fue una tortura para el, si lo hubieras visto, no dirías que el era libre.

Aberforth parecía ensimismado en la contemplación de sus propias manos, venosas y nudosas. Después de un largo silencio, el dijo: -Como puedes estar seguro, Potter, que mi hermano no estaba mas interesado en el bien mayor que en ti? Como puedes estar seguro de que no eres sacrificable, justo como mi pequeña hermana?.

Un trozo de hielo pareció atravesar el corazón de Harry.

-No lo creo, Dumbledore amaba a Harry, dijo Hermione.

-¿Porque no le dijo el que se ocultara, entonces? respondió Aberforth, -¿porque no le dijo 'Cuida de ti mismo, he aquí como sobrevivir'?.

-Porque, dijo Harry antes de que Hermione pudiera responder, -¡algunas veces uno tiene que pensar en algo mas que en su propia seguridad! Algunas veces *tienes* que pensar en un bien mayor. ¡Esto es la Guerra!

-¡Tienes diecisiete, chico!.

-Ya tengo edad suficiente, y voy a seguir luchando ¡aunque ustedes se den por vencidos!.

-¿Quien dice que me di por vencido?.

-La Orden del Fénix esta terminada, repitió Harry, -Tu-Sabes-Quien gano, se termino, y cualquiera que crea lo contrario se esta engañando a si mismo.

-No digo que me guste, ¡pero es la verdad!

-No, no lo es, dijo Harry. –Tu hermano sabia como liquidar a Tu-Sabes-Quien y me paso ese conocimiento a mi. Seguiré adelante hasta tener éxito, o yo muera. No creas que no se como puede terminar esto. Lo he sabido por años.

El espero que Aberforth contestara o discutiera, pero no lo hizo. Solo se movio.

-Necesitamos entrar en Hogwarts, dijo nuevamente Harry. –Si no nos puedes ayudar, esperaremos a que sea de día, te dejaremos en paz, y trataremos de encontrar una manera por nuestros propios medios. Si tu *nos puedes* ayudar, bien, ahora seria un gran momento para decirlo.

Aberforth permaneció inmóvil en su silla, mirando fijamente a Harry con el ojo que era tan parecido al de su hermano. Por fin el se aclaro la garganta, se paro, camino alrededor de la pequeña mesa, y se aproximo al retrato de Ariana.

-Tu sabes lo que hay que hacer, dijo el.

Ella sonrió, se dio vuelta y se alejo caminando, no como lo hacia usualmente la gente en los retratos, por un lado del marco, sino a través de lo que parecía ser un largo pasillo pintado detrás de ella. Todos miraron fijamente su ligera figura alejándose, hasta que finalmente se perdió en la oscuridad.

-Ehhh, ¿que?, comenzó Ron.

-Solo hay una vía de entrada ahora, dijo Aberforth, -Deben saber que ellos tienen todos los viejos pasajes secretos cubiertos en ambos extremos, Dementores por todo alrededor de las paredes exteriores de Hogwarts y patrullas regulares dentro de la escuela, por lo que me dicen mis fuentes. El lugar nunca ha sido mas fuertemente custodiado.

-Que esperan poder hacer una vez que estén adentro, con Snape a cargo y los Carrows y sus lugartenientes, bueno, eso es problema de ustedes, ¿no es así?. Tú dijiste que estabas preparado para morir.

-¿Pero que...?, dijo Hermione frunciendo el ceño ante el retrato de Ariana.

Un pequeñísimo punto blanco reapareció al final del túnel pintado, y ahora Ariana estaba caminando de vuelta hacia ellos, haciéndose cada vez más grande. Pero había alguien mas con ella ahora, alguien mas alto que ella, cojeando, luciendo entusiasmado. Su cabello era mas largo que lo que Harry había visto jamás. Las dos figuras crecían y crecían, hasta que solo sus cabezas y sus hombros llenaban el retrato.

Entonces la pintura se meció hacia adelante, como una pequeña puerta, y la entrada a un túnel real fue revelada. Y de ella, su cabello crecido de más, su cara cortada, sus ropas desgarradas, se asomo el real Neville Longbottom, que lanzo un rugido de placer, se bajo de la estufa a leña y grito:

-Sabia que vendrían, ¡*lo sabia Harry!*.

Capitulo 29

La diadema perdida

-Neville, pero que demo- ¿como es que?-
Pero Neville había visto a Ron y Hermione, y con gritos de felicidad los estaba abrazando. Mientras más tiempo Harry miraba a Neville, mas se daba cuenta de lo mal que lucia. Uno de sus ojos estaba hinchado, morado, había profundas heridas en su cara, y su aspecto general indicaba que había sobrevivido por suficiente tiempo. Sin embargo, su semblante brillaba con alegría, mientras soltaba a Hermione y decía, -¡sabia que vendrían! ¡Siempre se lo repetía a Seamus, era solo cuestión de tiempo!-

-Neville, ¿que te sucedió?-
-¿Que?, ¿Esto?- Neville sacudio la cabeza disminuyendo la importancia de sus heridas. – Esto no es nada, Seamus esta peor. Ya se enteraran. ¿Me acompañan? Oh,- se volteo hacia Aberforth, -Ab, puede ser que vengan mas personas en camino-.
-¿Unas cuantas mas?- repitió Aberforth siniestramente. -a que te refieres, con unas cuantas mas, Longbottom? ¡Hay toque de queda y un hechizo confundidor en toda la villa!-
-Ya lo se, es por eso que estarán Apareciendo directamente en el bar.,- dijo Neville.
-Solo mándalos por el pasaje secreto cuando lleguen, ¿esta bien?-
Neville le tendió la mano a Hermione para ayudarla a subir por la chimenea y después dentro del túnel; después fue el turno de Ron, entonces fue el turno de Neville. Harry se dirigió hacia Aberforth. -No se como agradecértelo. Has salvado nuestras vidas dos veces.-
-Cuídalos mucho a todos-, dijo Aberforth bruscamente. -puede que no los pueda salvar en una tercera ocasión.-
Harry trepo por la chimenea, y luego se introdujo por el agujero que estaba detrás del cuadro de Ariana. Había escalones lisos del otro lado, parecía como si el pasadizo hubiese estado ahí por años. Lámparas de latón colgaban de los muros, y el piso de tierra estaba desgastado, mientras pasaban, sus sombras ondulantes se proyectaban en la pared.
-¿Por cuanto tiempo ha estado esto aquí?- pregunto Ron mientras andaban. -¿Este camino no aparece en el mapa del Merodeador, o si Harry? Yo creí que solo había siete caminos secretos que entraban y salían de la escuela.-
-Ellos sellaron todos y cada uno de esos caminos antes de que empezáramos el curso-, dijo Neville. -ya no hay oportunidad de usarlos, no con todos los embrujos en las entradas y los mortífagos y dementores custodiando las salidas.- Neville había empezado a caminar hacia atrás, mirando. -nunca creo todas… todas esas cosas. Es cierto que irrumpieron en Gringotts? ¿Que escaparon en un dragón? ¡Esta en todos lados, todo el mundo esta hablando de eso, Terry Boot incluso fue apaleado por Carrow por estar comentándolo en el gran comedor!-
-Bueno, pues todo es verdad,- dijo Harry
Neville se rió con ganas.
-¿Que hicieron con el dragón?-
-Lo dejamos libre- dijo Ron, -Hermione quería conservarlo como mascota-
No exageres Ron--
-Y después, ¿que estuvieron haciendo? La gente decía que estaban escondidos, Harry, pero yo no lo creo, yo creo que estaban haciendo o planeando algo.-

-Estas en lo correcto Neville,- dijo Harry, -pero cuéntanos sobre Hogwarts, que no sabemos nada de lo que ha ocurrido ahí.-
-Pues ha estado… Bueno, no es como el Hogwarts de antes,- dijo Neville, la sonrisa se desvanecía de su rostro mientras hablaba. -¿Saben algo acerca de los Carrow?-
-¿Esos dos mortífagos que dan clases?-
-Pues ellos hacen algo más que solo enseñar,- dijo Neville. -Ellos están a cargo de la disciplina, a ellos le encanta castigar-.
-¿Como a la vieja Umbrigde?-
-No, ella parece una santa si la comparas con ellos. Se supone que los de más profesores nos deben llevar con los Carrow si hacemos algo indebido. Ellos no lo hacen, si es que pueden evitarlo. Se puede decir que los odiamos tanto como ellos a nosotros.-
-Amycus, el viejo, el imparte lo que antes conociamos como: Defensa Contra las Artes oscuras, solo que ahora no hace mas que enseñar Artes oscuras. Se supone que practiquemos la Maldición Cruciatas en aquellos que están en detención--
-¡Que!-
Harry, Ron y Hermione corearon y su eco se perdió en el pasadizo.
-Así es- dijo Neville. -Así fue como me gane esta- indicando una particularmente gran herida en su mejilla, -Me negué a hacerlo. Sin embargo hay personas a las que les encanta, por ejemplo Crabbe y Goyle. Es la primera vez que sacan buenas calificaciones en una materia.-
-Alecto, la hermana de Amycus, enseña Estudios Muggle, que ahora es una asignatura obligatoria. Nos sentamos y tenemos que escuchar como es que los Muggle, son como animales, estúpidos y sucios, y como es que ellos obligaron a los magos a actuar en su contra, y que ahora el orden natural se ha restablecido. De esa manera me gane esta.- Apuntando hacia otra herida en su cara, -Por preguntar cuanta sangre muggle tenían ella y su hermano.-
-Cielos, Neville,- dijo Ron, -¿Que nadie te dijo que había momentos en los que era bueno mantener la boca cerrada?-
-Es que tú nunca la viste,- dijo Neville, Tú tampoco te hubieras podido contener. Además mi punto es que simpre en bueno que alguien se oponga a esas ideas. Le da esperanza a todo el mundo. Y me di cuenta de eso cuando tú lo hiciste Harry.-
-Pero ellos te usan como su afilador- dijo Ron, mientras pasaban al lado de una lámpara y la luz resaltaba las heridas de Neville.
Neville se encogió de hombros.
-No importa- Ellos no quieren derramar mucha sangre limpia, así que solo nos torturan un poco si hablamos de más. Pero siempre se aseguran de no matarnos.
Harry no sabia que era peor, las cosas que Neville les estaba contando o el tono en que lo hacia.
-Las únicas personas que están en verdadero peligro, son huellas cuyos amigos o familiares les dan problemas. Ellos son llevados prisioneros. El viejo Xeno Lovegood estaba escribiendo de mas en El Quibbler, entonces vinieron y se llevaron a Luna del tren, cunando regresábamos de las fiestas Navideñas.-
-Neville, ella se encuentra bien, la mandamos hacia….-
-Si, ya lo se, ella se las arreglo para mandarme una mensaje.-
De su bolsillo saco una moneda dorada, y Harry la reconoció como uno de los falsos galeones que usaba el Ejército de Dumbledore para comunicarse.
-Estos nos han servido de maravilla-, dijo Neville mirando a Hermione. -Los Carrow se han roto la cabeza tratando de averiguar como es que nos comunicamos. Solíamos salir por la noche y rayar las paredes con cosas como: El Ejército de Dumbledore todavía esta reclutando, eso volvía loco a Snape.-

-¿Ustedes solían?- dijo Harry, que se había dado cuenta de la forma en lo que Neville lo había dicho.
-Bueno pues con el tiempo se fue complicando- dijo Neville. -perdimos a Luna por la Navidad, y Ginny nunca regreso después de las Pascuas, y pues como nosotros tres eran los lideres. Pues los Carrow no tardaron en darse cuenta de que era yo el que estaba detrás de todo, así que empezaron a hacerme la vida mas difícil, y entonces Michael Corner fue atrapado mientras trataba de liberar a uno de primer año, lo encadenaron, y lo torturaron, y pues eso asusto a la mayoría.-
-No estas hablando en serio- murmuro Ron, mientras que el pasadizo empezaba a subir.
-Pues es que no podía obligar a los demás después de lo que le hicieron a Michael, así que dejamos de hacer ese tipo de cosas. Pero un seguimos peleando, al menos no tan notoriamente, bueno al menos hasta hace un par de semanas, ya que decidieron que solo había una manera de detenerme, y pues, fueron por mi abuela.-
-¿Ellos hicieron que?- dijeron Harry, Ron y Hermione al mismo tiempo.
-Pues si- dijo Neville, jadeando un poco, ya que el pasaje se inclinaba mas y mas, -Bueno, se pueden dar de cuenta de forma de pensar. Les había dado tan buenos resultados, eso de estar raptado niños para que los familiares se comportasen. Supongo que solo era cuestión de tiempo antes de que optaran por ese plan. La cosa es…- Neville se volteo, y Harry estaba sorprendido de verlo sonreír, -Que ellos trataron de morder algo mas grande de lo que podían tragar. Una pequeña vieja bruja que vivía sola, seguramente pesaron que no era necesario mandar a alguien poderoso. De todas formas,- Neville se carcajeo, -Dawlish esta todavía en St. Mungo y la abuela se dio a la fuga. Ella me mando una carta.- Neville se llevo la mano a la bolsa del pecho en su túnica, -Diciendo que estaba orgullosa de mi, que era el hijo de mis padres y que siguiera así.-
-genial- dijo Ron
-Así es- dijo Neville alegremente. -El único problema fue que, al darse cuenta de que no tenían nada mas para poder controlarme, decidieron que no era bueno que siguiera en Hogwarts, no se si ellos planeaban matarme o mandarme a Azkaban, de cualquier forma, supe que era tiempo de desaparecer.-
-Pero,- dijo Ron, claramente confundido, -Que no, que no estamos yendo hacia Hogwarts?-
-Claro,- dijo Neville. -Verán, ya llegamos-
-Ellos giraron en una esquina, y enfrente de ellos se encontraba el final del pasadizo. Otra pequeña serie de escaleras terminaba en una puerta igual a la que se encontraba detrás del cuadro de Ariana. Neville la empujo un poco y trepo por ella. Mientras Harry trepaba oyó o Neville hablar a gente que no podía ver.
-¡Mira, nada mas quien es! ¿No te lo había dicho?-
-Mientas Harry emergía en el cuarto se escucharon muchos gritos y exclamaciones. -¡HARRY!-, ¡es potter!, ¡Es POTTER!-, ¡Ron!, ¡Hermione!
Harry estaba confundido, le resultaba extraño el patrón de colores, de las lámparas y las caras. Al siguiente momento, el, Ron y Hermione, fueron abrazados, golpeados afectuosamente en la espalda, jalados del cabello, sus manos fueron saludadas, por lo que parecían ser mas de veinte personas. Parecía como si hubiesen ganado la final del torneo de Quidditch.
-Esta bien, esta bien, ¡calma todo el mundo!- Neville ordeno, y mientras la multitud se replegaba, Harry tuvo la oportunidad de revisar el lugar donde se encontraban.
El no pudo reconocerlo del todo. Era enorme y se parecía al interior de una suntuosa casa del árbol o quizás a la cabina de un barco. Hamacas de colores colgaban del techo y del balcón que recorría las paredes sin ventanas de madera negra, los cuales estaban

cubiertos de carteles. Harry pudo ver al león dorado de Gryffindor, que estaba sobre un fondo escarlata, el tejon negro de Hufflepuff, sobre un fondo amarillo, y el águila de bronce perteneciente a Ravenclaw, sobre azul. La combinación plata y verde de Slytherin estaba ausente. Ahí había libreros repletos, unas cuantas escobas apoyadas contra la pared, y en la esquina, una radio de madera de gran tamaño.
-¿Donde estamos?-
En el Cuarto del Requerimiento, ¡por supuesto!- dijo Neville. -Esta más grande, ¿no creen?- Los Carrow estaban detrás de mí, y sabía que solo tenía un lugar para esconderme: así que me las arregle para pasar por la puerta y esto fue lo que encontré. Bueno no estaba así cuando llegue por primera vez, era mucho mas pequeño cuando llegue, solo tenía una hamaca y adornos de Gryffindor. Pero se expandió conforme llegaban mas y mas miembros del ED,-
-¿Y los Carrow no pueden entrar?- pregunto Harry, mirando hacia la puerta.
-No- dijo Seamus Finnigan, A quien Harry no había reconocido hasta que hablo: La cara de Seamus tenía contusiones y estaba hinchada. -Es el escondite perfecto, mientras uno de nosotros se quede aquí, ellos no nos pueden entrar, ya que la puerta no se abre... Y todo gracias a Neville. Este cuarto lo tiene todo. Solo tienes que pedir lo que necesitas, como, *no quiero que ninguna persona que apoye a los Carrow entre aquí*, y el cuarto lo hace. Solo tienes que estar seguro, y lo hace por ti. La única cosa con la que hay que tener cuidado son las incoherencias. Neville es el jefe
-Es demasiado fácil, de verdad- dijo Neville modestamente. -Había estado aquí por mas de un día y medio y me estaba muriendo de hambre, y deseba poder tener algo que comer, y fue cuando el pasadizo a Hogsmeade se abrio, me escabullí por el y me encontré con Aberforth.
El nos ha estado proporcionado comida, por que, por alguna extraña razón, esa es la única cosa que el cuarto no puede darte.
-Pues si, la comida es una de las cinco excepciones a la Ley de Gamp de la Transfiguración Elemental.-, dijo Ron causando el asombro de todos.
-He estado escondiéndome aquí por casi dos semanas-, dijo Seamus, -Y aparecen mas y mas hamacas conforme las necesitamos, y hasta aparecio un lindo baño para las chicas cuando algunas de ellas empezaron a venir.-
-Y claro que a ellas les gusta lavarse- añadió Lavender Brown, a quien Harry no había reconocido hasta ese punto. Ahora que se fijaba bien, el reconoció a muchas caras familiares. A las gemelas Patil, también Terry Boot, Ernie Macmillan, Anthony Goldstein, y Michael Corner.
-Por favor dinos que han estado haciendo- dijo Ernie, -Ha habido tantos rumores, hemos tratado de ponernos al tanto con la ayuda del Potterwatch- apunto hacia el radio. -De verdad irrumpieron en Gringotts?-
-Si, ellos lo hicieron- dijo Neville. -Y lo del dragón también es cierto-
Hubo una explosión de aplausos y unos cuantos chillidos; Ron recibió un puñetazo.
-¿Que es lo que estaban buscando?- pregunto Seamus, mostrando impaciencia.
Antes de que cualquiera pudiera responder a la pregunta, Harry sintió un terrible, abrasador dolor en la cicatriz en forma de relámpago. Mientras le daba la espalda a las curiosas y encantadas caras, el cuarto del requerimiento se desvaneció, y ahí estaba, parado en una derruida casucha de piedra, el piso de madera estaba destrozado alrededor de sus pies, una caja dorada vacía semienterrada estaba un lado del agujero, y el grito de Voldemort vibraba dentro de la cabeza de Harry.
Con un gran esfuerzo Harry se retiro de la mente de Voldemort, de regreso al Cuarto del Requerimiento, el sudor recorría su frente y Ron lo sostenía.
-¿Estas bien Harry?- Neville decía. -¿te quieres sentar? No estas cansado o si---

-No- dijo Harry. Volteo hacia Ron y Hermione, tratando de decirles sin palabras que Voldemort acababa de descubrir la perdida de uno de sus Horcruxes. El tiempo se les estaba terminando, si Voldemort, decidía visitar Hogwarts, ellos perderían su única oportunidad.
-Necesitamos irnos- dijo, y las expresiones que vio en sus rostros le indico que entendían perfectamente.
-Y entonces ¿que vamos a hacer nosotros, Harry?- pregunto Seamus. -Cual es el plan-
-¿Plan?- repitió Harry. El estaba haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para no caer presa de la rabia de Voldemort. Su cicatriz todavía lo quemaba. -Bueno, hay algo que nosotros *Ron, Hermione y yo*- Necesitamos hacer, y una vez hecho nos marcharemos de aquí.-
Nadie estaba riendo o gritando. Neville estaba confundido.
-Que quieres decir, ¿con nos marcharemos de aquí?-
-No hemos venido a quedarnos- dijo Harry, frotándose la cicatriz, tratando de mitigar el dolor. -Hay algo muy importante que tenemos que hacer--
-¿Que es entonces?-
-No le puedo decir-
El grupo de muchachos empezó a murmurar, Neville frunció el ceño.
-¿Por que no nos puedes decir? ¿Tiene algo que ver Quien-Tu-Ya-Sabes, verdad?
-Bueno, pues si-
-Entonces te ayudaremos-
Los demás miembros de ejercito de Dumbledore estaba asintiendo, algunos entusiastamente, otros solemnemente. Un par de ellos se levanto de sus asientos para demostrar su determinación.
-Ustedes no entienden- Parecía que Harry había repetido eso muchas veces en las ultimas horas.
-No… no les podemos decir. Tenemos que hacerlo nosotros solos-
-¿Porque?- pregunto Neville
-Por que…- en su desesperación por empezar a buscar el Horcrux faltante, o al menos en tener una conversación mas privada con Hermione y Ron acerca de donde podrían comenzar a buscarlo, Harry encontró muy difícil ordenar sus ideas. Su cicatriz todavía dolía. -Dumbledore nos dejo el trabajo a nosotros tres-, dijo cuidadosamente, -y no se supone que notros le contemos- quiero decir, quería que el trabajo fuera hecho tan solo por nosotros-
-Nosotros somos su ejército- dijo Neville. -El ejercito de Dumbledore. Estuvimos aquí todo este tiempo, mientras ustedes estaban lejos haciendo quien sabe que cosas-
-Pues lo que hicimos no fue como estar de día de campo- dijo Ron
-Nunca dije que lo hubiese sido, pero es que no entiendo por que no pueden confiar en nosotros. Todos los que estamos en este cuarto hemos estado peleando, y todos han sido conducidos aquí por que los Carrow los estaban cazando. Todos los que están aquí han probado ser fieles a Dumbledore, leales a ti.-
-Mira- Harry comenzó a hablar, sin saber exactamente que es lo que iba a decir, pero no importo. La puerta del túnel se había abierto.
-Recibimos tu mensaje, Neville, ¡Hola a los tres, pensamos que estarían aquí!-
Eran Luna y Dean. Seamus dio un gran grito de felicidad y corrió para abrazar a su mejor amigo.
-Hola todo el mundo- dijo Luna feliz. -es genial estar de vuelta-
-Luna- dijo Harry distraídamente, -¿que estas haciendo aquí?, ¿como es que?

-Yo envié por ella- dijo Neville, mientras sostenía el Galeón falso. -le prometí a ella y a Ginny que en caso de que vinieran le haría saber. Todos pensamos que cuando regresaran, significaría revolución. Que derrocaríamos a Snape y a los Corrow-
-Por supuesto que es lo que significa- dijo Luna emocionada. -¿eso es lo que significa verdad Harry? Vamos a luchar y quitarles Hogwarts?-
-Escuchen- dijo Harry en un tono que denotaba cierto pánico, -lo siento, pero no fue a eso a lo que venimos. Hay algo que necesitamos hacer y entonces.-
-¿Nos van a dejar solos con este desastre?- pregunto Michael Cornet.
-No- dijo Ron. -lo que haremos beneficiara a todos, todo se trata de deshacerse de Ya-Saben-Quien-
-Entonces déjenos ayudarles- dijo Neville enojado. -¡queremos ser parte de eso!-
Hubo otro ruido detrás de ellos y Harry se volteo. Su corazón estaba a punto de detenerse. -Ginny estaba saliendo del túnel, seguida de cerca por Fred, George y Lee Jordan. Ginny lo miro y lo saludo con una gran sonrisa. Harry había olvidado, nunca se había dado cuenta de lo hermosa que era, pero lamentaba el momento en lo había hecho.
-Aberforth se esta enojando- dijo fred, levantando su mano para responder a los sollozos de lo alegría que lo recibían. -ahora quiere una casa nueva, y que su bar se convierta en una estación de trenes-
Harry abrio la boca. Justo detrás de Lee Jordan venia la que antes fuese su novia, Cho Chang. Ella le sonrió.
-Tambien recibí el mensaje- dijo ella, sosteniendo el galeón falso mientras caminaba y sentaba al lado de Michael Corner.
-Entonces cual es el plan, Harry?- Dijo George.
-No hay ningún plan- dijo Harry, todavía desorientad por la repentina aparición de toda esta gente, incapaz de pensar en algo debido al dolor de su cicatriz.
-¿Así que vamos a improvisar, verdad? Eso si que me gusta- dijo Fred.
-Tienes que detener esto- Harry le dijo a Neville. -¿por los llamaste a todos? Esto es una locura-.
-Estamos peleando, ¿no es cierto?- dijo DEan, mostrándole su Galeón falso. -el mensaje decía que Harry había regresado, y que íbamos a pelear. Creí que necesitare una varita-
-¿No tienes una varita?- pregunto seamus.
Ron se volteo de repente hacia Harry.
-¿Por que no nos pueden ayudar?-
-¿Que?-
-Ellos nos pueden ayudar- bajo un poco la voz para que nadie pudiera escuchar lo que iba a decir a excepción de Hermione, que estaba parada entre ellos. -no sabemos donde este. Además tenemos que encontrarlo rápido. Y pues no necesitamos decirles que es un Horcrux.-
Harry volteo de Ron a Hermione, que murmuraba, -creo que Ron esta en lo correcto. No sabemos siquiera que es lo que estamos buscando, los necesitamos- y cuando Harry los miro desconfiado. -Harry no tienes que hacer todo solo-
Harry pensó rápido, su cicatriz todavía lo molestaba, su cabeza lo amenazaba con fracturarse.
Dumbledore le había advertido de decirle a alguien mas de los Horcruxes además de Hermione y Ron. Secretos y mentiras, esa es la forma en la que maduramos, y Albus…el era un…
¿Estaba acaso imitando a Dumbledore, manteniendo sus secretos escondidos, temeroso de confiar? Pero Dumbledore había confiado en Snape, y ¿a donde lo había llevado? A ser asesinado en la cima de la torre mas alta.

-Esta bien- dijo en voz baja a los otros dos. -muy bien escuchen todos- y todo el cuarto quedo en silencio, fred y George que habían estando haciendo bromas a los que se encontraban mas cerca de ellos, guardaron silencio, y lo miraron atento y emocionados.
-Hay algo que necesitamos encontrar- dijo Harry. -Algo, algo que nos ayudara a derrotar de una vez por todas a Ya-Saben-Quien. Esta aquí en Hogwarts, pero no sabemos donde. Es posible que haya pertenecido a Ravenclaw. ¿Alguien ha escuchado sobre un objeto así? ¿Alguien se ha encontrado con algo, como un águila o algo parecido?-
Harry volteo esperanzado hacia el pequeño grupo de Ravenclaws, a Padma, Michael, Terry, y Cho, pero fue Luna, quien respondió. Yo les conté algo al respecto, ¿recuerdan? -la diadema perdida de Ravenclaw. Mi papa ha tratado de reproducirla.
-Si, pero la diadema perdida- dijo Michael Corner, girando los ojoS, -esta perdida Luna, ese, creo que es el problema-.
-¿Hace cuanto se perdió?- pregunto Harry
-Siglos atrás- respondo Cho, y el corazón de Harry dio un vuelco. -el Profesor Flitwick, dice que la diadema se perdió con Ravenclaw. Mucha gente la ha buscado, pero- ella volteo hacia sus compañeros Ravenclaws. -nadie, nunca ha encontrado la menor pista acerca de ella, ¿verdad?-
Todos sacudieron la cabeza negativamente.
-Perdón, ¿pero que es una diadema?- pregunto Ron
-Es una especie de corona- dijo Terry Boot. -se supone que tenía propiedades mágicas que aumentaba la sabiduría de quien la usara-
Si, los Wrackspurt Siphons de papa-
Pero Harry interrumpió a Luna.
-¿Alguno de ustedes ha visto una cosa parecida?-
Todos sacudieron la cabeza otra vez. Harry volteo hacia Ron y Hermione y su propia disolución se reflejo en sus rostros. Un objeto que había estado perdido por tanto tiempo sin dejar huella, no era posible que fuese un buen candidato para contener a un Horcrux.
Antes de que pudiese formular una nueva pregunta, Cho, hablo de nuevo.
-Si quieres ver como es una diadema, te puedo llevar a nuestro salón común y enseñártela. La estatua de Ravenclaw esta usando una.-
La cicatriz de Harry estaba molestándolo de nuevo. Por un momento el Cuarto del Requerimiento, desapareció, y en vez de el vio la tierra que pasaba a gran velocidad debajo de el, mientras sentía el gran peso de una serpiente en los hombros. Voldemort estaba volando de nuevo, aunque no sabia si se dirigía hacia el lago subterráneo o al castillo. De cualquier forma no les queda mucho tiempo.
-Se esta moviendo- dijo en voz baja a Ron y Hermione. Miro a Cho y de nuevo volteo hacia sus amigos. -escuchen, ya se que no es una gran pista, pero voy ir a ver esa estatua y averiguar como es esa diadema. Espéreme aquí, y mantengan, ya saben a los demás, seguros-.
-Cho se puso se puso de pie, pero ginny dijo ferozmente. -no, luna acompañara a Harry, ¿no es así luna?-
-Oh si claro, me encantaría- dijo luna felizmente, mientras que Cho se sentaba de nuevo, claramente desilusionada.
-¿Como salimos de aquí?-Harry le pregunto a Neville
-Neville guió a luna y a Harry a una esquina, donde había una pequeña alacena abierta hacia unos escalones. - siempre termina en lugares diferentes, así es como hemos impedido que nos atrapen- dijo. -el problema es que, no sabemos exactamente a donde los llevara. Harry ten cuidado, siempre patrullan los corredores de noche-.
-No hay problema- dijo Harry. -no vemos en un ratito.-

Harry y Luna se apresuraron hacia la escalera, que era muy larga, iluminada por antorchas giraba en los lugares mas inesperados. Al fin parecía que habían llegado a un muro solidó.
-Ven Luna, acércate- Harry le dijo a Luna, mientras sacaba la capa de invisibilidad y los cubría a ambos. Entonces empujo el muro.
Este se derritió al contacto con su mano y se deslizaron hacia fuera. Harry volteo hacia atrás y vio que el muro se había solidificado de nuevo. Estaban arado es en medio de un corredor oscuro. Harry empujo a luna hacia las sombras, saco la bolsita que colgaba de su cuello, y tomo el mapa del Merodeador. Deteniéndolo cerca de su nariz, busco, y al fin encontró los puntitos que representaban tanto a Luna como a el.
-Estamos en el quinto piso- susurro, mientras miraba que Filtch se alejaba de ellos, un corredor adelante. -vamos, por aquí-
Empezaron a caminar cuidadosamente.
Harry había deambulado por el castillo muchas veces antes, pero nunca su corazón había estado latiendo tan rápido, nunca nada había dependido tanto de que se mantuvieran alerta y en silencio.
A través de cuadros iluminados por la luna, armaduras cuyo casco chillaba como respuesta a su pisadas, alrededor de esquinas de las cuales no sabían que los podía estar esperando. Caminaban Harry y Luna, chocando el mapa del merodeador cuando la luz se lo permitía, dos veces dejaron pasar a un fantasma evitando llamar su atención. Harry esperaba encontrarse con un obstáculo en cualquier momento, su peor temor era Peeves, y el aguzaba los oídos en busca de cualquier indicio que delatara la presencia del poltergesit.
-por aquí, Harry- respiro Luna, extendiendo la manga y señalando una escalera en espiral.
Ellos escalaron en apretados, mareantes círculos; Harry nunca había estado por aquí. Al fin llegaron a una puerta. No había cerradura y sin cerradura, nada sino una simple puerta de madera vieja, y un picaporte de bronce con la forma de un águila.
Luna extendió una mano pálida, que daba una sensación extraña mientras flotaba en el aire, sin al parecer estar conectada a algún cuerpo o brazo. De repente el pico del águila se abrio, pero en vez de que se escuchara el canto de un ave, una melodiosa y suave voz pregunto, -¿Que es primero, el fénix o la flama?-
-Hmmmm… que piensas que sea Harry?- dijo luna, pensativa.
-¿Que?, ¿Que no hay contraseña?-
-Oh, no, tienes que contestar la pregunta-, dijo Luna
-¿Que pasa si me equivoco?-
-Bueno, pues tendrás que esperar a alguien que sepa la respuesta-, dijo Luna. -en esa forma es seguro que aprendas-.
-Si…El problema es que, de verdad no podemos esperar a que alguien venga, luna.-
-No, ya ve a que te refieres- dijo luna seriamente. -bueno entonces, creo que la respuesta es que un círculo no tiene principio.-
-Bien razonado- dijo la voz, y las puerta de abrió.
El salón común de Ravenclaw era circular, el más grande y ancho que cualquiera en el Harry hubiese estado antes. Ventanas graciosamente arqueadas adornaban los muros, sus paredes estaban cubiertas por mantas azul y bronce. De día, los Ravenclaws deberían de disfrutar de una hermosa vista de las montañas. El techo en cúpula estaba adornado con estrellas pintadas, al igual que la alfombra de color azul media noche. Había mesas, sillas y libreros, y en un nicho opuesto a la puerta estaba la alta estatua hecha de mármol blanco.

Harry reconoció a Rowena Ravenclaw gracias al busto que había visto en casa de Luna. La estatua estaba a un lado de la puerta, sospecho Harry conducía hacia los dormitorios en el piso de arriba. El se dirigió directamente hacia la mujer de mármol, y parecía que ella lo miraba de vuelta con una sonrisa inquisidora, hermosa y a la vez intimidante. Un frágil adorno, parecido a un anillo había sido reproducido en mármol sobre su cabeza. No era tan distinta a la que Fleur había usado el día de su boda. En ella había pequeñas letras escritas. Harry se quito un poco de la capa y se apoyo en el pedestal de la estatua para poder leerlas_

-El ingenio inmensurable, es el tesoro humano más grande-

-Lo que te hace a ti una persona muy pobre- dijo una voz cacareante.

Harry volteo en todas direcciones, bajado del escalon y cayendo al suelo. La figura de hombros caidos perteneciente a Alecto Carrow, estaba parada enfrente de el, y aunque Harry había levantado su varita, ella ya habia presionado con su rechoncho dedo medio la marca del cráneo y la serpiente que tenia tatuada en el antebrazo.

Capitulo Treinta
La Destitución de Severus Snape

En el momento que sus dedos tocaron la Marca, la cicatriz de Harry ardia salvajemente, el cuarto estrellado se desvaneció, y el estaba parado en una roca debajo de un acantilado, y el mar arrastrandose alrededor de él y sentia triunfo en su corazon— *Ellos tienen al muchacho*.

Una gran explosion devolvio a Harry a donde estaba. Desorientado, el alzó su varita, pero la bruja en frente suyo ya estaba callendo hacia adelante; ella golpeó el piso tan fuertemente que el vidrio en las estanterias tintineó.

—Yo nuna he Aturdido a nadie excepto en nuestras clases de E.D.– díjo Luna con un tono un poco interesado, — Eso fue mas ruidoso de lo que pensé que iba a ser.

Y dicho y hecho, el techo había empezado a temblar. Corriendo rapidamente, pasos resonantes empezaban a oirse mas fuertemente detras de la puerta que llevaba hacia los dormitorios. El hechizo de Luna había despertado a los Ravenclaw que dormían arriba.

—¿Luna, donde estas? ¡Necesito meterme debajo de la capa!.

Los pies de luna aparecieron de la nada, el corrió hacia su lado y ella dejó que la capa callera sobre ellos mientras la puerta se abria y una multitud de Ravenclaws, todos en su ropa de dormir, inundaron la Sala Común. Habían gritos y llantos de asombro mientras veian a Alecto tirada ahí inconciente. Lentamente se agruparon al rededor de ella, una bestia salvaje que podria despertarse en cualquier momento y atacarlos. Luego, un pequeño valiente de primer año se apresuró hacia ella y le pinchó la espalda con su dedo gordo del pie.

—¡Creo que está muerta!— Gritó con alegría.

—Oh, mira,— Susurró Luna alegremente, mientras los de Ravenclaw se agrupaban alrededor de Alecto. —¡Ellos estan complacidos!

—Si... grandioso...

Harry cerró sus ojos, y mientras su cicatriz palpitaba decidió hundirse otra vez en la mente de Voldemort... El se estaba moviendo atravez del tunel de la primera cueva... El había decidido asegurarse del medallón antes de venir...pero eso no le tomaria mucho tiempo...

Un golpe sonó en la puerta de la sala común y todos lo de Ravenclaw quedaron congelados. Desde el otro lado, Harry oyó la voz suave y musical del que era el águila tocadora de puertas. —¿A dónde van los objetos desvanecidos?

—Yo no sé, ¿o si? ¡Callate!— gruñó una voz grosera que Harry sabía era del hermano Carrow, Amycus, —¿Alecto? ¿*Alecto?* ¿Estas ahí? ¿Lo tienes? ¡Abre la puerta!

Los de Ravenclaw estaban susurrando entre ellos, aterrorardos. Entonces, sin aviso, empezaron una serie de fuertes estallidos, como si alguien estubiera disparando una pistola hacia la puerta.

—¡Alecto! Si él viene, y no tenemos a Potter—¿Quieres ir al mismo lugar de los Malfoys? ¡CONTESTAME!— Amycus gritó, agitando la puerta con toda su fuerza, pero igual no abrió. Todos los de Ravenclaw estaban alejandose,y unos de los más asustados empezaron a esconderse arriba de las escaleras a sus camas. Luego, justo cuando Harry se estaba preguntando si deberia abrir la puerta y Aturdir a Amycus antes de que los Mortifagos pudieran hacer algo mas, una segunda voz muy familiar sonó afuera, detras de la puerta.

—¿Puedo preguntar que esta haciendo, profesor Carrow?

—¡Tratando... de pasar... por esta maldita...puerta! Gritó Amycus. —¡Ve y trae a Flitwick! ¡Hazlo abrirla, ahora!

—¿Pero su hermana no esta ahi?—Preguntó la profesora McGonagall. —¿El profesor Flitwick no la dejó entrar temprano esta noche, acudiendo a su petición urgente?

¿Quizás ella pueda abrirle la puerta? Asi usted no tiene que despertar a la mitad del castillo.

—¡Ella no está respondiendo, vieja bruja! ¡Abrala *usted*! ¡(Garn)! ¡Azlo ahora!

—Ciertamente, si usted lo desea,— díjo la profesora McGonagall, con una terrible frialdad. Un gentil golpe sonó en la puerta y la voz musical preguntó de nuevo.

—¿A dónde se van los objetos desvanecidos?

—Al no ser, es como decir, todo,—Respondió la profesroa McGonagall.

—Muy bien estrucurada la respuesta,—Respondió el aguila golpeadora de puertas y la puerta se abrió.

Los pocos de Ravenclaw que quedaban corrieron hacia las escaleras cuando Amycus se lanzó en el umbral, oleando su varita. Jorobado como su hermana, tena una carada palida y gorda y ojos pequeños, que calleron imediatamente en Alecto, extendida e inmovil en el piso. El dió un grito de furia y miedo.

—¿Qué han hecho esos pequeños perros?—Gritó—Los voy a matar con el Cruciatus a todos hasta que me digan quien lo hizo... ¿Y que va a decir el Señor Tenebroso?—Chilló, parado al lado de su hermana y golpeandose en la frente con su puño.— ¡No lo tenemos y ellos la mataron!

—Solo esta Aturdida,—Dijo la profesroa McGonagall impacientemente quien habia agachado a examinar Alecto,—Ella va a estar bien.

—¡No, ella no lo va a estar! Gritó Amycus.— ¡No despues de que el Señor Tenebroso la tenga en su poder! Ella fue a traerlo. ¡Yo senti mi Marca quemarme, y el piensa que tenemos a Potter!

—¿Tienen a Potter?— Dijo la profesora McGonagall con dureza.— ¿Que quieres decir con "tenemos a Potter?"

—¡El nos dijo que Potter podria tratar de entrar a la Torre de Ravenclaw, y que lo agarraramos si lo veiamos!

—¿Por qué iba Harry Potter a tratar de entrar a la Torre de Ravenclaw? ¡Potter pertenece a mi Casa!

Detras de la incredulidad y la rabia, Harrry oyó una pequeño rastro de orgullo en su voz, y una sensación de cariño por Minerva McGonagall lo envolvió.

—¡A nosotros nos dijeron que el podria venir aquí!— díjo Carrow—Yo no se por qué, ¿ó si?

La Profesora McGonagall se paró y sus ojos pequeños atravezaron el lugar. Dós veces pasaron sobre el lugar donde Harry y Luna estaban.

—Podemos culpar a los niños,—díjo Amycus, su cara de cerdo de repente muy astuta.—Si, eso es lo que vamos a hacer. Vamos a decir que a Alecto la emboscaron los niños, eso niños de allá arriba.—El miró hacia el techo estrellado hacia los dormitorios.

—y vamos a decir que elllos la forzaron a presionar su Marca, y por eso le dieron una falsa alarma... El puede castigarlos. Un par de niños mas o menos, ¿cual es la diferencia?

—La unica diferencia entre la verdad y mentiras, coraje y covardia,— díjo la profesora McGonagall, quien se había vuelto pálida,—Una diferencia, en resúmen, que usted y su hermana no pueden apreciar. Pero dejame hacer una cosa clara. Usted no va a pasar sus ineptitudes a los estudiantes de Hogwarts. No lo permitiré.

—¿Perdón?

Amycus se movió hacia adelante hasta que estaba ofensivamente cerca a la Profesora McGonagall, su cara sólo a centímetros de ella. Ella se rehusó a retroceder, pero lo miraba con desprecio como si fuera algo asqueroso que encontró pegado al retrete.

—No es un questión de que *usted* lo permita, Minerva McGonagall. Su momento terminó. Somos nosotros los que estámos a cargo ahora, y usted me va a ayudar ó pagará por esto.

Y le escupió en la cara.

Harry se quitó la Capa, alzó su varita, y díjo, —No debiste hacer éso.

Mientras Amicus revoloteaba, harry gritó, —¡*Crucio!*

El Mortifago fue alzdo del piso. Se retorcia por el aire como un hombre ahogado, azotando y aullando del dolor, y luego, con un crujido y un ruido de vidrios rotos, se estrelló con una estantería y calló, anesteciado, al piso.

—Ya veo lo que quería decir Bellatrix,—díjo Harry, la sangre tronando en su cerebro, —Tienes que desearlo de verdad.

—¡Potter! Susurrró la Profesora McGonagall, agarrandose el corazón.—Potter... ¡estás aquí! ¿Que...? ¿Cómo...?—Ella luchó por lucir tranquila.— ¡Potter, eso fue imprudente!

—El le escupió—díjo Harry.

—Potter, yo... eso fué...muy *cortés* de tu parte... pero no te dás cuenta...?

—Sí me doy cuenta— le aseguró Harry. De alguna manera su panico lo estabilizó a él.—Profesora McGonagall, Voldemort esta de camino.

—Oh, ya se nos ha permitido decir ese nombre?—Preguntó Luna con un aire de interés, quitandose la Capa de Invisibilidad. La aparición de una segunda fujitiva abrumó a la Profesora McGonagall, quien se tambaleó hacia atrás y se calló en una silla cercana, agarrando el cuello del viejo traje de tartán.

—Yo no creo que hay alguna diferencia de como lo llamemos,—Harry le díjo a Luna.—El ya sabe donde estoy.

En una parte lejana del cerebro de Harry, la parte conectaba con la furiosa y ardiente cicatriz, el podía ver a Voldemort navegando rápidamente por el lago en el fantasmal bote verde...El casi habia alcanzado la isla donde estaba la píla de piedra...

—Débe huir,—Susurró la Profesora McGonagall.— ¡Ahora, Potter, lo más rápido que puedas!

—No puedo,—díjo Harry.—Hay algo que tengo que hacer. Profesora, ¿sabes donde esta la diadema de Ravenclaw?

—¿La d-diadema de Ravenclaw? Claro que no... ¿no ha estado perdida por siglos? —Se sentó un poco mas firme.— Potter, fue una locura, una total locura, que usted entrara al castillo...

—Tenia que hacerlo—Hay algo escondido aqui que tengo que encontrar, y *podria* ser la diadema...Si yo pudiera hablar con el profesor Fitwick...

Hubo un sonido de movimiento, de vidrio tintineando. Amycus venia. Antes de que Harry y Luna pudiearan actuar, la Profesora McGonagall se paró, apuntó su varita hacia el Mortifago aturdido y díjo—¡*Imperio!*

Amycus se paró, caminó hacia su hermana, recogió su varita, y luego corrió obedientemente hacia McGonagall y se la dió junto con la suya.

—Potter,—díjo la Profesora McGonagall, volteando a verlo otra vez con mucha indiferencia al probelma de Carrow,—si El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado si sabe que estas aquí.

Mientras él díjo eso, una rabia que era como un dolor físico se apoderó de Harry, quemandole la cicatriz., y por un segundo miro hacia una basija en la que la posion se volvió clara, y vió que no había ningun medallón debajo de la superficie...

—Potter, ¿estas bien?—díjo una voz, y Harry volvió: El estaba agarrando el hombro de Luna para balancearse.

—Se nos está acabando el tiemp;o, Voldemort está cerca. ¡Profesora, estoy actuando con las ordenes de Dumbledore, debo encontrar lo que quería que encontrara! Pero tenemos que sacar a los estudiantes mientras busco en el castillo...Soy yo a quien quiere Voldemort, pero a él no le va a importar matar unos cuantos mas, ahora no...—*ahorano mientras sabe que esto atacando Horcruxos*, Harry terminó la oración en su cabeza.

—Estás actuando con las ordenes de Dumbledore?—repitió con una mirada de asombro. Luego se paro lo mas alto que pudo.

—Debemos asegurar la escuela de El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado mientras que busca por ese...objeto.

—¿Eso es posible?

—Yo creo que sí,—d'ijo la Profesora McGonagall secamente, —los maestros somos muy buenos magos, sabes. Estoy segura que podremos detenerlo por un momento si todos ponemos nuestro mejor esfuerzo. Claro, algo tenemos que hacer con el Profesor Snape...

—...y si Hogwarts está a punto de ser asedida, con el Señor Tenebroso en las puertas, seria muy aconsejable tener en lo posible mas gente inocente afuera. Con la Red Flu bajo observación, y Aparición imposible dentro del castillo...

—Hay una manera,—díjo Harry rapidamente, y le explico todo sobre el pasadiso que llega hacia la Cabeza de Puerco.

—Potter, estamos hablando de cientos de estudiantes...

—Yo se, profesora, pero si Voldemort y los Mortifagos están concentrados en los límites de la escuela no van a estar interesados en alguien que esté Desapareciendo afuera de la Cabeza de Puerco.

—Hay algo ahí,—consintió. Ella apuntó su varita a los Carrow, y una malla plateadacalló sobre sus cuerpos pegados, se amarró alrededor de ellos, y los cargó en el aire, donde estaban colgando bajo el cielo azul y dorado como dos grandes y feas creaturas del mar.—Vamos. Debemos alertar a los otros Jefes de Casa. Es mejor que te pongas la Capa otra vez.

Ella marchó hacia la puerta, y meintras hacía eso alzó su varita. De la punta salió tres gatos plateados con marcas de lentes al rededor de sus ojos. Los Patronus corrian facilmente adelante, llenando la escalera en espiral con luz platead, minetras la Profesora McGonagall, Harry y Luna trotaban detras de ella debajo de la Capa.

Ellos habían bajado dos pisos más cuando otro set de suaves pasos unieron a los de ellos. Harry, a quien la cicatriz le estaba picando, los oyó primero: Buscó en la bolsa al rededor de su cuello por el Mapa del Merodeador, pero antes de que lo pudera sacar,

McGonagall también se dió cuenta de que tenían compañia. Ella paró, alzó su varita lista para un duelo,, y dijo,— ¿Quién está ahí?

—Soy yo,—díjo una voz leve.

Detrás de una armadura salió Severus Snape.

Odio hirvió dentro de Harry al verlo: Se le habían olvidado los detalles de la apariencia de Snape en la magnitud de sus crimenes, se lo olvidó como su pelo grasoso y negro colgaba ocmo cortinas alrededor de su cara delgada, como sus ojos negros tenian un aspecto muerto y frío. No tenía ropa de dormir, pero estaba vestido con su capa nagra, y el tambien tenia una varita lista para pelear.

—¿Dónde estan los Carrow?—Preguntó silenciosamente

—Donde usted les díjo que estubieran, me imagino, Severus,—díjo la Profesora McGonagall.

Snape se paró mas cerca, y sus ojos revolotearon sobre la Profesora McGonagall en el aire alrededor de ella, como si supiera que Harry estaba ahí. Harry sostubo su varita arriba tambien, listo para atacar.

—Tuve la impresión,—díjo Snape,—Que Alecto habia detenido a un intruso.

—¿Verdad?—díjo la Profesora McGonagall.— ¿Y que le dió esa impresión?

Snape hizo un pequeño movimiento de su brazo, donde la Marca Oscura marcada en su piel.

—Ah, pero naturalmente,—díjo la Profesora McGonagall.—Ustedes los Mortifagos tienen su modo de communicación privado, me olvidé.

Snape pretendió no oirla. Sus ojos estaban todavía sondeando el aire alrededor de ella, y estaba moviendose gradualmente mas cerca, con un aire de que no sabía lo que estaba haciendo.

—No sabía que era su noche de patrullar los corredores, Minerva.

—¿Tiene alguna objeción?

—¿Me pregunto que pudo haberla sacado de su cama a esta hora?

—Pensé que oí un disturbio,—díjo la Profesora McGonagall.

—¿Verdad? Pero todo se ve muy calmado.

Snape la miró a los ojos

—¿Haz visto a Harry Potter, Minerva? Perco si lo ha visto, devo insistir...

La Profesora McGonagall se movió más rápido que Harry pudo creer: Su varita acuchilló el aire y por un segundo Harry pensó que Snape debería caer inconciente, pero la rapidés de su Hechizo de Escudo fue tal que McGonagall fue tirada fuera de balance. Ella empuñó su varita hacia una antorcha en la pared y voló fuera de su soporte: Harry, a punto de maldecír a snape, fue forzado a quitar a Luna lejos de las llamas que caían, que se convirtieron en un anillo de fuego que llenó el corredor y voló como un lazo hacia Snape...

Luego ya no era fuego, pero un a gran serpiente que McGonagall volvió humo, que se re-formó y se solidifico en segundos para volverse un enjambre de dagas amenazadoras: Snape las evitó sólo cuando se escondió dentrás de la armadura, y con sonidos resonantes las dagas se hundieron, una después de la otra, en su pecho...

—¡Minerva!—díjo una voz chillona, y mirando detras de él, todavía protegiendo a Luna de los hechizos voladores, Harry vió a los Profesores Flitwick y Sprout corriendo por el corredor hacia ellos con su ropa de dormir, con un profesor Slughorn jadeando atrás.

—¡No!—chilló Flitwick, alzando su varita.— ¡Vás a hacer más asesinatos en Hogwarts!

El hichizo de Flitwick le pegó a la armadura donde Snape se había escondido: Con un ruido se revivió. Snape luchó fuera de los brazos aplastadores y lo mandó volando hacia sus atacantes: Harry y Luna tuvieron que tirarse al lado para evitarlo mientras se destrulló en la pared y callo. Cuando Harry miró hacia arria otra vez, Snape estaba escapando, McGonagall, Flitwick, y Sprout todos estaban corriendo detras de él: El entro por una puerta de un salón y momentos después, oyó a McGonagall gritar,—¡Cobarde! ¡COBARDE!

—¿Que pasó, qué pasó?—preguntó Luna.

Harry la arrastró hacia arriba y corrieron por el corredor, con la Capa Invisible detrás de ellos, en el salón desierto donde los profesores McGonagall, Flitwick, y Sprout estaban parados al lado de una ventana rota.

—Saltó,—Díjo la profesora McGonagall mientras Harry y Luna corrian dentro del salón.

—¿Quieres decír que está muerto?— Harry corrió hacia la ventana, ignorando los gritos de shock de Flitwick y Spout por su aparición.

—No, no está muerto,—díjo McGonagall amargamente.—Al contrario de Dumbledore, todavía tenía una varita...y se ve que ha aprendido unos cuantos trucos con su maestro.

Con un cosquilleo de horror, Harry vió en la distancia una figura grande con forma de murcielago atravez de la oscuridad hacia la pared del perimetro.

Habían pasos pesados detrás de ellos, y muchos jadeos: Slughorn acababa de alcanzarlos.

—¡Harry! Jadeó, masageandose su inmenso pecho debajo de sus pijama de seda de color esmeralda. —Mi querido niño...que sorpresa...Minerva, explica...Severus... ¿que...?

—Nuestro director se está tomando un pequeño descanso—díjo la Profesora McGonagall, apuntando hacia la figura de Snape en la ventana.

—¡Profesora! Harry gritó, sus manos en su frente. Podía ver el lago lleno de Inferi debajo de el, y sintió el fantasmal bote verde estrellarse con la orilla, y Voldemort saltoó afuera con un sentimiento de asesino en su corazón...

—Profesora, tenemos que cerrar con barricadas la escuela, ¡el ya viene!

—Muy bien. El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado ya viene— le díjo a los otros profesores. Sprout y Flitwick quedaron boquiabieartos; Slughorn dejó escapar un pequeño grito.—Potter tiene que trabajar en el castillo bajo las ordeners de Dumbledore. Tenemos que poner cada protección de la que somos capaces de hacer mientras Potter hace lo que tenga que hacer.

—¿Te das cuenta, claro, que nada de lo que hagamos puede dejara a Tu-Sabes-Quien afuera indifinidamente?—Chilló Flitwick.

—Pero lo podemos detener,— díjo la Profesora Sprout

—Gracias, Pomona,—díjo la profesora McGonagall, y entre las dos brujas pasó una triste mirada de entendimiento.— Yo sugiero que establescamos porección basica al rededor del lugar, luego reunir a nuestros estudiantes y encontrarnos en el Gran Comedor. La mayoria deben ser evacuados, pero si algunos de los que son mayores de edad quieren quedarse a pelear, yo creo que tenemos que darles esa oportunidad.

—Estóy de acuerdo,— díjo la Profesora Sprout, quien ya estaba apurandose hacia la puerta. —Los veré en el Gran Comedor en veinte minutos con los de mi Casa.

Y trotó fuera de la vista de elllos, la podian oir murmurando,—Tentacula. Lazo del Diablo. Y cascara de Snargaluff... si, quiero ver a los Mortifagos peleando esos.

—Puedo actuar desde aquí,—díjo Flitwick, y aunque casi no podia ver fuera de ella, le apunto con su varita atravez de la ventana rota y empezó a susurrar encantos de

gran complejidad. Harry olló un raro ruido rafagante, como si Flitwick hubiera desencadenado el poder del viento dentro del castillo.

—Profesor,—díjo Harry, acercandose al pequeño maestro de Encantos, —Profesor, perdón por interrumpir, pero esto es importante. ¿Tiene alguna idea de donde está la diadema de Ravenclaw?

—*Protego Horribilis...* ¿la diadema de Ravenclaw?—Chilló Flitwick. —Un poco de sabiduria extra nunca se pierde, Potter, pero creo que no va a ser de mucho uso en esta situación.

—Solo quise decir... ¿Usted sabe donde está? ¿Alguna vez la ha visto?

Harry sintió una mezcla de decepción desesperada y panico. Entonces, que era el Horcrux?

—¡Debemos encontrarlos a usted a su Ravenclaws en el Gran Comedor, Filius! Díjo la Profesora McGonagall, señalandole a Harry y Luna que la siguieran.

Acababan de alcanzar la puerta cuando Slughorn retumbo en habla

—Mi Dios,— jadeó, palido y sudoroso, su bigote de morsa temblando. ¡Que hacer! No estoy seguro que esto sea prudente, Minerva. Va a encontrar una manera de entrar, usted sabe, y cualquiera de los que han tratado de detenerlo va a estar en gran peligro...

—Voy a esperarlos a usted y a los de Slytherin en Gran Comedor en veinte minutos, tambien,—díjo la profesora McGonagall.—Si desea irse sin sus estudiantes, no lo vamos a parar. Pero si algunos de ustedes tratan de sabotear nuestra resistencia o tomar armas en contra de nosotros dentro del castillo, entonces, Horacio, vamos a hacer un duelo hasta matar.

—¡Minerva!—díjo, horrorizado.

—Ha llegado el momento que la Casa de Slytherin decida cuales son sus lealtades,—Interrumpió la profesora McGonagall.— Ve y despierta a tus estudiantes, Horace.

Harry no se quedó para ver a Slughorn balbucear: El y Luna correron detras de la Profesora McGonagall, quien habia adoptado una posiciónen la mitad del corredor y alzó su varita.

—*Piertotum*...oh, por el amor de Dios, Filch, ahorita no...

El viejo portero acababa de aparecer, gritando —¡Estudiantes fueras de sus camas! ¡Estudiantes en los corredores!

—¡Se supone que estén afuera, idiota!— Gritó McGonagall.— ¡Ahora, vaya y haga algo constructivo! ¡Encuentre a Peeves!

—¿P-Peeves?— tartamudeó Filch como si nunca hubiera oido ese nombre antes.

—Si, *Peeves*, tonto, ¡ *Peeves!* ¿No ha estado quejandose de el por un quarto de siglo? ¡Vaya y traigalo, ahora!

Evidentemente, Filch pensó que la profesora McGonagall se había vulto loca, pero se fue cojeando, con los hombros jorobados, susurrando en voz baja.

—Y ahora... ¡*Piertotum Locomotor!* Chilló la Profesora McGonagall.

Y atravez del corredor las estatuas y armaduras saltaron fuera de su pedestal, y con golpes resonantes de los pisos de arriba y abajo, Harry sabía que sus compañeros atravez del castillo habían hecho lo mismo.

—¡Hogwarts está amenazada!— Gritó lal Profesora McGonagall.— ¡Cuiden los alrededores, protegenos, cumplan con su deber en esta escuela!

Haciendo ruidos y gritando, el rebaño de statuas móviles se precipitó delante de Harry: Algunos de ellos más pequeños, otros mas grandes, que un sers humano. Tambien habían animales, y las armaduras con su sonido metálico empuñaron espadas y pelotas en cadenas con púas.

—Ahora, Potter,—díjo McGonagall,—Es mejor que usted y la Señorita Lovegood se devuelvan con sus amigos y los traigan al Gran Comedor... Yo despertaré a los otros de Gryffindor.

Ellos se fueron cuando estában en el último escalon, Harry y Luna corriendo hacia la entrada oculta hacia el Cuarto de Requerimientos. Mientras corrían, se encontraron con grupos de estudiantes, casi todos con su capa de viaje sobre sus pijama, siendo guiados hacia el Gran Comedor por maestros y prefectos

—¡Ese era Potter!

—¡*Harry Potter!*

—¡Era el, lo juro, lo acabé de ver!

Pero Harry no los miró, y finalmente llegaron a la entrada del Cuarto de Requerimientos. Harry se inclinó hacia la pared encantada, que se abrió para dejarlos entrar, y el y Luna corrieron hacia la escalera

—¿Qu...?

Mientras el cuarto salió a la vista, Harry bajó unos escalones del shock. Estaba llena, más llena de cuando el había estado ahí. Kingsley y Lupin estaban mirandolo a el, como también Oliver Wood, Katie Bell, Angelina Johnson, y Alicia Spinner, Bill y Fleur, y el Señor y la Señora Weasley.

—Harry, ¿que está pasando?— díjo Lupin, encontrandose con él al final de las escaleras.

—Ya viene Voldemort, están haciendole barricadas a la escuela...Snape se escapó... ¿Que están haciendo aquí? ¿Cómo sabían?

—Le mandamos mensajes al resto del Ejercito de Dumbledore,—explicó Fred.— No esperabas que todos se perdieran de la diversión, Harry, y el E.D. le contó a la Orden del Fenix, y todo se juntó.

—¿Primero qué, Harry? Díjo George. —¿Qué está pasando?

—Están evacuando los niños mas jóvenes y todos se estan reuniendo en el Gran Comedor para organizarse,—Díjo Harry.—Vamos a pelear.

Hubo un gran clamor y una oleada hacia el final de las escaleras; el estaba presionado en contra de la pared mientras corrian después de el, los miembros de la Orden del Fenix, el Ejercito de Dumbledore, y el viejo equipo de Quidditch de Harry mezclados, todas sus varitas afuera, caminando hacia el castillo principal.

—Vamos Luna,—Dean llamó mientras pasaba, dando su mano libre; ella la tomo y lo siguió arriba de las escaleras.

El grupo de personas se estaba haciendo mas pequeño: Solo un pequeño grupo de personas quedaban en el Cuarto de Requerimientos, y Harry se les unió. La Señora Weasley estaba luchando con Ginny. Al rededor estaba Lupin, Fred, George, Bill, y Fleur.

—Eres menor de edad!— le gritó la Señora Weasley a su hija mientras Harry se acercaba.— ¡No lo permitiré! Los hombres, si, pero tu, ¡tu tienes que ir a casa!

—¡No lo haré!

El cabello de Ginny voló cuando tiró su brazo fuera del puño de la Señora Weasley.

—Estoy en el Ejercito de Dumbledore...

—¡Una pandilla de adolescentes!

—¡Una pandilla de adolescentes que va a pelear contra el, lo que nadie se ha atrevido a hacer!— díjo Fred.

—¡Ella tiene dieciseis años!—gritó la Señora Weasley.— ¡No es lo sufisientemente grande! Ustedes dos estaban pensando entraerla con ustedes...

Fred y George se veian avergonzados.

—Mi mamá tiene razón, Ginny,—díjo Bill gentilmente. —No puedes hacer esto. Todos los menores de edad tienen que irse, es lo justo.

—¡No puedor ir a casa!— Gritó Ginny, furiosa y con lagrimas brillandole en los ojos. —Toda mi familia esta aquí, no puedo quedarme parada a esperar sola sin saber y...

Sus ojos se encontraron con los de Harry por primera vez. Lo miró suplicantemente, pero el díjo que no con la cabeza y ella se volteó rencorosamente.

—Está bien,— d'ijo, mirando hacia la entrada del tunel que llegaba a la Cabeza de Puerco. —Voy a despedirme ahora, luego, y....

Se oyeron pies arrastrandose y un gran ruido sordo: Alguien más había salido del tunel, perdió un poco el equililbrio, y calló. Se paró con la silla mas cercana, miró al rededor detras de sus lentes de sus lentes torcidos, y díjo, —¿Llegué tarde? ¿Ya empezó? Me acabé de enterar, entonces yo...yo...

Percy quedó en silencio. Evidentemente nohabía esperado encontrarse con la mayoria de su familia. Hubo un momento de asombro, que fue interrumpido por Fleur diciendole a Lupin, en un intento muy transparente de romper la tension, —¿Y... como está el pequeño Teddy?

Lupin le parpadeó, sorprendido. El silencio entre los Weasleys se solidificó, como un hielo.

—Yo...oh si... ¡está bien!—Díjo Lupin fuertemente.—Si, Tonks esta con el...en la casa de su madre...

Percy y los otros Weasleys todavía se estaban mirando, congelados.

—¡Mira, tengo una foto!—Gritó Lupin, sacando la foto del bolsillo de su chaqueta y mostrandoselo a Fleur y Harry, quien vió un pequeño bebe con un mechón de colór turquesa, salundando con gordas manos a la camara.

—¡Fuí un estupido!— Rugió Percy, tan duro que Lupin casi bota la foto.—Fuí un idiota, fui un presumido, fuí un...un...

—Un idiota, amante del ministerio, repudiante de la familia, hambriento de poder,— díjo Fred

Percy pasó saliva

—¡Si, lo fuí!

—Bueno, no puedes decir mejor que eso,— díjo Fred, dandole la mano a Percy

La Señora Weasly empezó a llorar. Corrió hacia adelante, empujó a Fred, y le dió a Percy un abrazo estrangulador, mientras el le daba palmaditas en la espalda, sus ojos mirando a su padre.

—Perdoname, padre,— díjo Percy

El Señor Weasly parpadeo rapidamente, luego tambien se apuró a abrazar su hijo.

—¿Que te hizo volver a tus sentidos, Perce?— Preguntó George.

—Me ha estado pasando por un tiempo,—díjo Percy, limpiandose los ojos debajo de los lentes con la esquina de su capa. —Pero tenia que encontrar una manera de salirme y no es facil en el Ministerio, estan mentiendo a la carcel a los traidores. Logré contactarme con Alberforth y me paso el dato hace diez minutos que Hogwarts iba a pelear, entonces aqui estoy.

—Bueno, si esperamos que nuestros prefectos sean lideres en momentos como este,— díjoGeorge con una buena imitacíon del gesto más presumido de Percy.—Ahora vamos a arriba y peleemos, o todos los mejores Mortifagos ya estaran tomados.

—¿Entonces, tu eres mi cuñada ahora?—díjo Percy, dandole la mano a Fleur mientras caminaban hacia las escaleras con Bill, Fred, y George.

—¡Ginny!—gritó la señora Weasley.

Ginny estaba tratando, aprovechando la reconciliación, de subir a escondidas.

—Molly, que opinas,— díjo Lupin.— ¿Por qué no se queda Ginny, asi almenos esta en la escena y sabe lo que está pasando, pero no estarán en la mitad de la pelea?

—Yo...

—ES una buena idea,—díjo el señor Weasley firmemente. —Ginny, te quedas en este cuarto, ¿entiendes?

A Ginny no le gustó mucho la idea, pero bajo la mirada preocupada de su padre, asintió. La Señora y el Señor Weasly y Lupin caminaron hacia las escaleras tambien.

—¿Dónde está Ron?—Preguntó Harry.— ¿Dónde está Hermione?

—Deben estar en el Gran Comedor,—díjo el Señor Weasley.

—No los vi pasar,— díjo Harry.

—Dijeron algo sobre un baño,—díjo Ginny,—Poco después de que te fuiste.

—¿Un baño?

Harry caminó atravez del cuarto hacia una puerta abierta que llevaba al Cuarto de Requerimientos y buscó en el baño. Estaba vacio.

—¿Estás segura de que dijeron bañ...?

Pero luego su cicatriz le quemóy el Cuarto de Requerimientos desapareció: El estaba mirando atravez de las altas rejas de hierro con jabalís con alas en columnas en cada lado, mirando atravez del oscuro campo hacia el castillo, que estaba ardiendo con luces. Nagini estaba sobre sus hombros. Estaba poseido con ese sentimiento cruel y frio de un proposito precedia asesinato.

Capítulo 31
LA BATALLA DE HOGWARTS

El cielo encantado del Gran Comedor estaba oscuro y salpicado de estrellas, y debajo de él, las cuatro largas mesas de las cuatro casas estaban alineadas, llenas de alumnos desaliñados, algunos con sus capas de viaje, otros en capas de gala. Aquí y allá brillaba el resplandor perlado de las figuras fantasmales que poblaban la escuela. Cada ojo, vivo o muerto, estaba fijo sobre la Profesora McGonagall, quien estaba hablando desde la plataforma superior del Comedor. Detrás de ella permanecían los demás profesores, incluido el centauro Firenze, además de los miembros de la Órden del Fénix que habían venido a luchar.

-...evacuación será supervisada por el Señor Filch y Madam Pomfrey. Prefectos, cuando de la señal, organizarán a los miembros de sus casas y llevarán a sus compañeros ordenadamente hacia los puntos de evacuación.

Muchos de los estudiantes se veían petrificados. Sin embargo, mientras Harry bordeaba las paredes mientras ojeaba la mesa de Gryffindor en busca de Ron y Hermione, Ernie Macmillan se levantó de su asiento en la mesa de Hufflepuff y gritó:

- ¿Y qué pasa si nos queremos quedar y pelear?

Hubo algunos aplausos alrededor.

- Si eres mayor de edad te puedes quedar.

- ¿Qué pasará con nuestras cosas? – dijo una chica en la mesa de Ravenclaw. - ¿Nuestros libros? ¿Nuestras lechuzas?

- No hay tiempo para recoger posesiones – dijo la profesora McGonagall -. Lo más importante es llevarlos a un lugar seguro.

- ¿Dónde está el profesor Snape? – gritó una alumna de la mesa de Slytherin.

- Para usar una frase común, se ha largado. – replicó la profesora McGonagall, y una gran aclamación surgió de las mesas de Gryffindor, Hufflepuff y Ravenclaw.

Harry se movió cerca de la mesa de Gryffindor, aún buscando a Ron y Hermione. Mientras pasaba, los rostros se movieron en su dirección, y las personas murmuraban a su paso.

- Ya hemos puesto protección alrededor del castillo, – estaba diciendo la profesora McGonagall – pero es poco probable que aguantemos mucho a menos que la reforcemos. Así pues, debo pedirles que se muevan rápida y calmadamente, y que hagan lo que sus prefectos-

Pero sus palabras finales se ahogaron cuando una voz diferente hizo eco en el Gran Comedor. Era aguda, fría y clara. Era imposible decir de dónde provenía; parecía salir de las mismas paredes. Como los monstruos que una vez comandó, tal vez yació allí, dormida, por siglos.

- Sé que se están preparando para pelear.- Hubo gritos entre los estudiantes, y algunos se agarraban de los otros, mirando a su alrededor, despavoridos, buscando la fuente del sonido. – Sus esfuerzos son fútiles. No pueden pelear contra mí. No quiero matarlos. Tengo un gran respeto por los profesores de Hogwarts. No quiero derramar sangre mágica.

Se hizo el silencio en el Gran Comedor, el tipo de silencio que te presiona los oídos, que es demasiado grande como para ser contenido por las paredes.

- Denme a Harry Potter,- dijo la voz de Voldemort,- y nadie será lastimado. Denme a Harry Potter y no tocaré la escuela. Denme a Harry Potter, y serán recompensados... Tienen hasta media noche.

El silencio se los tragó nuevamente. Cada cabeza, cada par de ojos parecían haber encontrado a Harry, capturado en el resplandor de miles de rayos invisibles. En

ese momento, una figura se levantó de la mesa de Slytherin, y Harry reconoció a Pansy Parkinson cuando levantó un brazo tembloroso y gritó:

- ¡Pero si ahí está! ¡Potter está allá! ¡Alguien sujételo!

Antes de que Harry pudiera hablar, hubo un movimiento masivo. Los Gryffindors en frente de él se levantaron y enfrentaban no a Harry, si no a los Slytherins. En ese momento los Hufflepuffs se levantaron, y casi al mismo tiempo lo hicieron los Ravenclaws, todos con sus espaldas hacia Harry, todos mirando a Pansy, y Harry, atemorizado y abrumado, vió como las varitas salían de todas partes, de los bolsillos de las capas y de debajo de las mangas.

- Gracias, señorita Parkinson – dijo la profesora McGonagall de manera cortante-. Usted saldrá del Gran Comedor primero, junto al señor Filch. El resto de su casa, acompáñenla.

Harry escuchó el rechinar de los bancos y luego el sonido de los Slytherins del otro lado del Gran Comedor.

- Ravenclaws, ¡síganlos!- dijo la profesora McGonagall.

Lentamente las cuatro mesas se vaciaron. La mesa de Slytherin estaba completamente desierta, pero unos cuantos de los alumnos más viejos de Ravenclaw se quedaron sentados mientras sus compañeros salían. Aún más Hufflepuffs se quedaron atrás, y la mitad de Gryffindor se quedó en sus asientos, provocando que la profesora McGonagall bajara de la plataforma para arrear a los más pequeños hacia afuera.

- ¡Absolutamente no, Creevey! ¡Y *tú* también, Peakes!

Harry se apresuró hacia los Weasleys, quienes estaban sentados todos juntos en la mesa de Gryffindor.

- ¿Dónde están Ron y Hermione?

- ¿No has encontrado-?- empezó el señor Weasley, preocupado, pero se interrumpió cuando Kingsley avanzó a la plataforma de los profesores para dirigirse a los que habían permanecido en el Gran Comedor.

- Tenemos sólo media hora para la media noche, así que hay que actuar rápido. Se ha llegado a un acuerdo acerca del plan de batalla entre el profesorado y la Órden del Fénix. Los profesores Flitwick, Sprout y McGonagall llevarán grupos de luchadores a las tres torres más altas: Ravenclaw, Astronomía y Gryffindor, donde tendrán una buena visión general del terreno y excelentes posiciones para lanzar hechizos. Mientras tanto, Remus, – indicó a Lupin – Arthur – apuntó al señor Weasley, sentado a la mesa de Gryffindor – y yo, llevaremos grupos a los jardines. Necesitamos a alguien que se encargue de organizar la defensa de las entradas de los pasadizos al castillo-

- Suena como un trabajo para nosotros.- dijo Fred, indicándose a sí mismo y a George, a lo que Kingsley asintió.

- ¡Muy bien, líderes, vengan acá arriba y dividamos las tropas!

- Potter – dijo la profesora McGonagall, apresurándose a donde éste estaba -, *¿no se supone que deberías estar buscando algo?*

- ¿Qué? Oh, – dijo Harry – ¡Oh, sí!

Casi se había olvidado del Horrocrux, casi había olvidado que la batalla sería peleada para que él pudiera buscarlo. La inexplicable ausencia de Ron y Hermione había desvanecido de su mente cualquier otro pensamiento por unos momentos.

- Pues ve, Potter, ¡ve!

- Claro, sí...

Sentía los ojos que lo seguían mientras corría fuera del Gran Comedor, hacia la entrada principal aún llena de alumnos que estaban siendo evacuados. Se permitió ser barrido con ellos hasta la escalera de mármol, pero ya arriba se desvió hacia un corredor desierto. Miedo y pánico nublaban sus pensamientos. Intentó calmarse, concentrarse en

encontrar el Horrocrux, pero sus pensamientos zumbaban tan frenética e infructuosamente como avispas encerradas en una caja de vidrio. Sin Ron y Hermione para ayudarlo parecía como si no pudiese ordenar sus ideas. Aminoró la velocidad, deteniéndose a mitad de un pasillo vacío, se sentó en el pedestal de una estatua y sacó el Mapa del Merodeador de la bolsa atada a su cuello. No podía ver los nombres de Ron o Hermione en ninguna parte, aunque la densidad de puntitos moviéndose hacia la Sala de los Menesteres podía estar ocultándolos, pensó. Guardó el mapa, se tapó la cara con las manos y cerró los ojos, intentando concentrarse...

Voldemort pensó que yo iría a la torre de Ravenclaw.

Allí estaba, un hecho sólido, el punto de partida. Voldemort había estacionado a Alecto Carrow en la Sala Común de Ravenclaw, y sólo podía haber una explicación: Voldemort temía que Harry ya supiese que su Horrocrux estaba conectado a esa casa.

Pero el único objeto que todo el mundo asociaba con Ravenclaw era la diadema perdida... ¿Y cómo podía el Horrocrux ser la diadema? ¿Cómo era posible que Voldemor, un Slytherin, hubiese encontrado la diadema que había eludido a generaciones enteras de Ravenclaws? ¿Quién podría haberle dicho dónde buscar, cuando nadie que viviera podía recordar haberla visto siquiera?

Nadie que viviera...

Bajo sus dedos, los ojos de Harry se abrieron. Saltó del pedestal e hizo el camino de regreso por donde había venido, ahora buscando a su última esperanza. El sonido de cientos de personas marchando hacia la Sala de los Menesteres crecía y crecía mientras iba hacia la escalera de mármol. Los prefectos gritaban instrucciones, intentando llevar la cuenta de los estudiantes de sus casas; había muchos empujones y empellones; Harry vio a Zacharias Smith aullarle a los de primero para que se pusieran de primeros en la fila; aquí y allá los más jóvenes lloraban, mientras los mayores llamaban desesperadamente a amigos o hermanos.

Harry vio a una figura de color blanco perlado flotando a través del Salón Principal más abajo, y gritó lo más fuerte que pudo sobre el clamor existente.

- ¡Nick! ¡NICK! ¡Necesito hablar contigo!

Harry se abrió camino a través de la marea de estudiantes y finalmente alcanzó la parte inferior de las escaleras, donde Nick Casi Decapitado, el fantasma de la torre de Gryffindor, lo esperaba.

- ¡Harry, muchacho!

Nick intentó agarrar las manos de Harry entre las suyas, dejando las de Harry con la sensación de haberlas metido en un balde de agua helada.

- Nick, tienes que ayudarme. ¿Quién es el fantasma de la torre de Ravenclaw?

Nick Casi Decapitado lo miró sorprendido y un poco ofendido.

- La Dama Gris, por supuesto, ¿ero si lo que requieres son los servicios de un fantasma...?

- Tiene que ser ella - ¿sabes dónde está?

- Pues, déjame ver...

La cabeza de Nick se tambaleó encima del encaje de su cuello, mientras volteaba de aquí a allá, esforzándose por ver sobre las cabezas del enjambre de alumnos.

- Es esa de allá, Harry, la joven de cabello largo.

Harry miró en la dirección a la que apuntaba el dedo transparente de Nick, y vió un fantasma alto que interceptó la mirada de Harry, enarcó las cejas, y se alejó flotando, atravesando una pared.

Harry corrió tras ella, una vez que había atravesado la puerta del corredor por el cual ella había desaparecido, la vio justo al final del pasillo, aún flotando suavemente, alejándose de él.

- Hey, espera, ¡vuelve!

Ella accedió a detenerse, flotando unas pulgadas por encima del piso. Harry supuso que era hermosa, con el cabello largo hasta la cintura y una capa larga que llegaba al piso, pero también se veía altiva y orgullosa. Al acercarse, la reconoció como un fantasma a la que había pasado varias veces en el corredor, pero con la cual nunca había hablado.

- ¿Eres la Dama Gris?

Ella asintió, pero no habló.

- ¿El fantasma de la torre de Ravenclaw?

- Eso es correcto.

Su tono no era alentador.

- Por favor, necesito tu ayuda. Necesito que me digas cualquier cosa que puedas acerca de la diadema perdida.

Una sonrisa fría curvó sus labios.

- Temo – dijo mientras giraba para irse – que no puedo ayudarte.

- ¡ESPERA!

No era su intención gritar, pero la furia y el pánico amenazaban con abrumarlo. Miró su reloj mientras ella planeaba lejos de él. Era un cuarto para las doce.

- Esto es urgente. – dijo con fiereza. – Si esa diadema está en Hogwarts, tengo que encontrarla, rápido.

- No eres el primero que codicia esa diadema – dijo ella desdeñosamente -. Generaciones enteras de estudiantes me han acosado -

- ¡Esto no es para sacar mejores calificaciones! ¡No es para usarla! – Harry gritó – Es acerca de Voldemort – vencer a Voldemort – ¿o no estás interesada en eso?

Ella no podía sonrojarse, pero sus mejillas transparentes se volvieron más opacas, y su voz sonaba acalorada cuando replicó: - ¡Por supuesto que yo - ¿Cómo te atreves a sugerir-?

- ¡Pues ayúdame entonces!

Su compostura se resquebrajaba.

- No ~ No es un asunto de ~ La diadema de mi madre ~

- ¿De tu *madre*?

Ella se veía enojada consigo misma

- Cuando vivía – dijo tiesamente – yo era Helena Ravenclaw.

- ¿Eres su *hija*? Pero, entonces, ¡debes saber lo que pasó con la diadema!

- Aunque la diadema otorgue sabiduría – dijo ella con un obvio esfuerzo por controlarse – dudo que pueda incrementar tus oportunidades de vencer al mago que se hace llamar Lord ~

- ¿No acabo de decirte que no estoy interesado en usarla? – dijo Harry fieramente – No tengo tiempo para explicarlo, pero si te importa Hogwarts, si quieres ver a Voldemort vencido, ¡tienes que decirme lo que sepas acerca de la diadema!

Ella permaneció quieta, flotando y mirándolo fijamente, y un sentimiento de desesperanza embargó a Harry. Claro, si ella hubiese sabido algo se lo hubiese dicho a Flitwick o a Dumbledore, quienes seguramente ya le habrían hecho la misma pregunta en el pasado. Harry sacudió la cabeza e hizo ademán de irse, cuando ella habló en voz baja:

- Yo le robé la diadema a mi madre.

- Tú ¿hiciste qué?

- *Yo robé la diadema*.- repitió Helena Ravenclaw en un suspiro.- Quería hacerme más inteligente, más importante que mi madre. Me escapé con la diadema.

Harry no sabía cómo había hecho para ganarse su confianza, y no se lo preguntó. Sólo escuchó intensamente mientras ella continuaba.

- Mi madre, dice, nunca admitió que la diadema se había perdido, siempre fingió que aún la tenía. Disimuló su pérdida, mi terrible traición, incluso ante los otros fundadores de Hogwarts.

- Entonces cayó enferma ~ fatalmente enferma. A pesar de mi perfidia, ella estaba desesperada por verme una vez más. Envió a buscarme a un hombre que me había amado por largo tiempo, aunque yo rechacé sus avances. Ella sabía que él no descansaría hasta que me encontrara.

Harry esperó. Ella inhaló profundamente y echó hacia atrás su cabeza.

- Él me rastreó por el bosque en el que me hallaba escondida. Cuando me negué a volver con él, se puso violento. El Barón siempre fue un hombre temperamental. Furioso por mi negativa, celoso de mi libertad, me apuñaló.

- ¿El *Barón*? ¿Quieres decir...?

- El Barón Sangriento, sí.- dijo la Dama Gris, y levantó un poco la capa para mostrar una única herida oscura en su blanco pecho.- Cuando vio lo que había hecho, se sintió agobiado por los remordimientos. Tomó el arma que había reclamado mi vida y la usó para matarse a sí mismo. Todos estos siglos ha estado usando esas cadenas como un acto de penitencia... Y bien que debería.- añadió con amargura.

- Y ¿la diadema?

- Permaneció donde la escondí cuando escuché al Barón dar tumbos por el bosque buscándome. Escondida dentro de un árbol hueco.

- ¿Un árbol hueco? – repitió Harry - ¿Qué árbol? ¿Dónde fue eso?

- Un bosque en Albania. Un lugar solitario que pensé estaba fuera del alcance de mi madre.

- Albania. – repitió Harry. Todo tenía sentido para Harry, quien libre de la confusión, entendía ahora por qué ella le había dicho ahora todo lo que le había negado a Dumbledore y a Flitwick. – Ya le has contado esta historia a otra persona, a un alumno, ¿verdad?

Ella cerró los ojos y asintió.

- Yo no... tenía idea... Él era... halagador. Él parecía... entender... compadecerse...

Sí, pensó Harry. Tom Riddle ciertamente habría entendido el deseo de Helena Ravenclaw de poseer objetos fabulosos a los que tenía pocos derechos.

- Bueno, no fuiste la primera persona a la que Tom Riddle le sonsacó información.- dijo Harry entre dientes - Podía ser encantador cuando quería...

Así que Voldemort se las había arreglado para sonsacarle a la Dama Gris la localización de la diadema perdida. Había viajado a ese bosque y recuperado la diadema de su escondite, tal vez tan pronto como dejó Hogwarts, incluso antes de empezar a trabajar en Borgins and Burkes.

¿Y no habían sido esos bosques un lugar seguro y recluido cuando muchos años más tarde Voldemort necesitó pasar desapercibido, sin ser molestado, por diez largos años?

Pero la diadema, una vez que se hubo convertido en su precioso Horrocrux, no permaneció en ese modesto árbol... No, la diadema había sido secretamente devuelta a casa, a su lugar, y Voldemort debió haberla puesto allí –

- ¡La noche en que solicitó empleo como profesor! - dijo Harry, terminando su idea en voz alta.

- ¿Disculpa?

- ¡Escondió la diadema en el castillo la noche en que le pidió a Dumbledore que lo dejara enseñar! – dijo Harry. Decirlo en voz alta le permitió a Harry encontrarle sentido a todo. – ¡Debió haberla escondido en su camino desde o hacia la oficina de Dumbledore! Pero aún así valía la pena intentar obtener el empleo. Así podría haber tenido la oportunidad de hacerse con la espada de Gryffindor también... Gracias, ¡muchas gracias!

Harry dejó a la Dama Gris flotando en el sitio, totalmente desconcertada. Mientras daba la vuelta en la esquina hacia el Salón Principal, miró su reloj. Faltaban cinco minutos para la medianoche, y aunque ahora sabía qué era el último Horrocrux, no estaba más cerca de descubrir *dónde* estaba.

Generaciones de estudiantes habían fracasado en encontrar la diadema, que se sugería no estaba en la torre de Ravenclaw, pero si no allí, ¿dónde? ¿Qué escondite había descubierto Tom Riddle dentro del castillo de Hogwarts que pensó que permanecería en secreto por siempre?

Perdido en especulaciones desesperadas, Harry giró en otra esquina, pero había dado sólo unos pocos pasos por el nuevo corredor cuando las ventanas a su izquierda se abrieron con un ensordecedor ruido, haciéndose añicos. En el momento en el que saltó a un lado, un cuerpo gigantesco entró volando por la ventana y golpeó la pared opuesta. Algo muy grande y peludo se soltó, gimoteando, del bulto recién llegado, y se lanzó sobre Harry.

- ¡Hagrid! – rugió Harry, quitándose de encima a Fang y sus atenciones, mientras la enorme figura barbuda se ponía de pie. - ¿Qué demo...?

- ¡Harry! ¡Estás aquí! ¡Estás aquí! – Hagrid se agachó, le dio a Harry un abrazo que podría haberle roto las costillas, y corrió de regreso a la ventana destrozada.

- ¡Buen chico, Grawpy! – bramó a través del hueco en la ventana.- ¡Te veré en un momento! ¡Se un buen chico!

Más allá de Hagrid, afuera en la oscuridad de la noche, Harry vio estallidos de luz y escuchó un grito extraño y agudo. Miró su reloj. Era medianoche. La batalla había empezado.

- Caracoles, Harry – resolló Hagrid – Así que esto es, ¿eh? Hora de luchar.

- Hagrid, ¿de dónde vienes?

- Escuché a Tú-sabes-quién desde nuestra cueva- dijo Hagrid, lúgubre -. La voz se propaga, vaya que sí. "Tienen hasta media noche para darme a Potter". Sabía que tú estarías aquí, y sabía lo que debía estar pasando. *Bájate,* Fang. Así que vinimos a ayudar, yo y Grawpy y Fang. Chapoteamos el camino desde el bosque, y Grawpy nos trajo cargados a Fang y a mí. Le dije que me bajara en el castillo, así que me lanzó por la ventana. No exactamente lo que yo quería pero... ¿Dónde están Ron y Hermione?

- Esa – dijo Harry – es una muy buena pregunta. Vamos.

Corrieron juntos por el corredor, con Fang corriendo patosamente junto a ellos. Harry podía escuchar los ruidos del movimiento en todos los pasillos a los alrededores, pisadas corriendo, gritos; a través de las ventanas podía ver más destellos de luz en los oscuros terrenos.

- ¿A dónde vamos? – dijo Hagrid sin aliento, sacudiendo las losas del suelo con sus pisadas.

- No lo se exactamente. – dijo Harry, girando al azar en una esquina. – Pero Ron y Hermione deben estar por aquí, en algún lado...

Las primeras bajas de la batalla yacían desparramadas en el pasillo frente a ellos: las dos gárgolas de piedra que guardaban la entrada del salón de empleados habían sido hechas pedazos por una maldición que había entrado por otra ventana rota. Sus restos se

revolvían débilmente en el suelo, y cuando Harry saltó sobre la cabeza de una de ellas, ésta gimió con desmayo.

- Oh, no te preocupes por mí... yo sólo me quedaré aquí a desmoronarme...

Su feo rostro de piedra hizo pensar repentinamente a Harry en el busto de mármol de Rowena Ravenclaw, con ese extraño tocado, que estaba en la casa de Xenophilius, y luego en la estatua que estaba en la torre de Ravenclaw, con la diadema de piedra sobre sus rizos blancos...

Y al llegar al final del pasillo, el recuerdo de una tercera efigie de piedra vino a su mente: la de un feo y viejo hechicero, sobre cuya cabeza el mismo Harry había puesto una peluca y un viejo sombrero desvencijado. La impresión atravesó a Harry como un trago de whisky de fuego, y casi tropezó por la conmoción.

Sabía, al fin, dónde estaba el último Horrocrux esperando por él...

Tom Riddle, quien no confiaba en nadie y operaba solo, podría haber sido lo suficientemente arrogante como para asumir que él y sólo él había penetrado en los más profundos misterios del castillo de Hogwarts. Por supuesto, Dumbledore y Flitwick, esos alumnos modelo, nunca habían puesto un pie en ese lugar en particular, pero él, Harry, se había desviado del camino regular en sus tiempos de escuela – había al menos un área secreta que él y Voldemort conocían, y que Dumbledore nunca había descubierto –

La profesora Sprout lo sacó de su trance, pues venía haciendo estruendo, seguida por Neville y media docena de otros, todos usando orejeras y llevando en brazos lo que parecían ser grandes plantas en macetas.

- ¡Mandrágoras! – le gritó Neville sobre el hombro a Harry mientras corría – Vamos a dejarlas caer por encima de los muros ¡No les gustará para nada!

Harry sabía dónde ir ahora. Se apresuró, con Hagrid y Fang galopando detrás de él. Pasaron de largo retrato tras retrato, y las figuras pintadas corrieron junto a ellos, magos y brujas en encajes arruchados y calzones, en armaduras y capas, hacinándose unos sobre otros en los lienzos de los demás, gritando las noticias de otras partes del castillo. Cuando llegaron al final del corredor, el castillo entero se sacudió, y Harry supo, cuando una vasija gigante voló de su pedestal con fuerza explosiva, que estaba controlada por encantamientos más siniestros que los de los profesores o los miembros de la Órden.

- ¡Ya está bien, Fang, todo está bien! – gritó Harry, pero el enorme sabueso se dio a la fuga cuando astillas de vajilla volaron como proyectiles a través del aire, y Hagrid corrió pesadamente tras el aterrorizado perro, dejando a Harry solo.

Siguió adelante por los pasillos tambaleantes, con la varita lista, y por la longitud de un pasillo el pequeño caballero pintado, Sir Cardigan, se precipitó de cuadro en cuadro junto a Harry, haciendo sonar su armadura, gritando palabras de aliento, con su pequeño y gordo pony corriendo a medio galope tras él.

- ¡Fanfarrones y granujas! ¡Perros y sabandijas! ¡Ahuyéntalos de aquí, Harry Potter! ¡Despídelos!- Harry se precipitó a rodear una esquina y se encontró a Fred y a un pequeño contingente de estudiantes, incluidos Lee Jordan y Hannah Abbott, parados junto a otro pedestal vacío, cuya estatua solía disimular la entrada a un pasadizo secreto. Sus varitas estaban fuera y estaban escuchando los sonidos que salían del agujero semiescondido.

- ¡Buena noche para esto! - gritó Fred mientras el castillo se estremecía nuevamente, y Harry corrió desenfrenadamente (¿esprintó?), eufórico y muerto de miedo al mismo tiempo. Corrió por otro corredor más, y allí encontró lechuzas por todas partes, a las que la Señora Norris siseaba mientras intentaba golpearlas con sus patas, sin duda para regresarlas a su lugar...

- ¡Potter!

Aberforth Dumbledore se imponía frente a él bloqueando el corredor, con su varita lista para la acción.

- ¡Tengo a cientos de chicos haciendo estropicios por mi pub, Potter!

- Lo se, estamos evacuando, – dijo Harry – Voldemort está –

- atacando porque aún no te han entregado, sí, - dijo Aberforth – No soy sordo, chico. Todo Hogsmeade lo escuchó. ¿Y nunca se les ocurrió a ninguno de ustedes mantener a algunos Slytherin como rehenes? Hay hijos de mortífagos a los que han enviado a la seguridad, ¿sabes? ¿No habría sido más inteligente mantenerlos aquí?

- Eso no detendría a Voldemort, - dijo Harry – y tu hermano nunca lo hubiese hecho.

Aberforth gruñó y se marchó en dirección opuesta.

Tu hermano nunca lo hubiese hecho... Bueno, era la verdad, pensó Harry mientras seguía su carrera: Dumbledore, quien había defendido a Snape por tanto tiempo, nunca hubiese retenido a los alumnos como rehenes...

Y entonces patinó alrededor de una esquina al final del pasillo, y con un grito de alivio y furia mezclados, los vio: Ron y Hermione; ambos con los brazos cubiertos por objetos grandes, curvados, sucios y amarillos, Ron sosteniendo una escoba bajo sus brazos

- ¿Dónde *demonios* han estado? – les gritó Harry

- En la Cámara Secreta.- dijo Ron.

- En la Cámara - ¿*qué*? – deteniéndose inestablemente frente a ellos.

- ¡Fue idea de Ron, todo! – dijo Hermione sin aliento - ¿No fue absolutamente brillante? Ahí estábamos, después de irnos, y yo le dije a Ron, incluso si encontrábamos el otro, ¿cómo nos desharemos de él? ¡Aún no nos habíamos deshecho de la copa! ¡Y entonces él pensó en eso! ¡El basilisco!

- ¿Pero qué-?

- Algo para deshacernos de los Horrocruxes.- dijo Ron simplemente.

Los ojos de harry bajaron a los objetos que Ron y Hermione estaban sujetando: colmillos grandes y curvos; arrancados, se daba cuenta ahora, del cráneo de un basilisco muerto.

- ¿Pero cómo llegaron allí? – preguntó, cambiando la mirada de los colmillos a Ron. – ¡Necesitas hablar pársel!

- ¡Lo hizo! – susurró Hermione.- ¡Muéstrale, Ron! – Ron hizo un horrible siseo estrangulado.

- Es lo que hiciste cuando abriste el relicario, - le dijo a Harry disculpándose.- Tuve que intentarlo varias veces para que me saliera bien, pero – se encogió de hombros modestamente – al final entramos.

- ¡Estuvo asombroso! – dijo Hermione - ¡Asombroso!

- Así que...- Harry estaba luchando para mantenerse al nivel – Así que...

- Así que estamos con un Horrocrux más fuera, - dijo Ron, y sacó los restos de la taza de Hufflepuff de debajo de su chaqueta. – Hermione la apuñaleó. Pensé que debería. No había tenido el placer aún.

- ¡Genial! – gritó Harry.

- No fue nada.- dijo Ron, aunque se veía encantado consigo mismo. - ¿Y qué hay de nuevo contigo?

Cuando lo dijo, hubo una explosión sobre sus cabezas. Los tres vieron hacia arriba mientras el polvo caía desde el techo y escucharon un grito distante.

- Sé cómo es la diadema, y ahora sé dónde está – dijo Harry, hablando rápido -. Él la escondió exactamente donde yo tenía escondido mi viejo libro de pociones, donde

todo el mundo ha estado escondiendo cosas por siglos. Creyó que él era el único que había encontrado ese lugar. Vamos.

Mientras las paredes temblaban otra vez, Harry guió a los otros dos de regreso a través del pasadizo escondido y bajaron las escaleras, hacia la Sala de los Menesteres. Estaba vacía excepto por tres mujeres: Ginny, Tonks y una bruja anciana que usaba un sombrero comido por las polillas, a quien reconoció inmediatamente como la abuela de Neville.

- Ah, Potter – dijo de manera concisa, como si lo hubiese estado esperando.-, tú puedes decirnos qué es lo que está sucendiendo.

- ¿Está todo el mundo bien? – dijeron Ginny y Tonks al mismo tiempo.

- Hasta donde sabemos – dijo Harry.- ¿Todavía hay gente en el pasadizo al Cabeza de Puerco?

Harry sabía que la Sala no podría transformarse mientras hubiese gente dentro de ella.

- Yo fui la última en entrar – dijo la señora Longbottom -. Sellé la entrada; creo que es poco sabio dejarla abierta ahora que Aberforth ha dejado solo el pub. ¿Has visto a mi nieto?

- Está peleando. – dijo Harry.

- Naturalmente – dijo la anciana orgullosamente -. Discúlpenme, debo ir a asistirlo.- Y con velocidad sorprendente trotó hacia los escalones de piedra.

Harry miró a Tonks.

- Se suponía que tú estarías con Teddy en casa de tu madre, ¿no?

- No podía soportar no saber...- Tonks se veía angustiada – Ella lo buscará. ¿Han visto a Remus?

- Él planeaba llevar a un grupo de luchadores a los terrenos del castillo –

Sin esperar otra palabra, Tonks corrió hacia allá.

- Ginny - dijo Harry -, lo siento, pero necesitamos que tú también te vayas. Sólo por un momento. Luego puedes entrar otra vez.

Ginny estaba encantada de dejar su santuario.

- ¡Después puedes entrar otra vez! – le gritó mientras ella corría siguiendo el camino que siguió Tonks.- *¡Tienes que entrar otra vez!*

- ¡Espera un momento! – dijo Ron bruscamente - ¡Nos olvidamos de alguien!

- ¿Quién? – preguntó Hermione.

- Los elfos domésticos, deben estar aún en las cocinas, ¿no es así?

- ¿Quieres decir que deberíamos ponerlos a pelear? – preguntó Harry.

- No- dijo Ron seriamente -, quiero decir que deberíamos sacarlos de aquí. No queremos más Dobbies, ¿o sí? No podemos ordenarles que mueran por nosotros –

Hubo un estrépito cuando los colmillos del basilisco cayeron de los brazos de Hermione. Corriendo hasta ron, se lanzó sobre él, rodeándole el cuello con sus brazos y plantándole un beso en la boca. Ron tiró los colmillos y la escoba que había estado sosteniendo y le respondió con tal entusiasmo que levantó a Hermione del piso.

- ¿Es éste el momento para eso? – preguntó Harry débilmente, y cuando nada pasó excepto que Ron y Hermione se abrazaron con mayor firmeza y se balancearon en donde estaban parados, levantó la voz. - ¡Oi! ¡Hay una guerra aquí! – Ron y Hermione se separaron, pero sus brazos permanecían alrededor del otro.

- Lo se, amigo – dijo Ron, quien se veía como si le hubiesen golpeado la cabeza con una bludger. – Así que es ahora o nunca, ¿no es así?

- No importa eso, ¿qué pasa con el Horrocrux? – gritó Harry - ¿Creen que podrían aguantarse hasta que encontremos la diadema?

- Sí, claro, lo siento – dijo Ron, y él y Hermione empezaron a recoger los colmillos, ambos sonrojados.

Estaba claro que en los minutos en que habían permanecido en la Sala de los Menesteres la situación del castillo se había deteriorado severamente. Las paredes y el techo se tambaleaban más que nunca, el polvo llenaba el aire, y a través de la ventana más cercana Harry podía ver estallidos de luces verdes y rojas tan cercanos al pie del astillo que supo que los mortífagos estaban muy cerca de entrar al lugar.

Mirando hacia abajo, Harry vio a Grawp el gigante serpentear, balanceando lo que parecía una gárgola de piedra arrancada del techo y rugiendo su disgusto.

- ¡Esperemos que pise a algunos de ellos! – dijo Ron mientras más gritos hacían eco desde cerca.

- ¡Mientras no sea ninguno de los nuestros! – dijo una voz. Harry se dio vuelta y vio a Ginny y a Tonks, ambas con sus varitas fuera apuntando a la ventana siguiente, a la que le faltaban varios paneles. Mientras miraba, Ginny envió una bien apuntada maldición a un grupo de luchadores más abajo.

- ¡Buena chica! – rugió una figura que corría entre el polvo hacia ellos, y Harry vio a Aberforth nuevamente, su cabello gris flotando mientras guiaba a un grupo pequeño de estudiantes – Parece como si estuviesen atravesando las almenas, trajeron a sus propios gigantes.

- ¿Has visto a Remus? – le preguntó Tonks.

- ¡Estaba peleando con Dolohov! – gritó Aberforth – ¡No lo he visto desde eso!

- Tonks – dijo Ginny -, estoy segura de que él está bien –

Pero Tonks había corrido tras el polvo que dejó Aberforth.

Ginny se volteó, impotente, hacia Harry, Ron y Hermione.

- Estarán bien – dijo Harry, aunque sabía que eran palabras vacías -. Ginny, regresaremos en un momento, sólo mantente fuera de peligro, mantente a salvo. ¡Vamos! – les dijo a Ron y Hermione, y corrieron de regreso hasta el tramo de pared detrás de la cual la Sala de los Menesteres esperaba para hacer cumplir el deseo de la persona que entrara.

Necesito el lugar donde todo está escondido. Harry rogó dentro de su cabeza, y la puerta se materializó la tercera vez que pasaron frente a la pared.

El furor de la batalla murió en el momento en el que cruzaron el portal y cerraron la puerta tras ellos: Todo estaba silencioso. Estaban en un lugar del tamaño de una catedral y con el tamaño de una ciudad, sus altas paredes construidas con objetos escondidos por estudiantes que se habían marchado hacía largo tiempo.

- ¿Y nunca se dio cuenta de que *cualquiera* podría haber entrado? – dijo Ron, su voz haciendo eco en el silencio.

- Pensó que él era el único – dijo Harry –. Muy mal para él que yo tuve que esconder cosas aquí en mi tiempo... Por aquí.- añadió – Creo que está por acá... – Aceleraron el paso por los pasillos adecentes; Harry podía escuchar las pisadas de los otros haciendo eco entre las altas pilas de baratijas, de botellas, sombreros, cajas, sillas, libros, armas, escobas, bates...

- Cerca de aquí – murmuró para sí mismo – Cerca... por aquí...

Se adentró más y más en el laberinto, buscando objetos que reconociera de su viaje anterior a esta sala. Su respiración le sonaba muy fuerte a sus propios oídos, y su misma alma parecía tiritar. Allí estaba, justo adelante, el viejo armario de pintura desconchada en el cual había escondido su viejo libro de Pociones, y sobre él, el hechicero de piedra marcado de viruela que usaba una peluca polvorienta y lo que parecía ser una antigua tiara descolorida.

Ya había estirado la mano, auque estaba unos cuantos pies lejos, cuando una voz detrás de él dijo: - Detente, Potter.

Derrapó y se detuvo, y se dio la vuelta. Crabbe y Goyle estaban de pie tras él, hombro con hombro, con sus varitas apuntando Harry. A través del pequeño espacio que quedaba entre sus rostros burlones vio a Draco Malfoy.

- Esa que estás agarrando es mi varita, Potter.- dijo Malfoy, apuntando la que tenía entre las manos entre el espacio que quedaba entre Crabbe y Goyle.

- Ya no lo es – jadeó Harry, intensificando su agarre a la varita de espino.- El que lo encuentra se lo queda, Malfoy. ¿Quién te prestó esa que llevas?

- Mi madre.- dijo Draco.

Harry rió, aunque no había nada gracioso en la situación. No podía escuchar a Ron o a Hermione. Al parecer habían salido de su rango de audición, buscando la diadema.

- ¿Cómo es que no estás con Voldemort? – preguntó Harry.

- Seremos recompensados – dijo Crabbe. Su voz era sorprendentemente suave para una persona tan enorme: Harry no lo había oído hablar casi nunca. Crabbe estaba hablando como un niño pequeño al que le prometieron una bolsa de dulces -. Nos quedamos por aquí. Decidimos no irnos. Decidimos llevarte a él.

- Buen plan – dijo Harry con fingida admiración. No podía creer que estuviese tan cerca, y que su plan fuese a ser frustrado por Malfoy, Crabbe y Goyle. Empezó a alejarse lentamente hacia atrás, hacia donde el Horrocrux yacía ladeado sobre la cabeza del busto. Si sólo pudiese poner sus manos sobre él antes de que la batalla empezara...

- ¿Y cómo entraron aquí? – preguntó, intentando distraerlos.

- Prácticamente viví en la Sala de los Objetos Escondidos durante el año pasado – dijo Malfoy con voz quebradiza -, se cómo entrar.

- Estábamos escondidos en el corredor afuera – gruñó Goyle -. ¡Ahora podemos hacer encantamientos desilusionadores! Y entonces – su rostro se partió en una estúpida sonrisa – ustedes aparecieron justo en frente de nuestros ojos y dijeron que estaban buscando una dia –die- ¡deduma! ¿Qué es una deduma?

- ¿Harry? – la voz de Ron hizo eco repentinamente desde el otro lado de la pared a la derecha de Harry - ¿Estás hablando con alguien?

Con un movimiento de látigo, Crabbe apuntó su varita hacia la montaña de quince pies de muebles, baúles rotos, libros viejos, capas y trastos inidentificables, y gritó -¡Descendo!

La pared empezó a tambalearse, y entonces la parte de arriba se desmoronó sobre el pasillo donde Ron estaba.

- ¡Ron! – bramó Harry, mientras desde un lugar fuera de su vista Hermione gritaba, y Harry escuchó innumerables objetos caer con estrépito sobre el piso del otro lado de la pared desestabilizada: apuntó su varita hacia la muralla y gritó:-¡Finite! - y la misma se estabilizó.

- ¡No! – gritó Malfoy, agarrando el brazo de Crabbe cuando éste hizo la moción de repetir el hechizo - ¡Si destrozas el salón podrías enterrar la diadema en el proceso!

- ¿Cuál es el problema? – dijo Crabbe, liberándose de Malfoy – Si es Potter lo que el Señor Oscuro quiere, ¿a quién le importa una deduma?

- Potter vino a obtenerla – dijo Malfoy con mal disimulada impaciencia a la lenta y no existente agudeza de sus colegas -, así que eso debe significar-

- ¿Debe significar? – Crabbe se dio la vuelta hacia Malfoy con una ferocidad no disimulada - ¿A quién le importa lo que tú pienses? Yo no sigo tus órdenes, *Draco*. Tú y tu padre están acabados.

- ¿Harry? – gritó Ron de Nuevo, desde el otro lado del montón de trastos - ¿Qué está sucediendo?

- ¿Harry? – imitó Crabbe - ¿Qué está-? ¡*No,* Potter! ¡Crucio!

Harry se había lanzado a por la tiara; la maldición de Crabbe no le acertó pero golpeó al busto de piedra, el cual voló por los aires; la diadema salió disparada hacia arriba y luego desapareció en la masa de objetos sobre los que el busto cayó.

- ¡ALTO! – Malfoy le gritó a Crabbe, su voz haciendo eco a través de la enorme habitación – El Señor Oscuro lo quiere vivo.

- ¿Y eso qué? No lo estoy matando, ¿o sí? – gritó Crabbe, zafándose del brazo de Malfoy – Pero si puedo, lo haré. De cualquier forma, el Señor Oscuro lo quiere muerto, ¿cuál es la diferen-?

Un chorro de luz escarlata pasó a centímetros de Harry: Hermione había corrido alrededor de la esquina y había lanzado un hechizo aturdidor justo a la cabeza de Crabbe. Falló únicamente porque Malfoy lo empujó fuera de su trayectoria.

- ¡Es la sangre sucia! ¡Avada Kedavra!

Harry vio que Hermione se movió a un lado, y la furia que sintió al ver que Crabbe había intentado matarla borró todo lo demás de su cabeza. Le lanzó un hechizo aturdidor a Crabbe, quien dio traspiés y se quitó de en medio, derribando la varita de Malfoy; la varita rodó fuera de su vista bajo una montaña de muebles rotos y huesos.

- ¡No lo maten! ¡NO LO MATEN! – Malfoy le gritó a Crabbe y a Goyle, quienes estaban apuntando a Harry: el segundo de duda fue todo lo que Harry necesitó.

- *¡Expelliarmus!*

La varita de Goyle salió volando de su mano y desapareció en el bastión de objetos que estaban detrás de él; Goyle saltó como un tonto en el sitio, intentando recuperarla; Malfoy saltó fuera del rango del segundo hechizo aturdidor de Hermione, y Ron, apareciendo repentinamente al final del pasillo, le lanzó un maldición paralizadora a Crabbe, que falló por muy poco.

Crabbe giró en redondo y gritó -*¡Avada Kedavra!* de nuevo. Ron desapareció de un salto para evitar el chorro de luz verde. Malfoy, sin varita, se encogió detrás de un armario de tres patas, mientras Hermione cargaba contra ellos, golpeando a Goyle con un hechizo aturdidor mientras se acercaba.

- ¡Está por aquí en algún lugar! – le gritó Harry, apuntando la pila de bártulos en la que la vieja tiara había caído –. Búscala mientras yo voy y ayudo a R-

- ¡HARRY! – gritó Hermione.

Una ola de sonido crepitante que venía de detrás de él le dio la advertencia del momento. Se dio vuelta y vio a Ron y a Crabbe corriendo lo más rápido que podían hacia ellos.

- ¿Te gusta así, basura? – rugió Crabbe mientras corría.

Pero parecía no tener control sobre lo que había hecho. Llamas de tamaño anormal los perseguían, lamiendo los lados de los montones de basura y baratijas, que se desmoronaban como hollín a su toque.

- ¡Aguamenti! – aulló Harry, pero el chorro de agua que salió de la punta de su varita se evaporó en el aire.

- ¡CORRAN!

Malfoy agarró a Goyle, quien seguía aturdido, y lo arrastró con él; Crabbe los aventajó a todos, viéndose aterrorizado; Harry, Ron y Hermione lo acompañaron en su carrera, y el fuego los perseguía. No era un fuego normal; Crabbe había usado una maldición de la que Harry no tenía conocimiento. Cuando giraron en una esquina las llamas los persiguieron como si estuvieran vivas, como si sintiera, resueltas a matarlos. Ahora el fuego estaba mutando, formando una manada gigante de bestias fogosas:

serpientes flameantes, quimeras y dragones se levantaban y caían y se levantaban otra vez, y los detritos de siglos de los que se estaban alimentando eran lanzados a los aires a sus bocas colmilludas, a sus garras afiladas, antes de ser consumidos por la hoguera.

Malfoy, Crabbe y Goyle se habían desaparecido de su vista: Harry, Ron y Hermione se detuvieron; los monstruos de fuego los tenían rodeados, acercándose cada vez más, sus garras, cuernos y colas azotaban el suelo, y el calor era tan sólido como una muralla a su alrededor.

- ¿Qué podemos hacer? – gritó Hermione por encima del ruido ensordecedor del fuego - ¿Qué podemos hacer?

- ¡Aquí!

Harry se hizo con un par de escobas que se veían pesadas de la pila de trastos más cercana, y le lanzó una a Ron, quien montó a Hermione detrás de él. Harry pasó su pierna sobre la segunda escoba y, con fuertes patadas al piso, se levantaron por el aire, fallando por poco el pico carnudo de un raptor flameante que intentó morderlos con sus poderosas mandíbulas. El humo y el calor se hacían insoportables: debajo de ellos, el fuego maldito consumía el contrabando de generaciones de estudiantes cazados, los resultados culpables de mil experimentos prohibidos, los secretos de almas incontables que habían buscado refugio en la habitación. Harry no podía ver rastro de Malfoy, Crabbe o Goyle por ningún lado. Bajó en picado lo más que se atrevió sobre la manada merodeante de monstruos que intentaban encontrarlos, pero no había más que fuego: Qué forma tan terrible de morir... Él nunca quiso esto...

-¡Harry, salgamos de aquí! ¡Salgamos de aquí! – rugió Ron, aunque a través del humo era imposible ver dónde estaba la puerta.

Y entonces Harry escuchó un débil, penoso grito humano entre la terrible conmoción, el estruendo de la llamma devoradora.

- ¡Es demasiado peligroso! – gritó Ron, pero Harry giró en el aire. Sus lentes le daban a sus ojos una pequeña protección contra el humo, rastreó la tormenta de fuego debajo de él, buscando una señal de vida, un miembro o una cara que aún no estuviese achicharrada como madera...

Y entonces los vio: Malfoy con sus brazos bajo el inconciente Goyle, ambos sobre una frágil torre de escritorios achicharrados, y Harry descendió. MAlfoy lo vió venir y levantó un brazo, pero incluso cuando Harry lo agarró supo de inmediato que no serviría de nada. Goyle era muy pesado y la mano de Malfoy, cubierta de sudor, se resbaló inmediatamente de la mano de Harry.

- ¡SI MORIMOS POR CULPA DE ELLOS, TE MATARÉ, HARRY! – rugió la voz de Ron, y, mientras una gran quimera flamenate se abalanzaba sobre ellos, él y Hermione arrastraron a Goyle sobre su escoba y se alzaron, balanceándose y tambaleándose en el aire, mientras Malfoy se subía a la escoba detrás de Harry.

- ¡La puerta! ¡Vamos a la puerta, la puerta! – le gritó MAlfoy a Harry en la oreja, y Harry aceleró, siguiendo a Ron, Hermione y Goyle a través de la nube de humo, apenas capaz de respirar: y alrededor de él, los objetos que aún no habían sido consumidos por las llamas saltaban por los aires, mientras las criaturas invocadas por el fuego maldito las lanzaban alto en celebración: tazas y escudos, un collar destellante, una vieja tiara descolorida...

- ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? ¡La puerta es hacia allá! – gritó Malfoy, pero Harry hizo un viraje brusco y descendió en picada. La diadema parecía caer en cámara lenta, dando vueltas y brillando mientras caía en las fauces de una serpiente bostezando, y entonces la agarró, atrapándola alrededor de su muñeca-

Harry giró bruscamente de nuevo cuando la serpiente se abalanzó sobre él; se alzó y se encaminó directamente hacia el lugar en donde, rezaba, la puerta estaba

abierta; Ron, Hermione y Goyle se habían desvanecido; Malfoy estaba gritando y sujetaba a Harry tan fuerte que lo lastimaba, entonces, a través del humo, Harry vio una mancha rectangular en la pared y condujo la escoba hacia allá, y momentos después aire limpio llenó sus pulmones mientras chocaban con la pared del corredor frente a ellos.

Malfoy cayó de la escoba sobre su cara, jadeando, tosiendo y teniendo arcadas. Harry se revolcó y se sentó: La puerta a la Sala de los Menesteres se había desvanecido, y Ron y Hermione estaban sentados en el piso, jadeantes, junto a Goyle, quien permanecía inconciente.

- C-Crabbe – se asfixió Malfoy tan pronto como pudo hablar -. Crabbe...

- Está muerto. – dijo Ron ásperamente.

Hubo un silencio, aparte de los jadeos y las toses. Entonces un número de grandes explosiones sacudió al castillo, y una gran cabalgata de figuras transparentes galopó frente a ellos sobre sus caballos, sus cabezas gritando su sed de sangre bajo sus brazos. Harry trastabilló al levantarse cuando la partida de Cazadores Descabezados hubo pasado: La batalla continuaba alrededor de él. Podía escuchar más gritos que los de los de los fantasmas en retirada. El pánico se prendió dentro de él.

- ¿Dónde está Ginny? – dijo cortante – Estaba aquí. Se supone que iba a entrar en la Sala de los Menesteres.

- Córcholis, ¿crees que sirva aún después de todo ese fuego? – preguntó Ron, pero él también se puso de pie, frotándose el pecho y mirando a todos lados - ¿Nos separamos para buscarla?

- No – dijo Hermione levantándose también. Malfoy y Goyle permanecían desplomados y sin esperanza en el suelo, y ninguno de los dos tenía varita – Quedémonos juntos. Yo digo que vayamos... Harry, ¿qué es eso en tu brazo?

- ¿Qué? Oh, sí...

Se sacó la diadema de la muñeca y la levantó. Aún estaba caliente, ennegrecida por el hollín, pero cuando la miró de cerca fue capaz de entender las diminutas palabras grabadas sobre ella: JUICIO MÁS ALLÁ DE LA MEDIDA ES EL TESORO MÁS GRANDE DEL HOMBRE.

Una sustancia semejante a la sangre, negra y alquitranada, parecía gotear de la diadema. De repente Harry sintió la cosa vibrar violentamente, y romperse en sus manos, y cuando lo hizo, creyó escuchar el más débil y distante grito de dolor, haciendo eco no desde los terrenos o desde el castillo, sino desde esa cosa que se había roto entre sus dedos.

- ¡Debe haber sido Fiendfyre! – gimió Hermione, sus ojos sobre la pieza rota.

- ¿Perdón?

- Fiendfyre – fuego maldito – es una de las sustancias que destruye Horrocruxes, pero yo nunca me hubiese atrevido a usarlo, es demasiado peligroso - ¿Cómo aprendió Crabbe a -?

- Debe haberlo aprendido de los Carrows. – dijo Harry, adusto.

- Una lástima que no prestó atención cuando dijeron cómo detenerlo, realmente – dijo Ron, cuyo cabello, como el de Hermione, estaba chamuscado, y su cara ennegrecida -. Si no hubiese intentado matarnos a todos, estaría apenado por su muerte.

- ¿Pero no te das cuenta? – susurró Hermione – Eso significa que sólo nos falta la serpiente – pero se detuvo cuando alaridos y gritos y los ruidos inconfundibles de un duelo llenaron el corredor. Harry vio a su alrededor y su corazón pareció detenerse: los mortífagos habían entrado a Hogwarts. Fred y Percy estaban justo a la vista, ambos batiéndose con hombres enmascarados y encapuchados.

Harry, Ron y Hermione avanzaron a la carrera para ayudar: chorros de luz volaban en todas direcciones y el hombre batiéndose con Percy se echó atrás rápidamente: su capucha cayó y vieron una frente alta y cabello encanecido...

- ¡Hola, Ministro! – bramó Percy, lanzando una maldición a Thicknesse, quien dejó caer su varita y arañó el frente de sus vestiduras, aparentemente terriblemente incómodo - ¿Mencioné que voy a renunciar?

- ¡Estás bromeando, Perce! – gritó Fred mientras el mortífago con el que estaba batallando colapsaba bajo el peso de tres hechizos aturdidores. Thicknesse había caído al piso con pequeñas espinas haciendo erupción por todo su cuerpo; parecía que se estuviese convirtiendo en un erizo de mar. Fred miró a Percy con regocijo.

- De verdad *estás* bromeando, Perce... Creo que no te había oído bromear desde que tenías- El aire explotó. Se habían agrupado los cinco, Harry, Ron, Hermione, Fred y Percy, con los dos mortífagos a sus pies, uno aturdido, el otro transfigurado, y en ese fragmento de tiempo, cuando el peligro parecía temporalmente a raya, el mundo fue desgarrado en pedazos, Harry se sintió volar por los aires, y todo lo que pudo hacer fue agarrarse lo más firmemente posible a ese pequeño palito de madera que era su única arma, y protegerse la cabeza con los brazos: escuchó los gritos y alaridos de sus compañeros sin una esperanza de saber qué les había sucedido-

Y entonces el mundo se revolvió en dolor y semioscuridad: estaba casi enterrado en las ruinas de un corredor que había sido víctima de un terrible ataque. El aire frío le dijo que un lado del castillo había volado por los aires, y el calor pegajoso en su mejilla le dijo que estaba sangrando copiosamente. En ese momento escuchó un grito terrible que le atenazó las entrañas, que expresaba agonía que ni el fuego ni una maldición pueden causar, y se levantó, tambaleándose, más asustado de lo que había estado en todo ese día, más asustado, tal vez, de lo que había estado toda su vida...

Y Hermione estaba luchando por ponerse en pie entre los escombros, y tres hombres pelirrojos estaban agrupados en el piso donde la pared había explotado. Harry tomó la mano de Hermione mientras se tambaleaban y daban traspiés sobre piedras y madera.

- No... no... ¡NO! – alguien estaba gritando - ¡No! ¡Fred! ¡No!

Y Percy sacudía a su hermano, y Ron estaba arrodillado junto a ellos, y los ojos de Fred miraban fijamente sin ver, el fantasma de su última risa aún grabado en su rostro.

CAPITULO 32

"LA VARITA ANCIANA"

El mundo había terminado entonces ¿por qué la batalla no cesaba, el castillo había caído en un silencio de horror, y cada combatiente tenia los brazos caídos?
La mente de Harry estaba fuera de control, imposibilitada de entender, Fred Weasley no podía estar muerto, la evidencia de sus sentidos le debía estar mintiendo. Y entonces, un cuerpo pasa flotando el agujero hacia el lado de la escuela, y volaron maldiciones hacia ellos desde la oscuridad, pegando en el muro al lado de sus cabezas.
-¡Abajo! – grito Harry, mientras más maldiciones cruzaban la noche. El y Ron habían tomado a Hermione y la empujaban hacia el piso, pero Percy yacía al lado del cuerpo de Fred, protegiéndolo de mas daño; y cuando Harry grito: - Percy, vamos, tenemos que movernos- él negó con la cabeza.- ¡Percy!- Harry vio lagrimas en la cara de Ron, mientras que tomaba de los hombros a su hermano mayor y lo empujaba. Pero Percy se negaba- Percy, no puedes hacer nada por él. Vamos a. -
Hermione grito y Harry se dio vuelta, no necesitaba preguntar por qué. Una araña monstruosa del tamaño de un auto pequeño trataba de escalar y pasar el agujero de la pared, uno de los descendientes de Aragor se había unido a la batalla.
Ron y Harry gritaron a la vez, sus hechizos colisionaron y el monstruo voló hacia atrás, sus piernas se movían horriblemente y desapareció en la oscuridad.
-¡Traje amigos!- Harry llamo a los otros mirando hacia la esquina del castillo, a través del agujero en la pared, las maldiciones habían parado. Mas arañas gigantes trepaban la pared del edificio, liberadas del Bosque Prohibido en el cual los mortifagos habían penetrado. Harry lanzo hechizos aturdidores hacia ellos, dándole al monstruo líder que cayo sobres sus amigos, haciendo que rodaran hacia abajo del edificio, fuera de vista. Entonces mas maldiciones llegaron por arriba de la cabeza de Harry, tan cerca que sintió la fuerza de éstas volarle el pelo.

-Movámonos, ¡ya! –

Empujando a Hermione delante de él con Ron, Harry se detuvo para mirar al cuerpo de Fred que estaba debajo de la arcada. Percy, dándose cuenta de lo que Harry intentaba hacer dejo de estar pegado al cuerpo y le ayudo, juntos inclinándose para evitar maldiciones que volaban hacia ellos desde los jardines, sacaron a Fred del camino.

-Aquí- dijo Harry y colocaron el cuerpo en un nicho, donde antes había una armadura. No podía
Soportar mirar a Fred otro segundo mas que el necesario y después de asegurarse de que el cuerpo estaba bien escondido, partió detrás de Ron y Hermione.
Malfoy y Goyle habian desaparecido, pero al final del corredor, que estaba ahora lleno de pedazos de muro caídos, vidrios que antes eran ventana, vio a mucha gente corriendo hacia adelante y hacia atrás; si eran amigos o enemigos Harry no pudo distinguir.
Dando vuelta a la esquina Percy grito: - ¡Rockwood!- y corrió en dirección de un hombre alto que seguía a unos estudiantes.

-Harry, ¡ aquí!- grito Hermione.

Ella tiraba de Ron hacia atrás de un tapiz que colgaba de la pared. Parecían estar forcejeando y por un segundo Harry pensó que estaban abrazándose otra vez. Entonces vio que Hermione trataba de detener a Ron, de que corriera tras Percy.

-¡ Escúchame! ¡ Escucha Ron! –
-Quiero ayudar.....quiero matar mortifagos- Su cara estaba transfigurada manchada de polvo y de humo, temblaba de rabia y dolor.

-Ron, somos los únicos que podemos detener esto, por favor Ron, necesitamos la serpiente, debemos matar a la serpiente- dijo Hermione

Pero Harry, sabia como se sentía Ron persiguiendo otro horcrux no tendría la satisfacción de vengarse, el también deseaba pelear, castigar a aquellos que mataron a Fred y quería encontrar a los otros Weasleys y asegurarse sobre todo, asegurarse de que Ginny no estaba ...pero no podía permitirse esa idea en la cabeza.

-¡Vamos a luchar!-dijo Hermione- ¡vamos a encontrar la serpiente! Pero no perdamos de vista lo que se supone que debemos hacer, somos los únicos que podemos terminar con esto.-

Ella estaba llorando también, secó sus lagrimas y tomo aire para calmarse. Mientras aun sostenía fuertemente a Ron, se volvió hacia Harry.

-Necesitas averiguar donde esta Voldemort, porque tendrá a ala serpiente con él, ¿no?. Hazlo Harry, mira dentro de él.-

¿Por qué fue tan fácil? ¿Porque su cicatriz hacia horas que quemaba, queriendo mostrar lo que Voldemort pensaba? Cerro sus ojos y a su orden de pronto los gritos y estallidos y todos los sonidos discordantes de la batalla se fueron haciendo distantes, como si él estuviera lejos de ellos...
Estaba parado en el medio de un cuarto desolado pero extrañamente familiar, con papel tapiz cayendo de las paredes y las ventanas cubiertas excepto una. Los sonidos del asalto al castillo eran distantes, la única ventana sin tapar dejaba ver distantes rayos de luz donde estaba el castillo, dentro del cuarto en cambio todo estaba oscuro excepto por una única lámpara de aceite,
Movía la varita entre sus dedos, mirándola, sus pensamientos en el cuarto del castillo, el cuarto que solo él había encontrado, el cuarto como la cámara, para el que debe ser inteligente e inquisitivo para descubrirlo...
Confiaba en que el chico no hubiera encontrado la diadema...aunque la mascota de Dumbledore había llegado mas lejos de lo que él había esperado ...mucho mas lejos...

-Mi señor- dijo una voz desesperada y cascada. Se volteó, allí estaba Lucius Malfoy sentado en la esquina más oscura, todavía luciendo las marcas del castigo que recibiera después del ultimo escape del chico. Uno de sus ojos se mantenía cerrado, hinchado.- Mi señor... por favor.....mi hijo...-

-Si tu hijo esta muerto, Lucius, no es mi culpa. No vino a unirse a li, como los otros Slytherins. ¿Quizás tu hijo decidió hacerse amigo de Harry Potter?-

-No, nunca- susurro Malfoy

-Debes desear que no-

-¿Teme ...Mi señor....que Potter muera por otra mano que no sea la suya?- pregunto Malfoy con voz temblorosa- ¿No seria...perdóneme.....más prudente dar por terminada esta batalla, entrar al castillo y buscarlo usted mismo?-

-No finjas, Lucius. Quieres que la batalla termine para saber que le ha pasado a tu hijo. Yo no necesito buscar a Potter, antes de que la noche termine, Potter vendrá a buscarme-
Voldemort dirigió otra vez su mirada a la varita en sus dedos. Le molestaba... y las cosas que molestaban a Lord Voldemort necesitaban ser arregladas...

-Ve, y busca a Snape-

-¿Snape?, ...mi señor..-

-Snape. Ahora lo necesito tengo un... servicio ... que requiere de él. Ve...-

Asustado tambaleándose a través de la luz, Lucius dejo el cuarto. Voldemort continuo parado allí, moviendo la varita entre sus dedos y mirándola.

-Es la única forma, Nagini- susurro y miro a su alrededor, allí estaba la gran serpiente suspendida en el aire, contorneándose graciosamente en el espacio hechizado que había preparado para ella, una esfera transparente, casi como una jaula brillante o un tanque.

Con una exhalación Harry volvió a abrir los ojos en el mismo momento en que sus oídos se llenaban de llantos, golpes y sonidos de batalla.

-Él esta en la Casa de los Gritos. La serpiente está con él, tiene una especie de protección mágica a su alrededor. Mandó a Lucius Malfoy a buscar a Snape.-

-¿Voldemort está en la Casa de los Gritos? – dijo Hermione- ...ni siquiera...ni siquiera está luchando?-

-Él piensa que no necesita luchar- dijo Harry- piensa que voy a ir a él-

-Pero ¿por qué?

-Sabe que estoy buscando los horcruxes, él mantiene a Nagini cerca de él, obviamente voy a tener que ir hasta él para llegar a esa cosa...-

-De acuerdo- dijo Ron, enderezando sus hombros – Así que tu no puedes ir, eso es lo que él quiere, lo que espera. Te quedas aquí y cuidas de Hermione, yo iré y lo traeré ....-

Harry se interpuso ante Ron.

-Ustedes dos quédense aquí, yo iré con la capa de invisibilidad y estaré de vuelta muy rapido.-

-No- dijo Hermione- tiene mucho mas sentido si yo tomo la capa y ...-

-Ni se te ocurra...- dijo Ron- pero antes de pudiera terminar Hermione dijo:- soy tan capaz ....- el tapiz en lo alto de la escalera donde estaban resguardados se abrió.

-¡ Potter! –

Dos dementores enmascarados estaban allí parados, pero antes de que sus varitas estuvieran levantadas ,Hermione gritó - ¡Glisseo!-

Las escaleras bajo sus pies se convirtieron en un tobogán, ella, Harry y Ron bajaron por él sin poder controlar la velocidad, pero tan rápido que los hechizos aturdidores de los hombres pasaban volando sobre sus cabezas. Le tiraron el tapiz que había al final del tobogán y cayeron al piso, pegando contra la pared opuesta.

-¡Duro!- grito Hermione señalando con su varita el tapiz, y sintieron ruidos de golpes contra este que se había convertido en piedra, contra la que los dementores habían chocado.

-¡Vuelve! – grito Ron, y él, Harry y Hermione pasaron a través de una puerta mientras que unos cientos escritorios galopaban pastoreados por la profesora Mc Gonagall. Pareció que ella no los había visto. Su pelo suelto y una marca en su mejilla. Cuando doblo la esquina, sintieron su grito.

-¡A la carga!-

-Harry, tu ponte la capa- dijo Hermione- no te preocupes de nosotros-

Pero él extendió sobre los tres, altos como eran dudaba que alguien viera sus pies a través del humo y el polvo que inundaban el aire, los pedazos de piedras que caían y el reflejo de los hechizos.
Corrieron hacia la siguiente escalera y se encontraron en un corredor lleno de gente batiéndose a duelo. Los retratos de cada lado de los combatientes estaban llenos de figuras que gritaban advertencias y dando ánimos, mientras mortifagos enmascarados y sin mascaras, se batían a duelo con estudiantes y profesores. Dean había ganado una varita y estaba cara a cara con Dolohov. Parvati con Travers, Ron y Hermione levantaron a la vez sus varitas, preparados para atacar, pero los hombres estaban moviéndose tanto que parecía que se lastimarían a sí mismos si lanzaban maldiciones. Aun mientras estaban allí, buscando la oportunidad de actuar, sobrevino un fuerte:

-¡ Wheeeeee!...- y mirando hacia arriba Harry vio a Peeves zumbando arriba de ellos tirando bombas de Snargalutt a los mortifagos, cuyas cabezas de repente se convirtieron en grandes chimeneas verdes que se movían como gusanos.

-¡ Hay alguien invisible aquí!- grito un enmascarado mortifago señalándolos.

Dean hizo lo que pudo para desviar la atención del mortifago, derribándolo con un hechizo aturdidor, Dolohov trato de encontrarlos pero Parvati le lanzo una maldición.

-¡Vamos!- grito Harry, y él , Ron y Hermione se reunieron bajo la capa apretados con las cabezas gachas, a través de la niebla los luchadores resbalándose un poco en los charcos de jugo de Snargalutt, hacia la escalera de mármol del hall de entrada.

-Soy Draco Malfoy. ¡ Soy Draco! Estoy de su lado- Draco estaba en el piso superior con otro mortifago, Harry aturdió a este mientras pasaban. Malfoy miro a su alrededor, implorando, a su salvado y Ron le pego un puñetazo desde debajo de la capa. Malfoy cayo encima del mortifago, su boca sangraba.

-Y esta es la segunda vez que te salvamos la vida esta noche, ¡bastado de dos caras!- grito Ron. Había dos personas mas batiéndose a duelo en las escaleras y en el hall los mortifagos estaban donde quiera que Harry mirara, Yaxley cerca de la puerta principal, en combate con Flitwick, un mortifago enmascarado se batía a duelo con Kingsley justo a su lado. Estudiantes corrían en cualquier dirección, algunos llevando amigos heridos. Harry dirigió un hechizo aturdidor a la mascara del mortifago , fallo pero casi le pega a Neville quien había salido de algún lugar entres los brazos de la Tentaculla Venenosa, que se enredo alegremente en el mortifago más cercano y comenzó a arrollarlo.
Harry, Ron y Hermione rápidamente llegaron a la escalera de mármol, vidrios caídos por el piso y el reloj de Slytherin que marcaba los puntos de la casa había derramado esmeraldas por doquier, por lo que la gente resbalaba mientras que corrían. Dos cuerpos cayeron de una balcón sobre sus cabezas mientras que llegaba al jardín una mancha gris con patas, que Harry pensó era un animal de cuatro patas, cruzo el hall de entrada para clavar sus colmillos en uno de los caídos.

-¡No!- tembló Hermione y con un rayo de su varita, Fenrir Greyback fue lanzado hacia atrás del cuerpo tembloroso de Lavender Brown. Pego contra la baranda de la escalera de mármol y trato de ponerse en pie. Entonces con una luz brillante y blanca y un fuerte crack, una bola de cristal cayo sobre sus cabezas, dejándolo caído en el suelo inmóvil.

-¡ Tengo mas! – grito la profesora Trelawney desde la baranda- Mas para quien quiera. Aquí. - y con un movimiento casi tenistico, una enorme esfera de cristal salió de su bolso, movió su varita en el aire y la bola tomo velocidad atravesando el hall y destrozándose contra una ventana. En ese mismo momento, las pesadas puertas de madera del frente, se abrieron y más arañas gigantes forzaron la entrada del hall.
Gritos de terror llenaron el aire, los luchadores se movieron rápidamente tanto mortifagos como los de Howarts, y rayos verdes y rojos volaron en el aire hacia los monstruos que se encogieron y se volvieron aun as terroríficamente.

¿-¿ Cómo salimos ahora?- grito Ron por arriba de los gritos, pero antes de que Harry o Hermione pudieran contestar fueron hechos a un lado, Hagrid había bajado como un trueno las escaleras moviendo su paraguas rosa floreado.- No los lastimen, no los lastimen- grito Hagrid -¡No! –
Harry olvido todo lo demás, salió de debajo de la capa corriendo tratando de evitar las maldiciones que iluminaban todo el hall.

-¡Hagrid, vuelve!-

Pero ni siquiera había llegado a la mitad del camino hacia Hagrid, cuando vio lo que sucedió Hagrid desapareció debajo de las arañas, y con un gran movimiento estas se retiraron bajo una serie de hechizos. Hagrid quedo dentro de la niebla.

-¡Hagrid!- Harry escucho que alguien amigo o enemigo llamaba, pero no le importó. Estaba bajando los escalones del frente hacia los jardines oscuros y las arañas estaban yendo como un rebaño y no pudo ver a Hagrid .

-¡ Hagrid!-

Pensó que podría sacar un enorme brazo y moverlo entre la neblina y las arañas, pero mientras que los perseguía, su paso fue impedido por un pie monumental, que se movió la oscuridad e hizo el piso donde Harry estuvo parado, temblar. Miro hacia arriba y un gigante estaba delante de él, veinte pies de alto, su cabeza dentro de las sombras, nada salvo sus piernas como árboles eran iluminadas con luz desde las puertas del castillo. Con un brutal y fluido movimiento, lanzo un puñetazo a través de una ventana superior, el vidrio cayo hacia abajo sobre Harry, forzándolo a volver hacia debajo de la puerta de entrada.

-¡OH, mi... !-tembló Hermione mientras que ella y Ron alcanzaban a Harry y mirando al gigante que ahora trataba de tomar gente a través de la ventana.

-¡ No!- grito Ron tomando la mano de Hermione cuando ella levanta su varita, - Si lo aturdes caerá y tirara abajo medio castillo-

-¿Hagger?-

Grawp llego bordeando la esquina del castillo recién allí, Harry se dio cuenta que Grawp era un gigante pequeño. El monstruoso gigante que trataba de aplastar la gente en los pisos superiores, se dio vuelta y gruño. Los escalones de piedra temblaron mientras que el gigante se dirigía hacia su pequeño igual, la boca de Grawp se abrió, mostrando dientes amarillos del tamaño de ladrillos que chocaron con el salvajismo de los leones.

-¡Corran! – grito Harry, la noche estaba llena de gritos y golpes, mientras que los gigantes forcejeaban, tomo la mano de Hermione y bajó los escalones hacia los jardines, Ron cubría la retaguardia. Harry no tenia la esperanza de encontrar y salvar a Hagrid, corrió tan rápido que estaban a medio camino hacia el bosque antes de que sucediera algo repentino. El aire a su alrededor se había congelado el aliento de Harry se había solidificado e su pecho. Sombras se movían en la oscuridad, figuras oscuras se movían en una gran ola hacia el castillo, sus caras tapadas y con la respiración acentuada. Harry, Ron y Hermione se acercaron mientras que el sonido de lucha repentinamente terminó, con un silencio que solo los dementores pueden hacer caer en la noche, Fred se había ido y Hagrid seguramente estaba muriendo o ya estaba muerto...

-Vamos Harry- dijo Hermione con una voz muy, muy lejana- Patronus, Harry, vamos-

Él levantó su varita pero un sentimiento de tristeza los atontaba, ¿ cuantos más tenían que caer muertos que él todavía no sabía? Sintió como si su alma hubiera dejado ya su cuerpo....

-Harry, vamos- grito Hermione-

Cientos de dementores avanzaban hacia ellos, acortando la distancia cada vez mas cerca de Harry, que estaba desalentado, como una promesa de festín. Vio el fox terrier de Ron en el aire correr febrilmente y luego desaparecer, vio el hurón de Hermione desaparecer en el aire, la varita le temblaba en la mano y caso agradecía la sensación de la nada, el no sentir nada...y entonces un rayo plateado, y un zorro pasaron rápidamente las cabezas de Harry, Ron y Hermione. Los dementores retrocedieron, tres personas mas llegaron desde la oscuridad y se pararon a su lado, con sus varitas firmemente empuñadas, conjurando patronus, Luna, Ernie y Seamus.

-Eso es- dijo Luna con coraje, como si estuviera en el cuarto de los requerimientos y fuera una simple practica para el DA – Eso es, Harry...vamos piensa en algo feliz...-

-¿Algo feliz? – dijo Harry con voz cascada

-Estamos aquí todavía – susurró ella- todavía luchamos..vamos....ahora...-

Hubo un chispazo plateado y una luz y entonces con el mayor esfuerzo jamás empleado, la forma salió de su varita, salto hacia adelante y los dementores se fueron en retirada, la noche era tranquila otra vez, pero el sonido de la batalla sonó fuerte en sus oídos.

-No sé como agradecerles- dijo Ron temblando,y girando hacia Luna, Ernie y Seamus- me acaban de salvar...-

Con un gruñido y un temblor de tierra otro gigante salió de la oscuridad en dirección al bosque, era mas alto que ninguno.

-¡Corran!- grito Harry otra vez, pero a los otros no había necesidad de que se les dijera, corrieron y un segundo después, el pie de la criatura cayo exactamente donde ellos habían estado. Harry miró a su alrededor, Ron y Hermione lo seguían pero los otros tres habían desaparecido en la batalla.

-¡ Salgamos de su alcance! –grito Ron, mientras que el gigante movía su garrote, a su vez en el jardín rayos rojos y verdes continuaban iluminando la oscuridad.

-¡Al árbol boxeador!- dijo Harry - ¡Vamos!- de alguna manera levanto un muro en su mente, en un espacio en el cual no podía mirar ahora, pensamientos de Fred y Hagrid, y el terror por la gente que amaba, dentro y fuera del castillo, todo debía esperar, porque ahora tenían que correr; Tenían que alcanzar la serpiente y a Voldemort porque, como dijo Hermione era la única manera de terminar con todo.
Corrió ignorando los rayos de luz que volaban a su alredededor en la oscuridad, y el sonido del lago que rompía como un mar, y el crujir del bosque prohibido en la noche ventosa, a través de los jardines que parecían haberse levantado en rebelión, corrió lo más rápido que había hecho en su vida, y fue él el primero en llegar al árbol; el que había protegido el secreto como a sus raíces con puñetazos y golpes.

Respirando agitadamente, Harry se deslizó hacia abajo buscando en la oscuridad el tronco tratando de ver el nudo del viejo árbol, que lo paralizaba.Ron y Hermione llegaron. Hermione llegó tan sin aliento que no podía hablar.

-Como... ¿cómo vamos a entrar?- dijo Ron – puedo ver el lugar... si tan solo tuviera Crookshanks otra vez...-

-¿Crookshanks? – dijo Hermione doblándose y tomándose el pecho- ¿eres un mago o que?

-Oh si,claro-

Ron miró a su alrededor y entonces dirigió su varita a un palo en el suelo y dijo_ Winguardiam Leviosa- el palo se elevo, cruzo el aire como llevado por una ráfaga de viento y dio directamente en el nudo del tronco cerca de las raíces y el árbol se quedo quieto.

-Perfecto- dijo Hermione

-Espera- por un segundo, mientras que los ruidos de la batalla llenaban el aire, Harry dudo. Voldemort quería que el hiciera esto, que él fuera...¿estaba llevando a Ron y Hermione a una trampa?. Pero la realidad cruel y dolorosa, a única forma era matar a la serpiente y ella estaba al final de ese túnel.

-¿Harry? Aquí venimos, entra! – dijo Ron empujándolo hacia delante.

Harry gateó por el pasaje de tierra escondido entre las raíces. Era mucho mas apretado de lo que había sido la ultima vez que había entrado al túnel. El túnel era de techo bajo, tenían que doblarse hace unos años para avanzar, ahora tenían que gatear. Harry fue primero, su varita lo iluminaba, expectante por el momento de encontrar obstáculos, pero ninguno llegó. Se movían en silencio, la mirada de Harry fija sobre la luz de la varita. Al final el túnel comenzaba a subir y Harry vio una luz plateadla frente.

- ¡La capa!- susurro Hermione- ponte la capa!

Harry buscó detrás suyo y Hermione le ayudó con su mano libre con dificultad y murmuro: - ¡Nox!- y la luz de su varita se extinguio, continuo avanzando son las manos y rodillas, lo mas silenciosamente posible con todos sus sentidos alertas, esperando a cada segundo ser descubierto, escuchar voz fria, ver una luz verde.
Entonces escuchó voces que venían del cuarto directamente arriba de ellos, solo sofocadas por el hecho de que al final del túnel había sido bloqueado con lo que parecía un viejo contenendor.
Harry trataba de respirar, subió hasta la abertura y espió a través de una pequeña hendija entre el contenedor y el muro. El cuarto adelante estaba pobremente iluminado pero pudo ver a Nagini , contorneándose y moviéndose como una serpiente de agua, a salvo en su esfera encantada, que flotaba sin soporte en el aire. Podía ver el final de la mesa y una mano de dedos blancos jugando con su varita.
Entonces Snape habló, y el corazón de Harry se comprimió, Snape estaba a centímetros de donde él estaba escondido.

-Mi señor, su resistencia esta cediendo- dijo Snape

-Y lo esta haciendo sin tu ayuda- dijo Voldemort en voz alta y clara- Eres un mago talentoso Severus, no creó que haya mucha diferencia ahora estamos casi allí... casi...-

-Déjeme encontrar al chico, déjeme traerle a Potter , sé que lo puedo encontrar , Señor. Por favor- Snape con grandes zancadas pasó cerca de la abertura y Harry retrocedió un poco, manteniendo sus ojos fijos en Nagini, considerando si habría algún hechizo que pudiera penetrar la protección a su alrededor, pero no le ocurría nada, Un intento fallido y daría a conocer su ubicación.
Voldemort se paró. Harry lo veía ahora sus ojos rojos, la cara de serpiente, su palidez brillaba en la semi oscuridad.

-Tengo un problema, Severus- dijo Voldemort suavemente.

-¿Señor?- dijo Snape

Voldemort levanto la varita anciana tomándola con delicadeza, con la precisión de un director

- ¿Porque no funciona para mí, Severus? –

En el silencio , Harry imagino que podía escuchar el sesear de la serpiente mientras se arrollaba y se desenrollaba,¿ o era la silibante voz de Voldemort en el aire?

-Mi....mi señor..- dijo Snape- no entiendo, usted ....usted ha realizado magia extraordinaria con esa varita-

-No- dijo Voldemort – hice mi magia acostumbrada , yo soy extraordinario, pero esta varita...no ha revelado las maravillas que prometía. No siento diferencia entre esta varita y la que obtuve de Ollivander todos estos años.-

El tono de Voldemort era tranquilo , pera la cicatriz de Harry comenzó a arder, el dolor crecía en su frente, y sentía un deseo incontrolable de furia dentro de Voldemort.

-No hay diferencia- dijo de nuevo Voldemort.

Snape no habló, Harry podía ver su cara ,¿ sentiría Snape el peligro y estaba buscando as palabras correctas para tranquilizar a su maestro?. Voldemort comenzó a pasearse en el cuarto, Harry lo perdió de vista unos segundos continuaba hablando con voz mesurada , mientras que el dolor y la furia crecían en Harry.

-He pensado mucho, Severus...¿sabes porque te he llamado desde la batalla?-

Y por un momento Harry vio el perfil de Snape, sus ojos fijos en la jaula encantada de la serpiente,.

-No mi señor, pero le ruego que me deje regresar , déjeme encontrar a Potter-

-Suenas como Lucius , ninguno de ustedes entiende a Potter como yo. No necesito que lo encuentres, Potter vendrá a mí, lo conozco. Conozco sus debilidades ¿sabes?, su gran falla. Odiará ver a los otros caer a su alrededor sabiendo que es por él que sucede, querrá detenerlo a toda costa. Él vendrá...-

-Pero mi señor, quizás sea asesinado accidentalmente por otro que no es usted-

-Mis instrucciones a los mortifagos fueron muy claras , capturar a Potter , matar a sus amigos, cuantos más mejor, pero no matarlo a él. Pero es de ti que quiero hablar , Severus, no de Harry Potter. Ha sido invaluable para mí, invaluable. –

-Mi señor conoce que solo quiero servirlo, pero... déjeme ir y encontrar al chico, mi señor. Déjeme traérselo sé que puedo....-

- ¡Te dije que no!- dijo Voldemort, y Harry vio sus ojos rojos cuando volteó, y el rumor de su capa era como el de una serpiente arrastrándose y sintió la impaciencia de él quemándole la cicatriz-

-Mi preocupación en el momento, Severus, es que sucederá cuando finalmente encuentre al chico-

- Mi señor, no puede haber preguntas, seguramente.....-

-Pero hay un problema , Severus, lo hay.-

Voldemort se detuvo y Harry pudo verlo otra vez mientras sostenía la varita anciana en sus dedos blancos hacia Snape.

-¿Porque las dos varitas que use contra Potter fallaron?-

-No ...no puedo contestar a eso...mi señor...-

- ¿No puedes?-

La rabia crecía en la cabeza de Harry, le dolia tanto la frente que se forzo a ponerse el puño en la boca para no gritar, para no llorar de dolor. Cerró sus ojos y de repente él era Lord Voldemort , mirando la pálida cara de Snape.

-Mi varita hizo todo lo que le pedí, Severus, excepto matar a Potter . Dos veces ha fallado, Ollivander me dijo bao tortura del corazón gemelo, me dijo que tomara otra varita y lo hice, tomé la varita de Lucius pero no le hizo nada a Potter.-

-..No tengo explicación...mi señor....-

Snape no miraba a Voldemort , ahora. Sus ojos oscuros estaban fijos en la serpiente, su esfera protectora.

-Conseguí una tercera varita, Severus, la varita anciana, la varita del destino , de la muerte, la tomé de su anterior dueño, la tomé de la tumba de Albus Dumbledore-

Ahora Snape miró a Voldemort , su cara era como una mascara de muerte , de mármol blanco, y tan dura que cuando hablo fue sorprendente ver que alguien vivía detrás de sus ojos vacíos.

-Mi señor, déjeme ir por el chico-

-Toda esta noche cuando estoy a un paso de la victoria , estoy sentado aquí- dijo Voldemort, con voz un poco mas fuerte que un susurro- Pensando , pensando porque la varita anciana se rehúsa a lo que la leyenda dice para su dueño...y creo que tengo la respuesta.-

Snape no habló.

-¿Quizás ya lo sabes? Tú eres inteligente después de todo, Severus, has sido un bueno y fiel sirviente y lamento lo que tiene que suceder-

-Mi señor...-

-La varita anciana no me sirve correctamente porque no soy su amo verdadero , la varita anciana pertenece al mago que mató a su ultimo dueño. Tu mataste a Albus Dumbledore , mientras vivas, Severus, la varita anciana no será verdaderamente mía-

-Mi señor- protestó Snape, levantando su varita.

-No puede ser de otra forma – dijo Voldemort – tengo que tener la varita , Severus. Dominar la varita y dominar a Potter finalmente-

Voldemort surcó el aire con la varita, no le hizo nada a Snape que por un segundo pensó que había sido perdonado, pero entonces la intención de Voldemort se hizo clara. La jaula de la serpiente rodaba por el aire y antes de que Snape pudiera hacer algo mas, lo había atrapado en la cabeza y los hombros, y en lengua parsel Voldemort dijo.- Mata-
Hubo un grito terrible, Harry vio la cara de Snape perder el poco color que le quedaba , emblanquecida y sus ojos negros muy abiertos , mientras los colmillos de la serpiente mordían su cuello trataba de empujar la jaula lejos de sí. Sus rodilla cedieron y cayo al piso.

-Lo lamento- dijo Voldemort finalmente.

Se dio vuelta , no había tristeza en él , ni remordimiento. Era momento de abandonar su escondite y tomar a cargo la batalla. Con la varita que haría ahora su cometido, apuntó a la jaula que mantenía la serpiente y ésta dejó el cuerpo de Snape que estaba en el piso. La sangre salía de las heridas de su cuello, Voldemort salió del cuarto sin mirar atrás, y la gran serpiente flotó otra vez en el aire en su esfera protectora.
Otra vez en el túnel en su propia mente , Harry abrió los ojos, le salía sangre de los nudillos, del esfuerzo por no gritar.
Miraba a través de la abertura entre la pared y el contenedor, viendo un pie temblar en una bota negra en el suelo.

-¡ Harry!- dijo Hermione detrás de él, pero él ya había apuntado con su varita el contenedor que bloqueaba su vista. Subió unos centímetros en el aire y se movió silenciosamente, tan silenciosamente como pudo Harry entró al cuarto.
No sabia porque lo hacia pero se acercó al moribundo , no sabia que sentir cuando vio la cara blanca de Snape , y con los dedos trató de detener la sangre.
Harry sacó la capa de invisibilidad y miró al hombre que odió, mientras con sus ojos negros muy abiertos Snape trató de hablar.
Harry se acercó mas a él y Snape lo tomó de la túnica y lo atrajo hacia él.Un terrible gruñido salió de su garganta.

-Tómalo...tómalo....-

Algo mas que sangre salía del cuerpo de Snape, olor plata y azul , ya sea gas o liquido salió de sus orejas, de su boca y de sus ojos. Harry sabia lo que era, pero no sabia que hacer.
Un cuenco apareció en el aire y cayo en su temblorosa mano, conjurado por Hermione. Harry llenó éste con la sustancia ayudándose con la varita. Cuando estuvo lleno, y Snape parecía no tener mas sangre susurró:

-Mírame...-

Los ojos verdes encontraron los negros , pero después de un segundo algo en las profundidades d la oscuridad pareció desvanecerse dejándolos fijos, blancos y vacíos. La mano que sostenía a Harry cayo al piso y Snape no se movió mas

Capítulo 33
El cuento del Príncipe

Harry permaneció arrodillado junto a Snape, simplemente mirándolo, hasta que de pronto una aguda y fría voz habló tan cerca de ellos que Harry se puso de pie de un salto, sujetando firmemente el frasco entre sus manos y pensando que Voldemort había vuelto a entrar a la habitación.

La voz de Voldemort resonó desde las paredes y el piso, y Harry se dio cuenta de que estaba hablando para Hogwarts y todo lo que la rodeaba, que quienes vivían en Hogsmeade y todos aquellos que aún peleaban en el castillo lo escucharían tan claramente como si estuviera parado detrás de ellos, sintiendo su aliento en sus cuellos, como un soplo de muerte.

- Han peleado – dijo la voz, fría y aguda – Valientemente. Lord Voldemort sabe valorar el coraje.

"Aun así, han sufrido grandes pérdidas. Si continúan resistiéndose a mí, todos ustedes morirán, uno por uno. No quisiera que esto pasara. Cada gota de sangre mágica que se derrama es una pérdida y un desperdicio.

"Lord Voldemort es piadoso. Ordeno a mis tropas retirarse inmediatamente.

"Tienen una hora. Preparen su muerte con dignidad. Traten a los heridos.

"Ahora te hablo a ti, Harry Potter. Has permitido que tus amigos mueran por ti en vez de enfrentarme tú mismo. Esperaré por una hora en el Bosque Prohibido. Si al final de esa hora no has venido a verme, si no te has rendido, entonces la lucha se reiniciará. Pero esta vez yo mismo entraré a la batalla, Harry Potter, y te encontraré, y castigaré a cada hombre, mujer o niño que trate de protegerte. Una hora.

Tanto Ron como Hermione sacudieron sus cabezas frenéticamente, mirando a Harry:

- No lo escuches – dijo Ron.

- Todo estará bien – recalcó Hermione, con firmeza – Sólo... sólo volvamos al castillo, si ha ido al bosque necesitamos otro plan…

La chica miró el cuerpo de Snape, y luego se apresuró en ir hacia la entrada del túnel. Ron fue detrás de ella. Harry recogió la capa de invisibilidad, y luego miró a Snape. No sabía que sentir, excepto una fuerte impresión por como Snape había sido asesinado, y la razón por la que eso había pasado.

Se juntaron en su regreso por el túnel, sin que ninguno de los tres hablara, y Harry se preguntó si Ron y Hermione aún podían escuchar a Voldemort resonando en sus cabezas, como a él le ocurría.

"Has permitido que tus amigos mueran por ti en vez de enfrentarme tú mismo. Esperaré por una hora en el Bosque Prohibido… Una hora…"

Pequeños paquetes parecían estar esparcidos en el frente del castillo. Faltaba una hora más o menos para el amanecer, y aún así todo estaba en completa oscuridad. Los tres se apresuraron a ir hacia los escalones de piedra. Un

perro solitario, del tamaño de un bote pequeño, yacía frente a ellos. No había ninguna otra señal de Grawp o de su atacante. (No distingo casi nada de lo que dice en este párrafo…)

El castillo estaba inusualmente silencioso. No había destellos luminosos, ni explosiones, gritos o exclamaciones. Las gárgolas del desierto hall de entrada estaban salpicadas de sangre. Aún había esmeraldas esparcidas por el suelo, junto con trozos de mármol y madera astillada. Parte de las barandillas había sido destrozada.

- ¿Dónde estarán todos? – susurró Hermione.

Ron iba primero en su camino hacia el Gran Comedor. Harry se detuvo en el umbral.

Las mesas de las Casas ya no estaban, y la habitación estaba repleta. Los sobrevivientes se mantenían abrazados en grupos. Los heridos estaban siendo tratados por Madam Pomfrey y algunos ayudantes en una plataforma. Firenze se encontraba entre los heridos, emanaba sangre de su costado, y se sacudía desde donde estaba tendido, incapaz de ponerse de pie.

Los muertos se encontraban en una fila en el medio del salón. Harry no podía ver el cuerpo de Fred, ya que su familia lo rodeaba. George estaba arrodillado junto a su cabeza, la señora Weasley; tendida sobre el pecho de Fred, temblando incontrolablemente. El señor Weasley le acariciaba el cabello, mientras las lágrimas caían de sus ojos.

Sin decirle nada a Harry, Ron y Hermione se alejaron. Harry vio a Hermione aproximarse a Ginny, cuya cara estaba hinchada y turbada, y abrazarla. Ron se acercó a Bill, Fleur y Percy, quien puso un brazo alrededor de los hombros de Ron. Mientras Ginny y Hermione se aproximaban más al resto de la familia, Harry observó los cuerpos tendidos junto a Fred. Remus y Tonks, pálidos, quietos y con una mirada de paz, parecían dormir bajo el negro cielo encantado.

El Gran Comedor parecía alejarse volando, hacerse más pequeño, encogerse, mientras Harry se alejaba rápidamente del umbral. No podía respirar. No podía soportar mirar los otros cadáveres para ver quienes más habían muerto por él. No podía soportar el estar con los Weasleys, no podía mirarlos a los ojos sabiendo que de haberse rendido de inmediato, Fred nunca hubiese muerto.

Dio media vuelta y corrió hacia la escalera de mármol. Lupin, Tonks… Anhelaba no sentir… deseaba poder arrancarse el corazón, el estómago, todo lo que gritaba dentro de él.

El castillo estaba completamente vacío, incluso los fantasmas parecían haberse unido a la masa de luto en el Gran Comedor. Harry corrió sin detenerse, aferrando el frasco de cristal que contenía los últimos pensamientos de Snape, y sin aminorar el paso hasta que llegó a la gárgola de piedra que cuidaba la oficina del director.

- ¿Contraseña?

- ¡Dumbledore! - gritó Harry sin pensarlo, pues era a él a quien quería ver, y para su sorpresa, la gárgola se hizo a un lado, abriéndole el paso a la escalera de espiral a sus espaldas.

Pero cuando Harry irrumpió en la oficina circular la encontró cambiada. Los portarretratos que colgaban de las paredes estaban vacíos. Ni un solo director o directora permanecía allí para verlo, todos, según parecía, se habían ido, tal vez porque en las pinturas alrededor del castillo podían ver más claramente lo que estaba pasando.

Harry miró desesperanzado al marco vacío de Dumbledore, que colgada directamente detrás de la silla del director, y luego le dio la espalda. El Pensadero de piedra se encontraba en la misma cabina de siempre. Harry lo cargó hasta el escritorio e introdujo los recuerdos de Snape en la gran vasija con las marcas de runas en el borde. Escapar a la cabeza de alguien más sería un gran alivio… nada podía ser peor que sus propios pensamientos, aunque hubiese pertenecido a Snape. Los recuerdos se arremolinaron, plateados y extraños, y sin dudarlo, con un sentimiento de imprudente abandono, aún sabiendo que esto aumentaría su pesar, Harry se zambulló.

Sintió la luz del sol, y sus pies tocaron un suelo cálido. Al enderezarse, pudo ver que estaba en un patio de juegos casi totalmente desierto. Una única y gran chimenea era lo que distinguía en el lejano horizonte. Dos niñas se columpiaban hacia delante y atrás, y un niño delgadísimo las observaba desde detrás de unos arbustos. Su cabello negro era largo, y su ropa era tan desastrosa que parecía a propósito: jeans demasiado cortos, un abrigo lamentable y demasiado largo que podía haber pertenecido a un adulto y una extraña polera que parecía un delantal.

Harry se acercó al muchacho. Snape parecía tener unos nueve o diez años, pálido, pequeño y rudo. Había codicia sin disfrazar en su delgado rostro, mientras observaba a la más joven de las dos hermanas columpiarse más y más alto que su hermana.

- ¡Lily, no hagas eso! – gritó la mayor

Pero la chica se había soltado del columpio en el punto más alto de este, y voló por los aires (literalmente, voló) y se lanzó hacia el cielo con una gran carcajada, y en vez de estrellarse contra el asfalto de patio, se elevó como un trapecista por el aire, manteniéndose arriba por demasiado tiempo y aterrizando suavemente.

- ¡Mamá te dijo que no lo hicieras!

Petunia dejó de columpiarse hundiendo sus sandalias en la tierra, provocando un crujido, y luego se puso de pie, con las manos en la cintura.

- ¡Mamá dijo que no tenías permiso para hacerlo, Lily!

- Pero estoy bien – dijo Lily, aún riendo – Tuney, mira esto. Mira lo que puedo hacer.

Petunia miró alrededor. El patio estaba vacío, a excepción de ellas mismas y, a pesar de que ellas no lo sabían, Snape. Lily recogió una flor que se había caído del

arbusto detrás del cual Snape se escondía. Petunia avanzó, evidentemente dividida entre la curiosidad y la desaprobación. Lily esperó a que Petunia estuviese lo suficientemente cerca como para ver bien, y luego abrió la palma de su mano. La flor se sentó ahí, abriendo y cerrando sus pétalos, como si fuera una ostra extraña y bizarra, con muchos labios.

- ¡Detenlo! – chilló Petunia.

- No te hace daño – replicó Lily, mas cerro su mano y arrojó la flor.

- No está bien – dijo Petunia, pero sus ojos habían seguido el vuelo de la flor hacia el suelo, y los mantuvo fijos en ese lugar - ¿Cómo lo haces? – añadió, con una voz que indicaba cuanto quería saber.

- Es obvio, ¿no? – Snape ya no podía contenerse, y saltó de detrás de los arbustos. Petunia gritó y retrocedió corriendo hacia los columpios, pero Lily, aunque claramente asustada, permaneció donde estaba. Snape pareció lamentar haber aparecido. Una sobre de rubor se posó en sus pálidas mejillas mientras miraba a Lily.

- ¿Qué es obvio? – preguntó Lily.

Snape parecía nervioso y exaltado. Mirando a Petunia, que se asomaba por detrás de los columpios, bajó la voz y dijo:

- Yo sé lo que eres.

- ¿Qué quieres decir?

- Eres… eres una bruja – susurró Snape.

La niña se mostró ofendida.

- ¡*Eso* no es algo muy agradable para decirle a alguien!

Se dio vuelta, con la nariz en el aire, y se alejó hacia su hermana.

- ¡No! – dijo Snape. Ahora estaba completamente colorado, y Harry se preguntó porque no que quitaba su ridículamente largo abrigo, a menos que fuera porque no quería mostrar el delantal que traía debajo. Aleteó detrás de las chicas, pareciéndose grotescamente a un murciélago, al igual que su yo mayor.

Las hermanas lo examinaron con una mirada desaprobatoria, y se colgaron de las poleas de uno de los columpios, como si ese fuera un lugar seguro.

- Lo eres - le dijo Snape a Lily – Eres una bruja, te he estado observando desde hace tiempo. Pero no tiene nada de malo, mi mamá también lo es, y yo soy un mago.

La risa de Petunia era como agua fría.

- ¡Un mago! – exclamó, recuperando el coraje ahora que ya había superado el susto la aparición repentina - ¡Yo sé *quien* eres! ¡Eres ese tal Snape! Viven al terminar

El Fin del Hilandero, cerca del río – le dijo a Lily, y era evidente por su tono de voz que consideraba la dirección muy poco recomendable - ¿Por qué nos has estado espiando?

- ¡No he estado espiando! – dijo Snape, acalorado, incómodo y con el cabello sucio bajo la luz del sol – No te espiaría a *ti,* de todas formas – añadió con desprecio – eres una *muggle.*

Aunque claramente Petunia no entendía la palabra, intuía lo que era por el tono.

- ¡Ven, Lily, nos vamos! – dijo fríamente. Lily obedeció a su hermana de inmediato, mirando a Snape mientras se iba. Él no dejó de mirarlas en su camino hacia el portón de la plaza, y Harry, el único que quedaba para observarlo, pudo reconocer en él una amarga decepción, y comprendió que Snape había estado planeando este momento desde hace mucho, y que había salido completamente mal…

La escena se disolvió, y antes de que Harry se diera cuenta, se re-armó a su alrededor. Ahora estaba en un pequeño bosque. Podía ver el agua de un río brillando a través de los troncos. Las sombras que daban los árboles dejaban un claro verde y fresco. Dos niños se encontraban sentados en suelo, cara a cara y con las piernas cruzadas. Snape se había quitado el abrigo, y su delantal parecía menos peculiar a media luz.

- … y el Ministerio puede castigarte por hacer magia fuera de la escuela, te envían cartas.

- ¡Pero yo *sí he* hecho magia fuera de la escuela!

- Estamos a salvo. Aún no tenemos nuestras varitas. Te dejan en paz cuando eres un niño y no puedes evitarlo. Pero cuando cumples once – y asintió, dándose importancia – y te comienzan a entrenar, debes ser más cuidadoso.

Hubo un pequeño silencio. Lily había recogido una ramita caída y la hacía girar en el aire; Harry supo que la niña imaginaba chispas saliendo de ella. Luego dejó caer la ramita y se inclinó hacia el chico.

- Es verdad, ¿cierto? ¿No es una broma? Petunia dice que me estás mintiendo. Petunia dice que no existe Hogwarts. *Es* verdad, ¿cierto?

- Es verdad para nosotros – dijo Snape - no para ella. Pero recibiremos la carta, tú y yo.

- ¿En serio? – susurró Lily.

- Definitivamente – dijo Snape, e incluso con su mal corte de cabello y su extraña ropa, su figura pareció enaltecerse en frente de ella, lleno de confianza en su destino.

- ¿Y de verdad me llegará por lechuza? – susurró Lily.

- Normalmente – dijo Snape – pero eres hija de *muggles*, así que alguien de la escuela tendrá que venir a explicarle a tus padres.

- ¿Existen diferencias por ser hija de muggles?

Snape dudó un instante. Sus ojos negros, impacientes y repentinamente abatidos, recorrieron la pálida cara y el cabello rojo oscuro.

- No – dijo – No existe ninguna diferencia.

- Que bueno – dijo Lily, relajándose. Era claro que eso la había estado preocupando.

- Tienes mucha magia – dijo Snape – pude verlo. Todo el tiempo que te observé…

Su voz fue desapareciendo, ella no estaba escuchando, pero se había estirado en el suelo frondoso y miraba hacia las hojas en las copas de los árboles que había sobre ellos. Él la miró con tanta intensidad como la había mirado en el patio de juegos.

- ¿Cómo van las cosas en tu casa? – preguntó Lily.

Snape frunció un poco el entrecejo.

- Bien – dijo.

- ¿Ya no pelean?

-Oh, sí. Sí pelean – dijo Snape, recogiendo un montón de hojas y rompiéndolas, aparentemente sin darse cuenta de lo que estaba haciendo - Pero no falta mucho para que me vaya.

- ¿A tu papá no le gusta la magia?

- Creo que no hay nada que le guste mucho – dijo Snape.

- ¿Severus?

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Snape cuando ella mencionó su nombre.

- ¿Si?

- Cuéntame sobre los dementores otra vez.
- ¿Qué quieres saber de ellos?

- Si yo uso magia fuera de la escuela…

- ¡No te enviarán con los dementores por eso! Los dementores son para gente que ha hecho cosas realmente malas. Son los guardianes de la prisión mágica, Azkaban. Pero tú no irás a Azkaban, eres demasiado…

Snape se sonrojó nuevamente y destrozó más hojas. Luego, un ligero crujido detrás de Harry hizo que se diera vuelta: Petunia, escondida detrás de un árbol, había perdido el equilibrio.

- ¡Tuney! – exclamó Lily, con una voz llena de sorpresa y bienvenida, pero Snape se había puesto de pie de un salto.

- ¿Quién espía a quién ahora? – gritó – ¿Qué es lo que quieres?

Petunia había perdido el aliento, alarmada por haber sido atrapada. Harry podía ver como luchaba por encontrar algo hiriente que decir.

- ¿Y tú, qué traes puesto? – dijo, señalando al pecho de Snape - ¿Una blusa de tu mami?

Escucharon un "CRACK": una rama sobre la cabeza de Petunia se había caído. Lily gritó, la rama golpeó a Petunia en el hombro, quien retrocedió y se echó a llorar.

- ¡Tuney!

Pero Petunia había salido corriendo. Lily se volteó hacia Snape.

- ¿Tú hiciste que pasara eso?

- No – el chico parecía desafiante y asustado.

- ¡Fuiste tú! – la niña se alejaba, sin darle la espalda - ¡Fuiste *tú*! ¡La lastimaste!

- No… ¡no lo hice!

Pero la mentira no convenció a Lily: después de una última mirada fulminante, se fue corriendo del bosquecillo, detrás de su hermana, y Snape se quedó allí, miserable y confundido…

Y el escenario se rearmó. Harry miró a su alrededor, se encontraba en la plataforma 9 y ¾, y Snape estaba a su lado, ligeramente encorvado, junto a una mujer delgada, pálida y con una mirada amarga, que le recordaba mucho a él. Snape miraba a una familia de cuatro miembros que se encontraba a una escasa distancia. Las dos niñas estaban un tanto alejadas de sus padres. Lily parecía estar discutiendo con su hermana. Harry se acercó más para escuchar.

- ¡…lo siento mucho, Tuney, lo siento! Escucha – tomó la mano de su hermana, y la sostuvo, a pesar de que Petunia trataba de soltarse – Tal vez cuando llegue (¡Escucha, Tuney!) Tal vez cuando llegue, podré ir a hablar con el profesor Dumbledore y convencerlo para que cambie de opinión.

- ¡Yo – no – quiero – ir! – dijo Petunia, forcejeando por quitar su mano de entre las de su hermana - ¿Crees que quiero ir a un estúpido castillo a aprender a ser una… una…?

Sus ojos claros recorrieron la plataforma, por sobre los gatos maullando en los brazos de sus dueños, por sobre las lechuzas ululando y aleteándose unas a otras en sus jaulas, por sobre los estudiantes, algunos ya vestidos con sus largas túnicas negras, cargando sus baúles al interior del tren escarlata o saludándose felices unos a otros después de un verano sin verse.

- ¿…crees que quiero ser un… un… fenómeno?

Los ojos de Lily se llenaron de lágrimas mientras Petunia conseguía recuperar su mano.

- No soy un fenómeno – dijo Lily – Es horrible que digas eso.

- Ahí es a donde vas – dijo Petunia, ardientemente – A una escuela especial para fenómenos. Tú y ese Snape… raros, eso es lo que ambos son. Es bueno que te separen de la gente normal. Es por nuestra propia seguridad.

Lily miró a sus padres, quienes miraban la plataforma con un aire de dicha total, disfrutando la escena. Luego volvió a mirar a su hermana, y su voz se volvió baja y fría.

- No pensabas que era una escuela para fenómenos cuando le escribiste al director rogándole que te aceptara.

Petunia se puso escarlata

- ¿Rogando? ¡Yo no le rogué!

- Vi su respuesta. Fue muy amable.

- ¡No debiste haberlo leído…! – susurró Petunia – Era algo privado… ¿Cómo pudiste?

Lily se delató a sí misma al mirar hacia donde se encontraba Snape. Petunia jadeó.

- ¡Ese chico la encontró! ¡Tú y ese niño han estado entrometiéndose en mi habitación!
- No… no entrometiéndonos – ahora era Lily quien estaba a la defensiva – ¡Severus vio el sobre, y no podía creer que un mago fuera capaz de contactar a Hogwarts, eso es todo! Él dice que deben haber magos trabajando encubiertos en el servicio postal y que ellos se encargan de…

- ¡Aparentemente los magos meten las narices en todas partes! – dijo Petunia, ahora tan pálida como antes sonrojada - *¡Fenómeno!* – le espetó a su hermana, encaminándose luego hacia sus padres.

La escena se disolvió una vez más. Snape recorría el corredor del Expreso de Hogwarts mientras este atravesaba el país. Ya se había puesto su túnica de le escuela, seguramente había aprovechado la primera oportunidad que había tenido para deshacerse de su extraña ropa *muggle*. Al fin se detuvo, fuera de un compartimiento en el cual unos chicos muy ruidosos conversaban. Encogida en un asiento de la esquina, junto a la ventana estaba Lily, con su cara apretada contra el cristal de la ventana.

Snape abrió la puerta del compartimiento y se sentó frente a Lily. Ella lo miró y luego volvió la vista hacia la ventana. Había estado llorando.

- No quiero hablar contigo – dijo con la voz contraída.

- ¿Por qué no?

- Tuney m-me odia. Por ver la carta que Dumbledore le envió.

- ¿Y eso qué?

Lily le lanzó una mirada de profundo desprecio.

- ¡Que es mi hermana!

- Ella es sólo una… - Snape se contuvo rápidamente, pero Lily, demasiado ocupada en secarse las lágrimas sin que nadie se diera cuenta, no lo escuchó.

- ¡Pero nosotros vamos! – dijo él, sin poder contener la emoción en su voz - ¡Este es el gran momento! ¡Nos vamos a Hogwarts!

Ella asintió, restregándose los ojos, pero muy a su pesar, sonrió ligeramente.

- Más te vale estar en Slytherin – dijo Snape, envalentonado por el hecho de que se hubiese alegrado un poco.

- ¿Slytherin?

Uno de los chicos con los que compartían el vagón, que no había demostrado el menor interés en Lily o Snape hasta ese momento, miró a su alrededor al escuchar esa palabra, y Harry, cuya atención se había concentrado completamente en los dos que estaban junto a la ventana, vio a su padre: delgado, con el cabello negro igual que Snape, pero con ese aire indefinido de haber sido querido, e incluso adorado, y que a Snape tanta falta le hacía.

- ¿Quién quiere estar en Slytherin? Creo que mejor me voy, ¿acaso tú no? – preguntó James al chico tendido en los asientos al frente de él, y con un estremecimiento, Harry se dio cuenta de que era Sirius. Sirius no sonreía.

- Toda mi familia ha estado en Slytherin – dijo.

- Rayos – dijo James – Y a mí que me parecías normal.

Sirius sonrió.

- Tal vez rompa la tradición. ¿A dónde te irías, si tuvieras que elegir?

James levantó una espada invisible.

- ¡Gryffindor, donde habitan los valientes de corazón! Igual que mi papá.

Snape hizo un ruidito de disgusto. James se giró hacia él

- ¿Tienes algún problema con eso?

- No – dijo Snape, aunque el desprecio en su voz daba a entender otra cosa – Si prefieres ser un musculoso a un cerebrito...

- ¿A dónde esperas ir, viendo que no eres ninguna de las dos cosas? – interrumpió Sirius.

James se echó a reír. Lily se puso de pie, un tanto sonrojada, mirando a James y a Sirius con desagrado.

- Vamos, Severus, busquemos otro compartimiento.

- Oohhhhh…

James y Sirius imitaron su voz arrogante. James trató de empujar a Snape mientras pasaba.

- ¡Te veo luego, Quejicus! – gritó una voz, mientras la puerta del compartimiento se cerraba de un portazo…

Y la escena se disolvió una vez más…

Harry estaba parado detrás de Snape, mirando las iluminadas mesas de las Casas, llenas de caras. Luego la profesora McGonagall dijo:

- ¡Evans, Lily!

Harry vio a su madre avanzar con las piernas temblándole y sentarse en el inestable taburete. La profesora McGonagall puso el Sombrero Seleccionador sobre su cabeza, y apenas un segundo después de que este tocó el cabello rojo oscuro, el sombrero gritó: *"¡Gryffindor!"*

Harry escuchó a Snape soltar un pequeño quejido. Lily se quitó el sombrero, se lo devolvió a la profesora McGonagall, y luego se apresuró en ir a la alegre mesa de los Gryffindors, pero mientras se encaminaba hacia allá miró a Snape con una sonrisa triste en su rostro. Harry vio a Sirius acomodarse en la banca para hacerle espacio. Ella le lanzó una mirada, pareció reconocerlo del tren, cruzó los brazos y firmemente le dio la espalda.

El llamado de la lista continuó. Harry vio a Lupin, Pettigrew y a su padre unirse a Lily y Sirius en la mesa de Gryffindor. Cuando faltaban sólo una docena de estudiantes para ser sorteados, la profesora McGonagall llamó a Snape.

Harry caminó junto a él hacia el taburete, lo vio ponerse el sombrero.

- ¡Slytherin! – gritó el Sombrero Seleccionador.

Y Severus Snape caminó para el otro lado del Gran Comedor, lejos de Lily, hacia la mesa de los donde los Slytherin lo animaban, hacia donde Lucius Malfoy, con una placa de prefecto en su pecho, palmeaba a Snape en la espalda, mientras este se sentaba junto a él.

Y luego la escena cambió…

Lily y Snape caminaban por el patio de la escuela, evidentemente discutiendo. Harry se apresuró en alcanzarlos, para escuchar lo que decían. Mientras los alcanzaba, se dio cuenta de cuanto más altos estaban ahora. Parecía que habían pasado un par de años desde el sorteo.

- ¿… a pesar de que se suponía que éramos amigos? – decía Snape - ¿Mejor amigos?

- ¡Lo *somos*, Sev, pero no me gustan algunas de las personas con las que te juntas! Lo siento, pero detesto a Avery y a Mulciber. ¡Mulciber! ¿Qué le ves, Sev? ¡Es aterrador! ¿Sabes lo que trató de hacerle a Mary Macdonald el otro día?

Lily había alcanzado un pilar y se apoyaba en él, mirando a la delgada y pálida cara.

- No fue nada – dijo Snape – Fue un chiste, eso era todo…

- Era magia oscura, y si eso te parece gracioso…

- ¿Y qué hay con las cosas que hace Potter con sus amigos? – demandó Snape. El color volvió a su rostro mientras decía esto, incapaz, al parecer, de mantenerse enojado.

- ¿Qué tiene que ver Potter con todo esto? – preguntó Lily.

- Ellos se escapan de noche. Hay algo raro en ese Lupin. ¿A dónde va todo el tiempo?

- Está enfermo – dijo Lily – Dicen que está enfermo…

- ¿Cada mes en luna llena? – replicó Snape.

- Conozco tu teoría – dijo Lily fríamente – De cualquier forma, ¿Por qué te obsesionas con ellos? ¿Qué te importa lo que hagan de noche?

- Sólo trato de demostrarte que no son tan maravillosos como todos creen que son.

La intensidad de su mirada la hizo sonrojarse.

- Al menos no usan magia oscura – Lily disminuyó su voz – Y estás siendo muy ingrato, oí lo que pasó la otra noche. Fuiste a meterte a ese túnel cerca del Sauce Boxeador, y James Potter te salvó de lo que sea que haya ahí.

La cara de Snape se contrajo completamente mientras murmuraba:

- ¿Que me salvó? ¿Salvar? ¿Crees que estaba jugando al héroe? ¡Estaba salvando su cuello, y el de sus amigos también! Tú no vas a…no te permitiré…

- ¿Permitirme? *¿Permitirme?*

Lily abrió sus brillantes ojos verdes como platos. Snape se arrepintió de inmediato.

- No quise decir… es sólo que no quiero que hagas el… ¡Le gustas, le gustas a James Potter! – las palabras parecían salir de Snape contra su voluntad – Y él no es… lo que todos piensan… un héroe del *Quidditch*… - la amargura y el desagrado de Snape lo estaban volviendo incoherente, y las cejas de Lily se elevaban más y más en su frente.

- Sé que James Potter es un idiota arrogante – dijo, cortando a Snape – No necesito que tú me lo digas. Pero la idea que Mulciber y Avery tienen del humor es simplemente malvada. *Malvada.* No entiendo como puedes ser amigo de ellos.

Harry dudaba mucho de que Snape hubiese siquiera escuchado sus quejas sobre Mulciber y Avery. En cuanto la había oído insultar a James Potter, todo su cuerpo se había relajado, y mientras seguían caminando el paso de Snape se volvió distinto…

Y la escena se disolvió…

Harry volvió a ver a Snape dejando el Gran Comedor luego de dar su T.I.M.O. de Defensa Contra las Artes Oscuras, vio como se alejaba del castillo y paseaba sin darse cuenta cerca del lugar en donde James, Sirius, Lupin y Pettigrew estaban sentados juntos bajo el haya. Pero Harry se mantuvo distante esta vez, pues sabía lo que había pasado luego de que James levantaba a Snape en el aire y lo ridiculizaba, sabía lo que había sido hecho y dicho, y no quería volver a escucharlo… Vio a Lily unirse al grupo y defender a Snape. A la distancia oyó a Snape gritarle, en su humillación y su furia, las palabras imperdonables: *Sangre sucia*.

La escena cambió…

- Lo siento.

- No me interesa.

- ¡Lo siento!

- Guarda tu aliento.

Era de noche. Lily, quien vestía una túnica de gala, estaba de pie con los brazos cruzados en frente del portarretrato de la Dama Gorda, a la entrada de la torre de Gryffindor.

- Sólo salí porque Mary me dijo que amenazabas con dormir aquí.

- Iba a hacerlo. Lo hubiera hecho. Nunca quise llamarte *sangre sucia*, sólo…

- ¡Se te salió! – no había pena en la voz de Lily – Es demasiado tarde, he encontrado excusas para ti todos estos años. Ninguno de mis amigos puede entender porque te hablo. Tú y tus queridos amigos Mortífagos… ¡Ves, ni siquiera lo niegas! ¡Ni siquiera niegas que es lo que todos ustedes aspiran ser! No puedes esperar para unirte a Ya – Sabes – Quien, ¿verdad?

Snape abrió la boca, pero la cerró sin hablar.

- No puedo seguir pretendiendo. Tú escogiste tu camino, y yo el mío.

- No, escucha, no quería…

- ¿Llamarme *sangre sucia*? Pero así es como llamas a todos los de mi clase, Severus. ¿Por qué yo debería recibir un trato especial?

Snape luchó consigo mismo, a punto de decir algo, pero con una mirada de desprecio, Lily se dio vuelta y atravesó el agujero del portarretrato.

El corredor se disolvió, y la escena se demoró un poco más en rearmarse: Harry sintió que volaba a través de figuras y colores cambiantes hasta que todo a su alrededor se solidificó otra vez y su paró en la cima de una colina, triste y fría en la oscuridad, con el viento soplando a través de las ramas de unos cuantos árboles sin hojas. El Snape adulto estaba sin aliento, girando en su lugar, con la varita firmemente sujeta en su mano, esperando algo o a alguien… Su miedo infectó a Harry también, a pesar de saber que no podía ser dañado, y miró sobre su hombro, preguntándose que sería lo que Snape estaba esperando…

Luego un destello de luz blanca cegadora voló a través del aire. Harry pensó en el resplandor, pero Snape había caído de rodillas y su varita había salido disparada de sus manos.

- ¡No me mate!

- Esa no era mi intención.

Cualquier sonido de la Aparición de Dumbledore había sido sofocado por el ruido del viento entre las ramas. Se detuvo junto a Snape con su túnica ondeando a su ardedor, y su cara iluminada por debajo por la luz creada por su varita.

- ¿Y bien, Severus? ¿Qué mensaje tiene Lord Voldemort para mí?

- Ni… ningún mensaje… ¡Estoy aquí por mi cuenta!

Snape secaba sus manos. Parecía un poco loco, con su desordenado pelo negro volando a su alrededor.

- Yo…vine con una advertencia… no, una petición… por favor…

Dumbledore agitó su varita. A pesar de que las hojas y las ramas aún volaban a través del aire nocturno a su alrededor, se hizo silencio en el lugar donde él y Snape se veían cara a cara.

- ¿Qué petición podría hacerme un mortífago?

- La… la profecía… la predicción… Trelawney…

- Ah, sí – dijo Dumbledore - ¿Cuánto le contaste a Lord Voldemort?

- ¡Todo, todo lo que escuché! – respondió Snape – Es por eso que…. es por esa razón que… ¡él cree que se trata de Lily Evans!

- La profecía no hacía referencia a una mujer – dijo Dumbledore – Hablaba de un niño nacido a finales de Julio…

- ¡Sabes lo quiero decir! El piensa que se trata de su hijo, y la va a cazar… los va a matar a todos…

- Si significa tanto para ti – dijo Dumbledore – seguramente Lord Voldemort la dejará ir, ¿no? ¿No podrías pedir piedad por la madre, a cambio del hijo?

- Yo… yo ya se lo pedí…

- Eres repugnante – dijo Dumbledore, y Harry nunca había oído tanto disgusto en su voz. Snape pareció encogerse un poco – ¿No te preocupa, entonces, que su esposo y su hijo mueran? ¿Ellos pueden morir, siempre y cuando tú obtengas lo que quieres?

Snape no dijo nada, simplemente miró a Dumbledore.

- Escóndelos a todos, entonces – gruñó – Mantenla… mantenlos a salvo. Por favor.

- ¿Y qué me darás a cambio, Severus?

- ¿A… a cambio? – Snape miró a Dumbledore, y Harry pensó que se iba a quejar, pero luego de un momento muy largo dijo – Lo que sea.

La colina se deshizo, y Harry se encontró de pie en la oficina de Dumbledore. Algo hacía un sonido terrible, como un animal herido. Snape se dejó caer en una silla y

Dumbledore, parado sobre él, lucía muy afligido. Luego de un momento, Snape levantó su rostro, y parecía un hombre que hubiese vivido cien años de miserias desde que había dejado la colina salvaje.

- Pensé… que iba... a mantenerla… a salvo…

- Ella y James depositaron su confianza en la persona equivocada – dijo Dumbledore – Igual que tú, Severus. ¿Acaso no esperabas que Voldemort la dejara ir?

Snape respiraba entrecortadamente.

- Su hijo sobrevivió – dijo Dumbledore.

Con un pequeño movimiento de cabeza, Snape pareció alejar algo desagradable.

- Su hijo vive. Tiene sus ojos, sus mismos ojos. ¿Recurdas la forama y el color de los ojos de Lily Evans, me imagino?

- ¡NO! – aulló Snape – Se ha ido… muerta…

- ¿Te remuerde la conciencia, Severus?

- Desearía… desearía que *yo* hubiese muerto…

- ¿Y eso de qué serviría? – dijo Dumbledore fríamente – Si amabas a Lily Evans, si realmente la amabas, entonces está claro lo que debes hacer.

- ¿Qué… qué quieres decir?

- Sabes como y porqué murió. Asegúrate de que no fue en vano. Ayuda a proteger al hijo de Lily.

- Él no necesita protección. El Señor Oscuro se ha ido…

- El Señor Oscuro regresará, y Harry Potter estará en un peligro terrible cuando lo haga.

Hubo una pausa muy larga, y lentamente snape recuperó el control de sí mismo, reguló su respiración. Al fin dijo:

- Muy bien. Muy bien. ¡Pero nunca, nunca se lo diga a nadie, Dumbledore! ¡Esto queda entre nosotros! ¡Júrelo! No puedo soportar… especialmente el hijo de Potter… ¡Quiero su palabra!

- ¿Mi palabra, Severus, de nunca revelar lo mejor de ti? – suspiró Dumbledore, mirando a la angustiada y feroz cara de Snape – Si insistes…

La oficina se disolvió y rearmó instantáneamente. Snape caminaba de un lado a otro en frente de Dumbledore.

-…. mediocre, arrogante como su padre, decidido a romper las reglas, fascinado de descubrir que es famoso, busca la atención e impertinente…

- Ves lo que quieres ver, Severus – dijo Dumbledore, sin levantar la vista de una copia de Transformación Moderna – Otros profesores me han dicho que el chico es modesto, agradable y razonablemente talentoso. Personalmente, me parece un muchacho encantador.

Dumbledore dio vuelta la página, y dijo sin mirar:

- Échale un vistazo a Quirrel, ¿quieres?

Un espiral de colores, y ahora todo se había oscurecido, y Snape y Dumbledore estaban de pie, un poco alejados en el hall de entrada, mientras los últimos que quedaban del Baile de Navidad pasaban junto a ellos para irse a la cama.

- ¿Y bien? – murmuró Dumbledore.

- La marca de Karkaroff también se oscurecido. Está aterrado, teme una venganza, usted sabe cuanta ayuda le brindó al Ministerio luego de que el Señor Oscuro cayera – Snape miró de reojo al perfil de nariz ganchuda de Dumbledore – Karkaroff arrancará si la Marca comienza a quemar.

- ¿Lo hará? – preguntó Dumbledore suavemente, mientras Fleur Delacour y Roger Davies venían desde el patio, riendo - ¿Y tú, te sientes tentado a irte con él?

- No – dijo snape, con sus ojos negros fijos en las cada vez más alejadas siluetas de Fleur y Roger – No soy tan cobarde.

- No – acordó Dumbledore – Eres un hombre mucho más valiente que Igor Karkaroff. Sabes, a veces pienso que sorteamos las Casas demasiado pronto…

Dumbledore se alejó, dejando a Snape con cara de estar herido.

Y ahora Harry estaba una vez más en la oficina del director. Era de noche, y Dumbledore giraba en la silla que parecía un trono detrás del escritorio, aparentemente semiconsciente. Su mano derecha colgaba de un lado, ennegrecida y quemada. Snape murmuraba encantamientos, señalando la muñeca de esa mano con su varita, mientras que su mano izquierda vaciaba un cáliz lleno de una poción dorada en la garganta de Dumbledore. Al cabo de unos momentos, las pestañas del director se sacudieron para abrirse.

- ¿Por qué? – dijo Snape, sin preámbulo - ¿Por qué se puso ese anillo? Carga una maldición, seguramente ya lo sabía. ¿Por qué lo tocó?

El anillo de Marvolo Gaunt yacía en el escritorio frente a Dumbledore. Estaba roto; la espada de Gryffindor estaba tendida junto a él.

Dumbledore frunció el ceño.

- Fui… un tonto. Me vi profundamente tentado…

- ¿Tentado a que?

Dumbledore no respondió.

- ¡Es un milagro que haya podido regresar! – Snape sonaba furioso – Ese anillo portaba una maldición de un poder extraordinario, contenerla es lo más que podemos hacer; he atrapado la maldición en su mano, por ahora…

Dumbledore levantó su mano, ennegrecida e inútil, y la examinó como si se tratara de una interesante antigüedad.

- Has hecho bien, Severus. ¿Cuánto tiempo crees que me queda?

El tono de Dumbledore era el de una conversación normal, podría haber estado preguntando por un reporte del clima. Snape dudó un momento, antes de hablar.

- No sabría decirlo. Tal vez un año. No hay forma de contrarrestar un hechizo así para siempre. Eventualmente, se esparcirá. Es el tipo de maldición que crece con el tiempo.

Dumbledore sonrió. La noticia de que le quedaba menos de un año de vida no parecía importarle mucho.

- Soy muy afortunado, extremadamente afortunado de tenerte, Severus.

- ¡Si sólo me hubiese llamado un poco antes, hubiese podido hacer algo más, darle algo más de tiempo! – dijo Snape, furioso. Miró el anillo roto, y la espada - ¿Cree que con romper el anillo se romperá la maldición?

- Algo así… estaba delirando, sin duda alguna…. – dijo Dumbledore. Con una gran esfuerzo se enderezó en la silla – Bueno, en realidad, eso importará más adelante.

Snape se quedó completamente perplejo. Dumbledore sonrió.

- Me refiero al plan que Lord Voldemort tiene sobre mí- Su plan para conseguir que el pobre chico Malfoy me asesine.

Snape se sentó en la silla que Harry solía ocupar, del otro lado del escritorio de Dumbledore. Harry se dio cuenta de que quería seguir hablando de la mano maldita de Dumbledore, pero que este se rehusaba educadamente a seguir discutiendo el asunto. A regañadientes, Snape dijo:

- El Señor Oscuro no cree que Draco lo consiga. Esto es simplemente un castigo por las recientes fallas de Lucius. Una tortura lenta para los padres de Draco, mientras ven como este falla y paga el precio.

- En otras palabras, el chico también está condenado por una sentencia de muerte, al igual que yo – dijo Dumbledore – Ahora, creo que saber que el sucesor natural del trabajo, luego de que Draco falle, ¿eres tú?

Hubo una pequeña pausa.

- Ese, según creo, es el plan del Señor Oscuro.

- ¿Lord Voldemort predice que en un momento no muy lejano no necesitará un espía en Hogwarts?

- Cree que la escuela pronto estará bajo su control, sí.

- Y si realmente cayera bajo su control – dijo Dumbledore, casi, según parecía, al aire - ¿Tengo tu palabra de que harás todo lo esté en tus manos para proteger a los estudiantes de Hogwarts?

Snape asintió firmemente.

- Bien. Ahora, tu primera prioridad es descubrir que es lo Draco trama. Un adolescente asustado es tan peligroso para el resto como para sí mismo. Ofrécele ayuda y guía, él aceptará, tú le agradas…

- … mucho menos desde que su padre perdió la confianza. Draco me culpa, cree que yo tomé el lugar de Lucius.

- De todas formas, trata. Me preocupo más por las posibles víctimas de cualquier ataque que se le ocurra al chico que por mí mismo. En último caso, por supuesto, sólo hay una cosa que hacer para salvarlo de la ira de Lord Voldemort.

Snape alzó las cejas y su tono de voz era sardónico al preguntar:

- ¿Piensas dejar que Voldemort te mate?

- Por supuesto que no. *Tú* debes matarme.

Hubo un largo silencio, interrumpido sólo por un extraño ruido de algo rompiéndose. Fawkes, el fénix, masticaba **a bit of cuttlebone.**

- ¿Quiere que lo haga ahora? – preguntó Snape, con la voz cargada de ironía - ¿O le doy algunos minutos para que componga su epitafio?

- Oh, no todavía – respondió Dumbledore, sonriendo – Me atrevería a decir que el momento se presentará solo en el transcurso de los acontecimientos. Dado lo que ha ocurrido esta noche – indicó su mano calcinada – podemos estar seguros que pasará durante este año.

- Si no le importa morir – dijo Snape con rudeza - ¿Por qué no deja que Draco lo haga?

- El alma de ese chico aún no está tan dañada – dijo Dumbledore – no dejaré que se rompa por mi culpa.

- ¿Y mi alma, Dumbledore? ¿Y la mía?

- Tú eres el único que sabe si tu alma se dañará al ayudar a un viejo a evitar el dolor y la humillación – dijo Dumbledore – Te pido este gran favor a ti, Severus, porque la muerte vendrá por mi con tanta certeza como los Chudley Cannons serán los últimos de la liga este año. Confieso que prefiero una salida rápida y sin dolor a la larga y caótica situación en la que me vería si, por ejemplo, Greyback está involucrado (¿Oí que Voldemort lo reclutó?) o la querida Bellatrix, a quien le gusta gusta jugar con su comida antes de comérsela.

Su tono de voz era ligero, pero sus ojos azules atravesaban a Snape al igual que tantas otras veces habían atravesado a Harry, como si pudieran ver el alma sobre la cual estaban discutiendo. Al fin, Snape volvió a asentir con firmeza. Dumbledore pareció satisfecho.

- Gracias, Severus…

La oficina desapareció, y ahora Snape y Dumbledore caminaba juntos por los vacíos patios de la escuela a media luz.

- ¿Qué hace con Potter, todas esas tardes que pasan encerrados juntos? – preguntó Snape abruptamente.

Dumbledore parecía cansado.

- ¿Por qué? ¿No tratarás de darle *más* castigos, Severus? El chico pronto pasará más tiempo castigado que afuera.

- Está actuando como su padre otra vez…

- En apariencia, tal vez, pero su naturaleza es mucho más parecido a la de su madre. Paso mucho tiempo con Harry porque debo discutir algunas cosas con él, como información que debo darle antes de que sea demasiado tarde.

- Información – repitió Snape – Confía en él… no confía en mí.

- No es un asunto de confianza. Poseo, como ambos sabemos, un tiempo limitado. Es esencial que le de suficiente información como para que haga lo que necesita hacer.

- ¿Y por qué no puedo recibir yo la misma información?

- Prefiero no poner todos mis secretos en el mismo cesto, especialmente si ese cesto pasa tanto tiempo colgando del brazo de Lord Voldemort.

- ¡Lo que hago bajo sus órdenes!

- Y lo haces muy bien. No creas que no estimo el constante peligro al que te expones, Severus. Entregarle a Voldemort información que pareced invaluable mientras guardamos lo esencial es un trabajo que no le confiaría a nadie más que a ti.

- ¡Y aún así, confías mucho más en un chico que es incapaz de aprender Oclumancia, cuya magia es mediocre, y que tiene una conexión directa con la mente del Señor Oscuro!

- Voldemort le teme a esa conexión – dijo Dumbledore – No hace mucho, tuvo una pequeña lección sobre lo que realmente significa para él compartir la mente de Harry. Fue un dolor que nunca antes había experimentado. No volverá a tratar de poseer a Harry, estoy seguro. No de esa forma.

- No entiendo.

- El alma de Voldemort, tan desfigurada como se encuentra, no puede soportar el contacto con un alma como la de Harry. Es como una navaja de acero congelado, como la carne en llamas…

- ¿Almas? ¡Estamos hablando de mentes!

- En el caso de Harry y Lord Voldemort, hablar de una cosa es lo mismo que hablar de la otra.

Dumbledore miró a su alrededor para asegurarse de que estuvieran solos. Estaban cerca del Bosque Prohibido, pero no había señal alguna de alguien cerca de ellos.

- Después de que me hayas matado, Severus…

- ¡A pesar de que se rehúsa a contarme todo, espera ese pequeño servicio de mi parte! – gritó Snape, y una furia verdadera apareció en su delgada cara – ¡Toma algo tan importante como si estuviera garantizado, Dumbledore! ¡Tal vez he cambiado de idea!

- Me diste tu palabra, Severus. Y ya que hablamos de servicios que me debes, pensé que habías aceptado mantener vigilado a nuestro joven amigo de Slytherin.

Snape estaba furioso, desafiante. Dumbledore suspiró.

- Ven a mi oficina esta noche, Severus, a las once, y no podrás quejarte de que no confío en ti…

De nuevo estaban en la oficina de Dumbledore, las ventanas oscuras y Fawkes sentado en silencio, mientras Snape permanecía rígido y Dumbledore caminaba a su alrededor hablando.

- Harry no debe enterarse, no hasta el último momento, no hasta que sea necesario, de otra forma, ¿cómo tendría la fuerza necesaria para hacer lo tiene que hacer?

- Pero, ¿qué debe hacer?

- Eso el algo entre Harry y yo. Ahora escucha con atención, Severus. Llegará un momento… después de mi muerte… ¡no discutas, no me interrumpas! Llegará un momento en el que Lord Voldemort parecerá temer por la vida de su serpiente.

- ¿Nagini? – Snape parecía atónito.

- Precisamente. Cuando Lord Voldemort deje de enviar a su serpiente a cumplir sus órdenes, y la mantiene segura junto a él bajo protección mágica, entonces, creo, será seguro decirle a Harry.

- ¿Decirle qué?

Dumbledore respire profundamente y cerró los ojos.

- Decirle que la noche en que Voldemort trató de matarlo, cuando Lily puso su propia vida entre ellos, como un escudo, la Maldición Asesina rebotó en Lord Voldemort, y un fragmento del alma de Voldemort se apartó del resto, y fue a caer en la única alma viviente que quedaba en ese lugar. Parte de Lord Voldemort vive dentro de Harry, y eso es lo que le da el poder de hablar con las serpientes, y la conexión con la mente de Voldemort que nunca ha sido capaz de entender. Y mientras ese fragmento de alma, perdido por Lord Voldemort, permanezca adjunto y protegido por Harry, Lord Voldemort no puede morir.

A Harry le pareció que veía a los dos hombres desde el final de un largo túnel, estaban tan lejos de él, con sus voces formando ecos en sus oídos.

- ¿Así que el chico… el chico debe morir? – preguntó Snape, con calma.

- Y debe hacerlo Voldemort, Severus. Eso es esencial.

Otro silencio interminable. Luego Snape dijo:

- Pensé… que todos estos años… lo estábamos protegiendo por ella. Por Lily.

- Lo hemos protegido porque es esencial enseñarle, educarle, dejarle que pruebe se fuerza – dijo Dumbledore, con los ojos aún cerrados – Mientras tanto, la conexión entre ellos se hace cada vez más fuerte, se desarrolla como un parásito. A veces creo que él mismo lo sospecha. Si lo conozco bien, él ha arreglado todo para que cando salga a enfrentar su muerte, esta realmente significará el fin de Voldemort.

Dumbledore abrió los ojos. Snape estaba horrorizado.

- ¿Lo has mantenido vivo para que muera en el momento correcto?

- No te sorprendas, Severus. ¿Cuántos hombres y mujeres has visto morir?

- Últimamente, sólo a aquellos a los que no he podido salvar – dijo Snape, poniéndose de pie – Me has utilizado.

- ¿Qué quieres decir?

- He espiado y mentido por ti, me he puesto en peligro mortal por ti. Se supone que todo esto era para mantener a salvo al hijo de Lily Potter. Y ahora me dicen que la has estado criando como a un cerdo para el matadero…

- Esto es conmovedor, Severus – dijo Dumbledore seriamente - ¿Te has encariñado con el chico, después de todo?

- ¿Con él? – gritó Snape – *Experto Patronum!*

De la punta de su varita salió una sombra plateada. Aterrizó en el piso de la oficina, voló a través de ella, y escapó por la ventana. Dumbledore la observó alejarse volando, y mientras su brillo plateado se desvanecía le dio la espalda a Snape, con los ojos llenos de lágrimas.

- ¿Después de todo este tiempo?

- Siempre – dijo Snape.

Y la escena cambió. Ahora, Harry observó a Snape hablándole al portarretrato de Dumbledore detrás del escritorio.

- Tendrás que darle a voldemort el día correcto de la salida de Harry de la casa de su tía y tío – dijo Dumbledore – No hacerlo levantaría muchas sospechas, pues Voldemort cree que estás muy bien informado. Sin embargo, debes planear las distracciones; eso, según creo, asegurará la seguridad de Harry. Trata de confundir a Mundungus Fletcher. Y, Severus, si te obligan a formar parte de la persecución, asegúrate de actuar convincentemente… cuento en que mantengas la confianza de Lord Voldemort tanto tiempo como sea posible, o Hogwarts quedará a la merced de los **Carrows…**

Ahora Snape estaba frente a frente con Mundungus en una taberna desconocida. La cara de Mundungus estaba curiosamente pálida, y la de Snape fruncida de concentración.

- Sugerirás a la Orden del Fénix – murmuró Snape – utilizar distracciones. La Poción Multijugos. Potters idénticos. Es lo único que podría funcionar. Olvidarás que yo te sugerí esto. Creerá que fue tu idea. ¿Entiendes?

- Entiendo – murmuró Mundungus, sus ojos desenfocados…

Ahora Harry volaba en una escoba junto a Snape, en una oscura noche despejada. Estaba acompañado por otros Mortífagos encapuchados, y adelante estaban Lupin y un Harry que en realidad era George… un Mortífago que estaba delante de Snape levantó su varita, apuntando directamente a la espalda de Lupin.

- *Sectumsempra!* – gritó Snape.

Pero el hechizo, dirigido a la mano del Mortífago que llevaba la varita, en vez de darle a él golpeó a George…

Y luego Snape estaba de rodillas en la vieja habitación de Sirius. Las lágrimas caían del final de la ganchuda nariz, mientras leía la vieja carta de Lily. La segunda página contenía sólo unas pocas palabras.

pudo haber sido amiga de Gellert Grindelwald. ¡Creo que ha perdido un poco la razón!

Con amor,
Lily.

Snape tomó la página que tenía la firma de Lily, y su amor, y la guardó en su túnica. Luego rompió en dos la fotografía que también sujetaba, y guardó la parte en la que Lily se reía, tirando al suelo el pedazo en el que se veía a James y Harry, debajo de una cajonera…

Y ahora Snape estaba nuevamente en la oficina del director, mientras Phineas Nigellus llegaba corriendo a su retrato.

- ¡Director! ¡Están acampando en el Bosque de Dean! La sangre sucia…

- ¡No uses esa palabra!

- ¡… la chica Granger, entonces, mencionó el lugar mientras abría su bolsa y la escuché!

- ¡Bien, muy bien! – exclamó el portarretrato de Dumbledore detrás de la silla del director - ¡Ahora, Severus, la espada! ¡No olvides que debe ser tomada bajo circunstancias de necesidad y valor, y que él no debe saber que tú se la diste! Si Voldemort realmente puede leer la mente de Harry y te ve ayudándolo…

- Lo sé – dijo Snape, cortante. Se aproximó al portarretrato de Dumbledore y lo hizo a un lado. Se movió hacia el frente, revelando una cavidad escondida al reverso, de la cual sacó la espada de Gryffindor.

- ¿Y aún así no me dirá porqué es tan importante darle la espada a Potter? – dijo Snape, mientras echaba una capa de viaje sobre sus hombros.

- No, no lo creo – dijo el retrato de Dumbledore – Él sabe que hacer con ella. Y, Severus, sé muy cuidadoso, no serán muy amables con tu llegada después del accidente con George Weasley…

Snape se giró hacia la puerta.

- No se preocupe, Dumbledore – dijo fríamente – Tengo un plan…

Y Snape dejó la habitación. Harry salió del Pensadero, y en unos momentos se encontró en el suelo alfombrado en la misma habitación cuya puerta Snape podría haber cerrado hace sólo unos momentos.

Capítulo Treinta y Cuatro
De nuevo el bosque

Finalmente, la verdad. Tumbado, con la cara aplastada contra la alfombra polvorienta de la oficina donde una vez creyó estar aprendiendo los secretos de la victoria, Harry comprendió finalmente que no iba a sobrevivir. Su tarea consistía en marchar tranquilamente hasta los acogedores brazos de la muerte. Y de camino, debía encargarse de los vínculos que aún mantenían a Voldemort con vida, de forma que cuando finalmente se pusiera en el camino de Voldemort, y no alzara la varita para defenderse, el final sería limpio, y la tarea que debió cumplirse en Godric's Hollow se completaría. Ninguno viviría, ninguno podría sobrevivir.

Sintió su corazón palpitarle intensamente en el pecho. Qué extraño que su temor por la muerte le hiciera más fuerte, manteniéndole valientemente con vida. Pero todo acabaría, y pronto. Los latidos de su corazón estaban contados. ¿Cuántas veces podría palpitar aún, mientras se levantaba y caminaba a traves del castillo por última vez, salía a los campos y entraba en el bosque?

El terror le envolvió mientras estaba tendido, en el suelo, con los tambores funerarios retumbando en su interior. ¿Sería doloroso morir? En todas esas ocasiones en que había pensado que estaba a punto de suceder y escapó, no había realmente pensado en el hecho en sí. Su voluntad de vivir había sido siempre mucho mayor que su miedo a morir. Y a pesar de todo no se le pasó por la cabeza la idea de huir, de escaparse de Voldemort. Se había acabado, lo sabía, y no quedaba nada más que ese hecho: morirse.

¡Ojalá hubiera muerto en aquella noche de verano en que dejó el número cuatro de Privet Drive por última vez, cuando la varita hecha con la pluma del noble fénix le había salvado! ¡Ojalá hubiera muerto como Hedwig, tan rápido que no se habría enterado de qué había ocurrido! Ojalá se hubiera lanzado delante de una varita para salvar a alguien a quien amaba... En ese momento envidiaba incluso la muerte de sus padres. Este paseo, a sangre fría, hasta su propia destrucción, requiriría un tipo distinto de valor. Sintió cómo sus dedos temblaban ligeramente, e hizo un esfuerzo para controlarlos, aunque nadie podía verle; los retratos de las paredes estaban vacíos.

Despacio, muy despacio, se sentó, y cuando lo hizo se sintió más vivo y más consciente de su propio cuerpo viviente que nunca antes. ¿Por qué no había jamás apreciado el milagro que era, cerebro y nervios y corazón latiendo? Todo desaparecería... o al menos, él no estaría en ellos. Comenzó a respirar lenta y profundamente, con la boca y garganta completamente secas... igual que sus ojos.

La traición de Dumbledore no significaba casi nada. Por supuesto que había existido un plan mayor: simplemente Harry había sido demasiado tonto como para verlo, como comprendía ahora. Nunca había cuestionado su propia asunción de que Dumbledore le quería vivo. Ahora simplemente veía que la duración de su vida dependía de cuánto se tardara en eliminar todos los Horrorcruxes. Dumbledore le había pasado la tarea de destruirlos, y obedientemente había continuado cortando los lazos que ataban a Voldemort a la vida, ¡pero también a él! Qué acertado, qué elegante, no desperdiciar más vidas, sino asignar esa peligrosa misión al chico que ya había sido destinado al matadero, y cuya muerte no sería una calamidad, sino otro revés para Voldemort.

Y Dumbledore había sabido que Harry no se echaría atrás, que continuaría hasta el final, incluso aunque eso supusiera *su* fin, pues se había molestado en conocerle bien, ¿no? Dumbledore sabía, igual que Voldemort, que Harry no dejaría que nadie más muriera en su lugar ahora que había descubierto que estaba en sus manos detenerle. Las imágenes de Fred, Lupin y Tonks tendidos, muertos en el Gran Salón, se abrieron paso en su mente, y durante un momento apenas pudo respirar. La Muerte se sentía impaciente...

Pero Dumbledore le había sobreestimado. Había fallado: la serpiente sobrevivió. Un horrorcrux continuaría atando a Voldemort a la tierra, incluso después de de que mataran a Harry. Aunque ciertamente facilitaría la tarea a otra persona. Se preguntaba quién lo haría... Ron y Hermione sabrían lo que debía hacerse, por supuesto... Esa fue seguramente la razón de que Dumbledore quisiera que confiara en alguien más... para que si alcanzaba su destino demasiado pronto, alguien pudiera continuar...

Como la lluvia en una fría ventana, estos pensamientos repiqueteaban contra la dura superficie de la irrefutable verdad: que él debía morir. *Debo morir*. Debe terminar.

Ron y Hermione parecían estar muy lejos, en un país muy lejano; sentía como si se hubiera separado de ellos mucho tiempo atrás. No habría adioses ni explicaciones, eso sí lo tenía claro. Este era un viaje que no podrían hacer juntos, y los intentos que harían de detenerle desperdiciarían un tiempo valioso. Miró al reloj chapado en oro que había recibido en su decimoséptimo cumpleaños. Había pasado casi la mitad de la hora que le había concedido Voldemort para rendirse.

Se puso de pie. Su corazón latía contra sus costillas como un pájaro frenético. Quizá sabía que le quedaba poco, quizá estaba decidido a latir el equivalente a una vida antes del final. No miró atrás mientras cerraba la puerta de la oficina.

El castillo estaba vacío. Se sintió fantasmal mientras daba zancadas por su interior, solo, como si ya hubiera muerto. La gente de los retratos todavía seguía fuera de sus marcos; todo el lugar estaba increíblemente silencioso, como si toda la sangre vital que le quedaba se concentrara en el Gran Salón, donde los muertos y los dolientes se agrupaban.

Harry se puso la Capa de Invisibilidad y bajó varias plantas, finalmente por la escalera de mármol hasta el hall de entrada. Quizá una pequeña parte de él esperaba que le sintieran, que le vieran, que le detuvieran, pero la capa era, como siempre, impenetrable, perfecta, y alcanzó las puertas fácilmente.

Entonces Neville casi caminó a su través. Era uno de los dos que estaban transportando un cuerpo desde los campos. Harry echó un vistazo y sintió otra punzada en el estómago: Colin Creevey, aunque menor de edad, debía haber vuelto a curiosear, igual que Malfoy, Crabbe y Goyle. Muerto parecía pequeño.

-¿Sabes qué? Puedo manejarle solo, Neville -dijo Oliver Wood, y alzó a Colin sobre su hombro igual que un bombero y le llevó hasta el Gran Salón.

Neville se reclinó contra el marco de la puerta durante un momento y apoyó la parte trasera de la cabeza contra el dorso de su mano. Parecía un anciano. Entonces volvió sobre sus pasos, hacia la oscuridad, para recobrar más cuerpos.

Harry echó una última mirada atrás, a la entrada del Gran Salón. La gente se movía, intentando confortarse unos a otros, bebiendo, arrodillados junto a los muertos, pero no podía ver a nadie de los que quería; ni rastro de Hermione, Ron, Ginny o algún otro Weasley, ni Luna. Sintió que habría dado todo el tiempo que le quedaba por verles una vez más; pero, en ese caso, ¿habría tenido jamás la fuerza necesaria para parar de mirar? Era mejor así.

Bajó las escaleras y salió a la oscuridad. Eran casi las cuatro de la mañana, y parecía que los campos mortalmente tranquilos estaban reteniendo el aliento, esperando a ver si era capaz de hacer lo que debía hacerse.

Harry se movió hacia Neville, quien se estaba inclinando sobre otro cuerpo.

- Neville.

- ¡Caramba, Harry, casi me provocas un ataque al corazón!

Harry se quitó la Capa. La idea le había venido de ninguna parte, nacida de un deseo de estar absolutamente seguro.

-¿A dónde vas tú solo? -preguntó Neville, suspicaz.

-Todo es parte del plan -dijo Harry-. Hay algo que debo hacer. Escucha... Neville...

-¡Harry! -Neville pareció súbitamente asustado.- Harry, ¿no estarás pensando en arreglártelas tú solo?

-No -mintió Harry fácilmente.- Por supuesto que no... No es eso. Pero podría no estar localizable durante un tiempo. ¿Has oído hablar de la serpiente de Voldemort, Neville? Es una serpiente enorme. Se llama Nagini.

-Sí, algo he oído. ¿Y qué pasa con ella?

-Es necesario que muera. Ron y Hermione ya lo saben, pero en caso de que ellos...

El horror de esa posibilidad le aturdió durante un momento, le hizo imposible seguir hablando. Pero volvió a recomponerse: era algo crucial, debía ser como Dumbledore, mantener la cabeza fría, asegurarse de que habría reemplazos, otros que continuarían. Dumbledore había muerto sabiendo que quedaban tres personas que sabían acerca de las Horrorcruxes; ahora Neville ocuparía el lugar de Harry: qudarían tres que conocerían el secreto.

-En caso de que ellos estén... ocupados... Y si tienes la oportunidad...

-¿Hay que matar a la serpiente?

-Hay que matar a la serpiente -repitió Harry.

-Vale, Harry. Estás bien, ¿no?

-Estoy bien. Gracias, Neville.

Pero Neville le agarró de la muñeca cuando Harry hizo intención de moverse.

-Todos vamos a seguir luchando, Harry. Lo sabes, ¿verdad?

-Sí, yo...

-Un sentimiento sofocante extinguó el final de la frase; no podía continuar. Neville no pareció encontrarlo extraño. Le dio una palmada en el hombro, le soltó y se alejó en busca de más cuerpos.

Harry volvió a ponerse la Capa y echó a andar. Alguien se movía no muy lejos, deteniéndose sobre otra figura tendida en los campos. Estaba a sólo unos metros de ella cuando se dio cuenta de que era Ginny.

Se detuvo. Ella se estaba inclinando sobre una chica que susurraba llamando a su madre.

-Tranquila -decía Ginny-. Todo va bien. Vamos a llevarte dentro.

-Pero quiero ir a *casa* -susurró la chica-. ¡Ya no quiero luchar más!

-Lo sé -dijo Ginny, y su voz se quebró-. Todo va a ir bien.

Olas de frío corrieron por su piel. Quería gritar a la noche, quería que Ginny supiera que él estaba allí, quería que ella supiera dónde iba. Quería que le detuvieran, que le sujetaran, que le arrastraran de vuelta a casa...

Pero *estaba* en casa. Hogwarts era el primer y el mejor hogar que había conocido. Tanto él como Voldemort y Snape, los niños abandonados, habían encontrado su hogar allí.

Ginny estaba arrodillada al lado de la chica herida, sosteniéndole la mano. Con un enorme esfuerzo, Harry se obligó a seguir. Creyó ver que Ginny miraba a su alrededor cuando pasó a su lado, y se preguntó si había sentido algo moviéndose cerca de ella, pero no la habló y tampoco miró atrás.

La cabaña de Hagrid apareció en la oscuridad. No había luces, ni se oía a Fang arañando la puerta, dando la bienvenida a ladridos. Todas esas visitas a Hagrid, el brillo de la tetera de cobre puesta al fuego, los pasteles como piedras y las larvas gigantes, y Ron vomitando babosas, y Hermione ayudándole a salvar a Norberto... Siguió andando, alcanzó el borde del bosque y entonces se detuvo.

Un enjambre de dementores estaba planeando entre los árboles; podía sentir el frío que despedían, y no estaba seguro de que pudiera pasar con seguridad a su través. No le quedaban fuerzas suficientes para lanzar un Patronus. Ya no podía controlar más sus temblores. Después de todo, no era tan fácil morir. Cada segundo que respiraba, el olor de la hierba, el aire fresco en su cara, eran tan preciosos... Saber que la gente tenía años y años, tiempo que desperdiciar, tanto tiempo para vivir lentamente, y él se aferraba a cada segundo. Al mismo tiempo que pensaba que no sería capaz de continuar, sabía que

debía hacerlo. El interminable juego llegaba a su fin, la snitch había sido atrapada, ya era hora de dejar el aire...

La snitch. Sus nerviosos dedos juguetearon durante un momento con la bolsita (¿CÓMO LO HAN PUESTO EN OTROS CAPÍTULOS?) de su cuello y la sacó.

Me abro al llegar el final.

Respirando fuerte y rápido, se la quedó mirando. Ahora que deseaba que el tiempo pasara lo más lentamente posible, se sentía acelerado, y la comprensión le llegaba tan rápido que parecía atravesarle. Éste era *el final*. Éste era el momento.

Presionó el metal dorado contra sus labios y susurró: "Estoy a punto de morir".

El caparazón de metal se rompió y se abrió. Bajó su temblorosa mano, alzó la mano de Draco por debajo de la capa y murmuró: "*Lumos*".

La piedra negra con la grieta irregular que le atravesaba por el centro contemplaba las dos mitades de la snitch. La Piedra de la Resurrección se había agrietado más, siguiendo la línea vertical que representaba a la Varita Más Antigua. (¿CÓMO HAN TRADUCIDO LOS DEMÁS ELDER WAND?). Todavía podían verse el triángulo y el círculo que representaban a la Capa y a la piedra. (LA TRADUCCIÓN DE ESTE PÁRRAFO DEPENDE EN PARTE DE LA DESCRIPCIÓN DE LA PIEDRA DE LA RESURRECCIÓN)

Y de nuevo Harry lo comprendió sin siquiera pensarlo. No se trataba de hacerles volver, pues estaba a punto de unirse a ellos: ellos estaban atrapándole a él.

Cerró los ojos y giró la piedra en su mano tres veces.

Supo que había sucedido porque oyó suaves movimientos a su alrededor, que sugerían la presencia de frágiles cuerpos probando sus pisadas en el campo terroso, lleno de ramas, que marcaba el borde exterior del bosque. Abrió los ojos y miró a su alrededor.

No eran ni fantasmas ni cuerpos vivientes, eso podía verlo. A lo que más se parecían era al Ryddle que había escapado del diario hacía ya tanto tiempo, y había sido una memoria casi sólida. Con menos sustancia que cuerpos vivientes, pero mucho más que simples fantasmas, se movieron hacia él. Y en cada cara, la misma cariñosa sonrisa.

James era exactamente de la misma estatura que Harry. Llevaba la misma ropa que cuando murió, con el pelo despeinado y revuelto, y las gafas un poco ladeadas, como las del señor Weasley.

Sirius parecía alto y guapo, y muchísimo más joven de lo que Harry le habíaa visto en su vida. Caminaba a zancadas con estilo, las manos en los bolsillos y una amplia sonrisa en su cara.

Lupin también tenía un aspecto más joven y mucho menos desharrapado, y su pelo estaba más espeso y oscuro. Parecía feliz de haber regresado a ese lugar tan familiar, escenario de tantos vagabundeos adolescentes.

La sonrisa de Lily era la más amplia de todas. Se echó atrás la melena mientras se acercaba a él, y sus ojos verdes, tan parecidos a los de él, exploraron su cara con ansia, como si jamás fuera a ser capaz de haberle mirado lo suficiente.

-Has sido tan valiente...

Él no podía hablar. Sus ojos se recrearon en ella, y pensó que le gustaría quedarse allí y mirarla eternamente, y que no querría nada más.

-Ya casi has llegado -dijo James-. Estás muy cerca. Estamos... tan orgullosos de ti.

-¿Duele?

La pregunta infantil había salido de los labios de Harry sin poder evitarlo.

-¿Morir? Nada en absoluto -dijo Sirius-. Es más rápido y más fácil que quedarse dormido.

-Y él querrá que sea rápido. Quiere que esto acabe ya -dijo Lupin.

-No quería que murieras -dijo Harry. Estas palabras le salieron sin querer-. Ni ninguno de vosotros. Lo siento... -se dirigió especialmente a Lupin, suplicándole- ...justo después de nacer tu hijo... Remus, lo siento...

-Yo también lo siento -dijo Lupin-. Siento no poder conocerle... Pero él sabrá por qué morí y espero que lo entenderá. Intentaba que el mundo fuera uno en el que podría vivir una vida mejor.

Una fría brisa que parecía emanar del corazón del bosque llevó el aire hasta la frente de Harry. Supo que no le dirían que continuara, que tendría que ser su decisión.

-¿Os quedaréis conmigo?

-Hasta el final de todo -dijo James.

-¿No podrán veros? -preguntó Harry.

-Somos parte de ti -dijo Sirius-, invisibles a cualquier otro.

Harry miró a su madre.

-Quédate cerca de mí -dijo suavemente.

Y empezó a moverse. El frío de los dementores no le amedrentó; pasó a través de él junto con sus compañeros, que actuaron como Patronus para él, y juntos marcharon a través de los viejos árboles que crecían apretadamente, sus ramas se enredaban, sus raíces se retorcían y enroscaban bajo sus pies. Harry sujetó fuertemente la Capa a su alrededor mientras avanzaban en la oscuridad, viajando a lo más profundo del bosque, sin saber en realidad dónde estaba exactamente Voldemort, pero seguro de que le

encontraría. A su lado, sin hacer apenas un ruido, caminaban James, Sirius, Lupin y Lily, y su presencia le daba coraje, y era lo que le permitía seguir poniendo un pie enfrente del otro.

Notaba su cuerpo y su mente extrañamente desconectados, con las costillas trabajando sin instrucciones conscientes, como si fuera un pasajero y no el conductor del cuerpo que estaba a punto de abandonar. Los muertos que caminaban a su lado a través del bosque eran mucho más reales para él, en ese momento, que los vivos que dejó atrás en el castillo: Ron, Hermione, Ginny y todos los demás eran para él fantasmas, mientras caminaba como atontado hacia el final de su vida, hacia Voldemort...

Un golpe y un susurro: alguna otra criatura viviente se había agitado muy cerca. Harry se detuvo bajo la Capa, atisbando a su alrededor, escuchando, sus padres, Lupin y Sirius se detuvieron también.

-Hay alguien ahí -sonó un áspero susurro muy, muy cerca -. Tiene una Capa de Invisibilidad. ¿No será...?

Dos figuras aparecieron desde detrás de un árbol cercano: sus varitas resplandecieron, y Harry vio a Yaxley y Dolohov escudriñando la oscuridad, directamente hacia el lugar en que estaban Harry, sus padres, Sirius y Lupin. Daba la impresión de que no podían ver nada.

-Seguro que oí algo -dijo Yaxley-. ¿Crees que habrá sido un animal?

-Ese grandullón de Hagrid guardaba un enorme montón de cosas raras en su casa -dijo Dolohov, echando un vistazo sobre su hombro.

Yaxley bajó la mirada hasta su reloj.

-Ya casi es el momento. Se ha cumplido la hora de Potter. Y no viene.

-Será mejor que volvamos -dijo Yaxley-. Nos enteraremos de cuál es ahora el plan.

Dolohov y él se volvieron y se adentraron más en el bosque. Harry les siguió, sabiendo que le guiarían exactamente a donde él quería ir. Miró a un lado y a otro, y su madre le sonrió, y su padre asintió, dándole ánimos.

Habían avanzado durante sólo unos minutos cuando Harry vio luz frente a él, y Yaxley y Dolohov llegaron a un claro, que Harry reconoció como el lugar donde el monstruoso Aragog había vivido en otra época. Aún quedaban restos de su gigantesca red, pero su enjambre de descendientes había sido expulsado de allí por los mortífagos, para que luchara por su causa.

Había un fuego ardiendo en el medio del claro, y su luz parpadeante iluminaba una multitud de mortífagos completamente silenciosos y vigilantes. Algunos de ellos aún llevaban máscara y capucha; otros mostraban sus caras. Dos gigantes estaban sentados alrededor del grupo, arrojando enormes sombras en la escena, de caras crueles y rugosas, como talladas bastamente en roca. Harry vio a Fenrir, merodeando, mordiéndose las largas uñas; el enorme y rubio Rowle estaba tocándose suavemente su

labio, que sangraba. Vio a Lucius Malfoy, que parecía derrotado y aterrado, y a Narcissa, cuyos ojos estaban hundidos y llenos de aprensión.

Todos los ojos estaban fijos en Voldemort, que permanecía de pie con su cabeza inclinada, y sus blancas manos dobladas sobre la Varita Más Antigua, frente a él. Podría haber estado rezando, o incluso contando silenciosamente, y a Harry, que aún estaba de pie al borde de la escena, le hizo pensar en un niño que contaba mientras jugaba al escondite. Detrás de su cabeza, aún agitándose en espirales, la gran serpiente Nagini flotaba en su brillante y encantada jaula, como un halo monstruoso.

Cuando Dolohov y Yaxley volvieron a unirse al círculo, Voldemort alzó la vista.

-No hay rastro de él, mi Señor -dijo Dolohov.

La expresión de Voldemort no cambió. Sus rojos ojos parecieron arder a la luz del fuego. Lentamente, movió la Varita Más Antigua entre sus largos dedos.

-Mi Señor...

Era Bellatrix quien había hablado: se sentó más cerca de Voldemort, despeinada, con algo de sangre en su cara pero sin ningún otro signo de haber sufrido daño alguno.

Voldemort levantó su mano para silenciarla, y ella no pronunció ninguna otra palabra, pero mantuvo la vista fija en él con fanática fascinación.

-Creí que vendría -dijo Voldemort con su voz alta y clara, sus ojos ardiendo a la luz de las llamas saltarinas-. Esperaba que viniera.

Nadie habló. Parecían estar tan asustados como Harry, cuyo corazón estaba en ese momento arrojándose contra sus costillas, decidido a escapar del cuerpo que estaba a punto de abandonar. Sus manos sudaban mientras echaba hacia atrás la Capa de Invisibilidad y la ponía bajo su túnica, junto con su varita. No quería ser tentado a luchar.

-Parece ser que estaba... equivocado -dijo Voldemort.

-No lo estabas.

Harry lo dijo tan alto como pudo, con tanta fuerza como pudo reunir. No quería sonar asustado. La Piedra de la Resurrección se escapó de entre sus atontados dedos, y con el rabillo del ojo vio a sus padres, Sirius y Lupin desvanecerse mientras avanzaba hasta la luz del fuego. En ese momento sentía que nadie importaba excepto Voldemort. Se trataba únicamente de ellos dos.

La ilusión se desvaneció tan rápido como había venido. Los gigantes aullaron al mismo tiempo que los mortífagos se pusieron de pie a la vez, y sonaron muchos gritos, jadeos e incluso carcajadas. Voldemort se había quedado helado en su sitio, pero sus ojos rojos habían encontrado a Harry, y le miró fijamente mientras Harry se acercaba a él, con nada excepto el fuego entre ellos.

Entonces una voz gritó:

-¡HARRY! ¡NO!

Se giró: Hagrid estaba amarrado y maniatado, atado a un árbol cercano. Su enorme cuerpo agitó las ramas que había encima de ál, mientras luchaba para liberarse, desesperado.

-¡NO! ¡NO! ¡HARRY! ¿QUÉ ESTÁS...?

-¡CÁLLATE! -gritó Rowle, y con un toque de su varita, silenció a Hagrid.

Bellatrix, que se había alzado de un salto, miraba ansiosamente a Voldemort y a Harry, con respiraciones cada vez más fuertes. Lo único que se movía eran las llamas y la serpiente, que se enroscaba y desenroscaba en la centelleante jaula tras la cabeza de Voldemort.

Harry podía sentir la varita contra su pecho, pero no hizo ningún intento de alcanzarla. Sabía que la serpiente estaba demasiado bien protegida, sabía que si intentaba apuntar a Nagini con la varita cincuenta maldiciones le alcanzarían primero. Así que Voldemort y Harry continuaron mirándose uno al otro, hasta que Voldemort movió ligeramente su cabeza hacia un lado, como considerando al chico que se alzaba frente a él, y una sonrisa singularmente ausente de felicidad curvó su boca sin labios.

-Harry Potter -dijo muy suavemente. Su voz podría haber sido parte del chisporroteante fuego-. El Chico que Vivió.

Ninguno de los mortífagos se movió. Estaban esperando: todo estaba esperando. Hagrid seguía debatiéndose, y Bellatrix estaba jadeando, y Harry pensó, inexplicablemente en Ginny, y su resplandeciente aspecto, y la sensación de sus labios en sus...

Voldemort había alzado su varita. Su cabeza estaba aún inclinada a un lado, como un niño curioso, preguntándose qué sucedería si continuaba. Harry devolvió la mirada a los ojos rojos, y deseó que sucediera de una vez, rápido, mientras aún podía permanecer de pie, antes de que perdiera el control, antes de que le traicionara el miedo...

Vió cómo se movía la boca y un centelleo de luz verde, y todo se desvaneció.

Capítulo 35

King's Cross

Bajó su cara, mientras escuchaba en silencio. Estaba absolutamente solo. No veía a nadie. Nadie más estaba allí. Él no estaba absolutamente seguro de que estuviera allí.
Luego de un largo tiempo, o quizá ninguno en absoluto, le vino el pensamiento de que debería existir, debía ser más que un pensamiento incorpóreo, porque era una mentira, mentira definitivamente, en alguna superficie. Por consiguiente él tenía un sentido del tacto, y la cosa contra la que estaba también existía.

Casi al momento de que hubiera alcanzado esta conclusión, Harry se dio cuenta que estaba desnudo. Convencido como él estaba de su soledad total, esto no lo afectó, pero lo intrigo levemente. Se preguntaba si podía ver como se sentía,
Al abrirlos, descubrió que tenía ojos. Estaba en una llovizna brillante, aunque no era como la llovizna que él había experimentado siempre. Los alrededores no estaban ocultos por el nublado vapor; la llovizna todavía no estaba en los alrededores. El piso en el cual estaba parado parecía ser blanco, ni caliente ni frío, simplemente era una superficie plana, ignorando lo que podía ser. Se incorporó. Su cuerpo parecía indemne. Tocó su cara. Ya no tenía los lentes.

Entonces escuchó un ruido a través de la nada uniforme que lo rodeaba: el golpeteo suave y pequeño de algo que se agitó y se revolcó esforzadamente. Era un sonido lastimoso, ligeramente indecente. Estaba sintiéndose incómodo por lo que estaba escuchando detrás de las puertas furtivamente avergonzado,.
Por primera vez. Deseó estar vestido

Apenas se formó el deseo en su mente, las túnicas aparecieron a una corta distancia. Él las tomó y se las puso adelante. Eran suaves, limpias, y cálidas. Era extraordinario cómo simplemente habían aparecido así, en el momento que él lo hubiera deseado. . . .
Se puso de píe, mientras echaba una mirada alrededor

¿Estaba en algún lugar de la sala multipropósito? Era más larga de lo que le parecía, haber visto una vez. Un gran tejado de cristal abovedado relució en lo alto sobre él con

la luz del sol. Quizás era un palacio. Todo estaba en silencio, salvo esos golpes dispares y los ruidos de llantos que estaban en alguna parte cercana de la llovizna. . . .

Harry empezó a caminar despacio, y la habitación parecía surgir ante sus ojos. Un espacio ancho abierto, luminoso y limpio, un vestíbulo más grande por lo lejos que el Gran Vestíbulo, con ese techo de cristal abovedado claro. Estaba totalmente vacío. Él era la única persona allí salvo….

Retrocedió. Había descubierto lo que estaba haciendo ruido. Tenía la forma de un niño pequeño, desnudo, acurrucado en el suelo, su piel cruda y áspera, parecía desollada , y quedó estremeciéndose bajo un asiento dónde había estado, fuera de la vista, mientras se esforzaba por respirar

Tuvo miedo. Sin embargo era Pequeño, frágil y herido, no quiso acercarse. No obstante se aproximo lentamente, preparado para saltar atrás en cualquier momento. Pronto se resistió lo bastante casi para tocarlo, todavía no podía animarse a hacerlo. Se sentía como un cobarde. Debía enfrentarlo, pero lo repulsaba.

--No lo puedes ayudar.

Él miró alrededor. Albus Dumbledore estaba caminando hacia él, con sus túnicas ordenadas y derechas, del color azul de la medianoche.

--Harry. Él extendió sus brazos, y sus manos estaban enteras blancas e ilesas. --Eres un muchacho maravilloso. Perseverante, valiente. Permítenos caminar.

Aturdido, Harry vio como Dumbledore anduvo lejos de dónde el niño desollado estaba lloriqueando, mientras lo llevaba a dos asientos que Harry no había notado previamente, poniendo un poco de distancia bajo ese techo alto, chispeante. Dumbledore se sentaba en uno de ellos, y Harry se cayó en el otro, mirando fijamente la cara de su viejo director de colegio. El pelo plateado y largo de Dumbledore los ojos azules, detrás de los lentes de media luna con una mirada desafiante, la nariz encorvada, Todo era como él lo recordaba , y aún . . .

--Pero usted está muerto, dijo Harry.

--Oh sí, realmente dijo Dumbledore.

--Entonces. . . Yo también estoy muerto?

--Ah, dijo Dumbledore, mientras sonreía más ampliamente. --¿Eso es una pregunta o no? En general, estimado muchacho, yo no lo creo.

Mientras se miraban, el hombre viejo suspiró.

--No? Repitió Harry.

--No, dijo Dumbledore.

--Pero. . . Harry levantó su mano instintivamente hacia la cicatriz en forma de rayo. No parecía estar allí. --¡Pero yo me debo de haber muerto yo no me defendí! Yo le permití matarme!

--Y que, dijo Dumbledore, --la profecía, pienso, ha representado toda la diferencia.

La felicidad que parecía radiar de Dumbledore daba una luminosidad; como el fuego: Harry nunca había visto tan absolutamente, tan palpablemente satisfecho.

--Explíqueme, dijo Harry.

--Pero ya lo sabes, dijo Dumbledore. Él jugaba juntando sus dedos pulgares.

--Yo le permití matarme, dijo Harry. --No lo hice?

--Si lo hiciste, dijo Dumbledore, mientras cabeceaba. --Sigue!

--Para que la parte de su alma que estaba en mí. . .

Dumbledore todavía cabeceó más entusiastamente, mientras insistía a Harry para seguir adelante, con una sonrisa de estímulo en su cara.

--. . . se ha ido?

--Oh sí! dijo Dumbledore. --Sí, él la destruyó. Tu alma está entera, y completamente tuya, Harry.

--Pero entonces. . .

Harry miró temblando sobre su hombro hacia dónde estaba la criatura pequeña, mutilada temblaba bajo la silla.

--Que es, Profesor?

--Es algo que va más allá de nuestra ayuda, dijo Dumbledore.

--Pero si Voldemort utilizó la maldición asesina, empezó Harry de nuevo, --y nadie se murió por mí este tiempo cómo puedo estar vivo?

--Yo pienso que lo sabes, dijo Dumbledore. --. Recuerda lo que él hizo, piensa en el pasado en su ignorancia, en su codicia y su crueldad.

Harry pensó. El dejo que su mirada flotara perdida por la habitación. Si de hecho era un palacio en el que ellos estaban sentados, estaba muy desordenado, con sillas puestas en todos lados y pedazos de barandillas por aquí y allí, y así y todo, él, Dumbledore y la criatura acurrucada bajo la silla eran allí los únicos seres. Entonces la respuesta subió fácilmente a sus labios, sin esfuerzo.

--Él tomó mi sangre, dijo Harry.

--Precisamente! dijo Dumbledore. --¡Él tomó tu sangre y reconstruyó su cuerpo viviente con ella! ¡Tu sangre en sus venas, Harry, la protección de Lily hacia ti dentro de los dos! La profecía uno vivirá mientras el otro viva!

--Yo viviré. . . ¿mientras él vive? Pero yo pensé. . . ¡Yo pensé que era al revés! ¿Yo pensé los dos teníamos que morirnos? O es la misma cosa?

Se estaba distrayendo por el lloriqueo agonizante y los golpecitos que de nuevo se escuchaban de la criatura y entorno su mirada hacia él.

--Usted está seguro de que nosotros no podemos hacer nada?

--No hay ayuda posible.

--Entonces explique. . . más, dijo Harry, y Dumbledore sonrió.

--Fuiste el séptimo Horcrux, Harry, el Horcrux que él nunca quiso hacer. Él había hecho su alma tan inestable que se rompió separadamente cuando él realizó esos actos de maldad indecible, el asesinato de tus padres, el intento de matar a un niño. Pero lo que escapó de esa habitación incluso era menos de lo que él supo. Él dejó atrás más que cuerpo. Él dejó la cerradura de su parte en vos, la supuesta víctima que había sobrevivido.

--¡Y su conocimiento permanecía tristemente incompleto, Harry! Lo que Voldemort no valora, él no se hace problemas para comprender. De casa-duendes y cuentos de niños, de amor, lealtad, e inocencia, Voldemort sabe y no entiende nada. *Nada.* Que todos ellos tienen un poder más allá de la realidad, un poder más allá del alcance de cualquier ser mágico, es una verdad que él nunca ha alcanzado.

--Él tomó tu sangre creyendo que lo fortalecería. Pero entro en su cuerpo una parte diminuta del encantamiento de tu madre puesta en ti cuando ella murió para salvarte. Tu cuerpo guarda su sacrificio vivo, y mientras ese encantamiento sobrevive, así se hizo y así hizo una última esperanza de Voldemort por él.

Dumbledore sonrió a Harry, y Harry lo miró fijamente.

--¿Y usted sabía esto? Usted lo sabía desde el principio?

--Lo supuse. Pero mis suposiciones normalmente han sido buenas, dijo Dumbledore alegremente, y se sentaron en silencio por lo que pareció ser un largo tiempo, mientras la criatura detrás de ellos continuaba lloriqueando y temblando.

--Hay más, dijo Harry. --Hay más que eso. Por qué mi varita rompió la varita que él pidió prestada?

--Acerca de eso, yo no puedo estar seguro.

--Tiene una suposición, entonces, dijo Harry, y Dumbledore se rió.

--Lo que debes entender, Harry, es que vos y Lord Voldemort han viajado juntos hasta aquí en los reinos desconocidos de la magia. Pero a partir de ahí es lo que pienso que ha pasado, y es inaudito, y ningún creador de varitas pudo, pienso, alguna vez predecir o habérselo explicado a Voldemort.

--Eso significa, como ahora sabes, que Voldemort doblo la atadura entre ustedes cuando el volvió a tener forma humana, Una parte de su alma todavía se unió a la tuya, y pensando fortalecerse, él tomó una parte del sacrificio de tu madre en él. Si él pudiera entender sólo el poder preciso y terrible de ese sacrificio, él no habría, quizás, no se habría atrevido a tocar tu sangre. . . . Pero entonces, si él hubiera podido entender, él no podría ser Lord Voldemort, y nunca podría haber asesinado en absoluto.

--Habiendo asegurado esta conexión de doble vuelta, después de haber envuelto juntos sus destinos más firmemente de lo que en la vida se unieron dos magos en la historia, Voldemort procedió a atacarte con una varita que compartió un centro con la tuya. Y ahora algo muy extraño pasó, como nosotros sabemos. Los centros reaccionaron

Lord Voldemort nunca supo en cierto modo que su varita era una gemela de la tuya, no lo había esperado nunca.

--Él tuvo más miedo que vos esa noche, Harry. Vos habías aceptado, incluso abrazado, la posibilidad de muerte, algo que Voldemort nunca ha podido hacer. Tu valor ganó, tu varita predominó sobre la suya. Y logrando algo que, lo que pasó entre esas varitas, hizo eco en la relación entre sus amos.

--Yo creo que esa noche tu varita embebió algunas cosas del poder y calidades de la varita de Voldemort es decir que contuvo un poco del propio Voldemort. Así que tu varita lo reconoció cuando él te siguió, reconociéndolo como a un hombre que era pariente y enemigo mortal, y regurgitó algo de su propia magia contra él, magia mucho más poderosa que la varita de Lucius había realizado alguna vez. Tu varita ahora contuvo el poder de su enorme valor y de la propia habilidad mortal de Voldemort: Qué pobre oportunidad quedo de la oposición de Lucius Malfoy?

--Pero si mi varita era tan poderosa, cómo Hermione pudo derrotarla? Pregunto Harry.

--Mi estimado muchacho, sus efectos notables sólo se dirigieron a Voldemort que había jugado tan malaconsejadamente con las leyes más profundas de magia. Sólo hacia él era esa varita anormalmente poderosa. Por otra parte era una varita como cualquier otra. . . aunque una buena, estoy seguro, terminó Dumbledore amablemente.

Harry se quedo pensando un largo tiempo o quizás un segundo. Era muy difícil estar seguro de cosas como el tiempo, ahí.

--Él me mató con su varita.

--Él no te mató con su varita, corrigió Dumbledore a Harry. --Pienso que podemos estar de acuerdo sin embargo con que no estás muerto, agregó, como temiendo haber sido descortés, --yo no minimizo tus sufrimientos que estoy seguro eran fuertes.

--Yo sin embargo me siento vivo en este momento, dijo Harry, mientras miraba hacia abajo a sus manos limpias, puras. --Dónde estamos, exactamente?

--Bien, yo iba a preguntar, dijo Dumbledore, mientras echaba una mirada alrededor. --Dónde dirías que estamos nosotros?

Hasta que Dumbledore lo hubo preguntado, Harry no lo sabía. Ahora, sin embargo, encontró que tenía una respuesta lista para dar.

--Parece, dijo despacio, --la estación King's Cross. Excepto por lo limpio y vacío y que no hay ningún tren hasta donde yo puedo ver.

--La estación de King's Cross! Dumbledore estaba riéndose inmoderadamente entre dientes. --Bueno realmente lo crees?

--Bien, dónde piensa que estamos? preguntó Harry, un poco a la defensiva.

--Mi estimado muchacho, yo no tengo la menor idea. Esto es, como ellos dicen, tu fiesta.

Harry no tenía ninguna idea lo que esto significaba; Dumbledore se enfurecía. Se deslumbró con ello, entonces recordó una pregunta mucho más urgente que el de su situación actual.

--Las Reliquias de la Muerte, dijo, y se alegró de ver que las palabras limpiaron la sonrisa de la cara de Dumbledore.

--Ah, sí, dijo. Incluso parecía un poco preocupado.

--Bien?

Por primera vez desde que Harry se había encontrado Dumbledore, él se parecía menos a un hombre viejo, mucho menos. Él se parecía a un muchacho pequeño pescado en una travesura efímeramente.

--Podrás perdonarme? dijo. --¿Podrás perdonarme por no confiar en ti? ¿Por no decirte? Harry, yo sólo temí que fallaras donde yo había fallado. Yo sólo creía que cometerías mis errores. Pido tu perdón, Harry. Yo siempre supe que tú eras un buen muchacho

--Sobre qué está hablando? Pregunto Harry, sobresaltado por el tono de Dumbledore, y por las súbitas lágrimas en sus ojos.

--Las Reliquias de la Muerte, murmuró Dumbledore. --El sueño de un hombre desesperado!

--Pero ellas son reales!

--Reales, y peligrosas, y un señuelo para los necios, dijo Dumbledore. --Y yo era ese necio. ¿Pero tu sabes, no lo harás? no tengo ningún secreto ya para ti. Tu sabes.

--Qué sé, yo?

Dumbledore volvió su cuerpo entero para enfrentar a Harry, y las lágrimas todavía chispearon en los ojos brillantemente azules.

--¡Amo de muerte, Harry, amo de Muerte! Yo era finalmente mejor que Voldemort?

--Claro que lo era, dijo Harry. --¿Claro, cómo puede preguntar eso? Usted nunca mató si pudo evitarlo!

--Verdad a medias, dijo Dumbledore, y estaba como un niño que busca la verdad. --En un tiempo busqué una manera de conquistar la muerte también, Harry.

--No de la forma que él lo hizo, dijo Harry. Después de todo su enojo hacia Dumbledore, resultaba incomodo sentarse ahí, bajo el alto techo abovedado, defendiendo a Dumbledore de él mismo. --Reliquias, no Horcruxes.

--Reliquias, murmuró Dumbledore, --no Horcruxes. Precisamente.

Hizo una pausa. La criatura detrás de ellos lloriqueó, pero Harry ya no echó una mirada alrededor.

--Grindelwald estaba buscándolas también? preguntó.

Dumbledore cerró sus ojos por un momento y cabeceó.

--Era la marca, sobre todo, eso nos junto, dijo calladamente. --Dos muchachos diestros, arrogantes con una obsesión compartida. Él quiso venir al Valle de Godric, como yo como seguro lo has supuesto, debido a la tumba de Ignotus Peverell. Él quiso explorar el lugar donde el tercer hermano se había muerto.

--Entonces es verdad? Pregunto Harry. --¿Todo? Los hermanos de Peverell

--eran los tres hermanos del cuento, dijo Dumbledore, mientras asentía. --Oh sí, yo creo que sí. Si ellos encontraron la Muerte en un solo camino. . . Yo lo pienso más probablemente que él.

Los hermanos de Peverell eran magos absolutamente dotados, peligrosos que tuvieron éxito creando esos objetos poderosos. La historia de ellos y las propias Reliquias de la Muerte me parece a mí la clase de leyenda que podría haber saltado a alrededor de tales creaciones.

--La Capa, como sabes ahora, viajó a través de las generaciones, de padre a hijo, de madre a hija, de Ignotus hacia abajo al descendiente vivo que nació en el último lugar de donde Ignotus era, en el pueblo del Valle de Godric.

Dumbledore sonrió a Harry.

--Yo?

--Tu. Sabes, yo sé, por qué la Capa estaba en mi poder la noche que tus padres murieron. James la tenía y me la mostró a mí sólo unos días antes. ¡Dio muchas explicaciones de porque no había sido detectada en la escuela! Yo apenas podría creer lo que estaba viendo. Se la pedí prestada, para examinara. Hacía mucho tiempo desde que había dejado mi sueño de unir las Reliquias, pero no podría resistirme, no podría dejar de echar una mirada más profunda. . . . Era una Capa como la que nunca había visto, inmensamente vieja, perfeccionada en cada detalle. . . y entonces tu padre se murió, y yo tenía dos Reliquias por fin, todas para mí!

Su tono estaba intolerablemente amargo.

--Sin embargo La Capa no les había ayudado a sobrevivir, dijo Harry rápidamente. --Voldemort supo donde estaba mi mamá y papá. La Capa no podía hacerles un escudo a las maldiciones.

--Verdad, dijo suspirando Dumbledore. --Verdad.

Harry esperó, pero Dumbledore no habló, por lo que lo incitó.

--Pero había dejado de buscar las Reliquias cuándo vio la Capa?

--Oh sí, dijo Dumbledore débilmente. Parecía que se obligaba a encontrar la mirada de de Harry. --Sabes lo que pasó. Lo sabes. Si puedes despreciarme más, despréciame

--Pero yo no lo desprecio

--Entonces lo deberías hacer, dijo Dumbledore. Él hizo una profunda respiración. --Sabes el secreto de la enfermedad de mi hermana, lo que esos Muggles hicieron, lo que ella se volvió. Sabes cómo mi pobre padre buscó venganza, y pagó el precio, se murió En Azkaban. sabes cómo mi madre dejó su propia vida para cuidar a Ariana.

--Yo lo sabía, Harry.

Dumbledore lo declaró, fríamente, escuetamente. Él estaba ahora examinando la punta de la cabeza de Harry, en la distancia,.

--Yo era dotado, era inteligente. Yo quise escapar. Quise brillar. Quise la gloria.

--No me entiendas mal, dijo, y el dolor cruzó la cara haciendo que pareciera viejo de nuevo. --Yo los amé, yo amé a mis padres, amé a mi hermano y mi hermana, pero era

egoísta, Harry, más egoísta que vos, que eres una persona posiblemente podría imaginar notablemente generosa,.

--Por lo que, cuando mi madre se murió, y quedó en mi la responsabilidad de una hermana dañada y un hermano voluntarioso, yo volví a mi pueblo enojado y amargado. ¡Atrapado y pobre, pensé! Y entonces claro, él vino. . . .

Dumbledore parecía mirar directamente de nuevo los ojos de Harry.

--Grindelwald. No puedes imaginar cómo sus ideas me tomaron, Harry, me inflamó en la subordinación Muggle. Nosotros los magos triunfantes. Grindelwald y yo, los líderes jóvenes gloriosos de la revolución.

--Oh, yo tenía algún escrúpulo. Yo suavicé mi conciencia con palabras vacías. Haría para todos el mayor bien, y se reembolsaría cualquier daño hecho a cientos de quebrantos en beneficios de los magos. ¿Yo supe, en el fondo de mi corazón, lo que Gellert Grindelwald era? Pienso que si, pero cerré mis ojos. Si los planes que nosotros estábamos haciendo vinieran a complacernos, todos mis sueños se harían realidad.

--¡Y el corazón de nuestros planes, Las Reliquias Mortales! ¡Cómo estaba fascinado él, cómo nos fascinamos los dos! ¡La varita mayor, el arma que nos llevaría al impulso! ¡La Piedra Filosofal, aunque yo pretendí no conocerla, significaba un ejército de Inferi! Para mí, confieso, significó el retorno de mis padres, y el levantamiento de toda la responsabilidad de mis hombros.

-Y la Capa… de alguna manera, nunca hablamos mucho de la Capa, Harry. Ambos podíamos ocultarnos bastante bien sin la Capa, la verdadera magia la cual, puede ser usada para proteger y defender a otros tanto como a su dueño. Pensé eso, si alguna vez la encontramos, podría ser útil para ocultar a Ariana, pero nuestro interés en la Capa era principalmente que completaba el trío, pues la leyenda decía que el hombre que haya unido los tres objetos sería el verdadero amo de la muerte, lo que para nosotros significa "invencible."

"!Invencibles amos de la muerte, Grindelwald y Dumbledore! Dos meses de locura, de pesadillas, y el abandono de los únicos dos miembros de mi familia.

"Y entonces… sabes lo que ocurrió. La realidad regresó a mi en la forma de mi tosco, analfabeto, e infinitamente mas admirable Herman. No quería escuchar las verdades que me gritaba. No quería escuchar que no podía buscar y exponer a Las Reliquias en compañía de mi frágil e inestable hermana.

-La discusión se convirtió en una pelea. Grindelwald perdió el control. El cual siempre había visto el él, aun que pretendía que no, ahora se convertía en un terrible ser. Y Ariana… después de tantos cuidados y precauciones de mi madre….yacía muerta en el piso.

Dumbledore respiró con un poco de dificultad y verdaderamente comenzó a llorar. Harry se le acercó y se alegró de descubrir que lo podía tocar: apretó fuertemente su brazo y Dumbledore recuperó poco a poco el control.

-Bien, Grindelwald huyó, como nadie excepto yo pudo haber predicho. Desapareció, con sus planes de alcanzar poder, y sus ideas de tortura Muggle, con sus sueños de las Reliquias de la Muerte, sueños en los cuales yo lo había apoyado y ayudado. Huyó, mientras yo me quedaba a enterrar a mi hermana, y aprendía a vivir con mi culpa y terrible dolor, el precio de mi deshonra.

-Los años pasaron. Hubo rumores sobre él. Decían que había conseguido una varita de inmenso poder. A mí, mientras tanto, me ofrecieron el puesto de Ministro de Magia, no solo una, si no varias veces. Naturalmente, lo rechacé. Aprendí que no se me debía de confiar poder.

-Pero, ¡usted habría sido mejor, mucho mejor, que Fudge o Scrimgeour!- dijo de repente Harry.

-¿Lo habría sido?- preguntó pesadamente Dumbledore. –No estoy seguro. Probé, cuando era un joven, que el poder era mi debilidad y tentación. Era algo curioso, Harry, pero talvez aquellos quienes son los más apropiados para tener el poder, son aquellos que nunca lo buscaron. Aquellos quienes, como tú, tienen el liderazgo, y toman las riendas por que deben hacerlo, y descubren, para su propio asombro, que lo hacen bien.

-Estaba mas seguro en Hogwarts. Creo que era un buen maestro…

-Era el mejor…

-…eres muy amable Harry. Pero mientras yo me ocupaba del entrenamiento de los jóvenes magos, Grindelwald estaba formando un ejército. Decían que me temía, y tal vez lo hacía, creo que menos, de lo que yo le temía.

-Oh, no a la muerte,-dijo Dumbledore en respuesta de la mirada interrogante de Harry. –No de lo que me podía hacer mágicamente. Sabía que éramos iguales en el combate, tal vez que yo era más hábil. Era la verdad a lo que temía. Verás, nunca supe cual de nosotros, en esa última y terrible pelea, había arrojado la maldición que mató a mi hermana. Pensarías que soy un cobarde; tendrías razón Harry. Le temía más que a nada al

saber que yo había sido quien la había matado, no solo por mi arrogancia y estupidez, sino por que yo fui quien dio el golpe que terminó con su vida.

-Creo que él lo sabía, creo que él sabía lo que me asustaba. Retracé el encuentro con él hasta que finalmente, sería demasiado vergonzoso prolongarlo más. Mucha gente estaba muriendo y el parecía imparable, yo tenía que hacer lo que estaba en mis manos.
-Bien, sabes lo que pasó después. Yo gané el duelo. Gané la varita.
Hubo otra gran pausa. Harry no quiso preguntar si alguna vez Dumbledore descubrió quien de los dos provoco la muerte de Ariana. No quería saber, y mucho menos quería que Oesed, y porque había sido tan comprensivo en la fascinación que ejercía sobre Harry.

Se sentaron en silencio por un largo rato, y los lloriqueos de la creatura que estaba detrás de ellos apenas si molestaban a Harry.
Al fin dijo, -Grindelwald intentó detener a Voldemort de ir tras la varita. Él le mintió, sabe, pretendió que nunca la tuvo.
Dumbledore asintió, viendo hacia su regazo, unas lágrimas aún brillaban en su nariz encorvada.

-Dicen que años después perecía arrepentido, solo en su celda en Nurmengard. Espero que sea cierto. Me gustaría pensar que sintió el horror y la culpa de lo que había hecho. Tal vez que le mintiera a Voldemort fue su intento de enmendar las cosas, de impedir que Voldemort tomara la Reliquía.

-….o de que entrara en su tumba?- sugirió Harry, Dumbledore se llevó un pañuelo a sus ojos.
Después de otra corta pausa Harry dijo- Usted intentó usar la Piedra de la Resurrección.
Dumbledore asintió.

-Cuando la descubrí, después de todos aquellos años, enterrada en la casa abandonada de los Gaunts… la Reliquía que deseaba más que nada, aun que en mi juventud lo hubiera deseado por razones muy diferentes… perdí la cabeza, Harry. Casi olvido que yo no era un Horcrux, que el anillo seguramente tenía una maldición. Lo levanté, me lo puse, y por un segundo imaginé que estaba apunto de ver a Ariana, y a mi madre, y a mi padre, y de decirles cuanto lo sentía….

-Fui un tonto Harry. Después de todos esos años no había aprendido nada. No era digno de unir las Reliquias de la Muerte lo había comprobado antes, y esta era la prueba final.

-¿Por qué?- dijo Harry. –¡Era normal! Usted quería verlos de nuevo. ¿Qué hay de malo en eso?

-Tal vez solo un hombre en un millón podría unir las Reliquias, Harry. Yo solo era digno de poseer la más mala de ellas, la menos extraordinaria. Yo era digno de la Varita mayor, y no presumir de ella, no matar con ella. Me era permitido usarla, porque la tomé, no por que la ganara, sino para alejarla de otros.

-Pero la Capa, yo la tomé por mera curiosidad, así que nunca pudo haber funcionado para mí como para ustedes, sus verdaderos dueños. La piedra que yo habría usado molestar a los que están en paz, en vez de para permitir mi propio sacrificio, como vos lo hiciste. Eres el digno posesor de las Reliquias.

Dumbledore le dio a Harry una palmada el la cabeza, Harry vio al anciano y sonrió; no podía ayudarse a sí mismo. ¿Entonces cómo podía seguir enojado con Dumbledore?

-¿Por qué lo hace tan difícil?

La sonrisa de Dumbledore era gigante.

-Me temo que contaba con la señorita Granger para que te hiciera ir mas lento. Me temía que tu mente tormentosa dominara tu buen corazón. Tenía miedo de que, si se te presentaban abiertamente esos objetos tan tentadores, te aprovecharías de las Reliquias como lo hize yo, en el momento equivocado, por los motivos equivocados. Si tu ponías las manos sobre ellos, quería que los tuvieras de manera segura. Tú eres el verdadero amo de la muerte, por que el verdadero amo no busca escapar de la Muerte. Él acepta que va a morir, y entiende que hay cosas mucho peores en la vida que en la muerte.

-¿Y Voldemort nunca supo de las Reliquias?

-No lo creo, porque no reconoció la Piedra Filosofal que convirtió en un Horcrux. Pero aún si hubiera sabido de ellas, Harry. Dudo que hubiera estado interesado en alguna excepto en la primera. No pensaría que necesita la Capa, y sobre la Piedra, ¿a quien querría regresar de la muerte? Él teme a la muerte. Él no ama.

-¿Pero usted esperaba que fuera tras la varita?

-He estado seguro de que lo intentaría, desde que tu varita derrotó a Voldemort en el cementerio de Little Hangleton. Al principio, temía que le hubieras ganado por que tenías habilidades superiores. Sin embargo, una vez que secuestró a Ollivander, descubrió la existencia de las esencias idénticas. Pensó que eso explicaba todo. Pero aún así, ¡la varita que tomó prestada no le ganó a la tuya! Así que Voldemort en lugar de preguntarse a sí mismo que tenías tú que había hecho tan fuerte a tu varita, que virtud poseías tu que el no tuviera, naturalmente se propuso encontrar la varita que, decían, podía vencer a cualquier otra. Para el, la Varita Mayor, se convirtió en una obsesión que competía con su obsesión

por ti. Piensa que la Varita Mayor le quita su última debilidad y lo hace verdaderamente invencible. Pobre Severus….

-Si usted planeó su muerte con Snape, quería que terminara con la Varita Mayor, ¿verdad?

-Admito que esa fue mi intención,- dijo Dumbledore,- pero no salió como lo planee, ¿verdad?

-No,- dijo Harry.-Esa parte no funcionó.

La criatura detrás de ellos se sacudió y lloriqueó, y Harry y Dumbledore permanecieron sentados sin hablar por el periodo mas largo hasta ahora. El darse cuenta de lo que pasaría a continuación se posó poco a poco sobre Harry en los largos minutos, como nieve cayendo suavemente.

-Tengo que regresar, ¿verdad?

-Depende de ti.

-¿Tengo elección?

-Oh si,- Dumbledore le sonrió. -¿Dices que estamos en King's Cross,? Creo que si decides regresar, tu podrías… digamos… irte en tren.

-¿Y a donde me llevaría?

-Con él.- dijo simplemente Dumbledore

De nuevo hubo silencio.

-Voldemort consigió la Varita Mayor

-Cierto, Voldemort tiene la Varita Mayor

-Pero, ¿usted desea que regrese?

-Creo,- dijo Dumbledore,- que si decides regresar, hay oportunidad de que el sea destruido para bien. No lo puedo asegurar. Pero yo se, Harry, que tu tienes menos miedo de regresar aquí del que el tiene.

Harry hecho otro vistazo a la cosa áspera que temblaba y se asfixiaba en las sombras debajo de una silla lejana.

-No te compadezcas de la muerte, Harry. Compadécete de la vida, sobre todo, de los que viven sin amor. Al regresar, debes asegurarte, que menos almas están mutiladas, menos familias han sido separadas. Si eso es para ti una meta digna, entonces despidámonos del presente.

Harry asistió y suspiró. Salir de este lugar no sería tan duro como lo había sido caminar en hacia el bosque, pero aquí estaba cálido, tranquilo y con luz, y sabía que se dirigía de nuevo al dolor y al miedo de mas pérdidas. Se paró, y Dumbledore hizo lo mismo, y por un largo rato se miraron al a cara el uno al otro.

-Dígame una última cosa,- dijo Harry.-¿Esto es real? ¿O ha estado ocurriendo dentro de mi cabeza?

Dumbledore le sonrió, y su voz sonó clara y fuerte en los oídos de Harry aun que el brillo empezaba a desaparecer de nuevo, obscureciendo su figura.

-Claro que esta ocurriendo dentro de tu cabeza Harry, pero, ¿Qué te hace pensar que no es real?

Capitulo 36

El error en el plan

Estaba tirado con la cara pegada piso. El olor del bosque llenaba su nariz. Podía sentir el frío del suelo debajo de su mejilla, el marco de sus lentes habían caído a un lado. Cada centímetro de su cuerpo le dolía y el lugar donde la maldición asesina le había pegado, dolía como si hubiera sido golpeado con acero. No se movió, permaneciendo en le mismo lugar donde había caído; con el brazo izquierdo doblado en un ángulo extraño y la boca semi-abierta.

Había esperado oír porras y vivas de triunfo, júbilo por su muerte, pero en lugar de eso se oían pasos apresurados, susurros y murmullos que llenaban el aire.

- Mi señor….mi señor –

Era la voz de Bellatrix, como si le hablara a un amante. Harry no se atrevió a abrir los ojos, en cambio dejo que sus demás sentidos exploraran su situación. Sabía que la varita seguía guardada entre su ropa porque podía sentirla entre el pecho y el suelo, un pequeño bulto en su estómago le decía que la capa invisible también estaba ahí, fuera de la vista de los demás.

- Mi señor –
- Eso es todo – Dijo la voz de Voldemort

Más pasos, varias personas estaban alejándose del lugar; desesperado por ver que era lo que pasaba y porque Harry abrió un poco los ojos.

Voldemort se estaba poniendo de pie, varios mortífagos se alejaban de el rápidamente, regresando a la multitud. Solamente Bellatrix permanecía arrodillada junto a el.

Harry cerró de nuevo los ojos y consideró lo que había visto. Los mortífagos se habían agrupado alrededor de Voldemort, quien al parecer había caído al suelo. Algo pasó en el momento que atacó a Harry con la maldición asesina, ¿había colapsado Voldemort también? Así parecía, los dos habían caído inconcientes por un breve tiempo y los dos habían regresado…

- Mi señor, permítame –
- No necesito ayuda "- Dijo Voldemort fríamente; a pesar de que no lo podía ver Harry se imaginó a Bellatrix retirando la mano; - El muchacho, ¿Esta muerto?

Hubo un completo silencio en el claro. Nadie se acercó a Harry pero sintió las miradas sobre el, que parecían oprimirlo con mas fuerte contra el suelo, estaba aterrorizado de que un dedo o un parpado se fueran a mover y lo delataran.

- "Tu"- dijo Voldemort, y hubo un estallido de pánico, - Examínalo; dime si esta muerto o no –

Harry no supo quien había sido enviado a verificar su muerte, solamente podía permanecer tendido en el suelo, con el corazón golpeando violentamente y esperar a ser

examinado, pero al mismo tiempo un pequeño consuelo lo invadía y era que Voldemort estaba preocupado de acercase a el, que Voldemort sospechaba que algo había salido mal.

Unas manos, mas suaves de lo que había esperado, tocaron a Harry en la cara y sintieron su corazón, podía oír la respiración agitada de una mujer.

- "¿Draco esta vivo? ¿Esta en el castillo? –

El susurro fue apenas audible, los labios de la mujer estaban a centímetros de su oído, la cabeza inclinada tan abajo que su largo cabello tapó la cara de Harry.

- "Si" – murmuró Harry.

Sintió que la mano sobre su pecho se contaría, las uñas se encajaron en su piel. Entonces la mujer la retiró y se levantó.

- "Esta muerto!!" , dijo Narcisa Malfoy a la multitud

En ese momento gritaron de triunfo y golpearon con los pies el suelo, a través de los parpados Harry vio fuegos rojos y plateados ser lanzados al aire en señal de celebración.

Aun en el suelo y fingiéndose muerto Harry entendió que Narcisa sabía que la única forma de entrar a Hogwarts y encontrar a su hijo era como parte del ejército de Voldemort, pero no le interesaba más si este ganaba o no.

- "Vieron" - dijo Voldemort a la multitud – Harry Potter fue muerto por mi mano, y ningún hombre con vida puede amenazarme ahora, ¡Miren! – ¡*Crucio*! –

Harry había estado esperando esto, sabía que su cuerpo no iba a ser dejado en paz, debía se objeto de humillaciones para probar la victoria de Voldemort. Fue levantado en el aire, requiriendo de toda su determinación para permanecer como muerto. Sin embargo el pánico que estaba esperando no llego, fue lanzado una, dos, tres veces en el aire, sus lentes cayeron y sintió que la varita se salía un poco de su capa, sin embargo siguió permaneciendo suelto y sin vida. Cuando no sintió la tierra por última vez, oye el eco de victorias y risas.

- "Ahora" , dijo Voldemort, - "Iremos al castillo, a enseñarles que ha sido de su héroe, ¿Quien llevara el cuerpo? , No – Espera –

Hubo una nueva oleada de risas, y después de unos momentos Harry sintió el piso temblar debajo de el.

- " Tu cárgalo " ordenó Voldemort, - Será visible desde tus brazos, ¿o no?, Levanta a tu amiguito Hagrid y colócale los lentes, - debe ser reconocible –

Alguien le colocó los lentes en su lugar con demasiada fuerza, sin embargo las enormes manos que lo levantaron fueron extremadamente gentiles. Harry podía sentir como los brazos de Hagrid temblaban, grandes lágrimas caían sobre el al tiempo que Hagrid lo

cargaba en sus brazos, pero Harry no se atrevió a moverse ni a decir alguna palabra para indicarle a Hagrid que todo estaba bien, que aun no todo estaba perdido.

- "Muévete" – ordenó Voldemort,

Hagrid comenzó su marcha entre los árboles que se cerraban al paso, regresando por el bosque, las ramas le pegaban a Harry en el cabello, la capa, pero siguió permaneciendo quieto, su boca ligeramente abierta, los ojos cerrados y en la oscuridad mientras los mortífagos pasaban junto a ellos, mientras Hagrid gemía, nadie vio si había algún pulso en el cuello de Harry que estaba al descubierto.

Dos gigantes marchaban detrás de los mortífagos, Harry solo podía oír los árboles siendo arrancados y cayendo al tiempo que los gigantes pasaban, hacían tanto ruido que los pájaros volaron hacia el cielo y hasta los gritos de júbilo de los mortífagos fueron opacados, Mientras la marcha victoriosa proseguía hacia terrenos abiertos; después de un tiempo Harry pudo decir, por las luces que percibía con los ojos cerrados que los árboles empezaban a quedar atrás

- ¡BANE! –

El grito inesperado de Hagrid casi obliga a Harry abrir los ojos, - Estas contento ahora eh, de que no pelearon, manada de cobardes – ¿Estas contento ahora ¡eh! de que Harry Potter este muerto?

Hagrid no pudo continuar, rompiendo en lágrima de nuevo, Harry se preguntó cuantos centauros habría viendo la procesión pasar, no se atrevió a abrir los ojos para ver. Algunos de los mortífagos gritaron insultos a los centauros a medida que los iban dejando atrás, un poco después Harry sintió, por lo fresco del aire que habían llegado al límite del bosque.

- "Alto" –

Harry pensó que Hagrid había sido obligado a obedecer el mandato de Voldemort, ya que dudo un momento, mientras un escalofrío se iba extendiendo en donde estaban, Harry oyó la respiración de los dementores que patrullaban en los árboles. No lo afectarían ahora, el hecho de su propia supervivencia era un talismán hacia ellos, como si su padre cuidara de su corazón.

Algunos pasaron cerca de Harry, supo que uno era el mismo Voldemort porque hablo un momento después, su voz aumentada mágicamente se deslizo por el suelo hasta llegar a los oídos de Harry.

- Harry Potter esta muerto, Murió mientras trataba de huir y salvarse, mientras ustedes daban la vida por el. ¡Les traemos su cuerpo como prueba de que el héroe se ha ido! – La batalla ha sido ganada, han perdido a la mitad de sus tropas, mis mortífagos los superan en número, y el niño que sobrevivió esta acabado, no debe haber mas guerras, cualquiera que se resista, hombre, mujer o niño, será masacrado, al igual que todos los miembros de su familia; salgan del

castillo, arrodíllense ante mi y serán perdonados. Sus padres e hijos, sus hermanos y hermanas vivirán y serán perdonados, y se unirán a mí ¡en el nuevo orden que construiremos juntos! –

Hubo un silencio desde los terrenos y hasta el castillo, Voldemort estaba tan cerca de Harry que este no se atrevía a abrir los ojos.

- Salgan - dijo Voldemort, Harry lo oyó moverse hacia delante, mientras Hagrid era obligado a seguirlo.

Harry abrió sus ojos una fracción de segundos y vio a Voldemort erguido frente a ellos usando a Nagini, la serpiente, alrededor de sus hombros, libre de la jaula mágica. Pero Harry no tenía ninguna posibilidad de sacar su varita de entre sus ropas sin ser visto por los mortífagos que marchaban a su lado

- Harry,- gimió Hagrid, - Oh Harry….Harry –

Harry cerró los ojos fuertemente, sabía que se aproximaban al castillo y aguzó los oídos para distinguir sobre las gélidas voces de los mortífagos y sus pisadas, signos de vida de los testigos.

- "Alto" –

Los mortífagos se detuvieron, Harry oyó como se separaban formando una línea viendo hacia las puertas abiertas de la escuela, podía ver, a pesar de tener los ojos cerrados, la media luz que emanaba desde la entrada del castillo, esperó, en cualquier momento las personas por las que el había tratado de morir lo verían, tendido aparentemente muerto en los brazos de Hagrid.

- "!NO¡" –

El grito fue mas terrible ya que jamás habría esperado o soñado que la profesora McGonagall pudiera hacer ese sonido, oyó a una mujer riéndose a corta distancia, supo que era Bellatrix regocijándose con la desesperación de McGonagall, abrió los ojos de nuevo y vio por un segundo la puerta abierta del corredor llena de gente, a medida que los sobrevivientes de la batalla salían a enfrentar a sus conquistadores y ver la verdad de la muerte de Harry ellos mismos. Vio a Voldemort parado un poco mas delante de el, deteniendo la cabeza de Nagini con un solo dedo blanco, volvió a cerrar los ojos.

- "!No¡"
- "!No¡"
- "Harry", ¡HARRY¡"

Las voces de Ron, Hermione y Ginny fueron peores que la de McGonagall, Harry no deseaba nada mas que poder responderles, sin embargo permaneció en silencio, mientras que sus llantos actuaron como detonador, la multitud de sobrevivientes comenzó a gritarles a los mortífagos hasta..

- "¡SILENCIO!" chillo Voldemort, hubo una explosión y destellos de una luz blanca enceguecedora, el silencio cayo sobre todos – ¡Todo acabó!, bájalo Hagrid, colócalo a mis pies, que es donde pertenece –

Harry sintió que era depositado en el suelo.

- Ven – dijo Voldemort - y Harry se sintió tirado hacia atrás y hacia delante, justo en el lugar donde se encontraba, - ¡Harry Potter esta muerto! ¡Entienden ahora, tontos! Nunca fue nada, mas que un niño que se aprovecho de otros para que murieran por el.

- El te venció - grito Ron, rompiendo el hechizo, haciendo que los defensores de Hogwarts empezaran a gritar de nuevo hasta que una nueva explosión extinguió sus voces...

- Fue muerto mientras trataba de huir de los terrenos del castillo – dijo Voldemort, y hubo cierto tono en su voz al decir esta mentira, "muerto mientras trataba de salvarse a si mismo...".

Voldemort se detuvo, Harry oyó un altercado y un grito, entonces otra explosión, una ráfaga de luz y un gruñido de pánico, abrió los ojos lo mínimo. Alguien se había liberado de la multitud y había atacado a Voldemort, Harry vio una figura golpear el suelo, desarmada, Voldemort arrojando la varita de su agresor a un lado, riendo.

- "¿Y quien es este? – dijo con un ligero siseo de serpiente, - ¿Quien se ha ofrecido como voluntario para demostrar lo que sucede a aquellos que continúan peleando cuando ya todo esta perdido?

Bellatrix dio una carcajada de placer

- "Es Neville Longbottom, mi Señor" ¡El chico que le ha dado a los Carrows tantos problemas! – El hijo de los Aurores, ¿recuerda?

- "Ah si, lo recuerdo", dijo Voldemort, mirando abajo hacia Neville, quien luchaba por ponerse de pie de nuevo, desarmado y desprotegido, parado en la tierra de nadie, entre los sobrevivientes y los mortífagos – Pero eres un sangre limpia, ¿no es así, mi valiente chico?, le preguntó Voldemort a Neville quien seguía enfrentándolo, con las manos vacías apretadas

- "¿Y que si lo soy?" dijo Neville fuerte.

- "Demuestras espíritu y coraje, vienes de una familia noble, serías un mortífago invaluable, necesitamos gente como tu, Neville Longbottom "-

- "Me uniré a ti, ¡cuando el infierno se congele!" dijo Neville, - "¡Ejército de Dumbledore!" – gritó y hubo como respuesta una porra desde la multitud, la cual el hechizo silenciador de Voldemort no pudo detener.

- “Esta bien” – dijo Voldemort, y Harry escuchó más daño en lo suave de su voz que en la maldición más potente – Si esa es tu decisión Longbottom, seguiremos el plan original, “que en tu cabeza”, dijo lentamente, “este”.

Aun mirando por entre los párpados Harry vio a Voldemort agitar su varita, segundos después, de una de las ventanas del castillo, algo que parecía un pájaro sin forma, voló a través de la neblina aterrizando en la mano de Voldemort. Reconoció el objeto por la forma puntiaguda y vieja: era el sombrero seleccionador.

- “No habrá mas ceremonias de Selección en Hogwarts” – dijo Voldemort, “No habrá mas casas”, El emblema, escudo y colores de mi noble antecesor, Salazar Slytherin, serán para todos. – ¿No lo crees Neville Longbottom?-

Apunto su varita hacia Neville, quien quedo rígido y sin poder moverse, entonces forzó al sombrero a ir a la cabeza de Neville, haciendo que este resbalara hasta debajo de sus ojos, hubo movimientos en la multitud que veía desde el castillo, y como si fueran uno solo los mortífagos alzaron sus varitas, deteniendo a los defensores de Hogwarts.

- “Neville va a demostrara ahora que sucede cuando alguien lo suficientemente tonto continua oponiéndose a mi”- dijo Voldemort, y con un movimiento de su varita, causo que el sombrero seleccionador ardiera en llamas.

Los gritos desgarraron el atardecer, Neville era una llama, incapaz de moverse; Harry no podía soportarlo, tenía que hacer algo.

Entonces muchas cosas pasaron al mismo tiempo.

Se oyó un rugido a lo lejos de la escuela, como si miles de personas llegaran desde miles de lugares fuera de la vista de las paredes y se dirigieran al castillo, dejando escapar largos gritos de guerra, el mismo tiempo Grawp apareció por detrás del castillo y gritó –“¡HAGGER!”, Su llanto fue contestado por los rugidos de los gigantes de Voldemort quienes corrieron hacia Grawp como en estampida, ocasionando un terremoto, entonces se oyeron cascos y los arcos, miles de flechas fueron disparadas de improviso hacia los mortífagos, quienes corrieron gritando de sorpresa. Harry jalo la capa invisible de adentro de su ropa, y se cubrió con ella hasta los pies mientras Neville se movía también.

Con un solo movimiento, Neville se deshizo del hechizo petrificante, el sombrero envuelto en llamas se callo, mientras que Neville sacaba de adentro algo plateado con un mango brillante de rubíes.

El ruido de la espada no puedo ser oído sobre el rugido de la multitud que se acercaba o sobre los sonidos de los gigantes o de la estampida de los centauros y sin embargo pareció que todos lo vieron. Con un solo golpe Neville cortó la gran cabeza de la serpiente, la cual voló en el aire, mientras que Voldemort permanecía con la boca abierta en un grito de furia que nadie pudo oír; el cuerpo de la serpiente golpeo el suelo a sus pies, inerte.

Escondido en la capa invisible, Harry lanzó hechizo un protector entre Neville y Voldemort antes de que este pudiera levantar su varita, entonces entre los gritos y rugidos de los gigantes, el grito de Hagrid se oyó más fuerte que todos.

-"¡HARRY!" – Grito Hagrid, "¡HARRY! ¡DONDE ESTA HARRY!" –

El caos reinaba. Los centauros estaban ahuyentando a los mortífagos, todos sentían la estampida de los gigantes, y cada vez mas cerca cientos de refuerzos salidos de quien sabe donde: Harry vio grandes criaturas aladas, golpeando contra las cabezas de los gigantes de Voldemort: los Thestrals y a Buckbeak el hipogrifo arañando sus ojos, mientras Grawp les pegaba, los magos defensores de Hogwarts y los mortífagos eran empujados hacia dentro del castillo. Harry lanzaba hechizos y maldiciones a cualquier mortífago que veía, confundiéndolos, pues no sabían ni que ni quien les había pegado, sus cuerpos eran atrapados por la multitud., Aun oculto bajo la capa, Harry fue empujado hacia la gran estancia. Estaba buscando a Voldemort y lo vio del otro lado del cuarto, lanzando hechizos con su varita mientras era empujado hacia el gran salón, gritando instrucciones a sus seguidores mientras lanzaba maldiciones hacia todas direcciones, Harry convocó mas hechizos protectores y las casi victimas Seamus Finnigan y Hanna Abbott lograron pasar hacia el Gran Salón, donde se unieron a la gran batalla que tenia lugar dentro.

Y había más y mas gente entrando, Harry vio a Charlie Weasly someter a Horace Slughorn, quien aun utilizaba su pijama esmeralda. Parecía que todo amigo y familiar de los estudiantes de Hogwarts que se habían quedado a luchar aparecía, junto con los vendedores y habitantes de Hogsmeade. El centauro Bane, Ronan y Magorian entraron en la gran estancia haciendo sonar sus herraduras, mientras que detrás de Harry la puerta que daba a la cocina estaba llena de sus flechas.

Los elfos domésticos de Hogwarts aparecieron en la entrada, gritando y llevando largos cuchillos, a la cabeza de ellos, con el emblema de Regulus Black colgando y balanceándose de su cuello, iba Kreacker, su voz de rana mugidora predominaba sobre todo - ¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea por mi maestro, defensor de los elfos domésticos! ¡Pelea contra el señor tenebroso, en el nombre del valiente Regulus! ¡Pelea!

Iban golpeando y acuchillando los tobillos de los mortífagos, sus pequeñas caras brillaban con malicia, a todos lados donde mirara Harry los mortífagos iban cayendo en grandes números, derrotados por hechizos, arrancando flechas de sus heridas, apuñalados en las piernas por los elfos, o simplemente tratando de escapar pero siendo tragados de nuevo por la horda que entraba.

Pero no había terminado. Harry paso entre las peleas, paso luchando contra las personas y entro en el gran salón.

Voldemort estaba en el centro de la batalla, atacando todo lo que tuviera a su paso. Harry no podía tener un tiro limpio, así que fue abriéndose paso hasta estar cerca de el, aun invisible. Mientras el Gran Salón se iba llenando con más y más gente,

Harry vio como George y Lee Jordan tiraban a Yaxley al piso, Dolohov cayó con un grito bajo las manos de Flitwick, vio a Walden Macnair siendo aventado de un extremo al otro del cuarto por Hagrid, pegando en la pared y deslizándose inconciente al suelo.

Vio a Ron y Neville acabar con Fenrir Greyback. Aberfoth deteniendo a Rookwood, Arthur y Percy derribando a Thicknesse, Lucius y Narcisa Malfoy corriendo a través de la multitud, sin pelear, gritando y buscando a su hijo.

Voldemort ahora luchaba con McGonagall, Slughorn, y Kingsley todos a la vez, había un odio en su cara, mientras los demás se movían alrededor de el, incapaces de matarlo.

Bellatrix también seguía peleando, unos metros mas lejos de Voldemort, y tal como su maestro luchaba con tres a la vez: Hermione, Ginny y Luna, todas combatiendo lo mejor que podían, pero Bellatrix las igualaba a las tres. La atención de Harry fue atraída por una maldición asesina que paso muy cerca de Ginny, esquivando la muerte por muy poco.

Harry cambió el rumbo, dirigiéndose hacia Bellatrix en lugar de hacia Voldemort, pero antes de que hubiera avanzado más, fue empujado hacia un lado

- "¡NO MI HIJA! - ¡MALDITA!

La señora Weasley se quito la capa, mientras corría, liberando sus brazos. Bellatrix se rió viendo el nuevo reto que venía.

- ¡FUERA DE MI CAMINO! Gritó la señora Weasley a las tres chicas,

Y con un simple movimiento de su varita comenzó la lucha, Harry vio con terror como la varita de Molly Weasley se doblaba, mientras Bellatrix Lestrange sonreía. Haces de luz volaron de ambas varitas, el piso alrededor de ellas se quebró, ambas mujeres peleaban a morir.

- ¡No señora Weasley! – gritaron varios estudiantes, mientras corrían en su ayuda.
- ¡Atrás, atrás, ella es MIA!

Miles de personas se pegaron contra las paredes viendo las dos peleas, Voldemort y sus tres oponentes, Bellatrix y Molly, y Harry parado invisible, entre los dos, queriendo atacar y a la vez proteger, pero con el temor de poder pegarle a un inocente.

- ¿Qué pasará con tus hijos cuando te mate? – insinuó Bellatrix, tan enojada como su maestro, mientras la maldición de Molly danzaba a su alrededor - ¿Cuando mami se muera de la misma forma que Freddy?

- ¡Jamás- tocaras- a – ninguno- de – mis – hijos – de - nuevo! – gritó la señora Weasley

Bellatrix se rió con la misma risa de hilaridad que su primo Sirius había emitido cuando callo detrás del velo, y de pronto Harry supo lo que iba a pasar antes de que sucediera.

La maldición de Molly, paso por encima del brazo de Bellatrix y dio exacto en el pecho, justo sobre su corazón.

La sonrisa malévola de Bellatrix se congeló en su cara, sus ojos parecían salirse: en una fracción de segundos se dio cuenta de lo que había pasado y cayó, la multitud rugió y Voldemort gritó.

Harry sintió que el mundo se movia en cámara lenta, vio a McGonagall, Kingsley y Slughorn ser arrojados hacia atrás, cayendo en el aire, mientras la furia de Voldemort explotaba con la fuerza de una bomba, Voldemort levantó su varita y la apunto directamente hacia Molly Weasley.

-¡*Protego*! - rugió Harry, el hechizo de escudo se expandió en medio del Salón, mientras Voldemort miraba a su alrededor buscando la fuente del hechizo, al mismo tiempo que Harry se quitaba la capa invisible.

EL grito, las ovaciones salieron de todas partes: ¡Harry! ¡Esta vivo!, y fueron coreadas al unísono. La multitud tenía miedo y un silencio cayó abruptamente mientras Harry y Voldemort se miraban, y comenzaron al mismo tiempo a caminar en círculos alrededor del otro.

- No quiero que nadie mas ayude - dijo Harry en voz alta, y en el silencio reinante su voz fue como la del llamado de una trompeta. – Así debe ser, debo ser yo –

Voldemort siseo.

- Potter no quiere decir eso – dijo, con sus ojos rojos a medio abrir, - Esta no es la forma en la que trabajas, ¿verdad?, ¿A quien vas a usar de escudo hoy Potter?-

- A nadie – dijo Harry simplemente, No hay mas Horcruxes, - Somos solo tu y yo, uno no puede sobrevivir mientras el otro este, uno de nosotros esta a punto de marcharse para siempre –

- ¿Uno de nosotros?, dijo Voldemort, todo su cuerpo se puso tenso y sus ojos rojos fijos, como una serpiente a punto de atacar, - Piensas que serás tu, ¿no es así? El niño que sobrevivió por accidente, y porque Dumbledor estuvo manejando los hilos. –

- ¿Accidente, dices? ¿Cuándo mi madre murió salvándome? – pregunto Harry

Mientras seguían moviéndose en círculos, los dos, en un perfecto círculo, manteniendo siempre la misma distancia, y para Harry no existía ninguna otra cara que la de Voldemort, - ¿Accidente cuando decidí pelear en el cementerio?, ¿Accidente, que no me haya defendido esta noche y aun así haya sobrevivido y este de regreso para pelear?

- ¡Accidentes! - gritó Voldemort, pero aun no ataco, y la multitud estaba congelada, como si estuvieran petrificados, de miles en el salón, solo ellos dos respiraban. – Accidente , suerte y el hecho de que te hayas escondido detrás de grandes hombres y mujeres, permitiéndome matarlos antes que a ti –

- No mataras a nadie mas esta noche – dijo Harry mientras caminaban, mirándose directamente a los ojos, el verde en el rojo. – No podrás ser capaz de matar a

nadie mas, ¿No lo comprendes? Yo estaba dispuesto a morir para evitar que los lastimaras.

- ¡Pero no moriste!

- Pero esa era mi intención, fue lo que hice, lo mismo que mi madre hizo, están protegido de ti, ¿no te has dado cuenta que ninguno de tus hechizos ha funcionado? No los puedes torturar, no los puedes tocar, No aprendes de tus errores ¿Verdad Riddle? –

- No te atrevas…

- Si me atrevo – dijo Harry, Se cosas que tú no sabes Tom Riddle. Se muchísimas cosas importantes que tu no. ¿Quieres oír algunas de ellas antes de que cometas otro error?

Voldemort no hablo, pero siguió caminando en círculos, Harry supo que lo tenía por un momento a raya, detenido por la remota posibilidad de que Harry pudiera saber un secreto.

- ¿Es el amor de nuevo? – dijo Voldemort, contrayendo su cara de serpiente – La solución favorita de Dumbledore, el amor, la que el dice conquistó a la muerte, sin embargo el amor no impidió que cayera de la torre rompiéndose como si fuera de cera. El amor que no impidió aplastar a tu madre sangre-sucia como una cucaracha, Potter - y nadie parece amarte lo suficiente para correr en tu ayuda esta vez y protegerte de mi maldición. – Entonces ¿que será lo que te proteja esta vez cuando te ataque?
- Solo una cosa – dijo Harry, mientras seguían caminado en círculos, detenidos solo por un último secreto.
- Si no es el amor- dijo Voldemort, -Entonces debes de tener una magia que yo no poseo, o quizá un arma mas poderosa que la mía-
- Creo que tengo ambas – dijo Harry, y vio muecas de terror atravesar la cara de serpiente, mismas que desaparecieron inmediatamente.

Voldemort empezó a reírse, y el sonido era más atemorizante que sus gritos, una risa loca, que hizo eco en todo el salón.

- ¿Crees que sabes mas magia que yo?, dijo, Que yo!, Lord Voldemort, que ha realizado magia que ni el mismo Dumbledore llegó a soñar-
- Oh el soñó con ella – dijo Harry, pero sabía mucho mas que tu, como para no cometer los errores que tu has cometido –
- Quieres decir que era débil – grito Voldemort – Demasiado débil como para atreverse a tomar lo que ahora es mió –
- No, era más inteligente que tu – dijo Harry – un mejor mago y hombre
- ¡Yo ocasioné la muerte de Albus Dumbledore!
- Piensas que así fue- dijo Harry, - pero estas equivocado –

Y por primera vez, la multitud reunida dejo escapar un sonido, al tiempo que miles de personas respiraban como si fueran uno solo.

- ¡Dumbledore está muerto! – dijo Voldemort a Harry, - yo lo he visto Potter, y no regresará –
- Si, Dumbledore esta muerto – dijo Harry con calma, - pero tu no lo mataste, el eligió su propia manera de morir, la eligió meses antes de que muriera, y arreglo todo con el hombre que tu creías era tu servidor –
- ¿Qué tonto sueño es este? - dijo Voldemort, - pero aun no atacó y sus ojos rojos seguían clavados en Harry. –
- Severus Snape no era tuyo – dijo Harry – Snape era fiel a Dumbledore, fiel a el desde el momento que empezaste a lastimar a mi madre y jamás lo notaste, porque es algo que no puedes entender, ¿jamás viste a Snape conjurar un Patronus, verdad Riddle?

Voldemort no contesto, continuaron circulándose mutuamente, como lobos a punto de destrozar al otro.

- El Patronus de Snape era un gamo – dijo Harry, - el mismo que el de mi madre, porque el la amaba de toda la vida, desde el momento que eran niños, debiste haberte dado cuenta – dijo Harry mientras el rostro de Voldemort se contraía, - El te pidió que le perdonaras la vida ¿no es cierto?
- El la deseaba, eso era todo - dijo Voldemort – pero cuando ella se había ido el acepto que había otras mujeres, y sangre-limpias mejores para el –
- Claro que te dijo eso – dijo Harry, - pero fue espía de Dumbledore desde el momento que la amenazaste, y ha estado trabajando en contra tuya desde aquel entonces. Dumbledore estaba muriendo cuando Snape acabo con el –
- ¡No importa! – grito Voldemort quien había esta escuchando cada palabra atentamente, pero ahora dejo escapar una loca risa – Que importa si Snape era mió o de Dumbledore, o que obstáculos pusieron en mi camino, los aplaste igual que a tu madre, el gran amor de Snape, Ohh pero todo tiene sentido Potter, en una forma que tu no entiendes-
- Dumbledore estaba tratando de mantener la varita mas antigua lejos de mi, quería que Snape fuera el amo de la varita, pero me adelante niño, yo llegue primero, antes de que tu pudieras poner tus manos sobre ella, entendí la verdad antes que tu, mate a Severus Snape hace tres horas, la varita mas antigua, la varita de la muerte, la varita del destino es ¡mía! El último plan de Dumbledore falló Harry Potter.
- Claro que fue así – dijo Harry, - Estas en lo correcto, pero antes de que trates de matarme, te advierto que pienses en lo que has hecho,…. Piensa Riddle y arrepiéntete
- ¿Qué es esto?

De todas las cosas que Harry le había dicho, fuera de cualquier revelación, nada había sacudido a Voldemort como esto. Harry vio las pupilas contraídas en pequeñas rayas, vio la piel alrededor de los ojos blanca.

- Es tu última oportunidad – dijo Harry, - es todo lo que te queda, he visto lo que serás si cambias…. Serás un hombre, trata, trata de arrepentirte –
- Te atreves…. – volvió a decir Voldemort
- Si me atrevo – dijo Harry, - porque el ultimo plan de Dumbledore no se ha vuelto contra mi, si no contra ti Riddle –

La mano de Voldemort que sostenía la varita mas antigua comenzó a temblar, y Harry sostuvo la varita de Draco muy fuerte, el momento que el sabía estaba muy cercano.

- La varita sigue sin funcionar bien contigo, porque mataste a la persona equivocada, Severus Snape jamás fue el verdadero dueño de la varita, el jamás derrotó a Dumbledore –
- El lo mato…. –
- ¿No estas escuchando? – Snape jamás venció a Dumbledore, la muerte de Dumbledore fue planeada entre ellos, Dumbledor pretendió morir, indefenso, ¡el ultimo dueño de la varita! Si todo hubiera salido de acuerdo al plan, el poder de la varita habría muerto con el ¡porque jamás habría sido ganado por alguien mas¡ -
- Pero entonces Potter, Es como si Dumbledore me hubiera entregado la varita – dijo la voz de Voldemort con un placer malicioso – Yo robe la varita de su tumba, de la tumba de su último maestro, la robe contra los deseos de su último dueño, ¡Su poder es mió! –
- Aun no lo captas Riddle, Poseer la varita no es suficiente, tenerla, usarla, no la hace verdaderamente tuya, No oíste lo que dijo Ollivander, "La varita elige al mago"… La varita mas antigua reconoció un nuevo dueño antes de que Dumbledore muriera, alguien que ni siquiera había tocado a la varita, El nuevo dueño le quito la varia a Dumbledore contra su voluntad, sin saber jamás lo que había hecho, o que la varia mas poderosa del mundo lo había elegido a el –
- El verdadero dueño de la varita es DRACO MALFOY –

Un pánico se apodero de la cara de Voldemort por un momento, pero así como apareció se fue.

- ¿Y que importa Potter? – dijo suavemente – Incluso si estas en lo correcto Potter, no hace ninguna diferencia entre tu y yo, tu no tienes la varita con la cola del fénix, combatiremos con nuestra habilidades solamente…. Y cuando te haya matado, iré por Draco Malfoy-
- Pero es muy tarde - dijo Harry – Perdiste tu oportunidad, y yo la tomé, yo domine a Draco hace semanas, y tome su varita…

Harry saco la varita de espino y sintió la mirada de todos sobre ella.

- Así que todo se resume a esto – murmuro Harry, - ¿Acaso la varita que tienes en tu mano sabe que su antiguo dueño fue desarmado?, porque si es así…. yo soy el verdadero dueño de la varita mas antigua.

Un destello rojo, brillo de repente a través del cielo encantado del gran comedor, como un raya de sol brillante, que aparecía sobre la barda de la ventana. La luz pegó directamente en los rostros de Harry y Voldemort al mismo tiempo, de manera que Voldemort fue envuelto de repente por una neblina. Harry oyó la voz de Voldemort al mismo tiempo que el gritaba su máxima esperanza a los cielos, señalando con la varita de Draco:

- ¡*Avada Kadavra!*
- *¡Expelliarmus!*

La explosión fue como un cañonazo, las flamas doradas que emanaron entre ellos, marcaron el punto donde los hechizos colapsaron. Harry vio el hechizo verde de Voldemort chocar contra su propio hechizo, vio la varita más antigua salir volando, contrastando el color negro con los colores del amanecer, girando sobre el cielo encantado como la cabeza de Nagini, girando en el aire hacia su dueño al que no pudo matar, quien el fin tomaba posesión de ella. Harry con la habilidad del buscador, cacho la varita en su mano libre, mientras Voldemort caía de espaldas, con los brazos extendidos, las pupilas de los ojos rojos volteando hacia arriba. Tom Riddle pego en el suelo, su cuerpo débil y encogido, las manos blancas y vacías, la cara de serpiente vaga e irreconocible. Voldemort estaba muerto, asesinado por su propia maldición, Harry parado, sosteniendo dos varitas en sus manos viendo a su enemigo.

Un segundo de silencio, la conmoción del momento en suspenso, y de pronto un tumulto que se abalanzó sobre Harry mientras que las porras, vivas y victorias se alzaban en el aire. El amanecer se coló por las ventanas a medida que avanzaban hacia Harry, los primero en alcanzarlo fueron Ron y Hermione, fueron sus brazos los que lo rodearon y sus gritos que lo dejaron sordo. Entonces llegaron Ginny, Neville y Luna, todos los Weasley y Hagrid, Kingsley y McGonagall, Flitwick y Sprout, Harry no podía oír ni una sola palabra de lo que la gente decía, no podía decir las manos de quien lo oprimían, lo jalaban, tratando de abrazar alguna parte de el, cientos de ellas oprimiéndolo todas determinadas a tocar al niño que sobrevivió, la razón por la cual todo había terminado ya.

El sol se fue cerniendo sobre Hogwarts, y el gran salón estalló con vida y luz. Harry fue una parte indispensable de las celebraciones y de los llantos. Querían que estuviera con ellos, su líder su símbolo, el salvador y el guía, y Harry no había dormido, que hubiera preferido la compañía de solo alguno de ellos, parecía no ocurrírsele a nadie. Tenia que hablar con todos, dar las manos, ver sus lágrimas, recibir las gracias, escuchar las noticias de todo el mundo mientras la mañana seguía su curso, mientras que las victimas de la maldición Imperius volvían a la realidad, y los mortífagos huían o eran capturados y los inocentes encerrados en Azkaban eran liberados, mientras que Kingsley Shacklebolt era nombrado ministro de magia temporalmente.

Removieron el cuerpo de Voldemort y lo colocaron en una cámara fuera del salón, lejos de los cuerpos de Fred, Tonks, Lupin, Colin Creevey, y cincuenta mas que habían muerto peleando contra el. McGonagall reemplazo las mesas de las casas, nadie se sentaba de acuerdo a la casa a la que pertenecía, todos estaban juntos, maestros y alumnos, padres y fantasmas, centauros y elfos domésticos, Firenze recostado en un rincón recobrándose, Grawp asomado por una ventana rota, la gente le lanzaba comida a la boca mientras sonreía, después de un rato Harry se sintió exhausto y se encontró sentado en una banca junto a Luna

- Yo necesitaría algo de paz y tranquilidad si fuera tu – dijo ella
- Si me encantaría – dijo Harry
- Yo los distraeré – dijo Luna – tu usa tu capa

Y antes de que pudiera decir cualquier cosa, Luna gritó, - Ohhh miren, un BLIBBERING HUMDINGER – y señaló fuera de la ventana. Todo mundo que escucho volteo buscando, Harry aprovecho para colocarse la capa.

Ahora podía moverse por todo el salón sin que nadie lo molestara, vio a Ginny sentada a dos mesas de distancia, estaba con la cabeza reclinada en el hombro de su madre: Ya habría tiempo para hablar, horas, días y quizá años para hablar. Vio a Neville, la espada de Gryffindor yacía a un lado de su plato mientras comía, rodeado de una multitud de admiradores. Harry caminó entre las mesas, vio a los tres Malfoys, agrupados juntos inseguros de si debían o no estar ahí, pero nadie les prestaba atención. A todos lados donde volteaba veía familias reunidas, y finalmente vio a los dos cuya compañía necesitaba mas.

- Soy yo – murmuró – inclinándose entre ellos, - ¿Vendrían conmigo?

Se pararon enseguida y juntos, el, Ron y Hermione dejaron el gran salón. Grandes trozos faltaban de las escaleras de mármol, parte de la balaustrada había desaparecido, y manchas de sangre aparecían a cada pocos pasos a medida que subían.

En algún lugar en la lejanía pudieron oír a Peeves, zumbando a través de los pasillos, cantando victorioso una canción de su propia composición

Lo hicimos, vencimos con Potter el primero
Voldy se fue a morir, ¡nos iremos a divertir!

-Realmente le da cierto sentimiento a la tragedia ¿o no? – dijo Ron empujando una puerta abierta para que Harry y Hermione pasaran.

La felicidad llegaría pensó Harry, pero por el momento estaba cansado y exhausto, y el dolor de perder a Fred, Lupin y Tonks lo golpeo tal como si fuera una herida física en cada paso. Pero sobre todo sentía un gran alivio y ganas de una larga siesta. Pero antes les debía una explicación a Ron y Hermione, que habían estado con el por tanto tiempo y quienes merecían la verdad. Poco a poco fue relatando lo que vio en el Pensadero, lo que había pasado en el bosque, y aun no habían acabado de expresar toda su sorpresa y emoción, cuando llegaron al lugar al cual habían estado caminando, aunque ninguno mencionara su destino.

Desde la ultima vez que la vieron, la gárgola que guardaba la entrada a la oficina del director había sido tirada a un lado, yacía de lado, como si estuviera borracha, y Harry se preguntó si sería capaz de reconocer las contraseñas.

- ¿Podemos pasar? – pregunto a la gárgola
- Siéntanse libres – respondió

Subieron sobre ella y hacia la escalera en espiral que se fue moviendo lentamente hacia arriba. Harry empujo la puerta abierta que tenia enfrente.

Tubo una breve visión del Pensadero sobre el escritorio justo donde lo había dejado, y un ruido ensordecedor lo hizo gritar, pensando que las maldiciones y mortífagos regresando para ver el resurgimiento de Voldemort.

Pero eran aplausos, en todas las paredes a su alrededor, los directores y directoras de Hogwarts le daban una ovación de pie, todos agitando sus varitas sobre sus sombreros y

en algunos casos sus pelucas. Se asomaban por los marcos para estrecharse la manos, bailaban de arriba abajo sobre las sillas donde habían sido pintados, Dilys Derwent dio un sorbetón sin pena; Dexter Fortescue agitaba su audífono para oír, y Phineas Niggelus dijo con su rara y fuerte voz: - Y que sea notado que la casa Slytherin jugo su buena parte - ¡Que nuestra contribución no sea olvidada!

Pero Harry solo tenía ojos solamente par el hombre que parado de pie en el cuadro mas grande colocado detrás de la silla del director. Las lágrimas se deslizaban detrás de las gafas de media luna, cayendo por la larga barba plateada, y el orgullo y gratitud que emanaban de el llenaron a Harry con el mismo sentimiento que la canción del Fénix.

Al fin, Harry levantó sus manos, y los retratos guardaron silencio, sollozando y limpiándose sus ojos, esperando que hablara. Harry dirigió sus palabras a Dumbledore, sin embargo las eligió cuidadosamente. Exhausto y cansado como estaba, debía aguantar un último esfuerzo.

- El objeto que estaba escondido en la Snitch – empezó a decir – Lo tiré en alguna parte del bosque, no se exactamente donde, pero no voy a ir a buscarlo de nuevo ¿Están de acuerdo? –
- My querido niño, lo estoy – dijo Dumbledore, mientras que los retratos de sus compañeros se mostraban sorprendidos y curiosos. – Una decisión valiente, pero no menos de lo que habrías esperado de ti, ¿Alguien mas sabe donde cayó?

- Nadie – respondió Harry y Dumbledore asintió con satisfacción.

- Voy a conservar el regalo de Ignotus - dijo Harry a lo que Dumbledore exclamó

- ¡Por su puesto Harry! Es tuyo para siempre hasta que lo pases. –

- ¿Y donde esta?

Harry sostuvo en alto la varita mas antigua, Ron y Hermione la miraron con reverencia, incluso en su estado semi-inconciente, Harry no quiso verla

- No la quiero – dijo Harry
- ¡Que! – dijo Ron ¿¡Estas loco!?
- Se que es poderosa – dijo Harry – pero yo estaba tan contento con la mía así que… –

Revolvió en la bolsa que tenía colgada en el cuello, sacando las dos mitades de su varita de acebo, sostenidas tan solo por un pedazo de la pluma del Fénix. Hermione había dicho que no podía ser reparada, que el daño era muy severo, solo sabía que si esto no funcionaba, nada lo haría.

Coloco la varita rota sobre el escritorio del director, y la toco muy poco con la punta de la varita más antigua, y dijo – *Reparo* -

Y su varita de arreglo, chispas rojas salieron de la punta. Harry sabía que había tenido éxito. Tomó la varita de acebo y pluma de fénix sintiendo un calor en sus dedos, como si la varita y su mano se regocijaran con el reencuentro.

- Voy a poner la varita mas antigua – le dijo a Dumbledore, quien miraba con gran afecto y admiración - de regreso de donde vino, puede quedarse ahí, si muero de muerte natural como Ignotus, su poder se perderá ¿cierto?; el antiguo dueño jamás habría sido vencido y sería el fin de ella

Dumbledore asintió sonriendo a Harry.

- ¿Estas seguro dijo Ron? – en cuya voz había un dejo de anhelo mientras veía a la varita mas antigua.
- Creo que Harry tiene razón – dijo Hermione lentamente
- La varita da mas problemas de lo que en realidad vale – dijo Harry – Y a decir verdad – dijo mientras daba la espalda a los retratos, pensando solamente en su cama que le esperaba en la torre de Gryfindor y preguntándose si Kreacher le llevaría un sándwich ahí, - He tenido demasiados problemas para toda la vida –

Epilogo

Diecinueve años después…

El otoño pareció llegar de improviso aquel año, La mañana del primero de Septiembre era dorada y mientras la pequeña familia avanzaba por las ruidosas calles hacia la estación de trenes, el vapor de los carros se disipaba y el aliento de los peatones brillaba como telarañas con el frío del aire. Dos grandes jaulas colocadas en lo alto de los carritos que los padres empujaban; las lechuzas dentro chillaban indignadas, y una niña pelirroja caminaba tímidamente detrás de sus hermanos, jalando el brazo de su padre.

- No será mucho tiempo, tu también iras – le dijo Harry
- Dos años – sollozo Lily – ¡Quiero ir ahora!

La gente miraba curiosa a las lechuzas mientras la familia se abría paso hacia la barrera entre las plataformas nueve y diez. La vos de Albus llego a Harry sobre el clamor general; sus hijos habían retomado la discusión que iniciaran en el coche.

- No lo seré, no seré de Slytherin –
- James, déjalo en paz – dijo Ginny
- Solo dije que podría serlo – dijo James, haciendo muecas a su hermano menor – No tiene nada de malo que pudiera llegar a estar en Slytherin –

Pero James capto la mirada de su madre y guardo silencio. Los cinco Potrees se acercaron a la barrera, con una rápida mirada sobre su hombro a su hermano menor, James tomo el carrito de su madre y hecho a correr, un momento después había desaparecido.

- Me escribirán ¿cierto? – pregunto Albus a sus padres aprovechando el momento en que su hermano no estaba.
- Todos los días si quieres – dijo Ginny
- No , no todos los días – dijo Albus rápido, - James dice que la mayoría de la gente no recibe cartas de casa mas que una vez al mes –
- Le escribimos a James al menos tres veces a la semana el año pasado – dijo Ginny
- No querrás creer todo lo que tu hermano te dice sobre Hogwarts – dijo Harry, - le encantan las bromas –

Lado a lado, empujaron el segundo carrito hacia delante ganando velocidad, a medida que se aproximaban a la barrera Albus vaciló, pero ningún golpe ocurrió. En lugar de eso, la familia apareció en la plataforma nueve tres cuartos, que estaba obscurecida por el fino vapor que emanaba del Expreso de Hogwarts. Distintas figuras se desvanecían entre la bruma, in la cual James había ya desaparecido.

- ¿Donde están? – preguntó Albus ansioso, mirando a las borrosas figuras que pasaban mientras caminaban sobre la plataforma. –
- Los encontraremos – dijo Ginny

Pero el vapor era denso, y hacia difícil ver las caras de las personas, oyendo solo las voces que por el ruido, se oían más fuertes de lo normal. Harry creyó oír a Percy discutiendo fuerte sobre regulaciones de escobas voladoras, y estuvo muy contento de no tener que verlo y tener que saludarlo.

- Creo que son ellos Al – dijo Ginny de pronto

Un grupo de cuatro personas emergió de la niebla, parados junto al último carro. Sus caras solo fueron claras cuando Harry, Ginny, Lily y Albus llegaron junto a ellos.

- Hola – dijo Albus – sonando aliviado

Rose, que ya estaba usando su nueva capa de Hogwarts, le sonrió

- ¿Te pudiste estacionar Harry? – Pregunto Ron, - Yo si, Hermione no creía que podía pasar el examen muggle de manejo, ¿Verdad? Pensó que tendría que encantar al examinador –
- Claro que no – dijo Hermione, - Tenía completa fe en ti –
- A decir verdad, si lo encante – le susurro Ron a Harry, al tiempo que levantaban el carrito de Albus junto con la lechuza para colocarlo en el tren – Solo olvide mirar en el retrovisor, pero aceptémoslo, puedo utilizar un hechizo de Súper sentidos para eso –

De regreso en la plataforma encontraron a Lily y Hugo, el hermano menor de Rose teniendo una animada discusión sobre en que casa serían seleccionados una vez que fueran a Hogwarts.

- si no estas en Gryfindor, bueno te desheredare – dijo Ron – pero no te presiones.-
- ¡Ron!

Lily y Hugo se rieron, pero Albus y Rose se miraron solemnemente

- No quiso decir eso – dijo Hermione a Ginny: pero Ron no prestaba atención, había visto la mirada de Harry que apuntaba a un lugar unos cincuenta metros adelante. El vapor se había disipado por un momento y las tres personas se pudieron ver con claridad.
- ¡Mira quien es!

Draco Malfoy estaba parado con su esposa y su hijo con una larga capa abotonada hasta la garganta. Su cabello recogido de tal forma que enfatizaba la barba puntiaguda. El nuevo niño se parecía mucho a Draco, de la misma forma que Albus se parecía a Harry. Draco captó la mirada de Harry, Ron, Hermione y Ginny, vaciló un momento y después se fue.

- Entonces ese es el pequeño Escorpius – dijo Ron con la voz entrecortada – Asegúrate de ganarle en todas las pruebas Rosie, gracias a dios que heredaste el cerebro de tu madre –
- Ron, por dios santo – dijo Hermione mitad enojada y mitad divertida – No trates de volverlos unos contra otros, antes de que siquiera empiecen la escuela –
- Si tienes razón, lo siento – dijo Ron, pero volviendo a meter la pata dijo - No te hagas muy amigo de el, Rosie, el abuelo Weasly jamás te perdonaría si te casas con un sangre-limpia –
- ¡Hola!

James había reaparecido, se había deshecho del carrito, de su lechuza y estaba evidentemente ansioso por contarles algunas noticias.

- Teddy esta allá atrás – dijo con la respiración entrecortada, señalando sobre su hombro hacia las nubes de vapor - ¡Solo mírenlo! Y adivinen que esta haciendo, ¡Abrazando a Victoria!

Miro a los adultos, evidentemente decepcionado por su falta de reacción-

- Nuestro Teddy, ¡Teddy Lupin! ¡Abrazando a nuestra Victoria!, nuestra prima, Y yo le pregunte a Teddy que que estaba haciendo…-
- ¿Los interrumpiste? – dijo Ginny, - Eres tal como Ron ...-
- ..y el dijo que había venido a despedirla, y me dijo que me fuera. ¡La esta abrazando! – agrego James como si estuviera preocupado de que no le hubieran entendido. –
- Ohh sería maravilloso que se casaran – dijo Lily, - Teddy entonces sería parte de nuestra familia –
- Pues ya llega como cuatro veces por semana a cenar a la casa – dijo Harry – Así que porque no lo invitamos a que se quede a vivir y terminamos con esto de una vez –
- ¡Claro! – dijo James con entusiasmo, - No me importaría compartir cuarto con Al y que Teddy se quede con el mió –
- ¡No! – dijo firmemente Harry, - Al y tu solo compartirán un cuarto el día que decida demoler la casa –

Revisó su viejo reloj de pulsera, que había sido alguna vez de Fabián Prewetts

- Son cerca de las once, ya deben ir subiendo –
- No olviden saludar a Neville y decirle que lo queremos – dijo Ginny a James mientras lo abrazaba
- ¡Mamá! No puedo decirle a un profesor que lo quieren
- Pero si conoces a Neville

James volteo los ojos.

- Claro, fuera, pero en la escuela es el profesor Longbottom ¿no es así?, no puedo entrar a Herbología y decirle hola profesor, lo queremos mucho.

Sacudiendo la cabeza por los comentarios de su madre, le dio una patada a Albus

- Te veo al rato Al, ten cuidado con los thestrals –
- Pensé que eran invisibles, ¡dijiste que eran invisibles!

Pero James se limito a reír, permitiendo que su madre lo besara de nuevo, le dio a su padre un fuerte abrazo y salto rápidamente al tren. Lo vieron despedirse y salir corriendo para encontrarse con sus amigos.

- No hay de que preocuparse por los Thestrals – le dijo Harry a Albus - Son criaturas amables, no hay nada horrible sobre ellas, de cualquier forma no iras a la escuela en los carruajes este año, sino en los botes –

Ginny le dio un beso de despedida a Albus.

- Nos vemos en Navidad –
- Adiós Al- dijo Harry, a su hijo mientras lo abrazaba – No olvides que Hagrid los invito a tomar el te el siguiente viernes, no te metas con Peeves, y no pelees con nadie hasta que aprendas a hacerlo, y no dejes que James te moleste –
- Pero ¿y si quedo en Slytherin?

Le susurro fue solo para su padre, y Harry sabia que solo el momento de la despedida podría haber forzado a su hijo a revelarle realmente cuanto miedo tenia.

Harry se inclinó de forma que la cara de Albus quedo ligeramente sobre la suya, de los tres hijos de Harry, solo Albus había heredado los ojos de Lily.

- Albus Severus – dijo Harry lentamente, de forma que ni Ginny pudiera oírla, y ella fue lo bastante lista como para pretender estarse despidiendo de Rose que ya estaba en el tren – Fuiste nombrado así en honor de dos directores de Hogwarts, uno de ellos era de Slytherin y fue probablemente el hombre mas valiente que yo he conocido –
- Pero digamos que... –
- ..entonces la casa de Slytherin habría ganado a un magnífico estudiante ¿cierto? Y no nos importa a nosotros Al. Pero si te importa a ti, déjame decirte que puedes ser capaz de elegir Gryfindor sobre Slytherin, el sombrero seleccionador toma en cuenta tu opinión –
- ¿De verdad?
- Lo hizo conmigo – dijo Harry

Jamás le había dicho a ninguno de sus hijos aquello, y vio la ilusión en la cara de Albus cuando lo dijo. Y mientras la puertas se cerraban a lo largo del tren escarlata, y las líneas borrosas de los padres se inclinaban para el ultimo adiós, Albus brinco al tren y Ginny cerró la puerta detrás de el

Los estudiantes colgaban de las ventanas que tenían mas cerca, un gran número de caras, dentro y fuera del tren parecía que se volvían hacia Harry.

- ¿Qué están viendo? Dijo Albus mientras el y Rose volteaban alrededor para ver a los demás estudiantes.
- Que no te preocupe – dijo Ron, - Es a mi, soy extremadamente famoso –

Albus, Rose, Hugo y Lily se rieron. El tren empezó a moverse y Harry camino a su lado viendo la pequeña cara de su hijo, en la que se reflejaba gran emoción. Harry siguió sonriendo y despidiéndose, aunque se sentía un poco temeroso de ver a su hijo alejarse de el.

El ultimo rastro de vapor se evaporo en el aire de otoño, el tren dio la vuelta en la esquina, mientras que la mano de Harry aun estaba levantada en despedida-

- Estar bien – dijo Ginny

Mientras Harry la miraba, se llevó la mano lentamente hacia la frente, tocando la cicatriz

- Se que lo estará –

La cicatriz no le había dolido en diecinueve años. Todo iba bien.

FIN

Agradecimientos…

A todos los miembros ***Inefables*** de la Honorable **FART "*Fighting Association of Raving Translators"***

Miembros 2007

Da , LoreLarMx

Correctores:
"Mony García (Mony_gp)" , "Cecilia Alonso Santana" , "Candy Serrano", "Gaby Contreras"

Traductores:
CAP. 1 - "P. P. LUCKY"
CAP. 2 - "Pattomethol y Tati"
CAP. 3 - "Selene"
CAP. 4 - "Delfi Faraoni"
CAP. 5 - " Erika Gustafsson (Sikanda)"
CAP. 6 - "Mario Villaseñor" y "Celia Sánchez"
CAP. 7 - ".:*LuJaN!*:."
CAP. 8 - "Martin Mondragon (Erit)"
CAP. 9 - "Julieta Martinez"
CAP. 10 - "Raquel Fernandez"
CAP. 11 - "Henry Potter"
CAP. 12 - "Selene"
CAP. 13 - "Mariana ART. AKA Sybill Trelawney"
CAP. 14 - "Iceman" y "Pablo Aguilar"
CAP. 15 - "P. P. LUCKY", Martin Mondragón (Erit)", "Arcanista"
CAP. 16 - "Marita Merlez"
CAP. 17 - "Gaby Contreras" y "Marita Merlez"
CAP. 18 - " Sanzanix :-)"
CAP. 19 - "Gabriela Alejandra Muro Arenas"
CAP. 20 - "Gaby Contreras"
CAP. 21 - "P. P. LUCKY"
CAP. 22 - "María del Pilar Navarrete"
CAP. 23 - "Cecilia L"
CAP. 24 - "Geraldine"
CAP. 25 - "Bell Demaria"
CAP. 26 - "Paula Franchinotti"
CAP. 27 - "Diana Carolina Morales Montenegro"
CAP. 28 - "Pablo Aguilar"
CAP. 29 - "Martin Mondragón (Erit)"
CAP. 30 - "Alejandra Martinez"
CAP. 31 - "Jessica Russian Sifontes"
CAP. 32 - "Angela - Hernan Pablo"
CAP. 33 - "Shampoo O'Lley"
CAP. 34 - "Emara"
CAP. 35 – "Pattomethol, Tati" y "Ceci L"
CAP 36 y Epílogo - "Evangelina Allier"
Apoyos:
"Natalia Pérez Peraza", "Pinky", "Laura Gallegos"